

BENITO PEREZ GALDOS

OBRAS COMPLETAS

INTRODUCCION, BIOGRAFIA,
BIBLIOGRAFIA, NOTAS Y CENSO
DE PERSONAJES GALDOSIANOS

POR

FEDERICO CARLOS
SAINZ DE ROBLES

Archivero, Bibliotecario, Arqueólogo,
Subdirector de la Biblioteca y del Museo de Madrid

TOMO I
EPISODIOS NACIONALES



AGUILAR
MADRID-1962

OBRAS COMPLETAS
DE
BENITO PEREZ GALDOS

TOMO I

EPISODIOS NACIONALES.—*Primera serie:* Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de marzo y el 2 de mayo.—Ballén.—Napoleón, en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el «Empecinado».—La batalla de los Arapiles.

Segunda serie: El equipaje del rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de julio.—Los Cien mil Hijos de San Luis.—El terror de 1824.

TOMO II

EPISODIOS NACIONALES.—*Segunda serie* (Final): Un voluntario realista.—Los apóstólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tercera serie: Zumalacárregui.—Mendizábal.—De Oñate a La Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los ayacuchos.—Bodas reales.

Cuarta serie: Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.

TOMO III

EPISODIOS NACIONALES.—*Cuarta serie* (Final): La revolución de julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos VI, en la Rápita.—La vuelta al mundo en la «Numancia».—Prim.—La de los tristes destinos.

Serie final: España sin rey.—España trágica.—Amadeo I.—La primera República.—De Cartago a Sagunto.—Cánovas.

TOMO IV

NOVELAS.—*Serie de la primera época:* La Fontana de Oro.—La sombra.—El audaz.—Doña Perfecta.—Gloria.—Marianela.—La familia de León Roch. *Serie contemporánea:* La desheredada.—El amigo Manso.—El doctor Centeno.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido.

TOMO V

NOVELAS.—*Serie contemporánea* (Continuación): Fortunata y Jacinta.—Miau.—La incógnita.—Realidad.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Ángel Guerra.—Tristana.—La loca de la casa.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.

TOMO VI

NOVELAS.—*Serie contemporánea* (Final): El abuelo.—Casandra.—El caballero encantado.—La razón de la sinrazón.

CUENTOS

TEATRO: Realidad.—La loca de la casa.—Gerona.—La de San Quintín.—Los condenados.—Voluntad.—Doña Perfecta.—La fiera.—Electra.—Alma y vida.—Mariucha.—El abuelo.—Bárbara.—Amor y ciencia.—Pedro Minio.—Casandra.—Zaragoza.—Celia en los infiernos.—Alceste.—Sor Simona.—El tacaño Salomón.—Santa Juana de Castilla.—Antón Caballero.—Un joven de provecho.

MISCELÁNEA: Memoranda.—Guía espiritual de España.—Crónica de Madrid.—Toledo (Historia y leyenda).—Viajes y fantasías.—Memorias de un desconocido.

BENITO PEREZ GALDOS

OBRAS
COMPLETAS

TOMO I



BENITO PEREZ GALDOS

Retrato de una época en que era ya el novelista indiscutido
y empezaba a ser el dramaturgo genial.

invenencia, en la
¡Yupachis Pueblo, más en la invenencia de la
ciencia política! El ha sido, es instrumento
de los que han estudiado las artes revolucionarias,
y el mecanicismo de los motines. Con esta fue-
lica, los que tratan al pueblo saben muy
bien como han de componerlos, por un artículo
en caballería, que amaste el caso de un
tránsito, mientras que la deficiencia de la abe-
rración popular, los que propagandistas de la vida.
Fad y unan hasta las mas elementales reglas
para utilizar la fuerza de las masas ande
sean de un idios.

Los Ayacucho, hoy. 280.

*El dibujo de las guardas es obra de H. Palacios
y representa una alegoría alusiva a los «Episodios
nacionales»*

SÉXTA EDICION

NÚM. REGISTRO: V - 370 - 41

DEPÓSITO LEGAL: BI - 2521-62

© AGUILAR, S. A. DE EDICIONES, 1962.

Reservados todos los derechos.

— - - - -

INTRODUCCION

DON BENITO PEREZ GALDOS

SU VIDA. SU OBRA. SU EPOCA

PÉREZ Galdós es el restaurador de la novela española. De la genuina novela española: la realista, equidistante, por igual, del naturalismo, del sentimentalismo culto y dulzón del rococó francés y del romanticismo detonante, con ruido de besos saporitos y de pistolazos suicidas. Antes de Galdós, *Fernán Caballero* había hecho unos pinitos muy estimables en el género. Antes de *Fernán Caballero*, varios ingenios exuberantes: Navarro Villoslada, Fernández y González, Enrique Gil, intentaron acclimatar la novela histórica, inspirándose desafortunadamente más en Walter Scott que en Alejandro Dumas, y no consiguiendo apuntarse sino muy escasos éxitos. Antes de estos noveleros..., siglo y medio de esterilidad. Pedantería, polémicas seudoeruditas de salón, teatro perfilado en demasía, crítica denostativa, aprehensión—y aprehensión—cultas, indigesta,



Dibujo al natural, de V. Macho

ingenios malogrados en el afán imitativo de modas y de modos galos..., que nunca fueron sino cuestión de forma. Antes, en el siglo xvii, la portentosa novela picaresca española y ¡CERVANTES! Es decir, otra vez lo auténticamente hispánico. Realismo ribeteado de una íntima ternura consciente de humanidad.

Sin exageración, por ende, puede afirmarse que Galdós es el continuador *inmediato* de Cervantes; que entre los dos no existe ningún otro novelista de talla gigante. Al restaurar la novela, el realis-

ta Galdós crea la novela nacional; género en el que surgirán inmediatamente otros admirables cultivadores, capaces de equipararse con los mejores europeos de la centuria diecinueve; siglo este en que la novela adquiere su máxima categoría y su máximo esplendor. Aludimos a Valera, Alarcón, Pereda, la Pardo Bazán, Palacio Valdés, *Clarín*... Pero ninguno

semejante al maestro. Galdós es el impar de esta época. Como Cervantes en la suya. Cervantes y Galdós son los dos novelistas geniales de España. Aquél, la cumbre de la literatura, más intenso. Galdós, más extenso. Cervantes, hondo como un mar. Galdós, ancho como un paisaje diverso contemplado desde una cima con los más potentes prismáticos. Es, además, Galdós, el novelista más novelista si se le compara con los grandes genios de la novela en el pasado siglo; Balzac, Dickens, Zoia, Dostoyevski..., precisamente por ser el único insobornablemente objetivo. La obra de Galdós, imperecedera, es un mundo subyugador en el que cerca de ochocientos mil personajes cautivan, con sus existencias llenas de sentidos y de sentimiento, la atención de cuantos lectores se pongan en contacto con ellos.

Cuando Galdós se pone a escribir la primera cuartilla de su primera novela, se encuentra todo por hacer. Si quiere cumplir su afán, no basta que sea el autor de cuatro, de diez, de veinte novelas. Es preciso que cree un mundo novelístico que en nada se diferencie de este novelero en que vivimos. Es preciso que sea el Homero de una raza maravillosa que vivió dos siglos, de zozobra en zozobra, fuera de su ámbito y fuera de su ambiente, despistada de su camino, olvidada de sus valores tradicionales. Es preciso que se convierta en un almacén de documentos humanos.

Felizmente para la novela española, Galdós es un verdadero titán. Galdós lo observa todo. Galdós lo recoge todo. Galdós lo aprovecha todo. Y si se toma las mayores libertades con la novela—extensión, digresiones...—, es porque bien sabe él que las mayores resultan dulces y accesibles al paladar del lector. Galdós acierta genialmente a perfilar un tipo, a escarbar en su alma, a lanzarle en una vorágine humana donde ni una sola pasión es falsa o se falsea. Galdós acierta a plantear los problemas de conciencia con una imponente precisión, con

una valentía que da escalofríos. Galdós acierta a describir el físico de un ser con los mismos pocos trazos pasmosos, impecables de fidelidad, con que lo hizo el pincel más exacto que ha existido: el de Velázquez; y, a la vez, con la sensibilidad y con la sensación profundamente realista, esto es: mezcla de piadoso patetismo y de cálida ternura espiritual con que Velázquez movió sus pinceles, y en sus mismos tonos plateados, y grises, y carmines, que son los tonos del fervor humano.

Galdós acierta cuando novela a no salirse ni un solo momento de la zona compleja y seductora en que se desviven los hombres y a reflejar los caracteres—espejo ustorio paseado a lo largo de un camino—en su sincera y palpitante desnudez. La crítica más exigente no puede negar a Galdós ese *don de humanidad*—de sentirla, de crearla, de juzgarla—privativa de los grandes genios. Le podrá negar primores de estilo. Y poesía descriptiva. Y repulgos de dicción. Pero la potencia de crear seres vivos, ¡hombres y mujeres que se le escapan de las manos a vivir entre los que viven por ahí!, es suya. Como lo fué antes del más humano y humanitario de todos los creadores humanos: Cervantes.

Desde *La Fontana de Oro* hasta *Santa Juana de Castilla*, ¡qué serie inacabable de mujeres y de hombres felices y míseros, ricos y pobres, buenos y perversos, simpáticos, antipáticos, bobos, inteligentes, hermosos, feísimos que chillan, gimen, mienten, peroran, rezan, maldicen, insultan, suplican, odian y aman, todos ellos en plena posesión de su ciudadanía en el planeta humano!

Un anónimo crítico escribió—1894, en *La España Moderna*—: «Entre los escritores modernos de España no hay uno solo que pueda competir con Galdós en fuerza creadora. Sus novelas contienen, no un museo, sino una verdadera población de tipos diversos, de personas reales a las cuales nos parece haber tratado familiarmente y cuyas penas y dolo-

res nos han hecho derramar lágrimas abundantes. Todos los personajes de Galdós tienen vida propia, existen y nos inspiran, como si fuesen reales, repugnancia o simpatía.»

Galdós es el maestro indiscutible que deja dichas las lecciones precisas para quienes intenten alcanzar el título de novelistas realistas, que es serlo doblemente españoles. Esas lecciones no admiten cortes, cambios, interpretaciones. Son dogmáticas. Son paradigmáticas. Únicamente *como enseña* Galdós se crean tipos que encarnan y se animan. Únicamente *como enseña* Galdós se describe un paisaje para que lo sea y no para que lo parezca, diferencia sutil, mas diferencia al cabo.

Si Galdós no tiene internacionalmente la fama que merece—cuando menos pareja a la de Balzac y Dickens—, débese a la absurda incompreensión de una parte de la opinión española, y, de otra, a la labor nefasta de aquella generación española llamada del 98, compuesta de muchos y verdaderos talentos *mal enfocados*.

Parte de la opinión no supo—o no quiso—separar al Galdós novelista del Galdós político. Y la repulsa inexorable que le mereció éste envolvió a aquél. Los militantes de la generación aludida creyeron que su única misión—para liquidar con lo pasado y con el pasado—era derribar, negar, atacar. Labor anti-pática hasta la exageración. Galdós, el más genuino y genial novelador de aquella España de lo pasado y del pasado, era el enemigo más considerable, el más difícil de vencer. Y, como con razones era inatacable, se le atacó con el ácido más corrosivo de la envidia y de la inquina: el silencio. En torno a la obra de Galdós, la generación del 98—con escasísimas y honrosas excepciones—creó una atmósfera de olvido. Y, paradójicamente, por una vez, colaboraron los jóvenes representantes de una España pedantesca, barnizada malamente de europeísmo, con los carcamales del conservatismo ca-

novista que no habían sabido guardar el honor y dirigir los destinos imperiales de España. «Más que de toda su inmensa soberanía, podía Inglaterra vanagloriarse de contar entre sus hijos a Shakespeare», dijo Carlyle. Más que toda la pléyade del 98 y que todas las esencias políticas, valía para España una sola obra de Galdós.

«Los grandes creadores—escribe Andrés González Blanco—no pueden ser juzgados con cuatro frases más o menos mordientes y epigramáticas. Los grandes creadores resisten el embate de estas marejadas contrarias de odio o de envidia que de tarde en tarde los azotan. Porque ellos llevan en sí suficiente fuerza interna para contrarrestar estos impetus enérgicos. Galdós es, ante todo, un creador, y por eso su gran arte triunfa de todos los hostiles dictérios.»

Y para que este entusiasmo mío por Galdós no parezca—debido a mi escasa talla intelectual—una devoción mal enderezada, quiero que me avalen los juicios del mejor de los críticos españoles de todos los tiempos: Menéndez y Pelayo, y de uno de los más *fríos* y perfectos intelectuales modernos: Pérez de Ayala.

«Pocos novelistas de Europa—afirma aquel cerebro privilegiado, restaurador literario de la hispanidad—*le igualan en lo trascendental de las concepciones, y ninguno le supera en riqueza inventiva*. Su vena es tan caudalosa, que no puede por menos de correr turbia a veces; pero con los desperdicios de ese caudal hay para fertilizar muchas tierras estériles. Si Balzac, en vez de levantar el monumento de su *Comedia humana*, con todo lo que hay en él de endeble, de tosco, de monstruoso, se hubiera reducido a escribir un par de novelas por el estilo de *Eugenia Grandet*, sería, ciertamente, un novelista muy estimable; pero no sería el genial, opulento y desbordante Balzac que conocemos. Galdós, que tanto se le parece, no valdría más si fuera menos fecundo, porque su fecun-

didad es signo de fuerza creadora, y sólo por la fuerza se triunfa en la literatura, como en todas partes.»

Ramón Pérez de Ayala escribe así: «Las similitudes y correspondencias entre Cervantes y Galdós son tantas y tan manifiestas, que casi huelga señalarlas. Cervantes creó el género novelesco, este modo literario característico de la Edad Moderna; Galdós lo ha llevado al término más cumplido de perfección y madurez... Cervantes y Galdós, como dos altas montañas, fronteras y mellizas, están separados por un hueco de tres siglos. Hay también montes muy empinados y majestuosos; pero ninguno, a lo que presumo, alcanza la altura de aquellas dos montañas, mellizas y señeras. Cervantes no llegó a ser el primer autor dramático de su época; Galdós lo es, sin disputa, de la nuestra, y uno de los primeros entre los de cualquier época y comarca.»

Y por si estas dos opiniones, aun siendo de espíritus tan magistrales y selec-

tos, fueran recusables para algunos espíritus tardíos y retardatarios, por ser de españoles, quiero recoger la de uno de los más finos críticos ingleses, Arthur L. Owen, cuando traza el parangón de tres personajes inmortales: el *Harpagón*, de Molière; el *Grandet*, de Balzac, y el *Torquemada*: «Este avaro del genial español merece vivir entre los grandes avaros de la ficción. En *Torquemada*, las dos pasiones paralelas de la tacañería y de la voracidad quedan cuidadas y claramente diferenciadas; pero Galdós no ha hecho de él ni una caricatura, como el *Harpagón*, de Molière, ni un monstruo, como el *Père Grandet*, de Balzac... *Torquemada* es, a pesar de todo, un ser humano con derecho a nuestra simpatía... Sabe de otras emociones independientes de su avaricia. Tiene temores, esperanzas, aflicciones, ¡hasta ama! Aquí se apoya la fuerza de la caracterización galdosiana: en que ha creado una figura de carne y hueso y no una abstracción.»

I

LA INFANCIA VELADA.—LOS BRUMOSOS RECUERDOS.—LA SUAVE DOÑA DOLORES Y EL GRAVE DON SEBASTIAN.—EL ABUELO ROMANTICO, INQUISIDOR Y TRADICIONALISTA. JUGARRETAS, GORRERIAS Y AFICIONES ARTISTICAS.—LA SOLEDAD EN COMPAÑIA... DE GALDOS.—PASEOS Y MEDITACIONES.—UN FANTASMA INFANTIL: EL COLEGIO.—EL BUEN ESTUDIANTE ESCEPTICO.—¡HAY QUE OBSERVARLO TODO!—¿QUE IMPORTA EL «YO»?

Nadie menos interesado que el propio Pérez Galdós en delatar su infancia. Cuando la fama le amarró, lo mismo que a un San Sebastián, al árbol de la curiosidad popular—y hasta casi populachera—y le dispararon las cien mil saetas inquisitivas los ágiles flecheros que son los biógrafos, los periodistas y los contertulios, él se limitaba a sonreír con sonrisa impenetrable de dios oriental, a responder con frases más evasivas que entrecortadas; a girar hábil el

sesgo de la conversación. ¿Su infancia? ¡Bah! Una infancia de tantas. Una infancia más. Sin relieves. Sin incidencias. Una infancia de niño español de la clase media, entreverada de los tonos azules de la inocencia y de los tonos rosas de las diabluras. No fué él un reventante niño prodigio de los que se exhiben en las saletas a las graves visitas, ni tampoco el niño incordiante que pone el alma en un hilo a cada quisque. Fué ese niño último de familia numerosa que,

aprovechándose del cansancio de los padres y so capa del guirigay de los hermanos, se cria y se recrea a su gusto. Llegó a la Vida su vida casi de sopetón. Los primeros sorprendidos fueron—¡claro está!—sus genitores, que, aun así, rezumaban pringue amorosa; aquella virtuosa dama, doña Dolores Galdós, siempre en un ¡ay!, y aquel severo y marcial brigadier don Sebastián Pérez Macías, cuya alta graduación en el Cuerpo de militares provinciales le exigían esa tiesa actitud de personaje que se va a retratar y un gesto insobornable de reprobación hacia todas las minucias de todos los días. ¿Su infancia? ¡Bah! Carreras y correterías. Delantales pringosos. Chichones. Palabras feas oídas a los niños mayores y repetidas en los momentos inoportunos del escándalo timorato. Colecciones de cromos de cajas de cerillas y de puros habanos. Trapatuestas familiares de pescozones sueltos para perderse y que siempre se encontraba él. Y el colegio. El infierno infantil que no ha descrito aún ningún Dante niño. Un colegio inglés con profesores de rubiancos cabellos y voces nasales. El colegio y el hacerse *novillero* de postín, huyendo precisamente de las fieras cornadas preguntonas con que arremetían aquellos desgarrados turistas britanos, profesores los más sentimentales de que se pueda tener idea. ¿Su mocedad? ¡Bah! El Bachillerato bien estudiado en el Colegio oficial de San Agustín. El primer cigarrillo seguido del vómito reglamentario. El primer chicleo. Los versos, con toda la terrible vergüenza de los ripios, dedicados a una ELLA cualquiera y que parecía ser la única. Los primeros cuartejos gastados en un café de barrio con pianillo, palmas secas con lazos, mecheros de gas y espejos desazogados.

Las primeras excursiones dominicales—y en las fiestas de guardar—al tajo de la Guiniguada, a las Cuevas de los Frailes, a las tierras volcánicas cubiertas de viñedos, sobre las que se elevan el Pico y la Caldera de Vendama; a las playas

de Santa Catalina y de las Canteras, cuyas arenas tienen ese tono dorado antiguo de las estofas en los retablos medievales. Las primeras asistencias semiclandestinas a un avergonzado salón de cancán y estribillos franceses, que olía a suciedad de gato y que tenía un tabladillo cuya boca de purpurina presentaba la profanación puntillosa de las moscas. Y... ¿nada más? Muy poco más. Una afición desmedida al dibujo; su timidez para llevar—1862—unos cuadritos a la Exposición provincial, en la que le otorgaron el premio de una mención honorífica extendida en miniada letra redondilla española sobre un pergamino lo más rancio posible, que sus padres se apresuraron a enmarcar, colocándolo en el testero principal de la saleta, entre los retratos al pastel de los abuelos. Algunos pinitos literarios, plantados, sin idea lucrativa alguna, en *El País* y en *El Eco*, los dos periódicos más populares de Las Palmas, en los que se daba una terrible importancia a las notas de sociedad, a los versos de amor, a los barcos llegados de la Península y a los estragos del cólera antillano. Y... ¿nada más? ¡Ah, sí! Cierta tímida—e intimidada—afición a teclear en los pianos reminiscencias de buena música, sacadas *a oído*, que arrastró a la buena madre a la hipérbole de ir pregonando por corrillos, tertulias y visitas de cumplido—de esas de tanto copete y tanto almidón y tanta prosopopeya—, el genio musical de su hijo Benitillo y el acuerdo—suyo, sumado al del brigadier—de enviarle muy en breve al Real Conservatorio de la Villa y Corte. Y... ¿nada más? Nada más. Es decir, nada más de cierta importancia.

Y Pérez Galdós, arrancándose las mil saetas inquisitivas—ya que no tuvo él ángeles mozos que, como a San Sebastián, se las arrancaran sin dolor y dejándola iluminada la sangre corrida—, se encerraba en un afectuoso silencio, dorado por la más humana sonrisa. Era cual si él quisiera arrumbar en el des-

ván de los olvidos los veinte primeros años de su vida. Era cual si quisiera que su vida empezara veinte años después, y su infancia y su pubertad no fueran sino un sueño inconcreto con los ojos abiertos. Pero... ¿Es posible—preguntábanse todos—que ninguna emoción resume él de los años más alegres, de los paisajes isleños, escenario de sus andanzas más ligeras y ufanas; del ambiente—ámbito y costumbres—que enmarcó sus retratos con el primer babero y con el bozo primerizo; de las impresiones genuinas, multicolores, que únicamente la primavera de la vida revela; de las comezones apremiantes con que la mocedad irrumpe en la juventud? *Debía* no ser posible. Pero lo era. O parecía serlo. Galdós, ante la expectativa general, luego de resolverla para él solo *in mente*, borrada del encerado la ecuación de su pretérito, aún con la incógnita pimpante. Y como el problema de su presente era de claridad meridiana, sin incidencias, sin relieves, lo vulgar, que es lo normal—o, quizá mejor a la inversa—, no podía exigírsele que renovara la resolución de las premisas.

Por este discreto callar de Galdós acerca de su familia, de su infancia, de su tierra natal, los biógrafos debemos andar con pies de plomo en eso de manejar los supuestos, de esgrimir las probabilidades, de colocar los hitos de las hipótesis, de colgar los gallardetes de las alegres adivinanzas. Son éstas materias inflamables, de mucho riesgo. Sin embargo...

¿Quién podrá pensar que Galdós, tan campechanote, tan liberalote, tuviera una ascendencia materna de la más pura cepa tradicionalista vasca? Pues sí. Su abuelo, don Domingo Gallós y Alcorta, nacido en Azpeitia, amén de varón virtuoso, resultó de lo más tradicional que darse puede. El *Dios, Patria y Rey*—que no era histórico aún—, él lo llevaba en su fuero interno bien historiado ya. Don Domingo, contemporáneo de la Revolución francesa, odió con sus potencias y

con sus sentidos cuanto pudiera exhalar el tufillo luciferino del enciclopedismo galo: las obras melancólicas y atrabiliarias de sus epigonos, los hechos expeditivos, enmarsellenizados, de sus tribunos; el recuelo actuante y dicente de sus expoliadores termidorianos. Don Domingo, joven juicioso y circunspecto, de casaquín pulcro, coleta con lazo, peto espumoso de encaje casi efervescente, tricordio y espadín, muy leal a las ceremonias de la buena crianza y a las palabras de la mejor gola, fué destinado a Las Palmas, con un cargo de secretario de la Santa Inquisición, a fines del siglo XVIII. Don Domingo embarcó en un panzudo bergantín; el *San Víctor*, de la matrícula de Pasajes de San Juan, un día en que ni era martes ni trece.

Sus familiares en tierra y él desde cubierta representaron con gran éxito el antiguo melodrama de las despedidas. El *San Víctor* bailó durante muchos días, lo mismo que una cáscara de nuez, sobre un Atlántico despeinado por los vientos alisios; rechinaban las jarcias; siseaban los obenques; chapoteaban las olas contra la panza vacía; las singladuras eran desesperantemente cortas. Y el flamante inquisidor sufría empalmados mareos que, luego de romper su continente grave, le encogían sobre una litera, hecho varios dobleces y deshecho en gemidos. En espaciados ratos de serenidad, don Domingo, en su angosto camarín, se inclinaba sobre una abierta carta geográfica y se hacía demasiadas ilusiones. Se dirigía a Ultramar, sueño dorado. Era él el audacísimo argonauta decidido a la conquista de aquellas Islas-Canarias—que no eran llamadas así, sino *Insulae Fortunatae*, Islas Afortunadas o Islas Purpurinas, por el tono del mucho liquen que las aterciope laba—, islas que, con las Azores y las de Madera, eran las más altas cimas del continente atlántico sumergido milenios antes en el mayor cataclismo cósmico conocido, suceso del que ya habló Platón, más adivino que profético. La carta

geográfica de que él se servía era la minuciosa dibujada en 1339 por el piloto mallorquín Dulceti. Iba él de almirante de una flota de carracas, goletas, bergantines y fragata, tripuladas por guipuzcoanos y vizcaínos, avalado por una Bula del Sumo Pontífice y reanimado con una Real Cédula del monarca español. Pensaba regresar a la buena de Dios, con muchos esclavos y un rico botín. A ratos creíase don Domingo el mismísimo Juan de Bethencourt, conquistador de aquellas islas paradisíacas, cuyos naturales—nada salvajes—eran robustos y se envolvían en pieles escuetas, y cuyos sacerdotes—*magadas*—celebraban los ritos al resplandor argenteo de los luceros. Ya en tierra firme, recobrada su gravedad física y temperamental, saturado de paz, en un ambiente benigno y enervado, ¿qué podía hacer el bueno de don Domingo, secretario del Santo Tribunal de la Inquisición, en tiempos que todo el mundo hacía la vista gorda en materia religiosa?

Las influencias—¿o el influjo?—de la execrable y execrada—más que por nadie, por don Domingo—Revolución francesa habían mellado las almas más afiadas en ortodoxia. Don Domingo se pasaba las horas de despacho mano sobre mano, papando moscas, aspirando polvo de rapé y sacudiéndoselo del peto espumoso de encaje, jugando a la malilla con los ministros y aun con los corchetes. De tarde en tarde, aún podía emplumarse a cualquier desgraciado que se emperraba en no oír misa todos los domingos, en soltar en voz alta gruesas blasfemias, en hacer rudas campañas de café contra los curas, en publicar *panfletos* antidogmáticos, pero con poquisima teología. Realmente, lo mejor que hizo aquel severo tradicionalista para curarse de una incipiente hipocondría fué casarse y tener bastantes hijos. Una de las hembras, Lolita, maridó con un bravo teniente de Cazadores coloniales, don Sebastián Pérez, suma y compendio de la marcialidad, con su ros de persiana, su

uniforme rayado en crudillo y su espada de puño de ojo de cuatro. Lolita y don Sebastián tuvieron muchos hijos—chicos y chicas, lo cual era una bendición de Dios, como Dios manda, para hacer del hogar una patriarquía. El último, Benitillo, el futuro genial novelista, nacido el día 10 de mayo de 1843 en una casa, propiedad de los padres, situada en la calle de Elcano (1). Por ser el último vástago y por pillar a los genitores ya cansados de tanta lucha sin tregua con rapaces de todos los pelajes y de los más diversos caracteres, Benitillo se crió a sus anchas. Ningún freno—quizá ningún acicate—encontraron sus diabluras. Ya señor de sus piernas y de su real gana, se pirraba por trajinar en el barrio de La Vigüeta, el primitivo de la ciudad, con sus casones de anchos portales, grandes balconajes volados y patios amplios, llenos de encantadores detalles góticos y mudéjares; con su catedral, en uno de cuyos lienzos campea la lápida recordatoria de que allí—ermita humilde de San Antonio Abad entonces—oyeron misa Colón y sus marineros, mientras las tres carabelas orondas se mecían a pocos metros, brisadas heráldicamente en campo de azul con lisés de oro; con su curioso mercado de la calle de la Carnicería, en el que, sobre tingladillos de madera con lechos de algas de hedor áspero, se amontonaban los pescados más cambiantes de tonos, fulgurantes lo mismo que temblores metálicos; con su original templo de San Francisco de Borja—renaciente por dentro y barroco por fuera—, en cuyo retablo principal de ébano destacaban las pinturas de Francisco de Paz, abigarradas y absurdas, que tanto llamaban la atención de Benitillo, gran aficionado ya a pintarrajear en muros y

(1) Los abuelos paternos fueron don Antonio Pérez y doña Isabel Macías; los maternos, don Domingo Galdós y doña María Medina. Galdós fué bautizado el día 12 de dicho mes y año por el párroco don Francisco María Poza en la parroquia de San Francisco.

papeles con cierto arte ingenuo de pintor de cuevas neolíticas o de estelas orientales; con su Museo de curiosidades canarias: momias envueltas en pieles cosidas con agujas de espinas de pescados, copas de vidrio y cerámica tosca con bálsamos y resinas, ánforas con frutas petrificadas, de colores intactos; cráneos y utensilios de los primitivos *guanchos*, vasos de tierra cocida, armas sucintas, juguetes, sellos, cabelleras luegas, castañas y rubias, segadas de raíz por algún habilísimo cazador de cabelleras; pinturas grotescas, juncos afilados de audaces piratas costeros en el Africa, insectos con los tonos y brillos de las piedras preciosas, crustáceos gigantescos ya desaparecidos, peces, entre los cuales casi atemorizaba al rapaz observador aquel rojizo de llama conocido por el *Pez-diablo* o *manta*, del que la leyenda aseguraba que ceñía de abrazos a sus víctimas para arrastrarlas a las profundidades de los corales vivos. Los juegos de Benito en nada hacían presumir al futuro infatigable creador de tipos y caracteres. Era enclenque, larguirucho, descolorido, soso; pero aceptaba cualquiera invitación al juego violento, a la añagaza graciosa.

Con otros muchachos de los mejores arrestos y de no tan buen trapío, fué explorador incansable en los altos volcánicos de la Caldera de Vendama y en las maniguas resoladas de la Guiniguada, invencible corsario atlántico en las playas de las Canteras, indómito milite en la explanada del Castillo del Rey, protagonista de mil lances en las viejas calles de los nombres eufónicos: la del Reloj, la de los Moriscos, la del Espíritu Santo, la de la Peregrina. Algunos días trajo Benitillo a su hogar un chichón, una descalabradura, un *cardenal* mayúsculo, el delantal rasgado, los zapatones con bostezos, alguna palabrota nada ilustre a flor de labio. Las andanzas callejeras de Galdós niño terminaron—¡ay, como casi todas las de la primera infancia, las de la leche aún en los la-

bios!—en ese antro—que así se lo imaginan primero los niños, y después lo ven y confirman—que es el colegio. Una sala larga y lóbrega, con unos mapas del año de la nanita colgados por las paredes. Unos pupitres de pino, embadurnados con almagre y con los duros asientos adheridos. El suelo, de baldosines blancos y rojos desportillados. Al fondo, sobre una tarima, la mesa del profesor. Y en el comedio del muro presidencial, un Santo Cristo de escayola, cruzados los pies con ramas de romero, y dos encerados. Y las ventanas, con los cristales opacos para apresar en la tela de araña de su confusión los ensueños infantiles que pretendieran huir hacia los paisajes, mosquitos trompeteros de su alegría. Y las horas crueles de los cantiquillos aritméticos...: «¡Uno por uno es uno! ¡Dos por dos son cuatro! ¡Cuatro por cuatro, dieciséis!» Y las horas lentas de la mala alineación de los malos reclutas que suelen ser los palotes en las planas, salpicadas, como cualquier océano, con las islas de los borrones de tinta y con los bancos de arena de la grasa. Y las horas absurdas de la pelotilla lanzada al azar; de la distracción en el seguimiento del vuelo de una mosca; del súbito amodorramiento sobresaltado por el pescozón súbito, magistral; del acusiquear con tonillo; del balbucir unos sumarísimos conocimientos bíblicos o gramaticales; del alzar, ante el ceño del profesor, el dedo o los dos dedos delatores de la prisa por evacuar ciertas miserias fisiológicas, que sirven, a la vez, para dar unas zapatetas por los oscuros pasillos; del gesticular a los compañeros tras el parapeto de la tapa del pupitre; del imitar el maullido o el cacareo; del corear cualquier insignificancia con el pataleo y con las risotadas.

En el tiempo en que Benitillo hubo de asistir a la escuela primaria no existía prácticamente la enseñanza española en Las Palmas. Los colegios estaban atendidos—ya que no entendidos—por turistas ingleses, cuya afición por las Islas

no era tan pura que le sacrificasen sus peculios de libras esterlinas; se reintegraban cumplidamente con estos honorarios escolares de los despilfarros de una excursión en burro al Teide o de una comilona en el Puerto de la Luz. Un mister Brown, un mister Smith cualquiera enseñaba una detestable gramática castellana en un gangoso tonillo de comentador de versículos de la Biblia. ¡Ah! Y la enseñaban por el mismo método de los rancios dómines Cabra: palmetazo, pescozón, cate y tentetieso. Porque el viejo refrán de, que «la letra con sangre entra» no es de puro abolengo español, sino de mezclilla racial.

No fué, no, Benitillo mal estudiante. Ni demasiado revoltoso. Un poco escéptico, eso sí, de la utilidad de determinadas monsergas. Tenía fácil la memoria. Tenía expedito—y expeditivo—el intelecto. Se hacía pronto cargo de las cosas y de los casos. Pero ya su gran pasión era el dibujo. Sus dedos atenzaban continuamente los lápices, y cuando no, los carboncillos bien empuntados. Y ante la exigencia inapelable de su imaginación en marcha, cualquier momento era propicio, cualquier superficie apta. Las guardas y las márgenes de los libros de texto, las paredes encaladas, los zócalos de baldosines aljofifados, los marcos de las ventanas, los lienzos de las puertas, el revés de las tapas de los pupitres, presentaron muestras de su arte, cada vez más vario en los temas, más sobrio en la técnica, más suelto en el trazo y en la armonía, más original en la expresión. Paisajes con nubes oscuras y montañas. Escenas de pesca en bahías ungidas por el sol vespéral. Portadas de iglesias monumentales. Alquilerías casi idílicas con bestezuelas domésticas. Pajarracos exóticos en revuelos de adorno como para ser bordados en almohadones con sedas de colores. Le gustaba también ejercitarse en el retrato. ¿Cuántas veces le sirvió de modelo su buen padre, con su chacó de

pompón, su guerrera cruzada de galones entrelazados, su espadón terrible, los mostachos enhiestos, las patillas de hacha, el color de un atezado colonial y los ojos soberbios de rey de espadas? ¿Cuántas su buena madre, siempre de manteleta, la cruz al pecho entre colgantijos, los mitones de encaje negro en las manos cruzadas, sostenedoras del pericón; el busto encorsetado, las crenchas con perifollos y la dulce faz de criolla aguachirleada por el clima? Y a mister Smith, a mister Brown, tiesos y pesadotes, con tupé y belfo, con plastrón y montecristo peludo, ¿cuántas los recalcó, lleno de tendenciosa ironía?

El grave don Sebastián y la suave doña Dolores amonestábanle con frecuencia. Y no por díscolo. Y no por áspero, sino por su inexpresividad familiar. Por no ser uno de tantos entre sus hermanos. Por su continua delectación—delatada continuamente—*de estar viviendo para dentro*. «¿En qué piensas, Benitillo?» «¡Bah! ¡Cosas mías!» «¿No te gusto esto o lo otro, Benitillo?» «¿Qué...? ¡Ah, sí! Es que no me había fijado...» «¿Qué te parece, Benitillo, lo que dicen, lo que sucede, lo que pasó?» «No sé, no sé. ¡Qué sé yo!» «¿No te alegras, hijo?» «¡Oh mamá, claro que sí! ¿Cómo no he de alegrarme, si os alegráis todos?» «Tú, hijo, elige lo que más te agrade...» «Pues verás... Es que me da lo mismo. Lo que no elija nadie.»

Y la suave doña Dolores y el grave don Sebastián se extrañaban de aquel hijo suyo, que no se les parecía en nada y que siempre andaba pensando en las Batuecas.

Y acabaron por dejarle a sus anchas, ajeno a sus revoltosos y revoltijados hermanos, con sus ojos siempre alerta de espectador impasible, de minucioso anotador objetivo. A los diez, a los doce, a los catorce años, Galdós ya no se daba importancia alguna—cosa insólita—, ni vivía para sí, ombligo del mundo—insólito caso—, sino que se desvivía por encontrar la importancia de cuanto

no era su yo. Menos él, para sí, todo guardaba un interés recóndito que era preciso encontrar, que era indispensable comprender, que era ineludible de exteriorizar con la palabra escueta, con el pincel sucinto, con la pluma impersonal.

A los trece años empezó el Bachillerato en el recién organizado Colegio oficial de San Agustín, en el que los cate dráticos aún se atusaban *la mosca* y presumían de afecciones pulmonares y hablaban de suicidios sobre las losas de los camposantos. Y siguió la segunda enseñanza aplicadito, según sincera y sencilla manifestación propia (1). Mucha preceptiva. Muchas matemáticas. Muchas historias. De la primera no hizo maldito el caso. De las segundas sacó lo que el negro del sermón. De las historias le era grato dibujar a los personajes *como él los veía*. A los reyes medievales, con caras y atuendos de reyes de baraja, crasos y barbudos. A los héroes del Romancero, con una bella prestancia y cubiertos de ricos arreos. A las hermosas reinas, como santas pálidas de misal. Las historias le daban ocasión para hurgar y hurgar imaginativamente en las causas y en los efectos, para suponer, para componer. Las historias eran rompecabezas, cuyas numerosas piezas iba él cachazudamente casando, sin mo-

delo alguno a la vista. Las historias no eran sino sumas inmensas de vidas, balcones a los que asomarse, espectáculos curiosísimos que contemplar, siempre distintos.

¿Es posible que este espectador insaciable, que este escudriñador, no delatase, a lo largo de su existencia, ninguno de los detalles innumerables alusivos a su infancia, pertinentes a su tierra natal, que forzosamente conservaría su retentiva prodigiosa? Parece imposible. Pero fué posible. Cuando menos, sus familiares, sus amigos más entrañables, sus biógrafos más ternes, no lograron jamás de él confidencias acerca de los primeros años de su vida, de los escenarios isleños de belleza impresionante. A la insistencia machacona de unos y de otros, Galdós se limitaba a sonreír con una expresión vaga de dios oriental, a responder con monosílabos. Y cambiaba en seguida de tema. Tal vez el propio don Benito, en fuerza de crear y crear seres —de crearlos y de creerlos—, llegó a mirarse lo mismo que a un extraño, y su infancia y su mocedad le parecieron vidas por una cualquiera de sus criaturas, por la menos interesante de ellas acaso. ¿Las Palmas? ¿Cuál de sus novelas desarrollaba su acción en Las Palmas? ¿Quién de los hijos de su portentosa fuerza creadora estuvo en Las Palmas jugando a las hazañas con los pocos años? ¿Quién estuvo..., quién estuvo..., quién?

(1) Terminó el Bachillerato el día 5 de septiembre de 1862, con excelentes notas.

II

EL VIAJERO QUE NO SABE DE DONDE VIENE.—NUEVOS ESCENARIOS.—PROYECTOS, ILUSIONES Y ROPA SUCIA.—1862... ¡MADRID!—EL BAUTISMO DE MADRILEÑISMO.—EL LENTO. EL SORPRENDENTE PASEO.—EL CUARTO OSCURO DE LOS PRIMEROS SUEÑOS.—EL ANSIA DE VERLO TODO.—LAS CASAS DE LOS NOMBRES EVOCADORES.—¿ESTUDIO...? ¿NO ESTUDIO...?—EL INELUDIBLE SENTIDO DE LA VOCACION. GALDOS «ENTRA» EN MADRID Y MADRID LE VA «ENTRANDO» A EL.—ME PARECE QUE VOY A SER DRAMATURGO.
«CLARIN» COMENTA

1862. Madrid. Galdós, con veinte años y cuatro bultos mal trabados, está en la Villa y Corte (1). Pasmado, junto a la Puerta de Atocha. Y sucio. De hollín. De polvo. Y cansado. Del bazuqueo, del traqueteo, del mareo. Han sido muchos días de barco, de diligencia, de tren estrepitoso y contoneador; un tren que ahora nos parecería de juguete, de vagones cortos y altos como caja de carroza real, con ventanillas ovaladas y los viajeros en apariencia tiesa de ir sobre un pescante, con una locomotora cuyo modelo anda por ahí, ahora, en el carro de los cacahuetes, echando un humo de color algodón sucio. Entre las Islas Canarias y la Península, bandazos, toboganes, levantamiento de estómago. Entre Córdoba y Venta de Cárdenas, el sobresalto de las colleras de cascabeles, las nubadas de polvo, el chirriar de los ejes, los botes de los baches, el agrio sudor humano, el temor de las aparicio-

nes bandoleriles. Cualquier José María de patillas, traje corto de caireles y trabuco naranjero echado a la cara—a la mala jeta—podía surgir en un momento cualquiera, bravo de Sierra Morena y flamenco de Guadalquivir. Y entre Alcázar y Madrid, el ferrocarril recién inaugurado por la hermosa matrona de blandas y alegres voluptuosidades que era la reina Isabel II. Viento de hollín caliente. Jadeo angustioso. Pitadas horrisonas. Y un asombro de caras paletas en las estaciones de tránsito. Y, sin embargo, ¡cuánto ha gozado Galdós, espíritu acuciado y azuzado de infinitas comezones! Precisamente el temor de irse a pique, de verse delante de un pintoresco salteador de caminos ceceante y calamocano, de descarrilar, le hicieron los días más ligeros y más risueñas las esperanzas.

A la salida de la estación, cuando aún marcha atarantado y rebultado, unos consumidores—aguardentosos perseguidores del matute—, a los que se les lacia los bigotes y las perneras de pana, le interrogaban acerca del contenido de los cuatro bultos. Galdós sonríe. De muy buena gana les respondería: «¿En éste? ¡Ilusiones! ¿En éste? ¡Proyectos! ¿En éste? ¡Grandes obras por escribir! ¿En éste? ¡La fe y la esperanza mías en mí!» Claro está que, después de la sonrisa, ha de confesar la verdad. Ropa sucia y ropa limpia; ; muy poca. Restos

(1) Uno de los más minuciosos biógrafos y comentaristas de Galdós—el señor Gutierrez Gamero y de Laiglesia—prueba, sin género de duda, que el gran novelista debió de llegar a Madrid a fines de septiembre de 1862, ya que aparece matriculado en la Facultad de Derecho de la Universidad Central, curso 1862-1863, en las asignaturas de Historia Universal, Geografía y Literatura latina; disciplinas en las que obtuvo, respectivamente, las calificaciones de notable, sobresaliente y notable. Los restantes críticos de Galdós fijan su llegada a la Villa y Corte entre 1863 y 1864.

de comida. Versos escritos a lápiz. Felizmente para él, nada de aquello paga portazgo. Aún camina un poco más. Y ya en medio de la glorieta, arrimado al reverbero monumental que reemplaza a la antigua Puerta—que no fué sino un mingitorio popular—, se detiene y abandona sus bártulos sobre las losetas de la calzada. Allá, en sus Islas Afortunadas, ha leído él y ha releído a sabor las viejas encantadoras guías que de Madrid escribieron Fernández de los Ríos y Mesonero Romanos. Las trae resobadas en su equipaje. Juraría que se las sabe de memoria.

Lo que ve delante de sus narices tiene que ser el *Salón* del Prado Viejo, orlado por varias calles de álamos; el *Salón* por el que *planearon* las currutacas y los lechuguinos amados por los Moratines y Bretón de los Herreros, las suripantas de coro de las óperas de Bellini, bien pagadas por los banqueros tipo marqués de Salamanca, los vizcondes cazadores de dotes y muy aficionados a dispararse pistolones en la Alameda de Osuna; las damas tipo Eugenia de Montijo, que piensan que de un momento a otro va a llegar el Napoleón III que las hará reinas de Francia. A su derecha, sobre un altozano cuyos estragos geológicos saltan a la vista, ligero y clásico, aquél *debe de ser* el Observatorio de Villanueva. Columbra más lejos, más a la derecha, sobre una peana, recortada entre barrancos y desmontes, la fachada barroca de Nuestra Señora de Atocha, hasta la que lleva un estrecho camino de olmos—el milenario carrascal de Balecas—festoneando un desnudo terraplén de cal y de greda. Galdós busca ávidamente, Prado adelante, algo que le es familiar por las buenas litografías: el Museo. Y en el Museo, miles y miles de fantasmas deliciosos, que se decidirán a hablar en cualquier momento, desentendidos de los paisajes diversos que le sirven de fondo. Entre la fronda cuajada y remecida vislumbra la rojiza sensación de sus muros, la clara línea

horizontal de sus cornisas, el suave remate dorado de sus frontones.

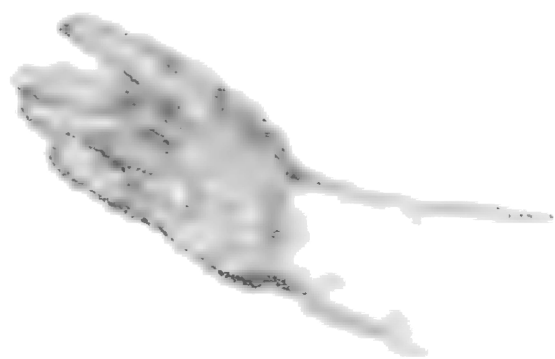
¡El Museo del Prado! El rincón de las mejores sensaciones. El refugio de los más bellos recuerdos. Muchos, muchísimos ratos se proponía pasar Galdós en él, más abiertos los ojos que nunca, más que nunca impasible escrutador. Admirando, sí, pero... mirando, remirando. Vuelto a la zurda, contempla el viajero el caserón enorme que es el Hospital Provincial y la peliaguda cuesta que es la calle de Atocha, cerrada con suavidad hacia Antón Martín entre caserones insignes. Y por todas partes, sobresaliendo de los tejados tejeros, de las chimeneas chatarras, de los desnudos lienzos sucios, torres y torres muy semejantes: campanarios escuetos rematados en un pináculo con cruz de hierro y jaula de unas campanas sin temple. Mentalmente, con los correspondientes interrogantes, Galdós enumera: ¿Las Trinitarias, donde yace inencontrado Miguel de Cervantes? ¿San Antonio del Prado, en el que colocó el duque de Lerma los restos de su glorioso ascendiente el duque de Gandía? ¿Jesús Nazareno, donde canturriaron las primeras monjas del Caballero de Gracia? ¿Las Calatravas, orondas de funciones y de ceremonias de caballeros cruzados? ¿Santa Isabel, la casa-recogimiento, con el colegio real de las niñas meninas, que fundó el piadoso Felipe II? Torres, y torres, y torres, y torres... Lo más agudo del barroco madrileño buscándole las cosquillas al ámbito sutil perfumado con acacia.

Un soguilla—mezcla peculiar de chulo y de vagabundo—se acercó al pasmado contemplativo, pretendiendo llevarle los bártulos y conducirle a una posada *chipén* de la calle del Olivar, en la que cobraban siete reales y daban *principio*. Se negó, rotundo, Galdós. Recuperó su equipaje y echó a andar. Deseaba ir un poco a la aventura con ventura, encontrar posada sin buscarla, rozarse con los transeúntes, esquivar las berlinas y las tartanas, recoger los timos del caló ma-

drileño, fisgar los portalones, oír los pregones peculiares, tragar el polvo que levanta el riego de los carros cubas. Se notaba encantado. Se sentía eufórico. El entraba en Madrid; pero Madrid ¡cómo iba entrando en él! Debió de bajar del vagón con el pie derecho. Los pasos que daba tenía la íntima convicción de que eran los primeros pasos de su vida por la Vida. Acababa de nacer. Era madrileño legítimo. Legitimado, mejor, con todas las de la ley. Despertaba de un sueño de veinte años, del cual, poco a poco, voluntariamente, acabaría por olvidarse en absoluto.

Con un ansia infinita de escribir, de hacerse célebre, era él—no podía ser de otra parte—de donde eran Lope, Tirso, Quevedo, Calderón, Moreto, Ercilla, Montalbán, Moratín y tantos otros ingenios de la Literatura española. Y lento, lento, muy lento, cargado, cansado, sucio, Galdós echó a caminar hacia adelante de sus miras, por el Prado, queriendo disimular su paletaría, queriendo no hacerse de nuevas ante las cosas que se le iban presentando... El Botánico, apoteosis de todas las gamas verdes lucidas y lúcidas, en el que los primeros románticos habían bebido el vinagrillo de las livideces. La Real Fábrica de Platería, tan ruin. El Museo, prodigio de líneas, belleza alargada con elegancia, redoma de fantasmas. Los palacios de Medinaceli y Villahermosa, esquineros, traza y estilo venidos a menos. El encumbrado monasterio de San Jerónimo, dorada añagaza del Renacimiento. Las fuentes de la *Alcachofa*, de *Neptuno*, de *Apolo*, regias sin serlo, añorando quizá el jardín Borbón. Las frondas cerradas y centenarias del Buen Retiro, sobre las que volaban solemnes aves cetreras. Y lento, lento, muy lento, arrastrando los pies, casi insensibles ya los brazos, echándole humos la cabeza, al azar, llegó el aprendiz de novelista a la Cibeles, meca del auténtico madrileñismo y de la genuina madrileñería. Pasar por aquella plaza, presidida por la diosa matronil repañ-

tigada en su carro sirio tirado por leones, le parecía a Galdós tan necesario como su bautismo. Cuando pisase, al otro lado, la calle de Alcalá, ya sería



Dibujos de maja y mano, por don Benito Pérez Galdós

un madrileño de condición y de carácter. Ahora, allí pasmado, no era sino un fervoroso catecúmeno.

El *bautismo* de madrileñidad imprimió tan indelebles características en Galdós, que puede asegurarse que Lope de Vega y él han sido los escritores más madrileños que ha habido en los siglos de los siglos. De entusiasmo espontáneo.

De orgullosa jactancia. De incondicional adhesión. De fervor íntimo. De conocimiento sutil. Cuando querían, y aun sin querer, a los puntos de la pluma les rezumaban incontenibles la tinta simpática, las medias tintas, la buena tinta—que es el saberlo todo—, la tinta comunicativa, y las tintas recargadas del madrileñismo.

Asombra pensar cómo lo entrañable de un ambiente puede calar hasta lo medular de un temperamento. Una primera impresión—reaccionando más al ácido de la suposición que al álcali de la convicción—, cayendo sobre el precipitado de las lecturas panegíricas y de los ensueños moceriles, bastó para empapar el alma del nada romántico canario. Y eso que Madrid, en 1863, no era aún, pese a los primores arquitectónicos de Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva, a los compases de rigodón erudito de Carlos III y su Corte, a los celos constitucionales de los ministros poetas románticos, al sencillo sentido común sin vuelta de hoja del corregidor Pontejos—el de los primeros reverberos, las primeras alcantarillas, los primeros quioscos de necesidad y los primeros guardias urbanos—, sino un lugarón partido en dos por una servidumbre de cañada—la calle de Alcalá—. Le faltaban los barrios de Pozas, Argüelles, Vallehermoso, Chamberí—en parte—, Almagro, Buenavista, Retiro. Madrid, en 1863, terminaba por el Norte en las puertas de San Bernardino, Bilbao, Santa Bárbara y en la Fuente Castellana; por el Oriente, en el Arco de Alcalá y en los Jardines del Buen Retiro, y se cerraba al Poniente con el pasador del río. En 1863, las calles de la villa se limpiaban dos veces por semana. Con el alba aparecían los primeros carros de la basura, que dos horas más tarde desfilaban hacia Tetuán o los Carabancheles.

Se celebraba feria diaria en la plazuela de la Cebada, donde se levantó el patíbulo en que murió Riego, el más canturriado y miedoso de los liberales. Monsieur

Blodin, un francés, un cuarentón de mostachos napoleónicos—del tercer Napoleón—y gestos circenses aparatosos, hacía mil y una acrobacias en la cuerda floja tendida sobre las linfas del estanque del Retiro. La Cibeles aún miraba hacia el Prado, y Neptuno, hacia Recoletos. Había un estanque de perros en la montaña del Príncipe Pío; un mercado—chalanería, navajazos, tintorro y moscas—en las Vistillas, aledañas al palacio de Osuna; memorialistas al aire libre y todo espécimen de vendedores representativos de las regiones andaba suelto y desgañado por las calles; el de los velones y palmatorias de Lucena, el del «¡Arrope rico de la Mancha!», el horchatero valenciano, el de «¡Miel de la Alcarria, miel!», el de «¡Componer tinajas y artesonees, barreños, platos y fuentes!», el albaceteño de las navajas y tijeras, el de «¡Por dos cuartos se dan los fijos de la lotería y el sino de cada persona!», con sus pajarracos amaestrados—, y los típicos madrileños, como el arenero de San Isidro; el de las perdices, conejos y palominos de la Casa de Campo; la de las violetas tempranas y las lilas blancas, el de las «¡Cien cerillas por dos cuartos!»,

El Madrid que halló Galdós en 1863 era un lugarón destartado y como descuajaringado, un poco sucio, un mucho sentimental, monumental lo indispensable, lleno de graciosa simpatía y derrochador de un indefinible encanto. Galdós, en 1863, al azar, fué a dar con su humanidad y con sus bártulos a una pensión de la calle de las Fuentes, número 3. La calle, situada entre la del Arenal y la plazuela de Herradores, pina y tórtiga, de antiguos casones de vecindad, que en los planos de Teixeira (1656) y de Espinosa (1769) ya figuraba con idéntica denominación, debida a una fuente—con tres caños—de agua gorda y ferruginosa que mandó colocar el Concejillo de la Villa a fines del siglo xvi. La pensión era de una frugalidad y de una sencillez espartanas. Combatido con

saña lo superfluo. Transigido a regañadiente lo indispensable. Los huéspedes pagaban—sin gran puntualidad—diez o doce reales diarios. Un piso segundo, estrecho y hondo. Papeles de flores descoloridas y de pájaros viejos en las paredes. Camas de hierro con colchas de pesada puntilla de bolillos. Cromos de santos sobre las cabeceras. Aguamaniles de hierro dulce con la costra azucarada que imita la porcelana. Comodines y sillas de anea rencas. Flores de papel dentro de fanales. Candiles. Hedor bravo a minino y a berzas cocidas.

La habitación de Galdós—que diera competencia a la celda del capuchino más desasido de las pompas reales—era estrecha y oscura; su ventana caía a un patinucho lleno de colgantes a secar y oteado de caras lívidas. El futuro genial novelista no se desanimó por ello. ¡Para el tiempo que él pensaba vivir allí...! Ni en ningún otro lado. Porque él venía a Madrid a desvivirse. Escribiría en los cafés, en el Ateneo, en las bibliotecas públicas, en los bancos de los paseos, en los pupitres de la Universidad. Pasearía dos o tres horas diarias, barzoneando por ahí. Asistiría al gallinero de los teatros, molécula de la expectación general. Concurriría a los festejos populares: verbenas, romerías, procesiones, carnavales, bailes y corridas de toros, gota de la ola humana fluída por la curiosidad. Viajaría tanto como se lo permitieran sus recursos. En efecto, de los siete meses que duró su estancia en la pensión de la calle de las Fuentes, apenas si las noches—y eso partidas—las pasó en su cuchitril y sobre su yacija, en varios dobleces su alta estatura.

Tampoco escribió ni mucho ni poco en aquellos meses. Los dedicó con un fervor de peregrino a recorrer Madrid de punta a punta, en los treinta y dos sentidos de la rosa; a pasear sus callejas y callejones, pasadizos, costanillas, rondas, derrumbaderos, travesías, recovecos y soportales; a curiosear los templos, los museos, los teatruchos, los vie-

jos salones de baile, los viejos cafés de abolengo, los pretenciosos centros de cultura—sociedades y academias—, los reales aledaños de aparatosas ceremonias: a observar los tipos y las costumbres, los decires y los gestos en los lugares más típicos; posadas de las Cavas, bodegones de la plaza Mayor, baratillos del alto de Carretas, mercados de la Caza y de San Miguel, covachuelas del Arenal; a encantarse en la contemplación de los paisajes que no se sabe si Madrid guardó para Velázquez o Velázquez pintó para Madrid; la fronda majestuosa del Campo del Moro; la delirante naturaleza, en verde y plata, de El Pardo y de La Zarzuela; la umbría de los sotillos de Santiago el Verde, Migas calientes y La Florida; los yermos impresionantes de San Bernardino y Abroñigal. ¡Qué deliciosos aquellos meses para el formidable observador, pertrechado de todos sus adimínculos perfectamente calibrados! Se levantaba con el alba. Desayunaba unas tibias sopas de leche. ¡Y a la calle! A capricho, a veces. Y, en ocasiones, al azar. Fiándose más de éste que de aquél. A paso ligero. O a paso de procesión. Deteniéndose aquí. Remoloneando acullá. Y fué imponiéndose en el conocimiento y en los ritos de Madrid, claves de vida y temas literarios. Todo le sorprendía, le suspendía y le placía.

En el cerrillo de San Blas, copete de color polvo jumento, las chozas de los gitanos con su caló estridente y sus bestias famélicas. En la Puerta del Sol, la fuente central monumental, cuyas aguas, lloviznadas en arcos, conseguían iris asombro de la palettería. En la plaza de Armas, el relevo de la guardia palatina; perillas, faldones y alabardas, caballos lustrosos caracoleantes, roses y morriones, sables partiendo los reflejos, salvas de trompetas y añicos de tambores. En el Prado, la corriente mansa de las paseatas que arrastra los cintajos, los almidones, las ricas preseas, las ensayadas ceremonias, las reminiscencias empalagosas de las melodías de Bellini y Donizetti; y en el

de color de rosa y con flecos, según él mismo confiesa: «Entré en la Universidad, donde me distinguí por los frecuentes sonidos que hacía. Escapándome de las clases y paseando por los jardines, plazas y paseos públicos, me dedicaba a la lectura de una novela y una gaceta capital. Mi vocación literaria se iniciaba con el prurito dramático, y mis días se me iban en planear por las calles imaginando parte de las trovas en circulación; cuando a las once de la noche me encontraba en casa, me quedaba a dormir y a pensar en la vida que me esperaba al día siguiente».

~~SECRET~~ ~~CONFIDENTIAL~~ ~~SECRET~~



—Pues, ¿dónde? ¿Qué se propone?
Y si la intención es volver y la carta se
entrega a la misma hija? —Y, luego, con
la satisfacción de la familia reunida
de la casa.— ¡Hay la quinta vez re-
petido por la presencia del administrador
de la casa!

[illegible]

No; aquellos meses no estudió, al pa-

recer, Galdós. Aclararé: no estudió la ciencia que se aprende en los libros. Estudió del natural al natural. Se licenció y se doctoró en madrileñismo. Y con tal éxito, que el sumo catedrático de lo castizo, don Ramón de Mesonero Romanos, cronista sin par de Madrid, años más tarde, asombrado de que, quien sin ser madrileño, tanto y tanto y tan bien conociera la villa y corte y la amase con tales muestras, regaló a Galdós su más preciado recuerdo: un pedazo de pan del año del hambre. Galdós—entiéndase esto—estudió tanto, que quedó capacitado para ser el primer novelista de Madrid y el segundo de España. Muy atinadas son las observaciones de *Clarín* acerca de cómo y hasta qué punto quedó Galdós transformado en madrileño neto y apasionado. Recordémoslas:

«De lo que no hay rastro en sus novelas es del sol de su patria; ni del sol, ni del suelo, ni de los horizontes; para Galdós novelista, como si el mar se hubiera tragado las Afortunadas. Este poeta, que ha cantado al mismísimo arroyo Abroñigal, y que se queda extasiado—yo le he visto—ante el panorama que se observa desde las Vistillas, que cree grandioso el Guadarrama..., jamás ha escrito nada que pueda hablarnos de los paisajes de su patria; no sabe que el sol de su patria..., a lo menos en sus libros. Jamás ha colocado la acción de sus novelas en su tierra, ni hay un solo episodio o digresión que allá nos lleve. La patria de este escritor es Madrid; lo es por adopción, por tendencia de su carácter estético, y hasta, me parece..., por agradecimiento. Es la primera y única verdad entre los escritores que ha sacado de la corte de España un venero de observación y de materia romancesca, en el sentido propiamente realista, como tantos otros lo han sacado de París, por ejemplo. Es el primero y hasta ahora el único. A Madrid debe Galdós sus mejores cuadros y muchas de sus mejores escenas y aun muchos de sus mejores personajes.»

III

NUEVOS ESCENARIOS QUE SE PARECEN A LOS ANTIGUOS.—
LA EMOCION INMENSA SURGE.—DRAMAS Y MAS DRAMAS.—
LOS BULLANGUEROS, LOS REVOLTOSOS AMIGOS.—EL VIEJO
ATENEO DE LA CALLE DE LA MONTERA.—GALDOS VA CONO-
CIENDO A LOS FUTUROS PROHOMBRES.—EL «RASGO» DE
ISABEL II Y LA NOCHE DE SAN DANIEL.—¡ESCONDE LA CA-
BEZA, QUE TIRAN A DAR!—EL AÑO DEL COLERA.—EL CAFE
DE LA IBERIA Y SUS MISTERIOS.—¡HA ESTALLADO LA RE-
VOLUCION!—LA CUERDA SE ROMPE POR LO MAS DELGADO.
«¡QUE VIENEN LOS LIBERALES; MUCHACHA, ATRANCA LA
PUERTA!»

No vivió Galdós en el hospedaje de la calle de las Fuentes sino pocos meses: A principios de 1864 se trasladó a otra de la calle *del Olivo*—hoy de *Mesonero Romanos*—, número 9, esquina a la *de la Abada*. El escenario varió muy poco, justo es decirlo. Otra casa vieja. Otra escalera oscura, crujiente. Otro piso hondo y estrecho, con los papeles de las paredes rameados, desportillados los baldosines, con carcomas las maderas y el olor a gato y a berzas cocidas. El precio, similar: ocho reales. La patrona, semejante: vieja, enjuta, sospechosa de limpieza íntima, destemplada la voz. Las comidas, idénticas: mucha fécula, mucha verdura, vino bautizado y recuelo de café. Los mismos inconvenientes: la cama, estrecha y con chinches veraniegas inamovibles; las vistas, a un patinillo lóbrego; las sillas, de gutapercha, destripadas por el fondo; la palangana, del diámetro de un duro... Y, sin embargo, en esta casa vivió Galdós hasta 1873; en ella escribió milés y miles de cuartillas, quemadas muchas, guardadas inéditas bastantes; en ella estudió... ¡sí, señores, estudió en los libros...!, los cursos de la licenciatura en Leyes con cierto aprovechamiento; en ella, él, tan observador de todo, tan desdeñoso de sí, tendría sus primeros sueños de gloria perfectamente ajustados a los escenarios de su Madrid querido; en ella cultivó esas primeras rebeldías que experimentan las almas buenas cuan-

do se enfrentan con esas cosas que se llaman problemas sociales, en los que unos viven bien y otros mal, suben unos y otros bajan, unos mandan—a lo peor, mal—y otros desobedecen—a lo mejor, bien—, unos gozan y otros sufren, a unos se los lleva el diablo en coche, y a otros, a ratos a pie y a ratos andando. Estudiar... Mal comer... Pasear... Remirar... Conversar... ¿Qué más hacía Galdós aquellos años de 1864 y 1865? «Yo enjaretaba dramas y comedias con vertiginosa rapidez, y lo mismo lo hacía en verso que en prosa; terminada una obra, la guardaba cuidadosamente, recatándola de la curiosidad de mis amigos; la última que escribía era para mí la mejor; las anteriores quedaban sepultadas en el cajón de mi mesa. Claro es que yo frecuentaba los teatros, principalmente en los estrenos. En una localidad alta del teatro Español asistí al estreno de *Venganza catalana*, del maestro García Gutiérrez, y quedé tan maravillado, que al volver a casa no se me ocurría más que quemar mis manuscritos..., pero no los quemé; lo que hice fué imaginar otras cosas conforme al patrón del drama que había visto representar a Matilde Díez y Manuel Catalina...»

Más, más hizo, mucho más, Galdós, en aquellos años de 1864 y 1865, que estudiar Leyes—cada vez más engorrosas y latas en ambas acepciones—y que escribir dramas, él, tan apasionado por cuanto fuera

observar sin apasionamiento. Concurría después de almorzar al Café Europeo, situado en la calle de Sevilla esquina al callejón de los *Gitanos*—hoy *Arlabán*—, y punto de reunión de cómicos sin contrata y con la bilis revuelta, toreros de invierno de estampa y decires fachendosos, políticos de vía estrecha y taifas de pocos vuelos devoradoras de pájaros fritos. Galdós ocupaba una mesa cualquiera, se tomaba un café con leche por veinticinco céntimos y observaba, observaba, escuchaba como sin oír, fuma que te fuma tagarninas de a cuarto. Chismes. Chascarros. Envidiejas noveladas. Sueños hiperbólicos. Y una fraseología nada académica, hibridez de *timos*, interjecciones y disonancias. Algunas tardes se encaminaba el gran espectador a los Campos Eliseos, situados cerca de la puerta de Alcalá, casi frente a las tapias del Retiro, sitio ameno, de múltiples distracciones populares: *tiovivo*, un laberinto perdedero de amores, cierto teatrillo llamado de Rossini, un quiosco donde Barbieri dirigía los conciertos y un templete como adorno de hipotética tarta rocócó, que aún hoy se admira en el trozo de jardín—que fué del marqués de Zafra—, número 4 de la calle de Velázquez. Allí observaba a la clase media: muchachitas casaderas emperejiladas con cuatro trapitos, mamás redichas, probos funcionarios *de la situación* y de seis mil reales con descuento, jovenzuelos que iniciaban sus escarceos amorosos y su pedantería; allí presenció Galdós, un tantico retirado y boquiabierto, el banquete que los progresistas dieron al discrepante Olózaga, el día 4 de mayo de 1864, y al que concurrieron, entre otros prohombres, Sagasta, Prim, Salmerón, Ruiz Zorrilla, Montemar...; allí escuchó muchas frases saturadas *del fuego del patriotismo*. Y aquel banquete no le desaprovechó, sin haber comido, a nuestro gran novelista, ya que fué presentado por León y Castillo a la mayoría de los periodistas madrileños: Alberto Aguilera—sin la orondez aún de la Alcaldía—, Alvarez Lorenzana, Pascual Madoz—que se comía el tabaco—, Valero de Tornos, Angel Sandoval, Eduardo Lustonó—gran maestro y gran maestro del retruécano—, Chico de Guzmán... Y por si esto no fuera ya suficiente, en los Campos Eliseos oyó Galdós cantar al celeberrimo Tamberlick y tocar, por vez primera en una orquesta, a Beethoven. Otro de los sitios más frecuentados por el ávido estudiante de vidas era el viejo Ateneo de la calle *de la Montera*, un viejo caserón de salas con los techos altos estucados a relieve, espejos moteados y palmas secas dentro de jardineras de porcelana por los rincones, butacas forradas de bayeta azul celeste, retratos malos por el procedimiento del daguerrotipo en marcos del más abultado barroquismo, cornucopias y alfombras raídas. Al Ateneo—que ocupaba todo un piso segundo, precisamente sobre el que tenía alquilado la Academia de Jurisprudencia—concurrían políticos, literatos, eruditos, conspiradores de profesión, tímidos *sablistas* de cortesanas maneras, lectores empedernidos, almas sencillas del buen dormir... En el Ateneo, a todas horas del día y de la noche, se conversaba apaciblemente de arte, se discutía de literatura, se vociferaba de política, se susurraban las noticias que debían saber pocos, se lanzaban con frases estudiadas de múltiples acepciones los disparatones más grandes, que luego en la calle harían el efecto de bombas. En el Ateneo había rincones propicios y remansos apacibles, escolleras hostiles, parapetos bélicos, fortalezas inexpugnables. Galdós iba allí de un lado para otro, como el que no hace nada o el que papa moscas, observando, escuchando, sacando advertencias... Allí conoció a los personajes sobresalientes de la época y en su misma salsa. A Castelar, ya barrigón y de mostachos rectos imponentes, con su facundia suelta, resuelta en una voz de barítono y en unas actitudes de ensayo general ante el espejo. A Francisco Silvela, el gran *cuco*, cauto siempre y siempre sonriente, muy hábil en la puntadita. A

Miguel Morayta, el historiador, muy currinche y vivaracho, susceptible como pocos, aquejado de disnea y de prejuicios históricos. Al tremendo Ríos Rosas, efervescente igual que la gaseosa y, como la gaseosa, un tanto inocuo. A González Bravo, con su aire hipocritón y sus vocablos rebuscados. A Narváez, más perillán que ninguno, de quien nadie podría presumir—aun viéndole sacar el pecho y torcer la boca—que era el inventor de las famosas *cuerdas de Leganés*.

En el viejo Ateneo de la calle de la Montera escuchó Galdós a don José Zorrilla su disertación acerca del romanticismo poético en España, que escucharon casi casi a codlos con él, sin fijarse, Echegaray, Narciso Serra, Adelardo López de Ayala, los hermanos Bécquer, Ventura de la Vega, Tamayo y Baus... Lo mismo que un duende de camarilla, iba y venía Galdós, dale que te pego, por aquella docta casa, a caza de la impresión sorprendente—y sorprendida—de los tipos y de los tipismos delatados, del diálogo del momento, de la sinfonía cotidiana. Allí fué allegando para su pluma los aciertos del naturalismo, la conciencia de la espiritualidad española contemporánea. Siempre retraído y siempre atareado. Dueño de sí. Pero ajeno a sí. Era el gran vigía siempre alerta. Por las saetías y por las aspilleras de su atalaya fué captando un cúmulo inmenso de conclusiones. Dotado de aptitudes prodigiosas, él, seco, casi glacial, reservadísimo en el trato, supò hacer de cada indicio el vértice de un amplio cono luminoso; le bastaba un rasgo para inducir el despliegue cabal y minucioso de un carácter; sobre un dato episódico arbolaba con galanura la armazón de una existencia entera. Bajó la colosal lente microscópica que era su don adivinatorio, la vida resbalaba—para sólo él—, agigantadas y rútilas, mil facetas de cada realidad, y mil realidades en cada sentido, y mil sentidos en cada sentimiento, y mil sentimientos en cada minuto.

Estudiando Derecho civil se hallaba

Galdós la mañana del 8 de abril de 1865, cuando irrumpió en su cuarto León y Castillo, excitado por la noticia y esgriemiendo un número de *La Democracia*:

—¿Has leído el artículo de Castelar? ¿No? Se titula *El rasgo*. ¡Admirable! ¡Un balazo certero! Ante la apurada situación de la Hacienda, la reina propuso vender los bienes del Real Patrimonio, reservándose ella únicamente el veinticinco por ciento y entregando el setenta y cinco al Tesoro... ¡El rasgo! Cuando en el Congreso Narváez anunció *el heroico sacrificio real*..., ¡diputado hubo que se echó a lagrimear de emoción! Los periódicos gubernamentales ponen por las nubes a la augusta señora... ¡Con Isabel Primera la comparan! ¡Figúrate! Menos mal que don Emilio, una vez más, ha dado en el blanco... ¡Menudo negocio el que tapa *el rasgo*! ¡Pero si el Real Patrimonio no es propiedad de los reyes, sino de la Corona, inalienable, intrásmisible particularmente...! ¡Chico, *la que se ha armado*! Sesión tormentosa la de anoche en el Congreso... Narváez, que avisa de muy mal humor al rector de la Universidad, don Juan Manuel Montalbán, exigiéndole la destitución del procaz catedrático republicano por el delito de haber descubierto *el pastel*... El digno rector, que se niega a tal felonía y que presenta su dimisión... Con Montalbán han dimitido Nicolás Salmerón y Miguel Morayta... ¡Figúrate! Los estudiantes andan soliviantados... Han roto todos los cristales de la Universidad y dedicado una espantosa silba al marqués de Zafra, nuevo rector nombrado precipitadamente...

Y en su toma de posesión, en pleno paraninfo, cuando su oratoria era más flúida..., ¡zas!..., un huevo lanzado alevosamente se estrelló en su mejilla y le tiñó de amarillo su patilla... ¡Figúrate! Alberto Aguilera, Benítez de Lugo, Celestino Rico y tres o cuatro más se han ido a ver al gobernador, Gutiérrez de la Vega, para pedirle permiso y dar una serenata de desagravio al rector dimisiona-

rio... ¿Qué te parece, Benito? ¡Hala! ¡Vente! Vamos a reunirnos todos en la calle del Arenal, frente a San Ginés, con cuantos instrumentos de cuerda y viento y estridencia están al alcance de nuestras manos... ¡Vamos, hombre! ¿No te pirras por observarlo todo?

Y León y Castillo, tirando materialmente de él, por un brazo, le arrastró a la calle. Al salir a la *del Carmen*, oyeron los ecos de una bulla descomunal. Silbidos. Pítididos. Estridencias de latas atacadas con palos. Carlancones removidos con furia.

—Chico, ¡qué juergazo!—comentó, excitadísimo, el guía.

Galdós se *dejaba* ir, movido exclusivamente por su afán de verlo todo, pero como quien añasca y olisca. Las calles adyacentes a la *Puerta del Sol* hervían de un gentío removido lo mismo que el mar a fuerza de oleaje y de rumores. Por las aceras, el público expectante, ese que no falta a ningún espectáculo gratuito, pero que, en resumidas cuentas, no se mete en nada. Por las calzadas, grupos de escolares con ganas de bronca, muy jaques y provocadores, removiendo matracas, agitando carracas, aireando insultos a voz en grito, enronqueciendo a fuerza de desgañitarse en vivas y mueras. Vivas a Montalbán y a los catedráticos dignos. Mueras a los neos y al Gobierno. Por la *carrera de San Jerónimo*, más de dos mil mozancos—a los que se habían sumado los inevitables agitadores, pescadores a río revuelto—, en una traza de auténtico motín, llegaron hasta la calle de *Santa Clara*, donde vivía don Juan Manuel Montalbán. ¡Y allí fué Troya! Hubo de asomarse al balcón el susodicho, y tras de hilvanar unas frases de gratitud, suplicó a los manifestantes que se disolvieran pacíficamente. Con la música se fueron éstos a otra parte. Pero al retornar a la *Puerta del Sol* los aguardaba, bien en el escondite de los portales, bien en el tapadillo de los esquinzos, la Guardia veterana—coro de bigotes y de roses mugrientos—, que, armada de ver-

gajos y estacas, con las culatas de los fusiles y con la funda de los charrascos, cayó sobre ellos a la inesperada y los dispersó entre sustos, alaridos, carreras alocadas, escaparates hechos añicos, cierre de portales... No fué Galdós de los que menos corrieron, ya que sí de los más sorprendidos. Pero aún le aguardaba una más veloz huída. Despechados los estudiantes por lo que reputaron como una cobarde represalia de los neos, y más resueltos, acudieron ante el Ministerio de la Gobernación, a las nueve de la noche del día 10 de abril, festividad de San Daniel. Iban formando grupo Galdós, Alberto Aguilera, León y Castillo y un hijo del marqués de la Florida. Se quedaron arrimados a una fachada, entre la calle *del Carmen* y la de *Preciados*; ellos eran—todo hay que decirlo—de los expectantes, por no sospechar que de los espectadores. Se llenó la popular plaza con los alharaquientos escolares y con las gentes ociosas de las que van a ver qué pasa y en qué para aquello. Los mueras, bien acompañados de los calificativos menos cortesanos, zumbaron sin respiro. Y es lo cierto que quienes así picaban iban ya picando demasiado alto o demasiado en lo alto, que para el caso es igual. Contra González Bravo. Contra el duque de Valencia. Contra la camarilla palatina. Contra la augusta señora *del rasgo*. Sin previos toques de atención... y rompan filas, la Guardia veterana—cumpliendo órdenes de Narváez, que, con González Bravo, se hallaba en el portalón del Ministerio—, esta vez sin contemplaciones, con la punta y el filo, con la saña y su tantico de regodeo, que para eso la interrumpían en su manso «dar otra vuelta a la manzana», cayó sobre los desprevenidos escolares, y aun sobre la muchedumbre mirona y divertida. Aquella *turbamulta*, que no hacía sino gritar y apostillar cada grito con un imperativo categórico, recibió una granizada de sablazos acompañada del trueno de las fases definitivas.

El oleaje humano se encrespó antes de

romperse, ¡ay, y no sobre la playa, sino contra el acantilado! La resaca separó a Galdós de sus acompañantes; y el admirable escrutador, bazuqueado, codeado, pisoteado, rasgada una manga, perdido el sombrerete marrón, creyó oportuno confiar a sus piernas la huída por la calle *del Carmen*, entre los flecos aireados de la ondulación turbia y turbada de la turba, así sacudida por los resortes oficiales Corrió, ¡vaya si corrió Benito! Perdió su sombra y los alientos. Le alcanzaron los temores y las punzadas de costado. Volvía de vez en vez la cabeza—cara demudada, cabellos flotantes—para cerciorarse de que aún le perseguía, redoblando la angustia de su más que ligera, aligera fuga, un feroz guardia piloso y veterano, sacando chispas a los adoquines con los mandobles de su charrasco. ¡Vaya si corrió Benito, ocupándose, por una vez y muy a las claras, de su persona y olvidado de los demás! En tiempos de *record* ganó la plaza *del Callao*, subió por el callejón *de San Jacinto*, torció a la rampa *de la Abada* y buscó—metafóricamente y sin metáfora—el *Olivo*, esto es: calle y refugio. El miedo le duró dos días. Por los periódicos se enteró de las consecuencias trágicas de la algarada reprimida con tanta saña: quince muertos y más de cien heridos; y de que Ríos Rosas, en el Congreso, calificó a los apaleadores de los indefensos escolares *de miserables que habían deshonrado el uniforme*.

Un miedo mucho más terrible le esperaba a Galdós unos meses más tarde: los del estío de 1865. En Madrid se declaró el cólera. Esta vez no hubo frailes a los que echar la culpa del envenenamiento de unas fuentes. La gente, por hablar, dió en decir que el espantoso mal llegaba del Ganges (¡!), en alas de un viento *sui generis*, que lograba, a soplos efectos tan sorprendentes como los de que se dieran numerosos casos del contagio en los números pares de una calle y ninguno en los impares; miles en este barrio aristocrático—el *del Barquillo*—

y una docena mal contada en este arrabal emporcado—el *de las Injurias*—, donde desembocan las letrinas de la villa. Para hacer menos tristes aquellos días sofocantes en que las calles aparecían solitarias, a semejanza de las de un aduar africano arrasado, varios amigos, entre ellos Galdós, se reunían en el domicilio del célebre periodista Chico de Guzmán, sito en la calle de *Hortaleza*, y allí, medio en broma, medio en serio, se discutía de arte, de literatura, de política y hasta de toros, porque conviene anotar que a la tertulia aquella asistía el señor Antonio Sánchez García (a) *El Tato*, fundador, más tarde, de una famosa escuela de Tauromaquia y persona con sanas comezones de ser alguien, y en pleno apogeo, entonces, su competencia con el—en un sentido social categórico—ordinariote diestro *El Gordito*, muy fachendoso, flamenco y analfabeto. Y, como es natural, tampoco eran escasos los comentarios provocados por la epidemia que mataba, a diario, en Madrid, a un centenar de seres. Los contertulios, siguiendo los consejos de un flamante doctor en Medicina llamado don Juan de la Puerta, llevaban taponadas las narices con unos algodones impregnados en alcanfor, azufraban bien el pavimento de las respectivas casas y se propinaban con una frecuencia elogiabile copazos de un viejo ron de Jamaica del que traían los bergantines de vela redonda dorada por los soles ultramarinos. Con lo que, si seguían ignorando la etiología del morbo, intentaban conseguir su profilaxis. Y aún les quedaban ganas de chunguearse de la plaga asiática.

Sin ideas políticas de ningún género, puramente empujado por un anhelo de vivir complicándose la vida, Benito Pérez Galdós distribuyó su tiempo entre los libros, los teatros y los jugueteos de conspirador los meses últimos de 1865 y los primeros de 1866. A él, Prim—y no era una alocución despectiva—le tenía completamente sin cuidado. Pero como era Prim quien conspiraba de firme y

por todo lo alto, entonces, desde la oposición, y, en ocasiones, para su mayor seguridad personal, desde el extranjero—casi carabinero de frontera complicado en el matute—, Galdós creyó curioso mezclarse con los partidarios del conde de Reus—Prim—y en contra del duque de Tetuán—O'Donnell—. Galdós concurría muy solapado y escurridizo—fingiéndolo muy bien—al Café de la Iberia, situado en la *carrera de San Jerónimo*, frente a la calle del Lobo—hoy *Echegaray* y debajo precisamente del piso que ocupaba el Casino del Príncipe—hoy de Madrid—. En dicho café se reunían—con la flor de la taimería truhanesca y con lo más coruscante de la villa en materia de periodismo y de literatura—muchos opositores a la política, que más adelante fueron grandes personajes en ella y por ella. Allí, Galdós, muy apreciado de todos como sujeto inofensivo y de una gran discreción, la mayor parte de las noches, desde las nueve hasta las doce, escuchaba con la boca cerrada a duras penas, de puro estupefacto, los discursos incendiarios, los planes descabellados, las promesas sorprendentes, los delirantes panoramas revolucionarios más allá de los cuales se escondía la pancea española. Como que se trataba de derribar al Gobierno moderado para aupar al general Prim, representante de un liberalismo de paños calientes y componendas. Para conseguir lo cual se intentaba explotar el descontento de los sargentos de Artillería acuartelados en el caserón de San Gil, a causa de haberseles privado de su escalafón, en el que podían llegar hasta el grado de comandantes.

En el ajo, como lugartenientes de Prim—desterrado en Portugal, pero ya con las narices metidas en Valencia de Alcántara—estaban los generales Pierrad y Moriones, don Manuel Becerra, Ruiz Zorrilla y Sagasta. En el *Café de la Iberia* se enteró Galdós de que los sargentos descontentos recibían las consignas en el número 3 de la calle de Jesús del Va-

lle; de que los elementos políticos acudían, para lo mismo, al número 10 de la *del Desengaño*; de que el primer grito subversivo debía darse—que luego no se dió—en Valencia, el 10 de mayo; de que a los sargentos de San Gil se unirían los regimientos de Infantería del cuartel del Príncipe Pío y los de los cantones próximos; que el éxito de la revuelta estribaba en que se siguieran al pie de la letra las instrucciones de Prim y se situaran los elementos complicados—paisanos y militares—en los puntos estratégicos que el dedo índice inflexible y la ruda voz tonante de don Manuel Becerra fueron señalando y nominando en un mapa minucioso de la villa y corte—que el propio Becerra, con su ayudante Joaquín Aguirre, tendría su Estado Mayor en el número 35 de la calle *Ancha de San Bernardo*, lugar bastante cerca del caserón de San Gil; que en los sótanos de la casa—*Pelayo*, 25—donde vivía Aguirre había un gran almacén de fusiles anticuados y de charrascos, que se irían repartiendo entre los más echados p' delante; que existía un banquero, cuyo anonimato se respetaba en absoluto, y a quien únicamente conocían los cuatro o cinco figurones de la complicación que financiaba la revuelta—el revoltijo, quizá, fuera mejor decir—con un millón de reales. Y de todo ello se fué enterando Galdós, patidifuso, mientras saboreaba los sorbitos de su café portorriqueño o las puntitas de cuchara de un helado de frambuesa digno de compararse con los famosísimos de Tortoni. Y fumándose unas brevas cubanas que valían unos cuartos y ostentaban unos sortijones de colorines crudos. Y, todo hay que decirlo, Galdós, que no perdía ripio en lo de oliscar y enterarse de todo, mientras atendía a las trapatuestas políticas no desatendía el observar algo no menos interesante; aquel entrar y salir de ciertas damas a las que les sonaban sus muchas campanillas, muy ardidadas y presurosas, con mantillas de blondas muy caídas sobre los ojos, escondidas las manos en los

manguitos de piel, arrastrando las colas de sus faldas, aún acampanadas, por aquella puertecilla de escape, mal disimulada en un ángulo, que se abría al callejón de los *Gitanos*—hoy de *Arlaban*—y que debió de ser alivio de no pocos malos pasos. Novelas... ¡Novelas...! Por todas partes. A todas horas. Con diversidad asombrosa de personajes y de ambientes, de ideología y de lenguaje. Novelas que tenían el compás—¿la pauta?—de espera en la entrada en el café de aquellos figurones de levitón, patillas de hacha, montecristo y bastón cachiporra, que todo el mundo sabía que eran de la policía secreta.

Durante algunos días, enfrascado Galdós en la biblioteca del viejo Ateneo, se olvidó de las novelas del *Café de la Iberia*. Por ello, quizá, le sorprendió en la madrugada del 22 de junio el estruendo de los cañones y de la fusilería. Su primer pensamiento, sentado en la cama, a manotazos con la inconsciencia aún, fué: «¡Ha estallado la revolución!» Se levantó rápidamente y se echó a la calle, afeitándose con el relente de la madrugada. «Los cañonazos—escribe—atronaban el aire; venían de las calles próximas gemidos de las víctimas, imprecaciones rabiosas, vapores de sangre, acentos de odio... Madrid era un infierno.» Galdós no confiesa que se le debió de cortar el resuello en el mismo portal de su casa; lo más lejos, a la vuelta de la primera esquina. Y que retrocedió más que aprisa y que subió a su piso de tres en tres los escalones. Pero lo da a entender más adelante... «A la caída de la tarde, cuando pudimos salir, vimos los despojos de la hecatombe y el rastro sangriento de la revolución vencida. Como espectáculo tristísimo, el más trágico y siniestro que he visto en mi vida, mencionaré el paso de los sargentos de Artillería llevados al patíbulo en coche, de dos en dos, por la calle de *Alcalá* arriba, para fusilarlos en las tapias de la antigua Plaza de Toros. Transido de dolor, los vi pasar en compañía de otros ami-

gos. No tuve valor para seguir la fúnebre trailla hasta el lugar del suplicio, y corrí a mi casa, tratando de buscar alivio a mi pena en mis amados libros y en los dramas imaginarios, que nos embelesan más que los reales.»

Dos o tres días después del drama, Galdós, con León y Castillo y Alberto Aguilera, se atrevió a presentarse en el *Café de la Iberia*. Parecióle que todos los ojos, inquisitivos e inquisidores, se posaban en ellos. En un rincón, los amigos de siempre, los perfectos conspiradores de mesa de café, mustios, comentaban los sucesos, haciéndose de nuevas. El vergonzoso ¡sálvese quien pueda! de los cabecillas—Becerra, Sagasta, Pierrad, Ruiz Zorrilla—, escondidos sabe Dios dónde, aun cuando, presumiblemente, debajo de la cama de cualquier sotabanco, entre las faldas de la camilla de cualquier chíribitil, cambiando de escondite cada veinticuatro horas. La muerte de los desdichados Torreblanca, Martorell, Valcárcel y Puig, oficiales y jefes sacrificados por los revoltosos sargentos. El fusilamiento, *en frío y en serie*, de cuarenta y cinco sargentos. La chusca salida de la *Gaceta*, publicando la sentencia de muerte en garrote vil de los inapresados Becerra, Aguirre, Castelar, Martos, Sagasta, Montemar y Carlos Rubio, alguno de los cuales leyó su sentencia en lo más cómodo del palacio de las de Villadiego, encarados con una mujer bonita, ante la perspectiva de una suculenta tajada. ¡En fin..., hasta otra! Era el obligado colofón. Y la rúbrica, un suspiro.

Durante algunos días, en previsión de reiteradas algaradas, se prohibió que las gentes anduvieran por las calles después de las doce de la noche; que se parasen en ella grupos de más de tres personas. Los cafés cerraban a las once. Los ciudadanos medían mucho sus palabras por temor a los oídos de espías. Los más audaces retirábanse medrosicos, igual que mochuelos a sus olijos, cuanto an-

tes. En las calles quedaban luciendo melancólicamente, sin hacerse jamás dueños de las sombras, los reverberos de esquinazo que implantó el señor marqués viudo de Pontejos. Y Galdós se rió mucho con aquella frase que se puso en boga entre las amas de casa—mientras hacían el acopio de sustancias alimenticias—: «¡Que vienen los liberales; muchacha, atranca la puerta!»

IV

EL APRENDIZAJE LITERARIO DE GALDOS HA TERMINADO. — LAS ALAS IMPETUOSAS.—¡PARIS!—OTRA VEZ PARIS, ROSA DE LOS VIENTOS DE EUROPA.—EN CHAPURREADO FRANCES, GALDOS SALUDA A BALZAC.—¿MADRID PEOR QUE PARIS? ¡QUIEN DIJO TAL ABSURDO!—LA REVOLUCION DE 1869: PROCLAMAS Y SOFLAMAS.—GALDOS, PERIODISTA POLITICO. LOS IDOLOS VISTOS DE CERCA.—ORATORIA Y EMPAQUE POSTIZOS.—LAS PRIMERAS NOVELAS.—EL «RACONTO» DE LA BOHEMIA... SIN MUSICA DE PUCCINI.—COMICOS, LITERATOS, POLITIQUEROS Y OTRAS GENTES DE MAL VIVIR.—LAS CONSTITUYENTES Y SUS PARASITOS.—EL TERCER SITIO DE ZARAGOZA.—¡EN LA CALLE «DEL TURCO»... ACABAN DE MATAR A PRIM! DON AMADEO, REY DE ESPAÑA

1868. El aprendizaje literario de Galdós ha terminado. Sus estudios, también. ¿A qué va a dedicarse? Ni hablar del Foro. Galdós no siente la profesión. Le repugnan por igual el leguleyo, el pleitista, el engreído asesor, el seco articulado de los códigos, presto a mil interpretaciones antípodas, y todas ellas razonables, el formulario y el formulismo y los lugares comunes. A Galdós le han crecido unas alas gigantescas. Las nota él impacientes. Volará. ¿Hacia dónde? ¿Hasta dónde? El pasado verano de 1867, con uno de sus hermanos y el hijo de éste, ha visitado París. ¿Se dan ustedes cuenta de lo que ello significa para un literato en ciernes, en plena época del romanticismo decaído, que es más que decadente? ¡París! Los lectores deben meditar mucho en lo que significaba París, Francia, en 1867, durante el Segundo Imperio; discreteos literarios de Mérimée con la emperatriz Eugenia, preocupaciones turcas y romanas de Napoleón III, peroratas pseudo-históricas de Thiers y Gambetta, rebrote de un lirismo satánico en el Barrio

Latino a cargo de los simbolistas envenenados de ajeno, acordes bulevarderos de cancan. ¡París! Ombligo del mundo. Eje de la política y de la diplomacia. Gozne de la cultura europea. Imán de los anhelos universales. Ir a París era ir... a lo más y a lo mejor. ¿Qué hizo Galdós en París? Pasarse los días calle arriba, calle abajo, en complicidad con un plano, estudiando las vías de aquella Babel diez veces más grande que Madrid. Curiosear. Observar. Comparar. Deducir. A la semana de ajetreo, ya conocía la capital de Francia como conocía la de España.

Confundido entre el gentío cosmopolita, había admirado los monumentos innumerables, algunos tan malos como los que él sabía allá en su patria; había ojeado—y hojeado—los libros viejos expuestos en cajones, en los *quais*, a lo largo del Sena color de cobre sucio; se había entusiasmado con la lectura de la *Eugenia Grandet*—un franco, Librairie Nouvelle—, de Balzac, y con la Exposición Universal, instalada en un inmenso barracón elíptico del Campo de Marte,

y con las maravillas acumuladas—cuevas de Alí Babá—en el Louvre, en el Luxemburgo, en el Cluny; lo mismo que cualquier papanatas, se embobó muchas veces contemplando la construcción de los grandes bulevares de Haussmann, Malesherbes, Magenta, Saint-Germain y Saint-Michel. Pues, a pesar de todo esto, ¿querrán ustedes creer que cuando Galdós regresó a Madrid no le pareció pobre, ni feo, ni destartalado, acordándose de París? ¡El Madrid de las calles barridas dos veces por semana, de los reverberos mortecinos, de las acacias entecas, de la Puerta del Sol con su boba fuente monumental, de los portillos caducos en los derrumbaderos de los arrabales, de las casas cuarteadas con los balcones llenos de tiestos y de ropa interior puesta a secar, de los guardias de orden público—*guindillas*—con la tere-siana de acordeón y su charrasco anacrónico! Le pareció más Madrid. Más singular. Más suyo, entrañable. Antes, en 1866, ya había empezado Galdós a colaborar en *La Nación*, periódico de don Pascual Madoz que dirigía Santín de Quevedo, un espadachín de los que puso en boga Xavier de Montepín y una pluma aguda propensa a la exageración, a sacar las cosas de quicio. Folletines, críticas de arte y de teatro, referencias sugestivas a casos y sucesos vulgares, fintas de narrador... La pluma de Galdós se iba soltando. Y entre estos escarceos, un intento de mayor envergadura: *La expulsión de los moriscos*, drama truculento, que tímidamente llevó a don Manuel Catalina, director entonces del teatro del Príncipe. Catalina miró con detención al oferente: alto y desgarrado, tímido, con su chaqueta ceñida y corta, color ala de mosca—color ritual de los demandantes de *poco pelo*—, dando vueltas entre sus manos al hongo avellana, ya muy sobado. Y leyó con interés la obra. «A Catalina le gustó mucho y estuvo a punto de representarse, pero... no se representó. ¿Por qué? Por lo que no se representan siempre las obras de

los que empiezan. Que venga usted mañana... Que vuelva pasado... Lo de siempre. Lo eterno.»

1868. Galdós ya tiene plena confianza en sí mismo, es ya *alguien*. Sabe algo de leyes. Sabe bastante más de la vida. Ha viajado un poco. Chapurrea el francés. Ha visto su firma en letras de molde. Entre lo que gana... y la pensión que le sigue girando la familia desde las islas, puede vivir con cierto decoro: dos cafés con leche diarios, ocho tagarninas cada veinticuatro horas, algún bistec de suplemento a la hora cárdena en cualquier restaurante barato... Galdós abre el cajón donde yacen sus comedias; las sacude el polvo; las relee. Y le parecen ridículas, dignas de perecer en el fuego. Pero... les conmuta la pena por la de encierro perpetuo. Hijas de su alma son. Las engendró ilusionado y amorosamente, como dicen que se engendran los primogénitos que serán después amos del mundo. Un poquillo endebles nacieron...

Tal vez movido por la lectura completa, en su salsa gala, de las obras de Balzac, Galdós se decidió para abordar otro género literario: la novela. En la novela no era necesario contar con el empresario venático, con los actores vesánicos, con el tiempo oportuno, con el teatro adecuado, con la crítica rigurosa, con las limitaciones de la división canónica en actos, con la escenografía posible... ¡La novela! Campo sin límites. Y sin puertas. Mundo siempre con Indias por descubrir. Muchedumbre de almas pendientes de encarnación. Vorágine de pasiones por desvivir. Lienzo siempre en blanco sobre el que ir trazando a capricho lo imaginado. Todas las tentaciones ofrecidas a la voluntad. «Sin descuidar mis estudios en la Universidad—relata el genial novelista en sus *Memorias de un desmemoriado*—me lancé a escribir *La Fontana de Oro*, novela histórica que me resultaba fácil y amena. Un impulso maquinal que bro-

taba de lo más hondo de mi ser me movió a este trabajo, que continué metódicamente hasta que llegaron personas de mi familia para llevarme a París por segunda vez. Heme aquí viajando por etapas, ferrocarril del Norte, frontera pirenaica, mediodía de Francia y Orleáns, hasta dar fondo en la *Ciudad Lumínosa*. Esta me fué tan hospitalaria como en la etapa del 67. Por abreviar, referiré que fuimos por jornadas cortas a través de la bella Francia, hasta llegar a Bagnères de Bigorre, estación de baños en el Pirineo, donde proseguí escribiendo *La Fontana de Oro*, sin llegar a terminarla. Luego continuamos nuestro viaje a lo largo del *Midi* francés, llegando hasta la hermosa Provenza, Aviñón, Montpensier, Perpiñán.»

Regresó a España por Cerbère. Traía dominado el francés. Había leído a Flaubert, y a Musset, y a Vigny, y a Dumas... Se detuvo tres días para conocer Gerona, sin presentir que de ella haría escenario de uno de sus más hermosos episodios nacionales. Al llegar a Barcelona, el día 27 de septiembre, se encontró de manos a boca con la Revolución por todo lo alto que derribó el trono de Isabel II. El conde de Chestre, capitán general de Cataluña, a caballo alazán recorría las Ramblas al frente de los mozos de Escuadra. «Su actitud, imperiosa y un tantico teatral, dejaba en el público impresión semejante a la de los espectadores de una tragedia donde todo se expresa en versos fríos y retumbantes.» La familia de Galdós se asustó mucho del tiroteo sin ton ni son, de las carreras de los paisanos hacia el escondite de los esquinzos, de las chispas que a la piedra callejera arrancaban los cascos de los caballos militares engrifados gual que hipocampos, de los gritos y de los chillidos y de las baladronadas lanzadas a *tutiplén*, de las demasías de la plebe, que se limitaba a quemar las casetas de consumos y a cercarlas con un coro de zapatetas y de sardanas, de las sombras huidizas que,

bajo las noches de luceros y frente a un sosegado mar fulgurante, sobresaltaban el delicioso paseo denominado *Muralla del Mar* y corrido desde Atarazanas hasta los jardincillos de Capitanía General.

Un día, muy sin despuntar aún la apuntada aurora, la familia Galdós, auestas con el equipaje, llegó al muelle, se metió en una chalupa y respiró al encontrarse a bordo del *América*, un vapor de cabotaje que en sus pinitos se llegaba hasta las Canarias. Pero... ¡sí, sí! Bueno era Benito para perderse la trapiesta revolucionaria en su mejor salsa, que se condimentaba en Madrid. Apenas el *América* tocó en Alicante, el futuro novelista tomó las de Villadiego, sin dejar las más que nunca lógicas expresiones a la familia. Unos días de tumbo en tumbo dentro de las diligencias... Ajos arrieros y fritangos en los mesones... La Mancha enardecida de tempero... Los cigarrales toledanos, bravos y de hueso dulce... ¡Y qué a tiempo llegó el implacable observador a la villa y corte! Con el tiempo justo para presenciar las entradas solemnes en ella de los generales Serrano y Prim. El primero la hizo el día 3 de octubre. El segundo, la suya, pocos días después. Ambas, memorables. Pero apoteótica realmente la de don Juan. Colgaduras de colchas y frazadas, tapices y paños con blasones, gallardetes con los colores nacionales. Arcos triunfales con las columnillas trepadas de hojarasca y con los frontones solemnizados de inscripciones en un castellano rimbombante y en un latín «lapidario». Una inacabable alfombra callejera de hierbas aromáticas. Cohetes estallados por doquier a cargo del capricho. El flujo y el reflujo de la oleada y oleante muchedumbre. Palmoteo de faena de coso. Gritos de júbilo casi olímpicos. Galdós presenció las dos en la *Puerta del Sol*, gota de aquel mare mágnun delirante que se mecía a espasmos, lo mismo que la cola de los dragones mitológicos. El general Serrano entró gallardo, casi en actitud

de estatua ecuestre ya parsimoniada para siempre, descubierta su calva orlada de canas, sobre un caballo blanco de larga cola, de esos que las *écuyères* circenses hacen evolucionar manoteando, y curvando el cuello, y empetando el belfo, y arqueando los flecos sedeños de la cola. Prim iba en un coche descubierto, en pie, risueño, manoseándose las patillas y saludando con la teresiana, muy campechano; delante de él, en una berlina, Tamberlick se desgañitaba, mano abierta al pecho, cantando el himno garibaldino, que la muchedumbre coreaba. Desde uno de los balcones del Ministerio hablaron los caudillos. Galdós no pudo entender de qué. Los veía, aspaventeros, accionar con cierta estudiada prestancia. Estarían sembrando tópicos. Les brillaban las bandas, los entorchados, las condecoraciones. Sus voces se perdían en el rumor del mar humano hirviente. Pero... ¡qué más daba! Fácilmente hubiera podido decir en qué consistía la almendrilla de aquellos históricos discursos. Voces de sacrificios superiores a sus fuerzas... Seguridades de contar con la aquiescencia providencial... Promesas de futuros bienes para España... Súplicas de populares colaboraciones... Disciplina... Lo dicho: tópicos. Los tópicos son semejantes a los cohetes: sutileza silbante, estallido tremendo, chispas caedizas de mil colores—para todos los gustos—que pueden prender..., pero casi nunca prenden. Nada. ¡Tópicos!

Entre 1869 y 1873, Benito Pérez Galdós se entrega a la ardua tarea del periodismo. Pero no del periodismo de mesa, en el que la imaginación lo pone todo de su parte. Periodismo militante. Movimiento. Sutileza. Vivacidad. Atrapar las noticias en el aire. Adivinar los sucesos. Interpretar los puntos suspensivos. No detenerse ante las puertas entreabiertas. Pertenece—1869—a la Redacción de *Las Cortes*, periódico que acaba de fundar Aníbal Álvarez Osorio. En él es encargado de las reseñas parlamentarias, lo que en la jerga periodis-

tica se denomina *hacer la tribuna*. 1870. José Ferreras, su gran amigo, le presenta a Albareda, propietario de la *Revista de España*, donde Galdós publicó artículos de crítica literaria y, en folletón, sus primeras novelas—*La sombra*, *El audaz*—, que luego imprimió y publicó aparte. En 1871, el mismo Albareda fundó *El Debate*, y Galdós colaboró asiduamente acerca de los temas de su predilección. El dinero para fundar este último periódico lo dió el general Prim. El propio Galdós presenció la escena. Albareda hizo unos cálculos mentales ante el marqués de los Castillejos, unos cálculos que debieron de ser por todo lo alto. En seguida susurró una cifra. La ceja derecha de Prim se arqueó. Pero, sin pronunciar una palabra, el general sacó del bolsillo derecho de su pantalón un puñado grande de billetes grandes y lo dejó encima de la mesa de pino sobre la que trabajaba Albareda, allá en el domicilio de éste, cierto piso bajo del paseo de *Areneros*, donde provisionalmente quedó montada la Redacción. López Guijarro, Ramón Correa, Núñez de Arce, José Ferreras y Galdós formaron con Albareda—director—el primer cuadro de redactores, cuyos sueldos apenas podían saldar el café con leche y media tostada del turbio amanecer y la cajetilla de los terribles cigarrillos filipinos, dueños de la carraspera y de la tos bronquial.

¡Años terribles y deliciosos! El aguardiente del alba los tonificaba, cada día, de la noche pasada de modorra en alucinación: las luces débiles, el humo tan espeso que podía cortarse en lonjas, las toses cargadísimas; sobre las mesas, entre librotos viejos de consulta y periódicos de provincias arrugados, los vasos pringosos con los residuos del café y los platos con los desperdicios de las chuletas devoradas con atraganto... Pesado de sueño cohibido y de cansancio suelto, cada madrugada Galdós debía caminar dos o tres kilómetros desde el paseo de *Areneros* hasta su domicilio

de entonces, *Serrano 8*, casi pegado a la Plaza de Toros de la *Puerta de Alcalá*. Caminaba por las calles apenas trazadas, entre desmontes y edificios antiguos en ruinas, vertederos que la luz naciente coloreaba de cobre sucio... La *Ronda de Santa Bárbara*—hoy calle de *Sagasta*—, los campillos que luego se llamarían calles de *Génova* y de *Jorge Juan*. Aquí el demolido *Saladero*, muros amarillos con verdín, ventanucos con hierros orinientos. Más abajo, los paredones ennegrecidos y aislados, como después de un cataclismo, de la Antigua Fábrica de Tapices, sirviendo de escondrijos para torpes acciones de higiene y de voluptuosidad a sombras huidizas al ruido transeúnte, igual que mochuelos hacia sus mechinales. Más abajo, la soberbia barroca de las Salesas Reales de Doña Bárbara de Braganza, recortada entre la fronda prieta de las huertas del *Regidor Juan Fernández*. Más abajo, los colosales cimientos graníticos de la Biblioteca y Museos Nacionales, cuya primera piedra se colocó cuatro años antes—1866—, en una ceremonia imponente, a la que había asistido el propio Galdós muy desde lejos y aún con el pelillo de la dehesa. Más abajo, el circo del *Príncipe Alfonso*, varias hinchazones de lona que construyó el banquero Rivas tomando por modelo el de los Campos Elíseos, de París, y en el que por cuatro cuartos escuchó Galdós por primera vez la *Pastoral*, de Beethoven, dirigida por Barbieri, y por otros cuatro vió al gimnasta Leotard en su arriesgado ejercicio de los tres trapecios... «Casi todas las noches—escribe Galdós—salía yo del periódico acompañado de Ferreras, de quien era gran amigo. Un día, al pasar por *Recoletos* camino de nuestra casa, vimos unas líneas blancas trazadas en el pavimento. Le pregunté a Ferreras qué significaban, y me contestó que era el trazado para la vía del tranvía de mulas... «Una empresa loca en la que van a perder hasta los ojos—añadió—. Se equivocó Ferreras.» ¡Años de-

liciosos y terribles! Desde la tribuna de la Prensa, a la que asistió con una puntualidad obsesionante, oyó Galdós a Castelar su célebre oración «¡Grande es Dios en el Sinaí!» Y oyó a Echegaray, a Figueras, a Pi y Margall, a Cristino Martos, a Nocedal, a Nicolás Salmerón, a Ruiz Zorrilla... Los oyó y los conoció. Se aprendió sus latiguillos, y sus estribillos, y sus gestos, y sus actitudes; sus frases hechas, generalmente mal cortadas; su currincherías, sus pequeñas miserias de grandes hombres... que no lo eran sino a ratos, cuando la ocasión los hacía.

A los prohombres les fué profundamente simpático aquel periodista joven cuyos artículos eran imponentemente objetivos, *rara avis* de la Prensa política española, preñada siempre de alusiones personales, de agresividades turbias, de comentarios malévolos, de incensamientos sospechosos, de amenazas solapadas; aquel periodista que no se les acercaba con cierta sonrisa cínica a suplicarles algún favorcillo *de poca monta*, a sacudirles un confianzado manotazo en las espaldas. La prosa de Galdós era fácil, un poco fría. No reproducía—mecánica, como una dispositiva—sino lo que sus ojos habían visto y escuchado sus oídos, sin que su agudeza pretendiera interpretar un posible doble sentido, sin que su imaginación intentara describir un posible *revés* de cada cosa y de cada espectáculo. A todos los políticos de altos vuelos, de mucho copete, de gran viso y hasta de moda circunstancial les fué profundamente simpático aquel joven periodista, alto, larguirucho, desgarrado algo miope, de suaves maneras, sin algarabía en la voz, que jamás tuvo para ellos una frase de sumisión.

—Vale mucho más que para reseñar estas disputillas de comadres—dijo en cierta ocasión, refiriéndose a él, Cristino Martos.

—Tiene la conciencia y la consciencia de que no debe buscar a nadie, de que le deben buscar a él—apostilló Castelar.

el hombre cuyas frases *caían* desde el Sinaí.

Todos le gratificaron con sus mejores sonrisas, con sus más afectuosos apretones de manos, con sus palmaditas en las espaldas, que eran como los espaldarazos de la fama, la ceremonia ritual de dejarle armado caballero para ese gran combate político de lo imprevisto. Todos le alentaron a dedicarse con ahinco a trabajar por el bien de España, como quien alienta a subir un calvario con sus correspondientes tropiezos—que no es lo mismo que malos pasos, y sí que pasos malos—, cruces, bebidas de hieles, sudores de sangre, frases olímpicas y muertes... Bien que éstas nada más que figuradas. La sonrisa de Galdós a estos cantos de sirenas barbudas y ventrílocuas era leve, inexpresiva. Sonrisa de Buda joven ya *al tanto* de todo *y de vuelta* de cualquier parte.

Como corresponsal de *Las Cortes*, acompañó Galdós al general Serrano y a los demás prohombres de reverdecidos laureles en su viaje apoteótico a Zaragoza. Prim no pudo ir por la necesidad de permanecer en Madrid al frente del flamante Gobierno constituyente y servir de visible deidad que se hiciera cargo de todas las ovaciones y de los entusiasmos todos de la algazara callejera, desbordada lo mismo que cualquier río. El tren que conducía a la variada muchedumbre de expedicionarios partió una mañana de octubre adornado con gallardetes—que ondearían durante el día—y flameros—que arderían lo mismo que cabelleras de fuego ondeadas durante la noche—, escudos y guirnaldas, grandes letreros alusivos. En las ventanillas se apiñaban los políticos y los periodistas, a los que saber que viajaban por cuenta del Estado les daba unas ganas locas de divertirse, agitando pañuelos desesperadamente, lanzando vivas enardecidos, hasta enronquecer, cada vez que pasaban, ya no por una estación de nombre que les era desconocido y desde cuyos andenes los veían pasar

estupefactos cuatro catetos de pana y colilla, sino tan pronto como divisaban la caseta de un guardabarrera, un campesino guiando su yunta, dos mendigos de reposo en la cuneta. Y si los magnates de la política y los literatos eminentes iban satisfechos hasta la hinchazón, los entes folicularios reventaban de gozo. En la estación de Sigüenza hubo una parada excepcional para que el general Serrano abrazara al prelado Benavides, su gran amigo y «un señor muy campechano», según opinó Galdós, entre una ovación frenética en que prorrumpieron los asistentes a tal unión de afectividad y de fusiividad entre los dos grandes poderes: la Iglesia y el Estado. Ya en la ciudad de los Sitios, el futuro novelista se desentendió de la reata y se dedicó, solo y ávido, a ruar, a fisgar edificios y monumentos, a observar tipos y costumbres. «Al día siguiente tempranito—nos cuenta él—me eché a la calle ansioso de conocer ciudad tan interesante, renombrada por su grandeza histórica y singularmente por el valor de sus hijos. En pocas horas recorrí, sin guía, el Coso, el Mercado, el Pilar, la Seo; vi la Torre Nueva; después, la Escuela Pía, la parroquia de San Pablo, la Puerta del Carmen, acribrillada por los balazos de los dos famosos sitios; la Trinidad, la Aljafería, el Torrero y, por último, las ruinas de San Agustín. No puedo decir que todo esto lo viera en una sola caminata, sino en varias, aquel día o en los siguientes; ello fué que, por un misterioso móvil de observación, me fuí apoderando de todos los aspectos característicos de la capital aragonesa. Mucho aprendí en aquel primer viaje.»

¡Años terribles y deliciosos! De no llevar dos pesetas en los bolsillos. De mendigar el tabaco. De subirse el cuello de la americana y de meterse periódicos debajo del chaleco a falta de abrigo. De recomponer con cartones las medias suelas rotas. De los cafés de recuelo en las churrerías de barrio, ahumadas y espe-

sas de vahos humanos miserables. De las lentas paseatas por las calles antiguas, lívidas de luces, por matar el tiempo. De las tertulias en los sotabancos alrededor de una estufa alimentada con materiales extraños. De asistir a los teatros, y en sus localidades altas—mejor gallinero que paraíso—, con esos vales de favor enviados a los periódicos en sobres febles, azulencos. De vender los libros dedicados por los amigos en unas librerías de lance esquinadas en el cogollo de la ciudad vieja, por unos reales que daban unos hombres gordos con gorras de visera. De amar absurdamente a cualquier peripatética del arroyo y de leerle unos versos dedicados que la hacían dormir y llorar, según le diera el vino o el recóndito sentimentalismo de chica que fué honrada muchos años antes.

La pasión teatral de Galdós fué obsesiva. Pudo alimentarla gracias a los pases de favor. Admiró a Matilde Díez, a su marido, Julián Romea, y a Mariano Fernández en el sainete de don Ramón de la Cruz *La casa de Tócame Roque*, del que conseguían la armonía, el colorido y la gracia local dignos de un cuadro de Fortuny. Los admiró también en *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega; en *Marcela, o ¿cuál de los tres?*, de Bretón de los Herreros. Conoció y aplaudió muchas veces a Teodora Lama-drid... ¡Qué interpretaciones las suyas en los dramones de Ayala y Tamayo, en *El tanto por ciento*, en *Consuelo*, en *Un drama nuevo*. En el teatro del *Príncipe*, en el *Real*, en el de *Variedades*, en *Los Bufos*, en el *Circo*, en la *Zarzuela*, era Galdós punto fuerte. Sabía silbar todas las partituras de Oudrid, Gaztambide y Barbieri. Remedaba con bastante fortuna a cómicos tan famosos como Ramón Rosell, Fernández Osorio, Manuel Catalina, Julián Romea... Opinaba con gran acierto y sutil competencia acerca de cómo cantaba Mario *El barbero de Sevilla*; Stagno, *Roberto*; Massini, *Los hugonotes*; Tamberlick, *Poliuto*; la Theo, *Timbale d'argent*... Llegó a estrechar la

mano de los autores más en boga: a Eusebio Blasco, a don Adelardo López de Ayala—el gran figurón y el gran perillán con traza de tenor, a quien la obesidad le retirara de los gorgoritos—, a Eguílaz, lleno de remilgos; a don Emilio Arrieta—de quien aseguraba admirativamente Ayala que *le sonaba la cabeza*—, a Tamayo—con sus aires de irascible jefe de negociado—, a Fernández y González, a quien le presentó Aguilera en un café raro de la calle *de la Magdalena*, lleno de pinturas de colores de cartelón de ferias, de esculturas de mujeres matroniles con mallas, de espejos barrocos enfrentados de divanes de *peluche* azul, de reverberos con bombas de cristal, que se llamaba *del Vapor*. Con sus crónicas políticas alternó Galdós, para solaz de su espíritu—ya turbado profundamente de fantasmas con anhelo de encarnar—, escribiendo críticas musicales y relatos novelescos. Acabó *La Fontana de Oro*. Publicó, en la *Revista de España*, *El audaz*, *La sombra*... Nogue-ras, el popular impresor, se decidió a lanzar al público aquella primera novela, encantadora prueba del conocimiento que su autor tuvo de la vida política española: runrunes, murmuraciones, conspiraciones de café y tabuco, de rincón de biombo y de antepalco, insidias mal disimuladas, oratoria ful, trapisondas y trapatuestas... y un leve y humano es-corzo del amor.

De pronto... 27 de diciembre de 1870... En los pasillos del Congreso, con los diputados, con los compañeros de Prensa, Galdós había hablado de mil cosas en mil tonos y con mil intenciones. De las reuniones y manejos de los *alfonsinos*. Del discurso llamado *de los puntos negros*, pronunciado por Ruiz Zorrilla en Cartagena, a bordo de la fragata *Villa de Madrid*, en vísperas de traerse a España al nuevo monarca don Amadeo de Saboya. Del incremento de las consignas masónicas. De la descarada oposición de Olózaga..., y de teatros, y de mujeres, y de chismes de alcobas, y de impresiones

bursátiles. Iba a meterse en el *Café Comercial* Galdós cuando le alcanzó, livido, Ferreras.

—¿No te has enterado...?

—¿De qué?

—¡En la calle *del Turco* acaban de matar al general Prim!

—Pero ¿es posible?

—A puñados le han metido en el Ministerio de la Guerra, moribundo.

—¡Se cumplieron las profecías!

Juntos los dos amigos se echaron de nuevo a la calle en aquella noche crujidísima. Hacía un frío terrible y, a la par, un aire hoja de afeitar, de esos que abren las carnes hasta el hueso. Nevaba en menudos copos muy espesos. Una alfombra casi impoluta, aún blanda, cubría las calles desiertas, en las que el silencio tenía ese malestar artificial de las habitaciones enguatadas. Se preveían el resbalón y el batacazo. Los reverberos no conseguían sino rasgar las livideces en sombras por las que pasaban todos los fantasmas de los sueños imprecisos. Embrazados, auxiliándose en la marcha cauta, tiritones, brillándoles las vahadas de sus alientos, Galdós y Ferreras llegaron al Ministerio de la Guerra y subieron, por entre una sospecha de centinelas, las primeras escaleras que encontraron. En el rellano del piso principal se mezclaron al coro general que ensayaba la obra de gran éxito y mayor espectáculo: el comentario. Cada quisque pedía o relataba noticias del suceso, y unos indagando, de acá para allá, sondeando el conocimiento que del caso pudieran tener los más enterados, y otros, de allá para acá, presumiendo de añadir efectos a lo mal conocido, componían—coro y eco, bien movidos—la mejor escenificación de la obra que pudiera titularse: *Un duelo oficial*. Un capitán de Cazadores de Llerena, hecho del todo manoteo y gesto, explicaba por centésima vez—en edición, como cada una de las precedentes, corregida y aumentada—la horrorosa tragedia... ¿Escenario? La calle *del Turco*, estrecha, te-

nebrosa... Fulge la nieve de la calzada... Las luces del candil del escaparate de cierta taberna—en la que se maduró el atentado dentro de un círculo masónico de cabezas juntas—rezuman toda su clorosis... ¿Hora? Las nueve y veinte de la noche... Algún transeúnte huidizo, embozado en sus prendas y rebozado con las tinieblas, va rubricando su presencia en las fachadas. Por la *carrera de San Jerónimo* penetra en la *del Turco* la berlina del general Prim. ¡Cómo se amortiguan en la nieve los cascos de los caballos trotones! ¡Cómo chasca la fusta del automedonte informe en el pescante! ¡Cómo sisean las ruedas! Los cristales van vahados. El interior de la berlina es un misterio. Casi al desembocar en la calle *de Alcalá*, frente a la taberna cuyo escaparate es un ojo insomne y de mal agüero, dos coches de punto, colocados adrede, obstruyen casi por completo la calzada. El del general detiene su marcha. El auriga vocea contra quienes así dejaron abandonados los coches. Aprovechando la breve parada, de la sombra surgen dos embozados con unos sombreros de inmensas alas caídas. Se aproximan a una de las ventanillas de la berlina de Prim, la de la izquierda, y contra ella descargan unos trabucos naranjeros. ¡Cómo sonaron de estrepitosos los tiros, a pesar de la guata amortiguadora de la nieve! Se espantaron las bestias, engrifándose. Blasfemó el cochero. Las sombras volvieron a desombrarse entre los asombros. Dentro de la berlina, caídos unos contra otros, desangrándose, yacían, quejumbrosos y aún fanfarrones, Prim y sus dos ayudantes, Nandín y Moya. ¡Qué raras y nuevas condecoraciones habían pechado con la sangre entre las bandas lucientes y las botonaduras brillantes, bajo las cerradas barbas negras!

Galdós pudo hablar con don Cesáreo Fernández Losada, médico militar que llegó al momento para hacer a Prim la cura de urgencia.

—¿Muy grave, doctor?

—Funesta herida, amigo mío. (El doctor hablaba con el perfecto énfasis de la perfecta época romántica.)

—¿Se salvará?—y añadió Galdós, muy en situación—. ¿Se salvará, para bien de la Patria?

Desesperanzadamente movió la cabeza aquel hombre pulcro, coloradito y simpático.

—Únicamente el Señor puede hacer los milagros... La ciencia se declara impotente...

La información del atentado contra Prim—que murió el día 30—fué una de las más estupendas actividades periodísticas del gran novelador. El, mejor que ningún otro periodista, insistió en preguntarse, mejor que en preguntar: ¿Quién mató a Prim? ¿Aquel republicano blasfemo de Paul y Angulo, como se decía por doquier a voz en grito, basándose en las frases enconadas que el propio Galdós escuchó al energúmeno en los pasillos del Congreso, aquellas de, señalando al conde de Reus:

«¡Yo he de matar a ese hombre!»? Un día crudísimo de enero—el 2—, mezclado con la muchedumbre más expectante que clamorosa, Galdós, frente a la calle de Peligros, contempló el paso de don Amadeo de Saboya hacia el Palacio Real. Venía el nuevo monarca de la Basílica de Atocha, de orar ante el cadáver de quien, recién asesinado, ahora entre blandones, habíale regalado la corona de España..., haciendo trampa en la rifa cuyas papeletas eran jugadas por diversos pretendientes. Montaba don Amadeo—erguido sin afectación—un soberbio caballo castaño, que regía magistralmente. Iba muy despacio, muy despacio, muy despacio, con un ritmo ya palatino, a larga distancia de su numerosa y brillante escolta, el rostro serio, quizá el gesto melancólico de hombre al que ya será difícil que nada le coja de sorpresa. Parecía insensible al frío tremendo.

«No hará carrera—pensó Galdós—. Parece una buena persona.»

V

ARGOS, EL DE LOS MIL OJOS.—EL SUEÑO DE DIEZ AÑOS.—NUEVOS PERSONAJES EN LOS BARRIOS ANTIGUOS.—EL HOMBRE ATALAYA.—NO ES LO MISMO LEERLO TODO QUE ESTUDIARLO TODO.—MAURA EVOCA A GALDOS.—EN BUSCA DE UN TÍTULO «QUE RESULTE BIEN».—SE ABRE UN LIBRO DE ESTAMPAS PATRIÓTICAS ILUMINADAS.—EL ÚLTIMO SUPERVIVIENTE DE TRAFALGAR.—¡QUE ME DIGAN SI VIVO YA O SI SUEÑO AUN!—LA PROSA DE CADA DÍA.—VIAJANDO POR EUROPA. DE ACA PARA ALLA, ADMIRÁNDOLO TODO, PERO SIN DECIDIRSE POR NADA.—GALDOS, ODISEO. Y MADRID. SIRENA. EL PEZ EN EL AGUA. CON PEREDA. A PORTUGAL

Durante diez años, de 1863 a 1873, en Madrid, Pérez Galdós ha vivido una vida intensa. Ha sido estudiante, lector infatigable, observador Argos, periodista, crítico de arte, tertuliano, novelador, dramaturgo, pintor, concertista de órgano, un poco conspirador, viajero aquende y allende el Pirineo, aprendiz de político..., ¡qué sé yo cuántas cosas más

apreciables en calidades preciadas! Durante diez años ha vivido lo que se dice a salto de mata, mal trajeado, mal comido, regustando pequeños vicios: café, tabaco, juegos de azar y fortuna, mujeres fáciles, espectáculos en calidad de mosquetero del aplauso. Durante diez años ha escrito a miles las cuartillas y a miles las ha roto. Dramas en verso y

prosa, de argumentos históricos que hubieran hecho palidecer a sir Walter Scott. Versos en poemas inacabables. Esbozos de novelones melodramáticos a imagen y semejanza de los que tan pingües beneficios redundaban a Fernández y González y a Pérez Escrich. Impresiones de viaje con bastante colorido, como pintor estimable que era igual con la pluma que con los pinceles. Sin embargo... Un pudor excesivo... Acaso una excesiva soberbia... ¡Ris, ras! Rasgadas, a miles, las cuartillas, fueron fácil pasto de cualquier fogata casera. Y las pocas, las muy pocas salvadas, ofrecidas en los periódicos y publicadas a precios irrisorios, justamente con la pensión que llegaba desde el hogar canario, no daban sino para mal vivir. Mal vivir es un modo como otro cualquiera de desvivirse. Durante diez años, Galdós, en sus andanzas madrileñas, ha conocido ya a Torquemada, el usurero; a Juanito Santa Cruz, el señorito de barrio; a las de Bringas, a la humana Fortunata y a la santa Jacinta; al amigo Manso, náufrago de todos los destinos—los del *Fátum* y los de la politiquilla—; a los sordidos Requejos, a los apersonados Arnálz, al irresistible charlatán Estupiñá, a la adorable Guillermina Pacheco, a la Benina—que bastantes años antes que la cantase un poco cursi el Julián de *La verbena de la Paloma*, ya había hecho saber que también la gente del pueblo tiene su corazoncito—, a doña Lupe la de los pavos, al venático—¿o vesánico?—Angel Guerra, al alucinado Federico Viera y a tantas y tantas almas más de tan seductora prestancia; las ha conocido y hasta las ha tratado, en un convivir de modesta burguesía, en ese mundillo comercial y de clases pasivas que se extiende desde la calle de *Postas* a la de *Toledo*, pasando por la *Plaza Mayor*, plazuela de *Pontejos* y *Concepción Jerónima*, inmensa colmena humana, rincón de los suspiros; las ha conocido y las ha tratado en ese trajín pro-

vinciano de las *Cavas*, *Santa Cruz* y el *barrio de Morería*, trajín del regateo de la perra gorda, de aprovechar para rayar el pan duro, de volver del revés los trajes, de llamar con retintín *doñas* a las pensionistas y *las* a las porteras chismosas; trajín de casas de corredor, y de posadas con portes para los pueblos cercanos, y de tabernuchos con el mejor vino de la tierra—pardillo y morapio—, y grandes almacenes de alpargatería, y pequeños comercios de portal dedicados a la bisutería. Las ha conocido en esas complicadas callejas del *barrio de las Comendadoras* y del *Dos de Mayo*, de cierto aire melancólico; en los altos de *Fuencarral*, donde se da el cardo borriquero y la insolación olorosa a sandía; en los desmontes de *Amaniel*, alrededor del Segundo Depósito del Lozoya; en los atrios de las iglesias viejas con portadas de hornacinas y torre barroca; en los sotos de *Santiago el Verde* y de *Migas Calientes*, donde se perdieron los últimos majos y ahora se van perdiendo las últimas majezas; en los aledaños y en los aleros del Palacio Real. Durante diez años, Galdós no hace sino afianzarse. Es el hombre atalaya. Es el hombre observatorio. Es el hombre que no habla sino para preguntar, para sugerir a los demás los temas que a él le interesa que se traten. Es el hombre que no mira sino para el escudriñamiento hasta la raíz de las cosas y hasta el sentido de los sentimientos. Es el hombre que no vive sino para sorprender la Vida—así: con mayúscula—en su inexorable fluir manso o en su hervir tempestuoso, para darle mil vueltas entre sus dedos de entomólogo perito y perspicaz, por el envés y por el derecho, explorando sus pliegues y sus entresijos. Es el hombre sutil que logra extraer de lo cotidiano la inmensa suma de materiales humanos con los que irá creando—o recreando, ¿no será mejor decir?—su mundo propio—con su tras-mundo—, imagen y semejanza del cosmos recogido en el libro del Génesis.

Es el hombre de quien se ignora cómo posee los soplos y las luces, los optimismos y los desfallecimientos, la misericordia estética y la impiedad realista. Es el hombre que acierta a no transparentar ni un instante de efusión, a no quebrantar su mutismo acerca de sí, a formar su represada, codicioso de verterla, precisa y únicamente, por el caño de su pluma. Es el hombre que lo lee todo, pero que no intenta estudiar nada en las letras de molde, porque no admite otra sabiduría que la que le proporciona la suma enciclopedia de lo palpitante. Es el hombre que no da valor sino a la observación del natural y de lo natural.

Durante diez años, entre 1863 y 1873, Galdós... Pero que nos hable el sagaz espíritu de don Antonio Maura, gran orador fúnebre del genial novelista: «Sin duda, era potente y fértil su imaginación creadora; había de serlo en grado eminentísimo para tender la trama de tales y tantas obras; pero no lograra con esto producirlas, si no dispusiera de aquella riquísima y variada urdimbre con que las vemos refulgir, recamadas de oro finísimo y sembradas de esplendente pedrería. Tanto y más que la fantasía, contribuyó a la producción literaria de Galdós una privilegiada sensibilidad perceptora, con avidez y con sagacidad, de las notas positivas, realzadoras del brillo estético que suele estar apagado en la vida cotidiana, y gloriosa de sus aspectos éticos y de la intimidad social, que forman, ciertamente, lo más interesante del espectáculo del mundo. He de añadir el mérito singular de ejercitarse estas dotes relevantisimas del observador sin que, al libar y captar los materiales de la producción literaria, los redujese al molde personal. Supo evitar la uniformidad amanerada de los panales y el sabor único de la miel, que, por dulce y fragante que fuese, pronto empalagaría y hastiaría a la muchedumbre de sus lectores. ¡Privilegios del espíritu exceder y aven-

tajar aun a las más gratas maravillas de la naturaleza física!»

¡Con qué satisfacción tan oronda y regodeada debió de entenderse y contemplarse Galdós después de aquellos diez años de infatigable aprendizaje! Se notaba pieza fundida para el único oficio de novelador. Se notaba connaturalizado con su propia y singular inhibición en cuanto habría de escribir. Algo así como un *hábito* levantaba una muralla china entre él, observador, y cualquiera escena o diálogo o carácter por él descritos. ¡Con qué morosidad debió de comprender que ya estaba armado de todas las armas para empezar el mejor combate, delicioso y tremendo! Iba a sufrir mucho. Iba a gozar mucho. Viviría más con sus personajes que consigo mismo. Todo el tiempo le vendría corto para desvivirse como destilado por los puntos de la pluma. Desde 1871 estaba madurando para él un anhelo fervoroso. Sin saber por qué ni por qué no, preparaba una serie de novelas históricas, breves y amenas y patrióticas hasta más no poder. Y era su obsesión el título general de serie que darles.

—Llámelas usted *Episodios nacionales* —lo sugirió su gran amigo José Luis Albareda.

—¡Me gusta el título!—prorrumpió Galdós—. Es muy comprensivo. Es muy sugestivo.

—¿En qué época piensa iniciar la serie?

—Mil ochocientos cinco. Trafalgar. Es el primer gran suceso del siglo para los españoles. Quiero novelar todo lo que va de esta centuria, sin términos medios, magnífica o miserable, en nuestra Patria.

El verano de 1871 lo pasó Galdós en Santander. Y en la ciudad cántabra le removieron dos grandes emociones: el diálogo que pudo enhebrar con el único superviviente de la batalla de Trafalgar y la amistad iniciada—que con los años se haría fraterna, incommovible—de don José María de Pereda, el hidalgo de Polanco.

Clarín, en su *Galdós*, cuenta cómo se conocieron estos dos extraordinarios novelistas, y lo cuenta con palabras que el propio Pereda le envía en una carta chispeante, de prosa tersa: «Un día del verano del 71 esperaba yo, en el vestíbulo de una fonda de esta ciudad, a que bajara un amigo mío, a quien había avisado que le esperaba allí. Maquinalmente me puse a leer la lista de huéspedes que tenía delante, y vi que uno de ellos era don Benito Pérez Galdós. Con ánimo de visitarle, pregunté por él inmediatamente a un camarero que pasaba. «Ahí le tiene usted», me respondió, señalándome a un joven vestido de luto que salía del comedor. Me hice cruces mentalmente, porque no podía imaginarme yo que tuviera menos de cuarenta años un hombre que se firmaba *Pérez Galdós*, y además *Benito*, y además hablaba de los tiempos de don Ramón de la Cruz y de La Fontana de Oro, como si los hubiera conocido. Yo tenía entonces treinta y ocho años. Hablando, hablando, resultó que nos sabíamos mutuamente de memoria, y desde aquel punto quedó arraigada entre nosotros una amistad, más que íntima, fraternal, que por mi parte considero indestructible...»

Fué un buen poeta montañés, Amós Escalante, quien le dejó atónito con la revelación:

—Pero ¿usted no sabe que aquí tenemos al último testigo de aquel glorioso y desastroso combate?

«Al día siguiente—escribe Galdós—, en la plaza de *Pombo* me presentó Escalante a un viejecito muy simpático, de corta estatura, con levita y chistera anticuadas; se apellidaba Galán, y había sido grumete en el gigantesco navío *Santisima Trinidad*. Los pormenores de la vida marinera, en paz y en guerra, que me contó aquel buen señor no debo repetirlos ahora.» Y añade, acerca de su amistad con el autor inolvidable de *Peñas arriba*: «Del 72—ya he indicado que del 71; la memoria de Galdós falla

repetidamente cuando escribe sus *Memorias*, ya ciego y de edad muy avanzada—, el primer año que yo visité la capital cantábrica, data mi amistad entrañable con el insigne escritor montañés, amistad que permaneció inalterable, fraternal, hasta que acabaron los días del glorioso autor de *Sotileza*. Algunos creen que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto. Pereda tenía sus ideas, y yo, las mías; en ocasiones nos enredábamos en donosas disputas, sin llegar al altercado displicente. En verdad, ni don José María de Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros. En mi copioso archivo epistolar conservo como un rico tesoro multitud de cartas de Pereda escritas maravillosamente en aquella su prosa flúida, galana, incomparable.»

¡1873! Se inician unos años intensísimos para Galdós escritor. ¿Los vive, realmente? De 1873 a 1883..., ¿no ha dormido, no ha soñado Galdós? Los años pasan como un soplo. En ellos no se ve, a todas horas, sino un joven inclinado sobre una mesa. En la mano tiene una pluma. Sobre la mesa se amontonan las cuartillas escritas en una letra mala y nerviosa. La pluma no deja de correr sobre la superficie satinada del papel. Y así un día, y otro, y otro, y otro. Y meses. Y años. ¡Diez años! Las cuartillas, a miles, van formando libros. Hay dos o tres imprentas de esas de barrio, en una calle costanillera, con un pesado olor a tinta y a plomo y dos honrados cajistas de blusa azul y bigotes de caracolillos, que no se dedican sino a poner en molde las prietas palabras nerviosas que les llegan en aquellos miles de cuartillas. Los libros, multiplicándose, invaden los anaqueles de las viejas librerías del cogollo madrileño. La curiosidad general los prende, y ya leídos, lanza a la popularidad un nombre.

El nombre glorificado es el del joven que durante diez años, sin tregua, sin

desánimo, no hace sino escribir, inclinado sobre una mesa de pino, terriblemente pálido él de las luces tan pálidas como le envuelven. ¿Tuvo tiempo ni para respirar Galdós? Durmió, sí. Soñó. Un sueño largo. Un sueño doloroso y delicioso. Como que en él miles y miles de fantasmas se transformaban en seres reales con esas pasiones que calientan las vidas. Como que en él se desvelaban sucesos maravillosos, dignos de vivirse más con la consciencia que con la conciencia. En este sueño largo, Galdós agota muchos litros de tinta, consume muchos kilogramos de papel, rompe varias chaquetas por los codos, sufre infinitos jaquecazos, sonríe y sufre con una prodigiosa veleidad, sin moverse de su asiento y sin derramar su atención. Y es que él no es él, sino que es cada uno de los personajes que crea y cada uno de los personajes que evoca; se rehace y se entrega en cada uno de ellos; por ende, acaba haciéndose un lío de quién es él y cuál sea su verdadera existencia; porque, viviendo o soñando, él se ve, él está, él es él lo mismo en Gabriel Araceli, que en Salvador Monsalud, que en Pepe Rey, que en Daniel Norton. En este sueño largo, Galdós se revuelve muchas veces y cambia de postura, y se sobresaltaría si alguien le llamara por su nombre, que le es desconocido. En este sueño largo es cuando precisamente Galdós *se hace Galdós*. Soñando, pasa de lo vulgar a lo extraordinario. Se duerme periodista evispado, *uno más*, y despierta novelista genial, el primero entre todos. Hasta las primeras luces de la madrugada—que son las luces de la sonoridad, de la fragilidad y de la tonalidad del papel de seda, y que se rasgan, de arriba abajo, al menor movimiento de los sueños—permanecía el novelista urdiendo su mundo, componiendo sus criaturas con barro e insuflándoles el alma. Cuando, por descuido, se dejaba las maderas de la ventana abiertas, cualquier vecino, a través del patio estrecho, en sombra absoluta, po-

día contemplarle horas y horas, dale que dale, sin delatar fatiga alguna, inclinado sobre la mesa de pino, envuelto en un humo espesísimo de tabaco malo. Escribía a la luz casi temerosa de un candil móvil y amarillento, y



Ex libris que para su episodio nacional ideó y dibujó don Benito Pérez Galdós

como no dejaba de fumar, el ambiente de su cuarto presentaba al vecino curioso la apariencia de una ampolla iluminada, en la que los gases flotasen a jirones con una lentitud obsesiva y enturbiasen más y más, a semejanza de esas gotas de aguardiente caídas en el agua y no revueltas jamás del todo por sí mismas. Aquella atmósfera debía de pesar materialmente. Galdós, pez en el agua, parecía enajenado: la mano incansable, los ojos febriles, caído el tupé sobre la frente—partiendo el guión del ceño, apenas rebullido el cuerpo sino para que la mano zurda llevase a la boca la tagarnina. La luz de clorosis y el humo denso acusaban casi inmaterial

el rostro, cruzado de pliegues de sonrisas y de trozos de angustias. Detrás del insomne escritor podía distinguir el vecino espía el lecho diminuto y rebultado, digno de una celda monástica; la esterilla vieja de los pies, la mesilla de noche renca, las sillas de anea, el palanganero con poca porcelana y mucho óxido, el armario ropero desentablerado y despinado. ¿Vivía o soñaba aquel ser?

Realmente, cuando a Galdós le parecía soñar era en aquellas horas escasas en que intentaba que su calentura remitiese. Soñaba cuando iba al viejo Ateneo de la calle de la Montera, instalado en un viejo casón propiedad del marqués de Cubas, y precisamente sobre el piso que ocupaba la Academia de Jurisprudencia y Legislación; cuando recorría sus pasillos y recovecos y descansaba en las butacas forradas de bayeta azul, y leía las últimas novedades en la poco nutrida biblioteca, y refrescaba su sed en aquel soberbio y rezumante botijo que había a la derecha de la portería, en un apartado rincón, como regalo exquisito brindado a los socios, quienes, no pocas veces, formaban cola. Soñaba cuando en la Academia de Jurisprudencia escuchaba la oratoria violenta de Ríos Rosas, o las disputas correctísimas entre proteccionistas y librecambistas. Soñaba cuando, en un rincón del *Café del Iris*—calle de Alcalá, 2—, o del *Suizo*—hoy Banco de Bilbao—, o de *La Iberia*, leía, mientras degustaba a sorbitos el moka... de Puerto Rico y rechupaba un purete de Vuelta Abajo, aquellos periódicos de entonces, tan amenos, tan llenos de procacidades y de rasgos de ingenio... *La Democracia*, órgano de la política de Castelar; *La Correspondencia de España*, del marqués de Santa Ana; *La Discusión*, de don Nicolás María Rivero; *La Iberia*, de los pro-
prietarios... Soñaba precisamente aquellos días en que, metido en un vagón de tercera o en una tartana estrepitosa, blanca de polvo negro, los pueblos más ricos de España para documentar

a lo vivo sus novelas, hospedándose en paradores y posadas requeteviejos—de patios con solanera y aljibes—, conviviendo con arrieros y trajinantes, viendo esquilas los machos, aventar la parva, cerrar los tratos de ganado, segar bajo la canícula, escuchando diálogos cazurros y doctrinas expuestas a la pata la llana, alternando en la bebida del vinillo aloque con cualquier cacique rural de sorbetón, «haiga» y traje de pana. Porque ninguna documentación prefería el narrador genial a esta a lo vivo, entrándole por los sentidos hasta los propios silos del alma.

Soñaba, realmente soñaba Galdós cuando, desde el paraíso del Real, oía los gorgoritos—y los oía en calidad de *dilettante*—de la Penco, de la Grissi, de Mario, de Boccolini, interpretando *Los hugonotes*, *La fuerza del destino*, *La Africana*, o desde la cazuela de la Zarzuela, las voces nada frescas, nada pretenciosas, de la Ramos, de la Riva, de Tirso Obregón, acompasadas a la música pegadiza de Oudrid, de Gaztambide, de Arrieta. Soñaba, en efecto, recorriendo los paseos del *Buen Retiro*, de *Recoletos* y del *Salón del Prado*, entre los aguaduchos—que presumían del agua del Berro, de los esponjosos azucarillos, del aguardiente propio para «el chorreón», de las rosquillas con el baño azucarado, de los refrescos de bergamota—, las sillas de alquiler alineadas con disciplina de brigadier, los paseantes de empaque y las reminiscencias de musiquillas de viento elaboradas en cualquier plataforma. Únicamente cuando volvía a encerrarse en su alcoba modesta, entre sus cuatro trastos, y encendía el candil, y empuñaba la pluma, teniendo delante el montoncito de cuartillas en blanco sobre la mesa de pino..., despertaba. ¡A vivir! ¡A vivir, entonces, mas y mejor que nunca! ¡Y con qué intensidad! ¡Y con qué regusto! Entre 1873 y 1883, Pérez Galdós termina ¡veintisiete obras, en treinta volúmenes! Añade la obra *El doctor*... y una de

letras. Y los personajes, a cientos. Y las incidencias, a docenas. De enero de 1873 a marzo de 1875, los diez primeros *Episodios Nacionales*. De junio de 1875 a marzo de 1883, los diez tomos de la segunda serie y *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Marianela*, *La familia de León Roch*, *La desheredada*, *El amigo Manso* y *El doctor Centeno*. «Hallábame yo por entonces—escribe Galdós—en la plenitud de la fiebre novelesca. Del arte escénico no me ocupaba poco ni mucho. No frecuentaba los teatros. Desde mi aislamiento sentía el rumor entusiasta de los grandes éxitos de don José Echegaray...» Cuando Galdós, en mayo de 1883, pone fin al segundo y último tomo de *El doctor Centeno*, mira en su torno, se mira al espejo, se manosea la frente, se asombra fijándose en el almanaque. ¡1883! Pero... ¿no hace más tiempo no arrancó una hoja en que se leía 15 de enero de 1873? ¡Fué ayer! Galdós se echa a la calle. Por todas partes encuentra diferencias. ¿Estará ahora soñando? Los amigos..., ¡cuánto han envejecido! ¡Se han hecho personajes y personajes! Las tertulias..., ¡cómo han cambiado! Menos fuego. Más parsimonia. Si hasta las calles..., ¿son las mismas? Esta casa no estaba aquí. Podía jurarlo. Aquí había un teatrillo: el *Actualidad*, en el que unas cupletistas francesas berreaban una canciones idiotas, enseñando las ligas. Y aquí había una joyería: la del famoso judío Lavín. Y en este solar de cabras se levantaba la pobre iglesia de unas monjitas pobres de no sabía qué regla. Y estas acacias suntuosas acababan de plantarse. Y no se deslizaban sobre los rieles estos tranvías de mulas tan flamantes, en los que viajaba la gente muy presumida, y cada quisque asomándose como al marco de su mejor retrato al óleo. ¡Pero...! Y es necesario que los amigos le machaquen mil veces las realidades para que él se avenga a aceptarlas. ¡Han transcurrido diez años! Y no ha soñado, no. Cayó don Amadeo de su trono, y se cayó con todo

el equipo, y se largó con viento fresco a su tierra.

Cayó la República alharaquenta y pobretona de los presidentes burguesotes, a los que toda la fuerza se les iba por la boca. Fueron restaurados los Borbones en la persona de Alfonso XII, un chaval barbián que se pirraba por salir de noche, de parranda, con el conde de Cheste. Se inició la hegemonía política de Cánovas. Empezó y terminó otra guerra civil de boinas y de roses. Casó y enviudó el monarca con la bella María de las Mercedes, de los cantares infantiles con estribillo en los parques antiguos. Binubó con doña María Cristina de Habsburgo. Nacieron dos princesas: una morena y otra rubia. Asoló la campiña jerezana una Asociación denominada La Mano Negra...

Perplejo, Galdós se quedó entre las dos sospechas. ¿Cuál la realidad? ¿El sueño, cuál? Más vida tenían para él Monsalud, Araceli, Pepe Rey, don Celestino Malvar, el pinche de Aranjuez, el majo *Pujitos*, Daniel Morton, el señor de Lantigua, que Alfonso XII, Cánovas, Sagasta, Pavía, Montpensier... Con aquéllos había convivido más tiempo y compartido mil temores y sobresaltos, mil atenciones y afectos entrañables. De cartón, repintaditos, eso sí, le parecían estos muñecos al cabo, incapaces de conmoverle ninguna fibra. Y es que necesita apaciguar sus nervios, poner un poco de orden en el caos de su cabeza, de la que ha salido otro mundillo en poco más de siete días; enfriar las calorías de su entusiasmo, dejar de vibrar. Descanso es lo que necesita. En el verano de 1883, Galdós emprende un largo viaje. Primero, a Inglaterra, donde se une a su buen amigo Pepe Alcalá Galiano, hijo del famoso orador don Antonio y cónsul en New-Castle-on-Tyne, quien ya le acompañará en cuantas sucesivas escapadas estivales haga por Europa. Y, claro está, en Inglaterra, como en todas partes, *lo de rigor*: el movimiento continuo, el no reposar los ojos, el mareo de lo extraño y el sobre-

salto de lo maravilloso, el enredijo de las preguntas, la lógica fallida de las comparaciones... En Londres, la película pasa con rapidez de vértigo. San Pablo, el British Museum, la Abadía de Westminster—y en ella la tumba del ídolo: Dickens, que acaba de morir—, la Torre sinestra, el grandioso estuario del Támesis, el Parlamento, el West, la City, los Docks...

Luego, Rotterdam, Amsterdam, La Haya, Hamburgo, Copenhague, Estocolmo, Berlín... Muchos museos: Rembrandt, Breughel, Rubens, Cranach, Van der Weydem, Durero... Muchas catedrales góticas: York, Durham, Canterbury, Colonia, Aquisgrán, Estrasburgo... Muchos recuerdos inolvidables: Shakespeare, en Stradford; Hamlet, en Elsinor, sir Walter Scott, en Edimburgo; Beethoven, en Bonn; los caballeros anseáticos, en Hamburgo; Lohengrin, en su barco arrastrado por cisnes sobre el Rin; las damas galantes y eruditas, en *Sans Souci*... Vuelta a España. Y en su Madrid—más suyo cada vez que vuelve de cualquier parte fantástica por sus esplendores—, de nuevo a llenar cuartillas. Dos novelas hermosísimas: *Tormento* y *Las de Brindas*. 1884. Nuevo viaje estival a Inglaterra. Y, aprovechando el otoño, una escapadilla a Italia. Hay que pasar, de prisa y corriendo, las estampas iluminadas del álbum tan manoseado y siempre nuevo. Tal vez más deliciosa esta excursión, precisamente por su rapidez, que no permite que se le peguen a la ropa los tópicos. Se le amontonan al viajero las impresiones más diversas, las más detonantes. Las impresiones se las ha de comer ácidas; no hay tiempo para que sazonen y endulcen en ese grado que ya empachan en Stendhal y en Heine. Turín... ¡Ah, sí, una ciudad rectilínea, de color salmón! ¿Milán? El Duomo aéreo, Leonardo deshumanizado, la famosa Scala, prendida con los primeros compases; la Galería en arco iris... ¿Verona? ¿Qué recuerda de Verona?

Por de contado, la mansión de los Ca-

puletos y el palacete de los Montescos. Y pequeños detalles que aluden a los odiosos—y odiados—rivales reconciliados en el amor y en la muerte. Y la tumba de los Escalígeros; y la Signoría; y el Campanile... ¿Venecia? A los ojos, con ese brillo de plata que surge súbita en los delfines cuando corvean fuera del agua. Y, a lo lejos también, a veces, un tanto decoración de sí misma para una ópera, de la que lo que más gustará será el cromo. ¡Venecia! Por aquí pasaron el noble Otelo—cuyo mayor defecto y efecto fué su afán declamatorio—, el pérfido Yago; en este puente Rialto lloraba Shylock, terrible avariento, la fuga de Jassica, la merma de su tesoro y la sentencia de la hermosa Porcia; dentro de esta góndola ha suspirado el Amor en todos los idiomas, pero con la misma inexpresividad, con arrebatos idénticos; y luego..., el Gran Canal, el Puente de los Suspiros, los palacios bizantinos, casi inmóviles y fulgurantes bajo las luces venecianas de las gamas más encendidas y enteras, y sobre las aguas de esmeraldas muertas, el Arsenal, el Lido, las palomas casi eucarísticas, rubricando en el aire de esmalte que circunda el Palacio Ducal... ¿Padua? Sí, la Basílica Antonina, la Virgen de la Arena, las pinturas de Mantegna, la estatua de Malatesta... ¿Florenzia? Los recuerdos de ella eran ya más precisos. La Galería de Gil Uffizi, cielo de la pintura florentina, en el que triunfan y forman corte Rafael de Urbino, Andrea del Sarto, Perugino, Julio Romano... El Baptisterio, con las puertas—realmente celestiales—de Gioberti; la Loggia dei Lanzi, con el *Perseo*, de Benvenuto Cellini, y *El robo de las Sabinas*, de Bandinelli; la plaza de la Signoría, las tumbas de Maquiavelo y Alfieri, el Arno, con su serenidad inviolable y clásica, entre las compiñas, siempre como recién puestas de primavera... ¿Roma? ¡Roma! Nápoles... Pompeya... Galdós lo vió todo, lo admiró todo, se hizo su crítica de todo. Pero... Los viajes de Galdós fueron demasiado rápidos.

Hoy, esos viajes de ajetreo, de atraganto, los organizan las Empresas de turismo en una comandita que logra reducir los precios hasta lo inverosímil. Tal día, tal sitio. Tantas horas en esta ruta. La comida, exactamente, a las tantas. El cicerone, bien aprendida la retahila, de carrerilla. Y... ¡hala, al coche! Esto ya está visto—entrevisto, mejor—. Ahora, a otra ciudad. A buscar un paisaje nuevo. Mucha atención a los colores, a las luces y a los planos. Las maravillas y las comidas llegan a producir empachos alarmantes que perduran en ascos y antipatías. Los viajes de Galdós no fueron viajes para asimilar. Fueron viajes *para presumir*. En efecto, durante toda su vida, en las confesiones espontáneas, en las confidencias que le arrancaban los admiradores, él presumió mucho de haber viajado por toda Europa. Pero sus viajes nada tuvieron que ver con los minuciosos—por ejemplo—que a esta misma Italia hicieron Stendhal el freudiano y Meine el melancólico, con los del soñador Byron a la dorada y adorada Grecia, con las estancias largas y recónditas de Turgueniev en Francia, con las andanzas morosas y amorosas de Eça de Queiroz en París. Eça, Turgueniev, Byron, Heine, Stendhal..., ¡cuántos y cómo asimilaban cuanto vieron, férvidos y fervorosamente, paso a paso, ya que su atención era esa gota lenta y espesa, tan distanciada de la siguiente, que cae por el embudo de las destilaciones; gota que tiene ya toda la sustancia y todo el perfume del enjuague! Quedaron ellos como vueltos del revés. Ya para siempre actuaron las influencias. Su literatura se *desnaturalizó*, para delatarse captada por el nuevo ambiente, por la distinta modalidad. Byron es un griego. Stendhal, un toscano. Nadie menos ruso que Turgueniev. El lirismo de Heine es una pura supuración latina. Galdós quedó *impermeable* a cualquier sugerencia extraña. Lo veía todo. Lo admiraba todo. Pero nada lograba perturbarle, hacerle cambiar de rumbo. En toda su obra inmensa, ni el

detalle más insignificante advierte que haya podido asimilar cualquier sugestión de más allá de las fronteras hispánicas. En toda la literatura española contemporánea no se encuentra otro espíritu tan absolutamente, tan cerrilmente español como el de Galdós. Su caso es la reiteración del caso de otros grandes genios, como Lope de Vega y Velázquez.

También éstos viajaron; también supieron verlo todo, apreciarlo todo. Pero el veneno que los trastornaba a gusto era el mismo que siglos después inmunizó a Galdós contra todo otro veneno: el madrileñismo, el puro madrileño estilo barroco. Inútilmente pretenden los críticos que se las echan de sagaces convencerlos de cómo aprovecharon a Velázquez sus estancias en Italia. Velázquez regresó a Madrid más madrileño que se había ido, porque ahora sí que estaba seguro que nada por ahí había que valiera más la pena. En su paleta no traía ni un tono más de los que se llevara y que le proporcionó la tierra carpetana sutil y delirante. Su dibujo persistía en esa serenidad pasmosa cuyo secreto nadie sabe sino la tierra de Isidro santo. Inútilmente intentan los investigadores que se las dan de agudos convencerlos de cómo influyeron en el teatro de Lope no pocos motivos y numerosos temas de origen o procedencia extranjeros. Lope no escribió acerca de dichos temas sino traduciéndolos a lo madrileño, sintiéndolos en madrileño, *haciéndolos* madrileños por el castizo método y la chula razón del prolijamiento *con todas las de la ley*, inclusive el bautismo, seguido del consiguiente festejo de jolgorio y compadrazgo. Lope se rió de los luteranos, de los ingleses, de París y del preste Juan. No se sentía él sino madrileño porque sí. Galdós es otro caso prodigioso de este estupefactivo que es la madrileñización. Más madrileño que él, nadie. Menos de ninguna otra parte, ninguno. Su amor a Madrid es una coraza sin intersticios. ¡Ya le pueden a él llevar por los treinta y dos caminos de la rosa! Volverá

siempre, más que de prisa, por el único que conduce a Madrid. Verá Londres, y Berlín, y Roma, y la Haya, y Lisboa... con ojos de Madrid. Los admirará, pero no los echará de menos. Tendrá la cazarería de creer que cualquier cosa aleña al Manzanares es equivalente a una maravilla de por ahí.

Como Lope, como Velázquez, como tantos más, Galdós no siente sino a Madrid, no siente sino con Madrid. Sus viajes tan rápidos no le dejaron sedimento alguno. De noviembre de 1884 a marzo de 1885, Galdós escribe *Lo prohibido*. Está ya en lo suyo. Esta ya en Madrid. El ambiente le cala hasta los tuétanos. Y él se mueve en el ámbito como el pez en el agua. Las descripciones son de cosas madrileñas. ¡Y cómo acierta a describirlas y con qué fidelidad tan descarada de afinidades! Se encara y se descara con personajes madrileños. ¡Y con qué familiaridad los conoce, y los otea, y los descubre! ¡Con qué fruición, con qué regodeo corre la pluma sobre las cuartillas! Y es que él sabe *de todo* eso más que nadie, porque nada hay que tanto reafirme como el amor. Y... ¡cómo ama a Madrid este *canario*, que jamás trino de entusiasmo vernáculo y sí, siempre, con fervor inaudito madrileño!

Por esta época aún realizó otra excursión a Portugal, con su fraternal amigo José María de Pereda. Igualmente de prisa y corriendo. En Cintra, paisaje de ensoñación, visitaron el palacio de Pena, la obra portentosa del rey Fernando de Coburgo, con sus bosques gigantescos de camelias, que forman una bóveda impenetrable para el sol; la estatua de Vasco de Gama, erigida en un culminante picacho; el palacio de Mafra, pobre imitación de nuestro Escorial. En

Lisboa..., ¿qué vieron en Lisboa? ¡Claro está que la desembocadura hermosa del Tajo, tan español que no pierde el acento ni aun allí! Luego... El Monasterio de Alcobaza... El de Batalla, que conmemora la derrota en Aljubarrota de nuestro don Juan I... Oporto, la ciudad donde se habla más y mejor el español... Todas estas ciudades y maravillas no arrancaron a Galdós sino unas frías crónicas que se publicaron en algunos diarios y que hacia 1890 recogió un tomito impreso en Barcelona—colección «Diamante»—; esta misma editorial publicó otras impresiones galdosianas con el título *De vuelta de Italia*, y un estudio algo más sentido de *La casa de Shakespeare*. Si Galdós escribe estas crónicas es a puras instancias de los amigos de Madrid. Bien sabe él la pedantería terrible de escribir de lo que no se entiende. Ha mirado él las cosas—y admirado—y nada más. Siempre le reventaron las ilusiones de aquellos viajeros de la divisa: *veni, vidi, vici*, quienes creían interpretarlo todo e interpretarlo bien a la primera ojeada, casi, aún, con el pie en el estribo. ¡Majaderos! Nada de lo que se da a primera vista vale la pena. Y la cosa más simple tiene dos caras. Bastan las distintas horas del día y los diversos humores del ánimo para cambiar las facetas y modificar los aspectos. Por saber todo esto y mucho más, Galdós no hizo sino salir del paso, cerrar la puerta sin cogerse los dedos, sin pretender—con la mejor sencillez—haber descubierto nada, guardándose muy bien de insinuar probabilidades cuando aún se le escapaban las posibilidades. Tal vez esta misma humildad de no decir sino lo que vió—sin intento de cala, sin afanes de examen—es lo que hace a las crónicas de Portugal y de Italia más amenas.

VI

EL ROMPECABEZAS DEL BOSQUE.—LOS AMORES Y LOS AMORIOS DE GALDOS.—LO MARAVILLOSO DE LA OBJETIVIDAD.—AJETREOS PARLAMENTARIOS.—UNAS VECES ¡SÍ! Y OTRAS VECES ¡NO!—LAS SABROSAS, LAS TERRIBLES TERTULIAS.—NOVELAS Y MAS NOVELAS.—LOS MEJORES CAMINOS DE ESPAÑA.—OTRA VEZ DIPUTADO POR PUERTO RICO.—A LA EXPOSICION DE BARCELONA.—EL REY OSCAR Y LA REINA CRISTINA.—RECOGIENDO MAS POSTALES ILUMINADAS.—TOLEDO Y EL ESCORIAL: LOS TEMAS IMPRESIONANTES.—LOS AMIGOS TOLEDANOS DE GALDOS.—LAS SEDUCCIONES INFINITAS.—LOS CIGARRALES Y LOS CONVENTOS.—TRIQUINUELAS; PICARDIAS Y JUGARRETAS.
 ESCUCHAR, ESCUCHAR SIEMPRE...

Tenemos a la vista un rompecabezas. Un bosque enorme y cerrado. Frondas. Ramas y ramas: tentáculos y sierpes. Casi, casi, como en el dicho de fortuna, los árboles no dejan ver el bosque. La leyenda del rompecabezas reza así: «En este bosque se ha perdido un pastorcito. ¿Sabrían ustedes encontrarle?» Nosotros lo intentaremos. Primero, con cierta desgana. Después, confesémoslo, conforme las dificultades nos roban el tiempo y nos calientan el amor propio, con rabia. ¿Dónde estará el pastorcito perdido? Miramos de lado la vista. Luego, diagonalmente. La ponemos *cabeza abajo*. Nos fijamos en los contornos de las ramas. Curioseamos los claros de la bravía vegetación. Seguimos las líneas de los troncos destacados en el paisaje confín. Pero por más vueltas que damos al dibujo rompecabezas, por más inquisición que ponemos en nuestras pupilas casi desorbitadas, el pastorcito perdido en el bosque no aparece. Y sabemos que el pastorcito perdido estará delatado apenas por la silueta de su carita en combinación con las líneas de plantas, ramas, troncos y confín. Claro está que no es que no aparece, sino que no parece. El rompecabezas se lo pasamos a un amigo. Luego, a otro. A varios, después, sucesivamente. Ninguno lo encuentra. Y eso que los hay, entre los buscadores, torcidos de veras, capaces de negarse el agua y

el pan hasta dar con la solución. Al fin, todos a una, todos desasosegados, nos ponemos de acuerdo en que el pastorcito perdido *debe ser*—no *debe de ser*—esta suavísima configuración de un rostro de perfil que se imprecisa entre un tronco y sus ramas más bajas. Sí, ésta parece la nariz. Y ésta, la frente. El ojo resulta demasiado vago. El pelo pudiera ser el inicio de la fronda peinada por el aire, en fin, que el pastorcillo ha parecido—pero no aparece—aun cuando lo parezca.

Un rompecabezas semejante resulta la vida amorosa de Pérez Galdós. En la estampa—vida—del gran novelista tiene que haber un amor, varios amores, muchos amores. Amores o amoríos. Tiene que haberlos. Los hubo. Lo afirman sus amigos más íntimos. Lo confirman sus familiares. Lo corrobora esa fama que sigue a los grandes hombres apuntando enigmas, medio desvelándolos, difuminando luces, diluyendo contornos, colgando interrogantes, jalonando puntos suspensivos, escamoteando detalles y creando *lagunas* como el curso de un Guadiana manchego. ¿Amoríos? ¿Amores? En el rompecabezas de la vida amorosa de Galdós, ¿sabrían ustedes encontrarlos? Ahí están. Disimulados. Pero sólo se han perdido *para el juego*, para consumir un poco la paciencia. Porque los hubo. A docenas. Galdós fué hombre

normal y, cuenta la fama, bastante faldero. Hasta en sus años últimos. Mas, ¿dónde se señalan en la estampa de su vida, rompecabezas que ha pasado de mano en mano? Todos sabemos que tienen que estar. La mano hábil de quien trazó el rompecabezas—el propio protagonista—se superó en la añagaza de esconderlos, en la destreza de disimularlos hasta el límite de lo posible. Pero ¿es posible que nadie haya encontrado ninguno? La curiosidad, ese perdiguero implacable que sigue todas las pistas, ¿cómo no se lanzó tras las de esas mujeres amadas por el gran creador de tantos amores apasionados? Y como en el rompecabezas del pastorcito perdido, en lo más que podemos todos quedar conformes es en el creer que este trazo se parece bastante a un amor.

Precisamente esa objetividad absoluta con que Galdós escribe, sin mezclarse en modo alguno en lo que escribe, motiva desconcierto tal en la crítica, cuando ésta ha de insinuar siquiera la referencia a su vida amorosa. Porque todos los grandes novelistas del pasado siglo, Dostoyevski, Tolstoi, Stendhal, la *Sand*, Balzac, Dickens, transparentan, una y mil veces en cada una de sus obras, sus corazonces, sus características temperamentales, los abismos de sus almas torturadas en la psicología de los personajes creados por ellos. Stendhal es una suma de Julián Sorel y de Fabricio del Dongo. En *El rojo y el negro* y en *La cartuja de Parma* se desarrolla toda su capacidad de amar, el porqué, el cómo. Y en tales novelas conocemos a las claras sus gustos y regustos psicológicos, su sentimentalismo mórbido, su confusión y su aversión patéticas, los grados de fiebre de su trópico carnal. Exactamente sucede con el más completo de los novelistas de la centuria álgida noveladora, con Feodor Dostoyevski. Leyéndole, ¡qué bien se sigue la vida, muerte y transfiguración de su yo! Dostoyevski se *vuelca* en el Ras-kolnikov de *Crimen y castigo*, en el Alíochka de los *Karamazov*, en cada una de

las páginas de su diario. Cualesquiera de los héroes de la *Sand* resultan, como ella, incongruentes, caprichudos, sensibleros, altivos, voluptuosos. Gogol, para componer *un tipo central*, no hace sino mirarse a un espejo y confesar lo que siente. Balzac no cree haber acertado en sus protagonistas, si cada uno no delata el marchamo espiritual *de la casa*; es decir, está conforme en que los centenares de seres que salieron de su imaginación aparezcan diversos a quienes se los encuentran; pero, en el fondo de su alma, ninguno puede dejar de llevar *una gotita de Balzac*.

Nuestro Galdós, para desesperación nuestra, es la excepción de la regla general. Y es la excepción—¡oh paradoja!—porque es el más novelista de todos. No el mejor escritor, no. El mejor novelista, el único que logró inhibirse de sus creaciones y no delatarse en sus confidencias. Solamente él creó cada uno de sus personajes con absoluta autonomía, con libre albedrío, sin dependizarle de su voluntad tiránica de creador, casi, casi acabando él por ir a rastras de la criatura. Cada uno de los grandes noveladores mencionados creó *para absorber su creación*. Cada uno de ellos *era el mundo* de sus criaturas. Y éstas, la que más y la que menos, hablaba, se movía, sentía, pensaba, siempre un *poco de prestado*. Como desquite de los héroes, resulta que Balzac, Gogol, la *Sand*, Tolstoi, Dostoyevski, Stendhal, Dickens acabaron *por descomponerse* en el compuesto de su obra total. Esto no le sucede a Galdós. Galdós, al que se le independizaron sus hijos, conserva a cambio su independencia. Ni Juanito Santa Cruz, ni Pepe Rey, ni Daniel Morton, ni Santiago Ibero, ni Orozco, ni el patriarca León de Albrit absorben la vida privada de su genitor; ni la turban, ni la perturban. Como un higo a una castaña se parecen. Ni entre sí, ellos, los engendrados, guardan relación espiritual, ni semejanza física alguna, de esas que delatan los parentescos

espirituales más que los de la sangre. Asombroso caso.

Pues bien: Galdós, que tan bien sabe dotar amorosamente a sus héroes, que tantas pasiones les hace vivir, que pudiera decirse es el amor, en la mayoría de ellos, el único motor, la finalidad última—y contrapongo estas ideas afines en un rigor ponderativo—, Galdós se nos escapa con su vida amorosa, nos deja con tres palmos de narices, de las que hemos metido para oliscar en sus intimidades de corazón o de afrodisia simple. Un misterio más en su vida. Como el de su olvido de la tierra nativa. Como el de sus relaciones familiares. ¿Cuándo amó? ¿Cómo amó? ¿A quién amó? Y debemos contestar: amó muchas veces, amó epidérmicamente, amó a mujeres de nombres cualesquiera y de condiciones sociales distintas. Y hasta en estas afirmaciones tan vagas son tan sospechosas las sospechas, que vale más renunciar a este jalco del rompecabezas que nos desoja y nos hace saltar los nervios y nos pone de mal humor ya para todo el día. El Galdós imperturbable, terriblemente frío, nos sonríe con cierta chunga desde su región elísea.

Apenas de regreso a España Galdós, muere en El Pardo—25 de noviembre de 1885—el rey don Alfonso XII. Y escribe el maestro, lleno de sinceridad: «Proclamada la regencia de doña María Cristina, subió Sagasta al Poder y su primer acto fué convocar las Cortes para el año siguiente. Un amigo mío, de quien he de hablar mucho en el curso de estas memorias (Ferrerías), indicó a Sagasta que me sacara diputado por las Antillas. En aquellos tiempos, las elecciones de Cuba y Puerto Rico se hacían por telegramas, que el Gobierno enviaba a las autoridades de las dos islas. A mí me incluyeron en el telegrama de Puerto Rico; y un día me encontré con la noticia de que era representante en Cortes, con un número enteramente fantástico de votos. En la primavera del 86 se abrieron las Cortes. El que esto escribe tuvo la satis-

facción de ser incluido en la Comisión del Congreso que asistió a Palacio al acto solemnisimo de la presentación del recién nacido soberano don Alfonso XIII, el 17 de mayo de 1886.»

Fué Galdós diputado por el distrito de Guayama. Para serlo, le bastaron diecisiete votos. Convertido de la noche a la mañana en un perfecto sagastino, se sentó en uno de aquellos escaños que, durante sus años ya lejanos de gacetillero político, había envidiado desde la tribuna de la Prensa, y que pensó—muy pocas veces, justo es decirlo—glorioso ápice para la vida de un español. Asistía puntualmente, encantado bisoño, al Congreso, sin despegar los labios y con las entendederas bien despabiladas. Se limitaba a responder ¡sí! o ¡no! en las votaciones, conforme se lo ordenaron antes de la sesión los correveidiles del jefe. Pero, a la postre, más que ocupar su escaño de figurón de pim, pam, pum, con el gesto estereotipado, y a tirón la sonrisa, y a tirón el entrecejo, y a tirón el murmullo y el rastreado de pies, placíale la tertulia de los amigos, el corrillo de los correigionarios, los conciliábulos de las oposiciones en el Salón de Conferencias y en el *buffet*, saboreando los buenos vengueros y los finos licores. El se movía un poco cohibido en su levitín, las manos cruzadas a la espalda, bien la diestra domando el bigote, bien la zurda sosteniendo el habano. Allí se hizo amigo de Maura, de Canalejas, de Gamazo, de Villaverde, de Núñez de Arce—a quien se le había acabado la desesperación poética de los treinta años con la bicoca del acta—, de don Manuel Reina, de Romero Robledo, del marqués de Castroserna. Su gran fama de escritor abríale el círculo de los selectos, del que habría sido arrojado simple diputadillo de quiero y no puedo por la espada ígnea miguelina de la categoría. Y como cuando se biografía a un gran hombre no hay por qué callar sus pequeñeces—que no hacen sino reafirmarle—, debe constar que se perecía el novel diputado por los grandes vasos

de agua, en los que disolvíanse con lentitud los esponjosos azucarillos de limón, servidos por los ujieres de calzón corto, casacas, patillas y reverencias.

Ni que decir tiene que las obligaciones de su representación parlamentaria no le impidieron el ritmo ligero de su producción novelesca durante los cinco años que duró el llamado *Parlamento largo*. En 1886 escribió los tres tomos primeros de *Fortunata y Jacinta*; en 1887, el tomo cuarto y último de esta novela, y *Celín, Trompiquillos y Theros*; en 1888, *Miau*; en 1889, *La Incógnita, Torquemada en la hoguera y Realidad*; en 1890, los dos primeros tomos de *Angel Guerra*. Que la política en Galdós era una afección—y afición—postiza, cuando él la hubiera deseado defección, fué cosa que vió en seguida el espíritu sutilmente político de don Antonio Maura: «Vimosle en más de una ocasión entremeterse en andanzas políticas; la vez primera fuimos él y yo correligionarios, y recuerdo los comentarios que solíamos hacer de lo que presenciábamos. Ellos me confirmaron en la idea de que hizo aquella diversión tan sólo porque le pareció que uno de los modos de explorar las márgenes del río es dejarse llevar por la corriente; una manera más de acopiar fibra para los tejidos. Pronto dió al través en las aceñas, y más desastradamente le avino esto mismo la segunda vez que se dejó arrastrar en aguas más procelosas, porque no había nacido para navegaciones semejantes, de las cuales acabó por apartarse.»

Galdós admitía el Parlamento como una distracción provechosa. Era una sala más de su «archivo viviente». Después de escribir cuartillas durante doce horas, se permitía el descanso de una sesión de Cortes—animada a veces hasta con números de circo—, de una horita de asueto en el Salón de Conferencias, charlando de todo lo humano y lo divino. Porque ya había remitido un tanto su fiebre creadora; ya no se encontraba aquella facilidad con que escribió *Gloria*, obra

del entusiasmo de quince días, que se le ocurrió paseando por la *Puerta del Sol*, entre la calle de la *Montera* y el *Café Universal*, y que se le ocurrió *de golpe*, viendo con claridad toda la primera parte; ya carecía de aquella audacia que le hizo ponerse a escribir el primer episodio nacional, sin saber *en qué iba a parar aquello*. Capaz era ahora, eso sí, de pasarse doce, catorce horas moviendo la pluma sobre las cuartillas, pero... el descanso le era imprescindible. Desabsorberse del tema, desesclavizarse de él. Volviendo sobre sí lo dominaba. Y tal vez *lo veía mejor*. Ya no se hubiera podido repetir en él aquel sueño de diez años—entre 1873 y 1883—en que su auténtica vida fué no darse noción de que la vivía. Por ello le era beneficioso aquel trajín de irse por los pueblos en vagones de tercera y en galeras armatostes que amenazaban escachifollarse a cada bache que encontraban las ruedas, codeándose con las gentes más diversas y detonantes: el buhonero de traje de pana, cargado de chirimbolos; el tratante de ganados, con tupé, barba de ocho días y fumeque de escupitina por el colmillo; la mujeruca de talla de sarmiento y en una pieza, con sus sayas de campana y su mantoncillo cruzado al busto; el cura de aldea, de sotana parda y hombreras de caspa, discutidor de caza a la espera; el viajante de comercio, presumido de adjetivos y narrador de historietas; el labriego roñoso, mudo como una esfinge, de faja, almadreñas y somnolencia irremediable; la monjita andariega de la vista baja y el bisbiseo infinito; el cacique locuaz orondo de su petaca y de sus yugadas de tierra.

Así recorrió Galdós casi toda España, múltiples veces. El valle de Mena y la parte alta de Burgos, Espinosa de los Monteros, Medina de Pomar, Peñafiel, Aranda de Duero, Burgo de Osma, Almazán, Tudela, Calahorra, Medina del Campo, Rueda, Olmedo, Madrigal de las Altas Torres, Simancas... ¡Con qué unción entraba el genial escritor en estas

villas de nombres bellísimos y de seductora desnudez arcaica! ¡Cómo escudriñaba su perspectiva desde los altozanos próximos, los tonos de las luces distintas del día en ellas! ¡Y, paso a paso, ferviente, remiraba las iglesias rancias de los viejísimos retablos; los casones de las piedras insignes meladas olientes a cuévanos; las callejas guijarrudas, con canes sarnosos vagabundos, aves corralizas picoterías y críos revolcados en la miseria; los miradores sobre la laja de los ríos tonitrosos; las plazas con porches sobre cuyas espaldas parece auparse el casalicio jorobado y la cruz centrada sobre un poyo que sirve de talanquera los días de las vaquillas; los conventucos pobres, con ese encanto de las primeras fundaciones carmelitanas, de las que salían los más sabrosos confites, las oraciones más simples en el tonillo más de ganga; los sotos umbríos aledaños a las corrientes furtivas de aguas relimpías, verdeantes cuando eran represadas entre espadañas y en aceñas; los valles de color de acero, entre los calvijares bravos y curvos, lo mismo que jorobas de camello; los bosquecillos súbitos de encinas y de alcornoques, zumbados de tábanos y de abejorros!

Deliciosas excursiones realizadas a solas—más adelante acompañado de su sobrino don José Hurtado, o de su mayor-domo Rubín, o de su criado Victoriano—, que le permitieron conocer las tradiciones más respetadas, las costumbres más pintorescas, el sentir más recio y el anhelo más hondo del pueblo español. Su espíritu genial sabía penetrar en todo, sin romperlo ni mancharlo, igual que el rayo de sol por el cristal. Nada quedó oculto a su portentosa observación. Su medida crítica analizó tipos, paisajes, vidas, modos y maneras, decires y cantares, dejes y dejos. Inmenso fué el tesoro de impresiones y datos que allegó en tales excursiones hechas de tan sabia manera: casi a pie y casi con alforjas. Y a Madrid, de cada una de ellas, regresaba como nuevo, saturado de recóndito

sentimentalismo hispánico, dispuesto a escribir una nueva obra, casi de un tirón, que delataría cada vez una naturalidad más asombrosa y de la que se escaparían, a docenas, a cientos, seres de una fuerza humana indescriptible, dignos, igual que los hombres de carne y hueso y alma, de la mejor inmortalidad.

En 1890 fué reelegido Galdós, sin él querer, sin él enterarse, diputado por Puerto Rico. Las tareas parlamentarias realizadas a regañadientes hicieron resentirse algo su labor literaria en cuanto a la calidad. El año 1891 no terminó sino el tercero y último tomo de *Angel Guerra*.

Entre los años 1888 y 1890, fecha esta en que inició su portentosa novela, únicamente dos sucesos resaltan en la existencia de Galdós. En abril del primer año de los citados, con Ferreras, tan dinámico y sencillote, y con el marqués de Castroserna—prócer opulento y generoso, primer contribuyente por territorial en dos o tres provincias, liberal de corazón y muy adicto a don Práxedes, dueño de una descomunal petaca, siempre pletórica de habanos riquísimos, y de una urbanidad exquisita, jamás en merma—, marchó Galdós a visitar la Exposición de Barcelona. Aquello se llamaba, ya entonces, echar una cana al aire. Viaje en primera, pagado. Hotel de primera, pagado. Coche de briosos corceles para las diarias necesidades, pagado. Entrada pagada en todos los espectáculos. Gastos menores..., pagados. El auténtico momio. Los caudales del Estado eran más pródigos aún que el marqués de Castroserna. En Barcelona, el hacer un tanto el papanatas. Maravillarse con la Exposición y con el factótum de la Exposición, Ríus y Taulet; visitar, de tiros largos y de prosopopeya, a la reina doña María Cristina, que se hospedaba en el Ayuntamiento, convertido en residencia palatina; saludar diariamente *al jefe*, don Práxedes, atildado y de media sonrisa cazurra, en el hotel Arnús, donde residía; el contem-

plar desde el puerto las maniobras de la escuadra empavesada y despepitada de regocijo en salvas de cañones y en hurras de la marinería, alineada sobre cubierta; el honor de almorzar en el improvisado palacio con dos testas coronadas: la de la Regente española y la del rey Oscar II de Suecia, inopinadamente arribado a Barcelona en su yate de líneas escurridizas y brillantes de delfín, y el escuchar de labios del culto monarca el origen de la locución *hacerse el sueco*; la pequeña vanagloria de verse agasajado por la intelectualidad catalana, a cuyo frente estaban Milá, Maragall, Verdaguer, Oller...

En el otoño, una nueva escapatoria a Italia. Primero, a Londres, a reunirse con Pepe Alcalá Galiano, su inseparable cicerone en estas excursiones por el extranjero. Ya los dos juntos, firmes los ánimos en ir despacio para no atragantarse de emociones. Inútil propósito. El tiempo de sestear vuela. Y hay que volar en él. ¿Han dejado ya las tarjetas, ceremonia ritual, en el sepulcro romano de Julieta, que más bien parece una tina de baño? ¿Sí? Pues dejan Verona. Sin haber podido escuchar, aun pasando la noche de claro en claro, el canto de la alondra. De Venecia les hizo salir de estampía una inmensa plaga de mosquitos, contra cuyas lanzas agresivas y trompetillas escalofrantes de nada sirven las dosis del más fuerte lirismo. De Bolonia los echó la implacable lluvia, contra cuyo aburrimiento de nada valen los amplios soportales que se corren a lo largo de las calles tortuosas..., si no es para no mojarse. Apenas si pudieron echar un vistazo al Colegio Español de San Clemente, fundado por el cardenal Albornoz en el siglo xiv, y al sepulcro, en el templo del Rosario, del gran español Santo Domingo de Guzmán, nacido en Caleruega, diócesis de Osma. En Roma..., ¡qué confusión tan tremenda! El Apolo del Belvedere, el *baldacchino* de San Pedro, las hermosas capas pluviales, el Arco de Tito, las

floristas de la Puerta Pia, el *Moisés* de Miguel Angel, los silencios sonoros del Palacio Doria, las cajas de plomo con las momias de los Borgias Calixto III y Alejandro VI, el pasmoso retrato del Doria Pamphili—Inocencio X—, que inmortalizó nuestro Velázquez; las Termas de Caracalla, la Columna Trajana, las Catacumbas de San Lorenzo y de San Sebastián, las piedras doradas de la Vía Apia, los macarrones y los tallarines del café Garibaldi, las romanzas melancólicas del Coliseo, cantadas por unas jovencuelas de ojos en blanco y flores caedizas sobre las sienes, los apretones de manos del cardenal censor—que era hombre meloso, de una severidad despampanante—, el fasto perturbador de los oficios pontificios en la basílica vaticana, bajo la bóveda despampanante de Bramante de Urbino... ¡Dios, qué baturrillo en su memoria! Y luego, Nápoles. La tarjeta postal del Vesubio. La melodía empalagosa del barrio de Santa Lucia. La siesta dorada del puerto en que el humo se mece y se duerme. Y luego, Pompeya, la ciudad como de porcelana vieja y de mosaicos de *puzzle* mal casados; y las islas voluptuosas, traspasadas las carnes por una caricia añil: Capri, Ischia, Prócida..., divinidades oceánicas en el añoro de una concha de nácar con la sonrisa recién nacida de Venus...

—¡Hemos soñado!—exclamó Galdós, estupefacto, al poner sus plantas en tierra española.

Y Pepe Alcalá Galiano, más acostumbrado a estos ajetreos, más escéptico, pudo contestarle:

—Seguramente.

Para preparar concienzudamente *Angel Guerra*, Galdós, entre 1888 y 1890, pasó grandes temporadas en Toledo. Allí iba a conocer a los Babeles, familia extravagante por demás, con su ínclita Catalina de Alencastre—que se creía y decía última rama de los reyes de Castilla—; al famoso don Pito, viejo lobo de mar trasplantado tierra adentro, me-

rodeador del hermoso galeón anclado, como el arca poémica, sobre un peñasco, que es el Alcázar; al donoso beneficiado de la catedral, don Francisco Mancebo, fanático por la lotería, y a su sobrina Leré, que no tenía otra ambición que ser hermana de la Caridad, y a tantos otros personajes que dejarían de ser fantasmas, por obra y gracia de la taumaturgia galdosiana, para convertirse en seres prodigiosamente vitales, dueños del mundillo de la novela *Angel Guerra*. Años antes ya había visitado Galdós la ciudad imperial y hasta escribió con la mayor voluntad y muy sutiles atisbos una serie de artículos titulada *Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo*, que publicó—1870—la *Revista de España*; páginas llenas de juvenil pedantería, pero igualmente llenas de un sutil anhelo de interpretar los misterios de emoción y de arte de la antiquísima urbe delirante en el dogal del Tajo y rebosante de un orgullo íntimo por las glorias pretéritas de España. Ya, desde entonces, tanto se aficionó a Toledo, que desarrolló en sus escenarios la novela *El audaz* y algunos episodios nacionales, como *Los Apostólicos* y *Un faccioso más y algunos frailes menos*. Pero cuando su entusiasmo por la ciudad culmina es, precisamente, en estos años en que gesta su *Angel Guerra*. Y puede afirmarse que desde entonces no dejó ningún año de ir a Toledo en ciertas fechas que eran como rituales: el 19 y el 21 de marzo—esta última, festividad de su santo—, la Semana Santa, la fiesta de la Virgen del Valle, el primero de mayo, el día del Corpus y el de la Virgen del Sagrario. Amén de no pocos del otoño septembrino, cuando el tiempo magnífico ayuda a sacar los mejores y más fulgurantes colores a la cara de la ciudad vista desde los altozanos y desde las hondonadas, y consigue los ocreos más impresionantes—casi bruñidos y sin casi relucientes—para los cigarrales del dintorno toledano.

Toledo y El Escorial son los lugares de España más difíciles de entender. Y no digamos de comprender. Y no insinuemos de asimilar. Toledo y El Escorial son puro espíritu de España, pura enseña y reseña de la hispanidad. El jugo y la almendrilla de la raza se gustan y se regustan en ellos. En cosechas inagotables. Sin necesidad de precedentes sementeras. Infinitos viajeros insignes han visitado España durante muchos siglos. Los más de ellos redactaron sus memorias de viaje con el estilo peculiar y la suficiencia de haberlo comprendido todo, aquí y acullá, volcando el tarro del color y derrochando su fortuna de tópicos. Y, justo es decirlo, muchos de ellos acertaron en algunas sensaciones líricas y éticas de Andalucía, de Cataluña, de Cantabria y Galicia, del Levante y de las islas de ensueño que son las Baleares. Todos ellos, sin excepción, los antiguos y los modernos, Gautier y Keyserling, Mérimée y Waldo Frank, Borrow y Cassou, los antiguos nuncios apostólicos en la Corte de Austrias y Borbones y los embajadores artistas de las repúblicas italianas, y los modernos conferenciantes, mitad filósofos y mitad poetas, todos, fracasaron rotundamente al intentar *ver, interpretar y comentar* El Escorial y Toledo. ¡Cuántas tonterías dijeron acerca de ellos tantas ilustres plumas extranjeras! ¡Cuántas inexactitudes recalcaron de ellos tantos entendimientos privilegiados españoles! Y es que a uno y otro no cabe entenderlos de sopetón, el aquí llego y aquí te pillo. De primeras se indigestan a la mayoría de las entendederas. ¡Son tan singulares, tan impares, tan expresivos y excluyentes; se repliegan tanto y se afinan de tal manera y se desvanecen con tanto misterio! Los dos exigen para entregarse una larga preparación espiritual. Y la *composición de lugar* de las meditaciones ignacianas. Preparación que *no se entona* sino en Castilla, y precisamente en las fiestas carpetanas. Por

estas tierras se llegó al milagro toledano de Alfonso VI. En estas tierras surgió el milagro escurialense de Felipe II. Y todos los valores de la raza madrean y calorizan y se gradúan en estas candiomas perdurables. Felizmente, estos milagros no están al alcance de cualquiera. Únicamente una minoría selectísima puede abrir ante ellos los ojos sin cegar.

Galdós, genio español, comprendió pronto y se asimiló Toledo. Pero no se olvide que antes pasó por el noviciado indispensable de Madrid. Su inmenso fervor madrileño le preparó concienzudamente para recibir el supremo don. No creemos decir ninguna herejía afirmando que los muy pocos que han entendido, comprendido y asimilado Toledo y El Escorial eran emocionadamente afectos a esta capital renacida—y remecida—por obra y gracia de la más aguda hispanidad sobre una meseta desértica—hoy—. ¿Por qué?

Las primeras visitas a Toledo las realizó Galdós solo o con algún compañero periodista: con Ferreras, con Alberto Aguilera—el alcalde de dos metros—, con León y Castillo. Años después fué su asiduo acompañante un sobrino carnal, don José Hurtado de Mendoza y Galdós, hijo de su hermana más querida, doña Carmen, quienes ya vivían en Madrid con él, encariñándole su celibato, en un pisito de la calle llamada hoy de Alberto Aguilera y todavía entonces *paseo de Areneros*, número 70. Hurtado de Mendoza, llamado familiarmente *don Pepino*, era ingeniero agrónomo, de talla prócer, de facciones muy acusadas, de bondad casi infantil. No se casó tal vez por no separarse de su tío y de su madre, a quienes adoraba, quizá por su carácter tímido; vivía supeditado a estos dos seres y era como la sombra del genial escritor. Ya en Toledo, Galdós no se hospedó sino en muy contados sitios: en la calle de *Santa Isabel*, en un piso que regentaban dos señoras hidalgas, cetrinas y melancólicas, de muchas novenas: doña Agustina

y doña Benita Figueras, que al venir a menos admitieron huéspedes muy escogidos, de los que pagan y no alborotan; a Pérez Galdós, varios seminaristas de Santa Catalina, ciertos varones, probos funcionarios y tresillistas. La casa valía la pena. Muy antigua, rechoncha y honda, tenía un patio en que lucía el escudo de armas de los Mendozas y una fachada con balconaje de forja. Cuando las hermanas devotas llegaron aún a mucho menos y se trasladaron a otra vivienda más modesta de la calle de *los Caños de Oro*, las siguió favoreciendo Galdós, a quien le interesaba la convivencia con tales huéspedes, de una categoría social que era su predilecta: ni aristocracia ni pordioserismo, y gentes de vivir difícil; la llamada injustamente *masa gris*, el terrateniente oscuro y caballeroso, los artistas sin celebridad, las patronas de las casas de huéspedes, los seminaristas de la media beca, los cocheros y los comerciantes al por menor, los mandaderos de las monjas, los sacristanes y campaneros, los profesores de las academias preparatorias de codos lustrados, las santeras que paseaban las hornacinas con los santirulines por todas las calles cuestudas entre hipos y bisbiseos, los hortelanos de los rucios viejos con serones cargados de hortalizas, los fotógrafos ambulantes, los guardias municipales de uniformes de acordeón... También se hospedó Galdós en los hoteles modestos de *El Lino*, el *Imperial* y el *del Norte*, y en la famosa finca *La Alberquilla*—sotos y umbrías aledaños al río—, propiedad de un apasionado galdosiano, don Sergio Novales, quien la había adquirido del famoso crítico literario y más famoso bibliopirata, el irascible don Bartolomé José Gallardo. Don Sergio Novales, ingeniero agrónomo, compañero de Hurtado de Mendoza, gozaba lo indecible cada vez que Galdós y su sobrino pasaban alguna temporada en *La Alberquilla*, donde les tenía siempre reservados los mejores cuartos. En *La Alberquilla* nació aque-

lla cordera negra que Galdós salvó de la degollina y que durante muchos años fué el perrillo manso del piso del paseo de Areneros, cordera a la que se llamó *Mariucha*, porque su nacimiento coincidió con los días—julio de 1903—en que se ensayaba en Barcelona la comedia galdosiana de dicho título. En *La Alberquilla* nacieron varios de los mastines que eran una de las ilusiones del novelista; perros que le correspondían con una lealtad impresionante... El *Tito*, de la finca de Santander. El *Vedrine*, de la casa de Madrid. Tumbadazos siempre a los pies del buen amo. Siguiéndole llenos de pachorra soberana.

Muchas fueron las amistades firmes que enhebró Galdós en Toledo. Firmes y buenas. Gentes de iglesia y gentes de almas. Gentes honorables del estado llano. Artistas y aventureros sentimentales. El pintor Ricardo Arredondo, un aragonés que llegó a Toledo a tomar *unas notitas de color*, y en quien prendió de tal modo el encanto de la ciudad imperial, que se afincó en ella; mejor dicho, que se entrañó en ella. Arredondo, cuando le conoció Galdós, no se acordaba ya de su tierra nativa sino como de otra cualquiera del mapa español, de la vieja piel de toro ibérica. Casi no se acordaba del santo de su nombre. No era él sino toledano. Toledano albérrhigo de hueso dulce (así le decía Galdós). Y se parecía a cualquier caballero desconocido del Greco, con la mano en el pecho y con los ojos iluminados en el ideal. Arredondo era uno de aquellos republicanos de los tiempos heroicos, «gracias a la monarquía», y ateo, eso sí, ¡gracias a Dios! Nadie conocía de modo más absoluto la ciudad y sus alrededores que él; sus perspectivas desde todos los puntos imaginables, sus recovecos, sus escondrijos, sus rinconeras, sus aristas, sus alzados arquitectónicos, sus contrasentidos artísticos, sus contrastes fenomenales, sus secretos y sus misterios, sus tonos y sus luces—sus contraluce y sus desentonos—, sus pal-

pitaciones y su melancolía... Nadie la pintó con fidelidad tan singular, dándole todo su encanto inefable. Arredondo fué el mentor de Galdós en los días toledanos. Arredondo le hizo entender, comprender y apreciar al Greco. Y eso que Galdós, finísima sensibilidad de pintor, ¡cómo se escandalizaba en un principio de la absoluta falta de respeto del cretense por las normas clásicas del dibujo y del color! Arredondo, anticlerical, le presentó a todo el elemento clerical de la ciudad, de quien era muy querido el pintor. Arredondo le aficionó a los guisotes—empanadas y bartolillos—del figón de Granullaque, situado a las espaldas de Zocodover, y hostería cuyo local subsistía inalterable desde el tiempo de Cervantes; igual la casa, las mesas, las sillas, los guisos y hasta el lenguaje y las maneras—que entonces eran modales—; a las perdices escabechadas de la *Venta del Alma*; a la caza de lagartijas entre las ruinas de un palacio adosado a las murallas de Wamba, junto a la Puerta del Cambrón y ladero a la casa del artista; a los descansos contemplativos en la explanada del Alcázar que mira hacia las tierras—mar petrificado—de Yepes o en lo alto de las almenas de la Puerta del Sol, desde donde se contemplan los barrios de la Antequeruela y de las Covachuelas, la vega derecha del Tajo, el palacio de Galiana, La Alberquilla..., paisaje denominado por Galdós «la Arabia feliz», o delante de la portada de San Juan de los Reyes, desde donde se alcanzan los cigarrales, las laderas llenas de olivos, las casas blancas rodeadas de los morunos jardines. Arredondo le aficionó a la asistencia a los Oficios Divinos en la catedral, bien presenciados desde las galerías altas, por la parte del Evangelio, bien desde un rincón, entre el púlpito y el sepulcro de Mendoza, bien apiñado entre los fieles, como una ola más de aquel manso océano gris removido—movido, no; conmovido, si acaso—a puras emociones simples.

Galdós y Arredondo jugaban como chicos a saberse de memoria y a recitarlos de carrerilla los nombres todos de las calles toledanas, a referir el mayor número posible de leyendas alusivas a la ciudad, a describir sus monumentos con el mayor número posible de pormenores, a lanzar los rasgos de erudición de qué reyes, de qué santos, de qué personajes importantes nacieron allí, no sólo cristianos, sino también musulmanes y judíos. Y hacían que cuántos presenciaban las contiendas inclinaran el fallo por uno u otro y le otorgaran la cantidad metálica, el objeto premio de la apuesta enconada. Arredondo fué la causa de aquel inagitable afán que padeció muy a su gusto Galdós de ambular a todas horas del día y de la noche por Toledo por mero deseo de vagar y divagar las mil y una veces en los rincones más arrinconados que ya le eran familiares. Arredondo tuvo la culpa de que Galdós acertase de memoria, sin fallo alguno jamás, el itinerario más breve entre aquel laberinto de callejas y biombos para llegar a cualquier parte. Arredondo le contó ce por be las vidas atormentadas y edificantes de cuantos ilustres varones gobernaron la diócesis toledana. Primero, los santos: tres Eugenios y un Ildefonso, santos que ya lo eran más y más con las caras largas y alucinadas, con los largos cuerpos asarmentados, con las capas pluviales muertas y los cielos lívidos del *Greco*; luego, Ximénez de Rada, los Tenorios, los Carrillos, los Fonsecas, Mendozas y Cisneros—los cardenales que alentaron la mejor y la mayor hispanidad—; Silíceo, fundador del Colegio de Doncellas Nobles; Tavera, creador del Hospital de Afuera; Carranza, a quien salvó de la hoguera inquisitorial romana un gesto autoritario de Felipe II.

Amigos toledanos de Galdós fueron igualmente don Alejandro Argüelles y don José María de las Alas, parientes de *Clarín*, que regían una academia preparatoria militar en la calle de *Santa Isa-*

bel, y Arturo Mérida, arquitecto y arqueólogo, que por entonces restauraba el claustro de San Juan de los Reyes; y Giner y Cossío, que dedicaban grandes temporadas a estudiar al *Greco*; y el canónigo Sanguera gran tomador de rapé. alma tan cándida como conocedora de los maravillosos secretos de la magna fábrica catedralicia; y Mariano, el campanero sordo de la catedral; y Hermenegildo, el cochero de la tartana al servicio de *La Alberquilla*; y Paquillo, el camarero bizco del Hotel Castilla; y un señor carlista llamado Criado, dueño de un cigarral encaramado sobre la *Venta del Alma*, y a quien Galdós retrató en el don Severo de *Angel Guerra*; y otros muchos hombres y mujeres anónimos, silenciosos—y silenciados—, de rancias vestimentas locales, palabras escuetas de refranero y ademanes sucintos. De estos amigos, con ninguno le ligó mayor simpatía que con Mariano, el campanero sordo de la catedral. Tal vez porque, teniendo tal defecto, se liberaba el gran silencioso que era Galdós de darle conversación. Por señas y de tarde en tarde se entendían perfectamente. Con Mariano, Galdós—dos sombras—recorría las Claverías y los tejados de la catedral, maravilla ésta que ignoraban los más entremetidos turistas, esos que se gastan sus buenas pesetas en hacer melifluos a los guías. Le seducían al novelista los estanquillos llenos de agua para casos de incendio; los talleres de vidriería, ya abandonados, donde se fundieron tanto magnífico rosetón y ventanal; las terrazas, desde las que se abarcaba una ciudad de juguete erizada de campanarios, como convulsa, acollarada por una cinta viva de cobre bruñido, que era el río; las enormes campanas de resonancias entre metálicas y cristalinas, dentro de alguna de las cuales cabía él muy holgado, y que, sin embargo, vibraban al aliento apenas; los pináculos, las cresterías, las gibas, las torretas, las agujas, que por todas partes le impedían el tránsito, en

una piedra melificada por los viejos soles castellanos, que son de los que se sacan las buenas monedas de oro, las onzas, los ducados, las doblas; el gato del campanero, negro azabache, funámbulo máximo, tirón de terciopelo, que realizaba excursiones impresionantes por las cornisas, por los encajes de los frontones, por las verrugas de las agujas, y se tumbaba a dormir sobre la corona de los reyes o el libro abierto de los evangelistas. Mariano le regaló una calavera limpia, patinada ya, que halló debajo de unas tejas y que debieron de pulir las manos huesudas de algún clérigo toledano de la época imperial. Mariano le enseñó todos los toques de las campanas, de los esquilonos y de los cimbalillos; y la gama de las luces en las naves inmensas contempladas desde los rincones determinados a determinadas horas, y las gradaciones de las sombras, ya lívido el crepúsculo, cuando las columnas parecían fémures y las aristas de las bóvedas las costillas de un dinosaurio alucinante que antes que nadie sorprendió Villamil, el dibujante genial. Mariano le ayudó a esconder en la boca de una de las bichas de bronce que sostienen el cuerpo del púlpito del Evangelio, en el crucero, aquella piedrecita pulida, como de ónice, recogida en el pilón de la fuente de los Doce Caños. Gracias al canónigo Sanguera y a Mariano, pudo Galdós contemplar la archifamosa custodia de Arfe—por él llamada «la alhaja descomunal»—con la mayor atención, tateándola, girando alrededor de ella como un simple satélite apagado en torno al sol, dejando libres ¡ohes; y ¡ahes! Y gracias a Mariano podía, en los primeros días de octubre, colocar los estandartes de Lepanto en los corredores altos del crucero, del lado de la Puerta del Reloj. «Su amor a España—escribe un gran escritor español contemporáneo, el doctor Marañón—, el más limpio que he conocido, se satisfacía entrañablemente con estas activida-

des, que a algunos les parecerán pueriles.»

Dos eran los paseos predilectos de Galdós en Toledo: la visita de los conventos y la visita de los cigarrales. Los catorce o quince conventos de monjas



*Dibujo alusivo al Invierno.
original de don Benito Pérez Galdós*

que había entonces, en Toledo, de los cincuenta o sesenta que hubo en los tiempos imperiales, cuando por el Puente de San Martín cruzaban las comitivas jactanciosas y novelescas de los conquistadores extremeños de regreso de Indios. Conventos de monjitas pobres; conventos pobres; y como rechonchos de arquitectura y muy viejos, muy viejos, pero encantadores como esos que se

ven—ocres, sobre un fondo dorado de miniaturas de antifonarios—en las estampas carmelitanas, fundaciones de la santa madre andariega Teresa de Jesús. Los que más le placían a Galdós eran: Santo Domingo el Real, por sus sepulcros magníficos, sus antigüedades romanas, sus románticos cobertizos, su esquiloncillo de acento cascado y, sobre todo, ante su pórtico renacentista, por la plazoleta que, sin vacilar, podía calificarse como el sitio más solitario de Toledo, y cuyo silencio rompían únicamente los raudos cernícalos atraídos por el imán de la espadaña, a la que liaban los hilos azules que traían a punta de alas del cielo maravilloso; el de las Capuchinas, fundado por el cardenal de Aragón, por aquella escultura de Berruguete colocada sobre la puerta principal, y, en el interior, aquellas telas litúrgicas de milagro—complicación de manos femeninas y arcangélicas pintadas por Fra Angélico—que únicamente se exhibían en el monumento de Jueves Santo y que—¡oh nuevo milagro!—consentían las monjitas en sacar por el torno para que Galdós las examinase; el de las Santiaguesas, por las yemas exquisitas con que las religiosas le obsequiaban; el de las Gaitanas, por el dulce tonillo de sus cánticos; el de San Pablo, donde se conservaba como preciada reliquia el cuchillo con que fué degollado el apóstol titular de la casa, una hoja damasquinada, con vaina de terciopelo rojo, y con el que alguna vez él, tapado por los amigos, afiló su lápiz..., creyendo que las monjitas no se daban cuenta de su picardía..., y se desternillaban de risa en el coro bajo, sobresaltado de penumbras. Pero, sobre todos, placíale a Galdós visitar el de San Juan de la Penitencia, de la regla francisca. Y le placía más y más, no sólo por la estupenda tracería del artesonado y por el sepulcro del obispo de Avila y por la dulcisima voz de una de las religiosas cantoras—que él se figuraba tan pura y tan bella como la voz—, sino

porque le dejaban las madres tocar el órgano que fué del famoso cardenal Mendoza, y hasta le oían complacidísimas, las tocatas. Y es que no eran malos músicos Galdós y su sobrino. Al gran novelista le dió lecciones, en Madrid, el organista don José Aranguren, que vivía en la *plaza del Progreso*. Años después, en la finca de Santander—«San Quintín»—, Hurtado de Mendoza al piano y Galdós al armonio, daban conciertos muy selectos para una trinka de amigos. Beethoven, Mozart, Bach—así, por este orden—, fueron siempre los dioses titulares del hogar de Galdós.

Todos, todos los cigarrales de Toledo los conocía Galdós. El aseguraba muy terne que, desde cada uno de ellos, la ciudad parecía de un color distinto, siempre a la hora del crepúsculo vespertino. Desde el lado de Polán, Toledo era de marfil antiguo. Desde el lado de Bargas, de bruñido cobre. Desde el lado de Yepes, de malaquita muerta. Cada noche, Arredondo y él, sobre un plano de Toledo viejísimo, de dobleces rasgados ya, lo mismo que dos grandes estrategas, preparaban la excursión del día siguiente. Los cigarrales bravos, enardecidos de sol y de tonalidades de siena, con sus aires de yermo, su terreno rocoso, sus cipreses rellenos de pajarracos y sus casucas enjalbegadas; con sus frutos zomosos callentes y su ruido de insectos implacables y sus matojos y matorrales de terrible aspereza, seducían el alma profundamente religiosa de Galdós. Algunos de estos cigarrales—el de Guadalupe, el de Turleque, a la izquierda del camino de Polán, en la parte de *La Degollada*—fueron bautizados por el mismo novelista y en ellos desarrolló varias de las escenas últimas de *Angel Guerra*. En estos dulces, lentos y soleados paseos acompañaban a Galdós, Arredondo—charlando por los codos de mil cosas distintas y curiosas todas—, el canónigo Sanguera, Mérida, el arquitecto de San Juan de los Reyes... Algunas veces, cuando repicaban gordo.

los tres canónigos llaveros del Tesoro catedrático, cuya amistad había logrado Galdós luego de infinitas añagazas e insospechados—en él—rendibús. Y es que una de las chifladuras de Galdós era contemplar muy a menudo «los cinco premios mayores de la lotería del Arte». Primero, el manto de la Virgen del Sagrario, que soportaba un peso de tres millones y pico de pesetas en perlas. Segundo, la colosal custodia, obra maestra de Arfe, cuajada de pedrería. Tercero, la estatuita de San Francisco de Asís, debida a Alonso Cano, de un místico arrobamiento impresionante; Cuarto, la bandeja de plata repujada representando «El robo de las Sabinas»,

que pregona la excelsa maestría de Benvenuto Cellini. Y quinto, la cruz de plata que el gran cardenal de España, Mendoza, llevaba cuando la rendición de Granada, pesada cruz, pero débil junco para aquel puño atlético que la subió hasta lo más alto de la Alhambra y la clavó en la Torre de la Vela.

Con los tres llaveros, con el canónigo Sanguera, con Mélida, con Arredondo, Galdós no hacía sino sugerir los temas y luego... callar y escuchar. La tarde toledana tenía una pelusa dorada de albérchigo serondo. Y en las aguas del Tajo, sonoras de mitos, bataneaban todas las espadas de la tradición con un estribillo de romance heroico

VII

REAPARECE UNA EMOCION JUVENIL.—GALDOS, DRAMATURGO NOVEL.—LA VERDAD SE DESLIZA POR LA TRAMOYA.—UN HOGAR ES ESTO: ORDEN, PAZ, AMOR.—LA VIDA BURGUESA, LOS SUEÑOS ABURGUESADOS.—LA SUGESTIVA CAMINATA MADRILEÑA DE CADA DIA.—«REALIDAD»... Y REALISMO.—LO DIFÍCIL ERA EMPEZAR...—UNA CARRERA CON POCOS OBSTACULOS.—EL CREADOR VACILA.—EL TERRIBLE CEÑO DE LA CRITICA.—EL SUEÑO QUE SE REALIZA A ORILLAS DEL MAR.—«LAS DE SAN QUINTÍN» NACEN EN «SAN QUINTÍN».—EL DIOS EXITO.—REPECHOS Y BACHES.—ESCRITO EN EL AGUA Y DICHO EN EL VIENTO.—GALDOS HACE BALANCE SENTIMENTAL

¡Los años mil hacía que, empujado por una emulación juvenil irresistible, y luego de asistir al estreno de *Venganza catalana*, de García Gutiérrez, se lanzó a escribir en una noche turbias y febriles su obra teatral *La expulsión de los moriscos*! ¡Los años mil! ¡Cuánto forcejeo con los tipos y con los caracteres! ¡Cuántos afanes por las frases redondas, henchidas, de las que él pensaba ideas fulgurantes y novísimas, capaces de levantar al buen público de sus asientos con un ¡bravo! en la boca! ¡Qué de incertidumbres al cortar y al coser las escenas! ¡Qué de equilibrios para, siguiendo la orientación de lo visto y oído, tan aplaudido y gustado, no parecer-

se a ello, *pareciéndose*! ¡Qué entusiasmo cuando la palabra telón quedó escrita en la cuartilla mediada, al final del último acto! ¡Qué ilusiones de llevar la obra bajo el brazo, enseñándola a tupiplén, sospechando que cualquier gran actor pudiera pedírsela para su estreno inmediato! Lo dicho: ¡los años mil hacía de ello! Ya ni casi se acordaba de que el gran actor Catalina la leyó entusiasmado y que... casi, casi, la estrenó. Salvo el pequeño detalle de que su compañía la declamase frente al auditorio. Ya ni casi se acordaba de ninguna de las otras muchas obras teatrales que siguieron a la tan amada *Expulsión*, rotas las más de ellas durante lastimo-

esos estados de pesimismo, abandonadas otras a medias escritas, convertidas algunas en cuentos y novelas años más tarde. Ni casi se acordaba ya de los sueños de gloria sobre los escenarios, en la lucha inmediata con esa fiera insaciable que se llama público, pero cuya doma y conquista tanto halaga.

Poco a poco se le pasó la fiebre de las candilejas. Pues que doña Leonor no le quería, renunció él a la mado de doña Leonor. Se hizo periodista. Viajó. Triunfó escribiendo novelas históricas y novelas naturalistas. Practicó el deporte de la política. Se reafirmó inefablemente español... Pero ¿el teatro? ¡Si hasta, casi, había acabado por no asistir al teatro! De pascuas a ramos a la *Comedia*, al *Español*, a la *Princesa*, y eso por encantarse con el trabajo primoroso de Ricardo Calvo, de Antonio Vico, de la Tubán, de Mario, de Donato Jiménez, de la Cobeña... Si, de sopetón, le preguntaran a Galdós, ahora, quiénes eran los autores teatrales predilectos del público, apenas podría pronunciar media docena de nombres que le merecieran estimación... Echegaray, Luceño, Vital Aza, Tamayo, Ricardo de la Vega... Y, de oídas, algunos más: Blasco, Enrique Gaspar, el otro Echegaray, Pina y Domínguez... Eso sí, en sus espaciadas asistencias, en este par de años precursores de su vuelta a las andadas a los teatros dilectos, ¡cuánta obra extranjera famosa traducida y sin traducir había visto y oído! El *Divorciémosnos* y la *Fedora*, de Sardou; *La batalla de damas*, de Scribe; la *Odette*, de Dumas; la *Pamela nubile* y *La locandiera*, de Goldoni; *Felipe Derblay*, de Ohnet... Eso sí; ¡qué inolvidables momentos los que vivió presenciando las interpretaciones que de *La locandiera* y *Magda* hizo Eleonora Duse en el inicio aún de su gloria y en la cumbre de su hermosura! Y ¿por qué no confesarlo? ¡Hasta, entonces, le rebrotaron las comezones de aquel arte subyugador de escribir teatro para una interpreta-

ción parecida a aquélla! Pero no. Por no caer en la tentación, una vez derrotada, ni la amistad quería de los llamados críticos teatrales. De aquel solemne y entonado académico don Manuel de la Revilla, que desde su tribuna de *La Ilustración Española y Americana* se declaraba enemigo acérrimo de las corrientes de fuera y defendía la solera nacional. De aquel don Federico Barrant, tan finústico, pero tan inflexible, que desdeñaba el llamado *género chico*. De aquel Navarro Ledesma, de cultura inmensa, que poco tiempo después habría de ser uno de sus incondicionales admiradores y que se permitía discutir al mismísimo don José Echegaray denominándole *el mejor productor de sollozos nacionales*. No; él, Galdós, no reincidiría en la tentadora aventura que se le murió en agraz los años mil antes. Y si sus pasos, de raro en raro, no le encaminaban sino a aquellos tres teatros, y por sugestión de los intérpretes, y jamás a *Lara*, a la *Zarzuela*, al *Alhambra*..., ni saber quería qué se representaba y quiénes lo representaban en aquellos escenarios de verano llamados *Príncipe Alfonso*, *Felipe*, *Tivoli* y *Recoltos*. El—Galdós—ahora se encontraba espiritualmente, materialmente, mejor que nunca. Próximo a los cincuenta años, famoso ya en España y fuera de ella, autor de más de cuarenta obras, había puesto fin a su vida bohemia. Los amoríos, de tarde en tarde y sin complicaciones, o con las menos posibles. Renunciados todos los ajetreos del periodismo. Desilusionado de la política. Ya no vive solo. Para comer no se va de tasca en tasca; ya no sube para dormir viejas escaleras olientes a berzas. Su hogar lo preside *la Madre*: su hermana Carmen, la más querida entre sus familiares, la de las cartas alegres desde las Islas Afortunadas, en las que los demás no hacían sino fumar; doña Carmen Pérez Galdós, dama ejemplar, temperamento firme, gustos a la antigua usanza española, honda religiosidad, viu-

de desde muchos años antes. Y Pepe, Pepino, su hijo, el futuro ingeniero don José Hurtado de Mendoza, que viene a ser como el hijito que Galdós añoró siempre. El hogar funciona que da gusto en el pisito del *paseo de Areneros*, 70. Todo en orden. Todo limpio. Todo a sus horas. Todo huele bien o huele a limpieza, que es el más agradable olor inodoro. Todo a punto para lo previsto y para lo imprevisto. Hasta cuando se mira al espejo, casi, casi, Galdós se desconoce. Alto, magro, de pómulos salientes, los ojos vivarachos y pequeños, la nariz recta, el bigote caído—caedizo mejor—. Pero... ¡qué diferencia en el vestir y en el parecer! La *Madre* se preocupa de su limpieza, de su señorío. Ya no le falta jamás un botón. Ya no ostenta jamás la condecoración de la vagabundez que es la mancha. Ya presenta siempre las aristas de la buena plancha. Y presume de la gran cadena de oro con dije cruzándole el chaleco, del grueso bastón de puño de cachava, del cuello impoluto almidonado, de las gotas de esencia en el pañuelo. Esto... en lo exterior. En lo interior... (Y decimos con justeza en *lo interior* y no en *el interior*.) En lo interior..., ¡sí sabría él que aquella impenetrabilidad glacial que le achacaban no era sino la defensa de un temperamento muy sensible que se previene contra lo impertinente e inoportuno! ¡Si sabría él cómo gustaba del trato sencillo, del dejarse abordar por los humildes, del prestar el favor que se le rogaba, aun cuando no pareciera la suya buena cara al pedigüño! ¡Si sabría él que el callar siempre no era por desdeñar nada, sino por enterarse bien de todo! ¡Si sabría él que, aun creyéndose con cierto valer—y valor—, no gustaba presumir de ello!

Gracias a la buena administración de doña Carmen, ya los dineros no se le iban por las manos rotas. Se vivía bien y se iban realizando ahorrejos. En las sobremesas, familiarmente, ya se hablaba de construir o de comprar una casi-

ta modesta para pasar los estios en alguna playa del Norte. Ya se hablaba de la necesidad de dejar el pisito del *paseo de Areneros*, harto estrecho, con bastantes vecinos, y en el que no encuentra el necesario silencio el gran escritor, para trasladarse a otro más capaz; de, quizá mejor, arrendar algún hotelito de aquellos que se están construyendo por el naciente barrio de Argüelles, con vistas al Guadarrama, en cuyo aislamiento el novelista pueda trabajar con más reposo y el estudiante estudiar con mayor calma y menos musaraña. Ya se hablaba, ya, en las sobremesas, burguesamente, de la cuenta del sastre, de los gastos de perfumería, del hacerse las camisas a medida, del alquiler diario del simón, de la servidumbre...

1891. Galdós, con más tranquilidad que nunca, empezó a escribir *Tristana*. Y, cosa rara que comentaron doña Carmen y su hijo: Galdós, como para descansar del continuado trabajo de la mañana, por las tardes íbase, un día sí y el otro también, al saloncillo del teatro de la *Comedia*, a charlar, por ser muy de su gusto, con el gran actor y director de la compañía, Emilio Mario, y a gastar bromitas con los muchachos y muchachitas de sus disciplinadas huestes histriónicas. Se iba a filo de la media tarde pian piano, calle de *San Bernardo* abajo, buscando la de *Preciados*, fuma que te fuma y devolviendo saludos mil. ¡Cómo gozaba Galdós en esta caminata lenta, por las calles viejas del Madrid viejo, a una temperatura seca, cuando el sol de la tarde caediza melaba de un rubio ticiano las fachadas! Iba él leyendo los letreros de todas las calles de cruce como si no se los supiera archirrequetebién, como si no las hubiera recorrido de cabo a rabo docenas de veces y casi, casi, pasara lista a las casas todas de todas partes y notara a simple mirada los desperfectos y novedades de cada apariencia. El desconchón, el boquete, la teja caída, el revoco reciente, el desahucio y el alquiler del

momento, la colada del día, los tiestos y los grillos de la novedad, los toldos y las persianas de la temporada. Iba Galdós fruído; deteníase en cada bocacalle y echaba una ojeada a lo largo de la transversal, hasta sus confines. Calle de la Palma... Calle del Noviciado... Calle de los Reyes... Calle del Pez. Y aquí, la Universidad Central, caserón inmenso que fué de la Compañía de Jesús... Y ese palacete, el de don Rodrigo Calderón, aquel que fué con todo su orgullo caballeresco a la degollina... Y a la entrada de la *Flor Alta*, la mansión más bella de Madrid: el palacio de Altamira, cuya construcción inició el genio de Ventura Rodríguez... Y detrás de los vidrios del *Café Varela*, la panda de los chicos de *La Corres*, que le saludaban con un gran sacrificio de riñones y un derroche inmenso de sonrisas. Huía Galdós de meterse por aquel dédalo de callejones sombríos y sucios: *Peralta*, *Ceres*, *Tudescos*..., en los que, a pleno día, Venus aparecía derrotada y vieja, convirtiendo sus antiguos cantos de sirena odisea en siseos broncos. La *Puerta del Sol* la recorría. Galdós como quien razona y sazona un rito. Era el poner su reloj de tapas en hora fija con el de Gobernación. Era el echar un vistazo de *conjunto* a la plaza alegre desde cada uno de sus esquinaos. Era el pasar revista de furriel inexorable a todos los vendedores de baratijas. Era el observar los tipos nuevos allí: paletos, cateos, turistas. Era el entretenerse viendo cambiar el tiro a los tranvías de mulas o correr el agua de la fuente monumental o las novedades de los escaparaes que se iban ya prendiendo de luces artificiales. Por la *Carrera de San Jerónimo* enfilaba la calle del *Príncipe*... Allí... Una tarde, no había hecho sino llegar al vestibulo del teatro, cuando, adelantándose, presuroso, Emilio Mario le dijo chito:

—No me detengo, don Benito, porque voy a vestirme. Tengo que hablar con usted. Hágame el favor de subir

al saloncillo en cualquier entreacto.

Subió Galdós picado de la curiosidad y sin manifestarlo. Estaban con Mario una damita—joven, morena, descolorida, de voz maravillosa: María Guerrero—, Miguel Cepillo, un jovenzuelo que empezaba a destacarse: Emilio Thuillier.

«Mario—escribe Galdós—me salió con la misma cantata. Le habían dicho que *Realidad*; novela, podía ser *Realidad*, drama. El creía lo mismo. Como empresario y como amigo me suplicaba que pusiese manos a la obra, sino para la actual temporada, para la próxima. Inauguró Mario felizmente su temporada en el otoño del 91, anunciando, entre otros estrenos, el de *Realidad*. Leyóse al fin *Realidad*, y fué repartida de esta forma: *Aug. sta*, María Guerrero; *la Peri*, Julia Martínez; *Orozco*, Cepillo; *Federico Viera*, Thuillier; *Joaquín Viera*, Emilio Mario; *Manolo Infante*, García Ortega; *Malibrán*, Balaguer, etc. Los ensayos duraron un mes largo. El día 15 de marzo de 1892 se estrenó *Realidad*. Fué una noche solemne, inolvidable para mí. Entre bastidores asistía a la representación, en completa tranquilidad de espíritu, pues en aquellos tiempos yo ignoraba los peligros del teatro. La noche de *Realidad*, el público, tan numeroso como selecto, oyó la obra con benevolencia en casi todas las escenas, y en algunas con verdadero calor y entusiasmo. Muy celebradas fueron María Guerrero y Julia Martínez. Mario hizo su papel con exquisito donaire y propiedad; Cepillo expresó de un modo perfecto la grandeza moral de su personaje, y Thuillier se reveló ya como uno de los grandes actores de nuestro tiempo.»

De esta manera tan sencilla Galdós vió cumplirse los sueños de treinta años antes: ser autor dramático y de los buenos. Cuando menos lo pensaba. Cuando, ya, ni casi le daba frío o calor serlo. El título de la obra fué un símbolo: *Realidad*. Los sueños que dejan de serlo. Muchos días después del estreno anduvo él como desquiciado. Seguían los

aplausos a la obra. Proseguía la crítica su campaña de elogios, quizá porque creyera que aquellos pinitos escénicos del gran novelista no iban a repetirse y que Galdós ni intentaba reclamar su puesto en el escalafón. De bastidores adentro continuaban los comentarios para todos los gustos, que son los síntomas inefables de los éxitos escénicos; y era el principal y más general de ellos la afirmación rotunda de que Galdós era tan gran dramaturgo como novelista. Dibujos... Caricaturas... Fotografías... En los periódicos y en las revistas, una inmarcesible actualidad. Doña Carmen y Pepito se dedicaron a recortar y a recortar los elogios en la letra de molde, las fotografías, las caricaturas, los dibujos, y a pegarlos en un álbum. Y Galdós... ¡qué hervor tenía en la cabeza! Paseaba más que nunca. Y solo. Hasta la «Quinta del Sordo», en el camino alto de San Isidro, orillando el Manzanares. Por los desmontes de Amaniel y de los Pozos de la Nieve. Entre las frondas centenarias y majestuosas del Buen Retiro. A lo largo del naciente barrio de Salamanca, que arrancaba de la misma *Puerta de Alcalá*. Entreteniéndose con los tenderetes de aquel derrumbadero que es el *Rastro*. Buscaba los arrabales. Buscaba los cafetines de barrio. ¿Dramaturgo, él? ¿El, dramaturgo? ¿No lo deseó antes que otra cosa, en el hervor anhelante de su mocedad? ¿Lo dejó de desear alguna vez, aun cuando el deseo permaneciera como adormecido? ¿No hubiera triunfado igualmente, entonces, con su *Expulsión de los moriscos*? De ser así, su yo novelista se hubiera malogrado seguramente. Porque el teatro obsede. Porque el teatro absorbe. Porque el teatro esclaviza. Y a cambio de una riqueza fácil a la que muy difícilmente renuncia el hombre feliz. Sus ideas acerca de lo que debía ser la producción teatral no habían variado en absoluto. Interesar, conmover al auditorio, encadenando su atención, apegándole al asunto y a los

caracteres, de suerte que se establezca una perfecta fusión entre la vida real, contenida en la mente del público, y la imaginaria que los actores expresan en la escena. Si este resultado se produce, el público se identifica con la obra, se la asimila, acaba por apropiársela, y es, al fin, el autor mismo recreándose en su obra. Las producciones teatrales no son sino la mitad de una proposición lógica, y carecen de sentido hasta que se ajustan a la otra mitad, que es el público. ¿Casas una con otra? Pues resulta el éxito. ¿No casan? Pues, de seguro, hay error grave en una de ellas... o en las dos.» ¿Es que cuando escribió *Realidad*, novela en forma dialogada, no se sometió al imperio latente de aquella su primera ilusión? Era como hacer teatro para los lectores. Era un paso, en efecto, entre la manera de novelar y la manera de teatralizar. La prueba estaba en el poco trabajo que le supuso adaptar para la escena la novela... Acaso no más sino prescindir de la *literatura*, que es la virtud narrativa que el espectador no admite.

—¿Escribirás más para el teatro?—le preguntó su hermana.

—Qué sé yo... ¡Qué sé yo! Hay que deshojar la margarita...

—Ganarías mucho más. Ya ves, veinte representaciones de *Realidad* te han proporcionado casi el doble de lo que ganaste con la novela.

—Es cierto. ¡Más de cinco mil pesetas!

—La casita en el Cantábrico, ¿eh? Y el hotelito de aquí...

—Sí; tienes mucha razón, Carmen. Pero ¡tengo miedo aún!

—¿Miedo ya? ¿A qué, a quién?

—A todo. Al público. A los actores. A la crítica. A mí mismo.

—¡Bah! Ya sabes el camino. Hasta ahora te diste más gusto a ti. Desde ahora dáselo a los demás. Esto es hacer teatro, creo yo.

—Es verdad... Pero ¡aún no he salido de mi asombro! ¿Sueño? ¡Pellízcame!

—Puedes ensayarte lo mismo que hi-

ciste con *Realidad*. Escribe otra novela dialogada.

—Eso haré. La sugestión está muy en su punto. Intentaré *sacar* de una novela otro drama... ¡Claro que sí!

Y lo intentó. En octubre de 1892 terminaba su novela dialogada *La loca de la casa*. Cinco días le bastaron para transformarla en una comedia de cuatro actos, que leyó el día 25 del mismo mes a la Guerrero y a Emilio Mario. El éxito de la lectura fué extraordinario. Pero la experiencia de *Realidad* no le había enseñado a Galdós a calcular las dimensiones de la obra dramática. *La loca de la casa* resultaba desmesuradamente larga. A fuerza de tajos y mandobles quedó reducida a proporciones razonables. Aconsejado por la Guerrero y Mario, tuvo que reformar el final para que el éxito fuera redondo y definitivo. «En una noche hice de nuevo la escena final, encomendada exclusivamente a las dos figuras de *Victoria* y *Pepet*. Al día siguiente, domingo por la mañana, se ensayó la escena por María Guerrero y Cepillo, repitiéndola como unas doscientas veces.» Y el día 16 de enero de 1893 se estrenó. Un éxito claro y grande de público. La crítica anduvo aturrida y desorientada. Y ya, envalentonado por los triunfos, Galdós se metió de lleno en aquel nuevo camino, inexplorado por él, con la ilusión de cuanto pudiera encontrar lo mismo para su orgullo que para su desdicha. No se le ocultaba—¡qué se le iba a ocultar!—que el nuevo derrotero estaba erizado de dificultades, que se movía demasiado a derechas y a zurdas, que con igual rapidez con que caía volvía a empinar-se, que no se vislumbraba demasiado horizonte, siempre inmediato, por las muchas curvas y los rodeos entre obstáculos imprevistos; que lo que aquí resultaba muy consonante con el ánimo y con los humores, más adelante hacía-se enojoso y molesto... Hasta entonces, Galdós novelista vivió dueño absoluto de su voluntad creadora; sus días de

génesis eran los de su gana; sus criaturas salían al mundo como él se las había imaginado; describía las cosas y los paisajes a su gusto; la trama se iniciaba y finaba cuando y como él quería; los efectos únicamente los medía él; a semejanza del Creador, al séptimo día del Génesis, era Galdós quien sonreía y aprobaba su obra de pequeño creador. Creada ya, lanzábala a la curiosidad pública, pero sin ocuparse ya de si era o no bien recibida.

Los lectores de sus novelas seguíanle sumisos. Aceptaba como la mejor la voluntad creadora. Y si a alguien no gustaba la novela, ¿quién se enteraba de ello? Ni su creador, que si era omnipotente con su imaginación, no era omnisciente con su consciencia. Escribir novelas es sumamente agradable para seres como Galdós, recogidos—mejor que encogidos—, retraídos—mejor que abstraídos—, un poco fríos de trato y profundamente observadores. No se le ocultaba, no, a él—¡qué había de ocultársele!—que escribir para el teatro era completamente distinto. El dramaturgo tiene que enfrentarse con sus criaturas, con los actores, con el público. No basta que el protagonista deba decir tal frase, frasear tales ideas, si el actor que ha de materializarle no acierta a decirlas, si el público—quizá *de uñas*—que ha de emitir el fallo no acierta a comprenderle, o, comprendiéndole, discrepa. La descripción literaria que en el libro resulta bella y ligera, sobre el escenario se hace pesada, distrae la atención de la idea central. El diálogo que en el libro parece flúido y natural, en la escena cae en el amaneramiento, cuando no en la franca cursilería. Las tesis más audaces pasan fácilmente envueltas en las galas de la narración que cada lector escucha—entiende—por separado. En el teatro, con la rigurosa desnudez del diálogo resonando en el silencio expectante, expuestas a voz en grito ante un tribunal múltiple que para exteriorizarse no puede prescindir de cierta hipocresía—lo que

se llama «el qué decir y el qué dirán», y que es una moral tanto al uso como al abuso—, las tesis que rozan siquiera ese puntillismo social *del aparentar* son rechazadas con escándalo. No se le ocultaba a Galdós, no—¡qué había de ocultársele!—, que, siendo tan difícil la conquista del público del teatro, aún lo era más la buena relación, la *compenetración* entre el autor y los actores. Son los más de éstos, gente puntillosa, muy susceptible, llena de caprichos esporádicos y capaces de consumir la paciencia más pródiga.

¡Cuántas obras no han cambiado de títulos, de números de actos, de sucesión de escenas, de tesis, de número de personajes y hasta de nombre alguno de éstos, de ambiente, de manera, de *trajearse*, de época..., y aún quedaron vueltas del revés, que ni su mismo padre se acordaba de haberlas engendrado, por un gesto de mala educación de un actor que las tenía todas consigo de que era un genio y abusando de asir—valga el refrán—la sartén por el mango! El mismo Galdós se vió obligado a cambiar la escena última de *La loca de la casa* por un consejo que ocultaba *cierta suficiencia* de María Guerrero y Emilio Mario. Quizá la consideración de todas estas dificultades encendió más y más el tesón de un Galdós que se sentía ya afirmado y reafirmado en su fama de gran novelista indiscutible. Y desde entonces empezó para él una existencia distinta, diversa. Tuvo que trasnochar. Tuvo que prescindir un tanto de su mutismo para ofrendar la debida adulación—la cantidad mínima, eso sí—a los actores. Tuvo que frecuentar los saloncillos y oír cuando menos las acerbas críticas y los malévolos comentarios que en ellos se lanzaban. Tuvo que sonreír a los críticos y ofrecerles los mejores apretones de manos. Tuvo que chicolear a las actrices y acordarse para compararlas con los arquetipos de la mujer teatral de todos los tiempos y de todos los países. Tuvo que intentar romper las nubes de

los malos humores de los directores de farándulas. Tuvo que aceptar y que ofrecer convites. Tuvo que escribir prólogos laudatorios. Tuvo que colocarse mil veces ante las cámaras fotográficas y ante las miradas agudas de los caricaturistas en unas actitudes violentadas—y violentas—o con una despreocupación ficticia. Tuvo que leerse innumerables obras de dramaturgos noveles recomendados por sus buenos amigos los demás dramaturgos, quienes, en ocasiones, también le leían sus obras, y hasta enderezarles una impresión personal que no les hiriese fibra alguna de su amor propio. Tuvo que moverse mucho y muy de prisa. ¡Todo tan distinto a su vida anterior, pacífica, suave, de ensueños rigurosamente suyos y de nadie más!

Veinte días después del éxito de *La loca de la casa*, en la *Comedia*, estrenó en el teatro Español la adaptación de su episodio nacional *Gerona*—3 de febrero de 1893—. Un fracaso el de este drama histórico en cuatro actos. Únicamente a la terminación del primero hubo entusiásticos aplausos. El telón cayó sobre los restantes en medio de un silencio que tenía algo de epitáfico. Realmente era de suma dificultad *teatralizar* y hacer llegar hasta el público de *teatro* la emoción y el interés del episodio, que residen precisamente en lo que hubo de suprimirse para la escena: el choque entre asaltantes y sitiados, la sobrehumana resistencia de éstos, la férrea voluntad del general Alvarez de Castro, los movimientos de grandes masas, las descripciones de las mil pasiones que se agitan con ecos bélicos, el íntimo simbolismo de la ciudad heroica. Los críticos, que celaban la ocasión propicia para aconsejar con ironía: «Zapatero, a tus zapatos», prodigaron el consejo en los tonos menos paternales y con una suficiencia irritante.

De este fracaso se consoló Galdós refugiándose con su hermana Carmen y su sobrino Pepe en la casa que acababan de construirle en Santander, próxima a

la bahía y a la vía del ferrocarril. El arquitecto montañés Pérez de la Riva se había esmerado en la obra. El hotelito, de tres pisos, con jardín y huerta, era artístico, sólido, elegante, muy práctico. Como chico con zapatos nuevos recorríale Galdós, y el gran general que dispone la posición de las fuerzas con ademanes olímpicos iba señalando dónde y cómo colocaríanse allí sus volúmenes amados, sus atriles y su mesa de trabajo, el archivo de cartas famosas en las que se hallaba contenida la historia literaria de España durante treinta años; sus dibujos y cuadros de Pellicer, Mérida, Arredondo, Fenollera, Aureliano Beruete, Fillol, Emilio Sala, Lizcano, Alejandro Ferrant, Apeles Mestres...; los objetos preciosos que adquirió en sus viajes por Europa: porcelanas, armas, telas, pieles, figurillas, encajes; el galeón del siglo xvii que estaba como exvoto en la iglesia del Cabildo de Mareantes de Las Palmas y que le regaló su hermano mayor; la chimenea que hizo traer de Inglaterra; las librerías que le había tallado don Manuel Rosado; la Virgen del Pilar con que le obsequió el gran actor Antonio Vico; los cráneos de tiburones que le proporcionó el director de la Estación Biológica, don Augusto González de Linares...

Mucho gozó el novelista aquel verano de 1893. Recorriendo la galería abierta en la planta baja, que comunicaba con la huerta, y en cuyo tejaro ya oteó un nido de golondrinas. Paseando por el andén enlosado que iba a lo largo de la tapia del huerto. Cavando la tierra. Plantando frutales, a las que iba dando el nombre de cada una de sus obras; y así había un manzano *Angel Guerra*, un peral *Zaragoza*, una higuera *Doña Perfecta*, un guindo *Miau*. Izando la bandera española—cuyo mástil estaba en la fachada que miraba a la bahía—al paso de los transatlánticos. Amistando para siempre con Rubín, el mayordomo, en paseatas confidenciales..., por parte de Rubín. Iniciando, a las cinco de la tarde,

una tertulia que se haría famosa con don Policarpo Losso, antiguo marino mercante y progresista furibundo; don José Estrañi, director de *El Cantábrico* y alma ingenua; el coronel Aroca, gran narrador de chascarrillos. Eduardo Torralva Beci, periodista incipiente; Esteban Polidura y Ernesto del Castillo... Un tema que se discutió mucho en esta tertulia fué el nombre que se daría al hotelito.

Se desecharon en seguida los nombres propios. Un «Villa Carmen» o un «Villa Laura» los hay en cualquier parte. Y no dicen nada. Son los escenarios de un melodrama de burguesía. Polidura propuso evocaciones mitológicas. *El Olimpio*, por ejemplo. Polidura era un efervescente. Su ideal era sentirse auriga de veloces potros, conduciendo una biga en un estadio. Don José Estrañi, muy entregado por entonces a la política de *campanario*, se inclinó por el nombre de una de esas entelequias cívicas que resumen ideas abstractas. *La Razón*, por ejemplo. Estrañi, hombre bueno, se debatía en una indigestión horrorosa de tópicos. Fué el sencillote coronel Aroca quien acertó con el título expresivo. El coronel Aroca era un alma de Dios con los bigotes bizarros y los cabellos teñidos. Una mañana encontró el coronel Aroca a Galdós muy ensimismado, pretendiendo llenar cuartillas sobre una mesa sacada al jardín.

—¿Le molesto?

—Pase, mi coronel. Siéntese. Estoy sufriendo terriblemente. Me he atascado en la mitad de una escena.

—¿Novela? ¿Comedia?

—Comedia. Y una comedia que me tiene ilusionado, porque es la primera que escribo directamente para el teatro, sin necesidad del borrador de la novela.

—¿Con título ya?

—Sí. *La de San Quintín*.

—Me gusta.

—Y a mí.

No dijo más el coronel Aroca. Se marchó en seguida. Dos horas después regresó. Para suplicar a Galdós, a doña Carmen, a Pepito, a Rubín, que le acompa-

ñaran hasta la cancela del jardín. En cuyas jambas, ya cerca del dintel, con pintura negra y trazo gordo, había escrito:

SAN QUINTÍN

—Y nosotros—colofonó el marcial coronel—, sus amigos, somos, desde hoy, *los de San Quintín*.

El éxito de la idea de Aroca fué rotundo. No tuvo crítica reparona. La finca quedó bautizada. Y el padrino, el propio coronel, tiró la casa por la ventana en eso de echar rumbo para festejar el bautizo. Según tímida confesión, se gastó dos pagas que hubo de adelantarle el habilitado. Pero ¡hasta se bebió champagne! El coronel Aroca, durante dos meses, comió y cenó, por turno riguroso, en casa de *los de San Quintín*.

Aquel verano de 1893 trabajó Galdós de lo lindo. Las amables tertulias, las excursiones en barca o a caballo, le dejaron el tiempo suficiente. En octubre tenía terminadas la novela *Torquemada en la cruz* y la comedia en tres actos *La de San Quintín*. Cuando a primeros de noviembre regresó a Madrid, ya se le había olvidado el berrinchín de *Gerona*. *La de San Quintín* fué leída a María Guerrero y a Emilio Mario. Y se estrenó el 27 de enero de 1894 en el teatro de la *Comedia*. Era, según hemos ya apuntado la primera obra que Galdós inventó, planeó y construyó exclusivamente para la escena. El éxito fué inmenso. Al terminar la representación, parte del público penetró en el saloncillo, sacó al autor en hombros hasta la calle como al mejor torero en su mejor faena de la plaza. Difícilmente logró desasirse. Se refugió en un café próximo, haciendo barricadas con las mesas y con las sillas, ante el estupor de los clientes y de los camareros, en ayunas de la causa. Le siguieron los entusiastas, volcando mesas y haciendo añicos las cristalerías y vajillas. Hubieron de defenderle los amigos, formando en torno suyo un cinturón de héroes. Atronaban los vivas y los aplausos, a los que ya se sumaba la pa-

rrroquia, enterada. Subido en un velador de mármol, Galdós dijo algo acerca de no sabía qué... Y el empresario de la *Comedia* hubo de pagar ochocientas pesetas de desperfectos al dueño del café.

Influido por el éxito de *La Dolores*, de Feliu y Codina, estrenada a fines de temporada por la Guerrero, a Galdós se le antojó escribir un drama que debía desarrollarse en un país y en un ambiente medievales; el valle de Ansó, situado en el Alto Aragón, en vericuetos que se dan de trompicones con la frontera francesa. Por Madrid vendían té las ansotanas o *chegas*, vestidas con su traje pintoresco, en el que predominaban los tonos verdes y los pliegues pesados, los perifollos, la sencilla suntuosidad hierática que se ve en la *Dama de Elche*, dorada por el sol de milenios. Aprovechando los últimos días de la primavera, con un amigo por guía, Galdós se trasladó a Jaca. Desde aquí, en una carretela tirada por cuatro caballos monteses, de crines largas y espesas, emprendieron el viaje al valle famoso. La vegetación era exúbera. Pasaron muy cerca de San Juan de la Peña, cuna de la nacionalidad aragonesa. En Biniés, a mediodía, se bajaron para admirar un inmenso nogal, el mayor que existía en España. Desde lejos parecía un monte volcado de tonos verdes móviles. Debajo de su fronda se levantaban casuchas y maleza bravas. Sobre las cabezas de los mirones pendían millones y millones de nueces, astros de una grandiosa bóveda baja con un brillo casi cósmico. Prosiguieron la marcha. Ingentes rocas que se iban aupando unas a otras hasta rematar en picachos de formas extrañas y aterradora grandeza, algunos de los cuales estaban aún encaperuzados de nieve. Espesas masas de vegetación. Ríos tonitrosos encajonados entre murallones de granito, a trechos turbados por cascadas de espumas, y en cuyos limpios cristales zigzagueaban las truchas sus rúblicas de plata. Terminó la carretera repante. A pie hubieron de caminar los dos últimos kilómetros. Y a la vuelta del re-

codo más pronunciado, de pronto, la villa atávica. Casas altas, negras, ahumadas, de piedra, con tejados de pizarra. Hueritos con tapias altos, a los que se asomaban, acodados, los álamos. Calles cuestas. Jovenzuelas con herradas a la cabeza y una apariencia clásica de cariatides sosteniendo un capitel real y un arquitrabe imaginario. Y por todas partes las ansotanas—magníficas desdeñadoras de las modas sucesivas—, con su culto por los tradicionales atuendos: las basquiñas verdes de grandes pliegues solemnes, los manguitos abiertos por el codo, las chátaras en el calzado, los graciosos colgajos de filigrana sobre el pecho, los pañuelos de colores ciñendo las cabezas... Por el alto y azul pálido cielo de Ansó, a todas las horas trazaban sus signos cabalísticos las aves heráldicas con una lentitud y una solemnidad obsesionante.

Quince días permaneció en Ansó Galdós. Observó con ahinco. Comió suculentamente. Oreó el alma. Entabló relaciones íntimas con fantasmas a los que haría él encarnar en figuras de carne y hueso; las nombraba ya, en el subconsciente, Salomé, Santamona, José León, Partenoy... En Santander, durante el verano del 94, escribió Galdós la novela *Torquemada en el purgatorio* y el drama de costumbres arcaicas *Los condenados*. Cuando, en octubre, con su obra en el bolsillo, entró en el saloncillo de la *Comedia*, le esperaba una noticia sorprendente: María Guerrero, de directora de compañía, se había pasado al teatro de la *Princesa*. En el de la calle del *Príncipe* cubría su baja otra ilustre actriz: Carmen Cobeña. *Los condenados* se estrenaron el día 11 de diciembre. Y el pateo fué monumental. La Prensa relató así el suceso: «El primer acto se escuchó atento y cortésmente, pero sin que despertase interés. Al final del segundo se oyeron significativas y ruidosas protestas, y a la conclusión de la obra la concurrencia abandonó el teatro lamentando la sensible equivocación del autor.» A *Los condenados* se le dieron los tres

representaciones de rigor. La crítica se mostró agresiva; como si aprovechara la ocasión de volcar la bilis que la envidia por el genio galdosiano le iba acumulando. Se irritó Galdós; una de las poquísimas veces que se irritó en su existencia magnífica y la que más; y en prólogo que puso a la impresión de su drama—prólogo escrito en el domicilio de sus incondicionales amigos la ilustre ex actriz Elisa Mendoza Tenorio y su esposo, el insigne pediatra Tolosa Latour—rechazó toda la insidia de las plumas mercenarias y tuvo alientos para colmarlas del más olímpico desprecio.

«Rechazada la obra por artes aviesas—escribe Galdós—, los críticos, con raras excepciones, se pasaron al enemigo. Al presenciar el entierro de *Los condenados* les canté un responso en el prólogo de la edición que publiqué a los pocos días del estreno. Creyeron algunos que había estado yo bastante duro en el recorrido que di a los críticos; pero no me pesa de ello. Las voces de ira y despecho con que fui contestado confirmáronme en la razón que tuve para revolverme contra tan brutal sentencia.» Caso curioso que llegaba a dar la verdad al genial escritor, éste: veinte años después, en la primavera del año 1914, Federico Oliver, director artístico del teatro *Español*, repuso, sin alteración alguna en el texto, la obra fracasada. En el reestreno, el éxito fué excelente. «Los tiempos ruedan, los públicos cambian y las obras de teatro mueren o resucitan... cuando Dios quiere.» Pero lo cierto es que, pese a la heroica defensa, Galdós quedó muy herido. Ante sus familiares juró y perjuró que no volvería a escribir para el teatro, y hasta se apostó con su entrañable amigo Estrañi que le cedería, si volvía a estrenar, el importe íntegro de sus derechos de autor. Y a todos los convenció casi, dedicándose con un fervor absoluto a sus amadas novelorías. En febrero del 95 terminó *Torquemada y San Pedro*. En mayo—refugiado ya en Santander, ansioso de olvidar y de que... le olvidaran

un poco—, *Nazarín*, una de sus más bellas producciones, para muchos la mejor y de las más hermosas de todo el siglo XIX, comparable a las mejores de Tolstoi, autor éste con el que guarda cierta afinidad Galdós en esta novela. En octubre, *Halma*.

Pero... Escrito en el agua. Dicho en el viento. Ya en Madrid, los amigos, los actores, las necesidades económicas, el amor propio, reavivada ave fénix de sus cenizas. Se encerró en su domicilio. Apenas dormía. Negábase a todo diálogo, inclusive los familiares. Semejaba un alucinado en una sorda lucha consigo mismo. En poco más de un mes terminó la adaptación teatral de la novela *Doña Perfecta*, una comedia en tres actos; *Voluntad*, y un drama en otros tres: *La fiera*. *Voluntad* rompió el fuego el día 20 de diciembre de 1895 en el *Español*—donde actuaba la compañía de María Guerrero—con un suceso de estima. Sonrisitas. Benevolencia. Vela de las armas críticas. Compás de espera y hasta de compasillo, largo a favor de sus ocho corcheas. Los espíritus sublimes de la patria, esos que no pueden engañarse ni engañarnos, encontraron en *Voluntad* infinitas influencias. ¿Ibsen? ¿Nordau? ¿Sudermann? Cualquiera de los autores europeos que se andaban entonces por las ramas de la psicología experimental. *Doña Perfecta*, drama en cuatro actos, se ofreció a un público nervioso y expectante, en la escena del teatro de la *Comedia*, el 28 de enero de 1896, por las huestes que dirigía María Tubáu. El público se entusiasmó en un grado superlativo desde las primeras escenas. Al final del acto segundo prorrumpió en una ovación atronadora, «una de las más ardientes que ha logrado autor alguno en el proscenio», según aseveró Mariano de Cavia al dar cuenta del estreno. Y añadía: «Hay que colmar de parabienes al autor por los dos soberbios actos que dan comienzo a la obra y por el estupendo triunfo logrado en ellos al conciliar todas las soberanas valentías del pensamiento

propio con todos los cuidados de un gran respeto al pensamiento ajeno.» *Doña Perfecta* se representó en Madrid más de cincuenta noches. Y en pocos meses tuvo Galdós que desplazarse a Valencia—marzo—, Alicante—marzo—, Zaragoza—14 de abril—, Barcelona—mayo—, Oviedo—junio—, para asistir en cada capital al estreno de la obra, la cual por todas partes obtenía el mismo entusiasmo de los públicos de tan distintos temperamentos e idearios. Los Ayuntamientos de Valencia, Barcelona y Oviedo aprovecharon su estancia para colmarle de agasajos oficiales: tracas y bailes populares, cabalgatas en la tierra levantina, comilonas en la Albufera; serenatas, funciones, homenajes de gran gala, discursos en la ciudad de las Ramblas; en la tierra nórdica, excursiones entre cánticos melancólicos, sidralas, corcos con esa unión musical con que los druidas danzaban alrededor de los monolitos.

Todavía aquel año, el día 23 de diciembre, estrenó en la *Comedia* el drama *La fiera*. Gustó. Pero...

Sin saber por qué, al hacer su balance anual íntimo, recapacitando en cada uno de los días, Galdós no quedó contento. ¿Cansancio? ¿Ese poso de pesimismo que sube al borde de la copa del bebedor más feliz con las luces de la madrugada? ¿Ese ramalazo de mala tormenta que agita de tarde en tarde los paisajes de una serenidad proverbial? ¿Ni él mismo lo sabía! Sabía que no estaba contento. Y nada más. Tenía cincuenta y cuatro años. Desconocía esas pasiones amorosas que dan al traste con la felicidad mejor montada. Su hermana y su sobrino, los amigos, los servidores, rodeábanle de todo linaje de afectuosidades. Su gloria literaria era la más firme de España. Se le conocía y se le traducían en el extranjero. No le hurgaban con dolor las preocupaciones religiosas. Económicamente, vivía con cierta holgura... Ciertamente todo. Sin embargo... ¿Se daba cuenta, por primera vez, de que en cincuenta y cuatro años jamás había vivido mirándose?

VIII

ENTRANDO CON EL PIE DERECHO.—GALDOS, ACADEMICO.—
LA GRAVE INDUMENTARIA Y EL AMBITO SOLEMNE.—PLEI-
TOS TENGAS Y LOS GANES...—GALDOS SE METE A EDITOR.
LAS CUENTAS DE LA LECHERA.—EL ANTRO DE LA CALLE
DE HORTALEZA, 132.—¡GASTOS! ¡GASTOS! ¡GASTOS!—AL
NORTE DE ESPAÑA, EN BUSCA DE ZUMALACARREGUI.—NUE-
VOS EPISODIOS NACIONALES.—LOS ASCENDIENTES ANONI-
MOS.—SERES INFALIBLES Y SIBILINOS.—LA VENERABLE
MONJA DE AZCOITIA.—OTRA VEZ LA FIEBRE CREADORA.—
GALDOS CANSA AL CANSANCIO.—REACCIONES CURIOSAS
DE UN ESPIRITU PURO.—EL ASESINATO DE CANOVAS Y LA
PERDIDA DE LAS COLONIAS.—EL DOLOR DEL ALMA.—LA
GENERACION DEL 98.—MADRID ENTRE DOS SIGLOS.—LOS
«GALDOSIANOS»

En el año 1897 entró Galdós con el pie derecho. El 7 de febrero leyó en la Real Academia de la Lengua su discurso de ingreso. Versó acerca de lo que él sabía mejor que nadie: de la novela (1). Le contestó, en nombre de la Corporación doctísima, otro gigante: Menéndez y Pelayo. Quien, con saber tanto y con saber tan bien y saber como el que más, no sabía de la novela lo mismo que el que la re-creó en España. Aquel día 7 de febrero—día de sol, hora de sol de domingo de buena digestión, en que se dan las mejores caminatas del optimismo y se escuchan con la mayor complacencia las oratorias exageradas que el propio optimismo engendra—, Galdós quedó muy satisfecho de sí mismo; más por lo que parecía con sus prendas suntuarias: levitón de solapas de raso muy cerradas, cuello duro de pajarita, corbata plastrón a lo Tamames, pantalones con algo de campana sobre los botitos de botones laterales..., que por lo que pudieran parecer sus prendas intelectuales. Gozó mucho viéndose en aquel caserón severo de espesas alfombras, de lápidas con nombres inmortales en oro, de pesadas lámparas con las lágrimas de cristal de roca,

(1) La sociedad presente como materia novelable.

de sillones casi de coro catedrático, impuestos de mullido granate; de retratos de personajes muy tiesos y de gestos graves—¡oh señor marqués de Villena, fundador y un tantico volteriano, con peluquín blanco de trenza y casaca ribeteada de dorada trencilla!—. Gozá mucho observando las bandas y condecoraciones sobre los pechos sacados fuera, como el del «padre Tajo» en la poesía de fray Luis de León..., e incluso «desta manera» prosopopéyica y perifrástica; las reverencias continuas archisolemnes; los corrillos de circunstancias, en que las calvas y las barbas peinadas y mesadas con mesura destacaban con nitidez obsesiva; los uniformes impecables, con un número inverosímil de galones anchos. Gozó mucho atendiendo a los comentarios y a las alusiones, presenciando la entrada del señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, con su estirado protocolo a la zaga; y con el murmullo que se armó mientras cada cual se colocaba en su sitio, cuidadosos todos de su postura y de su apostura, dentro del Salón de Recepciones, que estaba envuelto en una luz mate de oro aguado de quirófano, playa a la que arribaban y en la que se rompían en siseos las olas de la carraspera y de la tos. En el año 1897 entró con el pie derecho Galdós. El día 21 del

mismo mes de febrero, en la misma Academia en la que ingresó él catorce días antes, tuvo el honor de contestar, en nombre de la doctísima Corporación, dentro del mismo ámbito de solemnidad rigurosa, al discurso de ingreso de su entrañable amigo José María de Pereda. Inmediatamente, en dos meses—abril y mayo—, escribió otra de sus novelas más hermosas: *Misericordia*, cuyo apasionado madrileñismo emociona aún a los que se muestran—y se demuestran—fieramente antimadrileñistas. El año empezó bien, justo es decirlo. Pero se torció bien pronto. El amigo con el que se había asociado Galdós para imprimir y publicar sus obras—amigo dueño de una imprenta: La Guirnalda, sita en el número 12 de la calle de Pozas, y cuya administración se llevó al 53 de la de Fuencarral—no se tomaba todo el interés debido para que las novelas circularan o, quizá, no repartía con el autor las ganancias en las proporciones debidas, según el contrato. Y es lo que se decía Galdós: «Tengo más de cincuenta obras publicadas... Los *Episodios* se venden como el pan en España y en la América española... De alguna de las novelas hemos tirado ya varias ediciones... De otras se han recibido del extranjero las cantidades debidas por las traducciones... Me consta que a la administración, río caudal, fluyen los afluentes que nacen de las librerías mil... Y, sin embargo, yo no logro tener una peseta... ¿Qué pasa aquí?» Claro está que se olvidaba Galdós de tener muy en cuenta los agujeros de sus manos, sus caprichos de momento cumplidos a cuánto vale, sus munificencias con *sablistas* y *pedigüeños*, sus reiteradas obras de *misericordia* en los barrios de los arrabales... «Por fin—escribiste, lleno de sinceridad—, me decidí a poner término a la desdichada situación económica en que me había puesto un amigo con quien me asocié para imprimir y publicar mis obras. Largas controversias tuvimos el tal y yo para llegar a una concordia; pero no fué posible... En aquel tiempo

tenía yo cordial amistad con don Antonio Maura. Nos veíamos diariamente en el Congreso, y no tardó en llegar la ocasión de manifestarle familiarmente lo que me pasaba. Empezó don Antonio por pedirme todos los datos, notas, cartas, cifras referentes al caso, y una vez penetrado del asunto, me dijo: «Plantee la cuestión en los Tribunales, que yo le defenderé.» Defensor de la parte contraria fué el diputado por Tenerife Villalba Hervás, buena persona que en mala ocasión vino a ser mi enemigo... Ya me tenéis entre letrados, procuradores, jueces y peritos. Intervinimos los libros de contabilidad, que eran muy defectuosos; se nombró un administrador judicial, y recorrimos con fatigoso anhelo las vueltas y revueltas, los rincones y pasadizos de la tramitación judicial. Era como una pesadilla que no se acababa nunca. Mi contrincante y yo nos cansábamos de aquella interminable y costosa peregrinación por los tenebrosos dominios del papel sellado, y Maura me aconsejó que propusiera a mi contrario llevar el asunto a un arbitraje. Así se hizo. Hicimos la escritura comprometiéndonos a respetar el fallo que dictaran los amigables componedores. Nombramos árbitro al ilustre catedrático y jurisconsulto don Gumerindo Azcárate. Este estudió detenida y concienzudamente el asunto y dictó un laudo que contenía más de cincuenta pronunciamientos que dieron por terminado el enfadoso pleito. Ved aquí lo más esencial del laudo: en primer término, me reconocía la total propiedad de mis obras, pues la mitad de las mismas tenía las por suyas el que había sido mi socio industrial. El reconocimiento de la propiedad de mis obras fué para mí un indudable triunfo. Disuelta la sociedad, el laudo me imponía la obligación de abonar a mi contrario una parte bastante crecida de la liquidación por anticipo que mi socio había presentado. Por tal concepto tenía yo que pagar a toca teja ochenta y dos mil pesetas. Como en el curso del litigio se había hecho el re-

cuento de libros existentes, el laudo disponía, dividida en dos partes la existencia, se adjudicara la mitad a mi contrincente, quedando la otra mitad en mi poder, añadiendo esta justa disposición: mi contrario no podía vender ni reimprimir las obras que le habían correspondido; yo sí podía hacerlo, pero agregando a este derecho la obligación de comprar a precio corriente de librería las obras de la parte contraria cuando la mía se agotara. En resumen: yo salí ganando la propiedad de mis obras, el derecho de reimprimirlas y venderlas; pero esta ventaja positiva se atenuaba hasta cierto punto con un considerable desembolso, que en aquel tiempo era superior a mis fuerzas. Muy agradecido quedó a mis ilustres amigos Maura y Azcárate, que me sacaron de aquel purgatorio.»

Tengas pleitos y los ganes..., desea la maldición gitana. Y desea bien en su rencor. Nadie lee en las estrellas como esa raza de faraones cuyo heraldo es un son de pandero y cuyo paje es un alboroto de corrales; raza que yace supina, las más de las horas nocturnas y diurnas, contemplando el maravilloso espectáculo celeste. Galdós, que salió con bien del suyo..., se cogió los dedos con la puerta hasta casi partírselos. Ya eran suyas sus obras. Lo creado, para el creador. Como el cosmos, de Dios. ¿Puede haber algo más justo? Diosecillo Galdós un tanto enrabiscado. Ya nadie, sino él, podría reimprimirlas y venderlas. Durante unos días, *hasta que cayó en la cuenta de la realidad*, se frotó las manos con ese aire de picardía que tienen los pícaros hasta cuando quedan picados. Y se hizo mentalmente las cuentas de la lechera: «Dos y dos son cuatro. Cuatro por cuatro, dieciséis. Justo. En un año, el hotelito de Madrid pagado en su mitad. En otro año, el de Santander quedaría libre de las cargas que sobre él pesaban. En cinco, en seis años, el bienestar asegurado para siempre. La retinta burguesa bien administrada por la *Madre*. Cuando menos, el no carecer de

nada.» Las comodidades más cómodas, que son las que no son imprescindibles. Lo dicho: las cuentas de la lechera. Pero... La realidad, ¡qué de exigencias empezó a tener! Que una imprenta exclusiva... Que una administración minuciosa... Que un pisito para la Administración en un lugar muy céntrico... Que un contable... Que un mozo para empaquetar... Que un chiquillo para los recados... Que un almacén depósito... Suma y sigue... ¡Gastos! ¡Gastos terribles! ¡Gastos por todas partes y a todas horas! El fantasma del déficit... Para la Administración alquiló Galdós un piso bajo en la calle de *Hortaleza*, 132. Y, por economizar unas pesetas, se buscó administrador, mozo y recadero en una pieza, en una pieza excelente: Gerardo Peñarribia, un chaval listo como el hambre, que años más tarde pasó de dependiente a la Editorial Hernando, cuando ésta se quedó con la exclusiva de publicación de las ediciones galdosianas. Meses de prueba, duros. El desembolso efectuado para pagar al antiguo socio dejó vacía la escarcela. En el hogar se pasaron estrecheces. Los primeros pagos a las imprentas quedaron en el aire... ¡Ay, que los cincuenta tomos, tan vendidos algunos en América y España, traducidos algunos a varios idiomas y cobrados ya..., no traían el caudal suficiente al seco caudal del río glorioso! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? La cantarilla de las ilusiones ya la tenía a los pies hecha añicos. ¿Qué hacer? Urgía el remedio. ¿Hacerse editor de otros escritores de fama, muy amigos suyos, como Pereda, *Clarín*, Echegaray, Zahonero...? ¿Administrarles sus obras? Complicación. Solución posible..., pero ¡qué lenta! Y, para empezar, nuevos desembolsos. De pronto, la idea alentadora: ¿y si reanudara las series de los *Episodios nacionales*? Encerrándose en casa unos meses, prescindiendo de las amables tertulias, dejando de leer por mero pasatiempo, madrugando más que de costumbre, renunciando al Ateneo y a los salencillos del *Español* y de la *Come-*

—cuando ya el general Polavieja andaba a tiros con los insurgentes tagalos, y el general Weyler metía en cintura al rebelde Maceo, pero cuando ya se mascaba *lo que iba a pasar*—lió sus bártulos Galdós. Antes había acudido al domicilio de su amigo don Juan Vázquez de Mella, tradicionalista de arraigo, que vivía en la calle de *Valverde*, para suplicarle que le diera unas cartas de presentación ante sus amigos y correligionarios de las provincias vascas.

—¿Qué piensa usted escribir?

—Nuevos episodios nacionales.

—¿Los relativos a las llamadas guerras civiles?

—Exactamente. Empezaré con *Zumalacárregui*.

—Peliagudos episodios, amigo Galdós.

Amable en extremo, don Juan Vázquez de Mella le extendió las cartas más laudatorias de plenipotenciario suyo cerca de cuantos amigos tenía en el Norte, carlistas recalcitrantes. Y ya no en tercera, porque el cuerpo no se lo permitía, ni la condición, pero sí burguesamente en segunda, Galdós se dirigió a Cegama. Azpeitia, Azcoitia, Pamplona, Puente de la Reina, Estella, Viana y otras poblaciones que fueron escenarios de los episodios culminantes de las guerras civiles primeras, las desencadenadas a raíz de la muerte de Fernando VII. Su primera visita en Cegama fué para el cura don Miguel Zumalacárregui, sobrino carnal del célebre caudillo malherido en el primer sitio de Bilbao y muerto en aquella villa el 24 de junio de 1835. Don Miguel era un sacerdote limpio, culto y afable. Recibió al novelista sin colocarse a la defensiva, con una cortesía grata y nada empalagosa. Y como quien enseña un tesoro, le pasó al cuarto en el que había fallecido el héroe, y que tenía algo de celda transformada en capillita de algún misterioso culto secular poco ortodoxo. Una cama alta con una colcha de damasco; estampas y cuadritos religiosos; un altarcito adosado simplemente al testero, frente a la cama; varios ruedos de

esparto por el suelo bruñido de cera, y un olor pesado a rancio y a espliego. También le llevó don Miguel a la iglesia parroquial de la villa—grandota y destartalada, vieja y no antigua—, en una de cuyas capillas podía admirarse el sepulcro de don Tomás, su tío, campeón del carlismo. Sepulcro un tanto aparatoso, coronado por una colosal estatua del caudillo, que *nada dice* de la severa arrogancia y gallardía de aquel que con un gesto y una voz conducía a sus huestes a encarnizadas peleas. Desde Cegama se trasladó Galdós a Azpeitia. Iba un tantico emocionado. De Azpeitia eran sus ascendientes maternos. ¿Viviría, aún, allí alguno de ellos? Se confesaba casi con fruición que le empujaba hasta dicha villa, además de su curiosidad de cronista, el afán de conocer algún vestigio—si es que lo había—en el tronco del árbol vital a que pertenecía su yo rama. Azpeitia le pareció feísima. Las casas eran altas y sombrías. Le plació la titulada parroquia de San Sebastián y San Ignacio, con su pórtico, obra de aquel glorioso Ventura Rodríguez, de muy feliz memoria, que puso *a su Madrid como nuevo* en apariencia monumental. Y dentro de la parroquia le embargó la atención, y no poco, la pila en la que fué bautizado San Ignacio de Loyola; más que por lo que tuviera de notable artísticamente, que era harto escaso, por la cantidad enorme de sugerencias que levantó en su ya propicia a exaltarse imaginación San Ignacio y él, tan españoles, tan activos y tan distintos. Se hospedó Galdós en la antigua fonda de Arteché, de la que ya había oído hablar a su madre y quien, a su vez, la oyó mencionar mil veces con elogio a su padre, el buen don Domingo Galdós y Alcorta, secretario de la Santa Inquisición, para quien el tufillo del enciclopedismo francés—del cual Dios le había hecho contemporáneo (¡El sabía por qué!)—era el sucedáneo más cabal del hedor de los mismísimos infiernos. Inmediatamente inició el gran escritor la búsqueda de

sus ascendientes que pudieran sobrevivir. Preguntó, como es lógico, a los más viejos del lugar, a esos seres infalibles y sibilinos—de pocos dientes y acentos cascados—que saben el año en el que llovió como nunca, en que prendieron las epidemias con más fuerza que jamás, los bienes raíces de cada apellido y sus transmisiones o ventas durante ocho generaciones, las lindes exactas de cada heredad, el auténtico parentesco de los vecinos todos de las villas, los trapicheos de cada quisque, aun cuando fueran realizados lejos del lugar, y mil cosas más tan difíciles, para saber las cuales no existe otro método que llegar a ser uno de los más viejos del lugar. Fué, en efecto, un ochentón—famoso tipo de boina seta y cayado patriarcal—a quien le presentó la dueña de la fonda, el único que, luego de rascarse el colodrillo y de murmurar para su capote, en el más puro vascuence, algunas frases cortadas, que debían de ser cabalísticas o mnemotécnicas, insinuó que en tal convento de religiosas—no sabía si bernardas o dominicas—*debía de existir aún*, octogenaria ya, y más resabia y redicha que la Nanita, una profesa que llevaba el apellido de Galdós. Ni corto ni perezoso, éste se dirigió al convento. Un convento más. Un convento, como tantos, de monjas de pueblo: achatado, pesado de líneas, de un estilo barroco bastardo, hornacinas por dentro y por fuera con santirulines en piedra caliza y en cartón piedra, fanales con flores de trapo y un indefinible *olor a monja* de regla áspera, mezcla de incienso, ropas rancias, añil de lavoteo y guisos de continencia. Galdós se coló en la iglesia. Nave corta de cruz latina. Ruedos de pita bajo los reclinatorios. Alguna vela y alguna lamparilla encendidas con un chisporroteo álgido. Luces diurnas muy coladas por los ventanucos resguardados de oscuras cortinas corridizas. Pasó un sacristán agitando un manojo de llaves que era el despertador de la beatería ensimismada por los rincones en coloquios con los santos de la

devoción. Obedeciendo a una repentina corazonada, le preguntó el escritor si conocía a una religiosa de aquel monasterio que debía de llevar el apellido de Galdós. Escarbó el sacristán en su memoria con un movimiento de cabeza, que recordaba el de las gallinas escarbando el estiércol, y al cabo musitó:

—Esa madre debió de pasar a mejor vida cuatro años ha.

Oyendo esto, avanzó hasta ellos una de las viejas de capillita, igual que si fuera a iniciar el coro de brujas—puntilleo de paso, jorobetilla espaldar, la nariz picuda nada más fuera del manto revolón—en el último acto de la zarzuela de Chapí, y metiendo baza en lo que hablaban, terció:

—Dígame yo que la madre Ignacia Galdós, que era una santa, pues ¿lo dudas o qué?, subió al cielo el día de la Purísima Concepción del año en que tuvimos la crecida del río.

Secamente afirmó el sacristán, poniendo el punto y aparte con un golpe de llaves:

—El noventa.

Abandonaron juntos los tres el recinto mudo y sombrío. El sacristán empujó las puertas del atrio, que ludieron agrias sobre sus goznes. Y dió dos vueltas de cerradura con una solemnidad y unas llaves de un tamaño dignas de San Pedro de Roma. Inmediatamente se pegó a Galdós con ánimo de un probable convite y de un instantáneo parloteo. La vieja había desaparecido, por entre las bambalinas de una rinconera, con un grotesco movimiento de globo de viento cautivo mal prendido por las amarras. «Acompañándome hasta la fonda—apostilla Galdós—, dígame el sacristán que no tenía noticia de que hubiera en Azpeitia persona del apellido que llevaba la santa religiosa; pero que un señor muy entendido en linajes, hablando en la sacristía de la parroquia, había sostenido que únicamente en la Habana había ya Galdoses. En la Habana y en otras islas de por allá. Caminando hacia

Azcoitia, no se apartaba de mi pensamiento la perdurable relación de mi abuelo con el nombre del creador de la Orden ignaciana. Ignacio se llamó uno de mis tíos; Ignacio, mi hermano; e Ignacio, dos sobrinos míos. En Azcoitia me metí en una diligencia que salía para Elorrio, y allí tomé otra que a Bilbao se dirigía.»

En sus andanzas por el Norte le sorprendió a Galdós la noticia del asesinato de Cánovas del Castillo en el balneario de Santa Agueda (Guipúzcoa), perpetrado por el anarquista italiano Miguel Angiolillo. Le conmovió profundamente, pero no interrumpió su delirante búsqueda *de documentos vivos* a través de las provincias vascas. Sus cuadernos de apuntes se multiplicaban, atiborrados de curiosas notas. Incansablemente iba y venía, y tornaba, dale que te pego, del coro al caño, y viceversa, sin desmayo alguno. No parecía sino que cada noche, con la americana, colgaba de la percha las dos alas de sus vuelos ilusionados. Pueblo hubo, como Elorrio, en el que estuvo cinco veces en el término de dos semanas. Habló con viejos generales carlistas, de perilla blanca, que le recibieron en saletas adornadas con cornucopias y consolas, quinqués y *sofases*, fanales cobijadores de flores de trapo y retratos por el procedimiento del daguerrotipo, que serían «de las reales personas», con expresivas dedicatorias a la lealtad de los cruzados de la Causa. Habló con viejos soldados, alegres de chacolí y de *membranzas bélicas*; con posaderos locuaces que tenían sus establecimientos al borde de los caminos que fueron de las contiendas civiles; con buhoneros y trajinantes que conocían mil historietas, sucedidos, tradiciones y retazos de diálogos históricos; con curas de cuarenta y cinco y cincuenta años de curato, quienes incluso habían tomado parte activa en las empresas «por don Carlos», más conocedores de Cabrera que de Zumalacárregui, a semejanza de aquellos bélicos prelados del medievo que, por un quita-

me allá esas pajas, se despojaban de los hábitos talares para ceñirse la cota y esgrimir el espadón y la tarja. Leyó cientos y cientos de cartas particulares curiosísimas, *de la época*, que le confirmaron graves señores, sacándolas de escritos olorosos a sándalo y bergamota; graves señores en su día comprometidos en mil enjuagues diplomáticos y en mil gatuperios de espionaje. Visitó edificios que fueron escenarios gloriosos de gloriosos hechos de armas y de paces. Apuntó nombres de héroes de los que se habían olvidado los historiadores más puntuales, quisquillas del detalle y currinches de la nonada. Todo el poder, casi mórbido, de Galdós para observar y para escudriñar se puso en juego y allegó la máxima cosecha en el mínimo tiempo. Y es que—¡otra vez, Gran Dios!—se notaba poseído *por la fiebre creadora*.

A Madrid regresó radiante. Traía sugerencias para intentos muy sugestivos. Se proponía soñar viviendo... ¡Dios sabía cuántos años! ¡Igual que veinte años antes! Y para que ni la familia le perturbase, se encerró a piedra y lodo en el número 132 de la calle *de Hortaleza*, donde tenía establecida la Administración de sus obras. Buscó el cuarto más aislado, el metido allí donde Cristo dió voces y no le oyeron, el más oscuro, el menos grande y curioso. Dió a Peñarrubia órdenes terminantes. No estaba para nadie. Había salido para todos. No volvería quizá nunca. Se había ido a la China. Habíase muerto. Era su fantasma el que bigardeaba por ahí, en chancletas, con gorra calada, pluma en ristre, hablando en voz alta consigo mismo. Por excepción, estaría con él—Peñarrubia—un par de horas cada mañana, para despachar la correspondencia administrativa, los pedidos de librería, las consultas de las imprentas; para fiscalizar los gastos, detallar los ingresos, corregir las pruebas de las nuevas ediciones, contestar los requerimientos de algunos de sus admiradores más *pelinazos*, discutir posibles mejoras en la marcha del negocio.

Y se encerró. Mucha tinta... Un rimero de cuartillas... Varias plumas y lápices bien afilados... Tiempo sin tasa... Infinitas referencias ordenadas... Afanes incontenibles... Euforia corporal... ¡Y se encerró! Y otra vez—¡oh gran Dios!—la fiebre creadora bulle que te bulle, a cuarenta y pico de grados. La mano que movía la pluma adquirió una rapidez que no han logrado los mejores pulsadores del viejo Morse en casos de desesperación. El rostro del hombre maduro inclinado sobre la mesa de nogal aparecía imperturbable, rodeado de una tupida atmósfera de humo de tabaco, casi dormido y sin deshacer sus volutas. Más allá de la puerta hermética se habría tumbado a la bartola sobre la tarima con carcoma—galdosiana por lo inexorable—, rendido de esperar, el Cansancio...

En abril y mayo de 1898 escribe Galdós *Zumalacárregui*; en agosto y septiembre, *Mendizábal*; en octubre y noviembre, *De Oñate a La Granja*; *Luchana*, en enero y febrero del 99; *La campaña del Maestrazgo*, en abril y mayo; en julio y agosto, *La estafeta romántica*; en octubre y noviembre, *Vergara*; en marzo y en abril de 1900, *Montes de Oca*; en mayo y junio, *Los ayacuchos*; en septiembre y octubre, *Bodas reales*. Poco más de dos años le han bastado para añadir una serie más de diez tomos a sus imponderables *Episodios nacionales*. En el mismo tiempo ha vendido más de cincuenta mil ejemplares de ellos, cantidad inverosímil para lo que era en España, por aquella época, el santo afán de la lectura.

Del inefable vértigo de escribir sacá-

~~No me acuerdo de los bajales con que se cubren~~
~~de su marcha, la altura de su aparejo, el viento de~~
~~luz, que armonía que mis oídos de niño~~
~~parecían como saliendo de los gloriosos cascos, espe-~~
~~jo de himno que sin duda resonaba dentro mí; la cla-~~
~~ridad del día, la frescura del ambiente, la~~
~~que fuera de la bahía, agitada con~~
~~alborozo á la aproximación de la flota, formaba un~~
~~centro de sublime belleza.~~
 Cádiz, en tanto, como un panorama giratorio, se es-
 corzaba á nuestra vista presentándonos sucesivamente
 las distintas partes de su vasto circuito. El sol, encen-
 dido los vidrios de mil miradores, salpicaba el
 con pavos de oro, y la blanca mole se desti-
 caba tan limpia y pura sobre las aguas, que parecía
 creada en aquel momento.
 Á mis oídos llegaba el son
 de las campanas de la ciudad medio despierta, tocando
 á misa con algarazas. Ya expresaban alegría,
 como un saludo de buen viaje, y escuchábamos el ru-
 mor cual si fuesen de humanas voces que nos daban la
 despedida; ya me parecían sonar tristes y acongojadas
 anunciándonos una desgracia, y á medida que nos alo-
 jábamos, aquella música se iba
 en el inmenso espacio.
 La escuadra salió lentamente algunos barcos em-
 piearon horas en hallarse fuera. El cielo se enturbió
 por lo tarde, y al anochecer, hallándonos ya á gran
 distancia, vimos á Cádiz perderse poco á poco entre la
 bruma, hasta que se confundieron con las tintas de la
 noche sus luces con nosotros. La escuadra tenía rumbo
 al Sur.

bale, con las posibles suavidades modulares, a puerta entornada y sin meter en ella sino la cabeza, Peñarrubia, único ser que se atrevía a llegar hasta la habitación recóndita, mareada de luces débiles y de humos densos.

—Don Benito... Usted perdone, pero acaba de llegar un giro...

O bien:

—Don Benito... ¡Un pedido fabuloso contra reembolso!

O bien:

—Don Benito... Nos quedan cuarenta ejemplares de *Angel Guerra*...

O bien:

—Don Benito... La imprenta quiere subirnos la tirada diez reales por pliego...

O bien:

—Don Benito... Ahí está un caballero inglés... Parece ser que quiere traducirnos *Doña Perfecta* y *Trafalgar*. Viene recomendado por don Ricardo Fe...

Galdós, a la presencia de aquella cabeza, que parecía parlante y segada de su tronco, reaccionaba en cuatro tiempos. Primero: alzaba la cabeza, sin dejar de mirar en las cuartillas las últimas palabras escritas de la ilación, y aún ausente de la realidad. Su yo consciente iniciaba la desintoxicación de su yo subconsciente. Segundo: ladeaba la cabeza, miraba a Peñarrubia con ojos de telarañas, dejaba la pluma sobre la carpeta y musitaba: «¿Qué...?» Tercero: con una enorme fuerza de voluntad—de no tirarle un tintero a la cabeza—, que se delataba en el ceño horizontal, en el entornamiento de los párpados y en el echarse para atrás la gorra con un manotazo zurdo y en el dar diez chupetones seguidos a la tagarnina, procuraba enterarse de la instancia; y cuarto: triunfante el Galdós editor del Galdós escritor, venía el levantarse ligero, el dar puñetazos a la mesa; el tirarse de las guías lacias del bigote, el soltar algunos tacos de curso legal y el salir de estampía hacia la parte delantera de la casa, precediendo al cauto Peñarrubia,

que le había franqueado la puerta con ese aire de torilero que sabe eludir la primera acometida. Sobre la mesa de trabajo abandonada quedaban muy juntas las cuartillas manuscritas en letra nerviosa, y diseminados los papeles en que el escritor, mientras maduraba la ficción, para ayudarse en ella, iba dibujando a trazos largos algunos tipos, algunos paisajes, algunos objetos que indudablemente correspondían a la novela en sazón. Años antes, los amigos, los chiquillos de la vecindad, las patronas de las casas de huéspedes, fueron apoderándose de estos dibujos, inacabados los más, ágiles y fáciles, que Galdós diseñaba como jugando a templar sus nervios y que, no obstante, representaban uno de los más curiosos métodos de trabajo mental. Así se explicaba que antes de describirlos con el prodigioso pincel que era su pluma, Galdós veía los personajes que iba a crear. Los veía así: un poco inconcretos, un tanto propicios a ser rectificados, pero ya, en definitiva, modelos modelados... El signo más infalible de su hervor mental quedaría, cuando él se saliera del cuarto de trabajo, sobre la mesa, entre las páginas de los libros, arrojado en el suelo, en rebuño dentro de la papelera. Si los dibujos se multiplicaban, graciosos, escuetos y, en ocasiones, difíciles de interpretar, podía afirmarse que la labor había sido intensa, gustosa.

Años muy graves para España fueron estos de 1897, 1898 y 1899, que Galdós pasó en un delirio de creaciones. Se perdieron las últimas colonias ricas americanas y asiáticas: Filipinas, Cuba, Puerto Rico. Esta, de la cual él fuera representante en Cortes durante dos legislaturas La conciencia—¡y qué cerca está la conciencia de la consciencia!—nacional pareció despertar de un letargo de cerca de dos siglos. Se acabaron los partidos de turno en la política. Se inició una nueva tendencia ideológica de revisión y de crítica de los valores intelectuales españoles por la llamada genera-

ción del 98. Los postreros restos de cualquier especie del romanticismo eran barridos. La época de la novela cedía a la época de la crítica. El liberalismo se adelantaba, zancadilleándola, a la tradición. Al afán de construir *lo que fuera y como fuera*, sucedía la rabia de destruir sin mirar qué ni cómo. El sesgo internacional cruzaba los panoramas nacionales más ariscos y arriscados, como el nuestro.

Nacía a la sazón la Gran Empresa—tan metódica y tan mecánica—, dando al traste con el Negocio—tan personal y tan divertido—. ¿Era posible que Galdós, espíritu de máximas sensibilidades y de sensaciones infinitas, no acusara en reacciones emocionantes tanto suceso memorable y tanto motivo inédito? Los acusó. Pero no los exteriorizó en el grado que pretendían ciertos admiradores. ¡Le dolieron en el alma! Pero le dolieron sin que ni un ¡ay! se le escapara del pecho. Impasible. Su ilusión *por ver* compensaba, quizá, su desilusión *de comprender*.

Galdós contempló—haciéndose un nudo en el corazón—muchas de aquellas manifestaciones callejeras que, entusiásticas, recorrían las calles, tremolando banderas y vociferando su encono contra los Estados Unidos. Galdós, de cuando en cuando, también bajó a la estación de Atocha para, mezclado con la muchedumbre febril, febril él, despedir a puñados de soldaditos vestidos de dril que marchaban a luchar contra los mambrises, los yanquis, el vómito negro y los mosquitos de las fiebres palúdicas. Galdós, de tiempo en tiempo, leía en los diarios... acciones gloriosas de generales y soldados, heroísmos perdidos y recuperados en el escenario de una manigua que tendría los colores chillones de los cromos de las cajas de tabaco, pasodobles de soldaditos con trajes de rayadillo que para hacerse héroes pedían la tea y la lata de Eloy Gonzalo, y desesperanzas, vagas ilusiones, a la incapacidad de los gobernantes *de aquí*. Galdós y Madrid

—*su otro yo*, ¿quién la voz y quién el eco, quién el cuerpo y quién la sombra?... disputaban alrededor de las mesas de cafés, detrás de los pupitres del burocratismo, en los antepalcos del *Real* y de *Apolo*, durante las noches juliales del Buen Retiro—música bullanguera de Chueca y Chapí—, acerca de qué general debía ir con mando absoluto a las islas lejanas, en las que los tiros rasgaban por igual los aires de las guajiras y los aires de las jotas, si Martínez Campos, o Weyler, o Blanco, o Polavieja. 1898... ¡El año del desastre! Madrid y Galdós padecieron de sobresaltos, de rabias, de exaltaciones. De rabia loca de mesarse los cabellos y de morderse los puños al enterarse de la felonía del *Maine*, del mensaje bélico de Mac Kinley, de las derrotas de las escuadras españolas en Cavite y en Santiago de Cuba, de los tratados en los cuales España renunciaba *a todo*. Galdós y Madrid vieron cómo regresaban de las Antillas... espectros. ¡Espectros de españoles, armas al hombro, a los acordes de unos compases zarzueleros! Espectros con heridas, con fiebre amarilla, con mutilaciones, sin fe, sin entusiasmo, sin interés ni en el porvenir de la Patria ni en el suyo. ¡Qué consuelo para el alma españolísima de Galdós contemplar cómo reaccionó España en Madrid! Reaccionó como nadie podía sospechar: riendo. El *Madrid Cómico* y el *Gedeón* fueron los dos periódicos que acusaron la risa—sin malignidad, sin despecho, la risa sana de alma grande—de su reacción... contra todo lo viejo, lo rígido, lo cerril. Y no, no era el borrón y cuenta nueva. Era como si el agua de un Jordán flúido de dolores y de renunciaciones purificase de los pecados de milenios; como si España palpitase renaciendo de sus cenizas. ¿1898? ¿1899? La brecha en el nuevo siglo era buscada en el solar de Isidro santo—el mejor trazador con mejor traza de surcos fecundos—con el mismo anhelo de quien, para huir del horror de una estancia de cuen-

to de miedo, se precipita a la salida cantando...

Alma un tanto aburguesada ya, Galdós se fué olvidando de las grandes tragedias nacionales con las novedades con que Madrid se iba dando aires de gran ciudad europea. Por ejemplo: en 1899 fué ensanchada hasta su forma actual la plaza de la Cibeles. Y creada la Guardia municipal montada. Y apareció el primer tranvía eléctrico que unía la Puerta del Sol con el final del barrio de Salamanca. Por ejemplo: en 1900 fué

derribadas las chozas de vagabundos y gitanos del paseo del Canal. En 1901 se inauguró el *cangrejo*, un tranvía pintado de rojo y de vía estrecha; don Alberto Aguilera estableció estufas populares en las calles durante las noches de invierno, mandó abrir las rondas y transformar los desmontes del Noroeste en un magnífico parque... En 1901 ya se agrupaban en torno a Galdós numerosos escritores que se jactaban de ser sus discípulos: Octavio Picón, Ortega Munilla, José María Mathéu, Pérez Nieva, José Nogales, Danvila, López Roberts...

IX

EL ÉXITO APOTEÓTICO DE *ELECTRA*.—LO DIFÍCIL DE
EXPLICAR Y LO FACILMENTE INEXPLICABLE. LA PROPO-
SICION NOCTURNA DEL ENTUSIASMO.—LAS ASOMBROSAS
CONSECUENCIAS DE UN DRAMA TEATRAL. MADRID EN
UNA I GALDÓS. LA POBLACIÓN VIVE POR LOS DIFÍCILES
BAJOS.—LOS DÍAS INEFABLES.—LOS NUEVOS EPISODIOS
NACIONALES.—«VOY A PARÍS A VER A MI BUENA AMIGA
DOÑA ISABEL II».—LOS GORGORITOS DE MADAME LAGRAN-
GE Y LA GRACIA PICANTE DE LA EGREGIA SOBERANA.—
OTRA VEZ LA LUCHA REGIA ENTRE LAS BAMBALINAS Y CON
LAS MUJERES DE MONTAÑA.—LA ENIGMÁTICA REACCIÓN
EN LAS ANDANZAS POLÍTICAS.—CAMBIANDO DE CASACA...
GALDÓS Y EL SEÑOR PÉREZ GALDÓS NO SE CONOCEN.—EL
ORACIÓN PRIMA, AL SUMO MALOSADO DEL NOBEL
NOBEL.—LA FORTUNA DESAPARECE.—SE EMPIEZA A PALA-
DEAR LA AMARGURA INFINITA

El éxito teatral apoteótico lo obtuvo Galdós en el teatro *Español* el día 30 de enero de 1901 con su drama, en cinco actos, *Electra*. Cuando habían transcurrido casi cinco años desde que estrenara su última obra escénica, *La fiera*. El éxito de *Electra* asustó al autor, a los actores, al director artístico de la compañía—que lo era el buen poeta don Federico Balart—. Los asustó, primero. Luego los anonadó. Era... demasiado éxito para que tuviera una explicación sencilla. ¿Qué había visto el público? ¿Qué había querido ver? ¿Cómo interpretó las intenciones del dramaturgo?

antecedente de aquella señorita Ubac que en Madrid resolvió su complejo amoroso con igual escándalo que la protagonista galdosiana? ¿Sacaba el drama moralejas anticlericales en una época en que se discutía políticamente la aprobación en España de la ley francesa de Asociaciones, defendida por Sagasta al frente del dictado liberal? Un éxito tan inmenso era difícil de explicar a derechas, por sí mismo. Esto es: por los valores humanos y literarios de la obra, por la vibración del ingenio en el diálogo, por la emoción de simpatía del trozo de vida que se reflejaba en el es-

la perfecta sugestión con que los actores dejaran de ser ellos mismos para convertirse en los personajes creados por el autor. Todos los éxitos apoteóticos sobre la escena española anduvieron confabulados con la política del momento, con la intriga cortesana, con la reacción social y religiosa de la ocasión. Recuérdense *El nudo gordiano*, de Sellés; *Las circunstancias*, de Enrique Gaspar; *Juan José*, de Dicenta. Y antes, *La mojigata*, de Moratín.

El éxito de *Electra* fué de escándalo. El público vociferaba y aplaudía; run-runeaba sabe Dios qué alusiones y a qué; discutía entre sí, de palco a palco, de butaca a butaca, en el mismísimo «paraíso» y en los pasillos y en el vestíbulo, y—¡ay, que todavía se llamaba así!—en el ambigú se enzarzaba y se coreaba. Cuando el telón cayó, concluido el quinto acto, después de haber sido alzado ¡dieciséis veces! a inexorables requerimientos de la multitud enardecida, para que saludara el autor entre los felices intérpretes, rendidos todos de cintura, sobre el escenario, mudos de estupor, aún unidos por las manos sudorosas, se miraron Galdós y los comediantes con caras de susto. Fuera de las bambalinas, Balart—aquel caballero poeta enlevitado siempre de correcciones—, los tramoyistas, los electricistas, los peluqueros, los amigos y parientes de la farándula, permanecían atónitos, mirándose todos. ¿Quién, cómo explicaría aquello?

Durante el verano de 1900, en Santander, escribió Galdós *Electra*. Le sedujo el tema por lo valiente. Y por lo oportuno. El liberalismo íbale ganando trincheras al conservatismo clerical desde la infausta fecha en que se perdieron las colonias. La catástrofe del 98 se imputó a la feroz intransigencia de los postulados conservadores, que aún vivían de las esencias de Cánovas. ¿Nuevo siglo? Vida nueva. O la misma, sólo que vuelta al revés. Lo imprescindible era variar. El problema del amor no

era de ortodoxia religiosa exclusivamente. Podía y debía resolverse fuera de su órbita. Y aun contra los dictámenes católicos. Así pensaban con Galdós muchos españoles de los que presumían de haberse bañado en los mares libres del pensamiento europeo. El tema sedujo al gran escritor. Lo acogió y lo trató con mimo. Y los personajes acabaron por salirle de la voluntad creadora tan de carne y hueso, tan de alma y de afectos—defectos—, que se le iban emancipando por todo el ámbito español, orgullosos de sus pasiones. El día 7 de enero de 1901 leyó Galdós su drama a la compañía del teatro *Español*, dirigida por Balart, de la que formaban parte Matilde Moreno, Paco Fuentes, Ricardo Valero y otros de menor categoría artística. A la lectura asistió doña María Guerrero, que acababa de realizar en dicho teatro una brillantísima campaña de otoño. «¡Bien caliente le dejo el escenario, don Benito; a ver si usted no lo enfía.» Con estas palabras había saludado la eximia actriz al gran dramaturgo en el saloncillo. La lectura de *Electra* no dejó bien impresionados al director artístico y a muchos de los comediantes. Sí, la obra tenía su mérito literario, ¿quién podría dudarlo, estando escrita por aquella inteligencia privilegiada? Pero de este reconocimiento unánime al éxito..., ¡cuántas incertidumbres! ¡Cuántas sospechas! Y Balart, precisamente, representaba el desánimo general, la creencia, cuando más, de un suceso de estima. Como lo prueba el que, deseando Galdós, durante los ensayos, corregir algunas cosas, don Federico le dijo:

—Déjelo así, porque, de todas maneras, ha de ser igual...

Pero... ¡sí, sí! Equivocación más rotunda no se ha conocido en los anales de la escena española. El día 29 de enero, la noche anterior al estreno, se hizo en el *Español*, por vez primera en España, lo que habitualmente se venía haciendo en Francia: un ensayo gene-

ral, con asistencia, por invitación, de personalidades de la política, de la literatura, de la Banca y hasta de los casinos burgueses, amigos y admiradores... En aquel ensayo se marcó el gran éxito que después obtuvo la obra. La noche del 30 fué una noche inolvidable. La sala del teatro *hervía*. Demasiada pasión. Excesivas ganas de polemizar. ¡Se habían lanzado tantos supuestos! ¡Se habían zurcido tantas suposiciones! Perfectamente podían irse marcando en la expectación de la sala las reacciones de izquierda y de derecha. Esperanzadas, aquéllas. Suspícales, éstas. Luego la llamada Prensa liberal..., ¡qué bien jaleó el estreno inminente, incensando la egregia figura del autor, aludiendo al *necesario y progresivo cambio de los tiempos, a la arrolladora fuerza de los derechos humanos* y a otras lindezas y zarandajas de este jaez! Los periódicos de tendencias conservadoras..., ¡cómo, sin querer quizá, contribuyeron con sus advertencias y *posturas en guardia* a que su opinión galvanizara los ánimos religiosamente combatidos! Dentro de un silencio imponente se inició la representación. Durante los dos primeros actos—de exposición—, las dos fuerzas antípodas y expectantes se mantuvieron alerta y *tensas*, sin decidirse al ataque. Después del tercero, soberbio, el éxito quedó asegurado. La fuerza—al parecer—fustigada por Galdós quedaba desconcertada—¿o desconectada?—, fuera de combate, vencida, más que nada, por la sorpresa. Aclamaciones. Dieciséis llamadas a escena. Flores arrojadizas. Entusiasmo desbordado. Rostros radiantes.

Cuatro efectos sorprendentes tuvo el éxito de *Electra*. El primero, la noche del estreno. En la plaza de Santa Ana se formó una manifestación de más de cinco mil almas, que acompañó a Galdós por la calle del Príncipe, carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol y calles de la Montera y Hortaleza, hasta el número 132 de esta última, donde se refugió el genial dramaturgo. La manifes-

tación—a la que se iban sumando cuantas personas sin grandes quehaceres alegraban las altas horas de las noches madrileñas y que se enteraban del homenaje—prorrumpía sin interrupción en estentóreos vítores. Dios y ayuda costaba a los amigos de Galdós librarle de que la multitud, cada vez más caliente, se le echase en hombros. Las gentes, sobresaltadas en sus sueños, se asomaban a los balcones, sin explicarse el porqué de aquella sierpe humana que, convulsa y sonora, se agitaba de cabeza a cola, arrastrándose en un avance lento y penoso. Detalle curioso: a los pocos días de este jolgorio laudatorio, en la misma ventana a la que Galdós hubo de asomarse no pocas veces para saludar, una mano alevosa colocó un petardo. Rotura de cristales y sustos consiguientes. Segundo efecto: *Electra*, exacerbando las pasiones—como se dice vulgarmente, echando leña al fuego—, motivó la caída del Gobierno conservador de Azcárraga, que tenía a Ugarte de ministro de la Gobernación y al conde de Toreno de gobernador civil. «Galdós—afirmó entonces Sagasta—tiene mucho talento, un talento inmenso, y ha llevado su obra al Teatro con verdadera oportunidad.» Y se sirvió el jefazo liberal de tal oportunidad para encaramarse en el Poder. Tercer efecto: *Electra* no pudo representarse en todas aquellas provincias de recia tradición católica. A los cómicos que intentaban ponerla en escena se los recibía con manifiesta hostilidad, se les negaba el hospedaje y el saludo, los periódicos daban sus nombres con esa consigna con que se alude a los indeseables de los que cada quisque se debe guardar; y las taquillas no despachaban sino esa docena de localidades que se apresuran a comprar la docena de rebeldes que para formar la excepción apenas medran en dichos lugares rigidamente ortodoxos. Cuarto efecto: nos lo contará el propio Galdós. «Y vean ustedes lo que son las cosas. Al llegar *Electra*, en

el teatro *Español*, a la sesenta representación, me dieron un beneficio, que resultó brillantísimo y de buenos resultados. El producto de la fiesta se lo entregué íntegro a mi bonísimo amigo don Alberto Aguilera, que era alcalde de Madrid, y a don Antonio Barroso, que desempeñaba el cargo de gobernador civil de la provincia, para que lo repartieran entre los pobres. Hecho el reparto, Aguilera y Barroso me enviaron los recibos que acusaban la forma en que se había realizado, y resultaba de ellos que la mayor parte de los donativos se habían entregado a caritativas instituciones de monjas, las cuales los habían aceptado con mucha gratitud.»

En Madrid se representó *Electra* cerca de cien veces. En distintas provincias, más de quinientas. En París—teatro de la Port de Saint-Martin—, ciento ochenta consecutivas. En Roma, treinta y dos. En un año se tradujo al francés, al inglés, al alemán y al italiano. Impresa, desde el día 4 de febrero al 18 de marzo, se vendieron cuatro ediciones, con un total de treinta mil ejemplares, cifra fabulosa, equivalente en nuestros días al centenar de miles. Belloso, un buen amigo de Galdós, que se encontraba en la Argentina, llevó la cuenta de lo que hubieran producido al gran escritor las representaciones de *Electra* en la América española, de haber abonado los teatros al autor los derechos que le correspondían; y del cálculo resultaba un producto de doscientas mil pesetas oro. Hasta la crítica más adversa se le rindió sin condiciones. Y literato hubo—de los más recalcitrantes adversarios de Galdós—que afirmó ser el cuarto acto «sublime, shakespeariano, exuberante de poesía y de emoción, modelo acabado de pensar alto, sentir hondo y hablar claro; las últimas escenas enardecen y arrebatan».

Un poco asustado, un mucho emocionado, Galdós, durante el año 1901, ni volvió a estrenar ni publicó novela alguna. Se apartó cuanto pudo de los sa-

loncillos teatrales, de las tertulias del *Café Suizo* y de la *Librería de Fe*. Se negó a colaborar en diarios y revistas españoles. Quería vivir para sí mismo. Se notaba muy disipado. Intentaría recogerse, reconcentrarse. Fué aquel año cuando Galdós se hizo popular del todo en el Madrid de los barrios bajos. Recorría las rondas, en las que se iban trazando los andenes centrales y plantando las acacias; y hablaba con los conductores de los volquetes y con los capataces de las barbas de siete días y la boina en pico sobre la frente; y con ellos echaba el cigarrillo de las confianzas confianzudas. Desde *Cascorro* hasta el paseo de las *Acacias* daba mil vueltas por todo el *Rastro*, removiéndolo con la punta del bastón, discutiendo con los chamarileros las competencias y los precios, sentándose en los taburetes, debajo de un toldo con remiendos y al lado de un fonógrafo que rasgaba los tímpanos con las estridencias de una mazurca. Recorría, ya arrasando un poco los pies y tocando recio con el bastón, las calles más reviejas costanilleras y costanilladas, en las que todas las casas padecían de reuma, ictericia, lepra e hidropesía; y se hacía amigo de los remendones de portal, sin apestarle el olorillo ácido a engrudo y a suela; de las verduleras de esquina, quienes sabían las supremas frases que eran el respingo canalla y la pulla blasfema; de los ambulantes vendedores de los pregones castizos, que ya se han perdido; de la chiquillería hambrona y pringosa que jugaba al marro y al trompo; de los basureros que bajaban de los altos de Fuencarral y de los derrumbaderos de Hortaleza, con sus carrillos desvencijados; de los cocheros de punto—de graves caras de curdas vergonzosos, grandes tomadores de café de recuelo sobre el pescante y a pitorro—, en cuyos simones se daba los grandes paseos sin rumbo fijo; de los obreros de la tartera enfundada y la blusa añudada a la cintura y la colilla pegada

al labio; de los guardias urbanos—uniforme abolsado, teresiana de acordeón, charrasco mohoso, bigotes reglamentarios para presumir la fiereza—, con los que daba la consabida «vuelta a la manzana»; de las castañeras picadas del pañuelo a la cabeza y el mantón de felpa enrollado a la cintura, rebullendo lumbre por las cuatro esquinas, reinas del soplete y de la badila, siempre propicias al cotilleo; de los cobradores del tranvía... Galdós penetraba en las tas-cas y se entretenía viendo una partida de mus coreada de mirones; y, si venía la cosa a pelo, se bebía una frasquilla del tinto de Arganda con cuatro amigos de gorra y de «haiga», especie de Juanes Josés, siempre en ánimo de vivir el acto último del melodrama. A Galdós le agradaba contemplar los escaparates—cortinillas desteñidas, moscas y azulejos—de las tabernas de barrio, con su muestrario, sobre platos de loza barata o peltre, de las grandes rajadas de merluza frita, de las tortillas inmensas doradas y redondas como absurdas onzas isabelinas, del aceitoso bacalao con tomate y bitono de bandera española, de las alubias con chorizo... Y en los anaqueles pintados de almagre, las botellas «de marca», con los cascotes polvorientos y los marbetes con motitas de moscas... Galdós se sentía el más fiero vigilante de las mejoras urbanas de Madrid. Diariamente acudía a los desmontes, de los que, poco a poco, su buen amigo Alberto Aguilera iba haciendo surgir el Parque del Oeste; a las obras de alineación y ensanche de los bulevares; a la construcción de los evacuatorios, tan poco disimulados, ¡pero tan necesarios!; a ver plantar las acacias en cualquiera parte; a llevar la cuenta de las nuevas calles pavimentadas y de las casas de nueva planta con cierto aire monumental. Nadie como Galdós para saber la calle a la que se le había cambiado de nombre y por qué; y la mejora más urgente de la ciudad; y el itinerario más conveniente para la nueva vía del

tranvía; y la historia interna de cada convento y de cada mansión señorial, y de cada apellido netamente madrileño; y dónde empezaban y dónde acababan las calles más despistadas de Madrid. Años antes ya se habían asustado los más sabihondos cronistas de la Villa y Corte—con Mesonero Romanos a la cabeza—de que Galdós viniera a enseñarles madrileñismo y hasta madrileñería. Y, sí, a Galdós le encantaba presenciar el relevo de la guardia en Palacio, en que los solemnes alabarderos, y los artilleros gallardos, y los marciales infantes, y las bandas de trompetas y tambores, aparecían tan firmes y lucidos, que eran como soldados de plomo recién pintaditos de gala; y darse un paseo en aquel tranvía rojo, llamado por el vulgo *cangrejo* de vía estrecha, que no iba a ninguna parte en fuerza de meterse por las calles más raras, en las que nada se le había perdido a nadie; y seguir, aligerando el paso a tal cual chulilla garbosa de mantón *alfombrao* y peinado de tufos y sonrisas charranas—de las que aparecían cada domingo en las planas de *Blanco y Negro*, dibujadas por Huertas, sobre el fondo del *punte de Toledo* o del *Arco del Dos de Mayo*—, hasta encerrarla en su casa, luego de ponerles al quiebro los rehiletes de los piropos; y entrarse en la iglesia de San Luis, de la calle *de la Montera*, para fisgar a las buenas mozas que iban a pedir el gran milagro al Cristo de la Fe; y beber agua a morros en las fuentes clásicas de los Galápagos—en la calle *de Hortaleza*, empotrada en el muro chaflán de los escolapios de San Antón—, de *Pontejos*—que en su día tuvo noventa y un aguadores de servicio permanente—, de la *Cruz Verde*—adosada a la tapia del jardín de las religiosas del Sacramento, frente a la calle de *Segovia*—, de la *Escalinata*—al pie de la escalera que unía la plaza *de Isabel II* con la calle *de los Tintes*—; y de escuchar las novedades musicales en las casas constructoras de organillos de ma-

nubrio, pulsados y entonados por los chulos más envarados—de patillas, pantalones bombachos de pernera y ceñidos de talla y a la caña de la bota, pañuelo de seda al cuello y gorra a cuadros echada sobre una oreja—, quienes le enseñaban el arte de mover la manilla con el codo, cambiándosela del diestro al zurdo sin que los compases se resintiessen. Seguramente, en aquel año de 1901 Galdós consiguió los entorchados de gran capitán general de la popularidad y de la campechanía madrileña, con su sencillez curiosona y su compartir los timos del habla; lo que no había conseguido en treinta años con ochenta y tantas obras maestras de exaltación de este rincón de los milagros.

Con el año 1902 inició otra era de actividades literarias de las más fecundas. En marzo terminó *Las tormentas del 48*—primer episodio de la cuarta serie de los llamados *nacionales*—; el 9 de abril estrenó en el teatro *Español* el drama en cuatro actos *Alma y vida*, cuyos principales intérpretes fueron Matilde Montaña, Ana Ferri, Emilio Thuillier y Donato Jiménez; en agosto escribió, refugiado en su finca santanderina de *San Quintín, Narváez*. Aprovechó el otoño para hacer una escapadita a París y visitar a su entrañable amigo León y Castillo, embajador, por segunda vez, de España en Francia. Y... ¿por qué no decirlo también? ¿Para charlar con su simpática amiga la destronada señora doña Isabel II! «En multitud de obras mías he referido mis visitas al palacio de Castilla (*avenue Kléber*) y las conversaciones que tuvimos León y yo con la Reina doña Isabel. En las entrevistas de esta segunda etapa había variado visiblemente el aspecto de Su Majestad: a la peluquita rubia que antes usaba, sustituía ya una cabellera blanca, aureolada de dignidad y de simpatías. Andaba lentamente, apoyándose en un bastón: pero sus atractivos personales, la gracia, el donaire, la dulce ironía de su conversación, no habían cambiado; an-

tes bien, los acontecimientos de actualidad exacerbaban la sutileza y donosura picaresca de sus razonamientos. Aunque moraba en territorio extranjero, su corazón permanecía en España, y en sus conversaciones sólo trataba de asuntos exclusivamente españoles. Era, pues, un alma española, con todos los defectos y las buenas cualidades de la raza; pero éstas no fueron bastante conocidas y apreciadas como debieron serlo, pues la opinión vulgar más aumentaba los errores que atenuaba los aciertos. Era doña Isabel tan generosa, que, sin instigación de nadie, perdonaba todas las ofensas que había recibido, conservando fresca en su memoria la gratitud a los adictos. Jamás oímos de sus labios una palabra rencorosa; y aun en la soledad de su destierro forzoso, supo mantener las apariencias ceremoniosas de reina efectiva. Recuerdo que una tarde, estando León y yo en la cámara regia, oímos preludear en el piano un trozo de *Norma*, y doña Isabel exclamó: «¡Ah! Ya está aquí madame Lagrange; vamos a oírla.» Pasamos al salón, y vimos a una señora que, caladas las gafas, tocaba en el piano pasajes de ópera. Ana de Lagrange era una cantante extraordinaria, que había hecho las delicias del público de Madrid durante largos años. Cantó en el teatro *Real*, con exquisito arte, las óperas más en boga en aquellos tiempos. Además, era señora dignísima, de esmerada educación y atractivo social. Doña Isabel hizo amistad con ella, y a menudo la invitaba a pasar largas horas en el real palacio, luciendo su arte de cantante y de pianista. Gozaba la destronada señora de cierta popularidad, como lo demostraba el hecho de que al salir de paseo había en la calle dos filas de personas que la miraban con curiosidad, y a veces se oía un murmullo de simpatía y de admiración; cosa rara en París, donde pasaban inadvertidas tantas reinas destronadas, sin que nadie parase mientes en ellas.» De aquellos días gratisimos se trajo Galdós un retra-

to de Isabel II con una dedicatoria cariñosa; retrato que siempre anduvo en los copetes más apreciados del hogar del gran escritor, y del que éste se enorgullecía.

En 1903 aparecen: sobre la escena—Barcelona, teatro *Eldorado*, 18 de julio—, la comedia en cinco actos *Mariucha*, y en los escaparates, el episodio *Los duendes de la camarilla*. La comedia fué estrenada por la compañía de María Guerrero y obtuvo un éxito discreto. En 1904 corresponden los episodios *La revolución de julio* y *O'Donnell* y la adaptación para la escena de la novela—escrita en 1897—*El abuelo*, drama en cinco actos dado a conocer al público el domingo de Carnaval 14 de febrero, por la misma insigne comedianta. Aún fué más fecunda la labor galdosiana durante el año 1905. Dos obras para el teatro: la tragicomedia en cuatro actos *Bárbara*, ofrecida desde el escenario del *Español* por María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, y la comedia en cuatro actos *Amor y ciencia*, representada en la *Comedia* por las huestes de Rosario Pino y Enrique Borrás; dos episodios nacionales: *Aita Tettauen* y *Carlos VI en la Rápita*, y una novela en cinco jornadas y en forma dialogada—a la que ya iba cogiendo el gusto y con sus interesadas miras—: *Cassandra*. De esta intensísima labor de tres años destaca el éxito inmenso del drama *El abuelo*. Se representó cerca del centenar de veces; y puede decirse que, desde la fecha de su estreno hasta el año actual, rara es la temporada que no se pone en escena en Madrid, y raro el actor de verso que no ha encarnado al bravo y españolísimo conde de Albrit. *El abuelo* no envejece más de lo que le envejeció Galdós. Y cada año se presenta tan terne, dispuesto a dar las mismas voces y a manifestarse terriblemente perplejo. Su perennidad es simpática. Sus barbas blancas intonsas de viejo señor feudal cascarrabias, su indumentaria anacrónica de castellano escapado

de algún poema tétrico de Núñez de Arce, sus ademanes deprecatorios y sus temblores esporádicos..., se han hecho lapa de la escena de cualquier tiempo y de cualquier parte española.

Muy poco fecundos fueron los años de 1906 a 1908. Apenas si escribió una obra por fecha. *Prim*—1906—, *La de los tristes destinos*—1907—, *España sin rey*—1908—, *Pedro Minio*—comedia en dos actos, estrenada en el teatro de *Lara*, 1908—. Y es que en 1906 algunos de sus amigos le jugaron la mala partida de plantearle resquemores políticos. Ni se acordaba Galdós de que existiera tal calamidad y de que en un tiempo estuvo bacilando—con b, porque no era sino bacilo—en ella. Había perdido por completo su fe en la política. Años llevaba sin poner los pies en el Congreso; años, sin leer la crónica parlamentaria de los diarios; años, sin contertuliar en las camarillas y con las comidillas de casino; años, sin acordarse de esos tópicos típicos que aluden a «la nave del Estado», «las riendas del Gobierno», «los sagrados intereses de la nación», «el mandato inexorable del sufragio»... Años hacía que no le interesaba quiénes estuvieran en el Poder, ni las modificaciones de los partidos, ni la eficacia de las grandes transformaciones legislativas, ni los síntomas de las novísimas doctrinas económicas. ¡Si sabría él que todo era farsa! ¿El público? La paciente nación. ¿Los intérpretes, más o menos admirables? Los políticos de profesión. ¿La comedia, tragedia, sainete, melodrama, todo conforme y según...? La misma de siempre adaptada a y adoptada por las circunstancias. ¿El autor? Eso—o ese—*imponderable* tan conocidamente desconocido que tiene mezclilla de aire coronado y de tendencia ideológica puesta en conserva. ¡Farsa! Pero los amigos le jugaron una mala pasada. Los amigos del credo republicano quisieron robustecer su harto enjuta candidatura con el nombre popular y glorioso de Galdós. En Madrid no habría albañil, cochero de

punto, vendedor de periódicos, mancebo de comercio—Prometeo de los sabañones—, sereno de barrio, echador de taberna, manipulador de organillo, jugador de mus, farolero alegre de zigzag, tranviario..., que no votasen—; porque sí, señor, Señor!—la persona a quien ya empezaba a llamarse «el Abuelo». El emisario que enviaron a visitar a Galdós en su cuarto del *paseo de Areneros* fué don Fernando Lozano, *Demófilo*, un buen señor con barba negra, de un republicanismo puramente ideológico *para andar por casa* y asustar a los vecinos timoratos en su ortodoxia religiosa y política; de un republicanismo cortés, de buen señor, de los que deseaban una República castelarina aseada y elocuente, de levita y graves saludos como de despedida de duelo mortuorio. *Demófilo* acudió a Galdós en calidad de sirena mediterránea—que es la más atractiva—. Le cantó los deberes de ciudadanía, las exigencias del bien de España, la necesidad imperiosa de *variar de moldes* y de

utilizar *más riguroso módulos*, la importancia de oponerse a los postulados de un conservatismo ramplón que se cocía en los salones rancios de tres o cuatro títulos de mucha tradición. La voz de *Demófilo* era monótona, correcta, opaca... Galdós se negó a satisfacer tal pretensión, apoyándose en que nunca había sido político y en los pocos encantos que para él había reservado siempre la política. No desistió *Demófilo* ante esta negativa melancólica. Pocos días después tornó a visitarle con idénticos propósitos. La contestación, idéntica. Por tercera vez, afinando su canto la sirena...

Acaso por librarse de las mil presiones que se le hicieron, accedió Galdós a que se incluyese su nombre en la candidatura republicana, juntamente con los de Vicenti, Morayta, Castrovido, Calzada y Morote. Los conservadores presentaron como candidatos a Prast, Garay y Gutiérrez. La lucha fué muy enconada. En todos los distritos de la ca-



Dibujo escenográfico original de don Benito Pérez Galdós

pital hubo actos de propaganda; en esos locales de los centros políticos de barriada, con cartelón en los balcones, grandes habitaciones estucadas, pisos de baldosines blancos y negros, largos pasillos desnudos, sillas de anea y un conserje derrotado de indumento, con una gorra con emblema. Los candidatos se sentaban detrás de una mesa cubierta por un tapete, sobre la que se dejaba la bandeja con la jarra del agua y dos vasos; y detrás de los cuales candidatos, colgado de un testero, se exhibía un cromó muy malo representando a todo color una matrona rozagante portando una bandera española—cuyos pliegues la envolvían como una clámide—y teniendo a sus pies un león dormido. Ni que decir tiene que la matrona se tocaba con un gorro frigio bastante parecido a una barretina. Y, pegados a troche y moche, los carteles de la candidatura: nombre en tinta negra sobre el papel rojo oscuro. En aquellos ambientes que oían a berzas cocidas y a tabaco malo, a cuerpos poco aseados, los candidatos, fáciles oradores los más del *latiguillo* y la vieja actitud tribunicia, peñoraban durante varias horas, echándoselas de amos de la panacea y de dueños del cotarro universales para remedio de los males ciudadanos de los buenos ciudadanos. A Galdós, en todas aquellas cachupinadas, se le reservaba el turno de honor: hacer uso de la palabra el último. Pero Galdós era un orador pésimo. Balbucía y se trabucaba. Así es que optaba por llevarse escritos sus discursos y mal leerlos con una voz sin matices. Lo que conseguía, pues, el gran escritor era *enfriar* los ánimos, si es que habían conseguido caldearse antes. Era el garbanzo negro que, si no descomponía la olla, le restaba *vista*. Realmente, como nadie sabía que él fuera republicano, fué preciso que dirigiera una carta abierta al director de *El Liberal*, don Alfredo Vicerenti, en la que se declaraba tal a vuelta de muchas consideraciones de índole sentimental, en las que, como siempre, Ma-

dríd se llevaba las más reiteradas alabanzas de aquel empedernido madrileño de adopción.

El día de las elecciones triunfaron tres candidatos republicanos: Galdós, Morote y Calzada. Y los tres monárquicos. Quienes le buscaron de banderín de enganche, ya supieron lo que se hacían. Al Abuelo le votaba el pueblo de Madrid con el matiz político con que quisiera significarse. ¿Republicano? ¡Pues republicano! ¿Monárquico? ¡Pues monárquico. ¿Ni fu ni fa? ¡Pues ni fu ni fa! Lo de menos era lo que significara o no significase políticamente. Lo interesante era lo que era: el cantor soberano de Madrid; del Madrid patético y esforzado; del Madrid íntimo y tradicional. Galdós nada tenía que ver con esos madrileñistas que se dedican a sacar calcomanías o aleluyas en papel de estraza, creyéndose que van dejando en pos de sí cuadros de historia y retazos de folklore.

Fué al Parlamento Galdós, y a los pocos días surgió el llamado bloque de izquierdas—cojunción... disyuntiva, recalcó alguien—, por el cual hizo cuanto pudo, menos entregarle sus convicciones. Asistió a un mitin en Barcelona, y luego a otro en San Sebastián, con Sol y Ortega. Continuó la propaganda al lado de don Melquíades Álvarez, en actos que se celebraron en Santander y Almería: al que tuvo lugar en Madrid—en el teatro de la *Princesa*—no pudo asistir por encontrarse enfermo; pero se leyeron unas cuartillas suyas, como siempre acordándose poco de que era republicano y mucho de lo que era: el más apasionado patriota entre los españoles, tradicional y casi cantor homérico de las gestas hispánicas. Son dignos de mención algunos párrafos de aquel discurso: «En todas las imágenes de la Madre Española, los siglos la representaron acompañada siempre de un soberbio león, símbolo heráldico de nobleza, símbolo del heroísmo, del orgullo fiero, de la virtud, del honor, de la dignidad, del

derecho; símbolo también de la majestad real y de la majestad popular que constituyen la Soberanía. Mi patriotismo ardiente, quizá por demasiado ardiente algo candoroso, me encariña con el amaneramiento artístico del león furibundo, arrimado a las faldas de la gloriosa Divinidad patria. Me encantan estas cosas viejas, representativas de sentimientos que laten en nosotros desde la infancia. La presencia del arrogante escudero de nuestra Madre nos embelesa de admiración y fortifica el amor inmenso que le profesamos. A él nos dirigimos, y con voces de emoción fraternal le decimos: Conserva en todo momento, león mío, tu dignidad y tu fiereza. Cuídate de inspirar respeto siempre y el santo miedo cuando sea menester. Tú, que fuiste siempre el emblema del valor, de la realza, de la gloria militar y de la gloria artística; tú, que fuiste el Cid, el Fuero Juzgo, la Reconquista, Cervantes, la espada y las letras, no olvides que con el giro de los tiempos has venido a ser la ciudadanía, los derechos del pueblo, el equilibrio de los poderes que constituyen la nación. No, no te resignes en ningún caso a ser león de circo, ni te dejes someter por el hambre y por los palos... Considera, león mío, que no sólo eres emblema de la ciudadanía, sino del trabajo. Eres fuerza creadora de riqueza, colaborador en la grande faena del bienestar; eres la cultura de todos, la vida fácil de los humildes, la serenidad de las conciencias, y bien penetrado de tu misión presente, destroza sin piedad a los que quieran apartarte del cumplimiento de tus altos fines.»

¿Es que jamás pudo Galdós pronunciar un discurso? Cuatro palabras dijo en el Congreso, cierta vez, para pedir que se declarase una vacante de diputado por Madrid. «El señor Pérez Galdós tiene la palabra...», parece ser que enunció, de pronto, don Eduardo Dato, que ocupaba la presidencia de la Cámara. El estupor de ésta fué visible y audible. Los diputados presentes clavaron sus mi-

radas en Galdós, y los ausentes, avisados del acontecimiento, se reintegraron a sus escaños, prefiriendo perder mediadas sus bebidas, iniciados sus chistecitos verdes, no bastante recalçadas sus insinuaciones malévolas, en el regodeo culminante sus vegueros de grandes sortijas, al suceso exótico que iba a desarrollarse en el hemicíclo. Y Galdós no pudo clavar sus ojos en el señor Pérez Galdós, a quien buscaba por todo el ámbito, en vano. «¿Quién sería—se preguntaba él para su capote—aquel señor Pérez Galdós que tenía el uso de la palabra?» Y de corazón no le envidiaba, y se alegraba de que no hubiera venido a la Cámara. El no habría sabido qué hacer con la palabra si se la otorgaran así, de pronto, ante la expectativa tintada—tintorra, mejor—de rechifla. Balbució cuatro frases en un acto celebrado en el Centro Republicano de la calle *de Carretas*..., para proponer se recogieran firmas que avalorasen la petición de dicha vacante de diputado por Madrid. Y aún le quedaron redaños oratorios para, en un mitin que tuvo por escenario el cine de la calle *de la Flor*—barraca de madera, lata y malos olores—, decir a los oyentes que la sesión quedaba abierta.

De sus nuevas andanzas políticas, que duraron hasta 1910, no sacó Galdós sino la confirmación de lo que ya sabía. No era político. No sentía *ni le sentaba* la política. Desdeñaba los que eran llamados con pompa métodos políticos y formas parlamentarias. De la discusión no salía la luz. En el escenario—relumbrón—de las Cámaras no se hacía sino representarse la farsa, ya bien estudiada y bien ensayada por los pasillos, bajo la dirección inapelable del jefecillo y de sus traspuntos. El no era sino un español apasionado y muy liberal, sin que pugnara—ni le repugnara—este concepto con el de guardar su fervor para toda la tradición gloriosa de España. ¿Monárquico como en 1886? ¿Republicano como en 1906? Lo que le pidieran

los primeros amigos que llegasen. Con tal de no disgustarles... Con tal de no disgustarse... Con tal que no se le exigiera abdicar de su españolismo, de su madrileñismo...

Esta etapa parlamentaria no le trajo sino malas consecuencias. En 1905, cuando ya la Academia sueca le había propuesto para el otorgamiento del famoso premio Nobel, con motivo de la campaña nacional que se inició para pedir al Gobierno que aceptase, en nombre de la nación, dicha honrosa oferta, sufrió el gran escritor el desvío de toda la clase conservadora española. Equivocadamente se confundían—sin estar fundidos—en él sus locos gambeteos políticos con sus méritos portentosos de escritor, el primero de Europa en esa fecha. El Gobierno se inhibió. La opinión religiosa y política de matices tradicionales opuso a la candidatura de Galdós la de otro genial escritor: Menéndez y Pelayo, ortodoxo a macha martillo, pero no más entrañablemente español que Galdós, aseveración ésta que hizo con su palabra y su puño el mismísimo Menéndez y Pelayo. Galdós se quedó sin el premio. Y también don Marcelino. Herida la Academia sueca en su delicado comportamiento, se negó, en años sucesivos, a otorgar la distinción a ninguno de estos dos colosos de las letras españolas. En los años 1908 y 1909 fracasaron los intentos de erigirle varios monumentos en distintas ciudades de España. En 1912—¡aún el rencor político podía tanto!—resultó casi una ofensa,

por lo que tuvo de cicatera, de lenta, la suscripción que con carácter nacional se abrió para, con sus fondos, librar al genial novelista de la usura y ponerle al abrigo de necesidades perentorias. Consecuencias lamentables de haber tomado partido—aun sin querer y sin fe—en esa política de partidos que no guarda consideración alguna al adversario, ni le perdona; máxime cuando le reputa por traidor o tráfuga.

La amargura de Galdós fué infinita. La reflejan las páginas de su novela *El caballero encantado*—terminada en Madrid, en diciembre de 1909—, y hasta las anteriores—Madrid, marzo del mismo año—del episodio nacional *España trágica*; última obra ésta que, a lápiz y con grandes trazos pocos seguros, escribió el maestro por sí mismo. La inmediata, *Amadeo I*—octubre de 1910, la dictó ya a su secretario de entonces, aquel Pablo Nougués—Don Pabífero le llamaba Galdós—, cuyos servicios empezaron a fines del año 1907, en calidad de auxiliar político.

Se acercan los últimos años de Galdós. Años terribles que si son bastantes en una vida, en la del gran escritor, ciego y enfermo y triste, no pueden ser sino los últimos; un conjunto estéril de días en los que él no hace sino esperar, esperar, esperar... Y tiene la boca llena de hiel. Y le penetran en el mar de su alma todos los ríos de sombras del mundo. Y cree menos que nunca en lo que fué motivo de tantas desdichas.

X

EMPIEZAN LOS AÑOS TRISTES.—GALDOS, FANTASMA DE SI MISMO, ESCRIBE AUN Y AUN TRIUNFA.—LA SOLEDAD RECONDITA Y EL SILENCIO SONORO.—CON LOS OJOS VENDADOS. LA DELIRANTE PEREGRINACION, EL IMPONDERABLE AFAN.—¡VOY A VIVIR ENTRE MIS CRIATURAS!—LA REALIDAD IMPONENTE DE LA FANTASIA.—LOS BUENOS, LOS MALOS, LOS FELICES, LOS MISEROS...—MADRID NO ESTA HABITADO SINO POR LAS CRIATURAS GALDOSIANAS.—GALDOS MIRA, GALDOS HABLA; PERO... ¿A QUIEN? ¿CON QUIEN?—¡QUE NADIE COMETA LA NECEDAD DE DECIRLE QUE ESTA SOLO..., AUN CUANDO LO PAREZCA A SIMPLE VISTA!—QUEDAN PROSCRITOS DEL MUNDO DE GALDOS EL OLVIDO Y LA MUERTE.—LA CEGUERA ABSOLUTA.—ACHAQUES Y MOLESTIAS.—SE DICTA EL FALLO INAPELABLE.—¡¡PERO YO NO TIEMBLO!!—UNA VEZ MAS... ¡MADRID!—EL GRITO ALUCINANTE

1910. Empiezan los años tristes de Galdós. La tristeza, en puridad, se le impregna de fuera y le supura de las raíces más hondas. La decadencia va a ser lenta. La clara inteligencia privilegiada se irá dando noción cabal de todas y cada una de las agonías. Cada año le traerá varias. Estos amigos que se apartan... Esos que se van olvidando... Algunos que se le enfrentan... Recuerdos que se agrian... Anhelos que se malogran... Necesidades materiales que apremian, inexorables, cada veinticuatro horas... Y, dominándolo todo, un colapso angustioso de la popularidad. Ese gesto de unos y otros, que se preguntan: «Pero... ¿vive aún Galdós?» «Pero... ¿Galdós aún no ha muerto?» Y el genial escritor, encorvado, lúcido, caminando todavía, forjando nuevas criaturas de temple admirable.

A principios de 1910 estrenó en el *Español* —28 de febrero—la escenificación en cinco actos de su novela dramática *Casandra* . El éxito no debió de ser pequeño cuando un periódico de tendencias derechistas como *La Epoca* refiere que se formó una «manifestación, compuesta con fines políticos, y por elementos de izquierda, que fué siguiendo al autor

hasta su casa con aplausos y aclamaciones». La crítica trató la obra despiadadamente. Aludía a los procedimientos de la más rancia y trasnochada dramática: largos parlamentos declamatorios, frases de relumbrón, finales de acto efectistas, insistencia machacona de motivos. El autor se encogió de hombros. ¿Exito? ¿Fracaso? Poco a poco se iba separando de aquel mundo inmenso y de aquellas criaturas complejísimas que no eran los suyos. Poco a poquito íbase recogiendo en su mundillo, entre sus criaturas amadas, pedazos de sus sueños, de su voluntad y de su alma. Poquito a poco dejó de asistir al Congreso. Los parlamentarios le parecían más loros que nunca, peores cómicos que siempre. Llegó a sentir asombro de que le enviaran aquellas citaciones para que concurriera a sesiones decisivas, a reuniones importantes.

—Y a mí, ¿para qué?

—Porque es usted diputado a Cortes —le contesta su secretario, recordándole los deberes de su vida pública.

—¡Ah, sí, es verdad!—y parece despertar de un sueño, con desilusión, casi con rabia.

Poquito a poquito fué espaciando sus

visitas a los saloncillos teatrales. Se negaba a las insistencias admirativas de los actores. Rehusaba casi con brusquedad cuanto significara homenaje en su honor..., *que le olía a muerto*. A veces, se pasaba semanas enteras sin salir de su casa o del hotelito que en la calle de *Hilarión Eslava* acababa de construirse su sobrino don José Hurtado de Mendoza, donde se le había reservado la mejor habitación, sobre cuyo dintel se escribieron estas palabras: *Despacho de tío Benito*. Y a ratos escribiendo él y a ratos dictando al gran *Don Pepino* o a cualquier amigo, terminó los cuatro últimos episodios nacionales que salieron de su numen: *Amadeo I*—octubre 1910—, *La primera República*—abril 1911—, *De Cartago a Sagunto*—noviembre 1911—y *Cánovas*—agosto 1912.

Quizá contribuyó a la gran melancolía de Galdós la ceguera, de proceso lento, que únicamente él adivinó apenas iniciada, que tozudamente ocultó a sus familiares, amigos y médicos, y que le descubrió, al fin, el doctor Marañón. Pingia cansancio de mano para poder dictar sus obras, retrepado en un sillón, cerrados los ojos. Procuraba no ir sino por aquellos lugares que conocería con los ojos vendados. Cuando los pies, flojos, se negaban a caminar, buscaba cualquier simón, armatoste arrastrado por un viejo penco. El de su amigo Angel, que paraba en la calle de *la Princesa*, esquina al paseo de *Alberto Aguilera*. El de su amigo Tomás, que hacía turno en la entrada de la ronda del *Conde-Duque*. Cualquiera de estos cocheros incondicionales de Galdós le aceptaban el cigarrillo con las buenas tardes. Y después, ya sabían: a paso lento, sin hostigar al jaco de costillas visibles, semejantes a las de un casco de galeón desguazado. A paso lento, por *ahí*... Le gustaba al «Abuelo» pasar por delante de las casas donde vivió desde su mocedad. Era una peregrinación sentimental, casi angustiada. Eran como las estaciones dolorosas y delirantes de un vía crucis. Primero, la

calle de *las Fuentes*. Después, la del *Oli-vo*—que se llamaba ya de *Mesonero Romanos*—. A continuación, la de *Serrano*. Inmediatamente, la plaza de *Colón*. Desde aquí a la calle de *Hortaleza* y a la plaza del *Dos de Mayo*. Y Angel y Tomás ya sabían que debían pararse frente a los números evocadores de esos lugares. Don Benito asomaría la cabeza por la ventanilla o se apearía, según le respondieran los ánimos y las piernas. Necesitaba echar un vistazo a las fachadas, rememorar lo que tras ellas vivió en años felices de briba y estruendo. Aquí, en el número 3 de la calle de *las Fuentes*, no hizo sino estudiar y soñar y comer féculas y berzas. ¡Pero qué sueños, grán Dios! Aquí, en el número 9 de la del *Oli-vo*, estudió, soñó, comió los mismos alimentos hortícolas y... se lanzó a escribir dramones y articulillos. Aquí, en el 8 de la de *Serrano*, dejó de estudiar, mejoró sensiblemente el régimen alimenticio, siguió soñando y entró con una gran fiebre en el periodismo. Aquí, en el 1 de la plaza de *Colón*..., ¡cuántas y cuántas novelas forjó y escribió de las que le dieron honra y provecho! Ya no era sino... eso, un novelista. Soñaba para escribir. No se fijaba en lo que comía. Ni estudios. Ni periódicos. Si acaso, *hacer política* como deporte, a lo romántico. Aquí, en el 132 de la calle de *Hortaleza*..., ¡fué editor de sí mismo! ¡Editor, él! Es decir: que hizo números, que trabucó cuentas, que se desasosegó por los incidentes de la economía casera, que trató a gentes metalizadas y de sonrisas falsas de conveniente amistad... ¡Si aún le temblaban las carnes de recordarlo! Galdós recorría con los pies torpes, a rastras, tateando con el bastón, las aceras correspondientes a las casas evocadoras; palpaba las rejas; se detenía sobre el umbral de los portales; fiseaba con recelo de chiquillo hasta el inicio oscuro de las escaleras. ¡Nada había variado! Los mismos estucos del año de la Nanita. Las mismas porterías visibles colmadas

de trastos viejísimo. Los mismos escalones desgastados en su centro. Las mismas ventanas de cristales opacos distintos. ¡Hasta los mismos hedores a herzas cocidas y a suciedad gatuna!

—¿Qué viejecilla está esta casa!... ¿Eh, Angel?

—Buena falta le hacía un revoco, don Benito.

Galdós saltaba nervioso...

—¿Un revoco? ¡Quita de ahí, hombre! Así está bien. Está vieja. Está sucia. Pero está como debe estar. ¡Un revoco! Parecería distinta... ¡Qué absurdo!

Pausa.

—Dime, Angel, tú que tienes buenos ojos: ¿hay en el balcón del piso tercero, el último de la izquierda, muchos tiestos?

—Los hay. Parecen geranios algunos. Otros, de matas de albahaca.

Sonrisa inefable del gloriioso viejo.

—Vivirán ahí, seguramente, los hijos de aquellas pensionistas, viudas que vivían en mis tiempos...

—Seguramente, don Benito.

Pausa.

—Si yo me atreviera...

—¿A qué, don Benito?

—A entrar ahí... A llamar a los pisos... A preguntar...

—¿Quiere usted que le acompañe? Nadie le ha de recibir mal.

Se asustaba Galdós.

—¡Ca, hombre, ca!... ¡Figúrate!... Podía alguien haber leído mis obras... Pensaría que intentaba darme pisto. ¡Quita, quita!

Y se metía en el coche más que de prisa. Esta escena repetíase delante de cada uno de los que fueron sus domicilios. Y se repetía muchos días. Tantos... que Angel, o Tomás, o Pepe, el cochero de turno, cuando el «Abuelo» se les metía en el coche sin decirles nada, iniciaban el trote ramplón de la peregrinación sentimental.

Poco a poco, Galdós llegó a olvidarse de que existían criaturas, sus semejan-

tes, en lo de ser hijos de Dios, carne y alma patéticas. ¿Diputados? ¿Escritores? ¿Industriales? ¿Obreros? Se resistía a creerlo. Para él no tenían vitalidad sino sus criaturas, las salidas de su fiebre creadora, tan humanas, que se le habían ido por ahí, a su cuenta y riesgo, de una punta a otra de Madrid. Galdós no vivía ya sino para el afán irreprimible y delicioso de buscar a dichas criaturas donde sabía él que debían pervivir. Y cada tarde, cuando los pies, menos torpes, se lo permitían, realizaba caminatas por determinadas calles de determinados barrios. Antes de salir de casa, ya sabía a quién iba a buscar, con quién quería charlar... En la calle de la Sal, esquina a la de Postas, ya sabía él que encontraría a la dulcísima Inés de Santorcaz; a su novio, el heroico Gabriellito Araceli; a los sórdidos Requejes, don Mauro y doña Restituta; al campechano mercedario padre Salmón, al enloquecido horterilla Juan de Dios... Y Galdós buscaba con los ojos irisados la muestra colocada en la ventana del entresuelo que rezaba así: PRÉSTAMOS SOBRE ALHAJAS, y que sería la señal evidente de no haberse confundido de señas. En la plaza de la Cebada, y en sus alrededores, ya sabía él que encontraría a Isidora—la encantadora *desheredada*—, al ilustre doctor en Medicina don Alejandro Miquis, al infeliz don José Relimpio y a sus desdichadas consortes y pimpollos—que trabajaban en casa para las camiserías—, al Pecado y a su rival Zarapicos, jefes de dos bandos de golfos; al intrigantuelo y pedante don José Ramón Pez y a su insoportable hijo Joaquín, marqués viudo de Saldeoro; al antipático y celoso don Alejandro Sánchez Botín; al honrado impresor Juan Bou, quien seguiría queriéndose casar—al cabo de los años mil, viejos los dos—con Isidora, a pesar de todo; al perdís de Mariano Rufete, dispuesto siempre a sacrificar a su hermana... Los encontraría a todos. Le pararían para preguntarle mil cosas y para reprocharle otras mil.

como, a veces, los mortales hacemos con nuestro Creador, a la vuelta de cualquier esquina—que es la cualquier contradicción—. «Pero... ¿por qué me hiciste así? ¡Si tú sabías que era mi infelicidad!» Ya sabía él—Galdós—que por las calles *del Espíritu Santo, Jesús del Valle, las Correderas, Fuencarral y Ancha de San Bernardo* se daría de manos a boca con Máximo Manso—que no era persona existente, sino «condensación artística», «una quimera, un sueño de sueño, sombra de sombra, sospecha de posibilidad»—, catedrático de Psicología del Instituto del Cardenal Cisneros; con doña Javiera Rico, viuda de Peña, jamaica de muy buen ver, y con su hijo Manolito; con José María Manso, Lica, su esposa, sus tres retoños y la *niña Chucha y Chita*, recién llegados de Cuba; con doña Cándida, viuda de García Grande, y su santita sobrina Irene, maestra a domicilio; con el vano marqués de Tellería; con Sáinz del Bardal, que ostentaba la cruz de Carlos III en las tarjetas y hasta en los calzoncillos, bordada... Bien sabía Galdós que hallaría a su Celipín Centeno, a su *doctor Centeno*, tumbadazo en la cuesta de *Claudio Moyano*, cerca del Observatorio, víctima del mareo que le produjo la colilla de una fementida tagarnina; y en la escuela del callejón *de San Marcos*, al desdichado pedagogo y alma de Dios don José Ido del Sagrario, y al fachendoso canónigo de Medellín don Pedro Polo; y en su casón de la calle *del Almendro*, a la opulenta doña Isabel Godoy de Hinojosa, tía de los Miquis; y en los pisos altos del Palacio Real—colmena de imponentes rumores y de incesantes trabajos—, a los de Bringas; por el barrio *del Barquillo*, al moderno don Juan Tenorio: José María Bueno de Guzmán; a sus tres hermosas primas: Mari Juana, Eloísa y Carmina; a la anciana, ciega y medio baldada marquesa de Cícero; al oficial de Caballería Constantino Miquis, el último de tan importante y pintoresca dinastía; a Pepe Carrillo de Al-

bornoz, aristócrata tronado; al sensualote Sánchez Botín, cazador insigne de bellas... *a la espera*. Y en la *Plaza Mayor*, y en la *plaza de Santa Cruz*, y en la *plaza de Provincia*, y por sus calles adyacentes, a Juanito Santa Cruz, *el niño de la bola*, espécimen de señorito vago y rico; a la sosita y bonísima Jacinta, pasta de esposa honrada; a la chula y hermosa Fortunata, al misero Maximiliano Rubín, al servicial hortericillo Estupiña, a la santa laica Guillermina Pacheco, a doña Lupe, «la de los pavos», que daba sus cuartejos para que se los negociase el usurero Torquemada... Y en las calles *del Acuerdo*, y de *Quiñones*, en la plazoleta *del Limón* y en la *de las Comendadoras*, a la desgraciadísima familia de don Ramón Villamil, cesante de turno impar y de espantable físico, llamada la familia de los *Miaus*; a Víctor y a Luisito Cadalso... Y en la calle *de San Blas*, con vuelta a la *de la Leche*, al archifamoso usurero don Francisco Torquemada, a sus hijos Rufinita y Valentín; a la tía Roma, la traperera; a don José Bailón, el clérigo que ahorcó los hábitos allá en 1869; a la arruinada y ambiciosa doña Cruz del Aguila y a sus hermanos Rafael y Fidela; a Pepe Serrano Morentín, el adúltero de profesión... Segurísimo estaba él—Galdós—de que, si se llegaba al pórtico de la parroquia de San Sebastián, pegaría la hebra un rato con el ciego Pulido, con Flora *la Burlada*, con el moro ciego Almudena, con la *señá Casiana*—caporala de aquel ejército de mendicantes alharquientos *por el amor de Dios*—, con Crescencia *la Cegata*, con el cojo y manco Eliseo, que gozaba del privilegio de vender *La Semana Católica*... Y que en la calle *de la Colegiata* se tropezaría con la Nina—Benigna de Casia—, la heroica mujer del pueblo...

Galdós sabe que se ha ido dejando hijos del alma por todas las calles y las plazas, casas y casones, templos, establecimientos docentes y hospitalarios, cuevas y escondrijos de su Madrid. Y

que sus hijos viven todos, y que vivirán siempre como él los echó al mundo; alegres o tristes, pobres o ricos, buenos o viciosos. Y que los encontrará siempre, a la vuelta de una esquina sobre el umbral de una puerta de calle, alrededor de una mesa camilla con un buen brasero, repantigados en los sillones de un gran salón, conspirando alrededor de un velador de café, ganándose el pan en las estancias oscuras de alguna covachuela oficial, acreditando algún comercio *al por menor* de soportal, lamentándose de miserias en cualquier sotabanco. El sabe que todos sus hijos le aman, que no le reprochan el porqué ni el cómo los hizo, y que se alegran de verle bueno entre ellos un ratito cada día, y de cambiar con él impresiones antes de irse cada cual a continuar su realísima existencia. Para Galdós, a partir de 1912, cuando su vista le va faltando, cuando le marran las desilusiones, estas criaturas que él engendró y parió son las únicas con quienes convive lleno de fuerza terrible, las únicas que le hacen sentir su calor y sus pasiones inminentes a todas horas. Las otras criaturas de Dios le parecen fantasmas, sombras, productos de lucubraciones anormales.

Cuántas veces le asedian familiares, amigos, con estas cantilenas: «¿Por qué estás solo? ¿Por qué te vas solo? ¿No te aburres de estar solo? ¿En qué piensas horas y horas así sentado, con las manos en el puño del bastón y la barbilla apoyada en las manos, la mirada nadie sabe dónde?...», tantas él les diría—¡y con cuánto regocijo!—: «¿Sólo? ¿Estar solo? ¿Salir solo? ¿Es posible que no veáis esta muchedumbre regocijada y patética que me asiste, que me acompaña, que me aturde, que me conmueve? Me llaman padre. Me llaman Dios. Me alaban. Me suplican. Me cuentan sus lances distintos y sus distintos anhelos. Me consultan mil conjeturas y mil suposiciones. Ríen. Lloran. ¿No los veis? ¿No los oís? ¡Pues es chico el jaleo que meten! Los niños juegan y riñen. Los

jóvenes aman. Los viriles luchan por la vida. Los viejos recuerdan y murmuran. Y todos pretenden hablarme al mismo tiempo. Y me zarandean. Y me tiran de los brazos y de las piernas con mucho menos respeto que amor. Todos intentan que los atienda los primeros. Y... ¡decís que estoy solo! ¿Que no sabéis dónde y qué miro, así de fijo, así de quieto, horas y horas? Miro... al pobrecito Luisito Cadalso. ¡Qué delgadillo se está quedando! ¡Qué pálido está! Siempre dije que era de esos niños tristes destinados a morirse pronto. Miro... a Mari Juana Bueno de Guzmán... ¡Jamás la vi con una belleza más imponente y estatuaria! Miro... al desdichado Torquemada, que se cobra él, para vivir, más interés usuario que a nadie, y que cada día que pasa se va pareciendo más a una cabra triste y malévola. Miro... a Juanita Santa Cruz, a quien ya se le van conociendo en la cara los estragos de la vida amorosa alterada... Tiene patitas de gallo alrededor de los ojos... Tiene una arruga firme en el entrecejo... Miro... a los pobres *Miaus*, que van de derrota en derrota, cada día más delgaduchos y cariacontecidos. Miro... ¡Pero, Señor, si he de mirar a todos, a todos, a todos, uno por uno, y son miles y miles, hijos de mi alma y de mi ilusión y de mi amor, que, cuando yo no salgo a buscarlos *por ahí*, vienen ellos a *buscarme aquí*! ¿Sólo yo? Y... ¿sois tan necios que pensáis que yo puedo estar solo nunca ya? ¿Dónde tenéis los ojos y las entendederas? ¡Si soy el dueño de un mundo palpitante! ¡Si no hice sino abandonar mi vida y refugiarme entre los míos, encarnarme de inmortalidad como los míos! ¿Que qué hago yo solo? Debéis compraros gafas. Sois unos pobres ciegos. Lo que sucede es que no me interesa este otro mundo vuestro—que lo fué mío tantos años—. Oigo a sus personajes—os oigo—como quien oye llover. ¿Tan mentecatos sois, que podáis creer que para mí pueda tener una realidad más efectiva que mi *Electra* ese

diputado de la mayoría, papagayo del sí y del no, o ese compañero de letras, o ese amigo de ocasión, o esa actriz con la que no cambié sino, varias exhibiciones de dientes y cuatro frasecitas cursis? ¡Ea! Dejadme con esa y en esa soledad que pensáis. Allá vosotros, que no escucháis otras voces que las que os llegan de fuera, que no veis sino lo que tenéis delante, de vuestras narices. Vosotros moriréis cuando os falten las luces, las palabras y los afectos de fuera. Yo viviré mientras alienten por mí y para mí todas estas interiores inquietudes en seres contra los que nada pueden la muerte y el olvido...»

Así les hubiera respondido de muy buena gana Galdós y con soberbio regocijo..., ¡apabullándolos!

El día 25 de mayo de 1911, en su domicilio de la calle de Alberto Aguilera, le practicaron la operación de extirparle la catarata del ojo izquierdo. Desdichadamente, se le quedó dentro un pedazo del cristalino, que no fué posible extraer, y ello le produjo la ceguera de este ojo. Pocos meses después se le formó otra catarata en el ojo derecho. Nueva operación inútil. En 1913, Galdós estaba completamente ciego. Iba a cumplir setenta años.

Entre 1913 y 1920 contemplamos a Galdós siempre lo mismo. Es un anciano alto, huesudo, pálido, un poco encorvado. Camina torpe y arrastrando los pies. El bigote le cae sobre la boca, amarillo de nicotina. Le queda una pelambre canosa y lacia. Unas gafas negras le enternecen los ojos sin luz, haciéndolos sospechar dormidos a las miradas piadosas. Viste con descuido prendas sumamente holgadas: un abrigo largo, una bufanda arrollada al cuello, un flexible dejado de cualquier modo sobre la cabeza. Su mano derecha se apoya en un viejo bastón. La zurda se coge al brazo de quien le sirva de lazarillo, y que puede llamarse Donato, Paco, Gerardo, y ser un servidor leal, o un pariente, o un amigo. Así le recordamos siempre.

Así le vimos asomarse a los escenarios entre los actores, cuando un público fervoroso le ovacionaba sus últimas obras.... *Celia en los infiernos*—Español, 9 de diciembre de 1913—, *Alceste*—Princesa, 21 de abril de 1914—. *Sor Simona*—Infanta Isabel, 1 de diciembre de 1915—, *El tacaño Salomón*—Lara, 2 de febrero de 1916—, *Santa Juana de Castilla*—Princesa, 8 de mayo de 1918—. Así le vimos en sus paseos cortos de prima tarde por los alrededores del Parque del Oeste; paseos de buen viejecito de clases pasivas que goza del buen sol madrileño en las sobremesas invernales. Así le vimos alguna vez en el Retiro, entre los amigos leales, sentado en los peñales de piedra sobre los que el escultor Macho colocaría su estatua; y la mañana tibia del enero anterior al de su muerte, en que con su poquito de chinchín oficial, discursos panegíricos, aplausos emocionantes, se inauguró el monumento sobrio y de una serenidad melancólica con que Madrid quería advertir a las generaciones futuras el recuerdo entrañable de aquel inolvidable hijo. Galdós permanecía sentado en la basa, solo, precisamente a sus pies de piedra, apoyadas las manos en el puño del bastón y la barbilla en las manos, inmóvil, otra estatua a la que la vida tenue aún tenía fuerzas para pollicromar en tonos pagados. Con el flexible muy caído sobre la frente, con las gafas negras, más que nunca apretadas contra las pupilas sin luz, ¿oía Galdós cuantas alabanzas le tributaban? ¿Iria a romperse, de pronto, en un sollozo? La muchedumbre que le hacía rueda apretada a distancia estaba poseída de un fervor imponente. Y un momento hubo—lo recuerdo muy bien—en que el silencio fué tan absoluto, que el ruido mayor lo producía una hoja seca chascada, un pájaro disparado entre las ramas. Así le vimos en el hotelito de la calle de Hilarión Eslava, al que se le había llevado su sobrino Huriado de Mendoza, cuando la ceguera fué ya to-

tal, sentado en una butaca antigua, inmóvil como una estirpe, sin atender, al parecer, a la charla de cuantos amigos acudían a darle tertulia, de los amigos que jamás le discutieron literalmente, como un dios que era... Emiliano Ramírez Angel, Marciano Zurita, Rafael de Mesa, Belancourt, Andrés González-Blanco, Juan Macías, Ramón Pérez de Ayala, hermanos Álvarez Quintero... Así le vimos descender—muy auxiliado—de cualquier simón ante la casa de cualquiera buena amiga de otros tiempos, donde iba a tomar el buen chocolate con los bizcochos y las palabritas tiernas recordatorias. Así le vimos asemarse, en fotografía, a las páginas de las revistas y de los diarios. Galdós ya no era más que así: un viejecito alto, encorvado, torpe, de bigotes lacios y gafas ne-

gras, de muy pocas palabras. A la tertulia de *Hilarión Eslava*, y que él presidía, parecía no asistir sino con su cuerpo. Únicamente ciertos temas infantiles lograban atraerle.

—Don Benito..., ¿quiere usted que juguemos a los nombres bonitos de los pueblos de España?

—¡Hombre, sí! Empiezo. Medina del Pomar...

—Alcalá de Guedaira...

—Miraflores de la Sierra...

—Puerto de Santa María...

—Grazaleña...

—Alcalá de los Gazules...

—¡Madrigal de las Altas Torres!

¡Con qué unción remataba siempre el certamen don Benito pronunciando este nombre realmente sugestionador! Todos los buenos amigos sabían que únicamen-



Dibujo escenográfico original de don Benito Pérez Galdós

te él podía pronunciarlo, cuando lo creyera oportuno.

Lo concerniente al monumento que el pueblo de Madrid le iba a dedicar en el parque más bello de la ciudad, también lograba arrancar de sus mutismos al «Abuelo».

—¿Qué tal va la estatua?

—Sublime, don Benito. Lo mejor que ha hecho Victorio. Lo más artístico que va a tener Madrid.

—¿Falta mucho?

—Poquísimo. Para fin de año quedará entregada al Municipio.

—Y decidme, decidme... ¿Asistirá el rey a la inauguración?

—¡Pero don Benito! ¿No habíamos quedado en que era usted republicano?

—¡Qué republicano ni ocho cuartos!

—¡Si hasta fué usted de la famosa Conjunción!

—¡Toma! También fuí sagastino, y no podía ver ni en pintura a don Práxedes. ¡Lindas cosas voy a contar de él en el próximo episodio!

—¡Pero..., don Benito!

—¡Córcholis con don Benito! ¿Qué le pasa a don Benito? El rey es un barbián. ¡Me es muy simpático nuestro rey! Es valiente... Es sencillo y alegre... Es madrileño... ¡Y, sobre todo, casi tan españolazo como yo! ¡Ea, que me gustaría que fuera el rey a la inauguración de la estatua! Su abuela me quería... ¿Por qué no ha de quererme él?

Se inauguró la estatua en el Retiro. Y no asistió el rey. Pero debieron de quedarles las ganas, al monarca y al inmortal escritor, de una reconciliación pública en el nombre santo del amor a España. Sino que las circunstancias mandan inexorablemente.

Desde 1914, Galdós padeció de arteriosclerosis. A partir de 1918 se le complicó con un reblandecimiento medular. El doctor Marañón, su médico de cabecera, pudo evitar algunos ataques de uremia. Pero la sentencia estaba ya dictada. ¡Morir! Morir en cualquier momento. Morir pronto. Eso, sí: morir sin

dolor. Galdós se daba cuenta exacta de ello. Y se mostraba impasible. Se observaba a sí mismo. Quería ver si desfallecía en algún momento, si temblaba al pensamiento terrible. ¡Los últimos años, o meses, o días de un condenado a muerte! La sonrisa suave, casi dorada, que le descubrían los amigos, mientras los presidía sin hacerles caso, debía de ser de orgullo íntimo, mientras se decía: «¡No tiemblo! ¡Nada me turba! Miedo..., ¿por qué? ¿De qué? Morir, realmente, es como abrir una puerta cerrada para salir de una estancia que ya nos cansa de tan sabida y habitada. Ya tengo la mano en la falleba. Voy a empujar... ¡Y no tiemblo, no!»

El día 22 de agosto de 1919 salió por última vez a la calle. Un paseo en coche abierto por la Moncloa. No veía, pero... ¡olía a su Madrid! ¡Y con cuánta delectación! Y es que se iba despidiendo de todo...

—¿Han crecido mucho los castaños de esta bajada?

—Muchísimo, don Benito. Dan una sombra que se cruza sobre el camino.

—Asistí yo a la ceremonia de su plantación. Me invitó mi buen amigo Aguilera.

Pausa.

—¡Qué bien huele a tierra mojada!

—Están regando por todas partes, don Benito. Tiene la tierra una sed espantosa.

Pausa.

—¿A que pasamos cerca de los adelfos que están al borde de la cascada?

—Es cierto.

—¡Cómo huelen! Siempre me gustó mucho el tono de su flor.

Desde aquel día guardó cama. Sentado en ella, cuando se adentró en el otoño, aún llevaba la bufanda alrededor del cuello. Y llevaba puesta una gorra de visera con cierto desaliño. Tenía juntas las manos sobre el embozo. Parecía una estatua cuya policromía se hubiera comido lentamente la luz. Le asistían su hija María—nacida en Santander vein-

tiséis años antes—, su yerno, su sobrino, su fiel servidor Paco Menéndez, los tres buenos discípulos: Ramírez Angel, Zurita y Mesa; su ahijada Rafaela González, hija del famoso torero cordobés *Machaquito*...

Dejó de hablar. Dejó de suspirar. Horas y horas insomnes, inmóvil, ¿en qué pensaría aquella prodigiosa mente aún lúcida? «¡Ay Celipín, Celipín, como yo te coja!... Espera, mujer, Fortunata, ¿adónde vas con ese paso? Yo también voy, como tú, «pa» Cuatro Caminos... Ya me han contado el chasco de doña Lupe, «la de los pavos»... ¡Quién lo podía pensar de Torquemadilla! Vivir para ver, hija... Yo pienso irme mañana a Toledo... Me han avisado que Angel Guerra ha vuelto a las andadas... ¡Caray, qué tarde es! Y prometí a Bueno de Guzmán acompañarle a que me enseñara el pisito que ha puesto a su prima Eloísa... Pero aquel que va tan repantigado en el landó, ¿no es el estúpido de Sánchez Botín? ¡Si quisiera llevarme...! ¡Eh! ¡Eh, amigo Sánchez Botín!... Y el caso es que este pobretín de Luisito Cadalso se nos va a ir por la posta... Debería llegarme a la plazuela del *Limón*... ¡Si sabía yo que la «señá Benina» no podía faltarme! Ya siento por la escalera sus pasitos quedos y veloces de mujercita incansable... ¡Lo que trota la desdichada para malvivir! Si yo tuviera dos duros para dárselos...

Hombre, Juanito Santa Cruz, tú que eres tan rumboso...»

El día 29 de diciembre tuvo Galdós un ataque de uremia, mitigado en parte por la pericia del doctor Marañón.

—¡Me asombra cómo puede vivir aún! —exclamaba éste a cada nueva visita.

Cuchicheos... Lágrimas... Pasos precipitados... .

Sobre la cabeza caída, bien sudada y ahondada ya en la almohada, un Crucifijo. Fuera, su Madrid. Con viento. Con nieve. Expectante... Hubo que poner sordina al timbre del teléfono. Llamada tras llamada. De los periódicos. De los amigos. De los admiradores. ¡Hasta de Palacio, por orden del rey madrileño!

—¿Vive todavía?—Anhelo en las preguntas.

—¡Aún vive!—Dolorosa angustia en la respuesta, que no podía morder ya en ninguna esperanza.

Cuenta Rafael de Mesa que, a las tres y media en punto de la madrugada del día 4 de enero de 1920, estando él en el vestíbulo—roto su duermevela, friolento—hablando por teléfono con un periodista que no quería *cerrar la edición* matutina sin dar la postrera noticia del estado del maestro..., cuenta que oyó un grito extraño, alucinante, seco. Dejó caer el auricular. Y tuvo la certeza de que Galdós acababa de morir.

Agosto, 1941.

SU OBRA

Quiero, para iniciar este sencillo estudio acerca de la obra ingente del gran don Benito Pérez Galdós reiterar aquí —ampliándolo— algo que ya dije hace algún tiempo y que me parece tan en su punto, que con nada mejor podría reemplazarlo.

Los árboles—la personalidad de Gal-

dós—no dejan ver el bosque—la obra de Galdós—a quienes obligación tienen de apartar las ramas y mirar lejos, con ahinco. Desde que quien fuera pronunció la frase, nimia o absurda, al parecer, todos, en alguna ocasión, hemos dejado de ver el bosque porque nos lo impedían los árboles.

Hay bosques que, ciertamente, atemorizan un poco. Los árboles son centenarios. Sus copas se enhebran, formando un toldo casi cerrado. Los troncos quedan muy próximos entre sí, en esas alineaciones rígidas de las formaciones marciales. Las platabandas, los matojos, la hojarasca, la vegetación parásita, cierran el paso. Son muchas las personas que no se deciden a intrincarse en este bosque sin límites presumibles. Se preguntan indecisas: «¿Será el bosque muy largo y muy ancho y siempre lo mismo de cerrado y de prieto? ¿Cuáles serán los misterios y los peligros del bosque?» A simple vista les parece un bosque demasiado bosque para aventurarse por él por el mero placer de captar posibles sensaciones nuevas. Desde la misma linde ya les perturban el perenne estremecimiento sonoro del bosque y sus luces y sombras confusas y sus tonos vírgenes de tan enteros. Y remachan aún más su indecisión con un «¿Y si, después del esfuerzo y de los riesgos, el bosque en sí no valiera la pena?»

Muchas gentes curiosas y apetentes suelen merodear alrededor de los bosques, cicateras de su resolución, intentando en el ojeo y en el olisqueo, presuponiendo y suponiendo, sacar toda la verdad del bosque. Conocerle. Comprenderle. Muchas gentes—frívolas o furtivas—suelen detenerse, sin lucha para contenerse, en la raya del bosque. Ni siquiera creen oportuno bordearle. Su pereza mental puede más que su curiosidad. Esas gentes son las que tienen imaginación suficiente y expedita y *cara dura* conveniente para hablarnos del bosque como si el bosque fuera el patio con macetas de su casa. Claro está que estas gentes y aquellas personas se quedan sin conocer los secretos maravillosos del bosque; los secretos que el bosque no delata sino muy en sus adentros y como premio al *sin por qué* de los osados y a la admiración de los seducidos.

Galdós es un bosque. El bosque lite-

rario de Galdós es largo, ancho y espeso. Muchos han hablado, han criticado de este bosque, sin penetrar en él, merodeando alrededor de él, basándose en la *fachada* del bosque. Gran atrevimiento, como secuencia de una imprudencia temeraria. En Francia, en el bosque literario de Balzac, ~~ha~~ penetrado, como Pedro por su casa, la inmensa mayoría de los espíritus selectos, dejándose en la linde inicial los prejuicios ajenos al bosque. Y detrás de los espíritus selectos: la *masa* que chilla, que curioseas, que goza dominicalmente con los encantos del bosque, aun sin entenderle del todo. En un bosque literario el de Balzac que se puede *desarmar* árbol a árbol, mata a mata, piedra a piedra. Algo semejante pasa en Inglaterra con el bosque literario de Dickens. El bosque de Galdós es más largo y más ancho—y no digo más espeso y más palpitante... no sé por qué—que el de Dickens y el de Balzac. Pero en el de Galdós no han penetrado sino muy contados españoles, que son quienes primero deben explorarlo de punta a punta, para contar en seguida sus bellezas y levantar la carta geográfica correspondiente que explique su maravilla. El de Galdós es un bosque virgen. ¿Cuántos conocen sus secretos? ¿Cuántos han osado iniciados en sus misterios?

Soy de los que creen—como disculpa única a que la mayoría de los españoles desconozca a Galdós—que, para decidirse a penetrar en un bosque cuya apariencia es impresionante, se necesita que *algo* del bosque nos atraiga con fuerza de sugestión, que *algo* del bosque se nos ofrezca como compensación casi inmediata a nuestro esfuerzo. ¿No atrae a simple vista el bosque de Galdós? La personalidad de Balzac rebosa simpatía. Fué apasionado y pantagruélico... a la vista del público. Fué socarrón, generoso, habilidoso en trucos y en enredos patéticos, que son los únicos que rezuman de un todo, por muy hermético que sea. Detrás de cada uno de los árboles de su

bosque se le advierte mal escondido a él. Dickens tiene una populachera personalidad, mitad humorística, mitad enterrecida, que atrae irresistiblemente. No se esfuerza por aparentar lo que es. Su bosque no engaña ni a primera vista. Es un bosque perfectamente civilizado; mejor aún que bosque, un parque inglés como si hubiera nacido de unas ordenanzas municipales. ¿Y Galdós?

Galdós nada ofrece por adelantado. Lo que se ve de su bosque desde fuera no permite suponer nada. Galdós es terriblemente objetivo, desesperadamente imposible. En su bosque hay que penetrar jugándosele todo cada quisque: el tiempo, el interés, las sensaciones y las intenciones. Y hay muy pocos espíritus que se decidan a arriesgar tanto por adelantado. Por ello, de Galdós se habla casi siempre por boca de ganso. A Galdós se le desconoce con parcialidad, parcialmente. Por su *fachada*, que nada dice al contemplador ocasional, se le juzga bosque sin rumberos, bosque sin latidos, bosque sin contraluces y sin penumbras, bosque impavido y como de vegetación petrificada.

Nada más lejos de la realidad que este supuesto. El bosque literario de Galdós es realmente maravilloso. Lo hemos comprobado cuantas nos decidimos un día a pensar en él, a removernos en él, a fingirlo todo, a dejarnos por todas partes las raíces de nuestra emoción. Ya dentro—ya lo confieso serenamente—, no se apetece salir de él. Nos asusta a los galdosianos, fuera de él, tener que llegar a las comparaciones, tener que decidirnos por las definiciones. Lo primero que se nos ocurrió pensar dentro, antes casi que analizar—puestas en orden nuestras primeras impresiones—, fué en lo que se perdían cuantos se quedaban fuera presumiendo—valgan el sentido recto y figurado—y presuponiendo. ¿Qué puede haber motivado el antigaldosianismo de estos últimos treinta años en unas generaciones de las que no ha surgido aún ni un novelista de talla excepcional?

Somos los españoles muy aficionados a invertir los términos del mandato evangélico, de juzgar al hombre por sus obras. Nos pirramos por juzgar las obras por su hombre. La cuestión de la *simpatía personal* es una cuestión de previo y especial pronunciamiento. Del hombre simpático nos suelen parecer a los españoles simpáticas hasta sus majaderías, simpáticos sus dislates.

Galdós se mezcló un poco en la política al uso, dejándose llevar de la corriente que primero le corrió, todo hay que decirlo, y siendo sus ideas políticas harto vagas, como *no sentidas y sí profusas*. Por haber iniciado la política de camarilla, Júpiter transformo a la diosa Discordia en una fuente, cuyas aguas producían a cuantos las bebían un odio implacable hacia cuantos no las habían bebido. Galdós intentó disfrazar de literatura ciertos remasgos de heterodoxia, posiblemente más de exhibición que de arraigo. Galdós se mostró imperturbable, con esa frialdad exasperante de lo objetivo puro, ante algunas tragedias de la Humanidad calenturienta. Galdós se reconcentró demasiado, buscándose a sí mismo... Galdós ennegueció para no hacer sino mirarse. Galdós creó un mundo para él solo y se recluyó en él. Los españoles todo lo perdonamos, menos que uno se baste a sí propio y nos mire desde lejos y no se acerque a dialogar con nosotros.

Y ya tenemos un Galdós poco simpático. O francamente antipático. La mayoría de los españoles basará esta apreciación a la obra galdosiana. Y se desentenderá de ella, reservándose el derecho de criticarla desde fuera del bosque, puestos los lentes doctores de un criticismo subjetivista, basado en una reacción temperamental. Creo injusta esta actitud. A Galdós hombre, la muerte ha dejado ajeno a toda crítica, o más allá de toda crítica subjetiva. No debemos pensar sino en su obra, en su bosque, ancho, largo y espeso. Un bosque en el que deben entrar los españoles con cu-

riosidad, sin prejuicios, muy atentos a que no se les escape ni una de las maravillas del bosque, algunas de las cuales únicamente se perciben y aprecian cuando se lleva mucho tiempo en él, a merced de él. Cuestión de matices. Cuestión de excitaciones repentinas. Cuestión de comprensiones sutiles. Cuestión de simpatías provocadas por conexiones sorprendentes. El bosque de Galdós guarda, para cada día de búsqueda, novedades y exaltaciones. Paga la curiosidad activa en la buena moneda de las emociones íntimas. Ya en lo más espeso de este bosque se conoce a un Galdós *totalmente* distinto del que la crítica novecentista nos ha dado a conocer. Conocemos a un Galdós muchísimo menos objetivo de lo que aparentaba. Conocemos a un Galdós desenmascarado, casi íntimo, capaz de emocionarse con los niños y de charlar en niño con ellos... Con *Celipín Centeno*, con *Marianela*, con *Ción Guerra*, con *Luisito Cadalso*, con *Siseta*, *Badoret* y *Gasparó Mongat*, con tantos y tantos otros niños, creados por él con barro de ternura y llenos de la inocencia y de la gracia más natural y encantadora. Un Galdós capaz de humanizar, a fuerza de emoción, a los animales domésticos, como el gato *Robespierre*, de *La Fontana de Oro*, y el perro *Canelo*, de *Miau*. Un Galdós apasionado que se enamora de las propias criaturas femeninas que crea—o que recrea—, que padece con ellas, que con ellas quisiera desvivirse o morir, cuando, lo mismo que un dios, tiene él que dejar a sus criaturas que sufran o que mueran, porque cada vida debe ser así en la Vida. Un Galdós poeta; sí, poeta, que poetiza su prosa hablando a media voz, susurrando con el acento cuajado de las calles antiguas, de los jardincillos rancios de barrio, de las casas y de los casones, casi con pulsos vitales; un poeta, como Homero y Cervantes, únicamente urbano y pintor poeta de almas exclusivamente.

En el bosque inmenso de Galdós nada hay muerto, ni siquiera amortiguado.

Todo palpita gozoso. Todo suena. Todo se esfuerza. Todo se encalentura. Todo se ciñe a quien por él se adentra y acaba por enroscársele y por filtrársele. ¿Quién hablaba de un Galdós *frío*, impersonal? ¿Quién de un Galdós impenetrable, y de un Galdós monótono, y de un Galdós refractario a la misericordia cristiana? ¡Ah, sí!... Ese crítico que *hojeó* algunas novelas para servir un designio no siempre confesable. Ese grave señor que profesa fobias políticas. Ese joven literato que nos grita mucho, desde todas partes, para que nos convenzamos de que tiene *voz propia* y una audacia suficiente para negar la luz del sol, sino es él quien enciende su cerilla.

¿Cómo negar que el bosque inmenso de Galdós tiene reptiles, y mosquitos, y aguas turbias, y lodazales disimulados, y zonas palúdicas? ¡Cómo negarlo, si los tiene! ¡Igual que todos los bosques grandiosos, vírgenes aún! Por ello, lo que se debe procurar es que no entren en ese bosque sino los muy hechos y los muy duchos, los que saben orientarse y guardarse, los que ya van con esa inmunización que dan la *doble vista* y las vacunas de la cultura mínima y de la comprensión máxima. Eso, sí; de éstos no debe quedar ni uno solo fuera del bosque. Por decoro de españolismo. Nadie debe ignorar que Galdós es el más español de todos los grandes novelistas modernos. El que más y mejor siente a España y no le pone pega ni la somete a distingos. En la obra total de Galdós nada hay—ni en la almendrilla ni en la cáscara—que no sea genuinamente tradicional. Los temas, el aliento evocador, los escenarios, los caracteres, el humorismo amargo en las heces, los anhelos, los gustos... Con empuje más viril, con más fuertes alientos que ningún otro autor de su época, con miras más altas y más hondas sin ceñirse a lo regional, sino abarcando la sociedad española entera, Galdós opuso al naturalismo francés, imperante en Europa, el admirable realismo genuino español, a la

manera de los siglos XVI y XVII, sobresaliendo por la impresionante fuerza y el empuje expresivo, por la dignidad, por la hombría y hasta por la gracia humana.

★

En 1862, casi con veinte años de edad, llegó Galdós a Madrid con el propósito de cursar la carrera de Derecho. El equipaje de Galdós era bien ligero. Y lo que más pesaba en él eran sus ilusiones, una carpeta grande con dibujos, cinco o seis dramas terribles y unas docenas de poesías. Lo que menos pensaba Galdós era en las posibilidades de cambiar de gustos y de aptitudes. Lo que más le removía era su conciencia de llegar a Madrid para conquistar a Madrid en muy poco tiempo. La verdad sentenciaría muy distintas consecuencias. Galdós sería conquistado por Madrid. Galdós olvidaría sus estudios jurídicos sus dibujos, sus poesías, sus aires de isleño engreído.

Pocas ciudades menos conquistables que Madrid, ya que Madrid se entrega al primero que le pone sitio y a las primeras de cambio. Resistir ¿Para qué? Luchar es crear odios, incompatibilidades, cuando menos. Tal vez, Madrid se entrega tan fácilmente porque está seguro de su invencible fuerza de asimilación, de su irresistible fuerza de atracción. Pocas ciudades hay que entren tanto y tan pronto por los sentidos y por los sentimientos como Madrid. Es la ciudad ángel. Es la viva simpatía. Es la realista naturalidad. La sencillez. Y, si, la melancolía recóndita. Madrid, en verdad, hace como que se entrega. ¡Si sabrá Madrid que su entrega es un puro espejismo en la afición de cuantos en él viven! Madrid está seguro de que al mes, al año de haberse dejado conquistar, el conquistador será él. De la seducción madrileña únicamente se libran—para la consabida excepción de la consabida regla general—algunas almas muy cazurras, muy quisquillosas, a las que

su propia *escama moral* las hace refractarias al fuego cordial.

Felizmente para él, Galdós no fué una excepción. Al mes, al año, Madrid le había ganado, se le había adentrado hasta las entrañas, le fluía con gozo en los gustos y en las apetencias, le reconcomía en los designios y en las consignas, le había pasado la esponja húmeda de su melancolía por la pantalla cinemática de sus recuerdos de niñez y de mocedad. Al año de vivir en Madrid Galdós era un madrileño de toda la vida. Hoy nadie lo pone en duda.

Realmente, el Madrid que conoció Galdós, en 1862, era la esencia de la *campechanía*. Hasta en sus aspectos más trascendentales era la Villa y Corte la *flor de la canela*. Porque en ella el balance de una colisión política—suceso el menos simpático—era muy parecido a éste: dos contusos, tres encarcelamientos, cuatro heridos *por el foro*, media docena de discursos patriotericos y un desfile marcial con vivas de los espectadores a la *augusta señora*. Total: agua de borrajas.

Dos partidos políticos se turnaban en el Poder: el moderado, bajo la presidencia de don Ramón Narváez, el *Espadón de Loja*, y la Unión Liberal, que acaudillaba don Juan Prim, *el de los Castillejos*. Turno que creaba un panorama sumamente pintoresco y propicio a los tipazos cariñosos, a los dichos, reflexiones y ocurrencias de la gracia más populachera. A los flancos de estos partidos que cabalgaban, corrían ladradores, saltando de las cunetas a la carretera, y viceversa, los gozquecillos de otras tendencias políticas apenas abocetadas. En 1862, un republicano en Madrid era punto menos que un fantasma de aldea.

A la primera mirada que Galdós *echo* a Madrid, desde la glorieta de Atocha, en actitud de papanatas, cargado de bártulos y trebejos, y molido de un viaje de varios días, Madrid le gustó. Sí, el *flechazo*. Debíó de decir para su capote: «¡Qué buenas migas vamos a gui-

sar tú y yo!» Sí, la simpatía entra por los ojos.

El Madrid de 1862, aun un tanto polichón, con más ínfulas que realidades, era irresistiblemente atractivo. Quizá, precisamente por sus defectos. Los defectos, cuando son naturales, cuando no provocan, cuando intentan hacerse perdonar sacándose de sí mismos la raíz de su mal, son los que reafirman la personalidad. Las virtudes suelen exceder de esta personalidad, logrando una ejemplarización casi formularia, que difumina rasgos y mata los gestos.

Madrid tiene una personalidad impresionante. Más acusada que nunca por aquellos años en que Galdós pisó por vez primera en tierra carpetana.

Los serenos aún cantaban la hora en Madrid. La *Puerta del Sol*, ya reformada, aún mostraba su renombrada farola central de gas y los dos solares enormes de las que fueron iglesias del Buen Suceso—entre la calle de *Alcalá* y la *Carrera de San Jerónimo*—y de San Felipe—a la entrada de la calle *Mayor*, con vuelta a la del *Correo*—. Aún se elevaba el viejo y amarillo palacio de Alcañices en el mismo sitio que hoy ocupa el *Banco de España*.

Empezaban a delinearse barrios enteros, como los de *Salamanca* y de *Pozas o Argüelles*, con calles espaciosas como las de la *Princesa* y *Serrano*. Se pensaba en una gran vía que uniera la Estación del Norte con el corazón de la calle de *Alcalá*. Aún se llamaba al paseo de la *Castellana* «*Nuevo de las Delicias de la Princesa*», para diferenciarlo del denominado *Delicias del Río*, que partía de la calle de *Atocha*. Era la época en que Madrid quería presumir, como otras grandes capitales europeas, construyendo pasajes de cierto fuste: el de *Murga*—en la calle de la *Montera*—; el de la *Alhambra*, en la calle del *Arco de Santa María*; el del *Iris*—entre la calle de *Alcalá* y la *Carrera de San Jerónimo*—; la *Nueva Galería*—que unía las calles de *Espoz y Mina* y de la *Victo-*

ria—; el de la *Villa de Madrid*—que se abrió, entre las mismas calles, en una finca propiedad de don Manuel Ma-téu—. Aún pudo pasearse Galdós entre las ruinas de los conventos de *Capuchinos de la Paciencia*, de las *Baronesas* y de la *Merced*, que habían de transformarse, con los años, respectivamente, en la plaza de *Bilbao*, *paseo de Bellas Artes* y plaza de *Tirso de Molina*. Ya disfrutaban de la iluminación de gas las calles del cogollito madrileño y se encendían las esferas del reloj de la *Puerta del Sol*. Aún, la mayoría de las calles, tenía el antiguo empedrado de *cabeza de perro*—piedras pequeñas de pedernal dispuestas de modo que el arroyo iba por el centro de la calle—, ensayándose el entarugado de adoquines, con las vertientes junto a las aceras, en las calles de *Peligros*, *ancha* y *estrecha*. Llegó Galdós a tiempo de ver cómo se iban construyendo los primeros palacios del paseo de la *Castellana*: *La Chilena*, *Villa Olea*, el de *Bruguera*, en el lugar denominado *Casa y Jardín del Pastelero*; el de *Santa Elena*, el de *Montellano*, el de *Santa Marta*, la que sería con el tiempo *Huerta de Cánovas*; la *Casa de la Moneda y Timbre*. Y de ver, también, cómo iban desembrozando en el *Barquillo* o en *Recoletos* las antiguas cerradas calles de *San Marcos*, *Piamonte*, *Saúco* y *Santa Lucía*. Aún vió Galdós la fuente de la *Cibeles* colocada en la misma entrada de *Recoletos* y mirando hacia el *Prado*, y la fuente de *Nep-tuno*, descentrada y mirando hacia la *Cibeles*.

Cuando Galdós llegó a Madrid, aún era el casino—club—más elegante el de Madrid, situado en la calle del *Príncipe*, en el lugar que luego ocupó el teatro de la *Comedia*; aún se llamaba a la calle de *Sevilla* de *Bodegones*, y de los *Gitanos* a la de *Arlabán*; aún se llamaba *gusanos de luz* a los serenos y faroleros; aún los grandes faetones tirados por dos mulas eran los coches públicos de alquiler; aún lanzaba sus hermosos penachos de

agua el surtidor de la calle *Ancha de San Bernardo*, reliquia y testimonio del recién inaugurado *Canal de Isabel II*, ante el que se extasiaban los papanatas; aún eran designados con los nombres de *lionas* y *dandis* los elegantes jóvenes de uno y otro sexo, muy duchos en bailar la *polca*, los *lanceros*, la *balanchera* y el *rigodón*.

Cuando Galdós llegó a Madrid, los antiguos *manolos* y *manolas* ya no eran llamados así, sino *chulos* y *chulas*; ya los primeros organillos de manubrio alborotaban las principales esquinas de la ciudad, soliviantando a la mocedad y a la chiquillería; ya estaban de moda las neches caniculares del *Buen Retiro*, y las invernales del *Real*, y las tardes primaverales de los *Campos Elíseos*; ya se batían de madrugada, en las fincas del *Berro* y de *Montijo*, los caballeros de honor vidriosos; ya se calentaban las casas con braseros, estufas y chubesquis; ya se daban las grandes recepciones en los palacios de Liria, Medinaceli, Santa Marta, Fernán Núñez, Ariza...; ya triunfaban en el atuendo de las damas la *crinolina mágica*, que se estrechaba o ahuecaba a voluntad; el *miriñaque* clásico de veinticuatro aros y la falda acolchada con armazón de ballenas; y, en el atuendo de los caballeros, el *carrik*, el *macferlán*, la capa, la chistera de *acho reflejos* y el incómodo cuello de botones almidonado.

Apenas llegado Galdós a Madrid, apasionado como era por el teatro, pudo asistir al *teatro del Circo*, en el que representaban José Valero, Teodora Lamadrid, Manuel Catalina y Julián Romea; al *Real*, donde cantaban la Penca, la Grisi, Tamberlick, Vialetti, Franchini, óperas de Verdi y de Bellini; a los coliseos de los *Basilios*, de la *Cruz*, de *Variedades*, al *Teatro Museo*, a los *Bufos madrileños*—de Arderius—que cultivaban la zarzuela de Oudrid, Barbieri y Gaztambide. En el Madrid que conoció Galdós, cuando no contaba sino diecinueve años, triunfaban como ases de

la tauromaquia, en la vieja plaza de la *Puerta de Alcalá*, *Cúchares*, el *Tato*, *Gordito*, Manuel Domínguez; los periódicos más importantes eran: *La Iberia* y *Las Novedades*—ambos progresistas—; *Las Cortes*—de Álvarez Ossorio—; *La Democracia*—de Castelar—; *La Discusión*—de don Nicolás María Rivero—; los cafés donde más y mejor se discutía: *La Iberia*—en la *Carrera de San Jerónimo*, frente a la calle del Lobo—; el del *Iris*—en los números 2 y 4 de la calle de *Alcalá*—; el *Suizo*—en la calle de *Alcalá*, esquina a la de *Sevilla*, donde se levanta el *Banco de Bilbao*.

Un gran poblachón, un simpático gran poblachón con humos de gran ciudad europea, era Madrid en el año 1862. En este Madrid que todo lo hacía con garbo y con rumbo, ya con su poquito de marchosería y con su muchito de gracia, en este Madrid que resumía todo lo mejor—y, ¡ay!..., tal vez lo peor—de España, pero dando al resumen una personalidad inconfundible, llena de atractivo, seductora como una Circe de meseta, Benito Pérez Galdós se notó en seguida como el pez en el agua. Hasta tal punto de aclimatado, de compenetrado, que no es posible señalar un ejemplo de madrileñismo más cordial, más íntegro que el suyo. Desde 1862 el mundo de Galdós fué Madrid. Seguramente creyó que, siéndolo Madrid, lo era toda España. Y creyó bien.

Importa mucho recalcar que Galdós fué un madrileño hasta el tuétano, y que la mayor parte de sus obras—y desde luego las más hermosas—se desarrollan en escenarios madrileños. Únicamente cuando el acontecimiento histórico le exigió al gran novelista un lugar para la acción fuera de la capital, se resignó a admitirlo. Pero aun en estos contados casos se adivina fácilmente que el novelista escribe *desde Madrid*, con el pío de reanudar la acción en Madrid tan pronto como le sea posible, delatando que sólo considera digno de los mayores y de

los mejores acontecimientos el teatro de la vida madrileña.

Y conviene tener muy en cuenta este fervor madrileño de Galdós por un Madrid de fines del siglo XIX, porque explica muy bien los valores más subidos de sus obras. Y, sí, también algunos de sus defectos más notables.

Ni uno solo de los barrios madrileños fué olvidado por Galdós. Diríase que tuvo un particular empeño en que las novelas los exaltaran uno a uno, destacando con mucho relieve sus fisonomías distintas, enfervorizando sus distintos sentimentalismos, matizando sus expresiones autónomas, considerando sutilmente su afinidad con la psicología de los personajes que las viven. No creo que los más grandes pintores literarios que tuvo España en el siglo XIX y a principios del XX aventajaran en ningún primer descriptivo a Galdós. Ni Pereda, *pintando* la Montaña; ni Palacio Valdés, *pintando* Asturias; ni la Pardo Bazán, *pintando* Galicia; ni Fernán Caballero, Valera y Reyes, *pintando* Andalucía; ni Narciso Oller, o Víctor Catalá, *pintando* Cataluña, han conseguido cuadros más hermosos y fieles que Galdós *pintando* Madrid. Y se me dirá: «Pero... ¿Madrid es un paisaje?» Y yo responderé: «¡Naturalmente! Madrid es un *paisaje urbano*.» Lo que cabría discutir es si una ciudad puede ser paisaje. Pero si paisaje es una porción de terreno considerada en su aspecto artístico, no veo el inconveniente *en ver y en sentir* como paisaje un barrio, o una plaza, o un derrumbadero. El busilis está en pintar este derrumbadero, esa plaza, aquel barrio, artísticamente. Galdós supo pintarlos y con arte tal, que en nada desmerecen —en la sugestión— del rincón de la Montaña, del valle *risueño*, del río limpio, *murmurador y serpenteante*; de la fraga sonora, de la heredad, de la costa.

En modo alguno pretendo aquí realizar —aun sucintamente— una *topografía madrileñogaldosiana*. Pero si quiero apuntar, con algunos ejemplos, cómo

Galdós recogió en sus novelas el ambiente y el ámbito de cada uno de los barrios madrileños. El Madrid de Galdós, precisaré, va desde el puente de *Toledo* hasta *Chamberí*, desde el puente de *Segovia* hasta las primeras edificaciones del barrio de *Salamanca*. Y dentro de estos límites, *siete corazones* irradiaban su fuerza: la plaza de *Antón Martín*, la plaza *Mayor*, la calle de *Toledo*, *Embajadores*, la calle *Ancha de San Bernardo*, *Chamberí* y el barrio del *Barquillo*. De cada plazuela, de cada calle, de cada costanilla, de cada desmonte, de cada ronda, Galdós nos transmite una *vida plena* que en nada desmerece de las vidas de sus mejores criaturas. El paisaje urbano en Galdós tiene tanta importancia como las figuras. Aquél no sirve únicamente para que éstas se muevan, sino que por sí mismo ya es un protagonista.

En *El amigo Manso* recorre Galdós con morosidad las *Correderas*—alta y baja—, las calles del *Espíritu Santo*, *Ancha de San Bernardo*, *San Lorenzo*, *San Mateo*, *San Joaquín*, *Hortaleza*, *Fuencarral*, *Santa Bárbara*... El centro, para trazar una circunferencia con un radio no más largo de ochocientos metros, la casa de huéspedes del protagonista en la calle del *Espíritu Santo*.

En *Miau*: la plazuela del *Limón*, la de las *Comendadoras*, las calles de *Montserrat*, *Quiñones*, del Norte, *Amaniel*, *San Hermenegildo*, *Acuerdo*, *Ancha de San Bernardo*, del Pez, de la *Puebla*, del *Noviciado*, *Liria*, de los *Capuchinos*, de *San Juan de Dios*, el paseo de *Areneros*, la plaza de *San Marcial*, la huerta del *Príncipe Pío*... *Jugando papel muy importante*, la *Cárcel—galera—* de mujeres, la iglesia de *Montserrat*, los conventos de las *Comendadoras* y de *Don Juan de Alarcón*. En esta misma obra, circunstancialmente, se alude a los alrededores del Congreso: calles de *Floridablanca*, de *Jovellanos*, *Carrera de San Jerónimo*; calles de *Alcalá* y del *Amor de Dios*, *Ministerio de Hacienda*.

Miau y *El amigo Manso* son dos nove-

las cuyos escenarios se enlazan, cuyas circunferencias se penetran sin exceso. Son las novelas del norte de Madrid.

Tormento y *La de Bringas* son—sin un sentido estricto—las novelas galdosianas del oeste de Madrid. La plaza de Oriente, la de la Encarnación, la de la Armería, la de San Marcial, la de Santo Domingo, la Costanilla de los Angeles; las calles de Bailén, Leganitos, Mayor; las orillas del Manzanares... Y en este perímetro, el Palacio Real, el palacio del Senado, el convento de la Encarnación, el de Santo Domingo el Real, las iglesias de Santa Catalina de los Donados y de la Buena Dicha, las Caballerizas Reales.

Y *Nazarín* y *Halma*, en el mismo sentido relativo que apuntábamos al referirnos a las novelas anteriores, pueden afirmarse que son las novelas del sur de Madrid. Las calles de las Amazonas, de Mira el Río, del Carnero, de los Estudios, de Toledo, de Calatrava, de San Justo, Alto de Segovia, plaza de la Cebada, Puerta de Toledo, cerrillo del Rastro, camino de los Carabancheles. Y en este perímetro, la iglesia de San Cayetano, la de San Francisco, la famosa Corrala, el mercado de la Cebada. También al sur madrileño corresponden muchos escenarios de *Misericordia* y de *La desheredada*: la parroquia de San Andrés, la costanilla de este mismo santo, la calle de Don Pedro, la del Mediodía Chica, Ronda de Embajadores, Yeserías, la Arganzuela, la Ribera de Curtidores, las Peñuelas...

En el este y sudeste de Madrid tienen alguno de sus escenarios *La desheredada* y *El doctor Centeno*: el Observatorio Astronómico, el Hospital General, las calles de los Moratines, Ercilla y Labrador, el Botánico, el Prado, el Retiro, el Museo de Pinturas, los ventorrillos de los Campos Eliseos, la Castellana, las primeras calles abiertas—aún sin nombre algunas—del barrio de Salamanca: las de Jorge Juan y Serrano; el Hospital del Niño Jesús, la plaza de toros; la

calle de las Huertas, la de los Abades, el callejón de San Marcos—en el que estaba la célebre escuela de don José Ido del Sagrario, a la que asistió Celipín Centeno...

Ni que decir tiene que he señalado de cada una de las novelas anteriores las que pudieran llamarse escenarios principales, ya que en todas ellas los personajes exceden tales escenarios y se derraman por otros secundarios del centro o de la periferia matritense. Así, en *La desheredada* y *El doctor Centeno* la acción llega al barrio del Barquillo—calles de la Libertad y de Hortaleza, Arco de Santa María, Escuela de Farmacia...—o se desborda hasta la Pradera de San Isidro, las Sacramentales y el cerrillo de San Blas. Y en *Nazarín* y *Halma*, la acción pide escenarios a los arrabales carabancheleros y a los altos de Cuatro Caminos.

Novelas de Galdós, cuyos escenarios pueden ser llamados del centro de Madrid son: *Fortunata y Jacinta*, *Misericordia*, *Torquemada*, *Lo prohibido*, *Angel Guerra*...

En realidad, los escenarios de la grandiosa *Fortunata y Jacinta* son... todo Madrid. Desde los Depósitos del Lozoya, en el paseo de Santa Engracia, hasta la Inclusa; desde el puente de Segovia, hasta las Ventas del Espíritu Santo. Más de cien nombres comprende el callejero de *Fortunata y Jacinta*. Desde luego, son sus escenarios más importantes los dos que centran la plaza de Santa Cruz y la plaza Mayor. En la plaza de Santa Cruz, prolongada por la de Provincia y las calles de Esparteros, Postas, Pontejos, San Cristóbal, de la Sal, se establece el feudo de la Leña—hoy Salvador—de la familia Santa Cruz, dedicada al comercio de pañería del Reino y Extranjero, de la que fué fundador el inclito don Baldomero, padre del tunante Juanito. En la plaza Mayor y sus alrededores—Cava de San Miguel, calles de Cuchilleros, de Botoneras, Imperial, Mayor, Bordadores...—aparecen esas impre-

sionantes criaturas que se llaman Fortunata, Estupiná, los Rubines—Juan Pablo, Nicolás y Maximiliano—, doña Lupe la de los pavos... Pero la complicadísima acción necesita innumerables cambios de decoración.

Misericordia necesita igualmente muy diversas mutaciones de escenario: el pórtico de la iglesia de San Sebastián, la casa del Fiel Contraste y Almotacén—hoy parque de bomberos—, en la calle Imperial; calles de San Sebastián, Huertas, Urosas y Mesón de Paredes; el Paredes de Santa Casilda, al final de la última calle, donde vivía el ciego marroquí Almudena; la Ronda de Embajadores; el Campillo de la Manuela; la calle del Olmo, en una de cuyas casas refugió su vergüenza la famosa doña Paca Juárez de Zapata, a quien sirvió abnegadamente la Benina; la iglesia parroquial de San Andrés, en la que pidió limosna Almudena al dejar el pórtico de San Sebastián; calles del Almendro, de las Urosas, de Toledo, del Mediodía Chico, de la Chopá, de la Cabeza; el Rastro; el paseo de las Acacias; el Café de la Cruz del Rastro, donde se reunían Benina y Almudena a dialogar gravemente; la cerería del caballero Ponte, en la Costanilla de San Andrés; las Caves; la travesía de San Pedro Mártir; la casa de dormir de doña Bernarda, en la calle del Mediodía Grande, donde dormía debidamente las camas el desdichado Frasquito Ponte; los barrios sórdidos, cinturones entre trágicos y grotescos de Madrid: las Injurias, la China, las Cambroneras; el Oratorio del Olivar; el mercado de la calle de la Ruda; los pórticos de San Justo y de Santa María, en la calle del Sacramento, donde volvieron a pedir limosna Almudena y Benina; el Asilo de Mendigos de San Bernardino, al que fueron a parar estos desgraciados; los Viveros cercanos a la Puerta de Hierro...

La acción de *Angel Guerra* transcurre en su mayor parte en Toledo; pero en su inicio exige algunos escenarios madrileños. En una casaca vieja de la calle

de las Veneras vivía Angel Guerra con su terrible mamá y su hijita Cién; y en otra de la corta y solitaria calle de Santa Agueda, entre las de Santa Brígida y San Mateo, Dulcenombre Babel, la enternecedora amante de Angel. En ciertas casas de las calles de la Fe y de la Estrella se reunía Angel Guerra con otros conspiradores exaltados. Y salen a colación: el cuartel de la Montaña y el de San Gil; los Docks; el Café de Nápoles; la casa de la calle del Peñón en que se escondieron los fracasados revolucionarios; el número 32 duplicado de la calle del Molino de Viento, residencia de la archifamosa familia de los Babeles; la iglesia de San Antón, de la calle de Hortaleza; el popular Café del Gallo, próximo a la escalerilla de la plaza Mayor; el barrio natal de Angel Guerra, que era aquel tranquilo rincón de Madrid comprendido entre la plaza de las Descalzas, la costanilla de los Angeles, las calles de la Flora y de Preciados, con la plazuela de Trujillos y la parroquia de San Ginés, más las calles aledañas de las Cometas, de la Sartén, de la Ternera, de las Veneras; el paseo de Recoletos, por el que derramó su pena Dulcenombre, mal consolada por el singular don Pito, al marcharse a Toledo Angel Guerra.

En la calle de Recoletos, muy cerca de donde estuvo el Pósito, en una casa lujosa, vivieron don Rafael Bueno de Guzmán y Ataide—con sus tres hermosas hijas: Mari Juana, Eloisa y Camila—y su sobrino don José María Bueno de Guzmán, protagonista éste de *Lo prohibido*. En esta misma novela juegan como escenarios muy importantes: el restaurante Lhardy; el Congreso de los Diputados; la calle de Sevilla, con la relojería de Gautier; el Teatro Real; el Veloz-Club; la casa que compro en la calle de Zurbano el protagonista...

Quizá, después de *Fortunata y Jacinta*, son las novelas de ciclo de Torquemada las de escenarios madrileños más numerosos y complicados. En la calle de San

Blas, casi esquina a la de la *Leche*—hoy *San Pedro*—, vivió el avaro Torquemada al iniciar sus oscuros negocios de préstamos. Y en la *Costanilla de los Capuchinos*, junto a la plaza de *Bilbao*, las dos hermanas Aguilas, una de las cuales consiguió atrapar, domesticar y casi santificar a Torquemada. La guarida de este singular personaje estuvo también en un casén de la calle de *San Roque* y en una mansión señorial de la calle de *Silva*. Cuando Torquemada era joven, de recién casado con *Silvia*, vivió en la calle de *Tudescos*, cerca del callejón del *Perro*. Doña Lupe la de los pavos, tía de los Rubines y socia o *compinche* del avaro prestamista Torquemada, vivía en la calle de *Toledo*. Un horchatero famoso y un no menos famoso cenítero, que eran dadores de Torquemada y que le iban pagando en especie, tenían, respectivamente, sus establecimientos en la *Travesía del Fúcar* y en la calle de las *Huerfanas*. En un cerro de *Cuatro Caminos*, hacia Poniente, del lado del canalillo, en una casucha de losetones, adobes, pedasas de carriles y puertas viejas de cuarnones, vivía Bernardina, la fiel criada de las señoritas del Aguila, con su esposo Cándido Valiente, polvorero que surtía de fuegos artificiales a todos los barrios y pueblos limítrofes. En las *Ventas del Espíritu Santo* poseía el gran Torquemada unas terrenos por los que pedía a dos reales el pie.

Las afueras áridas, miserables, melancólicas de Madrid fueron amorosamente—sí, es el adverbio adecuado—tratadas por Galdós en varias de sus novelas. Los suburbios del puente de *Toledo* en *Nazarín* y *Misericordia*; los de *Atocha* y las *Delicias*, en *La desheredada* y *El doctor Centeno*; los de *Chamberí* y *Cuatro Caminos*, en *Nazarín* y *Fortunata y Jacinta*. Otros grandes novelistas—Blasco Ibáñez, Baroja—han pintado estos mismos arrabales con frialdad, con una absoluta objetividad, buscando el efecto de fondo para sus argumentos. Galdós, no. Galdós los ha pintado por el valor hondo y au-

gustioso de ellos mismos, con una secreta ternura que los acercaba precisamente a su dilección, dándoles su innegable particularidad, haciéndolos protagonistas de unos momentos.

Galdós no se conformó con exaltar el Madrid que veían sus ojos. Su amor a la Villa le llevó a reavivar su pasado. En las dos primeras series de sus *Episodios Nacionales*, en dos de las novelas de su primera época—*La Fontana de Oro* y *El audaz*—, Galdós evoca un Madrid de principios del siglo XIX con una fuerza tal, con tales aciertos de dibujo y de colorido, que convence en absoluto de que aquel Madrid fernandino y turbulento *no pudo ser sino así*. Cuando, hoy, alguien quiera referirse a la Villa y Corte durante el primer tercio de la centuria decimonovena, que se fíe mucho más de Galdós que de los historiadores más eruditos y de los cronistas más puntuales. Si las cosas y los casos que se dan y pasan—con magnitud y eficiencia semejantes—en los escenarios de París, Londres y San Petersburgo, se dieran y pasaran en otras ciudades, Balzac, Dickens, Dostoyevski, los utilizarían. Galdós, no. Por interesantes que sean los sucesos, por trascendencia que tengan los casos, si no se desarrollan en el teatro de Madrid, no le interesan. A Galdós no le arranca de Madrid ningún interés. A Galdós únicamente puede arrancarle de Madrid la necesidad histórica. Aun así, tan pronto como se descuida Clio y le suelta de la mano, ya tenemos a don Benito en su ciudad amada, luego de un viaje furtivo y veloz.

Apenas he querido apuntar el sabroso tema de la topografía madrileña galdosiana. En este estudio acerca de la obra de Galdós no viene a cuento una referencia más extensa. En su día publicaré el fichero completo que en relación a tal tema he realizado, como complemento de mi censo general de los personajes galdosianos. El apuntar alguno de los escenarios madrileños, en que el admirable novelista desarrolló la acción de las más hermosas de sus creaciones, lo he

creído necesario para que se entienda que al Galdós escritor hay que *comprenderle* como Galdós madrileño. El madrileñismo galdosiano—de mayor ley no hubo ninguno, no lo habrá—es uno de los valores máximos de la obra galdosiana, y explica cada una de las virtudes y algunos de los defectos que en ella se encuentran. Al escribir Galdós en sus *novelas contemporáneas* la crónica de la vida madrileña del siglo XIX, realmente redactó la de la vida española; porque siendo Madrid una ciudad sin apetencias centralizadoras, noble en el donaire de inapetecer de todo, es, quizá, una de las capitales del mundo que mejor recoge y acusa más claramente las palpitaciones de su nación; su atracción invencible es tan inexplicable como cierta. Galdós, novelista el más madrileño, es, igualmente, el más español. Porque entre 1561 y 1900 tanto montaba Madrid como España. Madrid era el microcosmos del macrocosmos español.



¿Cuál era el estado de la novela española al iniciar Galdós su producción novelesca? Confesémoslo: lamentable. España, país de grandes y numerosos novelistas, permanecía, con relación al género narrativo, en un marasmo decepcionante. En todo el siglo XVIII no hay sino dos islotes de consideración en el mar de la historia de la novela española: la *Vida*, de don Diego de Torres y Villarroel, y la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*. Ninguna de las dos novelas genuina; autobiografía novelesca, aquella; sátira con elementos novelables, ésta. Porque ni con la mejor voluntad cabe considerar como novelas las *Aventuras de Juan Luis*, con las que su autor, Diego Rejón y Lucas, trató de resucitar la novela picaresca española; ni la sátira de la administración de justicia y de la vida en las aldeas, *Los enredos de un lugar*, de Fernando Gutiérrez de Vegas; ni la enfática y pesadísima obra de Mon-

tegón *Eusebio*, novela filosóficopedagógica, escrita a imitación del *Emilio*, de Rousseau; ni *El Valdemaro*, engendro imaginativo—con intenciones pedagógicas y con expresividad oratoria—, del franciscano Vicente Martínez Colomer; ni las abundantes imitaciones *quijotescas* de Arenzana, Jacinto María Delgado, Ribero y Larrea, Arias de León y tantos otros ni dignos de mención.

Con muchos más títulos que señalar, a principios del siglo XIX era aún—suponiendo que quepa el *aún*—más lamentable la decadencia de la novela española.

Voy a enumerar algunos especímenes de las que circulaban. Y adviértase que el público español, imaginativo y ardiente, demandaba con ansia el género, y leía cuantos engendros caían en sus manos. Un setenta por ciento de las obras en circulación eran traducciones del francés—fueran o no franceses los autores—. Traducciones—lo declaro porque es justo—no demasiado malas, realizadas con cierto fervor y gran lealtad. Nuestro abate Marchena tradujo *Julia* o *la nueva Eloísa* y *Emilio*, de Rousseau; Enciso Castrillón, otra vez *Julia*; García Suelto, *Matilde* o *las Cruzadas*, de madame Cottin; José Miguel de Alea, *Pablo y Virginia*, de Saint-Pierre; Mariano José Sicilia, *Atala* y *Los Natchez*, de Chateaubriand; una *Sociedad de literatos*, las novelas completas de Walter Scott, editadas por el madrileño Jordán; Pedro María Olive, *Corina* o *la Italia*, de madame de Staél.

Los españoles consumieron muchas ediciones de *Werther*, *René*, *Rafael*, *Graziella*, *Obermann*, *Cartas de Jacobo Ortis*, *Adolfo*, *Los novios*, y de las inferiores originales de madame Genlis de Bulwer, de Fenimore Cooper, del vizconde d'Arlincourt. La novela romántica y la románticohistórica *despepitaban* a los españoles. De Walter Scott, de Manzoni, de Lamartine, de Rousseau, de madame Cottin, sabían los españoles de principios del siglo XIX mucho más que de

Quevedo, Alemán, Espinel, doña María de Zayas, Solórzano y Céspedes.

Naturalmente, los literatos españoles que empezaron traduciendo acabaron imitando. Siendo románticos, con una apetencia crematística nada romántica. Y así, Villarroya y Crespo lanzó *Los amantes de Teruel*; Mor de Fuentes, *La Serafina*; Trueba y Cossío, *Gómez Arias o los moriscos de las Alpujarras*; López Soler, *Los bandos de Castilla*; Estanislao de Kotska Bayo, *Los expatriados o Zulema y Gazul*; Escosura, *El conde de Candespina*; Larra, *El doncel de don Enrique el Doliente*; Espronceda, *Sancho Saldaña*; García Villalta, *El golpe en vago*; Estébanez Calderón, *Cristianos y moriscos*; Martínez de la Rosa, *Doña Isabel de Solís, reina de Granada*; Enrique Gil, *El señor de Bembibre*; Vicente Boix, *El encubierto de Valencia*; Tomás de Aguiló, *El infante de Mallorca*; la Avellaneda, *Sab, Guatimotzin, Espatolino...*; Pastor Díaz, *De Villahermosa a la China*; Ros de Olano, *El doctor Lañuela*; Manuel Juan Diana, *La calle de la Amargura*; Luque de Beas, *La dama del Conde-Duque*; Navarro Villoslada, *Amaya, Doña Blanca de Navarra y Doña Urraca de Castilla*; Amós Escalante, *Ave, Maris Stella*; Patxol, *Las ruinas de mi convento*; Cánovas del Castillo, *La campana de Huesca...* Nada de españolas—si no son por sus temas y por los nombres—tienen estas novelas. Pura imitación. Falta en ellas, en absoluto, la maravillosa característica que llevó a la cumbre la novela española del siglo xvii: el realismo. Y con el realismo les falta el sentido del humor y el de la melancolía, la *cuerda sensible* del enterneamiento. Son novelas ampulosas y frías, tremebundas y desangeladas.

Pero no se crea que ganamos nada en España con las influencias de los *folletinistas* franceses: Dumas, Sue, Soulié, Montepín... Estos folletinistas tenían mucho menos historia y mucho menos romanticismo que los anteriores. Pero al público, también mucho más práctico, le

entusiasmaron los novelones *por entregas*, verdaderas marañas de sucesos desorbitados. Después de traducir a los franceses, ya muy entrenados, se lanzaron a escribir por su cuenta y riesgo, protegidos por el editor Urbano Manini, los folletineros españoles: Ayguals de Izco, Manuel Fernández y González, Pérez Escrich, Tárrago y Mateos, Ortega y Frías, Florencio Luis Parreño, Puerta y Vizcaino, Castellanos y Velasco... Sus éxitos se contaron por obras. Pero...

Lo español no aparecía por parte alguna. Porque los sucesos referidos acaecieran en España, porque los personajes llevaran nombres españoles, no por ello los novelones *olían* a españolismo. El olor a españolismo se lo empezó a dar a las novelas—justo es consignarlo—una mujer: Cecilia Böhl de Faber, *Fernán Caballero*, hija de alemán y de gaditana. Pero el olor castizo desprendido de los guisos imaginativos de tan singular dama fué suavemente débil. Entendió bien cómo había de ser rehabilitada la novela española: dialogando natural, viva y graciosamente, reflejando exactamente las costumbres, apercibiendo cierta tendencia moralizante, huyendo de lo inverosímil y pretencioso, barajando la melancolía y la ternura, pintando sin telarañas en los ojos *lo visto*, y llamando al pan, pan, y al vino, vino. Sino que *Fernán Caballero* no se atrevió, o no supo, llegar a la medida. Tanteos, escarceos, dibujos no terminados fueron sus producciones. Un velo de idealismo sentimental parecía imponerse, a veces, entre sus ojos y la realidad, malogrando muchos de sus intentos. Era mujer. Y era mujer muy sensible y apasionada. Y era mujer incapaz de expresarse *objetivamente, friamente*. No servía, por ende, para dar al guiso español todo su sabor picante y todo su olor penetrante y aperitivo. Sus imitadores—Trueba, Selgas, el Alarcón de *El final de Norma* y algunos otros menos importantes—no copiaron sus certeros balbuceos, sino sus *desistimientos*, y confundieron lo popular con

lo vulgar, lo moral con lo casero, creando así, como dijo Menéndez y Pelayo, «una literatura candorosa, falsa en su fondo y en su forma, y que sólo las criaturas de corta edad podían gustar sin empalagos».

A pesar de los muy estimables cenotos de Fernán Caballero, en España siguieron circulando, de mano en mano, las traducciones francesas, en las aulas universitarias y en los cenáculos literarios: las novelas por entregas llegaban a todos los hogares por debajo de las puertas. El público insaciable las devoraba.

Cuando Pérez Galdós empezó a escribir, el panorama novelesco español presentaba únicamente: exorbitancias, neofríos, romanticismos de recua, expresividades pedantescas. ¡Desolador panorama! Y, sin embargo, a Pérez Galdós le estaba reservada la gloria de rehabilitar en todos sus valores la novela española, de poner un orden en el caos. Galdós poseía las virtudes necesarias—en sus dosis suficientes—para la descomunal empresa: objetividad, fuerza creadora, fecundidad inagotable, calidad humana impregnada de realismo inabornable, sencillez y naturalidad expresivas.

Titánica era la empresa. Nada había donde apoyar el inicial esfuerzo. Todo estaba por hacer. Faltaban los materiales. El gusto literario del público estaba corrompido o desentecado. Posiblemente no pensó jamás Galdós en sus primeros años de novelista, en el papel que estaba desempeñando. De sospecharlo, es fácil que se hubiera malogrado el designio: la preocupación de tales suerte y responsabilidad habría dado al traste con sus mejores intentos. El caso es que sobre un autor inatento, apenas preparado por Fernán Caballero, Galdós empezó a edificar, a su gusto. Claro está que ya empezó su tarea con un éxito de dirección, recogiendo para las primeras de sus novelas y epílogos un asunto que aún hacía vibrar las cuerdas del sentimiento nacional. Y trabajó aprisa. Y trabajó bien. Y siempre bien.

Siendo Galdós el más joven de los grandes escritores que en el siglo XIX restauraron la novela española, en sin embargo, cronológicamente y con relación a la calidad y a la cantidad, el primero de todos. En 1870 año en que apareció *La Fontana de Oro*, primera novela de Galdós—y una obra maestra ya, de ambiente, de caracteres, de realismo ingenuamente español—. Pedro Antonio de Alarcón ya había publicado su *Diario de un testigo de la guerra de África*, *De Madrid a Námbica*, *La Alpujarra*, algunas historietas nacionales, algunos cuentos amorosos. El *Journal de Normas*; Valera era el crítico y el polemista literario más autorizado: Pereda era el autor de varias *Novelas sentimentales* y de algunos dramas. Pero ninguno de ellos se había atrevido con la novela grande y mucho menos con la novela realista. Todos estos grandes maestros andaban rondando, buscando, entre un quiero y no puedo o un puedo y no quiero. De 1854 data *Prota Jirón*, la primera obra de grandes alientos realistas de Valera: de 1854, *El sombrero de tres picos*, de Alarcón; de 1877, *El bayo andaluz...* de Pereda. Para tales años, ya había publicado Galdós *La Fontana de Oro* (1870), *El sombrero* (1871), *Dona Perfecta* (1870) y la primera serie de las *Episodios Nacionales* (1873 y 1874). Nadie puede disputar a Galdós el título de restaurador de la novela española. Fue él quien, antes con el demasiado ilusionado de los pocos años, se enfrentó con el público de gusto corrompido y se dedicó generosamente en una empresa a la que no existían antes las palabras. Como a la trépana prometida Galdós siguió tradiciones, del más fuerte y peculiar sabor español. La parte nueva del público pronto premió. Y las halló tan de su gusto que rompió para siempre a las facetas romanticas de siempre el *Prisma*. Indudablemente la parte más sana del espíritu le movió y le mejor parte. El trépano se había logrado. Cuando volvió a Galdós volviendo.

doce en él, se lanzaron a la palestra—ya sin enemigos eficaces—Alarcón, Valera, Pereda, los antiguos tímidos, aun cuando conviene advertir que ninguno de estos tres maestros aceptó el realismo de Galdós como única integración de su producción novelesca; sus novelas de tesis resultan algo parecidas a las francesas de Jules Sandeau y de Octavio Feuillet; su realismo arranca mejor del naturalismo apuntado por Fernán Caballero. Los verdaderos primeros discípulos de Galdós son Clarín, la Pardo Bazán, Octavio Pícn, Palacio Valdés, Ortega y Manilla. En la novela psicológica y casística de Valera faltan no pocos triunfos de la sencillez narrativa, tradicionalmente castellana; en la de costumbres pecunieras de Pereda faltan no pocos matices del humor y de la intención picaresca, consustanciales con las mejores novelas españolas del siglo XVII. Aparte el sombrero de tres picos, las novelas de Alarcón carecen de ese regocijo vital que es la característica—y aun la caracterización—del insubornable realismo. Es Galdós, pues, el único novelista de su época que se adscribe con fidelidad y rigurosidad absoluta al realismo tradicional español. Y con tal tino y con tal talle, que encierra la raíz y nacional y realista novela de Cervantes con su propia serenidad objetiva, con su propia intención crítico-social, con su propia observación—y refracción literaria—de las gentes populares, de sus costumbres, de su lenguaje. Entre Cervantes y Galdós todas las eminencias son bastante menores. Y si Galdós no llegó a aquél, inevitable, a Galdós no le ha llegado aquél.

★

¿Es Galdós un novelista *naturalista*? ¿Lo es *realista*? ¿Son vocablos que contengan sustancia igual al realismo y al naturalismo? Es curioso observar cómo la mayoría de los buenos críticos de tales palabras como equivalentes; cómo la mi-

noría percibe escasísimas diferencias sustanciales entre ellas, y cómo el mismo Galdós y los restantes grandes novelistas de su época se conforman con que los llamen, indistintamente, *realistas* o *naturalistas*. Yo no sé si tan doctos eruditos y críticos y tan admirables narradores padecieron una terrible miopía en la apreciación enjundiosa de tales vocablos, o soy yo quien la padecemos. Porque yo jamás llamaré *naturalista* a Galdós. Porque yo creeré siempre que tan cerca está el realismo del naturalismo como Madrid de Lima, y que tienen tanto que ver entre sí como dos colores simples. Aun cuando comprenda que los dos han nacido de una misma madre: la Verdad. Pero muchas veces suele suceder lo mismo entre hermanos, que con la misma sangre y con la misma educación se extrañan más que dos extraños. Sí, paso porque afirmen que realismo y naturalismo son de una misma familia... Bueno, ¿y qué? Las discrepancias más fuertes y más irreducibles son las que origina la bifurcación de una idea.

Y se me preguntará: «¿Es que el naturalismo no es realista?» Sí que lo es. Sino que es una parte del realismo, la parte menos noble, la parte más retorcida de las raíces y la más enraizada, esas puntas que tocan ya en lo fangoso y en la gusanera y por la que se inician la nutrición y la descomposición. «El arte es la realidad vista a través de un temperamento», dice Zola, definiendo insuperablemente. Y esto es el naturalismo. El realismo, no: porque lo temperamental no afecta a lo que es y está perenne fuera de él, ajeno a él. Si el temperamento prevalece, la literatura resultará un estado morbozo o lánguido. Si la Naturaleza influye en el artista y éste la acata, resultará la literatura una obra sana y sólida, aun cuando en ella se habla de miserias corporales y de espirituales angustias. Por ello, el naturalismo es mucho menos interesante y más universal que el realismo.

Fácilmente encuentro otras muchas

diferencias entre uno y otro. El escritor naturalista es un escritor subjetivo; del temperamento no se prescinde fácilmente; el realista es objetivo. El naturalista tiene una forma de obrar; el realista, una manera de ver. El naturalista intenta hacer de su obra una radiografía; el realista se limita a que sea un espejo. El naturalismo es fiebre, y nervios, y angustia de creación; el realismo es suave ajetreo, impasibilidad, euforia. El escritor naturalista, inevitablemente, se mezclará entre sus criaturas y tomará partido por algunas de ellas, y se compadecerá de éstas, y se regodeará atormentando a las otras, y querrá cambiarles el destino y el sino. El escritor realista jamás pisará la tierra de sus personajes, ni se compadecerá de ninguno, ni intentará defenderlos o acusarlos ante los lectores, y dejará que lo inexorable los bazuquee; acaso delate la pena que le causa el dolor terrible que consume a alguna de sus criaturas, pero ni por un momento pensará librarlas de él; impasiblemente se limitará a narrar lo que pasa y cómo pasa. Precisamente, lo que exaspera muchas veces leyendo a nuestros clásicos realistas—Quevedo, Espinel, Alemán, Solórzano—es la flemma con que cuentan las cosas más tocadas de ternura, de dolor o de desgracia, como *si nada fuera de ellos o con ellos*. Precisamente, lo que produce malestar leyendo a los naturalistas—Zola, Maupassant, Louys, Huysmans—es ese nerviosismo mórbido con que revuelven todo por el afán de ahondar, de ahondar, de ahondar, de sacar a la luz lo más íntimo, el último pudor.

Inútilmente se buscarán en las obras de Galdós la excitación de su temperamento suelto, ni el ahondamiento morboso en la pasión malsana de ninguna de sus criaturas, ni la descripción morosa de un estado de ánimo patológico, ni la complacencia expresiva en un vicio complejo. Galdós refleja únicamente, como un espejo limpio, lo que puede reflejarse porque queda a la vista, pero no a la su-

posición; eso sí, ¡con qué precisión, con qué luces lo refleja! No es, no, Galdós un hombre del *subterráneo* temperamental. Obra personal, grave, austera, viril, la de Galdós. Sin escuelas. Sin minucias técnicas. Sin modas. Obra ceñida con arte sobresaliente a la sociedad española, en cuanto la sociedad española se afirma en características, en caracteres, en tendencias, en gustos, en doctrinas sociales, en intentos críticos, en costumbres, en un modo de hablar y en un método de vivir.

Los verdaderos novelistas españoles afiliados al naturalismo aparecen muchos años después que Galdós, nada tienen que ver con éste y hasta le incomprenden. Los novelistas naturalistas españoles se llaman Felipe Trigo, Blasco Ibáñez, Baroja—en algunas obras—, Insúa, Zamacois...

A quien desee conocer *con ejemplos* la diferencia que existe entre una descripción realista y otra naturalista, yo le brindo una ocasión muy al alcance de su deseo. Galdós, Baroja y Blasco Ibáñez *han pintado* al detalle los suburbios madrileño: Galdós, en *La desheredada* y en *Misericordia*; Baroja, en *La busca* y *Mala hierba*; Blasco Ibáñez, en *La horda*. La descripción galdosiana es realista; naturalista, la de Blasco y Baroja. Estos dos escritores dan muchas más pinceladas, y más menudas, y con colores más crudos y más retocados al cuadro. Sin embargo, el cuadro de Galdós, más sencillo, menos detallista, ni es menos fiel ni emociona menos. Y es que el detalle no es localismo. Los detalles son, precisamente, lo universal, lo añadido—y positizo—en lo particular. He aquí el secreto de que el Madrid de Galdós sea mucho más Madrid que el de Blasco y el de Baroja.

Por cuanto acabo de aludir acerca del naturalismo y del realismo, me extraña mucho más que críticos muy sagaces llamen naturalista a Galdós. Así, González Blanco, quien afirmó—en *Historia de la novela en España*...—que Galdós

introdujo en España el naturalismo puro y neto; aun cuando a continuación se desdiga con estas palabras y me dé la razón: «Galdós fué un buen portavoz del naturalismo, porque no era muy naturalista.» Así, Menéndez y Pelayo, aludiendo a las obras galdosianas, que, según él, habían sufrido el influjo del naturalismo ultrapirenaico, afirma que dichas obras significan «una protesta, en cierto grado necesaria, contra las quimeras y alucinaciones del idealismo enteco y amanerado; una reintegración de ciertos elementos de la realidad dignísimos de entrar en la literatura, cuando no pretenden ser exclusivos, y una nueva y más atenta y minuciosa aplicación no de los cánones científicos del método experimental..., sino del simple método de observación y experiencia, que cualquier escritor de costumbres ha usado», habiendo aprovechado Galdós «la parte útil de la evolución naturalista, esmerándose, sobre todo, en el individualismo de sus pinturas; en la copia fiel, a veces demasiado fiel, del lenguaje vulgar, sin excluir el de la hez del populacho. No fué materialista, ni determinista nunca»; pero en todas las novelas de su tercera modalidad, «se ve que presta mucha y muy loable atención al dato fisiológico y a la relación entre el alma y el temperamento».

Y el propio Galdós intenta explicar —que es aceptar— en el prólogo que escribió para *El sabor de la tierruca*, de Pereda, esa influencia naturalista que en sus novelas señalan algunos críticos, diciendo que «creían que el naturalismo sustituía el diccionario usual por otro, formado con la recopilación prolija de cuanto dicen en sus momentos de furor los carreteros y verduleras, los chulos y golfos más desvergonzados. Luego se vió que no era peligro, ni sistema, ni siquiera novedad, pues todo lo esencial del naturalismo lo teníamos en casa desde tiempos remotos, y antiguos y modernos conocían ya la soberana ley de ajustar las ficciones del arte a la realidad de la

naturaleza y del alma, representando cosas y personas, caracteres y lugares como Dios los ha hecho. Era tan sólo novedad la exaltación del principio, y un cierto desprecio de los resortes imaginativos y de la psicología espaciada y ensañadora. Fuera de esto, el llamado naturalismo nos era familiar a los españoles en el reino de la novela, pues los maestros de este arte lo practicaron con toda libertad del mundo, y de ellos tomaron enseñanza los noveladores ingleses y franceses. El naturalismo volvía con más calor y menos delicadeza y gracia. El nuestro, la corriente inicial, encarnaba la realidad en el cuerpo y en el rostro de un humorismo que era quizá la forma más genial de nuestra raza. Al volver... venía radicalmente desfigurado: en el paso por Albión, habíanle arrebatado la socarronería española, que fácilmente convirtieron en *humour* inglés las manos hábiles de Fielding, Dickens y Thackeray, y despojado de aquella característica elemental, el naturalismo cambió de fisonomía en manos francesas: lo que perdió en gracia y donosura, lo ganó en fuerza analítica y en extensión, aplicándose a estados psicológicos que no encajan fácilmente en la forma picaresca. Recibíamos, pues, con mermas y adiciones, la mercancía que habíamos exportado, y casi desconocíamos la sangre nuestra y el aliento de alma española que aquel ser literario conservaba después de las alteraciones, ocasionadas por sus viajes. Francia, con su poder incontrastable, nos imponía una reforma de nuestra propia obra, sin saber que era nuestra; la aceptamos nosotros restaurando el naturalismo y devolviéndole lo que le habían quitado, el humorismo, y empleando éste en las formas narrativa y descriptiva conforme a la tradición cervantesca. Reconozcamos... que nuestro arte de la naturalidad, con su feliz concierto entre lo serio y lo cómico, responde mejor que el francés a la verdad humana; que las crudezas descriptivas pierden toda su repugnancia bajo la máscara burlesca em-

pleada por Quevedo, y que los profundos estudios psicológicos pueden llegar a la perfección con los granos de sal española que escritores como don Juan Valera saben poner hasta en las más hondas disertaciones sobre cosa mística o ascética.

Demasiado barullo el que se hace Galdós por no atreverse a quitar el sambenito naturalista que le ponen muy respetables críticos y amigos. ¿Es que no se conoce del derecho y del envés? ¿Es que le molesta la polémica y prefiere decir *que bueno, casurramente*, como si nada le fuera ni le viniera en la cuestión?

¿Método experimental? ¿Temperamento? ¿Naturalidad? ¿Naturalismo? ¿Realidad? ¿Realismo? Demasiadas premisas a ponderar para una solución tan fácil, tan clara, tan neta. Unicamente Cejador, aquel singular y *temperamental* crítico, que, a veces, tenía aciertos definitivos, erre que erre pregonaba que Galdós, «ingenio robusto y sano, se sobrepuso al naturalismo de Zola, alzándose solitario, sin estrepitosos programas, sin aspavientos, ni de reformador, ni de maestro, para continuar—restaurándola—la novela realista española».

¡Bien por don Julio Cejador, que se quedó solo pensando así y que fué el único que acertó! Porque hasta el gran galdosiano y extraordinario crítico literario que fué *Clarín* recalcó mucho, y con mucho gusto por su parte, el naturalismo galdosiano en sus obras *Galdós*, *Mezclilla*, *Solos de «Clarín»*, *Sermón perdido* y alguna otra.

Aún diré algo más. El realismo de Galdós para crear no tuvo ese sentido etimológico de imitación fiel de la Naturaleza, sino que fué *un realismo realidad*; sus creaciones tuvieron una existencia real y efectiva, en cuya existencia, como en las vidas de los seres muy espirituales y selectos, *naturalmente* el naturalismo quedaba reprimido en esa zona limitada por la delicadeza y apagada por el pudor viril. Yo mismo, en otro libro, he marcado las diferencias entre los escri-

tores románticos, realistas y naturalistas. El escritor romántico pasea su espejo a lo largo de un sueño; el realista, a lo largo de un camino; el naturalista, a lo largo de una pasión. Galdós, solo, tranquilo, sin influencias y sin sometimientos, no hizo en toda su vida sino caminar. Jamás creyó que sus sueños—si es que soñó alguna vez—merecían ser contados. Siempre sintió vergüenza de que las pasiones pudieran calificar a un hombre.

★

Hay artistas cuya expresión feliz y admirable se da en lo pequeño. Orfebres, tallistas, lapidarios, miniaturistas, pintores, repujadores... Estos artistas excepcionales se mueven como el pez en el agua en su microcosmos. Es como si no supieran contemplar la Vida sino por los lentes de disminución de unos prismáticos. Estos artistas aman el detalle recalcado a primer, la pinceladita *con vida propia*, el matiz muy filtrado, la minucia llevada a primer término, la nimiedad elevada a categoría de protagonista, el concierto maravilloso de las sutilezas reavivadas y perennizadas. Hasta cuando se encaran con sus semejantes y con los acontecimientos humanos, estos artistas prefieren recogerlos para la inmortalidad como en unas muestras de lo que son. Estos artistas no saben ver sino una porción de un paisaje, un efecto de una ráfaga, el rinconcito de una sala, el busto en escorzo de una persona, el juego de un animal, un florero, unos cacharros... Si a cualquiera de estos artistas se le propusiera acometer una más alta empresa, quedaría perplejo, seguramente mil temores le vapulearían y acabaría por negarse. Si, excepcionalmente, alguno de estos artistas, más audaz, aceptara la sugestión, lo más fácil es que su obra de mayores alcances valiera mucho menos que aquellas otras realizadas sin *notarse los alcances*, como quien vive sin preocuparse de vivir. A la inversa: no podemos figurarnos a Mi-

rón, cincelando una copa, ni a Miguel Angel entallando un camafeo. Estos colosos caminaban bien y a gusto entre seres y cosas colosales. Su mundo era su macrocosmos.

Pues lo mismo que a los artistas acontece a los literatos. Hay literatos cuyos aciertos mayores se dan en lo minúsculo: poesía lírica, crónica, cuento, impresión, biografía sucinta, glosa. Estos literatos jamás tendrán alientos para empresas más peliagudas. No logran ver la Vida en panorama. No saben cómo dar *vida real* a más de tres o cuatro personas. Se les agota en seguida el tema más complejo. Con cuatro trazas presentan el escenario más complicado. Los diálogos fenecen de languidez en sus plumas. Estos escritores son admirables en sus obras delicadas, diminutas, de mucho relieve, de colorido intensísimo. Un cuento de la Pardo Bazán es una joya. Y una obra de arte, una crónica de Larra, o una biografía breve de José María Quadrado, o una rima de Bécquer, o una glosa de *Silvestre Lanza*, o una crítica de *Clarín*, o una impresión de Mariano de Cavia. Pérez Galdós no fué de estos escritores felices en el primor de lo pequeño. Galdós fué como un Miguel Angel de la novela. Lo que antes se advierte en su personalidad es la virtud de mover turbas, y la de abarcar enormes escenarios, y la de retratar *en conjunto* a numerosísimos personajes, y la de recurrir a numerosos acontecimientos mezclando sus intereses y conectando sus efectos por el placer de, a voluntad, volverlos a su singularidad manifiesta.

Galdós no fué capaz de resaltar las nimiedades, ni de perder su tiempo en lograr las preciosas pequeñeces. Cuando Galdós escribió algún cuento, casi, casi fracasó. Los cuentos de Galdós no son cuentos; son esbozos informes, se nota que le han faltado *espacio y tiempo*. En la pequeña tela a pintar que es el cuento, Galdós apenas pudo dar cuatro pinceladas, insuficientes para expresar algo. Galdós siempre tenía muchas cosas que

comunicar. ¿Cómo recogerlas en las ocho, en las diez cuartillas del cuento? Galdós odiaba la síntesis y la odiaba porque se notaba incapaz de dominarla. ¿Cómo represar él aquella *avalancha* imaginativa que le excitaba, cada día, implacable? Ningún dique bastaba a contener la fuerza impulsiva de tantas emociones humanas como le conmovían. ¿Qué hacer de tantas criaturas gloriosas como paría a diario su cabeza jupiterina? Tantas y tantas cosas que decir... Tantos y tantos sucesos que evocar... Tantas y tantas pasiones que conectar... Tantas y tantas personas a las que conocer y con las que amistar... ¿Qué podía conseguir él en ocho, en diez cuartillas? Las necesitaba por millares. Exigía él los lienzos grandes, grandes, en los que su pincel pudiera correr firmes y dejar marcadas huellas imperecederas. El cuento, la crónica, la impresión literaria, la glosa eran para Galdós como un encierro reducidísimo para un gigante. Apenas si podía rebullir en ellos sin tropezar con la techumbre, con las paredes.

De los grandes novelistas del siglo XIX es Galdós, sin duda alguna, el *peer* de los cuentistas. La Pardo Bazán, *Clarín*, Alarcón, Valera, Palacio Valdés, Octavio Picón, Ortega Munilla, Pereda le superan abiertamente. Como cronista, igualmente le exceden muchos escritores—Cavia, Fernánflor, Bremón, *Silvestre Lanza*—, cuya categoría literaria no admite parangón alguno con la del colosal novelista.

¿Qué a gusto se sentía Galdós cuando nada ni nadie ponía límites a su gustoso esfuerzo de crear! Podía lanzar a la vida cotidiana cincuenta, cien, doscientos seres humanos llenos de pasiones, presos en las redes de problemas morales y económicos, dispuestos a llorar, a reír, a querer, a odiar. Podía describir diez, veinte, cincuenta escenarios vitales en los que cada detalle fuera una sorpresa impresionantes y un efectismo sin precedentes. Podía componer descientos, quinientos diálogos y monólogos hen-

chidos de sustancia humana y de categoría trascendental. Podía complicar los temas con los *imponderables* cotidianos más reales. Podía derrochar los colores fuertes aquí, y allí ponderar los más pálidos. Porque la labor de Galdós, como la de todos los grandes creadores, es más expresiva que absorbente, labor para derramar mucha energía psíquica, y derramarla dispersándola y no concentrando en un esfuerzo la capacidad que le es necesaria para otros inmediatos que le esperan.

Refiriéndose a esta prodigiosa fuerza creadora de Galdós, escribió don Antonio Maura—en el *Boletín de la Academia de la Lengua*, abril de 1920—: «No repitió nuestro novelista el artificio de mover, como movió Balzac en las distintas fábulas, unos centenares de personajes representativos, creados por su fantasía. De toda la extensión de los horizontes que contemplaba tomó Galdós los caracteres y los asuntos; mas no al acaso, sino tan sistemáticamente, que, al cabo, en el conjunto de sus obras, no se advierte la ausencia de ningún tipo, de ninguna inquietud espiritual, de ningún anhelo, de ninguna lacra social, de ningún doméstico desconcierto, de ninguna íntima tribulación o perplejidad. Acabó la historia interna del alma española y del estado social de España durante el siglo más turbulento y crítico, a la vez que divulgó el conocimiento de la historia política de la patria, en aquella época.»

Y añade:

«El conjunto de la lista de las obras galdosianas acreditará, además, una singularidad de la producción literaria de Galdós, porque desde 1870 hasta 1918 no transcurrió un solo año en que ella tuviese intermisión, y en los más del intervalo fueron cuatro o cinco los tomos que publicó.

»El ejemplo va contra la índole discontinua, por no llamarla torrencial, que se suele atribuir a la vena literaria o ar-

tística, sometida a los altibajos del humor y a las peripecias del vivir humano. Galdós escribió como cumple sus jornadas el viandante infatigable que conocía al partir su itinerario. Así se comprende mejor que resulte sistemático el conjunto, aun cuando entre las piezas de que consta los enlaces sean a veces invisibles.

»En parte alguna se halla parangón para tal conjunto, si no es allegando las producciones de varios escritores. Galdós levantó en la historia literaria un jalón tan colosal, que vale por una divisoria orográfica. Suya será, en el curso indefinido de los siglos, la historia íntima de los españoles que vivieron durante la centuria décimonona; en este respecto es monumento único, imperecedero, la producción galdosiana; de análogo modo que la posterioridad halla recapitulada la vida de los españoles en el siglo xviii, acudiendo a la obra, de magnitud nunca igualada, que nos legó Lope, y a la menos extensa, pero más selecta, obra de Cervantes. No hay puerta más luminosa para que la individual existencia humana llegue al asiento de la inmortalidad, el cual es más angosto de lo que suelen pensar los aspirantes a alcanzarlo.»

Ahora bien: ¿vale más para la posteridad la obra corta y acicalada de un Gustavo Flaubert, o la obra larga, maciza, natural, descuidada de forma a veces, de Balzac? A quienes, pocos, se pronuncien por la primera, les diré que en el bosque inmenso de Dickens, o de Balzac, o de nuestro Galdós, siempre se podrán recoger seis, ocho, diez obras de tal encanto y humanidad, que en nada desmerecen de las cuatro o seis *repujadas* del literato artista. Y, además, el resto imponente, por su fuerza, merece una admiración sin límites. Es el genial Menéndez y Pelayo quien, precisamente opinando en la cuestión precedente, escribe en su discurso académico acerca de Galdós: «Si Balzac, en vez de levantar

el monumento de la *Comedia humana*, con todo lo que en él hay de endeble, tosco y monstruoso, se hubiera reducido a escribir un par de novelas por el estilo de *Eugenia Grandet*, sería ciertamente un novelista muy estimable; pero no sería el genial, opulento y desbordado Balzac. Galdós, que tanto se le parece, no valdría más si fuese menos fecundo, porque su fecundidad es signo de fuerza creadora, y sólo por la fuerza se triunfa en literatura como en todas partes.» En el mismo discurso, pocos renglones antes, había declarado con verdadera admiración: «Pocos novelistas de Europa le igualan en lo trascendental de las concepciones, y ninguno le supera en riqueza inventiva. Su vena es tan caudalosa, que no puede menos de correr turbia a veces; pero con los desperdicios de ese caudal hay para fertilizar muchas tierras estériles.»

Geniales fueron por su fuerza creadora Miguel Angel, Shakespeare, Lope de Vega, Calderón..., con las inevitables debilidades del cansancio momentáneo, del momentáneo estado de ánimo decaído, de la angustia que pone un dogal en el cuello y un nudo en el corazón. Debilidades que para sí las quisieran cuantos presumen de fuerza y que triunfan por la maña.

Sí, con todos los posibles *peros*, hay que decidirse. O la Capilla Sixtina, las seiscientas comedias de Lope, las ciento y tantas de Calderón, el cosmos patético de Shakespeare, los lienzos maravillosos de Velázquez... O las acuarelas, las miniaturas, la novela *repujada*, el drama único que perfila una tendencia renovadora, las leves poesías emotivas. Sí, hay que decidirse.

Puesto a decidirme..., me decido por Galdós—y con él, por los colosos nombrados—que tiende siempre a lo vasto, a lo de grandes proporciones. Por Galdós con alma y con manos de titán..., que rasgan, sin querer, cuanto cae en ellas, si es débil, suave, dulzón, preciosista...

Sí, prefiero a Galdós con su falta de

selección en los elementos de la realidad, con su prolijo acumulamiento de detalles, con esa—al parecer—falta de principio y de fin de algunas de sus novelas, que, en verdad, brotan las unas de las otras como las frondas enmarañadas en las selvas vírgenes, y que *se explican así*, remedando la misma enmarañada continuidad de la Vida humana y la misma provisionalidad que tiene la Vida en sus principios y en sus fines *relativos*.

Sí, prefiero a Galdós-bosque que a cualquier otro gran escritor-jardín, o gran escritor-patinillo enmacetado. Sí, prefiero a Galdós, inmenso almacén de documentos sociales pletóricos de sugerencias, de pasiones, de interés, de importancia histórica, a esos dos escritores que con una anécdota trivial—o sin anécdota—zurcen una novela realista que quiere pasar por real y agotan inmediatamente el conato de tema. Sí, prefiero a Galdós, con sus grandes pinceladas nerviosas, felicísimas, a esos escritores que tanto cuidan de la delgadez de sus dibujos tan precisos.



A Galdós le acusa la crítica severa de impasible, de frío, de aislado. La triple acusación bien merece una triple defensa. Defensa que no puede ser más sencilla. Tan sencilla, que no sé ni cómo la crítica severa ha puesto en el trance a defensores espontáneos—como yo—de que se acrediten en un menester tan sumamente fácil, que en él *se lleva todas las de ganar*. ¿Impasible Galdós? ¿Por qué es impasible Galdós?

Habla la severa crítica. Galdós es impasible porque jamás llega al extravío romántico. Porque jamás se deja arrebatar por las alas del delirio fantástico. Porque jamás pierde su equilibrio realista. Porque jamás se quita el lastre que le impide alcanzar las nubes del ensueño. Porque jamás es retórico y verbal. Porque jamás disloca su aprehensión y su comprensión de lo cotidiano. ¿Por

algo más? Sí, por algo mucho más importante: porque Galdós no se digna jamás vivir entre sus criaturas, ser una de ellas, dotar con sus propias cualidades a cualquiera de ellas; porque nunca parece compadecerse del destino adverso de sus criaturas, y porque, pudiendo ampararlas, asiste *imposible* a su fracaso, sin hacer siquiera el ademán de tenderles los brazos, sin que el semblante se le empalidezca, y se le humedezcan las miradas, y se le aprieten los dientes. A Balzac, a Dickens, a Dostoyevski, a Stendhal, a la mayoría de los grandes creadores se los *siente*, se los ve continuamente en cada una de sus obras. Este personaje tiene la manera de ser del autor; y éste, la manera de pensar; y éste, la de obrar; y éste vive mil sucesos vividos por el autor; y mil anécdotas de las que se cuentan surgieron en la realidad del autor. Cada obra tiene una porción vital, un ensueño incumplido, un fervor efervescente, un problema patético de quien la escribe. Galdós escapa de esta regla general. El objetivismo de Galdós es imponente. Ninguna de sus criaturas es él. Ni se parece *con aire de familia* a él. Los gustos, las apetencias, los ensueños, el pasado de Galdós, no se *ras-trean* siquiera en ninguna de sus obras. Galdós contempla su mundo desde fuera de él. Lo mueve, lo ordena, a distancia. ¡Impasibilidad galdosiana! Llegó Galdós a Madrid cuando aún turbaban la vida literaria los últimos fragores del Romanticismo, cuando se escuchaban aún los lamentos quejicosos de Bécquer. Fue el Romanticismo el movimiento literario y social más convulsivo, a cuyas excitaciones no se escaparon ni políticos, ni generales, ni hombres de ciencia, ni escritores, ni financieros. Sin embargo, Galdós quedó inmune a esta plaga endémica. En medio de millones de corazones explosivos, Galdós *acalló* tranquilamente su corazón. Y supo parecer helénico. Roca ingente él, resbaló por él la *marejada* sin dejar *huella alguna*.

Reconozco que la crítica seria puede

reprochar a Galdós su impasibilidad. La crítica seria no está obligada a amar a Galdós. Unicamente los que *amamos* mucho a Galdós le vamos comprendiendo en su verdad, y ya sabemos que eso de la impasibilidad de Galdós es un mito. Quienes acusan de ella a Galdós tendrán que acusar igualmente a Dios de *imposible*. *Al parcer*, Dios contempla las vidas de sus criaturas, las ve reír, sufrir. Llorar, morir; podría hacerlas felices siempre con una sola palabra suya; y, sin embargo, les deja que cumplan su destino inexorablemente. ¿Quién puede negar, sino los mentecatos, que Dios ama al hombre y que está pendiente de él? Yo me he figurado, mil veces, de niño y de hombre, llorando a Dios, *con un nudo en la garganta*, crispadas las *ma-nos*, mientras contemplaba el doloroso trance, el fracaso vital de una de sus criaturas. ¡Nada existe más impresionante y angustioso que poder remediar algo y no remediarlo, teniendo que luchar contra el propio deseo, contra el propio corazón, contra la propia conciencia! Pero la libertad espiritual de la criatura lo exige así. El celo activo, el entretenimiento beneficioso del creador en el destino de la criatura podría hacerla feliz, pero la privaría, más o menos, de su soberanía. Lo que ahora hace falta saber es cuántas criaturas selectas *cambiarían* su libre destino, sujeto a las alternativas de la desdicha y del gozo, por una servidumbre feliz. Lo que si afirmo es que esta servidumbre feliz no tendría *novela* posible. La *felicidad reglada* alcanza una monotonía absoluta.

El novelista como Galdós, que se nota creador, debe sujetarse a esa *norma* trascendental de no cohibir, ni para el bien ni para el *mal*, a sus criaturas. El novelista creador, para sobreponerse a su sensibilidad, debe renunciar a *pisar su mundo*, a convivir con sus criaturas. Si vive él en cada tema, si se *refleja* él en alguno de los personajes, si *mezcla* su destino con el de todos éstos, lo más fa-

cil es que la novela le pueda, o que ejerza él una tiranía caprichosa que haga de su novela un aspecto menos verosímil de la realidad.

Pocos novelistas, como Galdós, han sabido atenerse a su papel de creadores. Naturalmente, tal éxito como creador lo ha pagado al precio de esa imputación de *imposibilidad*. Pero cuantos amamos a Galdós, cuantos hemos releído sus obras, cuantos hemos sabido irle comprendiendo *entre líneas*..., ¡cómo sabemos lo angustiosa, lo impresionante que es esa imposibilidad! Galdós amó con pasión a sus criaturas: niños dulces y melancólicos, mujeres ardientes y desdichadas, hombres fuertes o locos o santos. Los amó, los vigiló sin descanso. Seguro estoy de que Galdós, escribiendo sus novelas, lloró cien veces, se conmovió otras tantas, se desesperó al comprender que, pudiendo hacer felices a sus criaturas, salvarlas de algún destino crudelísimo, *tenía que no hacerlo* para que se cumpliera así la libre realidad de su mundo. La imposibilidad galdosiana es la resolución de eliminar una tiranía. El mundo novelesco de Galdós, gracias a esa presunta imposibilidad, es el que más se parece a nuestro mundo real. Una criatura de Galdós es cien veces más libre que otra de Balzac o de Dickens; no digo nada de las de Dostoyevski, casi todas ellas sujetas a ser *un poco Dostoyevski* en el sentir, en el pensar y en el vivir morbosamente.

Tampoco creo que sea más justa la acusación que dirige la severa crítica a Galdós de ser un escritor *frío*. Frío, que es, naturalmente, falta de cordialidad. Frío, que es, lógicamente, falta de partidismo, de ilusión patentizada muy a las claras, incapaz de un derreche de ternura, inapto para melificar de ternura la dureza de una situación social o de una contracción emotiva. Tal vez esta segunda acusación sea una consecuencia inevitable de la acusación primera de imposibilidad. ¿Siente y padece el hombre imposible? ¿Le sacuden sus nervios pali-

zas fenomenales? ¿Le encalienturan los afanes por realizar y las ilusiones rotas? ¿No existe una emoción que los haga andar de prisa, hablar atropelladamente, mirar con ansia? El hombre imposible ¿es hombre de linfa y no de sangre caliente?

Si en un creador se explica—creo haberlo explicado hasta cierto punto—la imposibilidad, no como *carencia* de motivos patéticos, sino como *necesidad* de prescindir de ellos, no se explica tan fácilmente la frialdad, que estimo siempre innecesaria. Se puede ser perfectamente imposible y demostrar una aguda predisposición al enternecimiento, acusando todas las insinuaciones de una honda emoción. El creador que ama a sus criaturas y se duele de sus dolores, pero que no cae en la aña-gaza de coartar su libre destino, es cálido y es imposible. Así Galdós. Como yo no creo que mis opiniones tengan demasiada fuerza de proselitismo entre mis lectores, siempre que puedo acudo a reforzarlos con las de aquellos ingenios que merecen la devoción más incondicional de todos los amantes de las letras. Escritores ilustres de esos a quienes se puede aplicar la conocidísima expresión de: «Lo dijo Blas..., punto redondo.»

Refiriéndose a la frialdad atribuida a Galdós, escribió Menéndez y Pelayo, en su discurso contestación al que leyó el gran novelista al tomar posesión de su sillón académico en la Real de la Lengua: «Se le ha tachado unas veces de frío... Para nosotros, esa frialdad aparente disimula una presión reconcentrada que el arte no deja salir a la superficie: *parcentis viribus et extenuantis oas consulto*, como decían los antiguos.» Y don Antonio Maura, en su discurso necrológico de Galdós, pronunciado en la mencionada Academia, afirma que Galdós, como Dickens, es profundamente tierno, sino que el inglés es más acariador y mimoso, «hasta confinar con las expansiones infantiles y femeninas del afecto humano», y el español «se ablan-

título genérico de *Romans nationaux*, relatan novelescamente las guerras de la República y del primer Imperio. Galdós pudo leer algunas de estas obras, en francés—ya que no se tradujeron hasta algunos años más tarde—, durante una de sus estancias en Francia, en los años 1867 y 1868, época de la que él cuenta la impresión que le produjo la lectura de *Eugénie Grandet*, de Balzac, libro comprado en uno de los puestos de viejo de la orilla izquierda del Sena. Igual que compró y leyó todas las obras de Balzac, pudo Galdós comprar y leer los *Romans nationaux*, publicados entre 1863 y 1868, siete en total. Concedido. ¿Cuáles semejanzas se encuentran, *sin pasarse de listos* los rebuscadores, entre los *Romans* y los *Episodios nacionales* de nuestro Galdós? El propósito de novelar episodios históricos y la forma autobiográfica que Galdós emplea en la primera serie de sus episodios, forma utilizada por Erckmann-Chatrian. ¿Nada más? Nada más. Emilio Erckmann y Luis Chatrian no son creadores. Son buenos observadores. Son sencillos narradores. Se limitan a contar lo que casi vieron. En 1822 nació Erckmann. Chatrian, en 1826. Conocerían a personas protagonistas en los sucesos. No necesitaron poner a prueba su inventiva. Un buen crítico de Galdós, Gutiérrez-Gamero y de Laiglesia, aprecia así acerca de esta pretendida influencia de los escritores alsacianos sobre el español: Las novelas de Erckmann-Chatrian «no suelen tener más que una acción sencilla y sin complicaciones de ninguna clase: casi siempre se trata en ellas del muchacho que se separa de su novia para ser soldado y que, tras larga y dolorosa ausencia, vuelve a encontrarla fiel a su cariño, con lo que concluyen por casarse y ser felices. Toda le que toca, de cerca o de lejos, a las tradiciones, los usos, los hábitos de Alsacia, está fiel y escrupulosamente observado. El relato es ameno, fácil y, a veces, conmovedor, bien por la propiedad con que refleja los sentimientos de la pobre gente, víctima de

las ambiciones guerreras de Napoleón, o porque, al describir el amor a la patria, cuyo honor se ventila en los campos de batalla, adquiere una severa elocuencia muy adecuada al tema. Por lo común, brillan las obras citadas más por la exactitud de la pintura de tipos y costumbres que por la inventiva de las tramas novelescas...», que se relacionan casi siempre «con la menuda vida de las aldeas perdidas en las montañas de los Vosgos o, todo lo más, con la de ciudades provincianas. Sienten muy bien el campo, como amantes apasionados que debieron de ser de sus bellezas. De lo que queda dicho se infiere que las obras de Erckmann-Chatrian no pudieron inspirar a Galdós más que el proyecto de novelar nuestra lucha contra la invasión francesa, siendo absolutamente distintas en todo, fondo y forma, y muy superiores a las de esos escritores franceses en cuanto a reconstrucción de ambiente, ya que nuestro novelista operó en el de todos los planos sociales y, si pudo aprovechar también testimonios de quienes vivieron más cerca que él de los años trágicos de nuestra guerra contra Napoleón, forzosamente tuvo que emplear mayor labor, y es fácil que no encontrase testigos de todas y cada una de las clases sociales cuyo vivir retrata».

Naturalmente que la forma autobiográfica no necesitó Galdós aprenderla de los alsacianos, ya que fué la propia de nuestra antigua e inimitable novela picaresca. Erckmann-Chatrian combinaron desigualmente lo histórico y el costumbrismo, pero éste meramente en calidad de *necesario pintoresco*. Galdós hizo mucho más; a la historia y a la novela, en proporciones iguales, les añadió—concediéndoles la debida importancia—el elemento psicológico, el drama de conciencia—generador del drama exterior—, el conflicto de las pasiones, el fenómeno de los caracteres reaccionando *a la contra*. ¿Qué queda, pues, en Galdós de Erckmann-Chatrian?

Aludir a cualquier gran escritor ruso

del siglo XIX—ya sea Dostoyevski, ya Tolstoi—para demostrar su posible influencia en nuestro Galdós, me parece, sencillamente, tonto. Cuando Galdós era ya un maestro de la novela, empezó a leer en francés a Tolstoi, a Dostoyevski, a Gogol, a Turgueniev... Hasta 1886 no se publicó en París el famoso libro de Vogüé acerca de la novela y de los novelistas rusos, que tanto removi6 el gusto europeo, disparándolo hacia la novedad eurásica. Desde tal año se iniciaron en Francia las buenas traducciones de Puschkin, Gogol, Tolstoi, Turgueniev, Dostoyevski, Liermóntov... Galdós desconocía el alemán y casi, casi el inglés. Si llegó a su poder alguna traducción francesa de algún novelista ruso anterior a 1886, sería una traducción mutilada, *descharacterizada*, deplorable de punta a punta. Imposible creer que con la lectura—posible—de una traducción tal iba a sentirse conmovido e influido nuestro Galdós. En 1886 había escrito Galdós las dos primeras series de sus *Episodios nacionales*, las novelas llamadas de su primera época—seis—y las novelas contemporáneas hasta *Fortunata y Jacinta*. ¿Qué le podían enseñar ya a Galdós, *hecho y derecho*, cómo permanecería insobornablemente? Las influencias tienen que instar en el escritor que se debate *en formación*, buscando asideros o peanas, filtros o alquitaras. Pasa como en todo. De niños, de muy jóvenes, caben en los sujetos los cambios de postura, las rectificaciones, los injertos. Ya, como se dice vulgarmente, duros los huesos, el hombre es como es. Galdós se enteró de cómo escribían los rusos cuando ya su personalidad de novelista era de una *pieza*, cuya dureza excluía la maleabilidad. Buscar, pues, lo tónica eurásica en la obra galdosiana es buscar la consabida aguja en el consabido pajar. Y que conste que esta aguja en el pajar la han buscado, entre otros críticos menos importantes, don Antonio Maura y don Andrés González-Blanco. Lo que ig-

noro es si ellos, con la mejor buena fe, creyeron haberla encontrado.

Tampoco, ni aun habiéndome sentido muy suspicaz, he podido hallar por parte alguna la influencia de Zola en Galdós que pretendieran Maura y el tendenciosísimo padre Blanco. Aun cuando el novelista francés nace tres años antes que el español, ni empieza a escribir tan pronto como éste, ni *se coloca* sino mucho después. Galdós inicia su labor creadora con una obra maestra, *La Fontana de Oro*. Zola, con unos tanteos. Zola no interesó fuera de Francia hasta 1880. Cuando en 1867 hizo Galdós su primer viaje a París, Zola no existía literariamente. Cuando Zola se encaramó en la fama con estrépito sin precedentes, Galdós ya estaba inmune a las epidemias y a las endemias. Galdós ya era nada más y nada menos que Galdós. Aún hay más: basta una sencilla verificación de fechas para poder afirmar que cada una de las grandes novelas de Galdós precedió a cada una de las grandes novelas de Zola. Pero la prueba más irrefutable del ningún punto de influencia entre los dos grandes creadores está en que el francés fué el naturalista más empedernido del más empedernido naturalismo que ha sido siempre el francés. Galdós es, desde 1870, el más empecatado realista del más incorregible realismo que ha sido siempre el español. No necesito insistir ahora en lo que tanto he insistido en anteriores páginas: si hay dos tendencias literarias más refractarias a mezclarse, a tocarse siquiera tan genialmente, esas tendencias son el realismo español y el naturalismo francés..., que a las gentes ligeras les parecen tan próximas, casi, casi hermanas mellizas.

Algo, sin embargo, no observado, por cierto, por ninguno de los puntillosos y vidriosos críticos de Galdós, relaciona con fuerza a éste con Zola: la *impasibilidad narrativa*. Zola es el otro gran creador literario del siglo XIX que jamás se mezcla con sus criaturas, que las deja siempre a merced de su sino, sin ten-

da, se compadece, se asocia al dolor, en más adustos términos; pero la diferencia consiste en la exteriorización y no en el jugo cristiano, del cual no hallo yo menos imbuída el alma de Galdós».

Nadie podrá negar que he recalcado dos opiniones de peso en defensa de la *no frialdad galdosiana*. Opiniones que yo doy para cuantos, sin haber leído a Galdós, o habiéndolo leído muy por encima, pudieran apegarse a la acusación de la severa crítica con un alegre espíritu gregario. Para los lectores y admiradores contumaces de Galdós, tales opiniones son innecesarias. Lectores y admiradores contumaces sabemos muy bien hasta qué extremos de calidez alcanza la ternura de Galdós. Quien escribió los *diálogos* de Luisito Cadalso con Dios, las deliciosas travesuras de *Ción Guerra*, los terribles padecimientos—tan dulcemente enconados en sus almas—de las cuatro criaturas hijas de Mongat—Marusita, Badoret, Manalet y Gasparet—, los soliloquios del infelizísimo Villaamil, *Miau*, los improbables trabajos y empresas patéticas de Nazarín, las sinrazones y somnambulismos del maestro Sarmiento y de Maximiliano Rubín, las angustias del avaro Torquemada durante la enfermedad mortal de su hijo, las heroicas abnegaciones de *Benina*, las congojas de amor ideal de Marianela, la dolorosa pasión de Gloria de Lantigua, y tantos y tantos más estados de alma y revuelcos de corazón, es imposible que pueda ser calificado de creador *frío*. Y si se le califica así, la calificación se debe a ignorancia, a incomprensión, a mala fe. Ninguna obra de cuya lectura se salga con angustia o con piedad es una obra fría. Puede serlo aquella que excita el horror o el asco. De la lectura de *Misericordia*, de *Miau*, de *Nazarín*, de *El caballero encantado*, de *La desheredada*, de *Tormento* y de tantas otras novelas de Galdós se sale con piedad, con emoción perdurable, con una noble angustia, con un «resurgimiento» de la validez humana.

Los espíritus neoclásicos—que son los

clásicos *sin solera*—pueden ser fríos. Su retórica y su más o menos ficticia serenidad helénica van matando en ellos todo prurito cordial. La ternura la sustituyen por el humor; la vehemencia, por la causticidad; la impresionabilidad sentimental, por el olímpico desdén; la emoción, por la sonrisa escéptica. Los neoclásicos no dan importancia alguna a la urgencia cotidiana de vivir con apego de la realidad. Precisamente esta desconexión absoluta con el imperativo vital—reprochado justamente, la mayoría de las veces, de vulgar—de los neoclásicos es la que gana su frigidez. Galdós, olímpico por su *meditada* impasibilidad, no lo fué por sus tendencias. Su amor inmenso por cada momento de cada vida le revolcó cotidianamente en el realismo; en este revolcón se excitó; con la excitación le entró una calentura emocionada, bajo cuyo dictado creó su mundo y lo movió. El auténtico realismo, por lo que tiene de vida imprescindible, lo único que no puede ser es frío.

Si no bastara cuanto acabo de apuntar para convencer a los más reacios de la injusticia que es acusar a Galdós de novelista frío, aún puedo recalcar otra prueba más convincente. El novelista frío creará los personajes fríos, ya que no puede infundirles lo que él no posee. No creo a nadie capaz de rebatir esta afirmación. Los novelescos personajes fríos son, además, *descongelados*; no se saben hacer amar de los lectores; sus penas no emocionan mucho; sus gozos no comunican alegría alguna. Los tratamos siempre con cierta circunspección; entre ellos y nosotros se levanta como una frontera irrebasable; frontera que es ese clima duro de cierzos y rigideces en que ellos se mueven. Pruebas al canto. Y sin salirnos del ámbito de lo español. Ahí está Leandro Fernández de Moratín, buen poeta frío, gran dramaturgo frío. La vida de sus comedias es indudablemente vida, pero la vida que parece conservada rígida dentro de una barra de hielo. Los personajes de Moratín ha-

blan de cosas curiosas, nos distraen, nos arrancan risas. Pero... ¿hemos llegado a recordar *con emoción* a alguno de estos personajes? ¿Al pedante de Hermógenes, al pobre don Eleuterio de *La comedia nueva*? ¿A Paquita, a don Carlos, a don Diego de *El sí de las niñas*? Nos interesaron momentáneamente. Nada más. A quien no sea muy erudito sería inútil que le pregunten por el nombre de algunos de los personajes de aquellos tan fecundos y leídos novelistas que fueron Navarro Villoslada, Fernández y González, Ortega y Frías, Pérez Escrich..., apenas transcurrido un año desde que los leyó.

Pero aún tenemos un ejemplo más cerca, como que es actual. Me refiero a las *Memorias de un hombre de acción*, de Pío Baroja. De los personajes *novelescos* que intervienen en ellas, ¿cuál queda en el recuerdo del buen lector barojiano que no acabe de cerrar uno de los volúmenes de las citadas *Memorias*? Las *Memorias de un hombre de acción* entretienen, agradan en su expresividad literaria. Nada más. No consiguen emocionarnos jamás. No nos presentan a ningún personaje que termine *entrañándose* con nosotros. Jamás tutearíamos a ninguna de las criaturas de Baroja. Todas ellas tienen—a mí me lo parece—el hondo pesimismo, la hosquedad tímida, la impermeabilidad a la efusión y la boina de don Pío.

Nada semejante nos pasa con las criaturas galdosianas. El nombre de cuarenta, de cincuenta, cien de estas criaturas no se olvida jamás. Nadie ha terminado de leer cualquiera de las obras de Galdós sin amar a estos personajes, sin odiar a aquellos otros. La de Bringas, Torquemada, el cura Polo, Fortunata, Juanito Santa Cruz, Marianela, Gloria, Luisito Cadalso, Tomás Orozco, Federico Viera, doña Perfecta, Pepe Rey, los Tellerías, León Roch, el doctor Golfín, los Rufetes, los Miquis, Máximo Manso, Celipín Centeno, Ido del Sagrario, el padre Nones, Agustín Caballero, los Pez, Estu-

piñá, Guillermina Pacheco, los *Miaus*, los Babel la deliciosa Leré, Benina, el ciego Almudena y tantas y tantas criaturas más tan entrañables están con nosotros, que reímos y lloramos en ellas, que jamás saldrán de nuestra memoria, y a las que tuteamos o llamamos de usted, siempre guardando los rangos dentro de una absoluta simpatía. Quien creó estas criaturas, llenas de *calor humano*, les dió lo que tenía. Y se lo dió con la fuerza expansiva y penetrante con que lo poseía él.

Ya es hora, pues, de que deje de hablarse estúpidamente de la frialdad de Galdós. El origen del fuego no puede ser sino la chispa.

No más razón tiene la crítica severa cuando habla del aislamiento de Galdós.

¿Qué aislamiento es éste? ¿Significa que el creador vive nada más que *por su mundo y sobre su mundo* para asistirlo sin desmayo ni descuido? Si tal es la significación, reconozco que Galdós es un escritor señero. Si el aislamiento reprochado a Galdós significa su desinterés y su ignorancia de cuantas sugerencias enervorizan y efervescen la *zona literaria* del mundo, la significación es falsa. Pero asombra mucho, más que los mismos que declaran el *aislamiento* de Galdós hablen y hablen y hablen—y casi las declaren de real orden— de las influencias literarias en nuestro genial novelista. Así apuutan tan ternes cómo Balzac, Dickens, Dostoyevski, Erckmann-Chatrian, y hasta Zola, han influido en la obra novelesca de Galdós.

Naturalmente, para aludir a tales influjos, se apoyan los críticos severos en las declaraciones de admiración que el propio Galdós no ocultó hacia el gran novelista inglés, y, en menor grado, hacia el autor de la *Comedia humana*.

Primero, voy a referirme a los otros escritores mencionados como modelos de Galdós. Ya volveré a Balzac y a Dickens.

¿Cuál es la influencia en Galdós de los alsacianos Erckmann-Chatrian? Emilio Erckmann y Luis Chatrian, bajo el

derles una mano para su salvación. ¿Curiosa semejanza? No trataré aquí de explicarla. Me limito a su apuntamiento. Curiosa semejanza en dos novelistas cuyas obras saltan paralelas, año tras año, aquende y allende el Pirineo, exponentes categóricos de dos tendencias literarias tan nacionales y tan refractarias entre sí.

Balzac y Dickens. Estos dos nombres gloriosos ya *nos dicen* algo más acerca de las influencias literarias en Galdós. Cuantas veces *vino a pelo*—y aun otras a contrapelo—, manifestó Galdós, verbalmente y con la pluma, su admiración entusiástica por aquellos dos genios del género novelesco. Más por el inglés que por el francés. Como ellos, fué Galdós fecundo. Como ellos, de imaginación inagotable y variadísimo. Como ellos, maestro en un estilo claro, sencillísimo, de una—al parecer—*falta de estilo*, que es el más difícil de todos los estilos, pues que excluye la morbosidad de un cerrado laboratorio de experiencias. Como ellos, apegado a lo diario, a lo vulgar, a lo irremisiblemente humano, más o menos catastrófico. Como ellos, pintor detallista y destrísimo de paisajes y de retratos. Como ellos, dueño de un mundo propio, verdadero microcosmos, espejo fiel y resumen del macrocosmos. Como ellos, sutil cirujano y diagnosticador de las pasiones.

De Balzac acaso aprendió Galdós la *técnica* de mover con facilidad asombrosa un número extraordinario de personajes, con naturalidad tal, que den la ilusión de la Vida. Y también el dar la importancia debida a esos personajes que no son los protagonistas y que, sin embargo, marcan mejor que éstos el tono y la fuerza de la novela.

De Dickens no es que aprendiera más cosas Galdós, sino que Galdós comprobó cuántos sentimientos, cuántas aficiones, cuántas reacciones, cuántos ideales de Dickens coincidían con los suyos. La ternura por los niños y las bestezuelas. La piedad inmensa por los espíritus sim-

ples. El afecto—cordial, sí—por los paisajes urbanos. El interés por los desheredados de la fortuna y por los lugares de dolor. La fe absoluta en la bondad innata de los cristianos. La animadversión, casi el odio, contra las clases pudientes de corazones duros y de bolsas apretadas. La apreciación amorosa de las cosillas insignificantes que aparta ásperamente de su camino la puntera de la Vida. La falta de ganas para enfrentarse con esa clase social denominada aristocracia. La comprensión, siempre en *abogado defensor* y jamás en *fiscal*, de todas las larvas y de todos los revuelcos sociales. Cierta *humor*, muy sutil y sin hiel, para hablar de todo, para repudiar lo bellaco lo mismo que para estimar lo decoroso. Como la de Dickens, la de Galdós fué un alma siempre dispuesta a gozar con hombría *de sentirse humano*, con todas las ventajas e inconvenientes de tal naturaleza, sin pedir más y sin querer menos; un alma capaz de disculpar casi todos los fallos de lo humano y de alabar contados de sus logros.

Algo fundamental distancia a Galdós de Balzac y Dickens: la imposibilidad galdosiana que ya he comentado. Balzac y Dickens no pueden, o no quieren, prescindir de mezclarse con sus criaturas; de dotar a muchas de éstas con los gustos, las opiniones, el pasado, los deseos de los propios creadores; de participar de la existencia novelesca tan distinta de la realidad, siempre imponente, pero tan poco apetecible a veces. Sí, Balzac y Dickens fueron como aquellos dioses del Olimpo helénico que se aburrían sin remedio, *mano a mano* entre ellos, rodeados de magnificencias, ajenos al bien y al mal, dueños de las soluciones y de los remedios. Los dioses olímpicos, para librarse del bostezo, decidían *encarnarse* de cuando en cuando, bajar a la tierra, participar de las peripecias de las existencias mortales, amar, pecar, luchar, divertirse... Los dioses olímpicos envidiaban a los hombres que

vivían unos días inciertos caminando hacia un fin jamás previsible. La omnisciencia mataba cualquier ilusión en los dioses. Y los dioses, de vez en vez, renunciaban a ella, con tal de saborear una existencia filtrada por mil interrogantes. Pues bien, Balzac y Dickens, dioses omniscientes y omnipotentes de sus mundos, gustaron, más que de estas cualidades teológicas de la ilusión, de *ser como no eran*, reencarnados entre sus criaturas, viviendo los gozos y las penas de un argumento ficticio, tan deseado como imposible de cumplir en la realidad. Dickens y Balzac vivieron *literariamente* cuando ensoñaron.

Galdós, no. Galdós se amarró a su vida y la vivió *entre bastidores*, calladamente. Sus ensueños quedaron para sus criaturas. Galdós jamás perdió su calidad olímpica, ajena a cuanto sucede por tierras de hombres. Galdós-Júpiter jamás se aburrió *allá arriba*. Y si se aburrió se aguantó tranquilamente, prefiriendo su soberanía indiscutible *a perder toda autoridad*, viviendo como uno más de los hombres entre las cosas y los hechos de todos los días.

Con esta impasibilidad—no incompatible con su angustia y su celo de creador... incapaces de mediatizar—Galdós se diferencia decididamente y decisivamente de Dickens y de Balzac, quienes, como los dioses del Olimpo, tanto mediatizaron a sus criaturas.

★

Y voy ahora a meterme en un *problema* galdosiano: el de sus ideas religiosas, por el que tendré que caminar con pies de plomo y ojos muy avizores.

Reconozco que soy francamente apasionado. La pasión es de las pocas cosas que valen la pena de vivirse, y aun por las que desvivirse. Pero lealmente afirmo que intentaré, mientras me refiera al *problema religioso* de Galdós, escribir desapasionadamente. Mataré en mí al galdosiano incondicional. Hablaré en mí

el muy católico, muy apostólico y *suficientemente romano* que soy—según ya declararé en otro libro mío—, «para que mi nombre no figure jamás en ninguna lista de escritores heterodoxos».

No; no quiero, para aludir a problema tan arduo, ni sumarme a las filas izquierdistas—valga el caprichoso calificativo—que capitaneó el racionalista *Clarín*, ni a las filas derechistas, que dirigió el dotrinario agustino padre Blanco. Los dos, creo yo, pecaron por tendenciosos. Al enigma imponente que es el sentido religioso de un hombre, no es lícito acercarse y hurgar con despreocupación y con el subjetivismo con que se acercaron y hurgaron, y hasta definieron tan campantes, el padre Blanco y *Clarín*.

Clarín no encontró mayor sutileza para juzgar la religión de Galdós que declararla *racional* como la suya. Creía dar así a Galdós el gran elogio máximo. Por el contrario, el padre Blanco creyó encontrar la máxima desvalorización de la obra novelesca galdosiana en que no se hallara en ella precisamente el concepto religioso a raja tabla que sustentaba y sustentaba el preopinante padre Blanco.

No; para decirle algo, desapasionadamente, de las ideas religiosas de Galdós, repudio los extremismos de los citados críticos extremistas y de sus respectivos secuaces. Porque lo verdaderamente triste para Galdós, hombre religioso, es el no haber sido juzgado jamás sin prejuicios, con serenidad. Insisto yo: el sentimiento religioso del hombre es como una profunda llaga siempre en carne viva, siempre rezumada. Si hay que tocarla, debe tocarse con un tacto exquisito que debe pedirse prestado al aire, al aliento, a la pluma, a la gasa. En la viva llaga de Galdós todos han tocado con brusquedad, con malas intenciones.

Yo quiero ser la excepción. Que lo consiga, es ya *harina de otro costal*.

A Galdós se le acusa de *anticlerical* y de *irreligioso*. El alegato fiscal del padre Blanco ha sido aceptado íntegro por la

llamada crítica de *derechas*. Parte de esta crítica, pareciéndole firme (pero un tanto suave, de *forma*) dicho alegato, ha endurecido el tono de la doble acusación.

¿Anticlerical Galdós?

Si es pecar de anticlericalismo *no callarse*, al hablar de la Vida, que en la Vida viven clérigos indignos, repudiados por Dios y por la sociedad, debo admitir que Galdós es un anticlerical.

Galdós, cada vez que deseaba escribir una novela echaba sus redes en el mar vital, y las recogía al notarlas repletas. En las redes de los pescadores salen de las entrañas marinas, mezcladas, las más diversas especies de peces. Todas son aprovechables. El pescador ya hará la debida selección para valorizar su trabajo. En las redes grandes y fuertes de Galdós salían, mezclados, los más diversos tipos del género humano: el señor, el burgues, la dama encopetada, el sacerdote, el covachuelista, el maleante, el prestamista, el escritor, la ninfa callejera, la menestrala, el artesano, el militar con o sin graduación, el mendigo, el comerciante, el paseante en corte, el revolucionario, el político de turno, el eterno pretendiente, la señorita *del pan pringao*, el señorito... Lógicamente, todos estos tipos no eran seres morales en continuado camino de arrepentimiento y perfección. En las redes galdosianas que recogían *vida*—esto es: verdad inapellable de la Vida—, naturalmente, quedaban prendidos tipos buenos y tipos malos. ¿Guarda en sus entrañas el mar vital otra cosa que el bien y el mal? Al ir seleccionando Galdós tales tipos pescados, ¿era necesario que prescindiera de los malos, arrojándolos al agua, encubridora piadosa, para evitar el escándalo? Al pescador especializado en truchas se le puede exigir que desdeñe las carpas. Con lo cual quiero significar que, al escritor que hace de su pluma un apostolado, puede pedírsele que disfrace un tanto la Vida, o que la presente desde un ángulo determinado. Pero Galdós fué, sencillamente, un pescador de vidas. Y

todas las vidas tuvieron un valor vital para él. El maleante... El sacerdote bueno y el malo... La señora y la pecadora... El estadista y el politiquero... El comerciante acreditado y el usurero... El gran señor derrochador de su patrimonio y el mendigo jeremías y blasfemo... ¡Cuánto amó Galdós a todos los tipos humanos! Sacrilegio le hubiera parecido prescindir de ninguno de cuantos habían quedado cogidos en sus redes.

Galdós no prescindió de patentizar en sus novelas el tipo de sacerdote indigno que recogió de la Vida. Porque todos sabemos que al sacerdote indigno *no lo inventó* Galdós. A Galdós se le llama anticlerical por no haber querido *tapar* al mal sacerdote. Aceptada por mí, católico, apostólico y romano—a mucha honra—la calificación. Pero pregunto ahora yo: si se llama anticlerical a Galdós por descubrir tipos de sacerdotes indignos, ¿se le puede llamar *clerófilo* porque innumerables veces habla y habla y habla con singular emoción de buenos sacerdotes, de sacerdotes santos?

Para mí merece el calificativo de anticlerical, únicamente, el escritor que se goza en recalcar esas existencias escandalosas de los malos sacerdotes, como si para él no existieran los buenos, los santos sacerdotes. Este escritor sí que odia al clero y sí que es anticlerical. Pero el escritor como Galdós, capaz de emocionarse contando la bondad, la santidad de tantos y tantos sacerdotes, no se merece, con justicia, así en absoluto, el dictorio. Yo afirmo rotundamente—apoyándome en los textos de las novelas respectivas—que ninguno de los grandes novelistas españoles del siglo *xxx* considerados como profundamente ortodoxos, ni Pereda, ni Alarcón, ni *Fernán Caballero*, ni Navarro Villoslada, han puesto tanta delicadeza, tanta insistencia, tanta admiración respetuosa, al retratar y al contar las vidas de algunos sacerdotes santos, como el llamado anticlerical Galdós. En el alma ortodoxa del lector *consciente* de Galdós quedan grabadas para siem-

pre, inefablemente, las figuras del gran latinista don Pedro Hillo, del delicioso cura Navarridas, tío de las señoritas de Castro-Amézaga; del impresionante *Nazarín*; del admirable padre Nones, y de tantos y tantos más sacerdotes ejemplares como Galdós exalta con una ejemplar sinceridad. Para Galdós creador, impasible como la Vida, existieron, como para ésta, los santos y los indignos sacerdotes. Como la vida, Galdós, se limitó a testificarlo *impasiblemente*. El auténtico anticlerical jamás dedicará su tiempo a decir bien de los buenos clérigos. Galdós les dedicó muchas páginas encendidas. Aparte los sacerdotes regulares y seculares que se transformaron en guerrilleros durante la primera mitad del siglo XIX, a los cuales la Historia describe, *sin vuelta de hoja*, en su verdadera condición, no dejando al novelista opción para modificarlos hacia el bien o hacia el mal, no tengo ningún inconveniente en afirmar que en toda la inmensa obra galdosiana, por cada sacerdote indigno que aparece, aparece otro dignísimo, que es como la contrapartida. ¿Anticlerical y clerófilo a la vez? No. Tanto sería como calificar de clerófila y de anticlerical a la Vida. La Vida *contiene, presenta y no juzga*. Como Galdós. Como Galdós; que no hace sino, impasiblemente, crear vidas en nombre de la Vida.

Sí, ya sé que lo funesto es que Galdós se empeñara en hablar tranquilamente en voz alta. Porque en voz baja hablamos cien veces todos y no se escandaliza nadie. Lo más irritante en cuanto han juzgado de las ideas religiosas de Galdós es el haberlo hecho *parcialmente*; es decir, entresacando de sus obras los conceptos, las afirmaciones, los distingos, las *apariencias momentáneas* que convenían a su crítica. Algo semejante a lo que puede hacerse con una carta alterando las comas, cortando las frases, zurciendo distintos párrafos para que la carta diga, así de mutilada, lo que entera no expresaba. ¡Terrible procedimiento! Y absolutamente injusto,

porque lo que hace Galdós en todas sus obras es situar frente a frente las dos fuerzas opuestas de la Vida: el bien y el mal, la nobleza y la perversidad, la justicia y el delito, no dejando—como sucede en la Vida—que ninguna voluntad altere el significado y la existencia inmutable de estas dos contrarias fuerzas que rigen, por igual, las pasiones humanas. En las obras de Galdós, unas veces vencen los buenos: así, en *Lo prohibido*, en *Antón Caballero*, en *Electra*, en *El amigo Manso*; otras veces el mal se sobrepone a la bondad, como en *Fortunata y Jacinta*. Pero de que el mal, en toda su fuerza enorme, triunfe del bien no se puede sacar la consecuencia de que Galdós se alegre de ello, ni de que colabore en tal victoria con la insidiosa y sutil influencia de su voluntad. Tanto sería afirmar esto como que la Vida es mala en sí porque el mal triunfe en ella no pocas veces. Difícilmente se encontrará, entre las novelas españolas de todos los tiempos, una apología más extensa e intensa del bien que en *Misericordia*, de Galdós; pero, entiéndase, no la apología que voluntariamente quiera hacer un autor, sino la que surge con espontaneidad de la simple narración de una vida santa. Narración que esta vez patentiza, como Galdós sabía—y gustaba—mostrar, todo el impudor o la hipocresía de los inmorales y los depravados, al lado de toda la altura, de todo el relieve de los buenos, de los limpios de corazón.

Pudiera poner a docenas los ejemplos para demostrar cómo jamás se gozó Galdós en crear a sus *criaturas malas*, dotándolas de tales sugerencias físicas y sociales que, irremisiblemente, se atrajeran las simpatías de los lectores. En este punto enmendó la plana bastantes veces a la Vida. Que ésta sí que parece gozarse en ella en innumerables casos. Pero no voy a detenerme sino en un solo ejemplo, y de los más discutidos: en *Gloria*.

Consideremos primero a los principales personajes católicos que intervienen en esa novela: los Lantiguas, Don Juan

Crisóstomo de Lantigua, ferviente ortodoxo, es el más amable, culto, cordial y cumplido de los caballeros; su caridad es inagotable; su hombría de bien, irresistible; apenas le conocemos, ya le tenemos metido en el corazón. Su hermano Angel, obispo de una diócesis de Andalucía, es un santo varón todo optimismo y celo apostólico, comprensivo, culto. Un *pan ternísimo* es su otro hermano, don Buenaventura, sí, lo que vulgarmente se dice *un bendito*, incapaz de sospechar el mal. Y doña Serafina de Lantigua, una gran dama, puras mieles, alma de una candidez ejemplar. Y a todos ellos los gana Gleria, hija de don Juan Crisóstomo, mujer de esas que habría que ir a buscar de rodillas a China, si supiéramos que vivía en China; bella, inteligentísima, delicada de gustos y afares, de una femineidad que cala a cuantos la contemplan, seductora de punta a punta. ¿Qué más se puede pedir que haga un novelista para favorecer a quienes en la novela representan la idea católica?

Justo es consignar que, con imparcialidad manifiesta, a quien desde el punto de vista ortodoxo debemos calificar de indeseable, el judío Daniel Morton, igualmente aparece revestido de las mejores prendas físicas, intelectuales y morales. Es hermoso. Es sano de corazón. Es sutilísimo de inteligencia. Es amable de trato. En fin, un hombre de esos que, a la recíproca, deberían ir a buscar las mujeres a los antípodas si habitara en ellos.

Díganme mis lectores: ¿dónde está la parcialidad de Galdós? Y es la madre de Daniel, Ester Espinosa, judía íntegra, quien precisamente carece ya de cuantos encantos personales llevo enumerados. La balanza de la simpatía se inclina, pues, de parte de los católicos. Y que no se me advierta que el fanatismo de que dota Galdós a los Lantiguas puede ser motivo de que sus excelentes prendas queden aminoradas, porque, a la contraria, afirmaré que los Morton viven de un fanatismo mayor, hasta el punto de que el fin de la novela señala la culminación

del fanatismo judío *más allá* del terriblemente martirizado de los católicos. Entre los Lantiguas y los Morton, la simpatía de los lectores se inclina definitivamente del lado de los primeros. Los católicos pagan su pasión con su desdicha. Los judíos acidulan su pasión con su supervivencia.

¿De qué puede reprochársele a Galdós en *Gloria*? ¿Que diga en voz alta que existen los fanatismos religiosos capaces de romper las más bellas consecuciones humanas? ¿Es que realmente no existen? Existieron ayer. Existen hoy. Existirán mañana. Bien que se le acuse de proclamar una verdad, pero jamás de retocar tendenciosamente una mentira. La Historia nos habla desde todas sus páginas de tales fanatismos, y a nadie se le ocurre llamar anticlerical a la Historia. Lo más que se puede aconsejar es que no lean ciertos puntos históricos las personas no formadas moralmente. Y no quiero terminar de referirme a este ejemplo sin reforzar mi punto de vista con el de un crítico tan ecuaníme y tan católico como Gutiérrez-Gamero y de Laiglesia. Que es el siguiente:

«Daniel Morton, el *casus belli* de esta cruenta batalla, causa de tanto sufrimiento injusto, no puede hacerse simpático por más de que Galdós le adorne con una porción de cualidades brillantes, ya que paga con el engaño y con la deshonra a los que, tras de salvarle la vida, le concedieron hospitalidad en su hogar; es tanto más culpable su villana acción —que el autor no excusa—, cuanto que la producía a una familia que, por lo acendrado de sus creencias, era imposible que aceptase un acomodo totalmente incompatible con su fe, ya que anteponía la salvación eterna a todo en el mundo. Hombre de firmes convicciones religiosas también, nacidas en él, no por rutina heredada, ni por hábito inconsciente, sino mediante el estudio y la reflexión más detenidos, sólo obra honradamente cuando se niega a abjurar, y el subter-

fugio a que recurre, por fin, de simular una creencia que no siente, más le perjudica que le enaltece a los ojos del lector.»

Insisto una vez más en que lo discutible es si debe o no novelarse el mal; pero si se admite que la fuerza máxima del creador literario está en *reflejar* con arte y originalidad la Vida, no cabe enmendar la plana a ésta, que comprende inexorablemente el mal y el bien, formando con los dos el estilo y el destino, el sabor y el afán de lo humano. Si el novelista—caso Galdós—no se pronuncia parcialmente en este o en aquel sentido, si acepta para escribir la misma escrupulosa impasibilidad que la Vida tiene para contemplar las vidas que en ella se desviven, el novelista tiene el derecho a que no le cuelguen calificativos ni le condenen a sambenitos que únicamente merecen las *tendencias apasionadas*.

Cuando más releo las obras de Galdós, más creo en la bondad innata de este formidable creador, en su corazón sano, en la piedad y comprensión infinitas que tenía para lo torpe, para lo deshumanizado; en el gusto íntimo con que contemplaba la Vida cuando en ella triunfaban el amor y el bien. Se nota en cada una de sus obras que, sin darse cuenta de ello quizá, pone mucho mayor fervor en pintar a los seres hermosos y buenos, las cosas delicadas y amables, que en pintar los seres depravados y los objetos repulsivos. Sin palabras, con una sutilísima intención que hay que saber prender en lo más hondo de su tranquilo expresionismo, parece decirnos Galdós: «Me enoja retratar a ciertos personajes, hablar por lo minucioso de sus vidas tenebrosas, realzar los triunfos de los siete pecados capitales; pero... Yo no tengo la culpa de que la Vida se nutra de la virtud y del pecado, de lo hermoso y de lo feo... Yo, creador de seres humanos que debo colocar en la Vida, no puedo enmendarle la plana. Podría disimular. Podría mentir. Podría no captar en la Vida sino su sentido ejemplar. Pero, en-

tonces, mis novelas no serían sino *algo* de la Vida y no la Vida misma. Tendrían más moral católica, pero menos verdad humana. Y yo dejaría de ser un creador puro para ser sólo un reformador consciente...»

No, a lo único que, contra su corazón, no pudo renunciar Galdós fué a reflejar íntegro el trozo de Vida que sus redes habían sacado del océano vital. Y en el trozo de Vida, como es lógico, el sacerdote santo y el pecador, el caballero y el canalla, la perfecta canalla y la adúltera impenitente, el honrado menestral y el pícaro, el héroe y el traidor... Pero en Galdós, como en la Vida, se reafirman el concepto puro del bien y el sentido de la moral cristiana universal en su orden más perfecto y acabado. En las obras galdosianas, en efecto, se verá—no niego que con posible daño para los espíritus aún no hechos—el impudor e hipocresía de los malvados, pero igualmente la grandeza y la serenidad de los buenos. Y aún se verá algo más, y mucho más importante: que si la necesidad de vivir es esta lucha diaria entre el bien y el mal, la finalidad de cada vida es huir del mal y buscar el bien. Ni una sola de las obras de Galdós niega este maravilloso postulado.

Por algo dije, al iniciar esta alusión a las ideas religiosas de Galdós, que se puede llamar anticlerical a éste, como se le puede llamar a la Vida, no porque una y otro creen clérigos indignos, sino porque los *contienen fatalmente*. Sí, es cierto, ni la Vida ni Galdós los esconden.

¿Fué Galdós hombre de escasa o de ninguna idea religiosa?

Tiene esta pregunta mucho mayor trascendencia que la anterior acerca del anticlericalismo galdosiano. Y yo la contestaría rotundamente con una frase del mismo Galdós que no deja lugar a dudas y que jamás la he visto citada por ningún crítico de cuantos pregonan el liberalismo irreligioso de nuestro genial novelista. Frase hermosísima, sencilla, lanzada sin premeditación alguna, como a

quien le sale de las entrañas un suspiro. Frase que es una formidable profesión de fe. En *Trafalgar*, uno de los más patrióticos y estimulantes *episodios nacionales*, Galdós escribe: «Churruca era hombre religioso, porque era hombre superior.» Relean mis lectores la frase. Es altamente significativa, ¿verdad? ¿Cabe ninguna afirmación más contundente? El hombre superior, el hombre que aspira a ser excepcional, ha de ser un hombre religioso. Para Galdós, afirmar el valor excepcional de un hombre era afirmar su arraigada religiosidad. Yo traté a Pérez Galdós en los últimos años de su vida gloriosa. Me presentó a él el malogrado escritor Ramírez Angel, que sabía mi admiración enorme por el más grande de los novelistas españoles después de Cervantes. Yo tenía entonces poquísimos años. Galdós era ya, ciego y torpe, como una esfinge. Luminoso aún su espíritu, apenas hablaba, pero escuchaba con singular interés. La tertulia, casi diaria, que él presidía, en una actitud que ahora recuerda su estatua en el Retiro, se lanzaba a las más vivas discusiones: Arte, Historia, Literatura, Religión, Filosofía, Política. Una tarde de junio de 1919 se hablaba del naturalismo francés y de Zola. Alguien ponía a éste *por las nubes*, comparándole con Dostoyevski, con Dickens, con Balzac... ¡Y don Benito habló! Habló pausado, en tono suave, sin romper su limpia actitud de estatua edente, ante la expectación muda y casi sonora de todos. Y habló así: «¡Qué afirmaciones haces tan absurdas, Fulano! Para ser igual a Dostoyevski, a Tolstoi, a Dickens, lo principal que le faltó a Zola fué el sentimiento religioso...»

Creo guardar en mi memoria devota casi las idénticas palabras del maestro. Se me grabaron a fuego, porque yo, acabado de abandonar el Seminario, tenía en mi galdosianismo la única pena de que mi ídolo literario fuera, como tantos afirmaban en tono dogmático y empachoso, *un pobre ateo*.

Casi cincuenta años después de haber

escrito en *Trafalgar* la frase reveladora que he copiado, Galdós, ya del todo vuelto de cara al mundo de sus ficciones, con la misma espontaneidad que en su vibrante juventud, declaraba que en la religión estaba la superioridad.

Lo que yo no puedo negar es que Galdós fué un hombre que maduró en su siglo, y que, más que ningún otro español, polarizó las ideas y los afanes de su tiempo y de su patria. Los afanes de España eran liberales. Las ideas de España eran democráticas. Y democráticas fueron las ideas y liberales los afanes que Galdós emitió en sus obras. Pero... ¡ojo! No porque fueran suyos—que a serlo, como todo lo personal, supiera reprimirlo tozudamente—, sino porque eran de España, de la Vida en cuyo mar él arrojaba sus redes.

Para insistir acerca del espíritu hondamente religioso de Galdós no quiero apoyarme sino en las opiniones de algunos españoles superiores—esto es, profundamente religiosos y ortodoxos—que fueron contemporáneos de Galdós, y que por serlo tuvieron más motivos para conocerle *en verdad* y no por razón de las *patías*. Escribe don Antonio Maura:

«Con efecto, el espíritu de Galdós era harto luminoso, harto elevado y selecto para que en tiempo alguno imitase a los isidros de la romería especulativa, que se celebra por turno en muy contadas ermitas; los cuales suelen improvisar, a la bohemia, un tenderete con cualesquiera bambalinas ontológicas, y a su sombra se ponen a desbarrar, vuelta la espalda a las nobles ansiedades con que, en el curso de los siglos, los más próceres entendimientos apuraron la potencia de la razón humana; en el empeño de saber algo acerca de nuestro propio origen, de nuestro propio ser y de nuestro final destino. Porque perduraron en Galdós sus originarios conceptos, fundamento de todos los juicios sobre el mundo, sobre la vida, sobre el bien y mal; y porque aquel aliento de patriotismo y

de amor, que antes mencioné, nunca se secó en su corazón, pudo conservar el comercio espiritual que le unía con la multitud innumera y varia de sus lectores. Perdiera sin remedio esta sutil e incoercible comunicación psíquica, si se hubiese descastado y desnaturado, en vez de conservar el jugo rancio y la indefinible fragancia del españolismo que exhalan todas sus obras.»

Mucho más explícito es el nada sospechoso de liberalismo, el profundamente católico don Marcelino Menéndez y Pelayo, de quien voy a recoger algunos juicios acerca de la religiosidad de Galdós; juicios emitidos en el magistral discurso con que contestó al de ingreso en la Academia Española del glorioso novelista.

«Una novela—dijo Menéndez y Pelayo—no es obra dogmática, ni ha de ser juzgada con el mismo rigor dialéctico que un tratado de teología. Si el novelista permanece fiel a los cánones de su arte, su obra tendrá mucho de impersonal, y él debe permanecer fuera de su obra. Si podemos incluir o compenetrar su pensamiento por lo que dicen o hacen sus personajes, no por eso tenemos derecho *para identificarle con ninguno de ellos.*»

¿Está esto claro? La crítica culta—que también la hay *de la otra*—con tendencias llamadas *de derechas*, estima que cada vez que en una novela de Galdós aparece un clérigo indigno, o que algún personaje manifiesta ideas antirreligiosas, o que se desenvuelve favorablemente *para los malos* un conflicto social, es el propio novelista quien voluntariamente crea a tal clérigo para gozarse en su indignidad, quien pone en boca de sus personajes sus propias ideas antirreligiosas para así ejercer su tendencia, quien *favorece a los malos* por simpatía de compadrazgo o de *compinchazgo*. Y me pregunto yo, asombrado de ver tantas telarañas en las entendederas de la crítica: ¿Por qué se ha de juzgar así, preci-

samente, a un autor como Galdós, a quien nadie niega la objetividad narrativa, *su ausencia* de sus novelas? Ha tenido que ser un admirable crítico católico a machamartillo, Menéndez y Pelayo, quien, refiriéndose a Galdós, avise a la crítica y a los lectores agudos de que, si el novelista permanece fiel a los cánones de su arte—*como Galdós*—, su obra *tendrá mucho de impersonal*; más aún: de que no hay derecho a *identificarle con ninguno de sus personajes*. Con o sin Galdós, la Vida presenta a determinados eclesiásticos indignos, a muchos personajes de ideas subversivas y propicios a la acción y a la reacción violentas, y muchos, muchísimos triunfos de los malos *en esta Vida*.

Pero lo que ya resulta intolerable en esa crítica gurrumina es que, juzgando a Galdós creador de sacerdotes indignos, portavoz de ideas irreligiosas y simpatizante de los *malos* con la única fuerza de que en las obras galdosianas se encuentren los unos y se hable de las otras, no se le juzgue, *igualmente por sus obras*, creador de sacerdotes ejemplares y casi santos, ensalzador de virtudes espirituales, patrióticas y sociales, y enternecedor amigo de los seres humanos.

Pero aún dice más Menéndez y Pelayo:

«Galdós ha padecido el contagio de los tiempos; pero no ha sido nunca un espíritu escéptico ni un espíritu frívolo. No intervendría tanto la religión en sus novelas si él no sintiese la aspiración religiosa de un modo más o menos definido y concreto, pero indudable. Y aunque todas sus tendencias sean de moralista al modo anglosajón, más bien que de metafísico ni de místico, basta la más somera lectura de los últimos libros que ha publicado para ver apuntar en ellos un grado más alto de su conciencia religiosa; una mayor espiritualidad en los símbolos de que se vale; un contenido dogmático mayor, aun dentro de la parte ética, y de cuando en cuando ráfagas de

cristianismo positivo, que vienen a templar la aridez de su antiguo estoicismo.»

El testimonio de Menéndez y Pelayo es justo. Nada más. De pecar de algo, peca *de seco*, Concede el crítico *lo mínimo* que se puede conceder. Claro está que hay críticos, de cuyo nombre no quiero acordarme, que reprochan al egregio montañés esa *justicia a secas*, porque hubieran deseado que su autoridad suprema no hubiese podido ampararnos a los fervorosos galdosianos decididos a proclamar la religiosidad, la bondad de corazón del maestro de los novelistas españoles contemporáneos, y el respeto y la emoción que guardaba para los sacerdotes ejemplares.

Pero aún puedo recoger otro testimonio—si más somero, no menos valioso por la persona que lo da—acerca de cómo Galdós nada tuvo de ateo y apenas en algunas cuestiones religiosas profesó tendencias menos ortodoxas. El testimonio lo da el gran novelista montañés José María de Pereda. Pereda fué siempre inflexiblemente católico. Se negó siempre a tener relaciones con quienes no fueran afines con sus enraizadas creencias. Sin embargo, fué un *entrañable* amigo de Galdós durante toda su vida. No sería Galdós un *tan terrible* impío como nos lo pinta el tendenciosísimo—y dueño de *mil capillitas*—padre Blanco. El mismo Pereda lo declaró en una carta dirigida a *Clarín* que le pedía datos acerca de su amigo don Benito, forma y modo en que se conocieron. «...Y desde aquel momento quedó arraigada entre nosotros una amistad, *más que íntima, fraternal*, que por mi parte considero indestructible. cuando lejos de entibiarse con las enormes diferencias que nos dividen, más la encienden y la estrechan a medida que pasan los años. Nuestra correspondencia epistolar ha sido frecuentísima durante algunos inviernos, y muy rara la carta en que hemos tratado en serio cosa alguna; y tanto de esas correspondencias como de nuestras conversaciones ínti-

mas, he deducido siempre que, fuera de la política y de *ciertas materias religiosas*, en todas las cosas del mundo, chicas o grandes, estábamos los dos perfectamente de acuerdo.» Advierto que he subrayado las frases que he creído oportunas en el anterior retazo de carta. Porque me conviene patentizar que fué *fraterias religiosas* discrepaban. Lo cual Pereda y que únicamente en *ciertas materias religiosas discrepaban*. Lo cual quiere decir que *en las más* estaban de acuerdo. El réprobo Galdós no era ni tan ni tal réprobo.

Con la sencillez naturalísima, con la espontaneidad admirable con que Galdós escribía siempre, en sus *Memorias de un desmemoriado*, único de sus libros en que él es él, protagonista, colocado en primer término, delante de las candilejas encendidas, declara: «Algunos creen que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto. Pereda tenía sus ideas y yo las mías; en ocasiones nos enredábamos en donosas disputas, sin llegar al altercado displicente. En verdad, ni don José María de Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros.»

Ya sé yo que nadie de la *acera de enfrente* va a creer a Galdós, como vulgarmente se dice, *por su cara bonita*, aun cuando bien merece crédito quien jamás mintió fingió o disimuló, lo mismo cuando declaraba lo que iba en su desdoro que cuando confesaba cuanto pudiera librarle de sambenitos y dicterios; quien poseyó la gracia en su arte, el valor en sí mismo y generosidad en su corazón. Pero si nadie de la *acera de enfrente* le puede creer *por su cara bonita*, sí le pueden creer todos por sus obras. Pudiera yo recalcar aquí numerosísimos ejemplos. No lo haré sino de uno: los conmovedores diálogos entre Luisito Cadalso, *transportado*, y Dios en la inolvidable novela *Miau*. El escritor que es capaz de llegar a tales extremos de delicadeza en mate-

ria espiritual no puede en modo alguno carecer de profundos sentimientos religiosos.

★

Apóstol del verbo castellano. Portavoz de las aspiraciones de la raza hispana. Sí, nada más justo que calificar así a nuestro Galdós. Yo añadiría algo más: Lope y Galdós son los dos genios españoles que más *obsesivamente* se entregaron a la ejemplar tarea de desvivirse por España. Tuvieron una exaltada fe única: España. Creyeron a pie juntillo que nada valía tanto como ser español. Intentaron dar *cuerpo y alma* sólidos a todos los trances españoles. No pensaban sino en España. No hablaban sino de España. No se notaban inspirados sino por España. Disculparon fácilmente, cuando no encubrieron con ladino regocijo, los males de España.

En un país como este nuestro, donde siempre abundó tanto la pedantería, que, con flaqueza mayúscula y avinagramiento corrosivo, alardeó de una injusta desafección para lo castizo, sugiriendo una servil e inmerecida exaltación de lo exótico y contribuyendo en una medida impresionante a la leyenda negra antiespañola, el patriotismo incondicional, gozoso, fuerte, de un Galdós no puede menos de maravillar.

Y no se piense que el patriotismo de Galdós fué—lo que en nada menguaría su grandeza y eficiencia—un patriotismo *ganado* con la reflexión de los años, una efusión *fingida* por el deber. El patriotismo de Galdós fué—para serlo de raíz, de tronco, de fronda, de flor y de fruto—congénito, inadvertido, indefectible, fluyendo de él en una comunicación emotiva, cuya impresión y trascendencia pasan. Nada de estudio. Nada de reflexión. Nada de conveniencia. Galdós idolatraba la España del pasado, la España de su presente, la futura España. Creía en ella. Esperaba de ella. Ni sus labios ni su pluma jamás se mancharon con una frase en que latiera el menor desafecto

momentáneo por España. Es muy corriente que los españoles pedantes achaquen a su patria los desafectos y los males que les llegan de sus compatriotas. Cuando éstos no contribuyen al buen vivir y al mejor afamar de aquéllos, España es la que debe taparse los oídos y pagar, por contera, los vidrios rotos. El españolismo de Galdós es como un mar interior, cálido y terso, donde debieran bañarse todos los españoles en cuanto sintieran titubear su fe en los destinos patrios. El baño moroso en ese mar los roboraría para mucho tiempo.

Da una alegría inmensa, a cuantos amamos a España sobre todas las cosas, leer esos cientos de páginas galdosianas donde refulge y rebosa tanto amor español, como un hálito de bendición.

Todos sabemos que Galdós viajó bastante por Europa. ¿Podemos creer que un espíritu tan sutil como el suyo no advirtiera esfuerzos grandiosos de cultura, motivos prodigiosos de arte, efectos de inmarcesible trascendencia, paisajes conmovedores, peripecias sociales granadas en la ejemplaridad, primores de tono y de tino, que nada tenían que ver con España y que aun superaban a sus similares españoles? En modo alguno. Pero, por un sentimiento más fuerte que el de su sinceridad, Galdós *no acusaba* las impresiones pasadas a su alma por lo exótico. Regresaba a España pronto, le urgían el cielo, el aire y la luz de España. Como Velázquez, perdía Galdós la gana de vivir y el afán de pervivir fuera de la patria, y hasta sentía mermadas sus facultades artísticas. Ya pisando suelo español, Galdós reverdecía y fructecía. Realmente, a no vivir en una época en que se tenían muy en cuenta para la consideración pública los viajes por el extranjero de los hombres populares, Galdós, como las de Cachupín, *se hubiera quedado en casa*. Pero... ¡Cualquiera convencia a las masas petulantes *fin de siglo* de que se podía ser un gran hombre sin haberse asomado a los Pirineos, a los Alpes, al Canal...

Me figuro el frote de manos de Galdós, las chiribitas de sus ojos, el contoneo de su cuerpo, sus ganas de finflanear *por ahí*, nada más de sentirse rebozado por el viento carpetano, cobijado por el cielo más alto y más delgado del mundo. Para nacer, España. Para vivir y desvivirse, España. Para morir y perdurar, España. ¿Verdad, don Benito? ¡Claro que sí! Porque todo lo que está fuera de España, y vibra, y pasa, y se perenniza fuera de ella, naturalmente que tiene importancia..., ¡pero menos!

Por cuanto llevo escrito acerca del patriotismo de Galdós no se crea que era casi, casi patriotería. Se le ha acusado de *chauvinisme*. Injusta acusación. Porque residía en su corazón el patriotismo, estaba nativamente preservado de la chocarrería patriotera, de la cual ha dicho un español insigne que está compuesta de «heces de aquel néctar, con las cuales suelen embriagarse los desventurados en quienes jamás logran los afectos desprenderse del apetito». Tal vez nadie, como Galdós, ha dicho tantas verdades a la Madre Patria. Galdós, en efecto, exaltó todos los valores espirituales, todos los hechos memorables, todas las guerras gloriosas de España; pero fué también el notario más implacable de sus derrotas, de sus claudicaciones morales, de sus tendencias subversivas, de su política gurrumina y cochambrosa. Con muchísimo respeto, como ahorcaba el *Pedro Crespo* de Calderón a los capitanes malhechores, Galdós se encaraba con su España para reprocharle sus defectos y sus vicios. Pero, a diferencia de los ingenios pesimistas de la llamada *generación del 98*, Galdós no creyó nunca que hubiera que cerrar el sepulcro del Cid con siete llaves, ni que los males de España fueran irreparables y vergonzosos. Para Galdós, de esos males, dignos de no ser olvidados para una inminente revulsión, podían sacarse grandes enseñanzas en el futuro. Para Galdós no era España, en su pasado inmediato, rea de culpa, ya con sentencia condenatoria irreformable

en trance de ser ajusticiada. ¡Qué iba a serlo! Con todos sus defectos, después de tantas torpes caídas, España—¡y qué bien lo sabía Galdós!—tenía alma y fuerza, sensibilidad e ingenio, traza y estilo para recuperarse, para rectificar, para afirmarse en su indiscutible categoría de nación madre de pueblos y guía de civilizaciones. Y sabiéndolo así, Galdós, por imperio de su amor, supo disculpar los mayores desastres españoles. Después de los reproches, su última palabra era de efusión cordial o de esperanza. Jamás el desánimo español prendió en Galdós. Inconmovible fe la suya en el destino de España. Acaso esta fe fué la que le permitió adentrarse a fondo en nuestro siglo XIX, lleno de titubeos y de pequeños caos, sin que al salir de él presentara síntomas de intoxicación o melancolías incurables. Si desde el consejo divino dado en el Evangelio mucho hay que perdonar al que mucho ama, ¡cuántos perdones de España merece Galdós! Parece mentira que en esta época, en que tanto se busca una *fe sólida en España* y la exaltación incondicional de sus valores tradicionales, pueda ser atacado el autor de *Realidad* con pretextos comineros y con reticencias de camarilla. No andamos tan sobrados de españoles insignes, henchidos de aquella fe y con capacidad de realizar tal exaltación, para que podamos entretenernos en poner chinitas al paso del más auténtico de todos ellos. Porque, se diga lo que se quiera, el amor a España nos fué servido en homeopáticas dosis por los demás grandes novelistas de la época galdosiana; escritores ilustres que andaban más preocupados con la exaltación de sus *patrias chicas* y con las triquiñuelas de sus gustos localistas. Y conviene no sólo sentir el amor íntimamente, sino trabajar para el amor con un deseo manifiesto y con una patente constancia. Precisamente fué Galdós el escritor más atacado, más repudiado por los *pensadores* de la llamada *generación del 98*—generación pesimista, fría y descastada, con raras ex-

cepciones... que se dieron quince o veinte años después—a causa de lo que ellos llamaron *patriotismo cerril* de don Benito. En 1898 el patriotismo, al decir de tales pensadores, había naufragado en Cavite... Y a España no se la podía *resucitar* con patriotismos, pues que había que *rehacerla* con lucubraciones filosóficas. Y más que amarla, ponerla a rígida tutoría de ilustres pensadores.

«Galdós—escribe Maura—respira siempre, siempre, cariñosa solicitud filial por las cosas españolas. Advirtamos cuánta ocasión tuvo para esta efusión patriótica, porque recorrió con la mirada escrutadora los más doloridos repliegues de la existencia contemporánea; manejó y amasó el fango, pútrido a veces, sangriento otras veces, que fué abundantísimo en aquellas lastimosas postrimerías de la décimotava centuria, y en las no menos lamentables gestas políticas de la décimonona. Sin embargo, nunca asomaron acritudes de la desafección ni frialdades del menosprecio; ni siquiera faltó la simpatía, que suele presentarnos como explicable aquello mismo que hemos de vituperar, en lo que no nos es indiferente. El españolismo de Galdós está, pues, en el tejido mismo de sus obras y no sólo en la elección de asuntos, para los numerosos episodios nacionales, y las novelas, y las piezas teatrales, que bajo esta nota característica se comprenden.»

Naturalmente, siempre que se ha salvado España ha sido por el amor y por el patriotismo *estilo* Galdós, jamás por las lucubraciones filosóficas de cuantos afirmaban querer a España *con la cabeza*.

Galdós no se limitó a delatar su patriotismo en sus obras literarias. Su vida fué una constante excitación de su amor a España. Durante sus años mozos y viriles, cuando sus medios económicos y sus tareas creadoras se lo permitían—y muchas veces liberándose de éstas y sin auxilio de aquéllas—, Galdós recorrió toda España *gota a gota*. En trenes horrisonos y sucios, en tarta-

nas crujientes y empolvadas, sobre jarmelgos aplomados, a pie *y sin alforjas*, marchaba a regocijarse por los pueblos coleccionando paisajes, tipos y caracteres, costumbres y usos, aficiones y afanes. No, a Galdós no le agradó jamás un plan turista para recorrer la vieja piel del toro ibérico, ni ese plan en el que entran los viajes rápidos en convoyes con vagón restaurante, la prisa ambulatoria por las ciudades a merced de una guía impresa o de un guía loro, el *pasar la vista* sobre todo sin ahondar en nada y el interesarse únicamente por la emoción súbita. Galdós viajó, ya lo he dicho, *gota a gota*. Lento, lento, lento. Avido de lo grande y de lo nimio. Fisgando. Dando la vuelta a todo. Enterándose de lo fundamental y de lo accesorio, de lo que le importaba y de lo que —decían—no le importaba.

Galdós conoció, en espíritu perito, todos los juegos de luces de las tierras españolas; todos los tonos, y aun los matices, de los paisajes por regiones, por provincias, por localidades; todas las fertilidades y las esterilidades de cada legua; todas las probabilidades y las *malograciones* de cada momento. Galdós amaba a España no con ese respeto e inclinación cordial que tienen los hijos hacia sus madres exclusivamente por saberlas tales, aun cuando entre ellos media una zona de incompreensión y un clima de suspicacias, sino con ese otro amor macizo y creciente que prende entre las madres y los hijos por la convicción de cada día, por el afecto contrastado de cada día, por la identificación de cada día, sabiéndose ganados, más que por el azar fisiológico, por la espiritual voluntad. Es decir, no porque hubiera nacido fatalmente en España la amaba Galdós, sino porque creía que en ninguna otra parte mejor podía haber nacido, porque se notaba a gusto viviendo en ella, porque sus aficiones, afanes, sentimientos y aun sensiblerías, pequeños y grandes orgullos, defectos y rutinas, características y posibilidades, eran los mis-

mos que los de España. Sus fallos eran los españoles. Y sus éxitos. Y su refrán, aquel que dice: «Bien merece quien a los suyos se parece.»

Si al regresar Galdós de alguna de aquellas excursiones *gota a gota*, tundiéndose de cuerpo, ligero de alma, alguien le hubiera preguntado: «¿Desearías poder enmendar algún yerro, algún malogro de los que has sorprendido?», Galdós habría contestado, impertérrito: «¡Ninguno!» Si a Galdós alguien le hubiera preguntado: «¿Desearías añadir algo eficaz, algo glorioso en estas almas y en estas tierras de tu patria?», Galdós habría contestado, contundente: «¡Nada!» Porque, aun cuando perorando o escribiendo pareciese desdecirse, no hacía sino ejercitar ese derecho tan español *del pataleo* y darse el gustazo de ese contrasentido tan español de *írsele toda la fuerza por la boca*. La única verdad late en lo más íntimo de la sinrazón. En el amor apasionado, la sinrazón es el único cicerone aceptable.

Cuando ya viejo Galdós—y ciego—, en su tertulia de la calle de *Hilarión Eslava*, algún admirador apasionado del maestro, para excitarle, y mientras nos guiñaba un ojo, se lanzaba al panegírico de una nación cualquiera, enunciando sus bellezas naturales, sus enormes contribuciones a la historia de la cultura universal, sus futuras posibilidades, su disciplina política, Galdós dibujaba en su rostro una débil sonrisa, no sé si de reafirmación de algo o de desdén por algo.

—Qué, don Benito, ¿qué le parece? Ser súbdito de una potencia así debe de producir un orgullo inmenso. ¿Verdad que sí, don Benito?

Y don Benito se limitaba a replicar con una voz húmeda y caliente, natural y profética:

—Sí..., sí... ¡Pero España...! ¡Como España...!

Y todo su rostro ciego se llenaba de las viruelas gloriosas de mil ojos iluminados.

★

La misma crítica que dictaminó que Galdós era un novelista frío y anticlerical, decidió que fuese también un mediocre retratista de mujeres. Esta crítica ponderó mucho la delicadeza feminista de Valera—padre de las deliciosas *Pepita Jiménez*, y *Doña Luz*, y *Juanita la Larga*—, de Palacio Valdés—engendradora de *Maximina* y de *La hermana San Sulpicio*—, de Pereda—creador de *Sotileza*—, del padre Coloma—reanimador de *Currita Albornoz*—. ¿Qué le han hecho las mujeres a Galdós—parecían preguntarse los severos aristarcos—, que así las trata con tan escaso entusiasmo?

La pregunta es pérfida o es idiota. Se necesita no haber leído las novelas galdosianas o querer tergiversar su realidad para hacer semejante pregunta. Poco después de morir Galdós, durante un ciclo de conferencias que organizó Guillermo Dendariena en honor del genial novelista, un gran escritor profundamente español—y de la llamada *generación del 98*, y de los que se curaron de sus pesimismo y de su iconoclastismo *veinte años después*—, Ramiro de Maeztu, declaraba, ante Dendariena y otros escritores, en la famosa *cacharrería* del Ateneo, que Galdós «fundamentó en el amor toda su obra; la génesis de su obra es el amor; el amor a las mujeres, sobre todo».

Y es una honda y alta verdad. La galería de mujeres extraordinarias que presenta la producción galdosiana causa verdadero pasmo, y no admite parangón, ni en calidad ni en cantidad, con la que pueda presentar otro gran novelista de su época. De la producción narrativa de Palacio Valdés, de Pereda, de la Pardo Bazán, de Valera, de *Clarín*, de *Fernán Caballero*, de Picón, recordamos, con muy buena memoria, cinco, seis, ocho tipos de mujeres en cada galería. De la galería de Galdós recordamos, sin esfuerzo ninguno en la evocación, treinta o cuarenta. Estas extraordinarias mujeres galdosianas pertenecen, en su mayoría, al tipo femenino *encantador*.

Si, son encantadoras por su belleza física, por su delicadeza temperamental, por su dignidad moral, por la hondura de su apasionamiento, por la gracia impresa en sus gustos y en sus ademanes.

Si se recuerda con emoción a *Pepita Jiménez*, de Valera, no me explico cómo puede recordarse menos a *Gloria de Lantigua*, más bella, culta, piadosa, tierna y apasionada que aquélla, a la que aún excede en la grandeza trágica de su destino. *Rosarito*, la hija de *doña Perfecta*, es el bien, la inocencia y el amor personificados en una encantadora criatura. Si se recuerda con simpatía inefable a la *hermana San Sulpicio*—de Palacio Valdés—, resulta absurdo que se pueda olvidar a la *fea divina Solita Gil de la Cuadra*, la novia abnegada de Salvador Monsalud, encantadora mujer llena de abnegación infinita, cuyo destino fué sufrir y cuidar enfermos, y, sin embargo, siempre dulcemente alegre, melancólicamente abnegada, virgen prudente incansable—¡qué viva siempre la lámpara de su espera!—, cuya sonrisa iluminada jamás falló en su rostro, ni aun cuando el secreto de su corazón estaba oprimido por cien paralelos de angustia y por mil meridianos de desilusión.

En la galería femenina de Galdós se hallan los retratos inimitables de mujeres de excepción en todas las categorías sociales. Los retratos están conseguidos de *mano maestra*. Los modelos *viven* en ellos y hasta se descubren por *dentro*. No hace falta que nos hablen. ¿Quién necesitará que hablen, para que se nos confiesen, el *Felipe IV* y el *Oliveres*, de Velázquez; el *Felipe II*, de Pantoja; los familiares del *Carlos IV*, de Goya; el *Fernando VII*, de Vicente López? ¡Que se ahorren las palabras!, digo yo, que ya hablaron por ellos, en confidencias que ellos no hubieran hablado, los retratistas geniales. Lo mismo sucede con los retratos literarios de Galdós. Sus modelos pueden callar; porque sobradamente nos declaran con sus silencios. Sí, visitando con el ánimo alerta la galería

femenina de Galdós, comprendemos que *Clara Chacón*, la protagonista de *La Fontana de Oro*, no puede ser sino—además de hermosa, que a la vista está—espiritual, triste, resignada, activa de pequeños esfuerzos trascendentales; *Victoria de Moncada*, la deliciosa monjita de *La loca de la casa*, es apasionada, suave y, al tiempo, de firme voluntad, aguda de ingenio, tozuda en sus afanes, alegre, sabia en ejercitar con entereza sus seductoras femineidades; *Marianela*, ahí está, feúcha, raquítica, con su volcán oculto sin posibilidad de romper... por donde sea, reconcentrada, furtiva como una sombra, leve como una nube, a merced de las luces o de los vientos; *Inesita*, la hija natural de *Amaranta* y de don Luis de Santorcaz, la novia de Gabriel Araceli, el protagonista de la primera serie de los *Episodios nacionales*..., tiene el don especialísimo de poner todas las cosas y a todos los seres en su verdadero lugar, un privilegiado entendimiento, un buen sentido cual se ve muy pocas veces en personas de su sexo, el espíritu más tranquilo y equilibrado y claro y dueño de sí mismo que pueda imaginarse, sencillez espartana; *Amparo Sánchez Emperador*, la seductora *Tormento*, belleza grave, a la vez clásica y romántica, llena de melancolía y de dulzura, hembra capaz de todas las abnegaciones sublimes y de todos los sublimes remordimientos; la santa *Guillermina Pacheco*, una de las más cautivadoras mujeres creadas por Galdós, honesta y dignísima, ardiente de amor al prójimo, inflexible y serena dueña de una perseverancia grandiosa; la novelera *Papitos*, criadita de *doña Lupe la de los pavos*, espigadilla y feúcha, más viva que la pólvora, más alegre que unas castañuelas, contestona y muequera, golosa y curiosonaza; la despota, fría, intransigente *doña Perfecta*, hermosa aún, desdeñosa de toda presunción, maestra en el dominar y en el provocar antipatías; la de *Bringas*, guapota y cabeza a pájaros, vehemente, pre-

tenciosa, insaciable de soñadas grandezas, manajo de nervios...

Llenaría muchas páginas describiendo, aun sucintamente, todos los retratos de esta galería femenina de Galdós. ¿Quién insinuó que fué el genial novelista un frío retratista de mujeres? Emociona, a cuantos *saben leer* a Galdós, la delicadeza, el entusiasmo difícilmente disimulado, con que prueba Galdós a las mujeres. Mano de seda tiene para referirse a ellas; y, generalmente, cuando pinta a una mujer joven, la concibe como modelo de grandeza ética, como fuente pura del bien. ¿Qué fácilmente se adivina cómo Galdós sufre cuando una de estas mujeres, que él creó adorables, ha de someterse a los rigores de una mala fortuna! En algo más significativo se conoce la noble afición de Galdós a las mujeres. Naturalmente, en las redes echadas al mar vital, no pocas veces, quedan prendidas desdichadísimas hembras de las llamadas *de prostíbulo*. Galdós no titubea en sacarlas a la luz y a la vergüenza públicas; pero que nadie piense que las pintará fríamente en su malidad. La desgracia, la pobreza moral, la miseria social de estas mujeres encontrarán en el pincel del maestro un suave destello luminoso, una encontrada lejanía de comprensión y de lástima.

No se sentirán ellas ofendidas al verse retratadas así. Un autor excepcional—por la sensibilidad y por la sana reacción cordial—como Galdós nunca describirá esos tipos recreándose en la pintura. No marcará demasiado el dibujo. No reforzará con exceso los colores. En una palabra: como *no es naturalista*, no se cebará contando a lo vivo, uno por uno, todos los pasos de la mala fortuna femenina. Dirá de tales mujeres lo que deba decir para *situirlas en la verdad*, pero sin ofenderlas, sin mostrar al detalle todas las complejidades sutiles de su deshonor. Uno de los más finos críticos galdosianos—por haber sabido penetrar a gusto y con ojos sutiles en el bosque de Galdós—, me refiero a Gui-

llermo Dendariana, ha escrito acertadamente:

«Galdós, describiendo así el alma de la mujer, que tantos y tan variadísimos matices tiene y que para los poetas y para los hombres vulgares vino a ser siempre un arcano, saca de ella, entre sus muchísimas y raras modalidades, la de la bondad y el sacrificio, para exaltarla y poner más de relieve lo mucho bueno que hay en ella. Pinta, crea, escoge en su imaginación tipos de mujeres buenas, y aun santas (en lo que la santidad quepa dentro de lo humano), para demostrar que han existido y que puede haberlas, y para realzar, dignificándolo, al sexo que por su debilidad, por las injusticias sociales con él tantas veces cometidas, y por llevar en sus entrañas escondido el germen de la Humanidad, merece de los hombres que en justicia puedan ser llamados tales *hombres* todos los honores y todo el mayor amparo.»

Siempre fueron virtudes de Galdós—superadas al referirse a las mujeres—: ver, juzgar, comparar y perdonar.

Tampoco ningún otro gran novelista español puede presentar una galería de retratos de niños tan completa, tan genialmente lograda, de tantas *piezas* como la de Galdós. ¿Quién dijo que Galdós era un escritor impávido, indiferente a la infancia? Jamás oí semejante majadería. Las pocas, las muy pocas veces que Galdós perdió sus riendas de director impasible del cotarro novelesco las perdió por culpa de los niños. Por preocuparse de ellos. Por hacerse niño como ellos. Ni la Pardo Bazán, por escritora excepcional, por mujer y por madre, creadora de tipos infantiles inolvidables—recuérdese la *Nené*, hechizo del doctor Moragas, en *La piedra angular*—ha superado a Galdós *pintando niños*. Pueden ustedes admirar algunos de estos retratos imposible de mejora. Aquí tienen ustedes a *Rafaelito Rico*, alias el *Majito*, personajillo de *La desheredada*, el más

bonito, el más gracioso, el más esbelto, el más engañador y salado que en su barrio había, dueño de un vocabulario con graciosos solecismos, devorador de medio idioma y deshuesador del otro medio, boca de ángel chapado a lo granuja, los ojos luceros, niño de quien estaba más orgullosa su madre *que si hubiera parido un príncipe*. Este otro es el conmovedor *Riquín*, el hijo de Isidora Rufete, macrocéfalo, de una precocidad alarmante, a quien su fealdad física no le priva de su gracia ni de otros encantos de la niñez. Reparen ustedes en *Celín*; seis años tiene; y cabecita de una hermosura ideal; la tez morena por la acción constante del sol; los ojos expresivos, grandes y luminosos; la boca siempre risueña; la dentadura blanca como la leche y fuerte como el hierro, como para poner entre ella un medio palo y lo parte como si fuera una pajita. Admiren ahora a *Celinina*, preciosa niña que murió con el deseo de tener una mula y un buey para su nacimiento, el día antes de Nochebuena. A continuación les presento al triste *Valentin Torquemada*, hijo del famosísimo prestamista y de su primera mujer; Valentinito tiene tal expresión de inteligencia, que se queda uno embobado mirándole; y es guapo; y vive de una graciosa gravedad, no incompatible con la inquietud propia de la infancia; no gusta de los juegos bruscos; rehuye a los amigos; lee incansablemente; es un prodigio en el dominio de las Matemáticas; asombra a sus profesores y extasia a su padre; no da nada que hacer en su casa; únicamente en sus ojos hay como una infinita tristeza: el aviso terrible de que morirá pronto... Sí, Valentinito Torquemada tiene la expresión pálida y *hacia dentro* de aquellos infantiles españoles—Borbones o Austrias—que vivían contados años con una inminente propensión a pudrirse, sin pubescer, en El Escorial.

Es una imagen que nos ata a ella la mirada y el corazón, la de *Ción Guerra*,

la hija del famoso *Angel Guerra*. No es guapa, no... Ya la ven ustedes, delgaducha, ojinegra, más graciosa que bonita; la cara diminuta, toda expresión, viveza y prontitud; alegre, *chicote*, traviesa, aguda en las respuestas, viva en las preguntas... ¡Adorable! Delata su interés en apreciar por sí misma todas las cosas, tocándolas, revolviéndolas, examinándolas por dentro y por fuera. ¡Qué hechicéramente nos sonríe y con cuánta infantil picardía nos mira! Ción Guerra también murió prematuramente. Pero ésta sí que estamos seguros de que ni pensaba ella en morir. Fué el suyo un puro juego de ángel a materializarse y a desvanecerse. Pero quizá ningún retrato infantil nos produzca tanta intranquilidad cordial como el de *Luisito Cadalso*, el nieto y sobrino de los *Miaus*. Niño mezquino, pálido, con ojos de susto perpetuo, aterrado de vivir entre atisbos de infortunios; soso y torpe en los juegos y el más formalito en la clase. ¡Cuánto debe de llorar este niño por cosas que entiende a medias! ¡Qué sueños tendrá este niño tan fantásticos y apabullantes! Saldrá ahilado y tendido de tantas pesadillas y de tantos soponcios. Nunca será nada firme... Una hoja al viento... La aguja en el pajar que nadie encuentra... Treinta, cincuenta, cien retratos de niños, a cuál más atractivo, tiene esta galería infantil de Galdós. En todos estos retratos, como en los de mujeres, a que he aludido antes, se nota la *mano de seda* del pintor, la mano que temblaba de ternura al moverse despacio, despacio... Ya viejo Galdós—y ciego—, sedente, en una actitud impresionante que le acercaba a la piedra, pensaría más que nunca y que en nada en aquellas mujeres y en aquellos niños, criaturas suyas, nacidas de su voluntad y de su designio, que habían vivido una vida propia y libre; y que permanecían fuertemente unidas a él por los amores y por los dolores, por las virtudes y por los pecados. Sí, estoy seguro de que aquellos silencios que don Benito bordaba en-

tre nosotros, contertulios circunstanciales, estaban dedicados, más que a escucharnos, a escucharlos *a ellos*, que acudían a rodearle, como fantasmas definitivos, desde su gloria imperecedera. Oyéndolos, uno a uno, su razón clara y firme no se turbaba con sombras de recelo, ni cegaba con las ofuscaciones de la pasión o de la disputa. Más que nunca limpia y serena, le servía para, sin palabras, hablar siempre con sus criaturas en tono amable, con interés, con delicadeza, con afectuosidad.

Indiscutiblemente la ceguera le sirvió a Galdós para internarse en su mundo, en aquel mundo hecho a su imagen y semejanza, del que siempre había querido estar ausente. La ceguera le hizo al dios Galdós sentirse más débil entre sus semejantes y le empujó hacia sus criaturas, en cuyo mundo veía aún clarísimamente con su imaginación y con su corazón y en el que podía seguir ejerciendo su providencialidad.

¡Qué mal han comprendido a Galdós quienes le han calificado de *frío*! A ningún otro gran novelista le ven las generaciones posteriores tan unido, tan compenetrado con sus personajes novelescos. ¡Extraña paradoja! Mientras escribió fué Galdós el menes mezclado con ellos, el que más se resistió a compartir su vida con sus vidas, en tanto que Palacio Valdés, la Pardo Bazán, *Clarín*, Valera, Alarcón y *Fernán Caballero* se pirrabán por intervenir decisivamente en sus novelas, disputando con sus valores humanos a los seres ficticios la sugestión de la *vida distinta*. Pues bien: muertos ya todos estos admirables creadores, es Galdós el que se muestra más hundido en sus obras, más inseparable de ellas. Para *llegar bien* a Galdós debemos atravesar antes alguna de sus novelas, de sus *Episodios*, de sus dramas. Los otros permanecen *al lado* de sus obras. Y si por éstas se los puede juzgar mejor, no nos hacen demasiada falta para componer sus biografías.

Quien así se explica por sus cálidas

obras, como Galdós, no creo que merezca el calificativo de *frío*. Porque no cabe dudar de que es el autor quien lleva al clima de sus obras las calorías de su temperamento. Sí, que nos ayude el refrán a ser contundentes e incontrovertibles: «Nadie puede dar de lo que carece.»

★

¡Si sabrá Dios cómo son y lo que *dan de sí* sus criaturas! ¡Si sabría Galdós lo mismo de las suyas! Nada de particular tiene esto. Cogía el novelista a los personajes novelescos y llevándolos al almirez de su fantasía los majaba bien hasta sacar de ellos la quinta esencia de todas sus cualidades buenas y malas y medianas. ¡Ya lo creo que los conocía bien! Por el derecho. Por el envés. Este conocimiento superior y completo lo recalco para explicar por él el *humor* de Galdós.

Aún no está perfectamente definido el humor. Para intentar definirlo se ha empezado por alejar de él estos términos: sarcasmo, ironía, socarronería, pesimismo, burla, guasa, zumbonería, sátira. Todos estos términos—no tengo por qué definirlos ahora—encierran una dosis más o menos grande de crueldad. El humorismo, no. Tampoco intentaré definir el humor. Pero sí diré que el humorismo, cuya expresividad tiene algo de semejanza con los otros términos apuntados, carece en absoluto de crueldad. Y carece de crueldad porque ésta no puede reaccionar positivamente en ninguna aleación en la que entre el metal precioso de la ternura. El más fuerte antagonismo entre las emociones es aquel que se da entre la ternura y la crueldad. Son términos antitéticos.

Galdós nunca supo hablar con zumba, ni satirizar, ni burlarse de sus criaturas y de las pequeñas miserias de sus criaturas. Generalmente el satírico y el irónico no son creadores. Y, como las madres que no han parido, no se dan cuenta cabal del inmenso valor senti-

mental que tiene esa amasijo de lodo y luz que es el hombre. El irónico, el satírico destilan su venenillo circunstancial contra los *hijos ajenos*. Muerden su carne, que no es su carne. Galdós fué un creador incansable; paría a sus criaturas con dolor y con gozo. ¡Cómo podría herirlas sin herirse!

De los males, de los defectos de sus criaturas, únicamente sabía reírse con cierta malicia atemperada de ternura, ni más ni menos que un buen padre. Molestar un poquillo, sí. Excitar otro poquillo, también. Provocar una reacción, por supuesto. Pero sin llegar a la carne viva. Sin que el hijo deje de *adivinar* en la expresión paterna ese recóndito amor que pone una contera a la punta buída para que, dando en el blanco, no penetre en él ni a primera sangre. El humorismo de Galdós es atrayente, de puro bonachón y confidencial y amistoso. Reprocha a los niños y se enfada con los defectos, pero siempre con indulgencia, como quien sabe que la criatura no tiene la culpa de ser como es, y que si la tiene ya lleva en sí misma el castigo más adecuado, que es la propia falta de virtud. Galdós *parecía más padre que nunca*, gastando este humorismo suyo en provocar reacciones favorables en el alma de sus criaturas, y melificando con su mirada la irritación que sus palabras pudieran levantar. Las pocas, las muy pocas veces que Galdós se sulfura y cae del humorismo en la ironía y de la ironía en la befa, y se muestra cruel, el mundo se enfrenta con personajes *no paridos por él*, los llamados históricos, y principalmente si son *personajes políticos*. Y se explica esta excepción porque en estos personajes encarna Galdós los vicios y los males de su España.

★

También ha puesto la crítica reparos a Galdós como historiador. ¿Fué Galdós historiador? ¿Cuáles son las virtu-

des que se exigen a un historiador? Sagacidad en la búsqueda de los manantiales. Técnica en la utilización de las verdades recogidas. Eliminación rigurosa en los materiales inservibles. Exposición clara y sustanciosa de los sucesos y dibujo concreto y rígido en los retratos. ¿Poseyó Galdós tales virtudes? Indudablemente, y en un grado sencillamente admirable. Sino que, además, con un *arte* excepcional supo quitar a sus conocimientos históricos la rigidez, la falta de poesía, el énfasis, el gesto ceñudo que suelen tener las obras de los historiadores *a secas*. Cuenta *Clarín* que *El Curioso Parlante* — Mesonero Romanos — quería como a un hijo de sus más caras aficiones al autor de los *Episodios*, y admiraba «que sin haberlos vivido conociese tan bien aquellos tiempos a que Mesonero consagraba un culto».

Inapreciable es una opinión tan autorizada como la de Mesonero Romanos. Galdós historió todo el siglo XIX español. Mesonero Romanos vivió con los mil ojos de Argos aquella primera mitad de siglo que Galdós no conoció. Y, sin embargo, Mesonero Romanos, insuperable cronista, declara que el novelista conocía *tan bien como él* aquellos tiempos. Si para narrar bien la historia, o hay que haberla vivido, o hay que haberla sentido mucho, no cabe otra solución que achacar a Galdós la suprema emoción del que intuye *por corazonadas*. La historia de todos los pueblos de la tierra será tarea ardua para el expositor; pero se me antoja que la de nuestro pueblo, por una especialísima idiosincrasia, exige extraordinarias dotes de estudio, de intuición, de talento. ¡La Historia tiene alma! El alma de la Historia es la patria. Quien más pasión patriótica siente está más cerca de conocer la verdad histórica. Ya he dicho machaconamente *muchos algos* del patriotismo inmenso de Galdós. A mí no pueden, pues, asombrarme estos aciertos absolutos del genial creador *cuando interpreta a España*. Dime a quién amas y te diré a quién compren-

des... Porque a quien me diga que, infinitas veces, la pasión quita el razonamiento, le replicaré que quien ama irrazonadamente es porque se asusta de pensar que si razonara no podría amar a quien ama y como ama.

Ni el más sutil de los historiadores ha podido acusar a Galdós de apartarse de la verdad o de tergiversarla. Porque conviene advertir que Galdós, aun cuando suma a lo histórico lo novelesco, no los confunde. En cada *Episodio* galdosiano el lector apenas avisado sabe en seguida hasta dónde llega la verdad y dónde empieza la ficción, cuáles son los personajes históricos y cuáles los novelescos. Son el arte y la sensibilidad quienes se encargan de poner la armonía necesaria de conjunto para que la ficción y la verdad, inconfundibles, nos den la impresión de *fundidos*. La labor de Galdós historiador es la mágica de *reavivar* un cuadro de época, un tanto frío, con unos toques de pintura fresca, audaz, temperamental; pinceladas que el artista no disimula porque su pretensión no es *ocultar*, sino *resaltar*. Galdós poseía en grado sumo los tres fervores más gratos a Clio: el fervor por la Verdad, el fervor por la Naturaleza y el fervor por la Vida. Dondarlena escribe así acerca de Galdós historiador:

«He aquí lo que tanto favoreció a Galdós, Galdós sintió y vivió la Historia que él ha escrito. Vivió una parte de ella, y sintió la otra como artista, no como narrador frío y desprovisto de sensaciones de ternura. Y he aquí la característica de sus obras históricas. La ternura mezclada a la razón de los hechos; el sentimiento corriendo al margen de los fríos relatos históricos. Galdós coge una narración, un suceso, mejor dicho, y de una cosa que otro haría un relato frío, soso, sin gracia, él, mezclando los personajes reales con los supuestos, la lógica con la poesía, la fantasía con la realidad, crea a su modo otra historia, / que al propio tiempo, y sin que ello

sea paradoja, pareciendo distinta, es la misma, la verdadera y la única Historia de España. Las otras, con los cuentos de detalles, crímenes, asesinatos, envenenamientos y demás, no parecen historia de un pueblo, sino la crónica oficial de los sucesos del mundo. Esos historiadores no semejan ser historiadores, sino reporteros en grande escala.»

Aún cabe sumar este nuevo elogio: que para contar con proflijidad de sentimientos, o con proflijidad de detalles, una Historia tan colosal como la nuestra; y así es como la cuenta Galdós, se presan el genio de comprensión y el genio de expresividad. No sé si será porque he odiado yo siempre *la historia en conserva* por lo que me admira el modo de historiador de Galdós. Galdós no quiere darnos lo *histórico* ya embalsamado perfectamente y como preparado para la solemnidad de las vitrinas del museo, para *achicar* a los boquiabiertos ante los armarlos con dogmáticas cartelas. Galdós intenta siempre—y lo consigue—insuflar vida en las momias. Las momias resucitadas por Galdós se largan del museo a vivir sus vidas entre los aires de otras generaciones, sin mezclarse con ellos, pero sin asustarlos y sin asustarse. Y justo es afirmar que, a veces, viviendo en las obras de Galdós, tienen más verdad humana los personajes evocados que los personajes actuales. En mi entender, esta afirmación implica el mayor mérito de un historiador.

Es fácil que Galdós adquiriera algunos de sus conocimientos históricos en las obras del conde de Toreno, de Alcalá Galiano, del marqués de Miraflores, de la condesa de Espoz y Mina, del general Fernández de Córdoba, libros todos de fácil acceso en los tiempos en que escribía el novelista pero; con su prodigiosa intuición superó dichos conocimientos, y, poco a poco, se fué haciendo Galdós más denso, se afinó, eliminó con gran pericia lo episódico, llegó al sentido del mismo centro de la acción histórica en la

especial manera de interpretarla, ahondó en interiores, en estudios psicológicos, en complejas individualidades, en descripción de ambientes. La Historia de España no contada por Galdós tendría, indudablemente, al llegar a nosotros, sus mismos hechos trascendentales. Contada por Galdós, tiene, *además*, la poesía y el encanto de que el genio la ha ungido.

★

Y ahora que me saltó a los puntos de la pluma *eso de la poesía y del encanto* que Galdós prestó a la Historia—lo que, en resumidas cuentas, es prestarle el *alma*—, conviene que yo me refiera a la poesía o a la falta de poesía que se echa de ver en las obras de Galdós. Se ha dicho que Galdós no fué un poeta lírico. Aun cuando el no ser un poeta lírico no quiere decir que no se sea otra clase de poeta, vale la pena señalar qué se entiende por lirismo. Efusión o fervescencia de un íntimo sentimiento. Tendencia a reducir a poesía las propias pasiones del poeta. Moralidad en enajenarse uno mismo. Egoatría de la inspiración y de la aspiración.

Cuando se afirma la falta de lirismo de Galdós se tienen presentes, antes que sus novelas, sus *Episodios nacionales*. Si es así, cabe poco que oponer a la afirmación, aun cuando no sea justa en su pretensión absoluta. Y digo yo que más vale así, porque esa vaguedad armoniosa y esa forma amena y florida que campean en la métrica de los poetas líricos *no les van* a las narraciones épicas y dramáticas. Como tampoco *le van* al historiador las palabras llenas de rotunda y afectada elegancia ni el tono constante de pasión enfática y declamatoria. Por ello resulta, sencillamente, admirable que Galdós prescindiera—sí, *prescindiera*, ya que, como luego apuntaré, lo tenía—del lirismo para historiar novelescamente el siglo XIX español. Si resulta insufrible hoy la lectura de los libros históricos de Castelar, se debe a que el

famoso orador derramó en ellos *todas las dulzonerías de las mieles áticas y todos los trinos melodiosos de los pájaros*, es decir, el lirismo lleno de quejumbres poco masculinas y de imágenes demasiado retocadas. El lirismo, sí, peca en seguida de irreal. Realista antes que nada, Galdós tuvo el supremo acierto de renunciar al lirismo como tónica de sus *Episodios*. Sin embargo, por debajo del lenguaje épico y de la dramática expresión a que Galdós se atuvo, fluye recóndita una poesía dulce, natural, espontánea, no buscada de propósito por el novelista, que cala el relato en el fondo y en la forma. Lo que sucede es que no tiene nada de fácil encontrar la poesía de los narradores realistas.

A lo que se negó siempre Galdós, con un acierto fundamental, a fuer de historiador concienzudo y realista, fué a que preponderara en sus obras el patetismo propio sobre la verdad ajena. La fuerza épica de los principales episodios españoles del siglo XIX era un ácido corrosivo al contacto con cualquier intimidad sensiblera.

Ahora bien: en los mismos *Episodios nacionales* dos particularidades observa quien los lea atentamente: una, que en ciertos episodios—por ejemplo, *Zaragoza*—la materia histórica se desborda de tal modo, que anula la acción privada, al paso que en otros—por ejemplo, *Cádiz*—, domina la acción novelesca, quedando la historia reducida a contadas anécdotas. La segunda particularidad es que en los *Episodios* más novelescos predomina insensiblemente el tono lírico, y el épico en los más históricos. Con lo que queda patente la voluntaria tensión que supo dar Galdós a su lirismo, atemperándolo a los temas.

Tampoco le falta lirismo a Galdós en sus novelas, sino que, como en los *Episodios*, sabe dosificarlo con discreción asombrosa, hasta el punto de que no empache al lector ni deje los temas blandengues. Pero el ejemplo de *Marianela* es bien decisivo. Pocas novelas españo-

las tan íntegramente, tan delicadamente líricas. *Marianela* empareja dignamente con aquella deliciosa *Mignon*, creada por Goethe, la amiga, la hija adoptiva de Guillermo Meister, figura inmortal de la literatura moderna. *Mignon* y *Marianela* son dos novelas dictadas por el corazón—en tales casos, tan grande como el genio—, en las que fluye el más puro, el más intenso, pero el más discreto lirismo. Dos novelas que turban deliciosamente nuestra emoción cordial. La varita mágica sentimental de Goethe también la poseyó Galdós. Sin embargo, como aviso a los muy suspicaces, advertiré que *Marianela* únicamente guarda semejanza con *Mignon* en el fondo humano, pero ni la más pequeña en la labor artística.

En otras muchas novelas galdosianas, aun en aquellas que más fama tienen de realistas—de *naturalistas* según el tendencioso padre Blanco y sus desafortunados seguidores—, pueden espigarse con suma facilidad ubérrimos y encantadores trozos del mejor lirismo. Los coloquios de Luisito Cadalso con Dios, algunos de los soliloquios del amigo Manso, bastantes de las lucubraciones del infeliz Maximiliano Rubín, muchos ensueños de Nazarín y del caballero *Encantado*, numerosos diálogos entre la seductora Ledé y Angel Guerra... Lirismo y del mejor rebosan muchas de las descripciones que de Toledo pinta luminosamente Galdós en *Angel Guerra*; y las infinitas de los rincones madrileños; y las maravillosas de las afueras de Madrid y de los pueblos de la provincia en *Nazarín* y *Halma*. Descripciones que no son los cuadros grandes líricos que Pereda logra de la Montaña, sino unos cuadritos deliciosos, en cuya pequeñez está lo más bello de su consecución.

Epico y lírico, ¡qué gran poeta es Galdós, desentendido de la rima y aun del ritmo! Poeta excepcional porque no nos estorba en sus obras la maleza del

énfasis, de la declamación, de los tópicos, de la sensiblería.

Aquí, en España, en cuanto las cosas no están a flor de piel y claman por su definición, las gentes se desconciertan y no saben ver más allá de sus narices. La veta poética galdosiana no está a la vista. Para hallarla hay que cavar un poco. El esfuerzo que exige la búsqueda está en relación directa con su valor. Hay que desconfiar un poco de la importancia de aquellas vetas cuya consecución se explica con este dicho tan vulgar y tan gráfico de *llegar y besar el santo*.

Epico y lírico fué Galdós. Y sin los inconvenientes de los puros épicos o de los puros líricos, quienes, sin contestación voluntaria posible, se desbordan, anegan, terminan por cansar. Galdós, siempre dueño de sí mismo, supo dosificar lo épico y lo lírico, y abonar con ellos las tierras propicias a cada uno. Jamás el sentido épico de Galdós toca en lo ampuloso; jamás su sentido lírico suena a sensiblería.



Otro de los grandes méritos de Galdós, como creador literario, dueño de la variedad, de la amenidad y de la profundidad, está en su espíritu sutilísimo y complejo de observación.

Muchos — demasiados — escritores presumen de esta importantísima calidad, mostrándose—en exceso—artistas constantes y amorosamente pendientes de la realidad. En realidad, la observación careada por estos escritores es una observación corriente y moliente. No se les escapa nada... de cuanto pasa por sus narices. Pero, para que la observación alcance la categoría excepcional, necesita descubrir *más allá* de cuanto le rodea y sujetarse a una amplísima y muy poderosa visión intelectual que aproveche y armonice sus frutos en todo su conjunto. Esta observación asombrosa es de la que carecen tantos—demasiados—escritores calificados de observadores te-

naces, y es la que tiene Galdós como un don natural más.

Esta cualidad—en su grado máximo—fué la que hizo que Galdós pareciera seco, glacial, reservadísimo; la que le privaba de ciertas efusiones, la que le llevaba a romper su fiero mutismo únicamente para preguntar, para incitar al interlocutor, para hacerse testigo del monólogo, mientras en su mente iban rebosando las ideas y las imágenes. No parecía sino que hubiera venido al mundo únicamente para observar, para formar su represada—codicioso de verterla—prensa y solamente por el caño de su pluma.

«En tal grado le absorbía este prurito de observación, que para aquellos cuidados y haciendas que aun el común vulgo suele manejar con desembarazo, resultaba él desmañadísimo; tenía enajenada su atención, ausente su espíritu... ¿Por cuáles aspilleras y saetias de la especie de garita en que le vimos recluso otearía Galdós, y escudriñaría, para captar aquel cúmulo inmenso de observaciones?

»No puede ser sino que Dios le dotara de aptitudes excepcionadísimas para hacer de cada indicio el vértice de un amplio cono luminoso; para inducir de un rasgo el despliegue cabal y minucioso de todo un carácter; para arbolar, sobre un dato episódico, la armazón de una existencia entera; don adivinatorio que a su espíritu le servía como al experimentador la lente del microscopio, agigantadas y brillantadas las imágenes, y relevadas a él solo cien interesantísimas realidades que nos rodean, sin que las advirtamos en nuestro habitual comercio humano.» (A. MAURA.)

Si, me figuro—*como si lo viera*—a Galdós regresando cada día a su casa y volcando sobre las mesas, desde los bolsillos de su gran gabán-observatorio, todas las observaciones recogidas *por ahí*, mientras paseaba, mientras tomaba café, mientras hacía como que dormi-

taba hundido en un butacón del viejo Ateneo. Bien sabía Galdós, coleccionista de observaciones, cazador infalible de ellas en pleno vuelo, que muchas no le servían para casi nada, que muchas le servirían muchos años después. Pero... ¿cómo renunciar al placer de cazarlas? Tenía Galdós de las observaciones el concepto que tiene un trapero de las cosas, de los restos de las cosas que va atrapando por las calles. ¡Nada era desdeñable! Lo que no valiera por sí mismo valdría en relación con lo demás... Lo que no sirviera hoy, serviría mañana, o dentro de unos años. ¡Todo era aprovechable! Galdós iba guardando y catalogando sus observaciones. En su laboratorio, con paciencia infinita, iba sacándoles los defectos, y las reminiscencias las iba asociando entre sí. De esta labor pacientísima y sutil... ¡cuántos éxitos extrajo Galdós! Y jamás le importó confesar que su oficio era el de observador y que él estaba fundido de una pieza para tal oficio, el cual había de connaturalizarse con la propia y personal inhibición.

Extensa e intensa fué la capacidad de observación en Galdós. Extensa porque abarcó muchos sucesos de una accidentada y larga época de historia española; porque los hechos, los recuerdos, las efemérides, las personas actores fueron proyectados por ella con nitidez ejemplar; porque, ayudada por una poderosa imaginación, supo recoger *todo el cuadro* con sus vivos y limpios colores sobre el dibujo maestro, con el parecido en cuerpo de las figuras.

Y fué intensa, penetrante, recia la capacidad de observación de Galdós. porque en esos mismos cuadros que lograba poner en las figuras el parecido de alma, en el paisaje la atracción y la singularidad, en el color cada una de sus gamas, en el dibujo esos trazos sorprendentes que marcan las genialidades.

Galdós escritor insobornablemente realista, sabía ver, como el más perspicaz de los escritores naturalistas, lo pequeño, lo reducido, lo exiguo, lo no tras-

cidental. ¿En qué pueden diferenciarse, respecto de la observación, Zola y Galdós? Zola, y con él todos los naturalistas, hacen de este conocimiento riguroso de lo pequeño el motivo fundamental de sus obras. Cogen las cosas menudas, oscuras, pobres de la vida y sobre ellas construyen las novelas y los dramas. ¡Exaltación de lo miserable, como si en la Vida no hubiera nada más! Galdós, y con él los realistas todos, saben presentar al público esas mismas cosas oscuras y pobres, sin darles una absoluta trascendencia, ligándolas a los grandes, a los hermosos hechos de la Vida. Lo pequeño como pequeño. Lo grande como grande. Unidos lo pequeño y lo grande. Porque la observación no contrahecha advierte que en tal unidad reside la fuerza y la verdad. Para ser un maestro de la observación hay que saber mirar a todas partes, como Galdós, y sacar bien los colores a todas las luces. Los naturalistas generalmente no saben mirar sino hacia un sector, siempre creyendo que no lo han mirado bastante, que algo pudiera escaparse a esta morosa atención que acaba por quedar mórbida.

Cuando comprendemos los valores extraordinarios que sacó Galdós a su cualidad de observador genial, ya no nos choca que no fuera muy aficionado a dialogar, que fuera un hombre silencioso, que pareciera inhibirse rodeado de gentes. Muy mezclado con las vidas de cuantos le rodean, el hombre sutil *deja de ver claro*. La distancia es la madre de la serenidad. Son imprescindibles la perspectiva y la meditación para juzgar con acierto. Todo el tiempo le sobraba a Galdós para comentar algo verbalmente. Pero le faltaba el tiempo para comentar arduamente, allá en el fuero interno de su conciencia, en inacabable monólogo, aquellas observaciones apresadas por momentos. Jamás resolvió Galdós ninguna duda, jamás salió de alguna incertidumbre ni encontró gozo singular en esa comunión espiritual que

existe en el diálogo. Y, sin embargo, ¡cuántas soluciones, cuántas ratificaciones, cuántas alegrías plenarias alcanzaba él contestándose a sí mismo!

Creo que en ningunos otros espíritus como en esos abismados en sí mismos se encuentran mayores caudales de energía, tanta gracia espiritual, tal enjambre de ideas palpitantes. En estos hombres, como don Benito Pérez Galdós, a los que hay que sacar con sacacorchos las palabras, y que parecen siempre estar adormecidos, se reúnen los más altos y puros principios y las expresiones más sorprendentes de la Vida en general y de la vida de cada uno. Por tanto, cuando ellos se deciden a hablar—en nuestro Galdós, a escribir—, debemos los demás atender con verdadera devoción, librándonos muy bien de la menor interrupción. ¡Impecable realidad la de estos eternos rumiadores de sí mismos, bien enlazada con las grandes causas y con las primarias razones de todos los hechos!

No sé si ya habrá dicho alguien esta frase: la observación basada directamente en la Naturaleza y en el realismo es la verdadera fuente de la mejor cultura. Mientras nadie no reclame esta frase—que, francamente, me parece bonita y verdadera—, yo la detentaré como mía. La frase se me ocurrió leyendo a Galdós. Galdós, que no fué hombre que todo lo aprendiera en los libros, resulta un escritor perfectamente enterado de todo. Galdós delata con campechanía que lo más y lo mejor que supo lo fué aprendiendo en su oficio de observador. De observar y de intuir, aun cuando a la intuición genial le llevaba la observación implacable. Esas raspaduras, esas virutas que las ciencias se dejan en la realidad *al cepillar*—se con el sentido común, formaron el acervo cultural de Galdós. Naturalmente—y felizmente—la psicología galdosiana no era un tratado fundamental de psicología; pero era—ya lo dije: fe-

lizmente—algo mejor: la *humanización* posible de lo científico.

Esta cultura indiscutible e insobornable en Galdós es la que le obliga a dar a todos sus temas novelescos un fondo complejo de costumbres y de hechos sociales, muchas veces, apareciendo como secundario, de tanto valor y mérito tanto como el tema principal.

Dendarriena, que con tanta devoción ha comentado la obra de Galdós, opina que no hay ninguna obra suya «en la que sobre el asunto principal, a manera de fondo o marco que contiene a los personajes de la novela, no destaque la vida social española en toda su intensidad, con sus vicisitudes, con sus alternativas, con sus trastornos y mudanzas continuas. Coged la más ajena a los hechos históricos; la menos histórica y más novelesca: *Marianela*, por ejemplo. ¿No estáis viendo, sobre el bellísimo conflicto que sirve de tema conmovedor a la obra esta, flotar con singular relieve todo un problema social? ¿No es tan interesante como el argumento de la novela el cuadro sombrío del trabajo en los hornos y de la vida pobremente desgarrada y mísera de los infelices trabajadores? ¿No es también en *Misericordia*, obra que tampoco tiene nada de histórica, donde Galdós relata admirable y sentimentalmente toda la trágica epopeya de la plebe desdichada y oscura, de los anónimos y los olvidados en las últimas y más ruines categorías de la vida social madrileña? ¿Y no es asimismo, en *El amigo Manso*, en donde, no obstante ser el asunto principal el estudio psicológico acabadísimo de un tipo raro y notable de hombre ablandado ante las contingencias duras y crueles de su vida, se menciona toda la vida social que en España, en determinada época, llevaba la burguesía? ¿Y no es, por último, en *Fortunata y Jacinta* donde don Benito nos presenta todo el contenido moral y material de las gentes acomodadas en el comercio y en la política, de modo tal y en forma que las

descripciones obtenidas en esta última novela citada pueden ser modelo exacto de costumbres y características nacionales en el siglo anterior al nuestro?»

Acierta plenamente el crítico galdosiano. Cuando en un escritor se da en tal alto grado la observación, es muy difícil que pueda prescindir de ella al escribir una obra puramente imaginativa e intencionadamente idealizada. A Galdós le bullen las observaciones y se le deslizan hasta los puntos de la pluma. Y, sí, sabrá humanizar un proceso psicológico y una exaltación sentimental y una lucubración razonable. Pero la lucubración, la exaltación, el proceso arrastrarán observaciones y las sedimentarán en las orillas de su curso. Por tanto, las orillas de la novela más imaginativa, más idealista, de un escritor como Galdós, serán siempre una orillas, además de realistas, históricas. El literato observador jamás deja de *escribir historia*, Historia externa e historia interna. Yo ni me decido a sentenciar qué historia española sea la más admirable en los *Episodios nacionales* de Galdós, si lo espectacular de los reyes, las batallas, las revoluciones, los politiqueos, o la *entre bastidores* de las costumbres, las modas y los modos, los festejos populares, los dichos y los dichosachos, los accidentes pintorescos. No creo decir ningún disparate al afirmar que yo encuentro tanta o más historia española en *Fortunata y Jacinta* que en el mejor y más histórico de los *Episodios nacionales*. La intuición y la observación hicieron de Galdós, hombre ajeno a la erudición impertérrita, un historiador excepcional. Tanto, que los muy duchos historiadores, y los escritores que habían vivido los sucesos narrados por Galdós—ya cité el caso de Mesonero Romanos—, jamás pudieron señalar fallos de consideración en las historias externas e internas del genial novelista.

¿Fué un estilista Galdós? ¿Tuvo, si quiera, estilo? Estas dos preguntas parece que encierran un despropósito. ¿No es lo mismo *un estilo* que *estilo*? No es lo mismo, no. Al menos yo lo creo así.

Hay escritores con un estilo propio, inimitable. Hay escritores con el estilo selecto, pero general, de los muy buenos literatos. Hay escritores sin estilo. Hay escritores con *un sin estilo* peculiar, también inimitable. Hay escritores con un contraestilo. Aun cuando no me gusta *señalar*, para mejor explicar mis conceptos, en el afán de clarear mejor mi división, voy a poner los ejemplos correspondientes. Un escritor con estilo propio, inimitable, fué Gabriel Miró. Un escritor con estilo selecto es—uno entre ciento—Palacio Valdés. Un escritor sin estilo es... X; todos ustedes sabrán sustituir debidamente la X por uno cualquiera entre miles de nombres. Un escritor con un sin estilo peculiar e inimitable es Pío Baroja. Un escritor con un contraestilo es Ramón Gómez de la Serna. El estilo propio, el sin estilo peculiar y el contraestilo responden al temperamento. El estilo, a la cultura y al *entrenamiento*. El sin estilo, a la vocación equivocada.

El estilo propio puede ser—con relación a los dictados de la Academia de la Lengua—ortodoxo o heterodoxo. Pero siempre es atractivo, brillante, armonioso; en él aparecen como de un filón inagotable muchas de esas palabras preciosas que terminan por quedar expuestas para la inmortalidad en el Diccionario. El estilo selecto, pero uniforme, es aquel que se nutre de la corrección en la sintaxis, lo mismo regular que figurada, y en la prosodia, y en el mayor número de las palabras ortodoxas y aun castizas; este estilo selecto generalmente no llama la atención de los lectores de cierta cultura, y tiene la ventaja de que no hace la competencia al interés de lo narrado. Porque el estilo propio, inimitable, impide muchas veces que la atención se dedique *al fondo* de la obra lite-

raría. No creo que nadie lea hoy a Miró por el interés de sus novelas. En Miró el estilo es lo exclusivo y lo excluyente. Por el contrario, leyendo a Palacio Valdés—dueño de un innegable estilo selecto—, ¿quién se acuerda de la forma mientras *se traga*—ni aun después—la hermosa y atractiva humanidad de las ficciones? El *sin estilo peculiar*, en realidad, es un estilo destrozado por el temperamento; llama la atención, pero no aleja del interés de lo narrado; por el contrario, lo complementa, lo *razona*. Muchas de las novelas de Baroja, si no estuvieran escritas en ese estilo contrahecho, ni agradarían tanto. En Miró, el estilo mata al novelista. En Palacio Valdés, el estilo da el triunfo al novelista. En Baroja, el estilo llama la atención acerca del novelista y sostiene esa atención página a página, la *apuntala*, por lo que no cabe considerar aisladamente el estilo y la novela. El contraestilo aburre demasiado el poder vivir pimpante y sugestivo, deformándose en aras del temperamento. El contraestilo, como el estilo propio, también en ocasiones mata el interés narrativo; sino que el contraestilo aún tiene un peligro mayor. Lo explicaré con nombres. A Miró se le tolera que no tenga sino estilo. Quien busca a Miró busca el estilo. Y jamás queda defraudado. A Gómez de la Serna no se le busca por el contraestilo, y se le tolera en ocasiones. Pero con Gómez de la Serna muchas gentes quedan defraudadas. ¿Por qué tal diferencia? El estilo propio, inimitable, es una superación. Las superaciones siempre se anotan y respetan. El contraestilo es una provocación. Las provocaciones siempre irritan y desembocan en la aceptación por afinidad temperamental o en la repulsa.

Ha venido a cuento todo lo antecedente como explicación de las preguntas: ¿tuvo *un estilo* Galdós? ¿Tuvo Galdós estilo? Porque conviene advertir que, como tantas otras virtudes, a Galdós se le ha negado *que escribiera*

bien. El padre Blanco afirma—en su *Historia de la Literatura española en el siglo XIX*—que Galdós cometió grandes pecados contra el estilo. Un fino crítico moderno, Valbuena y Prat, afirma de Galdós «que sin llegar nunca a poseer un verdadero estilo, el novelista llega a fragmentos—comparaciones, imágenes, páginas bien entonadas—cada vez de más condiciones literarias». Otro crítico muy sincero y sapiente, Cejador y Frauca, opina: «El estilo y lenguaje generalmente castizo y muy popular, aunque corriente, fácil y nada estudiado ni pulido.»

Pudiera añadir otras opiniones de personas muy autorizadas acerca de cómo escribía Galdós. Pero ¿para qué? En general, se inclinan por su *falta de estilo*. Quien más favor le hace habla de que escribió en un estilo llano, claro y propio. Lo cual, en verdad, que no es grano de anís. ¡Llano, claro y propio! ¿De cuántos que presumen hoy, y que ayer presumieron, de ilustres escritores se podría afirmar lo mismo? ¿Pues cuál es la suprema aspiración del hombre inteligente sino ser propio, claro y llano? Ahora, que bien sé yo que tales calificativos concedidos encierran cierta conmisericordia inficionada de desdén. Calificar un estilo literario de llano y de claro es tanto como negarle originalidad y brillantez y *vida propia*.

En efecto, Galdós no fué, ciertamente, un Miró. No lo podía ser. Ni por temperamento. Ni por aspiración. Galdós era, naturalmente, un creador de humanidad. Su estilo, naturalmente, no le servía sino para patentizar su obra. Si esta obra era—como fué, sin excepción alguna, sin claudicación—realista, humana, su expresión tenía que no detonar de ella. Expresión humana. Expresión realista. El estilismo como superación es pura subjetividad. Ningún escritor *preciosista* ha sido jamás creador. No ha hecho sino exteriorizar su complejo temperamental. Los diálogos y los monólogos de nuestra vida *redichos* er-

un estilo preciosista provocarían la hilaridad. El preciosismo es igualmente lo antinatural. ¿Cómo Galdós podía ser un preciosista sin tener otro afán que el de ir lanzando vidas a la Vida? A Galdós, como a Balzac y a Dickens, el preciosismo *le sentaría* como el par de pistolas al Santo Cristo del dicharacho popular.

El estilo galdosiano tuvo que ser de esos que *no distraen* al lector ni por sus excelencias ni por sus vulgaridades. Si a cualquier lector de Galdós, luego de leída una de sus novelas, se le preguntara: «¿Qué te ha parecido el estilo de Galdós?» Seguramente respondería: «¿El estilo? No me he fijado. Cuenta todo de un modo tan natural..., cada uno de sus personajes habla como debe hablar...» En la Vida, cuantos nos hablan, no nos llaman la atención, aparte los remilgados, los cursis o los analfabetos...

El estilo de Galdós es un estilo selecto. Como el de Palacio Valdés. Como el de Alarcón. Selecto dentro de lo natural. Se me dirá que Pereda fué un estilista sin dejar de ser natural. Y Valera. Y que sus estilismos consisten en una portentosa armonía de la prosa en una elección felicísima de los vocablos. Y que los estilos de Valera y Pereda no distraen al lector del interés de la narración. Estoy de acuerdo con las afirmaciones precedentes. Pero ni Valera ni Pereda son grandes creadores. Son magníficos pintores de vida, magníficos observadores; se pueden permitir el lujo de observar y de pintar con una originalidad que gusta, ajena por completo a las exigencias inapelables de la última razón de ser de cada personaje o de cada cosa. Valera nos hace conocer, por ejemplo, a ciertas andaluzas que son andaluzas, pero no tan populares como él pretende. Precisamente, en ese exceso de estilo selecto, en ese purismo de cada una de las palabras elegidas *con naturalidad*—convengo en ello—está la causa de que los tipos se desorbiten un tanto del ambiente y de

la clase social en que el novelista los pretendió. Algo por el estilo les sucede a ciertos tipos populares montañeses de Pereda. Que Pereda y que Valera escriban *con naturalidad* un lenguaje precioso desde el punto de vista del casticismo no quiere decir que puedan seguir siendo naturales aplicando la excelente receta a todos los casos. El pueblo habla sin acordarse de las reglas del buen decir; pero como el pueblo mientras vive es la misma naturalidad, natural es su lenguaje defectuoso—y hasta castizo—, y quien no acierte, al retratarle, a darle tal semejanza que *se salga del lienzo* y parezca que *nes está hablando en su estilo*, por muy selecto castellano que escriba con naturalidad, circunstancialmente no será natural. Ni Pereda, ni Valera, ni la Pardo Bazán sacrificaron *por completo* su estilo a las necesidades absolutas de la narración. Galdós, sí. Seguramente, Galdós se dominó mucho y se esforzó más para saber entregarse a la inapelable realidad de sus criaturas. Ni una sola de éstas tiene en las novelas galdosianas un lenguaje que no sea el suyo, ni una idiosincrasia que no le venga como el guante a su mano. Es decir: la naturalidad del estilo en Galdós llega al triunfo, no alcanzado por ningún otro gran novelista de su generación, de ser tantas veces natural como naturalidades se dan en la Vida. La naturalidad del señor, la naturalidad del burócrata, la naturalidad del patán... Galdós tiene y domina tantos estilos y tantos vocabularios como se dan en las clases españolas del siglo XIX. ¿Cuándo Galdós habla como hablan su Benina, su Celipín Centeno, su Estupiñá, su ciego pordiosero Almudena, su doña Lupe *la de los pavos*, es cuando merece que le echen en cara su estilo *desmañado y pobre*? ¡Tremenda injusticia! Galdós se debe a la verdad de sus criaturas. El conserje Sánchez Emperador, padre de *Tormento*, jamás pensó que podrían nombrarlo académico de la Española. No es Galdós quien habla como

Celipín Centeno, ni Celipín Centeno quien habla como quisiera hablar. Es la Vida quien lo dispone así. Es la Vida la de estilo *pobre y desmañado* cuando habla por boca de sus clases bajas. Estilo propio, llano y claro el de Galdós. El que tiene la Vida para cada caso. Porque llano, claro y propio es el lenguaje natural del aristócrata en su clase y del covachuelista en la suya.

Pero algo más tiene que comentar el imponentemente natural y objetivo estilo de Galdós.

A mi entender, cuatro obras de Galdós marcan con firmeza los cuatro momentos decisivos en la evolución de su estilo. Son estas obras *El audaz*, *El amigo Manso*, *Fortunata y Jacinta* y *Zumalacárregui*. La naturalidad adaptada a las circunstancias no se modifica en estas etapas. Pero sí la riqueza del lenguaje y la facilidad para una expresión cada vez más concreta. En *El audaz*, indiscutiblemente, el vocabulario es escaso y la naturalidad se alcanza merced a rodeos alguna vez fatigosos. En *El amigo Manso*, la expresividad alcanza su imponderable sencillez; nada le falta ni le sobra. Y el vocabulario se ha enriquecido considerablemente. *Fortunata y Jacinta* marca, en la misma sencillez, el éxito de hallar siempre el novelista la palabra precisa, por muy originales que sean el pensamiento o el sentimiento a ponderar. *Zumalacárregui* es una muestra asombrosa de estilo selecto, en cuya suavidad, gracia, fluidez y precisión no marcan huellas ni el preciosismo ni la vulgaridad. El vocabulario de Galdós, a partir de *Zumalacárregui* y los *Torquemadas*, no cede en riqueza ni en tersura al de las mejores obras de Pereda, Valera y la Pardo Bazán. Podrá no estar utilizado con tanta armonía, ya que la naturalidad implacable de cada circunstancia lo impide; pero esto no es óbice a mi afirmación. Ya he recalcado suficientemente que Galdós, el creador más objetivo y realista contemporáneo, no podía llevar más armonía que la

puesta por la Vida en cada vida. Y no quiero terminar esta referencia al estilo de Galdós—tan injustamente tildado—sin corroborarme con las opiniones de dos críticos de tanto criterio literario como Pereda y Maura, que recoge Gutiérrez Gamero en su prólogo al libro en que esquematiza las novelas de Galdós: «Los medios de expresión de que se vale no son menos realistas, sencillos y naturales; consisten en copiar el habla común de las gentes, de tal forma, que la obra galdosiana contiene un tesoro de lenguaje familiar y expresivo, con el que acudió a poner remedio a la dificultad con que tropezaba la novela española—en el sentir de Pereda—, por lo poco hecho y trabajado que estaba el lenguaje literario, para reproducir los matices de la conversación corriente, ya que «el régimen aduanero de los cultos le priva de flexibilidad»; siendo el suyo un estilo corriente, fluido y desembarazado; sin preocuparse nunca de acicalar su prosa, ni de acumular primores ni preciosidades extrínsecas.» Y Maura resume: «El habla de Galdós se ciñe a los asuntos y a los casos como el aire ambiente, que nos vivifica sin que advirtamos su presencia ni aun para agradecer el beneficio. La excelencia del estilo es la misma del cristal: que la mirada, al contemplar los objetos, no advierte que está él interpuesto.»

No creo posible añadir nada más sustancioso y sentencioso. Pero sí cabe desear que la crítica, sin añagazas ideológicas que pongan las telarañas en las entendederas, intente, desde ahora, hablar del estilo de Galdós como de un estilo pletórico de vida, de pureza y de verdad.



De la impresionante labor creadora de Galdós, más amplia que la de Balzac y que la de Dickens, cabe hacer una primera y sencilla división en *Episodios nacionales*, *Novelas*, *Teatro* y *Varia*. Esta última sección comprende los cuen-

tos, los ensayos, los artículos políticos y literarios, las crónicas de viaje, las cartas, los discursos... Esta división está aceptada por todos los críticos. Es demasiado amplia e inconcreta para que nadie pueda ponerle peros. Cuando se patentizan las discrepancias, es al subdividir los anteriores apartados, principalmente el que se refiere a las novelas.

Hurtado y Palencia, autores de la *Historia general de la Literatura española* más popular, por haber sido texto obligatorio en la Universidad de Madrid durante muchos años, subdividen las novelas de Galdós en: a) novelas idealistas, de tesis y tendencia social—*Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Marianela*, *El amigo Manso*...—; b) novelas naturalistas—*Lo prohibido*, *Tormento*, *La desheredada*...—; c) novelas realistas—*Fortunata y Jacinta*, *Angel Guerra*...—; y d) novelas del tipo de las de Tolstoi—*Nazarín*, *Halma*, el ciclo de *Torquemada*...—.

La subdivisión me parece francamente inaceptable. Y doy mis razones. Al no admitir—como no admito y he ponderado mis razones anteriormente—que pueda declararse naturalista a Galdós, lógicamente me repugna admitir el naturalismo de alguna de sus novelas. Menéndez y Pelayo, oráculo literario de los más de los críticos e historiadores de la literatura española—y que, como Homero, también de vez en vez dormitaba—, es el culpable de esta contumacia de nuestros días en la declaración de Galdós como discípulo de la escuela naturalista francesa. También he recalcado en páginas precedentes mi asombro por lo que yo creo obcecación o incompreensión circunstancial del admirable crítico e historiador montañés.

Tampoco me parece feliz la pretensión de englobar las novelas idealistas, de tesis y tendencia social. Hay excesivas diferencias entre ellas. ¿Qué tienen de parecido *Marianela*, verdadero idilio con cierta aureola romántica, y *La ja-*

milia de León Roch, única novela galdosiana en que *la tendencia* adquiere caracteres de partidismo cerril?

Tampoco estimo acertada esa subdivisión en *novelas tipos Tolstoi*. Galdós no empezó a leer al genial escritor ruso sino muchos años después de estar ya formado como novelista, cuando su fama era universal. ¿Basta una concepción deísta y cierto pesimismo de la Humanidad para declarar a Galdós seguidor de Tolstoi? Porque, de bastar tan débiles concomitancias para la declaración de unas influencias literarias decisivas, tolstoianos serían Palacio Valdés, Ortega Munilla, Picón, *Clarín*, entre los españoles. Y a ningún crítico se le ha ocurrido semejante alarde de suspicacia. Entre Tolstoi y Galdós no existen sino meras coincidencias en postulados latentes por toda Europa en el último tercio del siglo XIX.

Mucho me agrada, en cambio, la subdivisión propuesta por Gutiérrez Gamero y de Laiglesia: a) Novelas surgidas a impulso de la preocupación religiosa: así, *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Angel Guerra*, *La loca de la casa*, *Nazarín*, *Halma* y *Cassandra*. b) Novelas que tienden a pintar y describir la sociedad madrileña de su tiempo, como *La desheredada*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Brindgas*, *Lo prohibido*, *Fortunata y Jacinta*, *La incógnita*, *Tristana*, los *Torquemadas* y *Misericordia*. c) Novelas en las que se proyecta la sombra de lo ultraterreno en los conflictos de la vida humana, tal que *Miau* y *Realidad*. d) Novelas simbólicas y fantásticas: *El caballero encantado* y *La razón de la sinrazón*. e) Novelas psicológicas: *Marianela* y *El amigo Manso*.

No hay reparo grave que oponer a esta subdivisión. Galdós dió una subdivisión más general y que evita posibles discrepancias. Llamó novelas de su primera época a *La Fontana de Oro*, *El audaz*, *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch* y *Marianela*; y

novelas contemporáneas, a las restantes, que respondían al propósito de novelar la sociedad de su tiempo con arreglo a las normas que profesaba él. Subdivisión ésta igualmente aceptable, aún me parece poco concreta.

El teatro galdosiano tiene una subdivisión mucho más sencilla: a) Obras derivadas de novelas: *Realidad*, *La loca de la casa*, *El abuelo*, *Cassandra*, *Gerona*, *Doña Perfecta*. b) Obras con pensamientos de reforma social: *Electra*, *Los condenados*. c) Obras psicológicas: *La fiera*, *Alma y vida*, *Bárbara*, *Celia en los infiernos*. d) Obras de costumbres: *La de San Quintín*, *Voluntad*, *Mariucha*, *Amor y ciencia*, *Pedro Minio*, *Sor Simona*, *Antón Caballero*, *Un joven de porvenir*, *El tacaño Salomón*. e) Obras de raíz histórica o clásica: *Santa Juana de Castilla* y *Alceste*.

★

Los *Episodios nacionales* constan de cinco series y de cuarenta y seis volúmenes. Cada diez volúmenes forman una serie. La última serie quedó truncada. El último episodio se titula *Cánovas*. Galdós pensaba cerrar su historia novelada con la boda de don Alfonso XII. Desde *Trafalgar* a 1906. Más de un siglo de historia española contada con una amenidad sorprendente, no decaída ni momentáneamente, y una solidez absoluta de verdad. Cimientos incommovibles. Cúspide inquebrantable. Conjunto imponente. Pues aun así, algunos alfeñicados críticos han intentado, con sus armas agresivas de componendas y distinguos, buscar el flaco del impresionante edificio para ver por dónde atacarlo. Se me dirá por los que presumen de ecuanimes: «¿Es que los *Episodios nacionales* no tienen defecto alguno?» Y yo, sin perder mi ecuanimidad, les responderé: «¡Pues claro que tienen algunos defectos!» Se encuentran máculas en Shakespeare, en Cervantes, en Goethe, en todo, en fin, cuanto es obra del hombre. ¿Iba a ser una excepción Galdós, y precisa-

mente en un *esfuerzo titánico* que comprende cuarenta y seis volúmenes, y que se esfuerza en materia tan vidriosa como la Historia? En los *Episodios nacionales* se encuentran ciertas irregularidades de técnica, saltan a la vista algunas desproporciones en el interés.

¡Misérrima y ruin empresa la de atacar, con la disculpa de tan veniales culpas, mole tan española e ingente! Menos mal que a tales atacantes, como a quienes escupen contra el cielo, los cubre su propia miseria. No creo que estos críticos currinches, puestas en juego todas sus armas, puedan siquiera lograr una abolladura o un desconchón en la impávida mole que avanza siempre hacia lo futuro como una nave de gloria.

La primera serie de los *Episodios* abraza el período de la guerra de la Independencia, desde Trafalgar hasta la batalla de los Arapiles. La segunda serie, el período histórico comprendido entre los años 1813 y 1834, período que pudiéramos calificar de *político*. La tercera serie va de 1834 a 1845; primera guerra carlista, regencias de doña María Cristina de Borbón y Espartero, primeros brotes del progresismo, pronunciamientos, levantamientos... La cuarta serie—entre 1848 y 1869—se refiere a los principales acontecimientos del reinado de doña Isabel II y a su destronamiento. La quinta y última recoge los episodios de la España sin rey, la primera República, la restauración, la regencia de doña María Cristina de Habsburgo y Lorena, presidencia de Cánovas...: de 1870 a 1898. Las dos primeras series de los *Episodios* fueron escritas de enero de 1873 a diciembre de 1879. Veinte volúmenes en siete años, a los que hay que añadir cinco novelas en ocho tomos. La tercera serie la inició Galdós en abril de 1898. En agosto de 1912 terminaba *Cánovas*, último *episodio* que escribió.

Casi veinte años dejó pasar el genial novelista entre la terminación de la segunda serie y el inicio de la tercera. ¿Por qué? La explicación es sumamente

sencilla. Al acabar Galdós la segunda serie, la novela histórica había pasado de moda. Hasta el punto de que el público recibía con indiferencia las mejores producciones del género, debidas a las plumas fecundas de Manuel Juan Diana, Amós Escalante, Navarro Villoslada, Fernández y González. Los *Episodios* eran la excepción, porque en ellos lo histórico iba *arropado* por lo novelesco y por el costumbrismo más realista. Sin embargo, en pleno éxito, Galdós no quiso arriesgar ni su fama ni su público incondicional. Pensó que era el momento propicio de hacer un alto. Era preferible que los lectores se quedaran con ganas que con hastío. Pero aún tuvo Galdós otro motivo para *cambiar de género*. En 1879 había triunfado la novela de costumbres con Pereda, con Valera, con Alarcón, con el mismo Galdós. El público, harto de romanticismo, pretendía únicamente la verdad. Galdós, el novelista más solicitado, tuvo miedo de que le ganaran la partida aquellos otros grandes narradores. ¿Cuáles fueron las causas hondas de este viraje brusco del gusto literario de la masa popular? Menéndez y Pelayo creyó encontrarlas...: «Había en todo esto un reflejo del movimiento filosófico, que, extraviado o no, fué bastante intenso en España desde 1860 hasta 1880; había la influencia más inmediata de la crisis revolucionaria del 68, en que, por primera vez, fueron puestos en tela de juicio los principios cardinales de nuestro credo tradicional. El llamado problema religioso preocupaba muchos entendimientos y no podía menos de revestir forma popular en la novela, donde tuvieron muchos representantes de gran valer, si escasos en número, las principales posiciones del espíritu en orden a él: la fe íntegra, robusta y práctica; la fe vacilante y combativa; la aspiración a recobrarla por motivos éticos y sociales, o bien por *dilettantismo*, filosófico y estético; el escepticismo mundano, y hasta la negación radical más o menos velada.»

He copiado la opinión de Menéndez y Pelayo acerca de la crisis de la novela histórica y romántica y del resurgimiento de la novela de tesis y tendencia social, porque sé cómo en nuestros días se toman como artículos de fe las afirmaciones de gran crítico montañés, aun cuando yo, personalmente, no sienta el menor entusiasmo por las antecedentes. Me parecen demasiado complicadas y excesivamente suspicaces. *Precisamente*, las tendencias literarias de los grandes novelistas del siglo XIX no respondieron a un único criterio filosófico-religioso, sino que fueron dirigidas por una desorbitación de las costumbres, iniciada en 1870. En la novela, como en el teatro, el realismo era la consecuencia lógica de un empacho de romanticismo. La verdad era la triaca del ensueño. Lo religioso y lo filosófico penetran en todos los movimientos literarios. Los modifican, pero ni los inician ni los acaban.

Acaso la verdadera causa de que Galdós interrumpiera sus *Episodios* no fuera otra sino la *proximidad* de los sucesos que exigían ser novelados. Muchos de los protagonistas de tales sucesos aún vivían, eran amigos, conocidos de Galdós, quien se notaría muy cohibido al referirse a ellos. Las mismas circunstancias históricas conjugadas en presente no ofrecían el mismo interés que las pasadas. A los públicos, en general, les molesta que les recuerden lo que ellos no han olvidado.

¿Por qué, veinte años después, se decidió Galdós a reanudar la publicación de los *Episodios*? Porque la novela de costumbres *ya pesaba*. Porque los acontecimientos a contar ya estaban lejos. Porque la mayoría de sus protagonistas ya habían muerto. Por el contrario, los motivos que apuntó Menéndez y Pelayo como causantes del auge de la novela tendenciosa seguían, más que nunca, en *candelero* en España y fuera de España. Recuérdense los nombres de Ibsen, de Sudermann, de Bourget, de Eça de Queiroz, de Tolstoi. Luego... Como siempre, los gustos—y aun los regustos—y los

sentimientos *mandaban* en las tendencias literarias.

Pérez Galdós da otra explicación, también muy creíble, de por qué se decidió a reanudar su epopeya nacional. «Al terminar, con *Un faccioso más y algunos frailes menos*, la segunda serie de los *Episodios nacionales*, hice juramento de no poner la mano por tercera vez en novelas históricas. ¡Cuán claramente veo ahora que esto de jurar es cosa mala, como todo lo que resolvemos menospreciando o desconociendo la acción del tiempo, y las rectificaciones que este tirano suele imponer a nuestra voluntad y a nuestros juicios! A los diecinueve años, no justos, de aquel juramento, los amigos que me favorecen: público, lectores, o como quiera llamárseles, me mandan escribir la tercera serie de *Episodios*, y la escribo. En reducida esfera, los escritores vivimos, como en esfera amplísima los políticos, gobernados por la opinión, y la opinión es responsable de esta inconsecuencia mía; ella me ha hecho pecar, y ella me absolverá, si cree que al fin de la jornada lo merezco...»

¿Son estas tres series finales, según creen muchos críticos y muchísimos lectores, inferiores a las dos primeras? Yo no lo creo. Naturalmente, en éstas existía un maravilloso elemento dramático que se iba esfumando a medida que los sucesos narrados se aproximaban a la actualidad. En las primeras series podía prevalecer lo novelesco. En las últimas se imponía lo histórico. Lo que un genio creador como Galdós imagina, siempre suele tener más encanto que una realidad impuesta *a la trágala*. Las sensaciones y las truculencias de la novela siempre afectan con mayor reconcomio que las equivalentes de la Historia. Por lo demás, en las tres series finales utilizó Galdós cuantos recursos le suministraba la Historia; las mismas intuiciones geniales acerca de las personas y de los hechos confusos y de los *ambientes*; idénticos alardes de objetividad; una técnica aún mejor en cuanto se refiriese a

colocar los sucesos y a los que en ellos intervinieron en los verdaderos planos en que hubieron de producirse y de moverse; y, como una calidad superiorísima, de la que carecieron las dos series iniciales, el estilo llegado a su plenitud, riquísimo de vocabulario, terso...

No; las tres series últimas no son inferiores a las primeras. Pueden gustar más o menos que éstas, sin que la preferencia sea otra cosa que la manifestación de una simpatía particular que en nada afecta los valores de lo postergado. Lo inadmisibile es que cada quisque crea que siempre es lo mejor lo por él preferido. Hablar siempre *en yo* es la misma negación de la crítica. Las cinco series de los *Episodios* tienen su héroe correspondiente. De la primera, *Gabriel Araceli*. De la segunda, *Salvador Monsalud*. De la tercera, *Fernando Calpena*. De la cuarta, *Pepe García Fajardo*, marqués de Beramendi. De la quinta, el divertidísimo *Tito*.

Los cinco protagonistas tienen un interés *íntimo* superior al que representa el que sean ellos quienes nos ponen en conocimiento de los sucesos. Gabriel Araceli, de origen humildísimo, privado en los comienzos de su vida de toda instrucción, desdichado en muchos de sus días, todo bondad y honradez innatas, representaba la nueva clase social nacida de aquel crisol que fué la guerra de la Independencia, en el que entraron tantos y tan dispares elementos. Salvador Monsalud, vehemente, patético, es como el símbolo de las nuevas tendencias constitucionales, en lucha contra el despotismo. Fernando Calpena, señorito rico, mimado, amable, interesado por muchas cosas, pero no arrebatado sino por las que afectan a su persona, personaliza el elegante escepticismo español derivado del romanticismo exasperado e inútil; el romanticismo produjo mucho cansancio de alma; este cansancio provocó una reacción de inapetencias sociales: vivir cada uno para sí era el lema de la generación del *ochocientos cuarenta*. Pepe Ga-

cía Fajardo, flamante marqués de Beramendi, significó la *cuquería política* desarrollada para el alcance de la *panacea gubernamental*, inventada y patentada, a turno, por los progresistas y los moderados. *Tito*, el inefable, el socarrón, el camándulas, el ingeniosísimo *Tito*, encarnó el personaje filosófico fin de siglo; personaje que creía en muy pocas cosas, que desconfiaba de casi todos sus semejantes; personaje pesimista y agorero, pero con un hondo y desesperanzado amor a la Patria; personaje sibila de las inminentes catástrofes.

Los *Episodios nacionales* representan casi la mitad de la gigantesca labor literaria de Galdós y forman la parte más orgánica y trabada de la misma. También representa la parte menos discutida por la crítica, la aceptada sin reservas por todos los públicos, cualesquiera sean sus ideologías. ¿Por qué? Téngase en cuenta que, exceptuada la primera serie—verdadera epopeya nacional, de significación emocionante, capaz de fundir los anhelos más dispares en un mismo bloque de oro—, en las cuatro series restantes, los asuntos están completamente ligados con las pasiones políticas que agitaron a blancos y negros, a carlistas y cristinos, a republicanos y monárquicos; y con las pasiones religiosas; y con las pasiones de *clases*. ¿Por qué, pues, estos *Episodios*, de temas tan vidriosos, han sido recibidos con el aplauso más unánime y han reunido en la admiración sincera a gentes de los más opuestos bandos? ¡Un ejemplo más de la maestría narrativa de Galdós! Porque supo contarlos todo *objetivamente* y de un modo templado y benévolo. Porque supo dar a César lo que era del César y a Dios lo que era de Dios. Porque no se decidió por ninguna bandería. Porque ensalzó al bueno y no fué demasiado implacable con el malo. Y, sobre todo, porque delató en estos *Episodios* una verdadera idolatría por su España.

He indicado anteriormente cómo, a mi entender, las últimas series de los *Epis-*

dios nacionales en nada desmerecen de las primeras, y aun las aventajan en lo referente al estilo y a la maestría de la narración. Sin embargo, no puede negarse que es la primera serie la que más emoción y simpatía despierta en nosotros. Y la causa de esta simpatía y de esta emoción debe achacarse a la época en que se desarrollan los diez primeros episodios. ¡El Madrid de Carlos IV y de Fernando VII! Nos acordamos en seguida de la luz, del colorido y del gozo de los pinceles de Goya; y también del donaire, del garbo, de la picardía de los últimos sainetes de don Ramón de la Cruz; y también de las manolas y de los majos, de los juegos de los petimetres y de las damiselas en los viejos jardines madrileños, de las romerías en el *Sotillo*, de las escenas de jolgorios para los tapices de la *Real Fábrica de Santa Bárbara*. Sí, nos acordamos de las duquesas majas y de los duques con planta de toreros; de los abates cascarrabias, volterianos y tomadores de rapé a grandes pulgaradas; de los calesines derramando sus colores por los romances de las calles con nombres olvidados... La época nos la han hecho demasiado atractiva literatos y pintores para que no la evoquemos con la mayor ilusión. Y cómo Galdós acertó a recogerla en toda su verdad de color y de garbo, y nos habla de unas casas y de unas calles, y de un cielo, y de unas músicas, y de unas exaltaciones que indudablemente son de la época, pues el encanto prende en nosotros inefablemente.

Otro mérito, y grande, tiene esta primera serie de los *Episodios*. Galdós no fué jamás muy aficionado a llevar a sus obras personajes y temas de las llamadas clases privilegiadas. ¿Es que desconocía a los unos y a los otros? ¿No eran, como vulgarmente se dice, *de su cuerda*? Pues bien.: en esta primera serie, la nobleza y la aristocracia madrileña están analizadas con fidelidad absoluta en el dibujo y en el colorido. Tiene como explicación este análisis que Galdós hizo

de la nobleza la verdad indudable de que, en la época goyesca, la aristocracia no abría abismos entre ella y el pueblo; por el contrario, sentía una invencible dilección por las costumbres populares, y un gozo de mezclarse en ellas y aun de protagonizarlas. ¡Aristocracia populachera y campechana! Por serlo, ¿se atrajo la simpatía de Galdós? Quizá. Uno de los más admirables tipos galdosianos, rebosantes de realismo y de palpitación humana, ¿no es el de *Amaranta*, madre de Inés, la novia ideal de Gabriel Araceli? *Amaranta* encubría a la duquesa más popular y hermosa de la época, a la más codiciada, a la más ensalzada por la literatura y por el arte. *Amaranta* es la representación genuina de aquella aristocracia que rodeaba a Carlos IV y a María Luisa de Parma para adularlos o para conspirar contra ellos a favor del príncipe don Fernando. De mano maestra la retrata Galdós; como mejor no la retrató el mismísimo *Don Paco el de los Toros*..., ¡que vaya si la retrató bien! No se crea que es la de *Amaranta* la única figura de la nobleza retratada por Galdós para pasmo de las generaciones venideras. *Lesbia*, que disimula muy poco a otra famosa condesa-duquesa, no le va a la zaga a *Amaranta* en encanto cálido y sugeridor. Y con *Amaranta* y *Lesbia*, los Alba, Medinaceli, Infantado, Osuna, Montijo... Se necesitarían muchísimas páginas para hacer una referencia, siquiera escueta, a las docenas de tipos inolvidables que pueblan ese mundo maravilloso que son los *Episodios nacionales*. No resisto, sin embargo, la tentación de mencionar algunos de ellos. Recordemos al gran *Pacorro Chinitas* y a su mujer la *Primorosa*; amolador él de oficio, con su industria portátil en la calle del *Baño*, esquina a la del *Prado*; buñolera ella, hembra hermosa, honesta y bravía; símbolos de la parte sana y ejemplar del pueblo. ¡Con qué heroísmo supieron morir los dos en el Parque de Artillería de la calle de *Monteleón*! Recordemos a *Pujitos*, tipo señalado en los

sainetes de don Ramón de la Cruz con la denominación de *majo decente*, o sea más por afición que por clase, maestro en mil ciencias inexactas y gramática parda, chungón y chuflón, simpático y servicial, españolísimo, miliciano nacional, cuasi orador, cuasi héroe y un sí es no es redactor de diarios políticos. Recordemos a *don Patricio Sarmiento*, maestro de escuela, bondadoso y acérrimo defensor de la libertad, cegado a veces por la pasión política, y que terminó su existencia en la horca de la plaza de la *Cebada*, con muerte digna de un antiguo héroe. Y al *padre Aleli*, fraile de la Merced, alto, huesudo, muy viejo, cuya juventud tuvo fama de volteriana, famoso como orador, porque íbase por los cerros de Ubeda cada vez que peroraba, dueño del alias de *Tío Engarza-credos*, gran aficionado a las grandes siestas, y que murió una tarde en que *se la echó* más larga de la cuenta. A *don Juan Bragas*, señor de Pipaón, modelo de político vividor y de alcahuete de los poderosos, siempre arrimado a *los que están mandando*, dueño del mejor ojo del mundo para ver todos los objetos en su tamaño real, gran mariscal de la intriga y Napoleón del *enjuague*. A *Gorito Santurrias*, sacristán de la parroquia de Aranjuez, ojos vivarachos y tunantes, maestro en atizar las luces de los altares y en hurtar el cepillo de las ánimas benditas y en cantar graciosas seguidillas y clásicos boleros compuestos con letras religiosas. A *don Urbano Gil de la Cuadra*, varón de años, flaco, indolente, cartonado y marchito, ferviente absolutista, amigo íntimo del famoso cura don Matías Vinuesa, padre amoroso de la deliciosa Lolita—la futura esposa de Salvador Monsalud—. A las familias numerosas y pintorescas de los *Ansúrez*, de los *Barahonas*, de los *Anabías*, de los *Requejos*, de los *Aranzis*, de los *Castro-Amézaga*, de los *Fajardos*... A *Baldomero Galán*, sargento de guía en el ejército del general Espartero, moce-
tón garboso, un tanto bizco, indomable

en la guerra, verdadero *angelote* en la vida doméstica, que acabó casándose con la atractiva y áspera Paloma Ulibarri. Al pobre majadero y pedantón don *Basilio Andrés de la Caña*, alias el *Sesudo* por la aparente gravedad de sus juicios, flaco de bolsillo y desguarnecido de ropa, gorrón de tomo y lomo, calvoroto, con una nariz cortísima, *poco mayor que una almendra*, y montadas sobre ella, unas gafas de présbita muy fuertes. A *don Benigno Cordero de la Paz*, auténtica alma de Dios, corazón inmenso, el mejor padre de familia, un *santo laico* en una pieza; pequeño y avejentado, vivaracho y flexible, honrado comerciante de *la subida a Santa Cruz*, capitán de la Milicia Nacional, que el 7 de julio de 1822 hizo verdaderas heroicidades en el Arco de Boteros, por lo cual fué llamado el *héroe de Boteros*; su palabra favorita, su *taco* máximo, era *¡barájolis!*, y por todas partes iba sembrando simpatía humana y hombría de bien. Recordemos a *don Pedro Hillo*, huésped de la fonda de la calle del *Caballero de Gracia*, clérigo enjuto y amable, jovial y bonísimo, natural de Toro, comedido en el trato, puntual en sus obligaciones, religioso de verdad y sin aspavientos, buen latino y buen retórico a *lo Hermosilla*, consejero de Fernando Calpena y con un *único vicio*, casi, casi inconfesable: la pasión por las corridas de toros. A *Santiago Ibero*, capitán cristino de la columna de Zurbano, mozo gallardo, franco, con toda el alma en los ojos y en el corazón, cetrino, de mirada ardiente, creyente y buen cristiano, tímido en todo lo que no fuera ganar batallas, deseoso de que alguien le quisiera para querer él con fuerza doble; tuvo amoríos; intentó hacerse fraile; acabó casándose con Gracia Castro-Amézaga, cuñada de Fernando Calpena. A *Pilar de Loaysa*, condesa de Arista, condesa-duquesa de Cardeña y Ruy Díaz..., una de las más linajudas y hermosas damas de la noble aristocracia española, gala de las dos aristocracias: la castellana y

la aragonesa, madre de Fernandito Calpena, al que tuvo de soltera en unos amores apasionados con el príncipe Poniatowsky. Al licenciado *don Severo Lobo*, un curial estantigua con nariz de gancho, espejuelos verdes y larguísima diente del mismo color, viejecillo encorvado y pergaminoso, de facciones amomadas, de temperamento perverso y dañinas intenciones; orgulloso de su hermosa letra, tipo Torio, que, en realidad, podía competir con el de imprenta; realista furibundo. A *don Buenaventura Miedes*, amigo de los García Fajardo; erudito investigador de las antigüedades atienzanas; bueno, candoroso, pesado, latoso; altiricón y sin garbo; vistiendo, en invierno y en verano, un cumplido levitón; maltratado por un pedrisco, murió medio loco... A la *señá Nazaria*, alias la *Pimentosa*, carnicera de la calle de los *Estudios*, alta y gorda, blanca y de ojazos garzos salerosos, viuda de un opulento negociante de Candelario, de genio terrible y pendenciero, capaz de tumbar de una bofetada de sus manos gorditas a un granadero, amante del aflamencado *Tablas*. A *doña María de la Paz Porreño*, hermanas del marqués de *Porreño*—mujer corpulenta, señora tan grave, tan ceñuda, tan rigurosa, enemiga feroz de toda clase de libertades—, y a su sobrina *doña Salomé Porreño*, hija del marqués—solterona, parlanchina, quisquillosa—, siempre llena de plumas apolladas y de cintajos mustios, siempre exudando un cierto olor a tumba, mezclado de perfumes de alcanfor. Al *tío Rejoncillos*, alias *Mano de mortero*, chulo viejo, perdulario y camándulas, conspirador y amigo de jaranas y trapatuestas; anciano robusto, guapo y sonrosado, de alegre fisonomía y hermosa cabeza cana; antiguo chalán del *Rastro* y capitán de matuteros.

Nó he querido *sino espigar* en la troje humana prieta que son los *Episodios nacionales*. ¡Asombra la riada vital que se precipita por los canales de sus cuarenta y seis volúmenes! Difícilmente el

lector más imaginativo podrá pensar en *un tipo* que luego no halle en una página de los *Episodios*.

Consignada la trayectoria de Galdós en los *Episodios*—de la dosis novelesca preponderante a la preponderancia de la dosis histórica, echando lo épico a lo crítico, el entusiasmo nacional a la intención política—, fuerza es reconocer que los *Episodios*, en conjunto, son una obra ingente, inderrocable, nacional ciento por ciento, que, arrancando de la vida española en uno de sus puntos más febriles, la va abarcando—inundando—toda entera, durante un siglo prieto de sucesos, espumante y sonora en la superficie, tal vez algo turbia en el fondo.

¿Cómo sintió Galdós la hermosura de la epopeya cuyo resuello de llama enciende los *Episodios*? El propio Galdós, valiéndose de la boca del simpático Gabriel Araceli—cuando Araceli era ya un pobre anciano—, nos lo va a decir:

«Parece que en mi cerebro—escribe Araceli, con la pluma de Galdós—entra de improviso una gran luz que ilumina y da forma a mil ignorados prodigios, como la antorcha del viajero que, esclareciendo la oscura cueva, da a conocer las maravillas de la geología tan de repente, que parece que las crea. Y al mismo tiempo, mi corazón, muerto para las grandes sensaciones, se levanta, Lázaro llamado por la voz divina, y se me sacude en el pecho, causándome, a la vez, dolor y alegría...» «Cercano al sepulcro y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas de mis ojos, amor santo de la patria! En cambio, yo aún puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al escéptico que te niega, y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día.»

¿Cabe declaración sincera más hermosa y digna del fervor de todos los españoles? ¡El amor supremo a España! Cantar sus glorias. Disculpar sus errores.

Como ha escrito un moderno crítico, gracias a los *Episodios*, «no vemos a los héroes de la Independencia—y de los años posteriores, añado yo—como la Historia oficial solía presentarnos a todos los suyos, nadando en el vacío, recortándose sobre un fondo de oro, como los santos de los retablos cuatrocentistas, o aislados en una cumbre solitaria; héroes sin pueblo, sin ambiente, abstracciones desligadas de la realidad que los engendra.»

Muchísimos más de los quinientos seres humanos que calculó Menéndez y Pelayo—siempre cohibido o cicatero cuando escribe de Galdós—pueblan los *Episodios nacionales*. Muchísimos más, como puede comprobarse echando un vistazo al *Censo de personajes galdosianos* que tuve yo la paciencia gustosa de formar. Seres humanos todos ellos *vivitos y coleando*; aclarando: que entre esos miles de seres no se encuentra ni uno que sea de mentirijillas o de cartón piedra, de esos que se encuentran con tanta frecuencia en las llamadas grandes novelas de los llamados grandes novelistas contemporáneos. Todas las criaturas que Galdós lleva a sus *Episodios* viven y se aperrean con sus vidas. Cada una de ellas aporta al mundo animado por Galdós un centelleo espiritual, un impulso sensible, una predilección social, unos afanes cotidianos no siempre precisos, como siéndolo de quienes alienan sujetos a mil influencias y a mil solicitudes. Todos juntos, estos miles de seres dan la sensación de España en uno de los siglos en que lo español hervía de humana angustia.

Naturalmente, por ser el mundo de los *Episodios*, de Galdós, una proyección vitalizada del español del siglo XIX, se dan en él con abundancia y con calidad los héroes patriotas, hermanos de los numantinos y de los saguntinos, que prolongan a través de las centurias la genealogía heroica de España; abundan también los seres excepcionales en las letras y en las artes, en el temperamen-

to y en la espiritualidad. No se crea que cuantos no son héroes o seres excepcionales forman una masa amorfa y neutra. En modo alguno. Si cada uno de los seres creados por Galdós no tuviera su nota distintiva, muy seductora, él no se habría tomado el trabajo de crearlos. La masa galdosiana hierve, es la gran materia épica en fusión. En ella, los seres humanos quedan perfectamente valorizados. Este es un pobre loco sublime. Este, un socarrón ejemplar. Este simboliza una virtud. Este, un vicio. Este, una característica inexorablemente racial. Este, una reacción sentimental o moral exclusivamente cadavérica entre españoles. Todos juntos delatan con orgullo impensado el cuño perdurable de nuestro etnicismo inconfundible.

No pocos críticos y lectores galdosianos se han preguntado, leyendo los *Episodios*: «¿Qué es aquí lo novelesco? ¿Qué es aquí lo histórico? ¿Todo esto lo narra alguien, o es la Vida misma, que se desvive, contra su curso, durante un siglo?»

Nadie piensa que entre la realidad impresionante de las figuras que retrataron Velázquez o Goya, y nosotros, contempladores, medien un arte prodigioso de comprensión y unos pinceles mágicos; ¡Tan en contacto con nuestras vidas nos parecen las de los modelos inmortalizados por Velázquez y por Goya! Algo semejante nos ocurre con los miles de seres humanos que pueblan los *Episodios*. ¿Qué tienen que ver con Galdós? Su autonomía es absoluta. Podemos entenderlos con ellos directamente. Nos comparamos con ellos—o los repudiamos—sin que para nada nos coaccionen la voluntad y la intención galdosianas. Los personajes creados por Galdós tienen, como auténticos seres humanos que son, un libre albedrío espléndido. No creo que pueda hacerse mayor elogio de Galdós como tal evocador de la España del siglo XIX. Gloria suprema es la suya por haberse dejado absorber y suplantar por la realidad histórica. Y si ha sido llama-

do *alma nacional* y *escritor de la raza*, precisamente le ha merecido tales calificativos su objetividad al recrear esa legión de vidas insuperablemente españolas y sin otras posibilidades que las españolas.

Después de cuanto vengo afirmando acerca de la *raelidad* de los *Episodios*, no cabe sino reírse a mandíbula batiente de cuantos críticos reprochan a Galdós historiador un *escepticismo desconsolador*. Pero ¿aún no se han enterado estos graves críticos que el escepticismo—indudable—que ellos reprochan *no es de Galdós*, sino que es el escepticismo de la *realidad histórica*, producto psicológico de una azarosa existencia social? Si Galdós nos hubiera dado en su obra una *sensación de optimismo...*, ¡Galdós nos habría engañado! Que lean, sí, que releen esos críticos las más eruditas historias del siglo XIX en España, y si en alguna de ellas dejan de encontrar ese pesimismo reflejado en Galdós..., ¡que vengan a decírnoslo! Nosotros los esperamos sentados, por si acaso.

Lógicamente, entre los críticos reparones no están, ni podían estar, escritores de la talla de Menéndez y Pelayo, de Cejador, de *Clarín*, de *Andrenio*. El gran maestro montañés—no demasiado propicio, ya lo indiqué antes, a ensalzar *sin peros* a Galdós—opinó así: «Son los *Episodios nacionales* una de las más afortunadas creaciones de la literatura española en nuestro siglo; un éxito sumamente popular los ha coronado; el lápiz y el buril los han ilustrado a porfía; han penetrado en los hogares más aristocráticos y en los más humildes, en las escuelas y en los talleres; han enseñado la verdadera historia a muchos que no la sabían; no han hecho daño a nadie, y han dado honesto recreo a todos, y han educado a la juventud en el culto de la patria. Si en otras obras ha podido Galdós parecer novelista de escuela o de partido, en la mayor parte de los *Episodios* quiso, y logró, no ser más que novelista español; y sus más encarniza-

dos detractores no podrán arrancar de sus sienes esta corona cívica, todavía más envidiable que el lauro poético.»

Clarín se expresa no menos entusiasmado: «Los *Episodios nacionales* fueron populares en seguida porque, si no en los primores de arte que hay en muchos de ellos, en lo principal de su idea y en las brillantes, interesantísimas cualidades de su forma pudieron ser comprendidos y sentidos por el pueblo español en masa. Galdós no debe su popularidad a vergonzosas transacciones con el mal gusto vulgar, sino al vigor de su talento, a la claridad, franqueza y *sentido práctico* y de justicia que revelan sus obras. Nada digo de la propiedad o vigoroso colorido con que están pintados tipos, costumbres y hasta trajes, paisajes y espectáculos de la variable actualidad de nuestro siglo en sus comienzos o primer tercio... El señor Galdós ha escrito, en el género más difícil y más agradable para nuestros días, la novela mejor pensada, más inspirada y de forma más bella de cuantas se han publicado en España en todo el siglo; esta novela se llama: *Episodios nacionales*.»

Cejador juzga los *Episodios* con su acostumbrada sinceridad aragonesa: «Galdós no falsea los acontecimientos ni los personajes. Podrá, acaso, alguna vez, engañarse, como los historiadores se engañan; pero ha bebido en los mismos documentos que los historiadores las noticias, y ha sabido, mejor que ellos, darnos el espíritu, la visión artística de la Historia... Lo que logró hacer Galdós es la historia interna y viva de los pueblos. Nadie como él nos ha sabido dar una visión tan clara de las épocas en que se suceden los *Episodios*, de lo que se llama el ambiente, el medio, de ese polvillo imperceptible que se respira, cosa que ni los artistas ni Galdós dicen con palabras en particular, sino que se desprende de la pintura de menudencias, al parecer de poco tono, y que entra por las narices de los lectores, que las huelen y olfatean sin darse cuenta. Es que

Galdós las olfateó y las olió, primero, recorriendo los pueblos y los barrios populares de Madrid, sus casas de vecindad, sus tugurios, sus tascas y cafés, hasta conocer a fondo el alma popular española, y leyendo después historias y documentos, vió, con su poder de artista, esa misma alma bullir entre los acontecimientos que leía; y como era la misma alma, aunque mudados algún tanto los tiempos, tuvo la visión del vivir de las gentes en ellos tan por el cabo como cuando la vió de hecho en sus cafés, tascas, tugurios y casas de vecindad, y como la tuvo, supo comunicarla a sus lectores. Así cumplió con la divisa de *Episodios nacionales*: *ars, natura, veritas.*»

Y Eduardo Gómez de Baquero (*Andrenio*), sólido y equilibrado crítico que, a falta de fantasía, tuvo un gran entendimiento que le permitió dar acertadísimos juicios literarios, dió éste sobre los *Episodios*:

«Los *Episodios* son una especie de historia poética de los orígenes de la España contemporánea, que ha hecho ver el espíritu de los sucesos, mostrando el interior de las almas, lo que sentían, pensaban y querían los españoles en los dos primeros tercios del siglo XIX y, al mismo tiempo, ha acertado a dar un alto y dramático relieve a los principales acontecimientos, consiguiendo que hieran vivamente las imaginaciones. La novela histórica... viene a ser algo así como las estampas y cuadros murales que se usan en las escuelas... En ese sentido, Galdós ha enseñado historia, principalmente historia interna, historia de las costumbres, que es el cimiento de la historia externa, pública y solemne.

»Hay que aplaudir al novelista por la circunspección con que ha tratado el asunto histórico, muchas veces escabroso..., lleno de murmuraciones de historia libelesca y clandestina. Galdós ha apuntado con delicadeza lo que convenía apuntar para que no quedasen claros y lagunas en el cuadro de las costumbres

y en la psicología de los personajes. Esta moderación y este buen uso del respeto a las personas, junto con la habilidad de decir en términos decorosos lo conveniente, han ayudado mucho al buen éxito de los *Episodios*, que no han agravado a nadie, hablando de sucesos propicios a todo género de agravios... Las acciones novelescas... abundan en lances extraordinarios, en grandes alternativas, peligros y mudanzas de fortuna; pero son, por lo general, sencillas y claras en su marcha, interesantes y dramáticas. Las sales de lo cómico contribuyen a hacerlas atractivas y evitan... que sea demasiado fuerte la tensión del espíritu ante lo heroico y lo trágico, que abunda tanto en estas novelas.»

Después de leídos los anteriores juicios de tan esclarecidos críticos, alguien me argüirá, tal vez, que *me paso* de apologista al no copiar igualmente alguno de los juicios adversos que merecieron los *Episodios*. Confieso que pensé en tal objeción, y que, dispuesto a recoger, en prenda de imparcialidad, las críticas contrarias a las antecedentes, me leí de punta a rabo las escritas por críticos muy dignos de estima, como el padre Conrado Muiños, el padre Blanco García, don Miguel de Unamuno y don Pío Baroja. Ni que decir tiene que rechacé de plano considerar siquiera momentáneamente las de aquellos autores sin solvencia literaria alguna, llamados Rovira, Masriera y Bernal, Bonafoux, etc., quienes opinaron con el desconocimiento máximo ya no de la obra históriconovelesca de Galdós, sino de la misma Historia de España.

Al agustino padre Conrado Muiños, religioso ejemplar, muy culto, de criterio muy sutil, le conocí bastante, siendo yo muy chico, y aun *le ayudé a misa* no pocas veces en Madrid y en El Escorial. Los cuentos encantadores del padre Muiños fueron una de mis lecturas predilectas. Hasta 1936 he conservado en mi biblioteca algunos de dichos cuentos

con la dedicatoria autógrafa del singular agustino. El padre Muiños ejerció mucho y bien la crítica literaria. Pero con Galdós perdió un poco los papeles. No supo, para juzgar al Galdós escritor, separarle del Galdós hombre, como habían sabido juzgar Menéndez y Pelayo y Pereda. En la notable revista agustiniana *La Ciudad de Dios*, en el año 1890, publicó el padre Muiños varios artículos con el título general de *Realismo galdosiano*. Leídos y releídos por mí, no creo que valga la pena seleccionar ninguno de sus párrafos. El padre Muiños hace una crítica de Galdós en agustino. Y no se enfrenta a fondo con la obra galdosiana. Acaso le atemorizó su vigencia. Tal vez en su fuero interno—como espíritu excepcional que era—reconociera lo inútil de atacar lo inatacable como monumento literario. Prefirió dedicar varias páginas de su crítica a poner en solfa las *pequeñeces*—galicismos, faltas de sintaxis, desconocimiento de las reglas y de las interioridades religiosas, posibles expresiones equívocas, ignorancia del lenguaje popular (¡!)—en que había incurrido Galdós. Es decir: la crítica del padre Muiños es de la que yo llamo *retórica y poética*. Crítica externa. Crítica rancia. Como la que practicaban el repipi Hermosilla, el insufrible Lista, el pedantón Campillo; y..., ¡ay!, como la que practican hoy muchos jóvenes (¡!) críticos, muy catedráticos y muy opositores a la primera vacante de la Real Academia Española. Sí, esa misma crítica que discute a uno de nuestros primeros poetas, Juan Ramón Jiménez, reprochándole el hacerse *un taco* con la *g* y la *j* y el abusar de los vocablos delicuescentes y mórbidos.

El padre Blanco García, otro cultísimo agustino, muy famoso crítico literario en las postrimerías del pasado siglo, tampoco sabe prescindir, para juzgar a Galdós, del hábito que viste. El religioso anula al crítico. Yo respeto profundamente la posición de los ilustres agustinos; pero creo honradamente que la

auténtica crítica literaria no puede quedar cohibida por ninguna trascendencia religiosa. Un consejero religioso podrá decirnos si tal obra conviene o no leerla; pero en modo alguno puede precisar sus valores literarios enfocándola con un cono de luz a otro tono del que le conviene literariamente.

He mencionado a don Miguel de Unamuno entre los detractores de Galdós... sencillamente por ser él quien es, uno de los primeros entre los primeros, pero no porque Unamuno como crítico literario sea cosa del otro jueves. Poeta genial y genial ensayista, don Miguel de Unamuno, como crítico literario, jamás *dió una en el clavo*. Naturalmente, si siempre estuvo inconforme consigo mismo, ¿cómo podía estar conforme con alguien de los demás? Don Miguel de Unamuno luchó con su ángel, con su demonio, con su yo real, con su sombra, con éste, con aquél... Luchó por luchar. Por decir negro en cuanto la opinión general dijera blanco. Y como a fines de siglo la opinión adoraba a Galdós, y como él—Unamuno—aún era un Don Nadie, ¿iba a perder él la ocasión de significarse y de *paso* meterse con el ídolo?

Por si no fueran suficientes mis anteriores razonamientos, Unamuno, autor de novelas, patentizó en seguida que su concepto de la creación literaria *imaginativa* era bien distinto no sólo del que tenía Galdós, sino del que tenían todos los grandes novelistas europeos del siglo XIX. La *nitola* de Unamuno hizo mucha gracia a Galdós, a la Pardo Bazán, a Palacio Valdés. Como le hubiera hecho a aquel sutilísimo y comprensivísimo y sibilino crítico que fué *Clarín*. El autor de *Abel Sánchez*, de *Niebla*, de *Paz en la guerra* es natural que no entendiera a Galdós. Generalmente, de lo que no se entiende es de lo que se discute con más calor *para siempre negar*.

La enemiga del gran narrador Pío Baroja—el mejor y casi el único de nuestros novelistas de hoy—es más explicable. Pertenece al mismo gremio que Gal-

dós. También él ha novelado en muchos episodios nuestro interesantísimo siglo XIX. Me libraré yo muy bien de insinuar siquiera que Galdós haya influido en Baroja, ni que Baroja tenga una manera un tanto despreocupada y popular de novelar a lo Galdós. Y me libraré muy mucho, entre otros motivos, porque mentiría si insinuase semejante posibilidad. Baroja es Baroja. Y Galdós es Galdós. Sino que el gran novelista vasco le ha debido de incordiar bastante encontrar huellas galdosianas por cuantos caminos tomaba con aire individualista. Que, entre contemporáneos, un novelista hable mal de otro novelista, y un poeta de otro poeta, y un crítico de otro crítico, es algo a lo que ya estamos acostumbrados, algo que necesitamos para salpimentar los días. Pero que oigamos con gusto estas críticas no quiere decir que estemos conformes con ellas, ni siquiera que les demos consideración de tales. Las *pláticas de familia* no deben extender su radio de preocupación más allá de las tertulias. Desde luego, les están vedadas las páginas de cualquier libro serio.

Aún deseo comentar algo más de los *Episodios nacionales* antes de cerrar este breve capítulo que les he dedicado.

Mientras fervorosamente redactaba el *Censo de los personajes galdosianos* comprendidos en los *Episodios*, me he preguntado no pocas veces: «¿Cuáles de estos personajes tienen una gracia humana mejor? ¿Los de pura invención? ¿Los recreados por el novelista? ¿Es menos criatura galdosiana Juan Martín el Empecinado que Gabriel Araceli?»

Y digo yo que Galdós *recreó* la mayoría de los personajes históricos del siglo XIX que incluyó en sus *Episodios*, porque *nos los hizo ver como hasta entonces no los habíamos visto*. Y sin que perdieran trascendencia histórica. A dichos personajes los conocíamos por haberlos visto momificados en esas vitrinas del museo sensacional que es la Historia. Figuras de cera policromada. Fi-

guras de cera muy bellas..., pero figurones despojados de cualquier conato de vida. Sí, ¿por qué no?, lo mismo que los animales disecados de una sala zoológica. Las figuras de cera, por muy perfectas que sean, valen para que aquellos que tengan mucha imaginación puedan presumir un carácter o un hecho aproximados a la verdad. A los pocos imaginativos, las figuras de cera *no les dicen nada*. En los museos cala el frío hasta los tuétanos. Los museos excitan la admiración, pero jamás la cordialidad.

Galdós penetró en el museo de figuras de cera policromada de nuestro siglo XIX, y—yo no sé con qué artes mágicas—, sacándolas de las vitrinas, las volvió a la vida, las *recreó*. El caso es que—presentados por Galdós—conocimos a un Fernando VII, a un Chamorro, a un Riego, a un cura de Tamajón, a un Zumalacárregui, a un Francisco Chico, a un Mendizábal, a un Prim, a ciertos personajes más muy poco parecidos a como nos parecían de cera policromada, dentro de las vitrinas con etiquetas del museo sensacional que es la Historia. No es que fueran falsos los figurines, no, ni que Galdós los hubiera recreado distintos de como fueron, sino que entre lo vivo y lo pintado existe siempre un abismo lleno de verdades y de mentiras. Quienes han leído los *Episodios*, por muchas historias cumplidas que de nuestro siglo XIX hayan estudiado, será muy difícil que se inclinen de parte de los historiadores para evocar vivas las figuras protagonistas. Tal encanto tiene la tau-maturgia del novelista, que hace desdeñar las severidades de la ciencia. Por mi parte, confieso que siempre que recuerdo a determinados personajes del pasado siglo, los recuerdo tal y como Galdós me los presentó: de carne y alma, moviendo sin cesar sus vidas, con voz y con ademanes, como si su actualidad estuviera siempre al margen de los dictados del tiempo. ¡Poder supremo del arte! Nadie, absolutamente nadie cree hoy a los historiadores, por muy maes-

tros que sean, si intentan convencernos de que los protagonistas de España, en la primera mitad de la centuria décimo-séptima, fueron distintos de como los pintó Velázquez.

Ahora se comprenderá el porqué de haberme preguntado tantas veces: ¿Cuáles personajes de los que pueblan los *Episodios nacionales* tienen mayor encanto humano?... ¿Los creados por Galdós? ¿Los *recreados*?

A mí me parece mucho más difícil *recrear* un personaje que crearlo. Para crear un personaje basta una poderosa imaginación servida por un sutilísimo don de observación. Como al personaje creado nadie le conocía, nadie juzgará en él sino su verdad humana y la eficacia de su realismo. Y el personaje nos parecerá vivo o de cartón piedra.

Para *recrear* un personaje... se precisa algo más que imaginación. Se necesita intuición genial. Se necesita sensibilidad exquisita. El personaje que se quiere *recrear* es ya famoso y conocido, a veces, hasta en su intimidad; tiene unas cualidades espirituales y unas prendas físicas tan adheridas a él, que son las que le han proporcionado la singularidad histórica. El *recreador* tiene que empezar por no cambiar ninguna de las prendas físicas con que todos hemos conocido en el museo a la figura de cera. Primera pega. El *recreador* debe conservar las *características temperamentales* del personaje. Segunda pega. El arte mágico — o la fórmula cabalística — del *recreador* no debe, para dar vida, sacrificar *conocimientos comunes* que nos hayan llegado, desde nuestra infancia, por epitomes, compendios, manuales y tratados. Tercera pega. Y si el *recreador* consigue que al encararnos con su *recreación* digamos: «¡Es el mismo ser, sino que vivo, con la *inmensa diferencia* entre lo inerte y lo terne!...», entonces podrá sonreír el *recreador* con sonrisa satisfecha de séptimo día. Esa subrayada *inmensa diferencia* en un ser que no pierde su modo de ser, aun cuando cam-

bia su modo de persistir, es el gran prodigio conseguido por el *recreador*.

Por creer mucho más difícil *recrear* un personaje que crearlo es por lo que recalco la importancia que en los *Episodios nacionales* tiene el arte vivificador de Galdós, y por lo que en el *Censo de los personajes galdosianos* he incluido sin titubeo alguno tanto a los creados como a los *recreados*. El Fernando VII, el *Empecinado*, el Gravina, el Churruca, el Godoy de Galdós son tan suyos como Salvador Monsalud, los Arretias, los Corderos, Fernando Garrote, Pipaón, las Porreños...

★

No me detendré demasiado en el examen de las novelas de Galdós. Como nota preliminar a cada una de ellas, en esta misma edición, y en su lugar correspondiente, ya he redactado mi impresión y mi crítica. Me limitaré aquí a referirme *a su conjunto*, a decir de todas ellas cuantas observaciones me vayan saltando a los puntos de la pluma.

De todo cuanto he dicho de los *Episodios nacionales* no debe deducir nadie que los reputo como lo mejor de la inmensa obra literaria de Galdós. Creo que es en sus novelas contemporáneas donde el genial narrador raya a mayor altura. Las extraordinarias facultades de inventiva y de descripción de Galdós alcanzan su apogeo en *El amigo Manso*, en *Fortunata y Jacinta*, en *Angel Guerra*, en los *Torquemadas*. En estas novelas están los testimonios permanentes de la vida española y de la conmovedora realidad que pasmarán a las generaciones venideras que sientan la emoción suprema de la Vida aureolada con los resplandores del Arte.

¿Por qué las novelas contemporáneas de Galdós parecen ser menos apreciadas por la mayoría de los lectores que los *Episodios*? ¿Ha tenido en ello la culpa una crítica parcialista, que las juzgó no en cuanto a sus valores humanos y artísticos, sino con el furor y el encarniza-

miento de quienes andaban metidos en la batalla de las ideas religiosas y políticas, y no veían en dichas obras sino trasuntos de las ideas y de las intenciones del novelista?. Es muy posible. Tanto se han combatido la tesis y las tendencias—a veces con exageración, a veces con incompreensión—de estas novelas, que el gran público español, el religioso, por supuesto, ha llegado a quedar como sugestionado. Yo he oído decir a un caballero de sesenta años, ingeniero de profesión, firme de creencias, muy dcho en andar y en triunfar por el mundo, que se libraría muy bien de leer *Gloria* o cualquier otra novela de Galdós por el daño que le pudiera traer a su alma. Este mismo caballero, en su muy nutrida biblioteca, guardaba con pasión obras de Daudet, de Flaubert, de Maupassant, de Anatole France, de Eça de Queiroz...

¿Qué consecuencia cabe sacar de tal contrasentido? La fobia antigaldosiana, ¿de qué está hecha que casi permanece irreducible en España? Novelistas jóvenes que presumen hoy de ser de los mejores novelistas españoles ignoran a Galdós, desdennan a Galdós, supremo maestro de la novela contemporánea, y giran como papanatas alrededor de cualquier mediocre narrador extranjero. En Francia nadie discute ya a Balzac. Ni en Inglaterra, a Dickens. Ni en Rusia, a Tolstoi. Sus pecados de hombres los canceló la muerte. Y los juzgó el único con derecho para ello: Dios. Quedan sus obras literarias admirables, pasmo de todos, cuyos defectos se hacen perdonar por sus muchos valores. En España, a Galdós hombre, aún se le cita—fiscal y juez cada quisque—a juicios sumarísimos, con citaciones perentorias. En España aún no hemos comprendido que la herencia literaria maravillosa que Galdós nos dejó *es lo único que cuenta ya*. Y que precisamente porque somos católicos, apostólicos y romanos, y españoles hasta la medula—o porque presumimos mucho de ello—, nos toca perdo-

nar muchos pecados a quien amó tanto y tan bien a España, siendo, pese a todos los pesares, orgullo permanente de ella.

La primera imputación grave que se hizo a varias de las novelas de Galdós fué la de su *naturalismo*. Eso sí—concedieron los sesudos imputadores—, sin la obscenidad, sin la fórmula científica de documento social, sin el determinismo fisiológico, «sin las rastreras fealdades, rebuscadas con delectación y escudriñadas con el escalpelo del médico». Esta *graciosa concesión* de los imputadores le deja a uno perplejo. Porque si precisamente caracterizan al naturalismo francés las fealdades rebuscadas con delectación, la fórmula científica de documento social, el determinismo fisiológico, la obscenidad, ¿qué naturalismo es el que les queda a las novelas de Galdós? Ninguno. Las novelas contemporáneas son absolutamente realistas, puras novelas de cosas vistas y vividas, la *historia leal*, interna y palpitante de la sociedad por él conocida y estudiada en los barrios populares y en los pueblos.

Nadie como Galdós nos ha sabido dejar, como pintada en la máxima verdad y con el máximo arte, la visión de la época madrileña en que se desarrollan sus novelas, de lo que se llama el *ambiente*, el medio, ese *no sé qué* tan sugeridor y tan entrañable que, como un polvillo imperceptible, se les escapa a los historiadores y que únicamente captan y aprecian los novelistas y los poetas cuando, además, son grandes artistas. Porque el *sabor* de la época y el *colorido* del ambiente no están en los archivos ni en los libros, sino que se hallan de manera difusa, como la atmósfera. Sabor y colorido que se suelen desprender, no de los sensacionales sucesos ni de las amplias perspectivas, sino de las menudencias, al parecer de poco tomo, menudencias que se transminan y se segregan del conjunto y que olfatean y ven los lectores como la cosa más natural del mundo.

Ya he indicado que Galdós dividió sus novelas en novelas de la primera época y novelas contemporáneas. ¿Qué razones tuvo para tal división? Posiblemente una única razón: las seis novelas de la primera época no respondían a un plan preconcebido; daban la impresión de responder cada una a un móvil diferente. Las contemporáneas sí respondieron a una misma idea: novelar la sociedad de su tiempo. El propio Galdós—en su discurso de ingreso en la Academia Española—declara como un resumen de su ideario en punto a su arte: «Imagen de la vida es la novela, y el arte de componer estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de la raza, y las viviendas, que son el signo de la familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción», y, para realizar su empeño—continúa diciendo—, «en vez de mirar los libros y a sus autores inmediatos, miro al público, a la grey humana, a la que no vacilo en llamar vulgo, dando a esta palabra la acepción de muchedumbre, materia prima y última de toda labor artística, porque, como humanidad, nos da las pasiones, los caracteres, el lenguaje».

Si, observar la realidad y llevarla fielmente a los libros. ¡Gran programa a cumplir para un gran novelista! Sino que muchos ven bien la realidad y la trasplantan rigurosamente a sus obras, y, sin embargo, no son famosos escritores. ¿Por qué? El secreto de la genialidad está en que la fidelidad de la copia no redunde en perjuicio de la belleza y en que la expresión de la belleza no merme la fidelidad de la copia. Secreto éste que, en verdad, es una fórmula al

alcance de todos. Sin que, con una misma fórmula—o receta—de cocina, un gran cocinero—tan de intuición como de vocación—logra un plato exquisito, digno de saborearse con una lejanía de música de Bach, y otro no consigue sino una bazofia. Y es que la cuestión está en que quien tenga la fórmula tenga también el *ajilimójili*. Y Galdós fué uno de los poquísimos grandes novelistas que lo tuvo.

Uno de los encantos que más chocan en Galdós es comprobar que con la misma naturalidad, y fidelidad, y colorido habla de los sucesos y de los seres que le fueron coetáneos que de aquellos otros que no conoció sino *de oídas* o de lecturas. Reconstituir fielmente el pasado hasta el punto de dar siempre la plena sensación de cosa presenciada o vivida o de personaje conocido por él, fué una de las virtudes más admirables y singulares de Galdós. Virtud que no pudo menos que dejar estupefacto a un tan sutilísimo observador como fué don Ramón de Mesonero Romanos, quien, en sus *Memorias de un setentón*, confiesa, entre pasmado y noblemente envidiosillo: «Este mi propósito infantil—de describir la Corte de Fernando VII al estilo de Gil Blas de Santillana—, al que resistí constantemente toda mi vida por no rozarme con la política en mis modestos escritos, le he visto realizado, sin celos, antes bien, con gran contentamiento mío, por mi joven amigo don Benito Pérez Galdós en uno de sus preciosos *Episodios nacionales*, que titula *Un cortesano en 1815*. En él ha sabido trazar un cuadro acabado de aquella Corte y de aquella época, en que no se sabe qué admirar más; si la misteriosa intuición del escritor, que por su edad no pudo conocerla, o la sagacidad y perspicacia con que, aprovechando cualquier conversación o indicaciones que hubo de escuchar de mis labios, ha acertado a crear una acción dramática con tipos verosímiles, casi históricos, y desenvol-

verla en situaciones interesantes, todo con un estilo lleno de amenidad y galanura.»

Y no se piense que esta intuición para evocar y revivir afectaba más a lo temperamental o a lo sentimental de los españoles de otras épocas, a lo cual, siendo admirable, podía ponerse el *pero* de que los españoles, por los siglos de los siglos, han tenido parecidos yerros y preocupaciones, peculiares conceptos de los afanes y de las responsabilidades, las mismas inexorables características raciales, discrepando, apenas, por generaciones, en gustos y en contrasentidos.

Afectaba la intuición en igual o mayor medida a las singularidades del ambiente, a las contradicciones de las influencias extranjeras. Esta intuición, prendida en la fidelidad escrupulosa a la que ya me he referido, es la que llevaba al novelista—pese a su imposibilidad objetiva, jamás bien apreciada—a no someterse a *ninguna conveniencia de momento*, ya exigidas por las llamadas clases de orden, ya por las denominadas masas de izquierda, a riesgo de pechar él con pecados que no eran suyos, sino de los personajes o del suceso novelados. A este respecto opina muy cuerdamente Gutiérrez-Gamero y de Laiglesia: «Se juzga, a veces, con cierta dureza la moral o la conducta de algún personaje galdosiano, sin que ese juicio vaya en menoscabo del que lo imaginó y sacó a plaza, el cual—deliberadamente—reprodujo un tipo maleante; siendo tanto más positivo su mérito, cuanto mayor es la reacción que produce su fealdad psíquica o sus perversas acciones; ni tampoco supone crítica por exhibir ejemplares de seres malignos, ya que existen, han existido y existirán, para dolor y vergüenza de la especie humana.»

Que las seis obras que componen la serie de las novelas *de la primera época* no responden a un criterio sopesado y sí a móviles tan súbitos como distintos, se comprende por la lectura de ellas y

por las sinceras declaraciones de Galdós. *Doña Perfecta* la escribió en pocos días—por encargo de León y Castillo—para ser publicada en la *Revista de España*. *Gloria* fué obra de un entusiasmo de quince días. Se le ocurrió a Galdós mientras pasaba por la *Puerta del Sol*, entre la calle de la *Montera* y el *Café Universal*; y se le ocurrió *de golpe*, viendo con claridad toda la primera parte. Escribirla fué tarea de un mes.

Estas seis novelas y las dos primeras series de los *Episodios*, «se sucedían de una manera... *inconsciente*», confiesa el novelista, quien empezó a escribir *El audaz* «sin tener aún el plan completo de la obra».

Claro está que tal espontaneidad y tal inconsciencia, en escritor tan voluntarioso, tan fuerte, tan objetivo como Galdós, no se pueden tomar sino en un sentido relativo. De las seis novelas, tres están marcadas por las preocupaciones del momento. Luchas de conciencia. Conmociones religiosas. Clericalismo y anticlericalismo. Tradición y revolución. Galdós tenía entonces treinta años, treinta y tres... Edad de los irreprimibles disparos. Edad ayuna de serenidad, aun en el espíritu más ecuánime.

Nuevo acierto de Galdós al calificar de *contemporáneas* sus restantes novelas—¡nada menos que veinticuatro, en treinta y dos nutridísimos tomos!—. Porque en ellas, sin titubeo alguno, se propuso reflejar *una época*, entera y verdadera, de la vida madrileña en el siglo XIX. Algo así como si cortara de un solo tajo, con una espada de luz maravillosa, «un trozo de la sociedad y de la villa del oso y del madroño, con todos sus componentes humanos e ideológicos, con sus costumbres, sus calles y sus plazas, y lo metiera en sus libros, a fin de que perdurase para solaz de la curiosidad futura.»

De ese trozo de vida madrileña, Galdós, con excepcional sentido, se negó a eliminar nada. ¿Demasiados detalles? ¿Excesivas minucias? Mejor. Todos los

elementos reales contribuyen a dar la impresión de la verdad. Prescindir de cualquiera de ellos implicaría la responsabilidad de prescindir, a lo peor, de uno de los más eficaces y memorables para ciertos lectores. Naturalmente, siendo todas estas novelas como la crónica puntual y amena *de unos años*, existe entre ellas un irrompible y misterioso hilo de afinidad. *Son como de la misma familia*. Los personajes principales de algunas de ellas saltan a otras como personajes secundarios. Oleaje, de la vida individual y social, puede llamarse a esto. Galdós aspiró—temerariamente, como dijo Menéndez y Pelayo—: «...pero con temeridad heroica, sólo permitida a tan grandes ingenios como el suyo y el de Balzac, a la integridad de la representación humana, y por ella a la creación de un microcosmos poético, de un mundo de representaciones todo suyo, en que cada novela no puede ser más que un fragmento de la novela total, por lo mismo que en el mundo nada empieza ni acaba en un momento dado, sino que toda acción es contigua y simultánea con otras».

Más de quinientos *tipos distintos* he llegado a contar en el *Censo de los personajes galdosianos*; asombrosa cifra que parece agotar todas las posibilidades *típicas* de una ciudad de quinientas mil almas, aproximada población del Madrid finisecular. Las novelas contemporáneas de Galdós, en cuadros grandes y en cuadros pequeños y en miniaturas y en esbozos geniales—cuatro trazos y cuatro pinceladas—abarcaban por completo toda la vida madrileña. Su comercio casi provinciano. Sus dinastías de mercaderes. Su industria incipiente. Su truhanería. Su delincuencia. Su miseria. Su alegría popular y aun populachera. Sus fiestas y sus festejos. Su religiosidad. Su política de camarillas y de partidos. Sus recursos forenses. Sus argucias y sus respingos municipales. Su acción benéfica y socializante. Su folklore. Su pintoresquismo. Su humorismo socarrón. Su ter-

nura recóndita. Su senequismo impresionante. Su generosidad. ¡Todo Madrid hecho mundo galdosiano con mayor vigencia para el porvenir que pueda tenerla su macrocosmos en la fría atmósfera de la Historia! Después de reavivar los buenos tipo madrileños y los trascendentales sucesos madrileños y el ambiente ortodoxo madrileño, aún quiere Galdós *algo* más y... lo consigue. Quiere patentizar, con el hombre en su paisaje, las características temperamentales en el hombre. Así, en las novelas contemporáneas, cada personaje, sin engañarse a sí mismo, sin enmascararse ante los demás, va presentando ya la pasmosa viveza *de sus salidas* ingeniosas, ya la aguda o francamente chistosa naturalidad de su conversación corriente, ya el despapajo para moverse igual en los primeros que en los segundos términos de la escena—y aun en el semianonimato del coró general—, ya su fiera rebeldía individualista ante las exigencias de la colectividad. No le fallan, no, a Galdós ninguno de los recursos patrimoniales de los grandes creadores.

Tal vez, como han insinuado algunos críticos, haya sufrido Galdós la influencia anatómica y fisiológica del arte de Balzac; pero no creo que dicha influencia haya excedido de los primeros tanteos novelescos de Galdós. El genio español no se aviene a utilizar otros materiales que los españoles y madrileños. Y, como es fácil suponer, estos materiales tan característicos no convienen a los módulos extranjeros. Si Galdós, de buena gana, tomó de modelo a Balzac, bien pronto se convencería de que *el patrón* no valía para las medidas del traje a cortar.

Digan lo que quisieren los sibilinos críticos, ni de forma ni de fondo se echa de ver influencia alguna extranjera en Galdós.

Más posible me pareció hace algunos años su influencia *del donaire* o *de la efusión narrativa* de Dickens en Galdós. Era ésta una influencia tan admitida

por todos los críticos—sí, hasta por aquellos más apasionados galdosianos—que yo, impresionado, me eché a buscarla página a página. Al salir de la primera atenta lectura de las novelas contemporáneas, me pareció haber captado, en efecto, tal influencia. La simpatía de Galdós por los débiles, su hondo sentido de la caridad humana, su ternura por los niños, su recoleta angustia por los menesterosos, su comprensión de la ignorancia y del vicio, su adhesión hacia los cursis y los cesantes, su tendencia a poner un reflejo de belleza moral hasta en lo más ruin y abyecto que a nuestros ojos se presenta, ¿no los había recogido en las obras inmortales del novelista inglés? «¡Mi amado Dickens!», había exclamado y escrito Galdós no pocas veces. Confesión que ofuscaba demasiado, es cierto.

Pero aún parece hallarse en las novelas de Galdós *algo más*, recogido igualmente en las novelas de Dickens: aquel humor, mezcla de burla discreta y de piedad contenida, con que el narrador contaba las calamidades y las miserias, la *mala pata* y el destino cruel de algunos de los personajes; o la cuquería, pedantería, prosopopeya y empacho de los elegidos por la fortuna. Auténtico humor de creador que está al cabo de la calle acerca de la importancia de los *accidentes* en las vidas. Humorismo cruel a veces. Y, en ocasiones, confortador. Y siempre marcando las *diferencias* entre quien tiene los hilos de las vidas en los dedos y quienes tienen las vidas pendientes de hilos. Una segunda lectura más morosa de las novelas contemporáneas me hizo titubear de mi primera impresión. Sí, Dickens humorista, y Galdós, también. ¡Dickens entre la burla piadosa y la piedad disfrazada, y Galdós, también! Pero... aquellos dos humorismos *ya no me sonaban igual*. ¿Qué los diferenciaba? La interrogación me quedó incontestada, para mejor ocasión, hace unos años. Ahora, al tener de nuevo que releer todas las obras galdosianas

para preparar esta edición, la respuesta saltó un día cualquiera, convincente y tenaz. Nada tiene de particular que Galdós amara a Dickens, sabiéndole enamorado de los mismos ideales que él, dedicado casi con exclusividad a las mismas clases media y baja a las que él se dedicaba. Pero el entusiasmo era de emulación y no de imitación. El humor de Dickens era más humano y cálido, estaba *excitado por la convivencia del autor y de sus personajes*. La piedad de Dickens era la sentida por un visitador de pobres a quien, de pronto, se le presenta una angustia impensada y para la que, a veces, no se tiene el socorro a mano. El humor de Galdós es menos cordial, supura de la misma noción de superioridad que la aparta de vivir con sus criaturas. La piedad de Galdós es la piedad de quien no ignora ninguna desgracia y de quien no quiere evitar ninguna, porque sabe que de las desdichas nace la fuerza más humana y moral de cualquier mundo.

Las influencias de Balzac y de Dickens quedan reducidas, por tanto, *a casi nada*: la obra de uno y otro pudo inducir a Galdós a emprender una obra análoga con materiales españoles, madrileños. ¿Es muy importante esta inducción? Porque si lo es creo que será imposible encontrar un solo escritor en la historia literaria del mundo que pueda presumir de original. Esto sin contar con que ya se ha dicho—con frase atribuida a Vinci, a Montesquieu, a Erasmo y... tantos más—«que la originalidad no existe, sino que existen los modos originales». Estos modos originales los tuvo nuestro Galdós más que ningún otro gran novelista de su época: modos tan originales, que quedaron como modelos; y aún hoy, cuanto más se ajustan los modernos novelistas españoles a la *manera galdosiana* de novelar, tanto más aciertan en sus designios.

En los *Episodios nacionales*, por los temas tratados, abundan más los personajes *recreados* por Galdós que los crea-

dos. A la inversa, en las novelas contemporáneas. Pero, a mi parecer, los personajes inventados en estas novelas no ceden en fuerza histórica a los recreados en los *Episodios*. Y en no pocas ocasiones los exceden en realismo. Nos parece imposible que no hayan existido los sórdidos comerciantes Requejo, de la calle de la *Sal*, los Arnáiz y los Santa Cruz; la prolífica familia Arnáiz-Cordero; la típica tienda y la estupenda figura del irrestañable hablador Estupiñá. Cada una de las novelas contemporáneas de Galdós nos hace conocer a unas cuantas personas que vivieron con vidas portentosas y que viven aún; personas a las que estamos seguros de encontrárnoslas *por ahí* en el momento más impensado.

En *La desheredada* conocemos a los Rufetes; al padre Tomás, tan rematadamente loco y perdulario; la hija, Isidora, tan desdichada y tan alocada; el hijo, Mariano, al que por mal nombre llaman *Pecado*, de la piel de Barrabás, y, después de una terrible enfermedad, medio idiota. Conocemos también a Encarnación Guillén—alias *Sanguijuela*—comadre y un sí es no es bruja; a los Miquis—Augusto y Alejandro—, buenos muchachos, bohemios empedernidos, aquél, médico cumplido; éste, abogado y soñador—; a don José de Relimpio, padrino y pariente de Isidoro Rufete, hombre decentísimo, cuyas hijas Emilia y Leonor, cursiloncillas, solteronas, le ayudan a vivir cosiendo a máquina para las tiendas; al ínclito, prosopopéyico, martingalista y cuco don Manuel José Ramón del Pez y a sus numerosísimos familiares, todos ellos agarrados como lapas al presupuesto oficial; a granujas y granujillas tan estupendos como *Zarapicos*, *el Canónigo* y *el Gaitica*.

En *El amigo Manso* conocemos—con el mejor gusto nuestro—a Máximo Manso, doctor en dos Facultades, catedrático del *Instituto del Cardenal Cisneros*, hombre soñador, suave, comprensivo, muy recogido en sí mismo; a su hermano José

María, que hizo fortuna en Indias, y a su numerosa familia; *Lica*—la esposa—, *Chucha*—la suegra—, *Chita*—la cuñada—, más tres retoños, todos ellos macanudos y dulzones, caprichosos e inútiles; a doña Javiera Rico, viuda de Peña, jamona de muy buen ver, poseedora de una sólida fortuna y dueña de un despacho de carne, y a su hijo Manolo Peña, muchacho audaz y cargante, de buen fondo, pero de pésimas inclinaciones; a doña Cándida, viuda de García Grande, amiga que fué de la madre de Máximo Manso, y enredadora, sablista impenitente, de monstruosa megalomanía, capaz de comerciar hasta con la belleza de su sobrina Irene, joven maestra, huérfana de un caballerizo real, muchacha culta, seria y un poco rara, pero de mucho menos fondo que fachada, de mucho menos corazón que cabeza; al poetastro ampuloso don Francisco de Paula de la Costa y Sanz del Bardal, que ostentaba una cruz de Carlos III en las tarjetas, ¡porque su padre tuvo una encomienda de dicha Orden! En *El doctor Centeno* conocemos al encantador rapaz *Celipín*, que salió de su pueblo, Socartes, provisto de unas pocas pesetas, a la conquista del mundo, personajillo lleno de sugestión y de mala fortuna; a don Pedro Polo y Cortés, capellán de monjas y propietario de un fermentido colegio de Párvulos, sacerdote sin vocación, hombre lleno de pasiones y de fuerzas descomunales; al desdichadísimo maestro don José Ido del Sagrario, partidario del método docente «la letra con sangre entra», autor incansable de novelones por entregas a cuartillo de real el pliego, mártir oscuro y sin fama, cuyo fuerte y orgullo era la caligrafía por el Evangelio de Iturzaeta; al conserje de la Escuela de Farmacia, Sánchez Emperador—ser de cortos alcances y que gustaba de retratarse, a fin de cada curso, con los nuevos directores, para salir en las orlas de la Facultad—y a sus hijas Amparo y Refugio, aquélla nombrada *Tormento* por su verdugo Polo, hermo-

sísima, débil, sufrida, llena de femineidad; Refugio, de genio duro, rebelde, también muy guapa, con excesivo juego de cabeza; al bondadosísimo padre Nones, presbítero ya muy viejo, lleno de sustancia evangélica.

Personajes impresionantes de *La de Bringas* son: Rosalía Pipaón de la Barca de Bringas, dama ambiciosa, trapionista, tomada de la más desmedida vanidad, capaz de cualquier dislate por encumbrarse y presumir; su esposo, don Francisco de Bringas y Caballero, oficial primero de la Intendencia Real, habilidosísimo en trabajos manuales, puntilloso en cuestiones de honra, hombre exacto en el cumplimiento de su deber, un poco *chinche* y un mucho cominero, capaz de agotar la paciencia de un santo; don Agustín Caballero, que se hizo rico en tierras americanas después de una juventud aventurera y llena de trabajos, coramén de oro, muy enemigo del trato con sus semejantes, poco duto en las fórmulas más elementales del vivir social, pero caritativo, de criterio muy recto.

En *Fortunata y Jacinta*, novela de tan amplio escenario, «donde caben holgadamente todas las transformaciones morales y materiales de Madrid desde 1868 a 1875, las vicisitudes del comercio al por menor y las peripecias de la revolución de septiembre», conocemos al gordo Arnáiz, excelente persona, anglómano y solterón, pañero acreditado, que daba y tomaba letras sobre Londres y representaba a dos compañías de Seguros; al honrado comerciante don Baldomero Santa Cruz, a su ingeniosa y retrechera esposa, doña Barbarita Arnáiz, y a su hijo Juanito Santa Cruz, prototipo del señorito guapo y sin escrúpulos, mal educado y voluntarioso, quien llevaba el escándalo consigo por dondequiera que fuese; a Plácido Estupiñá, antiguo dependiente de los Santa Cruz, servidor incondicional de doña Barbarita, hablador impenitente, que por dar gusto a la sin hueso se arruinó estúpidamente, co-

torrón y pirrado por cualquier acción que llevase aparejado algún trapicheo *con matute*; la santa y seductora Guillermina Pacheco, dama de familia nobilísima, encendida de caridad por los menesterosos, siempre risueña y dispuesta a sacrificarse, jamás preocupada de sí misma, visitadora, llena de gracia, de hospitales y de chozas; a Fortunata, hembra bravía de la plebe de Madrid, hermosa y garbosa, con una enorme grandeza y con una pasmosa fidelidad de corazón, amante desdichada del *perdis* Juanito Santa Cruz, quizá un tanto ordinaria y cerril, pero con *salidas* y desplantes muy peculiares de la buena chula madrileña; a Jacinta Arnáiz, esposa de Juanito Santa Cruz, con más gracia que belleza, dulce y poco decidida, de las mujeres recogidas *que se ahogan en un vaso de agua*, mártir resignada de su matrimonio con tarambana semejante; a Juan Pablo, Nicolás y Maximiliano Rubín, bohemio, politicastro, chulote el primero; clérigo el segundo, desaseado y comilón, peludo y tacaño, más amigo de los consejos que de las dádivas, *gran lañador de almas* cascadas a su decir y en verdad, dispensador de recetas charlatánicas para todo, las que aplicaba al buen tuntún; infeliz estudiante de Farmacia Maximiliano, raquítico y linfático como sietemesino que era, misántropo y soñador, feo y tímido, paciente de frecuentes y fortísimos dolores de cabeza, esposo vilipendiado de Fortunata, verdadero pelele que acabó loco delirante...; a doña Lupe *la de los pavos*, viuda de muchísimo cuidado, socia comanditaria del avaro Torquemada, encenagada en los negocios turbios, tía de los Rubines, mujerota que, en vez de sentir con el corazón, sentía con la pelota de algodón con que suplía la falta de un pecho, perdido en la enfermedad; a Mauricia *la Dura*—hembra de vida alegre, corredora de alhajas o ramera por días, borracha y cuya cara mostraba una original semejanza con la de Napoleón Bonaparte—y a su hijita, la angelical Ado-

ración, niña como de cinco o seis años, lindísima, muy relimpia, muy pinturera; a don Evaristo González Feijoo, simpático y agradable coronel retirado, terne y campechano, de vida muy agitada, cuya divisa era *conservar las buenas formas a todo trance*, predicador suave del amor libre; a Segismundo Ballester, encargado de la botica de doña Casta Samaniego, licenciado en Farmacia, *hombre simpático y no muy limpio*, de barba inculta, gruesa nariz, personalidad inteligente, terminada por arriba en una cabellera matorral que debía de tener muy poco trato con los peines, y, por abajo, en anchas y muy usadas zapatillas de pana, que arrastraba por los ladrillos de la rebotica, aficionadísimo a la música zarzuelera, cuyos estribillos tarareaba sin cesar mientras iba y venía...; a doña Casta Moreno, viuda de Samaniego—presumida y cotilla—y a sus hijas: Olimpia, la menor, delgada y romántica, pianista en agraz y enamorada de un jovenzuelo, aprendiz y crítico, llamado Ponce; Aurora, la mayor, bien parecida, culta, elegante, viuda de un comerciante francés llamado Fenelón, que se ganaba muy bien la vida con una tiendecita concerniente al ramo de ropa blanca; al *Pitusín*, hijo de Fortunata y de Juanito Santa Cruz, según las malas lenguas, nene de tres años, muy lindo y gracioso, más listo que Cachucha y más malo...

No me he detenido sino a señalar algunas de las más atractivas criaturas galdosianas de esta grandiosa novela que es *Fortunata y Jacinta*, sin duda alguna la más importante obra narrativa española de todo el siglo xrx y de lo que va del xx.

No quiero llenar numerosas páginas consignando nuevos personajes de cada una de las novelas contemporáneas de Galdós. He puesto ya los suficientes ejemplos. Pero quedaría incompleta mi sucinta referencia si no mencionase, aún más a la ligera, a otras criaturas galdosianas, no menos humanas que las ya

señaladas. Quiero, por ende, aludir a *familias enteras*; a los *Del Aquila*—los hermanos Cruz, Fidela y Rafael—, que tuvieron mucho que ver con el avaro Torquemada; a los *Aransís*, de la familia de los marqueses de Malavella, gentes de poco dinero y muchas pretensiones; a los notabilísimos *Babel*, de las ramas de don Simón y de don Agapito, *ciento y la madre*, fachendosos y jaraneros, vividores y con escasos recursos, de existencia *un tanto golfa*; a los *Barraganes*, padre, madre y dos chicas, de una manera de ser y de aparentar *reventativa*; a los *Bueno de Guzmán*, de las ramas de don Rafael, de don Javier y de don José María, seres criados en muy buenos pañales, generosos, alegres, amigos de darse la buena vida, de almas bastante complejas; a los *Villamil*—padre, madre, dos hijos y un nieto, Luisito Cadalso—, mártires de la burocracia, náufragos en el mar *del quiero y no puedo*, desdichadísimos, con más hambre que recuerdos de tiempos mejores; los *Cadalsos*—dos hermanos, varón y hembra—, clase baja, un tanto pulida, señoritismo de pega; a los *Cisneros*—don Carlos María, su hija Augusta y su hermano don Diego—, notables figuras de castellanía, cultos, afables; a los *Corderos*, honrados comerciantes de encajes, gentes muy *a la pata la llana*; a los *Coronados*—don Pío—, el padre, un santo varón; las hijas, unas arpías—; a los *Fúcar*—de los marqueses de Casa-Fúcar—comparsa de mentecatos y de negociantes sucios, llenos de bambolla y de mala fe; a los *Guerras*, familia de desequilibrados, de ascendencia muy modesta; a los *Ido del Sagrario*—padre, madre y *cuatro niños*—, siempre a puñetazos con el hambre y con la *mala pata*, pálidos, cacoquímios y llenos de manifestaciones escrofulosas; a los *Lantiguas*—cuatro hermanos: don Angel—obispo—, don Buenaventura—político y hombre mundano—, doña Serafina y don Juan Crisóstomo—famoso abogado y padre de *Gloria*—; más

don *Juan Crisóstomo*—tío de aquéllos—, familia modelo de caballeridad, de simpatía, de dignidad católica, de costumbres tradicionales; a los *Miquis*, innumerables como *las gotas del mar*, de humilde ascendencia, de todos los pelajes, de las más variadas condiciones; a los *Pantojas*, clase media, oficios diversos, pero singulares; a los *Penáguilas*, de la rama de don Francisco y de la rama de don Manuel, clase media encumbrada, buena gente; a los *Pez*, verdadera familia del tío *Maroma*, bullangueros, *frescales*, entremetidos; a los *Porreños*, aristócratas de cuño tan moderno como sospechoso, llenos de rancias y de manías, con muy poco din y menos meollo; a los de *Relimpio*, *derrotados* en todos los campos de la Vida, siempre a la cuarta pregunta, sacando la cabeza a duras penas de la cursilería para meterse hasta el cuello en la vulgaridad; a los *Rey*—dos hermanos: doña Perfecta y don Juan, padre éste de Pepe, hijos del brigadier don José—, muy distinta la hembra de los varones; doña Perfecta, dura, inflexible, intransigente, soberbia; don Juan y Pepe, dos almas cándidas con *muy poco mundo*; a los *Roch*, judíos pudientes y de condición caballerosa; a los *Sudres*—marqueses de Tellería—, padres y cuatro hijos, morbosos, decadentes; a los *Torquemadas*, familia sorprendente por sus tipos variadísimos, que nada dicen el uno del otro, familia mosaico, con avaros y soñadores y generosos y rutinarios; a los *Trujillos*; a los *Viveros*, del linaje de los Trastamaras y de los Gravelinas, caídos poco a poco en la pobreza, en la ridiculez, en el chantaje...

¡Maravilloso mundo madrileño el de Galdós! Nada falta ni nada sobra en él. El Madrid de la primera República, de Alfonso XII y de la Regencia, que pervive por arte y gracia del novelista. Leyendo cualquiera de las novelas contemporáneas se sorprenden el vivir, el sentir y hasta el respirar de la gente. Cuando estamos muy metidos en la obra

novelesca de Galdós, le cuesta mucho trabajo a nuestro momento volvernos a él desde aquel mundo galdosiano, tan lleno de sugerencias. Porque no tengo inconveniente en confesar que yo no me encuentro hoy, por dondequiera que vaya, tipos tan extraordinarios y atractivos como aquel don *José Bailón*, clérigo que ahorcó los hábitos en 1869, cuya figura era la viva estampa de la Sibila de Cumas, pintada por Miguel Angel en el techo de la Capilla Sixtina, y que, después de correr muchos temporales, se dedicó al negocio de préstamos, a la sombra o bajo la égida de don *Francisco Torquemada*. Ni como el padre *Luis de Gamborena*, de hidalga y pudiente familia alavesa, misionero iluminado en un Zanzíbar, en Tanganica, en las islas de la Polinesia, y ya viejo y como fuera de este mundo, capellán del inclito político y financiero Torquemada, quien aseguraba que Gamborena era el vivo retrato físico de San Pedro. Ni como *Leré*—Lorenza—, *de los ojos burladores*, deliciosa criatura que se sintió desde joven llamada por Dios a la profesión religiosa, y que, impasible a toda clase de tentaciones, alegre y dulce, clara y angelical, logró la conversión del complejísimo Angel Guerra. Ni como don *Elías Orejón y Paredes*—alias *Coletilla*—, realista fanático, agente secreto y provocador al servicio del absolutismo, siempre vestido de negro, parecido a un lechuzo, con dos enormes orejas extendidas, colgantes y transparentes, un puro hueso, y entre amarillo y verde. Ni como *Bartolomé Cíbico*, agudísimo y despierto vendedor ambulante, conocedor de toda España, cuya superficie midió con sus alpargatas, cuya mascota y más grande amor era una graciosa ardilla. Ni como *Estefanía Chanfaina*, dueña de una casa de dormir en la calle de las Amazonas, protectora del seráfico *Nazarín*; de genio violento, pero caritativa y servicial. Ni como doña *Desdémona*, esposa del comadrón Quevedo, llamada así por los celos que, durante algún tiempo, tuvo la

desgracia de suscitar en su esposo; mujer que competía en elegancia «con una boya de las que están ancladas en el mar para amarrar de ellas los barcos», y que se dedicaba a la cría de los pájaros. Ni como *Electra*, mujer de dieciocho años, llena de encantos físicos y espirituales, sugestionadora con el hechizo que mana de todas sus acciones y palabras, tan viva como la misma electricidad...; misteriosa, repentina, de mucho cuidado...; destruye, trastorna, ilumina. Ni como *José Izquierdo*, tío de *Fortunata*, buen tipo, el mayor perdido y el animal más grande «que vi en mi vida»—decía de él Juanito Santa Cruz—; un hombre que lo había sido todo: presidiario, revolucionario de barricadas, torero de invierno, tratante de ganado, jugador de ventaja... Me contengo difícilmente. Sin querer, sin querer, por no saber prescindir de ninguno, llenaría páginas y páginas con la presentación de docenas, de cientos de personajes galdosianos, dignos de que no se los olvide. Todos ellos nos tienden sus vidas con una naturalidad sin precedentes.

Quiero, para terminar, decir algo de las novelas contemporáneas de Galdós—que ya apuntó el fino crítico literario Valbuena Prat—; estas novelas contemporáneas representan, en el siglo XIX, lo que el teatro de Lope de Vega en el XVII: el sentido sintético de la historia de todo un siglo español «en que las más diversas modalidades cobran vida impeccedera». El mismo crítico afirma, reclamando la justicia estricta para Galdós, que, en la historia de la novela española, va Galdós tras de Cervantes.



¿Fué tan grande el Galdós dramaturgo como el Galdós novelista? Ardua es la respuesta, si se ha de contestar en un sí o un no, como Cristo nos enseña. No olvidemos que la primera vocación literaria de Galdós fué la dramá-

tica. En 1868 leyó un drama—*La expulsión de los moriscos*—al famoso autor Manuel Catalina, a la sazón usufructuario del *teatro Español*, y si bien llegó éste a admitirla con grandes elogios, no la llevó a la escena. Desanimado, abandonó Galdós sus tentativas teatrales, hasta 1892, año en que, animado por el gran autor Mario, teatralizó su novela dialogada *Realidad* y logró estrenarla con un éxito clamoroso en el *teatro de la Comedia*, el día 15 de marzo. Este éxito le excitó a reverdecir aquellos no olvidados juveniles intentos de ganar honra y provecho en la escena. No creo, sin embargo, que los consejos de Mario moviesen el ánimo de Galdós decisivamente. Y no lo creo porque ya el hecho de que el gran novelista, tres años antes, escribiera dialogada *Realidad*, indica más que suficientemente—conocidas la voluntad férrea y el dominio de Galdós sobre sus intenciones—cómo el autor iniciaba unos sondeos más que provisionales para «ver cómo reaccionaban el público y la crítica». El éxito fué concluyente. En 1889 al publicarse *Realidad*, novela dialogada en cinco jornadas, todos—crítica y público y autores—estuvieron conformes en que aquella obra era la quinta esencia de lo teatral. Tan es así, que nada menos que *Clarín* opinó que el defecto de *Realidad*, como novela, era su teatralismo, al que calificaba de *inoportuno*. Luego Galdós ya andaba muy soliviantado—y aún creo yo que decidido—respecto a su inminente dedicación dramática, cuando *llovieron sobre mojado* los consejos del gran actor Mario. Tengo para mí que fueron de Galdós ciertos juicios del francés Brunetière acerca de la relación entre la novela y el drama. «Una novela es, más o menos, un drama que va a dar cierto número de escenas que son como los puntos culminantes de la obra. En realidad, las grandes escenas de una vida humana vienen preparadas de muy atrás por esta misma vida... Del mismo modo ha de suceder en la novela. La novela

psicológica tiene por rasgo característico lo que puede llamarse la *catástrofe moral*.»

¿Cuál es la significación teatral de Galdós? La de un realismo sano, español, liberado por completo del romanticismo declamatorio que se infiltraba en las obras de autores en boga entonces; Echegaray, Sellés, Cano... Galdós logra en su teatro lo mismo que veintidós años antes había logrado con sus novelas: *reanudar* un género tradicional de realidad insobornable y sugestiva, casi perdido desde la muerte de Calderón. Galdós acaba con los efectismos, con los latiguillos, con las concesiones, con las divagaciones, con las parrafadas retóricas. Su teatro es claro, rectilíneo, natural hasta lo asombroso, escueto de diálogo—probado hasta el límite—, desprovisto de derivaciones y de episodios, en el que las ideas fluyen e influyen, lúcidas y permanentes, desde el principio al fin. Teatro sincero, teatro vida antes que nada. Porque si de la vida se hace teatro, y hay un teatro *teatro*, del teatro se puede hacer vida. Que es lo que hace Galdós. Únicamente él, en España, entre 1880 y 1920. Porque el resto de los dramaturgos españoles—entre 1880 y 1945—pone todas sus complacencias y dedica sus esfuerzos a transformar la vida en teatro—Benavente su más calificado paladín—o, con ánimo más apegado a lo lucrativo, a componer un teatro *teatro*. Ya diré más adelante en qué consisten las tres clases de producciones dramáticas para aquellos que se muestran sospechosamente incomprensivos.

El máximo valor del teatro de Galdós está en que el sentido humano del autor triunfa penosamente de todo lo que pueda ser un convencionalismo. La ley del espíritu y la ley de la carne son las únicas leyes a que se sujeta Galdós. Mucho más a la primera que a la segunda. Y nadie le ha superado en traducir los temas más arduos de la Vida a un lenguaje universal que se mete decidida-

mente por los sentidos más nobles en el alma del espectador.

En todas sus obras teatrales ha dejado marcada Galdós la garra de su genio por la valentía dramática, por la hondura del pensamiento, por el choque de los afectos, por las situaciones, por la verdad impresionante de los caracteres. Admito que algunas obras dramáticas de Galdós puedan no gustar; como no gustan muchos sucesos y muchas personas con que la Vida nos encara. Pero lo que jamás podrá decirse de una obra teatral de Galdós es que no es *real*, que *exagera* las vidas, que cuanto pasa en ella *carece* de calor humano, que *falla* en cualquiera de los sentidos de la naturalidad. Sí, reconozcámoslo: no todo lo insobornablemente real divierte. Pero no por ello pierde un solo entero en su cotización realista. Con mi preferencia por el teatro galdosiano, cuya divisa es *la del arte para dar realidad a lo imaginado*, no quiero negar ninguno de los valores puramente escénicos que tienen las otras dos categorías teatrales: la de hacer de un trozo de realidad encanto imaginado o la de prescindir en absoluto de la realidad para teatralizar lo absolutamente ficticio. A las gentes—hoy mayoría—que les aterran mucho la fuerza y los sabores enteros del realismo, se las ve huir de un teatro como el de Galdós, que tanto remacha la imprescindibilidad de enraizar en la verdad, para buscar—las más selectas—la teatralización de la parte menos trágica de la existencia—lo cual es como edulcorar los *malos ratos*—, o—las gentes menos selectas, que son las más—un teatro puro teatro, que para nada alude a la realidad cotidiana. «¡Yo voy al teatro para divertirme, para olvidar mis preocupaciones, para ver algo *de lo que no puede ser!*» Esta es hoy la razón suprema que exige el público para disculpar su cobardía vital. El teatro que más desquicie la realidad es el que más gusta hoy. No debe chocar a nadie, por ende, que el teatro de Galdós, compuesto su rompecabezas

nada más que con trozos de vidas, no tenga la fama que merece: la de ser el más grande, más intenso, más tradicional teatro español contemporáneo. Cuando los públicos no se asusten de medir sus vidas ganadas cada día con los nuevos problemas que la Vida puede presentarles—tal que la Esfinge a Edipo—desde un escenario, con la colaboración del arte, comprenderán que no merece llamarse tal cualquier teatro que no se ajuste a las normas eternas—de arte, de naturaleza, de verdad— a que se ajustó el de Galdós.

Cuando Galdós empezó a escribir sus novelas, a salvo los tanteos meritorios de *Fernán Caballero*, no existía en España la novela realista. Cuando Galdós empezó a estrenar sus dramas y comedias—en 1892—, el único realismo escénico que existía era el populachero, servido a gotas en el llamado *género chico*. Pero Ricardo de la Vega, Tomás Luceño, Javier de Burgos, Pérez y González, Vital Aza, Miguel Echegaray no buscaban en la realidad *sino la epidermis*: lo que se ve en seguida, lo que no se complica nunca, lo coloreado con gracia, la espuma, la sonrisa. Admirar las casas por sus fachadas. Creer a los hombres por sus palabras. Este fué el costumbrismo—elevado en muchas ocasiones a categoría de tópico—de los llamados saineteros. Un realismo, como se comprenderá, que no pasa de conato. Ya sé que se me puede decir que al iniciar Galdós su obra teatral ya eran muy estimadas las producciones de aquel ingenio que se llamó Enrique Gaspar; producciones ya nada románticas y encaminadas a satirizar los vicios sociales. Pero Enrique Gaspar no fué sino un discípulo muy discreto de los neoclasicistas franceses de fines del siglo XVIII y un precursor en el teatro discursivo y discursante que ha culminado con Benavente. Tener *ideas reales*, como Gaspar y Benavente, no quiere decir que se *teatralice la realidad*. La realidad la dan la pasión y la naturalidad, la sencillez expresiva y el sometimiento

a las reacciones temperamentales de los personajes. Una *idea real teatralizada* suele ser un Moloc, a cuya insaciabilidad se sacrifican demasiadas palpitaciones humanas. Porque la idea, por muy real que sea, carece de corazón y se expresa con demasiada oratoria.

Puede afirmarse, por tanto, que Galdós inició, en 1892, el teatro realista, igual que en 1868 había iniciado la novela tradicional española. Porque, en 1892, el panorama escénico en España era francamente desolador. Como *obras serias*, las de don José Echegaray, Novo y Colson, Sellés, Leopoldo Cano, Feliú y Codina; obras híbridas con lo más repudiable del romanticismo trasnochado y con lo menos laudable de la realidad alboreada timidamente; obras *monstruos*, cuya grandeza residía en sus pretensiones. Como *obras sin trascendencia*, las ya aludidas del *género chico*, cuyo realismo, como polvillo en las alas de los lepidópteros, sirve para volar—para gustar—, pero no para conmover ni para remover. Y como *refuerzo* de este teatro nacional *tan despistado*, el más pretencioso teatro extranjeroseudorromántico o seudonaturalista. Las obras de Dumas (hijo), Goldoni, Torelli, Sardou, Feuillet, Ohnet, Bisson, Halévy, Briet y Delcroix...

La escena española seguía nutriéndose de los recuerdos del Romanticismo y de los intentos de unas nuevas tendencias, entre las que destacaba una referente a determinados problemas sociales, importados del extranjero en unas traducciones que ni siquiera eran leales, pues que los traductores, temerosos del fracaso de *taquilla*, adobábanlas al gusto español. Por entonces, con los dramones de Echegaray y de sus discípulos y las zarzuelas y revistas de Ricardo de la Vega y sus imitadores, alternaban los primeros *vau-de-villes* y las primeras *altas comedias*. Resumiendo: no existía una verdadera manifestación del arte con el carácter nacional en el teatro español de aquella época. ¿Se dió cuenta exacta Galdós de la revolución que iba a dirigir? Posible-

mente no. Como tampoco empezó a escribir novelas con intenciones revolucionarias. Las ideas preconcebidas, en arte como en literatura, no suelen tenerlas los grandes creadores, sino los más obcecados espíritus en disconformidad o en negación. Hoy día, puede comprobarse mi afirmación con el ejemplo de Proust y de Picasso. Los grandes creadores son espíritus afirmativos que caminan *a compás* de la vida, Galdós, como Dickens, como Balzac, tuvo siempre la intuición de las reacciones en el gusto público, precisamente por su sentido de observación, Galdós escribió novelas historias, cuando la masa lectora las devoraba. Dejó de escribirlas inmediatamente antes que dejaran de ser solicitadas. Escribió novelas realistas cuando las gentes se perecían porque al pan se le llamara pan, hartas ya de las mixtificaciones románticas. Galdós acertó como siempre a escribir teatro realista, eminentemente tradicional, cuando don José Echegaray estaba ya muy distante de sus éxitos apoteóticos y las gentes sencillas acudían a presenciar las zarzuelas, no por los libretos—de escasa inventiva y preñados de tópicos—, sino por las partituras, *que se pegaban al oído con facilidad*, por estar logradas, la mayoría de las veces, sobre motivos populares.

Mérito y muy grande de Galdós, autor teatral fué el ser revolucionario *sin querer reformar nada*; sencillamente, volviendo a los cánones inmortales del teatro nacional. ¿Es que el teatro en 1892 no necesitaba de inmediatas y profundas innovaciones? Sin duda alguna. Sino que... ¡era tan difícil innovar sin que el público supiera aún qué quería! ¡Aun cuando ya sabía qué no quería! Galdós prefirió *sustituir*. En Francia—como muy bien apuntó *Clarín*—, Daudet y Zola se lanzaron a escenificar sus novelas con las pretensiones de innovar, de reformar. El naturalismo francés era ya de por sí un descubrimiento. En las novelas el público lo dirigió. En el teatro alegre, también. ¿Por qué fracasaron Daudet y

Zola en el drama? El drama tiene que ser puro patetismo. El patetismo repugna del naturalismo abusivo y descarado. Esto es todo, a Zola y a Daudet les falló el modo naturalista, que era, precisamente, el objeto de la renovación, y que difiere por completo en el teatro y en la novela.

Galdós triunfó porque se libró muy mucho de innovar. Algún crítico muy admirable insiste en que *si innovó*, ganando varias batallas al convencionalismo. Esta afirmación es pueril. Si Galdós se afilió a un modo de hacer teatro—como el tradicional español—en que el convencionalismo era desconocido, naturalmente que no ganó batalla alguna al convencionalismo. Se limitó a volver el gusto del público hacia lo no convencional. Pero, en este caso, la fuerza no estaba en Galdós, sino en el modo tradicional, que ya había ganado, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, otra gran batalla al neoclasicismo. Y ustedes me preguntarán: «¿En qué consistía el modo tradicional del teatro español? ¿Cuáles eran sus *leyes eternas*?» Y yo les contestaré: «Mucha acción, mucho patetismo, sobriedad escénica, naturalidad expresiva. En resumen, lo más difícil: verdad. Leyes eternas teatrales que si se violentan no producen *sino caprichos*. Y lo caprichoso—moda o modo—tiene una existencia tan estrambótica como efímera.»

¿Por qué inició Galdós su producción teatral limitándose a escenificar, más o menos cambiadas, ideas novelescas, planes de novela? *Realidad*, *La loca de la casa*, *Gerona*, *El abuelo*, eran innovaciones dialogadas, como intentos ampliados de futuras obras teatrales. ¿Desconfiaba Galdós de sus dotes de dramaturgo? Posiblemente. De las de narrador estaba bien seguro. Y debió de creer que bastaba podar con tino una novela dialogada para que surgiera un drama con todos sus valores. Porque—y en ello no se engañaba Galdós—es el realismo la única tendencia literaria y artística cuya expresión no

admite subterfugios. Una misma expresión para el arte, para la literatura y para la vida. Sino que la dificultad de escribir novelas estaba en esa poda atinada a que me he referido antes, ya que si el realismo es el mismo y su expresión también, varían en la escena y en el libro los *elementos ponderables*. En el teatro, conservando la tesis y los caracteres fundamentales, a veces es conveniente resaltar detalles que en la novela quedaban menos marcados, en atención a la mayor espectacularidad de ellos. En ocasiones se precisa, para la representación, narrar con rapidez, de una pincelada, lo que en la lectura podía ir suavemente insinuado. Todo lo descriptivo, todo lo puramente narrativo, el soliloquio, las transposiciones, elementos positivos muy valiosos de la novela, tienen que ser, para la escena, transformados en pocas palabras ceñidas. Posiblemente de lo que desconfiaba Galdós era de su *picardía teatral*; picardía a la que se da el ampuloso nombre de técnica. Y hacía bien en desconfiar, porque una cosa es convertir novelas en dramas y otra hacer dramas *sin nada* de novelas. Con muy buen sentido, Galdós se aproximó a lo teatral teatralizando exclusivamente la idea y dejando a los personajes hablar con la misma naturalidad que en los libros. La variedad de la acción en un tiempo breve, los efectismos, los trucos eran conocimientos a estudiar.

Y el primer conflicto que se le plantea a la crítica es éste: ¿cómo, habiendo tanto *dramatismo* en Galdós, puede reprochársele la falta de *escena*? ¿Cuál es la base de lo teatral: el conflicto dramático o la habilidad expositiva? Las posibilidades de conflicto y contraste en lo fundamental, desde Sófocles hasta Ibsen, han sido siempre el *alma escénica*, digan lo que quieran los *pícaros* autores que con *mucho oficio* saben entretener al público *sin que el hueso tenga dentro almendrilla*. Pero ya hemos quedado en que esto último es teatro-teatro. Y a Galdós no le interesaba sino, el teatro-

vida. Es decir: un trozo de vida desarrollado escénicamente, sin trucos y sin efectismos. El peligro estuvo en que cuando Galdós empezó a escribir para el teatro, el público apasionado por el género estaba saturado de la *vida-teatro* (romanticismo, y empezaba a sacar el gusto al *teatro-teatro* (caricatura de costumbrismo). Precisamente las apuntadas dos tendencias artísticas mistificadoras del teatro. Quienes cultivan la *vida-teatro* son autores sentimentalistas, y muy poco objetivos, que insuflan su espíritu en el ambiente y en las cosas; de aquí que cuanto producen sea—más o menos significativo—*particularidad* sin trascendencia social. Por el contrario, quienes cultivan el *teatro-teatro* no se interesan sino por lo superficial y plástico, por la sucesión aleatoria de líneas, masas y colores, sin adivinar el ritmo interno ni oprimir la carne del mundo. Son objetivos *en demasía*, según ha dicho un gran crítico contemporáneo.

Por encima de esta producción normal está la supernormal, la genial, la del *teatro-vida*. En cuyo sentir opina Pérez de Ayala. «En el alma del creador de genio muévense con igual desembarazo las criaturas reputadas de malas y las que consideramos buenas, obedeciendo a la ley de su desarrollo lógico, no a una tiranía externa y caprichosa; de manera que, entre todas, componen una armonía natural y profunda. Hijas son todas del mismo padre, así como ajenado de la conducta de sus criaturas, una vez que las formó, permanece con un noble gesto de serena eternidad. ¿Podéis decirme si en Shakespeare o en Galdós existe alguna vez el propósito previo de hacer odioso a tal personaje, o amable a tal otro? Yago y doña Juana Samaniego—[personajes de la *Cassandra*, de Galdós]—son microcosmos, pequeños universos morales, representan un sentido de la vida y son de tan bien urdida hilaza que nos fuerzan a considerarlos y admirarlos según su valor. Dentro del creador de genio observaremos siempre absoluta im-

personalidad y un a modo de respeto divino a la norma fatal que seres y cosas llevan dentro de sí. Tal es el eterno problema de la vida. ¿Por qué hemos de pedirle a Pérez Galdós que nos plantee en sus dramas nuevos problemas? Equivaldría a solicitar de él que rompiese el equilibrio de la vida humana poniendo su corazón como en un platillo de la balanza: No Presentemos la realidad tal cual es, si bien con luz más viva, luz que mana de la síntesis artística. Y que el espectador sesudo y atento desentrañe el problema.»

Galdós, pues, restauró a fines del pasado siglo el teatro-vida. Que el público quedara un tanto desconcertado con el teatro de Galdós, que la crítica achacara al teatro de Galdós falta de técnica, no dice nada en contra de los dramas y comedias de Galdós; da a entender que la crítica y el público no se hallaban capacitados, de momento, para gustar de este teatro-vida tan fuerte, tan emocionante. Pero el triunfo de los creadores está por encima de las momentáneas incomprensiones. La crítica y el público estaban—¡y siguen estando!—acostumbrados a que el teatro fuera como un reloj al que se veía andar, pero cuya maquinaria se ignoraba. Lo más interesante permanecía en adivinanza. El triunfo era de lo epidérmico. Pero el teatro-vida de Galdós es como un reloj de esfera transparente; reloj que marca la hora y que, al mismo tiempo, permite examinar al detalle el misterio de la maquinaria. Comprendo perfectamente que este reloj fuera *demasiado espectáculo* para una crítica y un público que se pirraban por las suposiciones y por las extravagancias, pero a quienes desasosegaba no poco la necesidad de comprender y de reflexionar.

Naturalmente, por no dar su brazo a torcer, que era tanto como confesar su atontamiento deslumbrado ante el *recuperado* teatro español, el público y la crítica se dedicaron a buscar defectos a las obras escénicas de Galdós. Eran pe-

sadas. Carecían de acción variada. Las oscurecía un simbolismo nórdico—ibseniano—. El argumento y los personajes *no se revelaban* teatralmente, de golpe. Hería desde ellas un desnudo realismo. El análisis psicológico no se vertía a la frase plástica y sintética y a la acción rápida y comprensiva—como la dramática al uso requería—, sino que se hacía a presencia del público, y lentamente, con cuyo proceso se ofendían todos esos pudores que no se asustan de los disfraces. ¿Pesadas las obras teatrales de Galdós? Desde los tiempos de Maricastaña se arrastra la confusión entre lo pesado y lo grave. Que no pueden ser términos más distintos. La pesadez depende del interés con que la obra encaje en las posibilidades intelectuales y sentimentales del público. A más interesante, se calificará la obra de menos pesada. La gravedad depende de la grandeza de lo tratado. La comprensibilidad del público alcanzará o no el sentido de tal grandeza. En que lo alcance o no estará la razón o la sinrazón de que una obra no parezca o parezca pesada. Lo pesado y lo ligero son conceptos subjetivos. La mejor prueba de esta afirmación está en que los mismos sucesos y las mismas cosas son para ciertas gentes interesantes y para otras carecen de interés. Lo grave es un concepto objetivo. Donde se halla la grandeza se halla para todos, comprensible a unos, incomprensible a otros. Todas las obras escénicas galdosianas gravitan sobre quienes las comprenden con una sensación de gigantesca majestad. Sensación que nada tiene que ver con ese reconcomio hostil o despectivo a que nos excita la pesadez literaria.

Se ha dicho que Ibsen influyó poderosamente en Galdós autor teatral. Influencia que se refería a la elección de temas de compleja psicología, al lenguaje escueto, incisivo, a los ambientes *ya un tanto cargados de la electricidad de lo angustioso*; a los caracteres duros y rudos, al simbolismo oscuro y un tanto

desquiciado, a la tendencia satírico-socializante.

Jamás negó Galdós su entusiasmo por Ibsen, ni su intención de hacer en España un teatro equivalente, pero atemperado a la idiosincrasia española, ¡tan distinta a la nórdica! Fué el propio Galdós el primero en protestar contra que se creyera en él una influencia ibseniana decisiva. Contra la oscuridad, contra el simbolismo, contra el sentido tendencioso teatral que se le imputaban tomados del gran noruego, *se revuelve* en los prólogos que escribió para las impresiones de *Los condenados* y de *Alma y vida*. «El único simbolismo admirable en el teatro es el que consiste en representar una idea con formas y actos del orden material... Lo empleé sin pretensiones de novedad en *La de San Quintín*, pero no en *Los condenados*, porque eso de que las figuras de una obra sean personificaciones de ideas abstractas no me ha gustado nunca, ya que la práctica de ese sistema deshumaniza los caracteres.» Añade: «Si incurrí en el pecado de oscuridad, no debe atribuirse a las lecturas del autor noruego. De las obras de éste me enamoran, y encuéntrolas de soberana hermosura, *Casa de muñecas*, *Los aparecidos*, *El enemigo del pueblo*, por juzgarlas de complexión sana y claramente teatral. Las que se reputan simbólicas—*El pato silvestre*, *Solnes*, *La dama del mar*, por ejemplo—no logro entenderlas, y fuera de alguna escena en que se revela el altísimo genio del autor, no encuentro en ellas el deleite que seguramente hallarán los que sepan desentrañar su intrincado sentido.» Y cuando defiende el suave simbolismo tendencioso que muchos críticos sorprendieron en *Alma y vida*, se explica así: «Ese simbolismo tendencioso que a muchos se les antoja extravagante... y nace como espontánea y peregrina flor en los días de mayor desaliento y confusión de los pueblos, es producto de la tristeza, del desmayo de los espíritus ante el tremendo enigma de un porvenir cerrado

por tenebrosos horizontes. Y el simbolismo no sería bello si fuese con solución descifrable mecánicamente, como la de las charadas. Déjenle, pues, su vaguedad de ensueño y no le busquen la derivación lógica, ni la moraleja de cuento de niños.»

Imposible explicarse con mayor sinceridad. Y a las claras. Simbolismo misterioso y angustioso es el de Ibsen. Simbolismo vago y conmovedor el de Galdós. Ibsen es oscuro en sus pasiones porque él mismo no logra comprenderlas, porque desespera de salvar su alma en ellas. Galdós es claro en sus pasiones porque las tiene perfectamente analizadas y porque sabe que, precisamente si se deja vivir en ellas, el espíritu resplandecerá. En Ibsen mandan el pesimismo y el sarcasmo. En Galdós, la verdad—pesimista o no—y el humor. El alma de Ibsen se debate dentro de una noche cerrada. El alma de Galdós mira ya la luz insinuante del alba. Todo en Ibsen es rebeldía en lo pasado y forcejeo en lo futuro. Todo en Galdós es rebeldía, sí, en lo pasado, pero con asideros en el porvenir. Por muy impasible que sea Galdós, por mucho dominio que tenga sobre su temperamento, no cabe olvidar que pesaban sobre él, español ciento por ciento, más de veinte siglos de sangre caliente y de luces radiantes.

Tampoco cabe afirmar rotundamente que al teatro en Galdós le falta acción. Le faltan exclusivamente los episodios. En el teatro-teatro, en la vida-teatro, toda la acción se distribuye en los episodios. En cada episodio se encierra un trozo de la tesis—si es que la tiene—de la obra escénica. Y no pocas veces un drama, una comedia, un sainete, no son sino una sucesión de episodios. El interés episódico compensa la falta de *idea*. En el teatro de Galdós no falta acción. Faltan, sí, los episodios que distraen de la rectilínea acción con que se viste la idea, los episodios que desvirtúan la tesis, los episodios divagatorios que paralizan la emoción o que la enfrían, los episodios

que no tienen otra misión que ambientar, ya que en Galdós está tan preñada de vida la idea que ambienta mientras vive y se desvive ante los espectadores. Cada obra teatral de Galdós tiene exclusivamente *una acción*. Rectilínea. Jamás oculta por los cambiantes del paisaje. El teatro de Galdós carece también de esos personajes secundarios a cuyo cargo corre la parte frívola de la obra, la *concesión picardeada* a las ganas de divertirse graciosamente del público. Todo personaje galdosiano, aun el más insignificante, está adscrito severamente al valor temático. Una idea. Una acción. Unos personajes—los necesarios—para vivir ésta y para encarnar aquélla. Por lo cual me parece absurdo aludir a la falta de acción en el teatro galdosiano. Alúdase a la falta de episodios y se hablará con mejor razón. Galdós, en su teatro, no se clarea por acciones, sino por reacciones. Sino que el gran público contemporáneo, cada vez más epidérmico, se asusta de las reacciones que le obligan a meditar y buscar los episodios que le distraen de cualquier preocupación.

El reparo que se pone al teatro galdosiano de que los personajes y el argumento *no se revelen de pronto* en una actitud, en una frase, en un rasgo, es un reparo firme y verdadero..., sino que es un reparo que precisamente afecta a la calidad máxima de lo teatral. Es decir, se le pone el reparo a Galdós por una virtud propia del teatro más exquisito: el que los personajes y el argumento se vayan revelando en *proyecciones sucesivas*, incrementando así el interés y dando una naturalidad asombrosa y a cada una de las reacciones morales y cordiales de los personajes. El truco socorridísimo de destapar por sorpresa el tarro de lo sorprendente es sumamente teatral, pero escasamente humano; sirve para las obras de humor, de comicidad, de costumbres, pero no para las psicológicas, en las que se ventilan problemas eternos y no situaciones provisionales como en aquéllas. Hacia los eternos problemas no se puede

marchar fiados en lo inesperado, sino con la emoción de los constantes y variadísimos conocimientos de cada probabilidad.

Tampoco reputo—como algunos críticos—como desacierto teatral el procedimiento galdosiano de hacer—como en las novelas—el análisis psicológico a presencia del público, en vez de haberlo hecho previamente y darlo al espectáculo ya vertido en la frase plástica y sintética, en la acción rápida y comprensiva. El procedimiento galdosiano responde mejor a llevar lo que tiene de espectáculo de arte el teatro a la Vida. El análisis psicológico elaborado a la vista del público exige esa precisión artística con que el ingenio apuntaba los decaimientos de lo humano-razón y lo humano-instinto, que en la naturaleza del hombre son como el fruto y la raíz.

Un verdadero reparo es el puesto al teatro galdosiano por Gutiérrez Gamero y de Laiglesia: el teatro de Galdós no ríe con risa sencilla, clara, intrascendente, pero legítimamente humana; risa que orea el ánimo de los espectadores en compensación de los momentos más febriles del drama. «Vale la pena insistir en la observación, hecha ya al tratar en los volúmenes anteriores de los *Episodios nacionales* y de las *Novelas*, de que Galdós, humorista calificado (y socarrón muchas veces), que supo reflejar, con fotográfica y fonográfica exactitud, tantos y tan varios aspectos del modo de ser de los españoles de su tiempo, y aun de los inmediatos anteriores al en que naciera, careció de la facultad de captar el buen humor, la vivacidad de ingenio que hace saltar, como chispa al roce del pedernal, en la conversación corriente, incluso entre el elemento popular de villas y campos, la respuesta aguda, oportuna, graciosa, que constituye una de las características pintorescas de nuestra personalidad racial. No quiere decirse con esto, ni mucho menos, que le tachemos de triste, sombrío o pesimista a ultranza; ni tampoco que se pretenda que esmalta-

ra los diálogos de sus novelas y de sus comedias de manidos chistes de almanaque, caso de que su ingenio no se los procure con facilidad si es que no los oyó brotar, espontáneos, de labios de sus modelos vivientes. Esta observación, que ni siquiera llega a ser reparo, ni, por ende, mucho menos crítica, se reduce tan sólo a echar de menos en la paleta de Galdós ese color que, en muchos casos, hubiera contribuido a animar sus cuadros con una chispa de luz viva y brillante, útil también para que las sombras de la triste realidad adquiriesen, por contraste, su espesor y su negrura.»

Desdichadamente, la gloriosa rectificación que Pérez Galdós imprimió en el teatro, desde 1892, no ha conseguido demasiadas victorias ni atraído numerosos adeptos. Viciado estaba el teatro español antes de Galdós, y viciado siguió después de él. Otras modalidades artístico-teatrales, que irrumpieron casi al mismo tiempo que la restauración galdosiana—el *vaudeville*, la alta comedia, la comedia netamente cómico-costumbrista—, opuestas a esta restauración, arrebataron, las más de las veces, a los públicos numerosos y superficiales, a causa de impresionarlos con afectismos de forma, con recursos habilidosos de técnica, con alegrías de situaciones grotescas o de chistes de buena ley. Estoy por decir que en todo lo que va de siglo xx apenas en media docena de obras teatrales se ve la *influencia de Galdós*. En esta media docena van comprendidas *Señora ama* y *La Malquerida*, precisamente las dos más hermosas obras escénicas de Benavente. Lo cual explica, en mi opinión, la decadencia terrible en que se arrastra nuestro teatro nacional. Porque cuantos autores contemporáneos adquieren honra y provecho—más provecho que honra—sobre la escena, para nada tienen en cuenta nuestro glorioso teatro tradicional—del que fué Galdós restaurador y último paladín—, sino las tendencias y las modalidades extranjeras más en boga. Hoy, no diré yo que no existan al-

gunos autores teatrales de mérito, pero si digo que no existe un teatro nacional como existe una pintura nacional, pongo por ejemplo de continuidad soberana.

En el teatro de Galdós, como en el de ningún otro dramaturgo contemporáneo, se encuentran robustas y poderosas personalidades individuales, seres que luchan contra el implacable Destino y se crean un mundo para sí mismos. Hasta el punto de que será muy singular que el público recuerde nombres de seres que le cautivaron sobre la escena y que dichos seres no sean del mundo de Galdós. ¿Cuántos nombres de personajes teatrales de otros autores del siglo xx recuerda el público? ¿Sumarán esos nombres siquiera la docena? Y, sin embargo, ¿cuántos se recuerdan entre los creados por Galdós! León de Albrit, el *Abuelo*, Pepet, doña Perfecta, Pantoja, don Pío Coronado, Horozco, Pedro Minio, la *loca de la casa*, *Electra*...

Este fácil recuerdo de los personajes teatrales de Galdós dice mucho en relación a su fuerza humana, a las ampollas de emoción que supieron levantar en la sensibilidad alerta de los espectadores. Debemos desconfiar mucho de esas comedias o de esos dramas de éxito público grandioso que a los dos años *ya no nos dicen nada*, y de las que ya no recordamos ni cómo se llamaban los protagonistas. ¿Carlos? ¿Isabel? ¿María? ¿Pepe? ¿Antoñito? ¿Julia?... Y es que eran tan vulgares como estos nombres. Y anodinas sus vidas. Y cobardes sus pasiones.

Ninguno de los personajes teatrales de Galdós es vulgar. Ni aun los más insignificantes. Y entre los protagonistas los hay que tienen una grandeza cósmica, como los shakespearianos o los de Lope y Calderón. Así, don Rodrigo de Arista Potestad, conde de Albrit, señor de Jerusa y de Polán, hermoso y noble anciano, hombre magnífico que gastó su fortuna en empresas heroicas y llegó a la vejez pobre, triste y ciego. En él—despojado y humillado por sus antiguos criados—es-

talla una pavorosa tormenta. Tiene dos nietas. Una de las cuales descubre que no lo es. ¿Quién de las dos? ¿Nelly? ¿Dolly? ¡La fuerza de la sangre, con su ley de horror! ¡La fuerza de la naturaleza, con su ley de humanidad! ¡Cómo lucha el león de Albrit con su orgullo, con su impotencia social, con los apremios de su corazón! ¿Cuál de las dos no es su nieta? ¿Nelly la orgullosa, la caprichosa? ¿Dolly la dulce, la cariñosa? ¡Qué desesperación la del león de Albrit al comprender cómo se burlan la Naturaleza y el corazón de las leyes de la sangre! La nieta de su amor es la nieta de su deshonra... El león de Albrit ruge y se agita y se enmaraña como uno de esos bosques milenarios por los que pasa un huracán tropical.

Otra criatura impresionante del teatro de Galdós es *José María Cruz—Pepet—*, protagonista de *La loca de la casa*, hijo de un carretero; durante muchos años, trabajando como un bárbaro, se fué enriqueciendo en América; regresa a España; no conoce la piedad; es violento y cruel, ateo, fuerte, grosero; representa no la avaricia absoluta, sino el egoísmo primario, íntegro; babea, pateo, amenaza, insulta cuando alguien o algo se le resiste; no tiene otro placer que humillar a cuantos le humillaron siendo un niño. Pues bien: a *Pepet*... ¡poquito a poco lo doma el amor! *Pepet* se desconcierta, se resiste, brama... Poquito a poco..., ¡cómo va doblando su cabeza fiera para que el amor se la acaricie!

Otro arquetipo: *Salvador Pantoja*. Seco. Reprimido. Fanático. Tortuoso. Como el *Yago* de Shakespeare, ama un imposible. *Electra*, la exquisita criatura, le odia. *Pantoja*, como *Yago*, piensa que no sea para nadie la imposible para él. Intriga. Inventa la pérfida historia de que *Electra* es hermana del hombre a quien ama... *Pantoja*, como *Yago*, seco de pasión, contempla la obra del mal que ha creado...

Arrogante mujer es *Casandra*. ¿Quién antes de verla viva no la vió de mármol

en algún museo? ¿Quién la ve que no quede suspenso ante tanta hermosura, prendado en sus ojos, que compendian la luz del cielo y toda la negrura de los abismos? *Casandra* es tan buena como hermosa. Es preciso que le arrebatén a su esposo, a sus hijos y su honra para que la posea un arrebató de locura justiciera digna de *Juno*, la diosa *del fuego tranquilo bajo la nieve seductora*.

¡Cómo nos atrae *sor Simona*, «de cara pálida, de cuerpo sutil, ligera de andares, los ojos como las estrellas del cielo»! *Sor Simona* era llena de dulzura, de piedad, de pureza de intención. La conmovía únicamente su aspiración utópica de la fraternal comunión de las almas, fundidas en un solo ideal de justicia y caridad. Vivió en un ambiente de punzantes odios y de luchas fratricidas—una de las guerras civiles españolas en el pasado siglo—y no vaciló en los más abnegados sacrificios para ser en la tierra la más augusta representación de la ternura y del amor a sus semejantes...

Y más, más, muchos más tipos de una realidad apasionante. *Caballuco*, el malhechor taimado al servicio de *Doña Perfecta* y *disimulado* como jefe de una *partida facciosa*, capaz de matar a quien nada le ha hecho, a quien ni conoce siquiera. *Victoria Moncada*, la *loca de la casa*, delicada, bella, suave mujer, que no sabe sino amar; capaz, por amor, de vencer al monstruo. *Santamona*—la viejecita Mónica de *Los condenados*—, enjuta y espiritual, perpetua bisbiseadora de oraciones poéticas, «con la manía de recoger en el monte ramos de hierbas aromáticas para adornar las habitaciones y ahuyentar a los malos espíritus». *Pedro Minio*, tenorio en sus años mozos, y en su vejez asilado en Nuestra Señora de la Indulgencia; muy erguido, siempre risueño, siempre volando sobre el *Clavileño* de sus ensueños grandiosos; símbolo de España, envejecido, derrotado, que aún se embriaga de optimismo, prefiriendo vivir en el asilo de sus ilusiones a darse de porrazos con los reformadores y fal-

sos moralistas. *Doña Juana Samaniego*, señora tan respetable como adusta, vejancosa y flácida, de rostró amarillo y rugoso, de mirada oblicua, siempre vestida de estameña parda o negra, dueña de diecisiete millones de duros; sus odios eran sus hijastros Rogelio y *Cassandra*, la ideal enamorada de éste; sus entrañas estériles han secado su corazón...

En el teatro de Galdós—gran artista, talento de excepción—¡qué de incidentes bellos! ¡Qué observación profunda y qué hermosos diálogos! ¡Qué sentimientos hondos y humanísimos! A la grandeza de los temas que elige, a la serenidad de la exposición, a la esperanza que hace concebir respecto de las consecuencias, corresponde con el acierto en la forma simple y en el lenguaje propio, y en la sobriedad escénica.

Galdós, entre 1892 y 1918, es el único caso—y ejemplar—de teatro auténticamente español. Reduce a la nada al teatro antecedente, lleno de énfasis y de recuelos románticos y de corazones realistas, y se ofrece paradigmático al porvenir. Repito una vez más que el teatro español contemporáneo no ha logrado cuajar por haberse apartado del único modelo legítimo y posible: Galdós. Galdós, que lo lleva hasta Bretón y Moratín; y éstos, que lo encaminan sin pérdida posible hasta nuestro teatro inimitable de los siglos XVI y XVII.

Yo, cazurro empedernido, me desgañito: ¡más Galdós y menos entusiasmos imitativos por lo que ni es nuestro ni nos sienta bien!



Soy yo de los que creen firmemente que del setenta por ciento de la leyenda negra antiespañola tenemos la culpa los españoles. Despreciamos olímpicamente nuestros valores espirituales o los comentamos con esta frase pedante: «¡No es para tanto!» Olvidamos con excesiva frecuencia cultivar nuestra genuina sensibilidad. Ponemos peros a las más funda-

mentales de nuestras concepciones. Nos parecemos por sentirnos papanatas ante la menos feliz de las innovaciones que llegue de fuera de nuestros límites geográficos. Nos aburre nuestra casa. Nos empachan nuestras costumbres. Nos avergüenzan nuestros afanes.

No faltarán quienes aludan a la modestia de los españoles. Yo no califico tal pretensa modestia sino de tontería mayúscula, de falta de sindéresis.

¿Que a qué viene esta bernardina?

Pocos años antes de morir Galdós, la Real Academia Sueca estuvo conforme en adjudicar al genial novelista el famoso premio Nobel, galardón máximo a que puede aspirar un literato de cualquier país. Aun cuando parezca mentira, fueron muchísimos los españoles que, anteponiendo al orgullo español en captar premio tan universal para España sus pasiones políticas, sus rencillas currinches de casa de vecindad barriobajera, alborotaron mucho y bien en contra de que a Galdós se le concediera el premio Nobel. Desatadas tan fieras animadversiones, sus oleajes tonitrosos llegaron hasta la misma Academia Sueca. Naturalmente, los académicos ilustres se asustaron. ¿De modo que los españoles los increpaban por intentar honrar a España en uno de sus más preclaros hijos?

Era la primera vez que les sucedía algo parecido. Vivir para ver. Y si no lo veo, no lo creo. Naturalmente, Galdós se quedó sin el premio. Que no era cosa de armar un zafarrancho diplomático por una decisión literaria que cualquier otro país recibiría con emocionado gozo. Para muestra basta un botón.

A los que no leen a Galdós, a los que le combaten leyéndole o sin haberle leído, les digo yo: Que quieran o que no quieran ustedes, después de Cervantes, es Galdós el novelista más grande de España, el más caracterizadamente español, el más apasionadamente español, con todos los defectos, pero con todos los valores extraordinarios de lo español. Es el único narrador que alcanza la talla

de los grandes novelistas europeos del pasado siglo. El equivalente, sí, a Dickens, a Balzac, a Tolstoi, a Dostoyevski. Si ustedes lo desean así, pueden seguir combatiéndole, menospreciándolo, regateándole la gloria. Pero sepan que lo hacen injustamente, con una de esas medievales *ansias de venganza ultratúmbica* que ya ni se estilan ni son propias de un siglo pacifista y pragmático por excelencia. La muerte debe impedir todo juicio contra Galdós hombre. Es necesario que se convenzan los enemigos de Galdós hombre de que el hombre Galdós ya ha saldado la cuenta de su humanidad con quien tal cuenta debe saldarse.

A nosotros, españoles y apasionados de las letras, no nos queda sino el Galdós novelista, el Galdós gran novelista españolísimo, cuya obra ingente es lo único que admite nuestro juicio falible. ¿Qué tiene que ver hoy el Galdós diputado republicano con el Galdós autor de *Fortunata y Jacinta*? El pasado de un hombre lo liquida la muerte. La obra del

hombre genial le sobrevive *con una fuerza y una gloria intrínsecamente suyas*. Tengo la creencia de que quien hoy aún combate a Galdós *con miras particularistas*—y, como tales, estrechas—combate contra *algo* de España, a lo que España ama y de lo que España se enorgullece.

Sencillamente, con éste estudio mío de la obra inmortal de Galdós, quiero reavivar en la sensibilidad de los españoles la estimación literaria por la obra del gran español, tan mortecina hasta hoy por causa de una crítica inexorablemente partidista—y no en materia literaria—. ¡Ojalá este deseo mío sirva para que críticos de solvencia y cultura inicien una revalorización justísima de la obra galdosiana, y para que el público español se vaya convenciendo de que debe sentirse orgulloso de que Galdós haya ganado para España uno de los primeros puestos entre la media docena de grandes novelistas del siglo XIX!

FED. CARL. SAINZ DE ROBLES.

BIBLIOGRAFIA GALDOSIANA

I.—OBRAS DE PEREZ GALDOS

PÉREZ Galdós escribió varios cientos de artículos en diversos periódicos de España y América. Su enumeración alargaría este índice de una manera enojosa. Por si ésta no fuera suficiente razón, el lector debe considerar el im-probo trabajo que representaría detallar-los *todos*, sin tener la más leve refe-rencia de muchos de ellos en cuanto a la fecha y al periódico en que se publi-caron.

Pero aún existe otro motivo más con-vincente; de tantos artículos, extraordi-nario número de ellos aparecieron sin su firma. Caso muy frecuente en el pe-riodismo militante de brega. Gacetillas alargadas, impresiones parlamentarias, sugerencias acerca de sucesos de can-dente actualidad y hasta esas disquisi-ciones que aparecen en la primera pla-na y con un tipo mayor de letra, para que el público entienda que son *el fon-do y el meollo* de los graves debates de cada día. ¿Conqué seguridad podríamos atribuirlos a su pluma gloriosa—aun apoyándonos en esa corazónada que di-fícilmente se engaña y que excitan mil pequeños detalles—, sin exponernos a desagradables rectificaciones en posibles casos?

Preferimos, por tanto, no enumerar sino aquellas obras galdosianas perfec-tamente determinadas—que son las que cimentan y nimban la gloria y la trans-figuración del autor—, dividiéndolas en cuatro grupos:

- A) EPISODIOS NACIONALES.
- B) NOVELAS.
- C) TEATRO.
- D) MISCELÁNEA.

La fecha que colocamos entre parén-tesis, después de los títulos, correspon-de a la que Galdós puso en la página final de cada una de sus obras. Con excepción de *La Fontana de Oro*—es-

crita en 1867 y 1868 y publicada en 1870—, puede asegurarse que todas las demás producciones de Galdós se publi-caron en el mismo año en que fueron escritas, o un par de meses después, si se terminaron de escribir con el último mes del año. En sus obras de teatro, la fecha es la del estreno, y en las com-prendidas en la *Miscelánea*, la de su publicación.

A) EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SERIE

- 1.—*Trafalgar*. (Madrid, enero-febrero de 1873.)
- 2.—*La Corte de Carlos IV*. (Madrid marzo y abril de 1873.)
- 3.—*El 19 de marzo y el 2 de mayo*. (Madrid, julio de 1873.)
- 4.—*Bailén*. (Madrid, octubre y noviem-bre de 1873.)
- 5.—*Napoleón, en Chamartín*. (Madrid, enero de 1874.)
- 6.—*Zaragoza*. (Marzo y abril de 1874.)
- 7.—*Gerona*. (Junio de 1874.)
- 8.—*Cádiz* (Septiembre y octubre de 1874.)
- 9.—*Juan Martín el Empecinado*. (Ma-drid, diciembre de 1874.)
- 10.—*La batalla de los Arapiles*. (Madrid, febrero y marzo de 1875.)

SEGUNDA SERIE

- 11.—*El equipaje del rey Jose*. (Madrid, junio y julio de 1875.)
- 12.—*Memorias de un cortesano de 1815*. (Madrid, octubre de 1875.)
- 13.—*La segunda casaca*. (Madrid, enero de 1876.)

- 14.—*El Grandè Oriente*. (Madrid, junio de 1876.)
- 15.—*El 7 de julio*. (Madrid, octubre y noviembre de 1876.)
- 16.—*Los Cien mil Hijos de San Luis*. (Madrid, febrero de 1877.)
- 17.—*El terror de 1824*. (Madrid, octubre de 1877.)
- 18.—*Un voluntario realista*. (Madrid, febrero y marzo de 1878.)
- 19.—*Los apostólicos*. (Madrid, mayo y junio de 1879.)
- 20.—*Un faccioso más y algunos frailes menos*. (Santander, noviembre y diciembre de 1879.)
- 35.—*O'Donnell*. (Madrid, abril y mayo de 1904.)
- 36.—*Aita Tettauen*. (Madrid, octubre de 1904 y enero de 1905.)
- 37.—*Carlos VI, en la Rápita*. (Madrid, abril y mayo de 1905.)
- 38.—*La vuelta al mundo en la «Numancia»*. (Madrid, enero y marzo de 1906.)
- 39.—*Prim*. (Santander-Madrid, julio y octubre de 1906.)
- 40.—*La de los tristes destinos*. (Madrid, enero y mayo de 1907.)

TERCERA SERIE

- 21.—*Zumalacárregui*. (Madrid, abril y mayo de 1898.)
- 22.—*Mendizábal*. (Santander, agosto y septiembre de 1898.)
- 23.—*De Oñate a La Granja*. (Santander, octubre y noviembre de 1898.)
- 24.—*Luchana*. (Santander, enero y febrero de 1899.)
- 25.—*La campaña del Maestrazgo*. (Santander, abril y mayo de 1899.)
- 26.—*La estafeta romántica*. (Santander, julio y agosto de 1899.)
- 27.—*Vergara*. (Santander, octubre y noviembre de 1899.)
- 28.—*Montes de Oca*. (Madrid, marzo y abril de 1900.)
- 29.—*Los ayacuchos*. (Madrid, mayo y junio de 1900.)
- 30.—*Bodas reales*. (Santander, septiembre y octubre de 1900.)

CUARTA SERIE

- 31.—*Las tormentas del 48*. (Madrid, marzo y abril de 1902.)
- 32.—*Narváez*. (Santander, julio y agosto de 1902.)
- 33.—*Los duendes de la camarilla*. (Madrid, febrero y marzo de 1903.)
- 34.—*La revolución de julio*. (Santander, septiembre de 1903, y Madrid, marzo de 1904.)

QUINTA SERIE

- 41.—*España sin rey*. (Madrid, octubre de 1907 y enero de 1908.)
- 42.—*España trágica*. (Madrid, marzo de 1909.)
- 43.—*Amadeo I*. (Madrid, agosto y octubre de 1910.)
- 44.—*La primera República*. (Madrid, febrero y abril de 1911.)
- 45.—*De Cartago a Sagunto*. (Santander-Madrid, agosto y noviembre de 1911.)
- 46.—*Cánovas*. (Madrid-Santander, marzo y agosto de 1912.)

B) NOVELAS

- 1.—*La Fontana de Oro*. (Madrid, 1867-1868.)
- 2.—*La sombra*. (Madrid, noviembre de 1870.)
- 3.—*El audaz. Historia de un radical de antaño*. (Madrid, 1871.)
- 4.—*Doña Perfecta*. (Madrid, abril de 1876.)
- 5.—*Gloria*. (Dos tomos. Madrid, diciembre de 1876 y mayo de 1877.)
- 6.—*Marianela*. (Madrid, enero de 1878.)
- 7.—*La familia de León Roch*. (Dos tomos. Madrid, junio y diciembre de 1878.)
- 8.—*La desheredada*. (Dos tomos. Madrid, enero y junio de 1881.)
- 9.—*El amigo Manso*. (Madrid, enero y abril de 1882.)

- 10.—*El doctor Centeno*. (Dos tomos. Madrid, mayo de 1883.)
- 11.—*Tormento*. (Madrid, enero de 1884.)
- 12.—*Las de Bringas*. (Madrid, noviembre de 1884.)
- 13.—*Lo prohibido*. (Dos tomos. Madrid, noviembre de 1884 y marzo de 1885.)
- 14.—*Fortunata y Jacinta*. (Cuatro tomos. Madrid, enero de 1886 a junio de 1887.)
- 15.—*Celin, Trompiquillos y Theros*. (Madrid, noviembre de 1887.)
- 16.—*Miau*. Madrid, abril de 1888.)
- 17.—*La incógnita*. (Madrid, noviembre de 1888 a febrero de 1889.)
- 18.—*Torquemada, en la hoguera*. (Madrid, febrero de 1889.)
- 19.—*Realidad*. (Madrid, julio de 1889.)
- 20.—*Angel Guerra*. (Tres tomos. Madrid y Santander, abril de 1890 a mayo de 1891.)
- 21.—*Tristana*. (Madrid, enero de 1892.)
- 22.—*La loca de la casa*. (Madrid, octubre de 1892.)
- 23.—*Torquemada, en la cruz*. (Santander, octubre de 1893.)
- 24.—*Torquemada, en el Purgatorio*. (Santander, junio de 1894.)
- 25.—*Torquemada y San Pedro*. (Madrid, enero y febrero de 1895.)
- 26.—*Nazarín*. (Santander, mayo de 1895.)
- 27.—*Halma*. (Santander, octubre de 1895.)
- 28.—*Misericordia*. (Madrid, marzo y abril de 1897.)
- 29.—*El abuelo*. (Santander, agosto y septiembre de 1897.)
- 30.—*Casandra*. (Santander, julio y septiembre de 1905.)
- 31.—*El caballero encantado*. (Santander-Madrid, julio y diciembre de 1905.)
- 32.—*La razón de la sinrazón*. (Madrid, primavera de 1905.)
- 3.—*La loca de la casa*. (Comedia en cuatro actos. Madrid, 16 de enero de 1893.)
- 4.—*Gerona*. (Drama en cuatro actos. Madrid, 3 de febrero de 1893.)
- 5.—*La de San Quintín*. (Comedia en tres actos. Madrid, 27 de enero de 1894.)
- 6.—*Los condenados*. (Drama en tres actos. Madrid, 11 de diciembre de 1894.)
- 7.—*Voluntad*. (Comedia en tres actos. Madrid, 20 de diciembre de 1895.)
- 8.—*Doña Perfecta*. (Drama en cuatro actos. Madrid, 28 de enero de 1896.)
- 9.—*La fiera*. (Drama en tres actos. Madrid, 23 de diciembre de 1896.)
- 10.—*Electra*. (Drama en cinco actos. Madrid, 30 de enero de 1901.)
- 11.—*Alma y Vida*. (Drama en cuatro actos. Madrid, 9 de abril de 1902.)
- 12.—*Mariucha*. (Comedia en cinco actos. Barcelona, 16 de julio de 1903.)
- 13.—*El abuelo*. (Drama en cinco actos. Madrid, 14 de febrero de 1904.)
- 14.—*Bárbara*. (Tragicomedia en cuatro actos. Madrid, 28 de marzo de 1905.)
- 15.—*Amor y ciencia*. (Comedia en cuatro actos. Madrid, 7 de noviembre de 1905.)
- 16.—*Pedro Minio*. (Comedia en dos actos. Madrid, 15 de diciembre de 1908.)
- 17.—*Casandra*. (Drama en cinco actos. Madrid, 28 de febrero de 1910.)
- 18.—*Celia en los infiernos*. (Comedia en cuatro actos. Madrid, 9 de diciembre de 1913.)
- 19.—*Alceste*. (Tragicomedia en tres actos. Madrid, 21 de abril de 1914.)
- 20.—*Sor Simona*. (Drama en tres actos. Madrid, 1 de diciembre de 1915.)
- 21.—*El tacaño Salomón*. (Comedia en dos actos. Madrid, 2 de febrero de 1915.)
- 22.—*Santa Juana de Castilla*. (Tragicomedia en tres actos. Madrid, 8 de mayo de 1918.)
- 23.—*Antón Caballero*. (Comedia en tres actos. 16 de diciembre de 1921.)

C) T E A T R O

- 1.—*La expulsión de los moriscos*. (Madrid, 1865. Perdida.)
- 2.—*Realidad*. (Drama en cinco actos. Madrid, 15 de marzo de 1892.)

Rehecha por Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.)

- 24.—*Un joven de provecho*. (Comedia en cuatro actos. Inédita.)

D) MISCELANEA

- 1.—*Crónicas de Portugal*. (Barcelona, 1890. «Colección Diamante».)
- 2.—*De vuelta de Italia*. (Barcelona, 1890. «Colección Diamante».)
- 3.—*Discurso de ingreso en la Real Academia Española*. (Madrid, 1897.)
- 4.—*Memoranda*. (Madrid, 1906. Artículos y cuentos.)
- 5.—*La novela en el tranvía*. (Varias ediciones, sin año.)

- 6.—*Política española*. (Tomo I. Madrid, 1923.)
- 7.—*Política española*. (Tomo II. Madrid, 1923.)
- 8.—*Arte y crítica*. (Madrid, 1923.)
- 9.—*Fisonomías sociales*. (Madrid, 1923.)
- 10.—*Nuestro teatro*. (Madrid, 1923.)
- 11.—*Cronicón*, 1883 a 1886. (Madrid ¿1924?)
- 12.—*Cronicón*, 1886 a 1890. (Madrid ¿1924?)
- 13.—*Toledo. Su historia y su leyenda*. (Madrid, 1927.)
- 14.—*Viajes y fantasías*. (Madrid, 1929.)
(En este tomo se reproducen las crónicas de los viajes a Portugal e Italia, con otros artículos.)
- 15.—*Memorias*. (Madrid, 1930.)

II.—OBRAS ACERCA DE PEREZ GALDOS

(Hemos prescindido de mencionar los artículos periodísticos de mera información o de consideraciones vulgares—por ser innumerables—y las historias de la Literatura, sabido que en todas ellas es lógico que se trate de la personalidad literaria de Pérez Galdós con cierta detención y con justo detenimiento.)

- 1.—AICARDO, J. M. *De la literatura contemporánea*. (Madrid, 1905.)
- 2.—ALARCÓN Y CAPILLA, ANTONIO. *Galdós y su obra*. (Madrid, 1922.)
- 3.—ALAS, LEOPOLDO («CLARÍN»). *Galdós* (Obras completas de «CLARÍN»). Tomo I. (Madrid, 1912.)
- 4.—ALAS, LEOPOLDO («CLARÍN»). *B. Pérez Galdós*. (Estudio crítico-biográfico. Madrid, 1889.)
- 5.—ALONSO CORTÉS, NARCISO. *Los precursores de Galdós*. (Valladolid, 1930.)
(En el tomo titulado: *Quevedo en el teatro y otras cosas*.)
- 6.—ALTAMIRA, RAFAEL. *De historia y arte*. (Madrid, 1898.)

- 7.—ALTAMIRA, RAFAEL. *Psicología y literatura*. (Madrid, 1905.)
- 8.—ALTAMIRA, RAFAEL. *Arte y realidad*. (Barcelona, 1921.)
- 9.—ANTÓN DEL OLMET Y GARCÍA CAXAFA. *Los grandes españoles: Galdós*. (Madrid, 1912.)
- 10.—ARROYO, CÉSAR. *Galdós*. (Madrid, 1930.)
- 11.—«AZORÍN» (JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ). *Lecturas españolas*.
- 12.—«AZORÍN». *El paisaje de España visto por los españoles*. (Madrid.)
- 13.—BACHILLER CORCHUELO, EL [GONZÁLEZ FIOL]. *Benito Pérez Galdós*. (En «Por Esos Mundos», 1910, I, páginas 791-807.)
- 14.—BALSEIRO, J. A. *Novelistas españoles modernos*. (Nueva York, 1933.)
- 15.—BARJA, C. *Libros y autores*. (Madrid, 1925.)
- 16.—BATAILLON, MARCEL. *Les sources historiques de «Zaragoza»*. (En «Bulletin Hispanique», 1921.)

- 17.—BELLO, LUIS. *Semblanzas. Galdós, presente.* («La Lectura», 1920, I.)
- 18.—BERENGUER, ARTURO. *En torno a Pérez Galdós.* (En «Hispania». Buenos Aires, XI, n.º 180, 1943.)
- 19.—BERKOWITZ. *La biblioteca de Benito Pérez Galdós.* («Btin. Bca. Menéndez y Pelayo». Santander, 1932.)
- 20.—BERKOWITZ. Artículos en «Romanic Review», 1933 (I) y 1935 (III); «Spanish Review», noviembre de 1934; «Hispania», 1933 (XVI) y 1939 (XXII).
- 21.—BLANCO GARCÍA, P. FRANCISCO. *La literatura española en el siglo XIX.* (Parte 2.ª, Madrid, 1903.)
- 22.—BOUSSAGOL, B. *Sources et composition du «Zumalacárregui», de Benito Pérez Galdós.* («Bulletin Hispanique», 1924.)
- 23.—BUENO, MANUEL. *Teatro español contemporáneo.* (Madrid, 1909.)
- 24.—CARRANZA, MATILDE. *El pueblo visto a través de los «Episodios Nacionales».* (Tesis universitaria. San José de Costa Rica, 1942.)
- 25.—CASALDUERO, *Acerca de Galdós.* (En la rev. «P. M. L. A.», septiembre, 1935.)
- 26.—CASALDUERO. *Vida y obras de Galdós.* (Buenos Aires, 1942.)
- 27.—CASARES, JULIO. *Critica efimera.* (Madrid, 1919. Tomo II, páginas 31-49. *Acerca de Marianela.*)
- 28.—CASTROVIDO, ROBERTO. *Figuras de la raza: Galdós.* (Madrid, 1927.)
- 29.—CEJADOR Y FRAUCA, JULIO. *Benito Pérez Galdós (El hombre, El escritor).* (Madrid, 1918. Separada de su *Historia de la Lengua y Literatura Castellanas.*)
- 30.—CIROT, GEORGES. *Un grand romancier espagnol: Benito Pérez Galdós.* (En «Rev. Phitomatique de Bordeaux et du Sud-ouest», 1920, XXIII, 3.)
- 31.—COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE. *La obra literaria de Pereda.* (Santander, 1934. Se relaciona con algunos aspectos de Galdós.)
- 32.—COTARELO MORI, EMILIO. *Catálogo sincrónico de las obras de don Benito Pérez Galdós.* (En el «Boletín de la R. A. de la Lengua», abril, 1920.)
- 33.—CUÉLLAR, JOSÉ DE. *Dioses caídos.* («Clarín», Pardo Bazán, Galdós.) (Madrid, 1895.)
- 34.—CHACEL, ROSA. *Un hombre al frente: Galdós.* (En «Hora de España», febrero, 1937.)
- 35.—DENDARIENA, G. *Galdós. Su genio. Su espiritualidad. Su grandeza.* (Madrid, 1922.)
- 36.—DÍEZ, JOSÉ. «*Electra*», de Galdós. (Barcelona, 1901.)
- 37.—DÍEZ-CANEDO, ENRIQUE. *Conversaciones literarias.* (Madrid, páginas 206 y 273.)
- 38.—DOMENECH, JUAN. *El humano don Benito Pérez Galdós.* (En «Hispania». Buenos Aires, XI, n.º 180, 1943.)
- 39.—EGUÍA RUIZ, C. *El españolismo de Pérez Galdós.* (En «Razón y Fe», 1920, LVI y LVII.)
- 40.—ELLIS, HAVELOCK. *Electra and the Progresive Movement in Spain.* (The Critic., 1906.)
- 41.—FITZ-GERALD, JUAN D. *Doña Perfecta.* (En «Modern L. Notes». XXI-223-24.)
- 42.—GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, RAFAEL. *Los intelectuales y la Iglesia.* (Madrid, 1934.)
- 43.—GAVIRA, JOSÉ. *Algo sobre Galdós y su topografía madrileña.* («Boletín Bca. Arch. y Mus.», tomo X, página 63.)
- 44.—GÓMEZ DE BAQUERO, EDUARDO. *El Renacimiento de la novela en el siglo XIX.* (Madrid, 1924.)
- 45.—GÓMEZ DE BAQUERO, EDUARDO. *Novelas y novelistas.* (Madrid, 1918.)
- 46.—GÓMEZ DE BAQUERO, EDUARDO. *Los Episodios Nacionales.* («Cultura Española», X, 391.)
- 47.—GÓMEZ DE BAQUERO, EDUARDO. *Unamuno y Galdós.* (Barcelona, 1920.)
- 48.—GÓMEZ RESTREPO, ANTONIO. *Don Benito Pérez Galdós.* (Bogotá, Colombia, 1920.)
(Reproducido en *El Gráfico* del día 31 de enero.)

- 49.—GONZÁLEZ-BLANCO, ANDRÉS. *Historia de la novela en España durante el siglo XIX*. (Madrid, 1909.)
- 50.—GONZÁLEZ-BLANCO, ANDRÉS. *Galdós*. (Madrid, 1918.)
- 51.—GUTIÉRREZ GAMERO Y DE LAIGLESIA, EMILIO. *Galdós y su obra. Los Episodios Nacionales*. (Madrid, 1933.)
- 52.—GUTIÉRREZ GAMERO Y DE LAIGLESIA, EMILIO. *Galdós y su obra. Las novelas*. (Madrid, 1934.)
- 53.—GUTIÉRREZ GAMERO Y DE LAIGLESIA, EMILIO. *Galdós y su obra. El teatro*. (Madrid, 1935.)
- 54.—Homenaje a Galdós. (Entre canarios. Madrid, 1900.)
- 55.—KENISTON, HAYWARD. *Galdós, interpreter of Life*. (Hispania, 1920.)
- 56.—KENISTON, HAYWARD. *Galdós interpreter of Life*. (En «Hispania», California, 1920, II.)
- 57.—KERCHEVILLE, F. M. *Galdós and the New Humanism*. (En «Modern Language Journal», 1932.)
- 58.—LANDE, LOUIS. *Le roman patriotique en Espagne: Les «Episodios Nacionales»*. («Revue des Deux Mondes». Abril, 1876.)
- 59.—LAW, CATHERINE E. *The genesis of «Doña Perfecta»*. (Tesis doctoral. Bca. Smith College, Northampton.)
- 60.—LENORMAND, G. *A propos de l'«Electra» de Galdós*. (En «Rev. Hispanique», VIII, 1901.)
- 61.—LOLIÉE, FEDERICO. *Estudio de las literaturas comparadas*.
- 62.—LUSTANÓ, E. DE. *El primer drama de Galdós*. (En «Nuestro Tiempo», 1902, I.)
- 63.—MADARIAGA, SALVADOR. *Semblanzas literarias contemporáneas. Benito Pérez Galdós*. (Madrid, 1924.)
- 64.—MARAÑÓN, GREGORIO. *Galdós y su historia de España*. (Discurso leído en el XIII aniversario de su muerte.)
- 65.—MARAÑÓN, GREGORIO. *Elogio y nostalgia de Toledo*. (Madrid, 1941. Páginas 63-101.)
- 66.—MARTINENCHE, ERNESTO. *El teatro de Pérez Galdós*. (En la «Revue des Deux Mondes» y en «La España Moderna», 1906.)
El abuelo. («Revue de l'Amérique Latine», 1905.)
- 67.—MAURA, ANTONIO. *Don Benito Pérez Galdós*. (En el «Boletín de la Real Academia de la Lengua». abril de 1920.)
- 68.—MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO. *Don Benito Pérez Galdós considerado como novelista*. («Estudios de crítica literaria». Quinta serie. Madrid, 1908.)
- 69.—MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO. *Discurso de contestación al de ingreso de Galdós en la Real Academia Española*. (Madrid, 1897.)
- 70.—MESA, RAFAEL DE. *Don B. Pérez Galdós. Su familia. Sus mocedades. Su senectud*. (Madrid, 1920.)
- 71.—MILLARES, LUIS Y AGUSTÍN. *Don Benito Pérez Galdós. Recuerdos de su infancia en Las Palmas*. («La Lectura», 1919, II.)
- 72.—MILLARES CUBAS, AGUSTÍN. *Recuerdos de la infancia de Galdós en Las Palmas*. (Madrid. «La Lectura», n.º 228.)
- 73.—MILLARES CUBAS, AGUSTÍN. *Estudio biográfico de Galdós* (discurso). (Las Palmas, 1886.)
- 74.—MORLEY, S. GRISWOLD. *Mariucha*. (Nueva York, 1921.)
- 75.—MORLEY, S. GRISWOLD. *A posthumous drama of Pérez Galdós*. (En «Hispania», California, 1923.)
- 76.—MOROTE, LUIS. *Teatro y Novela*. (Madrid, 1906.)
- 77.—MUIÑOS, R. P. CONRADO. *Realismo galdosiano*. (En la «Ciudad de Dios». Tomos XXI y XXII.)
- 78.—NAVARRO LEDESMA, FRANCISCO. *Apuntes para un estudio de Galdós*. (Madrid. «Nuestro Tiempo», 1901.)
- 79.—NAVARRO LEDESMA, FRANCISCO. *Electra*. (En «La Lectura», I, 1901.)
- 80.—ONÍS, FEDERICO DE. «Ensayos». (Madrid, 1932.)
- 81.—ONÍS, FEDERICO DE. Artículo en «Nosotros». 1928 (LX).
- 82.—ORTEGA MUNILLA, JOSÉ. *Los viejos*

- maestros: Galdós. (Barcelona, 1920.)
- 83.—OWEN, ARTHUR L. *The «Torquemada», of Galdós.* («Hispania», 1934.)
- 84.—PALENCIA TUBAU, CEFERINO. *Galdós, dibujante, pintor y crítico.* («La Lectura», 1920, II.)
- 85.—PARDO BAZÁN, EMILIA. *Nuevo teatro crítico.* (Madrid, abril de 1902.) *Realidad* (págs. 18-69, 1902).—*Tristana* (págs. 76-90, 1892).—*La loca de la casa* (págs. 84-103, 1893).—*Gerona* (págs. 234-248, 1893).
- 86.—PARDO BAZÁN, EMILIA. *Polémicas y estudios literarios.*
- 87.—PÉREZ DE AYALA, RAMÓN. *Las Máscaras.* Tomo I. (Madrid, 1924.)
- 88.—PÉREZ GALDÓS, BENITO. *Memorias de un desmemoriado.* (Madrid, 1916. En «La Esfera». III.)
- 89.—PORTNOFF, G. *La literatura rusa en España.* (Nueva York, 1932.)
- 90.—REVILLA, MANUEL DE LA. *Galdós.* (En *Obras de*, pág. 109.)
- 91.—RICARD, ROBERT. *Notice sur le genèse de l'«Aita Tettauen» de Galdós.* (En «Bull. Hispanique», 1935.)
- 92.—RÍO, A. DEL. *Edición de Torquemada, en la hoguera.* (Introducción y notas.)
- 93.—ROVETTA, CARLOS. *El naturalismo de Galdós.* (En «Nosotros», números 77 y 84. Buenos Aires.)
- 94.—RUIZ CONTRERAS, LUIS. *Memorias de un desmemoriado.* (Madrid, 1917.)
- 95.—SÁINZ DE ROELES, FEDERICO CARLOS. *Historia y antología del Teatro Español.* (Madrid, agosto, t. VII, 1943.)
- 96.—SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS. *Cuerpo y alma de Madrid.* (Madrid. Col. «Crisol», n.º 103.)
- 97.—SÁINZ DE ROELES, FEDERICO CARLOS. *Galdós: Su vida, sus obras y su época. Censo de personajes.* (Madrid. Aguilar, 1941 y 1949.)
- 98.—SALAVERRÍA, JOSÉ MARÍA. *Nuevos retratos. Pérez Galdós.* (Madrid, 1930.)
- 99.—SÁNCHEZ BARBUDO, ANTONIO. *Notas sobre «Fortunata y Jacinta».* (En «Letras», de Méjico, n.º 3, 1943.)
- 100.—SÁNCHEZ TRINCADO, JOSÉ LUIS. *Galdós.* (Madrid, 1934.)
- 101.—SARRAILH, J. *Quelques sources du «Cádiz» de Galdós.* (En *Bull. Hispanique*, 1921.)
- 102.—SCATORI, S. *La idea religiosa en la obra de Pérez Galdós.* (Toulouse, París, 1927.)
- 103.—TANNENBERG, BORIS DE. *Benito Pérez Galdós.* («Bulletin Hispanique», 1900.)
- 104.—TARR, F. COURTNEY. *Prepositional complementary clauses in Spanish with special reference to the works of Pérez Galdós.* (Nueva York-París, 1922.)
- 105.—TENREIRO, RAMÓN MARÍA. *Galdós, novelista.* (En «La Lectura», 1920, I, 321-335.)
- 106.—TORRE, GUILLERMO DE. *Itinerario de Galdós.* (Buenos Aires. «Sur», número 104, 1943.)
- 107.—TORRE, GUILLERMO DE. *Apología, ccaso y revalorización de Galdós.* (Buenos Aires. «La Nación», 1 de mayo de 1943.)
- 108.—TORRE, GUILLERMO DE. *Galdós y su mundo novelesco: nueva estimativa.* («La Nación», 4 de julio de 1943, Buenos Aires.)
- 109.—TREND, J. B. *Pérez Galdós and the Generation of 1898.* (En «A picture of Modern Spain». Boston-Nueva York, 1921.)
- 110.—UNAMUNO, MIGUEL DE. *La sociedad galdosiana.* (En «La Lectura», 1920, I.)
- 111.—VÁZQUEZ ARJONA, CARLOS. *Un episodio nacional de Pérez Galdós: El 19 de marzo y el 2 de mayo.* («Bulletin Hispanique», 1931.)
- 112.—VÁZQUEZ ARJONA, CARLOS. *Introducción al estudio de la primera serie de Episodios Nacionales de Pérez Galdós.* (Publications of the «Modern Language Association of America». Baltimore, 1933.)
- 113.—VÁZQUEZ ARJONA, CARLOS. *Cotejo histórico de cinco Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós.* (Publications of the «Modern

- Language Association of America». Baltimore, 1933.)
- 114.—VÉZINET, F. *Les maîtres du roman espagnol contemporain*. (París, 1907.)
- 115.—WALTON, L. B. *Pérez Galdós and the Spanish Novel of the Nineteenth Century*. (Londres, 1927.)
- 116.—WARSHAW, J. *Introducción a «La loca de la casa»*. (Nueva York, 1929.)
- 117.—WARSHAW, J. Artículos en «Modern Language Notes», 1928 (XLIV); «Hispania», 1928 (XI) y 1933 (XVI).
- 118.—YXART, JOSÉ. *El arte escénico en España*. (Barcelona, 1894.)
- 119.—ZAMBRANO, MARÍA. «*Misericordia*», de Galdós. (En «Hora de España», 1938. XXI.)
- 120.—ZAMBRANO, MARÍA. *La mujer en la España de Galdós*. (En «Rev. Cubana», enero-marzo de 1943. La Habana.)

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SERIE

TRAFALGAR

I

SE me permitirá que antes de referir el gran suceso de que fui testigo, diga algunas palabras sobre mi infancia, explicando por qué extraña manera me llevaron los azares de la vida a presenciar la terrible catástrofe de nuestra Marina.

Al hablar de mi nacimiento, no imitaré a la mayor parte de los que cuentan hechos de su propia vida, quienes empiezan nombrando su parentela, la más veces noble, siempre hidalga por lo menos, si no se dicen descendientes del mismo emperador de Trapisonda. Yo, en esta parte, no puedo adornar mi libro con sonoros apellidos; y fuera de mi madre, a quien conocí por poco tiempo, no tengo noticia de ninguno de mis ascendientes, si no es de Adán, cuyo parentesco me parece indiscutible. Doy principio, pues, a mi historia como Pablos, el buscón de Segovia; afortunadamente, Dios ha querido que en esto sólo nos parezcamos.

Yo nací en Cádiz, y en el famoso barrio de la Viña, que no es hoy, ni menos era entonces, academia de buenas costumbres. La memoria no me da luz alguna sobre mi persona y mis acciones en la niñez, sino desde la edad de seis años: y si recuerdo esta fecha, es porque la asocio a un suceso naval de que oí hablar entonces: el combate del cabo de San Vicente, acaecido en 1797.

Dirigiendo una mirada hacia lo que fué, con la curiosidad y el interés propios de quien se observa, imagen confusa y borrosa, en el cuadro de las cosas pasadas, me veo jugando en la Caleta con otros chicos de mi edad, poco más o menos. Aquello era para mí la vida entera: más aún, la vida normal de nuestra privilegiada especie; y los que no vivían como yo, me parecían seres excepciona-

les del humano linaje, pues en mi infantil inocencia y desconocimiento del mundo yo tenía la creencia de que el hombre había sido criado para la mar, habiéndole asignado la Providencia, como supremo ejercicio de su cuerpo, la natación, y como constante empleo de su espíritu, el buscar y coger cangrejos, ya para arrancarlos y vender sus estimadas bocas, que llaman de la Isla, ya para propia satisfacción y regalo, mezclando así lo agradable con lo útil.

La sociedad en que yo me crié era, pues, de lo más rudo, incipiente y soez que puede imaginarse, hasta tal punto, que los chicos de la Caleta éramos considerados como más canallas que los que ejercían igual industria y desafiaban con igual brío los elementos en Puntales; y por esta diferencia, uno y otro bando nos considerábamos rivales y a veces medíamos nuestras fuerzas en la Puerta de Tierra con grandes y ruidosas pedreas, que manchaban el suelo de heroica sangre.

Cuando tuve edad para meterme de cabeza en los negocios por cuenta propia, con objeto de ganar honradamente algunos cuartos, recuerdo que lucí mi travesura en el muelle, sirviendo de introductor de embajadores a los muchos ingleses que entonces, como ahora, nos visitaban. El muelle era una escuela ateniense para despabilarse en pocos años, y yo no fui de los alumnos menos aprovechados en aquel vasto ramo del saber humano, así como tampoco dejé de sobresalir en el merodeo de la fruta, para lo cual ofrecía ancho campo a nuestra iniciativa y altas especulaciones la plaza de San Juan de Dios. Pero quiero poner punto en esta parte de mi historia, pues hoy recuerdo con vergüenza tan grande envilecimiento, y doy gracias a Dios de que me librara pronto de él, llevándome por más noble camino.

Entre las impresiones que conservo, está muy fijo en mi memoria el placer entusiástico que me causaba la vista de los barcos de guerra cuando se fondeaban frente a Cádiz o en San Fernando. Como nunca pude satisfacer mi curiosidad, viendo de cerca aquellas formidables máquinas, yo me las representaba de un modo fantástico y absurdo, suponiéndolas llenas de misterios.

Afanosos para imitar las grandes cosas de los hombres; los chicos hacíamos también nuestras escuadras, con pequeñas naves, rudamente talladas, a las que poníamos velas de papel o trapo, marinándolas con mucha decisión y seriedad en cualquier charco de Puntales o la Caleta. Para que todo fuera completo, cuando venía algún cuarto a nuestras manos por cualquiera de las vías industriales que nos eran propias, comprábamos pólvora en casa de la tía Coscoja, de la calle del Torno de Santa María, y con este ingrediente hacíamos una completa fiesta naval. Nuestras flotas se lanzaban a tomar viento en océanos de tres varas de ancho; disparaban sus piezas de caña; se chocaban remedando sangrientos abordajes, en que se batía con gloria su imaginaria tripulación; cubríalas de humo, dejando ver las banderas, hechas con el primer trapo de color encontrado en los basureros; y en tanto, nosotros bailábamos de regocijo en la costa, al estruendo de la artillería, figurándonos ser las naciones a que correspondían aquellos barcos y creyendo que en el mundo de los hombres y de las cosas grandes las naciones bailarían lo mismo presenciando la victoria de sus queridas escuadras. Los chicos ven todo de un modo singular.

Aquella era época de grandes combates navales, pues había uno cada año y alguna escaramuza cada mes. Yo me figuraba que las escuadras se batían unas con otras pura y simplemente porque les daba la gana, o con objeto de probar su valor, como dos guapos que se citan fuera de puertas para darse de navajazos. Me río recordando mis extravagantes ideas respecto a las cosas de aquel tiempo. Oía hablar mucho de Napoleón, ¿y cómo creen ustedes que yo me lo figuraba? Pues nada menos que igual en todo a los contrabandistas que, procedentes del campo de Gibraltar, se veían en el barrio de la Viña con harta frecuencia:

me lo figuraba caballero en un pot o jerezano, con su manta, polainas, sombrero de fieltro y el correspondiente trabuco. Según mis ideas, con este pergenio y seguido de otros aventureros del mismo empaque, aquel hombre, que todos pintaban como extraordinario, conquistaba la Europa, es decir, una gran isla, dentro de la cual estaban otras islas, que eran las naciones; a saber: Inglaterra, Génova, Londres, Francia, Malta, la tierra del Moro, América, Gibraltar, Mahón, Rusia, Tolón, etc. Yo había formado esta geografía a mi antojo, según las procedencias más frecuentes de los barcos, con cuyos pasajeros hacía algún trato; y no necesito decir que entre todas estas naciones o islas, España era la mejorcita, por lo cual los ingleses, unos a modo de salteadores de caminos, querían cogérsela para sí. Hablando de esto y otros asuntos diplomáticos, yo y mis colegas de la Caleta decíamos mil frases inspiradas en el más ardiente patriotismo.

Pero no quiero cansar al lector con pormenores que sólo se refieren a mis particulares impresiones, y voy a concluir de hablar de mí. El único ser que compensaba la miseria de mi existencia con un desinteresado afecto, era mi madre. Sólo recuerdo de ella que era muy hermosa, o al menos a mí me lo parecía. Desde que quedó viuda, se mantenía y me mantenía lavando y componiendo la ropa de algunos marineros. Su amor por mí debía de ser muy grande. Caí gravemente enfermo de la fiebre amarilla que entonces asolaba a Andalucía, y cuando me puse bueno, me llevó como en procesión a oír misa a la Catedral vieja, por cuyo pavimento me hizo andar de rodillas más de una hora, y en el mismo retable en que la oímos puso, en calidad de exvoto, un niño de cera que yo creí mi perfecto retrato.

Mi madre tenía un hermano, y si aquella era buena, éste era malo, y muy cruel por añadidura. No puedo recordar a mi tío sin espanto, y por algunos incidentes sueltos que conservo en la memoria, colijo que aquel hombre debió de haber cometido un crimen en la época a que me refiero. Era marinero, y cuando estaba en Cádiz y en tierra, venía a casa borracho como una cuba, y nos trataba fieramente: a su hermana, de palabra, diciéndole los más horrendos vocablos. y a mí, de obra, castigándome sin motivo.

Mi madre debió de padecer mucho con las atrocidades de su hermano, y esto, unido al trabajo tan penoso como mezquinamente retribuido, aceleró su fin, el cual dejó indeleble impresión en mi espíritu, aunque mi memoria puede hoy apreciarlo sólo de un modo vago.

En aquella edad de miseria y vagancia, yo no me ocupaba más que en jugar junto a la mar o en correr por las calles. Mis únicas contrariedades eran las que pudieran ocasionarme un bofetón de mi tío, un regaño de mi madre o cualquier contratiempo en la organización de mis escuadras. Mi espíritu no había conocido aún ninguna emoción fuerte y verdaderamente honda, hasta que la pérdida de mi madre me presentó a la vida humana bajo un aspecto muy distinto del que hasta entonces había tenido para mí. Por eso la impresión sentida no se ha borrado nunca de mi alma. Transcurridos tantos años, recuerdo aún, como se recuerdan las medrosas imágenes de un mal sueño, que mi madre yacía postrada con no sé qué padecimiento; recuerdo haber visto entrar en casa unas mujeres, cuyos nombres y condición no puedo decir; recuerdo oír lamentos de dolor, y sentirme yo mismo en los brazos de mi madre; recuerdo también, refiriéndolo a todo mi cuerpo, el contacto de unas manos muy frías, pero muy frías. Creo que después me sacaron de allí, y con estas indecisas memorias se asocia la vista de unas velas amarillas que daban pavorosa claridad en medio del día, el rumor de unos rezos, el cuchicheo de unas viejas charlatanas, las carcajadas de marineros ebrios, y, después de esto, la triste noción de la orfandad, la idea de hallarme solo y abandonado en el mundo, idea que embargó mi pobre espíritu por algún tiempo.

No tengo presente lo que hizo mi tío en aquellos días. Sólo sé que sus crueldades conmigo se redoblaron hasta tal punto, que, cansándome de sus malos tratos, me evadí de la casa, deseoso de buscar fortuna. Me fui a San Fernando; de allí, a Puerto Real. Juntéme con la gente más perdida de aquellas playas, fecundas en héroes de encrucijada, y no sé cómo ni por qué motivo, fui a parar con ellos a Medina Sidonia, donde hallándome cierto día en una taberna se presentaron algunos soldados de Marina que hacían la leva, y nos desban-

damos, refugiándose cada cual donde pudo. Mi buena estrella me llevó a cierta casa, cuyos dueños se apiadaron de mí, mostrándome gran interés, sin duda por el relato que de rodillas, bañado en lágrimas y con ademán suplicante, hice de mi triste estado, de mi vida y, sobre todo, de mis desgracias.

Aquellos señores me tomaron bajo su protección, librándome de la leva, y desde entonces quedé a su servicio. Con ellos me trasladé a Vejer de la Frontera, lugar de su residencia, pues sólo estaban de paso en Medina Sidonia.

Mis ángeles tutelares fueron don Alonso Gutiérrez de Cisniega, capitán de navío, retirado del servicio, y su mujer, ambos de avanzada edad. Enseñaronme muchas cosas que no sabía, y como me tomaran cariño, al poco tiempo adquirí la plaza de paje del señor don Alonso, al cual acompañaba en su paseo diario, pues el buen inválido no movía el brazo derecho y con mucho trabajo la pierna correspondiente. No sé qué hallaron en mí para despertar su interés. Sin duda, mis pocos años, mi orfandad y también la docilidad con que les obedecía, fueron parte a merecer una benevolencia a que he vivido siempre profundamente agradecido. Hay que añadir a las causas de aquel cariño, aunque me esté mal el decirlo, que yo, no obstante haber vivido hasta entonces en contacto con la más desharrapada canalla, tenía cierta cultura o delicadeza ingénita, que en poco tiempo me hizo cambiar de modales, hasta el punto de que algunos años después, a pesar de la falta de todo estudio, hallábame en disposición de poder pasar por persona bien nacida.

Cuatro años hacía que estaba en la casa cuando ocurrió lo que voy a referir. No me exija el lector una exactitud que tengo por imposible, tratándose de sucesos ocurridos en la primera edad y narrados en el ocaso de la existencia, cuando, cercano a mi fin, después de una larga vida, siento que el hielo de la senectud entorpece mi mano al manejar la pluma, mientras el entendimiento aterido intenta engañarse, buscando en el regalo de dulces o ardientes memorias un pasajero rejuvenecimiento. Como aquellos viejos verdes que creen despertar su voluptuosidad dormida engañando los sentidos con la contempla-

ción de hermosuras pintadas, así intentaré dar interés y lozanía a los mustios pensamientos de mi ancianidad, recalentándolos con la representación de antiguas grandezas.

Y el efecto es inmediato. ¡Maravillosa superchería de la imaginación! Como quien repasa hojas hace tiempo dobladas de un libro que se leyó, así miro con curiosidad y asombro los años que fueron; y mientras dura el embeleso de esta contemplación, parece que un genio amigo viene y me quita de encima la pesadumbre de los años, aligerando la carga de mi ancianidad, que tanto agobia el cuerpo como el alma. Esta sangre, tibio y perezoso humor que hoy apenas presta escasa animación a mi caduco organismo, se enardece, se agita, circula, bulle, corre y palpita en mis venas con acelerada pulsación. Parece que en mi cerebro entra de improviso una gran luz que ilumina y da forma a mil ignorados prodigios, como la antorcha del viajero que, esclareciendo la oscura cueva, da a conocer las maravillas de la geología tan de repente, que parece que las crea. Y al mismo tiempo mi corazón, muerto para las grandes sensaciones, se levanta, Lázaro llamado por voz divina, y se me sacude en el pecho, causándome a la vez dolor y alegría.

Soy joven; el tiempo no ha pasado; tengo frente a mí los principales hechos de mi mocedad; estrecho la mano de antiguos amigos; en mi ánimo se reproducen las emociones dulces o terribles de la juventud, el ardor del triunfo, el pesar de la derrota, las grandes alegrías, así como las grandes penas, asociadas en los recuerdos como lo están en la vida. Sobre todos mis sentimientos domina uno, el que dirigió siempre mis acciones durante aquel azaroso período comprendido entre 1805 y 1834. Cercano al sepulcro, y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas de mis ojos, amor santo de la patria! En cambio, yo aún puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al ruin escéptico que te niega y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día.

A este sentimiento consagré mi edad viril y a él consagro esta faena de mis últimos años, poniéndolo por genio tutelar o ángel custodio de mi existencia escrita, ya que lo fué de mi existencia

real. Muchas cosas voy a contar. ¡Trafalgar, Bailén, Madrid, Zaragoza, Gerona, Arapiles!... De todo esto diré alguna cosa, si no os falta la paciencia. Mi relato no será tan bello como debiera, pero haré todo lo posible para que sea verdadero.

II

En uno de los primeros días de octubre de aquel año funesto (1805), mi noble amo me llamó a su cuarto, y mirándome con su habitual severidad (cualidad tan sólo aparente, pues su carácter era sumamente blando), me dijo:

—Gabriel, ¿eres tú hombre de valor?

No supe al principio qué contestar, porque, a decir verdad, en mis catorce años de vida no se me había presentado aún ocasión de asombrar al mundo con ningún hecho heroico; pero el oírme llamar *hombre*, me llenó de orgullo, y pareciéndome al mismo tiempo indecoroso negar mi valor ante persona que lo tenía en tan alto grado, contesté con pueril arrogancia:

—Sí, mi amo; soy hombre de valor.

Entonces aquel insigne varón, que había derramado su sangre en cien combates gloriosos, sin que por esto se desdénara de tratar confiadamente a su leal criado, sonrió ante mí, hizome seña de que me sentara, y ya iba a poner en mi conocimiento alguna importante resolución, cuando su esposa y mi ama, doña Francisca, entró de súbito en el despacho para dar mayor interés a la conferencia; y comenzó a hablar destempladamente, en estos términos:

—No, no irás...; te aseguro que no irás a la escuadra. ¡Pues no faltaba más!... ¡A tus años y cuando te has retirado del servicio por viejo!... ¡Ay Alonsito, has llegado a los setenta, y ya no estás para fiestas!

Me parece que aún estoy viendo a aquella respetable cuanto iracunda señora con su gran papalina, su saya de organdí, sus rizos blancos y su lunar peludo a un lado de la barba. Cito estos cuatro detalles heterogéneos porque sin ellos no puede representársela mi memoria. Era una mujer hermosa en la vejez, como la Santa Ana de Murillo; y su belleza respetable habría sido perfecta, y la comparación con la madre

de la Virgen exacta, si mi ama hubiera sido muda como una pintura.

Don Alonso, algo acobardado, como de costumbre siempre que la oía, le contestó:

—Necesito ir, Paquita. Según la carta que acabo de recibir de ese buen Churruca, la escuadra combinada debe, o salir de Cádiz, provocando el combate con los ingleses, o esperarlos en la bahía, si se atreven a entrar. De todos modos, la cosa va a ser sonada.

—Bueno, me alegro —repuso doña Francisca—. Ahí están Gravina, Valdés, Cisneros, Churruca, Alcalá Galiano y Alava. Que machaquen duro sobre esos perros ingleses. Pero tú estás hecho un trasto viejo, que no sirves para maldita de Dios la cosa. Todavía no puedes mover el brazo izquierdo que te dislocaron en el cabo de San Vicente.

Mi amo movió el brazo izquierdo con un gesto académico y guerrero, para probar que lo tenía expedito. Pero doña Francisca, no convencida con tan endeble argumento, continuó chillando en estos términos:

—No, no irás a la escuadra, porque allí no hacen falta estantiguas como tú. Si tuvieras cuarenta años, como cuando fuiste a la Tierra del Fuego y me trajiste aquellos collares verdes de los indios... Pero ahora... Ya sé yo que ese calzonazos de Marcial te ha calentado los cascos anoche y esta mañana, hablándote de batallas. Me parece que el señor Marcial y yo tenemos que reñir... Vuélvase él a los barcos si quiere, para que le quiten la pierna que le queda... ¡Oh San José bendito! Si en mis quince hubiera sabido yo lo que era la gente de mar... ¡Qué tormento! ¡Ni un día de reposo! Se casa una para vivir con su marido, y a lo mejor viene un despacho de Madrid que en dos palotadas me lo manda qué sé yo adónde, a la Patagonia, al Japón o al mismo infierno. Está una diez o doce meses sin verle, y, al fin, si no se le comen los señores salvajes, vuelve hecho una miseria, tan enfermo y amarillo, que no sabe una qué hacer para volverle a su color natural... Pero pájaro viejo no entra en jaula, y de repente viene otro despachito de Madrid... Vaya usted a Tolón, a Brest, a Nápoles, acá o acullá, donde le da la gana al bribonazo del Primer Cónsul... ¡Ah, si todos hicieran lo que yo

digo! ¡Qué pronto las pagaría todas juntas ese caballerito que trae tan revuelto al mundo!

Mi amo miró sonriendo una mala estampa clavada en la pared, y que, torpemente iluminada por ignoto artista, representaba al emperador Napoleón, caballero en un corcel verde, con el célebre redingote embadurnado de bermellón. Sin duda, la impresión que dejó en mí aquella obra de arte, que contemplé durante cuatro años, fué causa de que modificara mis ideas respecto al traje de contrabandista del grande hombre, y en lo sucesivo me lo representé vestido de cardenal y montado en un caballo verde.

—Esto no es vivir —continuó doña Francisca, agitando los brazos—. Dios me perdone; pero aborrezco el mar, aunque dicen que es una de sus mejores obras. ¡No sé para qué sirve la Santa Inquisición si no convierte en cenizas esos endiablados barcos de guerra! Pero vengan acá y díganme: ¿para qué es eso de estarse arrojando balas y más balas, sin más ni más, puestos sobre cuatro tablas que, si se quiebran, arrojan al mar centenares de infelices? ¿No es esto tentar a Dios? ¡Y estos hombres se vuelven locos cuando oyen un cañonazo! ¡Bonita gracia! A mí se me estremecen las carnes cuando los oigo, y si todos pensaran como yo, no habría más guerras en el mar..., y todos los cañones se convertirían en campanas. Mira, Alonso—añadió, deteniéndose ante su marido—: me parece que ya os han derrotado bastantes veces. ¿Queréis otra? Tú y esos otros tan locos como tú, ¿no estáis satisfechos después de la del catorce? (1).

Don Alonso apretó los puños al oír aquel triste recuerdo, y no profirió un juramento de marino por respeto a su esposa.

—La culpa de tu obstinación en ir a la escuadra—añadió la dama, cada vez más furiosa—la tiene el picarón de Marcial, ese endiablado marinero que debió ahogarse cien veces, y cien veces se ha salvado para tormento mío. Si él quiere volver a embarcarse con su pierna de palo, su brazo roto, su ojo de menos

(1) Así se llamaba al combate del cabo de San Vicente.

y sus cincuenta heridas, que vaya en buena hora, y Dios quiera que no vuelva a aparecer por aquí...; pero tú no irás, Alonso; tú no irás, porque estás enfermo y porque has servido bastante al rey, quien, por cierto, te ha recompensado muy mal; y yo que tú, le tirarías a la cara al señor generalísimo de mar y tierra los galones de capitán de navío que tienes desde hace diez años... A fe que debían haberte hecho almirante cuando menos, que hartó lo merecías cuando fuiste a la expedición de África y me trajiste aquellas cuentas azules que, con los collares de los indios, me sirvieron para adornar la urna de la Virgen del Carmen.

—Sea o no almirante, yo debo ir a la escuadra, Paquita—dijo mi amo—. Yo no puedo faltar a ese combate. Tengo que cobrar a los ingleses cierta cuenta atrasada.

—Bueno estás tú para cobrar estas cuentas—contestó mi ama—: un hombre enfermo y medio baldado...

—Gabriel irá conmigo—añadió don Alonso, mirándome de un modo que infundía valor.

Yo hice un gesto que indicaba mi conformidad con tan heroico proyecto; pero cuidé de que no me viera doña Francisca, la cual me habría hecho notar el irresistible peso de su mano si observara mis disposiciones belicosas.

Esta, al ver que su esposo parecía resuelto, se enfureció más; juró que si volviera a nacer, no se casaría con ningún marino; dijo mil pestes del emperador, de nuestro amado rey, del príncipe de la Paz, de todos los signatarios del tratado de subsidios, y terminó asegurando al valiente marino que Dios le castigaría por su insensata temeridad.

Durante el diálogo que he referido sin responder de su exactitud, pues sólo me fundo en vagos recuerdos, una tos recia y perruna, resonando en la habitación inmediata, anunciaba que Marcial, el mareante viejo, oía desde muy cerca la ardiente declamación de mi ama, que le había citado bastantes veces con comentarios poco benévolos. Deseoso de tomar parte en la conversación, para lo cual le autorizaba la confianza que tenía en la casa, abrió la puerta y se presentó en el cuarto de mi amo.

Antes de pasar adelante, quiero dar

de éste algunas noticias, así como de su hidalga consorte, para mejor conocimiento de lo que va a pasar.

III

Don Alonso Gutiérrez de Cisniega pertenecía a una antigua familia del mismo Vejer. Consagraronle a la carrera naval, y desde su juventud, siendo guardia marina, se distinguió honrosamente en el ataque que los ingleses dirigieron contra la Habana en 1748. Formó parte de la expedición que salió de Cartagena contra Argel en 1775, y también se halló en el ataque de Gibraltar por el duque de Crillon en 1782. Embarcóse más tarde para la expedición al estrecho de Magallanes en la corbeta *Santa María de la Cabeza*, que mandaba don Antonio de Córdova; también se halló en los gloriosos combates que sostuvo la escuadra angloespañola contra la francesa delante de Tolón en 1793, y, por último, terminó su gloriosa carrera en el desastroso encuentro del cabo de San Vicente, mandando el navío *Mejicano*, uno de los que tuvieron que rendirse.

Desde entonces, mi amo, que no había ascendido conforme a su trabajosa y dilatada carrera, se retiró del servicio. De resultas de las heridas recibidas en aquella triste jornada, cayó enfermo del cuerpo y más gravemente del alma, a consecuencia del pesar de la derrota. Curábale su esposa con amor, aunque no sin gritos, pues el maldecir a la marina y a los navegantes era en su boca tan habitual como los dulces nombres de Jesús y María en boca de un devoto.

Era doña Francisca una señora excelente, ejemplar, de noble origen, devota y temerosa de Dios, como todas las hembras de aquel tiempo; caritativa y discreta, pero con el más arisco y endemoniado genio que he conocido en mi vida. Francamente, yo no considero como ingénito aquel iracundo temperamento, sino, antes bien, creado por los disgustos que la ocasionó la desabrida profesión de su esposo; y es preciso confesar que no se quejaba sin razón, pues aquel matrimonio, que durante cincuenta años había podido dar veinte hijos al mundo y a Dios, tuvo que contentarse con uno solo: la encantadora y sin

par Rosita, de quien hablaré después. Por estas y otras razones, doña Francisca pedía al Cielo en sus diarias oraciones el aniquilamiento de todas las escuadras europeas.

En tanto, el héroe se consumía tristemente en Vejer, viendo sus laureles apolillados y roídos de ratones y meditaba y discurría a todas horas sobre un tema importante; es decir, que si Córdova, comandante de nuestra escuadra, hubiera mandado orzar a babor, en vez de ordenar la maniobra a estribor, los navíos *Mejicano*, *San José*, *San Nicolás* y *San Isidro* no habrían caído en poder de los ingleses, y el almirante inglés Jerwis habría sido derrotado. Su mujer, Marcial, hasta yo mismo, extralimitándome en mis atribuciones, le decíamos que la cosa no tenía duda, a ver si, dándonos por convencidos, se templaba el vivo ardor de su manía; pero ni por éstas: su manía le acompañó al sepulcro.

Pasaron ocho años después de aquel desastre, y la noticia de que la escuadra combinada iba a tener un encuentro decisivo con los ingleses produjo en él cierta excitación que parecía rejuvenecerle. Dió, pues, en la flor de que había de ir a la escuadra para presenciar la indudable derrota de sus mortales enemigos; y aunque su esposa trataba de disuadirle, como he dicho, era imposible desviarle de tan estrafulario propósito. Para dar a comprender cuán vehemente era su deseo, baste decir que osaba contrariar, aunque evitando toda disputa, la firme voluntad de doña Francisca; y debo advertir, para que se tenga idea de la obstinación de mi amo, que éste no tenía miedo a los ingleses, ni a los franceses, ni a los argelinos, ni a los salvajes del estrecho de Magallanes, ni al mar irritado, ni a los monstruos acuáticos, ni a la ruidosa tempestad, ni al cielo, ni a la tierra: no tenía miedo a cosa alguna creada por Dios, más que a su bendita mujer.

Réstame hablar ahora del marinero Marcial, objeto del odio más vivo por parte de doña Francisca, pero cariñosa y fraternalmente amado por mi amo don Alonso, con quien había servido.

Marcial (nunca supe su apellido), llamado entre los marineros *Medio-hombre*, había sido contramaestre en barcos de guerra durante cuarenta años. En la

época de mi narración, la facha de este héroe de los mares era de lo más singular que puede imaginarse. Figúrense ustedes, señores míos, un hombre viejo, más bien alto que bajo, con una pierna de palo, el brazo izquierdo cortado a cercén más abajo del codo, un ojo menos, la cara garabateada por multitud de chirlos en todas direcciones y con desorden trazados por armas enemigas de diferentes clases, con la tez morena y curtida como la de todos los marinos viejos, con una voz ronca, hueca y perezosa, que no se parecía a la de ningún habitante racional de tierra firme, y podrán formarse idea de este personaje, cuyo recuerdo me hace deplorar la sequedad de mi paleta, pues a fe que merece ser pintado por un diestro retratista. No puedo decir si su aspecto hacía reír o imponía respeto: creo que ambas cosas a la vez, y según como se le mirase.

Puede decirse que su vida era la historia de la Marina española en la última parte del siglo pasado y principios del presente; historia en cuyas páginas las gloriosas acciones alternan con lamentables desdichas. Marcial había navegado en el *Conde de Regla*, en el *San Joaquín*, en el *Real Carlos*, en el *Trinidad* y en otros heroicos y desgraciados barcos que, al perecer, derrotados con honra o destruidos por alevosía, sumergieron con sus viejas tablas el poderío naval de España. Además de las campañas en que tomó parte con mi amo, *Medio-hombre* había asistido a otras muchas, tales como la expedición a la Martinica, la acción de Finisterre, y antes el terrible episodio del Estrecho, en la noche del 12 de julio de 1801, y al combate del cabo de Santa María, en 5 de octubre de 1804.

A la edad de sesenta y seis años se retiró del servicio, mas no por falta de bríos, sino porque ya se hallaba completamente desarbolado y fuera de combate. El y mi amo eran en tierra dos buenos amigos; y como la hija única del contramaestre se hallase casada con un antiguo criado de la casa, resultando de esta unión un nieto, *Medio-hombre* se decidió a echar para siempre el ancla, como un viejo pontón inútil para la guerra, y hasta llegó a hacerse la ilusión de que le gustaba la paz. Bastaba verle para comprender que el em-

pleo más difícil que podía darse a aquel resto glorioso de un héroe era el de cuidar chiquillos; y, en efecto, Marcial no hacía otra cosa que cargar, distraer y dormir a su nieto, para cuya faena le bastaban sus canciones marineras sazonadas con algún juramento propio del oficio.

Mas al saber que la escuadra combinada se apercibía para un gran combate, sintió renacer en su pecho el amortiguado entusiasmo y soñó que se hallaba mandando la marinería en el alcázar de proa del *Santísima Trinidad*. Como notase en don Alonso iguales síntomas de recrudescimiento, se franqueó con él, y desde entonces pasaban gran parte del día y de la noche comunicándose, así las noticias recibidas como las propias sensaciones, refiriendo hechos pasados, haciendo conjeturas sobre los venideros y soñando despiertos, como dos grumetes que en íntima confianza calculan el modo de llegar a almirantes.

En estas encerronas, que traían a doña Francisca muy alarmada, nació el proyecto de embarcarse en la escuadra para presenciar el próximo combate. Ya saben ustedes la opinión de mi ama y las mil picardías que dijo del marinero embaucador; ya saben que don Alonso insistía en poner en ejecución tan atrevido pensamiento, acompañado de su paje, y ahora me resta referir lo que todos dijeron cuando Marcial se presentó a defender la guerra contra el vergonzoso *statu quo* de doña Francisca.

IV

—Señor Marcial—dijo ésta con redoblado furor—, si quiere usted ir a la escuadra a que le den la última mano, puede embarcar cuando quiera; pero lo que es éste no irá.

—Bueno—contestó el marinero, que se había sentado en el borde de una silla, ocupando sólo el espacio necesario para sostenerse—; iré yo solo. El demonio me lleve si me quedo sin echar el catalejo a la fiesta.

Después añadió con expresión de júbilo:

—Tenemos quince navíos, y los francesitos, veinticinco barcos. Si todos fueran nuestros, no era preciso tanto...

¡Cuarenta buques y mucho corazón embarcado!

Como se comunica el fuego de una mecha a otra que está cercana, así el entusiasmo que irradió del ojo de Marcial encendió los dos, ya por la edad amortiguados, de mi buen amo.

—Pero el *Señorito*—continuó *Medio-hombre*—traerá muchos también. Así me gustan a mí las funciones: mucha madera donde mandar balas y mucho *jumo* de pólvora que caliente el aire cuando hace frío.

Se me había olvidado decir que Marcial, como casi todos los marinos, usaba un vocabulario formado por los más peregrinos terminachos, pues es costumbre en la gente de mar de todos los países desfigurar la lengua patria hasta convertirla en caricatura. Observando la mayor parte de las voces usadas por los navegantes, se ve que son simplemente corruptelas de las palabras más comunes, adaptadas a su temperamento arrebatado y enérgico, siempre propenso a abreviar todas las funciones de la vida, y especialmente el lenguaje. Oyéndolos hablar, me ha parecido a veces que la lengua es un órgano que les estorba.

Marcial, como digo, convertía los nombres en verbos, y éstos en nombres, sin consultar con la Academia. Asimismo aplicaba el vocabulario de la navegación a todos los actos de la vida, asimilando el navío con el hombre, en virtud de una forzada analogía entre las partes de aquél y los miembros de éste. Por ejemplo, hablando de la pérdida de su ojo, decía que había cerrado el *portalón de estribor*, y para expresar la rotura del brazo decía que se había quedado sin la *serviola de babor*. Para él, el corazón, residencia del valor y del heroísmo, era el *pañol de la pólvora*, así como el estómago, el *pañol del viscocho*. Al menos, estas frases las entendían los marineros; pero había otras, hijas de su propia inventiva filológica, de él sólo conocidas y en todo su valor apreciadas. ¿Quién podría comprender lo que significaban *patigurbiar*, *chingurria* y otros feroces nombres del mismo jaez? Yo creo, aunque no lo aseguro, que con el primero significaba dudar, y con el segundo, tristeza. La acción de embriagarse la denominaba de mil maneras distintas, y entre éstas, la más común era *ponerse la casaca*, idiotismo cuyo sen-

tido no hallarán mis lectores si no les explico que, habiéndole merecido los marineros ingleses el dictado de *casacones*, sin duda a causa de su uniforme, al decir *ponerse la casaca* por emborracharse, quería significar Marcial una acción común y corriente entre sus enemigos. A los almirantes extranjeros los llamaba con estrafalarios nombres, ya creados por él, ya traducidos a su manera, fijándose en semejanzas de sonido. A Nelson le llamaban el *Señorito*, voz que indicaba cierta consideración o respeto; a Collingwood, el *tío Calambre*, frase que a él le parecía exacta traducción del inglés; a Jerwis le nombraba como los mismos ingleses, esto es, *viejo zorro*; a Calder, el *tío Perol*, porque encontraba mucha relación entre las dos voces; y siguiendo un sistema lingüístico enteramente opuesto, designaba a Villeneuve, jefe de la escuadra combinada, con el apodo de *Monsieur Corneta*, nombre tomado de un sainete a cuya representación asistió Marcial en Cádiz. En fin, tales eran los disparates que salían de su boca, que me veré obligado, para evitar explicaciones enojosas, a sustituir sus frases con las usuales cuando refiera las conversaciones que de él recuerdo.

Sigamos ahora. Doña Francisca, haciéndose cruces, dijo así:

—¡Cuarenta navíos! Eso es tentar a la Divina Providencia. ¡Jesús!, y lo menos tendrán cuarenta mil cañones para que estos enemigos se maten unos a otros.

—Lo que es como *mister Corneta* tenga bien provistos los pañoles de la pólvora—contestó Marcial, señalando al corazón—, ya se van a reír esos señores casacones. No será ésta como la del cabo de San Vicente.

—Hay que tener en cuenta—dijo mi amo con placer, viendo mencionado su tema favorito—que si el almirante Córdova hubiera mandado virar a babor a los navíos *San José* y *Mejicano*, el señor de Jerwis no se habría llamado *lord conde de San Vicente*. De eso estoy bien seguro, y tengo datos para asegurar que con la maniobra a babor hubiéramos salido victoriosos.

—¡Victoriosos!—exclamó con desdén doña Francisca—. Si pueden ellos más... Estos bravucones parece que se quieren comer el mundo, y en cuanto salen al

mar parece que no tienen bastantes costillas para recibir los porrazos de los ingleses.

—¡No!—dijo *Medio-hombre* enérgicamente y cerrando el puño con gesto amenazador—. ¡Si no fuera por sus muchas astucias y picardías!... Nosotros vamos siempre contra ellos con el alma a un largo, pues, con nobleza, bandera izada y manos limpias. El inglés no se *larguea*, y siempre ataca por sorpresa, buscando las aguas malas y las horas de cerrazón. Así fué la del Estrecho, que nos tienen que pagar. Nosotros navegábamos confiados, porque ni de perros herejes moros se teme la traición, *cuanti más* de un inglés, que es *civil* y al modo de cristiano. Pero no: el que ataca a traición no es cristiano, sino un salteador de caminos. Figúrese usted, señora—añadió, dirigiéndose a doña Francisca para obtener su benevolencia—, que salimos de Cádiz para auxiliar a la escuadra francesa, que se había refugiado en Algeciras, perseguida por los ingleses. Hace de esto cuatro años, y *entavía* tengo tal coraje, que la sangre se me emborbotaba cuando lo recuerdo. Yo iba en el *Real Carlos*, de ciento doce cañones, que mandaba Ezguerra, y, además, llevábamos al *San Hermenegildo*, de ciento doce también; el *San Fernando*, el *Argonauta*, el *San Agustín* y la fragata *Sabina*. Unidos con la escuadra francesa, que tenía cuatro navíos, tres fragatas y un bergantín, salimos de Algeciras para Cádiz a las doce del día, y como el tiempo era flojo, nos anocheció más acá de Punta Carnero. La noche estaba más negra que un barril de chapapote; pero como el tiempo era bueno, no nos importaba navegar a oscuras. Casi toda la tripulación dormía; me acuerdo que estaba yo en el castillo de proa hablando con mi primo Pepe Débora, que me contaba las perradas de su suegra, y desde allí vi las luces del *San Hermenegildo*, que navegaba a estribor como a tiro de cañón. Los demás barcos iban delante. *Pusque* lo que menos creíamos era que los casacones habían salido de Gibraltar tras de nosotros y nos daban caza. ¿Ni cómo los habíamos de ver, si tenían apagadas las luces y se nos acercaban sin que nos percatáramos de ello? De repente, y *unque* la noche estaba muy oscura, me pareció ver..., yo siempre he tenido un *farol* como un

lince..., me pareció que un barco pasaba entre nosotros y el *San Hermenegildo*. «José Débora—dije a mi compañero—, o yo estoy viendo *pantasmás*, o tenemos un barco inglés por estribor.» José Débora miró y me dijo: «Que el palo mayor se caiga por la fogonadura y me parta si hay por estribor más barco que el *San Hermenegildo*.» «Pues por sí o por no—dije—, voy a avisarle al oficial que está de cuarto.» No había acabado de decirlo cuando, ¡pataplús!..., sentimos el *musiqueo* de toda una andanada que nos soplaron por el costado. En un minuto, la tripulación se levantó..., cada uno a su puesto... ¡Qué batahola, señora doña Francisca! Me alegraría de que usted lo hubiera visto para que supiera cómo son estas cosas. Todos jurábamos como demonios y pedíamos a Dios que nos pusiera un cañón en cada dedo para contestar al ataque. Ezguerra subió al alcázar y mandó disparar las andanadas de estribor... ¡Zapataplús! La andanada de estribor disparó en seguida, y al poco rato nos contestaron... Pero en aquella trapisonada, no vimos que con el primer disparo nos habían soplado a bordo unas endiabladas materias *comestibles* (combustibles, quería decir) que cayeron sobre el buque como si estuviera lloviendo fuego. Al ver que ardía nuestro navío, se nos redobló la rabia y cargamos de nuevo la andanada, y otra, y otra... ¡Ah señora doña Francisca! ¡Bonito se puso aquello!... Nuestro comandante mandó meter sobre estribor para atacar al abordaje al buque enemigo. Aquí te quiero ver... Yo estaba en mis glorias... En un guiñar del ojo preparamos las hachas y picas para el abordaje...; el barco enemigo se nos venía encima, lo cual me *encabrió* (me alegró) el alma, porque así nos enredaríamos más pronto... Mete, mete a estribor..., qué julepe! Principiaba a amanecer; ya los penoles se besaban; ya estaban dispuestos los grupos, cuando oímos juramentos españoles a bordo del buque enemigo. Entonces nos quedamos todos tiesos de espanto, porque vimos que el barco con que nos habíamos era el mismo *San Hermenegildo*.

—Eso sí que estuvo bueno—dijo doña Francisca, mostrando algún interés en la narración—. ¿Y cómo fueron tan buros que uno y otro...?

—Diré a usted; no tuvimos tiempo de andar con palabreo. El fuego del *Real Carlos* se pasó al *San Hermenegildo*, y entonces... ¡Virgen del Carmen, la que se armó! «¡A las lanchas!», gritaron muchos. El fuego estaba ya ras con ras con la santabárbara, y esta señora no se anda con bromas... Nosotros jurábamos, gritábamos, insultando a Dios, a la Virgen y a todos los santos, porque así parece que se desahoga uno cuando está lleno de coraje hacia la escotilla.

—¡Jesús, María y José! ¡Qué horror! —exclamó mi ama—. ¿Y se salvaron?

—Nos salvamos cuarenta en la falúa y seis o siete en el chinchorro; éstos recogieron al segundo del *San Hermenegildo*. José Débora se aferró a un pedazo de palo y arribó más muerto que vivo a las playas en Marruecos.

—¿Y los demás?

—Los demás...; la mar es grande, y en ella cabe mucha gente. Dos mil hombres *apagaron fuegos* aquel día, entre ellos nuestro comandante Ezguerra, y Emparán, el del otro barco.

—¡Válgame Dios!—dijo doña Francisca—. Aunque bien empleado les está, por andarse en esos juegos. Si se estuvieran quietecitos en sus casas como Dios manda...

—Pues la causa de este desastre—dijo don Alonso, que gustaba de interesar a su mujer en tan dramáticos sucesos—fué la siguiente: Los ingleses, validos de la oscuridad de la noche, dispusieron que el navío *Soberbio*, el más ligero de los que traían, apagara sus luces y se colocara entre nuestros dos hermosos barcos. Así lo hizo: disparó sus dos andanadas, puso su aparejo en facha con mucha presteza, orzando al mismo tiempo para librarse de la contestación. El *Real Carlos* y el *San Hermenegildo*, viéndose atacados inesperadamente, hicieron fuego; pero se estuvieron batiendo el uno contra el otro, hasta que cerca del amanecer, y estando a punto de abordarse, se reconocieron y ocurrió lo que tan detalladamente te ha contado Marcial.

—¡Oh, y qué bien os la jugaron!—dijo la dama—. Estuvo bueno, aunque eso no es de gente noble.

—Qué ha de ser—añadió *Medio-hombre*—. Entonces yo no los quería bien; pero *dende* esa noche... Si están ellos en el Cielo, no quiero ir al Cielo, *manque* me condene para toda la *enternidad*.

—¿Pues y la captura de las cuatro fragatas que venían del Río de la Plata?—dijo don Alonso, animando a Marcial para que continuara sus narraciones.

—También en ésa me encontré—contestó el marino—, y allí me dejaron sin pierna. También entonces nos cogieron desprevenidos, y como estábamos en tiempos de paz, navegábamos muy tranquilos, contando ya las horas que nos faltaba para llegar, cuando de pronto... Le diré a usted cómo fué, señora doña Francisca, para que vea las mañas de esa gente. Después de lo del Estrecho, me embarqué en la *Fama* para Montevideo, y ya hacía mucho tiempo que estábamos allí, cuando el jefe de la escuadra recibió orden de traer a España los caudales de Lima y Buenos Aires. El viaje fué muy bueno, y no tuvimos más percance que unas calenturillas, que no mataron ni tanto así de hombre... Traíamos mucho dinero del rey y de particulares, y también lo que llamamos la *caja de soldadas*, que son los ahorrillos de la tropa que sirve en las Américas. Por junto, si no me engaño, eran cosa de cinco millones de pesos, como quien no dice nada, y, además, traíamos pieles de lobo, lana de vicuña, cascarilla, barras de estaño y cobre y maderas finas. Pues, señor, después de cincuenta días de navegación, el cinco de octubre vimos tierra, y ya contábamos entrar en Cádiz al día siguiente, cuando cátese que hacia el Nordeste se nos presentan cuatro señoras fragatas. *Anque* era tiempo de paz y nuestro capitán, don Miguel de Zapiáin, parecía no tener maldito recelo, yo, que soy perro viejo en la mar, llamé a Débora y le dije que el tiempo me olía a pólvora... Bueno; cuando las fragatas inglesas estuvieron cerca, el general mandó hacer zafarrancho; la *Fama* iba delante, y al poco rato nos encontramos a tiro de pistola de una de las inglesas por barlovento.

Entonces el capitán inglés nos habló con su bocina y nos dijo..., ¡pues mire usted que me gustó la franqueza!..., nos dijo que nos pusiéramos en facha porque nos iba a atacar. Hizo mil preguntas; pero le dijimos que no nos daba la gana de contestar. A todo esto, las otras tres fragatas enemigas se habían acercado a las nuestras de tal manera, que cada una de las inglesas tenía otra española por el costado de sotavento.

—Su posición no podía ser mejor—apuntó mi amo.

—Eso digo yo—continuó Marcial—. El jefe de nuestra escuadra, don José Bustamante, anduvo poco listo, que si hubiera sido yo... Pues, señor, el *comodón* (quería decir el comodoro) inglés envió a bordo de la *Medea* un oficialito de estos de cola de abadejo, el cual, sin andarse en chiquitas, dijo que, *unque* no estaba declarada la guerra, el *comodón* tenía orden de apresarnos. Esto sí que se llama ser inglés. El combate empezó al poco rato; nuestra fragata recibió la primera andanada por babor; se le contestó al saludo, y cañonazo va, cañonazo viene..., lo cierto del caso es que no metimos en un puño a aquellos herejes *por mor* de que el demonio fué y pegó fuego a la santabárbara de la *Mercedes*, que se voló en un suspiro, ¡y todos con este suceso nos afligimos tanto, sintiéndonos tan apocados!, no por falta de valor, sino por aquello que dicen... en la *moral*..., pues... *denque* el mismo momento nos vimos perdidos. Nuestra fragata tenía las velas con más agujeros que capa vieja, los cabos rotos, cinco pies de agua en bodega, el palo de mesana tendido, tres balazos a flor de agua y bastantes muertos y heridos. A pesar de esto, seguíamos la *cuchipanda* con el inglés; pero cuando vimos que la *Medea* y la *Clara*, no pudiendo resistir la chamusquina, arriaban bandera, forzamos de vela y nos retiramos defendiéndonos como podíamos. La maldita fragata inglesa nos daba caza, y como era más velera que la nuestra, no pudimos zafarnos y tuvimos también que arriar el trapo a las tres de la tarde, cuando ya nos habían matado mucha gente, y yo estaba medio muerto sobre el sollao porque a una bala le dió la gana de quitarme mi pierna. Aquellos condenados nos llevaron a Inglaterra, no como presos, sino como detenidos; pero carta va, carta viene entre Londres y Madrid, lo cierto es que se quedaron con el dinero, y me parece que cuando a mí me nazca otra pierna, entonces el rey de España les verá la punta del pelo a los cinco millones de pesos.

—¡Pobre hombre!... ¿Y entonces perdiste la pata?—le dijo compasivamente doña Francisca.

—Sí, señora; los ingleses, sabiendo que yo no era bailarín, creyeron que te-

nía bastante con una. En la travesía me curaron bien; en un pueblo que llaman *Plinmuf* (Plymouth) estuve seis meses en el pontón, con el petate liado y la patente para el otro mundo en el bolsillo... Pero Dios quiso que no me fuera a pi-que tan pronto; un físico inglés me puso esa pierna de palo, que es mejor que la otra, porque aquélla me dolía de la condenada reuma, y ésta, a Dios gracias, no duele aunque le echen una descarga de metralla. En cuanto a dureza, creo que la tiene, *unque entavía* no se me ha puesto delante la popa de ningún inglés para probarla.

—Muy bravo estás—dijo mi ama—; quiera Dios no pierdas también la otra. El que busca el peligro...

Concluida la relación de Marcial, se trabó de nuevo la disputa sobre si mi amo iría o no a la escuadra. Persistía doña Francisca en la negativa, y don Alonso, que en presencia de su digna esposa era manso como un cordero, buscaba pretextos y alegaba toda clase de razones para convencerla.

—Iremos sólo a ver, mujer; nada más que a ver—decía el héroe con mirada suplicante.

—Dejémonos de fiestas—le contestaba su esposa—. Buen par de esperpentos estáis los dos.

—La escuadra combinada—dijo Marcial—se quedará en Cádiz, y ellos tratarán de forzar la entrada.

—Pues entonces—añadió mi ama—, pueden ver la función desde la muralla de Cádiz; pero lo que es en los barquitos... Digo que no y que no, Alonso. En cuarenta años de casados no me has visto enojada—la veía todos los días—; pero ahora te juro que si vas a bordo..., haz cuenta de que Paquita no existe para ti.

—¡Mujer!—exclamó con aflicción mi amo—. ¡Y he de morirme sin tener ese gusto!

—¡Bonito gusto, hombre de Dios! ¡Ver cómo se matan esos locos! Si el rey de las Españas me hiciera caso, mandaría a paseo a los ingleses y les diría: «Mis vasallos queridos no están aquí para que ustedes se diviertan con ellos. Métanse ustedes en faena unos con otros si quieren juego.» ¿Qué creen? Yo, aunque tonta, bien sé lo que hay aquí, y es que el primer cónsul, emperador, sultán o lo que sea, quiere acometer a los

ingleses, y como no tiene hombres de alma para el caso, ha embaucado a nuestro buen rey para que le preste los suyos, y la verdad es que nos está fastidiando con sus guerras marítimas. Díganme ustedes: ¿a España qué le va ni le viene en esto? ¿Por qué ha de estar todos los días cañonazo y más cañonazo por una simpleza? Antes de esas picardías que Marcial ha contado, ¿qué daño nos habían hecho los ingleses? ¡Ah, si hicieran caso de lo que yo digo, el señor de Bonaparte armaría la guerra solo, o si no, que no la armara!

—Es verdad—dijo mi amo—que la alianza con Francia nos está haciendo mucho daño, pues si algún provecho resulta es para nuestra aliada, mientras todos los desastres son para nosotros.

—Entonces, tontos rematados, ¿para qué se os calientan las pajarillas con esta guerra?

—El honor de nuestra nación está empeñado—contestó don Alonso—, y una vez metidos en la danza, sería una mengua volver atrás. Cuando estuve el mes pasado en Cádiz, en el bautizo de la hija de mi primo, me decía Churruca: «Esta alianza con Francia y el maldito tratado de San Ildefonso, que por la astucia de Bonaparte y la debilidad de Godoy se ha convertido en tratado de subsidios, serán nuestra ruina, serán la ruina de nuestra escuadra, si Dios no lo remedia, y, por tanto, la ruina de nuestras colonias y del comercio español en América. Pero, a pesar de todo, es preciso seguir adelante.»

—Bien digo yo—añadió doña Francisca—que ese príncipe de la Paz se está metiendo en cosas que no entiende. Ya se ve, ¡un hombre sin estudios! Mi hermano el arcediano, que es partidario del príncipe Fernando, dice que ese señor Godoy es un alma de cántaro y que no ha estudiado latín ni teología, pues todo su saber se reduce a tocar la guitarra y a conocer los veintidós modos de bailar la gavota. Parece que por su linda cara le han hecho primer ministro. Así andan las cosas de España; luego, hambre y más hambre..., todo tan caro..., la fiebre amarilla asolando a Andalucía... Está esto bonito, sí, señor... Y de ello tienen ustedes la culpa—continuó engrosando la voz y poniéndose muy encarnada—; sí, señor; ustedes, que ofen-

den a Dios matando tanta gente; ustedes, que si en vez de meterse en estos endiablados barcos se fueran a la iglesia a rezar el rosario, no andaría Patillas tan suelto por España haciendo diabluras.

—Tú irás a Cádiz también—dijo don Alonso, ansioso de despertar el entusiasmo en el pecho de su mujer—; irás a casa de Flora, y desde el mirador podrás ver cómodamente el combate, el humo, los fogonazos, las banderas... Es cosa muy bonita.

—¡Gracias, gracias! Me caería muerta de miedo. Aquí nos estaremos quietos, que el que busca el peligro, en él perece.

Así terminó aquel diálogo, cuyos pormenores he conservado en mi memoria, a pesar del tiempo transcurrido. Mas acontece con frecuencia que los hechos muy remotos, correspondientes a nuestra infancia, permanecen grabados en la imaginación con mayor firmeza que los presenciados en edad madura y cuando predomina sobre todas las facultades la razón.

Aquella noche, don Alonso y Marcial siguieron conferenciando en los pocos ratos que la recelosa doña Francisca les dejaba solos. Cuando ésta fué a la parroquia para asistir a la novena, según su piadosa costumbre, los dos marinos respiraron con libertad, como escolares bulliciosos que pierden de vista al maestro. Encerráronse en el despacho, sacaron unos mapas y estuvieron examinándolos con gran atención; luego leyeron ciertos papeles en que había apuntados los nombres de muchos barcos ingleses con la cifra de sus cañones y tripulantes, y durante su calurosa conferencia, en que alternaba la lectura con los más enérgicos comentarios, noté que ideaban el plan de un combate naval.

Marcial imitaba con los gestos de su brazo y medio la marcha de las escuadras, la explosión de las andanadas; con su cabeza, el balanceo de los barcos combatientes; con su cuerpo, la caída de costado del buque que se va a pique; con su mano, el subir y bajar de las banderas de señal; con un ligero silbido, el mando del contraalmirante; con los porrazos de su pie de palo contra el suelo, el estruendo del cañón; con su lengua estropajosa, los juramentos y singulares voces del combate; y como mi amo le secundase en esta tarea con la

mayor gravedad, quise yo también echar mi cuarto a espadas alentado por el ejemplo, y dando natural desahogo a esa necesidad devoradora de meter ruido que domina el temperamento de los chicos con absoluto imperio. Sin poderme contener, viendo el entusiasmo de los dos marinos, comencé a dar vueltas por la habitación, pues la confianza con que por mi amo era tratado me autorizaba a ello; remedé con la cabeza y los brazos la disposición de una nave que ciñe el viento, y al mismo tiempo profería, ahuecando la voz, los retumbantes monosílabos que más se parecen al ruido de un cañonazo, tales como ¡bum, bum, bum!... Mi respetable amo, el mutilado marinero, tan niño como yo en aquella ocasión, no pararon mientes en lo que yo hacía, pues harto los embargaban sus propios pensamientos. ¡Cuánto me he reído después recordando aquella escena, y cuán cierto es, por lo que respecta a mis compañeros en aquel juego, que el entusiasmo de la ancianidad convierte a los viejos en niños, renovando las travesuras de la cuna al borde mismo del sepulcro!

Muy enfrascados estaban ellos en su conferencia, cuando sintieron los pasos de doña Francisca, que volvía de la novena.

—¡Que viene!—exclamó Marcial con terror.

Y al punto guardaron los planos disimulando su excitación, y pusiéronse a hablar de cosas indiferentes. Pero yo, bien porque la sangre juvenil no podía aplacarse fácilmente, bien porque no observé a tiempo la entrada de mi ama, seguí en medio del cuarto demostrando mi enajenación con frases como éstas: pronunciadas con el mayor desparpajo: «¡La mura a estribor!... ¡Orza!... ¡La andanada de sotavento!... ¡Fuego!... ¡Bum, bum!...» Ella se llegó a mi furiosa, y sin previo aviso me descargó en la popa la andanada de su mano derecha, con tan buena puntería, que me hizo ver las estrellas.

—¡También tú!—gritó, vapuleándome sin compasión—. Ya ves—añadió, mirando a su marido con centellantes ojos—: tú le enseñas a que pierda el respeto... ¿Te has creído que estás todavía en la Caleta, pedazo de zascandil?

La zurra continuó en la forma siguiente: yo, caminando a la cocina, llo-

roso y avergonzado, después de arriada la bandera de mi dignidad y sin pensar en defenderme contra tan superior enemigo; doña Francisca, detrás, dándome caza y poniendo a prueba mi pesquezo con los repetidos golpes de su mano. En la cocina eché el ancla, lloroso, considerando cuán mal había concluido mi combate naval.

V

Para oponerse a la insensata determinación de su marido, doña Francisca no se fundaba sólo en las razones anteriormente expuestas; tenía, además de aquéllas, otra poderosísima, que no indico en el diálogo anterior, quizá por demasiado sabida.

Pero el lector no la sabe y voy a decírsela. Creo haber escrito que mis amos tenían una hija. Pues bien: esta hija se llamaba Rosita, de edad poco mayor que la mía, pues apenas pasaba de los quince años, y ya estaba concertado su matrimonio con un joven oficial de Artillería llamado Malespina, de una familia de Medina Sidonia, lejanamente emparentada con la de mi ama. Habíase fijado la boda para fin de octubre, y ya se comprende que la ausencia del padre de la novia habría sido inconveniente en tan solemnes días.

Voy a decir algo de mi señorita, de su novio, de sus amores, de su proyectado enlace y..., ¡ay!, aquí mis recuerdos toman un tinte melancólico, evocando en mi fantasía imágenes importunas y exóticas como si vinieran de otro mundo, despertando en mi cansado pecho sensaciones que, a decir verdad, ignoro si traen a mi espíritu alegría o tristeza. Estas ardientes memorias, que parecen agostarse hoy en mi cerebro como flores tropicales transplantadas al Norte helado, me hacen a veces reír, y a veces me hacen pensar... Pero cortemos, que el lector se cansa de reflexiones enojosas sobre lo que a un solo mortal interesa.

Rosita era lindísima. Recuerdo perfectamente su hermosura, aunque me sería muy difícil describir sus facciones. Parece que la veo sonreír delante de mí. La singular expresión de su rostro, a la de ningún otro parecida, es para mí, por la claridad con que se ofrece a mi en-

tendimiento, como una de esas nociones primitivas que parece hemos traído de otro mundo, o nos han sido infundidas por misterioso poder desde la cuna. Y sin embargo, no respondo de poderlo pintar, porque lo que fué real ha quedado como una idea indeterminada en mi cabeza, y nada nos fascina tanto, así como nada se escapa tan sutilmente a toda apreciación descriptiva, como un ideal querido.

Al entrar en la casa creí que Rosita pertenecía a un orden de criaturas superior. Explicaré mis pensamientos para que se admiren ustedes de mi simpleza. Cuando somos niños y un nuevo ser viene al mundo en nuestra casa, las personas mayores nos dicen que le han traído de Francia, de París o de Inglaterra. Engañado yo, como todos, acerca de tan singular modo de perpetuar la especie, creía que los niños venían por encargo, empaquetados en un cajoncito, como un fardo de quincalla. Pues bien: contemplando por primera vez a la hija de mis amos, discurrí que tan bella persona no podía haber venido de la fábrica de donde venimos todos, es decir, de París o de Inglaterra, y me persuadí de la existencia de alguna región encantadora donde artífices divinos sabían labrar tan hermosos ejemplares de la persona humana.

Como niños ambos, aunque de distinta condición, pronto nos tratamos con la confianza propia de la edad, y mi mayor dicha consistía en jugar con ella, sufriendo todas sus impertinencias, que eran muchas, pues en nuestros juegos nunca se confundían las clases: ella era siempre señorita, y yo siempre criado; así es que yo llevaba la peor parte, y si había golpes, no es preciso indicar aquí quién los recibía.

Ir a buscarla al salir de la escuela para acompañarla a casa era mi sueño de oro; y cuando por alguna ocupación imprevista se encargaba a otra persona tan dulce comisión, mi pena era tan profunda, que yo la equiparaba a las mayores penas que pueden pasarse en la vida siendo hombre, y decía: «Es imposible que cuando yo sea grande experimente desgracia mayor.» Subir por orden suya al naranjo del patio para coger los azahares de las más altas ramas era para mí la mayor de las delicias, posición o preeminencia superior a la del

mejor rey de la Tierra subido en su trono de oro, y no recuerdo alborozo comparable al que me causaba obligándome a correr tras ella en ese divino e inmortal juego que llaman escondite. Si ella corría como una gacela, yo volaba como un pájaro para cogerla más pronto, asiéndola por la parte de su cuerpo que encontraba más a mano. Cuando se trocaban los papeles, cuando ella era la perseguidora y a mí me correspondía el ser cogido, se duplicaban las inocentes y puras delicias de aquel juego sublime, y el paraje más oscuro y feo, donde yo, encogido y palpitante, esperaba la impresión de sus brazos, ansiosos de estrecharme, era para mí un verdadero paraíso. Añadiré que jamás, durante aquellas escenas, tuve un pensamiento, una sensación que no emanara del más refinado idealismo.

¿Y qué diré de su canto? Desde muy niña acostumbraba cantar el *ole* y las *cañas* con la maestría de los ruiseñores, que lo saben todo en materia de música sin haber aprendido nada. Todos le alababan aquella habilidad, y formaban corro para oírla; pero a mí me ofendían los aplausos de sus admiradores, y hubiera deseado que enmudeciera para los demás. Era aquel canto un gorjeo melancólico, aun modulado por su voz infantil. La nota, que repercutía sobre sí misma, enredándose y desenredándose, como un hilo sonoro, se perdía subiendo y se desvanecía alejándose, para volver descendiendo con timbre grave. Parecía emitida por un avecilla que se remontara primero al cielo y que después cantara en nuestro propio oído. El alma, si se me permite emplear un símil vulgar, parecía que se alargaba siguiendo el sonido, y se contraía después retrocediendo ante él; pero siempre pendiente de la melodía y asociando la música a la hermosa cantora. Tan singular era el afecto, que para mí el oírla cantar, sobre todo en presencia de otras personas, era casi una mortificación.

Teníamos la misma edad, poco más o menos, como he dicho, pues sólo excedía la suya a la mía en unos ocho o nueve meses. Pero yo era pequeñuelo y raquítico, mientras ella se desarrollaba con mucha lozanía, y así al cumplirse los tres años de mi residencia en la casa, ella parecía de mucha más edad que yo. Estos tres años se pasaron sin sospechar

nosotros que íbamos creciendo, y nuestros juegos no se interrumpían, pues ella era más traviesa que yo, y su madre la reñía, procurando sujetarla y hacerla trabajar.

Al cabo de los tres años advertí que las formas de mi idolatrada señorita se ensanchaban y redondeaban, completando la hermosura de su cuerpo: su rostro se puso más encendido, más lleno, más tibio; sus grandes ojos, más vivos, si bien con la mirada menos errátil y voluble; su andar, más reposado; sus movimientos, no sé si más o menos ligeros, pero ciertamente distintos, aunque no podía entonces ni puedo ahora apreciar en qué consistía la diferencia. Pero ninguno de estos accidentes me confundió tanto como la transformación de su voz, que adquirió cierta sonora gravedad, bien distinta de aquel travieso y alegre chillido con que me llamaba antes, trastornándome el juicio y obligándome a olvidar mis quehaceres para acudir al juego. El capullo se convertía en rosa.

Un día mil veces funesto, mil veces lúgubre, mi amita se presentó ante mí con traje bajo. Aquella transfiguración produjo en mí tal impresión, que en todo el día no hablé una palabra. Estaba serio como un hombre que ha sido vilmente engañado, y mi enojo contra ella era tan grande, que en mis soliloquios probaba con fuertes razones que el rápido crecimiento de mi amita era una felonía. Se despertó en mí la fiebre del raciocinar, y sobre aquel tema controvertía apasionadamente conmigo mismo en el silencio de mis insomnios. Lo que más me aturdí era ver que con unas cuantas varas de tela había variado por completo su carácter. Aquel día, mil veces desgraciado, me habló en tono ceremonioso, ordenándome con gravedad y hasta con displicencia las faenas que menos me gustaban; y ella, que tantas veces fué cómplice y encubridora de mi holgazanería, me reprendía entonces por perezoso. ¡Y a todas éstas, ni una sonrisa, ni un salto, ni una monada, ni una veloz carrera, ni un poco de *ole*, ni esconderse de mí para que la buscara, ni fingirse enfadada para reírse después, ni una disputilla, ni siquiera un pescozón con su blanda manecita! ¡Terribles crisis de la existencia! ¡Ella se había convertido en mujer, y yo continuaba siendo niño.

No necesito decir que se acabaron los retozos y los juegos; ya no volví a subir al naranjo, cuyos azahares crecieron tranquilos, libres de mi enamorada rapacidad, desarrollando con cozanía sus hojas y con todo lujo su provocativa fragancia; ya no corrimos más por el patio, ni hice más viajes a la escuela para traerla a casa, tan orgulloso de mi comisión, que la hubiera defendido contra un ejército si éste hubiera intentado quitármela. Desde entonces Rosita andaba con la mayor circunspección y gravedad; varias veces noté que al subir una escalera delante de mí cuidaba de no mostrar ni una línea ni una pulgada más arriba de su hermoso tobillo, y este sistema de fraudulenta ocultación era una ofensa a la dignidad de aquel cuyos ojos habían visto algo más arriba. Ahora me río considerando como se me partía el corazón con aquellas cosas.

Pero aún habían de ocurrir más terribles desventuras. Al año de su transformación, la tía Martina, Rosario la cocinera, Marcial y otros personajes de la servidumbre se ocupaban un día de cierto grave asunto. Aplicando mi diligente oído, luego me enteré de que corrían rumores alarmantes: la señorita se iba a casar. La cosa era inaudita, porque yo no le conocía ningún novio. Pero entonces lo arreglaban todo los padres, y lo raro es que a veces no salía del todo mal.

Pues un joven de gran familia pidió su mano, y mis amos se la concedieron. Este joven vino a casa acompañado de sus padres, que eran una especie de condes o marqueses con un título retumbante. El pretendiente traía su uniforme de Marina, en cuyo honroso Cuerpo servía; pero, a pesar de tan elegante jaez, su facha era muy poco agradable. Así debió de parecerle a mi amita, pues desde un principio mostró repugnancia hacia aquella boda. Su madre trataba de convencerla, pero inútilmente, y le hacía la más acabada pintura de las buenas prendas del novio, de su alto linaje y grandes riquezas. La niña no se convencía, y a estas razones oponía otras muy cuerdas.

Pero la pícara se callaba lo principal, y lo principal era que tenía otro novio, a quien de veras amaba. Este otro era un oficial de Artillería llamado don Rafael Malespina, de muy buena presencia

y gentil figura. Mi amita le había conocido en la iglesia, y el pérfido amor se apoderó de ella mientras rezaba; pues siempre fué el templo lugar muy a propósito, por su poético y misterioso recinto, para abrir de par en par al amor las puertas del alma. Malespina rondaba la casa, lo cual observé yo varias veces y tanto se habló en Vejer de estos amores, que el otro lo supo y se desafiaron. Mis amos supieron todo cuando llegó a casa la noticia de que Malespina había herido mortalmente a su rival.

El escándalo fué grande. La religiosidad de mis amos se escandalizó tanto con aquel hecho, que no pudieron disimular su enojo, y Rosita fué la víctima principal. Pero pasaron meses y más meses; el herido curó, y como Malespina fuese también persona bien nacida y rica, se notaron en la atmósfera política de la casa barruntos de que el joven don Rafael iba a entrar en ella. Renunciaron al enlace los padres del herido, y, en cambio, el del vencedor se presentó en casa a pedir para su hijo la mano de mi querida amita. Después de algunas dilaciones, se la concedieron.

Me acuerdo de cuando fué allí el viejo Malespina. Era un señor muy seco y estirado, con chupa de treinta colores, muchos colgajos en el reloj, gran colete y una nariz muy larga y afilada, con la cual parecía olfatear a las personas que le sostenían la conversación. Hablaba por los codos y no dejaba meter baza a los demás: él se lo decía todo, y no se podía elogiar cosa alguna, porque al punto salía diciendo que tenía otra mejor. Desde entonces le taché por hombre vanidoso y mentirosísimo, como tuve ocasión de ver claramente más tarde. Mis amos le recibieron con agasajo, lo mismo que a su hijo, que con él venía. Desde entonces el novio siguió yendo a casa todos los días, solo o en compañía de su padre.

Nueva transformación de mi amita. Su indiferencia hacia mí era tan marcada, que tocaba los límites del menosprecio. Entonces eché de ver claramente por primera vez, maldiciéndola, la humildad de mi condición; trataba de explicarme el derecho que tenían a la superioridad los que realmente eran superiores, y me preguntaba, lleno de angustia, si era justo que otros fueran nobles y ricos y sabios, mientras yo tenía por abolengo

la Caleta, por única fortuna mi persona y apenas sabía leer. Viendo la recompensa que tenía mi ardiente cariño, comprendí que a nada podría aspirar en el mundo, y sólo más tarde adquirí la firme convicción de que un grande y constante esfuerzo mío me daría quizá todo aquello que no poseía.

En vista del despego con que ella me trataba, perdí la confianza; no me atrevía a desplegar los labios en su presencia, y me infundía mucho más respeto que sus padres. Entre tanto, yo observaba con atención los indicios del amor que la dominaba. Cuando él tardaba, yo la veía impaciente y triste; al menor rumor que indicase la aproximación de alguno, se encendía su hermoso semblante, y sus negros ojos brillaban con ansiedad y esperanza. Si él entraba al fin, le era imposible a ella disimular su alegría, y luego se estaban charlando horas y más horas, siempre en presencia de doña Francisca, pues a mi señorita no se le consentían coloquios a solas ni por las rejas.

También había correspondencia larga, y lo peor del caso es que yo era el correo de los dos amantes. ¡Aquello me daba una rabia!... Según la consigna, yo salía a la plaza, y allí encontraba, más puntual que un reloj, al señorito Malespina, el cual me daba una esquela para entregarla a mi señorita. Cumplía mi encargo, y ella me daba otra para llevarla a él. ¡Cuántas veces sentía tentaciones de quemar aquellas cartas, no llevándolas a su destino! Pero, por mi suerte, tuve serenidad para dominar tan feo propósito.

No necesito decir que yo odiaba a Malespina. Desde que le veía entrar sentía mi sangre enardecida, y siempre que me ordenaba algo, hacía lo con los peores modos posibles, deseoso de significarle mi alto enojo. Este despego, que a ellos les parecía mala crianza y a mí un arranque de entereza propio de elevados corazones, me proporcionó algunas reprimendas y, sobre todo, dió origen a una frase de mi señorita, que se me clavó en el corazón como una dolorosa espina. En cierta ocasión le oí decir:

—Este chico está tan echado a perder, que será preciso mandarle fuera de casa.

Al fin se fijó el día para la boda, y unos cuantos antes del señalado ocurrió lo que ya conté y el proyecto de mi amo. Por esto se comprenderá que doña Fran-

cisca tenía razones poderosas, además de la poca salud de su marido, para impedirle ir a la escuadra.

VI

Recuerdo muy bien que al día siguiente de los pescozones que me aplicó doña Francisca, movida del espectáculo de mi irreverencia y de su profundo odio a las guerras marítimas, salí acompañando a mi amo en su paseo de mediodía. El me daba el brazo, y a su lado iba Marcial; los tres caminábamos lentamente, conforme al flojo andar de don Alonso y a la poca destreza de la pierna postiza del marinero. Parecía aquello una de esas procesiones en que marcha, sobre vacilante palanquín, un grupo de santos viejos y apolillados, que amenazan venirse al suelo en cuanto se acelere un poco el paso de los que los llevan. Los dos viejos no tenían expedito y vividor más que el corazón, que funcionaba como una máquina recién salida del taller. Era una aguja imantada que, a pesar de su fuerte potencia y exacto movimiento, no podía hacer navegar bien el casco viejo y averiado en que iba embarcada.

Durante el paseo, mi amo, después de haber asegurado con su habitual aplomo que si el almirante Cordova, en vez de mandar virar a estribor, hubiera mandado virar a babor, la batalla del 14 no se habría perdido, entabló la conversación sobre el famoso proyecto, y aunque no dijeron claramente su propósito, sin duda por estar yo delante, comprendí, por algunas palabras, sueltas, que trataban de ponerlo en ejecución a cencerros tapados, marchándose de la casa lindamente una mañana, sin que mi ama lo advirtiese.

Regresamos a la casa, y allí se habló de cosas muy distintas. Mi amo, que siempre era complaciente con su mujer, lo fué aquel día más que nunca. No decía doña Francisca cosa alguna, aunque fuera insignificante, sin que él lo celebrara con risas inoportunas. Hasta me parece que le regaló algunas frusilerías, desmostrando en todos sus actos el deseo de tenerla contenta. Sin duda por esta misma complacencia oficiosa, mi ama estaba discola y regañona cual nunca la había yo visto. No era posible transacción honrosa. Por no se qué fútil moti-

vo, riño con Marcial, intimidándole la inmediata salida de la casa; también dijo terribles cosas a su marido, y durante la comida, aunque éste celebraba todos los platos con desusado calor, la implacable dama no cesaba de gruñir.

Llegaba la hora de rezar el rosario, acto solemne que se verificaba en el comedor con asistencia de todos los de la casa, mi amo, que otras veces solía dormirse murmurando perezosamente los *Pater-noster*, lo cual le valía algunas reprimendas, estuvo aquella noche muy despabilado y rezó con verdadero empeño, haciendo que su voz se oyera entre todas las demás.

Otra cosa pasó que se me ha quedado muy presente. Las paredes de la casa hallábanse adornadas con dos clases de objetos; estampas de santos y mapas: la Corte celestial por un lado y todos los derroteros de Europa y América por otro. Después de comer, mi amo estaba en la galería contemplando una carta de navegación y recorría con su vacilante dedo las líneas, cuando doña Francisca, que algo sospechaba del proyecto de escapatoria, y, además, ponía el grito en el cielo siempre que sorprendía a su marido en flagrante delito de entusiasmo náutico, llegó por detrás y, abriendo los brazos, exclamó:

—¡Hombre de Dios! Cuando digo que tú me andas buscando... Pues te juro que si me buscas, me encontrarás.

—Pero, mujer—repuso, temblando, mi amo—, estaba aquí mirando el derrotero de Alcalá Galiano y de Valdés en las goletas *Sutil* y *Mejicana* cuando fueron a reconocer el estrecho de Fuca. Es un viaje muy bonito; me parece que te lo he contado.

—Cuando digo que voy a quemar todos esos papelotes—añadió doña Francisca—. Mal hayan los viajes y el perro judío que los inventó. Mejor pensaras en las cosas de Dios, que, al fin y al cabo, no eres ningún niño. ¡Qué hombre, Santo Dios, qué hombre!

No pasó de esto. Yo andaba también por allí cerca; pero no recuerdo bien si mi ama desahogó su furor en mi humilde persona, demostrándome una vez más la elasticidad de mis orejas y la ligereza de sus manos. Ello es que estas caricias menudeaban tanto, que no hago memoria de si recibí alguna en aquella ocasión. Lo que sí recuerdo es que mi

señor, a pesar de haber redoblado sus amabilidades, no consiguió ablandar a su consorte.

No he dicho nada de mi amita. Pues sépase que estaba muy triste, porque el señor de Malespina no había parecido aquel día ni escrito carta alguna, siendo inútiles todas mis pesquisas para hallarle en la plaza. Llegó la noche, y con ella la tristeza al alma de Rosita, pues ya no había esperanza de verle hasta el día siguiente. Mas de pronto, y cuando se había dado orden para la cena, sonaron fuertes aldabonazos en la puerta; fuí a abrir corriendo, y era él. Antes de abrirle, mi odio le había conocido.

Aún me parece que le estoy viendo, cuando se presentó delante de mí, sacudiendo su capa, mojada por la lluvia. Siempre que le traigo a la memoria se me representa como le vi en aquella ocasión. Hablando con imparcialidad, diré que era un joven realmente hermoso, de presencia noble, modales airoso, mirada afable, algo frío y reservado en apariencia, poco risueño y sumamente cortés, con aquella cortesía grave y un poco finchada de los nobles de antaño. Traía aquella noche la chaqueta faldoneada, el calzón corto con botas, el sombrero portugués y riquísima capa de grana con forros de seda, que era la prenda más elegante entre los señoritos de la época.

Desde que entró conocí que algo grave ocurría. Pasó al comedor, y todos se maravillaron de verle a tal hora, pues jamás había venido de noche. Mi amita no tuvo de alegría más que el tiempo necesario para comprender que el motivo de visita tan inesperada no podía ser lisonjero.

—Vengo a despedirme—dijo Malespina.

Todos se quedaron como lelos, y Rosita, más blanca que el papel en que escribo; después, encendida como la grana, y luego, pálida otra vez como una muerta.

—Pues ¿qué pasa? ¿Adónde va usted, señor don Rafael?—le preguntó mi ama.

Debo de haber dicho que Malespina era oficial de Artillería, pero no que estaba de guarnición en Cádiz y con licencia en Vejer.

—Como la escuadra carece de personal—añadió—, han dado orden para que nos embarquemos, con objeto de hacer allí el servicio. Se cree que el combate es inevitable, y la mayor parte de los navíos tienen falta de artilleros.

—¡Jesús, María y José!—exclamó doña Francisca más muerta que viva—. ¿También a usted se lo llevan? Pues me gusta. Pero usted es de tierra, amiguito. Dígales usted que se entiendan ellos; que si no tienen gente, que la busquen. ¡Pues a fe que es bonita la broma!

—Pero, mujer—dijo tímidamente don Alonso—, ¿no ves que es preciso...?

No pudo seguir, porque doña Francisca, que sentía desbordarse el vaso de su enojo, apostrofó a todas las potencias terrestres.

—A ti todo te parece bien con tal que sea para los dichosos barcos de guerra. ¿Pero quién, pero quién es el demonio del infierno que ha mandado vayan a bordo los oficiales de tierra? A mí que no me digan: eso es cosa del señor de Bonaparte. Ninguno de acá puede haber inventado tal diablura. Pero vaya usted y diga que se va a casar. A ver—añadió, dirigiéndose a su marido—: escribe a Gravina diciéndole que este joven no puede ir a la escuadra.

Y como viera que su marido se encogía de hombros indicando que la cosa era sumamente grave, exclamó:

—No sirves para nada. ¡Jesús! Si yo gastara calzones, me plantaba en Cádiz y le sacaba a usted del apuro.

Rosita no decía palabra. Yo, que la observaba atentamente, conocí la gran turbación de su espíritu. No quitaba los ojos de su novio, y a no impedírselo la etiqueta y el buen parecer, habría llorado ruidosamente, desahogando la pena de su corazón oprimido.

—Los militares—dijo don Alonso—son esclavos de su deber, y la patria exige a este joven que se embarque para defenderla. En el próximo combate alcanzará usted mucha gloria e ilustrará su nombre con alguna hazaña que quede en la Historia para ejemplo de las generaciones futuras.

—Sí, eso, eso—dijo doña Francisca, remedando el tono grandilocuente con que mi amo había pronunciado las anteriores palabras—. Sí. Y todo, ¿por qué? Porque se les antoja a esos zánganos de Madrid. Que vengan ellos a disparar los cañones y a hacer la guerra... Y ¿cuándo marcha usted?

—Mañana mismo. Me han retirado la licencia, ordenándome que me presente al instante en Cádiz.

Imposible pintar con palabras ni por

escrito lo que vi en el semblante de mi señorita cuando aquellas frases oyó. Los dos novios se miraron, y un largo y triste silencio siguió al anuncio de la próxima partida.

—Esto no se puede sufrir—dijo doña Francisca—. Por último, llevarán a los paisanos, y si se les antoja, también a las mujeres... Señor—prosигuió, mirando al cielo con ademán de pitonisa—, no creo ofenderte si digo que maldito sea el que inventó los barcos, maldito el mar en que navegan y más maldito el que hizo el primer cañón para dar esos estampidos que la vuelven a una loca, y para matar a tantos pobrecitos que no han hecho ningún daño.

Don Alonso miró a Malespina, buscando en su semblante una expresión de protesta contra los insultos dirigidos a la noble artillería. Después dijo:

—Lo malo será que los navios carezcan también de buen material; y sería lamentable...

Marcial, que oía la conversación desde la puerta, no pudo contenerse, y entró diciendo:

—¿Qué ha de faltar? El *Trinidad* tiene ciento cuarenta cañones: treinta y dos de a treinta y seis, treinta y cuatro de a veinticuatro, treinta y seis de a doce, dieciocho de a treinta, y diez obuses de veinticuatro. El *Príncipe de Asturias*, ciento dieciocho; el *Santa Ana*, ciento veinte; el *Rayo*, cien, y el *Nepomuceno*, el *San...*

—¿Quién le mete a usted aquí, señor Marcial—chilló doña Francisca—, ni qué nos importa si tiene cincuenta u ochenta?

Marcial continuó, a pesar de esto, su guerrera estadística, pero en voz baja, dirigiéndose sólo a mi amo, el cual no se atrevía a expresar su aprobación.

Ella siguió hablando así:

—Pero, don Rafael, no vaya usted, ¡por Dios! Diga usted que es de tierra, que se va a casar. Si Napoleón quiere guerra, que la haga él solo; que venga y diga «Aquí estoy yo; mátenme ustedes, señores ingleses, o déjense matar por mí.» ¿Por qué ha de estar España sujeta a los antojos de ese caballero?

—Verdaderamente—dijo Malespina—, nuestra unión con Francia ha sido hasta ahora desastrosa.

—Pues ¿para qué la han hecho? Bien dicen que ese Godoy es hombre sin es-

tudios. ¡Si creará él que se gobierna una nación tocando la guitarra!

—Después de la paz de Basilea—continuó el joven—nos vimos obligados a enemistarnos con los ingleses, que batieron nuestra escuadra en el cabo de San Vicente.

—Alto allá—declaró don Alonso, dando un fuerte puñetazo en la mesa—. Si el almirante Córdova hubiera mandado orzar sobre babor a los navíos de la vanguardia, según lo que pedían las más vulgares leyes de la estrategia, la victoria hubiera sido nuestra. Eso lo tengo probado hasta la saciedad, y en el momento del combate hice constar mi opinión. Quede, pues, cada cual en su lugar.

—Lo cierto es que se perdió la batalla—prosiguió Malespina—. Este desastre no habría sido de grandes consecuencias si después la Corte de España no hubiera celebrado con la República francesa el tratado de San Ildefonso, que nos puso a merced del primer cónsul, obligándonos a prestarle ayuda en guerras que a él solo y a su grande ambición interesaban. La paz de Amiéns no fué más que una tregua. Inglaterra y Francia volvieron a declararse la guerra, y entonces Napoleón exigió nuestra ayuda. Quisimos ser neutrales, pues aquel convenio a nada obligaba en la segunda guerra; pero él con tanta energía solicitó nuestra cooperación, que, para aplacarlo, tuvo el rey que convenir en dar a Francia un subsidio de cien millones de reales, lo que equivalía a comprar a peso de oro la neutralidad. Pero ni aun así la compramos. A pesar de tan gran sacrificio fuimos arrastrados a la guerra. Inglaterra nos obligó a ello, apresando inoportunamente cuatro fragatas que venían de América cargadas de caudales. Después de aquel acto de piratería, la Corte de Madrid no tuvo más remedio que echarse en brazos de Napoleón, el cual no deseaba otra cosa. Nuestra Marina quedó al arbitrio del primer cónsul, ya emperador, quien, aspirando a vencer por el engaño a los ingleses, dispuso que la escuadra combinada partiese a la Martinica, con objeto de alejar de Europa a los marinos de la Gran Bretaña. Con esta estratagema pensaba realizar su anhelado desembarco en esta isla; mas tan hábil plan no sirvió sino para demostrar la impericia y cobardía del almirante francés, el cual, de regreso a

Europa, quiso compartir con nuestros navíos la gloria del combate de Finisterre. Ahora, según las órdenes del emperador, la escuadra combinada debía hallarse en Brest. Dícese que Napoleón está furioso con su almirante y que piensa relevarle inmediatamente.

—Pero, según dicen—indicó Marcial—, *míster Corneta* quiere pintarla, y busca una acción de guerra que haga olvidar sus faltas. Yo me alegro, pues de ese modo se verá quién puede y quién no puede.

—Lo indudable—prosiguió Malespina—es que la escuadra inglesa anda cerca y con intento de bloquear a Cádiz. Los marinos españoles opinan que nuestra escuadra no debe salir de la bahía, donde hay probabilidades de que venza. Mas el francés parece que se obstina en salir.

—Veremos—dijo mi amo—. De todos modos, el combate será glorioso.

—Glorioso, sí—contestó Malespina—. Pero ¿quién asegura que sea afortunado? Los marinos se forjan ilusiones, y quizá por estar demasiado cerca no conocen la inferioridad de nuestro armamento frente al de los ingleses. Estos, además de una soberbia artillería, tienen todo lo necesario para reponer prontamente sus averías. No digamos nada en cuanto al personal; el de nuestros enemigos es inmejorable, compuesto todo de viejos y muy expertos marinos, mientras que muchos de los navíos españoles están tripulados en gran parte por gente de leva, siempre holgazana y que apenas sabe el oficio; el cuerpo de infantería tampoco es un modelo, pues las plazas vacantes se han llenado con tropa de tierra, muy valerosa, sin duda, pero que se marea.

—En fin—dijo mi amo—: dentro de algunos días sabremos lo que ha de resultar de esto.

—Lo que ha de resultar ya lo sé yo—observó doña Francisca—. Que esos caballeros, sin dejar de decir que han alcanzado mucha gloria, volverán a casa con la cabeza rota.

—Mujer, ¿tú que entiendes de eso?—dijo don Alonso, sin poder contener un arrebató de enojo, que sólo duró un instante.

—¡Más que tú!—contestó vivamente ella—. Pero Dios querrá preservarle a usted, señor don Rafael, para que vuelva sano y salvo.

Esta conversación ocurría durante la cena, la cual fué muy triste y, después de lo referido, los cuatro personajes no dijeron una palabra. Concluida aquélla, se verificó la despedida, que fué ternísima, y por un favor especial propio de aquella ocasión solemne, los bondadosos padres dejaron solos a los novios, permitiéndoles despedirse a sus anchas y sin testigos para que el disimulo no los obligara a omitir algún accidente que fuera desahogo a su profunda pena. Por más que hice no pude asistir al acto, y me es, por tanto, desconocido lo que en él pasó; pero es tan fácil presumir que habría todas las esperanzas imaginables por una y otra parte.

Cuando Malespina salió del cuarto, estaba más pálido que un difunto. Despidióse a toda prisa de mis amos, que le abrazaron con el mayor cariño, y se fué. Cuando acudimos a donde estaba mi amita, la encontramos hecha un mar de lágrimas: tan grande era su dolor, que los cariñosos padres no pudieron calmar su espíritu con ingeniosas razones ni atemperar su cuerpo con los cordiales que traje a toda prisa de la botica. Confieso que, profundamente apenado yo también, al ver la desgracia de los pobres amantes, se amortiguó en mi pecho el rencorcillo que me inspiraba Malespina. El corazón de un niño perdona fácilmente, y el mío no era el menos dispuesto a los sentimientos dulces y expansivos.

VII

A la mañana siguiente se me preparaba una gran sorpresa, y a mi ama, el más fuerte berrinche que creo tuvo en su vida. Cuando me levanté, vi que don Alonso estaba amabilísimo, y su esposa, más irritada que de costumbre. Cuando ésta se fué a misa con Rosita, advertí que el señor se daba gran prisa por meter en una maleta algunas camisas y otras prendas de vestir, entre las cuales iba su uniforme. Yo le ayudé, y aquello me olió a escapatoria, aunque me sorprendía no ver a Marcial por ninguna parte. No tardé, sin embargo, en explicarme su ausencia, pues don Alonso, una vez arreglado su breve equipaje, se mostró muy impaciente, hasta que al fin apareció el marinero, diciendo:

—Ahí está el coche. Vámonos antes que ella venga.

Cargué la maleta, y en un santiamén don Alonso, Marcial y yo salimos por la puerta del corral para no ser vistos; nos subimos a la calesa, y ésta partió tan a escape como lo permitía la escualidez del rocín que la arrastraba y la procelosa configuración del camino. Este, si para caballerías era malo, para coches, perverso; pero, a pesar de los fuertes tumbos y arcadas, apretamos el paso, y hasta que perdimos de vista el pueblo no se alivió algún tanto el martirio de nuestros cuerpos.

Aquel viaje me gustaba extraordinariamente, porque a los chicos toda novedad les trastorna el juicio. Marcial no cabía en sí de gozo, y mi amo, que al principio manifestó su alborozo casi con menos gravedad que yo, se entristeció bastante cuando dejó de ver el pueblo. De cuando en cuando decía:

—¡Y ella, tan ajena de esto! ¡Qué dirá cuando llegue a casa y no nos encuentre!

A mí me ensanchaba el pecho con la vista del paisaje, con la alegría y frescura de la mañana y, sobre todo, con la idea de ver pronto a Cádiz y su incomparable bahía poblada de naves; sus calles bulliciosas y alegres; su Caleta, que simbolizaba para mí en un tiempo lo más hermoso de la vida: la libertad; su plaza, su muelle y demás sitios para mí muy amados. No habíamos andado tres leguas, cuando alcanzamos a ver dos caballeros montados en soberbios alazanes, que, viniendo tras nosotros, se nos juntaron en poco tiempo. Al punto reconocimos a Malespina y a su padre, aquel señor alto, estirado y muy charlatán de quien antes hablé. Ambos se asombraron de ver a don Alonso, y mucho más cuando éste les dijo que iba a Cádiz para embarcarse. Recibió la noticia con pesadumbre el hijo; mas el padre, que, según entonces comprendí, era un rematado fanfarrón, felicitó a mi amo muy campanudamente, llamándole flor de los navegantes, espejo de los marinos y honra de la patria.

Nos detuvimos para comer en el parador de Conil. A los señores les dieron lo que había, y a Marcial y a mí, lo que sobraba, que no era mucho. Como yo servía la mesa, pude oír la conversación, y entonces conocí mejor el carácter del

viejo Malespina, quien, si primero pasó a mis ojos como un embustero lleno de vanidad, después me pareció el más gracioso charlatán que he oído en mi vida.

El futuro suegro de mi amita, don José María Malespina, que no tenía parentesco con el célebre marino del mismo apellido, era coronel de Artillería retirado, y cifraba todo su orgullo en conocer a fondo aquella terrible arma y manejarla como nadie. Tratando de este asunto, era como más lucía su imaginación y gran desparpajo para mentir.

—Los artilleros—decía, sin suspender por un momento la acción de engullir—hacen mucha falta a bordo. ¿Qué es de un barco sin artillería? Pero donde hay que ver los efectos de esta invención admirable de la humana inteligencia es en tierra, señor don Alonso. Cuando la guerra del Rosellón..., ya sabe usted que tomé parte en aquella campaña y que todos los triunfos se debieron a mi acierto en el manejo de la artillería... La batalla de Masdéu, ¿por qué cree usted que se ganó? El general Ricardos me situó en una colina con cuatro piezas, mandándome que no hiciera fuego sino cuando él me lo ordenara. Pero yo, que veía las cosas de otra manera, me estuve callandito hasta que una columna francesa vino a colocarse delante de mí en tal disposición, que mis disparos podían enfilarla de un extremo a otro. Los franceses forman la línea con gran perfección. Tomé bien la puntería con una de las piezas, dirigiendo la mira a la cabeza del primer soldado... ¿Comprende usted?... Como la línea era tan perfecta, disparé, y, ¡zas!, la bala se llevó ciento cuarenta y dos cabezas, y no cayeron más porque el extremo de la línea se movió un poco. Aquello produjo gran consternación en los enemigos; pero como éstos no comprendían mi estrategia ni podían verme en el sitio donde estaba, enviaron otra columna a atacar a las tropas que estaban a mi derecha, y aquella columna tuvo la misma suerte, y otra, y otra, hasta que se ganó la batalla.

—Es maravilloso—dijo mi amo, quien, conociendo la magnitud de la bola, no quiso, sin embargo, desmentir a su amigo.

—Pues en la segunda campaña, al mando del conde de la Unión, también escarmenté de lo lindo a los republica-

nos. La defensa de Boulou no nos salió bien, porque se nos acabaron las municiones; yo, con todo, hice un gran destrozo cargando una pieza con las llaves de la iglesia; pero éstas no eran muchas, y, al fin, como un recurso de desesperación, metí en el ánima del cañón mis llaves, mi reloj, mi dinero, cuantas baratijas encontré en los bolsillos, y, por último, hasta mis cruces. Lo particular es que una de éstas fué a estamparse en el pecho de un general francés, donde se le quedó como pegada y sin hacerle daño. El la conservó, y cuando fué a París, la Convención le condenó no sé si a muerte o a destierro por haber admitido condecoraciones de un Gobierno enemigo.

—¡Qué diablura!—murmuró mi amo, recreándose con tan chuscas invenciones.

—Cuando estuve en Inglaterra...—continuó el viejo Malespina—, ya sabe usted que el Gobierno inglés me mandó llamar para perfeccionar la Artillería de aquel país... Todos los días comía con Pitt, con Burke, con lord North, con el general Conwallis y otros personajes importantes que me llamaban *el chistoso español*. Recuerdo que una vez, estando en Palacio, me suplicaron que les mostrase cómo era una corrida de toros, y tuve que capear, picar y matar una silla, lo cual divirtió mucho a toda la Corte, especialmente al rey Jorge Tercero, quien era muy amigote mío y siempre me decía que le mandase a buscar a mi tierra aceitunas buenas. ¡Oh!, tenía mucha confianza conmigo. Todo su empeño era que le enseñase palabras de español y, sobre todo, algunas de esta nuestra graciosa Andalucía; pero nunca pudo aprender más que «Otro toro» y «Vengan esos cinco», frase con que me saludaba todos los días cuando iba a almorzar con él pescadillas y unas cañitas de jerez.

—¿Eso almorzaba?

—Era lo que le gustaba más. Yo hacía llevar de Cádiz, embotellada, la pescadilla: consérvase muy bien con un específico que inventé, cuya receta tengo en casa.

—Maravilloso. ¿Y reformó usted la artillería inglesa?—preguntó mi amo, alentándole a seguir, porque le divertía mucho.

—Completamente. Allí inventé un ca-

ñón que no llegó a dispararse, porque todo Londres, incluso la Corte y los ministros, vinieron a suplicarme que no hiciera la prueba, por temor a que del estremecimiento cayeran al suelo muchas casas.

—¿De modo que tan gran pieza ha quedado relegada al olvido?

—Quiso comprarla el emperador de Rusia; pero no fué posible moverla del sitio en que estaba.

—Pues bien podía usted sacarnos del apuro inventando un cañón que destruyera de un disparo la escuadra inglesa.

—¡Oh!—contestó Malespina—. En eso estoy pensando, y creo que podré realizar mi pensamiento. Ya le mostraré a usted los cálculos que tengo hechos, no sólo para aumentar hasta un extremo fabuloso el calibre de las piezas de Artillería, sino para construir placas de resistencia que defiendan los barcos y los castillos. Es el pensamiento de toda mi vida.

A todas éstas, habían concluido de comer. Nos zampamos en un santiamén Marcial y yo las sobras, y seguimos el viaje; ellos, a caballo, marchando al estribo, y nosotros, como antes en nuestra derrengada calesa. La comida y los frecuentes tragos con que la roció excitaban más aún la vena inventora del viejo Malespina, quien por todo el camino siguió espetándonos sus grandes paparruchas. La conversación volvió al tema por donde había empezado: a la guerra del Rosellón; y como don José se apresurara a referir nuevas proezas, mi amo, cansado ya de tanto mentir, quiso desviarle de aquella materia, y dijo:

—Guerra desastrosa e impolítica. ¡Más nos hubiera valido no haberla emprendido!

—¡Oh!—exclamó Malespina—. El conde de Aranda, como usted sabe, condenó desde el principio esta funesta guerra con la República. ¡Cuánto hemos hablado de esta cuestión!..., porque somos amigos desde la infancia. Cuando yo estuve en Aragón, pasamos siete meses juntos cazando en el Moncayo. Precisamente hice construir para él una escopeta singular...

—Sí. Aranda se opuso siempre—dijo mi amo, atajándole en el peligroso camino de la balística.

—En efecto—continuó el mentiroso—, y si aquel hombre eminente defendió con

tanto calor la paz con los republicanos, fué porque yo se lo aconsejé, convenciéndole antes de la inoportunidad de la guerra. Mas Godoy, que ya entonces era valido, se obstinó en proseguirla, sólo por llevarme la contraria, según he entendido después. Lo más gracioso es que el mismo Godoy se vió obligado a concluir la guerra en el verano del noventa y cinco, cuando comprendió su ineffectividad, y entonces se adjudicó a sí mismo el retumbante título de *príncipe de la Paz*.

—¡Qué faltos estamos, amigo don José María—dijo mi amo—, de un buen hombre de Estado a la altura de las circunstancias, un hombre que no nos entremeta en guerras inútiles y mantenga incólume la dignidad de la Corona!

—Pues cuando yo estuve en Madrid el año último—prosiguió el embustero—, me hicieron proposiciones para desempeñar la Secretaría de Estado. La reina tenía gran empeño en ello, y el rey no dijo nada... Todos los días le acompañaba a El Pardo para tirar un par de tiros... Hasta el mismo Godoy se hubiera conformado, conociendo mi superioridad; y, si no, no me habría faltado un castillito donde encerrarlo para que no me diera que hacer. Pero yo rehusé, prefiriendo vivir tranquilo en mi pueblo, y dejé los negocios públicos en manos de Godoy. Ahí tiene usted un hombre cuyo padre fué mozo de mulas en la dehesa que mi suegro tenía en Extremadura.

—No sabía...—dijo don Alonso—. Aunque hombre oscuro, yo creí que el príncipe de la Paz pertenecía a una familia de hidalgos, de escasa fortuna, pero de buenos principios.

Así continuó el diálogo: el señor Malespina, soltando unas bolas como tempestades, y mi amo, oyéndolas con santa calma, pareciendo unas veces enfadado y otras complacido de escuchar tanto disparate. Si mal no recuerdo, también dijo don José María que había aconsejado a Napoleón el atrevido hecho del 18 brumario.

Con estas y otras cosas nos anocheció en Chiclana, y mi amo, atrozmente quebrantado y molido a causa del movimiento del fementido calesín, se quedó en dicho pueblo, mientras los demás siguieron, deseosos de llegar a Cádiz en la misma noche. Mientras cenaron, endilgó

Malespina nuevas mentiras, y pude observar que su hijo las oía con pena, como abochornado de tener por padre el más grande embustero que crió la Tierra. Despidiéronse ellos; nosotros descansamos hasta el día siguiente por la madrugada, hora en que proseguimos nuestro camino; y como éste era mucho más cómodo y expedito desde Chiclana a Cádiz que en el tramo recorrido, llegamos al término de nuestro viaje a eso de las once del día, sin novedad en la salud y con el alma alegre.

VIII

No puedo describir el entusiasmo que despertó en mi alma la vuelta a Cádiz. En cuanto pude disponer de un rato de libertad, después que mi amo quedó instalado en casa de su prima, salí a las calles y corrí por ellas sin dirección fija, embriagado con la atmósfera de mi ciudad querida.

Después de ausencia tan larga, lo que había visto tantas veces embelesaba mi atención como cosa nueva y extremadamente hermosa. En cuantas personas encontraba al paso veía un rostro amigo, y todo era para mí simpático y risueño: los hombres, las mujeres, los viejos, los niños, los perros, hasta las casas, pues mi imaginación juvenil observaba en ello no sé qué de personal y animado, se me representaban como seres sensibles; parecíame que participaban del general contento por mi llegada, remedando en sus balcones y ventanas las facciones de un semblante alborozado. Mi espíritu veía reflejar en todo lo exterior su propia alegría.

Corría por las calles con gran ansiedad, como si en un minuto quisiera verlas todas. En la plaza de San Juan de Dios compré algunas golosinas, más que por el gusto de comerlas, por la satisfacción de presentarme regenerado ante las vendedoras, a quienes me dirigí como antiguo amigo, reconociendo a algunas como favorecedoras en mi anterior miseria, y a otras como víctimas, aún no aplacadas, de mi inocente afición al merodeo. Las más no se acordaban de mí; pero algunas me recibieron con injurias, recordando las proezas de mi niñez y haciendo comentarios tan chistosos sobre

mi nuevo empaque y la gravedad de mi persona, que tuve que alejarme a toda prisa, no sin que lastimaran mi decoro algunas cáscaras de frutas lanzadas por experta mano contra mi traje nuevo. Como tenía la conciencia de mi formalidad, estas burlas más bien me causaron orgullo que pena.

Recorrí luego la muralla y conté todos los barcos fondeados a la vista. Hablé con cuantos marineros hallé al paso, diciéndoles que yo también iba a la escuadra, y preguntándoles con tono muy enfático si había recalado la escuadra de Nelson. Después les dije que *mister Corneta* era un cobarde, y que la próxima función sería buena.

Llegué, por fin, a la Caleta, y allí mi alegría no tuvo límites. Bajé a la playa, y, quitándome los zapatos, salté de peñasco en peñasco; busqué a mis antiguos amigos de uno y otro sexo, mas no encontré sino muy pocos: unos eran ya hombres y habían abrazado mejor carrera; otros habían sido embarcados por la leva, y los que quedaban apenas me reconocieron. La movable superficie del agua despertaba en mi pecho sensaciones voluptuosas. Sin poder resistir la tentación, y compelido por la misteriosa atracción del mar, cuyo elocuente rumor me ha parecido siempre, no sé por qué, una voz que solicita dulcemente en la bonanza, o llama con imperiosa cólera en la tempestad, me desnudé a toda prisa y me lancé en él como quien se arroja en los brazos de una persona querida.

Nadé más de una hora, experimentando un placer indecible, y vistiéndome luego, seguí mi paseo hacia el barrio de la Viña, en cuyas edificantes tabernas encontré a algunos de los más célebres perdidos de mi glorioso tiempo. Hablando con ellos, yo me las echaba de hombre de pro, y como tal gasté en obsequiarlos los pocos cuartos que tenía. Preguntéles por mi tío; mas no me dieron noticia alguna de su señoría; y luego que hubimos charlado un poco, me hicieron beber una copa de aguardiente que al punto dió con mi pobre cuerpo en tierra.

Durante el período más fuerte de mi embriaguez, creo que aquellos tunantes se rieron de mí cuanto les dió la gana: pero, una vez que me serené un poco, salí avergonzadísimo de la taberna. Aun-

que andaba muy difícilmente, quise pasar por mi antigua casa, y vi en la puerta a una mujer andrajosa que freía sangre y tripas. Conmovido en presencia de mi morada natal, no pude contener el llanto, lo cual, visto por aquella mujer sin entrañas, se le figuró burla o estratagema para robarle sus frituras. Tuve, por tanto, que librarme de sus manos con la ligereza de mis pies, dejando para mejor ocasión el desahogo de mis sentimientos.

Quise ver después la catedral vieja, a la cual se refería uno de los más tiernos recuerdos de mi niñez, y entré en ella: su recinto me pareció encantador, y jamás he recorrido las naves de templo alguno con tan religiosa veneración. Creo que me dieron fuertes ganas de rezar y que lo hice, en efecto, arrodillándome en el altar donde mi madre había puesto un exvoto por mi salvación. El personaje de cera que yo creía mi perfecto retrato estaba allí colgado, y ocupaba su puesto con la gravedad de las cosas santas; pero se me parecía como un huevo a una castaña. Aquel muñequito, que simbolizaba la piedad y el amor materno, me infundía, sin embargo, el respeto más vivo. Recé un rato de rodillas, acordándome de los padecimientos y de la muerte de mi buena madre, que ya gozaba de Dios en el Cielo; pero como mi cabeza no estaba buena, a causa de los vapores del maldito aguardiente, al levantarme me caí, y un sacristán empedernido me puso bonitamente en la calle. En pocas zancadas me trasladé a la del Fideo, donde residíamos, y mi amo, al verme entrar, me reprendió por mi larga ausencia. Si aquella falta hubiera sido cometida ante doña Francisca, no me habría librado de una fuerte paliza; pero mi amo era tolerante, y no me castigaba nunca, quizá porque tenía la conciencia de ser tan niño como yo.

Habíamos ido a residir en casa de la prima de mi amo, la cual era una señora a quien el lector me permitirá describir con alguna prolijidad, por ser tipo que lo merece. Doña Flora de Cisniega era una vieja que se empeñaba en permanecer joven: tenía más de cincuenta años; pero ponía en práctica todos los artificios imaginables para engañar al mundo, aparentando la mitad de aquella cifra aterradora. Decir cuánto inventaba la

ciencia y el arte en armónico consorcio para conseguir tal objeto, no es empresa que corresponde a mis escasas fuerzas. Enumerar los rizos, moñas, lazos, trapos, adobos, bermellones, aguas y demás extraños cuerpos que concurrían a la grande obra de su monumental restauración, fatigaría la más diestra fantasía; quédese esto, pues, para las plumas de los novelistas, si es que la Historia, buscadora de las grandes cosas, no se apropia tan hermoso asunto. Respecto a su físico, lo más presente que tengo es el conjunto de su rostro, en que parecían haber puesto su rosicler todos los pinceles de las academias presentes y pretéritas. También recuerdo que al hablar hacia con los labios un mohín, un repliegue, un mimo, cuyo objeto era, o achicar con gracia la descomunal boca, o tapar el estrago de la dentadura, de cuyas filas desertaban todos los años un par de dientes; pero aquella supina estratagema de la presunción era tan poco afortunada, que antes la afeaba que la embellecía.

Vestía con lujo, y en su peinado se gastaban los polvos por almudes, y como no tenía malas carnes, a juzgar por lo que pregonaba el ancho escote y por lo que dejaban transparentar las gasas, todo su empeño consistía en lucir aquellas partes menos sensibles a la injuriosa acción del tiempo, para cuyo objeto tenía un arte maravilloso.

Era doña Flora persona muy prendada de las cosas antiguas; muy devota, aunque no con la santa piedad de mi doña Francisca, y grandemente se diferenciaba de mi ama, pues así como ésta aborrecía las glorias navales, aquella era entusiasta por todos los hombres de guerra en general y por los marinos en particular. Inflamada en amor patriótico, ya que en la madurez de su existencia no podía aspirar al calorcillo de otro amor, y orgullosa en extremo como mujer y como dama española, el sentimiento nacional se asociaba en su espíritu al estampido de los cañones y creía que la grandeza de los pueblos se medía por libras de pólvora. Como no tenía hijos, ocupaban su vida los chismes de vecinos, traídos y llevados en pequeño círculo por dos o tres cotorrones como ella, y se distraía también con su sistemática afición a hablar de las cosas públicas. Entonces no había periódicos,

y las ideas políticas, así como las noticias, circulaban de viva voz, desfigurándose entonces más que ahora, porque siempre fué la palabra más mentirosa que la Imprenta.

En todas las ciudades populosas, y especialmente en Cádiz, que era entonces la más culta, había muchas personas desocupadas que eran depositarias de las noticias de Madrid y París, y las llevaban y traían diligentes vehículos, enorgulleciéndose con una misión que les daba gran importancia. Algunos de éstos, a modo de vivientes periódicos, concurrían a casa de aquella señora por las tardes, y esto, además del buen chocolate y mejores bollos, atraía a otros ansiosos de saber lo que pasaba. Doña Flora, ya que no podía inspirar una pasión formal, ni quitarse de encima la gravosa pesadumbre de sus cincuenta años, no hubiera trocado aquel papel por otro alguno, pues el centro general de las noticias casi equivalía en aquel tiempo a la majestad de un trono.

Doña Flora y doña Francisca se aborrecían cordialmente, como comprenderá quien considere el exaltado militarismo de la una y el pacífico apocamiento de la otra. Por esto, hablando con su primo en el día de nuestra llegada, le decía la vieja:

—Si tú hubieras hecho caso siempre de tu mujer, todavía serías guardia marina. ¡Qué carácter! Si yo fuera hombre y casado con mujer semejante, reventaría como una bomba. Has hecho bien en no seguir su consejo y en venir a la escuadra. Todavía eres joven, Alonsito; todavía puedes alcanzar el grado de brigadier, que tendrías ya de seguro si Paca no te hubiese echado una calza como a los pollos para que no salgan del corral.

Después, como mi amo, impulsado por su gran curiosidad, le pidiese noticias, ella le dijo:

—Lo principal es que todos los marinos de aquí están muy descontentos del almirante francés, que ha probado su ineptitud en el viaje a la Martinica y en el combate de Finisterre. Tal es su timidez y el miedo que tiene a los ingleses, que al entrar aquí la escuadra combinada en agosto último no se atrevió a apresar el crucero inglés mandado por Collingwood, y que sólo constaba de tres navíos. Toda nuestra oficialidad es-

tá muy mal por verse obligada a servir a las órdenes de semejante hombre. Fué Gravina a Madrid a decírselo a Godoy, previendo grandes desastres si no ponía al frente de la escuadra un hombre más apto; pero el ministro le contestó cualquiera cosa, porque no se atreve a resolver nada; y como Bonaparte anda metido con los austríacos, mientras él no decida... Dicen que éste también está muy descontento de Villeneuve y que ha determinado destituirle; pero entre tanto... ¡Ah! Napoleón debiera confiar el mando de la escuadra a algún español; a ti, por ejemplo, Alonsito, dándote tres o cuatro grados de mogollón, que a fe bien merecidos los tienes...

—¡Oh!, yo no soy para eso—dijo mi amo con su habitual modestia.

—O a Gravina o a Churruca, que dicen que es tan buen marino. Si no, me temo que esto acabará mal. Aquí no pueden ver a los franceses. Figúrate que cuando llegaron los barcos de Villeneuve carecían de víveres y municiones, y en el arsenal no se las quisieron dar. Acudieron en queja a Madrid; y como Godoy no hace más que lo que quiere el embajador francés, monsieur de Bernouville, dió orden para que se entregara a nuestros aliados cuanto necesitasen. Mas ni por ésas. El intendente de Marina y el comandante de Artillería dicen que no darán nada mientras Villeneuve no lo pague en moneda contante y sonante. Así, así: me parece que está muy bien hablado. ¡Pues no faltaba más sino que esos señores, con sus manos lavadas, se fueran a llevar lo poco que tenemos! ¡Bonitos están los tiempos! Ahora cuesta todo un ojo de la cara; la fiebre amarilla por un lado y los malos tiempos por otro han puesto a Andalucía en tal estado, que toda ella no vale una aljofifa; y luego añada usted a esto los desastres de la guerra. Verdad es que el honor nacional es lo primero, y es preciso seguir adelante para vengar los agravios recibidos. No me quiero acordar de lo del cabo de Finisterre, donde por la cobardía de nuestros aliados perdimos el *Firme* y el *Rafael*, dos navíos como dos soles, ni de la voladura del *Real Carlos*, que fué una traición tal, que ni entre moros berberiscos pasaría igual, ni del robo de las cuatro fragatas, ni del combate del cabo de...

—Lo que es eso...—dijo mi amo, inte-

rrumpiéndola vivamente—. Es preciso que cada cual quede en su lugar. Si el almirante Córdova hubiera mandado virar por...

—Sí, sí; ya sé—dijo doña Flora, que había oído muchas veces lo mismo en boca de mi amo—. Habrá que darles la gran paliza, y se la daréis. Me parece que vas a cubrirte de gloria. Así haremos rabiar a Paca.

—Yo no sirvo para el combate—dijo mi amo con tristeza—. Vengo tan sólo a presenciarlo, por pura afición y por el entusiasmo que me inspiran nuestras queridas banderas.

Al día siguiente de nuestra charla recibió mi amo la visita de un brigadier de Marina amigo antiguo, cuya fisonomía no olvidaré jamás, a pesar de no haberle visto más que en aquella ocasión. Era un hombre como de cuarenta y cinco años, de semblante hermoso y afable, con tal expresión de tristeza, que era imposible verle sin sentir irresistible inclinación a amarle. No usaba peluca, y sus abundantes cabellos rubios, no martirizados por las tenazas del peluquero para tomar la forma de ala de pichón, se recogían con cierto abandono en una gran coleta, y estaban inundados de polvos con menos arte del que la presunción propia de la época exigía. Eran grandes y azules sus ojos; su nariz, muy fina, de perfecta forma y un poco larga, sin que esto le afeara; antes bien, parecía ennoblecer su expresivo semblante. Su barba, afeitada con esmero, era algo puntiaguda, aumentando así el conjunto melancólico de su rostro oval, que indicaba más bien delicadeza que energía. Este noble continente era realzado por una urbanidad en los modales, por una grave cortesanía de que ustedes no pueden formarse idea, por la estirada fatuidad de los señores del día, ni por la movable elegancia de nuestra dorada juventud. Tenía el cuerpo pequeño, delgado y como enfermizo. Más que guerrero, aparentaba ser hombre de estudio, y su frente, que, sin duda, encerraba altos y delicados pensamientos, no parecía la más propia para arrostrar los horrores de una batalla. Su endeble constitución, que, sin duda, contenía un espíritu privilegiado, parecía destinada a sucumbir conmovida al primer choque. Y, sin embargo, según después supe,

aquel hombre tenía tanto corazón como inteligencia. Era Churruca.

El uniforme del héroe demostraba, sin ser viejo ni raído, algunos años de honroso servicio. Después, cuando le oí decir, por cierto sin tono de queja, que el Gobierno le debía nueve pagas, me expliqué aquel deterioro. Mi amo le preguntó por su mujer, y de su contestación deduje que se había casado poco antes, por cuya razón le compadecí, pareciéndome muy atroz que se le mandara al combate en tan felices días. Habló luego de su barco, el *San Juan Nepomuceno*, al que mostró igual cariño que a su joven esposa, pues, según dijo, él lo había compuesto y arreglado a su gusto por privilegio especial, haciendo de él uno de los primeros barcos de la armada española.

Hablaron luego del tema ordinario en aquellos días: de si salía o no salía la escuadra, y el marino se expresó largamente con estas palabras, cuya sustancia guardo en la memoria, y que después, con datos y noticias históricas, he podido restablecer con la posible exactitud:

—El almirante francés—dijo Churruca—, no sabiendo qué resolución tomar, y deseando hacer algo que ponga en olvido sus errores, se ha mostrado, desde que estamos aquí, partidario de salir en busca de los ingleses. El ocho de octubre escribió a Gravina diciéndole que deseaba celebrar a bordo del *Bucentauro* un Consejo de guerra para acordar lo que fuera más conveniente. En efecto, Gravina acudió al Consejo, llevando al teniente general Alava, a los jefes de escuadra Escaño y Cisneros, al brigadier Galiano y a mí. De la escuadra francesa estaban los almirantes Dumanoir y Magon, y los capitanes de navío Cosmao, Maistrál, Villiegris y Prigny. Habiendo mostrado Villeneuve el deseo de salir, nos opusimos todos los españoles. La discusión fué muy viva y acalorada, y Alcalá Galiano cruzó con el almirante Magon, palabras bastante duras, que ocasionarán un lance de honor si antes no los ponemos en paz. Mucho disgustó a Villeneuve nuestra oposición, y también en el calor de la discusión dijo frases descompuestas, a que contestó Gravina del modo más enérgico... Es curioso el empeño de esos señores de hacerse a la mar en busca de un enemigo poderoso, cuando en el comba-

te de Finisterre nos abandonaron, quitándonos la ocasión de vencer si nos auxiliaran a tiempo. Además, hay otras razones, que yo expuse en el Consejo, y son que la estación avanza; que la posición más ventajosa para nosotros es permanecer en la bahía, obligándolos a un bloqueo que no podrán resistir, mayormente si bloquean también a Tolón y a Cartagena. Es preciso que confesemos con dolor la superioridad de la Marina inglesa, por la perfección del armamento, por la excelente dotación de sus buques y, sobre todo, por la unidad con que operan sus escuadras. Nosotros, con gente en gran parte menos diestra, con armamento imperfecto y mandados por un jefe que descontenta a todos, podríamos, sin embargo, hacer la guerra a la defensiva dentro de la bahía. Pero será preciso obedecer, conforme a la ciega sumisión de la Corte de Madrid, y poner barcos y marinos a merced de los planes de Bonaparte, que no nos ha dado, en cambio de esta esclavitud, un jefe digno de tantos sacrificios. Saldremos, si se empeña Villeneuve; pero si los resultados son desastrosos, quedará consignada para descargo nuestro la oposición que hemos hecho al insensato proyecto del jefe de la escuadra combinada. Villeneuve se ha entregado a la desesperación; su amo le ha dicho cosas muy duras, y la noticia de que va a ser relevado le induce a cometer las mayores locuras, esperando reconquistar en un día su perdida reputación por la victoria o por la muerte.

Así se expresó el amigo de mi amo. Sus palabras hicieron en mí gran impresión, pues con ser niño, yo prestaba gran interés a aquellos sucesos, y después, leyendo en la Historia lo mismo de que fui testigo, he auxiliado mi memoria con datos auténticos, y puedo narrar con bastante exactitud.

Cuando Churruca se marchó, doña Flora y mi amo hicieron de él grandes elogios, encomiando, sobre todo, su expedición a la América meridional para hacer el mapa de aquellos mares. Según les oí decir, los méritos de Churruca como sabio y como marino eran tantos, que el mismo Napoleón le hizo un precioso regalo y le colmó de atenciones. Pero dejemos al marino y volvamos a doña Flora.

A los dos días de estar allí noté un

fenómeno que me disgustó sobre manera, y fué que la prima de mi amo comenzó a prendarse de mí, es decir, que me encontró pintiparado para ser su paje. No cesaba de hacerme toda clase de caricias, y al saber que yo también iba a la escuadra, se lamentó de ello, jurando que sería una lástima que perdiese un brazo, pierna, o alguna otra parte no menos importante de mi persona, si no perdía la vida. Aquella antipatriótica compasión me indignó, y aun creo que dije algunas palabras para expresar que estaba inflamado en guerrero ardor. Mis baladronadas hicieron gracia a la vieja, y me dió mil golosinas para quitarme el mal humor.

Al día siguiente me obligó a limpiar la jaula de su loro, discreto animal que hablaba como un teólogo y nos despertaba a todos por la mañana, gritando: «Perro inglés, perro inglés.» Luego me llevó consigo a misa, haciéndome cargar la banqueta, y en la iglesia no cesaba de volver la cabeza para ver si estaba por allí. Después me hizo asistir a su tocador, ante cuya operación me quedé espantado, viendo el catafalco de rizos y moños que el peluquero armó en su cabeza. Advirtiéndome el indiscreto estupor con que yo contemplaba la habilidad del maestro, verdadero arquitecto de las cabezas, doña Flora se rió mucho, y me dijo que en vez de pensar en ir a la escuadra, debía quedarme con ella para ser su paje; añadió que debía aprender a peinarla, que con el oficio de maestro peluquero podía ganarme la vida y ser un verdadero personaje. No me sedujeron tales proposiciones, y le dije con cierta rudeza que más quería ser soldado que peluquero. Esto le agradó; y como le daba el peine por las cosas patrióticas y militares, redobló su afecto hacia mí. A pesar de que allí se me trataba con mimo, confieso que me cargaba a más no poder la tal doña Flora, y que a sus alnibaradas finezas prefería los rudos pescozones de mi iracunda doña Francisca.

Era natural: su intempestivo cariño, sus dengues, la insistencia con que solicitaba mi compañía, diciendo que le encantaba mi conversación y persona, me impedían seguir a mi amo en sus visitas abordo. Le acompañaba en tan dulce acubación un criado de su prima, y en tanto yo, sin libertad para correr por

Cádiz, como hubiera deseado, me aburría en la casa, en compañía del loro de doña Flora y de los señores que iban allá por las tardes a decir si saldría o no la escuadra y otras cosas menos manoseadas, si bien más frívolas.

Mi disgusto llegó a la desesperación cuando vi que Marcial venía a casa y que con él iba mi amo a bordo, aunque no para embarcarse definitivamente; y cuando esto ocurría, y cuando mi alma atribulada acariciaba aún la débil esperanza de formar parte de aquella expedición, doña Flora se empeñó en llevarme a pasear a la alameda, y también al Carmen a rezar vísperas.

Esto me era insoportable, tanto más cuanto que yo soñaba con poner en ejecución cierto arevido proyectillo, que consistía en ir a visitar, por cuenta propia, uno de los navíos, llevado por algún marinero conocido, que esperaba encontrar en el muelle. Salí con la vieja, y al pasar por la muralla deteníame para ver los barcos; mas no me era posible entregarme a las delicias de aquel espectáculo, por tener que contestar a las mil preguntas de doña Flora, que ya me tenía mareado. Durante el paseo se le unieron algunos jóvenes y señores mayores. Parecían muy encopetados, y eran las personas a la moda en Cádiz, todos muy discretos y elegantes. Alguno de ellos era poeta, o, mejor dicho, todos hacían versos, aunque malos, y me parece que les oí hablar de cierta Academia en que se reunían para tirotearse con sus estrofas, entretenimiento que no hacía daño a nadie.

Como yo observaba todo, me fijé en la extraña figura de aquellos hombres, en sus afeminados gestos y, sobre todo, en sus trajes, que me parecieron extravagantísimos. No eran muchas las personas que vestían de aquella manera en Cádiz, y pensando después en la diferencia que había entre aquellos arreos y los ordinarios de la gente que yo había visto siempre, comprendí que consistía en que éstos vestían a la española, y los amigos de doña Flora conforme a la moda de Madrid y de París. Lo que primero atrajo mis miradas fué la extrañeza de sus bastones, que eran unos garrotes retorcidos y con grosísimos nudos. No se les veía la barba, porque la tapaba la corbata, especie de chal, que, dando varias vueltas alrede-

dor del cuello y prolongándose ante los labios, formaba una especie de cesta, una bandeja, o más bien bacía en que descansaba la cara. El peinado consistía en un artificioso desorden, y más que con peine, parecía que se lo habían aderezado con una escoba; las puntas del sombrero les tocaban los hombros; las casacas, altísimas de talle, casi barrían el suelo con sus faldones; las botas terminaban en punta; de los bolsillos de sus chalecos pendían multitud de dijes y sellos; sus calzones listados se ataban a la rodilla con un enorme lazo, y para que tales figuras fueran completos mamarrachos, todos llevaban un lente, que durante la conversación acercaban repetidas veces al ojo derecho, cerrando el siniestro, aunque en entrambos tuvieran muy buena vista.

La conversación de aquellos personajes versó sobre la salida de la escuadra, alternando con este asunto la relación de no sé qué baile o fiesta que ponderaron mucho, siendo uno de ellos objeto de grandes alabanzas por lo bien que hacían trenzas con sus ligeras piernas, bailando la gavota.

Después de haber charlado mucho, entraron con doña Flora en la iglesia del Carmen, y allí, sacando cada cual su rosario, rezaron que se las pelaban un buen espacio de tiempo, y alguno de ellos me aplicó lindamente un coscorrón en la coronilla porque, en vez de orar tan devotamente como ellos, prestaba demasiada atención a dos moscas que revoloteaban alrededor del rizo culminante del peinado de doña Flora. Salimos, después de haber oído un enojoso sermón, que ellos celebraron como obra maestra; paseamos de nuevo; continuó la charla más vivamente, porque se nos unieron unas damas vestidas por el mismo estilo, y entre todos se armó tan ruidosa algazara de galanterías, frases y sutilezas, mezcladas con algún verso insulso, que no puedo recordarlas.

¡Y en tanto Marcial y mi querido amo trataban de fijar día y hora para trasladarse definitivamente a bordo! ¡Y yo estaba expuesto a quedarme en tierra, sujeto a los antojos de aquella vieja que me empalagaba con su insulso cariño! ¿Creerán ustedes que aquella noche insistió en que debía quedarme para siempre a su servicio? ¿Creerán ustedes que aseguró que me quería mucho, y me dió

como prueba algunos afectuosos abrazos y besos, ordenándome que no lo dijera a nadie? «¡Horribles contradicciones de la vida!», pensaba yo al considerar cuán feliz habría sido si mi amita me hubiera tratado de aquella manera. Yo, turbado hasta lo sumo, le dije que quería ir a la escuadra, y que cuando volviese me podría querer a su antojo; pero que si no me dejaba realizar mi deseo, la aborrecería tanto así, y extendía los brazos para expresar una cantidad muy grande de aborrecimiento.

Luego, como entrase inesperadamente mi amo, yo, juzgando llegada la ocasión de lograr mi objeto por medio de un arranque oratorio, que había cuidado de preparar, me arrodillé delante de él, diciéndole en el tono más patético que si no me llevaba a bordo, me arrojaría desesperado al mar.

Mi amo se rió de la ocurrencia; su prima, haciendo mimos con la cara, fingió cierta hilaridad que le afeaba el rostro amojamado, y consintió al fin. Dióme mil golosinas para que comiese a bordo; me encargó que huyese de los sitios de peligro, y no dijo una palabra más contraria a mi embarque, que se verificó a la mañana siguiente muy temprano.

IX

Octubre era el mes, y 18 el día. De esta fecha no me queda duda, porque al día siguiente salió la escuadra. Nos levantamos muy temprano y fuimos al muelle, donde esperaba un bote, que nos condujo a bordo.

Figúrense ustedes cuál sería mi estupor, ¡qué digo estupor!, mi entusiasmo, mi enajenación, cuando me vi cerca del *Santísima Trinidad*, el mayor barco del mundo, aquel alcázar de madera que, visto de lejos, se representaba en mi imaginación como una fábrica portentosa, sobrenatural, único monstruo digno de la majestad de los mares. Cuando nuestro bote pasaba junto a un navío, yo le examinaba con cierto religioso asombro, admirado de ver tan grandes cascos que me parecían tan pequeños desde la muralla; en otras ocasiones me parecían más chicos de lo que mi fantasía los había forjado. El inquieto entusiasmo de que estaba po-

seído me expuso a caer al agua cuando contemplaba con arrobamiento un figurón de proa, objeto que más que otro alguno fascinaba mi atención.

Por fin, llegamos al *Trinidad*. A medida que nos acercábamos, las formas de aquel coloso iban aumentando, y cuando la lancha se puso al costado, confundida en el espacio de mar donde se proyectaba, cual en negro y horrible cristal, la sombra del navío; cuando vi cómo se sumergía el inmóvil casco en el agua sombría que azotaba suavemente los costados; cuando alcé la vista y vi las tres filas de cañones asomando sus bocas amenazadoras por las portas, mi entusiasmo se trocó en miedo, púseme pálido y quedé sin movimiento, asido al brazo de mi amo.

Pero en cuanto subimos y me hallé sobre cubierta, se me ensanchó el corazón. La airosa y altísima arboladura, la animación del alcázar, la vista del cielo y la bahía, el admirable orden de cuantos objetos ocupaban la cubierta, desde los coyos puestos en fila sobre la obra muerta, hasta los cabestrantes, bombas, mangas, escotillas; la variedad de uniformes; todo, en fin, me suspendió, de tal modo, que por un buen rato estuve absorto en la contemplación de tan hermosa máquina, sin acordarme de nada más.

Los presentes no pueden hacerse cargo de aquellos magníficos barcos, ni menos del *Santísima Trinidad*, por las malas estampas en que los han visto representados. Tampoco se parecen nada a los buques guerreros de hoy, cubiertos con su pesado arnés de hierro, largos, monótonos, negros, y sin accidentes muy visibles en su vasta extensión, por lo cual me han parecido a veces inmensos ataúdes flotantes. Creados por una época positivista y adecuados a la ciencia náutica-militar de estos tiempos, que mediante el vapor ha anulado las maniobras, fiando el éxito del combate al poder y empuje de los navíos, los barcos de hoy son simples máquinas de guerra, mientras los de aquel tiempo eran el guerrero mismo, armado de todas armas de ataque y defensa, pero confiando principalmente en su destreza y valor.

Yo, que observo cuanto veo, he tenido siempre la costumbre de asociar, hasta un extremo exagerado, ideas con imágenes, cosas con personas, aunque préte-

nezcan a las más insociables categorías. Viendo más tarde las catedrales llamadas góticas de nuestra Castilla, y las de Flandes, y observando con qué imponente majestad se destaca su compleja y sutil fábrica entre las construcciones del gusto moderno, levantadas por la utilidad, tales como bancos, hospitales y cuarteles, no he podido menos de traer a la memoria las distintas clases de naves que he visto en mi larga vida, y he comparado las antiguas con las catedrales góticas. Sus formas, que se prolongan hacia arriba; el predominio de las líneas verticales sobre las horizontales; cierto inexplicable idealismo, algo de histórico y religioso a la vez, mezclado con la complicación de líneas y el juego de colores que combina a su capricho el sol, han determinado esta asociación extravagante, que yo me explico por la huella del romanticismo que dejan en el espíritu las impresiones de la niñez.

El *Santisima Trinidad* era un navío de cuatro puentes. Los mayores del mundo eran de tres. Aquel coloso, construído en la Habana con las más ricas maderas de Cuba en 1769, contaba treinta y seis años de honrosos servicios. Tenía 220 pies (61 metros) de eslora, es decir, de popa a proa; 58 pies de manga (ancho) y 28 de puntal (altura desde la quilla a la cubierta), dimensiones extraordinarias que entonces no tenía ningún buque del mundo. Sus poderosas cuaderñas, que eran un verdadero bosque, sustentaban cuatro pisos. En sus costados, que eran fortísimas murallas de madera, se habían abierto al construirlo 116 troneras: cuando se le reformó, agrandándolo, en 1796, se le abrieron 130, y artillado de nuevo, en 1850, tenía sobre sus costados, cuando yo le vi, 140 bocas de fuego, entre cañones y carronadas. El interior era maravilloso por la distribución de los diversos compartimientos, ya fuesen puentes para la artillería, sollados para la tripulación, paños para depósitos de víveres, cámaras para los jefes, cocinas, enfermería y demás servicios. Me quedé absorto recorriendo las galerías y demás escondrijos de aquel Escorial de los mares. Las cámaras situadas a popa eran un pequeño palacio por dentro, y por fuera una especie de fantástico alcázar; los balconajes, los pabellones de las esquinas de popa, semejantes a las linternas de un castillo

ojival, eran como grandes jaulas abiertas al mar, y desde donde la vista podía recorrer las tres cuartas partes del horizonte.

Nada más grandioso que la arboladura, aquellos mástiles gigantes, lanzados hacia el cielo como un reto a la tempestad. Parecía que el viento no había de tener fuerza para impulsar sus enormes gavias. La vista se mareaba y se perdía contemplando la inmensa madeja que formaban en la arboladura los obenques, estayes, brazas, burdas, amantillos y drizas que servían para sostener y mover el velamen.

Yo estaba absorto en la contemplación de tanta maravilla, cuando senti un fuerte golpe en la nuca. Creí que el palo mayor se me había caído encima. Volví la vista atontado y lancé una exclamación de horror al ver a un hombre que me tiraba de las orejas como si quisiera levantarme en el aire. Era mi tío.

—¿Qué buscas tú aquí, lombriz?—me dijo en el suave tono que le era habitual—. ¿Quieres aprender el oficio? Oye, Juan—añadió, dirigiéndose a un marinero de feroz aspecto—, súbeme a este galápago a la verga mayor para que se pasee por ella.

Yo eludí como pude el compromiso de pasear por la verga, y le expliqué con la mayor cortesía que, hallándome al servicio de don Alonso Gutiérrez de Cisniega, había venido a bordo en su compañía. Tres o cuatro marineros, amigos de mi simpático tío, quisieron maltratarme, por lo que resolví alejarme de tan distinguida sociedad, y me marché a la cámara en busca de mi amo. Los oficiales hacían su tocado, no menos difícil a bordo que en tierra, y cuando yo veía a los pajes ocupados en empolvar las cabezas de los héroes a quienes servían, me pregunté si aquella operación no era la menos a propósito dentro de un buque, donde todos los instantes son preciosos y donde estorba siempre todo lo que no sea de inmediata necesidad para el servicio.

Pero la moda era entonces tan tirana como ahora, y aun en aquel tiempo imponía de un modo apremiante sus enfadosas ridiculeces. Hasta el soldado tenía que emplear un tiempo precioso en hacerse el colete. ¡Pobres hombres! Yo los vi puestos en fila unos tras otros

arreglando cada cual el colete del que tenía delante, medio ingenioso que remataba la operación en poco tiempo. Después se encasquetaban el sombrero de pieles, pesada mole cuyo objeto nunca me pude explicar, y luego iban a sus puestos si tenían que hacer guardia, o a pasearse por el combés si estaban libres de servicio. Los marineros no usaban aquel ridículo apéndice capilar, y su sencillo traje me parece que no se ha modificado mucho desde aquella fecha.

En la cámara, mi amo hablaba acaloradamente con el comandante del buque, don Francisco Javier de Uriarte, y con el jefe de escuadra, don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Según lo poco que oí, no me quedó duda de que el general francés había dado orden de salida para la mañana siguiente.

Esto alegró mucho a Marcial, que, junto con otros viejos marineros en el castillo de proa, disertaba ampulosamente sobre el próximo combate. Tal sociedad me agradaba más que la de mi interesante tío, porque los colegas de *Medio-hombre* no se permitían bromas pesadas con mi persona. Esta sola diferencia hacía comprender la diversa procedencia de los tripulantes, pues mientras unos eran marineros de pura raza, llevados allí por la matrícula o enganche voluntario, los otros eran gente de leva, casi siempre holgazana, díscola, de perversas costumbres y mal conocedora del oficio.

Con los primeros hacía yo mejores migas que con los segundos, y asistía a todas las conferencias de Marcial. Si no temiera cansar al lector, le referiría la explicación que éste dió de las causas diplomáticas y políticas de la guerra, parafraseando del modo más cómico posible lo que había oído algunas noches antes de boca de Malespina en casa de mis amos. Por él supe que el novio de mi amita se había embarcado en el *Nepomuceno*.

Todas las conferencias terminaban en un solo punto: el próximo combate. La escuadra debía salir al día siguiente. ¡Qué placer! Navegar en aquel gigantesco barco, el mayor del mundo; presenciar una batalla en medio de los mares; ver cómo era la batalla, cómo se disparaban los cañones, cómo se apresaban los buques enemigos..., ¡qué hermo-

sa fiesta!; y luego volver a Cádiz cubiertos de gloria... Decir a cuantos quisieran oírme: «Yo estuve en la escuadra; lo vi todo...» Decírselo también a mi amita, contándole la grandiosa escena y excitando su atención, su curiosidad, su interés... Decirle también: «Yo me hallé en los sitios de mayor peligro, y no temblaba por eso.» Ver cómo se altera, cómo palidece y se asusta, oyendo referir los horrores del combate, y luego mirar con desdén a todos los que digan: «¡Contad, Gabrielito, esa cosa tan tremenda!...» ¡Oh!, esto era más de lo que necesitaba mi imaginación para enloquecer...; digo francamente que en aquel día no me hubiera cambiado por Nelson.

Amaneció el 19, que fué para mí felicísimo, y no había aún amanecido, cuando yo estaba en el alcázar de popa con mi amo, que quiso presenciar la maniobra. Después del baldeo comenzó la operación de levar el buque. Se izaron las grandes gavias, y el pesado molinete, girando con su agudo chirrido, arrancaba la poderosa áncora del fondo de la bahía. Corrían los marineros por las vergas; manejaban otros las brazas, prontos a la voz del contramaestre, y todas las voces del navío, antes mudas, llenaban el aire con espantosa algarabía. Los pitos, la campana de proa, el disorde concierto de mil voces humanas mezcladas con el rechinar de los motones; el crujido de los cabos, el trapeo de las velas azotando los palos antes de henchirse impelidas por el viento, todos estos variados sonos acompañaron los primeros pasos del colosal navío.

Pequeñas olas acariciaban sus costados, y la mole, majestuosa, comenzó a deslizarse por la bahía sin dar la menor cabezada, sin ningún vaivén de costado, con marcha grave y solemne, que sólo podía apreciarse comparativamente observando la traslación imaginaria de los buques mercantes anclados y del paisaje.

Al mismo tiempo se dirigía la vista en derredor, y ¡qué espectáculo, Dios mío!: treinta y dos navíos, cinco fragatas y dos bergantines, entre españoles y franceses, colocados delante, detrás y a nuestro costado, se cubrían de velas y marchaban también impelidos por el escaso viento. No he visto mañana más hermosa. El sol inundaba de luz la mag-

nífica rada; un ligero matiz de púrpura teñía la superficie de las aguas hacia Oriente, y la cadena de colinas y lejanos montes que limitan el horizonte hacia la parte del Puerto permanecían aún encendidos por el fuego de la pasada aurora; el cielo, limpio, apenas tenía algunas nubes rojas y doradas por Levante; el mar, azul, estaba tranquilo, y sobre este mar y bajo aquel cielo, las cuarenta velas, con sus blancos velámenes, emprendían la marcha, formando el más vistoso escuadrón que puede presentarse ante humanos ojos.

No andaban todos los bajeles con igual paso. Unos se adelantaban, otros tardaron mucho en moverse; pasaban algunos junto a nosotros, mientras los había que se quedaban detrás. La lentitud de su marcha; la altura de su aparejo, cubierto de lona; cierta misteriosa armonía de mis oídos de niño percibían como saliendo de los gloriosos cascos, especie de himno que sin duda resonaba dentro de mí mismo; la claridad del día, la frescura del ambiente, la belleza del mar, que fuera de la bahía parecía agitarse con gentil alborozo a la aproximación de la flota, formaban el más imponente cuadro que puede imaginarse.

Cádiz, en tanto, como un panorama giratorio, se escorzaba a nuestra vista, presentándonos sucesivamente las distintas facetas de su vasto circuito. El sol, encendiendo los vidrios de sus mil miradores, salpicaba la ciudad con polvos de oro, y su blanca mole se destacaba tan limpia y pura sobre las aguas, que parecía haber sido creada en aquel momento, o sacada del mar como la fantástica ciudad de San Jenaro. Vi el desarrollo de la muralla desde el muelle hasta el castillo de Santa Catalina; reconocí el baluarte del Bonete, el baluarte del Orejón, la Caleta, y me llené de orgullo considerando de dónde había salido y dónde estaba.

Al mismo tiempo llegaba a mis oídos como música misteriosa el son de las campanas de la ciudad medio despierta, tocando a misa, con esa algazara charlatana de las campanas de un gran pueblo. Y expresaban alegría, como un saludo de buen viaje, y yo escuchaba el rumor cual si fuese de humanas voces que nos daban la despedida; ya me parecían sonar tristes y acongojadas anun-

ciándonos una desgracia, y a medida que nos alejábamos, aquella música se iba apagando hasta que se extinguió difundida en el inmenso espacio.

La escuadra salía lentamente: algunos barcos emplearon muchas horas para hallarse fuera. Marcial, durante la salida, iba haciendo comentarios sobre cada buque, observando su marcha, motejándolos si eran pesados, animándolos con paternales consejos si eran ligeros y zarpaban pronto.

—¡Qué pesado está don Federico!—decía observando el *Príncipe de Asturias*, mandado por Gravina—. Allá va *mister Corneta*—exclamaba mirando al *Bucentauro*, navío general—. Bien *haiga* quien te puso *Rayo*—decía irónicamente mirando al navío de este nombre, que era el más pesado de toda la escuadra—. Bien por *papá Ignacio*—añadía dirigiéndose al *Santa Ana*, que montaba Alava—. Echa toda la gavia, pedazo de tonina—decía contemplando el navío de Dumanoir—; este gabacho tiene un peluquero para rizar la gavia, y carga las velas con tenacillas.

El cielo se enturbió por la tarde, y al anochecer, hallándose ya a gran distancia, vimos a Cádiz perderse poco a poco entre la bruma, hasta que se confundieron con las tintas de la noche sus últimos contornos. La escuadra tomó rumbo al Sur.

Por la noche no me separé de él, una vez que dejé a mi amo muy bien arrellanado en su camarote. Rodeado de dos colegas y admiradores, les explicaba el plan de Villeneuve del modo siguiente:

—*Mister Corneta* ha dividido la escuadra en cuatro cuerpos. La vanguardia, que es mandada por Alava, tiene siete navíos; el centro, que lleva siete y lo manda *mister Corneta* en persona; la retaguardia, también de siete, que va mandada por Dumanoir, y el cuerpo de reserva compuesto de doce navíos, que manda don Federico. No me parece que está esto mal pensado. Por supuesto que van los barcos españoles mezclados con los gabachos, para que no nos dejen en las astas del toro, como sucedió en Finisterre. Según me ha referido don Alonso, el francés ha dicho que si el enemigo se nos presenta a sotavento, formaremos la línea de batalla y caeremos sobre él... Esto está muy guapo, dicho en el

camarote; pero ya... ¿El *Señorito* va a ser tan buey que se nos presente a so-tavento?... Sí, porque tiene poco *farol* (inteligencia) su señoría para dejarse pescar así... *Veremos a ver si vemos* lo que espera el francés... Si el enemigo se presenta a barlovento y nos ataca, debemos esperarle en línea de batalla; y como tendrá que dividirse para atacarnos, si no consigue romper nuestra línea, nos será muy fácil vencerle. A ese señor todo le parece fácil. (*Rumores.*) Dice también que no hará señales, y que todo lo espera de cada capitán. ¡Si iremos a ver lo que yo vengo predicando desde que se hicieron esos malditos tratados de *sursillos* y es que... más vale callar..., quiera Dios...! Ya les he dicho a ustedes que *mister Corneta* no sabe lo que tiene entre manos, y que no le caben cincuenta barcos en la cabeza. Cuidado con un almirante que llama a sus capitanes el día antes de una batalla y les dice que haga cada uno lo que le diere la gana... *Pos pa eso...* (*Grandes muestras de asentimiento.*) En fin, allá veremos... Pero vengan acá ustedes y díganme: si nosotros los españoles queremos desfondar a unos cuantos barcos ingleses, ¿no nos bastamos y nos sobramos para ello? ¿Pues a *cuenta qué* hemos de juntarnos con franceses que no nos dejan hacer lo que nos *sale de dentro*, sino que hemos de ir al remolque de sus señorías? *Siempre di cuando* fuimos con ellos, *siempre di cuando* salimos *destaponados*... En fin..., Dios y la Virgen del Carmen vayan con nosotros, y nos libren de amigos franceses por siempre jamás amén. (*Grandes aplausos.*)

Todos asintieron a su opinión. Su conferencia duró hasta hora avanzada, elevándose desde la profesión naval hasta la ciencia diplomática. La noche fué serena, y navegábamos con viento fresco. Se me permitirá que al hablar de la escuadra diga *nosotros*. Yo estaba tan orgulloso de encontrarme a bordo del *Santísima Trinidad*, que me llegué a figurar que iba a desempeñar algún papel importante en tal alta ocasión, y por eso no dejaba de gallardearme con los marineros, haciéndoles ver que yo estaba allí para alguna cosa útil.

X

Al amanecer del día 20, el viento soplabá con mucha fuerza, y por esta causa los navíos estaban muy distantes unos de otros. Mas habiéndose calmado el viento poco después de mediodía, el buque almirante hizo señales de que se formasen las cinco columnas vanguardia, centro, retaguardia y los dos cuerpos que componían la reserva.

Yo me deleitaba viendo cómo acudían dócilmente a la formación aquellas moles, y aunque, a causa de la diversidad de sus condiciones marinerías, las maniobras no eran muy rápidas y las líneas formadas poco perfectas, siempre causaba admiración contemplar aquel ejercicio. El viento soplabá del SO, según dijo Marcial, que lo había profetizado desde por la mañana, y la escuadra, recibéndole por estribor, marchó en dirección del Estrecho. Por la noche se vieron algunas luces, y al amanecer del 21 vimos veintisiete navíos por barlovento, entre los cuales Marcial designó siete de tres puentes. A eso de las ocho, los treinta y tres barcos de la flota enemiga estaban a la vista, formados en dos columnas. Nuestra escuadra formaba una larguísima línea, y según las apariencias, las dos columnas de Nelson, dispuestas en forma de cuña, avanzaban como si quisieran cortar nuestra línea por el centro y retaguardia.

Tal era la situación de ambos contendientes, cuando el *Bucentauro* hizo señal de virar en redondo. Ustedes quizá no entiendan esto; pero les diré que consistía en variar diametralmente de rumbo; es decir, que si antes el viento impulsaba nuestros navíos por estribor, después de aquel movimiento nos daba por babor, de modo que marchábamos en dirección casi opuesta a la que antes teníamos. Las proas se dirigían al Norte, y este movimiento, cuyo objeto era tener a Cádiz bajo el viento, para arribar a él en caso de desgracia, fué muy criticado a bordo del *Trinidad*, y especialmente por Marcial, que decía:

—Ya se *esparrancó* la línea de batalla, que antes era mala y ahora es peor.

Efectivamente, la vanguardia se convirtió en retaguardia, y la escuadra de reserva, que era la mejor, según oí decir, quedó a la cola. Como el viento era

flojo, los barcos de diversa andadura y la tripulación poco diestra, la nueva línea no pudo formarse ni con rapidez ni con precisión: unos navíos andaban muy aprisa y se precipitaban sobre el delantero; otros marchaban poco, rezagándose, o se desviaban, dejando un gran claro que rompía la línea antes que el enemigo se tomase el trabajo de hacerlo.

Se mandó restablecer el orden; pero por obediente que sea un buque, no es tan fácil de manejar como un caballo. Con este motivo, y observando las maniobras de los barcos más cercanos, *Medio-hombre* decía:

—La línea es más larga que el camino de Santiago. Si el *Señorito* la corta, adiós mi bandera: perderíamos hasta el modo de andar, *manque* los pelos se nos hicieran cañones. Señores, nos van a dar julepe por el centro. ¿Cómo pueden venir a ayudarnos el *San Juan* y el *Bahama*, que están a la cola, ni el *Neptuno* ni el *Rayo*, que están a la cabeza? (*Rumores de aprobación*.) Además, estamos a sotavento, y los casacones pueden elegir el punto que quieran para atacarnos. Bastante haremos nosotros con defendernos como podamos. Lo que digo es que Dios nos saque bien y nos libre de franceses por siempre jamás amén Jesús.

El sol avanzaba hacia el cenit, y el enemigo estaba ya encima.

—¿Les parece a ustedes que ésta es hora de empezar un combate? ¡Las doce del día!—exclamaba con ira el marinero, aunque no se atrevía a hacer demasiado pública su demostración, ni estas conferencias pasaban de un pequeño círculo, dentro del cual yo, llevado de mi sempiterna insaciable curiosidad, me había injerido.

No sé por qué me pareció advertir en todos los semblantes cierta expresión de disgusto. Los oficiales en el alcázar de popa y los marineros y contramaestres en el de proa observaban los navíos sotaventados y fuera de línea, entre los cuales había cuatro pertenecientes al centro.

Se me había olvidado mencionar una operación preliminar del combate, en la cual tomé parte. Hecho por la mañana el zafarrancho, preparado ya todo lo concerniente al servicio de piezas y lo relativo a maniobras, oí que dijeron:

—La arena, extended la arena.

Marcial me tiró de la oreja, y llevándome a una escotilla me hizo colocar en línea con algunos marinerillos de leva, grumetes y gente de poco más o menos. Desde la escotilla hasta el fondo de la bodega se habían colocado, escalonados en los entrepuentes, algunos marineros, y de este modo iban sacando los sacos de arena. Uno se lo daba al que tenía al lado, éste al siguiente, y de este modo se sacaba rápidamente y sin trabajo cuanto se quisiera. Pasando de mano en mano, subieron de la bodega multitud de sacos, y mi sorpresa fué grande cuando vi que los vaciaban sobre la cubierta, sobre el alcázar y castillos, extendiendo la arena hasta cubrir toda la superficie de los tablones. Lo mismo hicieron en los entrepuentes. Por satisfacer mi curiosidad, pregunté al grumete que tenía al lado.

—Es para la sangre—me contestó con indiferencia.

—¡Para la sangre!—repetí yo sin poder reprimir un estremecimiento de terror.

Miré la arena; miré a los marineros, que con gran algazara se ocupaban en aquella faena, y por un instante me sentí cobarde. Sin embargo, la imaginación, que entonces predominaba en mí, alejó de mi espíritu todo temor, y no pensé más que en triunfos y agradables sorpresas.

El servicio de los cañones estaba listo, y advertí también que las municiones pasaban de los pañoles al entrepuente por medio de una cadena humana semejante a la que había sacado la arena del fondo del buque.

Los ingleses avanzaban para atacarnos en dos grupos. Uno se dirigía hacia nosotros, y traía en su cabeza, o en el vértice de la cuña, un gran navío con insignia de almirante. Después supe que era el *Victory* y que lo mandaba Nelson. El otro traía a su frente el *Royal Sovereign*, mandado por Collingwood.

Todos estos hombres, así como las particularidades estratégicas del combate, han sido estudiados por mí más tarde.

Mis recuerdos, que son clarísimos en todo lo pintoresco y material, apenas me sirven en lo relativo a operaciones que entonces no comprendía. Lo que oí con frecuencia de boca de Marcial, unido a lo que después he sabido, pudo darme a conocer la formación de nuestra es-

cuadra; y para que ustedes lo comprendan bien, les pongo aquí una lista de nuestros navíos, indicando los desviados, que dejaban un claro; la nacionalidad y la forma en que fuimos atacados. Poco más o menos, era así:

		Neptuno. E. ...	} VANGUARDIA
		Scipión. F.	
		Rayo. E.	
		Formidable. F.	
		— Duguay. F.	
		Mont-Blanc. F.	} CENTRO
		Asís. E.	
PRIMER CUERPO		Agustín. E.	
MANDADO POR NELSON		Héros. F.	
		Trinidad. E.	
	<i>Victory.</i>	Bucentauro. F.	} RETAGUARDIA
	→	— Neptune. F.	
		Redoutable. F.	
		Intrépide. F.	
		— Leandro. E.	
SEGUNDO CUERPO		— Justo. E.	} RESERVA
MANDADO POR COLLINGWOOD		— Indomptable. F.	
	<i>Royal Sovereign.</i>	Santa Ana. E.	
	→	Fougueux. F.	
		Monarca. E.	
		Plutón. F.	} RESERVA
		Bahama. E.	
		— Aigle. F.	
		Montañés. E.	
		Algeciras. E.	
		Argonauta. E.	} RESERVA
		Swift-Sure. F.	
		— Argonaute. F.	
		Ildefonso. E.	
		— Achilles. F.	
		Príncipe de Asturias. E.	} RESERVA
		Berwick. F.	
		Nepomuceno. E.	

Eran las doce menos cuarto. El terrible instante se aproximaba. La ansiedad era general, y no digo esto juzgando por lo que pasaba en mi espíritu, pues, atento a los movimientos del navío en que se decía estaba Nelson, no pude por un buen rato darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor.

De repente nuestro comandante dió una orden terrible. La repitieron los contramaestres. Los marineros corrieron hacia los cabos, chillaron los motores, trapearon las gavias.

— ¡En facha, en facha! — exclamó

Marcial, lanzando con energía un juramento—. Ese condenado se nos quiere meter por la popa.

Al punto comprendí que se había mandado detener la marcha del *Trinidad* para estrecharle contra el *Bucentauro*, que venía detrás, porque el *Victory* parecía dispuesto a cortar la línea por entre los dos navíos.

Al ver la maniobra de nuestro buque, pude observar que gran parte de la tripulación no tenía toda aquella desenvoltura propia de los marineros familiarizados, como Marcial, con la guerra y con

la tempestad. Entre los soldados vi algunos que sentían el malestar del mareo, y se agarraban a los obenques para no caer. Verdad es que había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios; pero por lo común todos eran de leva, obedecían las órdenes como de mala gana, y estoy seguro de que no tenían ni el más leve sentimiento de patriotismo. No les hizo dignos del combate más que el combate mismo, como advertí después. A pesar del distinto temple moral de aquellos hombres, creo que en los solemnes momentos que precedieron al primer cañonazo la idea de Dios estaba en todas las cabezas.

Por lo que a mí toca, en toda la vida ha experimentado mi alma sensaciones iguales a las de aquel momento. A pesar de mis pocos años, me hallaba en disposición de comprender la gravedad del suceso, y por primera vez, después que existía, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasión de la victoria estaba tan arraigada en mi ánimo, que me inspiraban cierta lástima los ingleses, y los admiraba al verlos buscar con tanto afán una muerte segura.

Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el rey y su célebre ministro, a quienes no consideraba con igual respeto. Como yo no sabía más historia que la que aprendí en la Caleta, para mí era de ley que debía uno entusiasmarse al oír que los españoles habían matado muchos moros primero, y gran pacotilla de ingleses y franceses después. Me representaba, pues, a mi país como muy valiente; pero el valor que yo concebía era tan parecido a la barbarie como un huevo a otro huevo. Con tales pensamientos, el patriotismo no era para mí más que el orgullo de pertenecer a aquella casta de matadores de moros.

Pero el momento que precedió al combate comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la oscuridad un hermoso

paisaje. Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación fatigada del largo viaje, el almacén donde depositaban sus riquezas; la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura e inquietud de los nietos; la calle, donde se ven desfilar caras amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia a nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara.

Yo creía también que las cuestiones que España tenía con Francia o con Inglaterra eran siempre porque alguna de estas naciones quería quitarnos algo, en lo cual no iba del todo descaminado. Parecíame, por tanto, tan legítima la defensa como brutal la agresión; y como había oído decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de la victoria. Mirando nuestras banderas rojas y amarillas, los colores combinados que mejor representan al fuego, sentí que mi pecho se ensanchaba; no pude contener algunas lágrimas de entusiasmo; me acordé de Cádiz, de Vejer; me acordé de todos los españoles, a quienes consideraba asomados a una gran azotea, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron final-

mente mi espíritu hasta Dios, a quien dirigí una oración que no era padrenuestro ni avemaría, sino algo nuevo que a mí se me ocurrió entonces. Un repentino estruendo me sacó de mi arrobamiento, haciéndome estremecer con violentísima sacudida. Había sonado el primer cañonazo.

XI

Un navío de la retaguardia disparó el primer tiro contra el *Royal Sovereign* que mandaba Collingwood. Mientras trababa combate con éste el *Santa Ana*, el *Victory* se dirigió contra nosotros. En el *Trinidad* todos demostraban gran ansiedad por comenzar el fuego; pero nuestro comandante esperaba el momento más favorable. Como si unos navíos se lo comunicaran a los otros, cual piezas pirotécnicas enlazadas por una mecha común, el fuego se corrió desde el *Santa Ana* hasta los dos extremos de la línea.

El *Victory* atacó primero al *Redoutable*, francés; rechazado por éste, vino a quedar frente a nuestro costado por barlovento. El momento terrible había llegado: cien voces dijeron ¡Fuego!, repitiendo como un eco infernal la del comandante, y la andanada lanzó cincuenta proyectiles sobre el navío inglés. Por un instante el humo me quitó la vista del enemigo. Pero éste, ciego de coraje, se venía sobre nosotros viento en popa. Al llegar a tiro de fusil, orzó y nos descargó su andanada. En el tiempo que medió de uno a otro disparo, la tripulación, que había podido observar el daño hecho al enemigo, redobló su entusiasmo. Los cañones se servían con presteza, aunque no sin cierto entorpecimiento, hijo de la poca práctica de algunos cabos de cañón. Marcial hubiera tomado por su cuenta de buena gana la empresa de servir una de las piezas de cubierta; pero su cuerpo mutilado no era capaz de responder al heroísmo de su alma. Se contentaba con vigilar el servicio de la cartuchería, y con su voz y con su gesto alentaba a los que servían las piezas.

El *Bucentauro*, que estaba a nuestra popa, hacía fuego igualmente sobre el *Victory* y el *Temerary*, otro poderoso navío inglés. Parecía que el navío de Nelson iba a caer en nuestro poder, porque

la artillería del *Trinidad* le había destrozado el aparejo, y vimos con orgullo que perdía su palo de mesana.

En el ardor de aquel primer encuentro, apenas advertí que algunos de nuestros marineros caían heridos o muertos. Yo, puesto en el lugar donde creía estorbar menos, no cesaba de contemplar al comandante, que mandaba desde el alcázar con serenidad heroica, y me admiraba de ver a mi amo con menos calma, pero con más entusiasmo, alentando a oficiales y marineros con su ronca vocecilla.

«¡Ah!—dije yo para mí—. ¡Si te viera ahora doña Francisca...!»

Confesaré que yo tenía momentos de un miedo terrible, en que me hubiera escondido nada menos que en el mismo fondo de la bodega, y otros de cierto delirante arrojo en que me arriesgaba a ver desde los sitios de mayor peligro aquel gran espectáculo. Pero dejando a un lado mi humilde persona, voy a narrar el momento más terrible de nuestra lucha con el *Victory*. El *Trinidad* le destrozaba con mucha fortuna, cuando el *Temerary*, ejecutando una habilísima maniobra, se interpuso entre los dos combatientes, salvando a su compañero de nuestras balas. En seguida se dirigió a cortar la línea por la popa del *Trinidad*, y como el *Bucentauro*, durante el fuego, se había estrechado contra éste hasta el punto de tocarse los penoles, resultó un gran claro, por donde se precipitó el *Temerary*, que viró prontamente, y colocándose a nuestra aleta de babor, nos disparó por aquel costado, hasta entonces ileso. Al mismo tiempo, el *Neptune*, otro poderoso navío inglés, colocóse donde antes estaba el *Victory*; éste se sotaventó, de modo que en un momento el *Trinidad* se encontró rodeado de enemigos que le acribillaban por todos lados.

En el semblante de mi amo, en la sublime cólera de Uriarte, en los juramentos de los marineros amigos de Marcial, conocí que estábamos perdidos, y la idea de la derrota angustió mi alma. La línea de la escuadra combinada se hallaba rota por varios puntos, y al orden imperfecto con que se había formado después de la vira en redondo sucedió el más terrible desorden. Estábamos envueltos por el enemigo, cuya artillería lanzaba una espantosa lluvia de balas y de me-

tralla sobre nuestro navío, lo mismo que sobre el *Bucentauro*. El *Agustín*, el *Héros* y el *Leandro* se batían lejos de nosotros, en posición algo desahogada, mientras el *Trinidad*, lo mismo que el navío almirante, sin poder disponer de sus movimientos, cogidos en terrible escaramuza por el genio del gran Nelson, luchaban heroicamente, no ya buscando una victoria imposible, sino movidos por el afán de perecer con honra.

Los cabellos blancos que hoy cubren mi cabeza se erizan todavía al recordar aquellas tremendas horas, principalmente desde las dos a las cuatro de la tarde. Se me representan los barcos, no como ciegas máquinas de guerra obedientes al hombre, sino como verdaderos gigantes, seres vivos y monstruosos que luchaban por sí, poniendo en acción, como ágiles miembros, su velamen, y cual terribles armas, la poderosa artillería de sus costados. Mirándolos, mi imaginación no podía menos de personalizarlos, y aun ahora me parece que los veo acercarse, desafiarse, orzar con ímpetu para descargar su andanada, lanzarse al abordaje con ademán provocativo, retroceder con ardiente coraje para tomar más fuerza, mofarse del enemigo, increparle; me parece que les veo expresar el dolor de la herida, o exhalar noblemente el gemido de la muerte, como el gladiador que no olvida el decoro en la agonía; me parece oír el rumor de las tripulaciones, como la voz que sale de un pecho irritado, a veces alarido de entusiasmo, a veces sordo mugido de desesperación, precursor de exterminio; ahora, himno de júbilo que indica la victoria; después, algazara rabiosa que se pierde en el espacio, haciendo lugar a un terrible silencio que anuncia la vergüenza de la derrota.

El espectáculo que ofrecía el interior del *Santisima Trinidad* era el de un infierno. Las maniobras habían sido abandonadas, porque el barco no se movía ni podía moverse. Todo el empeño consistía en servir las piezas con la mayor presteza posible, correspondiendo así al estrago que hacían los proyectiles enemigos. La metralla inglesa rasgaba el velamen como si grandes e invisibles uñas le hicieran trizas. Los pedazos de obra muerta, los trozos de madera, los gruesos obenques, segados cual haces de espigas; los montones que caían, los trozos de ve-

lamen, los hierros, cabos y demás despojos arrancados de su sitio por el cañón enemigo, llenaban la cubierta, donde apenas había espacio para moverse. De minuto en minuto caían al suelo o al mar multitud de hombres llenos de vida; las blasfemias de los combatientes se mezclaban a los lamentos de los heridos, de tal modo que no era posible distinguir si insultaban a Dios los que morían o le llamaban con angustia los que luchaban.

Yo tuve que prestar auxilio en una faena tristísima, cual era la de transportar heridos a la bodega, donde estaba la enfermería. Algunos morían antes de llegar a ella, y otros tenían que sufrir dolorosas operaciones antes de poder reposar un momento su cuerpo fatigado. También tuve la indecible satisfacción de ayudar a los carpinteros, que a toda prisa procuraban aplicar tapones a los agujeros hechos en el casco; pero, por causa de mi poca fuerza, no eran aquellos auxilios tan eficaces como yo habría deseado.

La sangre corría en abundancia por la cubierta y los puentes, y, a pesar de la arena, el movimiento del buque la llevaba de aquí para allí, formando fatídicos dibujos. Las balas de cañón, de tan cerca disparadas, mutilaban horriblemente los cuerpos, y era frecuente ver rodar a alguno, arrancada de cercén la cabeza, cuando la violencia del proyectil no arrojaba la víctima al mar, entre cuyas ondas debía perderse casi sin dolor la última noción de la vida. Otras balas rebotaban contra un palo o contra la obra muerta, levantando granizada de astillas que herían como flechas. La fusilería de las cofas y la metralla de las carronadas esparcían otra muerte menos rápida y más dolorosa, y fué raro el que no salió marcado más o menos gravemente por el plomo y el hierro de nuestros enemigos.

De tal suerte combatida y sin poder de ningún modo devolver iguales destrozos, la tripulación, aquella alma del buque, se sentía perecer, agonizaba con desesperado coraje, y el navío mismo, aquel cuerpo glorioso, retemblaba al golpe de las balas. Yo le sentía estremecerse en la terrible lucha: crujían sus cuadernas, estallaban sus baos, rechinaban sus puntales a manera de miembros que retuerce el dolor, y la cubierta trepidaba bajo mis pies con ruidosa palpitación, como si a todo el inmenso cuerpo del buque se

comunicaran la indignación y los dolores de sus tripulantes. En tanto, el agua penetraba por los mil agujeros y grietas del casco acribillado, y comenzaba a inundar la bodega.

El *Bucentauro*, navío general, se rindió a nuestra vista. Villeneuve había arriado bandera. Una vez entregado el jefe de la escuadra, ¿qué esperanza quedaba a los buques? El pabellón francés desapareció de la popa de aquel gallardo navío, y cesaron sus fuegos. El *San Agustín* y el *Héros* se sostenían todavía, y el *Rayo* y el *Neptuno*, pertenecientes a la vanguardia, que habían venido a auxiliarnos, intentaron en vano salvarnos de los navíos enemigos que nos asediaban. Yo pude observar la parte del combate más inmediata al *Santísima Trinidad*, porque del resto de la línea no era posible ver nada. El viento parecía haberse detenido, y el humo se quedaba sobre nuestras cabezas, envolviéndonos en su espesa blancura, que las miradas no podían penetrar. Distinguíamos tan sólo el aparejo de algunos buques lejanos, aumentados de un modo inexplicable por no sé qué efecto óptico o porque el pavor de aquel sublime momento agrandaba todos los objetos.

Disipóse por un momento la densa penumbra; pero ¡de qué manera tan terrible! Detonación espantosa, más fuerte que la de los mil cañones de la escuadra disparando a un tiempo, paralizó a todos, produciendo general terror. Cuando el oído recibió tan fuerte impresión, claridad vivísima había iluminado el ancho espacio ocupado por las dos flotas, rasgando el velo de humo, y presentóse a nuestros ojos todo el panorama del combate. La terrible explosión había ocurrido hacia el Sur, en el sitio ocupado antes por la retaguardia.

—Se ha volado un navío—dijeron todos.

Las opiniones fueron diversas, y se dudaba si el buque volado era el *Santa Ana*, el *Argonauta*, el *Ildefonso* o el *Bahama*. Después se supo que había sido el francés nombrado *Achille*. La expansión de los gases desparramó por mar y cielo, en pedazos mil, cuanto momentos antes constituía un hermoso navío con 74 cañones y 600 hombres de tripulación. Algunos segundos después de la explosión ya no pensábamos más que en nosotros mismos.

Rendido el *Bucentauro*, todo el fuego enemigo se dirigió contra nuestro navío. cuya pérdida era ya segura. El entusiasmo de los primeros momentos se había apagado en mí, y mi corazón se llenó de un terror que me paralizaba, ahogando todas las funciones de mi espíritu, excepto la curiosidad. Esta era tan irresistible, que me obligó a salir a los sitios de mayor peligro. De poco servía ya mi escaso auxilio, pues ni aun se trasladaban los heridos a la bodega, por ser muchos, y las piezas exigían el servicio de cuantos conservaban un poco de fuerza. Entre éstos vi a Marcial, que se multiplicaba gritando y moviéndose conforme a su poca agilidad, y era a la vez contramaestre, marinero, artillero, carpintero y cuanto había que ser en tan terribles instantes. Nunca creí que desempeñara funciones correspondientes a tantos hombres el que no podía considerarse sino como la mitad de un cuerpo humano. Un astillazo le había herido en la cabeza, y la sangre, tiñéndole la cara, le daba horrible aspecto. Yo le vi agitar sus labios, bebiendo aquel líquido, y luego lo escupía con furia fuera del portalón, como si también quisiera herir a salivazos a nuestros enemigos.

Lo que más me asombraba, causándome cierto espanto, era que Marcial, aun en aquella escena de desolación, profería frases de buen humor, no sé si por alentar a sus decaídos compañeros o porque de este modo acostumbraba alentarse a sí mismo.

Cayó con estruendo el palo de trinquete, ocupando el castillo de proa con la balumba de su aparejo, y Marcial dijo:

—Muchachos, vengan las hachas. Metamos este mueble en la alcoba.

Al punto se cortaron los cabos, y el mástil cayó al mar.

Y viendo que arreciaba el fuego, gritó, dirigiéndose a un pañolero que se había convertido en cabo de cañón:

—Pero, Abad, mándales el vino a esos casacones para que nos dejen en paz.

Y a un soldado que yacía como muerto por el dolor de sus heridas y la angustia del mareo, le dijo, aplicándole el botafuego a la nariz:

—Huele una hojita de azahar, camarada, para que se te pase el desmayo. ¿Quieres dar un paseo en bote? Anda: Nelson nos convida a echar unas cañas.

Esto pasaba en el combés. Alcé la vista al alcázar de popa y vi que el general Cisneros había caído. Precipitadamente le bajaron dos marineros a la cámara. Mi amo continuaba inmóvil en su puesto; pero de su brazo izquierdo manaba mucha sangre. Corrí hacia él para auxiliarle, y antes que yo llegase, un oficial se le acercó intentando convencerle de que debía bajar a la cámara. No había éste pronunciado dos palabras, cuando una bala le llevó la mitad de la cabeza, y su sangre salpicó mi rostro. Entonces, don Alonso se retiró, tan pálido como el cadáver de su amigo, que yacía mutilado en el piso del alcázar.

Cuando bajó mi amo, el comandante quedó solo arriba con tal presencia de ánimo, que no pude menos de contemplarle un rato, asombrado de tanto valor. Con la cabeza descubierta, el rostro pálido, la mirada ardiente, la acción enérgica, permanecía en su puesto dirigiendo aquella acción desesperada que no podía ganarse ya. Tan horroroso desastre había de verificarse con orden, y el comandante era la autoridad que reglamentaba el heroísmo. Su voz dirigía a la tripulación en aquella contienda del honor y la muerte.

Un oficial que mandaba en la primera batería subió a tomar órdenes, y antes de hablar cayó muerto a los pies de su jefe; otro guardia marina que estaba a su lado cayó también malherido, y Uriarte quedó al fin enteramente solo en el alcázar cubierto de muertos y heridos. Ni aun entonces se apartó su vista de los barcos ingleses ni de los movimientos de nuestra artillería; y el imponente aspecto del alcázar y toldilla, donde agonizaban sus amigos y subalternos, no conmovió su pecho varonil ni quebrantó su enérgica resolución de sostener el fuego hasta perecer. ¡Ah! Recordando yo después la serenidad y estoicismo de don Francisco Javier Uriarte, he podido comprender todo lo que nos cuentan de los heroicos capitanes de la antigüedad. Entonces no conocía yo la palabra *sublimidad*; pero, viendo a nuestro comandante, comprendí que todos los idiomas deben tener un hermoso vocablo para expresar aquella grandeza de alma que me parecía favor rara vez otorgado por Dios al hombre miserable.

Entre tanto, gran parte de los cañones había cesado de hacer fuego, porque la mitad de la gente estaba fuera de combate. Tal vez no me hubiera fijado en esta circunstancia si, habiendo salido de la cámara, impulsado por mi curiosidad, no sintiera una voz que con acento terrible me dijo:

—¡Gabrielillo, aquí!

Marcial me llamaba. Acudí prontamente, y le hallé empeñado en servir uno de los cañones que habían quedado sin gente. Una bala había llevado a *Medio-hombre* la punta de su pierna de palo, lo cual le hacía decir:

—Si llego a traer la de carne y hueso...

Dos marineros muertos yacían a su lado; un tercero, gravemente herido, se esforzaba en seguir sirviendo la pieza.

—Compadre—le dijo Marcial—, ya tú no puedes ni encender la colilla.

Arrancó el botafuego de manos del herido y me lo entregó, diciendo:

—Toma, Gabrielillo; si tienes miedo, vas al agua.

Esto diciendo, cargó el cañón con toda la prisa que le fué posible, ayudado de un grumete que estaba casi ileso; lo cebaron y apuntaron; ambos exclamaron: «¡Fuego!» Acerqué la mecha y el cañón disparó.

Se repitió la operación por segunda y tercera vez, y el ruido del cañón, disparado por mí, retumbó de un modo extraordinario en mi alma. El considerarme, no ya espectador, sino actor decidido en tan grandiosa tragedia, disipó por un instante el miedo, y me sentí con grandes bríos, al menos con la firme resolución de aparentarlos. Desde entonces conocí que el heroísmo es casi siempre una forma de pundonor. Marcial y otros me miraban: era preciso que me hiciera digno de fijar su atención.

«¡Ah!—decía yo para mí con orgullo—. Si mi amita pudiera verme ahora... ¡Qué valiente estoy disparando cañonazos como un hombre!... Lo menos habré mandado al otro mundo dos docenas de ingleses.»

Pero estos nobles pensamientos me ocuparon muy poco tiempo, porque Marcial, cuya fatigada naturaleza comenzaba a rendirse después de su esfuerzo, respiró con ansia, se secó la sangre que aflucía en abundancia de su cabeza,

cerró los ojos, sus brazos se extendieron con desmayo, y dijo:

—No puedo más: se me sube la pólvora a la toldilla (la cabeza). Gabriel, tráeme agua.

Corrí a buscar el agua, y cuando se la traje, bebió con ansia. Pareció tomar con esto nuevas fuerzas; íbamos a seguir, cuando un gran estrépito nos dejó sin movimiento. El palo mayor, tronchado por la fognadura, cayó sobre el combés, y tras él el de mesana. El navío quedó lleno de escombros y el desorden fué espantoso.

Felizmente, quedé en hueco y sin recibir más que una ligera herida en la cabeza, la cual, aunque me aturdió al principio, no me impidió apartar los trozos de vela y cabos que habían caído sobre mí. Los marineros y soldados de cubierta pugnaban por desalojar tan enorme masa de cuerpos inútiles, y desde entonces sólo la artillería de las baterías bajas sostuvo el fuego. Salí como pude, busqué a Marcial, no le hallé, y habiendo fijado mis ojos en el alcázar, noté que el comandante ya no estaba allí. Gravemente herido de un astillazo en la cabeza, había caído exánime, y al punto dos marineros subieron para trasladarle a la cámara. Corrí también allá, y entonces un casco de metralla me hirió en el hombro, lo que me asustó en extremo, creyendo que mi herida era mortal y que iba a exhalar el último suspiro. Mi turbación no me impidió entrar en la cámara, donde, por la mucha sangre que brotaba de mi herida me debilitéé quedando por un momento desvanecido.

En aquel pasajero letargo, seguí oyendo el estrépito de los cañones de la segunda y tercera batería, y después una voz que decía con furia:

—¡Abordaje!... ¡Las picas!... ¡Las hachas!...

Después la confusión fué tan grande, que no pude distinguir lo que pertenecía a las voces humanas en tan descomunal concierto. Pero no sé cómo, sin salir de aquel estado de somnolencia, me hice cargo de que se creía todo perdido y de que los oficiales se hallaban reunidos en la cámara para acordar la rendición; y también puedo asegurar que si no fué invento de mi fantasía, entonces trastornada, resonó en el combés una voz que decía:

—El *Trinidad* no se rinde.

De fijo fué la voz de Marcial, si es que realmente dijo alguien tal cosa.

Me sentí despertar, y vi a mi amo arrojado sobre uno de los sofás de la cámara, con la cabeza oculta entre las manos, en ademán de desesperación y sin cuidarse de su herida.

Acerquéme a él, y el infeliz anciano no halló mejor modo de expresar su desconsuelo que abrazándome paternalmente, como si ambos estuviéramos cercanos a la muerte. El, por lo menos, creo que se consideraba próximo a morir de puro dolor, porque su herida no tenía la menor gravedad. Yo le consolé como pude, diciendo que si la acción no se había ganado, no fué porque yo dejara de matar bastantes ingleses con mi cañoncito, y añadí que para otra vez seríamos más afortunados; pueriles razones que no calmaron su agitación.

Saliendo afuera en busca de agua para mi amo, presencié el acto de arriar la bandera, que aún flotaba en la canchreja, uno de los pocos restos de arboladura que con el tronco de mesana quedaban en pie. Aquel lienzo glorioso, ya agujereado por mil partes, señal de nuestra honra, que congregaba bajo sus pliegues a todos los combatientes, descendió del mástil para no izarse más. La idea de un orgullo abatido, de un ánimo esforzado que sucumbe ante fuerzas superiores, no puede encontrar imagen más perfecta para representarse a los ojos humanos que la de aquel oriflama que se abate y desaparece como un sol que se pone. El de aquella tarde tristísima, tocando al término de su carrera en el momento de nuestra rendición, iluminó nuestra bandera con su último rayo.

El fuego cesó y los ingleses penetraron en el barco vencido.

XII

Cuando el espíritu, reposando de la agitación del combate, tuvo tiempo de dar paso a la compasión, al frío terror producido por la vista de tan grande estrago, se presentó a los ojos de cuantos quedamos vivos la escena del navío en toda su horrenda majestad. Hasta entonces los ánimos no se habían ocupado más que de la defensa; mas cuan-

do el fuego cesó, se pudo advertir el gran destrozo del casco, que, dando entrada al agua por sus mil averías, se hundía, amenazando sepultarnos a todos, vivos y muertos, en el fondo del mar. Apenas entraron en él los ingleses, un grito resonó unánime, proferido por nuestros marinos:

—¡A las bombas!

Todos los que podíamos acudirnos a ellas y trabajamos con ardor; pero aquellas máquinas imperfectas desalojaban una cantidad de agua bastante menor que la que entraba. De repente, un grito, aún más terrible que el anterior, nos llenó de espanto. Ya dije que los heridos se habían transportado al último sollado, lugar que, por hallarse bajo la línea de flotación, está libre de la acción de las balas. El agua invadía rápidamente aquel recinto, y algunos marinos asomaron por la escotilla, gritando:

—¡Que se ahogan los heridos!

La mayor parte de la tripulación vaciló entre seguir desalojando el agua y acudir en socorro de aquellos desgraciados, y no sé qué habría sido de ellos si la gente de un navío inglés no hubiera acudido en nuestro auxilio. Estos no sólo transportaron los heridos a la tercera y a la segunda batería, sino que también pusieron mano a las bombas, mientras sus carpinteros trataban de reparar algunas de las averías del casco.

Rendido de cansancio, y juzgando que don Alonso podía necesitar de mí, fui a la cámara. Entonces vi a algunos ingleses ocupados en poner el pabellón británico en la popa del *Santísima Trinidad*. Como cuento con que el lector benévolo me ha de perdonar que apunte aquí mis impresiones, diré que aquello me hizo pensar un poco. Siempre se me habían representado los ingleses como verdaderos piratas o salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación y que vivía del mero-deo. Cuando vi el orgullo con que enarbolaron su pabellón, saludándole con vivas aclamaciones; cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces surcó los mares, pensé que también ellos tendrían su patria querida, que ésta les habría confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa que se llamaba Inglaterra,

habían de existir, como en España, muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos, los cuales, esperando con ansiedad su vuelta, rogarían a Dios que les concediera la victoria.

En la cámara encontré a mi señor más tranquilo. Los oficiales ingleses que habían entrado allí trataban a los nuestros con delicada cortesía, y según entendí, querían transbordar los heridos a algún barco enemigo. Uno de aquellos oficiales se acercó a mi amo como queriendo reconocerle, y le saludó en español medianamente correcto, recordándole una amistad antigua. Contestó don Alonso a sus finuras con gravedad, y después quiso enterarse por él de los pormenores del combate.

—Pero ¿qué ha sido de la reserva? ¿Qué ha hecho Gravina?—preguntó mi amo.

—Gravina se ha retirado con algunos navíos—contestó el inglés.

—De la vanguardia sólo han venido a auxiliarnos el *Rayo* y el *Neptuno*.

—Los cuatro franceses, *Duguay-Trouin*, *Mont-Blanc*, *Scipion* y *Formidable*, son los únicos que no han entrado en acción.

—Pero Gravina, Gravina, ¿qué es de Gravina?—insistió mi amo.

—Se ha retirado en el *Príncipe de Asturias*; mas como se le ha dado caza, ignoro si habrá llegado a Cádiz.

—¿Y el *San Ildefonso*?

—Ha sido apresado.

—¿Y el *Santa Ana*?

—También ha sido apresado.

—¡Vive Dios!—exclamó don Alonso sin poder disimular su enojo—. Apuesto a que no ha sido apresado el *Nepomuceno*.

—También lo ha sido.

—¡Oh! ¿Está usted seguro de ello? ¿Y Churruca?

—Ha muerto—contestó el inglés con tristeza.

—¡Oh! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto Churruca!—exclamó mi amo con angustiosa perplejidad—. Pero el *Bahama* se habrá salvado, el *Bahama* habrá vuelto ileso a Cádiz.

—También ha sido apresado.

—¡También! ¿Y Galiano? Galiano es un héroe y un sabio

—Sí—repuso sombríamente el inglés—; pero ha muerto también.

—Y ¿qué es del *Montañés*? ¿Qué ha sido de Alcedo?

—Alcedo... también ha muerto.

Mi amo no pudo reprimir la expresión de su profunda pena; y como la avanzada edad amenguaba en él la presencia de ánimo propia de tan terribles momentos, hubo de pasar por la pequeña amargura de derramar algunas lágrimas, triste obsequio a sus compañeros. No es impropio el llanto en las grandes almas; antes bien, indica el consorcio fecundo de la delicadeza de sentimiento con la energía de carácter. Mi amo lloró como hombre, después de haber cumplido con su deber como marino; mas reponiéndose de aquel abatimiento, y buscando alguna razón con que devolver al inglés la pesadumbre que éste le causara, dijo:

—Pero ustedes no habrán sufrido menos que nosotros. Nuestros enemigos habrán tenido pérdidas de consideración.

—Una, sobre todo, irreparable—contestó el inglés con tanta congoja como la de don Alonso—. Hemos perdido al primero de nuestros marinos, al valiente entre los valientes, al heroico, al divino, al sublime almirante Nelson.

Y con tan poca entereza como mi amo, el oficial inglés no se cuidó de disimular su inmensa pena; cubrióse la cara con las manos y lloró, con toda la expresiva franqueza del verdadero dolor, al jefe, al protector y al amigo.

Nelson, herido mortalmente en mitad del combate, según después supe, por una bala de fusil que le atravesó el pecho y se fijó en la espina dorsal, dijo al capitán Hardy:

—Se acabó; al fin lo han conseguido.

Su agonía se prolongó hasta el caer de la tarde; no perdió ninguno de los pormenores del combate, ni se extinguió su genio de militar y de marino sino cuando la última fugitiva palpitación de la vida se disipó en su cuerpo herido. Atormentado por horribles dolores, no dejó de dictar órdenes, enterándose de los movimientos de ambas escuadras, y cuando se le hizo saber el triunfo de la suya, exclamó:

—Bendito sea Dios; he cumplido con mi deber.

Un cuarto de hora después expiraba el primer marino de nuestro siglo.

Perdóneseme la digresión. El lector extrañará que no conociéramos la suerte de muchos buques de la escuadra combinada. Nada más natural que nuestra ignorancia, por causa de la desmesurada longitud de la línea de combate, y, además, el sistema de luchas parciales adoptado por los ingleses. Sus navíos se habían mezclado con los nuestros, y como la contienda era a tiro de fusil, el buque enemigo que nos batía ocultaba la vista del resto de la escuadra, además de que el humo espesísimo nos impedía ver cuanto no se hallara en paraje cercano.

Al anochecer, y cuando aún el cañoneo no había cesado, distinguíamos algunos navíos; que pasaban a un largo como fantasmas, unos con media arboladura, otros completamente desarbolados. La bruma, el humo, el mismo aturdimiento de nuestras cabezas, nos impedían distinguir si eran españoles o enemigos; y cuando la luz de un fogonazo lejano iluminaba a trechos aquel panorama temeroso, notábamos que aún seguía la lucha con encarnizamiento entre grupos de navíos aislados; que otros corrían sin concierto ni rumbo, llevados por el temporal, y que alguno de los nuestros era remolcado por otro inglés en dirección al Sur.

Vino la noche, y con ella aumentaron la gravedad y el horror de nuestra situación. Parecía que la Naturaleza había de sernos propicia después de tantas desgracias; pero, por el contrario, desencadenáronse con furia los elementos, como si el Cielo creyera que aún no era bastante grande el número de nuestras desdichas. Desatóse un recio temporal, y viento y agua, hondamente agitados, azotaron el buque, que, incapaz de maniobrar, fluctuaba a merced de las olas. Los valvenes eran tan fuertes que se hacía difícil el trabajo, lo cual, unido al cansancio de la tripulación, empeoraba nuestro estado de hora en hora. Un navío inglés, que después supe se llamaba *Prince*, trató de remolcar al *Trinidad*; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuvo que alejarse por temor a un choque, que habría sido funesto para ambos buques.

Entre tanto no era posible tomar alimento alguno, y yo me moría de hambre porque los demás, indiferentes a todo lo que no fuera el peligro, apenas se cui-

daban de cosa tan importante. No me atrevía a pedir un pedazo de pan por temor de parecer importuno, y al mismo tiempo, sin vergüenza lo confieso, dirigía mi escrutadora observación a todos los sitios donde colegía que podían existir provisiones de boca. Apretado por la necesidad, me arriesgué a hacer una visita a los pañoles del bizcocho, ¿y cuál no sería mi asombro cuando vi que Marcial estaba allí, trasegando a su estómago lo primero que encontró a mano? El anciano estaba herido de poca gravedad, y aunque una bala le había llevado el pie derecho, como éste no era otra cosa que la extremidad de la pierna de palo, el cuerpo de Marcial sólo estaba con tal precance un poco más cojo.

—Toma, Gabrielillo—me dijo, llenándome el seno de galletas—: barco sin lastre no navega.

En seguida empujó una botella y bebió con delicia.

Salimos del pañol, y vi que no éramos nosotros solos los que visitaban aquel lugar, pues todo indicaba que un desordenado pillaje había ocurrido allí momentos antes.

Reparadas mis fuerzas, pude pensar en servir de algo, poniendo mano a las bombas o ayudando a los carpinteros. Trabajosamente se enmendaron algunas averías con auxilio de los ingleses, que vigilaban todo, y según después comprendí, no perdían de vista a algunos de nuestros marineros, porque temían que se sublevasen, represando el navío, en lo cual los enemigos demostraban más suspicacia que buen sentido, pues menester era haber perdido el juicio para intentar represar un buque en tal estado. Ello es que los *casacones* acudían a todas partes y no perdían movimiento alguno.

Entrada la noche, y hallándome cansado de frío, abandoné la cubierta, donde apenas podía tenerme, y corría, además el peligro de ser arrebatado por un golpe de mar, y me retiré a la cámara. Mi primera intención fué dormir un poco; pero ¿quién dormía en aquella noche?

En la cámara todo era confusión, lo mismo que en el combés. Los sanos asistían a los heridos, y éstos, molestados a la vez por sus dolores y por el movimiento del buque, que les impedía todo reposo, ofrecían tan triste aspecto, que a su vista era imposible entregarse al

descanso. En un lado de la cámara yacían, cubiertos con el pabellón nacional, los oficiales muertos. Entre tanta desolación, ante el espectáculo de tantos dolores, había en aquellos cadáveres no sé qué de envidiable: ellos solos descansaban a bordo del *Trinidad*, y todo les era ajeno, fatigas y penas, la vergüenza de la derrota y los padecimientos físicos. La bandera que les servía de ilustre mortaja parecía ponerlos fuera de aquella esfera de responsabilidad, de mengua y desesperación en que todos nos encontrábamos. Nada les afectaba el peligro que corría la nave, porque ésta no era ya más que su ataúd.

Los oficiales muertos eran: don Juan Cisniega, teniente de navío, el cual no tenía parentesco con mi amo, a pesar de la identidad de apellido; don Joaquín de Salas y don Juan Matute, también tenientes de navío; el teniente coronel de ejército don José Graullé; el teniente de fragata Urias y el guardia marina don Antonio de Bobadilla. Los marineros y soldados muertos, cuyos cadáveres yacían sin orden en las baterías y sobre cubierta, ascendían a la terrible suma de cuatrocientos.

No olvidaré jamás el momento en que aquellos cuerpos fueron arrojados al mar por orden del oficial inglés que custodiaba el navío. Verificóse la triste ceremonia al amanecer del día 22, hora en que el temporal parece que arreció ex profeso para aumentar la pavora de semejante escena. Sacados sobre cubierta los cuerpos de los oficiales, el cura rezó un responso a toda prisa, porque no era ocasión de andarse en dibujos, e inmediatamente se procedió al acto solemne. Envueltos en su bandera, y con una bala atada a los pies, fueron arrojados al mar, sin que esto, que ordinariamente hubiera producido en todos tristeza y consternación, conmoviera entonces a los que lo presenciaron. ¡Tan hechos estaban los ánimos a la desgracia, que el espectáculo de la muerte les era poco menos que indiferente! Las exequias del mar son más tristes que las de la tierra. Se da sepultura a un cadáver, y allí queda: las personas a quienes interesa saben que hay un rincón de tierra donde existen aquellos restos, y pueden marcarlos con una losa, con una cruz o con una piedra. Pero en el mar..., se arrojan los cuerpos en la movable in-

mensidad, y parece que dejan de existir en el momento de caer; la imaginación no puede seguirlos en su viaje al profundo abismo, y es difícil suponer que estén en alguna parte estando en el fondo del Océano. Estas reflexiones hacía yo viendo cómo desaparecían los cuerpos de aquellos ilustres guerreros, un día antes llenos de vida, gloria de su patria y encanto de sus familias.

Los marineros muertos eran arrojados con menos ceremonia: la Ordenanza manda que se los envuelva en el coy; pero en aquella ocasión no había tiempo para entretenerse en cumplir la Ordenanza. A algunos se los amortajó como está mandado; pero la mayor parte fueron echados al mar sin ningún atavío y sin bala a los pies, por la sencilla razón de que no había para todos. Eran cuatrocientos aproximadamente, y a fin de terminar pronto la operación de darles sepultura, fué preciso que pusieran mano a la obra todos los hombres útiles que a bordo había para despachar más pronto. Muy a disgusto mío, tuve que ofrecer mi cooperación para tan triste servicio, y algunos cuerpos cayeron al mar soltados desde la borda por mi mano, puesta en ayuda de otras más vigorosas.

Entonces ocurrió un hecho, una coincidencia que me causó mucho terror. Un cadáver horriblemente desfigurado fué cogido entre dos marineros, y en el momento de levantarlo en alto, algunos de los circunstantes se permitieron groseras burlas, que en toda ocasión habrían sido importunas, y en aquel momento infames. No sé por qué el cuerpo de aquel desgraciado fué el único que los movió a perder con tal descaro el respeto a la muerte, y decían: «Ya las ha pagado todas juntas...; no volverá a hacer de las suyas», y otras groserías del mismo jaez. Aquello me indignó; pero mi indignación se trocó en asombro y en un sentimiento indefinible, mezcla de respeto, de pena y de miedo, cuando, observando atentamente las facciones mutiladas de aquel cadáver, reconocí en él a mi tío... Cerré los ojos con espanto, y no los abrí hasta que el violento salpicar del agua me indicó que había desaparecido para siempre ante la vista humana.

Aquel hombre había sido muy malo para mí, muy malo para su hermana;

pero era mi pariente cercano, hermano de mi madre; la sangre que corría por mis venas era su sangre, y esa voz interna que nos incita a ser benévolos con las faltas de los nuestros no podía permanecer callada después de la escena que pasó ante mis ojos. Al mismo tiempo, yo había podido reconocer en la cara ensangrentada de mi tío algunos rasgos fisonómicos de la cara de mi madre, y esto aumentó mi aflicción. En aquel momento no me acordé de que había sido un gran criminal, ni menos de las crueldades que usó conmigo durante mi infortunada niñez. Yo les aseguro a ustedes, y no dudo en decir esto, aunque sea en elogio mío, que le perdoné con toda mi alma y que elevé el pensamiento a Dios, pidiéndole que le perdonara todas sus culpas.

Después supe que se había portado heroicamente en el combate, sin que por esto alcanzara las simpatías de sus compañeros, quienes, reputándole como el más bellaco de los hombres, no tuvieron para él una palabra de afecto o conmiseración, ni aun en el momento supremo en que toda falta se perdona, porque se supone al criminal dando cuenta de sus actos ante Dios.

Avanzado el día, intentó de nuevo el navío *Prince* remolcar al *Santisima Trinidad*; pero con tan mala fortuna como en la noche anterior. La situación no empeoraba, a pesar de que seguía el temporal con igual fuerza, pues se habían reparado muchas averías, y se creía que, una vez calmado el tiempo, podría salvarse el casco. Los ingleses tenían gran empeño en ello, porque querían llevar por trofeo a Gibraltar el más grande navío hasta entonces construido. Por esta razón trabajaban con tanto ahínco en las bombas noche y día, permitiéndonos descansar algún rato.

Durante todo el día 22, la mar se revolvía con frenesí, llevando y trayendo el casco del navío cual si fuera endeble lancha de pescadores; y aquella montaña de madera probaba la fuerte trabazón de sus sólidas cuadernas cuando no se rompían en mil pedazos al recibir el tremendo golpear de las olas. Había momentos en que, aplanándose el mar, parecía que el navío iba a hundirse para siempre; pero inflamándose la ola como al impulso de profundo torbellino, levantaba aquél su orgullosa proa, adorna-

da con el león de Castilla, y entonces respirábamos con la esperanza de salvarnos.

Por todos lados descubríamos navíos dispersos, la mayor parte ingleses, no sin grandes averías y procurando todos alcanzar la costa para refugiarse. También los vimos españoles y franceses, unos desarbolados, otros remolcados por algún barco enemigo. Marcial reconoció en uno de éstos al *San Ildefonso*. Vimos flotando en el agua multitud de restos y despojos, como masteleros, cofas, lanchas rotas, escotillas, trozos de balconaje, portas y, por último, avistamos dos infelices marinos que, mal embarcados en un gran palo, eran llevados por las olas, y habrían perecido si los ingleses no corrieran al instante a darles auxilio. Traídos a bordo del *Trinidad*, volvieron a la vida, que, recobrada después de sentirse en los brazos de la muerte, equivale a nacer de nuevo.

El día pasó entre agonías y esperanzas: ya nos parecía que era indispensable el transbordo a un buque inglés para salvarnos, ya creíamos posible conservar el nuestro. De todos modos, la idea de ser llevados a Gibraltar como prisioneros era terrible, si no para mí, para los hombres pundonorosos y obstinados como mi amo, cuyos padecimientos morales debieron de ser inauditos aquel día. Pero estas dolorosas alternativas cesaron por la tarde, y a la hora en que fué unánime la idea de que si no transbordábamos pereceríamos todos en el buque, que ya tenía quince pies de agua en la bodega. Uriarte y Cisneros recibieron aquella noticia con calma y serenidad, demostrando que no hallaban gran diferencia entre morir en la casa propia o ser prisioneros en la extraña. Acto continuo comenzó el transbordo a la escasa luz del crepúsculo, lo cual no era cosa fácil, habiendo precisión de embarcar cerca de trescientos heridos. La tripulación sana constaba de unos quinientos hombres, cifra a que quedaron reducidos los mil ciento quince individuos de que se componía antes del combate.

Comenzó precipitadamente el transbordo con las lanchas del *Trinidad*, las del *Prince* y las de otros tres buques de la escuadra inglesa. Dióse la preferencia a los heridos; mas aunque se trató de evitarles toda molestia, fué imposible levantarlos de donde estaban sin mortifi-

ficarlos, y algunos pedían con fuertes gritos que los dejaran tranquilos, prefiriendo la muerte a un viaje que recrudecía sus dolores. La premura no daba lugar a la compasión, y eran conducidos a las lanchas tan sin piedad, como arrojados al mar fueron los fríos cadáveres de sus compañeros.

El comandante Uriarte y el jefe de escuadra, Cisneros, se embarcaron en los botes de la oficialidad inglesa, y habiendo instalado a mi amo para que entrase también en ellos, éste se negó resueltamente, diciendo que deseaba ser el último en abandonar el *Trinidad*. Esto no dejó de contrariarme; porque, desvanecidos en mí los efluvios de patriotismo, que al principio me dieron cierto arrojo, no pensaba ya más que en salvar mi vida, y no era lo más a propósito para este noble fin el permanecer a bordo de un buque que se hundía por momentos.

Mis temores no fueron vanos, pues aún no estaba fuera la mitad de la tripulación, cuando un sordo rumor de alarma y pavor resonó en nuestro navío.

—¡Que nos vamos a pique!... ¡A las lanchas, a las lanchas!—exclamaron algunos, mientras, dominados todos por el instinto de conservación, corrían hacia la borda, buscando con ávidos ojos las lanchas que volvían. Se abandonó todo trabajo; no se pensó más en los heridos, y muchos de éstos, sacados ya sobre cubierta, se arrastraban por ella con delirante extravío, buscando un portalón por donde arrojarse al mar. Por las escotillas salía un lastimero clamor, que aún parece resonar en mi cerebro, helando la sangre en mis venas y erizando mis cabellos. Eran los heridos que quedaban en la primera batería, los cuales, sintiéndose anegados por el agua, que ya invadía aquel sitio, clamaban pidiendo socorro no sé si a Dios o a los hombres.

A éstos se lo pedían en vano, porque no pensaban sino en la propia salvación. Se arrojaban precipitadamente a las lanchas, y esta confusión en la lóbreguez de la noche entorpecía el transbordo. Un solo hombre, impassible ante tan gran peligro, permanecía en el alcázar sin atender a lo que pasaba a su alrededor, y se paseaba preocupado y meditabundo, como si aquellas tablas donde ponía

su pie no estuvieran solicitadas por el inmenso abismo. Era mi amo.

Corrí hacia él despavorido, y le dije: —¡Señor, que nos ahogamos!

Don Alonso no me hizo caso, y aun creo, si la memoria no me es infiel, que sin abandonar su actitud pronunció palabras tan ajenas a la situación como éstas:

—¡Oh! Cómo se va a reír Paca cuando yo vuelva a casa después de esta gran derrota.

—¡Señor, que el barco se va a pique! —exclamé de nuevo, no ya pintando el peligro, sino suplicando con gestos y voces.

Mi amo miró al mar, a las lanchas, a los hombres que, desesperados y ciegos, se lanzaban a ellas, y yo busqué con ansiosos ojos a Marcial, y le llamé con toda la fuerza de mis pulmones. Entonces pareceme que perdí la sensación de lo que ocurría, me aturdí, se nublaron mis ojos y no sé lo que pasó. Para contar cómo me salvé, no puedo fundarme sino en recuerdos muy vagos, semejantes a las imágenes de un sueño, pues, sin duda, el terror me quitó el conocimiento. Me parece que un marinero se acercó a don Alonso cuando yo le hablaba y le asió con sus vigorosos brazos. Yo mismo me sentí transportado, y cuando mi nublado espíritu se aclaró un poco, me vi en una lancha, recostado sobre las rodillas de mi amo, el cual tenía mi cabeza entre sus manos con paternal cariño. Marcial empuñaba la caña del timón; la lancha estaba llena de gente.

Alcé la vista y vi, como a cuatro o cinco varas de distancia, a mi derecha, el negro costado del navío, próximo a hundirse; por los portales a que aún no había llegado el agua salía una débil claridad, la de la lámpara encendida al anochecer, y que aún velaba, guardían incansable, sobre los restos del buque abandonado. También hirieron mis oídos algunos lamentos que salían por las troneras: eran los pobres heridos que no había sido posible salvar y se hallaban suspendidos sobre el abismo, mientras aquella triste luz les permitía mirarse, comunicándose con los ojos la angustia de los corazones.

Mi imaginación se trasladó de nuevo al interior del buque: una pulgada de agua faltaba no más para romper el

endebles equilibrio que aún le sostenía. ¡Cómo presenciarian aquellos infelices el crecimiento de la inundación! ¡Qué dirían en aquel momento terrible! Y si vieron a los que huían en las lanchas, si sintieron el chasquido de los remos, ¡con cuánta amargura gemirían sus almas atribuladas! Pero también es cierto que aquel atroz martirio las purificó de toda culpa, y que la misericordia de Dios llenó todo el ámbito del navío en el momento de sumergirse para siempre.

La lancha se alejó; yo seguí viendo aquella gran masa informe, aunque sospecho que era mi fantasía, no mis ojos, la que miraba el *Trinidad* en la oscuridad de la noche, y hasta creí distinguir en el negro cielo un gran brazo que descendía hasta la superficie de las aguas. Fué, sin duda, la imagen de mis pensamientos, reproducida por los sentidos.

XIII

La lancha se dirigió... ¿adónde? Ni el mismo Marcial sabía adónde nos dirigíamos. La oscuridad era tan fuerte, que perdimos de vista las demás lanchas, y las luces del navío *Prince* se desvanecieron tras la niebla, como si un soplo las hubiera extinguido. Las olas eran tan gruesas y el vendaval tan recio, que la débil embarcación avanzaba muy poco, y gracias a una hábil dirección no zozobró más de una vez. Todos callábamos, y los más fijaban una triste mirada en el sitio donde se suponía que nuestros compañeros abandonados luchaban en aquel instante con la muerte en espantosa agonía.

No acabó aquella travesía sin hacer, conforme a mi costumbre, algunas reflexiones, que bien puedo aventurarme a llamar filosóficas. Alguien se reirá de un filósofo de catorce años; pero yo no me turbaré ante las burlas, y tendré el atrevimiento de escribir aquí mis reflexiones de entonces. Los niños también suelen pensar grandes cosas; y en aquella ocasión, ante aquel espectáculo, ¿qué cerebro, como no fuera el de un idiota, podría permanecer en calma?

Pues bien: en nuestras lanchas iban españoles e ingleses, aunque era mayor el número de los primeros, y era curioso observar cómo fraternizaban, ampa-

rándose unos a otros en el comun peligro, sin recordar que el día anterior se mataban en horrenda lucha, más parecidos a fieras que a hombres. Yo miraba a los ingleses, remando con tanta decisión como los nuestros; yo observaba en sus semblantes las mismas señales de terror o de esperanza, y, sobre todo, la expresión propia del santo sentimiento de humanidad y caridad, que era el móvil de unos y otros. Con estos pensamientos, decía para mí:

—¿Para qué son las guerras, Dios mío? ¿Por qué estos hombres no han de ser amigos en todas las ocasiones de la vida, como lo son en las de peligro? Esto que veo, ¿no prueba que todos los hombres son hermanos?

Pero venía de improviso, a cortar estas consideraciones, la idea de nacionalidad, aquel sistema de islas que yo había forjado, y entonces decía:

—Pero ya; esto de que las islas han de querer quitarse unas a otras algún pedazo de tierra, lo echa todo a perder, y, sin duda, en todas ellas debe de haber hombres muy malos, que son los que arman las guerras para su provecho particular, bien porque son ambiciosos y quieren mandar, bien porque son avaros y anhelan ser ricos. Estos hombres malos son los que engañan a los demás, a todos estos infelices que van a pelear; y para que el engaño sea completo, los impulsan a odiar a otras naciones; siembran la discordia, fomentan la envidia, y aquí tienen ustedes el resultado. Yo estoy seguro—añadí—de que esto no puede durar; apuesto doble contra sencillo a que dentro de poco los hombres de unas y otras islas se han de convencer de que hacen un gran disparate armando tan terribles guerras, y llegará un día en que se abrazarán, conviniendo todos en no formar más que una sola familia.

Así pensaba yo. Después de esto he vivido setenta años, y no he visto llegar ese día.

La lancha avanzaba, trabajosamente, por el impetuoso mar. Yo creo que Marcial, si mi amo se lo hubiera permitido, habría consumado la siguiente hazaña: echar al agua a los ingleses y poner la proa a Cádiz o a la costa, aun con la probabilidad casi ineludible de perecer ahogados en la travesía. Algo de esto me parece que indicó a mi amo, hablán-

dole quedamente al oído, y don Alonso debió de darle una lección de caballerosidad, porque le oí decir:

—Somos prisioneros, Marcial; somos prisioneros.

Lo peor del caso es que no divisábamos ningún barco.

El *Prince* se había apartado de donde estaba; ninguna luz nos indicaba la presencia de un buque enemigo. Por último, divisamos una, y un rato después, la mole confusa de un navío que corría el temporal por barlovento y aparecía en dirección contra a la nuestra. Unos le creyeron francés; otro, inglés, y Marcial sostuvo que era español. Forzaron los remos, y no sin trabajo llegamos a ponernos al habla.

—¡Ah del navío!—gritaron los nuestros.

Al punto contestaron en español.

—Es el *San Agustín*—dijo Marcial.

—El *San Agustín* se ha ido a pique—contestó don Alonso—. Me parece que será el *Santa Ana*, que también está apresado.

Efectivamente, al acercarnos, todos reconocieron al *Santa Ana*, mandado en el combate por el teniente general Alava. Al punto, los ingleses que lo custodiaban dispusieron prestarnos auxilio, y no tardamos en hallarnos todos sanos y salvos sobre cubierta.

El *Santa Ana*, navío de 112 cañones, había sufrido también grandes averías, aunque no tan graves como las del *Santísima Trinidad*; y si bien estaba desarbolado de todos sus palos y sin timón, el casco no se conservaba mal. El *Santa Ana* vivió once años más después de Trafalgar, y aún habría vivido más si, por falta de carena, no se hubiera ido a pique en la bahía de la Habana en 1816. Su acción en las jornadas que refiero fué gloriosísima. Mandábalo, como he dicho, el teniente general Alava, jefe de la vanguardia, que, trocado el orden de batalla, vino a quedar a retaguardia. Ya saben ustedes que la columna mandada por Collingwood se dirigió a combatir la retaguardia, mientras Nelson marchó contra el centro. El *Santa Ana* amparado sólo por el *Fouqueux*, francés, tuvo que batirse con el *Royal Sovereign* y otros cuatro ingleses; y a pesar de la desigualdad de fuerzas, tanto padecieron los unos como los otros, siendo el navío de Collingwood el primero que

quedó fuera de combate, por lo cual tuvo aquél que trasladarse a la fragata *Eurygalus*. Según allí refirieron, la lucha había sido horrorosa, y los dos poderosos navíos, cuyos penoles se tocaban, estuvieron destrozándose por espacio de seis horas, hasta que, herido el general Alava, herido el comandante Gardoqui, muertos cinco oficiales y noventa y siete marineros, con más de ciento cincuenta heridos, tuvo que rendirse el *Santa Ana*. Apresado por los ingleses, era casi imposible manejarlo a causa del mal estado y del furioso vendaval que se desencadenó en la noche del 21; así es que cuando entramos en él se encontraba en situación bien crítica, aunque no desesperada, y flotaba a merced de las olas, sin poder tomar dirección alguna.

Desde luego me sirvió de consuelo el ver que los semblantes de toda aquella gente revelaban el temor a una próxima muerte. Estaban tristes y tranquilos, soportando con gravedad la pena del vencimiento y el bochorno de hallarse prisioneros. Un detalle advertí también que llamó mi atención, y fué que los oficiales ingleses que custodiaban el buque no eran, ni con mucho, tan complacientes y bondadosos como los que desempeñaron igual cargo a bordo del *Trinidad*. Por el contrario, eran los del *Santa Ana* unos caballeros muy foscos y antipáticos, y mortificaban con exceso a los nuestros, exagerando su propia autoridad y poniendo reparos a todo con suma impertinencia. Esto parecía disgustar mucho a la tripulación prisionera, especialmente a la marinería, y hasta me pareció advertir murmullos alarmantes, que no habrían sido muy tranquilizadores para los ingleses si éstos los hubieran oído.

Por lo demás, no quiero referir incidentes de la navegación de aquella noche, si puede llamarse navegación el vagar a la ventura, a merced de las olas, sin velamen ni timón. No quiero, pues, fastidiar a mis lectores repitiendo hechos que ya presenciamos a bordo del *Trinidad*, y paso a contarles otros enteramente nuevos y que sorprenderán a ustedes tanto como me sorprendieron a mí.

Yo había perdido mi afición a andar por el combés y alcázar de proa, y así, desde que me encontré a bordo del *Santa Ana*, me refugié con mi amo en la

cámara, donde pude descansar un poco y alimentarme, pues de ambas cosas estaba muy necesitado. Había allí, sin embargo, muchos heridos a quienes era preciso curar, y esta ocupación, muy grata para mí, no me permitió todo el reposo que mi agobiado cuerpo exigía. Hallábame ocupado en poner a don Alonso una venda en el brazo cuando sentí que apoyaban una mano en mi hombro; me volví y encaré con un joven alto, embozado en luengo capote azul, y al pronto, como suele suceder, no le reconocí; mas contemplándole con atención por espacio de algunos segundos, lancé una exclamación de asombro: era el joven don Rafael Malespina, novio de mi amita.

Abrazóle don Alonso con mucho cariño, y él se sentó a nuestro lado. Estaba herido en una mano, y tan pálido por la fatiga y la pérdida de la sangre, que la demacración le desfiguraba completamente el rostro. Su presencia produjo en mi espíritu sensaciones muy raras, y he de confesarlas todas, aunque alguna de ellas me hagan poco favor. Al punto experimenté cierta alegría, viendo a una persona conocida que había salido ileso del horroroso luchar; un instante después, el odio antiguo que aquel sujeto me inspiraba se despertó en mi pecho como dolor adormecido que vuelve a mortificarnos tras un período de alivio. Con vergüenza lo confieso: sentí cierta pena de verle sano y salvo; pero diré también en descargo mío, que aquella pena fué una sensación momentánea y fugaz como un relámpago, verdadero relámpago negro que oscureció mi alma, o, mejor dicho, leve eclipse de la luz de mi conciencia, que no tardó en brillar con esplendorosa claridad.

La parte perversa de mi individuo me dominó un instante; en un instante también supe acallarla, acorralándola en el fondo de mi ser. ¿Podrán todos decir lo mismo?

Después de este combate moral, vi a Malespina con gozo porque estaba vivo, y con lástima porque estaba herido; y aún recuerdo con orgullo que hice esfuerzos para demostrarle estos dos sentimientos. ¡Pobre amita mía! ¡Cuán grande había de ser su angustia en aquellos momentos! Mi corazón concluía siempre por llenarse de bondad: yo hubiera corrido a Vejer para decirle: «Se-

ñorita doña Rosa, vuestro don Rafael está bueno y sano.»

El pobre Malespina había sido transportado al *Santa Ana* desde el *Nepomuceno*, navío apresado también, donde era tal el número de heridos, que fué preciso, según dijo, repartirlos para que no perecieran todos de abandono. En cuanto suegro y yerno cambiaron los primeros saludos, consagrando algunas palabras a las familias ausentes, la conversación recayó sobre la batalla. Mi amo contó lo ocurrido en el *Santisima Trinidad*, y después añadió:

—Pero nadie me dice a punto fijo dónde está Gravina. ¿Ha caído prisionero, o se retiró a Cádiz?

—El general—contestó Malespina—sostuvo un horroroso fuego contra el *Defiance* y el *Revenge*. Le auxiliaron el *Neptune*, francés, y el *San Ildefonso* y el *San Justo*, nuestros; pero las fuerzas de los enemigos se duplicaron con la ayuda del *Dreadnought*, del *Thunderer* y del *Poliphemus*, después de lo cual fué imposible toda resistencia. Hallándose el *Príncipe de Asturias* con todas las jarcias cortadas, sin palos, acribillado a balazos, y habiendo caído herido el general Gravina, y su mayor general, Escañón, resolvieron abandonar la lucha, porque toda resistencia era insensata, y la batalla estaba perdida. En un resto de arboladura puso Gravina la señal de retirada, y acompañado del *San Justo*, el *San Leandro*, el *Montañés*, el *Indomptable*, el *Neptune* y el *Argonauta*, se dirigió a Cádiz, con la pena de no haber podido rescatar el *San Ildefonso*, que ha quedado en poder de los enemigos.

—Cuénteme usted lo que ha pasado en el *Nepomuceno*—dijo mi amo con el mayor interés—. Aún me cuesta trabajo creer que ha muerto Churruca, y a pesar de que todos lo dan como cosa cierta, yo tengo la creencia de que aquel hombre divino ha de estar vivo en alguna parte.

Malespina dijo que, desgraciadamente, él había presenciado la muerte de Churruca, y prometió contarle puntualmente. Formaron corro en torno suyo algunos oficiales, y yo, más curioso que ellos, me volví todo oídos para no perder una sílaba.

—Desde que salimos de Cádiz—dijo Malespina—, Churruca tenía el presentimiento de este gran desastre. El había

opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas, y, además, confiaba poco en la inteligencia del jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El diecinueve dijo a su cuñado Apodaca: «Antes que rendir mi navío, lo he de volar o echar a pique. Este es el deber de los que sirven al rey y a la patria.» El mismo día escribió a un amigo suyo, diciéndole: «Si llegas a saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto.» Ya se conocía en la grave tristeza de su semblante que preveía un desastroso resultado. Yo creo que esta certeza y la imposibilidad material de evitarlo, sintiéndose con fuerzas para ello, perturbaban profundamente su alma, capaz de las grandes acciones, así como de los grandes pensamientos. Churruca era hombre religioso, porque era un hombre superior. El veintiuno, a las once de la mañana, mandó subir toda la tropa y marinería; hizo que se pusieran de rodillas, y dijo al capellán con solemne acento: «Cumpla usted, padre, con su ministerio y absuelva a esos valientes, que ignoran lo que les espera en el combate.» Concluida la ceremonia religiosa, los mandó poner en pie, y, hablando en tono persuasivo y firme, exclamó: «¡Hijos míos, en nombre de Dios prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo con sus deberes! Si alguno faltase a ellos, le haré fusilar inmediatamente, y si escapase a mis miradas o a las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días, miserable y desgraciado.» Esta arenga, tan elocuente como sencilla, que hermanaba el cumplimiento del deber militar con la idea religiosa, causó entusiasmo en toda la tripulación del *Nepomuceno*. ¡Qué lástima de valor! Todo se perdió como un tesoro que cae al fondo del mar. Avistados los ingleses, Churruca vió con el mayor desagrado las primeras maniobras dispuestas por Villeneuve, y cuando éste hizo señales de que la escuadra virase en redondo, lo cual, como todos saben, desconcertó el orden de batalla, manifestó a su segundo que ya consideraba perdida la acción con tan torpe estrategia. Desde luego compren-

dió el aventurado plan de Nelson, que consistía en cortar nuestra línea por el centro y retaguardia, envolviendo la escuadra combinada y batiendo parcialmente sus buques, en tal disposición, que éstos no pudieran prestarle auxilio. El *Nepomuceno* vino a quedar al extremo de la línea. Rompióse el fuego entre el *Santa Ana* y el *Royal Sovereign*, y sucesivamente, todos los navíos fueron entrando en el combate. Cinco navíos ingleses de la división de Collingwood se dirigieron contra el *San Juan*; pero dos de ellos siguieron adelante, y Churruca no tuvo que hacer frente más que a fuerzas triples. Nos sostuvimos enérgicamente contra tan superiores enemigos hasta las dos de la tarde, sufriendo mucho, pero devolviendo doble estrago a nuestros contrarios. El grande espíritu de nuestro heroico jefe parecía haberse comunicado a soldados y marineros, y las maniobras, así como los disparos, se hacían con una prontitud pasmosa. La gente de leva se había educado en el heroísmo, sin más que dos horas de aprendizaje, y nuestro navío, por su defensa gloriosa, no sólo era el terror, sino el asombro de los ingleses. Estos necesitaron nuevos refuerzos: necesitaron seis contra uno. Volvieron los dos navíos que nos habían atacado primero, y el *Dreadnought* se puso al costado del *San Juan* para batirnos a medio tiro de pistola. Figúrense ustedes el fuego de estos seis colosos vomitando balas y metralla sobre un buque de setenta y cuatro cañones. Parecía que nuestro navío se agrandaba, creciendo en tamaño, conforme crecía el arrojado de sus defensores. Las proporciones gigantescas que tomaban las almas parecía que las tomaban también los cuerpos, y al ver cómo infundíamos pavor a fuerzas seis veces superiores, nos creíamos algo más que hombres. Entre tanto, Churruca, que era nuestro pensamiento, dirigía la acción con serenidad asombrosa. Comprendiendo que la destreza había de suplir a la fuerza, economizaba los tiros y lo fiaba todo a la buena puntería, consiguiendo así que cada bala hiciera un estrago positivo en los enemigos. A todo atendía, todo lo disponía, y la metralla y las balas corrían sobre su cabeza sin que ni una sola vez se inmutara. Aquel hombre, débil y enfermizo, cuyo hermoso y triste semblante no parecía nacido para arros-

trar escenas tan espantosas, nos infundía a todos misterioso ardor sólo con el rayo de su mirada. Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía. Viendo que no era posible hostilizar a un navío que por la popa molestaba al *San Juan* impunemente, fué él mismo a apuntar el cañón y logró desarbolar al contrario. Volvió al alcázar de popa, cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha, con tal acierto, que casi se la desprendió del modo más doloroso por la parte alta del muslo. Corrimos a sostenerle, y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué horrible momento! Aún me parece que siento bajo mi mano el violento palpar de un corazón que hasta en aquel instante terrible no latía sino por la patria. Su decaimiento físico fué rapidísimo; le vi esforzándose por erguir la cabeza, que se le inclinaba sobre el pecho; le vi tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras, con voz apenas alterada, exclamó: «Esto no es nada. Siga el fuego.» Su espíritu se rebelaba contra la muerte, disimulando el fuerte dolor de un cuerpo mutilado, cuyas postreras palpitaciones se extinguían de segundo en segundo. Tratamos de bajarle a la cámara, pero no fué posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo a nuestros ruegos, comprendió que era preciso abandonar el mando. Llamó a Moyna, su segundo, y le dijeron que había muerto; llamó al comandante de la primera batería, y éste, aunque gravemente herido, subió al alcázar y tomó posesión del mando. Desde aquel momento, la tripulación se achicó: de gigante se convirtió en enano: desapareció el valor, y comprendimos que era indispensable rendirse. La consternación de que yo estaba poseído desde que recibí en mis brazos al héroe del *San Juan* no me impidió observar el terrible efecto causado en los ánimos de todos por aquella desgracia. Como si una repentina parálisis moral y física hubiera invadido a la tripulación, así se quedaron todos helados y mudos, sin que el dolor ocasionado por la pérdida del hombre tan querido diera lugar al bochorno de la rendición. La mitad de la gente estaba muerta o herida; la mayor parte de los cañones, desmontados; la arboladura, excepto el palo de trinquete, había caído, y el timón no funcionaba. En tan

lamentable estado, aún se quiso hacer un esfuerzo para seguir al *Príncipe de Asturias*, que había izado la señal de retirada; pero el *Nepomuceno*, herido de muerte, no pudo gobernar en dirección alguna. Y a pesar de la ruina y destrozo del buque, a pesar del desmayo de la tripulación, a pesar de concurrir en nuestro daño circunstancias tan desfavorables, ninguno de los seis navíos ingleses se atrevió a intentar un abordaje. Temían a nuestro navío, aun después de vencerlo. Churruca, en el paroxismo de su agonía, mandaba clavar la bandera y que no se rindiera el navío mientras él viviese. El plazo no podía menos de ser, desgraciadamente, muy corto, porque Churruca se moría a toda prisa, y cuantos le asistíamos nos asombrábamos que alentara todavía un cuerpo en tal estado, y era que le conservaba así la fuerza del espíritu, apegado con irresistible empeño a la vida, porque para él en aquella ocasión vivir era un deber. No perdió el conocimiento hasta los últimos instantes; no se quejó de sus dolores ni mostró pesar por su fin cercano; antes bien, todo su empeño consistía, sobre todo, en que la oficialidad no conociera la gravedad de su estado y en que ninguno faltase a su deber. Dió las gracias a la tripulación por su heroico comportamiento; dirigió algunas palabras a su cuñado Ruiz de Apodaca, y después de consagrar un recuerdo a su joven esposa y de elevar el pensamiento a Dios, cuyo nombre oímos pronunciado varias veces tenuemente por sus secos labios, expiró con la tranquilidad de los justos y la entereza de los héroes, sin la satisfacción de la victoria, pero también sin el resentimiento del vencido, asociando el deber a la dignidad y haciendo de la disciplina una religión; firme como militar, sereno como hombre, sin pronunciar una queja ni acusar a nadie, con tanta dignidad en la muerte como en la vida. Nosotros contemplábamos su cadáver, aún caliente, y nos parecía mentira; creíamos que había de despertar para mandarnos de nuevo, y tuvimos para llorarle menos entereza que él para morir, pues al expirar se llevó todo el valor, todo el entusiasmo que nos había infundido. Rindióse el *San Juan*, y cuando subieron a bordo los oficiales de las seis naves que lo habían destrozado, cada uno pretendía

para sí el honor de recibir la espada del brigadier muerto. Todos decían: «Se ha rendido a mi navío», y por un instante disputaron, reclamando el honor de la victoria para uno u otro de los buques a que pertenecían. Quisieron que el comandante accidental del *San Juan* decidiera la cuestión, diciendo a cuál de los navíos ingleses se había rendido, y aquél respondió: «A todos, que a uno solo jamás se hubiera rendido el *San Juan*.» Ante el cadáver del malogrado Churruca, los ingleses, que le conocían por la fama de su valor y entendimiento, mostraron gran pena, y uno de ellos dijo esto o cosa parecida: «Varones ilustres como éste no debían estar expuestos a los azares de un combate, y si conservados para los progresos de la ciencia de la navegación.» Luego dispusieron que las exequias se hicieran formando la tropa y marinería inglesas al lado de la española, y en todos sus actos se mostraron caballeros, magnánimos y generosos. El número de heridos a bordo del *San Juan* era tan considerable, que nos transportaron a otros barcos suyos o prisioneros. A mí me tocó pasar a éste, que ha sido de los más maltratados; pero ellos cuentan poderlo remolcar a Gibraltar antes que ningún otro, ya que no pueden llevarse al *Trinidad*, el mayor y el más apetecido de nuestros navíos.

.....
Aquí terminó Malespina, el cual fué oído con viva atención durante el relato de lo que había presenciado. Por lo que oí, pude comprender que a bordo de cada navío había ocurrido una tragedia tan espantosa como la que yo mismo había presenciado, y dije para mí: «¡Cuánto desastre, Santo Dios, causado por las torpezas de un solo hombre!»

Y aunque yo era entonces un chiquillo, recuerdo que pensé lo siguiente: «Un hombre tonto no es capaz de hacer en ningún momento de su vida los disparates que hacen a veces las naciones dirigidas por centenares de hombres de talento.»

XIV

Buena parte de la noche se pasó con la relación de Malespina y de otros oficiales. El interés de aquellas narraciones me mantuvo despierto y tan excita-

do, que ni aun mucho después pude conciliar el sueño. No podía apartar de mi memoria la imagen de Churruca, tal y como le vi, bueno y sano, en casa de doña Flora. Y, en efecto, en aquella ocasión me había causado sorpresa la intensa tristeza que expresaba el semblante del ilustre marino, como si presagiara su doloroso y cercano fin. Aquella noble vida se había extinguido a los cuarenta y cuatro años de edad, después de veintinueve de honrosos servicios en la armada como sabio, como militar y como navegante, pues todo lo era Churruca, además de perfecto caballero.

En estas y otras cosas pensaba yo, cuando, al fin, mi cuerpo se rindió a la fatiga y me quedé formido al amanecer del 23, habiendo vencido mi naturaleza juvenil a mi curiosidad. Durante el sueño, que debió de ser largo y no tranquilo, antes bien, agitado por las imágenes y pesadillas propias de la excitación de mi cerebro, sentía el estruendo de los cañones, las voces de la batalla, el ruido de las agitadas olas. Al mismo tiempo soñaba que yo disparaba las piezas, que subía a la arboladura, que recorría las baterías, alentando a los artilleros, y hasta que mandaba la maniobra en el alcázar de popa como un almirante. Excuso decir que en aquel reñido combate, forjado dentro de mi propio cerebro, derroté a todos los ingleses habidos y por haber con más facilidad que si sus barcos fueran de cartón y de miga de pan sus balas. Yo tenía bajo mi insignia como unos mil navíos, mayores todos que el *Trinidad*, y se movían a mi antojo con tanta precisión como los juguetes con que mis amigos y yo nos divertíamos en los charcos de la Caleta.

Mas, al fin, todas estas glorias se desvanecieron; lo cual, siendo como eran puramente soñadas, nada tiene de extraño, cuando vemos que también las reales se desvanecen. Todo se acabó cuando abrí los ojos y advertí mi pequeñez, asociada con la magnitud de los desastres a que había asistido. Pero, ¡cosa singular!, despierto, sentí también cañonazos; sentí el espantoso rumor de la refriega y gritos que anunciaban una gran actividad en la tripulación. Creí soñar todavía; me incorporé en el canapé donde había dormido, atendí con todo cuidado, y, en efecto, un atronador grito de «¡Viva el rey!» hirió mis

oídos, no dejándome duda que el navío *Santa Ana* se estaba batiendo de nuevo.

Salí fuera, y pude hacerme cargo de la situación. El tiempo había calmado bastante; por barlovento se veían algunos navíos desmantelados, y dos de ellos, ingleses, hacían fuego sobre el *Santa Ana*, que se defendía al amparo de otros dos, un español y un francés. No me explicaba aquel cambio repentino en nuestra situación de prisioneros; miré a popa y vi nuestra bandera flotando, en lugar de la inglesa. ¿Qué había pasado o, mejor, qué pasaba?

En el alcázar de popa estaba uno que comprendí era el general Alava y, aunque herido en varias partes de su cuerpo, mostraba fuerzas bastantes para dirigir aquel segundo combate, destinado quizá a hacer olvidar, respecto al *Santa Ana*, las desventuras del primero. Los oficiales alentaban a la marinería; ésta cargaba y disparaba las piezas que habían quedado servibles, mientras algunos se ocupaban en custodiar, teniendo-los a raya, a los ingleses, que habían sido desarmados y acorralados en el primer entrepunte. Los oficiales de esta nación, que antes eran nuestros guardianes, se habían convertido en prisioneros.

Todo lo comprendí. El heroico comandante del *Santa Ana*, don Ignacio M. de Alava, viendo que se aproximaban algunos navíos españoles salidos de Cádiz con objeto de represar los buques prisioneros y salvar a la tripulación de los próximos a naufragar, se dirigió con lenguaje patriótico a su abatida tripulación. Esta respondió a la voz de su jefe con un supremo esfuerzo; obligaron a rendirse a los ingleses que custodiaban el barco, enarbolaron de nuevo la bandera española, y el *Santa Ana* quedó libre, aunque comprometido en nueva lucha, más peligrosa quizá que la primera.

Este singular atrevimiento, uno de los episodios más honrosos de la jornada de Trafalgar, se llevó a cabo en un buque desarbolado, sin timón, con la mitad de su gente muerta o herida y el resto en una situación moral y física enteramente lamentable. Preciso fué, una vez consumado aquel acto, arrostrar sus consecuencias; dos navíos ingleses, también muy malparados, hacían fuego sobre el *Santa Ana*; pero éste era socorrido oportunamente por el *Asís*, el *Montañés* y el *Rayo*, tres de los que se re-

tiraron con Gravina el día 21, y que habían vuelto a salir para rescatar a los apresados. Aquellos nobles inválidos trabaron nueva y desesperada lucha, quizá con más coraje que la primera, porque las heridas no restañadas avivan la furia en el alma de los combatientes y éstos parece que riñen con más ardor, porque tienen menos vida que perder.

Las peripecias todas del terrible día 21 se renovaron a mis ojos: el entusiasmo era grande, pero la gente escasa, por lo cual fué preciso duplicar el esfuerzo. Sensible es que hecho tan heroico no haya ocupado en nuestra historia más que una breve página, si bien es verdad que, junto al gran suceso que hoy se conoce con el nombre de *combate de Trafalgar*, estos episodios se achican y casi desaparecen como débiles resplandores en una horrenda noche.

Entonces presencié un hecho que me hizo derramar lágrimas. No encontrando a mi amo por ninguna parte, y temiendo que corriera algún peligro, bajé a la primera batería y le hallé ocupado en apuntar un cañón. Su mano trémula había recogido el botafuego de las de un marinero herido, y con la debilitada vista de su ojo derecho buscaba el infeliz el punto adonde quería mandar la bala. Cuando la pieza se disparó, se volvió hacia mí, trémulo de gozo, y con voz que apenas pude entender me dijo:

—¡Ah! Ahora Paca no se reirá de mí. Entraremos triunfantes en Cádiz.

En resumen: la lucha terminó felizmente, porque los ingleses comprendieron la imposibilidad de represar al *Santa Ana*, a quien favorecían, a más de los tres navíos indicados, otros dos franceses y una fragata, que llegaron en lo más recio de la pelea.

Estábamos libres de la manera más gloriosa; pero, en el punto en que concluyó aquella hazaña, comenzó a verse claro el peligro en que nos encontrábamos, pues el *Santa Ana* debía ser remolcado hasta Cádiz, a causa del mal estado de su casco. La fragata francesa *Thémis* echó un cable y puso proa al Norte; pero ¿qué fuerza podía tener aquel barco para remolcar otro tan pesado como el *Santa Ana*, y que sólo podía ayudarse con las velas desgarradas que quedaban en el palo del trinquete? Los navíos que nos habían rescatado, esto es, el *Rayo*, el *Montañés* y el *San Francisco*

de *Asís*, quisieron llevar más adelante su proeza, y forzaron de vela para rescatar también al *San Juan* y al *Bahama*, que iban marinados por los ingleses. Nos quedamos, pues, solos, sin más amparo que el de la fragata que nos arrastraba, niño que conducía a un gigante. ¿Qué sería de nosotros si los ingleses, como era de suponer, se reponían de su descalabro y volvían con nuevos refuerzos a perseguirnos? En tanto, parece que la Providencia nos favorecía, pues el viento, propicio a la marcha que llevábamos, impulsaba a nuestra fragata, y tras ella, conducido amorosamente, el navío se acercaba a Cádiz.

Cinco leguas nos separaban del puerto.

¡Qué indecible satisfacción! Pronto concluirían nuestras penas; pronto pondríamos el pie en nuestro suelo, y si llevábamos la noticia de grandes desastres, también llevábamos la felicidad a muchos corazones que padecían mortal angustia, creyendo perdidos para siempre a los que volvían con vida y con salud.

La intrepidez de los navíos españoles no tuvo más éxito que el rescate del *Santa Ana*, pues les cargó el tiempo y tuvieron que retroceder sin poder dar caza a los navíos ingleses que custodiaban al *San Juan*, al *Bahama* y al *San Ildefonso*. Aún distábamos cuatro leguas del término de nuestro viaje cuando los vimos retroceder. El vendaval había arreciado, y fué opinión general a bordo del *Santa Ana* que si tardábamos en llegar pasaríamos muy mal rato. Nuevos y cuando unos cuantos pasos más sobre peranza perdida a la vista del puerto, y cuando unos cuantos pasos más sobre el terrible elemento nos habrían puesto en completa seguridad dentro de la bahía.

A todas éstas se venía la noche encima con malísimo aspecto: el cielo, cargado de nubes negras, parecía haberse aplanado sobre el mar, y las exhalaciones eléctricas, que lo inflamaban con breves intervalos, daban al crepúsculo un tinte pavoroso. La mar, cada vez más turbulenta, furia aún no aplacada con tanta víctima, bramaba con ira, y su insaciable voracidad pedía mayor número de presas. Los despojos de la más numerosa escuadra que por aquel tiempo había desafiado su furor, juntamente con el de los enemigos, no se escapaban a la cólera del elemento irritado

como un dios antiguo, sin compasión hasta el último instante, tan cruel ante la fortuna como ante la desdicha.

Yo observé señales de profunda tristeza lo mismo en el semblante de mi amo que en el del general Alava, quien, a pesar de sus heridas, estaba en todo, y mandaba hacer señales a la fragata *Themis* para que acelerase su marcha, si era posible. Lejos de corresponder a su justa impaciencia, nuestra remolcadora se preparaba a tomar rizos y a cargar muchas de sus velas para aguantar mejor el furioso Levante. Yo participé de la general tristeza, y en mis adentros consideraba cuán fácilmente se burla el Destino de nuestras previsiones mejor fundadas, y con cuánta rapidez se pasa de la mayor suerte a la última desgracia. Pero allí estábamos sobre el mar, emblema majestuoso de la humana vida. Un poco de viento lo transforma; la ola mansa que golpea el buque con blando azote se trueca en montaña líquida que lo quebranta y lo sacude; el grato sonido que forma durante la bonanza las leves ondulaciones del agua, es luego una voz que se enronquece y grita, injuriando a la frágil embarcación; y ésta, despeñada, se sumerge sintiendo que le falta el sostén de su quilla, para levantarse luego lanzada hacia arriba por la ola que sube. Un día sereno trae espantosa noche, o, por el contrario, una luna que hermosea el espacio y serena el espíritu suele preceder a un sol terrible, ante cuya claridad la Naturaleza se descompone con formidable trastorno.

Nosotros experimentábamos la desdicha de estas alternativas, y, además, la que proviene de las propias obras del hombre. Tras un combate habíamos sufrido un naufragio; salvados de éste, nos vimos nuevamente empeñados en una lucha, que fué afortunada, y luego, cuando nos creíamos al fin de tantas penas, cuando saludábamos a Cádiz, llenos de alegría, nos vimos de nuevo en poder de la tempestad, que hacia fuera nos atraía, ansiosa de rematarnos. Esta serie de desventuras parecía absurda, ¿no es verdad? Era como la cruel aberración de una divinidad empeñada en causar todo el mal posible a seres extraviados...; pero no: era la lógica del mar, unida a la lógica de la guerra. Asociados estos dos elementos terribles, ¿no es un im-

bécil el que se asombre de verles engendrar las mayores desventuras?

Una nueva circunstancia aumentó para mí y para mi amo las tristezas de aquella tarde. Desde que se rescató el *Santa Ana* no habíamos visto al joven Malespina. Por último, después de buscarle mucho, le encontré acurrucado en uno de los canapés de la cámara.

Acerquéme a él y le vi muy demudado; le interrogué, y no pudo contestarme. Quiso levantarse y volvió a caer sin aliento.

—¡Está usted herido!—dije—. Llamaré para que le curen.

—No es nada—contestó—. ¿Querrás traerme un poco de agua?

Al punto llamé a mi amo.

—¿Qué es eso? ¿La herida de la mano?—preguntó éste, examinando al joven.

—No; es algo más—repuso don Rafael con tristeza, y señaló a su costado derecho, cerca de la cintura.

Luego, como si el esfuerzo empleado en mostrar su herida y en decir aquellas pocas palabras fuera excesivo para su naturaleza debilitada, cerró los ojos y quedó sin habla ni movimiento por algún tiempo.

—¡Oh! Esto parece grave—dijo don Alonso con desaliento.

—¡Y más que grave!—añadió un cirujano que había acudido a examinarle.

Malespina, poseído de profunda tristeza al verse en tal estado, y creyendo que no había remedio para él, ni siquiera dió cuenta de su herida y se retiró a aquel sitio, donde le detuvieron sus pensamientos y sus recuerdos. Creyéndose próximo a morir, se negaba a que se le hiciera la cura. El cirujano dijo que, aunque grave, la herida no parecía mortal; pero añadió que si no llegábamos a Cádiz aquella noche, para que fuese convenientemente asistido en tierra, la vida de aquél, así como la de otros heridos, corría gran peligro. El *Santa Ana* había tenido en el combate del 21 noventa y siete muertos y ciento cuarenta heridos; se habían agotado los recursos de la enfermería, y algunos medicamentos indispensables faltaban por completo. La desgracia de Malespina no fué la única después del rescate, y Dios quiso que otra persona para mi muy querida sufriese igual suerte. Marcial cayó herido, si bien en los primeros instantes apenas sintió dolor y abati-

miento, porque su vigoroso espíritu le sostenía. No tardó, sin embargo, en bajar al sollado, diciendo que se sentía muy mal. Mi amo envió al cirujano para que le asistiese, y éste se limitó a decir que la herida no habría tenido importancia alguna en un joven de veinticinco años: *Medio-hombre* tenía más de sesenta.

En tanto, el navío *Rayo* pasaba por babor y al habla. Alava mandó que se le preguntase a la fragata *Themis* si creía poder entrar en Cádiz, y habiendo contestado rotundamente que no, se hizo igual pregunta al *Rayo*, que, hallándose casi ileso, contaba con arribar seguramente al puerto. Entonces, reunidos varios oficiales, acordaron trasladar a aquel navío al comandante Gardoque, gravemente herido, y a otros muchos oficiales de mar y tierra, entre los cuales se contaba el novio de mi amita. Don Alonso consiguió que Marcial fuese también trasladado, en atención a que su mucha edad le agravaba considerablemente, y a mí me hizo el encargo de acompañarlos como paje o enfermero, ordenándome que no me apartase ni un instante de su lado, hasta que los dejase en Cádiz o en Vejer, en poder de su familia. Me dispuse a obedecer, intenté persuadir a mi amo de que él también debía transbordarse al *Rayo*, por ser más seguro; pero ni siquiera quiso oír tal proposición.

—La suerte—dijo—me ha traído a este buque, y en él estaré hasta que Dios decida si nos salvamos o no. Alava está muy mal; la mayor parte de la oficialidad se halla herida, y aquí puedo prestar algunos servicios. No soy de los que abandonan el peligro; al contrario, le busco desde el veintiuno, y deseo encontrar ocasión de que mi presencia en la escuadra sea de provecho. Si llegas antes que yo, como espero, di a Paca que el buen marino es esclavo de su patria, y que yo he hecho muy bien en venir aquí, y que estoy muy contento de haber venido, y que no me pesa, no, señor, no me pesa...; al contrario... Dile que se alegrará cuando me vea, y que de seguro mis compañeros me habrían echado de menos si no hubiera venido... ¿Cómo había de faltar? ¿No te parece a ti que hice bien en venir?

—Pues es claro; ¿eso qué duda tiene?—respondí, procurando calmar su

agitación, la cual era tan grande, que no le dejaba ver la inconveniencia de consultar con un mísero paje cuestión tan grave.

—Veo que tú eres una persona razonable—añadió, sintiéndose consolado con mi aprobación—. Veo que tienes miras elevadas y patrióticas... Pero Paca no ve las cosas más que por el lado de su egoísmo; y como tiene un genio tan raro y como se le ha metido en la cabeza que las escuadras y los cañones no sirven para nada, no puede comprender que yo... En fin..., sé que se pondrá furiosa cuando vuelva, pues... como no hemos ganado, dirá esto y lo otro..., me volverá loco...; pero, ¡quía!..., yo no le haré caso. ¿Qué te parece a ti? ¿No es verdad que no debo hacerla caso?

—Ya lo creo—contesté—. Usía ha hecho muy bien en venir; eso prueba que es un valiente marino.

—Pues vete con esas razones a Paca, y verás lo que te contesta—replicó él, cada vez más agitado—. En fin, dile que estoy bueno y sano, y que mi presencia aquí ha sido muy necesaria. La verdad es que en el rescate del *Santa Ana* he tomado parte muy principal. Si yo no hubiera apuntado tan bien aquellos cañones, ¡quién sabe!... ¿Y qué crees tú? Aún puede que haga algo más; aún puede ser que, si el viento nos es favorable, rescatemos mañana un par de navíos... Sí, señor... Aquí estoy meditando cierto plan... Veremos, veremos... Conque adiós, Gabrielillo. Cuidado con lo que dices a Paca.

—No, no me olvidaré. Ya sabrá que si no es por usía no se represa el *Santa Ana*, y sabrá también que puede ser que a lo mejor nos traiga a Cádiz dos docenas de navíos.

—Dos docenas, no, hombre—dijo—; eso es mucho. Dos navíos o quizá tres. En fin, yo creo que he hecho muy bien en venir a la escuadra. Ella estará furiosa y me volverá loco cuando regrese; pero... yo creo, lo repito, que he hecho muy bien en embarcarme.

Dicho esto se apartó de mí. Un instante después le vi sentado en un rincón de la cámara. Estaba rezando, y movía las cuentas del rosario con mucho disimulo, porque no quería que le vieran ocupado en tan devoto ejercicio. Yo presumí por sus últimas palabras que mi amo había perdido el seso, y viéndole

rezar me hice cargo de la debilidad de su espíritu, que en vano se había esforzado por sobreponerse a la edad cansada, y no pudiendo sostener la lucha, se dirigía a Dios en busca de misericordia. Doña Francisca tenía razón. Mi amo, desde hacía muchos años, no servía más que para rezar.

Conforme a lo acordado, nos transbordamos. Don Rafael y Marcial, como los demás oficiales heridos, fueron bajados en brazos a una de las lanchas, con mucho trabajo, por robustos marineros. Las fuertes olas estorbaban mucho esta operación; pero, al fin, se hizo, y las dos embarcaciones se dirigieron al *Rayo*. La travesía de un navío a otro fué malísima; mas, al fin, aunque hubo momentos en que a mí me parecía que la embarcación iba a desaparecer para siempre, llegamos al costado del *Rayo*, y con muchísimo trabajo subimos la escala.

XV

—Hemos salido de Guatemala para entrar en Guatepeor—dijo Marcial cuando le pusieron sobre cubierta—. Pero donde manda capitán, no manda marinero. A este condenado le pusieron *Rayo* por mal nombre. El dice que entrará en Cádiz antes de medianoche, y yo digo que no entra. Veremos a ver.

—¿Qué dice usted, Marcial; que no llegaremos?—pregunté con mucho afán.

—Usted, señor Gabrielillo, no entiende de esto.

—Es que cuando mi señor don Alonso y los oficiales del *Santa Ana* creen que el *Rayo* entrará esta noche, por fuerza tiene que entrar. Ellos que lo dicen, bien sabido lo tendrán.

—Y tú no sabes, *sardiniya*, que esos señores de popa se *candilean* (se equivocan) más fácilmente que nosotros los marinos de combés. Si no, ahí tienes al jefe de toda la escuadra, *míster Corneta*, que cargue el diablo con él. Ya ves cómo no ha tenido ni tanto *así de idea* para mandar la acción. ¿Piensas tú que si *míster Corneta* hubiera hecho lo que yo decía se hubiera perdido la batalla?

—¿Y usted cree que no llegaremos a Cádiz?

—Digo que este navío es más pesado que el mismo plomo, y, además, traicio-

nero. Tiene mala andadura, gobierna mal y parece que está cojo, tuerto y manco, como yo, pues si le echan la caña para aquí, él se va por allí.

En efecto: el *Rayo*, según opinión general, era un barco de malísimas condiciones marinerías. Pero, a pesar de esto y de su avanzada edad, que frisaba en los cincuenta y seis años, como se hallaba en buen estado, no parecía correr peligro alguno, pues si el vendava! era cada vez mayor, también el puerto estaba cerca. De todos modos, ¿no era lógico suponer que mayor peligro corría el *Santa Ana*, desarbolado, sin timón y obligado a marchar a remolque de una fragata?

Marcial fué puesto en el sollado, y Malespina en la cámara. Cuando le dejamos allí con los demás oficiales heridos, escuché una voz que reconocí, aunque al punto no pude darme cuenta de la persona a quien pertenecía. Acerquéme al grupo de donde salía aquella charla retumbante, que dominaba las demás voces, y quedé asombrado, reconociendo al mismo don José María Malespina en persona. Corrí a él para decirle que estaba su hijo, y el buen padre suspendió la sarta de mentiras que estaba contando para acudir al lado del joven herido. Grande fué su alegría encontrándole vivo, pues había salido de Cádiz porque la impaciencia le devoraba y quería saber su paradero a todo trance.

—Eso que tienes no es nada—dijo, abrazando a su hijo—: un simple rasguño. Tú no estás acostumbrado a sentir heridas; eres una dama, Rafael. ¡Oh! Si cuando la guerra del Rosellón hubieras estado en edad de ir allá conmigo, habrías visto lo bueno. Aquéllas sí eran heridas. Ya sabes que una bala me entró por el antebrazo, subió hacia el hombro, dió la vuelta por toda la espalda y vino a salir por la cintura. ¡Oh, qué herida tan singular! Pero a los tres días estaba sano, mandando la artillería en el ataque de Bellegarde.

Después explicó el motivo de su presencia a bordo del *Rayo* de este modo:

—El veintiuno por la noche supimos en Cádiz el éxito del combate. Lo dicho, señores: no se quiso hacer caso de mí cuando hablé de las reformas de la artillería, y aquí tienen los resultados. Pues bien: en cuanto lo supe y me enteré de que había llegado en retirada

Gravina con unos cuantos navios, fuí a ver si entre ellos venía el *San Juan*, donde estabas tú; pero me dijeron que había sido apresado. No puedo pintar a ustedes mi ansiedad: casi no me quedaba duda de tu muerte, mayormente desde que supe el gran número de bajas ocurridas en tu navío. Pero yo soy hombre que llevo las cosas hasta el fin, y sabiendo que se había dispuesto la salida de algunos navíos con objeto de recoger los desmantelados y rescatar los prisioneros, determiné salir pronto de dudas, embarcándome en uno de ellos. Expuse mi pretensión a Solano, y después al mayor general de la escuadra, mi antiguo amigo Escaño, y no sin escrúpulos me dejaron venir. A bordo del *Rayo*, donde me embarqué esta mañana, pregunté por ti, por el *San Juan*; mas nada consolador me dijeron, sino, por el contrario, que Churruca había muerto, y que su navío, después de batirse con gloria, había caído en poder de los enemigos. ¡Figúrate cuál sería mi ansiedad! ¡Qué lejos estaba hoy, cuando rescata-mos al *Santa Ana*, de que tú te hallabas en él! A saberlo con certeza, hubiera redoblado mis esfuerzos en las disposiciones que di, con permiso de estos señores, y el navío de Alava habría quedado libre en dos minutos.

Los oficiales que le rodeaban mirábanle con sorna, oyendo el último jactancioso concepto de don José María. Por sus risas y cuchicheos comprendí que durante todo el día se habían divertido con los embustes de aquel buen señor, quien no ponía freno a su voluble lengua, ni aun en las circunstancias más críticas y dolorosas.

El cirujano dijo que convenía dejar reposar al herido y no sostener en su presencia conversación alguna, sobre todo si ésta se refería al pasado desastre. Don José María, que tal oyó, aseguró que, por el contrario, convenía reanimar el espíritu del enfermo con la conversación.

—En la guerra del Rosellón, los heridos graves (y yo lo estuve varias veces) mandábamos a los soldados que bailasen y tocasen la guitarra en la enfermería, y seguro estoy de que este tratamiento nos curó más pronto que todos los emplastos y botiquines.

—Pues en las guerras de la República francesa—dijo un oficial andaluz que

quería confundir a don José María—se estableció que en las ambulancias de los heridos fuese un cuerpo de baile completo y una compañía de ópera, y con esto se ahorraron los médicos y boticarios, pues con un par de arias y dos docenas detrenzados en sexta se quedaban todos como nuevos.

—Usted lo ha dicho.

—Sí; pero eso no ha pasado más que una vez, ni es fácil que vuelva a pasar. ¿Es acaso probable que vuelva a haber una guerra como la del Rosellón, la más sangrienta, la más hábil, la más estratégica que ha visto el mundo desde Epaminondas? Claro es que no; pues allí todo fué extraordinario, y puedo dar fe de ello, que la presencié desde el *introito* hasta el *ite, missa est*. A aquella guerra debo mi conocimiento de la artillería. ¿Usted no ha oído hablar de mí? Estoy seguro de que me conocerá de nombre. Pues sepa usted que aquí traigo en la cabeza un proyecto grandioso, y tal que si algún día llega a ser realidad, no volverán a ocurrir desastres como este del veintiuno. Sí, señores—añadió, mirando con gravedad y suficiencia a los tres o cuatro oficiales que le oían—: es preciso hacer algo por la patria; urge inventar algo sorprendente que en un periquete nos devuelva todo lo perdido y asegure a nuestra marina la victoria por siempre jamás, amén.

—A ver, señor don José María—dijo un oficial—: explíquenos usted cuál es su invento.

—Pues ahora me ocupo del modo de construir cañones de a trescientos.

—¡Hombre, de a trescientos!—exclamaron los oficiales con aspavientos de risa y burla—. Los mayores que tenemos a bordo son de treinta y seis.

—Esos son juguetes de chicos. Figúrese usted el destrozo que harían esas piezas de trescientos disparando sobre la escuadra enemiga—dijo Malespina—. Pero ¿qué demonios es esto?—añadió, agarrándose para no rodar por el suelo, pues los balanceos del *Rayo* eran tales, que muy difícilmente podía uno tenerse derecho.

—El vendaval arrecia, y me parece que esta noche no entramos en Cádiz—dijo un oficial, retirándose.

Quedaron sólo dos, y el mentiroso continuó su perorata en estos términos:

—Lo primero que habría que hacer

era construir barcos de noventa y cinco a cien varas de largo.

—¡Caracoles! ¿Sabe usted que la lanchita sería regular?—indicó un oficial—. ¡Cien varas! El *Trinidad*, que santa gloria haya, tenía setenta, y a todos parecía demasiado largo. Ya sabe usted que viraba mal y que todas las maniobras se hacían en él muy difícilmente.

—Veo que usted se asusta por poca cosa, caballero—prosiguió Malespina—. ¿Qué son cien varas? Aún podrían construirse barcos mucho mayores. Y he de advertir a ustedes que yo los construiría de hierro.

—¡De hierro!...—exclamaron los dos oyentes sin poder contener la risa.

—De hierro, sí. ¿Por ventura no conoce usted la ciencia de la hidrostática? Con arreglo a ella, yo construiría un barco de hierro de siete mil toneladas.

—¡Y el *Trinidad* no tenía más que cuatro mil!—indicó un oficial—, lo cual parecía excesivo. Pero ¿no comprende usted que para mover esa mole sería preciso un aparejo tan colosal, que no habría fuerzas humanas capaces de maniobrar en él?

—¡Bicoca!... ¡Oh señor marino! ¿Y quién le dice a usted que yo sería tan torpe que moviera ese buque por medio del viento? Usted no me conoce. Si supiera usted que tengo aquí una idea... Pero no quiero explicársela a ustedes, porque no me entenderían.

Al llegar a este punto de su charla, don José María dió tal tumbó, que se quedó en cuatro pies. Pero ni por esas cerró el pico. Marchóse otro de los oficiales, y quedó sólo uno, el cual tuvo que seguir sosteniendo la conversación.

—¡Qué vaivenes!—continuó diciendo el viejo—. No parece sino que nos vamos a estrellar contra la costa... Pues bien: como dije, yo movería esa gran mole de mi invención por medio del... ¿A que no lo adivina usted?... Por medio del vapor de agua. Para esto se construiría una máquina singular, donde el vapor, comprimido y dilatado, alternativamente, dentro de dos cilindros, pusiera en movimiento unas ruedas..., pues...

El oficial no quiso oír más; y aunque no tenía puesto en el buque ni estaba de servicio, por ser de los recogidos, fué a ayudar a sus compañeros, bastante atareados con el creciente temporal. Malespina se quedó solo conmigo, y enton-

ces creí que iba a callar por no juzgarme persona a propósito para sostener la conversación. Pero ni desgracia quiso que él me tuviera en mas de lo que yo valía, y la emprendió conmigo en los siguientes términos:

—¿Usted comprende bien lo que quiero decir? Siete mil toneladas, el vapor, dos ruedas..., pues...

—Sí, señor, comprendo perfectamente—contesté a ver si se callaba, pues ni tenía humor de oírle ni los violentos balanceos del buque, anunciando un gran peligro, disponían el ánimo a disertar sobre el engrandecimiento de la marina.

—Veo que usted me conoce y se hace cargo de mis invenciones—continuó él—. Ya comprenderá que el buque que imagino sería invencible, lo mismo atacando que defendiendo. El solo habría derrotado con cuatro o cinco tiros los treinta navíos ingleses.

—Pero ¿los cañones de éstos no le harían daño también?—manifesté con timidez, arguyéndole más bien por cortesía que porque el asunto me interesase.

—¡Oh! La observación de usted, caballero, es atinadísima, y prueba que comprende y aprecia las grandes invenciones. Para evitar el efecto de la artillería enemiga, yo forraría mi barco con gruesas planchas de acero, es decir, le pondría una coraza, como las que usaban los antiguos guerreros. Con este medio podría atacar, sin que los proyectiles enemigos hicieran en sus costados más efecto que el que haría una andanada de bolitas de pan lanzadas por la mano de un niño. Es una idea maravillosa la que yo he tenido. Figúrese usted que nuestra nación tuviera dos o tres barcos de esos. ¿Dónde iría a parar la escuadra inglesa con todos sus Nelsones y Collingwoodes?

—Pero en caso de que se pudieran hacer aquí esos barcos—dije yo con viveza, conociendo la fuerza de mi argumento—, los ingleses los harían también, y entonces las proporciones de la lucha serían las mismas.

Don José María se quedó como alelado con esta razón, y por un instante estuvo perplejo, sin saber qué decir; mas su vena inagotable no tardó en sugerirle nuevas ideas, y contestó con mal humor:

—¿Y quién le ha dicho a usted, mo-

zalbete atrevido, que yo sería capaz de divulgar mi secreto? Los buques se fabricarían con el mayor sigilo y sin decir palotada a nadie. Supongamos que ocurría una nueva guerra. Nos provocaban los ingleses, y les decíamos: «Sí, señor, pronto estamos; nos batiremos.» Salían al mar los navios ordinarios, empezaba la pelea, y a lo mejor cádate que aparecen en las aguas del combate dos o tres de esos monstruos de hierro, vomitando humo y marchando acá o allá sin hacer caso del viento; se meten por donde quieren, hacen astillas con el empuje de su afilada proa a los barcos contrarios, y con un par de cañonazos..., figúrese usted, todo se acababa en un cuarto de hora.

No quise hacer más objeciones, porque la idea de que corriamos un gran peligro me impedía ocupar la mente con pensamientos contrarios a los propios de tan crítica situación. No volví a acordarme más del formidable buque imaginario hasta que, treinta años más tarde, supe la aplicación del vapor a la navegación, y más aún cuando al cabo de medio siglo vi en nuestra gloriosa fragata *Numancia* la acabada realización de los estrafularios proyectos del mentiroso de Trafalgar.

Medio siglo después me acordé de don José María Malespina, y dije:

—Parece mentira que las extravagancias ideadas por un loco o un embustero lleguen a ser realidades maravillosas con el transcurso del tiempo.

Desde que observé esta coincidencia, no condeno en absoluto ninguna utopía, y todos los mentirosos me parecen hombres de genio.

Dejé a don José María para ver lo que pasaba, y en cuanto puse los pies fuera de la cámara, me enteré de la comprometida situación en que se encontraba el *Rayo*. El vendaval no sólo le impedía la entrada en Cádiz, sino que le impulsaba hacia la costa, donde encallaría de seguro, estrellándose contra las rocas. Por mala que fuera la suerte del *Santa Ana*, que habíamos abandonado, no podía ser peor que la nuestra. Yo observé con afán los rostros de oficiales y marineros, por ver si encontraba alguno que indicase esperanza; pero, por mi desgracia, en todos vi señales de gran desaliento. Consulté el cielo, y lo vi pavorosamente feo; consul-

té la mar, y la encontré muy sañuda. No era posible volverse más que a Dios, y ¡Este estaba tan poco propicio con nosotros desde el 21!...

El *Rayo* corría hacia el Norte. Según las indicaciones que iban haciendo los marineros, junto a quienes estaba yo, pasábamos frente al banco de Marrajotes, de Hazte Afuera, de Juan Bola, frente al Torregorda, y, por último, frente al castillo de Cádiz. En vano se ejecutaron todas las maniobras necesarias para poner la proa hacia el interior de la bahía. El viejo navío, como un corcel espantado, se negaba a obedecer: el viento y el mar, que corrían con impetuosa furia de Sur a Norte, lo arrastraban, sin que la ciencia náutica pudiese nada para impedirlo.

No tardamos en rebasar de la bahía. A nuestra derecha quedó bien pronto Rota, Punta Candor, Punta de Meca, Regla y Chipiona. No quedaba duda de que el *Rayo* iba derecho a estrellarse inevitablemente en la costa cercana a la desembocadura del Guadalquivir. No necesito decir que las velas habían sido cargadas, y que no bastando este recurso contra tan fuerte temporal, se bajaron también los masteleros. Por último, también se creyó necesario picar los palos, para evitar que el navío se precipitara bajo las olas. En las grandes tempestades el barco necesita achicarse: de alta encina quiere convertirse en humilde hierba, y como sus mástiles no pueden plegarse cual las ramas de un árbol, se ve en la dolorosa precisión de amputarlos, quedándose sin miembros por salvar la vida.

La pérdida del buque era ya inevitable. Picados los palos mayor y de mesana, se le abandonó, y la única esperanza consistía en poderlo fondear cerca de la costa, para lo cual se prepararon las áncoras, reforzando las amarras. Disparó dos cañonazos para pedir auxilio a la playa ya cercana, y como se distinguieran claramente algunas hogueras en la costa, nos alegramos, creyendo que no faltaría quien nos diera auxilio. Muchos opinaron que algún navío español o inglés había encallado allí, y que las hogueras que veíamos eran encendidas por la tripulación náufraga. Nuestra ansiedad crecía por momentos; y respecto a mí, debo decir que me creí cercano a un fin desastroso. Ni ponía atención a lo

que a bordo pasaba, ni en la turbación de mi espíritu podía ocuparme más que de la muerte, que juzgaba inevitable. Si el buque se estrellaba, ¿quién podía salvar el espacio de agua que le separaría de la tierra? El lugar más terrible de una tempestad es aquel en que las olas se revuelven contra la tierra y parece que están cavando en ella para llevarse pedazos de playa al profundo abismo. El empuje de la ola al avanzar y la violencia con que se arrastra al retirarse son tales, que ninguna fuerza humana puede vencerlos.

Por último, después de algunas horas de mortal angustia, la quilla del *Rayo* tocó en un banco de arena y se paró. El casco todo y los restos de su arboladura retemblaron un instante: parecía que intentaban vencer el obstáculo interpuesto en su camino; pero éste fué mayor, y el buque, inclinándose sucesivamente de uno y otro costado, hundió su popa, y después de un espantoso crujido, quedó sin movimiento.

Todo había concluído, y ya no era posible ocuparse más que de salvar la vida, atravesando el espacio de mar que de la costa nos separaba. Esto pareció casi imposible de realizar en las embarcaciones que a bordo teníamos; mas había esperanzas de que nos enviaran auxilio de tierra, pues era evidente que la tripulación de un buque recién naufragado vivaqueaba en ella, y no podía estar lejos alguna de las balandras de guerra, cuya salida para tales casos debía de haber dispuesto la autoridad naval de Cádiz... El *Rayo* hizo nuevos disparos y esperamos socorros con la mayor impaciencia, porque, de no venir pronto, pereceríamos todos con el navío. Este infeliz inválido, cuyo fondo se había abierto al encallar, amenazaba despedazarse por sus propias convulsiones, y no podía tardar el momento en que, desquiciada la clavazón de algunas de sus cuadernas, quedaríamos a merced de las olas, sin más apoyo que el que nos dieran los desordenados restos del buque.

Los de tierra no podían darnos auxilio; pero Dios quiso que oyera los cañonazos de alarma una balandra que se había hecho a la mar desde Chipiona, y se nos acercó por la proa, manteniéndose a buena distancia. Desde que avisamos su gran vela mayor vimos segura nuestra salvación, y el comandante del

Rayo dió las órdenes para que el transbordo se verificara sin atropello en tan peligrosos momentos.

Mi primera intención, cuando vi que se trataba de transbordar, fué correr al lado de las dos personas que allí me interesaban: el señorito Malespina y Marcial, ambos heridos, aunque el segundo no lo estaba de gravedad. Encontré al oficial de artillería en bastante mal estado, y decía a los que rodeaban:

—No me muevan; déjenme morir aquí.

Marcial había sido llevado sobre cubierta, y yacía en el suelo con tal postura y abatimiento, que me inspiró verdadero miedo su semblante. Alzó la vista cuando me acerqué a él, y tomándome la mano, dijo con voz conmovida:

—Gabrielillo, no me abandones.

—¡A tierra! ¡Todos vamos a tierra! —exclamé yo, procurando reanimarle. Pero él, moviendo la cabeza con triste ademán, parecía presagiar alguna desgracia.

Traté de ayudarle para que se levantara; pero después del primer esfuerzo su cuerpo volvió a caer exánime, y al fin dijo:

—No puedo.

Las vendas de su herida se habían caído, y en el desorden de aquella apurada situación no encontró quien se las aplicara de nuevo. Yo le curé como pude, consolándole con palabras de esperanza; y hasta procuré reír ridiculizando su facha, para ver si de este modo le reanimaba. Pero el pobre viejo no desplegó sus labios; antes bien, inclinaba la cabeza con gesto sombrío, insensible a mis bromas lo mismo que a mis consuelos.

Ocupado en esto, no advertí que había comenzado el embarque en las lanchas. Casi de los primeros que a ellas bajaron fueron don José María Malespina y su hijo. Mi primer impulso fué ir tras ellos, siguiendo las órdenes de mi amo; pero la imagen del marinero herido y abandonado me contuvo. Malespina no necesitaba de mí, mientras que Marcial, casi considerado como muerto, estrechaba con su helada mano la mía, diciéndome:

—Gabriel, no me abandones.

Las lanchas atracaban difícilmente; pero a pesar de esto, una vez transbor-

dados los heridos, el embarco fué fácil, porque los marineros se precipitaban en ellas deslizándose por una cuerda, o arrojándose de un salto. Muchos se echaban al agua para alcanzarlas a nado. Por mi imaginación cruzó como un problema terrible la idea de cuál de aquellos dos procedimientos emplearía para salvarme. No había tiempo que perder, porque el *Rayo* se desbarataba: casi toda la popa estaba hundida, y los estallidos de los baos y de las cuadernas medio podridas anunciaban que bien pronto aquella mole iba a dejar de ser un barco. Todos corrían con presteza hacia las lanchas, y la balandra, que se mantenía a cierta distancia, maniobrando con habilidad para resistir la mar, los recogía. Las embarcaciones volvían vacías al poco tiempo, pero no tardaban en llenarse de nuevo.

Yo observé el abandono en que estaba *Medio-hombre*, y me dirigí, sofocado y llorando, a algunos marineros, rogándoles que cargaran a Marcial para salvarle. Pero harto hacían ellos con salvarse a sí propios. En un momento de desesperación, traté yo mismo de echármele auestas; pero mis escasas fuerzas apenas lograron alzar del suelo sus brazos desmayados. Corrí por toda la cubierta buscando un alma caritativa, y algunos estuvieron a punto de ceder a mis ruegos; mas el peligro los distrajo de tan buen pensamiento. Para comprender esta inhumana crueldad es preciso haberse encontrado en trances tan terribles: el sentimiento y la caridad desaparecen ante el instinto de conservación que domina el ser por completo, asimilándole a veces a una fiera.

—¡Oh, esbs malvados no quieren salvarte, Marcial!—exclamé con vivo dolor.

—Déjalos—me contestó—. Lo mismo da a bordo que en tierra. Márchate tú; corre, chiquillo, que te dejan aquí.

No sé qué idea mortificó más mi mente: si la de quedarme a bordo, donde perecería sin remedio, o la de salir dejando solo a aquel desgraciado. Por último, más pudo la voz de la naturaleza que otra fuerza alguna, y di unos cuantos pasos hacia la borda. Retrocedí para abrazar al pobre viejo y corrí luego velozmente hacia el punto en que se embarcaban los últimos marineros. Eran cuatro; cuando llegué, vi que los cuatro

se habían lanzado al mar y se acercaban nadando a la embarcación, que estaba como a unas diez o doce varas de distancia.

—¿Y yo?—exclamé con angustia, viendo que me dejaban—. ¡Yo voy también, yo también!

Grité con todas mis fuerzas; pero no me oyeron o no quisieron hacerme caso. A pesar de la oscuridad, vi la lancha; los vi subir a ella, aunque esta operación apenas podía precisarse por la vista. Me dispuse a arrojarme al agua para seguir la misma suerte; pero en el instante mismo en que se determinó en mi voluntad esta resolución, mis ojos dejaron de ver lancha y marineros, y ante mí no había más que la horrenda oscuridad del agua.

Todo medio de salvación había desaparecido. Volví los ojos a todos lados, y no vi más que las olas que sacudían los restos del barco; en el cielo, ni una estrella; en la costa, ni una luz. La balandra había desaparecido también. Bajo mis pies, que pataleaban con ira, el casco del *Rayo* se quebraba en pedazos, y sólo se conservaba unida y entera la parte de proa, con la cubierta llena de despojos. Me encontraba sobre una balsa informe que amenazaba desbaratarse por momentos.

Al verme en tal situación, corrí hacia Marcial, diciendo:

—¡Me han dejado, nos han dejado!

El anciano se incorporó con muchísimo trabajo apoyado en su mano; levantó la cabeza y recorrió con su turbada vista el lóbrego espacio que nos rodeaba.

—¡Nada!—exclamó—. No se ve nada. Ni lanchas, ni tierra, ni luces, ni costa. No volverán.

Al decir esto, un terrible chasquido sonó bajo nuestros pies en lo profundo del sollado de proa, ya enteramente anegado. El alcázar se inclinó violentamente de un lado, y fué preciso que nos agarráramos fuertemente a la base de un molinete para no caer al agua. El piso nos faltaba; el último resto del *Rayo* iba a ser tragado por las olas. Mas como la esperanza no abandona nunca, yo aún creí posible que aquella situación se prolongase hasta el amanecer sin empeorarse, y me consolé ver que el palo del trinquete aún estaba en pie. Con el propósito firme de subirme a él cuando

el casco acabara de hundirse, miré aquel árbol orgulloso en que flotaban trozos de cabos y harapos de velas, y que resistía, coloso desgredado por la desesperación, pidiendo al Cielo misericordia.

Marcial se dejó caer en la cubierta, y luego dijo:

—Ya no hay esperanza, Gabrielillo. Ni ellos querrán volver, ni la mar los dejaría si lo intentaran. Puesto que Dios lo quiere, aquí hemos de morir los dos. Por mí nada me importa: soy un viejo y no sirvo para maldita la cosa. Pero tú..., tú eres un niño, y...

Al decir esto su voz se hizo ininteligible por la emoción y la ronquera. Poco después le oí claramente estas palabras:

—Tú no tienes pecados porque eres un niño. Pero yo... Bien que cuando uno se muere así..., vamos al decir..., así, al modo de perro o gato, no necesita de que un cura venga y le dé la *solución*, sino que basta y sobra con que uno mismo se entienda con Dios. ¿No has oído tú eso?

Yo no sé lo que contesté; creo que no dije nada, y me puse a llorar sin consuelo.

—Animo, Gabrielillo—prosiguió—. El hombre debe ser hombre, y ahora es cuando se conoce quién tiene alma y quién no la tiene. Tú no tienes pecados; pero yo sí. Dicen que cuando uno se muere y no halla cura con quien confesarse, debe decir lo que tiene en la conciencia al primero que encuentre. Pues yo te digo, Gabrielillo, que me confieso contigo y que te voy a decir mis pecados, y cuenta con que Dios me está oyendo detrás de ti y que me va a perdonar.

Mudo por el espanto y por las solemnes palabras que acababa de oír, me abracé al anciano, que continuó de este modo:

—Pues digo que siempre he sido cristiano católico, *postólico*, romano, y que siempre he sido y soy devoto de la Virgen del Carmen, a quien llamo en mi ayuda en este momento; y digo también que si hace veinte años que no he confesado ni comulgado, no fué por mí, sino por *mor* del maldito servicio y porque siempre lo va uno dejando para el domingo que viene. Pero ahora me pesa de no haberlo hecho, y digo, y declaro, y perjuro, que quiero a Dios, y a la Virgen y a todos los santos, y que por todo

lo que los haya ofendido me castiguen, pues si no me confesé y comulgué este año fué por el *aquel* de los malditos *casacones*, que me hicieron salir al mar cuando tenía el *proeto* de cumplir con la Iglesia. Jamás he robado ni la punta de un alfiler, ni he dicho más mentiras que alguna que otra para bromear. De los palos que le daba a mi mujer hace treinta años, me arrepiento, aunque creo que bien dados estuvieron, porque era más mala que las *churras* y con un genio más picón que un alacrán. No he faltado ni tanto así a lo que manda la Ordenanza; no aborrezco a nadie más que a los *casacones*, a quienes hubiera querido ver hecho picadillo; pero pues dicen que todos somos hijos de Dios, yo los perdono, y *así mismamente* perdono a los franceses, que nos han traído esta guerra. Y no digo más, porque me parece que me voy a toda vela. Yo amo a Dios y estoy tranquilo. Gabrielillo, abrázate conmigo y apriétate bien contra mí. Tú no tienes pecados, y vas a andar *finiqueleando* con los ángeles divinos. Más vale morirse a tu edad que vivir en este *emperrado* mundo... Conque ánimo, chíquillo, que esto se acaba. El agua sube, y el *Rayo* se acabó para siempre. La muerte del que se ahoga es muy buena: no te asustes..., abrázate conmigo. Dentro de un ratito estaremos libres de pesadumbres, yo dando cuenta a Dios de mis pecadillos y tú contento como unas pascuas, danzando por el cielo, que está alfombrado con estrellas, y allí parece que la felicidad no se acaba nunca, porque es eterna, que es como dijo el otro: mañana y mañana y mañana, y al otro y siempre.

No pudo hablar más. Yo me agarré fuertemente al cuerpo de *Medio-hombre*. Un violento golpe de mar sacudió la proa del navío, y sentí el azote del agua sobre mi espalda. Cerré los ojos y pensé en Dios. En el mismo instante perdí toda sensación, y no supe lo que ocurrió.

XVI

Volvió, no sé cuándo, a iluminar turbiamente mi espíritu la noción de la vida; sentí un frío intensísimo, y sólo este accidente me dió a conocer la propia existencia, pues ningún recuerdo de lo pasado conservaba mi mente, ni po-

día nacerme cargo de mi nueva situación. Cuando mis ideas se fueron aclarando y se desvanecía el letargo de mis sentidos, me encontré tendido en la playa. Algunos hombres estaban en derredor mío, observándome con interés. Lo primero que oí fué:

—¡Probrecito!... Ya vuelve en sí.

Poco a poco fui volviendo a la vida, y con ella al recuerdo de lo pasado. Me acordé de Marcial, y creo que las primeras palabras articuladas por mis labios fueron para preguntar por él. Nadie supo contestarme. Entre los que me rodeaban reconocí a algunos marineros del *Rayo*; les pregunté por *Medio-hombre*, y todos convinieron en que había perecido. Después quise enterarme de cómo me habían salvado; pero tampoco me dieron razón.

Diéronme a beber no sé qué; me llevaron a una casa cercana, y allí, junto al fuego, y cuidado por una vieja, recobré la salud, aunque no las fuerzas. Entonces me dijeron que, habiendo salido otra balandra a reconocer los restos del *Rayo* y los de un navío francés que corrió igual suerte, me encontraron junto a Marcial y pudieron salvarme la vida. Mi compañero de agonía estaba muerto. También supe que en la travesía del barco naufragado a la costa habían perecido algunos infelices.

Quise saber qué había sido de Malespina, y no hubo quien me diera razón del padre ni del hijo. Pregunté por el *Santa Ana*, y me dijeron que había llegado felizmente a Cádiz, por cuya noticia resolví ponerme inmediatamente en camino para reunirme con mi amo. Me encontraba a bastante distancia de Cádiz, en la costa que corresponde a la orilla derecha del Guadalquivir. Necesitaba, pues, emprender la marcha inmediatamente para recorrer lo más pronto posible tan largo trayecto. Esperé dos días más para reponerme, y al fin, acompañado de un marinero que llevaba el mismo camino, me puse en marcha hacia Sanlúcar. En la mañana del 27 recuerdo que atravesamos el río, y luego seguimos nuestro viaje a pie sin abandonar la costa. Como el marinero que me acompañaba era francote y alegre, el viaje fué todo lo agradable que yo podía esperar, dada la situación de mi espíritu, aún abatido por la muerte de Marcial y por las últimas escenas de qué fui testi-

go a bordo. Por el camino íbamos departiendo sobre el combate y los naufragios que le sucedieron.

—Buen marino era *Medio-hombre*—decía mi compañero de viaje—. Pero ¿quién le metió a salir a la mar con un cargamento de más de sesenta años? Bien empleado le está el fin que ha tenido.

—Era un valiente marinero—dije yo—, y tan aficionado a la guerra, que ni sus achaques le arredraron cuando intentó venir a la escuadra.

—Pues de ésta me despido—prosiguió el marinero—. No quiero más batallas en la mar. El rey paga mal, y después, si queda uno cojo o baldado, le dan las buenas noches, y si te he visto no me acuerdo. Parece mentira que el rey trate tan mal a los que le sirven. ¿Qué cree usted? La mayor parte de los comandantes de navío que se han batido el veintiuno, hace muchos meses que no cobran sus pagas. El año pasado estuvo en Cádiz un capitán de navío que, no sabiendo cómo mantenerse y mantener a sus hijos, se puso a servir en una posada. Sus amigos le descubrieron, aunque él trataba de disimular su miseria, y, por último, lograron sacarle de tan vil estado. Esto no pasa en ninguna nación del mundo. ¡Y luego se espantan de que nos venzan los ingleses! Pues no digo nada del armamento. Los arsenales están vacíos, y por más que se pide dinero a Madrid, ni un cuarto. Verdad es que todos los tesoros del rey se emplean en pagar sus sueldos a los señores de la Corte, y entre éstos, el que más come es el príncipe de la Paz, que reúne cuarenta mil durazos como consejero de Estado, como secretario de Estado, como capitán general y como sargento mayor de guardias... Lo dicho: no quiero servir al rey. A mi casa me voy con mi mujer y mis hijos, pues ya he cumplido, y dentro de unos días me han de dar la licencia.

—Pues no podrá usted quejarse, amiguito, si le tocó ir en el *Rayo*, navío que apenas entró en acción.

—Yo no estaba en el *Rayo*, sino en el *Bahama*, que sin duda fué de los barcos que mejor y por más tiempo pelearon.

—Ha sido apresado y su comandante murió, si no recuerdo mal.

—Así fué—contestó—. Y todavía me

dan ganas de llorar cuando me acuerdo de don Dionisio Alcalá Galiano, el más valiente brigadier de la Armada. Eso sí, tenía el genio fuerte y no consentía la más pequeña falta; pero su mucho rigor nos obligaba a quererle más, porque el capitán que se hace temer por severo, si a la severidad acompaña la justicia, infunde respeto, y, por último, se conquista el cariño de la gente. También puede decirse que otro más caballero y más generoso que don Dionisio Alcalá Galiano no ha nacido en el mundo. Así es que cuando quería obsequiar a sus amigos, no se andaba por las ramas, y una vez en la Habana gastó diez mil duros en cierto convite que dió a bordo de su buque.

—También oí que era hombre muy sabio en la náutica.

—¿En la náutica? Sabía más que Merlín y que todos los doctores de la Iglesia. ¡Si había hecho un sinfín de mapas y había descubierto no sé qué tierras que están allá por el mismo infierno! ¡Y hombres así los mandan a una batalla para que perezcan como un grumete!... Le contaré a usted lo que pasó en el *Bahama*. Desde que empezó la batalla, don Dionisio Alcalá Galiano sabía que la habíamos de perder, porque aquella maldita virada en redondo... Nosotros estábamos en la reserva y nos quedamos a la cola. Nelson, que no era ningún rana, vió nuestra línea, y dijo: «Pues si la corto por dos puntos distintos y los cojo entre dos fuegos, no se me escapa ni tanto así de navío.» Así lo hizo el maldito, y como nuestra línea era tan larga, «la cabeza no podía ir en auxilio de la cola» (1). Nos derrotó por partes, atacándonos en dos fuertes columnas dispuestas al modo de cuña, que es, según dicen, el modo de combatir que usaba el capitán moro Alejandro Magno y que hoy dicen usa también Napoleón. Lo cierto es que nos envolvió y nos dividió, y nos fué rematando barco a barco, de tal modo, que no podíamos ayudarnos unos a otros, y cada navío se veía obligado a combatir con tres o cuatro. Pues verá usted: el *Bahama* fué de los primeros que entraron en fuego. Alcalá Galiano revistó la tripulación al mediodía, examinó las baterías y nos echó una arenga, en que dijo, señalando

la bandera: «Señores: estén ustedes todos en la inteligencia de que esa bandera está clavada.» Ya sabíamos qué clase de hombre nos mandaba; y así, no nos asombró aquel lenguaje. Después le dijo al guardia marina don Alonso Butrón, encargado de ella: «Cuida de defenderla. Ningún Galiano se rinde, y tampoco un Butrón debe hacerlo.»

—Lástima es—dije yo—que estos hombres no hayan tenido un jefe digno de su valor, ya que no se les encargó del mando de la escuadra.

—Sí que es lástima, y verá usted lo que pasó. Empezó la refriega, que ya sabrá usted fué cosa buena, si estuvo a bordo del *Trinidad*. Tres navíos nos acribillaron a balazos por babor y estribor. Desde los primeros momentos caían como moscas los heridos, y el mismo comandante recibió una fuerte contusión en la pierna, y después un astillazo en la cabeza, que le hizo mucho daño. Pero ¿usted cree que se acobardó ni que anduvo con ungüentos ni parches? ¡Quíá! Seguía en el alcázar como si tal cosa, aunque personas muy queridas para él caían a su lado para no levantarse más. Alcalá Galiano mandaba la maniobra y la artillería, como si hubiéramos estado haciendo el saludo frente a una plaza. Una balita de poca cosa le llevó el antejo, y esto le hizo sonreír. Aún me parece que le estoy viendo. La sangre de las heridas le manchaba el uniforme y las manos; pero él no se cuidaba de esto más que si fueran gotas de agua salada salpicadas por el mar. Como su carácter era algo arrebatado y su genio vivo, daba las órdenes gritando y con tanto coraje, que si no las obedeciéramos porque era nuestro deber, las hubiéramos obedecido por miedo... Pero, al fin, todo se acabó de repente, cuando una bala de medio calibre le cogió la cabeza, dejándole muerto en el acto. Con esto concluyó el entusiasmo, si no la lucha. Cuando cayó muerto nuestro querido comandante, le ocultaron para que no le viéramos; pero nadie dejó de comprender lo que había pasado, y después de una lucha desesperada, sostenida por el honor de la bandera, el *Bahama* se rindió a los ingleses, que se lo llevarán a Gibraltar si antes no se les va a pique, como sospecho.

Al concluir su relación, y después de contar cómo había pasado del *Bahama*

(1) Palabras de Nelson.

al *Santa Ana*, mi compañero dió un fuerte suspiro y calló por mucho tiempo. Pero como el camino se hacía largo y pesado, yo intenté trabar de nuevo la conversación, y principié contándole lo que había visto y, por último, mi traslado a bordo del *Rayo* con el joven Malespina.

—¡Ah!—dijo—. ¿Es un joven oficial de Artillería que fué transportado a la balandra y de la balandra a tierra en la noche del veintitrés?

—El mismo—contesté—, y por cierto que nadie me ha dado razón de su paradero.

—Pues ése fué de los que perecieron en la segunda lancha, que no pudo tocar tierra. De los sanos, se salvaron algunos, entre ellos el padre de ese señor oficial de Artillería; pero los heridos se ahogaron todos, como es fácil comprender, no pudiendo los infelices ganar a nado la costa.

Me quedé absorto al saber la muerte del joven Malespina, y la idea del pesar que aguardaba a mi infeliz e idolatrada mitad llenó mi alma, ahogando todo resentimiento.

—¡Qué horrible desgracia!—exclamé—. ¿Y seré yo quien lleve tan triste noticia a su afligida familia? Pero, señor, ¿está usted seguro de lo que dice?

—He visto con estos ojos al padre de ese joven quejándose amargamente y refiriendo los pormenores de la desgracia con tanta angustia, que partía el corazón. Según decía, él había salvado a todos los de la lancha, y aseguraba que si hubiera querido salvar sólo a su hijo lo habría logrado, a costa de la vida de todos los demás. Prefirió, con todo, dar la vida al mayor número, aun sacrificando la de su hijo en beneficio de muchos, y así lo hizo. Parece que es hombre de mucha alma y sumamente diestro y valeroso.

Esto me entristeció tanto, que no hablé más del asunto. ¡Muerto Marcial, muerto Malespina! ¡Qué terribles nuevas llevaba yo a casa de mi amo! Casi estuve por un momento decidido a no volver a Cádiz, dejando que el azar o la voz pública llevaran tan penosa comisión al seno del hogar donde tantos corazones palpitaban de inquietud. Sin embargo, era preciso que me presentase a don Alonso para darle cuenta de mi conducta.

Llegamos, por fin, a Rota, y allí nos embarcamos para Cádiz. No pueden ustedes figurarse qué alborotado estaba el vecindario con la noticia de los desastres de la escuadra. Poco a poco iban llegando las nuevas de lo sucedido, y ya se sabía la suerte de la mayor parte de los buques, aunque de muchos marineros y tripulantes se ignoraba todavía el paradero. En las calles ocurrían cada momento escenas de desolación cuando un recién llegado daba cuenta de los muertos que conocía y nombraba las personas que no habían de volver. La multitud invadía el muelle para reconocer los heridos, esperando encontrar al padre, al hermano, al hijo o al marido. Presenció escenas de frenética alegría, mezcladas con lances dolorosos y terribles desconsuelos. Las esperanzas se desvanecían, las sospechas se confirmaban las más de las veces, y el número de los que ganaban en aquel agonioso juego de la suerte era bien pequeño, comparado con el de los que perdían. Los cadáveres que aparecieron en la costa de Santa María sacaban de dudas a muchas familias, y otras esperaban aún encontrar entre los prisioneros conducidos a Gibraltar a la persona amada.

En honor del pueblo de Cádiz, debo decir que jamás vecindario alguno ha tomado con tanto empeño el auxilio de los heridos, no distinguiendo entre nacionales y enemigos, antes bien, equiparando a todos bajo el amplio pabellón de la caridad. Collingwood consignó en sus memorias esta generosidad de mis paisanos. Quizá la magnitud del desastre apagó todos los resentimientos. ¿No es triste considerar que sólo la desgracia hace a los hombres hermanos?

En Cádiz pude conocer en su conjunto la acción de guerra que yo, a pesar de haber asistido a ella, no conocía sino por casos particulares, pues lo largo de la línea, lo complicado de los movimientos y la diversa suerte de los navíos no permitían otra cosa. Según allí me dijeron, además del *Trinidad* se habían ido a pique el *Argonauta*, de 92, mandado por don Antonio Pareja, y el *San Agustín*, de 80, mandado por don Felipe Cajigal. Con Gravina, en el *Príncipe de Asturias*, habían vuelto a Cádiz el *Montañés*, de 80, comandante Alcedo, que murió en el combate en unión del segundo Castaños; el *San Justo*, de

76, mandado por don Miguel Gastón; el *San Leandro*, de 74, mandado por José Quevedo; el *San Francisco*, de 74, mandado por don Luis Flores; el *Rayo*, de 100, que mandaba Macdonell. De éstos salieron el 23, para represar las naves que estaban a la vista, el *Montañés*, el *San Justo*, el *San Francisco* y el *Rayo*; pero los dos últimos se perdieron en la costa, lo mismo que el *Monarca*, de 74, mandado por Argumosa, y el *Nepotuno*, de 80, cuyo heroico comandante, don Cayetano Valdés, ya célebre por la jornada del 14, estuvo a punto de perecer. Quedaron apresados el *Bahama*, que se deshizo antes de llegar a Gibraltar; el *San Ildefonso*, de 74, comandante Vargas, que fué conducido a Inglaterra, y el *Nepomuceno*, que por muchos años permaneció en Gibraltar; conservado como un objeto de veneración o sagrada reliquia. El *Santa Ana* llegó felizmente a Cádiz en la misma noche en que lo bandonamos. Los ingleses también perdieron algunos de sus fuertes navíos, y no pocos de sus oficiales generales compartieron el glorioso fin del almirante Nelson.

En cuanto a los franceses, no es necesario decir que tuvieron tantas pérdidas como nosotros. A excepción de los cuatro navíos que se retiraron con Duma noir sin entrar en fuego, mancha que en mucho tiempo no pudo quitarse de encima la Marina imperial, nuestros aliados se condujeron heroicamente en la batalla. Villeneuve, deseando que se olvidaran en un días sus faltas, peleó hasta el fin denodadamente, y fué llevado prisionero a Gibraltar. Otros muchos comandantes cayeron en poder de los ingleses, y algunos murieron. Sus navíos corrieron igual suerte que los nuestros; unos se retiraron con Gravi na; otros fueron apresados, y muchos se perdieron en las costas. El *Achille* se voló en medio del combate, como indiqué en mi relación.

Pero, a pesar de estos desastres, nuestra aliada, la orgullosa Francia, no pagó tan caro como España las consecuencias de aquella guerra. Si perdía lo más florido de su Marina, en tierra alcanzaba en aquellos mismos días ruidosos triunfos. Napoleón había transportado en poco tiempo el gran ejército desde las orillas del Canal de la Mancha a la Europa central y ponía en ejecución su co-

losal plan de campaña contra el Austria. El 20 de octubre, un día antes de Trafalgar, Napoleón presenciaba en el campo de Ulm el desfile de las tropas austríacas, cuyos generales le entregaban su espada, y dos meses después, el 2 de diciembre del mismo año, ganaba en los campos de Austerlitz la más brillante acción de su reinado.

Estos triunfos atenuaron en Francia la pérdida de Trafalgar; el mismo Napoleón mandó a los periódicos que no se hablara del asunto, y cuando se le dió cuenta de la victoria de sus implacables enemigos los ingleses, se contentó con encogerse de hombros, diciendo: «Yo no puedo estar en todas partes.»

XVII

Traté de retardar el momento de presentarme a mi amo; pero, al fin, el hambre, la desnudez en que me hallaba y la falta de asilo me obligaron a ir. Mi corazón, al aproximarse a la casa de doña Flora, palpitaba con tanta fuerza, que a cada paso me detenía para tomar aliento. La inmensa pena que iba a causar anunciando la muerte del joven Malespina gravitaba sobre mi alma con tan atroz pesadumbre, que si yo hubiera sido responsable de aquel desastre, no me habría sentido más angustiado. Llegué, por fin, y entré en la casa. Mi presencia en el patio produjo gran sensación; sentí fuertes pasos en las galerías altas, y aún no había tenido tiempo de decir una palabra, cuando me abrazaron estrechamente. No tardé en reconocer el rostro de doña Flora más pintorreado aquel día que un retablo, y ferozmente desfigurado con la alegría que mi presencia causó en el espíritu de la excelente vieja. Los dulces nombres de *pimpollo*, *remono*, *angelito* y otros, que me prodigó con toda largueza, no me hicieron sonreír. Subí, y todos estaban en movimiento. Oí a mi amo que decía: «¡Ahí está! Gracias a Dios.» Entré en la sala, y doña Francisca se adelantó hacia mí, preguntándome con mortal ansiedad:

—¿Y don Rafael? ¿Qué ha sido de don Rafael?

Permanecí confuso por largo rato. La voz se ahogaba en mi garganta, y no

tenía valor para decir la fatal noticia. Repitieron la pregunta, y entonces vi a mi amita que salía de una pieza inmediata, con el rostro pálido, espantados los ojos y mostrando en su ademán la angustia que la poseía. Su vista me hizo prorrumpir en amargo llanto, y no necesité pronunciar una palabra. Rosita lanzó un grito terrible y cayó desmayada. Don Alonso y su esposa corrieron a auxiliarla, ocultando su pesar en el fondo del alma. Doña Flora se entristeció, y llamándome aparte, para cerciorarse de que mi persona volvía completa, me dijo:

—Conque ¿ha muerto ese caballerito? Ya me lo figuraba yo, y así se lo he dicho a Paca; pero ella, reza que te reza, ha creído que lo podía salvar. ¡Si cuando está de Dios una cosa...! Y tú, bueno y sano, ¡qué placer! ¿No has perdido nada?

La consternación que reinaba en la casa es imposible de pintar. Por espacio de un cuarto de hora no se oyeron más que llantos, gritos y sollozos, porque la familia de Malespina estaba allí también. ¡Pero qué singulares cosas permite Dios para sus fines! Había pasado, como he dicho, un cuarto de hora desde que di la noticia, cuando una ruidosa y chillona voz hirió mis oídos. Era la de don José María Malespina, que vociferaba en el patio, llamando a su mujer, a don Alonso y a mi amita. Lo que más me sorprendió fué que la voz del embustero parecía tan alegre como de costumbre, lo cual me parecía altamente indecoroso después de la desgracia ocurrida. Corrimos a su encuentro, y me maravillé viéndole gozoso como unas pascuas.

—Pero don Rafael...—le dijo mi amo con asombro.

—Bueno y sano—contestó don José María—. Es decir, sano, no; pero fuera de peligro, sí, porque su herida ya no ofrece cuidado. El bruto del cirujano opinaba que se moría; pero bien sabía yo que no. ¡Cirujanitos a mí! Yo lo he curado, señores; yo, yo, por un procedimiento nuevo, inusitado, que solo conozco.

Estas palabras, que repentinamente cambiaban de un modo tan radical la situación, dejaron atónitos a mis amos; después, una viva alegría sucedió a la anterior tristeza, y, por último, cuando la fuerte emoción les permitió reflexio-

nar sobre el engaño, me interpe-laron con severidad, reprendiéndome por el gran susto que les había ocasionado. Yo me disculpé diciendo que me lo habían contado tal como lo referí, y don José María se puso furioso, llamándome zascandil, embustero y enredador.

Efectivamente, don Rafael vivía y estaba fuera de peligro; mas se había quedado en Sanlúcar en casa de gente conocida, mientras su padre vino a Cádiz en busca de su familia para llevarla al lado del herido. El lector no comprenderá el origen de la equivocación que me hizo anunciar con tan buena fe la muerte del joven; pero apuesto a que cuantos lean esto sospechan que algún estupendo embuste del viejo Malespina hizo llegar a mis oídos la noticia de una desgracia supuesta. Así fué, ni más ni menos. Según lo que supe después al ir a Sanlúcar acompañando a la familia, don José María había forjado una novela de heroísmo y habilidad por parte suya; en diversos corrillos refirió el extraño caso de la muerte de su hijo, suponiendo pormenores, circunstancias tan dramáticas, que por algunos días el fingido protagonista fué objeto de las alabanzas de todos por su abnegación y valentía. Contó que, habiendo zozobrado la lancha, él tuvo que optar entre la salvación de su hijo y la de todos los demás, decidiéndose por esto último, en razón de ser más generoso y humanitario. Adornó su leyenda con detalles tan peregrinos, tan interesantes y a la vez tan verosímiles, que muchos se lo creyeron. Pero la superchería se descubrió pronto y el engaño no duró mucho tiempo, aunque sí el necesario para que llegase a mis oídos, obligándome a transmitirlo a la familia. Aunque tenía muy mala idea de la veracidad del viejo Malespina, jamás pude creer que se permitiera mentir en asuntos tan serios.

Pasadas aquellas fuertes emociones, mi amo cayó en profunda melancolía: apenas hablaba; diríase que su alma, perdida la última ilusión, había liquidado toda clase de cuentas con el mundo y se preparaba para el último viaje. La definitiva ausencia de Marcial le quitaba el único amigo de aquella su infantil senectud, y no teniendo con quién jugar a los barquitos, se consumía en honda tristeza. Ni aun viéndole tan abatido, cejó doña Francisca en su tarea

de mortificación, y el día de mi llegada oí que le decía:

—Bonita la habéis hecho... ¿Qué te parece? ¿Aún no estás satisfecho? Anda, anda a la escuadra. ¿Tenía yo razón o no la tenía? ¡Oh! Si se hiciera caso de mí... ¿Aprenderás ahora? ¿Ves cómo te ha castigado Dios?

—Mujer, déjame en paz—contestaba, dolorido, mi amo.

—Y ahora nos hemos quedado sin escuadra, sin marinos, y nos quedaremos hasta sin modo de andar si seguimos unidos con los franceses... Quiera Dios que estos señores no nos den un mal pago. El que se ha lucido es el señor Villeneuve. Vamos, que también Gravina, si se hubiera opuesto a la salida de la escuadra, como opinaban Churruca y Alcalá Galiano, habría evitado este desastre que parte el corazón.

—Mujer..., ¿qué entiendes tú de eso? No me mortifiques—dijo mi amo muy contrariado.

—Pues ¿no he de entender? Más que tú. Si, señor, lo repito. Gravina será muy caballero y muy valiente; pero lo que es ahora..., buena la ha hecho.

—Ha hecho lo que debía. ¿Te parece bien que hubiéramos pasado por cobardes?

—Por cobardes, no; pero sí por prudentes. Eso es. Lo digo y lo repito: la escuadra española no debía salir de Cádiz cediendo a las genialidades y al egoísmo de monsieur Villeneuve. Aquí se ha contado que Gravina opinó, como sus compañeros, que no debían salir. Pero Villeneuve, que estaba decidido a ello, por hacer una hombrada que le reconciliase con su amo, trató de herir el amor propio de los nuestros. Parece que una de las razones que alegó Gravina fué el mal tiempo, y mirando al barómetro de la cámara, dijo: «¿No ven ustedes que el barómetro anuncia mal tiempo? ¿No ven ustedes cómo baja?» Entonces Villeneuve dijo secamente: «Lo que baja aquí es el valor.» Al oír este insulto, Gravina se levantó ciego de ira y echó en cara al francés su cobarde comportamiento en el cabo Finisterre. Se cruzaron palabritas un poco fuertes, y, por último, exclamó nuestro almirante: «¡A la mar mañana mismo!» Pero yo creo que Gravina no debía haber hecho caso de las baladronadas del francés, no señor; que antes que nada

es la prudencia, y más conociendo, como conocía, que la escuadra combinada no tenía condiciones para luchar con la de Inglaterra.

Esta opinión; que entonces me pareció un desacato a la honra nacional, más tarde me pareció muy bien fundada. Doña Francisca tenía razón. Gravina no debió haber cedido a la exigencia de Villeneuve. Y digo esto, menoscabando quizá la aureola que el pueblo puso en las sienes del jefe de la escuadra española en aquella memorable ocasión.

Sin negar el mérito de Gravina, yo creo hiperbólicas las alabanzas de que fué objeto después del combate y en los días de su muerte (1). Todo indicaba que Gravina era un cumplido caballero y un valiente marino; pero quizá por demasiado cortesano carecía de aquella resolución que da el constante hábito de la guerra, y también de la superioridad que en carreras tan difíciles como la de la Marina se alcanza sólo en el cultivo asiduo de las ciencias que la constituyen. Gravina era un buen jefe de división, pero nada más. La previsión, la serenidad, la inquebrantable firmeza, caracteres propios de las organizaciones destinadas al mando de grandes ejércitos, no las tuvieron sino don Cosme Damián Churruca y don Dionisio Alcalá Galiano.

Mi señor don Alonso contestó a las últimas palabras de su mujer, y cuando esta salió, observé que el pobre anciano rezaba con tanta piedad como en la cámara del *Santa Ana* la noche de nuestra separación. Desde aquel día el señor de Cisniega no hizo más que rezar, y rezando se pasó el resto de su vida, hasta que se embarcó en la nave que no vuelve más.

Murió mucho después que su hija se casara con don Rafael Malespina, acontecimiento que hubo de efectuarse dos meses después de la gran función naval que los españoles llamaron *la del 21* y los ingleses *Combate de Trafalgar*, por haber ocurrido cerca del cabo de este nombre. Mi amita se casó en Vejer al amanecer de un día hermoso, aunque de invierno, y al punto partieron para Medina Sidonia, donde les tenía prepa-

(1) Murió en marzo de 1806, de resultas de sus heridas.

rada la casa. Yo fui testigo de su felicidad durante los días que precedieron a la boda; más ella no advirtió la profunda tristeza que me dominaba, ni advirtiéndola hubiera conocido la causa. Cada vez se crecía ella más ante mis ojos, y cada vez me encontraba yo más humillado ante la doble superioridad de su hermosura y de su clase. Acostumbrándome a la idea de que tan admirable conjunto de gracias no podía ni debía ser para mí, llegué a tranquilizarme, porque la resignación, renunciando a toda esperanza, es un consuelo parecido a la muerte, y por eso es un gran consuelo.

Se casaron, y el mismo día en que partieron para Medina Sidonia, doña Francisca me ordenó que fuera yo también allá para ponerme al servicio de los desposados. Fui por la noche, y durante mi viaje solitario iba luchando con mis ideas y sensaciones, que oscilaban entre aceptar un puerto en la casa de los novios o rechazarlo para siempre. Llegué a la mañana siguiente, me acerqué a la casa, entré en el jardín, puse el pie en el primer escalón de la puerta y allí me detuve, porque mis pensamientos absorbían todo mi ser y necesitaba estar inmóvil para meditar mejor. Creo que permanecí en aquella actitud más de media hora.

Silencio profundo reinaba en la casa. Los dos esposos, casado el día antes, dormían, sin duda, el primer sueño de su tranquilo amor, no turbado aún por ninguna pena. No pude menos de traer a la memoria las escenas de aquellos lejanos días en que ella y yo jugábamos juntos. Para mí era Rosita entonces lo primero del mundo. Para ella era yo, si no lo primero, al menos algo que se ama y que se echa de menos durante ausencias de una hora. En tan poco tiempo, ¡cuánta mudanza!

Todo lo que estaba viendo me pare-

cía expresar la felicidad de los esposos y como un insulto a mi soledad. Aunque era invierno, se me figuraba que los árboles todos del jardín se cubrían de follaje y que el emparrado que daba sombra a la puerta se llenaba inopinadamente de pámpanos para guarecerlos cuando salieran de paseo. El sol era muy fuerte y el aire se entibiaba, oreado aquel nido cuyas primeras pajas había ayudado a reunir yo mismo cuando fui mensajero de sus amores. Los rosales ateridos se me representaban cubiertos de rosas, y los naranjos de azahares y frutas que mil pájaros venían a picotear, participando del festín de la boda. Mis meditaciones y mis visiones no se interrumpieron sino cuando el profundo silencio que reinaba en la casa se interrumpió por el sonido de una fresca voz, que retumbó en mi alma, haciéndome estremecer. Aquella voz alegre me produjo una sensación indefinible, una sensación no sé si de miedo o de vergüenza; lo que sí puedo asegurar es que una resolución súbita me arrancó de la puerta, y salí del jardín corriendo, como un ladrón que teme ser descubierto.

Mi propósito era inquebrantable. Sin perder tiempo salí de Medina Sidonia, decidido a no servir ni en aquella casa ni en la de Vejer. Después de reflexionar un poco, determiné ir a Cádiz para desde allí traladarme a Madrid. Así lo hice venciendo los halagos de doña Flora, que trató de atarme con una cadena formada de las marchitas rosas de su amor, y desde aquel día, ¡cuántas cosas me han pasado dignas de ser referidas! Mi destino, que ya me había llevado a Trafalgar, llevóme después a otros escenarios gloriosos o menguados, pero todos dignos de memoria. ¿Queréis saber mi vida entera? Pues aguardad un poco, y os diré algo más en otro libro.

Madrid, enero-febrero 1873.

LA CORTE DE CARLOS IV

I

SIN oficio ni beneficio, sin parientes ni habientes, vaga por Madrid un servidor de ustedes, maldiciendo la hora menguada en que dejó su ciudad natal por esta inhospitalaria Corte, cuando acudió a las páginas del *Diario* para buscar ocupación honrosa. La imprenta fué mano de santo para la desnudez, hambre, soledad y abatimiento del pobre Gabriel, pues a los tres días de haber entregado a la publicidad en letras de molde las altas cualidades con que se creía favorecido por Naturaleza, le tomó a su servicio una cómica del teatro del Príncipe, llamada Pepita González, o la *González*. Esto pasaba a fines de 1805; pero lo que voy a contar ocurrió dos años después, en 1807, y cuando yo tenía, si mis cuentas son exactas, dieciséis años, lindando ya con los diecisiete.

Después os hablaré de mi ama. Ante todo, debo decir que mi trabajo, si no escaso, era divertido y muy propio para adquirir conocimiento del mundo en poco tiempo. Enumeraré las ocupaciones diurnas y nocturnas en que empleaba, con todo el celo posible, mis facultades morales y físicas. El servicio de la histrionisa me imponía los siguientes deberes:

Ayudar al peinado de mi ama, que se verificaba entre doce y una, bajo los auspicios del maestro Richiardini, artista de Nápoles, a cuyas divinas manos se encomendaban las principales testas de la Corte.

Ir a la calle del Desengaño en busca del *Blanco de perla*, del *Elixir de Circasia*, de la *Pomada a la Sultana* o de los *Polvos a la Marechala*, drogas muy ponderadas que vendía un monsieur Gastan, el cual recibió el secreto de confec-

cionarlas del propio alquimista de María Antonieta.

Ir a la calle de la Reina, número 21, cuarto bajo, donde existía un taller de estampación para pintar telas, pues en aquel tiempo los vestidos de seda, generalmente de color claro, se pintaban según la moda, y cuando ésta pasaba, se volvían a pintar con distintos ramos y dibujos, realizando así una alianza feliz entre la moda y la economía, para enseñanza de los venideros tiempos.

Llevar por las tardes una olla con restos de puchero, menzugas de pan y otros despojos de comida a don Luciano Francisco Conella, autor de comedias muy celebradas, el cual se moría de hambre en una casa de la calle de la Berenjena, en compañía de su hija, que era jorobada, y le ayudaba en los trabajos dramáticos.

Limpiar con polvos la corona y el cetro que sacaba mi ama, haciendo de reina de Mogolia, en la representación de la comedia titulada *Perderlo todo en un día por un ciego y loco amor, y falso Czar de Moscovia*.

Ayudarla en el estudio de sus papeles, especialmente en el de la comedia *Los inquilinos de sir John, o la familia de la India, Juanito y Coleta*, para lo cual tenía yo que recitar la parte de *Lord Lulleswing*, a fin de que ella comprendiese bien la de *Milady Pankoff*.

Ir en busca de la ntera que había de conducirla al teatro, y cargar también dicho armatoste cuando era preciso.

Concurrir a la cazuela del teatro de la Cruz para silbar despiadadamente *El sí de las niñas*, comedia que el niño aborrecía tanto, por lo menos, como a las demás del mismo autor.

Pasearme por la plazuela de Santa Ana, fingiendo que miraba las tiendas, pero prestando disimulada y perspicua atención a lo que se decía en los corri-

llos allí formados por cómicos o saltarines, cuidando de pescar al vuelo lo que charlaban los de la Cruz en contra de los del Príncipe.

Ir en busca de un billete de balcón para la plaza de Toros, bien al despacho, bien a la casa del banderillero Espinilla, que le tenía reservado para mí ama, cual obsequio de una amistad tan fina como antigua.

Acompañarla al teatro, donde me era forzoso tener el cetro y la corona cuando ella hacía mutis después de la segunda escena del segundo acto, en *El falso Czar de Moscovia*, para salir luego convertida en reina, confundiendo a Osloff y a los magnates, que la tenían por buñolera de esquina.

Avisar puntualmente a los *mosqueteros* para indicarles los pasajes que debían aplaudir fuertemente en la comedia y en la tonadilla, indicándoles también la función que preparaban *los de allá* para que se apercibieran con patriótico celo a la lucha.

Ir todos los días a casa de Isidoro Máiquez con el aparente encargo de preguntarle cualquiera cosa referente a vestidos de teatro; pero con el fin real de averiguar si estaba en su casa cierta y determinada persona, cuyo nombre me callo por ahora.

Representar un papel insignificante, como de paje que entra con una carta, diciendo simplemente: «Tomad», o de *hombre de pueblo primero*, que exclama al presentarse a la multitud ante el rey: «Señor, justicia», o: «A tus reales plantas, coronado apéndice del sol.» (Esta clase de ocupación me hacía dichoso por una noche.)

Y por este estilo otras mil tareas, ejercicios y empleos que no cito, porque acabaría tarde, molestando a mis lectores más de lo conveniente. En el transcurso de esta puntual historia irán saliendo mis proezas, y con ellas los diversos y complejos servicios que presté. Por ahora voy a dar a conocer a mi ama, la sin par Pepita González, sin omitir nada que pueda dar perfecta idea del mundo en que vivía.

Mi ama era una muchacha más graciosa que bella, si bien aquella primera calidad resplandecía en su persona de un modo tan sobresaliente que la presentaba como perfecta sin serlo. Todo lo que en lo físico se llama hermosura,

y cuando en lo moral lleva el nombre de expresión, encanto, coquetería, monearía etc., se reconcentraba en sus ojos negros, capaces por sí solos de decir con una mirada más que dijo Ovidio en su poema sobre el arte que nunca se aprende y que siempre se sabe. Ante los ojos de mi ama dejaba de ser una hipérbole aquello de *combustibles áspides y flamígeros ópticos disparos*, que Cañizares y Añorbe aplicaban a las miradas de sus heroínas.

Generalmente, de los individuos que conocimos en nuestra niñez recordamos, o los accidentes más marcados de su persona, o algún otro que, a pesar de ser muy insignificante, queda grabado de un modo indeleble en nuestra memoria. Esto me pasa a mí con el recuerdo de la *González*. Cuando la traigo al pensamiento, se me representan clarísimamente dos cosas, a saber: sus ojos incomparables y el taconeado de sus zapatos, *abreviadas cárceles de sus lindos pedestales*, como dirían Valladares o Moncín.

No sé si esto bastará para que ustedes se formen idea de mujer tan agraciada. Al recordarla, veo yo aquellos grandes ojos negros, cuyas miradas resucitaban un muerto, y oigo el *tip-tap* de su ligero paso. Esto basta para hacerla resucitar en el recinto oscuro de mi imaginación y, no hay duda, es ella misma. Ahora caigo en que no había vestido, ni mantilla, ni lazo, ni garambaina que no le sentase a maravilla; caigo también en que sus movimientos tenían una gracia especial, un cierto no sé qué, un encanto indefinible que podrá expresarse cuando el lenguaje tenga la riqueza suficiente para poder designar con una misma palabra la malicia y el recato, la modestia y la provocación. Esta rarísima antítesis consiste en que nada hay más hipócrita que ciertas formas de compostura, o en que la malignidad ha descubierto que el mejor medio de vencer a la modestia es imitarla.

Pero sea lo que quiera, lo cierto es que la *González* electrizaba al público con el airoso meneo de su cuerpo, su hermosa voz, su patética declamación en las obras sentimentales, y su inagotable sal en las cómicas. Igual triunfo tenía siempre que era vista en la *calle* por la turba de sus admiradores y mosqueteros, cuando iba a los toros en ca-

lesa o simón, o al salir del teatro en silla de mano. Desde que veían asomar por la ventanilla el risueño semblante, guarnecido por los encajes de la blanca mantilla, la aclamaban con voces y palmadas, diciendo: «¡Ahí va toda la gracia del mundo! ¡Viva la sal de España!», u otras frases del mismo género. Estas ovaciones callejeras les dejaban a ellos muy satisfechos, y también a ella, es decir, a nosotros, porque los criados se apropiaban siempre los triunfos de sus amos.

Era Pepita sumamente sensible y, según mi parecer, de sentimientos muy vivos y arrebatados, aunque, por efecto de cierto disimulo, tan sistemático en ella, que parecía segunda naturaleza, todos la tenían por fría. Doy fe, además, de que era muy caritativa, gustando de aliviar todas las miserias de que tenía conocimiento. Los pobres asediaban su casa, especialmente los sábados, y una de mis ocupaciones más trabajosas consistía en repartirles ochavos y mendrugos, cuando no se los llevaba todos el señor de Comella, que se comía los codos de hambre, sin dejar de ser el *asombro de los siglos* y el primer dramático del mundo. La *González* vivía en una casa sin más compañía que la de su abuela, la octogenaria doña Dominguita, y dos criados de distinto sexo que la servíamos.

Y después de haber dicho lo bueno, ¿se permitirá decir lo malo respecto al carácter y costumbres de Pepa González? No, no lo digo. Téngase en cuenta en disculpa de la muchacha ojinegra, que se había criado en el teatro, pues su madre fué *parte de por medio* en los ilustres escenarios de la Cruz y de los Caños, mientras su padre tocaba el contrabajo en los Sitios y en la Real Capilla. De esta infeliz y malavenida coyunta nació Pepita, que desde la niñez comenzó a aprender el oficio con tal precocidad, que a los doce años se presentó por primera vez en escena, desempeñando un papel en la comedia de don Antonio Frumento, *Sastre, rey y reo a un tiempo, o el sastre de Astracán*. Conocida, pues, la escuela, los hábitos poco austeros de aquella alegre gente, a quien el general desprecio autorizaba en cierto modo para ser peor que los demás, ¿no sería locura exigir de mi ama una rigidez de principios que habrían

sido suficientes, en las circunstancias de su vida, para asegurar la canonización?

Réstame darla a conocer como actriz. En este punto debo decir tan sólo que en aquel tiempo me parecía excelente: ignoro el efecto que su declamación produciría en mí hoy si la viera aparecer en el escenario de cualquiera de nuestros teatros. Cuando mi ama estaba en la plenitud de sus triunfos, no tenía rivales temibles con quienes luchar. María del Rosario Fernández, conocida por la *Tirana*, había muerto el año de 1803. Rita Luna, no menos famosa que aquélla, se había retirado de la escena en 1806. María Fernández, denominada la *Caramba*, también había desaparecido. La *Prado*, Josefa Virg. María Ribera, María García y otras de aquel tiempo, no poseían extraordinarias cualidades; de modo que si mi ama no sobresalía de un modo notorio sobre las demás, tampoco su estrella se oscurecía ante el brillo de ningún astro enemigo. El único que entonces atraía la atención general y los aplausos de Madrid entero era Máiquez, y ninguna actriz podía considerarle como rival, no existiendo generalmente el antagonismo y la emulación sino entre los dioses de un mismo sexo. Pepa González estaba afiliada al bando de los antimoratinistas, no sólo porque en el círculo por ella frecuentado abundaban los enemigos del insigne poeta, sino también porque personalmente tenía no sé qué motivos de irreconciliable inquina contra él. Aquí tengo que resignarme a apuntar una observación que, por cierto, favorece bien poco a mi ama; pero como para mí la verdad es lo primero, ahí va mi parecer, mal que pese a los manes de Pepita González. Mi observación es que la actriz del Príncipe no se distinguía por su buen gusto literario, ni en la elección de obras dramática, ni también al escoger los libros que daban alimento a su abundante lectura. Verdad es que la pobrecilla no había leído a Luzán ni a Montiano, ni tenía noticia de la sátira de Jorge Pitillas, ni mortal alguno se había tomado el trabajo de explicarle a Batteux ni a Blair, pues cuantos se acercaron a ella tuvieron siempre más presente a Ovidio que a Aristóteles y a Boccaccio más que a Despreaux.

Por consiguiente, mi señora formaba bajo las banderas de don Eleuterio Cris-

pín de Andorra, con perdón sea dicho de cejijuntos Aristarcos. Y es que ella no veía más allá, ni hubiera comprendido toda la jerigonza de las reglas, aunque se las predicaran frailes descalzos. Es preciso advertir que el abate Cladera, de quien parece ser fidelísimo retrato el célebre don Hermogenes, fué amigote del padre de nuestra heroína, y, sin duda, aquel gracioso pedantón echó en su entendimiento, durante la niñez, la semilla de los principios que en otra cabeza dieron por fruto *El gran cerco de Viena*.

Ello es que mi ama gustaba de las obras de Comella, aunque últimamente, visto el descrédito en que había caído este dios del teatro, despeñándose en la miseria desde la cumbre de su popularidad, no se atrevía a confesarlo delante de literatos y gente ilustrada. Como tuve ocasión de observar, escuchando sus conversaciones y poniendo atención a sus preferencias literarias, le gustaban aquellas comedias en que había mucho jaleo de entradas y salidas, revistas de tropas, niños hambrientos que piden la teta, decoración de *gran plaza con arco triunfal a la entrada*, personajes muy barbudos, tales como irlandeses, moscovitas o escandinavos, y un estilo que permitiese decir a la dama, en cierta situación de apuro: *estatua viva soy de hielo... o rencor, finjamos... encono, no disimulemos... cautela, favorecedme*.

Recuerdo que varias veces la oí lamentarse de que el nuevo gusto hubiese alejado de la escena diálogos concertantes como el siguiente, que pertenece, si mal no recuerdo, a la comedia *La mayor piedad de Leopoldo el Grande*:

MARGARITA	Vamos, Amor...
NADASTI.	Odios...
ZRIN.	Duda...
ULRICA	Martirio.
CARLOS	Horror...
ALBURQUER-	
QUE	Confusión...
LOS SEIS	Vamos a esperar que el tiempo diga lo que tú no has dicho.

Como este género de literatura iba cayendo en desuso, rara vez tenía mi ama el gusto de ver en la escena a *Pedro el Grande en el sitio de Pultowa*, mandando a sus soldados que comieran caballos crudos y sin sal, prometiendo él, por su parte, a morzar piedras antes que rendir la plaza. Debo advertir que esa preferencia más consistía en una

tenaz obstinación contra los moratinistas, que en falta de luces para comprender la superioridad de la nueva escuela y en que mi ama, rancia e intransigente española por los cuatro costados, creía que las reglas del buen gusto eran malísimas cosas, sólo por ser extranjeras y que para dar muestras de españolismo bastaba abrazarse, como a un lábaro santo, a los despropósitos de nuestros poetas calagurritanos. En cuanto a Calderón y a Lope de Vega, ella los tenía por admirables, sólo porque eran despreciados por los clásicos.

De buena gana me extendiera aquí haciendo algunas observaciones sobre los partidos dramáticos de entonces y sobre los conocimientos del pueblo en general y de los que se disputaban su favor con tanto encarnizamiento; pero temo ser pesado y apartarme de mi principal objeto, que no es discutir con pluma académica sobre cosas tal vez mejor conocidas por el lector que por mí. Quéde-se en el tintero lo que no es del caso; y sigo, una vez consignado el gusto de mi ama, que hoy afearía a cualquier marquesa, artista o virtuosa de lo que llaman el gran mundo, pero que entonces no era bastante a oscurecer ninguna de las gracias de su persona.

Ya la conocen ustedes. Pues bien: voy a contar lo que me he propuesto...; pero, ¡por vida de...!, ahora caigo en que no debo seguir adelante sin dar a conocer el papel que, por mi desgracia, desempeñé en el ruidoso estreno de *El sí de las niñas*, siendo causa de que la tirantez de relaciones entre mi ama y Moratín se aumentara hasta llegar a una solemne ruptura.

II

El hecho es anterior a los sucesos que me propongo narrar aquí; pero no importa. *El sí de las niñas* se estrenó en enero de 1806. Mi ama trabajaba en los *Caños del Peral*, porque el Príncipe, incendiado algunos años antes, no estaba aún reedificado. La comedia de Moratín, leída varias veces por éste en las reuniones del príncipe de la Paz y de Tineo, se anunciaba como un acontecimiento literario que había de rematar gloriosamente su reputación. Los enemigos en letras, que eran muchos, y los

envidiosos, que eran más, hacían correr rumores alarmantes, diciendo que la tal obra era un comedión más soporífero que *La mojigata*, mas vulgar que *El barón* y más antiespañol que *El café*. Aún faltaban muchos días para el estreno, y ya corrían de mano en mano sátiras y diatribas, que no llegaron a imprimirse. Hasta se tocaron registros de pasmoso efecto entonces, cuales eran excitar la suspicacia de la censura eclesiástica para que no se permitiera la representación; pero de todo triunfó el mérito de nuestro primer dramático, y *El sí de las niñas* fué representado el 24 de enero.

Yo formé parte, no sin alborozo, porque mis pocos años me autorizaban a ello, de la tremenda conjuración fraguada en el vestuario de los Caños del Peral y en otros oscuros conciliábulos, donde miseramente vivían, entre *cendales arachneos*, algunos de los más afamados dramaturgos del siglo precedente. Capitaneaba la conjuración un poeta, de cuya persona y estilo pueden ustedes formarse idea si recuerdan al omnímodo escritor a quien Mercurio escoge entre la gárrula multitud para presentarlo a Apolo. No recuerdo su nombre, aunque sí su figura, que era la de un despreciable y mezquino ser, constituido moral y físicamente como por limosna de la maternal Naturaleza. Consumido su espíritu por la envidia y su cuerpo por la miseria, ganada en fealdad y repulsión de año en año; y como su numen ramplón, probado en todos los géneros, desde el heroico al didascálico, no daba ya sino frutos a que hacían ascos los mismos sectarios de la escuela, vivía, al fin, consagrado a componer groseras diatribas y torpes críticas contra los enemigos de aquellos a cuya sombra vivía, sin más trabajo que el de la adulación.

Este hijo de Apolo nos condujo en imponente procesión a la cazuela de la Cruz, donde debíamos manifestar con estudiadas señales de desagrado los errores de la escuela clásica. Mucho trabajo nos costó entrar en el coliseo, pues aquella tarde la concurrencia era extraordinaria; pero, al fin, gracias a que habíamos acudido temprano, ocupamos los mejores asientos de la región paradisíaca, donde se concertaban todos los diacordes ruidos de la pasión literaria y todos los malos olores de un público que no brillaba por su cultura.

Creerán ustedes que el aspecto interior de los teatros de aquel tiempo se parece algo al de nuestro modernos coliseos. ¡Qué error tan grande! En el elevado recinto donde el poetaastro había fijado los reales de su sumatmoso batallón existía un compadecimiento que separaba los dos sexos, y de seguro el sabio legislador que tal cosa ordenó en los pasados siglos se frotaría con satisfacción las manos y daría un golpe en la augusta frente, creyendo adelantar gran paso en la senda de la armonía entre hombres y mujeres. Por el contrario, la separación avivaba en hembras y varones el natural anhelo de entablar conversación, y lo que la proximidad hubiera permitido en voz baja, la páfida distancia lo autorizaba en destempladas voces. Así es que entre uno y otro hemisferio se cruzaban palabras cariñosas, o burlonas o soeces; observaciones que hacían desternillarse de risa a todo el ilustre concurso; preguntas que se contestaban con juramentos, y agudezas cuya malicia consistía en ser dichas a gritos. Frecuentemente, de las palabras se pasaba a las obras y algunas andanadas de castañas, avellanas o cascarras de naranjas, cruzaban *de polo a polo*, arrojadas por diestra mano; ejercicio que si interrumpía la función, en cambio regocijaba mucho a entrambas partes.

Sin embargo, bueno es advertir que este mismo público, a quien afeaban tan groseras exterioridades, solía dar muestras de gran instinto artístico, llorando con Rita Luna en el drama de Kotzebue *Misanropía y arrepentimiento*, o participando del sublime horror expresado por Isidoro en la tragedia *Orestes*. Verdad es también que ningún público del mundo ha excedido a aquél en donaire para burlarse de los autores malos y de los poetas que no eran de su agrado. Igualmente dispuesto a la risa que al sentimiento, obedecía como un débil niño a las sugerencias de la escena. Si alguien no pudo jamás tenerle propicio, culpa suya fué.

Mirando el teatro desde arriba, parecía el más triste recinto que puede suponerse. Las macilentas luces de aceite, que encendía un mozo saltando de banco en banco, apenas le iluminaban a medias, y tan débilmente, que ni con anteojos se descubrían bien las descoloridas figuras del ahumado techo, donde

hacia cabriolas un señor Apolo con lira y borceguies encarnados. Era de ver la operación de encender la lámpara central, que, una vez consumada tan delicada maniobra, subía lentamente por máquina, entre las exclamaciones de la gente de arriba, que no dejaba pasar tan buena ocasión de manifestarse de un modo ruidoso.

Abajo también había compartimiento, y consistía en una fuerte viga llamada *degolladero*, que separaba las lunetas del patio propiamente dicho. Los palcos o aposentos eran unos cuchitriles estrechos y oscuros, donde se acomodaban como podían las personas de pro; y como era costumbre que las damas colgasen en los antepechos sus chales y abrigos, el conjunto de las galerías tenía un aspecto tal, que parecía decoración hecha ex profeso para representar las calles de Postas o del Mesón de Paños.

El reglamento de teatros, publicado en 1803, tendía a corregir muchos de estos abusos; pero como nadie se cuidaba de hacerlo cumplir, sólo la costumbre y el progreso de la cultura reformaron hábitos tan feos. Recuerdo que hasta mucho después de la época a que me refiero las gentes conservaban el sombrero puesto, aunque el reglamento decía terminantemente en uno de sus artículos: «En los aposentos de todos los pisos, y sin excepción de ninguno, no se permitirá sombrero puesto, gorro, ni red al pelo; pero sí capa o capote para su comodidad.»

Mientras aguardábamos a que se alzase el telón, el poeta me hacía minucioso relato del infinito número de obras que había compuesto, entre dramáticas, cómicas, elegíacas, epigramáticas, venatorias, bucólicas y del género sentimental y mixto. Me contó el argumento de tres o cuatro tragedias que no esperaban más que la protección de un mecenas para pasar de las musas al teatro, y como si mis culpas no estuvieran aún bastante purgadas con oír los argumentos, me espetó algunos sonetos, que si no eran exactamente iguales al famosísimo

Reverberante numen que del Istro
al Marañón sublimas con tu zurda,

le eran tan semejantes como una calabaza a otra.

Cuando la representación iba a empezar, el poeta dirigió su mirada de geri-

falte a los abismos del patio para ver si habían puntualmente acudido otros no menos importantes caudillos de la manifestación fraguada contra *El sí de las niñas*. Todos ocupaban sus puestos con puntual celo, por la causa nacional. No faltaba ninguno; allí estaba el vidriero de la calle de la Sartén, uno de los más ilustres capitanes de la mosquetería; allí el vendedor de libros de la Costanilla de los Angeles, hombre perito en las letras humanas; allí *Cuarta y Media*, cuyo fuerte pulmón hizo acallar el solo a todos los admiradores de *La mojigata*; allí el hojalatero de la Tres Cruces, esforzado adalid, que traía bajo la ancha capa algún reluciente y ruidoso caldero para sorprender al auditorio con sinfonías no anunciadas en el programa; allí el incomparable Roque Pampinas, barbero, veterinario y sangrador, que, con los dedos en la boca, desafiaba a todos los flautistas de Grecia y Roma; allí, en fin, lo más granado y florido que jamás midió sus armas en palenques literarios. Mi poeta quedó satisfecho de la revista que pasó a su ejército, y luego dirigimos todos nuestra atención al escenario, porque la comedia había empezado.

—¡Qué principio!—dijo, oyendo el primer diálogo entre Don Diego y Simón—. ¡Bonito modo de empezar una comedia! La escena es una posada. ¿Qué puede pasar de interés en una posada? En todas mis comedias, que son muchas, aunque ninguna se ha representado, se abre la acción con un *jardín corintiano*, *fuentes monumentales a derecha e izquierda*, *templo de Juno en el fondo*, o con *gran plaza, donde están formados tres regimientos*; *en el fondo, la ciudad de Varsovia*, *a la cual se va por un puente...*, etcétera... Y oiga usted las simplezas que dice ese vejete. Que se va a casar con una niña que han educado las monjas de Guadalajara. ¿Esto tiene algo de particular? ¿No es acaso lo mismo que estamos viendo todos los días?

Con estas observaciones, el endiablado poeta no me dejaba oír la función, y yo, aunque a todas sus censuras contestaba con monosílabos de humilde aquiescencia, hubiera deseado que callara con mil demonios. Mas era preciso oírle; y cuando aparecieron Doña Irene y Doña Paquita, mi amigo y jefe no pudo contener su enfado viendo que atraían la

atención dos personas, de las cuales una era exactamente igual a su patrona y la otra no era ninguna princesa, ni senescal, ni canonesa, ni landgraviata, ni archidapífera de país ruso o mogol.

—¡Qué asuntos tan comunes! ¡Qué bajeza de ideas!—exclamaba de modo que le pudieran oír todos los circunstantes—. ¿Y para esto se escriben comedias? Pero ¿no oye usted que esa señora está diciendo las mismas necedades que diría doña Mariquita, o doña Gumerinda, o la tía Candungas? Que si tuvo un pariente obispo; que si las monjas educaron a la niña sin artificios ni embelesos; que la muy piojosa se casó a los diecinueve años con don Epitafio; que parió veintidós hijos... Así reventaría la maldita vieja,

—Pero oigamos—dije yo, sin poder aguantar las importunidades del caudillo—, y luego nos burlaremos de Moratín.

—Es que no puedo sufrir tales despropósitos—continuó—. No se viene al teatro para ver lo que a todas horas se ve en las calles y en casa de cada *quisque*. Si esa señora, en vez de hablar de sus partos, entrase echando pestes contra un general enemigo porque le mató en la guerra sus veitún hijos, dejándole sólo el veintidós, que está aún en la mamada, y lo trae para que no se lo coman los sitiados, que se mueren de hambre la acción tendría interés y ya estaría el público con las manos desolladas de tanto palmoteo... Amigo Gabriel, hay que protestar con fuerza. Golpeemos el suelo con los pies y los bastones, demostrando nuestro cansancio e impaciencia. Ahora bostecemos abriendo la boca hasta que se disloquen las quijadas, y volvamos la cara hacia atrás, para que todos los circunstantes, que ya nos tiene por literatos, vean que nos aburrimos de tan sandía y fastidiosa obra.

Dicho y hecho: comenzamos a golpear el suelo y luego bostezamos en coro, diciéndonos unos a otros: «¡Qué fastidio! ... ¡Qué cosa tan pesada!... ¡Mal empleado dinero!...», y otras frases por el mismo estilo, que no dejaban de hacer su efecto. Los del patio imitaron puntualísimamente nuestra patriótica actitud. Bien pronto un general murmullo de impaciencia resonó en el ámbito del teatro. Pero si había enemigos, no faltaban amigos, desparramados por lunetas y aposentos, y aquéllos no tarda-

ron en protestar contra nuestra manifestación, ya aplaudiendo, ya mandándonos callar con amenazas y juramentos, hasta que una voz fortísima, gritando desde el fondo del patio: «¡Afuera los chorizos!», provocó ruidosa salva de aplausos y nos impuso silencio.

El poetastro no cabía en su pellejo de indignación. Siguió haciendo observaciones conforme avanzaba la pieza, y decía:

—Ya, ya sé lo que va a resultar aquí. Ahora resulta que doña Paquita no quiere al viejo, sino a un militarito que aún no ha salido y que es sobrino del cabronazo de don Diego. Bonito enredo... Parece mentira que esto se aplauda en una nación culta. Yo condenaba a Moratín a galeras, obligándole a no escribir más vulgaridades en toda su vida. ¿Te parece, Gabrielillo, que esto es comedia? ¡Si no hay enredo, ni trama, ni sorpresa, ni confusiones, ni engaños, ni *quid pro quo*, ni aquello de disfrazarse un personaje para hacer creer que es otro ni tampoco aquello de que salen dos insultándose como enemigos para después percatarse de que son padre e hijo!... Si ese don Diego cogiera a su sobrino y, matándole bonitamente en la cueva, prepara un festín e hiciera servir a su novia un plato de carne de la víctima, bien condimentado con especias y hoja de laurel, entonces la cosa tendría alguna malicia... Y la niña ¿por qué disimula? ¿No sería más dramático que se negase a casarse con el viejo, que le insultara llamándole tirano, o le amenazara con arrojarle al Danubio o al Don si osaba tocar tu virginidad...? Estos poetas nuevos no saben inventar argumentos bonitos, sino majaderías con que engañan a los bobos, diciéndoles que son conformes a las reglas. Animo, compañeros; prepararse todo el mundo. Pronunciemos frases coléricas y minamos disputar en coro, diciendo unos que esta obra es peor que *La mojigata*, y otros que aquélla era peor que ésta. El que sepa silbar con los dedos, hágalo *ad libitum*, y patadas a discreción. Apostrofar a doña Irene cuando se retire de la escena, llamándola cada cual como se le ocurra.

Dicho y hecho: conforme a las terminantes órdenes de nuestro jefe, armamos una espantosa grita al finalizar el acto primero. Como los amigos del autor

protestaron contra nosotros, exclamamos: «¡Afuera la poliquería!», y enardecidos los dos bandos por el calor de la porfía, se cruzaron duros apóstrofes, entre el disorde gritar de la cazuela y el patio. El acto segundo no pasó más felizmente que el primero, y, por mi parte, ponía gran atención al diálogo, porque, en verdad, con perdón sea dicho del poeta mi amigo, la comedia me parecía muy buena, sin que yo acertara a explicarme entonces en qué consistían sus bellezas.

La obstinación de aquella doña Irene, empeñada en que su hija debía casarse con don Diego, porque así cuadraba a su interés, y la torpeza con que cerraba los ojos a la evidencia, creyendo que el consentimiento de su hija era sincero, sin más garantía que la educación de las monjas; el buen sentido del don Diego, que nos las tenía todas consigo respecto a la muchacha y desconfiaba de su remilgada sumisión: la apasionada cortesanía de don Carlos, la travesura de Calamocha, todos los incidentes de la obra, lo mismo los fundamentales que los accesorios, me cautivaban, y el mismo tiempo descubría vagamente en el centro de aquella trama un pensamiento, una intención moral, a cuyo desarrollo estaban sujetos todos los movimientos pasionales de los personajes. Sin embargo, me cuidaba mucho de guardar para mí estos raciocinios, que hubieran significado alevosa traición a la ilustre hueste de silbantes, y, fiel a mis banderas, no cesaba de repetir con grandes aspavientos: «¿Qué cosa tan mala!... ¡Parece mentira que esto se escriba!... Ahí sale otra vez la viejecilla... Bien por el viejo ñoño... ¡Qué aburrimiento! ¡Miren la gracia!», etc., etc.

El segundo acto pasó, como el primero, entre las manifestaciones de uno y otro lado; pero me parece que los amigos del poeta llevaban ventaja sobre nosotros. Fácil era comprender que la comedia gustaba al público imparcial y que su buen éxito era seguro, a pesar de las indignadas rábalas en las cuales tenía yo parte. El tercer acto fué, sin disputa, el mejor de los tres. Yo le oí con religioso respeto, luchando con las impertinencias de mi amigo el poeta, que en lo mejor de la pieza creyó oportuno desembuchar lo más escogido de sus dictérios.

Hay en el dicho acto tres escenas de una belleza incomparables. Una es aquella en que doña Paquita descubre ante el buen don Diego las luchas entre su corazón y el deber impuesto por una hipócrita conformidad con superiores voluntades; otra es aquella en que intervienen don Carlos y don Diego y se desata, merced a nobles explicaciones, el nudo de la fábula, y la tercera es la que sostienen, del modo más gracioso, don Diego y doña Irene, aquél deseando dar por terminado el asunto del matrimonio y ésta interrumpiéndole a cada paso con sus importunas observaciones.

No pude disimular el gusto que me causó esta cena, que me parecía el colmo de la naturalidad, de la gracia y del interés cómico; pero el poeta me llamó al orden injuriándome por mi deserción del campo *chorizo*.

—Perdone usted—le dije—; me equivoqué. Pero ¿no cree usted que esa escena no está del todo mal?

—¡Cómo se conoce que eres novato y que en la vida has compuesto un verso! ¿Qué tiene esa escena de extraordinario, ni de patético, ni de historiográfico...?

—Es que la naturalidad... Parece que ha visto uno en el mundo lo que el poeta pone en escena.

—Cascaciruelas, pues por eso mismo es tan malo. ¿Has visto que en *Federico II*, en *Catalina de Rusia*, en *La esclava de Negroponto* y otras obras admirables pase jamás nada que remotamente se parezca a las cosas de la vida? ¿Allí no es todo extraño, singular, excepcional, maravilloso y sorprendente? Pues por eso es tan bueno. Los poetas de hoy no aciertan a imitar a los de mi tiempo, y así está el arte por los mismos suelos.

—Pues yo, con perdón de usted—dije—, creo que... la obra es malísima: convengo. Y cuando usted lo dice, bien sabido se tendrá por qué. Pero me parece laudable la intención del autor, que se ha propuesto aquí, según creo, censurar los vicios de la educación que dan a las niñas del día encerrándolas en los conventos y enseñándolas a disimular y a mentir... Ya lo ha dicho don Diego: las juzgan honestas cuando les han enseñado el arte de callar, sofocando sus inclinaciones, y las madres se quedan muy contentas cuando las pobrecillas

se prestan a pronunciar un sí perjuró que después las hace desgraciadas.

—Y ¿quién le mete al autor en esas filosofías?—dijo el pedante—. ¿Qué tiene que ver la moral con el teatro? En *El mágico de Astracán*, en *A España dieron blasón las Asturias y León* y *Triunfos de don Pelayo*, comedias que admira el mundo, ¿has visto acaso algún pasaje en que se hable del modo de educar a las niñas?

—Yo he oído o leído en alguna parte que el teatro sirve de entretenimiento y de enseñanza.

—¡Patarata! Además, el señor Moratín se va a encontrar con la horma de su zapato por meterse a criticar la educación que dan las señoras monjas. Ya tendrá que habérselas con los reverendos obispos y la Santa Inquisición, ante cuyo tribunal se ha pensado delatar *El sí*, y se delatará, sí, señor.

—Vea usted el final—dije, atendiendo a la tierna escena en que don Diego casa a los dos amantes, bendiciéndolos con cariño paternal.

—¡Qué desenlace tan desabrido! Al menos lerdo se le ocurre que don Diego debe casarse con doña Irene.

—¡Hombre! ¿Don Diego con doña Irene? Si él es una persona discreta y seria, ¿cómo va a casarse con esa vieja fastidiosa?

—¿Qué entiendes tú de eso, chiquillo?—exclamó, amostazado, el pedante—. Digo que lo natural es que don Diego se case con doña Irene, don Carlos con Paquita y Rita con Simón. Así quedaría regular el fin, y mucho mejor si resultara que la niña era hija natural de don Diego y don Carlos hijo espurio de doña Irene, que le tuvo de algún rey disfrazado, comandante del Cáucaso o ballío condenado a muerte. De este modo tendría mucho interés el final, mayormente si uno salía diciendo: «¡Padre mío!», y otro: «¡Madre mía!», con lo cual, después de abrazarse, se casaban para dar al mundo numerosa y masculina sucesión.

—Vamos, que ya se acaba. Parece que el público está satisfecho—dije yo.

—Pues apretad ahora, muchachos. Manos a la boca. La comedia es pésima, inaguantable.

La consigna fué prontamente obedecida. Yo mismo, obligado por la disciplina, me introduje los dedos en la boca

y... ¡Sombra de Moratín! ¡Perdón mil veces!... No lo quiero decir: que comprenda el lector mi ignominia y me juzgue.

Pero nuestra mala estrella quiso que la mayor parte del público estuviese bien dispuesta en favor de la comedia. Los silbidos provocaron una tempestad de aplausos, no sólo entre la gente de los aposentos y lunetas, sino entre los de la cazuela y tertulia.

El justiciero pueblo que nos rodeaba, y que, en su buen instinto artístico, comprendía el mérito de la obra, protestó contra nuestra indigna cruzada, y algunos de los más ardiente de la falange se vieron aporreados de improviso. Lo que tengo más presente es la mala aventura que ocurrió al alumno de Apolo en aquella breve batalla por él provocada. Usaba un sombrero tripico, de dimensiones harto mayores que las proporcionadas a su cabeza, y en el momento en que se volvía para contestar a las injurias de cierto individuo, una mano vigorosa, cayendo a plomo sobre aquella prenda hiperbólica, se la hundió hasta que las puntas decansaron sobre los hombros. En esta actitud estuvo el infeliz manoteando un rato, incapaz para sacar a luz su cabeza del tenebroso recinto en que había quedado sepultada.

Por fin, los amigos le sacamos con gran esfuerzo el sombrero, y él, echando espumarajos por la boca, juró tomar venganza tan sangrienta como pronta; pero no pasó de aquí su furor, porque todos los circundantes se reían de él y a ninguno se dirigió para vengarse. Le sacamos a la calle, donde se serenó algún tanto, y nos separamos, prometiendo juntarnos al día siguiente en el mismo sitio.

Tal fué el estreno de *El sí de las niñas*. Aunque la primera tarde fuimos derrotados, aún había esperanzas de hundir la obra en la segunda o tercera representación. Se sabía que el ministro Caballero la desaprobaba, jurando castigar a su autor, y esto daba esperanza al partido de los silbantes, que ya veían a Moratín en poder del Santo Oficio, con coraza de sapos, sambenito y soga al cuello. Pero la segunda tarde vinieron de un golpe a tierra las ilusiones de los más ardientes antimoratinistas, porque la presencia del príncipe de la Paz impuso silencio a las chicharras y nadie osó

formular demostraciones de desagrado. Desde entonces, el autor de *El sí* a quien se dijo que la conspiración había sido fraguada en el cuarto de mi ama, interrumpió la tibia amistad que con ésta le unía. La *González* pagó este desvío con un cordial aborrecimiento

III

Contado este suceso, muy anterior a los que son objeto del presente libro, empezaré mi narración, la cual irá al compás de ciertos hechos ocurridos en el otoño de 1807, año que en la mente de los madrileños quedó marcado con el recuerdo de la famosa conspiración de *El Escorial*.

No quiero escribir una palabra más sin daros a conocer a una persona que desde aquellos días ocupó lugar privilegiado en mi corazón, siendo a la vez, como se verá por este relato, lección viva de mi existencia, pues la enseñanza que de su conocimiento me provino contribuyó de un modo poderoso a formar mi carácter.

Todas las ropas de teatro y de calle que usaba mi ama eran confeccionadas por una costurera de la calle de Cañizares, excelente y honradísima mujer, joven aún, aunque desmejorada por el trabajo; discreta y afable en tales términos, que por entre la corteza de su malestar presente parecía distinguirse nacimiento y condición muy superiores. Esto no era más que apariencia; pero a la citada persona le pasaba lo contrario de lo que a otros pasa, y es que son nobles sin parecerlo. Doña Juana, que éste era el nombre de aquella santa mujer, tenía una hija, llamada Inés, de quince años de edad, la cual le ayudaba en sus tareas con más solicitud de la que podía esperarse de su delicado organismo y edad temprana.

Poseía esta muchacha, además de las gracias de su persona, un buen sentido, cual no he visto jamás en criaturas de su mismo sexo, ni aun del nuestro, amaestrado ya por los años. Inés tenía el don especialísimo de poner todas las cosas en su verdadero lugar, viéndolas con luz singular y muy clara, concedida a su privilegiado entendimiento, sin duda para suplir con ella la inferioridad

que le negó la fortuna. No he visto en mi larga vida otra hembra que se le asemejase, y estoy seguro de que a muchos parecerá este tipo invención mía, pues no comprenderán que haya existido, entre las infinitas hijas de Eva, una tan diferente de las demás. Pero créanlo bajo mi palabra honrada.

Si ustedes hubiesen conocido a Inés y notado la imperturbable serenidad de su semblante, imagen del espíritu más tranquilo, más equilibrado, más claro, más dueño de sí mismo que ha podido animar el corporal barro, no pondrían en duda lo que digo. Todo en ella era sencillez, hasta su hermosura, no a propósito para despertar mundano delirio amoroso, sino semejante a una de esas figuras simbólicas que, sin estar materialmente representadas en ninguna parte, se dejan ver de los ojos del alma cuando las ideas, agitándose en nuestra mente, pugnan por vestirse de formas visibles en la oscura región del cerebro.

Su lenguaje era también la misma sencillez; jamás decía cosa alguna que no me sorprendiese como la más clara y expresiva verdad. Sus razones, trayéndome al sentido equitativo y templado de todas las cosas, daban a mí entendimiento un descanso, un aplomo, de que carecía obrando por sí mismo. Puedo decir, comparando mi espíritu con el de Inés y escudriñando la radical diferencia entre uno y otro, que el de ella tenía un centro y el mío no. El mío divagaba llevado y traído por impresiones diversas, por sentimientos contradictorios y repentinos; mis facultades eran como meteoros errantes, que tan pronto brillan como se oscurecen, tan pronto marchan como chocan, según la influencia recibida de superiores cuerpos, mientras las suyas eran un completo y armónico sistema planetario, atraído, puesto en movimiento y calentado por el gran sol de su pura conciencia.

Alguien se burlará de estas indicaciones psicológicas, que yo quisiera fuesen tan exactas como las concibe mi oscura inteligencia; alguien encontrará digna de risa la presentación de semejante heroína y hará mil aspavientos al ver que he querido hacer una irrisoria *Beatrice* con los materiales de una modistilla; pero estas burlas no me importan, y sigo:

Desde que conocí a Inés la amé del

modo más extraño que puede imaginarse. Una viva inclinación arrastraba mi corazón hacia ella: pero esta inclinación era como el culto que tributamos a una superioridad indiscutible, como la fe que sublima lo más noble de nuestro ser, dejando siempre libre una parte de él para las pasiones del mundo. Así es que, sin dejar de ser Inés para mí la primera de todas las mujeres, yo creía poder amar a otras con amor apropiado a las circunstancias de cada momento de la vida. He observado que los que se consagran a un ideal, casi nunca lo hacen por entero: dejan una parte de sí mismos para el mundo a que están unidos, aunque sólo sea por el suelo que pisan. Hago esta observación fastidiosa por si contribuye a esclarecer el peculiar estado de mi alma ante tan noble criatura. ¡Y era una modista, una modistilla! Reid si os place.

El tercer individuo de aquella honesta familia era el padre Celestino Santos del Malvar, hermano del difunto esposo de doña Juana, tío, por tanto, de Inés, clérigo desde su mocedad, varón simplísimo y benévolo, pero el más desgraciado de su clase, pues no tenía rentas, ni capellanía, ni beneficio alguno. Su modestia, su buena fe y su candor inagotable fueron, sin duda, parte a tenerle en la miseria por tanto tiempo, y él, aunque era un gran latino, jamás pudo conseguir colocación. Pasaba la vida escribiendo memoriales al príncipe de la Paz, de quien era paisano y fué, allá en la niñez, amigo; mas ni el príncipe ni nadie le hacían caso.

Cuando Godoy subió al Ministerio prometiéndole una canonjía o ración, y en la época de este relato hacía catorce años que don Celestino del Malvar estaba esperando lo prometido, mas sin que la tardanza del favor hiciese desmayar su ingenua confianza. Siempre que se le preguntaba respondía: «La semana que viene recibiré el nombramiento; así me lo ha dicho el oficial de la Secretaría.» De este modo pasaron catorce años y la *semana que viene* no venía nunca.

Siempre que iba yo a casa con recados de mi ama me detenía todo el tiempo posible, y a ella acudía también en mis ratos de ocio, gozando en contemplar la apacible existencia de una familia cuyos tres individuos tan honda simpatía habían despertado en mi corazón.

Doña Juana y su hija, siempre cosiendo, cosiendo con eterna aguja una tela sin fin. De este modo vivían los tres, pues el padre Celestino, tocando la flauta, haciendo versos latinos o consumiendo tinta y papel en larguísimos memoriales, no ganaba más caudal que el de sus esperanzas, siempre colocadas a interés compuesto.

Nuestras conversaciones eran siempre entretenidas y amenas. Yo les contaba mi breve historia y les hacía reír dándoles a conocer los locos proyectos que imaginaba para lo por venir. Nos reíamos discretamente y sin saña de la buena fe de don Celestino, y éste, después de salir a informarse de su asunto, volvía lleno de júbilo, dejaba sobre una silla el sombrero de teja y el manteo y, restregándose las manos, decía 'al sentarse junto a nosotros:

—Ahora sí que va de veras. La semana que entra, sin falta. Me han dicho que ocurrieron ciertas dilacioncillas; pero ya están vencidas, a Dios gracias. La semana que entra sin falta...

Cierto día le dije:

—Usted, don Celestino, no ha conseguido ya lo que desea porque es hombre encogido y no se lanza..., pues...; no se lanza.

—¿Qué es eso de lanzarse, chiquillo? —me preguntó.

—Pues... a mí me han dicho que hoy conviene pedir veinte para que den cinco. Además, váyase el mérito con mil demonios; lo que conviene es tener desvergüenza para meterse en todas partes, buscar la amistad de personas poderosas; en fin, hacer lo que han hecho otros para subir a esos puestos en que son la admiración del mundo.

—¡Ah Gabriel!—dijo doña Juana—. Tú eres ún ambiciosillo a quien alguien ha trastornado el juicio. Lo que menos crees tú es que te has de ver por ensalmo en la Corte, cubierto de galones, mandando y disponiendo desde la Secretaría del Despacho.

—Justo y cabal, señora mía—dije yo, riendo y atento a lo que expresaba el semblante de Inés, con quien repetidas veces había hablado del mismo asunto—. Aunque estoy en el mundo sin padre ni madre ni perro que me ladre, yo creo que bien puedo esperar lo que otros han tenido sin ser más sabios que yo. De

menos hizo Dios a Cañete, a quien hizo de un puñete.

—Tú tienes disposición, Gabriel—dijo gravemente don Celestino—; y mucho será que de un día para otro no te veamos convertido en personaje. Entonces no te dignarás hablarnos, ni vendrás a casa. Pero, hijo, es preciso que aprendas los clásicos latinos, sin lo cual no hallarás abierta ninguna de las puertas de la fortuna; y, además, te aconsejo que aprendas a tañer la flauta, porque la música es suavizadora de las costumbres, endulza los ánimos más agrios y predispone a la benevolencia para con los que la manejan bien. Y si no, aquí me tienes a mí, que, de seguro, nada habría conseguido si de antiguo no cultivara mi entendimiento con aquellas dos divinísimas artes.

—No echaré en saco roto la advertencia—repuse—, pues todos sabemos a qué debe su encumbramiento el hombre más poderoso que existe hoy en España después del rey.

—¡Calumnias!—exclamó, irritado, el sacerdote—. Mi paisano, amigo y mecenaz, el señor príncipe de la Paz, debe su elevación a su gran mérito, a su sabiduría y tacto político, y no a supuestas habilidades en la guitarra y castañuelas, como dice el estólido vulgo.

—Sea lo que quiera—añadí yo—, lo cierto es que ese hombre, de humildísimo guardia ha subido a cuanto hay que subir. Bien claro está.

—Pues no dudes que tú harás otro tanto—dijo con ironía doña Juana—. De hombres se hacen los obispos, como dijo el otro.

—Verdad es—repuse, siguiendo la broma—, y juro que he de hacer a don Celestino arzobispo de Toledo.

—Alto allá—dijo el clérigo seriamente—. No aceptaré yo un cargo para el que me reconozco sin méritos. Bastante tendré yo con una capellanía de Reyes Nuevos o el arcedianato de Talavera.

Así siguió, entre burlas y veras, la conversación, hasta que, saliendo de la salita doña Juana y el presbítero, nos dejaron solos a Inés y a mí.

—¡Cómo se ríen de mis proyectos, niñita mía!—le dije—. Pero tú comprenderás que un muchacho como yo no debe contentarse con servir a cómicos por toda su vida. A ver: de todo lo que yo puedo ser, Dios mediante, ¿qué te gus-

taría más? Escoge: ¿te gustaría que fuese capitán general, príncipe coronado, con vasallos y ejército, señor de muchas tierras, primer ministro que quite y ponga los empleados a su antojo, obispo...? No, obispo, no, porque entonces no podría casarme contigo.

Inés soltó la risa como quien oye un cuento de esos cuyo chiste consiste en la magnitud de lo absurdo.

—Ríete de mí, pero contesta: ¿qué quieres más?

—Lo que quiero—dijo suspendiendo la costura—es verte general, primer ministro, gran duque, emperador o arzobispo; pero de tal modo, que cuando te acuestes por la noche en tu colchoncito de plumas puedas decir: «Hoy no he hecho mal a nadie ni nadie ha muerto por mi causa.»

—Pero reinita—dije yo, interesándome más cada vez en aquel coloquio—, si llego a ser eso que dices (pues bien podría suceder), ¿qué importa que mueran por mí o por el bien del Estado tres o cuatro prójimos que nada significan en el mundo?

—Bueno—repuso ella—; pero que los maten otros. Si tú llegas a ser eso que has dicho, y para mantenerte en un puesto que no mereces necesitas sacrificar a muchos desgraciados, buen provecho te haga.

—¡Qué escrupulosa eres, Inesilla! Si te hiciera caso, mi vida se encerraría entre cuatro paredes. ¿Qué es eso de sacrificar desgraciados? Yo voy a mi negocio, y los demás..., arréglense como puedan. Y, sobre todo, si hago daño a alguno, serán todos los que reciban beneficios de mi mano, que todo quedará compensado y mi conciencia en santa paz. Veo que tú no te entusiasmas como yo, ni piensas lo que yo pienso. ¿Quieres que sea franco? Pues oye. A mí se me ha metido en la cabeza que cuando tenga más años, he de ocupar una posición..., qué sé yo..., me mareo pensando en esto. No te puedo decir ni cómo he de llegar a ella ni quién me dará la mano para subir de un salto tantos escalones; pero ello es que yo cavilo en esto, y me figuro que ya me estoy viendo elevado a la más alta dignidad por una dama poderosa que me haga su secretario o por un señorón que me crea listo para ayudarle en sus asuntos... No te enfades, chiquilla, que cuando tales

cosas ocurran y uno tiene la cabeza llena a todas horas de los mismos pensamientos, al fin, tiene que salir cierto, como éste es día.

Inés no se enfadaba, sino que reía. Después, marcando con su aguja el compás gramatical de su discurso, me dijo:

—Pues mira: si tú hubieras nacido en cuna de príncipes, no te digo que no. Pero has de saber que si tú, que eres un pobrecillo hijo de pescadores y no tienes más ciencia que leer mal y escribir peor, llegas a ser hombre ilustre y poderoso, no porque saques talento y sabiduría, sino porque a una señora caprichosa o a un vejete rico se le ocurra protegerte, como otros muchos de quienes cuentan maravillas, has de saber, digo, que tan fácilmente como subas volverás a caer, y hasta los sapos se reirán de ti.

—Eso será lo que Dios quiera—respondí—. Caeremos o no, pues, aunque ignorantes, no nos faltará nuestra gramática parda.

—¡Qué necio eres! Mira: a mí me han dicho..., no, nadie me lo ha dicho, pero lo sé..., que en el mundo, al fin y al cabo, pasa siempre lo que debe pasar.

—Reinita—dije—, en eso te equivocas, porque nosotros deberíamos ser ricos y no lo somos.

—Todos creerán lo mismo, hijito, y es preciso que alguno esté equivocado. Pues bien: todas las cosas del mundo concluyen siempre como deben concluir. No sé si me explico.

—Sí, te entiendo.

—A mí me han dicho..., no, no me lo han dicho, lo sé desde hace mil años..., yo sé que en el mundo todo lo que pasa es según la ley..., porque, chiquillo, las cosas no pasan porque a ellas les da la gana, sino porque así está dispuesto. Las aves vuelan, y los gusanos se arrastran, y las piedras se están quietas, y el sol alumbra, y las flores huelen, y los ríos corren hacia abajo y el humo hacia arriba, porque así es su regla... ¿Me entiendes?

—Lo que es eso, todos lo sabemos—respondí menospreciando la ciencia de Inesilla.

—Bien, muchacho. ¿Crees tú que una tortuga puede volar, aunque esté meneando toda la vida sus torpes patas?

—No, seguramente.

—Pues tú, pensando en ser hombre ilustre y poderoso, sin ser noble, ni rico, ni sabio, eres como una tortuga que se empeña en subir volando al pico más alto de Guadarrama.

—Pero, reina y emperatriz, si no pienso subir solo, sino que pienso encontrar, como otros que yo me sé, una personita que me suba en un periquete. Hazme el favor de decirme cuál era la sabiduría y riqueza *del otro* cuando le hicieron duque y generalísimo.

—Pero, señor duquillo—contestó ella jovialmente—, si esa personita le sube a usted será como si un águila o buitre cogiera por su concha a la tortuga para llevársela por los aires. Sí, te levantará; pero cuando estés arriba, el pájaro, que no ha de estarse toda la vida con tanto peso en las patas, te dirá: «Ahora, niño mío, mantente solo.» Tú moverás las patucas, pero como no tienes alas. ¡pata-plús!, caerás en el suelo, haciéndote mil pedazos.

—¡Qué tonta eres!—dije con petulancia—. Eso pasa en las cosas que se ven y se tocan; pero, chica, lo que se piensa y lo que se siente es otro mundo aparte. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Estás lucido, sí—repuso Inés—. Todo debe de ser así mismamente. Cuando tú quieres a una persona o cuando la aborreces, no es porque se te antoje. ¡Ay!, chico, el corazón tiene también..., pues..., su ley y todo lo que pensamos con nuestra cabecita va según lo que debe ser y está mandado.

—Pero di, chiquilla, ¿de dónde sabes tú todo eso?—le pregunté.

—Pero ¿esto es saber?—respondió con naturalidad—. Pues esto lo sabes tú y todos. De veras te digo que se me ocurrió cuando estabas hablando y que jamás había pensado en tales cosas.

—¡Picarona! Cuando menos, tienes escondido un rimero de libros con los cuales piensas hacerte doctora por Salamanca.

—No, hijito, no he leído más libros fuera de los de devoción, que *Don Quijote de la Mancha*. ¿Ves? A ti te va a pasar algo de lo de aquel buen señor, sólo que aquél tenía alas para volar. ¡Pobrecillo! Lo que le faltaba era aire en que moverlas.

Inesilla no dijo más. Yo callé también, porque a pesar de mi petulancia, no pude menos de comprender que las pala-

bras de mi amiga encerraban profundo sentido. ¿Y la que así hablaba era una modista, una modistilla! *Ridete, cives*.

—Lo que yo sé—dije, al fin, sintiendo en mí un vivo arrebató de efecto—es que te quiero, que te amo, que te adoro, que me subyugas y dominas como a un papanatas, que eres una divinidad, y que juro no hacer cosa alguna sin consultarte. Adiós, reina; mañana te diré lo que se me ocurra esta noche. ¿Quién sabe, quién sabe si llegaremos a ser...! ¿Por qué no? Es preciso estar dispuesto, porque la escalera de los honores es penosa, y si uno se rompe la crisma, como dices...

—Siempre quedará la del Cielo—me dijo, inclinando otra vez la cabeza sobre la costura.

—Tienes cosas que me hacen estremecer. Adiós, Inesilla, luz y pensamiento mío.

Dicho esto, me despedí de ella y salí. Al abandonar la casa la sentí cantar, y su armoniosa voz mezclaba en extraña disonancia con los ecos de la flauta que tañía en lo interior de la morada el buen don Celestino. Siempre que salía de allí mi espíritu experimentaba un reposo, una estabilidad; no sé cómo expresarlo: una frescura, que luego destruía el trato con personas de diversa condición. De esto hablaré en seguida; mas, ante todo, me cumple manifestar que Inesilla tenía razón al burlarse de mis locos proyectos. Es el caso que como a todas horas oía yo hablar de personajes nulos, a quienes el cortesano elevó sin mérito a honrosas alturas, se me antojó que la Providencia me reservaba, como en compensación de mi orfandad y pobreza, una de aquellas repentinas y escandalosas mudanzas que por entonces ocurrían en nuestra España; y de tal modo encajó en mi cerebro semejante idea, que llegó a ser artículo de fe. Me hallaba, por más señas, en la edad en que somos tontos. No todos poseen el don de saber las cosas desde hace mil años, como Inesilla.

Ahora veréis la serie de circunstancias que llevaron mi necia credulidad al último extremo. Para esto tengo que dar a conocer a otras personas, a quienes espero recibirá el lector con gusto. Hablemos, pues, de teatros.

IV

El del Príncipe estaba ya reconstruido en 1807 por Villanueva, y la compañía de Máiquez trabajaba en él, alternando con la ópera, dirigida por el célebre Manuel García. Mi ama y la Prado eran las dos damas principales de la compañía de Máiquez. Los galanes secundarios valían poco, porque el gran Isidoro, en quien el orgullo era igual al talento, no consentía que nadie despuntara en la escena, donde tenía el pedestal de su inmensa gloria. Ni se tomó el trabajo de instruir a los demás en los secretos de su arte, temiendo que pudieran llegar a aventajarle. Así es que alrededor del célebre histrión todo era mediano. La Prado, mujer de Máiquez, y mi señora alternaban en los papeles de primera dama, desempeñando aquélla el de Clitemnestra, en el *Orestes*; el de Estrella, en *Sancho Ortiz de las Roelas*, y otros. La segunda se distinguía en el de doña Blanca, de *García del Castañar*, y en el de Edelmira (*Desdémona*), del *Otelo*.

La compañía de ópera era muy buena. Además de Manuel García, que era un gran maestro, cantaba su mujer, Manuela Morales; un italiano llamado Cristiani y la Briones. De esta mujer, que era concubina de Manuel García, nació el año siguiente el portento de las virtuosas, la reina de las cantantes de ópera, Mariquita Felicidad García, conocida en su tiempo por la *Malibrán*.

Figúrense ustedes, señores míos, si estaría yo divertido con representación o música por tarde y noche, asistiendo gratis, aunque por dentro y en sitios donde se pierde parte de la ilusión, a las funciones más bonitas y más aplaudidas que se celebraban en Madrid, rozándome con guapísimas actrices y familiarizado con los hombres que hacían reír o llorar a la Corte entera.

Y no piensen que sólo alternaba con cómicos, gente que entonces no era considerada como la nata de la sociedad: también me veía frecuentemente en medio de personajes muy ilustres, de los que menudeaban en los vestuarios, no faltando en tales sitios alguna dama tan hermosa como linajuda de las que no desdeñaban de ensuciar su guardapiés con el polvo de los escenarios.

Precisamente voy a contar ahora có-

mo mi ama tenía relaciones de íntima amistad con dos señoras de la Corte cuyos títulos nobiliarios, de los más ilustres y sonoros que desde remoto tiempo han exornado nuestra historia, me propongo callar por temor a que pudieran enojarse las familias que todavía los llevan. Estos títulos, que recuerdo muy bien, no serán escritos en este papel, y para designar a las dos hermosas mujeres emplearé nombres convencionales.

Recuerdo haber visto por aquel tiempo en la fábrica de Santa Bárbara un hermoso tapiz en que estaban representadas dos lindas pastoras. Habiendo preguntado quiénes eran aquellas simpáticas chicas, me dijeron: «Estas son las dos hijas de Artemidoro: Lesbía y Amaranta.» He aquí dos nombres que vienen de molde para mi objeto, amado lector. Haz cuenta que siempre que diga *Lesbía*, quiero significar a la duquesa de X, y cuando ponga *Amaranta*, a la condesa de X. En cuanto a su hermosura, todo lo que mi descolorida pluma pueda expresar será poco para describirlas, porque eran encantadoras, especialmente la condesa de..., digo Amaranta. Ambas tenían gusto muy refinado por las artes; protegían a los pintores y a los cómicos, ponían bajo su patrocinio las primeras representaciones de la obra de algún poeta desvalido, seleccionaban tapices, vasos y cajas de tabaco; introducían y propagaban las más vistosas modas de la despótica París, se hacían llevar en litera a la Florida, merendaban con Goya en el Canal y recordaban con tristeza la trágica muerte de Pepe-Hillo, acaecida en 1803.

Nada tiene de extraño, pues, que su misma vida, la tumultuosa ansiedad de novedades y fuertes impresiones que las dominaba, fuesen parte a lanzarlas en un dédalo de aventuras tales como la que voy a contar. Las pobrecillas no sabían otra cosa, y puesto que habían perdido cuanto la rancia educación española pudo haberles dado, sin adquirir nada que llenase este vacío, no debemos culparlas acerbamente. Alguno quizá las culpe, y con razón, aunque por otras cosas; pero, ¡ay!, eran... lindísimas.

Una tarde mi ama salió de muy mal humor del teatro. Isidoro la había reprendido no sé por qué, y aquí debo advertir que el sublime actor trataba a sus subalternos como si fueran chiquillos de

escuela. Al llegar Pepita a su casa, me dijo:

—Prepara todo, que vendrán a cenar las señoras Lesbía y Amaranta.

El preparar todo consistía en azotar un poco los muebles de la sala para limpiar el polvo o, mejor dicho, para que el polvo variara de sitio; en echar aceite en los velones; en comprar la prima para la guitarra, si le faltaba; en llamar a don Higinio para que afinase el clave, limpiar las cornucopias, ir por nueva remesa de pomada *a la Merechala*, etc., etc. En cuanto a la cena, venía hecha de una repostería. Di cumplimiento a estos encargos y pedí nuevas órdenes; pero mi ama estaba de muy mal humor, y sin hacer caso de lo que yo le decía, me preguntó:

—¿No te dijo si venía esta noche?

—¿Quién?

—Isidoro.

—No, señora, no me ha dicho nada.

—Como hablaba contigo al concluir la representación...

—Fué para decirme que, si volvía a enredar entre bastidores mientras él representaba, me mandaría desollar vivo.

—¡Qué genio! Le convidé para venir y no contestó.

Después de esto no dijo más, y con ademán triste y sombrío se encerró en su cuarto con la criada para cambiar de vestido. Seguí preparando todo y al poco rato apareció mi ama.

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Las nueve acaban de dar en el reloj de la Trinidad.

—Me parece que siento ruido en el portal—dijo, ansiosa.

—La señora se equivoca.

—De modo que él no te dijo terminantemente si venía o no venía.

—¿Quién, Isidoro? No, señora; nada me dijo.

—Como tiene ese genio tan... Ya ves qué incomodado estaba esta tarde. Sin embargo, yo creo que vendrá. Le convidé ayer, y aunque no me dijo una palabra..., él es así.

Al decir esto mostraba en su semblante una inquietud, una agitación, una zozobra, que eran señales de las más vivas emociones de su alma. ¿A qué tanto interés por la asistencia de Isidoro, persona a quien diariamente veía en el teatro?

Después examinó la sala, por ver si

faltaba algo, y se sentó aguardando la llegada de sus convidados. Al fin sentimos abrir la puerta de la calle, y pasos de hombre sonaron en la escalera.

—Es él—dijo mi ama, levantándose de un salto y andando atolondrada por la habitación.

Corrí a abrir, y un instante después el gran cómico entró en la sala.

Era Isidoro un hombre de treinta y ocho años, de alta estatura y actitud indolente, semblante pálido, y con tal expresión en éste y en la mirada, que, observado una vez, su imagen no se borraba nunca de la memoria. Aquella noche traía un traje verde oscuro, con pantalón de ante y botas polonesas, prendas todas de irrepreensible elegancia, que usaba con más propiedad que ninguno. Su vestir era un modo de ser propio y personal; él constituía por sí una especie de moda, y no se podía decir que se sometiera, cual dócil lechuguino, al uso común. En otros infringir las reglas habría sido ridículo; pero en él, infringirlas era lo mismo que modificarlas o crearlas de nuevo.

Ya os le daré a conocer más adelante como actor. Por ahora podéis conocer algunos rasgos de su carácter como hombre. Al entrar se arrojó sobre un sillón sin saludar a mi ama más que con una de esas fórmulas familiares e indiferentes que se emplean entre personas acostumbradas a verse con frecuencia. Por un buen rato permaneció sin decir nada, tarareando un aria, con la vista fija en las paredes y el techo y sin dejar de golpear la bota con el bastón.

Salí de la sala a traer no sé qué cosa, y al volver oí a Isidoro que decía:

—¡Qué mal has representado esta tarde, Pepilla!

Observé que mi ama, turbada como una chiquilla ante el fiero maestro de escuela, no supo contestar más que con trémulas frases a la brusca represión.

—Sí—continuó Isidoro—, de algún tiempo a esta parte estás desconocida. Esta tarde todos los amigos se han quedado de ti y te han llamado fría, torpe... Te equivocabas a cada instante y parecías tan distraída, que era preciso que yo te llamara la atención para que salieras de tu embotamiento.

Efectivamente, según oí entre bastidores, aquella tarde mi ama había estado muy infeliz en su papel de Blanca, en

García del Castañar. Todos los amigos estaban sorprendidos, considerando la perfección con que la actriz había desempeñado en otras ocasiones papel tan difícil.

—Pues no sé—respondió mi ama con voz conmovida—. Yo creo que he representado esta tarde lo mismo que las demás.

—En algunas escenas, sí; pero en las que dijiste conmigo estuviste deplorable. Parece que habías olvidado el papel o que trabajabas de mala gana. En la escena de nuestra salida recitaste tu soneto como una cómica de la legua que representa en Barajas o en Cacabelos. Al decirme

No quieren más las flores al rocío
que en los fragantes vasos el sol bebe...

tu voz temblaba como la de quien sale por primera vez a las tablas...; me diste la mano y la tenías ardiendo, como si tuvieras calentura...; te equivocabas a cada momento y parecías no hacer maldito caso de que yo estaba en la escena.

—¡Oh, no...! Te diré: el mismo miedo de hacerlo mal... Temía que te enfadaras, y como nos regañas con tanta violencia cuando nos equivocamos...

—Pues es preciso que te enmiendes, si quieres seguir en mi compañía. ¿Estás enferma?

—No.

—¿Estás enamorada?

—¡Oh, no, tampoco!—contestó la actriz con turbación.

—Apuesto a que por atender demasiado a alguna persona de las lunetas, no acertabas con los versos de la comedia.

—No, Isidoro, te equivocas—dijo mi ama, afectando buen humor.

—Lo raro es que en las escenas que siguieron, sobre todo en la de don Mendo, hiciste perfectamente tu papel; pero luego, en el tercer acto, cuando te tocó otra vez declamar conmigo, vuelta a las andadas.

—¿Dijo mal el parlamento del boquer?

—No, al contrario: recitaste con buena entonación los versos.

¿Dónde voy sin aliento,
cansada, sin amparo, sin intento,
entre aquesta espesura?
Llorad, ojos, llorad mi desventura.

En la escena con la reina también estuviste muy feliz, lo mismo que en el

diálogo con don Mendo. ¡Con qué elocuente tono exclamaste: «¡Tengo esposo!», y después, aquello de

... si harán.
porque bien o mal nacido,
el más indigno marido
excede al mejor galán!

Pero desde que salí yo y me viste...

—Es lo que te digo. El temor de hacerlo mal y disgustarte...

—Pues me has disgustado de veras. Cuando decías: «Esposo mío, García», te hubiera dado un pescozón en medio de la escena y delante del público. Marmota, ¿no te han dicho mil veces cómo deben pronunciarse esas palabras? ¿No has comprendido todavía la situación? Blanca teme que su marido sospecha una falta. El contento que experimenta al verle y el temor de que García dude de su inocencia deben mezclarse en aquella frase. Tú, en vez de expresar estos sentimientos, te dirigiste a mí como una modistilla enamorada que se encuentra de manos a boca con su querido hortera. Luego, cuando me suplicabas que te matara, lo hiciste sin lo que llamamos nosotros decoro trágico. Parecía que realmente deseabas recibir la muerte de mi mano, y hasta te pusiste de hinojos ante mí, cuando te tengo dicho terminantemente que no hagas tal cosa sino en los pasajes en que te lo ordene. En las décimas

García, guárdete el Cielo.

te equivocaste más de veinte veces; y cuando yo dije:

¡Ay querida esposa mía,
qué dos contrarios extremos!

te arrojaste en mis brazos, cuando aún no era llegada la ocasión, pues, yo, preocupado por el agravio recibido, no podía entregarme a los halagos amorosos. Echaste a perder el final, Pepilla; desluciste la comedia y me desluciste a mí.

—Yo no puedo deslucirte nunca.

—Pues ya ves cómo no fuí aplaudido esta tarde como las anteriores; y de esto tienes tú la culpa, si tú misma, por tus torpezas y tus tonterías. No haces caso de mis lecciones, no te esfuerzas por complacerme, y, por último, me pondrás en el caso de quitarte el partido en mi compañía, poniéndote de parte de por

medio o racionera, si no me obligas con tus descuidos a echarte del teatro.

—¡Ay Isidoro!—dijo mi ama—. Yo procuro siempre hacerlo lo mejor posible para que no te enfades ni me riñas; pero tanto miedo tengo a que me reprendas, que en la escena tiemblo desde que te veo aparecer. ¿Querrás creer una cosa? Pues cuando estamos representando juntos, hasta temo hacerlo demasiado bien, porque si me aplauden mucho, me parece que tomo para mí una parte del triunfo que a ti solo corresponde, y creo que has de enfadarte si no te aplauden a ti solo. Este temor, unido al que me causas cuando me amenazas por señas o me corriges con enojo, me hace temblar y balbucir, y a veces no sé lo que me digo. Pero descuida, que ya me enmendaré; no tendrás que echarme de tu teatro.

No oí lo que siguió a estas palabras, porque salí con un velón que olía mal; al volver noté que la conversación había variado. Isidoro permanecía en el sillón con indolencia y mostrando un gran aburrimiento.

—Pero ¿no vienen tus convidados?—preguntó.

—Es temprano. Veo que te fastidias en mi compañía—contestó mi ama.

—No; pero la reunión, hasta ahora, no tiene nada de divertida.

Isidoro sacó un cigarro y fumó. Debo advertir que el ilustre actor no gastaba tabaco por las narices, como casi todos los grandes hombres de su tiempo: Talleyrand, Metternich, Rossini, Moratín y el mismo Napoleón, que si no miente la Historia, por abreviar la operación de sacar y destapar la tabaquera, llevaba derramado el aromático polvo en el bolsillo del chaleco, forrado interiormente de hule, y mientras disponía los escuadrones de Jena o durante las conferencias de Tilsit, no cesaba de meter en el susodicho bolsillo los dedos pulgar e índice para llevarlos a la nariz cada minuto. Por esta singular costumbre dicen que el chaleco amarillo y las solapas que cubrían el primer corazón del siglo eran una de las cosas más sucias que se han enseñoreado de la Europa.

Farinelli también se atarugaba las narices entre una aria y un oratorio, y de ciertos papeles viejos que hemos visto se desprende que el mejor regalo que hacer podía una dama enamorada o un noble entusiasta a cualquier músico, pin-

tor o *virtuoso* italiano, era un par de arrobas de tabaco.

El abate Pico de la Mirandola, Rafael Mengs, el tenor Montagnana, la soprano Parigigi, el violinista Alai y otras notabilidades del Teatro del Buen Retiro, consumieron lo mejor que venía de América en los regios galeones.

Perdónese la digresión, y conste que Isidoro no usaba tabaco en polvo.

V

Las diez serían cuando solemnemente entraron las dos damas de que antes hice mención. ¡Lesbia, Amaranta! ¿Quién podrá olvidaros si alguna vez os vió? Excusado es decir que iban de incógnito, y en coche, no en litera, donde fácilmente las hubiera conocido el indiscreto vulgo. Las pobrecillas gustaban mucho de aquellas reuniones de confianza, donde hallaban desahogo sus almas comprimidas por la etiqueta.

Ha de saberse que en las reuniones clásicas de familia o de palacio, allí donde reinaba con despótico imperio la ley castiza, no ocurría cosa alguna que no fuese encaminada a producir entre los asistentes un decoroso aburrimiento. No se hablaba, ni mucho menos se reía. Las damas ocupaban el estrado; los caballeros, el resto de la sala, y las conversaciones eran tan sosas como los refrescos. Si alguien tocaba el clave o la guitarra, la tertulia se animaba un poco, pero pronto volvía a reinar el más soporífero decoro. Se bailaba un minuetto; entonces los amantes podían saborear las platónicas e ideales delicias que resultaban de tocarse las yemas de los dedos, y después de muchas cortesías al son de la música, reinaba de nuevo el decoro, que era una deidad parecida al silencio.

Nada tiene de particular que algunas damas de imaginación buscaran en reuniones menos austeras pasatiempos más acordes con su naturaleza, y aquí traigo a la memoria *El sí de las niñas*, que, censurando la hipocresía en la educación, es una general censura de la hipocresía, en todas las fases de nuestras antiguas costumbres. Todo anunciaba en aquellos días una fuerte tendencia a adoptar usos un poco más libres, relaciones más francas entre ambos sexos, sin dejar de ser

honradas; vida, en fin, que se fundara antes en la confianza del bien que en el recelo del mal y que no pusiera por fundamentos de la sociedad la suspicacia y la probabilidad del pecado. La verdad es que había mucha hipocresía entonces: porque las cosas no se hicieran en público no dejaban de hacerse, y siendo menos libres las costumbres, no por eso eran mejores.

Lesbia y Amaranta entraron haciendo cortesías y gestos encantadores que revelaban la alegría de sus almas. Las acompañaban el tío de Amaranta, viejo marqués diplomático; pero antes de decir quién era éste, voy a referiros cómo eran ellas.

La duquesa de X (Lesbia) era una hermosura delicada y casi infantil, de esas que, semejantes a ciertas flores con que poéticamente son comparadas, parece que han de ajarse al impulso del viento, al influjo de un fuerte sol, o parecer deshechas si una débil tempestad las agita. Las que se desataron en el corazón de Lesbia no hicieron estrago alguno, al menos hasta entonces, en su belleza.

Parecía haber salido el día antes del poder de las buenas Madres de Chamar-tín de la Rosa y que aún no sabía hablar sino de los bollos del convento, de las hormigas de la huerta, de la regla de San Benito y de los cariños de la Madre Circuncisión. Pero ¡cómo desmentía esta apariencia en cuanto hablaba la muy picarona! En su lenguaje tomaba mucha parte la risa, con tanta franqueza y tan discreta desenvoltura, que nadie estaba triste en su presencia. Era rubia y no muy alta, aunque sí esbelta y ligera como un pajarito. Todo en ella respiraba felicidad y satisfacción de sí misma; era una naturaleza tan voluntariosa como alegre, a quien ningún extraño albedrío podía sujetar. Los que tal intentaran principiarian por enojarla, y enojarla era echarla a perder, destruyendo la mitad de sus encantos.

Entre las cualidades que hacían agradable el trato de Lesbia descollaba su habilidad en el arte de la declamación. Era una cómica consumada, y, según conocí después, su talento, sin igual para la escena, no se reducía a los estrechos lienzos pintados de los teatros caseros, sino que tomaba más ancho vuelo, desplegándose en todos los actos de la vida.

Siempre que se daba alguna función extraordinaria en cualquiera de las principales casas de la Corte, ella hacía la mejor parte, y a la sazón Máiquez le enseñaba el papel de Edelmira en la tragedia *Otelo*, que debía ponerse en escena en el teatro doméstico de cierta marquesa. Isidoro y mi ama cooperarían en aquella representación, anunciada como muy espléndida.

Lesbia era casada. Tres años antes, y cuando apenas tenía diecinueve, contrajo matrimonio con un señor duque que se pasaba el tiempo cazando como un Nemrod en sus vastas dehesas; venía alguna vez a Madrid hecho un zafio para pedir perdón a su mujer por las largas ausencias y jurarle que tenía el propósito de no disgustarla más viviendo lejos de ella. Sin que nadie me lo diga, afirmo que Lesbia se quejaría con su dulce vocecita, pero cuidando de no esforzar su queja en términos que pudieran decidir al duque a cambiar de vida.

Amaranta era un tipo enteramente contrario al de Lesbia. Esta agradaba, pero Amaranta entusiasmaba. La apacible y graciosa hermosura de la primera hacía pasajeramente felices a cuantos la veían. La belleza ideal y grandiosa de la segunda causaba un sentimiento extraño, parecido a la tristeza. Pensando en esto después, he creído que la singular estupefacción que experimentamos ante uno de estos raros portentos de la hermosura humana consiste, o en la creencia de nuestra inferioridad, o en la poca esperanza de poseer el afecto de una persona que por sus muchas perfecciones será solicitada de sinnúmero de golosos.

Entre las mujeres que he visto en mi vida, no recuerdo otra que poseyera atracción tan seductora en su semblante; así es que no he podido olvidarla nunca, y siempre que pienso en las cosas acabadas y superiores, cuya existencia depende exclusivamente de la Naturaleza, veo su cara y su actitud como intachables prototipos que me sirven para mis comparaciones. Amaranta parecía tener treinta años. La gloria de haber producido a tal mujer te pertenece en primer término a ti, Andalucía, y después, a ti, Tarifa, fin de España, rincón de Europa donde se han refugiado todas las gracias del tipo español, huyendo de extranjera invasión.

Con lo dicho podrán ustedes formar idea de cómo era la incomparable condesa de X, alias Amaranta, y excuso descender a pormenores que ustedes podrán representarse fácilmente, tales como su arrogante estatura, la blancura de su tez, el fino corte de todas las líneas de su cara, la expresión de sus dulces y patéticos ojos, la negrura de sus cabellos y otras muchas indefinidas perfecciones que no escribo porque no sé cómo expresarlas; cualidades que se comprenden, si sienten y se admiran por el inteligente lector, pero cuyo análisis no debe éste exigirnos, si no quiere que el encanto de esas mil sutiles maravillas se disipe entre los dedos de esa alquimia del estilo que a veces afea cuanto toca.

No conservo cabal memoria de sus vestidos. Al acordarme de Amaranta, me parece que los encajes negros de una voluminosa mantilla, prendida entre los dientes de la más fastuosa peineta, dejan ver por entre sus mil recortes e intersticios al brillo de un raso carmesí, que en los hombros y en las bocamangas vuelve a perderse entre la negra espuma de otros encajes, bolillos y alamares. La basquiña, del mismo raro carmesí, y tan estrecha y ceñida como el uso del tiempo exigía, permite adivinar la hermosa estatua que cubre, y de las rodillas abajo, el mismo follaje negro y la cuajada y espesa pasamanería terminan el traje, dejando ver los zapatos, cuyas respingadas puntas aparecen o se ocultan como encantadores animalitos que juegan bajo la falda. Este accidente hasta llega a ser un lenguaje cuando Amaranta, atenta a la conversación, aumenta con el encanto de su palabra los demás encantos y añade a todas las elocuencias de su persona la elocuencia del abanico.

Esto en cuanto a la condesa. Refiriéndome a Lesbia, si quiero acordarme de su vestido, todo me parece azul. Figúrense la ustedes con mantilla blanca y guardapiés azul orlado de encajes negros, y si no es cierto que estuviera así, tampoco es inverosímil que pudiera estarlo.

Antes de la noche a que me refiero, había visto hasta tres veces a las dos lindas mujeres en casa de mi ama. Desde luego, comprendí que una y otra eran personas muy metidas en los enredos de la Corte, aunque en las clandestinas tertulias de mi casa poco dejaban tras-

lucir. Algunas veces, sin embargo, disputaban las dos en tales términos y con tan mal disimulado ensañamiento, que me pareció no existía entre ellas la mejor armonía. También mentaban de vez en vez los negocios públicos y a tal o cual persona de la real familia; pero en estos casos siempre daba el tema el señor marqués, tío de Amaranta, personaje que no podía estar en sosiego si no realizaba a todas horas su personalidad, sacando a relucir a tontas y a locas los negocios diplomáticos, en que se creía muy experto.

La noche a que corresponde mi narración había asistido también el celeberrimo tío, de quien ante todo diré que parecía cosido a las faldas de su sobrina, pues la acompañaba a todas partes, sirviéndole de rodrión en la iglesia, de caballero en el paseo y de pareja en los bailes. No sé si he dicho que Amaranta era viuda. Si antes lo dije, dése por repetido.

El marqués (callemos el título por las mismas razones que nos movieron a disfrazar el de las damas) era un viejo de más de sesenta años, que había ejercido varios cargos diplomáticos. Elevado por Floridablanca, sostenido por Aranda y derribado al fin por Godoy, conservó rencorosa pasión contra este ministro, y por esta causa todas sus disertaciones, que eran interminables, giraban sobre el capitalísimo tema de la caída del favorito. Su carácter era vano, aparatoso y hueco, como de hombre que, habiéndose formado de sí mismo elevado concepto, se cree destinado a desempeñar los más altos papeles. Por su grandilocuencia, que no era inferior a la flojedad efectiva de su ánimo, servía como objeto de agudísimas burlas entre sus amigos, y en todos los círculos que frecuentaba se divertían oyéndole decir: «¿Qué hará la Rusia? ¿Secundará el Austria tan atroz proyecto? ¡Un gran desastre nos amaga!... ¡Ay de las potencias del Mediodía!», y otras igualmente misteriosas, con que se proponía darse importancia, cuidando siempre en su estudiada reserva de decir las cosas a medias y de no dar noticias claras de nada para que los oyentes, llenos de dudas y oscuridades, le rogasen con insistencia que fuese más explícito.

He dado estos detalles para que se comprenda qué clase de espantajos había

entonces para regocijo de aquella generación. En cuanto a mí, siempre me han hecho gracia estos tipos de la vanidad humana, que son, sin disputa, los que más divierten y los que más enseñan.

Como hombre poco dispuesto a transigir con las *novedades peligrosas* y enemigo del jacobinismo, el marqués se esforzaba en conseguir que su persona fuese espejo fiel de sus elevados pensamientos; así es que miraba con desdén los trajes de moda y tenía gusto en sorprender al público elegante de la Corte y Villa con vestidos anticuados de aquellos que sólo se veían ya en la veneranda persona de algún buen consejero de Indias. Por esta razón, si usó hasta 1798 la casaca de tontillo y la chupa-mandil, en 1807 todavía no se había decidido a adoptar el frac solapado y el chaleco ombligüero, que los poetas satíricos de entonces calificaban de moda *anglogala*.

Me falta añadir que el marqués, con su antijacobinismo y su peluca empolvada, digna de figurar en las Juntas de Coblenza, había sido hombre de costumbres bastante disipadas. En la época de mi relación, la edad le había corregido un poco, y sus calaveradas no pasaban de una benévola complicidad en todos los caprichos de su sobrina. No vacilaba en acompañarla a sus excursiones y meriendas en la pradera del Canal o en la Florida, con gente de categoría muy inferior a la suya. Tampoco ponía reparos en ser su pareja en las orgías celebradas en casa de la *González* o la *Prado*, pues tío y sobrina gustaban mucho de aquella familiaridad con cómicos y otra gente de parecida laya. Excusado es decir que tales excursiones eran reservadas y tenían por único objeto el esparcir y regerar el espíritu, abatido por la etiqueta. ¡Pobre gente! Aquellos nobles, que buscaban la compañía del pueblo para disfrutar pasajeramente de alguna libertad en las costumbres, estaban consumando, sin saberlo, la revolución que tanto temían, pues antes que vinieran los franceses y los volterrianos y los doceañistas, ya ellos estaban echando las bases de la futura igualdad.

VI

Lesbia, dando golpecitos con su abanico en el hombro de Isidoro, decía:

—Estoy muy enfadada con usted, señor Máiquez; sí, señor, muy enfadada.

—¿Porque he representado mal esta tarde?—contestó el actor—. Pepilla tiene la culpa.

—No es eso—continuó la dama—; y me las pagará usted todas juntas.

Al oír esto, Isidoro inclinó la cabeza. Lesbia acercó su rostro y habló tan bajo, que ni yo ni los demás entendimos una palabra; pero por la sonrisa de Máiquez se adivinaba que la dama le decía cosas muy dulces. Después continuaron hablando en voz baja, y el uno atendía a las palabras del otro con tal interés, daban tanta fuerza y energía al lenguaje de los ojos, se ponían serios o joviales, tristes o alborozados con transición tan ansiosa y brusca, que al menos listo se le alcanzaba la inferencia del travieso amor en las relaciones de aquellos dos personajes.

Para que todo se sepa de una vez diré que el diplomático no miraba con malos ojos a la *González*; mas ésta no podía contestar a sus tiernas insinuaciones, porque harto tenía que hacer atendiendo al íntimo diálogo que sostenía Lesbia e Isidoro. A mi ama un color se le iba y otro se le venía, de pura zozobra; a veces parecía encendida en violenta ira; a veces, dominada por punzante dolor, pugnaba por distraerlos, injiriendo en su conversación conceptos extraños, y, al fin, no pudiendo contenerse, dijo con muy mal humor:

—¿No concluirá tan larga confesión? Si siguen ustedes así, entonaremos todos el *Yo, pecador*.

—¿Y a ti qué te importa?—dijo Máiquez con semblante sañudo y aquel despótico tono que usaba con los desdichados subalternos de su compañía.

Mi ama se quedó perpleja, y en un buen rato no dijo una palabra.

—Tienen que contarse muchas cosas—insinuó Amaranta con malicia—. Lo mismo sucedió el otro día en casa. Pero esto pasa, señor Máiquez. El placer es breve y fugaz. Conviene aprovechar las dulzuras de la vida hasta que el horrible hastío las amargue.

Lesbia miró a su amiga...; mejor dicho, ambas se miraron de un modo que no indicaba la existencia de una apacible concordia entre las dos.

El secreto entre Isidoro y la dama continuaba cada vez más íntimo, más

ardoroso, más impaciente. Parecía que el tiempo se les abreviaba entre palabra y palabra, no permitiéndoles decirlo todo. Amaranta se aburría; el marqués dirigía con ojos y boca inútiles flechas al enajenado corazón de mi ama, y ésta, cada vez más inquieta, mostrando en su semblante, ya la interna rabia de los celos, ya la dolorosa conformidad del martirio, no procuraba entablar conversación, ni parecía cuidarse de sus convidados. Pero, al fin, el marqués, comprendiendo que aquélla era ocasión propicia para hablar, aunque fuera ante mujeres, de su tema favorito, que eran los asuntos públicos, rompió el grave silencio, y dijo:

—La verdad es que estamos aquí divirtiéndonos, y a estas horas, tal vez, se preparan cosas que mañana nos dejarán a todos asombrados y lelos.

Hallándose mi ama, como he dicho, absorta entre el despecho y la resignación, se dejó dominar del primero, que la inducía a trabar otro diálogo íntimo con el diplomático, y dijo con viveza:

—¿Pues qué pasa?

—Allí es nada... Parece mentira que estén ustedes con tanta calma—contestó el marqués, retardando el dar las noticias.

—Dejemos esas cuestiones, que no son de este lugar—dijo la sobrina con hastío.

—¡Oh, oh, oh!—exclamó con grandes aspavientos el diplomático—. ¿Por qué no han de serlo? Yo sé que Pepa desea vivamente saber lo que pasa, y saberlo de mis autorizados labios, ¿eh?

—Sí, muchísimo; quiero que usted me cuente todo—dijo mi ama—. Esas cosas me encantan. Estoy de un humor... divertidísimo. Hablemos, hablemos, señor marqués.

—Pepa, usted me electriza—dijo el prócer, clavando en ella con amor sus turbios y amortiguados ojos—. Tan es así, que yo, a pesar de haberme distinguido siempre durante mi carrera diplomática por mi gran reserva, seré con usted franco, revelándole hasta los más profundos secretos de que depende la suerte de las naciones.

—¡Oh!, me encantan los diplomáticos—dijo mi ama con agitación febril—. Hábleme usted, cuénteme todo lo que sepa, aunque en contármelo emplee toda la noche. Es usted, señor marqués, la persona de conversación más dulce, más

amena, más divertida que he tratado en mi vida.

—Nada te dirá, Pepa, sino lo que todo el mundo sabe—indicó Amaranta—, y es que a estas horas las tropas de Napoleón deben de estar entrando en España.

—¡Oh, qué cosa más linda!—dijo mi ama—. Hable usted, señor marqués.

—Sobrina, ¿acabarás de apurarme la paciencia?—exclamó el marqués, dando importancia desmedida al asunto—. No se trata de que entren o no entren esas tropas: se trata de que van a Portugal a apoderarse de aquel reino para repartirlo.

—¿Para repartirlo?—dijo la *González* con su calenturienta jovialidad—. Bien; me alegro. Que se lo repartan.

—Lindísima Pepa, esas cosas no pueden decirse tan de ligero—declaró el marqués gravemente—. ¡Oh, usted aprenderá conmigo a tener juicio!

—Es cierto—añadió Amaranta—que se ha acordado dividir a Portugal en tres pedazos: el del Norte se dará a los reyes de Etruria, el centro quedará para Francia, y la provincia de Algarves y Alemtejo servirá para hacer un pequeño reino, cuya corona se pondrá al señor Godoy en su cabeza.

—¡Patrañas, sobrina, patrañas!—dijo el marqués—. Eso es lo que dió tanto que hablar el año pasado; pero ¿quién se acuerda ya de semejante combinación? Tú no estás al tanto de lo que pasa... Por supuesto, no necesito repetir que es preciso guardar absoluto secreto sobre lo que voy a decir.

—¡Ah!, descuide usted—repuso mi ama—. En cuanto a mí, estoy encantada de esta conversación.

—El año pasado, Godoy trató de ese asunto, por medio de Izquierdo, su representante reservado, con Napoleón. Parece que la cosa estaba arreglada. Pero de repente, el emperador pareció desisttir, y entonces don Manuel, ofendido en su amor propio y viendo defraudadas sus esperanzas, quiso mostrarse fuerte contra Napoleón; publicó la famosa proclama de octubre del año pasado y envió a un mensajero secreto a Inglaterra para tratar de adherirse a la coalición de las potencias del Norte contra Francia. Este lo tengo yo muy sabido..., porque ¿qué secreto puede escaparse a mi penetración, a mi consumada experiencia de estos arduos negocios? Bien...

Así las cosas, venció Napoleón a los prusianos en Jena, y ya tenemos a nuestro don Manuel asustadico y hecho un lego motilón, temiendo la venganza del que había sido gravemente ofendido con la publicación de la proclama, considerada aquí y en Francia como una declaración de guerra. Envio a Izquierdo a Alemania para implorar perdón, y al fin le fué concedido; pero no se volvió a hablar más del reparto de Portugal ni de la soberanía de los Algarves. He aquí, señoras, la pura verdad. Yo, por mis antecedentes y mis conocimientos, estoy al tanto de todos estos asuntos, pues al paso que los atisbo y escudriño, aquí no falta algún diplomático extranjero que me los comunique con toda reserva. Hoy no se habla ya del reparto de Portugal, señora sobrinita. Lo que ocurre es mucho más grave y... Pero no, no somos dueños de comunicar a nadie ciertas cosas. Callaré hasta que el gran cataclismo se haga público... ¿A prueba de su discreción, querida Pepa? ¿Conviene usted conmigo en que la reserva es hermana gemela de la diplomacia?

—¡Oh la diplomacia!—exclamó mi ama con afectación—. Es cosa que me tiene enamorada. ¡La pérfida Albión! ¡Los tratados! ¡Bonaparte! ¡La coalición! ¡Oh, qué asuntos tan divinos! Confieso que hasta aquí me han aburrido mucho; pero ahora..., esta noche, rabio por conocerlos, y esta conversación, señor marqués, me tiene embelesada.

—Es verdad—dijo el diplomático, relamiéndose de satisfacción—que pocas personas tratan de estas materias con tanta delicadeza, con tanta prudencia, digámoslo de una vez, con tanta gracia como yo. Cuando estuve en Viena, por el año ochenta y cuatro, todas las damas de la Corte me rodeaban, y yo les aseguro que pasaban un rato delicioso oyéndome...

—Lo comprendo; lo mismo me pasa a mí esta noche—dijo mi ama, sin cesar en su extraña exaltación—. Por piedad, hábleme usted del Austria, de la Turquía, de la China, del protocolo y de la guerra; sobre todo de la guerra.

—Dejemos a un lado por esta noche tan fastidiosa conversación—indicó Amaranta—. No creo que usted, querido tío, sea de la ridícula opinión que supone a Godoy intentando, con el auxilio de Bonaparte, mandar a América a la real

familia, quedándose él de rey de España.

—Sobrina, por todos los santos, no me incites a hablar, no me hagas olvidar el gran principio de que la discreción es hermana gemela de la diplomacia.

—Es absurdo también—continuó la sobrina—suponer que Napoleón haya mandado sus tropas a España para poner la corona al príncipe Fernando. El heredero de un trono no puede solicitar el favor de un soberano extranjero para ningún fin contrario a los de sus augustos padres.

—Vamos, vamos, señora, asuntos tan graves no pueden tratarse de ligero. Si yo me decidiera a hablar, quedarían ustedes espantadas, y no podríamos cenar.

A esta sazón ya había venido la cena, y yo comenzaba a servirla. Isidoro y Lesbia, requeridos por mi ama para que se acercaran a la mesa, dieron tregua al arrobamiento, y tomaron parte por un rato en la conversación general.

—Pero ¿qué están ustedes hablando?—dijo Lesbia—. ¿Hemos venido aquí para ocuparnos de lo que no nos importa? ¡Bonito tema!

—¿Pues de qué quiere usted que se hable, desgraciada?

—De otras cosas...; vamos, de bailes, de toros, de comedias, de versos, de vestidos...

—¡Qué sosada!—indicó mi ama con desdén—. Además, ustedes pueden tratar de lo que gusten, y nosotros hablaremos de lo que más nos convenga.

—Ya veo por qué anda Pepa tan distraída—dijo Máiquez, burlándose de mi ama—. Se ha decidido a estudiar la política y la diplomacia, carreras más propias de su ingenio que la del teatro.

Mi ama intentó contestar a esta mofa, pero las palabras expiraron en sus labios y se puso muy encendida.

—Aquí venimos a divertirnos—añadió Lesbia.

—¡Oh frívola y vana juventud!—exclamó el marqués, después de beberse un gran vaso de vino—. No piensa más que en divertirse, cuando la Europa entera..

—¡Dale con la Europa entera!

—Pepa es la única que comprende la gravedad de las circunstancias. Usted, encantadora actriz, será de las pocas personas que, como yo, no se sorprendan del cataclismo.

—¿Querría usted explicarnos de una vez lo que va a pasar?

—¡Por Dios y todos los santos!—exclamó el diplomático, afectando cierta compunción suplicante—. Yo ruego a ustedes que no me obliguen con sus apremiantes excitaciones a decir lo que no debe salir de mis labios. Aunque tengo confianza en mi propia prudencia, temo mucho que, si ustedes siguen hostigándome, se me escape alguna frase, alguna palabra... Callen, por Dios, que la amistad tiene en mí fuerza irresistible, y no quiero verme obligado por ella a olvidar mis honrosos antecedentes.

—Pues callaremos; no deseamos saber nada, señor marqués—dijo Máiquez comprendiendo que el mejor medio para mortificar al buen viejo consistía en no preguntarle cosa alguna.

Hubo un momento de silencio. El marqués, contrariado en su locuacidad, no cesaba de engullir, entablando relaciones oficiosas con un capón, e impetrando para este fin los buenos oficios de una ensalada de escarola que le ayudaba en sus negociaciones. Mientras tanto, se deshacía en obsequios con mi ama, y sus turbios ojos, reanimados no sé si por el vino o por el amor, brillaban entre los arrugados párpados y bajo las espesas cenicientas cejas, que contraía siempre, por la costumbre de leer la vieja escritura de los memorándum. La *González* no decía tampoco una palabra, y sólo ponía su reconcentrada atención, aunque sin mirarlos, en los dos amantes, mientras que Amaranta, agitada sin duda por pensamientos muy diferentes, no miraba a Isidoro, ni a Lesbia, ni a mi ama, ni a su tío, sino...; ¿tendré valor para decirlo?, me miraba a mí. Pero esto merece capítulo aparte, y pongo punto final en éste para descansar un poco.

VII

Sí, ¿lo creerán ustedes?, me miraba, ¡y de qué modo! Yo no podía explicarme la causa de aquella tenaz curiosidad, y, si he de decir verdad, como hombre honrado, aún no he salido de dudas. Yo servía a la mesa, como es de suponer, y no pueden ustedes figurarse cuál fué mi turbación cuando advertí que aquella hermosa dama, objeto por parte mía de

la más fervorosa admiración, fijaba en mí los ojos más perfectos que, según creo, se han abierto a la luz desde que hay luz en el mundo. Un color se me iba y otro se me venía; a veces, mi sangre toda corría precipitadamente hacia mi semblante, poniéndome encendido; a veces se recogía por entero en mi palpitante corazón, dejándome más pálido que un difunto. Ignoro el número de fuentes que rompí aquella noche, pues las manos me temblaban, y creo que serví de un modo lamentable, trocando el orden de los platos, y dando sal cuando me pedían azúcar.

Yo decía para mí: «¿Qué es esto? ¿Tendré algo en la cara? ¿Por qué se fijará tanto en mí esa señora?...» Al salir fuera, iba a la cocina, me miraba a toda prisa en un espejillo roto que allí tenía; mas no encontraba en mi semblante nada que de notar fuese. Volvía a la sala, y otra vez Amaranta me clavaba los ojos. Por un instante llegué a creer...; ¡pero quia! Me reía yo mismo de tan loca presunción. ¿Cómo era posible que una dama tan hermosa y principal sintiera...? ¡Ay!, recuerdo haber dicho, aunque al revés, lo que después escribió en un célebre verso cierto poeta moderno. Pero todo debía de ser un sueño de mi infantil soberbia. ¿Cómo podía la estrella del cielo mirar al gusano de la tierra sino para recrearse, comparando, en su propia magnitud y belleza?

Pero debo añadir otra circunstancia, y es que cuando mi ama me reprendía por las muchas torpezas que cometí en el servicio de la mesa, Amaranta acompañaba sus miradas de una dulce sonrisa que parecía implorar indulgencia por mis faltas. Yo estaba perplejo, y un violento flúido, que parecía súbito acrecentamiento de vida, corría por mis nervios, produciéndome una actividad devoradora, a la cual seguía vago aturdimiento.

Después de largo rato, la conversación, anudándose de nuevo, fué general. El marqués, viendo que no se le preguntaba nada, estaba en gran desasosiego, y a los rostros de todos dirigía con inquietud sus ojos, buscando una víctima de su charla; pero nadie parecía dispuesto a escucharle, con lo cual, lleno de enojo, tomó la palabra para decir que si continuaban apremiándole para que hablara, se vería en el caso de no poner

por segunda vez a prueba su discreción concurriendo a tertulias donde no reinaba el más profundo respeto hacia los secretos de la diplomacia.

—¡Pero si no le hemos dicho a usted una palabra!—indicó Lesbia, riendo.

Isidoro, conociendo que el marqués era enemigo de Godoy, dijo con mucha sorna:

—No se puede negar que el príncipe de la Paz, como hombre de gran talento, burlará las intrigas de sus enemigos. Napoleón le apoya, y no digo yo la coronita de los Algarves, sino la de Portugal entero, o quizá otra mejor, recibirá de manos de su majestad imperial. Conozco a Napoleón; le he tratado en París, y sé que gusta de los hombres arrojados como Godoy. Verá usted, verá usted, señor marqués: todavía le hemos de ver a usted llamado a los Consejos del nuevo rey, y tal vez representándole como plenipotenciario en alguna de las Cortes de Europa.

Limpióse el marqués la boca con la servilleta, echóse hacia atrás, sopló con fuerza, desahogando la satisfacción que le producía el verse interpelado de aquel modo; fijó la vista en un vaso, como buscando misterioso punto de apoyo para una sutil meditación, y dijo con mucha pausa:

—Mis enemigos, que son muchos, han hecho correr por toda Europa la especie de que yo llevaba correspondencia secreta con el príncipe de Talleyrand, con el príncipe Borghese, con el príncipe Piombino, con el gran duque de Aremberg y con Luciano Bonaparte, en connivencia con Godoy, para estudiar las bases de un Tratado por el cual España cedería las provincias catalanas a Francia, a cambio de Portugal y el reino de Nápoles... pasando Milán a la reina de Etruria, y el reino de Westfalia a un infante de España. Yo sé que esto se ha dicho —añadió, alzando la voz y dando un fuerte puñetazo en la mesa—. ¡Yo sé que esto se ha dicho; ha llegado a mis oídos, sí, señor! Los calumniadores lo hicieron creer a los soberanos de Austria y Prusia; se me interpeló sobre el caso; Rusia no titubeó en hacerse eco de la calumnia, y fué preciso que yo empleara todo mi valimiento y tacto para disipar las densas nubes que se habían acumulado en el horizonte de mi reputación. Al decir esto, el marqués empleaba el

mismo tono que habría usado ante un Congreso de los principales políticos de Europa. Después de sonarse con estrépito, prosiguió así:

—Afortunadamente, soy bien conocido, y, al fin..., tengo la satisfacción de haber sido objeto de las más satisfactorias frases por parte de los soberanos citados. ¡Ah!..., ya sé yo el objeto que guió a los calumniadores y el sitio de donde partió la calumnia. En casa de Godoy se inventó esa trama abominable con objeto de ver si, autorizada con mi nombre, podía tal combinación correr con alguna fortuna por Europa. Pero tan inicuos planes quedaron sin éxito, como era de suponer, y la Europa entera, convencida de que el príncipe de la Paz y yo no podemos obrar de concierto en negocio alguno de interés general para las grandes potencias.

—¿De modo—dijo Isidro—que usted no es, como dicen, amigo secreto de Godoy?

El diplomático frunció el ceño, sonrió con desdén, llevó un polvo a la nariz, y continuó así:

—¿Qué incongruentes especies no inventará la calumnia? ¿Qué torpes ardidés no imaginarán la astucia y la doblez contra la prudencia y la rectitud? Mil veces me han hecho esos cargos, y mil veces los he resbatido. Pero es fuerza que repita ahora lo que en otras ocasiones he dicho. Había hecho propósito solemne de no ocuparme más de este asunto; pero la terquedad de mis amigos y la obcecación del público me obligan a ello. Hablaré claro: si en el calor de mi defensa hago revelaciones que puedan sonar mal en ciertos oídos, culpe a los que me han provocado, no a mí, que todo debo posponerlo al brillo de mi inmaculada reputación.

Lesbia, Isidoro y mi ama hacían esfuerzos para contener la risa, ante el énfasis con que nuestro hombre defendía, contra imaginarias acusaciones, una personalidad de que nadie se ocupaba sino él. Amaranta parecía meditar; mas sus reflexiones no le impidieron fijar alguna vez en mí sus incomparables ojos.

—En el año de mil setecientos noventa y dos—prosiguió el viejo—cayó del Ministerio el conde de Floridablanca, que se había propuesto poner coto a los estragos de la Revolución francesa. ¡Ah! El vulgo le concedió la mano oculta que

había arrojado de la Secretaría de Estado a aquel varón insigne, envejecido en servicio del rey. Pero ¿cómo podía ocultarse a los hombres perspicaces la máquina interior de aquel cambio de Ministerio? Un joven de veinticinco años, a quien los reyes miraban con particular afecto y que tenía frecuente entrada en Palacio, y hasta voz y voto en los Consejos, influyó en el cambio de Ministerio y en la elevación del señor conde de Aranda. ¿Tuve yo participación en aquel suceso? No, mil veces no; hallábame a la sazón agregado a la Embajada española cerca del emperador Leopoldo, y no pude de ningún modo influir para que desempeñara el Ministerio mi amigo el conde de Aranda. Pero ¡ay!, éste duró poco en el Poder, porque nuevas maquinaciones le derribaron, y en noviembre del mismo año, España y el mundo todo vieron con sorpresa que era elevado a la primera dignidad política aquel mismo joven de veinticinco años, ya colmado de honores inmerecidos, tales como el ducado de la Alcudia y la grandeza de España de primera clase, la gran Cruz de Carlos III, la cruz de Santiago, los cargos de ayudante general del Cuerpo de Guardias, mariscal de campo de los reales ejércitos, gentilhombre de cámara de Su Majestad con ejercicio, sargento mayor del Real Cuerpo de Guardias de Corps, consejero de Estado, superintendente general de Correos y Caminos, etc., etc. Empuñó Godoy las riendas del Estado en tiempos muy críticos; todos los hombres de previsión comprendíamos la proximidad de grandes males, e hicimos lo posible por conjurarlos. El torpe duque de la Alcudia declaró la guerra a Francia, contra la opinión de Aranda y de todos cuantos teníamos alguna experiencia en los negocios. ¿Se nos hizo caso? No. ¿Se oyeron nuestros consejos? No. Pues veamos ahora lo que ocurría después de hecha la paz con Francia. El rey continuaba acumulando en la persona de su favorito toda clase de distinciones y honores; y, por fin, le enlazó con una princesa de la familia real. Tanto favor dispensado a un hombre nulo, y que en los hechos más indignos buscaba ocasión de medro, produjo la animadversión y el descontento de todos los españoles. La caída de un favorito, que había desconcertado el Erario público y des-

moralizado la justicia, vendiendo los destinos, era segura. Y aquí debo decir, aunque por un momento falte a las leyes de mi sistemática reserva, que yo nada influí para que entraran en los ministerios de Hacienda y Gracia y Justicia los señores Saavedra y Jovellanos. Ruego a ustedes que no me revelen este secreto, que hoy por primera vez sale de mis labios.

—Seremos tan callados como guardacantones, señor marqués—dijo Isidoro.

—Pero la cosa no tenía remedio—continuó el diplomático, dirigiendo sus ojos a todos los lados de la sala, como si le oyeran gran número de personas—. Jovellanos y Saavedra no podían concertarse en el Gobierno con quien ha sido siempre la misma torpeza y la corrupción en persona. La República francesa trabajaba en contra del favorito; Jovellanos y Saavedra se empeñaron en desprenderse de tan peligroso compañero, y, al fin, el rey, cediendo a tantas sugerencias y a la voz popular, dió a Godoy su retiro en marzo de mil setecientos noventa y ocho. Yo declaro aquí de una vez para siempre que no tuve participación en su caída, como han dado en suponer. Y ésta sería ocasión de decir algo que sé y que siempre he callado; pero... no, no fío bastante en la prudencia de los que me escuchan, y prefiero guardar silencio sobre un punto delicado que nadie conoce. Conste tan sólo que no contribuí a la caída de Godoy en mil setecientos noventa y ocho.

—Pero la desgracia del señor don Manuel duró poco—dijo Isidoro—, porque el Ministerio Jovellanos-Saavedra fué de poca duración, y el de Caballero y Urquijo, que le sucedió, tampoco tuvo larga vida.

—Efectivamente, a eso iba—continuó el marqués—. Los reyes no podían pasarse sin su amigo. Ocupó éste nuevamente la Secretaría de Estado, y queriendo acreditarse de guerrero, ideó la famosa expedición contra Portugal, para obligar a este reino a romper sus relaciones con Inglaterra. Ya desde entonces nuestro ministro no pensaba más que en secundar los planes de Bonaparte del modo menos ventajoso para España. El mismo mandó aquel ejército, que se puso en pie de guerra a costa de grandes sacrificios, y cuando los pobres portugueses abandonaron a Olivenza sin

que pudiera entablarse una lucha formal, el favorito celebró sus soñadas victorias con un festejo teatral, a que debió aquella guerra el nombre de *Batalla de las Naranjas*. Ustedes saben que los reyes habían acudido a la frontera. El favorito mandó construir unas angarillas, que adornó con flores y ramajes, y sobre esta máquina hizo poner a la reina, que fué tan chabacanamente llevada en procesión ante las tropas, para recibir de manos del generalísimo un ramo de naranjas, cogido en Elvas por nuestros soldados. No añadiré una palabra más ni recordaré los punzantes chistes que circularon en aquella ocasión de boca en boca. Que cada cual se entienda con su conciencia, y que todos tengan bastante energía para defender sus propios actos, como defiendiendo yo los míos en este momento. Ahora paso a otra cuestión. Y aunque necesite repetirlo mil veces, diré también que no tuve parte alguna en las negociaciones del Tratado de San Ildefonso ni en la alianza de nuestra Marina con la francesa, origen del desastre de Trafalgar. Pero sobre ese Tratado sé cosas curiosísimas que me confió el general Duroc, y que no puedo revelar a ustedes por más empeño que muestren en conocerlas. No..., no me pidan que revele lo que sé, no pongan a prueba mi discreción; hay secretos que no pueden confiarse en el seno de la amistad más íntima. Yo debo callar, y callaré. Si los dijese, ¡cuán pronto confundiría al príncipe de la Paz y a los que me suponen cómplice de sus infames tratos con Bonaparte! Mi único afán ha consistido en destruir sus combinaciones, y aquí, en confianza, puedo decir que repetidas veces lo he conseguido. Por eso se empeña en desacreditarme a los ojos de Europa, en malquistarme con los hombres de Estado que han depositado en mí su confianza; por eso suena mi nombre unido a todas las combinaciones que fragua Izquierdo en París. Pero, ¡ah!, gracias a mi destreza, podré anonadar a los calumniadores, salvando mi buen nombre. ¡Ojalá pudiera asimismo salvar a nuestros reyes y a nuestro país del descrédito a que los conduce ciegamente un hombre abominable, que se ha elevado por las causas que todos sabemos, y sigue dirigiendo la nave del Estado, valido de su torpe arrogancia, de su insolente travesura.

Dijo, y llevándose a la nariz con diplomática gravedad el polvo de rapé, se sonó con más estruendo que el de una batería, miró a todos por encima del pañuelo y luego pronunció vagas frases que anunciaban la agitación de su grande espíritu. Oyéndole y viéndole, parecía que sobre el mantel de la mesa que yo había servido iban a resolverse las más arduas cuestiones europeas, repartiendo pueblos y arreglando naciones como en el tapete de Campo Formio, de Presburgo o de Luneville.

—Estamos ya convencidos, señor marqués—dijo Lesbia—, de que usted no ha tenido ni tiene parte alguna en los desastres ocasionados por el príncipe de la Paz; pero no nos ha dicho cuáles son los cataclismos que nos amenazan.

—Ni una palabra más, no añadiré una palabra más—dijo el marqués, alzando la voz—. Cesen, pues, las preguntas. Todo es inútil, señoras mías. Soy inflexible, implacable; todos los esfuerzos, todas las astucias de la curiosidad no conseguirían arrancarme una revelación. He suplicado a ustedes que no me preguntasen nada, y ahora no ruego, sino mando que me dejen en paz, renunciando a corromper y sobornar mi experimentada prudencia con los halagos de la amistad.

Oyendo al diplomático, yo recordaba a cierto mentiroso que conocí en Cádiz, llamado don José María Malespina. Ambos eran portentos de vanidad; pero el de Cádiz mentía desvergonzadamente y sin atadero, mientras que el de Madrid, sin alterar nunca los sucesos reales, se suponía hombre de importancia, y su prurito consistía en defenderse de ataques imaginarios y en negarse a revelar secretos que no sabía. Esto prueba la inmensa variedad que el Creador ha puesto en la fauna moral, así como en la física.

Isidoro y Lesbia, retirándose de la mesa, habían vuelto a formar la tela de araña de sus comunicaciones amorosas. Mi ama había variado en sus disposiciones favorables hacia el marqués. En vano le prometió franquearse con ella, revelándole lo que ningún ser humano había oído hasta entonces de sus labios; pero, sin duda, no debió de halagar mucho a la *González* la promesa de conocer los planes de todas las potencias entonces, porque no tuvo para su solici-

to cortejante palabra ni frase alguna que no fuesen el mismo acíbar.

Amaranta, cuya reconcentración mental se desvanecía poco a poco, clavó en mí sus ojos de una manera que parecía indicar vivo deseo de entablar conversación conmigo. En efecto: contra todas las prescripciones del decoro, en cierta ocasión en que yo recogía los platos vacíos que tenía delante, se sonrió de un modo celestial, atravesándome el corazón con estas palabras:

—¿Estás contento con tu ama?

No puedo asegurarlo terminantemente; pero creo que sin mirarla, contesté:

—Sí, señora.

—¿Y no desearías cambiar de ama? ¿No deseas encontrar colocación en otra parte?

Tampoco aseguro que sea cierto; pero me parece que respondí:

—Según con quien fuera.

—Pareces un chico de disposición—añadió con una sonrisa que parecía abrir el cielo ante mis ojos.

A esto si estoy seguro de no haber contestado una palabra. Después de breve pausa, en que mi corazón parecía querer echármese fuera del pecho, tuve un arranque de osadía, que hoy mismo me causa asombro, y dije:

—¿Es que quiere usía tomarme a su servicio?

Al oírme, Amaranta prorrumpió en graciosa carcajada, y yo me quedé perplejo, creyendo haber dicho alguna inconveniencia. Al punto salí de la sala con mi carga de platos; en la cocina procuré calmar mi turbación, tratando de explicarme los sentimientos de Amaranta respecto a mí, y después de mil dudas, dije:

—Mañana mismo le contaré todo a Inés, y veremos lo que ella piensa.

VIII

Cuando regresé a la sala, la escena continuaba la misma; pero la llegada de un nuevo personaje a variarla iba por completo. Oímos ruido de alegres voces y como preludios de guitarra en el portal, y después entró un joven, a quien diferentes veces había yo visto en el teatro. Acompañábanle otros; pero se despidieron en la puerta, y él subió

solo, haciendo tanto ruido, que no parecía sino que un ejército se nos metía en la casa. Me acuerdo bien de que vestía el traje popular, esto es, un rico marsellés, gorra peluda de forma semejante a la de los sombreros tríplicos, pero mucho más pequeña, y capa de grana con forros de felpa manchada. Al verle con esa facha, no crean ustedes que era algún manolo de Lavapiés o chispero de Maravillas, pues los arreos con que le he presentado cubrían la persona de uno de los principales caballeros de la Corte; sólo que éste, como otros muchos de su época, gustaba de buscar pasatiempo entre la gente de baja estofa, y concurría a los salones de *Polonia la Aguardentera*, *Juliana la Naranjera* y otras célebres majas, de que se hablaba mucho entonces. En sus nocturnas correrías usaba siempre aquel traje, que, en honor de la verdad, a las mil maravillas le sentaba.

Pertenecía aquel joven a la Guardia Real, y sus conocimientos no traspasaban más allá de la ciencia heráldica, en que era muy experto, del arte del toreo y la equitación. Su constante oficio era la galantería alta y baja, en los estrados y en los bailes de candil. Parecían escritos expresamente para él los famosos versos:

¿Ves, Arnesto, aquel majo de siete varas de pardomonte envuelto?...

—¡Oh don Juan!—exclamó Amaranta al verle entrar.

—Bien venido sea el señor de Mañara.

Animóse la reunión como por encanto con la entrada de aquel joven, cuyo carácter jovial y bullanguero se manifestó desde el primer momento. Advertí que el rostro de Amaranta adquiría de súbito extraordinaria viveza y malicia.

—Señor de Mañara—dijo con gran desenfado—, llega usted a tiempo. Lesbia le echaba a usted de menos.

Lesbia miró a su amiga de un modo terrible, mientras Isidoro parecía dominado por violenta cólera.

—Aquí, don Juan; siéntese usted a mi lado—indicó mi ama, gozosa, señalando a Mañara la silla que a la izquierda tenía.

—No creí encontrar a usted aquí, señora duquesa—dijo el petimetre, diri-

giéndose a Lesbia—. He venido, sin embargo, impulsado por la voz de mi corazón; ya veo que el corazón no se equivoca siempre.

Noté a Lesbia bastante turbada; mas como no era mujer a quien arredraban las situaciones críticas, entre ella y Mañara hubo un verdadero tiroteo de dichos agudos, risas y epigramas. Máiquez estaba cada vez más intranquilo.

—Esta es noche de suerte para mí—dijo don Juan, sacando un bolsillo de seda—. He estado en casa de la *Primorosa*, y allí he ganado cerca de dos mil reales.

Diciendo esto, vació el oro sobre la mesa.

—¿Había allí mucha gente?—preguntó Amaranta.

—Mucha; mas la marquesita no pudo ir porque estaba con dolor de muelas. ¡Ah!, nos hemos divertido.

—Para usted—dijo Amaranta con verdadero ensañamiento—no hay diversión allí donde no está Lesbia.

Esta volvió a dirigir a su amiga cólerica mirada.

—Por eso he venido.

—¿Quiere usted seguir probando fortuna?—dijo mi ama—. La baraja, Gabriel; trae la baraja.

Hice lo que se me mandaba, y losoros, espadas, bastos y copas se entremezclaron bajo los dedos del petimetre, que barajaba con toda la rapidez que da la experiencia.

—Sea usted banquero.

—Bien; ahí va.

Cayeron las primeras cartas; todos los personajes sacaron su dinero; fijáronse ansiosas miradas en los terribles signos, y comenzó el juego.

Por un momento no se oyeron más que estas breves y elocuentes frases: «¡Tres duros al caballo!...» «Yo no abandono a mi siete de espadas...» «Bien por el rey...» «Gané...» «Perdí...» «Diez a mí...» «¡Maldita sota!...»

—Mala suerte tiene usted esta noche. Máiquez—dijo Mañara, recogiendo el dinero del actor, que ni una vez apuntaba sin perder cuanto ponía.

—¡Y yo qué buena!—dijo mi ama, recogiendo sus monedas, que ascendían ya a una respetable cantidad.

—¡Oh Pepa, para usted es toda la suerte!—exclamó el banquero—. Pero

dice el refrán: «Afortunado en el juego, desgraciado en amores.»

—En cambio, usted—dijo Amaranta—puede decir que es afortunado en ambos juegos, ¿verdad, Lesbia?

Y luego, dirigiéndose a Isidoro, que perdía mucho, añadió:

—Para usted, pobre Máiquez, sí que no se ha hecho aquel refrán; porque usted se desgraciado en todo. ¿Verdad, Lesbia?

El rostro de ésta se encendió súbitamente. Me pareció que la vi dispuesta a contestar con violencia a su amiga; pero se contuvo, y la tempestad quedó conjurada por algún tiempo. El marqués perdía siempre; pero no paró de jugar mientras tuvo una peseta en su bolsillo. No así Máiquez, que, una vez desvalijado, recibió un préstamo del banquero, y así siguió el juego hasta más de la una, hora en que comenzaron a hablar de retirarse.

—Debo a usted treinta y siete duros—dijo Máiquez.

—Y por fin—preguntó el petimetre—, ¿cuál es la función escogida para la representación en casa de la señora marquesa?

—Ya está acordado que sea *Otelo*.

—¡Oh!, me parece bien, amigo Isidoro—dijo Mañara—. Me entusiasma usted en el papel de celoso.

—¿Querría usted hacer el de Loredano?—preguntó el actor.

—No; es papel muy desairado. Además, no sirvo para el teatro.

—Yo le enseñaré a usted.

—Gracias. ¿Ya ha enseñado usted a Lesbia su papel?

—Lo sabe perfectamente.

—¡Cuánto deseo que llegue esa noche!—dijo Amaranta—. Pero diga usted, Isidoro: si le ocurriera a usted un lance como el de *Otelo*, si se viera engañado por la mujer que ama, ¿sentiría usted aquel terrible furor? ¿Sería capaz de matar a su Edelmira?

Esta flecha iba dirigida a Lesbia.

—¡Quia!—exclamó Mañara—. Eso no pasa nunca sino en el teatro.

—No mataría a Edelmira, pero sí a Loredano—repuso Máiquez con firmeza, clavando su enérgica mirada en el petimetre.

Hubo un momento de silencio, durante el cual pude advertir perfectamente

las señales de la más reconcentrada rabia en el rostro de Lesbia.

—Pepa, no me has obsequiado esta noche—dijo Mañara—. Verdad es que he cenado; pero son las dos, hija mía.

Servi de beber al joven, y habiéndome retirado, oí desde fuera el siguiente diálogo. Mañara, alzando una copa llena hasta los bordes, dijo:

—Señores, brindo por nuestro querido príncipe de Asturias; brindo porque la santa causa que representa tenga dentro de pocos días un éxito brillante; brindo por la caída del favorito y el destronamiento de los reyes padres.

—¡Muy bien!—exclamó Lesbia, aplaudiendo.

—Creo que estoy entre amigos—continuó el joven—. Creo que un fiel súbdito del nuevo rey puede sin recelo manifestar aquí alegría y esperanza.

—¡Qué horror! ¿Está usted loco? Prudencia, joven—dijo el diplomático, escandalizado—. ¿Cómo se atreve usted a revelar...?

—Cuidado—indicó Lesbia con mucha viveza—, cuidado, señor Mañara; está delante una confidente de su majestad la reina.

—¿Quién?

—Amaranta.

—Tú también lo eres, y, según dicen, posees los secretos más graves.

—No tanto como tú, hija mía—dijo Lesbia, recobrando su osadía—; tú, que, según se asegura, eres hoy depositaria de todas las confianzas de nuestra amada soberana. Esto es una gran honra para ti.

—Seguramente—repuso Amaranta, dominando su cólera—. Sigo al lado de mi bienhechora. La ingratitud es vicio muy feo, y no he querido imitar el ejemplo de las que insultan a quien las ha favorecido. ¡Ah! Es muy cómodo hablar de las faltas ajenas para que no se fije la vista en las propias.

Lesbia, después de un momento de vacilación, iba a contestar. El diálogo tomaba alguna gravedad, y de seguro se habrían oído cosas bastante duras, si el diplomático, interviniendo con su tacto de costumbre, no hubiera dicho:

—Señoras, por Dios. ¿Qué es esto? ¿No son ustedes íntimas amigas? Una diferencia de opinión, ¿puede turbar el cielo purísimo de la amistad? Dense las manos, y bebamos todos el último vaso

a la salud de Lesbia y Amaranta, enlazadas en dulce y amorosa fraternidad.

—Estoy conforme; ésta es mi mano —dijo Amaranta, alargando la suya con gravedad.

—Ya hablaremos de esto—añadió Lesbia, estrechando con desabrimiento la mano de la otra dama—. Por ahora seremos amigas.

—Bien; ya hablaremos de esto.

En aquel momento entré yo, y la expresión del semblante de una y otra no me pareció indicar predisposiciones a la concordia. Con aquel desagradable incidente, que, por fortuna, no tomó proporciones, tuvo fin la tertulia, y la aparente reconciliación fué señal de partida. Levantáronse todos, y mientras el diplomático y Mañara se despedían de mi ama, Amaranta se llegó a mí con disimulo, acercó su boca a mi oído y me dijo con una vocecita que parecía resonar dentro de mi cerebro:

—Tengo que hablarte.

Dejéme aturdido; pero mi sorpresa subió de punto un poco después, cuando acompañé a la comitiva por la calle, precediéndola con un farol, según costumbre, porque en aquel tiempo el alumbrado público, si en alguna calle existía, era digno émulo de la oscuridad más profunda. Llegamos a la calle de Cañizares, a una suntuosa casa, que era la misma en cuyo sotabanco vivía Inés, aunque se subía por distinta escalera. En el patio de aquella casa, que era la del marqués diplomático, o, mejor dicho, de su hermana, esperaban las literas que debían conducir a las dos damas a sus respectivas mansiones. Antes de entrar en la litera, Amaranta me llamó aparte, y díjome que al día siguiente fuese a buscarla a aquella misma casa, preguntando por una tal Dolores, que luego supe era doncella o confidenta suya, mandato que me alegró mucho, porque en él vi el fundamento de mi fortuna.

Volví a casa presuroso, y encontré a mi ama muy agitada, paseando con precipitación en la estrecha sala y departiendo consigo misma, como si no tuviera el juicio muy sano.

—¿Observaste—me dijo—si Isidoro y Mañara disputaban por la calle?

—No reparé, señora—le respondí—. ¿Pues qué motivo tienen esos dos caballeros para enemistarse?

—¡Ah! No sabes cuán alegre estoy, Gabriel; estoy satisfecha—me dijo la González con extraviados ojos y tan febril inquietud, que me impuso miedo.

—¿Por qué, señora?—pregunté—. Ya es hora de descansar, y usted parece necesitar descanso.

—No, tonto; yo no duermo esta noche—dijo—. ¿No sabes que yo no puedo dormir? ¡Ah, cuánto gozo considerando su desesperación!

—No entiendo a usted.

—Tú no entiendes de esto, chiquillo; vete a acostar... Pero no, no; ven acá y escucha. ¿Verdad que parece castigo de Dios? El muy simple no conoce la víbora que tiene entre sus brazos.

—Creo que se refiere usted a Isidoro.

—Justo. Ya sabes que está enamorado de Lesbia. Está loco, como nunca lo ha estado. ¡Ah! Con todo su orgullo, ¡qué vilmente se arrastra a los pies de esa mujer! El, acostumbrado a dominar, es dominado ahora, y su impetuoso amor servirá de diversión y chacota en el teatro y fuera de él.

—Pero me parece que el señor Máiquez es correspondido.

—Lo fué; pero los favores de Lesbia pasan pronto. ¡Oh!, bien merecido le está. Lesbia es la misma inconstancia.

—No lo hubiera creído en una persona tan simpática y tan linda.

—Con esa carita angelical, con su sonrisa inalterable y su aire de ingenuidad, Lesbia es un monstruo de liviandad y coquetería.

—Tal vez ese señor Mañara...

—Eso no tiene duda. Mañara es hoy el favorecido, y si habla con Isidoro, es para divertirse a su costa, jugando con el corazón de ese desgraciado. Sí; el corazón de Isidoro está hoy como un ovillo de algodón entre las patas de una gata traviesa. Pero ¿no es verdad que le está bien merecido?... ¡Oh, rabio de placer!

—Por eso la señora Amaranta no cesaba de echar pullas...—indiqué, deseando que mi ama esclareciera mis dudas sobre muchos sucesos y palabras de aquella noche.

—¡Ah! Lesbia y Amaranta, aunque vienen juntas aquí, se aborrecen, se detestan y quisieran destruirse una a otra. Antes se llevaban muy bien; mas de algún tiempo a esta parte... Yo creo que algo ocurrido en Palacio es la causa de

esta inquina, que ha empezado hace poco y será una guerra a muerte.

—Bien se conoce que no se llevan bien.

—En Palacio, según me han dicho, arden pasiones encarnizadas, implacables. Amaranta es muy amiga de los reyes padres, mientras que Lesbia parece que es de las damas que más intrigan en el bando de los amigos del príncipe de Asturias. Tan irritadas están hoy la una contra la otra, que ya no saben disimular el odio que se profesan.

—¿Y es Amaranta mujer de tan mala condición como su amiga?—pregunté, deseando inquirir noticias de la que ya consideraba como mi protectora.

—Todo lo contrario—repuso—. Amaranta es una gran señora, tan discreta como hermosa, y de conducta intachable. Gusta de proteger a los desvalidos: su sensible y tierno corazón es inagotable para los menesterosos que necesitan de su ayuda; y como es poderosísima en la Corte, porque su valimiento casi excede al de los mismos reyes, el que tenga la dicha de caerle en gracia ya se puede considerar puesto en los cuernos de la luna.

—Ya me lo figuraba yo—dije, muy contento de tan lisonjeras noticias.

—Espero que Amaranta—prosiguió mi ama con la misma calenturienta agitación—me ayudará en mi venganza.

—¿Contra quién?—pregunté, alarmado.

—Creo que se aplaza la función de la marquesa—continuó, sin atender a mi pregunta—. Nadie quiere hacer el desairado papel de Pésaro, y esto será ocasión de un lamentable retraso. ¿Querrás desempeñarlo tú, Gabriel?

—¡Yo, señora...! No sirvo para el caso.

Quedóse luego muy meditabunda, el ceño fruncido y los ojos fijos en el suelo, y por fin volvió a su primer tema.

—Estoy satisfecha—dijo, con esa hilaridad dolorosa que indica las grandes crisis de la pasión—. Lesbia le es infiel, Lesbia le engaña, Lesbia le pone en ridículo, Lesbia le castiga... ¡Oh Dios mío! Veo que hay justicia en la tierra.

Después, serenándose un poco, me mandó retirar, y cuando me hallé fuera, dejándola con su doncella, la sentí llorar con lágrimas francas y abundantes, que debían templar la irritación de su espíritu y poner calma en su excitado cerebro. A los consuelos y ruegos de

su criada para que se retirase a descansar, no respondía más que esto:

—¿Para qué me acuesto, si sé que no he de dormir en toda la noche?

Retiréme a mi cuarto, que era un estrecho dormitorio, donde jamás entraban, ni en pleno día, importunas luces. Me acosté bastante afligido, considerando la triste pasión de mi ama; pero estos pensamientos se enlazaron con otros relativos a mi propio estado, los cuales, lejos de ser tristes, alborozaban mi alma; y acompañado por la imagen de Amaranta, que iluminaba mi mezquino asilo como un rayo de luna, me dormí profundamente, pensando en la fábula de Diana y Endimión, que conocía por una de las estampas de la sala.

IX

Al despertar acudieron en tropel a mi pensamiento todas las ideas y las imágenes que me habían agitado la noche anterior. La inclinación hacia mi persona que en Amaranta suponía me trastornaba el juicio, como verá el amigo lector si le cuento los disparates que dije y las locuras que imaginé en las reflexiones y monólogos de aquella mañana.

No veo la hora—decía para mí—de presentarme a esa señora. No me queda duda de que le he caído en gracia, lo cual no es extraño, pues algunas personas me han dicho que no tengo mal ver. Como dice doña Juana, de hombres se hacen los obispos, y quién sabe si a la vuelta de una media docena de añitos me encuentro hecho, en dos palotadas, duque, conde o almirante, como otros que yo me sé y que deben lo que son a haber caído en gracia a esta o a la otra persona. Hablemos claro, Gabriel. ¿No estás oyendo mentar todos los días cierto personaje que antes era un pobre pelambrón y ahora es todo cuanto puede ser un hombre? ¿Y todo por qué? Por la inclinación de una elevada señora. ¿Y quién dice que lo que puede pasar a un hombre no le pueda suceder a otro? Verdad que el tal personaje es un gallardo mozo; pero yo bien sabido me tengo que no soy saco de paja, pues muchas personas me han dicho que les gusta y que no puede negarse que tengo

unos ojillos picarescos, capaces de trastornar a todo el sexo femenino... Animo, señor Gabrielillo. Mi ama ha dicho que Amaranta es la mujer más poderosa de toda la Corte, y quién sabe si será de sangre real. ¡Oh divina Amaranta! ¿Qué haré por merecerte? Por supuesto, que si llego a verme desempeñando esos elevados cargos, juro por Dios y mi salvación que he de ser el hombre más formal que jamás haya gobernado en el mundo. A buen seguro que nadie me acuse, como acusan al otro, de hacer tantas picardías. ¡Lo que es eso...!, ya tendré yo las cosas bien arregladitas, y en mi persona no gastaré sino lo muy preciso. Lo primero que voy a disponer es que no haya pobres, que España no vuelva a unirse con Francia y que en todas las plazuelas del reino se fije el precio de los comestibles, para que los súbditos compren todo muy barato. Veremos si sé yo mandar o no sé... ¡Y que tengo un geniecillo...! Como no hagan lo que yo mande, nada, nada..., no me andaré con chiquitas. Al que no obedezca, cortarle la cabeza y se acabó... Así andarán todos derechos como un huso. Y lo dicho, dicho. Nada con los franceses. Napoleón que se entienda solo; nosotros haremos lo que nos dé la gana, y que no me busque el genio, porque yo tengo malas moscas... ¡Oh!, si esto sucediera, ¡cómo se había de alegrar la pobre Inés! Entonces sí que no repetiría lo de la tortuga y el águila. Se me figura que Inés es algo corta de alcances; sin embargo, es tan buena, que la amaré siempre; pero debo amar a Amaranta... Pero ¿cómo puedo dejar de amar a Inés?... Pero es preciso que adore sobre todas las cosas a Amaranta... Pero Inés es tan sencilla, tan buena, tan... Pero Amaranta me subyuga, me fascina, me vuelve loco... Pero Inés... Pero Amaranta...»

Esto decía yo, despeñado, como corcel salvaje, por los derrumbaderos de mi fantasía, y ya habrá observado el lector que, al suponerme amado por una mujer poderosa, mis primeras ideas versaron sobre mi engrandecimiento personal y el ansia de adquirir honores y destinos. En esto he reconocido después la sangre española. Siempre hemos sido los mismos.

Levantéme, cogí el cesto para ir a la compra, y cuando recorría los puestos de

la plazuela, regateando las patatas y las coles, consideré cuán inconveniente y deshonesto era que se ocupase en tan bajos menesteres un joven destinado a ser dentro de algún tiempo generalísimo de los ejércitos de mar y tierra, gran almirante, ministro y quién sabe si rey de algún reinito chico que le caería por chiripa en los repartos europeos.

Dejando aparte por ahora lo que se refiere a mi persona, voy a dar una idea de la opinión pública en aquellos días con motivos de los sucesos políticos. En la plazuela advertí que se hablaba del asunto, y por las calles las personas se paraban, preguntándose noticias y regalándose mutuamente las mentiras de que cada cual era forjador e inocente vehículo. Yo hablé del caso con varias personas conocidas, y voy a copiar imparcialmente el parecer de algunas, pues siendo las más de diversa condición y capacidad, el conjunto de sus observaciones puede ofrecer exactamente una muestra del pensamiento público.

Un hortera de ultramarinos, que era nuestro abastecedor y hombre muy aficionado a mover la sin hueso, me pareció más alegre que de ordinario y en extremo jovial con sus parroquianos.

—¿Qué nuevas corren por ahí?—le pregunté.

—¡Oh, grandes nuevas. Los franceses han entrado en España. Yo estoy contentísimo.

Luego, bajando la voz, dijo con semblante risueño:

—¡Van a conquistar a Portugal! Es para volverse loco de alegría.

—¡Hombre, no lo entiendo!

—¡Ah Gabrielillo! Tú, como eres un pobre chico, no entiendes estas cosas. Ven acá, mentecato: si conquistan a Portugal, ¿para qué ha de ser sino para regalárselo a España?

—¿Y un reino se conquista y se regala como si fuera una libra de nísperos, señor de Cuacos?

—Pues es claro. Napoleón es un hombre que me gusta. Quiere mucho a España y se desvive por hacernos felices.

—Vaya con el hombre. ¿Y nos quiere por nuestra linda cara o porque le conviene, para sacarnos dinero, barcos, tropas y cuanto le dé la gana?—dije yo, cada vez más resuelto a romper con Francia cuando fuese ministro.

—Nos quiere porque sí, y, sobre todo,

ahora va a quitar de en medio al señor Godoy, que ya nos tienes hasta el tragadero.

—¿Querrá usted decirme qué es lo que ha hecho ese señor para que todos le quieran tan mal?

—¡Bicoca!, ahí es nada lo del ojo. ¿No sabes que es un embustero, atrevido, lascivo, tramposo y enredador? Ya se ha descubierto a qué debe su fortuna, y la verdad es que la culpa no la tiene él, sino quien lo consiente. Es cosa averiguada que vende los destinos, ¡y de qué manera! Los que tienen mujer guapa o hija doncella son los que consiguen de su alteza cuanto solicitan. Pues ahora trata de que se vayan a América los príncipes para quedarse él de rey de España... Pero no echó muy bien las cuentas, y a lo mejor se presenta Napoleón para desbaratar sus planes... ¡Sabe Dios lo que ocurrirá dentro de algunos días! Yo creo que Napoleón, como amigo y admirador que es de nuestro gran príncipe de Asturias, nos le va a poner en el trono, sí, señor..., y el rey Carlos, con la buena pieza de su mujer, se irá a donde mejor le convenga.

No hablamos más del asunto. Entré luego en la tienda de doña Ambrosia a comprar un poco de seda que me habían encargado, y vi tras el mostrador a la grave tendera acariciando su gato, sin dejar por eso de atender a la conversación entablada entre don Anatolio, el papalista de la acera de enfrente, y el abate don Lino Paniagua, que estaba escogiendo unas cintas verdes y azules.

—No le quede a usted duda, doña Ambrosia—decía el papalista—: de esta vez nos veremos libres del *choricero*.

—No puede ser menos—contestó la tendera—, sino que alguna buena alma ha ido a Francia, y le ha contado a ese bendito emperador todas las picardías que aquí hace Godoy, por lo cual ha mandado un sinfín de tropas para quitarle de en medio.

—Pues con perdón de ustedes—dijo el abate Paniagua, alzando la vista—, yo, que frecuento la sociedad de etiqueta, puedo asegurar que las intenciones de Napoleón son muy distintas de lo que se cree vulgarmente. Napoleón no manda sus tropas contra Godoy, sino para Godoy, porque han de saber ustedes que en un tratado secreto (y esto lo

digo con reserva) se ha convenido echar de Portugal a los Braganzas y repartir aquel reino entre tres personas, de las cuales una será el príncipe de la Paz.

—Esto se dijo hace tiempo—observó con desdén don Anatolio—, pero ahora no se trata de tal reparto. La verdad pura y neta es que Napoleón viene a quitar el Portugal a los ingleses, lo cual está muy retebién hecho, sí, señor.

—Pues a mí me han dicho—añadió doña Ambrosia—que lo que quiere Godoy es mandar al príncipe a América con sus hermanos para quedarse él solito de rey de España. Eso no lo habíamos de consentir. ¿Verdá usted, don Anatolio? Miren qué ideas de hombre. Pero ¿qué se puede esperar de quien está casado con dos mujeres?

—Y creo que las dos se sientan con él a la mesa, una a la derecha y otra a la izquierda—dijo don Anatolio.

—Por Dios, hablemos bajo—indicó con timidez don Lino Paniagua—. Esas cosas no deben decirse.

—Nadie nos oye, y sobre todo... Si van a poner a la sombra a cuantos hablan de estas cosas, pronto se quedará Madrid sin gente.

—Verdad—dijo doña Ambrosia, bajando la voz—. Mi difunto esposo, que santa gloria haya, y era el hombre de más verdad que ha comido nabos en el mundo, aseguraba... (y crean ustedes que lo sabía de buena tinta) que cuando el *choricero* quiso que el Consejo de Estado habilitase a la reina para ser regenta..., pues no sé si me explico..., era porque tenía el proyecto de despachar para el otro barrio a mi señor don Carlos; de modo que...

—¡Qué abominaciones se dicen hoy!—exclamó el abate.

—Como que es la pura verdad—dijo don Anatolio—. Yo también lo supe por persona que estaba en el ajo.

—Pero esto no se dice, señores; esto se calla—respondió Paniagua—. Yo, francamente, no gusto de oír tales cosas. Me da miedo; y si llega a oídos del señor príncipe de la Paz, figúrense ustedes qué disgusto tan grande.

—Como no nos han dado prebendas ni le pedimos congruas...

—En fin, despácheme usted, señora doña Ambrosia, que tengo prisa. Esas cintas verdes son de etiqueta; pero lo

que es las azules, no me atrevo a presentárselas a la señora condesa de Castro Limón.

Despacharon al abate, y luego a mí con más presteza de la que habría querido, pues de buen grado me detuviera más para oír los comentarios políticos, que tanto me agradaban. Ya iba derecho a la casa, cuando acerté a tropezar con el reverendo padre fray José Salmón, de la Orden de la Merced, el cual era un sujeto excelente que visitaba a doña Dominguita (la abuela de mi ama) con tanta frecuencia como exigían el arte de Hipócrates y el piadoso anhelo de bien morir, pues para administrar lo primero y preparar el ánimo a lo segundo era un águila el buen mercedario Salmón, a quien sólo faltaba una o en su apellido para llamarse como el portento de la sabiduría. Detúvose en medio de la calle, e interpellándome con su acostumbrada afabilidad y cortesía, dijo:

—Y esa incomparable doña Dominga, ¿cómo está? ¿Qué tal efecto le ha hecho el cocimiento de cáscara de frambuesa, o sea *Tetragonia ficoide*, que llama Dioscórides?

—¡Magnífico efecto! —respondí, aunque estaba en completa ignorancia del asunto.

—Ya le llevaré esta tarde unas píldoritas... —prosiguió—, con las cuales, o yo no soy el padre Salmón, de la Orden de la Merced, o esa señora ha de recobrar la agilidad de sus piernas... Pero, chico, qué buenas peras llevas ahí —añadió, metiendo la mano en el cesto y sacando la fruta indicada—. Tú tienes buena mano derecha para comprar fruta.

Y acto continuo se la guardó, después de olerla, en la manga del luengo hábito, sin pedir permiso para ello, pues aunque siguió hablando, fué para añadir lo siguiente:

—Dile que iré esta tarde por allá a contarle las grandes novedades que ocurren.

—Usted que sabe tanto—dije, impulsado por mi curiosidad—, ¿podrá explicarme a qué vienen esos ejércitos franceses?

—Si tuvieras tú la mitad del talento que yo tengo—reuso—, te pondría al tanto de las diversas razones que motivan mi alegría por la llegada de esos

señores. ¿Por ventura no sabes que Napoleón fué quien restableció el culto en Francia, después de los horrores y herejías de la Revolución? ¿No sabes también que entre nosotros no falta algún endiabrado personaje en cuya mente bullen atrevidos proyectos contra la Santa Iglesia? Pues sabiendo esto, ¿a quién no se alcanza que el objeto de la entrada de esos ejércitos no es ni puede ser otro que dar merecido castigo al insolente pecador, al polígamo desvergonzado, al loco enemigo de los derechos eclesiásticos?

—¿Luego ese señor Godoy no sólo es un bribón y un acá y un allá, sino que también es enemigo de la religión y los religiosos?—pregunté, asombrado de ver cómo aumentaba el capítulo de culpas del favorito.

—Sin duda—dijo el fraile—. Y, si no, ¿qué nombre tiene el proyecto de reformar las Ordenes mendicantes, quitándoles la vida conventual y obligando a esos buenos religiosos a servir en los hospitales generales? También agita en su diabólica mente el proyecto de sacar de las granjas que nos pertenecen lo necesario para fundar unas a modo de escuelas de agricultura, que sabe Dios lo que serán las tales escuelitas. ¡Oh! Y si fuera cierto lo que se dice—añadió, alargando la mano para hacer segunda exploración en mi cesto—, si fuera cierto lo que se dice respecto a la enajenación de parte de los bienes que ellos llaman de manos muertas... Pero no nos ocupemos de esto, que más bien causa risa que indignación, y fijemos la vista en el astro de las Galias, que, cual divino campeón, viene a libertarnos de la tiranía de un necio valido, poniendo en el trono al príncipe augusto en cuya sabiduría y prudencia fiamos.

Al concluir esto, había transportado desde mi cesto a las mangas de su hábito otra pera y hasta media docena de ciruelas, dando después rienda suelta a los encomios de mi destreza en el comprar. Yo me apresuré a separarme de un interlocutor que me salía tan caro, y le di los buenos días, renunciando a las lecciones de su sabiduría.

No había sacado en limpio gran cosa ni disipado mis dudas sobre lo que hoy llamaríamos la situación política, y lo único que vi con alguna claridad fué la general animadversión de que era obje-

to el príncipe de la Paz, a quien se acusaba de corrompido, dilapidador, inmoral, traficante en destinos, polígamo, enemigo de la Iglesia y, por añadidura, de querer sentarse en el trono de nuestros reyes, lo cual me parece el colmo de la atrocidad. También vi de un modo clarísimo que todas las clases sociales amaban al príncipe de Asturias, siendo de notar que cuantos anhelaban su próxima elevación al trono fiaban tal empresa a la amistad de Bonaparte, cuyos ejércitos estaban entrando ya en España para dirigirse a Portugal.

Volví a la plazuela para reponer las bajas hechas en el cesto por su paternidad, y allí encontré..., ¿no adivinan ustedes a quién? El infeliz, acompañado de su hija Joaquinita, a quien Natura había hecho *poetisa entre dos platos*, se ocupaba en comprar al fiado no sé qué piltrafas y miserables restos, que era su ordinario alimento. El pedía las cosas; la jorobadilla se las regateaba, y entre los dos cargaban la ración, cuyo peso no hubiera fatigado a un niño de cinco años. La miseria había pintado sus más feos rasgos en el semblante de la hija y del padre, el cual era tan flaco y amarillo, que se dudaba cómo podía existir y moverse cuerpo tan endeble, no siendo galvanizado por el misterioso flúido del numen poético. ¿Necesito nombrarle? Era Comella.

—¡Señor don Luciano, usted por aquí! —dije, saludándole con mucho afecto, porque aquel hombre me inspiraba la más viva compasión.

—¡Ah Gabriel!—contestó—. ¿Y Pepita y doña Dominga? Tiempo hace que no las veo. Pero ya saben que, aunque no las visito, porque el trabajo me lo impide, les estoy muy agradecido.

—Hoy espero ir por allá a llevarles a ustedes algún recadito—dije, respondiendo verbalmente a las tristes suplicantes miradas de la hija del poeta, cuyos ojos me hablaban el lenguaje del hambre.

—Es preciso que vayas por casa—continuó el poeta, tomándome el brazo e indicando en su gravedad que lo que iba a confiarme era importantísimo—. Como me has dicho que presenciaste lo de Trafalgar, quero consultarte sobre ciertos detalles..., pues...

—Ya. ¿Escribe usted la historia de aquella batalla?

—No; historia, no: un dramita que va a dejar bizcos a los señores. Verás qué piezas. Se titula *El tercer Gran Federico y combate del veintiuno*.

—Buen título—respondí—; pero no entiendo qué es eso del *tercer Federico*.

—¡Qué tonto eres! *El tercer Gran Federico* es Gravina, y como ya hubo en Prusia un Gran Federico, que era segundo, ¿no comprendes que es ingenioso y llamativo poner a nuestro almirante en la lista de los Grandes Federicos que hubo en el mundo?

—Ciertamente. Es una idea que sólo a usted se le hubiera ocurrido.

—Ya Joaquina ha escrito las primeras escenas, que son preciosísimas. En primer término, aparece la cubierta del *Santísima Trinidad*; a la derecha, el navío de Nelson, y a lo lejos, Cádiz, con sus castillos y torreones. Debo advertirte que figuro a Nelson enamorado de la hija de Gravina, el cual se niega a dársela en matrimonio. La escena empieza con una sublevación de los marineros españoles, que piden pan, porque en todo el barco no hay una miga. El almirante se enfurece y les dice que son unos cobardes, porque no tienen alma para resistir tres días sin comer, y les da el ejemplo de plausible sobriedad mandándose servir un pedacito de maroma asada. Nelson se presenta a decir que todo se acabará, al fin, si le dan la niña para llevársela a Inglaterra; la muchacha sale de la cámara bordando un pañuelo, y...

No dijo más, porque la violenta risa en que prorrumpí, sin poderme contener, le desconcertó un poco; aunque yo, para que no se enojara, le aseguré que me reía por cierto recuerdo despertado en mi memoria.

—La escena del hambre está escrita, y si he de decirte la verdad, no tiene pero.

—No dudo que esa escena puede ser admirable—dije con malicia—, sobre todo si ha puesto la mano en ella la señorita Joaquina.

—Ya hemos escrito a todos los teatros de Italia, que se disputarán, como siempre, el derecho de traducirla—apuntó la jorobada.

—¡Ah! Aquí no se recompensa el verdadero mérito. Bien dicen que nadie es profeta en su patria. Ciertamente que la posteridad hace justicia; pero entre tanto que esa justicia llega, los hombres su-

periores arrastramos miserable existencia, y nos morimos como cualquier pelafustán, sin que nadie se acuerde de nosotros. Vamos a ver: ¿de qué me valen ahora a mí los mausoleos, las inscripciones, las estatuas con que han de honrarme en tiempos futuros, cuando la envidia calle y a nadie quede duda del mérito de mis obras? Y si no, ahí tienes a Cervantes, que es otro ejemplo como este mío. ¿No vivió en la miseria? ¿No murió abandonado? ¿Acaso tocó las ventajas positivas de ser el primer escritor de su siglo? Pues a mí me pasa dos cuartos de lo mismo; por supuesto que si algo me consuela es considerar cuánto se avergonzará la España futura al saber que el autor de *Catalina en Cronstadt*, de *Federico II en Glatz*, de *El negro sensible*, de *La enferma fingida por amor*, de *Cadma y Sinoris*, de *La escocesa de Lambrum* y de otras muchas obras, ha vivido algún tiempo almorzando dos cuartos de sangre fría y otras cosas que no nombro por respeto al arte de la poesía, pues no lo quiero denigrar denigrándome a mí propio... Pero no hablemos de estas cosas, que dan tristeza y obligan a renegar de una patria que no sabe premiar al mérito y de unos tiempos en que los magnates protegen la envidia y persiguen la inspiración.

—Calma, calma, señor don Luciano —dije yo, mostrándome interesado por el triunfo de la inspiración sobre la envidia—: tras esos tiempos vendrán otros. ¿Quién sabe lo que pasará mañana!

—Eso me han dicho, sí—repuso Comella, bajando la voz y con sonrisa de satisfacción—. ¿Sería cierto que Napoleón es del partido del príncipe de Asturias? ¿Caerá Godoy?

—Eso no tiene duda. Pues ¿qué quiere Napoleón más que el bien de los españoles?

—Justo; y aunque él y Godoy han sido muy amigos, ya parece que el otro ha conocido sus malas mañas, y sabe que todos queremos al heredero, con lo cual dicho se está que nos hará el gusto. En cuanto a Godoy, yo estoy en que no existe hombre peor en toda la redondez de la Tierra. Pueden perdonársele los medios de su elevación; puede perdonársele que sea polígamo, ateo, verdugo, venal y otras faltas por el estilo; pero lo que no tiene nombre y

prueba mejor que nada la corrupción de las costumbres, es que proteja a los malos poetas, dando cordeles a los que son buenos y, además, nacionales, españoles como yo; a los que no admitimos ese farrago de reglas ridículas y extranjeras con que Moratín y otros poetastros de polaina embaucan a los tontos. ¿No piensas como yo?

—Lo mismito que usted—respondí—. Y ahora verá el señor don Luciano cómo los franceses, cuando hayan arreglado lo de Portugal, arreglarán a España y se acabará la protección a los malos poetas.

—Dios lo quiera así... Pero es tarde, y nos vamos, que antes del almuerzo hemos de dejar concluida la escena entre Nelson y la hija de Gravina.

—¿Tanta prisa corre?

—Para fin de mes ha de estar en la Cruz. Tendrá un éxito atroz. Ya verás, Gabrielillo. Es preciso que vayas a aplaudir, porque me temo mucho que los de Estala, Melon y Moratinillo han de querer silbarla. Hay que estar con cuidado, y si ellos tienen la protección del Gobierno, no hay que asustarse por eso: la posteridad juzgará. Conque... adiós.

Se marcharon aprisa, y yo me quedé pensando en la serie de maldades que habría cometido el príncipe de la Paz para tener también en contra suya a los malos poetas. Hasta mucho tiempo después no conocí que, al par de los infinitos actos reprensibles de aquel monstruo de la fortuna, había otros que la posteridad, por el contrario, debía recordar siempre con agradecimiento.

X

Aún me falta oír, antes de volver a casa, otra opinión muy distinta de las anteriores, y era la para mí respetabilísima de Pacorro Chinitas, el amolador, personaje que tenía establecida su portátil industria en la esquina de nuestra calle. Me parece que aún estoy viendo la piedra de afilar, que en sus rápidas evoluciones despedía por la tangente, al contacto del acero, una corriente de veloces chispas, semejantes a la cola de un pequeño cometa, y como era mi costumbre no apartar la vista de la máquina mientras hablaba con el Júb-

piter de aquellos rayos, el fenómeno ha quedado vivamente impreso en mi imaginación.

Era Pacorro Chinitas un hombre que aparentaba más edad de la que realmente tenía, a causa de los disgustos domésticos de que era autora su mujer, célebre buñolera del Rastro, a quien llamaban la *Primorosa*. No puedo menos de dar algunas noticias sobre este ejemplar matrimonio, porque los dos seres que lo formaban figuran algo en acontecimientos posteriores, y que he de contar, si para entonces tengo vida y el lector paciencia, como espero.

Es, pues, el caso que Pacorro Chinitas, varón manso y discreto, no podía hacer buenas migas con la *Primorosa*, cuya fama, extendida de polo a polo, es decir, desde la calle de la Pasión hasta el pórtico de San Bernardino, la acusaba de mujer pendenciera, batalladora y que partía de un bofetón un par de quijadas, sin que éstas y otras hazañas la hicieran nunca caer en manos de la justicia. Vióse obligado Chinitas a pedir una separación, resignándose a no tener más compañera que la rueda coronada de chispas, y en esta situación le conocí. Luego que nos hicimos amigos, contóme las picardías de su antigua mitad, y así como en otros temas era discretísimo, en éste era muy pesado, pues no pasaba día sin que me regalara un nuevo capítulo de la larga historia de sus cuitas matrimoniales. Como yo encontrara en aquel hombre cierta madurez de juicio, cierto sentido práctico que en los demás no hallaba, resultó que me aficioné a su conversación, y cuanto él decía me parecía entonces de perlas, sin que pudiera explicarme la razón de esta preferencia por los juicios de un hombre ignorante y rudo. Después he meditado bastante sobre las cosas de aquel tiempo y sobre la opinión general, y puedo deciros, sin miedo de equivocarme, que el hombre de más talento que conocí en aquellos días fué el amolador de la calle del Baño.

Para muestra os referiré mi conversación con él.

—¡Hola, Chinitas! ¿Cómo va? ¿Qué es eso que cuentan por ahí? ¿Conque tenemos a los franceses en España?

—Eso dicen—contestó—. Y la gente está contenta.

—Y parece que van a cogerse a Portugal.

—Pues ello..., así dicen.

—Eso me parece muy bien. ¿Para qué sirve Portugal?

—Mira, Gabrielillo—dijo, incorporándose y apartando de la rueda las tijeras, con lo cual cesaron por un momento las chispas—: tú y yo somos unos brutos, que no entendemos palotada de cosas mayores. Pero ven acá; yo estoy en que todos esos señores que se alegran porque han entrado los franceses no saben lo que se pescan, y pronto vas a ver cómo les sale la criada respondona. ¿No piensas tú lo mismo?

—¡Qué he de pensar! Como Godoy es tan malo de por sí, cádate ahí que Napoleón viene a quitarle de en medio y a poner en el trono al príncipe de Asturias, que dicen es un gerifalte para el Gobierno.

Chinitas volvió a aplicar el acero a la piedra, dando a ésta movimiento con el pie, y después de contestar a mis observaciones con un mohín muy expresivo, añadió:

—Yo digo y repito que todos estos señores parece que están bobos. Nosotros, los que no sabemos leer ni escribir, acertamos a veces mejor que ellos, y lo que ellos no pueden ver porque les encandila el sol de un poder que tienen tan cerca, lo vemos nosotros desde abajo; y si no, di tú: ¿no es preciso estar ciego para comprender que Napoleón no dice lo que tiene pensado? Ese hombre, ¿no ha revuelto todas las partes del mundo, no ha quitado de los tronos a los reyes que ha querido, para poner a los mocosos de sus hermanos? Dicen que vienen a poner al príncipe de Asturias y a quitar al *choricero*. De eso me río yo. Sí, porque Godoy y él no están de compinches para hacer cualquier picardía... A mí con ésas. Lo que menos le importa a Napoleón es que reine Fernandito o que prive a don Manuel: lo que él quiere es cogerse a Portugal para darle un pedazo a Godoy y otro pedazo a la infanta que han puesto de reina allá en *Trucha* o *Truria*...

—Pues que lo cojan y lo repartan—dije yo con gran crueldad para los vecinos—, ¿qué nos importa? Con tal que quiten a ese hombre tan malo...

—Si cogen a Portugal porque es un reino chiquito, mañana cogerán a España porque es grande. Yo me enfado cuando veo a esos bobalicones que an-

dan por ahí, abates, petimetres, frailes, covachuelistas y hasta usías muy estirados, que se ríen y se alegran cuando oyen decir que Napoleón se va a embolsar a Portugal, y con tal de ver por tierra al guardia, no les importa que el francés eche el ojo a un bocadito de España, que no le vendrá mal para acabar de llenar el buche.

—Pero como dicen que no hay pecado que el *choricero* no haya cometido...

—Mira, chiquillo—contestó con aplomo, probando con el dedo el filo de las tijeras—, yo me río de todas las cosas que cuentan por ahí. Es verdad que ese hombre es un ambicioso que no va más que a enriquecerse; pero si ha llegado a ser duque y general, príncipe y ministro, ¿de quién es la culpa sino de quien le ha dado todo eso sin merecerlo? Si vienen y te dicen a ti: «Gabriel, mañana vas a ser esto y lo otro, porque me da la gana, y sin que necesites para ello quemarte las cejas estudiando latín», ¿qué dirás tú? Dirás: «Pues venga.»

—Eso no tiene duda.

—Y aunque ese hombre es una buena pieza y ha hecho muchas maldades, la mitad de lo que dicen es mentira. También habrás visto que hoy le escupen muchos que antes le adulaban; es que saben que va a caer, y la sombra del árbol carcomido no le gusta a la gente. ¡Ah!, me parece que aquí vamos a ver grandes cosas, sí, señor, grandes cosas. Digo y repito que de esto resultará lo que nadie piensa, y muchos que hoy se restregan las manos de contento, llorarán mañana a moco y baba; y si no, acuérdate de lo que te digo.

Aqueilas razones, que me parecían encerrar profunda verdad, hiciéronme pensar; y como persona que ya se preciaba de saber escoger los hombres, pensé que aquel sabio amolador era digno de ocupar un puesto de consideración a mi lado cuando yo fuera generalísimo, primer secretario de Estado, archipámpano y tuviera todas las jerarquías que esperaba de la protección y ayuda de mi divina Amaranta.

—Pues yo lo que deseo—dije—es que venga de una vez ese príncipe tan bueno, que todo lo ha de arreglar a pedir de boca. ¿No cree usted lo mismo?

—Mira, chiquillo—repuso Chinitas con sibilítico tono—: yo me tengo tragado

que el heredero no vale para maldita la cosa, y esto no se puede decir sino acá para entre los dos, porque si algunos nos oyeran, lloverían almenádradas. Cuando vivía la señora princesa de Asturias, que en gloria esté, todos decían que Fernandito era enemigo de los franceses y de Napoleón, porque éste ayudaba a Godoy, y ahora resulta que los franceses son la mejor gente del mundo y Napoleón tan bueno como pan bendito, sólo porque parece arrimarse al partido del príncipe de Asturias. Esa no es gente formal, Gabrielillo, y lo que yo veo es que el heredero tiene muchas ganas de serlo antes que muera su padre, aunque es de creer que el conónigo de Toledo y otros personajes le tienen sorbido el seso, y serían capaces de obligarle a ser mal hijo con tal que ellos pudieran después echarse al cuerpo los mejores destinos. Esa gente de arriba es muy ambiciosa, y hablando mucho del bien del reino, lo que quieren es mandar; tenlo presente. Yo, aunque, no me han enseñado a leer ni a escribir, tengo mi gramática parda, sé conocer a los hombres y aunque parece que somos bobos y nos tragamos todo lo que nos dicen, ello es que a veces columbramos la verdad mejor que otros muy sabihondos y vemos clarito lo que ha de venir. Por eso te digo que veremos cosas gordas, muy gordas, y si no acuérdate de lo que te digo.

Así habló Chinitas. Cuando me separé de él para entrar en casa, recuerdo que iba resumiendo las distintas conferencias de aquella mañana y lo mucho y vario que sobre un mismo asunto había oído en anteriores días. Cada cual juzgaba los sucesos según sus pasiones, y como yo no podía formarme idea exacta de la importancia de aquellos hechos, en mi juvenil ignorancia y equivocado patriotismo, creía muy justo que el conquistador del siglo se apoderara de un pequeño reino que, a mi juicio, no servía más que de estorbo. En cuanto a Godoy, no había duda de que los comerciantes, los nobles, los petimetres, el pueblo, los frailes y hasta los malos poetas anhelaban su caída, unos con razón y otros sin ella; unos por convicción de la ineptitud del valido; bastantes por envidia, y muchos porque creían a pies juntillas que habíamos de estar mejor cuando nos gobernara el

heredero de la Corona. Fué singular cosa que todos se equivocaran respecto a la marcha de los futuros sucesos, esperando el próximo arreglo de tantos trastornos; fué singular cosa que el optimismo ciego de la mayoría no alcanzase a comprender lo que penetró con su ruda desconfianza el buen juicio del amolador. Cada vez estoy más convencido de que Pacorro Chinitas fué una de las más grandes notabilidades de su época.

XI

Ignoro si fueron las conversaciones de aquel día u otras causas las que enfriaron el entusiasmo de que yo estaba poseído por la mañana. «¡Cuánto he desvariado!—decía para mí—, y lo más seguro será que Amaranta habrá visto solamente en mí un chico dispuesto a servirla mejor que otro.»

Sin embargo, mi curiosidad era tan viva, que no podía ocuparme en cosa alguna ni estar con calma en ninguna parte. Aquel día ni aun pude visitar a Inés, y cuando cumplí mis obligaciones de la casa, me dispuse a acudir a la cita. Vestíme con el mayor esmero; dedicando el conjunto de mis energías intelectuales a conseguir que la persona de un servidor de ustedes fuese el dechado de todas las gracias y el resumen de cuantas perfecciones concedió Naturaleza a la juventud. El pedazo de espejo que limpié desde por la mañana aduló mi amor propio, confirmando ante mí la enfática presunción de que no escaseaban en el semblante del criado de la *González* algunos rasgos agradables, dignos de fijar la atención. Fué aquélla la primera vez que me sentí presumido; después, recordándolo, he sentido ganas de abofetearme.

Yo habría deseado tener entonces el vestido más rico, más lujoso, más elegante, más luciente que pudieron hacer los sastres del planeta que habitamos; pero tuve que contentarme con el mío, humildísimo, sin más adorno que el del aseo, la pulcritud y esmero de mi peinado. Mi traje era modesto; mas, a pesar de ello, yo conocía que estaba bien y que mi persona y aire predisponían en favor mío. Con esto y con pensar durante un breve rato ciertas frases delicadas

y elegantes, que me parecieron muy propias para contesarse a los obsequios de la diosa, di por terminados los preparativos y salí de la casa, sin dar cuenta a nadie de mi expedición.

Llegué a la casa de la calle de Cañizares, residencia de la señora marquesa, de quien era hermano el diplomático; pregunté por Dolores; apareció ésta, y sin decirme nada me condujo por largos y oscuros pasadizos, hasta que, al fin, dió conmigo en un camarín muy lujoso, donde me ordenó que esperase. Mientras así lo hacía, creí sentir en la pieza inmediata voces de señoras que hablaban y reían, y también creí escuchar la desentonada voz del diplomático. Amaranta no me hizo aguardar mucho tiempo. Cuando sentí el ruido de la puerta, cuando vi entrar a la hermosa dama, cuando se adelantó hacia mí sonriendo con bondad, parecióme que un ente sobrenatural se me acercaba, y temblé de emoción.

—Has sido puntual—me dijo—. ¿Estás dispuesto a entrar en mi servicio?

—Señora—contesté, sin poder recordar ninguna de las frases que traía preparadas—, estoy con mucho gusto a las órdenes de usía para cuanto se digne mandarme.

—O yo me engaño mucho—dijo la dama, sentándose junto a mí—, o tú eres un chico bien nacido, hijo de alguna noble familia, y te hallas hoy en posición más baja de lo que te corresponde.

—Mi padre era pescador en Cádiz—respondí, sintiendo por primera vez en mi vida no ser noble.

—¡Qué lástima!—exclamó Amaranta—. Sin embargo, no importa. Pepa me ha dicho que cumples lo que se te encarga con mucha puntualidad, y, sobre todo, con gran reserva; que eres formal a toda prueba; me ha dicho también que tienes imaginación y que podrías ser en otra esfera un hombre de provecho.

—Mi ama—dije, disimulando mi orgullo—me hace demasiado favor.

—Bueno—continuó la diosa—. Ya comprendes que entrar en mi servicio sin más recomendación que el propio mérito es más de lo que pudieras desear. Pero me parece que tú tienes disposición para más altos empleos, y... creo que no serás desfavorecido por la fortuna. ¿Quién sabe lo que llegarás a ser?

—¡Oh, sí, señora, quién sabe!—repetí.

sin contener el entusiasmo que en mí producían aquellas palabras.

Amaranta estaba sentada frente a mí, como he dicho; su mano derecha jugaba con un grueso medallón, pendiente del cuello, y cuyos diamantes, despidiendo mil luces, deslumbraban mis ojos. Tanta era mi gratitud y admiración hacia aquella mujer, que no sé cómo no caí de rodillas a sus plantas.

—Por de pronto, no te exijo sino una grande fidelidad en mi servicio. Yo acostumbro recompensar bien a los que bien me sirven, y a ti más que a nadie, porque me ha cautivado tu orfandad, tu abandono y la modestia y circunspección que hallo en tu persona.

—Señora—exclamé en la efusión de mi gratitud—, ¿cómo podré pagar tantos beneficios?

—Siéndome fiel y haciendo puntualmente lo que te mande.

—Seré fiel hasta la muerte, señora.

—Ya ves que exijo poco. En cambio, Gabriel, yo puedo hacer por ti lo que no has soñado ni podrás soñar. Otros con menos méritos que tú se han elevado a alturas inconcebibles. ¿No has pensado que podrías tú subir lo mismo, encontrando una mano que te impulsara?

—¡Sí, señora! Sí lo he pensado, y ese pensamiento me ha vuelto loco—contesté—. Viendo que usía se dignaba fijar en mí sus ojos, llegué a creer que Dios había tocado su buen corazón y que todo lo que hasta ahora me ha faltado en el mundo iba a recibirlo de una sola vez.

—Has pensado bien—dijo Amaranta, sonriendo—. Tu adhesión a mi persona y tu obediencia a mis órdenes te harán merecedor de lo que desees. Ahora escucha. Mañana voy a El Escorial, y es preciso que vengas conmigo. Nada digas a tu ama: yo me encargo de arreglarlo todo de manera que consienta en el cambio de servidumbre. No digas tampoco a nadie que me has hablado, ¿entiendes? Pasado mañana irás a mi casa, desde donde puedes hacer el viaje en los coches que saldrán al mediodía. Estaremos en El Escorial una semana, porque regresaremos para ver la representación que ha de darse en esta casa, y entonces quizá vuelvas por unos días al servicio de Pepa.

—¡Otra vez allá!—dije, admirado.

—Sí; ya sabrás más adelante todo lo

que tienes que hacer. Conque retírate ya; no faltes mañana.

Prometí ser puntual, y me despedí de ella. Díome a besar su mano con tan dulce complacencia, que me sentí electrizado al poner mis labios en su blanca y final piel. Ni sus modales, ni sus miradas, ni ninguno de los accidentes de su comportamiento para conmigo eran los de una ama para con su criado. Más bien parecía tratarme como de igual a igual, y en cambio, yo, ciego ya para todo lo que no fuera la protección de Amaranta, me lancé en la esfera de atracción de aquel astro que inundaba mi alma de luz y calor.

Salí a la calle... ¿A quién comunicar mi alegría? Al punto me acordé de Inés, y subí la escalerilla que conducía a su sotabanco, pues no sé si he dicho que la habitación de mis amigos estaba en la misma casa. Encontré a Inés muy triste, y habiendo preguntado la causa, supe que doña Juana, cuya naturaleza se desmejoraba con el continuo trabajar, había caído enferma.

—¡Inés, Inesilla!—exclamé al encontrarme solo en la sala con ella—. Quiero hablarte. ¿Sabes que me voy?

—¿Adónde?—me preguntó con viveza.

—A Palacio, a la Corte, a correr fortuna. ¡Ah picarona! Ahora no te reirás de mí; ahora va de veras.

—¿Que va de veras?

—Que se me ha entrado por las puertas la fortuna, chiquilla. ¿Te acuerdas de lo que hablamos el otro día? Bien te lo decía yo, y tú no me hacías caso. Pero ¿no ves, reinita, que eso se cae de su peso?

—¿Qué se cae de su peso?

—Que así como otros han llegado a su mayor altura sin mérito propio y sólo porque a alguna gran persona se le antojó protegerlos, nada tendría de extraño que a mí me aconteciera dos cuartos de lo mismo; sí, señorita.

—Eso es muy claro: avisa cuando llegues arriba. ¿De modo que mañana te tendremos de general o ministro, cuando menos?

—No te burles, ¿estamos? Tanto como mañana, no; pero ¿quién sabe!

Inés empezó a reír, dejándome bastante confuso.

—Pero ven acá, tonta—dije, con una seriedad cuyo recuerdo me hace morir de risa—. ¿Tú no estás oyendo hablar

todos los días de un hombre que no era nada y hoy lo es todo; de un hombre que entró a servir en la Guardia española, y de la noche a la mañana...?

—¡Hola, hola!—dijo Inés, burlándose de mí con más crueldad—. ¿Esas tenemos, señor don Gabriel? ¡Qué callado lo tenía! ¿Se puede saber quién es la dama que se ha enamorado de usted?

—Tanto como enamorarse, no, tonta—respondí, cortado—; pero ya ves... Como uno no es saco de paja..., qué quieres. Todo el mundo, aunque no valga nada, encuentra una persona a quien le gusta...

Inés continuó riendo; pero yo conocí que, después de mis últimas palabras, la pobre necesitaba muchos esfuerzos para aparentar alegría. Como apenas sabía disimular, luego cesó de reír y se puso muy seria.

—Bien, excelentísimo señor—dijo, haciéndose una grave cortesía—: ya sabemos a qué atenernos.

—La cosa no es para enfadarse—dije yo, sintiéndome repuesto de mi turbación—; lo que hay es que si una persona me quiere proteger, no he de hacerle ascos. ¡Y si tú la conocieras, Inesilla; si tú vieras qué mujer, qué señora...! Todo lo que te diga es poco; así es que no te digo nada.

—¿Y esa señora se ha enamorado de ti?

—Dale con el enamoramiento. No es eso, mujer; es que entro a servirla, aunque quién sabe lo que podrá pasar... Si vieras cómo me trata... Como de igual a igual, y se interesa mucho por mí..., y es muy rica..., y vive en un palacio muy grande cerca de aquí..., y tiene muchos criados..., y lleva en el cuello un medallón con un diamante como un huevo..., y cuando le mira a uno se queda uno atortolado..., y es muy guapa..., y en palacio puede tanto como el rey..., y se llama...

Recordé de pronto que Amaranta me había prohibido revelar su entrevista con ella, y callé.

—Bueno—dijo Inés—. Ya veo que dentro de poco le tendremos a usía hecho un archipámpano, con muchos galones y cintajos, dando que hablar a la gente y teniendo el gusto de oírse llamar ladrón, enredador, tramposo y cuanto malo hay.

—Mira tú lo que es no entender las

cosas—dije algo incomodado—. ¿De dónde sacas tú que todos los hombres célebres y poderosos sean ladrones y pícaros? No, señor; también pueden ser buenos, y lo que es yo... Supón, chiquilla, que por arte del Demonio llegara yo a ser...; no te rías, que de menos hizo Dios a Cañete, y todos somos hijos de Adán; y tan de carne y hueso es Napoleón Bonaparte como yo. Pues suponte que llego a ser... No te rías; si te rías, me callo.

—Si no me río—dijo Inés, conteniendo la hilaridad que de nuevo la acometía—. Lo que dices está muy en razón, chiquillo. Si no hay más que ponerse a ello. ¿Qué cuesta ser generalísimo, ministro príncipe o duque? Nada. ¿Ni a qué viene romperse los ojos estudiando por aprender todas las cosas que se deben saber para gobernar? Como qué los aguadores y los mozos de cuerda, los horteras y los monaguillos, son unos tontos de camisón, cuando no se van todos a Palacio, sabiendo que tienen seguro el sueldo de consejeros con sólo guiñarle el ojo a una dama... Y si todas las damas no son tiernas de corazón, con tocarle el codo a esta o a la otra cocinera de Palacio, está hecho todo.

—No es eso: veo que tú no entiendes—dije, no sabiendo cómo hacerme comprender de Inés—. Eso que dices de aprender y saber gobernar, y lo demás, no viene al caso. Verdad es que antes se necesitaba ser hombre de ciencia para medrar; pero hoy, chiquilla, ya ves lo que pasa. No es sólo Godoy; son cientos de miles los que ocupan altos puestos sin valer maldita de Dios la cosa. Con un poco de despejo, basta. Si sabré yo lo que me digo.

—Ven acá, Gabriel—me dijo Inés, dejando su costura—. Las cosas del mundo pasan siempre como deben pasar. Esto lo sé yo sin que nadie me lo haya dicho. Los hombres que mandan a los demás están en aquel puesto por su nacimiento, pues... porque así está arreglado, de modo que los reyes nacen de los reyes... Cuando algún hombre que no ha nacido en cuna real llega a gobernar el mundo, debe de ser porque Dios le ha dado un talento, una cosa celestial que no tienen los demás. Y si no, ahí me tienes a Napoleón, que es emperador de todo el mundo, y manda no sé cuántos miles de millones de solda-

dos; pero es porque él se lo ha ganado y porque desde chiquito aprendía cuanto hay que saber, y los maestros se quedaban lelos viendo que sabía más que ellos... El que sube tanto sin tener mérito es por casualidad o por mil picardías o porque los reyes lo quieren así. ¿Y qué hacen para tenerse arriba? Engañan a la gente, oprimen al pobre, se enriquecen, venden los destinos y hacen mil trampas. Però buen pago les dan, porque todo el mundo los aborrece, y lo que se desea es verlos por los suelos. ¡Ah chiquillo! Yo no sé cómo no entiendes esto, que es tan claro como el agua...

A pesar de ser tan claro como el agua, yo no lo comprendía. Muy lejos de eso, estaba tan obcecado, tan dominado por la vanidad, que no vi sino impertinencias y majaderías en las juiciosas razones de la costurerilla. Aún fué más lejos mi soberbia, porque mi amor propio se resintió, me sentí pavo real, erguí mi cuello, levanté la cola tornasolada, y con mis feas patas de pájaro vanidoso pisoteé la discreta paloma, diciéndole estas palabras:

—Inés, hablemos claro. Veo que tú no comprendes ciertas cosas... Tú eres muy buena, y por eso te quiero y te estimo. No dudes, por tanto, que de aquí en adelante haré en bien tuyo cuanto me sea posible. Tú eres muy buena; pero es preciso confesar que tienes pocos alcances. Al fin eres mujer, y las mujeres..., como no sea de hacer calceta y poner el puchero a la lumbre, de nada entienden una higa. Este negocio que tratamos no es para tu pobre cabecita. Los hombres son los que lo entendemos bien, porque miramos las cosas más por lo alto; porque, en fin, tenemos más talento. No extraño lo que me has dicho, porque... ¿tú que puedes entender?... Pero eres una chica muy buena: te quiero, te quiero mucho; no te enfades. Puedes estar segura de que jamás me olvidaré de ti.

Lector: cuando leas esto, te suplico que te despojes de toda benevolencia para conmigo. Sé justiciero, implacable; y ya que no me tienes, por ventaja mía, al alcance de tus honradas manos, descarga en el libro tu ira, arrójalalo lejos de ti, pisotéalo, escúpelo... ¡Ay!, pero no; él es inocente, déjalo, no lo maltrates; él no tiene culpa de nada; su único crimen es haber recibido en sus irresponsables hojas lo que yo he querido poner

en ellas, lo bueno y lo malo, lo plausible y lo irrisorio, lo patético y lo tonto que al escribir esta historia he ido sacando, escarbador infatigable, de los escombros de mi vida. Si algo encuentras que me desfavorezca, tan mío es como lo que te parezca laudable. Ya habrás conocido que no quiero ser héroe de novela; si hubiera querido idealizarme, fácil me habría sido conseguirlo, cuidando de encerrar con cien llaves todas mis necedades y flaquezas, para que sólo quedasen a la vista del público los hechos lisonjeros adicionados con lindísimas invenciones que, en caso de apuro, no habrían de faltarme. Pero repito que no quiero idealizarme. Bien sé que a los ojos de muchos mi personalidad estaría cien codos más alta si yo representase en mí a un mozuelo desvergonzado, pendenciero y atrevido, que en los dieciséis años de su edad hubiese tenido tiempo y fortuna para matar en duelo a dos docenas de semejantes y quitar la honra a igual número de doncellas, casadas o viudas, esquivando la persecución de la justicia y la venganza de celosos padres o maridos. Todo esto sería muy bonito; pero diré con el latino: *sed nunc non erat hic locus*.

Como prueba de mi modestia, no he vacilado en copiar el diálogo con Inés, que me favorece tan poco, atreviéndome a esperar que si el lector no me adorase romántico, podrá apreciarme sincero. Hagamos, pues, las paces y continuaré la narración en el mismo punto en que la dejé; y es que habiendo espetado las palabras referidas y aun algunas más, hijas de mi estólida vanidad, dejé a Inés, creyendo que debía buscar interlocutor más conforme a la alteza y sublimidad de mis pensamientos. Inés no me dijo una palabra más, y yo, atraído por los alegres sonos de la flauta, tocada por don Celestino, fuí a buscarle a su cuarto, y con las manos juntas atrás y el aire de persona protectora, le hablé así:

—¿Cómo van esos asuntos, señor mío?

—¡Oh! ¡Divinamente!—contestó con su optimismo de siempre—. Al fin se me hará justicia, y, según me ha dicho esta mañana el oficial de la Secretaría, no puede pasar de la semana que viene.

—Me parece que a usted no le vendría mal un arciprestazgo de buena renta o cosa así... Dígolo porque, aunque a usted le sorprenda, tal vez exista al-

guna persona que se lo pueda conseguir.

—¿Quién, hijo mío, quién, a no ser mi paisano y amigo el serenísimo príncipe de la Paz?

—En donde menos se piensa, salta una liebre... Ya veremos, ya veremos —dije yo, haciendo todo lo posible para que la expresión de mi semblante fuera la más misteriosa y grave.

Quedóse aturdido con mis palabras, y volví al lado de Inés, de quien no quería despedirme dejándole enojada. Con gran sorpresa mía, la chiquilla no conservaba enojo alguno, y me habló con aquella incomparable ecuanimidad que siempre fué su principal atractivo. Despedime prometiendo que la recordaría siempre, y ella se mostró tan afable, tan cariñosa como si nada hubiera pasado. Su espíritu, cuya elevación y superioridad desconocía yo entonces, confiaba firmemente, sin duda, en mi pronta vuelta.

A los dos días, mi ama me dijo que había convenido con Amaranta en que yo pasara a servir a ésta. Arreglé mi pequeño ajuar, y fuí a la casa de mi nueva dueña. Allí me pusieron una librea, y subiendo al coche de la servidumbre, el cual iba tras otro ocupado por la marquesa y su hermano el diplomático, emprendí el camino de El Escorial, adonde llegamos por la noche.

XII

Como al llegar a El Escorial nos encontramos sorprendidos por la noticia de gravísimos acontecimientos, no estará de más que mencione lo que por el camino me contó el mayordomo de la marquesa, pues a sus palabras dió profético sentido lo que ocurrió después.

—Me parece que en el Real Sitio pasa algo que va a ser sonado—me dijo—. Esta mañana se decía en Madrid... Pero lo que haya lo hemos de saber pronto, pues dentro de tres horas y media, si Dios quiere, daremos fondo en la Lonja.

—¿Y qué se decía en Madrid?

—Allí todos quieren al príncipe y aborrecen a los reyes padres, y como parece que sus majestades se han propuesto mortificar al muchacho, apartándole de su lado... Eso yo lo he visto; y el príncipe tiene una cara que da compa-

sión... Se dice que sus padres no le quieren, lo cual está muy bien hecho; a mí me consta que ni una sola vez le lleva el rey a las cacerías, ni le sienta a la mesa, ni le muestra aquel cariño que parece natural en un buen padre.

—¿Será que el príncipe anda metido en conspiraciones y enredos?—dije.

—Ello bien pudiera ser. Según oí la semana pasada en el Real Sitio, el príncipe se da unas encerronas que ya, ya... No habla con nadie; está como quien ve visiones, y se pasa las noches en vela. Con esto la Corte andaba muy alarmada; parece que acordaron vigilarle hasta averiguar lo que traía entre manos.

—Pues ahora caigo en que me dijeron que el príncipe era algo literato y se pasaba las noches traduciendo del francés o del latín, que esto no lo recuerdo bien.

—Sí, en El Escorial se cree eso; pero sabe Dios... Hay quien asegura que lo que el príncipe trae entre manos es cosa gorda; que las tropas de Napoleón que han entrado en España, lo que menos piensan es guerrear con Portugal, y parece que vienen a apoyar a los partidarios del príncipe.

—Esas son patrañas; quizá el pobre Fernandito no piense más que en traducir sus libros...

—Parece que el que tradujo hace poco no gustó a los papás, porque hablaba de no sé qué revoluciones, y ahora está con otro; como no sea alguna endiablada tramoya para pescar la corona...

Así continuó, poco más o menos, nuestra conversación hasta que llegamos al Real Sitio. El diplomático y su hermana se apearon de su coche y nosotros del nuestro. Como los dos viajeros debían aposentarse en Palacio y en las habitaciones de Amaranta, que ya había llegado el día anterior, desde luego el mayordomo nos encaminó allá, haciéndonos recorrer medio mundo en escaleras, galerías, patios y pasillos. Todo indicaba que ocurría algo extraordinario en la regia morada, porque se veía por los pasillos y salas de tránsito más gente de la que acostumbraba estar en pie a tal hora, que era la de las diez. Preguntó la marquesa; mas le contestaron de un modo tan vago, que nada pudo sacar en limpio.

Instalados en las habitaciones de mi ama, donde me ocupé en acomodar los equipajes, según las órdenes que se me daban, al poco rato entró Amaranta tan inmutada, que fué preciso aguardar un poco para que, repuesta de su zozobra, pudiese explicar lo que pasaba.

—¡Ay!—exclamó, cediendo a las reiteradas preguntas de sus tíos—. Lo que pasa es terrible. ¡Una conjuración, una revolución! ¿En Madrid no ocurría nada cuando ustedes salieron?

—Nada: todo estaba tranquilo.

—Pues aquí... Es una cosa tremenda, y quién sabe si estaremos vivos mañana.

—Pero, hijo, dínoslo claramente.

—Parece que se ha descubierto que querían asesinar a los reyes; todo estaba preparado para un movimiento en Palacio.

—¡Qué horror!—exclamó el diplomático—. Bien decía yo que bajo la capita de servidores del rey se escondían aquí muchos jacobinos.

—No es nada de jacobinos—continuó mi ama—. Lo más extraño es que el alma de la conjuración es el príncipe de Asturias.

—No puede ser—dijo la marquesa, que era muy afecta a su alteza—. El príncipe es incapaz de tales infamias. Justo y cabal, lo que yo decía. Sus enemigos han ideado perderle por la calumnia, ya que no lo han conseguido por otros medios.

—Pues la revolución preparada, que, por lo que dicen, iba a ser peor que la francesa—prosiguió Amaranta—, se ha fraguado en el cuarto del príncipe, a quien se han encontrado unos papelitos que ya, ya... Dícese que están complicados el canónigo don Juan de Escóquiz, el duque del Infantado, el conde de Orgaz y Pedro Collado, el aguador de la fuente del Berro, hoy criado del príncipe.

—Creo que tú, sobrina—dijo el marqués, ofendido de que mi ama contase cosas que él no sabía—, te dejas arrastrar por tu impresionable imaginación. Tal vez lo que ocurre no tenga importancia alguna y pueda yo esclarecerlo con datos y noticias de índole muy reservada que se me han transmitido de cierta parte que debo callar.

—Yo contaré lo que me han dicho. Desde algún tiempo llamaba la atención que el príncipe pasase las noches ence-

rrado en su cuarto, sin compañía, aunque los reyes creían que se ocupaba en traducir un libro francés. Pero ayer se encontró su majestad en su cuarto una carta cerrada, cuyo sobre no tenía más que estas palabras: «Luego, luego, luego.» Abrióla el rey, y leyó un aviso sin firma, en que le decían: «Cuidado, que se prepara una revolución en Palacio. Peligra el trono, y la reina María Luisa va a ser envenenada.»

—¡Jesús, María y José!—exclamó la marquesa, que, como mujer nerviosa, estuvo a punto de desmayarse—. Pero ¿qué demonio del infierno se ha metido en El Escorial?

—Figurense ustedes cómo se quedaría el pobre rey. Al punto sospecharon del príncipe, y decidieron ocuparle sus papeles. Durante mucho tiempo sobre el modo de hacerlo; pero, al fin, el rey se decidió a reconocer él mismo en persona el cuarto de su hijo. Fué allá con pretexto de regalarle un tomo de poesías, y, según dicen, Fernando se turbó de tal modo al verle entrar, que descubrió con su mirar medroso y azarado el sitio en que estaban los papeles. El rey los cogió todos, y parece que padre e hijo se dijeron algunas cosas un poco fuertes; después de lo cual, Carlos salió indignado, ordenándole que permaneciese en su cuarto sin recibir a persona alguna... Esto fué ayer; en seguida vino el ministro Caballero, y entre él y los reyes examinaron los papeles. No sabemos lo que pasó en esta conferencia; pero debió de ser cosa fuerte, porque la reina se retiró a su cuarto llorando. Después se dijo que los papeles encontrados en poder del príncipe contenían la clave de terribles proyectos, y, según afirmó Caballero después de hablar con sus majestades, el príncipe Fernando debía ser condenado a muerte.

—¡A muerte!—exclamó la marquesa—. ¡Pero esa gente está loca! ¡Condenar a muerte a todo un príncipe de Asturias!

—No hay que apurarse todavía—dijo el diplomático con su acostumbrada suficiencia—. Tal vez se nos muestren esos papeles para saber nuestro dictamen, y haremos luminoso estudio de todos ellos para resolver lo que convenga.

—Pero ¿no se sabe lo que contenían esos papeles?—preguntó la marquesa.

—Se cuenta tantas cosas en Palacio, que no se puede saber la verdad. La

reina no nos ha dicho nada, y ha pasado toda la noche a lágrima viva, lamentándose de la ingratitud de su hijo. También dice que no permitirá que se le persiga, porque él no tiene la culpa de lo que ha hecho, sino esos dos o tres pícaros ambiciosos que le rodean.

—Dejémonos de anticipar juicios sobre estos sucesos—dijo el marqués—. Ya lo averiguaré yo todo y sabré si es un complot de los enemigos del príncipe o simplemente una verdadera y efectiva conjuración; mas cuando ya lo sepa, guárdense ustedes de preguntarme, pues ya conocen mis ideas...

—Parece que han decidido formar causa para averiguar quiénes son los delincuentes—continuó Amaranta—, y esta noche va el príncipe a declarar a la Cámara regia.

A este punto llegaban de tan interesante conversación, cuando sentimos cierto rumor como de gente que se agolpaba en sitio cercano a la habitación en que estábamos. Como no tenía gran cosa que hacer cerca de mi ama, y además la curiosidad me llamaba fuera, salí, bajé una escalera y halléme en una anchurosa pieza tapizada, que correspondía por ambos lados a otras de igual tamaño y parecidos adornos. Recorrí dos o tres, siguiendo la dirección de las personas que se encaminaban a un lugar determinado, y no vi nada digno de llamar la atención, más que algunos grupos de palaciegos que cuchicheaban por lo bajo con muchos calor.

Yo me enorgullecía de encontrarme en Palacio, creyendo que sólo por el contacto del suelo que pisaban mis pies tenía nuevos títulos a la consideración del género humano; y como cuantos llevamos la generosa sangre española en nuestras venas somos propensos a la fatuidad, no pude menos de creerme un verdadero y genuino personaje, y hubiera deseado encontrar al paso a mis antiguos conocimientos de Madrid o Cádiz para mostrarles en gestos y palabras el convencimiento de mi respetabilidad. Felizmente, no conocí alma de Dios entre tanta gente, y me libré de ponerme en ridículo.

Encontrábame en aquella larga serie de habitaciones tapizadas que, recorriendo toda la extensión de Palacio por la parte interior, sirve de lazo de unión a las moradas regias, cuyas luces se abren

a la fachada oriental del inmenso edificio. Seguí la dirección de los demás sin reparar si debía aventurar mis pasos por aquellos sitios; mas, como nadie me dijo nada, continué muy impávido. Las salas estaban débilmente alumbradas, y en la dulce penumbra, las figuras de los tapices parecían sombras detenidas en las paredes o débiles reflejos luminosos enviados por escondido foco sobre el oscuro fondo de las cámaras. Espacié mi vista por aquella multitud de figuras mitológicas, con cuya desnudez provocativa se habían adornado las negras murallas construídas por Felipe, y ya consagraba mi atención a contemplarlas, cuando pasó la extraña procesión de que voy a dar cuenta.

El príncipe de Asturias, a quien se había comenzado a instruir sumaria por el delito de conspiración, volvía de la Cámara real, donde acababa de prestar declaración. No olvidaré jamás ninguna de las particularidades de aquella triste comitiva, cuyo desfile ante mis asombrados ojos me impresionó vivísimamente aquella noche, quitándome el sueño. Iba delante un señor con grande candelero en la mano, como alumbrando a todos y para esto lo llevaba en alto, aunque tan poca luz servía sólo para hacer brillar los bordados de su casacón de gentilhomme. Luego seguían algunos guardias españoles; tras ellos, un joven en quien al instante reconocí, no sé por qué, al príncipe heredero. Era un mozo robusto y de temperamento sanguíneo, de rostro poco agradable, pues la espesura de sus negras cejas y la expresión singular de su boca hendida y de su excelente nariz le hacían bastante antipático, por lo menos a mis ojos. Iba con la vista fija en el suelo, y su semblante, alterado y hosco, indicaba el rencor de su alma. A su lado iba un anciano como de sesenta años, en quien al principio no reconocí al rey Carlos IV, pues yo me había figurado a este personaje como un hombrequito enano y enteco, siendo lo cierto que, tal como le vi aquella noche, era un señor de mediana estatura, grueso, de rostro pequeño y encendido, sin rastro alguno en su semblante que mostrase las diferencias fisonómicas establecidas por la Naturaleza entre un rey de pura sangre y un buen almacenista de ultramarinos.

En los personajes que le acompaña-

ban, y eran, según después supe, los ministros y el gobernador interino del Consejo, me fijé más que en la real persona, y después daré a conocer a alguno de aquellos esclarecidos varones. Cerraba, por último, la procesión el zaguante de la Guardia española, y nada más. Mientras pasó la comitiva, sepulcral silencio reinó en todo el tránsito, y tan sólo se oyeron las pisadas que se perdían de cámara en cámara hasta llegar a las que formaban el cuarto de su alteza. Cuando entraron en éste, la cháchara comenzó de nuevo entre los circunstantes, y vi a mi Amaranta, que, habiendo salido a buscarme, hablaba con un caballero vestido de uniforme.

—Creo que al declarar—dijo el caballero—su alteza ha estado un poco irreverente con el rey.

—¿De modo que está preso?—preguntó Amaranta con gran curiosidad.

—Sí, señora. Ahora quedará detenido en su cuarto con centinelas de vista. Vea usted, ya salen. Deben de haberle recogido su espada.

La comitiva volvió a pasar sin el príncipe y precedida del gentilhomme, con el candelabro, que iba abriendo camino. Cuando el rey y sus ministros se alejaron, los palaciegos que habían salido a las galerías iban desapareciendo también en sus respectivas madrigueras, y por mucho tiempo no se oyó más que el violento cerrar de multitud de puertas. Se apagaron las pocas luces que alumbraban tan vastos recintos, y las hermosas figuras de los tapices se desvanecieron en la oscuridad, como fantasmas a quienes el canto del gallo llama a sus ignotas moradas.

Yo subí con mi ama a nuestro departamento y me asomé por una de las ventanas que caían hacia el interior para reconocer, como de costumbre, el sitio en que estaba. Era oscurísima la noche, y no vi más que una masa negra, informe, de la cual se destacaban altos tejados, cúpulas, torres, chimeneas, paredones, aleros, arbotantes y veletas que desafiaban el firmamento como los topes de un gran navío. Tal imponente vista causaba cierto terror al espíritu, despertando meditaciones que se mezclaban a las sugeridas por lo que acababa de ver; mas no pude ocuparme mucho en trabajos del pensamiento, porque un sutilísimo ruido de faldas y un

ligero *ce ce* con que se me llamaba me hizo volver la cabeza y apartarme de la ventana.

La transición fué extremadamente brusca, cuando, distrayéndome de la sombría perspectiva exterior, apareció ante mis ojos la figura de Amaranta y su celestial sonrisa. Reinaba profundo silencio; el marqués diplomático y su hermana se habían retirado. Amaranta había cambiado su traje de camino por una vestidura blanca y suelta, que aumentaba su hermosura, si su hermosura fuera susceptible de aumento. Cuando me llamó, aún no se había apartado su doncella; pero ésta salió sin tardanza, y luego nuestra seductora dueña, cerrando por sí misma la puerta que daba a la galería, me hizo señas para que me acercase.

XIII

—No olvides lo que me has jurado—dijo, sentándose—. Yo confío en tu fidelidad y en tu discreción. Ya te dije que me parecías un buen muchacho, y pronto llegará la ocasión de probármelo.

No recuerdo bien las vehementes expresiones con que juré mi fidelidad; mas debieron de ser muy acaloradas, y aun creo que las acompañé con dramáticos gestos, porque Amaranta, riendo, me recomendó que convenía fuera menos fogoso. Después continuó así:

—¿Y no deseas volver al lado de la *González*?

—Ni al lado de la *González* ni al lado de todos los reyes de la tierra—contesté—, pues mientras viva no pienso apartarme del lado de mi ama querida, a quien adoro.

Si mal no recuerdo, me puse de rodillas ante el sillón en que Amaranta reposaba con seductora indolencia; pero ella me hizo levantar, diciéndome que debía pensar en volver a casa de mi antigua ama, aunque continuara sirviendo a la nueva con toda reserva. Esto me pareció algo incomprensible y misterioso: pero no insistí en que lo esclareciera por no parecer impertinente.

—Haciendo lo que te mando—continuó—puedes vivir seguro de que te irá bien en el mundo. ¡Y quién sabe, Gabriel, si llegarás a ser personaje de condición y de fortuna! Otros con menos

ingenio que tú se han convertido de la mañana a la noche en verdaderos personajes.

—Eso no tiene duda, señora. Pero yo he nacido en humilde cuna, yo no tengo padres, yo no he aprendido más que a leer, y eso muy mal, en libros que tengan letras como el puño, y apenas escribo más que mi firma y rúbrica, en la cual hago más rasgos que todos los escribanos del reino.

—Pues es preciso pensar en tu educación: el hombre debe ilustrarse. Yo me encargo de eso. Pero será con la condición de que has de servirme fielmente; no me canso de repetírtelo.

En cuanto a mi lealtad, no hay más que hablar. Entéreme usía de cuáles son mis obligaciones en este nuevo servicio—dije, anhelando conocer lo que se me exigía para ser acreedor a tantas bondades.

—Ya te lo iré diciendo. Es cosa difícil y delicada; pero confío en tu buen ingenio.

—Pues ya anhelo prestar a usía esos servicios tan difíciles y delicados—contesté con todo el énfasis de mi bullicioso carácter—. No seré un criado: seré un esclavo, pronto a obedecer a usía, aunque la vida pierda en ello.

—No se necesita perder la vida—dijo, sonriendo—. Basta con un poco de vigilancia; y, sobre todo, teniendo completa adhesión a mi persona, sacrificándolo todo a mi deseo y no viendo más que la obligación de satisfacer mi voluntad, te será fácil cumplir.

—Pues estoy impaciente, deshecho, por empezar de una vez.

—Ya te enterarás con más calma. Esta noche tengo que escribir muchas cartas... Y ahora que recuerdo, vas a empezar a cumplir tus obligaciones respondiéndome a varias preguntas, cuya respuesta necesito para escribir. Dime: ¿Lesbia solía ir a tu casa sin ser acompañada por mí?

Quedéme perplejo al oír una pregunta que me parecía tan lejos del objeto de mi servicio como el cielo de la tierra. Pero recogí mis recuerdos y contesté:

—Algunas veces, aunque no muchas.

—¿Y la viste alguna vez en el vestuario del teatro del Príncipe?

—Eso sí que no lo recuerdo bien, y, por tanto, no puedo jurar que la ví ni tampoco que no la ví.

—No tiene nada de particular que la hayas visto, porque Lesbia no se mira mucho para ir a semejantes lugares—dijo Amaranta con mucho desdén.

Después de una pausa en que me pareció muy cavilosa, continuó así:

—Ella no guarda las conveniencias, fiada en las simpatías que encuentra en todas partes por su gracia, por su dulzura y por su belleza..., aunque, en verdad, su belleza no tiene nada de particular.

—Nada absolutamente de particular—añadí yo, adulando la emulación de mi ama.

—Pues bien: ya me enterarás despacio de esta y otras cosas que necesito saber. Lo primero que te recomiendo es la más absoluta reserva, Gabriel. Espero que estarás contento de mí, y yo de ti, ¿no es verdad?

—¿Cómo podré pagar a usía tantos beneficios?—dije con vehemencia—. Creo que voy a volverme loco, señora; y me volveré de seguro. Yo no puedo menos dedesahogar mi corazón, mostrando los sentimientos que lo llenan desde el instante en que usía se dignó poner los ojos en mí. Y ahora, cuando usía me ha dicho que hará de mí un hombre de provecho y a ponerme en disposición de ocupar puesto honroso en el mundo, pienso que aunque viva mil años adorando a mi bienhechora no le pagaré tantos favores. Yo siento deseo muy vivo de ser un hombre como algunos que veo por ahí. ¿No es esto posible? ¿Usía cree que podré serlo, instruyéndome con su ayuda? ¡Ay! Cuando uno ha nacido pobre, sin parientes ricos; cuando se ha criado en la miseria y en la triste condición de sirviente, no puede subir a otro puesto mejor sino por la protección de alguna persona caritativa como usía. Y si yo llegara a conseguir lo que deseo, no sería el primer caso, ¿no es verdad, señora? Porque gentes hay aquí, muy poderosas y muy grandes que deben su fortuna y su carrera a alguna ilustrísima mujer que les dió la mano.

—¡Ah!—dijo Amaranta con bondad—. Veo que tú eres ambicioso, Gabrielillo. Lo que has dicho últimamente es cierto; hombres conocemos a quienes ha elevado a desmedida altura la protección de una señora. ¡Quién sabe si encontrarás tú igual proporción! Es muy posible. Para que no pierdas la esperanza,

ahí va un ejemplo. En tiempos muy antiguos y en tierras muy remotas había un grande imperio que era gobernado en completa paz por un soberano sin talento, pero tan bondadoso, que sus vasallos se creían felices con él y le amaban. La sultana era mujer de apasionada naturaleza y viva imaginación, cualidades contrarias a las de su marido, y por esta diferencia aquel matrimonio no era completamente feliz. Cuando heredó a su padre, el sultán tenía cincuenta años y la sultana treinta y cuatro. Acertó a entrar en la guardia genízara un joven que se hallaba casi en el mismo caso que tú, pues aunque no era de nacimiento tan humilde ni dejaba de tener alguna instrucción, era bastante pobre y no podía esperar gran carrera de sus propios recursos. Al punto se corrió en la Corte la voz de que el joven guardia había sido agradable a la esposa del sultán, y esta sospecha se confirmó al verle avanzar rápidamente en su carrera, hasta el punto de que a los veinticinco años de edad ya había alcanzado todos los honores que pueden ser concedidos a un simple súbdito. El sultán, lejos de poner reparos a tan rápido encubramiento, había fijado todo su cariño en el favorecido joven; y no contento con darle las primeras dignidades, le entregó las riendas del Gobierno, le hizo gran visir, príncipe, y le dió por esposa a una dama de su propia familia. Con esto los pueblos de aquella apartada y antigua comarca estaban muy descontentos y aborrecían al joven y a la sultana. En su gobierno, el joven valido hizo algunas cosas buenas; mas el pueblo las olvidaba, para no ocuparse sino de las malas, que fueron muchas, y tales, que trajeron grandes calamidades a aquel pacífico imperio. El sultán, cada vez más ciego, no comprendía el malestar de sus pueblos, y la sultana, aunque lo comprendía, no pudo en lo sucesivo remediarlo, porque las intrigas de su Corte se lo impidieron. Todos odiaban al favorecido joven, y entre sus enemigos más encarnizados se distinguían los demás individuos de la regia familia. Pero lo más extraño fué que el hombre a quien una mano tan débil como generosa había elevado sin merecimientos se mostró ingrato con su protectora, y, lejos de amarla con constante fe, amó a otras mujeres y hasta llegó a maltra-

tar a la desventurada a quien todo lo debía. Las damas de la sultana referían que algunas veces la vieron derramando acerbo llanto y con señales en su cuerpo de haber recibido violentos golpes de una mano sañuda.

—¡Qué infame ingratitud!—exclamé, sin poder contener mi indignación—. ¿Y Dios no castigó a ese hombre, ni devolvió a los inocentes pueblos su tranquilidad, ni abrió los ojos del excelente sultán?

—Eso no lo sé—contestó Amaranta, mordiendo las puntas blancas de la pluma con que se preparaba a escribir—, por, que estoy leyendo la historia que te cuento en un libro muy viejo y no he llegado todavía al desenlace.

—¡Qué hombres tan malos hay en el mundo!

—Tú no serás así—dijo Amaranta, sonriendo—. Y si algún día te vieras elevado a tales alturas por las mismas causas, harías todo lo posible porque se olvidara con la grandeza de tus actos el origen de tu encumbramiento.

—Si por artes del demonio eso sucediera—respondí—, lo haré tal y como usía lo dice, o no soy quien soy, pues a mí me sobra alma y corazón para gobernar sin dejar de ser un hombre bueno, decente y generoso.

Estas últimas palabras le hicieron reír, y ofreciéndome que al día siguiente me recomendaría a un padre jerónimo del monasterio para que me instruyese, me dijo que iba a escribir cartas muy urgentes y que la dejase sola. La doncella volvió para conducirme al cuarto donde debía recogerme, y una vez dentro de él, me acosté; mas los pensamientos evocados en mi cabeza por la pasada conferencia me confundieron de tal modo, que mi sueño fué agitado y doloroso, cual opresora pesadilla, y creí tener sobre el pecho todas las cúpulas, torres, tejados, aleros, arbotantes y hasta las piedras todas del inmenso Escorial.

XIV

Al día siguiente se reunieron a comer, en casa de Amaranta, Lesbia, el diplomático y su digna hermana. He hablado poco de esta buena señora, que no figura gran cosa en los acontecimientos re-

feridos, lo cual es sensible, porque por su carácter y excelentes prendas merecía mención muy detallada. Era la marquesa una dama de avanzada edad, orgullosa, de modestas costumbres, española rancia por los cuatro costados, de carácter franco y sin artificios, muy natural, muy caritativa, enemiga de trapisondas y aventuras, muy cariñosa para todo el mundo; en fin: era la honra de su clase. Su lado flaco consistía en creer que su hermano tenía mucho talento. Aunque modesta en su trato privado, gustaba de dar grandes fiestas, prefiriendo las representaciones dramáticas, a que tenía mucha afición. Su teatro era el primero de la Corte, y para la representación de *Otelo* había gastado considerables sumas. Protegía y trataba a los cómicos; pero siempre a regular distancia.

También estaba convidado aquel día con mi ama el señor don Juan de Mañara; pero cuando fui a llevarle la invitación contestó excusándose, por tocarle entrar de guardia a la misma hora. Y a propósito del pisaverde, no debo pasar en silencio la circunstancia de que le vi por la mañana en compañía de Lesbia, ambos en traje que parecía indicar regresaban de uno de esos crepusculares y campestres paseos, siempre anhelados por los amantes. En la tarde de aquel mismo día le vi paseando muy cabizbajo por el patio grande, y la mañana siguiente me detuvo en el mismo paraje, suplicándome que llevase una carta a la señora duquesa. Neguéme a esto, y allí quedó. Indudablemente, algo le pasaba al señor de Mañara.

Amaranta pareció muy contrariada de que no se sentase a la mesa el joven mencionado. Cuando volví con la respuesta, hallábase de visita en el cuarto de Amaranta un caballero de los que la noche anterior vi en la procesión descrita. Conferenciaron más de hora y media; cuando él se retiró le examiné bien, y por cierto que pocas veces he visto facha más desagradable. No le daría un puesto en la serie de mis recuerdos si aquél no fuera uno de los personajes más célebres de su tiempo, razón por la cual me resuelvo, no sólo a mencionarle, sino a describirle, para edificación de los tiempos presentes. Era el marqués Caballero, ministro de Gracia y Justicia.

No vi a semejante hombre más que una vez, y jamás le olvido. Era de edad como de cincuenta años, pequeño y rechoncho el cuerpo, turbia y traidora la mirada de uno de sus ojos, pues el otro estaba cerrado a toda luz; con el semblante amoratado y granulento, como de persona a quien envilece y trastorna el vino; de andar y gestos sumamente ordinarios; en tanto grado repugnante y soez toda su persona, que era preciso suponerlo dotado de extraordinarios talentos para comprender cómo se podía ser ministro con tan innoble estampa. Pero no, señores míos. El marqués Caballero era tan despreciable en lo moral como en lo físico, pudiendo decirse que jamás cuerpo alguno encarnó de un modo tan fiel los ruines sentimientos y bajas ideas de un alma. Hombre nulo, ignorante, sin más habilidad que la de la intriga, era el tipo del leguleyo chismoso y tramoyista que funda su ciencia en conocer, no los principios, sino los escondrijos, las tortuosidades y las fórmulas escurridizas del Derecho para enredar a su antojo las cosas más sencillas.

Nadie podía explicarse su encumbramiento, tanto más enigmático cuanto que el omnipotente Godoy no pasaba por amigo suyo; debió aquél consistir en que, habiéndose introducido en Palacio y héchose valer merced a viles intrigas de escalera abajo, usó como instrumento de su ambición cerca del rey la defensa de los intereses de la Iglesia; y adulando la religiosidad del pobre Carlos, pintándole imaginarios peligros y haciendo depender la seguridad del Trono de la adopción de una política restrictiva en negocios eclesiásticos, logró hacerse necesario en la Corte. El mismo Godoy no pudo apartarle del Gobierno ni poner coto a las medidas dictadas por el bestial fanatismo del ministro de Gracia y Justicia, quien, después de haber perseguido a muchos ilustres hombres de su época y encarcelado a Jovellanos, remató su gloriosa carrera contribuyendo a derribar al mismo príncipe de la Paz en marzo de 1808.

Damos estas ligeras noticias respecto a un hombre que gozaba entonces de justa y general antipatía, para que se vea que la elevación de los tontos, ruines y ordinarios no es, como algunos creen, desdicha peculiar de los modernos tiempos.

Después de la conferencia indicada principió la comida, que yo serví.

—Ya sé—dijo Amaranta al sentarse, sin disimular su intención de mortificar a Lesbia—, ya sé lo que contenían esos papeles cogidos a su alteza. Caballero me lo ha dicho, encargándome la reserva; pero puesto que pronto se ha de saber...

—Sí, dínoslo. No lo confiaremos más que a nuestras amigas—indicó la marquesa.

—Pues yo opino que no se diga—objetó el diplomático, que siempre se incomodaba cuando alguien revelaba secretos que él no conocía.

—Entre los papeles—dijo Amaranta—hay una exposición al rey que se supone hecha por don Juan Escóiquiz, aunque la letra es de Fernando. Parece que en ella se pintan las malas costumbres del príncipe de la Paz con las frases más indecentes. Allí han salido a relucir sus dos mujeres, y también lo que dicen de los destinos, pensiones y prebendas que concede a cambio de...

—¡Y tan cierto como es!—dijo la marquesa—. Yo sé de un señor a quien el príncipe de la Paz ofreció...

La buena señora cayó en la cuenta de que estaba yo delante y se contuvo. Pero a mí siempre me han bastado pocas palabras para entender las cosas, y supe pescar al vuelo lo que querían decir.

—En esa exposición—continuó la condesa—ponen a la pobre Tudó de vuelta y media y aconsejan al rey que la encierre en un castillo. Por último, se pretende que el de la Paz sea destituido, embargados todos sus bienes, y que desde el mismo momento no se separe el príncipe heredero del lado de su padre.

—Todo eso está muy puesto en razón—dijo la marquesa, asombrada de cómo concordaban las ideas de los conjurados con sus propias ideas—, aunque me guardaré muy bien de decirlo fuera de aquí.

—Pues aquí no temo decirlo—continuó Amaranta—. Caballero no guarda muy bien el secreto: sé que ya lo ha dicho a varias personas. Otro de los papeles es graciosísimo, y parece un sainete, pues todo él está en diálogo, y se creería que lo habían escrito para representarlo en el teatro. Cada uno de los personajes que hablan tiene allí un nombre supues-

to: el príncipe se llama *Don Agustín*; la reina, *Doña Felipa*; el rey, *Don Diego*; Godoy, *Don Nuño*, y la princesa con quien dicen han tratado de casar al heredero es una tal *Doña Petra*.

—¿Y qué objeto tiene esa comedia?

—Es un proyecto de conversación con la reina, y suponiendo las observaciones que ésta ha de hacer, se le responde a todo, según un plan combinado, para convencerla de las picardías del príncipe de la Paz. También aquí abundan las frases soeces; y, por último, el *Don Agustín* parece que se niega redondamente a casarse con *Doña Petra*, la cuñada del ministro y hermana del cardenal y de la de Chinchón.

—También eso está bien pensado—dijo la marquesa—; y si ese sainetillo se representara, yo lo aplaudiría. Pues ¿por qué han de querer casar al pobre muchacho con la cuñada del otro? ¿No es mejor que le busquen mujer en cualquiera de las familias reinantes, que a buen seguro todas ellas se darían con un canto en los pechos por entroncar con nuestros reyes, casando a cualquiera de sus mozuelas con semejante príncipe?

—¿Cómo se atreven ustedes a juzgar cosas tan graves?—dijo con displicencia el diplomático—. Y en cuanto a los documentos citados, extraño que una persona tan discreta como mi sobrina les dé publicidad imprudente.

—Vamos, antes usted dudaba que existieran, y ahora, creyendo que no deben revelarse, los da como ciertos.

—Sí que los doy—repuso el diplomático—; y ya que otra persona ha descubierto hechos que yo me obstinaba en callar...

No pudiendo negar aquellos secretos, el buen señor resolvió apropiárselos, fingiendo tener ya noticia de los papeles del proceso.

—¿De modo que ya tú lo sabías todo?—le preguntó su hermana—. Bien decía yo que tú no podías menos de estar al tanto de estas cosas. La verdad es que no se te escapa nada, y bien puedes afirmar que eres de los que ven los mosquitos en el horizonte.

—Desgraciadamente, así es—contestó el diplomático con la mayor hinchazón—. Todo llega a mis oídos, a pesar de mis repetidos propósitos de no intervenir en nada y huir de los negocios. ¡Cómo ha de ser! Es preciso tener paciencia.

—Hermano, tú debes saber algo más, y te lo callas—dijo la marquesa—. Vamos a ver: ¿Napoleón tiene alguna parte en este negocio?

—¿Ya comienzan las preguntillas?—repuso el viejo con retozona risa—. Déjense de preguntas, porque les juro que no me han de sacar una sílaba. Ya conocen la rigidez de mi carácter en estas materias.

A todas éstas, Lesbia no decía una palabra.

—Pues voy a acabar mi cuento—añadió mi ama—. Aún me falta decir cuál es el otro papel que se encontró al príncipe.

—Más valdría que lo callaras, querida sobrina—dijo el diplomático.

—No; que lo diga, que lo diga.

—Pues se ha encontrado la cifra y clave de la correspondencia que el heredero sostiene con su maestro don Juan Escóquiz, y, además..., esto es lo más grave.

—Sí, lo más grave—indicó el diplomático—, y por eso debe callarse.

—Por lo mismo debe decirse.

—Pues se encontró una carta en forma de nota, sin sobrescrito, firma ni nombre, en que manifiesta estar dispuesto a elevar al rey la exposición por medio de un religioso. Lo más notable de este papelito es que el príncipe asegura que está decidido a tomar por modelo al santo mártir Hermenegildo; que se dispone a pelear..., oiganlo ustedes bien..., a pelear por la justicia. Esto es hablar clarito de una revolución. Pide después a los conjurados que le sostengan con firmeza, que preparen las proclamas y que...

—¡Ah! ¡Las mujeres, las mujeres! ¿No aprenderán nunca a tener discreción?—interrumpió el marqués—. Me admiro de ver con cuánta frivolidad te ocupas de asuntos tan peligrosos.

—En este papel—prosiguió la condesa, sin atender a las fastidiosas amonestaciones del diplomático—se indica a los reyes y a Godoy con nombres godos. *Leovigildo* es Carlos Cuarto, la reina es *Goswinda*, y el de la Paz, *Sisberto*. Pues bien: el príncipe, que se atribuye el papel de *San Hermenegildo*, dice a los conjurados que la tempestad debe caer sobre *Sisberto* y *Goswinda*, y que traten de embobar a *Leovigildo* con vitores y palmadas.

—¿Y no es más que eso?—preguntó la marquesa—. Pues no hay cosa más inocente.

—Está bien claro—indicó Amaranta con ira—que se trata de destronar a Carlos Cuarto.

—No lo veo yo así.

—Pues yo sí—repuso la condesa—. La tempestad debe caer sobre *Sisberto* y *Goswinda*. De modo que el heredero y sus amigos no sólo tratan de mandar a paseo al guardia, sino que también quieren hacer alguna picardía con la reina; cuando menos llevarla a la guillotina, como a la pobre María Antonieta. Todos saben cuánto ama el rey a su esposa. Cualquier ofensa que a ésta se haga la considera como hecha a su propia persona.

—Pues lo que digo es que, si algo les pasa, bien merecido se lo tienen—fué la contestación de la marquesa.

—Y yo sostengo—añadió mi ama, alterándose más—que el príncipe podía haber intentado cuantas conjuraciones quisiera para echar del Ministerio a Godoy; pero escribir exposiciones al rey poniendo en duda el honor de su madre y hablando de arrojar tempestades sobre *Sisberto* y *Goswinda*, lo cual equivale a atentar contra la vida de la reina, me parece conducta indigna de un príncipe español y cristiano... Al fin es su madre; cualesquiera que hayan sido las faltas de ésta (y yo estoy segura de que no son tantas ni tan grandes como las de quien las publica), no es propio de un hijo el reconocerlas o mencionarlas, ni menos fundarse en ellas para perseguir a un enemigo.

—Hija, no estás poco melindrosa—dijo con acrimonia la tía de Amaranta—. Yo creo que el príncipe hace muy retén, y si a alguien le pesa, más valiera no haber dado motivos, con lo que todos sabemos, a lo que está pasando. Y si no, hermano, tú que lo sabes todo, dinos tu opinión.

—¡Mi opinión! ¿Creéis que es fácil dar opinión sobre asunto tan espinoso? Y lo que yo pueda pensar, conforme a mi experiencia y luces, ¿puedo acaso decirlo en conferencia de mujeres, que al punto van repitiéndolo por cámaras y antecámaras a todo el que las quiera oír?...

—No hay quien te saque una palabra. Si yo supiera la mitad de lo que tú sa-

bes, hermano, gustaría de instruir a los ignorantes.

—Para formar exacto juicio, vengan datos—dijo el marqués—. ¿Alguna de ustedes sabe la opinión de la reina sobre estas cosas?

—Cuando se leyó en Consejo el último de los papeles que he citado—respondió la condesa—, Caballero dijo que el príncipe merecía la pena de muerte por siete capítulos. La reina, indignada de oírle, respondió: «¿Pero no reparas en que es mi hijo? Yo destruiré las pruebas que le condenan, le han engañado, le han perdido»; y arrebatando el papel, lo escondió en su seno y se arrojó llorando en un sillón. ¡Vean ustedes qué generosidad! Francamente, aunque nunca me ha sido simpática la causa del príncipe, desde que sé sus proyectos contra los reyes, me parece un joven digno de lástima, si no de otro sentimiento peor.

—¡Qué tontería!—exclamó la marquesa—. Ahora vienen los lloriqueos y los dengues, después de haber sido causa de tantos males. ¿Pues qué? ¿Ocurrirían estas cosas si no se hubieran cometido ciertas faltas?...

Lesbia, que hasta entonces había permanecido en silencio, con cierta confusión y amilanamiento, no quiso callar más, y apoyó las últimas frases de la marquesa. Amaranta entonces se volvió a ella, y con acento tan amargo como desdenoso, le dijo:

—¡Cuánto hablar de faltas ajenas! Esa persona no esperaba ser injuriada públicamente, como lo ha sido, por quien tantos favores recibió de ella, por quien se ha sentado a su mesa y se ha honrado con su amistad.

—¡Ah!, el sermoncito no está mal—dijo Lesbia con esa forzada jovialidad que a veces es la más terrible expresión de la ira—. Ya lo esperaba desde que me negué a ciertas condescendencias. Desde que, cansada de un papel, admitido con ligereza e impropio de mí, lo cedí a otras, que lo desempeñaban con perfección, se me censura suponiéndome divulgadora de lo que todo el mundo sabe. Ciertas personas no pueden hacerse pasar por víctimas de la calumnia, aunque lloren y giman, porque sus vicios, en fuerza de ser tantos y tan grandes, han llegado a vulgarizarse.

—Es verdad—repuso Amaranta con perversa intención—. No falta quien sea

prueba viva de ello. Pero, hija, el vicio más feo es el de la ingratitud.

—Sí; pero ése es el vicio en que menos fácilmente pueden sentenciar los hombres.

—¡Oh, no! También sentencian, y pronto lo veremos. Precisamente la causa del príncipe es obra pura y simplemente consumada por la ingratitud. Ya verás cómo ésta se castiga.

—Supongo—dijo Lesbia con malicia—que no querrás poner en la cárcel a todos los que estamos aquí, por haber cometido el crimen de desear el triunfo del príncipe.

—Yo no pongo a nadie en la cárcel, y los que aquí están pueden vivir tranquilos; pero quizá no esté muy segura otra persona muy amada de alguien que me escucha.

—¡Ah!—dijo imprudentemente el diplomático—, me han dicho que también Mañara está complicado en la causa.

—Creo que sí—añadió Amaranta cruelmente—; pero él fía mucho en el arriño de elevadas personas. Y como resulten complicadas las que se sospecha, es de esperar que no les valga ninguna clase de apoyo.

—Eso es—dijo la duquesa—. ¡Duro en ellos! Falta todavía conocer el giro que tomará este negocio; falta saber si algún suceso inesperado cambiará de improviso los términos, convirtiendo a los acusadores en acusados.

—¡Ya..., confían en Bonaparte!—afirmó Amaranta con despecho.

—¡Alto allá!—exclamó el diplomático—; entran ustedes, señoras mías, en un terreno peligroso.

—Se hará justicia—dijo mi ama—, aunque no como se desea, pues no será posible descubrirlo. Por ejemplo, hay gran empeño en averiguar quién se encargaba en transmitir a los conjurados la correspondencia del príncipe, y hasta ahora no se sabe nada. Hay sospechas de que sea alguna de las muchas damas intrigantes y coquetuelas que hay en Palacio... Hasta se han fijado en alguna; pero aún no hay suficientes pruebas.

Lesbia no dijo una palabra; pero la pícara se sonreía como quien está libre de todo temor. Después hasta se atrevió a mortificar a su enemiga de esta manera.

—Quizá, por lo mismo que es intrigante y coquetuela, tengo medios de

burlar a sus perseguidores. Tal vez las circunstancias le hayan proporcionado medios de desafiar y provocar a sus enemigos... Tengo deseos de saber quién es esa buena pieza. ¿Nos lo podrías decir?

—Ahora, no—repuso mi ama—; pero mañana, tal vez sí.

Lesbia rió a carcajadas. Amaranta mudó de conversación; la marquesa volvió a lamentar la suerte del príncipe, y el diplomático aseguró que por nada del mundo descorrería el velo que ocultaba los designios del capitán del siglo, con lo cual dió fin la comida, y todos, menos mi ama, se retiraron a dormir la siesta.

XV

Al día siguiente, 30 de octubre, ocurrieron grandes y conmovedoras novedades, si algo podía ya ocurrir capaz de aumentar la turbación de los ánimos. Desde por la mañana me había despedido mi ama, diciéndome que fuera a dar un paseo por la octava maravilla del mundo, y al mismo tiempo me mandó visitase en su celda al padre jerónimo que había de instruirme en las letras sagradas y profanas. Ambas cosas me contentaron mucho, y más que nada el ocio de que disfrutaba para recorrer a mi antojo el edificio y sus alrededores. El primer espectáculo que se ofreció a mi curiosidad fué la salida del rey a caza, lo cual no dejó de causarme extrañeza, pues me parecía que, atribulado y pesaroso su majestad por lo que estaba pasando, no tendría humor para aquel alegre ejercicio. Pero después supe que nuestro buen monarca le tenía tan viva afición, que ni en los días más terribles de su existencia dejó de satisfacer aquella su pasión dominante, mejor dicho, su única pasión.

Yo le vi salir por la puerta del Norte, acompañado de dos o tres personas, entrar en su coche y partir hacia la Sierra con tanta tranquilidad como si en Palacio dejase la paz más perfecta. Sin duda debía de ser en extremo apacible su carácter y tener la conciencia más pura y limpia que los frescos manantiales de aquellas montañas. Sin embargo, aquel buen anciano, a pesar de su alta posición y de la paz que yo suponía en su interior, más me inspiraba

lástima que envidia. Aquélla se aumentó cuando vi que la gente del pueblo, reunida en torno al edificio, no mostraba a su rey ningún afecto, y hasta me pareció oír murmullos en algunos grupos y frases malsonantes que hasta entonces creo no se habían aplicado a ningún soberano de esta honrada nación.

Recorriendo después las galerías bajas del Palacio y las antecámaras altas, vi a otros individuos de la regia familia y me maravilló observar en todos la misma forma de narices colgantes que caracteriza la casta de los Borbones. El primero que tuve ocasión de admirar fué al cardenal de la Escala, don Luis de Borbón, célebre después por haber recibido el juramento de los diputados en la isla de León y por otros hechos menos honrosos que irán saliendo a medida que avancen estas historias. No era el señor cardenal hombre grave, cubierto de canas, prenda natural de la edad y del estudio, ni representaba su rostro aquella austeridad que parece ha de ser inherente a los que desempeñan cargos tan difíciles; antes bien, era un jovenzuelo que no había llegado a los treinta años, edad en la cual Lorenzana, Albornoz, Mendoza, Silíceo y otras lumbreras de la Iglesia española no habían aún salido del convento o del seminario.

Verdad es que existía la costumbre de consagrar el cardenalato a los príncipes menores que no podían alcanzar ningún reino, grande ni chico, y el señor don Luis de Borbón, primo del rey Carlos IV, fué en esto uno de los mortales más afortunados, porque con la leche en los labios empezó a disfrutar las rentas de la mitra de Sevilla, y no cumplidos aún los veintitrés, y mal digeridas las *Sentencias* de Pedro Lombardo, tomó posesión de la silla de Toledo, cuyas fabulosas rentas habría envidiado cualquier príncipe de Alemania o de Italia.

Pero cada cosa en su tiempo y los nabos en Adviento. Lo que hemos dicho era costumbre propia de la edad, y no es justo censurar al infante porque tomase lo que le daban. Su eminencia, tal y como le vi descender del coche en el vestíbulo de Palacio, me pareció un mozo coloradillo, rubicundo, de mirada inexpressiva, de nariz abultada y colgante parecida a las demás de la familia, por ser fruto del mismo árbol, y con tan insignificante aspecto, que nadie se fijara

en él si no fuera vestido con el traje cardenalicio. Don Luis de Borbón subió con gran prisa a las habitaciones regias, y ya no le vi más.

Pero mi buena estrella, que sin duda me tenía reservado el honor de conocer de una vez a toda la familia real, hizo que viera aquel mismo día al infante don Carlos, segundo hijo de nuestro rey. Este joven aún no aparentaba veinte años, y me pareció de más agradable presencia que su hermano el príncipe heredero. Yo le observé atentamente, porque en aquella época me parecía que los individuos de sangre real habían de tener en sus semblantes algo que indicase la superioridad; pero nada de esto había en el infante don Carlos, que sólo me llamó la atención por sus ojos vivarachos y su carita de pascua. Este personaje varió mucho con la edad de fisonomía y carácter.

También vi aquella misma tarde en el jardín al infante don Francisco de Paula, niño de pocos años, que jugaba de aquí para allí, acompañado de mi Amaranta y de otras damas, y por cierto que el infante, saltando y brincando, con su traje de mameluco, completamente encarnado, me hacía reír, faltando con esto a la gravedad que es indispensable cuando se pone el pie en parajes hollados por la regia familia.

Antes de bajar al jardín habían llamado mi atención unos recios golpes de martillo que sentí en las habitaciones inferiores; después sucedieron a los golpes unos delicados sonos de zampoña, con tal arte tañida, que parecían haberse trasladado al Real Sitio todos los pastores de la Arcadia. Habiendo preguntado, me contestaron que aquellos distintos ruidos salían del taller del infante don Antonio Pascual, quien acostumbraba matar los ocios de la vida regia alternando los entretenimientos del oficio de carpintero o de encuadernador con el cultivo del arte de la zampoña. Yo me admiré de que un príncipe trabajase, y me dijeron que el don Antonio Pascual, hermano menor de Carlos IV, era el más laborioso de los infantes de España, después del difunto^o don Gabriel, celebrado como gran humanista y muy devoto de las artes. Cuando el ilustre carpintero y zampoñista dejó el taller para dar su paseo ordinario por la huerta del prior, en compañía de los buenos padres jeró-

nimos que iban a buscarle todas las tardes, pude contemplarle a mis anchas, y en verdad digo que jamás vi fisonomía tan bonachona. Tenía costumbre de saludar con tanta solemnidad como cortesanía a cuantas personas le salían al paso, y yo tuve la alta honra de merecerle una bondadosa mirada y un movimiento de cabeza que me llenaron de orgullo.

Todos saben que don Antonio Pascual, que después se hizo célebre por su famosa despedida del valle de Josafat, parecía la bondad en persona. Confieso que entonces aquel príncipe casi anciano, cuya fisonomía se habría confundido con la de cualquier sacristán de parroquia, era, entre todos los individuos de la regia familia, el que me parecía de mejor carácter. Más tarde conocí cuánto me había equivocado al juzgarle como el más benévolo de los hombres. María Luisa, que le tachó de cruel en una de sus cartas, profetizó lo que había de pasar a la vuelta de Valençay, cuando el infante congregaba en su cuarto a lo más florido del partido realista furibundo.

Este pobre hombre, lo mismo que su sobrino el infante don Carlos, eran partidarios del príncipe Fernando, y aborrecían cordialmente al de la Paz; mas excusadas son estas advertencias, porque entonces ningún español amaba a Godoy, empezando por los individuos de la familia. Pero basta de digresiones, y sigamos contando. Quedé, si mal no recuerdo, en el anuncio de ciertas novedades que dieron inesperado giro a los sucesos, mas no dije cuáles fueran. Parece que a eso de la una el ilustre prisionero, luego que se enteró de que su padre había salido de caza, mandó a la reina un recadito, suplicándole que fuese a su cuarto, donde le revelaría cosas muy importantes. Negóse la madre, pero envió al marqués Caballero, quien recogió de labios del príncipe las declaraciones de que voy a hablar.

No crean ustedes que tan estupendas nuevas eran del dominio de todos los habitantes de El Escorial. Yo las supe porque Amaranta las contó al diplomático y a su hermana, y como por mi poca edad y aspecto de mozuelo distraído y casquivano creían que yo no había de prestar atención a sus palabras,

no se cuidaban de guardar reserva delante de mí.

Conforme dijo Amaranta, todas las personas reales andaban azaradas y aturcidas, porque, según las últimas declaraciones del príncipe, se sabía ya con certeza que los conjurados tenían de su parte a Napoleón en persona, cuyas tropas se acercaban cautelosamente a Madrid con objeto de apoyar el movimiento. También había denunciado Fernando a sus cómplices, llamándolos *pérfidos* y *malvados*, según las indicaciones que hizo; los rumores tiempo ha preparados sobre proyectos de atentar a la vida de la reina no carecían de fundamento. En cuanto al rey, los amigos del príncipe no debían de tener muy buenas intenciones respecto a él, porque éste había nombrado generalísimo de las tropas de mar y tierra al duque del Infantado en un decreto que empezaba así: «Habiendo Dios tenido a bien llamar para sí el alma del rey, nuestro padre», etc.

No se fijaron bien en mi imaginación estos pormenores; pero habiendo leído más tarde los incidentes de aquel proceso célebre, puedo auxiliar mi memoria con tanta eficacia, que resulte la narración de los hechos tan viva como hija del recuerdo. Lo que sí tengo presente es que Amaranta, alarmada con lo de Bonaparte, tenía gran placer en hacer consideraciones sobre la bajeza del príncipe al denunciar vilmente a sus amigos. La marquesa resistíase a creerlo, y los comentarios, que no copio por no ser enfadoso, duraron mucho tiempo.

No había aún oscurecido cuando volvió el rey de caza; hora y media después, un gran ruido en la parte baja del alcázar nos anunció la llegada de otro importante personaje. Corrí al patio grande, y ya no pude verle, porque habiendo descendido rápidamente del coche, subió por la escalera con prisa de llegar pronto arriba. Únicamente se distinguía un bulto arrebujaado en anchísima capa, como persona enferma que quiere preservarse del aire; mas no me fué posible ver sus facciones.

—Es él—dijeron algunos criados que había junto a mí.

—¿Quién?—pregunté con viva curiosidad.

Entonces un pinche de la cocina, con quien había yo trabado amistad por ser

el funcionario encargado de darme de comer, acercó su boca a mi oído, y me dijo muy quedamente:

—El *choricero*.

Más adelante tuve ocasión de hablar con este personaje; su pintura pertenece a otro libro.

XVI

Seguí hablando con el pinche, por no perder tan buena coyuntura de relacionarme con la gente de escalera abajo, y pregunté a mi abastecedor cuál era la opinión más extendida en las reales cocinas sobre los sucesos del día. Afortunadamente se aproximaba la hora de cenar, y llevándome mi amigo al aposento destinado al efecto, me hizo ver que el cuerpo de cocineros seguía a todo el país en la senda trazada por los directores del partido fernandista.

Nada más patriótico, nada más entusiasta que la actitud de aquel puñado de valientes, en cuyas cacerolas estaba, por decirlo así, el paladar de los reyes de España, y que hasta cierto punto árbitro era de su bienestar, si no de su existencia. Aunque muchos de los hombres que allí vi eran antiguos y pacíficos servidores, que no participaban de la rebelde inquietud de la gente moza, la mayor parte habían sido deslumbrados por la perruna y grotesca elocuencia de Pedro Collado, el aguador de la fuente del Berro, ya empleado en el servicio de Fernando. Este hombre, que con las gracias de su ingenio burdo se había conquistado preferente lugar en el corazón del heredero, desempeñaba al principio las funciones de espía en todas las regiones bajas de Palacio; vigilaba la servidumbre, la cual poco a poco empezó por temerle y concluyó por someterse dócilmente a sus mandatos. De este modo llegó a ser Pedro Collado, respecto a los cocineros, pinches y lacayos, un verdadero cacique, al modo de los que hoy son alma y azote de las pequeñas localidades en nuestra Península.

Cuando Pedro Collado bajaba contento, el regocijo se difundía como don celeste entre toda la servidumbre; cuando Pedro Collado bajaba taciturno, silencio melancólico sustituía a la anterior algazara. Cuando alguno perdía la gracia del aguador, ya podía encomendarse a

Dios, y los que tenían la suerte de merecer su benevolencia o de servir de objeto a sus groseras bromas, ya podían considerarse con un pie puesto en la rueda de la Fortuna. Esta diosa volandera tiene los más singulares caprichos.

Aquella noche fué para mí muy interesante, porque presencié la prisión de Pedro Collado, contra quien habían resultado cargos muy graves en las primeras actuaciones de la causa. El favorito del príncipe comunicaba a los más autorizados entre sus amigos las impresiones del día, cuando un alguacil, seguido de algunos soldados de la Guardia española, entró a prenderle. No hizo resistencia el aguador; antes bien, con la frente erguida y provocativo ademán siguió a sus guardianes, que le condujeron a la cárcel del Sitio, porque a causa de su baja condición no podía alternar con el duque de San Carlos ni con el del Infantado, presos en las buhardillas de la parte del edificio llamado del Noviciado.

La prisión del aguador produjo en la cocina cierto terror y sepulcral silencio. Interrumpiéronlo después las voces de mando que, cual la de los generales en la guerra, sirven para dirigir la estrategia de las cocinas reales, no menos complicada que la de los campos de batalla. Una voz decía: «Cena del señor infante don Antonio Pascual.» Y al punto la más rica menestra que ha incitado el humano apetito pasó a manos de los criados que servían en el cuarto del infante. Después se oyó la siguiente orden: «La sopa hervida y el huevo estrellado de la señora infanta doña María Josefa.» Luego: «El chocolate del señor infante don Francisco de Paula.» Y nuevos movimientos seguían a estas palabras. Hubo un instante de sosiego, hasta que el cocinero mayor exclamó con voz solemne: «¿Está la polla asada de su eminencia el señor cardenal?» Al momento funcionaron las cacerolas, y la polla, con otros sustanciosos acompañamientos, fué transmitida al cuarto del arzobispo. Por último, un señor muy obeso y vestido de uniforme con galones, que era designado con el estrambótico nombre de *guardamangier*, se paró en la puerta y, dirigiendo su mirada de águila hacia los cocineros, exclamó: «La cena de su majestad el rey.» Era cosa de ver la multitud de platos que se destinaron a aliviar la debilidad estomacal diariamente producida en la

naturaleza de Carlos IV por el ejercicio de la caza. Como yo no podía apartar mis ojos de aquella rica colección de manjares, cuyo aromático vapor convidaba a comer, mi amigo el pinche me dijo:

—Descuida, Gabrielillo, que ya probaremos algo de aquellos guisos. Al rey le gusta ver muchos platos en su mesa; pero de cada uno no come más que un poquito. Algunos vuelven como han ido. Voy a preparar el agua helada.

—¿Qué es eso de agua helada?—pregunté—: ¿Y quién se alimenta con manjar de tan poca sustancia?

—El rey—me contestó—, una vez que llena bien el buche, pide un vaso de agua helada como la misma nieve, coge un panecillo, le quita la corteza, empapa bien la miga en el agua y se la come después. Jamás toma más postre que ése.

Un buen rato después de haberse pedido la cena del rey pidieron la de la reina, y esta diferencia de tiempo llamó tanto mi atención, que pregunté a mi amigo la razón de que no comieran juntos los reyes y sus hijos.

—Calla, tonto—me dijo—; eso no puede ser. En las casas de todo el mundo comen padres e hijos en una misma mesa. Pero aquí, no. ¿No ves que eso sería faltar a la etiqueta? Los infantes comen cada uno en su cuarto, y su majestad el rey solo en el suyo, servido por los guardias. La reina es la única persona que podría comer con el rey; pero ya sabes que acostumbra a comer sola por lo que callo.

—¿Por qué? Dímelo a mí. Es que tendrá alguna persona que la acompañe de *ocultis*.

—¡Quia! No come delante de alma viviente ni que la maten.

—¿Ni tampoco delante de sus damas?

—Sólo la camarera que la sirve la ve comer. Te diré por qué—añadió en voz baja—. ¿Ves aquellos dientes tan bonitos que enseña la reina cuando se ríe? Pues son postizos, y como tiene que quitárselos para comer, no quiere que la vean.

—Eso sí que está bueno.

En efecto: lo que me dijo el pinche era cierto, y en aquellos tiempos el arte odontológico no había adelantado lo suficiente para permitir las funciones de la masticación con las herramientas postizas.

—Ya ves tú—continuó el pinche—si tienen razón los que critican a la reina porque engaña al pueblo, haciendo creer lo que no es. ¿Y cómo ha de hacerse querer de sus vasallos una soberana que gasta dientes ajenos?

Como yo no creía que las funciones de los reyes fueran semejantes a las de un perro de presa, no pensé lo mismo que mi amigo, aunque me callé sobre el particular.

Luego pidieron la cena de su alteza el príncipe de la Paz y la de los consejeros de Estado, lo cual me decidió a subir, creyendo llegaba la hora de servir también la de mi ama. Se acercaba para mí el dulce momento de verla, de hablarle, de escuchar sus mandatos, de pasar junto a ella rozando mi vestido con el suyo, de embelesarme con su sonrisa y con su mirada. Ausente de ella, mi imaginación no se apartaba de tan hermoso objeto, como mariposa que rodea sin cesar la luz que la fascina. Pero muy contra mi voluntad, aquella noche Amaranta no se dignó ponerme al corriente de lo que deseaba saber respecto a mis servicios. Estaba escrito que fuera a la noche siguiente.

Aunque aún no me había acontecido en Palacio nada digno de notarse, yo estaba un sí es no es descorazonado. ¿Por qué? No podía decirlo. Encerrado en mi cuarto y tendido sobre el angosto lecho, rebelde mi naturaleza al sueño, me puse a pensar en mi situación, en el carácter de Amaranta, que empezaba a parecerme muy raro, y en la clase de fortuna que a su lado me aguardaba. Acordéme de Inés, a quien por aquellos días tenía muy olvidada, y cuando su memoria, refrescando mi mente, me predispuso a un dulce sueño, sentía (no sé si fué engañoso efecto del sueño) unos golpecitos en mi pecho, producidos por vivas y dolorosas palpitaciones, como si una mano amiga, perteneciente a persona que deseaba entrar a toda costa, llamase a las puertas de mi corazón.

XVII

A la siguiente noche, Amaranta me mandó entrar en su cuarto. Estaba con la misma vestidura blanca de las noches anteriores. Hízome sentar a su lado,

en una banqueta más baja que su asiento, de modo que sólo faltaba un pequeño espacio para que sus rodillas fueran cojín de mi frente. Me puso la mano en el hombro, y dijo:

—Ahora sabré, Gabriel, si puedo contar contigo para lo que deseo. Veremos si tus facultades están a la altura de lo que he pensado de ti.

—¿Y usía ha podido olvidarlo?—repuse conmovido—. No puedo olvidar lo que me dijo usía la otra noche, y fué que otros, con menos méritos que yo, han llegado hasta subir los últimos escalones de la fortuna.

—¡Ah pobrecillo!—dijo, riendo—. Veo que sueñas con subir demasiado, y esto es peligroso, porque ya sabes lo de Icaro.

Yo contesté que nada sabía de ningún señor Icaro. Contóme ella la fábula, y luego añadió:

—La historia que te conté la otra noche no debe servirte de ejemplo, Gabriel. Después de lo que sabes, he leído un poco más y puedo seguirla.

—Quedó usía en aquello de que el joven de la Guardia, a quien la sultana había hecho gran visir, daba muy mal pago a su protectora, lo cual me parece una grandísima picardía.

—Pues bien: después he leído que la sultana estaba muy arrepentida de su liviandad, y que el joven genízaro, hecho príncipe y generalísimo, era cada vez más aborrecido en todo el Imperio. El sultán continuaba tan ciego como antes, y no comprendía la causa del malestar de sus vasallos. Pero ella, como mujer de agudo ingenio, conocía la tempestad que amenazaba descargar sobre la real familia. Sus damas la encontraban algunas veces llorando. Desahogando su conciencia con alguno, le hizo ver su arrepentimiento por las faltas cometidas. Mas ya parecía imposible remediarlas. El descontento de los súbditos era inmenso, y se formó un grande y poderoso bando, a cuya cabeza se hallaba el hijo mismo de los sultanes, con objeto de destronarlos, proyectando quitarles la vida, si la vida era un estorbo para sus fines.

—Y el gran visir, ¿qué hacía?

—El gran visir, aunque no era hombre de pocos alcances, no sabía qué partido tomar. Todos volvían los ojos al gran tamerlán, insigne guerrero y conquistador, que había enviado sus tropas

a aquel Imperio como paso para un pequeño reino que deseaba conquistar. En él creían ver un salvador el padre y el hijo, y la sultana y gran visir; más como no es posible que el gran tamerlán los favorezca a todos a un tiempo, seguramente alguno ha de equivocarse.

—Y, por último, ¿a quién favoreció ese señor guerrero?

—Eso está en el final de la historia, que no he leído todavía—contestó Amaranta—; pero creo que no tardaré en conocer el desenlace, y entonces podré contártelo.

—Pues digo y repito que si el gran visir hubiera gobernado bien a los pueblos, como los gobernaría quien yo me sé, nada de eso habría pasado. Haciendo justicia como Dios manda, esto es, castigando a los malos y premiando a los buenos, es imposible que el Imperio hubiese venido a tales desdichas.

—Pero eso ahora no nos importa gran cosa—dijo Amaranta—, y vamos a nuestro asunto.

—Sí, señora—respondí con calor—. ¿Qué importan todos los imperios del mundo?

Al decir esto, creyendo que mis frases eran frigidísima expresión de lo que yo sentía, crucé las manos en la actitud más patética que me fué posible, y dando rienda suelta a la ardorosa exaltación que inflamaba mi cabeza, la expresé en palabras como mejor pude, exclamando así:

—¡Ah señora condesa! No sólo os respeto como el más humilde de vuestros criados, sino que os adoro, os idolatro, y no os enojéis conmigo si tengo el atrevimiento de decíroslo. Arrojadme de vuestro lado si esto os desagrada, aunque con esto conseguiríais hacer de mí un muchacho desgraciado, pero de ningún modo que dejase de amaros.

Amaranta se rió de mis aspavientos, y habló así:

—Bueno; me gusta tu adhesión. Veo que podré contar contigo. En cuanto a tus cualidades intelectuales, también las creo atendibles. Pepa me ha encomiado mucho tu facultad de observación. Parece que tienes una extraordinaria aptitud para retener en la memoria los objetos, las fisonomías, los diálogos y cuanto impresiona tus sentidos, pudiendo referirlo después puntualísimamente. Esto,

unido a tu discreción, hace de ti un mozo de provecho. Si a tantas prendas se añade el respeto y amor a mi persona, de tal modo que lo sacrifiques todo a mí, y a nadie reveles lo que hagas en mi servicio...

—¡Yo revelar, señora! Ni a mi sombra, ni a mis padres, si los tuviera, ni a Dios...

—Además—añadió, clavando en mí sus ojos de un modo que me mareaba—, tú eres un chico que sabe disimular...

—Perfectísimamente.

—Y observar, y enterarte de cuanto hay alrededor tuyo..., todo sin excitar sospechas.

—Estoy seguro de poseer todas esas cualidades.

—Pues lo primero que has de hacer cuando volvamos a Madrid es ponerte al servicio de tu antigua ama.

—¿Cómo? ¿De mi antigua ama?

—Tonto, eso no quiere decir que dejes de servirme a mí. Al contrario, irás todas las noches a casa, donde nos veremos. Aunque no en apariencia, en realidad estarás siempre a mi servicio, y te recompensaré liberalmente.

—¿De modo que si sirvo a la cómica es...?

—Para evitar sospechas.

—¡Oh! ¡Magnífico! Sí, sí, ya comprendo. Así nadie podrá decir...

—Justo. Y en casa de tu ama observarás con muchísima atención lo que allí pasa, quién entra, quién sale, quién va por las noches... En fin, todo.

—¿Y con qué objeto?—pregunté, algo desconcertado, no comprendiendo por qué me quería convertir en inquisidor.

—El objeto no te importa—contestó mi dueña—. Además (y esto es lo principal), en el teatro has de vigilar cuidadosamente a Isidoro Máiquez, y siempre que éste te dé alguna carta amorosa para tu ama, me la traerás a mí primero, y después de enterarme de ella, te la devolveré.

Estas palabras me dejaron perplejo, y creyendo no haber comprendido bien su misterioso sentido, roguéle que me las explicara.

—Oye bien otra cosa—prosiguió—. Lesbia continúa en relaciones con Isidoro, aunque quiere a otro, y yo sé que cuando ella vuelva a Madrid se darán cita en casa de la González. Tú observarás

todo lo que allí pase, y si consigues con tu ingenio y travesura, que sí lo conseguirás, hacerte mensajero de sus amores, y siéndolo me tienes al tanto de todo, me harás el mayor servicio que hoy puedo recibir, y no tendrás que arrepentirte.

—Pero..., pero... no sé cómo podré yo...—dije, lleno de confusiones.

—Es muy fácil, tontuelo. Tú vas al teatro todas las tardes. Procura que la duquesa te crea un chico servicial y discreto; ofrécete, si es preciso, a servirla; haz ver a Isidoro que no tienes precio para llevar un recado secreto, y los dos te tomarán por emisario de sus amores. En tal caso, cuando cojas una esquila amorosa del uno o del otro, me la traes, y punto concluido.

—¡Señora—exclamé, sin poder volver de mi asombro—, lo que usía exige de mí es demasiado difícil!

—¡Oh! ¡Qué salida! Pues me gusta la disposición del chico. ¿Y aquello de te amo y te adoro?... Pero ¿te has vuelto tonto? Lo que ahora te mando no es lo único que exijo de ti. Ya sabrás lo demás. Si en esto, que es tan sencillo, no me obedeces, ¿cómo quieres que haga de ti un hombre respetable y poderoso?

Aún pensaba yo que el papel que Amaranta quería hacerme representar a su lado no era tan bajo ni tan vil como de sus palabras se deducía, y aún le pedí nuevas explicaciones, que me dió de buen grado, dejándome, como dice el vulgo, completamente aplastado. La proposición de Amaranta me arrojó desde la cumbre de mi soberbia a la profunda sima de mi envilecimiento.

No era posible, sin embargo, protestar contra éste, y tenía necesidad de afectar servil sumisión a la voluntad de mi ama. Yo mismo me había dejado envolver en aquellas redes; era preciso salir de ellas, escapándome astutamente por una malla rota y sin intentar romperla con violencia.

—Pero ¿cree usía—dije, tratando de poner orden en mis ideas—que en esa ocupación no perderé la dignidad que, según dicen, debe tener todo aquel que aspira a ocupar en el mundo una posición honrosa?

—Tú no sabes lo que te dices—me contestó, moviendo con donaire su hermosa cabeza—. Al contrario, lo que te pro-

pongo será la mejor escuela para que vayas aprendiendo el arte de medrar. El espionaje aguzará tu entendimiento, y bien pronto te encontrarás en disposición de medir tus armas con los más diestros cortesanos. ¿Tú has pensado que podrías ser hombre de pro sin ejercitarte en la intriguilla, en el disimulo y en el arte de conocer los corazones?

—¡Señora—repuse—, qué escuela tan espantosa!

—Es indudable que te pintas solo para observar y que asombrosamente te das cuenta de cuanto ves. Esto y algo que he notado en ti me ha hecho creer que eres un muchacho de facultades. ¿No dices que tienes ambición?

—Sí, señora.

—Pues para medrar en los palacios no hay otro camino que el que te propongo. Supongamos que desempeñas satisfactoriamente la comisión indicada; en este caso, volverás a mi lado y serás mi paje. Casi siempre vivo en Palacio; ya ves si tienes ocasión de lucirte. Un paje puede entrar en muchas partes; un paje está obligado a ser galán de las doncellas, de las camaristas y damas de Palacio, lo cual le pone en disposición de saber secretos de todas clases. Un paje que sepa observar y que al mismo tiempo tenga discreción y prudencia, junto con una exterioridad agradable, es una potencia de primer orden en Palacio.

Tales razones me tenían de tal modo confuso, que no sabía qué contestar.

—¡Cuántos hombres insignes ves tú por ahí que empezaron su carrera de simples pajes! Paje fué el marqués Caballero, hoy ministro de Gracia y Justicia, y pajes fueron otros muchos. Yo me encargaré de sacarte una ejecutoria de nobleza, con la cual y mi valimiento podrás entrar después en la Guardia de la real persona. Esta sería una nueva faz de tu carrera. Un paje puede escurrirse tras una cortina para oír lo que se dice en una sala; un paje puede traer y llevar recados de gran importancia; un paje puede recibir de una doncella secretos de Estado; pero un guardia puede aún mucho más, porque su posición es más interior. Si tiene las cualidades que adornaron al paje, su poder es extraordinario: puede bienquistarse con damas de la Corte, que siempre son charlatanas; puede hacerse un

sinnúmero de amigos en estas regiones, diciendo aquí lo que oyó más allá, adornando las noticias a su modo y pintando los hechos como le convenga. Tiene el guardia una ventaja que no poseen los reyes mismos, y es que éstos no conocen más que el palacio en que viven, razón por la cual casi nunca gobiernan bien, mientras aquél conoce el palacio y la calle, la gente de fuera y la de dentro, y esta ciencia general le permite hacerse valer en una y otra parte y pone en sus manos un número infinito de resortes. El hombre que los sabe manejar así es más poderoso que todos los poderosos de la tierra, y silenciosamente, sin que lo adviertan esos mismos que por ahí se dan tanto tono llamándose ministros y consejeros, puede llevar su influjo hasta los últimos rincones del reino.

—¡Señora—exclamé—, cuán distinto es todo esto de lo que yo me había figurado!

—A ti—añadió—te parecerá que esto no es bueno. Pero así lo hemos encontrado, y puesto que no está en nuestra mano reformarlo, siga como hasta aquí.

—¡Ah, cuán necio fui!—exclamé—. Confieso que, alucinado por mi disparatada imaginación, tuve locos y ridículos pensamientos, aunque ahora caigo en que deben ser propios de mi poca edad e ignorancia. Es verdad que yo creía que, tonto, y vano, y humilde como soy, podría imitar a otros muchos en su inmerecido encumbramiento. Tanto he oído hablar de la buena fortuna de algunos necios, que dije: «Pues precisamente todos los necios deben hacer fortuna.» Pero para conseguir esto, yo me representaba medios nobles y decentes, y decía: «¿Quién me quita a mí de llegar a ser lo que otros son? De ellos me diferenciaré en que, si algún día tengo poder, he de emplearlo en el bien, premiando a los buenos y castigando a los malos, haciendo todas las cosas como Dios manda y como me dice el corazón que deben hacerse.» Nunca pensé ser hombre de fortuna de otra manera, y si pensé en la necesidad de hacer algo malo, creí sería de eso que no deshonra, tal y como desafiarse, amar a una dama en secreto, sin decírselo a nadie; reventar siete caballos para ir de aquí a Aranjuez en busca de una flor, matar a los ene-

migos del rey y otras cosas por el mismo estilo.

—¡Ah! Esos tiempos pasaron—dijo Amaranta, riendo de mi simplicidad—. Veo que tienes sentimientos elevados; pero ya no se trata de eso. Tus escrúpulos se irán disipando cuando, a las dos semanas de estar a mi servicio, conozcas las ventajas de vivir aquí. Además, esto te proporcionará en adelante la satisfacción de hacer el bien a muchos que lo soliciten.

—¿Cómo?

—¡Oh! Muy fácilmente. Mi doncella ha conseguido en esta semana dos canonjías, un beneficio simple y una plaza de la Contaduría de expolios y vacantes.

—Pues qué—pregunté con el mayor asombro—, ¿las criadas nombran los cánigos y los empleados?

—No, tontuelo; los nombra el ministro; pero ¿cómo puede desatender el ministro una recomendación mía, ni cómo desatiendo yo a una muchacha que sabe peinarme tan bien?

—Un amigo mío, muy respetable, está solicitando desde hace catorce años un miserable destino, y aún no lo ha podido conseguir.

—Dime su nombre, y te probaré que, aun sin quererlo, ya comienzas a ser un hombre de influencia.

Díjale el nombre del padre Celestino del Malvar, con la plaza que pretendía, y ella apuntó ambas cosas en un papel.

—Mira—dijo después, señalándome sus cartas—, son tantos los negocios que traigo entre manos, que no sé cómo podré despacharlos. La gente de fuera ve a los ministros muy atareados y dándose aire de personas que hacen alguna cosa. Cualquiera creería que esos personajes, cargados de galones y de vanidad, sirven para algo más que para cobrar sus enormes sueldos; pero no, nada de esto hay. No son más que ciegos instrumentos y maniquíes que se mueven a impulsos de una fuerza que el público no ve.

—Pero el príncipe de la Paz, ¿no es más poderoso que los mismos reyes?

—Sí; mas no tanto como parece. Danle fuerza las raíces que tiene acá dentro, y como éstas son profundas, como se agarran a una fértil tierra, como no cesamos de regarlas, de aquí que este árbol frondoso extienda sus ramas fue-

ra de aquí con gran lozanía. Godoy no debe nada de lo que tiene a su propio mérito; débelo a quien se lo ha querido dar, y ya comprendes que será fácil quitárselo de improviso. No te dejes nunca deslumbrar por la grandeza de esos figurones, a quienes el vulgo admira y envidia: su poderío está sostenido por hebras de seda, que las tijeras de una mujer pueden cortar. Cuando hombres como Jovellanos han querido entrar aquí, sus pies se han enredado en los mil hilos que tenemos colgados de una parte a otra, y han venido al suelo.

—Señora—dije, dominado por amarga pesadumbre—, yo dudo mucho que tenga ingenio para desempeñar lo que usía me encarga.

—Ya sé que lo tendrás. Ejercítate primero en la embajada que te he dado cerca de la *González*, proporcióname lo que necesito, y luego podrás hacer nuevas proezas. Tú harás de modo que se aficione a ti alguna persona de Palacio; fingirás luego que estás cansado de mi servicio; yo haré el papel de que te despido, y tú entrarás al servicio de esa otra persona, con la que alguna vez hablarás mal de mí, para que no sospeche la trama; entre tanto, diligente observador de cuanto pase en el cuarto de tu nueva y aparente ama, lo contarás todo a la verdadera, a la antigua, que será siempre yo, tu bienhechora y tu providencia.

Ya me fué imposible oír con calma una tan descarada y cínica exposición de las intrigas, en que era la condesa consumada maestra, y yo catecúmeno aún sin bautismo. Una elocuente voz interior protestaba contra el vil oficio que se me proponía, y la vergüenza, agolpando la sangre en mi rostro, me daba una confusión, un embarazo, que entorpecían mi lengua para la negativa. Levantéme, y con voz trémula dí a la condesa mis excusas, diciendo otra vez que no me creía capaz de desempeñar tan difíciles cometidos. Ella volvió a reír, y me dijo:

—Esta noche, aunque es hora muy avanzada, quizá celebren una conferencia en este mi cuarto dos personajes ha tiempo reñidos, y a quienes yo trato de reconciliar. Hablarán solos, y, en tal caso, espero que tú, escondido tras el ta-

piz que conduce a mi alcoba, lo oirás todo para contármelo después.

—Señora—dije—, me ha entrado de repente un vivísimo dolor de cabeza; y si usía me permitiera retirarme, se lo agradecería en el alma.

—No—repuso, mirando un reloj—, porque tengo que salir ahora mismo, y es preciso que estés en vela y aguardes aquí. Volveré pronto.

Esto diciendo, llamó a la doncella, pidió su cabriolé, especie de manto que entonces se usaba; la doncella trajo dos, y envolviéndose cada cual en el suyo, salieron con presteza, dejándome solo.

XVIII

No era fácil definir la situación de mi espíritu. Un frío glacial invadió mi pecho, como si una hoja de finísimo acero lo atravesara. La brusca y rápida mudanza verificada en mis ideas respecto de Amaranta era tal, que todo mi ser se estremeció, sintiendo vacilar sus ignorados polos, como un planeta cuya ley de movimiento se trastorna de improviso. Amaranta era, no una mujer traviesa e intrigante, sino la intriga misma; era el demonio de los palacios, ese temible espíritu por quien la sencilla y honrada historia parece a veces maestra de enredos y doctora de chismes; ese temible espíritu que ha confundido a las generaciones, enemistado a los pueblos, envileciendo lo mismo las monarquías que las repúblicas, lo mismo los gobiernos despóticos que los libres; era la personificación de aquella máquina interior, para el vulgo desconocida, que se extiende desde la puerta de Palacio hasta la cámara del rey, y de cuyos resortes, por tantas manos tocados, penden honras, haciendas, vidas, la sangre generosa de los ejércitos y la dignidad de las naciones; era la granjería, la realidad, el cohecho, la injusticia, la simonía, la arbitrariedad, el libertinaje del mando; todo esto era Amaranta, y, sin embargo, ¡cuán hermosa!, hermosa como el pecado, como las bellezas sobrehumanas con que Satán tentaba la castidad de los padres del yermo; hermosa como todas las tentaciones que trastornan el juicio al débil varón y como los ideales que componen en su ilu-

minado teatro la embaucadora fantasía cuando intenta engañarnos alevosamente, cual a chiquitines que creen ciertas y reales las figuras de magia.

Una luz brillante me había deslumbrado; quise acercarme a ella, y me quemé. Mi sensación fué, si se me permite expresarlo así, la de una quemadura en el alma.

Cuando se iba disipando el aturdimiento en que me dejó mi ama, sentí una viva indignación. Su misma hermosura, que ya me parecía terrible, a separarme de ella me compelia. «Ni un día más estaré aquí; me ahoga esta atmósfera, y me da espanto esta gente», exclamé, dando paseos por la habitación y declamando con calor, como si alguien me oyera.

En el mismo momento sentí tras la puerta ruido de faldas y cuchicheo de algunas mujeres. Creí que mi ama estaría de vuelta. La puerta se abrió, y entró una mujer, una sola: no era Amaranta.

Aquella dama, pues lo era, y de las más esclarecidas, a juzgar por su porte distinguidísimo, se acercó a mí y me preguntó con extrañeza:

—¿Y Amaranta?

—No está—respondí bruscamente.

—¿No vendrá pronto?—dijo con zozobra, como si el no encontrar a mi ama fuese para ella una gran contrariedad.

—Eso es lo que no puedo decir a usted. Aunque sí..., ahora caigo en que dijo que volvería pronto—contesté de muy mal talante.

La dama se sentó sin decir más. Yo me senté también, y apoyé la cabeza entre las manos. No extrañe el lector mi descortesía, porque el estado de mi ánimo era tal, que había tomado repentino aborrecimiento a toda la gente de Palacio, y ya no me consideraba criado de Amaranta.

La dama, después de esperar un rato, me interrogó imperiosamente:

—¿Sabes dónde está Amaranta?

—He dicho que no—respondí con la mayor displicencia—. ¿Soy yo de los que averiguan lo que no les importa?

—Ve a buscarla—dijo la dama, no tan asombrada de mi conducta como debería estarlo.

—Yo no tengo que ir a buscar a nadie. No tengo que hacer más que irme a mi casa.

Yo estaba indignado, furioso, ebrio de ira. Así se explican mis bruscas contestaciones.

—¿No eres criado de Amaranta?

—Sí y no..., pues...

—Ella no acostumbra salir a estas horas. Averigua dónde está, y dile al instante que venga—ordenó la dama con mucha inquietud.

—Ya he dicho que no quiero, que no iré, porque no soy criado de la condesa—respondí—. Me voy a mi casa, a mi casita, a Madrid. ¿Quiere usted hablar a mi ama? Pues búsquela por Palacio. ¿Han creído que soy algún monigote?

La dama dió tregua por un momento a su zozobra para pensar en mi descortesía. Pareció muy asombrada de oír tal lenguaje, y se levantó para tirar de la campanilla. En aquel momento me fijé por primera vez atentamente en ella, y pude observar que era, poco más o menos, de este modo:

Edad que pudiera fijarse en el primer período de la vejez, aunque tan bien disimulada por los artificios del tocador, que se confundía con la juventud, con aquella juventud que se desvanece en las últimas etapas de los cuarenta y ocho años; estatura mediana, cuerpo esbelto y airoso, realzado por esa suavidad y ligereza de andar que, si alguna vez se observan en las chozas, son por lo regular cualidades propias de los palacios. Su rostro, bastante arrebolado, no era muy interesante, pues aunque tenía los ojos hermosos y negros, con extraordinaria viveza y animación, la boca lo afeaba bastante, por ser de estas que con la edad se hienden, acercando la nariz a la barba. Los finísimos, blancos y correctos dientes no conseguían embellecer una boca que fué airoso, si no bella, veinte años antes.

Las manos y brazos, por lo que de éstos se descubría, advertí que eran a su edad las mejores joyas de su persona y las únicas prendas que del naufragio de una regular hermosura habían salido incólumes. Nada notable observé en su traje, que no era rico, aunque sí elegante y propio del lugar y la hora.

Abalanzóse, como he dicho, a tirar de la campanilla, cuando de improviso, y antes que aquella sonase, se abrió de nuevo la puerta y entró mi ama. Recibióla la visitante con mucha alegría, y no se acordaron más de mí sino para

mandarme salir. Retíreme, pasando a la pieza inmediata, por donde debía dirigirme a mi cuarto, cuando el contacto del tapiz, deslizándose sobre mi espalda al atravesar la puerta, despertó en mí la olvidada idea de las escuchas y del espionaje que Amaranta me había encargado. Detúveme, y el tapiz me cubrió perfectamente; desde allí se oía todo con completa claridad.

Hice intención de alejarme por no incurrir en las mismas faltas que tan feas me parecieron; pero la curiosidad venció mi discreción, y no me moví. Tan cierto es que la malignidad de nuestra naturaleza puede a veces más que todo. Al mismo tiempo, el rencorcillo, el despecho, el descorazonamiento que yo sentía me impulsaba a ejercer sobre mi ama la misma pérfida vigilancia que ella me encomendaba sobre los demás.

—¿No me mandas aplicar el oído?—dije para mí, recreándome en mi venganza—. Pues ya lo aplico.

La dama desconocida había proferido exclamaciones de desconsuelo, y hasta me pareció que lloraba. Después, alzando la voz, dijo con ansiedad:

—Pero es preciso que en la causa no aparezca Lesbia.

—Será muy difícil eliminarla, porque está averiguado que ella era quien transmitía la correspondencia—contestó mi ama.

—Pues no hay otro remedio—continuó la dama—. Conviene que Lesbia no figure para nada ni preste declaraciones. No me atrevo yo a decírselo a Caballero; pero tú, con habilidad, puedes hacerlo.

—Lesbia—dijo Amaranta—es nuestro más terrible enemigo. La causa del príncipe ha sido en su vil carácter un pretexto más bien que una causa para hostilizarlos. ¡Qué de infamias cuenta! ¡Qué de absurdos propala! Su lengua de víbora no perdona a quien ha sido su bienhechora, y también se ensaña conmigo, de quien ha contado horrores.

—Contará lo de marras—repuso la dama de la boca hendida—. Cometiste la gran falta de confiarle aquel secreto de hace quince años, que nadie sabía.

—Es verdad—dijo mi ama, meditando.

—Pero no hay que asustarse, hija—añadió la otra—. La enormidad y el número de faltas supuestas que nos

atribuyen nos sirven de consuelo y de expiación por las que realmente hayamos cometido, las cuales son tan pocas, comparadas con lo que se dice, que casi no debe pensarse en ellas. Es preciso que Lesbia no aparezca para nada en la causa. Adviértelo a Caballero; mañana podrían prenderla, y, si declara, puede vengarse, mostrando pruebas terribles contra mí. Esto me tiene desesperada: conozco su descaro, su atrevimiento, y la creo capaz de las mayores infamias.

—Ella es dueña, sin duda, de secretos peligrosos, y quizá conserve cartas o algún objeto.

—Sí—respondió con agitación la desconocida—. Pero tú lo sabes todo. ¿A qué me lo preguntas?

—Pues con harto dolor de mi corazón le diré a Caballero que la excluya de la causa. La pícara se jactaba ayer aquí mismo de que no pondrían la mano sobre ella.

—Ya se nos presentará otra ocasión... Dejarla por ahora. ¡Ah! Bien castigada está mi impremeditación. ¿Cómo fui capaz de fiarme de ella? ¿Cómo no descubrí bajo la apariencia de su jovialidad y ligereza la perfidia, la doblez de su corazón? Fui tan necia, que su gracia me cautivó; la complacencia con que me servía en todo acabó por seducirme, y me entregué a ella en cuerpo y alma. Recuerdo cuando las tres salíamos juntas de Palacio en aquella breve temporada que pasamos en Madrid, hace cinco años. Pues luego he sabido que una de aquellas noches avisó a cierta persona el punto a donde íbamos para que me viera, y me vió... Nosotras no advertimos nada; no conocimos que Lesbia nos vendía, y hasta mucho después no descubrí su falsedad, por una singular coincidencia.

—Ese estúpido y presuntuoso Mañana—dijo mi ama—le ha trastornado el juicio.

—¡Ah! ¿No sabes que en el Cuerpo de guardia se ha jactado ese miserable de que ha sido amado por mí, añadiendo que me despreció? ¿Has visto? ¡Si yo jamás he pensado en semejante hombre, ni creo haber siquiera reparado en él! ¡Ay Amaranta! Tú eres joven aún; tú estás en el apogeo de la hermosura: sírvate de lección. Cada falta que se comete se paga después con la vergüenza

de las cien mil que no hemos cometido y que nos imputan. Y ni aun en la conciencia tenemos fuerzas para protestar contra tantas calumnias, porque una sola verdad entre mil calumnias nos confunde, mayormente si nos vemos acusadas por nuestros propios hijos.

Al decir esto, me pareció que lloraba. Después de breve pausa, Amaranta continuó así la conversación:

—Ese necio Mañara, que no sabe hablar más que de toros, de caballos y de su nobleza, ha tenido el honor de cautivar a Lesbia: tal para cual... El es quien la ha inducido a andar en tratos con los del príncipe, y entre los dos se han encargado de la transmisión de la correspondencia.

—Pero ¿no me dijiste—preguntó vivamente la desconocida—que Lesbia estaba en relaciones con Isidoro?

—Sí—contestó mi ama—; pero este amor, que ha durado poco tiempo, ha sido un interregno, durante el cual Mañara no bajó del trono. Lesbia amó a Isidoro por vanidad, por coquetería, y continúa en relaciones con él. Isidoro está locamente enamorado, y ella se complace en avivar su amor, divirtiéndose con los martirios del pobre cómico.

—¿Y no has pensado que se podría sacar partido de esos dobles amores?

—¡Ya lo creo! Isidoro y Lesbia se ven en casa de la González y en el teatro.

—Puedes hacer que Mañara los descubra y...

—No; mi plan es mejor aún. ¿Qué importa Mañara? Yo quiero apoderarme de alguna carta o prenda que Lesbia entregue a cualquiera de sus dos amantes, para presentarla a su marido, el cual, a pesar de su misantropía, si llegara a saber con certeza las gracias de su mujer, vendría a poner orden en la casa.

—Indudablemente—dijo la desconocida, animándose por grados—. ¿Y qué piensas hacer?

—Según lo que den de sí las circunstancias. Pronto volveremos a Madrid, porque en casa de la marquesa se prepara una representación de *Otelo*, en que Lesbia hará el papel de Edelmira, Isidoro el suyo, y los demás corren a cargo de jóvenes aficionados.

—¿Y cuándo es la representación?

—Se ha aplazado, porque falta un papel que ninguno quiere desempeñar, por

ser muy desairado; mas creo que pronto se encontrará actor a propósito, y la función no puede retardarse. El duque ha prometido dejar sus estados para asistir a ella. La reunión de todas estas personas ha de facilitar mucho una combinación ingeniosa que nos permita castigar a Lesbia como se merece.

—¡Oh! Sí; hazlo, por Dios. Su ingratitud es tal, que no merece perdón. ¿Sabes que es ella quien me ha acusado de haber querido asesinar a Jovellanos?

—Sí; lo sabía.

—¡Ves qué infamia!—añadió la desconocida, indicando en el tono de su voz la ira que la dominaba—. Verdad es que aborrezco a ese pedante, que en su fatuidad se permite dar lecciones a quien no las necesita ni se las ha pedido; pero me parece que su encierro en el castillo de Bellver es suficiente castigo, y jamás han pasado por mi mente proyectos criminales, cuya sola idea me horroriza.

—Lesbia se ha dado tan buena maña para propalar lo del envenenamiento, que todo el mundo lo cree—dijo Amaranta—. ¡Ah señora, es preciso castigar duramente a esa mujer!

—Sí; pero no incluyéndola en la causa; eso redundaría en perjuicio mío. Manuel me lo advirtió esta tarde con mucho empeño, y es preciso hacer lo que él dice. Por su parte, Manuel le causa todo el daño que puede. Desde que supo las infamias que contaba de mí, dejó cesantes a todos los que habían recibido destino por recomendación suya. Esta prueba de afecto me ha enternecido.

—No sería malo que Mañara sintiera encima la mano de hierro del generalísimo.

—¡Oh! Sí. Manuel me ha prometido buscar algún medio para que se le forme causa y sea expulsado del Cuerpo. ¡Oh! Manuel no se descuida. Después que nos reconciliamos por tu mediación, su complacencia y finura conmigo no tiene límites. No, no existe otro que, como él, comprenda el carácter y posea el arte de las buenas formas, aun para negar lo que se le pide. Ahora precisamente estoy en lucha con él para que me conceda una mitra.

—¿Para mi recomendado el capellán de las monjas de Pinto?

—No; es para un tío de Gregorilla, la

hermana de leche del chiquitín (1). Ya ves: se le ha puesto en la cabeza que su tío ha de ser obispo, y verdaderamente no hay motivo alguno para que no lo sea.

—¿Y el príncipe se opone?

—Sí; dice que el tío de Gregorilla ha sido contrabandista hasta que se ordenó, hace dos años, y que es un ignorante. Tiene razón, y el candidato no es por su sabiduría ninguna lumbrera de la cristiandad; pero, hija, cuando vemos a otros..., y si no, ahí tienes a mi primo, el cardenalito de la Escala (2), que no sabe más latín que nosotras, y si le examinaran, creo que ni aun para monaguillo le darían el *exequatur*.

—Pero ese nombramiento lo ha de hacer Caballero—dijo Amaranta—. ¿Se opone también?

—Caballero, no. Ese es mi gran amigo. Desde que supo formar causa y mandar a presidio al guardia y al paisano que nos conocieron cuando fuimos disfrazadas a la verbená de Santiago, le estoy muy agradecida. Caballero no hace sino lo que queremos, y capaz sería de convertir en regentes de las audiencias a los puntilleros de la plaza de toros si se lo mandáramos. Es un buen sujeto, que cumple con su deber con la docilidad del verdadero ministro. El pobrecito se interesa mucho por el bien de la nación.

—Pues él puede dar la mitra por sí y ante sí al tío de Gregorilla.

—No; Manuel se opone, ¡y de qué manera! Pero yo he discurrido un medio de obligarle a ceder. ¿Sabes cuál? Pues me he valido del tratado secreto celebrado con Francia, que se ratificará en Fontainebleau dentro de unos días. Por él dan a Manuel la soberanía de los Algarves; pero nosotros no estamos aún decididos a consentir en el reparto de Portugal, y le he dicho: «Si no haces obispo al tío de Gregorilla, no ratificaremos el tratado y no serás rey de los Algarves.» El se ríe mucho con estas cosas mías; pero, al fin..., ya verás cómo consigo lo que deseo.

—Y mucho más cuando estos nombramientos contribuyen a fortificar nuestro partido. ¿Pero él no conoce que el del príncipe es cada vez más fuerte?

—¡Ah! Manuel está muy disgustado—afirmó la desconocida con tristeza—; y lo que es peor, muy acobardado. Afirma que esto no puede concluir en bien, y tiene presentimientos horribles. Estos sucesos le han puesto muy triste, y dice: «Yo he cometido muchas faltas, y el día de la expiación se acerca. ¡Pero qué bueno es! ¿Creerás que disculpa a mi hijo diciendo que le han engañado y envilecido los amigos ambiciosos que le rodean? ¡Ah! Mi corazón de madre se desgarró con esto; pero no puedo atenuar la falta del príncipe. Mi hijo es un infame.

—¿Y él espera conjurar fácilmente tantos peligros?—preguntó mi ama.

—No lo sé—repuso la desconocida tristemente—. Manuel, como te he dicho, está muy descorazonado. Aunque cree castigar pronto y ejemplarmente a los conjurados, como hay algo que está por encima de todo esto y que...

—Bonaparte, sin duda.

—No; Bonaparte creo que estará de nuestro lado, a pesar de que el príncipe le presenta como amigo suyo. Manuel me ha tranquilizado en este punto. Si Bonaparte se enojase con nosotros, le daríamos veinte o treinta mil hombres para que los sacase de España, como sacó los de la Romana. Eso es muy fácil, y a nadie perjudica. Lo que nos entristece es otra cosa: es lo que pasa en España. Según me ha dicho Manuel, todos aman al príncipe y le creen un dechado de perfecciones, mientras que a nosotros, al pobre Carlos y a mí, nos aborrecen. Parece mentira. ¿Qué hemos hecho para que así nos odien? Francamente, te digo que esto me tiene afectada, y estoy resuelta a no ir a Madrid en mucho tiempo. Te juro que aborrezco a Madrid.

—Yo no participo de ese temor—dijo Amaranta—, y espero que, castigados los conspiradores, la mala hierba no volverá a retoñar.

—Manuel trabajará sin descanso: así me lo ha dicho. Pero es preciso que se evite todo lo que pueda escandalizar, y, sobre todo, lo que resulte desfavorable. Por eso esta noche, en cuanto llegó Manuel, vino a suplicarme que por conducto tuyo hiciese arrancar de la causa todo lo relativo a Lesbia; que es poseedora de documentos terribles, y se vengaría cruelmente en sus declaraciones.

(1) Don Francisco de Paula.

(2) El cardenal infante don Luis de Borbón, arzobispo de Toledo.

Ya sabes que tiene imaginación muy viva y sabe inventar enredos con gran arte. Desde que Manuel me habló hasta que te he visto, no he sosegado un momento. Pero ni él ni yo podemos hablar de esto con Caballero. Háblale tú, y arrégalo con tu buen juicio y habilidad. ¡Ah! Se me olvidaba: Caballero desea el Toisón de Oro; ofréceselo sin cuidado, que aunque no es hombre para cargar tal insignia, no habrá reparo en dársela, si se hace acreedor a ella con su lealtad. ¿Harás lo que te digo?

—Sí, señora. No habrá nada que temer.

—Entonces me retiro tranquila. Confío en ti, ahora como siempre—dijo la desconocida, levantándose.

—Lesbia no será llamada a declarar; pero no nos faltará ocasión de tratarla como se merece.

—Pues adiós, querida Amaranta—añadió la dama, besando a mi señora—. Gracias a ti, esta noche dormiré tranquila, y, entre tantas penas, no es flojo consuelo contar con una fiel amiga que hace todo lo posible por disminuirlas.

—Adiós.

—Es muy tarde... ¡Dios mío, qué tarde!

Diciendo esto, se encaminaron juntas a la puerta, y, abierta ésta, aparecieron otras dos damas, con las cuales se retiró la desconocida, después de besar por segunda vez a mi ama. Cuando ésta se quedó sola, se dirigió a la habitación en que yo estaba. Mi primera intención fué retirarme del escondite y huir; pero reflexionándolo brevemente, creí que debía esperarla. Cuando entró y me vió, su sorpresa fué extraordinaria.

—¡Cómo, Gabriel, tú aquí!—exclamó.

—Sí, señora—respondí serenamente—. Empiezo a desempeñar las funciones que usía me encargó.

—¡Cómo!—dijo con ira—. ¿Has tenido el atrevimiento de...? ¿Has oído...?

—Señora—respondí—, usía tenía razón: poseo un oído finísimo. ¿No me mandaba usía que observara y atendiera...?

—Sí. Pero no a esto..., ¿entiendes bien? Veo que eres demasiado listo, y el exceso de celo puede costarte caro.

—Señora—dije con acento de ingenuidad—, quería empezar a instruirme cuanto antes.

—Bien. Retírate. Pero te advierto que si sé recompensar a los que me sirven

bien, tengo medios para castigar a los desleales y traidores. No te digo más. Si eres imprudente, te acordarás de mi toda tu vida. Vete.

XIX

Al día siguiente se levantó un servidor de ustedes de malísimo humor, y su primera idea fué salir de El Escorial lo más pronto que le fuera posible. Para pensar en los medios de ejecutar tan buen propósito, fuése a pasear a los claustros del monasterio, y allí, discutiendo sobre su situación, se acaloró la cabeza del pobre muchacho, revolviéndose en ella mil pensamientos que cree poder comunicar al discreto lector.

Los que hayan leído en el primer libro de mi vida el capítulo en que di cuenta de mi inútil presencia en el combate de Trafalgar, recordarán que en tan alta ocasión, y cuando la grandeza y majestad de lo que pasaba ante mis ojos parecían sutilizar las facultades de mi alma, pude concebir de un modo clarísimo la idea de la Patria. Pues bien: en la ocasión que ahora refiero, y cuando la desastrosa catástrofe de tan ridículas ilusiones había conmovido hasta lo más profundo mi naturaleza toda, el espíritu del pobre Gabriel hizo una nueva adquisición, una nueva conquista de inmenso valor: la idea del honor.

¡Qué luz! Recordé lo que me había dicho Amaranta, y comparando sus conceptos con los míos, sus ideas con lo que yo pensaba, mezcla de ingenuo engreimiento y de honrada fatuidad, no pude menos de enorgullecirme de mí mismo. Y al pensar esto, no pude menos de decir: «Yo soy hombre de honor, yo soy hombre que siento en mí una repugnancia invencible de toda acción fea y villana que me deshonor a mis propios ojos; y, además, la idea de que pueda ser objeto del menosprecio de los demás, me enardece la sangre y me pone furioso. Ciertamente que quiero llegar a ser persona de provecho; pero de modo que mis acciones me enaltezcan ante los demás y al mismo tiempo ante mí, porque de nada vale que mil tontos me aplaudan si yo mismo me desprecio. Grande y consolador debe de ser, si vivo muchos años, estar siempre contento de lo que

haga, y poder decir por las noches, mientras me tapo bien con mis sabanitas para matar el frío: *No he hecho nada que ofenda a Dios ni a los hombres. Estoy satisfecho de ti, Gabriel.*»

Debo advertir que, en mis monólogos, siempre hablaba conmigo como si yo fuera otro.

Lo particular es que, mientras pensaba estas cosas, la figura de Inés no se apartaba un momento de mi imaginación, y su recuerdo daba vuelta en torno a mí, como esas mariposas o pajari-
tas que se nos aparecen a veces en días tristes, trayendo, según el vulgo cree, alguna buena noticia.

Tal era la situación de mi espíritu cuando acertó a pasar cerca de mí el caballero don Juan de Mañara, vestido de uniforme. Detúvose y me llamó con empeño, demostrando que mi presencia era para él nada menos que un buen hallazgo. No era aquella la primera vez que solicitaba de mí un pequeño favor.

—Gabriel—me dijo en tono bastante confidencial, y sacando de su bolsillo una moneda de oro—, esto es para ti si me haces el favor que voy a pedirte.

—Señor—contesté—, con tal que sea cosa que no perjudique a mi honor.

—Pero, pedazo de zarramplín, ¿acaso tú tienes honor?

—Pues sí que lo tengo, señor oficial—contesté, muy enfadado—, y deseo encontrar ocasión de darle a usted mil pruebas de ello.

—Ahora te la proporciono, porque nada más honroso que servir a un caballero y a una señora.

—Dígame usted lo que tengo que hacer—manifesté, deseando ardientemente que la posesión del doblón que brillaba ante mis ojos fuera compatible con la dignidad de un hombre como yo.

—Nada más que lo que vas a ver—respondió el hermoso galán, sacando una carta del bolsillo—: llevar este billete a la señorita Lesbia.

—No tengo inconveniente—dije, reflexionando que en mi calidad de criado no podía deshonrarme llevando una carta amorosa—. Déme usted la esquelita.

—Pero ten en cuenta—añadió, entregándomela—que, si no desempeñas bien la comisión, o este papel va a otras manos, tendrás memoria de mí mientras vivas, si es que te queda vida después

que todos tus huesos pasen por mi bastón.

Al decir esto, el guardia demostraba, apretándome fuertemente el brazo, firme intención de hacer lo que decía. Yo le prometí cumplir su encargo como me lo mandaba, y tratando de esto, llegamos al gran patio de Palacio, donde me sorprendió ver bastante gente reunida, descollando entre ella algunas aves de mal agüero, tales como ministriles y curiales. Yo advertí que, al verlos, mi acompañante se inmutó, quedándose pálido, y hasta me parece que le oí pronunciar algún juramento contra los pajarracos negros que tan de improviso se habían presentado a nuestra vista. Pero yo no necesitaba reflexionar mucho para comprender que aquella siniestra turbamulta nada tenía que ver conmigo; así es que, dejando al militar en la puerta del Cuerpo de guardia, y una vez trasladadas carta y moneda a mi bolsillo, subí en cuatro zancajos la escalera chica, corriendo derecho a la cámara de la señora Lesbia.

No tardé en hacerme presentar a su señoría. Estaba en pie, en medio de la sala, y con entonación dramática leía en un cuadernillo aquellos versos célebres:

todo me mata,
todo va reuniéndose en mi daño.
—Y todo te confunde, desdichada.

Estaba estudiando su papel. Cuando me vió entrar cesó en su lectura, y tuve el gusto de entregarle en persona el billete, pensando para mí: «¿Quién dirá que con esa cara tan linda eres una de las mejores piezas que han hecho enredos en el mundo?»

Mientras leía, observé el ligero rubor y la sonrisa que hermoseaba su agraciado rostro. Después que hubo concluido, me dijo, un poco alarmada:

—Pero ¿tú no sirves a Amaranta?

—No, señora—respondí—. Desde anoche he dejado su servicio, y ahora mismo me voy para Madrid.

—¡Ah! Está bien—dijo, tranquilizándose.

Yo, en tanto, no cesaba de pensar en el placer de Amaranta si yo hubiera cometido la infamia de llevarle aquella carta. ¡Qué pronto se me había presentado la ocasión de portarme como un servidor honrado, aunque humilde! Les-

bia, encontrando ocasión de zalarir a su amiga, me dijo:

—Amaranta es muy rigurosa y cruel con sus criados.

—¡Oh, no, señora!—exclamé yo, gozoso de encontrar otra coyuntura de portarme caballerosamente, rechazando la ofensa hecha a quien me daba el pan—. La señora condesa me trata muy bien; pero yo no quiero servir más en Palacio.

—¿De modo que has dejado a Amaranta?

—Completamente. Me marcharé a Madrid antes del mediodía.

—¿Y no querías entrar en mi servidumbre?

—Estoy decidido a aprender un oficio.

—De modo que hoy estás libre, no dependes de nadie; ni siquiera volverás a ver a tu antigua ama.

—Ya me he despedido de su señoría, y no pienso volver allá.

No era verdad lo primero, pero sí lo segundo.

Después, como yo hiciera una profunda reverencia para despedirme, me contuvo, diciendo:

—Aguarda; tengo que contestar a la carta que has traído, y puesto que estás hoy sin ocupación y no tienes quien te detenga, llevarás la respuesta.

Esto me infundió la grata esperanza de que mi capital se engrosara con otro doblón, y aguardé mirando las pinturas del techo y los dibujos de los tapices. Cuando Lesbia hubo concluido su epístola, la selló cuidadosamente y la puso en mis manos, ordenándome que la llevase sin perder un instante. Así lo hice; pero ¡cuál no sería mi sorpresa cuando, al llegar al Cuerpo de guardia, me encontré con la inesperada novedad de que sacaban preso a mi señor el guardia, llevándole bonitamente entre dos soldados de los suyos! Yo temblé como un azogado, creyendo que también iban a echarme mano, pues sabía que no bastaba ser insignificante para librarse de los ministriles, quienes, deseando mostrar su celo en la causa de El Escorial, comprendían en los voluminosos autos el mayor número posible de personas.

Cometí la indiscreción de entrar en el Cuerpo de guardia para curiosear, lo cual hizo que un hombre allí presente, temerosa estantigua con nariz de gancho, espejuelos verdes y larguísimos dientes del mismo color, dirigiese hacia

mi rostro aquellas partes del suyo, observándome con tenaz atención y diciéndolo con la voz más desagradable y bronca que en mi vida oí:

—Este es el muchacho a quien el preso entregó una carta poco antes de caer en poder de la justicia.

Un sudor frío corrió por mi cuerpo al oír tales palabras, y volví la espalda con disimulo para marcharme a toda prisa; pero, ¡ay!, no había andado dos pasos cuando sentí que se clavaban en mi hombro unas como garras de gavilán, pues no otro nombre merecían las afiladas y durísimas uñas del hombre de los espejuelos verdes, en cuyo poder había caído. La impresión que experimenté fué tan terrorífica, que nunca pienso olvidarla, pues al encarar con su feísima estampa los vidrios redondos de sus gafas, que remedaban la pupila cuajada, penetrante y estupefacto del gato, me turbaron hasta lo sumo, y al propio tiempo sus dientes verdes, afilados sin duda por la voracidad, parecían ansiosos de roerme.

—No vaya usted tan de prisa, caballero—dijo—, que tal vez haga aquí más falta que en otra parte.

—¿En qué puedo servir a usía?—pregunté melifluamente, comprendiendo que nada me valdría mostrarme altanero con semejante lobo.

—Eso lo veremos—contestó con un gruñido que me obligó a encomendarme a Dios.

Mientras aquel cernícalo, con la formidable zarpa clavada en mi cuello, me llevaba a una pieza inmediata, yo evocé mis facultades intelectuales para ver si con el esfuerzo combinado de todas ellas encontraba medio de salir de tan apurado trance. En un instante de reflexión hice el siguiente rapidísimo cálculo: «Gabriel, este instante es supremo. Nada conseguirás defendiéndote con la fuerza. Si intentas escaparte, estás perdido. De modo que si por medio de algún rasgo de astucia no te libras de las uñas de este pícaro, que te enterrará vivo bajo una losa de papel sellado, ya puedes hacer acto de contrición. Al mismo tiempo llevas sobre ti la honra de una dama, que sabe Dios lo que habrá escrito en esta endiablada esquela. Conque ánimo, muchacho; serenidad, y a ver por dónde se sale.»

Afortunadamente, Dios iluminó mi en-

tendimiento en el instante en que el curial se sentó en un desnudo banquillo, poniéndome delante para que respondiera a sus preguntas. Recordé haber visto al feroz leguleyo en el cuarto de Amaranta, a quien gustaba de ofrecer servilmente sus respetos. y esto, con la idea de que mi antigua ama era desafecta a las personas a quienes se formaba la pausa, me dió la norma del plan que debía seguir para librarme de aquel vestiglo.

—¿Conque tú andabas llevando y trayendo cartitas, picaronazo?—dijo en la plenitud de su curial servicio, gozándose de antemano con la contemplación imaginaria de las resmas de papel sellado en que había de emparedarme—. Ahora veremos para quiénes son esas misivas y si te ocupas en comunicar a los conjurados con los presos para que burlen la acción de la justicia.

—Señor licenciado—contesté yo, recordando un poco la serenidad—. Usted no me conoce, y sin duda me confunde con esos bribones que se ocupan en traer y elevar papelitos a los que están presos en el Noviciado.

—¿Cómo?—exclamó con júbilo—. ¿Estarás seguro de que eso pasa?

—Sí, señor—respondí, envalentonándose cada vez más—. Vaya usía ahora mismo con disimulo al patio de los Convalecientes, y verá que desde el piso tercero del monasterio echan cartas a la buhardilla, valiéndose de unas larguísimas cañas.

—¿Qué me dices?

—Lo que usía oye: y si quiere verlo con sus propios ojos, corra ahora mismo, que ésta es la hora que escogen los malvados para su intento, por ser la de la siesta. Ya me podría usía recompensar por la noticia, pues le doy este aviso para que pueda prestar un gran servicio a nuestro querido rey.

—Pero tú recibiste una carta del joven alférez, y si no me la das, ante todo ya te ajustaré las cuentas.

—Pero ¿el señor licenciado no sabe—contesté—que soy paje de la excelentísima señora condesa Amaranta, a quien sirvo hace algún tiempo? ¡Y que no me tiene poco cariño mi ama, en gracia de Dios! Mil veces ha dicho que ya puede tentarse la ropa el que me toque tan siquiera al pelo de la misma.

El leguleyo parecía recordar; y como

era cierto que me había visto repetidas veces en compañía de mi ama, advertí que su endemoniado rostro se apaciguaba.

—Bien sabe el señor licenciado—continué—que la señora condesa me protege, y, habiendo conocido que yo sirvo para algo más que para este bajo oficio, se propone instruirme y hacer de mí un hombre de provecho. Ya he empezado a estudiar con el padre Antolínez, y después entraré en la Casa de Pajes, porque ahora hemos descubierto que yo, aunque pobre, soy noble y desciendo en línea recta de unos al modo de duques o marqueses de las islas Chafarinas.

El leguleyo parecía muy atento a estas razones que yo pronuncié con gran desparpajo.

—Y ahora—proseguí—iba al cuarto de mi ama, que me está esperando, y en cuanto sepa que el señor licenciado me ha detenido se pondrá furiosa; porque ha de saber el señor licenciado que mi ama me manda recorrer estos patios y galerías para oír lo que dicen los partidarios de los presos, y ella lo va apuntando en un libro que tiene no menos grande que ese banco. Ella va a descubrir muchas cosas malas de esa gente, y está muy contenta con mi ayuda, pues dice que sin mí no sabría la mitad de lo que sabe. Por ejemplo, lo de las cañas apuesto a que nadie lo sabe más que yo, y agradézcame el señor licenciado que se lo haya dicho antes que a ninguno.

—Cierto es—dijo el ministril—que la señora condesa te protege, pues ahora caigo en la cuenta de que algunas veces se lo he oído decir; pero no me explico que tu ama se cartee con el alférez.

—También a mí me llamó la atención, porque mi ama decía que ese señor era de los que primero debían ser puestos a la sombra; pero vea el señor licenciado... La carta que recibí era para mi ama, y le decía que, creyéndose próximo a caer en poder de la justicia, solicitaba la protección de la señora condesa para librarse de aquélla.

—¡Ah señor Mañara, tunante, trapi-sondista!—exclamó el representante de la justicia—. Quería escaparse de nuestras uñas, poniéndose al amparo de una persona que está demostrando el mayor celo en favor de la causa del rey.

—Pero no le valieron sus malas ma-

ñas, señor licenciadito de mi alma—añadi, entusiasmandome—, porque mi ama rompió la carta con desdén y me mandó contestarle de palabra que nada podía hacer por él.

—¿Y a eso venías?

—Precisamente. Ya sabía yo que no lograba nada el señor alférez. Y me alegro, me alegro. Porque yo digo: esos picarones, ¿no querían quitarle al rey su corona y a la reina la vida? Pues que las paguen todas juntas, que bien merecido tienen el cadalso; y como se descuiden, el señor príncipe de la Paz no se andará por las ramas.

—Bien—dijo, algo más benévolo para conmigo, pero sin que se extinguiera su recelo—. Iremos juntos a ver a tu ama, y ella confirmará lo que has dicho.

—Ahora se fué al cuarto del príncipe de la Paz, a quien piensa recomendarme para que entre en la Casa de los Pajes. Y como el señor licenciado se descuide, no podrá ver a los que echan la caña por los balcones del piso tercero del monasterio. Vaya usía a enterarse de esto, y luego puede pasar al cuarto de mi ama, donde le espero. Ella estará prevenida y recibirá a usía con mucho agasajo, porque le aprecia y estima mucho.

—¿Sí? ¿Le has oído hablar de mí alguna vez?—preguntó vivamente.

—¿Alguna vez? Diga el señor licenciado mil voces. La otra noche estuvo hablando de usía más de dos horas con el príncipe de la Paz y con el marqués Caballero.

—¿De veras?—preguntó, plegando su arrugada boca con una sonrisa indefinible y dejando ver en todo su vasto desarrollo el mapa de su verde dentadura—. ¿Y qué decía?

—Que al señor licenciado se deben todas las averiguaciones que se han hecho en la causa y otras cosas que no digo por no ofender la modestia de usía.

—Dilas, picarón, y no seas corto de genio.

—Pues hizo grandes elogios de usía, ponderando su talento, su mucho saber y su disposición para sacar leyes aunque fuera de un canto rodado. Después añadió que si no le hacían al señor licenciado consejero de Indias o de la sala de alcaldes de Casa y Corte no tendrían perdón de Dios.

—¿Eso dijo? Veo que eres un chico formal y discreto. Di a la señora con-

desa que dentro de un momento pasará a visitarla para consultar con ella gravísimas cuestiones. Ella sabrá cuánto la aprecio y estimo. Con respecto a ti, al principio pensé que la carta entregada por el alférez era para la duquesa Lesbia.

—¡Quia! No voy yo al cuarto de esa señora, porque mi ama y ella están reñidas.

—Y como hoy—continuó—se procederá también a prender a esa señora, que resulta complicada en el proceso, lo mismo que su esposo, el señor duque...

—¡También prenden a la señora Lesbia!—exclamé, asombrado.

—También; ya habrán subido mis compañeros a notificárselo. Conque, joven, vete al cuarto de tu ama y anúnciale mi próxima visita.

No esperé más para separarme de hombre tan fiero, y bendiciendo fervorosamente a Dios salí del Cuerpo de guardia muy satisfecho de la estratagema empleada. Mi primera intención fué correr al cuarto de Lesbia, no sólo para devolverle la carta, sino para prevenirla acerca del gran riesgo que su libertad corría; mas cuando subí noté que la justicia había invadido su vivienda. Era preciso huir de Palacio, donde corría gran peligro de caer en poder del atroz licenciado en cuanto éste, conferenciando con mi ama, descubriese mis estupendas mentiras. Pies, ¿para qué os quiero? dije; y al punto subí precipitadamente a mi camaranchón, cogí y empaqueté de cualquier modo mi ropa, y sin despedirme de nadie salí del palacio y del monasterio, resuelto a no detenerme hasta Madrid.

A pesar de mi zozobra, no quise partir sin provisiones, y habiéndome surtido en la plaza del pueblo de lo más necesario, eché a andar, volviendo a cada rato la vista, porque me parecía que el licenciado caminaba detrás de mí. Hasta que no desaparecieron de mi vista la cúpula y las torres del terrible monasterio no recobré la tranquilidad, y después de dos horas de precipitada marcha me aparté del camino y restauré mis fuerzas con pan, queso y uvas, seguro ya de que por el momento las durísimas uñas del representante de la justicia no se clavarían en mis hombros.

En aquel rato de descanso y esparcimiento me reía a mis anchas, recordan-

do las mentiras que había empleado para salvarme; pero no me remordía la conciencia por haberlas desembuchado con tanta largueza, puesto que aquellos embustes, con los cuales no perjudicaba a la honra de nadie, eran la única arma que me defendía contra una persecución tan bárbara como injusta. Los trances difíciles aguzan el ingenio, y en cuanto a mí, puedo decir que antes de encontrarme en el que he referido jamás hubiera sido capaz de inventar tales desatinos. Bien dicen que las circunstancias hacen al hombre ronto o discreto, aguzando el más rústico entendimiento u oscureciendo el que se precia de más claro.

Más allá de Torrelodones encontré unos arrieros que por poco dinero me dejaron montar en sus caballerías, y de este modo llegué a Madrid cómodamente, ya muy avanzada la noche.

XX

Como era tarde, creí que no debía ir a casa de Inés hasta la mañana siguiente, y entré en la de la *González*, que aún estaba levantada y como sin intención de recogerse todavía. Quedóse muy asombrada al verme entrar, y faltóle tiempo para preguntarme lo que me había pasado y si había ocurrido alguna novedad a la señorita Amaranta. También quiso saber lo de la famosa conjuración, asunto que, según dijo, ocupaba la atención de Madrid entero, y, satisfecha su curiosidad en este y otros puntos, me aseguró haber recibido una carta de Lesbia en que le anunciaba su viaje a la corte dentro de algunos días para perfeccionarse en el papel de *Edelmira*.

Aunque el cansancio me rendía y más deseaba acostarme que hablar, le conté de la carta y también el triste caso de la prisión de la duquesa. Pepita, muy alterada con estas noticias, me rogó que le entregase la carta, a lo cual me negué, jurando que la guardaría hasta que pudiese dársela en propia mano a la misma persona de quien la recibí. Pareció conformarse con mi negativa y no hablamos más del asunto. Después le dije que, resuelto a aprender un oficio, había dejado el servicio de Amaranta para regresar a la corte, y me acosté,

deseando que llegase pronto la mañana para ver a Inés. Excuso decir que dormí como un talego; levantéme al día siguiente muy aprisa y mi primera impresión fué una gran pesadumbre. Les contaré a ustedes: al vestirme busqué en mis ropas la carta de Lesbia, y la carta no aparecía. No quedó en mis bolsillos ni en mi breve equipaje escondrijo que no fuese revuelto; pero no encontré nada. Muy afanado estaba, temiendo que la carta hubiese caído en manos indiscretas cuando le conté a mi ama lo que me ocurría, preguntándole si había encontrado por el suelo el malvado papel. Entonces la picara, lanzando una carcajada de alegría, me contestó con la mayor desvergüenza:

—No la he encontrado, Gabrielillo; sino que anoche, luego que te dormiste, entré en tu cuarto de puntillas y saqué la carta del bolsillo de tu chaqueta. Aquí la tengo; le he leído y no la soltaré por nada.

Aquello me indignó sobre manera. Pedíle la carta, diciéndole que mi honor me exigía devolvérsela a su dueña sin que nadie la leyese; más ella me respondió que yo no tenía honor que conservar y que no me devolvería la carta aunque le diesen tantos azotes como letras estaban escritas en ella. Acto continuo me la leyó, y decía así, si mal no recuerdo:

«Amado Juan: Te perdono la ofensa y los desaires que me has hecho; pero si quieres que crea en tu arrepentimiento, pruébame lo viniendo a cenar conmigo esta noche en mi cuarto, donde acabaré de disipar tus infundados celos, haciéndote comprender que no he querido nunca ni puedo querer a Isidoro, ese salvaje, presumido comiquillo, a quien sólo he hablado alguna vez con objeto de divertirme con su necia pasión. No faltes si no quieres enfadar a tu

Lesbia.

P. D.—No temas que te prendan. Primero prenderán al rey.»

Leída la carta, la *González* se la guardó en el pecho, diciendo, entre risas y chistes, que ni por diez mil duros la devolvería. Todas mis súplicas fueron inútiles, y al fin, cansado de desgañitarme, salí de la casa muy apesadumbrado con aquel incidente, mas esperando des-

vanecer mi mal humor con la vista de la infeliz Inés. Dirigíme allá muy conmovido, y al entrar por la calle, mirando a los balcones de su casa, decía: «¡Lo que menos piensa ella es que yo acabo de doblar la esquina y estoy en la calle! Estará sentada detrás de la cortinilla, y aunque no tendría más que asomarse un poco para verme, no me verá hasta que no entre en la casa.»

Llegué, por fin, y desde que me abrió la puerta comprendí que algo grave allí pasaba, porque Inés no corrió a mi encuentro, a pesar de las fuertes voces que di al poner el pie dentro de la casa. Quien primero me recibió fué el padre Celestino, con rostro tan extremadamente compungido, que atribuirse no podía su escualidez a la sola causa del hambre.

—Hijo mío, en mal hora vienes—me dijo—. Aquí tenemos una gran desgracia. Mi hermana, la pobre Juana, se nos muere sin remedio.

—Pero ¿Inés...?

—Buena; pero figúrate cómo estará la pobrecita con el ajetreo de estos días... No se separa del lado de su madre, y si esto siguiera mucho tiempo, creo que también se llevaría Dios al pobre angelito de mi sobrina.

—Bien le decíamos a la señora doña Juana que no trabajase tanto.

—¿Y qué quieres, hijo mío?—respondió—. Ella mantenía la casa, porque ya ves: todavía no me han dado el curato, ni la capellanía, ni la coadjutoria, ni la ración, ni la beca, ni la congrua que me han prometido, aunque tengo la seguridad de que a más tardar la semana que entra se cumplirán mis deseos. Además, mi poema latino no hay librero que lo quiera imprimir, aunque le den dinero encima, y aquí tienes la situación. No sé qué va a ser de nosotros si mi hermana se muere.

Al decir esto, las quijadas del pobre viejo se descoyuntaron en un bostezo descomunal que me probó la magnitud de su hambre. Semejante espectáculo me oprimía el corazón; pero, afortunadamente, yo tenía algún dinero de mis ahorros y, además, el doblón de Mañara, lo cual me permitía hacer una hombrada. Echándome la mano al bolsillo, dije:

—Señor cura, en celebración de la congrua que ha de recibir su paternidad la

semana que entra, le convido a chuletas.

—No tengo gana—respondió, haciendo alarde de gentil delicadeza—, y, además, no quiero que gastes tus ahorros; pero si quieres tú comerlas, que las traigan y aquí las aderezaremos.

Al instante mandé a una vecina por la carne, y mientras venía, no pudiendo contener mi impaciencia, me interné en busca de Inés. Halléla en la habitación principal, no lejos de la cama de su madre, que dormía profundamente.

—Inesilla, Inesilla de mi corazón—dije, corriendo a ella y dándole media docena de abrazos.

Por única respuesta, Inés me señaló a la enferma, indicándome que no hiciera ruido.

—Tu madre se pondrá buena—le contesté en voz baja—. ¡Ay Inesita, cuánto deseaba verte! Vengo a confesarte que soy un bruto y que tú tienes más talento que el mismo Salomón.

Inés me miró sonriendo con serenidad, como si de antemano hubiera sabido que yo habría de hacerle tales confesiones. Mi discreta y pobre amiga estaba muy pálida, por los insomnios y el trabajo; pero ¡cuánto más hermosa me pareció que la terrible Amaranta! Todo había cambiado, y el equilibrio de mis facultades estaba restablecido.

—Mira, Inesilla—dije, besándole las manos—, acertaste en todas tus profecías. Estoy arrepentido de mi gran necedad, y he tenido la suerte de encontrar pronto el desengaño. Bien dicen que los jóvenes nos dejamos alucinar por sueños y fantasmas. Pero, ¡ay!, no todos tienen un buen ángel como tú que les enseñe lo que han de hacer.

—¿De modo que ya no le tendremos a usía de capitán general ni de virrey?

—No, niñita; no estoy ya por los palacios ni por los uniformes. ¡Si vieras tú que feas son ciertas cosas cuando se las ve de cerca! El que quiere medrar en los palacios tiene que cometer mil bajezas contrarias al honor, porque yo tengo también mi honor, sí, señora... Nada, nada: dejémonos de virreynatos y de bambollas. He sido una alma de cántaro; pero bien dice el señor cura tu tío: que la experiencia es una llama que no alumbra sino quemando. Yo me he quemado vivo; pero

¡ay hija, si vieras cuánto he aprendido! Ya te contaré.

—¿Y ya no vuelves allá?

—No, señora; aquí me quedo, porque tengo un proyecto.

—¿Otro proyecto?

—Sí; pero éste ha de gustar, pica-rona. Voy a aprender un oficio. A ver cuál te parece mejor. ¿Platero, ebanista, comerciante? Lo que tú quieras. Todo, menos criado.

—Eso no está mal discurrido.

—Pero detrás de este proyecto está otro mejor—dije, gozando de un modo indecible con aquel diálogo—. Sí, hijita, tengo el proyecto de casarme con usted.

La enferma hizo un movimiento; Inés, atendiendo a su madre, no pudo dar contestación a mis vehementes pala-bras.

—Yo tengo dieciséis años; tú, quin-ce; de modo que no hay más que ha-blar. Aprenderé un oficio, en el cual pienso ganar pronto muchísimo dinero, que tú irás guardando para nuestra bo-da. Verás, verás qué bien vamos a estar. ¿Quieres, sí o no?

—Gabriel—repuso en voz muy baja—, ahora somos muy pobres. Si me quedo huérfana, lo seremos mucho más. A mi tío no le darán nunca lo que está esperando hace catorce años. ¿Qué va a ser de nosotros? Tú no ganarás nada hasta que no pase algún tiempo; no pienses, pues, en locuras.

—Pero, tonta, dentro de cuatro años habré yo ganado más de lo que peso. Entonces, para entonces... Mientras tan-to, ya nos arreglaremos. Para algo te ha dado Dios ese talento de doctora de la Iglesia que tienes. Ahora conozco que sin ti no valgo nada ni sirvo para nada.

—Eso después que te burlabas de mí, cuando te decía «Gabriel, vas por mal camino».

—Tenías razón, cordera. ¡Si vieras qué raro es el hombre por dentro, y cómo se equivoca, y cómo ignora hasta lo mismo que le pasa! Cuando salí de aquí creí que no te quería, y como aque-lla señora me tenía deslumbrado, apenas me acordaba de ti. Pero no; te quería y te quiero más que a mi vida, sólo que a veces parece que se le ponen a uno telarañas en los ojos que tenemos por dentro, y no vemos lo mismo que nos pasa en..., pues..., por dentro. Y al mis-mo tiempo, querida, tu cara se me fija-

ba en la memoria cuando, decidido a no ceder a los caprichos de aquella dama endemoniada, pensaba yo que el hombre debe labrarse una fortuna por medios honrosos.

La enferma llamó a su hija, y nues-tro dulce coloquio quedó interrumpido; pero tras el placer que sentí conferen-ciando con Inés, Dios me deparó el no menos grato de ver comer las chule-tas al padre Celestino, quien, a pesar de la gran necesidad que padecía, no las cató sin hacer mil remilgos, para poner a salvo su dignidad.

—He almorzado hace un rato, Ga-briel—dijo—; pero si te empeñas...

Mientras comía recayó nuestra con-versación en los asuntos de El Escorial, y él, que no ocultaba su afición a Go-doy, se expresó así:

—Harán bien en extirpar de raíz la conjuración. ¡Pues no es mala la que tenían armada contra nuestros queridos reyes y ese dignísimo príncipe de la Paz, mi paisano y amigo, protector de los menesterosos!

—La opinión general aquí, como en el Real Sitio—le contesté—, es favora-ble al príncipe Fernando, y todos acusan a Godoy de haber fraguado esto para desacreditarle.

—¡Pícaros, embusteros, rufianes!—ex-clamó, furioso, el clérigo—. ¿Qué saben ellos de esto? ¡Si conocieran, como yo conozco, las intrigas del partido fernan-dista!... Descuiden, que ya le contaré todo al señor príncipe de la Paz cuando vaya a darle las gracias por mi curato, lo cual, según me ha dicho el oficial de la Secretaría, no puede pasar de la semana que entra. ¡Ah, si tú conocie-ras al canónigo don Juan de Escóiquiz como le conozco yo!... Aquí le tienen por un corderito pascual, y es el bribón mayor que ha vestido sotana en el mun-do. ¿Quién sino él se ha opuesto a que me den el curato? Y todo porque en las oposiciones que hicimos en Zaragoza ha-cæ treinta y dos años, sobre el tema *Ul-trum helemosinam*..., no recuerdo lo de-más..., le dejé bastante corrido. Desde entonces me ha tomado gran ojeriza. Cuando estemos más despacio, Gabrieli-llo, te contaré las mil infames tretas que ha empleado el arcediano de Alca-raz para conquistar la voluntad de su discípulo. ¡Ah!, yo sé cosas muy gordas. El es el alma de este negocio; él ha ur-

dido tan indigna trama; él ha estado en tratos con el embajador de Francia, monsieur Beauharnais, para entregar a Napoleón la mitad de España con tal que ponga en el trono al príncipe heredero, sí, señor.

—Pues oiga usted a todo el mundo —respondí—, y verá cómo al señor de Escóquiz le ponen por esas nubes, mientras dicen mil picardías del primer ministro.

—Envidia, chico, envidia. Es que todos le piden colocaciones, destinos y prebendas, y como no los puede dar sino a las personas decentes como yo, de aquí que la mayoría se queja, murmura, y ya ves... ¿Podrán negar que se le deben multitud de cosas buenas, como la protección a la enseñanza, la creación del seminario de caballeros pajes, el fomento de la botánica, las escuelas de agricultura, los jardines de aclimatación, la prohibición de enterrar en los templos y otras muchas reformas útiles que, aunque criticadas por los ignorantes, ello es que son laudables, y así ha de reconocerlo la posteridad? Cuando estemos despacio te contaré algo más que te hará variar de opinión, y si no, al tiempo... Yo bien sé que me arrastrarán los madrileños si salgo por ahí diciendo estas cosas; pero, amigo..., *super omnia veritas*.

—Pues hablando de otro asunto—le dije—, aquí donde usted me ve puede que le haya conseguido un servidor el destínillo que pretendía.

—¿Tú? ¿Qué puedes tú? Godoy quiere servirme. Sí; él lo hará sin necesidad de recomendaciones. Y a fe, hijo mío, que si no me colocan pronto y se muere Juana, lo vamos a pasar mal, pero muy mal.

—Pero doña Juana tiene parientes ricos.

—Sí; Manso Requejo y su hermana Restituta, comerciantes de telas en la calle de la Sal. Ya sabes que son avaros de aquellos de: «Hártate, comilón, con pasa y media.» Jamás han hecho nada por sus parientes. La pobre Inés no tiene que agradecerles ni un pañuelo.

—¡Qué miserables!

—Además, cuando yo me instalé en Madrid, hace catorce años, conocí a ese Requejo. Juana estaba ya viuda, Inés era tamañita así, y tan lindilla y tan

amable como ahora. Pues bien: el primo de Juana, a quien yo insté en cierta ocasión para que favoreciera a esa familia, me dijo: «No puedo hacer nada por ellas, porque Juana ha renegado de sus parientes; en cuanto a Inesilla, estoy casi seguro de que no es de mi sangre. Me han dicho que es una inclusera, a quien Juana ha recogido, haciéndola pasar por hija suya.» Pretexto, nada más que pretextos, para disculpar su avaricia. No me fué posible convencer a semejante bárbaro, y desde entonces no he vuelto a verle.

—¿De modo que no hay que contar con esa gente?

—Como si no existieran.

Estas palabras me llevaron a reflexionar sobre la suerte de aquella infeliz familia. Hubiera deseado tener los tesoros de Crespo para ponérselos a Inés en el cestillo de la costura. Como nunca, sentí entonces imperiosa y viva la primera necesidad del hombre honrado que está resuelto a no vender su conciencia. No tenía dinero... ¿Cómo adquirirlo?

Fuí otra vez al lado de Inés, a quien no podía menos de mostrar a cada instante mi afecto vehemente; y después que conferenciamos otro poco, salí de la casa, pensando en el ardid que emplearía para que el padre Celestino recibiese, sin menoscabo de su dignidad, el doblón que me dió Mañara, y diciendo entre mí a cada paso: «¡Maldito dinero! ¿Dónde estás?»

XXI.

Al entrar en casa de la González ésta acudió presurosa a mi encuentro, y me causó sorpresa el verla gozosa, con esa alegría inquieta y febril de los niños que ríen, cantan, golpean y destrozan cuanto encuentran al paso. Mi ama me habló de lo que después diré, y a cada frase se interrumpía para cantar alguna tonada o estribillo de los infinitos que enriquecían su repertorio de sainetes.

—¿Qué pasa para tanta alegría, señora?

—He tenido carta de la señora marquesa—me contestó—, la cual viene ma-

ñana a preparar la función. Yo estoy encargada de dirigir la escena.

Sal quiere el huevo,
y el demonio del gato
vertió el salero.

—Buen provecho. ¿Y qué cuenta de la señora Lesbia?

—Que la pusieron en libertad a la media hora, conociendo que nada resultaba contra ella. También dejaron libre a don Juan. Pronto los tendremos aquí, y la función no se retrasará. ¡Qué placer! Yo dirijo la escena.

Madre, qué gusto
es ver a dos gitanos
trocar de burros.

—Pues sea enhorabuena.

—Pero hay un inconveniente, Gabriel —prosiguió—. Ya sabes que ninguno de esos señores quiere hacer el papel de Pésaro, por ser muy desairado. Perico Rincón, mi compañero, dijo que lo haría si le daban mil reales; pero cádate que ha caído con una pulmonía, y si la función es para el seis, no sé cómo nos compondremos. ¿Quieres tú hacer el papel de Pésaro?

—¡Yo, yo representar!—exclamé con espanto—. No quiero ser cómico.

—Pero representas de aficionado, tonuelo, y el honor de salir a las tablas en un teatro como el de la marquesa es tal, que muchos currucatos se desvivirían por obtenerlo. ¡Y yo dirijo la escena!

En mi casa me dicen
que soy usía, que soy usía,
porque amo a un escribiente
de lotería.

Conque, chico, vas a aprender ese papel; que aunque es superior a tu edad, con unas barbas postizas, arregladas por mí, y teniendo tú cuidado de ahuecar la voz, quedarás que ni pintado. Además, no olvides que la señora marquesa ha ofrecido dos mil reales a cada una de las partes de por medio que trabajan en esta representación. Juanica, que hace de Hermancia, no cobra más que mil.

La noche de San Pedro
te puse un ramo,
y amaneció florido
como mil rayos.

¿Conque aceptas, chiquillo, sí o no?

No pude menos de discurrir que sería muy tonto si renunciara a poseer aquellos dineros, que me venían como anillo al dedo para ofrecer a Inés un auxilio en su tribulación. Sin embargo, me repugnaba el oficio de cómico, y más aún la idea de verme nuevamente entre personas a quienes había cobrado repugnancia. Con todo, después de pesar los inconvenientes y las ventajas, me decidí al fin, y hasta (debo confesarlo) el pícaro demonio de la vanidad intentó de nuevo asaltar mi alma, poniendo ante los ojos de mi imaginación la honra, el lustre, el tono que me daría alternando con tanta gente aristocrática en aquellas salas magníficas, cuyas alfombras no era dado pisar a todos los mortales. Pero lo que principalmente me indujo a aceptar fué el premio ofrecido, que era para mí una cantidad fabulosa, un sueño de oro.

«La Providencia divina me envía esos dos mil reales, que son diez duros, y otros diez, y otros diez, y otros diez, etcétera ¡Quíá! Si no se pueden contar. Buen tonto seré si no los cojo.»

Dejé a mi ama, que al retirarme yo cantaba:

Alons' madamusella,
asamble reunión,
a tur de la butella
ferán le rigodón.

Y volví a casa de Inés, a quien participé la riqueza que me aguardaba, prometiendo regalársela. Pasé allí largas horas, entristecido por el espectáculo que ofrecía la pobre enferma doña Juana, agravándose día por día. Al salir a la calle, y cuando pasaba junto al gran portal, vi que de un enorme carro sacaban telones pintados y otros aparatos de escena, los cuales trastos venían, según me dijo el portero, de casa de don Francisco Goya.

—Dentro de tres o cuatro días—añadió—será la función. Ya es seguro que vendrá la señora duquesa a hacer el papel de Edelmira.

Oído esto, me retiré, pensando en que tal vez alcanzaría yo un triunfo escénico si tenía serenidad suficiente para no asustarme ante público tan distinguido.

Los ensayos de mi papel empezaron con gran actividad, y el mismo Isidoro

me dió varias lecciones, haciéndome declamar trozo a trozo los principales y más difíciles pasajes. Entonces pude comprender mejor que nunca el violento carácter del célebre actor, pues cuando yo no aprendía un verso tan pronto y bien como él deseaba, se enfurecía, llamándome torpe, necio, estúpido, sin omitir otros calificativos algo más duros, malsonantes. Ensayando, tuve muy presente la máxima que corría muy válida entre los cómicos del Príncipe, y era que, representando con Máiquez, convenía trabajar bien, aunque no demasiado bien, pues en este caso el gran maestro se enojaba tanto como en el caso contrario.

A los dos o tres días de trabajo ya sabía regularmente mi parte, y era mi principal empeño declamar bien el parlamento de salida, cuando el dux de Venecia me decía:

Insigne amigo del valiente *Otelo*.

Hubo un ensayo general, a que asistieron todos, menos Lesbia, y me parece que no lo hice mal. Por mí, la representación no debía retrasarse, y el día cinco ya recitaba del principio al fin mi papel sin que se me escapara un verso. Según me dijo mi ama, la señora duquesa había venido de El Escorial el día cuatro por la noche.

—¿De modo que nada falta ya?

—Nada—me contestó con la jovialidad bulliciosa que era en aquellos días su nota dominante—. ¡Y yo dirijo la escena!

Donde yo campo
ninguno campá.

A bailar el bolero
y asar castañas,
apuesto a todo el orbe
con la más guapa.

Dale que dale,
suenen las castañetas,
rabie quien rabie.

Llegó, por fin, el día señalado, y desde por la mañana muy temprano me puse en ejercicio, corriendo de aquí para allí en busca de mil cosas que mi antigua señora necesitaba. Los afeites, de la calle del Desengaño; los trajes pintados, en la de la Reina; las telas y cintas, cotonias, muselinetas, pañuelos salpicados, de doña Ambrosia de los Linos; todo se puso en movimiento para dar

cumplida satisfacción a los caprichos de Pepita. Debo advertir que, aunque ésta no trabajaba más que como directora de escena en la tragedia *Otelo*, cantaba en el intermedio una graciosa tonadilla; y como fin de fiesta, el sainete titulado *La venganza del Zurdillo*, del buen Cruz, corría también por cuenta suya. Mientras desempeñaba yo por Madrid tantas y tan diferentes comisiones iba recitando de memoria los versos de la parte de Pésaro; y cuando se me trascordaba algún pasaje, sacaba el papel del bolsillo, y metido en un portal, leía en voz alta, llamando la atención de los transeúntes.

Durante mi largo paseo por la Villa noté gran agitación. La gente se detenía, formando grupos, donde se hablaba con calor, y en alguno de éstos no faltaba quien leyese un papel, que al punto conocí era la *Gaceta de Madrid*. En la tienda de doña Ambrosia encontré, ¡oh estupenda casualidad!, a don Lino Paniagua y a don Anatolio, el papelista de enfrente, cuyos personajes no ocultaban su inquietud por los acontecimientos del día.

—Ya me esperaba yo tal perfidia—dijo este último—. ¡Cómo se ve en este decreto la mano alevosa del infame *chorricero*!

—Pero léanos usted de una vez el decreto—dijo doña Ambrosia—, aunque sin oírlo, ya sé que el señor Godoy nos habrá hecho una nueva trastada.

—No es más—continuó el papelista—sino que se han ido a la prisión del príncipe, y poniéndole una pistola al pecho, le han obligado a escribir estas herejías, sí, señores, porque es imposible que un joven tan caballeroso, tan honrado y de tan buen entendimiento como es el hijo de nuestros reyes, se rebaje y se humille hasta el extremo de pedir perdón como un chico de escuela y de acusar tan villanamente a los que le han ayudado.

—Pero lea usted.

Limpió don Anatolio el gaznate, y en tono de pedagogo leyó el famoso decreto de 5 de noviembre, que empieza así: «La voz de la Naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse a ello un padre amoroso...» Lo notable de este decreto, en que se anunciaba a la nación el arrepentimien-

to del príncipe conspirador, eran las dos cartas que él había dirigido al rey y a la reina, y que casi puedo transcribir aquí sin echar mano de la Historia, donde están para *in æternum* consignadas, porque las recuerdo muy bien, tan originales y gráficos eran el lenguaje y tono en que estaban escritas. Decía así la primera:

«Papá mío: He delinquido, he faltado a vuestra majestad como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco a vuestra majestad la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticias de vuestra majestad; pero fui sorprendido. He delatado a los culpables y pido a vuestra majestad me perdone por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales pies a su reconocido hijo, *Fernando*.»

La segunda era como sigue:

«Mamá mía: Estoy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así, con la mayor humildad, le pido a vuestra majestad se digne interceder con papá para que permita ir a besar sus reales pies a su reconocido hijo, *Fernando*.»

Aparecía en estas cartas el pobre príncipe como el más despreciable de los seres, pues, demostrando no tener ni asomo de dignidad en la desgracia, confesaba que *había mentido*, y después de *delatar a los culpables*, pedía perdón a sus papás como un niño de seis años que ha roto una escudilla. Pero entonces los honrados y crédulos burgueses de Madrid no comprendían que ocurriera nada malo sin que fuera causado por el atrevido príncipe de la Paz, y hasta las malas cosechas, los pedriscos, los naufragios, la fiebre amarilla y cuantas calamidades podía enviar el Cielo sobre la Península se atribuían al favorito. Así es que nadie veía en las citadas cartas una manifestación espontánea del príncipe, sino, antes bien, una denigrante confesión arrancada por sus carceleros para ponerle en ridículo a los ojos del país. Si ésta fué la intención de la Corte, produjo efecto muy contrario al que se proponían, pues, conocido el decreto, el público se puso de parte del prisionero y abrumó al valido con su ardiente maledicencia, suponiéndole

autor, no sólo del decreto, sino de las cartas.

—¿Necesita esto comentario?—dijo don Anatolio, dejando la *Gaceta* sobre el mostrador.

—Pues yo—indicó doña Ambrosia—quisiera estar oyendo por el agujero de una llave lo que dice Napoleón de todas estas cosas.

—Eso no necesitamos oírlo, pues bien claro es que ya tiene decidido quitar del trono a los reyes padres para ponerlos en él a nuestro príncipe querido. Sí..., que no sabrá hacerlo en menos que canta un gallo.

—¡Qué escándalo!—exclamó con timidez don Lino Paniagua—. Y eso se dice en voz alta donde pudieran oírlo personas allegadas al Gobierno.

—¡Bah, bah!—respondió el papelista—. Amigo don Lino, esto se va por la posta. Dentro de un mes no queda aquí ni rastro de *choricero*, ni reyes padres, ni escándalos, ni picardías, ni otras cosas que callo por respeto a la nación.

—Ojalá tenga usted boca de ángel, señor don Anatolio—añadió la tendera—, y quiera Dios tocarle pronto en el corazón al señor de Bonaparte para que venga a arreglar las cosas de España.

El abate don Lino no quiso oír más y se marchó; despacháronme a mí, y allí quedaron ambos comerciantes arreglando los asuntos de España.

No quise entrar en casa sin hablar un poco con Pacorro Chinitas, que estaba en su sitio de costumbre, afilando cuchillos y tijeras.

—¡Hola, Chinitas!—le dije—. ¡Cuánto tiempo que no nos vemos! Anda la gente muy alarmada por ahí.

—Sí; la *Gaceta* trae hoy no sé qué papel. En la tienda del buñolero le oí leer, y decían todos que es preciso colgar al *choricero* por los pies.

—¿De modo que creen ha sido escrito por él?

—¿Y a mí qué más me da?—respondió incorporándose—. Lo que digo es que todos son buenas piezas, y si no, vengan aca. Dicen que el ministro sacó de su cabeza esas cartas y obligó al príncipe a firmarlas. Pues ¿para qué las firmó? ¿Es acaso algún niño que todavía está en planas de primera? ¿No tiene veintitrés años? Pues con veintitrés años a la

espalda se puede saber lo que se firma y lo que no se firma.

Las razones de Chinitas me parecían de un buen sentido incontestable.

—Aunque no sabes leer ni escribir—le dije—, me parece, Chinitas, que tienes más talento que un Papa.

—Pues los tenderos, los frailes, los currutacos, los usias, los abates, los covachuelistas y toda esa gente que anda por ahí están muy entusiasmados creyendo que Napoleón va a venir a poner al príncipe en el trono. Dios nos la depare buena.

—Y tú, ¿qué crees, insigne amolador...?

—Creo que somos unos mentecatos si nos fiamos de Napoleón. Este hombre, que ha conquistado la Europa como quien no dice nada, ¿no tendrá ganitas de echarle la zarpa a la mejor tierra del mundo, que es España, cuando vea que los reyes y los príncipes que la gobiernan andan a la greña como mozas del partido? El dirá, y con razón: «Pues a esa gente me la como yo con tres regimientos.» Ya ha metido en España más de veinte mil hombres. Ya verás, ya verás, Gabrielillo, lo que te digo. Aquí vamos a ver cosas gordas. Debemos estar preparados, porque de nuestros reyes nada se debe esperar y todo lo hemos de hacer nosotros.

Mucho meollo encerraban, como comprendí más tarde, estas palabras, las últimas que en aquella ocasión oí a Pacorro Chinitas. El solo había previsto los acontecimientos con ojo seguro, y en cambio el héroe del siglo, que conocía a España por sus reyes, por sus ministros y por sus usias, quería saberlo todo y no sabía nada. Su equivocación acerca del país que iba a conquistar se explica fácilmente: supo, sin duda, lo que decía doña Ambrosia, don Anatolio, el hortera, el padre Salmón y otros personajes; pero, ¡ay!, no oyó hablar al amolador.

XXII

Llegó la noche, y la función de la marquesa era preparada con mucha actividad. Cuando dejé las ropas de mi ama en el cuarto que se le había destinado para vestirse, por la escalera pobre subí al sotabanco y encontré a Inés

muy apesadumbrada, porque los dolores de la enferma se habían recrudecido y revelaba la buena mujer gran decaimiento. Allí estuve consolando a mi amiga y a su buen tío todo el tiempo de que pude disponer; pero al fin me fué forzoso abandonarlos, y bajé a casa de la marquesa muy afligido.

Describiré aquella hermosa mansión para que ustedes puedan formarse idea de su esplendor en tan célebre noche. Don Francisco Goya había sido encargado del ornato de la casa, y casi es inútil elogiar lo que corría por cuenta de tan sabio maestro. Desde la escalera hasta el salón había adornado las paredes con guirnaldas de flores y festones de ramaje, hechas aquéllas con papel y éstos con hojas de encina, ambas obras tan perfectas que nada más bello podía apetecer la vista. Las lámparas y candelillas habían sido puestas con sumo arte, también en forma de guirnaldas y festones de diversos colores, y su vivo resplandor daba fantástico aspecto a la casa toda.

El primer salón, de cuyas paredes las modas nuevas no habían desterrado aún aquellos hermosos tapices que pasaban de generación a generación, entre los tesoros vinculados, no perdía con tan espléndidas luminarias su grave aspecto; antes bien, las luces, dando reflejos extraños a las armaduras de cuerpo entero que ocupaban los ángulos, visera calada y lanza en mano, como centinelas de acero, parecían imprimir el movimiento y el calor de la vida a los imaginarios cuerpos que se suponían dentro de ellas. Alegres cuadros de toros disipaban la tristeza producida en el ánimo por otros, en cuyos oscuros lienzos habían sido retratados dos siglos antes, por Pantoja de la Cruz o por Sánchez Coello, hasta una docena de personajes ceñudos y sombríos, conquistadores de medio mundo.

Con estas joyas del arte nacional contrastaban notoriamente los muebles recién introducidos por el gusto neoclásico de la Revolución francesa, y no puedo detenerme a describiros las formas griegas, los grupos mitológicos, las figuras de Hora o de Nereida o de Hermes que sobre los relojes, al pie de los candelabros y en las asas de los vasos de flores lucían sus académicas actitudes. Todos

aquellos dioses menores que, embadurnados de oro, renovaban dentro de los palacios los esplendores del viejo Olimpo, no se avenían muy bien con la desenvoltura de los toreros y las majas que el pincel y el telar habían representado con profusión en tapices y cuadros; pero la mayor parte de las personas no paraban mientes en esta inarmonía.

El salón donde estaba el teatro era el más alegre. Goya había pintado habilísimamente el telón y el marco que componían el frontispicio. El Apolo que tocaba no sé si lira o guitarra en el centro del lienzo era un majo muy garboso, y a su lado, nueve manolas lindísimas demostraban en sus atributos y posturas que el gran artista se había acordado de las musas. Aquel grupo era encantador, y al mismo tiempo la más aguda y donosa sátira que echó al mundo con sus mágicos pinceles don Francisco Goya, porque hasta el buen *Pegaso* estaba representado por un poderoso alazán cordobés que, cubierto de arreos comunes, brincaba en segundo término. En el marco menudeaban los amorcillos, copiados con gran donaire de los pilluelos del Rastro. No era aquélla la primera vez que el autor de los *Caprichos* se burlaba del Parnaso.

Pero dejemos los salones y penetremos entre bastidores, donde el movimiento y la confusión eran tales, que no nos podíamos revolver. Se habían dispuesto varios cuartos para que los cómicos se vistieran: a Máiquez se señaló uno, otro a mi ama, y en el tercero nos vestíamos, sin distinción de sexos, todos los demás representantes venidos del teatro. Lesbia tenía por tocador el mismo de la señora marquesa, y los dos galanes aficionados se vestían en las habitaciones del amo de la casa. Creo que yo fui el primero que se arregló, trocándome de festivo Gabrielillo en el sombrío Pésaro, que es el Yago de la inmortal tragedia. El traje que me pusieron creo que no pertenecía a época ninguna de la Historia, y era como todos los que usaron los malos cómicos en las pasadas edades. Hubiera servido para hacer de paje; pero con las barbas que me aplicaron a las quijadas me transformé de tal modo, que los sastres allí presentes me dieron por el más tétrico y espantable traidor que había salido de sus manos.

Mientras se vestían los demás, di un paseo por el escenario, entreteniéndome en mirar a través de los agujeros del telón la vistosa concurrencia que ya invadía la sala. El primero a quien vi fué el joven Mañara, sentado en primera fila, junto al telón. Luego advertí que hombres y mujeres dirigieron la vista a la puerta principal, apartándose para dar paso a alguna persona que en aquel momento entraba y cuya presencia produjo en el alegre concurso general silencio, seguido después de un murmullo de admiración. Una mujer arrogante, hermosísima, entró en la sala y avanzaba hacia el centro, recibiendo los saludos de amigos y amigas. Vestía de blanco, con uno de aquellos trajes ligeros y ceñidos que llamaban *volubilis*, llevando sobre el pecho una banda de rosas que la moda designaba con el nombre de *croisures à la victime*. Su peinado de estilo griego era el que en la tecnología del arte capilar se llamaba entonces *tilette Iphigénie*. A su hermosura, a la belleza de su vestido, daba mayor realce la artística profusión de diamantes que encendían mil luces microscópicas en su cabeza y en su seno. ¿Necesitaré decir que era Amaranta?

Viéndola, no tardaron en encenderse dentro de mí, en los oscuros centros de la imaginación, aquellos fuegos vaporosos y tenues que se me representan como si una llama alcohólica bailase caracoleando dentro de mi cerebro. Mientras la contemplaba, no traje a la memoria el envilecimiento en que habría caído siguiendo en su servicio. Su hermosura era tan hechicera, tan abrumadora; su actitud tan orgullosamente noble; el imperio de sus miradas tan irresistible y despótico, que valía la pena de doblar por un momento la terrible hoja que yo había leído en el libro de su carácter misterioso. Con tal fijeza la miraba, que parecía clavado tras el telón: mis ojos trataban de buscar el rayo de los suyos; seguían los movimientos de su cabeza, y observándole las facciones y el casi imperceptible modular de sus labios, querían adivinar cuáles eran sus palabras, cuáles sus pensamientos en aquel instante. Dentro de poco se alzaría el telón; en mí se fijarían las miradas de toda aquella brillante muchedumbre, y especialmente de Ama-

ranta; atenderían a mis estudiadas palabras, y el desarrollo de la acción en que yo tomaba parte despertaría sin duda la sensibilidad, el interés, el entusiasmo de tan escogido auditorio. Estos razonamientos fueron el aguijón que acabó de despabilar la adormecida vanidad dentro de mí, y lleno de necios humos, pensé que hacerse aplaudir de tantas señoras y caballeros era una gloria cuyos rayos debían proyectar clarísima luz sobre la vida entera.

La orquesta comenzando de improviso la sonata que había de preceder a la tragedia, hizo llegar al último grado la excitación de mi cerebro. La sangre circulaba velozmente por mis venas, dándome una actividad abrasadora, y pensé que tener una casa como aquella, convidar a tantos y tan nobles amigos, recibir, obsequiar a tal conjunto de bellas damas, debía de ser la mayor satisfacción concedida al mortal sobre la tierra. Pero la tragedia iba a empezar; el apuntador estaba en la concha; Isidoro había salido de su cuarto, y la misma Lesbia, menos asustada de lo que yo suponía, se preparaba a salir a la escena. Esto me distrajo, y ya no sentí sino miedo. Pasaron algunos minutos y se alzó el telón.

La tragedia *Otelo*, o *el moro de Venecia* era una detestable traducción que don Teodoro Lacalle había hecho del *Otelo* de Dulcis, arreglo muy desgraciado del drama de Shakespeare. A pesar de la inmensa escala descendiente que aquella gran obra había recorrido desde la eminente cumbre del poeta inglés hasta la bajísima sima del traductor español, conservaba siempre los resortes dramáticos de su origen y la impresión que ejercía sobre el público era siempre asombrosa. Supongo que todos ustedes conocerán la tragedia primitiva, y así me costará poco darles a conocer las variantes. Los personajes estaban reducidos a siete. *Otelo* era el mismo. Los caracteres de Casio y Rodrigo habían sido fundidos en una figura de segundo término, llamada Loredano, que se presentaba como hijo del dux. El senador Barbantio era Odalberto, y tenía más intervención en la fábula. Desdémona no había cambiado más que de nombre, pues se llamaba Edelmira: Emilia se trocaba en Hermancia, y Yago, el trai-

dor y falso amigo del moro, tenía por nombre Pésaro. La acción estaba muy simplificada, y el recurso escénico del pañuelo había desaparecido, sustituyéndole con una diadema y una carta, que debían pasar de las manos de Edelmira a las de Loredano, para que, adquiridas luego por Pésaros y presentadas a Otelo, confirmaran la calumnia de aquél. Pero aparte de estas modificaciones, y del estilo, y de la expresión y energía de los afectos que desde la obra inglesa a la española ponían tanta distancia como del cielo a la tierra, el drama, en su estructura íntima, era el mismo, y sus escenas se repartían igualmente en cinco actos. Para abreviar intermedios, Máiquez dispuso que en aquella representación se resumiesen los actos segundo y tercero, y el cuarto con el quinto, de modo que la obra quedó en tres jornadas.

En la segunda escena, después que el dux recitó algunos versos, me correspondía salir a mí, haciendo en un parlamento no muy largo la relación de los triunfos militares de Otelo. Con voz muy temblorosa dije los primeros versos:

¡Que no hayan sido vuestros mismos ojos fieles testigos de su ardor bizarro!

Pero me fui reponiendo poco a poco, y la verdad es que no lo hice tan mal, aunque a mi pluma no corresponda el describirlo. Después entraban en escena Otelo, y más tarde Edelmira. Nada puedo decir de la perfección con que Isidoro refirió ante el Senado el modo y manera con que encendió la llama amorosa en el corazón de Edelmira, y en cuanto a ésta, debo desde luego señalarla como consumada actriz, porque en la misma escena ante el Senado declamó con una sensibilidad que habría envidiado Rita Luna.

En el primer entreacto debían recitar versos de Moratin. Arriaza y Vargas Ponce. El escenario se había llenado de personajes que deseaban felicitar a la triunfante Edelmira. Allí vi al diplomático, que no había desistido, al parecer, de hacer la corte a mi ama, pues corrió presuroso tras ella diciéndole:

—Puede usted estar segura, adorada Pepita, que nuestra pasión quedará en

secreto, pues ya se conoce mi reserva en estas delicadísimas materias.

Junto con él había subido al escenario don Leandro Moratín, el cual era entonces un hombre como de cuarenta y cinco años, pálido y serio, de mediana estatura, dulce y apagada voz, con cierta expresión biliosa en su semblante, como hombre a quien amarga la hipocondría y entristece el recelo. En sus conversaciones era siempre mucho menos festivo que en sus escritos; pero tenía semejanza con éstos por la serenidad inalterable de las sátiras más crueles, por el comendimiento, el aticismo, cierta urbanidad irónica, solapada, y la estudiada llaneza de sus conceptos. Nadie le puede quitar la gloria de haber restaurado la comedia española, y *El sí de las niñas*, en cuyo estreno tuve, como he dicho, parte tan principal, me ha parecido siempre una de las obras más acabadas del ingenio. Como hombre, tiene en su abono la fidelidad que guardó al príncipe de la Paz, cuando era moda hacer leña de este gran árbol caído. Verdad es que el poeta vivió y medró bastante a la sombra de aquél, cuando estaba en pie y podía cubrir a muchos con sus frondosas ramas. Si mi opinión pudiera servir de algo, no vacilaría en poner a don Leandro entre los primeros prosistas castellanos; pero su poesía me ha parecido siempre, exceptuando algunas composiciones ligeras, un artificio-so tejido, o mejor, una clavazón de durísimos versos a quienes no pueden dar flexibilidad y brillo todos los martillos de la retórica. Moratín, en materia de principios literarios, tenía toda la ciencia de su época, que no era mucha; pero aun así, más le hubiera valido emplearla en componer mayor número de obras, que no en señalar con tanta insistencia las faltas de los demás. Murió en 1828, y en sus cartas y papeles no hay indicio de que conociera a Byron, a Goethe ni a Schiller, de modo que bajó al sepulcro creyendo que Goldini era el primer poeta de su tiempo.

Pido mil perdones por esta digresión y sigo contando. En el escenario leía Moratín el romance *Cosas pretenden de mí*, que hizo reír a los concurrentes, porque en él pintaba con mucha gracia la perplejidad en que le ponían su médico, sus amigos y sus detractores. A ca-

da momento era el romance interrumpido por afectuosas palmadas, especialmente al llegar al pasaje en que está la conversación de los pedantes; pero ¿quién negará que en aquella composición no hace Moratín otra cosa que una apoteosis de su persona?

Dejemos al grande ingenio asfixiándose en el humo de los plácemes más lisonjeros, y sigamos la intriga del drama que iba a representarse entre bastidores, no menos patético que el comenzado sobre las tablas y ante el público.

XXIII

Al concluir el primer acto, y cuando aún no habían comenzado los poetas a recitar sus versos, sorprendí a Isidoro en conversación muy viva con Lesbia. Aunque hablaban en voz baja, me pareció oír en la boca del actor recriminaciones y preguntas del tono más enérgico, y creí advertir en el rostro de la dama cierta confusión o aturdimiento. Cuando se separaron, mi desgracia quiso que Lesbia se encarase conmigo interpellándome de este modo:

—¡Ah Gabriel! Buena ocasión de hablarte a solas. Ya podrás figurarte para qué. He vivido en la mayor inquietud desde que supe que había sido presa la persona...

—¡Ah!, usía se refiere a la carta—dije, ajustándome los bigotes postizos para disimular mi turbación.

—Supongo que no iría a manos extrañas. Supongo que la guardarías y que la habrás traído esta noche para devolvérmela.

—No, señora, no la he traído; pero la buscaré..., es decir...

—¡Cómo!—exclamó con mucha inquietud—. ¿La has perdido?

—No, señora... Quiero decir... La tengo allí..., sólo que yo...—fué la única respuesta que se me vino a las mientes.

—Confío en tu discreción y en tu honradez—dijo con mucha seriedad—, y espero la carta.

Sin añadir una palabra más se retiró dejándome muy entristecido por el grave compromiso en que me encontraba. Hice propósito de pedir nuevamente a mi ama que me devolviese la carta, y con esta idea la llamé aparte como si

fuese a confiarle un secreto, y le supliqué del modo más enfático que me diese aquel malhadado objeto, cuya devolución era para mí un caso de honra. Ella se mostró sorprendida, y luego se echó a reír diciendo:

—Ya no me acordaba de tu carta. No sé dónde está.

Comenzó el segundo acto, que no me ocupaba más que durante una escena, y concluida ésta, me retiré al interior del teatro resuelto a poner en práctica un atrevido pensamiento. Consistía éste en hacer una requisa en el cuarto de mi ama mientras ésta se hallase fuera. Cuando la *González* me quitó la carta, recién venido de El Escorial, advertí que la guardó en el bolsillo de su traje. Aquel traje era el mismo que había traído a casa de la marquesa; mas habiéndose mudado para la representación de la tonadilla, se lo quitó, y estaba colgado con otras muchas prendas, tales como mantón, chal, enaguas, etc., en una percha puesta al efecto sobre la pared del fondo. Era preciso registrar aquellas ropas. Mi ama, que dirigía la escena, indicando las salidas y disponiéndolo todo, no vendría. Yo había quedado libre por todo el acto segundo. Tenía tiempo y coyuntura a propósito para lograr mi objeto, y semejante acción no me parecía muy vituperable, porque mi fin era recobrar por sorpresa lo que por sorpresa se me había quitado.

Hícelo así, y con tanta cautela como rapidez registré los bolsillos del traje, de los cuales saqué mil baratijas, aunque no lo que tan afanosamente buscaba. Ya había perdido la esperanza de conseguir mi objeto, y casi estaba dispuesto a creer que la carta no volvía a mis manos por hallarse demasiado guardada o quizá rota y perdida, cuando sentí acelerados pasos que se acercaban al cuarto. Temiendo que ella me sorprendiera en tan fea ocupación, y no siéndome posible escapar, me oculté bajo la percha y tras los vestidos, cuyas faldas me ofrecían seguro escondite. Casi en el mismo instante entraron Isidoro y Lesbia. Aquella cerró la puerta y ambos se sentaron.

Desde mi escondrijo los veía perfectamente. Máiquez, en su traje de Otelo, parecía una figura antigua que, animada por el misterioso agente, se había des-

prendido del cuadro en que le grabara con los más calientes colores el pincel veneciano. La tinta oscura con que tenía pintado el rostro, fingiendo la tez africana, aumentaba la expresión de sus grandes ojos, la intensidad de su mirada, la blancura de sus dientes y la elocuencia de sus facciones. Un airoso turbante blanco y rojo, sobre cuya tela se cruzaban filas de engastados diamantes, le cubría la cabeza. Collares de ámbar y de gruesas perlas daban vueltas en su negro cuello, y desde los hombros hasta el tobillo le cubría un luengo traje tallado de tisú de oro, ceñido a la cintura y abierto por los costados para dejar ver las calzas de púrpura, estrechamente ajustadas. Alfanje y dagas, ambos con riquísima empuñadura, cuajada de pedrería, pendían del tahalí, y en los brazos desnudos, que imitaban el matiz artificial de la cara con una finísima calza de punto color de mulato, y terminada en guante para disfrazar también la mano, lucían dos gruesas esclavas de bronce en figura de sierpe enroscada. Dábale la luz de frente, haciendo resplandecer las facetas de las mil piedras falsas y el tornasol del tisú verdadero con que se cubría, y añadidas a estos efectos la animación de su fisonomía, la nobleza de sus movimientos, presentaba el más hermoso aspecto de figura humana que es posible imaginar.

Lesbia vestía de tisú de plata, con tanta elegancia como sencillez, y sus cabellos de oro, peinados a la antigua, obediendo más bien a la moda coetánea que a la propiedad escénica, se entrelazaban con cintas y rosarios de menudas perlas, no ciertamente falsas como las de Isidoro, sino del Oriente más puro y fino. El moro, apretando con sus negras manos las de Lesbia, blanquísimas y finas, le dijo:

—Aquí nos podemos hablar un instante.

—Sí; Pepa nos ha dicho que podríamos vernos en su cuarto—repuso ella—; pero esta cita no ha de ser larga, porque la marquesa me espera. Ya sabes que está ahí mi marido.

—¿A qué tanta prisa? ¿Por qué no me escribiste desde El Escorial?

—No pude escribir—replicó ella con impaciencia—; pero cuando hablemos despacio te explicaré...

—Ahora, ahora mismo has de contestar a lo que te pregunto.

—No seas tonto. Me prometiste no ser impertinente, curioso ni pesado—dijo con coquetería.

—Eso es lo mismo que prometer no amar, y yo te amo, Lesbia, te amo demasiado, por mi desgracia.

—¿Estás celoso, Oteló?—preguntó la dama; y luego, tomando el tono trágico, dijo entre burlas y veras:

¡Oteló mío! ¡Sí, para ti solo mi corazón reserva su cariño!

—Déjame de bromas. Estoy celoso, sí; no puedo ocultártelo—declaró el moro con viva ansiedad.

—¿De quién?

—¿Y me lo preguntás? ¿Piensas que no he visto a ese necio de Mañara, puesto en primera fila y mirándote como un idiota?

—¿Y no te fundas más que en eso? ¿No tienes otros motivos de sospecha?

—Pues si tuviera otros, desgraciada, ¿estarías con tanta calma delante de mí?...

—Poquito a poco, señor Oteló. ¿Sabes que te tengo miedo?

—En El Escorial, ese joven se ha jactado públicamente de que le amas—afirmó Isidoro, fijando tan terriblemente sus ojos en el rostro de Lesbia que parecía querer penetrar hasta el fondo del alma.

—Si te pones así, me marchó más pronto—dijo Lesbia algo desconcertada.

—He recibido varios anónimos. En uno se me decía que ese joven te escribió una carta el día de su prisión y que tú le contestaste con otra. Además, yo sé que ese hombre te obsequia, yo sé que te visitaba en Madrid. ¿Querrás darme explicaciones de esto?

—¡Ah!, tengo una grande y terrible enemiga, a quien supongo autora de los anónimos que has recibido.

—¿Quién es?

—Ya te hablé de esto en otra ocasión. Es Amaranta; y también te he dicho que tras de la enemistad de la condesa se esconde el odio de otra persona más alta. Todas las damas que en otro tiempo le servimos con fidelidad, estamos cansadas de presenciar las liviandades que han manchado el trono, y no queremos asociarnos a los escándalos que envilecen esta pobre nación. No te he

contado el motivo de nuestra querrela; pero ahora mismo la vas a saber, y no te enfades si oyes el nombre de ese Mañara, a quien tanto temes. Parece que Mañara rechazó, cual otro José, los halagos de la elevada persona, cuya pasión se trocó con esto en odio vivísimo y deseo de venganza. Al mismo tiempo, ese joven dió en hacerme la corte, y la mujer ofendida descargó sobre mí su rencor, cuando yo ni siquiera había advertido que Mañara me amaba. Jamás me fijé en semejante hombre. Se emprendió contra mí una guerra terrible y solapada; quitaron sus destinos a cuantos habían sido colocados por mi mediación, y no se pensaba más que en buscar los medios de deshonorarme. Viéndome perseguida sin motivo, me hice partidaria del príncipe de Asturias; ofrecí mi auxilio a los conspiradores, y tengo la satisfacción de haber servido eficazmente tan noble causa. A ti puedo revelártelo sin miedo; yo he sido depositaria durante algún tiempo de la correspondencia establecida entre el canónigo Escóquiz y el embajador de Francia; en mi casa se reunieron éstos varias veces con otros personajes: yo sola tenía noticias de las primeras conferencias celebradas en el Retiro; yo poseía el secreto de todos los planes descubiertos por una simpleza del príncipe; yo conocía el proyecto de casar a éste con una princesa imperial; sabía que el duque del Infantado no esperaba más que la orden firmada por Fernando para lanzar a la calle tropa y pueblo...

—Todo cuanto me dices parece inverosímil—dijo Isidoro—. Si es cierto, ¿cómo no te han perseguido abiertamente, cómo te pusieron en libertad a la media hora de estar presa?

—Ya sabía yo que no sería molestada. Poseo un escudo terrible que me defiende contra las asechanzas de la camarilla. Creo haberte contado que, cuando intervine en la primera reconciliación de Godoy, cuando intenté, por superior encargo, atraerle de nuevo a Palacio, fui depositaria de secretos cuya publicación haría estremecer de espanto a ciertas personas. Poseo papeles que rebajan y envilecen del modo más repugnante a quien los escribió, y conozco el secreto de la inversión de fondos de obras pías,

que se emplearon en lo que no tiene nada de piadoso. Esto pasó en una época en que hacíamos excursiones clandestinas fuera de Palacio, cuando Amaranta se empeñó en que Goya la retratase desnuda. Hacía un año que estaba viuda; fué cuando, por una coincidencia providencial, descubrí el gran secreto de su juventud que me reveló una mujer desconocida que vive a orillas del Manzanares, junto a la casa del pintor. Ya te lo he dicho, y pienso hacer de manera que nadie lo ignore. De un desgraciado y oculto amor que padeció Amarante antes de su matrimonio con el conde, nació una criatura que no sé si vive todavía.

—Nunca me hablaste de eso.

—Los padres de Amaranta supieron disimular su deshonor; el joven amante, que pertenecía a una noble familia de Castilla y había venido a Madrid buscando fortuna, huyó a Francia y fué muerto en las guerras de la República.

—Me has referido una curiosa novela—dijo Isidoro—; pero ¡con cuánto arte has desviado la conversación del asunto principal! Al fin confiesas que Mañara te ha hecho la corte.

—Sí; pero jamás he pensado en corresponderle, ni le trato, ni le veo, ni le hablo. Tus celos harán que por primera vez me fije en semejante hombre.

—No me convences, no; yo tengo indicios, tengo noticias de que tú amas a ese hombre. ¡Oh!, si mis sospechas se confirmaran... ¿Crees que no he advertido el éxtasis con que atiende a tu declaración?

—Procuraré entonces hacerlo mal para no conmover al público.

—No, no intentes disculparte ni disimular. ¿Por qué aseguras que no te fijas en él, si yo mismo, durante la escena del Senado, te he sorprendido mirándote, y aun me parece que le hiciste alguna seña?

—¿Yo? ¡Estás loco! ¡Ah, no sabes...! Mi marido, que dejó sus cacerías para asistir a la representación, está ahí; la pérfida Amaranta, sentada a su lado, le habla con mucho interés. Si me ves que miro al público, es porque me inspiran mucha inquietud los coloquios del duque con Amaranta. Temo que ésta le haya dirigido también algún anónimo. Su

frialidad y ademán sombrío me indican que sospecha...

—¿Lo ves?... Y con motivo fundado.

—Sí, porque sospecha de ti.

—No..., no. No trastornes la cuestión. Tú amas a Mañara; con todos tus artificios no puedes arrancar esta sospecha de mi ardiente cerebro. ¡Y ese necio está ahí gozándose en los aplausos que te prodigan, que adulan su amor propio porque se siente amado de la gloriosa artista! ¡No, no quiero que representes más! ¡Cuando contemplo desde arriba el entusiasmo de tus admiradores; cuando los veo con los ojos fijos en ti, participando de la pasión que indican tus palabras, siento impulsos de saltar del escenario para cerrarles a golpes los ojos con que te miran!

—Me haces estremecer—dijo Lesbia—. No eres Isidoro: eres Otelo en persona. Sosiégate, por Dios. Harto sabes lo mucho que te amo. ¿A qué me mortificas con celos ilusorios?

—Disípalos tú.

—¿Cómo, si ninguna razón te convence? Tu violento carácter ha de traerme algún compromiso. Modérate, por Dios, y no seas loco.

—Lo haré si me amas. Tú no sabes quién soy. Isidoro no consiente rivales ni en la escena ni fuera de ella. De Isidoro no se ha burlado hasta ahora ninguna mujer, ni menos ningún hombre. Entiéndelo bien.

—Sí, señor mío, estoy en ello—contestó Lesbia en tono jovial y levantándose para retirarse—. Pero aunque esta conversación me agrada mucho, tengo que irme. ¿Sabes que te amo?

—Quizá con razón. Pero ¿te vas tan pronto?—dijo el moro intentando detenerla aún.

—Sí, me voy—repuso Lesbia—. Ya ha concluido la tonadilla, y pronto empezará el tercer acto.

Y, ligera como una corza, se marchó. En aquel instante se oyeron los aplausos con que era saludada mi ama al acabar la tonadilla y poco después entró en su cuarto radiante de júbilo, con el rostro encendido por la emoción, y tan sofocada, que al punto dió con el cuerpo en un sofá.

XXIV

—¡Oh Isidoro! ¡Y tú no has querido oírme!—exclamó con entrecortadas palabras—. Aseguran que lo he hecho muy bien. ¡Cuánto me han aplaudido!

—¿Quieres dejarte de simplezas?—dijo Isidoro de muy mal talante.

—Y a propósito: dicen que Lesbia hace la Edelmira mejor que yo. ¡Lo que puede la hermosura! Con su buen palmito trae sin seso a todos los hombres que hay en la sala. Sobre todo, ahí está uno que no le quita la vista de encima, y parece...

—¿Quieres callar?

Después, como hombre que toma repentina resolución, se dispuso el fruncimiento temeroso de sus negras cejas, y, sentándose junto a la *González*, le habló en estos términos:

—Pepa, espero de ti un favor.

—Mándame lo que quieras.

—Siempre te has mostrado muy agradecida por todo lo que he hecho en beneficio tuyo. Varias veces has dicho: «¿Qué he de hacer, Isidoro, para corresponder a lo que te debo...? Pues bien, chiquilla: ahora puedes prestarme un gran servicio, con lo cual quedará pagado largamente el hombre que te sacó de la miseria, el que te enseñó el arte escénico, dándote posición, gloria y fortuna.

—Mi agradecimiento durará mientras viva, Isidoro—respondió la cómica con serenidad—. ¿Qué necesitas ahora de mí?...

—Si la contrariedad que experimento afectara sólo a mi corazón, la resolvería fácilmente, porque sé padecer. Pero tal vez afecte a mi amor propio; tal vez ponga en trance muy terrible mi dignidad, y me resigno a sufrir los desengaños más crueles; pero de ningún modo consiento en hacer ante mis amigos y el mundo un papel desairado y ridículo.

—Ya sé lo que quieres decir. Lesbia me ha dicho que estás celoso. ¡Si vieras cómo se ríe de ti, llamándote el pobre *Otelo*!

—No debemos fiarnos de la afición que alguna vez nos muestran esas personas tan superiores a nosotros por su clase. Un abismo nos separa de ellas, y si alguna vez las deslumbramos con

nuestro talento y nuestro arte, la ilusión les dura poco tiempo, y concluyen despreciándonos, avergonzadas de habernos amado. Todos los que hemos brillado en la escena conocemos tan triste verdad. ¿No la conoces tú también?

—Sí—dijo mi ama—; y yo creí que tú estuvieras en esa parte más aleccionado que todos los demás.

—Esas personas—prosiguió Isidoro—nos contemplan desde sus aposentos; su imaginación se trastorna viéndonos remedar los grandes caracteres, las nobles y elevadas pasiones, el amor, el heroísmo, la abnegación, y se enamoran de lo que ven, de un ser ideal, en quien se confunde con nuestra persona la del héroe que representamos. Con la imaginación excitada nos buscan entre bastidores y fuera del teatro; pero en cuanto nos tratan un poco y advierten que somos lo mismo, si no peores que los demás, que todas las sublimidades del arte escénico desaparecen con el vestido y las piedras falsas que arrojamamos al concluir el drama, se disipa de un soplo su entusiasmo y no ven en nosotros más que a una turba de tramposos y embusteros farsantes, que apenas valen el partido con que se les paga. Hasta ahora, Pepilla, no me habían afectado gran cosa los bruscos desenlaces de las aventuras con que algunas ilustres personas han honrado nuestra profesión; pero esta en que ahora me hallo me afecta profundamente, porque..., te lo diré con toda franqueza.

—¿Amas verdaderamente a Lesbia?

—Sí, por mi desgracia. Esta pasión no es de aquellas pasajeras y superficiales que pasan satisfaciendo el afán de un día. Esa mujer ha tenido el arte de ahondar en mi corazón de tal modo, que hoy empiezo a reconocer en mí el embrutecimiento que acompaña a los amores exaltados. Sin duda, su coquetería, su frivolidad, los mil artificios de su voluble carácter han realizado en mí este trastorno, y para confundirme más, los celos, la desconfianza y el temor de ser ridículamente suplantado por otro agitan mi alma de tal modo, que no respondo de lo que podrá pasar.

—¡Hola, hola! Señor Otelo, ¿ésas tenemos?—dijo mi ama festivamente— ¿A quién va usted a matar?

—No te rías, loca—continuó el moro—

¿Has visto en el salón a ese miserable Mañana?

—Sí; ocupa un sillón de primera fila, y no quita los ojos de la señora Edelmira. Verdaderamente, chico, y sin que esto sea confirmar tus sospechas, a todos los que están en el teatro ha llamado la atención el exagerado entusiasmo de ese joven, y más de cuatro han sorprendido las señas que hace a Lesbia durante la comedia. Y además..., yo no lo he visto; pero me han dicho que...

—¿Qué te han dicho?

—Que la duquesa le mira mucho también y que parece representar sólo para él, pues todas las frases notables del drama las dice volviéndose hacia el tal joven, como si quisiera arrojarle en sus brazos.

—¡Oh! Es cierto. ¿Ves?—exclamó Isidoro bramando de furor—. ¡Y se reirán todos de mí! Y ese vil currutaco... ¡Ah! Pepa..., quiero descubrir fijamente lo que hay en esto..., quiero acabar de una vez estas terribles dudas..., quiero desmascarar a esa infame, y si me engaña, si ha sido capaz de preferir al amor de un hombre como yo los necios galanteos de ese vil y despreciable petimetre... ¡Ah! Pepa. Pepa, mi venganza será terrible. Tú me ayudarás en ella; ¿no es verdad que me ayudarás? Tú me lo debes todo; yo te saqué de la miseria; tú no puedes negar a Isidoro la ayuda de tu ingenio para este fin, y proporcionándome placer tan inefable, quedará descargada de la inmensa deuda de gratitud que tienes conmigo.

Al decir esto, Isidoro se había levantado y daba vueltas en el cuarto como un león enjaulado, pronunciando con labio trémulo palabras reconrosas. Lo raro fué que mi ama, ya porque tal fuera el estado de su espíritu, ya porque creyera oportuno fingir en aquellos momentos, lejos de amedrentarse ante la ira de su amigo y maestro, contestó con risas a sus ardientes palabras.

—¿Te ríes?—dijo Máiquez deteniéndose ante ella—. Haces bien: ha llegado el momento de que hasta los metesillas del teatro se rían de Isidoro. Tú no comprendes esto, chiquilla—añadió, sentándose de nuevo—. Tú no tienes vehemencia ni fogosidad en los sentimientos. En esto te admiro, y quisiera imitarte, porque yo sé muy bien que en las

inclinaciones que hasta ahora se te han conocido has jugado con el amor, tomándolo como un pasatiempo divertido que le entretiene a uno y hace rabiar a los demás; pero hasta ahora, y Dios te libre de ello, no conoces el amor que ocasiona las mortificaciones propias, mientras los demás se ríen a costa nuestra.

—¡Qué orgulloso eres!—contestó seriamente la *González*—. Hasta en esto quieres saber más que todos.

Pues si amas de veras, guárdate de enamorarte de esos usías presumidos y orgullosos, que vendrán a ti para satisfacer su vanidad. Ellos no te amarán con noble y desinteresado amor.

—No creo que jamás pueda amar sino al que, siendo igual a mí, no se avergüence de tenerme por compañera.

—¡Oh, qué buen sentido, Pepilla! ¿Dónde has aprendido eso? Pero te aconsejo también que no ames a ningún hombre de teatro si no quieres tener rabiosos celos de todo el público femenino. ¿Sabes tú lo que es eso?

—Harto lo sé.

—¿De modo que tu amor aún está dentro del teatro? Eso sí que es una desgracia. Tu suerte consistirá en que el galán será de esos que, por falta de talento, no excitan nunca la admiración de las bellas de la platea. Serás feliz, Papilla; si quieres casarte, cuenta con mi protección.

—Estoy muy lejos de aspirar a eso.

—¿Ese bruto será capaz de no amarte? ¿Acaso vale más que tú?

—Muchísimo más—dijo la *González* aparentando con grandes esfuerzos la serenidad que no tenía.

—Apuesto a que es algún tenor de la compañía de Manolo García. Déjale de mi cuenta. Sí es cierto lo que supongo; si ese loco no te corresponde y prefiere a tu sencillo cariño el falso amor de alguna damisela de estas que arrastran su púrpura por entre los bastidores del teatro, ya sabrás lo que son celos, ¿eh?

—Demasiado lo sé y demasiado padezco, Isidoro—dijo mi ama en tono de cariñosa confianza—; pero yo tengo una ventaja sobre ti; que no poseyendo aún la certeza de tu desgracia, ignoras qué partido tomar; yo conozco ya, sin género de duda, que no soy amada, y las circunstancias se han ordenado de tal

modo, que me presentan ocasión de tomar venganza.

—¡Oh! Pepa, estás desconocida. No te creí capaz...—indicó Isidoro con energía—. Tú tomarás venganza. Descuida: te ayudaré si tú me ayudas a mí en la averiguación y en el castigo de las infamias de Lesbia. Pero dime, chiquilla, dime quién es ese hombre. Sé franca conmigo: yo soy tu mejor amigo.

—Te lo diré mas tarde, Isidoro. Por ahora me propongo guardar secreto.

—Tú vales mucho, Pepilla—añadió el cómico con acento reflexivo—. No esperaba encontrar en ti un eco tan fiel de lo que en mí está pasando. ¡Y ese miserable te desprecia por otra, ignorando las bondades de tu fiel corazón! Dime quién es. ¿Será el mismo Manuel García? Por supuesto, chiquilla, ya sabrás cuánto padece la dignidad y el amor propio al ver que otra persona posee el afecto que nos pertenece. Te mortificará horriblemente la idea de la triste figura que harás ante el mundo, el pensamiento de los comentarios que hará sobre tu ridícula posición el vulgo envidioso, y al considerar que tú la persona acostumbrada a rendir a tus pies los corazones, se ve menospreciada por uno solo, rabiará tu orgullo herido y llorarás en silencio, viéndote más baja de lo que creías.

—En esto—contestó mi ama con patética voz—no nos parecemos. Tú estás frenético de celos; pero antes que al desaire de que ha sido objeto tu corazón, atiendes a lo que sufre tu dignidad, la dignidad del gran Isidoro, que siempre desprecia sin ser nunca despreciado; te enfureces al considerar que se rien de ti los envidiosos, y esas terribles voces de venganza no las pronuncia tu amor, sino tu orgullo. Yo no soy así; amo el secreto, y si triunfara, gustaría de tener oculta mi felicidad; nada me importaría que el hombre a quien amo aparentara galantear a todas las mujeres de la tierra, con tal que en la realidad a ninguna quisiese más que a mí.

—Eres singular, Pepilla, y me estás descubriendo tesoros de bondad que no sospechaba existiesen en tu corazón.

—Yo—continuó mi ama más conmovida—no vivo más que para él, y los demás me importan poco. Contigo debo ser franca y decírtelo todo menos su

nombre, que nadie debe saber. Yo no sé cómo ni cuándo empezó mi fuesto amor, y me parece que nací con esta viva inclinación, más dominadora cuanto más intento sofocarla. Por él sacrificaría gustosa mi vida. Tú quizá no comprendas esto, ni menos que yo sacrifique mi reputación de artista, el aprecio y la admiración de la multitud. ¿Qué importa todo eso? Se ama a la persona por la persona, y no por la vanidad de poseerla.

—El que te ha inspirado tan noble cariño sin corresponder a él—dijo Isidoro con brio—es un miserable que merece arrastrar su existencia despreciado de todo el mundo. ¿No puedo saber tampoco quién es la mujer preferida?

—Tampoco debes saberlo—repitió mi ama, y después, no pudiendo contener el llanto, exclamó así—: Yo no soy cruel; yo no deseaba una venganza que puede ser muy terrible; pero se me ha venido a las manos y he de llevarla adelante.

—Haces bien—dijo Isidoro recreándose con pensamientos de exterminio—. Vengate... porque nadie ha de agradecer el género de sacrificio que has hecho de tu corazón en aras del amor. Este dios no es como el Dios cristiano. Recibe las ofrendas con orgullo y acoge las víctimas con indiferencia. Y pues no has de hallar satisfacción en ninguna parte, hártate de venganza. ¿Puedo servirte de algo?

—De mucho—dijo mi ama, secando sus lágrimas.

—Pues yo deseo contar contigo. Oye bien: Lesbia confía en tu amistad. ¿No ha celebrado en tu casa alguna entrevista con ese joven?

—Hasta ahora, no.

—Pues la celebrará. Si ella no te lo propone, propónselo tú con buenos modos.

—¿Cuál es tu objeto?

—Sorprenderla en algún sitio con ese Mañara. Ella busca siempre las casas de las amigas que no son de su clase, para evitar de ese modo la vigilancia de su familia y esposo.

—Entiendo.

—Confío en que no te dejarás sobornar por ella y en que a todas las consideraciones sobrepondrás la del servicio que me prestas a mí, tu protector, tu

amigo. Espero que te será muy fácil lo que propongo. Si van a tu casa, los entretienes allí y me avisas. Yo haré de manera que ese joven se acuerde de mí para toda la vida.

—Ya tiemblas de gozo al pensar en tu venganza—dijo mi ama—. Lo mismo me pasa a mí, pero con más motivo, porque la mía está más cercana.

—¿Puedo confiar en ti? ¿Me pondrás al corriente de todo cuanto veas?

—Puedes estar tranquilo, Isidoro. Tú no me conoces bien; en esta ocasión sabrás lo que soy.

—¿Y tú qué crees?—preguntó el moro con interés—. ¿Crees que tengo razón? ¿Lesbia amará a ese hombre?

—Sí; creo que te engaña miserablemente; creo que todos los que asisten a la representación se ríen de ti esta noche, y al afortunado amante no cabe en sí de satisfacción y de orgullo.

—¡Rayos y centellas!—dijo Máiquez con más furia—. Le escupiré a la cara desde el escenario. ¡Oh Pepilla, yo admiro y envidio tu tranquilidad! No de-sees nunca parecerte a mí; ojalá no sepas nunca lo que son estas culebras de fuego que se enroscan en mi corazón y desparraman por mis arterias su veneno. ¡Oh, qué gran talento tuvo ese poeta inglés que inventó el Oteló! ¡Qué bien pintó la rabia del celoso, la horrible frulción con que se recrea pensando que ha de poner el cuerpo ensangrentado de su rival ante los ojos de la infiel! ¡Qué razón tuvo al suponer el corazón de la mujer antro de maldades y perfidias! ¡Qué bien se comprende la espantosa determinación del moro y el terrible placer de su alma, al considerarse sepultando el cuchillo en los miembros palpitantes de quien le ofendió y arrastrar después su infame cuerpo!

—¿Qué cuerpo, Isidoro? ¿El de él o el de ella?—preguntó mi ama con frialdad.

—Los dos—contestó Oteló— cerrando los puños—. ¿Y dices que se ríen de mí? ¡Y lo saben todos, y me observan, y estoy sirviendo de espectáculo a ese miserable zascandil! De modo que Isidoro es el hazmerreír de las gentes, y tendrá que ocultarse y huir, para evitar las burlas de los insidiosos, y ya ninguna mujer se dignará mirarle a la cara. Pero tú, si sabías esto que pasa, ¿por qué no me

lo dijiste? ¡Eres tonta, sin duda! ¡Oh!, no tengo amigos verdaderos..., nadie se interesa por mi honor ni por mi decoro. ¡Estoy solo...!; pero solo, ¡vive Dios!, sabré volver al lugar que me corresponde.

Diciendo esto, se levantó con resuelto ademán. En aquel momento sonaron algunos golpes en la puerta: era la señal que llamaba a todos los actores para empezar el tercer acto. Máiquez iba a salir; pero al dar los primeros pasos, un objeto cayó de su cintura al suelo. Era la daga con puño de metal y hoja de madera plateada. Pepa, durante la conversación, había estado jugando con la larga cadena que la sostenía, y ésta se rompió.

—Se ha saltado un eslabón—dijo mi ama, recogiendo el arma—. Yo te la compondré en seguida, atándola fuertemente.

Isidoro salió, y mi ama, acercándose a una mesa arrimada a la pared de enfrente, se entretuvo durante un rato y con mucha prisa en una operación que no pude ver, pero presumí fuera la compostura de la cadena rota. Al fin salió, y quedándome solo, pude dejar mi sofocante escondite para correr a la escena.

XXV

Dió principio el último acto, donde ocurren las escenas más patéticas del drama. En él, Pesaro despierta poco a poco los celos en el alma del crédulo moro hasta que, cogiéndole con cruel y mansa columna, precipita el trágico desenlace. La importancia de mi papel me obligaba, pues, a fijar en él toda mi atención, apartándome de las impresiones últimamente recibidas. Durante mi primera escena con Oteló advertí que Máiquez, inquieto y celoso, dirigía sus miradas al joven Manera, sentado muy cerca del escenario; a causa de la ansiedad de su alma, el gran histrión desatendía impensadamente la representación. A veces algunas de mis frases se quedaban sin réplica; también suprimía él bastantes versos, y hasta llegó a trabarse su expedita lengua en uno de los pasajes donde acostumbraba hacerse aplaudir más. El auditorio estaba descontento, pues aunque conocía las genialidades de Isidoro, no creía natural que

se permitiera tales descuidos en una representación de confianza y amistad, verificada ante lo más selecto de sus admiradores. El silencio reinaba en la sala, y sólo un sordo murmullo de sorpresa o enfado acogía los versos, mal sentidos y fríamente dichos por el príncipe de nuestros actores.

Se esperaba verle repuesto en la segunda escena entre Otelo y Pésaro. Este, urdiendo muy bien la trama que ideó contra Edelmira su diabólica astucia, adquiere al fin las pruebas materiales que Otelo exige para creer en la infidelidad de la veneciana. Aquellas pruebas son una diadema entregada por Edelmira a Loredano y cierta carta que su padre le obligó a firmar, amenazándole con matarse si no lo hacía. Ni la entrega de la diadema ni la carta firmada por fuerza eran pruebas que ante la fría razón comprometerían el honor de la esposa de Otelo; pero éste, en su ciego arrebató y salvaje impetuosidad, no necesitaba más para caer en la trampa.

Antes de comenzar esta escena, y hallándome entre bastidores, oí a los concurrentes quejarse de la torpeza de Isidoro, y alguno achacó este defecto, no al gran actor, sino a mí, por haberle irritado con mi detestable declamación. Esto me ofendió, y creyéndome culpable de que saliese la tragedia tan deslucida, resolví hacer todos los esfuerzos de que era capaz para arrancar algún aplauso.

Mi ama, como he dicho, dirigía la escena, marcaba las entradas y salidas, cuidando de entregar a cada actor los objetos de que debía hacer uso durante la representación. Díome la diadema y la carta, y salí en busca de Otelo, que estaba solo en las tablas concluyendo su monólogo. Entonces empecé aquella grandiosa escena, que es patética, sublime y arrebatadora, aun después de haber sido tamizada por el romo ingenio de don Teodoro Lacalle.

—¿Sabes tú padecer?

—le dije; y al punto Isidoro, mirándome sombríamente, repuso:

—Me han enseñado

—¿Y sin agitación, el triste aviso de un infortunio grande escuchar puedes?

—Hombre soy.

—respondió con calma..

Continuó el diálogo, y parecía que Isidoro recobraba todo su genio, pues los versos, inspirados por el recelo y la ansiedad, le salían del fondo del alma. Cuando dijo:

¡Infiel! ¡La prueba necesito!

¡Conque dámela luego!,

me apretó tan fuertemente la muñeca y sus rabiosos ojos me miraron con tanta furia, que perdí la serenidad, y por un instante los versos con que yo debía contestarle huyeron de mi memoria. Pero no tardé en reponerme; le di la diadema y poco después la carta.

Mas en el momento en que vi en sus manos el funesto papel, un súbito estremecimiento sacudió todo mi ser, y me quedé mudo de espanto. En el color y en los dobleces del papel, en la forma de la letra, que distinguí claramente cuando él fijó en ella la vista, reconocí la carta que Lesbia me había dado en El Escorial para Mañana y que después mi ama sustrajo de mis ropas al llegar a Madrid.

Otelo debía leer en voz alta la carta, que, según el drama, decía: «Padre mío: Conozco la sinrazón con que os he ultrajado. Vos sólo tenéis derecho a disponer de vuestra hija—*Edelmira*.» Pero el pliego que la pícara Pepa había hecho llegar a sus manos decía: «Amado Juan: Te perdono la ofensa y los desaires que me has hecho; pero si quieres que crea en tu arrepentimiento, pruébamelo viniendo a cenar conmigo esta noche en mi cuarto, donde acabaré de disipar tus infundados celos, haciéndote comprender que no ha amado nunca, ni puedo amar, a Isidoro, ese salvaje y presumido comiquillo, a quien sólo he hablado alguna vez, deseando divertirme con su necia pasión. No faltes, si no quieres enfadar a tu *Lesbia*.

P. D.—No temas que te prendan. Primero prenderán al rey.»

Ocurrió una cosa singular. Isidoro leyó el papel en silencio; sus labios secos y lívidos temblaron, y como si aún creyera que era ilusión lo que veía, lo leyó y releyó de nuevo, mientras el público, ignorando la causa de aquel silencio, mostraba su asombro en un sordo murmullo. Isidoro, al fin, alzó la vista, se pasó las manos por la frente; parecía despertar de un sueño; balbució

algunas voces terribles; cerró los ojos, como tratando de serenarse y reanudar su papel; dió algunos pasos hacia el público y retrocedió luego. Los rumores aumentaron; llamábale el apuntador, repitiendo con fuerza los versos, hasta que, al fin Isidoro se estremeció todo, sus ojos echaban lumbre; cerró los puños, agitó los brazos y, golpeando el suelo, declamó los terribles versos:

Mira: ¿ves el papel, ves la diadema?
Pues yo quiero empaparlos, sumegirlos
en la sangre infiel y detestable,
en esa sangre impura que abomino.
¿Concibes mi placer, cuando yo vea
sobre el cadáver pálido, marchito,
de ese rival traidor, de ese tirano,
el cuerpo de su amante reunido?

Jamás estos versos se habían declamado en la escena española con tan fogosa elocuencia, con tan aterradora expresión. El artificio del drama había desaparecido, y el hombre mismo, el bárbaro y apasionado Oteló, espantaba al auditorio con las voces de su inflamada ira. Un aplauso atronador y unánime estremeció la sala; nunca los concurrentes habían visto perfección semejante.

Después, las facciones del moro se alteraron; su rostro palideció; oprimióse el pecho con ambas manos, y trocando el áspero tono de su voz en otro desgarrador y patético, dijo:

—Las recias tempestades
el viento anuncia con terrible ruido;
el rayo con relámpagos avisa
su golpe destructor, y los rugidos
del león su presencia nos advierten;
mas la mujer, con ánimo tranquilo
y aparentes halagos, nos destroza
el corazón cual párfido asesino.

Nueva explosión de entusiásticos aplausos. Las mujeres lloraban; algunos hombres no podían conservar su entereza, y lloraban también. La concurrencia estaba estremecida, atónita, electrizada; cada cual, suspensa y postergada su propia naturaleza, vivía momentáneamente con la naturaleza y las pasiones de Oteló.

La representación seguía; fué Oteló, cambió la escena y apareció la cámara de Edelmira. Entre tanto, todos me preguntaban la causa de la turbación y desasosiego de Isidoro; mas yo no sabía qué responder.

Entre bastidores le buscamos con inquietud; pero por ninguna parte le podíamos ver, ni nadie se daba razón de dónde pudiera encontrarse. Edelmira dió los versos de su monólogo con extraordinaria sensibilidad; no cesaba de mirar a Mañara, y la vanidosa coquetería de sus ojos parecía decir: «¡Qué bien represento!», mientras el afortunado amante, embebecido en contemplarla, parecía contestarle: «¡Qué guapa estás!»

Y así era. Lesbia estaba encantadora, con los cabellos sueltos sobre la espalda y el ligero vestido blanco que le ceñía el cuerpo indolente. Entró luego Hermana, la fiel amiga, y Edelmira le contó sus tristes presentimientos. ¡Qué tono tan melancólico y dulce tenía su voz al expresar el temor de la muerte! ¡Cuán grande interés despertaba su dolor! Aunque ya había visto muchas veces la misma tragedia dentro de la escena y había perdido toda ilusión, en aquella noche sentía un terror inexplicable y me conmovía la suerte de la infeliz e inocente Edelmira.

La esposa de Oteló, ansiando desahogar la sofocante angustia de su pecho, toma el arpa y entona la canción de Laura al pie del sauce, cuyos lastimeros quejidos son la voz de la misma muerte. Edelmira, a quien Manuel García había enseñado la hermosa cantata, la dijo con dulce y poética expresión. Su voz nos penetraba hasta los huesos y nos hacía estremecer con horripilante escalofrío, como el contacto de una hoja de acero.

Cesó la canción y sonó la tempestad en el interior del teatro. El público hallábase tan impresionado, que ni siquiera aplaudía. Acostóse Edelmira, y todo quedó en profundo silencio. Oteló debía aparecer, y en el breve momento en que estuvo la escena muda, profundísimo silencio reinaba en la sala. Creí sentir el palpar de los corazones; pero sólo escuchaba las oscilaciones del mío. Ardorosa inquietud se había apoderado de mí, y miré en torno buscando una persona de confianza a quien comunicar mis recelos; pero no vi sino el pálido semblante de mi ama, que se esforzaba en reír, diciendo:

—¡Qué bien ha hecho Lesbia su papel! Me confieso derrotada, pues representa mil veces mejor que yo. Pero aho-

ra verán ustedes a Isidoro. Esta noche está más inspirado que nunca.

Observé a Máiquez, que ya decía los primeros versos de la escena junto al lecho de la veneciana. Su rostro aparentaba una serenidad meditabunda. Cuando alzó las cortinas del lecho y dijo con voz calmosa:

—No..., tú morirás... ¡Cuánto realzan tu hermosura estas lúgubres antorchas!

Un rumor confuso surgió del apiñado auditorio: lloraban casi todas las mujeres, y los hombres se esforzaban en sostener el decoro de la insensibilidad. Oteló acerca su rostro al de Edelmira y dice con extasiado amor:

—¡Con qué pureza respirar la siento!
¿Qué poderoso hechizo es el que arrastra mi persona a la suya con tal fuerza?

Edelmira despierta con sobresalto. Oteló disimula al principio; mas luego no oculta el objeto que le trae, y Edelmira, aterrada y confusa, jura que es inocente. Nada convence al terrible moro, que, mudando de improviso la expresión de su fisonomía, exclama con ferocidad y descompuestos ademanes:

Mírame, ¿me conoces..., me conoces...?

El auditorio se estremeció de terror. Algunas señoras se desmayaron y oyéronse voces acongojadas que decían: «Piedad, piedad para Edelmira; es inocente...; ese infame Pésaro tiene la culpa...; que traigan a Pésaro.»

Isidoro sacó el papel y lo mostró con fiero ademán a Lesbia, quien lanzó un grito terrible, sin decir los versos que correspondían en aquel momento. Oteló se acercó más a Edelmira, y Edelmira hizo un movimiento para saltar del lecho. Se le habían olvidado los versos; pero, al fin, dominando un poco su turbación, recordó algo, y el diálogo siguió así:

EDELMIRA. Y ¿qué quieres decirme?
OTELÓ. Preparaos.
EDELMIRA. Pero ¿a qué?
OTELÓ. Este acero os lo señala.

Diciendo esto, Isidoro desenvainó la daga; en lugar de la hoja de madera plateada vimos brillar en su mano una reluciente hoja de acero. La conmoción

fué general entre bastidores. Lanzóse Edelmira del lecho con precipitación y azaramiento y recorrió la escena gritando como una loca: «¡Favor, favor..., que me mata!... ¡Al asesino!»

No puedo pintaros lo que fué aquel momento en la escena y fuera de ella. Los espectadores de primera fila trataron de subir al escenario en el momento en que Lesbia, perseguida por Isidoro, fué asida por el vigoroso brazo de éste. En el mismo instante, no pudiendo contenerme, me abalancé hacia la dama, como impulsado por un resorte, y abracéme estrechamente a ella. El puñal de Isidoro se levantó sobre mí. La presencia inesperada de una víctima extraña hizo, sin duda, que el moro volviera en sí de su furiosa obcecación; conmovióse todo; diríase que un velo ante sus ojos se descorría; arrojó el puñal, quiso recobrar su aplomo, pronunció algún verso, clavando sus manos en mí, como si yo fuera Edelmira; ésta, desprendiéndose de mis brazos, cayó al suelo desmayada, y al punto nos vimos rodeados de multitud de personas. Todo esto pasó en unos cuantos segundos.

XXVI

El escenario se llenó de gente. Lesbia, alzada al instante del suelo, fué objeto de solícitos cuidados. Al poco rato recobróse de su desmayo, abrió los ojos y dijo algunas palabras. No tenía la más ligera lesión, y todo había concluido sin más consecuencias que el susto. Su palidez y la alteración de su rostro eran extraordinarias; pero aún había entre los circunstantes una persona más alterada y más pálida: era Pepita.

Isidoro parecía embrutecido y avergonzado. Transcurrió media hora, y cuando fué indudable que no había ocurrido ninguna desgracia, entablóse una discusión muy viva sobre aquel acontecimiento, que la mayoría de los presentes consideraba desde el punto de vista artístico: era opinión de muchos que, exaltado hasta un extremo de delirio el genio artístico de Máiquez, se identificó con su papel de un modo perfecto.

—Pues lejos de ser éste el camino de la perfección artística—dijo Moratín—; lleva derecho a la corrupción del gusto

y extinguirá en las ficciones el decoro y la gracia, para confundirlas con la repugnante realidad.

—Ni eso es representar ni eso es nada—dijo Arriaza, que, como es sabido, detestaba a Isidoro—. Desde que ese caballero introdujo aquí la escuela francesa, ha corrompido el arte de la declamación.

—Nunca he visto a Máiquez tan apasionado y fogoso—indicó un caballero que se unió al grupo—. Me parece que en la escena ha pasado algo extraño a la representación.

Otro joven acercó sus labios al oído del primero, y por un rato habló en voz muy baja. A los cuchicheos siguieron pronto las risas. Pasó Mañara no lejos de allí, y todos fijaron la vista en él.

—Bien se explica la ferocidad de Isidoro—dijo uno.

—Hasta aquí—añadió Moratín—, siempre se le ha visto contenerse dentro del límite de las conveniencias escénicas.

—Me acuerdo de cuando Isidoro era un pedazo de hielo—dijo Arriaza—. En el teatro no le llamaban sino el *mar-molillo*.

—Es verdad—agregó Moratín—. Pero cuando volvió de París vino muy corregido, y no puede negarse que es un actor de gran mérito. En lo patético no tiene igual; en lo trágico suele carecer de fuego; pero esta noche lo ha tenido de sobra.

—Le he tratado bastante—dijo un tercero—. Es hombre de pasiones enérgicas. Como actor consumado, comprende bien que el arte es una ficción, y representando no deja nunca de ser comedido y decoroso. Esta noche, sin embargo, le hemos visto tal cual es.

Otro personaje se acercó al grupo.

—¿Qué le ha parecido a usted, señor duque, el desenlace de la tragedia?—le preguntó Arriaza.

—¡Magnífico! Esto se llama representar—contestó el marido de Lesbia—. Parecía la misma realidad. Pero no consentiré que mi esposa salga otra vez a la escena. Representa demasiado bien y entusiasmo y trastorna a los actores que la acompañan.

Un abanico tocó el hombro del señor duque; volviéndose éste, y Amaranta entró en el corrillo. Todos la saludaron, dispu-

tándose a porfía el honor de dirigirle la palabra. Ella habló así:

—Bien dije a usted, señor duque, que no había nada que temer. Un exceso de inspiración dramática, y nada más.

—El exceso es malo en todo; yo creí que la duquesa iba a perecer a manos de Isidoro por un exceso de inspiración.

—Además—dijo Amaranta—, habría, tal vez, alguna causa que no conocemos...

Al decir esto, pareció que los pies de la hermosa dama habían tocado algún objeto arrojado en el escenario. Apartóse vivamente, apartáronse todos, y las faldas de Amaranta, al deslizarse sobre el piso, dejaron ver un papel arrugado. Como si aquel papel fuese un tesoro de inestimable precio, la condesa bajóse a cogerlo, y después de mirarlo rápidamente lo guardó en su bolsillo. Era la carta fatal, como diría un novelista.

—¿Alguna causa que no conocemos?...—preguntó el duque, continuando la conversación interrumpida.

—Sí—contestó la dama—; y me parece que puedo sacarle a usted de dudas... Pero tengo que ir al cuarto de la *González*. Allí le aguardo a usted y hablaremos.

Quedaron solos los hombres otra vez. La condesa atravesó la escena preguntando por Isidoro.

—¿Será posible—decía—que no pueda representarse *La venganza del Zurdillo*? ¡Pepa!... Pero ¿dónde está Pepa?

Esta pregunta se dirigió a mí, y al instante marché en busca de mi ama. No estaba en su cuarto, y sí en el de Máiquez, quien, una vez pasada la excitación del terrible momento, se esforzaba en aparecer tranquilo y hasta risueño, aunque era fácil conocer que la rabia no se había extinguido en su pecho.

—¡Qué broma tan pesada, Isidoro!—dijo la condesa, asomándose a la puerta—. Aún no me he recobrado del susto.

—Es verdad, señora—dijo el actor—; pero la señora duquesa tiene la culpa, por la perfección con que ha hecho su papel. Su incomparable talento tuvo el don, no sólo de transportarla a ella, sino de transportarme a mí mismo a la esfera de la realidad. Jamás me ha pasado cosa igual desde que piso las tablas. Un actor inglés, representando en cierta ocasión a Otelo, mató a la cómica que hacía de Desdémona. Esto

me parecía inverosímil; pero ahora comprendo que puede ser verdad.

—Pero ¿se suspenderá *La venganza del Zurdillo*?

—Por ningún caso. Hace falta reír un poco, señora condesa.

Retiróse ésta, y después que salieron algunos amigos de Máiquez, que le acompañaban, el actor quedó solo con mi ama y conmigo.

—Ven acá—me dijo el actor, apretándome vigorosamente el brazo—. ¿Quién te dió aquella carta?

Señalé a mi ama.

—Fuí yo—dijo ésta—. Quería que conocieras el corazón de Lesbia.

—¿Por qué no me la diste en otra parte? Me has puesto al borde del abismo; he estado a punto de cometer un crimen. Mi furor fué tan grande cuando leí aquel papel, que lo olvidé todo, y aunque en el instante que estuve fuera de la escena procuré serenarme, mi cólera se encendió más y... ya sabes lo que pasó. Cuando la vi en la escena final, quise contenerme; pero sus miradas, su acento, me irritaban cada vez más, y sentí en mí una crueldad, una fiereza que nunca había conocido. Recordaba sus tiernas promesas, sus apasionados arrebatos de amor, su falsa sencillez, y por un momento creí que hasta era un deber castigar a aquel monstruo de falsedad o hipocresía. Cuando saqué el puñal y advertí que era una hoja de acero, experimenté un placer indecible. ¡Ay Pepa! ¡Qué momento! No sé cómo no la maté; no sé cómo en aquel instante no me perdí y me deshonoré para siempre. Si Gabriel no se hubiera abrazado a ella, cubriéndola con su cuerpo, creo que a estas horas... No lo quiero pensar.

—A estas horas—dijo mi ama—estarías llorando sobre el cadáver de tu amante, herida por tu propia mano.

—No, Pepa, no; ya no la quiero. La lectura de la carta ha ahuyentado de mí todo sentimiento amoroso; ya no tengo para ella más que un desprecio, una repugnancia de que no puedes formar idea. Me espanto de haber amado a semejante mujer. Pero di: ¿fuiste tú quien trocó el puñal del teatro por la hoja de acero?

—Sí; yo fui.

—¿Luego tú—exclamó con asombro—lo preparaste todo? ¿Qué interés, qué intención...?

—¡La aborrezco con toda mi alma!

—¡Y quisiste hacerme instrumento de un crimen! Hace poco hablabas de tu venganza. ¿Por qué aborreces a Lesbia?

—La aborrezco porque... la aborrezco.

—¿Y no te remuerde la conciencia de un sentimiento que te lleva hasta el crimen?

—¡La conciencia!... ¡Un crimen!...

—exclamó mi ama con cierta enajenación; y después, ocultando el rostro entre las manos, empezó a llorar amargamente—. ¡Oh! ¡Dios mío, qué desgraciada soy!

—Pepa, ¿qué tienes? ¿Qué es eso?

—dijo Isidoro, sentándose junto a ella y apartándole las manos del rostro—. Pero ¿tú...? ¿Conque tú...? ¿De modo que tú...?

Dieron golpes en la puerta, y una voz dijo:

—El sainete, que va a empezar el sainete.

El aviso no distrajo a los dos actores. Pepa seguía llorando; Isidoro, lleno de asombro.

XXVII

Creí prudente retirarme, no sólo porque allí no hacía falta ninguna, sino porque en mi mente bullía, inquietándome mucho, un proyecto que al fin decidí poner en ejecución sin demora. Dirigime con firme resolución al cuarto de mi ama. Amaranta estaba allí y estaba sola.

—¡Oh Gabriel!—me dijo—. ¿Tienes valor para presentarte delante de mí? ¿Sabes que tienes un modo singular de despedirte? Veo que eres un farsantuelo de quien nadie debe fiarse. Di: ¿es ésa la lealtad con que tú acostumbras pagar a tus favorecedores?

—Señora—repliqué, desafiando al rayo de sus ojos, como el marino desafia la tempestad—, el oficio a que usía me pensaba dedicar en Palacio no era de mi gusto. Si no me despedí de mi ama, fué porque el temor de que me prendieran me obligó a salir del Real Sitio.

—No puedo negar—dijo, riendo—que te burlaste con mucha gracia del licenciado Lobo. Bien decía yo que eras un chico de mucha disposición. Pero el talento más fecundo permanece oculto has-

ta que encuentra ocasión de mostrarse. Aquel rasgo de ingenio habría sido completo, habría sido sublime, si me hubieras entregado la carta.

—No me la habían dado para usía.

—Lo cierto es que no fué a poder de su dueña. Pepa te la quitó y ha hecho de ella el uso que sabes. Tampoco ella quiso entregármela; pero, al fin, la casualidad la ha traído a mis manos. ¿La ves?

—Creo que usía me la entragará, porque esa carta es mía, me pertenece, tengo que devolverla a su dueño—dijo con resolución.

—¡Devolvértela! ¡Tú estás loco!—exclamó Amaranta, riendo como quien oye un gran desatino.

—Sí, señora, porque el recobrarla es para mí una cuestión de honor.

—¡Honor!—dijo la dama, riendo más fuerte—. ¿Acaso tienes tu honor? ¿Sabes tú lo que es eso, chiquillo?

—¿Pues no he de saberlo?—respondió—. Cuando usía me propuso el oficio de espía sentí que se me subía un calorillo a la cara, y me pareció que me estaba viendo a mí mismo en aquel empleo y en los de engañar, fingir y mentir...; y viéndome, me daba espanto..., y un sudor se me iba y otro se me venía, porque el Gabriel que mi madre echó al mundo se entretiene a veces oyendo lo que él mismo se dice por dentro acerca de la manera de ser caballero, decente y honrado. Cuando la señora duquesa me pidió su carta y yo no podía dársela, sentí el mismo embarazo..., y también me ocurrió que no devolviendo el papel y permitiendo que otras personas sigan haciendo mal uso de él, el señor Gabrielillo no vale dos cuartos. Si esto no es el honor, que venga Dios y lo vea.

Amaranta pareció muy sorprendida de estas razones, y me dijo con bondad:

—Tales ideas no son propias de ti. Tiempo habrá, cuando seas hombre, de tener todo el honor que quieras. Cada vez te encuentro más propio para desempeñar a mi lado los empleos de que te hablé. Me parece que has empezado bien el curso en la universidad del mundo; y, o mucho me engaño, o te bastarán pocas lecciones para ser maestro.

—Creo que usía no se equivoca—respondí—; y en cuanto a las lecciones que

usía me ha dado, me parece que han sido de provecho.

—¿Y no renuncias a tus proyectos de ser... como decías?...—me preguntó irónicamente.

—No, señora; sigo en mis trece—contesté sin turbarme—; y a lo mejor va a tener usía el gusto de verme príncipe, o tal vez rey, en cualquier reino que las damas de la Corte sacarán para mí. Si no hay más que ponerse a ello, como dice Inesilla.

—Pero di, chicuelo: ¿de veras creíste tú que ya te estaban labrando la espada de general o la corona de duque?

—Como ésta es noche. Y usía, que se me figuraba una divinidad bajada del Cielo para favorecerme, acabó de trastornarme el juicio, enseñándome lo que hacer debía para echarme auestas el manto regio, o, cuando menos, para ponerme los galones de capitán general.

—Parece que te burlas. ¿Qué quieres decir?

—Digo que desde que usía me manifestó que el camino de la fortuna estaba en escuchar tras de los tapices y en llevar y traer chismes de cámara en cámara, se han arreglado las cosas de tal modo, que, sin querer, estoy descubriendo secretos, y aunque quiero taparme las orejas, las picaronas se empeñan en oír...

—¡Ah! Tú quieres revelarme algo que has oído—dijo Amaranta con complacencia—. Siéntate y habla.

—Lo haré de buena gana si usía me devuelve la carta de la señora duquesa.

—Eso no lo pienses.

—Pues entonces callaré como un marmolejo. En cambio, contaré una historia parecida a la que usía me refirió, aunque no es tan bonita. No la he leído en ningún libro viejo, sino que la oí... Estas condenadas orejas mías...

—Pues empieza—dijo la condesa con alguna perplejidad.

—Hace quince años había en Madrid una damita muy guapa, muy guapa, que se llamaba..., no me acuerdo su nombre. Esto no pasaba en ningún reino apartado ni antiguo, sino en Madrid, y no se trata de sultanes ni de grandes ni pequeños visires, sino de una damita muy linda, la cual damita se enamoró de un joven de buena familia que vino a la corte a buscar fortuna. Parece que

los padres se oponían; pero la damita amaba ciegamente al joven, y como todo lo vence el amor, entre éste y el demonio proporcionaron a los dos jóvenes entrevistas secretas que...

Amaranta se puso pálida, y su mismo asombro la hizo enmudecer.

—Pues es el caso que la damita dió a luz una criatura—continuó.

—No estoy aquí para oír necedades—dijo ella, dominando su ira.

—Pronto concluyo. Dió a luz una criatura; huyó el joven a Francia, temiendo ser perseguido, y los padres de la damita se dieron tan buena maña para echar tierra sobre aquel negocio, que nada se supo en la Corte. La damita se casó después con el conde de no sé cuántos, y... nada más.

—Veo que eres rematadamente necio. No quiero oír más tus simplezas—dijo la dama, cuyo semblante se cubría de vivísimo carmín.

—Aún falta un poquito. Más tarde lo descubrieron algunas personas y hablaron de esto en sitio donde yo lo oí; pero como soy tan curioso y ahora ando amaestrándome en los chismes y enredos para ver si llego a general o a príncipe, no me contento con aquellas noticias, y voy a que me dé más una mujer que vive a orillas del Manzanares, junto a la casa de don Francisco Goya.

—¡Oh!—exclamó Amaranta, furiosa—. Sal de aquí, desvergonzado mozalbete. ¿Qué me importan tus ridículas historias?

—Y como estas noticias no tienen valor hasta que no se traten de aquí para ahí, pienso comunicárselas a la señora marquesa para que me ayude en mis pesquisas. ¿No cree usía, señora condesa, que ésta es una excelente idea?

—Veo que sabes manejar la calumnia y las bajas y miserables intrigas. Supongo quién habrá sido tu maestro. Vete, Gabriel; me repugnas.

—Me iré y callaré; pero es preciso que usía me devuelva la carta.

—Miserable rapaz, ¿quieres burlarte de mí, quieres medir conmigo tus indignas armas?—exclamó, levantándose de su asiento.

Su actitud decidida me turbó un poco; pero hice esfuerzos para reponerme, y seguí:

—Para hacer fortuna no hay medio mejor que el espionaje y la intriguilla; el que posee secretos graves lo tiene todo, y ahora salimos con que voy a conseguir dos mitras, ocho canonjías, veinte bastones de coronel, cien capellanías y mil plazas de contaduría para todos mis amigos.

—Déjame, no quiero verte. ¿Has oído?

—Pero antes me dará usía la carta. Si no, he de llevar un recadito a la señora marquesa o al señor diplomático, que, como hombre reservado, a nadie lo dirá.

—¡Ah imbécil! ¡Cuánto te desprecio!—dijo, revolviendo en su bolsillo con febril inquietud—. Toma, toma la carta, vete con ella y jamás vuelvas a ponerte delante de mí.

Diciendo esto, arrojó en el suelo la carta, que recogió un servidor de ustedes.

Después, sentándose de nuevo, volvió hacia mí su rostro, siempre bello, y me dijo:

—¿Quién te ha enseñado estas travesuras? Eres un necio.

—De los necios se hacen los discretos—contesté—. Dando con un buen maestro... ¡Si usía no me hubiera despabilado tanto...! Oyendo y viendo se aprende mucho, señora; y yo, desde que entré al servicio de usía hasta hoy no he desperdiciado el tiempo. Bien haya quien me abrió los ojitos que ven y las orejas que oyen. Para ser discreto es preciso haber sido tonto.

Cuando pronuncié esta extraña sentencia, Amaranta echó sobre mí una mirada de orgulloso desdén y señalóme la puerta. ¡Ay! Estaba hermosa, hermosa como nunca. Su noble ademán, sus mejillas teñidas de leve púrpura, el incendio de sus ojos, la agitación de su seno, encantaban la vista y no era posible aborrecerla. Indudablemente, señores, el mal es a veces lindísimo.

Ya me marchaba, cuando entró el señor duque, acompañado del diplomático.

—Aquí estoy, Amaranta—dijo el primero. Me habló usted de causas que no conocemos...

—No le haga caso, sobrina—exclamó el marqués—. ¿Pues no ha dado en la flor de estar celoso? Y dice que en el caso de Otelo él haría lo mismo.

—Sí—dijo el duque—. Si yo sospechara de mi mujer, la mataría.

—No me referí a nada que no fuese algún motivo artístico—indicó secamente Amaranta.

—No consiento que mi mujer salga más a las tablas en compañía de ese bárbaro Otelo. La pobrecita habrá padecido mucho. Pero veo que en mi ausencia han ocurrido grandes novedades. Parece que también han querido ponerla presa. ¡Pobre cordera mía! ¿Cómo es posible que haya dado motivos para eso?... ¡Si es la bondad, si es la dulzura en persona!...

—Son tantos los que han sido incluidos en la causa...—dijo Amaranta—. Pero por mediación mía se la puso al instante en libertad.

—¡Oh! Gracias, querida condesa. Verdad es que Lesbia es amiga de usted desde la infancia, y entre amigas... Y ¿no se la molestará más?

—No—dijo el diplomático—. Felizmente, puede arrancarse de la causa todo lo que conviene. ¿No es verdad, sobrina?

—Sí; precisamente se ha hecho eso con todo lo que se refiere al príncipe, porque como ha confesado y hecho acto de contrición de sus graves faltas... Los jueces tienen buena mano, y suprimirán todo lo que se quiera, dejando la causa tal como convenga presentarla al público.

—Esto está muy bien dispuesto—afirmó el diplomático—, y prueba que hay tacto en el Gobierno. ¿Y Napoleón?

—Napoleón ha exigido que no se le nombre para nada, y por esto ha sido preciso eliminar también cuanto a él se refiere. Aunque consta que el príncipe le escribió y tuvo tratos con su embajador, los jueces se comerán todas las declaraciones y documentos en que esto se vea, para que Bonaparte quede contento.

—Bien, bien; eso me tranquiliza—afirmó el diplomático con mucho énfasis—, y así lo pondré en conocimiento del príncipe Borghese, del príncipe Piombino, de su alteza del gran duque de Aremburg. Por supuesto, os encargo que no digáis a nadie mis propósitos. ¿Lo oyes, Amaranta? ¿Lo oye usted, señor duque? ¡Ah! Al duque no se le puede confiar un secreto. Todo lo digo.

—¿Qué?—preguntó Amaranta.

—Por más que me empeño en que la más absoluta reserva sirva de impene-

trable velo a lo que ocurre entre la González y yo...

—El señor marqués no abandona sus antiguas mañas.

—No, hijo; es que sin saber cómo ni cuándo... Nada he puesto de mi parte. Hace tiempo que Pepita ha manifestado que hallaba en mí cierto encanto... Pero la pícara no se cuida de disimular; ahora mismo, durante el sainete, me echaba unas miradas... ¡Y qué bien ha representado! Nunca la he visto tan alegre, tan graciosa, tan juguetona, tan vivaracha. La verdad es que me está comprometiendo. ¿Lo creerás, sobrina? Yo me empeño en ocultarlo, porque... ya sabes..., ése es mi carácter, y ella..., pero si todo el mundo lo sabe... Al concluir el sainete no he podido menos de acercarme a ella, y le he dicho: «Disimule usted, Pepa; no olvide usted que la reserva es hermana gemela de la... digo, del amor.» Sin duda, por obedecer esta advertencia se ha marchado con Isidoro, fingiéndose muy contenta en su compañía. Ambos iban muy amartelados, y cualquiera menos listo que yo los habría tenido por amantes.

—Tal vez—dijo Amaranta.

Salí del cuarto. Cuando, después de buscar ávidamente a Lesbia por el escenario, di con ella al fin y le entregué la carta, me dijo con gran ansiedad, mientras la guardaba:

—¡Ah Gabrielillo! Esta noche me has salvado la vida dos veces.

XXVIII

No quise estar más allí; salí decidido a huir para siempre del vergonzoso arri-mo de cómicos y danzantes, de damas intrigantuelas y de hombres corrompidos y fatuos. Al salir, un vivo deseo de correr a casa de Inés llenaba mi alma toda. Volé al cuarto piso, tomando la escalera pobre, y por el camino, en mi precipitada marcha, iba arrojando los postizos y adornos que me habían servido para la representación. Aquí dejé las barbas y bigotes; allí, las plumas de mi sombrero; mas allá, la escarcela, y, por último, eché a rodar el tahalí y el collar. Me parecían prendas de ignominia, que no debían ir sobre mí al presentarme en la casa del reposo.

Subí y entré. El padre Celestino me abrió la puerta, y al punto advertí que sus ojos habían llorado.

—La pobre doña Juana ha muerto hace dos horas—dijo, contestando a mis preguntas.

Esta noticia dió a todo mi ser el frío y la inmovilidad de una estatua. Sepulcral silencio reinaba en la casa. En el fondo del pasillo vi la puerta de la sala, cuyo recinto iluminaba una claridad rojiza. Acerquéme con pasos lentos y conviniendo con la mano el latir de mi corazón, que parecía querer salirseme del pecho. Desde el umbral vi el cuerpo de la santa mujer, vestido de negro, sobre el mismo lecho en que había sido abandonado por el alma; sus manos cruzadas, en actitud de orar; sus cerrados ojos y la apacible y tranquila expresión de su semblante, blanco como el márjol, más que el aspecto de la triste muerte, dábanle la fisonomía propia de un recogimiento meditabundo y de aquel místico sueño que es en las gentes de exaltada piedad como un viaje al Cielo para volver.

Junto a ella, y sentada en el suelo, con la cabeza entre las manos y apoyada en el lecho, estaba Inés. Su llanto tranquilo era natural desahogo de un dolor resignado, propio de quien acostumbra relacionar las penas y las alegrías con la voluntad suprema. No hizo movimiento alguno para mirarme, ni yo seguramente lo merecía. Una sola vela de cera, cuya llama puntiaguda y movable señalaba al Cielo con leve oscilación, iluminaba la silenciosa sala; y las imágenes de vírgenes y santos que había en la pared, como afectadas de la fúnebre tristeza del cuadro, parecían tener en sus rostros inusitada gravedad.

A pesar de mi aflicción, no experimentaba ante aquel espectáculo una especie de alivio moral que me es imposible expresar con palabras. Aquella tranquilidad que acompañaba a una gran pena: aquella paz de espíritu que cubría el dolor, como las alas del misterioso ángel protegen el alma, al salir turbada y temerosa del cuerpo peccador; aquel silencio de la mujer muerta que me hacía oír en lo profundo de mi mente un lejano y celeste coro de triunfante música; el sereno llorar de la huérfana, cuyo dolor modesto no acusaba a la suerte ni a la casualidad, ni a otro al-

guno de los irrisorios dioses que ha creado el holgazán entendimiento humano; aquel aspecto de resignación, el reposo imperturbable que ni aun la muerte había alterado en aquella mansión de la conciencia pura de los deberes, de la religión, del sencillo amor, fueron para mi espíritu como un aura serena, como un templado y regenerador ambiente que equibra la atmósfera, por tempestades revuelta o agitada por opuestas corrientes. Jamás he podido comparar con más propiedad mi alma con la imagen de un terso lago, de igual y no alterada superficie, ni jamás he distinguido con tanta claridad el lejano fondo. Cual si mi pecho hubiese estado por largo tiempo privado de fácil respiración, mis pulmones se dilataron y mi aliento sacaba del corazón un gran peso.

El cura me sacó de tales abstracciones llamándome fuera.

—La pobre Juana—me dijo, enjugando una lágrima—no tuvo tiempo de ver satisfecho el deseo de toda su vida.

—¿Pues qué? Usted...

—Sí, hijo mío. Poco antes de su muerte recibí este papel, en que se me nombra ecónomo de la iglesia parroquial de Aranjuez. Al fin se me ha hecho justicia. No me ha cogido de nuevas, y bien te decía yo que había de ser esta semana. ¿Ves, Gabrielillo? Dios acude oportunamente a nosotros en esta desgracia. Ya Inés no quedará desamparada ni tendrá que pedir auxilio a los parientes de Juana.

—¡Pobre Inés!...—exclamé—. A ella consagraré mi vida entera. Viviré por ella y sólo por ella.

—¡Ah!—dijo el clérigo—. Ocurre una cosa singularísima, querido Gabriel. ¿Sabes que la pobre Juana me ha hecho, antes de morir, una revelación que...? A ti puedo confiarlo, porque casi eres de la familia.

—¿Que?

—Después que confesó llumóme aparte y me dijo que Inés no es hija suya... ¡Si vieras qué historia tan singular! Estoy contentado, contento. Pues si Inés no es hija suya, sí de una gran señora que...

—¿Qué dice usted?

—Lo que oyes: la verdadera madre... Ya comprenderás que se trata de una de esas secretas aventuras que deshonoran a una noble familia. La verdadera

madre abandonó a esa pobre niña, y... y te contaré despacio.

—Pero el nombre, el nombre de esa señora es lo que yo quiero saber.

—A revelármelo iba Juana; su relación la había fatigado mucho, y la palabra tembló en sus labios, ya paralizados por la muerte.

Tal noticia produjo en mí espantosa confusión; volví a la sala y contemplé a la muerta, casi esperando que sus labios pudieran articular el deseado nombre.

—¿Es posible, Dios mío—dije, dirigiendo mi mente al Cielo—, que no hagas bajar un rayo de vida a este yerto cadáver para que su fría lengua se mueva y pronuncie una sola palabra?

En mi ansiedad, hasta tuve por un momento la esperanza de que el cadáver, reanimado por mis ruegos, volviese a la vida para revelarme el misterio del nacimiento de Inés.

—¡Qué loco soy!—dije después—. No faltarán medios de averiguarlo.

XXIX

Desde entonces Inés fué para mí el resumen de la vida. Si antes no la hubiera amado, su desgracia me habría inclinado con invencible fuerza hacia ella.

Cuando se acerca el fin de la jornada causa gozo el considerar de qué extraña manera nos prepara la Providencia, allá en los comienzos de nuestra vida, el camino que hemos de recorrer, y hasta los tropiezos o facilidades, penas y alegrías que en él hemos de encontrar. El tránsito de la niñez a la juventud parece el esbozo de un drama, cuyo plan apenas se entrevé en el balbuciente lenguaje de los primeros afectos y en la indecisión turbulenta de las primeras acciones varoniles.

Cosas hay en mi vida que parecerán de novela, aunque no creo que esto sea peculiar en mí, pues todo hombre es

autor y actor de algo que, si se contara y escribiera, habría de parecer escrito y contado para entretenimiento de los que buscan recreo en las vidas ajenas, hastiados de la propia por demasiado conocida. No hay existencia que no tenga mucho de lo que hemos convenido en llamar *novela* (no sé por qué), ni libro de este género, por insustancial que sea, que no ofrezca en sus páginas algún acento de vida real y palpitante.

Empleé los dos mil reales en el entierro de la difunta y en el viaje que el padre Celestino y la huérfana hicieron a Aranjuez, donde se instalaron. Yo regresé a Madrid. Inés, reclamada después por los parientes de doña Juana, sufrió martirios y desgracias, cuyo recuerdo hace aún estremecer de angustia mi corazón. Creímos al fin asegurada nuestra felicidad; pero vinieron adiagos y terribles días, aquellos días que se anunciaban de un modo terrorífico en nuestras imaginaciones, como el presentimiento de una catástrofe. Yo, con ser casi un niño, no me libraba de la aprensión general, y por mi mente pasaban, a modo de relámpagos, ideas tan tristes como vagas acerca de desastres futuros. En la atmósfera, en el ambiente moral del pueblo había no sé qué sombras avanzadas de aquellos desastres no conocidos todavía. Sin explicarme el motivo de mis temores, yo creía ver por todas partes la imagen lúgubre de la guerra con formas que no podía determinar, y aquella imagen pasaba ante mí veloz, horripilante, ordenándome que la siguiera ¡Oh! ¡Cuán pronto corrimos tras ella todos los españoles! Vino la revolución de Aranjuez; vino el Dos de Mayo, día de sangre y luto; los franceses inmolaron muchas víctimas; Inés cayó en poder de los invasores... Pero ahora me faltan fuerzas para relatar tan horrosos acontecimientos. Estoy fatigado y necesito tomar aliento para seguir contando.

Madrid, abril-mayo de 1873.

EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO

I

EN marzo de 1808, y cuando habían transcurrido cuatro meses desde que empecé a trabajar en el oficio de cajista, ya componía con mediana destreza y ganaba tres reales por ciento de líneas en la imprenta del *Diario de Madrid*. No me parecía muy bien aplicada mi laboriosidad ni de gran porvenir la carrera tipográfica; pues aunque toda ella estriba en el manejo de las letras, más tiene de embrutecedora que de instructiva. Así es que, sin dejar el trabajo ni aflojar mi persistente aplicación, buscaba con el pensamiento horizontes más lejanos y esfera más honrosa que aquella de nuestra limitada, oscura y sofocante imprenta.

Mi vida, al principio, era tan triste y tan uniforme como aquel oficio, que en sus rudimentos esclaviza la inteligencia sin entretenerla; pero cuando había adquirido alguna práctica en tan fastidiosa manipulación, mi espíritu aprendió a quedarse libre, mientras las veinticinco letras, escapándose por entre mis dedos, pasaban de la caja al molde. Bastábame, pues, aquella libertad para soportar con paciencia la esclavitud del sótano en que trabajábamos, el fastidio de la composición y las impertinencias de nuestro regente, un negro y tiznado cíclope, más propio de una herrería que de una imprenta.

Necesito explicarme mejor. Yo pensaba en la huérfana Inés, y todos los organismos de mi vida espiritual describían sus amplias órbitas alrededor de la imagen de mi discreta amiga, como los mundos subalternos que voltean sin cesar en torno del astro que es base del sistema. Cuando mis compañeros de trabajo hablaban de sus amores o de sus trapicheos, yo, necesitando comuni-

carme con alguien, les contaba todo sin hacerme de rogar, diciéndoles:

—Mi amiga está en Aranjuez con su reverendo tío, el padre don Celestino Santos del Malvar, uno de los mejores latinos que ha echado Dios al mundo. La infeliz Inés es huérfana y pobre; pero no por eso dejará de ser mi mujer, con la ayuda de Dios, que hace grandes a los pequeños. Tiene dieciséis años, es decir, uno menos que yo, y es tan linda, que avergüenza con su carita a todas las rosas del Real Sitio. Pero díganme ustedes, señores: ¿qué vale su hermosura comparada con su talento? Inés es un asombro, es un prodigio; Inés vale más que todos los sabios, sin que nadie le haya enseñado nada. Todo lo saca de su cabeza, y todo lo aprendió hace cientos de miles de años.

Cuando no me ocupaba en estas alabanzas, departía mentalmente con ella. En tanto, las letras pasaban por mi mano, trocándose de brutal y muda materia en elocuente lenguaje escrito. ¡Cuánta animación en aquella masa caótica! En la caja, cada signo parecía representar los elementos de la creación, arrojados aquí y allí, antes de empezar la grande obra. Poníalos yo en movimiento, y de aquellos pedazos de plomo surgían sílabas, voces, ideas, juicios, frases, oraciones, periodos, párrafos, capítulos, discursos, la palabra humana en toda su majestad; y después, cuando el molde había hecho su papel mecánico, mis dedos lo descomponían, distribuyendo las letras; cada cual se iba a su casilla, como los simples que el químico guarda después de separados; los caracteres perdían su sentido, es decir, su alma, y tornando a ser plomo puro, caían, mudos e insignificantes, en la caja.

¡Aquellos pensamientos y este meca-

nismo todas las horas, todos los días, semana tras semana, mes tras mes!... Verdad es que las alegrías, el inefable gozo de los domingos compensaban todas las tristezas y angustiosas cavilaciones de los demás días. ¡Ah! Permitid a mi ancianidad que se extasíe con tales recuerdos; permitid a esta negra nube que se alboroce y se ilumine tras pasada por un rayo de sol. Los sábados eran para mí de una belleza incomparable; su luz me parecía más clara; su ambiente, más puro; y, en tanto, ¿quién podía dudar de que los rostros de las gentes eran más alegres y el aspecto de la ciudad más alegre también?

Pero la alegría no estaba sino en mi alma. El sábado es el precursor del domingo, y a eso del mediodía comenzaban mis perparativos del viaje, de aquel viaje al cielo que mi imaginación renueva hoy, sesenta y cinco años después. Aún me parece que estoy tratando con los trajineros de la calle Angosta de San Bernardo sobre las condiciones del viaje; me ajusto al fin, y no puedo menos de disertar un buen rato con ellos acerca de las probabilidades de que tengamos una hermosa noche para la expedición. En seguida me lavo una, dos, tres, cuatro veces, hasta que desaparezcan de mi cara y manos las últimas huellas de la aborrecida tinta, y me paseo por Madrid esperando que llegue la noche. Duermo un poco, si la inquietud me lo permite, y cuando el reloj del Buen Suceso da las doce campanadas más alegres que han retumbado en mi cerebro, me visto a toda prisa con mi traje nuevo, corro al lado de aquellos buenos arrieros, que son, sin disputa, los mejores hombres de la tierra; subo al carromato, y ya estoy en viaje.

Con voluble atención, observo todos los accidentes del camino, y mis preguntas marean y enfadan a los conductores. Pasamos el Puente de Toledo; dejamos a la derecha mano los caminos de Carabanchel y de Toledo, el portazgo de las Delicias, el ventorrillo de León; las ventas de Villaverde van quedando a nuestra espalda; dejamos a la derecha los caminos de Getafe y de Parla, y en la venta de Pinto descansan un poco las caballerías. Valdemoro nos ve pasar por su augusto recinto, y la casa de Postas de Espartinas ofrece nuevo des-

canso a las perezosas mulas. Por fin, nos amanecé bajando la cuesta de la Reina, desde donde la vista abarca toda la extensión del inmenso valle en que se juntan Tajo y Jarama; atravesamos el famoso puente largo; entramos más tarde en la calle larga, y al fin ponemos el pie en la plaza del Real Sitio.

Mis miradas buscan entre los árboles y sobre las techumbres la modesta torre de la iglesia. Corro allá. El señor don Celestino está en la misa, que, por ser día festivo, es cantada. Desde la puerta oigo la voz del tío de Inés, que exclama: *Gloria in excelsis Deo*. Yo también canto *gloria* en voz baja, y entro en la iglesia. Una alegría solemne y grave, que da idea de la bienaventuranza eterna, llena aquel recinto y se reproduce en mi alma como en un espejo. Los vidrios incoloros permiten que entre abundante luz y que se desparezca por la bóveda desnuda, sin más pinturas que las del yeso mate. El altar mayor es todo oro; los santos y retablo, todos polvo: en el primero veo al santo varón, que se vuelve hacia el pueblo y abre sus brazos; después consume; suenan las campanillas dentro, y las campanas fuera; se arrodivan todos, golpeándose el pecho pecador. El oficio adelanta y concluye; durante él he mirado sin cesar los grupos de mujeres sentadas en el suelo y de espalda a mí; entre aquellos centenares de mantillas negras distingo la que cubre la hermosa cabeza de Inés. La conocería entre mil.

Inés se levanta cuando todo ha concluido, y sus ojos me buscan entre los hombres, como los míos la buscan entre las mujeres. Por fin me ve, nos vemos; pero no nos decimos una palabra. Le ofrezco agua bendita, y salimos. Parece que nuestras primeras palabras al vernos juntos han de ser arrebatadas y vehementes; pero no decimos cosa alguna que no sea insignificante. Nos reímos de todo.

La casa está a espaldas de la iglesia, y entramos en ella cogidos de las manos. Hay un patio con un ancho corredor, en cuyos gruesos pilares retuerce sus brazos negros, ásperos y leñosos una vieja parra, junto a un jazmín que aguarda la primavera para echar al mundo sus mil flores. Subimos, y allí nos recibe don Celestino, cuyo cuerpo no se

cubre ya con la sotana verdinegra de antaño, sino con otra flamante. Comemos juntos, y luego los tres, Inés y yo delante, él detrás, apoyándose en un bastón, nos vamos a pasear al jardín del Príncipe, si hace buen tiempo y los pisos están secos. Inés y yo charlamos con los ojos o con las palabras; pero no quiero referir ahora nuestros poemas. A cada instante, el padre Celestino nos dice que no andemos tan aprisa, porque no pueda seguimos, y nosotros, que deseáramos volar, detenemos el paso. Por último, nos sentamos a orillas del río, y en el sitio en que el Tajo y el Jarama, encontrándose de improviso, y cuando seguramente el uno no tenía noticias de la existencia del otro, se abrazan y confunden sus aguas en una sola corriente, haciendo de dos vidas una sola. Tan exacta imagen de nosotros mismos no puede menos de ocurrírsele a Inés al mismo tiempo que a mí.

El día se va acabando, porque, aunque a nuestros corazones les parezca lo contrario, no hay razón ninguna para que se altere el sistema planetario, dando a aquel día más horas que las que le corresponden. Viene la tarde, el crepúsculo, la noche, y yo me despido para volver a mis galeras; estoy pensativo, hablo mil desatinos, y a veces me parece que me siento muy alegre, a veces muy triste.

Regreso a Madrid por el mismo camino, y vuelvo a mi posada. Es lunes, día que tiene un semblante antipático, día de somnolencia, de malestar, de pereza y aburrimiento; pero necesito volver al trabajo, y la caja me ofrece sus letras de plomo, que no aguardan más que mis manos para juntarse y hablar; pero mi mano no conoce en los primeros momentos sino cuatro de aquellos negros signos, que al punto se reúnen para formar este solo nombre: *Inés*.

Siento un golpe en el hombro: es el cíclope o regente, que me llama holgazán y me pone delante un papelejo manuscrito que debo componer al instante. Es uno de aquellos interesantes y conmovedores anuncios del *Diario de Madrid*, que dice: «Se necesita un joven de diecisiete a dieciocho años, que sepa de cuentas, afeitarse, algo de peinar, aunque sólo sea de hombre, y guisar si se ofreciere. El que tenga estas

partes, y, además, buenos informes, puede dirigirse a la calle de la Sal, número 5, frente a los peñeros, lonja de laneería y pañolería de don Mauro Requejo, donde se tratará del salario y demás.»

Al leer el nombre del tendero, un recuerdo viene a mi mente.

—Don Mauro Requejo—digo—. Yo he oído este nombre en alguna parte.

II

He recordado días tan felices, y ahora me corresponde contar lo que me pasó en uno de aquellos viajes. No se olvide que he empezado mi narración en marzo de 1808 y cuando yo había honrado el Real Sitio con diez o doce de mis visitas. En el día a que me refiero llegué cuando la misa había concluido, y desde el portal de la casa un armonioso son de flauta me anunció que don Celestino estaba tan alegre como de costumbre, señal de que nada desagradable ocurría en la modesta familia. Inés salió a recibirme, y hechos los primeros cumplidos, me dijo:

—El tío Celestino ha recibido una carta de Madrid que le ha puesto muy alegre.

—¿De quién?—pregunté.

—No me lo ha dicho su merced, ni tampoco lo que la carta reza; pero él está contento, y dice... que la carta trae muy buenas noticias.

—Eso es particular—añadí, confundido—. ¿Quién puede escribir desde Madrid cartas que a ti te traigan buenas noticias?

—No sé; pero pronto saldremos de dudas—repuso Inés—. El tío me dijo: «Cuando venga Gabriel, y nos sentemos a la mesa, os contaré lo que dice la carta. Es cosa que interesa a los tres: a ti principalmente, porque eres la favorecida; a mí porque soy tu tío, y a él porque va a ser tu novio cuando tenga edad para ello.»

No hablamos más del caso, y entré en el cuarto del buen sacerdote y humanista. Una cama, cubierta de blanquísima colcha rameada de verde, ocupaba el primer puesto en el reducido local. La mesa de pino, con dos o tres sillas que le servían de simétrica compañía, llenaba el resto, y aún quedaba espacio

para una cómoda estrambótica, con chapas y remiendos de diversos palos y metales. Completaban tan modesto ajuar un crucifijo y una virgen vestida de terciopelo y acribillada de espadas y rayos, ambas imágenes con sendos ramos de carrasca o de olivo clavados en varios agujeritos que para el caso tenían las penas. Los libros, que eran muchos, no cubrían, por el orden de su colocación, más que media mesa y media cómoda, dejando hueco para algunos papeles de música y otros en que borrajaba versos latinos el buen cura. Desde la ventana se veía un huerto no mal cultivado, y a lo lejos las elevadas puntas que aquellos olmos eminentes que guarnecen, como hileras de gigantescos centinelas, todas las avenidas del Real Sitio. Tal era la habitación del padre Celestino.

Sentámonos los tres, y el tío de Inés me dijo:

—Gabrielillo, tengo que leerte una poesía latina que he compuesto en loor del serenísimo señor príncipe de la Paz, mi paisano, amigo y aun creo que pariente. Me ha costado una semanita de trabajo; que componer versos latinos no es soplar a los buñuelos. Verás, te la voy a leer, pues aunque tú no eres hombre de letras, qué sé yo..., tienes un pícaro gancho para comprender las cosas... Luego pienso enviarla a Sánchez Barbero, el primero de los poetas españoles desde que hay poesía en España; y no me hablen a mí de fray Luis de León, de Rioja, de Herrera ni de todos esos que compusieron en romance. Fruslerías y juegos de chicos. Un verso latino de Sánchez Barbero vale más que toda esa jerga de epístolas, sonetos, silvas, églogas, canciones con que se emboba el vulgo ignorante... Pero vuelvo a lo que decía, y es que antes que aquel fénix de los modernos ingenios la examine, quiero leértela a ti, a ver que te parece.

—Pero, señor don Celestino, si yo no sé ni una palabra de latín, a no ser *Dominus vobiscum* y *bobilis bobilis*.

—Eso no importa. Precisamente, los profanos son los que mejor pueden apreciar la armonía, la rimbombancia, el *ore rotundo* con que tales versos deben escribirse—dijo el clérigo con tenacidad implacable.

Inés me dirigió una mirada en que me recomendaba, con su habitual sa-

biduría, la abnegación y la paciencia para soportar al prójimo impertinente. Ambos prestamos atención, y don Celestino nos leyó unos cuatrocientos versos, que sonaban en mi oído como una serie de modulaciones sin sentido. El parecía muy satisfecho, y a cada instante interrumpía su lectura para decirnos:

—¿Qué os parece este pasajillo? Inés, a esa figura llamamos *litote*, y a este paloteo de las palabras para imitar los ruidos del mar tempestuoso de la nación cuando lo surca la nave del Estado, diestramente guiada por el timonel que yo me sé, se llama *onomatopeya*, la cual figura va encajada en otra, que es la *alegoría*.

Así nos fué leyendo toda la composición, de la cual figúrense ustedes lo que entenderíamos. Aún conservo en mi poder la obra de nuestro amigo, que empieza así:

*Te, Godoie, canam: pacis tua munera cœlo
Inserere ægrediar: per te Pax alma biformem
Vinela recusantem conduxit carcere Janum.*

Cuatrocientos versos por este estilo nos tragamos Inés y yo, siendo de notar que ella atendía a la lectura con tanta formalidad como si la comprendiera, y aun en los pasajes más ruidosos hacía señales de asentimiento y elogio para contentar al pobre viejo: ¡tal era su discreción!

—Puesto que os ha agradado tanto, hijos míos—dijo don Celestino, guardando su manuscrito—, otro día os leeré parte del poema. Lo dejo para mejor ocasión, y así se comparte el placer entre varios días, evitando el empacho que produce la sucesión de manjares demasiado dulces y apetitosos.

—¿Y piensa usted leérsela también al príncipe de la Paz?

—¿Pues para qué la he escrito? A su alteza serenísima le encantan los versos latinos..., porque es un gran latino..., y pienso darle un buen rato uno de estos días. Y a propósito, ¿qué se dice por Madrid? Aquí está la gente bastante alarmada. ¿Pasa allí lo mismo?

—Allá no saben qué pensar. Figúrese usted, la cosa no es para menos. Temen a los franceses, que están entran-

do en España a más y mejor. Dicen que el rey no dió permiso para que entrara tanta gente, y parece que Napoleón se burla de la Corte de España y no hace maldito caso de lo que trató con ella.

—Es gente de pocos alcances la que tal dice—repuso don Celestino—. Ya saben Godoy y Bonaparte lo que se hacen. Aquí todos quieren saber tanto como los que mandan; de modo que se oyen unos disparates...

—Lo de Portugal ha resultado muy distinto de lo que se creía. Un general francés se plantó allá, y cuando la familia real se marchó para América, dijo: «Aquí no manda nadie más que el emperador, y yo en su nombre. Vengan cuatrocientos milloncitos de reales; vengán los bienes de los nobles que se han ido al Brasil con la familia real.»

—No juzguemos por las apariencias —dijo don Celestino—; sabe Dios lo que habrá en eso.

—En España van a hacer lo mismo —añadió—; y como los reyes están llenos de miedo, y el príncipe de la Paz tan aturullado que no sabe qué hacer...

—¿Qué estás diciendo, tontuelo? ¿Cómo tratas con tan poco respeto a ese espejo de los diplomáticos, a esa natilla de los ministros? ¿Que no sabe lo que se hace?

—Lo dicho, dicho. Napoleón los engaña a todos. En Madrid hay muchos que se alegran de ver entrar tanta tropa francesa, porque creen que viene a poner en el trono al príncipe Fernando. ¡Buenos tontos están!

—¡Tontos, mentecatos, imbéciles! —exclamó con énfasis el padre Celestino.

—Lo que fuere sonará. Si vienen con buen fin esos caballeros, ¿por qué se apoderan por sorpresa de las principales plazas y fortalezas? Primero se metieron en Pamplona, engañando a la guarnición; después se colaron en Barcelona, donde hay un castillo muy grande que llaman el Montjuich. Después fueron a otro castillo que hay en Figueras, el cual no es menos grande, el mayor del mundo, según dice Pacorro Chinitas, y lo cogieron también, y, por último, se han metido en San Sebastián. Digan lo que quieran, esos hombres no vienen como amigos. El ejército español está trinando; sobre todo, hay que oír a los oficiales que vienen del Norte y han visto a los franceses en las plazas

fuertes...; le digo a usted que echan chispas. El Gobierno del rey Carlos Cuarto está que no le llega la camisa al cuerpo, y todos conocen la barbaridad que han hecho dejando entrar a los franceses; pero ya no tiene remedio... ¿Sabe usted lo que se dice por Madrid?

—¿Qué, hijo mío? Sin duda, alguna de esas vulgarísimas aberraciones propias de entedimientos romos. Ya lo he dicho: nosotros no entendemos de negocios de Estado. ¿A qué viene el comentar las combinaciones y planes de esos hombres eminentes, que se desviven por hacernos felices?

—Pues allá dicen que la familia real de España, viéndose cogida en la red por Bonaparte, ha determinado marcharse a América, y que no tardará en salir de Aranjuez para Cádiz. Por supuesto, los partidarios del príncipe Fernando se alegran, y creen que esto les viene de perillas para que el otro suba al trono.

—¡Necios, mentecatos! —exclamó el tío de Inés, incomodándose de nuevo—. ¡Pensar que había de consentir tal cosa el señor príncipe de la Paz, mi paisano, mi amigo y aun creo que pariente!... Pero no nos incomodemos fuera de tiempo, Gabriel, y por cosas que no hemos de resolver nosotros. Vamos a comer, que ya es hora, y el cuerpo lo pide.

Inés, que se había retirado un momento antes, volvió a decirnos que la comida estaba pronta. Durante ella, el respetable cura nos comunicó el contenido de la misteriosa carta que había llegado a la casa por la mañana.

—Hijos míos—dijo cuando los tres habíamos tomado asiento—, voy a participaros un suceso feliz; tú, Inesilla, regocíjate. La fortuna se te entra por las puertas, y ahora vas a ver cómo Dios no abandona nunca a los desvalidos y menesterosos. Ya sabes que tu buena madre, que santa gloria haya, tenía un primo llamado don Mauro Requejo, comerciante en telas, cuya lonja, si no me engaño, cae hacia la calle de Postas, esquina a la de la Sal.

—Don Mauro Requejo...—dije yo, recordando—, justamente. Doña Juana le nombró delante de mí varias veces, y ahora caigo en que ese comerciante pone en el *Diario* unos anuncios que me dan bastante que hacer.

—Le recuerdo—dijo Inés—. El y su hermana eran los únicos parientes que

tenía mi madre en Madrid. Por cierto que siempre se negó a favorecernos, aunque lo necesitábamos bastante: dos veces le vi en casa. ¿Creería su merced que fué a consolarnos, a socorrernos? No; fué a que mi madre le hiciera algunas piezas de ropa, y después de regatear el precio, no pagó más que la mitad de lo tratado, y decía: «De algo ha de servir el parentesco.» El y su hermana no hablaban más que de su honradez, o de lo mucho que habían adelantado en el comercio, y nos echaban en cara nuestra pobreza, prohibiéndonos que fuéramos a su casa, mientras nos nos encontráramos en posición más desahogada.

—Pues digo—afirmé con enfado—que ese don Mauro y su señora hermana son dos grandísimos pillos.

—Poco a poco—continuó el cura—. Déjame acabar. El primo de tu madre habrá faltado; pero lo que es ahora, sin duda, Dios le ha tocado en el corazón, y se dispone a enmendar sus yerros, favoreciéndote como buen pariente y hombre caritativo. Ya sabes que es bastante rico, gracias a su laboriosidad y mucha economía. Pues bien: en la carta que he recibido esta mañana, me dice que quiere recogerte y ampararte en su casa, donde estarás como una reina; donde no te faltará nada, ni aun aquello de que gustan tanto las damiselas del día, tal como joyas, trajes bonitos, perfumes primorosos, guantes y otras fruslerías. En fin, Dios se ha acordado de ti, sobrinita. ¡Ah! ¡Si vieras qué interés tan grande demuestra por ti en sus cartas; qué alabanzas tan cariñosas hace de tus méritos; si vieras cómo te pone por esas nubes, cómo lamenta tu orfandad y cómo se enternece considerando que eres de su misma sangre, y que, a pesar de esta natural preeminencia, careces de lo que a él le sobra! Te repito que, trabajando mucho y ahorrando más, el señor Requejo ha llegado a ser muy rico. ¡Qué porvenir te espera, Inesilla! El párrafo más conmovedor de la carta de tus tíos—añadió, sacando la epístola—es éste: «¿A quién hemos de dejar lo que tenemos sino a nuestra querida sobrinita?»

Inés, confundida ante tan inesperado cambio en los sentimientos y en la conducta de sus antes crudelísimos parien-

tes, no sabía qué pensar. Me miró, buscando, sin duda, en mis ojos algo que le diera luz sobre tan inexplicable mudanza; mas yo, que algo creía comprender, me guardé muy bien de dejarlo traslucir ni con palabras ni con gestos.

—Estoy asombrada—dijo la muchacha—; y por fuerza, para que mis tíos me quieran tanto, ha de haber algún motivo que no comprendemos.

—No hay más sino que Dios les ha abierto los ojos—dijo don Celestino, firme en su ingenuo optimismo—. ¿Por qué hemos de pensar mal de todas las cosas? Don Mauro es un hombre honrado: podrá tener sus defectillos; pero ¿qué valen esos ligeros celajes del alma cuando está iluminada por los resplandores de la caridad?

Inés, mirándose, parecía decirme:

—Y tú, ¿qué piensas?

Algunos meses antes de aquel suceso yo hubiera acogido las proposiciones de don Mauro Requejo con el imprevisor optimismo, con el necio entusiasmo que aflúan de mi alma juvenil ante los acontecimientos nuevos e inesperados; pero los contratiempos me habían dado alguna experiencia: conocía yo los rudimentos de la ciencia del corazón, y el mío principiaba a reunir ese tesoro de desconfianzas, merced a las cuales medimos los pasos peligrosos de la vida. Así es que respondí sencillamente:

—Puesto que ese tu reverendo tío era antes un bribón, no sé por qué hemos de creerle santo ahora.

—Tú eres un chicuelo sin experiencia—me dijo don Celestino, algo enojado—, y yo no debiera consultar esto contigo. ¡Si sabré yo distinguir lo verdadero de lo falso! Y, sobre todo, Inés, si él quiere favorecerte poniéndote en pie de gente grande; si él quiere gastarse sus ahorros con su querida sobrina, ¿por qué no lo has de aceptar? Mucho más podría decirte; pero él mismo en persona te explicará mejor el gran cariño que te tiene.

—Pues qué—preguntó Inés, turbada—, ¿vendrá a Aranjuez?

—Sí, chiquilla—repuso el clérigo—. Yo te reservaba esta noticia para lo último. El domingo próximo tendrás el gusto de ver aquí a tu amado tío y protector. ¡Ah Inés! Mucho sentiré separarme de ti; pero serviráme de consuelo la idea de que estás contenta, de que disfrutas

mil comodidades que yo no te puedo dar. Y cuando este viejo incapaz eche un paseito a Madrid para visitarte, espero que le recibirás con alegría y sin orgullo; espero que no te ofuscará la ruin vanidad al considerarte en posición superior a la mía, porque, tío por tío, hermano soy de tu difunto padre, mientras que el otro...

Don Celestino estaba conmovido, y yo también, aunque por distinta causa.

—Sí—continuó el cura—. Dentro de ocho días tendremos aquí a ese eminente tendero de la calle de la Sal. Me dice que, habiendo comprado unas tierras en Aranjuez, junto a la laguna de Ontigola, vendrá con el doble objeto de conocer su finca y verte. El espera que irás a Madrid en su compañía y en la de su hermana doña Restituta, a quien también tendremos el gusto de ver en casa.

Después de oír esto, todos callamos. Revolviendo en mi cabeza extraños y no muy alegres pensamientos, dije a Inés:

—Pero ese hombre, ¿es casado?

Ella leyó en mi interior con su intuición incomparable, y me respondió con viveza:

—Es viudo.

Después volvimos a callar, y sólo don Celestino, tarareando una antifona, interrumpía nuestro grave silencio.

III

Tristísimo sobre toda ponderación me volví a Madrid, y pasé toda la semana meditabundo y como alelado, deseando y temiendo que el domingo siguiente llegase, porque de un lado la curiosidad y de otro el temor solicitaban mi espíritu. Tan grande era mi sobresalto en la noche del sábado, que no pegué los ojos, y de madrugada me fui al mesón de la calle de la Aduana a buscar un acomodo en cualquier galera que partiese para el Real Sitio. Mi escasez de numerario me puso en peligro de no poder ir, lo que me desesperaba y afligía extraordinariamente.

Pero con ruegos y razones sutilísimas, unidas al poco dinero que tenía, logré ablandar el corazón duro de un carromatero, que al fin consintió en llevarme. Las tres mulas emplearon no sé si un siglo en el viaje. Yo temía que se me

adelantarán los tíos de Inés; pero no fué así. Cuando llegué, don Celestino estaba en la misa mayor; entré en la iglesia lo mismo que los domingos anteriores; pero el templo me pareció triste y fúnebre. Al salir di agua bendita a Inés, esperamos al buen párroco en la puerta de la sacristía y nos fuimos los tres a la casa. ¡Cosa singular! No hablamos nada por el camino. Los tres suspirábamos. Durante la comida, traté de animar a los demás con fingido buen humor; pero no pude conseguirlo. Viendo la tardanza de la anunciada visita, yo creí que los Requejos no vendrían; pero mi alegría se disipó cuando estábamos concluyendo de comer. De improviso, sentimos ruido de voces en el patio de la casa; levantámonos, y saliendo yo al corredor, oí una voz hueca y áspera que decía: «¿Vive aquí el latino y músico don Celestino Santos del Malvar, cura de la parroquia?»

Don Mauro Requejo y su hermana doña Restituta, tíos de Inés, habían llegado.

Entraron en la habitación donde estábamos, y al punto que don Mauro vió a su sobrina, dirigióse a ella con los brazos abiertos, y al estrecharla entre ellos, exclamó, endulzando la voz:

—¡Inés de mi alma, inocente hija de la pobre Juana! Al fin, al fin te veo. Bendito sea Dios que este consuelo me da. ¡Qué linda eres! Ven, déjame que te abraze otra vez.

Doña Restituta hizo lo mismo, pero exagerando hasta lo sumo el mohín lacrimoso de su rostro, así como la apretura de sus brazos; y luego que ambos hubieron desahogado sus amantes corazones, saludaron a don Celestino, quien no pudo menos de derramar algunas lágrimas al ver tal explosión de sensibilidad. Por mi parte, de buena gana habría correspondido con bofetones a los abrazos con que estrujaban a Inés aquellos gansos, cuya descripción no puedo menos de considerar ahora como indispensable.

Don Mauro Requejo era un hombre izquierdo. Creo que no necesito decir más. ¿No habéis entendido? Pues lo explicaré mejor. ¿Ha sido la Naturaleza, o es la costumbre, quien ha dispuesto que una mitad del cuerpo humano se distinga por su habilidad y la otra mitad por su torpeza? Una de nuestras

manos es inepta para la escritura, y en los trabajos mecánicos sólo sirve para ayudar a su experta compañera, la derecha. Esta hace todo lo importante: en el piano ejecuta la melodía; en el violín lleva el arco, que es la expresión; en la esgrima maneja la espada; en la náutica, el timón; en la pintura, el pincel; es la que abofetea en las disputas; la que hace la señal de la cruz en el rezo, y la que castiga el pecho en la penitencia. Iguales disposiciones tiene el pie derecho; si algo eminente y extraordinario ha de hacerse en el baile, es indudable que lo hará el pie derecho; él es también el que salta en la fuga, el que golpea la tierra con ira en la desesperación, el que ahuyenta al perro atrevido, el que aplasta al sucio reptil, el que sirve de ariete para atacar a un despreciable enemigo que no merece ser herido por delante. Esta superioridad mecánica, muscular y nerviosa de las extremidades derechas se extiende a todo el organismo. Cuando estamos perplejos, sin saber qué dirección tomar, si el cuerpo se abandona a su instinto, se inclinará hacia la derecha, y los ojos buscarán la derecha como un oriente desconocido. Al mismo tiempo, en el lado siniestro todo es torpeza; todo subordinación, todo ineptitud; cuanto hace por sí resulta torcido, y su inferioridad es tan notoria, que ni aun en desarrollo puede igualar al otro lado. La mitad de todo hombre es generalmente más pequeña que la otra: para equilibrarlas, sin duda, se dispuso que el corazón ocupara el costado izquierdo.

Hemos hecho tan fastidiosa digresión para que se comprenda lo que dijimos de don Mauro Requejo. Los dos lados de aquel hombre eran dos lados izquierdos; es decir, que todo él era torpe, inepto, vacilante, inhábil, pesado, brusco, embarazoso. No sé si me explico. Parecía que le estorbaban sus propias manos: al verle mirar de un lado para otro, creíase que buscaba un rincón donde arrojar aquellos miembros inútiles, cubiertos con guantes sin medida, que quitaban la sensibilidad a los oprimidos dedos, hasta el punto de que su dueño no los conocía por suyos.

Habíase sentado en el borde de la silla, y sus piernas, pequeñas y rígidas, no eran los miembros que reposan con compostura: extendíanse a un lado y

otro, como las dos muletas que un cojo arrima junto a sí. Ya no le servían para nada, sino para arrastrar de aquí para allí los pesados pies. Al quitarse el sombrero, dejándolo en el suelo; al limpiarse el sudor con un luengo pañuelo de cuadros encarnados y azules, parecía el mozo de cuerda que se descarga de un gran fardo. La buena ropa que vestía no era adorno de su cuerpo, pues él no estaba vestido con ella, sino ella puesta en él. En cuanto a los guantes, embruteciéndole las manos, se las convertían en pies. A cada instante se tocaba los dijes del reloj y los encajes de las chorreras para cerciorarse de que no se le habían caído; pero como tras la gamuza había desaparecido el tacto, necesitaba emplear la vista, y esto le hacía semejante a un mono que al despertar una mañana se encontrase vestido de pies a cabeza.

Su inquietud era extraordinaria, como la de un cuerpo mortificado por infinito número de picazones, y cada pliegue del traje debía hacer llaga en sus sensibles carnes. A veces, aquella inerte manopla de ante amarillo, rellena de dedos tiesos e insensibles, partía en dirección del sobaco, o de la cintura, con la ansiosa rapidez de una mano que va a rascar; pero se contenía, subiendo a acariciar la barba recién afeitada. También movía con frecuencia el cuello, como si algún bicho extraño agarrado a su occipucio juguetease en el pescuezo entre el pelo y la solapa. Era el colete ensebado que irreverentemente se metía entre piel y camisa o escarbaba la oreja. La mano de ante amarillo se alzaba también en aquella dirección; pero también se detenía, pasando a frotar la rodilla.

La cara de don Mauro Requejo era redonda como una muestra de reloj; no estaba en su sitio la nariz, que se inclinaba del un hemisferio buscando el siniestro carrillo, que, por obra y gracia de cierto lobanillo, era más voluminoso que su compañero. Los ojos, verdosos y bien puestos bajo cejas negras y un poco achinescadas, tenían el brillo de la astucia, mientras que su boca, insignificante si no la afeaban los dos o tres dientes carcomidos que alguna vez se asomaban por entre los labios, tenía todos los repulgos y mohines que el pa-

lurdo marrullero estudia para engañar a sus semejantes. La risa de don Mauro Requejo era repentina y sonora: en la generalidad de las personas, este fenómeno fisiológico empieza y acaba gradualmente, porque acompaña a estados particulares del espíritu, el cual no funciona, que sepamos, con la rigurosa precisión de una máquina. Muy al contrario de esto, nuestro personaje tenía, sin duda, en su organismo un resorte para la risa, de la cual pasaba a la seriedad tan bruscamente como si un dedo misterioso se quitara de la tecla de lo alegre para oprimir la de lo grave. Yo creo que él en su interior pensaba así: «Ahora conviene reír», y reía.

IV

Imposible decir si doña Restituta sería más joven o más vieja que su hermano: ambos parecían haber pasado bastante más allá de los cuarenta; pero si en la edad se semejaban, no así en la cara ni el gesto, pues Restituta era una mujer que no se estorbaba a sí misma y que sabía estarse quieta. Había en ella, si no fineza de modales, esa holgada soltura propia de quien ha hablado con gente por mucho tiempo. Comparando aquellas dos ramas humanas de un mismo tronco, se podía decir: «Mauro ha estado toda la vida cargando fardos, y Restituta, midiendo y vendiendo; el uno es un sabandijo de almacén; y la otra, la bestezuela enredadora de la tienda.»

Alta y flaca, con esa tez impasible y uniforme que parece un forro; de manos largas y feas, a quien el continuo escurrirse por entre telas había dado cierta flexibilidad; de escaso pelo, tan lustrosamente aplastado sobre el casco que más parecía pintura que cabello; con su nariz encarnadita y algo granulenta, aunque jamás fué amiga de oler lo de Arganda; la boca plegada y de rincones caídos, la barba un poco velluda y un mirar así entre tarde y noche, como de ojos que miran y no miran, Restituta Requejo era una persona cuyo aspecto no predisponía a primera vista ni en contra ni en favor. Oyéndola hablar, tratándola, se advertía en ella no sé qué de escurridizo, que escapaba a la

observación, y se caía en la cuenta de que era preciso tratarla por mucho tiempo para poder hacer presa con dedos muy diestros en la piel húmeda de su carácter, el cual, para esconderse, poseía la presteza del saurio y la flexibilidad del ofidio. Pero dejemos estas consideraciones para su lugar, y por ahora conténtense ustedes con oír hablar a los tíos de Inés.

—Este estaba tan impaciente por venir—dijo Restituta, señalando a su hermano—, que con la prisa nos fué imposible traer alguna cosita, como hubiéramos deseado.

Don Celestino les dió las gracias con su amable sonrisa.

—Tenía tanta impaciencia por venir a ver esas tierras—dijo don Mauro—, que..., y al mismo tiempo, el alma se me arrancaba en cuajarones al pensar en mi querida sobrinita, huérfana y abandonada...; porque las tierras, señor don Celestino, no son ningún muladar, y me han costado obra de trescientos cuarenta y ocho reales trece maravedís, sin contar las diligencias ni el porqué de la escritura. Sí, señor: ya está pagado todo, peseta por peseta.

—Todo pagado—indicó doña Restituta, mirando uno tras otro a los tres que estábamos presentes—. A éste no le gusta deber nada.

—¡Quiten para allá! Antes me dejen ahorcar que deber un maravedí—declaró don Mauro, llevando la manopla a la garganta, oprimida por el corbatín.

—En casa no ha habido nunca trampas—añadió la hermana.

—A eso deben ustedes el haber adelantado tanto—dijo don Celestino.

—La suerte..., eso sí; hemos tenido suerte—dijo Requejo—. Luego, ésta es tan trabajadora, tan ahorrativa, tan hormiguita...

—Pero todo se debe a tu honradez—añadió Restituta—. Sí, créanlo ustedes, a su honradez. Este tiene tal fama entre los comerciantes, que le entregarían los tesoros del rey.

—En fin..., algo se ha hecho, gracias a Dios y a nuestro trabajo. Si fuera a hacer caso de ésta, compraría tierras y más tierras. A ésta no le gustan sino las fincas.

—Y con razón; si éste me hiciera caso—dijo la hermana, mirando otra vez sucesivamente a los circunstantes—, to-

das nuestras ganancias se emplearían en tierras de labor.

—Como yo soy así, tan... pues—indicó Requejo.

—Sin soberbia, señor don Celestino—dijo Restituta—, bueno es aparentar que se tiene lo que se tiene.

—Y me hace comprar vestidos, sombreros, alhajas—indicó don Mauro—. Qué sé yo la tremolina de cosas que ha entrado en casa. Ello, como se puede... Vea usted esta cadena—añadió, mostrando a don Celestino una que traía al cuello—; vea usted también este alfiler. ¿Cuánto cree usted que me ha costado? La friolerita de mil reales... Pchs... Yo no quería; pero *ésta* se empeñó, y como se puede...

—Son hermosas piezas.

—Y bien te dije que te quedarás también con la *tumbaga* de la esmeralda, que ya recordarás la daban en poco más de nada. Es una lástima que la haya tomado el duque de Altamira.

Al decir esto, nos miraba, y nosotros les contestábamos con señales de asentimiento, pero sin palabras, porque ni a Inés ni a mí se nos ocurrían.

—Pero ¿cómo está ahí mi sobrina tan calladita?—dijo Requejo, riéndose de improviso y quedándose muy serio un instante después.

Inés se sonrojó y no dijo nada, porque, en efecto, no tenía nada que decir.

—¡Ay, no puede negar la pinta! ¡Cómo se parece a su madre, a la pobre Juana, mi prima querida!—exclamó Requejo, llevándose la manopla a la boca para tapar un bostezo—. ¡Y qué pronto se murió la pobrecita!

—Ya que pasó a mejor vida aquella santa y ejemplar mujer—dijo Restituta—, no la nombremos, porque así se renueva nuestro dolor y el de esa pobre muchacha, aunque ella es niña, y los niños se consuelan más fácilmente.

Inés no dijo nada tampoco, pero el color encendido de su rostro se trocó en intensa palidez. Creyó conveniente el cura variar la conversación, y dijo:

—¿Y ha visto usted esas tierras de la laguna de Ontígola?

—Todavía no—respondió Requejo—; pero me han dicho que son magníficas. Pchs..., para mí, poca cosa. *Esta* se empeñó en que me quedara con ellas, y al fin me decidí. Allá, en el país, tenemos

muchas más, que hemos ido comprando poco a poco.

—En su país de usted, hacia el Bierzo, si no me engaño.

—Más acá del Bierzo, en Santiagomillas, que es tierra de Maragatería. De allí semos todos, y allí está todavía el solar de los Requejos.

—Familia hidalga, según creo—afirmó el cura.

—Ello... no deja de tener uno su *motu proprio*—contestó don Mauro—; y según nos decía un sabio escribano de mi pueblo, nuestros ascendientes tenían un gran quejigar, de donde les vino el nombre de Requejo.

—Así debe ser: los más ilustres apellidos traen su origen de alguna hierba o legumbre. Y si no, ahí están en la Roma antigua los *Léntulo*, los *Fabios* y los *Pisones*, que se llamaban así porque alguno de sus mayores cultivó las lentejas, las habas y los guisantes. En cuanto a mí, creo que este nombre de *Malvar* me viene de que algún abuelo mío se pintaba sólo para el cultivo de las malvas.

—Pues yo creo—dijo don Mauro, volviendo a reír—que eso de que la nobleza viene de las guerras y de las hazañas de algunos caballeros es pura mentira. Que no me vengan a mí con bolas: yo no creo que haya habido nunca esas heroicidades. No hay más sino que los reyes hicieron duque a uno porque tenía un huerto de cebollas, y a otro marqués porque sabía escoger melones. De todos modos, nuestra familia no viene de ningún cardo borriquero.

—Y venga de donde viniere—dijo doña Restituta—, lo principal es lo principal. Lo que es en nuestra casa, señor don Celestino, no falta nada en gracia de Dios; aunque por fuera no gastamos lujo, ni nos gusta andar en carroza, ni figurar, lo que es la gallina en el puchero todos los días..., eso sí; *éste* y yo no nos podemos pasar sin ciertas comodidades.

—Lo que es por mí—interrumpió Requejo—, con cualquier cosa me sustento. Teniendo un pedazo de pan, otro de tocino y agua de la fuente del Berro, vamos viviendo; pero *ésta* se empeña en poner las cosas en buen pie. Todos los días ha de traer la libra y media de carne de vaca y jamón rancio a porrillo, y abadejo del mejor todos los viernes,

y para cenar, una perdiz por barba, y los domingos, tres capones, y por Navidad y por el día de San Mauro, que es el quince de enero, o por San Restituto, que es el diez de junio, andan los pavos por casa como si ésta fuese la era del Mico. El mayordomo de los duques de Medina de Ríoseco, que suele ir a casa a pedirnos dinero prestado, se queda estupefacto de ver tanta abundancia, y asegura que no ha visto despensa como la nuestra.

—Eso sí—dijo Restituta—, no nos duele gastar en el plato, ni en buena ropa para vestir, ni en buen cisco de retama para la lumbre. Vivimos tranquilos y felices. Nuestra única pena ha consistido hasta ahora en no tener una persona querida a quien dejar lo que poseemos cuando Dios se sirva llamarnos a su santa gloria; porque los parientes que nos quedan en Santiagomillas son unos pícaros, que nos dan mucho que hacer.

Al oír esto, don Mauro movió el resorte de la risa y miró a Inés, diciendo:

—Pero aquí nos depara Dios a nuestra querida sobrinita, a esta rosa temprana, a esta señoritica que parece un ángel. ¡Ay! Si no puede negar la pinta, si es *éntica* a su madre...

—Por Dios, Mauro—exclamó Restituta—, no traigas a la memoria a aquella santa mujer, porque yo estoy todavía tan impresionada con su muerte, que si la recuerdo se me vienen las lágrimas a los ojos.

—Todo sea por Dios y hágase su santa voluntad—dijo Requejo, tocando el resorte de la seriedad—. Lo que digo es que cuanto tengo y pueda tener será para esta palomita torcaz, pues todo se lo merece ella con su cara de princesa.

—Ya, ya...—indicó Restituta, guiñando el ojo—, que no tendrá pretendientes en gracia de Dios. Marquesitos y condesitos conozco yo que no suspirarán poco debajo de nuestras ventanas cuando sepan que guardamos en casa tal primor.

—Pelambrones, hija; pelambrones sin un cuarto—añadió Requejo—. Cuando la niña haya de tomar estado, ya le buscaremos un joven de una de las principales familias de España que sea digno de llevarse esta joya.

—Eso, por de contado. Casas hay muy ricas, donde no es todo apariencia, y mayorazgos conozco que, en cuanto la

vean y sepan la riqueza que ha de heredar de sus tíos, beberán los vientos por conseguir su mano. A fe mía que nuestra casa no es ningún guiñapo, y cuando pongamos en la sala las cortinas de sarga verde con ramos amarillos y aquellos pájaros color de pensamiento que parecen vivos, no estará de mal ver para recibir en ella a todos los señores del Consejo Real. ¡Pues poco tono se va a dar la niñita en su gran casa!

Don Celestino, viendo que su sobrina no contestaba nada a tan patéticas demostraciones de afecto, creyó conveniente hablar así:

—Ella les agradece a ustedes con toda el alma los beneficios que va a recibir.

—Ya estoy contento, señor don Celestino—dijo Requejo—. Una cosa me faltaba, y ya la tengo. Inés será mi heredera. Inés se casará con una persona que la merezca y que traiga también buenas peluconas; ella será feliz, y nosotros también.

—No hables mucho de eso, porque llo-ro—dijo doña Restituta—. ¡Qué gusto es tener quien la acompañe a una en la soledad y quien comparta las comodidades que Dios y nuestro trabajo nos han proporcionado! ¡Ay Inesita, eres tan linda, que me recuerdas mi mocedad, cuando iba a jugar a la huerta del convento de las madres Recoletas de Sahagún, donde me crié! Me parece que si ahora te separaran de mí, no tendría fuerzas para vivir.

Diciendo esto, abrazó a Inés, y parecióme que el forro de su cara, es decir, la piel, se teñía de un leve rosicler.

—Puesto que Inés está impaciente por irse con nosotros—dijo Requejo—, esta misma tarde nos la llevaremos.

—¡Cómo! ¡Esta tarde! ¡Yo!—exclamó ella vivamente.

—Hija mía—dijo Restituta—, no conviene disimular el cariño que nos tienes. Somos tus tíos, y de veras te digo que no debes agradecernos lo que hacemos por ti, pues obligación nuestra es.

—Tal vez ponga reparos a ir con ustedes así..., tan pronto—indicó con timidez don Celestino—; pero no dudo que comprenda pronto las ventajas de su nueva posición y se decida.

—¡Que no quiere venir!—exclamó Requejo con asombro—. ¿Conque nuestra sobrina no nos quiere? ¡Jesús! ¡Mayor desgracia!

—Sí..., los quiere a ustedes—añadió el cura, tratando de conciliar la repugnancia que notaba en el semblante de Inés con el deseo de los Requejos.

—Hermano, no sabes lo que te dices—afirmó Restituta—. Nuestra sobrina es un dechado de modestia, de ingenuidad y de sencillez. ¿Quieres que se ponga ahora a hacer aspavientos en medio de la sala, saltando y brincando de gusto porque nos la llevamos? Eso no estaría bien. Por el contrario, se está muy calladita, y como muchacha honesta y bien criada..., ¡ya se ve!, como hija de aquella santa mujer..., disimula su alborozo y se está así, mano sobre mano, bendiciendo mentalmente a Dios por la suerte que le depara.

—Entonces, señor don Celestino—dijo Requejo—, nosotros nos vamos ahora a ver esas tierras de Ontígola, que está ahí, hacia la parte de Titulcia, y por la tarde, cuando volvamos, Inés estará preparada para venirse con nosotros a Madrid.

—No tengo inconveniente, si ella está conforme—repuso el clérigo, mirando a su sobrina.

Mas no dieron tiempo a que ésta expresara su opinión sobre aquel viaje, porque los Requejos se levantaron para marcharse, diciendo que un coche de dos mulas los esperaba en el paradero del Rincón. Abrazaron por turno dos o tres veces a su sobrina; hicieron ridículas cortesías a don Celestino, y sin dignarse mirarme, lo cual me honró mucho, salieron, dejando al clérigo muy complacido, a Inés absorta y a mí furioso.

V

Al punto se trató de resolver en consejo de familia lo que debía hacerse; pero deseando yo conferenciar con el buen cura para decirle lo que Inés no debía oír, rogué a ésta que nos dejase solos, y hablamos así:

—¿Será usted capaz, señor don Celestino, de consentir que Inés vaya a vivir con ese ganso de don Mauro y la lechuzza de su hermana?

—Hijo—me contestó—, Requejo es muy rico; Requejo puede dar a Inesilla las comodidades que yo no tengo; Requejo puede hacerla su heredera cuando estire la zanca.

—¿Y usted lo cree? Parece mentira que tenga usted más de sesenta años. Pues yo digo y repito que ese endiablado don Mauro me parece un farsante hipocritón. Yo, en lugar de usted, los mandaría a paseo.

—Yo soy pobre, hijo mío; ellos son ricos. Inés se irá con ellos. En caso de que la traten mal, la recogeremos otra vez.

—No la tratarán mal, no—dije, muy sofocado—. Lo que yo temo es otra cosa, y eso no lo he de consentir.

—A ver, muchacho.

—Usted sabe como yo lo que hay sobre el particular; usted sabe que Inés no es hija de doña Juana; usted sabe que Inés nació del vientre de una gran señora de la Corte, cuyo nombre no conocemos; usted sabe todo esto, ¿y cómo sabiéndolo no comprende la intención de los Requejos?

—¿Qué intención?

—Los Requejos despreciaron siempre a doña Juana; los Requejos no le dieron nunca ni tanto así; los Requejos ni siquiera la visitaron en su enfermedad; y ahora, señor don Celestino de mi alma, los Requejos lloran recordando a la difunta; los Requejos echan la baba mirando a su sobrinita, y no puede ser otra cosa sino que los Requejos han descubierto quiénes son los padres de Inés; los Requejos han comprendido que la muchacha es un tesoro, y, ¡ay!, no me queda duda de que el Requejo mayor, ese poste vestido, trae entre ceja y ceja el proyecto de casarse con Inés, obligándola a ello en cuanto la pille en su casa.

—Sosiégate, muchacho, y óyeme. Puede muy bien suceder que la intención de los Requejos sea la que dices, y puede muy bien que sea la que ellos han manifestado. Como yo me inclino siempre a creer lo bueno, no dudo de la sinceridad de don Mauro hasta que los hechos me prueben lo contrario. ¿Qué sabes tú si de la mañana a la noche verás a Inés hecho una damisela, paseando en magnífica carroza, con dos caballos empenachados y un encartado cochero? Sí; verás la rodeada de lacayos y pajes, llena de diamantes como avellanas y viviendo en uno de esos caserones que hay en Madrid más grandes que conventos.

—¡Bah, bah! Eso es como cuando yo quería ser príncipe, generalísimo y se-

cretario de despacho. A los dieciséis años se pueden decir tales cosas; pero no a los sesenta.

—Viviendo conmigo, Inés ha de estar condenada a perpetua estrechez. ¿No vale más que se la lleven los parientes de su madre, que parecen personas muy caritativas? En todo caso, Gabriel, si la muchacha no estuviera contenta allí, tiempo tenemos de recogerla, porque a mí, como tío carnal, me corresponde la tutela.

—¿Y por qué la deja usted marchar?

—Porque los Requejos son ricos..., ¿lo comprenderás al fin?... porque Inés, en casa de esa gente, puede estar como una princesa, y casarse, al fin, con un comerciante muy rico de la calle de Pos-tas o Platerías.

—Alto allá, señor mío—exclamé, muy amostazado—, ¿qué es eso de casarse Inés? Inés, Dios mediante, no se casará más que conmigo. Sí, ¡vaya usted a hablarle de comerciantes y de usías!

—Es verdad, no me acordaba, hijito—dijo el cura con algo de mofa—. ¡Casarse a los diecisiete años! ¿El matrimonio es algún juego? Y, además, hazme el favor de decirme qué ganas tú en la imprenta donde trabajas.

—Sobre tres reales diarios.

—Es decir, noventa y tres reales los meses de treinta y uno. Algo es; pero no basta, chiquillo. Ya ves tú: cuando Inés esté en su sala con cortinas verdes de ramos amarillos y se siente en aquellas mesas donde hay siete pavos por Navidad, y todas las noches cena de perdiz por barba..., ya ves tú, no sé cómo podrá arrimarse a ella un pretendiente con noventa y tres reales al mes en los que traen treinta y uno.

—Eso ella es quien lo ha de decir—re-puse con la mayor zozobra—; y si ella me quiere así, veremos si todos los Re-quejos del mundo lo pueden impedir. En resumidas cuentas, señor don Celestino, ¿usted está decidido a que Inés se vaya esta tarde con don Mauro?

—Decidido, hijo mío; es para mí un caso de conciencia.

—¿Y quién le dice a usted que con noventa y tres reales al mes no se puede mantener una familia? Pues a mí me da la gana de casarme, sí, señor.

—¡Casarse a los diecisiete años! Uno y otro debéis esperar a tener los treinta y cinco cumplidos. La vida se pasa pron-

to; no te apures. Para entonces podréis casaros. Sois a propósito el uno para el otro. Casar y compadrear, cada uno con su igual. Veremos si de aquí allá te luce más el oficio.

—¿Y no puedo yo buscar un desti-nillo?

—Eso es como cuando se te puso en la cabeza que te iba a caer un prin-cipado.

—No; un destinillo de estos que se dan a cualquier pelón, en la contaduría de acá o en la de allá.

—Pero ¿crees tú que un empleo es cosa fácil de conseguir?

—¿Por qué no?—respondí enfática-mente—. ¿Pues para qué son los desti-nos sino para darlos a todos los espa-ñoles que necesitan de ellos?

—Hijo, las antesalas están llenas de pretendientes. Ya recordarás que, a pe-sar de ser paisano y amigo del príncipe de la Paz, estuve catorce años haciendo memoriales.

—Pero al fin... Visita usted a su alte-za y le trata; de modo que si le pidie-ra para mí una placita, no creo que se la negara.

—¡Ah!—exclamó don Celestino con satisfacción—. El día que visité a su alteza fué para mí el más lisonjero de mi vida, porque oí de sus augustos labios las palabras más cariñosas. Si vieras con cuánto agasajo me trató; ¡y qué amabi-lidad, qué dulzura, qué llaneza, sin de-jar por eso de ser príncipe en todos sus gestos y palabras! Cuando entré, yo estaba todo turbado y confuso, y la lengua se me quedó pegada al paladar. Mandóme su alteza que me sentara, y me preguntó si yo era de Villanueva de la Serena. ¿Ves qué bondad? Contes-téle que había nacido en los Santos de Maimona, villa que está en el camino real, como vamos de Badajoz a Fuente de Cantos. Luego me preguntó por la cosecha de este año, y le respondí que, según mis noticias, el centeno y cebada eran malos; pero que la bellota venía muy bien. Ya comprenderás por esto el interés que se toma por la agricultura. En seguida me dijo si estaba contento en mi parroquia, a lo cual contesté afir-mativamente, añadiendo que me tenía edificado la piedad de mis feligreses. Al decir esto no puedo contener las lágri-mas. Bien claro se ve que al príncipe le interesa mucho cuanto se refiere a la

religión. Hábléle después de que entretenía mis ocios con la poesía latina, y notifiquéle haber compuesto un poema en exámetros, dedicado a él. Enterado de esto, dijo que *bueno*, en lo cual se demuestra palmariamente su desmedida afición a las letras humanas; y, por fin, a los diez minutos de conferencia, me rogó afectuosamente que me retirara, porque tenía que despachar asuntos urgentísimos. Esto prueba que es hombre trabajador, y que las mejores horas del día las consagra puntualmente a la administración. Te aseguro que salí de allí conmovido.

—¿Y no vuelve usted?

—¡Pues no he de volver! Supliqué a su alteza que me fijara día para llevarle el poema latino, y mañana tendré el honor de poner de nuevo los pies en el palacio de mi ilustre paisano.

—Pues yo iré con usted, señor don Celestino—dije con mucha determinación—. Iremos juntos, y usted le pedirá un destino para mí.

—¡Estás loco!—exclamó el sacerdote con asombro—. No me creo capaz de semejante irreverencia.

—Pues se lo pediré yo—dije, más resuelto cada vez a entrar en la Administración.

—Modera esos arrebatos, joven sin experiencia. ¿Cómo quieres que te presente sin más ni más al príncipe de la Paz? ¿Qué puedo decir de ti, cuáles son tus méritos? ¿Conoces acaso por el forro los versos latinos? ¿Has saludado siquiera el *Divitias alius fulvo sibi coegerat auro*, el *Passer, delitoe meoe puellae* o el *Cynthia prima suis me cepis ocellis*? ¿Estás loco? ¿Piensas que los destinos están ahí para los mocosos a quienes se les antoja pedirlos?

—Usted le dice que soy un chico pariente suyo, y yo me encargo de lo demás.

—¿Pariente mío? Eso sería una mentira, y yo no miento.

Así disputamos un buen rato, y, al fin, entre ruegos y razones, logré convencer al padre Celestino para que me llevara a presencia del serenísimo señor Godoy. Mi tenaz proyecto se explica por el estado de desesperación en que me puso la visita de los Requejos y su propósito de cargar con la pobre Inés. La viva antipatía que ambos hermanos me inspiraron desde que tuve la desdicha

de poner los ojos sobre ellos engendró en mi espíritu terribles presentimientos. Se me representaba la pobre huérfana en dolorosa esclavitud bajo aquel par de trasgos, condenada a perecer de tristeza si Dios no me deparaba medios para sacarla de allí. ¿Cómo podía yo conseguirlo, siendo, como era, más pobre que las ratas? Pensando en esto, vino a mi mente una idea salvadora, la que desde aquellos tiempos principiaba a ser norte de la mitad, de la gran mayoría de los españoles, es decir, de todos aquellos que no eran mayorazgos ni se sentían inclinados al claustro: la idea de adquirir una plaza en la Administración. ¡Ay!, aunque había entonces menos destinos, no eran escasos los pretendientes.

España había gastado en la guerra con Inglaterra la espantosa suma de *siete mil millones* de reales. Quien esto derrochó en una calaverada, ¿no podía darme a mí cinco mil para que me casara? Por supuesto, el pretender casarse entonces a los diecisiete años era una calaverada peor que la de gastar siete mil millones en una guerra. Aquella idea echó raíces en mi cerebro con mucha presteza. A la media hora de mi conferencia con don Celestino ya se me figuraba estar desempeñando, ante la mesa forrada de bayeta verde, las funciones que el Estado tuviera a bien encomendarme para su prosperidad y salvación. Atrevido era el proyecto de pedir yo mismo al poderoso ministro lo que me hacía falta; pero la gravedad de las circunstancias y el loco deseo de adquirir una posición que me permitiera disputar la posesión de Inés a la temerosa pareja de los Requejos disminuía los obstáculos ante mis ojos, dándome aliento para las empresas más difíciles.

No disimuló la huérfana, al hablar conmigo, la repugnancia que le inspiraban sus tíos: tal vez hubiera yo logrado impedir el secuestro; pero don Celestino repitió que era para él caso de conciencia, y con esto Inés no se atrevió a formular sus quejas: ¡tan grande era entonces la subordinación a la autoridad de los mayores! La escrupulosidad del buen sacerdote no impidió, sin embargo, que yo hablara mil pestes de los dos hermanos, criticando sus fachas y vestidos y comentando a mi manera aquello de los siete pavos y capones, con

la añadidura de las perdices por barba en la hora de la cena. También me rei con implacable saña de los tratamientos que se daban hermano y hermana, pues, según el lector observaría, se llamaban simplemente *éste* y *ésta*. Don Celestino me dijo que tratase con más miramiento a dos personas respetables que habían sabido labrar pingüe fortuna con su trabajo y honradez, y, entre tanto, Inés preparaba de muy mala gana su equipaje.

No tardó la casa del cura en verse honrada de nuevo con las personas de los Requejos, que llegaron a eso de las cuatro, haciendo mil ponderaciones de las tierras adquiridas cerca de Ontigola; y su contento al ver que Inés se disponía a seguirlos fué extraordinario.

—No te des prisa, pimpollita—decía don Mauro—, que todavía hay tiempo de sobra.

—Su impaciencia por emprender el viaje—añadió doña Restituta, plegando de un modo indefinible el forro cutáneo de su cara—es tan viva, que la pobre-cilla quisiera tener alitas para salir más pronto de aquí.

—Eso, no—dijo don Celestino, algo amoscado—; que su tío no le ha dado malos tratos para que así se impaciente por abandonarle.

Inés se arrojó llorando en brazos del cura, y ambos derramaron muchas lágrimas. Por mi parte, tenía interés en que los Requejos no conocieran que un antiguo y cordial amor me unía a Inés: así es que disimulé mi sofocación, y acechándola fuera, cuando salió en busca de un objeto olvidado, le dije:

—Prendita, no me digas una palabra; ni me mires, ni me saludes. Yo me quedo aquí; pero descuida, pronto nos hemos de ver por allá.

Llegó, por fin, la hora de la partida; el coche se acercó a la puerta de la casa. Inés entró en él muy llorosa, y los Requejos tomaron asiento a un lado y otro, pues aun en aquella situación temían que se les escapara. Jamás he visto mujer ninguna que se semejara a un cer-nícalo como en aquel momento doña Restituta. El coche partió, y al poco rato nuestros ojos lo vieron perderse entre la arboleda. Don Celestino, que hacía esfuerzos por aparentar serenidad, no pudo conservarla, y, haciendo pucheros

como un niño, sacó su largo pañuelo y se lo llevó a los ojos.

—¡Ay Gabriel! ¡Se la llevaron!

Mi emoción también era intensísima y no pude contestarle nada.

VI

Al día siguiente llevóme don Celestino al palacio del príncipe de la Paz. Era el 15 de marzo, si no me falla la memoria.

Aunque no tenía ropa para mudarme en tan solemne ocasión, pues la que llevaba a Aranjuez era la mejorcita, con una camisa limpia que me prestó el cura, quedé en disposición, según él mismo me dijo, de presentarme aunque fuera a Napoleón Bonaparté. Por el camino, y mientras hacíamos tiempo hasta que llegara la hora de las audiencias, don Celestino sacaba del bolsillo interior de su sotana el poema latino para leerlo en voz alta.

—Quizá el señor príncipe—decía—me mande leer algún trozo, y conviene hacerlo con entonación clásica y ritmo seguro, mayormente si hay delante algún embajador o general extranjero.

Después, guardando el manuscrito, añadió con cierta zozobra:

—¿Sabes que el sacristán de la parroquia, ese condenado Santurrias..., ya le conoces..., me ha puesto esta mañana la cabeza como un farol? Dice que el señor príncipe de la Paz no dura dos días más al frente de la nación y que le van a cortar la cabeza. Esto no merece más que desprecio, Gabrielillo; pero me da rabia de oír tratar así a persona tan respetable. Pues, ¿qué cres tú?, he descubierto que ese pícaro Santurrias es jacobino y se junta mucho con los cocheros del infante don Antonio Pascual, los cuales son gente muy alborotada.

—¿Y qué dice ese reverendo sacristán?

—Mil necesades, figúrate tú. ¡Como si a personas de estudios y que tienen en la uña del dedo a todos los clásicos latinos se les pudiera hacer tragar ciertas bolas! Dice que el señor príncipe de la Paz, temiendo que Napoleón viene a destronar a nuestros queridos reyes, tiene el propósito de que éstos marchen a Andalucía para embarcarse y dar la vela a las Américas.

—Pues anoche—dije yo—, cuando fui al mesón a decir a los arrieros que no me aguardaran, oí decir lo mismito a unos que estaban allí, y por cierto que hablaban de su amigo y paisano de usted con más desprecio que si fuera un bodegonero del Rastro.

--No saben lo que se pescan, hijo—replicó el cura—. Pero, o yo me engaño mucho, o los partidarios del príncipe de Asturias andan metiendo cizaña por ahí. Ello es que en Aranjuez hay mucha gente extraña, y... ¡quiera Dios!... Ya me notificó esta mañana Santurrias que su mayor gusto será tocar las campanas a vuelo si el pueblo se amotina para pedir alguna cosa; pero ya le he dicho—y al hablar así don Celestino se paró, y con su dedo índice hacía demostraciones de la mayor energía—, ya le he dicho que si toca las campanas de la iglesia sin mi permiso, lo pondré en conocimiento del señor patriarca para lo que éste tenga a bien resolver.

Con esta conversación llegó la hora, y nosotros, al palacio de su alteza. Atravesamos por entre varios guardias que custodiaban la puerta, porque ha de saberse que el generalísimo tenía su guardia de a pie y de a caballo, lo mismo que el rey, y mejor equipada, según observaban los curiosos.

Nadie nos puso obstáculo en el portal ni en la escalera; pero al llegar a un gran vestíbulo, en cuyo pavimento taconaban con estrépito las botas de otra porción de guardia, uno de éstos nos detuvo, preguntando a don Celestino con cierta impertinencia que a dónde íbamos.

—Su alteza—balbució el clérigo, muy turbado—tuvo el honor de señalarme..., digo..., yo tuve el honor de que él señalara el día de hoy, la presente hora para recibirme.

—Su alteza está en Palacio. Ignoramos cuándo vendrá—dijo el guardia, dando media vuelta.

Don Celestino me consultó con sus ojos, y también iba a consultarme con sus autorizados labios, cuando se sintió ruido en el portal.

¡Ahí está! Su alteza ha llegado—dijeron los guardias, tomando apresuradamente sus armas y sombreros para hacer los honores.

Pero el príncipe subió a sus habitaciones particulares por la escalera excusa-

da que al efecto existía en su palacio.

—Quizá su alteza no reciba hoy—dijo a don Celestino el guardia que poco antes nos había detenido—. Sin embargo, pueden ustedes esperar, si gustan, y él avisará si da audiencia o no.

Dicho esto, nos hizo pasar a una habitación contigua y muy grande, donde vimos a otras muchas personas que desde por la mañana habían acudido en solicitud del favor de una entrevista con su alteza. Entre aquella gente había algunas damas muy distinguidas, militares, señores a la antigua, vestidos con históricas casacas y cubiertos con monumentales pelucas, y también algunas personas humildes.

Los pretendientes allí reunidos se miraban con recelo y mal humor, porque a todo el que hace antesala molesta mucho el verse acompañado, considerando, sin duda, que si el tiempo y la benevolencia del ministro se reparten entre muchos, no puede tocarles gran cosa. Un ujier se acercó a nosotros y preguntó a don Celestino quiénes éramos, a lo cual repuso el buen eclesiástico:

—Nosotros somos curas de la parroquia de..., quiero decir, soy cura de la parroquia, y este joven..., este joven gana noventa y tres reales en los meses de treinta y uno, y venimos a...; pero yo no pienso pedir nada al señor príncipe, porque este picarón—señalándome a mí—no se morderá la lengua para decirle lo que desea.

Cuando el ujier se alejó, dije a mi acompañante que tuviera cuidado de no equivocarse tan a menudo; que no anunciara anticipadamente nuestra comisión pedigrüena, y que no había necesidad de ir pregonando lo que yo ganaba; a lo que me respondió que él, como persona nueva en antesalas y palacios, se turbaba a la primera ocasión, diciendo mil desatinos. Uno de los señores que aguardaban se nos acercó, y reconociendo al cura, se saludaron ambos muy cortésmente, diciendo el desconocido:

—Señor don Celestino, ¿qué bueno por aquí?

—Vengo a visitar a su alteza. Ya sabe usted que somos paisanos y amigos. Mi padre y su abuelo hicieron un viaje juntos desde Trujillo a la Vera de Plasencia, y un tío de mi madre tenía en Miajadas una dehesa donde los Godoyes iban a cazar alguna vez. Somos amigos y le es-

toy muy reconocido, porque a la munificencia de su alteza debo el beneficio que disfruto, el cual me fué concedido en cuanto su alteza tuvo conocimiento de mi necesidad; así es que desde mi primer memorial hasta el día en que tomé posesión sólo transcurrieron catorce años.

—Se conoce que el príncipe quiso servirle a usted—afirmó nuestro interlocutor—. No a todos se los despacha tan pronto. Hace veintidós años que yo pretendí que se me repusiera en mi antigua plaza de la Colecturía, del Noveno y del Excusado, y ésta es la hora, señor don Celestino. A pesar de todo, yo no me desanimo, y tengo por seguro que la semana que viene...

—No todos son tan afortunados como yo—dijo el optimista don Celestino—. Verdad es que, como paisano y amigo de su alteza, estoy en situación muy favorable. De mi pueblo a Badajoz, cuna de don Manuel Godoy, no hay más que trece leguas y media, por buen camino, y estoy cansado de ver la casa en que nació este faro de las Españas. Así es que en cuanto supo mi necesidad...

—Pero, diga usted—preguntó, bajando la voz, el señor de *la semana que viene*—: ¿tenemos viaje de los reyes a Andalucía, o no tenemos viaje?

—Pero ¿usted cree tales paparruchas? —dijo don Celestino—. Esa voz la ha corrido Santurrias, el sacristán de mi iglesia. Ya le he dicho que si tocaba las campanas sin mi permiso...

—Todo el mundo lo asegura. Ya sabe usted que ha venido mucha tropa de Madrid, y por las calles del pueblo se ve gente de malos modos.

—Pero ¿qué objeto puede tener ese viaje?

—Amigo, ya Napoleón tiene en España la friolera de cien mil hombres. Ha nombrado general en jefe a Murat, el cual dicen que salió ya de Aranda para Somosierra. Y a todas éstas, ¿hay alguien que sepa a qué viene esa gente? ¿Vienen a echar a toda la familia real? ¿Vienen simplemente de paso para Portugal?

—¿Quién se asusta de semejante cosa? —dijo don Celestino—. Pongamos por caso que vengan con mala intención. ¿Qué son cien mil hombres? Con dos o tres egimientos de los nuestros se podrá dar buena cuenta de ellos, y ahí nos

las den todas... Como su alteza se calce las espuelas... Eso del viaje es pura invención de los desocupados y de los enemigos de su alteza, que le insultan porque no les ha dado destinos. Como si los destinos se pudieran dar a todo el que los pretende.

No siguió esta conversación porque el ujier se acercó a nosotros, haciéndonos señas de que le siguiéramos. Su alteza nos mandaba pasar. Cuando los demás pretendientes vieron que se daba la preferencia a los que habían llegado los últimos, un murmullo de descontento resonó en la sala. Nosotros la atravesamos muy orgullosos de aquella predilección, y mientras don Celestino saludaba a un lado y otro con su bondad de costumbre, yo dirigí a los más cercanos una mirada de desprecio, que equivalía al convencimiento de mi próximo ingreso en la Administración de ambos mundos.

Pasamos de aquella sala a otras, todas ricamente alhajadas. ¡Qué bellos tapices, qué lindos cuadros, qué hermosas estatuas de mármol y bronce, qué vasos tan elegantes, qué candelabros tan vistosos, qué muebles tan finos, qué cortinajes tan espléndidos, qué alfombras tan muelles! No pude detenerme en la contemplación de tan bonitos objetos porque el ujier nos llevaba a toda prisa, y yo me sentía atacado de una cortedad tal, que se disipó mi anterior envalentonamiento, y empecé a comprender que me faltarían ideas y saliva para expresar ante el príncipe mis anhelos. Por fin llegamos al despacho de Godoy, y al entrar vi a éste en pie, inclinado junto a una mesa y revisando algunos papeles. Aguardamos un buen rato a que se dignase mirarnos, y al fin nos miró.

Godoy no era un hombre hermoso, como generalmente se cree, pero sí extremadamente simpático. Lo primero en que se fijaba el observador era en su nariz, la cual, un poco grande y respingada, le daba cierta expresión de franqueza y comunicatividad. Aparentaba tener sobre cuarenta años; su cabeza, rectamente conformada y airosa; sus ojos vivos, sus finos modales y la gallardía de su cuerpo, que más bien era pequeño que grande, le hacían agradable a la vista. Tenía, sin duda, la figura de un señor noble y generoso; tal vez su corazón se inclinaba también a lo grande; pero en su cabeza bullían el desvaneci-

miento, la torpeza, los extravíos y falsas ideas acerca de los hombres y las cosas de su tiempo.

Nos miró, como he dicho, y al punto don Celestino, que temblaba como un chiquillo de diez años, hizo una profunda cortesía, a la cual siguió otra, hecha por mi persona. A mi acompañante se le cayó el sombrero, recogiólo, dió algunos pasos y, con voz tartamuda, habló así:

—Ya que vuestra alteza tiene el honor de..., no..., digo..., ya que yo tengo el honor de ser recibido por vuestra alteza serenísima... decía que me felicito de que la salud de vuestra alteza sea buena, para que por mil años sigamos haciendo el bien de la nación.

El príncipe parecía muy preocupado, y no contestó al saludo sino con una ligera inclinación de cabeza. Después pareció recordar, y dijo:

—¿Es usted el señor chantre de la catedral de Astorga, que viene a...?

—Permítame vuestra alteza—interrumpió don Celestino—que ponga en su conocimiento cómo soy el cura de la parroquia castrense de Aranjuez.

—¡Ah!—exclamó el príncipe—. Ya recuerdo... El otro día... se le dió a usted el curato, por recomendación de la señora condesa de X (Amaranta). ¿Es usted natural de Villanueva de la Serena?

—No, señor; soy de los Santos de Maimona. ¿No recuerda vuestra alteza esa villa? En el camino de Fuente de Cantos. Allí se cogen unas sandías que pesan muchas arrobas, y también hay muchos melones... Pues, como decía a vuestra alteza, hoy venía con dos objetos: con el de tener el honor de presentarme a vuestra alteza para que este chico lea un poema latino que ha compuesto...; no, quiero decir...

Don Celestino se atragantó, mientras que el príncipe, asombrado de mi precocidad en el estudio de los clásicos, me miraba con ojos benévolos.

—No—dijo el cura, entrando de nuevo en posesión de su lengua—. El poema ha sido compuesto por mí, y accediendo a los deseos de vuestra alteza, voy a comenzar su lectura.

El príncipe adelantó la mano con ese instintivo movimiento que parece apartar un objeto invisible. Pero don Celestino no comprendió que su protector re-

chazaba por medio de un movimiento físico la amenazadora lectura del poema, y, firme en su propósito, desenvainó el manuscrito homicida. En el mismo instante, Godoy, que atendía poco a nosotros y parecía estar pensando cosas muy graves, volvióse bruscamente hacia la mesa y empezó a hojear de nuevo los papeles.

Don Celestino me miró y yo miré a don Celestino.

Así transcurrió un minuto, al cabo del cual, el príncipe dirigióse hacia nosotros, y dijo, señalando unas sillas:

—Siéntense, señores.

Después siguió en su investigación de papeles. Sentados en nuestros asientos, el cura y yo nos hablábamos en voz baja.

—Para exponerle tu pretensión—me dijo el tío de Inés—debes esperar a que yo lea mi poema, en lo cual, con la pausa conveniente, no tardaré más que hora y media. El admirable efecto que le ha de producir la audición de los versos clásicos, a que es tan aficionado, le predispondrá en tu favor, y no dudo que te concederá cuanto le pidas.

Después de otro rato de espera, un oficial entró para dar un despacho al príncipe. Este le abrió al punto y después que lo hubo leído con mucha ansiedad, dejólo sobre la mesa y se dirigió a don Celestino.

—Dispénsame usted—dijo—mi distracción. Hoy es día para mí de ocupaciones graves e inesperadas. No pensaba recibir a nadie en audiencia, y si le mandé entrar a usted fué porque sabía no es de los que vienen a pedirme destinos.

Don Celestino se inclinó en señal de asentimiento, y yo dije para mí: «Lucidos hemos quedado.» Después dirigióse su alteza a mí, y me dijo:

—En cuanto al poema latino que este joven ha compuesto, ya tengo noticias de que es una obra notable. Persista usted en su aplicación a los buenos estudios, y será un hombre de provecho. No puedo hoy tener el gusto de conocer el poema; pero ya me habían hablado de usted con grandes encomios, y desde luego, formé propósito de que se le diera a usted una plaza en la oficina de Interpretación de Lenguas, donde su precocidad sería de gran provecho. Sírvasse usted dejarme su nombre...

Don Celestino iba a contestar, rectifi-

cando el error; pero su turbación se lo impidió. Antes que mi compañero pudiera decir una palabra, levánteme yo y, extendiendo mi nombre sobre un papel que en la mesa encontré, ofrecílo respetuosamente al príncipe, que concluyó así:

—Ruego a ustedes que tengan la bondad de retirarse, pues mis ocupaciones no me permiten prolongar esta audiencia.

Hicimos nuevas cortesías. Don Celestino balbució las fórmulas pomposas propias del caso y salimos del despacho del príncipe. Al pasar por la sala donde esperaban con impaciencia los demás pretendientes, el ujier lanzó esta terrorífica exclamación:

—¡No hay audiencia!

Al encontrarse en la calle, el buen cura, recobrando la serenidad de su espíritu y la soltura de su lengua, me dijo, con cierto enojo:

—¿Por qué no le dijiste tú que el poema no era tuyo, sino mío?

No pude menos de soltar la risa viéndole picado en su amor propio y considerando el extraño resultado de nuestra visita al príncipe de la Paz.

VII

—Pues, Gabrielillo—me dijo don Celestino cuando entrábamos en la casa—, cierto es que hay demasiada gente en el pueblo. Se ven por ahí muchas caras extrañas, y también parece que es mayor el número de soldados. ¿Ves aquel grupo que hay junto a la esquina? Parecen trajineros de la Mancha..., y entre ellos se ven algunos uniformes de Caballería. Por este lado vienen otros que parecen estar bebidos... ¿Oyes los gritos? Entrémonos, hijo mío, no nos digan alguna palabrota. Aborrezco al vulgo.

En efecto, por las calles del Real Sitio y por la plaza de San Antonio discurrían más o menos tumultuosamente varios grupos, cuyo aspecto no tenía nada de tranquilizador. Asomábase a las ventanas el vecindario todo para observar a los transeúntes, y era opinión general que nunca se había visto en Aranjuez tanta gente. Entramos en la casa, subimos al cuarto de don Celestino, y cuando éste sacudía el polvo de su manto y alisaba con la manga las

rebeldes felpas del sombrero de teja, la puerta se entreabrió y una cara enjuta, arrugada y morena, con ojos vivarachos y tunantes; una cara de esas que son viejas y parecen jóvenes, o al contrario, a la cual daba peculiar carácter toda la boca necesaria para contener dos filas de descomunales dientes, apareció en el hueco. Era Gorito Santurrias, el sacristán de la parroquia.

—¿Se puede entrar, señor cura?—preguntó, sonriendo con aquella jovialidad, mixta de bufón y demonio, que era su rasgo sobresaliente.

—A tiempo viene el señor Santurrias—dijo el cura, frunciendo el ceño—, porque tengo que prevenirle... Sepa usted que estoy incomodado, sí, señor; y pues los sagrados cánones me autorizan para imponerle castigo..., allá veremos..., y digo y repito que la gente que se ve por ahí no viene a lo que usted me indicó esta mañana. ¡Pues no faltaba más!

—Señor cura—contestó irrespetuosamente Santurrias—, esta noche me desollará las manos la cuerda de la campana grande. Es preciso tocar, tocar para reunir la gente.

—¡Ay de Santurrias si suenan las campanas sin mi permiso!... Pero ¿qué quiere esa canalla? ¿Qué pretende?

—Eso lo veremos luego.

—Ande usted con Barrabás, diablo de siete colas. Pero ¿a qué viene a Aranjuez esa gentuza?—repitió don Celestino, dirigiéndose a mí—. Gabriel, se nos olvidó advertir al señor príncipe de la Paz lo que pasa y aconsejarle que no esté desprevenido. ¡Cuánto nos hubiese agradecido su alteza nuestro solícito interés!

—Ya se lo dirán de misas—murmuró burlonamente Santurrias—. Lo que quiere esa gente es impedir que nos lleven para las Indias a nuestros idolatrados reyes.

—¡Ja, ja!—exclamó el sacerdote, poniéndose amarillo—. Ya salimos con la muletilla. Como si uno no tuviera autoridad para desmentir tales rumores; como si uno no fuera amigo de personas que le enteran de lo que pasa; como si uno no estuviera al tanto de todo.

Diciendo esto, don Celestino no quitaba de mí los ojos, buscando, sin duda, una discreta conformidad con sus afirmaciones. En tanto, Santurrias, que era uno de los sacristanes más tunos y desvergonzados que he visto en mi vida, no

cesaba de burlarse de su superior jerárquico, bien contradiciéndole en cuanto decía, bien cantando con diabólica música una irreverente ensaladilla, compuesta de trozos de sainete, mezclados con versículos latinos del Oficio ordinario.

—¡Ay señor cura, señor cura!—gritaba—. Si veremos correr a su paternidad por el camino de Madrid con los hábitos arremangados. ¡Ja, ja, ja!

Préstame tu moquero,
si está más limpio,
para echar los tostones
que me has pedido.

Asperges me, Domine, hissopo, et mundabor.

—Mi dignidad—repuso el clérigo, cada vez más amostazado—no me permite rebajarme hasta disputar con el señor de Santurrias. Si yo no le tratara de igual, como acostumbro, no se habría relajado la disciplina eclesiástica; pero en lo sucesivo he de ser enérgico, sí, señor, enérgico, y si Santurrias se alegra de que esa plebe indigna vocifere contra el príncipe de la Paz, sepa que yo mando en mi iglesia, y... no digo más. Parece que soy blando de genio; pero Celestino Santos del Malvar sabe enfadarse, y cuando se enfada...

—Cuando llegue la hora del jaleo, señor cura, su paternidad nos sacará aquellas botellitas que tiene guardadas en el armario, para que nos refresquemos—dijo Santurrias, descosiéndose de risa otra vez.

—¡Borracho! Así está la santa Iglesia en tus pícaras manos—replicó el clérigo—. Gabriel, ¿querrás creer que hace dos días tuve que coger la escoba y ponerme a barrer la capilla del Santo Sagrario, que estaba con media vara de basura? Desde que llegué aquí me dijeron que este hombre acostumbraba visitar la taberna del *Tío Malayerba*; yo me propuse corregirle con piadosas exhortaciones; pero, ¡el diablo le lleve!, hay días, chiquillo, que hasta el vino del Santo Sacrificio desaparece de las vinajeras. ¡Y éste se permite tener opinión, y disputar conmigo, asegurando que si cae o no cae el dignísimo, el eminentísimo, ¡óigalo usted bien!, el incomparable príncipe de la Paz!

—Pues, y nada más. ¡Como que no le van a arrastrar por las calles de Aran-

juez como el gigantón de Pascua florida!...

—¡Qué abominaciones salen por esa boca, Dios de Israel!

Tan pronto ahuecaba Santurrias la voz para cantar gravemente un trozo de la misa o del oficio de difuntos, como la atiplaba, entonando con grotescos gestos una seguidilla. Luego imitaba el son de las campanas, y hasta llegó en su irrespetuoso desparpajo a remedar la voz gangosa de mi amigo, el cual, todo turbado, variaba de color a cada instante, sin poder sobreponerse a las zumbas de su miserable subalterno.

—Pero, en resumen—dijo, al fin—, ¿qué es lo que mi señor sacristán espera? ¿Cuenta, sin duda, con ordenarse de menores para que le hagan cardenal subdiácono?

—Allá veremos, señor don Celestino—contestó el bufón—. Esta noche o mañana veremos lo que hace Santurrias. No tema nada mi curita, que ya le pondremos en salvo.

*Tuba mirum spargens sonum
per sepulchra regionum
coget omnes ante thronum.*

Esta sí que tira, tirana:
ojo alerta, cuidado, señores,
que aunque tengan las caras de plata
muchas tienen las manos de cobre.

—Eso es: mezcle usted los cantos divinos con los mundanos. ¡Me gusta! Pero se me acaba la paciencia, señor rapavelas. ¡Oh Gabriel! Estoy sofocadísimo. Yo bien sé que no hay nada, que no ocurre nada; bien sé que de ese monigote no hay que hacer caso. Sabe Dios cuántos cuartillos de lo de... Yepes tendrá en el bendito estómago; pero conviene averiguar... Mira, hijito: sal tú por ahí, entérate bien, y tráeme noticias de lo que se dice en el pueblo. Puede que esos tunantes tengan el propósito aleve... Si así fuese, haz lo que te digo; que aquí quedo yo esperando, y en cuanto descabece un sueñecito, iré a prevenir al príncipe, para que se ande con cuidado... ¡Pues no me lo agradecerá poco el buen señor!

No sólo por obedecerle, sino también por satisfacer mi curiosidad, salí de la casa y recorrí las calles del pueblo. El gentío aumentaba en todas partes, y especialmente en la plaza de San Antonio. No era preciso molestar a nadie

con preguntas para saber que el generoso pueblo, enojado con la noticia, verdadera o falsa, de que los reyes iban a partir para Andalucía, parecía dispuesto a impedir el viaje, que se consideraba como una combinación infernal fraguada por Godoy, de acuerdo con Bonaparte.

En todos los grupos se hablaba del generalísimo, como es de suponer, y en verdad digo que no hubiera querido encontrarme en le pellejo de aquel señor, a quien poco antes había visto tan fastuoso y espléndido; pero sabido es que la Fortuna suele ser la más traidora de las diosas con aquellos mismos que favoreció demasiado, y no hay que fiarse mucho de esta ruin cortesana. Decía, pues, que a los vasallos del buen Carlos no les parecía muy bien el viaje, y aunque hasta entonces no se les había hablado del derecho a influir en los destinos de esta nuestra bondadosa madre España, ellos es que, guiados, sin duda, por su instinto y buen ingenio, aquellos benditos se disponían a probar que para algo respiraban doce millones de seres humanos el aire de la Península.

Más de dos horas estuve paseándome por las calles. Como a cada instante llegaba la gente de la Corte, traté de encontrar alguna persona conocida; pero no hallé ningún amigo. Ya me retiraba a la casa del cura, cercana la noche, cuando de un grupo se apartó un joven de más edad que yo, y llegándose a mí con aparatosa oficiosidad, me saludó, llamándome por mi nombre y pidiéndome informes acerca de mi importantísima salud. Al pronto no le conocí; mas cuando cambiamos algunas palabras, caí en la cuenta de que era un señor pinche de las reales cocinas, con quien yo había trabado conocimiento cinco meses antes en el palacio de El Escorial.

—¿No te acuerdas de quien te daba de cenar todas las noches?—me dijo—. ¿No te acuerdas del que te contestaba a tus mil preguntas?

—¡Ah!, sí—repuse—; ya reconozco al señor Lopito. Has engordado, sin duda.

—La buena vida, amigo—dijo con petulancia, terciando airoosamente la capa en que se envolvía—. Ya no estoy en las cocinas; he pasado a la montería del señor infante don Antonio Pascual, donde no hay mucho que hacer y se

divierte uno. Velay: ahora nos han mandado que nos quitemos las libreas y paseemos por el pueblo...; en fin: esto no se puede decir.

—Pues yo por nada serviría en Palacio. Tres días fui paje de la señora condesa Amaranta, y quedé harto.

—Quita allá; en ninguna parte se vive como en Palacio, porque después que le dan a uno buena cama, buen plato y buena ropa, cuando llega una ocasión como ésta, no falta un dobloncito en el bolsillo... Pero esto no es para dicho aquí, entre tanta gente, y allí está la taberna del *Tío Malayerba*, que parece llamarnos para que, refrescando en ella, nos contemos nuestras vidas.

Lopito era un chicuelo de esos que prematuramente se quieren hacer pasar por hombres, pues también entonces existía esta casta, no conociendo para tal objeto otros medios que beber a porrillo y dar de puñetazos en las mesas, desvergonzarse con todo el mundo, mirar con aire de matachín y contar de sí propio inverosímiles aventuras. Pero con estas cualidades y otras muchas, el ex pinche no dejaba de ser simpático, sin duda porque unía a su vanidosa desenvoltura la generosidad y el rumbo, que acompañan, por lo regular, a los pocos años. Convidóme a cenar en la taberna, charlamos luego hasta las nueve, y nos separamos tan amigotes, cual si hubiéramos aprendido a leer en la misma cartilla.

Al día siguiente, como no era posible volverme a Madrid, a causa de que los trajineros pedían fabulosos precios por el viaje, nos reunimos otra vez. Lopito estaba tan desocupado como yo, y entre la taberna del *Tío Malayerba* y los jardines del Príncipe nos pasamos la mayor parte del día, conferenciando sobre cuanto nos ocurría, y especialmente acerca de acontecimientos públicos, asunto en que él se daba extraordinaria importancia. Al principio se mostraba algo reservado en esta cuestión; pero, por último, no pudiendo resistir dentro de su alma el sofocante peso de un secreto, se franqueó conmigo gallardamente.

—Si quieres—me dijo—, puedes ganarte algunos cuartos. Yo te llevaré a casa del señor Pedro Collado, criado de su alteza el príncipe Fernando, y verás cómo te dan soldada. ¿Has reparado en

esos paletos manchegos que andan por ahí? Pues todos cobran ocho, diez o doce reales diarios, con viaje pagado y vino a discreción.

—¿Y por qué es ello, Lopito? Yo creí que gritaban y chillaban porque así era su gusto. ¿De modo que todo eso de «¡Vivan nuestros reyes!» y lo de «¡Mue-
ra el choricero!», es porque corre la mosca?

—No; te diré. Los españoles todos aborrecen a ese hombre; mas para que dejen sus casas y tierras y caballerías por venir aquí a gritar es preciso que alguien les dé el jornal que pierden en un día como éste. Todos los que servimos al infante don Antonio Pascual y los criados del príncipe de Asturias hemos estado por ahí buscando gente. De Madrid hemos traído medio barrio de Maravillas, y en los pueblos de Ocaña, Titulcia, Villatobas, Corral de Almaguer, Villamejor y Romeral, creo que no han quedado más que las mujeres y los viejos, pues hasta un racimo de chiquillos trajo el señor Collado.

—Pero, tonto—dije yo, creyendo presentar un argumento decisivo—, ¿qué importa que toda esa gente chille a las puertas de Palacio pidiendo lo que no les han de dar? Pues ¿no tiene ahí su majestad sus reales tropas para hacerse respetar y temer? Porque o somos o no somos. Si con un puñado de gente gritona traída de los pueblos y de las Villas de Madrid se puede obligar al rey a que haga una cosa, no sé para qué se toma ese señor el trabajo de llevar corona en la cabeza.

—Dices bien, Gabrielillo; y si el con-
denado generalísimo estuviera seguro de que la tropa le sostenía, ya podían volverse a sus casas todos esos caballe-
ros que han venido a darle una sere-
nata; pero tú no sabes de la misa la media. También han repartido dinero a la tropa—añadió, bajando la voz—; y como el príncipe de Asturias tiene no sé cuántas arcas llenas de onzas de oro que le ha ido dando su padre para ju-
guetes...; ya ves..., su alteza hará lo que le dé la gana, porque le ayudan to-
dos los señores de la grandeza, muchos obispos, muchos generales, y hasta los mismos ministros que ahora tiene el rey.

—Eso sí que es una grandísima pi-
cardía—exclamé con ira—. Son ministros

del rey, son compañeros del otro, a quien sin duda deben los zapatos con que se calzan, y al mismo tiempo le hacen la mamola al niño Fernando, porque ven que el pueblo le quiere, y dicen: «Por fas o por nefas, por la mano derecha o por la izquierda, no ha de tardar en sentarse en el trono.»

Con este diálogo llegamos a la taber-
na, y allí nos sentamos, pidiendo Lo-
pito para sí aguardiente de Chinchón y yo tintillo de Arganda. No estábamos solos en aquella academia de buenas cos-
tumbres, porque cerca de la mesa en que nosotros perfeccionábamos nuestra naturaleza física y moral se veían has-
ta dos docenas de caballeros en cuyas fisonomías reconocí a algunos famosos Hércules y Teseos de Lavapiés, de aque-
llos que invocó con épico acento el poeta al decir:

Grandes, invencibles héroes
que en los ejércitos diestros
de borrachera, rapiña,
gatería y vituperio,
fatigáis las faltriqueras,
las tabernas y los juegos,
venid a escuchar el modo
de vengar nuestro desprecio.
Envidiable Pelachón,
Marrajo temido y fiero,
inimitable zancudo
y demás que sois modelo
de virtudes, venid todos...

Entre estos hombres vi otros de figu-
ra extraña y tan astrosos y con tanto
andrajo cubiertos, que daba lástima ver-
los.

—Estos—me dijo Lopito, satisfaciendo
mi curiosidad—son lo mejorcito de Zo-
codover de Toledo, donde ejercitan su
destreza en el aligeramiento de bolsillos
y alivio de caminantes.

También entraron en la taberna mu-
chos soldados de Caballería, y al poco
rato se había entablado conversación
tan viva que no era posible entender
ni una palabra, si palabras pueden lla-
marse las vociferaciones y juramentos
de aquella gente. Unos sostenían que la
familia real partiría aquella misma tar-
de, y otros que el rey no había pen-
sado en tal viaje. Pronto se disiparon
las dudas, porque corrió la voz de que
su majestad dirigía la voz a sus sub-
ditos por medio de una proclama que al
punto se fijó en todos los sitios públicos.
En ella, después de llamar *vasallos* a los

españoles, decía el buen Carlos IV que la noticia del viaje era invención de la malicia; que no había que temer nada de los franceses, nuestros queridos amigos y aliados, y que él era muy dichoso en el seno de su familia y de su pueblo, al cual conceptuaba asimismo como empachado de prosperidad y bienaventuranza al amparo de paternas instituciones.

La mayor parte de los héroes de Zocodover y las Vistillas no parecían inclinados a dar crédito a la regia palabra; antes bien, se burlaban de cuantos acudían a leerla, añadiendo:

—No se nos engañará. A mí con ésas... *Aspacito*, señor don Carlos, que ya lo arreglaremos.

Cuando fui a casa encontré a don Celestino loco de alegría: paseaba por su habitación con la sotana suelta, y aunque no estaba presente, ni aun en sombra, el pícaro sacristán, mi amigo profería con desaforado acento estas palabras:

—¿Lo ves, malvado Santurrias? ¿Lo ves, tunante, borracho, mal acólito, que no sabes más que juntar gotas de aceite y mocos de vela para venderlo en pelotillas? ¿Ves cómo yo tenía razón? ¿Ves cómo los reyes no han pensado nunca en semejante viaje? Sí, que ahí están esos señores en el trono para darte gusto a ti, pérfido sacristán, escurridor de lámparas y ganzúa de cepillos. ¿No bastaba que lo dijera yo, que soy amigo de su alteza serenísima y tengo estudios para comprender lo que conviene al interés de la nación? Véngase usted ahora con bromitas; amenáceme con tocar las campanas sin mi permiso. ¡Ah! Agradézcame el muy tunante que no me cale ahora mismo el manteo y teja para ir en persona a contarle a su alteza qué clase de pajarraco es usted, con lo cual dicho se está, que el señor patriarca me le pondría de patitas en la calle. Pero no, señor Santurrias; soy un hombre generoso y no iré; no quiero quitarle el pan a un viudo con cuatro hijos. Pero véngase usted ahora con bromitas, diciendo que mi paisano acá y allá, y que le van a arrastrar; y repita aquello de «¡Viva Fernando, *Kirie eleyson!* ¡Muera Godoy, *Christe eleyson!*», con que me despierta todos los días.

A este punto llegaba cuando advir-

tió que yo estaba delante, y echándome los brazos al cuello me dijo:

—Al fin hemos salido de dudas. Todo era invención de Santurrias. ¿Qué hay por el pueblo? Estará la gente contentísima, ¿sí? Ahora cuando salga el señor príncipe de la Paz a paseo supongo que le vitorearán... ¡Ay, qué susto me he llevado, hijito! De veras creí que íbamos a tener un motín. ¡Un motín! ¿Sabes tú lo que es eso? En mi vida he visto tal cosa, y sírvase Dios llevarme a su seno antes que lo vea. Un motín no es ni más ni menos que salirse todos a la calle gritando viva esto o muera lo otro y romper alguna vidriera, y hasta, si se ofrece, golpear a algún desgraciado. ¡Qué horror! Gracias a Dios no tendremos ahora nada de esto, y sin duda la prudencia y tino de aquel hombre... ¿Sabes que estuve en su palacio a prevenirle de lo que pasaba y no me recibió?...

—Lo creo. En estos días no tendrá su alteza humor para recibir, porque, como dijo el otro, no está la Magdalena para tafetanes.

—Tal vez él tenga noticias de las picardías de Santurrias y de los otros perdidos con quien se junta en la taberna del *Tío Malayerba*—continuó el cura—. Pero ¿en dónde está ese endemoniado sacristán? No parece por aquí, porque sabe que le he de poner más colorado que un pimiento riojano.

No había acabado de decirlo cuando, entreabriéndose la puerta, dejó ver los dientes, la plegada y siempre risueña boca, la exprimida cara y arrugada frente del sacristán.

—Venga acá—exclamó don Celestino con alborozo—, venga el sapientísimo señor Santurrias, presunto cardenal metropolitano; venga acá para que nos ilustre con su saber, para que nos aconseje con su prudencia. ¿Puede decirnos cuándo es el viaje? Porque yo tengo para mí que la proclama de su majestad es una tiñería. ¿Y qué crédito merece el rey de las Españas, de las Indias, de Jerusalén, de Rodas, etcétera, cuando habla el excelentísimo señor don Gregorio de las Santurrias, sacristán que fué de monjas Bernardas y hoy de mi parroquia? A ver: ¿nos sacará de dudas su señoría?

—Mañana, mañana, mañanita, señor cura—contestó el sacristán—. Dígame su

paternidad: ¿saca o no las botellicas?

Y luego, sin desconcertarse ante la ironía de su superior, sino, por el contrario, burlándose de los graves gestos con que se le interpelaba, empezó a entonar los singulares cantos de su repertorio, haciendo mil grotescos visajes y moviendo los brazos, ya en ademán de repicar, ya aparentando recorrer el teclado de un órgano, ya, en fin, con la postura propia de tocar la guitarra, sin dejar de cantar en la forma siguiente:

Domine, ne in furore tuo arguas me...

Es la Corte la mapa
de ambas Castillas
y la flor de la Corte
las Maravillas.

Anda, moreno,
que no hay cosa en el mundo
como tu pelo.

*De profundis clamavi ad te, Domine. Domine
exa u di vocem mean...*

Don, dilodón, don, don.

VIII

Al día siguiente no hallé tampoco quien me llevase a Madrid; pero, deseando vivamente saber de Inés y oír de sus propios labios si era verdad o mentira la bienaventuranza que le habían ofrecido los Requejos, determiné marcharme a pie, lo cual, si no era muy cómodo, era más barato. Don Celestino y yo hablamos de esto, cuando Lopito entró a buscarme.

—Esta noche—me dijo al bajar la escalera—tendremos fiesta. No lo digas ni a tu camisa, Gabrielillo. Pues verás... Aquel papelote que escribió ayer el rey es una farsa. Bien decía yo que don Carlitos, con su carita de pascua, nos está engañando.

—¿De modo que hay viaje?

—Tan cierto como ahora es día. Pero como no queremos que se vayan, porque esto es enjuague de Napoleón con Godoy para luego repartirse a España entre los dos; como no queremos que se vayan, el viaje se prepara ocultamente para esta noche. Si fuera verdad que no pensaba salir, ¿por qué no se ha retirado la tropa? ¿Por qué ha venido más tropa, y más tropa, y más

tropa? ¿Ves? Ahora está entrando un batallón por la calle de la Reina.

Confieso que a mí no me importaba gran cosa que saliese un batallón o entraran ciento, ni tampoco me ponía en cuidado el que mi señor don Carlos se marchara a Andalucía o a donde mejor le conviniese. Así se lo manifesté a mi amigo; pero, hallándose el alma de Lopito inundada de generoso entusiasmo, *por el bien del reino*, me hizo ver que mi indiferencia era censurable y hasta criminal. Largas horas pasamos discutiendo por el pueblo y matando el tiempo con amenas conversaciones. El se empeñó en llevarme a la taberna, y a la taberna fuimos. La concurrencia era la misma, aunque el panorama de caras había variado, viéndose entre ellas la de Santurias, que no era la menos animada. También estaba allí muy macilento y meditabundo, con los agujereados codos sobre la mesa, el poeta calagurritano que dos años antes capitaneaba la turba de silbantes en el estreno de *El sí de las niñas*, y con él libaba el néctar de Esquivias en el mismo vaso otro de los dioses menores del Olimpo comellesco, el famoso *Cuarta y Media*, calderero y poeta. ¡Pobres hijos de Apolo!

El pinche me dijo que todos aquellos personajes habían venido de Madrid traídos por los confeccionadores de la conjuración, y añadió:

—Esto para que se vea que también toman parte los hombres que se llaman *científicos*.

No puedo menos de decir que toda aquella gente me repugnaba; y en cuanto a sus intenciones y propósitos, todo me parecía absurdo, sin explicarme por qué.

«Estúpidos—decía para mí—, ¿pensáis que semejante gatería es capaz de quitar y poner reyes a su antojo?»

Pero en la noche de aquel mismo día fué ruando pude medir en toda su inexplorada profundidad el abismo de ignorancia y fanatismo de aquel puñado de revolucionarios. No hallando otro alivio a mi aburrimiento que la asistencia a la taberna en compañía de Lopito, en cuanto cerró la noche procuré tranquilizar a don Celestino y me fui allá. Lopito, que me aguardaba con impaciencia, me dijo al verme a su lado:

—Me alegro de que hayas venido, pues

con eso no perderás lo mejor. Aquí está reunida toda la gente, y después..., después veremos.

La taberna del *Tío Malayerba* estaba llena de bote en bote, y también disfrutaba el honor de una desmesurada concurrencia un patio interior, destinado de ordinario a herradero y taller de carretería. No puedo haceros formar idea de la variedad de trajes que allí vi, pues creo que había cuantos han cortado la historia, la costumbre y el hambre con su triple tijera. Veíanse muchos hombres envueltos en mantas, con sombrero manchego y abarcas de cuero; otros tantos cuyas cabezas negras y redondas adornaba un pingajo enrollado, última gradación del turbante oriental; otros muchos calzados con la silenciosa alpargata, ese pie de gato que tan bien cuadra al ladrón; muchos, con chalecos botonados de moneditas, se ceñían la faja morada, que parece el último jirón de la bandera de las Comunidades; y entre esta mezcolanza de paños pardos, sombreros negros y mantas amarillas se destacaban multitud de capas encarnadas, cubriendo cuerpos famosos de las Vistillas, del Avemaría, del Carnero, de la Paloma, del Aguila, del Humilladero, de la Arganzuela, de Mira el Río, de los Cojos, del Oso, del Tribulete, de Ministriles, de los Tres Peces y otros *faubourgs* (permítasenos la palabrota), donde siempre germinó, al beso del sol de Castilla, la flor de la granujería.

En cuanto a la variedad de las voces, nada puedo decir, porque todos hablaban a un tiempo. Pero al fin de aquella reunión, como en todas las de igual naturaleza, resonó una voz para dominar a las demás. La multitud sabe a veces callar para oír, sin duda porque se marea con sus propios gritos. Algunos de los presentes dijeron:

—Que hable *Pujitos*.

Y al instante, *Pujitos*, cediendo a los reiterados ruegos de sus *amigos políticos* (dispensadme este anacronismo), salió al patio, por no tener la taberna capacidad para tan grande auditorio, y subió a la tribuna, es decir, a un tonel.

Pujitos era lo que en los sainetes de don Ramón de la Cruz se señala con la denominación de *majo decente*, es decir, un majo que lo era más por afición que por clase; personaje sublimado por el oficio de obra prima, el de carpinte-

ro o el de platero y que no necesitaba vender hierro viejo en el Rastro, ni acarrear aguas de las fuentes suburbanas, ni cortar carne en las plazuelas, ni degollar reses en el matadero, ni vender aguardiente en *Las Américas*, ni machacar cacao en Santa Cruz, ni vender torrados en la verbena de San Antonio, ni lavar tripas allá por el portillo de Gil Imón, ni freír buñuelos en la esquina del hospital de la V. O. T., ni menos se degradaba viviendo holgadamente a expensas de una mondonguera o castañera, o de alguna de las muchas Venus salidas de la jabonosa espuma del Manzanares. *Pujitos* estaba con un pie en la clase media: era un artesano honrado, un hábil maestro de obra prima; pero tan hecho desde su tierna y bulliciosa infancia a las trapisondas y jaleos manolescos, que ni en el traje ni en las costumbres se le distinguía de los famosos *Tres Pelos*, el *Roquito*, *Majoma* y otras notabilidades de las que frecuentemente salían a visitar las cortes y sitios reales de Ceuta, Melilla, etc.

Pujitos era español. Como es fácil comprender, tenía su poco de imaginación, pues alguno de los granos de sal, pródigamente esparcidos por mano divina sobre esta tierra, había de caer en su cerebro. No sabía leer y tenía ese don particular, también español neto, que consiste en asimilarse fácilmente lo que se oye, pero exagerando o trastornando de tal manera las ideas, que las repudiaría el mismo que por primera vez las echó al mundo. *Pujitos* era además bullanguero, de esos que en todas épocas se distinguen, por creer que los gritos públicos sirven de alguna cosa; gustaba de hablar cuando le oían más de cuatro personas, y tenía todos los marcados instintos del personaje de club; pero como entonces no había tales clubs ni milicias nacionales, fué preciso que pasaran catorce años para que *Pujitos* entrara con distinto nombre en el uso pleno de sus extraordinarias facultades. Setenta años más tarde, *Pujitos* hubiera sido un zapatero suscrito a dos o tres periódicos, teniente de un batallón de voluntarios, vicepresidente de algún círculo propagandista, elector diestro y activo, vocal de una comisión para la compra de armas, inventor de algún figurín de uniforme; hubiera hablado quizá del *derecho al trabajo* y del *colec-*

tivismo, y en vez de empezar sus discursos así: «*Jeñores: Denque los güenos españoles...*», los comenzaría de este otro modo: «*Ciudadanos: A la raíz de la revolución...*»

Pero entonces no se había hablado de los derechos del hombre, y lo poco que de la soberanía nacional dijeron algunos no llegó a las tapiadas orejas de aquel personaje; ni entonces había asociaciones de obreros, ni derecho al trabajo, ni batallones de milicias, ni gorros encarnados; ni había periódicos, ni más discursos que los de la Academia, por cuyas razones *Pujitos* no era más... que *Pujitos*.

En pie sobre el tonel, con la capa terciada, el sombrero echado sobre la caja derecha, aquel personaje, pequeño de cuerpo, si bien de alma grande; morenito, con sus ojuelos abrigados por los vapores que le subían del estómago, habló de esta manera:

—*Jeñores: Denque los güenos españoles golvimós en sí y vimos quese menistro de los dimonios tenía vendió el reino a Napolión, risolvimos ir en ca el palacio de su sacarreal majestad pa icirle cómo estemos cansaos de que nos gobierne como nos está gobernando, y que naa más sino que nos han de poner al príncipe de Austrias, pa que el pueblo contento diga: «El Kyrie cleyson cantando, ¡viva el príncipe Fernando!» (Fueres gritos y patadas.)* Ansina se ha de hacer, que ínterin aquel otro se guarda el dinero de la nación, el pueblo no come, y Madrid no quiere al menistro; conque ¡juera el menistro!, que aquí somos toos españoles, y si quieren verlo, úrgennos un tantico, y verán dó tenemos las manos. (*Señales de asentimiento.*) Pos sigo iciendo que esombre nos ha robao, nos ha perdío, y esta noche nos ha de dar cuenta de too, y hamos de ecirle al rey que le mande a presillo y que nos ponga al príncipe Fernando, a quien por ésta—y besó la cruz—juro que le efenderemos contra too el que venga, manque tenga enjércitos y más enjércitos. *Jeñores: astamos ya hasta el gañote, y ahora no hay naa más sino dejarse de pedricar y coger las armas pa acabar con Godoy, y digamos toos con el ángel:*

El *Kirie cleyson* cantando.
¡viva el príncipe Fernando!

Un alarido, un colosal balido resonó en el patio, y el orador bajó de su escabel. Mientras limpia el sudor de su frente coronada con los laureles oratorios, la moza de la taberna se acerca a escanciarle vino. ¿Es Hebe, la gallarda copera de los dioses, que vierte el néctar de Chipre en el vaso de oro del joven de los rubios cabellos, al regresar de la diurna carrera? No: es Mariminguilla, la ninfa de Perales de Tajuña, a quien trajo desde las riberas de aquel florido río el señor Malayerba, dándole el cargo de escanciadora mayor, que desempeña entre pellizcos y requiebros.

Lopito, que tiene con ella alguna aventura pendiente, la llama, la pellizca también, dícele mil niñerías... Pero a todas éstas la multitud que ocupa la taberna se levanta, obedeciendo a la orden de un hombre que allí se presentó de improviso. Salieron todos, y yo, no queriendo perder el final de una función que parecía ser divertida, los seguí.

—¡Silencio todo el mundo!—dijo una voz, perteneciente, según comprendí, a persona resuelta a hacerse obedecer; y la turba se puso en marcha con cierto orden. La noche era oscurísima, pero serena.

—¿Adónde vamos, Lopito?—pregunté a mi compañero.

—A donde nos lleven—me contestó por lo bajo—. ¿A que no sabes quién es ese que nos manda?

—¿Quién? ¿Aquel palurdo que va delante con montera, garrote, chaqueta de paño pardo y polainas; que se para a ratos, mira por las bocacalles y se vuelve hacia acá para mandar que calléis?

—Sí; pues ése es el señor conde del Montijo. Conque figúrate, chiquillo, si no podemos decir aquel refrán de... «cuando los santos hablan, será porque Dios les habrá dado licencia».

IX

El grupo recorrió algunas calles y uniósese a otro más numeroso que encontramos al cuarto de hora de haber salido. Lopito, señalándome las tapias que se veían en el fondo del largo callejón, me dijo:

—Aquéllas son las cocheras y la huerta del príncipe de la Paz.

s de largo y vimos de lejos cúpulas del palacio. Cerca del se nos unieron otras muchas que, según Lopito, eran cocheneros, pinches, mozos de cuayayos del infante don Antonio Icipe de Asturias.

¿qué vamos a hacer aquí? ¿é a mi amigo—. ¿Vamos a imitar los reyes salgan del pueblo, simplemente a tomar el fresco? lo hemos de ver pronto—me—. Yo, si he de decirte la verdad, sé lo que se ha de hacer, por el temor el cochero no me ha dicho que vaya donde van los derite lo que los demás griten. frente tenemos el palacio: no s en las ventanas ni se oye guno, como no sea el de las le cantan en los charcos del

del que nos mandaba dijo «al-dimos un paso más.

ro—dije a Lopito muy queda- que no hayamos encontrado cen- que nos detengan, ni siquiera la de tropa que nos pregunte amos a estas horas.

io—me contestó—. ¡Si sabrá la que se pesca! ¿Pues qué hacen estarse quietecitos en sus cuar- erando a que les digan: «Caba- to se acabó»?

por convencido y callé. Durante bastante largo no se oyó más ordo murmullo de diálogos sos- en voz baja, algunos sordos ron- sofocadas toses y a lo lejos el las discudidoras ranas y el ru- leves movimientos del aire sa- las ramas de los olmos, que an a reverdecen. La noche era i, triste, impregnada de ese per- traño que emiten las primeras ciones primaverales. El cielo es- honado de estrellas, a cuya pá- ridad se dibujaban los espesos á rboles, la silueta cortada del lacio, y más allá la figura del e mármol, levantado del suelo cules, en el grupo de la fuente ntal que limita el llamado par- sitio y la hora eran más pro- a la meditación que para la aso-

proviso, aquel silencio profundo a oscuridad intensa se interrump-

pieron por el relámpago de un fogonazo y el estrépito de un tiro que no se sabe de dónde partió. La turba de que yo formaba parte lanzó mil gritos, desparramándose en todas direcciones. Parecía que reventaba una mina, pues no a otra cosa puedo comparar le erupción de aquel rencor contenido. Todos corrían; yo corría también. Lucieron antorchas y linternas; se alzaron al aire nudosos garrotes; muchas escopetas se dispararon: oyóse un son vivísimo de cornetas militares y multitud de piedras, despedidas por diestras manos, fueron a despedazar, produciendo horribles chasquidos, los cristales de una gran casa. Era la del príncipe de la Paz.

La historia dice que el tumulto empezó porque la turba se empeñó en conocer a una dama encubierta que, acompañada de dos guardias de honor, salía en coche de casa del generalísimo. Aseguran algunos que en una de las ventanas del palacio se vió una luz, considerada como señal para empezar la gresca.

Del tiro y toque de corneta no tengo duda, porque los oí perfectamente. En cuanto a la luz, yo no la vi; pero creo haber oído decir a Lopito que él la vió, aunque no estoy muy seguro de ello. Poco importa que apareciese o no; lo primero es, si no cierto, muy verosímil, porque el centro de la conjuración estaba en el alcázar, y los principales conspiradores eran, como todo el mundo sabe, el príncipe de Asturias, su tío, su hermano, sus amigos y a lateres, muchos gentiles hombres, altos funcionarios de la casa del rey y algunos ministros.

Los alborotadores se multiplicaban a cada momento, pues nuevas oleadas de gente engrosaba la masa principal, sin que un soldado se presentase a contener al paisanaje. No tardó en caer al suelo, destrozada por repetidos golpes y hachazos, la puerta del palacio del príncipe de la Paz, cuyo nombre pronunciaba el irritado vulgo entre horribles juramentos y amenazas.

La turba siempre es valiente en presencia de estos ídolos indefensos, para quienes ha sonado la hora de la caída. Tienen éstos en contra suya la fatalidad de verse abandonados de improviso por los amigos tibios, por los servidores

asalariados, hasta por los que todo lo deben al infeliz que cae; de modo que a las manos del odio, justo o injusto, se unen, para rematar la víctima, las manos de la ingratitud, el más canalla de todos los vicios.

Sintiendo el auxilio de la ingratitud, la turba se envalentona, se cree omnipotente e inspirada por un estro divino y después se atribuye orgullosamente la victoria. La verdad es que todas las caídas repentinas, así como las elevaciones de la misma clase, tienen un manubrio interior manejado por manos más expertas que las del vulgo.

Cuando la puerta de la casa se abrió precipitóse la turba en lo interior, bramando de coraje. Su salvaje resoplido me causaba terror e indignación, mayormente cuando consideré que iba a saciar su sed de venganza en la persona de un hombre indefenso. Era aquella la primera vez que veía yo al pueblo haciendo justicia por sí mismo, y desde entonces le aborrezco como juez.

A los gritos de «¡Muera Godoy!», se mezclaban preguntas de feroz impaciencia: «¿Le han cogido?» «¿Le han matado?» Todos querían entrar; mas no era posible, porque la casa estaba ya atestada de gente. Desde fuera y al través de los balcones, de par en par abiertos, se veía el resplandor de las hachas. Sinistros gritos y ruidos de muebles o vasos que se quebraban bajo las garras de la fiera salían de la casa a mezclarse con el concierto exterior. En un instante se encendió una gran hoguera que iluminó la calle; las campanas de todas las iglesias y conventos del pueblo tocaban sin cesar; pero no podía definirse si aquellos tañidos eran toques de alarma o repiques de triunfo.

Lopito, que bailaba como un demonio adolescente junto a la hoguera, se acercó a mí y me dijo:

—Gabriel, ¿no te entusiasma? ¿Qué haces ahí tan friote? Ven, subamos al palacio. Alguna vez ha de ser para nosotros. ¿No dicen que todo lo ha robado a la nación?

Casi arrastrado por mi joven amigo, entré en el palacio y subí a las habitaciones altas, abriéndonos paso por entre los energúmenos que bajaban y subían. Recorrí todas las salas por las cuales había transitado dos días antes; lle-

gué al mismo despacho del príncipe, y vi la mesa donde escribí mi nombre. La multitud subía y bajaba, abría alacenas, rompía tapices, volcaba sofás y sillones, creyendo encontrar tras alguno de estos muebles al objeto de su ira; violentaba las puertas a puñetazos; hacía trizas a puntapiés los biombos pintados; desahogaba su indignación en inocentes vasos de China; esparcía lujosos uniformes por el suelo; desgarraba ropas; miraba con estúpido asombro su espantosa faz en los espejos y después los rompía; llevaba a la boca los restos de cena que existían aún calientes en la mesa del comedor; se arrojaba sobre los finos muebles para quebrarlos; escupía los cuadros de Goya; golpeaba todo por el simple placer de descargar sus puños en alguna parte; tenía la voluptuosidad de la destrucción, el brutal instinto tan propio de los niños por la edad como de los que lo son por la ignorancia; rompía con fruición los objetos de arte, como rompe el rapaz en su despecho la cartilla que no entiende; y en esta tarea de exterminio, la terrible fiera empleaba a la vez y en espantosa coalición todas sus herramientas: las manos, las patas, las garras, las uñas y los dientes, repartiendo puñetazos, patadas, coces, rasguños, dentelladas, testarazos y mordiscos.

La rabia del monstruo aumentó cuando corrieron de boca en boca estas frases: «No está ese perro.» «El endino se ha escapao.» Efectivamente: el príncipe no aparecía por ninguna parte, de lo cual me alegré.

Cuando la turba no puede saciar su hambre de destrucción en el objeto humano de su rencor, suele darse el gustazo de tomar venganza en los cuerpos inocentes de los muebles que a aquél pertenecieron. Así ha ocurrido en todos los motines de nuestro repertorio, y así ocurrió en aquél, más que ninguno famoso, por las diversas causas que lo ocasionaron. Convencidos, pues, los conjurados de que no habrían a las manos ni un pelo del príncipe de la Paz, concibieron el heroico pensamiento de quemar todas las preciosidades del recinto recién saqueado. Con gozo sin igual, con la embriaguez del triunfo y la conciencia de su fuerza irresistible, comenzaron los nuevos huéspedes del palacio a arrojar por los balcones sillas, sofás,

tapices, vasos, cuadros, candelabros, espejos, ropas, papeles, vajillas y otros mil perversos cómplices de la infame política de Godoy. La fiera cumplía este cometido con cierto orden, sin dejar de decir: «¡Muera ese tunante ladrón!», y «¡Viva el rey, viva el príncipe de Asturias!».

Pero antes que empezara esta operación, y cuando los exploradores se convencieron de que el príncipe había huído, la princesa de la Paz, que hasta entonces oculta permanecía, se presentó pidiendo socorro e implorando la compasión de la multitud. El miedo hacía temblar a la infeliz señora, lo mismo que a su hija, niña de corta edad, que con ambos puños en los ojos lloraba sin consuelo. No sé si los ruegos de la madre y de la hija ablandaron a los amotinados, o si las personas de categoría que dirigían la fiesta, determinaron poner en salvo con todo miramiento y consideración a la infeliz princesa; lo cierto fué que, lejos de maltratarla de obra o de palabra, sacáronla de la casa, y puesta en una berlina fué llevada en *ca el palacio de los reyes*, como decía *Pujitos*, el cual, sin que nadie se lo ordenara, se encargó de tan caballeresca comisión.

Ustedes comprenderán que todo lo que fuese figurar en primer término agradaba a *Pujitos*. Si se reunía un pelotón para marchar a cualquier parte, allí estaba él para mandarlo, complaciéndose en decir: «Malchen, media guelta a lizquelda», con tanta marcialidad como un capitán de guardias valonas. No me cansaré de repetirlo: *Pujitos* tenía en su cráneo, entre un lobanillo y un chichón, la protuberancia (¿cómo lo diré...?), la protuberancia de la *tenientividad*. Como Napoleón el genio de la guerra, poseía él el instinto de la milicia nacional, y los hados le permitieron gozar el mando de varias compañías en los años de jarana del 20 al 23 y aun posteriormente.

Cuando los infatigables trabajadores del motín comenzaron a arrojar por ventanas y balcones los muebles del palacio, Lopito, que llevaba auestas una maravillosa obra de porcelana, producto de los talleres de la Moncloa, se llegó a mí y díjome:

—Gabrielillo, cuidado cómo coges nada. El tío Pedro, que está allí observan-

do lo que hacemos, tiene en la mano una pistola y dice que levantará la tapa de los sesos al que robe cualquier chuchería. No es el único gran caballero que anda entre nosotros. ¿Ves aquel hombre vestido de majo que está dando de patadas a un retrato de cuerpo entero? Pues es un gentilhombre del cuarto del príncipe. ¿Ves?, ya pasó el pie del otro lado de la tela. Tremendo agujero le han hecho. ¡Al fuego, al fuego!

La hoguera, alimentada con tanto combustible, subía a enorme altura, y las llamas oscilantes iluminaban de un modo pavoroso la calle toda, y también el interior del palacio. Parecíamos los cíclopes de una inmensa fragua; y digo parecíamos porque yo también, temiendo que mi falta de entusiasmo fuera sospechosa y me proporcionase algún porrazo, puse manos a la obra, y cogiendo una armadura milanese, en cuyo peto y casco se veían batallas microscópicas, trabajadas por finísimo cincel, di con ella en la calle y en la hoguera; ni por un momento cesaban los gritos de «¡Muera Godoy!», y sin duda querían matarle a voces, ya que de otra manera les fué imposible conseguirlo. Pero es de advertir que entre nosotros es muy común el intento de arreglar las más difíciles cuestiones mandando vivir o morir a quien se nos antoja, y somos tan dados a los gritos, que repetidas veces hemos creído hacer con ellos alguna cosa.

Yo no sé si los asaltadores de la casa del príncipe de la Paz creían estar quemando algo más que muebles muy finos y primorosas obras de arte; pero, por lo que en boca de alguno de aquellos héroes oí, se me figuraba que estaban convencidos de que hacían un gran papel político; de que con la llama de los espinos y de los brezos, sin cesar alimentada por ébanos tallados y bordadas telas, estaban cauterizando las más feas llagas de la doliente España. ¡Ay! He presenciado después la misma escena, repetida cada pocos años, ya por esta idea, ya por la otra, y he dicho: «Algunas veces puede conseguirlo la espada en manos de un hombre de genio; pero el fuego en manos del vulgo, jamás.»

Tras la armadura cogí un reloj de bronce, y al llevarlo sobre mí sentía el palpar de su máquina. El pobrecillo andaba, vivía; aquel artificio, que tanto

se parece a un ser animado; aquella obra de los hombres, que parece obra de Dios y que ha sido inventada por la ciencia y adonada por las artes para uno de los más útiles empleos de la vida, iba a perecer a manos del hombre mismo, sin haber cometido más crimen que el de marcar las horas... Pero ¿a qué vienen estas consideraciones hechas ante la hoguera del rencor? Aunque me daba lástima del relojito y lo estrechaba contra mi pecho, escuchando su latido que iba a extinguirse, arrojéle, al fin, y las mil piezas de su máquina ingeniosa repercutieron sobre el suelo. Al reloj siguieron cuantas baratijas encontré a mano, entre ellas guantes perfumados, un estuche de marfil, estatuillas de alabastro y después unos mapas del Asia, libros lujosamente encuadernados (que, sin duda, los muy necios se creían libres de la Inquisición), unas pantuflas, cuatro casacas con galones de plata y oro y el pupitre en que dos días antes se había extendido mi recomendación. Fortuna, vil prostituta, ¿por qué te invocan los hombres? ¿Por qué consagran su vida a buscarte, ya con afares y trabajos, ya con sutilezas e intrigas, por todos los rincones del mundo, en altas y bajas esferas? Y el que te encuentra, ¿por qué se te entrega ciegamente, ignorante de tus traiciones? Vale más ser constante entre tus desdeñados que entre tus elegidos, y la mayor suerte del ser humano será el no conocer ni de nombre, y su mejor hazaña, darte con la puerta en los hocicos el día en que intentes penetrar en su casa.

X

Cuando revolvía uno de los armarios aparecieron varias cruces o condecoraciones; pero algunos de los presentes ni aun me permitieron tocarlas, y pusieronlas todas en una bandeja de plata, para devolverlas, según decían, al rey en persona. Lo más singular de la determinación de aquellos cortesanos tiznados con el hollín de la demagogia era que disputaban sobre quién debía llevarlas, pues ninguno quería ceder a los demás semejante honor. Uno de ellos venció, al fin; y no quisiera equivocarme, pero me pareció reconocer al señor de Mañara.

Con el crecer de la llama parecía que cobraban nuevos bríos los quemadores, si bien puede atribuirse este fenómeno a que algunos zaques dieron vuelta a la redonda, humedeciendo los secos paladares y alegrando los ánimos que un trabajo tan duro como patriótico había comenzado a abatir. Creí oír la voz de *Pujitos*, obligado nuevamente por sus *amigos políticos* a tomar la palabra; pero no: era Santurrias, que, teniendo en la izquierda la bota y en la derecha mano un leño encendido, pronunciaba sentidas frases en loor del pueblo y del rey, ambos en buen amor y compañía, para bien del *reino*; y añadía que el *endino* príncipe de la *Raz* estaba bien castigado, puesto que eran ya cenizas todos los muebles que robó al *reino*, y que de *aquí palante*, es decir, en lo sucesivo, no habría más *menistros* pillos y *lairones*.

Las hogueras, cuando ya no había nada que echarles, se aplacaron; el populacho, mientras el *Tío Malayerba* tuvo vino y *Pujitos* y Santurrias elocuencias, seguía ardiendo y chisporroteando. Algunos quisieron trasladar el teatro de sus ingeniosas proezas a las puertas de Palacio, no siendo extraños los dos oradores a un proyecto que ensanchaba la esfera de sus triunfos; pero debió oponerse a esto el tío Pedro y compañeros de polaina, mayormente cuando tenían la seguridad de que el motín de las calles no era más que una sucursal de la gran asonada que en los mismos momentos estallaba en Palacio y en la cámara del rey Carlos IV.

Era ya la madrugada cuando quise retirarme, sin que lograra detenerme Lopito, que decía:

—Aún falta lo mejor. ¿Qué te parece, Gabrielillo, lo que hemos hecho? Pues entavía hemos de hacer mucho más. Ya habrá visto el rey si se puede o no se puede. Pónganos otra vez *menistros* malos y verá cómo en menos que canta un gallo se los despabila. Lo que es Lopito..., je, je..., ya habrán visto que tiene malas moscas..., y como yo hubiera encontrado a Godoy en cualquiera parte de la casa, le juro que no sale vivo de mis manos.

Diciendo esto, el valiente pinche sacó una navajilla, con la cual le vi describir heroicas curvas en el aire.

—Y si llegamos a ir a Palacio—prosiguió, alzando el arma homicida—, yo,

yo mesmito soy el que me presento al rey y a la reina para decirles que si no nos ponen al príncipe Fernando en el trono, lo pondremos nosotros. Lo que es al rey, no le haré nada, porque es el rey; pero a la reina, manque se ponga de rodillas delante, no la perdono.

Dijo, y guardó el arma. A todas éstas llegó una compañía de guardias para custodiar la casa después de saqueada; fácil era comprender la inteligente dirección del motín, de que había sido brutal instrumento un pueblo sencillo. Este no hubiera podido dar un paso más allá de la línea que se le marcara sin sentir encima la fuerte mano de la autoridad.

No necesito decir que cuando se montó la guardia, el predestinado *Pujitos* quiso formar parte de ella, aunque no era militar, y su genio organizador se entretuvo en reunir en pelotón hasta una docena de hombres, con los cuales se ocupó en patrullar por las inmediaciones de la casa, mandándoles marchar a compás y supliendo él mismo con su voz la falta de tambor.

Al fin me marché, no sólo porque tenía sueño, sino porque cuanto había visto y oído me repugnaba con exceso. Llegué a la casa del cura y no puedo haceros formar idea del estado de agitación y fiebre en que le encontré. Envuelta en un pañuelo la cabeza, puesta la sotana vieja y con un antiguo gabán de paño burdo echado sobre los hombros, sus anchos pantuflos en los pies, estaba mi buen eclesiástico recorriendo de largo a largo los corredores y pasillos de su casa. Su aspecto era semejante al de los que sufren un terrible dolor de muelas: a cada instante se llevaba las manos a las orejas, como para resguardarlas del ruido que hacían aún las campanas de la iglesia vecina; de cuando en cuando golpeaba el suelo con fuertes patadas, y a lo mejor daba media vuelta cambiando de dirección en su calenturiento paseo. Entre tanto, no cesaba de hablar un solo momento. ¿Con quién? Con las paredes, con la luna, con la parra, que, enredándose en los maderos del corredor, extendía sus flacos y secos brazos para coger alguna cosa. Cuando me vió, hablome sin aguardar a que llegase a su lado:

—Estoy loco, Gabrielillo. ¿Qué pasa, qué ocurre? ¿Oyes las campanas de la

parroquia? Por los mártires de Alcalá juro..., no, jurar, no, que es pecado...; prometo que Santurrias me las ha de pagar todas juntas. Pero ¿has visto cómo se burla de mí ese condenado? No es él el que toca, que si fuera... Mira: estaba yo descabezando el primer sueño, cuando me hizo saltar de la cama el ruido de las campanas. ¡Dios mío, qué algazara! Plin, plan, plin plan..., parecía que el cielo se venía abajo. Lleno de indignación subí a la torre; pero Santurrias no estaba, y en su lugar, sus cuatro hijos tocaban las campanas. Tal era mi cólera, que resolví mostrar la mayor energía, y les dije: «Pillos, granujas, váyanse de aquí noramala»; pero ellos se rieron de mí y siguieron tocando..., plin, plan, plin, pl. n... ¡Si hubieras visto a los cuatro condenados muchachos con qué alegría, con qué frenesí tiraban de las cuerdas!... ¡Malditos sean!... Pues uno de ellos, el mayor, es listillo y muy mono..., y ayuda a misa como un zarapico. Pero me dió tal enfado, que les mandé salir de la torre. ¿Tú me obedeciste? Pues ellos tampoco. El más chico me dijo: «Pare Gorio jué malal a Godoy y nos puso a que tocáramos fuerte, fuerte.» Desde las once hasta ahora no han cesado ni un momento. Pero, dime: ¿qué ocurre en el pueblo? He visto el resplandor de una llamarada, he sentido gritos. La tía Gila fué por orden mía a ver lo que pasaba y volvió horrorizada, diciendo que estaban quemando todo el Palacio Real de punta a punta, y los jardines, y el Tajo, y la cascada. Cuéntame, hijito, que estoy sin sosiego.

Contéle lo que había pasado en casa del príncipe, su amigo.

—Pero a estas horas habrán salido las tropas para castigar a esa vil plebe—me dijo.

—¡Quia! Si entre la multitud había muchos soldados... La tropa debe de estar sobornada.

—Pero a estas horas el príncipe habrá tomado sus disposiciones para arreglarlo todo..., porque él no es hombre que se anda con chiquitas, y si les sienta la mano... ¡Cuánto deplo-ro no haber podido advertirle ayer lo que se preparaba! Ya ves, hubiéramos podido evitar ese tumulto. ¡Miserable de mí... Yo, yo tengo la culpa de lo que está pasando. Si no fuera por este genio corto que Dios me ha dado...

—El príncipe ha huído, y debe de estar a estas horas muy lejos de Aranjuez.

—¡Que ha huído! No puede ser, no puede ser—afirmó con cierta anajenación—. Gabriel, ¿para qué mientes? ¿O eres tú también de los que creen las majaderías y simplezas de Santurrias?

A este punto llegábamos de nuestro coloquio cuando sentimos una voz ronca y desapacibles que gritaba en el portal.

—¡Ah!—dijo el cura—; me parece que siento a Santurrias. Ahora va a ser ella; no intercedas por él..., estoy decidido...; ahora sí que es preciso ser enérgico.

La voz se acercaba. Era, efectivamente, el sacristán, que cantaba así, subiendo por la escalera:

Vale una seguidilla
de las manchegas
por veinticinco pares
de las boleras.

Solvat sæclum in favilla, teste David cum Sibylla.

—Váyase usted, señor Santurrias—gritó el cura—. No le quiero ver a usted, no quiero oír sus necesidades.

El sacristán, que hasta entonces no nos había visto, se paró ante nosotros, y lanzando una carcajada de estupidez, habló así, con lengua estropajosa:

—El *Kirie eleyson* cantando,
¡viva el príncipe Fernando!

Luego dió fuertes golpes en el suelo con un garrote medio quemado que en la mano traía, y acto continuo empezó a marchar militarmente por el corredor, imitando con la boca el ruido del tambor.

—¡Está borracho!—dijo el cura—. Pero, miserable, ¿no ves que el vino se te sale por los ojos?

Santurrias, apoyado en su palo para no caer al suelo, alargó su cuello, fijó en nosotros los encandilados ojos, arrugóse su cara más aún que de ordinario y chilló así:

—¡Señor paterniá!: El príncipe ha juío... ¡Viva el rey! ¡Muera el *chorice-ro*! ¡Muera ese pillo lairón!... *O salutaris hoco stia*! Si me bían dejao, le hago porvo con este palo... Prrum, prrum..., ¡marchen! Media güelta... ¡Viva el comendante *Pujitos*!

—¡Oh espectáculo lastimoso!—clamó

don Celestino—. Está como una cuba. Ya no le aguanto más... A la calle, a la calle mañana mismo. Se lo diré al señor Patriarca... Pero, no; ahora me acuerdo que es un viudo con cuatro hijos.

A todas éstas las campanas seguían tocando con igual furia, prueba evidente de que el entusiasmo de los cuatro muchachos no había disminuido.

Santurrias se agarró al antepecho del corredor para no caer. Después de haber dicho mil herejías que a don Celestino le pusieron el cabello de punta, dijo que nos iba a contar lo que había hecho.

—Calla de una vez, deshonra de la santa Iglesia, borracho, hereje, blasfemo—le dijo don Celestino, empujándole—. Yo te aseguro que si no fueras un viudo con cuatro hijos...

—Pos, pos...—balbució Santurrias—: lo que hemos hecho se llama... ¡rigolución!... Que si vamos a Palacio, que si no vamos. Yo quería ir pa pedí la aldicación.

—¡Cómo!—exclamó el cura con espanto—. ¿Ha abdicado su majestad el rey Carlos Cuarto?

—Nones..., entavía nones...

*Quantus tremor est futurus
Quando judex est venturus.*

Viva quien halla,
que merece la moza
mejor de España.

¡Muera Godoy!..., marchen..., señor cura. Ya el menistro no es menistro, porque el rey...

—Creo que el rey—indiqué yo para sacar de su ansiedad al buen anciano—ha firmado ya la destitución del príncipe de la Paz. Según allí se dijo, los ministros que estaban en Palacio se lo pedían así.

—Eso..., eso..., juimos a Palacio—continuó Santurrias, que, no pudiendo sostenerse ya, había caído al suelo—, y salió un gentilón con un papé escrito, y leyó..., y decía... decía: «Queriendo mandal por mi mesma mesmedá en el Enjército y la Marina, he venido en ex... es..., es...»

—En exonerar—dijo el cura, dirigiendo sus ojos al cielo.

Santurrias murmuró algunas palabras más entre latinas y castellanas, y calló al fin. Un fuerte ronquido anunció

el aplanamiento de aquel elevado espíritu, conturbado por el vino de la conjuración.

Observé que don Celestino enjugaba una lagrime con la punta del mismo pañuelo que tenía enrollado en la cabeza. Amanecía, y una turba de pájaros procedentes de los árboles cercanos pasaron por sobre el patio cantando un himno de paz. Las primeras luces de la mañana iluminaron la casa, y el cura se retiró a su cuarto, diciendo:

—Dentro de un rato diré la misa y la aplicaré por la salvación de mi amigo el príncipe de la Paz... ¡Ay, si yo le hubiera avisado con tiempo!... Pero ¿no oyes? ¡Esas condenadas campanas me tienen loco!

En efecto, los cuatro muchachos seguían tocando.

XI

Pasé todo aquel día durmiendo. Al caer de la tarde salí para observar el aspecto del pueblo, y en la taberna encontré a Lopito, que hacía con su navaja mil rúbricas en el aire para que le viera Mariminguilla. Después, guardando el arma, me dijo:

—Le he caído en gracia a la muchacha, y si el *Tío Malayerba* no me la deja sacar de aquí, ya sabrá quién es Lopito. ¡Qué bien me porté anoche, Gabriel! Todos están entusiasmados conmigo, y para cuando tengamos al príncipe en el trono ya me han prometido darme una plaza de ocho mil reales en la contaduría del Consejo de Hacienda.

—Chico, si tienes buena letra...

—Ni buena ni nada, porque no sé escribir; pero eso será lo de menos. Me ha dicho Juan el cochero que ahora van a quitar de las oficinas a todos los que puso el príncipe de la Paz, y como son cientos de miles, quedarán muchas plazas vacantes. Conque a toos nos han de poner..., porque, chico, esto de la montería me cansa, y para algo más que para cuidar perros y machos de perdiz me parece que nos echaron nuestras madres al mundo.

—Pero ¿ponen al príncipe de Asturias o no le ponen?

—Nos lo pondrán, y si no, ¿para qué vienen ahí las tropas de Napoleón? ¡Qué bueno estuve anoche! Dicen que el rey

temblaba como un chiquillo, y quería venir a calmarnos; pero parece que los ministrillos no le dejaron. La reina decía que nos debían matar a todos para que no pasara aquí otra como la de Francia, donde les cortaron la cabeza a los reyes con un instrumento que llaman la *tía Guillotina*. Así me lo contó esta mañana *Pujitos*, que sabe de toas estas cosas, y lo ha leído en un papel que tiene. Nosotros queremos al rey porque es el rey, y esta mañana, cuando salió al balcón, gritamos mucho y le echamos vivas. El se llevaba la mano a los ojos para secarse las lágrimas; pero la condenada reina estaba allí como un palo y no nos saludó. *Pujitos*, que lo sabe todo, dice que es porque está afligida con lo que hemos hecho en casa del *choricero*, y asegura que ella lo tiene escondido en su camarín.

—Puede ser.

—Pues yo me he lucido—continuó Lopito, alzando la voz para que lo oyera Mariminguilla—. Esta mañana, cuando prendieron a don Diego Godoy, hermano del ministro, íbamos toos gritando detrás, y yo le tiré una piedra, que si le llega a dar en metá la cara, lo deja en el sitio.

—¿Y qué había hecho ese señor?

—¿Te parece poco ser hermano de ese pillastrón? Era coronel de guardias; pero sus mismos soldados le quitaron las insignias y ahora me le van a llevar a un castillo.

Aquella noche oí un nuevo discurso de *Pujitos*; pero haré a mis lectores el señalado favor de no copiarlo aquí. El poeta calagurritano que antes mencioné, jefe de la conspiración literaria fraguada contra *El sí de las niñas*, se arremó a nosotros, acompañado de *Cuarta y Media*, y entre uno y otros nos descerrajaron la cabeza con media docena de sonetos y otros proyectiles fundidos de sus cerebros. Pero después que nos molieron a sonetazos, Lopito trabó cierta pendencia con el poeta, porque a éste se le antojó requebrar a Mariminguilla, llamándola *ninfa* de no sé qué aguas o poéticos charcos. La navaja de Lopito salió a relucir, y si el poeta no hubiera sido el más cobarde de los cabalgantes del Pegaso, habrían corrido, mezcladas en espantoso río, la sangre de un futuro empleado de Hacienda y la de un pretérito émulo del viejo Homero.

Nada más ocurrió en aquella noche digno de ser transmitido a la posteridad; pero a la mañana siguiente se esparció con la rapidez del rayo por todo el pueblo la voz de que el príncipe de la Paz había sido encontrado en su propia casa. La taberna del *Tío Malayerba* se vació en dos minutos y de todas partes cundió en gran masa la gente para verle salir.

Era cierto: Godoy se había refugiado en un desván, donde le encerró uno de sus sirvientes, el cual, preso después, no pudo acudir a sacarle. A las treinta y seis horas de encierro, el príncipe, prefiriendo, sin duda, la muerte a la angustia, hambre y sed que le devoraban, bajó de su escondite, presentándose a los guardias que custodiaban su morada. Estos, lejos de amparar al que un día antes era su jefe, alborotaron el vecindario, y la misma turbamulta de la noche del 17 acudió con heroico entusiasmo a apoderarse de él.

—¡Ya apareció, ya le cogimos, ya es nuestro!—clamaban muchas voces.

Fuimos todos allá, y en la puerta del palacio el agolpado gentío formaba una muralla. Los feroces gritos, los aullidos de cólera componían espantoso y discordante concierto. Sorprendíome oír entre tanta algarabía las voces de algunas mujeres chillonas que deshonraban a su sexo pidiendo venganza. Lopito no cabía en sí de satisfacción, y la navajilla fué blandida sobre nuestras cabezas como si quisiera partir el firmamento en dos pedazos.

Empujábamos todos, pugnando cada cual por acercarse, y codazo por aquí, codazo por allí, Lopito y yo pudimos aproximarnos bastante a la puerta. El poeta y *Cuarta y Media* estaban en primera fila. El segundo de estos personajes se volvió a mí, y me dijo con gozo:

—Creo que no saldrá vivo de manos del pueblo.

—¿Y a usted qué le ha hecho ese caballero?—le pregunté.

—¡Oh!—me contestó—. Ese hombre es un infame, un pícaro que se ha hecho rico a costa del reino. Yo le aborrezco, le detesto; yo soy una víctima de sus picardías. Ha de saber usted que la tienda de calderería que tengo me la puso él, por ser yo hijo de la que le lavaba la ropa... Al año de tener la tienda me arruiné y él me dió unos cuar-

tos para seguir adelante; pero como le pidiese un destino donde con descanso y sin trabajar me ganase la vida, tuvo la poca vergüenza de contestarme que yo no debía ser empleado, sino calderero, y añadió que yo era un animal. Vea usted: ¡decir que yo soy un animal!

No quise oírle más y me volví de otro lado. La turba chillaba; no he podido olvidar nunca aquellos gritos, que relaciono siempre con la voz de los seres más innobles de la creación; y mientras aquel gatazo de mil voces maullaba, extendía determinadamente su garra con la decisión irrevocable, parecida al valor, que resulta de la superioridad física, con la fuerte entereza que da el sentirse gato en presencia del ratón.

La tropa contenía al pueblo, anheloso de entrar, y algunos jinetes de la guardia se colocaron a derecha e izquierda de la puerta. No lejos de allí, *Pujitos*, que tenía, como hemos dicho, el instinto, el genio de la reglamentación del desorden, mandaba a la turba que se pudiese en fila, y decía, alzando su garrote:

—Señores, a un laíto..., de dos en dos. Formen en batallón, y no rempujen.

De pronto, un clamor inmenso, compuesto de declamaciones groseras, de torpes dichos, de gritos rencorosos, resonó en la calle. En la puerta había aparecido un hombre de mediana estatura con el pelo en desorden, el rostro blanco como el mármol, los ojos hundidos y amoratados, los brazos caídos, en mangas de camisa y con un capote echado sobre los hombros. Era el ministro de ayer, el jefe de los ejércitos de mar y tierra, el árbitro del Gobierno, el opulento príncipe y prócer, señor de inmensos estados, el amigo íntimo de los reyes, el dispensador de gracias, el dueño de España y de los españoles, pues de aquélla y de éstos disponía como de hacienda propia; el coloso de la fortuna, el que de nada se convirtió en todo y de pobre en millonario; el guardia que a los veinticinco años subió desde las cuadras de su regimiento al trono de los reyes, el conde de Eboramonte, y duque de Sueca, y duque de la Alcudia, y príncipe de la Paz, y alteza serenísima, que en un día, en un instante, en un soplo, había caído desde la cumbre de su grandeza y poder al

charco de la miseria y de la nulidad más espantosa.

Cuando apareció, mil puños cerrados se extendieron hacia él; los caballos tuvieron que recular, y los jinetes que hacer uso de sus sables para que el cuerpo del príncipe no desapareciera, arista devorada por aquel gran fuego del ocio humano. El favorito dirigió al pueblo una mirada que imploraba conmiseración; pero el pueblo, que en tales momentos es siempre una fiera, más se irritaba cuando más le veía; sin duda el mayor placer de esa bestia que se llama vulgo consiste en ver descender hasta su nivel a los que por mucho tiempo vió a mayor altura.

El piquete de guardias de a caballo trató de conducir al príncipe al cuartel, para lo cual fué preciso que él se colocase entre dos caballos, apoyando sus brazos en los arzones y siguiendo el paso de aquéllos que si al principio era lento, después fué muy acelerado, con objeto de terminar pronto tan fatal vía crucis. Entre tanto, la multitud pugnaba por apartar los caballos; por aquí se alargaba un brazo, por allí una pierna; los garrotes se blandían bajo la barriga de los corceles, y las piedras llovían por encima... Tanto menudeaban éstas, que los jinetes empezaron a amoscarse y repartieron algunos linternazos.

Lopito, ebrio de gozo, me dijo:

—He sido más listo que todos, porque me escurrí por entre las patas de los caballos y le pinché con mi navaja. Mírala: entavía tiene sangre.

Cuarta y Media vociferaba diciendo:

—Es una iniquidad lo que hacen con nosotros. Esos guardias debían ser fusilados. ¿Por qué no nos dejan acercar?

Pujitos, que en su petulancia no carecía de generosidad, fué el único de los por mí conocidos en quien advertí señales de compasión.

Hubo momentos angustiosos en que la turba se arremolinaba estrechándose, y parecía próxima a devorar al prisionero y a los jinetes que le custodiaban; pero éstos sabían abrirse paso, y aclarándose el grupo volvía a aparecer la cara del mártir, asido con convulsas manos a los arzones, cerrados los ojos, la frente herida y cubierta de sangre, las piernas flojas y trémulas, llevado casi en volandas y casi arrastrando, con la respiración jadeante, la boca espumosa,

las ropas desgarradas. Parecíame mentira que fuese aquél el mismo hombre que dos días antes me recibió en su palacio; el mismo a quien vi asediado por los pretendientes, agitado y receloso sin duda, pero seguro aún de su poder y muy ajeno a tan repentina, traidora y alevosa mudanza del Destino... ¡Y los chicos más desharrapados se aventuraban entre los pies de las cabalgaduras para golpearle, y las mujeres le arrojaban el fango de las calles, menos asqueroso que las exclamaciones de los hombres..., y éstos no disparaban sus escopetas por temor de herir a los soldados! No creo que haya ocurrido jamás caída tan degradante. Sin duda está escrito que la caída sea tan ignominiosa como la elevación.

Los favoritos que dejaron su cabeza sobre el tajo de un cadalso fueron, sin disputa, menos mártires que don Manuel Godoy, llevado en vergonzosa procesión entre feroces risas y torpes dicharachos sin morir, porque no matan los arañazos y pellizcos.

XII

Al fin entró en el cuartel la comitiva, y el populacho, azuzado sin cesar por los lacayos palaciegos, tuvo el sentimiento de no poder mostrar su heroísmo con el éxito que deseara. Alguno de los más celosos entre los bravos campeones salió malherido a consecuencia de que todas las piedras lanzadas contra el ministro no seguían la dirección dada por la mano que las tiraba. Digo esto porque en el momento en que Santurrias se encaramaba sobre los hombros de dos palurdos para poder asestar un golpe certero al infeliz mártir, recibió una peladilla de arroyo sobre la ceja derecha con tanta fuerza que el benemérito sacristán cayó al suelo sin sentido. Al punto los que más cerca estábamos, Lopito y yo, corrimos en su ayuda, y en unión de otras dos personas caritativas llevamos aquel talego a su casa, pues Santurrias vivía pared por medio con mi buen amigo don Celestino del Malvar. Luego que éste vió entrar a su subalterno tan mal parado, cruzó las manos y dijo:

—Castigo de Dios ha sido por las muchas blasfemias de este hombre y su

abominable complicidad con los enemigos del Estado. No es ésta ocasión de demostrar cólera, sino blandura; aquí estoy yo para curarle y asistirle, pues prójimo es, aunque un grandísimo bribón. Dejadle ahí sobre una estera, que yo prepararé las bizmas y el ungüento, con lo cual quedará como nuevo. Animo, amigo Santurrias. ¿estás encandilado todavía? ¿Queréis que saque una de aquellas botellas que tanto deseáis? Tía Gila—añadió, dando una llave a la mujer que le servía—, abra usted la alacena y saque al punto una de las que dicen «La Nava, seco», para ver si con la perspectiva de ella se reanima un tantico este hombre. Y vosotros, chiquillos—prosiguió dirigiéndose a los cuatro hijos de Santurrias, que exhalaban plañideros hipidos en torno al desmayado cuerpo de su padre—, no lloréis, que esto no es más que un rasguño alcanzado por este buen hombre en alguna disputa. No lloréis, que vuestro padre vive y estará sano dentro de una hora... Y si muriese, yo os prometo que no quedaréis huérfanos, porque aquí me tenéis a mí que os he de amparar como un padre. Vamos, chiquillos, aquí no servís más que de estorbo. Idos a jugar... Vaya, para que os quitéis de en medio, os permito que toquéis un poquito las campanas, picarones... Id a la torre; pero no toquéis fuerte: tocad a sermón o a completas.

Como se levanta la bandada de pájaros sorprendida por el cazador, así volaron fuera del cuarto los cuatro muchachos, y un instante después todas las viejas del pueblo salían a sus puertas y balcones, diciéndose unas a otras: «Señora doña Blasa, esta tarde tenemos sermón y completas. Buena falta hace, a ver si se acaban pronto estas herejías.»

Santurrias, que había perdido mucha sangre, recobró algo tarde el completo uso de sus eminentes facultades, y al abrir a la luz del día sus ojos, permaneció como atontado, hasta que volvió a adquirir su lengua el don de la facundia.

—¡Que lo ahorquen!—gritó—. Que nos lo den; que le echen hacia acá, y nosotros le enjusticiaremos. Despachemos primero a los guardias de a caballo, y dimpués a él... No arrempujar, señores, Darle onde le duela. Pincha tú por bajo, Agustínillo, que yo con esta almendra

le echo la puntería en metá la nariz. ¡Mil demonios! ¿Quién tira piedras?... ¡Muerto soy!

—No, hierba ruin; vivo estás—dijo don Celestino, aplicándole una venda a la herida—. Mira esto que he puesto delante. Es una botella de aquellas que deseabas, borracho; tuya será cuando te pongas bueno, si prometes no decir disparates.

Después nos preguntó que en qué refriega había acontecido tan funesto percance, y Lopito y yo, cada cual con distinta manera y estilo, le contamos lo que había sucedido: el encuentro del príncipe, su prisión y su suplicio por las calles del pueblo.

—Corro allá, voy al instante—exclamó fuera de sí don Celestino—. Es mi bienhechor, mi amigo, mi paisano, y aun creo que pariente. ¿Cómo he de desampararle en su desventura?

Quisimos disuadirle de tan peligroso intento; pero él no reparaba en obstáculos ni menos en el riesgo que corría haciendo pública ostentación de sus sentimientos humanitarios en favor del desgraciado valido. Nada le convencía, y después que dejó a Santurrias muy bien vendado y ya algo repuesto de su malestar, tomó el manteo, vistiéndose a toda prisa y fué en dirección del cuartel.

—No se exponga usted—le decía yo por el camino—. Mire que son unos bárbaros, y en cuanto usted demuestre que es amigo del príncipe, no respetarán ni sus canas ni su traje.

—¡Que me maten!—contestó—. Quiero ver al príncipe... ¡Cuando me acuerdo de lo que me quería ese buen señor...! ¡Ah!, Gabrielillo: lo que aquí vemos es espantoso y clama al cielo. Pase que algunos estén descontentos de su gobierno; pase que le tengan otros por mal ministro, aunque yo creo que es el mejor que hemos tenido desde hace mucho tiempo; se puede perdonar que sus enemigos quieran derribarle y le insulten; se comprende que dichos enemigos, en un momento de coraje, le prendan, le arrastren, le ahorquen; pero, hijo, que esto lo hagan los mismos a quienes ha favorecido tanto; los que sacó de la miseria, los que de furrielles trocó él en capitanes y de covachuelos en ministros, los que han vivido a su arrimo, y han comido sobre sus manteles, y le han adulado en verso y en

prosa..., ¡ah!, esto no tiene perdón de Dios, y menos si se considera que se han valido para esto de los mismos lacayos, cocineros y criados de los señores infantes... Hijo mío, me parece que veo la corona de España paseada por los patanes y los majos en la punta de sus innobles garrotes.

Llegamos al cuartel, cuya puerta estaba bloqueada por el populacho. Don Celestino se abrió paso difícilmente. Algunos preguntaron con sorna: «¿Adónde va el padrito?», y él, dando codazos a diestro y siniestro, repetía: «Quiero ver a ese desgraciado, mi amigo y bienhechor.»

Muy mal recibidas fueron estas palabras; pero, al fin, más que la exaltada pasión, pudo el tradicional respeto que al pueblo español infundían los sacerdotes.

—Hijos míos—les decía—. sed caritativos; no seáis crueles ni aun con vuestros enemigos.

La turba se amansó, y don Celestino pudo abrirse calle por entre dos filas de garrotes, navajas, escopetas, sables y puños vigorosos, que se apartaban para darle paso. Yo estaba muy asustado viéndole entre aquella gente, y mi viva inquietud no se calmó hasta que le consideré sano y salvo dentro del cuartel.

Y los cuatro hijos de Santurrias seguían tocando a sermón y completas, y la iglesia se llenaba de beatas, que al tomar agua bendita se saludaban diciendo: «Creo que aún no ha concluido todo y que tendremos esta tarde otra jaranita.» Y el segundo acólito, creyendo que la cosa iba de veras, encendió el altar y preparó las ropas y abrió los libros santos. Y dieron las tres, las tres y media, las cuatro, las cuatro y media, y el cura no aparecía, y las viejas se impacientaban, y el segundo acólito se volvía loco, y los cuatro hijos de Santurrias seguían tocando.

Y yo fui también a la iglesia, y sentado en un banco, reflexioné detenidamente sobre la inestabilidad de las glorias humanas, hasta que, al fin, observando que la impaciencia de las beatas llegaba a su último extremo y que empezaban a entablar diálogos pintorescos para matar el fastidio, salí en busca de mi amigo. Encontréle muy a punto en el momento en que regresaba del cuar-

tel. Su rostro era cadavérico, su habla trémula.

—¡Ah Gabriel!—me dijo—. Vengo tras-pasado de dolor. Allí, sobre unas fétidas pajas, cubierto de sangre y pidiendo a voces la muerte, está el que ayer gobernaba dos mundos. Ni un alma compasiva se acerca a darle consuelo. Ayer cien mil soldados le obedecían, y hoy hasta los furrieles se ríen de su miseria. No creí que todo se pudiera perder tan pronto; pero, ¡ay hijo!, el hombre es así: gusta mucho de las caídas, y el día en que un poderoso de la tierra viene al suelo, siempre es un día feliz.

—Sosiéguese usted—le dije—. Usted no recordará que mandó tocar a sermón y a completas. La iglesia está llena de gente. No hay más remedio sino subir al púlpito.

—Hablé con él—prosiguió sin hacerme caso—. El corazón se me parte recordándolo. Desde anteanoche hasta esta mañana estuvo en un desván, envuelto en un saco de esteras, muerto de hambre y de sed. La horrorosa calentura le devoraba de tal modo, que prefirió la muerte. Por eso salió el infeliz. ¡Pobre amigo mío! Yo le dije: «Señor, si cada uno de los que han recibido un beneficio de vuestra alteza le hubiera echado una gota de agua en la boca, su sed se habría apagado.» El me miró con expresión de agradecimiento, y no dijo más; pero a mí se me caían las lágrimas. Todo esto ha sido obra del príncipe de Asturias y de sus amigos. Bien claro se ve. Cuando el príncipe fué de orden de su padre a calmar a la muchedumbre para que no despedazara al infeliz prisionero, los amotinados le aclamaban y obedecían. Y esto no ha de parar aquí. Ellos quieren la abdicación del rey, y viendo que esto no es fácil de conseguir, tratan de irritar más al populacho para que don Carlos coja miedo y suelte la corona. Ahora pusieron en la puerta del cuartel un coche de colleras, con lo cual ese bestia de pueblo creyó que el preso iba a ser puesto en salvo de orden del rey. ¡Qué fácilmente se engaña a esos desgraciados!... El ardid salió bien, porque la turba destrozó el carruaje y después ha corrido hacia Palacio dando vivas a Fernando Séptimo.

—Ya me lo explicará usted detenidamente—repuse—. Ahora prepárase usted

para ir a la iglesia, donde le aguarda una multitud de respetables señoras.

—¿Qué dices? Si no hay sermón esta tarde...

—Usted mandó a los cuatro muchachos que tocaran a...

—¡Es verdad, qué inadvertencia!—dijo muy confundido—. Y están allí esas buenas señoras: doña Robustiana, doña Gumersinda, doña Nicolasa, la del escribano. ¡Oh! ¿Qué diría Nicolasa si no predico?

—Es preciso que usted haga un esfuerzo.

—¡Si no tengo ideas, si no sé qué decir! ¡No puedo apartar mi mente del espectáculo que he visto. ¡Ah! ¡Cuánto me quería! ¡Si vieras cómo me apretó la mano! Yo lloraba a moco y baba. ¡Si a él se lo debo todo!... El fué mi amparo; él me dió este beneficio a los catorce años de haberlo solicitado, en seguida, como quien dice. Y lo mejor es que sin merecimientos por parte mía... No, no puedo predicar...; estoy tonto... Esos endiablados muchachos todavía no cesan de tocar a sermón... ¡Oh!, tendré que hacer un esfuerzo.

Don Celestino, comprendiendo la necesidad de no desairar a sus feligresas, entró en la parroquia y oró un poco, recogiendo su espíritu. Después subió al púlpito y predicó un sermón sobre la ingratitud.

Todas las viejas lloraron.

XIII

Ya era de noche cuando me avisaron que a las diez salía un coche para Madrid. Resolví partir, y por hacer tiempo hasta que llegase la hora de la marcha fui a la taberna. Como en los días anteriores, el gentío era inmenso, los trajes pintorescos y variados, animadas las voces (aunque ya enronquecidas por el patriotismo), los gestos elocuentes, las patadas clásicas, los pellizcos propinados a Mariminguilla infinitos, el vino más aguado que el día anterior, pues por algo disfrutaba Aranjuez el beneficio de dos copiosos ríos.

Lopito y *Cuarta y Media* me convidaron a beber con demostraciones de entusiasmo, y el primero de aquellos consecuentes hombres políticos me dijo:

—Hoy sí que nos hemos lucido, Ga-

brielillo. Aquí me está diciendo el señor *Cuarta y Media* que esta noche ponen al príncipe de Asturias, de modo que hemos de ir a darle vivas al balcón.

Pujitos distrajo mi atención, hablándome de que pensaba organizar una compañía de buenos españoles que desfilaran por delante de Palacio en marcial formación, como la tropa, con objeto de hacer ver a los reyes que el pueblo debe dar media vuelta a la izquierda lo mismo que el Ejército. ¡Qué predestinación! ¡Qué genio! ¡Qué mirada al porvenir! Yo contesté a *Pujitos* excusándome de formar parte de tan brillante ejército, por serme indispensable marchar del Sitio aquella misma noche.

Había oscurecido. Mariminguilla colgó el candil de cuatro mecheros para la completa, aunque pálida, iluminación de la escena, y aun me encontraba yo allí, cuando llegó la feliz, la anhelada noticia. Algunos entraron diciéndolo, y no se les dió crédito; otros salieron a averiguarlo y tornaron al poco rato confirmando tan fausto suceso, y por fin un grupo, el más bullicioso, el más maleante, el más entremetido de todos los grupos de aquellos días, la comparsa de cocineros vestidos de patanes manchevos y de pinches convertidos en majos, entró anunciando con patadas, manoplazos, berridos y coces, que la corona de España había pasado de las sienes del padre a las del hijo. No dejaban de tener razón al entusiasmarse aquellos angelitos, porque, en apariencia, ellos lo habían hecho todo.

Comunicada por tan brillante pléyade la noticia, no podía menos de ser cierta, y en prueba de que los *patres conscripti* la creyeron, allí estaban los mil cascos de los vasos rotos en el momento en que se convencieron del cambio de monarca. También Mariminguilla tenía en sus brazos señales evidentes del alborozo fernandista, pues se redoblaron los pellizcos. La multitud, espolcada por *Pujitos*, partió a los alrededores de Palacio a pedir que saliese el nuevo rey para vitorearle, y la taberna quedó desocupada en dos minutos. Pueblo y soldados, mujeres y chiquillos, todos se unieron al alegre escuadrón; su paso era marcha y baile y carrera a un mismo tiempo, y su alarido de gozo me habría aterrado si hubiese yo sido el príncipe en cuyo loor ento-

naban himno tan discordes las gargantas humedecidas por el fraudulento vino del Tío Malayerba.

No quise ver ni oír más aquello, y fui a despedirme del incomparable don Celestino, a quien hallé en el cuarto de Santurrias, ocupado aún en bizmarle y curar sus heridas. Luego que puso fin a esta operación, se ocupó en acostar a los cuatro muchachos campaneros, los cuales, fatigados de la batahola de aquel día, yacían medio dormidos sobre el suelo. Era preciso desnudarlos como a cuerpos muertos, y al mismo tiempo hacerles comer las sopas de ajo que la tía Gila había traído en una gran cazuela. El señor cura, teniendo sobre sus rodillas el más pequeño de aquellos diablillos, le acercaba la cuchara a la boca esforzándose en introducirla por entre los apretados dientes. Después, procurando despabilarle, decía:

—Vamos ahora a rezar todos el Padrenuestro. ¡Si vieras, Gabrielillo—añadió dirigiéndose a mí—, cómo me han mortificado estos cuatro enemigos! Uno me ponía rabos de papel en la sotana; otro tendía una cuerda desde la cama a la mesa para que al pasar me enredara las piernas y cayese al suelo; otro calentó la llave de la alacena y me abrasé los dedos cuando fui a abrir, y, por último, con mi sombrero hicieron un muñeco, que decían era el príncipe de la Paz, y después de arrastrarle por el patio, iban a meterle en el fogón para quemarlo. Afortunadamente, la tía Gila acudió a tiempo. ¡Pero qué han de hacer, si ya no hay autoridad ni se obedece a los superiores! Me parece que ahora van a venir tiempos muy calamitosos. Si cada vez que se les antoje quitar a un ministro salen gritando los cocheros de los príncipes con unas cuantas docenas de labriegos y soldados de la guarnición, de antemano seducidos, vamos a estar con el alma en un hilo. Gabriel, aquí para entre los dos, ¿no es indecoroso, humillante, indigno, que un príncipe de Asturias arranque la corona de las sienes de su padre, amedrentándole con los ladridos de torpes lacayos de ignorantes patanes, de bárbaros chisperos y de una soldadesca estúpida y sobornada? ¡Ay! Si yo no fuera un hombre corto de genio y lo hubiera tenido para decirle al príncipe de la Paz lo que se fraguaba; si él, siguiendo mis

consejos, hubiera puesto a la sombra a tres o cuatro pícaros como Santurrias y otros... Porque créelo, hijo: este borrachón es, según me han dicho, el que ha embaucado a medio pueblo para hacerle tomar parte en el alboroto... Por supuesto, que ha corrido dinero de largo. Yo de buena gana castigaría a este hombre execrable, a este pérfido sacristán; pero ¿cómo he de dejar sin pan a un viudo con cuatro hijos? Ya ves: se me parte el corazón al considerar que estos angelitos andarán por las calles pidiendo una limosna... Lo que antes te he dicho es cierto... El vulgo, esa turba que pide las cosas sin saber lo que pide y grita «¡Viva esto y lo otro!», sin haber estudiado la cartilla, es una calamidad de las naciones, y yo, a ser rey, haría siempre lo contrario de lo que el vulgo quiere. La mejor cosa hecha por el vulgo resulta mala. Por eso repito yo siempre con el gran latino: *Odi profanum vulgus et arceo*... *et arceo*, y lo aparto..., *et arceo*, y lo echo lejos de mí..., *et arceo*, y no quiero nada con él.

Concluida esta filípica, me abrazó deseándome mil felicidades y haciéndome jurar que le enteraría puntualmente de la situación de Inés. Salí, al fin, de su casa y de Aranjuez, y cuando el coche que me conducía pasó por la plaza de San Antonio, sentí la algazara del pueblo agolpado delante de Palacio. Sus gritos formaban un clamor estrepitoso que hacía enmudecer de estupor a las ranas de los estanques y asustaba a los grillos, pues unas y otros desconocían aquella monstruosidad sonora que tan de improviso les había quitado la palabra.

El pueblo vitoreaba al nuevo rey. El plan concebido en las antecámaras de Palacio había sido puesto en ejecución con el éxito más lisonjero. Todo estaba hecho, y los cortesanos que desde los balcones contemplaban con desprecio el entusiasmo de la fiera, tan brutal en su odio como en su alegría, no cabían en sí de satisfacción, creyendo haber realizado un gran prodigio.

En su ignorancia y necedad, no se les alcanzaba que habían envilecido el trono, haciendo creer a Napoleón que una nación donde príncipes y reyes jugaban la corona a cara y cruz sobre la capa rota del populacho no podía ser inexpugnable.

Hasta que nuestro coche se internó mucho por la calle Larga, no dejamos de oír los gritos. Aquél fué el primer motín que he presenciado en mi vida, y a pesar de mis pocos años entonces, tengo la satisfacción de no haber simpatizado con él. Después he visto muchos, casi todos puestos en ejecución con los mismos elementos que aquel famosísimo, primera página del libro de nuestros trastornos contemporáneos, y es preciso confesar que sin estos divertimientos periódicos, que cuestan mucha sangre y no poco dinero, la historia moderna de la heroica España sería esencialmente fastidiosa.

Pasan años y más años; las revoluciones se suceden, hechas en comandita por los grandes hombres y por el vulgo, sin que todo lo demás que existe en medio de estas dos extremidades se tome el trabajo de hacer sentir su existencia. Así lo digo yo hoy, a los ochenta y dos años de mi edad, a varios amigos que nos reunimos en el café de Pombo, y oigo con satisfacción que ellos piensan lo mismo que yo. Don Antero, progresista blindado, cuenta la picardía de O'Donnell el 56; don Buenaventura Luchana, progresista fósil, hace depender todos los males de España de la caída de Espartero el 43; don Aniceto Burguillos, que fué de la Guardia Real en tiempo de María Cristina, se lamenta de la caída del Estatuto. Reúnense junto a nuestra mesa algunos estudiantes jóvenes, varios capitanes y tenientes de Infantería y no pocos parásitos de esos que pueblan los cafés, probándonos que son tan pesados de pretendientes como de cesantes. Todos nos ruegan que les contemos algo de las felicidades pasadas, para edificación de la edad presente, y sin hacerse de rogar, cuenta don Antero la del 56; don Buenaventura se conmueve un poco y relata la del 43; don Aniceto da doce puñetazos sobre la mesa mientras narra la del 36, y yo, mojando un terroncito de azúcar y chupándomelo después, les digo con este tonillo zumbón que no puedo remediar: «Ustedes han visto muchas cosas buenas; ustedes han visto la de los grandes militares, la de los grandes civiles y la de los sargentos; pero no han visto la de los lacayos y cocheros, que fué la primera, la primerita y, sin disputa, la más salada de todas.»

XIV

Me siento fatigado; pero es preciso seguir contando. Ustedes están impacientes por saber de Inés; lo conozco, y justo es que no la olvidemos.

Llegué, pues, a Madrid muy temprano, y después de haber acomodado mi equipaje en la casa que tenía el honor de albergarme (calle de San José, número 12, frente al Parque de Monteleón), me arreglé y salí a la calle, resuelto a visitar a Inés en casa de sus tíos. Mas por el camino ocurrióme que no debía presentarme en casa de tales señores sin informarme primero de su verdadera condición y carácter. Por fortuna, yo conocía un maestro guarnicionero, instalado en la calle de la Zapatería de Viejo, muy contigua a la de la Sal, y resolví dirigirme a él para pedir informes al señor don Mauro.

Cuando entré por la calle de Postas, mi emoción era violentísima, y, cuando vi la casa en que moraba Inés, me flaqueaban las piernas, porque toda la vida se me fué de improviso al corazón. La tienda de los Requejos estaba en la calle de la Sal, esquina a la de Postas, con dos puertas, una en cada calle. En la muestra verde, se leía: «Mauro Requejo», inscripción pintada con letras amarillas, y de ambos lados de la entrada, así como del andrajoso toldo, pendían piezas de tela, fajas de lana, medias de lo mismo, pañuelos de diversos tamaños y colores. Como la puerta no tenía vidrieras, dirigí con disimulo una mirada al interior, y vi varias mujeres a quienes mostraba telas un hombre amarillo y flaco, que era de seguro el mancebo de la lonja. En el fondo de la tienda había un San Antonio, patrón, sin duda, de aquel comercio, con dos velas apagadas, y a la derecha mano del mostrador una como balastrada de madera, algo semejante a una reja, detrás de la cual estaba un hombre en mangas de camisa y que parecía hacer cuentas en un libro. Era Requejo; visto al través de los barrotes, parecía un oso en una jaula.

Apartéme de la puerta, y alzando la vista, observé otra muestra colocada en la ventana del entresuelo, la cual decía: «Préstamos sobre alhajas». En la ventanilla donde campeaba tan consolador llamamiento no había flores ni jau-

las de pájaros, sino una multitud de capas que respiraban higiénicamente el aire matutino por entre los agujeros de sus remiendos y apolilladuras. Tras los vidrios pendía una mugrienta cortineja. Observé que una mano apartó la cortina; vi la mano, luego un brazo y después una cara. ¡Dios mío! Era Inés. Yo la vi y ella me vió. Parecióme que sus ojos expresaban no sé si terror a alegría. Aquel rayo de luz duró un segundo. Cayó la cortinilla y ya no la vi más.

Esto avivó en mí el deseo de entrar. ¿Cómo podían encontrarse en aquella vivienda las comodidades, los lujos, las riquezas que ponderaban los Requejos en su visita inolvidable? Para salir de dudas, doblé la esquina y molí a preguntas al guarnicionero.

—Ese Requejo—me dijo—es el bicho de peores trazas que ha venido al mundo. Está rico; pero ya se ve...; en casa donde no se come, ¿no ha de haber dinero? Porque has de saber que en el barrio corre la voz de que él se alimenta con las carnes de su hermana, y su hermana con las del mancebo, que por eso está como una vela. ¡Y cuidado si tienen dinero esas dos ratas!... Con la tienda y la casa de préstamos, se han puesto las botas. Verdad que por las prendas de vestir no dan más que la cuarta parte de su valor, con interés de dos pesetas en duro por cada mes. Cuando toman sábanas finas y vajillas, dan una onza, con interés de cuatro duros al mes. En la tienda dan al fiado a los vendedores que van por los pueblos; pero les cobran cuatro pesetas y media por cada duro que venden. Dicen que cuando doña Restituta entra en la iglesia roba los cabos de vela para alumbrarse en casa, y cuando va a la plaza, que es cada tercer día, compra una cabeza de carnero y sebo del mismo animal, con lo cual pringa la olla; con esto y legumbres van viviendo. Una vez al año van a la botillería, y allí piden dos cafés. Beben un poquito, y lo demás lo echa ella disimuladamente en un cantarillo que deja escondido bajo las faldas, el cual café traen a casa, y echándole agua, le alargan hasta ocho días. Lo mismo hacen con el chocolate. Don Mauro es vanidoso y gastaría algo más, si su hermana no le tuviera en un puño, como quien dice. Ella tiene las llaves de

todo, y no sale nunca de casa por miedo a que les roben, y la casa es bocado apetitoso para los ladrones, porque se dice que en el sótano está la caja del dinero.

Estas noticias confirmaron la opinión que acerca de los tíos de Inés había yo formado. La primera pena que sentí al oír el panegirico de los dos personajes consistió en la certidumbre de que me sería muy difícil introducirme en la casa, y menos trabar amistad con sus dueños. En esto pensaba tristemente, cuando vino a mi memoria un anuncio que varias veces había compuesto en la imprenta del *Diario*, el cual decía: «Se necesita un mozo de diecisiete a dieciocho años, que sepa de cuentas, afeitar, algo de peinar, aunque sólo sea de nombre, y guisar, si se ofreciere. El que tenga estas partes, y además buenos informes, diríjase a la calle de la Sal, esquina a la de Postas, frente a los peñeros, lonja de lencería y pañolería de don Mauro Requexo, donde se tratará del salario y demás.»

Corrí a la imprenta del *Diario* a ver si aún se insertaba aquel anuncio, y tuve el gusto de saber que los Requejos no habían encontrado quien los sirviera. Abandoné mi profesión de cajista, y, sin consultarlo con nadie, pues nadie me hubiera comprendido, presentéme en la casa de la calle de la Sal, declarándome poseedor de las cualidades consignadas en el anuncio.

Mi único temor consistía en que los Requejos recordasen haberme visto en Aranjuez, con lo cual recelarían de tomarme a su servicio; pero Dios, que, sin duda, protegía mi buena obra, permitió que ni uno ni otra me reconocieran, y si doña Restituta me miró al pronto con cierta expresión sospechosa, y como diciendo: «Yo he visto esta cara en alguna parte», fué, sin duda, un fugaz pensamiento, que no la decidió a poner obstáculos a mi admisión.

Cuando entré en la tienda, la primera persona a quien expuse mis pretensiones fué a don Mauro, el cual, dejando un rancio librote donde escribía torcidos números, se rascó los codos, y me dijo:

—Veremos si sirves para el caso. De un mes acá han venido más de cincuenta, pero piden mucho dinero. Como ahora quieren todos ser señoritos...

Llamada por su hermano, presentóse

doña Restituta, y entonces fué cuando me miró como más arriba he dicho.

—¿Tú sabes—me preguntó la tía de Inés—lo que damos aquí al mozo? Pues damos la mantención y doce reales al mes. En otras partes dan mucho menos, sí, señor; pues en casa de Cobos, después de matarlos de hambre, danles ocho reales, y gracias. Conque, muchacho, ¿te quedas?

Yo fingí que me parecía poco; hasta intenté regatear para que no se descubriera mi propósito, y, al fin, dije que, hallándome sin acomodo, aceptaba lo que me ofrecían. En cuanto a los informes que me exigieron, fácil me fué conseguir la merced de una recomendación del regente del *Diario*.

—Doce reales al mes y la mantención—repitió doña Restituta, creyendo, sin duda, vista mi conformidad, que había ofrecido demasiado—; la mantención, sí, que es lo principal.

¡Ay! El lector no conoce aún todo el sarcasmo que allí encerraba la palabra *mantención*.

—Por supuesto—dijo Requejo—que aquí se viene a trabajar. Veremos si sabes tú de todos los menesteres que se necesitan. Y aquí hay que andar derecho, sí, señor; porque, si no... Mírame a mí: yo era un *jambbrero*, lo mismo que tú, y en fin..., con mi honradez y mi...

—La economía es lo principal—añadió la hermana—. Gabriel, coge la escoba y barre todo el almacén interior. Después irás a llevar estos fardos a la posada de la calle del Carnero; luego copiarás las cuentas; más tarde lavarás la loza de la cocina, antes de mondar las patatas, y así te quedará tiempo para apalar las capas, encender el fuego y soplarlo, devanar el hilo de la costura, poner los números a las papeletas, aviar la lamparilla, limpiar el polvo, dar lustre a los zapatos de mi hermano y todo lo demás que se vaya ofreciendo.

XV

Al punto empecé las indicadas operaciones, cuidando de poner en ellas todo el celo posible para contentar a mis generosos patronos. Debo, ante todo, dar a conocer la casa en que me encontraba. La tienda, sin dejar de ser pequeñísima,

era lo más espacioso y claro de aquella triste morada, uno de los muchos escondrijos en que realizaba sus operaciones el comercio del Madrid antiguo. La trastienda era almacén y al mismo tiempo comedor, y los fardos de pañuelos y lanas servían de aparador a la cacharrería, cuyo brillo se empañaba diariamente con repetidas capas de polvo. Todos los artículos del comercio estaban allí reunidos y hacinados con cierto orden. Los Requejos vendían telas de lana y algodones, a saber: pañuelos del Bearne, género muy común entonces; percales ingleses, que desafiaban en la frontera portuguesa las Aduanas del bloqueo continental; artículos de lana de las fábricas de Béjar y Segovia, algunas sederías de Talavera y Toledo, y por último, viendo don Mauro que sus negocios iban siempre a pedir de boca, se metió en los mares de la perfumería, artículo eminentemente lucrativo. Así es que, además de los géneros citados, había en la trastienda multitud de cajas que encerraban polvos finos, pomadas y aguas de olor en su variedad infinita, *verbigratia*: de lima, tomillo, bergamota, macuba, clavel, almizcle, lavanda, del Carmen, del cachirulo y otras muchas. Como el local donde se guardaban todos estos géneros servía de comedor, ya pueden ustedes figurarse la repugnante mezcolanza de olores desprendidos de sustancias tan diversas como son una pieza de lana teñida con rubia, un frasco de vinagrillo del príncipe y una cazuela de migas; pero los Requejos estaban hechos de antiguo a esta repugnante asociación de olores inarmónicos.

De la trastienda se subía al entresuelo por una escalera que presumo fué construída por algún sapientísimo maestro de gimnasia, pues no podéis figuraros las contorsiones, los dobleces, las planchas, las mil torturas a que tenía que someterse para subirla el frágil barro de nuestro cuerpo. Sólo la escurridiza doña Restituta pasaba por aquellos aéreos escollos sin tropiezo alguno. Subía y bajaba con singular ligereza, y como por un don especial a ella sola concedido, no se le sentía el andar, siempre que yo la veía deslizarse por aquella problemática escalera, sus pasos no me parecían pasos, sino los ondulantes y resbaladizos arqueos de una culebra. Cuando, franqueada la escalera, se

llegaba al entresuelo, era preciso hacer un cálculo matemático para saber qué dirección debía tomarse, pues el viajero se encontraba en el centro de un pasillo tan oscuro, que ni en pleno día entraba por él una vergonzante luz. Tentando aquí y allí, se hallaba la puerta de la sala, con ventanas a la calle de Postas, y por cierto que allí no vi ninguna cortina verde con ramos amarillos, sino un descolorido papel que en mil jirones se desternillaba de risa sobre las paredes. Un mostrador negro y muy semejante a las mesillas en que piden limosna para los ajusticiados los hermanos de la Paz y Caridad, indicaba que allí estaba el cadalso de la miseria y el altar de la usura. Efectivamente, un tintero de pluma de ganso, cortada de ocho meses, servía para extender las papeletas, algunas de las cuales esperaban sobre la mesa la anhelada víctima. Una cómoda y varios cofres, resguardados con barrotes, eran Bastilla de las alhajas y Argel de las ropas finas. Las capas, sábanas y vestidos estaban en una habitación inmediata que, además, tenía la preeminencia de proteger el casto sueño del amo de la casa.

Además de esta sala había otra, con ventana a la calle de la Sal, elegante pieza que no desmerecía de la anterior en lujo ni en exquisitos muebles, pues su sillería de paja, adornada con vistosos festones y tan aéreas que cada pieza parecía dispuesta a caer por su lado, no hubieran hallado compradores en el Rastro. En dicha sala estaba el taller. ¿El taller de qué? Los Requejos tenían tres industrias: la venta, los préstamos y la confección de camisas, que en los días a que me refiero eran cortadas por doña Restituta y cosidas por Inés desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, trabajando sin cesar en beneficio de la sórdida tacañería de sus tíos. Una orden expresa de doña Restituta le impedía salir de aquel cuarto; no bajaba a la trastienda sino a la hora de comer; no se le permitía asomarse a la ventana; no se le permitía cantar ni leer un libro; no se le permitía distraerse de su obra perenne, ni mencionar a su tío, ni recordar a su madre, ni hablar de cosa alguna que no fuera la honradez de los Requejos y lo longanimitad de los Requejos.

Pero sigamos la descripción de la ca-

sa. En una habitación interior, mejor dicho, en una caverna, estaba el dormitorio de la tía y la sobrina, y en el fondo del pasillo y junto a la cocina se abría mi cuarto, el cual era una vasta pieza como de tres varas de largo por dos de ancho, con una espaciosísima abertura, no menos chica que la palma de mi mano. Por esta claraboya entraban, procedentes del patio medianero, algunos intrusos rayos de luz, que se marchaban al cuarto de hora después de pasearse como unos caballeros por la pared de enfrente. Mis muebles eran un mullido jergón de paja y un cajón vacío que me servía de pupitre, mesa, silla, cómoda y sofá. Semejante ajuar era para mí en realidad más que suficiente; y en cuanto a la densa y providencial lobrete que envolvía la casa como nube perpetua, me parecía hecha de encargo para mi objeto.

El entresuelo se comunicaba con la escalera general de la casa, la cual partía majestuosamente desde la misma puerta de la calle, y en su grandioso arranque de tres cuartas tenía espacio suficiente para que fuera matemáticamente imposible que una persona subiese mientras otra se ocupaba fatigosamente en la tarea de bajar. Por ese túnel ascendente tenían que introducirse los que iban a empeñar alguna cosa, siendo en cierto modo simbólico aquel tránsito y expresión arquitectónica, muy exacta a las angustias del alma miserable en los momentos críticos de la vida. Bien podía llamarse la escalera de los suspiros.

No debo pasar en silencio que en la casa de los Requejos había cierto aseo, aunque, bien considerado el problema, aquella era la limpieza propia de todos los sitios donde no existe nada; *exempli gratia*: la limpieza de la mesa donde no se come, de la cocina donde no se guisa, del pasillo donde no se corre, de la sala donde no entran visitas, la diafanidad del vaso donde no entra más que agua.

Allí no había perros, ni gatos, ni animal alguno, si se exceptúan los ratones, para cuya persecución, don Mauro tenía un gato de hierro es decir, una ratonera. Los infelices que caían en ella eran tan flacos, que bien se conocía estaban alimentados con perfumes. Un perro hubiera comido mucho; un jilguero

habría necesitado más rentas que un obispo; una codorniz hubiera echado la casa por la ventana; las flores cuestan caras y, además, el agua... La fauna y la flora fueron por estas razones pros critas, y para admirar las obras del Ser Supremo, los Requejos se recreaban en sí mismos.

Me falta ahora hacerme cargo de otro ser que habitaba la casa durante el día: el mancebo.

El cual era un hombre cuajado, quiero decir, que parecía haberse detenido en un punto de su existencia, renunciando a las transformaciones progresivas del cuerpo y del alma. Juan de Dios ofrecía el aspecto de los treinta años, aunque frisaba en los cuarenta. Su cara amarilla tenía gran semejanza con la de doña Restituta; pero jamás se notaron en ella las contracciones, los enrojecimientos repentinos, propios de aquella señora. Era en sus modales lento y acompasado; su movilidad tenía límites fijos, como la de una máquina, y si el método puede llegar a establecerse de un modo perfecto en los actos del organismo humano, Juan de Dios había realizado este prodigio. Llegar, abrir la tienda, barrerla, cortar las plumas, colgar las piezas de tela en la puerta, recibir al comprador, decirle los precios, regatear siempre con las mismas palabras, medir y cortar el género, cobrarlo, contar por las noches el dinero, apartando el oro, la plata y el cobre; tales eran sus funciones y tales habían sido por espacio de veinte años.

Juan de Dios comía en casa de los Requejos, que le trataban como un hermano. Servíalos él con fidelidad incomparable, y si en algo nacido tenían ellos confianza, era en su mancebo. Cinco años antes de mi entrada en la casa, la organizadora y genial cabeza de don Mauro concibió un proyecto gigantesco semejante a esos que de siglo en siglo transforman la faz del humano linaje. Requejo, después de hacer la cuenta del día, se rascó los codos, dióse un golpe en la serena frente, puso los ojos en blanco, rióse con estupidez, y, llamando aparte a su hermana, le dijo:

—¿Sabes lo que estoy pensando? Pues pienso que tú debes casarte con Juan de Dios.

Es fama que doña Restituta arqueó las cejas, llevóse un dedo a la barba,

inclinó hacia el suelo la luminosa mirada y pensó.

—Pues sí—continuó Requejo—, Juan de Dios es trabajador, es ahorrativo, entiende del comercio, y en cuanto a honradez, creo que, no siendo nosotros, no habrá en el mundo quien le iguale. Yo no pienso volver a casarme, y si hemos de tener herederos, no sé cómo nos las vamos a componer.

El mancebo fué enterado del proyecto, y desde entonces se trabó entre ambos prometidos una comunicación amorosa, de la cual no hablo a mis lectores porque no puedo figurarme cómo sería, aunque cavilo en ello. Debieron, sin duda, de tratar de aquel asunto como si el matrimonio no fuera la unión de dos cuerpos. Restituta pensaría en casarse, y Juan de Dios pensaría en casarse, ambos sin pena ni gloria, de tal modo que, pasados cinco años, hablaban del asunto con indiferencia y dándolo como cosa cercana. Creeríase que no les importaba el rápido paso de los años, y aquellos seres, encerrados en una tienda, sin duda, medían la vida por varas, no considerando que alguna vez llegarían al fin de la pieza. Ambos novios eran de esos que se aprestan a casarse y se casan al fin, sin que los hombres, ni Dios, ni el demonio sepan nunca por qué.

XVI

Por las noches, después de cenar, rezábamos el rosario, que llevaba el amo de la casa con voz becerrona, y concluída la oración al patrono bendito, permanecían en la trastienda en plácida tertulia, que sólo duraba hora y media, y a la cual solía concurrir algún antiguo amigo o vecino cercano. La noche de mi inauguración no se alteró tan santa costumbre. Don Mauro, su hermana, Juan de Dios, Inés y yo decíamos el último *ora pro nobis* cuando sonó la campanilla del entresuelo, y mandáronme que abriese.

—Es el vecino Lobo—dijo mi ama.

Figúrense mis lectores cuál sería mi confusión cuando, al abrir la puerta, encaré con la espantable fisonomía del licenciado de los espejuelos verdes que había querido prenderme cinco meses antes en El Escorial. El temor de que

me conociera dióme gran turbación; pero tuve la suerte de que el ilustre lefuleyo no parara mientes en mi persona. No sé si he dicho que en mí se estaba verificando la transformación propia de la edad, y que un repentino desarrollo había engrosado mi cuerpo y redondeado mi cara; donde ya me apuntaba ligero bozo. Esta fué la causa de que el licenciado Lobo no me reconociera, como yo temía.

—Señores—dijo Lobo, sentándose en un cajón de medias—, hoy es día de universal enhorabuena. Ya tenemos a nuestro rey en el trono. ¿No han salido ustedes? Pues está Madrid que parece un ascua de oro. ¡Qué luminarias, qué banderas, qué gentío por esas calles de Dios!

—Nosotros no salimos a ver luminarias—contestó Requejo—, que hartó tenemos que hacer en casa. ¡Ay señor de Lobo, qué trabajo! Aquí no hay haraganes, y se gana el pan de cada día como Dios manda.

—¡Loado sea Dios!—añadió el curial—, y vivan los hombres ricos como don Mauro Requejo, que a fuerza de inteligencia...

—La honradez, nada más que la honradez—dijo el tendero, rascándose los codos.

—¡Viva el comercio!—exclamó Lobo—. Lo que es la pluma, señor don Mauro, no da ni para zapatos. Ahí estoy yo hace veintidós años en mi placita del Consejo y Cámara de Castilla, y Dios sabe que hasta hoy no he salido de pobre. Mucho romper de zapatos para andar en las actuaciones, y nada más. Lo que hay es que ahora espero que me den una de las escribanías de Cámara, que hartó lo merece este cuerpo que se ha de comer la tierra.

—Como usted ha servido al favorito...

—No..., diré a usted: yo no me he parado en pelillos, y serví al Gobierno anterior con buena fe y lealtad. Pero, amigo, es preciso hacer algo por este perro garbanzo que tanto cuesta. En cuanto vi que el generalísimo estaba ya en manos de la Paz y Caridad, he hecho un memorial al de Asturias y escrito ocho cartas a don Juan Escóiquiz para ver si me cae la escribanía de Cámara. Yo los perseguí cuando la famosa causa; pero ellos no se acuerdan de eso, y por si se acuerdan, ya he redacta-

do una retractación en forma, donde digo que me obligaron a hacer aquellas actuaciones poniéndome una pistola en el pecho.

—No he visto *jormiguita* como el señor de Lobo.

—¡Y qué entusiasmado está el pueblo español con su nuevo rey!—continuó el curial—. Dan ganas de llorar, señora doña Restituta. Ahora salí a llevar a mi Angustias con las niñas a la novena del señor San José, y después que rezamos el rosario en San Felipe, fuimos a dar una vuelta por las calles. ¡Ay, qué risa! Parece que están quemando la casa de Godoy, la de su madre y su hermano don Diego, lo cual está muy retabién hecho, porque entre los tres han robado tanto, que no se ve una peseta por ningún lado. Después que nos entretenimos un poco, volvimos allá: ellas se han quedado en el trece, en casa de Corchuelo, y yo me he venido aquí a charlar un poquito. Pero me había olvidado... Inesita, ¿cómo va? ¿Y usted, señor don Juan de Dios?

Inés contestó brevemente al saludo.

—Está un poco holgazana—dijo Restituta, mirando con desdén a la huérfana—. Hoy no ha cosido más que camisa y media, lo cual es un asco.

—Pues me parece bastante.

—¡Ay!, señor de Lobo, no diga usted que es bastante. Mi abuela, según me contaba mi madre, echaba en un día la friolera de dos camisas. Pero esta chica está acostumbrada a la holgazanería: ya se ve... su madre no hacía más que arrastrar el guardapiés por las calles, y la niñita me andaba todo el día de ceca en meca, aquí te pongo, aquí te dejo.

—Pues es preciso trabajar—dijo Requejo—; porque, chiquilla, el garbanzo, y el tocino, y el pan, y las patatas no caen del cielo, y el que viene a esta casa a sacar el vientre de mal año no puede estarse mano sobre mano. Y si no, aprendan todos de mí, que me he ganado lo que tengo ochavo por ochavo, y cuando era mozo, fardo por la mañana, fardo por la noche, fardo a todas horas, y siempre tan gordo y tan guapote.

—Ella es habilidosa—afirmó Restituta—y sabe coser, sólo que le falta voluntad. No es ya ninguna chiquilla, que tiene sus quince años cumplidos, y ya puede comprender las cosas. A su edad,

yo gobernaba las casas de mis padres. Verdad es que como yo había pocas, y me llamaban el lucero de Santiagomillas.

—Pues Inesita, creo yo, es una muchacha que no tiene pero—declaró benevolmente Lobo—. Y tan calladita, tan modesta, que no se puede menos de quererla.

—Ya le dije cuando entró aquí—continuó Restituta—que los tiempos están muy malos, que no se gana nada, que se veñde poco, y en lo de arriba no cae más que miseria. Ella comprenderá que nos hemos echado encima una carga muy pesada al recogerla, porque... ¡si viera usted, señor de Lobo, qué miseria en aquella casa del cura de Aranjuez donde estaba mi sobrina! ¡Ay, partía el corazón!

—Pues es preciso que trabaje—dijo don Mauro—. Mi sobrina es una muchacha muy buena, y ya he dicho a usted cuánto la quiero. Como que, al fin y al cabo, para ella ha de ser cuanto hay en esta casa.

—Ya le he dicho—prosiguió Restituta—que mañana tiene que lavar toda la ropa de la casa, porque ya que ella está aquí, ¿para qué se ha de gastar en lavandera? Por supuesto que no ha de dejar la costura, y si pasa mañana de las veinte varas, le echaré en el pañuelo unas gotitas de agua de bergamota de la de los frascos averiados. Lo bueno que tiene esta muchacha, señor de Lobo, es que nunca da malas contestaciones. Verdad que no le faltan luces, y harto conoce lo que nos debe, pues ha encontrado en nosotros su santo Angel de la Guarda. ¡Ah, no puede usted figurarse la miseria que había en aquella casa del cura de Aranjuez!...

—Le conozco, sí—dijo Lobo, enseñando con feroz sonrisa sus dientes verdes—. Es un pobre hombre que hacía versos latinos al príncipe de la Paz. Ya se lo dirán de misas. Está probado que ese don Celestino, con su capita de hombre de bien, era el confidente del favorito y el que le llevaba la correspondencia con Napoleón para repartirse a España.

—¡Jesús, qué iniquidad! Bien decía yo que aquel hombre tenía cara de malo.

—Pero ya le daremos cordelejo—continuó Lobo—. Como la parroquia de Aranjuez la pretende un primo mío, ya

se la tenemos armada a don Celestino, y entre un compañero y yo pensamos escribir ocho resmas de papel sellado para probar que el señor curita es reo de lesa nación.

Mientras esto hablaban, yo hacía esfuerzos para contener mi indignación. Inés, aterrada por la verbosidad de sus tíos, no se atrevía a decir una palabra. Lo mismo hacía Juan de Dios; pero por un fenómeno singular, las facciones heladas y quietas del mancebo indicaban aquella noche que lo que oía no le era indiferente.

—Y ya veremos—contestó Lobo, frotándose las manos—. Pero ¿qué hace ahí tan callado el señor don Juan de Dios? ¡Ay Restituta, qué marido tan mudo va usted a tener! Y lo que es por palabra de más o por palabra de menos, no armarán ustedes camorra. ¿Y para cuándo dejan la boda? Animarse, señores, y anímese usted también, señor don Mauro de mis entrañas, porque... la niña lo merece. Nada: el mes que entra, a la Vicaría. Restituta con mi señor Juan, y usted con su querida sobrinita Inés, que, si no me engaño, le ha rezado ya algún Padrenuestro a San Antonio para que esto se realice.

Todas las miradas se dirigieron hacia Inés. Don Mauro estiró los brazos en cruz; luego, cerrando los puños, levantólos hacia arriba, como si quisiera coger el techo; descoyuntóse las quijadas; cayeron luego ambas manos sobre la mesa con estruendosa pesadez, y habló así:

—Yo se lo he dicho, y por cierto que la niña no tuvo a bien contestarme.

—¿Pues qué quiere decir el silencio en esos casos? ¿Cómo quiere usted que una niña bien criada diga: «Me quiero casar, sí, señor; venga marido.»? Al contrario, es ley que hasta el último momento hagan ascos al matrimonio, diciendo que les da vergüenza.

—Ya te dije, hermano—indicó doña Restituta—, que aunque ése es el destino de la muchacha, si se porta bien y trabaja, no conviene tratar todavía de tal asunto. Ya sabes lo que son las muchachas, y si les entra el entusiasmo y el aquel del casorio, no hay quien las aguante. Ella bien sé yo que se chupará los dedos; pero haces mal en manifestarle tan pronto tu generosidad, porque puede echarse a perder pensando todos

los días en el amorcito, en la palabrilla, en el regalito. ¡Ah, bien sabe ella lo que se hace, la picarona! Bien sabe que un hombre como tú no lo catan las muchachas de Madrid todos los días.

—¿Y por qué no he de decírselo desde luego?—contestó Requejo, riendo, es decir, moviendo la tecla de la risa en su brutal organismo—. Mi sobrina me gusta, y aunque conocemos todos a una porción de señoras muy principales que me pretenden y se beben los cuatro vientos por mí, yo dije: «Vale más que todo se quede en casa.» ¿Por qué no se le ha de decir de una vez que quiero casarme con ella? Bien sé que del alegrón se estará ocho noches sin dormir, y se trastornará toda, y no dará una puntada; y si por ella fuera, mañana mismo...; pero váyase lo uno por lo otro. Pues digo: ¡si ella viera el collar y los pendientes de oro que tengo apalabrados con el platero del arco de Manguiteros...!

—Dale... dale...—dijo Restituta—. ¿A qué viene hablar de esas cosas? ¿A qué sacar de quicio a la chica, trastornándole el seso? Nada: no hay collar ni pendientes. ¿Ni cómo quieres que la niña lave la ropa ni cosa las camisas cuando le dicen que va a ser, como si dijéramos, princesa?

—Nada, nada...; yo la quiero y la estimo—afirmó Requejo—. ¿Por qué la hemos de privar de ese gusto? Que lo sepa..., y digo más, señora hermana: y es que, aunque a mí no me gusta la holgazanería, porque, ya ven ustedes, yo, desde la edad de catorce años..., quiero decir que, aunque no me gusta la holgazanería, lo que es por estos días y de aquí a que nos casemos, si Inés quiere trabajar, que trabaje, y si no, que no trabaje.

Don Mauro volvió a reír, y alargando el brazo hacia Inés, le tocó la barba.

Estremeciéndose la muchacha como al contacto de un animal asqueroso y rechazó bruscamente la caricia de su impertinente tío.

—¿Qué es eso, niña? ¿Qué modales son éstos?—dijo don Mauro, frunciendo el ceño—. ¡Cuando te anuncio que me casaré contigo!

—¡Connmigo!—exclamó la huérfana sin poder disimular su horror.

—Contigo, sí.

—Déjala, Mauro; ya sabes que es un

poco mal criada. Niña, no se contesta de ese modo.

—¿Pues no tiene también su orgullo la pazpuerca?—indicó Requejo.

—Yo no me caso con usted, yo no quiero casarme—dijo enérgicamente Inés, recobrando su aplomo, una vez dicha la primera palabra.

—¿Que no?—preguntó Restituta con un chillido de rabia—. Pues, indinota, mocosa, ¿cuándo has podido tú soñar con tener semejante marido, un Mauro Requejo, un hombre como mi hermano? ¡Y eso después que te hemos sacado de la miseria!...

—A mí me han sacado ustedes del bienestar y de la felicidad para traerme a esta miseria, a esta mortificación en que vivo—dijo la huérfana, llorando—. Pero mi tío vendrá por mí, y me marcharé para no volver aquí ni verlos más. ¡Casarme yo con semejante hombre! Prefiero la muerte.

¡Oh, al oírlo, me la hubiera comido! Inés estaba sublime. Yo lloraba.

Cuando los Requejos oyeron en boca de su víctima tan absoluta negativa, se encendió de un modo espantoso la ira de sus protervas almas. Restituta se quedó lívida, y levantóse don Mauro balbuciendo palabrotas soeces.

—¿Cómo es eso? ¡Venir a comer mi pan, venir aquí a lavarse la sarna, venir aquí después de haber andado por los caminos pidiendo limosna..., y portarse de esa manera!... Pero ¿eres tú una Requejo, o de qué endiablada casta eres?... Cuidado con la señorita *Panza en trote*. Niñita, ¿sabes tú quién soy yo? ¿Sabes que tengo cinco dedos en la mano?... ¿Sabes que me llamo Mauro Requejo?... ¿Sabes que de mí no se ríe ninguna piojosa?... ¿Sabes que a mí no me pican pulgas de tu laya?... Tengamos la fiesta en paz..., y ten por sabido que has de hacer lo que yo mando y nada más.

Diciendo esto, agarró con su mano de hierro el brazo de la muchacha y la sacudió con mucha fuerza. Quiso poner más alto aún el principio de autoridad, y lanzó a Inés contra la pared, avanzando sobre ella en actitud rabiosa. Cuando tal vi parecióme que se me nublaban los ojos, y sentí saltar mi sangre toda del corazón a la cabeza. Yo estaba en pie junto a la mesa, y al alcance de mi mano había un cuchillo

de punta afilada. El lector comprenderá aquella situación terrible, y no es posible que vitupere mi conducta, si es que tales hechos, hijos de la ciega cólera y la impremeditación, pueden llamarse conducta. ¿Quién, al ver una huérfana, inocente e indefensa, maltratada por el más necio y soez de los hombres, hubiera podido permanecer en calma? Durante aquella escena de un segundo, alargué la mano hasta tocar la empuñadura del cuchillo, y con rápida mirada observé el cuerpo deforme de don Mauro Requejo; pero, afortunadamente para mí y para todos, éste, sin duda aterrado ante la debilidad de la víctima, se contuvo y no se atrevió a tocarla. En un movimiento insignificante, en un paso atrás, en una mirada, en una idea que pasa y huye estriba la perdición de personas honradas, y un grano de arena hace tropezar nuestro pie, precipitándonos en el abismo del crimen. Por aquella vez, Dios apartó del camino de mi vida el cadalso o el presidio.

Acudieron Lobo y el mancebo a calmar la enconada soberbia de su amigo. En el semblante del segundo noté una alteración vivísima, y su piel amarilla se incendió con inusitado enrojecimiento, que yo no sabía si atribuir a la indignación o a la vergüenza.

Queriendo doña Restituta poner fin a una escena que no podía tener buenas consecuencias, cortó la cuestión diciendo:

—No te acalores, hermano. Ya la haré entrar en razón. Ya sabes que es un poco mal criada. Vamos arriba, niña, y ajustaremos cuentas.

Esta fué la orden de retirada. Juan de Dios salió de la tienda para irse a su casa, y doña Restituta e Inés subieron seguidas por mí, pues también se me dió orden de que me acostara. Entraron las dos mujeres en su cuarto, y yo en el mío; mas no pudiendo dominar mi inquietud y recelando que en el dormitorio vecino se repetiría entre tía y sobrina la violenta escena de la trastienda, luego que pasó un rato salí muy quedamente de mi escondrijo y deslicéme por el pasillo, conteniendo la respiración para que no me sintieran. En acecho cerca de la puerta del dormitorio, sentí la voz de doña Restituta, que decía: «No llores, duérmete. Mi hermano es una persona muy amable, sólo que de

pronto!... ¡Si él te quiere mucho, niña!...» Esta afabilidad de la culebra me sorprendió; mas al punto comprendí que debía de ser puro artificio.

También llegaban confusamente a mí las voces de don Mauro y de Lobo, que habían quedado en la trastienda. Avancé un poco más hasta llegar a la escalera, y echándome en tierra, apliqué el oído.

—Cuando yo le doy a usted mi palabra de que es así...—decía el leguleyo—. Inesita fué abandonada y recogida por doña Juana. Su madre, que es una de las principales señoras de la Corte, desea encontrarla y protegerla. Yo poseo los papeles con que se puede identificar la personalidad de la damisela. De modo que si usted se casa con ella... Amiguito, la señora condesa tiene los mejores olivares de Jaén, las mejores yeguas de Córdoba, los mejores prados del Jarama y más de treinta mil fanegas de pan en tierra de Olmedo y de Don Benito, sin herederos directos que se lo disputen a esa barbilinda que hace poco estaba haciendo pucheros aquí mismo.

—Pero ya usted la ha visto—dijo don Mauro, midiendo con grandes zancadas el piso de la trastienda—. La muchacha es un puerco espín. Le hago una caricia, y me da una manotada; le digo que la quiero, y me escupe a la cara.

—Amigo don Mauro—repuso el licenciado—, el sistema que ustedes siguen no es el más a propósito para hacerse querer de la niña. Ustedes debían traerla en palmitas, y la están maltratando, haciéndola trabajar hasta que reviente. ¿A quién se le ocurre que una princesita como ésta friegue los platos y lave la ropa? Por este camino aborrecerá a mi señor don Mauro como si fuera el demonio.

—Pues me parece—dijo mi amo, dándose un golpe en la majestuosa cerviz—que el señor licenciado tiene muchísima razón. Eso mismo dije yo a mi hermana; pero como Restituta es tan ambiciosa, que se dejaría desollar por un ochavo, ha dado en sacarle el cuero a la infeliz. ¿No somos ricos? Pues si somos ricos, ¿a qué viene el descajillarse por un maravedí? Pero con mi hermana no hay quien pueda. ¿Le parece a usted? Aquí vivimos como en el Hospicio: mi padre se llama hogaza, y yo

me muero de hambre, como dijo el otro. Pues digo que ha de ser lo que yo mando, y mi hermana que se case con Juan de Dios y se lleve lo suyo..., y nada más. Inesita no trabajará, porque si se me muere...

—Además—dijo Lobo—, procure usted ser amable con ella. Cuide algo más de lo exterior y no se le presente con esa facha de mozo de cordel, porque las niñas son niñas, señor don Mauro, y no se entra en el templo del amor sino por la puerta del buen parecer.

—Eso está muy bien hablado. Si fuera por mí... Yo quiero vestirme bien; pero esa langostilla de Restituta no me deja, y dice que no me he de poner el traje bonito más que el día de *San Corpus Christi*. Nada, nada; aquí mando yo: me pondré guapote, porque yo..., a Dios gracias, no soy de esos que necesitan afeites y mejunjes para parecer bien, y cuanto me cae encima está que ni pintado. Trataré a Inesita como ella se merece, y Dios por delante. Antes de un mes la llevo a la parroquia.

—Ese es el mejor sistema, señor don Mauro. Con las amenazas, con el encierro, con las privaciones con el trabajo excesivo, no conseguirán ustedes sino que la muchacha los odie y se enamorisque del primer pelafustán que pase por la calle.

Así hablaron el comerciante y el leguleyo. Despidiéronse después, y el segundo salió a la calle por la tienda. Retiréme a toda prisa; pero, aunque no hice ruido, doña Restituta, con su sutilísimo órgano auditivo, debió de sentir no sé si mi aliento o el ligero rumor de un ladrillo roto que se movió bajo mis pisadas. Esto produjo cierta alarma en su vigilante espíritu, y saliendo al encuentro de su hermano, que subía, le dijo:

—Me parece que he sentido ruido. ¿Tendremos ladroncitos? Anoche hicieron un robo en la calle Imperial, metiéndose por los tejados. ¿Estaremos seguros?

Registraron toda la casa, mientras yo, metido entre mis sábanas, fingía dormir como un talego. Al fin, convencidos de que no había ladrones, se acostaron.

Mucho más tarde advertí que doña Restituta registraba la casa por segunda vez, hasta que todo quedó en silencio.

Cerca ya de la madrugada, oí ruido de monedas. Era doña Restituta contando su dinero. Después la sentí salir de su cuarto, bajar a la trastienda, y de allí al sótano, donde estuvo más de una hora.

XVII

Al siguiente día, don Mauro se desvió obsequiando a su sobrina; pero lo hacía tan ramplonamente, que cada una de sus finezas era una gansada, y cada movimiento, una coz.

—Restituta—decía—, no quiero que trabaje la muchacha. ¿Oyeslo, hermana? Inés es mi sobrinita, y todo es para ella. Si hace falta coser, aquí tengo yo mi dineró para pagar costureras. Sácame el vestido nuevo, que me lo quiero poner todos los días y estar en la tienda con él..., y no me pongas más olla con cabezas de carnero sino que quiero carne de vaca para mí y para este angelito de mi sobrina..., y lo que es el collar que tengo apalabrado, lo compro hoy mismo..., y aquí no manda nadie más que yo..., y voy a traer un fortepiano para que Inés aprenda a tocar..., y la voy a llevar en coche a la Florida..., y si entra mañana el nuevo rey, como dicen, hemos de ir todos a verle, y yo con mi vestido nuevo y mi sobrinita agarrada del brazo, ¿no verda, prenda?

Restituta quiso protestar contra estos despilfarros; pero amoscóse su hermano, y no hubo más remedio que obedecer, aunque a regañadientes. Merced a la enérgica resolución del amo de la casa, vióse la trastienda honrada con inusitados y allí nunca vistos platos, aunque doña Restituta, firme en su adhesión al antiguo régimen, no probó de ninguno.

—Hermana—le decía don Mauro—, ya estoy de miserias hasta aquí. Nada, no más trabajar. ¿Ves esta gallina, Inesilla? Pues te la tienes que comer toda, sin dejar ni una tripa, que para eso la he comprado con mi dinero. Y aquí te tengo un guardapiés de raso verde, con eses de terciopelo amarillo, que te has de poner mañana si vamos a ver entrar al rey... Y también te pondrás unos zapatos azules y unas medecitas encarnadas con rayas negras..., y tam-

bién le tengo echado el ojo a una escofietta que lo menos lleva cartoce varas de cinta de varios colores... Conque a ponerse guapa..., porque lo mandó yo.

—Buenas cosas le estás enseñando a la niña—declaró doña Restituta, dirigiendo oblicuamente los ojos a las prendas indicadas, que acababan de traer a la tienda.

En efecto, señores: la generosidad de don Mauro era tan bestial como su ta cañería y salvajismo; así es que su empeño en que Inés se vistiera con tan chabacano y ridículo traje fué uno de los mayores tormentos que padeció la huérfana durante su encierro.

—Esta tarde—continuó el tío—voy a traer dos ciegos para que toquen y puedas bailar cuanto quieras, Inesilla. Deseo que bailes lo menos tres horas seguidas, y así has de hacerlo, porque yo lo mando..., y aquellos pendientes de a cuarta que están arriba y son nuestros, porque no han venido a desempeñarlos, te los pondrás en tus lindas orejitas.

—Sí, para ella estaban—dijo con avinagrado gesto Restituta—. ¡Dos pendientes de filigrana de oro, largos como badajos de campana y que pertenecieron a una camarista de la reina doña Isabel de Farnesio! Hermano, tengamos la fiesta en paz.

—Aquí no manda nadie más que yo—manifestó Requejo, haciendo retemblar de un puñetazo el cajón que servía de mesa.

Como es de suponer, Inés se resistió a ponerse los vestidos de sainete comprados por don Mauro, lo cual puso de mal humor al buen comerciante, quien no tuvo sosiego durante todo aquel día y se quitó y puso repetidas veces el traje nuevo, jurando que en su casa nadie mandaba más que él.

Al lector habrá sorprendido una circunstancia, y es que en tres días que llevaba yo de permanencia en la funesta casa no pudiese ni una vez tan sólo hablar con Inés. La suspicacia del ama era tan atroz y tan previsora, que siempre que bajaba del entresuelo a la trastienda, como no fuera en la hora trisísima de la comida, la dejaba encerrada, guardando la llave en su profundo bolsillo. Esto me desesperaba, quitándome toda esperanza de salvar a la pobre huérfana, hasta que un día, resuelto a comunicarme con ella, aceché la ocasión

en que doña Restituta estaba desplumando a unos infelices en el despacho de los préstamos, y, acercándome a la puerta del encierro, la llamé muy quedamente. Sentí el roce de su vestido, y su voz me preguntó:

—Gabriel, ¿eres tú?

—Sí, Inesilla de mi corazón. Hablemos un poquito; pero no alces la voz. Haré mucho ruido con la escoba para que no nos oigan.

—¿Cómo has venido aquí? Di, Gabrielillo: ¿me sacarás tú?

—Reina, aunque aquí hubiera cien mil Requejos y ochocientas mil Restitutas, te sacaría. No llores ni te apures. Pero di, picarona: ¿me quieres ahora menos que antes?

—No, Gabriel—me contestó—. Te quiero más, mucho más.

Hice mucho ruido y di mil besos a la puerta.

—Toca con tus dedos en la puerta para que yo sienta.

Inés dió algunos golpecitos en la madera, y después me interrogó:

—¿Tardarás mucho en sacarme? Escribe a mi tío para que venga por mí.

—Tu tío no conseguiría nada de estos cafrés. Espera y confía en mí. Chiquilla, hazme el favor de besar la puerta.

Inés besó la puerta.

—Yo te sacaré de esta casa, prenda mía, o no soy Gabriel—le dije—. Haz por no disgustarlos. Si te quieren sacar de paseo, no te resistas. ¿Oyes bien? Déjame a mí lo demás. Adiós, que viene la culebra.

—Adiós, Gabriel. Estoy contenta.

Ambos besamos la barrera que nos separaba, y el diálogo acabó, porque, consumado en el despacho de los préstamos el asesinato pecuniario, salieron las víctimas, y tras ellos doña Restituta, radiante de ferocidad avariciosa. En su cara se conocía que había hecho un buen negocio.

XVIII

Aquella noche vino a la tertulia de la trastienda, además del señor de Lobo, doña Ambrosia de los Linos, tendera de la calle del Príncipe a quien mis lectores, si no me engaño, tienen el honor de conocer, pues algo me parece que figuró en los sucesos que conté anterior-

mente. Su difunto esposo había sido compañero de don Mauro en el cargamento y arrastre de fardos y mercancías, y desde entonces entre ambas familias quedó establecida cordial amistad. Reconocióme doña Ambrosia, mas no dijo nada que pudiese desfavorecerme en el concepto de mis nuevos amos; y cuando se hubo sentado, operación no muy fácil, dados su volumen y la estrechez de los asientos, soltó la sin hueso en estos términos:

—¿Cómo es eso, Restituta? ¿Cómo es eso, don Mauro?... ¿Conque no han ido ustedes a ver la entrada de los franceses? Pues, hijos, les aseguro que era cosa de ver. ¡Qué majos son, válgame el santo Angel de la Guarda!... ¡Pues digo, si da gloria ver tan buenos mozos!..., y son tantos que parece que no caben en Madrid. Si viera usted, don Mauro, unos que andan vestidos al modo de moros, con calzones como los maragatos, pero hasta el tobillo, y unos turbantes en la cabeza con un plumacho muy largo... ¡Si vieras, Restituta, qué bigotazos, qué sables, qué morriones peludos y qué entorchados y cruces! Te digo que se me cae la baba... Pues a esos de los turbantes creo que los llaman los *zamacucos*. También vienen unos que son, según me dijo don Lino Paniagua, los *tragones de la Guardia imperial*, y llevan unas corazas como espejos. Detrás de todos venía el general que los manda, y dicen está casado con la hermana de Napoleón...; es ese que llaman el gran duque de *Murraz* o no sé qué. Es el mozo más guapo que he visto... ¡Y cómo se sonreía el pica-rón mirando a los balcones de la calle de Fuencarral! Yo estaba en casa de las primas, y creo que se fijó en mí. ¡Ay hija, qué ojazos! Me puse más encarnada... Por ahí andan pidiendo alojamiento. A mí no me ha tocado ninguno, y lo siento, porque, la verdad, hija, esos señores me gustan.

—Gracias a Dios que tenemos rey—dijo don Mauro—. Y usted, doña Ambrosia, ¿ha vendido mucho estos días? Porque lo que es de aquí no ha salido ni una hilacha.

—En mi casa, ni un botón—contestó la tendera—. ¡Ay hijito mío! Ahora, cuando ese saladísimo rey que tenemos arregle las cosas, hay esperanzas de hacer algo. ¡Qué tiempos, Restituta, qué

tiempos! Pero no saben ustedes lo mejor, ¿no saben ustedes la gran noticia?

—¿Qué?

—Que mañana hará su entrada triunfal en Madrid el nuevo rey de España, señor don Fernando el Séptimo.

—Ya lo sabe hoy todo Madrid.

—Pues no nos quedaremos sin ir a verle. Oyelo tú, Restituta; óyelo tú, Inés—dijo Requejo—: mañana nos se trabaja.

—Yo, primero me aspan que dejar de ir a verlos—afirmó doña Ambrosia—. Los primos han salido esta noche al camino de Aranjuez para esperarle. ¡Ay, qué alegría, señor don Mauro! ¡Si viviera mi esposo para verlo!... El, que me decía: «Mientras duren este rey y esta reina de tres al cuarto, no tendremos un Gobierno ilustrado.» Mañana va a ser un día de alegría. Yo tengo un balcón en la calle de Alcalá, y ya hemos encargado al valenciano media docena de ramos de flores para apedrear a su majestad cuando pase.

—Nada, lo dicho—apuntó don Mauro—; si ésta no quiere ir, que se quede en la tienda. Inés me coserá la manga del casaquín, que se me rompió ayer cuando me lo quité... Veremos qué tal sabe Gabriel hacer el colete... Por supuesto, Inesilla, si quieres coger uno de esos frascos de agua de clavel que tienes a mano derecha, puedes hacerlo. Todo es para ti.

Así siguió la conversación, sin ningún incidente notable en lo sucesivo, por lo cual la omito, pues supongo al lector poco interesado en conocer la historia de la enfermedad que padeció el esposo de doña Ambrosia, trágico acontecimiento que ella refirió. Los únicos personajes siempre mudos en aquellas tertulias además de un servidor de ustedes, eran Inés y el señor Juan de Dios, este último por ser hombre de pocas palabras, como he dicho.

Llegó el día 24 de marzo, y la cabeza de don Mauro, peinada por mí, salió a competir con el sol en brillo y hermosura. Doña Restituta, que no pudo resistir a las súplicas de su hermano, frotóse con una toalla el apergaminado forro de su cara hasta sacarse lustre, y después se puso el mismo clásico traje con que por primera vez se presentó a mis ojos en Aranjuez. Por más que don Mauro atronó la casa, no pudo con-

seguir que Inés se disfrazara con el guardapiés verde, las medias encarnadas, las azules botas y la escofieta que su vanidoso tío compró para adornar dignamente a la que consideraba como futura esposa. Negóse la muchacha a ser objeto de una fiesta pública, y al fin, para decidirla a salir, la permitieron vestirse con sus ropas de luto. Luego que los tres estuvieron apercebidos, encargaron a Juan de Dios el cuidado de la casa, y don Mauro me dijo gravemente:

—Gabriel, hoy es día de descanso. Vente con nosotros; con eso me enderezarás el rabo del colete si se me tuerce y me ayudarás a ponerme los guantes cuando pase su majestad, pues hasta ese momento no quiero meter mis manos en tal inquisición. ¿Qué te parece? ¿Voy bien? Tira de ese faldón que está arrugado. Mira, chiquillo: haz el favor de meter bonitamente tu mano por entre la casaca y la chupa hacia la espalda y rascarme en esa paletilla derecha, que no parece sino que se ha juntado ahí un regimiento de pulgas... Así... así...; basta ya.

Dicho esto y rascado el asno, tomé mi gorra, y salimos. ¡Ay Dios mío, cómo estaba esa Puerta del Sol, y esa calle Mayor, y esa calle de Alcalá! Mis lectores, cualquiera que sea su edad, habrán visto alguna de las solemnes entradas con que nos obsequia cada pocos años la historia contemporánea; de modo que para hacerles formar una idea de aquel gentío, de aquella algazara y de aquel júbilo, me bastará decirles que lo del 24 de marzo de 1808 no se diferenció de lo visto en años posteriores sino en la exageración del delirio.

De los balcones de las casas nobles pendían las ricas colgaduras de damasco, con su ancho escudo y brillantes flecos, prendas vinculadas que hasta hace poco han lucido, ya marchitas y mermadas, como el patrimonio de sus dueños, en alguna fiesta del Corpus. Las demás casas se engalanaban con lo que el entusiasmo de sus inquilinos había encontrado a mano, siendo considerable la cantidad de piezas de muselina que un pueblo loco lanzó al aire de balcón a balcón en aquel memorable día. La multitud infinita de abanicos con que resguardaban del sol su cara los millares de damas asomadas a los balcones, ofrecía un aspecto sorprendente; y

cuando la vista recorría panorama tan encantador, causábale cierto desvanecimiento el incesante ondular de los que se movían dando aire a sus dueñas. Aquel parlante dije, español, en tan inmenso número reproducido, presentando alternativamente al sol una de sus caras, ya blanca; ya azul, ya roja, y adornado con lentejuelas de plata y oro, remedaba el aleteo de millares de pájaros pugnando por levantar el vuelo. Era un día de marzo de esos que parecen días de junio, privilegio de la corte de las Españas, que suele abrasarse en febrero y helarse en mayo. La Naturaleza sonreía como la nación.

El abigarrado gentío que poblaba las calles se componía de todas las clases de la sociedad, abundante principalmente la manolera y chispería, hombres y mujeres, viejos y muchachos. Los ancianos inválidos y gotosos habían dejado el lecho y, sostenidos por sus nietos, abríanse paso. Las viejas santurronas, que durante tantos años olvidaron todo camino que no fuera el de sus casas a la cercana iglesia, acudían también, llevadas de la devoción al nuevo rey, y felicitándose unas a otras, aturdíán a los demás con el cotorreo de sus bocas sin dientes. Los niños no habían asistido a la escuela, ni los jornaleros al trabajo, ni los frailes al coro, ni los empleados a la covachuela, ni los mendigos a las puertas de las iglesias, ni las cigarreras a la fábrica, ni los profesores de las Vistillas dieron clase, ni hubo tertulia en las boticas, ni meriendas en la pradera del Corregidor, ni jaleo en el Rastro, ni colisión de carreteros en la calle de Toledo.

La muchedumbre, obligada por su colosal corpulencia a estarse quieta, se arremolinaba y estremecía como un monstruo atado. Agrietábase a veces aquella gran masa; pero el surco abierto era inválido por la corriente: de pronto crecía la aglomeración en un punto y se aclaraba en otro. El empuje era tremendo, y el retroceso tan peligroso, que había riesgo de ser hollado por las mil patas de la bestia. El zumbido con que aquel enjambre manifestaba sus impresiones trastornaba el cerebro más fuerte; exclamaciones de alegría, diálogos entusiásticos seguidos de abrazos generosos, gritos de dolor a consecuencia de los callos aplastados, o de

indignación por cada sombrero que perdía su hechura, se unían a las donosidades de las majas, que arrojaban cáscaras de naranja sobre los petimetres, y a los lamentos de los mendigos haraposos y mutilados que, escurriéndose entre la multitud, aun allí imploraban la caridad, enseñando una pierna leprosa o una mano deforme.

Nosotros tuvimos que quedarnos en la Puerta del Sol. Una de las oscilaciones del gentío nos llevó hacia la acera que hoy une las calles de Espoz y Mina y Carretas; otra oscilación nos arrastró hacia la Inclusa, que estaba entre las calles del Carmen y Preciados; y, por último, un nuevo sacudimiento, haciéndonos pasar por ante Mariblanca, nos encaminó hacia el Buen Suceso, a cuya verja nos agarramos don Mauro y yo para no ser nuevamente arrastrados a merced de aquel oleaje. Yo me alegraba de que esto sucediera, por si en alguna evolución quedábamos Inés y yo apartados de los Requejos; pero buen cuidado tenía don Mauro de no separarse de su sobrina, y antes le hubieran roto el brazo que soltarla: tal era la fuerza con que su mano rapaz tenía aprisionados los olivares de Jaén y las yeguas de Córdoba.

Situados donde he dicho, aguardamos la aparición de aquel sol hespérico, de aquel iris de paz, de aquel príncipe Fernando que este pueblo, a ser pagano, hubiera puesto en la jerarquía de sus dioses más queridos. En rededor nuestro zumbaban algunas viejas.

—¡Ay mi señora doña Gumersinda!—decía una estantigua—. Dios y mi patrono San Serapio, ese bendito fraile de la Merced que es abogado contra los dolores de coyunturas, han querido que yo no mordiera la tierra sin ver este día.

—¡Ay mi señora doña María Facunda!—contestaba otra—. Desde que entró en Madrid, al venir de Nápoles, el señor don Carlos Tercero, a quien vi desde este mismo sitio, no ha habido en Madrid una alegría semejante. Pero ¿usted no llora?

—Pues ¿no me ve usted, señora doña Gumersinda? Bendito sea el Señor, que nos ha permitido ver este día. Al menos, se morirá una con la alegría de que España sea feliz con ese gran rey que Dios nos ha dado. Pues ¡pocos ro-

sarios he rezado yo para que esto sucediera! Al fin, la Virgen nos ha oído, y si nosotras no nos estuviéramos en la iglesia rogando día y noche, ya podía la nación esperar sentada su felicidad.

—Pero ¿usted no ha visto al príncipe, señora doña María Facunda? Si es el más rozagante, el más listo mozo que hay en toda España y sus Indias. Yo le vi el día de la jura, y me parece que le tengo delante.

—No le he visto. Ya sabe usted, señora doña Gumersinda, que desde que reñí con aquel oficial de valonas que me quería tanto, allá cuando echaron a los jesuitas, no he vuelto a mirar a la cara a ningún hombre.

—Pero ¡oiga usted: dicen que viene; ya está cerca!

En efecto, se oían las exclamaciones del gentío apelmazado en la calle de Alcalá, y muchos gritaban:

—¡Ya viene por la Cibeles! ¡Ya viene por el Carmen Descalzo! ¡Ya viene por las Baronesas! ¡Ya viene por los Cartujos!

Una voz conocida me hizo volver la cara. Pacorro Chinitas, el famoso amolador, cuyas opiniones no habréis olvidado, estaba detrás de mí disputando acaloradamente con una mujer del pueblo, gruesa, garbosa, de ojos vivos, lengua expedita y expeditísimas manos.

—¡Que en todas partes has de meter camorra, condenada mujer!—decía Chinitas—. Vete callando, que ya se me sube la mostaza a la nariz.

—No me da gana de callar—contestó la *Primorosa*, cruzándose en la cintura las puntas del pañuelo que le cubría los hombros—. Pues qué, ¿estamos en misa? Si ese señorito del tupé no se nos quita delante...

Un petimetre que olía a jazmín volvió la compungida cara, pidiendo mil perdones a la emperatriz del Rastro.

—¡Eh, tío *catacaldos*!—continuó la *Primorosa*, tirando por los faldones al currutaco—. ¡Quítese de ahí, que me estorba!

—Mujer, deja en paz a ese caballero. Mira que la armo.

—¡Sopa sin sal, endino!—exclamó la manola, mostrando sus dedos cuajados de anillos con piedras falsas—. ¡Pos pa qué quiero estas cinco manos de almirez! ¡Enriten a la *Primorosa*, y verán lo güeno! ¡Eh..., señor marqués

del Barrilete!—añadió, dirigiéndose a don Mauro—. Que me está usted metiendo por los ojos el rabo de su peluquín.

—Mujer—insistió Chinitas—, que dondequiera que vamos me has de avergonzar...

El petimetre se volvió hacia nosotros, y dijo, infestándonos con los perfumes de su ropa:

—No se puede estar donde hay gente ordinaria.

—¿Qué es eso de gente ordinaria?—clamó la *Primorosa*, atropellando a los que tenía al lado para abalanzarse hacia el almibarado joven—. Ya..., a mí con ésas. Pero si es el señor don Narciso Pluma. ¡Eh, Nicolasa, Bastiana, Polonia!, mira al señor de Pluma, al que la otra noche le prestamos dos reales pa osequiar a las madamas que llevó a tu casa... Señor marquesito de la olla vacía, menos facha y más comenencia con las señoras, porque yo soy muy re-señorona y muy requeteusía, y sé dar pa el pelo, y vivan los farolones de Madrid.

A este punto llegaba cuando un rumor creciente indicó que el príncipe estaba cerca. La *Primorosa*, con las majas que la seguían, trató de atravesar el gentío dando codazos y manotadas a derecha e izquierda.

—¡Ea! Desapártense toos, que viene el sol del mundo. A un lao, a un laíto, señores. Bastiana, Nicolasa, quitaos las flores del pelo y vengan acá, que yo se las daré al lucero de las Españas. Mírale allá: viene a caballo por la Aduana.

A fuerza de empujones logró la *Primorosa*, ¡cosa inaudita!, despejar en torno suyo un breve espacio, donde sin obstáculo campeaba. Pero, queriendo avanzar más aún, halló insuperable barrera en la persona de un *majo decente*, que, con la capa en cuadril y el sombrero sobre la ceja, rechazaba varonilmente a cuantos intentaban adelantar hacia el centro de la carrera.

—¡Cómo!—dijo la maja con centelleante ira—. ¿Que no se pasa? ¿Y quién lo ice?... ¿Tú, *Pujitos*? Anda, y qué güeno me sabe.

—No se pasa—dijo *Pujitos*, que se esforzaba en poner a la multitud en fondo, en filas, en compañías, en batallones y en brigadas—. Póngase ca una en su puesto y no ladrar. Orden, señores...:

toos en fila. *Primorosa*, las mujeres, a sus casas, y aquí denguna me levante el chillío.

—*Pujitos* de mi corazón—dijo la *Primorosa* con terrible ironía, clavando ambas manos en su cintura—, si te requiero; si he venido por verte; si aquí vengo a pedirte de rodillas que me dejes pasar, y traigo un irgumento pa tu cara de peine viejo. ¿Quieres verlo? Pues toma.

Aún no lo había dicho cuando, rápida, fuerte y destructora como un ariete romano, la mano derecha de la maja voló en dirección de la cara de *Pujitos*, y el carrillo de éste resonó con tremendo chasquido. Una risotada general fué el himno con que los circunstantes celebraron la desgracia del patriota, el cual, vacilando primero y desplomado después, fué a caer sobre un fraile, rompiéndole la escofieta a doña María Facunda y la excusabara a doña Gurmecinda. La multitud hizo un movimiento: el oleaje corrió de un lado a otro, y *Pujitos* desapareció ante nuestra vista como un cuerpo que cae al mar.

La causa de aquel movimiento de la muchedumbre fué una nueva irrupción de carne humana en aquel recinto estrecho, donde ya había tanta. Un destacamento de la Guardia Imperial, con Murat a la cabeza, apareció por la calle del Arenal. Figuraos un pie que se empeña en entrar en una bota donde ya hay otro pie. El gran duque de Berg, petulante y vanidoso, se obstinó en presentarse ante sus tropas en la carrera por donde había de pasar el rey, lo cual no tenía nada de culpable; pero lo hizo tan inoportunamente, y sus mamelucos y dragones vejaron de tal modo al pueblo madrileño, que algunos historiadores hacen datar desde aquella hora la general antipatía de que los franceses fueron objeto. La multitud es un río, cuyo nivel no puede subir cuando recibe el caudal de otro río, y tiene que acomodarse juntando carne con carne y hueso con hueso, hasta que desaparece la personalidad humana en el informe conjunto. Esto pasó cuando los franceses penetraron en la estrecha plaza, y una tempestad de silbidos, reconvenciones e insultos fué la primera manifestación del pueblo español contra los invasores. Entre tanto, el desconcierto crecía, la sofocación iba en aumento. Don Mauro

bramó como un toro; doña Restituta lanzó un gemido desde el fondo de su angostado pecho...; pero la multitud olvidó sus penas, porque ya estaba cerca, ya venía, ya le veíamos en su caballo blanco, que apenas podía dar un paso; ya embocaba en la Puerta del Sol; ya se agitaban los abanicos; llovían ramos de flores; alzabase de la superficie de aquel inquieto mar un rumor espantoso; cruzaban el aire como pájaros desbandados millares de gorras, y los brazos convulsos sobresalían de las cabezas descubiertas; los pañuelos no eran bastante expresivos, y las capas eran desplegadas como banderas de triunfo.

Entonces, la masa de gente que estaba en torno mío avanzó con irresistible empuje. Don Mauro y Restituta clavaron las uñas en las mangas del vestido de Inés, que se les escapaba; pero un jirón de tela se quedó en sus manos, e Inés en mis brazos. Miré a la derecha, y vi entre una aglomeración de cabezas el colete de don Mauro y el moño de doña Restituta, que huían llevados como despojos del naufragio sobre la espuma de aquel alborotado mar. Estábamos solos.

Inés y yo nos abrazamos, y el gentío, comprimiéndose después, estrechaba a Inés contra mí, como si de nuestros dos cuerpos hubiera querido hacer uno solo.

XIX

—Estamos solos, Inés—le dije—. Ahora podremos hablarnos y vernos. ...

En efecto, estábamos solos. Ya no veía ni rey, ni pueblo, ni Guardia Imperial, ni balcones, ni quitasoles, ni abanicos, ni capas, ni gorras, ni flores, ni nada; yo no veía más que a Inés, e Inés no veía más que a mí. Aprisionados entre un pueblo inmenso, nos creíamos en un desierto. Olvidamos que existía un rey recién coronado, y una nación alegre, y una ciudad feliz, y una multitud ebria, y no pensamos más que en nosotros mismos. No oíamos nada; el clamor de la gente, los vivas, los muéras, las felicitaciones; aquella borrachera de entusiasmo no producía en nuestros oídos más impresión que el vuelo de un insignificante insecto.

—Gracias a Dios que nos han dejado

solos—dijo Inés, estrechándose más contra mí.

—¡Inés de mi corazón!—exclamé yo—. ¡Cuánto deseaba hablarte! ¡Cuántas cosas tengo que decirte! Tus tíos se han ido y no volverán, y si vuelven; no estaremos aquí. Somos libres. Oye lo que voy a decirte. Estamos fuera de esa maldita casa, Inés mía y serás feliz, rica y poderosa; tendrás todo lo que es tuyo.

—Yo no tengo nada—me contestó.

—Sí; tú no sabes un cuento que yo te voy a contar; un cuento que sé y que me hace feliz y desgraciado al mismo tiempo.

—¿Qué estás diciendo, loquillo?

—Que tú no eres lo que pareces. Yo te devolveré a tus padres, que son muy ricos.

—¿Padres? ¿Acaso yo tengo padres?

—Sí; tú no eres hija de doña Juana. Pero esto te lo explicaré en otra ocasión. Ah amiga mía! Estoy alegre y estoy triste, porque deseo que seas feliz, y rica, y señora, y poderosa, y duquesa, y princesa; pero al mismo tiempo considero que cuando llegues al puesto que te corresponde, no me has de querer.

—No entiendo una palabra de lo que dices.

—Ya veremos. Tú no me querrás. ¿Cómo has de querer a un desgraciado como yo, sin fortuna, sin educación? Te avergonzarás de mí, que soy un criado, un infeliz de las calles... Pero, ¡ay!, no temas, que yo te llevaré a donde debes estar y te pondré en tu verdadero puesto, y serás lo que debes ser. Yo no quiero nada para mí. Dime, ¿me dejarás que sea tu criado y que viva en tu casa lo mismo que vivo ahora mismo en la de tus condenados tíos?

—De veras te digo que pareces un loco, Gabriel. Esto me recuerda cuando tú decías que ibas a ser ministro, generalísimo y príncipe. Yo no tengo esas ideas.

—No es lo mismo, niñita. Aquello era una necedad mía, y esto es cierto. Ya no volveremos a casa de los Requejos. Huiremos por la calle de Alcalá cuando se despeje, buscando refugio en Aranjuez hasta tanto que yo te lleve a donde debo llevarte. Aunque sé que no lo has de cumplir, júrame que me querrás siempre.

—Yo no necesito jurarlo. Prométeme tú no decir disparates—dijo ella, mien-

tras la presión de la embriagada multitud estrechaba su cabeza contra mi pecho.

—No son disparates. Pronto te vencerás de ello. Pero ¿me querrás siempre como me quieres ahora? ¿No te avergonzarás de mí, no me despreciarás? ¿Seré siempre para ti lo mismo que soy ahora, tu único amigo, tu salvación y tu amparo?

—¡Siempre, siempre!

Al pronunciar estas palabras, Inés sintió que le cogían un pie.

Miró ella, miré yo, y vimos que clavaba en el pie sus flacos dedos una mano correspondiente a un brazo negro, que, extendiéndose entre las piernas de los circunstantes, estaba unido al cuerpo de Restituta, quien estiraba el otro brazo hasta tocar la mano que pertenecía a una de las extremidades de don Mauro Requejo, el cual don Mauro Requejo, colocado como a dos varas de nosotros, pugnaba por abrirse paso entre piernas de hombre y faldas de mujer, recibiendo aquí una pisada, allá una coz. Sucedió que, encontrándose los hermanos tan separados de nosotros, perdían el tino buscándonos, y mientras ella se encaramaba anhelando divisar por algún lado nuestras cabezas, él, a causa de su corpulencia, alcanzó a distinguir mi gorro.

Forcejeaban hasta alcanzarnos, cuando doña Restituta cayó al suelo; dióle don Mauro la mano, y ella alargó la otra para asir el pie de Inés, temiendo que en un nuevo vaivén o sacudimiento se le escapara. Nuestro proyecto de fuga quedó frustrado, y ambos Requejos hicieron presa en los olivares de Jaén, asiéndolos cada uno por un brazo para estar más seguros.

—¡Pobrecita mía!—dijo don Mauro—. Creímos que te nos perdías. Si no es por ti, Gabriel, se nos pierde.

A causa del revolcón quedaron ambos hermanos tan lastimosamente magullados, que daba compasión verlos. Del casaquín de mi amo se habían hecho dos, sin intervención de ningún sastre, y su hermana veía con ojos furibundos los flotantes jirones de su vestido negro, rasgado de arriba abajo.

—¿Ves?—decía Restituta a su hermano al regresar a la casa—. ¿Ves lo que sacamos de ir a donde nadie nos llama? Has perdido un guante..., ¡lástima de guante, que costó un dineral en el Ras-

tro! Pues ¿y la casaca? Ya tengo costura para tres días... ¡Sí, que está barata la seda!... Y tú, niña, ¿has perdido algo? ¡Ay! ¿Dónde está mi pañuelo? Pues ¿y mi pañuelo? ¡Lo he perdido!... ¡Dios me favorezca!... ¡Jesús mil veces! ¡Y yo que le eché tres gotas de agua de bergamota!

XX

Transcurrieron muchos días desde aquel famoso por la entrada de nuestro soberano sin que se alterara con ningún accidente la uniformidad de la casa de los Requejos.

Largo tiempo estuve sin poder hablar con Inés, aunque vivíamos tan cerca el uno del otro; pero el encierro en que la guardaba Restituta era cada vez más inaccesible, y la vigilancia llegó a ser un acecho implacable. Don Mauro estaba furioso algunas veces; otras, triste, y sin duda, en su rudeza no dejaba de comprender que era incapaz de hacerse amar por Inés. Su cólera no podía menos de derivarse de la conciencia de su brutalidad. Si no hubiera mediado el ambicioso interés, que era su alma, quizá don Mauro habría sido naturalmente afable y hasta cariñoso con la que pasaba por su sobrina; pero la falta de educación, de delicadeza, de modales y de sentido común le perdía, haciéndole no sólo aborrecible, sino espantoso a los ojos de la misma a quien deseaba interesar.

Las dificultades para sacar a Inés del poder de los Requejos aumentaban de día en día con la suspicaz vigilancia de Restituta; pero esto no me desanimaba, y firme en mi honrado propósito, procuraré por todos los medios posibles conquistar la benevolencia de los dos hermanos, fingiendo en mí gustos e inclinaciones iguales a las suyas. Yo aspiraba a una empresa más difícil que las doce de Hércules: aspiraba a conquistar el inexpugnable castillo de su confianza, donde jamás entrara persona alguna.

Para llegar a este fin, principié fingiéndome mezquino y avaro, cual si me consumiera, como a ellos, la mísera pasión del ahorro en su último delirio. Un día, después de haber barrido los pasillos y cuartos, me ocupaba en reunir el polvo y la tierra, recogiendo y guardando

aquellos ingredientes en un gran cucurucho. Como esta operación la hacía yo de modo que doña Restituta me observase, preguntóme un día cuál era mi objeto, y le contesté:

—Pues qué, señora, ¿se ha de desperdiciar esta sustancia alimenticia?

—¡Cómo! ¿El polvo y la basura de los ladrillos, con las telarañas de los techos y el lodo de los zapatos, forman una sustancia alimenticia?

—Ya lo creo; y me asombra que usted no sepa que hay en Madrid un jardinero francés que compra todo esto para criar unas endemoniadas hierbas farmacéuticas que han inventado ahora.

—¿Qué me dices, Gabriel? Pues yo no sabía nada.

—Pues cuando yo estaba en la casa del señor duque de Torregorda, la señora duquesa vendía esto todas las semanas, y por un paquete así le daban sus cuatro cuartos como cuatro soles.

Ella se regocijaba tanto con esto, que cuando yo, después de arrojar a un muladar el paquete, volvía entregándole los cuatro cuartos de mi fingida venta, me decía:

—Eres un chico de disposición, Gabriel; no he conocido otro como tú.

También fingía vender los cráneos de carnero que allí se consumían con frecuencia, los huesos de toda clase de frutas, los pedazos de papel, los cascos de vidrio y hasta los pezones de los higos pasados, diciéndole que un boticario los compraba para hacer cierta droga venenosa. Cuando llegó el 20 de abril y me dieron los diez reales de mi salario, dije a doña Restituta:

—Señora, ¿para qué quiero yo todo ese dineral? Puesto que tengo todas mis necesidades satisfechas y no me falta nada, guárdemelo; y si algún día salgo de esta bendita casa (lo que ojalá no suceda nunca), me lo entregará junto. Guardadito quiero que esté como oro en paño, y primero me dejaré cortar las orejas que consentir en el gasto de un maravedí.

—¡Ay Gabriel!—me contestó, rebosando satisfacción—, no he visto nunca un chico como tú. Bien es verdad que no en vano se pisa esta casa, donde reinan el orden y la economía. Eres un rapaz de provecho; si sigues trabajando, a vuelta de diez años tendrás reunidos sesenta duros, y si siempre persistes en

tan buenas ideas, llegarás al fin de tu vida..., pongamos que vives sesenta años más..., con un capital de trescientos sesenta duros, que tendrás guardaditos y los enterrarás antes de morirte, para que ningún heredero holgazán se divierta con tu dinero.

Con estas y otras artimañas, me hacía querer de mis amos hasta el punto de que confiaban mucho en mí; pero, a pesar de todo, no logré nunca adquirir la confianza suprema, que consistía para mí en ser encargado de la custodia de Inés, mientras ellos estaban fuera. ¡Ay! Cuando alguna vez permitían los hados que doña Restituta se ahuyentara del hogar doméstico, siempre era depositario de todas las llaves el impasible, el mecánico, el glacial mancebo.

Pero he hablado poco de este personaje, cuando, en realidad, debiera ocuparme mucho, y urge dar de él completa idea. Juan de Dios era, sin género de duda, un excéntrico, pues también en aquella época había excéntricos. Un hombre que no habla, que ignora lo que es rica, que no da un paso más de los necesarios para trasladarse al punto donde están la pieza de tela que ha de vender, la vara con que la ha de medir y la hortera en que ha de meter el dinero; un hombre que en todas las ocasiones de la vida parece una máquina cubierta con la humana piel para remedar mejor nuestra libre, móvil e impresionable naturaleza, ha de llevar dentro de sí algo ignorado y excepcional. Sin embargo, al poco tiempo de conocer yo a Juan de Dios ocurrió algún percance en el misterioso engranaje de las piezas de aquel mueble animado.

Por aquellos días, don Mauro y doña Restituta habíanse comunicado con asombro su extrañeza por las frecuentes distracciones de Juan de Dios. Juan de Dios, que en veinte años no se equivocara nunca midiendo o contando, contaba y medía como un mancebillo recién venido de la Alcarria. Aún había algo más alarmante. Juan de Dios se paseaba por la tienda sin hacer nada, lo cual era tan extraordinario como el choque de un planeta con otro; Juan de Dios preguntaba al parroquiano si quería *poplin*, *cotepalis*, *oragndis*, *madapolanes* o *musclinctas*, y en vez de traer lo pedido, daba media vuelta, rascándose la cabeza; iba a la trastienda, y salía después

a preguntar de nuevo, porque se le había olvidado. Al mismo tiempo, Juan de Dios estaba más amarillo y más flaco, lo cual parecía imposible al que en sus buenos tiempos le hubiese conocido, y su mirada, siempre mortecina y trístona, como la llama de un candil que se apaga, indicaba últimamente una resignación, un dolor que no son susceptibles de descripción ni pintura.

Un día salieron los amos, encargándole, como de costumbre, la custodia de la casa. Inés, encerrada en su aposento, habló conmigo como Tisbe al través del muro, y en mi desesperación, no pudiendo ni verla ni sacarla de allí, discurreí que convenía explorar el corazón del mancebo por si era posible ablandarle para que protegiera nuestra fuga. Bajé a la tienda, y después que hablamos un poco de cosas indiferentes, dije a Juan de Dios:

—¿No es un dolor, señor don Juan, que esa joven se muera de tristeza en ese cuartucho? ¿Por qué no la dejan suelta por la casa? ¿Acaso es alguna fiera?

Advertí en el semblante del mancebo un como estremecimiento o vislumbre; después pareció que la poca sangre de su cuerpo se le agolpaba en la frente, y me habló así:

—Gabriel, tienes razón. ¿Por qué la encierran así, siendo tan buena y tan humilde?... Ya estará libre...—dijo el hortera como hablando consigo mismo.

Estas palabras despertaron grandemente mi curiosidad, y resolví hacerle hablar sobre el asunto, fingiendo poco interés por la huérfana.

—Verdad es—dije—que como está tan mal criada...

—¡Mal criada!—exclamó el dependiente con viveza—. Tú sí que eres un malcriado y un bruto. Cuando la veo tan dulce, tan modesta, tan guapa, me da lástima que... Aquí la tratan de un modo que da compasión...

—Pero los amos son muy buenos con ella; le han comprado un vestido, y don Mauro quiere que sea su mujer.

Al oírlo, Juan de Dios se inmutó de tal modo, que le tuve miedo.

—¡Casarse con ella!—exclamó—. No, no; eso no puede ser.

—Bien es verdad que si la muchacha no quiere, ¿por qué han de obligarla?

—Es verdad... No, no la obligarán.

Comprendí que convenía variar de táctica, demostrando mucho interés por la prisionera.

—Pues si ella no quiere—afirmó—, será una obra de caridad sacarla de aquí.

—¿Tú crees lo mismo?—me preguntó con ansiedad.

—Sí. Me da tanta lástima de la pobrecita, que si en mí consistiera, ya le hubiera abierto las puertas para que volara como un pajarito.

—Gabriel—me dijo Juan de Dios solemnemente, poniendo su mano sobre mi brazo—, si tú fueras un chico prudente y discreto, yo te confiaría un proyectillo...

No había más remedio que fingir gran indignación contra los Requejos, y así lo hice, diciendo:

—¡Pues no ha de serlo! A mí puede usted confiarme lo que quiera, sobre todo si se refiere a esa niña, porque le tengo compasión, y si mi amo se empeña en maltratarla, no le podré aguantar, y el mejor día...

—Nuestros patronos son muy crueles—dijo él con la gravedad de quien revela importante secreto.

—¿Qué dice usted, crueles? Bárbaros y tacaños, que serían capaces de vender a Cristo por dos maravedíes.

El semblante de Juan de Dios expresó cierto entusiasmo. Después de vacilar un momento entre la seriedad y una sonrisa, se apretó el corazón con ambas manos y me dijo:

—Gabriel, yo estoy enamorado, yo estoy loco.

—¿De quién? ¿Por quién?

—No me lo preguntes y adivínalo. A ti sólo te lo digo; quiero que me ayudes. Veo que tienes buenos sentimientos y que aborreces a los carceleros de Inés. Pero tú no te has fijado bien en ella. ¿No te admira su resignación? ¿No te admira su modestia? Y, sobre todo, Gabriel, ¿has visto alguna vez mujer más linda? Dime, ¿te ha mirado alguna vez y no te has vuelto loco?

Juan de Dios lo parecía al decir estas palabras.

—Inés es una gran personita—respondí—. Hace usted bien en quererla, y mucho mejor en sacarla de aquí. Pero ¿no dicen que se casa usted con doña Restituta?

—¿Yo? ¿Estás loco?... Antes de ahora he sido tan estúpido, que llegué a creer-

me capaz de semejante desgracia. Pero ahora... ¿Has conocido hembra más repugnante que ésa?

—No, no hay otra que la iguale en todo el mundo. Pero hablemos de Inés, que es lo que a usted le interesa.

—Sí, hablemos. ¡Ay!... No sabes qué desahogo siento al confiarte este secreto. Yo necesitaba decirselo a alguien para no desesperarme. Desde que Inés entró en esta casa, experimenté una sensación desconocida. Yo había dicho muchas veces: «Tanto como oigo hablar del amor, y yo no sé lo que es...» Pero ya sé lo que es... ¡Ay! He pasado toda mi vida trabajando como una bestia. Hace veinte años tuve algo con una mujer que vivía en mi casa; pero aquello no pasó de tres días. Yo nací en Francia, de padres españoles; me crié en un convento, y cuando salí de él, a los veinte años, estaba muy persuadido de que las mujeres todas eran el demonio, pues así me lo decían los frailes del convento de Gue-taria. Así es que, cuando pasaba alguna cerca de mí, yo bajaba los ojos, cuidando de no mirarla. Siempre he sido melancólico, y... no sé por qué me han disgustado las mujeres... Nunca voy a bailes ni a tertulias, y con tan uniforme vida que he vuelto tan tristón, que me aburro de mí mismo. Los domingos echo un paseo allá por los Melancólicos, y esto un año y otro, hasta que ahora... Te contaré punto por punto. Cuando llegó Inés aquí, me pareció que no era como las mujeres que yo he visto siempre; quedéme asombrado contemplándola, y hasta se me figuró que la había visto en alguna parte. ¿Dónde? ¡Qué sé yo! Sin duda, dentro de mí mismo. Todo aquel día pensé en ella, y al día siguiente, que era domingo, me fuí, después de oír misa, a mi paseo de los Melancólicos. Allí di mil vueltas, figurándome que hablaba con ella, y fueron tantas las cosas que le dije, que de seguro no cabrían en este libro grande. Pasó algún tiempo; Inés no me había mirado nunca, hasta que una noche... Estábamos comiendo; yo fuí a coger un plato, y como me temblaba la mano, lo dejé caer al suelo y se rompió. Restituta se puso a dar gritos, y don Mauro me dijo no sé qué barbaridades. Entonces Inés alzó los ojos y me miró.

Cuando esto decía, Juan de Dios mostraba la incomparable satisfacción del

amante que ha recibido favor muy li-sonjero de su dama.

—Pues ánimo—le dije—; la madamita es linda y buena. Sáquela usted de aquí.

—¡Que si la saco! ¿Pues no he de sacarla?—exclamó con decisión—. Resuelto estoy a ello. Pero necesito hablarle, Gabriel; necesito decirle lo que siento por ella. ¿Me corresponderá? ¿Crees tú que me corresponderá?

—Pero, tonto, si quiere usted hablarle, ¿qué más tiene que ir a su cuarto y entrar? ¿Los amos no le dejan las llaves?

—Varias veces he intentado hablar con ella; he subido la escalera, he llegado junto a la puerta y, al fin, me he vuelto sin valor para decirle: «Inés, ¿oye usted una palabra?»

—Pues de esa manera no consigue usted nada—le contesté—. ¡Ah! Vea usted lo que me ocurre en este instante. Yo me pinto solo para esas comisiones. Me da usted la llave, abro, entro y le digo que usted la quiere y discurre el modo de sacarla de aquí. ¿Qué le parece mi invención?

—Te equivocas si crees que tengo la llave de su cuarto. Todas me las dejan, menos ésa.

—Entonces, todo está perdido.

—No, porque voy a que un cerrajero me haga una por un modelo de cera enteramente igual. Por de pronto, ya que te ofreces a servirme, mira lo que he pensado. Aquí tengo un ramito de violetas que he comprado esta mañana. Se lo llevas arrojándolo dentro por el tragaluz que está sobre la puerta, y le dices: «Esto le manda a usted una persona que la ama»; pero sin mentarle quién es. Luego, otro día que los amos salgan, le llevas una carta que estoy escribiendo en mi casa, y que tiene ya ocho pliegos de papel, con una letra como el sol. ¿Lo harás así?

—Todo lo que usted me mande.

—¡Ay Gabriel! Desde que ella está en esta casa, me he vuelto todo del revés. Pero di, ¿crees tú que Inés me querrá? ¿Lo crees tú? ¡Ay! Yo de veras te digo que por verme amado de ella por todo el día de hoy consentiría mañana en perder la vida. Te juro que si supiera de cierto que no me puede querer, moriría. Si Inés me ama, seré tan feliz que... no sé lo que me pasará. Y tiene que ser, tiene que amarme; yo me la llevaré a una parte del mundo donde no

haya gente, y allí, solitos los dos, ¿no es verdad que tendrá que quererme? Estoy ahora averiguando por qué camino se va a una de esas islas desiertas que, según dicen, hay no sé dónde... La sacaré de aquí, Gabriel. Nos iremos ella y yo, si quiere, bien, y si no, también. Cuando llegue el caso, me creo capaz de todo: de matar al que quiera impedírmelo, de vencer cuantas dificultades se me opongan, de echarme a cuestras toda la tierra y beberme todo el mar, si es preciso para mi fin... Gabriel, ¿llevarás a Inés el ramo de violetas? Yo tengo miedo de ir... Cuando le hable una vez, se me quitará esta turbación... ¿No es verdad?... ¿Crees tú que ella me amará?

La pasión de Juan de Dios tenía cierta ferocidad. Junto con la timidez más ingenua, el corazón de aquel hombre abrigaba una determinación impetuosa y una energía suficiente para llevar adelante el más difícil propósito. El secreto confiado causóme tanto asombro como miedo, porque si bien el amor del mancebo podía ser un gran auxilio para la evasión de Inés, también podía ser obstáculo.

Pensando en esto, me separé de él para llevar los violetas, sacadas de un cajón donde guardaba sus plumas; subí y puseme al habla con mi desgraciada amiga.

—Inés—le dije, arrojando el ramillete por el tragaluz—, toma esas flores que he comprado para ti.

—Gracias—me contestó.

—Niñita mía—continué—, mételas en tu seno para que la bruja de tu tía no las descubra. ¿Las has guardado ya?

—En eso estoy—repuso la dulce voz dentro del cuarto—. Vaya, ya están.

—Mira, Inesilla; pon la mano sobre tu corazón y júrame que no has de querer a nadie, a nadie más que a mí; ni a don Mauro, ni a Juan de..., quiero decir..., a nadie.

—¿Qué estás ahí hablando?

—Júramelo. Pronto estarás libre, paloma. Pero cuando seas señora, rica y condesa, y tengas palacios, y lacayos, y tierras, ¿me olvidarás? ¿Despreciarás al pobre Gabriel? Júrame que no me despreciarás.

La prisionera reía en su cárcel.

—Vaya, adiós. Ponte frente al agujero de la llave para verte. ¡Qué guapa

estás! Adiós. Me parece que ahí están tus simpáticos tíos. Sí, ya siento la voz del buitre de don Mauro. Adiós.

XXI

Aquella noche nos favorecieron doña Ambrosia de los Linos y el licenciado Lobo. La primera se quejó de no haber vendido ni una vara de cinta en toda la semana.

—Porque—decía—la gente anda tan azarada con lo que pasa, que nadie compra, y el dinero que hoy se guarda, por temor de que de la noche a la mañana nos quedemos todos en camisa.

—Pues aquí nada se ha hecho tampoco—dijo Requejo—. Y si ahora no trajera yo entre ceja y ceja un proyecto para quedarme con la contrata del abastecimiento de las tropas francesas, puede que tuviéramos que pedir limosna.

—¿Y usted va a dar de comer a esa gente?—preguntó con inquietud doña Ambrosia—. ¿Por qué no les echa usted veneno para que revienten todos?

—Pero ¿no era usted—preguntó Lobo—tan amiga del francés y decía que si Murat la miró o no la miró?... Vamos, señora doña Ambrosia, ¿ha habido algo con ese caballero?

—¡Ay! Le juro a usted por mi salvación que no he vuelto a ver a ese señor, ni ganas. ¡Demonios de franceses! ¿Pues no salen ahora con que vuelve a ser rey mi señor don Carlos Cuarto, y que el príncipe se queda otra vez príncipe? Y todo porque así se le antoja al emperadorcillo.

—¡Bah!—dijo Lobo—. ¿Pues a qué ha ido a Burgos nuestro rey sino a que le reconozca Napoleón?

—No ha ido a Burgos, sino a Vitoria, y puede ser que a estas horas me le tengan en Francia cargado de cadenas. ¡Si lo que quiere es quitarle la corona! Buen chasco nos hemos llevado, pues cuando creíamos que el señor de Bonaparte venía a arreglarlo todo, resulta que lo echa a perder. Parece mentira: deseábamos tanto que vinieran esos señores, y ahora, si se los llevara *Patillas* con dos mil pares de los suyos, nos daríamos con un canto en los pechos.

—No; que se estén aquí los franceses mil años es lo que yo deseo—dijo Re-

quejo—. Como me quede con la contrata, ¡ay mi señora doña Ambrosia!, puede ser que el que está dentro de esta camisa salga de pobre.

—Quite usted allá. ¿Ni para qué queremos aquí franceses, ni *zamacucos*, ni *tragones*, ni nada de toda esa canalla, que no vienen aquí más que a comer? Pues ¿qué cree usted? Muertos de hambre están ellos en su tierra, y harto saben los muy pillastres dónde lo hay. Si es lo que yo he dicho siempre. Dicen que si Napoleón tiene esta intención o la otra. Lo que tiene es hambre, mucha hambre.

—Yo creo que tenemos franceses por mucho tiempo—afirmó el licenciado—, porque ahora... Luego que nuestro rey sea reconocido, vendrán acá juntos para marchar después sobre Portugal.

—¡Qué majadería!—exclamó la señora de los Linos—. Aquí nos están haciendo la gran jugarreta. Esta mañana estuvo en casa a tomarse medida de unos zapatos el maestro de obra prima, ese que llaman *Pujitos*. Díjome que en el Rastro y en las Vistillas todos están muy alarmados, y que cuando ven un francés le silban y le arrojan cáscaras de frutas; díjome también que él está furioso, y que así como fué uno de los principales para derribar a Godoy, será también ahora el primero en alzarles el gallo a los franceses... ¡Ah!, lo que es *Pujitos* mete miedo y es persona que ha de hacer lo que dice.

—Si me quedo con la contrata, Dios quiera que no se levanten contra los franceses—dijo Requejo.

—Si hay levantamiento—afirmó Restituta—y mueren unos cuantos cientos de docenas, esos menos serán a comer. Siempre son algunas bocas menos, y la contrata no disminuirá por eso.

—Has pensado como una doctora—observó don Mauro—. Pero ¿y si se van?

—Se irán cuando nos hayan molido bastante—añadió doña Ambrosia—. ¡Pues no tienen poca facha esos señores! Van por las calles dando unos taconazos y metiendo con sus espuelas, sables, carteras, chacós y demás ferretería más ruido que una matraca... Y ¡cómo miran a la gente!... Parece que se quieren comer a los niños crudos... Por supuesto que ya los verá usted correr el día en que el español diga: «Por ahí me pica y me quiero rascar.»

—Eso es música—dijo Lobo—. Deje usted que vuelvan a Madrid el rey y el emperador y verá cómo todo se arregla. Don Juan de Escóquiz, que es amigo mío y el primer diplomático de toda la Europa, me dijo antes de irse que son unos bobos los que creen que Napoleón intenta destronar al rey de acá. Descuiden ustedes que como haya dificultades, mi canónigo las arreglará todas, que para eso le dió el Señor aquel talentazo que asusta.

—Napoleón no viene acá sino con la espada en la mano—continuó doña Ambrosia—. El padre Salmón, de la Orden de la Merced, que estuvo esta mañana en casa (y por cierto que se llevó media docena de huevos como puños), me dijo que a él no se le escapa nada, y que tendremos guerra con los franceses. Napoleón nos está engañando como a unos dominguillos. Ya ve usted: hace quince días se dijo que venía, y en Palacio enseñaban las botas y el sombrero que había mandado por delante. Don Lino Paniagua, que vió aquellas prendas y las tuvo en su mano, me dijo que las botas eran grandísimas y casi tan altas como este cuarto. En cuanto al sombrero, dice que era tan grasiento que un cochero simón no se lo pondría, lo cual prueba que este emperador es un grandísimo gorrino, con perdón sea dicho.

—Veinte mil franceses tenemos aquí—dijo don Mauro con expresión meditabunda—. ¡Mucho pan, mucho tocino, muchas patatas, mucho pimentón, mucha sal, mucha berza han de entrar por veinticinco mil bocas! Y dicen que traen hambre atrasada.

—Por supuesto, hermano—dijo Restituta—, el dinerito por adelantado.

Don Mauro tomó un papel y con profunda abstracción hizo cuentas.

—Y de lo que sobre en el almacén ¿no se podrá traer lo necesario para el gasto de la casa?—preguntó la digna hermana—. Porque están unos tiempos... ¡Ay señora doña Ambrosia, no se gana nada!...

—Vaya, vaya—dijo doña Ambrosia—. Poco mal y bien quejado. Más dinerito tienen ustedes que las arcas del Tesoro. Y a propósito, Restituta: ¿cuándo se casa usted?

—¡Jesús! ¿Quién piensa ahora en eso? No corre prisa.

—No pensará lo mismo Juan de Dios.

Y usted, Inesita, ¿cuándo se decide?

—Ya está decidida—afirmó vivamente Restituta—. La pícara harto disimula su satisfacción. *Este* la tiene muy mimosa.

—Esto está muy bien: una niña bien criada debe hacer ascos al matrimonio hasta que llegue el momento crítico. Pero, hija, con la conversación se me ha ido el tiempo: son las diez... Adiós, adiós.

Fuése doña Ambrosia, desfiló al poco rato Lobo, y, habiendo subido a acostarse las dos mujeres, quedaron solos en la trastienda el patrono y el mancebo, haciendo las cuentas de la contrata.

Yo me acosté y dormí profundamente; pero a eso de la medianoche, y cuando, recogido también el amo, reinaban en la casa el sosiego y la tranquilidad, me desvelaron unos agudos gritos que al punto reconocí como procedentes de la exprimida laringe de Restituta.

—Sin duda hay ladrones en la casa—dije, levantándome.

Restituta llamaba angustiosamente a su hermano, el cual salió con una traca, diciendo:

—¿Dónde están esos pícaros, dónde están, para que sepas si hoy hombre que se deja quitar el fruto de su honradez?

—No son ladrones—dijo Restituta con voz temblorosa a causa de la ira—; no son ladrones, sino otra cosa peor.

—Pues ¿qué son, con mil pares de diablos?

—Es que...—continuó la hermana, dirigiéndose al amo y a mí, que también había acudido con un palo—. Inesilla..., bien decía yo que esa muchacha nos daría que sentir..., es una loca, una mujerzuela, una trapisondista, una perdida de las calles.

—A ver..., ¿qué ha hecho?

—Pues yo velaba, ella dormía, y de repente empezó a hablar en sueños. ¡Ay, no sé cómo no la estrangulé! Primero pronunció algunas palabras que no pude entender, y después dijo así: «Juro que te querré siempre; juro que te querré cuando sea condesa, cuando sea princesa, cuando sea rica, cuando sea gran señora. Pero yo no quiero ser nada de eso sin ti.» Estuvo callada un rato, y después siguió diciendo: «¿Cómo no he de quererte? Tú me arrancarás del poder de estas dos fieras... ¡Ay!, adiós; siento la voz del buitre de mi tío. Adiós.»

Después, la condenada niña, como si le parecieran poco estos insultos, llevóse las palmas de las manos a su boquirrita y se dió muchos besos. ¿Qué te parece, hermano? ¡No sé cómo no la ahogué! Sin poderme contener arrojéme sobre ella; despertóse despavorida, y al incorporarse se le cayó del pecho este ramo de violetas.

Al decir esto, Restituta mostraba en su trémula mano la terrible prueba del delito. Quedóse don Mauro aturrullado, confuso, y luego, tomando el ramo y mordiéndolo con rabia, lo arrojó al suelo, donde fué pisoteado *alterno pede* por ambos furiosos hermanos.

—¡Conque dice que soy un buitre!—exclamó él, echando chispas—. ¡Un buitre! ¡Llamar buitre a un caballero como yo! ¡Bonito modo de pagar el pan que le doy! Ya le enseñaré los dientes a esa chiquilla. Pero ese ramo..., ¿quién le ha dado ese ramo?

—Pero, Mauro...

—Pero, Restituta...

Y más se confundían los dos cuanto más se irritaban, y crecía su cólera a medida que aumentaba su aturdimiento, hasta que Requejo, recogiendo sus luminosas ideas en rápida meditación, dijo:

—Tiene amores con algún mozalbete de las calles. ¿Habrán entrado aquí? Esto es para volverse loco. Gabriel, Gabriel, ven acá.

Al punto comprendí que estaba en peligro de hacerme sospechoso a mis feroces amos; y como en este caso me arrojarían de la casa, imposibilitando de un modo absoluto la realización de mi proyecto, hallé prudente el desorientarlos con una invención ingeniosa que apartara de mí toda sospecha.

—Señor—dije a mi amo—, estaba esperando a que su merced acabara de hablar para decirle alguna cosa que contribuya a descubrir esta picardía. Pues anoche, cuando salí en busca del cuarterón de higos pasados, me pareció que vi en la calle a un señorito, el cual señorito miraba a estos balcones..., y después, creyendo él que yo no le veía, arrojó una cosa...

—¡Eso, eso fué... el ramo!—exclamó Requejo.

—Anoche mismo—continuó—pensaba decírselo a su merced; pero como estaba ahí esa señora y después se queda-

ron usted y Juan de Dios haciendo números...

—Y ¿ella se asomó al balcón?—preguntó Restituta.

—Eso no lo puedo asegurar, porque hacía oscuro y no vi bien. Pero encárguenme mis amos que esté ojo alerta y no se me escapará nada. A fe que si ustedes me dieran la comisión de vigilar a la niña cuando salen de casa, la niña no se reiría de nosotros.

—¡Esto no se puede aguantar!—exclamó fieramente don Mauro—. Vaya, acuéstense todos, que mañana le leeré yo la cartilla a la señorita.

Retiréme a mi cuarto, y desde mi cama oía al espantoso Requejo hablando con su hermana.

—Nada, nada; esta semana me casaré con ella. Si no quiere de grado, será por fuerza... Estoy furioso, estoy bramando. Mañana sabrá ella si soy yo Mauro Requejo o quién soy. La encerraremos en el sótano, sin darle de comer. ¿Acaso vale ella el mendrugo de pan con que le matamos el hambre? Le diremos que no probará bocado ni beberá gota hasta que no consienta en ser mi mujer... La encerraremos en el sótano; sí, señor, en el sótano. Y si no quiere, palos y más palos. A fe que no tengo yo mala mano de almirez... ¡Llámame buitre esa rapazuela de las calles!... Estoy furioso..., me la comería... Sí, que yo iba a dejarla escapar con el mozalbete del ramo... Se casará, sí, se casará, y si no, de aquí no sale sino difunta... ¡Buen genio tengo yo!... Malas brujas me chupen si no la caso conmigo mismo... Y si no quiere por blandas, será por duras: la amarraré a un poste, la azotaré, la abriré en canal con el cuchillo de abrir las latas de pomada.

Requejo en aquel instante parecía un demonio escapado del infierno; y la primera luz de la aurora, entrando difícilmente en la oscura casa, le encontró despierto aún y vociferando como un insensato.

XXII

Dicho y hecho: desde la mañana del día siguiente, don Mauro pareció dispuesto a llevar adelante su bestial propósito: el de precipitar el martirio de

Inés, *casándola consigo mismo*, como él decía en su bárbaro lenguaje. La táctica de amabilidad y de astuta dulzura, recomendada por el licenciado Lobo, se consideró inútil, siendo sustituida por un sistema de terror que ponía en fecundo ejercicio las facultades todas de doña Restituta. Antes de partir a la Junta donde don Mauro y otros dos comerciantes debían ponerse de acuerdo para la subasta del abastecimiento, mi amo tuvo el gusto de plantear por si mismo el nuevo sistema. Dispuso que Inés no saldría de su cuarto ni para comer; que los vidrios y maderas de la ventanilla que daba a la calle de la Sal se cerraran, asegurándolas por dentro con fortísimos clavos; que se colocara un centinela de vista dentro de la misma pieza, cuya misión a nadie podía corresponder más propiamente que a Restituta.

Ya no era posible, pues, ni ver a Inés, ni hablarle, ni prevenirla, porque todo indicaba que aquella tenaz vigilancia no concluiría sino cuando Requejo viera satisfecho su ardiente anhelo de casar a la muchacha consigo mismo. Por último, llegaron las vejaciones ejercidas contra Inés hasta el extremo de notificarle enérgicamente que no vería la luz del sol sino para ir a casa del señor vicario a tomar los dichos. La situación de Inés era, por tanto, insostenible, y tan crítica, que me decidí a intentar resueltamente, y sin esperar más tiempo, su anhelada libertad. Para hacer algo de provecho era indispensable utilizar un día en que ambas fieras, macho y hembra, salieran a la calle a cualquier negocio, pues pensar en la fuga mientras nuestros carceleros estuviesen en la casa era pensar en lo excusado. Don Mauro, acupado en su contrata salía con frecuencia; pero Restituta, imperturbable como esfinge faraónica, no se movía de la casa, ni del cuarto, ni de la silla. Para vencer tan formidable dificultad discurrí a fuerza de cavilaciones el siguiente medio:

Mi seductora ama tenía la costumbre, harto lucrativa, de asistir a todas las almonedas que se anunciaban en el *Diario*, y hacíalo con la benemérita intención de pescar muebles, colchones, ropas, adornos de sala y otros objetos que, adquiridos por poco precio, vendía después en dos o tres prenderías de la

calle de Tudescos, que eran de su exclusiva pertenencia, aunque no lo pareciese. Hacia el 15 de abril tuvo noticia de un ajuar completo de ricos muebles, puesto en almoneda en una casa de la plazuela de los Afligidos. Habíalos ella visto y examinado, y aunque le parecieron de perlas, nos los tomó, porque la dueña que era viuda de un consejero de Indias, no se resignaba a entregar su única fortuna casi de balde. Regatearon: Restituta ofreció una cantidad alzada; mas no fué posible la avenencia, y volvióse aquélla a su casa sin aflojar los cordones de la bolsa, aunque hartos se le conocía su desconsuelo por haber dejado escapar negocio de tal importancia. Pues bien: sobre aquella almoneda, sobre aquel regateo, sobre este desconsuelo fundé yo el edificio de la invención que debía quitarme de delante a mi señora doña Restituta por unas cuantas horas.

Era un domingo, día 1 de mayo. Salí por la mañana, y dirigiéndome a mi antigua casa, buscáronme allí una mujer que se encargó de llevar a doña Restituta el recado que puntualmente le di. Estaba el ama, a las cuatro de la tarde, sentada en el cuarto de la costurera, cuando se presentó mi comisionada en la casa, diciendo que la señora de la plazuela de los Afligidos consentía en dar los muebles a la señora de la calle de la Sal por el precio que ésta había tenido el honor de ofrecer.

Dió un salto en su asiento Restituta, y al punto su acalorada imaginación ilusionóse con las pingües ganancias que a realizar iba. Se vistió con aquella ligereza viperina que le era propia, y después de cerrar el balcón y la puerta de la habitación de Inés, tuvo la condescendencia incomparable de entregarme la llave de la puerta que conducía a la escalerilla principal; encargó a Juan de Dios el mayor cuidado, y salió.

Cuando la vi partir respiré con indecible desahogo. Parecióme que huía para siempre, llevada en alas de demonios vengadores.

Ya no podía perder un instante, y dije a mi amiga desde fuera:

—Inesilla, prepárate. Recoge toda tu ropa y aguarda un momento.

La única contrariedad consistía ya en que Juan de Dios descubriese mi intriga, oponiéndose a nuestra fuga; pero

yo contaba con la facilidad que ha existido siempre para cegar por completo a quien ya tiene ante los ojos la venda del amor. Bajé a la tienda, y ya desde el primer momento advertí que la fortuna no me era muy favorable, porque Juan de Dios estaba en conversación con dos militares franceses, y no era aquélla ocasión a propósito para que me diera la llave falsificada que hacía falta.

Diré brevemente por qué estaban allí los dos franceses. Un oficial de Administración militar fué en busca de mi amo para hablarle de no sé que particularidades relativas al contrato de abastecimiento; acompañábase otro que me parecía teniente de la Guardia Imperial, el cual, entablada conversación con Juan de Dios, habló en incorrecto español, y dijo que era del país vasco-francés. Como el hortera había nacido y criádose en el mismo país, al punto se la echaron los dos de compatriotas, y hubo apretones de manos. El extranjero era un mozo alto y rubio, de modales corteses y simpática figura.

—¿No recuerda usted la familia Sajous, en Bayona?—dijo el mancebo.

—¿Pues no la he de recordar? Mi padre, don Blas Arróiz, estuvo de escribiente en casa de monsieur Hipólito Sajous, en Bayona, y después en casa de otro Sajous, en Saint-Sever—repuso Juan de Dios.

—El de Saint-Sever es mi padre—añadió el francés—; pero yo nací en Puyoo, donde aquél tiene una fábrica de tejidos. Me acuerdo de haber oído hablar en mi niñez de un administrador guipuzcoano que falleció en nuestra casa.

A este tenor continuaron hablando un cuarto de hora, hasta que al fin, después de mutuas felicitaciones y ofrecimientos, despidióse el francés, prometiendo volver a visitarnos. Yo estaba tan impaciente, que necesité disimular mi agitación para que no se me conociera en el semblante lo que traía entre manos. Sin perder tiempo, porque perderlo era perderme, dije a Juan de Dios:

—Vamos, amigo; éste es el momento de entregar a la niña la carta amorosa que usted tiene escrita.

—Sí, chiquillo; aquí está—repuso, mostrándome la epístola, que era un monumento caligráfico—. ¿Qué te parece este trabajo? ¿Has visto alguna vez letra como ésta? Repara bien esa eme y

esa hache mayúsculas. ¡Qué rasgos tan finos! Y esas letras con que pongo su nombre, ¿qué te parecen? Tres días de tarea eché en ese nombre divino, que, como el de Jesús,

endulza el alma y la lengua,
más que con la miel y azúcar
con sólo sus cinco letras.

Este no tiene más que cuatro; pero ¡qué perfiles! Y toda la carta está lo mismo. No tiene más que once pliegos; pero me parece que es bastante. Como es la primera que le escribo, no debo marearla mucho, ¿no te parece?

—Me parece bien. Dos palabritas bien dichas, y basta por ahora. Pero lo que importa es llevársela cuanto antes, pues la espera con impaciencia.

—¿Cómo que la espera? Pues ¿acaso tú le has dicho algo?

—No...; verá usted... Ella lo habrá adivinado, sin duda. Cuando le di el ramo díjele que se lo mandaba una persona de la casa que la quería mucho y tenía pensado sacarla de aquí; ella lo besó.

—¡Lo besó!—exclamó el mancebo, tan conmovido que algunas lágrimas asomaron sus ojos—. ¡Lo besó! Es decir, se lo llevó a sus divinos labios. ¡Ah Gabriel! ¿Crees tú que me corresponderá?

—No lo creo, sino que lo afirmo—respondí enérgicamente—. Pero venga la carta. ¡Pues no se va a poner poco contenta!... Ahora caigo en que me debe usted dar la llave que encargó al cerrajero, para que yo entre y le suelte la carta en propia mano, porque no está bien visto que una cosa de tanta importancia se arroje así..., pues.

—No; la llave no te la daré—contestó—, porque no necesitas entrar. Quiero que esté sola, para que se entregue a sus anchas al placer de la lectura. ¿Conque dices que lo recibió bien?

—Pero la llave, la llave... ¿no me da usted la llave?

—No; la llave no te la doy. Déjala encerrada, que no faltará quien la saque pronto. ¡Ay!, si me atreviera a ir yo mismo, si a hablarle me atreviera... Pero no. En la carta le digo mi amor y mis proyectos; le digo que la sacaré pronto de esta espantosa esclavitud, y que será mi mujer, mi mujercita, pues

nos casaremos en tierras lejanas... ¿Sabes tú por dónde se va a alguna de esas islas desiertas que nos cuentan?... Iremos, porque has de saber, Gabrielillo, que yo soy rico. Yo he guardado mis ganancias desde hace veinte años. Lo malo es que todo lo tengo en poder de los Requejos...; pero ya, ya tomaré yo lo que me pertenezca. Entre esta noche y mañana he de poner por obra mi plan. ¿Ves esta carta que tengo aquí para mi amo? Pues de esto depende todo. Cuando él lea esta carta... Pero esto es un secreto... Punto en boca.

—¿De modo que no me da usted la llave?

—No. ¿Para qué? No quiero que la veas, no quiero que le hables, cuando yo no le hablo ni la veo. Al considerar que si entras en su cuarto te ha de mirar, siento unos celos... ¡Ay!, yo me muero, Gabriel; yo no duermo, ni como, ni bebo. Si no tuviera qué hacer me estaría día y noche paseando por los Melancólicos. Esta es mi única delicia: pensar en ella, representármela en la imaginación y entablar con ella unos diálogos que no tienen fin. A cada instante la abrazo y la besa a mis anchas, le pongo una flor en la cabeza, la llevo en mis brazos cuando está cansada, la arrullo, le canto para que se duerma y la visto por la mañana cuando despierta.

—Así es usted feliz; pero si me diera usted la llave, yo le contaría todo eso.

—No; yo se lo diré mañana, esta noche quizá—dijo Juan de Dios con exaltación—. Pues qué, ¿crees tú que soy capaz de consentir un día más los martirios que padece? Gabriel, a ti te puedo confiar mis planes. ¡Esta noche, esta noche quedará Inés en libertad! ¿Tú sabes por dónde se va a alguna isla desierta?... Anda, lleva la carta; se la arrojas por el tragaluz, ¿entiendes? Pobrecita. ¡Qué dirá cuando vea que hay quien se interesa por ella, quien la adora y está dispuesto a sacrificar vida, hacienda y honor!... Así se lo he dicho esta mañana al Santísimo Sacramento y a la Virgen María. Todos los días voy a misa y ruego por ella a Dios y a los santos. Esta mañana, cuando el cura alzaba el cáliz, le miré y dije: «Santísimo Sacramento de mi alma, yo amo a Inés. Si quieres que no la ame más que a Ti, dámela. Nunca te he pedido na-

da. Con ella seré bueno; sin ella seré... lo que el demonio quiera.» Anda, Gabriel, llévale de una vez la esquelita.

A este punto llegábamos cuando entró don Mauro con dos amigos. Dióle Juan de Dios la carta de que antes me había hablado con tanto misterio, y cuando la hubo leído lanzó grandes exclamaciones de coraje, que a todos los presentes nos infundieron miedo. Al instante hizo salir a Juan de Dios con una comisión apremiante, y yo me retiré. Aunque el maniático no había querido entregar la llave, comprendí que no debía retroceder en mi empresa, y resuelto a todo pensé en descerrajar la puerta de la prisión de Inés. Favorecía este proyecto la circunstancia de estar Requejo en coloquio muy acalorado con sus dos amigos, y, además, ignorante de la ausencia de su hermana.

Pedí auxilio a Dios mentalmente, y después de advertir a Inés para que estuviese preparada y me ayudase por dentro, cogí un pequeño barrote de hierro en figura de escoplo que había en la sala de los empeños y comencé la delicada obra. El miedo de hacer ruido me obligaba a emplear poca fuerza, y la cerradura no cedía. Canté en alta voz para ahogar todo rumor, y al fin, ayudado por Inés, que empujaba desde dentro, logré desquiciar una de las hojas, que tuvimos buen cuidado de sostener para que no viniese al suelo.

—¡Estás libre, Inés; vámonos! ¡Huyamos sin tardanza!—exclamé con locura—. Si nos detenemos un instante, estamos perdidos.

Nos dirigimos a la puerta que conducía a la escalera exterior. Abríla yo y salimos. Ya oscurecía. Un hombre bajaba de los pisos superiores y se juntó a nosotros en la meseta. Advertí que nos miraba con sorpresa; observéle yo a mi vez y no pude menos de temblar reconociendo al licenciado Lobo, el cual, extendiendo sus brazos como para detenernos, preguntó:

—¿Adónde van ustedes?

—¿Y a usted qué le importa?—dije con rabia, viendo delante de mí obstáculo tan terrible.

Después, considerando que contra semejante cernícalo más convenía la astucia que la fuerza, añadí:

—Doña Restituta nos ha mandado sa-

lir en busca suya. Ha ido en casa de una amiga...

—Tú eres un pícaro redomado—me contestó—. ¿Adónde vas con esa muchacha? ¡Tunantes, os fugáis de esta santa casa! Ya os arreglaré yo. Adentro pronto, si no queréis ir conmigo a la cárcel de Villa.

Mi desesperación no tuvo límites, y ahora celebro no haber tenido en aquel momento un puñal en mi mano, porque de seguro le hubiera partido el corazón al leguleyo trapisondista.

—¡Ah pícaro ladrón, ya te conozco, ya sé quién eres!—continuó—. Esta noche precisamente pensaba venir a ajustarte las cuentas... No te había conocido, bribonzuelo; pero ya sé qué clase de pájaro eres... Ya tenía ganas de cogerte entre mis uñas.

Y, efectivamente, me tenía tan cogido, que no sé cómo no me desolló el brazo.

Inés lloraba. Lobo la asió también por un brazo, y empujándonos hacia dentro nos dijo:

—¡Qué a tiempo llegué, pimpollitos míos!

Hice un esfuerzo desesperado para desprenderme de sus garras y me desprendí. El entonces alzó el grito, exclamando:

—¡Que se me escapa ese tuno...; ladrones..., acudan acá!

Subió precipitadamente don Mauro; reunióse en el portal alguna gente, y acertando a llegar Restituta, poco después me encontraba entre ambos Requejos como Cristo entre los dos ladrones. Inés, desmayada, era sostenida por el escribano.

XXIII

—¡Pero si apenas puedo creerlo!—exclamaba mi ama—. ¿Conque la señorita huía con Gabriel? Tunante, ladroncillo y cómo nos engañaba con su carita de Pascua. Ven acá—añadió, dándome golpes—. ¿Adónde ibas con Inesilla, monstruo? ¿Qué te han dado por entregarla, ladrón de doncellas? A la cárcel, a presidio, pronto, si es que no le desollamos vivo. Pero di: ¿robabas a Inés?

—¡Sí, vieja bruja!—respondí con furia—. ¡Me iba con ella!

—Pues ahora vas a ir por el balcón

a la calle—dijo don Mauro, clavando en mi cuerpo su poderosa zarpa.

Francamente, señores, creí que había llegado mi último instante entre aquellos tres bárbaros, que, cada cual según su estilo peculiar, me mortificaban a porfía. De todos los golpes y vejaciones que allí recibí les aseguro a ustedes que nada me dolía tanto como los pellizcos de doña Restituta, cuyos dedos, imitando los furiosos picotazos de un ave de rapiña, se cebaban allí donde encontraban más carne.

—Y sin duda fuiste tú quien mandó a aquella maldita mujer para sacarme de la casa, pues en la plazuela de los Afligidos no hay ya rastros de almoneada. Este chico merece la horca; sí, señor de Lobo, la horca.

—¡Y la muy andrajosa de mi sobrina se marchaba tan contenta!—dijo Requejo, encerrando de nuevo a Inés en el miserable cuartucho.

—Si tenemos metido el infierno dentro de la casa—añadió Restituta—. La horca, sí, señor; la horca, señor de Lobo. No tiene usted pizca de caridad si no se lo dice al señor alcalde de Casa y Corte. ¡Pero cómo nos engañaba este dragoncillo! Si esto es para morirse uno de rabia.

El leguleyo tomó entonces la autorizada palabra, y extendiendo sobre mi cabeza sus brazos, en la actitud propia de esa tutelar justicia que ampara hasta a los criminales, dijo:

—Moderen ustedes su justa cólera y oíganme un instante. Ya les he dicho que ahora nos ocupamos celosísimamente de hacer un benemérito expurgo, descubriendo y desenmascarando a todas las indignas personas que fueron protegidas por el príncipe de la Paz; ese monstruo, señora, ese vil mercader, ese infame favorito..., ¡gracias a Dios que está caído y podemos insultarle sin miedo! Pues como decía, para que la nación se vea libre de pícaros, a todos los que con él sirvieron les quitaremos ahora sus destinos, si no pagan sus crímenes en la cárcel o en el destierro. ¡Si vieran ustedes, amigos míos, cómo me estoy luciendo en estas pesquisas; si oyeran ustedes los elogios que he merecido de los principales servidores de la real persona!

—Pero ¿a qué viene tanta palabrería

—dijo, impaciente, Requejo—, ni qué tiene eso que ver...?

—Tiene que ver...—prosiguió el hombre de la Justicia—, porque ¿qué dirán mis señores don Mauro y doña Restituta cuando sepan que ese tramposo y embaucador chicuelo aquí presente recibió favores del príncipe y es el mismo Gabrielillo que desde hace quince días estamos buscando con los hígados en la boca mi compañero y yo?

Los Requejos, macho y hembra, se miraron con espanto.

—Pues oigan ustedes y tiemblen de indignación—prosiguió el leguleyo—. El día antes de su caída, el señor Godoy envió a la Secretaría de Estado un volante mandando que se diese a este joven una plaza en las oficinas de la Interpretación de Lenguas. ¿Qué tal, señores? «Y ¿por qué», dirán ustedes. Porque este joven parece que sabe latín y compuso un poema en versos latinos; y algunos de esos alcahuetones que lo leyeron fueron con el cuento al príncipe, diciéndole que mi niño era un portento de sabiduría. ¡Mentiras, y más mentiras! Ya se ve: cuando en la Secretaría de Estado recibieron el volante, se escandalizaron, porque ya había caído el príncipe de la Paz y aquellos eminentes repúblicos, después de poner en la calle a Moratín, esperaron a que se presentara este prodigio, si no para colocarle, para verle al menos. Pero yo ando tras el objeto de que coloquen allí a un primo mío que sabe tres lenguas: el valenciano, el gallego y el castellano; así es que al punto mi compañero y yo pusimos una *diligencia en busca* para tener antecedentes de esta buena pieza, y hemos conseguido probar: que en Aranjuez vivía con el curita don Celestino; otrosí, que todos los días iban ambos a casa de Godoy; otrosí, que el chico le escribía las cartas y las traía a Madrid los domingos al embajador de Francia; otrosí, que se disfrazaba para entrar en cierta taberna a oír lo que se decía, y otras muchas bribonadas de que en el supradicho protocolo tengo hecha detallada mención.

—¡Jesús, Dios nos ampare! El santo patrono de la tienda, debemos el haber descubierto a tiempo lo que teníamos en casa—dijo Restituta.

—Por supuesto, que lo del latín era pura farsa.

—Pues no hay que andarse con chiquitas—dijo mi amo—, sino entregarle a la Justicia.

—Eso corre de mi cuenta—repuso Lobo—. Veremos qué responde a los cargos que se le hacen en la sumaria como cómplice del cura castrense de Aranjuez. A éste no le hemos podido coger, y, según las noticias que hoy recibí, ha desaparecido del Real Sitio. Es seguro que ha venido a Madrid, y lo que es aquí no se nos escapa.

—¡Cuidado con el sabandijo que tenía yo en mi casa!—vociferó don Mauro, amenazando segunda vez poner fin a mis días—. Señor de Lobo, quítemele, quítemele usted de entre las manos, porque acaba con él. Estoy furioso. ¡Qué día, señor San Antonio de mi alma! ¡Qué día!

—Yo me encargaré del mocito—dijo Lobo—. Lo único que les pido es que me lo guarden hasta mañana.

—¿Hasta mañana?

—Este bandolero no puede quedar en la casa hasta mañana, no, señor—observó mi ama.

—¿No hay lugar seguro donde encerrarle?

—¡Oh!, pierda usted cuidado, que si le guardamos en el sótano estará como en un sepulcro—dijo Requejo—. Dificillita es la salida y puedoirme tranquilo.

—Pero ¿te vas, hermano? ¿Adónde vas esta noche?

—¿Adónde he de ir? ¡Mil pares de demonios! ¿Adónde he de ir sino a Navalcarnero? ¿No saben ustedes lo que me pasa? ¿No les he contado...?

—Nada nos has dicho. Verdad es que con esta trapisonda de la sobrinita...

—Pues acabo de recibir una carta en que se me notifica que mi almacén de Navalcarnero ha sido robado. ¿Ves, hermana? ¡Esto es para volverse loco! Sí..., me escribe don Roque notificándome el robo y diciéndome que acuda allí esta noche misma si no quiero perderlo todo.

—¿Y va usted?

—Ahora mismo voy a buscar coche. Conque vean ustedes qué desastre. ¡Ay Restituta! Bien te dije que no dejaras de encender la vela al santo patrono. ¿Ves? Esto es un castigo.

—En el Cielo no gustan de despilfarros. ¿Vas allá? Pero ¿me dejas en la casa a este ladronzuelo?

—En el sótano, en el sótano; hasta

mañana, hasta que mi señor de Lobo disponga de él. ¿No puede hacerse cuenta de que le dejamos en la sepultura? Sólo Dios puede sacarle.

—Pero ¿me quedo sola? ¡Animas benditas!

—Juan de Dios vendrá a eso de las diez. Ya le he dicho que se quedará en casa esta noche.

La conferencia terminó aquí, y sin más palabras me encerraron en el sótano, a cuyo subterráneo aposentamiento daba entrada una gran compuerta por bajo el piso de la trastienda. Yo estaba medio aletargado por la rabia y el despecho de aquella situación terrible. Sentí que me impulsaban escalera abajo. Don Mauro cerró el escotillón, riendo con ese gozo felino que da la conciencia de la propia crueldad, y me encontré entre densas tinieblas. Mi amo había dicho bien al asegurar que allí estaba como en un sepulcro. Sólo Dios podía sacarme.

Para que se comprenda si ellos tenían confianza en la seguridad de mi cárcel, baste decir que allí tenían parte de su fortuna en un arca de hierro. Cuando me encerraban en compañía de su dinero, ¿tendrían mis amos la convicción de que era imposible la salida?

Hallábame en una de esas construcciones abovedadas con rosca de ladrillo que sirven de fundamento a casi todas las casas de Madrid, antiguas y modernas. Faltos de espacio superficial, los madrileños han buscado la extensión hasta el cielo y hasta el abismo, de modo que cada albergue es una torre colocada sobre un pozo. La de mis amos no tenía en un sótano luces a la calle; la oscuridad era absoluta y el silencio también, excepto cuando pasaba algún coche. Extendiendo mis brazos a derecha, a izquierda y hacia arriba, tocaba ásperos ladrillos endurecidos por un siglo, no tan húmedos como los que describen los novelistas cuando el hilo de sus relatos los lleva a alguna mazmorra donde ocurren maravillosas y nunca vistas aventuras.

Como he dicho, ni un ruido lejano ni un rayo de luz turbaba la paz de aquel antro, donde era posible llegar al convencimiento de no existir, existiendo. Todo un arsenal de herramientas no habrían bastado a proporcionarme escapatoria, y pensar en la fuga habría sido

pensar en lo absurdo. No tenía más consuelo que la resignación, y me resigné. Estar allí dentro en plena soledad, en plena lóbreguez, en pleno silencio, era como cuando cerramos los ojos encarcelándonos voluntariamente dentro de esa otra bóveda de nuestro pensamiento. Acostéme, rendido de fatiga, en el suelo, y medité. Mi prisión no me parecía otra cosa que una prolongación de mi cerebro.

Quise pensar en varias cosas; pero no pude pensar más que en Dios. Reconociéndome absolutamente incapaz para vencer la desgracia, comprendí que la voluntad suprema había arrojado sobre mí tan gran pesadumbre de males, y cruzándome de brazos incliné la cabeza, esperando que la misma voluntad suprema me descargase de ella. Como esta esperanza me infundió pronto una fe que hasta entonces en pocas ocasiones había tenido, creí firmemente que Dios me sacaría de allí, y con esta creencia empecé a adquirir un reposo moral y físico, precursor de cierto desvanecimiento parecido al sueño. El de la desgracia se diferencia mucho al sueño de todos los días; así es que el mío fué, conforme al angustioso estado de mi alma, un sueño de esos en que se representa el malestar real que experimentamos en proporciones informes, estrambóticas, monstruosas.

Yo percibía vagamente figuras y formas de esas que no pertenecen al mundo visible, ni a la Humanidad, ni a la fauna, ni a la flora, ni al cielo, ni a la tierra, sino a cierta misteriosa geología, a yacimientos que contradicen todas las leyes de la estática y la dinámica; percibía una fantástica y continuada concatenación de colores geométricos que se enredaban en mi cuerpo como culebras, y en aquella transmutación de lo físico y lo moral se verificaba el fenómeno de que un color me dolía y un objeto semejante a una espada, a un cangrejo o a un arpa, pronunciaba palabras incomprensibles. ¿Quién no ha desvariado alguna vez con este soñar absurdo? Las ideas se mezclan con las visiones, y éstas son aquéllas, y aquéllas, éstas. En aquel laberinto, en aquella aberración, mi pensamiento formulaba sin cesar un silogismo azul, verde, ahora con picos, después con curvas, más tarde irradiado, luego concéntrico, en seguida poligonal y dorado, y al fin pequeño como un pun-

tito, para luego ser grande como el Universo. El interminable silogismo era: «La justicia triunfa siempre; los Requejos son unos pillos; Inés y yo somos personas honradas. Luego nosotros triunfaremos.»

Así pasé mucho tiempo en poder de estos demonios del sueño, cuando percibí una claridad que no irradiaba de los focos de mi imaginación. ¿Estaba dormido o despierto? Hiceme esta pregunta, y al punto contesté que no sabía. La claridad aumentaba, y un chirrido metálico produjo en mí cierto estremecimiento. Me moví, y miré y vi las paredes del sótano, la bóveda de ladrillo y multitud de cajas llenas y vacías; a mi izquierda, una puerta que comunicaba con otro departamento subterráneo; a mi derecha, una escalera, por la cual descendía la claridad que llamaba mi atención. Estaba indudablemente despierto, y así lo reconocí. Miré a la escalera y vi dos pies que se trasladaban lentamente de peldaño a peldaño. La luz de una linterna me deslumbró; pero en el foco de la repentina claridad distinguí una cara amarilla. Era la de Juan de Dios; era Juan de Dios en persona.

Cuando me vió, su espanto fué tan grande que la linterna con que se alumbraba estuvo a punto de caer de sus manos. Temblando y mudo me miraba como se mira una aparición diabólica o imagen invocada por la brujería.

Figuraos la impresión del que entra en un sepulcro no creyendo, como es natural, encontrar nada vivo y encuentra un hombre que se mueve y no parece pertenecer al mundo de los muertos.

XXIV

Santiguóse Juan de Dios, y ya parecía dispuesto a huir como se huye de las apariciones de ultratumba, cuando le hablé para disipar su miedo.

—Juan de Dios, soy yo. ¿No sabía usted que estaba aquí?

—Gabriel, si lo veo y no lo creo. ¡Jesús, María y José! ¿Cómo has entrado aquí dentro?

—¿No sabe usted que me encerró don Mauro al sorprenderme en el momento

de arrojar la carta a la señorita Inés? Acababa usted de salir.

—¡No había vuelto hasta ahora! ¡Y te encerraron aquí! ¡Qué casualidad! Estoy absorto. Pero dime, ¿la carta...?

—Ella la tiene. No hay cuidado por eso. Después de habérsela dado me entró tentación de hablar con ella. Toqué a la puerta. ¡Ay! Este fué el crítico momento en que se apareció doña Restituta. Puede usted figurarse lo demás. Gracias a Dios que viene una buena alma para ponerme en libertad. Dios le ha enviado a usted.

—Oyeme, Gabrielillo—añadió con más sosiego—: ya te dije que mi fortunilla la tengo depositada en poder de las Requejos. Si se la pido de improviso, estoy seguro de que no me la han de dar. Por consiguiente, yo la tomo. Mira lo que hay allí.

Señaló al fondo del sótano contiguo y vi un arca de hierro. Juan de Dios prosiguió de este modo:

—Yo tengo mi conciencia tranquila. No cojo más que lo mío, y antes moriría que tomar un ochavo más. Eso bien lo sabe el Santísimo Sacramento, que ya me conoce. Pero si en esta parte estoy tranquilo, ¡ay!, ya le he dicho al Santísimo Sacramento que estoy loco de amor y que me perdone los dos grandes pecados que he cometido hoy.

—¿Y qué pecados son éstos?

—Trabajo me cuesta el decirlo; pero allá van, para empezar desde ahora a purgarlos con la vergüenza que me causan. Los dos pecados son: haber escrito una carta falsa a don Mauro para obligarle a ir a Navalcarnero, y haber hecho construir por un molde de cera la llave con que he entrado aquí y la de la caja. La carta estaba perfectamente falsificada; las llaves no valen menos.

—¿Conque eso va a toda prisa? ¿Y nuestra chicuela?

—Esta noche me la llevo. ¡Ah!, ya habrá leído la carta. La habrá leído; sabrá que quiero ponerla en libertad, y su inquietud, su agonía, su zozobra entre la esperanza y el temor, serán inmensas. Dentro de un rato será mía. ¿Cuento contigo?

—Para lo que usted quiera. Pues no faltaba más—dije, discurriendo cuál sería el mejor medio de burlar al mismo

tiempo a doña Restituta y a su prometido esposo.

—¡Ay! Tiemblo todo al pensar que pronto he de sacarla del poder de estas fieras—dijo Juan de Dios—. La pobrecita me estará esperando ya. ¿Qué te parece? ¡Ah!, he preguntado a varias personas por una isla desierta y nadie me ha dado razón. ¿Esas que llaman las Canarias son desiertas? ¿Sabes tú adónde caen? Creo que allá por el gran golfo, o como si dijéramos, entre la China y el Moro. ¿Por dónde se va?

—De eso sí que no sé palotada—contesté tratando de dejar a un lado la geografía—. Pero vamos a ver: ¿cómo piensa usted engañar a doña Restituta?

—Eso no me inquieta. La amarraremos tapándole la boca, pero sin hacerle daño, porque es una buena mujer, como no sea para criar sobrinas..., y ya ves. Hace veinte años que como el pan de esta casa. Si no fuera por esta terrible sofocación que me ha entrado... Gabriel, yo me vuelvo loco; lo que no te sabré decir es si me vuelvo loco de alegría o de pena.

—¿Le parece a usted—dije, afectando oficiosidad—que suba pasito a pasito a ver si doña Restituta duerme o vela?

—Bien pensado. Mejor es que te estés en la trastienda de centinela, y en caso de que sientas ruido en el entresuelo, me avisas al instante. Yo despacharé eso fácilmente.

No esperé a que me lo repitiera y subí. No: Gabriel no subía, volaba. Mi resolución, prontamente tomada, llevóme sin vacilar al cuarto donde dormía Inés y velaba su feroz tía. Cuando ésta sintió mis pasos, cuando oyó que alguien se acercaba, cuando llegué al cuarto y me puse ante su vista, su terror no tuvo límites. Como no comprendía la posibilidad material de mi evasión y era además, mujer supersticiosa, no creyó sino que yo era el diablo en persona, o al menos hombre protegido por todos los diablos del infierno. Quedóse muda de terror; quiso hablar, y no pudo; quiso gritar, y lanzó un aullido congojoso, cual si le apretaran el cuello. No queriendo yo perder un instante, me arrojé a sus plantas, exclamando con sofocante precipitación:

—Señora, ama mía, ama de mi corazón, óigame su merced: soy inocente. Perdóneme su merced. Quise revelarles

a ustedes todo; pero aquellos hombres no me dejaron. Yo no intenté robar a Inés; quise sacarla de aquí para impedir que la robara su amante. ¿No sabe usted quién es? ¡Juan de Dios, Juan de Dios! ¡Ah señora! ¡Y dudaba usted de mi fidelidad.

Restituta pasó del terror a la sorpresa, al asombro, al anonadamiento, a la estupidez.

—¡Juan de Dios!—exclamó—. ¡Juan de Dios! Mi... No, no puede ser..., tú eres el demonio. ¡Jesús, María y José! Por la señal de la Santa Cruz...

—¿Qué cruz ni cruz? ¿Quiere usted la prueba? Pues tome usted esa carta que el caballero me dió para su novia —dije entregándole la carta del mancebo.

Restituta la tomó en sus manos, frías como el mármol y temblorosas; recorrió muy de prisa sus once pliegos, examinó la firma, y díjome después:

—¿Estoy soñando? Tú... eres Gabriel... ¡Oh! Yo estoy loca... ¡Ese miserable, a quien hemos dado de comer!...

—¿Aún lo duda usted? Pues en este momento Juan de Dios está en el sótano abriendo el arca del dinero.

No me es posible hacer formar idea del salto que dió Restituta. Creo que hasta la silla saltó también arrastrada por el espantoso sacudimiento de los nervios de la hermana del señor don Mauro.

—Venga usted y lo verá con sus propios ojos—dije, tomándola de la mano e impeliéndola hacia afuera.

Restituta me siguió, porque la curiosidad, la rabia, el mismo terror, la impulsaban tras mí. Tropezó mil veces. Su cuerpo temblaba, y con frecuencia llevaba la mano a los desgredados pelos para arrancarse algunas o para echarlos todos hacia atrás. El extravío de sus ojos a nada es comparable, y a mí mismo, que ya creía tenerla vencida, me causaba miedo.

Llegamos a la boca del escotillón, y allí, mientras hería nuestros ojos la tenue claridad que del sótano salía, oímos claramente ruido de monedas. Juan de Dios contaba sus ahorros de veinte años. Cuando el tímpano de Restituta fué afectado de aquel vibrante sonido, un estremecimiento nervioso, como el producido en la organización humana por la descarga de poderosas pilas eléctricas,

sacudió sus miembros. Precipitándose ciegamente por la escalera, exclamó:

—¡Malvado! ¡Así nos pagas el pan de veinte años!

Aún no habían llegado los resbaladizos pies de mi ama al quinto peldaño, cuando la pesada puerta del escotillón cayó lanzada por mis manos. No había llave con que cerrar, porque Juan de Dios la había quitado; pero al instante puse sobre la puerta una caja de latas de pomada, y luego dos, y luego cuatro, y después un fardo de tela, y otro, y otro encima. En diez minutos puse sobre la entrada de la que había sido mi prisión un peso tal, que cuatro hombres fuertes no hubieran podido levantarlo desde abajo.

Concluido esto, subí. Inés, despavorida y aterrada, no sabía a qué santo encomendarse.

—¡Ya eres libre, Inés!—grité con intensa alegría—. Vístete, vámonos pronto. No perder un momento; puede venir el amo.

Vistióse tan precipitadamente, que la vi medio desnuda. Pero ni ella, con el gran azaramiento de la prisa, cayó en la cuenta de que me estaba mostrando su lindo cuerpo, ni yo me cuidaba más que de ayudarla a vestir, poniéndole enaguas, medias, zapatos, ligas. Al fin salimos de la casa y huímos a toda prisa de la calle de la Sal por temor de encontrar al licenciado Lobo o a mi amo. Hasta que nos vimos en la Puerta del Sol no tomamos aliento; y sintiéndome yo sin fuerzas nos sentamos en un escalón junto a Mariblanca. Profundo silencio reinaba en la plaza. Madrid dormía sosegado y tranquilo. Paseé mi vista en derredor y no vi más que dos perros que se disputaban un hueso. El chorro de la fuente alegraba nuestras almas con su parlero rumor.

—Ya estás libre, condesilla—dije, reclinándome sobre el pecho de Inés—. Bendito sea Dios, que nos ha sacado de allí. No te olvidaré nunca, horrenda noche de amargura; no te olvidaré nunca, risueña mañana de este día feliz. Estamos en lunes, día dos del mes de mayo.

Un rato permanecí en aquella postura, porque estaba rendido de cansancio. El día se acercaba; se sentían los lejanos y vagos rumores, desperezos de la indolente ciudad que despierta. Por Oriente, hacia el fin de la calle de Alcalá, se veía

el resplandor de la aurora, y cuando nos retirábamos, Inés y yo nos detuvimos un instante a contemplar el cielo, que por aquella parte se teía de un vivo color de sangre.

XXV

Al entrar en mi casa, donde yo pensaba descansar un rato con Inés, antes de emprender la fuga, encontramos al buen don Celestino, que, habiendo llegado la noche anterior, creyó conveniente albergarse en mi humilde posada antes que en otra cualquiera de las de corte. Ya le había yo informado por escrito de la verdadera situación en casa de los Requejos, por lo cual guardóse de poner los pies en la famosa tienda. El y nosotros nos alegramos mucho de vernos juntos, y apenas teníamos tiempo para preguntarnos nuestras mutuas desgracias, pues ya habrán comprendido ustedes que las del bondadoso sacerdote no eran menores que las nuestras.

—Pero, hijos míos—nos dijo—, Dios nos ha de proteger. ¿Cómo es posible que los malvados triunfen fácilmente de los rectos de corazón? Vosotros huís de la perversidad de aquellos dos hermanos, y yo también huyo, yo también vengo aquí, ocultando mi nombre honrado, porque me persiguen como a un criminal.

Al decir esto, el buen anciano derramó algunas lágrimas, y nosotros, para consolarle, le animábamos presentándole el espectáculo de nuestra alegría, y contábamos, entre risas y chistes, las extravagancias y tacañerías de los tíos de Inés.

—Dios nos ayudará—continuó el cura—. ¡Oh, qué persecución tan horrorosa! Me acusan de que fui amigo del príncipe de la Paz. Ya lo creo que fui amigo de su alteza. No sólo amigo, sino aun creo que pariente. No puedes figurarte los líos que me han armado, Gabrielillo... Y también te acusan a ti... ¿Has visto qué pícaros?... Que si escribíamos cartas..., que si tú les llevabas.. Verdad es que yo fui varias veces al palacio de su alteza para aconsejarle lo que me parecía conveniente para el bien de la nación; pero nunca le dije nada, porque con esta mi cortedad de genio... En resumen, hijo: sabiendo que me iban

a prender, me puse en camino callandito, y pienso presentarme al señor patriarca para que disponga de mí. Pero oíd lo mejor. ¿Creeréis que ese tunante de Santurrias es quien más sañudamente me ha perseguido, dando testimonios falsos de mi conducta? Nada, nada; es cierto lo que yo dije en aquel sermón. ¿Te acuerdas, Gabriel? Dije que la ingratitud es el más feo monstruo que existe sobre la Tierra. *Villissima et turpissima hydra*. ¡Quién lo había de pensar!

—Ahora pensemos, señor cura, cómo nos las vamos a componer para salir de este laberinto. ¿Adónde vamos? ¿Qué recursos tenemos?

—Hijo mío, Dios no ha de desampararnos. Confiemos en El, y entre tanto, oye un proyecto que esta madrugada me ha ocurrido. Hace ocho días estaba en Aranjuez la señora marquesa de***, persona discreta, temerosa de Dios y de tan buen corazón que remedia cuantas necesidades llegan a su noticia. Visítome ella varias veces, la visité yo también, y, según me decía, mi trato le era sumamente agradable. Esto lo diría por urbanidad. Me preguntaba mucho por Inés, mostrando grandísimos deseos de conocerla, y cuando por última vez la vi suplicóme encarecidamente que si alguna vez pasaba a la corte no dejase de acudir a su casa en compañía de mi sobrina. Esto me lo repitió muchas veces, y su empeño por ver a la sobrinilla me ha llamado mucho la atención.

—También a mí—repuse—. Conozco a la señora marquesa, en cuyo palacio representé cierto papel de traidor de que no quisiera acordarme. Era en la misma casa donde ustedes vivían.

—Pero la señora marquesa no vive ahora allí, pues durante la primavera se traslada a la casa de su hermano, allá, por la cuesta de la Vega, en un palacio que tiene muy amenos jardines y espacioso horizonte hacia la parte del Manzanares. Allí encontraremos hoy a esa insigne señora, honor de la hispana grandeza. ¿Por qué no acudir a ella? Me ha dicho infinitas veces que desea servirme, tanto a mí como a mi sobrina, y espera con ansia el momento en que yo quiera usar de su poder y valimiento para cualquier asunto.

—En esa señora nos manda Dios un comisionado para salir de este apuro

—dije yo, sintiéndome con mayores ánimos—. Le contaremos lo que nos pasa, comprenderá con cuánta injusticia se nos persigue, y cuando vea a Inés... ¡Ay!, se me figura que el empeño de la marquesa en ver a Inés no es simple curiosidad. En fin: visitaremos hoy mismo y Dios dirá.

—Temo salir a la calle.

—Yo también; pero es preciso salir. No es cosa de que andemos por los tejados. Si quiere usted, iré yo ahora mismo a casa de la señora marquesa, que ya me conoce, y diciéndole que voy de parte de usted, le pintaré la situación en que nos encontramos, hablándole también de Inesilla, que es, sin duda, lo que le interesa más.

—Me parece bien. ¿Y si te ven?

—Iré por calles extraviadas, y en caso de apuro, no me faltan piernas con que perderme de vista.

Ya estaba dominado por vivísima excitación, y cuando adoptaba un plan, cada segundo que transcurría sin ponerlo por obra parecía un siglo. No me era posible entregarme al reposo sin dar aquel paso en un camino que me parecía conducir a lugar seguro en nuestro desgraciado aislamiento. Inés no podía descansar tampoco, y su espíritu, no repuesto del azaramiento y zozobra de la madrugada anterior, era impresionado fuertemente por cuanto veía. Asomábase a la ventana que caía hacia la calle de San José, frente al Parque de Artillería, y como la vivienda era piso principal bajando del cielo, se veía el gran patio interior de aquel establecimiento de guerra, con los cañones y demás pertrechos puestos en ordenadas filas a un lado y otro.

—Esto que ves es el Parque de Artillería, niña—le dijo don Celestino—. ¿Ves? En aquellos grandes edificios se alojan los artilleros. Mira: salen algunos con un carro para ir a casa del abastecedor en busca de las provisiones.

—¿Y esas montañitas tan bonitas formadas por cosas negras y redondas, iguales todas y puestas con mucho orden?—preguntó Inés, sin dar tregua a su admiración.

—Esas son balas, chicuela—repuso el clérigo—. Los hombres han inventado esos juguetes para matarse unos a otros.

—Esas balas se meten en los cañones que están allí junto—dije yo, queriendo

mostrar mi erudición—, y poniendo también pólvora y un martucho se dispara pólvora y un cartucho se dispara, que se vuelve uno loco. ¡Si vieras cómo me lucí en el combate de Trafalgar! ¡Si tú me hubieras visto!... Lo menos maté a mil ingleses.

—¡Quiten para allá..., ay, ay!—exclamó con miedo don Celestino—. Sólo de pensar que eso se dispara me pongo a temblar.

Y se retiraron de la ventana. Yo aconsejé a Inés que descansara, y salí a la calle después que don Celestino, echándome algunas bendiciones, rezó un *Pater noster* por mi seguridad y buena suerte en la comisión que iba a desempeñar.

Alejándome todo lo posible del centro de la villa, llegué a la plazuela de Palacio, donde me detuvo un obstáculo casi insuperable: un gran gentío que, bajando de las calles del Viento, de Rebeque, del Factor, de Noblejas y de las plazuelas de San Gil y del Tufo, invadía toda la calle Nueva y parte de la plazuela de la Armería. Pensando que sería probable encontrar entre tanta gente al licenciado Lobo, procuré abrirme paso hasta rebasar tan molesta compañía; pero esto era punto menos que imposible, porque me encontraba envuelto, arrastrado por aquel inmenso oleaje humano, contra el cual era difícil luchar.

Tan abstraído estaba yo en mis propios asuntos, que durante algún tiempo no discurrí sobre la causa de aquella tan grande y ruidosa reunión de gente ni sobre lo que pedía, porque indudablemente pedía o manifestaba desear alguna cosa. Después de recibir algunos porrazos y tropezar repetidas veces me detuve arrimado al muro de Palacio y pregunté a los que me rodeaban:

—Pero ¿qué quiere toda esa gente?

—Es que se van, se los llevan—me dijo un chispero—, y eso no lo hemos de consentir.

El lector comprenderá que, no importándome gran cosa que se fueran o dejaran de irse los que lo tuvieran por conveniente, intenté seguir mi camino. Poco había adelantado cuando me sentí cogido por un brazo. Estremecíme de terror, creyendo hallarme nuevamente en las garras del licenciado; pero no se asusten ustedes: era Pacorro Chinitas.

—¿Conque parece que se los llevan?—me dijo.

—¿A los infantes? Eso dicen; pero te aseguro, Chinitas, que me tiene sin cuidado.

—Pues a mí, no. Hasta aquí llegó la cosa, hasta aquí nos aguantamos y de aquí no ha de pasar. Tú eres un chiquillo y no piensas más que en jugar, y por eso no te importa.

—Francamente, Chinitas, yo tengo que ocuparme demasiado en lo que a mí me pasa.

—Tú no eres español—me dijo el amolador con gravedad.

—Sí lo soy.

—Pues entonces no tienes corazón ni eres hombre para nada.

—Sí que soy hombre y tengo corazón para lo que sea preciso.

—Pues, entonces, ¿qué haces ahí como un marmolillo? ¿No tienes armas? Coge una piedra y rómpele la cabeza al primer francés que se te ponga por delante.

—Han pasado, sin duda, cosas que yo no sé, porque he estado muchos días sin salir a la calle.

—No, no ha pasado nada todavía; pero pasará. ¡Ah Gabrielillo! Lo que yo te decía ha salido cierto. Todos se han equivocado, menos el amolador. Todos se han ido y nos han dejado solos con los franceses. Ya no tenemos rey ni más Gobierno que esos cuatro carcamales de la Junta.

Yo me encogí de hombros, no comprendiendo por qué estábamos sin rey y sin más Gobierno que los cuatro carcamales de la Junta.

—Gabriel—me dijo mi amigo, pasado un rato—, ¿te gusta que te manden los franceses y que con su lengua, que no entiendes, te digan: «Haz esto o haz lo otro», y que se entren en tu casa, y que te hagan ser soldado de Napoleón, y que España no sea España, vamos al decir, que nosotros no seamos como nos da la gana de ser, sino como el emperador quiera que seamos?

—¿Qué me ha de gustar? Pero eso es pura fantasía tuya. ¿Los franceses son los que nos mandan? ¡Quiá! Nuestro rey, cualquiera que sea, no lo consentiría.

—No tenemos rey.

—Pero ¿no habrá en la familia otro que se ponga la corona?

—Se llevan todos los infantes.

—Pero habrá grandes de España y señores de muchas campanillas, y generales y ministros que les digan a esos franceses: «Señores, hasta aquí llegó. Ni un paso más.»

—Los señores de muchas campanillas se han ido a Bayona, y allí andan a la greña por saber si obedecen al padre o al hijo.

—Pero aquí tenemos tropas que no consentirán...

—El rey les ha mandado que sean amigos de los franceses, y que los dejen hacer.

—Pero son españoles, y tal vez no obedezcan esa barbaridad; porque dime: si los franceses nos quieren mandar, ¿es posible que un español de los que vistan uniforme lo consienta?

—El soldado español no puede ver al francés; pero son uno por cada veinte. Poquito a poquito se han ido entrando, entrando, y ahora, Gabriel, esta baldosa en que ponemos los pies es tierra del emperador Napoleón.

—¡Oh Chinitas! Me haces temblar de cólera. Si las cosas van como dices, tú y todos los demás españoles que tengan vergüenza cogerán un arma, y entonces...

—No tenemos armas

—Entonces, Chinitas, ¿qué remedio hay? Yo creo que si todos, todos, dicen: «Vamos a ellos», los franceses tendrán que retirarse.

—Napoleón ha vencido a todas las naciones.

—Pues entonces echémonos a llorar y metámonos en nuestras casas.

—¡Llorar!—exclamó el amolador, cerrando los puños—. Si todos pensarán como yo... No se puede decir lo que sucederá; pero... Mira: yo soy hombre de paz; pero cuando veo que estos condenados franceses se van metiendo calladito en España, diciendo que somos amigos; cuando veo que se llevan engañado al rey; cuando los veo por esas calles echando facha y bebiéndose el mundo de un sorbo; cuando pienso que ellos están muy creídos de que nos han metido en un puño por los siglos de los siglos, me dan ganas..., no de llorar, sino de matar, pongo el caso, pues... quiero decir que si un francés pasa y me toca con su codo en el pelo de la ropa levanto la mano..., mejor dicho, abro la boca y me lo como. Y cuidado

que un francés me enseñó el oficio que tengo. El francés me gusta; pero allá en su tierra.

XXVI

Durante nuestra conversación advertí que la multitud aumentaba, apretándose más. Componíanla personas de uno y otro sexo y de todas las clases de la sociedad, espontáneamente reunidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informúlados, que no parten de ninguna voz oficial y resueñan de improviso en los oídos de un pueblo entero, hablándole el balbuciente lenguaje de la inspiración. La campana de ese rebato glorioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos a palpar en concordancia con su anhelante ritmo, y raras veces presenta la Historia ejemplos como aquél, porque el sentimiento patrio no hace milagros sino cuando es una condensación colosal, una unidad sin discrepancias de ningún género, y, por tanto, una fuerza irresistible y superior a cuantos obstáculos pueden oponerle los recursos materiales, el genio militar y la muchedumbre de enemigos. El más poderoso genio de la guerra es la conciencia nacional, y la disciplina que da más cohesión, el patriotismo.

Estas reflexiones se me ocurren ahora recordando aquellos sucesos. Entonces, y en la famosa mañana de que me ocupo, no estaba mi ánimo para consideraciones de tal índole, mucho menos en presencia de un conflicto popular que de minuto en minuto tomaba proporciones graves. La ansiedad crecía por momentos: en los semblantes había, más que ira, la tristeza profunda que precede a las grandes resoluciones, y mientras algunas mujeres proferían gritos lastimosos, oí a muchos hombres discutiendo en voz baja planes de no sé qué inverosímil lucha.

El primer movimiento hostil del pueblo reunido fué rodear a un oficial francés que a la sazón atravesó por la plaza de la Armería. Bien pronto se unió a aquél otro oficial español, que acudía como en auxilio del primero. Contra ambos se dirigió el furor de hombres y mujeres, siendo éstas las que con más

denuedo los hostilizaban; pero al poco rato una pequeña fuerza francesa puso fin al incidente. Como avanzaba la mañana, no quise ya perder más tiempo, y traté de seguir mi camino; mas no había pasado aún el arco de la Armería, cuando sentí un ruido que me pareció cureñas en acelerado rodar por las calles inmediatas.

—¡Que viene la artillería!—clamaron algunos.

Pero, lejos de determinar la presencia de los artilleros una dispersión general, casi toda la multitud corría hacia la calle Nueva (1). La curiosidad pudo en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y corrí allá también; pero una detonación espantosa heló la sangre en mis venas, y vi caer no lejos de mí algunas personas heridas por la metralla. Aquel fué uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida. La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo había aterrado a muchos, que huían con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos a arrojar sobre los artilleros; mas en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugían como fieras y los que se lamentaban heridos o moribundos bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersión, y corrieron todos hacia la calle Mayor. No se oían más voces que «Armas, armas, armas». Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones, y si un momento antes la mitad de los madrileños eran simplemente curiosos, después de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual corría a su casa, a la ajena o a la más cercana, en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquiera herramienta. Todo servía, con tal que sirviera para matar.

El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente preparada; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las

(1) Hoy de Bailén.

cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las salas y tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

La calle Mayor y las contiguas ofrecían el aspecto de un hervidero de rabia imposible de describir por medio del lenguaje. El que no lo vió, renuncie a tener idea de semejante levantamiento. Después me dijeron que, entre nueve y once, todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto; habíase propagado la insurrección como se propaga la llama en el bosque seco azotado por impetuosos vientos.

En el Pretil de los Consejos, por San Justo y por la plazuela de la Villa, la irrupción de gente armada, viniendo de los barrios bajos, era considerable; mas por donde vi aparecer después mayor número de hombres y mujeres, y hasta enjambres de chicos y algunos viejos, fué por la plaza Mayor y los portales llamados de Bringas. Hacia la esquina de la calle de Milanese, frente a la Cava de San Miguel, presencié el primer choque del pueblo con los invasores, porque, habiendo aparecido como una veintena de franceses, que acudían a incorporarse a sus regimientos, fueron atacados de improviso por una cuadrilla de mujeres, ayudadas por media docena de hombres. Aquella lucha no se parecía a ninguna peripecia de los combates ordinarios, pues consistía en reunirse súbitamente, envolviéndose y atacándose, sin reparar en el número ni en la fuerza del contrario.

Los extranjeros se defendían con su certera puntería y sus buenas armas; pero no contaban con la multitud de brazos que los ceñían por detrás y por delante, como rejos de un inmenso pulpo; ni con el incansable pinchar de millares de herramientas, esgrimidas contra ellos con un desorden y una multiplicidad semejante al de un ametrallamiento a mano; ni con la espantosa centuplicación de pequeñas fuerzas que, sin matar, imposibilitaban la defensa. Algunas veces, esta superioridad de los madrileños era tan grande, que no podía menos de ser generosa; pues cuando los enemigos aparecían en número escaso, se abría para ellos un portal o tienda, donde quedaban a salvo, y muchos de los que se alojaban en las casas de aquella calle debieron la vida a

la tenacidad con que sus patronos les impidieron la salida.

No se salvaron tres de a caballo que corrían a todo escape hacia la Puerta del Sol. Se les hicieron varios disparos; pero, irritados ellos, cargaron sobre un grupo apostado en la esquina del callejón de la Chamberga, y bien pronto viéronse envueltos por el paisanaje. De un fuerte sablazo, el más audaz de los tres abrió la cabeza a una infeliz maja en el instante en que daba a su marido el fusil recién cargado, y la imprecación de la furiosa mujer al caer, herida al suelo espoleó el coraje de los hombres. La lucha se trabó entonces cuerpo a cuerpo y a arma blanca.

Entre tanto, yo corrí hacia la Puerta del Sol, buscando lugar más seguro, y en los portales de Pretineros encontré a Chinitas. La *Primorosa* salió del grupo cercano, exclamando con frenesí:

—¡Han matado a Bastiana! Más de veinte hombres hay aquí, y denguno vale un rial. Canallas, ¿para qué os ponéis bragas si tenéis alma de pitimini?

—Mujer—dijo Chinitas, cargando su escopeta—, quítate de en medio. Las mujeres aquí no sirven más que de estorbo.

—¡Cobardón, calzonazos, corazón de albondiguilla!—gritó la *Primorosa*, pugnando por arrancar el arma a su marido—. Con el aire que hago moviéndome, mato yo más franceses que tú con un cañón de a ocho.

Entonces, uno de los de a caballo se lanzó al galope hacia nosotros, blandiendo su sable.

—¡Menegilda! ¿Tienes navaja?—dijo la esposa de Chinitas con desesperación.

—Tengo tres: la de cortar, la de picar y el cuchilló grande.

—¡Aquí estamos, espantacuervos!—bramó la mája, tomando de manos de su amiga un cuchillo carnícero, cuya sola vista causaba espanto.

El coracero clavó las espuelas a su corcel y, despreciando los tiros, se arrojó sobre el grupo. Yo vi las patas del corpulento animal sobre los hombros de la *Primorosa*; pero ésta, agachándose más ligera que el rayo, hundió su cuchillo en el pecho del caballo. Con la violenta caída, el jinete quedó indefenso, y mientras la cabalgadura expiraba con horrible pataleo, el soldado prose-

guía el combate, ayudado por otros cuatro que a la sazón llegaron.

Chinitas, herido en la frente y con una oreja menos, se había retirado como a unas diez varas más allá, y cargaba un fusil en el callejón del Triunfo, mientras la *Primorosa* le envolvía un pañuelo en la cabeza, diciéndole:

—¡Si te moverás al fin! No parece sino que tienes en cada pata las pesas del reloj del Buen Suceso.

El amolador se volvió hacia mí, y me dijo:

—Gabrielillo, ¿qué haces con ese fusil? ¿Lo tienes en la mano para escarbarte los dientes?

En efecto: yo tenía en mis manos un fusil, sin que hasta aquel instante me hubiese dado cuenta de ello. ¿Me lo habían dado? ¿Lo tomé yo? Lo más probable es que lo recogí maquinalmente, hallándome cercano al lugar de la lucha, y cuando caía, sin duda, de manos de algún combatiente herido; pero mi turbación y estupor eran tan grandes ante aquella escena, que ni aun acertaba a hacerme cargo de lo que entre las manos tenía.

—¿Pa qué está aquí esa lombriz?—dijo la *Primorosa*, encarándose conmigo y dándome en el hombro una fuerte manotada—. Descosío, coge ese fusil con más garbo. ¿Tienes en la mano un cirio de procesión?

—Vamos, aquí no hay nada que hacer—afirmó Chinitas, encaminándose con sus compañeros hacia la Puerta del Sol.

Echéme el fusil al hombro y los seguí. La *Primorosa* seguía burlándose de mi poca aptitud para el manejo de las armas de fuego.

—¿Se acabaron los franceses?—dijo una maja, mirando a todos lados—. ¿Se han acabado?

—No hemos dejado uno pa simiente de rábanos—contestó la *Primorosa*—. ¡Viva España y el rey Fernando!

En efecto: no se veía ningún francés en toda la calle Mayor; pero no distábamos mucho de las gradas de San Felipe, cuando sentimos ruido de tambores; después, ruido de cornetas; después, pisadas de caballos; después, estruendo de cureñas rodando con precipitación. El drama no había empezado todavía realmente. Nos detuvimos, y advertí que los paisanos se miraban unos a otros, consultándose mudamente, sobre la impor-

tancia de las fuerzas ya cercanas. Aquellos infelices madrileños habían sostenido una lucha terrible con los soldados que encontraron al paso, y no contaban con las formidables divisiones y cuerpos de ejército que se acampaban en las cercanías de Madrid. No habían medido los alcances y las consecuencias de su calaverada, ni, aunque los midieran, habrían retrocedido en aquel movimiento impremeditado y sublime que los impulsó a rechazar fuerzas tan superiores.

Había llegado el momento de que los paisanos de la calle Mayor pudieran contar el número de armas que apuntaban a sus pechos, porque por la calle de la Montera apareció un cuerpo de ejército; por la de Carretas, otro, y por la carrera de San Jerónimo, el tercero, que era el más formidable.

—¿Son muchos?—preguntó la *Primorosa*.

—Muchísimos, y también vienen por esta calle. Allá por Platerías se siente ruido de tambores.

Frente a nosotros y a nuestra espalda teníamos a los infantes, a los jinetes y a los artilleros de Austerlitz. Viéndolos, la *Primorosa* reía; pero yo..., no puedo menos de confesarlo..., yo temblaba.

XXVII

Llegar los cuerpos de ejército a la Puerta del Sol y comenzar la embestida, fueron sucesos ocurridos en un mismo instante. Yo creo que los franceses, a pesar de su superioridad numérica y material, estaban más aturdidos que los españoles; así es que, en vez de comenzar poniendo en juego la caballería, hicieron uso de la metralla desde los primeros momentos.

La lucha, mejor dicho, la carnicería, era espantosa en la Puerta del Sol. Cuando cesó el fuego y comenzaron a funcionar los caballos, la guardia polaca, llamada *noble*, y los famosos mamelucos cayeron a sablazos sobre el pueblo, siendo los ocupadores de la calle Mayor los que alcanzamos la peor parte, porque por uno y otro flanco nos atacaban los feroces jinetes. El peligro no me impedía observar quién estaba en torno mío, y así puedo decir que sostenían mi valor vacilante, además de la *Primorosa*,

un señor grave y bien vestido, que parecía aristócrata, y dos honradísimos tenderos de la misma calle, a quienes yo de antiguo conocía.

Teníamos a mano izquierda el callejón de la Duda, como sitio estratégico que nos sirviera de parapeto y de camino para la fuga, y desde allí el señor noble y yo dirigíamos nuestros tiros a los primeros mamelucos que aparecieron en la calle. Debo advertir que los tiradores formábamos una especie de retaguardia o reserva, porque los verdaderos y más aguerridos combatientes eran los que luchaban a arma blanca entre la caballería. También de los balcones salían mucho tiros de pistola y gran número de armas arrojadas, como tientos, ladrillos, pucheros, pesas de reloj, etcétera.

—Ven acá, Judas Iscariote—exclamó la *Primorosa*, dirigiendo los puños hacia un mameluco que hacía estragos en el portal de la casa de Oñate—. ¡Y no hay quien te meta una libra de pólvora en el cuerpo! ¡Eh, so estantigua! ¿Pa qué le sirve ese chisme? Y tú, Piltrafilla, echa fuego por ese fusil, o te saco los ojos.

Las imprecaciones de nuestra generala nos obligaron a disparar tiro tras tiro. Pero aquel fuego mal dirigido no nos valía gran cosa, porque los mamelucos habían conseguido despejar a golpes gran parte de la calle, y adelantaban de minuto en minuto.

—¡A ellos, muchachos!—gritó la majá, adelantándose al encuentro de una pareja de jinetes cuyos caballos venían hacia nosotros.

Nadie podrá imaginar cómo eran aquellos combates parciales. Mientras desde las ventanas y desde la calle se les hacía fuego, los manolos los atacaban navaja en mano, y las mujeres clavaban sus dedos en la cabeza del caballo, o saltaban, asiendo por los brazos al jinete. Este recibía auxilio, y al instante acudían dos, tres, diez, veinte, que eran atacados de la misma manera y se formaba una confusión, una mezcolanza horrible y sangrienta que no se puede pintar. Los caballos vencían al fin y avanzaban al galope; y cuando la multitud, encontrándose libre, se extendía hacia la Puerta del Sol, una lluvia de metralla le cerraba el paso.

Perdí de vista a la *Primorosa* en uno

de aquellos espantosos choques; pero al poco rato la vi reaparecer, lamentándose de haber perdido su cuchillo, y me arrancó el fusil de las manos con tanta fuerza, que no pude impedirlo. Quedé desarmado en el mismo momento en que una fuerte embestida de los franceses nos hizo recular a la acera de San Felipe el Real. El anciano noble fué herido junto a mí; quise sostenerle; pero, deslizándose de mis manos, cayó exclamando: «¡Muera Napoleón! ¡Viva España!»

Aquel instante fué terrible, porque nos acuchillaron sin piedad; pero quiso mi buena estrella que, siendo yo de los más cercanos a la pared, tuviera delante de mí una muralla de carne humana que me defendía del plomo y del hierro. En cambio, era tan fuertemente comprimido contra la pared, que casi llegué a creer que moría aplastado. La masa de gente se replegó por la calle Mayor, y como el violento retroceso nos obligara a invadir una casa de las que hoy deben de tener la numeración desde el 21 al 25, entramos decididos a continuar la lucha desde los balcones. No achaquen ustedes a petulancia el que diga nosotros, pues yo, aunque al principio me vi comprendido entre los sublevados como al acaso y sin ninguna iniciativa de mi parte, después el ardor de la refriega, el odio contra los franceses que se comunicaba de corazón a corazón de un modo pasmoso, me indujeron a obrar enérgicamente en pro de los míos. Yo creo que en aquella ocasión memorable hubiérame puesto al nivel de algunos que me rodeaban, si el recuerdo de Inés y la consideración de que corría algún peligro no aflojaran mi valor a cada instante:

Invadiendo la casa, la ocupamos desde el piso bajo a las buhardillas; por todas las ventanas se hacía fuego, arrojando al mismo tiempo cuanto la diligente valentía de sus moradores encontraba a mano. En el piso segundo, un padre anciano, sosteniendo a sus dos hijas, que medio desmayadas se abrazaban a sus rodillas, nos decía: «Haced fuego; coged lo que os convenga. Aquí tenéis pistolas; aquí tenéis mi escopeta de caza. Arrojad mis muebles por el balcón, y perezcamos todos, y húndase mi casa si bajo sus escombros ha de quedar sepultada esa canalla. ¡Viva

Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!»

Estas palabras reanimaban a las dos doncellas y la menor nos conducía a una habitación contigua, desde donde podíamos dirigir mejor el fuego. Pero nos escaseó la pólvora, nos faltó al fin, y al cuarto de hora de nuestra entrada ya los mamelucos daban violentos golpes en la puerta.

—Quemad las puertas y arrojadlas ardiendo a la calle—nos dijo el anciano—. Animo, hijas mías. No lloréis. En este día, el llanto es indigno aun en las mujeres. ¡Viva España! ¿Vosotras sabéis lo que es España? Pues es nuestra tierra, nuestros hijos, los sepulcros de nuestros padres, nuestras casas, nuestros reyes, nuestros ejércitos, nuestra riqueza, nuestra historia, nuestra grandeza, nuestro nombre, nuestra religión. Pues todo esto nos quieren quitar. ¡Muera Napoleón!

Entre tanto, los franceses asaltaban la casa, mientras otros de los suyos cometían atrocidades en la de Oñate.

—¡Ya entran; nos cogen; estamos perdidos!—exclamamos con terror, sintiendo que los mamelucos se encarnizaban en los defensores del piso bajo.

—Subid a la buhardilla—nos dijo el anciano con frenesí—, y saliendo al tejado, echad por el cañón de la escalera todas las tejas que podáis levantar. ¿Subirán los caballos de estos monstruos hasta el techo?

Las dos muchachas, medio muertas de terror, se enlazaban a los brazos de su padre, rogándole que huyese.

—¡Huir!—exclamaba el viejo—. No; mil veces no. Enseñemos a esos bandoleros cómo se defiende el hogar sagrado. Traedme fuego, fuego, y apresarán nuestras cenizas, no nuestras personas.

Los mamelucos subían. No había salvación. Yo me acordé de la pobre Inés, y me sentí más cobarde que nunca. Pero algunos de los nuestros habíanse en tanto internado en la casa, y con fuerte palanca rompían el tabique de una de las habitaciones más escondidas. Al ruido acudí allá velozmente, con la esperanza de encontrar escapatoria, y, en efecto, vi que habían abierto en la medianería un gran agujero por donde podía pasarse a la casa inmediata. Nos hablaron de la otra parte, ofreciéndonos socorro, y nos apresuramos a pasar; pero antes que estuviéramos del

opuesto lado sentimos a los mamelucos y otros soldados franceses vociferar en las habitaciones principales; oyóse un tiro; después, una de las muchachas lanzó un grito espantoso y desgarrador. Lo que allí debió de ocurrir no es para contado.

Cuando pasamos a la casa contigua, con ánimo de tomar inmediatamente la calle, nos vimos en una habitación pequeña y algo oscura, donde distinguí dos hombres que nos miraban con espanto. Yo me aterré también en su presencia, porque eran el uno el licenciado Lobo, y el otro, Juan de Dios.

Habíamos pasado a una casa de la calle de Postas, a la misma en cuyo cuarto entresuelo había yo vivido hasta el día anterior al servicio de los Requejos. Estábamos en el piso segundo, vivienda del leguleyo y trapisondista. El terror de éste era tan grande, que, al vernos, dijo:

—¿Están ahí los franceses? ¿Vienen ya? Huyamos.

Juan de Dios estaba también tan pálido y alterado, que era difícil reconocerle.

—¡Gabriel!—exclamó al verme—. ¡Ah tunante! ¿Qué has hecho de Inés?

—¡Los franceses, los franceses!—exclamó Lobo, saliendo a toda prisa de la habitación y bajando la escalera de cuatro en cuatro peldaños—. ¡Huyamos!

La esposa del licenciado y sus tres hijas, trémulas de miedo, corrían de aquí para allí, recogiendo algunos objetos para salir a la calle. No era ocasión de disputar con Juan de Dios ni de darnos mutuamente explicaciones sobre los sucesos de la madrugada anterior; salimos a todo escape, temiendo que los mamelucos invadieran aquella casa.

El mancebo no se separaba de mí, mientras que Lobo, harto ocupado de su propia seguridad, se cuidaba de mi presencia tanto como si yo no existiera.

—¿Adónde vamos?—preguntó una de las niñas al salir—. ¿A la calle de San Pedro la Nueva, en casa de la primita?

—¿Estáis locas? ¿Frente al Parque de Monteleón?

—Allí se están batiendo—dijo Juan de Dios—. Se ha empeñado un combate terrible, porque la artillería española no quiere soltar el Parque.

—¡Dios mío! ¡Corro allá!—exclamé sin poderme contener.

—¡Perro!—gritó Juan de Dios, asiéndome por un brazo—. ¿Allí la tienes guardada?

—Sí; allí está—contesté sin vacilar—. Corramos.

Juan de Dios y yo partimos como dos insensatos en dirección a mi casa.

XXVIII

En nuestra carrera no reparábamos en los mil peligros que a cada paso ofrecían las calles y plazas de Madrid, y andábamos sin cesar, buscando las vías más apartadas del centro, con tantas vueltas y rodeos, que empleamos cerca de dos horas para llegar a la Puerta de Fuencarral por los pozos de nieve. Por un largo rato ni yo hablaba a mi acompañante ni él a mí tampoco, hasta que al fin Juan de Dios, con voz entrecortada por el fatigoso aliento, me dijo:

—Pero ¿tú sacaste a Inés para entregármela después, o eres un tunante ladrón, digno de ser fusilado por los franceses?

—Señor Juan de Dios—repuse, apretando más el paso—, no es ocasión de disputar, y vamos más aprisa, porque si los franceses llegan a meterse en mi casa...

—¡Cuánto se asustará la pobrecita! Pero di: ¿por qué la sacaste, por qué me encontré encerrado en el sótano con aquella maldita mujer?... ¡Oh!, me falta el aliento; pero no nos detengamos... ¿Inés no se asustó al verse en tu poder? ¿No te preguntó por mí? ¿No te rogó que me llevases a su lado? ¡Qué confusión! ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Quién eres tú? ¿Eres un infame o un hombre de bien? Ya me darás cuenta y razón de todo. ¡Ay!, cuando me encontré en el sótano con Restituta... ¿Ves este rasguño que tengo en la mano?... Quédeme azarado y mudo de espanto cuando la vi. ¡Qué desdicha! Creo que fué castigo de Dios por los pecadillos de que te hablé... Ella me insultaba llamándome ladrón, y a mí un sudor se me iba y otro se me venía. Luego que tratamos de salir... La compuerta cerrada...; ella parecía una gata rabiosa. ¿Ves este arañazo que tengo en la cara?... Descansemos un rato, porque me ahogo. ¿No llegamos nunca a tu casa?

Y mi Inés, ¿está allí? Pero, tunante, modera un poco el paso y dime: ¿Inés me espera? ¿Te mandó en busca mía? ¿Sabe que a mí me debe su libertad? Gabriel, te juro que tengo la cabeza como una jaula de grillos, y que no sé qué pensar. ¡Cuando vi entrar a Restituta!... ¿Creerás que no puedo apartar de mi memoria su repugnante imagen? Lo que dije..., aquellos dos pecadillos... Pero en cuanto Inés esté a mi lado, me confesaré... El Santísimo Sacramento sabe que mi intención es buena, y que el inmenso, el loco amor que me domina es causa de todo... Pero ¿no hablas? ¿Estás mudo? ¿Inés me espera? Dímelo francamente y no me hagas padecer. ¿Está contenta? ¿Está triste? ¿Ella quiso desde luego salir contigo para esperarme fuera?... ¡Mil demonios! ¿Cuándo llegamos a tu casa? Me aguarda, ¿no es verdad? Ahora le hablaré cara a cara por primera vez. ¿Sabes que me da vergüenza?... Pero ella quizá me dirá primero algunas palabras, dándome pie para que después siga yo hablando como un cotorro. ¿Estás tú seguro de que leyó mi carta? Pues si la leyó, ya está al corriente de mi ardiente amor, y en cuanto me vea se arrojará, llorando, en mis brazos, dándome gracias por su salvación. ¿No lo crees tú así? Pero ¿por qué callas? ¿Te has quedado sin lengua? ¿Qué le has dicho tú? ¿Qué te ha dicho ella? ¿No te habló de aquel pasaje de la carta en que le decía que mi amor es tan casto como el de los ángeles del Cielo?... Me faltó decirle que mi corazón es el altar en que la adoro con tanto fervor como al Dios que hizo para todos el mundo, y para nosotros una isla desierta, llena de flores y pajaritos muy lindos que canten día y noche... ¡Ah Gabriel! ¿Sabes que soy rico? Cogí lo mío, aunque la condenada me clavó las uñas para arrebatármelo. ¡Cuánto luchamos! ¡Espantosa noche! Por fin, ya muy avanzado el día, llega don Mauro y abre el sótano para sacarte... Salimos Restituta y yo; ella está medio muerta. Su hermano, al vernos... ¡Jesús, cómo se pone! Después de insultarnos, nos dice que tenemos que casarnos el mismo día. Luego, al saber que Inés se ha fugado contigo, brama como un león, arránca-se los cabellos, y después de amenazar con la muerte a su hermana y a mí,

enciende las dos velas al santo patrono. Yo salgo de la casa sin contestar a nada, y como ya empiezan los tiros, me refugio en la del licenciado Lobo... Todos están allí llenos de terror... ¡Los franceses, los franceses!... ¡Ban, bun! Golpean un tabique; acudimos; se abre un agujero, y apareces tú... Pero ¿llegaremos al fin? ¡Qué impaciente estará la pobrecita! Cuando me vea, ella romperá, hablará la primera, ¿no lo crees tú? Si no..., yo estoy seguro de que me quedará como una estatua. ¡Si se me quitara esta vergüenza...!

Yo no contestaba a ninguna de las atropelladas e inconexas razones de Juan de Dios, pues más que la verbosidad de aquel desgraciado, ocupaba mi mente la idea de los peligros que corrían Inés y su tío en mi casa. Nuestra marcha era sumamente fatigosa; algunas veces, después de recorrer toda una calle, teníamos que volver atrás huyendo de los mamelucos; otras veces nos detenía algún grupo, compuesto en su mayor parte de mujeres y ancianos, que con lamentos y gritos rodeaban un cadáver, víctima reciente de los invasores; más adelante veíamos desfilar precipitadamente pelotones de granaderos que hacían retroceder a todo el mundo; luego, el espectáculo de una lucha parcial, tan encarnizada como las anteriores, era lo que de improviso nos estorbaba el paso.

En la calle de Fuencarral, el gentío era grande, y todos corrían hacia arriba, como en dirección al Parque. Oíanse fuertes descargas, que aterraron a mi acompañante, y cuando embocamos a la calle de la Palma por la casa de Aranda, los gritos de los héroes llegaban hasta nuestros oídos.

Era entre doce y una. Dando un gran rodeo pudimos al fin entrar en la calle de San José, y desde lejos distinguí las altas ventanas de mi casa entre el denso humo de la pólvora.

—No podemos subir—dije al mancebo—, a menos que no nos metamos en medio del fuego.

—¡En medio del fuego! ¡Qué horror! No; no expongamos la vida. Veo que también disparan desde los balcones. Escondámonos, Gabriel.

—No; avancemos. Parece que cesa el fuego.

—Tienes razón. Ya suenan pocos tiros, y me parece que oigo decir: «¡Victoria, victoria!»

—Sí, y el paisanaje se despliega, y vienen algunos hacia acá. ¡Ah! ¿No son franceses aquellos que corren hacia la calle de la Palma? Sí. ¿No ve usted los sombreros de piel?

—Vamos allá. ¡Qué algazara! Parece que están contentos. Mira cómo agitan las gorras aquellos que están en el balcón.

—Inés; allí está Inés, en el balcón de arriba, arriba... Allí está; mira hacia el Parque; parece que tiene miedo y se retira. También sale a curiosear don Celestino. Corramos, y ahora nos será fácil entrar en la casa.

Después de una empuñada refriega, el combate había cesado en el Parque con la derrota y retirada del primer destacamento francés que fué a atacarlo. Pero si el crédulo paisanaje se entregó al júbilo, creyendo que aquel triunfo era decisivo, los jefes militares conocieron que serían bien pronto atacados con más fuerzas y se preparaban para la resistencia.

Pacorro Chinitas, que había sido uno de los que primero acudieron a aquel sitio, se llegó a mí ponderándome la victoria alcanzada con las cuatro piezas que Daoíz había echado a la calle; pero bien pronto él y los demás se convencieron de que los franceses no habían retrocedido sino para volver pronto con numerosa artillería. Así fué, en efecto; y cuando subíamos la escalera de mi casa, sentí el alarmante rumor de la tropa cercana.

El mancebo tropezaba a cada peldaño, circunstancia que cualquiera hubiera atribuido al miedo y yo atribuí a la emoción. Cuando llegamos a presencia de Inés y de don Celestino, éstos se alegraron en extremo de verme sano, y ella me señaló una imagen de la Virgen, ante la cual había encendido dos velas. Juan de Dios permaneció un rato en el umbral, medio cuerpo fuera y dentro el otro medio, con el sombrero en la mano, el rostro pálido y contraído, la actitud embarazosa, sin atreverse a hablar ni tampoco a retirarse, mientras que Inés, enteramente ocupada de mi vuelta, no ponía en él la menor atención.

—Aquí, Gabriel—me dijo el clérigo—,

hemos presenciado escenas de grande heroísmo. Los franceses han sido rechazados. Por lo visto, Madrid entero se levanta contra ellos.

Al decir esto, una detonación terrible hizo estremecer la casa.

—¡Vuelven los franceses! Ese disparo ha sido de los nuestros, que siguen decididos a no entregarse. Dios y su Santa Madre, y los cuatro patriarcas y los cuatro doctores nos asistan.

Juan de Dios continuaba en la puerta, sin que mis dos amigos, profundamente afectados por el próximo peligro, hicieran caso de su presencia.

—Va a empezar otra vez—exclamó Inés, huyendo de la ventana después de cerrarla—. Yo creí que se había concluido. ¡Cuántos tiros! ¡Qué gritos! Pues ¿y los cañonazos? Yo creí que el mundo se hacía pedazos, y puesta de rodillas no cesaba de rezar. ¡Si vieras, Gabriel!... Primero sentimos que unos soldados daban recios golpes en la puerta del Parque. Después vinieron muchos hombres y algunas mujeres pidiendo armas. Dentro del patio, un español, con uniforme verde, disputó un instante con otro de uniforme azul, y luego se abrazaron, abriendo en seguida las puertas. ¡Ay! ¡Qué voces, qué gritos! Mi tío se echó a llorar y dijo también «¡Viva España!» tres veces, aunque yo le suplicaba que callase para no dar que hablar a la vecindad. Al momento empezaron los tiros de fusil, y al poco rato los de cañón, que salieron empujados por dos o tres mujeres... El del uniforme azul mandaba el fuego, y otro del mismo traje, pero que se distinguía del primero por su mayor estatura, estaba dentro disponiendo cómo se habían de sacar la pólvora y las balas... Yo me estremecía al sentir los cañonazos, y si a veces me ocultaba en la alcoba, poniéndome a rezar, otras podía tanto la curiosidad, que sin pensar en el peligro me asomaba a la ventana para ver todo... ¡Qué espanto! Humo, mucho humo, brazos levantados, algunos hombres tendidos en el suelo y cubiertos de sangre, y por todos lados el resplandor de esos grandes cuchillos que llevan en los fusiles.

Una segunda detonación, seguida del estruendo de la fusilería, nos dejó paralizados de estupor. Inés miró a la Virgen, y el cura, encarándose solemne-

mente con la santa imagen, dirigióle así la palabra:

—Señora, proteged a vuestros queridos españoles, de quienes fuisteis reina y ahora sois capitana. Dadles valor contra tantos y tan fieros enemigos, y haced subir al Cielo a los que mueran en defensa de su patria querida.

Quise abrir la ventana; pero Inés se opuso a ello muy acongojada. Juan de Dios, que al fin traspasó el umbral, se había sentado tímidamente en el borde de una silla puesta junto a la misma puerta, donde Inés le reconoció al fin, mejor dicho, advirtió su presencia, y antes que formulara una pregunta, le dije yo:

—Es el señor Juan de Dios, que ha venido a acompañarme.

—Yo..., yo...—balbució el mancebo en el momento en que la gritería de la calle apenas permitía oírle—. Gabriel habrá enterado a usted...

—El miedo le quita a usted el habla—dijo Inés—. Yo también tengo mucho miedo. Pero usted tiembla, usted está malo...

En efecto: Juan de Dios parecía desmayarse, y alargaba sus brazos hacia la huérfana, que, absorta y confundida, no sabía si acercarse a darle auxilio o si huir con recelo de visitante tan importuno. Tan excitado estaba yo, que sin parar mientes en lo que junto a mí ocurría, ni atender al pavor de mi amiga, abrí resueltamente la ventana. Desde allí pude ver los movimientos de los combatientes, claramente percibidos, cual si tuviera delante un plano de campaña con figuras móviles. Funcionaban cuatro piezas: he oído hablar de cinco: dos de a 8 y tres de a 4; pero yo creo que una de ellas no hizo fuego, o sólo trabajó hacia el fin de la lucha. Los artilleros me parece que no pasaban de veinte: tampoco eran muchos los de infantería, mandados por Ruiz: pero el número de paisanos no era escaso, ni faltaban algunas heroínas amazonas de las que poco antes vi en la Puerta del Sol. Un oficial, de uniforme azul, mandaba las dos piezas colocadas frente a la calle de San Pedro la Nueva (1). Por cuenta del otro, del mismo uniforme y graduación, corrían las que enfilaban

(1) Hoy del Dos de Mayo.

las calles de San Miguel y de San José (1), apuntando una de ellas hacia la de San Bernardo, pues por allí se esperaban nuevas fuerzas francesas en auxilio de las que invadían la Palma Alta y sitios inmediatos a la iglesia de Maravillas. La lucha estaba reconcentrada entonces en la pequeña calle de San Pedro la Nueva, por donde atacaron los granaderos imperiales en considerable número. Para contrarrestar su empuje, los nuestros disparaban las piezas con la mayor rapidez posible, empleándose en ello lo mismo los artilleros que los paisanos, y auxiliaba a los cañones la valerosa fusilería, que, tras las tapias del Parque, en la puerta y en la calle hacía mortífero, incesante fuego.

XXIX

Cuando los franceses trataban de tomar las piezas a la bayoneta, sin cesar el fuego por nuestra parte, eran recibidos por los paisanos con una batería de navajas, que causaba pánico y desaliento entre los héroes de las Pirámides y de Jena, al paso que el arma blanca en mano de estos aguerridos soldados no hacía gran estrago moral en la gente española, por ser ésta de muy antiguo aficionada a jugar con ella. Los españoles, al verse de este modo heridos, antes enfurecían que desmayaban. Desde mi ventana, abierta a la calle de San José, no se veía la inmediata de San Pedro la Nueva, aunque la casa hacía esquina a las dos; así es que yo, teniendo siempre a los españoles bajo mis ojos, no distinguía los franceses sino cuando intentaban caer sobre las piezas, desafiando la metralla, el plomo, el acero y hasta las implacables manos de los defensores del Parque. Esto pasó una vez, y cuando lo vi, parecióme que todo iba a concluir por el sencillo procedimiento de destrozarse simultáneamente unos a otros; pero nuestro valiente paisanaje, sublimado por su propio arrojo y por el ejemplo, la pericia y la inverosímil constancia de los dos oficiales de Artillería, rechazaba las bayonetas enemigas, mientras sus navajas hacían estragos, rematando la obra de los fusiles.

Cayeron algunos, muchos artilleros, y buen número de paisanos; pero esto no desalentaba a los madrileños. Al paso que uno de los oficiales de Artillería hacía uso de su sable con fuerte puño, sin desatender el cañón, cuya cureña servía de escudo a los paisanos más resueltos, el otro, acaudillando un pequeño grupo, se arrojaba sobre la avanzada francesa, destrozándola antes que tuviera tiempo de reponerse. Eran aquéllos los dos oficiales oscuros y sin historia, que en un día, en una hora, haciéndose, por inspiración de sus almas generosas, instrumento de la conciencia nacional, se anticiparon a la declaración de guerra por las Juntas y descargaron los primeros golpes de la lucha que empezó a abatir el más grande poder que se ha señoreado del mundo. Así sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad.

El estruendo de aquella colisión, los gritos de unos y otros, la heroica embriaguez de los nuestros, y también de los franceses, pues éstos evocaban entre sí sus grandes glorias para salir bien de aquel empeño, formaban un conjunto terrible, ante el cual no existía el miedo, ni tampoco era posible resignarse a ser inmóvil espectador. Causaba rabia, y al mismo tiempo cierto júbilo inexplicable, lo desigual de las fuerzas y el espectáculo de la superioridad adquirida por los débiles a fuerza de constancia. A pesar de que nuestras bajas eran inmensas, todo parecía anunciar una segunda victoria. Así lo comprendían, sin duda, los franceses, retirados hacia el fondo de la calle de San Pedro la Nueva; y viendo que para meter en un puño a los veinte artilleros, ayudados de paisanos y mujeres, era necesaria más tropa con refuerzos de todas armas, trajeron más gente, trajeron un ejército completo, y la división de San Bernardino, mandada por Lefranc, apareció hacia las Salesas Nuevas con varias piezas de artillería. Los imperiales daban al Parque, cercado de mezquinas tapias, las proporciones de una fortaleza, y a la abigarrada pandilla las proporciones de un pueblo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual no oí más voces que las de algunas mujeres, entre las cuales reconocí la de la *Primorosa*, enronquecida por la fatiga y el perpetuo gritar. Cuando en aquel breve respiro me aparté de

(1) Hoy de Daoiz y Velarde

la ventana, vi a Juan de Dios completamente desvanecido. Inés estaba a su lado presentándole un vaso de agua.

—Este buen hombre —dijo la huérfana— ha perdido el tino. ¡Tan grande es su pavor! Verdad que la cosa no es para menos. Yo estoy muerta. ¿Se ha acabado, Gabriel? Ya no se oyen tiros. ¿Ha concluido todo? ¿Quién ha vencido?

Un cañonazo resonó estremeciendo la casa. A Inés cayósele el vaso de las manos, y en el mismo instante entró don Celestino, que observaba la lucha desde otra habitación de la casa.

—Es la artillería francesa—gritaba—. Ahora es ella. Traen más de doce cañones. ¡Jesús, María y José nos amparen! Van a hacer polvo a nuestros valientes paisanos. ¡Señor de justicia! ¡Virgen María, Santa Patrona de España!

Juan de Dios abrió sus ojos buscando a Inés con una mirada calmosa y apagada como la de un enfermo. Ella, en tanto, puesta de rodillas ante la imagen, derramaba abundantes lágrimas.

—Los franceses son innumerables —continuó el cura—. Vienen cientos de miles. En cambio, los nuestros son menos cada vez. Muchos han muerto ya. ¿Podrán resistir los que quedan? ¡Oh!, Gabriel, y usted, caballero, quienquiera que sea, aunque presumo será español, ¿están ustedes en paz con su conciencia, mientras nuestros hermanos pelean abajo por la patria y por el rey? Hijos míos, ánimo, los franceses van a atacar por tercera vez. ¿No veis cómo se aperciben los nuestros para recibirlos con tanto brío como antes? ¿No oís los gritos de los que han sobrevivido al último combate? ¿No oís las voces de esa noble juventud? Gabriel; usted, caballero, quienquiera que sea, ¿habéis visto a las mujeres? ¿Darán lección de valor esas heroicas hembras a los varones que huyen de la honrosa lucha?

Al decir esto, el buen sacerdote, con una alteración que hasta entonces jamás había yo advertido en él, se asomaba al balcón, retrocedía con espanto, volvía los ojos a la imagen de la Virgen, luego a nosotros, y tan pronto hablaba consigo mismo como con los demás.

—Si yo tuviera quince años, Gabriel —continuó—, si yo tuviera tu edad... Francamente, hijos míos, yo tengo un

miedo horroroso. En mi vida había visto una guerra, ni oído jamás el estruendo de los mortíferos cañones; pero lo que cogería... ¿No veis que va escaseando la gente? ¿No veis cómo los barre la metralla?... Mirad aquellas mujeres que con sus brazos despedazados empujan uno de nuestros cañones hasta embocarlo en esta calle. Mirad aquel montón de cadáveres del cual sale una mano increpando con terrible gesto a los enemigos. Parece que hasta los muertos hablan lanzando de sus bocas exclamaciones furiosas... ¡Oh!, yo tiemblo, sostenedme; no, dejadme tomar un fusil, lo tomaré yo. Gabriel, caballero, y tú también, Inés, vamos todos a la calle, a la calle. ¿Oís? Aquí llegan las vociferaciones de los franceses. Su artillería avanza. ¡Ah perros!, todavía somos suficientes, aunque pocos. ¿Queréis a España? ¿Queréis este suelo? ¿Queréis nuestras casas, nuestras iglesias, nuestros reyes, nuestros santos? Pues ahí está, ahí está dentro de esos cañones lo que queréis. Acercaos. ¡Ah! Aquellos hombres que hacían fuego desde la tapia han perecido todos. No importa. Cada muerto no significa más sino que un fusil cambia de mano, porque antes que pierdan el calor de los dedos heridos que lo sueltan, otros lo agarran... Mirad: el oficial que los manda parece contrariado; mira hacia el interior del Parque y se lleva la mano a la cabeza con ademán de desesperación. Es que les faltan balas, les falta metralla. Pero ahora sale el otro con una cesta de piedras de chispa. Cargan con ellas, hacen fuego... ¡Oh!, que vengan, que vengan ahora. ¡Miserables! España tiene todavía piedras en sus calles para acabar con vosotros... Pero, ¡ay!, los franceses parece que están cerca. Mueren muchos de los nuestros. Desde los balcones se hace mucho fuego; mas esto no basta. Si yo tuviera veinte años... Si yo tuviera veinte años, tendría el valor que ahora me falta y me lanzaría en medio del combate, y a palos, sí, señores, a palos, acabaría con todos esos franceses. Ahora mismo, con mis sesenta años... Gabriel, ¿sabes tú lo que es el deber? ¿Sabes tú lo que es el honor? Pues para que lo sepas, oye: yo, que soy un viejo inútil; yo, que nunca he visto un combate; yo, que jamás he disparado un tiro; yo, que en mi vida he

peleado con nadie; yo, que no puedo ver matar a un pollo; -yo, que nunca he tenido valor para ver matar un gusano; yo, que siempre he tenido miedo a todo; yo, que ahora tiemblo como una liebre, y a cada tiro que oigo parece que entrego el alma al Señor, voy a bajar al instante a la calle, no con armas, porque armas no me corresponden, sino para alentar a esos valientes, diciéndoles en castellano aquello de *Dulce et decorum est pro patria mori!*

Estas palabras, dichas con un entusiasmo que el anciano no había manifestado ante mí sino muy pocas veces, y siempre desde el púlpito, me enardecieron de tal modo, que me avergoncé de reconocerme cobarde espectador de aquella heroica lucha, sin disparar un tiro ni lanzar una piedra en defensa de los míos. A no contenerme la presencia de Inés, ni un instante habría yo permanecido en aquella situación. Después, cuando vi al buen anciano precipitarse fuera de la casa, dichas sus últimas palabras, miedo y amor se oscurecieron en mí ante una grande, una repentina iluminación de entusiasmo, de esas que rarísimas veces, pero con fuerza poderosa, nos arrastran a las grandes acciones.

Inés hizo un movimiento como para detenerme; pero sin duda su admirable buen sentido comprendió cuánto habría desmerecido a mis propios ojos cediendo a los reclamos de la debilidad, y se contuvo, ahogando todo sentimiento. Juan de Dios, que al volver de su desmayo era completamente extraño a la situación en que nos encontrábamos, y no parecía tener ojos ni oídos más que para espectáculos y voces de su propia alma, se adelantó hacia Inés con ademán embarazoso, y le dijo:

—Pero Gabriel habrá enterado a usted de todo. ¿La he ofendido a usted en algo? Bien habrá comprendido usted...

—Este caballero—dijo Inés—está muerto de miedo, y no se moverá de aquí. ¿Quiere usted esconderse en la cocina?

—¡Miedo! ¡Que yo tengo miedo!—exclamó el mancebo con un repentino arrebató que le puso encendido como la grana—. ¿Adónde vas, Gabriel?

—A la calle—respondí, saliendo—. A

pelear por España. Yo no tengo miedo.

—Ni yo, ni yo tampoco—afirmó resuelta, furiosamente, Juan de Dios, corriendo detrás de mí.

XXX

Llegué a la calle en momentos muy críticos. Las dos piezas de la calle de San Pedro habían perdido gran parte de su gente, y los cadáveres obstruían el suelo. La colocada hacia Poniente había de resistir el fuego de la de los franceses, sin más garantía de superioridad que el heroísmo de don Pedro Velarde y el auxilio de los tiros de fusil. Al dar los primeros pasos encontré uno, y me situé junto a la entrada del Parque, desde donde podía hacer fuego hacia la calle Ancha, resguardado por el machón de la puerta. Allí se me presentó una cara conocida, aunque horriblemente desfigurada, en la persona de Pacorro Chinitas, que, incorporándose entre un montón de tierra y el cuerpo de otro infeliz ya moribundo, hablóme así con voz desfallecida:

—Gabriel, yo me acabo; yo no sirvo ya para nada.

—Animo, Chinitas—dije, devolviéndole el fusil que caía de sus manos—; levántate.

—¿Levantarme? Ya no tengo piernas. ¿Traes tú pólvora? Dame acá; yo te cargaré el fusil... Pero me caigo redondo. ¿Ves esta sangre? Pues es toda mía y de este compañero que ahora se va... Ya expiró... Adiós, Juancho; tú al menos no verás a los franceses en el Parque.

Hice fuego repetidas veces; al principio muy torpemente, y después con algún acierto, procurando siempre dirigir los tiros a algún francés claramente destacado de los demás. Entre tanto, y sin cesar en mi faena, oí la voz del amolador, que, apagándose por grados, decía:

—Adiós, Madrid, ya me escandilo... Gabriel, apunta a la cabeza. Juancho, que ya estás tieso, allá voy yo también; Dios sea contigo y me perdone. Nos quitan el Parque; pero de cada gota de esta sangre sandrá un hombre con su fusil hoy, mañana y al otro día. Ga-

bríel, no cargues tan fuerte, que revienta. Ponte más adentro. Si no tienes navaja, búscala, porque vendrán a la bayoneta. Toma la mía. Ahí está junto a la pierna que perdí... ¡Ay! Ya no veo más que un cielo negro. ¡Qué humo tan negro! ¿De dónde viene ese humo? Gabriel, cuando esto se acabe, ¿me darás un poco de agua? ¡Qué ruido tan atroz!... ¿Por qué no traen agua?... ¡Agua, Señor Dios poderoso! ¡Ah! Ya veo el agua; ahí está. La traen unos angelitos; es un chorro, una fuente, un río...

Cuando me aparté de allí, Chinitas ya no existía. La debilidad de nuestro centro de combate me obligó a unirme a él, como lo hicieron los demás. Apenas quedaban artilleros, y dos mujeres servían la pieza principal, apuntando hacia la calle Ancha. Era una de ellas la *Primorosa*, a quien vi soplando fuertemente lo mecha, próxima a extinguirse.

—Mi general—decía a Daoíz—: mientras su merced y yo estemos aquí, no se perderán las Españas ni sus Indias... Allá va el petardo... Venga ahora acá el *destupidor*. ¡Cómo rempuja pa tras este animal cuando suelta el tiro! ¡Ah! ¿Ya estás aquí, Tripita?—gritó al verme—. Toca este instrumento y verás lo bueno.

El combate llegó a un extremo de desesperación, y la artillería enemiga avanzó hacia nosotros. Animados por Daoíz, los heroicos paisanos pudieron rechazar por última vez la infantería francesa, que en pequeños pelotones se destacaba de la fuerza enemiga.

—¡Ea!—gritó la *Primorosa* cuando volvió a comenzar el fuego de cañón—. Atrás, que yo gasté malas bromas. ¿Vió usted cómo se fueron, señor general? Sólo con mirarlos yo con estos recelesiales ojos los hice volver pa tras. Van muertos de miedo. ¡Viva España y muera Napoleón!... Chinitas, ¿no está por ahí Chinitas? Ven acá, cobarde, calzonazos.

Y cuando los franceses, replegando su infantería, volvieron a cañonearnos, ella, después de ayudar a cargar la pieza, prosiguió gritando:

—Renacuajos, volved acá. ¡Ea!, otro paseito. Sus mercedes quieren conquistarme a mí. ¿no verdá? Pues aquí me tenéis. Vengan acá; soy la reina, sí, se-

ñores; soy la emperadora del Rastro, y yo acostumbro a fumar en este cigarro de bronce, porque no las gasto menos. ¿Quieren ustedes una chupadita? Pos allá va. Desapártense pa que no les salpique la saliva; si no...

La heroica mujer calló de improviso porque la otra maja que cerca de ella estaba cayó tan violentamente herida por un casco de metralla, que de su despedazada cabeza saltaron, salpicándonos, repugnantes pedazos. La esposa de Chinitas, que también estaba herida, miró el cuerpo expirante de su amiga. Debo consignar aquí un hecho trascendental: la *Primorosa* se puso repentinamente pálida y repentinamente seria. Tuvo miedo.

Llegó el instante crítico y terrible. Durante él sentí una mano que se apoyaba en mi brazo. Al volver los ojos vi un brazo azul con charreteras de capitán. Pertenecían a don Luis Daoíz, que, herido en la pierna, hacía esfuerzos por no caer al suelo y se apoyaba en lo que encontró más cerca. Yo extendí mi brazo alrededor de su cintura, y él, cerrando los puños, elevándolos convulsamente al cielo, apretando los dientes y mordiendo después el pomo de su sable, lanzó una imprecación, una blasfemia que habría hecho desplomar el firmamento si lo de arriba obedeciera a las voces de abajo.

En seguida se habló de capitulación y cesaron los fuegos. El jefe de las fuerzas francesas acercóse a nosotros, y, en vez de tratar decorosamente de las condiciones de rendición, habló a Daoíz de la manera más destemplada y en términos amenazadores y groseros. Nuestro inmortal artillero pronunció entonces aquellas célebres palabras: «Si fuerais capaz de hablar con vuestro sable, no me tratariais así.»

El francés, sin atender a lo que le decía, llamó a los suyos, y en el mismo instante... Ya no hay narración posible, porque todo acabó. Los franceses se arrojaron sobre nosotros con empuje formidable. El primero que cayó fué Daoíz, traspasado el pecho a bayonetazos. Retrocedimos precipitadamente hacia el interior del Parque todos los que pudimos, y como aún en aquel trance espantoso quisiera contenernos don Pedro Velarde, le mató de un pistoletazo

por la espalda un oficial enemigo. Muchos fueron implacablemente pasados a cuchillo; pero algunos y yo pudimos escapar, saltando velozmente por entre escombros, hasta alcanzar las tapias de la parte más honda, y allí nos dispersamos, huyendo cada cual por donde encontró mejor camino, mientras los franceses, bramando de ira, indicaban con sus alaridos al aterrado vecindario que Monteleón había quedado por Bonaparte.

Difícilmente salvamos la vida; y no fuimos muchos los que pudimos dar con nuestros fatigados cuerpos en la huerta de las Salesas Nuevas o en el Quemadero. Los franceses no se cuidaban de perseguirnos, o por creer que bastaba con rematar a los más próximos, o porque se sentían con tanto cansancio como nosotros. Por fortuna, yo no estaba herido sino muy levemente en la cabeza, y pude ponerme a cubierto en breve tiempo: al poco rato ya no pensaba más que en volver a mi casa, donde suponía a Inés en angustiosa incertidumbre por mi ausencia. Cuando traté de regresar hallé cerrada la Puerta de Santo Domingo, y tuve que andar mucho trecho buscando el Portillo de San Joaquín. Por el camino me dijeron que los franceses, después de dejar una pequeña guarnición en el Parque, se habían retirado.

Dirigíme con esta noticia tranquilamente a casa, y al llegar a la calle de San José encontré aquel sitio inundado de gente del pueblo, especialmente de mujeres, que reconocían los cadáveres. La *Primorosa* había recogido el cuerpo de Chinitas. Yo vi llevar el cuerpo, vivo aún, de Daoíz en hombros de cuatro paisanos y seguido de apiñado gentío. De don Pedro Velarde oí que había sido completamente desnudado por los franceses, y en aquellos instantes su deudos y amigos estaban amortajándole para darle sepultura en San Marcos. Los imperiales se ocupaban en encerrar de nuevo las piezas y retiraban silenciosamente sus heridos al interior del Parque; por último, vi una pequeña fuerza de caballería polaca, estacionada hacia la calle de San Miguel.

Ya estaba cerca de mi casa cuando un hombre cruzó a lo lejos la calle con tan marcado ademán de locura que no pude menos de fijar en él mi atención.

Era Juan de Dios, y andaba con pie inseguro de aquí para allí, como demente o borracho, sin sombrero, el pelo en desorden sobre la cara, las ropas destrozadas y la mano derecha envuelta en un pañuelo manchado de sangre.

—¡Se la han llevado!—exclamó al verme, agitando sus brazos con desesperación.

—¿A quién?—pregunté, adivinando mi nueva desgracia.

—¡A Inés!... Se la han llevado los franceses; se han llevado también a aquel infeliz sacerdote.

La sorpresa y la angustia de tan tremenda nueva dejáronme por un instante como sin vida.

XXXI

—Una vez que tomaron el Parque —continuó Juan de Dios—entraron en esa casa de la esquina y en otra de la calle de San Pedro para prender a todos los que les habían hecho fuego, y sacaron hasta dos docenas de infelices. ¡Ay Gabriel, qué consternación! Yo entraba en la taberna para echarme un poco de agua en la mano..., porque sabrás que una bala me llevó los dos dedos... Entraba en la taberna y vi que sacaban a Inés. La pobrecita lloraba como un niño y volvía la vista a todos lados, sin duda buscándome con sus ojos. Acerqueme, y hablando en francés rogué al sargento que la soltase; pero me dieron tan fuerte golpe, que casi perdí el sentido. ¡Si vieras cómo lloraba el pobre ángel, y cómo miraba a todos lados, buscándome, sin duda!... Yo me vuelvo loco, Gabriel. El buen eclesiástico subía la escalera cuando le cogieron, y dicen que llevaba un cuchillo en la mano. Todos los de la casa están presos. Los franceses dijeron que desde allí les habían tirado una cazuela de agua hirviendo. Gabriel, si no ponen en libertad a Inés, yo me muero, yo me mato, yo les diré a los franceses que me maten.

Al oír esta relación, el vivo dolor arrancó al principio ardientes lágrimas a mis ojos; pero después fué tanta mi indignación, que prorrumpí en exclamaciones terribles y recorrí la calle gritando como un insensato. Aún dudé; subí a

mi casa; encontréla desierta; supe de boca de algunos vecinos consternados la verdad, conforme a lo que Juan de Dios había contado, y ciego de ira, con el alma llena de presentimientos siniestros y de inexplicables angustias, marché hacia el centro de Madrid sin saber adónde me encaminaba y sin que me fuera posible discurrir cuál partido sería más conveniente en tales circunstancias. ¿A quién pedir auxilio, si yo a mi vez era tan injustamente perseguido? A ratos me alentaba la esperanza de que los franceses pusieran en libertad a mis dos amigos. La inocencia de uno y otro, especialmente de ella, era para mí tan obvia, que sin género de duda había de ser reconocida por los invasores. Juan de Dios me seguía y lloraba como una mujer.

—Por ahí van diciendo—me indicó—que los prisioneros han sido llevados a la Casa de Correos. Vamos allá, Gabriel, y veremos si conseguimos algo.

Fuimos al instante a la Puerta del Sol, y en todo su recinto no oíamos sino quejas y lamentos por el hermano, el padre, el hijo o el amigo, sin motivo bárbaramente aprisionados. Se decía que en la Casa de Correos funcionaba un tribunal militar; pero después corrió la voz de que los individuos de la Junta habían hecho un convenio con Murat para que todo se arreglara, olvidando el conflicto pasado y perdonándose respectivamente las imprudencias cometidas. Esto nos alborozó a todos los presentes, aunque no nos parecía muy tranquilizador ver a la entrada de las principales calles una pieza de artillería con mecha encendida. Dieron las cuatro de la tarde y no se desvanecía nuestra duda, ni de las puertas de la fatal Casa de Correos salía otra gente que algún oficial de órdenes que a toda prisa partía hacia el Retiro o la Montaña. Nuestra ansiedad crecía; profunda zozobra invadía los ánimos y todos se dispersaban, tratando de buscar noticias verídicas en fuentes autorizadas.

De pronto oigo decir que alguien va por las calles leyendo un bando. Corremos todos hacia la del Arenal; pero nos es imposible enterarnos de lo que leen. Preguntamos, y nadie nos responde, porque nadie oye. Retrocedemos, pidiendo informes, y nadie nos los da. Vol-

vemos a mirar la Casa de Correos, tras cuyas paredes están los que nos son queridos, y media compañía de granaderos con algunos mamelucos dispersan al padre, al hermano, al hijo, al amante, amenazándolos con la muerte. Nos lanzamos, al fin, por las calles, cada cual discurriendo qué influencias pondrá en juego para salvar a los suyos.

Juan de Dios y yo nos dirigimos hacia los Caños del Peral, y al poco rato vimos un pelotón de franceses que conducía, maniatados y en trailla, como a dos salteadores, a dos ancianos y a un joven de buen porte. Después de esta fatídica procesión, vimos hacia la calle de los Tintes otra no menos lúgubre, en que iba una señora joven, un sacerdote, dos caballeros y un hombre del pueblo en traje como de vendedor de plazuela. La tercera la encontramos en la calle de Quebrantapiernas, y se componía de más de veinte personas, pertenecientes a distintas clases de la sociedad. Aquellos infelices iban mudos y resignados, guardando el odio en sus corazones, y ya no se oían voces patrióticas en las calles de la ciudad vencida y aherrojada, porque los invasores dominábanla toda, piedra por piedra, y no había esquina donde no asomase la boca de un cañón, ni callejuela por la cual no desfilaran pelotones de fusileros ni plaza donde no apareciesen, fúnebremente estacionados, fuertes piquetes de mamelucos, dragones o caballería polaca.

Repetidas veces vimos que detenían a personas pacíficas y las registraban, llevándoselas presas por si guardaban acaso algún arma, aunque fuera navaja para usos comunes. Yo llevaba en el bolsillo la de Chinitas, y ni aun se me ocurrió tirarla: ¡tales eran mi aturdimiento y abstracción! Pero tuvimos la suerte de que no nos registraran. Ultimamente, y a medida que anohecía, apenas encontrábamos gente por las calles. No íbamos, no, a la ventura por aquellos desiertos lugares, pues yo tenía un proyecto que al fin comuniqué a mi acompañante: pensaba dirigirme a casa de la marquesa, con viva esperanza de conseguir de ella poderoso auxilio en mi tribulación. Juan de Dios me contestó que él, por su parte, había pensado dirigirse a un amigo, que a su vez lo era

del señor O'Farril, individuo de la Junta. Dicho esto, convinimos en separarnos, prometiendo acudir de nuevo a la Puerta del Sol, una hora después.

Fuí a casa de la marquesa, y el portero me dijo que su excelencia había partido dos días antes para Andalucía. Asimismo pregunté por Amaranta; mas tuve el disgusto de saber que su excelencia la señora condesa estaba también en camino de Andalucía. Desesperado, regresé al centro de Madrid, elevando mis pensamientos a Dios como el más eficaz amparador de la inocencia, y traté de penetrar en la Casa de Correos. Al poco rato de estar allí procurando inútilmente, vi salir a Juan de Dios tan pálido y alterado, que temblé, adivinando nuevas desdichas.

—¿No está?—pregunté—. ¿Los han puesto en libertad?

—No—dijo, secando el sudor de su frente—. Todos los presos que estaban aquí han sido entregados a los franceses. Se los han llevado al Buen Suceso, al Retiro, no sé adónde... Pero ¿no conoces el bando? Los que sean encontrados con armas *serán arcabuceados*... Los que se junten en grupo de más de ocho personas *serán arcabuceados*... Los que hagan daño a un francés *serán arcabuceados*... Los que parezcan agentes de Inglaterra *serán arcabuceados*.

—Pero ¿dónde está Inés?—exclamé con exaltación—. ¿Dónde está? Si esos verdugos son capaces de sacrificar a una niña inocente y a un pobre anciano, la tierra se abrirá para tragárselos, las piedras se levantarán solas del suelo para volar contra ellos, el cielo se desplomará sobre sus cabezas, se encenderá el aire, y el agua que beban se les tornará veneno; y si esto no sucede, es que no hay Dios ni puede haberlo. Vamos, amigo: hagamos esta buena obra. ¿Dice usted que están en el Retiro?

—O aquí, en el Buen Suceso, o en la Moncloa. Gabriel, yo salvaré a Inés de la muerte, o me pondré delante de los fusiles de esa canalla para que me quiten también la vida. Quiero irme al Cielo con ella; si supiera que sus dulces ojos no me habían de mirar más en la tierra, ahora mismo dejaría de existir. Gabriel, todo lo que tengo es tuyo si me ayudas a buscarla; que después que ella y yo nos juntemos, y nos casemos,

y nos vayamos al lugar desierto que he pensado, para nada necesitamos dinero. Yo tengo esperanza. ¿Y tú?

—Yo también—respondí, pensando en Dios.

—Pues, hijo, marcha tú al Retiro, que yo entraré en el Buen Suceso por la parte del hospital, que allí conozco a uno de los enfermeros. También conozco a dos oficiales franceses. ¿Podrán hacer algo por ella? Vamos; las diez. ¡Ay! ¿No oíste una descarga?

—Sí, hacia abajo, hacia el Prado; se me ha helado la sangre en las venas. Corro allá. Adiós y buena suerte. Si no nos encontramos después aquí, en mi casa.

Dicho esto, nos separamos a toda prisa, y yo corrí por la Carrera de San Jerónimo. La noche era oscura, fría y solitaria. En mi camino encontré tan sólo algunos hombres que, despavoridos, corrían, y a cada paso, lamentos dolorosísimos llegaban a mis oídos. A lo lejos distinguí las pisadas de las patrullas francesas, y de rato en rato, un resplandor lejano seguido de estruendosa detonación.

XXXII

Cómo se presentaba en mi alma atribulada aquel espectáculo en la negra noche, aquellos ruidos pavorosos, no es cosa que pueda yo referir, ni palabras de ninguna lengua alcanzan a manifestar angustia tan grande. Llegaba junto al Espíritu Santo cuando sentí muy cercana ya una descarga de fusilería. Allá abajo, en la esquina del palacio de Medinaceli, la rápida luz del fogonazo había iluminado un grupo, mejor dicho, un montón de personas, en distintas actitudes colocadas y con diversos trajes vestidas. Tras de la descarga, oyéronse quejidos de dolor, imprecaciones que se apagaban al fin en el silencio de la noche. Después, algunas voces, hablando en lengua extranjera, dialogaban entre sí; se oían las pisadas de los verdugos, cuya marcha en dirección al fondo del Prado era indicada por los movimientos de unos farolillos de agonizante luz. A cada rato circulaban tropeles con gentes maniatadas, y hacia el Retiro se percibía resplandor muy vivo, como de la hoguera de un vivac.

Acerqueme al palacio de Medinaceli por la parte del Prado, y allí vi algunas personas que acudían a reconocer los infelices últimamente arcabuceados. Reconocílos yo también uno por uno y observé que algunos de ellos estaban vivos, aunque ferozmente heridos, y arrastrábanse pidiendo socorro o clamaban en voz desgarradora, suplicando que se los rematase.

Entre todas aquellas víctimas no había más que una mujer, que no tenía semejanza con Inés, ni encontré tampoco sacerdote alguno. Sin prestar oídos a las voces de socorro, ni reparar tampoco en el peligro que cerca de allí se corría, me dirigí hacia el Retiro.

En la puerta del primer patio me detuvieron los centinelas. Un oficial se acercó a la entrada.

—Señor—exclamé, juntando las manos y expresando de la manera más espontánea el vivo dolor que me dominaba—, busco a dos personas de mi familia que han sido traídas aquí por equivocación. Son inocentes; Inés no arrojó a la calle ningún caldero de agua hirviendo, ni el pobre clérigo ha matado a ningún francés. Yo lo aseguro, señor oficial, y el que dijese lo contrario es un vil mentiroso.

El oficial, que no entendía, hizo un movimiento para echarme hacia afuera; pero yo, sin reparar en consideraciones de ninguna clase, me arrodillé delante de él, y con fuertes gritos proseguí suplicando de esta manera:

—Señor oficial, ¿será usted tan inhumano que mande fusilar a dos personas inofensivas: a una niña de dieciséis años y a un infeliz viejo de sesenta? No puede ser. Déjeme usted entrar: yo le diré cuáles son, y usted los mandará poner en libertad. Los pobrecitos no han hecho nada. Fusílenme a mí, que dispararé muchos tiros contra ustedes en la acción del Parque; pero dejen en libertad a la joven y al sacerdote. Yo entraré, los sacaremos... Mañana, mañana probaré yo, como ésta es noche, que son inocentes, y si no resultasen tan inocentes como los ángeles del Cielo, fusíleme usted a mí cien veces. Señor oficial, usted es bueno, usted no puede ser un verdugo. Esas cruces que tiene en el pecho las habrá adquirido honrosamente en las grandes batallas que dicen ha-

ganado el ejército de Napoleón. Un hombre como usted no puede deshonorarse asesinando a mujeres inocentes. Yo no lo creo, aunque me lo digan. Señor oficial, si quieren ustedes vengarse de lo de esta mañana, maten a todos los hombres de Madrid, mátenme a mí también; pero no a Inés. ¿Usted no tiene hermanitas jóvenes y lindas? Si usted las viera amarradas a un palo, a la luz de una linterna, delante de cuatro soldados con los fusiles en la cara, ¿estaría tan sereno como ahora está? Déjeme entrar; yo le diré quiénes son los que busco, y entre los dos haremos esta buena obra, que Dios le tendrá en cuenta cuando se muera. El corazón me dice que están aquí...; entremos, por Dios y por la Virgen. Aquí está usted en tierra extranjera, y lejos, muy lejos, de los suyos. Cuando recibe cartas de su madre o de sus hermanitas, ¿no le rebosa el corazón de alegría, no quiere verlas, no quiere volver allá? Si le dijese que ahora les estaban poniendo un farol en el pecho para fusilarlas...

El estrépito de otra descarga me hizo enmudecer, y la voz expiró en mi garganta por falta de aliento. A punto estuve de caer sin sentido; pero haciendo un heroico esfuerzo, volví a suplicar al oficial con voz ronca y ademán desesperado, pretendiendo que me permitiese la entrada para ver si algunos de los recién inmolados eran los que yo buscaba. Sin duda, mi ruego, expresado ardientemente y con profundísima verdad, conmovió al joven oficial, más por la angustia de mis ademanes que por el sentido de las palabras, extranjeras para él, y apartándose a un lado, me indicó que entrara. Hícelo rápidamente, y recorrí como un insensato el primer patio y el segundo. En éste, que era el de la Pelota, no había más que franceses; pero en aquél yacían por el suelo las víctimas aún palpitantes, y no lejos de ellas, las que esperaban la muerte. Vi que las ataban codo con codo, obligándolas a ponerse de rodillas, unos de espalda, otros de frente. Los más agitaban los brazos al mismo tiempo que lanzaban imprecaciones y retos a los verdugos; algunos escondían con horror la cara en el pecho del vecino; otros lloraban; otros pedían la muerte, y vi uno que, rompiendo con fuertes sa-

cuidadas las ligaduras, se abalanzó hacia los granaderos. Ninguna fórmula de juicio, ni tampoco preparación espiritual, precedían a esta abominación; los granaderos hacían fuego una o dos veces, y los sacrificados se revolvían en charcos de sangre con espantosa agonía.

Algunos acababan en el acto; pero los más padecían largo martirio antes de expirar. Hubo muchos que, heridos por las balas en las extremidades y desangrados, sobrevivieron, después de pasar por muertos, hasta la mañana del día siguiente; los mismos franceses, reconociendo su mala puntería, los mandaron al hospital. Estos casos no fueron raros. Yo sé de dos o tres a quienes cupo la suerte de vivir después de pasar por los horrores de una ejecución sangrienta. Un maestro herrero, comprendido en una de las traillas del Retiro, dió señales de vida al día siguiente, y al borde mismo del hoyo en que se le preparaba sepultura. Lo mismo aconteció a un tendero de la calle de Carretas, y hasta hace poco tiempo ha existido un individuo, que era entonces empleado en la imprenta de Sancha, y fué fusilado torpemente dos veces: una en la Soledad, donde se hizo la primera matanza; después, en el patio del Buen Suceso; desde aquí pudo escapar, arrastrándose entre cadáveres y regueros de sangre, hasta el hospital cercano, donde le dieron auxilio. Los franceses, aunque a quema ropa, disparaban mal, y algunos de ellos, preciso es confesarlo, con marcada repugnancia, pues sin duda conocían el envilecimiento en que habían repentinamente caído las águilas imperiales.

Casi sin esperar a que se consumara la sentencia de los que cayeron ante mí, los examiné a todos. Las linternas, puestas delante de cada grupo, alumbraban con siniestra luz la escena. Ni entre los inmolados ni entre los que aguardaban el sacrificio vi a Inés y a don Celestino, aunque a cada instante me parecía reconocerlos en cualquier bulto que se movía implorando compasión o murmurando una plegaria.

Recuerdo que, en aquel examen, una mano helada cogió la mía, y al inclinarme vi a un hombre desconocido que dijo algunas palabras y expiró. Repetidas veces pisé los pies y las manos de varios desgraciados; pero en trances tan

terribles parece que se extingue todo sentimiento compasivo hacia los extraños, y buscando con anhelo a los nuestros, somos impasibles para las desgracias ajenas.

Algunos franceses me dieron el «alto», intimándome a que saliera; y por las palabras que oí, me juzgué en peligro de ser también comprendido en la trailla; pero a mí no me importaba la muerte, ni en tal situación hubiera dejado de mirar a un punto donde creyera distinguir el semblante de mis dos amigos, aunque me arcabucearan cien veces. Corrí hacia otro extremo del patio, donde sonaban lamentos y bullicio de gentío, cuando un anciano se acercó a mí tomándome por un brazo.

—¿A quién busca usted?—le dije.

—¡Mi hijo, mi único hijo!—me contestó—. ¿Dónde está? ¿Eres tú mi hijo? ¿Eres tú mi Juan? ¿Te han fusilado? ¿Has salido de aquel montón de muertos?

Comprendí, por su mirada y por sus palabras, que aquel hombre estaba loco, y seguí adelante. Otro se llegó a mí y preguntóme a su vez que a quién buscaba. Conté brevemente la historia, y me dijo:

—Los que fueron presos en el barrio de Maravillas no han venido aquí ni a la Casa de Correos. Están en la Moncloa. Primero los llevaron a San Bernardino, y a estas horas... Vamos allá. Yo tengo un salvoconducto de un oficial francés, y podremos salir.

Salimos, en efecto, y en el Prado aquel hombre corrió desalado y le perdí de vista. Yo también corrí cuanto me era posible, pues mis fuerzas, a tan terribles pruebas sometidas por tanto tiempo, desfallecían ya. No puedo decir qué calles pasé, porque ni miraba a mi alrededor, ni tenía entonces más ojos que los del alma para ver siempre dentro de mí mismo el espectáculo de aquella gran tragedia. Sólo sé que corrí sin cesar; sólo sé que ninguna voz, ninguna queja que sonase cerca de mí me conmovían ni me interesaban; sólo sé que, mientras más corría, mayores eran mi debilidad y extenuación, y que al fin, no sé en qué calle, me detuve, apoyándome en la pared cercana, porque mi cuerpo se caía al suelo y no me era posible dar un paso más. Limpié el sudor de mi

frente; parecíame que se había acabado el aire, y que el suelo se deslizaba también bajo mis pies, que las casas se hundían sobre mi cabeza. Recuerdo haber hecho esfuerzos para seguir; pero no me fué posible, y por un espacio de tiempo que no puedo apreciar, sólo nieblas me rodearon, acompañadas de absoluto silencio.

XXXIII

Durante mi desvanecimiento, hijo de la extenuación, traje a la memoria las arboledas de Aranjuez, con sus millares de pájaros charlatanes; aquellas tardes sonrosadas, aquellos paseos por los bordes del Jarama y el espectáculo de la unión de éste con el Tajo. Me acordé de la casa del cura; parecíame ver la parra del patio y los tiestos de la huerta, y oír los chillidos de la tía Gila riñendo formalmente con las gallinas porque sin su permiso se habían salido del corral. Se me representaba el sonido de las campanas de la iglesia, tocadas por los cuatro muchachos o por el ingrato padre. La imagen de Inés completaba todas estas imágenes, y en mi delirio no me parecía que estaba la desgraciada joven junto a mí, ni tampoco delante, sino dentro de mi propia persona, como formando parte del ser a quien reconocía como yo mismo. Nada estorbaba nuestra felicidad, ni nos cuidábamos de lo por venir, porque, abandonada a su propio ímpetu la corriente de nuestras almas, se había juntado al fin Jarama y Tajo, y mezcladas ambas corrientes cristalinas, cavaban en el ancho cauce de una sola y fácil existencia.

Sacóme de aquel estado soñoliento un fuerte golpe que me dieron en el cuerpo, y no tardé en verme rodeado de algunas personas, una de las cuales dijo, examinándome de cerca: «Está borracho.»

Creí reconocer la voz del licenciado Lobo, aunque, a decir verdad, aún hoy no puedo asegurar que fuera él quien tal cosa dijo. Lo que sí afirmo es que uno de los que me miraban era Juan de Dios.

—¿Eres tú, Gabriel?—me dijo—. ¿Cómo estás por los suelos? ¡Bonito modo de buscar a la muchacha! No está en

el Retiro ni en el Buen Suceso. El señor licenciado me ayuda en mis pesquisas, y estamos seguros de encontrarla y aun de salvarla.

Estas palabras las oí confusamente, y después me quedé solo, o, mejor dicho, acompañado de algunos chicuelos, que me empujaban de acá para allá, jugando conmigo. No tardé en recobrar, con el completo uso de mis facultades, la idea perfecta de la terrible situación, sólo olvidada durante un rato de marasmo físico y de turbación mental. Oí distintamente las dos en un reloj cercano, y observé el sitio en que me encontraba, el cual no era otro que la plazuela del Barranco, inmediata a los Caños del Peral. Contemplar mental y retrospectivamente cuanto había pasado; medir con el pensamiento la distancia que me separaba de la Montaña y correr hacia allá, todo pasó en el mismo instante. Sentíame ágil; la desesperación aligeraba tanto mis pasos, que en poco tiempo llegué al fin de mi viaje; y en la portalada que daba a la huerta del Príncipe Pío, vi tanta gente curiosa, que era difícil acercarse. Yo lo hice, a pesar de los obstáculos, y habría sido preciso matarme para hacerme retroceder. Las mujeres allí reunidas daban cuenta de los desgraciados que habían visto penetrar para no salir más. Desde luego, quise introducirme, e intenté conmover a los centinelas con ruegos, con llantos, con razones, hasta con amenazas. Pero mis esfuerzos eran inútiles, y cuanto más clamaba, más enérgicamente me impelían hacia afuera. Después de forcejear un rato, la desesperación y la rabia me sugirieron estas palabras, que dirigí al centinela:

—Déjeme entrar. Vengo a que me fusilen.

El centinela me miró con lástima y apartóme con la culata de su fusil.

—¡Tienes lástima de mí—continuó—y no la tienes de los que busco! No, no tengas lástima. Yo quiero entrar. Quiero ser arcabuceado con ellos.

Fuí nuevamente rechazado; pero de tal modo me dominaba el deseo de penetrar y tan terriblemente pesaba sobre mi espíritu aquella horrorosa incertidumbre, que la vida me parecía precio mezquino para comprar el ingreso de la funesta puerta, tras la cual agoní-

zaban o se disponían a, la muerte mis dos amigos.

Desde fuera escuchaba un sordo murmullo, lúgubre concierto de plegarias dolorosas y de violentas imprecaciones. Tan pronto me apartaba de la puerta como a ella volvía a suplicar de nuevo, y la angustia me sugería razones incontestables para cualquiera, menos para los franceses. Ya golpeaba la pared con mi cabeza. Ya clavábame las uñas en mi propio cuerpo hasta hacerme sangre; media con la vista la altura de la tapia, aspirando a franquearla de un vuelo; iba y venía sin cesar, insultando a los afligidos circunstantes, y miraba el negro cielo, por entre cuyos apelmazados celajes creía distinguir, danzando en veloz carrera, una turba de mofadores demonios.

Suplicaba otra vez al centinela, diciéndole:

—¿Por qué no me fusiláis? ¿Por qué no entro, para que me maten con mis amigos? ¡Asesinos de Madrid! ¿Sabéis para qué quiero yo a vuestro emperador? Para esto.

Y escupía con rabia a los pies de los soldados, que, sin duda, me tenían por loco. Luego, concibiendo una idea que me parecía salvadora, registré ávidamente mis bolsillos, como si en ellos encerrase un tesoro, y sacando la navaja de Chinitas, que aún conservaba, exclamé con febril alegría:

—¡Ah! ¿No veis lo que tengo aquí? Una navaja, un cuchillo aún manchado de sangre. Con él he matado muchos franceses y mataría al mismo Napoleón Primero. ¿No prendéis a todo el que lleva armas? Pues aquí estoy. Torpes, habéis cogido a tantos inocentes, y a mí me dejáis suelto por las calles... ¿No me andabais buscando? Pues aquí estoy. Ved, ved el cuchillo: aún gotea sangre.

Tan convincentes razones me valieron el ser aprehendido, y, al fin, penetré en la huerta. Apenas había dado algunos pasos hacia las personas que confusamente distinguía delante de mí, cuando un vivo gozo inundó mi alma. Inés y don Celestino estaban allí, pero ¡de qué manera! En el momento de entrar yo, a ambos los ataban, como eslabones de la humana cadena que iba a ser entregada al suplicio. Me arrojé en sus brazos, y por un momento, estrechados

con inmenso amor, los tres no fuimos más que uno solo. Inés empezó a llorar amargamente; mas el clérigo conservaba su semblante sereno.

—Desde que le has visto, Inés, has perdido la serenidad—dijo gravemente—. Ya no estamos en la Tierra. Dios aguarda a sus queridos mártires, y la palma que merecemos nos obliga a rechazar todo sentimiento que sea de este mundo.

—¡Inés!—exclamé con el dolor más vivo que he sentido en toda mi vida—. ¡Inés! Después de verte en esta situación, ¿qué puedo hacer sino morir?

Y luego, volviéndome a los franceses, ebrio de coraje y sintiéndome con un valor inmenso, extraordinario, sobrehumano, exclamé:

—Canallas, cobardes, verdugos, ¿creéis que tengo miedo a la muerte? Haced fuego de una vez y acabad con nosotros.

Mi furor no irritaba a los franceses, que hacían los preparativos del sacrificio con frialdad horripilante. Lleváronme a presencia de uno, el cual, después de decirme algunas palabras, me envió ante otro, que, al fin, decidió de mi suerte. Al poco rato me vi puesto en fila junto al clérigo, cuya mano estrechó la mía.

—¿Cuándo te cogieron? ¿Te encontraron algún arma, desgraciado?—me dijo—. Pero no es ésta ocasión de mostrar odio, sino resignación. Vamos a entrar en nueva y más gloriosa vida. Dios ha querido que nuestra existencia acabe en este día y nos ha dado el laurel de mártires por la patria, que todos no tienen la dicha de alcanzar. Gabriel, eleva tu mente al Cielo. Tú estás libre de todo pecado, y yo te absuelvo. Hijo mío, este trance es terrible; pero tras él viene la bienaventuranza eterna. Sigue el ejemplo de Inés. Y tú, hija mía, la más inocente de todas las víctimas inmoladas en este día, implora por nosotros si, como creo, llegas la primera al goce de la eterna dicha.

Sin atender a las razones de mi amigo, yo me empeñaba en hablar con Inés, en distraerla de su devoto recogimiento, en pretender que dirigiera a mí las palabras que a Dios, sin duda, dirigía, en obligarla a alzar los ojos y mirarme, pues sin esto, yo me sentía incapaz de contrición.

Un oficial francés nos pasó una especie de revista, examinándonos uno a uno.

—¿Para qué prolongáis nuestro martirio?—exclamé, sin poderme contener, viendo sobre mí la impertinente mirada del francés—. Todos somos españoles, todos somos españoles; todos hemos luchado contra vosotros. Por cada vida que ahoguéis en sangre renacerán otras mil, que al fin acabarán con vosotros, y ninguno de los que estáis aquí verá la casa en que nació.

—Gabriel, modérate y perdónales como los perdono yo—me dijo el cura—. ¿Qué te importa esa gente? ¿Para qué les afeás su pasado, si harto lo verán en el espejo turbio de su conciencia? ¿Qué importa morir? Hijo mío, destruirán nuestros cuerpos, pero no nuestra alma inmortal, que Dios ha de recibir en su seno. Perdónalos; haz lo que yo, que pienso pedir a Dios por los enemigos del príncipe de la Paz, mi amigo y hasta pariente; por Santurrias, por el licenciado Lobo, por los tíos de Inesilla, y hasta por los franceses, que nos quieren quitar nuestra patria. Mi conciencia está más serena que ese cielo que tenemos sobre nuestras cabezas y en cuyo horizonte aparece ya la aurora del nuevo día. Lo mismo están nuestras almas, Gabriel, y en ellas despuntan ya los primeros resplandores del día sin fin.

—Ya amanece—dije, mirando a Oriente—. Inés, no bajes los ojos, por Dios, y mírame; estréchate más contra nosotros.

—Procura serenar tu conciencia, hijo mío—continuó el clérigo—. La mía está serena. No, no he manchado mis manos con sangre, porque soy sacerdote; me encontraron un cuchillo, mas no era mío. Yo cumplí mi deber, que era arengar a aquellos valientes, y si ahora me soltaran, acudiría de pueblo en pueblo repitiendo aquello de *Dulce et decorum est*, del gran latino. Unicamente me arrepiento de no haber advertido a tiempo al señor príncipe. ¡Ah!, si él hubiese puesto en la cárcel a aquellos perdidos..., tal vez no habría caído, tal vez no habría sido rey Fernando Séptimo, tal vez no habrían venido los franceses..., tal vez... Pero Dios lo ha querido así... Verdad es que si yo hubiera vencido la cortedad de mi genio..., si yo hubiera prevenido a su alteza, que

me quería tanto... ¡Ah!, no nos ocupemos ya más que de morir y perdonar. ¡Ah Gabriel! Haz lo que yo, y verás con qué tranquilidad recibes la muerte. ¿Ves a Inés? ¿No parece su cara la de un ángel celeste? ¿No la ves cómo está tranquila en su recogimiento y digna y circunspecta sin afectación? ¿No la ves cómo contempla a los franceses sin odio y suspira dulcemente, animándonos con su mirada?

—¡Inés—exclamé yo, sin poder adquirir nunca la serenidad que don Celestino me pedía—, tú no debes morir, tú no morirás! Señor oficial, fusiladnos a todos, fusilad al mundo entero; pero poned en libertad a esta infeliz muchacha que nada ha hecho. Así como digo y repito y juro que he matado yo más de cincuenta franceses, digo y repito y juro que Inés no arrojó a la calle ningún caldero de agua hirviendo, como han dicho.

El francés miró a Inés, y viéndola tan humilde, tan resignada, tan bella, tan dulcemente triste, en su disposición para la muerte, no pudo menos de mostrarse algo compasivo. Don Celestino viendo aquella inclinación favorable, se echó a llorar, y dijo también:

—Todos nosotros hemos pecado; pero Inés es inocente.

Las lágrimas del anciano produjeron en mí trastorno tan vivo, que, de improviso, a la tirantez colérica de mi irritado ánimo sucedió una expansión tranquila, aunque penosísima; un reblandecimiento, si así puede decirse, de mi dolor endurecido.

—Inés es inocente—exclamé de nuevo—. ¿No veis su semblante, señores oficiales? ¡Ah!, sois unos caballeros muy decentes y muy honrados, y no podéis cometer la villanía de asesinar a esta niña.

—Nosotros no valemos para nada—dijo el clérigo con voz balbuciente—. Mátennos en buena hora, porque somos hombres, y el que más y el que menos... Pero ella..., señores militares... Me parece que son ustedes unas personas muy finas..., pues... ¡Ah! Inés es inocente. No tienen ustedes conciencia; ¿no tienen en su corazón una voz que les dice que esa jovencita es inocente?

El oficial, más inclinado a la compasión, pareció hasta conmovido. Acercándose, miró a Inés con interés.

Mas la huérfana se abrazó a nosotros en el momento en que los granaderos formaron la horrenda fila. Yo miraba todo aquello con ojos absortos y sentíame nuevamente aletargado, con algo como enajenación o delirio en mi cabeza.

Vi que se acercó otro oficial con una linterna, seguido de dos hombres, uno de los cuales nos examinó ansiosamente, y al llegar a Inés paróse y dijo:

—Esta.

Era Juan de Dios, acompañado del licenciado Lobo y de aquel mismo oficial francés que varias veces le visitó en nuestra tienda.

Lo que entonces pasó se me representa siempre en formas vagas, como las que pasea la mentirosa fiebre ante nuestros ojos cuando estamos enfermos.

XXXIV

El oficial recién venido y el que antes nos custodiaba hablaron un instante con precipitación. El segundo dirigióse en seguida a desatar a Inés para entregarla a su amigo. ¡Momento inexplicable! Inés no quería separarse de nosotros y, abrazándonos, se aferraba a la muerte con sus manos ya libres. Un violento, un irresistible egoísmo que hundía sus poderosas raíces hasta lo más profundo de mi ser se apoderó de mí. No sé qué íntima fuerza desarrollada de súbito me permitió romper la ligadura de un brazo, y pude asir fuertemente a Inés, mientras con angustiosa impaciencia miraba los fusiles del pelotón de granaderos.

¡Instante terrible, cuyo recuerdo hiela la sangre en las venas y paraliza el corazón, simulando la muerte! Aunque la infeliz quería compartir nuestra suer-

te, la tardía compasión de nuestros asesinos nos la quitaba. Ella, durante la breve lucha, dijo algo que no sé recordar. Yo también pronuncié palabras de que hoy no puedo darme cuenta. Pero nos la quitaron: no olvidé nunca la extraña sensación que experimenté al perder el calor de sus manos y de su cara. Yo estaba como loco. Pero la vi claramente cuando se la llevaron, cuando desapareció de entre las filas, arrastrada, sostenida, cargada por Juan de Dios.

Y al ver esto, sentí un estruendo horrible; después, un zumbido dentro de la cabeza y un hervidero en todo el cuerpo; después un calor intenso, seguido de penetrante frío; después, una sensación inexplicable, como si algo rozara por toda mi epidermis; después, un vapor dentro del pecho que subía invadiendo mi cabeza, una debilidad incomprendible que me hacía el efecto de quedarme sin piernas; después, una palpitación vivísima en el corazón y un súbito detenimiento en el latido de esta viscera; después, la pérdida de toda sensación en el cuerpo, y en el busto, y en el cuello, y en la boca, la inconsciencia de tener cabeza, la absoluta reconcentración de todo yo en mi pensamiento; después, unas como ondulaciones concéntricas en mi cerebro, parecidas a las que forma una piedra cayendo al mar; después, un chisporroteo colosal que difundía por espacios mayores que cielo y tierra juntos la imagen de Inés en doscientos mil millones de luces..., oscuridad profunda misteriosamente asociada a un agudísimo dolor en las sienes..., un vago reposo, una extinción rápida, un olvido creciente, invasor, y, por último, nada, absolutamente nada.

Madrid, julio de 1873.

B A I L E N

I

ME hacen ustedes reír con su sencilla ignorancia respecto al hombre más grande y más poderoso que ha existido en el mundo. ¡Si sabré yo quién es Napoleón! Yo, que le he visto, que le he hablado, que le he servido, que tengo aquí, en el brazo derecho, la señal de las herraduras de su caballo cuando... Fué en la batalla de Austerlitz. El subía a todo escape la loma de Fratzzen, después de haber mandado destruir a cañonazos el hielo de los pantanos, donde perecieron ahogados más de cuatro mil rusos. Yo, que estaba en el diecisieteavo de línea de la división de Vandamme, yacía en tierra gravemente herido en la cabeza. De veras creí que había llegado mi última hora. Pues, como digo, al pasar él con todo su Estado Mayor y la infantería de la Guardia, las patas de su caballo me magullaron el brazo en tales términos, que todavía me duele. Sin embargo, tan grande era nuestro sentimiento en aquel célebre día, que, incorporándome como pude, grité: «¡Viva el emperador!».

Así hablaba un hombre para mí desconocido, como de cuarenta años, no mal carado, antes bien con rasgos y expresión de cierta hermosura marchita, aunque no destruída por las pasiones o los vicios; alto de cuerpo, de mirada viva y sonrisa entre melancólica y truhanesca, como la de persona muy corrida en las cosas del mundo, y especialmente en las luchas de ese vivir al par holgazán y trabajoso a que conducen la sobra de imaginación y la falta de dineros; persona de ademanes francos y desenvueltos, de hablar facilísimo, lo mismo en las bromas que en las veras; individuo cuya personalidad tenía complemento en el desaliño casi elegante de

su traje, más viejo que nuevo y no menos descosido que roto, aunque todo esto se echaba poco de ver, gracias a la disimuladora aguja que había corregido así las rozaduras del chupetín como la ortografía de las medias.

Estas eran, si mal no recuerdo, negras, y el pantalón, de color de clavo pasado. Llevaba corto el pelo, con dos mechoncitos sobre ambas sienes, sin polvo alguno, como no fuera el del camino; su casaca, oscura y de un corte no muy usual entre nosotros; su chaleco, ombli-guero, forma un poco extranjera también, y su corbata, informemente escarolada, le hacían pasar como nacido fuera de España, aunque era español. Mas por otra circunstancia distinta de las singularidades de su vestir causaba sorpresa la tal persona, y éste es un capitalísimo punto que no debe pasarse en silencio. Aquel hombre tenía bigote. Esto fué, ¿a qué negarlo?, lo que más que otra cosa alguna llamó mi atención cuando le vi inclinado sobre la mesa, comiendo ávidamente en descomunal escudilla unas al modo de sopas, puches o no sé qué endemoniado manjar, mientras amenizaba la cena contando, entre cucharada y cucharada, las proezas de Napoleón I. Dos personas, ambas de edad avanzada y de distinto sexo, componían su auditorio: el varón, que desde luego me pareció un viejo militar retirado del servicio, oía con fruncido ceño y taciturnamente los encomios del invasor de España; pero la señora anciana, más despabilada y locuaz que su consorte, contestaba al penegirista con cierto desenfado, tan chistoso como impertinente.

—¡Por Dios, señor de Santorcaz!—decía la vieja—, no grite usted ni hable de tales cosas donde le pueden oír. Mi marido y yo, que ya le conocemos de antes, no nos espantamos de sus extra-

vagancias; pero, ¡ay!, la vecindad de esta casa es muy entremetida, muy erredadora y no se ocupa más que de chismes y trampantojos. Como que ayer las niñas de la bordadora en fino, que vive en el cuarto número ocho, llegaron pasito a pasito a nuestra puerta para oír lo que usted decía cuando nos contaba con desaforados gritos lo que pasó allá en las Austrias en la batalla del Pirrincium, o no sé qué..., pues esos enrevesados nombres no se han hecho para mi lengua... Esta mañana, cuando usted entró en la calle, la comadre del número tres y la mujer del lañador dijeron: «Ahí va el pícaro *flamasón* que está en casa del *Gran Capitán*. Apuesto a que es espía de la *canalla* para ver lo que se dice en esta casa y contarlo a sus mercedes.» El mejor día nos van a dar que sentir, porque como dice usted esas cosas, y tiene esos modos, y hace ascos de la comida cuando tiene azafrán, y siempre saca lo que ha visto en las tierras de allá, le traen entre ojos, y sabe Dios... ¡Como aquí están tan rabiosos con lo del día dos...!

—Ya se aplacarán los humos de esta buena gente—dijo Santorcaz, apartando de sí escudilla y cuchara—. Cuando se organicen bien los cuerpos de ejército y venga el emperador en persona a dirigir la guerra, España no podrá menos de someterse; y esto, que es la pura verdad, lo digo aquí para entre los tres, de modo que no lo oigan nuestras camisas.

—España no se somete; no, señor, no se somete—exclamó de improviso el anciano, quebrantando el voto de su antes silenciosa prudencia y levantándose de la silla para expresar con frases y gestos más desembarazados los sentimientos de su alma patriota—. España no se somete, señor don Luis de Santorcaz, porque aquí no somos como esos cobardes prusianos y austriacos de que usted nos habla. España echará a los franceses, aunque los manden todos los emperadores nacidos y por nacer, porque si Francia tiene a Napoleón, España tiene a Santiago, que es, además de general, un santo del Cielo. ¿Cree usted que no entiendo de batallas? Pues sí: soy perro viejo, y callos tengo en los oídos de tanto oír el redoblar de los tambores y los tiros de cañón.

—No te sofoques, Santiago—dijo apa-

ciblemente la anciana—, que ya andas en los tres duros y medio, y aunque yo creo como tú que España no bajará la cabeza, no es cosa de que te dé el reuma en la cara por lo que hable esta mala cabeza de Santorcaz.

—Pues lo digo y lo repito—añadió el viejo soldado—. ¡Venir hablándome a mí de cuerpos de ejército, y de brigadas de caballería, y de cuadros!

—¿En qué batallas se ha encontrado usted?—preguntó con sonrisa burlona Santorcaz.

—¡Que en qué batallas me encontré!—exclamó don Santiago Fernández, cuadrándose ante su interpelante y mirándole con el desprecio propio de los grandes genios que tienen puesta en duda su superioridad—. ¿Pues no sabe todo el mundo que fui asistente del señor marqués de Sarriá, el año mil setecientos sesenta y dos, cuando aquella famosa campaña de Portugal, la más terrible y hábil y estratégica que ha habido en el mundo, así como también digo que, después de Alejandro el *Macedonio*, no ha nacido otro marqués de Sarriá?... ¡Qué cosas tiene este caballerito! ¡Preguntar en qué acciones me encontré! Aquella fue una gran campaña, sí, señor. Entramos en Portugal, y aunque al poco tiempo tuvimos que volvernos porque el inglés se nos puso por delante, se dieron unas batallas..., ¡qué batallitas, mi Dios! Yo era asistente del señor marqués, y todas las mañanas le hacía los rizos y le empolvaba la peluca, de tal modo, que la cabeza de nuestro general parecía un sol. El me decía: «Santiago, ten cuidado de que los rizos vayan parejos y que uno de otro no discrepen ni el canto de un duro, porque no hay nada que aterre tanto al enemigo como la conveniencia y buen parecer de nuestras personas.» ¡Y cuánto le querían los soldados! Como que en toda aquella guerra apenas murieron tres o cuatro.

Santorcaz, al oír esto, se desternillaba de risa, haciendo subir de punto con sus irreverentes manifestaciones el enfado de don Santiago Fernández, el cual, dando una fuerte puñada en la mesa, continuó así:

—¿Qué valen todos los generales de hoy, ni los emperadores todos, comparados con el marqués de Sarriá? El marqués de Sarriá era partidario de la táctica

tica prusiana, que consiste en estarse quieto esperando a que venga el enemigo muy desafortadamente, con lo cual éste se cansa pronto, y se le remata luego en un dos por tres. En la primera batalla que dimos con los aldeanos portugueses, todos echaron a correr en cuanto nos vieron, y el general mandó a la caballería que se apoderara de un hato de carneros, lo cual se verificó sin efusión de sangre.

—No, no ha habido en el mundo batallas como éstas, señor don Santiago—dijo Santorcaz, moderando su risa—; y si usted me las cuenta todas, confesaré que las que yo he visto son juegos de chicos. Y como desde aquella fecha ha conservado usted los hábitos de campaña y gusta tanto de conversar sobre el tema de la guerra, los vecinos le llaman el *Gran Capitán*.

—Ese es un mote, y a mí no me gustan motes—dijo doña Gregoria, que así se llamaba la mujer del valiente expedicionario de Portugal—. Cuando nos mudamos aquí y dieron los vecinos en llamarte *Gran Capitán*, bien te dije que alzaras la mano y regalaras un bofetón al primero que en tus propias barbas te dijera tal insolencia; pero tú, con tu santa pachorra, en vez de llenarte de coraje, se te caía la baba siempre que los chicos te saludaban con el apodo, y ahora *Gran Capitán* eres y *Gran Capitán* serás por los siglos de los siglos.

—Yo no me paro en pequeñeces—dijo don Santiago Fernández—, y, aunque toloero un apodo honroso, no consiento que nadie se burle de mí. A fe, a fe que cuando uno ha servido en las milicias del rey por espacio de veinte años; cuando uno ha estado en la campaña de Portugal; cuando uno ha tenido también el honor de encontrarse en la expedición de Argel que mandó el señor don Alejandro O'Reilly en mil setecientos setenta y cuatro; cuando después de tan gloriosas jornadas se le han podrido a uno las nalgas sentado en la portería de la oficina del Detall y Cuenta y Razón del Arma de Artillería, viendo entrar y salir a los señores oficiales y haciéndoles un recadito hoy y otro mañana, bien se puede alzar la cabeza y tener una opinión sobre cosas militares.

—Eso mismo digo yo—indicó doña Gregoria—. Bien saben todos que tú no eres ninguna rana, y que has escupido

en corro con guardias de Corps y valones, y con generales de aquellos que había antes, tan valientes, que sólo con mirar al enemigo le hacían correr.

—Y no se trate—prosiguió el *Gran Capitán*—de embobarnos con cuentos de brujas como los que desembucha el señor de Santorcaz. A las niñas del lañador y a doña Melchora, la que borda en fino, les puede trastornar el seso este caballero contándoles esas batallas fabulosas de prusianos y rusos, con lo de que si el emperador fué por aquí o vino por allí. Hombres como yo no se tragan bolas tan terribles, ni ha estado uno veinte años mordiendo el cartucho y peinando los rizos del señor marqués de Sarriá para dar crédito a tales novelas de caballerías. Conque ¿cómo fué aquello?—añadió en torno de mofa y sentándose junto a Santorcaz—. Dijo usted que cuatro mil franceses atacaron a la bayoneta a diez mil rusos y los hicieron caer en un pantano, donde se ahogó la mitad. Pues ¡y lo de que rompieron el hielo a cañonazos para que se hundieran los enemigos que estaban encima...! ¡Bonito modo de hacer la guerra! Pero, hombre de Dios, si andaban por sobre el hielo, se resbalarían, y... pobres nalgas del emperador..., digo, de los tres emperadores, pues ahí dice usted que eran tres nada menos. ¿Sabes, Gregoria, que es aprovechada la familia?

El *Gran Capitán* hizo reír a su digna esposa con estos chistes, hijos de su inexperta fatuidad, y ambos celebraron recíprocamente sus ocurrencias.

—Si es novela de caballerías lo que he contado—dijo Santorcaz—, pronto lo hemos de ver en España, porque pasan de cien mil los Esplandianes que andan desparramados por ahí esperando que su amo y señor les mande empezar la función.

—¡Los asesinos de Madrid!—exclamó el *Gran Capitán*, inflamándose en patriótico ardor—. ¿Y cree usted que les tenemos miedo? ¡Santa María de la Cabeza! Ya veo que están fortificando el Retiro, y que no permiten que vuele una mosca alrededor de sus señorías; pero ya hablaremos. Esto es ahora porque estamos sin tropa; pero ¿sabe usted lo que se va a formar en Andalucía? Un ejército. ¿Y en Valencia? Otro ejército. Y en Galicia y en Castilla, otro y otro ejército. ¿Cuántos españoles hay

en España, señor de Santorcaz? Pues ponga usted en el tablero tantos soldados como hombres somos aquí, y veremos. ¿A que no sabe usted lo que me ha dicho hoy el portero de la Secretaría de la Guerra? Pues me ha dicho que mi pueblo ha declarado la guerra a Napoleón. ¿Qué tal?

—¿Cuál es el pueblo de usted?

—Valdesogo de Abajo. Y no es cualquier cosa, pues bien se pueden juntar allí hasta cien hombres como castillos, no como esos rusos de alfeñique de que usted habla, sino tan feroces, que despacharán un regimiento francés como quien sorbe un huevo.

—Pues una mujer que ha venido hoy de la sierra—dijo doña Gregoria—me ha contado que también mi pueblo va a declarar la guerra a ese ladrón de caminos; sí, señor de Santorcaz, mi pueblo: Navalagamella. Y allí no se andarán con juegos, sino al bulto derechos. Si esos pueblos que usted nombra, las Austrias y las Prusias, fueran como Navalagamella, la *canalla* no los hubiera vencido, y se conoce que todos los austriacos y prusiacos son gente de mucha facha, y nada más.

—No se dice prusiacos, sino prusianos—indicó enfáticamente a su esposa el *Gran Capitán*.

—Bien, hombre: los rusos y los prusos, lo mismo da. Lo que digo es que si Valdesogo de Abajo y Navalagamella, que son dos pueblos como dos lentejas comparados con la grandeza de todo el reino, se ponen en ese pie, los demás lugares y ciudades harán lo mismo, y entonces, áteme esa mosca el señor de Santorcaz. No; no quedará un francés para contarlo, y la que hicieron aquí a primero de mes, la pagarán muy cara. ¿Hase visto alguna vez bribonada semejante? ¡Fusilar en cuadrilla a tantos pobrecitos, sin perdonar a sacerdotes ancianos, a inocentes doncellas y a infelices muchachos como el que está en esa cama! ¡Ay! Usted no vió aquello señor de Santorcaz, porque llegó a Madrid tres días después; pero ¡si usted lo hubiera visto! Por esta calle del Barquillo pasaron esas fieras, y como les arrojaron algunos ladrillos desde los andamios de la casa que se está fabricando en la esquina, mataron a una pobre mujer que pasaba con un niño en brazos. Al ver esto, todas las vecinas de

la casa que estábamos en los balcones empezamos a tirarles cuanto teníamos. Una les echaba una cazuela de agua hirviendo; otra, la sartén con el aceite frito; yo cogí el puchero que había empezado a cocer, y, sin pensarlo, dije: «Allá va»; y aunque aquel día nos quedamos sin comer, no me pesó, no, señor. Después, entre Juanita la lañadora, las niñas de al lado y yo, cogimos una cómoda, y, echándola a la calle, aplastamos a dos. Querían subir a matarnos; pero ¡quía! Todo facha, nada más que facha. Más de cuarenta mujeres nos apostamos en la escalera, unas con tenedores, otras con tenacillas, éstas con asadores, aquéllas con un berbiquí, estotra con una vara de apalea lana. Si llegan a subir, los hacemos pedazos. Mi marido tomó aquella lanza vieja que tiene allí desde las tan famosas campañas, y, poniéndose delante de nosotras en la escalera, nos arengó y dispuso cómo nos habíamos de colocar. ¡Ah, si llegan a subir esos perros! Yo era la más vieja de todas, y la más valiente, aunque me esté mal en decirlo. Mi marido quería salir a la calle al frente de todas nosotras; pero le convencimos de que esto era una locura. Con su carga de setenta a la espalda, él hubiera partido de un lanzazo a cuantos mamelucos encontrara en la calle. ¡Ay, qué día! Cuando nos retiramos cada uno a nuestro cuarto, en toda la casa no se oía más que «¡Viva el *Gran Capitán*!»

—¡Qué día!—exclamó melancólicamente Fernández, disimulando el legítimo orgullo que el recuerdo de sus proezas le causara—. A eso de las ocho de la mañana vi salir de la oficina al capitán don Luis Daoíz. El día anterior me había mandado por unas botas a la zapatería de la calle del Lobo, y desde allí se las llevé a su casa, en la calle de la Ternera, y cuando volví después de hacer el mandado, viendo que había cumplido con la puntualidad y el esmero que son peculiares en mí, me dió dos reales, que guardo en este pañuelo como memoria de hombre tan valiente.

Diciendo esto, trajo un pañuelo, y doblando una de las puntas despaciosamente y como si se tratara de la más venerable y santa reliquia, sacó una moneda de plata que puso ante la vista de Santorcaz sin permitirle que la tocara.

—Esto me dió—dijo, enjugando con el mismísimo sagrado pañuelo las lágrimas que de improviso corrieron de sus ojos—; esto me dió con sus propias manos aquel que vivirá en la memoria de los españoles mientras haya españoles en el mundo. Yo estaba barriendo la oficina cuando entró don Pedro Velarde buscándole, y le dije: «Mi capitán, hace un rato que salió con don Jacinto Ruiz.» Después, don Pedro entró y estuvo disputando con el coronel; al cabo de un cuarto de hora volvió a pasar por delante de mí. ¡Quién me había de decir...!

El *Gran Capitán* no pudo continuar, porque la pena ahogaba su voz; doña Gregoria se llevó también la punta del delantal a los ojos, y Santorcaz, más serio y grave que antes, respetaba el dolor de sus dos amigos.

—Me han asegurado—dijo, después de una pausa—que ese don Pedro Velarde iba a comer todos los días en casa de Murat. ¿Es que simpatizaba con los franceses?

—No, no; y quien lo dijere, miente—exclamó don Santiago, dejando caer de plano sobre la mesa sus dos pesadísimas manos—. Don Pedro Velarde pasaba por un oficial muy entendido en el arma, y como fué de los qué el rey envió a Somosierra a recibir al *melencudo*, éste le trató, supo conocer sus buenas dotes y quiso atraérsele. ¡Bonito genio tenía don Pedro Velarde para andarse con mieles! Le convidaban a comer, obsequiándole mucho; pero bien sabían todos que, si nuestro capitán pisaba las alfombras de aquel palacio, era para conocer más de cerca a la canalla, como él mismo decía.

—El y sus compañeros de Monteleón—dijo Santorcaz—demostraron un valor tanto más admirable cuanto que es completamente inútil. Aquí están ciegos y locos. Creen que es posible luchar ventajosamente contra las tropas más agueridas del mundo sin otros elementos que un ejército escaso, mal instruido, y esas nubes de paisanos que quieren armarse en todos los pueblos. La obstinación ridícula de esta gente hará que sean más dolorosos los sacrificios, y el número de víctimas mucho más grande, sin que puedan vanagloriarse al morir de haber comprado con su sangre la independencia de la patria. España su-

cumbirá, como han sucumbido Austria y Prusia, naciones poderosas, que contaban con buenos ejércitos y reyes muy valientes.

—¡Esos países no tienen vergüenza!—gritó con furor don Santiago Fernández, levantándose otra vez de su asiento—. En Austria y Prusia habrá lo que usted quiera; pero no hay un Valdesogo de Abajo ni un Navalagamella.

Discretísimo lector, no te rías de esta presuntuosa afirmación del *Gran Capitán*, porque bajo su aparente simpleza encierra una profunda verdad histórica.

Santorcaz soltó de nuevo la risa al ver el acaloramiento de Fernández, cuyas patrióticas opiniones apoyó de nuevo su esposa, hablando así:

—Aquí somos de otra manera, señor de Santorcaz. Usted, viviendo por allá tanto tiempo, se ha hecho ya muy extranjero y no comprende cómo se toman aquí las cosas.

—Por lo mismo que he estado fuera tantos años, tengo motivos para saber lo que digo. He servido algunos años en el ejército francés; conozco lo que es Napoleón para la guerra, y lo que son capaces de hacer sus soldados y sus generales. Cien mil de aquéllos han entrado en España al mando de los jefes más queridos del emperador. ¿Saben ustedes quién es Lefebvre? Pues es el vencedor de Dantzig. ¿Saben ustedes quién es Pedro Dupont de l'Etang! Pues es el héroe de Friedlan. ¿Conocen ustedes al duque de Istria? Pues es quien principalmente decidió la victoria de Rívoli. ¿Y qué me dicen de Joaquín Murat? Pues es el gran soldado de las Pirámides, y el que mandó la caballería en Harenco...

—No; no le nombre usted—dijo doña Gregoria—, porque si todos los demás son como ese de las *melenas*, buena gavilla de perdidos ha metido Napoleón en España.

—Señor de Santorcaz—añadió con grave comedimiento el *Gran Capitán*—, ya sabe usted que un hombre como yo, testigo de cien combates, no se traga ruedas de molino, y todas esas heroicidades del general Pitos y del general Flautas las vamos a ver de manifiesto ahora, sí, señor. Y supongo que usted habrá venido para ponerse de parte de ellos, pues quien tanto los alaba y admira, es natural que los ayude.

—No—replicó Santorcaz—: yo he vuelto a España para un asunto de intereses, y dentro de unos días partiré para Andalucía. Cuando arregle mi negocio, me volveré a Francia.

II

—¡Qué mal hombre es usted!—exclamó doña Gregoria—. Y su pobre padre y toda la familia llorando su ausencia, y muertos de pena sin poder traer al buen camino a este calaverilla que durante quince años y desde aquella famosa aventura... Pero chitón—añadió, volviendo la cara hacia mí—; me parece que el chico se ha despertado y nos está oyendo.

Los tres me miraron, y yo observé claramente cuanto me rodeaba, pudiendo apreciarlo todo sin mezcla de vagas imágenes ni mentirosas visiones. Hallábame en una cama, de cuyo durísimo colchón daban fe las mortificaciones de mis huesos y la instintiva tendencia de mi cuerpo a arrojarse fuera de ella, mientras uno de mis brazos, fuertemente vendado, se negaba a prestarme apoyo, tan inmóvil y rígido como si no me perteneciera. Asimismo rodeaba mi cabeza complicado turbante de trapos que olían a ungüentos y vinagre, y mi débil y extenuado cuerpo sentía por aquí y por allá terribles picazones. El lecho en que yacía tan incómodamente ocupaba el rincón del cuarto, el cual era de ordinarias dimensiones, con blancos muros y suelo de ladrillos, mal cubiertos por una vieja y acribillada estera de esparto. Láminas de santos, a quienes el artista grabador había dado nuevo martirio en sus impíos troqueles, adornaban la desnuda pared, en uno de cuyos testeros ostentaba su temerosa longitud la lanza del *Gran Capitán*. En el centro de la pieza hallábase la mesa, que sostenía un candil de cuatro mecheros, y junto a ella, sentados en sendas sillas de cuero, que lastimosamente gemían al menor movimiento, estaban los tres personajes cuya conversación hirió mis oídos cuando volví de un largo paroxismo.

Todos fijaron en mí la atención, y doña Gregoria, acercándose maternalmente a mi cama, me habló así:

—¿Estás despierto, niño? ¿Ves y en-

tiendes? ¿Puedes hablar? Pobrecito, ya se te ha quitado la terrible calentura. y el santo ángel de tu guarda ha conseguido del Padre Eterno que te otorgue el seguir viviendo. ¿Cómo estás? ¿Ves a los que estamos aquí? ¿Nos conoces? ¿Entiendes lo que decimos? Debes de estar bien, porque ya no dices desatinos, ni quieres echarte de la cama, ni nos insultas, ni dices que nos vas a matar, ni llamas a don Celestino ni a la doña Inés, que te traían trastornado el juicio. Estás bien, ya estás fuera de peligro, y vivirás, pobre niño; pero ¿has perdido la razón, o Dios quiere que te veamos en tu ser natural, sano y cuerdo, tal y como estabas antes que aquellos caribes...?

—Y en verdad, no sé cómo ha escapado el infeliz—dijo Fernández a Santorcaz—. Tres balazos tenía en su cuerpecito: uno en la cabeza, el cual no es más que una rozadura; otro en el brazo izquierdo, que no le dejaría manco, y el tercero en un costado y en parte sensible, tanto, que si no le hubieran sacado la bala, no le veríamos ahora tan despiertillo.

Instáronme todos para que hablase, mostrándoles que mi razón, como mi cuerpo, se había repuesto de la tremenda crisis. También acudió con cariñosa solicitud a darme alimento la ejemplar doña Gregoria, y tomado aquél ávidamente por mí, me sentí muy bien. ¿Había resucitado o había nacido en aquella noche?

—Ahora, chiquillo, estate tranquilo—continuó doña Gregoria, sentándose a mi lado—. ¡Cuánto se va a alegrar el señor Juan de Dios cuando te vea!

—¿Cómo?—exclamé con la mayor sorpresa—. ¿Juan de Dios vive aquí? Pues ¿en dónde estoy? Y ustedes ¿quiénes son? ¿Qué ha sido de Inés?

—¡Otra vez Inés! Este joven no está todavía bueno. Dejémonos de Ineses, y a descansar.

Santorcaz se llegó a mí, y, mostrándome algún interés, me dijo:

—¡Pobrecito! ¡Conque te fusilaron! El gran duque de Berg es hombre terrible y sabe sentar la mano. Dicen que mataste más de veinte franceses. Ya me contarás tus hazañas, picarón. Y di: ¿tienes ánimos de volver a hacer de las tuyas? Me parece que no..., porque ha-

brás visto que esa gente gasta unas bromas un poco pesadas.

Dicho esto, Santorcaz, tomando su capa, se marchó.

Mi sorpresa y estupor al verme allí, tornado nuevamente y de improviso, según mi entender, la vida, en presencia de personas desconocidas, y volviendo sin cesar al pasado mi pensamiento, recién salido de una sombra profunda; las impresiones de mi alma, a quien el repentino despertar, después de un largo entumecimiento, había dado cierta actividad ansiosa, fueron causa de que no pudiera estar tranquilo, como me rogaban el *Gran Capitán* y su mujer. Hacía-les mil preguntas con la curiosidad del que, volviendo al mundo después de un siglo de muerte real, deseara conocer en un instante cuanto ha pasado en el planeta durante su ausencia. A todo contestaban que me estuviese quieto y sin cuidarme de nada, para que no me repitiesen los accesos de fiebre; pero no pude conseguirlo, y si descansé un poco procurando poner a un lado mis terribles recuerdos y apartar de la vista las siniestras figuras que se habían hecho compañeras inseparables de mi espíritu, poco después, cuando, ya avanzada la noche, llegó Juan de Dios, me sentí tan vivamente inquieto al verle, que, a no impedírmelo mi debilidad, habría saltado del lecho para correr hacia él, arrasado por un odio terrible y una curiosidad más fuerte aún que el odio. El antiguo mancebo de don Mauro Requejo hallábase tan demacrado, tan excesivamente amarillo y mustio, como si hubiera vivido diez años de penas en el transcurso de algunos días. Sus ojos encendidos conservaban huellas de recientes lágrimas, y su desmadejado cuerpo se movía con pesadez, como si le fatigara su propio peso. Arrojóse en una silla junto a mi cama, y cuando los dos ancianos se retiraban a su aposento, me habló así:

—Gabriel, ¿ya estás bueno? ¿Has recobrado el juicio? ¿Entiendes lo que se te dice?

—¿Dónde está Inés?—le pregunté con ansiedad.

—¡Oh desgraciado de mí!—exclamó, ocultando el rostro entre las manos—. Tú estás enfermo todavía, y si te doy la noticia... ¿Que dónde está Inés? Espántate, Gabriel, porque no lo sé. Yo

estoy loco, yo estoy imbécil. Llevo quince días de dolores que a nada son comparables. Las lágrimas que he derramado podrían agujerear una peña. Ahora mismo..., ¿de dónde crees que vengo? Pues vengo de la bóveda de San Ginés, adonde voy todas las noches a mortificarme el cuerpo con disciplinazos, por ver si Dios se apiada de mí y me devuelve lo que me quitó, sin duda en castigo de mis grandes pecados.

Después de enjugar sus lágrimas y sonarse con estrépito, prosiguió:

—Yo saqué a Inés de la huerta del Príncipe Pío. ¡Ay!, si no te salvaste también tú, fué porque no pude, que bien lo intenté, te juro que lo intenté. Inés se desmayó, y no pudiendo traerla aquí, por ser esto muy lejos, Lobo me indujo a llevarla a casa de unas que él llamaba honradísimas señoras, donde permanecería hasta tanto que fuera posible traerla aquí para casarme con ella... ¡Oh infame legista, miserable enredador, tramposo y falsario! Inés me abofeteó, Gabriel, al verse en aquella casa y me clavó en las mejillas sus deditos. No puedes formarte idea de las palabras tiernas que le dije para que se calmara; pero nada podía consolarla de que no os hubierais salvado también tú y el buen sacerdote. En vano le dije que sería mi mujer; en vano le dije que la adoraba con profundísimo amor; también le mostré mi dinero, prometiéndole gastar una buena parte en huir para siempre de Madrid y de España, si así lo deseaba. ¡Infeliz de mí! A estas irrecusables pruebas de mi cariño sólo contestaba llamándome bestia y ordenándome que de su presencia me quitara... A cada momento te llamaba, y luego se deshacía en lágrimas y quería después arrojarle fuera de la casa para volver a la Montaña. A pesar de esto yo era feliz porque la tenía en mis brazos, apartábale de la frente los desordenados cabellos, y con mi pañuelo limpiaba sus lágrimas divinas, con las cuales se refrescarían, si las bebiesen, los condenados del infierno... El pérfido Lobo no se apartaba de allí, y desde luego me parecieron sospechosos el esmero y solicitud con que la atendía. Inés no cesaba un momento de gemir, y tanto a mi compañero como a mí nos mostraba repugnancia, ordenándonos que la dejáramos sola, porque no quería vernos, y que la

matáramos, porque no quería vivir. Su desesperación llegó a tal punto, que no la podíamos contener, y se nos escapaba de entre los brazos, diciendo que, pues no le era posible salvaros la vida, quería darnos a entrambos sepultura. Por último, a fuerza de ruegos, logramos calmarla un poco, prometiéndole yo acudir al lugar del suplicio a cumplir tan triste obligación. Cuando esto le dije, me miró con tanta ternura y después me lo ordenó de un modo tan persuasivo, tan elocuente, que no vacilé un instante en hacer lo prometido, y salí, dejándola al cuidado de Lobo. ¡Nunca tal hiciera, y maldito sea el instante en que me separé de aquel tesoro de mi vida, de aquel imán de mi espíritu! Gabriel, corrí a la Moncloa, me acerqué a los grupos en que eran reconocidos los cadáveres y anduve de un lado para otro, esperando encontrarte entre aquellos que, abandonados hasta en tan triste ocasión, no tenían quien formara a su alrededor concierto de llantos y exclamaciones... Al fin, encontré al sacerdote; pero tú no estabas a su lado, pues unas mujeres compasivas, habiendo notado que vivías, te habían llevado a un paraje próximo para prodigarte algunos cuidados. Grande fué mi alegría cuando te vi abrir los ojos, cuando te oí pronunciar frases oscuras y observé que tus heridas no parecían de mucha gravedad; así es que en cuanto dimos sepultura a tu buen amigo me ocupé de los medios de traerte a mi casa. Rogué a las pobres mujeres que te cuidaran un momento más, mientras yo volvía con una camilla, y al salir de la huerta me regocijaba con la idea de participar a Inés que estabas vivo. «¡Cuánto se alegrará la pobrecita!», decía para mí, y yo me alegraba también, porque había comprendido por sus palabras que aquella flor de Jericó te apreciaba bastante, ¿no es verdad? ¡Ay!, Gabriel, tú hubieras sido nuestro criado, tú nos hubieras servido fielmente, ¿no es verdad?... Pues bien, hijo, como te iba diciendo, corrí desalado a comunicarle la feliz nueva de tu salvación, y cuando entré en la casa donde la había dejado, Inés ya no estaba allí. Aquellas señoras desconocidas dijéronme que Lobo se había llevado a Inés, y como yo les manifestara mi extrañeza, mi indignación, llamáronme estúpido y me arrojaron de su casa. Volé a la de ese miserable la-

drón; mas ni le pude ver ni en todo aquel día ni en los siguientes. Figúrate mi desesperación, mi agonía, mi locura; yo no sé cómo no entregué el alma a los dios en aquellos días, porque, además de mi gran pena, me consumía una fuerte calentura a consecuencia de la herida de esta mano, pues bien viste que perdí dedo y medio en la calle de San José... ¿Crees que me curaba? Ni por pienso. Después que el boticario de la Palma Alta me vendó la mano, no volví a acordarme de tal cosa, y no digo yo dedo y medio, sino los cinco de cada mano me hubiera yo arrancado con los dientes con tal de hallar a mi idolatrada Inés, ¡a aquella rosa temprana, a aquel jazmín de Alejandría!... Durante este tiempo no me olvidé de ti, pues el mismo día tres te hice conducir a esta casa, que es la mía, en la cual has permanecido hasta hoy, y donde, gracias a los cuidados de tan buena gente, has recobrado la salud.

—Pero ¿Lobo ha desaparecido también?—pregunté con afán—. Si no ha desaparecido, bien puede obligársele a decir qué ha hecho de Inés.

—Al cabo de diez días, le encontré, al fin, en su casa. ¿Sabes tú lo que me dijo el muy embustero? Pues verás. Después de reírse de mí, llamándome bobo y mentecato, me dijo que no pensara en volver a ver a Inés, porque la había entregado a sus padres. «¿Pues acaso Inés tiene padres?», le dije. Y él me contestó: «Sí, y son personas de las principales de España, por lo cual he creído mi deber entregarles la infeliz jovenzuela, desde tanto tiempo condenada a vivir fuera de su rango y entre personas de inferior condición.» Me quedé atónito; pero al punto comprendí que esto era invención de aquel inicuo tramposo, embaucador, y en mi cólera, le dije las más atroces insolencias que han salido de estos labios... ¿No crees tú, como yo, que lo de entregarla a sus desconocidos padres es pura fábula de Lobo para ocultar así su crimen? Gabriel, ¿no te estremeces de espanto como yo? ¿Dónde estará Inés? ¿Dónde la tendrá ese monstruo? ¿Qué habrá hecho de ella? ¡Ay! Yo la he buscado sin cesar por todo Madrid; he pasado noches enteras junto a la casa de la calle de la Sal, examinando quién entraba y quién salía; he dado dinero a los

criados, aguadores, lavanderas, a los escribientes del licenciado, a cuantas personas visitaban la casa; pero nadie me ha sabido dar razón, nadie, nadie. ¿Es esto para desesperarse? ¿Es esto para morir de pena? ¡Trabajar tanto, cavilar tanto para sacarla del poder de sus tíos; cometer grandes pecados, exponer uno su alma a las horribles penas del infierno para ver desvanecida como el humo aquella esperanza encantadora, aquella soñada dicha y suprema felicidad!... ¿Será castigo de Dios por mis culpas, Gabriel? ¿Lo crees tú así? ¿Apruebas lo que estoy haciendo ahora, que es rezar mucho y pedir a Dios que me perdone, o que me devuelva mi Inésita, aunque no me perdone? ¿Crees tú que concurriendo a la bóveda de San Ginés con gran constancia y devoción, podré alcanzar de Dios alguna misericordia? ¡Ay! Si las lágrimas que he derramado hubiesen caído todas en el corazón de ese infame Lobo, habríanle atravesado de parte a parte, haciendo el efecto de un puñal. ¿Dónde está Inés? ¿Qué es de ella? ¿Vive o muere? Gabriel, tú tienes ingenio, y Dios ha querido que recobres tu preciosa vida para que desbarates los inicuos planes de ese monstruo abominable y devuelvas a la niña su anhelada libertad, así como a mí la paz del alma, que he perdido quizá para siempre.

Así habló el afligido hortera, y oyéndole, no pude menos de compadecerle por los tormentos de su alma, tan apasionada como inocente. No se cansó de hablar hasta muy avanzada la noche, siempre sobre el mismo tema y con iguales demostraciones dolorosas. Al fin, su voz se perdió para mí en el vacío de un silencio profundo, porque me quedé dormido, cediendo mi atención y curiosidad a la fatiga y flaqueza de ánimo que me consumían aún.

III

Al día siguiente, la primera persona que vieron mis ojos fué doña Gregoria, a quien ya había empezado a tomar cariño, pues tan propio de la caridad es inspirarlo en poco tiempo. La mujer del *Gran Capitán* limpiaba la sala, procurando mover los trastos lentamente pa-

ra no hacer ruido, cuando desperté, y al punto lo dejó todo para correr a mi lado.

—Esa cara está respirando salud—me dijo—. Veremos lo que dice hoy don Pedro Nolasco cuando te vea.

—¿Y quién es ese don Pedro Nolasco? —pregunté, sospechando fuera algún médico afamado de la vecindad.

—¿Quién ha de ser, hijo? El albéitar, que vive en el cuarto número catorce. Aquí no gastamos médico, porque es bocado de príncipes. Y cuando Fernández padece del reuma, le ve don Pedro Nolasco, que es un gran doctor. A él debes la vida, chiquillo, y él te sacó del costado la bala; que si no, a estas horas estarías en el otro mundo.

Oído esto, hicele varias preguntas acerca de su condición y la calidad de la casa, a las que satisfizo bondadosamente, diciendo que su esposo era portero en una oficina del ramo de la Guerra, y que con su sueldo y lo que el señor Juan de Dios le daba por su modesto pupilaje pasaban la vida pobres y contentos.

—Esta no es casa de huéspedes, porque nosotros no queremos barullo—añadió—; pero hace mucho tiempo que conocemos al señor de Arróiz, y por eso le tenemos aquí. Este señor de Santorcaz, que has visto anoche y que no ha de tardar en venir, es un joven a quien conocimos en Alcalá, cuando estábamos allí establecidos, y él dejaba sus estudios en aquella célebre Universidad para correr la tuna. Ha sido muy calavera, y sus padres no le han vuelto a ver desde que se marchó a Francia, hace quince años, huyendo de una persecución muy merecida, por mor de sus barbasadas y viciosas costumbres. ¡Desgraciado joven! Allá fué soldado, y cuando nos cuenta sus trabajos y penalidades, nos quedamos como si oyéramos leer la novela *El asombro de la Francia*, Marta la Romarantina, aunque Santiago dice que todo lo que cuenta es mentira. A pesar de su mala cabeza, nosotros apreciamos a este tarambana de Santorcaz, y él no nos quiere mal; así es que cuando se aparece por España, siempre viene a parar a nuestra casa, donde le damos hospitalidad por bien poco dinero. ¡Ay!, sí, por bien poco dinero; verdad que si le pidiéramos mucho, el infeliz no podría dárnoslo, porque no lo tiene. Y no es porque haya nacido de las hierbas del

campo, pues a un buen solar de tierra de Salamanca pertenece su familia, sólo que como no es primogénito..., su padre se empeñó en dedicarle a la Iglesia, y el pobre chico no tenía afición de misacantano...

Estábamos doña Gregoria y yo enfrascados en este coloquio, que no dejaba de interesarme, cuando, volviendo de su oficina don Santiago Fernández, quitóse gravemente el pesado uniforme, que su consorte colgó en la percha, no lejos de la amenazadora lanza, y se dispuso a comer.

—Grandes noticias te traigo, mujer —dijo con retozona sonrisa, sentado ya en el sillón de cuero y con ambos manos posadas en las respectivas rodillas, mientras con lento compás movía el cuerpo—. Te vas a poner más contenta...

—No puede ser sino que el gran duque ha reventado ya de los cólicos que padecía.

—No; no es eso, mujer. ¿Quién te dijo que Navalagamella le había declarado la guerra a la *canalla*? No es Navalagamella sólo, mujer: es Asturias, León, Galicia, Valencia, Toledo, Burgos, Valladolid y se cree que también Sevilla, Eadajoz, Granada y Cádiz. En la oficina lo han dicho; y si vieras cómo están todos bailando de contento... Oficial conozco que no ha dormido en toda la noche esperando el correo; ¡y si supieras, mujer...! A ti te lo puedo decir, y no importa que lo oiga este chico. Oye, oíd los dos: muchos oficiales se han fugado, sin que en los cuarteles ni en sus casas se sepa dónde están. Y dirás tú: «¿Pues dónde están?» Yo lo sé; sí, señora, yo lo sé: han ido a unirse a los ejércitos españoles que se están formando... ¿A que no sabes dónde se están formando? Pues yo lo sé; sí, señora, yo lo sé: uno se está formando en Valladolid, y lo mandará don Gregorio de la Cuesta; otro, en Asturias y Galicia, que corre a cargo de Blake..., y el tercero... Esta es la más gorda de todas. ¿Te la digo?

—Hombre, sí, dila; no nos dejes a media miel.

—Pues se dice por ahí que las tropas de Andalucía se sublevarán; sí, señor, se sublevarán. ¡Pues no han de sublevarse!... Si en cuanto uno dé la voz empieza a desfilar nuestra gente, y ni

un ranchero español quedará a las órdenes de Murat, ni de la Junta.

—Veo que lo van a pasar mal, Santiago. Pero siento golpes en la puerta. Son los vecinos que vienen a saber noticias... Pase usted, señor don Roque; pasen ustedes, niñas; adelante, señor de Cuervatón.

Abrió doña Gregoria la puerta y penetraron, en ordenada falange, como una docena de personas de uno y otro sexo y de diferentes edades y facha, las cuales personas eran los vecinos más adictos al *Gran Capitán*, y además entusiastas creyentes de sus noticias, por lo cual acudían todas las mañanas, cuando aquél regresaba de la oficina, con el anhelo de saciar en la fuente más pura y cristalina la ardorosa curiosidad que entonces devoraba a los habitantes de Madrid. ¿Debo detenerme en enumerar a tan dignas personas? Para qué, si el lector no necesita conocer al lañador, ni al talabartero, ni tampoco a don Roque, el comerciante arruinado; ni al señor de Cuervatón, ni menos a las niñas de la bordadora en fino? Dejémoslos envueltos en el velo de su discreto incógnito y oigamos a Fernández, que, desbordándose de su propio ser a causa de la exorbitantes hinchazón de su orgulloso júbilo, iba contando lo que oyera, sin dejar de aderezar sus relatos con la sal y pimienta de la hipérbole.

—Pues en Andalucía—dijo—, en Andalucía..., ya saben ustedes dónde está Andalucía; como si dijéramos, en Cádiz..., pues. Dicen que la Junta de Sevilla ha armado un gran ejército con las tropas que estaban en San Roque. ¿Saben ustedes lo que es San Roque? Pues es como si dijéramos..., supongan ustedes que aquí está Gibraltar, pues aquí cerquita está San Roque.

—Este don Santiago lo sabe todo.

—Ya, como quien ha visto tantas tierras y ha estado en tantas batallas.

—En San Roque están las mejores tropas de España, tanto en infantería como en artillería y caballos; de modo que si se forma ese ejército y viene sobre Madrid... ¡Jesús!

—¡Jesús!—replicó un coro de diez voces.

—¿Usted cree que vendrá sobre Madrid?—preguntó uno de los concurrentes.

—Eso es lo que no puedo asegurar

—repuso con énfasis el Gran Capitán— Pero, a lo que yo entiendo, y según la experiencia que adquirí en aquellas terribles guerras, me atrevo a decir que el ejército de Andalucía viene sobre Madrid, y si hace lo mismo el de don Gregorio de la Cuesta, juzguen ustedes el susto que pasarán los franceses. Hay que guardar el secreto: mucho cuidado señores, y ustedes, niñas, guárdense muy bien de ir contando estas cosas cuando vayan a la costura, porque puede llegar a oídos del gran duque de Berg... Yo creo que pasará lo siguiente: el ejército de Andalucía vendrá a la Mancha; los franceses irán a batirlos, dejando libre a Madrid, donde entrará don Gregorio de la Cuesta, el cual, si sigue después hacia el Mediodía, les picará la retaguardia por Tarancón; y como al mismo tiempo los de allí le harán retroceder hacia el Tajo, viéndose los franceses atacados por un lado y otro, por fuerza tendrán que caer al río, donde se ahogarán.

—¡Cuánto sabe este hombre! Es un asombro que de esa manera pueda anunciar los movimientos del enemigo. Y, no hay duda, así tiene que suceder.

—Y como la sublevación es general —añadió Fernández—, no podrán acudir a todos lados. Además, no pueden contar con un solo soldado español que los ayude, porque todos desertan; de modo que, si Napoleón quiere continuar la guerra en España, ya puede mandar gente.

—Y como de los que vienen la mitad mueren de borrachera...

—El mismo Murat está padeciendo unos cólicos que se lo llevarán al otro mundo.

—¡Quia! Si lo que tiene es una enfermedad vergonzosa.

—Así pagará las que ha hecho. ¿Pues qué puede ser eso sino castigo de Dios por su barbarie y crueldad?

—No es eso, señora; es que, según dicen, es aficionado a la bebida.

—¡Menudas turcas habrá tomado desde que está aquí! ¿Y se marchará o no se marchará?

—Yo creo que sí—dijo Fernández—. Tengo entendido que está muy disgustado porque Napoleón no le quiere hacer rey de España.

—¡Angelito!, pues no pide poco que digamos.

—Y como parece que mandan de rey al que lo es de Nápoles, un don José, al cual; según dicen, también le gusta aquello..

—Se conoce que es afición de familia.

—Lo que debiera hacer el señor Fernández—dijo el lañador—es irse a cualquiera de esos ejércitos, donde sin duda se había de lucir, y quién sabe si nos le harían general de la noche a la mañana.

—Yo no sirvo para nada—contestó el Gran Capitán—. Yo tuve mi época, y ahora que trabajan otros como trabajamos los de entonces. ¡Aquellas sí que eran guerras, señores! Esto de ahora es una bobada, y si no, ya verán ustedes cómo en menos que canta un gallo se acaba todo.

—Pero lo del ejército de Andalucía, ¿es cierto o es puro barrunto de usted? Sepámoslo de una vez.

—Es cierto, señores. Me parece que Santiago Fernández tiene motivos para saber lo que hace un ejército y lo que deja de hacer. Cuando empiecen nuestros generales a decir «Por aquí te doy», ya les tendré a ustedes al tanto de todo, día por día.

A este punto llegaba cuando entró Santorcaz, y no bien le vieron las honradas personas que formaban el auditorio del buen Fernández, empezaron a desfilar de muy mal talante, porque la presencia del citado *flamasón* era harto desagradable a todos los habitantes de la casa.

—Grandes noticias, grandes noticias traigo, señor don Gonzalo Fernández de Córdoba—exclamó desde la puerta—. Aguárdense todos si quieren saber la verdad pura. Pero ¿se van estas niñas? ¿Por qué me tienen miedo? Y usted, don Roque, ¿no quiere escuchar?... Vayan noramala, pues, y ustedes se lo pierden, porque no saben lo que ocurre... La lanza, señor Fernández; tome usted al punto la lanza y prepárese al combate, porque se acerca lo tremendo y ahora verá quiénes son buenos patriotas y quiénes no lo son.

—No tomemos a broma estas graves cosas, señor don Luis—dijo algo amoscado el que podremos llamar vencedor de Ceriñola—, ni nos escandalice a la vecindad con sus aspavientos.

—¿A que no sabe usted lo que yo sé? —añadió Santorcaz—. ¿A que no sabe

usted que el general Dupont, que estaba en Toledo, ha recibido orden de marchar a Andalucía y que Moncey sale mañana de aquí para Valencia, y que Lefevre, que está en Pamplona, irá pronto sobre la capital de Aragón; que Duhesme se extenderá por Cataluña y que Bessières baja hacia Valladolid a toda prisa con las divisiones de Lasalle de Merle.

—¡Cómo se conoce que usted escupe en corro con la canalla! ¿Y cómo están sus mercedes del estómago? ¿Se han hecho al fin al vino de España? Y el gran duque de Berg, ¿cómo anda de sus calenturas? ¿Hay mieditis? Porque yo tengo para mí que si a esos señores se les caen los calzones, es porque, como dijo el otro, al que mal vive, el miedo le sigue. Yo, en verdad, no sabía lo que usted acaba de decir; pero allá en la oficina oí decir otras cosillas que no sé si sonarán bien en las orejas de la canalla. ¿Por qué no va mi señor don Luis a contárselas a ver si con el gusto se les quita el destemple?

—¿Qué noticias son esas?

—Nada, poca cosa. Cuando el francés las sepa verá usted qué contento se pone... Que en todas las ciudades se han nombrado o se van a nombrar Juntas, las cuales no harán caso de lo que se mande en Bayona, sino que...

—Pero si Fernando Séptimo no es ya rey de España, porque ha cedido sus derechos al emperador, lo mismo que Carlos Cuarto. ¿Qué son esas Juntas más que cuadrillas de insurgentes?

—Sí..., pues que las quiten; es cosa fácil. ¡Demonios de Juntas! Y las muy simples están formando unos ejércitos..., cosa de juego, señor de Santorcaz: cuatro gatos que estaban ahí, en el Campo de San Roque, con unos cuantos cañoncitos... Y también han dado en armarse los paisanos, lo mismo en Castilla que en Cataluña, así en Valencia como en Andalucía... Pero eso no vale nada; son hombres de alfeñique y alcorza, y no digo yo con balas, con saliva los destruirán los franceses.

—¿Y todo lo que sabe usted se reduce a que la Junta de Sevilla está formando un ejército con las tropas de San Roque, que manda Castaños, y las de Granada, que están a las órdenes de Réding? Pues eso lo sabe todo Madrid.

—Mira, Fernández—dijo officiosamente

doña Gregoria—: haces mal en revelar lo que sabes por tan buen conducto, porque yo no soy lerda para conocer que lo que hace nuestro ejército no debe decirse. Y si no, pongo por caso: si tú, que estás enterado de todo, a causa de tu gran tino para la guerra, descubres lo que hace el ejército de Andalucía y llega a oídos del francés, puede aprovecharse de la noticia, y entonces...

—¡Qué ha de aprovecharse, mujer, ni qué entiendes tú de estas cosas! Al contrario, yo quiero que el señor de Santorcaz vaya con el cuento. Y también en Castilla.

—Otro ejército, sí, compuesto de Guardias de Corps, acostumbrados a hacer la guerra en los palacios; de estudiantes, de paletos y contrabandistas—dijo Santorcaz, dando tregua a las bromas y hablando con completa seriedad—. Es una desgracia para nosotros el tener que confesar que no podemos batirnos con los franceses. ¿Qué importa que se armen multitud de paisanos, si esas turbas indisciplinadas, antes que ayuda, serán elementos de ruina para el escaso ejército español? ¿Qué obstáculo pueden ofrecer a los que han sometido la Europa entera estos infelices alucinados, a quienes engaña su ignorancia? ¿Tienen idea de lo que significan la previsión, la táctica, el genio de un jefe experto, para decidir la victoria? Es triste cosa haber llegado a tal extremo por las torpezas de nuestros reyes; pero una vez aquí, no hay más remedio que someterse a lo que la Providencia ha querido hacer de nosotros. España no puede resistir la invasión, porque si la resistiera, haría un milagro, una sobrenatural hazaña nunca vista. Condenada a ser de Napoleón y a ver sentado en su trono a un rey de la familia imperial, lo más cuerdo es resignarse a ésta con la conciencia de haberla merecido.

—¡Que España será francesa, que España será de Napoleón!—exclamó el *Gran Capitán*, encendido en violenta ira—. Señor de Santorcaz, usted es un insolente, usted es un deslenguado, usted no tiene respeto a mis canas. Ya, ¿qué se puede esperar de un trapisionista calavera como usted, que abandonó a su familia por irse a *extranjis* a aprender malas mañas? ¡Decir que España ha de ser francesa! Salga usted de mi casa y no ponga más los pies en

ella. ¿Qué te parece, Gregoria? Mujer, ¿te estás con esa calma y no bufas de cólera como yo?

Y levantándose de su asiento indicó a Santorcaz con majestuoso gesto la puerta de la sala; mas como don Luis no tuviera humor de marcharse, porque todos los días se repetía la misma escena sin resultado alguno, preparábase a comer tranquilamente, dejando que se desvaneciera, como efectivamente se desvaneció, sin efusión de sangre, la ira de su honrado amigo. Durante la comida gruñó un poco don Santiago; pero la prudencia y discreción de su esposa evitaron un choque que pudo haber tenido calamitosas consecuencias.

IV

Lo que he contado pasaba el 20 de mayo, si no me engaña la memoria. Poco a poco fui avanzando en mi convalecencia, y en pocos días me hallé ya con fuerzas suficientes para levantarme y dar algunos paseos por los grandes corredores de la casa, pues la vivienda del *Gran Capitán* tenía como único desahogo el largo pasillo, en cuya pared se abrían hasta veinte puertas numeradas, albergues de otras tantas familias. Peor que mi cuerpo se hallaba mi alma, llena de turbaciones, de sobresaltos y congojas, tan apenada por terribles recuerdos como por angustiosas presunciones, de tal modo, que mi pensamiento corría de lo pasado a lo futuro alternativamente, buscando en vano un poco de paz.

La muerte del cura de Aranjuez, sin dejar de formar en mi alma un gran vacío, me era menos sensible de lo que a primera vista pudiera parecer, porque conceptuándola yo como tránsito que había llevado un nuevo santo a las falanges del Paraíso, consideré a mi amigo en su verdadero lugar y no tan lejos de nosotros que pudiera desampararnos si le invocábamos.

En cuanto a Inés, no dudaba que existía en poder de alguien que la protegiera por encargo de los parientes de su madre; y aunque para esta creencia no tenía más dato que la relación del alucinado Juan de Dios, yo me confirmaba cada vez más en ella, fundándo-

me en antecedentes que omito por ser de mis lectores conocidos, y en la sórdida avaricia del licenciado Lobo, carácter muy abonado para apoderarse de la joven y entregarla, mediante una buena recompensa, a quien deseaba poseerla.

Todo mi afán consistía en restablecerme completamente para poder salir a la calle, y cuando lo conseguí tuve el gusto de darme a conocer a todos mis amigos como un verdadero resucitado o alma del otro mundo que vuelve con forma corporal a cobrar deudas atrasadas. No tendrán ustedes idea del aspecto que ofrecía entonces Madrid si no les digo que la gente toda andaba azarada y aturdida, a veces llena de miedo, a veces haciendo esfuerzos para disimular su alegría. El odio a los franceses no era odio: era un fanatismo de que no he conocido después ningún ejemplo; un sentimiento que ocupaba los corazones por entero, sin dejar hueco para otro alguno, de modo que el amar a los semejantes, el amarse a sí mismo y hasta me atrevo a decir el amor a Dios se adaptaban y sometían como fenómenos secundarios al gran aborrecimiento que inspiraban los verdugos del pueblo de Madrid.

A éstos se los veía solos en todos los sitios: su presencia hacía detener o apresurar a los transeúntes; y era tan extraordinario este desvío, que hasta parecían ellos mismos afectados de profundo pesar y se los observaba taciturnos y foscos, sintiendo que el suelo les quemaba las plantas de los pies. Habían llenado de trincheras y baterías el Retiro, y para ver en todos su orgullo y presunción a los invasores no había más que dirigir el paseo hacia Oriente y se los encontraba en grandes grupos alrededor de las cantinas o paseando por la carretera de Aragón. Ningún español se encaminaba hacia allí, a no ser los granujas, que, entonces como ahora, gustaban de meter las narices en todas partes. Llevado de mi curiosidad, me acerqué al Retiro, y también recorrí otros sitios hacia el Mediodía, igualmente ocupados como posiciones ventajosas.

En el interior de Madrid, las tiendas estaban desiertas, pues todas las personas que se juntaban para pedir o comunicar noticias se reunían en parajes ocultos, siendo de notar que ya entonces comenzaban a dar sus primeras señales de vida las sociedades secretas, aunque

yo no vi ninguna, y digo esto sólo con referencia a vagos rumores. Como el afán por tener noticias relativas al levantamiento de las provincias era una fiebre de que no estaban exentos ni los niños, ni los ancianos, ni las mujeres, cuando se sabía que don Fulano de Tal había recibido una carta de Andalucía, de Galicia o de Cataluña, la casa se llenaba de amigos, y hasta los desconocidos se permitían invadirla ruidosamente para no esperar a que se les contara el gran suceso. Sacábanse copias de las cartas que hablaban de la Junta de Sevilla y de la sublevación de las tropas de San Roque, y aquellas copias circulaban con una rapidez que envidiaría la moderna Prensa periódica.

Todos los días y a todas horas se hablaba de los oficiales que habían huído de Madrid para unirse a los ejércitos de Cuesta o de Blake, y cuando se tropezaba con un militar o con algún joven paisano de buen porte y bríos, no se le hacía otra pregunta que ésta: «¿Usted cuándo se va?» Las familias de las víctimas se habían olvidado ya de rezar por los muertos y pensaban en equipar a los vivos. Escaseaban los jornaleros y menestrales, porque de los barrios bajos partían diariamente muchos hombres a engrosar las partidas de Toledo y la Mancha; y a pesar de los brutales bandos del general francés, ni faltaban armas en las casas ni los fugitivos partían con las manos vacías.

Los invasores, que vigilaban el odio de la capital, con la suspicacia medrosa del que ha padecido sus terribles efectos, no permitían, siendo tan grande su número y fuerza, que se manifestara lo que los madrileños pensaban y sentían; pero aun así, ¡cuántos cantares, cuántas jácara, romances y décimas brotaron de improviso de la vena popular, ya amenazando con rencor, ya zahiriendo con picantes chistes a los que nadie conocía sino por el injurioso nombre de la *canalla*!

En el fondo de aquella grande agitación, y entre tantos recelos, había un secreto júbilo, pues como un día y otro llegaban noticias de nuevos levantamientos, todos consideraban a los franceses como puestos en el vergonzoso trance de retirarse. Aquel júbilo, aquella confianza, aquella fe ciega en la superioridad de las heterogéneas y discordes fuer-

zas populares, aquel esperar siempre, aquel no creer en la derrota, aquel *no importa* con que curaban el descalabro, fueron causa de la definitiva victoria en tan larga guerra y bien puede decirse que la estrategia, la fuerza y la táctica, que son cosas humanas, no pueden ni podrán nunca contra el entusiasmo, que es divino.

Como era natural, las noticias del levantamiento se exageraban locamente, y el delirio popular veía miles de hombres donde no había sino centenares. Cuando las noticias venían de Bayona eran objeto de sistemático desprecio, y las disposiciones del palacio de Marrás, así como la convocatoria de irrisorias Cortes en la ciudad de Aldour y el pleito homenaje por algunos grandes tributado a Bonaparte, daban pábulo a sátiras sangrientas. Cuando alguno decía que vendría de rey a Madrid el hermano de Napoleón, daba pie para las más ingeniosas improvisaciones del género epigramático.

Todas las tertulias, que entonces eran muchas, pues la sociedad no se desparramaba aún por los cafés, eran, digámoslo así, verdaderos clubs donde latía sorda y terrible la conspiración nacional. Se conspiraba con el deseo, con las noticias, con las sospechas, con las hipóboles, con las sátiras, con verdades y mentiras, con el llanto tributado a los muertos y las oraciones por el triunfo de los vivos.

V

Tal era Madrid a fines de mayo de 1808, antes que sonaran los primeros cañonazos de Cabezón y los primeros tiros del Bruch. Dicho esto, se me permitirá que hable un poco de mi persona, pues atendiendo a que la desgracia halla siempre eco en toda persona discreta y sensible, creo que no soy saco de paja a los ojos de mis lectores, y que algún interés les inspiran los penosos trances de mi borrascosa existencia. Necesito, además, explicar por qué causas emprendí mi viaje a Andalucía, entre mayo y junio; y si de buenas a primeras me presentara camino de Despeñaperros en compañía del desconocido Santorcaz, ustedes no acertarían a explicarse ni los móviles de jornada tan peligrosa, ni

mi repentino acomodamiento con aquel hombre singular.

Es pues, el caso que, no satisfecho con las noticias que acerca de Inés me dió Juan de Dios, traté de averiguar la verdad y tuve la feliz ocurrencia, mejor dicho, la inspiración, de presentarme en casa de la marquesa, a quien no hallé; mas quiso la Divina Providencia que un criado, conocido mío desde la famosa noche de la representación, me saliera al encuentro, y después de mostrarse muy obsequioso satisficiera mi curiosidad sobre aquel punto. Según me dijo, el mismo día 3 de mayo se presentó allí un hombre de antiparras verdes, el cual conducía dentro de una litera a cierta joven llorosa y al parecer enferma. No encontrando a la señora, preguntó por su hermano, con el cual hubo de conferenciar más de dos horas. Despidióse al cabo, dejando a la madamita en la casa.

El hermano de la señora marquesa, que no era otro que aquel festivo diplomático a quien conocimos en octubre de 1807, partió el día 4 para Córdoba a unirse con su hermana y sobrina, y, ¡cosa rara!—me dijo aquel curioso servidor—, se llevó consigo a la jovenzuela.

—¿De suerte que ahora están todos en Córdoba?—le pregunté.

—Sí, y según noticias, no piensan venir hasta que se acaben estas cosas. Eso de la señorita que trajeron en la litera ha dado mucho que hablar a la servidumbre, y dice mi mujer...; pero más vale callar. El hombre aquel de las antiparras verdes había estado ya algunos días aquí, y unas veces la señora condesa, otras su tía, le recibían. Mal hombre parece.

—Y la joven, ¿no hizo resistencia cuando quisieron llevársela?

—Si parecía muerta, ¿qué resistencia podía hacer? Como que tuvimos que cargarla entre dos para ponerla en el coche.

Ignoro si esto que oí y puntualmente refiero llamará la atención de mis lectores; pero lo que sí les ha de causar sorpresa, ¡qué digo sorpresa!, asombro grandísimo, es el saber que me atreví a desafiar las iras del licenciado Lobo, del mismo Lobo de marras, no vacilando en arriesgarlo todo por esclarecer lo que tan hondamente me inquietaba. No queriendo aparecer ni aun en sombra por la aborrecida calle de la Sal, bus-

quéle allá por la alcaldía de Casa y Corte, donde con toda seguridad pensaba encontrarle, y al punto que me vió... No, no es verosímil, no lo van ustedes a creer. ¿Necesitaré jurarlo? Pues lo juro: juro que es la pura verdad. Pues bien: al pronto que me vió echóme los brazos al cuello, demostrando gran interés por mi persona, y no sólo me pidió nuevas acerca de mi salud, sino que me rogó le contase algunos pormenores de mi fusilamiento y para él milagrosa resurrección.

Quedéme atónito, aunque no tranquilo, presumiendo que tan desusadas blanduras serian obra de su refinada astucia y preparación de algún nuevo golpe contra mí: pero cuando le pregunté por el estado en que se hallaba el proceso célebre respondiome que ya no se pensaba en tal cosa, porque como los franceses eran amigos del principe de la Paz no convenia molestar a los servidores y amigos de éste.

—No quiero—añadió—que su alteza y gran duque se amosque. Aquello fué una broma, y de haberte prendido, al punto hubieras sido puesto en libertad. Pero di, pícarón..., ¿conque tú eras galán de doña Inés? Cuéntame todo: ¿dónde la conociste? ¡Ah, bien comprendía Requejo que guardaba un tesoro en su casa! Yo lo sabía todo..., ¿y tú?; sospecho que también, perillán. Pero no sabías que a fines del mes de abril se acordó en consejo de familia recoger e identificar a esa jovencita para darle la posición que le corresponde. Como yo estaba al tanto de todo, y además tenía el honor de conocer a la señora marquesa, comprometí a entregarla, haciéndoles creer que había grandes dificultades para arrancarla del poder de los parientes de su supuesta madre. Hijo, es preciso hacer algo por la vida: considera que es uno un pobre con mujer, nueve hijos, dos suegras y tres cuñadas; dos suegras, sí, señor, la madre y la abuela de mi mujer, y si uno no se da maña para mantener a este familión... La verdad es que a todos les di cordelejo: a don Mauro, al papanatas de Juan de Dios y a ti mismo, que ahora resucitas para pedirme a Ines. Pero ¿la amabas tú? Anda, zanguango, cortéjala, a ver si logras casarte con ella, lo cual, aunque difícil, no es imposible; la niña tendrá una dote regular y quizá pueda heredar el ma-

porazgo y título, lo cual será, según el tenor de las escrituras... ¡Ah pelafustán! Me parece que tú traes un proyectillo entre ceja y ceja. ¿Vas a Córdoba? Oye: recuerdo que la palomita te llamaba con exclamaciones muy tiernas cuando medio muerta la conducíamos en la litera mi pasante y yo. ¡Ja, ja, ja! ¿Sabes de qué me río? De ese ganso de Juan de Dios, que estuvo aquí el otro día, y poniéndose de rodillas delante de mí me dijo: «¡Déme usted a Inés, porque me muero sin ella! ¡Démela usted hoy y máteme mañana!» Fué una comedia, Gabriel, y aunque nos reímos mucho, al fin nos cansó tanto que tuvimos que echarle a palos de la escribanía.

Atención sostenida presté yo a estas y otras muchas razones del licenciado Lobo, el cual, para que nada faltara en su inexplicable benignidad y cortesanía, al tiempo de despedirme díjome que quizá pudiera proporcionarme algunas lecciones de latín si me hallaba con ánimos, puesto que era tan grande humanista, de ganarme el pan con la enseñanza. Dile las gracias, y tan satisfecho me retiré del resultado de mis investigaciones, que el mismo día decidí marchar a Córdoba cuando estuviera restablecido.

¿Me seguirán ustedes, o fatigados de estas aventuras dejarán que marche solo a resolver cuestiones que a nadie interesan más que al que esto escribe? No; espero que no nos separemos tan a deshora y cuando parece probable que, siguiéndome, asistan ustedes a algún espectáculo que les haga más llevadero el fastidio de mis personales narraciones. Vamos, pues, y tengan en cuenta que nos acompaña el señor de Santorcaz, a quien llevan al país andaluz asuntos de familia. Yo le manifesté que deseaba me llevase como escudero; mas él dijo que no tenía con qué pagar mis servicios, porque su bolsa no estaba en disposición de atender a gastos de servidumbre, y que hartó se congratularía de llevarme como compañero y amigo. Así fué, en efecto; y como yo necesitara algunos días más de restablecimiento, él me esperó, y en uno de los últimos de mayo o de los primeros de junio, luego que me despedí de mis obsequiosos protectores, correspondiéndoles como pude, y de Juan de Dios, a quien oculté el objeto de mi expedición, nos pusimos en marcha.

VI

Como Santorcaz era pobre, y yo más pobre todavía, nuestro viaje fué tan irregular cual los que en antiguas novelas vemos descritos. No adoptamos sistemáticamente ninguna de las clases de incómodos vehículos conocidos en nuestra España; en varias ocasiones anduvimos en galera; otras, en macho, si nos franqueaban sus caballerías los arrieros que tornaban a la Mancha de vacío, y las más veces a pie. Hacíamos noche en las posadas y ventas del camino, donde Santorcaz lucía su prodigiosa habilidad en el no gastar, logrando siempre que se le sirviese bien. Rara estas y otras picardías mi compañero se hacía pasar por un insigne personaje, mandándome que le llamase excelencia y que me descubriese ante él siempre que nos mirara el mesonero. Yo lo cumplía puntualmente; y con tal artificio, más de una vez, además de no cobrarnos nada, salían a despedirnos humildemente, rogándonos que les dispensáramos el mal servicio.

Más allá de Noblejas y Villarrubia de Santiago, y cuando después de una larga jornada sesteábamos, apartados del camino, junto a la ermita del *Santo Niño*, se nos agregó un mozo que nos dijo llevaba el mismo camino que nosotros, y que desde entonces fué nuestro inseparable compañero. Tenía como veinte años, llamábase Andresillo Marijuán, y aunque era natural de Aragón iba a servir de mozo de mulas a un pueblo de Andalucía, en casa de la condesa de Rumblar, su ama y señora, pues en las fincas que ésta poseía en tierra de Almunia de doña Godina había nacido aquel mancebo. Al punto su genio franco y alegre simpatizó con el mío y nos hicimos muy amigos. Santorcaz nos trataba con superioridad; aunque sin tiranía. Cuando al llegar a una posada, cabalgando él en perverso macho y nosotros a pie, íbamos a tenerle el estribo y después a quitarle las espuelas, deshaciéndonos en cumplidos y cortesías, teníamos que apretar los dientes para no soltar la risa. Marijuán, que mejor que yo sabía fingir, era el encargado de ordenar al ventero que le diese al amo lo mejor de la despensa, porque su excelencia, que iba de regente a Sevilla, era hom-

bre terrible y castigaba con fiereza a los posaderos que no le servían bien.

Así atravesamos la Mancha, triste y solitario país, donde el sol está en su reino y el hombre parece obra exclusiva del sol y del polvo; país entre todos famoso desde que el mundo entero hase acostumbrado a suponer la inmensidad de sus llanuras recorrida por el caballo de Don Quijote. En opinión general, es la Mancha la más fea y la menos pintoresca de todas las tierras conocidas, y el viajero que viene hoy de la costa de Levante o de Andalucía se aburre junto al ventanillo del vagón, anhelando que se acabe pronto aquella desnuda estepa, que como inmóvil y estancado mar de tierra no ofrece a sus ojos accidente, ni sorpresa, ni variedad, ni recreo alguno. Esto es lo cierto: la Mancha, si alguna belleza tiene, es la belleza de su conjunto, su propia desnudez y monotonía, que, si no distraen ni suspenden la imaginación, la dejan libre, dándole espacio y luz donde se precipite sin tropiezo alguno. La grandeza del pensamiento de Don Quijote no se comprende sino en la grandeza de la Mancha. En un país montuoso, fresco, verde, poblado de agradables sombras, con lindas casas, huertos floridos, luz templada y ambiente espeso, Don Quijote no hubiera podido existir y habría muerto en flor tras la primera salida, sin asombrar al mundo con las grandes hazañas de la segunda.

Don Quijote necesitaba aquel horizonte, aquel suelo sin caminos, y que, sin embargo, todo él es camino; aquella tierra sin direcciones, pues por ella se va a todas partes, sin ir determinada a ninguna; tierras surcadas por las veredas del acaso, de la aventura, y donde todo cuanto pase ha de parecer obra de la casualidad o de los genios de la fábula; necesitaba de aquel sol que derriete los sesos y hace a los cuerdos locos; aquel campo sin fin, donde se levanta el polvo de imaginarias batallas, produciendo, al transparentar de la luz, visiones de ejércitos de gigantes, de torres, de castillos; necesitaba aquella escasez de ciudades que hace más rara y extraordinaria la presencia de un hombre o de un animal; necesitaba aquel silencio cuando hay calma, y aquel desahogado rugir de los vientos cuando hay tempestad; calma y ruido que son igual-

mente tristes y extienden su tristeza a todo lo que pasa, de modo que si se encuentra un ser humano en aquellas soledades, al punto se le tiene por un desgraciado, un afligido, un menesteroso, un agraviado que anda buscando quien le ampare contra los opresores y tiranos; necesitaba, repito, aquella total ausencia de obras humanas que representen el positivismo, el sentido práctico, cortapisas de la imaginación, que la detendrían en su insensato vuelo; necesitaba, en fin, que el hombre no pusiera en aquellos campos más muestras de su industria y de su ciencia que los patriarcales molinos de viento, a los cuales sólo el lenguaje faltaría para ser colosos, inquietos y furibundos, que desde lejos llaman y espantan al viajero con sus gestos amenazadores.

VII

Así es la Mancha. Al atravesarla no podía menos de acordarme de *Don Quijote*, cuya lectura estaba fresca en mi imaginación. Durante nuestras jornadas nos aburríamos bastante, menos cuando Santorcaz nos contaba algún extraordinario suceso de los que en lejanos países había presenciado. Una vez nos dejó con la boca abierta contándonos la fiesta de la coronación de Bonaparte, con todos sus pelos y señales, y otra vez nos puso los cabellos de punta refiriendo la más famosa batalla de las muchas en que se había encontrado. Cuando lo contaba íbamos caballeros en sendos machos que nos facilitaron por poco dinero unos arrieros de Villarta, y no estoy seguro de si habíamos traspasado ya el término de Puerto Lápiche o íbamos a entrar en él. Lo que sí recuerdo es que por huir del calor emprendimos nuestra jornada mucho antes de la salida del sol, y que la noche estaba brumosa, el cielo encapotado y sombrío, la tierra húmeda a consecuencia del fuerte temporal de agua que descargara el día anterior.

Debo indicar el paisaje que teníamos delante, porque no menos que la pintoresca relación de Santorcaz contribuyó aquél a impresionar mis sentidos. El camino seguía en línea recta ante nosotros; a la izquierda elevábanse unos

cerros cuyas suaves ondulaciones se perdían en el horizonte formando dilatadas curvas; en el fondo, y muy lejos, se alcanzaba a ver una colina más alta, en cuya falda parecían distinguirse las casas de un pueblo; a la derecha, el suelo se extendía completamente llano, y en su inmensa costra la tarda corriente de un arroyo y el agua de la lluvia formaban multitud de pequeños charcos, cuyas superficies, iluminadas por la luna, ofrecían a la vista la engañosa perspectiva de una gran ciénaga o pantano. He hablado de la luna, y debo añadir que aquel astro, desfigurador de las cosas de la tierra, prestaba imponente solemnidad al desnudo y solitario paisaje, esclareciendo o dejándolo a oscuras alternativamente, según que daban paso o no a sus pálidos rayos los boquetes, desgarrones y acribilladuras de las nubes.

Santorcaz, después de un rato de silencio y meditación, conuvo su cabalgadura, paróse en mitad del camino y contemplando con cierto arrobamiento el horizonte lejano, las colinas de la izquierda y los charcos de la derecha, habló así:

—Estoy asombrado, porque nunca he visto dos cosas que tanto se parezcan como este país a otro muy distante donde me encontraba hace tres años a esta misma hora, en la madrugada del dos de diciembre. ¿Es la imaginación la que me reproduce las formas de aquel célebre lugar, o por arte milagroso nos encontramos en él? Gabriel, ¿no hay enfrente y hacia la derecha unos grandes pantanos? ¿No se ven a la izquierda unos cerros que terminan en lo alto con un pequeño bosque? ¿No se eleva delante una colina en cuya falda blanquea un pueblecillo? Y aquellas torres que distingo al otro lado de dicha colina, ¿no son las del castillo de Austerlitz?

Marijtán y yo nos reíamos, diciéndole que se le quitaran de la cabeza tales cosas, y que si bien lo de los charcos era cierto, por allí no había ningún castillo de Berlín ni nada parecido. Pero él, poniendo al paso la cabalgadura y mandándonos que le siguiéramos uno a cada lado, continuó hablando así:

—Muchachos, no puedo olvidar aquella célebre jornada, que llamamos de los Tres Emperadores, y que es, sin duda, la más sangrienta, la más gloriosa, la más hábil con que ha ilustrado su

nombre el gran tirano, ese hombre casi divino a quien ahora puedo nombrar a boca llena, porque no nos oyen más que el cielo y la tierra. Os contaré, muchachos, para que sepáis lo que es el hacha de la guerra en manos de ese leñador de Europa. Yo me hallaba en París sin recursos, después de haber sido sucesivamente maestro de latín, pintor de muestras, corista en Ventadour, espadachín, servidor de los emigrados de Coblenza, postillón de diligencias, carbonero y cajista de imprenta, cuando senté plaza en el ejército de Boudogne, destinado a dar un golpe de mano contra Inglaterra... Cuando el emperador nos trasladó de improviso, sin revelar su pensamiento, al centro de Europa, estábamos un tanto amoscados, porque las violentas marchas nos mortificaban mucho, y como éramos unos zopencos no comprendíamos los grandes planes de nuestro jefe. Pero después de la capitulación de Ulm nos creíamos los primeros soldados del mundo, y al hablar de los prusianos y de los rusos, nos reíamos de ellos, juzgándolos hasta indignos de nuestras balas. Cuando pasamos el Inn, ya presumíamos que se preparaban grandes cosas; al internarnos en la Moravia, después de la acción de Hollabrunn, comprendimos que el ejército rusoaustriaco nos iba a presentar batalla formal. Lo que no estaba reservado a nuestras cabezas era el discurrir si tomaríamos la ofensiva. Pero la gran cabeza aquella que tiene un mechón en la frente y el rayo en el entrecejo, lo iba a decidir bien pronto.

A este punto llegaba, cuando el camino por que marchábamos torció hacia la derecha, describiendo una gran vuelta, de modo que formaba ángulo recto con su primitiva dirección. Santorcaz, nuevamente alucinado con aquello que parecía para él extraordinaria coincidencia, prosiguió así:

—Pero ¿no es éste el camino de Olmutz? Gabriel, o esto es aquello mismo, o se le parece como una gota a otra gota. Mira: ahora tenemos enfrente los pantanos de Satzchan, y a nuestra izquierda, la colina de Pratzen. Mira hacia allá. ¿No se oye ruido de tambores? ¿No se ven algunas luces? Pues allí están los rusos y los austriacos. ¿Sabes cuál es su intención? Pues quieren cortarnos el camino de Viena, para lo cual

tendrán que bajar de la colina de Prätzen y situarse entre nuestra derecha y los pantanos. ¡Mira si son estúpidos! Eso precisamente es lo que quiere el emperador, y todo lo dispone de modo que parezca que nos retiramos hacia Viena. Figúrate que aquí está nuestro ejército, compuesto de setenta mil hombres, cuyo inmenso frente ocupa todas las colinas de la izquierda, el camino y parte de las llanuras que hay a la derecha. El emperador, después de llenarse las narices de tabaco, sale a medianoche a recorrer el campo y observar los movimientos del enemigo. ¿Veis? Por allí va. ¿No se oyen las pisadas de su caballo y los gritos de entusiasmo con que le saludan los soldados? ¿No se ve el resplandor de las hogueras que encienden a su paso? Pero ¿ustedes no ven todo esto? ¡Bah! Es ilusión mía; pero de tal modo aviva mis recuerdos la similitud del paisaje, que me parece ver y oír lo que estoy contando... Pero querréis saber cómo fué que vencimos a los rusos y a los austriacos, y os lo voy a referir. Al amanecer, ¡oh chiquillos!, los rusos bajaban maquinalmente por aquella alta colina de enfrente, con objeto de venir hacia nuestra derecha para cortarnos el camino. No olvidéis que aquí delante tenemos un arroyo que viene serpenteando de izquierda a derecha hasta perderse en los pantanos. El emperador manda que la derecha pase el arroyo, y verificado esto, los rusos atacan. El centro, mandado por Soult, y la izquierda, por Lannes, ansiaban entrar en fuego; pero el emperador contenía el ardor de aquellos generales para aguardar a que los rusos acabasen de cometer el desatino de bajar de las alturas de Prätzen para meterse en la madre del arroyo de Golbasch. Os explicaré bien. Allá en lontananza, y al pie de la loma, están las aldeas de Telnitz y Sokolnitz...

—Si aquí no hay tales aldeas, señor —interrumpió Marijuán, indócil a la mistificación.

—Necio, ¿querras callar?—continuó el francmasón—. Yo sé lo que me digo, y es que todo el afán de Napoleón, después que vió bajar a los rusos, consistía en tomar aquellas aldeas para apoderarse luego de la loma que tenemos enfrente. ¿No lo veis? Pues bien: los generales Soult y Lannes partieron al galope para dirigir las operaciones del cen-

tro y de la izquierda. Yo pertenecía al centro, y estaba en el diecisieteavo de línea y a las órdenes de Vandamme. Avanzamos hacia el arroyo. ¿Veis? Fuimos por aquí a toda prisa.

—Si aquí no hay tal arroyo—dijo Marijuán, riendo—. Usted sí que tiene la cabeza llena de arroyos y aldeas, y derechas e izquierdas.

—Llegamos a la aldea de Telnitz, y allí comenzó el ataque—continuó imperturbablemente Santorcaz—. En la loma quedaban todavía veintisiete batallones de infantería rusa y austriaca, mandados en persona por los dos emperadores y por el general en jefe ruso Kutusof. ¡Ah muchachos, si hubieras visto aquello! Mirad hacia enfrente, pues desde aquí se distingue muy bien la posición que, respectivamente, teníamos: ellos, encima; nosotros, debajo... Al principio nos acribillaban; pero Soult nos mandó subir a todo trance, y subimos, desafiando la lluvia de balas. Para ayudarnos, el general Thiébault, de la división de Saint-Hilaire, refuerza nuestra derecha con doce piezas de artillería, que, bien disparadas, hacen grandes claros en las filas contrarias. Estas tienen, al fin, que retroceder al otro lado de la loma. ¿Veis aquel repecho que hay a la izquierda? Pues allí fué el diecisieteavo de línea. Piquemos nuestras cabalgaduras y nos hallaremos en el mismo sitio. Estúpidos, ¿no os entusiasmaís con estas cosas? Mira, Gabriel: ya estamos subiendo; ésta es la loma que veíamos desde lejos; este repecho que miráis a la izquierda es el repecho de Estari-Winobradi, adonde el general Vandamme nos condujo. Pero ¿creéis que es cosa de juego? El repecho está defendido por numerosas tropas rusas y una formidable artillería. La cosa era peliaguda; pero cuando los generales dicen: «Adelante, siempre adelante», no es posible resistir, y aunque del diecisieteavo de línea no quedamos más que la tercera parte para contarlos, ayudados por el vigésimocuarto de ligeros, tomamos al fin el repecho, apoderándonos de la artillería. Los rusos se desbandaron por el otro lado de la loma, dirigiéndose hacia aquel caserío que a lo lejos clarea, a la luz de la luna, y que no es otro que el castillo de Austerlitz.

Marijuán reventaba de hilaridad. Yo, a mi vez, no pude menos de hacer algu-

na observación al narrador, diciéndole:

—Señor de Santorcaz, allá no se ve ningún castillo, como no sea que se le antoje fortaleza la cabaña de algún pastor de estas ovejas, únicos rusos que andan por estos lugares.

—Tú sí que no sabes lo que te dices —prosiguió Santorcaz, deteniendo su macho en medio del camino—. Os seguiré contando. Mientras los del centro hacíamos lo que habéis oído, allá, por la izquierda, en esa tierra llana que tenemos a este lado, la caballería cargaba portentosamente al mando de Lannes y Murat. Francamente, rapaces, de esto poco os puedo hablar, porque caí herido; por un buen rato se me pusieron telarañas ante los ojos, y mis oídos no percibían sino un vago zumbido. Pero ahí, hacia la derecha, se remataba a los rusos y a austriacos del modo más admirable. ¿No veis los pantanos de Satzchan? A lo lejos brilla su engañosa superficie: están helados, y los rusos, impelidos por Soult, se precipitan sobre ellos. En el acto, el emperador manda que la artillería de la Guardia dispare algunos cañonazos sobre el hielo para que se hunda, y entre los desmenuzados cristales caen al agua dos mil rusos con sus cañones, caballos, pertrechos, armas, municiones y carros, precipitándose confusamente, sin que sus compañeros les prestaran socorro, porque no pensaban más que en huir, y huyendo se ahogaban, y quedándose morían barridos por la metralla francesa. ¡Qué espantoso desastre para aquella pobre gente, y qué gran victoria para nosotros! Estábamos locos de entusiasmo. Pero ¿qué veo? Gabriel, y tú, Marijuán, ¿no os entusiasmais? Sois unos gazañapiros. Aquello fué prodigioso. Sólo entramos en fuego cuarenta mil hombres, y merced a las hábiles disposiciones del gran tirano, derrotamos a noventa mil soldados, matándolos o ahogando quince mil, cogiendo veinte mil prisioneros y ciento veinte cañones. ¿No había motivo para que nos volviéramos locos con nuestro jefe? ¡Ah muchachos, si hubierais estado allí cuando recorrió el campo de batalla mandando recoger los heridos! Creo que hasta los muertos se levantaban para gritar: «¡Viva el emperador!» Y cuando, a la noche siguiente, encendimos una gran hoguera en este mismo sitio donde ahora estamos y vino él a situarse allí

enfrente, para recibir al emperador de Austria, parecía un dios rodeado de aureola de fuego y teniendo al alcance de su mano los rayos con que destruía tronos y reyes, imperios y coronas.

Marijuán y yo nos reíamos; pero pronto nos fué forzoso disimular nuestra hilaridad, porque, habiendo preguntado el joven aragonés con mucha sorna que cuál fué la ventaja sacada de tal lucha, Santorcaz se amoscó, y, amenazando castigarnos si no nos entusiasmábamos como él, nos dijo:

—Mentecatos, podencos, ¿acaso la paz y Tratado de Presburgo es paja? Prusia quedó aliada de Francia, perdiendo Austria el apoyo de su hermana. Austria abandonó a Francia el estado de Venecia y cedió el Tirol a Baviera, reconociendo al mismo tiempo la soberanía de los electores de Baviera, Wurtemberg y Baden, después de pagar a Francia cuarenta millones de indemnización de guerra. Al mismo tiempo, pedazos de alcoraque, por el Tratado de Schoenbrunn, Francia cedió a Prusia el Hannóver, Prusia cedió a Baviera el marquesado de Anspach y a Francia el principado de Neufchatel y el ducado de Clèves.

Marijuán y yo volvimos a mirarnos y nos volvimos a reír, lo cual, advertido por Santorcaz, fué causa de que éste nos sacudiera un par de latigazos que, a ser repetidos, nos habrían obligado a defendernos, haciendo allí mismo un segundo Austerlitz. Más bien estábamos para burlas que para veras, y Marijuán especialmente no dejaba pasar coyuntura en que pudiera zaherir a nuestro compañero. Como acertáramos a encontrar un rebaño de ovejas y cabras, dijo el aragonés:

—Apartémonos aquí, junto al charco, para ver de derrotar a estos austriacos y rusiacos, que vienen mandados por el tío Parranclof, emperador del Zurrón y rey de los guarros, y subamos a la loma de la Panza para quitarles la artillería y hacerlos meter en el castillo.

Yo, en tanto, acordándome de Don Quijote, contemplaba el cielo, en cuyo sombrío fondo las pardas y desgarradas nubes, tan pronto negras como radiantes de luz, dibujaban mil figuras de colosal tamaño, con esa expresión que, sin dejar de ser cercana a la caricatura, tiene no sé qué sello de solemne y pavorosa grandeza. Fuera por efecto de lo

que acababa de oír, fuera simplemente que mi fantasía se hallase por sí dispuesta a la alucinación, que siempre produce un bello espectáculo en la solitaria y muda noche, lo cierto es que vi en aquellas irregulares manchas del cielo veloces escuadrones que corrían de Norte a Sur, y en su revuelta masa, las cabezas de los caballos y sus poderosos pechos, pasando unos delante de otros, ya negros, ya blancos, como disputándose el mayor avance en la carrera. Las recortaduras, varias hasta lo infinito, de las nubes hacían viajes de distintas formas: vi colosales sombreros o morriones con plumas, penachos, bandas, picos, testuces, colas, crines, garzotas; aquí y allí se alzaban manos con sables y fusiles, banderas con águilas, picas, lanzas, que corrían sin cesar; y al fin, en medio de toda esta barahunda, se me figuró que aquellas mil formas se deshacían y que las nubes se conglomeraban para formar un inmenso sombrero apuntado en dos candiles, bajo el cual los difuminados resplandores de la luna como que bosquejaban una cara redonda y hundida entre altas solapas, desde las cuales se extendía un largo brazo negro, señalando con insistente fijeza el horizonte.

Yo contemplaba esto, preguntándome si la terrible imagen estaba realmente ante mis ojos o dentro de ellos, cuando Santorcaz exclamó de improviso:

—Miradle, miradle allí. ¿Le veis? ¡Estúpidos! ¡Y queréis luchar con este rayo de la guerra, con este enviado de Dios que viene a transformar a los pueblos!

—Sí allí le veo—exclamó Marijuán, riendo a carcajadas—. Es Don Quijote de la Mancha, que viene en su caballo, y tras él, Sancho Panza en su burro. Déjele venir, que ahora le aguarda la gran paliza.

Las nubes se movieron y todo se tornó en caricatura.

VIII

El sol no tardó en salir, aclarando el país y haciendo ver que no estábamos en Moravia, como vamos de Brunn a Olmutz, sino en la Mancha, célebre tierra española.

El pueblo donde paramos, a eso de las ocho de la mañana, era Villarta; y de-

jando allí nuestros machos, tomamos unas galeras que en nueve horas nos hicieron recorrer las cinco leguas que hay desde aquel pueblo a Manzanares. ¡Tal era la rapidez de los vehículos en aquellos felices tiempos! Cuando entrábamos en esta villa, al caer de la tarde, distinguimos a lo lejos una gran polvareda, levantada, al parecer, por la marcha de un ejército, y dejando los perezosos carros, entramos a pie en el pueblo para llegar más pronto y saber qué tropas eran aquéllas y adónde iban.

Allí supimos que eran las del general Ligier-Belair, que iba en auxilio del destacamento de Santa Cruz de Mudela, sorprendido y derrotado el día anterior por los habitantes de esta villa. En la de Manzanares reinaba gran inquietud; y, una vez que los franceses desaparecieron, ocupábanse todos en armarse para acudir a socorrer a los de Valdepeñas, punto donde se creía próximo un reñido combate. Dormimos en Manzanares, y al siguiente día, no encontrando ni cabalgaduras ni carro alguno, partimos a pie para la venta de la Consolación, donde nos detuvimos a oír las estupendas nuevas que allí se referían.

Transitaban constantemente por el camino paisanos armados con escopetas y garrotes, todos muy decididos, y, según la muchedumbre de gente que hacía Valdepeñas acudía, en Manzanares y en los pueblos vecinos de Membrilla y La Solana no debían de quedar más que las mujeres y los niños, porque hasta los inútiles viejos acudían a la guerra. Por último resolvimos asistir nosotros también al espectáculo que se preparaba en la vecina villa, y, poniéndose en marcha, pronto recorrimos las dos leguas de camino llano. Mucho antes de llegar divisamos una gran columna de humo que el viento difundía en el cielo. La villa de Valdepeñas ardía por los cuatro costados.

Apretando el paso, oímos ya cerca del pueblo prolongado rumor de voces, algunos tiros de fusil, pero no descargas de artillería. Bien pronto nos fué imposible seguir por el arrecife, porque la retaguardia francesa nos lo impedía, y, siguiendo el ejemplo de los demás paisanos, nos apartamos del camino, corriendo por entre viñas y sembrados, sin poder acercarnos a la villa. En esto vimos que la caballería francesa se reti-

raba del pueblo, ocupando el llano que hay a la izquierda, y al mismo tiempo el incendio tomaba tales proporciones, que Valdepeñas parecía un inmenso horno. Los gritos, los quejidos, las imprecaciones que salían de aquel infierno llenaban de espanto el ánimo más esforzado.

Al punto comprendimos que el interior del pueblo se defendía heroicamente, y que el plan de los franceses consistía en apoderarse de los extremos, incendiando todas las casas que no pudieran ocupar. De cuando en cuando, un estruendo espantoso indicaba que alguno de los endebles edificios de adobes había venido al suelo, y el polvo se confundía en los aires con el humo. Los escombros sofocaban momentáneamente el fuego; pero éste surgía con más fuerza, cundiendo a las casas inmediatas. Al fin pareció que todo iba a cesar, y, según dijeron los que estaban cerca, habían salido del pueblo algunos hombres a conferenciar con el general francés. Mucho tiempo debieron de durar las conferencias, porque no vimos que éstos se retiraran ni que concluyese el ruido y algazara en el interior; pero al cabo de largo rato un movimiento general de la multitud nos indicó que algo importante ocurría. En efecto: los franceses, replegando sus caballos en la calzada, retrocedían hacia Manzanares.

Cuando entramos en Valdepeñas, el espectáculo de la población era horroroso. Parece increíble que los hombres tengan en sus manos instrumentos capaces de destruir en pocas horas las obras de la paciencia, de la laboriosidad, del interés, fuerzas acumuladas por el brazo trabajador de los años y los siglos. La calle Real, la más grande de aquella villa y, como si dijéramos, la columna vertebral que sirve a las otras de engaste y punto de partida, estaba materialmente cubierta de jinetes franceses y de caballos. Aunque la mayor parte eran cadáveres, había muchos gravemente heridos que pugnaban por levantarse; pero clavándose de nuevo en las agudas puntas del suelo, volvían a caer. Sabido es que bajo las arenas que artificiosamente cubrían el pavimento de la vía, el suelo estaba erizado de clavos y picos de hierro, de tal modo, que la caballería iba tropezando y cayendo conforme entraba, para no levantarse más.

A la calle se habían arrojado cuantos objetos mortíferos se creyeron convenientes para hostilizar a los dragones, y aun después del combate surcaban la arena turbios arroyos de agua hirviendo, que, mezclados con la sangre, producía sofocante y horrible vapor. En algunas ventanas vimos cadáveres que pendían con medio cuerpo fuera, apretando aún en sus crispados dedos la hoz o el trabuco. En el interior de las casas que no eran presa de las llamas, el espectáculo era más lastimoso, porque no sólo los hombres, sino las mujeres y niños, aparecían cosidos a bayonetazos en las cuevas, y si se trataba de entrar en alguna casa, por dar auxilio a los heridos que lo habían menester, era preciso salir a toda prisa, abandonándolos a su desgraciada suerte, porque el fuego, no saciado con devorar la habitación cercana, penetraba en aquélla con furia irresistible.

En resumen: franceses y españoles se habían destrozado unos a otros con implacable saña; pero al fin aquéllos creyeron prudente retirarse, como lo hicieron, no parando hasta Madridejos. Cuando Santorcaz, Marijuán y yo seguimos nuestra marcha, para hacer noche en Santa Cruz de Mudela, el espíritu de los valerosos paisanos de Valdepeñas no había decaído, y tratando de reparar los estragos de aquella sangrienta jornada, parecían capaces de repetirla al siguiente día.

De lejos, y al caer de la tarde, distinguíamos la columna de humo, cubriendo el cielo de vagabundas y sombrías ráfagas, y el aragonés y yo no pudimos menos de maldecir en voz alta y expresivamente al tirano invasor de España. Contra lo que esperábamos, Santorcaz no nos contestó una palabra, y seguía su camino profundamente pensativo.

IX

Al pasar la sierra, me reconocí completamente sano de mi anterior enfermedad. La influencia, sin duda, de aquel hermoso país, el vivo sol, el viaje, el ejercicio, equilibraron al punto las fuerzas de mi cuerpo, y respiraba con desahogo, andaba con soltura, sin sentir malestar alguno en mis heridas. Todo

rastró de dolor o debilidad desapareció, y me encontré más fuerte que nunca. Nada de particular hallamos durante nuestro tránsito por las nuevas poblaciones, a no ser la inquietud alarmante y los preparativos de defensa. En La Carolina y en Santa Elena escaseaban mucho los hombres, porque la mayor parte habían ido a incorporarse a la legión formada por don Pedro Agustín de Echevarri, partida cuya base fueron los valerosos contrabandistas del país. Quedaba, no obstante, en los desfiladeros de Despeñaperros bastante gente para detener todos o la mayor parte de los correos, y en varios puntos, apostadas las mujeres o los chiquillos en lo escabroso de aquellas angosturas, avisaban la proximidad del convoy para que luego cayeran sobre él los hombres. También advertimos gran abandono en los primeros campos de pan que se ofrecieron a nuestra vista; y en algunos sitios las mujeres se ocupaban en segar a toda prisa los trigos, todavía lejos de sazón. Cerca de Guarromán vimos grandes sementeras quemadas, señal de que había comenzado allí su oficio la horrible tea del invasor.

Hasta entonces no había ocurrido ninguna colisión sangrienta entre imperiales y andaluces. Estos, al ver que de improviso, por entre los romeros y lentiscos de la sierra, desfilaban aquellos soldados de la fábula, tan hermosos y al mismo tiempo tan justamente engreídos de su valor, no volvieron de su asombro sino cuando los vieron desaparecer camino de Córdoba, y sólo entonces, sintiendo requemadas sus mejillas por generosa vergüenza, cayeron en la cuenta de que el suelo patrio no debía ser hollado por extranjeras botas. Los franceses encontraron el país tranquilo, y creyeron llegar felizmente a Cádiz; pero bajo las herraduras de sus caballos iba naciendo la hierba de la insurrección. Aquellos corceles no eran como el de Atila, que imprimía sello de muerte a la tierra, sino que, por el contrario, sus pisadas, como un toque de rebato, iban despertando a los hombres y convocándolos detrás de sí.

Llegamos, por último, a Bailén, y explicaré por qué nos detuvimos en esta villa algunos días. Allí residía el ama de Marijuán, quien al presentarse a ella nos rogó que le acompañásemos, y

esta apreciable señora, que era doña María Castro de Oro de Afán de Ribera, condesa de Rumblar, nos recibió con tanto agasajo, nos ponderó de tal modo la ruindad de las posadas de la villa, que no tuvimos por conveniente hacernos de rogar, y aceptamos la hospitalidad que se nos ofrecía. La casa era grandísima, y no faltaba hueco para nosotros, ni tampoco excelente comida y bebida de lo más selecto de Montilla y Aguilar.

—A estas horas—nos dijo la condesa—los franceses deben de haber empezado una acción con el ejército de paisanos que dicen salió de Córdoba para defender el paso del puente de Alcolea. Si ganan los españoles, los franceses retrocederán hacia Andújar, y como han de estar muy rabiosos, cometerán mil atrocidades en el camino. No conviene que salgan ustedes de aquí, a no ser que tengan intención, como mi hijo, de incorporarse al ejército que se está formando en Utrera.

No eran necesarias tantas razones para convencernos. Nos quedamos, pues, en la ilustre casa; y ahora, señores míos, con todo reposo voy a contaros puntualmente lo que recuerdo de aquella mansión y de sus esclarecidos habitantes, destinados a figurar bastante en la historia que voy refiriendo.

El palacio de Rumblar era un casecón del siglo pasado, de feísimo aspecto en su exterior, pero con todas las comodidades interiores que alcanzaban los tiempos. Las altas paredes de ladrillo; las rejas enmohecidas y rematadas en cruces; los dos escudos de piedra oscura que ocupaban las enjutas de la puerta, cuyo marco apainelado y con vuelta de cordel parecía remontarse a fecha más antigua que el resto de la casa; las dos ventanas engreladas junto a un mirador moderno; el farol sostenido por pesada armadura de hierro dulce, en cuyo centro se retorcián algunas letras iniciales y una corona dibujadas con las vueltas del lingote; las guarniciones jabelgadas alrededor de los huecos; los pequeños vidrios, las celosías y la diversidad y variedad de aberturas practicadas en el muro, según las exigencias del interior, le semejaban a todas las antiguas mansiones de nuestros grandes, bastante desprendidos siempre para gastar en la fábrica de los

conventos el gusto y el dinero que exigían las fachadas de sus palacios. Por dentro resplandecía el blanco aseo de las casas de Andalucía. Tenía gran sala baja, capilla, patio con flores, habitaciones con zócalo de azulejos amarillos y verdes; puertas de pino, lustradas y chapeadas; gran número de arcones, muchas obras de talla, cuadros viejos y nuevos, algunas jaulas de pájaros, finísimas esteras y, sobre todo, una tranquilidad, un reposo y plácido silencio que convidaban a revivir largo tiempo en aquella mansión.

Hablemos ahora de la familia de Afán de Ribera, o Perafán de Ribera, que en esto no están acordes los cronistas. Ocupará el primer lugar en esta enumeración reverente la señora condesa viuda, doña María Castro de Oro de Afán, etcétera, aragonesa de nacimiento, la cual era de lo más severo, venerado y solemne que ha existido en el mundo. Parecía mayor de cincuenta años, y era alta, gruesa, arrogante, varonil; usaba para leer sus libros devotos o las cuentas de la casa unos grandes espejuelos engastados en gruesa armazón de plata, y vestía constantemente de negro, con traje que a las mil maravillas a su cara y figura convenía. Aquella y ésta eran de las que tienen el privilegio de no ser nunca olvidadas, pues su curva nariz, sus cabellos entrecanos, su barba echada hacia afuera y la despejada y correcta superficie de su hermosa frente hacían de ella un tipo cual no he visto otro. Era la imagen del respeto antiguo, conservada para educar a las presentes generaciones.

Tendrá el segundo lugar su hijo, joven de veinte años, niño aún por sus hábitos, su lenguaje, sus juegos y su escasa ciencia. Era el único varón, y, por tanto, el mayorazgo de aquella noble casa, cuyo origen, como el del majestuoso Guadalquivir, se remontaba a las fragosidades de la sierra de Cazorla, donde los primeros Afán de Ribera hicieron no sé qué hazaña durante la conquista de Jaén. El joven don Diego Hipólito Félix de Cantalicia había sido educado conforme a sus altos destinos en el mundo, bajo la dirección de un ayo, de que después hablaremos, y aunque era voluntarioso y propenso a sacudir el cascarón de la niñez, arrastrando por el polvo de la travesura juvenil el

purpúreo manto de la primogenitura, su madre le tenía metido en un puño, como suele decirse, y ejercía sobre él todos los rigores de su carácter. Verdad es que el muchacho, con su instinto y buen ingenio, había descubierto un medio habilísimo para atacar la severidad materna, y era que cuando su ayo o la condesa no le hacía el gusto en alguna cosa, poníase los puños en los ojos, comenzaba a regar con pueriles lágrimas los veinte años de su cuerpo y exclamaba: «Señora madre, yo me quiero meter fraile.» Estas palabras, esta resolución del muchachuelo, que de ser llevada adelante tronchaba implacablemente el frondoso árbol mayorazguil, difundía el pánico por todos los ámbitos de la casa. Procuraban todos aplacarle, y la madre decía: «No seas loco, hijo mío. Vaya, puedes montarte a caballo en la viga del patio, y te permito que le pongas al gato las cárcaras de nuez en sus cuatro patitas.»

A estos dos personajes seguirán forzosamente las dos hijas de la marquesa: dos pimpollos, dos flores de Andalucía, lindas, modestas, pequeñas, frescas, sonrosadas, alegres, sin pretensiones, a pesar de su nobleza, rezadoras de noche y cantadoras por la mañana; dos avecillas que encantaban la vista con el aleteo de su inocente frivolidad y de cierta ingenua coquetería de ellas mismas ignorada. Eran pequeñas como la reseda; pero como la reseda, tenían la seducción de un aroma que se anuncia desde lejos, pues al sentirles los pasos se alegraba uno, y su proximidad era aspirada con delicia. Asunción y Presentación eran dos angelitos con quienes se deseaba jugar para verlos reír y para reírse uno mismo del grave gesto con que enmascaraban sus lindas facciones cuando su madre les mandaba estar serias. La de menor edad era destinada al claustro, y mientras acariciaba doña María la grandiosa idea de ponerla en las Huelgas, de Burgos, se acordó que tomara las lecciones necesarias para ser doctora, por lo cual el ayo de su hermano había empezado a enseñarle la primera declinación latina, que aprendió en un periquete, encontrando aquello muy bonito. La primera, esto es, Asunción, no tenía necesidad de aprender nada, porque era destinada al matrimonio.

Y, por último, no quiero dejar en la oscuridad al ayo del joven don Diego. Llamábanle comúnmente don Paco, y era un varón de gran sencillez y moderación en sus costumbres, aunque algo pedante. Estaba él convencido de que sabía latín, y citaba a veces los autores más célebres, aplicándoles lo que estos desgraciados no pensaron nunca en decir. ¡A tales imputaciones calumniosas está expuesta la celebridad! También se preciaba don Paco de enseñar a sus discípulos acertadamente la historia antigua y moderna, aunque sabemos por documentos de autenticidad incontestable que en sus explicaciones nunca pasó más acá del Arca de Noé. Era, sí, muy fuerte en la vida de Alejandro el Grande, y podemos asegurar que poseía en altísimo grado un arte que no a todos los mortales es dado cultivar con regular acierto. Don Paco era un gran pendolista, que pudiera competir con esos colosos de la caligrafía, Torío el Sublime y Palomares el Divino, y hasta con el moderno Iturzaeta; habilidad que, en parte, había transmitido a su discípulo, pues las planas del heredero de Rumblar llenaban de admiración al señor obispo de Guadix cuando iba a pasar unos días en la casa. Además, don Paco era un hombre excelente, y temblaba de miedo delante de la condesa cuando ésta le achacaba las faltas del niño. Vestía de negro, siempre en traje ceremonioso, aunque no nuevo, usando asimismo peluca blanca, rematada en descomunal bolsa. A los forasteros huéspedes nos trataba con mucha dulzura, «porque la hospitalidad—decía—fué don particular de los pueblos antiguos, y debe ser practicada por los presentes para enseñanza de los venideros».

X

El patrimonio de aquella casa era bueno, aunque muy inferior al de otras familias de Andalucía y de Castilla; pero contaba la condesa con que sería de los primeros de España luego que su hijo heredara el mayorazgo de unos parientes por línea colateral, que carecían de sucesión directa. Para facilitar esto, doña María concibió un proyecto gigantesco, del cual dependía, como el

lector verá, la perpetuidad de aquella casa y solar ilustre por el largo decurso de los siglos: trató de casar a su hijo con una hembra de la familia de aquellos sus parientes, a la sazón poseedores del mayorazgo, y residentes en Córdoba, aunque su habitual morada era Madrid. No era obstáculo para esto la niñez, más bien moral que física, de don Diego, pues siendo entonces costumbre emparentar lo más pronto posible a los mayorazgos, los casaban fresquitos y antes que tuvieran tiempo de asomar las narices por las rendijas de la puerta del mundo, donde, al decir de don Paco, no había sino perdición y desvanecimiento para la juventud, porque las dulzuras de la copa de los placeres duraban breves instantes, mientras que sus amargas heces trascendían por luengos años.

Pero alguien hubo de producir trastorno en los planes sabiamente trazados por doña María y sus ilustres primas; desconcertólos Napoleón, emperador de los franceses, al poner sus ojos en esta joya del continente y al invadirla. La guerra, aquella santa guerra de que no nos muestra otro ejemplo la Historia en tiempos cercanos, obligó a suspender éste como otros proyectos, y doña María, aragonesa y muy patriota, hubo de llamar a don Diego, y desde lo alto de su sitio le aterró con estas palabras, confiadas después a mi discreción por don Paco:

—Hijo mío, mucho te quiero. Tu muerte no sólo nos mataría de pena, sino que aniquilaría nuestra casa y linaje. Eres mi único varón, eres el alma de esta casa, y, sin embargo, es preciso que vayas a la guerra. Sangre valerosa correr por tus venas, y estoy bien segura de que, a pesar de tus pocos años, dejarás en buen lugar el nombre que llevas. Todos los jóvenes se deben a su rey y a su patria en estos terribles días en que un miserable extranjero se atreve a conquistar a España. Hijo mío, mucho te amo; pero prefiero verte muerto en los campos de batalla y pisoteado por los caballos franceses, a que se diga que el hijo del conde de Rumblar no disparó un tiro en defensa de su patria. Los hijos de todas las familias nobles de Andalucía se han alistado ya en el ejército de Castaños; tú irás también, con una escolta de criados, que armaré

y mantendré a mis expensas mientras dure la guerra.

Al decir esto, la marmórea cara de doña María no se inmutó; pero Asunción y Presentación lloraron a moco y baba. El joven palpitó de entusiasmo al tomar parte en un juego que no conocía y que, visto de lejos, es muy bonito.

Nosotros llegamos precisamente cuando se estaban haciendo los preparativos y el equipo de guerra del mayorazgo. Todos trabajaban en aquella casa, y no eran las menos atareadas las hermanitas del señor conde, porque a más de la delicadísima ropa blanca que con sus propias manos y bajo la inspección de su madre aparejaron, poniéndola con mucho orden en las gruperas, se ocupaban a toda prisa en arreglar unos muy lindos escapularios, no sólo para él, sino para todos los de la comitiva.

No sé qué aquellos preparativos tenían de semejantes con los que se hacen para mandar a un chico al colegio; verdad es que nada hay tan instructivo y despabilador como un campamento, y por eso decía don Paco que la guerra es maestra del ingenio y domadora de las impetuosidades juveniles.

Marijuán fué destinado a acompañar al señorito. Con él y otros criados formóse una legioncilla de cinco hombres; mas sabedora doña María de que otros jóvenes de familias ricas de Baeza, Bujalance y Andújar habían llevado hasta diez, mandó que se aumentara aquel número, fijándose al instante en Santorcaz y en mí. Se nos ofrecía una peseta diaria, además de lo que cayera, si volvíamos con vida y salud. Mi compañero y yo nos miramos, consultando con elocuente silencio el aspecto de nuestras respectivas fachas. Hallábamonos ambos muy derrotados; y con aquella escrutadora penetración que da la carencia de posibles, cada cual conoció la escualidez y vanidad de la bolsa del otro. Santorcaz opinó que yo debía aceptar el enganche, y yo fuí del mismo dictamen respecto a mi amigo; doña María ofreció equiparnos, mudando nuestras ropas por otras nuevas y mejores, y además comprometíase a mantener por algún tiempo a los que ya comenzaban a tener dudas acerca del pan que comerían al llegar a Córdoba. No vacilamos, y henos convertidos en soldados de caballería, prontos a incorpo-

rarnos al reducido, pero brillante ejército de San Roque. Comprendí que aquél era mi destino, y que para el fin que a Córdoba me llevaba, más me convenía penetrar en esta ciudad como soldado oscuro que como desalmado y andrajoso vagabundo. Santorcaz se decidió después de meditarlo mucho, dando paseos en la habitación donde se nos había albergado. Una vez resuelto a ello, pareció muy alegre, y le oí pronunciar algunas palabras que me demostraron la agitación de su alma por causas para mí desconocidas entonces. Luego expuso a doña María que no partiría de Bailén hasta no recibir unas cartas que esperaba de Córdoba y de Madrid relativas a sus intereses, a lo cual accedió la señora, diciéndole que permaneciese en la casa hasta cuando quisiera, con la condición de incorporarse después a la escolta de don Diego, si ésta salía antes.

No tardó mucho el día de la partida. El joven mayorazgo estaba vestido del modo siguiente: una ancha faja de seda color de amaranto le ceñía el cuerpo; sus calzones de ante se ataban bajo la rodilla, y sobre las medias de seda llevaba gruesas botas de cordobán con espuelas de plata. El marsellés, de paño pardo fino con adornos rojos y azules, daba singular elegancia a su cuerpo, así como el ladeado sombrero portugués, con moña de felpa negra y cordón de oro. Guarnecía su cintura sobre el fajín lo que llamaban charpa, y era un ancho cinturón de cuero con diversos compartimientos, ocupados por dos pistolas, un puñal y un cuchillo de monte, de modo que llevaba el niño en los lomos un completo arsenal, propio para hacer frente a todas las circunstancias imaginables.

Ocupábanse la madre y las hijas en arreglar los últimos pormenores del vestido, ésta cosiendo el postrer botón, aquélla poniendo un alfiler a la cinta del sombrero, la otra calzando la espuela al mozo, cuando doña María dijo con la viveza propia del que recuerda de improviso la cosa más importante:

—Falta lo principal: falta la espada.

Al punto las miradas de todos fijáronse con cierto respeto en un venerable armario de añejo roble que en el testero principal de la habitación desde largos años existía. Acercóse a él la señora condesa, y, abriendo, sacó una es-

pada larguísima, con su vaina y tahalí, las tres piezas muy marcadas con el sello de honrosa antigüedad. Desenvainó el acero la propia doña María con gesto majestuoso, aunque sin ninguna afectación de brío varonil, y, luego que lo hubo contemplado un instante volvió a meterlo en la vaina, entregándolo después a su hijo. Era una hermosa hoja toledana de cuatro mesas y de una vara y seis pulgadas de largo. En la cazoleta o taza, cabía holgadamente una azumbre, y sus gavilanes, nublados de oro, lo mismo que el arriaz, daban aspecto artístico y lujoso a la empuñadura. Tenía en las dos fachadas del puño el escudo de los Rumbrales, y en el pomo, una cabeza con la empresa del armero toledano Sebastián Hernández. En la hoja, algo roñosa, se podía deletrear, aunque con trabajo, la inscripción grabada en uno de sus lados: *Pro Fide et Patria, Pro Christo et Patria, Pro Aris et Focis, Inter Arma si lent Leges*

Colgóse al cinto esta poderosa ilustrada el joven don Diego, para cuyas manos era peso exorbitante; mas él, orgulloso de llevarlo, hizo un gesto poco favorable a los propósitos del invasor de España, y se preparó a salir. Prorrumpieron en copioso llanto Asunción y Presentación, lo cual dió al traste con la forzada entereza del condesito destinado a ser el terror de la Francia, y pasando de los pucheros a los hipidos, y de los hipidos a una violenta explosión de lágrimas, atronó la casa por espacio de un cuarto de hora. Ni por esas perdió doña María su serenidad, hablando a su hijo de asuntos extraños a la guerra.

—Lo primero que has de hacer cuando llegues a Córdoba es visitar a mis primas y entregarles estas cartas. Mira: aquí van las señas de su palacio. Harto sentimos que no pueda celebrarse la boda concertada; pero Dios lo quiere así, y la patria es lo primero. Algún día será. Di a esas señoras que si vuelven pronto a Madrid, no les perdono que pasen sin detenerse algunos días en esta su casa.

Luego, tomando distinto tono, habló así:

—*Hijo mío, cuidado con lo que haces. Observa la mejor conducta; mira que vas a combatir al enemigo y a defender la Religión, la Patria, el Estado y el rey.*

Si, cobarde, vuelves la espalda, no vuelvas jamás a mi casa, ni te acuerdes nunca de tu madre, ni cuentes ya con su tierno cariño... Su indignación, su aborrecimiento eterno: he aquí la recompensa que te aguarda.

He subrayado estas palabras, porque son puntualmente históricas; constan en papeles impresos de aquel tiempo, que puedo mostrar al que verlos desee. La mujer que las pronunció (pues no fué doña María, y el atribuirlo a ésta es de mi exclusiva responsabilidad) añadió lo siguiente, dirigiéndose a otras madres que despedían a sus hijos en las puertas del pueblo:

—*Compañeras, si en las batallas llegan a morir todos los hombres, triunfaremos nosotras* (1).

Salimos de la casa, tomando cada cual la cabalgadura que se le había destinado, juntamente con un sable y dos pistolas. El bagaje se repartió entre todos. Un criado antiguo se había encargado del dinero; otro llevaba las ropas del señorito; Marijuán llenaba sus alforjas con abundantes provisiones, y en mi grupera pusimos varios encargos y las cartas que don Diego debía entregar en Córdoba. Cuando yo las acomodaba en mi equipaje, pude ver de soslayo los sobres, y me quedé frío de sorpresa y casi diré de terror: leí los nombres de Amaranta, de la marquesa, su tía, y del señor diplomático.

Santorcaz, que aún no había recibido lo que aguardaba, se quedó prometiendo juntarse con nosotros al día siguiente o a los dos días. Yo le ví muy pensativo y tétrico, las manos a la espalda, paseando por el portal de la casa cuando salíamos de ella. Hasta fuera de la villa fué en nuestra compañía don Paco, el cual recordaba a su discípulo las máximas de Alejandro sobre la guerra, recomendándole una y otra vez que las pusiera en práctica al pelear contra los franceses y que cuidase de sostener siempre el orden oblicuo disponiendo una segunda línea para asegurar las espaldas y los flancos, «porque a esto —decía— debió el gran Macedonio que siempre quedaran victoriosas sus difalgarquías y letrafalgarquías».

Con tan sabia máxima, que el heredero de Rumbalar juró cumplir al pie de

(1) Esto pasó en Mérida en 23 de junio

la letra, despidióse don Paco, y seguimos nuestra marcha muy contentos. No tomamos el camino real desde Bailén a Córdoba por no tropezar con la retaguardia del general Dupont o con los muchos destacamentos que había dejado en todos los pueblos, y en vez de las dieciocho leguas y media de que consta aquella vía, tuvimos que andar unas veinticuatro, pues en nuestro rodeo fuimos a Mengibar; desde allí, por Torre Jimeno, siguiendo un detestable camino de herradura, pasamos a Martos, y de Martos, por Alcaudete y Baena, fuimos a buscar en Castro del Río la margen derecha del Guadajoz, que nos condujo a las inmediaciones de Córdoba.

Al salir de Bailén supimos la derrota de los paisanos y soldados de regimientos provinciales en el puente de Alcolea, y en Alcaudete nos dieron otra terrible noticia, referente a la entrada de los franceses en Córdoba y al saqueo de aquella hermosa ciudad. Esto y el encuentro de algunos dispersos de la partida de Echarrí nos inclinaron a tomar el camino de Ecija; pero el día 16 supimos que los franceses habían evacuado a Córdoba; y adoptando nuestro primitivo itinerario, divisamos en la mañana del 18 un inmensa caserío blanco que destacaba sobre el verde azul de la lejana sierra ininidad de torres, minaretes, espadañas y cimborrios.

XI

Córdoba, la ciudad de Abderramán, la Meca de Occidente, la que fué maestra del género humano, la vieja andaluza, que aún se engalana con algunos restos de su antigua grandeza; todavía hermosa, a pesar de los siglos guerreros que han pasado por ella; ya sin Zahara, sin academia, sin pensiles, sin aquellas doscientas mil casas de que hablan los cronistas árabes; sin califa, sin sabios, pero orgullosa aún de su mezquita-catedral, la de las ochocientas columnas; triste y religiosa, habiendo sustituido el bullicio de sus bazares con el culto de sus sesenta iglesias y sus cuarenta conventos; siempre poética y no menos rica en la decadencia cristiana que en el apogeo musulmán; ciudad que hasta en los más pequeños acciden-

tes lleva el sello de los siglos; tortuosa, arrugada, defendiéndose de la luz como si quisiera ocultar su vejez; escondida en sus interiores, donde guarda innumerables maravillas, y siempre asustada al paso del transeúnte; protectora de los enamorados, para quienes ha hecho sus mil rejas y ha oscurecido sus calles; devota y coqueta a la vez, porque cubre con sus joyas las imágenes sagradas y se engalana y perfuma aún con los jazmines de sus patios... Tal era la ciudad que había estado entregada por tres días a la brutal codicia de los soldados de Dupont. Este desgraciado caudillo, que desde entonces comenzó a sentir la indecisión y el aturdimiento que le acompañaron hasta capitular, temeroso de ser sorprendido allí por las tropas de Castaños, se retiró el 16 de junio, dirigiéndose a Andújar, desde donde pidió refuerzos a Madrid.

El 18 entramos nosotros en la ciudad saqueada, aún llena de mortal espanto. Aún no había sido lavada la sangre que manchaba sus calles, ni sabían exactamente los cordobeses a ciencia cierta el dinero y cantidad de alhajas que les habían robado. Antes que en contar lo que les quedaba pensaron en armarse, y si antes habían ido a la lucha los campesinos, siguiendo a los regimientos provinciales y las milicias urbanas, después del saqueo todas las clases de la sociedad se apercibieron para lo que más que la guerra era un ciego plan de exterminio, pues no se decía *vamos a la guerra*, sino a *matar franceses*.

Desde que entré en la desgraciada ciudad, a la emoción producida por el espectáculo del reciente desastre se agregaba la que yo sentía por asuntos de mi propia cuenta y por la supuesta proximidad a quien era el faro de mi vida. Así es que luego que el conde y los de la comitiva nos arreglamos en una de las mejores posadas, salí con objeto de buscar la casa de la señora Amaranta y de su tía, lo cual érame sumamente fácil, por haber visto los sobrescritos de las cartas que traíamos para aquellas personas. Las doce serían cuando llegué a la calle de la Espartería, donde era la residencia de la tía de Amaranta. En lo sucesivo, y para evitar confusiones, ya que no puedo nombrarla con su verdadero nombre, usaré el título convencional de marquesa de Leiva.

Cuando di los primeros aldabonazos en la puerta parecime que golpeaba en mi propio corazón. ¿Estaría allí Inés? ¿Estaría allí, ya olvidada de que antes existiera en el mundo un chico llamado Gabriel, arcabuceado por los franceses? Y si estaba y de improvisto me veía, ¿no era posible que se me presentara deslumbrada por los esplendores de su nueva posición, y que a la palidez de la primera sorpresa sucediera en su rostro el rubor de haberme amado? ¿Se acercaba el momento de que yo cayese de la inconmensurable altura de mi fatuidad amorosa, encontrando una sonrisa de desdén y la mano de un criado que me pusiera en la calle? ¿Por ventura el trance que me esperaba era hermano gemelo de aquella otra gran caída ocurrida en El Escorial, cuando por el favor de Amaranta soñaba con los primeros puestos de la nación? ¿Bajaría mi alma desde príncipe a lacayo, como poco antes bajó mi ambición?

Abrióme la puerta un criado conocido, a quien rogué me llevase a presencia de mi antigua ama, la señora condesa. Mientras atravesábamos el patio buscaba afanosamente algún objeto que me indicase la proximidad de Inés. Como olfatea el perro el rastro de su amo, así aspiraba yo las emanaciones de la casa, buscando el aire que había sido aliento de aquella naturaleza querida. No oí su voz, ni sentí sus pasos, ni vi cosa alguna que tuviera las huellas de su mano. A mí se me antojaba que en cualquier objeto podía notar un sello especial que indicara pertenecerle. Pero en nada de lo que vieron mis ojos encontré la huella indefinible que debía tener todo aquello en que Inés pusiera los suyos. Esto se comprende y no se explica. El corazón es el único adivino, y el mío me dijo que Inés no estaba allí.

El patio era fresco y risueño, como todos los de las buenas casas de Andalucía. Entre los jazmines reales, que abrazándose a una columna ostentaban sus mil florecillas llenas del perfume más grato a los enamorados; entre los naranjos de la China, graciosas miniaturas del naranjo común; entre los rosales de la tierra y esos claveles indígenas, cuya imperial hermosura no ha logrado eclipsar ninguna de las 'elegan-

tes flores modernas; entre los tiestos de reseda, de mejorana, de albahaca y de sándalo saltaban los chorros de una fuente habladora, con cuyo monólogo se concertaba el canto de algunos pájaros prisioneros en doradas jaulas. El pavimento era de mármol y los zócalos de azulejos; sobre éstos, y cubriendo gran parte de la pared, había cuadros al óleo de aquella escuela andaluza que ha llevado a los lienzos el tono caliente de la tierra, la esplendidez de la inflamada atmósfera y la agraciada melancolía de los semblantes.

Afortunadamente para mí, Amaranta se dignó recibirme. Estaba en una sala baja, fresca y oscura, y cuando yo entré se ocupaba en armar unas flores de altar. ¿Se había entregado a la devoción? Vestía completamente de blanco, y a la exigencia de la moda se unía el rigor de la estación para que aquel ligero traje fuera nada más que lo absoluto necesario para cubrir su hermoso cuerpo. Entonces, entre las miradas de fuera y el pudor interno, no se ponía tan gran baluarte de telas como se pone hoy.

Abrumadoramente hermosa estaba, y sus ojos negros, que eran, como otra vez he dicho, los primeros ojos del mundo, es decir, los Bonaparte de la mirada humana, conquistaban al punto todo aquello a que dirigían su pupila. Sentí en su presencia mucha cortedad, gran turbación; sentíme sin ideas y sin palabra.

—¿Qué vienes a buscar aquí?—me dijo.

—Señora, he venido a Córdoba para afiliarme en el ejército del general Castaños, y sabiendo que su excelencia y apreciable familia estaban en esta población, he querido visitar a mi antigua y querida ama.

—Eres tan hipócrita como intrigantuelo y trapisondista—repuso entre severa y amable—. ¿Conque me tienes ley? ¿Por qué te portaste tan mal conmigo?

—Señora—exclamé, haciendo aspavientos de respeto—, ¡yo portarme mal! ¡Si no podré olvidar nunca lo bien que estaba al servicio de su excelencia!

—¿Quieres ser otra vez mi criado?—me preguntó.

Esta proposición cayó sobre mí como un rayo. Pensé en Inés, en el repentino engrandecimiento de la que había juzgado compañera de mi existencia, y al

considerarme criado de aquella casa temblé de indignación.

—No, señora; no quiero servir más. Soy soldado—repuse—. Sin embargo, estoy a las órdenes de vuestreza para lo que guste mandarme.

—¿Conque soldado? ¿Y vas a la guerra? Dentro de un mes serás general—dijo con punzante ironía.

—No aspiro a tanto. Quiero servir a mi país y nada más. Con tal que mañana pueda decir: «Contribuí a echar de España a la canalla», quedaré satisfecho.

—¿Y crees que España podrá echar fuera a la canalla? ¡Ah! Yo no participo de la ilusión de esta buena gente. ¿Qué pasó el día nueve en el puente de Alcolea? Aquellos pobres paisanos, a quienes no se puede negar el valor, huyeron ante las tropas disciplinadas del general Dupon. En Córdoba tampoco se les opuso resistencia, y ¡qué horror, Dios mío; qué tres días de angustia! Todos creíamos que los franceses entrarían con bandera de paz, porque la gente de Echevarri abandonó la ciudad y los de aquí no trataban de hacer resistencia. Llegaron los franceses a la Puerta Nueva, y mientras las autoridades hablaban con ellos para darles entrada, de una casa cercana salieron algunos tiros. Furiosos los enemigos, después de derribar a cañonazos la puerta, desparramáronse por las calles de Córdoba, asesinando a cuantos se encontraban al paso y metiéndose en las casas para coger cuanto había. No puedes figurarte lo que era aquello. Mudos de aquí, atento el oído a los rumores de la calle, cuando sentimos que las puertas caían a golpes y penetraba aquella soldadesca bestial diciendo que se le entregasen todos los objetos de valor. El miedo nos impidió andar en contestaciones con ellos, y al punto les dimos alhajas, dinero, plata de mesa y cuanto había, deseando que se lo llevasen todo de una vez para no escuchar sus insultos. Mas luego bajaron a la bodega, sedientos de vino; no contentos con echar fuera las cubas pequeñas, bebían en las llaves de las pipas grandes, y, dejándolas luego abiertas, corría el montilla de setenta y cinco años, inundando las cuevas. Una de aquellos salvajes pereció ahogado en vino. Pero al fin se fueron

de casa sin cometer atrocidades de otra clase, y nos vimos libres de semejante chusma. En otras partes, los horrores no pueden contarse. Robaron todo el dinero de la administración, toda la plata de los conventos, los vasos sagrados, los cálices, las custodias, las alhajas de las imágenes; penetraron también en los conventos de frailes, muchos de los cuales murieron asesinados; convirtieron en lupanar la iglesia de Fuensanta, y por tres días Córdoba no fué una ciudad: fué un infierno, porque todos los demonios, todas las maldades, sacrilegios y abominaciones cayeron sobre ella. Por las calles se los encontraba borrachos, llenos de inmundicia y revolcándose en el lodo, engullendo vorazmente la comida que sacaban a viva fuerza de las casas. Los generales franceses, avergonzados de tanta bajeza, querían someterlos a palos; pero fué preciso emplear mucho rigor, y algunos hubieron de ser fusilados para que entraran en razón los demás. Por último, saliendo de Córdoba para Andújar, esos cafres nos han dejado en paz por algún tiempo. ¡Qué espantoso estado el de España! Y lo peor es que sucumbirá. ¡Qué días terribles nos aguardan! Quisiera yo tener las ilusiones de esta gente, y creer, como ellos creen, que con unas cuantas batallas ganadas por nosotros..., y por cierto que no sé cómo será eso de ganar batallas sin ejército, ni generales, ni dinero, ni nada...; que con unas cuantas batallas se va a concluir todo felizmente. Hay quien sueña con ir a Francia, después de echar a los franceses, y traerse a Napoleón con un grillete al pie. ¡Dios quiera que no perezamos todos! ¡Dios nos dé valor para resistir la tormenta que se nos viene encima!... Aquí vivimos sin saber a qué santo encomendarnos. Casi no nos tratamos con nadie, y si tememos que Francia nos tome por exaltados patriotas más nos duele que los vecinos nos crean afrancesados. Quisiéramos estar bien con todos, y que ni unos ni otros nos molestaran... Pero qué sé yo..., creo difícil... Y en Madrid, ¿qué tal se vive?

—¿Piensa usted volver a la corte?

—¡Oh, sí!... Pensamos marcharnos pronto, porque nos llama un asunto en que está interesada toda la familia. A ser por mí, ya estaríamos allá. No puedo vivir en Córdoba, y menos en el es-

tado actual de la guerra. Esto no es vivir. Si en Madrid no hubiese tranquilidad, nos iríamos a Bayona con toda la familia.

—¿Y ninguna de las personas de esta casa fué maltratada por la soldadesca francesa?—pregunté, deseando saber qué personas había en la casa.

—Ninguna; sólo mi tío el marqués tuvo una contusión en la cabeza; pero recibióla al esconderse debajo de una cama, y lo hizo con tanto ímpetu que se dió un golpe muy fuerte contra el suelo. Un amigo de casa, que nos visita todos los días, don José María de Malespina, también recibió un ligero rasguño en la mano derecha al ocultarse detrás de un armario.

—¿Y las señoras? Oí decir que una sobrinita de la señora marquesa..., o sobrinita de su excelencia, no estoy bien seguro, había venido de Madrid con objeto de acompañarlas.

—No—contestó Amaranta mirando al suelo.

—Pues entonces lo confundo yo con otra cosa. Paréceme que en Madrid le oí decir al señor licenciado Lobo, aquel famoso escribano...; pero no, seguramente se equivocó.

—¿Conoces tú al señor de Lobo?—me preguntó con inquietud.

—Ya lo creo; somos muy amigos. Le conocí cuando yo servía en casa de don Mauro Requejo... y por cierto que el señor licenciado y yo tuvimos una cuestión con motivo de cierta jovencita..., una infeliz señora, una desgraciada chiquilla, huérfana de padre y madre.

—A ver, cuéntame eso.

—Pues los señores de Requejo, que eran dos puercoespines, martirizaban a la damisela. Yo tenía lástima de ella y quise sacarla de allí..., pero me fusilaron los franceses.

—¿Te fusilaron?

—Sí, señora, y el señor de Lobo..., pues... lo cierto fué que la niña desapareció.

—Ya... Cuéntamelo todo.

Con el mayor afán, con el interés más grande que durante mi vida he sentido por cosa alguna empezaba yo a contar a la condesa lo que sabía, cuando la entrada de dos personas me interrumpió.

Eran el diplomático y don José María de Malespina, aquel por tantos tí-

tulos famoso, aunque retirado, coronel de Artillería, de quien hablé cuando lo de Trafalgar. El primero me reconoció y tuvo la bondad de dirigirme algunas bromas.

XII

—Sobrina—dijo el marqués—, pronto tendremos aquí las tropas de Castaños. ¿Sabes lo que ahora le decía al señor de Malespina? Pues le decía que, si la Junta de Sevilla me comisionara para entrar en negociaciones con los franceses, tal vez lograría poner fin a esta desastrosa guerra.

—¿Qué negociaciones ni qué ocho cuartos?—dijo con desprecio Malespina—. ¡Oh! ¡Si la Junta de Sevilla siguiera el plan que imaginé estos días! Mientras no demos a la artillería el lugar que le corresponde, no es posible alcanzar ventaja alguna. Mis recientes estudios sobre la ciclodiatomía y capéltica me han hecho descubrir importantes principios que ahora debieran llevarse a la práctica.

—Reniego de la ciencia que inventa medios de destrucción—declaró con gesto elocuente el marqués—. Por las vías diplomáticas pudieran las naciones resolver todas sus querellas. ¡La guerra! ¿De qué sirve la guerra? ¿Vale la pena de que perezcan miles de seres humanos por una cuestión que podría arreglarse con un pedazo de papel y una pluma mojada en tinta, puesta en manos de alguna persona que yo me sé?

—Hombre de Dios, sin la guerra, ¿qué sería del mundo? Y sobre todo, ¿qué sería del mundo sin la artillería? Montecúculi dice que las batallas «dan y quitan las coronas, concluyen las guerras e immortalizan al vencedor».

—¡Sangre y luto y desolación! Pero no disputemos sobre el volcán, amigo. La guerra es un mal, y existe hoy entre nosotros. Lo que conviene es buscar alianzas en Europa. Por eso, desde que llegué a Andalucía sugerí a la Junta Suprema la idea de pedir auxilio a Inglaterra. ¡Magnífico pensamiento, que ni a Saavedra ni al padre Gil se les habría ocurrido!

—¡Y usted se atribuye la invención!—dijo con sorna Malespina—. Pero hombre de Dios, si los asturianos fueron

los primeros que en tal cosa pensaron, y desde el treinta de mayo salieron de Gijón mis queridísimos amigos don Andrés Angel de la Vega y el vizconde de Matarrosa, hijo del conde de Toreno... ¡Bah, bah!... Estos diplomáticos han perdido la chaveta. Nada, amigo mío: yo le dije al padre Gil que cuidara de aumentar la artillería, adoptando los adelantos que yo quiero introducir en el arma. Pues qué, ¿cree usted que Napoleón no tiene noticia de ellos? Yo he descubierto que antes de invadir a España mandó una comisión secreta para que averiguara si estaba yo aquí. Como entonces mi familia hizo correr la voz de que yo había pasado a América, Napoleón dijo: «Pues no hay cuidado ninguno», y ordenó la invasión. Ya, ya me conoce de antiguo.

—¡Qué vanaglorioso es usted!—dijo el diplomático, superando en fatuidad a su amigo—. Eso lo dice usted por obligarme a hablar, por obligarme a que revele... No; es secreto de Estado, del cual quizá depende la paz de España y de Europa; no saldrá de mis labios, ni soy hombre que cede fácilmente a las sugerencias de la imprudente amistad.

—Todo eso es pura farsa. Sepamos de una vez esos secretos.

—¡Farsa!—exclamó con enojo el diplomático—. Pero ya comprendo el juego. Lo mismo hace mi sobrina cuando quiere obligarme a que revele los secretos de Estado. No; callaré, callaré, aunque usted me insulte, aunque usted aparentemente dude de mi veracidad para que la indignación me haga romper el silencio. ¡Pues qué! Si yo dijera que un elevado personaje, el más poderoso que hoy existe en el mundo, se decidió al fin a transigir conmigo, después de una enemistad que data de la paz de Luneville; si yo dijera que los preliminares de negociación que entablé para evitar a España los horrores de la guerra comenzaban a dar resultado, cuando algunos hombres pérfidos, ¡ah!..., si yo dijera esto... Pero no; mi sobrina me mira como para incitarme a seguir hablando, y usted, señor de Malespina, me mira también... Mas no; punto en boca y cesen las impertinentes preguntas que en vano amenazan el inexpugnable alcázar de mi discreción.

—Todo eso es pura fábula—afirmó don José María con desenfado—. Abo-

rezco la falsedad y la jactancia, pues soy hombre que se dejaría matar antes que decir una palabra contraria a la rigurosa verdad. Por tanto, basta de fingidas diplomacias y de tratados que no han existido sino en la cabeza de usted. En estos momentos seamos soldados y dejemos a un lado los protocolos. Veremos si ahora, cuando en Bayona se sepa que yo sigo en España y que no pienso partir a las Américas, se retirarán los franceses de nuestro país, porque..., francamente..., Napoleón me conoce.

—¡Hombre, eso es demasiado fuerte!—exclamó el diplomático soltando la risa—. Conque Napoleón...

—No extraño esas risas—dijo muy amoscado el artillero—. ¿Qué ha de hacer quien no conoce el peligro personal? ¿Qué ha de hacer un hombre que cuando entraron los franceses a saquear esta casa se escondió debajo de la cama?

—Yo...—contestó con turbación el marqués—, si penetré en aquel apartado sitio, bien saben todos la causa, que no fué miedo ni mucho menos. En aquel instante me ocupaba mentalmente en buscar los términos más propios de un arreglo y transacción con aquella gente, y como el ruido no me dejaba pensar, busqué la soledad de aquel lugar recogido y pacífico, donde sin estorbo pudiera entregarme a mis cavilaciones. Lo incomprensible es que un militar viejo como usted buscara asilo detrás de un armario mientras los franceses insultaban a las señoras.

—Nada, lo que he dicho siempre—repuso Malespina—. Es inútil esperar que los profanos hagan nunca justicia a las combinaciones de la ciencia. Todo lo ven bajo el aspecto vulgar y lanzan al público las acusaciones más irreverentes. Hombre de Dios, ¿necesitaré decir que, convencido desde el principio de la imposibilidad de establecer en el patio un campo atrincherado, tuve que retirarme a esta sala y apoyar mi centro de retaguardia en aquel armario, para operar con el ala derecha? Viendo que se cercaban con ímpetu formidable los franceses, hice un movimiento envolvente sobre mi ala izquierda, y me metí tras el armario, dirigiendo el raso de metales de la terrible arma de fuego que llevaba en mi bolsillo hacia el marco de la puerta, para que la trayectoria

fuese directamente al patio. El enemigo, al ver mi actitud, retrocedió lleno de espanto, y he aquí cómo sin efusión de sangre se le obligó a la retirada.

Amaranta no podía contener la risa oyendo la disputa entre los dos vejetes. Antes que ésta concluyera, entró la de Leiva, y dijo:

—Acaba de llegar la *Gaceta Ministerial de Sevilla*. Creo que hoy trae la noticia de que ha muerto Napoleón.

—¡Jesús! ¿Qué dice usted?

—¿Dónde está, dónde está esa *Gaceta*?

Al punto corrieron el marqués y don José María a la habitación inmediata. La marquesa, que no había parado mientes en mi persona, aunque le hice reverencias muy profundas, acercóse a su sobrina, y mostrándole un medallón que en la mano traía, le dijo:

—¿Te gusta? ¿No es verdad que está parecido? El pintor ha hecho un hermoso retrato.

—Está muy bonito y se parece mucho—dijo mi antigua señora—. Veremos qué le parece a ese barbilindo cuando lo vea.

—Es extraño que no haya llegado ya. Su madre me decía que para el doce pasaría por aquí.

El diplomático y Malespina aparecieron de nuevo, trayendo cada cual una hoja de papel impreso.

—Efectivamente, aquí está en letras de molde—dijo con grandes aspavientos el diplomático, preparándose a leer—. Oigan ustedes: «Madrid, seis de junio. El descontento de las tropas enemigas parece general, y corre muy válida la voz de que en Bayona hay insurrección y de que el emperador está oculto, añadiendo algunos que herido.»

—Hombre, eso es importantísimo—dijo Malespina—, aunque no me coge de nuevo, porque ya tenía noticias detalladas de este suceso.

—¿Que los franceses se sublevaran contra Bonaparte?—dijo la marquesa—. Dios les habrá tocado el corazón.

—Pero oigan ustedes estotra noticia—añadió el artillero—: «Toledo, cuatro. Dícese que cerca de Gallur los franceses han sido derrotados por Palafox, dejando en el campo de batalla doce mil muertos y un número infinito de heridos. Los españoles les tomaron cuarenta y ocho cañones y doce águilas.»

—¡Hombre, magnífica victoria!—ex-

clamó el diplomático—. Pero ¿qué dice aquí? ¡Oh, ésta sí que es gorda! : «Reus, ocho de junio. Aquí se habla de la muerte de Josef Napoleón, de los varios partidos que dividen la Francia y de la sublevación del Rosellón. Si estas noticias salen ciertas, podemos asegurar que llegó ya el día de la venganza y de la libertad de España.»

—Vienen muy satisfactorios estos dos números de la *Gaceta*—dijo Amaranta.

—Ya sabía yo todo eso—afirmó con aplomo el marqués—. ¡Pero qué veo, santos cielos! Este sí que es notición. Oigan todos, oiga usted, señor don José María: «Valencia, diez de junio. El ejército de Duhesme ha sido derrotado. Corren voces de que el castillo de Figueras está en nuestro poder; se repite la noticia del levantamiento del Rosellón y de la indignación con que ha visto toda Francia la conducta de su emperador con la España.»

Los sueltos que oí leer en aquella ocasión pueden verse en la *Gaceta Ministerial de Sevilla*, periódico oficial de la Junta Suprema. En sus breves columnas se insertaban diariamente despachos y noticias que remitían de todas partes. Dictábalas el entusiasmo y las devoraba la credulidad, y como nadie las discutía, el efecto era inmenso. Según la *Gaceta Ministerial*, todos los días era derrotado un ejército francés, y todos los días ocurría en Francia una insurrección para destronar al azotador de Europa. ¡Ah!, entonces corrían unas bolas junto a las cuales son flor de cantueso las equivocaciones del moderno telégrafo.

—Oigan ustedes—indicó la de Leiva, que había tomado el periódico de manos del marqués—; ésta sí que es noticia extraordinaria. Y no digan ustedes que la sabían, porque hasta ahora no se ha hablado en España ni en el mundo de semejante cosa. Atención: «Cádiz, catorce. Corre muy válida la voz de que la Francia está dividida en tres partidos: borbónico, republicano y bonapartista.» También dice que han desembarcado en Rosas once mil hombres con armas, que vienen de Mallorca.

—¡Tres partidos!—gritó el marqués diplomático mirando a don José María.

—¡Tres partidos! Ya lo sabía.

—¡Y yo también!... Pero corro a comunicar esta nueva a nuestros amigos—dijo el marqués, levantándose.

—Aguarda—le insinuó su hermana—. No olvides que esta tarde tienes que pasar por allí.

—¡Otra vez! Si no hay quien la haga salir. Le he prometido, le he rogado, la he amenazado, le he dicho mil finezas y ternuras, y nada, no quiere salir. ¿Por qué no vais vosotras?

—Sí, esta tarde iremos—afirmó detenidamente la marquesa—. Es preciso que salga, porque sin ella no podemos volver a Madrid.

—¡Oh picarón!... Ya sabemos el secreto—dijo Malespina, dirigiéndose con maliciosa expresión al marqués—. Ayer me hablaron del caso en varias tertulias... Ya sabía yo que había usted sido un terrible seductor... Pero ¿ahora salimos con eso?

—Amigo, es preciso reparar de algún modo los extravíos de una borrascosa juventud. Ya sabe usted que hasta hace quince años me llamaban el *azote de las familias*. Pero ya pasaron aquellos tiempos, y ahora...

—¿De modo que no vas esta tarde?

—Francamente—dijo el marqués—, en estos días me gusta salir a la calle lo menos posible. Suele haber tumultos... ¡La gente anda tan excitada!... ¡Qué susto me llevé la otra tarde en el barrio de San Lorenzo!..., y como a causa de la gota no puedo correr...

—Y como en la calle no se encuentran camas para esconderse debajo de ellas. Vamos, vamos, marqués, y learemos a los amigos estas estupendas novedades.

Salieron la Artillería y la Diplomacia, y como la marquesa había salido de la habitación un momento antes, quedamos solos otra vez Amaranta y yo.

—Sigue contando—me dijo—. Y ese señor tendero con quien servías, ¿ha venido contigo a Córdoba?

—No, señora; yo no he vuelto más a su casa. Salí de Madrid acompañando al señor de Santorcaz.

—¡Santorcaz!—exclamó la dama, poniéndose encarnada y después pálida como una difunta—. ¿Quién? ¿Quién has dicho?

—Don Luis de Santorcaz, señora; un caballero castellano que ha venido ahora de Francia.

Amaranta parecía sentir una emoción profunda. Para disimularla se levantó, fingiendo buscar algo, dió media vuelta,

sentóse de nuevo, después se puso la mano sobre los ojos y finalmente rompió una flor de trazo que tenía entre sus manos.

—¿Qué estabas diciendo, que no te oí...?

—Que el señor de Santorcaz...

—Deja a ese hombre..., no hables de lo que no me interesa. ¿Conque antes decías que los tenderos de la calle de la Sal martirizaban a la chiquilla?...

—Sí, señora, mucho. Me desgarraba el corazón—contesté, sin cuidarme de disimular los sentimientos de mi alma.

—Era natural que te interesaras por la desgracia.

—Es que yo había conocido a Inés antes que a tal casa fuera. Habiála conocido cuando estaba con su tío, el buen don Celestino de Malvar. Nos conocíamos los dos, señora, y como ella era tan buena, y yo también..., porque yo era muy bueno... En fin, señora, yo no puedo ocultar a usía la verdad.

—Dimela de una vez.

Dejándome llevar de la impetuosa pena que pugnaba por desbordarse en mi afligido pecho, y olvidando toda la consideración, todo tacto, toda prudencia, con el acento de la verdad y de un dolor inmenso, dije lo siguiente, sin reflexión ni cálculo alguno:

—Señora, Inés y yo éramos novios... Yo la quiero, yo la adoro..., ella también...

Levantóse Amaranta rápidamente, y en su semblante observé señales de repentina cólera. Mandándome callar, después de decirme que era un desvergonzado y un truhán, agitó con inquieta mano una campanilla.

¡Altos cielos, por qué no os hundisteis sobre mí! Entró un criado, y Amaranta le mandó que me pusiera al instante en la puerta de la calle.

XIII

El criado cumplidor de la ignominiosa orden era un segundo mayordomo, llamado Román, que desde su niñez servía en la casa. Desde que le conocí en El Escorial, aquel hombre me había inspirado inexplicable antipatía, y digo esto y además le nombro para que mis lectores le tengan presente, por si figu-

rase después un poco en los peregrinos sucesos de esta historia.

¿Será preciso que hable de mis tormentos morales en los días siguientes a aquel suceso? ¡Dios mío! Aburriré a mis lectores, abusando de la gentil cortesía que los movió a fijar sus ojos en estas relaciones. No; más vale que dejemos en silencio mis penas y les hable de otros asuntos, que así alcanzaré la doble ventaja de proporcionarles útil entretenimiento y de calmar mis pesares, adormeciéndolos con el beleño de patriótico entusiasmo.

En Córdoba reinaba gran impaciencia por la tardanza del ejército de Castaños. Entonces, como ahora y como siempre, los profanos en el arte de la guerra arreglaban fácilmente las cuestiones más arduas, charlando en cafés y en tertulias, y para ellos era muy fácil, como lo es hoy, organizar ejércitos, ganar batallas, sitiar plazas y coger prisionero a medio mundo. A los profanos se unían los bullangueros y voceadores, que entonces, ¡santo Dios!, pululaban tanto como en nuestros felices días, y entre aquéllos y éstos y el torpe vulgo armaban tal algazara que no sé cómo las Juntas y los generales podían resistirla.

Principió el chaparrón de comentarios sobre la lentitud con que Castaños organizaba sus tropas: unos aseguraban que tenía miedo; otros, que estaba decidido a dar la batalla; pero que, seguro de perderla, tenía tomadas sus medidas para retirarse a Cádiz y huir a las Américas con lo más granado de sus tropas; otros, en fin, se atrevieron a más, y pronunciaron la palabra *traidor*. Esta palabra no era entonces palabra, era un puñal. Víctimas de ella fueron Solano, en Cádiz; Perales, en Madrid; Filangieri, en Galicia; Ceballos, en Valladolid; Ordóñez, en Palencia; el conde del Aguila, en Sevilla; Trujillo, en Granada; Torre del Fresno, en Badajoz; el barón de Albalat, en Valencia. Inútil era decir a los impacientes de Córdoba que un ejército no se instruye, arma y equipa en cuatro días: nada de esto atendían. Aunque al través del tiempo nos parezca lo contrario, entonces se chillaba mucho y también había quien tomara muy a pecho los asuntos de la guerra sólo por el simple placer de meter ruido, y también por hacerse de no-

tar. Todos los días oíamos decir: «Mañana viene el ejército», o «Ya ha salido de Utrera, ya está en Carmona...» Pero pasaban los días y el ejército no venía.

En tanto, en Córdoba no cesaban los trabajos. Si no tienen ustedes idea de lo que es el delirio de la guerra, entérense de aquello. En los tiempos actuales, si hay guerra, las señoras, llevadas de sus humanitarios sentimientos, se ocupan en hacer hilas. ¡Ay! Entonces las señoras tenían alma para ocuparse en fundir cañones. ¡Cuando tal era el espíritu de las mujeres, cómo estarían los hombres! ¡Hilas! Allí nadie pensaba en tales morondangas.

Los voluntarios y cuerpos francos se uniformaban según el gusto indumentario de cada uno, y aquí de la imaginación de las hembras de la familia para galonear marseleses, para emplumar sombreros y guarnecer charpas y polainas. Se hicieron muchos uniformes; pero no bastaban para equipar los dos regimientos, uno de caballería y otro de infantería, que organizó la Junta de Córdoba. Sin embargo, este inconveniente se obvió disponiendo que con cada prenda de vestir se cubriesen dos: el uno llevaba los calzones, casaca y sombrero, y el otro, el pantalón, chaqueta y gorra de cuartel. El correaje también servía para dos: uno llevaba la bayoneta en la cartuchera, y el otro, en el porta-bayoneta, y no alcanzando las cartucheras y cananas se suplían con saquillos de lienzo. Más adelante, cuando tenga el gusto de describirlos en su conjunto el ejército de Andalucía, daré completa idea de su abigarrada conformación y aspecto. Francamente, señores, era aquél un ejército que causaba risa.

Durante los días que aguardamos la llegada de Castaños para incorporarnos a él (y necesariamente tengo que volver a hablar de mí), yo hacía una vida vagabunda y holgazana. Como el servicio del joven don Diego no exigía más que presentarme en la posada a la hora de comer, pasaba el día y parte de la noche discurriendo por aquellas tortuosas calles, que convidan al transeúnte a perderse en ellas, entregándose al azar, a lo aventurero, a lo desconocido, sin saber adónde se va ni de dónde se viene. Por ser la soledad mi mayor gusto, rechazaba la compañía de mis camaradas, buscando errante y solo aquellos

lugares donde más pronto me perdía.

El único sitio adonde iba deliberadamente todos los días era a la casa de Amaranta, y pasaba largas horas contemplando su puerta, fijos los ojos en las desnudas paredes, como si quisiese leer en ellas alguna mal escrita página de mi destino. Sus cerradas ventanas, sus espesas celosías, no daban paso a ninguna esperanza. Sin embargo, aquella fachada era tan elocuente, que no podía dejar de mirarla. Al apartarme de allí, el viejo muro con su puerta, sus ventanas, sus aleros y sus miradores quedaba tan presente en mi imaginación como si fuese un fisonomía. ¡Cara funesta, que nunca tuvo una sonrisa para mí! Los criados de la casa, a quienes impacientemente preguntaba por Inés, no sabían o no querían darme noticia alguna.

Pero un día, precisamente el 1 de julio, cambió repentinamente la situación de mi espíritu. Atiendan ustedes, que esto es de suma importancia. Por fin, tras larga espera, llegó el ejército del general Castaños, y al anochecer debía partir para El Carpio. Entre los paisanos armados que se juntaron con Echevarri existía un grupo compuesto de contrabandistas de Sierra Morena, de Villamanrique y de Pozo Alcón, con los cuales fraternizaron bien pronto, formando amistosa cuadrilla, los licenciados de Málaga, batallón que se formó con alguna gente condenada por faltas y que la Junta tuvo a bien indultar. Estas caballerías, para cuya domesticación emplearon grandes rigores los jefes militares, tuvieron una reyerta en Córdoba con los suizos de Réding. Fue cuestión de vino, prontamente aplacada, pero que, sin embargo, alarmó el barrio de Santa Marina durante media hora, produciendo sustos, algunas corridas, tal cual desmayo de sensibles mujeres, las que, al oír los dos o tres tiros disparados en la colisión, creyeron que los franceses estaban otra vez sobre Córdoba, y así lo gritaban corriendo desordenadamente por las calles. La parte mayor de la ciudad no se enteró de este suceso, que, insignificante en las páginas de la historia patria, fue para mí de trascendencia suma y más digno de mención que si hubiese derribado añejos troncos y alterado la geografía del continente. Así, los granos de arena pesan a veces

como montañas en el destino de un ser humano, y lo que es gota de agua en el cauce de la generalidad es río impetuoso en el de uno solo, o viceversa; según lo que nosotros llamamos antojos de allá arriba, y no es sino concierto sublime, que no podemos comprender, como no puede una hormiga tragarse el sol.

Pues bien: algunas horas antes de la que señalaron para la partida salí a la calle, impulsado por un sentimiento de amor hacia los laberintos de aquella ciudad, que en sus repliegues escondidos había dado un asilo a mi tristeza. Sentía salir de Córdoba, como siente el ermitaño dejar su cueva. Habíame acostumbrado a pasear mi aburrimiento y soledad por aquellos callejones, a quienes en cierto modo había hecho confidentes de mi pesar; hallaba tantas perspectivas amigas en un recodo, en una torre, en un ajimez, en una encrucijada, en un poste, en una reja, en una piedra corroída por el tiempo, en un zócalo garabateado por los chicos, que no pude menos de salir a dar el último adiós a todas aquellas mudas compañías de mi tristeza. Aquel día estaba más triste que nunca.

Era de tarde; pasé por una plazuela irregular y solitaria, de esas que son la desesperación de los arquitectos modernos: a un lado, muros de ladrillo, en los cuales, por la disposición de este material, se ha querido imitar una decoración grecorromana, con jambas, dentículas, capiteles, metopas y triglifos; a otro, una pared sin puertas ni ventanas; luego, un descomunal portalón, una esquina cargada de escudos, un farol, un santo, torres medio caídas y machones que se van a caer, una plazuela, en fin, de esas que nos salen al paso cuando visitamos cualquiera vieja metrópoli, tal como Toledo, Granada, Valladolid, León, etcétera... Al atravesarla sentí el ruido que cerca producía la citada reyerta entre los licenciados y los suizos; oíase lejana algazara, y al extremo de largo callejón vi algunas mujeres que corrían gritando. Esto despertó mi curiosidad y marché hacia allí; pero no había dado dos pasos cuando me detuve asombrado y estremecido, porque en el fondo de la plazuela, y en el ángulo que ésta formaba con una calle, vi una mano que me hacía señas; sí, una mano blanca que me llamaba.

Dirigime allá, y en unos cuantos segundos se disipó la ilusión. Me reí de mi torpeza al observar que en el ángulo mencionado había una imagen de la Virgen, de esas que la devoción de los españoles ha puesto en las antiguas calles. La Virgen tenía una corona de hierro, en cuyos picos debió de haberse enredado una cometa de algún chico de la vecindad, pues un jirón de papel, todavía suspendido junto al cuerpo de la sagrada estatua, a impulsos del viento se movía. El papelejo fué lo que a mí me pareció un brazo que se movía y una mano que me llamaba. Tal alucinación en pleno día era señal de mi estupidez, por lo cual, burlándome de mí propio, seguí mi camino.

Pasando bajo la imagen, contemplaba el jirón de la cometa, cuando me detuve de nuevo, porque un objeto rozó mi cara, produciéndome escalofrío. El jirón de papel se había desprendido de la imagen, cayendo sobre mí. ¡Vean ustedes lo que es el estado de ánimo! Aquel hecho insignificante, tan insignificante como el aplastar un grano de arena con nuestro pie, me hizo detener el paso, me hizo temblar, me hizo mirar a todos lados, puso en mis labios esta pregunta, que me dirigí lleno de confusión: «Pero, Gabriel, ¿te has vuelto bobo, o lo has sido toda tu vida?»

Seguí andando hacia la acera de enfrente, cuando de nuevo me detuve, me quedé helado, absorto, estupefacto, porque detrás de mí había sonado claramente mi nombre. ¿Quién me llamaba? Volví y nada vi. La plazuela estaba enteramente desierta y muda: sólo a lo lejos se oían apenas algunas voces del altercado, que de ningún modo podían confundirse con la que a mi espalda había dicho: «Gabriel.»

Al volverme, mis ojos se fijaron en una puerta: era la puerta de una iglesia. Abiertas de par en par las hojas de madera chapeada, se veía el cancel de mugriento cuero, con dos puertecillas laterales. Una vieja, al salir, puso en movimiento las mohosas bisagras, y al ruido de la herrumbre un sonido lastimero llegó a mis oídos, modulando aquella voz que a mí me había parecido mi nombre. Esta vez no me reí, sino que entré decididamente en la iglesia. Vi muchos santos pintados o de escultura, y, ¡cosa singular!, parecióme que todas las

imágenes sonreían apaciblemente. La iglesia era modesta, blanca, oscura. En los lustrosos bancos se sentaban algunas señoras de edad. Las luces del altar, al reflejarse en los oropeles de un luengo cortinón rojo que servía de dosel a la Virgen, brillaban estrellas tembladoras de aquella dulce oscuridad, indicando adónde debían dirigirse los piadosos ojos. Al poco rato de estar allí parecióme aquel interior menos oscuro y comencé a ver distintamente todos los objetos. En el fondo de la iglesia, frente al altar, había una gran reja que se alzaba desde el suelo al techo; tras esta reja percibíanse vagas claridades movibles y un murmullo sordo, de cuyo conjunto se destacaba de rato en rato una tos o una sílaba que repetían los ecos de la bóveda. Acercándome a la reja, pude fácilmente distinguir tras ella bultos blancos y negros, entre los cuales algunos desfilaron pausadamente y sin ruido hacia una puerta que se abría en el ángulo del fondo, y otros permanecían inmóviles y de rodillas. Eran las monjas.

Contemplando la tranquilidad de aquellas santas mujeres, su apacible recogimiento, la vaguedad aparente de sus formas corpóreas, aquel silencio de sus pasos que las semejaba a simples creaciones de la luz en el fondo de la cámara oscura; contemplando aquella calma de sus rezos, que nadie oía, sentí envidia de los que sumergen su vida en la dulce sombra de un claustro. Yo no apartaba mis ojos del coro, observando indiscretamente los movimientos de las buenas madres, y mientras mayor era mi atención, con más claridad se me iban presentando los distintos objetos de aquel recinto, y vi poco a poco los sillones, el facistol, el órgano, los cuadros... Tan lentamente salían de la oscuridad los perfiles de estos objetos, que mi propia imaginación podía creerse autora de aquel espectáculo.

El día iba descendiendo y la iglesia se oscurecía por grados; pero una de las madres, tirando de unas cuerdas, descorrió la cortina negra de la alta ventana del coro, y entonces entró la luz crepuscular, dando a todo su verdadera forma. Retiráronse algunas monjas; yo sentí el tenue chocar de las medallas de sus rosarios cuando levantaban la rodilla, y luego besos. Era fácil contar el número de las que salían por

el número de los suaves estallidos que resonaban en aquel espacio, porque todas, al salir, besaban los pies de un Cristo colgado junto a la puerta. A esto atendía yo, cuando de las figuras que aún quedaban de rodillas en el centro del coro se levantó una dirigiéndose a la reja y al mismo lugar en que yo estaba. Mi impresión al verla, al ver su cara, al ver sus ojos que me miraban, fué tan viva, tan aterradora, que hube de quedar petrificado, la sangre helada, la vida en suspenso, hecho una estatua de plomo. Lo que estaba viendo, ¿qué era? ¿Era una aberración, un delirio, una imagen del sueño, un juguete fantástico, obra de los ángeles traviesos para burlarse de los que con sus mundanas tristezas van a profanar la casa de Dios? La miré fijamente, atónito ante aquel enigma, ante aquel misterio; pero la visión no duró más que algunos segundos, porque la monja, llamada por otra, se apartó de la reja y salió rápidamente del coro sin besar el pie del Santo Cristo.

Al hallarme solo reuní todos, absolutamente todos los rayos de mi razón, y juntándolos los dirigí a la confusa y negra oscuridad de aquel fenómeno. Quise desvanecer el celaje que envolvía mi inteligencia haciéndome estúpido, y me pregunté si lo que acababa de presenciar era reproducción de aquella burla de mis sentidos que poco antes me había hecho ver una mano en un pedazo de papel y oír mi nombre en el chirrido de una puerta. Me di golpes en la cabeza; busqué un sitio más solitario, donde, serenándome, pudiera poner en claro cuestión tan ardua, y, sin saber cómo, di conmigo en el fondo de una capilla. En un cuadro que se ofreció de improviso a mis ojos vi una falange de ángeles, mil encantadoras criaturas de esas que, sin más naturaleza corporal que una cabeza y dos alas, han creado los artistas para regocijar los asuntos de la pintura mística. Atrajeron mi atención aquellos seres juguetones y enredadores: todos se reían con infantiles carcajadas y, entremezclándose, volaban, rasgando nubes, esparciendo flores con el batir de sus alas de pollo, y dándose de coscorrones al chocar unas con otras las rubias cabecitas. Por momentos me parecía que avanzaba sobre mí la bandada de rostros voladores, y luego retrocedían haciendo con alegre alga-

zara movimientos de miedo, para esconderse después tras una nube y hacerme desde allí guiños con sus ojuelos y encantadoras muecas con sus bocas.

A tal situación habían llegado mis sentidos cuando el sacristán, agitando un grueso manojo de llaves con cencerri! estruendo, me hizo salir de la iglesia, pues yo era la única persona que en ella quedaba. Salí; la luz de la calle pareció devolverme el sentido común, que, según mi propia opinión, había perdido. El tumulto de que poco antes hablé continuaba más reciamente, y algunas personas atravesaron a toda prisa la plazuela. Entre éstas vi un hombre, un caballero que, azarado y con miedo, corría volviendo la vista atrás, deteniéndose a cada dos pasos y vacilando luego sobre qué dirección tomaría. Fijóse en mí, y al punto, llamándome por mi nombre, se me acercó con muestras de alegría por haberme encontrado. Era el diplomático.

XIV

—Gabriel—me dijo con voz temblorosa y sin dejar de mirar hacia el sitio del tumulto—, vas a hacerme un favor... ¡Los franceses! ¡Están ahí los franceses! Sí..., yo he visto pasar por esas calles las gorras de pelo de a dos varas de alto... Bien lo decía yo... ¡Mi sobrinita y mi hermana tienen unas cosas...! A ellas solas se les ocurre mandarme con esta comisión, sin reparar que la pierna gotosa no me deja correr. Pero no doy un paso más..., me retiro a casa..., tú te encargarás de llevar las flores, la carta y el recado... ¿No oíste un tiro? Me parece que vienen por ese lado. ¡Jesús, esto es atroz! Si viene una bala perdida... Adiós, me voy; toma, chiquillo, encárgate tú de esto. Es muy fácil. Ahí está el convento. Mira: en aquel callejón está la puerta del torno. Entrás, preguntas por la señorita Inés, la novicia..., pues. Dices que vas de parte de la señora marquesa de Leiva. ¿Lo olvidarás?... ¡Dios mío! ¡Esas mujeres que pasan corriendo!... Sin duda los muy tunantes intentan deshonestarlas. Me voy... Toma, entra tú en el locutorio. ¡Para qué vendría yo a estos malditos barrios! Toma el ramo de flores contra-

hechas..., toma la carta, que darás a la señorita Inés...; le dices que la señora marquesa está enojada con ella, y que es preciso que a salir del convento se decida. Insiste mucho en esto, ¿eh? Dile que nos vamos para Madrid y que en la Corte del nuevo rey José Primero... ¡Demonio, eso que ha sonado es un tiro de obús!... Me parece que ha caído una granada en el techo de esa casa.

—¿Una granada? Lo menos cincuenta van disparadas ya—dijo yo, atizando el fuego de su miedo para que se marchara pronto y me dejase tan sublime comisión.

—Conque, chiquillo — continuó, temblando como un azogado—, ¿lo harás bien? Si te dan contestación, la llevas a casa. Ve pronto. Yo me escaparé corriendo por esta calle, donde no se siente ruido...; adiós.

Desapareció el diplomático, llevado por su miedo, y al punto entré en la portería del convento con febril alegría y di fuertes porrazos en el torno. Una voz regañona me contestó.

—*Deo gratias*—dije—. Vengo de parte de mi ama la señora marquesa de Leiva a traer un recado a la señorita Inés.

La portera me dijo que esperara en el locutorio, y al poco rato de estar allí corrióse la cortina de éste y vi dos monjas. No sé cómo pude mantenerme en pie. Una de ellas era Inés.

No me cabía duda, era ella misma: en su semblante, adelgazado y pálido, habían impreso terribles huellas los sesenta días de incesantes pesares transcurridos desde el 2 de mayo; pero la reconocí, a pesar de la escasísima luz del locutorio, y la hubiera reconocido en la oscuridad de las entrañas de la tierra. Parecióme que al verme cerró los ojos, y que asió las rejas con sus dos manos para sostenerse. Cuando me dirigió la primera pregunta temblaba su voz de tal modo; que era imposible entender sus palabras. Sin poder decir una sola, incapaz de discurso y de movimiento, permanecí yo breve rato con la cara apoyada en la reja.

La monja que la acompañaba me obligó, por fin, a romper el silencio.

—La señora marquesa me ha dado este ramo de flores y esta carta—dije, introduciendo ambas cosas para que las tomara Inés.

—¡Ah, el ramo para el Santo Niño de

la Enfermería!—dijo la monja vieja—. La señora condesa no se olvida de nosotras.

—También me ha dado un recado de palabra para la señorita Inés—continuó—, y es que se prepare a salir del convento para partir con ella a Madrid dentro de algunos días.

—¡Oh!—exclamó la vieja—. La señora condesa y la señora marquesa hacen mal en contrariar la decidida vocación de esta niña. ¡Por qué ese empeño de llevarla a Madrid, cuando ella quiere dejar las maldades y abominaciones del siglo! La pobrecita no quiere cuentas con nadie más que con su prometido Esposo, que es Nuestro Señor Jesucristo.

—Madre Transverberación—dijo Inés con voz más entera—, el chocolate y los bollos que han hecho sus mercedes ayer para la señora condesa, ¿dónde están? ¿Los ha traído su merced?

—No, por cierto.

—¡Si tuviera su merced la bondad de ir a buscarlos para que los lleve este mozo...!

—Bien pudo usted haberlos traído—replicó gruñendo la vieja.

—Si la señora condesa no lo recibe esta tarde, se enojará mucho, y me será difícil convencerla de que no quiero dejar nunca más esta santa morada.

—Voy por él..., ¡qué niñas éstas!

Dejónos solos la madre Transverberación, y entonces hablé así:

—Inés mía, estoy vivo, he resucitado. Salí vivo de aquel montón de muertos, donde perdimos para siempre a nuestro buen amigo don Celestino. Al verme vivo y sin ti pensé que Dios me había devuelto la vida para castigarme; pero ahora que te encuentro alabo a Dios, porque veo que no una, sino dos veces me ha dado la vida.

—¿Debo salir de aquí? ¿Debo hacer lo que mandan esas señoras?—me preguntó Inés con impaciencia, porque temía la vuelta de la madre Transverberación.

—Sí, Inés, sal de aquí. Haz lo que te mandan esas señoras. ¿Qué dicen en esa carta?

—Toma, léela—dijo, alargándola al través de la reja.

A la escasa luz del locutorio pude leer la carta, que decía, entre otras cosas relativas al ramo y al chocolate, lo siguiente: «Esperamos que cesará tu obs-

tinación en profesar. Nos oponemos resueltamente a ello, y no queremos que tu ingreso en el seno de esta familia sea señal de aniquilamiento de nuestra casa. Ya te dijimos que habíamos determinado casarte con un joven de alto linaje, proyecto en el cual estriba la felicidad, grandeza y lustre de la familia a que perteneces. Todo está concertado, y aunque se aplace por motivo de la guerra, al fin tiene que ser; de modo que si persistes en profesar, nos llenarás de dolor. ¿No anhelas servirnos de consuelo en nuestra soledad? ¿No correspondeste al mucho amor que te profesamos? ¿No deseas ocupar el puesto que te pertenece en nuestro corazón y en nuestra casa? Mi sobrina y yo iremos a convencerte, y en tanto disponemos el viaje a Madrid, adonde nos acompañarás, porque tu presencia es indispensable a las diligencias de tu legitimación.»

—Sí, saldré—dijo Inés cuando acabé de leer la carta—. Ya no quiero estar más aquí.

—Pues qué, ¿estabas decidida a profesar?

—Sí, muy decidida. No tenía yo más consuelo que la idea de encerrarme aquí para siempre. Cuando me trajeron a Córdoba..., ¡qué días y qué viaje!, yo no sabía lo que era de mí. Me encerraron en este convento..., luego vinieron esas señoras a decirme que era su sobrina..., me besaron..., lloraron mucho las dos...; luego dijeron que me iban a casar, y cuando les contesté: «Pues ya que me han puesto aquí, aquí he de quedarme toda la vida», ambas se afligieron mucho... Me visitan con frecuencia, acompañadas de un señor de edad que me hace mil caricias y asegura quererme mucho; pero nunca he cedido a sus ruegos para salir.

—¿Y ahora?

—Las paredes del convento se me caen encima, y anhelo salir.

—Pero ¡te vas a casar!—exclamé indignado—. Te quieren casar y no se hunde el mundo.

Entonces se rió, creo que por primera vez desde mucho tiempo, y aquella espontánea alegría me pareció expresión de una renaciente vida. Inés salía del seno del claustro como yo del montón de muertos de la Moncloa, y al contestar con una sonrisa a mis amorosas quejas, sacaba del sepulcro de la Orden el pie

que tan impremeditadamente había metido dentro. Viéndola reír, reíme yo también, y al punto, olvidando la situación, nos hablamos con la confianza de aquellos tiempos en que de nuestras penas hacíamos una sola.

—¡Ay chiquilla! Ahora que eres archiduquesa y archipámpana, ¿no tienes vergüenza de quererme?

—Pero ¿qué quieren hacer de mí?—preguntó, poniéndose triste otra vez.

—Mira, princesa, haz lo que te manden esas señoras: obedécelas en todo: ya habrás conocido el parentesco que tienes con ellas. Dios te ha puesto en sus manos: acepta lo que Dios te da, y El arreglará lo demás.

—Saldré del convento—afirmó ella—. ¡Ay! No se asustarán poco las madres cuando me lo oigan decir. Pero ya Dios no quiere que yo sea monja.

—No lo serás, no; y cuando yo vuelva de la guerra...

—Pero ¿vas tú a la guerra? Chiquillo, ¿quién te ha metido a ti en guerras?

—Pues ¿qué he de hacer? ¿Quieres que toda la vida sea criado? Escucha, Inés, lo que me pasó hace días en casa de la señora condesa; fui a visitarla, y habiendo cometido la indiscreción de decirle que te quería, se enfureció de tal modo, que me hizo poner en la puerta de la calle.

Inés cruzó las manos, dejándolas caer luego con desaliento sobre su falda, mientras elevaba sus ojos al cielo, sin decir nada.

—¡No soy más que un criado, Inés!—exclamé, agarrándome con fuerza a la reja y sacudiéndola, como si quisiera hacerla pedazos—; no soy más que un miserable chico de las calles, indigno de ser mirado por personas de tu categoría. Después que nos separemos, mira que distantes estamos uno de otro. Pero no creas que lo siento: me gusta verte donde estar debes.

—¿Y tú?—me preguntó con perplejidad.

—Yo haré lo que deba, Inesilla. Sal de este convento, ve con esas señoras, y espérame tranquila, con la seguridad de que iré a buscarte. Si para entonces no has variado..., si te encuentro la misma...

Contestóme al instante, pasando su dedo índice por uno de los huecos de la

reja. Yo se lo besé, se lo mordí tan sin pensarlo, que ella no pudo contener un ligero grito, a punto que la madre Transverberación regresaba con el chocolate y los bollos.

—¿Qué es eso, niña?—preguntó la vieja, asombrada de oírla chillar.

—Nada, madre Transverberación. Esta reja tiene unos picos... Al mover la mano me lastimé un dedo—dijo Inés, chupándose la coyuntura del dedo índice y sacudiéndolo después para fingir el dolor del supuesto rasguño.

—Aquí están el chocolate y los bollos —añadió la monja—. Vaya, ya es tiempo de que se marche ese mocito, porque oscurece y no es ésta hora de tener abierto el locutorio.

—Rabiando estoy por marcharme—repliqué—. Vengan acá esos bollos y ese chocolate, que la señora marquesa estará con el alma en un hilo, aguardando tan buenas cosas. ¿Y qué le digo a su merced en contestación al recado que tuve el honor de traer?

—Que está muy bien—contestó Inés apretando su cara contra la reja—. Que haré lo que me mandan, y que cuando quieran venir por mí, estoy dispuesta a salir del convento.

—¿Cómo es eso, niña?—gruñó, alarmada, la monja—. ¡Que quiere usted salir! ¡Qué pensará su futuro Esposo, Jesucristo, si llega a sus oídos lo que usted ha dicho! Y tiene que saberlo forzosamente, porque El está en todas partes y todo lo oye. Nada, nada—añadió, arrimando su hocico a la verja—. Rapaz, a la señora marquesa dirá usted que la niña persiste en su ejemplar vocación, y que si quieren verla enfadada y bufando de rabia, que le hablen del siglo y sus tentaciones.

Inés prorrumpió en una carcajada tan natural, tan graciosa, tan fresca, tan jovial, que hasta las paredes del convento parecían regocijarse con tan alegre música.

—¿Qué risas tan mundanas son éstas?—dijo la madre Transverberación—. Es la primera vez que se ríe usted de ese modo en esta casa. ¿Qué pasa para tanta alegría?... Adentro, niña, adentro; daremos parte de este inaudito desenfado a la madre abadesa.

Cerróse el locutorio y salí a la calle. Sentíame con nueva vida, con centuplicadas fuerzas en mi espíritu y en mi

cuerpo; sentíame capaz de todo, de la abnegación, de la lucha, hasta del heroísmo, porque la presencia y las palabras de Inés habían abierto desconocidos horizontes, inmensos espacios delante de mí.

XV

Antes de llegar a la posada, fuerte ruido de tambores y cornetas me anunció la salida del ejército. Corrí a buscar mis armas y mi caballo, y antes que se notara mi falta, ya estaba en fila con el señorito conde de Rumblar, Marijuán y los demás de la partida. Era ya de noche cuando salimos, y el pueblo todo tomó parte en aquella espontánea fiesta de nuestra despedida: millares de luces se encendieron a nuestro paso en balcones y puertas; ninguna mujer dejó de saludarnos desde la reja, ya sin galán, y todos los chicos engendrados por aquella fecunda generación salieron delante de los tambores, acompañándonos hasta más allá de la Puerta Nueva.

Anduvimos toda la noche, y al día siguiente, al salir de El Carpio, nos desviamos del camino real de Andalucía, tomando a la derecha en dirección a Bujalance. Durante esta primera jornada encontramos a Santorcaz, que había salido de Bailén para incorporarse a su cuadrilla, y a todos les dió mucho gusto el verle.

—Aquí traigo varios regalitos que le manda a usted su señora mamá—dijo a mi amo, entregándole unos paquetes—. La señora estaba desazonada por no haber tenido noticias de usted, y me encargó que le cuidase bien. ¿Hizo el señor conde las visitas que doña María le encargó?

—Puntualmente—contestó mi amo—. Y usted, ¿por qué no ha venido antes?

—¡Qué demonio! Con estas cosas, ni tenemos posta ni quien lleve una carta. Sin embargo, yo recibí las que esperaba, y aquí estoy al fin, deseando, como los demás, que tropecemos con los franceses.

Desde entonces fué Santorcaz el principal personaje de la cuadrilla después del amo, lugar que supo conquistarse con la desenvoltura subyugadora de su conversación. Ponía él todo su esmero en agradar a don Diego, cosa fácil de

conseguir; y siempre fijo al lado de éste, cautivó prontamente el ánimo del buen chico, ya contándole hazañas y extraordinarios hechos, ya sugiriéndole con su fértil imaginación ideas y conceptos propios para enriquecer a un joven de chispa, pero muy atrasado en su desarrollo intelectual.

Y a todas éstas, señores míos, ni una palabra os he dicho de aquel ejército ni de su extraña composición; pero atendid ahora, que, lejos de ser tarde, es ésta la coyuntura propicia de hacerlo, según el refrán que dice «Cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento.»

La base del ejército de Andalucía estaba en las tropas del campo de San Roque, mandadas por Castaños, y en las que después trajo don Teodoro Réding de Granada. Componíase de lo más selecto de nuestra infantería de línea, con algunos caballos y muy buena artillería, no excediendo su número de trece a catorce mil hombres. Agregáronse algunos regimientos provinciales y los paisanos que espontáneamente o por disposición de las Juntas se engancharon en las principales ciudades de Andalucía. Dificil es conocer la cifra exacta a que se elevaron las fuerzas de paisanos armados; pero seguramente eran muchos, porque la convocatoria había llamado a todos los mozos de dieciséis a cuarenta y cinco años, solteros, casados y viudos sin hijos, de cinco pies menos una pulgada, medidos descalzos. Además de los notoriamente inútiles, como cojos, mancos, ciegos, etcétera, eran exceptuados los que tenían su mujer encinta o ejercían cargos públicos, así como a los ordenados de Epístola; pero no había excepción por razón de cosecha o labores del campo. Los únicos rechazados de las filas, sin tener aquellos reparos, eran los *negros, mulatos, carniceros, verdugos y pregoneros*. Con paisanos, pues, creó Sevilla cinco batallones y dos regimientos de caballería; Cádiz mandó el batallón de tiradores que llevaba su nombre, y las ciudades y villas de Utrera, Jerez, Osuna, Carmona, Jaén, Montoro y Cádiz enviaron cuerpos de infantería y caballería de número irregular.

Esto aumentó el ejército; pero aún debía crecer un poco más aquel que empezó enano y debía ser gigante terrible, si no por su tamaño, por su fuerza. Los militares españoles que el Gobierno de

Madrid incorporaba a las divisiones de Moncey, de Vedel o de Lefebvre iban huyendo de sus traidoras filas en cuanto se les presentaba ocasión para ello, de tal modo, que al verificar sus marchas aquellos ejércitos por parajes montuosos o quebrados, veían que los españoles se les escapaban por entre los dedos, como suele decirse. Los desertores acudían a engrosar las tropas del ejército de Blake, del de Cuesta o del de Castaños; y a Carmona y a Córdoba llegaron muchos, escapados de las filas de Moncey, así como casi todos los que hacían la campaña de Portugal con Junot. Aquellos oficiales y soldados, al romper la disciplina literal que los sujetaba a la Francia invasora para acudir al llamamiento de la disciplina moral de su patria oprimida, hacían el viaje disfrazados, transpasaban a pie las altas montañas y los ardientes llanos, hasta encontrar un núcleo de fuerza española. Daba lástima verlos llegar rotos, descalzos y hambrientos, aunque su gozo por hallarse al fin en tierra no invadida les hacía olvidar todas las penas. Con estos desertores, entre quienes había guardias de Corps, valones, ingenieros y artilleros, aumentó un poco nuestro ejército.

Pero aún creció algo más. La Junta de Sevilla había indultado el 15 de mayo a todos los contrabandistas y a los penados que no lo fueran por los delitos de homicidio, alevosía o lesa majestad humana o divina, y esto trajo una partida que, si no era la mejor tropa del mundo, por sus costumbres, en cambio, no temía combatir, y, fuertemente disciplinada, dió al ejército excelentes soldados. Ibros, lugar célebre en los fastos del contrabando; Jandulilla, Campillo de Arenas y otras localidades, entregadas más tarde al sable de la Guardia Civil y de los carabineros, enviaron respetables escuadrones, con la particularidad de que, por venir armados hasta los dientes y ser todos unos caballeros de muy buen temple, que sabían dónde echaban la boca del trabuco, se los reputó como auxiliares muy eficaces del ejército. Cuerpos reglamentados españoles con algunos suizos y valones; regimientos de línea, que eran la flor de la tropa española; regimientos provinciales, que ignoraban la guerra, pero que se disponían a aprenderla; honrados pai-

sanos, en su mayor parte muy duchos en el arte de la caza, y por lo general tiraban admirablemente; y, por último, contrabandistas, granujas, vagabundos de la sierra, chulillos de Córdoba, holgazanes convertidos en guerreros al calor de aquel fuego patriótico que inflamaba el país; perdidos y merodeadores que ponían al servicio de la causa nacional sus malas artes; lo bueno y lo malo, lo noble y lo innoble que el país tenía, desde su general más hábil hasta el último pelaire del Potro de Córdoba, paisano y colega de los que mantearon a Sancho: tales eran los elementos del ejército andaluz.

Se formó de lo que existía: entraron a componer aquel gran amasijo la flor y la escoria de la nación; nada quedó escondido, porque la fermentación lo sacó todo a la superficie, y el cráter de nuestra venganza esputaba lo mismo el puro fuego que las pestilentes lavas. Removido el seno de la patria, echó fuera cuanto habían engendrado en él los gloriosos y los degenerados siglos, y no alcanzando a defenderse con un solo brazo, trabajó con el derecho y el izquierdo, blandiendo con aquél la espada histórica y con éste la navaja.

En cuanto a uniformes y trajes, hábíalos de todas las formas conocidas. Es prodigioso cómo se equipó aquel ejército de paisanos en dieciséis días. La Administración actual, con todos sus recursos, es un sastre de portal comparada con aquel confeccionador que puso en movimiento millones de agujas en dos semanas. En cierto estado que la Historia no ha creído digno de sus páginas, pero que existe aún, aunque en el olvido, se consigna el número de piezas de vestuario que hicieron gratuitamente las monjas y señoras de Sevilla. Dice así: «Por las comunidades y señoras de distinción se han hecho 2.335 camisas, 1.768 pantalones y 167 casacas de soldado; 1.101 camisas, 312 pantalones y 700 chalecos de sargento: 374 botines de paño, 149 sacos de caballería, 16 mochilas y 1.684 escarapelas.» Las señoras de Alcolea, las de Carmona, Lora del Río y otros pueblos figuran en la cuenta con cifras parecidas.

Esta diversidad de manos en la hechura de vestimenta indica que la voz *uniforme*, en lo tocante a voluntarios, era una vana palabra. Al lado de las

casacas blancas con solapa negra, carmesí o azul, que vestían la mayor parte de los regimientos de línea; al lado de las levitas azules con bandolera que vestían valones y suizos, veíamos los chaquetones de paño pardo con que se cubría la gente colecticia. Entre los altos morriones de la artillería y las gorras de los granaderos, llamaban la atención nuestros blancos sombreros portugueses y las gorras de cuartel y los tocados de innumerables clases con que cubrían sus chollas los tiradores y voluntarios de los pueblos. Como antes he dicho, aquel ejército hacía reír.

¿Y el dinero para la guerra? Causa risa ver cómo se da hoy de calabazas un ministro de Hacienda para *arbitrar*, con destino a otra guerra, unos cuantos millones que nadie quiere darle si no hipoteca hasta el último pingajo de la nación. Aprended, generaciones egoístas. Leed las listas de donativos hechos por los gremios, por los comerciantes, por los nobles y hasta por los mendigos. ¡Aquél sí era llover de dinero, y reunir-lo a montones, sin que ni un realito de vellón se escapase por entre los agujeros del cesto administrativo! En la lista de donaciones hay una partida conmovedora que dice así: «La señora condesa viuda de Montelirios ha entregado su *toaleta* de plata, manifestando el sentimiento de que sus medios no alcancen tanto como su voluntad.»

¿Habrá hoy quien dé su *toaleta*?...

XVI

Nuestra marcha por Cañete de las Torres en dirección al río Salado era un verdadero paseo triunfal, mejor dicho, casi no parecía que marchábamos, porque la gente de los pueblos, incluso mujeres, ancianos y chicuelos, nos seguían a un lado y otro del camino, improvisando fiestas y bailes en todas las paradas. Cuando el ejército se detenía, eclipsábanse en apariencia todos los males de la patria, porque la tropa, recobrando el buen humor, convertía el campamento en una feria. Yo no sé de dónde salían tantas guitarras; no pude comprender de qué estaban hechos aquellos cuerpos, tan incansables en el baile como en el ejercicio, ni de qué metal du-

rísimo eran las gargantas, para ser tan constantes en el gritar y cantar.

Como durante la primera semana del mes de julio no nos faltaron víveres abundantes, lo pasábamos perfectamente; y como tampoco tropezamos con los franceses, establecidos, aunque muy inquietos, al otro lado del río, a todos, especialmente a los inexpertos, nos parecía la guerra una ocupación dulcísima. Sobre todo el condesito de Rumblar no cabía en el pellejo de puro alborozado; y como con el roce de tanta y tan diversa gente se iba despabilando por extremo, llegó a adquirir un desembarazo, un dominio de su propia persona que antes no tenía. Santorcaz, como dije, había logrado en poco tiempo gran ascendiente sobre don Diego, de tal modo, que cuanto nuestro mozalbate ponía por obra, lo consultaba con aquél. Marijuán en cambio, hacía buenas migas con un servidor de ustedes, y siempre juntos en las marchas y en los descansos, nos contábamos nuestras cosas, compadeciéndonos y consolándonos mutuamente. Nosotros dos solos, y sin dar parte a nadie, nos comimos el divino chocolate y los bollos de la madre Transverberación.

Todo el ejército tenía gran impaciencia por venir a las manos con la *canalla*. Como existen en todo campamento, además del supremo consejo que se celebra en la tienda del general, tantos consejos como grupos de soldados se escalonan aquí y allá en la cantina o en campo raso, para echar una caña o tirar un par de cartas, nosotros siempre estábamos dilucidando en corros más o menos grandes la eterna cuestión de nuestro encuentro con los franceses. ¡Cuántas veces, reunidos junto a un tambor, donde había un jarro de vino, dispusimos el paso del río, el ataque del enemigo en su posición de Andújar u otras hazañas de la misma harina!

Un día, hallándonos en Porcuna, y después que se nos unió el ejército de Réding, resolvimos, tras de ardiente discusión, que los generales estaban atolondrados y sin saber qué plan adoptarían. El conde de Rumblar dijo que iba a escribir a su maestro don Paco para que le dijera qué operaciones convenían más; pero como todos se rieran de esta ocurrencia, nuestro generalito se amoscó y fué a que le consolara con sus adula-

ciones interminables el lugarteniente Santorcaz.

Por último, tras largo consejo celebrado por los generales, se dijo que iban a ser distribuidas las divisiones para tomar la ofensiva inmediatamente. Aquel día, que fué, si no recuerdo mal, el 12 ó el 13 de julio, vi por primera vez al general Castaños, cuando nos pasó revista. Parecía tener cincuenta años, y por cierto que me causó sorpresa su rostro, pues yo me lo figuraba con semblante fiero y ceñudo, según, a mi entender, debía tenerlo todo general en jefe puesto al frente de tan valientes tropas. Muy al contrario, la cara del general Castaños no causaba espanto a nadie, aunque sí respeto, pues los chascarrillos y las ingeniosas ocurrencias que le eran propias las guardaba para las intimidades de su tienda. Montaba airoso a caballo, y en sus modales y apostura había aquella gracia cortés y urbana que tan común ha sido en nuestros Césares y Pompeyos. Es preciso confesar que a caballo y en las paradas hemos tenido grandes figuras. Esto no es decir que Castaños fuera simplemente un general de parada, pues en 1808, y antes de inmortalizar su nombre, tenía muy buenos antecedentes militares, aunque había hecho su carrera con rapidez grande, si no desusada en aquellos tiempos. A los doce años de edad obtuvo el mando de una compañía; a los veintiocho le hicieron teniente coronel, y a los treinta y tres coronel. Si en su juventud no asistió a ninguna campaña, en 1794, y cuando contaba treinta y ocho años y poseía la faja de mariscal de campo, estuvo en la del Rosellón, a las órdenes del general Caro, y allí le hirieron gravemente en el lado izquierdo del cuello. Cuentan que la ligera inclinación de su cabeza hacia aquel lado provenía de tal herida.

Voy a decir de qué manera nos distribuyeron. La primera división la mandaba Réding; la segunda, Coupigny, y la tercera, Jones. La reserva estaba a las órdenes de don Juan de la Peña, y mandaban destacamentos sueltos, de mil hombres poco más o menos, en calidad de tropas volantes para mortificar al enemigo, don Juan de la Cruz, el marqués de Valdecañas y don Pedro Echevarri, que después fué uno de los más famosos polizontes de la reacción. Tres-

cientos escopeteros, que habían salido Dios sabe de dónde, eran capitaneados por el presbítero don Ramón de Argote. ¿No es verdad que hubiera estado mejor diciendo misa?

A caballo éramos tres mil, fuerza no muy grande si se considera que íbamos a operar en país entrellano y contra jinetes muy aguerridos; pero, en cambio, nuestra artillería era de primer orden. Teníamos veinticuatro piezas, servidas por el Real Cuerpo, con lo más florido de aquella oficialidad, a quien estaba reservada la mayor gloria de la guerra, desde el 2 de mayo hasta la batalla de Vitoria.

Nosotros nos extendíamos por la izquierda del Guadalquivir, ocupando los pueblos de Porcuna y Lopera; y, alargando una de nuestras alas por el camino de Arjonilla, observábamos la orilla derecha, mientras la otra ala se extendía hacia Higuera de Arjona, buscando a Mengíbar. Ocupaba el francés Andújar con las fuerzas que primitivamente trajo a la tierra andaluza, y que habían vencido en el puente de Alcolea y saqueado a Córdoba. La división de Vedel, fuerte de diez mil hombres, hallábase en Bailén, y la pequeña división de Ligier-Belair, el mismo general que vimos batirse con los vecinos de Valdepeñas en los primeros días de junio, estaba en Mengíbar guardando el paso del río. Andújar, Bailén, Mengíbar. Del primero al segundo punto corría la carretera general de Andalucía; desde Bailén a Mengíbar, el camino que iba a Jaén, y desde Mengíbar a Andújar, el río. Conserven ustedes en la memoria la disposición de este triángulo para comprender la importancia de los movimientos de ambos ejércitos.

Cualquiera que fuese el pensamiento de nuestros generales, lo cierto es que la primera división recibió orden inmediata de ponerse en marcha, mientras Castaños, con la tercera y la reserva, se dirigía hacia el puente de Marmolejo para pasarlo y atacar a Dupont en Andújar. Ya he dicho que mandaba don Teodoro Réding la primera división, lo que aún no ha sido escrito por la Historia ni mucho por mí es que yo formaba parte de ella, porque toda la caballería voluntaria había sido incorporada, mejor dicho, fundida en los batallones del ejército, que apenas contaban con la mi-

tad del contingente. A mi amo y a los que le seguían nos tocó formar en las filas del regimiento de Farnesio, mientras que los lanceros de Sevilla fueron casi todos incorporados al regimiento de España.

El día 13 nos separamos de nuestros compañeros y tomamos el caminos, mejor dicho, las veredas y trochas que conducen a Mengíbar. No llegábamos a seis mil, pero éramos buena gente, aunque me esté mal el decirlo. El regimiento de guardias valones, los suizos, el de la Corona, el de Irlanda, el de Jaén, los granaderos provinciales, los fusileros de Carmona, la caballería de Farnesio y las seis bocas de fuego que mandaba don Antonio de la Cruz, eran piezas respetables, orgullosas de sí mismas. Teníamos por general a un hombre impetuoso, de más arrojo que prudencia; mediano táctico, pero incansable en las marchas. Nuestro jefe de Estado Mayor, don Francisco Javier Abadía, era un militar muy entendido, quizá de los mejores que entonces tenía el ejército español, y el coronel puesto al frente de la artillería pasaba por un oficial de mucho entendimiento en su arma. Nosotros le llamábamos el sainetero, por ser hijo de don Ramón de la Cruz.

Adelante, pues. Al llegar a Mengíbar encontramos la población muy alborotada, porque un destacamento francés, enviado a Jaén en busca de víveres, después de saquear horriblemente esta ciudad, había retrocedido a su cuartel general, asolando a su paso la comarca. De Jaén se contaban atrocidades que apenas son creíbles en militares de un país europeo. Dijéronnos que mujeres y niños habían sido inhumanamente degollados, y que igual muerte padecieron dentro de sus mismos hospitales varios frailes agustinos y dominicos enfermos. La consternación de aquellos pueblos era excesiva, y al aproximarse las tropas acudían en tropel a nuestro encuentro, derramando lágrimas de ira, suplicándonos que no dejáramos vivo un francés, y pidiendo los viejos aún fuertes y los rapaces de doce años que se los dejase marchar entre las filas para ayudarnos. Según nos decían, después del saqueo, en los caseríos inmediatos al tránsito —Almenara, Fuente del Rey, Grañena y otros— no habían dejado ni un grano de trigo, ni una azumbre de vino, ni un

puñado de paja. Hasta las medicinas de las boticas y de los hospitales de Jaén fueron robadas, y al propio tiempo ni un carro ni una mula quedaron en todos aquellos contornos.

Muchas familias expoliadas habían acudido a Mengíbar. En la plaza del pueblo, dos frailes escapados a las carnicerías de Jaén predicaban el exterminio de los franceses. Al ver la indignación de aquella infeliz gente robada y vejada, al ver las mujeres que acudían frenéticas y rabiosas, pidiéndonos que vengáramos a sus inocentes hijos, degollados sin piedad en la cuna, comprendí las crueldades de que por su parte empezaban a ser víctima los franceses cuando se rezagaban.

XVII

Antes de decidirse a pasar el río, nuestro general mandó una pequeña fuerza en reconocimiento de la situación de las tropas de Coupigny. Algunos jinetes de Farnesio tomaron parte en esta expedición, y Marijuán, que fué en ella, nos contó a su regreso, en la tarde del 15, que habían encontrado la división del marqués hacia Villanueva de la Reina, donde le entregaron los pliegos de Réding. Desde el campamento de Coupigny se había visto una gran polvareda en la orilla derecha, y parecía que la división de Vedel marchaba desde Bailén a Andújar para reforzar a Dupont, que ya había trabado la lucha con Castaños. La gente venida de Arjonilla aseguraba haber oído fuerte cañoneo hacia la parte de Los Visos.

—A estas horas—decía Marijuán—, o ellos o los de Castaños han de estar derrotados.

—¿Y qué esperaba el marqués en Villanueva de la Reina?—preguntó Santorcaz con aquella suficiencia estratégica que le hiciera tan digno de admiración a los ojos del joven don Diego.

—Allí se estaba tan quieto—repuso Marijuán—. Parece que está de acuerdo con nuestro general para operar en combinación y atacar juntos a Bailén.

—Pero ¿qué estrategia es ésa ni a qué conduce atacar a Bailén?—dijo Santorcaz, atrayendo en su alrededor un círculo de soldados—. ¿No dices que la divi-

sión de Vedel salió de Bailén y está ya sobre Andújar?

—Sí; así lo decían en Villanueva.

—Pues si no hay enemigos en Bailén, ¿qué es eso de atacar a Bailén? Se tratará de ocuparlo para luego avanzar por el arrecife y embestir a Dupont y a Vedel por la espalda, mientras Castaños, Jones y Peña le atacan de frente.

—Eso, eso será—dijimos todos—. De ese modo los cogeremos entre dos fuegos, y no escapará ni una patena de las que robaron en Córdoba.

—Pero si ése es el plan, ya debía estar puesto en ejecución. Si se están batiendo en Andújar, a estas horas deberíamos estar nosotros cayendo sobre la retaguardia francesa; mientras que si nos ponemos en marcha esta noche y llegamos mañana, sabe Dios...

Al anochecer se nos ordenó marchar río arriba, lo cual no comprendimos ni poco ni mucho hasta que algunos compañeros, que eran del país y conocían el terreno, nos dijeron que íbamos buscando el vado del Rincón para pasar al otro lado. Por la noche, algunas fuerzas de infantería y dos piezas pasaron por junto a la barca, mientras el grueso del ejército, con la caballería, nos disponíamos a hacerlo media legua más arriba. Antes de amanecer sentimos algunos tiros del otro lado, y diéndonos orden de hacer el menor ruido posible y de no encender lumbre. La noche era calurosa; habíamos comido poco y mal el día anterior, y con esto y el no dormir no estábamos del mejor humor; pero la guerra tiene mil contrariedades, y ojalá fueran todas como aquéllas. Entramos al fin en el río, cuyo frescor agradecieron mucho nuestros cuerpos, secos e irritados por el calor y el polvo, y algún tiempo después, cuando comenzaban a iluminar el horizonte las primeras vislumbres de la aurora, ya éramos dueños de la orilla derecha. El mayor general Abadía, que había dirigido el paso, nos mandó replegarnos a un sitio bajo, donde casi toda la fuerza podía permanecer oculta, y allí aguardamos más de media hora. No se veían los enemigos por ningún lado; pero allá lejos, hacia la barca, continuaba cada vez más vivo el tiroteo de fusil.

El terreno es por allí bastante quebrado, abundando los matorros, y entre éstos designaron un camino de trocha,

por donde avanzó la infantería, mientras a los de a caballo se nos mandó caminar por terreno más alto. Habíamos tomado tan al pie de la letra la orden de no hacer ruido, que avanzamos despacio y silenciosamente, con el alma en suspenso, los ojos atentamente fijos en el último término del terreno hacia la izquierda, punto donde se había trabado la acción. Vimos, al fin, a los franceses tiroteándose con nuestros compañeros, con aquellos que habían pasado la barca durante la noche, y luchaban en un campo bajo, salpicado de espesos matorrales.

En una loma, y como a dos tiros de fusil de aquel sitio, brillaba inmóvil e imponente una cosa que desde el primer momento atrajo nuestras miradas, infundiéndonos algún recelo. Era un escuadrón de coraceros, la mejor caballería del ejército de Dupont. Todos los jinetes contemplamos el resplandor de las bruñidas corazas, en cuyos petos el sol naciente producía plateados reflejos; y después de mirar aquello, sin decir nada, nos miramos unos a otros, como si nos contáramos. Ni una voz se oía en nuestras filas; a todos se nos había cambiado el color, y temblábamos, aunque cada cual hiciera esfuerzos por disimularlo. El único rumor que turbaba el profundo silencio de nuestro regimiento, donde hasta los caballos parecían contener el aliento y explorar el campo con atónitos ojos, era un ligero y casi imperceptible son metálico producido por las estrellas de las espuelas. Aquel temblor de piernas es un accidente que la caballería observa siempre en el comienzo de toda batalla.

El combate, principiado en guerrillas, arreciaba desde que empezó la infantería a desplegar un frente compacto de consideración. Pero casi toda la tropa española se mantenía en reserva, esperando a saber fijamente si los franceses ocultaban una gran fuerza en la carretera de Bailén. Mientras el frente español aumentaba sus tiros, resistiendo a las innumerables guerrillas francesas, que al abrigo de sus posiciones medio atrincheradas hacían fuego mortífero, la artillería continuaba a retaguardia, y la caballería, asimismo fuera de acción, recibió orden de ocupar un cerro a mano derecha. Fijos allí, no quitábamos los ojos de la tremenda fila de corazas que

resplandecían en la loma de enfrente, quietas y confiadas en su valor y pesadumbre. Aquella fuerza era muy superior a la nuestra por su organización y marcialidad; pero nosotros teníamos sobre ella, además de la ventaja numérica, que no era de gran valor, dada nuestra impericia, la siguiente ventaja moral: puestos ellos en la vertiente anterior de una loma, todo su poder y su número se presentaba a nuestra vista: no había más coraceros que aquéllos, y podíamos contarlos uno por uno. Nosotros, en cambio, estábamos sabiamente colocados por el mayor general en otra altura parecida; pero sólo una quinta parte del regimiento ocupaba la parte culminante de la loma, mientras que todo lo demás se extendía en la vertiente posterior, permaneciendo oculto a la vista del enemigo; de modo que si nosotros los contábamos perfectamente a ellos, los franceses, engañados por la apariencia, se reirían de los cuarenta jinetes sin uniforme, enseñoreados del cerro con aire de perdonavidas.

Nosotros teníamos sobre ellos la ventaja de lo desconocido, que es el genio tutelar de las batallas, de eso que no se ve y que en el momento apurado y crítico sale inopinadamente de lo hondo de un camino, del respaldo de una loma, de la espesura de un bosque; combatiendo de última hora, que la tierra echa de su seno, y se presenta fresco, sin heridas ni cansancio, a decidir la victoria.

Nuestras filas habían desalojado a los franceses de sus posiciones. Los vimos replegarse en desorden, y entonces cesó la inmovilidad de los coraceros. Los resplandecientes petos despedían reflejos múltiples, y ordenadamente descendieron de la colina en perfecta fila. Relincharon sus caballos, y los nuestros relincharon también, aceptando el reto. Pero entonces ocurrió uno de esos cambios de escena tan frecuentes en la guerra, y cuyo artificio, si cae en buenas manos, basta a decidir la victoria. Arrojadadas nuestras filas sobre las guerrillas enemigas, clareado el terreno y puestas en juego algunas piezas de artillería, vióse que los franceses vacilaban, agrupándose y retrocediendo como si buscaran nuevas posiciones. Se nos dió orden de avanzar bajando, y una vez en llano, convertimos sobre nuestro flanco, para formar un largo frente de batalla. La infan-

tería francesa estaba delante de nosotros, resguardada por sus coraceros; pero éstos, observando nuestro movimiento y reconociendo al instante su indudable inferioridad, invadieron precipitadamente la carretera. La retirada era cierta. Se nos formó en columnas, dándonos orden de cargar, y el regimiento se puso rápidamente al galope. Parecía que la misma tierra, sacudiéndose bajo las herraduras de nuestros caballos, hacía adelante nos lanzaba. A aquellos primeros pasos tras un ideal de gloria acompañaron voces de guerra mezcladas con piadosas invocaciones:

—¡Madre nuestra, Santa Virgen de Araceli, ven con nosotros!

—¡Viva España, Fernando Séptimo y la Virgen de la Fuensanta!

Ya nadie pensaba en tener miedo; muy lejos de esto, todos los de mi fila rabiábamos por no estar en las de vanguardia, en aquellas filas dichas que acometían a sablazos a los franceses de a pie, ya pronunciados en completa dispersión. Tal era nuestro furor bélico en aquella fácil victoria, que don Diego, Marijuán y yo, no encontrando a derecha e izquierda francés alguno, hacíamos grandes estragos con nuestros sables en los arbustos del camino, diciendo: «¡Perros, canallas, ya sabréis cómo las gastamos los españoles!»

La gloria de cargar sobre la infantería francesa perteneció tan sólo a las primeras filas, aunque no les duró mucho el regocijo, porque los enemigos, convencidos ya de que no tenían fuerza bastante para hacernos frente, tomaban a toda prisa el camino de Bailén. Una vez posesionados del camino, seguimos adelante; pero los caballos franceses corrían a todo escape, y la infantería se puso en salvo por las veredas, dispersándose a un lado y otro de la carretera. Sobre las diez nos detuvimos, y puestas en orden las columnas, avanzamos despacio, porque recelábamos de ser atacados por una división entera. Entre tanto, nuestras pérdidas habían sido nulas en la caballería, y escasas, aunque sensibles, en la infantería, que perdió un capitán del regimiento de la Reina y bastantes soldados.

Después de haber perdido de vista a los enemigos, continuamos la marcha hacia Bailén, si bien con mucha cautela, pues había la presunción de que los

franceses, reforzados con gran número de tropas, caballos y artillería, se nos presentarían de nuevo en mitad del camino, sorprendiéndonos en nuestra triunfal carrera. Así fué, a efecto. A eso del mediodía, nuestras columnas avanzadas recibieron el fuego de los imperiales, que, rehechos con un destacamento que de Linares había llegado, trataban de ganar lo perdido.

Furiosos por el reciente desastre, acometieron briosamente a nuestra vanguardia. Tomamos posiciones, y las tropas ligeras, ayudadas de un enjambre de paisanos, se diseminaron por las escabrosidades próximas, desde cuyos matorrales mortificaban a los franceses con fuego menudo. La caballería, entre tanto, continuaba muy lejos de la acción, y aunque nuestro deseo hubiera sido que a lo más recio se nos enviara para desahogar nuestro enardecido pecho, Dios quiso, por fortuna, que no llegase esta ocasión, pues la escaramuza terminó de improviso, cesaron los tiros, y vimos con sorpresa que los franceses, como poseídos de súbito pavor, retrocedían a la desbandada hacia Bailén, recogiendo precipitadamente a sus heridos.

¿Qué ocurría? Según después supimos, Francia había tenido una pérdida funesta, la de su general Gobert, el cual cayó mortalmente herido por una de esas balas de guerrero invisible que salían de entre las malezas para taladrar el corazón del Imperio. Aquel valiente militar murió pocas horas después en Guarromán. Dueños nosotros del campo y sin enemigos a la vista, parecía natural que fuéramos sobre Bailén; pero el ejército volvió hacia Mengibar, para repasar el río, movimiento que no fué por nosotros comprendido. Muy orgullosos estábamos, y especialmente los inexpertos paisanos no cabíamos en el pellejo.

—¡Hoy es día del Carmen!—exclamó don Diego—. ¡Viva la Virgen del Carmen y mueran los franceses!

Ruidosas exclamaciones alegraron y conmovieron nuestras filas. Era el 16 de julio; en este día, la Iglesia celebra, además de la advocación del Carmen, el Triunfo de la Santa Cruz, fiesta conmemorativa de la gran batalla de las Navas de Tolosa, ganada contra los infieles por castellanos, aragoneses y navarros en aquellos mismos sitios donde nosotros nos batíamos con Francia y en

el mismo 16 del mes de julio. Habían pasado quinientos noventa y seis años. La coincidencia del lugar y la fecha nos inflamaban más, y añadida a nuestro patriotismo una profunda fe religiosa, nos creímos héroes, aunque hasta entonces no habíamos tenido ocasión de probarlo.

Antes de cruzar el río descansamos para llevar algo a la boca. ¡Oh, qué desengaño! Estábamos muertos de hambre y cansancio, y se nos dijo que no había más que un tercio de ración; pero como buenos chicos que éramos, nos conformamos, supliendo los dos tercios restantes con la sustancia moral del entusiasmo.

—Pero, señor de Santorcaz—pregunté a mi compañero cuando, con el agua al estribo, vadeábamos el Guadalquivir—, ¿nos quiere usted decir por qué no se nos ha llevado adelante? ¿Por qué, después de esta victoria, desandamos lo andado?

—¡Zopenco!—me contestó—. Esto no ha sido más que una fiestecilla de pólvora, y todavía no ha empezado lo bueno. ¿Crees que no hay más franceses que esos cuatro gatos de Ligier-Belair? ¿Qué sabes tú si a estas horas Vedel, que a Andújar fué en auxilio de Dupont, habrá regresado a Bailén? Ahora, o yo me engaño mucho, o vamos en busca del marqués de Coupigny, para reunirnos y emprender juntos un nuevo ataque. ¿Estás al tanto de lo que digo? ¿Ves como no en vano ha mordido uno el cebo en Hollarbrünn, en Austerlitz y en Jena?

Efectivamente, la intención de nuestro general era reunirse con Coupigny; pero esto no se verificó hasta la noche del 17 al 18.

XVIII

Se nos acampó en un alto, a espaldas de Mengíbar, y supimos con gusto que aquella noche no haríamos movimiento alguno. Nuestro gozo, como nuestra fatiga, necesitaba descanso; necesitábamos dar desahogo al efervescente júbilo, no sólo renovando en la memoria todos los incidentes de la acción de aquel día, sino también refiriendo cuanto cada uno hizo y cuanto dejó de hacer para que la batalla fuese completa-

mente ganada. Los suizos y los soldados de línea no estaban tan engreídos como nosotros los paisanos, que creíamos haber asistido a la más grande y gloriosa acción de los modernos tiempos. Mirábamos con desdén a los que quedaron de reserva, y al contarles lo que pasó, hacíamos subir a cifras fabulosas el número de franceses segados por nuestros cortadores sablès en la refriega.

Largas horas pasamos sobre el campo saboreando los deliciosos recuerdos de tanta gloria, que como dejos de un manjar muy rico nos renovaban el placer del vencimiento. La noche era como de verano y como de Andalucía: serena, caliente, con un cielo inmenso y una atmósfera clara, donde algo sonoro fluctúa, cuya forma visible buscamos en vano en derredor nuestro. Tendidos sobre la caldeada tierra a orillas del río, cuyas frescas emanaciones buscábamos con anhelo, entreteníamos las horas hablando, cantando o haciendo eruditas disertaciones sobre la campaña tan felizmente emprendida. En un grupo se jugaba a la cartas, en otro se decía un romance de héroes o de santos, en éste algunos cantadores echaban al vuelo las más románticas endechas de la tierra, pues desde entonces era romántica Andalucía; en aquél se narraban cuentos de brujas, y en algunos, finalmente, se dormía sin inquietud por el día venidero.

Nuestro don Diego, siempre al arrimo de Santorcaz; Marijuán, yo y algunos más formábamos un grupo bastante animado, en el cual no cesó el ruido hasta muy alta la noche. Después de cantar no escasearon los cuentos, acertijos y adivinanzas, y, por último, la conversación recayó en tema de mujeres.

—Yo—dijo don Diego con su natural ingenuidad—me voy a casar. A todos los convido a mi boda. «¿Y quién es la novia?», dirán ustedes. Pues sepan que no la he visto. Mi señora madre lo ha arreglado todo con otras dos señores de Córdoba, y, según me han dicho, es más bonita que el sol, aunque ahora da en la manía de no salir del convento.

—Será para cuando acabe la guerra porque ahora no está el horno para bollos—dijo Marijuán—. Yo también voy a casarme con una muchacha de Almunia, que tiene siete parras, media casa y burro y medio de hijuela. También será

cuando acabe la campaña, y a todos los convido a mi boda. Y tú, Gabriel, ¿no piensas casarte?

—Pues yo, para no ser menos—contesté—, digo que, cuando termine la guerra, me casaré también. «¿Y con quién?», diréis. Pues me caso con una condesa.

—¿Con una condesa?

—Sí, señores; con una condesa que posee todas estas tierras que estamos viendo y otras más allá, y tiene dos escudos con ocho lobos sobre plata y catorce calderos con media cabeza de moro y un letrado que dice:

—*Toma casa con honor y mujer que sepa hilar*—dijo Marijuán, interrumpiéndome—. ¿Pues no dice que se casa con una condesa? Será con alguna duquesa del estropajo. Pero di: ¿en qué alcázares reales está tu novia?

—Este es un bobalicón que no sabe lo que se habla—observó don Diego—. ¡Lucida condesa será ella! Pues, como os decía, muchachos, mi novia está muy desazonada esperando a que se acabe la guerra para casarse conmigo. Así me lo han dicho, y lo creo. Apuesto que estáis rabiando por saber quién es y cómo se llama; pero eso no lo he de mentar, porque mi señora madre y don Paco me dijeron que si hablaba de esto antes de llegar la ocasión me castigarían no dejándome montar en el potro. ¡Qué guapa es, señores! Sus ojos son dos luceros, como aquel grande y muy claro que está sobre el tejado de esa casa; su boca se compone de dos hojas de rosa; sus dientes hacen que todas las perlas echen a correr de envidia; sus mejillas son claveles abiertos, y cuando llora, sus lágrimas son diamantes. Yo no la he visto más que en figura, porque han de saber ustedes que cuando fui a visitar a sus tías en Córdoba, me dieron un medalloncito con el retrato de la que ha de ser mi mujer, el cual retrato, por temor a que se me perdiera, lo he dado a guardar al señor de Santorcaz.

—Eso se parece—dijo uno de los oyentes— a la historia de la princesa Laureola, por quien vinieron de la Meca los tres reyes moros, y dice el cuento que tenía los ojos de azabache ardiendo, la boca de flor de granado, y las orejas de caracolitos del mar. ¿Lo sabes tú?

—Eso está en el romance de la rei-

na mora. bruto. ¿Qué tiene eso que ver con la princesa Laureola?

—Yo sé el romance de la reina mora—gritó don Diego, batiendo palmas—. ¿Lo echo?

—Venga.

—No; el del *Barandal del cielo*, que es más bonito y habla de la Virgen—añadió el condesito, gozoso de poder lucir sus habilidades—. Me lo enseñó mi hermana Presentación, que sabe veintisiete y los dijo todos arreo delante del señor obispo de Guadix cuando su ilustrísima paró en casa el mes pasado.

Y, sin esperar a que le rogasen, el mayorazguito de Rumblar, con sonsonte de escuela, voz agridulce y afeminados gestos, dió principio a la siguiente retahíla:

—Por el barandal del cielo
se pasea una doncella
blanca, rubia y encarnada.
que alumbra como una estrella.
San Juan le dice a Jesús:
«¿Quién es aquella doncella?»
Nuestra Madre, buen San Juan,
nuestra Madre linda y bella;
la Virgen no viene sola
ángeles vienen con ella;
no viene vestida de oro.
ni de plata, ni de seda:
viene vestida de grana...

Y como al concluir fuera acogida esta relación con una salva de aplausos, animóse el recitador y nos endilgó otra, no menos famosa, que empezaba:

—Allá arriba, en aquel alto,
hay una fuente muy clara,
donde se lava la Virgen
sus santos pechos y cara...

—¡Basta de romances!—exclamó de improviso Santorcaz, asustándonos a todos con su interrupción—. Eso es cosa de chiquillos, y no de hombres formales. ¿No sabe usted más que eso?

—Sé muchos más—dijo tímidamente el joven—. Don Paco me ha enseñado muchos, y me los hace aprender de memoria para que los diga en las tertulias.

—¿Y nada más le ha enseñado a usted ese señor don Paco, a quien desde el primer momento tuve y diuté por un gran zopenco?

—También me ha enseñado Historia, sí, señor. Y sé lo de nuestro padre Adán y aquello de Alejandro cuando fué a dar batallas a los persas como ahora vamos nosotros a dárselas a los franceses.

—¿Y nada más?

—¡Toma!, también latín; pero mi señora madre mandó que no me atarugasen la cabeza de latín, puesto que no era necesario; y, por último, don Paco dijo que con saber un poquito de *Musa musae* bastaba.

—¿Y qué libros ha leído usted?

—Nada más que la *Guía de pecadores*, donde está aquello del infierno. Es libro muy feo, y mi señora madre no me dejaba leer más que lo del infierno, que da mucho espanto y sueña uno con ello. Pero mi señora madre tiene otros libros en el cofre, y cuando iba a misa, yo, con mucha cautela, los sacaba para leerlos. Uno se titula *La farfulla, o la cómica convertida*, novela escrita por un fraile de mínimos, y otra, *Princesa, ramera y mártir, Santa Afra*. Ambos libros son muy bonitos, y traen un aquel de amores y besos, que me daba mucho gusto cuando a escondidas los leía yo.

Santorcaz sonreía. Después de una pausa, dijo con cierta petulancia:

—¿De modo que no ha leído usted la *Enciclopedia*?

—¿Qué es eso?

—La *Cincopedia*—gritó uno—. ¡Eh! ¿Sabes tú adónde cae la *Cincopedia*?

Esta palabra, que adquirió fortuna aquella noche, fué pasando de boca en boca, y más de cien la repitieron entre zumbas y chacota.

—Veo que sois unos animales—dijo Santorcaz, un poco avispado—. De todos modos, señor don Diego, la educación que usted ha recibido no puede ser más deplorable en un joven mayorazgo, que, por lo mismo que ha de sobresalir entre los demás en la sociedad, debe cultivar su entendimiento.

—A ver, amigo—indicó Rumblar—, hábleme usted de esas cosas, que me gustan. Todo lo que usted me decía anteayer, cuando íbamos de camino por aquí, me tenía encantado, y le juro que si no estuviera en víspera de casarme y fuera preciso seguir con ayo, le diría a mi señora madre que me le pusiera a usted en lugar de don Paco, el cual bien se me alcanza que no me ha en-

señado más que gansadas y tonterías.

—Pues repito que un joven destinado a ocupar tan alta posición en el mundo debe saber algo más que el romance del *Barandal del cielo*. Verdad es que, o mucho me equivoco, o todo eso de los mayorazgos se lo llevará la trampa, y tarde o temprano se pondrán las cosas de manera que cada cual sea hijo de sus obras.

—Así debe ser—añadió Marijuán—. ¿No somos todos hijos de Dios?

—Vengan acá y respondan—dijo Santorcaz, excitando la curiosidad de sus oyentes—. ¿No les parece que el mundo está muy mal arreglado?

Abriéronse varias bocas con estupefacción, y no se oyó ninguna respuesta.

—Pues yo, que no he leído ningún libro—afirmó al fin uno de los circunstantes—, digo que Dios tiene que volver a hacer el mundo, porque eso de que se lo lleve todo el que primero salió del vientre de la madre y los demás se queden bailando el pelao, no está bien. Mi hermano el mayor, sólo porque le dió la gana de nacer antes que yo, tiene tres dehesas y dos casas; y los demás..., uno hubo de meterse fraile, otro se fué al Perú, otro está muerto de hambre en un hospital de Sevilla, y yo, señores, tuve que meterme en el contrabando para que no se me helara el cielo de la boca.

—Oye tú, Marijuán—dijo otro—: ¿sabes lo que contaban en Sevilla? Pues que la Junta se iba a poner de compinche con las otras juntas para ver de quitar muchas cosas malas que hay en el gobierno de España, lo cual podemos hacer nosotros, *sin necesidad de que vengan los franceses a enseñárnoslo* (1).

—Así ha de ser—observó Santorcaz—. Me han dicho que en Sevilla hay sociedades secretas.

—¿Qué es eso?

—Ya sé—replicó uno—. Tiene razón don Luis. En Sevilla hay lo que llaman *flamasones*, hombres malos que se juntan de noche para hacer maleficios y brujerías.

—¿Qué estás diciendo? No hay tales maleficios. Mi amo iba también a esas juntas, y cuando su mujer se lo echa-

(1) Palabras textuales de la Junta Suprema de Sevilla.

ba en cara, respondía que los que allí iban entraban al modo de filósofos, y no hacían mal a nadie.

—Pues en Madrid, las sociedades secretas están todavía en la infancia —añadió Santorcaz—. En Francia, las hay a miles, y todo el mundo se inscribe en ellas.

—Pues si voy a Madrid—dijo con énfasis el mayorazguito—, lo primero que haré será meterme en una de esas sociedades, donde sin duda se han de aprender muy buenas cosas. ¿No es verdad, don Luis? Yo no tengo nada de torpe; me lo reconozco, sí, señores. ¿Creerá usted, señor de Santorcaz, que eso que usted ha dicho de los mayorazgos se me había ocurrido a mí muchas veces cuando jugaba en el patio de casa con las gallinas? Pero ya que me enseña usted lo que ignoro, contésteme a una duda: ¿por qué tenemos nosotros en nuestras casas tantos papelotes llenos de garabatos, y por qué usamos esos escudos con sapos y culebras? El de mi casa tiene cuatro lagartos y un tablero de ajedrez con dos calderitos muy monos.

—Si esos signos representan algo—repuso Santorcaz—, es referente al primero que los usó, a sus hazañas, si las hizo, o a sus privilegios, si los tuvo; pero hoy, amiguito, tales pinturas no valen de nada, y dentro de algunos años los que las posean sin dinero serán unos pobres pelagatos, a quienes nadie se arrimará, así como todo aquel que haya hecho una fortuna con su trabajo o descuelle por su talento será bienquisto en el mundo, aunque no tenga ni un adarme de lagartija en su escudo.

—¿De modo—preguntó el mozalbete—que yo seré un pelagatos si llego a perder mi patrimonio o soy un bruto? Esto sí que es bueno.

—Nada, nada—dijo uno—. Fuera mayorazgos, y que todos los hermanos varones y hembras entren a heredar por partes iguales.

—Eso no puede ser—observó Marijuán—, porque entonces no habría las grandes casas que dan lustre al reino.

—Eso no puede ser—afirmó un tercero—. Pues qué, ¿el rey iba a ser tan tonto que quitara los mayorazgos? Nada, nada; los dejará siempre, por la cuenta que le tiene.

—Es que si el rey no quiere quitar-

los, no faltará quien los quite—añadió Santorcaz.

Todos se rieron al oír sostener la idea de que existe alguna voluntad superior a la voluntad del rey.

—¿Cómo puede ser eso? Si el rey no quiere... ¿Hay quien esté por cima del rey? El rey manda en todas partes, y digan lo que quieran, no hay más que su sacra real voluntad. ¡Muchachos, viva Fernando Séptimo!

—Pero vengan acá, zopencos—dijo Santorcaz—. ¿Dicen ustedes que nadie manda más que el rey?

—Nadie más.

—Y si todos los españoles dijeran a una voz: «Queremos esto, señor rey: nos da la gana de hacer esto», ¿qué haría el rey?

Abriéronse de nuevo todas las bocas, y nadie supo contestar.

XIX

—Gaznápiros, animales, si estáis probando lo que digo—añadió con energía don Luis—. Lo que pasa en España, ¿qué es? Es que el reino ha tenido voluntad de hacer una cosa y la está haciendo, contra el parecer del rey y del emperador. Hace tres meses había en Aranjuez un mal ministro, sostenido por un rey bobo, y dijisteis: «No queremos ese ministro ni ese rey», y Godoy se fué, y Carlos abdicó. Después Fernando Séptimo puso sus tropas en manos de Napoleón, y las autoridades todas, así como los generales y los jefes de la guarnición, recibieron orden de doblar la cabeza ante Joaquín Murat; pero los madrileños dijeron: «No nos da la gana de obedecer al rey, ni a los infantes, ni al Consejo, ni a la Junta, ni a Murat», y acuchillaron a los franceses en el Parque y en las calles. ¿Qué pasa después? El nuevo y el viejo rey van a Bayona, donde les aguarda el tirano del mundo. Fernando le dice: «La corona de España me pertenece a mí; pero yo se la regalo a usted, señor Bonaparte.» Y Carlos dice: «La coronita no es de mi hijo, sino mía; pero para acabar disputas, yo se la regalo a usted, señor Napoleón, porque aquello está muy revuelto, y usted solo lo podrá arreglar.» Y Napoleón coge la corona y se la da a su hermano.

mientras, volviéndose a ustedes, les dice: «Españoles, conozco vuestros males y voy a remediarlos.» Pero ustedes se encabritan con aquello, y contestan: «No, camarada; aquí no entra usted. Si tenemos sarna, nosotros nos la rascaremos; no hay más rey de España que Fernando Séptimo.» Fernando se dirige entonces a los españoles y les dice que obedezcan a Napoleón; pero entre tanto, muchachos, un señor que se titula alcalde de un pueblo de doscientos vecinos escribe un papelucho, diciendo que se armen todos contra los franceses; este papelucho va de pueblo en pueblo, y como si fuera una mecha que prende fuego a varias minas esparcidas aquí y allí, a su paso se va levantando la nación desde Madrid hasta Cádiz. Por el Norte pasa lo propio, y los pueblos grandes, lo mismo que los pequeños, forman sus Juntas, que dicen: «No; si aquí no manda nadie más que nosotros. Si no reconocemos las abdicaciones, ni admitiremos de rey a ese don José, ni nos da la gana de obedecer al emperador, porque los españoles mandamos en nuestra casa, y si los reyes se han hecho para gobernarnos, a nosotros no nos han parido nuestras madres para que ellos nos lleven y nos traigan como si fuéramos manadas de cerdos...» ¿Estamos? ¿Lo comprendéis? Pues esto, ni más ni menos, es lo que está pasando aquí. Y ahora contéstenme los alcornoques que me oyen: ¿quién manda, quién dispone las cosas, quién hace y deshace, el rey o el reino?

El estupor que produjeron estas palabras reveladoras en el atento concurso, compuesto de muchachos rudos e ignorante, pero de gran viveza de imaginación, fué tan extraordinario, que por un corto rato no se oyó la más insignificante voz, señal cierta de que las ideas vertidas por Santorcaz, entrando de improviso en los oscuros cacúmenes de sus oyentes, habían armado allí gran zipizape y polvareda, dejándolos aturridos, confusos y sin palabra. El primero que rompió el silencio fué Rumblar, diciendo:

—Todo eso está muy bien dicho. ¿Creeís que hace días me ocurrió una idea parecida cuando estaba cazando moscas y poniéndoles rabos en cierta parte, para que al volar hicieran reír a mis dos hermanas, que estaban rezando? Sólo

que yo no sabía cómo decir aquello que pensaba.

—Sí, señores, ¡vivan las Juntas!—exclamó uno, levantándose—. Yo me sé de memoria aquel papel que echó a la calle la de Córdoba, diciendo... Oiganme: «¡Cordobeses, los reinos de Andalucía se ven acometidos por los asesinos del Norte; vuestra patria va a ser oprimida bajo el yugo de un tirano; vosotros mismos seréis arrancados de vuestros hogares y de vuestras casas. Cuarenta argollas está labrando el lascivo Murat para conducirnos al Norte como a los animales más inmundos... ¡Soldados, gemid de rabia y furor!... Doce millones de hombres os están mirando y envidiando vuestra gloria, y aun la Francia misma ansía por vuestros triunfos.»

Ruidosos aplausos y gritos acogieron esta proclama, fielmente recitada con dramáticos gestos por el muchacho.

—Pues si los españoles—continuó luego Santorcaz—pueden hacer lo que están haciendo, ¿no pueden también decir el día de mañana: «Vamos, no queremos que haya más Inquisición, ni más vinculaciones...»? pongo por caso... O que digan: «En lugar de mil conventos, que haya tan sólo la mitad, con lo cual basta y sobra», o «no nos da la gana de que haya diezmos...»

—Eso si que estaría bueno—dijo Marjuán—. Pero si todos los españoles van a hacer eso, y cada uno empieza a tirar por su lado diciendo lo que quiere, se armará un laberinto tal que no podrán entenderse.

—Vaya unos zotes—añadió Santorcaz—. Pero venid acá: ¿no veís que hay en Sevilla una Junta que es la que dispone? ¿No veís que hay otra en Granada, otra en Córdoba y otra en Málaga, etcétera? Pues en lugar de todas esas Juntas pequeñas que gobiernan en cada pueblo, ¿no puede haber una muy grande que se reúna en Madrid y acuerde lo que se ha de hacer?

Miráronse los oyentes unos a otros, y los monosílabos de aquiescencia y de admiración corrieron de boca en boca, demostrando la prontitud con que aquellas juveniles inteligencia desplegaran sus alas, aún entumecidas y vacilantes, para intentar describir los primeros círculos en el espacio del pensamiento.

—Estas conversaciones me enamoran

—dijo el condesito de Rumblar—. Me estaría toda la noche oyendo a este hombre sin cansarme. Ya, ya voy aprendiendo muchas cosas que no sabía.

Así aquella fantasía, encerrada en el capullo de una educación mezquina, agujereaba con entusiasmo su encierro, porque había vislumbrado fuera alguna cosa que tenía la fascinación de lo nuevo. Así, aquel germen de pasión y de inteligencia, guardado en un huevo, se reconocía con vida, se reconocía con fuerza, y empezaba a dar picotazos en su cárcel, anhelando respirar fuera de ella otros aires, y calentarse con calores más enérgicos. Así, aquella ceguera abría sus párpados, gozándose en la desconocida luz.

La conversación terminó en el punto en que la he dejado, porque la noche estaba muy avanzada, y casi todos empezaron a rendirse al sueño, excepto el mayorazguito, cuyo despabilamiento era casi febril. Largo tiempo continuaron él y Santorcaz hablando en diálogo animadísimo, como si discutieran planes y expusieran proyectos de gran trascendencia para los dos. Yo me aparté del grupo fingiendo retirarme a dormir, pero con ánimo de satisfacer una imperiosa exigencia de mi alma, que a veces me pedía soledad y meditación. Todos los ruidos habían cesado en el campamento: las guitarras y castañuelas, así como las cajas y las cornetas, estaban mudas, porque el ejército dormía. Lejos del grupo de mis amigos, echéme sobre el suelo, aguardando la aurora, sin poder ni querer cerrar los ojos; y allí me puse a meditar sobre lo que desde mi salida de Madrid había visto y oído. ¡Cuántas personas nuevas para mí había encontrado en aquella breve jornada de mi vida! ¡Con cuánto afán, meditando a solas y mirándolas al lado, preguntaba a los caminantes si tenían alguna noticia de lo que me reservaba el Destino! De todas aquellas personas, ninguna estaba tan enérgicamente fija en mi pensamiento como Santorcaz, hombre para mí incomprensible y sospechoso, y que empezaba a inspirarme secreta antipatía, sin que acertara a explicarme por qué.

XX

Al siguiente día hicimos un movimiento por la orilla izquierda, río arriba, hasta un punto mucho más alto que Mengibar. Nada entendíamos; pero Santorcaz, o por petulancia o porque realmente había penetrado la intención de Réding, nos dijo:

—Nuestro general sabe lo que se hace, y es hombre que conoce la filosofía de las marchas.

Después de detenernos a orillas del Guadalimar, parte del ejército se entretuvo en marchas incomprensibles, y empleando en esto más de un día, nos encontramos de nuevo sobre Mengibar al anoecer del 18, punto al cual había llegado horas antes la división del marqués de Coupigny. Reunidos ambos ejércitos, no hubo allí más parada que la precisa para recoger las provisiones, de que estábamos tan escasos, y ya muy de noche emprendimos el camino de Bailén. Eramos catorce mil hombres. Todo anunciaba que íbamos a tener un encuentro formal con el ejército francés.

Según nuestras noticias, Dupont continuaba en Andújar, reforzado por la división de Vedel. ¿Habían trabado acción con nuestro tercer cuerpo y el de reserva, que, pasando el río por Marmolejo, estaban situados en la orilla derecha? Nosotros creíamos que sí, a menos que Castaños no aguardase para atacar enérgicamente a que la primera y segunda divisiones cayeran sobre la espalda del ejército de Dupont, bajando desde Bailén. ¿Era éste el objeto que nos guiaba en nuestra marcha? Parecíanos que sí.

Mientras llegaba el momento del drama, lejos de nosotros y en los flancos del ejército imperial, mil dramáticas peripecias debían precipitar la catástrofe, irritando paulatinamente al enemigo. Los cuerpos y columnas de guerrilleros, mandados por don Juan de la Cruz, el conde de Valdecañas y el clérigo Argote, se habían desparramado como enjambre mortífero por los pueblos y caseríos que dominaba el Cuartel general francés en las primeras estribaciones de la sierra, al norte de Andújar. De tal modo perseguían aquellos ardorosos paisanos a los franceses, y con tanta rapidez se dispersaban para evitar ser atacados, que a los invasores les era de to-

do punto imposible estar tranquilos un solo momento. El poderoso gigante sacudía de una manotada aquellos moscones venenosos; pero éstos volvían a zumbar en derredor suyo, le molestaban con sus terribles picaduras, y huían incólumes, sin temer la espada ni el cañón, pues estas armas no se han hecho para mosquitos.

No podían los franceses apartarse de su Cuartel general como no fuera en grandes destacamentos. Frecuentemente iban mil hombres a llenar en la fuente próxima unas cuantas alcarrazas de agua. Si por acaso salían a merodear pelotones de poca fuerza, eran despachados por los guerrilleros en menos que canta un gallo. Antes que consentir que se apoderasen de una panera, la quemaban; las fuentes eran enturbiadas con lodo y estiércol, para que no pudieran beber; los molinos, desmontados y enterradas sus piedras para que no molieran un solo grano. ¡Ay de aquel francés que se rezagara en las marchas de su destacamento! Sentíase de improviso asido por mil coléricas manos; sentíase arrastrado por las mujeres, pellizcado por los chicos y acuchillado por los hombres, hasta que su existencia se apagaba con horrible choque en la fría profundidad de un pozo. El invasor no encontraba asilo en ninguna parte, y forzosamente encerrado en los límites del Cuartel general, veía conjurados contra sí hombres y Naturaleza. Por esto, rabioso y desesperado, anhelaba batirse en función campal, seguro de su destreza y costumbre de guerrear; y lamentando la estupefacción del general en jefe, exclamaba: «Demos una batalla, y aunque mueran la mitad del ejército, la otra mitad conquistará un charco en que beber y un puñado de trigo seco que llevar a la boca.»

Habían dejado los franceses en Montoro un destacamento de setenta hombres para custodiar un molino donde fabricaban con dificultad harina malísima. El alcalde de aquella villa, donde no había quedado ni una sola arma de fuego, se atreve, sin embargo, a dar cuenta de los setenta franceses, para lo cual era preciso despachar primero a los veinticinco que a todas horas estaban de guardia en el puente. Reúne, pues, algunos paisanos decididos, y usando la arma blanca, ataca con furia a la guar-

dia; los veinticinco son exterminados; apodérase de sus fusiles la valiente cuadrilla, sorprende el resto del destacamento en la casa donde se albergaba, hace prisioneros a soldados y jefes y los manda a la isla de León. El parte en que se notificó este suceso a la Junta Suprema decía que todo se hizo con las *varas de los harrieros* (conservo la ortografía del original); pero esto ha de ser una hipérbole andaluza.

Sintiéndose llamado a más grandes acciones, don José de la Torre (que así se nombraba aquel alcaldito) sale al encuentro de un convoy que venía de Córdoba, y de los cincuenta y nueve franceses que custodiaban éste, los cincuenta quedan tendidos en el camino, y los nueve restantes corren a contar a Dupont lo que ha pasado. Entonces Dupont envía mil hombres a Montoro con encargo de que incendien el pueblo y lleven vivo o muerto al alcalde. Arde Montoro, y La Torre, conducido vivo, va a ser pasado por las armas; pero un general francés a quien poco antes había dado hospitalidad intercede por él; es puesto en libertad, y aquel *petit caporal* de las guerrillas marcha a Sevilla y recibe de la Junta los galones de capitán de ejército.

Pues bien: lo que pasaba en Montoro ocurría en todos los pueblos de la carretera de Andalucía, desde Córdoba hasta Santa Elena. El gigante que incendiaba lugares y destrozaba ejércitos no podía dar un paso sin encontrar un avispero, y frenético con aquel zumbido, envenenado por los aguijones, maldecía la hora de la invasión. El águila, devorada por los insectos, graznaba a orillas del Guadalquivir con hambre y calentura, afilando sus garras en el tronco de los olivos, con el ansia de que llegara pronto la ocasión de destrozar alguna cosa.

XXI

Cuando entramos en Bailén, ya muy avanzada la noche, nos sorprendió mucho el no ver ninguna fuerza francesa a la entrada del pueblo para disputarnos el paso. ¿Adónde habían ido los franceses? ¿Qué les pasaba, cuando ni por precaución dejaron allí un par de batallones para guardar punto tan im-

portante? Pronto salimos de dudas, porque de boca de los habitantes de Bailén, que salieron en masa a recibirnos, supimos que la división Vedel había pasado por allí en dirección a La Carolina.

—Nosotros los hacíamos a ustedes en Linares—dijo don Paco, que también salió a nuestro encuentro, rebotando de júbilo—. ¡Oh señor conde, niño mío!... ¿Está, por ventura, herido vuestra excelencia? Vamos un rato a casa, donde la señora condesa y las niñas están rezando por el buen éxito de la guerra. ¿No darán un descanso a las tropas?

Nuestro general había determinado salir en seguida para Andújar; pero como ocupábamos todo el pueblo, pudimos llegarnos a la casa de nuestro amo, en cuya sala baja se nos dió un tentempié muy confortante.

—Es un milagro que podamos daros estos cuantos panes y estas onzas de chocolate crudo—nos dijo don Paco al ofrecernos aquellos artículos—. Los franceses no han dejado nada. ¡Qué horroroso saqueo! Y gracias que quedamos con vida. ¡Ay!, la señora condesa salió a recibirlos con una serenidad que me espantó. Yo temblaba y tuve que esconderme en el oratorio, porque delante de ellos hubiera perdido la dignidad de mi carácter. ¡Qué modo de saquear!... En una palabra: la paja de los caballos, las gallinas del corral, los huevos, hasta unos tomates que tenía yo guardaditos en mi escritorio para hacer un gazpachito..., todo, todo se lo llevaron. El pueblo está muerto de miseria, y yo sé de mucha gente que echó la harina en los muladares para que ellos no se la llevaran. ¿No lo creéis? Pues ¿y el señor Salvador, que sacó al campo los doscientos pellejos de aceite y ciento de vino que tenía en su cueva, y destapándolos, dejó correr aquel precioso caldo hasta que todo se lo chupó la tierra? Otros hicieron una grande hoguera con los carros y la paja. Las alhajas de las imágenes y la plata de las iglesias están todas enterradas, porque esto parece que es lo que más les abre el ojo a esos señores. Así estaban ellos de rabiosos cuando vieron que no sacaban de aquí gran cosa. El día dieciséis, después de haber pasado un gran miedo, gozamos lo indecible cuando los vimos llegar de la barca de Mengibar, derrotados y con

su general muerto. ¡Cómo corrían por esas calles, y qué gritos daban, y qué cosas tan atroces e indecentes echaron por aquellas bocazas! ¡Así se vengaban los muy perros! Pues ¿qué creéis? Dieron muerte a muchas personas que no les hacían daño, lo cual creo yo que no se vió en ninguna de las guerras de Alejandro. Pero también se les molió de firme. Unos cuantos pasaron por la calle de enfrente echando bravatas, y detuviéronse en la puerta de la posada de Gil, donde tenían encendido el horno para cocer la loza. ¡Ay! Mis francesitos se ponen a decir no sé qué insolencias obscenas a la mujer de Gil; cuando salen los mozos, me los agarran, y con morriones y todo..., ¡plaf!..., al horno... Pero ahí viene la señora condesa, que estaba en el oratorio con las niñas.

En efecto, vimos desfilar gravemente, cubierta de negro manto, a la señora de la casa, seguida de los dos tiernos pimpollitos de sus hijas, las cuales arrojáronse llorando en los brazos de su hermano. Doña María abrazó a su hijo sin perder ni por un instante su solemne y estirado empaque, y luego saludó a todos con mucho afecto, nombrándonos uno por uno. Cuantos componían la cuadrilla estaban presentes, menos Santorcaz, el cual desde nuestra llegada había pedido con mucha prisa a don Paco recado de escribir y púestose a trazar unas cartas en el despacho de éste.

La condesa, después de saludarnos, tomó asiento y dirigió a don Diego estas palabras, dignas de la Historia:

—Hijo mío, sé todo lo que pasó en la acción del dieciséis, y nadie me ha dicho que hicieras algo notable. ¿Has tenido miedo?

—¡Miedo!—exclamó el muchacho, riendo—. No, señora. He cumplido con mi deber en las filas, y nada más hasta ahora; pero su merced no se impacienta, porque aunque no soy más que soldado, espero lucirme.

—¡Nada más que soldado!—dijo la condesa—. Tú no eres soldado, aunque así parezca. Cualquiera que sea el puesto que se ocupe, cada cual debe obrar conforme a su nombre y a la posición que tiene en el mundo. ¿Qué se diría de ti, de mí, de esta casa, de tu difunto padre, si en estas guerras no hicieras algo superior a lo que corresponde a un simple soldado?

—Señora—repuso el mozo con un enfado que sorprendió a su familia—, yo haré lo que pueda, y según lo que haga, así seré más o menos que los demás. Y ya que hablo de esto, señora madre, yo quiero seguir en el ejército, yo quiero que su merced pida al rey, ¿qué digo al rey?, a la Junta, una bandolera.

—Tú no estás destinado a ser militar sino en esta ocasión suprema en que la patria necesita de todos sus hijos, desde el más alto al más bajo.

—Pero, señora madre, no soy nada y quiero ser algo—insistió el joven, mostrando una energía que nadie hasta entonces le había conocido.

—¡Que no eres nada!—exclamó la madre con sorpresa primero, después con cólera, y mirándonos a todos como para preguntarnos si su hijo se había vuelto loco durante la campaña.

—Yo no soy nada, no soy más que un papamosca—repuso el chico—. ¿De qué me valen esos papeluchos viejos y esos escudos de armas, si todos se ríen de mí desde que abro la boca, porque no digo más que necedades?

La condesa se puso encendida como la grana, y sin decir palabra miró a don Paco, el cual, confuso, absorto, aterrado por lo que acababa de oír, revolvía sus espantados ojos de un lado para otro.

—Este joven—dijo al fin el ayo—parece que ha perdido el juicio. Señora, cuando vuelva de cumplir sus deberes de caballero en los campos de batalla, le haremos que se penetre bien de las máximas contenidas en la historia de Alejandro el Grande.

Doña María, cuya dignidad no podía consentir que semejante asunto se tratara delante de personas extrañas, hizo callar a don Paco y también impuso silencio a su hijo con gesto aterrador. Asunción y Presentación, después de registrar los bolsillos de su hermano, examinaban las polainas, el sombrero y la charpa, por ver, según dijeron, si aquellas prendas estaban agujereadas por alguna bala de cañón.

Pero don Diego, sintiendo sin duda en su cabeza un hervidero de palabras, que atropelladamente se le ocurrían conforme a la repentina fecundidad de su entender, no pudo estar callado mucho tiempo, y habló para poner en mayores

cuidados a la señora de Rumblar. Estábamos, como he dicho, en una sala baja, donde la condesa había hecho traer para nuestro regalo un par de zales, milagrosamente salvados de la rapacidad francesa. Don Diego, luego que tal vió, volvióse a nosotros, que permanecíamos respetuosamente detenidos en la puerta, y con gesto de campechana confianza nos dijo:

—¡Ea, muchachos!, entrad todos aquí. ¿Por qué estáis en la puerta? Vaya, poneos los sombreros, que aquí todos somos iguales, todos somos compañeros de armas, y lo mismo puede matarme a mí una bala que a vosotros. ¡Ea!, bebamos juntos. ¿Tenéis vergüenza porque soy noble y mayorazgo, y vosotros unos pobres hambrones? Fuera necedades, que hoy o mañana las Juntas quitarán todas esas antiguallas, y entonces cada cual valdrá según lo que tenga y lo que sepa.

Don Paco se puso verde al oír tales despropósitos, y llevándose la mano al corazón, miró a la condesa con semblante dolorido y contristado, como para manifestarle, en la sola elocuencia de una mirada, que él no había enseñado tales cosas al joven discípulo. Doña María encerraba su enojo en lo más hondo del pecho, y aunque harto se le conocían la inquietud y la ira en el furtivo centelleo de sus negros ojos, nada dijo que comprometiera su dignidad, y deseando que su hijo variase de conversación, le preguntó si había hecho en Córdoba las visitas a la señora marquesa de Leiva y su sobrina.

—Sí, señora—contestó el rapaz—. Las vi; la señora condesa me dió muchos dulces, y la marquesa me preguntó si sabía ayudar a misa. Una y otra me dijeron que la joven con quien está concertado mi matrimonio se obstina en no salir del convento, asegurando que antes se casará con Jesucristo que conmigo. ¡Qué ranciedades, señora madre! —añadió con nuevo arrebató—. Yo quiero seguir en el ejército, yo quiero ir a Madrid para tratar a la gente que sabe, y a los filósofos, y leer la *Enciclopedia*, y ver las sociedades secretas, si las hay para entonces, y aprender lo que no sé, pues don Paco no me ha enseñado más que esa sandez de *Por el barandal del cielo*.

El ayo volvió a mirar compungida-

mente a la condesa, pintando en sus húmedos ojos la persuasión de que no había instruido al mayorazgo en tales iniquidades, y doña María reprendió a su hijo con majestad verdaderamente regia, diciéndole con pausa y aplomo estas amargas palabras:

—Hijo mío, recordarás que te entregué una espada que fué de tus abuelos. Honra da al que ciñe ese acero antiguo; pero también ella la recibe de las manos de su poseedor si éste es persona que sabe adquirirla en los campos de batalla. ¿Deshonrarás tú esa espada que llevó el tatarabuelo de tu padre en el sitio de Maestrich, cuando medio mundo se llamaba España?

—¡La espada!—exclamó el chico con sorpresa—. Ya no me acordaba de la dichosa espada. Si ya no la tengo.

—¿Que no la tienes?—preguntó doña María con estupefacción.

—No, señora. ¡Si no sirve para nada! Cuando dimos el primer ataque en Mengibar, saqué yo mi espadita, y a los primeros golpes que di en unas hierbas observé que no cortaba.

—¿Que no cortaba?

—No, señora. Era una hoja mellada, llena de garabatos, letreros, sapos por aquí, culebras por allí y cubierta de moño desde la punta a la empuñadura. ¿Para qué me servía? Como no tenía filo, la cambié por un sable nuevo que me dió un sargento.

—¡Y diste la espada, la espada!...—exclamó la condesa, levantándose de su asiento.

La señora estaba sublime en su indignación. Parecía la imagen de la Historia levantándose de su sepulcro a pedir cuentas a la generación contemporánea.

—Sí, señora; se la di al sargento—añadió el mozo, sacando de la vaina un sable nuevo, reluciente y de agudísimo filo—. ¡Si aquello no servía más que de estorbo! Muy bonita, eso sí, toda llena de dibujos de plata y oro; pero, señora madre, si no cortaba..., si estaba llena de orin... Vea usted este sable: no tiene letrero, ni cabecitas, ni garrapatos, ni nada, pero corta que es un gusto.

Observamos que la condesa dió un paso hacia su hijo, que su semblante hermoso y venerable se contrajo desfigurado por la ira, que extendió sus brazos, que comenzó a balbucir con locu-

ción atropellada, cual si su indignada lengua no acertara a encontrar una palabra bastante dura, bastante enérgica para tal situación; la vimos después llevarse ambas manos a la cabeza, retroceder, vacilar, apoyarse en el hombro de don Paco y, por último, reponerse, erguirse, serenarse, mirar a su hijo con desdén, señalar a la calle, donde de improviso empezaba a oírse fuerte redoblar de tambores, y decir:

—El ejército se va. Marcha, corre. Cuando se acabe la guerra, ajustaremos cuentas. Si eres valiente y vuelves vivo, a palmetazos te enseñaré a respetar tu nombre. Pero si eres cobarde, no vuelvas acá.

Salimos a toda prisa, y montando en nuestras cabalgaduras, ocupamos las filas. Al punto se nos unió Santorcaz. Don Paco no quiso salir a despedirnos, porque estaba traspasado de dolor al ver —según dijo después—cómo en una semana se torciera, el soplo de las malas compañías, el derecho arbolito criado con tanto esmero en el apacible huerto de sus lecciones.

Las dos señoritas salieron a las ventanas y nos despedían agitando los mismos pañuelos con que secaban sus lágrimas. Ninguna de las dos, ni la destinada al matrimonio, que era, por tanto, ignorante, ni la consagrada al claustro, que era ya medio doctora, habían entendido la conversación que acabo de referir.

Las pobrecillas veían desaparecer un mundo y nacer otro nuevo sin darse cuenta de ello.

XXII

Era la madrugada cuando las columnas de vanguardia comenzaban a salir de Bailén. Mi regimiento debía salir de los últimos, y mientras se pusieron en movimiento la artillería y los cuerpos de a pie estuvimos más de media hora formados a la salida del pueblo, a mano derecha del camino, esperando la orden de la marcha. Ibamos a Andújar, resueltos a tomar la ofensiva contra el ejército francés, que al mismo tiempo debía ser atacado por Castaños del lado de Marmolejo. ¿Y la División de Vedel, cuyos movimientos eran la clave de aquel problema estratégico? La División de

Vedel estaba en Andújar el día 16, cuando ocurrió la acción de Mengibar que antes he descrito. Al saber Dupont la derrota de Ligier-Belair y la muerte de Gobert dispuso que Vedel marchase sobre Bailén, con intención de seguirle él al día siguiente.

Mientras éste iba sobre Andújar, Ligier-Belair, al vernos retirar y pasar el río, creyó que las tropas de Réding, unidas con las de Coupigny, intentaban extenderse cautelosamente por la orilla izquierda, río arriba, tomando el camino de Linares a Guarromán, para ocupar luego La Carolina y cortar el paso de la sierra. Persuadido de esto, y sin hacer averiguaciones, emprendió la marcha hacia el Norte, creyendo anticiparse a lo que creía un rasgo de ingenio estratégico del general Réding. Llega Vedel a Bailén creyendo encontrarnos, y los franceses que quedaron allí le dicen: «Quia, los *insurgentes* han repasado el río y van por Linares a ocupar el paso de la sierra; pero el general Ligier-Belair, que ha comprendido el juego, ha marchado en seguida a ocupar La Carolina, de modo que cuando lleguen los españoles, creyendo haber hecho un movimiento de primer orden, se le encontrarán allí.» Vedel oye esto y dice: «Han ido a cortar el paso de la sierra para impedirnos la retirada y matarnos aquí de hambre y sed. Pues corramos a La Carolina. Vamos; en marcha.» Manda un emisario a Dupont, diciéndole: «Señor general en jefe: los *insurgentes* han ido a cortar el paso de la sierra. Corro a La Carolina, venga usted tras mí, y acabaremos con ellos.»

Esto pasaba en los días 17 y 18. En tanto, los *insurgentes*, replegados a la orilla izquierda, como he dicho, fingíamos un movimiento hacia Linares; pero en cuanto cerró la noche, los *insurgentes* caminamos a marchas forzadas hacia Bailén. Por eso en este pueblos nos decían: «Por aquí pasó Vedel esta mañana en dirección a La Carolina, para impedirles a ustedes que cortaran el paso de la sierra. ¿No ibais hacia Linares?»

No; nosotros íbamos a Andújar con objeto de atacar a Dupont. Por causa de los torpísimos movimientos de los generales franceses, una gran parte de la fuerza imperial corría hacia la sierra buscando un fantasma. Los *insurgen-*

tes, a quienes ellos suponían en marcha hacia La Carolina, estaban en Bailén, en marcha para Andújar. He aquí la verdadera y exacta situación de las divisiones españolas y francesas en la noche del 18 al 19 de julio.

Íbamos a luchar con Dupont, sólo con Dupont. Pero ¿y si Vedel, conociendo a tiempo su error, retrocedía velozmente para caer de improviso sobre nuestra espalda durante el combate? Esta funesta probabilidad estaba compensada con el hecho seguro de que el ejército francés de Andújar tendría que defenderse al mismo tiempo de nosotros y de la reserva, que le amenazaba del lado de Poniente. De todos modos, nuestra posición era arriesgada; por lo cual, deseando Réding cerciorarse de la verdadera distancia a que se hallaba Vedel, había despachado camino arriba, desde Mengibar, al teniente de ingenieros don José Jiménez con encargo de averiguarlo.

Este valiente oficial, cuyo nombre no está en la Historia, se disfrazó de arriero, y en una fatigosa jornada supo desempeñar muy bien su comisión, volviendo por la noche a decir que Vedel había pasado ya más allá de La Carolina.

Así andaban las cosas cuando nos preparábamos a salir de Bailén al amanecer del 19. Pero no lo habíamos previsto todo: no habíamos previsto que Dupont, muy receloso de aquella ilusoria ocupación de la sierra por los *insurgentes*, había levantado su campo en la misma noche, y, silenciosamente, sofocando los ruidos de su tropa, abandonaba la funesta y para ellos maldita ciudad de Andújar.

Cerca de la madrugada, nuestros jefes disponían las columnas para la marcha. Si al comienzo de aquella misma noche, que ya se iba a extinguir, una mirada humana hubiera podido escudriñar desde la altura de los cielos lo que pasaba en aquella larga faja de sementeras y olivares que se extiende a la vera de los montes, entre éstos y el Guadalquivir habría visto que del oscuro caserío de Andújar se destacaba cautelosamente, escurriéndose por detrás de las casas, un hilera de hombres y caballos; que esta hilera se iba alargando por la carretera en interminable procesión, y serpenteaba con lento paso, sin ruido y sin luces; habría visto cómo se iba ex-

tendiendo la negra raya, destacándose a ratos sobre la tierra blanquecina, a ratos confundiendo con los oscuros olivos, sin dejar de seguir paso a paso, como si no quisiera ser vista y anhelara apagar en el polvo el ruido de las cuernas; habría visto que iban delante unos tres mil hombres de infantería, después un escuadrón de caballos, después seis cañones, después un número inmeso de carros, tantos, tantos carros, que ocupaban dos leguas; detrás de los carros, nuevos grupos de infantería y muchos generales; después otros seis cañones, dos regimientos de coraceros; luego cuatro cañones, y, al fin, otro grupo de jefes, seguidos de quinientos hombres de a pie. Esta raya no se detenía en parte alguna y avanzaba despacio y con precaución, custodiando sus dos leguas de convoy. Los hombres que la formaban, mudos y cabizbajos, presagiano sin duda funestos acontecimientos, dirían para sí: «Llegaremos a La Carlina, donde ya estará Vedel, y batiendo a los *insurgentes*, nos abriremos paso por desfiladeros para abandonar esta tierra maldita, a la cual el emperador ha tenido la mala ocurrencia de enviarnos. ¡Oh! ¡Cuándo os veremos, tierras de la Turenne, del Poitou, de la Charente, de los Vosgos, del Artois, del Limosin!»

XXIII

Mientras aguardábamos la salida, nuestras lenguas no estaban ociosas, y aunque Marijuán me entretenía por un lado con sus donaires y chuscadas, por el otro era de tanto interés un diálogo entablado entre Santorcaz y don Diego, que a las palabras de éstos dirigí toda mi atención. No puedo menos de copiarlo íntegro y tal cual lo oí, por si mis lectores quieren meditar un poco sobre el mismo tema:

—Lo que me indicaba usted hace poco—decía Santorcaz—acerca de que esa linda joven que se le destina para esposa no quiere salir del convento debe tenerle sin cuidado. Esas son gazmoñerías de las muchachas españolas, que, engañadas por su fantasía, se creen enamoradas de Jesucristo, cuando lo que sienten es verdadera pasión por un ideal mundano.

—Y si no quiere salir, que no salga—respondió el joven—. ¡Si yo no la he visto, si yo no comprendo por qué razón he podido pensar en ella una sola vez!

—Pero ¿la quiere usted?

—Confesaré a usted lo que me pasa. Cuando mi madre me llamó un día, y después de darme dos palmetazos porque tenía las manos manchadas de tinta, me dijo que había determinado casarme, sentí mucha alegría, y al volver a mi cuarto rompí todas las planas de escritura, diciendo a don Paco que yo era un hombre y no me daba la gana de obedecerle. A todas horas pensaba en mi mujercita y en las delicias del matrimonio. Mi madre escribía cartas y más cartas para concertar mi boda, y cuando yo le preguntaba con la mayor curiosidad: «Señora madre, ¿cómo va eso?», me respondía: «Anda a estudiar, mocoso. Ahora, con la novelería del casamiento no coges un libro en la mano.» Por fin, mi mamá, a fuerza de cartas, lo arregló todo. Cuando fui a Córdoba, creí que me la enseñarían; pero aquellas señoras dijéronme que la discreta joven no quería salir del convento, y, por último, me dieron el medallón que usted tiene guardado. Después, la sobrina me regaló unos dulces, y su tía un pito para que fuera pitando por las calles, y en mi segunda y tercera visitas pasó lo mismo, excepto que no me dieron más pitos. Cuando vi el retrato, me gustó tanto la niña, que por la calle le iba dando besos, y por la noche la acosté conmigo en mi cama. Estoy prendado de ella; mejor dicho, lo estuve estos días atrás, porque ya, habiendo discurrido sobre la necedad de prendarme de un retrato, me río de mí mismo y digo: «¡Si de carne y hueso encontraré tantas, a que volverme loco por una pintura!»

—Pues no, señor don Diego—dijo Santorcaz—. Puesto que la señora condesa le escogió a usted esa esposa, sin duda es un gran partido, y usted debe insistir en casarse con ella.

—¿Si? Pues vaya usted a sacarla del convento—añadió Rumblar—. Vamos, que, según me dijeron, no hay quien le hable de otro esposo que Jesucristo.

—Ya lo he dicho: gazmoñerías de las españolas, por lo general mujeres nerviosas, muy extremadas en sus pasiones y dispuestas siempre a confundir en

un mismo sentimiento la voluptuosidad y el misticismo. Cuidado con las monjitas de quince años que reniegan del siglo y juran que han de morir de viejas en el claustro. Yo conocí una joven y linda novicia que tampoco quería tener más esposo que Jesucristo y que se ponía furiosa cuando le hablaban de salir del convento, hasta que un Viernes Santo vió a cierto joven al través de la verja del coro. A los quince días, la hermosa novicia abrió por la noche una de las rejas del convento y se arrojó a la calle, donde la esperaba su amante y feliz esposo.

—¡Oh! ¡Bonitísimo suceso!—exclamó con entusiasmo don Diego—. Cuánto daría porque a mí me pasase uno semejante.

—¿Ella le ha visto a usted?

—No.

—Pues en cuanto le vea, apuesto a que se apresura a salir por la puerta, sin exponerse a los peligros de arrojarse por la ventana. Pero ahora que me ocurre, señor don Diego, si usted, en vez de ser un muchacho apocadito, educado a la antigua y sencillo como un fraile motilón, fuera un hombre atrevido, arrojado..., pues..., como somos todos aquellos que no hemos recibido la educación de grandes de España; si usted se echara de una vez fuera del cascarón de huevo en que le ha empollado la ciencia de don Paco y los mimos de sus hermanitas, ahora podríamos lanzarnos a una aventura deliciosa.

—¿Cuál, amigo Santorcaz?

—Mire usted: después de la batalla, y cuando volvamos a Córdoba, sacar a esa joven del convento.

—¿Cómo?

—Demonios, ¿cómo se hacen las cosas? ¡Si viera usted! Eso es muy divertido ¿Ve usted este rasguño que tengo en la mano derecha? Me lo hice saltando las tapias de un convento. Son cinco los que escalé por trapicheos con otras tantas novicias y monjas. ¡Ay señor don Diego de mi alma! El recuerdo de estas y otras cosillas es lo que le alegra a uno, cuando se siente ya en las puertas de la triste vejez.

—Hombre, eso me parece muy bonito

—dijo don Diego, saltando sobre la silla—; pero yo quiero hacer lo mismo, yo quiero rasguñarme saltando tapias de convento. Conque diga usted, ¿qué ha-

cemos? ¿Nos entramos de rondón en el convento, y cogiendo a la monjita me la llevo a mi casa? Sí; y habrá que pegarle un par de sablazos a alguien, y romper puertas, y apagar luces. Hombre, ¡magnífico! ¡Si le dije que usted es el hombre de las grandes ideas! ¡Qué cosas tan nuevas y tan preciosas me dice! Estoy entusiasmado y me parece que antes de venir al ejército era yo un zoquete. Cabalmente recuerdo que he pensado alguna vez en eso que usted me dice ahora..., sí..., allá..., cuando iba a misa con mi madre a las Dominicas.

—Estas cosas, don Diego, son la vida—añadió Santorcaz—, ¡son la juventud y la alegría!

—¡Soberbia idea! ¿Conque vamos a buscar a esa jovencueta, mi futura esposa? ¡Qué preciosa ocurrencia! Verá ella si yo soy hombre que se deja burlar por niñerías de novicia. Nada, nada: mi esposa tiene que ser, quiera o no quiera. Pero oiga usted: ¿y si nos descubren los alguaciles y nos llevan presos?

—Por eso hay que andar con cuidado; pero en ese mismo cuidado, en las precauciones que es preciso tomar, consiste el mayor gusto de la empresa. Si no hubiera obstáculos y peligros, no valía la pena de intentarla.

—Efectivamente. A mí me gustan los peligros, señor don Luis. A mí me gusta todo aquello que no se sabe adónde va a parar. Siga usted hablándome del mismo asunto. ¿Qué precauciones tomaremos?

—¡Oh! Cuando llegue el caso, se verá. Yo soy muy corrido en esas cosas. Ya no estoy para fiestas, es verdad, y por cuenta mía no intentaría aventuras de esta especie; pero son tan grandes las disposiciones que descubro en usted para ser hombre a la moderna, hombre de ideas atrevidas, y para echar a un lado las ranciedades y rutinas de España, que volveré a las andadas y entre los dos haremos alguna cosa.

—Pero, hombre, ¿cuándo se dará esa batalla, cuándo volveremos a Córdoba, para enseñarle yo a mi señorita cómo se portan los caballeros de ideas modernas que han recibido un desaire de las novias de Jesucristo? Pero diga usted, Santorcaz: si perdemos la batalla, si nos matan...

—Todavía no se ha hecho la bala

que ha de matarme a mí. Y usted, ¿qué presentimientos tiene?

—Creo que tampoco he de morir por ahora. ¡Ay! ¡Si viera usted!, tengo un fuego dentro de la cabeza... Me hierven aquí tantos pensamientos nuevos, tantas aventuras, tantos proyectos, que se me figura he de vivir lo necesario para que sepa el mundo que existe un don Diego Afán de Ribera, conde de Rumbler.

—¡Bueno, magnífico! Lo mismo era yo cuando niño. Fui después a Francia, donde aprendí muchísimas cosas que aquí ignoraban hasta los sabios. Al volver he encontrado a esta gente un poco menos atrasada. Parece que hay aquí cierta disposición a las cosas atrevidas y nuevas. En Madrid se han fundado varias sociedades secretas.

—¿Para asaltar conventos?

—No; no son sociedades de enamorados. Si algún día se ocupan de conventos, será para echar fuera a los frailes y vender luego los edificios...

—Pues yo no los compraría.

—¿Por qué?

—Porque esas casas son de Dios, y el que se las quite se condenará.

—¿Qué es eso de condenarse? Me río de vuestras simplezas. Pues, hijo, adelantado estáis.

—Vivimos en paz con Dios—dijo don Diego—. Por eso creo que antes de robar del convento a mi novia debemos confesar y comulgar, diciéndole al Señor que nos perdone lo que vamos a hacer, pues no es más que una broma para divertirnos, sin que nos mueva la intención de ofenderle.

Santorcaz rompió a reír desahogadamente.

—¿Conque usted es de los que encienden una vela a Dios y otra al Diablo? Robamos a la muchacha, ¿sí o no?

—Sí, y mil veces sí. Ese proyecto me tiene entusiasmado. Y me marcharé con ella a Madrid; porque yo quiero ir a Madrid. Dicen que allí suele haber alborotos. ¡Oh! ¡Cuánto deseo ver un alboroto, un motín, cualquier cosa de esas en que se grita, se corre, se pega! ¿Ha visto usted alguno?

—Más de mil.

—Eso debe de ser encantador. Me gustaría a mí verme en un alboroto; me gustaría gritar con los demás diciendo: «Abajo esto, abajo lo otro.» ¡Ay! ¡Có-

mo me alegraba cuando mi señora madre reñía a don Paco, y éste a los criados, y los criados unos con otros! No pudiendo resistir el alborozo que esto me causaba, iba al corral, ponía canutillos de pólvora a los gatos, y encerrándolos en un cuarto con las gallinas, me moría de risa.

Santorcaz, lejos de reír con esta nueva barrabasada de su discípulo, fijaba la mirada en el horizonte, completamente abstraído de todo y meditando sin duda sobre graves asuntos de su propio interés. No sé cuál será la opinión que el lector forme de las ideas de aquel hombre; pero no se le habrá ocultado que sus ingeniosas sugerencias encerraban segundo intento. El atolondrado rapaz, lanzado a las filas de un ejército sin tener conocimiento del mundo, con viva imaginación, arrebatado temperamento y ningún criterio, igualmente fascinado por las ideas buenas y las malas, con tal que fueran nuevas, pues todas echaban súbita raíz en su feraz cerebro, acogía con júbilo las lecciones del astuto amigo, y su lenguaje, su nervioso entusiasmo, sus planes entre abominables e inocentes, todo anunciaba que don Diego se disponía a cometer en el mundo mil disparates.

Santorcaz, después de permanecer por algunos minutos indiferente a las preguntas de su discípulo, reanudó la conversación; pero apenas comenzada ésta oímos un tiro, en seguida otro, luego otro y otro...

XXIV

Todos callamos; detuviéronse las columnas que habían comenzado a marchar, y desde el primero al último soldado prestamos atención al tiroteo, que sonaba delante de nosotros a la derecha del camino y a bastante distancia. Corrieron por las filas opiniones contradictorias respecto a la causa del hecho. Yo me alzaba sobre los estribos, procurando distinguir algo; pero además de ser la noche oscurísima, las descargas eran tan lejanas, que no se alcanzaba a ver el fogonazo.

—Nuestras columnas avanzadas—dijo Santorcaz—habrán encontrado algún destacamento francés que viene a reconocer el camino.

—Ha cesado el fuego—dije yo—. ¿Echamos a andar? Parece que dan orden de marcha.

—O yo estoy lelo, o la artillería de la vanguardia ha salido del camino.

Oyóse otra vez el tiroteo, más vivo aún y más cercano, y en la vanguardia se operaron varios movimientos, cuyas oscilaciones llegaron hasta nosotros. Sin duda, algo grave pasaba, puesto que el ejército todo se estremeció desde su cabeza hasta su cola. Un largo rato permanecemos en la mayor ansiedad, pidiéndonos unos a otros noticias de la que ocurría; pero en nuestro regimiento no se sabía nada; todos los generales corrieron hacia la izquierda del camino, y los jefes de los batallones aguardaban órdenes decisivas del Estado Mayor. Por último, un oficial que a escape volvía en dirección a la retaguardia nos sacó de dudas, confirmando lo que en todo el ejército no era más que halagüeña sospecha. ¡Los franceses, los franceses venían a nuestro encuentro! Teníamos enfrente a Dupont con todo su ejército, cuyas avanzadas principiaban a escaramucear con las nuestras. Cuando nosotros nos preparábamos a salir para buscarle en Andújar, llegaba él a Bailén de paso para La Carolina, donde creía encontrarnos. De improviso, unos cuantos tiros les sorprenden a ellos tanto como a nosotros; detienen el paso; extendemos nosotros la vista con ansiedad y recelo en la oscura noche; todos ponemos atento el oído y, al fin, nos reconocemos sin vernos, porque el corazón, a unos y otros, nos dice: «Ahí están.»

Cuando no quedó duda de que teníamos enfrente al enemigo, el ejército se sintió al pronto electrizado por cierto religioso entusiasmo. Vivas y muertas sonaron en las filas; pero al poco rato todo calló. Los ejércitos tienen momentos de entusiasmo y momentos de meditación: nosotros meditábamos.

Sin embargo, no tardó en producirse fortísimo ruido. Los generales empezaron a señalar posiciones. Todas las tropas que aún permanecían en las calles del pueblo salieron más que de prisa, y la caballería fué sacada de la carretera por el lado derecho. Corrimos un rato por terreno de ligera pendiente; bajamos después, volvimos a subir, y, al fin, se nos mandó hacer alto. Nada se

veía, ni el terreno ni el enemigo; únicamente distinguíanse desde nuestra posición los movimientos de la artillería española, que avanzaba por la carretera con bastante presta. Entonces sentimos camino abajo, y como a distancia de tres cuartos de legua, un nuevo tiroteo que cesó al poco rato, reproduciéndose después a mayor distancia. Las avanzadas francesas retrocedían y Dupont tomaba posiciones.

—¿Qué hora es?—nos preguntábamos unos a otros, anhelando que un rayo de sol alumbrase el terreno en que íbamos a combatir.

No veíamos nada, a no ser vagas formas del suelo a lo lejos; y las manchas de olivos nos parecían gigantes, y las lomas de los cerros, el perfil de un gigantesco convoy. Un accidente noté que prestaba extraña tristeza a la situación: era el canto de los gallos que a lo lejos se oía, anunciando la aurora. Jamás escuché un sonido que tan profundamente me conmoviera como aquella voz de los vigilantes del hogar desgñitándose por llamar al hombre a la guerra.

Nuevamente se nos hizo cambiar de posición; llevándonos más adelante, a espaldas de una batería y flanqueados por una columna de tropa de línea. Gran parte de la caballería fué trasladada al lado izquierdo; pero a mí, con el regimiento de Farnesio, me tocó permanecer en el ala derecha.

De repente, una granada visitó con estruendo nuestro campo, reventando hacia la izquierda, por donde estaban los generales. Era como un saludo de cortesía entre dos guerreros que se van a matar; un tanteo de fuerzas, una bravata echada al aire para explorar el ánimo del contrario. Nuestra artillería, poco amiga de fanfarronadas, calló. Sin embargo, los franceses, ansiando tomar la ofensiva, con ánimo de aterrarnos, acometieron a una columna de la vanguardia que se destacaba para ocupar una altura, y la lóbrega noche se iluminó con relámpagos que, interrumpiéndose luego, volvieron a encenderse al poco rato en la misma dirección.

Por último, quelas tinieblas en que se habían cruzado los resplandores de los primeros tiros comenzaron a disiparse: vislumbramos las recortaduras de los cerros lejanos, de aquel suave, inmóvil

oleaje de tierra, semejante a un mar de fango, petrificado en el apogeo de sus tempestades; principiamos a distinguir el ondular de la carretera blanqueada por su propio polvo, y las masas negras del ejército, diseminado en columnas y en líneas; y empezamos a ver la azulada masa de los olivares en el fondo y a mano derecha; a la izquierda, las colinas que iban descendiendo hacia el río. Débil y blanquecina claridad azuló el cielo, antes negro. Volviendo atrás nuestros ojos, vimos la irradiación de la aurora, un resplandor que surgía detrás de las montañas; y mirándonos después unos a otros, nos vimos, nos reconocimos, observamos claramente a los de la segunda fila, a los de la tercera, a los de más allá, y nos encontramos con las mismas caras del día anterior. La claridad aumentaba por grados; distinguíamos los rastros, las hierbas agostadas, y después las bayonetas de la infantería, las bocas de los cañones, y a lo lejos las masas enemigas, moviéndose sin cesar de derecha a izquierda. Volvieron a cantar los gallos. La luz, única cosa que faltaba para dar la batalla, había llegado, y con la presencia del gran testigo todo era completo.

Ya se podía conocer perfectamente todo el campo. Prestad atención y sabréis cómo era. El centro de la fuerza española ocupaba la carretera con la espalda hacia Bailén, de allí poco distante; a la derecha del camino, por nuestra parte, se alzaban unas pequeñas lomas, que a lo lejos subían lentamente hasta confundirse con los primeros estribos de la sierra; a la izquierda también había un cerro; pero éste caía después en la margen del río Guadiel, casi seco en verano, y que desemboca en el Guadalquivir cerca de Espelúy. Ocupaba el centro, a un lado y otro del camino, poderosa batería de cañones, apoyada por considerables fuerzas de infantería; a la izquierda estaba Coupigny con los regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y la caballería de España; a la derecha estábamos, además de la caballería de Farnesio, los tercios de Tejas, los suizos, los valones, el regimiento de Ordenes, el de Jaén, Irlanda y voluntarios de Utrera. Mandábanos el brigadier don Pedro Grimarest. Los franceses ocupaban la carretera por la dirección de Andújar, y tenían su

principal punto de apoyo en un espeso olivar situado frente a nuestra derecha: por consiguiente, servía de resguardo a su ala izquierda. Asimismo ocupaban los cerros del lado opuesto con numerosa infantería y un regimiento de coraceros, y a su espalda tenían el arroyo de Herumblar, también seco en verano, pero que habían pasado. Tal era la situación de los dos ejércitos cuando la primera luz nos permitió vernos las caras. Creo que entrambos nos encontramos respectivamente muy feos.

—¿Qué le parece a usted esta aventura, señor don Diego?—dijo Santorcaz.

—Estoy entusiasmado—replicó el mozo—, y deseo que nos manden cargar sobre las filas francesas. ¡Y mi señora madre empeñada en que conservara yo aquella espada vieja sin filo ni punta...!

—¿Está usía sereno?—le preguntó Marjuán.

—Tan sereno que no me cambiaría por el emperador Napoleón—repuso el conde—. Yo sé que no puede pasarme nada, porque llevo el escapulario de la Virgen de Araceli, que me dieron mis hermanitas, con lo cual dicho se está que me puedo poner delante de un cañón. Y usted, señor de Santorcaz, ¿tiene miedo?

—¿Yo?—repuso don Luis con cierta tristeza—. Ya sabe usted que estuve en Hollabrunn, en Austerlitz y en Jena.

—Pues entonces...

—Por lo mismo que presencié tan terribles acciones de guerra, tengo miedo.

—¡Miedo! Pues fuera de la fila. Aquí no se quiere gente medrosa.

—No hay soldado aguerrido—afirmó Santorcaz—que no tenga miedo al empezar la batalla, por lo mismo que sabe lo que es.

Oído esto, casi todos los bisoños que poco antes reíamos a carcajada tendida, saludándonos con bravatas y dicharachos, conforme a la guerrera exaltación que nos poseía, callamos, mirándonos unos a otros para cerciorarse cada cual de que no era él solo quien tenía miedo.

—¿Sabéis lo que me ordenó mi señora madre que hiciera al comenzar la batalla?—indicó Rumblar—. Pues que rezara un avemaría con toda devoción. Ha llegado el momento. Dios te salve, María...

El mayorazguito continuó en voz baja el avemaría que había empezado en alta

voz, y todos los de nuestra fila le imitaron, como si aquello, en vez de escuadrón, fuera un coro de religioso rezo; y lo más extraño fué que Santorcaz, poniéndose pálido, cerrando los ojos y quitándose el sombrero con humilde gesto, dijo también:

—Santa María...

Aún resonaba en el aire la fervorosa invocación, cuando un estruendo formidable retumbó en las avanzadas de ambos ejércitos. Las columnas francesas del ala derecha se desplegaron en línea y rompieron el fuego contra nuestra izquierda.

XXV

No poco tiempo se me ha ido en describir la posición de los combatientes, la configuración del terreno y el principio de ataque; pero no necesito advertir que todo esto pasó en menos tiempo del empleado por mi tarda pluma en contarlos. Nuestras fuerzas no estaban convenientemente distribuidas cuando tuvo lugar la primera embestida de los imperiales. Verificada ésta, no podéis figuraos qué precipitados movimientos hubo en la tropa española. Las de retaguardia que aún llenaban la carretera corrían velozmente a sostener la izquierda; los cañones ocupaban su puesto; todo era atropellarse y correr, de tal modo, que por un instante pareció que el primer ataque de los franceses había producido confusión y pánico en las filas de Coupigny. En tanto, los de la derecha permanecíamos quietos, y los de a caballo, que ocupábamos parte de la altura, podíamos ver perfectamente los movimientos del combate.

Tras las primeras descargas de las líneas francesas, éstas se replegaron, y avanzando la artillería, disparó varios tiros a bala rasa. Ponían ellos en ejecución su táctica propia consistente en atacar con mucha energía sobre el punto que juzgaban más débil para desconcertar al enemigo desde los primeros momentos. Algo de esto lograron al principio, pero nosotros teníamos excelente artillería, y disparando también con bala rasa las seis piezas colocadas en la carretera y a sus flancos, el centro francés se resintió al instante, y para reforzarlo tuvo que replegar su ala dere-

cha, produciendo esto un pequeño avance de la división de Coupigny. Entretanto, todos teníamos fija la vista en el otro extremo de la línea y hacia la carretera, y olvidábamos la espesura del olivar que estaba delante. De pronto, las columnas ocultas entre los árboles salieron y se desplegaron, arrojando un diluvio de balas sobre el frente del ala derecha. Desde entonces, el fuego, corriéndose de un extremo a otro, se hizo general en el frente de ambos ejércitos. La caballería, brazo de los momentos terribles, no funcionaba aún y permanecía detrás, quieta y relinchante, contentiéndose con sus propias riendas.

Pero, a pesar de generalizarse la lucha, en aquel primer período de la batalla todo el interés continuaba, como he dicho, en el ala izquierda. Atacada por los franceses con valentía pasmosa, nuestros batallones de línea retrocedieron un momento. Casi parecía que iban a abandonar su posición al enemigo; pero bien pronto se rehicieron, tomando la ofensiva al amparo de dos bocas de fuego y de la caballería de España, que cargó a los franceses por el flanco. Vacilaron un tanto los imperiales de aquella ala, y gran parte de las fuerzas que habían salido del olivar se transportaron al otro lado. Su artillería hizo grandes estragos en nuestra gente; mas con tanta intrepidez se lanzó ésta sobre las lomas que ocupaba el enemigo entre el camino y el río Guadiel, con tanta bravura y desprecio de la vida afrontaron los soldados de línea la mortífera bala rasa y las cargas de la caballería del general Privé, que llegaron a dominar tan fuerte posición.

Antes que esto sucediera ocurrieron mil lances de esos que pone a cada minuto en duda el éxito de una batalla. Se clareaban nuestras líneas, especialmente las formadas con voluntarios; volvían a verse compactas y formidables, avanzando como una muralla de carne; oscilaban después y parecían resbalar por la pendiente cuando las patas delanteras de los caballos de los coraceros principiaban a martillar sobre los pechos de nuestros soldados; luego, éstos rechazaban a los animales con sus haces de bayonetas; caían para levantarse con frenético ardor o no levantarse nunca, hasta que, por último, el ala francesa se

puso en dispersión, replegándose hacia la carretera.

Mientras esto pasaba, los de la derecha se sostenían a la defensiva, y el centro cañoneaba para mantener en respeto al enemigo, porque casi gran parte de la fuerza había acudido a la izquierda; pero una vez que se oyeron los gritos de júbilo de los soldados de ésta, poseionados de la altura, antes en poder de los franceses, y cuando se vió a éstos aglomerarse sobre su centro, dióse orden de avance a las seis piezas del nuestro, y por un instante el pánico y desorden del enemigo fueron extraordinarios. Para concertarse de nuevo y formar otra vez sus columnas tuvieron que retroceder al otro lado del puente del Herrumblar. Viéndolos en mal estado, se trató de lanzar toda la caballería en su persecución; pero varias de sus piezas, desmontadas por nuestras balas, obstruían el camino, también entorpecido por los espaldones que habían empezado a formar. El sol esparcía ya sus rayos por el horizonte. Nuestros cuerpos proyectaban en la tierra y hacia adelante larguissimas sombras negras. Cada animal, con su jinete, dibujaba en el suelo una caricatura de hombre y caballo, escueta, enjuta, disparatada, y todo el suelo estaba lleno de aquellas absurdas legiones de sombras que harían reír a un chico de escuela.

Os reiréis de verme ocupado en tan triviales observaciones; pero así era, y no tengo por qué ocultarlo. En aquel momento estábamos en una corta tregua, aunque la cosa no pareciera próxima a concluir. Hasta entonces sólo habíamos sido atacados por una parte de las fuerzas enemigas, pues la división de Barbou, algo rezagada, no estaba aún en el campo francés. Entre tanto, y mientras se tomaban disposiciones para rechazar un segundo ataque, que no sabíamos si sería por la derecha o por el centro, retiraban los españoles sus heridos, que no eran pocos; mas no ciertamente en mi división, la cual estuviera hasta entonces a la defensiva, tiroteándose ambos frente a alguna distancia. Mi regimiento permanecía intacto, reservado sin duda para alguna ocasión solemne.

Los franceses no tardaron en intentar la adquisición del puente perdido. Su primer ataque fué débil, pero el segundo violentísimo. Oíd cómo fué el pri-

mero: la infantería española, desplegándose en guerrillas a un lado y a otro del camino, los azotaba con espeso tiroteo. Lanzaron ellos sus caballos por el puente; mas con tan poca fortuna, que tras de una pequeña ventaja obtenida por el empuje de aquella poderosa fuerza, tuvieron que retirarse; pasada la sorpresa, nuestros infantes los acribillaron a bayonetazos, dejando un sinnúmero de jinetes en el suelo y otros precipitados por cima de los pretils al lecho del arroyo. No tuvimos tan buena suerte en el segundo ataque, porque renunciando ellos a poner en movimiento la caballería en lugar angosto, atacaron a la bayoneta con tanta fiereza que nuestros regimientos de línea, y aun los valientes valones y suizos, retrocedieron aterrados. Oí contar en la tarde de aquel mismo día a un soldado de los tiradores de Utrera, presente en aquel lance, que los franceses, en su mayor parte militares viejos, cargaron a la bayoneta con furia sublime, que producía en los nuestros, además del desastre físico, una gran inferioridad moral. Me dijo que se espantaron, que en un momento viéronse pequeños, mientras que los franceses se agrandaban, presentándose como una falange de millones de hombres; que los vivos al emperador y los gritos de cólera eran tan furiosamente pronunciados, que parecían matar también por el solo efecto del sonido, y que, por último, sintiendo los de acá desfallecer su entusiasmo y al mismo tiempo un repentino invencible cariño a la vida, abandonaron aquel puente mezquino, ardientemente disputado por dos naciones, y que al fin quedó por Francia. El efecto moral de esa pérdida fué muy notable entre nosotros. Advirtiósse claramente en todo el ejército como un estremecimiento de inquietud, que, partiendo de aquel gran corazón compuesto de dieciocho mil corazones, se transmitía al tembloroso fusil, asido por la indecisa mano.

Entonces pude observar cómo se individualiza un ejército, cómo se hace de tanto uno solo, resumiendo de un modo milagroso los sentimientos lo mismo que se resume la fuerza; pude observar cómo aquella gran masa recibe y transmite las impresiones del combate con la presteza y uniformidad de un solo sistema nervioso; cómo todos los movimientos del organismo físico, desde la mano

del general en jefe hasta el casco del último caballo, obedecen a la alegría de un momento, a la pena de otro momento, a las angustias alternativas que en el discurso de pocas horas consiente y dispone Dios, espectador no indiferente de estas barbaridades de los hombres.

La pérdida del puente sobre el Herumblar, que al amanecer se había ganado, hizo que el ala derecha retrocediera buscando mejor posición. Casi todas las posiciones se variaron. Los generales conocían la inminencia de un ataque terrible, los soldados viejos la preveían, los bisoños la sospechábamos, y nuestros caballos, reculando y estrechándose unos contra otros, olían en el espacio, digámoslo así, la proximidad de una gran carnicería.

Eran las seis de la mañana y el calor principiaba a dejarse sentir con mucha fuerza. Sentíamos ya en las espaldas aquel fuego que más tarde había de hacernos el efecto de tener por medula espinal una barra de metal fundido. No habíamos probado cosa alguna desde la noche anterior, y una parte del ejército, ni aun en la noche anterior había comido nada. Pero este malestar era insignificante comparado con otro que desde la mañana principió a atormentarnos: la sed, que todo lo destruye, alma y cuerpo, infundiendo una rabia inútil para la guerra, porque no se sacia matando. Es verdad que de Bailén salían en bandadas multitud de mujeres con cántaros de agua para refrescarnos; pero de este socorro apenas podía participar una pequeña parte de la tropa, porque los que estaban en el frente no tenían tiempo para ello. Más de una vez aquellas valerosas mujeres se expusieron al fuego, penetrando en los sitios de mayor peligro y llevando sus alcarrazas a los artilleros del centro. En los puntos de mayor peligro, y donde era preciso estar con el arma en el puño constantemente, nos disputábamos un chorro de agua con atropellada brutalidad; rompíanse los cántaros, al choque de veinte manos que los querían coger; caían el agua al suelo, y la tierra, más sedienta aún que los hombres, se la chupaba en un segundo.

XXVI

¿Por qué sitio pensaban atacarnos los franceses? Conociendo que el centro era inexpugnable por entonces; siendo el principal objeto de Dupont abrirse camino hacia Bailén, y considerando peligroso intentarlo por el ala izquierda, no sólo porque allí la posición de los españoles era excelente, sino porque les ofrecía un gran peligro la cuenca del Guadiel, determinaron atacar nuestra ala derecha, esperando abrir en ella un boquete que les diera paso. Su artillería no cesaba de arrojar bala rasa, protegiendo la formación de las poderosas columnas que bien pronto debían hostilizarnos. Al punto se reforzó el ala derecha, se desplegaron en línea varios batallones, y sin esperar el ataque marcharon hacia el enemigo, amparados por dos piezas de artillería. El primer momento nos fué favorable. Pero el olivar vomitó gente y más gente sobre nuestra infantería. Por un instante, confundidas ambas líneas en densa nube de polvo y humo, no se podía saber cuál llevaba ventaja. Caían los nuestros sobre los imperiales, y la metralla enemiga les hacía retroceder; avanzaban ellos, y adquiríamos a nuestra vez momentánea inferioridad.

Por largo tiempo duró este combate, tanto más cruel cuanto era más proporcionado el empuje de una y otra parte, hasta que al fin observamos síntomas de confusión en nuestras filas, vimos que se quebraban aquellas compactas líneas, que retrocedían sin orden, que chocaban unos con otros los grupos de soldados. La división se conmovió toda, y dos batallones de reserva avanzaron para restablecer el orden. Gritaban los jefes hasta quedarse sin voz, y todos se ponían a la cabeza de las columnas, conteniendo a los que flaqueaban y excitando con ardorosas palabras a los más valientes. Los tercios de Tejas y el regimiento de Ordenes, al frente se lanzaron, mientras el concierto se restablecía en los cuerpos que hasta entonces habían sostenido el fuego. Sobre todo, el regimiento de Ordenes, uno de los más valientes del ejército, se arrojó sobre el enemigo con una impavidez que a todos nos dejó conmovidos de entusiasmo. Su coronel, don Francisco de Paula Soler,

parecía dar ruego a todos los fusiles con la arrebatadora llama de sus ojos; con el gesto de su mano derecha, empuñando la espada, que parecía un rayo; con sus gritos, que sobresalían entre el granizado tiroteo, sublimando a los soldados.

De tal modo arreciaron la metralla y la fusilería enemiga, que casi toda la primera fila del valiente regimiento de Ordenes cayó, cual si una gigantesca hoz la segara. Pero sobre los cuerpos palpitantes de la primera fila pasó la segunda, continuando el fuego. Como si los tiros franceses persiguieran con inteligente saña las charreteras, el regimiento vió desaparecer a muchos de sus oficiales.

Reforzaronse también los enemigos, y desplegando nueva línea con gente de reserva, avanzaron a la bayoneta, pujantes, aterradores, irresistibles. ¡Momento de incomparable horror! Figurábase-me ver a dos monstruos que se baten, mordiéndose con rabia, igualmente fuertes, y que hallan en sus heridas, en vez de cansancio y muerte, nueva cólera para seguir luchando.

Cuando las bayonetas se cruzaban, el campo ocupado por nuestra infantería se clareó a trozos; sentimos el crujido de poderosas cureñas, rebotando en el suelo de hoyo en hoyo al arrastre de las mulas, castigadas sin piedad; los cañones de a doce enfilaron el eje de sus ánimas hacia las líneas enemigas; los botes de metralla penetraron en el bronce; se atacaron con prontitud febril, y un diluvio de puntas de hierro, hendiendo horizontalmente el aire, contuvo la marcha del frente francés. A un disparo sucedía otro; la infantería, rehecha, flanqueaba los cañones, y para completar el acto de desesperación, un grito resonó en nuestro regimiento. Todos los caballos patalearon, expresando en su ignoto lenguaje que comprendían la sublimidad del momento; apretamos con fuerte puño los sables y medimos la tierra que se extendía delante de nosotros. La caballería iba a cargar.

Vimos que a todo escape se nos acercó un general, seguido de gran número de oficiales. Era el marqués de Coupigny, alto, fuerte, rubio, colorado de suyo, y en aquella ocasión encendido, como si toda su cara despidiera fuego. Era Coupigny hombre de pocas palabras; pero suplía su escasez oratoria con la

llama de su mirar, que era por sí una proclama. Nosotros pusimos atención esperando que nos dijera alguna cosa; pero el general dispuso con un gesto la dirección del movimiento, y después nos miró. No necesitamos más.

—¡Viva España! ¡Viva el rey Fernando! ¡Mueran los franceses!—exclamamos todos; y el escuadrón se puso en movimiento.

Estábamos formados en columna y nos desplegamos en batalla sobre los costados, bajando a buen paso, pero sin precipitación, de la altura donde habíamos estado. Maniobramos luego para tener a nuestro frente el flanco enemigo; las tropas que por allí atacaban dicho flanco doblaron por cuartas para darnos paso por los claros; el jefe gritó:

—¡A la carga!

Picamos espuela, y ciegamente caímos sobre el enemigo como repentina avalancha. Yo, lo mismo que Santorcaz, el mayorazgo y los demás de la partida, íbamos en la segunda fila. Penetraron impetuosamente los de la primera, acuchillando sin piedad; los caballos bramaban de furor, sintiéndose heridos a fuego y a hierro. Algunos caían, dejando morir a sus jinetes, y otros se arrojaban con más fuerza, destrozando cuanto hallaban bajo sus poderosas manos. Los de la primera fila hicieron gran destrozo; pero a los de la segunda nos costó más trabajo, porque avanzando demasiado los delanteros quedamos envueltos por la infantería, lo cual atenuaba un poco nuestra superioridad. Sin embargo, destrozábamos pechos y cráneos sin piedad.

Yo vi a Rumblar, ciego de ira, luchando cuerpo a cuerpo con un francés; vi a Santorcaz dando pruebas de tener un puño formidable para el manejo del sable; usélo con toda la destreza que me era posible, y lo mismo yo que mis amigos y otros muchos jinetes de mi fila nos internamos locamente por el grueso de la infantería contraria. Otro escuadrón daba nueva carga por el mismo flanco, lo cual, observado por nosotros, nos reanimó. No íbamos mal; pero los franceses eran muchos, estaban muy hechos a tales embestidas y sabían defenderse bien de la pesadumbre de los caballos, así como de los sablazos.

Sin embargo, no retrocedían delante de nosotros. Ya se sabe que siendo el

objeto de la caballería producir un gran sacudimiento y pavor en las filas enemigas por la violencia del primer choque, cuando éste no da el resultado apetecido y se empeñan combates parciales entre los caballos y una numerosa infantería, los primeros corren gran riesgo de desaparecer, brutales masas, devoradas en aquel hervidero de agilidad y destreza. Aunque en la carga les causamos gran daño, no los pusimos en dispersión; los combates parciales se entablaron pronto, y fué preciso que la caballería de España, a escape traída del ala izquierda, nos reforzase, para no ser envueltos y perdidos sin remisión. Hubo un momento en que me vi próximo a la muerte. A mi lado no había más que dos o tres jinetes, que se hallaban en trance tan apurado como yo; nos miramos, y comprendiendo que era preciso hacer un supremo esfuerzo, arremetimos a sablazos con bastante fortuna. Con esto y el pronto auxilio de la carga hecha en el mismo instante por la caballería de España salimos del apuro. Revolviendo atrás, hundi las espuelas, y mi caballo se puso de un salto en la nueva fila. No vi a mi lado más cara conocida que la de Marijuán. El conde y Santorcaz habían desaparecido.

En el mismo instante mi caballo flaqueó de sus cuartos traseros. Intenté hacerle avanzar, clavándole impiamente las espuelas: el noble animal, comprendiendo, sin duda, la inmensidad de su deber y tratando de sobreponerle a la agudeza de su dolor, dió algunos botes; pero cayó al fin, escarbando la tierra con furia. El desgraciado había recibido una terrible herida en el vientre, y, faltarle de palabra para expresar su padecimiento, bramaba, aspirando con ansia el aire inflamado; sacudía el cuello; parecía dar a entender que, hallando un charco de agua en que remojar la lengua, sus dolores serían menos vivos, y al fin se abandonó a su suerte, tendiéndose sobre el campo, indiferente al ruido del cañón y al toque de degüello.

XXVII

Viéndome desmontado, me dirigí a buscar un puesto entre las escoltas de la artillería o en el servicio de muni-

ciones, que se hacía precipitadamente por los tambores entre los carros y las piezas. Al dar los primeros pasos advertí el extraordinario decaimiento de mis fuerzas físicas: no podía tenerme en pie, y el ardor de mi sangre, llegado a su último extremo, me paralizaba cual si estuviese enfermo. No es propio decir que hacía calor, porque esta frase, común al verano de todos los países europeos, es inexpresiva para indicar la espantosa inflamación de aquella atmósfera de Andalucía en el día infernal que presenció la batalla de Bailén. El efecto que hacía en nuestros cuerpos era el de una llamarada que los azotaba por todos lados, la cara se nos abrasaba como cuando nos asomamos a un horno encendido, y deshechos en sudor, nuestros cuerpos hervían, descomponiéndose la economía entera, desde el instante en que fuertes excitaciones del espíritu dejaban de sostenerla.

Cuando me encontré a pie y a regular distancia del combate, que seguía con ventaja para los españoles, empecé a sentir vivamente y de un modo irresistible el aguijón candente de la sed, que horadaba mi lengua, y la corriente de fuego que envolvía mi cuerpo. Esto me daba tal desesperación, que, de prolongarse mucho, hubiérame impelido a beber la sangre de mis propias venas. Por ninguna parte divisaba a la gente del pueblo que antes trajera cántaros con agua, y al buscar con ansiosa inspiración en el seco aire una partícula de agua, bebía y respiraba oleadas de polvo abrasador.

Por un rato perdí toda la exaltación guerrera y el furor patriótico que antes me dominaba, para no pensar más que en la probabilidad de beber, previendo las delicias de un sorbo de agua y anhelando apagar aquellas ascuas pegajosas que en mi boca revolvía. Con este deseo caminé largo trecho entre las filas de retaguardia del centro: los soldados de los regimientos que allí se rehacían para salir de nuevo al frente clamaban también pidiendo agua. Vimos con alegría que desde el pueblo venían corriendo algunos hombres con cubos; pero al punto se nos dijo que aquella agua no era para nosotros: era para otros sedientos, cuyas bocas necesitaban refrescar antes que las nuestras. Si el combate había de tener buen éxito: era para los cañones.

La resistencia enérgica de las dos piezas del ala derecha, combinadas con las seis de la batería central, y el auxilio de la caballería, atacando por el flanco la línea enemiga, hizo que ésta fuese rechazada, a pesar de su frente compacto, de su incomparable bravura. Los franceses se retiraron, dejándose perseguir y desposicionar por la infantería y caballos de nuestra derecha. Harto se conocía este resultado en los gritos de alegría, en aquel concierto de injurias con que el vencedor confirma la catástrofe del vencido cuando éste vuelve la espalda. El sitio donde yo estaba se vió despejado por el avance de nuestras tropas, y en casi todos los jefes que allí había observé tal expresión de gozo, que, sin duda, consideraban asegurada la victoria. ¡Oh momento feliz! Ya se podía pensar en beber. Pero ¿dónde?

Después del avance de nuestras tropas, que no ocuparon enteramente las posiciones francesas, por ofrecer esto algún peligro, los soldados del regimiento de Ordenes divisaron una noria, en el momento en que los franceses, que durante la acción habíanla ocupado, se hallaban en el caso de abandonarla. Vieron todos aquel lugar como un santuario cuya conquista era el supremo galardón de la victoria, y se arrojaron sobre los defensores del agua escasa y corrompida que arrojaban unos cuantos arcaduces en un estanquillo. Los enemigos, que no querían desprenderse de aquel tesoro, lo defendían con la rabia del sediento. Apenas disparados los primeros tiros, otros muchos franceses, extenuados de fatiga y encontrándose ya sin fuerzas para combatir si no les caía del cielo o les brotaba de la tierra una gota de agua, acudieron a beber, y, viéndola tan reciamente disputada, se unieron a los defensores.

Oí decir: «¡Allí hay agua, allí se están disputando la noria!», y no necesité más. Lancéme, y conmigo se lanzaron otros en aquella dirección; tomé del suelo un fusil que aún apretaba en sus manos un soldado muerto, y corrí con los demás a todo escape en dirección a la noria. Penetramos en un campo a medio segar, a trechos cubierto de altos trigos secos, a trechos en rastrojo. La lucha en la noria se hacía en guerrillas. acerquéme a la que me pareció mas floja, y desprecié la vida, lleno mi

espíritu del frenético afán de conquistar un buche de agua. Aquel imperio, compuesto de dos mal engranadas ruedas de madera, por las cuales se escurría un miserable lagrimeo de agua turbia, era para nosotros el imperio del mundo. La hidrofagia, que a veces amilana, a ratos también convierte al hombre en fiera, llevándole con sublime ardor a desangrarse por no quemarse.

Los franceses defendían su vaso de agua, y nosotros se lo disputábamos: pero de improviso sentimos que se duplicaba el calor a nuestras espaldas. Mirando hacia atrás, vimos que las secas espigas ardían como yesca, inflamadas por algunos cartuchos caídos por allí, y sus terribles llamaradas nos freían de lejos la espalda. «O tomar la noria o morir», pensamos todos. Nos batíamos apoyados contra una hoguera, y la hambrienta llama, al morder con su diente insaciable en aquel pasto, extendía alguna de sus lenguas de fuego, azotándonos la cara. La desesperación nos hizo redoblar el esfuerzo, porque nos asábamos, literalmente hablando; y, por último, arrojándonos sobre el enemigo, resueltos a morir, la gota de agua quedó por España al grito de «¡Viva Fernando VII!»

Por un momento dejamos de ser soldados, dejamos de ser hombres, para no ser sino animales. Si cuando sumergíamos nuestras bocas en el agua hubiera venido un solo francés con un látigo, habríamos azotado, sin que intentáramos defendernos. Después de emborracharnos con aquel néctar fangoso, superior al vino de los dioses, nos reconocimos otra vez en la plenitud de nuestras facultades. ¡Qué inmensa alegría! ¡Qué superabundancia de fuerza y de orgullo!

Pero ¿habíamos vencido definitivamente a los franceses? Cuando se disipó aquella lobreguez moral con que la horrible sequedad del cuerpo había envuelto el espíritu, nos vimos en situación muy difícil. Corriendo hacia la noria, nos habíamos apartado de nuestro campo, y adviértase que si el ejército francés fué rechazado con grandes pérdidas, conservaba aún sus posiciones. ¿Iba a emprenderse nuevo ataque, con el último esfuerzo de la desesperación? Creíamos que sí, y señales de esto notamos en el campo enemigo que teníamos

tan cerca. Al punto corrimos desbandados hacia el nuestro, que estaba algo lejos, y, saltando por junto a los trigos incendiados, abandonamos la noria, por temor a que fuerzas más numerosas que las nuestras nos hicieran prisioneros.

Verdad que los franceses, no dando ya ninguna importancia a las acciones parciales, se ocupaban en organizar el resto y lo mejor de su fuerza para dar un golpe de mano, última estocada del gigante que se sentía morir. Corrimos, pues, hacia nuestro campo. Ya cerca de él, pasó rápidamente por delante de mí un caballo sin jinete, arrogante, vanaglorioso, con la crin al aire, sano y sin heridas, algo azarado y aturdido. Era un animal de pura casta cordobesa, lo mismo que el mío. Lo seguí, y, apoderándome de sus bridas, cuando volvía, me monté en él: después de ser por un rato soldado de a pie, tornaba a ser jinete. Busqué con la vista el escuadrón más próximo, y vi que a retaguardia del centro se formaba en columna con distancias el de España. Entré en las primeras filas, a punto que dijeron junto a mí:

—Los generales franceses harán el último esfuerzo. Dicen que hay unas tropas que todavía no han entrado en fuego y son las mejores que Napoleón ha traído a España.

Efectivamente, el centro se preparaba a una defensa valerosa, y guarnecía sus baterías, distribuía los regimientos a un lado y otro, agrupando a retaguardia fuerzas considerables de caballería. Cuando esto pasaba sentí un vivo clamor de la Naturaleza dentro de mí; sentí hambre, pero ¡qué hambre!... Francamente, y sin ruborizarme, digo que tenía más ganas de comer que de batirme. ¿Y qué? ¿Este miserable hijo de España no había hecho ya bastante por su rey y por su patria para permitir llevarse a la boca un pedazo de pan?

En estas reflexiones, registré primero la gruperá de mi cabalgadura allegadiza, donde no había más que alguna ropa blanca, y después las pistoleras, donde encontré un mendrugo. ¡Hallazgo incomparable! No satisfecho, sin embargo, con tan poca ración, llevé mis exploraciones hasta lo más profundo de aquellos sacos de cuero, y mis dedos sintieron el contacto de unos papeles. Sa-

quélos, y vi un pequeño envoltorio y tres cartas, la una cerrada y las otras dos cubiertas, todas con sobrescrito. Leí el primer sobre que se me vino a la mano, y decía así: «Al señor don Luis de Santorcaz, en Madrid, calle de...»

Había montado en el caballo de Santorcaz

XXVIII

Olvidándome al instante de todo, no pensé más que en examinar bien lo que tenía en las manos. El sobrescrito de la primera carta que saqué, y que estaba abierta, era de letra femenina, que reconocí al momento. El de la carta cerrada, que, sin duda, no estaba ya en la estafeta por detención involuntaria, era de hombre, y decía: «Señora condesa de...—aquí el título de Amaranta—, en Córdoba, calle de la Espartería.» El tercer sobre, también de carta abierta, era de letra de hombre y dirigido a Santorcaz. Desenvolví en seguida el envoltorio de papeles, que guardaba un bulto como del tamaño de un duro, y al ver lo que contenía, una luz vivísima inundó mi alma y sentí dolorosa punzada en el corazón. Era el retrato de Inés.

Aquella aparición en el campo de batalla, en medio del zumbido de los cañones y del choque de las armas; la inesperada presencia ante mí de aquella cara celestial, fielmente reproducida por un buen artista; la sonrisa iluminada que creí observar sobre la placa cuando fijé en ella mis ojos; aquella repentina visita, pues no era otra cosa, de mi fiel amiga, cuando ya hacía tan vivos esfuerzos para ser digno de ella, me regocijaron de un modo inexplicable. Para iluminar los rasgos y colores de aquel retrato que sonreía, valía la pena de que saliese el sol, de que existiese el mundo, de que la serie del tiempo trajera aquel día, aunque deslustrado por los horrores de una batalla.

Estreché a la Inés de dos pulgadas contra mi corazón y la guardé en mi pecho, resuelto a no darla, aunque la materialidad del pedazo de cobre pintado no me pertenecía. Mas era preciso leer aquellos papeles, que podían esclarecer alguna de mis dudas. Detúvome al principio la vergüenza de leer cartas ajenas, lo cual es cosa fea; pero consi-

deré que Santorcaz había muerto, fundándose en la dispersión de su caballo abandonado, y, además, como la curiosidad me picaba, me escocía, me quemaba de un modo muy vivo, decidíme a leer la carta abierta, porque el deseo de hacerlo era más fuerte que todas las consideraciones.

Yo estaba completamente absorto en aquel asunto de interés íntimo: yo no atendía a la batalla; yo no hacía caso de los cañonazos; yo no me fijaba en los gritos; yo no apartaba del papel los ojos, aunque sentía correr por junto a mis oídos el estrepitoso aliento de la lucha. En aquel instante, entre los veinte mil hombres que, formando dos grandes conjuntos, se disputaban unas cuantas varas de terreno, yo era quizá el único que merecía el nombre de individuo. Atomo disgregado momentáneamente de la masa, se ocupaba de sus propias batallas.

La carta abierta, que llevaba la firma de Amaranta, decía así, después de las fórmulas de encabezamiento:

«¿Eres un malvado o un desgraciado? En verdad no sé qué creer, pues de tu conducta todo puede deducirse. Después de una ausencia de muchos años, durante los cuales nadie ha logrado traerte al buen camino, ahora vuelves a España sin más objeto que hostilgarme con pretensiones absurdas a que mi dignidad no me permite acceder. Harto he hecho por ti, y ahora mismo, cuando me has manifestado tu situación, te he propuesto un medio decoroso de remediarla. ¿Qué más puedo hacer? Pero no te satisface lo que en la actualidad y siempre bastaría a calmar la ambición de un hombre menos degradado que tú; te rebelas contra mis beneficios, y aspiras a más, amenazándome sin miramiento alguno. A todo eso contesto diciéndote que desprecio tus amenazas y que no las temo. No; no es posible que por la amenaza consiga nadie de mí lo que me impelen a negar mi dignidad, mi categoría, mi familia y mi nombre. Nunca creí que aspiraras a tanto, y siempre pensé que te conceptuarías muy feliz con lo que otras veces has alcanzado de mí, y hoy te ofrezco, haciendo un verdadero sacrificio, porque el estado del reino ha disminuído nuestras rentas...»

Al llegar aquí, el golpe de un peso que cayó, chocando con mi rodilla, me hizo levantar la vista de la carta. El soldado que formaba junto a mí, herido mortalmente por una bala perdida, había rodado al suelo. En aquel intervalo vi hacia el frente, envueltas en espeso humo, las columnas francesas que venían a atacar el centro. Pero mi ánimo no estaba para fijar la atención en aquello. Pude notar que la caballería avanzaba un poco, que después retrocedía y oscilaba de flanco; pero, dejándome llevar por el caballo, con los ojos fijos en el papel, que sostenía a la altura de las riendas, no puse ni un desperdicio de voluntad en aquellos movimientos de la máquina en que estaba engranado. La carta continuaba así:

«...En vano para conmoverme finges gran interés por aquel ser desgraciado que vino al mundo como testimonio vivo de la funesta alucinación y del fatal error de su madre. ¿A qué ese sentimiento tardío? ¿A qué acusarme de su abandono? No, esa niña no existe: te han engañado los que te han dicho que yo la he recogido. Mal podría recogerla cuando ya es un hecho evidente que Dios se la llevó de este mundo. ¿A qué conduce el amenazarme con ella, haciéndola instrumento de tus malas artes para conmigo? No pienses en esto. Por última vez te aconsejo que desistas de tus locas pretensiones y te presentes ante mí con bandera de paz. ¿Eres un malvado o un desgraciado? Yo sería muy feliz si me probaras lo segundo, porque uno de mis mayores tormentos consiste en suponer tan profundamente corrompido el corazón que hace años sólo existía para amarme...»

Con esto y la firma de Amaranta terminaba la epístola, cuya lectura, absorbiendo mi atención, me distraía de la batalla. El fragor de ésta zumbaba en mis oídos como el rumor del mar, a quien generalmente no se hace caso desde tierra. ¿Es tal vuestra impertinencia que queréis obligarme a contarme lo que allí pasaba? Pues oíd: Cuando la tropa francesa de línea retrocedió por tercera vez, extenuada de hambre, de sed y de cansancio; cuando los soldados que no habían sido heridos se arrojaban al suelo maldiciendo la guerra, negándose a batirse, insultando a los oficiales que

los llevaran a tan terrible situación, el general en jefe reunió la plana mayor, y, expuesto en breve consejo el estado de las cosas, se decidió intentar un último ataque con los marinos de la Guardia imperial, aún intactos, poniéndose a la cabeza todos los generales.

Por eso cuando, leída la carta, alcé los ojos, vi delante de las primeras filas de caballería algunas masas de tropa escoltando los seis cañones de la carretera, cuyo fuego certero y terrible había sido el nudo gordiano de la batalla. Servidos siempre con destreza y al fin con exaltación, aquellos seis cañones eran durante unos minutos la pieza de dos cuartos arrojada por España y Francia, por la usurpación y la nacionalidad, en un corrillo de veinte mil soldados. ¿Cara o cruz? ¿Los tomarían los franceses? ¿Se dejarían quitar los españoles aquellos cañones? ¿Quién podría más: nuestros valientes y hábiles oficiales de artillería o los quinientos marinos?

Yo vi a éstos avanzar por la carretera, y, entre el denso humo, distinguimos un hombre puesto al frente del valiente batallón y blandiendo con furia la espada; un hombre de alta estatura, el rostro desfigurado por la costra de polvo que amasaban los sudores de la angustia; de uniforme lujoso y destrozado en la garganta y seno, como si lo hubiera hecho pedazos con las uñas para dar desahogo al oprimido pecho. Aquella imagen de la desesperación, que tan pronto señalaba la boca de los cañones como el cielo, indicando a sus soldados un alto ideal al conducirlos a la muerte, era el desgraciado general Dupont, que había venido a Andalucía seguro de alcanzar el bastón de mariscal de Francia. El paseo triunfal de que, al partir de Toledo, habló, había tenido aquel tropiezo.

Los repetidos disparos de metralla no detenían a los franceses. Brillaban los dorados uniformes de los generales puestos al frente, y tras ellos, la hilera de marinos, todos vestidos de azul y con grandes gorras de pelo, avanzaba sin vacilación. De rato en rato, como si una manotada gigantesca arrebatase la mitad de la fila, así desaparecían hombres y hombres. Pero en cada claro asomaba otro soldado azul, y el frente de colum-

na se rehacía al instante, acercándose imponente y aterrador. Acelerábase su marcha al hallarse cerca; iban a caer como legión de invencibles demonios sobre las piezas para clavarlas y degollar sin piedad a los artilleros.

Los que asistían a aquel espectáculo sin ser actores de él estaban mudos de estupor, con el alma y la vida en suspenso, cual si aguardaran el resultado de la porfía para dejar de existir o seguir existiendo. No obstante, ¿creerán mis lectores que algo ocupaba mi espíritu más de lleno que la última peripecia? Pues sí: yo tenía en mi mano la carta cerrada, y la curiosidad por leerla no era curiosidad: era una sed moral más terrible que la sed física que poco antes me atormentara. Incapaz de resistirla, sintiendo que todo se eclipsaba ante la inmensidad del interés despertado en mí por los asuntos de dos o tres personas que no habían de decidir la suerte del mundo, tomé la carta, la abrí, sin reparar en lo vituperable de esta acción, y al punto la devoré con los ojos, leyendo lo siguiente:

«Señora condesa: Vuestra carta me anuncia que nada puedo esperar de vos por los honrados medios que os he propuesto. No me sorprende, y si en la última que me dirigisteis, dictada sin duda por vuestro propio corazón, mostrabais bastante generosidad, en ésta reconozco las ideas de vuestra tía la señora marquesa, que en otro tiempo os dijo que antes quería veros muerta que casada con un hombre inferior a vuestra clase. Preguntáis que si soy un malvado o un desgraciado, y contesto que ya que os alcanza la responsabilidad de lo segundo, a vos también os tocará sin duda la triste gloria de lo primero. Esta será la última que os escriba el que en algún tiempo no hubiera cambiado por todas las delicias del Paraíso el gozo de leer una letra de vuestra mano. Quizá por mucho tiempo no oigáis hablar de mí; quizá disfrutéis la inefable satisfacción de creer que he muerto; pero en la oscuridad y lejos de vos, yo me ocuparé de lo que me pertenece. ¿Quién es el culpable: vos o yo? Cuando supe en Madrid que habíais recogido a nuestra hija después de largo abandono, os prometí legitimarla por subsiguiente matrimonio, como correspondía

a personas honradas. Primero me contestasteis indecisa, y luego furiosa, rechazando una proposición que calificabais de absurda, de irreverente, y llamándome jacobino, fracmasón, calavera, perdido, tramposo, con otras injurias que quisiera oír en tan linda boca. Yo acepto el bofetón de vuestro orgullo. Lo que no me explico es la desfachatez con que negáis haber recogido a vuestra hija. Y ¿decís que esto no me importa? Ya veréis si me importa o no. Yo sé que la habéis recogido; yo sé que está en un convento; yo sé que su boda con el conde de Rumblar está concertada; yo sé que para realizarla se han tenido en cuenta poderosos intereses de ambas familias que la hacen imprescindible; y yo sé que, para llevar a efecto la legitimación, se ha consumado una superchería poco digna de personas como...

Una conmoción inmensa, un estrépito indescriptible me obligaron a apartar de la carta mi atención. Los marinos llegaban a la boca de los cañones, y un combate terrible, en que parecíamos llevar lo mejor, se había trabado. Esto era sin duda sublime; esto sacaba de quicio y conmovía el alma en su fundamento; pero ¿no había algo más en el mundo? Inés, su madre, su padre, su porvenir, su casamiento, y yo, con mi desmedido y leal amor; yo, preguntándome si podría subir hasta ella, o si era preciso hacerla descender hasta mí... ¡Oh!, ésta sí que era batalla; ésta sí que era lucha, señores. Su campo estaba dentro de mí, y sus fuerzas terribles chocaban dentro del espacio silencioso de mi pensamiento. ¿Cómo no atender a ella más que a otra alguna? El corazón, tirano indiscutible, agrandando inconmensurablemente las proporciones de mi batalla, habíala hecho mayor que aquella de que tal vez dependían los destinos del mundo.

Yo vi los marinos próximos ya, muy próximos a nuestros cañones; sentí gritos de júbilo y de victoria pronunciados en española lengua, y aunque todo esto me conmovía mucho, la carta no concluída me quemaba la mano. Decid que yo era un estúpido egoísta; pero, señores, ¿y la carta, y aquel *casamiento imprescindible*, y aquella *superchería* misteriosa?... ¿Se ganaba la batalla? Creo que sí, y la faz de Europa variaría sin

duda. Pero ¿qué me importaba el enojo del Imperio, el júbilo de Inglaterra, el estupor de Rusia, los preparativos de la coalición, el descrédito del Grande Ejército?

¿Hemos de sobreponer el interés de los conjuntos lanzados a bárbaras guerras al interés del inocente individuo que a solas lucha por el bien y por el amor? ¿Hemos de sobreponer el interés de la guerra, que destruye, al del amor, que crea y aumenta y embellece lo creado? Reios de mí; pero al mismo tiempo pensar en el modo de probarme que un corazón ocupa menos espacio en la totalidad del Universo que los quinientos diez millones de kilómetros cuadrados de la pelota de tierra en que habitamos.

Si es egoísmo, confieso mi egoísmo, y declaro a la faz de mi auditorio que en el punto de que se eclipsaba la estrella que por diez años había iluminado la Europa volví a fijar los ojos en la carta para continuar leyendo. Si no quieren ustedes enterarse de ello, no se enteren; pero es mi deber decir que la carta concluía así:

«...una superchería poco digna de personas como vos. Segura estáis, y con razón, de que nada puedo contra vos. En efecto: yo sé que, si algo intentara, sería vencido. Pobre, sin recursos, sin valimiento, ¿qué podría contra la Justicia, que sólo defiende a los poderosos? Pero mi hija me pertenece, y si hoy no está en mi poder, os aseguro que lo estará mañana. Entre tanto, guardaos vuestro dinero.»

No decía más. Pero cuando acabé de leerla, ¡qué nueva y terrible fase tomaba la refriega entre los marinos y nuestros soldados! ¡Santo Dios! ¿Perderíase la batalla? Destrozados en el primer ataque los franceses, lo repetían, sacando el último resto de bravura de sus corazones resecaos por el calor, y volvían a la carga, resueltos a dejarse hacer trizas en la boca de los cañones o tomarlos. Nuestros soldados sacaban fuerzas de su espíritu, porque en el cuerpo ya no las tenían. Hasta los artilleros empezaban a desfallecer, y heridos casi todos los primeros de izquierda y derecha, atacaban los segundos, daban fuego los terceros, y el servicio de municiones era hecho por paisanos. Los franceses, me-

dio resucitados con la valentía de los marinos, pudieron habilitar dos piezas, y desde lejos, tomando por blanco la masa de nuestra caballería, disparaban bastantes tiros. Su larga trayectoria, pasando por encima de la batería española, hería las primeras filas de mi regimiento. Este se encabritó como si fuera un solo caballo; chocamos unos con otros, y el espectáculo de dos compañeros muertos sin combatir nos llenó de terror. Al mismo tiempo oímos decir que escaseaban las municiones de cañón. ¡Terrible palabra! Si nuestros cañones llegaban a carecer de pólvora; si en sus almas de bronce se extinguía aquella indignación artificial, cuyo resoplido conmueve y trastorna el aire, estremece el suelo y arrasa cuanto encuentra por delante, bien pronto serían tomados por los valientes marinos, y los aguardaba el morir inutilizado por el denigrante clavo, fruslería que destruye un gigante, alfiler que mata a Aquiles.

Esta consideración ponía los pelos de punta. ¿Sucumbiría España? ¿No le reservaba Dios la gloria de dar el primer golpe en el pedestal del tirano de Europa?... No, no es posible asistir indiferente al espectáculo de tan sublime esfuerzo, ¡oh patria!; pero te confieso que yo rabiaba por conocer al autor de aquella tercera carta que tenía en mi mano, y cuando, sin desatender a tu admirable heroísmo, miré la firma y vi el nombre de *Román*, segundo mayordomo de mi inolvidable ama; cuando consideré que aquel papel contendría revelaciones importantes, me dominó de tal modo la curiosidad, que por un instante desapareciste de mi espíritu, ¡oh hermoso rincón de tierra destinado más de una vez a ser equilibrio del mundo!... Adiós, España; adiós, Napoleón; adiós, guerra; adiós, batalla de Bailén. Como borra la esponja del escolar el problema escrito con tiza en la pizarra, para entregarse al juego, así se borró todo en mí para no ver más que lo siguiente:

«Señor don Luis de Santorcaz: Voy a decirle lo ocurrido. Todo está resuelto, y por ahora le dan a usted con la puerta en los hocicos. La señora marquesa de Leiva, al recoger a la señorita Inés, pensó en el modo de legitimarla. Advierto a usted que desde que la trataron, ambas la quieren mucho, y se desviven por de-

cidirla a que salga del convento. Cuando la señora condesa recibió la carta de usted, en que le proponía la legitimación por subsiguiente matrimonio, mostróla a su tía, y ésta, furiosa y fuera de sí, preguntó si quería deshonorarse para siempre siendo esposa de semejante perdido. Lloró un poco la condesa, lo cual es indicio de que aún le queda algo de aquel amor; y, por último, después de muchas reconvenciones, convinieron las dos en no admitirle a usted en su familia por ningún caso. Ya sabe usted que, según consta en la fundación de este gran mayorazgo, uno de los principales de España, no habiendo herederos directos, pasa a los de segundo grado en línea recta, por lo cual ahora correspondería al primogénito del conde de Rumblar. La actual condesa de Rumblar, enterada de la aparición de una heredera, anunció a mi ama que entablaría un pleito, y vea usted aquí el motivo de que en casa se haya trabajado tanto por la legitimación. Por fin, las dos familias acordaron evitar la ruina de un pleito, y se han puesto de acuerdo sobre esta base: casar a la señorita Inés con don Diego de Rumblar, previa legitimación de aquella por lo que llaman autorización del rey, con lo cual ambos derechos se fundan en uno solo, evitando cuestiones. En cuanto al punto más difícil, la señora marquesa lo ha resuelto al fin de un modo ingenioso y seguro. La niña ha entrado al fin, con pie derecho en la familia. No pudiendo legitimar la madre, porque a ello se oponen las leyes; no pudiendo aceptarse la fórmula del subsiguiente matrimonio, ni conviniendo tampoco la adopción, por no dar esto derecho a la herencia del mayorazgo, se acordó lo que voy a decir a usted, y que sin duda le llenará de admiración. Este sesgo del asunto tiene para la familia la ventaja de que mi señora la condesa no pasará ningún bochorno. La señorita Inés ha sido reconocida por aquel...»

Un violento golpe arrebató el papel de mis manos. Encabritóse mi caballo, y al avanzar, siguiendo el escuadrón, sentí la estrepitosa risa de un soldado que decía: «Aquí no se viene a leer cartas.» Corrimos fuera de la carretera, y todos mis compañeros proferían exclamaciones de frenética alegría. Vi los ca-

ñones inmóviles y delante una espesa cortina de humo, que al disiparse permitía distinguir los restos del batallón de marinos. En el frente francés flotaba una bandera blanca avanzando hacia nuestro frente. La batalla había concluido.

Nuestros soldados se abrazaban con júbilo. Confundíanse los diversos regimientos y los paisanos advenedizos con la tropa. La gente del vecino pueblo de Bailén acudía con cántaros y botijos de agua. Agrupábanse hombres y mujeres junto a los heridos para recogerlos. Los caballos recorrían orgullosos la carretera, y los generales, confundidos con la gente de tropa, demostraban su alegría con tanta llaneza como ésta. Los gritos de «¡Viva España! ¡Viva Fernando Séptimo!» parecían sublime concierto que llenaba el espacio, como antes el ruido del cañón; y el mundo todo se estremecía con el júbilo de nuestra victoria y con el desastre de la Francia, primera vacilación del orgulloso Imperio. En tanto, yo recorría el campamento, miraba al suelo, miraba las manos de todos, las cureñas de los cañones, los charcos de sangre, los mil rincones del suelo, junto al cuerpo de un herido, y bajo la cabeza del caballo morigundo, Marijuán se llegó a mí con los brazos abiertos y gritó:

—Los vencimos, Gabriel. ¡Viva España y los españoles, y la Virgen del Pilar, a quien se debe todo! Pero ¿qué buscas, que así miras el suelo?

—Busco un papel que se me ha perdido.

XXIX

—Déjate de papeles—me dijo Marijuán—. ¡Demonio de marinos! ¿Viste cómo atacaban?

—La hacen hija legítima por autorización real.

—¿Qué estás diciendo? Ya no queda duda que hemos vencido a Napoleón, y como éste ha vencido a todo el mundo, resulta que nosotros hemos vencido al mundo entero. Pero, chico, ¿no te vuelves loco? Mira cómo alzan los brazos, gritando, aquellos generales que vienen por el llano. ¡Benditas penas, benditos golpes, bendito calor y bendita

sed, puesto que al fin hemos salido vencedores. ¡Viva España!

—De esta manera—le dije yo, pensando en mis guerras—, entra a disfrutar el mayorazgo, casándose con don Diego, para evitar un litigio que arruinaría a las dos familias.

—¿Qué hablas ahí, muchacho?—exclamó con sorpresa—. Ya sabes que los franceses se van a entregar todos. ¡Qué vergüenza! ¡Que vuelva Napoleón a meterse con los españoles! Chico, nos vamos a comer el mundo, y digo que la Junta de Sevilla es una remilgada si no nos manda conquistar a París. ¡Viva España!

—Y nuestro amo ¿dónde está?—pregunté intranquilo—. ¿Qué ha sido del señorito de Rumblar?

—¡Creo que ha muerto!—me contestó lacónicamente Marijuán, picando espuelas y alejándose de mí.

Tan estupenda noticia dió nueva dirección a mis alborotados pensamientos. El aspecto de la refriega interior que me sacudía el alma cambió de improviso y por completo. Todo vino abajo, todo se puso de otro color, y el mundo fué distinto a mis ojos. Ignoro si en aquel momento sentía la muerte de mi amo, o si, por el contrario, desbordado el corruptor egoísmo en mi alma, acepté con regocijo la desaparición de quien, interponiéndose entre mi ideal y yo, alteraba a mis ojos el equilibrio del Universo, más que Napoleón el de Europa... En medio del delirio de aquella gran victoria, una de las más trascendentes que han ocurrido en el mundo, yo permanecía mudo, y mi caballo me transportaba de un lado para otro, según su albedrío. En mi derredor la efervescencia de aquella patriótica alegría, de aquel entusiasmo febril, causaba estrepitoso oleaje. Allí la persona humana había desaparecido, fundiéndose en el hermoso conjunto de la sociedad o la nación, que era, sin duda, la que conmovía la tierra con sus gritos de gozo. El único que se conservaba aislado y podía llamarse hombre era el egoísta Gabriel, grano de arena no conglomerado con la montaña, y que rodaba solo haciendo por su propia cuenta las revoluciones establecidas para la armonía del mundo.

«Es preciso averiguar si realmente ha muerto Rumblar... ¿Entrará al fin Inés

en la familia de su madre? ¿La perderé para siempre? ¿Debo reírme de mi necia y ridícula aspiración? Un hombre como yo, ¿puede subir a tanta altura? La misteriosa oscuridad de los tiempos venideros, ¿ocultará alguna cosa que destruya este nivel espantoso? ¿Puedo esperar o resignarme desde ahora, bendiciendo la mano de la Providencia, que me arroja en el polvo de donde nunca debí intentar salir?»

Estas preguntas me hacía, cuando un acontecimiento no previsto vino a alterar repentinamente la situación de las cosas fuera de mí. Corría el ejército a ocupar sus posiciones; la corneta y el tambor convocaban a todos los soldados, y gran número de gentes del pueblo, hombres y mujeres, corrían hacia las calles de Bailén. Nuestros destacamentos habían divisado las columnas avanzadas del general Vedel, que venían de Guarromán en auxilio de Dupont, y, a poca distancia ya, un cañonazo nos anunció la presencia de un nuevo enemigo. ¡Ay! ¡Si Vedel hubiese llegado un momento antes, poniéndonos entre dos fuegos! Pero Dios, protector en aquel día de la España oprimida y saqueada, permitió que Vedel llegase cuando estaba convenida ya la tregua y se había principiado a negociar la capitulación.

Al instante mandó Réding un oficio al general francés dándole cuenta de lo ocurrido, y los enemigos se detuvieron más allá de una ermita que llaman de San Cristóbal, situada a mano izquierda del camino real, yendo de Bailén a Guarromán. Al poco rato vimos un oficial francés, que llegó al pueblo con un oficio para Réding y otro para Dupont, y como en el Cuartel general de éste se estaba ya negociando las bases de la capitulación, nos consideramos seguros de no ser atacados por la parte alta del camino, a causa de que la acordada suspensión de armas debía afectar a todas las fuerzas que componían el ejército imperial de Andalucía.

A pesar de esta confianza, varios regimientos, entre ellos el de Irlanda y el famosísimo de Ordenes Militares, que tanto se había distinguido en la batalla, ocuparon el camino frente a las tropas de Vedel, las cuales iban llegando por momentos y tomando posiciones. Mi regimiento fué colocado en la entrada oriental del pueblo. Sería poco más de

la una, cuando los franceses de Vedel, sin aguardar a que les contestara Dupont, rompieron el fuego contra Irlanda, sorprendiéndolos con fuerzas considerables. Gran efervescencia y algazara y tumulto en nuestras filas. Todos querían ir, no a combatir con los franceses, sino a pasarlos a cuchillo, por violar las leyes de la guerra. Pero nosotros teníamos, para sojuzgar a los traidores, rehenes preciosos, cuales eran los restos del ejército de Dupont, que estaban en nuestro poder, como una víctima maniatada y con la cabeza sobre el tajo. Durante la confusión que siguió al ataque, algunas tropas acudieron a cercar el campo francés vencido, y otras corrieron en auxilio de los regimientos de Irlanda y Ordenes, puesto en gran compromiso.

A pesar de la inferioridad de número y de posición de nuestras tropas, todo anunciaba que se iba a trabar un combate tan encarnizado como el primero, y los valerosos paisanos, lo mismo que los soldados de línea, ardían en generoso anhelo de morir si era preciso por rematar con una épica tarde la mañana gloriosa.

Pero la Providencia, como he dicho, estaba de nuestra parte. Casi juntamente con los primeros tiros de la embestida de Vedel sonaron cañonazos lejanos, que al principio no supimos a qué dirección referir.

—¿Qué es eso? ¿Hacen fuego por el Herrumblar o es de la gente de Mengíbar?—preguntaban allí.

—Es la división de don Manuel de la Peña que viene por la Casa del Rey—contestó uno que a todo escape venía del primer cuerpo de batalla.

La tercera división, enviada al amanecer desde Andújar por Castaños en seguimiento de Dupont, había llegado, y el enemigo se anunciaba con disparos de pólvora seca. Aterrados con este nuevo refuerzo, que aniquilaría los restos del ejército si Vedel al armisticio no se sometía, Dupont dió enérgicas órdenes para que cesara el fuego de la división recién venida de Guarromán, y el fuego cesó. Con esto, los nueve mil hombres de Vedel se sometieron de antemano al pacto que ajustaba su general en jefe.

Seguimos, sin embargo, sobre las armas, y las entradas de la villa continua-

ron custodiadas por numerosas fuerzas, que se relevaban para proporcionarnos algún descanso. Cuando me tocó dejar la guardia, dirigíme a una de las muchas casas del pueblo en que curaban heridos para que me pusieran algo en la mano izquierda, donde había recibido una contusión que, aunque ligera, me escocía bastante. Regresaba luego a pie en busca de mi puesto, cuando sintiendo una mano en mi hombro, miré y tuve el gusto de encontrarme cara a cara con don Paco, el maestro y ayo de don Diego.

—¿Qué ha sido del niño? ¿Dónde está? No ha venido por casa—me dijo con tono angustiado y poniéndose pálido.

—Señor don Paco — le contesté—, francamente, no sé dónde está el señor conde, aunque me parece que debe de estar vivo.

—¡Qué miedo, qué pavor! ¡La santa Virgen de Araceli, la de Fuensanta, la del Pilar y la del Tremedal, todas juntas, nos favorezcan!... Las piernas me tiemblan, Gabriel, y si mi señor y discípulo no parece, yo no me atrevo a decirselo a la señora.

—Ya parecerá; yo lo vi poco antes de concluir la batalla. Andará por cualquier lado.

—Es para que estando sano y salvo no viniese a casa o mandara un recado: ¿En dónde hay caballería?

—En San Cristóbal, en donde estaba la batería, en la noria; en los altos de la derecha, en los del Guadiel, hacia el Herrumblar, en muchas partes. Ya andará el señor don Diego por ahí.

—Dios lo quiera. Voy, corro a buscarle. Dime tú...; ya no harán fuego, ¿eh? ¿Habrá peligro en andar por aquí? Si quisieras acompañarme... ¡Diantre con el niño, y si supiera él qué buenas noticias le traigo, cómo se apresuraría a venir a mi encuentro!

—¿Qué noticias señor don Francisco? ¿Se pueden saber?—pregunté disponiéndome a acompañar al ayo por el campo de batalla.

—¡Noticias estupendas y que le harán saltar de gozo! Esta mañana recibió la señora un propio de la marquesa de Leiva, anunciando que su excelencia, con la condesa, con la señorita Inés y el señor marqués, salen de Córdoba para Madrid, adonde los llama un negocio de mucho interés para las dos familias.

—El camino no está para viajes, señor don Paco.

—Vienen por Mengíbar, y anunciarán que de esta noche a mañana llegarán a casa, donde piensan detenerse algunos días, no sólo para tomar descanso, sino para que ambas familias se conozcan y traten, pues son ramas que van a injertarse, formando un solo árbol frondoso que eche profundas raíces en el suelo de la nación y dé sombra a numerosa, ilustre prole.

—Sí, ya sé que el señorito se casa...

—¡Ay! ¿Dónde estará ese Juan Enreda de don Diego?... Sí, se casa. He visto el retrato de la señorita Inés, que es un portento de hermosura. Pues sí: la niña no quería salir del convento, aunque se lo predicaran frailes teatinos; pero yo no sé; algo pasó allá a principios del mes, o, sin duda, la joven, al ver el retrato de don Diego, sintió la flecha del dios ceguezuelo en su corazón. Lo cierto es que ha pedido salir del convento, con gran regocijo de sus parientes, y ahora marchan todos a Madrid para las diligencias de la legitimación, porque ya sabes tú que...

—Sí; yo había entendido que esa joven era hija de la señora condesa.

—¡Calla, deslenguado procaz! ¿Qué has dicho! La señora condesa, prima de mi señora, ¿había de tener semejantes tapujos? No hay tal cosa, chiquillo desvergonzado. La señorita Inés es hija de una dama extranjera, que ya no existe y que floreció hace quince años en la corte, dando que hablar por sus amores con un célebre caballero de esta ilustre familia. ¿Sabes quién es el padre de doña Inés? Pues no es otro que ese espejo de los diplomáticos, ese discretísimo hermano de la señora marquesa de Leiva, el cual ha reconocido a la señorita por hija suya, y ahora se apresura a legitimarla por autorización real para que entre en posesión del mayorazgo cuando Dios se sirva llamar a su seno a la señora marquesa de Leiva.

—¡Qué bien lo han compuesto todo! —exclamé, sin poder contener mi asombro.

—¿Cómo compuesto? Mi señora me ha participado esta mañana lo que acabo de decir. ¡Ah! Ese sin par diplomático, que tanta fama tiene en todas las cortes de Europa, ha dado una prueba de caballerosidad, poniendo su nombre

a ese fruto de sus fogosidades juveniles, abandonado hasta hoy; y que en lo sucesivo descollará cual arbusto lozano en el pensil de la sociedad española... Pero ¿ese don Diego...! ¿En dónde está don Diego? Hablemos al general en jefe... Preguntemos a esos soldados... Digan ustedes, héroes de este día, que se anotará en los fastos de la Historia con piedra blanca, *albo notanda lapillo*; oigan ustedes: ¿han visto por casualidad a don Diego?

Y así iba preguntando a todos, sin que nadie le diese razón.

XXX

Vino la noche. Los franceses, muertos de fatiga y de hambre en su campamento, aguardaban con anhelo a que la capitulación estuviera firmada. Los que menos paciencia tenían eran los suizos afiliados en el ejército imperial, y así que oscureció empezaron a pasarse a nuestro campo. Un historiador de los suyos ha escrito que la defección ocurrió durante la batalla; pero esto es falso. Lo peor es que otro historiador, no francés, sino español, lo ha repetido con lamentable ligereza, faltando así a su patria y a la verdad, que es superior a todo.

La capitulación iba despaciosamente, porque los parlamentarios se habían juntado en Andújar, residencia del general en jefe, y en Bailén no teníamos noticia de lo que allí pasaba. Temiendo que los enemigos intentaran escaparse, nuestros generales tomaron acertadas precauciones, y la artillería ocupó, mecha encendida, los puestos convenientes. Al mismo tiempo millares de paisanos, discurriendo por cerros y alturas, hostigaban de tal modo a los franceses, que no les era posible moverse. Esta vigilancia permitía descansar a una parte del ejército; y especialmente los heridos, aunque sólo lo fueran muy levemente, como yo, teníamos libertad para estar en el pueblo, donde nos ocupábamos en reunir víveres y llevarlos a los del campamento, así como en acomodar a los heridos graves en las principales casas.

Salía yo de Bailén con un cesto de víveres para unos jefes de artillería, cuando tropecé con Santorcaz, que volvía se-

guido de algunos voluntarios de Utrera y licenciados de Málaga.

—¡Oh señor de Santorcaz!—exclamé con la mayor sorpresa—. ¿Está usted vivo? Yo le hacía en el otro barrio.

—No, muchacho, vivo estoy—me respondió—. Dios quiere que todavía el que está dentro de esta camisa dé mucho que hacer en el mundo.

—Pero ¿tampoco está usted herido?

—Aquí tengo un par de rasguños; pero esto no es nada para un hombre como yo. Ya sabes que me han hecho sargento. No vine aquí para ganar charreteras; pero puesto que me las dan, las tomo.

—Grandes hazañas habrá hecho el señor don Luis.

—Poca cosa. Caí del caballo, y a pie defendíame rabiosamente contra tres o cuatro franceses. Reventé a uno, descalabré a otro, y me volví a nuestro campo con un águila, que entregué al marqués de Coupigny. Al recoger de mis manos la bandera, el general, después de preguntarme si era licenciado de presidio, me dijo: «Es usted sargento.» ¿Ves? Me han puesto al frente de este pelotón de buenos muchachos; ¿quieres venirte con nosotros?

Diciendo esto, señaló a los esclarecidos varones que le seguían, los cuales, o yo me engaño mucho o eran la flor y nata de Ibros, sierra de Cazorla y Despeñaperros, todo gente de ligerísimas piernas y manos. Dile las gracias por el ofrecimiento, y seguí mi camino.

—¡Ah! ¿Qué sabe usted de don Diego?—le pregunté, volviendo atrás.

—Pues qué—dijo retrocediendo—, ¿no se sabe dónde está don Diego? ¿Ha muerto? ¿Se ha extraviado? Es preciso averiguarlo. Y di: ¿tú has visto por casualidad mi caballo? ¿Sabes si alguien lo recogió?

—No sé nada de tal caballo—repliqué, alejándome.

Avanzada la noche, regresé a Bailén, donde me causó sorpresa ver una triste procesión, compuesta de tres mujeres vestidas de negro, a las cuales seguían hasta media docena de hombres, llevando por delante dos criados con sendos farolillos para alumbrar el camino. Acerquéme y reconocí a doña María, con sus dos hijas, las tres cubiertas con negros mantones, muy afligidas y llorosas. Digo mal, porque si las dos muchachas se des-

hacían en lágrimas, la señora condesa conservaba seco el rostro, aunque visiblemente alterado; la mirada, fija y valerosa, y el andar, muy firme. Al instante me presenté a ella, saludándola con el mayor respeto y ofreciéndole mi ayuda si, como parecía, iban en busca de don Diego.

—¿Conque no parece el niño? ¿Cuándo le perdiste de vista durante la batalla?—me preguntó.

—Señora, desde la gran carga que dimos sobre el ala izquierda de los franceses dejé de ver a don Diego.

—Yo creí que estuviera entre los heridos; pero no está. ¿Todos los muertos han sido recogidos del campo de batalla?

—Sí, señora; sólo quedan los desconocidos, los paisanos que no estaban afiliados a ningún regimiento.

—Vamos a verlo—dijo con un aplomo, con una firmeza que me asombraron, pues no suponía tanto valor en alma de mujer.

—Yo acompañaré a usía con mucho gusto.

—¿Y qué tal se ha portado mi hijo?—me preguntó cuando marchábamos juntos.

—Señora, se ha portado como un héroe; se ha portado como quien es.

—¿Los jefes advirtieron su valor, elogiaron su bizarría, recordando el linaje de mi hijo?

—Sí, señora; los jefes estaban con la boca abierta presenciando las hazañas de don Diego—repuse, por halagar el amor propio de la noble señora, cuyo dolor se atenuaría sabiendo que su vástago había honrado el nombre de Rumbiar.

—¿Y amabais vosotros a mi hijo?

—¡Oh!, sí, señora... ¡Don Diego es tan bueno!... Y nos trata como si fuéramos todos iguales.

—¡Como si fuerais iguales!—exclamó doña María con ligeras muestras de enfado.

—No..., vamos al decir...—indiqué, corrigiendo mi *lapsus*—. Don Diego es un caballero y nosotros unos badulaques... Quiero decir que nos trataba sin tiranía... ¡Pobre don Diego! Pero hemos de encontrarle, señora. Don Diego está sano y salvo. Me lo dice el corazón.

—Tú eres un buen muchacho. Ayúdanos a buscar a mi hijo y te recompen-

saré. Si parece, yo te prometo que serás su paje cuando se case.

—¡Ah!, gracias, señora, muchas gracias—contesté con viveza.

—Eres modesto. ¿Crees que no mereces ese honor? Aunque no lo merezcas, yo te lo concedo.

Llegamos a un punto en que se distinguía un cuerpo tendido boca abajo sobre el suelo. Nos estremecimos todos, y Asunción y Presentación se abrazaron llorando a gritos. La curiosidad luchó un instante en nosotros con el temor, pues deseábamos acercarnos al cadáver por ver si era don Diego, y temíamos llegar a él por si acaso era. Doña María fué la primera que dió un paso, y la seguimos todos. Aquel cadáver solitario de un hombre muerto por la patria no había encontrado todavía ni un pariente, ni un amigo, ni un camarada que se cuidase de él. No era don Diego.

La condesa, después de examinarlo, alzó los ojos al cielo, cruzó las manos y rezó en voz alta el *Padre nuestro*, a cuya oración contestamos todos muy devotamente con *El pan nuestro*...

Seguimos andando, y en otro sitio encontramos algunos cadáveres, que doña María, con heroísmo sobrenatural, examinaba cara a cara hasta convencerse de que su hijo no estaba allí. Si nos acontecía llegar en el momento de abrir a alguno la sepultura, todos echábamos un puñado de tierra en la fosa del patriota, que bien pronto desaparecía en la vasta superficie del campo, no quedando huella ni marca alguna en el suelo, como no queda noticia del heroísmo individual en la Historia.

Nuestras pesquisas por todo el campamento no dieron resultado alguno. Las dos hermanitas no podían tenerse en pie, ni cesaban de rezar en castellano y en latín, recitando con fervorosa declamación cuantas oraciones sabían. Tales eran la confusión y anonadamiento de don Paco, que más de una vez se cayó al suelo. Sólo doña María conservaba una entereza heroica y casi bárbara, que hacía creer en la superioridad del temple moral de algunos linajes sobre el plebeyo vulgo. No en vano tenía aquella señora por su línea materna la sangre de Guzmán el Bueno.

Era muy tarde cuando volvimos a la casa. Mientras reinaba en ella la deso-

lación, ni una lágrima brotó de los ojos de doña María.

—Si Dios ha querido disponer de la vida de mi hijo—declaró, sentándose en el clásico sillón de cuero—, concédeme al menos el consuelo de saber que ha muerto con honor.

—Don Diego ha de parecer, señora—dije yo, conmovido—. Si hubiera muerto, ¿no habríamos encontrado su cuerpo?

Esta razón devolvió a don Paco su perdida fuerza dialéctica, y habló así:

—Pero ¿no hubo también un pequeño combate allá donde estaba Vedel? ¿Quién sabe si cogerían prisionero al niño!

—Los prisioneros fueron devueltos esta tarde por orden de Dupont—afirmó doña María.

—¿Y si el niño estaba herido y le metieron en el hospital francés?...

—Yo he de averiguarlo, señora—exclamé—. Mañana mismo pediremos un salvoconducto para ir al campo enemigo. Me parece que allí le encontraremos.

—Ya sabes que te he prometido una gran recompensa. Si haces lo que dices, y encuentras a mi hijo y le traes—me dijo la de Rumblar—, la recompensa será aún mayor. Dios dispone de todo, y las glorias de la Tierra son a veces trocadas en miseria, en tristeza, en nada, por su mano poderosa. Si mi hijo no parece, ¿qué soy, que me queda, qué resta a mi casa y a mi nombre? Dios habrá decidido que todo perezca, y que las grandezas de ayer sean hoy ruinas, donde nos ocultemos para llorar. ¿La victoria se había de alcanzar sin desgracias? Napoleón es vencido en España, y ante la salvación de nuestro país, ¿qué significa una vida, por noble que sea? ¿Qué una familia, por grande que sea su lustre?

El enérgico tesón de aquella mujer de acero me llenó de asombro. Después continuó así:

—Yo creí que éste sería un día de júbilo en mi casa. Después de la victoria alcanzada, hubiéramos sido muy felices teniendo aquí a mi hijo y recibiendo a la prometida esposa, que con mis primas debe llegar aquí esta noche... ¿No ha llegado? Cuide usted, don Paco, de que nada les falte. ¿Está todo preparado: las camas, la cena, las habitaciones? Niñas, ¿qué hacéis ahí mano sobre mano?

Asunción y Presentación lloraron con más fuerza al oírse nombrar por su madre. Parecióme que ésta también comenzaba a sentir vacilante su varonil espíritu, y que, apagándose la llama de sus ojos, se desmayaban sus enérgicos brazos, cayendo con desaliento sobre los del sillón. Pero, sin duda, no quería perder su dignidad de gran señora delante de nosotros, y mandándonos salir a todos, a sus hijas, a don Paco, a los criados y a mí, se quedó sola.

Un rato después sentí ruido de coches y mulas en la calle; luego, una gran algazara en el patio, y al oír esto dióme un gran vuelco el corazón. Escondido tras uno de los pilares vi descender de los coches y subir pausadamente a las personas que eran esperadas, y al mirar al diplomático, que cargaba en sus brazos a una mujer para bajarla del carruaje, reconocí a la monjita de Córdoba.

Temía yo ser visto de Amaranta; pero como ésta y su tía habíanse adelantado y estaban ya arriba, me aventuré a seguir al diplomático, que subió detrás de todos con Inés, sosteniéndola por la cintura. Delante iban los criados con hachas, detrás, yo solo. Inés se envolvía en un gran manto, chal o cabriolé que tenía larguísima flecos en sus orillas. Subíamos lentamente, ellos delante, yo detrás, y aquellos menudos hilos de seda, pendientes de la espalda y de la cintura de Inés, flotaban delante de mis ojos. Como quien llega a la puerta del Cielo y tira del cordón de la campanilla para que le abran, así cogí yo entre mis dedos uno de aquellos cordoncitos rojos y tiré suavemente. Inés volvió la cabeza y me vió.

XXXI

Una vez arriba, el ayo informó a los viajeros de lo que ocurría, y pasando adentro las tres señoras, el diplomático se quedó con don Paco en el comedor.

—Aquí estamos consternados, señor don Felipe—dijo el ayo— y si mi amo no parece, el mundo habrá perdido en el fragor de horripilante batalla a un joven que prometía ser gran filósofo, y que ya era insigne calígrafo.

—¡Demonio de contrariedad!—dijo el diplomático, sacando su caja de tabaco

y ofreciendo un polvo al ayo, después de tomarlo él—. Lo siento... A nuestra edad nos gusta tener quien nos suceda y herede nuestras glorias para desparmar su luz por los venideros siglos. Vea usted la razón por que me apresuré a reconocer a mi querida hija... ¡Ah! Señor don Francisco, yo he tenido una juventud muy borrascosa, como todo el mundo sabe, y hartas noticias tendrá usted de mis aventuras, pues no había en las cortes de Europa dama alguna, casada ni soltera, que no se me rindiese. Después de todo, es una desgracia haber nacido con tal fuerza de atracción en la persona, señor don Francisco; tanto, que todavía...; pero dejemos esto. Ahora no me ocupo más que del bienestar de mi idolatrada niña. Y a fe que si es cierto que no existe don Diego, no por eso se quedará soltera, pues cartas tengo aquí del príncipe Lichenstein, del archiduque Carlos Eugenio, del conde de Schoenbrunn y de otros esclarecidos jóvenes de sangre real pidiéndomela en matrimonio. Como tengo tantos amigos en las cortes de Europa, y en España mismo, pues... ya he sabido que las principales familias acogidas en Bayona o residentes en Madrid se disputan la mano de mi hija. ¿La ha visto usted, señor don Francisco? ¿Ha observado usted en su cara los rasgos que indican la noble sangre mía y la de aquella hermosísima cuanto desgraciada señora extranjera...? ¡Oh!, me enternezco, señor don Francisco... Pero hablemos de otra cosa. Cuénteme usted cómo ha sido esa batalla. ¿Conque hemos ganado? ¿Y hay capitulación? De modo que he llegado a tiempo. ¡Oh!, señor don Francisco, temo que hagan un desatino, si no los asisto con mis luces, porque los militares son legos en esto de tratados... Yo traigo un proyectillo, mediante el cual la Rusia ocupará Despeñaperros, España pasará a guarnecer las orillas del Don y de la Moscowa, y Prusia...

Cuando me marché, el diplomático continuaba calentando los cascotes al buen preceptor, que le ofreció algunos manjares y vino de Montilla para reparar sus fuerzas. Al salir de la casa, vi en la puerta de la calle a varios hombres, no de muy buena facha por cierto, uno de los cuales llegó a mí, y tomándome por el brazo, me dijo:

—¿Conoces tú a esa gente que acaba de llegar?

—No, señor de Santorcaz—repuse—. No sé qué gente es ésa, ni me importa saberlo.

Apartándonos todos de la casa, y por el camino, me dijo otra vez don Luis que tendría mucho gusto en verme en las filas de su compañía.

Al día siguiente, que era el 20, nos ocupamos Marijuán y yo en buscar otra vez a nuestro amo. Uniéronse don Paco, y el general español escribió un oficio a Dupont rogándole que nos permitiera hacer indagaciones en el campamento francés para ver si se encontraba allí a don Diego, herido o muerto. Visitamos el hospital enemigo, y entre los heridos no había ningún español, lo cual nos desconsoló sobre manera. Yo no era el que menos se acongojaba con esta contrariedad, aunque sabía el casamiento de Inés. ¿Qué significaba aquel generoso sentimiento mío? ¿Era pura bondad, era puro interés por la vida del semejante, aunque fuese enemigo, o era un sentimiento mixto de benevolencia y orgullo, en virtud del cual yo, convencido de que Inés no amaba sino a mí, quería proporcionarme el gozo de ver a don Diego despreciado por ella? Francamente, yo no lo sabía, ni lo sé aún.

Cuando recorrimos el campo francés pudimos observar la terrible situación de nuestros enemigos. Los carros de heridos ocupaban una extensión inmensa, y para sepultar sus tres mil muertos habían abierto profundas zanjas, donde los iban arrojando en montón, cubriéndolos luego con la mortaja común de la tierra. Algunos heridos de distinción estaban en las Ventas del Rey; pero la mayor parte, como he dicho, tenían su hospital a lo largo del camino, y allí los cirujanos no daban paz a la mano para vendar y amputar, salvando de la muerte a los que podían. Los soldados sanos sufrían los horrores del hambre, alimentándose muy mal con caldos de cebada y un pan de avena, que parecía tierra amasada.

Todos anhelaban que se firmase de una vez la capitulación para salir de tan lastimoso estado; pero la capitulación iba despacio, porque los generales españoles querían sacar el mejor partido posible de su triunfo. Según oí decir aquel día, cuando regresamos a Bailén,

ya estaba acordado que se concediese a los franceses el paso de la sierra para regresar a Madrid, cuando se interceptó un oficio en que el lugarteniente general del reino mandaba a Dupont replegarse a la Mancha. Comprendieron entonces los españoles que conceder a los franceses lo mismo que querían era muy desairado para nuestras armas. Pero aún el día 21 los contratantes del lado francés, generales Chabert y Marescot, y los del lado español, Castaños y conde Tilly, no habían llegado a ponerse de acuerdo sobre las particularidades de la rendición.

También alcanzamos a ver a lo largo del camino la interminable fila de carros donde los imperiales llevaban todo lo cogido en Córdoba. ¡Funestas riquezas! Dicen algunos historiadores que si los franceses no hubieran llevado botín tan valioso, habrían podido salvarse retirándose por la sierra; pero que el afán de no dejar atrás aquellos quinientos carros llenos de riquezas los puso en el aprieto de rendirse, con la esperanza de salvar el convoy. Yo no creo hubieran podido escapar con carros ni sin ellos, por que allí estábamos nosotros para impedirlo; pero sea lo que quiera, lo cierto es que Napoleón dijo algún tiempo después a Savary en Tolosa, hablando de aquel desastre tan funesto al Imperio:

—*Más hubiera querido saber su muerte que su deshonra. No me explico tan indigna cobardía sino por el temor de comprometer lo que habían robado* (1).

No nos atrevimos a volver a la casa con la mala noticia de que el niño no parecía, y seguimos visitando todos los contornos para preguntar a la gente del campo. Don Paco estaba tan fatigado, que, no pudiendo dar un paso más, se arrojó al suelo; pero al fin pudimos reanimarle, y firmes en nuestra santa empresa, nos dirigimos al campamento de Vedel, con otro oficio del general Réding. Mas vino la noche, y los centinelas no nos dejaron pasar, viéndonos por esto obligados a diferir nuestra expedición para el día siguiente muy temprano. Ni Marijuán, ni don Paco, ni yo, teníamos esperanza alguna, y considerá-

bamos al mayorazgo perdido para siempre.

Desde que amaneció corrían voces de que la capitulación estaba firmada, y más nos lo hacía creer la circunstancia de que varios oficiales pasaron frecuentemente de un campo a otro trayendo y llevando despachos.

No distábamos mucho de la ermita de San Cristóbal, cuando advertimos gran movimiento en el ejército de Vedel. Apretando el paso hasta que los tuvimos muy cerca, observamos que camino abajo venía hacia nosotros un joven saltando y jugando, con aquella volubilidad y ligereza propia de los chicos al salir de la escuela. A ratos corría velozmente; luego se detenía, y acercándose a los matorrales sacaba su sable y la emprendía a cintarazos con un chaparro o una pita; luego parecía bailar, moviendo brazos y piernas al compás de su propio canto, y también echaba al aire su sombrero portugués para recogerlo en la punta del sable.

—¡Qué veo!—exclamó don Paco con súbita exaltación—. ¿No es aquel mozalbete el propio don Diego? ¿No es mi niño querido, la joya de la casa, la antorcha de los Rumblares?... ¡Eh!... Don Dieguito, aquí estamos... Venid acá.

En efecto: cuando estuvimos cerca no nos quedó duda de que el mozuelo bailarín era don Diego en persona. Nos vió, y al punto vino corriendo para abrazarnos a todos con mucha alegría.

—¡Venid acá, venid a mis brazos, esperanza del mundo!—exclamó don Paco, loco de contento—. ¡Si supiera usted cómo está mamá!... ¡Buen susto nos ha dado el picaroncillo!... Pero ¿qué ha sido eso, niño? ¿Estaba usía prisionero?

—Me cogieron prisionero junto a la ermita—dijo don Diego—. Pero ¿estás vivo, Gabriel? ¿Y tú también, Marijuán? Yo creí que os habían matado en aquella furiosa carga. ¿Y Santorcaz?... Pero os contaré lo que me pasó. Después de la carga, y cuando entró la caballería de España, quedé a retaguardia del regimiento; se me murió el caballo, y corrí a las filas del regimiento de Irlanda. Cuando vinimos aquí nos cogieron prisioneros los franceses, y yo les dije tantas picardías que quisieron fusilarme.

—¡Qué horror!—exclamó don Paco—. Pero veo que es usted un héroe, ¡oh mi niño querido! Creo que la mamá

(1) «Je ne m'explique cete indigne lâcheté que par la crainte de compromettre ce que Pon avait volé.» (Mem. Duc de Rovigo, volumen IV.)

piensa dirigir una exposición a la Junta para que le den a usted la faja de capitán general.

—Iban a fusilarme—continuó el rapaz—cuando un oficial francés tuvo lástima de mí y me salvó la vida. Después lleváronme a sus tiendas, donde me dieron vino y...

—Vamos, vamos pronto a casa, y allí contará usted todo—dijo don Paco—. ¡Qué alegría! Volemos, señores. ¡Cuando la señora condesa sepa que le hemos encontrado!... ¡Ah! ¿No sabe usted que está ahí su novia?... ¡Qué guapísima es!... La pobre no cesa de llorar la ausencia del niño, y si no hubiese usted aparecido, creo que la tendríamos que amortajar. Vamos, vamos al punto.

Corrimos todos a Bailén muy contentos. Al llegar al pueblo, uno de nosotros propuso anticiparse para anunciar a doña María la fausta nueva; pero no permitió don Paco que nadie sino él en persona se encargase de tan dulce comisión, y con sus piernas vacilantes corrió hasta entrar en la casa, diciendo con desaforados gritos: «¡Ya apareció, ya apareció!» Cuando nosotros llegamos con el joven, todos salieron a recibirle, excepto Amaranta, a quien un fuerte dolor de cabeza retenía en su cuarto. Era de ver cómo los criados, las hermanitas y la misma doña María, sin poder contener en los límites de la dignidad su maternal cariño, le abrazaban y besaban a porfía; y uno le coge, otro le deja, durante un buen rato le estrujaron sin compasión. Al fin, reuniéndose todos, incluso los huéspedes, en la sala baja, don Diego fué solemnemente presentado a su novia. No puedo olvidar aquella escena, que presencié desde la puerta con otros criados, y voy a referirla.

XXXII

Inés, confusa y ruborosa, no contestó nada cuando el diplomático se fué derecho a ella llevando de la mano a don Diego, y le dijo:

—Hija mía, aquí tienes al que te destinamos por esposo: mi sobrino, varón ilustre, a quien veremos general dentro de poco, como siga la guerra.

—Hijo mío—añadió doña María—, las altas prendas de la que va a ser irremi-

siblemente tu mujer no necesitan ser ponderadas en esta ocasión, porque har- to las conocemos todos. Ahora, con el trato, se avivará el inmenso cariño que os profesáis desde hace algunos años, señal evidente de que Dios tenía ya decidida vuestra unión en sus altos desig- nios.

—Bonito es el retrato—dijo don Die- go con un desenfado impropio de la si- tuación—; pero usted, Inés, lo es más todavía. ¿Y por qué no quería usted sa- lir del maldito convento? Sin duda, las pícaras monjas la retenían a usted por fuerza, esperando que al profesar les llevara un buen dote. Pero no; yo juro que estaba decidido a sacar de allí a mi monjita, y ya discurría el modo de sal- tar por las tapias de la huerta y rom- per rejas y celosías para conseguir mi objeto.

Doña María, al escuchar esto, pali- deció, y luego las centellas de la ira brillaron en sus ojos. Pero con disimu- lo habló de otro asunto, procurando que el noble concurso y discreto senado ol- vidara las palabras del incipiente chico.

—Pero cuéntanos de una vez lo que te ha pasado en el campamento fran- cés—dijo a don Diego.

—Pues quisieron fusilarme—repuso el mayorazgo, sentándose—. Ya me tenían puesto de rodillas, cuando un oficial mandó suspender la ejecución.

—¿Y por qué te querían asesinar esos cañes?

—Porque les dije mil perrerías. Des- pués, cuando me llevaron a la tienda, todos se reían de mí. Luego me dieron vino, obligándome a beberlo, y yo mien- tras más bebía más charlaba, diciendo atroces disparates y frases graciosas, hasta que me quedé como un cuerpo muerto.

—¿Y no sabes tú—observó doña Ma- ría, sin poder disimular su indigna- ción—que las personas de buena crian- za no beben sino poquito?

—Es verdad; pero aquel vino tenía un saborcillo que me gustaba, y los franceses se reían mucho conmigo. To- dos iban a verme, llamándome *le petit espagnol*.

—Lo cual quiere decir «el pequeño es- pañol»—dijo don Paco.

—Pero no debió usted dejarse embo- rrachar, joven—indicó el diplomático—. Juro que si eso hubiera pasado conmi-

go, de un sablazo descalabro a todos los oficiales de la división de Vedel.

Doña María, profundamente indignada, silenciosa, ceñuda, parecía una sibila de Miguel Angel.

—Pero si todos aquellos señores me querían mucho...—continuó don Diego—. Por la tarde, y luego que desperté de aquel largo sueño, me dijeron que si sabía yo lidiar un toro. Les dije que sí, y poniéndose muy contentos, me mandaron que diese al punto una corrida. No quería yo más para divertirme; así es que, poniendo una silla en lugar de toro, le capeé, le puse banderillas y le di muerte con mi sable, pasándola de parte a parte. ¡Cuándo se rieron aquellos condenados! Hasta el general acudió a verme.

—Veo que has aprovechado el tiempo en el campamento francés—dijo la señora madre con tremenda ironía.

—Si no querían dejarme venir. Después me dijeron que les cantase el jaleo, y lo canté de pie sobre una banqueta. ¡Ave María Purísima! Hasta los soldados se acercaban a la tienda para oír. Entre los oficiales había dos que no me dejaban de la mano, y me decían que si me pasaba al ejército francés me tomarían por ayudante, llevándome a Francia, a París, y de París a recorrer toda la Europa.

—¡Y no les diste una bofetada!—exclamó doña María, clavando sus dedos en el cuero del sillón.

—¡Quiá! Me eché a reír y les dije que yo pensaba ir a Francia con el señor de Santorcaz, que es mi amigo y ha de ser mi maestro cuando me case.

Esta vez no fué doña María la que se estremeció de sorpresa e indignación; fué la marquesa de Leiva, quien, mudando el color y con absortos ojos, miró sucesivamente a su prima, a su sobrino, y al ayo.

—Pero ¿qué está diciendo el niño?—preguntó éste mirando a la condesa—. ¿Quién dice que es su maestro y su amigo?

—Cualquiera, menos usted—contestó con insolencia el heredero—. ¡Vaya un maestro, que no sabe enseñar sino mentecatas y simplezas!

—¡Jesús, Diego, mira lo que hablas!...—dijo doña María, conteniendo con grandes esfuerzos los gestos amenazadores, natural expresión de su ira.

Don Paco se llevó el pañuelo a los ojos para enjugar una lágrima. Inés a todo atendía discretamente y sin hablar. ¡Ah! Mientras allí la juzgaban indifferente al peligroso diálogo, ¡qué admirables observaciones, qué exactos juicios le sugeriría semejante escena! Su talento y alto criterio dominarían sobre las pasiones, los errores y las querellas de la histórica familia, como el sol inmutable sobre la volteadora tierra.

Asunción y Presentación, que aguardaban coyuntura para dar expansión al comprimido gozo de sus almas, hubieran querido reír como su hermano; pero la seriedad de su madre las tenía mudas de terror.

—Esta predisposición de usted—dijo el marqués—a visitar las cortes europeas me indica que se siente el niño con inclinaciones a la diplomacia. Hija mía—añadió, dirigiéndose a Inés—, cada vez descubro más eminentes cualidades en el que te destinamos por esposo, y veo justificado el amor que desde hace tiempo en silencio le profesas, y que, en tu delicadeza y castidad, procuras disimular hasta el último instante.

—¡Ah! Se me olvidaba decir—añadió don Diego, riendo a carcajadas—que los franceses me han enseñado a decir algunas palabras en su lengua.

Y levantándose al punto hizo profundas reverencias ante Inés, diciéndole:

—*Ponchú, madama. ¿Cómo la porta bû?*

Asunción y Presentación, después de mirarse una a otra, creyeron que había llegado el momento de reír, y rieron, dando desahogo a sus oprimidos corazones; pero como doña María no desplegó sus labios, las dos madamitas tuvieron que ponerse serias otra vez.

—¡Oh! *Très bien!*—dijo el diplomático—. Señor don Francisco, su alumno de usted demuestra las luces y copiosa doctrina de tan erudito maestro.

Hizo don Paco graciosa reverencia, y su rostro compungido y lloroso se esclareció con una sonrisa.

Doña María callaba; pero en su pecho rugía la tempestad. Ella y su prima la de Leiva se miraban de cuando en cuando, transmitiéndose una a otra el fuego de sus iracundos sentimientos.

—Otras muchas palabras sé—continuó el rapaz—, como *Crenom de Dieu!*, *Sacrebleu!*, exclamaciones que se dicen

cuando uno está rabioso, en vez de ¡*Caracoles!*, ¡*canastos!*

Doña María se levantó de su asiento... y se volvió a sentar.

—¡Cómo me querían aquellos demonios de franceses! Uno de ellos sabía español y hablaba a ratos conmigo. Me dijo que los españoles eran muy valientes y muy honrados; pero que hacían mal en defender a Fernando Séptimo, porque este príncipe es un farsantuelo que engañó a su padre y ahora está engañando a su nación y al emperador.

Doña María se llevó la mano a los ojos.

—Yo les aseguré que los españoles los echaríamos de España, y él me contestó que parecía probable, porque la guerra iba tomando mal aspecto; pero que esto sería un mal para nosotros, porque, de venir otra vez Fernando Séptimo, España seguiría con su mal gobierno y con las muchas cosas perversas, injustas y anticuadas que hay aquí.

—¡Oh! ¿Y no se le ocurrió a usted la contestación a tan atrevido y antipatriótico aserto?—preguntó con énfasis el diplomático.

—Yo le dije que aquí pensábamos arreglar todas esas cosas y quitar la Santa Inquisición, y los diezmos, y los mayorazgos, como me decía el señor de Santorcaz.

Doña María aferró sus manos a los brazos de la silla como si quisiera estrujar la madera entre sus dedos.

—Sobre todo, los mayorazgos—prosiguió Rumblar—. También le dije al francés que yo soy mayorazgo, y que después de casado tendré dos vinculaciones. ¡Cómo se reía cuando le dije que era grande de España! Todos acudían a verme y me volvieron a dar de beber, y me caí otra vez al suelo, cantando que me las pelaba.

¡Ay! Doña María se llevó las manos a la cabeza; doña María cerró los ojos; doña María golpeó el suelo con su pie derecho; doña María semejava la imponente imagen de la Tradición, aplastando la hidra revolucionaria.

—Esta mañana me preguntaron si yo tenía hermanas guapas. Díjeles que eran muy bonitas, y ellos me dijeron que vendrían a verlas, y que si queríamos dárseles para casarse con ellas, puesto que también serían mayorazgos. Yo les con-

testé que mayorazgo era el que había nacido primero.

Y luego, dirigiéndose a sus hermanitas, les dijo:

—Os fastidiasteis, chicas, por haber nacido hembras y después que yo. Una de ustedes se casará con cualquier pelele, y la otra se meterá en un conventito a rezar por nosotros los pecadores, a no ser que algún día vea un galán por la reja y se enamore y luego se tire por la ventana a la calle.

Doña María no podía resistir más. Iba a estallar su furibunda cólera; pero aún era mayor el caudal de su prudencia que el caudal de su enojo... Se contuvo y cerró otra vez los ojos, ya que no podía cerrar los oídos.

—Después—siguió el mancebo—, me preguntaron si mis hermanas usaban navaja, si tocaban la guitarra, si iban a los toros y si yo era familiar de la Inquisición. ¡Cómo se reían aquellos condenados! Lo gracioso era que no me dejaban salir de allí, y a cada rato me decían só, só, só.

—*Un sot*—dijo el diplomático—. Pues sospecho que os llamaron tonto. ¡Oh iniquidad de la nación francesa! ¡Vea usted, señor don Paco, lo que es un pueblo carcomido por el jacobinismo!... Y ¿no les dió usted un par de sablazos?

—¡Si me querían mucho!... Ayer me tuvieron toda la noche bailando el bolero y la cachucha, en medio de un corrillo donde había más de cuarenta oficiales.

Asunción y Presentación seguían esperando con ansia la ocasión de reír; pero ésta no llegaba, y consultando el rostro de su madre, veíanle cada vez más borrascosa. Las dos estaban muertas de miedo.

Don Paco, conociendo que se preparaba un cataclismo, quiso conjurarlo, y dijo a su discípulo:

—Vamos, basta de franceses, don Diego. Hable usted de otra cosa. Si no fuera demasiado largo, os mandaría que recitarais aquel capítulo sobre la batalla del Gránico que os hice aprender de memoria; mas para que tan escogido concurso, y especialmente este fresco azahar de Andalucía, vuestra prometida; para que todos, en una palabra puedan apreciar la buena pronunciación de usted y su oído cadencioso, échenos

cualquiera de esos romances que sabe... Vamos. Atención, señores.

—El del *Barandal del cielo*—dijo Asunción, respirando con alegría.

—El de los *Santos pechos*—dijo Presentación.

—Vamos, no se haga usted de rogar.

—Pues voy a echarles una canción que me enseñaron los franceses.

—No; nada de franceses.

—Si es muy bonita, aunque, a decir verdad, yo no la entiendo.

Y, sin esperar más, púsose en pie don Diego, y accionando como un cómico, con voz fuerte y exaltado acento, cantó así:

*Allons, enfants de la patrie,
le jour de gloire est arrivé!
Contre nous de la tyrannie
l'éteindart sanglant est levé!*

Asunción y Presentación reían como locas, y doña María no dijo nada. Ninguno de la familia había entendido una palabra.

—Es bonita la canción—dijo don Paco—; pero no la comprendemos.

Entonces el diplomático levantóse ceremoniosa y gravemente, y tomando un tono de hombre severo, habló así:

—¿Sabe usted lo que está cantando? Pues está cantando *La Marsellesa*, esa canción impía y sanguinaria, señores; esa canción que acompañó al suplicio a todos los mártires de la Revolución, incluso Luis Dieciséis, mi querido amigo..., porque han de saber ustedes que Luis Dieciséis y yo teníamos muchas bromas y nos echábamos el brazo por el hombro, paseándonos por Versalles... ¡*La Marsellesa*, señores, *La Marsellesa*! También acompañó al cadalso a María Antonieta..., ¡y qué buena era aquella señora! ¡Cuántas veces la vi marcando pañuelos en una ventana del pequeño Triánón! ¡Cómo me quería!... En fin: este joven me ha horripilado con la tal tonadilla... Señora condesa, ¿está usted indispuesta? ¿Y tú, hermana? ¡El caso no es para menos! Hija mía, ¿estás nerviosa? ¿Te has puesto mala? ¿Te causa miedo esa canción?

Inés le contestó que no tenía pizca de miedo. En tanto, doña María, no pudiendo resistir más, salió del cuarto con sus hijas. Desconcertóse al punto aquella ilustre reunión, y luego no quedó en la sala más que la familia de Inés con

don Diego. Al poco rato tuvo lugar una escena lamentable, y fué que doña María, ciega de furor y necesitando desahogar aquella tormenta de su espíritu sobre alguien, descargó su enojo al fin; pero «¿sobre quién?», dirán ustedes... Sobre las dos inocentes niñas, sobre los dos angelitos celestiales: Asunción y Presentación. Y todo, ¿por qué? Porque, entusiasmadas con la llegada de su hermano, habían dejado de hacer no sé qué cosa encomendada a sus tiernas manos. ¡Pobres pimpollos! La dignidad impedía a mi señora condesa castigar al primogénito delante de la novia y del suegro, y era forzoso que pagaran el pato las dos niñas desheredadas. Yo las vi llorando como unas Magdalenas y soplándose las palmas de las manos, escaldadas por aquel fatídico instrumento de cinco agujeros que pendía de fatal espetera en el despacho de don Paco. Las pobrecillas estuvieron a moco y baba todo el día.

XXXIII

Este libro concluye, queridísimos lectores, a quienes adoro y reverencio; se acaba, y los notables y jamás vistos sucesos que me acontecieron por el proyectado matrimonio de Inés y por el encuentro de aquellas dos familias en el tortuoso y difícil camino de mis amores, serán escritos, por no caber en este volumen, en otro que pondré a vuestra disposición lo más pronto posible. Tened, pues, un adarme de paciencia, y mientras aquellas distinguidas personas se preparan para ponerse en camino hacia Madrid, adonde, con vuestra venia, pienso acompañarlas, atended un poco más.

El mismo día 22 encontré a Santorcaz, puesto ya al frente de su partidilla, la cual, como he dicho, estaba formada de lo mejorcito del país. Les digo a ustedes que tropa más escogida que aquella no la capitanearon los famosos caballistas José María y Diego Corrientes.

—¿Va usted ya de marcha?—le pregunté.

—Sí; dispusieron que fuera alguna fuerza de paisanos a guardar el paso de Despeñaperros, y yo solicité esa comisión, que me agrada mucho. Allá voy

con mi gente. ¿Quieres venir? ¿Has estado en casa de Rumblar?

—De allá vengo.

—Y esa familia que está ahí, ¿es la de la novia de don Diego?

—Justamente.

—Creo que van todos para Madrid.

—Así parece.

—¿No sabes cuándo?

—Según he oído, pasado mañana. Esperan saber lo de la capitulación para llevar la noticia.

—¿Conque pasado mañana? Bien... Adiós. ¿Quieres venir en mi partida?

—Gracias; adiós.

Los vi partir, y todo el día y toda la noche estuve pensando en aquella gente.

Yo no vi el triste desfile de los ocho mil soldados de Dupont cuando entregaron sus armas ante el general Castaños, porque esto tuvo lugar en Andújar. A pesar de que la primera y segunda divisiones habían sido las vencedoras de los franceses, la honra de presenciar la rendición fué otorgada a la tercera y a la de reserva, por una de esas injusticias tan comunes en nuestra tierra, lo mismo en estos días de vergüenza que en aquellos de gloria. Por delante de nosotros desfilaron las tropas de Vedel en número de nueve mil trescientos hombres, y dejando sus armas en pabellón nos entregaron muchas águilas y cuarenta cañones.

Los mirábamos y nos parecía imposible que aquéllos fueran los vencedores de Europa. Después de haber borrado la geografía del continente para hacer otra nueva, clavando sus banderas donde mejor les parecía, desbaratando imperios y haciendo con tronos y reyes un juego de títeres, tropezaban en una piedra del camino de aquella remota Andalucía, tierra casi olvidada del mundo desde la expulsión del islamismo. Su caída hizo estremecer de gozosa esperanza a todas las naciones oprimidas. Ninguna victoria francesa resonó en Europa tanto como aquella derrota, que fué, sin disputa, el primer traspiés del Imperio. Desde entonces caminó mucho, pero siempre cojeando. España, armándose toda y rechazando la invasión con la espada y la tea, con la navaja, con las uñas y con los dientes, probaría, como dijo un francés, que los ejércitos sucumben, pero que las naciones son invencibles.

—¡Cuánto siento que no esté aquí el señor de Santorcaz!—me dijo Marijuán al ver pasar por delante de nosotros a aquellos hermosos soldados, medio muertos de fatiga y de vergüenza—. ¿Te acuerdas de las grandes bolas que nos contaba cuando veníamos por la Mancha y nos refería las batallas ganadas por éstos contra todo el mundo?

—Lo que nos contaba Santorcaz—respondí—era pura verdad; pero esto que ahora vemos, amigo Marijuán..., verdad es también.

XXXIV

Considerad ahora lo que pasaba del otro lado de Sierra Morena en aquel mismo mes de julio. El día 7 había jurado José en Bayona la Constitución hecha por unos españoles vendidos al extranjero. El día 9, el mismo José traspasaba la frontera para venir a gobernarnos. El día 15 ganaba Bessières en los campos de Ríoseco una sangrienta batalla, y al tener de ella noticia, Napoleón decía, lleno de gozo: «La batalla de Ríoseco pone a mi hermano en el trono de España, como la de Villaviciosa puso a Felipe Quinto.» Napoleón partió para París el 21, creyendo que lo de España no ofrecía cuidado alguno. El 20, un día después de nuestra batalla, entró José en Madrid, y aunque la recepción glacial que se le hizo le causara suma aflicción, aún le parecía que el buen momio de la corona duraría bastante tiempo.

Pero hacia los días 25, 26 y 27 se esparce por la capital un rumor misterioso que conmueve de alegría a los españoles y llena de terror a los franceses: corre la voz de que los paisanos andaluces y algunas tropas de línea han derrotado a Dupont, obligándole a capitular. Este rumor crece y se extiende; pero nadie quiere creerlo: los españoles, por parecerles demasiado lisonjero, y los franceses, por considerarlo demasiado terrible. El absurdo se propaga y parece confirmarse; pero la Corte de José se ríe y no da crédito a aquel cuento de viejas. Cuando no queda duda de que semejante imposible es un hecho real, la Corte, que aún no había instalado sus bártulos, huye despavori-

da; las tropas de Moncey, que rechazadas de Valencia se habían replegado a la Mancha, se unen a las de Madrid, y todos juntos—soldados, generales y rey intruso—, corren precipitadamente hacia el Norte, asolando el país por donde pasan. Aquél fantasma de reino napoleónico se disipaba como el humo de un cañonazo.

Y ahora os he de hablar de cómo la guerra, que parecía próxima a concluir, se trabó de nuevo con más fuerza; he de hablaros de aquel infeliz y bondadoso rey José, y de su Corte, y de su hermano, y del paso de Somosierra con la famosa carga de los lanceros polacos, y del sitio de Madrid, y de otras muchas curiosísimas cosas; pero todo se ha de quedar para el libro siguiente, donde estos históricos sucesos han de tener feliz consorcio con los no menos dramáticos de mi vida y todo lo mucho y bueno que ocurrió en el matrimonio de Inés.

Ahora guardaré prudente silencio sobre estos sucesos, pues decidido estoy a seguir al pie de la letra la reservadísima escuela del diplomático, y así os digo: «No, no me obliguéis, abusando de la dulce amistad, a que revele estos secretos de que tal vez depende la suerte del mundo. No me seduzcáis con ruegos y cariñosas sugerencias, que en vano atacan el inexpugnable alcázar de mi discreción.»

A pesar de esto, ¿insistís, importunos amigos? Nada más os digo por ahora, sino que la familia de Inés salió para Madrid hacia fin de mes y en los días

en que el ejército vencedor marchaba hacia la capital de España.

Esta circunstancia me permitió ir en la escolta que por el camino debía custodiar a tan esclarecida familia; así es que formé con los diez de a caballo que galopaban a la zaga de los dos coches. ¡Ay! Por la portezuela de uno de ellos solía asomarse durante las paradas una linda cabeza, cuyos ojos se recreaban en la marcial apostura del pequeño escuadrón.

—Estos valerosos muchachos, hija mía —le decía su padre—, son los que en los campos de Bailén echaron por tierra con belicosa furia al coloso de Europa. Veo que los miras mucho, lo cual me prueba tu entusiasmo por las glorias patrias.

Basta con esto, señores, y no digo más. En vano me hacéis señas, excitándome a hablar; en vano fingen conocer mentirosos hechos, para que yo les cuente los verídicos. ¿A qué conduce el anticipar la relación de lo que no es de este lugar? A los impacientes les diré que nada ocurrió hasta que llegamos al desfiladero de Despeñaperros. Lo pasábamos en una noche muy oscura, cuando de pronto detuviéronse los coches, oímos gritos, sonó un disparo y algunos hombres de mal aspecto, saltando desde los cercanos matorrales, se arrojaron al camino. Al instante corrimos sable en mano hacia ellos; pero basta ya, y déjenme dormir, pues ni con tenazas me han de sacar una palabra más.

Octubre-noviembre de 1873.

FIN DE «BAILÉN»

NAPOLEON, EN CHAMARTIN

I

EL señor don Diego Hipólito Félix de Cantalicio Afán de Ribera Alfoz, etcétera, etcétera, conde de Rumblar y de Peña Horadada, hacía en Madrid la siguiente vida:

Levantábase tarde, y después de dar cuerda a sus relojes se ponía a disposición del peluquero, quien en poco más de hora y media le arreglaba la cabeza por fuera, que por dentro sólo Dios pudiera hacerlo. Luego daba el reloj de su cuerpo *la cuerda del necesario alimento*, como decía Comella, la cual cuerda pasaba aún más allá de la media docena de bollos de Jesús, reblandecidos en dos onzas de chocolate. Incontinenti seguía la operación de vestirse y calzarse, no consumada a dos tirones, sino con toda aquella pausa, aplomo, espaciosidad y mesura que la índole de los tiempos exigía. Una vez en la calle, dirigía sus pasos a cierta casa de la cuesta de la Vega, donde es fama que habitaba la discreta mayorazga con cuyo linaje la casa de Rumblar concertara genealógico y utilitario ayuntamiento. Esta visita no era de larga duración, y al poco rato salía don Diego para encaminarse ligero como un corzo a la calle de la Magdalena, donde vivía un señor de Mañara, de quien era devotísimo y fiel amigo. Los más de los días comían juntos y luego leían la *Gaceta*, el *Semanario Patriótico*, el *Memorial Literario* y cuantos papeles impresos venían de Valencia, Sevilla o Bayona, tarea que los entretenía hasta el anochecer; y por fin, a la hora en punto en que las calles de Madrid se tapujaban con aquel manto de simpática oscuridad que el positivismo alumbrador de estos tiempos ha rasgado en mil pedazos, nuestros dos galanes salían juntos, en luengas capas embozados, y

a veces con traje muy distinto del que usaban durante el día. Aquí tenía principio, según opinión de los sesudos autores que se han ocupado de don Diego de Rumblar, la verdadera existencia de aquel insigne rapazuelo, y también es cierto que todos los cronistas, si bien desacordes en algunos pormenores de estas escandalosas aventuras, están conformes en afirmar que siempre le acompañaba el supradicho Mañara, y que casi nunca dejaban de visitar a una altísima dama, la cual lo era sin duda por vivir en un tercer piso de la calle de la Pasión, y tenía por nombre la *Zaina* o la *Zunga*, pues en este punto existe una lamentable discordancia entre autores, cronistas, historiógrafos y demás graves personas que de las hazañas de tan famosa hembra han tratado.

Ante el inconveniente de aplicar a Ignacia Rejoncillos los dos apodos con que la apellidaban sus amigos, yo me decido a llamarla siempre la *Zaina*, y en verdad que ignoro por qué le aplicaron tal nombre, pues aunque a los caballos castaños se los llama *zainos*, no sé si esto cuadra a los cabellos del mismo color; ello es, sin embargo, que la palabreja significaba también *traidor*, *falso* y *poco seguro en el trato*, y falta saber si la hija del tío Rejoncillos, alias *Mano de Mortero*, merecía aquellos dictados, y, por tanto, el ser tenida por la flor y espejo de la *zainería*.

Pero no quiero desviarme de mi principal objeto, que ahora es decir a cuáles sitios iba don Diego y a cuáles no; y firme en tal propósito, afirmo y juro en realidad de verdad, y sin que ninguna persona honrada pueda desmentirme, que don Diego y el señor de Mañara iban de noche a una reunión de masonería incipiente del género tonto que se celebraba en la calle de las Tres Cruces, y a otro género cómico fúnebre que

tenía su sala, si no me falla la memoria, en la calle de Atocha, número 11 antiguo, frente a San Sebastián. En estas reuniones, amén de las muchas pantomimas comunes a esta orden famosa, leíanse versos y se pronunciaban discursos, piezas literarias de las cuales espero dar alguna muestra a mis pacienzudos leyentes.

Sobre todo, en la calle de Atocha, donde estaba la logia *Rosa-Cruz*, el rito era tal que algunas veces púseme a punto de reventar, conteniendo las convulsiones de mi risa, pues aquello, señores, si no era una jaula de graciosos locos, se le parecía como una berenjena a otra. En una oscurísima habitación, que alumbraban macilentas luces, toda colgada de negro, reuníanse los tales masones, y porque allí fuera todo misterio, tenían a la cabecera un santo Cristo acompañado del compás, escuadra y llana, y a la derecha mano, como si dijéramos, al lado del Evangelio, un esqueleto muy bien puesto en un sillón, con la cabeza apoyada en la mano, en ademán meditabundo, y por lo bajo un letrerito que decía: *Aprende a morir bien*.

Debo indicar que en aquel año la masonería española era pura y simplemente una inocencia de nuestros abuelos, imitación sosa y sin gracia de lo que aquellos benditos habían oído tocante al *Grande Oriente Inglés* y al *Rito Escocés*. Yo tengo para mí que antes de 1809, época en que los franceses establecieron formalmente la masonería, en España ser masón y no ser nada era una misma cosa. Y no me digan que Carlos III, el conde de Aranda, el de Campomanes y otros célebres personajes eran masones, pues como nunca los he tenido por tontos, presumo que esta afirmación es hija del celo excesivo de aquellos buscadores de prosélitos que no hallándolos en torno a sí llevan su banderín de recluta por los campos de la Historia, para echar mano del mismo padre Adán si le cogen descuidado.

Después de 1809 ya es otra cosa. De aquellas dos logias infantiles que yo conocí en la calle de las Tres Cruces y en la de Atocha, y donde se cogociaban con candorosas ceremonias unos cuantos desocupados, salieron la famosa logia de la *Estrella*, la de *Santa Justa*, patrona de *Córcega*; la sociedad de caballeros y damas *Philcoreitas*; la de los

Filadelfios, de Salamanca; la Gran Logia nacional que estuvo en el edificio ocupado antes por la Inquisición; la logia de Santiago el Mayor, en Sevilla, y las de Jaén, Orense, Cádiz y otras ciudades. Entremetiéndome en la Gran Logia nacional, oí hablar de cosas más serias y graves que los discursitos *filosóficos en verso* que le echaban al esqueleto de la *Rosa-Cruz*; oí hablar mucho de política, de igualdad; entonces fué cuando anduvo de boca en boca y llegó a ser muy de moda la palabra *democratismo*, que luego desapareció para presentarse de nuevo al cabo de medio siglo, aunque variada en su forma y tal vez en su significación. De la larva de aquellas logias no es aventurado afirmar que salió al poco tiempo la crisálida de los clubs, los cuales, a su vez, andando el voluble siglo, dieron de sí la mariposa de los comités.

Pero otra vez, sin quererlo, me aparto de mi objeto, y no ha de ser así, sino que vuelvo atrás para deciros que el señor conde de Rumblar, luego que esparcía su ánimo en aquello del esqueleto y hablaba por los codos durante una hora, iba en busca de entretenimientos más agradables; y aquí es donde viene como anillo al dedo la ocasión de nombrar a la *Zaina*, porque a eso de las once era cuando penetraba en sus salones el joven de que me ocupo, no acompañado sólo por el citado Mañana, sino también por don Luis de Santorcaz, que siempre se le unía en la *Rosa-Cruz* para seguir juntos hasta la madrugada.

Convendrá tener presente que no era la *Zaina* la única gran dama de aquellos aristocráticos barrios que abría de par en par las puertas de su casa y de su alma a nuestros tres amigos, y a fe mía que si hubiera yo de enumerar todas las ilustres casas de los cuarteles de San Lorenzo y San Millán, que por aquellos días obsequiaban a un pequeño número de *habitués* (¿por qué no decirlo en francés?), llenaría de seguro todo este libro y medio más. Pero sin renunciar a ser cronista de los saraos de aquella matritense *high life* (¿por qué no decirlo en inglés?), seré muy breve por ahora, señores míos: esténme atentos y no me interrumpen con exclamaciones de admiración que me harían perder, mal de mi grado, el hilo del relato.

Los salones de la *Zancuda*, en la calle

de Ministriles, se abrían muy temprano, y allí había cierta grave etiqueta, con poco de fandango y menos de seguidillas, razón por la cual escaseaba la concurrencia. Era la *Zancuda* mujer de grandes atractivos, a pesar de su feísimo nombre; pero no gustaba de alborotos, porque su marido, o lo que fuera, el señor Regodeo, era al modo de diplomático, hombre estirado, serio, ceñudo y que en esto de burlar con sutilísima perspicacia las socaliñas de las aduanas almorzarifazos o arbitrios de puertas no se cambiaría por los más famosos de Sevilla y Ronda en el tal oficio. Don Diego y sus dos amigos frecuentaban poco esta casa donde comúnmente se estaba como en misa.

En los salones de la *Pelumbres* (calle de la Torrecilla del Leal, tienda de hierro viejo) era todo animación, todo alegría, no sólo por ser la dueña de la casa una de las mujeres más malignamente graciosas, más divertidas y de mejor mano para tocar las castañuelas que han existido a principios del siglo, sino porque allí concurrían personajes célebres en varias artes y oficios, tales como el distinguido curtidor *Tres Pesetas*; el señor *Medio Diente*, uno de nuestros más esclarecidos trajineros procedentes de las Tenerías de Toledo, y *Mojama*, curtidor de carne, el cual, cuando contaba sus viajes por las distintas cortes del mundo, tales como Melilla, Ceuta y el Peñón, los dejaba a todos con la boca abierta. Y como no faltaban tampoco ni la Narcisa, ni Menegilda, ni Alifonsa, todas tres estrellas esplendorosas del firmamento manolesco, la una vendedora de castañas, la otra de callos y caracoles y la postrera de sal; como no se escatima el vino, ni las boleras, ni se ponía fin a los dichos ni a la sabrosísima libertad en lengua y manos, don Diego tenía sumo gusto en frecuentar aquella casa. Verdad es (y la Historia no debe permanecer silenciosa en este punto) que las tertulias solían concluir con un refresco de palos que, a oscuras y cual lluvia del cielo, caían de improviso sobre la escogida reunión; pero aquéllos más bien regocijaban que afligían a don Diego, el cual, ocupándose antes de darlos que en recibirlos, no se apuraba por unos cuantos cardenales más o menos, ni renunciaría a las fiestas de la *Pelum-*

bres, aunque llevara en sus espaldas todo el conclave romano.

Pues, ¿y qué diré de aquellas elegantísimas y suntuosas fiestas de *Rosa la Naranjera*, tan célebres en toda la redondez de Madrid, que hay historiadores muy concienzudos que aseguran haber visto a más de un príncipe traspasar los umbrales de su bodegón, calle de las Maldonadas? Y si esta última atrevida afirmación no fuera cierta, eslo en lo tocante á duques, marqueses, condes y vizcondes, de lo cual certifico por haberlos visto. No digo lo mismo de príncipes y reyes, pues de éstos no recuerdo más que los de copas, bastos, oros y espadas, los cuales no faltaban ni una noche y con toda familiaridad y franqueza se dejaban llevar de mano en mano. Eso sí; digan lo que quieran la ruin envidia y la mala fe de los que allí se quedaron limpios como patenas, el banquero Juan Candil era una persona honrada y de recomendables antecedentes en aquel oficio, y hartas veces decía la *Naranjera* que en su casa no se consentían trampas, razón por la cual creemos que aquél era juego de ley, y que cuanto se decía acerca de las diestras manos de Candil y de las marcas de sus mugrientos naipes, era, o cavilaciones de los parroquianos o efecto de esa viciada atmósfera que rodea a las grandes instituciones cuando se las plantea entre gente discolia y pendenciera. ¡Y cómo gozaba don Diego en aquella casa! ¡Y cuánto le querían y le mimaban, y cómo se hacían lenguas todos en alabanza de su liberalidad, de su desprendimiento, de su nobleza, de aquel donaire con que entregaba sin muestras de aflicción la cantidad perdida! A este afecto correspondía Rumblar con una asistencia tan puntual, que si fuera al aula le habría hecho en poco tiempo un segundo Aristóteles.

Mas en aquella casa y en las que antes he mencionado no se consagraba todo el tiempo a los reyes, sotas y demás real familia, pues, siguiendo la general corriente de los tiempos, se hablaba mucho de política. A ellas iba con frecuencia y durante sus días de vagar, el tío *Mano de Mortero*, que siempre llevaba noticias frescas. También concurría Pujitos, joven instruídísimo y de gran erudición, pues no dejaba de saber leer (aunque con pausa y cierto dejo o sonsonete),

razón por la cual aquel esclarecido curso estaba al santo de las *Gacetas* y papeles nacionales y extranjeros, porque es de advertir que si el tío *Mano de Mortero* conocía a fondo la geografía ibérica (merced a sus frecuentes viajes científicos para desesperación del Estado y quebrantamiento del Fisco); si por esta circunstancia conocía la posición de los ejércitos beligerantes, *Pujitos* iba mucho más allá; elevábase en alas del genio, y su pensamiento cerníase en las vertiginosas altitudes del arte militar y diplomático, como el águila sobre las eminentes cumbres.

Estas conversaciones no duraban toda la noche, y entre juego y juego solía haber bolero y manchegas, así como también algo de aquello que los eruditos llaman palos y el vulgo también; pero sabido es que los palos son para ciertas gentes gustosísimo postre después de los manjares fuertes del amor y del vino. ¡Ay! Puedo asegurar que don Diego era muy feliz con aquella vida.

Pero el dorado alcázar, el Medina-al-Fajara, el Bagdad, la Sibaris y la Capua de sus impresionables sentidos estaban en casa de la *Zaina*, aquella beldad incomparable; aquella que al aparecer por las mañanas en la esquina de la calle de San Dámaso, dentro de su cajón de verduras, daría envidia a la misma diosa Pomona en su pedestal de frutas y hortalizas. ¿Y qué diremos de aquella gracia peculiar con que lavaba una lechuga, arrancándole las hojas de fuera con sus divinas manos, empedradas de anillos? ¿Qué del donaire con que hacía los manojitos de rábanos, que entre sus dedos racimos de corales parecían? ¿Qué de aquella por nadie imitada habilidad para poner en orden los pimientos y tomates, cuya encendida grana se eclipsaba ante el rosicler de su cara? ¿Qué de aquel lindísimo gesto con que metía los cuartos en la faltriquera, olvidándose casi siempre de dar la vuelta? ¿Qué de aquella postura (digna de llamar la atención de Fidias) cuando descolgaba una sarta de ajos que al enroscarse en sus brazos no se tomarían por otra cosa que por rosarios de descomunales perlas? ¿Qué de la destreza y soltura con que arrojaba las hojas de col sobre los usías que iban a requebrarla? ¿Qué de su ciencia en el vender, y su labia en el rega-

teo, y su diplomacia en el engañar, que a esto y a nada más propendían todas y cada una de las sales y monerías de su lengua y ademanes? Válgame Dios que tuvo buen gusto don Diego al prendarse de aquella princesa o semidiosa, pues tal era su mérito, y de tal modo y con tanta presteza la rodeaba de poéticos atributos la imaginación, que el puesto era un trono, y las lechugas, ramos de olorosas hierbas, y los rábanos, jacintos de Holanda; y los repollos, abiertas magnolias; y los ajos, cerradas azucenas; y las cebollas, conjunto perfumado de todas las flores, así como también podía suponerse que el agujereado mandil de la *Zaina* era un rico sayal de finísima puntilla de Flandes, y el cuchillo de partir, varita de oro para dar gusto y ocupación a las movibles manos, y los ochavos, desparramadas joyas que los príncipes y reyes, de remotas tierras venidos, echaban a sus pies para rendir el fuerte castillo de su honestidad.

¿Y qué me diréis si os aseguro que don Diego, a pesar de sus atractivos y de su dinero, no había podido rendir a la *Zaina*? ¡Oh inflexible ley de los hados, que en aquella ocasión dispusieron que la *Zaina* fuese esclava en cuerpo y alma de otro galán, al cual de antiguo mis lectores conocen, y no es otro que el propio don Juan de Mañara, por segunda vez presentado en el escenario de estas historias! Pues sí: el señor de Mañara, como la muerte, lo mismo ponía el pie en *pauperum tabernas* que en *regumque turres*; y aunque era persona de alta posición por aquellos días y estaba a punto de ser nombrado regidor de Madrid, sus preferencias en materia de costumbres y de amor ibanse del lado de lo que Horacio llamó *tabernas*, y en castellano podemos nombrar ahora con la misma palabra.

II

Por las noches este caballero, lo mismo que don Diego, después que salían de las logias se vestían de majos, y... aquí viene ahora la coyuntura de describir la casa de la *Zaina* y su gente, con las fiestas y bailes y el refresco aparatoso que les ponía fin; pero como aún me resta por manifestar un poquito

de lo referente a don Diego y a su vida, principal objeto que en este comienzo del libro me propuse, dejo aquello para después y sigo diciendo que el hijo de doña María, bien solo, bien acompañado de Santorcaz, iba de tertulia alguna vez a las librerías principales, que era donde más se hablaba de política.

No sé si recordaré todas las tiendas de libros que había entonces en Madrid; pero sí puedo asegurar que casi igualaba su número al de las que ahora existen, y las más concurridas eran las de Hurtado, Villarreal, Gómez Escribano, Bengoechea, Quiroga y Burguillos (antes Fuentenebro), en la calle de las Carretas; la de la viuda de Ramos, en la carrera de San Jerónimo; la de Collado, en la calle de la Montera; la de Justo Sánchez, en la de las Veneras; la de Castillo, frente a San Felipe el Real, y el puesto de Casanova, en la plazuela de Santo Domingo. En estas tiendas se reunían muchos jóvenes escritores o que pretendían serlo; poetas hueros o con seso, aunque éstos eran los menos; personas más aficionadas a la conversación que a los libros, gente desocupada, noticieros y muchísimos patriotas. Don Diego era patriota.

Como yo me metía bonitamente en todas partes, también me daba una vuelta por las librerías, bien acompañando a don Diego, bien solo, echándomelas de gran patriota, y en la de las Veneras me acuerdo que dije una noche muy estupendas cosas, que me valieron calurosos aplausos. ¡Ay! Allí conocí al sombrerero Avrial y a Quintana: el mochuelo y el mirlo, el cisne y el ganso de aquellos tiempos literarios, tan turbados, tan confusos, tan vivos y antitéticos en grandeza y pequeñez, como los políticos. Parece, en verdad, mentira que Moratín y Rabadán, que Comella y Meléndez hayan vivido en un mismo siglo. Pero España es así.

Tampoco dejaba don Diego de concurrir al teatro alguna que otra vez, porque era muy de patriotas el ir a la representación de las famosas comedias de circunstancias. *La alianza de España e Inglaterra, con tonadilla*, y *Los patriotas de Aragón y bombo de Zaragoza*, que en aquellos días se representaban con frenético éxito. Y para que nada faltase en el círculo de relaciones de aquel joven ilustre, también asomaba las

narices por el cuarto de Pepilla González, actriz famosa, si bien un día puso punto final a sus visitas porque le hicieron no sé qué ingenua burla.

En casa de la *Zaina*, en casa de la *Pelumbres*, en la de la *Naranjera*, en la logia de *Rosa-Cruz*, en la librería de la calle de las Veneras y en el teatro solíamos encontrarnos don Diego y yo, pues, como he dicho, yo tenía especial empeño en seguirle a todas partes, viniendo, para entrar en algunas, la repugnancia de mi conciencia. El joven se franqueaba espontáneamente conmigo, y yo, mientras más me decía, más procuraba sacarle para que ningún escondrijo ni pliegue de su vida me fuese secreto. Sólo cuando iba en compañía de Santorcaz me guardaba muy bien de preguntarle ciertas cosas.

¡Pobre don Diego, y a cuántas pruebas se vieron sujetas su impetuosa juventud e inexperiencia! ¡Y qué de simplezas hizo, y qué terribles caídas tuvieron los atrevidos saltos de su entusiasmo, y qué porrazos se dió con las peñas del fondo al arrojarse desafortadamente en el mar de la vida, creyéndolo sin arrecifes, ni sumideros, ni bajíos! ¡Y cuánto se encanalló y de qué extraña manera el mayorazgo poderoso vióse en ocasiones pobre y miserable, con la circunstancia de que no podía menos de sostener el pie de su lujo y representación! Como era tan manirroto, gastaba en una semana la renta de un año, y aquí de los acreedores, usureros, prestamistas, judíos y demás chupadores de sangre que se bebían la de mi condesito. Este llegó a verse muy afligido, pues nadie le fiaba ya el valor de una peseta; y recuerdo que cierta noche, cuando salíamos del teatro del Príncipe, don Diego me hizo una pintura horrenda de la plenitud de sus apuros y vaciedad de sus bolsillos; dijo después que se iba a suicidar, y luego me llamó insigne varón, ilustre amigo y el más caballeroso y caritativo de los hombres, siendo de notar que todos estos rodeos, elipsis, metonimias e hipérboles terminaron con pedirme dos reales. Dile cuatro que tenía, y se despidió, suplicándome que dijese algo en su favor a cierto prestamista llamado Cuervatón, vecino mío, pues tenía pensado darle un tiento al siguiente día, aunque las cantidades adeudadas subían

al séptimo cielo. Yo le prometí interceder en su favor, y, deseándole las buenas noches, entré en mi casa.

III

Lo cual era aquella misma honrada mansión donde fui recogido, curado y asistido en mi penosa enfermedad del mes de mayo, y vea el lector cómo de manos a boca nos encontramos de nuevo en la dulce compañía del *Gran Capitán* y de su esposa, y en alegre familiaridad con el señor de Cuervatón, con don Roque, con el lañador y respetable familia, con la bordadora en fino y otras personas que, si no gozan en la Historia de celebridad apropiada a sus méritos y eminentes calidades, tendránla en esta relación, mal que le pese a la ruin envidia, siempre empeñada en rebajar los altos caracteres.

Desde mi vuelta de Andalucía, yo moraba en casa de don Santiago Fernández. Santorcáz no vivía ya allí, ni tampoco Juan de Dios, ni sus antiguos patronos sabían de su paradero, pues habiendo salido cierto día de agosto muy de mañana, hasta la fecha de lo que voy contando, que era por noviembre, no había vuelto, lo cual hacía decir a doña Gregoria:

—No puedo *por menos* sino que a ese bienaventurado señor de Arroiz le ha sucedido alguna desgracia, como no se haya ido al Cielo en cuerpo y alma, que para eso estaba.

La casa (y aunque me parece que esto lo saben ustedes, no estará de más repetirlo) era de esas que pueden llamarse mapa universal del género humano, por ser un edificio compuesto de corredores, donde tenían su puerta numerada multitud de habitaciones pequeñas para familias pobres. A esto llamaban casas de Tócame Roque, no sé por qué. No lo indagaremos por ahora, y sepan que, en aquellos días, el que hubiera entrado en casa del *Gran Capitán* habría visto a éste en el centro de un animado corrillo, donde estábamos hasta ocho personas, todos buenos españoles e inflamados de patriótico afán por saber cómo iban las cosas de la guerra; habría visto con cuánta diligencia y precipitación acudían unos y otros en

cuanto Fernández volvía de la oficina; habría visto cómo amorosamente preparaba doña Gregoria el sahumado brase-ro, para que no se enfriara la concurrencia; cómo Fernández, golpeando la caja de rapé, tomaba un polvo, sonábase mirando a todos por encima del pañuelo y luego se apresuraba a satisfacer la sed de su curiosidad en estos términos:

—La cosa va mejor de lo que se creía, y lo de Lerín no fué tan desgraciado como se nos quería pintar. Señores, hay que poner en cuarentena lo que dicen los papeles impresos, porque los diaristas no se cuidan más que de sorprender al público con noticiones; y como ninguno de ellos sabe palotada de lo que llamamos el arte de la guerra...

—Pues a mí me han dicho que lo de Lerín fué un desastre muy grande—afirmó don Roque—. ¡Bah! Si tenemos unos generales... De lo que está pasando tienen ellos la culpa, y bien sabía yo que vendríamos a parar a esto. Pues qué, si esos señores, en vez de estarse en Madrid todo el mes de septiembre, mor-diéndose unos a otros; si en vez de estar aquí diciéndose: «Yo soy mejor que tú», y disputándose el mando de los Cuerpos como perros que riñen por un hueso; si en vez de esto, digo, se hubieran marchado al Norte a perseguir al enemigo, ¿estarían los franceses tan envalentonados?

—Tiene razón que le sobra por los tejados el señor don Roque—dijo la mujer del lañador—. Y yo, que no sé de guerra, le decía a mi marido todas las noches cuando nos acostábamos: «Mira, Norberto: los generales, en lugar de estar aquí y en Aranjuez, hablando mal unos de otro y revolviendo todo con sus envidias y reconcomios, debieran andar por toda esa tierra de Burgos y Rioja persiguiendo al francés. Que si Llamas manda tal tropa; que si ya no la manda Llamas, sino Pignatelli; que si Castaños se opone a que venga Cruz; que si Blake quiere ser más que Cuesta, y Cuesta más que todos; que si Palafox manda este Cuerpo; que si La Peña no quiere mandar el otro...; en fin, cuando después de la batalla de Bailén creímos vernos libres de franceses, emperadores y reyes de copas, ahora salimos con que por estarse los generales mano sobre mano en Madrid, al olorillo de la Corte, y de los obsequios, y de las fiestas,

han dejado que los otros se arreglen bien y tengan dispuesto todo para darnos un susto.»

—Ha hablado usted como un padre de la Iglesia, señora doña María Antonia—dijo con oficiosa exaltación doña Melchora, la bordadora en fino—. A mis niñas les dije yo eso mismo el mes pasado. ¿No es verdad, Tulita; no es verdad, Rosarito? Sí, señores; ésa es la pura verdad; y lo que yo voy viendo es que desde que empezó la guerra, desde que hubo aquella de venir los franceses y caer Godoy, nadie ha sabido acertar más que nosotras, y cuando anunciábamos lo que iba a pasar, los hombres graves se reían, diciendo: «¿Qué entienden las mujeres de guerras ni de historias?» Pues vean ahora si entendemos.

—Tiene razón doña Melchora—dijo el señor de Cuervatón—. También se reían de mí cuando anuncié lo que iba a pasar. Pero, señores, cuando los de arriba pierden la chaveta, como ha pasado aquí, a los tontos y a las mujeres corresponde el imperio del buen sentido.

—No obstante—dijo el *Gran Capitán*, impaciente por poner el peso de su autorizado dictamen en aquella contienda—, aún no se puede hablar mal de esos valientes generales. Yo no les he explicado a ustedes todavía el plan de campaña. Es preciso que ustedes se penetren bien de esto. Las tropas que mandan Blake, Llamas, Castaños y Palafox, colocadas y extendidas desde el Ebro hasta Burgos, forman un gran semicírculo. Vienen los franceses: el semicírculo se cierra, convirtiéndose en círculo, y aquí me tienen ustedes a mi emperador cogido en una ratonera.

—Pero, en resumidas cuentas: ¿viene o no viene?—preguntó doña Melchora.

—Yo creo que no—dijo el *Gran Capitán*, echándoselas de malicioso—. Y tengo para mí que todo eso que dicen los papeles acerca de lo que Napoleón leyó en el Senado es pura invención. Como que hay quien dice que Napoleón está muy enfermo de un tumor que le ha salido en el sobaco izquierdo, y que ya le han sacramentado.

—¿Y usted es de los que dan crédito a los mil desatinos que cuentan los patriotas?—exclamó don Roque, levantándose de su asiento—. Aquí creen que se sale del paso contando mentiras y

matando de calenturas o alfombrilla a todos nuestros enemigos.

—Y qué, ¿soy hombre para tragar todas las bolas que cuenta diariamente los papeles?—dijo el *Gran Capitán*, sin disimular el desprecio que le merecía la Prensa—. Vamos a ver: ¿qué saca usted en limpio, señor don Roque, de todas esas hojas que lee día y noche, y que le van a volver loco, como al bueno de Don Quijote los libros de caballería?

—Quédese cada uno en su sitio y no se meta en los trigos ajenos—repuso don Roque, procurando contener su irascibilidad—, que así como yo no me meto jamás en las honduras del arte de la guerra, que no entiendo, así debe usted respetar las ciencias, que no están a su alcance. ¡Qué sería de la sociedad sin papeles públicos! Aquí tengo yo el *Semanario Patriótico*—añadió, sacando un voluminoso legajo de uno de los luegos bolsillos de su levitón—, que es el mejor papel que hasta ahora se ha escrito, y contiene cosas muy lindas, y en todo lo que dice no parece sino que habla por boca de Aristóteles y Platón. Desde que en el primer número vi aquello de: «... la opinión pública es mucho más fuerte que la autoridad malquista y los ejércitos armados», les digo a ustedes francamente que el tal papelito me enamoró. Yo me quito el garbanzo de la boca para ahorrar los veinte reales que me cuesta cada trimestre; ¿y cómo no hacerlo, si este manjar del espíritu es tan necesario a la vida como el alimento del cuerpo? Así es que los miércoles por la noche no duermo, y todo es dar vueltas en la cama, pensando en lo que traera el *Semanario* al siguiente día. Los jueves son para mí días de delicia, y leyendo mi *Semanario* olvidaseme el comer y el beber, a más de todas mis penas y tristezas, que son muchas. ¡Y cómo trata las cuestiones! ¡Y con qué gracia le da a cada uno lo que es suyo! ¡Y qué sal tiene para decirle a Francia todas sus picardías! Pues ¿y el paralelo que hace entre Bonaparte y Maximiliano Robespierre? No pierde ripio para decir a todos las verdades y a los españoles les suele sacar los trapitos a la colada, como quien dice. En fin, señores, me entusiasma tanto, que el otro día, no pudiendo satisfacer mi deseo de conocer al autor de tan divino escrito, y averiguado

que lo es un tal Manolito Quintana, me fuí derecho allá, y abrazándole, le dije: «Venga acá el extremo de toda discreción, el resumen de la elocuencia y el buen decir, el dechado de la lengua castellana, el azote de los tiranos, el heraldo del patriotismo y el cisne de los derechos del hombre.» A lo cual me contestó que él cumplía con su deber, y que agradecía tales alabanzas.

—¿Toda esa arenga le echó usted al buen autor del *Semanario Patriótico*? —preguntó el *Gran Capitán*—. Pues en verdad digo que si la Junta oyera mis consejos, al punto mandaría suprimir ése y todos los demás papeles. ¿Para qué se quieren papeles?

—Hombre irracional, ¿y cómo se difunden las luces, y se propaga la buena doctrina, y se instruye a toda la gente del reino, chicos y grandes? ¡Pues flotitas verdades trae el *Semanario Patriótico*!... Como todos dieran en leerlo con tanto fervor como yo, pronto se remediarían los males de la nación. Y no hay que darle vueltas, señores: lo que éste dice es el Evangelio. ¿Quién podrá desmentir aquello de «el tirano es un hombre que abusa de las fuerzas de la sociedad para someterla a sus pasiones propias, y así, la tiranía no es otra cosa que la injusticia apoyada en la violencia»? ¿Qué tal? Pues ¿y dónde me dejan ustedes aquello de los derechos «esenciales, sagrados e imprescindibles» que corresponden al hombre, y que le usurpa el pícaro del poder absoluto?... Nada, nada, señor don Santiago, amigo Cuervatón, señoras y señoritas, tengan ustedes presentes estas palabras: «La violencia, la opresión, la credulidad, llegan frecuentemente a adormecer a los pueblos, a fascinar su entendimiento, a quebrantar en ellos los resortes de la Naturaleza; pero cuando, por favorables circunstancias, abren los ojos y oyen la voz de la razón; cuando la necesidad los fuerza a salir de su letargo, entonces ven que los pretendidos derechos de sus tiranos no son sino efectos de la injusticia, de la fuerza o de la seducción; entonces es cuando las naciones, acordándose de su dignidad, ven que ellas no se han sometido a la autoridad sino para su bien, y que jamás han podido dar a nadie el derecho irrevocable de hacerlas felices.»

IV

Dotado de maravillosa memoria, don Roque recitaba trozos enteros de lo que había leído en sus papelitos sin mudar una sílaba. No he conocido varón más cándido e inofensivo que aquel fogoso lector del *Semanario*, comerciante que había venido muy a menos, y a la sazón sin negocios, sin familia y con poquísimo dinero, vivía en aquella casa, manteniéndose con su casi invisible renta. Así como el *Gran Capitán* oyó lo de la opresión y la injusticia, con los razonamientos puestos a continuación, que no entendiera menos si estuvieran escritos en caldeo, se encaró con su amigo, y burlonamente le dijo:

—¿Se ha acabado la jerga? ¡Lástima que no viniera por aquí el padre Salmón para que le contestase, y entre los dos se armara una marimorena de *distingo acá... distingo allá... necuacua... útiquis... reñega mayora...* y otras palabrillas que se usan en las disputas de los *tiólogos*!

—¡Teólogos a mí! ¡A mí teólogos y con cascabeles!... ¡Y de la madera del padre Salmón! —exclamó don Roque, guardando el *Semanario* en el almacén de sus profundas faltriqueras.

—Y ha de venir esta tarde su paternidad—dijo agrídicamente la menor de las hijas de doña Melchora—, pues prometió darme una receta para este mal de la barriga que ha diez días tengo.

—Sí que vendrá—añadió la mayor—, pues quedé en pegarle dos botones en el cuello, y él dijo que traería la cinta azul.

—Pronto tendremos aquí a ese reverendo Salmón—añadió doña Gregoria—, y ya tengo echada la llave de la despensa, porque para saqueos, bastante tenemos con los de los franceses.

No había concluido estas palabras la discreta esposa de Fernández cuando se oyó en el patio de la casa gran ruido de voces, entre las cuales descollaba una cencerril abajetada y bronca, que no era otra sino la de aquel lucero de la Merced, el padre Anastasio José de la Madre de Dios, vulgarmente conocido por padre Salmón, que éste era su apellido, y no Salomón, como algunos le llamaban sin intención de burla.

—Ahí está, ahí está este bendito—di-

Jeron en coro las hembras de la reunión—. Gabriel, corre y tréele acá, porque si le cogen por su cuenta las del polvorista..., ¡ay qué pesadas son! Ya están llamándole las escofieteras. Pues no, no ha de venir sino acá.

Salí para impedir que la persona del reverendo fuera secuestrada por cualquiera de las familias que salían a su reclamo por las diversas puertas que se abrían en aquellos largos corredores, y lo primero que vi fué al fraile rodeado de enjambre de chiquillos, los cuales, haciendo mil cabriolas y juegos en su derredor, le mostraban, según su arte propio, la satisfacción de la casa toda por verle en ella.

—Tomad, piojosos, tomad esas almen dras fallidas, que para vosotros serán bocado de ángel—les decía Salmón—. ¿Y salió tu padre de la cárcel, Jacintillo? Y por fin, ¿llevasteis a vuestra abuela a los Desamparados? Dime, hijo de la Canela: ¿está el oficialillo en el cuarto de tu madre?... ¿Conque se os murió la gallina?

Y, al mismo tiempo, el antepecho del vasto corredor parecía la barandilla de un teatro, pues no había un palmo vacío, sino que allí estaba la vecindad toda, aguardando a que su paternidad subiese.

—Venga acá, padre, que este trapalón de mi marido me quiere pegar por celos. Pero di, cabeza jilvanada: ¿no soy la mujer más honrada del mundo?

—Venga acá, padre, y verá qué chocolate le tengo. Pues ¿no me está diciendo la capitana que su paternidad le comió aver todas las magras?

—Venga acá, padre, y suba pronto, que ya le apunta el diente a la niña. Mirale allí, cordera, resol, reina del mundo. Mirale, llámale con tu manecita...: así, así.

—Venga acá, padre, que ya parió la Zoraida cinco criaturas como cinco estrellas.

—Suba pronto, padrito, que mi abuelo pregunta si se le deben dar más friegas.

Y así continuaban, llamándole de distintas partes, cada uno según para aquello que le necesitaban, y todos con tan cariñosas palabras, que Salmón no sabía a qué sitio volverse ni a cuáles solicitaciones contestar más pronto; y saludando a un lado y otro como un matador de

toros que en medio de la plaza hace cortesías a la redonda, mostró a sus amigos que su corazón no era insensible a tantas bondades. En esto llegué yo, y besándole la correa, le dije:

—Doña Melchora y sus niñas, que están en casa del *Gran Capitán*, me mandan para suplicar a su reverencia que tenga la magnanimidad de subir, que allí le aguardan también don Roque, el señor de Cuervatón y doña María Antonia.

Pero antes que concluyera, el buen Salmón, con gran sorpresa mía, clavó en mí sus ojos llenos de admiración y, echándome los brazos al cuello, exclamó a gritos:

—Ven acá, portento de la sabiduría, milagro de precocidad, fruta temprana de las humanas letras. ¿Conque ha más de un año que te conozco y hasta hoy mismo he ignorado que eres un gran latino, autor del más famoso poema que han escrito modernas plumas? ¿Conque así te callabas tus méritos, picarón?... A ver, muéstrame pronto ese poema... ¡Quien me había de decir, cuando te conocí paíe de la *González*, que bajo la montera de tu gaterilla estaba el cacumen de un *Erasmus Roterodamensis*, de un *Picus Mirandolanus*!

Turbado y confuso, le contesté que, sin duda, su paternidad se equivocaba confundiendo mi ignorancia con la sabiduría de algún desconocido de mi mismo nombre, oyendo lo cual, dijo mientras subíamos la escalera:

—No; que lo acabo de saber por el licenciado don Severo Lobo, el cual te conoció desde el proceso de El Escorial, y luego estuvo a punto de empapelarte cuando el príncipe de la Paz te quiso dar una placita en la Interpretación de Lenguas. ¿Y tú qué culpa tenías de que el otro te quisiera colocar? Por lo que me han dicho, tu modestia iguala a tus méritos. ¡oh joven! Yo he visto la minuta en que Godoy te recomendaba; pero ¡qué guardado te lo tenías, raposilla!... Y ahora ¿en qué te ocupas? ¿Por qué no pides un hábito, por qué no eres fraile? Yo me encargo de catequizarte. ¿Sabes que he hablado de ti a los padres de la Merced, y todos quieren conocerte? A ver si te pasas por allí, rapaz, y ve después de la hora del refectorio. ¿Te gustan las pasas? Además, tengo que conferenciar contigo,

Horacio Flacco en cierne y Virgilio en pañales; y como al salir de esta casa se me olvide hablarte, pues ya sabes que soy muy débil de memoria, me lo recuerdas, ¿eh?

A tal punto llegaba, cuando entramos en la sala del *Gran Capitán*. Levantáronse todos y, después de besarle uno tras otro la correa, diéronle el asiento del centro, junto al brasero.

—Aquí está la seda azul—dijo el mercenario, dando lo indicado a Tulita.

—Mañana mismo tendrá su paternidad arreglado el cuello—contestó la muchacha—. Veamos ahora lo que me manda para este malestar de la barriga, que es tal, que yo no lo puedo resistir, y todas las mañanas me dan unas arcadas, unos mareos y bascas tan fuertes, que no me para dentro nada.

—Bendito sea el nombre de Dios—exclamó el padre, tomando un polvo de la caja del *Gran Capitán*—. A fe, doña Melchora, que si esta matutina estrella de su hija de usted fuera casada, ya sabríamos el pie de que cojea su estómago; pero no siéndolo, y tratándose ahora de una familia con quien la misma honradez no podría ponerse en parangón, ordeno y mando que con siete palitos del árbol de Santo Domingo, cocidos en baño de María por espacio de tres credos, rezados con pausa y, por supuesto, con devoción, esta niña se quedará como nueva. ¡Qué nueces frescas las de ayer, señora doña Melchora; qué nueces frescas! Pero dígame, ¿qué santo del Cielo le hizo tan rico presente? Yo no sabía que en montes alcarreños, asturianos ni encartados existiesen unas tan hermosas obras de Dios.

—Obsequio fué de un primo mío que es guarda de las dehesas del señor duque de Altamira, en tierra de Cameros, y como, si no de buen salario, el pobrecito disfruta de ojos listos y manos libres, siempre nos manda lo mejor de aquellos castañares y nodedales.

—Así le hicieran canónigo—añadió Salmón—. ¿Y qué noticias, señor don Santiago Fernández?

—No me digan nada ni me calienten más la cabeza—replicó el *Gran Capitán*, encubriendo, bajo la ficción de un estudiado cansancio, el placer que le causaba el ver sacado a plaza un tema tan de su gusto—. Mire su paternidad que estoy yo que no doy por mi cuerpo un

real. ¡Qué ir y venir! ¡Qué jaleo! ¡Todo el día poniendo nombres en la lista, y haciendo recuento de cartuchos, y examinando armas, y disponiendo y mandando! Aquellos señores son muy remolones, y todo lo tengo que hacer yo.

—¿Y resistiremos si, como dicen, se nos viene encima ese monstruo, ese troglodita, ese antropófago, señores, que no se sacia nunca de devorar carne humana?

—¡Pues no hemos de resistir!—exclamó el *Gran Capitán*—. ¿Hemos de ser menos que los zaragozanos? Además de que yo creo que no viene.

—¡Y sabe Dios—dijo doña María Antonia—si será cierto lo que dicen de que allá en Rusia o Prusia le echaron unos polvitos en el cocido para que reventara!

—Como que hay quien asegura que está sacramentado y que hizo testamento, devolviendo todas las naciones que ha robado y abjurando de sus herejías.

—¡Oh gente ignorante y crédula!—exclamó de improviso don Roque, desenvainando su cartapacio de papeles públicos—. ¡Y cómo se conoce la rusticidad de los que atienden más a los dichos y simplezas del vulgo que a la palabra impresa de los hombres doctos! Veán, veán lo que dice ese papel, y no hagan caso de tonterías: «Napoleón se presentó al Senado el 25 del pasado, y dijo que *bien pronto pondría sus banderas en las torres de Madrid y en las fortalezas de Lisboa.*» También cuenta la *Gaceta* que ciento sesenta mil hombres del Ejército Grande están sobre la frontera de España, y que el emperador dijo que antes de fin de año no quedará aquí una sola aldea en insurrección.

—Conque ni una sola aldea...—indicó el fraile—. Pero sabe Dios la intención que llevará el que ha escrito esos papeles. Lo que es por mí, mandaría suprimir todos los que se imprimen en España, pues para envolver especias mejor es el papel no impreso y limpio, como sale de las fábricas.

—Pues eso, ¿qué duda tiene?—dijeron a una las dos niñas de doña Melchora.

—Y yo—declaró como un basilisco don Roque—mandaría suprimir todos los frailes o les quitaría el hábito, dando a cada uno un fusil para que fueran a limpiar a España de franceses.

—Sin fusil lo hacemos, hermano—dijo Salmón, riendo—. Lejos de suprimir

frailes, yo los aumentaría en grado máximo, y así, la mayor parte de los españoles vivirían gordos y contentos y no veríamos tanto vagabundo mendigo por esas calles.

—Chúpate ésa y vuelve por otra—dijo a don Roque la menor de las hijas de la bordadora en fino, suponiendo al viejo completamente apabullado bajo el peso de aquellas incontestables razones.

—¿Conque más todavía? Pues sepa mi señor. Salmonete—dijo don Roque, llevando al último extremo su familiaridad con el fraile—que ahora se va a reunir la nación en Cortes. ¿No lo quieren creer? ¡Ah! Pues no doy dos maravillas por lo que de Gobierno absoluto hubiere después de la guerra. ¡Abajo los tiranos!—añadió, poniéndose en pie y alzando los brazos con endemoniada exaltación—. Y si hay un fraile chocolatero que me desmienta, alce la voz y venga delante de mí, que yo le reto a singular polémica, aunque traiga más textos que escribió Pedro Lombardo, y más latines y aforismos, y comprobatorias, y distingos que han eructado en diez siglos las cátedras salmantinas y complutenses.

—¿Y cómo había yo de ponerme a disputar con semejante pedazo de acbuche con nudos, más duro que roca? ¿Y de qué valdrían mis argumentos contra la asnal cerrazón de su mollera?—argumentó el padre Salmón, levantándose también de su asiento, mas no enfadado ni nervioso, sino riendo a todo reír, pues su humor de mantequillas era tal, que no se le vió colérico más que una sola vez.

—Pues empecemos—dijo don Roque, poniéndose verde.

—Empecemos—replicó Salmón, restregándose las manos y haciendo después grotescos gestos, como de quien imita los movimientos de un grave predicador.

—No quisiéramos más para reírnos de don Roque—dijo la mayor o la menor (que esto no lo tengo bien presente) de las hijas de doña Melchora.

—Pero para restaurar nuestras fuerzas, señores y señoras míos—dijo Salmón—, venga ese chocolate, que aquí mi amigo don Roque dice que no se puede pasar sin él.

—Quien no se puede pasar sin él—contestó el aludido—es su magnificencia reverendísima, que en llegando a estas

horas, como no ponga un punto al estómago, se cae rendido.

—Pues usted lo dice, amigo papelista eminentísimo—contestó Salmón, dando otra vez rienda suelta a la risa—, así sea, y venga ese chocolate; y pues es más agradable el goce de una amena tertulia que el disputar, dejémonos de querellas, y pelillos a la mar, y cada uno piense lo que quiera, y ruede la bola, y viva Fernando Séptimo.

—Es lo más conveniente, toda vez que este don Roque está chiflado—dijo Fernández—, y un día hemos de verle por esas calles con una *Gaceta* en cada dedo.

—Pero ¡qué graves y circunspectas están mis niñas!—añadió Salmón, dando unas palmaditas en el hombro, no recuerdo bien si de la mayor o de la menor de las hijas de doña Melchora—. Y esos piquitos de oro, ¿por qué no echan una canción por todo lo alto para que se nos alegren los espíritus?

—Bueno, bueno.

Y una de ellas rompió al instante a cantar de esta manera:

Con un albañilito,
madre, me caso,
porque son de mi gusto
los hombres blancos.

—Eso tiene poca gracia—dijo Salmón—. A ver otra.

—Pues allá va la que está de moda:

Bonaparte en los infiernos
tiene su silla poltrona,
y a su lado está Godoy
poniéndole la corona.

Sus compañeros
van de dos en dos:
Murat, Solano,
Junot y Dupont.

—¡Bravo, magnífico! Doña Melchora, tiene usted dos niñas que envidiaría cualquier princesa. Y qué tal, ¿se gana mucho?

—En estos tiempos, padrito—dijo la madre—, suele caer algún bordado de uniforme; pero ¿dónde se ven aquellos ternos de plata y oro, aquella ropa de altar que tanta ganancia nos daban antes de estas malditas guerras? Ya sabe su grandeza que las mejores capas pluviales, las mejores casullas que se han lucido en procesiones, así como las me-

jores chaquetas toreras que han brillado en plazas y redondeles, pasaron por estas manos. ¡Ay, quién me lo había de decir! La que bordó los calzones que llevaba Pepe-Hillo cuando le cogió aquel enrabiscado toro; la que bordó la capa que llevaba en sus santos hombros el eminentísimo cardenal de Lorenzana el día que tomó posesión, está hoy consagrada a miserables letras de cuello de uniforme, y a las dos o tres insignias de consejero, o ropón de Niño Jesús, que caen de peras a higos. ¡Buenos están los tiempos!

—Cuando esto se acabe...—dijo el fraile.

—¿Cómo cuando esto se acabe?—gritó de improviso don Roque, interrumpiendo con muy feo gesto a su amigo—. Antes, muy antes que esto se concluya se reunirá el país en Cortes. ¡Y estos alcornoques no lo quieren creer!

—Que te despeñas, Roque amigo.

—¿También eso lo dicen los papeles?—preguntó con mucha sorna el *Gran Capitán*.

—También lo dicen, sí, señor. Pues ¿no lo han de decir? Y cómo se me ha de olvidar, si lo sé de memoria, y anoche, luego que me acosté, estuve recitando en voz alta aquello de... «Después de tantos años de abatimiento y opresión, en que los leales y generosos españoles han sufrido mayores ultrajes y vilipendios que los salvajes africanos, amanecerá el glorioso día en que se reúnan los pueblos por medio de sus representantes para tratar del bien común. Esto es el objeto con que se instituyeron las sociedades civiles; no el engrandecimiento de un solo hombre con perjuicio de todos los demás. Reunidas aquéllas es como puede conocerse a fondo el estado de una nación, sus recursos, sus necesidades y los medios que deben adoptarse para su bienestar y prosperidad; y donde faltan estas solemnes asambleas, los monarcas, mal aconsejados, caminarán ciegamente al despotismo, tal vez contra sus buenos deseos.»

—¡Lindísimo sermón!—exclamó el *Gran Capitán*—. Ayer le contaba a mi compañero en la portería de Cuenta y Razón las extravagancias de mi vecino don Roque, y me dijo que esto se llamaba el *democratismo*. ¿Es así, padre?

—Llámesese como se quiera—repuso el venerable Salmón—, lo que digo es que

este chocolate que ahora nos trae la señora doña Gregoria, y cuyo olor se adelanta hasta nosotros, anunciándonos la nobleza de lo que viene en el cangilón, me parece tal, que sólo podría servirsele semejante al Sumo Pontífice.

—Y a la abadesa de las Huelgas, de Burgos—dijo doña Gregoria—, que ella y el Papa son las dos más altas personas de la cristiandad, y por eso se dice que, si el Papa se casara, la única mujer digna de ser su esposa es la tal abadesa de las Huelgas.

—Así es—añadió Salmón, olvidándose de todo lo que no fuera el cangilón—; y por lo que hace a eso del *democratismo*, yo le aconsejo a don Roque que se deje de tonterías y no piense en novedades, pues, por ahora, y en muchísimos años para adelante, estamos y estaremos libres de ellas.

—Los españoles guerrear porque no quieren que los manden los franceses—dijo la mayor de las hijas de doña Melchora—, y también para defender los usos y *pláticas* del reino contra las novelías que quiere poner aquí Napoleón. Así me lo dice todos los días Paco, el plumista, que es sargento de voluntarios.

—Pues a mí me dijo Simplicio Panduro, ese saladísimo paje de don Gaspar Melchor de Jovellanos—añadió la otra—, que los españoles guerrear por echar a los franceses y por mejorar la mala condición de los reinos, quitando las muchas cosas malas que hay, al modo de lo que dice don Roque por las noches, cuando predica a solas y a oscuras en su cuarto.

Estas dos opiniones dieron pie a una acalorada disputa, que no copio porque nada sacarían de ella en limpio mis lectores, toda vez que es público y notorio que, en lo que va de siglo, la Historia, la grave y cachazuda Historia, no ha podido dilucidar la cuestión planteada por aquellas dos niñas, y aún hoy andan a la greña eminentes escritores por averiguar si decía verdad la mayor o la menor de las hijas de doña Melchora.

Salmón, consumido su chocolate, dijo:

—Conque, amiguitos, ¿me dan ustedes su venia para retirarme?

—¿Tan pronto, padre? ¡Que siempre nos ha de tener vuestra reverencia con hambre de su compañía!

—Bastante os acompaño, hijitas mías.

—Pues siempre nos sabe a poco.

—Ya sabéis que tenemos en casa desde esta tarde *octava misión y solemnes cultos para desagrar a Jesús Nazareno y a María Santísima de los sacrílegos insultos que han sufrido en nuestros templos de los impíos ejércitos franceses, e implorar de la Divina Misericordia que robustezca y ampare a nuestros soldados y conserve y dirija en todos los negocios a los que nos gobiernan. Después habrá procesión a la Virgen de la Paloma, patrona de todo el majerío. Pero ¿no lo sabíais, pajaritas volanderas? Por supuesto, que no faltaréis el día que me toque predicar.*

—Antes faltará la tierra y prados en ella, como dijo el otro.

Y estaba en pie para retirarse el padre mercedario, cuando el señor de Cuervatón, que poco antes había sido llamado de su casa, donde le esperaba una visita, volvió dando voces y lleno de cólera, que en los ojos con fulminantes rayos le centelleaban, habló así:

—¡No sé cómo no le ahogo!... ¡Vaya con el lindo currutaco, harto de ajos!... ¡Cuando creí que vendría a pagarme, viene a pedirme más dinero!... ¡Y ahora sale con que su señora mamá es muy rica! Miserable, pringoso, vestido con harapos de príncipe, ¿por qué esa señora no reventó antes que os pariera?

—¿Qué hay, señor de Cuervatón? ¿Qué le pasó?

—Que después que me estoy arruinando por favorecer con mi pequeña hacienda a los necesitados, he aquí que un señor condesito de Rumblar o de Barrabás con pintas me debe más de nueve mil reales, y después de no pagarme ni un céntimo de interés, que no son más de peseta por duro al mes, viene a pedirme más dinero. Canalla, catacaldos, ¿qué me importa que sea noble y que le vayan a caer dos mayorazgos?

—¿Don Diego de Rumblar?—dijo Salmón; y luego, volviéndose a mí, añadió: No olvides, Gabriel, que tenemos que hablar.

—Pues o me paga—prosiguió Cuervatón—, o el mejor día le desnudo en medio del Prado, delante de las damas.

En esto salimos al corredor, y, ¡oh espectáculo lamentable!, se ofreció a nuestra vista el don Diego, azuzado en medio del patio por todos los chicos de la vecindad como novillo en plaza. Mujeres habladoras habían salido por los

cien agujeros de aquella colmena, y unas con cáscaras de castañas, otras con pajaritas picantes, le mortificaban en lo moral y en lo físico. Especialmente la mujer de Cuervatón, que era una hidra con más rabos, espinas y escamas en su alma que las mitológicas en su cuerpo, poniéndose de pechos en el barandal, después de escupirle, le decía:

—¡No pingajo de oro, ¿tenemos nuestro dinero para mantener haraganes?... ¿Ahorramos nosotros para daros esa agua de bergamota de que apestáis? Coma usted clavos, y si es noble y espera mayorazgos, póngase a roer sus *jiculatorias*, o coja una espuerta y vaya a vender arena, como hacen mis dos hijos, que, aunque no les falte para comer y vestir como niños de príncipes, andan al trabajo de la arena desde que saben llevar la mano a la boca. ¡Cuidado con el señorito don Pelagatos! Y dice que es conde... Conde es él como mi abuelo. ¡El!, muchachos, rociadle un poco con la esencia de ese fango de azahar argentino que hay en el patio... Coged también esas cáscaras de nuez, y la ceniza de aquel braserillo.

Los muchachos que esto oyeron y que se habían adelantado a poner en ejecución *auctoritate propria* lo del rociar, descargaron sobre el infeliz don Diego, a punto que éste salía, tal lluvia de inmundas sustancias, le persiguieron tan encarnizadamente por el portal y luego por toda la calle del Barquillo, que daba compasión ver al infeliz magnate corrido, avergonzado y lloroso.

El padre Salmón, que era hombre caritativo, reprendió a los muchachos su grosería, y a la señora de Cuervatón su crueldad. Cuando se dispuso a bajar, todos se le disputaban, no queriendo dejarle de la mano; éste le enseñaba los cinco perritos recién paridos por *Zoraidilla*; aquél le hacía tocar con el dedo el diente de la niña; uno le pedía receta para el dolor de muelas; otro le cantaba una seguidilla nueva, y todos le daban tales muestras de cariño y admiración, que bien se le podía considerar como el hombre más popular de su tiempo.

Cuando bajaba, allí eran de oír las exclamaciones, las palmadas, los vitores, y de ver los besos de correa, y el pedir y dar bendiciones.

—¿Cuándo me receta para estos desmayillos?

—Ya sé de cabo a rabo la oración a San Antonio. ¿Cuándo se la echo a su paternidad?

—Razón tenía el padrito en decir que el aguardiente de Chinchón da mejor gusto a los puches que el de Ocaña, y que no hay plato de lentejas sin dos ajitos machacados. Así lo hemos hecho.

—Padre, ¿las ranas son carne o son pescado? Porque mi abuela las comió el viernes y está llena de escrúpulos.

—¿Qué nombre le pondremos a lo que ha de venir si sale macho? Pondrémosle Anastasio, como su reverendísima, en señal de agradecimiento por habernos ayudado a criar al mayorcito.

—Ya están compradas las dos velas para la Virgen de la Buena Dicha, y aquí, Ramona, las está adornando con flores y lentejuelas.

—Viva cientos de miles de años su magnitud sapientísima y empingorotadísima para alivio de estos pobres a quienes socorre.

Y así continuaban hasta que el padre salía a la calle. No, no ha existido hombre más popular que el padre Salmón. Casi, casi estoy por asegurar que su popularidad excedió dos dedos y aun tres a la de Fernando VII. ¡Desventurado Salmón! ¡Oh tú, varón felicísimo, harito de lisonjas, de regalos y de bienestar! ¡Oh tú, teólogo de tumba y hachero, predicador burdo y de cuatro suelas, fraile mercedario que si no redimiste ningún cautivo, tampoco hiciste daño a nadie! ¡Oh tú, hombre dichoso sobre todos los dichosos de la tierra, pues no cavilaste jamás ni te apasionaste, ni aborreciste, ni padeciste mal alguno en muchos años, ni viste turbada tu apacible existencia! ¡Quién te había de decir entonces que aquel mismo pueblo tan solícito en vitorearte y adorarte como a persona divina, te había de coser a puñaladas veintiséis años después en la enfermería de tu santa casa, y cuando ya viejo, enfermo, inválido y sin alientos, no pensabas más que en Dios! ¡Quién te había de decir que aquel mismo pueblo de quien fuiste ídolo te había de echar al cuello un cordel de cañaño para arrastrarte por los profanados claustro, sirviendo tu antes regalado cuerpo de horrible trofeo a indecentes mujercuelas! ¡Ay, lo que es el mun-

do y qué cosas tan atroces ofrece la Historia! Y así es bien que digas: «Si buen chocolate sorbí, buenos palos me dieron; si buenos abrazos y agasajos y besos de correa recibí, con buen pie de puñaladas se lo cobraron.»

V

Pero como nada de esto viene ahora al caso, voy a dar cuenta del asombro que me causó la conversación que inmediatamente después de su salida tuve con aquel popularísimo fraile; y lo ocurrido fué que, apoyándose en mi brazo para descargar sobre él parte del peso de su bien aprovechada humanidad, me dijo:

—Gabriel o, mejor, señor don Gabriel, pues a todo un Pico de la Mirandola se le debe tratar con miramientos; has de saber que necesito que me informes detenidamente de la vida de ese don Diego de Rumblar, en cuya compañía te he visto varias veces. Tú dirás que qué me importa a mí si el tal niño canta o llora; pero a esto te respondo que no soy yo quien tiene interés en saber sus malas mañas, sino una elevadísima familia, cuya casa frecuenta mi inutilidad las más de las tardes. Como don Diego está para casar con la niña, las señoras, que ya barruntan la mala vida que lleva el rapaz en Madrid, están muy disgustadas. Ayer, cuando afirmé que le había visto en esta casa, me dijo la señora condesa: «¡Por Dios, padre Salmón, haga usted el favor de averiguar con qué hombres se junta, a qué sitios va, en qué gasta su dinero! Porque si es cierto lo que sospechamos, antes se hundirá el cielo que entre él en nuestra familia.»

—Pues el señor conde—le respondí—es un poco calavera. Cosas de la juventud... Yo creo que se enmendará.

—Se enmendará. Luego es malo. Bien, Gabriel. Has dicho lo que necesitaba saber. ¿Adónde va por las noches? ¿Con quién se junta?

—Todo lo sé perfectamente—respondí—, y no da un paso sin que yo me entere de ello.

—¿De modo que podré satisfacer a la señora condesa? ¡Oh! Bendita seas, que me proporcionas la ocasión de corresponder a las grandes finezas de la dama más hermosa de España, al menos se-

gún mi indocto parecer en asuntos de mujeres. Mañana tengo que ir a su casa, porque has de saber que la señora condesa es la que ha formado la Congregación de Lavado y Cosido.

—¿Y qué es eso?

—Una Junta de señoras de la nobleza para lavar y coser la ropa de los soldados en estas críticas circunstancias. Y no creas que es cosa de engañifa, sino que ellas mismas, con sus divinas manos, lavan y cosen. También pertenece la señora condesa a la Junta de las Buenas Patricias, en que hay damas de todas categorías, desde la duquesa a la escofietera. Pero esto no hace al caso, sino que mañana tengo que ir allá y les diré todo lo que tú me confíes. Aunque ahora se me ocurre que más fácil y expedito será cogerte por la mano y plantarte en presencia de tan alta señora, para que por ti mismo y con tus buenas explicaderas le des cuenta y razón de lo que desea saber.

—Padre, no sé si estará bien que yo vaya a esa casa—dije, tratando de disimular la alegría que el anuncio de la visita me causara.

—Yendo conmigo, no tengas cuidado. Además, has de saber que la señora condesa es una persona ilustradísima y que entiende de poesía y letras humanas; de modo que, al saber tus conocimientos en la lengua latina, es seguro que te recibirá bien, y aun espero que te proporcione una buena colocación.

—Eso será lo de menos, con tal que yo consiga prestar a tan buena señora el servicio que desea. Y dígame, padre: ¿conoce su reverencia, por ventura, a la que va a ser mujer de don Diego?

—¡Que si la conozco! Como que soy su amigo y su confidente, y desde que entro en la casa viene a mí saltando y brincando, y todo el día está: «Padre Salmón por aquí, padre Salmón por allá.»

—¿Y es vuestra paternidad su confesor?

—Eso, no; que lo es mi compañero y amigo el padre Castillo, el cual va también todas las tardes a la casa.

—Y ella estará tan enamorada de don Diego, que beberá los vientos por él.

—Me figuro que no le puede ver ni en pintura. Es opinión general en la casa que la niña tiene puestos el pensamiento y el corazón en otra persona; pero aunque se vuelvan locos, no ha sido posible

dar con ella. El señor marqués y su hermana no piensan más que en averiguar quién podrá ser ese desconocido zascandil que ha trastornado el seso a la más discreta y bella muchacha que ha peinado azabaches y llorado perlas en el mundo; y todo se vuelven averiguaciones y acechos, y observa por aquí, y husmea por allí. La condesa no se afana tanto, y suele decir: «Eso se le pasará»; pero yo conozco que no las tiene todas consigo. He aquí la causa de que hayan querido apresurar el casamiento; pero aquí viene lo de que Rumblarito es un perdido y un mala cabeza, y todo proyecto se desbarata, y allá va el estira y afloja de las consultas: «Padre, ¿qué haremos? Padre, ¿qué no haremos?» A cuyo apremiante cuestionar les contesto: «Calma, señoras mías, calma, que a mucha prisa, gran vagar. Que mi estrella querida doña Inés es el *super omnia* de la virtud, de la buena crianza, del recato, de la modestia, no queda duda alguna, y capaz soy de decirlo en el púlpito si me pinchan tanto así. Al mismo tiempo, tampoco puede dudarse que algo le hace cosquillas en su pensamiento, que algo como triste recuerdo o vago deseo la trae a mal traer, porque ¿cómo se explica aquel no hablar en dos días, aquel suspirar tan tierno, con la añadidura de mirar al suelo en ademán cogitabundo, sin que razones, ni halagos, ni aun mis chistes escogidos ni mis cuentos entresacados del *Tesoro de los dichos agudos* la hagan pestañear?» Y oyendo estas prudentes razones, la marquesa se entristece y me vuelve a consultar, y aquí viene lo de «Averigüelo el reverendo Salmón, que, como tiene tanto arte para el confesonario y es el mayor sacador de pecados que hemos conocido, sabrá explorarla.» Entonces el marqués añade: «Si por artes del demonio esa muchacha durante el tiempo que vivió lejos de nosotros, tuvo el mal gusto de enamorarse de algún cabrahigo de esas calles, ¿cómo es posible que en su nueva posición no le haya olvidado?» Y yo, lleno de celo por el reposo de tan ilustre familia, llamo a la niña, me la llevo a un rinconcito de la casa o a uno de los cenadores del jardín, y le tomo una mano, y se la acaricio, o le cuento dos cuentos, le digo tres gracias y le doy una flor, y, echando a correr con estas mis pesadas piernazas, le digo: «A que no me co-

géis.» Y ella vuela y me agarra del hábito a los tres pasos, y con estos juegos preparo su ánimo para la confesión de amigo, no de sacerdote, que de ella espero. Sentados otra vez, le digo: «Niñita mía, flor de esta casa, retoñito temprano, fresa de abril, ¿queréis decirme cuál es la causa de esa melancolía? Vamos a ver, acá para entre los dos, pues esto no ha de salir de mí. Antes que vuestro papá os recogiera, ¿amasteis a alguien?» Y al oír esto, los ojos se le llenan de lágrimas, echa a correr, la sigo, y al poco trecho la veo parada, mirando al suelo y mordiendo la punta del pañuelo. Vuelvo a mis preguntas, y nada saco en limpio, lo cual me desespera. Entonces, la marquesa y su hermano me preguntan si creo conveniente que se rompa el trato hecho con la familia de don Diego, a lo cual les contesto: «Calma, señores; indagaremos, primero, si es cierto lo que del mozalbete se cuenta. Yo me encargo de hacer diligencias, pues varias veces le he visto entrar en cierta casa que frecuento, y conozco un joven que a menudo le acompaña.» Nada, hijo mío, lo dicho, dicho. Mañana vas allá y les cuentas todo lo que sabes *et quibusdam aliis*, con los cual mi encargo queda hecho, y el Rumblar, desenmascarado.

Gran sorpresa me causó la relación del venerable mercedario, y cuando me separé de él, prometiéndole ir en su compañía al siguiente día, me quedé pensando en las extrañas cosas que había oído y muy dudoso acerca de si había obrado cuerdamente al comprometerme en tan arriesgada visita. Pero debo explicar las causas de mis dudas, así como el estado de mi ánimo por aquellos días, pues algo hay que mis lectores no deben ignorar, aunque les sean indiferentes las desdichas de este su humilde servidor. El palacio de mi señora la condesa (y debo advertir que a la sazón vivían todos reunidos en el de la cuesta de la Vega) era un asilo infranqueable para mí. Desde mi vuelta de Andalucía, ni por el pensamiento me pasó el poner allí los pies, teniendo como tenía la seguridad de una expulsión ignominiosa, cual la de Córdoba. Entrar valiéndome de la astucia habría sido, si posible; infructuoso, pues la superchería o ficción de que me valiera no podrían durar sino hasta que la señora Amaranta me viese

el rostro. Frecuentemente iba a pasear de noche por los callejones que rodean el palacio, y allá, en lo alto del muro, la claridad de una ventana atraía mis miradas. Falto de la imagen de su persona, aquel cuadro de débil luz se me representaba como ella misma. Largas horas pasaba allí sin más compañía que la imagen de piedra de María Santísima de la Almudena, con quien en soledad entablaba místicos diálogos. Alumbrábame con sus dos faroles y me miraba compasiva. Una noche, tanto miré al palacio, frontero a la Virgen y con tanto arrobo contemplaba aquella ventana, que me entraron tentaciones de dar a conocer mi presencia al habitante del caserón, que con semejante luz se alumbraba, habitante que, según mi capricho, era Inés y no otro alguno. Resolvíme a ello, y, tomando una chinita, la arrojé contra los cristales. Al poco rato se dibujó en ellos una sombra; pero ésta y la luz desaparecieron pronto. Repetí el disparo a la noche siguiente, y catad la sombra otra vez. Pero cuando esperaba ver abierta la ventana y oír una voz querida ceceando dulces y temblorosas sílabas en el silencio de la noche, aparecióse en el fondo del callejón, y como saliendo de las cocheras del palacio, un grupo de hombres en actitud hostil contra mi persona. Me puse en cobro a toda prisa y no volví más.

Pasó agosto, pasaron también septiembre y octubre, y aquellos noventa días, depositándose unos tras otros como noventa capas de tierra en el hoyo de mi existencia, iban sepultando ilusiones, alegrías, sueños, porvenir. De improviso, la diferencia de jerarquía social había puesto entre Inés y yo murallas inexpugnables, y para romper su jaula no bastaban mis fuerzas, pues no era la nueva como aquella de los Requejos, hecha de frágiles cañas y alambres, sino de fortísimos barrotes, más que el diamante duros.

Entonces comprendí claramente que yo no era nada ni valía en el mundo más que un grano de anís, y esta consideración, irritándome en sumo grado, me infundía el mayor desprecio hacia mí mismo. «¿Por qué he nacido como he nacido?», me preguntaba; y, según es fácil comprender, no podía acertar con la contestación.

Y después decía: «El espesor y fortaleza de estas paredes son tales, que si

toda mi vida la empleara en hacerme más sablo que Séneca, más valiente que le Cid y más rico que los Fúcares, aun así no podría romperlas. Sin embargo, tal rumbo pueden llevar las cosas, que venga un día en que a los Fúcares no se les pida su ejecutoria para emparentar con la nobleza. Porque vamos a ver: ¿cómo me las compondré para llegar a ser rico? ¡Oh miserable de mí! ¿Rico quien nada tiene? Es evidente que no se pueden ganar dos sin tener uno... Pues estudiaré hasta que pierda el seso, por ver si me hago sabio..., o entraré formalmente en el ejército, por ver si de soldado raso llego a general en estos revueltos tiempos...»

Y considerando esto, me golpeaba el cráneo, castigándole por su estupidez y su tardanza en dar a luz felices pensamientos. Entre tanto, la idea de la imposibilidad de mi dicha, de lo inútil de mis esfuerzos y de la inconmensurable pequeñez a que estaba reducido, iba labrando en mi alma con tanta tenacidad, que bien pronto aquel laborioso gusanito me minó de parte a parte, me socavó, llenó de agujeros los fundamentos de mi entusiasmo y fe poderosa, y..., ¡misericordia!, todo yo caía al suelo.

Las dificultades insuperables, la imposibilidad evidente de destruir con el solo auxilio de mis dedos aquella montaña que Dios había puesto en mi camino, me rendían de tal suerte, que me crucé de brazos, hallándome incapaz para todo. Y desde la inmensa profundidad donde me encontraba decía, mirando el pedacito de cielo que difícilmente percibía encima de mí: «¡Oh cielo! ¡Cuán lejos te veo, y qué bajo estoy, después que creí tocarte con mi mano! Pero, pues Dios ha dispuesto mi caída, renuncio por ahora a estar cerca de ti, y me arrastraré por estos oscuros fondos, buscando un pedazo de pan que comer, sin más objeto ni aspiración que dar a la bestia de mi despreciable persona el forraje que diariamente necesita.»

Así dije; mas no recuerdo si empleé las mismas palabras.

¿Qué es el hombre sin ideal? Nada. absolutamente nada: cosa viva entregada a las eventualidades de los seres extraños, y de que todo depende, menos de sí misma; existencia que, como el vegetal, no puede escoger en la extensión de lo creado el lugar que más

le gusta, y ha de vivir donde la casualidad quiso que brotara, sin iniciativa, sin movimiento, sin deseo ni temor de ir a alguna parte; ser ignorante de todos los caminos que llevan a mejor paraje, y para quien son iguales todos los días, y lo mismo el ayer que el mañana. El hombre sin ideal es como el mendigo cojo, que, puesto en medio del camino, implora un día y otro la limosna del pasajero. Todos pasan, unos alegres, otros tristes, éstos despacio, aquéllos velozmente, y él, sin aspirar a seguirlos, ocúpase tan sólo del cuarto que le niegan o del desprecio que le dan. Todos van y vienen, cuál para arriba, cuál para abajo, y él se queda siempre, pues ni tiene piernas para andar, ni tampoco deseos de ir más lejos... Es, pues, la vida un camino por donde mucha y diversa gente transita, y sobre cuyos arrecifes y descansos se encuentran también muchos que no andan; éstos, según mi entender, son los que no tienen ideal alguno en la tierra, así como aquéllos son los que lo tienen, y van tras él, aprisa o con calma, aunque los más, antes de llegar, suelen hacer alto en la posada de la muerte, donde por lo pronto se acaban los viajes en este camino.

Pues bien: en aquellos tres meses, yo lo había perdido todo, y me encontraba tullido y con muletas en mitad del camino. La meditación, la razón, la evidencia que tenía delante, mil poderosos estímulos, me llevaron al siguiente resultado: renunciar completamente a Inés, si no en mi corazón, en lo real de la vida. Era lo justo, lo lógico, lo natural.

Y con esto queda dicho todo lo necesario para que se comprenda la impresión vivísima que experimenté cuando el padre Salmón quiso tan impensadamente y por tan raros caminos llevarme en presencia de la condesa.

«Iré, y sea lo que Dios quiera», dije para mí, ocupándome en arreglar el vestido que en tan solemne ocasión debía llevar sobre mi cuerpo. ¡Oh infeliz de mí! Era el mes de noviembre, y no tenía más traje decente que uno de verano, sutilísimo, a quien cuidaba más que si fuera las telas de mi corazón, y me lo puse con peligro de perecer helado, que a tales desperfectos están expuestos los pobres. Aquello, a más de incómodo, era ridículo; así es que al acos-

tarme pedí ferovorosamente a Dios y a los santos que aclararan el día siguiente, haciéndolo como los de mayo, templado y hermoso; pero los de arriba no me oyeron; o, sin duda, juzgaron más atendibles las razones de los labradores, que pedían agua y más agua.

Tomando algunas cosas que indispensables creía para la visita, salí a la calle tiritando, encogido, hecho un ovillo y resguardando de los canalones la limpieza de mi ropa; pero aun así no pude salvar sino una pequeña parte de mi persona. Al fin, aprovechando los claros y alguno que otro descanso de las llovedoras nubes, después de hacer varias paradas y estaciones en los portales, llegué al convento y, juntándome con Salmón, él muy festivo, y yo más serio y pálido que si me llevaran a ajusticiar, nos dirigimos al palacio de Amaranta.

Entramos primero en una habitación lujosísima del piso bajo, donde encontramos al señor diplomático en poder de su peluquero, que le arreglaba la cabeza con tenacillas, untos y menjurjes. Estaba el buen marqués en traje ligero y abigarrado que daba risa, y oía con mucha seriedad los donaires y chascarillos del maestro, que era un redomado tunahte. No me reconoció su excelencia. Acercósele el fraile; hablaron aparte cosas que no entendí, y después nos mandó subir, diciendo que arriba estaba Amaranta con el padre Castillo, revolviendo unos libros que le habían traído. Subimos, pues, y sin tardanza nos introdujo un paje. Al punto en que Amaranta se fijó en mí, púsose pálida y ceñuda, demostrando la cólera que el verme allí le causaba. Pero como hábil cortesana, la disimuló al instante y recibió a Salmón con bondad, ordenándome a mí que me sentase junto a la gran copa de azófar que en mitad de la sala había, de lo cual colijo que ella debió de comprender el intenso frío que, a causa del rigor de la estación y de la diafanidad de mis veraniegas ropas, me mortificaba.

VI

--Este muchacho--dijo Salmón--enterará a usía de aquello que deseaba averiguar, pues todo lo sabe de la cruz a

la fecha; y al mismo tiempo tengo el honor de decir a usía que aquí tenemos un portento de precocidad, un gran latino, señora, autor de cierto inédito poema, por quien su alteza el príncipe de la Paz le destinaba a la Secretaría de la Interpretación de Lenguas.

El padre Castillo volvióse a mí, y dijo con afabilidad:

--En efecto, ayer nos habló de usted el licenciado Lobo. ¿Y en qué aulas ha estudiado usted? ¿Querrá leernos algo de ese famoso poema?

Yo le contesté que lo de mi ciencia latina era una equivocación, y que el licenciado Lobo me daba aquella fama usurpándola a otro.

--¡Oh, no!..., que también, si no recuerdo mal, nos dijo que en usted la modestia es tanta como el talento, y que siempre que se le habla de estas cosas lo niega. Bien está la modestia en los jóvenes; mas no en tanto grado que oscurezca el mérito verdadero.

Amaranta no dijo nada. El padre Castillo pasaba revista a varios libros, en montón reunidos sobre la mesa, y los iba examinando uno por uno para dar su parecer, que era, como a continuación verá el lector, muy discreto. Hombre erudito, culto, ilustrado, de modales finos, de figura agradable y pequeña, de ideas templadas y tolerantes, que le hacían un poco raro y hasta exótico en su patria y tiempo, fray Francisco Juan Nepomuceno de la Concepción, en los estrados conocido por el padre Castillo, se diferenciaba de su cofrade, el padre Salmón, en muchísimas cosas que al punto se comprenderán.

--Estos son los libros y papeles que han salido en los tres últimos meses--dijo Amaranta--. Buena remesa me han mandado hoy Doblado y Pérez, mis dos libreros; pero no me pesa, pues entre tantas obras malas y de circunstancias como aparecen en estos revueltos días, alguna habrá buena, y hasta las impertinentes y ridículas tienen su mérito para ilustrar la historia de los actuales en los venideros tiempos.

--Así es--indicó el padre Castillo--. No hay obra, por mala que sea, que no contenga algo bueno, y hace bien vuestra grandeza en comprarlas todas.

--He leído un poco de este voluminoso papel--dijo Amaranta, tomando un

folleto que parecía recién salido de la imprenta—, y me ha causado mucha risa. El título es de los de legua y media. Dice así: *Manifiesto de los íntimos afectos de dolor, amor y ternura del augusto combatido corazón de nuestro invicto monarca Fernando VII, exhalados por triste desahogo en el seno de su estimado maestro y confesor don Juan Escóquiz, quien por estrecho encargo de su majestad lo comunica a la nación en un discurso.*

—Pues aquí veo otro—dijo Castillo, hojeándolo—que, si no es del mismo autor, lo parece. Se titula *La inocencia perseguida, o las desgracias de Fernando VII: poesía.* Verdad que está en verso, y ahora es moda tratar en metro las cuestiones serias, aun aquellas más extrañas al arte de la poesía, como, por ejemplo, este papel que ahora me viene a las manos y se llama *Explicación del capítulo IX del Apocalipsis, aplicado, según su sentido literal, al extraordinario acontecimiento de la pérfida irrupción de España: oda por un capellán.*

—Y ha de saber vuestra reverencia que también nuestro prisionero monarca da en la flor de hablar en verso—dijo Amaranta con sorna—, pues aquí tengo la *Epístola férvida que nuestro amado soberano el señor don Fernando VII dirige a sus queridos vasallos desde su prisión; pieza patética, tierna y de locución majestuosa.*

—Pues ¿y qué me dice la señora condesa de este otro librito que ahora me cae en las manos, y lleva por nombre *La Corte de las tres nobles artes, ideada para el inocente Fernando VII: anacreónticas?* Y la primera de estas anacreónticas se encabeza así: *Reglas que contribuyen a que un pueblo sea sano y hermoso.* Por mi hábito de la Merced, que no entiendo esto del pueblo sano y hermoso, que se ha de conseguir por la Corte de las tres nobles artes, y ha de exponerse en anacreónticas. Con permiso de vucencia, me lo llevaré al convento para leerlo esta noche.

—Lleve también su paternidad este papel suelto que dice: *Lágrimas de un sacerdote, en dos octavas acrósticas.*

—Esto de los acrósticos y pentacrósticos es juego del ingenio, indigno de verdaderos poetas—dijo Castillo—, y más aún de un sacerdote, cuyo entendimien-

to parecería mejor consagrado a graves empleos. Pero démelo acá usía, que me lo llevaré, juntamente con este sermón que se titula *Bonaparciana u oración que, a semejanza de las de Cicerón, escribió contra Bonaparte un capellán celoso de su patria.* Y en verdad que no anduvo modesto el tal capellancito comparándose con Cicerón; pero, en fin, eso me prueba qué tal será la dichosa Bonaparciana.

—Por Dios, señora condesa—dijo a esta sazón el padre José Anastasio de la Madre de Dios—. Ruego a vucencia me deje llevar al convento, para leerlo esta noche, este otro graciosísimo libro que se titula: *Las Pampirolada, letrillas en que un compadre manifiesta a su comadre que en las circunstancias actuales no debe temer a la fantasma que aterraba a todo el mundo.* ¡Qué obra más salada! Si no queda cosa que no se les ocurra...

—También puede llevarse, pues viene muy bien al ingenio y buen humor de su paternidad—agregó Castillo—, este otro que aquí veo, y es *Deprecación de Lucifer a su Criador contra el tirano Napoleón y sus secuaces, asustado de ver entrar tantos malvados franceses en el infierno.* ¡Hola, hola! También está en octavas. Serán mejores que las de Juan Rufo, Ercilla y Hojeda.

—¡Oh! Este sí que es bueno. ¡Válgame nuestra santa Patrona!—exclamó Salmón—. Oiganme: *Seguidillas para cantar las muy leales y arrogantes mozas del Barquillo, Maravillas y Avapiés, el día de la proclamación de nuestro muy amado rey.* ¿Me las llevo, señora condesa?

—Sí, padre; ya que está por seguidillas, aquí veo otras que le parecerán muy buenas. *Seguidillas que cantó el famoso Diego López de la Membrilla, jefe de la Mancha, después que consiguió las gloriosas victorias contra los franceses.*

—El pueblo español—deolaró Castillo—es, de todos los que llenan la tierra, el más inclinado a hacer chacota y burla de los asuntos serios. Ni el peligro le arredra, ni los padecimientos le quitan su buen humor; así vemos que, rodeado de guerra, muertes, miseria y exterminio, se entretiene en componer cantares, creyendo no ofender menos a sus enemigos con las sátiras punzantes que con las cortadoras espadas. ¿Y qué me dicen

usias de este *Asalto terrible que dieron los ratones a la galleta de los franceses, poema en dos cantos*? ¿Qué de este *Elogio del señor don Napoleón, por un artífice de telescopios*? ¿Qué de esta *Gaceta del infierno, o sea Noticia de los nuevos amores de la Pepa Tudó con Napoleón, y celos de Josefina*?

—Esas son groserías de vulgares e indecentes escritores—afirmó con enfado Amaranta—, pues todo el mundo sabe que ni la Tudó ha tenido amores con Bonaparte, ni éste ha hecho nada que menoscabe su fama de hombre de buenas costumbres.

—Cierto es—dijo Castillo—; pero si usía me lo permite, le haré una observación, y es que el pueblo no entiende de esas metafísicas, y al verse engañado y oprimido por un tirano y bárbaro intruso, no debemos extrañar que le ridiculice y aun le injurie. El pueblo es ignorante, y en vano se le exige una decencia y compostura que no puede tener, razón por la cual yo me inclino a perdonarle estas chocarrerías si conserva la dignidad de su alma, donde el grande sentimiento de la patria disimula y oscurece los rencorcillos pequeños y vituperables.

—No me defienda usted tales chocarrerías, padre—repuso Amaranta—. ¿Tiene perdón de Dios este otro impreso que ahora leo? Oiga usted el título: *Lo que pueden cuatro borrachos, o sea despique al vil dictado con que se ha querido oscurecer los honrados procedimientos de un pueblo fiel a su religión, rey y patria*.

—La obra—dijo, riendo, el fraile—tiene traza de no ser un segundo *Don Quijote*, ni mucho menos; pero en su mismo título hallará vucencia la explicación del llamar *borrachos* a los Bonapartes, dictado que tanto repugna a mi señora condesa. Cierto que los Bonapartes no son borrachos, y harto sabemos que el pobre rey José ni por pienso lo bebía; pero el pueblo no lo entiende así, del mismo modo que jamás dejó de llamarle *tuerto*, aunque harto bien pudo reparar la hermosura de sus dos ojos. El pueblo le llamó borracho y tuerto sin motivo, es cierto; pero ¿tienen razón los franceses en llamar *insurgentes, bandidos y ladrones de caminos* a los héroes que en los campos de batalla defienden generosamente la independencia patria?

—Convengo en ello—contestó Amaranta—; pero la cosa más justa, si se hace con malas formas, parece como que se deslustra y encanalla. Vea usted. Para hacer una pintura de las calamidades ocasionadas por la guerra no era preciso que el autor de este papel lo titulara *Inventario de los robos hechos por los franceses en los países donde han invadido sus ejércitos*.

—Señora, concedo que al autor se le ha ido un tanto la mano en la forma—dijo Castillo—; pero, por lo poco que de este libro he leído, me parece que dice verdades como el puño.

—¡Y tan como el puño!—exclamó Salmón, alzando los ojos de un libelo cuyas páginas a la ligera recorría—. Pues lo que es este que al azar ha caído en mis manos, tiene unas explicaderas...

—¿Cuál?

—Es de lo más gracioso y bien parado que imaginarse puede. Su anónimo autor lo titula *Carta primera de un vecino de Madrid a un su amigo, en que le cuenta lo ocurrido después de la prisión del execrable Godoy hasta la vergonzosa fuga del tío Copas*. La agudeza de los dichos, la oportunidad de los chistes, apodos y chanzonetas es tal, que harían reír a la misma seriedad.

—¡Bonito modo de escribir la Historia! Y ese palurdo vecino de Madrid, que sin duda será algún sacristán rapavelas o bodegonero del Rastro, ¿qué entiende de execrables Godoyes ni otras zarandajas?

—Pues ¿no ha de entender, señora?—dijo el padre Castillo—. A veces, en personas rudas y zafias, se ve mejor sentido y criterio de las cosas que en las ilustradas, quizá por su misma ilustración desvanecidas. Lo que les falta es el decoro en la forma. Oiga mi señora condesa una observación que quiero hacerle. Entre esta multitud de papeles que los libreros de Madrid le envían para que colecciona todo lo publicado, hay tal balumba de despropósitos y estolideces, que sería más necio y simple que sus autores el que dejara de reconocerlo así. Pero, en medio de tanta faramalla, encuentro algunos productos del ingenio que suspenden, cautivan y enamoran, por ser fruto espontáneo de la mente popular, como lo son las heroicas acciones que desde el principio de la guerra estamos presenciando. Vea vucen-

cia: aquí hay una *Convocatoria que a todos los pastores de España dirige un mayoral de la sierra de Soria para la formación de compañías de honderos*. Este es un hombre ignorante, cuya actividad e interés por la patria no puede menos de elogiarse. También merece encomios lo que ha escrito esta doña María Piquer y Pravia con el título de *¿Qué es héroe? Exhortación a los jóvenes españoles*, pues todo lo que tienda a encender los alientos de la juventud en las actuales circunstancias es digno de aplauso. No les negaré tampoco los míos a estos *Cargos que hace el tribunal de la razón de España al emperador de los franceses*, porque los tales cargos están hechos con mesura; ni tampoco a este *Engaño de Napoleón descubierto y castigado, obra en que se manifiesta con la mayor claridad la infidelidad del emperador en sus convenios con España*, porque todo cuanto se diga acerca de la manera desleal y traidora con que nos declararon la guerra me sabe siempre a poco. No seré tan benévolo con esta *Carta del licenciado Siempre y Cuando al Doctor Mayo de 1808*, porque me repugnan las formas chocarrerías en formales asuntos, ni daré dos higos por esta *Alegoría poética que descubre las iniquidades del más perjudicial y maligno hipócrita del mundo, Bonaparte*, porque ya dije que este afán de tratar en malos versos lo que está pidiendo a gritos clara y valiente prosa me indigna y pone fuera de mí.

VII

—Gracias a Dios—dijo entonces Amara—que encuentro entre esta garrulería una obra de reconocida utilidad durante los tiempos de guerra. Vea su reverencia: *Arte universal de la guerra del príncipe Raimundo de Monticuculi*.

—En efecto, señora; yo daría un par de abrazos y otros tantos apretones de manos a Quiroga y Burgillos, que son impresores y editores de esta gran obra. Y aquí veo otra, a cuyo autor le pondría yo en los cuernos de la luna, pues no conozco hoy por hoy tarea más meritosa que escribir un *Prontuario en que se hallan reunidas las obligaciones del soldado, cabo y sargento para la pronta*

metódica instrucción de las compañías. Vea mi señora condesa cómo también sacamos pepitas de oro puro del escorial de este montón que tenemos delante. Aquí veo la *Higiene militar o arte de conservar la salud del soldado en guardaciones, marchas, campamentos, hospitales, etc.* Queden a un lado, para que no se confundan con lo demás, y en su compañía vaya, *El buen soldado de Dios y del Rey, libro donde se asocian las máximas militares con las cristianas*. Esto me parece muy del caso, pues será mejor soldado aquel que lleve en su corazón la fe, única fuente de toda heroica acción, y de la humildad y obediencia, que mantienen la disciplina, remedo mundano del divino orden puesto por Dios a la autoridad religiosa.

—Pues hagamos aquí un apartado de los buenos libros—dijo la condesa graciosamente, reuniendo los que el fraile le indicaba.

—Pero tate, señora mía—dijo éste—que me parece que en ese departamento de las cosas buenas se ha colocado *El laurel de Andalucía y sepulcro de Dupont*, que aunque muy patriótica, es de las más necias y enfadosas comedias que se han impreso en estos tiempos. Vaya fuera, y lléveselo Salmón, si quiere leerlo, y en su lugar póngase esta *Colección de proclamas, bandos, diversos estados del ejército y relaciones de batallas*, que, por ser un conjunto de documentos fehacientes, será un día no lejano de grande interés para la historia, que en tales tesoros se alimenta y bebe la verdad, sin la cual no puede vivir. Pero ¿qué libro es ese que con tanta atención vucencia lee?

—Leo—repuso la condesa—las *Poemas patrióticas de don Manuel Josef Quintana*, que ahora salen por segunda vez a luz. Este tomo contiene la *Expedición de la Vacuna, las odas a Juan de Padilla, a España libre, al panteón del Escorial y a la invención de la imprenta*.

—¡Oh!—exclamó el padre Castillo—. Bien lo decía yo: no pepitas de oro, sino perlas orientales habían de aparecer entre esta balumba. Póngame vucencia a ese poeta sobre las niñas de mis ojos, pues no me canso nunca de leerlo, y es tan grande el encanto que en mí producen su fogosa entonación, su grave estilo, su arrebatado estro, su

numerosa cadencia, la gallardía de las imágenes, la verdad de los pensamientos, la elegancia de los símiles, la escogida casta de todas las voces y frases, que me olvido del apasionamiento y sana con que ataca institutos y personas que yo, a causa de mi estado, no puedo menos de reverenciar. Pero tal es el privilegio del arte cuando da en buenas manos; y es que enamora con la forma aun a los mismos a quienes no puede conquistar con las ideas.

—Quitemelo de delante—dijo Salmón—, y no pongan a ese autor ni a cien leguas del de esta composición que ahora tengo en la mano: *Godoy, sátira por don José Mor de Fuentes*.

—Pues si su paternidad es tan entusiasta de Mor de Fuentes, nosotros se lo regalamos para que los disfrute por los siglos de los siglos. ¿No es verdad, señora condesa? ¿A ver qué otro volumen es éste, que parece recién publicado? *Poesías líricas o rimas juveniles por don Juan Bautista Arriaza*. Este no debe ser despreciado, pero tampoco agasajado. El aprecio que conquista con su gracia y primorosa frivolidad, lo pierde por maldiciente, sin que tenga, como Juvenal, el mérito de reprender los vicios y malas costumbres. Sus mejores obras son las que podríamos llamar *Vejámenes*, dirigidas contra cómicos y poetas; y estas *Rimas juveniles* son finas, pulcras, bonitas, pasajeras; pero carecen de aquella sal de la inspiración, sin cuyo ingrediente no hay manjar poético que se pueda traspalear. ¿Qué hacemos, señora condesa? ¿Se lo damos a Salmón, o se queda en el departamento escogido?

—Quédese aquí—dijo Amaranta—, aunque no sea sino porque me ha dedicado casi todos sus versos llamándose Clori, Belisa, Dorila, Mirta, Dafne, Febea y Floridiana. Y para que el reverendo Salmón no se enfade, le daremos el *Napoleón rabiando, casi comedia*; el *Bonaparte sin máscara* y la *Descomunada batalla de los invencibles gabachos contra los ratones del Retiro*, que aquí están pidiendo que vuestra reverencia les dé su dictamen.

—Pues vengan—dijo Salmón—, y no creo que vuestra grandeza me niegue este saladísimo papel, cuyo solo título hace desternillar de risa, y es *El juego de Fernando VII con Napoleón y Murat al*

tresillo, libro en el que baxo las voces propias del tresillo se da una idea de lo acaecido con nuestro augusto soberano, del orgullo de Napoleón, y concluye con las exclamaciones más tiernas de nuestro oprimido monarca.

—Esto de decir en términos de tresillo lo que se puede expresar en castellano seco, me enamora—indicó Castillo.

—Precisamente en lo intrincado está el mérito de la invención—observó el otro fraile—. La prosa llana se cae de las manos, y así no comprendo cómo vuestra paternidad está ahora tan embebecido en la lectura de este folleto: *Gobierno pronto y reformas necesarias*.

—Más que por lo que se dice, me interesa por lo que todos los papeles de esta clase indican de alteraciones y disputas para lo por venir.

—Los españoles—dijo la condesa—no se cuidan ahora de lo por venir.

—Permitame usía que le diga que está muy equivocada—repuso Castillo—. Observando atentamente todos los impresos que salen a luz (y los papeles impresos son quien más que otra cosa alguna dan a conocer lo que piensa y anhela un pueblo cualquiera); observando, digo, esto que aquí tenemos, se ve que los españoles, bajo la aparente conformidad que nos da la guerra, estamos muy divididos, y eso se conocerá cuando, con las paces, venga el deseo de establecer las nuevas leyes que nos han de regir. Aquí tengo unas *Reflexiones de un español, y modo de organizar un Gobierno que concluya la grande obra de la eterna libertad y prosperidad de la nación*. No parece mal escrito, y apunta con timidez la idea que creo desarrolla atrevidamente este cuaderno que se intitula *Política popular acomodada a las circunstancias del día: propone la Constitución que la España necesita para cortar de raíz el despotismo*. Por el mismo estilo y con igual tendencia está hecho este otro, que dice: *Reflexiones de un viejo activo a un amigo suyo sobre el modo de establecer una Constitución*.

—Y por lo que veo—dijo Amaranta, leyendo la portada de otro libro—, éste trata del mismo asunto: *Manifiesto del español, ciudadano y soldado, donde se da conocimiento de nuestros anteriores padeceres y esperanzas en nosotros mismos respecto al mundo individual*.

—Por San Buenaventura y los cuatro doctores, que no sé lo que ha querido decir ese buen hombre con lo del mundo individual; pero lo apartaremos para leerlo después.

—¿Y cree vuestra paternidad que hay divergencia de pareceres entre los diversos autores que tratan de política y de Constitución?—preguntó Amaranta.

—¡Oh!—exclamó Castillo—, por aquí aparece la punta de un impreso, en quien desde luego conozco la opinión contraria. Sí, señora condesa; no hay más que leer este título: *Higiene del cuerpo político de España, o medicina preservativa de los males con que la quiere contagiar la Francia*, para comprender que éste es amigo del despotismo. Pues ¿y dónde me deja usía estas *Conclusiones político-morales que ofrece a público certamen contra los herejes de estos tiempos un fraile gilto*? No me gusta que los regulares se ocupen de estos asuntos, y desearía que, concretándose a su ministerio de paz, aguardaran tranquilos lo que los tiempos futuros traigan de calamitoso para nuestro instituto. Pero no es posible contener esta gritería que por todos lados sale en defensa de opuestos intereses, y venga lo que viniere, que, si Dios no lo remedia, será gordo y sonado. Entre tanto, póngame usía a un ládito estos libros que tratan de la Constitución y el despotismo, pues pienso examinarlos espaciosamente. Pero ¿qué veo? ¿Ha puesto vucencia en el montón escogido esos cuatro librillos de novelas simples? Parece mentira que en esta época empleen nuestros libreros su tiempo y dinero en traducir del francés tales majaderías... ¿A ver? *La marquesa de Brainville*, la *Etelvina*, los *Sibaritas*, el *Hipólito*. Vaya toda esta romancil caterva a deleitar al padre Salmón, y si tarda en devolverla, mejor, que así podrá vuestra grandeza entretenerse en mejores lecturas.

—En esto de novelas andamos tan descaminados—dijo Amaranta—, que, después de haber producido España la matriz de todas las novelas del mundo y el más entretenido libro que ha escrito humana pluma, ahora no acierta a componer una que sea mayor del tamaño de un cañamón, y traduce esas lloronas historias francesas, donde todo se vuelve amores entre dos que se quieren mucho durante todo el libro para

luego salir con la patochada de que son hermanos.

—Pues para mí—dijo Salmón—no hay más regocijada lectura que ésa; y vengan todos para acá.

—Abulta bastante, señora condesa—indicó Castillo—, el apartado de los que defienden la Constitución. Hágame vuestra merced otro con los apóstoles del despotismo, que hasta ahora parecen los menos. Pero no; por aquí sale un libelo titulado *Gritos de un español en su rincón*, que al instante puedo colocar entre los del despotismo.

—Y aquí hay otro—dijo Amaranta—que, si no me equivoco, también es del mismo estambre. Titúlase: *Carta de un filósofo lugareño que sabe en qué vendrán a parar estas misas*.

—¡Magnífico! Desde que oí eso del filósofo lugareño, lo diuté por enemigo de los constitucionales. Vaya al segundo montón; y los leeremos a unos y a otros para saber, como dice el encabezamiento, en qué *vendrán a parar estas misas*. Esta lucha, señora mía, o yo me engaño mucho, o ahora es un juego de chicos comparada con lo que ha de venir. Cuando se acabe la guerra, aparecerá tan formidable y espantosa, que no me parece podrá apaciguarla ni aun el suave transcurso de todos los años de este siglo en cuyo principio vivimos. Yo, que observo lo que pasa, veo que esa controversia está en las entrañas de la sociedad española, y que no se aplacará fácilmente, porque los males hondos quieren hondísimos remedios, y no sé yo si tendremos quien sepa aplicar éstos con aquel tacto y prudencia que exige un enfermo por diferentes partes atacado de complicadas dolencias. Los españoles son hasta ahora valientes y honrados; pero muy fogosos en sus pasiones, y si se desatan en rencorosos sentimientos unos contra otros, no sé cómo se van a entender. Mas qué dese esto a cuidado de otra generación, que la mía se va por la posta al otro mundo, con más prisa de lo que yo deseo. Y, entre tanto, guárdeme usía esos dos montones de libros, que todos quiero leerlos. Aquí el departamento de la Constitución; a este otro lado, el del despotismo...; pero ¡pecador de mí! A vucencia se le ha ido la mano, dejando que se colara en estas regiones un papelejo que desde su principio fué des-

tinado al paladar de mi reverendo amigo. Afuera ese desvergonzado intruso.

—Ah!—exclamó Amaranta, riendo—. Es un *Retrato poético del que vende santi barati y el sartenero vitoreando al primer pepino que plantó un corso en tierra de España, y no ha prendido*.

—¡Venga acá!—dijo con gran alegría Salmón—. ¡Y cómo se escapaba esa joya! Al convento me lo llevo, junto con este otro, que, aunque no trata de la guerra ni de política, parece libro de recreación científica y de honestísimo divertimiento. Es la *Pirotécnica entretenida, curiosa y agradable, que contiene el método para que cada uno pueda formarse en su casa los cohetes, cartillas y bombas, etc., con tres láminas demostrativas de todas las operaciones del sublime arte del polvorista*.

—Y ahora, señora condesa de mi alma—dijo el padre Castillo, levantándose—, ya que he molestado bastante a usía y hecho el escrutinio que vuestra grandeza deseaba, me retiro, pues esta tarde celebra solemne rosario la Hermandad del Socorro de Nuestra Señora del Traspaso, y me toca predicar.

—Yo pertenezco a la del Rescate—indicó Amaranta—, y creo que es la semana que entra cuando hacemos nuestra función de desagravios. Y vuestra paternidad, padre Salmón, ¿no predica en estas fiestas?

—¿Cómo no? La Real Congregación y Esclavitud de Nuestra Señora de la Soledad me ha encargado dos pláticas para la semana que entra. Veremos qué tal salgo de ellas.

El padre Castillo, que, sin duda, tenía prisa, se fué, y allí quedamos Salmón y yo. Desde que hubo salido su compañero, tomó aquél la palabra, y dijo:

—Pues, como tuve el honor de indicar a usía, este muchacho sabe todo lo concerniente a don Diego, y sus artimañas, trapicheos y correrías, y él satisfará a vuestrencia mejor que cuanto yo, *relata refiriendo*, pudiera decirle. Pero ¿será cierto, señora mía, lo que al entrar me ha dicho el señor marqués don Felipe?

—¿Qué?

—Que usía ha tenido anoche la felicísima suerte de hacer confesar a esa linda niña todo lo que de ella queríamos saber.

—Así es—dijo Amaranta—. Todo me lo ha confesado.

—La paz de Dios sea en esta ilustre casa. ¿Dónde está ese blanco lirio, que la quiero felicitar por el buen acuerdo que ha tenido?

—Esta tarde no se la puede ver, padre. Ya que su merced ha tenido la buena ocurrencia de traerme este joven, a quien supone al tanto de lo que quiero saber, tenga la bondad de dejarme a solas con él, para que la presencia de una persona grave y respetabilísima como vuestra reverencia no le impida decirme todo lo que sabe, aunque sea lo más secreto.

—Con mil amores obedeceré a usía—dijo el padre Salmón; y con esto se retiró, dejándome solo con aquella estrellita de la hermosura, con aquella deslumbradora cortesana, a quien nunca me había acercado sin sacar de su trato el fruto de una gran pesadumbre.

VIII

—No ha sido una simpleza de este buen religioso lo que te ha traído aquí—me dijo severamente—; esto ha sido obra de tu astucia y malignidad.

—Señora—le respondí—, por mi madre juro a usía que no pensaba volver a esta casa, cuando el padre Salmón se empeñó en traerme, con el objeto que él mismo ha manifestado.

—¿Y qué sabes tú de don Diego?

—Yo no sé más sino aquello que no ignora nadie que le trata.

—Don Diego es jugador, francmasón, libertino. ¿No es cierto?

—Usía lo ha dicho; y, si lo confirmo, no es porque me guste ni esté en mi condición el delatar a nadie, sino porque eso de don Diego todo el mundo lo sabe.

—Bien; ¿y tú querías llevarme a mí o a otra persona de esta casa a cualquiera de los abominables sitios que el conde frecuenta por las noches, para sorprenderle allí, de modo que no pueda negarnos su falta?

—Eso, señora, no lo haré, aunque usía a quien tanto respeto me lo mande

—¿Por qué?

—Porque es una fea y villana acción. Don Diego es mi amigo, y la traición y doblez con los amigos me repugna.

—Bueno—dijo Amaranta, con menos severidad—. Pero me parece que tú eres.

tan necio como él, y que le llevas a la perdición, incitándole y adulando sus vicios.

—Al contrario, señora; a menudo le afeo su conducta, diciéndole que tal proceder es indigno de caballeros, y que, al paso que deshonra su casa, deshonra también aquella con quien va a emparentarse.

—Eso está muy bien dicho—afirmó con pesadumbre—. Lo que hace Rumblar no tiene perdón de Dios. Y ¿quién le acompaña en su libertinaje?

—El señor de Mañara y don Luis de Santorcaz.

—¡También ése!—dijo con sobresalto y súbita transformación en su bello rostro—. ¿Qué hombre es ése? ¿Le conoces tú? ¿Dónde vive? ¿En qué se ocupa?

—Sí he de decir verdad, aún ignoro qué clase de hombre es. Tampoco sé dónde vive; pero he oído que es espía de los franceses, y que éstos le dan un sueldo para que les escriba todo lo que pasa. Esto me han dicho; pero no lo aseguro.

Entonces Amaranta acercó su silla a la mía; miróme como quien se dispone a entablar relaciones de confianza, y me habló así, con voz dulce:

—Gabriel, está de Dios que me prestes de cuando en cuando servicios de esos que no se encomiendan sino a la despierta observancia y a la discreta malicia. ¿Querrás averiguar si don Diego anda también en conspiraciones y malos pasos con ese que has llamado espía de los franceses?

—No sé si podré hacerlo, señora. Tendría que hacerme dueño de su confianza para abusar de ella. Por otro conducto podrá averiguarlo su señoría.

—Estás orgulloso; pero ven acá, chiquelo, ¿quién eres tú? ¿A quién sirves ahora?

—No sirvo a nadie, ni quiero servir. Por ahora soy soldado, si soldado es ser alguna cosa. Vivo de la paga que da el Ayuntamiento de Madrid a las tropas que ha levantado. Pero no tengo afición a las armas, y si las tomo hoy es por puro patriotismo y sólo mientras dure la guerra. Después, Dios dispondrá de mí, aunque, como no tengo riquezas, ni padres, ni parientes, ni papeles de nobleza, ni protección alguna, espero que no saldré de esta humilde esfera en que he nacido y vivo.

—¿Quieres que te proteja yo? ¿Necesitas algo?—me preguntó con bondad—. Te buscaré un buen acomodo, te socorreré, si por acaso no estás muy desahogado.

—Aunque el recibir limosnas no deshonra a nadie, antes me asparían que tomarlas de vucencia.

—¿Por qué? Pero ¿qué pretendes tú? Yo sé que tú picas muy alto, y no te andas por las ramas. Vamos, Gabriel, si me abres tu corazón, si me confías francamente todo lo que sientes, te prometo ser benévola contigo. ¿Crees que no estoy al tanto de tus atrevimientos? Y, si no, dime: ¿a qué paseas de noche por ese callejón cercano? ¿A qué arrojas piedrecitas a las ventanas?

—¿Usia me vió?—pregunté muy confuso.

—Sí; y aunque me causó ira, reconozco que nadie es dueño de borrar de un golpe lo pasado, mucho más cuando uno no es autor de la situación en que ahora o después se encuentra, sino que es Dios quien a ella le conduce. Tú tienes aspiraciones ridículas y absurdas, y ahora yo, renunciando a medios violentos, hablándote con templanza y sensatez, voy a quitártelas de la cabeza.

—Hable vucencia; pero debo advertirte que no tengo ya pretensiones ridículas, pues todo aquello que vucencia recordará de mi afán de ser generalísimo pasó, y...

—No me refiero a eso, y bien sabes a qué aludo, tunantuelo. No puedo ocultarte el disgusto que tuve cuando en Córdoba me dijiste con mucha ingenuidad: «Señora, Inés y yo éramos novios.» Tal despropósito, tratándose de mi prima, me indignó al principio; pero después me hizo reír. ¡Ay, cuánto he reído con esto! Por supuesto, no creas que ella se acuerda de ti. ¡Eres tan inferior a ella! Bien sabe Inés que si en otro tiempo y lugar la aparente igualdad de vuestra condición permitía que os estimarais, hoy el solo pensar en tal cosa es un crimen. ¡Pues si vieras cómo se ríe de ti y cuenta tus simplezas!... Eso sí, dice que te está agradecida porque dice que la salvaste de no sé qué peligro; pero nada más. Mi prima ha sacado tal dignidad y estimación de su linaje, que no digo yo con condes, con emperadores se casaría, y aún se juzgara rebajada.

—¡Bendito sea Dios, y cómo se mudan las personas!—dijo yo, comprendiendo no ser cierto lo que oía.

—Pero si esto te digo—continuó Amaranta—, también añadido que me intereso por ti y quiero recompensar los servicios que prestaste a Inés cuando estaba en la miseria; de modo que te daré lo necesario para que hagas fortuna con tu trabajo; mas con la condición de que has de marcharte de Madrid y de España mañana mismo, para no volver nunca.

Oí con mucha calma estas razones que la condesa dijo, queriendo aparentar una tranquilidad de espíritu que no tenía, y le contesté:

—¡Ay señora, y qué mal me ha comprendido usía! Hábleme ahora vucencia sin ninguna clase de artificio, pues yo, con el corazón en la mano, le digo que conozco muy bien quién soy y todo lo que puedo esperar. En mi corta vida he aprendido a conocer un poco las cosas del mundo, y sé que aspirar a lo que, por humildad mi ignorancia y mi pobreza, está tan lejos de mí como el Cielo de la Tierra, sería una estupidez. No ocultaré a usía nada de lo que me ha pasado. Cuando Inés, quiero decir, la señorita Inés, estaba en casa del cura de Aranjuez, nosotros nos tuteábamos, hablando de nuestro porvenir, como si nunca hubiéramos de separarnos. Después, en casa de don Mauro Requejo, parecía como que nuestras desgracias nos hacían querernos más. Teníamos mil bromas, y yo le decía: «Inesilla, cuando seas condesa, ¿me querrás como ahora?» Y ella me contestaba que sí, y yo me lo creía. Después, todo ha cambiado. Cuando fui a la guerra, yo no pensaba sino en ser un hombre de provecho para hacerla mi mujer; mas al mirar de cerca la esfera adonde ella había subido; al verme a mí mismo, sin poder avanzar un solo peldaño en la escala de la sociedad, me entró una tristeza tal, que pensé morirme. Pero al fin se ha ido abriendo paso mi razón por este laberinto de atrevidas locuras, y he dicho para mí: «Gabriel, eres un loco en pensar que el mundo se va a volver del revés para darte gusto. Dios lo ha hecho así, y cuando su obra ha salido con tantas desigualdades. El se sabrá por qué. Renuncia a tus vanos sueños; que esto y ser generalísimo de un tirón, como an-

tes pensabas, es todo uno.» Al fin, señora condesa, he llegado, a costa de grandes tristezas, a adquirir una resignación profunda, con cuyo auxilio ya estoy curado de mis atrevimientos. He renunciado a lo imposible. Si así no lo hubiera hecho, sería real y efectivo lo que cuentan las malas novelas de que se reía hace poco el padre Castillo, y en las cuales se ve a una archiduquesa que se casa con un paje, y a un porquerizo enamorado de una emperatriz. No, señora; vengamos a la realidad triste, pero que dicen es lo único que no engaña. Ya no tengo las aspiraciones que usía me supone, y no es necesario que vucencia compre con dinero mi resignación ni mi alejamiento de esta casa, de Madrid y de España.

Amaranta mirábame de hito en hito durante aquel mi largo discurso, y después habló así:

—Gabriel, o eres un hipócrita, o en verdad, en verdad, que me vas pareciendo un joven no sólo discreto, sino de honradas ideas. Ya veo que comprendes el sentido natural y templado de las cosas, y que sabes enfrenar la impetuosidad y petulancia propias de la juventud.

—Señora, lo que he dicho a usía es la pura verdad; así me conceda Dios una buena muerte en mi última hora.

—Pues ya que me hablas con tanta franqueza, no quiero ser menos contigo. ¿Serás tú hombre a quien se pueda confiar un pensamiento delicado, un pensamiento de esos que la vulgaridad no comprende ni estima en su justo valor?

—Creo que podrá vucencia confiar-me lo que quiera.

—¿Lo comprenderás tú? Vamos a ver. Dices que has renunciado a que te ame mi prima; reconociendo la inmensa inferioridad de tu posición.

—Sí, señora; así es.

—Muy bien; pero es el caso..., no sé cómo decírtelo. Al indicarte que te daría riquezas, quise expresar que esperaba de ti un grande, un extraordinario favor.

—Si está en mí el prestarlo, no necesito que se me dé nada. ¿Quiere usía que me marche? Pediré mi licencia. Pues qué, ¿acaso la señorita Inés se acuerda alguna vez de este miserable?

—Respóndeme lo que te inspire tu buena razón, Gabriel—me dijo la con-

desa con grave acento—. Figúrate tú que a la señorita Inés se le pusiese en la cabeza el no querer a nadie más que a ti... No es así...; pero va como ejemplo; figúratelo.

—Ya está figurado.

—Pues bien: ¿no te parece natural que yo y mis tíos nos opongamos a ello por todos los medios posibles?

—Sí, señora; me parece muy natural—repliqué con asombro—; pero si ella se empeña...

—Ella no se empeña..., no es eso...; es que...; vamos, te lo diré francamente. Aunque no aseguro yo que Inés te ame, ni mucho menos, porque esto sería un gran despropósito, ocurre que... es natural que sienta algún afecto hacia los que fueron compañeros de sus desgracias... Todo es un capricho, una obcecación pueril que se le pasará seguramente. ¿No crees que se le pasará?

—Sí, señora; pasará.

—Pero para que esto acabe de una vez necesito tu ayuda. Puesto que te veo tan razonable, puesto que reconoces que sería en ti una estupidez aspirar a casarte con ella... ¡Casarte con ella! ¡Qué risa! ¡Un pelagatos como tú!... Parece esto cosa de comedia; pero ¿no te ríes tú también?

—Sí, señora; ya me estoy riendo—respondí, haciéndolo de muy mala gana.

—Pues decía—continuó, cesando en su afectada hilaridad—, que, en vista de tu buen sentido, espero de ti lo que vas a oír. Repito que te daré lo necesario para que en otro país, lejos de España, puedas hacer fortuna; te daré la fortuna hecha si quieres...

—¿Y qué he de hacer para eso?

—Nada... Vienes aquí estos días, so color de entrar a servirme; tratas a Inés, y luego, durante algún tiempo, fingirás hacer las cosas más feas, cometer las acciones más abominables y los delitos que más rebajan al hombre, de modo que ella, con el espectáculo de tu envilecimiento, vuelva en sí del trastorno que por ti tiene y todo acabe. Es sumamente fácil para ti: entras aquí en mi servicio, y a los pocos días me robas una sortija u otra prenda cualquiera; luego fingimos nosotros haber descubierto tu crimen, y afeamos en público tu conducta; luego, si hablas con ella, me calumniarás, diciendo de mí mil herejías, y también hablarás mal de

ella delante de alguna criada que venga a contárnoslo...; y por este estilo harás una serie de maldades de esas que más envilecen a la criatura.

—¡Señora!—exclamé, sin poder sofocar por más tiempo la ira—. Si usía me da toda esta casa llena de dinero, no haré lo que me pide. ¡Cometer delante de ella una infame acción! Me dejaré matar mil veces antes que tal haga. Cuando éramos amigos, más temía a sus censuras que a mi conciencia; y si algo bueno hice, hícelo porque ella lo viera y me aplaudiese, que más estimaba su aprobación que todos los bienes del mundo. Huiré para ir a donde no me vuelva a ver, pero pensar que he de envilecerme delante de ella, eso jamás. Adiós, señora, me voy de aquí—añadí, levantándome—. Por segunda vez me quiere usía envolver en intrigas y fingimientos cortesanos, en que es tan gran maestra.

—Aguarda—dijo, deteniéndome.

—¿No está más en el orden natural lo que yo quiero hacer—añadí—, que es marcharme y no parecer más por Madrid?

—Eres un majadero—afirmó con despecho—. ¿Qué te cuesta hacer lo que te propongo? ¿Pierdes tú algo en ello? Ven acá, truhán de las calles: ¿acaso tienes algún nombre que deslustrar o alguna posición que perder? ¡Cuántos mejores que tú no se apresurarían a prestar este servicio por el aliciente de la recompensa que yo te ofrezco! ¿Pues acaso podías tú ni soñar con la fortuna que te pienso ofrecer, farsantuelo? ¡Miren el caballón finchado, siempre a vueltas con su honor y su conciencia, y su deber acá y su reputación allá!

—Si usía me da licencia, me retiraré—dije, resuelto a poner fin a la conferencia.

—No; aquí has de estar todavía. Por lo que veo, crees que mi primita se acuerda alguna vez de tus simplezas y majaderías—declaró con enfado—. Anda noramala, chicuelo andrajoso. ¿Pienzas que creo en tus hipócritas declamaciones? ¿Pienzas que tomo en serio los generosos pensamientos que con tanto arte me has manifestado, echándotela de caballero? ¡Oh! ¡Esto me pone fuera de mí! Yo le diré a esa antojadiza quién eres tú y cuáles son tus manías. O hará lo que yo le mando—aña-

dió con creciente enojo—, y pensará como yo quiero que piense, o esa niña no es de mi sangre; no, no puede serlo. ¡Cuánta contrariedad, Dios mío!... No quiero verte más, Gabriel; vete de aquí...; pero no, ven acá; tú no tienes la culpa de esto. Dime, ¿quién eres tú? ¿Dónde has nacido? ¿Tienes alguna noticia de tus padres?... A veces suele acontecer que el que se creía humilde...

—No espere usía—repuse, sonriendo—que de la noche a la mañana me caiga en herencia un gran ducado. Eso pasa algunas veces, como ha sucedido con Inés; pero de tales pasos de novella entran pocos en libra. Humilde nací, humildísimo seré toda mi vida.

—Lo digo porque si tú fueras una persona decente, te sentarían bien esos aspavientos que has hecho—me contestó—. No lo decía por otra cosa, desdichado te; no te vayas a envanecer sin motivo. Vete; estoy muy disgustada.

Y luego, olvidándose de mí para no pensar más que en sus propias contradicciones, exclamó así:

—¿Por qué, Dios mío, cuando trajiste a esa niña a nuestra casa, nos trajiste también esta gran pesadumbre?

—¿Quiere usía mucho a su hija?—le pregunté.

—A mi prima, querrás decir.

—Eso es; me equivoqué.

—¡Que si la quiero! Desde que entró aquí no vivo más que para ella. Es un santo delirio lo que siento, y si Inés me faltara, me moriría sin remedio. Mi desesperación consiste en que al traerla aquí no podemos o no sabemos darle la felicidad que ella merece. Pero ¿es acaso culpa nuestra?

—¿Y persiste vucencia en casarla con don Diego?

—¡Oh, no! Don Diego es un libertino; ya no me queda duda. Yo me opondré a que se case con él.

—Hace bien usía, y a la señorita Inés no le faltarán jóvenes de familia distinguida entre quienes elegir esposo. Por de pronto, señora, yo me atrevo a aconsejar a usía que rompa definitivamente con don Diego. Las malas compañías de este joven son un peligro para la tranquilidad de esta casa.

—¿Qué quieres decir? Ahora me viene a la memoria ese hombre que hace poco nombraste y que me causa miedo.

—¿Santorcaz? Sí, señora; y ya que le nombro, voy a tener el valor de poner a vucencia al corriente de ciertas asechanzas, para que esté prevenida. Yo asistí a la batalla de Bailén, y allí por casualidad singular, vinieron a mis manos unas cartas...

Amaranta se inmutó.

—Señora, si he sabido casualmente alguna cosa que no debía saber, yo juro a usía que el secreto no ha salido de mis labios ni saldrá mientras viva.

La condesa pareció poseída de nerviosa exaltación.

—¡Estás loco!—exclamó—. ¡Qué majaderías me cuentas! Ni qué tengo yo que ver con esas cartas ni con ese hombre.

—En fin, señora, aunque dé a usía un mal rato, quiero entregarle las dichas cartas.

—A ver, a ver—dijo, pasando de la exaltación a una palidez intensa, que la puso como difunta.

—Vea usted esta primera—dijo, entregándole la que ella había dirigido a Santorcaz.

—¡Esto parece un sueño!—exclamó, reconociéndola—. Pero ¿cómo ha llegado a tus manos este papel? ¡Miserable chiquillo de las calles! ¿Quién te mete a leer estas cosas?...

Entonces le conté el suceso que me puso en posesión de aquellas esquelas, lo cual oyó muy atentamente, y después, oprimiéndose las sienes con ambas manos, exhaló lamentos dolorosos.

—Pues ahora vea usía esta otra, que parece contestación a la precedente, y que no llegó a ponerse en el correo; pero que, al fin, viene a su poder, aunque tarde, por mi conducto.

Leyó ávidamente la carta, y a cada rato la indignación se traslucía en su hermoso semblante. Cuando la hubo leído, rompióla coléricamente en menudos pedazos, y dijo así:

—¡Ese miserable me amenaza! ¡Dice que si su hija no está hoy en su poder, lo estará mañana!

—Vucencia recordará lo que ocurrió cuando la familia toda vino de Andalucía. Yo formaba en la escolta que acompañó a sus mercedes desde Bailén hasta Santa Cruz de Mudela, y contribuí a poner en fuga a la canalla que detuvo los coches.

—Eran ladrones.

—Sí; pero su intento no era despojar a los viajeros. Usía recordará que nos fué muy fácil darles una severa lección; pero lo que sin duda ignora es que allí estaba el señor de Santorcaz, escondido entre las cercanas malezas, pues él y no otro mandaba aquella brillante tropa de forajidos. Yo, que había leído la carta y además tenía sospechas por ciertas palabras que en Bailén oí a ese don Luis, solicité un puesto en la escolta que al señor marqués concedió el general, y en ella formaron también algunos de mis buenos compañeros. Pero todavía falta a vucencia el leer la más curiosa de las tres cartas que en aquella ocasión memorable vinieron a mis manos. Aquí está, y ella le hará ver la infame deslealtad de un criado de su propia casa.

Tomó la condesa la carta en que Román daba a Santorcaz noticia circunstanciada de lo ocurrido con motivo de la legitimación de Inés; y mientras la leía, tan pronto la rabia hacía brotar lágrimas de sus ojos como los inflamaba con vivo resplandor.

—Ya sospechaba yo la infidelidad de ese vil, que todo nos lo debe—exclamó—; pero mi tía le tiene cariño, y por eso sigue en la casa... ¡Qué infamia! Pero tú, necio mozalbete, ¿para qué has leído estas cosas? Vete; quitate de mi presencia...; no, no; ven acá; tú no eres culpable.

—Señora—respondí—, ningún nacido sabrá de mí lo que usía no quiere que se sepa. Yo esperaba una ocasión de entregar a vucencia esas cartas, y mientras han estado en mi poder, nadie, absolutamente nadie más que yo, las ha leído.

—¡Oh! Ya sé lo que debo hacer para defenderme y defender a mi hija de tan miserables asechanzas.

—Santorcaz es íntimo amigo de don Diego; le acompaña a todas partes, le aconseja y le dirige. Yo he sorprendido sus conversaciones íntimas, y por ellas veo que el pérfido amigo y consejero de Rumblar no ha desistido de sus proyectos.

—Yo estoy trastornada, yo estoy confusa—dijo Amaranta, levantándose de su asiento—. No, no, Gabriel, no te vayas. Tú eres un buen muchacho; yo quiero recompensarte de algún modo, dándote lo necesario para que vivas con el de-

coro que mereces... Pero no pienses en Inés, ¿sabes? Es una demencia que pienses en ella. ¡Pobre hija mía! La hemos sacado de la miseria; le hemos dado nombre, fortuna, posición, y no podemos hacerla feliz. ¡Esto me vuelve loca! Cuando la veo indiferente a todas las distracciones que le proporcionamos; cuando veo la imposibilidad de hacerme amar por ella, como yo quiero que me ame; cuando la observo pensativa y muda, y considero que echa de menos la apacible estrechez y contento que disfrutaba viviendo con el cura de Aranjuez, me siento morir de pena y paso llorando largas horas. ¡Pobre hija mía! ¡Ni siquiera le puedo dar este nombre, pues hasta con los de casa he de guardar el secreto! ¡Ella y yo somos igualmente desgraciadas! ¿Por qué no haces lo que te propuse, Gabriel? ¿A qué vienes con humos caballerescos? ¿Eres acaso más que un infeliz? Pero no; tienes razón; no te degrades a sus ojos; tú tienes sentimientos nobles; tú eres un caballero, aunque no lo parezcas. Tú mereces mejor suerte; Dios no es justo contigo... ¡Ay! Voy viendo que tú también eres muy desgraciado.

Esto lo decía la condesa con muestras no sólo de gran dolor, sino también de cierta confusión mental; hija de las diversas sensaciones a que se había visto sometida; y, sentándose luego, permaneció en silencio gran rato. Así estaba cuando creí sentir lejano ruido de voces en lo interior de la casa, rumor que apenas se percibía, y que para mí hubiera pasado inadvertido, a no haber corrido Amaranta súbitamente hacia una de las puertas, prestando atención a lo que tan débilmente se oía.

—Es mi tía—dijo, después de una larga pausa—; es mi tía, que no cesa de reñirla. Porque no quiere someterse a las majaderías de un ridículo maestro de baile, ni hacer dengues ante los petimetres que nos visitan, la tratan de este modo. ¡Y yo no puedo impedirlo, Dios mío!—añadió, juntando las manos con mucha aflicción—. ¡Pero si no soy nada aquí, ni tengo autoridad alguna sobre ella! He de presenciar sus martirios, fingiendo aprobarlos, y estoy condenada a aplaudir las violencias, las intolerancias, las imposiciones, el proceder suspicaz y mezquino que la hacen tan infeliz.

Amaranta hizo ademán de salir; contróvose junto a la puerta; retrocedió luego, indicando en su marcha y ademanes una grandísima agitación. Después me miró con asombro, como si se hubiese olvidado de mi presencia, y de improviso me viera.

—Gabriel—me dijo—, vete, vete al punto de aquí, y no vuelvas más. ¡Ay! ¿Por qué no querrá Dios que, en vez de ser quien eres, seas otra persona?

La conmoción me impedía hablar, y sin decir sino medias palabras, despedíme de ella, besándole respetuosamente las manos. Entonces Amaranta me tomó una de las mías y, mirándome con calma, derramando lágrimas de sus bellos ojos, me dijo esto, que no olvidaría aunque mil años viviese:

—Gabriel, eres un caballero; pero Dios no ha dispuesto darte el nombre y la condición que mereces. Si quieres darme una prueba de la nobleza de tus sentimientos y de la rectitud de tu juicio, prométeme que has de desaparecer para siempre de Madrid y no presentarte jamás donde ella te vea. Se le dirá que has muerto.

—Señora—respondí—, ignoro si me permitirán salir de Madrid; pero si algo impide esta mi resolución, yo prometo a usía, por Dios que nos oye, salir de Madrid; y entre tanto que aquí esté, juro que no me presentaré a ella, ni haré por verla, ni consentiré en cosa alguna por la cual venga a conocer que estoy en el mundo. Este es mi deber.

—Tendré presente lo que me has jurado—dijo ella—. No te arrepentirás de tu conducta. Adiós.

IX

Estrechóme entre las suyas mis manos la condesa, con muestras de vivo agradecimiento, y salí de aquella estancia y del palacio con tan profunda emoción, que no era dueño de mí mismo. Cuando llegué a mi casa, después de vagar por Madrid toda la tarde, arrojéme sobre mi lecho, donde en vela pasé la noche entera, revolviendo en mi mente las palabras del diálogo con Amaranta, llorando a veces, a veces profiriendo gritos de rabia, y tan excitado, que

mis buenos patronos creyeronme atacado de violenta fiebre.

A la mañana siguiente, después que, rendido a la fatiga, dormí con sueño irregular y espantoso durante algunas horas, doña Gregoria llegóse a mí y me despertó, diciendo:

—¿Qué es esto? Durmiendo a las diez de la mañana. Arriba, arriba, mocito. ¡Y se ha acostado vestido! Vamos, que son las diez... Pero, chiquillo, ¿qué haces, en qué piensas? Por ahí ha pasado la quinta compañía de voluntarios, tan majos y tan bien puestos con sus uniformes nuevos, que darian envidia a un piquete de guardias valonas. ¡Ay, qué monisimos iban! A los franceses les dará miedo sólo de verlos. Nada les falta si no es fusiles, pues como en el Parque no los había, no se los han podido dar; pero llevan todos unos palitroques grandes, que les caen a las mil maravillas, y de lejos parece que llevan escopetas. Vamos, levántese el señor Gabrielillo; ¿no eres tú de la quinta compañía? Levántate, que ya dicen que está Napoleón Bonaparte a las puertas de Madrid, montado en una mula castaña y con la lanza en el ristre para venir a atacarnos.

—Mujer, ¿qué disparates estás diciendo?—observó el Gran Capitán—. Napoleón no está en Madrid, sino que parece entró ya en España y anda sobre Vitoria. Por cierto que dicen que ha habido una batalla... Pero, chico, ¿no vas a coger tu fusil?

—Hoy mismo me voy de Madrid, señor don Santiago.

—¿Que te vas de Madrid, después de alistado? Pues me gusta el valor de este mancebo.

—Es que voy a ver si me permiten pasar al ejército del Centro, que está en Calahorra, y creo que me lo concederán.

—¡Oh!, no lo esperes, porque aquí, según me dijeron en la oficina, lo que quieren es gente y más gente, pues como algunos dan en decir que hay malas noticias... Yo creo que todo es cosa de los papeles públicos, y a mí no me digan: los papeles públicos están pagados por los franceses.

—Conque ¿malas noticias?

—Paparruchas... En primer lugar, ahora salen con que lo de Zorzoza, que creíamos fué una gran victoria, es una

medianilla derrota, y que el general Blake ha tenido que escapar, refugiándose en las montañas. No se pueden oír estas cosas con calma, y yo mandaría que se le arrancara la lengua al que las repite.

—¡Mentiras, todo mentiras!—exclamó doña Gregoria—. Si no sé cómo la Junta no manda ahorcar en la plazuela de la Cebada a todos los que se divierten con tales disparates.

—Has hablado muy bien—dijo el Gran Capitán—. Ahora han dado en decir que si en Espinosa de los Monteros ha habido o no ha habido una batalla.

—¿En que también hemos perdido?—preguntó doña Gregoria.

—¡Así lo dicen; pero quia! Bonito soy yo para tragarme tales bolas. Ahora encontraré al volver de la esquina al señor de Santorcaz, el cual me lo dijo, fingiéndose muy apesadumbrado... ¡Pícaro marrullero! Como si no supiéramos que es espía de los franceses.

—¿Conque en Espinosa de los Monteros? ¿Y hemos tenido muchas pérdidas?—pregunté yo.

—¿También tú?—dijo Fernández, sin poder desimular el pésimo humor que tenía—. Te voy descubriendo que tienes muy malas mañas, Gabriel.

—No hagas caso de este chiquillo mal criado—dijo doña Gregoria.

—Es preciso que aprendas a tener respeto a las personas mayores—afirmó el Gran Capitán, mirándome con centelleantes ojos—. ¿Qué es eso de pérdidas? ¿He dicho acaso que nos han derrotado? No, mil veces, y juro que no hay tal derrota. ¿Hombres como yo pueden dar crédito a las palabras de gente desconsiderada y vagabunda?

Calléme por no irritar más a mi ingenuo amigo, y mientras me daban de almorzar, entró una visita, que en mí produjo el mayor asombro. Vi que avanzaba, haciéndome pomposos saludos y mostrándome en feróz sonrisa su carnívora dentadura, un hombre de espejuelos verdes, en quien al punto reconocí al licenciado Lobo. Lo que más llamaba mi atención eran los extremos de cortesía y benevolencia que en él advertí y el desusado respeto hacia mi persona que en todos sus gestos y palabras mostrara aquel implacable empapelador y antes enemigo mío.

—¿Qué bueno por aquí, señor de Lo-

bo?—dijele, ofreciéndole junto a mí una silla, en que se repantigó.

—Quería tener el gusto de ver al señor don Gabriel.

—¿Señor don tenemos?... *Malum signum*.

—Y de poner en su conocimiento algo que le importa mucho—añadió—. Pero ¿cómo no ha ido a verme el señor don Gabriel?

—Ya le he encontrado a usted muchas veces en la calle, y como no ha tenido a bien saludarme...

—Es que no habré visto a usted—me contestó melosamente—. Ya sabe el señor don Gabriel que soy más que mediamente ciego... Pues bien; como decía... El Gobierno ha tenido a bien remunerar los buenos servicios de usted.

—¡Mis buenos servicios!—exclamé, asombrado—. ¿Y qué buenos ni malos servicios he prestado yo al Gobierno?

El Gran Capitán y su esposa, con medio palmo de boca abierta, prestaban gran atención.

—Modestito es el joven—prosiguió Lobo con aquel artificioso sonreír, que le hacía más feo, si es que cabía aumento en las dimensiones infinitas de su fealdad—. Yo he oído que usted se lució mucho en la batalla de Bailén, y no sé si también en la de Trafalgar, donde parece que mandó un par de fragatas o no sé si un navío.

Prorrumpí en risas, y los dos ancianos, mis amigos, miráronse uno a otro con espontánea admiración por mis inéditas hazañas.

—Sí..., algo de esto ha llegado a oídos del justiciero Gobierno que nos rige, y las comisiones ejecutivas de la Junta se disputan cuál de ellos echará el pie adelante en esto del recompensar a usía.

—¡Hola, hola!, ¿también soy usía? Pues esto sí que me llena de asombro.

—Pero sea lo que quiera, amigo mío—continuó el leguleyo—, ello es que se ha decidido darle a usía un empleo en América, al inmediato servicio del señor virrey del Perú.

—¿Trae usted mi nombramiento?—dije, comprendiendo, al fin, de dónde venía todo aquello.

—No; hoy sólo vengo a notificarle a usía este gran suceso y a advertirle que cualquier cantidad que necesite para preparar su viaje, me la pida con franqueza, pues tengo orden de la..., digo,

del Gobierno, para entregar a usted lo que tenga a bien pedirme, previo recibo que me extenderá vuestrencia.

—¿También soy vuestrencia?—dijo, recreándose en la estupefacción de mis dos amigos.

—El nombramiento—prosiguió—lo tendrá usía dentro de dos o tres días; pero le advierto que es voluntad de la Junta Suprema que el señor don Gabriel se haga a la vela al punto para las Américas, donde pienso que es de gran necesidad su presencia.

—Bueno—repuse—; pero, entre tanto, yo le ruego al señor de Lobo diga a la Junta que no me hace falta dinero, y que muchas gracias.

—Eso no está bien—dijo doña Gregoria, muy incomodada— Pero, tonto, si te lo dan, recíbelo, y guárdalo, sin averiguar de dónde viene. Estas cosas no pasan todos los días. Apuesto a que la Junta ha sabido lo de tus latines y te manda allí para que enseñes esa lengua a los salvajes, con lo cual se convertirán todos. ¿No es verdad, señor de Zorro, que así ha de ser?

—No me llamo Zorro, sino Lobo—repuso éste—, y hará muy bien el señor don Gabriel en tomar lo que le haga falta, pues a su disposición lo tiene.

—Pues bien—dijo yo—; vaya usted de mi parte a la señora Junta que le dió tan buen recado para mí, y dígame que, para servir a la patria y al rey, yo no pensaba pasar a América, sino al ejército del Centro y de Aragón, en cuyo reino pienso quedarme y no volver a Madrid mientras viva. Para este viaje no se necesitan gastos.

—¿Y qué va a hacer el señor don Gabriel en el ejército de Aragón? Aquello está mal—dijo Lobo—. Por el de la izquierda no andan mejor las cosas, y después de la batalla que hemos perdido en Espinosa de los Monteros, nuestras tropas quedan reducidas a nada, y Napoleón vendrá a Madrid.

—¡Eso será lo que tase un sastre!—exclamó el Gran Capitán, echando chispas—. ¿Quién hace caso de los papeles?

—Desgraciadamente—continuó Lobo—, esa sensible derrota no puede ponerse en duda.

—Pues yo la pongo—afirmó Fernández, rompiendo un plato que al alcance de la mano tenía sobre la mesa—.

Sí, señor; yo la pongo en duda; y es más: yo la niego.

—El señor—dijo doña Gregoria—seguramente no sabe quién eres tú y el cómo y cuando de lo bien enterado que estás de todo.

—Yo sé la noticia por buen conducto, y aseguro que es indudable—indicó Lobo—. El secretario del ramo de Guerra me lo ha dicho.

—Buen caso hago yo del secretario del ramo de Guerra—dijo Fernández, amoscándose en grado supino.

—Vamos, no porfíes, Santiago...—añadió doña Gregoria—. Estás más encarnado que pimienta de Calahorra, y no está bien que te dé el reuma en la cara por una batalla de más o menos.

—Pues que no me falten al respeto. ¡Esto de que le insulten a uno en su propia casa!...—dijo Fernández, dando un puñetazo en la mesa—. Porque digan lo que quieran, donde menos se piensa salta un espía de los franceses, ¡y Madrid está lleno de traidores!

Asustado Lobo del enérgico ademán de don Santiago, no quiso insistir en lo de la derrota, y proclamó muy alto que la batalla de Espinosa de los Monteros había sido ganada y reganada y vuelta a ganar por los españoles, oyendo lo cual se apaciguó nuestro veterano de las portuguesas campañas, y habló así:

—Me parece que tiene uno autoridad para decir quién gana y quién pierde en esto de las batallas...; y todos no entienden de achaques de guerra..., y una acción parece derrota de diablos hasta que viene una persona inteligente y la explica, y resulta victoria de ángeles...; y no digo más, porque sé dónde me aprieta el zapato; y en Espinosa de los Monteros lo que hubo fué que todos los franceses echaron a correr, y el hi... de mala mujer que me desmienta sabrá quién es Santiago Fernández.

Dijo, y levantóse, cantando entre dientes un toquecillo de corneta; y dirigiéndose luego a donde desde lueños edades tenía su lanza, la cogió, y con un paño la empezó a limpiar del cuento a la punta, dándole repetidas friegas, pases y frotaciones, sin atender a nosotros ni cesar en su militar cantilena. En tanto, Lobo, que en todo pensaba menos en llevarle la contraria, continuó hablándome así:

—Ahora, señor don Gabriel, me resta

tocar otro punto, y es que me diga usted algo de su parentela y abolengo, porque es preciso sacarle una ejecutoria. Con diligencia, el *Becerro* en la mano y un caligrafo que se encargue del árbol, todo está concluido en un par de días.

—Mi madre entiendo que lavaba la ropa de los marineros de guerra—le contesté—, y hágamela su merced duquesa del Lavatorio, o, para que suene mejor, de Torre-Jabonosa, o del Val de Espuma, que es un lindísimo título.

—No es broma, señor mío. Al contrario, el destino que usted lleva al Perú no puede dársele sin una información de nobleza. Es cosa fácil. Y de su papá de usted, ¿qué noticias se pueden encontrar en la tradición o en la Historia?

—¡Oh! Mi papá, señor de Lobo, si no mienten los pergaminos que se guardan en el archivo de mi casa, y están todos roídos de ratones (lo cual es muestra de su mucha ranciedad), fué cocinero a bordo de la goleta *Diana*, por lo cual le cae bien un título que suene a cosa de comida...; pero ahora recuerdo que un mi abuelo sirvió de alquitrano en la Carraca, y puede usted llamarle el archiduque de las Hirvientes Breas, o cosa así.

—Usted se chancea, y la cosa no es para burlas. ¿Su apellido...?

—Los tengo de todos colores. Mi madre era Sánchez.

—¡Oh! Los Sánchez vienen de Sancho Abarca.

—Y mi padre, López.

—Pues ya tenemos cogidos por los cabellos a don Diego López de Haro y a don Juan López de Palacios, ese famosísimo jurisconsulto del siglo quince, autor de las obras *De donatione inter virum et uxorem*, *Allegatio in materia hæresis*, *Tractatum de primogenitura*...

—Pues de ese caballero vengo yo como el higo de la higuera. También me llamo Núñez.

—Por las alturas genealógicas de usted debe de andar el juez de Castilla Nuño Rasura. ¿Y no hubo algún Calvo en su familia?

—¿Pues no ha de haber? Mi tío Juan no tenía un pelo en la cabeza. También me llamo Corcho, sí señor; yo soy nada menos que un *Corcho* por los cuatro costados.

—Félsimo nombre, del cual no podemos sacar partido. Si al menos fuera Corchado...; pues hay en tierra de Soria un linaje de Corchados, que viene de la familia fromana de los *Quercuillus*. En lugar de Corcho le podemos poner al señor Gabrielillo una Encina o Del Encinar, que le vendrá al pelo.

—A mi madre la llamaban la señora María de Araceli.

—¡Oh, bonitísimo! Esto de Araceli es bocado de príncipes, y más de cuatro se despepitarian por llevar este nombre. Suena así como *Medinaceli Cœlico Metinensis*, que dijo el latino. No necesito más.

A todas éstas, doña Gregoria no sabía lo que pasaba oyendo el diálogo de linajes, y, absorta y suspensa, aguardaba en silencio en qué vendría a parar todo aquel belén de mis apellidos.

—Que es de buena sangre el niño, no lo puede negar—dijo al fin—, porque bien se conoce en la nobleza de su condición; que hartos hay por ahí llenos de harapos, y a lo mejor salen con la novedad de que son hijos de un duque. Aquí estoy yo, que tampoco doy mi brazo a torcer, pues los Conejos de Navalagamella no son ningún saco de paja.

—¿Qué conejos son éstos, señora mía?

—El mejor linaje de toda la tierra. Yo soy Coneja por los cuatro costados. El señor licenciado sabrá de qué fuentes antiguas vendrá este arroyo genealógico de la Conejería.

—Como estos gazapos—contestó el licenciado—no vengan de aquellos tiempos remotísimos en que a España la llamaban *cunicularia*, es decir, tierra de conejos, no sé de dónde pueden venir.

—Así debe de ser. Y el señor don Gabriel ¿de dónde viene?

—Eso lo dirá el *Becerro*. Ahora veo que este señor de Araceli no es cualquier cosa, y aquí, en dos palotadas, hemos encontrado robustas columnas donde apoyar la grandiosa fábrica de su alcurnia. Pero, hablando de otra cosa, señor de Araceli, ¿quién me abonará los gastos de la saca de ejecutoria? ¿Usted o la persona que me ha dado el encargo de hacer otras diligencias y de ofrecer el dinero?... Porque los gastos no son una bicoca. Además, esta comisión, tan bien desempeñada, ¿no merece alguna recompensa? Yo creo que la dará la señora con...; quiero decir,

la Junta central, que es quien aquí me ha enviado.

—Más vale que el señor licenciado no se tome el trabajo de revolver papeles ni pintar árboles, pues yo no se lo he de pagar, y ese dinero que me ofrece tampoco lo he de tomar.

—Eso sí que no lo consiento—manifestó doña Gregoria—. No ha de ser así. Santiago, oye lo que dice este porro.

—Usted lo meditará mejor—dijo el leguleyo, levantándose— En cuanto a mí, espero ganar algo en estos jaleos, porque, amigo mío, ¿cómo se da de comer a diez hijos, mujer y dos suegras? Dentro de unos días volveré a traer a usted el nombramiento, y un poco más tarde, la ejecutoria. Y en cuanto al dinero, con ponerme dos letritas...

—Bueno—respondí, considerando que me convenía disimular por de pronto mis intenciones—. Yo haré lo que me parezca, y nos veremos, señor don Severo.

—Adiós, mi querido e inolvidable amigo—dijo, deshaciéndose en cumplidos—. Que esto sirva para estrechar más los lazos de la dulce amistad que desde ha tiempo nos profesamos.

—Sí, desde El Escorial.

—Justamente. Desde entonces le eché el ojo al señor de Araceli, y comprendiendo sus excelentes prendas, lo dijudé por grande amigo mío. Venga un abrazo.

Se lo di, y fué tan satisfecho. Entre tanto, habían acudido a casa del Gran Capitán los vecinos, traídos todos por el olor de mi estupendo destino y del encumbramiento novelesco, que ninguno quiso creer si doña Gregoria no lo jurara en nombre de todos los Conejos de Navalagamella.

—¿Que no lo creen ustedes?—decía el Gran Capitán a las niñas de doña Melchora—. Como que me lo han hecho virrey del Perú.

—¡¡¡Virrey del Perú!!!

—Sí..., y no quedó cosa que no sacó aquí ese señor de Lobo, Zorro o Leopardo—añadió doña Gregoria—. Y ahora parece que está tan clara como la luz del sol la nobleza de este niño. ¡Si vieran ustedes la sarta de duques, condes y marqueses que han aparecido entre sus abuelos! ¡Jesús, y quién lo había de decir!... Y le dan todo el dinero que quiera pedir por esa boca...

Como que pretenden que se vaya pronto para las Américas a arreglar a aquella gente, que anda toda revuelta... ¿No te lo decía yo, picaronazo? Alguna cosa gorda te tenía reservada el Señor por ese tu buen natural... ¡Y que eras tú tonto en gracia de Dios!... Nada, nada; toda esa parentela que te ha salido, hirviendo como garbanzos en pucheros, te está muy bien merecida.

—Pues convidenos el señor perulero a piñones—dijo doña Melchora.

—¿De modo que ya no coges el fusil?—me dijo don Roque.

—Y ahora hace falta—añadió Cuerbatón—. Pronto tendremos aquí a este infame córcego.

—Sí, porque lo de Espinosa de los Monteros ha sido un menudo descalabro.

—¡Cómo descalabro!—exclamó furiosamente una voz que no necesito decir a quién pertenecía.

—Sí, señor; un descalabro. Ya lo sabe todo el mundo. La retirada fué además desgraciadísima, y ha perecido mucha gente.

Don Santiago Fernández, que ya estaba de muy mal humor, se puso en punto de caramelo, y después de dudar durante un rato si contestaría a tales insolencias con un abrumador desprecio o con enérgicas negativas, decidióse por lo último, diciendo:

—En esta casa no se consiente gente perdida, porque juro y rejuro que los que hablan así de la batalla de Espinosa de los Monteros son espías de los franceses, y no digo más. Basta de disputa; cada uno meta su alma en su almario..., y silencio, que aquí mando yo, y cuidadito con lo que se habla, que a mí no se me falta al respeto.

Conticuere omnes.

X

Quiere el buen orden de esta narración que ahora deje a un lado la gran figura del Gran Capitán, con cuyas eminentes dimensiones se llena toda la historia de aquellos tiempos; que también pase en silencio, por ahora, no sólo las hazañas que piensa realizar, sino sus admirables sentencias y el dictamen profundo que sobre los asuntos de la

guerra daba; y que, poniendo punto en todas estas cosas, pase a ocuparme de don Diego de Rumblar. Es el caso que una noche encontréle camino de la calle de la Pasión, y al instante me cosí a su capa, resuelto a seguirle hasta la mañana, si preciso era.

—¡Oh Gabriel! ¡Qué caro te vendes! Chico, toma tus dos reales. No me gustan las deudas.

—¿Ya ha salido usted de apuros? No será por lo que le haya dado el señor de Cuervatón.

—¡Miserable usurero! No pienso pedirle más, porque ahora tengo todo lo que me hace falta. ¿A que no sabes quién me lo da? Pues me lo da Santorcaz.

—Eso es raro, porque yo suponía al señor don Luis más en el caso de recibir que de dar.

—Pues ahí verás tú. Ahora tiene mucho dinero, sin que sepa yo de dónde le viene. Parece un potentado el tal Santorcaz. ¡Cuánto me quiere y con cuánto talento me indica todo lo que debo hacer! Habías de verle cómo me ofrece dinero y más dinero; por supuesto, dándole un recibito en toda regla. Ayer me prestó mil y quinientos reales que necesitaba para comprarle un collar de corales a la *Zaina*.

—¿Y es posible que gaste usted su dinero en tales obsequios, cuando tiene una tan linda novia con quien se ha de casar?...

—¡Qué quieres, chico! Una cosa es el noviazgo y otra es tener una mujer... pues. La *Zaintu* me vuelve loco.

—Pero ¿no se casa usted?

—¿Pues no me he de casar? Por de contado. Me parece que alguien de la familia se opone; pero no me apuro mientras tenga de mi parte a la marquesa. El casamiento es indispensable, porque es cosa de conveniencia. Mi madre me dice en todas sus cartas que si no me caso pronto, me abrirá en canal. La boda, sobre todo; pero lo cortés no quita a lo valiente... ¿Has conocido mujer más salada, más seductora que la *Zaida*?

—Pues yo he oído, y esto lo digo para que se ande usted con tiento, que el señor de Mañara es el cortejo de la *Zaina*.

—Así se dice... Pero ¡a mí con ésas! Puede que en un tiempo mi amigo don

Juan tuviera ese capricho; pero ya no hay tal cosa.

—Y que don Juan salía al amanecer de casa de la *Zaina*, cierto es, porque yo lo he visto.

—Nada de eso hace al caso—repuso don Diego con petulancia—. Lo que es hoy, Ignacia se está muriendo por el que está dentro de esta capa. Ya verás esta noche cómo no me quita los ojos de encima. Además, yo sé que Mañara bebe los vientos por otra mujer.

—¿Por otra?

—Mejor dicho, por uos, Mañara ha vuelto a enredarse con la señora aquella que fué causa de un escándalo el año pasado, según oí contar, y, además, anda en tratos con la María Sánchez, hermana de la *Pelumbres*. Y que con la *Zaina* no tiene nada lo prueba que anoche se pusieron de vuelta y media en casa de ésta. ¡Bonito pañuelo de encajes y bonita mantilla blanca lució en los novillos de anteayer la *Pelumbres*! Todo es regalo de Mañara, y anoche estuvieron juntos en la cazuela del Príncipe, y fueron después a cenar en casa de la González. De modo que nadie me disputa hoy a mi *Zainilla* de mi alma.

En esto llegamos a casa de la semidiosa de las coles, lechugas y tomates, y vimosla trasegando, de un pequeño tonel a media docena de botellas, una buena porción de aguardiente, al cual, como católica cristiana, administraba el primer sacramento con el Jordán de un botijo que allí cerca tenía. Lejos de ella, y a otro extremo de la salita, se calentaban junto a un brasero el *tío Mano de Mortero* (padre de la *Zaina*), *Pujitos* y el simpático cortador de carne, a quien llamaban *Majoma*, los tres muy enredados en una calurosa conversación sobre los negocios públicos. Sin hacer caso de aquel grupo, que a su vez no lo hacía de los visitantes, don Diego y yo nos fuimos derechamente a la *Zaina*, y aquí me corresponde hacer de ella la más exacta pintura que esté a mis cortos alcances.

Era Ignacia Rejoncillos la más hermosa escultura de carne humana que he visto; y digo esto, no porque yo la viese jamás en aquel traje que suelen usar la Venus de Médicis, la de Milo ni otras marmóreas damas por el mismo estilo, sino porque claramente se le tras-

lucían, a favor de los vestidos de entonces, la corrección, elegancia y proporcional forma de las distintas partes de su cuerpo; que el traje, lejos de afeár estas femeninas esculturas, antes bien las hermosea, y más admirables son supuestas que vistas.

Guapísima de rostro, tenía un blanco nacarado, sin que jamás se hubiese puesto otro afeite que el del agua clara, y unos ojos chispas, pardos, adormecidillos, tan pronto lánguidos como enardecidos, de esos medio santurrones y medio borrachos que suelen encontrarse, viajando por tierra de España, detrás del cajón de una plazuela, al través de las rejías de un convento, y para decirlo todo de una vez, lo mismo en cualquier paraje público que privado. Aunque algo chatilla, sus dientes de marfil, su lindo boca (que era puerta de las insolencias), su garganta y cuello alabastrino, bastaban a oscurecer aquel defecto. Las manos no eran finas, como es de suponer; pero sí los pies, dignos de reales escarpines, y tenía además otro encanto particularísimo, cual era el de una voz suave, pastosa y blanda, cuyo son no es definible, y a quien daba mayor gracia lo incorrecto de la pronunciación y los solecismos que embutía en el discurso.

—Querida *Zaina*—le dijo amorosamente don Diego—, anoche soñé contigo.

—Y yo con las monas del Retiro—contestó ella.

—Soñé que me querías mucho, y cuando desperté estuve llorando media hora al ver que todo era sueño.

—¿Y cuánto me quiere su merced? Lo que es yo, estoy toda muerta y tengo el corazón hecho un ginovesado de tanto quererle.

—¡Si dijeras verdad, ingrata Proserpina, orgullosa Juno, artificiosa Circe! Tu corazón es de duro diamante o risco, y en vano mi amor quiere traspasarle con los acerados dardos de su carcaj.

—¿Qué motes son esos que me ha puesto, señor conde?—exclamó la *Zaina*, riendo a carcajada tendida—. ¡Puerco espina yo! ¿Y qué es eso de los carcajales y de los diamantes duros?

—Esto lo he oído en una poesía que leyeron esta noche en la Rosa Cruz y a ti te viene de molde. Dime: ¿por qué no me contestaste a la ternísima carta que te escribí el otro día?

—¿Yo contestar, hombre de Dios? Así cuervos se lo coman. ¿Cómo he de contestar, si no sé escribir? Allí leyeron el papel los amigos, y tuvieron dos horas de fiesta y risa con aquello del llagado corazón de su merced, y que yo era una paloma torcaz y una ruiñeira, y que me tiene un amor edial y pantásmico.

—«¡Ideal y fantástico!», decía la carta, lo cual significa que te quiero con amor puro y platónico, sin mezcla de ningún liviano apetito.

—¡Ande y que le den garrote! No me hable usía en lengua gringa, que no entiendo.

¿Y qué te han parecido los corales?

—¿Los colares? Mazníficos, como ahora se dice. Sólo que ya podía usía haberlos acompañado de la friolera de un par de zarcillos y de una peineta de carey de las que hoy se usan. Y no se olvide mi condito del alma que me ha prometido un coche pa dir el lunes a los novillos, ni de aquellas doce varas de cotonia para hácerme lo que llaman ahora un *savillé*. Si no, manque se güelva irmitaño y alacoreta, como dice en su cartapacio, no le he de querer.

—Todo eso tendrás, y aun mucho más—dijo don Diego, tomándole un brazo.

—En el interin, manos quietas, señor don Diego, que quien es platono y pantásmico, como usía dice, no ha de gustar de pelliscar carne fofa como la mía. Pero venga acá y contésteme. ¿Se afirma en lo que anoche me contó del señor de Mañara?

—Punto por punto, *Zainilla* de mis entrañas.

—No es que me importe nada de lo que hace ese calaverilla—añadió la verdulera—, sino que una amiga mía quiere saberlo.

—Pues dile a tu amiga que el señor de Mañara no la quiere ya, porque está enamorado de una cierta duquesa y de la *Pelumbres*, entrambas a dos.

—¡Duquesitas a mí!—exclamó Ignacia, haciendo un gesto aterrador con su derecha mano—. Si es la señora que usía nombró anoche..., ya, ya la conozco bien. Hace dos años solía ir en ca la *Primorosa* con otra amiguita suya, condesa o no sé qué, alta y morena, y con la Pepilla González, comicastra del teatro del Príncipe. Pues ¡no armaban mal jaleo entre las tres!... ¿Y también está con la *Pelumbres*?

—No; con su hermana Mariquilla; me equivoqué. Eso, todo el barrio lo sabe. Pues ¡no está poco satisfecha Mariquilla! Pero deja eso, que nada te importa, *Zaina*. ¿Me quieres mucho?

—Pues ¡no le he de querer, niño—respondió la *Zaina* sin mirar a don Diego—, si tengo el corazón que no parece sino que en él me enclavan alfileres!... ¿Vendrá don Juan esta noche?

—¿A ti qué te va ni viene, capullito de rosa?

Diciendo esto, don Diego volvió a extender los alevosos dedos para pellizcarla el brazo; pero en esto alzó la voz el *tío Mano de Mortero*, diciendo:

—¿Ya estamos de secretitos? A bien que el señor don Diego es un caballero muy apersonado y principal, y viene acá con buenos fines. Nacia, no seas ortiguilla ni te pongas tan picona con mi señor conde; que si su grandeza te quiere dar un pellizco es por ver lo que vas engordando, y no con intención de ser pesado. Sí, que yo iba a consentir otra cosa en esta casa de la misma honradez. Pero ¿dónde están, señor conde, las espuelas de plata que me prometió?

—Mañana, si Dios quiere, las acabará el platero—dijo don Diego, acercándose al grupo.

—¿No sabe usía las noticias que corren?

—Que se ha perdido una batalla en Espinosa de los Monteros.

—Y parece que también anda mal el ejército de Castaños, y que ya Napoleón va sobre Burgos.

—Todo eso es misa rezada—dijo *Pujitos*—, porque ya tenemos en Portugal obra de veinte mil inglesones, que mandan uno a quien llaman el *tío Mor*.

—Buen tiempo viene ahora para el comercio, *tío Mano*—dijo *Majoma*—. Con esto de la guerra, los franceses por el lado de acá y los ingleses por el lado de allá, la fardería corre que es un primor.

—Dices bien, niño. La raya de Portugal está hoy que es un bocado de ángeles, y los comerciantes de Madrid me traen ahora en palmitas. Además de que no falta género inglés muy barato puesto en Portugal, por la frontera y por las sierras de Gata y Peña de Francia no se ve un pícaro guarda, porque todos se han juntado a los ejércitos,

de modo que viva mi señora la guerra mil años, y abajo Napoleón.

—Como venga a Madrid el infame *córcego*—dijo *Pujitos*—, se va a quedar asombrado al ver los batallones que hemos formado acá en un ráscate ahí. ¿Han dido ustedes al enjercicio de hoy? ¡Válgame mi Dios, y qué tropa! Aquello metía miedo, y si en vez de palos llegamos a tener fusiles, nosotros mismos nos hubiéramos asustado de nosotros mismos, echando a correr por todo el campo de Guardias palante.

—Pues yo no me he querido enganchar—dijo *Majoma*—, porque una peseta es poco, y si el *tío Mano de Mortero* me lleva a la raya, mejor estoy allí que en Flandes; y dejémonos de coger las armas, que por haberlas tomado una vez contra un alguacil me han tenido diez años mirando a la Puntilla (1) y a los Farallones (2) con una cuenta de rosario en los pies, que si no es por la jura de mi don Fernando Séptimo, allá me comen los cinifes otros diez.

—Eso no debe apesadumbrarte, *Majomilla*—dijo *Mano de Mortero*—, que es de personas cabales el pasear la vista por los Farallones, y testigo soy yo, que, aunque no fui allá por el aquel de ninguna sangría mal dada, como tú, echáronme dos años por mor de un paseo a caballo en compañía de cuarenta quintales de hilo de patente, con su *Londón* y todo, que metí allá por Alcañices. Pero, hijo, acá estamos todos, y Dios y la Virgen nos acompañen, para no tener que llevar en los tobillos aquellas telarañas de a dos arrobas, que es el peor corte de polainas que he calzado en mi vida.

Llamaron en esto a la puerta, y vimos entrar al señor de Mañara y a Santorcaz, el primero vestido elegantísimamente de majo, con capa de grana y sombrero apuntado.

—¡Gracias a Dios que parece su eminenca por acá!—dijo el padre de la *Zaina*, acercándole una silla a Mañara.

—Ya sabrán ustedes que le tenemos de regidor de Madrid—gritó Santorcaz.

—¡Regidor el señor de Mañara!

—¡Que viva mil años!—exclamaron todos.

—Así es. La sala de alcaldes me ha

(1) Cabo en la entrada de Melilla.

(2) Peñasco en la entrada de Melilla.

nombrado—respondió don Juan—, y es probable que acepte.

—¿Y no se suspenderán los novillos del lunes?—preguntó con mucho interés *Majoma*.

—Como yo mande, habrá novillos aunque tengamos a las puertas de la plaza a todos los emperadores del mundo.

—¡Viva el regidor!

—Y dígame usía, angelito de mi alma—preguntó el *tío Mano de Mortero* con visible enternecimiento—, esos probecitos que hace dos meses están en la cárcel de Villa porque jugaron a la pelota con seis pellejos de vino por sobre las tapias de Gilimón; esos probecitos corderos, que son más buenos que el buen pan y más caballeros que el Cid, ¿no merecerán de su generosidad que les quite del mal recaudo en que se hallan? ¡Ay mis queridos niños! ¡Y cómo se me aguan los ojos y se me arruga el corazón al verlos entre rejas! ¿Cómo no, excelentísimo señor, si les he criado a mis pechos y enstruido con mis liciones y enderezado con mis palos? No parece sino que su carne es mi carne, y mal haya el que los vió tan listos de piernas como de ojos por Peña de Francia, y ahora los ve con los brazos cruzados, entre alguaciles, carceleros y toda esa canalla, que debería estar frita en aceite para que todo el mundo anduviera en regla.

—Sosiéguese el buen *Mortero*—dijo Mañara—, que si de algo vale mi influjo, abrazará pronto a sus amigos.

—¡Que suba al quinto cielo el señor don Juan, y juro que le he de traer la mejor muda de camisas en pieza que ha tapado carne de corregidor desde que el mundo es mundo! ¡Ea!, a bailar, a cantar. Nacia, trae aquello blanco del barrilito que apandamos en este viaje.

—¿No han venido Menegilda, ni Alfonsa, ni Narcisa?—preguntó Mañara—. Esto está más triste que un entierro. Tú, *Zainilla*, echa unas boleras para hacer boca.

—¡Yo, yo boleras!—repuso la *Zaina* con tono desapacible y malhumorado—. No me pide el cuerpo boleras.

—Echallas, por amor de Dios.

—Digo que no me da la gana. ¿Soy figurilla de tutili-mundi?

—Nacia—dijo gravemente el padre de la consabida—, no se contesta de esa manera, y pues el señor regidor de mi

alma lo manda, cantarás. aunque te pudras.

—Un par de seguidillas ai menos.

La *Zaina* cambió de parecer, y, rasgueando una guitarra, cantó:

Todas las duquesitas
de los Madriles
no sirven pa calzarme
los escarpines.

Dale que dale,
y póngame esa liga,
que se me cae.

—¡Otra, otra! Tiene en el cuerpo esta maldita *Zaina* toda la gracia del mundo.

La *Zaina* continuó:

Señora principesa
de panza en tróte,
las sobras que yo dejo
usted las coge.

Viva quien vive,
le regalo ese peine
que no me sirve.

Aquí fué el batir palmas y patear suelos y el romper sillas, con tanto estruendo y algazara, que no parecía sino que la casa se venía al suelo. La *Zaina* arrojó después lejos de sí la guitarra, con tal fuerza, que aquel sensible instrumento, al dar violentamente contra una silla, lanzó un quejido lastimero y se le saltaron dos cuerdas. Acto continuo sentóse junto a don Diego. Pero la exactitud de esta narración exige que ahora los deje en su amoroso coloquio, ella hecha todo lenguas y él embobado y suspenso, para que pase a decir cómo entraron, metiendo mucho ruido, la Menegilda, la Alfonsa y la Narcisa, que, con ser sólo tres, no parecía sino que entraban por las puertas todos los demonios del infierno.

—Tarde venís, ninflas—dijo *Mano*.

—Sí, hemos estado picando lomo para las salchichas. Como esta tarde no lo pudimos hacer por ir al rosario...—contestó una de ellas.

—Pos yo, por no perder el rosario, cerré mi almacén de hierro—dijo otra—, y desde prima noche he tenido que andar despartando los clavos de herradura de los clavos de puerta.

—¡Ay, qué bueno ha estado el rosario! ¿Lo has visto, *Majomilla*?

—¡Qué había de ver, si me entretuve en el Puente de Toledo esperando un

cinco de copas que no quería salir, y gancheando a dos payos de Valmojado que malditos de ellos si sudaban dos cuartos! Pero lo rezaré mañana, que para el bien nunca es tarde.

—Ende que lo supimos—dijo la Narcisca—nos plantamos allá. Yo le mandé al pariente que pusiera el puchero y cuidara de los chicos, y pies para qué vos quiero. Este rosario lo ha sacado la Congregación de María Santísima del Carmen de la parroquia de San Ginés, en rogativa de las presentes calamidades. Salió a las dos. ¡Qué lucimiento, qué devoción! Allí iban todos, desde el señor más estirado hasta el último comiquín, y todos con su vela. ¿No ha estado usted, *Mano de Mortero*?

—¿Qué había de ir, mujer—respondió—, si estoy aquí con el corazón traspasado por la pena de no haber metido mi cucharada en ese rosario? Pero pues mi alma lo necesita, mañana tengo de asistir a la función que da la Cofradía de María Santísima de los Dolores, a quien tengo ley por los malos pasos de que me ha sacado en bien, intercediendo con su divino Hijo. Creo que predica mi grande amigote el padre Salomón.

—Esa función—añadió *Pujitos*—es en el convento de padres dominicos, y se celebra para implorar el divino auxilio por la felicidad de las armas de esta monarquía, salud de nuestro santo padre Pío Séptimo y libertad de nuestro amado monarca.

—Justo y cabal—prosiguió *Mano de Mortero*—; y pues hay procesión, pienso asistir con vela, que todos, el que más y el que menos, estamos llenos de pecados, y aun yo, que no hago mal a nadie, allá me voy con los demás: porque el justo peca tres veces, cuanti más los que no lo son. Por lo que a mí hace, no tengo comeniente en que Su Divina Majestad saque en bien los ejércitos, que españoles somos y lo debemos desear, ni tampoco en que le dé mucha salud y años mil a ese señor don Pío Séptimo; pero en lo de poner en libertad a Fernando, que es como si dijéramos acabarse la guerra, por allá me lo tenga un par de añitos más, pues esto de la guerra, y los franceses por acá y los ingleses por allá, es una bendición de Dios, y un rocío celestial que el Señor manda a los probecitos que no tienen dónde ganarlo,

si no es poniendo la vida en un tris y escondiendo las piezas de hilo dentro de las sacas de carbón para ver de engañar al fisco, que es el demonio, enemigo de nuestras almas.

—Mal patriota es el señor *Mano*—dijo enfáticamente *Pujitos*—, pues ni coje el fusil ni ruega por la libertad de nuestro amado monarca.

—Diez fusiles, que no uno, cogeré si es preciso, pues hartos agujeros, raspones y abolladuras hay en los cuerpos de los guardas que podrán dar fe de cómo maneja el gatillo. También quiero y reverencio a mi querido rey, pues no puedo olvidar que me apretó la mano el día que entró viniendo de Aranjuez, ni que le alabó a mi *Zainilla* el garbo para tocar el pandero; pero los probes somos probes y yo pondría a mi Fernando en siete tronos... Hijo, dame pan y llámame tonto, y como dijo el otro, el abad de lo que canta yanta.

—Hoy no vi al señor de *Pujitos* en la formación—dijo Santorcaz, acercándose al grupo.

—¿Cómo había de ir, compañero—respondió el maestro de obra prima, que, al oírse interpelado sobre aquel asunto, recibió más gusto que si le regalaran tres tronos europeos—; cómo había de ir si todo el día he estado en el parque apartando fusiles, contando piedras de chispa y repasando cartuchos, tan atareado, jeñores, que tengo en los lomos una puntada que no me deja respirar?

—¿Y se defenderá Madrid?

—Pues ¡ya! No hay muchos fusiles, que digamos; pero se han reunido un sinfín de sables viejos, muchas lanzas, cascos antiguos del tiempo del rey que rabió por gachas, cacerolas que pueden servir de escudos, mazas que, para partir cabezas de franceses, serán una bendición de Dios; guanteletes, pinchos, asadores, llaves viejas y otras mil armas mortificas.

—De nada servirá nuestro valor—dijo Santorcaz—, si antes no acabamos con todos los traidores que hay en Madrid.

—Lo mismo digo—afirmó *Mortero*.

—Por todas partes no se ven sino espías de los franceses, y ahora es ocasión de que este señor egidor que aquí tenemos se luzca.

—Así es la verdad—dijo yo—. Sé de muchos que se fingen muy patriotas, y

están vendidos a los franceses. Los que hacen más aspavientos y dan más gritos y más gallardean de patriotas, son los peores. ¿No es verdad, Santorcaz?

—Pues acabar con ellos.

—Para eso nos bastamos y nos sobramos—añadió *Majoma*—. Y vengan malos patriotas y gabachones, para dar cuenta de ellos.

—Personajes conozco yo—dijo *Mañara*—que han de morir arrastrados, si Dios no lo remedia; y si llego a ser regidor, ya nos veremos las caras, señores afrancesados.

—Esa es la gente más mala—afirmó Santorcaz con mucho desparpajo—, más desvergonzada y más traidora que hay; y si no ponemos mano en ellos, no saldremos bien de esta guerra. Porque yo sé que hay quien está tramando abrir las puertas de Madrid si nos ponen asedio.

—Pues despacharlos, y se acabó la junción—dijo *Pujitos*—. En mi compañía están rabiosos, que sólo con decir: «Ese es gabacho», se le van encima y le quieren despedazar.

—Los peores—repetí yo, teniendo el gusto de que el *tío Mano* apoyara enérgicamente mi opinión—son los que chillan y enredan y están a todas horas hablando de traidores; y si no, aquí está Santorcaz, que conoce a la gente y lo puede decir.

—Así es, en efecto—repuso el francmasón, algo contrariado—; pero que hay traidores, no tiene duda.

XI

Don Diego, la *Zaina* y otras tres damas no menos que ésta famosas, habían entablado animada conversación, formando otro corrillo.

—No se olvide el señor condito—dijo Menegilda—que nos prometió traer una noche a su novia.

—Si yo no tengo novia.

—Si que la tiene. ¿No es verdad, Gabriel, que tiene novia?

—Y más bonita que el sol—respondí, acercándome.

—Vamos, la tengo—dijo Rumblar—; pero no la quiero, *Zainilla*. No te vayas a poner celosa.

—Ya estoy frita con los tales celos,

niño mío—contestó la maja— Pero ¿por qué no la trae aquí una noche?

—Antes traerá una estrella del cielo—afirmó *Mañara*, acercándose al grupo femenino.

—Don Diego me ha prometido traerla, y la traerá—dijo Santorcaz, atraído también por aquel coloquio.

—Sí—indicó *Mañara*—: la familia de ese señorito iba a permitir que una tan delicada doncella viniera a estas casas.

—¡A estas casas!—exclamó la *Zaina*—. ¿Estamos en algún presillo? Más honrada es mi casa, señor don Juan, que muchas de señoras amadamadas, por donde usía anda en malos pasos.

—Calla, tonta—dijo *Mañara* de mal humor.

—Y buenas princesas ha traído usted a esta casa y a la de la *Pelumbres* y de la *Primorosa*—añadió *Ignacia*—. Toas semos unas, y no lo igo por esa duquesa con quien fué hace dos noches en ca la *Pelumbres*. Alifonía, ¿sabes quién es? ¿Te acuerdas de aquella duquesilla amojamada que parece un almacén de huecos? Si don Juan la trae por aquí, pondremos una fábrica de botones.

—¿Qué hablas ahí, zafiota, animal sin pluma?—gritó *Mañara* con vivo arrebató de ira—. Habla mejor si no quieres que con tu lengua haga una pantufla para azotarte la cara.

—¡A mí con ésas el asno regidor!—vociferó la *Zaina*—. Después que le he despreciao, después que he tenido que escupirle en la cara para que no anduviera tras de mí chupándose la tierra que yo pisaba, ¿ahora viene con ésa? Con las barbas de un usía friego yo los cacharros de la cocina, y tripas de caballero le echo a mi gato.

—¡Condenada manola!—dijo *Mañara*, cada vez más colérico—. La culpa tiene quien te ha dado esas alas y quien con personas bajas se entretiene. ¿Para qué tomas en tu ruin boca el nombre de esas señoras respetables de quien no mereces besar la suela del zapato? ¡Cuidado con los celitos de la niña!

—¿Celos yo?—chilló la maja, más encendida que la grana—. ¡Por Dios, que me quiera usted, so pringoso; tomélo por estera y se creyó cortejo!

Y diciendo esto, lanzó un salivazo en medio del corrillo.

—¡Miserable mujerzuela! ¡La culpa

tiene quien se arrima a ti, por hacerte gente siquiera un día!

—¡Eh, eh! Poco a poquito—dijo a este punto el *tío Mano de Mortero*, que de espectador indiferente de aquella escena se trocaba en actor de ella—. Eso de mujerzuela es de gente mal hablada, y aquí no se habla mal de nadie, y lo que es mi hija tiene su siempre y cuándo como cualquier otra. Que el señor don Juan no nos toque a la honor, porque a mí no me falta saco de onzas de oro ensayadas para apedrear a cualquiera. Y tú, princesa mía, ¿a qué le haces tantos cocos ahora al señor de Mañara, cuando ha pocos días te chiflabas por él, y si alguna noche faltaba su señoría a hacerte compañía o a ayudarte a rezar el rosario, ponías en el cielo unos suspiros como catedrales? Anda, que todos son buenos, y váyase lo uno por lo otro.

—¿Suspiritos tenemos?—preguntó Mañara con presunción.

—Y si hubo suspiros—dijo *Mortero*—, mi hija es una persona de etiqueta, y los puede echar como cualquier otra, aunque sea por el rey; que si está en el cajón de verduras, es porque quiere, que su padre ya le ha prometido varias veces ponerla al frente de una casa de bebidas finas.

—¡Yo suspirar por ese animal!—dijo la *Zaina*—. Por lástima le he mirao una vez cuando iba al cajón a echarme flores.

—Eso quisieras tú; pero no se estila echar margaritas a puercos.

La *Zaina* hizo un movimiento. El demonio fué, sin duda, quien llevó a sus irritadas manos una botella de las que en la mesa contigua había y disparóla con tanta fuerza contra Mañara, que al no apartarse éste vivamente, viéramos allí partida en dos la cabeza más dura que ha gastado regidor en el mundo. Levantóse éste furioso para castigar el descomedimiento de la *Zaina*; pero con tanta presteza acudió don Diego en defensa de la verdulera, que sobre él cayeron los primeros golpes. Lleno de rabia al verse aporreado, arremetió contra Mañara, a punto que el *tío Mano de Mortero* empezaba a probar la exactitud de su apodo, repartiendo algunos puñetazos sobre tirios y troyanos. Las majas Narcisa, Menegilda y Alifonsa declaráronse también en guerra, por dar gusto a las inquietas manos, y bien pronto de todos los allí presentes no quedó uno que

no llevase su óbolo a tal colecta de golpes y gritos. Era aquello una bendición de Dios, y juro que jamás habría yo metido mis manos en tal fregado, si no me incitara a ello una caricia que sentí en mitad de la espalda, hecha por mano desconocida. Y lo peor fué que *Majoma*, hombre ingenioso, inclinado siempre a sacar partido de tales alteraciones del orden privado, descargó varios palos sobre el candil que la escena iluminaba, y al punto nos vimos todos de un color. Aquí fué el arreciar de los puñetazos, y el esfuerzo de los gritos, y el rodar unos sobre otros; y si bien el peso de un cuerpo nos oprimía a veces, también el nuestro caía en humanas blanduras, de cuyos choques provenían los pellizcos, arañazos y demás proyectiles menudos. Por aquí se oían voces lastimeras; por allá, gritos de venganza, y sobre toda especie de rumores descollaba la voz estentórea del *tío Mano de Mortero*, diciendo:

—En mi casa no ha de haber escándalos, y el que diga que aquí se siente el vuelo de una mosca, miente. Vamos, amiguitos: no meter tanto ruido ni pegar tan recio. Esto es una broma; conque paz y pan, y divirtámonos.

Y a todas éstas, la vecindad se alborotaba, y en la calle deteníase la gente curiosa, no porque le hiciera novedad aquel ruido, sino por gozar de él; y se temió la intervención de la justicia, lo cual hería al señor *Mano* en lo más delicado de su dignidad. Por fin hubo uno que pudo dar con la puerta y abrirla y echarse fuera, con lo cual, habiendo entrado un poco de luz, pudimos vernos. Todo indicaba que íbamos a tener una visita alguacilesca, lo que me impulsó a coger por un brazo a don Diego y echarlo conmigo afuera, y bajar a saltos la escalera hasta dar con nuestros cuerpos en la calle, por la que nos escurrimos sin miedo a la corcheería.

Cuando nos vimos lejos, acortamos el paso, contemplándonos uno a otro. Don Diego había padecido más averías que yo en la refriega y ostentaba en la cara un verdugón hecho por buena mano.

—¡Maldito de mí!—exclamó, tentándose los bolsillos de sus calzones—. ¿Sabes que me han quitado mis dos relojes? Pues ¡también el dinero, todo el dinero que llevaba!

—Era de suponer, señor don Diego —le respondí, registrándome también—, pues no salimos de ninguna misa cantada. Y por lo que veo, a mí también me han desplumado.

—¿Te quitaron el reloj?

—No, señor; el reloj no me lo han quitado ni me lo quitarán todos los cacos del mundo, porque no lo tengo; pero sí perdí un dinerillo; bien poco, por cierto.

—¡Dios mío! Sin relojes, sin dinero...

—clamó, doloridamente, don Diego—.

¿Con qué compraré ahora las diecisiete varas de cotonía que quiere la *Zaina*?

¿Con qué alquilaré el coche para que vaya el lunes a los novillos? Si Santorcaz no me presta, me moriré.

—Diecisiete varas de fresno, que no de cotonía, es lo que merece esa gentuza—le contesté—; pues es necesario estar loco o enamorado para poner los pies en tales casas.

XII

Como antes indiqué, no pude obtener licencia para salir de Madrid, porque la Villa, viéndose pronto en gran aprieto, cayó en la cuenta de que necesitaba de toda su gente para defenderse. ¿Por qué no me marché? ¿Quién me lo impidió? ¿Quién torció el camino de mi resolución? ¿Quién había de ser sino aquel que por entonces era el trastornador de todos los proyectos, el brazo izquierdo del Destino, el que a los grandes y a los pequeños extendía el influjo de su invasora voluntad? Sí; el baratero de Europa, el destronador de los Borbones y fabricante de reinos nuevos; el que tenía sofocada a la Inglaterra, y suspensa a la Rusia, y abatida a la Prusia, y amedrentada la Austria, y oprimida a la hermosa Italia, osó también poner la mano en mi suerte, impidiéndome pasar a otro ejército.

Es, pues, el caso que el don Quijote imperial y real, como algunos de nuestros paisanos le llamaban, no sin fundamento, había entrado en España a principios de noviembre con ánimos de instalar de nuevo en Madrid la Corte botellesca. A él se le importaba poco que los españoles llamasen tuerto a su hermano, y, fijo en el número y fuer-

za de nuestros soldados, no atendía a lo demás. Una vez puesto el pie en tierra de España, no le agradó mucho que el mariscal Lefebvre ganase la batalla de Zornoza, porque sabido es que no era de su gusto que se adquiriese gloria sin su presencia y consentimiento. Mandó, sin embargo, al mariscal Víctor que persiguiese a nuestro desgraciado Blake, cuyas tropas se habían reforzado con las del marqués de la Romana, escapadas de Dinamarca, y aquí tienen ustedes la batalla de Espinosa de los Monteros, dada en los días 10 y 11, y perdida por nosotros, por más que el *Gran Capitán*, con más celo que buen sentido, se empeñe en negarlo. ¡Ay! No hagan ustedes caso de aquel mi honradísimo y entusiástico amigo, y crean a pie juntillas que lo de Espinosa fué un gran descalabro, aunque no sin gloria, para nuestras hambrientas, desnudas y fatigadas tropas. Valientes oficiales perecieron allí, y grandes apuros y privaciones pasaron todos, sin un pedazo de pan que llevar a la boca, ni una venda que poner en sus heridas.

Así sucumbió el ejército de la izquierda, cuyos restos, salvándose por las fragosidades de Liébana, recalaron por tierra de Campos, para ser mandados por el marqués de la Romana. No fué más dichoso el ejército de Extremadura en Gamonal, cerca de Burgos, pues Besières y Lasalle lo destrozaron también el mismo fatal día 10 de noviembre, y el 12 entraba en la capital de Castilla el azote del mundo, publicando allí su traidor decreto de amnistía. Aún nos quedaba un ejército, el del Centro, que ocupaba la ribera del Ebro por Tudela; mandábalo Castaños; pero nadie confiaba en que allí fuéramos más afortunados, porque una vez abierta la puerta a las calamidades, éstas habían de venir unas tras otras a toda prisa, como suele suceder siempre en el pícaro mundo. También nos preparaba el cielo en el Ebro otra gran desgracia; pero a mediados de noviembre, cuando corrieron por Madrid las tristes nuevas de Espinosa y de Gamonal, aún no se había dado la batalla de Tudela.

El pánico en Madrid era innenso, y se creía segura la pronta presentación del corso en las inmediaciones de la capital. ¿Qué podía oponérsele? No quedaba más ejército que el del Centro,

situado allá arriba a orillas del Ebro. ¿Quién detendría al invasor en su marcha terrible? La Junta se desesperaba, y los madrileños creían acudir a remediar la gravedad de las circunstancias, entusiasmándose. ¡Ay! Después de mandar algunas tropas a los pasos de Somosierra y Navacerrada, ¿qué ejército de línea quedaba para defender a Madrid? Da pena el decirlo. Quinientos hombres.

Los paisanos armados eran ciertamente muchos; pero había muy pocos fusiles, y de éstos la mitad resultaban inútiles por falta de cartuchos; y ¿con qué se hacían los cartuchos, si no había pólvora? A esto habíamos llegado cuatro meses después de la victoria de Bailén. Todo al revés. Ayer barriendo a los franceses, y hoy dejándonos barrer; ayer poderosos y temibles, y hoy impotentes y desbandados. Contrastes y antítesis propias de la tierra, como el paño pardo, los garbanzos, el buen vino y el buen humor. ¡Oh España, cómo se te reconoce en cualquier parte de tu Historia adonde se fije la vista! Y no hay disimulo que te encubra, ni máscara que te oculte, ni afeite que te desfigure, porque, adondequiera que aparezcas, allí se te conoce desde cien leguas, con tu media cara de fiesta y la otra media de miseria; con la una mano empuñando laureles y con la otra rascándote tu lepra.

—Hola, Gabriel. ¿Tú por aquí? —me dijo *Pujitos* en la Puerta del Sol el día 20 de noviembre—. Ya sabes que tenemos de regidor a nuestro amigo don Juan de Mañara. El es el encargado de la cartuchería. ¿Tienes fusil?

—Y bueno. Pero ¿todavía no se dice nada de fortificar a Madrid, ni se trata de abrir fosos y levantar parapetos y abrigos, ya que a esta villa y corte la hicieron sin murallas ni otra defensa alguna?

—Todo eso se hará. Pero lo que más urge es la cartuchería y armas.

—¿Dónde hacen cartuchos?

—En varias partes. Allá junto al Colegio de Niñas de la Paz hay más de sesenta personas trabajando en ello noche y día.

—Pero de nada nos sirven los cartuchos sin armas, señor de *Pujitos* —le dije—. Yo conozco muchísimos hombres

valientes que no tienen sino chuzos, pedreñales y espadas llenas de orín.

—Eso será nonada, y si no nos hacen traición...

—¡Traición!

—¡Sí; aquí hay muchos traidores!

—Ahora, como la gente anda tan exaltada, es común llamar traidores a los más leales patriotas.

—Gabriel—dijo, deteniéndose en medio de la calle y asomando por el embozo de su capa un dedo, con el cual ciceronianamente acentuaba sus palabras—, cuando yo lo digo, sabido me lo tengo. ¿Te acuerdas de lo que se habló hace noches en casa del *tío Mano*? ¿Te acuerdas cómo se puso furioso el señor de Santorcaz contra los traidores? Pues hemos descubierto que ese señor de Santorcaz o don Demonio es espía del *córcego*. Velay por qué estaba tan enfoguetado.

—No es la primera vez que lo oigo.

—El les escribe cartas de lo que aquí pasa, y con el dinero que le dan paga gente alborotadora, que arme querellas entre la tropa. Como éste hay muchos, y se dice que señores muy alcorniados están vendidos a los franceses. Pero Gabriel, que se nos amostacen las narices, y veremos adónde van a parar. Hay otros que, aunque no son traidores, son melindrosos, y no quieren lo que llaman Constitución, la cual se va a poner ahora pa acabar con el espotismo. ¿Sabes tú lo que es el espotismo? Pues el espotismo es una cosa muy mala, muy mala. A bien que desde que acabamos con Godoy y los lairones que con él vivían, se acabaron todas las picardías, y ahora, luego que demos fin a esto del *córcego*, los reinos de España se van a gobernar de otra manera, y estaremos tan bien, que no nos cambiaremos por los ángeles del cielo.

Y diciendo esto, dió media vuelta y marchóse lejos de mí a toda prisa. No tardé yo en acudir pronto a la formación de mi compañía.

Ante las evidentes muestras de alarma que a todas horas se observaban en Madrid, mal podía el optimismo del Gran Capitán sostenerse en las ideales regiones donde le hemos visto cernerse, como el águila de la patria, a quien ni el peligro ni el miedo pueden obligar a abatir su majestuoso vuelo. Ya no era posible negar la derrota de Espino-

sa, ni tampoco la de Gamonal, y sólo los locos podrían suponer a Napoleón dispuesto a detenerse en su victorioso camino. Muchos días resistióse el fuerte espíritu de mi amigo a la evidencia de tantos descalabros; por muchos días sostuvo que nuestras armas victoriosas echarían a los franceses con su malhadado emperador del otro lado del Bidasoa; por muchos días continuó atribuyendo a los papeles públicos la pérdida invención de aquellos absurdos acontecimientos que no cabían en su homérica cabeza; pero, al fin, la muchedumbre de las noticias malas, la agitación pública, el pánico de todos, la general zozobra y el tumulto y laberinto de los preparativos de defensa rindieron golpe tras golpe el formidable castillo de su terquedad, dando en tierra con tantas ilusiones. El héroe no aparentó desmayar con esto; antes bien, se reía, tomando la cosa como una fiesta. Lleno de confianza en la capital, siempre negaba que Napoleón se atreviese a ponerse delante de los madrileños, y ésta fué una tenacidad que le duró, contra viento y marea, hasta el 25 de noviembre, en cuya noche, al retirarse a su casa, preguntó doña Gregoria, como siempre, las noticias de la tarde.

—Nada, mujer—repuso, frotándose las manos y promulgando con desdeñosas sonrisas la categórica confianza que llenaba su espíritu—. Nada, mujer; emperadorcito tenemos.

XIII

Y el emperadorcito salió de Burgos el 22; detúvose en Aranda el 24; el 29 estaba en Bocéguiillas, y, por fin, el 30 llegó a Somosierra.

En Madrid la alarma crecía en tales términos, que ya en 23 de noviembre se pensaba en una defensa formal, guarneciendo el circuito de la Corte para hacer de ella, con el valor de sus habitantes, una segunda Zaragoza. Era capitán general de Castilla la Nueva el marqués de Castelar, y gobernador de la plaza, don Fernando de la Vera y Pantoja; pero a éste no se le conceptuaba muy entendido en materias facultativas, y como se trataba de obras de defensa, fué nombrado para el caso

el célebre don Tomás de Morla, sucesor de Solano en Cádiz cinco meses antes; hombre feísimo de rostro, de carácter aparentemente enérgico, aunque en realidad muy débil. Gozaba en el conocimiento de la artillería de gran reputación, que aún conserva, pues sus estudios sirven hoy para la enseñanza de la juventud que a la guerra científica se consagra.

Morla dirigió las obras de defensa, que consistían en grandes fosos abiertos fuera de las puertas de Fuencarral, Santa Bárbara, Los Pozos, Atocha y Recoletos; en aspillerar toda la muralla de la parte Norte; en desempedrar las calles de Alcalá, carrera de San Jerónimo y calle de Atocha para levantar barricadas, y, por último, en fortificar el Retiro con trincheras y una mediana artillería, la única que teníamos, pues todo se reducía a unas cuantas piezas de a seis y poquitas de a ocho. Esto se hizo precipitadamente a última hora; mas con tanto entusiasmo y determinación, que la diligencia parecía suplir con creces a la previsión.

En las obras trabajaba todo el mundo sin reparos de clase. Las señoras, no contentas con afiliarse en la Congregación del Lavado y Cosido, dirigieron a las autoridades una exposición en que se ofrecían a ayudar, ya llevando espuertas de tierra, ya ocupándose en lo que se les mandase. No es esto invento mío, y la exposición existe impresa, donde el incrédulo podrá verla si aún duda de la grandeza de ánimo de las señoras de aquel tiempo. Y al decir señoras, se comprende que no me refiero a aquellas de quienes en otro lugar de este relato tengo hecha mención, pues las del Rastro y Maravillas tenían especial gusto en pasearse por todo Madrid arrastrando un cañón entre seguidillas y chanzonetas; me refiero a las más altas hembras, a quienes vi empleadas en menesteres indignos de sus delicadas manos.

De los hombres no hay que hablar, porque todos trabajábamos a porfía día y noche, sacando tierra de los fosos para construir los espaldones de la artillería. En poco tiempo quedó la calle de Alcalá tan limpia de guijarros como tierra de sembradura, y desde las Baronesas al Carmen Calzado levantamos un parapeto formidable.

El personal de la defensa era el siguiente:

Primero, quinientos soldados de línea que apenas bastaban para el servicio de las bocas de fuego; segundo, las tropas colecticias formadas por el alistamiento voluntario de 7 de agosto, y a las cuales pertenecía un servidor de ustedes (no pasábamos de tres mil hombres); tercero, los conscriptos pertenecientes a Madrid en el llamamiento de doscientos cincuenta mil hombres que hizo la Junta, y cuyo sorteo se verificó el 23 de noviembre, y cuarto, la milicia urbana, llamada *honrada*, que se formó por enganche voluntario el 24 del mismo mes.

Voy a deciros algo de esta conscripción y de estos señores *honrados*. Hizo-se aquélla llamando a las armas a todos los ciudadanos desde dieciséis a cuarenta años, y declarando derogadas todas las excepciones que establecían las reales ordenanzas de 27 de octubre de 1800 para el reemplazo del ejército. Se declararon útiles los viudos con hijos, los hijosdalgo de Madrid, los nobles que no tuvieran más excepción que su nobleza, los tonsurados sin beneficio que estuviesen asignados a servicio eclesiástico, para cuya determinación se cubrió con un velo el Concilio de Trento; los que disfrutaban capellanía sin estar ordenados *in sacris* (muchos de éstos eran los llamados *abates*), los novicios de órdenes religiosas, los doctores y licenciados que no fueran catedráticos con propiedad, los retirados del servicio y los quintos que hubiesen servido su tiempo, los hijos únicos de labradores; en una palabra, no se exceptuaba a rey ni a Roque.

Los *honrados* eran una milicia sedentaria creada con objeto de guarnecer las ciudades, para *precaver los desórdenes, reprimir los facinerosos, bandidos, desertores y discolos, que, perturbando la pública tranquilidad, intentan saciar su ambición o codicia.*

De modo que en Madrid tuvimos en 23 de noviembre sorteo para el reemplazo del ejército, y algunos días después, alistamiento de *milicianos honrados*. Aquella y esta operación se verificaban de diez a tres en los claustros de la Trinidad Calzada, de los Mostenses, de San Francisco, y en los de otros conventos situados en el punto más céntrico de cada cuartel, ante un alcalde

de casa y corte o un señor regidor de Madrid, un oficial militar, un alcalde de barrio y un escribano. Bastaron, pues, pocos días para que las filas de la guarnición de Madrid se llenaran con muchos miles de hombres. A la poca tropa de línea y al regular número de voluntarios ya disciplinados uniósese la muchedumbre de quintos y la caterva de urbanos, gente toda muy entusiasta; pero casi en general carecían de fusiles, y estaban tan ignorantes de lo que habían de hacer como la madre que los echó al mundo.

Sucedió también que los voluntarios antiguos, aquellos que desde agosto habían paseado presuntuosamente sus fachas uniformadas por Madrid, miraron con mal ojo a los *honrados*, los cuales, llamándose así, parecían querer resumir en su instituto toda la honradez española, y hablaban pestes de los antiguos. Los *honrados* que no tenían armas, decían que éstas debían quitarse a los antiguos que las tenían; juraban éstos entregarlas antes a Napoleón que a los *honrados*, y en tanto los quintos recién sorteados, aquellos infelices viudos, nobles, sacristanes, novicios, beneficiados sin beneficio y demás gente antes exceptuada, miraban al cielo, esperando que se les pusiese en la mano alguna cosa con que matar. En resumen: mucha, muchísima gente de última hora; pocas y malas armas, ningún concierto, falta de quien supiese mandar, aunque fuese un hato de pavos; mucho mover de lenguas y de piernas, y un continuo ir y venir, con la añadidura inseparable de gritos, amenazas y celos mutuos. y la contera de los gallardetes, escarapelas, banderolas, signos, letreros y emblemas, que tanto emboaban al pueblo de Madrid.

El aspecto de uno de aquellos claustros en que se verificaba el alistamiento era digno de ser eternizado por los más diestros pinceles. ¡Dichoso yo si con la pluma pudiera dar efímera existencia a uno de ellos! ¿A cuál? Todos eran igualmente pintorescos; y si alguno contenía mayor número de curiosidades, era el claustro de la Trinidad Calzada, en la calle de Atocha.

En mitad de la ancha crujía estaba la mesa, donde el regidor iba recibiendo los nombres, que asentaba un escribiente en barbudas cuartillas de papel. En su de-

redor resonaba tal chillería y alboroto, que no sé cómo el señor de Mañara (que era el regidor allí presente) podía aguantarlo; pero inútil era el imponer silencio, porque la multitud de mujeres aglomeradas a la puerta no callarían nunca, aunque el Espíritu Santo se lo mandara. Un pobre alguacil había sido destinado a sostener la debida compostura, y nunca tal hubiera intentado el infeliz instrumento de la justicia, porque le cogieron y le magullaron, y roto y molido dió vueltas por el arroyo.

—Pero ¿qué buscan ustedes aquí?—exclamó *Pujitos*, abriendo los brazos en actitud amenazadora—. Fuera mujeres, que no sirven sino de estorbo. Condenás, ¿por qué no van a sacar tierra en Los Pozos?

—Ya hemos sacado tierra; ¡lástima que no fuera de tu sepultura!

—¿Pues qué queréis, demonios?

—¿Qué hemos de querer? ¡Fusiles, piojo! ¿Te los han dado a ti y a tu batallón pa quitar telarañas? Vengan acá pronto, que nosotras también nos alistamos.

—Afuera, afuera de aquí, canalla.

—Paz, paz—dijo desde el interior del claustro una gruesa y campanuda voz, que al punto reconocía por la del venerable Salmón—. Haya paz, y no me levante ninguna el gallo.

Al punto, el apretado grupo de mujeres se dividió en dos, dando paso a la procerosa figura del mercedario, que avanzó con majestuoso paso y risueño continente.

—Aquí está el padrito. ¡Que viva el padre Salmón! Ven, *Pujitos* del demonio, a echarnos afuera.

—Arrastrao—dijo una, cogiendo a *Pujitos* por el cuello y mostrándole el puño—. ¿Tus muelas han salido a misa esta mañana? ¿Quieres que salgan a vísperas esta tarde? Pues boquea y verás.

—Déjenlo, dejen en paz a ese pobre hombre — dijo, socarronamente, Salmón—, y perdónenle su gran descortesía con tan dignas señoras; que yo prometo que se enmendará. Ya os he dicho varias veces que, si no sois buenas, no contéis para nada con vuestro queridito padre Salmón. Vamos a ver, señoras mías. duquesas y princesas, ¿para qué os agolpáis aquí?

—También nosotras queremos alistarnos.

—Alistaros, ¡oh valientes amazonas! Pero, niñas, ¿no veis que en vuestras manos mejor sienta el hilo de oro y las sartas de perlas que el temido alfanje damasquino? Vaya, idos a rezar, que la mujer honrada, la pierna quebrada y en casa.

—Todos éstos son unos calzonazos. Nosotras hemos cargado ya muchas espuelas de tierra. Ahora llevamos dos cañones a Los Pozos, y queremos que nos los dejen disparar.

—Bueno, bueno; todo se hará. Cada una a su casa, y cuidado con lo que les tengo prevenido. Tú, Nicolasa, eres una tramposa, que en cada libra de carne pones don onzas menos de peso. Tú, Bastiana, te condenarás por la usura de prestar a dos pesetas por duro a la gente del Rastro, y tú, Alfonsa, aguardentera de todos los diablos, ten entendido que tantas docenas de éstos verás a la hora de tu muerte como cortejos has mantenido en vida, y no digo más por no escandalizar delante del público.

Con estas y otras filípicas iba Salmón despejando la puerta en tales términos, que pronto quedó practicable; mas no por eso tornóse adentro el popular fraile, sino que siguió adelante, diciendo a cada uno su palabrita y dando a besar la correa a viejos, mujeres, hombres y muchachos. Cuando me vió echóme los brazos al cuello, saludándome con mucho afecto.

—¿Vienes a alistarte?—me dijo.

En esto abalanzóse hacia nosotros un hombre que besó las manos a Salmón con fervoroso cariño, y luego le habló así:

—¡Ay mi padrito de mi alma! ¡Gracias a Dios que este probe tiene el refrigerio de encontrarle y verle y hablarle, que es para él de más gusto que si le dieran todos los reinos del mundo limpios de fronteras! ¿Recibió su paternidad las siete libras de rapé y el barrilito?

—Sí, hijo mío, y gracias se os dan, pues sois el caballero más cumplidor de juramentos y palabras que conozco.

—Sí; que soy hombre para desairar a un paternidad tan reverendo. Mande mi frailito por esa boca, que yo le traeré la Inglaterra toda, aunque gaste en pólvora y balas todo mi dinero.

—¿Y la Zainilla?

—¡Está malucha! La otra noche tuvimos junción en casa, y todo concluyó con un sainetillo de lo que llaman palos, que aquello parecía una gloria. La pobrecita niña de mis entrañas está desde esa noche que no come ni bebe, y manda al cielo unos suspiros que parten el corazón de bronce de su padre.

—Eres un zopenco, *tío Mano*—dijo Salmón—. Cuando estuve en tu casa el día de Difuntos..., ¿recuerdas que me diste aquellos puches, que, con el aditamento de un cierto aguardiente de Chinchón, estaban propios para que metiera en ellos las barbas el mismo emperador del Sacro Romano Imperio?

—Me acuerdo, sí.

—Pues aquella noche te dije: «*Morterillo*, ándate con cuidado, que tu *Zaina* y el señor de Mañara están de mucho paliqueo, y míralos en aquel rincón con la cabeza inclinada el uno sobre el otro, como dos higos maduros.» ¡Y cómo se le caía la baba a tu hija!

—Verdad es, señor, y ya sé que de ahí viene todo.

—Entonces te dije: «*Morterillo*, mucho ojo, que el Mañara quiere enmarañar a tu hija, y vas a perder este bocadito de ángeles que tú destinabas a un Veinticuatro.» ¿Acerté?

—¿Pues ello...? Yo no quería reñir con Mañara—dijo *Mortero*, rascándose una oreja—. Verdad que él iba allá todas las noches...; pero mi pobrecita niña es más inocente que una paloma.

—Apuesto a que el demonio ha metido el rabo en tu casa, *Morterillo*. Dices que tu hija ni come ni bebe, y da unos suspiros... ¿Suspiritos?

—Sí; y en tres días no le he podido sacar palabra de la boca, y a veces heme puesto a acecharla tras la puerta de su cuarto, y cata a mi niñita diciendo unas palabrotas... Pues... Así como los cómicos en los teatros... Y a ratos la veía enjugándose las lágrimas, y a ratos echando centellas por los ojos... «Dime qué tienes, serafín de tu padre», le he preguntado algunas veces; pero no me contesta más que un poste. Anoche nos pusimos a rezar el rosario (porque yo no falto jamás amén a esta devota costumbre, ni en casa ni en campo raso), y ella empezó con mucha devoción, diciendo los santamarías con un dejo y un canticio meloso que llegaba al alma; pero de

repente, padrito, empieza a dar manotadas como una loca, rompe en mil pedazos el rosario, levántase, y con las manos en la cabeza, dando paseos por el cuarto, dice así: «Virgen de la Paloma, no puedo, no puedo.» Luego púsose el mantón y corrió a la calle, adonde la seguí... ¿Creerá mi reverencia de mi alma qué fué hasta la casa donde vive ese condenado regidor, paróse en la puerta y, arrimando la cabeza contra una reja, dió a llorar como un chiquillo? Tuve que traerla en brazos a mi casa, y al día siguiente no pudo ir al cajón porque cayó malá.

—Ya lo veo clarito: es que Mañara la tiene sorbidos los sesos, y no es la primera, *Mortero*, no es la primera; pero yo iré por allí, echaréle un sermón a la niña, y veremos si te la curo... Pero calle... ¿No es aquella que asoma por allí? Sí; es ella misma, *Zaina*, *Zainilla*, ven acá.

—Sí; es mi flor temprana, es el lucero de su padre. Llégate aquí, arrastradilla—dijo el *tío Mano*, llamando a su hija—. ¿De dónde vienes?

—De llevar tierra—contestó la *Zaina*, en cuyo semblante fresco y animado no se veían señales de aquel hondo pesar y exaltación que acababa de referir el respetable progenitor—. Ya hemos puesto tres cañones en la Puerta de Atocha, y están clavadas las estacas y armado tal ramaje de palitroques, que parece un nacimiento.

—¿Y para qué andas tú en esas faenas, solito de justicia?

—Padre, échele su reverencia un buen sermón, o dos, si es menester, para que se quede en casa.

—Tú no tienes buena cara, *Zaina*—le dijo Salmón—. Tú estás triste, te lo conozco.

—¡Qué buen barruntador tenemos! Y ¿por qué estoy triste?

—Dime: ¿has visto por ahí al señor don Juan de Mañara?

La *Zaina* se puso pálida y cesó de reír.

—Ya está cogida—exclamó Salmón, batiendo palmas—. Esa cara no miente. Mira, Ignacia: en la huerta de mi convento hay un pajarito que todas las mañanas viene a mi celda a contarme las picardías de las muchachas que conozco. ¿Sabes lo que me dijo de ti? Pues me dijo...

—Estás más encarnada que un tomate —añadió *Mano*—. Déjela su paternidad por ahora.

—¿Qué dejar? ¡Bueno soy yo!... Conque, niña, ¿ha habido gatuperio? Mucho cuidado con los galanes que van a casa; mucho ojo, que si me enfado... Fuera pecados mortales, fuera cosas malas, que entonces no hay lo de padrito por acá, padrito por allá, sino que saco unas disciplinas y a zurriagazos enderezo yo a mis niñas. Conque ven acá, loquilla. ¿Ese señor de Mañara te ha trastornado el juicio?

—¿A mí?—chilló la *Zaina* con súbita expresión de despecho, que la puso más arrogante y más hermosa de lo que realmente era—. ¿A mí ese pelón? Sé que se lustrea diciéndolo por ahí; pero que se aspere un poquito, que astavía tengo mucho orgullo y no me echo a perros.

—Vamos, no lo niegues.

—¿Yo? Voyme al zumo, que no a las cáscaras, y sobre que no me gustan los usirías estirados ni los madamos que huelen a bergamota, cuanti más los malinos traidores gabachones...

—¡El señor de Mañara traidor!—exclamó con asombro el mercedario—. ¿Cómo hablas así de un caballero tan principal y tan buen patricio, de ese bendito regidor, que ahora está allí dentro alistando soldados?

—Traidor, más traidor que Judas —afirmó la *Zaina*—. ¿Y su reverencia se hace de nuevas? Pues todo el mundo lo dice, y no queda en Madrid quien no lo sabe.

—De otros lo he oído yo, pero no de Mañara—indicó *Mortero*.

—Está vendido a los franceses, y todo ese papel que hace es por disimular sus maldades—dijo la *Zaina*—. Pero se la tienen sentenciada a ese pícaro, arrastrao, endino, criado del tío Copas. ¡Viva Fernando Séptimo!

—Yo creí que estabas embobada—dijo Salmón—, y ahora veo que estás loca.

—¡Ay mi niñita!—dijo el tío *Mano*—. No hables tales cosas, que pueden llegar a las orejas del señor de Mañara, y ya sabes que ando en empeños con él para que ponga en libertad a aquellos dos angelitos seráficos que están en la cárcel de Villa, Agustinillo y el Manco, los cuales, por diez pellejos de mal vino de Esquivias, están pasando el Purgatorio en vi-

da, aunque pienso que en la otra Dios les ha de descontar estas penas.

—¡Me han de oír los sordos!—exclamó la *Zaina*—; que aquí no queremos traidores. Acabar con ellos, y Napoleón es muerto.

—Cuidado, muchacha—dijo Salmón—, que palabra y piedra suelta no tienen vuelta, y palabra en boca es lo mismo que piedra en honda.

—Sea lo que Dios quiera. A mí quien me la hace me la paga.

—¿Ves cómo todo es el rencorcillo que te ha quedado?

Iba a contestar Ignacia, cuando apareció don Diego, y luego que aquélla le vió, hizole entrar en el corro, diciéndole:

—Aquí estoy; aquí está su princesa, señor conde. No me busque con esos ojos de pájaro bobo.

—¿También el señor conde te corteja, arpihuela?—preguntó el fraile, haciendo una reverencia a don Diego.

—¡Y que le quiero más que a las niñas de mis ojos!—dijo la maja—. Los zarcillos son chicos, y otra vez tenga más miramiento, que a las señoras no se las obsequia con colgajitos de a cuatro duros, y un novio tuve yo que en barras de plata y oro me llevó a casa los tesoros del rey.

Don Diego, turbado por la presencia del mercedario, no acertaba a decir palabra. En cambio, el padrito se encaró con él y, campanudamente, endilgóle la siguiente homilía:

—Ya sé que anda el señor conde en malos pasos, y mis señoras la condesa y marquesa lo saben también. ¿Conque es cortejo de la *Zaina*? *Optime, superlativo!*, señor don Diego. Y no lo digo porque ésta sea ningún guiñapo, sino porque cada oveja, con su pareja, ¿Qué dirá la señora doña Maria Castro de Oro, condesa de Rumblar, a quien no conozco sino para servirla; qué dirá cuando sepa los traeres de su hijo? ¡Y pensar que a un jovenzuelo casquivano se le ha de dar por esposa aquella flor sin tacha, aquel lucero matutino, que cual oro en paño guardan donde usía sabe, es pensar en las nubes de antaño! ¡Pues no faltaba más...: un Afán de Rivera metido en tales tapujos! ¿No le da a usted vergüenza? Y no lo digo porque frecuente la casa de este señor don *Mano de Mortero*, que es persona honradísima.

sino porque mi niño va también a casa de la *Zancuda*, donde se juega de lo lindo, y jóvenes muy acomodados conozco que han dejado allí los hígados.

—Verdad es—dijo *Mortero*—. Lo que es en mi casa nadie se deja nada, como no sea el mal humor, porque a conversaciones honestas, y a lenguas castas, y a manos quietas, nadie nos gana, que a veces la casa parece un monasterio de tanto afinamiento y quita sustancia de la comenencia.

—Pero el señor don Diego no sólo frecuenta esas deshonestísimas regiones —añadió Salmón—, sino que también va a las logias de los masones *infernalis espelunca*, donde se pasa la noche entre herejías y diabluras. ¡Veo que es aprovechado el rapazuelo! ¡Y quería la señora marquesa que yo le trajese al buen caminito con sermones y consejos! No está la Magdalena para tafetanes, señor don Diego, y yo primero arrojo el hábito que llevo que decir a usía por ahí te pudras, y lléveselo el diablo con sus bobadas y truhanerías.

Más que una mona corrido quedóse don Diego con esta filípica, y de buena gana habría contestado a Salmón, vomitando todas las abominaciones que acerca de los frailes había aprendido ya, si no le detuviera la vergüenza y las muchas miradas de enojo que de distintas partes le observaban. Así es que, sólo protestando a medias palabras contra el *frailazo pancista*, se escurrió bonitamente entre el gentío, llevando consigo a la *Zaina* y a *Mortero*, que no quiso dejarle escapar sin previa entrega de las ofrecidas espuelas de plata.

Quedábamos allí Salmón y yo, y como mi amigo oyera lo de *frailazo pancista*, palabras que ya en aquellos días empezaban a menudear en bocas populares, se enfureció y quiso seguir tras el jovenzuelo para reprenderle su osadía; mas el agolpamiento de la gente, junto con las muestras de simpatía que recibió, se lo impidieron.

—Temple su paternidad la ira—le dije—, y váyase en buena hora don Diego.

—Tienes razón—repuso—, que *aquila non capit muscas*. Su castigo tendrá en ver que se queda sin novia.

—Pues él está tan firme en casarse —dije—, que lo da por hecho, y añade que llevará adelante lo del matrimonio contra viento y marea.

—¡Oh, qué ilusión! Pues están contentas de él mis señoras la condesa y marquesa. Y por lo que hace a la novia... Acompáñame a la Merced y te contaré. ¿Hablaste largo con la señora condesa? ¿Le dijiste todo lo que sabes de este botaräte?

—Un poquito, sí, señor. ¿De modo que no se casará?

—Lo dudo, porque si las personas mayores de la casa no le pueden ver, lo que es la joven... Anda ésta trastornadilla después que se le han descubierto todos los escondrijos de su almita. Por fin, lo dijo todo. Ya te conté que ni yo, con mi gran autoridad y mis chistes y juegos, ni la marquesa con su mal genio ni el marqués apedreándola a regalos y obsequios, pudimos hacerle confesar la causa de sus melancolías; pero al fin, aprétada por su prima la señora condesa, que la ama mucho, un día, entre lágrimas y suspiros, lo confesó todo.

—Y no resultaría nada...

—Nada más sino que todo aquel mal gesto y aquellas tristezas le venían de amar a un muchachuelo, a un perdidillo, a un cascaciruelas de esas calles, a quien conoció y tuvo por novio en toda regla, allá cuando vivía lejos de sus padres. ¡Cosas de niños! Lejos de parecerme mala, me parece un buen signo de virtud la firmeza de sus sentimientos, lo mismo en la adversa que en la próspera fortuna. Con todo, la marquesa y su hermano rabian, como es natural, viendo que no pueden desencantar a la niña, pues lo que tiene más parece encanto que otra cosa. Y todo se les vuelve decir: «Padre Salmón, ¿qué haremos? Padre Salmón, ¿qué no haremos?» Yo me voy al cuarto de la madamita, y después de decirle cuatro gracias y de imitar el graznido de los cuervos y el relincho de un caballo y el runrún de las viejas rezando en la iglesia, con lo cual ella se ríe mucho, le digo: «Pero, mi niña de mi corazón, ¿por qué no desecha vueseñoría todo pensamiento que no sea el de su actual grandeza? ¿Qué cosa puede apetecer ahora? ¿Le falta algo? ¿No tiene todas las comodidades, todos los miramientos, todos los mimos que una doncella puede apetecer?» A lo que me contesta que ella no desea nada, y después se calla. Entonces le tomo las manos, se las acaricio y le digo: «El pajarito

de mi convento me ha contado que amasteis a un jovenzuelo. ¿Por qué no arrojáis esta idea de la cabeza? ¿No comprende usía que en una tan principal casa no puede entrar por las puertas del matrimonio personas de baja condición? Seguramente que ese zascandil que fué vuestro novio no se acuerda para nada de mi querida niña.» Y ella al punto se sonríe, muda de conversación y empieza a hablar de otro asunto con tan buen tino y tanto talento, que a mí y al padre Castillo nos deja atónitos.

—Pues veo que cuando dos tan buenos predicadores no la pueden quitar con sus buenos sermones el desencanto, encantada estará toda la vida.

—No, hijo; que se han intentado varios medios para quitarle eso de la cabeza. La condesa dijole que el zascandil ese había muerto, según sus averiguaciones, y la marquesa y su hermano, tomando otro camino, han concertado hacerla creer que el tal desconocido jovenzuelo es un pícaro ladroncillo de las calles, un tramposo, estafador, a quien persigue la justicia por sus robos, chuladas y granujerías.

—¡Vive Dios!—exclamé sin poderme contener—. Y que eso es mentira, y le romperé el alma al que me diga que es cierto.

—¡Cómo, muchacho!—dijo muy absorto el fraile—. Pero ¿a ti qué te va ni qué te viene en esa cuestión para tomarla tan a pechos?

—Y a todas ésas, ella ¿qué decía?

—Nada. Hasta hoy la verdad es que el ingenioso artificio no ha hecho gran efecto, y mientras la doncella sin par aparenta no darse por entendida, la señora marquesa se incomoda más cada día, y a todas horas exclama: «Esto no puede seguir así.» Riñe con su sobrina; ésta suele llorar, aunque en ella todo revela más paciencia que dolor, y aquí de la condesa, que se pone como un basilisco en cuanto mortifican a su prima. Tía y sobrina se dicen cuatro cosas; yo las apaciguo, y hasta el otro día, que sucede lo mismo.

En esto llegamos a la puerta de la Merced, y Salmón, deteniéndose, me dijo:

—¿Quieres subir? Te daré chocolate crudo y una copita.

—Gracias, padre; estoy rabiando y no

tengo ganas de chocolate ni de copitas.

Y sin más palabras despedíme de aquel lumbrera de la Iglesia para irme a mi casa.

XIV

Llegó con el 28 de noviembre la noticia de la batalla de Tudela, y una vez que se consideró deshecho nuestro ejército de Aragón y del Centro, ya todos vimos el sombrero de Napoleón asomando por la Mala de Francia. Las fortificaciones avanzaban, y en los días 27, 28 y 29 recuerdo que menudearon bastante las que podremos llamar fortificaciones y armamentos espirituales, que eran las rogativas, rosarios, funciones de desagravios, novenas y otras devociones para alcanzar de la Divina Providencia, no que apartase los peligros, sino que enardeciera nuestros ánimos para salir victoriosos. Hubo rosario en San Ginés, jubileo en los Dominicos de la Pasión, solemnes cultos en el Carmen Calzado, y, por último, en la iglesia de Nuestra Señora de Gracia, sita en la plazuela de la Cebada, se inauguró un novenario que fué la más popular de las devociones de aquellos días, por predicar allí popularísimos oradores. La gente piadosa, al par que patriota, no tenía tiempo para acudir a tantas partes, y vacilaba entre la iglesia y la trinchera. En los sermones había de todo, como es fácil suponer: piedad cristiana y entusiasmo bíblico en algunos púlpitos; garrulería en otros con perdón sea dicho de mi respetable amigo el mercedario calzado a quien ustedes conocen. Los hombres, aunque lo deseáramos, no teníamos tiempo para frecuentar las iglesias, y especialmente los armados no dábamos paz a los pies ni a las manos con el frecuente ejercicio y ensayo de nuestra fuerza. Los soldados, los voluntarios, los conscriptos, los *honrados* que tenían armas, nos confundimos por algunos días en comunes trabajos y preparativos, dando al olvido discordias importunas. Y no estaba el tiempo para andarse con juegos, porque ya Napoleón se nos venía encima. La temida sombra veíase por todas partes. Mientras existió la pueril confianza de que las tropas enviadas a Somosierra estorbarían el paso del tirano, menos mal: íbamos viviendo, alimentando nuestro

espíritu con risueñas ilusiones, y soñando con ver hecho pedazos el poder de Bonaparte en la era del Mico.

Pero el día 1 de diciembre comenzaron a circular desde muy temprano rumores gravísimos acerca de la derrota del general San Juan en Somosierra. Echóse todo el mundo a la calle en averiguación de lo ocurrido, y corriendo de boca en boca las nuevas, exageradas por la ignorancia o la mala fe, bien pronto llegó a decirse que los franceses estaban en Alcobendas, y hasta alguno aseguró haberlos visto paseándose en el Campo de Guardias. Desde el famoso 2 de mayo no había visto a Madrid tan agitado: corrían hombres y mujeres por las calles, y entonces era el lamentar la ciega confianza, el echar de menos la actividad y previsión propias de un pueblo realmente decidido a defenderse. El Gran Capitán y yo habíamos salido desde muy temprano: él para tomar disposiciones importantes en el Cuerpo de *honrados* a que pertenecía, y yo, por acudir a mi puesto, o curiosear en caso de que aún no se tratara de cosa formal.

—Lejos de acoquinarme yo como estos gallinas—decía el Gran Capitán—, me animo y me gallardeo y me esponjo al saber que los tenemos tan cerca. Y a mí no me hablen de que el general San Juan ha sido derrotado. Para los que conocemos las artimañas y recovecos del arte de la guerra, esa dispersión de las tropas de San Juan, que parece derrota, no es otra cosa más que un hábil movimiento para engañar a Napoleón dejándole pasar el Puerto. Y si no, figúrate si será bonito ver a lo mejor que, cuando tranquilamente avanzan los franceses, creyéndose seguros, aparecen como llovidas por el flanco derecho las tropas españolas, y me los cogen ahí, sin disparar un tiro, entre Alcobendas y San Agustín.

—Podrá suceder—dije yo, sin manifestarle mi incredulidad—; pero figúrese el señor Fernández que no pasa nada de esto, sino que viene Napoleón sano y entero y nos pone cerco. ¿Cómo saldremos de este apuro?

—Admirablemente—repuso—. Podrá suceder que si trae muchas, muchísimas tropas, vamos al decir, un par de milloncitos de hombres, dure el sitio dos o tres años, al cabo de los cuales tendrá que retirarse..., porque pensar que Ma-

drid se ha de rendir es pensar en lo excusado. Y si no, pasea tus ojos por esas fortificaciones que en diferentes partes se han hecho en lo que el diablo se restrega un ojo; espacia tu vista por esos hondos fosos, por esos gruesos parapetos, por esos inexpugnables montones de tierra y por esas terroríficas baterías de cañones de a seis; y si la admiración te da tregua a las reflexiones, comprenderás que es imposible tomar a Madrid, aunque Napoleón trajera mejor gente que aquella que fué a Portugal con el señor marqués de Sarriá.

—Dios le oiga a usted. Por mi parte, haré lo que pueda. ¿Y usted manda, o es mandado?

—Yo mando, que a ello me obligan antiguos amigos, cuya ciega confianza en mis conocimientos raya en fanatismo. Yo no querría mandar, porque no me gustan papeles; pero he tenido que ceder, y entre todos hemos formado una compañía, que ha recibido orden de operar en Los Pozos, sitio el más arriesgado, peligroso y temerario de este gran asedio que nos espera. Casi todos tenemos fusiles, y los que no, manejarán la lanza.

—¡Lanza para defender murallas!—exclamé, sin poder disimular la risa.

—Sí, hijo. ¿Qué entiendes tú de eso? Figúrate que a esos tontos se les ponga en la cabeza dar un asalto. ¿Qué mejor cosa para impedirlo?... Por cierto que voy a reunir mi gente para ir a ocupar la posición, no sea que el señor *córcego* quiera darnos una sorpresa con su mala fe acostumbrada.

—Ahora dejémonos llevar a la Puerta del Sol con todo ese gentío que allá va—dije yo—, y parece que ocurre alguna cosa grave, según gritan.

—Efectivamente; pero esa gritería es de mujeres. Sin duda, esas valerosas matronas piden que se les den armas.

—Bajemos por la calle de la Montería... Por allí sube, si no me engaño, el señor de Santorcaz. Llamémosle: él sabrá lo que ocurre... ¡Eh, señor don Luis!

—¿Qué hay en la Puerta del Sol, que tanto chilla la gente?—preguntó Fernández cuando el otro se nos acercó.

—Es que el pueblo pide armas y no se las quieren dar—repuso Santorcaz—. Es una picardía, y todos esos mandrias de la Junta deben ser arrastrados.

—¡La Junta! ¡Los señores de la Junta Central!

—No hablo de la Central—prosiguió Santorcaz—, que ésa, si es cierto lo que dicen, ha acordado hoy retirarse de Aranjuez, buscando refugio en Andalucía. Hablo de la Juntilla que se ha formado aquí para la defensa de Madrid, y que está en permanencia en la Casa de Correos. ¡Aquí hay muchos traidores—añadió en voz alta—, y algunos han cogido dinero para entregar la plaza a los franceses! ¡Canallas de traidores! Ahora salimos con que se han acabado las armas y los cartuchos. ¡Mentira! Yo sé dónde hay armas y cartuchos. ¡Nos están engañando, nos van a vender!

Diciendo esto, se apartó de nosotros, después de lo cual seguimos hacia abajo, y al llegar a la Puerta del Sol vimos que estaba de bote en bote, llena de gente. Aquel hueco abierto en el apelmazado caserío de Madrid es el corazón de la antigua villa, y a él afluye con precipitada congestión la sangre toda en sus ratos de cólera, de alegría o de miedo. La Puerta del Sol latía con furia. Hombres y mujeres hablaban a la vez, y a sus voces se unían actitudes y gestos amenazadores. La masa más inquieta, más hirviente, más loca y alborotadora está al pie de la Casa de Correos.

—Busquemos algún conocido que nos informe de lo que aquí ha pasado—dije, metiéndome con el *Gran Capitán* por lo menos apretado del gentío.

—Astavía no ha pasado nada—dijo un caballero que, envuelto en una capa, se nos apareció, y en quien al punto reconocí al señor de *Majoma*—. Astora nada; pero... ya verán.

—¿Qué pide esa gente?

—¿Qué ha de pedir? Armas y cartuchos.

—Ya están repartidos todos los que hay...

—¡A mí con ésas!—exclamó el apreciable sujeto—. Ya estamos de traidores hasta el gañote. ¡Pillos lairones! Si no les espachamos nos van a entregar a los franceses. ¡Perros gabachos! Los conozco bien; y se la tengo sentenciada, sí, señor; y el que diga que no son traidores, que se vea conmigo, porque yo soy más español que Santiago y más patriota que Fernando Séptimo.

—Pero desde hace tiempo se sabe que la plaza tenía muy pocas armas; y en cuanto a los cartuchos, todos los que había y los fabricados en esta semana se han repartido ya. El señor de Mañara ha estado ocho días ocupado en dirigir la fábrica de cartuchos, y ayer tarde repartió muchos miles en el Ave María y en la Comadre.

—¡No me lo nombre!—exclamó *Majoma*, afectando una indignación que más tenía de cómica que de trágica—. Ahí tienes al traidor más que Judas, al gabachón más que Copas... Gabrel, ¿eres tú traidor también? ¿Estás vendido a los franceses, como ese regidorcillo hambón? Dime que sí y verás..., mia tú..., aquí mismo te pongo en pipitoria con esto que traigo debajo de la capa.

—¿La navajita? Guarda tu coraje para mejor ocasión, *Majomilla*—le respondió—. Me parece que estás borracho.

—¿Borracho yo? Si no lo he probao, chico... Esta mañana me convidó el señor de Santorcaz a beber unas copas, y... por ésta que no bebí más que dos azumbres... ¿Qué hacer sin la calorquilla en el estómago?... Pero di, ¿eres tú traidor? Di que no, porque te rajo..., pues yo—y se daba fuertes golpes en el pecho—tengo un corazón como un bronce, y soy más valiente que el Ciz, y nadie me tosa, si no quiere ver quién es *Majoma*.

Y sin oír más nos apartamos del insigne varón.

—Esto no me gusta—dijo Fernández—, y me parece que si la alta empresa que entre manos traemos no sale tan bien como debiera, consistirá en esta inmunda canalla motinesca, discola y bullanguera, que en circunstancias tan críticas se vuelve contra sus jefes. Gabriel, de buena gana te digo que si nuestro don Tomás de Morla nos mandase cerrar contra esta gentuza, la meteríamos en un puño prontamente. Y has de saber que estos perdularios chillones más sirven de estorbo que de ayuda en la defensa, y verás cómo son ellos los primeros que se rinden.

Miramos al balcón de la Casa de Correos y vimos que en él aparecía un hombre alto, moreno, hosco, vestido de uniforme; le vimos accionar hablando a la multitud; pero no pudimos oír sus palabras, porque la femenil chillería de abajo habría impedido oír tiros de ca-

ñon, que no digo humanas voces. Después aquel militar, el cual no era otro que don Tomás de Morla, encogíase de hombros y cruzaba los brazos. Este lenguaje le entendimos mejor, y evidentemente quería decir: «No hay nada de lo que me pedís: se acabaron las armas y los cartuchos.»

Pero la multitud se enfurecía con la negativa y le silbaba, pidiendo con su omnipotente antojo y volubilidad que saliese Castelar, personaje más conocido que Morla. Salió el marqués de Castelar, habló sin poder apaciguar a sus admiradores, y repitióse el encogimiento de hombros y el gesto desconsolador. Aquí de los silbidos, de los gritos, de las amenazas; pero después el pueblo empezó a aremolinarse y a culebrear como dragón de mil colas que se dispone a emprender movimientos, y vimos que muchos se desparramaban por la calle Mayor, y que otros subían hacia Santa Cruz.

—Vamos allá a ver en qué para esto —dijo don Santiago, apoyándose en mi brazo y siguiendo el general torrente—. Estos majaderos primero dejarán de existir que de hacer alguna atrocidad. ¿Por qué piden armas, si con las que hay repartidas basta y sobra? ¿A qué piden cartuchos, si no hay cartucho que mate más franceses que el entusiasmo español, ni mejor pólvora que nuestra indignación?

—Todo eso es verdad, señor don Santiago —repuse—; pero no habría sido malo que la Junta Central o el Consejo, en vez de ocuparse en discutir rivalidades, hubiera depositado en Madrid unos cuantos barriles de indignación, de esa que se hace con salitre, carbón y azufre, que la otra sin ésta de poco sirve. Pero aquí no ha habido previsión, ni iniciativa, ni actividad, ni eminentes cabezas que dirijan, sino que la defensa ha quedado a merced de la voluntad, de la invención y del buen sentido del pueblo, señor don Santiago; y no llamo pueblo a esa miserable turba gritona que de nada sirve, sino a todos nosotros, altos y bajos, grandes y chicos... Pero ¿quién es aquel que corre? Es el insigne patriota a quien llaman *Pujitos*. ¡Eh, señor de *Pujitos*, lléguese acá y díganos lo que ocurre!

—Ahora va la gente hacia la calle de la Magdalena —contestó—, donde vive el

regidor Mañara. Esta mañana estuvimos allí: salió al balcón y nos dijo que los miles de cartuchos que ha fabricado los entregó ya, y que no hay más pólvora. ¿Van ustedes hacia el Avapiés? Por allá hay gran alboroto, y dicen que Mañara es un traidor, y que acá y allá.

—Y usted, ¿qué piensa de Mañara?

—Mañara es hombre cabal, porque lo digo yo —afirmó *Pujitos* en tono misterioso—. Los traidores son otros y andan por ahí revolviendo la gente y armando estas tramoyas. Gabriel, acuérdate de lo dicho. Los que más chillan son los piores; pero yo ando con mucho ojo, porque así me lo ha mandado el jefe, y como les eche la mano encima, verán quién es *Pujitos*.

Siguió a toda prisa hacia la Puerta del Sol, y nosotros, atravesando la Plaza Mayor, entramos en la calle de Toledo, arteria de toda la circulación manolesca, centro de las chulerías, metrópoli de las gracias, bazar de las bullangas, cátedra de picardías y teatro de todas las barrabasadas madrileñas.

Pasando luego a la calle de Embajadores, oímos de nuevo que hacia el Avapiés había gran marejada, por lo cual, atravesando por los Abades hacia el Mesón de Paredes, nos fuimos a presenciar el tumulto, que no era flojo, según el rumor de voces que desde lejos se oía. En efecto, habíase armado un zipizape que déjelo usted estar.

De manos a boca tropezamos con el tío *Mano de Mortero*, que se llegó a nosotros diciendo:

—¡Cómo nos engañan, Gabriel! ¡Quién lo había de decir en un caballero tan bueno como el señor de Mañara!

—Pero ¿es traidor el señor de Mañara? Vamos, tío *Mano*. ¿Usted también? Usted, que es una persona de tantísimo talento...

—Es verdad, niño de mi alma; pero ¿qué quieres tú? Lo dicen por ahí. A mí no me consta; pero al son que me tocan, bailo. Pues dicen que hay traidores, ¡abajo los traidores!

—¿Y qué dicen de Mañara?

—Que tiene arreglado con los franceses el entregarles la Puerta de Toledo.

—¿Y cómo lo saben?

—¡Qué sé yo! Pero cuando el río suena, agua lleva. Yo no he de ser menos que los demás, y pues hay traidores, ¡abajo los traidores!

—¿Y la *Zaina*?

—Pues ¿no la oyes? ¡Si es la que más grita en medio de la plaza! ¡Santa Virgen! ¡Y no está poco furiosa esa leoncilla! Ahora se ha vuelto la patriota más patriota de todo Madrid. ¡Ay mi Dios, qué nacionala tengo a mi niña!

De rato en rato aumentaba el gentío en la plazuela del Avapiés, y los hombres de mala facha, unidos a las mujeres más desenvueltas de los cercanos barrios, menudeaban sus gritos y vociferaciones de tal modo, que ninguna persona honrada podría ante tal espectáculo permanecer tranquila.

—Acerquémonos—me dijo Fernández—. Yo, con todo mi corazón, te aseguro que si su majestad, y en su real nombre la sala de alcaldes de casa y corte, me mandase despejar este sitio, lo haría con dos lanzazos o sablazos, que para el caso lo mismo daría.

—Guárdese usted de decir en voz alta tales cosas, y acerquémonos a aquel grupo de damas.

La *Primorosa* salió del grupo.

—¡Eh..., *Primorosa*!, ¿qué traes por aquí?—le pregunté.

—¡Cachiporros!—exclamó la arpía, alzando los brazos, cerrando los puños y dirigiéndose a algunos hombres que la rodeaban—. ¿Pa qué estáis aquí? ¿No vos quieren dar cartuchos? Pues dir ca el regidor y sacárselos de las asaúras. ¡El los tiene escondidos! El los tiene enterraos en paquetes pa dárselos a los franceses.

Entonces la *Zaina*, abriéndose paso, presentóse en el centro del corrillo formado en torno a la *Primorosa*. Estaba la hermosa verdulera amoratada y ronca, con los ojos encendidos, las ropas hechas pedazos y con tan fiera expresión retratada en su semblante y en toda su persona, que causaba espanto. En el momento de presentarse traía un cartucho entre los dedos y lo mordía y derramaba en la palma de la mano lo que debía ser pólvora y resultaba ser arena.

XV

—Los cartuchos están llenos de arena—gritó la muchacha, mostrando a todos aquel objeto.

Y al mismo tiempo, los hombres allí

presentes sacaban de sus sacos otros cartuchos, los mordían, y, en efecto, en todos o en casi todos aparecía arena.

—¡Ese traidor nos ha dado cartuchos de arena!

La terrible voz cundió por la plaza. Allí cerca había un retén de guardia de voluntarios. Sacaron el depósito de cartuchos, mordíanlos, y por cada dos o tres con pólvora había uno con arena. Esto lo vimos el *Gran Capitán* y yo, y ambos nos quedamos mudos de indignación.

—Pues, indudablemente, ha habido traición—dije yo.

—¡Poner arena en los cartuchos! ¡Qué alevosía! Esto es entregar la patria villanamente al extranjero.

—El que tal ha hecho—exclamé, no ocultando mi rabia—es un miserable, que debe ser castigado.

—Gabriel, no lo creí—vociferó mi amigo, derramando lágrimas de coraje—; no creí que hubiera españoles capaces de semejante vileza. No; el que tal ha hecho no es español.

Y los dos, casi sin darnos cuenta de ello, hicimos coro con la rabiosa multitud, gritando: «¡Mueran los traidores!»

—¡Ese Mañara, ese ladrón!—gritaron a nuestro lado.

—¡El ha sido! ¡Mueran los traidores y viva Fernando Séptimo!

—¡De arena! ¡Cartuchos de arena! Esta funesta frase corrió por todo Madrid más rápidamente que si la llevara la electricidad. En muchas partes, que no en todas, pudo confirmarse la verdad de la afirmación; pero la ira era general, y el que había puesto arena en los cartuchos fué condenado a muerte por la indignación del pueblo. Mi amigo y yo observamos que la multitud corría en todas direcciones; pero los más iban hacia la Merced. Desaparecieron de nuestra vista la *Pelumbres*, el *tío Mano*, y desapareció también la *Zaina*. Corrimos por la calle de Jesús y María, y al llegar a la de la Magdalena, la vimos completamente llena de gente: todo el vecindario estaba en los balcones, y un clamor inmenso llenaba la vasta longitud de la calle. Hacia el centro de ella existía entonces, y existe aún, una casa suntuosa, pero de bastarda y ridícula arquitectura, por haber puesto en ella su mano don Pedro de Ribera, autor de la fachada del Hospicio. A aquella casa his-

tórica, residencia antes y también hoy de una respetabilísima familia, por mil títulos merecedora de la estimación pública, se dirigían las amenazas de la muchedumbre borracha de ira. Todos querían entrar; pero las puertas estaban cerradas. Este obstáculo no tardó en desaparecer, y terribles hachazos hicieron temblar las labradas maderas de la puerta señorial, protegidas por el ancho escudo que en esculpidos emblemas representaba hazañas y virtudes de otros tiempos. Mas ¿quién reparaba en esto? El pueblo, que ya había pisoteado en Aranjuez la real corona, no vacilaba en pasar por sobre la de un noble. Hicieron, pues, pedazos la puerta, y el pueblo entró, desbordándose e invadiendo el palacio, como un río que rompe los diques que, durante siglos, le han contenido y se extiende por el llano con ímpetu destructor. Entraron todos: los que iban con algún objeto y los que no iban más que a gritar. No debía, pues, hacerse esperar mucho la satisfacción de la popular furia, y bien pronto nos quedamos helados de terror oyendo decir:

—Le han matado, ya le han matado.

¡Pobre y desgraciado Mañara! Ayer ídolo, ayer amigo, ayer compañero de la vil plebe, cuyo traje, y costumbres, y hablar y modos imitaba; hoy inmolado por ella con barbarie inaudita, con esa cruel presteza que ella emplea, ¡la infame furia!, en todas sus cosas.

Pero lo espantoso, lo abominable, y más que abominable, vergonzoso para la especie humana, fué lo que ocurrió después. La plebe tiene un sistema especial para celebrar las exequias de sus víctimas, y consiste en echarles una cuerda al cuello y arrastrarlas después por las calles, paseando su obra criminal, sin duda para presentarse a los piadosos ojos en la plenitud de su execrable fealdad. Esto pasó con el cadáver del infeliz regidor, a quien conocimos amante de Lesbia, amante de la *Zaina*, amante de todas, pues no hubo otro que como él prodigara su hermosa persona en altas y bajas aventuras; esto pasó con el cadáver del infeliz a quien llamo don Juan de Mañara, no porque ése fuera su nombre, sino porque me cuadra designarle así, para no andar trayendo y llevando los títulos de respetables casas por los altibajos de esta puntual historia. Pero apartemos los

ojos: no miremos, no, ese despojo sangriento que por la calle de la Magdalena, y después por la del Avapiés abajo, arrastran en inmundada estera unos cuantos monstruos, hombres y mujeres tan sólo en la apariencia; cerremos los oídos a sus infames gritos, y, sobre todo, no miremos ese destrozado cuerpo aún caliente, a quien las puñaladas, los golpes, el frecuente tropezar van quitando la figura humana, haciendo un jirón lastimoso de lo que fué, de lo que era pocos minutos antes, hombre gallardo y gentil, y lo que es más digno de consideración, hombre dichoso y amable. Y mientras pasa esa salvaje bacanal, ese río de sangre y de infamia y de crímenes, meditemos sobre las mudanzas mundanas, y especialmente sobre las cosas populares, las más dignas de meditación y estudio.

¿Era Mañara autor de la traición indudable descubierta en los cartuchos de arena? Histórica, no hija de nuestra invención, es la persona de Mañara; histórica es también su vida licenciosa, sus hábitos manolescos, sus aventuras y tratos con la gente de los barrios bajos; histórica es también la *Zaina*, y tan históricos como la jura en Santa Gadea y el compromiso de Caspe son sus amores con el regidor, su ira, su sed de venganza y el descubrimiento, fatalmente hecho por ella, de los cartuchos de arena. Para saber todo esto basta leer media página de la historia mejor y más conocida que sobre aquellos tiempos se ha escrito. Pero ni en este eminente libro, ni en otro alguno, ni en boca de ningún viejo oiréis razones para contestar categóricamente a la pregunta que antes hice. ¿Fué Mañara traidor? ¿Intervino él en la obra criminal de los cartuchos de arena?

Os diré francamente que yo tampoco lo sé; pero debo advertiros que nunca tuve a aquel desgraciado por capaz de acción tan fea. Mañara pecaba de libertino, de ligero, de vano, y más que nada, de enamorado. Jamás se distinguió en otras maldades que en las del amor, por cierto bien perdonables. Le conocí alevoso y traidor en cuestiones de faldas; pero no supe nunca que en asuntos graves faltara a las leyes del honor. Con estos antecedentes casi puede asegurarse que no fué Mañara autor de la superchería de los cartuchos.

Pues ¿quién lo fué entonces? Esto sí que ni la Historia, ni la tradición, ni los viejos, ni yo, podemos decíroslo. ¿No habéis observado que todos los movimientos populares llevan en su seno un germen de traición, cuyo misterioso origen jamás se descubre? En todo aquello que hace la plebe por sí y de su propio y brutal instinto llevada, se ve, tras la apariencia de la pasión, un tejido de alevosías, de menguados intereses o de criminales engaños; pero ningún sutil dedo puede tocar ni determinar los hilos de esta tela escondida, en cuyas mallas quedan enredados y cogidos mil bárbaros incautos.

¿Quién hizo correr la voz de la traición de Mañara? ¿Fué todo obra deliberada de la *Zaina*? La Historia dice que sí; pero yo creo haber oído tachar de sospechoso al pobre regidor en parajes muy distantes de la calle de la Pasión. Sin duda, el frecuente roce con la plebe había descompuesto mucho a don Juan en la opinión de sus iguales. Carecía en absoluto de respetabilidad, y el que la pierde entre los de arriba, queriendo sustituirla con bajas amistades, que son siempre inconstantes, está expuesto a perderlo todo en un momento y a que cualquier chispa fugaz incendie de improviso la fábrica de una reputación que no se funda en nada sólido.

Mañara había adulado a la plebe imitándola. Con este animal no se juega. Es como el toro, que tanto divierte y de quien tantos se burlan; pero que cuando acierta a coger a uno, lo hace a las mil maravillas. Vimos caer a Godoy, favorito de los reyes, y ahora hemos visto caer a Mañara, favorito del pueblo. Todas las privanzas que no tienen por fundamento el mérito o la virtud suelen acabar lo mismo. Pero nada hay más repugnante que la justicia popular, la cual tiene sobre sí el anatema de no acertar nunca, pues toda ella se funda en lo que llamaba Cervantes «el vano discurso del vulgo, siempre engañado».

—Pero vámonos de aquí—dije a mi amigo—. ¿No oye usted lo que dicen esos que pasan? Dicen que los franceses han aparecido por Fuencarral.

—Vamos, vamos a cumplir con nuestro deber—repuso el *Gran Capitán*, siguiéndome por la calle de las Urosas—. Pero me temo que lo que debía ser glo-

riosísima jornada va a ser cualquiera cosa gracias a esa vil gentualla. La traición mina la plaza. Eso de los cartuchos de arena me ha puesto triste, y el miserable canalla que tal hizo merece mil muertes.

Madrid, después de inmolado Mañara, continuaba inquieto, como presagiando grandes males, mientras los frailes agonizantes arrancaban de manos del pueblo el cadáver informe. La noticia de que los franceses estaban a las puertas de la villa le hizo, sin embargo, olvidar todo, y corría la gente azarada y medrosa, creyendo ver asomar, al volver de una esquina, la figura característica del azote de Europa.

XVI

El cuerpo de voluntarios a que yo pertenecía fué destinado a defender la puerta de Los Pozos (la misma que después se llamó de Bilbao, al extremo de la calle de Fuencarral) y el inmediato jardín de Bringas. Consistía su fortificación en un foso no muy profundo, en un gran espaldón de tierra y piedras, a toda prisa levantado, y en seis cañones de a 6. La tapia, que no tenía facha de inexpugnable, como recordarán los que han alcanzado alguno de sus heroicos trozos, había sido aspillerada en toda su extensión. Iguales, poco más o menos, eran las fortificaciones de las vecinas puertas de Santa Bárbara y Fuencarral. El sitio donde se habían levantado obras más considerables era la puerta de Recoletos, monumentos que ha durado hasta ayer, y que no necesito designar topográficamente, con su costanilla de la Veterinaria, ni su convento de Agustinos, porque los mozuelos barbilampiños los han conocido. Pero volvamos a Los Pozos, puerta destinada a ser teatro de nuestro heroísmo, y empecemos diciendo que en la noche del 1 de diciembre nos situamos allá, tan convencidos de que íbamos a ser atacados, que estuvimos largas horas sobre las armas, dispuestos a vender caras nuestras vidas. La fuerza se componía de estos elementos: unos sesenta soldados, que, aunque no todos artilleros, hacían de tales por necesidad imprescindible; cuatro compañías de voluntarios antiguos.

con los cuales mezclábase un número irregular de conscriptos, y como ochenta hombres de la milicia *honrada*, a quien mandaba o quería mandar el *Gran Capitán* no sé si con el título de sargento, coronel o general, pues cualquiera de estos grados le cuadraría. Los soldados estaban fríos y con poco ánimo; los voluntarios, inflamados en patriotismo y llenos de ilusiones; pero tan inexpertos, que no daban pie con bola, como vulgarmente se dice, a pesar de estar entre ellos el gran *Pujitos*, y, finalmente, los *honrados* no cabían en sí de entusiasmo, no obstante ser todos ellos personas de paz y tener algunos buena carga de años a la espalda, especialmente los de la compañía, o, mejor, los del grupo en que alzaba el gallo don Santiago, cuya hueste se componía de respetables porteros y criados de la oficina de Cuenta y Razón.

En cuanto a jefes, debo decir que allí no existían en todo el rigor de la palabra, pues si bien entre la tropa había oficiales valientes y entendidos, no sabían o no querían hacerse obedecer de los paisanos, resultando de esta disconformidad que allí cada cual hacía lo que le daba la gana, y según su propia inspiración, y aunque mi amigo tenía pretensiones de imponer su autoridad, esto no pasó nunca de un conato de dictadura, que más se inclinaba a lo cómico que a lo trágico.

En cambio, reinaba gran fraternidad, y cuando, avanzada la noche, tuvimos la certeza de que no había tales franceses por los alrededores, nos reunimos en el jardín de Bringas, y encendida una gran hoguera, celebramos agradable tertulia, donde se habló de temas patrióticos con la verbosidad, facundia y exageración propia de españolas lenguas. Cuál encomiaba la defensa de Zaragoza; cuál ponía la defensa de Valencia contra Moncey por cima de todos los hechos de armas antiguos y modernos; quién decía que nada podía igualarse a lo del Bruch; quién encomió hasta las nubes la vuelta de las tropas de la Romana, y, por último, no faltó uno que, sin quitar su mérito a estas gloriosas acciones, pusiera sobre los cuernos de la luna cierta campaña famosa de Portugal en 1762.

Disipado todo temor, muchas mujeres fueron a visitarnos, y entre ellas no fal-

tó doña Gregoria, ni doña Melchora con las niñas, ni tampoco la señora de Cuervatón, pues ha de saberse que su marido formaba en las filas de los *honrados*. Para que no se crea que todos éramos gente de poco más o menos, añadiré que algunas altísimas damas fueron a visitar a sus hijos, hermanos o maridos, que allí se andaban mano a mano con nosotros, o como voluntarios o como sorteados.

Cenamos, bebimos, cantamos, hablamos, y, por último, a todos nos vino el deseo de llevar adelante alguna hazaña aquella misma noche. El primero que emitió la idea fué don Santiago, y al punto se le acercó con alborozo, determinando hacer una exploración camino arriba hasta Fuencarral, por ver si realmente estaban los franceses tan cerca como se creía. A toda prisa se preparó la salida, y a eso de las dos de la madrugada nos pusimos en marcha unos doscientos hombres, en buen orden, mandados por un coronel del ejército.

—¡Qué bueno fuera—me decía Fernández—que ahora tropezáramos con una avanzada enemiga y la derrotáramos en un abrir y cerrar de ojos, volviendo a Madrid con unos cuantos miles de prisioneros!

—Todo podría ser, amigo mío—le respondí—, que para la voluntad de Dios no hay nada imposible.

—Más gracioso aún sería—prosiguió—que el bergante del emperador se anduviera paseando por ahí, mirando desde lejos la gran ciudad que aspira a ganar, y le sorprendiéramos de sopetón, echándole mano para llevarle a Madrid sobre un asno foncarralero.

—También es posible—repuse—, y pongamos que ese señor se haya aburrido de estar en su campamento y, tomando una escopeta, a pesar de la oscuridad de la noche, se venga con un par de generales y un par de perros por esos trigos a levantar y correr perdices, que todos los monarcas suelen ser cazadores.

—Eso no me parece verosímil—dijo—; pero bien podría suceder que ese hombre, conociendo que no puede vencernos por la fuerza, intente dar al traste con la astucia a nuestro poderío, y se disfrace con el traje de un payo huevero de Alcobendas para acercarse a nuestras formidables fortificaciones y estudiarlas cómodamente.

Con estos y otros coloquios rebasamos más allá de la venta situada en lo que hoy se llama Cuatro Caminos, sin hallar alma viviente ni sentir rumor alguno; pero cuando estábamos cerca del camino que a mano derecha conduce a Chamartín, percibimos un ruido lejano que a todos nos dejó suspensos, pues no parecía sino que temblaba la tierra al galopar de millares de caballos.

—¡Es una avanzada de caballería!... —gritó nuestro coronel—. Retirémonos.

—¿Qué es eso de retirarse?—gritó con enojo el *Gran Capitán*—. ¿Somos españoles o qué somos?

—No tenemos más que cuatro caballos—le dijo el jefe—. Si nos dan una carga, ¿qué va a ser de nosotros?

—¡Qué cargas ni cargas! ¡Buenos son ellos para meterse en cargamentos! ¡Ea, muchachos! El que quiera seguirme, que me siga; yo voy delante.

Los *muchachos* cuyo patriotismo invocaba Fernández eran seis o siete vejesterios como él, compañeros en la portería y servicio interior de las oficinas de Cuenta y Razón. Pero aquellos valentísimos militares, más duchos en el manejo de la escoba que en el de otra arma alguna, profesaban aquel principio, tan sabio como famoso, de que una retirada a tiempo es una gran victoria, y todos a una manifestaron al *Gran Capitán* que no le seguirían en tan temeraria empresa, pues hazañas sin cuento podrían realizar tras las fortificaciones.

El escuadrón francés avanzaba, a juzgar por el acrecentamiento del ruido; pero no veíamos cosa alguna. Se dió orden de retirada, y para hacerla más a salvo, nos desviamos del camino, escurriéndonos por una hondonada que caía hacia la dehesa de Amaniel. Don Santiago renunció a regañadientes a los peligros de una lucha con los dragones, que a toda prisa avanzaban, y me decía:

—Pensar que de esta manera hemos de vencer es una necedad. En la guerra ha de fiarse todo a lo imprevisto, a la sorpresa y a los golpes de mano. ¿Qué nos costaba esperar esos caballos, sorprenderlos, matar a los jinetes y entrar en Madrid caballeros los que salieron peones?

En esto vimos un bulto; un hombre que, saliendo precipitadamente de detrás de unos tejares, corrió hacia la carre-

tera, al parecer huyendo de nosotros.

—¡Eh! ¡Un hombre! ¡Un espía!... ¡Quién vive!—gritamos, corriendo algunos en su persecución.

Detúvose el hombre ante nosotros con muestras de tener mucho miedo, y entonces advertimos que su traje era el de un paleta, con ancho sombrero y una manta por capa. Cuando nos llegábamos a él, pareció vacilante e indeciso; pero, al fin, oyéndonos hablar, abalanzóse hacia nosotros diciendo:

—¡Ah! Sois españoles. Gracias a Dios; ya me he salvado.

Acabando de decir esto, cayó de rodillas. Pero en el mismo instante llegóse a él con aire resuelto el *Gran Capitán* y, poniéndole en el pecho la boca de un fusil, exclamó con voz exaltada y furiosa:

—Dése a prisión vuesa majestad imperial y real. Bien lo decía yo; pero a mí no me la da usted..., digo, vuestra majestad, que soy perro viejo, y hartos se ve que, disfrazado con traje de paleta, se acerca vuestra majestad imperial a nuestra gran plaza para estudiar las fortificaciones.

—Hombre de Dios—dijo el payo—, usted está loco o me toma por el emperador Napoleón.

—¡Por quién le he de tomar, hermano! A mí no se me engaña con palabrillas. Es vuestra majestad mi prisionero, y no le he de soltar aunque me dé siete codazos. ¡Viva España y viva Fernando Séptimo!

Todos los circunstantes nos reímos, lo cual desconcertó a don Santiago, y al punto el prisionero dijo, levantándose:

—Yo, señores, soy oficial del ejército de don Benito San Juan, y he asistido al desastre más funesto de esta campaña. Perdí en la acción de Somosierra a mi padre y a dos hermanos, y vengo huyendo de las guerrillas francesas que persiguen a los dispersos. Tuve que disfrazarme en Robregordo para evitar que me cogieran, y a pie he llegado hasta aquí. Peño si quieren que les diga más, denme algo que me sustente, pues con dos días de no probar bocado estoy cayéndome muerto por instantes.

Un compañero nuestro le dió a beber un trago de aguardiente, con lo cual tomó fuerzas y pudo seguirnos, reanimado también moralmente por verse en nuestra compañía. El *Gran Capitán*, co-

rrido y confuso, marchaba silenciosamente a su lado; pero no las tenía todas consigo, y no hacía más que mirarle y remirarle, sospechando que, si no el mismo emperador, podía ser algún generalazo, o cualquier archipámpano de la Corte imperial.

—Con ser tantas mis personales desdichas—dijo el desconocido—, pues en el campo de batalla quedaron mis dos hermanos y mi buen padre (que somos de un antiguo solar de tierra de Sepúlveda), todavía abrumba mi ánimo más que nada la catástrofe nacional de que he sido testigo. Nosotros acudimos a tomar las armas en defensa de la patria. Felices mil veces los que murieron por tan santo objeto, y mal hayan los que quedamos para contar tan gran desventura. ¿Se sabe ya en Madrid la derrota de San Juan? ¿Cómo se cuenta? ¿Qué se dice? Se nos tachará de medrosos o cobardes. ¡Oh señores! Yo no creo que sea posible llevar más adelante el heroísmo. Nuestros soldados se han conducido con bravura portentosa, y si no vencieron fué porque la superioridad de los enemigos y su mucho número lo han hecho imposible.

—Eso será lo que tase un sastre—dijo el *Gran Capitán*—. ¿Por dónde anda ahora San Juan? Porque yo entiendo que fingió retirarse para atacar después en mejor posición.

—¡Qué ha de fingir, hombre, qué ha de fingir!—repuso el oficial—. San Juan, si es que vive, andará fugitivo, como yo, y sin un solo soldado.

—Eso no puede ser, caballero. ¿Cómo se entiende? Si eso fuera cierto, señor mío, significaría ni más ni menos una especie de derrota.

—Pues ya lo creo; pero les contaré punto por punto. San Juan tomó buenas posiciones en el paso de Somosierra y puso una vanguardia en Sepúlveda. Atacaron ésta los franceses anteayer de madrugada; mas no pudieron romper su línea y tuvieron que retirarse.

—¿Los franceses? Bien—dijo el *Gran Capitán*—. Pues si se retiraron, ¿cómo se entiende nuestra derrota?

—Paciencia, señor mío, paciencia. Sepa usted que, sin aparente motivo, aunque es fácil comprender que ha habido algo de traición, la vanguardia de Sepúlveda, a pesar de quedar victoriosa, se retiró a Segovia. Avanzaron los fran-

ceses, y nos atacaron en nuestras posiciones de Somosierra. Nosotros no teníamos fuerzas bastantes para defender el paso, y mucho menos después de la defección, o no sé cómo llamarlo, de la vanguardia. Sin embargo, nos resistimos toda la mañana de ayer, aglomerando nuestra gente en el camino, y sin disponer de fuerzas ligeras que flanquearan las alturas. Los franceses, que traen muchos soldados y cuerpos de todas clases, dispusieron guerrillas de cazadores, que en un instante tomaron las alturas, y con un cuerpo de caballería polaca nos cargaron en la carretera de un modo espantoso. No puede formarse idea de aquel ataque sino viéndolo. Escuadrones enteros se estrellaban contra nuestras baterías, y centenares de jinetes caían despeñados a los abismos que costean el camino; pero sus recursos son inmensos; tras un escuadrón inútilmente sacrificado lanzaban otro y otro, sin que les importara ver morir oficiales a centenares y generales por decenas. Con este ataque incesante combinaban el fuego de las tropas ligeras, desparzadas por los altos, y, al fin, sucumbimos al número, que no al valor. Los franceses se abrieron paso a costa de inmensas pérdidas, y luego persiguieron a los restos de nuestra tropa con tanto encarnizamiento, que dudo que hayan podido sobrevivir muchos. La mayor parte, pereciendo en aquellas fragosidades, han cumplido con su deber, que era defenderlas mientras tuvieran cuerpo vivo en que recibir una bala. No fué posible más, porque más habría sido hacer milagros, y éstos sólo Dios los hace.

Calló el oficial, y todos los que le oíamos estábamos tan apesadumbrados y tristes con su relato, que nada le contestamos. Tampoco él habló más, y así, silenciosos y taciturnos, llegamos a Madrid y a nuestra Puerta de los Pozos, donde el desgraciado tránsfuga halló una hoguera en que calentarse y un bocado con que remediar sus fuerzas. Todos le prodigaban solícitos cuidados, menos don Santiago Fernández, el cual no podía desechar cierta comezón y desasosiego.

—Gabriel—me dijo, llevándome aparte—, no insisto por no parecer pesado; pero, digan lo que quieran los demás, ese hombre que hemos encontrado no me gusta, y quiera Dios no lo tengamos que sentir; porque yo sé, y tú sabráslo

también, que en las guerras es muy común eso de disfrazarse para visitar el campo enemigo y examinar a mansalva las fortificaciones, así como también es cosa corriente sobornar a algún infeliz para que, fingiéndose amigo, penetre en la plaza y haga circular noticias falsas que desalienten a los sitiados.

Amaneció el 2 de diciembre, y a favor de los primeras luces del día se distinguieron fuertes columnas de caballería francesa en los cerros del Norte. Ya estaban allí, y no eran pocos ciertamente.

XVII

Aquella mañana fué muy alegre para nosotros, porque sin motivo alguno que lo justificara nos sentíamos tan animados que no nos cambiáramos por los sitiadores. El peligro había acallado por el momento todas las discordias, y nuestro patriotismo nos achicaba las circunstancias desfavorables, aumentando considerablemente las ventajosas. Todo se volvía gritar, dando vivas y mueras, pues nada cuesta triunfar de este modo con las fáciles armas de la lengua.

Nos desayunamos muy contentos con lo que las mujeres del barrio, altas y bajas, feas y bonitas, nos traían en repletas cestas. También fué con la suya doña Gregoria; mas del contenido de ella no probó bocado don Santiago, porque, según decía, en los momentos supremos no debe embrutecerse el cuerpo con viciosos regalos.

Lejos de asentir a la más mínima concupiscencia del paladar, increpó don Santiago a los glotones, y luego, pasando revista a sus compañeros, que, desiguales en estatura, armaniento y vestido, no tenían más uniformidad que la de su vejez ni otro aspecto respetable que el de sus canas, los arengó así:

—Muchachos, acordaos de que todos sois unos buenos chicos y de que os habéis cubierto de gloria en los reales ejércitos. Ha llegado la ocasión suprema, y desde el momento en que se presenta a las puertas de Madrid ese monstruo infame ya no pertenecéis a vuestros hogares, ya no pertenecéis a la oficina de Cuenta y Razón, ya no pertenecéis sino a la patria. Compañeros, todos sois hombres experimentados; no como estos mo-

cosos rapazuelos, que no saben coger un fusil. ¡Ya se ve! ¡Cuándo las han visto ellos más gordas! Y basta de sermones, que ahora obras y no palabras, y más vale una buena puntería que cien discursos; conquie, compañeros, ¡viva Fernando Séptimo!, y sepan que los estima su amigo y seguro servidor Santiago Fernández.

Esta alocución del veterano hizo reír a muchos de sus amigos, y casi, casi..., si no fuera por temor a denigrar la memoria de varón tan insigne, diría que lo recibieron con chistes, jácaras y todas las sandunguerías que son propias de los españoles, aun en apretadas ocasiones de la vida; pero Fernández, sin hacer caso, seguía tomando enérgicas disposiciones. Quiso también meter su cucharada en la artillería, echándoselas de gran balístico; pero le mandaron que fuera a rezar el rosario, insulto que le exasperó de tal manera, que, a no reparar en consideraciones patrióticas de gran peso, habríale abierto en dos tajadas la cabeza al descomedido y grosero que tal dijo.

En confianza revelaré a mis lectores que el deslenguado y procaz que de tal modo prohibió a nuestro *Gran Capitán* que se acercase a los cañones fué el insigne *Pujitos*, flor y espejo de los entremetidos, personaje de todas las ocasiones y de todos los sitios, a quien la suerte nos deparó también por compañero en aquella gran jornada.

A eso de las doce nos visitó el capitán general don Tomás de Morla, y aunque los vitoreamos hasta quedar roncós, no me pareció que estaban ellos muy satisfechos. Aún permanecían allí cuando distinguimos un gran tropel de franceses por la Mala de Francia abajo y flanqueando el camino. Era la avanzada del Cuerpo de Bessières que venía a intimarnos la rendición. Cuando el parlamentario llegó a Los Pozos, poco faltó para que los más belicosos y trapiondistas le despidieran a puntapiés; pero, al fin, fué recibido decorosamente, y se le contestó que no nos daba la gana de rendirnos.

—Como no sea por medio de artimañas, embaucamientos o pérfidas tretas, semejante a aquella del caballo de Troya, no nos rendiremos—me dijo Fernández—. Mira qué cabizbajo se va el oficial a dar la infausta nueva a su emperador.

Me parece que veo a éste pateando y arrancándose los pelos de rabia al saber nuestra respuesta.

Durante aquella tarde no volvieron parlamentarios ni se presentó fuerza alguna francesa; pero a lo lejos distinguíamos el movimiento de las columnas tomando posiciones y estableciendo trincheras para la artillería, lo cual indicaba que los franceses diferían la función para el día 3. Durante la noche, el mariscal Ney hizo otra intimación; pero fué hacia la parte de Recoletos o Puerta de Alcalá.

—¿Ves cómo no se atreven a volver acá ni quieren más cuentas con nosotros?—dijo el *Gran Capitán* cuando lo supo—; pero allá les habrán contestado lindezas. Ya se ve: comprendiendo que por las armas no pueden nada, ponen en juego melosidades, agasajos y socaliñas. Pero durmamos, Gabriel, con toda tranquilidad, pues me parece que mañana, tres, tampoco habrá nada, y sabe Dios si al ver el aparato de estas intomables fortificaciones habrán decidido retirarse del lado allá de la sierra.

No necesito decir que de todo en todo se engañaba mi optimista amigo, pues cuando dormíamos a pierna suelta en la huerta de Bringas, al calor de una hermosísima hoguera, nos despertaron unos tremendos cañonazos que retumbaban en todo Madrid con pavoroso ruido.

—¡A las armas!—dijo Fernández—. Levántense todos, y si cae una granada, arrojarla de barriga. Mi opinión es que hagamos una salida para ver de ponerle las peras al cuarto a esos de los cañoncitos. Mirad, chicos: hacia Chamberí hay una batería.

Al punto nuestros artilleros, que eran mitad de línea y mitad paisanos, se dispusieron a la defensa; y como dos de las piezas hicieran fuego, no quisimos ser menos los infantes, y allá fué una descarga sin saber contra quién.

Densa niebla envolvía la tierra, y no se percibían los lejos, lo cual hizo que figurándonos nosotros tener enfrente un formidable ejército, disparásemos cañones y fusiles en ruidosísima salva sin resultado alguno, pues los franceses no soñaban con atacar Los Pozos, y las detonaciones oídas eran las de la artillería que empezaba a embestir la Puerta de Recoletos.

—Cese el fuego—dijo nuestro jefe—.

No nos atacan ni hay enemigos en la Mala de Francia.

—Pues ¿cómo ha de haber?—dijo el *Gran Capitán*, dando fuerte patada en el suelo—. ¿Cómo ha de haber si han huido todos?

—No hay tal trinchera ni cosa que lo valga en Chamberí. Los franceses están hacia la Fuente Castellana.

—A mí que no me vengan con músicas—gruñó el *Gran Capitán*, preparando su arma—. Favorecidos de la niebla, esos miserables quieren engañarnos. Haré fuego mientras me quede un cartucho.

Seguía disparando como si quisiera acribillar la espesa cortina de niebla, por cuyo insensato acaloramiento pronto se quedó sin municiones. Y como continuaron oyéndose tiros de cañón hacia nuestra derecha, Fernández exclamaba, volviéndose a sus amigos:

—Van en retirada, valientes compañeros. Gracias a vuestro arrojo temerario, todo se acabará felizmente.

Por largo tiempo estuvimos quietos y mudos, esperando con la mayor ansiedad a que de una vez se nos atacara; pero pasaban horas, y como no fuera don Santiago, nadie veía enemigos enfrente, ni lejos ni cerca. Entre ocho y nueve, el fuego del cañón y de fusilería arreció tanto por Recoletos, que no dudamos era este sitio teatro de una vigorosa lucha; y al mismo tiempo, como comenzase a disiparse la niebla, vimos que cesaba poco a poco aquel desdeñoso abandono en que el emperador nos tenía, porque corrían de Oriente a Poniente algunas columnas con apariencia de tener en respeto a las cuatro puertas septentrionales.

—Gracias a Dios—dijo Fernández—que se atreven a atacarnos. Por detrás del parador del Norte me parece que avanza un cuerpo de artillería de batalla.

No tardaron en romper el fuego contra las trincheras de Los Pozos, y nuestros cañones, que ya rabiaban por tomar formalmente la palabra, contestaron con precisión; mas, para que todo fuera desastroso, mientras la bala rasa de sus piezas nos deterioraba los espaldones, nuestros proyectiles, lanzados por la carretera adelante o hacia la derecha, apenas llegaban hasta ellos; tan inferior era la artillería española en aquel trance. Entonces comenzó una lucha, que

antes que lucha debería llamarse simulacro, harto deslucida para nosotros, pues más nos hubiera valido ser destrozados por el enemigo que soportar tan cruel situación; y fué que los franceses nos cañoneaban desde muy lejos con sus piezas de superior calibre, y mientras recibíamos cada poco rato la visita de una bala rasa o de una granada, a nosotros no nos era posible hacerles daño alguno.

—Pero esos cobardes, canallas, ¿por qué no se acercan?—decían Fernández, bufando de cólera—. Eso no es de caballeros, no, señor; cañonearnos sin piedad, destruyendo los parapetos con tanto trabajo levantados y ponerse en donde no alcanzan las balas de aquí, eso no es de gente hidalga, y bien dicen que Napoleón ha hecho siempre la guerra de mala fe.

—¡Malditos sean!—gritó el oficial que nos mandaba—. Esta era ocasión para hacer una salida si tuviéramos un puñado de gente de la buena que yo conozco.

—Pues ¿y nosotros?, pues ¿y mis amigos, estos dos bravos muchachos de la compañía de *honrados*?—dijo el *Gran Capitán*, dando un fuerte golpe en el suelo con la culata—. Pues ¿qué desean ellos si no es salir para que esa canalla se marche de ahí o se ponga al alcance de nuestros fuegos?

—Lo que es eso, buenos tontos serán si lo hacen, pudiendo foguearnos a pecho descubierto.

—Saldremos, sí, saldremos—insistió mi amigo—. Muchachos, os conozco en la cara el ardor sublime y el generoso patriotismo que os inflama. Rabiando estáis por cebaros en esa gentuza. ¿Salimos, señor coronel?

El coronel se rió con lástima y pena al ver la bravura del anciano. Uno de los *honrados* a quienes Fernández llamaba *muchachos* aseguró que no podía dar un paso, porque el reuma se lo impedía; otro dijo que el ruido de los cañonazos le había vuelto completamente sordo, y un tercero se tendió en el suelo de largo a largo, lamentándose de haber cogido una pulmonía por razón del mucho frío y desabrigo en que toda la noche estuvieran. Entre los demás *honrados* había alguna gente fuerte y valerosa; pero casi todos los del grupo que rodeaba a don Santiago componían-

se de unos Matusalenes tan mandados recoger, que daba compasión verlos. Cuando algunas mujeres de Maravillas y del Barquillo vinieron tumultuosamente a Los Pozos y pidieron con gritos y chillidos que les dieran las armas de los ancianos, yo creo que se hizo mal en no acceder a su petición; y aunque todos ellos rechazaron indignados tan deshonorosa propuesta, sospecho que alguno pedía interiormente a la Virgen Santísima que lograran su objeto aquellas valientes semidiosas de San Antón y de la Chispería.

La defensa de aquella posición continuó por espacio de más de una hora, sin más accidentes que los que he referido. Hacíamos fuego de cañón ineficazmente, y lo sufríamos de los franceses sin poder causarles daño. Indudablemente, su intención era entretenernos mientras se verificaba el ataque formal por Recoletos; y seguros de su triunfo, no querían sacrificar hombres inútilmente lanzándolos contra posiciones que al fin se habían de rendir. Cerca de las diez, el que nos mandaba recibió aviso de enviar a Recoletos la gente de infantería que no necesitase, y así lo hizo, tocándome a mí marchar entre los cien hombres destinados a aquella operación.

Por el camino, mientras atravesamos las calles de San Oropio y de las Flores hasta llegar a la plazuela de las Salesas, encontramos mucha gente que corría alarmadísima, dando a entender con sus gritos y agitación que la cosa iba mal. Extendiéndonos luego por la calle de los Reyes Alta (1), bajamos por la del Almirante a la Ronda de Recoletos, donde reinaba gran confusión. Fuerte cañoneo se oía por detrás de la Veterinaria, edificio que ustedes habrán conocido en el solar de la comenzada Biblioteca, y también por detrás de los Hornos de Villanueva y del Pósito, hacia la Puerta de Alcalá. El convento de Recoletos estaba ocupado por tropa española; pero en el momento en que nosotros llegamos, casi toda la fuerza salía, por ser más necesaria fuera que dentro. En el principio del ataque, la batería puesta detrás de la Veterinaria rechazó con tanta energía el empuje de los franceses, mandados en persona por el mis-

(1) Hoy de las Salesas.

mo emperador, que éste tuvo que retroceder a toda prisa.

Suprimid con la imaginación el barrio de Salamanca y todos los jardines y palacios del costado oriental de la Castellana; figuraos aquella casi desnuda planicie poblada por numerosa tropa francesa de todas armas, con dos frentes que operaban, uno contra el Retiro y la Plaza de Toros, otro contra la Veterinaria y Recoletos, y tendréis completa idea de la situación. En el centro de aquellas tropas y en lo que hoy es parte de la calle de Serrano, poco más o menos entre el jardín llamado del Pajarito y las casas de Maroto, estaba Napoleón, sereno y tranquilo, montado en aquel caballejo blanco que había pateado el suelo de las principales naciones del continente; allí estaba, sí, disponiendo los movimientos de sus soldados, y sin quitarse del ojo derecho el catalejo con que alternativamente miraba, ya a este punto, ya al otro. Como es fácil comprender, yo no le vi en aquella ocasión; pero me lo figuraba y me lo figuró por lo que me contara quien le vió muy de cerca; y por cierto que aquel testigo ocular observó detenidamente algunos pormenores muy curiosos de su persona, que no nombra la Historia, cuales eran ciertos monosílabos o gruñidos que emitía mientras miraba por el anteojo, un movimiento maquinal de apretarse el vientre con la mano izquierda, repentinos fruncimientos de cejas y algunas veces una sonrisa dirigida a su mayor general, Berthier. Con su anteojo, su tosecilla, sus mugidos, sus golpes en la barriga, sus polvos de tabaco y sus delgadas y finas sonrisas, el *ogro de Córcega* nos estaba partiendo de medio a medio.

XVIII

Y digo esto porque la batería de la Veterinaria, después de una defensa heroica, caía en poder de los franceses, precisamente en el momento en que llegamos, refuerzo tardío, a los de la Puerta de Los Pozos. Ya no había nada que hacer allí. ¿Podía prolongarse aún la resistencia en el Retiro? Así lo creímos en el primer momento; pero no tardamos en perder esta ilusión, porque atacado aquel sitio por treinta cañones, no

tardó en entregar sus débiles tapias, que lo eran de jardín y no de fortaleza. Así es que mientras un regimiento de voluntarios y otro de ejército recibían a tiros, con admirable arrojo, en Recoletos, a la primera columna francesa que se destacó a apoderarse de la Puerta, los defensores del Retiro, faltos de recursos, de armas y de jefes, retrocedían al Prado fiando la defensa a las barricadas de la calle de Alcalá. El momento aquel lo fué de gran pánico y de consternación; pero la verdad es que, entre mucha gente apocada, la hubo también resuelta y decidida.

Perdido, al fin, Recoletos, corrimos todos por la calle del Barquillo hacia la de Alcalá y cuando llegamos, ya los franceses eran dueños del Pósito, del palacio de San Juan y procuraban apoderarse de San Fermín y de la casa de Alcañices. Fué muy mala idea la de construir la gran barricada más arriba del Carmen Descalzo, dejando al descubierto la calle del Turco y todos los edificios del extremo de aquella gran vía; así es que los imperiales apoderáronse fácilmente de éstos, y abriéndose paso después, por el interior, a la citada calle del Turco dominaron de tal modo la posición, que al cabo de un cuarto de hora de estéril tiroteo, vimos que era preciso buscar la nuestra un poco más arriba, entre Vallecas y el callejón de Sevilla. Se hacía fuego tenazmente desde los balcones de ambos lados de la calle, y no había casa alguna que no fuese improvisada fortaleza, pues la tenacidad de nuestros paisanos era tanta, que no los acobardaba ver la creciente ventaja del enemigo, su inmensa fuerza y arrogancia. La población, antes indecisa cobraba ánimos al verse invadida, y un furor parecido al del 2 de mayo inflamaba el pecho de sus habitantes. Escenas parciales de encarnizada y cruel lucha se repetían a cada rato en las casas invadidas; batíanse con ferocidad a arma blanca los que no la tenían de fuego, y el emperador pudo ver muy de cerca aquella enajenación popular y aquel divino estro de la guerra, que varias veces mostró no comprender en paisanos y menos en mujeres.

En medio de esta refriega se hizo la tercera intimación, y cuando creímos que nuestros jefes contestarían a ella mandando redoblar el fuego, observamos que

éste cesaba en la gran barricada y que a todo escape corría a caballo el marqués de Castelar hacia la Casa de Correos, donde estaba la Junta permanente.

—¿Qué hay, señor don Diego?—pregunté a éste, viéndole venir hacia mí con su escarapela de *honrado*. No sabía que también estaba usted entre nosotros.

—He estado en el Retiro desde el amanecer—me contestó—. Pero ¿qué se había de hacer con tan mala y tan poca artillería?

—Pero ¿por qué ha cesado el fuego?

—El marqués de Castelar ha pedido una tregua para consultar a la Junta. Creo que habrá capitulación. ¿Has visto a Santorcaz?

—¿Yo?... Ni ganas.

—Pues te andaba buscando ayer tarde con mucho empeño.

—¿También se ha batido don Luis?

—¡Vaya! En el Retiro estaba hace poco gritando como un furioso y jurando matar a los que nos han hecho traición. Pero luego nos ha aconsejado que nos retiremos a nuestras casas, porque es imposible pelear contra los franceses. Subía la calle arriba mucha gente del bronce, gran número de *honrados*, voluntarios y algunas mujeres, y por las imprecaciones que oí en boca de todos, se comprendía que los defensores de Madrid no habían recibido bien la suspensión de armas.

—Como que les han untado—decía un majo de trabuco y charpa.

—¡Que nos han vendido!—exclamaba una mujer, en quien me pareció reconocer a la viuda de Chinitas.

—Si cojo a Castelar por delante, me lo como.

—Ya me percataba yo que el Tomasillo Morla estaba vendido al *Tuerto*. ¿Cuánto va a que él puso los cartuchos de arena?

—¡Más vale morir que rendirse! ¡Canallas, cobardes! Si tenéis miedo, quitados de en medio y dejadnos a nosotros.

—Compañeros, antes que la Corte de las España y la maja del mundo, que es Madrid, caiga en poder de los gabachones, tuertos, botelludos, dejémonos matar tras esas piedras.

—¡Que hayamos vivido para ver esto!

—Ni la Junta, ni el Consejo, ni los generales, ni el corregidor, ni ninguno

de esos caifases tienen tanto así de vergüenza.

De este modo, en diversos estilos, expresaba el pueblo de Madrid su rabia, no tanto por verse casi vencido como por echar de menos el amparo de las autoridades y encontrarse sólo entre un enemigo formidable y un poder débil, incapaz de imitar las desesperadas sublimidades de Zaragoza y Valencia. Así es que desde la suspensión de la lucha cundió el desaliento tan rápidamente, y la idea de una capitulación indispensable se apoderó tan pronto de todos los espíritus, que las armas se caían de las manos. Cercado por poderoso enemigo, ¿qué podía hacerse sin entusiasmo, y qué entusiasmo cabía allí, donde los jefes no contaban para nada con lo extraordinario, con lo divino, con aquella táctica ideal y no aprendida, que o detiene las catástrofes o las hace gloriosas, no dejando al vencedor sino lo material de la victoria, la posición topográfica, aquello que podrá ser lo principal en los hechos de un día, pero que es lo secundario y lo último en la Historia?

El pueblo español, que con presteza se inflama, con igual presteza se apaga, y si en una hora es fuego asolador que sube al cielo, en otra es ceniza que el viento arrastra y desparrama por el bajo suelo. Ya desde antes del sitio se preveía un mal resultado por la falta de precaución, la escasez de recursos y la excesiva confianza en las propias fuerzas, hija de recuerdos gloriosos a todas horas evocados, y que suelen ser altamente perjudiciales, porque todo lo que aumenta la petulancia lo hace quitándolo al verdadero valor. Lo que habían preparado las discordias, la impremeditación y la soberbia, rematólo la excesiva prudencia de autoridades timoratas, que, además de no ver dos palmos más allá de sí mismas, no comprendieron que la capital no debía rendirse con menos aparato que la última aldea de Castilla. La presencia de Napoleón traía a aquellos pobres señores muy azarados, y tanto se preocuparon de sus togas, de sus posiciones, de sus fajas y de sus sueldos, que con todas estas telarañas ante los ojos era imposible que pudieran ver cosa alguna.

XIX

Dióse orden de que los cuerpos ocuparan sus primitivas posiciones, y partió otra vez a Los Pozos, contemplando por el camino el espectáculo de Madrid abatido y desilusionado. En algunas partes, escenas de escandalosa protesta contra las autoridades y amenazas y gritos; en otras, vergonzoso silencio y raras manifestaciones de la general angustia.

Cuando llegué a la Puerta de Los Pozos, los soldados y voluntarios estaban en actitud un tanto sediciosa. El *Gran Capitán*, que continuaba en el jardín de Bríngas, no quería creer la noticia de la próxima y ya inevitable capitulación.

—Gabriel—me dijo—, eso que cuentan no puede ser cierto, y sin duda es alguna estratagema de don Tomás de Morla. ¡Cómo se miente! ¿Crearás que unas desvergonzadas mujeres llegaron aquí diciendo que el Prado y media calle de Alcalá estaban en poder de la Francia? Me dió tal enfado, que si no estuviera mi mujer entre las que tal insolencia decían, las habría atravesado de parte a parte.

No quise darle un disgusto, y callé.

—Aquí hemos tenido un combate terrible—continuó—. Se atrevieron a acercarse, y esa compañía de voluntarios salió y les hizo tan terrible fuego, que no han vuelto a asomar las narices. En tan grande acción, no tuvimos más que cinco muertos y once heridos.

Vi, en efecto, que *Pujitos* se ocupaba en acomodar estos últimos en las casas inmediatas con auxilio del generoso vecindario, y que en torno a los cinco primeros una multitud de mujeres entonaban estrepitosos misereres de imprecaciones y lamentos. En las cuatro puertas septentrionales no había ocurrido otra lucha importante que aquella que Fernández me refería.

El cual prosiguió así:

—Pensar que aquí nos rendiremos es pensar en lo imposible. Ríndase todo Madrid: mas no se rendirán Los Pozos. ¿No es verdad, muchachos?

Los *muchachos*, sentados en el suelo del citado jardín, y a la redonda, despachaban unas sopas, acompañados de mujeres y chiquillos; y con tanta gana comían, y tal era su pachorra y tranquilidad, que no me parecieron dispues-

tos a secundar los gigantescos planes del portero de la oficina de Cuenta y Razón. Antes bien, el uno con su reumatismo, el otro con sus toses, y aquél con sus escalofríos, tenían cara de satisfechos por el fin de una aventura que empezó con visos de ser broma pesada.

—Pues si está de Dios que nos rindamos, nos rendiremos—dijo un bravo que lo menos tenía a cuestras sesenta años y pico.

—Hemos hecho todo lo que exigía el honor. No es posible más—dijo otro—. Cuando los jefes han acordado la rendición, ya sabrán que es imposible resistir.

—Yo—añadió un tercero—he cumplido con mi deber. Lo menos he disparado tres tiros.

—Y yo, aunque no he disparado ninguno, le cargaba la escopeta a aquel soldadillo del bigote rubio.

—Esto no se puede oír—exclamó, bramando de ira, don Santiago—. Pero ¿qué se puede esperar de unos hombres que se ponen a comer sopas cuando tenemos a cien varas de nosotros al vencedor de Europa? ¡Fuera de aquí, almas de mazapán, cuerpos momios y sangre de arropé! ¿De qué os valen esas canas que estáis deshonrando? ¿De qué vuestros años, hasta ahora no envilecidos? ¿De qué el haber asistido a aquellas gloriosas campañas?... Nada; lo dicho, dicho. Se rendirá Madrid; pero no se rendirán Los Pozos.

—Mira, marido mío—dijo a esta sazón doña Gregoria, que en unión de las otras vecinas había venido con un canastillo y algo de bebida para don Santiago—; ya has cumplido con tu deber; ya te has portado como un valiente, y tan verdad es esto, que por todo Madrid andan contando tus hazañas, y hasta el capitán general dicen que echó un discurso poniéndote por modelo de los buenos patriotas. Basta ya, y puesto que todo se acabó, y no hay más guerra por ahora, no seas testarudo. ¿Qué vas a hacer tú solo?

El *Gran Capitán* no contestaba, y paseo arriba, paseo abajo, con el arma al brazo, atendía tan sólo a sus agitados pensamientos.

—Dejémonos de tonterías, marido mío—añadió doña Gregoria—, y vamos a despachar este cocidito y esta botella de vino. ¿Acaso puede Napoleón decir que

te ha vencido? Eso, no; porque buen cuidado tuvo de no asomar por aquí; que si tú le llegas a coger...

—Quitate de mi vista, vete de aquí —gritó de improviso el veterano—, y no me seduzcas con tu cocidito y tu bebida, que no soy hombre que se entrega a la molicie en días de peligro. Afuera los cantos de sirena, y las seducciones de amor, y los ricos manjares. No como; he dicho que no como, y basta. He dicho que no volveré a mi casa vencido, y no volveré. Se rendirá Madrid; pero yo no me rindo.

—¡Hay hombre más cabezudo!

Entonces el *Gran Capitán* llamó a su mujer, y llevándola aparte conmigo a un rincón de la huerta de Bringas, que era donde estábamos, le habló así muy gravemente:

—Señora doña Gregoria Conejo, ¿cuánto hace que nos casamos?

—Cuarenta y cinco años, tres meses y nueve días, si no cuento mal—respondió absorta la anciana, sin comprender en qué pararía aquello.

—En estos cuarenta y cinco años, tres meses y nueve días, ¿le he dado algún disgusto a la señora doña Gregoria Conejo?

—No, marido mío—respondió, algo conmovida.

—Pues bien: si le he dado alguno, le ruego que me lo perdone, y está dicho todo.

—Tú estás loco, Santiaguillo. ¿A qué dices esas necedades?

—¿Tiene usted alguna queja de su marido?

—Yo, no; y como él no la tenga de mí...

—Pues, por mi parte—dijo el *Gran Capitán* con alguna emoción—, yo le digo a doña Gregoria Conejo que la quiero hoy lo mismo que el día que nos casamos, y que todavía me parece tan guapa, tan mona y tan salada como cuando éramos novios, y que no tengo ninguna queja de ella, más que la de no haberme dado hijos, lo cual, en verdad, ha sido voluntad de Dios.

—Sí, niñito mío—respondió la vieja—; pero ¿adónde va tanto hablar?

—Esto va a que te retires y me dejes, porque si no, reñimos por primera vez. Pero te has de ir perdonándome todo el agravio que te haya hecho en el curso de nuestra común vida. En mi tes-

tamento, te dejo todo lo que poseo, que no es mucho, y además de las ocho misas que dejo mandadas, harás que me digan otras ocho. Y quiero que me entierren con mi lanza y con los dos reales que me dió don Luis Daoíz, cuando le llevé las botas a la calle de la Ternera, y basta ya de palabras.

—¡Ay Santa Virgen de Maravillas, que mi marido está loco y se quiere matar!—exclamó doña Gregoria, echándole los brazos al cuello—. Santiaguillo, no digas tales simplezas... ¿Me quieres dejar viuda? ¿Qué es eso de testamentos y misas?

—He dicho que si Madrid se rinde, no se rendirán Los Pozos; y si Los Pozos se rinden, no se rendirá el jardín de Bringas—afirmó secamente el anciano, deshaciéndose de los brazos de su esposa—. ¡Atrás, seductora; atrás, sirena; atrás, flaquezas de mi valor!

—¡Bárbaro, animal!—dijo, llorando, la buena mujer—. ¡Este pago me das; así tratas a la que te ha querido tanto! Si fué ayer cuando nos casamos, y me parece que te estoy viendo venir con tu gorra de cuartel, tan garboso y tan chusco, a la reja de la casa donde yo servía... A ver chiquillo, si te acuerdas de aquella coplillas que me cantabas...

—Yo no estoy para coplillas, señora. Retírese usted.

—¡Y estar una queriendo a un hombre cincuenta años, estar una enamorada toda la vida y mirándose en los ojos de su marido, para recibir este pago!... Santiago, mira que me enfado. Vámonos a casa, y maldito sea el emperador, causante de mis desgracias, y a quien vea yo comido de perros.

Ni los ruegos, ni las amenazas, ni los artificios de su mujer quebrantaron la entereza de mi ilustre amigo, el cual, resistiéndose a tomar alimento, por no caer en la molicie, rechazando toda idea de descanso, volvió a pasearse de largo a largo, en la extensión de la huerta, arma al brazo.

Y sucedió que una infinidad de chiquillos del barrio, a quienes antes se había prohibido introducirse allí, vencieron, por fin, con la gran fuerza de su curiosidad y travesura, los rigores de la guardia; se colaron repentinamente y en tropel; recorrieron la fortificación, metiendo las narices por todas partes y tocando con sus manos los cañones y

cureñas, gozosos de ver tan de cerca todo aquel tremendo aparato. Como el asedio se daba por concluido, nadie se cuidaba de estorbar su impertinentísima inspección y entretenimiento. Luego que en todo pusieron las manos, las narices y los ojos, empezaron a imitar a los soldados, dando gritos de guerra y marchando a compás, todo según en las personas mayores habían visto, y con estos militares aspavientos entráronme por la huerta de Bringas adelante, batiendo cajas, disparando tiros, soplando cornetas y relinchando al modo de caballos, todo hecho con la boca, en mil discordes sonas que atronaban el espacio. Y en cuanto divisaron a don Santiago Fernández, a quien los más conocían, fueron derechos a él y le rodearon, gritando entre saltos, brincos, cabriolas y corcovos: «¡Viva el *Gran Capitán*, viva el *Grandísimo Capitán*!»

Visto y oído lo cual por nuestro insigne veterano, paróse, y quitándose el sombrero, hizo varios saludos y cortesías, diciendo:

—Gracias, mil gracias, señores míos. Ya he dicho que si Madrid se rinde, yo no me rindo.

Las aclamaciones y los chillidos, siempre acompañados de zapatetas, cabriolas y vueltas de carnero, tocaron los límites del delirio.

—Todos vosotros sois grandes patriotas, ¿no es verdad?—prosiguió mi amigo—; y no como estos cobardes, corrompidos por los placeres. Ya veo que la juventud vale más que la edad madura, y a mi lado os quisiera ver, valientes españoles, defendiendo a nuestro amado monarca.

La algazara y jaleo de los muchachos al oír esto fué tal, que no cabe en descripción ni en pintura, pues no parecía sino que cuantos angelitos engendraron los matrimonios de un siglo estaban allí haciendo de las suyas. Allí vierais el correr, el atropellarse, el darse de coscorrones, el cantar y gritar, el batir palmas, el tirar coces, el correr y dar vueltas, arremolinándose en torno de mi amigo, cuyas piernas por largo tiempo estuvieron sin movimiento en medio de aquel zumbador enjambre.

—Tantas muestras de afecto, señores—dijo, al fin—, me conmueven, y no las puedo considerar sino como una prueba de lo bien acogida que ha sido en Ma-

drid mi conducta. Pero digan ustedes por ahí que el cumplimiento del deber no merece alabanzas, pues éstas sólo son para lo extraordinario y heroico. Mi deber es defender este sitio, y lo defenderé. Conque baste de aclamaciones y aplausos.

¡Pero que si quieres! ¡Buena familia era aquella para hacer caso de tales exhortaciones! Fué preciso que uno de los jefes diera orden de echarlos afuera, y aun así costó trabajo librar a don Santiago de la ruidosa ovación. Además, quiso nuestro coronel que todas las personas extrañas desalojaran el recinto fortificado, y, al fin, no sin esfuerzo, hicimos salir a las mujeres, incluso a doña Gregoria, que se fué llorosa y entristecida, encargándome que no perdiese de vista a su buen marido.

No sé si he dicho que por Los Pozos había pasado poco antes, a caballo, don Tomás de Morla, camino de Chamartín, donde el Corso tenía su Cuartel general. Largo rato duró la conferencia con el emperador, porque el regreso de Morla fué muy tarde, y por cierto que, al volver, su rostro demudado y tenebroso demostraba que en la entrevista había habido sapos y culebras. Aquel gigante con corazón de niño fué traído por Napoleón como un muchacho de escuela. Después se supo que el vencedor le puso cual no digan dueñas, sacándole a relucir el haber permitido que no se cumpliera la capitulación de Bailén, y amenazándole con fusilarle a él y a sus tropas si la población no se rendía antes de las seis de la mañana del día siguiente.

La tarde pasó sin ningún acontecimiento militar digno de contarse. Los franceses ocupaban sus posiciones sin hacer fuego, y nosotros, seguros de que todo se daría por concluido, estábamos también quietos y en expectativa. La agitación en el interior de la villa persistía, y, según oí, numeroso gentío, nada tranquilo por cierto, llenaba la Puerta del Sol, con la atención fija en la Casa de Correos, residencia de la Junta.

Rendido de cansancio, el gran *Pujitos* tendióse en el suelo, junto a mí, y me dijo:

—Ya esperaba yo esto que ha pasado. ¿No te dije que los traidores iban a vendernos a los franceses?

—Más que a la traición—respondí con

mucha tristeza—, debemos atribuir este mal resultado a la falta de recursos para la defensa.

—¿Qué?—gritó el héroe con mucho enojo—. ¡Qué falta de recursos ni qué niño muerto! Con los voluntarios basta y sobra. Pero, hijo, contra traidores nada podemos, y así los veo yo podridos, y mala sarna se los coma. Hace poco estuvo aquí el malcarado y peor chapado Santorcaz, y no lo despabilé por aquello de que uno no quiere meter bulla en estas ocasiones; pero...

Y dió un resoplido que anunciaba exterminadores proyectos contra los enemigos de la patria.

—¿Y a qué vino acá ese charlatán embaucador?

—A buscarte, muchacho. ¿Sabes que debes andarte con cuidado? Cuando le dijimos que no estabas, dió la gran patá en el suelo y apretó los dientes. Venía con el *Majoma*, *Tres Pesetas* y otros perdidos que ahora le hacen la comitiva, junto con un tal Román, que fué criado de una casa rica. Este, cuando oyó que no estabas y vió que Santorcaz daba aquella gran patá, le dijo: «Pues esta noche no se nos escapará.» ¿Qué tal? Mala gente es ésa, Gabriel, y ya te dije que están vendidos en cuerpo y alma a los franceses. De modo que ahora hay que huir de ellos como de la sarna, porque los meterán en lo que llaman pulicía, que es al modo de alguaciles, para prender al que se les antoje.

—No me prenderán a mí—dije—, por lo menos mientras sea soldado. Después de la rendición, yo buscaré medios de que no me cojan, aunque, la verdad, amigo *Pujitos*, no sé por qué me quieren mal esos señores, ni por qué hablan de si me escaparé o no me escaparé.

—Te digo que son malos más que Judas, y que ahora harán ellos migas con los franceses, como que todos son unos lobos, y zorros..., pues, y a todo el que tengan entre ojos le molerán a palos, si no es que le arman un trementorio de otrosíes y me le empapelan y me le ponen a la sombra.

—En todo eso que ha dicho el amigo *Pujitos*—respondí—hay mucho de verdad. Quiera Dios no nos den que sentir esos bergantes; y si en Madrid no podemos vivir, afuera todo el mundo, y combatamos allí donde sepan morir antes que rendirse a los franceses.

Levantóse el héroe y, poniéndose la mano en el pecho, hizo exclamaciones de ardiente patriotismo, después de lo cual nos separamos.

Al avanzar la noche, la tropa de línea que estaba en Los Pozos recibió orden perentoria de internarse, y fué cuando la Junta acordó formalmente la capitulación. No queriendo el marqués de Castelar presenciar este hecho, ni tampoco que se rindiera la tropa, discurrió el escapar con ella por la Puerta de Segovia, lo que verificó con toda felicidad a medianoche. Solos los paisanos, ¿qué esperanza quedaba? Para que la rendición de Madrid fuera honrosa, la diplomacia, no las armas, debía hacer un esfuerzo.

Yo conté al *Gran Capitán* lo que pasaba con la esperanza de que, desalentado, se retirase a su casa, como habían hecho otros pobres veteranos, convencidos de su inutilidad. El juró y perjuró que era imposible una capitulación acordada por la Junta; pero contra lo que yo esperaba, de repente dijo:

—Tengo que ir a mi casa, Gabriel. ¿Quieres acompañarme?

—Al instante—le contesté.

Y pedimos permiso al jefe, que nos lo concedió de buen grado. Era ya muy entrada la noche.

XX

Pronto llegamos a nuestra morada de la calle del Barquillo. Abrió mi amigo la puerta de su casa con la llave que consigo llevaba. Subimos; abrió la entrada de su domicilio de la misma manera, y encontramos dentro de la salita donde tantas veces me ha visto el discreto lector en compañía de mis amables vecinos. En la pared del fondo, donde desde inmemoriales tiempos tenía asiento la lanza consabida, había una especie de altarejo, sobre cuya tabla dos velas de cera, puestas en candeleros de azófar, alumbraban una imagen de la Virgen de los Dolores, un San Antonio y otros muchos santos de estampa, que de los cuatro testers habían sido descolgados para congregarlos allí. Algunas cintas y lazos, a falta de flores, servían de adorno al improvisado tabernáculo, con varios jarros y cacharros antaño lujosos y bonitos, pero ya perniquebrados, mancos

y heridos. Delante de todo esto estaba el sillón de cuero, y sentada en él, doña Gregoria, profundamente dormida. La pobre mujer, que de tal modo se había rendido al cansancio, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, aún humedecida la cara por recientes lágrimas, y sus cruzadas manos indicaban que el sueño la había sorprendido en lo mejor de su fervorosa oración.

Quedó suspenso el esposo al verla, y después me dijo:

—Gabriel, no hagamos ruido, porque no se despierte; que más vale que descanse la pobrecita.

Después, llegándose a una cómoda vieja que en un rincón había, añadió en voz muy baja:

—Aquí, en la tercera gaveta, está mi testamento, y en esta obra, todo el dinero que tengo ahorrado, con el cual mi mujer puede mantenerse en lo que le quedare de vida, que no será mucho. Voy a escribir mis últimas disposiciones. No chistés ni me respondas nada.

Y acto seguido sentóse junto a la mesilla, y con una pluma de ganso mal cortada trazó sobre un papel dos docenas de torcidas líneas.

—Aquí dispongo—añadió, alzando la vista del papel—que las misas me las digan en San Marcos, donde está enterrado don Pedro Velarde, ese valiente entre todos los valientes. En cuanto a mis huesos, no dispongo nada, porque no sé dónde caerán.

—¿Todavía está usted con esas manías?—dijo—. Hablaré en voz alta para que despierte doña Gregoria y le ponga a usted las peras a cuarto.

—No harás tal, porque te estrangularé, que no quiero que ella abandone su blando sueño para pasar amarguras. Aquí, en esta primera gaveta, dejo mi última disposición.

Y luego, levantándose y acercándose de puntillas a su mujer, la contempló un buen espacio, pálido y conmovido. Después de un rato llevóme a la alcoba inmediata, y sentándose en la cama en sitio desde el cual, al través de la mampara medio abierta, se veía el rostro de doña Gregoria iluminado por las luces del altar, hablome así:

—Si algo enflaquece mi ánimo, es la vista de mi inocente esposa, a quien voy a dejar viuda. Te confieso que al considerar esto se me nublan los ojos,

se me oprime el corazón y estoy a punto de dar al traste con toda mi fiereza. ¿No la ves desde aquí? Parece que fué ayer cuando nos casamos; parece que no han pasado cuarenta y cinco años, y se me representa con la misma celestial figura que tenía allá por los tiempos de Maricastaña, cuando yo iba a la reja, llevándole media libra de peras en el pañuelo o un par de mantecadas de Astorga. En todo este tiempo no me ha dado nada que sentir, y hemos vivido juntos como dos palomos, queriéndonos lo mismo que el primer día. ¿No la ves desde aquí? ¿No ves su hermosa cara, tan serena y tranquila, a pesar de su tristeza? Yo la estoy viendo con sus cabellos de oro, con su boquita encarnada como un casco de granada, con sus dulces ojos azules, que al mirarte parece que se abre el cielo delante de los tuyos; estoy viendo el nácar de su tez, y su airoso y gentil cuerpecito, lo mismo que su garganta alabastrina. ¡Oh Dios mío! ¡Tan hermosa, tan buena y tan desgraciada!

Bien por efecto de la imaginación, ofuscada por aquellas palabras, bien porque la situación diese a doña Gregoria ideales encantos, lo cierto fué que, a pesar de sus blancos cabellos, de su tez arrugada y de su en tantas partes notoria vejez, la estaba viendo tan hermosa como el *Gran Capitán* decía. ¡Milagroso efecto del pensamiento!

—Mira, Gabriel: desde que nos vimos, hace cincuenta años, nos quisimos; vernos y querernos fué todo uno, lo mismísimo que cuentan de los amantes de Teruel. Un lustro duró nuestro noviazgo, porque yo no tenía posibles; pero desde el primer día concertamos la boda. Durante aquel tiempo, ni riñas, ni bromicas, ni celillos. Nunca hemos tenido celos el uno del otro, porque desde el primer día la confianza fué nuestro norte. Todos me tenían envidia. ¡Ay! Cuando nos casamos, fuimos tan felices, que no hubiéramos cambiado nuestra casa por siete imperios. Y desde entonces, hijo, esta felicidad no se ha alterado. ¡Ay! Se me parte el corazón al pensar que desde mañana se acostará sola en esta cama, que por cuarenta y cinco años nos ha visto juntitos.

Al decir esto, el *Gran Capitán* se llevó el pañuelo a los ojos para secar sus lágrimas.

—Vamos, amigo—le dije—: de veras no sé si reírme o enfadarme oyendo lo que usted dice. ¿Está loco, por ventura?

—Si tú no comprendes esto—me contestó—, es porque eres un simplón y un majadero egoísta. ¿Tú sabes lo que significa cumplir uno con su deber? ¿Tú sabes lo que significa el honor? Y si sabes todo esto, ¿ignoras lo que es la honra de la patria, que vale más que la propia honra? Escúchame bien: si me causa angustia y pesar la consideración de la viudez de Gregorilla, mayor, mucha mayor pena me causa el considerar que la capital de España se entrega a los franceses. Esto es terrible, esto es espantoso, y no vacilaría en dar mil vidas y en sufrir todos los tormentos por impedirlo. ¡España vencida por Francia! ¡España vencida por Napoleón! Esto es para volverse uno loco. ¡Y Madrid, Madrid, la cabeza de todas las Españas, en poder de ese perdido! De modo que una nación como ésta, que ha tenido debajo de la suela del zapato a todas las otras naciones y especialmente a Francia, de modo que esta nación que antes no permitía que en la Europa se dijera una palabra más alta que otra, ¿ha de rendirse a cuatro troneas hambrones? ¿Cómo puede ser eso? ¡Eche usted a los moros, descubra y conquiste usted toda la América, invente usted las más sabias leyes, extienda su imperio por todo lo descubierto de la Tierra, levante los primeros templos y monasterios del mundo, someta usted pueblos, conquiste ciudades, reparta coronas, humille países, venza naciones para luego caer a los pies de un miserable emperadorcillo salido de la nada, tramposo y embustero! Madrid no es Madrid si se rinde. Y no me vengan acá con que es imposible defenderse. Si no es posible defenderse, deber de los madrileños es dejarse morir todos en estas fuertes tapias y quemar la ciudad entera, como hicieron los numantinos. ¡Ay! Todos mis compañeros se han portado cobardemente. España está deshonorada. Madrid está deshonorado. ¡No hay aquí quien sepa morir, y todos prefieren la misera vida al honor!

—Pero cuando no se puede triunfar—le dije—, es una temeridad seguir peleando, y más vale guardar la vida para emplearla con éxito en mejor ocasión.

—¡Simplezas y tonterías! El honor mandaba a los madrileños morir antes

que rendirse, y el honor nos manda a los de la Puerta de Los Pozos que muramos todos allí antes que entregarla.

—Yo no creo que estén dispuestos a ello.

—Pues yo lo estoy, porque mi conciencia, que es la voz de Dios, me lo manda. Se rendirá la Puerta; pero el jardín de Bringas está bajo mi mando, y el que quiera entrar en él pasará sobre mi cadáver.

—¡Temeridad loca y hasta ridícula!

—Así será para los que no tienen idea de la honra de la patria y para los que no ven nada más allá de esta ruín existencia, ni nada más allá del pan que comen todos los días.

—Entregarse de ese modo a la muerte es un suicidio, y el suicidio es un gran pecado.

—No es suicidio, no. La ley ineludible de la patria me ha puesto en un lugar que debo defender, aun a costa de la vida. ¿Que vienen fuerzas superiores? ¡Pues vengan! La patria me manda esperar tranquilo, y la ley me veda el apartar los pies de aquel sitio. ¿No morían los mártires por la religión? Pues la patria es una segunda religión, y antes que faltar a su ley, el hombre debe morir. ¿Y qué es la muerte? Los necios se asustan de la muerte, porque la muerte les quita el comer y el gozar. ¡Mentecatos! ¿Por ventura no son mejor comida y mejor goce los de la bienaventuranza eterna? Ve ahí a mi esposa. Ciertamente me aflige dejarla; pero sé que la perderé de vista tan sólo por algún tiempo, y que sus virtudes la llevarán luego a donde la tenga delante de mis ojos durante las eternidades, sin cuya compañía creo que el mismo Cielo me sería fastidioso. ¡Morir! ¡Ahí es gran cosa morir, y apañado tienes el ojo! ¿Pues acaso el morir es mal que puede compararse siquiera al dolor de un rasguño recibido en la Tierra? Y si el morir no es nada para el miserable cuerpo, ¡cuán grande y fausto suceso no es para nuestra alma, mayormente si por la nobleza de nuestro fin nos empingorotamos sobre todas las cosas nacidas! ¡Morir por la patria; morir en el puesto que a uno le marca su deber; morir no por conquistar un pedazo de tierra, ni por un cacho de pan, ni por una baja ambición, sino por una cosa que no se ve ni se toca, cual es una idea y un sentimiento

puro! ¿No es equipararnos a los santos del Cielo y acercanos a Dios todo lo que acercarse puede una criatura?

Dicho esto, calló. No le contesté nada, porque tanta grandeza me tenía anonadado.

Al cabo de un buen espacio volvimos de la alcoba a la sala; acercóse él con pasos muy quedos a doña Gregoria, y le dió muchos besos, tan en flor, por no despertarla, que apenas tocaban sus labios el arrugado cutis de la anciana.

Luego enjugóse las lágrimas, y dirigiendo una mirada en redondo a todos los objetos de la sala, me dijo con voz grave y entera:

—Gabriel, vamos.

XXI

No valían razones contra él, y cuanto yo pudiera decirle habría sido predicar en desierto; razón por la cual determiné cesar en mi obstinación, reservándome el emplear después cualquiera estratagemata para impedir una desgracia. Como durante la visita a la casa había transcurrido mucho tiempo, cuando salimos principiaba ya a clarear la aurora, y advirtiéndolo por las calles más gente de la que en tales horas suele encontrarse, nos fuimos a curiosear un poco antes de volver a Los Pozos. Serían las seis cuando entrábamos en la calle de Fuencarral, y como era ésta la hora señalada para la rendición, subían y bajaban por la citada vía numerosos grupos de hombres, armados unos, sin armas otros, pero todos puestos en mucha agitación. Había quien en voz alta declamaba contra la capitulación, poniendo a Morla, a la Junta y a Castelar como ropa de pascua; otros se desahogaban insultando a Napoleón; muchos rompían las armas, arrojándolas al arroyo; no faltaba quien disparase al aire los fusiles, aumentando así la general inquietud, y, por último, hacia el Arco de Santa María vimos algunos frailes dominicos y de la Merced, que, arengando a la muchedumbre, procuraban calmarla.

—Vamos, corramos a nuestro puesto —dijo Fernández—, no sea que nos tengan preparada una sorpresa.

—Aún no es la hora designada —le dije, procurando entretenerle de modo que llegáramos tarde.

—¿Cómo que no?—clamó con exaltación, avivando el paso—. Corramos, no sea que lleguemos tarde y entreguen Los Pozos. Mal hemos hecho en abandonar nuestro puesto por una necia sensiblería. ¡Quién sabe lo que hará esa gente si no estoy yo por allí! Corramos, pues ya he dicho que se rendirá Madrid, que se rendirán Los Pozos, que se rendirá el jardín de Bringas; pero que el *Gran Capitán* no se rinde.

Empezamos a correr, cuando detúvome de improviso un hombre que en opuesta dirección venía. Era *Pujitos*.

—Gabriel—me dijo, muy sofocado—, vuelve atrás, no vayas a Los Pozos; echa a correr y escapa como puedas.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?—preguntó mi amigo con la mayor zozobra—. ¿Ha venido Napoleón en persona?

—¡Qué Napoleón ni qué Juan Lanas! —añadió *Pujitos*, empujándome para que retrocediera—. Corre presto, que si llegas allá, te echan mano. Ahora mismo han estado esos perros por ti.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser sino don Luis Santorcaz, ese que llaman Román y los tres o cuatro pillos que andan con ellos?

—Y a mí ¿para qué me buscan?

—Para prenderte.

—¿Y quién es él para prenderme?—exclamé, lleno de ira—. Pero ¿no dijeron por qué me quieren prender? ¿Qué he hecho yo?

—Sí, dijeron, y es un aquel de traiciones que has hecho y no sé qué diabluras. Conque a correr. Mira que vienen. Aire a los pies, y buenos días.

—¿Eh? Basta de simplezas —dijo el *Gran Capitán*—, y no me detengo más, que hago falta en otra parte.

Y marchóse resueltamente hacia arriba sin decir nada más. Luego que me quedé solo con *Pujitos*, proseguimos nuestro altercado, él queriendo obligarme a que retrocediera, y yo obstinándome en seguir, pues me parecía una fábula aquello de mi prision, y la mudanza de Santorcaz y Roman en alguaciles, y sobre todo en perseguidores míos por traiciones que yo no había soñado en cometer. Pero al fin logré convencerme recordando pasados sucesos que podían explicar, ya que no justificar, aquel hecho como una venganza; creí prudente seguir el consejo de mi compañero de armas, hombre que no por ser tonto de-

jaba de ser honrado, y me escurrí a buen andar en dirección al Espíritu Santo.

Cerca de la calle Ancha tuve un feliz encuentro en la aparición de mi reverendo amigo el fraile mercedario, que, seguido de mucha gente, venía en dirección opuesta.

—¿Adónde vas, Gabriel?—me dijo, deteniéndome.

—Voy huyendo, padre—le respondí—; huyendo de infames enemigos que me persiguen sin motivo alguno.

—¿Quién, quién es el atrevido que te acosa?—exclamó briosamente.

—Hombres pérfidos, hombres inicuos que han sido espías de los franceses y ahora aparecen como oficiales de la Justicia.

—Pero ¿de qué Justicia? ¿Quién nos manda? Sepámoslo de una vez. ¿Nos manda aún nuestra Sala de Alcaldes, o nos manda un bigotudo general francés, en nombre de Napoleón? ¿Ha capitulado ya la plaza?

—No lo sé, padre; pero es lo cierto que esos hombres me buscan para prenderme, y con autoridad o sin ella llevan sus reales despachos en toda regla, que maldito sea el que se los dió para que satisfagan infames venganzas personales.

—Vamos a ver qué es eso...

—No, padre; yo no pienso ver nada más que la calle por donde corro, porque conozco la clase de gente en cuyas manos voy a caer.

—Por la Santísima Virgen del Carmen, que nadie te ha de tocar el pelo de la ropa, al menos yendo conmigo. ¡Ea, señores!—añadió Salmón, volviéndose a los que le seguían—, me voy a mi casa. Se despide de ustedes el padre Salmón, de la Orden de la Merced; ya no soy nada, hijos míos; ya no tenéis padrino Salmón; ya no tenéis quien os predique, ni quien os aconseje, ni quien os diga cosas joviales. Se acabó todo; España es de los franceses; adiós, frailes y monjas, que a todos nos van a quitar de medio, hijos míos, y no hagáis pucheros, que de nada valen ahora estos pucheros, pues no se defiende la religión con lagrimitas... No llores, que *tarde piache*, como dijo el otro, y sucumbamos. Adiós, hijos míos, que ahora os quieren hacer a todos herejes, y los religiosos estamos de más. Yo os echo la bendición; cui-

dato, cuidadito con los pecadillos. Y tú, joven desgraciado, arrímate a mí, que aún nos queda un poquillo de influjo, y nadie te hará nada yendo en mi compañía. Ven conmigo a la Merced, y allí procuraremos ponerte en salvo.

Cuando marchábamos juntos hacia la calle Ancha, oímos en derredor nuestro estentóreas y acaloradas voces de hombres y mujeres que gritaban: «¡Viva el padre Salmón! ¡Muera Napoleón! ¡Muera el *rey de Copas*!»

—En mi convento estarás seguro—me dijo luego el mercedario—, hasta que puedas salir de Madrid. ¿Piensas salir?

—En cuanto pueda, padre; no puedo ni debo estar más aquí.

—Haces bien; algunos compañeros míos piensan marcharse también a levantar por ahí el espíritu de los pueblos. Yo no saldré de Madrid, porque mi naturaleza es tan delicada y flatulenta, que no resiste los trabajos, hambres y estrecheces de una misión. A la casa de Madrid me atengo; ni quito ni pongo rey, y aunque dicen que el hermano de *Copas* nos quiere quitar, todo es filfa, hijito mío. Yo sé que andan por Madrid emisarios del emperador, que nos hacen la mamola a cencerros tapados para que le rindamos pleito homenaje y transijamos con él, requisito indispensable para tratarnos a maravilla, por lo cual opino que tan bien se sirve con Pedro como con Juan, y adelante con los faroles, porque si tienes hogazas, no pidas torta, y si te dan la vaquilla, acude con la soguilla, que, como dijo el otro, mano que da mendrugo, buena es, aunque sea de turco.

Tan sumergido estaba yo en mis pensamientos, que no contesté a mi amigo, si bien mi silencio no fué parte a que dejara de seguir hablando por todo el trayecto, durante el cual no nos ocurrió desgracia alguna, ni tuvimos ningún mal encuentro.

—Ya estamos en casa—me dijo cuando entramos—. Sube y probarás de unas es-taquitas de la olla de ayer que el refitolero me ha guardado para hoy, poniéndolas con arroz; y te advierto que en todo lo que sea de arroz soy una especialidad, y a mí se me debe la introducción de las almejas y de la canela en la paella valenciana.

Entramos en su celda, donde me dejó, volviendo al poco rato con un cazuelillo

debajo del manteo; y con esto y una botella que sacara de la alacena, juntamente con una cesta llena de pedazos de pan, higos, aceitunas, nueces, embutidos, queso, dátiles y otras viandas, aderezó un almuerzo que me vino de perillas.

—Esta misma celda en que estás y que es la mía—me dijo mientras comíamos—, fué ocupada hace más de doscientos años, allá en los de mil seiscientos veinte, por aquel insigne mercedario fray Gabriel Téllez, a quien generalmente se conoce por el maestro Tirso de Molina. Es fama que en este sitio, y quizá en esta misma mesa, escribió su célebre *Crónica de la Orden*, porque comedias se cree que no hizo ninguna después de meterse a fraile.

—¿No le ha dado a vuestra paternidad por hacer comedias?—le pregunté.

—Hombre, algunas he hecho, y ahí están pudriéndose, en aquella alacena. Mas no he intentado que se representen, porque el prior nos lo prohíbe, aunque sean todas devotas. Una hice que no me parece mala, y se titula *El Santo Niño de la Guardia*. No deja de tener su sal otra que compuse con el rótulo de *La tutora de la Iglesia y doctora de la Ley*, toda en sonetos arreo, entreverados con lo que se llaman séptimas reales; y me daba tanto el naípe por estas obrillas, que enjaretaba dos en una semana, y si no me lo prohibieran, le hubiera echado la zancadilla a Bustamante, que escribió trescientas veintinueve comedias de santos.

—¿Y en qué se ocupa ahora vuestra paternidad?

—¿En qué me he de ocupar, muchacho, sino en hacer jaulas de grillos? ¿No sabes que soy el primer jaulista de Madrid? Pues a fe que me dan poco trabajo las tales obras. Mira cuántas hay allí. Aquella que tiene tres pisos, con dos hermosísimas torres y su reloj figurado en el centro es para las monjas de Constantinopla, y aquella otra redonda que está por concluir, para las Carmelitas Descalzas, que ha un mes me tienen loco con la dichosa obra.

En efecto, todo un rincón de la celda estaba lleno de jaulas hechas y por hacer, con todos los materiales y herramientas propias de aquel oficio. De libros no vi sino los folletos y papeles que días antes recogió en casa de Amaranta.

—Yo soy un hombre que abomina la holgazanería—continuó Salmón—, y no me parezco a otros de esta misma casa, que no se ocupan en maldita la cosa, aunque hay algunos, la verdad sea dicha, como el padre Castillo, que noche y día están metidos en un mar de libros y papeles.

—Y en verdad, padre—le dije—, ya que no hay cautivos que redimir, todos ustedes deberían pasar el tiempo en algún útil menester.

—Pues los hay que como no sea tirar a la barra en la huerta y jugar al tute en la solana, no hacen nada. Y si no, en la celda de al lado tienes al padre Rubio, que se pasa la vida haciendo acertijos y enigmas, los cuales envía a las monjas para que ellas le devuelvan la solución y nuevos problemas, y tienen establecidas ganancias y pérdidas para el que acierta y para el que yerra, las cuales pérdidas y ganancias consisten siempre en algo de condumio. ¿Pues y el padre Pacho, que se ha dedicado a hacer punto de media, y labra unos primores...? Esto es andar a mujeriegas, lo cual no me gusta. Yo, al menos, he hecho, en lo tocante al arte eminentísimo de las jaulas, adelantos admirables, y además, me dedico a la Medicina, para lo cual, con aquel Dioscórides que está a la cabeza de mi cama, tapando la escudilla, me basta y me sobra.

Por estos caminos siguió nuestra conversación, hasta que me entró gana de dormir. Mi amigo pidió permiso al prior para que me quedase allí todo el día y aun toda la noche, refugiado contra una injusta persecución, y me llevaron a una celda vacía, donde en lecho muy blando me acomodé, rindiéndome de tal modo el sueño, que hasta el siguiente día no di acuerdo de mí.

XXII

Cuando me levanté y hube despachado el desayuno que con sus propias caritativas manos me llevó el padre Salmón, salí al claustro alto, donde mi amigo me dijo:

—Hay grandes novedades. Ayer, a eso de las diez, se entregó la plaza a los franceses, una vez firmada la capitulación por el emperador en su cuartel general de Chamartín.

—¿Y ha habido algo en Los Pozos?
—pregunté, acordándome pesaroso del *Gran Capitán*.

—Creo que es el único punto donde hubo alguna resistencia, pues de todos los demás se apoderó sin dificultad el general Belliard, gobernador de la plaza.

Salió al encuentro de Salmón un fraile pequeño y viejo, que se apoyaba en un palo; hombre, al parecer, enfermizo y de mal genio, que dijo:

—¿Sabe su merced, señor Salmón jaulista, las bases de la entrega?

—Hermano Palomeque, no las sé; pero creo que ha llegado fray Agustín del Niño Jesús, el cual dicen que tiene una copia que le suministró un individuo de la Junta.

—¡Qué vuelta por el claustro, padre Palomeque!—dijo un frailito joven, barbilindo, ancho de cuello, pulcro de rostro, arrebolado de nariz, nimio de cerquillo y con un cierto aire galán, el cual de improviso se unió a nuestro grupo.

—Lo que hay—contestó Palomeque con rabia, dando un fuerte bastonazo en el suelo—es que anoche me han robado una gallina de las seis que tenía en el corral, y ¡ay del pícaro zorrón si le descubro, que por nuestro santo hábito, si fuera cierta la sospecha que tengo de un fraile madamo y almibaradillo, yo le juro que me la ha de pagar!

—*Oh curas hominum! Oh quantum est in rebus inane! Oh cupidinitas galinacea!* ¿Y todo ese enfado es por una polla seca y encanijada, con cuyo caldo se podía administrar el bautismo?

—Basta de bromas; y si era encanijada, no la tenía yo para ningún zángano—exclamó Palomeque—. Pero a otra, y díganme de una vez en qué términos se ha hecho esa maldita capitulación. Por ahí asoma fray Agustín del Niño Jesús.

Llegó, en efecto, con paso grave el tal Niño Jesús, que era un fraile altísimo de estatura, moreno, de pelo en pecho, de aspecto temeroso, ojos fieros y una voz, por raro contraste, tan infantil y atiplada, que parecía salir de otra garganta que la suya. Seguíanle otros dos frailes.

—Vamos a ver, señor músico: ¿qué dice esa minuta?—le preguntó el fraile barbilindo.

—Ahora lo veredes, dijo Agrages—fué la contestación del padre Agustín—.

Creo que Napoleón ha aceptado todos los artículos, excepto dos o tres de los menos importantes.

—El primero—dijo Salmón—habla de la conservación de la religión católica. sin que se consienta otra.

—Justo—respondió el Niño Jesús, sacando un papel—; y el segundo, de la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos de Madrid. Igualmente establece el respeto a las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de uno y otro sexo, conservándose el respeto debido a los templos, todo con arreglo a nuestras leyes.

—Como no lo han de cumplir—indicó Palomeque—, excusado es que lo digan. Siga adelante.

—¿Para qué ha de leer más? Lo que sigue, poco interés tendrá, y apuesto a que habla de que si las tropas saldrán de Madrid con los honores de la guerra o no.

—Justo—dijo fray Agustín—, y también hay otro artículo en que se establece, que no se perseguirá a persona alguna por opinión ni escritos políticos.

—Esto está muy mal pensado y peor resuelto—dijo otro de los presentes; que era el padre Rubio, fabricante y artífice de acertijos—, porque si no quitan de en medio a los francmasones y diaristas...

Luego el frailito almibarado, que era nada menos que maestro de Teología, llegó a Salmón y le dijo:

—¿Se atreve vuestra paternidad a echar dos tantos a la barra esta tarde, después de la siesta?

—¿Pues no me he de atrever?—contestó—. Y tú, Gabriel, ¿juegas a la barra?

—Este joven—dijo el maestro de Teología con bondad—, ¿es aquel portento de las Humanidades, aquel consumado latinista de quien vuestra merced me habló?

—El mismo, que viste y calza, o, por mejor decir, el segundo Pico de la Mirandola. Puede examinarle vuestra merced y verá lo que son castañas.

Yo repetí que no sabía palabra de latín, y que toda mi fama en dicha lengua provenía de una equivocación.

—*Modestus est*—dijo el teólogo—. Y puesto que es usted tan gran latino, con-

tésteme a esto: ¿qué quiere decir *Vino a lo que vino*?

—Eso no es latín, sino castellano—dijo Salmón.

—¡Oh!—exclamó el otro, batiendo palmas—. Los dos se atascaron. ¿Conque castellano? Pues es tan latín como el *Arma virumque. Vino a lo que vino*, o lo que es lo mismo, *vi no a lo que vino*, que, traducido literalmente, quiere decir: *con fuerza nada y me alimento con vino*.

—Este fray Jacinto de los Traspasos de María es un pozo de ciencia—dijo Salmón—. Gabriel, te atascaste.

—Y díganme ustedes—prosiguió el otro— ¿qué quiere decir *Archiepiscopi toletani onerati sunt mulieribus*?

—Eso es más claro que el agua, mi señor don Teólogo—repuso Salmón—. Es una blasfemia y calumnia; pero, valga lo que valiere, quiere decir, salva la intención, que los arzobispos de Toledo están cargados de mujeres.

—¡Oh gansos, oh acémilas! Ya les cogí otra vez—dijo fray Jacinto—. El *archiepiscopi*, que parece nominativo plural, es genitivo singular. De la palabra que suena *mulieribus*, hago dos, a saber: *mulieribus*, y resulta: *los mulos del arzobispo de Toledo están cargados de riquezas*. ¡Ajaja! Pues y lo de tú comes *caracoles*, ¿qué significa?

—¡Oh! No estoy para quebraderos de cabeza—replicó Salmón—. Dejemos eso, y ya que en el latín me ha vencido, esta tarde le venceré a la barra.

—Esta tarde, no—dijo Rubio—, pues fray Jacinto ha prometido venir conmigo a ver a las Constantinoplas, que están locas por conocerle.

—Y Castillo, ¿dónde está?—preguntó Palomeque.

—En misa.

—¡Oh *patres conscripti*!—dijo otro fraile que vino a toda prisa por el claustro adelante—. ¡Grandes y estupendas novedades! Han llegado tres consejeros de Castilla, y están en conferencia con el prior.

—¿Y a qué vienen esos consejeros del diantre?

—Según he oído, los manda Napoleón para que nos emboben, por ver si consigue que una diputación de regulares de todas las Ordenes vaya a cumplimentarle y hacerle *randibú* en su cuartel de Chamartín.

—Antes el demonio.

—¿Conque *randibú* al azote de los pueblos, al enemigo de la religión, al carcelero de nuestro rey? Muy bien: tras de cornudo, aporreado, y vengan palos, que con besar la mano que nos los da, todo queda concluido.

—Como se han de levantar contra Napoleón hasta las piedras, y al fin ha de marcharse con su hermano, excusado es andarse con mieles.

A esta sazón llegó el padre Castillo, que venía de decir su misa, aquel discreto y agudo fraile que en casa de la señora condesa había hecho el expurgo de libros.

—Padre Castillo, ¿conque tenemos visita de consejeros de Castilla para que nos humillemos ante Napoleón?

—No sé nada de esto.

—Yo estoy determinado a salir de Madrid e irme por esas provincias a predicar la guerra, juntando gente armada—dijo Rubio.

—Y yo, como me suelte por tierra del Barco de Avila y eche allí cuatro sermones, levanto hasta las piedras—afirmó el Niño Jesús.

—Yo no me moveré de aquí—dijo Castillo—. En esta casa me mandan los estatutos que resida, y aquí residiré mientras no me echen. Fundóse nuestra Orden para redimir cautivos, no para predecir guerra ni armar soldados.

—Muy bien dicho; mas tampoco se fundó para que la patearan emperadores y la escupieran Juntas.

—Dios hará de nuestra Orden lo que fuese servido—repuso Castillo—. En tanto, nosotros nos estamos mejor en nuestra casa que por montes y valles incitando a los hombres a matarse. Y no es que dejemos de ser patriotas. Más harán las oraciones de un fraile piadoso en pro de nuestros ejércitos que los sermones furibundos y crueles de esos desgraciados que con los hábitos al cinto se han lanzado a la guerra. Y dígame el buen Niño Jesús: ¿le parece meritoria y digna de un cristiano y de un sacerdote la conducta de ese dominico que no quiero nombrar, y que se ha señalado por sus sanguinarias excitaciones a la matanza de franceses? No; nada que sea contrario a las generales leyes de la caridad debe sacarnos de nuestra ordinaria vida.

—Con buenas retóricas se viene ahora

el padre Castillo—dijo otro de los presentes—. No, sino hagámonos miel para que nos papen imperiales moscas.

—Digame—preguntó un tercero—, ¿ha oído decir el señor don Librote y Catapergaminos que Napoleón va a reducir el número de regulares a la tercera parte? Pues sí, eso está muy bonito. Apláudalo el padre Castillo. Y nosotros, veámoslo y callemos, ¿no? ¡Pues me gusta! De modo que si un conquistador atrevido pone en peligro nuestro instituto, lo daremos por bien hecho.

—¿Conque reducírnos a una tercera parte?—dijo Salmón—. ¡Bonita invención! Esas son las tan decantadas novedades de los filósofos y de todos esos masones a la francesa que hay ahora.

—No disputaré sobre si es conveniente o no reducir el número de conventos—dijo Castillo—. Cuestión es ésta delicada y sobre la que se podría hablar mucho. Lo que sí afirmo es que la reducción del número de regulares y las ideas de poner coto a tantas fundaciones son bastante antiguas, y se han ocupado de ello mil eminentes repúblicos. Ya saben todos que en el siglo pasado se ha clamoreado bastante sobre esto. ¿Y qué más? A principios del decimoséptimo siglo, cuando aún no se soñaba en enciclopedias, ni en revoluciones, ni en logias, ni en filosofías, personajes respetables, y entre ellos algunos españoles sapientísimos se expresaron en igual sentido. Como me dedico a buscar papeles viejos, ¡vean mis caros hermanos la casualidad!, en estos días he encontrado dos que vienen como de molde a terciar en esta contienda.

Y al punto fué a su celda, que muy cerca estaba, y volviendo con dos libros viejos los mostró a sus hermanos.

—Aquí están—dijo—. Uno es el *Memorial que al rey don Felipe Tercero dió en su Consejo de Estado fray Luis de Miranda, lector jubilado de la Orden de San Francisco, acerca de la ruyna y destrucción que amenazaba a la república y monarquía de España si con presteza no se acude al remedio*. Las causas y razones que expone son: PRIMERA, *la muchedumbre de hacienda que de secular se está convirtiendo en eclesiástica*. SEGUNDA, *las innumerables personas que, por sus particulares fines, de seglares se hacen religiosos, sin aver de ello necesidad, antes con daño de las mismas religiones*.

Esto se escribía en los primeros años del siglo decimoséptimo, y si el mal era cierto, juzguen vuestras paternidades si habrá aumentado, no habiendo nadie acudido al remedio. El otro libro se titula: *Discurso del doctor don Gutiérrez, marqués de Careaga, en que intenta persuadir que la monarquía de España se va acabando y destruyendo a causa del estado eclesiástico, fundación de Religiones, Capellanías, Aniversarios y Mayoralzgos*. Esto está impreso en mil seiscientos veinte. De modo, hermanos míos—añadió con zumba el buen Castillo—, que hace doscientos años hubo quien ya dió en la flor de decir que éramos muchos. Ahora, pues, carísimos, cada uno meta la mano en su pecho, consulte a su conciencia y pregúntese a sí mismo si cree estar de más: *intelligenti pauca*. Y esas gallinas, padre Palomeque, ¿cuántos huevos han puesto en la semana? ¿Y cómo van esas jaulas, padre Salmón? ¿Qué me dice vuestra paternidad de aquellos enigmillas tan reservados que le enviaron ayer las Constantinoplas, padre Rubio? ¿Halos acertado ya? ¿Y qué tal van esos toques de flauta, fray Agustón del Niño Jesús?

Y así fué dirigiendo a todos graciables pullas, si bien ellos no se irritaban, gracias al respeto que le tenían. Con esto y con la retirada de Castillo se desbarató el corro, y casi todos fueron a husmear a la puerta de la celda del prior por ver si descubrían cuál era la misteriosa comisión de los consejeros de Castilla. Cuando Salmón y yo íbamos a espaciarnos un poco por la huerta, vimos un fraile anciano que, leyendo devotamente un libro de oraciones, se paseaba en el claustro bajo. Pregunté a mi amigo quién era aquel venerable sujeto, y me dijo:

—Este es el padre Chaves, el más piadoso y recogido de todos los frailes de este convento, si bien me parece que es algo mentecato. No hace más que rezar, leer libros santos y asistir a todos los enfermos de la casa. Hace catorce años que no ha salido una sola vez a la calle. No recibe regalos, sino aquellos que puede dar a los pobres. Apenas come, y cuanto le dan aquí lo guarda para repartirlo los sábados a una chusma que viene a la portería porque, según dice él, ya que no puede redimir cautivos, quiere redimir a los que padecen la peor

esclavitud de todas, que es la miseria. Antes te dije que era un mentecato; pero la verdad, hijo, Chaves es un excelente hermano.

«Dios ha puesto de todo en el mundo —pensé yo—, y así como no hay nada perfecto, tampoco hay cosa alguna que sea rematadamente mala.»

XXIII

Al día siguiente, Salmón me dió muy malas noticias.

—¿Sabes lo que pasa, Gabriel?—me dijo, entrando muy de mañana en la celda que se me había asignado—. Pues he sabido que el Gobierno francés, que ahora nos rige, ha nombrado alguacil, o como ahora dicen, oficial, jefe o no sé qué de la Policía, a ese mismo Santorcaz que quería prenderte. Esto tiene indignados a cuantos le conocían, y prueba a las claras que ya estaba vendido a los franceses desde antes del sitio. También es indudable que en aquellos días fué nombrado alguacil por la Sala de Alcaldes, sin que nadie acierte a darse cuenta de cómo consiguió tal cosa. Le acompaña hoy, como antes, su escuadrón de gente de mal vivir, que, como sabes, era la que días pasados acaloraba los ánimos contra los franceses en los barrios bajos, haciéndose pasar por ardientes patriotas. Pero di, ¿qué has hecho para que te quieran prender? Porque me han dicho que él y los suyos te buscan con verdadero frenesí, registrando todos los rincones de Madrid.

—En verdad que no sé en qué fundan su persecución—respondí—, pues, por más que me devano los sesos, no puedo traer al pensamiento ninguna acción mía que a cien leguas se parezca a un delito. Pero esos hombres son muy malos, y no hay que buscar fuera de ellos la causa de sus maldades.

—Pues me han dicho que en todo el día de ayer ese Santorcaz no ha hecho más que prender gente sospechosa, es decir, gente a quien supone hostil a los franceses.

—Es una venganza personal—dije—, o tal vez deseo de apoderarse de mí para una baja intriga.

—¿Qué inmundada canalla! ¡Y de esta

manera quieren *el rey de Copas* y su hermano hacerse amar de los españoles! Pues no es mal chubasco el que se nos viene encima. Dicen que Napoleón ha rasgado el acto de capitulación, expidiendo, con fecha de ayer, varios decretos contrarios a lo estipulado.

—Pues, padre mío—dije—, veo que me es preciso huir de Madrid a toda prisa.

—¡Huir de Madrid! ¿Crees que es fácil salir ahora? Estáte unos días más en esta casa, que el prior no tendrá inconveniente en ello, y después veremos cómo te sacamos de la villa. Oh! Me han asegurado que la salida es muy difícil hasta para las ratas. Parece que la gente de los pueblos inmediatos a Madrid está levantada en armas. Temen los franceses que esto sea cosa urdida con los de aquí para favorecer un movimiento insurreccional dentro de la Corte, y han resuelto incomunicar a Madrid. La vigilancia que hay en las puertas es peor que de inquisidores: no dejan salir a alma viviente sin registrarle y darle mil vueltas, y como el viajero no lleve un papelucho que llaman *carta de seguridad*, expedida por esa bendita Superintendencia de Policía, a quien vea yo comida de lobos, le someten a un Consejo de guerra. Conque, hijo, estás en peligro; no puedes vivir en Madrid, y la salida es muy difícil. ¡Ah! En este momento se me ocurre una cosa, y es que podemos solicitar el amparo de la señora condesa, en cuya casa estuviste el otro día, la cual me han dicho que es amiga de los franceses.

—¡La señora condesa amiga de los franceses!

—Quiero decir, partidaria. Su primo el duque de Arión, que ha pasado toda su vida en Francia, entró en España con Bonaparte, de quien es muy devoto, y actualmente está en el Cuartel general de Chamartín. Anteayer estuve en casa de la condesa, y le esperaban de un día a otro. Como haya venido, no nos sería difícil que aquella bondadosa señora te consiguiese una carta de seguridad para evadirte. Entre tanto; hijo, aquí estás más seguro; y por sí o por no, vamos tú y yo ahora mismo a ver al prior del convento, que es hombre de mucho mundo y de tanta trastienda, que sería capaz de pegársela al lucero del alba. El nos dirá si lo que se me ha ocurrido es

razonable, o si hay otro medio más expedito para ponerte en salvo.

Y sin más dimes ni diretes, llevóme a la celda del padre prior, que en aquel momento había vuelto de decir su misa y despabilaba dos onzas de chocolate. Era el padre Ximénez de Azofra un hombre pequeño, de edad madura, ojos muy vivos, sonrisa maliciosa, cortesanías modales y simpática conversación. Recibiéme con mucha bondad; y cuando Salmón le expuso las apreturas en que yo me encontraba, dijo lo que sigue:

—En otras circunstancias, joven incauto, fácil nos habría sido socorreros, poniéndoos al abrigo de esta casa. Pero ahora todo está al revés. El Gobierno intruso nos mira con muy malos ojos, y bastaría que le protegiéramos a usted para que se nos acusara de cómplices de la insurrección, que así llaman ellos a nuestra santa causa. En verdad que cada vez odio más a esa canalla. Ved lo que hacen ahora. Desde que Madrid se ha rendido, ya les ha faltado tiempo para quebrantar lo convenido: y si prometieron respetar las vidas, libertades y haciendas de este vecindario, ayer todo ha sido prender y encarcelar gentes honradas, a quienes se acusa de auxiliar a los insurgentes de Talavera y de Cuenca. Todo es sospechar, y acusar, y asustarse hasta de vanas sombras; y como los restos del ejército de San Juan y las tropas del de Castaños que se unieron al duque del Infantado andan por estas inmediaciones levantando los pueblos contra los franceses, éstos ven un espía en cada vecino de Madrid, y han resuelto impedir toda comunicación entre los habitantes de esta villa y los de Ocaña, Toledo, Talavera e Illescas, por lo cual no permiten la entrada de los paletos, fruteros y verduleros, razón de la gran carestía que hoy tienen todos los artículos.

—Mala situación es ésta—dijo Salmón—. ¿De modo, señor prior de mi alma, que en buenos tiempos no recibiríamos nada de nuestras granjas de Leganés, Valmojado, Casarrubielos, Bayona de Tajuña y Santa Cruz del Romeral? ¡Bonito porvenir! Y entonces, *quid manducaverunt vel manducavere?*

—¡Oh! Amigo Salmón—contestó el prior con malicia—, aquí viene bien

aquello de *ventorumque regat pater*, que quiere decir *viento en panza*, según traducía aquel gilito descalzo de quien tanto nos hemos reído. Es preciso hacer penitencia.

—Bien, reitebién—exclamó Salmón, bufando—. ¡Viva el emperador de los franceses, y rey de Italia, y protector de la Confederación del Rin! De esa manera conseguirá vuestra majestad imperial y real, que asada en parrilla vea yo, conquistar las simpatías del clero regular.

—No se cuida él de nuestras simpatías, amigo Salmón.

—Pero, en resumidas cuentas, señor padre prior, este muchacho, de cuya moralidad y buen proceder respondo, necesita salir de Madrid, y no dudo que usted, con su influencia, le podrá sacar una *carta de seguridad*, con la cual y disfrazado...

—¡Qué cosas tiene Salmón!—dijo Ximénez de Azofra—. ¿Qué puedo yo hacer? Conque en priesa me ve, y doncelez me demanda. ¿No le he dicho que desconfía de los regulares, y especialmente han tomado entre ojos a los de esta casa?

—No sabía tal cosa. Al contrario: of decir que vuestra paternidad es de los que van a Chamartín a cumplimentar a mi señor don Caco imperial, rey de los pillos y protector de la congregación del Rin... conete y Cortadillo.

—¡Yo!—exclamó Ximénez con asombro—. No he nacido para besar la mano que me azota. Español soy, y español seré mientras viva. He predicado en el púlpito de la Merced contra el emperador, y no imitaré a los que, siendo primero desaforados patriotas, ahora son patriotas tibios, con vislumbres, amagos y pintas de afrancesados. Ciertamente es que va a Chamartín una diputación de todas las clases de la sociedad; cierto que me han invitado para ir, y vea su merced aquí la carta que sobre este punto el corregidor me ha dirigido, y que, de haber justicia en la tierra, debería ser quemada por la mano del verdugo. ¿No es una vergüenza que de este modo se humillen los hombres? Ayer, todo era inquina contra el *ogro de Córcega*, todo insultarle y ponerle por esos suelos; hoy, todo son blanduras. El mismo señor corregidor de Madrid, que en su bando del veinticinco de noviembre decía: «La Es-

paña está invadida por el tirano que domina en Francia, el cual ha quebrantado pérfidamente las santas leyes», etcétera; ese mismo señor corregidor, don Pedro de Mora y Lomas, caballero de la Orden de Carlos Tercero, del Consejo de su majestad, subsecretario con ejercicio de decretos, intendente de los reales ejércitos y de esta provincia, corregidor de esta villa, subdelegado de Rentas reales, intendente de la Real Regalía de Casa y Aposento, superintendente general de Sisas reales y municipales de ella y subdelegado de Montes y Pósitos, etcétera, etcétera, pues la retahila de títulos no tiene fin; ese mismo corregidor, repito, es el que hoy dirige un llamamiento *ante diem* a todos los regidores, diputados del Común, procurador general y personero, alcaldes de la Hermandad Mesta y alguacil mayor por el estado noble, al ilustrísimo señor obispo auxiliar, vicarios eclesiástico y castrense, al venerable cabildo de señores curas y beneficiados, a los reverendos prelados de todas las religiones, al cuerpo colegiado de la nobleza, diputados de los cinco gremios mayores y a todas las diputaciones de los sesenta y cuatro barrios de esta población. ¿Para qué crearán ustedes? Pues nada más que para hacer presente «que la villa de Madrid habrá tenido el honor de ofrecerse a los pies de su majestad imperial y real para manifestarle el reconocimiento a la bondad e indulgencia con que ha tratado a esta corte, felicitarse por tener a su majestad en su seno, y expresarle que si lograba merecer la dignación y aprecio de su majestad, se contemplaría dichosa». ¿Qué tal? ¿Es éste un lenguaje digno y patriótico? Además, en la convocatoria —añadió, recorriendo con la vista el papel— se llama a Napoleón *padre amoroso*, y a sus atropellos, *benéficas miras*, y el objeto es reunir un cierto número de personas respetables que piquen espuelas hacia Chamartín para pedir a Bonaparte «se digne conceder la gracia de que vean en Madrid a su augusto hermano nuestro rey José». Vamos, vamos, no puedo leer más, porque tanta bajeza me saca los colores de la cara. Verdad es que los que esto han firmado lo han hecho cediendo a amenazas del comandante general, monsieur Belliard, que les pone el puñal al pecho; pero no por

eso es disculpable, pues, si no traición a la patria, debe imputárseles una debilidad y flaqueza que raya en crimen.

—¿De modo que usted no va a Chamartín?

—¿Yo? Ni por pienso. He oído que van, en representación de los regulares, el padre Amadeo, abad de San Bernardo, y el padre Calixto Núñez, abad de los Basillos. Ya se ve: ¿qué se puede esperar de esos infelices benitos, tan dejados de la mano de Dios? Caerán en el garlito de los mínimos, algunos pobres franciscos, los desdichados agonizantes, no pocos agustinos, todos los gilillos, los hospitalarios, los donados, los carmelitas descalzos y esos infelices afligidos, que son los mayores mentecatos de la cristiandad; pero la Merced sostendrá su bandera; la Merced no adulará a emperadores; la Merced, en unión con los dominicos, desafiará el poder del tirano, contra franceses ladrones y empecatados españoles.

—Y los víveres por esas nubes, y las puertas de Madrid cerradas al buen vino, al rico aceite, a los huevos, a las coles, al extremeño tocino y a los jamones de Candelario. Bueno, bueno; comamos ensalada de perejil y cañutillos de monjas mojados en agua de limón. ¡Viva la patria, señor Ximénez; viva el orgullito que nos pondrá como espátulas!

—Pues bien: lo que he dicho a usted —continuó el prior— lo he dicho a los que vinieron a sonsacarme; y oídas mis palabras, trataronme con tal acritud, que espero grandes desdichas para nuestra Orden y nuestra casa. De modo que nada puedo hacer por este joven.

A esto llegaban cuando entró el padre Castillo acompañado de otros dos frailes. El uno supe después que se llamaba el padre Vargas, y aunque del mismo hábito y Orden, pertenecía al convento de la Trinidad calzada, también de mercedarios redentores de cautivos, y el otro era dominico del convento de Santo Tomás, y tenía por nombre el padre Luceño de Frías.

—Ya, ya pareció aquello—exclamó Vargas con estrepitosa voz—. Ya no podemos dudar de la veracidad de esos decretos, porque por ahí los reparten impresos, y aquí tengo un ejemplar. Todos los decretos llevan la fecha del cua-

tro, y son tales, que podrían arder en un candil en noche de aquellarre.

—Veámoslo. ¿Es cierto que nos reducen a la tercera parte?

—Tan cierto que...—dijo el dominico—no nos reducen a la tercera parte, sino que nos parten por el eje, señor don Ximénez de Azofra.

—Atención, que leo—dijo Vargas, poniendo ante los ojos, de verdes antiparras armados, un papel impreso—. Los decretos rezan lo siguiente: «En nuestro Campo Imperial de Madrid, a 4 de diciembre de 1808. Napoleón, emperador de los, etcétera... Considerando que el Consejo de Castilla se ha comportado, en el ejercicio de sus funciones, con tanta debilidad como superchería...; que, después de haber reconocido y proclamado nuestros legítimos derechos al trono, ha tenido la bajeza de declarar que había suscrito a estos diversos actos con restricciones secretas y pérfidas, hemos decretado y decretamos lo siguiente: Artículo 1.º Los individuos del Consejo de Castilla quedan destituídos como cobardes e indignos de ser magistrados de una nación brava y generosa.»

—Pues digo—exclamó Ximénez—que eso está muy lindisimamente hecho.

—Es verdad—afirmó el dominico—, porque esos señores han estado jugando a dos juegos, y con todo el mundo quieren comer. Adelante.

—Otro—prosiguió Vargas—: «En nuestro Campo Imperial, etcétera. ... Napoleón, etcétera...» Este no hace expresión de motivos, ni considerando alguno, sino que dice simplemente: «Artículo 1.º El Tribunal de la Inquisición queda suprimido, como atentatorio a la soberanía y a la autoridad civil. Artículo 2.º Los bienes pertenecientes a la Inquisición se secuestrarán y reunirán a la Corona de España.»

—Ya se ve—manifestó el dominico sin disimular su enojo—. Sin eso no podía pasar. Afuera Inquisición, y vengan herejes, y lluevan masones. ¿Qué les importa esto a los que no se cuidan de lo espiritual?

—Poco significa esto—dijo Castillo—, porque el Santo Tribunal casi no existe ya de hecho, abolido por la suavidad de las costumbres.

—Pero se conservan las fórmulas, señor mío—contestó con aspereza el dominico—, y las fórmulas tienen gran

fuerza. Verdad es que no se quema ni se descuartiza (lo cual, dicho sea de paso, es excesiva blandura, según estamos hoy comidos de herejía); pero hay todavía degradaciones y simulados tormentos, que tienen muy buen ver para los malos.

—«Item—prosiguió Vargas—. Artículo 1.º Un mismo individuo no puede poner sino una sola encomienda.»

—Adelante, que no nos interesa poco.

—«Item. Artículo 1.º El derecho feudal queda abolido en España. Artículo 2.º Toda carga personal, todos los derechos exclusivos de pesca, de almadras u otros derechos de la misma naturaleza, en ríos grandes y pequeños; todos los derechos sobre hornos, molinos y posadas quedan suprimidos, y se permite a todos, conformándose a las leyes, dar una extensión libre a su industria.»

—Eso no es nuevo—dijo Castillo—, y es lástima que nuestros gobernantes, con su indolencia, hayan permitido a los franceses el jactarse de promulgar una ley tan buena.

—Eso, eso es, ¡hágale su merced la mamola!—observó Luceño de Frías con el mayor desabrimiento, sentándose a horcajadas en una silla para apoyar los brazos en el respaldo—. Me gustan las ideas del padre Castillo. Si para eso pasa vuestra paternidad la vida entre la polla de los libros, buenas nos las dé Dios.

Y sacando su tabaquera, y alargando la mano hacia el prior, añadió:

—Señor Ximénez, un polvito, que los duelos con rapé son menos.

—No lo gasto—repuso el prior.

—Vamos, amigo Vargas, un polvito.

—No lo gasto, que eso es cosa de viejas. Aquí tengo unos cigarritos de la Habana que merecen ser chupados por los ángeles del Cielo. Si el señor prior me da su permiso...

—Vengan—gritó Salmón—esos tabaquíferos incensarios y pebetes de Oriente, que tan bien matan el fastidio.

—Allá van—dijo Vargas—. Son regalo de la señora marquesa del Fresno, y fuéronme remitidos poniéndolos en la mano de un Niño Jesús que me envió para que le diera una mano de pintura.

—Pues en lo relativo a ese decreto que acaba de leerse—dijo Castillo—, mi conciencia no me dicta sino alabanzas.

y alabanzas le daré, aunque lo haya escrito el gran tanmerlán. ¿Por ventura no son esas las mismas ideas que han hecho célebre en toda la redondez de la Tierra a nuestro gran Jovellanos? El mismo conde de Floridablanca, ¿no intentó algo en este asunto? Y los sabios consejeros de Carlos Tercero, ¿no se dieron de cabezadas por quitar esas trabas a la industria? Todos sabemos que a aquel eminente rey se le pasaron ganas de promulgar este decreto.

—¡Cosas de los jesuitas!—exclamó el dominico, meciéndose en la silla—. Pero esos pelanduscas andan también al reortero de Napoleón por ver si sacan tajada. Adelante con la lectura.

—Pues adelante—continuó Vargas—. «Considerando que uno de los establecimientos que perjudican a la prosperidad de España son las aduanas y registros existentes de provincia a provincia, hemos decretado lo siguiente: Desde primero de enero próximo, las aduanas y registros de provincia a provincia quedan suprimidos. Las aduanas se colocarán y establecerán en las fronteras.»

—Tampoco eso tiene pero—observó Castillo—, y la Junta Central, ya que pensó decretarlo, no debió esperar a que lo hicieran los franceses.

—También esto le parece bocadito de ángeles al reverendo Castillo—dijo Luceño—. Medrados estamos. ¿Tratan de eso los libros de vuestra merced?

—Atención—indicó Vargas, haciendo un gesto dramático—, que ahora viene lo gordo. «Considerando que los religiosos de las diversas órdenes monásticas en España se han multiplicado con exceso; que si un cierto número es útil para ayudar a los ministros del altar en la administración de los Sacramentos, la existencia de un número demasiado considerable es perjudicial a la prosperidad del Estado, decretamos lo siguiente: Artículo 1.º El número de los conventos actualmente existentes en España se reducirá a una tercera parte. Esta reducción se ejecutará reuniendo los religiosos de muchos conventos de la misma Orden en una sola casa. Artículo 2.º No se admitirá ningún novicio ni permitirá que profese ninguno hasta que el número de religiosos se reduzca a una tercera parte. Artículo 3.º Los regulares que quieran renunciar a la vida común y vivir como eclesiásticos seculares que-

dan en libertad de salir de sus conventos. Artículo 4.º Los que renuncien a la vida común gozarán de una pensión, que se fijará en razón de su edad, que no podrá ser menor de tres mil reales ni mayor de cuatro mil. Artículo 5.º Del fondo de los bienes de los conventos que se supriman se tomará la suma necesaria para aumentar la congrua de los curas. Artículo 6.º Los bienes de los conventos suprimidos quedarán incorporados al dominio de España y aplicados a la garantía de los vales y otros efectos de la Deuda pública.»

Durante la lectura de este decreto no se oyó en la celda de Ximénez otro rumor que el producido por el vuelo de una mosca, que andaba a vueltas tras los restos del chocolate prioral, como Bonaparte tras los reinos de España. Después de leído, aún duró una buena pieza el silencio.

XXIV

—¡Toquen castañuelas, repiquen panderos, machaquen almireces, punteen vihuelas y aporreen zambombas para celebrar el talento del sabio legislador, har-to de bazofia y comido de piojos, que sacó de su cabeza ese pomposo y coruscante decreto!—exclamó al fin Luceño, dando un porrazo en el brazo del sillón y levantándose.

—¿Conque a la tercera parte?—dijo Salmón—. ¿De modo que de cada tres no ha de quedar más que uno?

—Eso es, y los demás a la calle, a pedir limosna, porque una pensión de tres mil reales para personas que han de vivir decentemente es aquello de hártate, comilón, con pasa y media.

—Y afuera novicios.

—¡Y no más profesar!

—Y con los bienes se aumentará la congrua de los curas.

—Tampoco eso está bien—dijo el dominico—. Alábelo su merced, padre Castillo. ¿Que nos quiten lo nuestro para darlo a los curas! ¿Quiénes son los curas, ni qué hacen esos zanguangos en bien de la cristiandad? Ya..., como los curas son tan tibios patriotas... ¡Estoy que bufo!

—Lo mejorcito es que los bienes de los conventos suprimidos pasen al dominio de España.

—¿Qué tiene que ver España, ni San España, ni Marizápalos con esos bienes?

—¿De modo que nuestras granjas de Leganés, de Valmojado...? —preguntó Salmón.

—¡Ya se ve! De esto se rien todos esos infelices mínimos, gilitos y franciscos que nada tienen. A ellos ¿qué les importa? Por eso van a hacerle el *como lo porta bu*. Bien, retebién. Y lo mismo hacen los afligidos, que son la cáfila de majaderos más desafortados que he visto.

—No murmurar, hermano—indicó Castillo.

—Dios me lo perdone—dijo Luceño—, y no lo digo por nada malo, que hay afligidos de todas clases. Pero ¿creen vuestras mercedes que se llevará a cabo esto de las terceras partes?

—Yo creo que va a ser difícilillo.

—Pues yo temo que lo llevarán adelante—afirmó Luceño—; que esta mañana me ha dicho en confianza un regidor que va a Chamartín que ya tienen hecho su plan, y que dentro de pocos días comenzará el restar y dividir, para dar principio a la demolición de los conventos.

—¡La demolición!

—Sí; que todas estas casas las destinan a oficina del Estado, y la primera que va a caer hecha pedazos es este monasterio de la Merced en que ahora estamos.

—¡Cómo, la Merced! ¿Se atreverán a ello?—exclamó Ximénez de Azofra, dándose un golpe en la rodilla—. ¡Cómo! ¿Se atreverán a derribar esta casa, que lo fué del gran Tirso de Molina? ¿Y la gran devoción que inspira la Virgen de los Remedios, que está en uno de nuestras capillas? ¿Pues y el sepulcro de los nietos de Hernán Cortés? No, no puede ser. Derriben en buena hora otras casas de religiosos; pero no ésta, por tantos títulos, además de su antigüedad venerable.

—Y también está amenazada la Trinidad Calzada—apuntó Luceño—, si no de que la derriben, al menos de que la vacien.

—Eso no puede ser—declaró Vargas—, que más glorias encierra mi casa que todos los demás claustros de Madrid reunidos. Diganlo, si no, el beato Simón de Rojas, y el padre Hortensio de Paravicino, autor del libro *De locis theologicis*.

—Autor de las *Oraciones evangélicas*,

de la *Historia de Felipe III* y de la *España probada*, querrá decir vuestra paternidad—indicó Castillo con malicia—; que el libro *De locis theologicis* hasta los chicos de la calle saben que es de Melchor Cano.

—Tiene razón Castillo: me equivoqué. Pero, sea lo que quiera, también tiene mi convento la honra de haber rescatado, mediante los padres Bella y Gil, al inmortal Cervantes, autor del *Quijote*, señor Castillo, pues yo también entiendo algo de autores. En caso de desalojar conventos para oficinas, ahí está Santo Tomás, donde caben todas.

—¡Cómo es eso! ¡Santo Tomás! ¡Desalojar a Santo Tomás, el más ilustre de los conventos de Madrid!—exclamó impetuosamente el dominico—. ¿Y qué sería de este pueblo si le quitaran el espectáculo de las procesiones que de allí salen con motivo de las funciones del Santo Oficio? A fe que hartas casas hay en Madrid si quieren hacer plazuelas, como dicen, aunque más vale que no se toque a ninguna, porque setenta y dos conventos para una población de ciento sesenta mil almas me parece que no es mucho. Las casas de religiosos apenas ocupan un poco más de la mitad del perímetro de esta gran villa, lo cual no es nada desmedido, y de todas las casas que se alzan en ella, sólo cuatro quintas partes pertenecen a conventos, memorias pías, capellanías y otras fundaciones.

—Y dígame, Luceño—preguntó Ximénez—, ¿van dominicos a la reunión que convoca el corregidor?

—Creo que no. Según he oído, sólo se prestan a ir a Chamartín el preposito de San Cayetano, el abad de Montserrat, dos agonizantes, un par de franciscanos, un rector de Niñas de la Paz y un afligido.

—Pues ésos sacarán tajada, no lo duden vuestras mercedes. Sobre nosotros lloverán los decretos y las terceras partes.

—Mi opinión es—dijo Salmón—que, pues cuesta bien poco ir de aquí a Chamartín, nada se pierde con que vayan un par de padres, y yo me brindo a ello, que bueno es estar bien con todos, y el orgullo es pecado, y quien al cielo escupe, en la cara le cae.

—No en mis días; de esta casa no irá nadie—aseguró Ximénez de Azofra—; y

en cuanto a este joven, nada podemos hacer. Indigno sería pedir favores a quien nos trata mal, amenazándonos con terciarnos y partirnos como si fuéramos aranzadas de tierra. Conque busque usted quien le proporcione la *carta de seguridad* para salir de Madrid.

—Difícilillo es—afirmó Luceño—, pues entiendo que se miran mucho para dar las tales cartas, y sin ellas no es posible dar un paso de puertas afuera.

—Sin embargo—dijo el discreto Castillo—, hay multitud de personas que, por estar en bien con los franceses, pueden socorrer a este joven. ¿No conoce usted ninguna persona de alta posición y de influencia?

—Sí; ya se me ocurrió acudir a la señora condesa indicó Salmón—, y confío en que su generosidad sacará a este joven del mal empeño en que se ve. El señor marqués se ha afrancesado, y dicen que va a entrar en la alta servidumbre del rey José.

—El señor don Felipe bebe los vientos porque cualquier Gobierno se acuerde de él—dijo Castillo—. Algo debe de haber de cierto en eso, pues hace tres días, después de haberse presentado a Belliard, fuése a El Pardo, donde se ha instalado con su hija. Ayer creo que debió de llegar a dicho real sitio el rey José. A pesar del influjo que en la botellesca Corte tiene el señor marqués, yo no me fiaría de él para ningún delicado asunto. De más eficacia me parece en el caso presente el señor duque de Arión, pariente de esta familia y que goza de gran poder en el cuartel general.

—¡Admirable idea! Veremos al señor duque.

—No ha llegado aún a Madrid; y como no sea exponiéndose a los peligros de un viaje a Chamartín, este joven no podría verle.

—Lo mejor—añadió Salmón—es que veamos hoy mismo a la señora condesa. ¿Va hoy allá la paternidad del señor Castillo?

—Dentro de un rato, pues la señora marquesa me ha mandado llamar hoy con toda premura. Si quiere este joven venir conmigo, le llevaré.

—Oportunísimo—añadió Salmón—. Yo iré también. Pero, hijo, si en la calle acertamos a pasar por junto a esos cafres...

—Pues bien—dijo Ximénez—: para que vayas más seguro, yo les presto mi coche, que, con sus dos gallardas mulas, debe de estar ya en la huerta.

—Muy bien—declaró Salmón, batiendo palmas—. Me parece buena idea la del coche; pero, para mayor seguridad, te vestiremos de novicio. Venga la carroza prioral, y a casa de la condesa.

—Pues entraréme también en ella, y me dejarán de paso en Santo Tomás—añadió Vargas.

—Pues allá voy también—dijo Luceño—, si me dejan en las Descalzas Reales.

Y así acabó la conferencia, sin más resultas que las de mi improvisado disfraz de novicio y mi viaje a casa de la condesa, donde me pasó lo que el lector verá a continuación, si tiene paciencia para seguir leyendo.

XXV

La condesa mostró mucho asombro al verme. Hallábase en la misma habitación donde algunos días antes me había recibido, y cuando entramos, apartóse del *secreter* donde escribía, para venir a nuestro lado. Castillo principió preguntándole por la salud de todos, y luego, en breves palabras, le expuso los motivos de mi visita y de mi nuevo traje. Cumplida esta misión, y añadiendo que necesitaba ver a la señora marquesa, pidió a Amaranta venia para pasar adentro, y con esto nos quedamos Salmón y yo solos con ella.

—Por ahí se murmura que yo soy afrancesada—dijo Amaranta—; pero no es cierto. Mi tío sí ha abrazado la causa del rey José con tanto entusiasmo, que cuando le contradecimos en algún punto relativo a estas cosas, nos quiere comer a todos. Vive en El Pardo con su hija desde hace tres días, en el mismo Palacio Real, pues el rey intruso se ha empeñado en incluirle en su alta servidumbre. Está mi tío loco de contento, y si viene esta tarde a Madrid, como decía, yo le rogaré que me proporcione una *carta de seguridad* para este mancebo.

—Ya estás salvo, Gabriel—exclamó el mercedario—. ¿No te dije que esta excelsa señora te sacaría de tan mal paso?

—Aún mejor puedo conseguirlo por mi primo el duque de Arión, el cual, más que afrancesado, es francés puro, y si viene mañana a Madrid, como espero, no olvidaré este encargo.

—Vaya, no hay que pensar en que te echen mano—dijo Salmón, levantándose—. Ya estás salvado, chiquillo. Prosiérnate ante su grandeza y dale un millón de gracias por tantas mercedes. Y ahora, señora condesa, si usía me da su licencia, voy a pasar a ver a mi señora la marquesa, que el otro día me habló de unos requesones acerca de cuyo mérito quería saber mi voto.

Nos quedamos solos Amaranta y yo, lo cual me agradó, pues deseaba hablar con ella sin testigos.

—Señora—le dije—, ¡cuánto agradezco a vucencia esta nueva bondad! Ahora me cumple pedir perdón a usía por no haber salido de Madrid, como hubiera sido mi deseo.

—Estarías alistado.

—Justamente, y ahora que el desarme me permite salir, una persecución injusta, cuya razón no puedo explicarme, me detiene en Madrid, oculto en el convento de la Merced.

En seguida contéle el incidente de Santorcaz, añadiendo que el antiguo desleal mayordomo de la casa andaba a la zaga del flamante jefe de Policía.

—Ya lo sé—me dijo Amaranta—, y he tenido miedo de que algún peligro amenazara nuestra casa. Por eso me alegro mucho de que Inés esté con mi tío en el palacio de El Pardo, donde no puede ocurrirle nada malo. El primer día sentía yo gran zozobra; pero nosotros tenemos antiguas amistades y relaciones con las primeras personas del partido francés, y ya estoy tranquila—. Nada temo de esos miserables.

—Me falta—dije yo—dar las gracias a vucencia por los otros favores de que me dió cuenta el licenciado Lobo. No los necesitaba para llevar adelante mi resolución, y sin destino en el Perú, sin ejecutoria de nobleza y sin promesa de dinero, sabré hacer de modo que usía no tenga queja alguna de mí.

—No—me dijo, sonriendo—; el destino que solicité de la Junta espero que ahora me lo conceda también el Gobierno francés, y de todas estas diligencias está encargado Lobo, a quien he dado cartas para Cabarrús y para Ur-

quijo. Irás al Perú, tendrás tu ejecutoria de nobleza, y con esto y con la ayuda de Dios podrás llegar a ser un hombre de provecho. La conciencia me impulsa a hacer esto en pro de una persona desvalida que tiene derecho a mi consideración. En cambio, no olvidaré que has formulado una promesa, y cuanto hago por ti no es más que la recompensa anticipada que ganas cumpliendo lo pactado.

—Señora condesa, yo cumpliré religiosamente lo prometido—le contesté con resolución—, y no puedo admitir la recompensa. Mi dignidad no me lo permite.

—¿Pues acaso tú tienes dignidad?—me dijo, riendo—. Pero no, no debo reírme. ¿Por qué no habías de tenerla como otro cualquiera? La verdad es que los que estamos en cierta posición no vemos más que a nosotros mismos. En cuanto a la determinación de no aceptar nada, yo arreglaré las cosas de modo que aceptes.

Así hablábamos cuando regresó Salmón a nuestro lado, y al punto cortó el hilo de nuestro coloquio, diciendo:

—Gran satisfacción, señora mía, me ha causado la noticia que en este momento acabo de oír de los autorizados labios de mi señora la marquesa. La paz sea en esta casa, señora, y pues todo parece en camino de arreglo, bendigamos la mano de Dios.

—¿Habla su paternidad del asunto de mi prima?—dijo Amaranta—. Sí; ya creo que la tenemos en vías de curación.

—Veo que el ingeniosísimo recurso ideado por el gran entendimiento de vuestra merced ha surtido su efecto. Y ¿cómo recibió la noticia? ¿Se turbó, derramó muchas lágrimas...? Porque en realidad, señora, decirle de buenas a primeras que el joven ese...

Y Salmón se detuvo, como hombre prudente, temiendo hablar de negocio tan delicado delante de un extraño.

—Puede vuestra paternidad hablar sin reticencias—dijo Amaranta, con un tonillo que me pareció algo intencionado—, porque no estando en antecedentes la única persona que nos oye, poco importa...

—Pues preguntaba, señora, si cuando se le dijo y se le probó la muerte de ese joven no mostró su pena de un modo ruidoso, con desmayos, gritos, lloros y demás desahogos propios de la debilidad femenina.

—Nada de eso, padre—repuso Amaranta con muestras de satisfacción—. Al principio no lo quería creer; luego, cuando se le probó de un modo irrecusable, con los papelotes que trajo el licenciado Lobo, pareció dudar, y, por último, cuando yo se lo dije, aparentando sentirlo y doliéndome mucho de la muerte de ese infeliz, empezó a creerlo. Lo que más le ha convencido fué el artificio verdaderamente teatral que puse en práctica para hacérselo creer. Estaban todos hablándole de este asunto, cuando entré de improviso, fingiendo mucho enojo porque, sin preparación alguna, le daban tan tristes noticias; arranqué de las manos de Lobo aquellos papeluchos, que fingían ser partidas de defunción, copias del libro del hospital o no sé qué, y los hice pedazos delante de ella. Al mismo tiempo empecé a disponer que se le dieran cordiales y otros remedios del caso, asegurando que tenía ella mucha razón en sentir la muerte de aquel con quien tuvo tan honesta amistad. Esto hizo efecto, y después, cuando, encerradas las dos en mi alcoba, le dije: «Sósiégate; todavía puede ser que se salve. Yo te prometo que, si vive, le verás, y quién sabe, primita mía... Puede ser, puede ser...», ella se afligió mucho, y yo añadí: «Es preciso tener resignación; es preciso aprender a padecer. Yo no quiero contrariar ya una inclinación tan decidida, porque antes que todo es tu felicidad. Desgraciadamente, Dios quiere resolver la cuestión de otro modo y llamar a ese joven a su seno. Esta mañana he estado en el hospital, le he visto, y la verdad..., había pocas o ningunas esperanzas.» Y con esto aumentaba su tristeza, pero sin llantos ni exclamaciones. Luego yo también me puse a llorar, y la abracé y le di mil besos, diciéndole: «Ya ves cómo no está en mi mano hacerte feliz. Te aseguro que, por mi parte, no repararía en nada para conseguirlo; pero Dios lo ha dispuesto de otro modo. Procura calmarte y tener resignación.» Cuando esto le dije, la dejé convencida. ¡Ay! Después su aspecto era el de la resignación. Hablaba poco y parecía meditar. Se ha desmejorado mucho en pocos días; pero esto se le pasará incuestionablemente. Ahora ha ido a El Pardo, pues la variación de localidad es muy buen remedio para estas enfermedades del espíritu. Su manía

caprichosa y ciega nos ha disgustado mucho; pero me parece que dentro de algún tiempo estará todo concluido.

—¡Oh! ¡Qué felicidad!—exclamó Salmón—. Hay un gran médico del dolor, que se llama el doctor Tiempo. Perdida con la idea de la muerte la esperanza, ese señor médico hace maravillas en un par de semanas.

Yo oía este diálogo, y admiraba la extremada habilidad artística de aquella encantadora cortesana, tan maestra en engaños y ficciones.

—Ha hecho muy bien usía—continuó Salmón—en poner en juego esos ingeniosos ardides que prueban su grandísimo talento. Era una cosa que daba vergüenza ver a mi niña enamorada de un haraposo de las calles, que, sin duda, es de lo más arrastrado y despreciable que han echado madres al mundo.

—¡Oh! No—dijo Amaranta con cierto énfasis jovial—. Nosotros nos esforzábamos en pintárselo así; pero no tiene nada de despreciable. Yo tengo noticias ciertas de sus antecedentes y conducta. Además de que ha demostrado en varias ocasiones una nobleza de sentimientos que no puede caber sino en personas bien nacidas, su posición es más que regular. Ciertamente es que por desgracias de familia, tan comunes en estos tiempos, vióse reducido a la indigencia; pero está probado que procede de una nobilísima familia de los mejores solares de Andalucía, como lo acredita la ejecutoria que posee; y, además, figúrese su paternidad si tendrá méritos personales cuando la Junta Central le dió espontáneamente un gran destino en el Perú, cuyo destino parece lo confirmará ahora el Gobierno francés.

Tuve que hacer un esfuerzo para contener la risa que asomaba a mis labios.

—Pues eso sí que no lo sabía yo. De modo que la discreta ninfa no había puesto sus ojos en ningún piruétano. De todos modos, bueno es que se haya quitado de en medio por una engañosa ficción la impertuna memoria del empleado del Perú. Por supuesto, señora, no hay que pensar en don Diego.

—¡Oh! No... Estamos decididas. Don Diego no será en modo alguno su esposo, aunque renunciemos a la buena amistad de la de Rumbler. Al fin he convencido a mi tía, y pronto impediremos a ese joven que entre en esta

casa. Aún viene aquí; pero tanto nos disgusta su presencia, que de un día a otro le vedaremos la entrada.

—Y ese pariente de vueseñorías—dijo el mercedario—, ese duque de Arión, a quien se tiene por un joven instruídísimo. ¿no estará destinado a ser esposo de la joya de esta casa? Perdóneme usía mi curiosidad.

—No lo sé—respondió Amaranta—. No hay nada proyectado. Mi primo ha vivido catorce años en París; apenas nos conoce.

Así continuó la conversación por un buen espacio de tiempo, cuando sentimos ruido de voces y vimos que con gran estrépito y barahunda entraba el diplomático, en traje de camino, y tan alegre, tan festivo, tan charlatán, que al punto le tuvimos por poseedor de los más altos secretos de Estado.

—Sobrina—gritó al entrar—, aquí me tienes. Pero soy el juego de la correhuela: cádate dentro y cádate fuera. Ahora mismo tengo que salir; pero si no miente mi lista, son ciento dos las personas que he de ver de aquí a las cuatro de la tarde. ¡Si me vuelvo loco! ¡Si no es mi cabeza para tantos negocios! Que vaya el señor marqués a explorar el ánimo del duque de Alba, para ver si cede o no cede; que forme el señor marqués una lista de las personas de la grandeza que están dispuestas a acatar a José; que vea el señor marqués al corregidor de Madrid; que se dé una vuelta por los Cinco Gremios a ver si anticipan o no anticipan fondos; que vaya, que venga, que corra, que escriba, que aconseje, que consulte, que tante... ¡Jesús, María, José! Esto no es vivir. Yo no quería meterme en tales faenas. Pero me han obligado, me han cogido, me han puesto el cordel al cuello. Cuando el rey José dice que no puede hacer nada sin mí; cuando me presenta a su hermano, elogiándome con frases que no repito por no parecer jactancioso, no es posible evadirse... ¡Oh! ¡Qué belén, qué ir y venir! Nada se ha de hacer sin que yo diga «hágase». Y usted, señor Salmón, ¿qué dice de estas cosas?

—¿Qué he de decir, sino que Dios le conserve a usía mil años al lado de ese rey, para ver si evita lo de las terceras partes con que nos han amenazado?

—Todo se arreglará, hombre; todo se arreglará. A pesar del decreto de pros-

cripción, hemos salvado la vida a Infantado, Alba, Santa Cruz del Viso, Medinaceli Híjar, Fernán-Núñez, Altamira, Castel-France, Cevallos y al obispo de Santander, sentenciados a muerte por el decreto dado en Burgos el doce de noviembre. Se los envía a Francia simplemente. Otras muchas cosas ha dispuesto el emperador, modificando sus primitivas determinaciones; pero no las puedo decir, no; no te diré una palabra, sobrina, de estos delicados negocios; ya te veo sonreír... Ya te veo a punto de emplear las armas de tu seducción para poner sitio a la fortaleza de mi secreto; pero no te diré nada, no, ni una sílaba; ni tampoco a usted, Salmón, que me mira con esos ojazos, que revelan toda la concupiscencia de la curiosidad.

—No quiero saber nada de eso—dijo Amaranta—. ¿Y mi primita?

—Contentísima.

—¿Cómo contentísima?

—No, no; quiero decir tristísima. En dos días creo que no habrá dicho seis palabras. Se ocupa en sus labores con una asiduidad que me asombra, y no hay quien la haga presentarse en el gran salón de Palacio.

—Ha hecho usted muy mal en dejarla sola—dijo la condesa con cierto enfado.

—¿Y qué le ha de pasar? ¿No quedan allí los criados? ¿No está con tu doncella y con Serafina, que ni un instante se separa de su lado?

—Pero ya le dije a usted que Inés no debe quedarse sola con doncellas y criadas en ninguna parte—añadió Amaranta notoriamente contrariada.

—¿Estamos viviendo en despoblado?—dijo el marqués riendo—. En el Pardo, en el mismo Palacio de El Pardo, donde vive un rey con numerosa servidumbre y guardia, ¿no puede quedarse sola mi hija por cuatro o cinco horas? ¡Si vieras qué habitación tan magnífica me has destinado en el piso bajo! Dan sus balcones al jardín del Mediodía, y se goza allí de una deliciosa vista. Ayer y hoy por la mañana, Inés salió a dar un paseo por el jardín. ¡Buen rato pasó la pobrecita!... Pero ¿cuándo vienes a El Pardo? Por Dios y María Santísima, que sea pronto. Allí se pasan las noches deliciosamente, y no puedes figurarte cuán amable, cuán discreto, cuán bondadoso es el rey José. ¡Cuánto nos rei-

mos anoche! El me preguntó: «¿Por qué dicen los españoles que soy borracho, cuando no bebo más que agua?» Yo me quedé un tanto cortado; pero disculpé a mis compatriotas como pude.

—Mañana—dijo Amaranta—nos iremos mi tía y yo, pues ya, a fuerza de sermones, voy logrando vencer su repugnancia a los franceses. Y ahora que me acuerdo, tío, tiene usted que procurarme una *carta de seguridad* para que pueda escaparse de Madrid una persona injustamente perseguida.

—¡Oh, no, de ningún modo!—dijo el diplomático—. Yo no oculto insurgentes, ni favorezco de modo alguno la insurrección. ¿Cartitas de seguridad? Nada, nada, sobrina, no ampares pícaros, ni protejas a los que se obstinan en aumentar los males de la patria. Sométanse todos a ese bendito soberano, que no bebe más que agua, y entonces, se acabarán las precauciones. Es preciso sofocar la insurrección que hierve en los alrededores de Madrid, y hacen muy bien en no dejar salir ni una mosca.

—Bueno—dijo Amaranta—. Mañana ha de llegar mi primo el duque de Arión, y él me dará cuantas cartas de seguridad se me antoje pedirle.

—¡Que viene mañana!—dijo el marqués—. Yo le esperaba esta noche. Me han dicho que ya cumplió la misión que le dio el emperador en Burgos, y ha regresado al cuartel general. Entrará también en la servidumbre del rey José. Si llega mañana, inmediatamente os marcháis todos juntos a El Pardo. ¡Cuánto deseo verle! Era tamañito así cuando su madre se fué a vivir a París hace catorce años. Otro más travieso no vi nunca. Yo, jugando a todas horas con él, le inculcaba los rudimentos de la historia patria. ¿Me deparará Dios un excelente yerno?

—Veremos—repuso Amaranta—. No puedo dar mi opinión mientras no le trate. El duque de Arión se ha educado en París.

—Educación a la francesa—dijo Salmón—. *Vade retro*. ¿Apostamos a que viene mi señor duque hecho un filósofo de tomo y lomo?

—¡Oh, no!—exclamó el diplomático—. Desde que supe que se había afiliado al bando napoleónico le tuve por muy discreto. Su entrada en España con el emperador, las difíciles comisiones que éste

le ha dado para entrar en tratos con las ciudades rebeldes, prueban... Pero ¿qué veo?... Las dos, y yo aquí de conversación, olvidando las mil comisiones... Adiós, sobrina; adiós, padre Salmón y la compañía. Yo me vuelvo loco con tanto ir y venir... Es terrible que esos señores no puedan hacer nada sin uno... Adiós, adiós.

Y, sin cesar de hablar, salió de la habitación y de la casa apresuradamente.

XXVI

Referidos estos curiosos diálogos, me cumple ahora contar de qué medio se valió la condesa para facilitarme la deseada fuga. Mandóme, pues, que volviera al día siguiente, prometiéndome tener todo concertado y en regla, de modo que pudiese sin pérdida de tiempo emprender la marcha, desafiando la vigilancia ejercida en las matritenses puertas. Hicimos Salmón y yo lo que se nos mandaba, y al otro día, cuando nos disponíamos a volver de nuevo a casa de Amaranta, llamónos el padre prior. y nos dijo:

—Este joven no puede estar aquí ni un día más, y esta noche misma, si no encuentra medio de escaparse, es fuerza que busque un asilo más seguro.

—¿Más seguro que la Merced?

—Sí—añadió Ximénez de Azofra—. Han venido a avisarme que se sospecha de los conventos, que se nos acusa de ocultar a los conspiradores y a los espías de los insurgentes, y parece que mañana mismo registrarán todas estas casas, principiando por la Merced.

—Por fortuna, la señora condesa te amparará hoy mismo—dijo Salmón—. Vamos allá sin perder un instante.

Vestido de novicio, y en coche, como el día anterior, fuimos a casa de Amaranta, y desde que nos vió entrar, díjome con semblante alegre:

—Mi primo el duque de Arión ha llegado anoche, y me ha prometido conseguir la carta de seguridad antes de tres días.

—Es que yo quisiera partir esta misma noche, señora condesa—dije.

—¿Esta misma noche?

—Tememos que esos hotentotes registren mañana nuestra casa—añadió el padre Salmón.

—Pues es preciso hacer un esfuerzo y salir de este mal paso—indicó Amaranta—. La principal contrariedad consiste en que no puede uno fiarse de nadie. Me han asegurado que la Policía francesa ha extendido sus ramificaciones a muchas casas principales, y que, sobornando lacayos y pajes, tiene bajo su vigilancia a las familias que juzga desafectas. No quisiera poner en el secreto a ningún criado, y... ¡Ah! ¿No podría salir con ese mismo traje de novicio?

—Mal vestido es, señora, para estas circunstancias—dijo Salmón—. Tengo entendido que el registro que se hace en las puertas es tan escrupuloso, que hace difícil toda supercheria. A unos los hacen desnudar, no librándose de este vejamen ni aun las pudorosas doncellas y las que no lo son. Examinan con farolitos las facciones, confrontándolas con las notas de la carta; hacen vaciar las faltriqueras; y esta ceremonia se repite en dos o tres puntos y ante los ojos de distintos esbirros.

—Un criado de casa—dijo la condesa—tiene carta de seguridad. Con ella, y disfrazándose de paleta, ¿no sería fácil burlar la suspicacia de esa gente?

—Los paletos—dijo yo—son los más perseguidos y a los que primero detienen, porque se teme que comuniquen a los conspiradores de aquí con los insurgentes de fuera.

—En este momento—exclamó Amaranta—se me ocurre una idea salvadora.

Diciendo esto llamó a un criado y mandóle un recado al duque de Arión, que vino sin tardanza alguna, pues residía en la propia casa. El cual duque de Arión, a quien llamo así porque se me antoja, callando su verdadero título, que es de los más conocidos entre los de España, era un joven de vintidós a veintitrés años, delgado, de regular estatura, semblante frío y sin expresión, de modales elegantes y comedidos, como de persona habituada a la alta etiqueta, y sin otra cosa notable en su persona que la atildada perfección del vestir. Digo mal, pues también llamaba la atención en él un acento francés tan marcado y un tan incorrecto uso de nuestro lenguaje, que a veces no era posible oírle con seriedad. Hijo único de una señora que no nombro y que fué mujer muy corrida y muy tomada en lenguas allá

por los últimos años del siglo antecedente, marchó con ella a París a los siete años de edad y en tiempo del Directorio; allí se educó, permaneciendo tres lustros fuera de su patria. Era primo, no sé si en segundo o tercer grado, de los que yo llamo de Leiva; pero la marquesa, que lo había criado, casi le consideraba como hijo. Ya saben ustedes que este joven, a quien no faltaba cierta discreción y muy buenas luces, era partidario decidido de Bonaparte, más que por aficiones políticas, por la amistad que le unía al mariscal Berthier. Cuando verificó el emperador su expedición a España, trájole consigo, dándole no sé qué puesto en la casa imperial. Desde Somosierra fuéle encargada una comisión confidencial cerca de los vecinos acomodados de Burgos; desempeñóla bien, según entendí, y al venir a Chamartín, después de un día de descanso, pasó a Madrid, con objeto de abrazar a aquellos sus parientes, y con ansia también de visitar su posesión de Parla, donde había nacido. Llegó Arión por la noche, y al siguiente día tuve el honor de verle y ocurrieron sucesos muy notables, a consecuencia de un diálogo que no puedo menos de copiar, reuniendo los más oscuros recuerdos que almacena en sus antros sin fin mi memoria.

—Primito—dijo Amaranta—me vas a hacer un favor.

—¡Oh! Mi querida prima—repuso Arión—, *de tout mon coeur*.

—Préstame, o, mejor dicho, dame tu carta de seguridad. No dudo que me harás este obsequio, ya que has mostrado tantos deseos de obsequiarme.

—Oh *ma belle comtesse!*—dijo el currutaco, llevándose la mano al corazón—. Yo estoy muy obligado a vuestras bondades, y si pudiera expresar lo que siento... Mi deseo fuera que me demandarais *quelque chose* de más difícil, extraordinario y peligroso, para probaros que...

—Gracias por la condescendencia, primo, y excusemos galanterías. Yo soy una vieja. ¿Se usa en Francia que los petimetres galanteen a las viejas? Por aquí no ha llegado todavía esa moda; pero me parece que tu traes los primeros figurines de ella.

—¡Oh, oh!

—¿Y no te enfadarás si tomo tu nombre para una obra de caridad? Deseo

facilitar la evasión de Madrid a un joven desgraciado, a quien persiguen miserables polizontes por satisfacer una ruin venganza.

—¡Oh, oh, *volontiers!* *Ma belle comtesse* es dueña de hacer lo que querrá con mi nombre.

—También me darás uno de tus vestidos, primo, ¿no es verdad?—dijo Amaranta con encantadora gracia y examinándole rápidamente de pies a cabeza—; uno de esos magníficos trajes que has traído de París, hechos conforme a las últimas modas, y que servirán de consuelo a todos los petimetres de por acá.

—¡Oh, oh, yo soy *très* contento de daros mi *hábito*.

—Pues bien—dijo Amaranta con satisfacción—. Creo que podré salir adelante con mi intento. Al anocheecer escapará este joven de Madrid con el menor riesgo posible.

Y tomando de mano de Arión la *carta de seguridad*, me la dió, diciéndome:

—Esta tarde, antes de marchar a El Pardo con mi tía y mi primo, lo dejaré arreglado todo. Puede este joven retirarse tranquilo; y si el discreto Salmón tiene la bondad de pasar por aquí esta tarde, yo le daré las necesarias instrucciones para que todo marche a pedir de boca.

—Señora—dijo el fraile—, volveré al anochecer o cuando usía quiera; que tan a pechos he tomado este negocio como el mismo interesado.

—Vuelva su merced antes de las tres, pues hemos de salir para El Pardo temprano, por sernos preciso visitar de paso, en la Moncloa, a mi madrina, que allí reside y está enferma, aunque no de gravedad.

Di yo las gracias a la condesa por sus muchas bondades; rogóme ella que si salía en bien, como esperaba, se lo comunicase, indicándole el sitio de mi residencia para enviarme nuevos testimonios de su protección; y con esto salimos el mercedario y yo muy satisfechos para tomar el camino del convento.

Más tarde, cuando el fraile regresó de su segundo viaje a la misma casa, conocí en conjunto el plan maravilloso de Amaranta, que era digno ciertamente de su habilidoso y enredador talento.

—No he visto más graciosa invención

—dijo mi amigo—. Te pones el vestido que te mandarán, para que puedas pasar por persona principal; y como tú y el señor duque tenéis la misma estatura y talle, quedarás que ni pintado. Con esto y la carta de seguridad que ya tienes, esta noche no eres Gabriel, ni Pico de la Mirandola, sino el señor duque de Arión, que sale por la Puerta de Toledo para ir a su posesión de Parla. Asimismo estará a tu disposición un coche... ¡Pero qué coche! La señora condesa tiene sospechas de que alguno de su servidumbre está sobornado por esos indignos corchetes, y teme confiarles el secreto. Para quitar de en medio esa dificultad, ha solicitado de un amigo que le facilite un *bombé*... ¡Conque en *bombé* nada menos, chiquillo! Té advierto que al cochero y lacayo se les dice que eres el propio Arión; y como no conocen a éste, es imposible que te vendan, aunque alguno fuese bastante malo para hacerlo. Tendrán orden de llevarte a donde tú les digas; pero se te aconseja que no pases más allá de Navacerrada, si sales por la Puerta de Segovia, o de Leganés, si vas por la de Toledo, en cuyos puntos no creo que haya peligro. Conque, señor duque, beso a usía las manos. Es imposible que sospechen nada al ver tu empaque y tu carta de seguridad... Ya verás cómo lejos de ponerte reparos, esos gacznapiros se quitarán los sombreros ante ti, y aun se brindarán a acompañarte hasta tu palacio de Parla. ¡Que las tenga vuecencia muy felices!

La idea de Amaranta era de éxito casi seguro, y no tropezando con Santorcaz, con Román o con otro cualquiera que personalmente me conociese, era inevitable mi escapatoria, pues mi *carta de seguridad* llevaba el nombre de una principalísima persona, reputada por muy adicta a la causa francesa. Con esta confianza estuve todo el día, y antes del anochecer llegó un criado con el traje, el cual me caía que ni pintado. Era elegantísimo, y de mucho lujo por la finura del paño, el primor de los adornos y lo exquisito de todos sus accesorios; mas no era traje de Corte, sino de diario traer, si bien de esos que por sí solos hacen resaltar sobre el vulgo a cualquiera que se los pone, aunque más los lleve colgados que puestos. Consistía en casaca, chupa y calzón de paño verde

muy oscuro, con medias del mismo color; cuello blanco, de infinidad de randas compuesto, y un redingote pardo con vueltas y solapas de pieles. Esta prenda tenía algún uso, mas aún conservaba muy buen ver.

Cuando encajó sobre mi cuerpo aquellas prendas, todos los frailes vinieron a verme; y a porfía dijeron que nada podía pedirse en el arte y buen parecer; que el sastre autor de tales ropas por fuerza había adivinado las medidas de mi cuerpo, y que de tan linda manera vestido podía echarme a buscar aventuras por las altas casas de Madrid, seguro de encontrar en alguna quien me mirase con agrado. A estas alabanzas contestaba yo con risas y bromas; pero la verdad era (y en conciencia no quiero ocultar esto, aunque me desfavorezca), que yo estaba un poquito envanecido con mi traje, y todo se me volvía dar vueltas ante un espejillo, pues también en los conventos los había. El más satisfecho de todos era Salmón, que no cesaba de hacer reverencias ante mí, llamándome señor duque, y por fin lleváronme como en jubileo a la celda del prior, el cual se rió mucho, alabando con exageración mi buen empaque.

Vestido ya, vinieron a decir al fraile que un joven le buscaba con mucho empeño. Salimos los dos, y en el claustro bajo hallamos a don Diego, pálido, azarado, inquieto, el cual llegóse impaciente al mercedario y le habló así:

—Padre, la *Zaina* se muere y quiere confesarse.

—¡Pobre *Zainilla*!—exclamó el religioso—. ¿Y qué es ello?

—Un mal que nadie conoce ni se ha visto otro parecido, pues unos lo tienen por locura; otros, por consunción; éstos, por reumatismo, y aquéllos, por melancolía. Lo cierto es que se muere sin remedio, y ahora ha dado en llorar, después de dos días en que no ha hecho más que morderse, arrancarse los cabellos e insultar a todos, a mí principalmente, llamándome necio y mentecato.

—¡Era usted su cortejo!—dijo con desabrimiento Salmón—. ¡Oh, entre qué gente anda metido el señor conde de Rumblar!

—Padre, dejémonos de discusiones, y vaya pronto a confesar a la *Zaina*, que se muere, pues ahora a ratos llora mucho y habla con razón diciendo que

quiere confesar sus pecados a Dios para irse al Cielo; y a ratos le entra un delirio en que dice mil disparates, y manda a todos que laven las piedras del arroyo, que están manchadas de sangre, y luego pregunta que cuándo acaba de pasar la estera, que ya lleva tantos años y tantos siglos de estar pasando por delante de sus ojos; en fin: mil desatinos que no son para contados.

—Pues voy allá al momento; pero antes pediré licencia al prior, por ser ya de noche.

—Gabriel—me dijo Rumblar cuando nos quedamos solos en el claustro—, ¿qué traje es éste? ¿Te has vuelto caballero?

—Amigo don Diego—le contesté—, de menos nos hizo Dios.

—¿Y qué es de ti? No se te ve por ninguna parte. ¿Qué traes a vuelta con estos frailuchos?

—Más respeto, señor don Diego, para esta buena gente—le dije—, siquiera porque estamos en su casa.

—No los puedo ver. Santorcaz, que todo lo sabe, me ha contado mil cuentos indecentísimos, que prueban lo mala que es esta canalla. Es preciso acabar con ellos. De veras te digo que desde que veo un fraile me horripilo. Especialmente a este Salmón, a quien llamo el *padre Tragaldabas*, no le puedo ver ni en estampa. Verdad es que él tampoco me adora, y seguramente es quien, intrigando en casa de la marquesa, ha hecho fracasar mi proyectado casamiento.

—¿Ya no se casa el señor conde? Eso no le será penoso, porque me parece haber oído decir a usted que no amaba mucho a la novia.

—Verdad es que la tal Inés no me hace mucha gracia; pero yo estoy decidido a que sea mi esposa, porque así conviene a mis intereses, ¿sabes? Santorcaz me ha dicho que todo hombre debe mirar por sus intereses, porque sin esto no se puede tener representación alguna en el mundo. Además, él, que todo lo sabe y es más listo que el demonio, me asegura que yo tengo talento, disposición y estoy llamado a muy grandes cosas, por lo cual me dice: «Don Diego, a usted le es necesaria una buena posición, que le permita desplegar sus dotes.»

—Pero ¿usted no tiene por sí una desahogada posición?

—Bicoca; el patrimonio de Rumblar es de esos que hacen en las ciudades chicas un mediano papel; pero aquí apenas puedo presentarme en quinta fila. Nuestra casa ha vivido desde hace tiempo con la esperanza de que se le incorpore ese mayorazgo de Leiva, que es uno de los primeros de España. Si cuando apareció Inés como legítima heredera, mi señora mamá se disgustó mucho, luego que se concertó el casarnos para evitar pleitos y cuestiones, quedóse muy satisfecha. Conque figúrate cuál será su rabia y la mía, ahora que las señoras marquesa y condesa me han dicho terminantemente que no hay nada de lo convenido. Mi madre, a quien lo escribí, me contesta furiosa, llamándome tonto y necio y estúpido, y amenazándome con venir a darme mil palmetazos si no llevo adelante el negocio de la boda, como puede hacerlo un caballero resuelto y de pesquis. A mí, francamente, no se me ocurre nada; pero para dicha mía, tengo ahí a ese bendito Santorcaz, que me aconseja como un padre de la Iglesia, y últimamente ha discurrido el más ingenioso arbitrio para que las de Leiva no se burlen de mí.

—Yo creo que al señor conde no le será difícil llegar al casamiento, y con el casamiento a la posesión del mayorazgo; con tal que esa joven esté dispuesta a darle su mano.

—Eso, no; porque no estoy loco por ella, que digamos, y de buena gana renunciaba a todo, si exclusivamente de mí dependiera. Has de saber, compañero, que yo, más que todos los mayorazgos del mundo, apetezco una libertad sin límites para hacer lo que me dé la gana: ir a las logias, dar gritos en las calles cuando hay alborotos, cortejar a las mozas del Avapiés, echar un par de pesetas a un caballo de oros y divertirme en paz y en gracia de Dios; pero Santorcaz, que es mi mejor amigo y mi mentor, como él dice, me tiene sujeto y me hinca las espuelas en esto del mayorazgo, afeándome mi descuido en cuestión tan importante. Como además le debo cantidades enormes, que no sé de qué modo pagarle, aquí tienes el siempre y cuándo de esta mi resolución mayorazguil. Te advierto que lo que me deslumbra y me vuelve loco es la esperanza de poseer una renta de esas que le permiten a uno gastar y gastar, y gas-

tar todo lo que se le antoja. ¿Hay mayor gusto, muchacho, que ir un día por casa de todos los amigos y convidarlos a una merienda en el Canal, poniendo comida para más de cuatrocientas bocas, con tanta abundancia como en aquellas célebres bodas de Camacho? ¿Hay mayor goce que tomar del brazo a la *Pelumbres*, que es, después de la *Zaina*, la primera moza de Madrid, y salir de bureo tapaditos, y acompañarla luego a su casa? ¿Hay mayor gusto que visitar los interiores del teatro del Príncipe o de los Caños y saber que no habrá entre aquellos lienzos pintados actriz española, cantarina italiana ni bailarina francesa que no se le rinda a uno de toda voluntad? ¿Hay mayor satisfacción que dar una corrida de toros, permitiendo la entrada gratis a todo el pueblo, pagando con doble sueldo a los lidiadores y lidiando uno mismo con un traje fino bordado de plata y oro? Pues esto y aún más espero tener, si sale bien lo que hemos tramado.

Quedéme absorto y mudo, meditando en la inconmensurable degradación a que en pocos meses había caído aquel joven tan estrecha y meticulosamente educado, bajo la inspección de su rigurosa madre; instruido tan sólo en cosas aparentemente buenas, en el temor excesivo a los superiores, en el desprecio de las novedades, en el aborrecimiento de las cosas mundanas, en el respeto a la tradición, en el encogimiento del espíritu; educado para ser gran señor y representante de todas las virtudes patriarcales. Ved adónde había ido a parar su imaginación, atada durante la infancia con cien cadenas; ved por qué derrumbaderos tenebrosos se despeñaba salvajemente su voluntad, criada en el respeto; ved qué clase de pájaro atrevido salía de aquel huevo, empollado al calor de las mezquinas ideas del siglo pasado. Verdad es que cuando aquella inocente gallina sacó al mundo su echadura, se encontró que de los rotos cascarones salían, en vez de pollos, otras mil alimañas desconocidas, y la infeliz cacareó con angustia, sin saber quién las había engendrado.

—Pero si ella no le quiere a usted tampoco—dije a don Diego—, lo que proyecta no será tan fácil.

—Eso me parece a mí; pero Santorcaz, que sabe más que siete, me ha lle-

nado la cabeza de catálogos, principian-
do por decirme que yo era un papanat-
tas, y burlándose de mí con tanta zun-
ga, que al fin me enfadé y dije: «Pues
yo seré más osado que judas, y me atre-
veré a cuanto hay que atreverse; pues
ni las de Leiva, ni usted, ni nadie se
reirán de mí.»

—¿Y qué hace ahora el señor de San-
torcaz?

—Le han hecho los franceses jefe de
la política menuda, cargo que desempe-
ña a las mil maravillas. A todos los des-
afectos al nuevo Gobierno me los echa
mano lindamente. Verdad es que por
ahí le critican mucho, llamándole trai-
dor; pero él se ríe de todo, y dice que
no hay mejor rey que José, y que los
españoles son unos animales. Esto, al
principio, me enfadaba mucho; pero ya
me he acostumbrado a oírsele decir, y
yo mismo, que era antes más español
que Fernando Séptimo, ya no doy dos
higos por España, y al son que me to-
can, bailo... Pero verás lo que tenemos
proyectado. Para probarle a él y a todos
sus amigos que no merezco esas burlas,
he decidido que si Inés no se quiere ca-
sar conmigo voluntariamente, se casará
por fuerza.

—Eso me parece difícil.

—Así lo parece, pero no lo es. Tú no
tienes grandes ideas ni un corazón osa-
do como yo lo voy a tener ahora; de
modo que no podrás comprender esto.
Figúrate que consigo engañar a la mu-
chacha y sacarla a hurtadillas de su
casa, sin que lo adviertan tías ni pri-
mas, y llevármela bonitamente a donde
me diese la gana por unos días...

—Pero eso no podrá ser, porque esa
honesta joven no saldrá con usted de
su casa, y mucho menos si, como dice,
no le quiere ni pizca.

—Tú eres sandio, por lo que veo—me
contestó con petulancia truhanesca—.
Eso mismo me parecía a mí; pero San-
torcaz y sus amigos me llamaron el Pa-
pamoscas de Burgos. Te advierto que es
preciso tener el corazón echado para
adelante, como dicen ellos, y atreverse
a todo. Que Inés salga conmigo..., llé-
vela yo a una casa que tenemos prepa-
rada al efecto, y después su misma fa-
milia nos echará la bendición. El siglo
lo tiene dispuesto así.

Tuve que hacer un esfuerzo para re-

frenar la indignación que tanta bajeza
me producía.

—Poco me importa—añadió—que Inés
no me ame en este momento. Yo es-
toy seguro de que se volverá loca por
mí en cuanto nos tratemos con cierta
intimidación. Todos dicen que tengo yo cier-
to atractivo..., así..., pues..., un gancho
para pescar muchachas... Sólo espero
a que se le pase la tristeza... No sé si
te he contado que allá en los tiempos
en que mi novia andaba abandonada
por el mundo tuvo por novio a un per-
dido, un raterillo, un granuja... ¡Qué
cosas se ven en el mundo! Lo más
raro de todo es que le ha guardado a
su galán zarrapastroso una fidelidad de
novela sentimental que causa vergüen-
za a todos los de la casa. ¡Como que
han tenido que hacerla creer que ese
joven ha muerto, para que no deshon-
rara a la familia pensando en él!

—Pero nada de eso hace al caso, y
cada vez veo más difícil que usted pue-
da sacar de su casa a tan honrada
joven.

—Animal, claro es que no saldrá, si
le digo adónde la llevo; pero como no
lo he de decir, sino que tenemos pre-
parado un cierto artificio...

—¿Cuál?

—Ya he sobornado a Serafina, su don-
cella, a quien he tenido que dar una
buena suma, y es seguro que mañana
muy temprano saldrán las dos a dar un
paseo por los jardines de Palacio, encon-
trándose en cierto sitio solitario, donde
es lo más fácil del mundo poner en eje-
cución mi pensamiento. Santorcaz ase-
gura que esto saldrá muy bien, y él es
quien lo dispone todo, quien prepara
los coches, quien ha buscado la casa,
quien ha dado el dinero para sobornar
a la sirvienta. ¡Si vieras qué interés
tan grande se toma!

—Lo creo.

—Mañana temprano queda todo he-
cho. A esa hora la marquesa está en-
tregada a sus devociones, la condesa no
se habrá levantado aún y el marqués
estará en el primer sueño.

—Señor don Diego—dije, disimulando
la ira cuanto me fué posible—, ¿y us-
ted no ve en eso una serie de repug-
nantes bajezas, infamias y desvergüen-
zas, indignas, no digo de un caballero,
sino del más desharrapado chalán? El
que es capaz de hacer esto está desti-

nado a acabar sus días en un presidio.

—Te hablaré francamente. Cuando Santorcaz y sus amigos me manifestaron su plan, sentí aquí dentro cierta repugnancia, y no la ocultaré. Pero se rieron mucho de mí, y allí fué el llamarme zanguango, corazón de mirlo, hombre de alfeñique y otras injurias que me indignaron mucho. Al mismo tiempo, por otro lado, Santorcaz me apremia para que le pague las grandes sumas que le debo, y que ya exceden a cinco años de renta de mi patrimonio. Además de esto, mi madre me manda de Bailén unas cartitas en que me pone como chupa de dómine. Dice que si no llevo adelante por cualquier medio este casamiento, soy un necio y un badulaque, y que pierdo y arruino a mi familia con mi dejadez y parguatería. Hasta don Paco me escribe diciéndome que seré para siempre indigno del *altísimo* nombre de Rumblar si no pesco ese mayorazgo, y ahí tienes... No hay más remedio que hacerlo. Fuera, pues, escrúpulos de monja, y adelante. Ahora voy a probar que soy un hombre hasta allí, capaz de todo y dispuesto a las más atrevidas cosas. ¿Qué te parece? ¿No apruebas mi conducta? ¿No te entusiasmas oyéndome?

—¿De modo que mañana temprano?

—pregunté con más interés que don Diego en aquel asunto.

—Al rayar el día. No sé si te he dicho que ella madruga mucho. Santorcaz dice que cuanto más pronto, mejor. Ninguno de la familia se enterará del caso hasta que estemos en Madrid. Ya he escrito una carta a la marquesa fingiéndome muy enamorado y diciéndole que la fuerza irresistible de mi pasión me impele a obrar así, y otras muchas cosas muy bien puestas; como que la ha escrito Santorcaz... Pero, chico, es tarde, y me retiro; quiero ver en qué para esta pobre *Zaina*, y si se muere o no se muere. La verdad es que me quería bastante, y sabe Dios si habré influido en su enfermedad... Como ahora me tiene loco la hermana de la Pepa Ramos... ¿La conoces tú? ¡Qué guapa y qué mona es! ¡Adiós, me voy allá. ¿Quieres venir? ¿Qué haces aquí con esos fraílucos? Pero dime, ¿has heredado, por ventura? No te conozco. Mira que los frailes son muy intrigantes... Adiós, adiós, que aún tengo algo que arreglar

para mi viaje a El Pardo a la madrugada.

Y diciendo esto, se marchó dejándome solo en el claustro. En éste me paseaba yo presa de la más grande agitación cuando me avisaron la llegada del coche enviado por Amaranta para mi fuga. Al instante corrí a la calle y entrando en él pregunté al lacayo:

—La señora condesa, ¿dónde está?

—Esta tarde ha marchado a El Pardo —me contestó respetuosamente, sombrero en mano—. ¿Adónde quiere usía que le llevemos?

—A El Pardo—contesté con resolución.

—Dijo la señora condesa que saldríamos por la Puerta de Toledo, camino de Illescas. ¿Es que quiere usía dar un rodeo?

—¡A El Pardo, majadero, a El Pardo derecho y sin rodeos!—exclamé con furia—. ¿No he dicho que a El Pardo? A toda prisa.

Las mulas partieron a escape, llevándome camino del Real Sitio.

XXVII

Fué detenido el coche en la Puerta de San Vicente; abrieron la portezuela, presenté mi *carta de seguridad*, y después de abrumarme con cumplidos y cortesías me dejaron pasar. Sufrí nueva detención hacia San Antonio, y una tercera en la Puerta de Hierro. Tantas molestias me hicieron ver que era arriesgadísimo salir disfrazado y enteramente imposible sin el documento prescripto. Pero yo pasé el camino felizmente, y ninguno de los que echaron su mirada importuna dentro de mi coche sospechó el papel que un servidor de ustedes estaba representando.

Iba yo en un estado de agitación indefinible, y la marcha de las mulas me parecía tan desproporcionada a mi febril impaciencia, que sentía impulsos de bajar y correr a pie, creyendo de este modo llegar más pronto. Arrastrado por una ciega e invencible determinación, yo la había formulado en estos términos sencillísimos: «Llegaré, haré por ver a la condesa, informaréla de la alevosa intención de don Diego, y partiré después. No es preciso nada más.» Yo no pensaba en dificultades de ninguna cla-

se, y las contrariedades subalternas eran despreciadas entonces por mi impetuosa voluntad. Tampoco atendía en manera alguna mi proyectada fuga, ni me cuidaba de si iba vestido de esta o de la otra manera. Caer en poder de la Policía una vez llevado a efecto mi pensamiento me importaba poco.

Por fin, en poco más de una hora llegamos a la plaza de Palacio, donde vi una gran escolta de caballería y muchos coches. El cochero del mío azotó las mulas y las hizo penetrar por la ancha puerta hasta el vestíbulo de donde arranca la gran escalera. Todo lo vi iluminado todo lleno de guardias españolas y francesas. Una música militar tocaba el himno imperial en la galería que domina la escalera. Napoleón, que había ido a comer con su hermano, estaba allí todavía.

Figuraos que uno se muere y despierta en otro planeta, en otro mundo, encontrándose con forma distinta en atmósfera diversa, en un medio diferente, donde crecen fauna y flora que no se parecen a la flora y fauna del mundo donde nació. Esta fué mi impresión: yo estaba aturdido y atontado. No obstante, saliendo precipitadamente del coche, pregunté al primer criado que se apareció por los aposentos del señor marqués de X. En el mismo instante el lacayo me decía: «Venga vuestreza por aquí, que es en este piso bajo, a la izquierda.»

Dos o tres, no sé cuántos, se apresuraron a franquearme la entrada, y mi lacayo, entrando delante de mí, dijo a los criados que salían a su encuentro:

—Ya está aquí el señor duque; avisad que ha llegado el señor duque de Arión.

Yo no sé por dónde me llevaron; yo no sé por dónde entré; yo no sé en qué sitio me encontraba; yo sólo sé que me vi en un recinto muy alumbrado y caliente, y que el diplomático, estrechándome en sus brazos, exclamaba:

—¡Picarón, gracias a Dios que te vemos!... Pero ¿por qué has venido tan tarde? Ya se ha acabado la comida... ¡Ah picarón, qué alto estás!

Yo balbucí algunas excusas; pero comprendiendo al punto que era preciso disipar aquel engaño, dije:

—¿No está la señora condesa?

—No ha venido. Estoy solo con mi hija. Pero, chico, no tienes acento francés. y me dijeron que hablabas como

un amolador. Ven, ven: al instante te voy a presentar al rey José, que tanto desea verte. Ahí está el emperador. ¡Albricias!... Ha convenido en que su hermano vuelva a ser rey de España, y ya están zanjadas todas las diferencias. Conque ven..., ven... Pero, primo, ¿cómo es eso?—añadió, examinando mi traje— ¿Cómo no has venido de etiqueta? Pues oiga..., también te has venido sin relojes... Pues ¿y tus cruces, y tu Legión de Honor, tu Cristo de Portugal, y tu Carlos Tercero, y tu San Mauricio y San Lázaro, y tu Aguila Negra?

—Déjese usted de bromas—repliqué, sin poder disimular mi impaciencia—. Ahora vengo para un asunto urgente y del cual depende...

—¿La suerte de Europa?—dijo, interrumpiéndome—. Corro, corro al instante a ponerlo en conocimiento de Urquijo. ¿Vienes del cuartel general? ¿Ha llegado allí algún correo de Francia con noticias del Austria?

—No, no es eso—repuse, sin atreverme a disipar el engaño—. Pero ¿dice usted que no está aquí mi señora condesa?

—¿Tu prima? Esta tarde la esperábamos; pero debía pasar por la Moncloa, por ver a su madrina, y como ésta se halla *in articulo mortis*, presumo que Amaranta y mi hermana habrán determinado quedarse allí toda la noche. ¿Vienes tú de Madrid, o directamente de Chamartín?

—Siento mucho—manifesté con la mayor zozobra—que no está aquí la señora condesa.

—Te presentaré a mi hija; ven. Pues es lástima que no hayas venido de etiqueta. Ciertamente tú tienes familiaridad con el emperador, y si te anuncias, puedes pasar a verle con ese traje... Pero dime: ¿qué noticias traes? ¿Ha llegado algún correo al cuartel general? ¿A que me he salido yo con la mía?... ¿Apostamos a que el Austria...? A mí puedes contármelo. Ya sabes que el emperador me consulta todo... Pero, chico, ¿sabes que tienes una arrogante figura?... Me habían dicho que eras..., así..., un poco cargado de espaldas, y... la nariz chata. y un ojo un poco... Pero no..., veo que me habían engañado. Eres mejor de lo que yo suponía, y lo que es tu cara..., casi juraría que no me es desconocida..., pues... que te he visto en alguna parte.

Estábamos en un lujoso salón, con magníficos tapices decorados. Sentíase ruido de voces en las habitaciones inmediatas; pero allí no había nadie más que nosotros dos. El diplomático, asiendo las solapas de mi casaquín, me sacudía, me sofocaba, me volvía loco con su charla inacabable. En vano era que yo pretendiese quitarle la palabra hablando de otras cosas, y principalmente indicando algo del móvil de mi viaje. Aquel insensato me quitaba la palabra de la boca, ávido y hambriento de hablárselo él todo, y con sus gesticulaciones, su cotorreo sempiterno, semejante al son de una matraca, me tenía aturdido, colérico, nervioso.

—¡Ay sobrinillo de mi alma!—continuó—. Si me confiaras las noticias que traes... Ya habrá llegado a tu conocimiento que yo soy la misma reserva... Porque no me queda duda de que tú traes algo, sí, señor, algo grave. Si hubieras venido a la comida, habríaslo hecho más temprano y con otro traje. Y no es más sino que estabas en el cuartel general, y el mayor general Berthier te envió a toda prisa con una comisión. A ver, dímelo a mí solo, a mí solo... ¿Vas ahora mismo a ver al emperador? Si quieres, pasaré aviso al gentilhomme para que te introduzca. Ya han concluido de comer, y están conferenciando juntos el emperador, el rey José, el secretario Hugues Maret, Urquijo y monseñor de Pradt, es arzobispo de Malinas. Anda, anúnciate; subamos.

—Señor mío—dije bruscamente, sin poder disimular ya mi impaciencia y desasosiego—, yo no vengo a hablar con el emperador, ni con el rey José, ni con el arzobispo, ni tengo nada que ver con ninguno de esos señores. Yo vengo a...

Y callé, sin atreverme a decirle el objeto de mi visita.

—¿Conque no está aquí la señora condesa?—volví a preguntarle, después de una pequeña pausa.

—Dale con la condesa. Que no, que no está. La esperábamos esta tarde; pero, según entiendo, se ha detenido en la Moncloa por acompañar a su madrina, que se muere por momentos. Puede ser que llegue antes de medianoche.

—Pues la esperaré—dije resueltamente, sentándome en un sillón.

—Veo que Amaranta te interesa más,

y es para ti de mayor importancia que la suerte del mundo. Pero ¿no querrás decírmelo?... Aquí, en confianza..., a mí solo—dijo, sentándose junto a mí y poniéndome la mano en el muslo.

—¿Qué, hombre de Dios, qué le he de decir, si no sé nada?

—Pesado estás, sobrinito. Para mí sería muy satisfactorio saberlo antes que el mismo emperador y poderlo decir a todos esos que están ahí muertos de sed por una noticia.

—¿Dice usted que la condesa vendrá antes de medianoche? ¿Cuánto hay de aquí a la Moncloa?

—Pero ¿qué te traes tú con la Amarantilla?... Todo eso es para disimular. Pero ven..., quiero que conozcas a mi hija. Ya tendrás noticias de ella. ¡Pobrecita! La he recogido y reconocido... Es preciso reparar de algún modo los errores de nuestra juventud. En París habrás oído hablar mucho de mí. Bastantes ruinas hay allá todavía de mi impetu destructor en materias amorosas. Pero ven..., conocerás a Inés...; es guapísima. No se ha recogido aún, y si está acostada, haré que se levante.

—No—dije yo—; la veré mañana.

Mi situación, queridos señores míos, era bastante comprometida. La condesa, a quien necesitaba ver y hablar, no estaba allí. Yo no quería faltar al solemne compromiso contraído con ella, cuando le prometí no presentarme jamás a su hija; y en verdad, si Amaranta me hubiera sorprendido allí en compañía de Inés, todas mis explicaciones le habrían parecido artificios y males artes, y la aventura de mi disfraz, un ardid alevo-so para arrebatarse aquel tesoro de su familia que, por la sociedad y por otras mil consideraciones, me estaba tan implacablemente vedado. En todo esto pensé, mientras don Felipe de Pacheco y López de Barrientos me volvía loco para que le comunicara noticias del cuartel general. Discurriendo rapidísimamente sobre aquella situación, vine a deducir que era preciso valerme del mismo diplomático para mi objeto, no hallándose en Palacio ninguna otra persona de la familia; mas para esto era también preciso no perder el disfraz ni correr el velo de aquel gracioso engaño, pues si esto ocurría, todo acababa con echarme a la calle o ponerme a disposición de un alguacil. Meditando en breves términos mi

plan, di principio a su ejecución de la siguiente manera:

—Después, mi querido tío, informaré a usted de todo lo que se dice en el cuartel general. Por ahora quiero hablarle de otro importante asunto.

—¿Importante? Vamos a ver—dijo en voz baja y tan impaciente como un niño.

—Importantísimo.

—La adivino. La Inglaterra, el enemigo común...

—No es nada de eso. Lo que digo es que ese condesito del Rumblar... ¡Oh! Es un joven de malísimas costumbres.

—Ya lo sabemos; pero dejemos ahora a don Diego. ¡qué majadería!—exclamó con desagrado.

—Es preciso que usted esté prevenido, por si...

Entraron en aquel momento en la sala dos personajes vestidos de uniforme, uno de los cuales era español y el otro francés; pero los dos se expresaban en nuestra lengua. Levantándonos, y el diplomático me presentó gravemente a ellos, diciendo después:

—Por más que le pincho, nada, no suelta una palabra. Viene del cuartel general con noticias interesantísimas.

—¿Sube usted a ver al emperador?

—me preguntó uno de ellos.

—No, señor—respondí, obligado a llevar adelante la farsa—. No necesito ver por ahora a su majestad imperial.

—En el cuartel general—me dijo el otro—, ¿qué se dice de la actitud del emperador respecto a su hermano?

—¡Oh!—exclamé yo, dándome importancia—. Se dicen muchas cosas.

—¡Muchas cosas!—repitió el marqués, haciendo aspavientos.

—Aún no está decidido—añadió el que parecía francés—que el emperador, nuestro señor, ceda el reino de España a su hermano. ¿Qué ha oído usted en Chamarín? ¿Insiste su majestad en la idea de considerar a España como país conquistado?

—Sí, señores, como país conquistado—respondí con mucho aplomo, metiendo mi cucharada en los arreglos y desarreglos del mundo.

—Lo verdad es—dijo otro—que los dos hermanos no están muy acordes. ¿Va tomando cuerpo la idea de agregar la España al territorio de la Francia?

—Sí, señores—afirmé, condoliéndome

de la suerte de mi país—. España se unirá a Francia.

—¡Oh, qué calamidad!—clamó don Felipe—. No podemos en modo alguno seguir al servicio de la causa francesa. ¿Y se insiste en dividir a nuestro país en cinco virreinos?

—¿Pues qué duda tiene, señores?—repuse en tono de hombre listo—. Pero aún se duda si serán cinco o seis.

—Sin embargo—indicó el que parecía francés—, yo creo que esta noche se reconciliarán.

—Por supuesto, que si el emperador se decide a tratar a España como país conquistado, le mueven a ello las intrigas de Inglaterra.

—De Inglaterra, justo—repuse yo vivamente—. Me lo ha quitado usted de la boca.

—Y la insensata resistencia del pueblo español.

—Exactamente...; la insensata resistencia...

—A pesar de todo—dijo el español—, yo dudo mucho que Napoleón pueda llevar adelante tan atrevido pensamiento, y menos ahora, cuando corren rumores de que el Austria...

—¿Qué dicen los últimos despachos? Parece que el Austria se arma.

—Sí, señores—respondí yo en tono profético, misterioso y sibilitico—: el Austria se arma, y... no diré más.

—Pero, hombre—apuntó el diplomático—, si aquí somos todos amigos. Di de una vez todo lo que sabes.

—Dispénsenme ustedes, señores—indiqué cortésmente—. De buena gana lo haría por complacer a personas tan amables, pero antes que mi deseo está mi deber; antes que la satisfacción de un capricho amistoso, la conciencia de mi discreción, cuyo inexpugnable baluarte en vano atacan galantes sugerencias o arteras amabilidades. Callaré por ahora; pero tengan ustedes entendido que el Austria..., el Austria...

Los tres cortesanos se miraron y yo examiné las pinturas del techo.

De improviso entraron otros dos, a quienes igualmente me presentó mi augusto tío; pero aquí fui menos afortunado, porque uno de ellos, al saludarme, me dijo con cierta malicia:

—Es muy particular. Hace tres años vi en París al señor duque de Arión, y no reconozco su fisonomía en la de us-

ted. O yo estoy trascordado, o usted ha variado considerablemente.

Por mi suerte, el diplomático se había apartado un poco, y, además, yo tuve buen cuidado de no engolfarme en conversaciones con aquel caballero. También quiso mi buena estrella que viniese a sacarme de apuros otro que llegó de repente y con gran prisa, diciendo:

—Señores, la conferencia va tomando caracteres de altercado. Alzan mucho la voz, y desde el corredor de Poniente se oyen los gritos. Vamos allá y oiremos algo.

Vierais allí cómo aquellos cortesanos corrían por los pasillos; cómo se escurrían por los laberintos de Palacio; cómo se precipitaban unos delante de otros, disputándose cuál llegaba primero a pescar una noticia, una voz perdida, un gesto visto al través de un resquicio, un accidente, un destello de reales miradas, cualquier mezquindad que les fuera favorable. Yo seguí tras ellos y salí también; atravesamos un gran salón, donde había hasta una veintena de personas de distintos uniformes; internáronse en nuevos pasillos; pasaron de sala en sala, llegando, por último, a un largo y oscuro corredor que tenía ventanas a un angosto patio. Allí había otros cinco o seis, asomados a las ventanas y muy atentos a no sé qué, pues yo no veía nada digno de llamar la atención. Todos se acercaban con pasos quedos, chicheaban muy por lo bajo y atendían y miraban: pero ¿qué miraban y a qué atendían?

El patio a que me refiero era muy estrecho. En la pared de enfrente había una gran ventana, cuyas hojas de cristal, cerradas y por dentro cubiertas con una cortina de gasa, daban paso a la luz interior. Los gruesos cortinones de invierno estaban recogidos a un lado y otro, de modo que quedaba un triángulo de luz, con el ángulo más agudo en la parte superior. En este triángulo se dibujaban varias sombras; pero con toda precisión una sola, efecto de linterna mágica producido por la presencia de un hombre entre la luz que iluminaba aquella pieza y el hueco de la ventana. Movíase la sombra al tenor de los diversos grados de animación de la palabra, y en esta sombra y en sus irregulares movimientos fijaban la vista, y el

oído, y la atención, y el alma toda, los cortesanos allí reunidos.

—Ahora hablan más bajo—dijo muy quedamente uno de ellos—; pero hace poco se han oído con claridad algunas palabras.

Y alargaban los cuerpos fuera del corredor, con esperanza de que sus pabellones auriculares cogieran al vuelo alguna sílaba. Yo también atendí; pero la verdad es que allí se oía tanto como en un desierto. Lo que sí excitó mucho mi curiosidad fué la sombra que ocupaba el centro del triángulo. Era la de un hombre rechoncho y de cabeza redonda, con pelo corto. Notábase el movimiento pausado de sus brazos, al hablar; el de su cabeza, al atender; notábanse claramente las señales de asentimiento, las negaciones vagas y las fuertes; notábanse la tenacidad, la duda, el ademán de la pregunta, el de la respuesta; y tanta era la verdad con que aquella sombra reproducía a la persona misma, que hasta se creía advertir en ella la sonrisa, el fruncimiento de cejas, el asombro y cuantos modos de lenguaje posee y usa el rostro humano. Unas veces, la cabeza, puesta de frente, proyectaba en la vidriera una forma redonda; otras, volviéndose, proyectaba su perfil; luego veíamos que a su altura subía una mano, y distinguíamos perfectamente el dedo índice afianzando y dando energía a la palabra; después desaparecían las manos, y los brazos, juntándose a la masa del cuerpo, indicaban que se habían cruzado; luego transcurría mucho tiempo sin que la figura hiciese ademán alguno, señal de que oía o de que meditaba, hasta que de nuevo volvía a ponerse en acción.

—Miren ustedes ahora—dijo uno de los cortesanos—cómo dice que no, que no y que no con la cabeza.

En efecto, la sombra movía su cabeza, haciendo la señal negativa por espacio de algunos segundos.

—De seguro está diciendo que no cederá a nadie sus derechos a la Corona de España—indicó uno.

—Lo que indudablemente estará diciendo—habló otro—es que pasará por todo menos porque los ingleses se metan aquí.

—¡Quia!—exclamó un tercero—. Lo que debe de estar diciendo es que los

españoles no podrán resistir mucho tiempo.

Entonces la sombra movió la cabeza en señal afirmativa repetidas veces y con mucha insistencia, acentuando con la mano aquel movimiento.

—Pues ahora dice que sí, que sí y que sí—indicó uno.

—Sin duda, habla de que son indudables sus derechos de conquista.

—Y de que puede disponer del trono de España como se le antoje.

—¡Patarata! Apuesto a que no es nada de eso, y lo que hace es asegurar que vencerá a los ingleses.

Poco después la sombra se llevó la mano a la nariz.

—Toma tabaco—dijeron los cortesanos.

—Ya van tres veces desde que estamos aquí.

Luego la sombra acercó un bulto a su cara, inclinándola después, y se oyó desde nuestro observatorio un lejano ronquido.

—¡Se suena!—exclamaron los cortesanos.

—¡Buena señal!—dijo uno.

—No, sino muy mala!—añadió otro.

Después la sombra se levantó, y, al instante confundióse entre otras sombras. Un momento después, separadas las demás, volvía a destacarse; pero ya estaba transfigurada, porque la cabeza redonda había desaparecido en otra mayor sombra trapezoidal. Una vez puesto el sombrero, se hubiera distinguido de cuantas sombras suele engendrar la noche y de cuantas pueden volver de los Eliseos Campos de los cristianos cementerios a pasarse por el mundo.

—Ya sale...—dijeron los cortesanos.

—Corramos al salón.

Y, aquello no fué correr, sino volar a la desbandada.

—¿No vienes al salón?—me preguntó el diplomático.

—¿No ve usted que no vengo de etiqueta?

—Es verdad; pero tú... Te advierto que el emperador se marcha. ¿Acaso vienes a hablar con el rey José?

—Yo no quiero ver al emperador esta noche—le respondí—. Aunque él me trata con bastante intimidación y solemos jugar un poco al tute...

—¡Al tute!... Hombre... Eso sí que no lo sabía.

—Sí... Pues decía que aunque tenemos

mucha confianza y nos tratamos como dos amigos, no puedo presentarme así en el salón, cuando los demás van de etiqueta. Usted no irá tampoco.

—¡Oh, sí! Yo voy al salón... Porque te advierto que el emperador, al entrar, me miro, y después preguntó quién era yo. De modo que ahora...

—Pero ¿no le ha hablado usted nunca?

—Te diré; lo que es hablarle..., así..., pues..., así como estoy hablando ahora contigo, no...; pero hemos cambiado notas, y no creas..., en ocasiones, con la pluma en la mano, nos hemos puesto como ropa de pascuas.

—¿Usted se retirará a su aposento? Hablaremos un poco y luego me marcharé.

—¿A estas horas? No...; aquí te has de quedar. No dudes que vendrá la condesa mañana temprano. Hablaremos todo lo que quieras; pero después que yo vaya al salón y haga por ver si su majestad ilustrísima me mira otra vez y me entera de todo lo que se dice... ¿Qué sabes tú si el rey José querrá llamarme, como anoche, para que le dé un poco de conversación?

—Antes hablemos los dos de un asunto que nos interesa... Es cosa de pocas palabras.

—Entremos en mi cuarto—dijo, llegando a la sala donde me recibió la vez primera.

—No; aquí mismo—repuse—. Ahora caigo en que tengo que marcharme en cuanto hablemos dos palabras.

—¡Qué singular! Hombre, aquí me hieló de frío. Entremos en mi cuarto.

En efecto, pasamos a otra pieza, nos sentamos; pero aún no se habían arrellanado nuestros cuerpos en el sofá, cuando entró un criado, diciendo:

—Aquí está un gentilhomme que viene a decir a usía que el señor conde de Cabarrús quiere verle al momento.

—Al instante, corro al instante. ¡Oh ministro amabilísimo!—exclamó el diplomático con súbita e inmensa alegría—. Primo, ahí te quedas. Vendrá Inés a hacerte compañía.

—No... Que no se moleste—repliqué yo con inquietud—. Esperaré solo.

—Que venga la señorita Inés—dijo el diplomático al criado.

El criado me miraba atentamente.

—Que venga mi hija—repitió el marques—. Dile que está aquí el señor du-

que de Arión, su pariente; que venga al instante a hacerle compañía, porque el emperador..., digo, el rey José..., digo, el ministro Cabarrús, me ha mandado llamar para consultarme un grave asunto.

Y, sin esperar más, porque su impaciencia era febril, salió, dejándome solo. Yo estaba tan agitado, que no me era posible apreciar la extensión del tiempo que iba pasando mientras permanecía en la soledad de aquel cuarto, sin percibir otro ruido que el tic-tac de un reloj de chimenea y el chisporroteo de los leños que en ella se quemaban. Yo no cabía en mí mismo de inquietud, de ansiedad y desasosiego, y juntamente se me representaban, en espantosa lucha, la inefable felicidad de ver a Inés y el pesar de mi conciencia turbadora por quebrantar una leal promesa. A veces me parecía que los minutos corrían con inconcebible rapidez, y a veces que se estaban quietos delante de mí, mirándome como geniecillos desvergonzados. Mi espíritu, a ratos impaciente y lleno de amorosas ansias, me impulsaba a penetrar en las habitaciones interiores, buscando a la que no aparecía; y a ratos me venían deseos de abrir la ventana, echarme por ella al jardín inmediato y huir para siempre de aquella casa. Sentado estaba mal, y mal estaba en pie, y mal también paseándome de un ángulo a otro en la reducida estancia; el pulso y las sienes me latían con furia, y aquel violento y acompasado golpear determinó bien pronto en mí una viva calentura que me inflamaba todo. Inés tardaba mucho. «Si no viene, me muero», dije para mí, olvidándome al fin de todas las consideraciones que al principio me habían hecho temer su llegada. Pasaron no sé si horas o minutos; sólo sé que muchas ideas mías se iban quedando atrás y que venían otras a sustituirlas para marcharse luego. De este modo apreciaba el transcurso del tiempo. El reloj avanzó mucho, sin que Inés apareciese. Aquella soledad empezó a hacérseme insoportable, y la idea de que ella no vendría se representó en mi pensamiento, produciéndome un dolor inmenso. Después de mis primeras dudas, habíase entregado mi espíritu al gozo de suponer que vendría, y su tardanza me ponía en estado febril.

Arrastrado por una fuerza irresistible,

sin reparar en mi situación ni en circunstancia alguna, casi ignorando lo que hacía, abrí la pequeña puerta que comunicaba aquella pieza con la inmediata. Al pasar a ésta, halléme en una sala sin luz; pero como entraba alguna claridad por la puerta recién abierta, pude ver por dónde andaba. Con pasos muy quedos atravesé aquella sala, y al ver reflejada oscuramente mi imagen en los espejos, sentía miedo de mí mismo. En el testero del fondo vi otra puerta, que cedió al punto a mi mano, y encontréme en una tercera estancia más pequeña. Profunda oscuridad reinaba en ella; pero al poco tiempo de estar allí distinguí en el fondo negro una perpendicular raya de luz. Al mismo tiempo creí que sonaban voces de mujer por aquel lado, y esto, con la débil claridad, impelióme más hacia allí. Andaba muy lentamente, extendiendo las manos para no tropezar con los muebles; andaba como un ladrón, conteniendo el aliento, apagando el ruido de los pasos, creyendo que hasta las oscilaciones del aire a mi tránsito iban a delatar mi presencia a los de la casa. Yo había perdido todo dominio sobre mí mismo, y en nada reparaba más que en llegar pronto a aquella raya luminosa, tras la cual sentía más claramente ya la voz de Inés. Al fin llegué. Por la estrecha rendija no se veía nada; pero se oía. Dos mujeres hablaban.

Al poco rato una de las voces dijo algo, como despidiéndose; sentí el ruido de una puerta, y todo quedó en completo silencio. Aguardé un poco. Puse luego la mano en el picaporte, y con mucha, muchísima lentitud, lo fuí levantando, levantando, de modo que no hiciera ruido. Cuando me pareció bastante, empujé, y la puerta cedió poco a poco, cuidando de que no rechinara. Durante esta operación, toda mi sangre se paró dentro de mí. A medida que la puerta se abría, iba observando todo lo que había dentro de aquella estancia. Primero vi un lecho con cortinas blancas; luego, una mesa con labores de mujer, y, por último, una figura puesta de rodillas delante de un reclinatorio. Vuelta hacia mí aquella figura, que apoyaba la frente en el reclinatorio, no era fácil reconocerla, pues de su cabeza no se veía sino el cabello; pero yo la reconocí, y era ella misma: era Inés.

Avanzando resueltamente, pero siempre con pasos muy quedos, entré y me dirigí hacia ella.

XXVIII

Cuando Inés alzó la cabeza y me vió delante, tras un estremecimiento que indicaba el mayor espanto, quedóse atónita, sin habla, con disposición a perder el sentido. La emoción me impedía al mismo tiempo el pronunciar algunas palabras para tranquilizarla. Mi presencia le causaba terror; iba a gritar, sin duda.

—Inés, Inesilla—dije al fin—, no te asustes; soy yo, soy yo mismo. ¿Creías tú que me había muerto? No; mirame bien; estoy vivo. No me tengas miedo.

Diciendo esto, la abrazaba, estrechándola contra mi pecho.

—¿Creías tú no volver a verme más? —proseguí—. Te dijeron que me había muerto. ¡Picaros, como te engañan! Aquí estoy; no me preguntes como he venido. Yo no lo sé. Creo que Dios me ha traído por la mano para que nos veamos.

Inés tardaba mucho en volver de aquel estupor que por algunos minutos pareció quitarle el conocimiento; mirábame con ojos asombrados; derramó algunas lágrimas y su rostro, fluctuando entre el llanto y la sonrisa, revelaba en cada segundo una sensación distinta. Pasado un rato, fijando la atención en mi vestido, pareció profundamente asombrada; volvió a reír, y me interrogó con los ojos. Sus manos, sus brazos, temblaban entre los míos de un modo alarmante, y temiendo que la impresión producida en su organismo por tan fuerte sorpresa fuera demasiado lejos, la tomé en brazos, púsela con el mayor cariño sobre el cercano sofá y sentéme junto a ella, procurando calmarla y explicándole con términos precisos mi inesperada aparición.

—Pero ¿dónde estabas tú?—me dijo.

—En la habitación de tu padre. Allí me dejó cuando te llamaron, y allí estaba esperando. ¿Por qué no fuiste? Mi impaciencia era tanta, que no pude resistir, y como un ratero me metí por esas habitaciones hasta llegar aquí.

—¿Y cómo entraste en Palacio?

—Eso es largo de contar. Me han pa-

sado muchas cosas, Inesilla de mi corazón. Yo no sé como he venido aquí. Había prometido no verte mas ni hablarte; pero yo no sé por qué me encuentro a tu lado y te veo y te hablo. ¿Conque me creías muerto?

—Sí, ¡muerto!—dijo con tristeza—. Sin embargo, yo confiaba en que fuera mentira, y muchas veces he tenido el pensamiento de que ibas a venir. Anochecí, ayer, ahora mismo he estado pensando en esto, y al quedarme sola he sentido gran zozobra creyendo verte en los espejos o salir de detras de esos armarios, o entrar por cualquiera de esas dos puertas como un fantasma. Pero ¿como has venido aquí? ¿De qué invención te has valido? Si te descubren... Estás vestido como un caballero.

—Sí, Inesilla—respondí, besándola las manos—. Pero aunque me ves vestido de caballero, no creas que lo soy. Soy lo mismo que era antes, cuando estábamos en casa de don Mauro; es decir, no soy nada. Tú estás tan por encima de mí, que debes avergonzarte de mirarme.

Al oír esto, todo cambió en su espíritu, y la vi sonreír de un modo espontáneo y festivo, perdida ya la emoción dolorosa del primer momento.

—Yo no pensaba verte más—continué—; pero la casualidad o la Providencia han querido que te vea. ¡Qué desgraciados somos, o, mejor dicho, qué desgraciado soy! Porque yo tengo que renunciar a ti, tengo que marcharme para no volver más. ¿No comprendes tú que ha de ser así, que no puede ser de otra manera? Para mí valiera más no haber nacido. ¿Por qué te conocí? ¿Por qué te volviste gran señora? ¿Por qué Dios, que a ti te sacó de la humildad para traerte a los palacios, me dejó a mí en la miseria y en la oscuridad de mi nombre?

—No me has dicho todavía por qué estás vestido así—indicó con el mayor asombro.

—Nada de esto es mío, Inesilla—repliqué con profundo dolor—. Estas ropas son como las que se ponen los cómicos cuando salen a la escena vestidos de reyes. Después se las quitan y quedan hechos unos mendigos; lo mismo soy yo. Si ahora se descubre la farsa que me ha traído aquí, tus criados me echarán del Palacio ignominiosa-

mente. No soy nadie, no soy nada. Yo creí que no te vería más; pero algún poder superior nos ha puesto esta noche juntos, y yo, que he jurado ante la condesa, tu prima, no verte ni haberte más en la vida, estoy ahora a tu lado para decirte que te quiero, y te adoro, y me muero por ti. Seré un malvado, un tramposo, un miserable que se burla de todas las convenciones de la sociedad; pero siendo todo esto, y aún más, insisto en decir que no puedo dejar de quererte, aunque me lo prohiban todas las potencias de la Tierra, y aunque entre nosotros se pusieran con la espada en la mano todos tus parientes y antecesores desde que el mundo es mundo.

Inés parecía meditar. Después de un rato de silencio, me dijo con tristeza:

—Mis parientes son muy crueles conmigo.

—No, hijita mía; considera tú su posición, su nombre, lo que deben a la sociedad, y comprenderás que no pueden hacer otra cosa. ¿Cómo han de admitirme en tu familia? La idea de que me amas les causa horror, y se creen deshonrados con sólo mirarme. Tu prima la condesa es muy buena. Si tuviera tiempo para contarte los beneficios que le debo y el afecto que me muestra, te asombrarías.

—Ha llegado el caso de que yo devuelva a mi familia todo lo que me ha dado y tome por mí misma lo que no ha querido darme—dijo Inés.

—Tú tendrás prudencia y esperarás.

—Hablaré francamente a mi prima. Ella me ha dicho que quiere verme feliz a toda costa, y es la que me defiende de las impertinencias de mis cinco maestros y la que me salva de la etiqueta, que es lo que más aborrezco. Yo le diré que has estado aquí...

—No, no, por Dios; no le digas que he estado aquí. Yo debo marcharme ahora mismo, Inés; yo no puedo estar más a tu lado.

—No te has de ir—me dijo, asiendo mis dos brazos para detenerme—. Yo se lo diré todo a mi prima; le diré que no te has muerto, que yo sé que no te has muerto, que nos hemos visto, y que has de volver.

—No, no le digas eso; desde este momento ya no merezco la benevolencia que ha manifestado.

—¡Oh!—exclamó Inés con mucha pena—. Pues, entonces ¿qué recurso nos queda? ¿Qué podemos hacer? ¿Cuándo vuelves tú?

—Nunca—le respondí, sin reparar en lo que decía, pues mi exaltación no me permitía formular ideas concretas sobre nada.

—¿Cómo nunca?

—Sí, volveré cuando quieras—dije, estrechándola contra mi corazón—. Si tú me mandas que vuelva; si tú, despreciando las resoluciones de tu familia, insistes en quererme lo mismo que cuando éramos dos pobres criaturas desamparadas, volveré, quebrantaré las promesas que hice a tu prima, porque, ¡ay!, sin duda tu prima no sabe cuánto te quiero, cuánto te adoro y de qué manera nosotros nos hemos dado un juramento que está por encima de todos los demás. Dile que no me he muerto, ni me moriré, mientras tú vivas, porque no quiero ni debo morirme; dile que aquí estaré, mientras tú no me echas, y que antes que fueras condesa, y duquesa, y princesa, habías resuelto casarte conmigo, que no soy caballero, ni soy nada, aunque teniendo tu cariño no me cambio por todos los nobles de la Tierra.

Inés, al oírme, se animaba mucho. Encendiéronse sus mejillas, y el vivo resplandor de sus ojos indicó una irrupción de sensaciones agradables y de ideas de felicidad, que de improviso se apoderaban de su abatido espíritu. Tomándome la mano, me dijo:

—Juro que no me he de casar sino contigo, cualquiera que sea tu suerte, cualquiera que sea tu posición. Dicen que yo soy rica y que soy noble. ¿No es esto bastante? Yo les diré que si no me quieren de este modo, me quiten todo lo que me han dado. Les diré que tú eres para mí mas caballero que todos los demás, y, por último, que ninguna fuerza humana me obligará a dejar de quererte, porque Dios lo ha ordenado así. Tengamos confianza en Dios y esperemos. Lo que parece más difícil se hace de pronto fácil. Yo sé, sin que nadie me lo haya enseñado, que cuando las cosas deben pasar, pasan, y que la voluntad de los pequeños suele a veces triunfar de la de los grandes.

Al decir estas palabras, que indicaban, junto con un firme amor, un profundo sentido. Inés me mostraba la su-

perioridad de su alma, bastante fuerte para poner las leyes inmortales del corazón sobre todas las conveniencias, preocupaciones y artificiosas leyes de la sociedad.

—¡Inés!—le dije, prodigándole las más tiernas muestras de cariño—. A pesar de estar tan alta, tú eres hoy tan desgraciada como yo; pero para los dos vendrán días felices y tranquilos.

Yo había olvidado todo temor, las causas de mi presencia en aquel sitio, lo avanzado de la hora; no me acordaba de su familia, ni de mi fuga, ni de la Policía, ni de nada; no veía más mundo que aquel pequeño, ¡qué digo pequeño!..., aquel mundo infinito que mediaba entre nuestros ojos.

—Tú sabes y sientes mejor que yo —exclamé—; tú me señalas el camino que debo seguir, y lo seguiré. Te amo tanto, que querría morirme aquí mismo, si supiera que habías de ser para otro. Y vengan contrariedades, vengan orgullos, vengan obstinaciones de familia, vengan obstáculos, venga todo, que todo lo desprecio. ¿Qué valen cien mil coronas condales y las mayores riquezas del mundo? Todo eso no será suficiente razón para quitarme lo que es mío: mi Inesilla de mi alma y de mi corazón. Si soy pobre y miserable, que lo sea; nada importa, puesto que, miserable y pobre, quieres tú más uno de mis cabellos que las coronas y tesoros de todos los duques de la Tierra. ¿No es cierto? Y que venga ahora toda la sociedad, toda Europa, y toda la Historia, y el mundo todo, a decirme que no podrás ser mía. Que vengan, y yo les diré que se vayan a paseo, porque nosotros no necesitamos de ellos para nada, y nosotros valemos más que todo eso. ¿No es verdad? Cuando prometí a tu prima renunciar a ti, prometí lo absurdo, lo imposible, lo que no dependía de mi voluntad, porque el amor que nos tenemos es obra de Dios, es como la vida, y sólo puede quitarlo el mismo que lo da.

Así me expresé yo, y en este tono hablamos un poco más, y luego cambiamos de asunto, y seguimos departiendo en serio y en broma sobre mil cosas que nos ocurrían, sin acordarnos de nada que no fuera nosotros mismos, y menos del tiempo que iba transcurriendo a toda prisa. De tema en tema, vino

a mi pensamiento el objeto que allí me había llevado, y le conté el incidente de don Diego con sus torpes y abominables planes. Ella se sorprendió de esto, y me dijo que nunca había supuesto a Rumblar tan rematadamente malo. Seguimos luego hablando de otros asuntos, y ella se reía de mi traje, y yo, de sus graciosas ocurrencias, al referir las ceremonias palaciegas a que había asistido. Repetidas veces pasó por mi mente la idea del gran peligro que allí corría; pero era tan feliz, que yo propio arrojaba lejos de mí aquella idea importuna. Al fin entró de pronto una criada, y dijo:

—¿Se le ofrece a la señorita alguna cosa?

Díjole Inés que no, y se fué, pero me observó de soslayo el tiempo que allí estuvo.

Seguimos hablando, y al poco rato apareció otra criada, que me miró mucho también, preguntando:

—¿Ha llamado la señorita?

Y luego que ésta se retiró, parecióme sentir cuchicheos y ruido de pasos tras de la puerta. Comuniqué a Inés mi recelo, y al punto convinimos en que me debía retirar. ¡Qué escándalo! Era mucho más de medianoche. Ella misma me llevó al cuarto donde antes me había dejado el diplomático, y después de discutir un rato sobre lo más conveniente para salir en bien de aquel paso, acordamos que esperaría al señor don Felipe, continuando, cuando volviera, el mismo papel de duque de Arlón, y que con cualquier pretexto saliese después, poniéndome en salvo antes de la mañana y hora en que necesariamente habían de llegar Amaranta o su tía. Despidióse Inés de mí, dándome muchas esperanzas y prometiéndome que nos veríamos cuando menos lo pensase, y me quedé solo otra vez donde antes estaba.

Canzado de esperar, quise salir; pero encontré la puerta cerrada por fuera, y en el mismo instante en que lo advertía, sentí que una mano desconocida cerraba también la que me había dado paso hacia la habitación de Inés. Estaba preso.

Presté atención a ciertos ruidos cercanos, y percibí otra vez cuchicheo de voces diversas, como risas y chacota de criados y gente menuda, lo que acabó de revelarme el peligro en que me en-

contraba y la proximidad de un lance desastroso. A esto había venido a parar el duque de Arión.

Oí a poco también la voz del diplomático, que, algo turbado, decía:

—Id a avisar al cuerpo de guardia. ¿Estáis seguros de que no lleva armas?

Luego los rumores se extinguieron, para resonar de nuevo hacia el cuarto de Inés, con voces de hombre y de mujer, confundidas en viva disputa. Y la voz de Inés se oyó muy cerca, aunque me fué imposible entender lo que decían. Lleno de congoja, mas también colérico, ante la idea de que se me tomase por un ladrón, di golpes en la puerta con pies y manos, pidiendo que se me abriera, lo cual aumentó las risas del exterior.

—Es muy posible que lleve pistolas—dijo el diplomático—. No abráis mientras no venga un pelotón de la guardia.

Pero el criado a quien tan prudentes advertencias se dirigían no hizo caso de ellas; abrióme la puerta, y, abalanzándose hacia mí con otros dos de su misma estofa, dijo:

—No te escaparás, no. A ver: registradle bien los bolsillos y sacadle todo lo que lleve.

—¡Canallas!—grité, luchando con ellos—. Yo no me llevo nada. Ladrones y rateros seréis vosotros, que no yo.

—Creo que debéis amarrarle, muchos—dijo el diplomático, entrando con gran arrojo—. Desde luego, sospeché que este joven no era mi pariente. Por fuerza ha de tener los bolsillos llenos de alhajas: registradle bien. ¿Decís que estuvo en el cuarto de mi hija más de tres horas? Esto no puede ser, caballero—añadió, encarándose conmigo—. ¿Quién es usted? Vive Dios, que aquí hay algún misterio.

—Este es el que en El Escorial sirvió de paje a la señora condesa—dijo uno de los criados, empujándome con tal fuerza, que me hizo caer al suelo.

—Este estaba en Córdoba hace seis meses, y todos los días venía a la puerta de casa—dijo otro, dándome con el pie, una vez que caído me vió.

—Y es, si no me engaño, el que tiraba chinitas a la ventana—afirmó una criada, hundiéndome sus uñas en mi carne.

—Me parece que le he visto en casa vestido de fraile—dijo otra, dándome en

la cabeza con las tenazas de la chimenea.

—Ya le conozco, y sé muy bien lo que le trae por aquí—indicó una tercera, tirándome fuertemente del cabello.

—¿Conque nada menos que duque de Arión?—dijo un lacayo, dándome una manotada en la chupa con tanta fuerza que me la rasgó de arriba abajo.

—¡Miren el duque de papelón! ¡Pues no vino con pocos humos!—exclamó otro, anudándose la corbata tan violentamente, que pensé morir estrangulado.

—Desnudadle en el acto.

—No; aguardad a que venga la autoridad—ordenó el marqués—. ¿Conque es un paje de Amaranta, que fué a Córdoba, y que arrojaba chinitas vestido de fraile? Bien decía yo que esta cara no me era desconocida. ¡En El Escorial, en Córdoba!... ¿Te llamas tú Gabriel? ¡Gabriel, Gabriel!... Conque Gabriel...

Y, diciendo esto, don Felipe Pacheco y López de Barrientos dió algunas vueltas por la estancia, revolviendo, sin duda, en su magín contradictorios pensamientos. Juzgue el lector mi martirio al verme entre aquellos soeces criados, cuyas almas experimentaban deliciosa fruición en degradar al que creyeron duque y en pisotear mi supuesta nobleza y caballerosidad. Defendíme al principio rabiosamente de sus groseros insultos; mas nada podían contra tantos mis fuerzas, por momentos enflaquecidas, y me entregué a las vengativas manos de aquella pequeña plebe irritada que no podía tolerar el encumbramiento ficticio de uno de los suyos. Yo creo que me habrían roto los huesos, que me habrían arrastrado en tropel por la casa, que me habrían arrancado pedazo a pedazo los vestidos, y con los vestidos la carne; que me habrían deshecho a pellizcos, pinchazos y rasguños, si la llegada de la condesa no hubiera puesto fin de repente a la dolorosa escena de mi crucifixión. La vi aparecer cuando ya iluminaban completamente la habitación las primeras luces del día, y parecióme un ángel salvador. La sorpresa que tal espectáculo le causó, junto con lo que a su llegada le contaron, habíanla puesto fuera de sí. La ira y la compasión se sucedían rápidamente una tras otra en su semblante. Parecía no

dar crédito a sus ojos; me miraba casi exánime y maltratado, y reconocía en mis ropas las del duque de Arión, que ella me diera para fugarme. Por de pronto, a pesar de su enojo, me libró de toda aquella canalla y, haciendo que los criados saliesen afuera, quedose sola conmigo, mientras su tío iba en busca de quien me llevase a la cárcel.

XXIX

—Señora—le dije, comprendiendo con rápida penetración sus pensamientos en aquel instante—, no me condene vucencia sin oírme; no me juzgue ingrato, desleal y mentiroso, si tan impensadamente me encuentra aquí.

—¡De qué indigna manera me has engañado!—repuso con voz turbada por la ira—. Jamás lo creí; yo pensé que tenías en tu baja e innoble alma una chispa de fuego del honor. No; tu abyecta condición se revela en tus actos y no es posible esperar del miserable pilluelo de las calles sino doblez y maldad. Hipócrita, ¿dónde has aprendido a fingir? ¿Cómo tu despreciable carácter, formado de todas las perfidias y malos intentos, ha podido disimularse con la apariencia de la sencillez honrada y de sentimientos nobles?

—Señora—respondí—, usía me tratará de otro modo cuando sepa qué motivos me han traído aquí.

—No quiero saber nada. ¿Has visto a mi hija? ¿Le has hablado?

—Sí, señora.

—¡Oh! No es posible que, viéndote, haya dejado de comprender qué clase de persona eres. ¿Dónde está Inés? Que venga aquí, y si al ver este pillastre desharrapado que se disfraza de gran señor para llegar hasta ella; si al ver una palpable muestra de tu bajeza y vil condición en esta lastimosa figura de duque, que, magullado y roto, se arrastra por el suelo pidiendo misericordia, persiste en creerte digno de un recuerdo, Inés no es lo que yo quiero que sea, no es mi hija, no es de mi sangre.

Y, en efecto, yo me arrastraba por el suelo, magullado y roto; y, confundido por el anatema de la condesa, imploraba con inconexas palabras que me perdonase, indicando a medias frases los hechos que atenuaban mi falta.

—Señora — exclamé, prosternándome hasta tocar con mis labios los pies de Amaranta—; verdad es que he faltado a mi palabra. Arrójeme usía de aquí; entrégume a los alguaciles; permita que me lleven a la cárcel, al presidio; mándeme matar, si gusta; pero no me pida, no, de ningún modo me pida que deje de amar a Inés, porque es pedirme lo imposible, y lo que no está en mi mano prometer. Usía me hablará de su casa y de todas las casas. Yo confieso mi pequeñez; yo reconozco que al lado de la grandeza de vucencia soy como un grano de arena comparado con el tamaño de todo el mundo; yo no soy nadie, yo soy un insensato, un malvado, un miserable y todo lo que usía quiera que sea; pero yo no puedo dejar de amar a Inés. Cuando sus padres la abandonaban, yo la amé; cuando estaba sola en el mundo, yo fui su amigo; cuando era pobre, yo trabajaba para ella. Creí que su repentino cambio de fortuna la apartaría de mí para siempre. Prometí en falso; prometí lo que no podía ni debía cumplir, lo que estaba fuera de mi voluntad; prometí renunciar a lo que siempre ha sido mío, y mi ceguera y mi error han durado hasta esta noche, en que la he visto y le he hablado, señora condesa; hasta esta noche, en que he comprendido que Inés no puede, no puede de modo alguno resistir el peso abrumador de su nobleza.

Amaranta golpeó mi humillado rostro con sus pies. Sentí las suelas de sus zapatos hiriendo mi cabeza, y los encajes de sus faldas barriendo mi frente. La condesa estaba frenética y cruel en su desbordada ira.

—¿Qué has dicho?—exclamó—. ¿Que no renuncias...? ¿Sabes que un miserable como tú puede desaparecer del mundo sin que el mundo lo advierta? ¡Despreciable gusano! ¡No te aplasto por compasión, y te levantas para insultarme!

—Yo no insulto a usía—dije—. Yo respeto y venero a la que tantos deseos de favorecerme ha manifestado. Vucencia puede hacerme desaparecer del mundo, si gusta; sin duda lo merezco. Yo prometí a usía no verla más, y no he cumplido mi palabra; soy un truhán y un miserable. Vine a este palacio sin intención de verla; encontréme solo, y una fuerza irresistible, una fiebre que

me devoraba, lleváronme a su aposento, donde la vi y nos hablamos largo rato. ¡Oh! ¿Me pide usía que deje de amarla? No puede ser. ¿Me pide usía que no la vea más? Pues haga su grandeza de modo que me den la muerte, porque mientras tenga un solo aliento de vida y mientras me quede fuerza para arrastrarme, correré tras ella, la buscaré, penetraré en lo más escondido y subiré a lo más alto, sin ceder en esta persecución hasta que Inés me diga que se han concluido la guerra a muerte trabada entre ella y su noble familia.

—¡Oh! Quiero concluir de una vez —dijo, sin poder contener su agitación—. Que venga aquí mi hija; la traeré aquí, te verá delante de mí, y si todavía... No, no puede ser. ¡Dios mío! ¿Qué aberración, qué absurdo es este que presenciarnos? Miserable mendigo —añadió, volviéndose a mí—, vete. La culpa tiene quien te ha dado más importancia de la que mereces. Inés te desprecia; si has creído otra cosa, te equivocas. ¿Por qué no hiciste lo que te mandé? ¿Por qué viniste aquí? Mereces la muerte, sí, la muerte. No soy cruel; pero ¿acaso la vida de un indigno ser, que se perdería en el mundo sin que nadie lo echara de menos, debe estorbar la felicidad de toda una familia, debe estorbar mi reposo y echar por tierra la grandeza de una casa como la mía? No, no puede ser. Vete de aquí; que te lleven, que te arrastren como infame ladrón que eres. Si ella lo siente, que lo sienta; si padece, que padezca. Así no se puede vivir. Seré inflexible; yo enseñaré a mi hija cuáles son sus deberes: yo le enseñaré el respeto que debe tener a su nombre, y me obedecera, cueste lo que cueste.

—Deje usía—le dije—que la maten los demás; y cuando haya sucumbido a las violencias, a las vejaciones y a la tiranía de sus parientes, quédese a la madre el consuelo de no haber puesto las manos en ella.

—¿Qué dices? ¿Qué has dicho?—preguntó Amaranta, mirándome fijamente y cambiando por completo en un instante de tono, de actitud, de expresión... ¿Qué has dicho?

—He dicho que usía no debe, que no puede contribuir a matarla.

—¡A matarla!—exclamó con estupor

y como vacilando entre admitir o rechazar aquella idea.

—Sí, señora. Bien sabe usía que Inés es muy desgraciada.

Vi entonces como se disipaba la ira en el rostro de Amaranta, cómo se aclaraba su semblante, cómo todo aparato de indignación y de biliosidad y de tirantez nerviosa desaparecía, sucediendo a aquella tempestad aplacada una quietud reflexiva en que al instante se sumergió su espíritu, lanzado desde las cimas de la cólera a los abismos de la meditación. Me miró largo rato, y yo la miré. Estaba profundamente pensativa. Estaba en poder de uno de esos invasores pensamientos que vienen de repente y ocupan toda el alma, que suspenden todas las sensaciones y envuelven y embargan las facultades todas. Al fin, sin pestañear, sin apartar los ojos de mí, sin hacer movimiento alguno, exhaló un profundo suspiro y después dijo:

—Sí, mi hija es muy desgraciada.

No era, sin duda la primera vez que a sí misma se decía aquellas palabras.

Sentada en el sofá, apoyó la barba en los dedos puñgar e índice, y el codo en el brazo del sillón, y así estuvo largo espacio de tiempo. Me parece que la estoy mirando. ¡Cuán hermosa y cuán imponente y subyugadora! «¡Digna concha de tal perla!». como ha dicho, no por cierto refiriéndose a ésta, sino a otra, un gran poeta contemporáneo.

Alzó luego la vista, y me examinó atentamente: pero ¡de qué modo, con cuánto interés me miraba! De sus ojos había desaparecido el rayo de la indignación que antes la hacía tan terrible. Yo no me atrevía a decir nada. Una dulce sensibilidad embargaba mi espíritu.

Amaranta, esclava de su pensamiento, volvió a repetir:

—¡Oh, sí! Mi hija es muy desgraciada, y yo no puedo hacerla feliz.

Dicho esto, me miro con cierta perplejidad. En sus ojos se retrataba una viva compasión hacia mi persona, quizá algún sentimiento más favorable. Al principio creí engañarme; pero mi corazón, con su misterioso lenguaje, me indicó que habíam cambiado de súbito los sentimientos de la condesa respecto a mí. De mi pecho pugnaban por desbordarse los míos.

Acerqueme a ella, y me dijo:

—¿Qué has hablado con Inés? ¿Qué te ha dicho?

No le pude contestar de otro modo que arrojándome de rodillas a sus pies. Pero ella repitió la pregunta, intentando con sus manos alzar mi frente, que se había adherido con fuerza a sus rodillas.

—Señora—le contesté al fin—, me ha dicho la verdad: me ha dicho que a nadie puede amar más que a mí.

Yo besaba sus manos, y la sentí llorar.

Duró poco tiempo aquella situación. Sentimos gran ruido de voces; abrióse la puerta, y en el umbral apareció la marquesa, terrorífica, abrumadora de cólera y de severidad. Con ella venían el diplomático, don Diego, el verdadero duque de Arión, algunos criados y soldados de la guardia. Amaranta no dijo nada, ni yo tampoco. La actitud en que nos encontraron debió de sorprenderlos más que la noticia de que había un ladrón en la casa, y estoy seguro de que cada individuo de la familia interpretaba de un modo distinto aquella escena. En cuanto a esto, mis lectores verán más adelante algo que les interesará.

Como, en opinión de la servidumbre, yo era un ladronzuelo, vino gente de la Policía y cuando Santorcaz penetró en la habitación y ordenó a los suyos que se apoderaran de mí, huyeron con el rápido paso del terror las dos nobles damas. La algazara de aquel momento no me impidió percibir lejanos gritos y alteradas voces de mujer en las cuartos interiores. Un oficial de la guardia francesa, llamado a última hora no sé por quién, echó de Palacio de un modo algo despreciativo a alguaciles y alguacilado, tratándolos a todos como a gente de perversa ralea.

XXX

No tengáis compasión de mí al verme en esta cuerda ignominiosa, enracimado con otros veinte infelices. No somos ladrones, ni asesinos, ni falsificadores; somos patriotas, insurgentes de aquella gran epopeya, y nos llevan a Francia. Felizmente, no se cumplió en nosotros aquel consejo del capitán del siglo, que decía a su hermano: «Ahorcad unos

cuantos pillos, y esto hará mucho efecto.» Por lo que pasó después, se ha venido a conocer que también Alvarez el de Gerona, entraba en el número de los pillos. No nos ahorcaron, pues aún vivo para contarlos; y cuando digo que no me tengáis compasión, es porque, después de preso, la Policía no me supuso otra criminalidad que la traición a la causa francesa, y me juzgó bastante castigado con el destierro.

—Bien sé yo que no eres ladrón—me dijo Santorcaz, en Madrid, cuando me ponían en la cuerda que estrechaba en cordial apretón las cuarenta manos de los insurgentes—; pero eres un vil soplón y entremetido, a quien es preciso poner a cien leguas de Madrid. Si te dieras a partido y quisieras ser mi amigo, yo te conseguiría un puesto en la Policía, con tal que me sirvieses bien en este negocio.

No con palabras, porque no las merecía, sino con una mirada de desprecio, le contesté, y estuve después meditando sobre mi suerte, hasta que la cuerda se movió y los cuarenta pies de aquella serpiente humana se pusieron en marcha. Erámos los pillos que el Gobierno francés, demasiado generoso, no había querido ahorcar, y se nos mandaba a Francia. Con nosotros iba el gran poeta Cienfuegos. Isidoro Máiquez y Sánchez Barbero fueron poco después, aunque no ensartados.

Al dar los primeros pasos, miré al que iba a mi derecha, atado su codo al mío. ¡Oh ventura sin igual! Era don Roque, el lector de periódicos.

—¡Ah señor don Roque!—le dije—. ¿También habla de esto el *Semanario Patriótico*?

—Queridísimo Gabriel, Dios nos ha puesto juntos en la desgracia como en la prosperidad. Paciencia, y que la Virgen nos deje ver algún día a nuestra inolvidable villa.

—¿Por qué le destierran a usted?

—Hijo, por una calaverada. Cometí la indiscreción de decir en un paraje público que nuestro desgraciado vecino don Santiago Fernández era un héroe no menos grande que los de la antigüedad, y podía compararse a Codro, Leónidas, Horacio Cocles, Mucio Escévola, y al mismo Catón por la entereza de su ánimo. ¿No lo crees tú así?

—¿Murió nuestro amigo?

—Sí; cuando el general Belliard fué a tomar posesión de Los Pozos, todos entregaron las armas. Don Santiago continuaba encerrado en el jardín de Bringas. ¿Qué pensarás que hizo? Pues por la mañana, al volver de su casa, amontonó toda la leña puesta allí para calentarnos. Ya recordarás que también había una gran cantidad de madera vieja de la casa que han derribado en la esquina. Pues con aquellos materiales y la leña hizo un gran parapeto en el rincón del fondo, donde estaba el gallinero vacío, y púsose dentro de su improvisada fortaleza. Derribaron los franceses la puerta del jardín, y cuando vieron aquel monte de madera, de cuyo interior salía una voz diciendo: «Se rendirá Madrid, se rendirán Los Pozos; pero el Gran Capitán no se rinde», tuvieron al que tal decía por loco y diéronse a reír. Pero Fernández había puesto dentro una buena cantidad de cartuchos, y dale que le das, empieza a hacer fuego por las aberturas y resquicios de su montón de leña. Los franceses, que se vieron heridos (y alguno de ellos murió), arremetieron contra el gallinero, destruyendo los parapetos de madera vieja. Fernández no cesaba de hacerles fuego desde adentro. Pero cádate que a lo mejor empieza a salir humo, y luego llamas, que crecieron rápidamente, y la ronca voz del defensor del gallinero gritaba: «¡Viva España; mueran los franceses y el granuja de Napoleón!»

Mandó el oficial que se apartase la madera para sacar a aquel desgraciado, que, sin duda, excitaba su admiración; pero Fernández gritó de nuevo: «Se

rendirá Madrid, se rendirán Los Pozos; pero el Gran Capitán no se rinde.» Hasta que cesó la voz, y las llamas, extendiéndose vorazmente, destruyéronlo todo. La inmensa hoguera estuvo humeando todo el día. Cuando aquello se acabó, buscaron el cuerpo; pero estaba hecho ceniza.

Calló don Roque, y en el mismo instante, el que nos conducía por la Mala de Francia mandó que hicieramos alto. Al detenernos, vimos que por el camino y hacia Chamartín venían algunos coches y gran número de jinetes con deslumbradores uniformes. Era el emperador que volvía de su visita al Palacio de Madrid y caminaba hacia su cuartel. Iba en coche, y al pasar, nuestro guía y los soldados que nos custodiaban mandáronnos que le diéramos vivas. Fue preciso repartir algunos culatazos para que obedeciéramos, y cuando el grande hombre pasó, algunos le saludaron. Sin duda, por estas y otras ovaciones de la misma clase, escribía con fecha 17 de diciembre: «En las poblaciones por donde paso me manifiestan mucha simpatía y admiración.»

—Acabe usted de contarme la muerte de nuestro amigo—dije a don Roque, una vez que pasó la procesión.

—Ya no queda nada—repuso—, sino que con toda su grandeza y poder, el hombre que acaba de pasar no llega, ni con mucho, a la inmensa altura del Gran Capitán. Algunos han dicho que nuestro amigo estaba loco; pero ese que ahí va, ¿está en su sano juicio?

Enero de 1874.

FIN DE
«NAPOLEÓN, EN CHAMARTÍN»

ZARAGOZA

I

ME parece que fué al anocheecer del 18 cuando avistamos a Zaragoza. Entrando por la puerta de Sancho oímos que daba las diez el reloj de la Torre Nueva. Nuestro estado era excesivamente lastimoso en lo tocante a vestido y alimento, porque las largas jornadas que habíamos hecho desde Lerma por Salas de los Infantes, Cervera, Agreda, Tarazona y Borja, escalando montes, vadeando ríos, franqueando atajos y vericuetos hasta llegar al camino real de Gallur y Alagón, nos dejaron molidos, extenuados y enfermos de fatiga. Con todo, la alegría de vernos libres endulzaba todas nuestras penas.

Eramos cuatro los que habíamos logrado escapar entre Lerma y Cogollos, divorciando nuestras inocentes manos de la cuerda que enlazaba a tantos patriotas. El día de la evasión reuníamos entre los cuatro un capital de once reales; pero, después de tres días de marcha, y cuando entramos en la metrópoli aragonesa, hizose un balance y arqueo de la caja social, y nuestras cuentas sólo arrojaron un activo de treinta y un cuartos. Compramos pan junto a la Escuela Pía, y nos lo distribuimos.

Don Roque, que era uno de los expedicionarios, tenía buenas relaciones en Zaragoza; pero aquélla no era hora de presentarnos a nadie. Aplazamos para el día siguiente el buscar amigos, y como no podíamos alojarnos en una posada, discurrimos por la ciudad, buscando un abrigo donde pasar la noche. Los portales del mercado no nos parecían tener las comodidades y el sosiego que nuestros cansados cuerpos exigían. Visitamos la torre inclinada, y aunque alguno de mis compañeros propuso que nos guareciéramos al amor de su zócalo, yo

opiné que allí estábamos como en campo raso. Sirviéronos, sin embargo, de descanso aquel lugar, y también de refectorio para nuestra cena de pan seco, la cual despachamos alegremente, mirando de rato en rato la mole amenazadora, cuya desviación semeja a un gigante que se inclina para mirar quién anda a sus pies. A la claridad de la luna, aquel centinela de ladrillo proyecta sobre el cielo su enjuta figura, que no puede tenerse derecha. Corren las nubes por encima de su aguja, y el espectador que mira desde abajo se estremece de espanto, creyendo que las nubes están quietas y que la torre se le viene encima. Esta absurda fábrica, bajo cuyos pies ha cedido el suelo, cansado de soportarla, parece que se está siempre cayendo y nunca acaba de caer.

Recorrimos luego el Coso, desde la casa de los Gigantes hasta el Seminario; nos metimos por la calle Quemada y la del Rincón, ambas llenas de ruinas, hasta la plazuela de San Miguel, y de allí, pasando de callejón en callejón y atravesando al azar angostas e irregulares vías, nos encontramos junto a las ruinas del monasterio de Santa Engracia, volado por los franceses al levantar el primer sitio. Los cuatro lanzamos una misma exclamación que indicaba la conformidad de nuestros pensamientos. Habíamos encontrado un asilo y excelente alcoba donde pasar la noche.

La pared de la fachada continuaba en pie, con su pórtico de mármol poblado de innumerables figuras de santos, que permanecían enteros y tranquilos como si ignoraran la catástrofe. En el interior vimos arcos incompletos, machones colosales, irguiéndose aún entre los escombros, y que, al destacarse negros y deformes sobre la claridad del espacio, semejaban criaturas absurdas, engendradas por una imaginación en delirio; vi-

mos recortaduras, ángulos, huecos, laberintos, cavernas y otras mil obras de esa arquitectura del acaso trazada por el desplome. Había hasta pequeñas estancias abiertas entre los pedazos de la pared con un arte semejante al de las grutas en la Naturaleza. Los trozos de retablo, podridos a causa de la humedad, asomaban entre los restos de la bóveda, donde aún subsistía la roñosa polea que sirvió para suspender las lámparas, y precoces hierbas nacían entre las grietas de la madera y del ladrillo. Entre tanto destrozo había objetos completamente intactos, como algunos tubos del órgano y la reja de un confesonario. El techo se confundía con el suelo, y la torre mezclaba sus despojos con los del sepulcro. Al ver semejante aglomeración de escombros, tal multitud de trozos caídos sin perder completamente su antigua forma, las masas de ladrillo enyesado que se desmoronaban como objetos de azúcar, creeríase que los despojos del edificio no habían encontrado posición definitiva. La informe osamenta parecía palpar aún con el estremecimiento de la voladura.

Don Roque nos dijo que bajo aquella iglesia había otra, donde se veneraban los huesos de los Santos Mártires de Zaragoza: pero la entrada del subterráneo estaba obstruida. Profundo silencio reinaba allá; mas, internándonos, oímos voces humanas que salían de aquellos antros misteriosos. La primera impresión que el escucharlas nos produjo fué como si hubieran aparecido las sombras de los dos famosos cronistas, de los mártires cristianos y de los patriotas sepultados bajo aquel polvo, y nos increparan por haber turbado su sueño. En el mismo instante, al resplandor de una llama que iluminó parte de la escena, distinguimos un grupo de personas que se abrigan unas contra otras en el hueco formado entre dos machones derruidos. Eran mendigos de Zaragoza que se habían arreglado un palacio en aquel sitio, resguardándose de la lluvia con vigas y esteras. También nosotros nos pudimos acomodar por otro lado, y, tapándonos con manta y media, llamamos al sueño. Don Roque me decía así:

—Yo conozco a don José de Montoria, uno de los labradores más ricos de Zaragoza. Ambos somos hijos de Mequi-

nenza, fuimos juntos a la escuela y juntos jugábamos al truco en el altillo del Corregidor. Aunque hace treinta años que no le veo, creo que nos recibirá bien. Como buen aragonés, todo él es corazón. Le veremos, muchachos; veremos a don José de Montoria... Yo también tengo sangre de Montoria por la línea materna. Nos presentaremos a él; le diremos...

Durmióse don Roque y también me dormí.

II

El lecho en que yacíamos no convidaba por sus blanduras a dormir perezosamente la mañana; antes bien, colchón de guijarros hace buenos madrugadores. Despertamos, pues, con el día, y como no teníamos que entretenernos en melindres de tocador, bien pronto estuvimos en disposición de salir a hacer nuestras visitas. A los cuatro nos ocurrió simultáneamente la idea de que sería muy bueno desayunarnos; pero al punto convinimos, con igual unanimidad, en que no era posible por carecer de los fondos indispensables para tan alta empresa.

—No os acobardéis, muchachos—dijo don Roque—, que al punto os he de llevar a todos a casa de mi amigo, el cual nos amparará.

Cuando esto decía, vimos salir a dos hombres y una mujer de los que fueron durante la noche nuestros compañeros de posada, y parecían gente habituada a dormir en aquel lugar. Uno de ellos era un infeliz lisiado, un hombre que acababa en las rodillas y se ponía en movimiento con ayuda de muletas o bien andando a cuatro remos, viejo, de rostro jovial y muy tostado por el sol. Como nos saludara afablemente al pasar, dándonos los buenos días, don Roque le preguntó hacia qué parte de la ciudad caía la casa de don José de Montoria, oyendo lo cual, repuso el cojo:

—¿Don José de Montoria? Le conozco más que a las niñas de mis ojos. Hace veinte años vivía en la calle de la Albardería; después se mudó a la de la Parra; después... Pero ustés son forasteros por lo que veo.

—Sí, buen amigo: forasteros somos, y venimos a afiliarnos en el ejército de esta valiente ciudad.

—¿De modo que no estaban ustés aquí el cuatro de agosto?

—No, amigo—le respondí—; no hemos presenciado ese gran hecho de armas.

—¿Ni tampoco vieron la batalla de las Eras?—preguntó el mendigo, sentándose frente a nosotros.

—Tampoco hemos tenido esa felicidad.

—Pues allí estuvo don José de Montoria; fué de los que llevaron arrastrando el cañón hasta enfilarlo..., pues. Veo que ustés no han visto nada. ¿De qué parte del mundo vienen ustés?

—De Madrid—dijo don Roque—. ¿Conque usted nos podrá decir dónde vive mi gran amigo don José?

—¡Pues no he de poder, hombres, pues no he de poder!—repuso el cojo, sacando un mendrugo para desayunarse—. De la calle de la Parra se mudó a la de Enmedio. Ya saben ustés que todas las casas volaron..., pues. Allí estaba Esteban López, soldado de la décima compañía del primer tercio de voluntarios de Aragón, y él solo con cuarenta hombres hizo retirar a los franceses.

—¡Eso sí que es cosa admirable!—dijo don Roque.

—Pero si no han visto ustés lo del cuatro de agosto, no han visto nada—continuó el mendigo—. Yo vi también lo del cuatro de junio, porque me fui arrastrando por la calle de la Paja, y vi a la *artillera* cuando dió fuego al cañón de veinticuatro.

—Ya, ya tenemos noticia del heroísmo de esa insigne mujer—manifestó don Roque—. Pero si usted nos quisiera decir...

—Pues sí: don José de Montoria es muy amigo del comerciante don Andrés Guspide, que el cuatro de agosto estuvo haciendo fuego desde la visera del callejón de la Torre del Pino, y por allí llovían granadas, balas, metralla, y mi don Andrés fiio como un poste. Más de cien muertos había a su lado, y él soló mató cincuenta franceses.

—Gran hombre es ése; ¿y es amigo de mi amigo?

—Sí, señor—respondió el cojo—. Y ambos son los mejores caballeros de Zaragoza, y me dan limosna todos los sábados. Porque han de saber ustés que yo soy Pepe Pellejas, y me llaman por mal nombre *Sursum Corda*, pues como fui hace veintinueve años sacristán de

Jesús, y cantaba...; pero esto no viene al caso, y prosigo diciendo que yo soy *Sursum Corda*, y pue que hayan ustés oído hablar de mí en Madrid.

—Si—dijo don Roque, cediendo a un impulso de generosidad—; me parece que allá he oído nombrar al señor de *Sursum Corda*. ¿No es verdad, muchachos?

—Pues ello...—prosiguió el mendigo—. Y sepan también que antes del sitio yo pedía limosna en la puerta de este monasterio de Santa Engracia, volado por los bandidos del trece de agosto. Ahora pido en la puerta de Jerusalén, donde me podrán hallar siempre que gusten... Pues, como iba diciendo, el día cuatro de agosto estaba yo aquí, y vi salir de la iglesia a Francisco Quílez, sargento primero de la primera compañía del primer batallón de fusileros, el cual, ya saben ustés que fué el que con treinta y cinco hombres echó a los bandidos del convento de la Encarnación... Veo que se asombran ustés...; ya. Pues en la huerta de Santa Engracia, aquí detrás, murió el subteniente don Miguel Gila. Lo menos había doscientos cadáveres en la tal huerta, y allí perniquebraron a don Felipe San Clemente y Romeo, comerciante de Zaragoza. Verdad es que si no hubiera estado presente don Miguel Salamero... ¿Ustés no saben nada de esto?

—No, amigo y señor mío—dijo don Roque—; nada de esto sabemos, y aunque tenemos el mayor gusto en que usted nos cuente tantas maravillas, lo que ahora más nos importa saber es dónde encontraremos al don José, mi antiguo amigo, porque padecemos los cuatro de un mal que llaman hambre, y que no se cura oyendo contar hechos sublimes.

—Ahora mismo los llevaré a donde quieren ir—repuso *Sursum Corda*, después de ofrecernos parte de sus mendrugos—. Pero antes les quiero decir una cosa, y es que si don Mariano Cereso no hubiera defendido la Alfarería como la defendió, nada se habría hecho en el Portillo. ¡Y que es hombre de mantequillas en gracia de Dios el tal don Mariano Cereso! En la del cuatro de agosto andaba por las calles con su espada y rodela antigua, y daba miedo verle. Esto de Santa Engracia parecía un horno, señores. Las bombas y las granadas llovían; però los patriotas no les hacían

más caso que si fueran gotas de agua. Una buena parte del convento se desplo-mó; las casas temblaban, y todo esto que estamos viendo parecía un barrio de naipes, según la prontitud con que se incendiaba y se desmoronaba. Fuego en las ventanas, fuego arriba, fuego abajo, los franceses caían como moscas, señores, y a los zaragozanos lo mismo les daba morir que nada. Don Antonio Quadros embocó por allí, y cuando miró a las baterías francesas, se las quería comer. Los bandidos tenían sesenta cañones echando fuego sobre estas paredes. ¿Ustés no lo vieron? Pues yo sí, y los pedazos de ladrillo de las tapias y la tierra de los parapetos salpicaban como miajas de un bollo. Pero los muertos servían de parapeto, y muertos arriba, muertos abajo, aquélla era una montaña. Don Antonio Quadros echaba llamas por los ojos. Los muchachos hacían fuego sin parar; su alma era toda balas. ¿Ustés no lo vieron? Pues yo sí, y las baterías francesas se quedaban limpias de artilleros. Cuando vió que un cañón enemigo había quedado sin gente, el comandante gritó: «¡Una charretera al que clave aquel cañón!», y Pepillo Ruiz echa a andar como quien pasea por un jardín entre mariposas y flores de mayo; sólo que aquí las mariposas eran balas, y las flores bombas. Pepillo Ruiz clava el cañón y se vuelve riendo. Pero velay que otro pedazo de convento se viene al suelo. El que fué aplastado, aplastado quedó. Don Antonio Quadros dijo que aquello no importaba nada, y viendo que la artillería de los bandidos había abierto un gran boquete en el muro, fué a taparlo él mismo con una saca de lana. Entonces una bala le dió en la cabeza. Retiráronle aquí; dijo que tampoco aquello era nada, y expiró.

—¡Oh!—dijo don Roque con impaciencia—. Estamos encantados, señor *Sursum Corda*, y el más puro patriotismo nos inflama al oírle contar a usted tan grandes hazañas; pero si usted nos quisiera decir dónde...

—Hombre de Dios—contestó el mendigo—, ¿pues no se lo he de decir? Si lo que más sé y lo que más visto tengo en mi vida es la casa de don José de Montoria. Como que está cerca de San Pablo. ¡Oh! ¿Ustés no vieron lo del hospital? Pues yo sí; allí caían las bombas como el granizo. Los enfermos, viendo

que los techos se les venían encima, se arrojaban por las ventanas a la calle. Otros se iban arrastrando y rodaban por las escaleras. Ardían los tabiques; oíanse lamentos, y los locos mugían en sus jaulas como fieras rabiosas. Otros se escaparon y andaban por los claustros riendo, bailando y haciendo mil gestos graciosos que daban espanto. Algunos salieron a la calle como en día de Carnaval, y uno se subió a la cruz del Coso, donde se puso a sermonear, diciendo que él era el Ebro, y que anegando la ciudad, iba a sofocar el fuego. Las mujeres corrían a socorrer a los enfermos, y todos eran llevados al Pilar y a la Seo. No se podía andar por las calles. La Torre Nueva hacía señales para que se supiera cuándo venía una bomba; pero el griterío de la gente no dejaba oír las campanas. Los franceses avanzan por esta calle de Santa Engracia; se apoderan del hospital y del convento de San Francisco; empieza la guerra en el Coso y en las calles de por allí. Don Santiago Sas, don Mariano Cereso, don Lorenzo Calvo, don Marcos Simonó, Renovales, el albéitar Martín Albantos, Vicente Codé, don Vicente Marraco y otros, atacan a los franceses a pecho descubierto; y detrás de una barricada hecha por ella misma, los aguarda, llena de furor y fusil en mano, la condesa de Bureta.

—¡Cómo! ¿Una mujer, una condesa—preguntó con entusiasmo don Roque—levantaba barricadas y apuntaba fusiles?

—¿Ustés no lo sabían?—dijo *Sursum*—. ¿Pues en dónde viven ustés? La señora María Consolación Azlor y Villavicencio, que vive allá junto al Eccehomo, andaba por las calles, y a los desanimados les decía mil lindezas, y luego, haciendo cerrar la entrada de la calle, se puso al frente de una partida de paisanos, gritando: «¡Aquí moriremos todos antes que dejarlos pasar!»

—¡Oh, cuánta sublimidad!—exclamó don Roque, bostezando de hambre—. ¡Y cuánto me agradaría oír contar hazañas de esa naturaleza con el estómago lleno! Conque decía usted que la casa de don José cae hacia...

—Hacia allá—repuso el cojo—. Ya saben ustés que los enemigos se enredaron y se atascaron en el arco de Cineja. ¡Virgen mía del Pilar! Aquello era matar

franceses; lo demás es aire. En la calle de la Parra, en la plazuela de Estrevedes, en la calle de los Urreas, en la de Santa Fe y en la del Azoque, los paisanos despedazaban a los franceses. Todavía me zumba en las orejas el cañoneo, el gritar de aquel día. Los gabachos quemaban las casas que no podían defender, y los zaragozanos hacían lo mismo. Fuego por todos lados... Hombres, mujeres, chiquillos... Basta tener dos manos para trabajar contra el enemigo. ¿Ustés no lo vieron? Pues no han visto nada. Pues como les iba diciendo, aquel día salió Palafox de Zaragoza para...

—Basta, amigo mío—dijo don Roque, perdiendo la paciencia—; estamos encantados con su conversación; pero si no nos guía al instante a casa de mi paisano o nos indica cómo podemos encontrar su casa, nos iremos solos.

—Al instante, señores; no apurarse—replicó *Sursum Corda*, echando a andar delante de nosotros con toda la agilidad de sus muletas—. Vamos allá, vamos con mil amores. ¿Ven ustés esta casa? Pues aquí vive Antonio Laste, sargento primero de la compañía del cuarto tercio, y ya sabrán que salvó de la Tesorería los dieciséis mil cuatrocientos pesos, y quitó a los franceses la cera que habían robado.

—Adelante; adelante, amigo—dije, viendo que el incansable hablador se detenía para contar de un modo minucioso las hazañas de Antonio Laste.

—Ya pronto llegaremos—repuso *Sursum*—. Por aquí iba yo en la mañana del primero de julio, cuando encontré a Hilario Lafuente, cabo primero de la compañía de escopeteros del presbítero Sas, y me dijo: «Hoy van a atacar el Portillo.» Entonces yo me fui a ver lo que había y...

—Ya estamos enterados de todo—le indicó don Roque—. Vamos aprisa, y después hablaremos.

—Esta casa que ven ustés toda quemada y hecha escombros—agregó el cojo, volviendo una esquina—es la que ardió el día cuatro, cuando don Francisco Ipas, subteniente de la segunda compañía de escopeteros de la parroquia de San Pablo, se puso aquí con un cañón, y luego...

—Ya sabemos lo demás, buen hombre—dijo don Roque—. Adelante, y más que de prisa.

—Pero mucho mejor fué lo que hizo Codé, labrador de la parroquia de la Magdalena, con el cañón de la calle de la Parra—continuó el mendigo, deteniéndose otra vez—. Pues al ir a disparar, los franceses se echan encima; huyen todos; pero Codé se mete debajo del cañón; pasan los franceses sin verle, y después, ayudado de una vieja que le dió una cuerda, arrastra la pieza hasta la bocacalle. Vengan ustés y les enseñaré.

—No, no queremos ver nada; adelante, adelante en nuestro camino.

Tanto le azuzamos y con tanta obstinación cerramos nuestros oídos a sus historias, que al fin, aunque muy despacio, nos llevó por el Coso y el Mercado a la calle de la Hilarza, donde la persona a quien queríamos ver tenía su casa.

III

Pero, ¡ay!, don José de Montoria no estaba en ella, y nos fué preciso buscarle en los alrededores de la ciudad. Dos de mis compañeros, aburridos de tantas idas y venidas, se separaron de nosotros, aspirando a buscar con su propia iniciativa un acomodo militar o civil. Nos quedamos solos don Roque y un servidor, y así emprendimos con más desembarazo el viaje a la torre de nuestro amigo (llaman en Zaragoza torres a las casas de campo), situada a Poniente, lindando con el camino de Muela y a poca distancia de la Bernardona. Un paseo tan largo a pie y en ayunas no era lo más satisfactorio para nuestros fatigados cuerpos; pero la necesidad nos obligaba a tan inoportuno ejercicio, y por bien servidos nos dimos encontrando al deseado zaragozano y siendo objeto de su cordial hospitalidad.

Ocupábase Montoria, cuando llegamos, en talar los frondosos olivos de su finca, porque así lo exigía el plan de obras de defensa establecido por los jefes facultativos ante la inminencia de un segundo sitio. Y no era sólo nuestro amigo el que por sus propias manos destruía sin piedad la hacienda heredada; todos los propietarios de los alrededores se ocupaban en la misma faena, y presidían los devastadores trabajos con tanta tranquilidad como si fuera un riego, un replanteo o una vendimia. Montoria nos dijo:

—En el primer sitio talé la heredad que tengo al lado allá de la Huerva; pero este segundo asedio que se nos prepara dicen que será más terrible que aquél, a juzgar por el gran aparato de tropas que traen los franceses.

Contámosle la capitulación de Madrid, lo cual pareció causarle mucha pesadumbre; y como elogiáramos con exclamaciones hiperbólicas las ocurrencias de Zaragoza desde el 15 de junio al 14 de agosto, encogióse de hombros y contestó:

—Se ha hecho todo lo que se ha podido.

Acto continuo, don Roque pasó a hacer elogios de mi personalidad, militar y civilmente considerada, y de tal modo se le fué la mano en este capítulo, que me hizo sonrojar, mayormente considerando que algunas de sus afirmaciones eran estupendas mentiras. Díjole primero que yo pertenecía a una de las más alcorniadas familias de *la baja Andalucía en tierra de Doñana*, y que había asistido al glorioso combate de Trafalgar en clase de guardia marina. Le dijo también que la Junta me había concedido un destino en el Perú, y que durante el sitio de Madrid había hecho prodigios de valor en la Puerta de los Pozos, siendo tanto mi ardimiento, que los franceses, después de la rendición, creyeron conveniente deshacerse de tan terrible enemigo, enviándome con otros patriotas a Francia. Añadió que mis ingeniosas invenciones habían proporcionado la fuga a los cuatro compañeros refugiados en Zaragoza, y puso fin a su panegirico asegurando que por mis cualidades personales era yo acreedor a las mayores distinciones.

Montoria, en tanto, me examinaba de pies a cabeza, y si llamaba su atención mi mal traer y las feas roturas de mi vestido, también debió advertir que éste era de los que usan las personas de calidad, revelando su finura, buen corte y aristocrático origen en medio de la multiplicidad abrumadora de sus desperfectos. Luego que me examinó, me dijo:

—¡Porra! No le podré afiliar a usted en la tercera escuadra de la compañía de escopeteros de don Santiago Sas, de cuya compañía soy capitán; pero entrará en el cuerpo en que está mi hijo; y si no quiere usted, largo a Zaragoza, que aquí no admitimos gente haragana.

Y usted, don Roque, amigo mío, puesto que no está para coger el fusil, ¡porra!, le haremos practicante en los hospitales del ejército.

Luego que esto oyó don Roque, expuso por medio de circunlocuciones retóricas y de graciosas elipsis la gran necesidad en que nos encontrábamos y lo bien que recibiríamos sendas magras y un par de panes cada uno. Entonces vimos que frunció el ceño el gran Montoria, mirándonos de un modo severo, lo cual nos hizo temblar, y pareciónos que íbamos a ser despedidos por la osadía de pedir de comer. Balbucimos tímidas excusas, y entonces nuestro protector, con rostro encendido, nos habló así:

—¿Conque tienen hambre? ¡Porra, váyanse al demonio con cien mil pares de porras! ¿Y por qué no lo habían dicho? ¿Conque yo soy hombre capaz de consentir que los amigos tengan hambre, porra? Sepan que no me faltan diez docenas de jamones colgados en el techo de la despensa, ni veinte cubas de lo añejo, sí, señor; y tener hambre y no decírmelo en mi cara sin retruécanos es ofender a un hombre como yo. ¡Ea!. muchachos, entrad adentro y mandad que frian obra de cuatro libras de lomo y que estrellen dos docenas de huevos, y que maten seis gallinas y saquen de la cueva siete jarros de vino, que yo también quiero almorzar. Vengan todos los vecinos, los trabajadores y mis hijos, si están por ahí. Y ustedes, señores, prepárense a hacer penitencia conmigo. ¡Nada de melindres, porra! Comerán de lo que hay, sin dengues ni boberías. Aquí no se usan cumplidos. Usted, señor don Roque, y usted, señor de Araceli, están en su casa hoy, y mañana, y siempre, ¡porra! José de Montoria es muy amigo de los amigos. Todo lo que tiene es de los amigos.

La ruda generosidad de aquel insigne varón nos tenía anonadados. Como recibiera muy mal los cumplimientos, resolvimos dejar a un lado el formulario artificioso de la Corte, y vierais allí cómo la llaneza más primitiva reinó durante el almuerzo.

—Qué, ¿no come usted más?—me dijo don José—. Me parece que es usted un boquirrubio que se anda con enjuagues y finuras. A mí no me gusta eso, caballero; me parece que me voy a enfadar y tendré que pegar palos para

hacerle comer. ¡Ea!, despache usted ese vaso de vino. ¿Acaso es mejor el de la Corte? Ni a cien leguas. Conque, ¡porra!, beba usted, ¡porra!, o nos veremos las caras.

Esto fué causa de que comiera y beblera mucho más de lo que en mi cuerpo cabía; pero había que corresponder a la generosa franqueza de Montoria, y no era cosa de que por una indigestión más o menos se perdiera tan buena amistad.

Después del almuerzo siguieron los trabajos de tala, y el rico labrador los dirigía como si fuera una fiesta.

—Veremos—decía—si esta vez se atreven a atacar el castillo. ¿No ha visto usted las obras que hemos hecho? Menudo trabajo van a tener. Yo he dado doscientas sacas de lana, una friolera, y daré hasta el último mendrugo.

Cuando nos retirábamos a la ciudad, llevónos Montoria a examinar las obras defensivas que a la sazón se estaban construyendo en aquella parte occidental. Había en la puerta del Portillo una gran batería semicircular, que enlazaba las tapias del convento de los Fecetas con las del de Agustinos Descalzos. Desde este edificio al de Trinitarios corría otra muralla recta, aspillera en toda su extensión, y con un buen reducto en el centro, todo resguardado por profundo foso, que se abría hacia el famoso campo de las Eras o del Sepulcro, teatro de la heroica jornada del 15 de junio. Más al Norte, y hacia la puerta de Sancho, que da paso al pretil del Ebro, seguían las fortificaciones, terminando en otro baluarte. Todas estas obras, como hechas aprisa, aunque con inteligencia, no se distinguían por su solidez. Cualquiera general enemigo, ignorante de los acontecimientos del primer sitio y de la inmensa estatura moral de los zaragozanos al ponerse detrás de aquellos montones de tierra, se habría reído de fortificaciones tan despreciables para un buen material de sitio; pero Dios ha dispuesto que alguien escape de cuando en cuando a las leyes físicas establecidas por la guerra. Zaragoza, comparada con Amberes, Dantzic, Metz, Sebastopol, Cartagena, Gibraltar y otras célebres plazas fuertes, tomadas o no, era entonces una fortaleza de cartón. Y, sin embargo...

IV

En su casa, Montoria se enfadó otra vez con don Roque y conmigo porque no quisimos admitir el dinero que nos ofrecía para nuestros primeros gastos en la ciudad; y aquí se repitieron los puñetazos en la mesa y la lluvia de ¡porras! y otras palabras que no cito; pero al fin llegamos a una transacción honrosa para ambas partes. Y ahora caigo en que me ocupó demasiado de hombre tan singular sin haber anticipado algunas observaciones acerca de su persona. Era don José un hombre de sesenta años, fuerte, colorado, rebosando salud, bienestar, contento de sí mismo, conformidad con la suerte y conciencia tranquila. Lo que le sobraba en patriarcales virtudes y en costumbres ejemplares y pacíficas (si es que esto puede estar de sobra en algún caso), le faltaba en educación; es decir, en aquella educación atildada que entonces empezaban a recibir algunos hijos de familias ricas. Don José no conocía los artificios de la etiqueta, y por carácter y por costumbre era refractario a la mentira discreta y a los amables embustes que constituyen la base fundamental de la cortesía. Como él llevaba siempre el corazón en la mano, quería que asimismo lo llevaran los demás, y su bondad salvaje no toleraba las coqueterías frecuentemente falaces de la conversación fina. En los momentos de enojo era impetuoso y dejábase arrastrar a muy violentos extremos, de que, por lo general, se arrepentía más tarde.

En él no había disimulo, y tenía las grandes virtudes cristianas en crudo y sin pulimento, como un macizo canto del más hermoso mármol, donde el cincel no ha trazado una raya siquiera. Era preciso saberlo entender, cediendo a sus excentricidades, si bien en rigor no debe llamarse excéntrico el que tanto se parecía a la generalidad de sus paisanos. No ocultar jamás lo que sentía era su norte, y si bien esto le ocasionaba algunas molestias en el curso de la vida ordinaria y en asuntos de poca monta, era un tesoro inapreciable siempre que se tratase con él un negocio grave, porque, puesta a la vista toda su alma, no había que temer malicia alguna. Perdonaba las ofensas, agradecía los

beneficios y daba gran parte de sus cuantiosos bienes a los menesterosos.

Vestía con aseo; comía abundantemente, ayunando con todo escrúpulo la Cuaresma entera, y amaba a la Virgen del Pilar con fanático amor de familia. Su lenguaje no era, según se ha visto, un modelo de comedimiento, y él mismo confesaba como el mayor de sus defectos lo de soltar a todas horas *porra* y más *porra*, sin que viniese al caso; pero más de una vez le oí decir que, conocedor de la falta, no la podía remediar, porque aquello de las *porras* le salía de la boca sin que él mismo se diera cuenta de ello.

Tenía mujer y tres hijos. Era aquella doña Leocadia Sarriera, navarra de origen. De los vástagos, el mayor y la hembra estaban casados, y habían dado a los viejos algunos nietos. El más pequeño de los hijos llamábase Agustín y era destinado a la Iglesia, como su tío del mismo nombre, arcediano de la Seo. A todos los conocí en el mismo día, y eran la mejor gente del mundo. Fui tratado con tanto miramiento, que me tenía absorto su generosidad, y si me conocieran desde el nacer, no habrían sido más rumbosos. Sus obsequios, espontáneamente sugeridos por corazones generosos, me llegaban al alma, y como yo siempre he sido fácil en dejarme querer, les correspondí desde el principio con muy sincero afecto.

—Señor don Roque—dije aquella noche a mi compañero cuando nos acostábamos en el cuarto que nos destinaron—, yo jamás he visto gente como ésta. ¿Son así todos los aragoneses?

—Hay de todo—me respondió—; pero hombres de la madera de don José de Montoria, y familias como esta familia abundan mucho en esta tierra de Aragón.

Al siguiente día nos ocupamos de mi alistamiento. La decisión de aquel vecindario me entusiasmaba de tal modo, que nada me parecía tan honroso como seguir tras ella, aunque fuera a distancia, husmeando su rastro de gloria. Ninguno de ustedes ignora que en aquellos días Zaragoza y los zaragozanos habían adquirido un renombre fabuloso; que sus hazañas enardecían las imaginaciones, y que todo lo referente al sitio famoso de la inmortal ciudad tomaba en boca de las narradores las proporciones y el

colorido de una leyenda de los tiempos heroicos. Con la distancia, las acciones de los zaragozanos adquirían dimensiones mayores aún, y en Inglaterra y en Alemania, donde los consideraban como los numantinos de los tiempos modernos, aquellos paisanos medio desnudos, con alpargatas en los pies y un pañizuelo arrollado en la cabeza, eran figuras de coturno. «Capitulad y os vestiremos», decían los franceses en el primer sitio, admirados de la constancia de unos pobres aldeanos vestidos de harapos. «No sabemos rendirnos—contestaban—, y nuestras carnes sólo se cubren de gloria.»

Estas y otras frases habían dado la vuelta al mundo.

Pero volvamos a lo de mi alistamiento. Era un obstáculo para éste el manifiesto de Palafox de 13 de diciembre, en que ordenaba la expulsión de forasteros, mandándolos salir en el término de veinticuatro horas, acuerdo tomado en razón de la mucha gente que iba a alborotar sembrando discordias y desavenencias; pero precisamente en los días de mi llegada se publicó otra proclama llamando a los soldados dispersos del ejército del Centro, desbaratado en Tudela, y en esto hallé una buena coyuntura para afiliarme, pues aunque no pertenecía a dicho ejército, había concurrido a la defensa de Madrid, y a la batalla de Bailén, razones que, con el apoyo de mi protector Montoria, me valieron el ingreso en las huestes zaragozanas. Diéronme un puesto en el batallón de voluntarios de las Peñas de San Pedro, bastante mermado en el primer sitio, y recibí un uniforme y un fusil. No formé, como había dicho mi protector, en las filas de mosén Santiago Sas, fogoso clérigo, puesto al frente de un batallón de escopeteros, porque esta valiente partida se componía exclusivamente de vecinos de la parroquia de San Pablo. Tampoco querían gente moza en su batallón, por cuya causa ni el mismo hijo de don José de Montoria, Agustín Montoria, pudo servir a las órdenes de Sas, y se afilió, como yo, en el batallón de las Peñas de San Pedro. La suerte me deparaba un buen compañero y un excelente amigo.

Desde el día de mi llegada oí hablar de la aproximación del ejército francés; pero esto no fué un hecho incon-

trovertible hasta el 20. Por la tarde, una división llegó a Zuera, en la orilla izquierda, para amenazar el arrabal; otra, mandada por Suchet, acampó en la derecha, sobre San Lamberto. Moncey, que era el general en jefe, situóse con tres divisiones hacia el Canal, y en las inmediaciones de la Huerva cuarenta mil hombres nos cercaban.

Sabido es que, impacientes por vernos, los franceses comenzaron sus operaciones el 21 desde muy temprano, embistiendo con gran furor y simultáneamente el monte Torrero y el arrabal de la izquierda del Ebro, puntos sin cuya posesión era excusado pensar en someter la valerosa ciudad; pero si bien tuvimos que abandonar a Torrero, por ser peligrosa su defensa, en el Arrabal desplegó Zaragoza tan temerario arrojo, que es aquel día uno de los más brillantes de su bellísima historia.

Desde las cuatro de la madrugada, el batallón de las Peñas de San Pedro fué destinado a guarnecer el frente de fortificaciones desde Santa Engracia hasta el convento de Trinitarios, línea que me pareció la menos endeble en todo el circuito de la ciudad. A espaldas de Santa Engracia estaba la batería de los Mártires; corría luego la tapia, aspillerada hasta el puente de la Huerva, defendido por un reducto; desviábase luego hacia Poniente, formando un ángulo obtuso y enlazándose con otro reducto levantado en la torre del Pino: seguía casi en línea recta hasta el convento de Trinitarios, dejando dentro la puerta del Carmen. El que haya visto a Zaragoza comprenderá perfectamente mi ligera descripción, pues todavía existen las ruinas de Santa Engracia, y la puerta del Carmen ostenta aún, no lejos de la Glorieta, su despedazado umbral y sus sillares carcomidos.

Estábamos, como he dicho, guarneciéndola extensión descrita, y parte de los soldados teníamos nuestro vivac en una huerta inmediata al Colegio del Carmen. Agustín Montoria y yo no nos separábamos, porque su apacible carácter, el afecto que me mostró desde que nos conocíamos y cierta conformidad, cierta armonía inexplicable en nuestras ideas, me hacía muy agradable su compañía. Era él un joven de hermosísima figura, ojos grandes y vivos, despejada frente y cierta gravedad melancólica en

su fisonomía. Su corazón, como el del padre, estaba lleno de aquella generosidad que se desbordaba al menor impulso; pero tenía sobre él la ventaja de no lastimar al favorecido, porque la educación le había quitado gran parte de la rudeza nacional. Agustín entraba en la edad viril con la firmeza y la seguridad de un corazón lleno, de un entendimiento rico y no gastado, de un alma vigorosa y sana, a la cual no faltaba sino ancho mundo, ancho espacio para producir bondades sin cuento. Estas cualidades eran realzadas por una imaginación brillante, pero de vuelo seguro y derecho, no parecida a la de nuestros modernos geniecillos, que las más de las veces ignoran por dónde van, sino serena y majestuosa, como educada en la gran escuela de los latinos.

Aunque con viva inclinación a la poesía (pues Agustín era poeta), había aprendido la ciencia teológica, descolando en ella como en todo. Los padres del Seminario, hombres de mucha ciencia y muy cariñosos con la juventud, le tenían por un prodigio en las letras humanas y en las divinas, y se congratulaban de verle con un pie dentro de la Iglesia docente. La familia de Montoria no cabía en sí de gozo, y esperaba el día de la primera misa como el santo advenimiento.

Sin embargo (me veo obligado a decirlo desde el principio), Agustín no tenía vocación eclesiástica. Su familia, lo mismo que los buenos padres del Seminario, no lo comprendían así ni lo comprendieran aunque bajara a decirselo el Espíritu Santo en persona. El precoz teólogo, el humanista que tenía a Horacio en las puntas de los dedos, el diáctico que en los ejercicios semanales dejaba atónitos a los maestros con la intelectual gimnasia de la ciencia escolástica, no tenía más vocación para el sacerdocio que la que tuvo Mozart para la guerra, Rafael para las matemáticas o Napoleón para el baile.

V

—Gabriel—me decía aquella mañana—¿tienes ganas de batirte?

—Agustín, ¿tienes tú ganas de batirte?—repliqué. (Como se ve, nos tuteábamos a los tres días de conocernos.)

—No muchas—dijo—. Figúrate que la primera bala nos matara...

—Moriríamos por la patria, por Zaragoza; y aunque la posteridad no se acordara de nosotros, siempre es un honor caer en el campo de batalla por una causa como ésta.

—Dices bien—repuso con tristeza—; pero es una lástima morir. Somos jóvenes. ¿Quién sabe lo que nos está destinado en la vida?

—La vida es una miseria, y para lo que vale, mejor es no pensar en ella.

—Eso que lo digan los viejos; pero no nosotros, que empezamos a vivir. Francamente, yo no quisiera ser muerto en este terrible cerco que nos han puesto los franceses. En el otro sitio también tomamos las armas todos los alumnos del Seminario y te confieso que estaba yo más valiente que ahora. No sé qué fuego enardecía mi sangre, y me lanzaba a los puestos de mayor peligro sin temer la muerte. Hoy no me pasa lo mismo; estoy medroso, y el disparo de un fusil me hace estremecer.

—Eso es natural—contesté—. El miedo no existe cuando no se conoce el peligro. Por eso dicen que los más valientes soldados son los bisoños.

—No es nada de eso. Francamente, Gabriel, te confieso que esto de morir sin más ni más me sabe muy mal. Por si muero, voy a hacerte un encargo, que espero cumplirás con la solicitud de un buen amigo. Atiende bien a lo que te digo. ¿Ves aquella torre que se cae de un lado y parece inclinarse hacia acá para ver lo que aquí pasa u oír lo que estamos diciendo?

—La Torre Nueva. Ya la veo; ¿qué encargo me vas a dar para esa señora?

Amanecía, y entre los irregulares tejados de la ciudad entre las espadañas, minaretas, miradores y cimborrios de las iglesias se destacaba la Torre Nueva, siempre *vieja* y nunca derecha.

—Pues oye bien—continuó Agustín—. Si me matan a los primeros tiros en este día que ahora comienza, cuando acabé la acción y rompan filas, te vas allá.

—¿A la Torre Nueva? Llego, subo...

—No, hombre; subir no. Te diré: llegas a la plaza de San Felipe, donde está la Torre... Mira hacia allá; ¿ves que junto a la gran mole hay otra torre, un campanario pequeñito? Parece

un monaguillo delante del señor canónigo, que és la torre grande.

—Sí; ya veo el monaguillo. Y si no me engaño, es el campanario de San Felipe. Y ahora toca el maldito.

—A misa; está tocando a misa—dijo Agustín con grande emoción—. ¿No oyes el esquilón rajado?

—Pues bien; sepamos lo que tengo que decir a ese señor monaguillo que toca el esquilón rajado.

—No; no es nada de eso. Llegas a la plaza de San Felipe. Si miras al campanario, verás que esta en una esquina; de esta esquina parte una calle angosta; entras por ella, y a la izquierda encontrarás, al poco trecho, otra calle angosta y retorcida, que se llama de Antón Trillo. Sigues por ella hasta llegar a espaldas de la iglesia. Allí verás una casa; te paras...

—Y luego me vuelvo.

—No; junto a la casa de que te hablo hay una huerta, con un portalón pintado de color chocolate. Te paras allí...

—Me paro allí, y allí me estoy.

—No, hombre; verás...

—Estás más blanco que la camisa, Agustín. ¿Qué significan esas torres y esas paradas?

—Significan—continuó mi amigo con más embarazo cada vez—, que en cuanto estés allí... Te advierto que debes ir de noche... Bueno; llegas, te paras, aguardas un poquito, luego pasas a la acera de enfrente, alargas el cuello y verás por sobre la tapia de la huerta una ventana. Coges una piedrecita, y la tiras contra los vidrios de modo que no haga mucho ruido.

—Y en seguida saldrá ella.

—No, hombre; ten paciencia. ¿Qué sabes tú si saldrá o no saldrá?

—Bueno; pongamos que sale.

—Antes te diré otra cosa, y es que allí vive el tío Candiola. ¿Tú sabes quién es el tío Candiola? Pues es un vecino de Zaragoza, hombre que, según dicen, tiene en su casa un sótano lleno de dinero. Es avaro y usurero, y cuando presta, saca las entrañas. Sabe de leyes y moratorias y ejecuciones más que todo el Consejo y Cámara de Castilla. El que se mete en pleito con él está perdido.

—De modo que la casa del portalón pintado de color de chocolate será un magnífico palacio.

—Nada de eso; verás una casa miserable, que parece que se está cayendo. Te digo que el tío Candiola es avaro. No gasta un real, aunque le fusilen, y si le vicras por ahí, le darías una limosna. Te diré otra cosa, y es que en Zaragoza nadie le puede ver, y le llaman tío Candiola por mofa y desprecio de su persona. Su nombre es don Jerónimo de Candiola, natural de Mallorca, si no me engaño.

—Y ese tío Candiola tiene una hija

—Hombre, espera. ¡Qué impaciente eres! ¿Qué sabes tú si tiene o no tiene una hija?—me dijo, disimulando con estas evasivas su turbación—. Pues, como te iba contando, el tío Candiola es muy aborrecido en la ciudad por su gran avaricia y mal corazón. A muchos pobres ha metido en la cárcel después de arruinarlos. Además, en el otro sitio no dió un cuarto para la guerra, ni tomó las armas, ni recibió heridos en su casa, ni le pudieron sacar una peseta; y como un día dijera que a él lo mismo le daba Juan que Pedro, estuvo a punto de ser arrastrado por los patriotas.

—Pues es una buena pieza el hombre de la casa de la huerta del portalón color de chocolate. ¿Y si cuando arroje la piedra a la ventana sale el tío Candiola con un garrote y me da una solfa por hacerle chicleos a su hija?

—No seas bestia, y calla. ¿No sabes que desde que oscurece Candiola se encierra en un cuarto subterráneo y se está contando su dinero hasta más de medianoche? ¡Bah! Ahora va él a ocuparse... Los vecinos dicen que sienten un cierto rumbecillo o sonsonete, como si estuvieran vaciando sacos de onzas.

—Bien; luego, arrojo la piedra, espero, ella sale y le digo...

—Le dices que he muerto...; no, no seas barbaro. Le das este escapulario... No; le dices... No; más vale que no le digas nada.

—Entonces le daré el escapulario.

—Tampoco; no le llesves el escapulario.

—Ya, ya comprendo. Luego que salga le daré las buenas noches y me marcharé cantando *La Virgen del Pilar dice*...

—No; es preciso que sepa mi muerte. Tú haz lo que yo te mando.

—Pero si no me mandas nada.

—Pero ¿qué prisa tienes? Deja tú. Toavía puede que no me maten.

—Ya. ¡Cuánto ruido para nada!

—Es que me pasa una cosa, Gabriel, y te la diré francamente. Tenía muchos, muchísimos deseos de confiarte este secreto, que se me sale del pecho: ¿A quién lo había de revelar sino a ti, que eres mi amigo? Si no te lo dijera, me reventaría el corazón como una granada. Temo mucho decirlo de noche en sueños, y por este temor no duermo. Si mi padre, mi madre o mi hermano lo supieran, me matarían.

—¿Y los padres del Seminario?

—No nombres a esos. Veras, te contaré lo que me ha pasado. ¿Conoces al padre Rincón? Pues el padre Rincón me quiere mucho, y todas las tardes me sacaba a paseo por la ribera, o hacia Torrero, o camino de Juslibol. Hablábamos de Teología y de letras humanas. Rincón es tan entusiasta del gran poeta Horacio, que suele decir: «Es lástima que ese hombre no haya sido cristiano para canonizarle.» Lleva siempre consigo un pequeño Elzevirius, a quien ama más que a las niñas de sus ojos, y cuando nos cansamos en el paseo, él se sienta, lee, y entre los dos hacemos los comentarios que se nos ocurren... Bueno... Ahora te diré que el padre Rincón era pariente de doña María Rincón, difunta esposa de Candiola, y que éste tiene una heredad en el camino de Monzalbarba, con una *torre miserable*, más parecida a cabana que a torre, pero rodeada de frondosos árboles y con deliciosas vistas al Ebro. Una tarde, después que leímos el *Quis multa gracilis te puer in rosa*, mi maestro quiso visitar a su pariente. Fuimos allá, entramos en la huerta, y Candiola no estaba. Pero nos salió al encuentro su hija, y Rincón le dijo: «Mariquilla, da unos melocotones a este joven, y saca para mí una copita de lo que sabes.»

—¿Y es guapa Mariquilla?

—No preguntes eso. ¿Que si es guapa? Verás... El padre Rincón le tomó la barba, y haciéndole volver la cara hacia mí, me dijo: «Agustín confiesa que en tu vida has visto una cara más linda que ésta. Mira qué ojos de fuego, qué boca de ángel y qué pedazo de cielo por frente.» Yo temblaba, y Mariquilla, con el rostro encendido como la grana, se reía. Luego Rincón continuó diciendo:

«A ti, que eres un futuro padre de la Iglesia, y un joven ejemplar sin otra pasión que la de los libros, se te puede enseñar esta divinidad. Joven, admira aquí las obras admirables del Supremo Creador. Observa la expresión de este rostro, la dulzura de esas miradas, la gracia de esa sonrisa, el frescor de esa boca, la suavidad de esa tez, la elegancia de ese cuerpo, y confiesa que si es hermoso el cielo, y la flor, y las montañas, y la luz, todas las creaciones de Dios se oscurecen al lado de la mujer, la más perfecta y acabada hechura de las inmortales manos.» Esto me dijo mi maestro, y yo, mudo y atónito, no cesaba de contemplar aquella obra maestra, que era sin disputa mejor que la *Eneida*. No puedo explicarte lo que sentí. Figúrate que el Ebro, ese gran río que baja desde Fontibre hasta dar en el mar por los Alfaques, se detuviera de improviso en su curso, y empezase a correr hacia arriba, volviendo a las Asturias de Santillana, pues una cosa así pasó en mi espíritu. Yo mismo me asombraba de ver cómo todas mis ideas se detuvieron en su curso sosegado, y volvieron atrás, echando no sé por qué nuevos caminos. Te digo que estaba asombrado y lo estoy todavía. Mirándola sin saciar nunca la ansiedad, tanto de mi alma como de mis ojos, yo me decía: «La amo de un modo extraordinario. ¿Cómo es que hasta ahora no había caído en ello?» Yo no había visto a Mariquilla hasta aquel momento.

—¿Y los melocotones?

—Mariquilla estaba tan turbada delante de mí como yo delante de ella. El padre Rincón se puso a hablar con el hortelano sobre los desperfectos que habían hecho en la finca los franceses (pues esto pasaba a principios de septiembre, un mes después de levantado el primer sitio), y Mariquilla y yo nos quedamos solos. ¡Solos! Mi primer impulso fué echar a correr, y ella, según me ha dicho, también sintió lo mismo. Pero ni ella ni yo corrimos, sino que nos quedamos allí. De pronto sentí una grande y extraña energía en mi cerebro. Rompiendo el silencio, comencé a hablar con ella. Dijimos varias cosas indiferentes al principio; pero a mí me ocurrían pensamientos que, según mi entender, sobrepasaban de lo vulgar y todos, todos los días Mariquilla me respondía

poco; pero sus ojos eran más elocuentes que cuanto yo le estaba diciendo. Al fin, llamónos el padre Rincón, y nos marchamos. Me despedí de ella, y en voz baja le dije que pronto nos volveríamos a ver. Volvimos a Zaragoza. ¡Ay! Por el camino, los árboles, el Ebro, las cúpulas del Pilar, los campanarios de la ciudad, los transeúntes, las casas, las tapias de las huertas, el suelo, el rumor del viento, los perros del camino, todo me parecía distinto: todo, cielo y tierra había cambiado. Mi buen maestro volvió a leer a Horacio, y yo dije que Horacio no valía nada. Me quiso comer, y amenazóme con retirarme su amistad. Yo elogí a Virgilio con entusiasmo, y repetí aquellos célebres versos:

*Est nollis flamma medullas
interea, et tacitum vivit sub pectore vulnus.*

—Eso pasó a principios de septiembre —le dije—. ¿Y de entonces acá?

—Desde aquel día ha empezado para mí la nueva vida. Comenzó por una inquietud ardiente que me quitaba el sueño, haciéndome aborrecible todo lo que no fuera Mariquilla. La propia casa paterna me era odiosa, y vagando por los alrededores de la ciudad sin compañía alguna, buscaba en la soledad la paz de mi espíritu. Aborrecí el colegio, los libros todos y la teología; y cuando llegó octubre y me querían obligar a vivir encerrado en la santa casa, me fingí enfermo para quedarme en la mía. Gracias a la guerra, que a todos nos ha hecho soldados, puedo vivir libremente, salir a todas horas, incluso de noche, y verla y hablarle con frecuencia. Voy a su casa, hago la seña convenida, baja, abre una ventana con reja, y hablamos largas horas. Los transeúntes pasan; pero como yo estoy embozado en mi capa hasta los ojos, con esto y la oscuridad de la noche nadie me conoce. Por eso los muchachos del pueblo se preguntan unos a otros: «¿Quién sería el novio de la Candiola?» De algunas noches a esta parte, recelando que nos descubran, hemos suprimido la conversación por la reja. María baja, abre el portalón de la huerta, y entro. Nadie puede descubrirnos, porque don Jerónimo, creyéndola acostada, se retira a su cuarto a contar el dinero, y la criada vieja, única que hay en la casa, nos protege. Solos en la

huerta, nos sentamos en una escalera de piedra que allí existe, y al través de las ramas de un álamo negro y corpulento, vemos a pedacitos la claridad de la luna. En aquel silencio majestuoso, nuestras almas comprenden lo divino, y sentimos con una intensidad que no puede expresarse por el lenguaje. Nuestra felicidad es tan grande, que a veces es un tormento vivísimo; y si hay momentos en que uno desearía centuplicarse, también los hay en que uno desearía no existir. Pasamos allí largas horas. Anteanoche estuve hasta cerca del día, pues como mis padres me creen en el cuerpo de guardia, no tengo prisa para retirarme. Cuando principiaba a clarear la aurora, nos despedimos. Por encima de la tapia de la huerta se ven los techos de las casas inmediatas y el pico de la Torre Nueva. María, señalándolo, me dijo:

—Cuando esa torre se ponga derecha, dejaré de quererte.

No dijo más Agustín porque sonó un cañonazo del lado de monte Torrero, y ambos volvimos hacia allá la vista.

VI

Los franceses habían embestido con gran empeño las posiciones fortificadas de Torrero. Defendían éstas diez mil hombres, mandados por don Felipe Saint-March y por O'Reilly, ambos generales de mucho mérito. Los voluntarios de Borbón, de Castilla, del Campo Segorbino, de Alicante y el provincial de Soria, los cazadores de Fernando VII, del regimiento de Murcia, y otros cuerpos de que no hago memoria rompieron el fuego. Desde el reducto de los Mártires vimos el principio de la acción y las columnas francesas que corrían a lo largo del Canal para flanquear a Torrero. Duró gran rato el fuego de fusilería; mas la lucha no podía prolongarse mucho tiempo, porque aquel punto no se prestaba a una defensa enérgica sin la ocupación y fortificación de otros inmediatos como Buenavista, Casa-Blanca y el partidor del Canal. Sin embargo, nuestras tropas no se retiraron sino muy tarde y con el mayor orden, volando el puente de América y trayéndose todas las piezas, menos una que había sido desmontada por el fuego enemigo.

Entre tanto, sentíamos fortísimo estruendo que a lo lejos resonaba; y como por allí casi había cesado el fuego, supusimos trabada otra acción en el Arrabal.

—Allá está el brigadier don José Manso—me dijo Agustín—, con el regimiento suizo de Aragón, que manda don Mariano Walker; los voluntarios de Huesca, de que es jefe don Pedro Villacampa; los voluntarios de Cataluña y otros valientes cuerpos. ¡Y nosotros aquí mano sobre mano! Por este lado parece que ha concluido. Los franceses se contentarán hoy con la conquista de Torrero.

—O yo me engaño mucho—repuse—o ahora van a atacar a San José.

Todos miramos al punto indicado, edificio de grandes dimensiones, que se alzaba a nuestra izquierda, separado de Puerta Quemada por la hondonada de la Huerva.

—Allí estaba Renovales—me dijo Agustín—; el valiente don Mariano Renovales, que tanto se distinguió en el otro sitio, y manda ahora los cazadores de Orihuela y de Valencia.

En nuestra posición todo estaba preparado para una defensa enérgica. En el reducto del Pilar, en la batería de los Mártires, en la torre del Pino, lo mismo que en Trinitarios, los artilleros aguardaban con mecha encendida, y los de infantería aguardaban tras los parapetos las posiciones que nos parecían más seguras para hacer fuego si alguna columna intentaba asaltarnos. Se sentía mucho frío, y los más tiritábamos. Alguien hubiera creído que era de miedo; pero no, era de frío, y quien dijese lo contrario, miente.

No tardó en verificarse el movimiento que yo había previsto, y el convento de San José fué atacado por una fuerte columna de infantería francesa, mejor dicho, fué objeto de una tentativa de ataque o más bien sorpresa. Al parecer, los enemigos tenían mala memoria, y en tres meses se les había olvidado que las sorpresas eran imposibles en Zaragoza. Llegaron, sin embargo, con mucha confianza hasta tiro de fusil, y sin duda aquellos desgraciados creían que sólo con verlos caerían muertos de miedo nuestros guerreros. Los pobrecitos acababan de llegar de la Silesia, y no sabían qué clase de guerra era la de España. Además, como ganaran a Torrero

con tan poco trabajo, creyéronse en disposición de tragarse el mundo. Ello es que avanzaban, como he dicho, sin que San José hiciera demostración alguna, hasta que, hallándose a tiro de fusil o pocos menos, vomitaron de improviso tan espantoso fuego las troneras y aspilleras de aquel edificio, que mis bravos franceses tomaron soleta con precipitación. Bastantes, sin embargo, quedaron tendidos, y al ver este desenlace de su valentía, los que contemplábamos el lance desde la batería de los Mártires prorrumpimos en exclamaciones, gritos y palmadas. De este modo celebra el feroz soldado en la guerra la muerte de sus semejantes, y el que siente instintiva compasión al matar un conejo en una cacería, salta de júbilo viendo caer centenares de hombres robustos, jóvenes y alegres, que después de todo no han hecho mal a nadie.

Tal fué el ataque de San José; una intentona rápidamente castigada. Desde entonces debieron comprender los franceses que si se abandonó a Torrero fué por cálculo y no por flaqueza. Sola, aislada, desamparada, sin baluartes exteriores, sin fuertes ni castillos, Zaragoza alzaba de nuevo sus murallas de tierra, sus baluartes de ladrillos crudos, sus torreones de barro amasado la víspera para defenderse otra vez contra los primeros soldados, la primera artillería y los primeros ingenieros del mundo. Grande aparato de gente, formidables máquinas, enormes cantidades de pólvora, preparativos científicos y materiales, la fuerza y la inteligencia en su mayor esplendor, traen los invasores para atacar el recinto fortificado que parece juego de muchachos, y aun así es poco: todo sucumbe y se reduce a polvo ante aquellas tapias que se derriban de una patada. Pero detrás de esta deleznable defensa material está el acero de las almas aragonesas, que no se rompe, ni se dobla, ni se funde, ni se hiende, ni se oxida, y circunda todo el recinto como una barra indestructible por los medios humanos.

La campana de la Torre Nueva suena con clamor de alarma. Cuando esta campana da al viento su lúgubre tañido, la ciudad esta en peligro y necesita de todos sus hijos. ¿Qué será? ¿Qué pasa? ¿Qué hay?

—En el Arrabal—dijo Agustín—debe de andar mala la cosa.

—Mientras nos atacan por aquí para entretener mucha gente de este lado, embisten por la otra parte del río.

—Lo mismo fué en el primer sitio.

—¡Al Arrabal, al Arrabal!

Y cuando decíamos esto, la línea francesa nos envió algunas balas rasas para indicarnos que teníamos que permanecer allí. Felizmente, Zaragoza tenía bastantes hombres en su recinto y podían acudir con facilidad a todas partes. Mi batallón abandonó la cortina de Santa Engracia y púsose en marcha hacia el Coso. Ignorábamos adónde se nos conducía; pero era probable que nos llevaran al Arrabal. Las calles estaban llenas de gente. Los ancianos, las mujeres salían impulsados por la curiosidad, queriendo ver de cerca los puntos de peligro, ya que nos les era posible situarse en el peligro mismo. Las calles de San Gil, de San Pedro y la Cuchillería (1); que son caminos para el puente, estaban casi intransitables: inmensa multitud de mujeres las cruzaban, marchando todas aprisa en dirección al Pilar y a la Seo. El estrépito del lejano cañón más bien animaba que entristecía al fervoroso pueblo, y todo era gritar, disputándose el paso para llegar más pronto. En la plaza de la Seo vi la caballería que, con el gran gentío, casi obstruía la salida al puente, lo cual obligó a mi batallón a buscar más fácil salida por otra parte. Cuando pasamos por delante del pórtico de este santuario, sentímos desde fuera el clamor de los peregrinos con que todas las mujeres de la ciudad imploraban a la Santa Patrona. Los pocos hombres que querían penetrar en el templo eran expulsados por ellas.

Salimos a la orilla del río por junto a San Juan de los Panetes, y nos situamos en el malecón esperando órdenes. Enfrente, y al otro lado del Ebro, se divisaba el campo de batalla. Veíase, en primer término, la arboleda de Macanaz; más allá, y junto al puente, el pequeño monasterio de Altabás; más allá, el de San Lazaro, y a continuación, el de Jesús. Detrás de esta decoración, reflejada en las aguas del gran río, la vista distinguía un fuego horroroso, un

(1) Esta calle, unida a las de San Pedro y la Cuchillería, se llama hoy de Don Jaime I.

cruzamiento interminable de travectorias, un estrépito ronco de las voces del cañón y de humanos gritos normados, y densas nubes de humo que se renovaban sin cesar y correr a confundirse con las del cielo. Todos los parapetos de aquel sitio estaban contruidos con los ladrillos de los cercanos tejares, formando con el barro y la tierra de los hornos una masa roja. Creíase que la tierra estaba amasada con sangre.

Los franceses tenían su frente desde el camino de Barcelona al de Juslibol, más allá de los tejares y de las huertas que hay a mano izquierda de la segunda de aquellas dos vías. Desde las doce habían atacado con furia nuestras trincheras, internándose por el camino de Barcelona y desafiando con impetuoso arrojo los fuegos cruzados de San Lázaro y del sitio llamado el Macelo. Consistía su empeño en tomar por audaces golpes de mano las baterías, y esta tentativa produjo una verdadera hecatombe. Caían muchísimos; clareábanse las filas, y llevadas al instante por otros, repetían la embestida. A veces llegaban hasta tocar los parapetos, y mil luchas individuales acrecían el horror de la escena. Iban delante los jefes blandiendo sus sables, como hombres desesperados que han hecho cuestión de honor al morir ante un montón de ladrillos, y en aquella destrucción espantosa que arrancaba a la vida centenares de hombres en un minuto, desaparecían, arrojados por el suelo, el soldado, y el sargento, y el alférez, y el capitán, y el coronel. Era verdaderamente una lucha entre dos pueblos, y mientras los furores del sitio inflamaban los corazones de los nuestros, venían los franceses frenéticos, sedientos de venganza, con toda la saña del hombre ofendido, peor, acaso, que la del guerrero.

Precisamente este prematuro encarnizamiento los perdió. Debieron principiar batiendo cachazudamente nuestras obras con su artillería, debieron conservar la serenidad que exige un sitio, y no desplegar guerrillas contra posiciones defendidas por gente como la que habían tenido ocasión de tratar el 15 de julio y el 4 de agosto: debieron haber reprimido aquel sentimiento de desprecio hacia las fuerzas del enemigo, sentimiento que ha sido siempre su mala estrella, lo mismo en la guerra de España que

en la moderna contra Prusia; debieron haber puesto en ejecución el plan calmoso que proveyera en el sitio antes el fastidio que la exaltación. Es seguro que de traer consigo la mente pensadora de su inmortal jefe, que vencía siempre con su lógica admirable lo mismo que con sus cañones, habrían empleado en el sitio de Zaragoza un poco del conocimiento del corazón humano sin cuyo escudo la guerra, la brutal guerra, parece mentira: no es más que una carnicería salvaje. Napoleon con su penetración extraordinaria, hubiera comprendido el carácter zaragozano, y se habría abstenido de lanzar contra él columnas descubiertas, haciendo alarde de valor personal. Esta es una cualidad de difícil y pingüe empleo, sobre todo delante de hombres que se batían por un ideal no por un ídolo.

No me extenderé en pormenores sobre esta espantosa acción del 21 de diciembre, una de las más gloriosas del segundo sitio de la capital de Aragón. Sobre que no la presencié de cerca, y sólo podría dar cuenta de ella por lo que me contaron, me mueve a no ser prolijo la circunstancia de que son tantos y tan interesantes los encuentros que más adelante habré de narrar, que conviene cierta sobriedad en la descripción de estos singrieros choques. Basta saber por ahora que los franceses, al caer de la tarde, creyeron oportuno desistir de su empeño, y que se retiraron dejando el campo cubierto de cadáveres. Era la ocasión muy oportuna para perseguirlos con la caballería; pero después de una breve discusión, según se dijo, acordaron los jefes no arriesgarse en una salida que podía ser peligrosa.

VII

Llegada la noche, y cuando parte de nuestras tropas se replegó a la ciudad, todo el pueblo corrió hacia el Arrabal para contemplar de cerca el campo de batalla, ver los destrozos hechos por el fuego, contar los muertos y regocijar la imaginación, representándose una por una las heroicas escenas. La animación, el movimiento y bulla hacia aquella parte de la ciudad eran inmensos. Por un lado, grupos de soldados cantando con

febril alegría; por otro, las cuadrillas de personas piadosas que transportaban a sus casas los heridos; en todas partes, general satisfacción, que se mostraba en los diálogos vivos, en las preguntas, en las exclamaciones jactanciosas, y con lágrimas y risas, mezclando la jovialidad al entusiasmo.

Serían las nueve cuando rompimos filas los de mi batallón, porque, faltos de acuartelamiento, se nos permitía dejar el puesto por algunas horas, siempre que no hubiera peligro. Corrimos Agustín y yo hacia el Pilar, donde se agolpaba un gentío inmenso, y entramos difícilmente. Quedéme sorprendido al ver cómo forcejeaban unas contra otras las personas allí reunidas para acercarse a la capilla en que mora la Virgen del Pilar. Los rezos, las plegarias y las demostraciones de agradecimiento formaban un conjunto que no se parecía a los rezos de ninguna clase de fieles. Más que rezo era un hablar continuo, mezclado de sollozos, gritos, palabras terribles y otras de íntima e ingenua confianza, como suele usarlas el pueblo español con los santos que le son queridos. Caían de rodillas, besaban el suelo, se asían a las rejas de la capilla, dirigíanse a la santa imagen llamándola con los nombres más familiares y más patéticos del lenguaje. Los que por la aglomeración de la gente no podían acercarse hablaban con la Virgen desde lejos agitando sus brazos. Allí no había sacristanes que prohibieran los modales descompuestos y los gritos irreverentes, porque éstos y aquéllos eran hijos del desbordamiento de la devoción, semejante a un delirio. Faltaba el silencio solemne de los lugares sagrados: todos estaban allí como en su casa; como si la casa de la Virgen querida, la madre, ama y reina de los zaragozanos, fuese también la casa de sus hijos, siervos y súbditos.

Asombrado de aquel fervor, a quien la familiaridad hacía más interesante, pugué por abrirme paso hasta la reja, y vi la célebre imagen. ¿Quién no la ha visto, quién no la conoce al menos por las innumerables esculturas y estampas que la han reproducido hasta lo infinito de un extremo a otro de la Península? A la izquierda del pequeño altar que se alza en el fondo de la capilla, dentro de un nicho adornado con

lujo oriental, estaba entonces, como ahora, la escultura. Gran profusión de velas de cera la alumbran, y las piedras preciosas pegadas a su vestido y corona despiden deslumbradores reflejos. Brillan el oro y los diamantes en el cerquillo de su rostro, en la ajorca de su pecho, en los anillos de sus manos. Una criatura viva rendiríase sin duda al peso de tan gran tesoro. El vestido sin pliegues, rígido y estirado de arriba abajo como una funda, deja asomar solamente las manos; y el Niño Jesús, sostenido en el lado izquierdo, muestra apenas su carita morena entre el brocado y las pedrerías. El rostro de la Virgen, bruñido por el tiempo, es también moreno. Posee una apacible serenidad, emblema de la beatitud eterna. Diríase al exterior, y su dulce mirada escruta perpetuamente el devoto concurso; brilla en sus pupilas un rayo de las cercanas luces, y aquel artificial fulgor de los ojos remeda la intención y fijeza de la mirada humana. Era difícil, cuando la vi por primera vez, permanecer indiferente en medio de aquella manifestación religiosa, y no añadir una palabra al concierto de lenguas entusiásticas que hablaban en distintos tonos con la Señora.

Yo contemplaba la imagen cuando Agustín me apretó el brazo, diciéndome:

—Mírala, allí está.

—¿Quién, la Virgen? Ya la veo.

—No, hombre; Mariquilla. ¿La ves? Allí enfrente, junto a la columna.

Miré, y sólo vi mucha gente; al instante nos apartamos de aquel sitio, buscando entre la multitud un paso para transportarnos al otro lado.

—No está con ella el tío Candiola—dijo Agustín, muy alegre—. Viene con la criada.

Y diciendo esto, codeaba a un lado y otro para hacerse camino, estropeando pechos y espaldas, pisando pies, chafando sombreros y arrugando vestidos. Yo seguía tras él, causando iguales estragos a derecha e izquierda, y por fin llegamos junto a la hermosa joven, que lo era realmente, según pude reconocerlo en aquel momento por mis propios ojos. La entusiástica pasión de mi buen amigo no me engañó, y Mariquilla valía la pena de ser desatinadamente amada. Llamaban la atención en ella la tez morena y descolorida, los ojos de profun-

do negror, la nariz correctísima, la boca incomparable y la frente hermosa, aunque pequeña. Había en su rostro, como en su cuerpo delgado y ligero, cierto voluptuoso abandono; cuando bajaba los ojos, creyérase que una dulce y amorosa oscuridad envolvía su figura, confundiéndola con las nuestras. Sonreía con gravedad, y cuando nos acercamos, sus miradas revelaban temor. Todo en ella anunciaba la pasión circumspecta y reservada de las mujeres de cierto carácter, y debía de ser, según me pareció en aquel momento, poco habladora, falta de coquetería y pobre de artificios. Después tuve ocasión de comprobar aquel mi prematuro juicio. Resplandecía en el rostro de Mariquilla una calma platónica y cierta seguridad de sí misma. A diferencia de la mayor parte de las mujeres, y semejante al menor número de las mismas, aquella alma se alteraba difícilmente; pero al verificarse la alteración, la cosa iba de veras. Blandas y sensibles otras como la cera, ante un débil calor sin esfuerzo se funden; pero Mariquilla, de durísimo metal compuesta, necesitaba la llama de un gran fuego para perder la compacta conglomeración de su carácter, y si este momento llegaba, había de ser como el metal derretido que abrasa cuanto toca.

Además de su belleza, me llamó la atención la elegancia y hasta cierto punto el lujo con que vestía, pues acostumbrado a oír exagerar la avaricia del tío Candiola, supuse que tendría reducida a su hija a los últimos extremos de la miseria en lo relativo a traje y tocado. Pero no era así. Según Montoria me dijo después, el tacaño de los tacaños no sólo permitía a su hija algunos gastos, sino que la obsequiaba de peras a higos con tal cual prenda, que a él le parecía el *nom plus ultra* de las pompas mundanas. Si Candiola era capaz de dejar morir de hambre a parientes cercanos, tenía con su hija condescendencias de bolsillo verdaderamente escandalosas y fenomenales; aunque avaro, era padre: amaba regularmente, quizá mucho, a la infeliz muchacha, hallando por esto en su generosidad el primero, tal vez el único, agrado de su árida existencia.

Algo más hay que hablar en lo referente a este punto; pero irá saliendo poco a poco durante el curso de la narra-

ción, y ahora me concretaré a decir que mi amigo no había dicho aún diez palabras a su adorada María, cuando un hombre se nos acercó de súbito, y después de mirarnos un instante a los dos con centelleantes ojos, dirigióse a la joven, la tomó por el brazo y enojadamente le dijo:

—¿Qué haces aquí? Y usted, tía Guedita, ¿por qué la ha traído al Pilar a estas horas? A casa, a casa pronto.

Y empujándolas a ambas, ama y criada, llevólas hacia la puerta y a la calle, desapareciendo los tres de nuestra vista.

Era Candiola. Lo recuerdo bien, y su recuerdo me hace estremecer de espanto. Más adelante sabréis por qué. Desde la breve escena en el templo del Pilar, la imagen de aquel hombre quedó grabada en mi memoria, y no era ciertamente su figura de las que prontamente se olvidan. Viejo, encorvado, con aspecto miserable y enfermizo, de mirar oblicuo y desapacible, flaco de cara y hundido de mejillas, Candiola se hacía antipático desde el primer momento. Su nariz corva y afilada como el pico de un pájaro lagartijero, la barba igualmente picuda, los largos pelos de las cejas blanquinegras, la pupila verdosa, la frente vasta y surcada por una pauta de paralelas arrugas, las orejas cartilaginosa, la amarilla tez, el ronco metal de la voz, el desaliñado vestir, el gesto insultante, toda su persona, desde la punta del cabello, mejor dicho, desde la bolsa de su peluca hasta la suela del zapato, producía repulsión invencible. Se comprendía que no tuviera ningún amigo.

Candiola no tenía barbas; llevaba el rostro, según la moda, completamente rasurado, aunque la navaja no entraba en aquellos campos sino una vez por semana. Si don Jerónimo hubiera tenido barbas, le compararía por su figura a cierto mercader veneciano que conocí mucho después, viajando por el vastísimo continente de los libros, y en quien hallé ciertos rasgos de fisonomía que me hicieron recordar los de aquel que bruscamente se nos presentó en el templo del Pilar.

—¿Has visto qué miserable y ridículo viejo?—me dijo Agustín cuando nos quedamos solos, mirando a la puerta por donde las tres personas habían desaparecido.

—No gusta que su hija tenga novios.

—Pero estoy seguro de que no me vió hablando con ella. Tendrá sospechas; pero nada más. Si pasara de la sospecha a la certidumbre, María y yo estaríamos perdidos. ¿Viste qué mirada nos echó? ¡Condenado avaro, alma negra forrada en la piel de Satanás!

—Mal suegro tienes.

—Tan malo—dijo Montoria con tristeza—, que no doy por él dos cuartos con cardenillo. Estoy seguro de que esta noche la pone de vuelta y media, y gracias que no acostumbra maltratarla de obra.

—Y el señor Candiola—pregunté—, ¿no tendrá gusto en verla casada con el hijo de don José de Montoria?

—¿Estás loco? Sí..., ve a hablarle de eso. Además de que ese miserable avariento guarda a su hija como si fuera un sacco de onzas y no parece dispuesto a darla a nadie, tiene un resentimiento antiguo y profundo contra mi buen padre, porque éste libró de sus garras a unos infelices deudores. Te digo que si él llega a descubrir el amor que su hija me tiene, la guardará dentro de un arca de hierro en el sótano donde esconde los pesos duros. Pues no te digo nada si mi padre llega a saberlo... Me tiemblan las carnes sólo de pensarlo. La pesadilla más atroz que puede turbar mi sueño es aquella que me representa el instante en que mi señor padre y mi señora madre se enteren de este inmenso amor que tengo por Mariquilla. ¡Un hijo de don José de Montoria enamorado de la hija del tío Candiola! ¡Qué horrible pensamiento! ¡Un joven que formalmente está destinado a ser obispo..., obispo, Gabriel; yo voy a ser obispo, en el sentir de mis padres!

Diciendo esto, Agustín dió un golpe con su cabeza en el sagrado muro en que nos apoyábamos.

—¿Y piensas seguir amando a Mariquilla?

—No me preguntes eso—me respondió con energía—. ¿La viste? Pues si la viste, ¿a qué me dices si seguiré amándola? Su padre y los míos antes me quieren ver muerto que casado con ella. ¡Obispo, Gabriel; quieren que yo sea obispo! Compagina tú el ser obispo y el amar a Mariquilla durante toda la vida terrenal y la eterna; compagina tu esto, y ten lástima de mí.

—Dios abre caminos desconocidos—le dije.

—Es verdad. Yo tengo a veces una confianza sin límites. ¡Quién sabe lo que nos traerá el día de mañana! Dios y la Virgen del Pilar me sacarán adelante.

—¿Eres devoto de esta imagen?

—Sí. Mi madre pone velas a la que tenemos en casa para que no me hieran en las batallas; yo la miro, y para mis adentros, le digo: «¡Señora, que esta ofrenda de velas sirva también para recordarnos que no puedo dejar de amar a la Candiola!»

Estábamos en la nave a que corresponde el ábside de la capilla del Pilar. Hay allí una abertura en el muro, por donde los devotos, bajando dos o tres peldaños, se acercan a besar el pilar que sustenta la venerada imagen. Agustín besó el mármol rojo; besélo yo también, y luego salimos de la iglesia para ir a nuestro vivac.

VIII

El día siguiente, 22. fué cuando Palafox dió al parlamentario de Moncey que venía a proponerle la rendición: «No sé rendirme. Después de muerto hablaremos de eso», contestó en seguida a la intimación en un largo y elocuente pliego que publicó la *Gaceta* (pues también en Zaragoza había *Gaceta*); pero, según opinión general, ni aquel documento ni ninguna de las proclamas que aparecía con la firma del capitán general eran obra de éste, sino de la discreta pluma de su maestro y amigo el padre Basilio Boggiero, hombre de mucho entendimiento, a quien se veía con frecuencia en los sitios de peligro rodeado de patriotas y jefes militares.

Excusado es decir que los defensores estaban muy envalentonados con la gloriosa acción del 21. Era preciso, para dar desahogo a su ardor, disponer alguna salida. Así se hizo, en efecto; pero ocurrió que todos querían tomar parte en ella al mismo tiempo, y fué preciso sortear los cuerpos. Las salidas, dispuestas con prudencia, eran convenientes, porque los franceses, extendiendo su línea en derredor de la ciudad, se pre-

paraban para un sitio en regla, y habían comenzado las obras de su primera paralela. Además, el recinto de Zaragoza encerraba mucha tropa, lo cual, a los ojos del vulgo, era una ventaja, pero un gran peligro para los inteligentes, no sólo por el estorbo que causaba, sino porque el gran consumo de viveres traería pronto el hambre, ese terrible general que es siempre el vencedor de las plazas bloqueadas. Por esta misma causa del exceso de gente eran oportunas las salidas. Hizo una Renovales el 24 con las tropas del fortín de San José, y cortó un olivar que ocultaba los trabajos del enemigo; por el Arrabal salió el 25 don Juan O'Neill con los voluntarios de Aragón y de Huesca, y tuvo la suerte de coger desprevenido al enemigo, matándole bastante gente, y el 31 se hizo la más eficaz de todas por dos puntos distintos y con fuerzas considerables.

Durante el día, en los anteriores, habíamos divisado perfectamente las obras de su primera paralela, establecida como a ciento sesenta toesas de la muralla. Trabajaban con mucha actividad, sin descansar de noche, y notamos que se hacían señales en toda la línea con farolitos de colores. De cuando en cuando disparábamos nuestros morteros; pero les causábamos muy poco daño. En cambio, si se les antojaba destacar guerrillas para un reconocimiento, eran despachadas por las nuestras en menos que canta un gallo. Llegó la mañana del 31, y a mi batallón le tocó marchar a las órdenes de Renovales, encargado de mortificar al enemigo en su centro, desde Torrero al camino de la Muela, mientras el brigadier Butrón lo hacía por la Bernardona, es decir, por la izquierda francesa, saliendo con bastantes fuerzas de infantería y caballería por las puertas de Sancho y del Portioll.

Para distraer la atención de los franceses, el jefe mandó que un batallón se desplegara en guerrillas por las Tene-rías, llamando hacia allí la atención del enemigo, y, entre tanto, con algunos cazadores de Olivenza y parte de los de Valencia, avanzamos por el camino de Madrid, derechos a la línea francesa. Desplegadas guerrillas a un lado y otro del camino, cuando los enemigos se percataron de nuestra presencia ya estábamos encima, veloces como gamos, y

arrollábamos la primera tropa de infantería francesa que nos salió al paso. Tras una torre medio destruída se hicieron fuertes algunos, y dispararon con encarnizamiento y buena puntería. Por un instante permanecimos indecisos, pues flanqueábamos la torre unos veinte hombres, mientras los demás seguían por la carretera, persiguiendo a los fugitivos; pero Renovales se lanzó delante y nos llevó, matando a boca de jarro y a bayonetazos a cuantos defendían la casa. En el momento en que pusimos el pie dentro del patiecillo delantero advertí que mi fila se clareaba; vi caer, exhalando el último gemido, a algunos compañeros; miré a mi derecha, temiendo no encontrar entre los vivos a mi querido amigo; pero Dios le había conservado. Montoria y yo salimos ilesos.

No podíamos emplear mucho tiempo en comunicarnos la satisfacción que experimentábamos al ver que vivíamos, porque Renovales dió orden de seguir adelante en dirección hacia la línea de atrincheramiento que estaban levantando los franceses; pero abandonamos la carretera y torcimos hacia la derecha con intento de unirnos a los voluntarios de Huesca, que acometían por el camino de la Muela. Se comprende, por lo que llevo referido, que los franceses no esperaban aquella salida, y que, completamente descuidados, sólo tenían allí, además de la escasa fuerza que custodiaba los trabajos, las cuadrillas de ingenieros que abrían las zanjias de la primera paralela. Los embestimos con ímpetu, haciéndoles un fuego horroroso, aprovechando muy bien los minutos antes que llegasen fuerzas temibles; cogíamos prisioneros a los que encontrábamos sin armas; matábamos a los que las tenían; recogíamos los picos y azadas, todo esto con una fuerza sin igual, animándonos con palabras ardientes y exaltados por la idea de que nos estaban viendo desde la ciudad.

En aquel lance todo fué afortunado, porque mientras nosotros destrozábamos tan sin piedad a los trabajadores de la primera paralela, las tropas que por la izquierda habían salido a las órdenes del brigadier Butrón empeñaban un combate muy feliz contra los destacamentos que tenía el enemigo en la Bernardona. Mientras los voluntarios de Huesca, los

granaderos de Palafox y los guardias valonas arrollaban la infantería francesa, aparecieron los escuadrones de caballería de Numancia y Olivenza, cautelosamente salidos por la puerta de Sancho, y que, describiendo una gran vuelta, habían venido a ocupar el camino de Alagón por una parte y el de la Muela por otra, precisamente cuando los franceses retrocedían de la izquierda al centro en demanda de mayores fuerzas que los auxiliaran. Hallándose en su elemento los briosos caballos, lanzáronse por el arrecife, destruyendo cuanto encontraban al paso, y allí fué el caer y el atropellarse de los desgraciados infantes que huían hacia Torrero. En su dispersión, muchos fueron a caer precisamente entre nuestras bayonetas, y si grande era su ansiedad por huir de los caballos, mayor era nuestro anhelo de recibirlos dignamente a tiros. Unos corrían, arrojándose en las acequias por no poder saltarlas; otros se entregaban a discreción, soltando las armas, algunos se defendían con heroísmo, dejándose matar antes que rendirse, y, por último, no faltaron unos pocos que, encerrándose dentro de un horno de ladrillos cargado de ramas secas y de leña, le pegaron fuego, prefiriendo morir asados a caer prisioneros.

Todo esto que he referido con la mayor concisión posible pasó en brevisimo tiempo, sólo mientras pudo el cuartel general, harto imprevisor en aquella hora, destacar fuerzas suficientes para contener y castigar nuestra atrevida expedición. Tocaron a generala en Monte Torrero, y vimos que venía contra nosotros fuerte caballería. Pero los de Renovales, lo mismo que los de Butrón, habíamos conseguido nuestro deseo y no teníamos para qué esperar a los que tan tarde llegaban a la función. Sin vacilar nos retiramos, dándoles desde lejos los buenos días con las frases más pintorescas y más agudas de nuestro repertorio. Tuvimos aún tiempo de inutilizar algunas piezas de las dispuestas para su colocación al día siguiente; recogimos una multitud de herramientas de zapa, y destruimos a toda prisa lo que pudimos en las obras de la paralela, sin dejar de la mano las docenas de prisioneros a quienes habíamos echado el guante.

Juan Pirli, uno de nuestros compañe-

ros en el batallón, traía al volver a Zaragoza un morrión de ingeniero, que se puso para sorprender al público, y además una sartén, en la cual aún había restos de almuerzo, comenzado en el campamento, frente a Zaragoza, y terminado en el otro mundo.

Habíamos tenido en nuestro batallón nueve muertos y ocho heridos. Cuando Agustín se reunió a mí, cerca de la puerta del Carmen, noté que tenía una mano ensangrentada.

—¿Te han herido?—le dije, examinándole—. No es más que una rozadura.

—Una rozadura es—me contestó—; pero no de bala, ni de lanza, ni de sable, sino de dientes, porque cuando le eché la zarpa al francés que alzó el azadón para descalabrarme, el condenado me clavó los dientes en esta mano como un perro de presa.

Cuando entrábamos en la ciudad, unos por la puerta del Carmen, otros por el Portillo, todas las piezas de los reductos y fuertes del Mediodía hicieron fuego contra las columnas que venían en nuestra persecución. Las dos salidas combinadas habían hecho bastante daño a los franceses. Sobre que perdieron mucha gente, se les inutilizó una parte, aunque no grande, de los trabajos de su primera paralela, y nos apoderamos de un número considerable de herramientas. Además de esto, los oficiales ingenieros que llevó Butrón en aquella osada aventura habían tenido tiempo de examinar las obras de los sitiadores y explorarlas y medirlas para dar cuenta de ellas al capitán general.

La muralla estaba invadida por la gente. Habíase oído desde dentro de la ciudad el tiroteo de las guerrillas, y hombres, mujeres, ancianos y niños, todos acudieron a ver qué nueva acción gloriosa era aquélla, entablada fuera de la plaza. Fuimos recibidos con exclamaciones de gozo, y desde San José hasta más allá de los Trinitarios, la larga fila de hombres y mujeres mirando hacia el campo, encaramados sobre la muralla y batiendo palmas a nuestra llegada, o saludándonos con sus pañuelos, presentaba un golpe de vista magnífico. Después tronó el cañón; los reductos hicieron fuego a la vez sobre el llano que acabábamos de abandonar, y aquel estruendo formidable parecía una salva

triumfal, según se mezclaban con él los cantos, los vitores, las exclamaciones de alegría. En las cercanas casas, ventanas y balcones estaban llenos de mujeres, y la curiosidad, el interés de algunas era tal, que se las veía acercarse en tropel a los fuertes y a los cañones para regocijar sus varoniles almas y templar sus acerados nervios con el ruido, a ningún otro comparable, de la artillería. En el fortín del Portillo fué preciso mandar salir a la muchedumbre. En Santa Engracia, la concurrencia daba a aquel sitio el aspecto de un teatro, de una fiesta pública, cesó al fin el fuego de cañón, que no tenía más objeto que proteger nuestra retirada y sólo la Aljafería siguió disparando de tarde en tarde contra las obras del enemigo.

En recompensa de la acción de aquel día se nos concedió en el siguiente llevar una cinta encarnada en el pecho, a guisa de condecoración; y haciendo justicia a lo arriesgado de aquella salida, el padre Boggiero nos dijo, entre otras cosas, por boca del general:

—Ayer sellasteis el último día del año con una acción digna de vosotros... Sonó el clarín, y a un tiempo mismo los filos de vuestras espadas arrojaban al suelo las altaneras cabezas, humilladas al valor y al patriotismo. ¡Numancia! ¡Olivenza! ¡Ya he visto que vuestros ligeros caballos sabrán conservar el honor de este ejército y el entusiasmo de estos sagrados muros!... ¡Ceñid esas espadas ensangrentadas que son el vínculo de vuestra felicidad y el apoyo de la patria!...

IX

Desde aquel día, tan memorable en el segundo sitio como el de las Eras en el primero, empezó el gran trabajo, el gran frenesí, la exaltación ardiente en que vivieron por espacio de mes y medio sitiadores y sitiados. Las salidas verificadas en los primeros dos días de enero no fueron de gran importancia. Los franceses, concluida la primera paralela, avanzaron en zigzag para abrir la segunda, y con tanta actividad trabajaron en ella, que bien pronto vimos amenazadas nuestras dos mejores posiciones del Mediodía, San José y el reducto del Pilar, por imponentes bate-

rias de rito, cada una con dieciséis cañones. Excusado es decir que no cesábamos en mortificarlos, ya enviándoles un incesante fuego, ya sorprendiéndolos con audaces escaramuzas; pero así y todo, Junot, que por aquellos días sustituyó a Moncey, llevaba adelante los trabajos con mucha diligencia.

Nuestro batallón continuaba en el reducto, obra levantada en la cabecera del puente de la Huerva y a la parte de afuera. El radio de sus fuegos abrazaba una extensión considerable, cruzándose con los de San José. Las baterías de los Mártires, del Jardín Botánico y de la torre del Pino, más internada en el recinto de la ciudad, tenían menos importancia que aquellas dos sólidas posiciones avanzadas, y le servían de auxiliares. Nos acompañaban en la guarnición muchos voluntarios aragoneses, algunos soldados del resguardo y varios paisanos armados de los que espontáneamente se adherían al cuerpo más de su gusto. Ocho cañones tenía el reducto. Era su jefe don Domingo Larripa; mandaba la artillería don Francisco Betbezé, y hacía de jefe de ingenieros el gran Simonó, oficial de este distinguido cuerpo, hombre de tal condición, que se le puede citar como modelo de buenos militares, así en el valor como en la pericia.

Era el reducto una obra, aunque de circunstancias, bastante fuerte, y no carecía de ningún requisito material para ser bien defendida. Sobre la puerta de entrada, al extremo del puente, habían puesto sus constructores una tabla con la siguiente inscripción: «Reducto inconquistable de Nuestra Señora del Pilar. ¡Zaragozanos, morid por la Virgen del Pilar o venced!»

Allí dentro no teníamos alojamiento, y aunque la estación no era muy cruda, lo pasábamos bastante mal. El suministro de provisiones de boca se hacía por una Junta encargada de la administración militar; pero esta Junta, a pesar de su celo, no podía atendernos de un modo eficaz. Por nuestra fortuna y para honor de aquel magnánimo pueblo, de todas las casas vecinas nos mandaban diariamente lo mejor de sus provisiones, y a menudo éramos visitados por las mismas mujeres caritativas que desde la acción del 21 se habían encar-

gado de cuidar en su propio domicilio a nuestros pobres heridos.

No sé si he hablado de Pirli. Pirli era un muchacho de los arrabales, labrador, como de veinte años y de condición tan festiva, que los lances peligrosos desarrollaban en él una alegría nerviosa y febril. Jamás le vi triste: acometía a los franceses cantando, y cuando las balas silbaban en torno suyo, sacudía manos y pies, haciendo grotescos gestos y cabriolas. Llamaba al fuego graneado *pedrisco*; a las balas de cañón, *las tortas calientes*; a las granadas, *las señoras*, y a la pólvora, la *harina negra*, usando, además, otros terminachos de que no hago memoria en este momento. Pirli, aunque poco formal, era un cariñoso compañero.

No sé si he hablado del tío Garcés. Era un hombre de cuarenta y cinco años, natural de Garrapinillos, fortísimo, atezado, con semblante curtido y miembros de acero, ágil cual ninguno en los movimientos e imperturbable como una máquina ante el fuego; poco hablador y bastante desvergonzado cuando hablaba, pero con cierto gracejo en su garrulería. Tenía una pequeña hacienda en los alrededores y casa muy modesta; mas con sus propias manos había arrasado la casa y puesto por tierra los perales para quitar defensas al enemigo. Oí contar de él mil proezas realizadas en el primer sitio; ostentaba bordado en la manga derecha el *escudo de premio y distinción* de 16 de agosto. Vestía tan mal, que casi iba medio desnudo, no porque careciera de traje, sino por no haber tenido tiempo para ponérselo. El y otros como él fueron sin duda los que inspiraron la célebre frase de que antes he hecho mención. Sus carnes *sólo se vestían de gloria*. Dormía sin abrigo y comía menos que un anacoreta, pues con dos pedazos de pan acompañados de un par de mordiscos de cecina, dura como cuero, tenía bastante para un día. Era hombre algo meditabundo, y cuando observaba los trabajos de la segunda paralela, decía, mirando a los franceses:

—Gracias a Dios que se acercan, ¡cuerno! ¡Cuerno!, esa gente le acaba a uno la paciencia.

—¿Qué prisa tiene usted, tío Garcés?

—le decíamos.

—¡Recuerdo! Tengo que plantar los

árboles otra vez antes que pase el invierno—contestaba—, y para el mes que entra quisiera volver a levantar la casita.

En resumen: el tío Garcés, como el reducto, debía llevar un cartel en la frente que dijera: «Hombre inconquistable.»

Pero ¿quién viene allí, avanzando lentamente por la hondonada de la Huerva, apoyándose en un grueso bastón y seguido de un perrillo travieso que ladra a todos los transeúntes por pura fanfarronería y sin intención de morderlos? Es el padre fray Mateo del Busto, lector y calificador de la Orden de Mínimos, capellán del segundo tercio de voluntarios de Zaragoza, insigne varón a quien, a pesar de su ancianidad, se vió durante el primer sitio en todos los puestos de peligro, socorriendo heridos, auxiliando moribundos, llevando municiones a los sanos y animando a todos con el acento de su dulce palabra.

Al entrar en el reducto nos mostró una cesta grande y pesada que trabajosamente cargaba, y en la cual traía algunas vituallas algo mejores que las de nuestra ordinaria mesa.

—Estas tortas—dijo, sentándose en el suelo y sacando uno por uno los objetos que iba nombrando—me las han dado en casa de la excelentísima señora condesa de Bureta, y ésta, en casa de don Pedro Ric. Aquí tenéis también un par de lonjas de jamón, que son de mi convento y se destinaban al padre Loshoyos, que está muy enfermito del estómago; pero él, renunciando a este regalo, me lo dió para traéroslo. A ver qué os parece esta botella de vino. ¿Cuánto darían por ella los gabachos que tenemos enfrente?

Todos miramos hacia el campo. El perrillo, saltando denodadamente la muralla, empezó a ladrar a las líneas francesas.

—También os traigo un par de libras de orejones, que se han conservado en la despensa de nuestra casa. Ibamos a ponerlos en aguardiente; pero primero que nadie sois vosotros, valientes muchachos. Tampoco me he olvidado de ti, querido Pirli—añadió, volviéndose al chico de este nombre—, y como estás casi desnudo y sin manta, te he traído un magnífico abrigo. Mira este lio. Pues es un hábito viejo que tenía guardado

para darlo a un pobre; ahora te lo regalo para que cubras y abrigues tus carnes. Es vestido impropio de un soldado; pero si el hábito no hace al monje, tampoco el uniforme hace al militar. Póntelo, y estarás muy holgadamente con él.

El fraile dió a nuestro amigo su llo, y éste se puso el hábito entre risas y jácara de una y otra parte; y como conservaba aún, llevándolo constantemente en la cabeza, el alto sombrero de piel que el día 31 había cogido en el campamento enemigo, hacía la figura más extraña que puede imaginarse.

Poco después llegaron algunas mujeres, también con cestas de provisiones. La aparición del sexo femenino transformó de súbito el aspecto del reducto. No sé de dónde sacaron la guitarra; lo cierto es que la sacaron de alguna parte; uno de los presentes empezó a rasguear primorosamente los compases de la incomparable, de la divina, de la inmortal jota, y en un momento se armó gran jaleo de baile. Pirli, cuya grotesca figura empezaba en ingeniero francés y acababa en fraile español, era el más exaltado de los bailarines, y no se quedaba atrás su pareja, una muchacha graciosísima, vestida de serranita, a quien desde el primer momento oí que llamaban Manuela. Representaba veinte o veintidós años, y era delgada, de tez pálida y fina. La agitación del baile inflamó bien pronto su rostro, y por grados avivaba sus movimientos, insensibles al cansancio. Con los ojos medio cerrados, las mejillas enrojecidas, agitando los brazos al compás de la grata cadencia, sacudiendo con graciosa presteza sus faldas, cambiando de lugar con ligerísimo paso, presentándose, ora de frente, ora de espaldas, Manuela nos tuvo encantados durante largo rato. Viendo su ardor coreográfico más se animaban el músico y los demás bailarines, y con el entusiasmo de éstos aumentábase el suyo, hasta que, al fin, cortado el aliento y rendida de fatiga, aflojó los brazos y cayó sentada en tierra sin respiración y casi como la grana.

Pirli se puso junto a ella, y al punto formóse un corrillo, cuyo centro era la cesta de provisiones.

—A ver qué nos traes, Manuelilla—dijo Pirli—. Si no fuera por ti y el padre Busto, que está presente, nos moriría-

mos de hambre. Y si no fuera por este poco de baile con que quitamos el mal gusto de las *tortas calientes* y de las *señoras*, ¡qué sería de estos pobres soldados!

—Os traigo lo que hay—repuso Manuela, sacando las provisiones—. Queda poco, y si esto dura, comeréis ladrillos.

—Comeremos metralla amasada con *harina negra*—dijo Pirli—. Manuelilla, ¿ya se te ha quitado el miedo a los tiros?

Al decir esto tomó con presteza un fusil, disparándolo al aire. La moza dió un fuerte grito, y sobresaltada, huyó de nuestro grupo.

—No es nada, hija—dijo el fraile—. Las mujeres valientes no se asustan del ruido de la pólvora; antes al contrario, deben encontrar en él tanto agrado como en el son de las castañuelas y bandurrias.

—Cuando oigo un tiro—dijo Manuela, acercándose llena de miedo—no me queda gota de sangre en las venas.

En aquel instante, los franceses, que, sin duda, querían probar la artillería de su segunda paralela, dispararon un cañón, y la bala vino a rebotar contra la muralla del reducto, haciendo saltar en pedazos mil los deleznales ladrillos.

Levantáronse todos a observar el campo enemigo; la serrana lanzó una exclamación de terror, y el tío Garcés púsose a dar gritos desde una tronera contra los franceses, prodigándoles insolentes vocablos acompañados de mucho *cuerno* y *recuerno*. El perrillo, recorriendo la cortina de un extremo a otro, ladraba con exaltada furia.

—Manuela, echemos otra jota al son de esta música, y ¡viva la Virgen del Pilar!—exclamó Pirli, saltando como un insensato.

Impulsada por la curiosidad, alzábase Manuela lentamente, alargando el cuello para mirar al campo por encima de la muralla. Luego, al extender los ojos por la llanura, parecía disiparse poco a poco el miedo en su espíritu pusilánime, y, al fin, la vimos observando la línea enemiga con cierta serenidad y hasta con un poco de complacencia.

—Uno, dos, tres cañones—dijo, contando las bocas de fuego que a lo lejos se divisaban—. Vamos, chicos: no tengáis miedo. Eso no es nada para vosotros.

Oyóse hacia San José estrépito de fusilería, y en nuestro reducto sonó el tambor, mandando tomar las armas. Del fuerte cercano había salido una pequeña columna que se tiroteaba de lejos con los trabajadores franceses. Algunos de éstos, corriéndose hacia su izquierda, parecían próximos a ponerse al alcance de nuestros fuegos; corrimos todos a las aspilleras, dispuestos a enviarles un poco de *pedrisco*, y, sin esperar la orden del jefe, algunos dispararon sus fusiles con gran algazara. Huyeron en tanto por el puente y hacia la ciudad todas las mujeres, excepto Manuela. ¿El miedo le impedía moverse? No; su miedo era inmenso; temblaba, dando diente con diente, desfigurando el rostro por repentina amarillez; pero una curiosidad irresistible la retenía en el reducto, y fijaba los atónitos ojos en los tiradores y en el cañón que en aquel instante iba a ser disparado.

—Manuela—le dijo Agustín—, ¿no te vas? ¿No te causa temor esto que estás mirando?

La serrana, con la atención fija en aquel espectáculo, asombrada, trémula, los labios blancos y el pecho palpitante, ni se movía ni hablaba.

—¡Manuelilla—gritó Pirli, corriendo hacia ella—, toma mi fusil y dispáralo!

Contra lo que esperábamos, Manuelilla no hizo movimiento alguno de terror.

—Tómatelo, prenda—añadió Pirli, haciéndole tomar el arma—: pon el dedo aquí, apunta afuera y tira. ¡Viva la segunda artillera Manuela Sancho y la Virgen del Pilar!

La serrana tomó el arma, y a juzgar por su actitud y el estúpido inmenso revelado en su mirar, parecía que ella misma no se daba cuenta de su acción. Pero, alzando el arma con mano temblorosa, apuntó hacia el campo, tiró del gatillo e hizo fuego.

Mil gritos y ardientes aplausos acogieron este disparo, y la serrana soltó el fusil. Estaba radiante de satisfacción, y el júbilo encendió de nuevo sus mejillas.

—¿Ves? Ya has perdido el miedo—dijo el Mínimo—. Si a estas cosas no hay más que tomarles el gusto. Lo mismo debieran hacer todas las zaragozanas, y de ese modo la Agustina y Casta Alvarez no serían una gloriosa excepción entre las de su sexo.

—¡Venga otro fusil—exclamó la serrana—, que quiero tirar otra vez!

—Se han marchado ya, prenda. ¿Te ha sabido a bueno?—dijo Pirli, preparándose a hacer desaparecer algo de lo que contenían las cestas—. Mañana, si quieres, estás convidada a un poco de *torta caliente*. ¡Ea!, sentémonos, y a comer.

El fraile, llamando a su perrillo, le decía:

—Basta, hijo, no ladres tanto, ni lo tomes tan a pechos, que vas a quedarte ronco. Guarda ese arrojo para mañana: por hoy, no hay en qué emplearlo, pues, si no me engaño, van a toda prisa a guarecerse detrás de sus parapetos.

En efecto: la escaramuza de los de San José había concluido, y por el momento no teníamos franceses a la vista. Un rato después sonó de nuevo la guitarra, y, regresando las mujeres, comenzaron los dulces vaivenes de la jota con Manuela Sancho y el gran Pirli en primera línea.

X

Cuando desperté al amanecer del siguiente día vi a Montoria, que se paseaba por la muralla.

—Creo que va a empezar el bombardeo—nos dijo—. Se nota gran movimiento en la línea enemiga.

—Empezarán por batir este reducto—indiqué yo, levantándome con pereza—. ¡Qué feo está el cielo, Agustín! El día amanece muy triste.

—Creo que atacarán por todas partes a la vez, pues tienen hecha su segunda paralela. Ya sabes que Napoleón, hallándose en París, al saber la resistencia de esta ciudad en el primer sitio, se puso furioso contra Lefebvre Desnottes porque había embestido la plaza por el Portillo y la Aljafería. Luego pidió un plano de Zaragoza; se lo dieron, e indicó que la ciudad debía ser atacada por Santa Engracia.

—¿Por qué? Pronto lo veremos. Mal día se nos prepara si se cumplen las órdenes de Napoleón. Dime: ¿tienes por ahí algo que comer?

—No te lo enseñé antes porque quise sorprenderte—me dijo, mostrándome un cesto que servía de sepulcro a dos aves asadas fiambres, con algunas confituras y conservas finas.

—¿Lo has traído anoche?... Ya. ¿Cómo pudiste salir del reducto?

—Pedí licencia al jefe, y me la concedió por una hora. Mariquilla tenía preparado este festín. Si el tío Candiola sabe que dos de las gallinas de su corral han sido muertas y asadas para regalo de los defensores de la ciudad, se le llevarán los demonios. Comamos, pues, señor Araceli, y esperemos ese bombardeo... ¡Eh! ¡Aquí está..., una bomba, otra, otra!

Las ocho baterías que embocaban sus tiros contra San José y el reducto del Pilar empezaron a hacer fuego; pero ¡qué fuego! ¡Todo el mundo a las troneras o al pie del cañón! ¡Fuera almuerzos, fuera desayunos, fuera melindres! Los aragoneses no se alimentan sino de gloria. El fuerte inconquistable contestó al insolente sitiador con orgulloso cañoneo, y bien pronto el gran aliento de la patria dilató nuestros pechos. Las balas rasas rebotando en la muralla de ladrillo y en los parapetos de tierra, destrozaban el reducto, cual si fuera un juguete apedreado por un niño; las granadas, cayendo entre nosotros, reventaban con estrépito, y las bombas, pasando con pavorosa majestad por sobre nuestras cabezas, iban a caer en las calles y en los techos de las casas.

¡A la calle todo el mundo! No haya gente cobarde ni ociosa en la ciudad. Los hombres, a la muralla; las mujeres, a los hospitales de sangre; los chiquillos y los frailes, a llevar municiones. No se haga caso de estas terribles masas inflamadas que agujerean los techos, penetran en las habitaciones, abren las puertas, horadan los pisos, bajan al sótano y, al reventar, desparraman las llamas del infierno en el hogar tranquilo, sorprendiendo con la muerte al anciano inválido en su lecho y al niño en su cuna. Nada de esto importa. ¡A la calle todo el mundo, y con tal que se salve el honor perezcan la ciudad y la casa, la iglesia y el convento, el hospital y la hacienda, que son cosas terrenas! Los zaragozanos, despreciando los bienes materiales, como desprecian la vida, viven con el espíritu en los infinitos espacios de lo ideal.

En los primeros momentos nos visitó el capitán general, con otras muchas personas distinguidas, tales como don

Mariano Cereso (1), el cura Sas, el general O'Reilly, Ean Genís y don Pedro Ric. También estuvo allí el bravo, generoso y campechano don José Montoria, que abrazó a su hijo, diciéndole: «Hoy es día de vencer o morir. Nos veremos en el cielo.» Tras de Montoria se nos presentó don Roque, al cual vi hecho un valiente, y como empleado en el servicio sanitario, desde antes que existieran heridos había comenzado a desplegar de un modo febril su actividad, y nos mostró un mediano montón de hilas. Varios frailes se mezclaron asimismo entre los combatientes durante los primeros disparos, exhortándonos con un furor místico inspirado en el libro de los Macabeos.

A un mismo tiempo, y con igual furia, atacaban los franceses el reducto del Pilar y el fortín de San José. Este, aunque ofrecía un aspecto más formidable, había de resistir menos, quizá por presentar mayor blanco al fuego enemigo. Pero allí estaba Renovales con los voluntarios de Huesca, los voluntarios de Valencia, algunos guardias valonas y varios individuos de las milicias de Soria. El gran inconveniente de aquel fuerte consistía en estar construido al amparo de un vasto edificio, que la artillería enemiga convertía paulatinamente en ruinas, y, desplomándose de rato en rato pedazos de paredón, muchos defensores morían aplastados. Nosotros estábamos mejor: sobre nuestras cabezas no teníamos más que cielo; y si ningún techo nos guarecía de las bombas, tampoco se nos echaban encima masas de piedra y ladrillo. Batían la muralla por el frente y los costados, y era un dolor ver cómo aquella frágil masa se desmoronaba, dejándonos al descubierto. Sin embargo, después de cuatro horas de incesante fuego con poderosa artillería, apenas pudieron abrir una brecha practicable.

Así pasó todo el día, 10, sin ventaja alguna para los sitiadores por nuestro lado, si bien hacia San José habían logrado acercarse y abrir una brecha espantosa, lo cual, unido al estado ruinoso del edificio, anunciaba la dolorosa

(1) Se llama Cereso y no Cerezo, como en muchas historias se estampa y aun en el letrero de la calle que en Zaragoza lleva su nombre.

necesidad de su rendición. No obstante, mientras el fuerte no estuviese reducido a polvo y muertos o heridos sus defensores, había esperanza. Renováronse allí las tropas, porque los batallones que trabajaban desde por la mañana estaban diezmados, y cuando anocheció después de abierta la brecha e intentando sin fruto un asalto, aún se sostuvo. Renovale sobre las ruinas empapadas en sangre, entre montones de cadáveres y con la tercera parte ya sólo de su artillería.

No interrumpió a noche el fuego, antes bien, siguió con encarnizamiento en los dos puntos. Nosotros habíamos tenido buen número de muertos y muchos heridos. Estos eran al punto recogidos y llevados a la ciudad por los frailes y las mujeres; pero aquéllos aún prestaban el último servicio con sus fríos cuerpos, porque estropeadamente los arrojábamos a la brecha abierta, que luego se acababa de tapar con sacos de lana y tierra.

Durante la noche no descansamos ni un solo momento, y la mañana del 11 nos vió poseidos del mismo frenesí, ya apuntando las piezas contra la trinchera enemiga, ya acribillando a fusilazos a los pelotones que verían a flanquearnos, sin abandonar ni un instante la operación de tapar la brecha que de hora en hora iba agrandando su horroroso espacio vacío. Así nos sostuvimos toda la mañana, hasta el momento en que dieron el asalto a San José, ya convertido en un montón de ruinas y con gran parte de su guarnición muerta. Aglomerando contra los dos puntos grandes fuerzas, mientras caían sobre el convento, dirigieron un atrevido movimiento sobre nosotros, y fué que, con objeto de hacer practicable la brecha que nos habían abierto, avanzaron por el camino de Torrero con dos cañones de batalla protegidos por una columna de infantería.

En aquel instante nos consideramos perdidos: temblaron los endebles muros, y los ladrillos, mal pegados, se desbarataban en mil pedazos. Acudimos a la brecha, que se abría y se abría cada vez más. Los franceses nos abrasaron con un fuego espantoso, porque, viendo que el reducto se deshacía pedazo a pedazo, cobraron ánimo, llegando al borde mismo del foso. Era locura tratar de tapar aquel hueco formidable, y hacer-

lo a pecho descubierto era ofrecer víctimas sin fin al curioso enemigo. Abanzáronse muchos con sacos de lana y paletas de tierra, y más de la mitad quedaron vertos en el sitio. Cesó el fuego de cañón, porque parecía innecesario. Hubo un momento de pánico indefinible, se no caían los fusiles de las manos; no vimos destrozados deshechos arquitectos por lluvia de disparos que parecían incendiar el aire, y nos olvidamos del honor, de la muerte gloriosa, de la patria y de la Virgen del Pilar, cuyo nombre decoraba la puerta del baluarte inconquistable. La confusión más espantosa reinó en nuestras filas. Rebráco de imprevisto el nivel moral de nuestras almas; todos los que no habíamos caído deseamos unánimemente la vida, y, saltando por encima de los heridos y pisoteando los cadáveres, huimos hacia el puente, abandonando aquel horrible sepulcro antes que se cerrara, enterrándonos a todos.

En el puente nos agolpamos con pavor y desorden invencibles. Nada hay más frenético que la cobardía: sus vilezas son tan vehementes como las sublimidades del valor. Los jefes nos gritaban: «¡Atrás, canallas! ¡El reducto del Pilar no se rinde!» Y al mismo tiempo sus sahetes azotaron de plano nuestras viles espaldas. Nos revolvimos en el puente, sin poder avanzar, porque otras tropas venían a acometernos, y tropezamos unos con otros, confundiendo la furia de nuestro miedo con el ímpetu de su bravura.

—¡Atrás, canallas!—gritaban los jefes, abofeteándonos—. ¡A morir en la brecha!

El reducto estaba vacío: no había en él más que muertos y heridos. De repente vimos que entre el denso humo y el espeso polvo, saltando sobre los exánimes cuerpos y los montones de tierra, sobre las ruinas, y las cureñas rotas, y el material deshecho, avanzaba una figura impávida, pálida, grandiosa, imagen de la serenidad trágica. Era una mujer que se había abierto paso entre nosotros, y, penetrando en el recinto abandonado, marchaba majestuosa hasta la horrible brecha. Pirli, que yacía en el suelo herido en una pierna, exclamó con terror:

—Manuela Sancho, ¿adónde vas?

Todo esto pasó en mucho menos tiempo.

po del que empleo en contarlos. Tras de Manuela Sancho se lanzó uno; luego tres; luego, muchos, y, al fin, todos los demás, azuzados por los jefes, que a sablazos nos llevaron otra vez al puesto del deber. Ocurrió esta transformación portentosa por un simple impulso del corazón de cada uno, obedeciendo a sentimientos que se comunicaban a todos, sin que nadie supiera la qué misterioso foco procedían. Ni sé por qué fuimos valientes, ni sé por qué fuimos valientes unos cuantos segundos después. Lo que sé es que, movidos todos por fuerza extraordinaria, poderosísima, sobrehumana, nos lanzamos a la brecha tras la heroica mujer, a punto que los franceses intentaban con escalas el asalto; y sin que tampoco sepa decir la causa, nos sentimos con multiplicadas energías, y aplastamos, arrojándonos en lo profundo del foso, a aquellos hombres de algodón que antes nos parecieron de acero. A tiros, a sablazos, con granadas de mano, a paletadas, a golpes, a bayonetazos, murieron muchos de los nuestros para servir de baluarte a los demás con sus fríos cuerpos; defendimos el paso de la brecha, y los franceses se retiraron, dejando mucha gente al pie de la muralla. Volvieron a disparar los cañones, y el reducto inconquistable no cayó el día 11 en poder de la Francia.

Cuando la tempestad de fuego se calmó, no nos conocíamos; estábamos transfigurados, y algo nuevo y desconocido palpitaba en lo íntimo de nuestras almas, dándonos una ferocidad inaudita. Al día siguiente decía Palafox con elocuencia: «Las bombas, las granadas y las balas no mudan el color de nuestros semblantes, ni toda la Francia lo alteraría.»

XI

El fuerte de San José se había rendido, mejor dicho, los franceses entraron en él cuando la artillería lo hubo reducido a polvo y cuando yacían entre los escombros, uno por uno, todos los defensores. Los imperiales, al penetrar, encontraron inmenso número de cuerpos destrozados, y montones de tierra y guijarros amasados con sangre. No podían aun establecerse allí, porque eran flanqueados por las baterías de los di-

tires y del Jardín Botánico, y continuaron las operaciones de zapa para apoderarse de estos dos puntos. Las fortificaciones que conservábamos estaban tan destrozadas, que urgía una composición general, y se dictaron órdenes terribles convocando a todos los habitantes de Zaragoza para trabajar en ellas. La proclama dijo que todos debían llevar el fusil en una mano y la azada en la otra.

El 12 y el 13 se trabajó sin descanso, disminuyendo bastante el fuego, porque los sitiadores, escarmentados, no querían arriesgarse a nuevos golpes de mano, y, comprendiendo que aquello era obra de paciencia y estudio más que de arrojo, abían despedido y con toda seguridad zanjas y caminos cubiertos que los trajesen a la posesión del reducto sin pérdida de gente. Casi fué preciso hacer de nuevo las murallas, mejor dicho, sustituirlas con sacos de tierra; operación en que además de toda la tropa, se ocupaban muchos frailes, canónigos, magistrados de la Audiencia, chicos y mujeres. La artillería estaba casi inservible, el foso, casi cegado, y era preciso continuar la defensa a tiro de fusil. Así nos sostuvimos todo el 13, protegiendo los trabajos de recomposición, padeciendo mucho y viendo que por horas merminábamos en número, aunque entraba gente nueva a cubrir las considerables bajas. El 14, la artillería enemiga empezó a desbaratar de nuevo nuestra muralla de sacos, abriéndonos brechas por el frente y los costados; mas no se atrevían a intentar un nuevo asalto, contentándose con seguir abriendo una zanja en tal dirección que no podíamos de modo alguno enfriarla con nuestro fuego ni con los de la batería inmediata.

El valeroso, el provocativo fuerte de tierra, iba a estar bien pronto bajo los fuegos cubiertos de baterías cercanas, que arrojarían a los cuatro vientos el polvo de que estaba formado. En esta situación, érale forzoso rendirse más tarde o más temprano pues se hallaba a merced de los tiros del francés, como un barco a merced de las olas del Océano. Flanqueado por caminos cubiertos y zigzags, por cuantos huecos concurría sin peligro un enemigo inteligente, fortalecido por todos los recursos de la ciencia, el baluarte era como un hombre cercado

por un ejército. No teníamos cañones servibles, ni podíamos traer otros nuevos, porque las murallas no los hubieran resistido.

Nuestro único recurso era minar el reducto para volarlo en el momento en que entraran en él los franceses, y destruir también el puente para impedir que nos persiguieran. Así se hizo, y durante la noche del 14 al 15 trabajamos sin descanso en la mina y pusimos los hornillos del puente, esperando que los enemigos se echasen encima al día siguiente por la mañana. Con todo, no fué así, porque, no atreviéndose a dar un asalto sin tomar las precauciones y seguridades posibles, continuaron sus trabajos de zapa hasta muy cerca del foso. En esta faena, nuestra infatigable fusilería les hacía poco daño. Estábamos desesperados, sin poder hacer nada, sin que la misma desesperación nos sirviera para la defensa. Era una fuerza inútil, como la cólera del loco en su jaula.

Desclavamos también el tablón que decía «Reducto inconquistable», para llevarnos aquel testimonio de nuestra justificada jactancia, y al anochecer fué abandonado el fuerte, quedando sólo cuarenta hombres para custodiarlo hasta el fin y *matar lo que se pudiera*, como decía nuestro capitán, pues no debía perderse ninguna ocasión de hacer un par de bajas al enemigo. Desde la torre del Pino presenciábamos la retirada de los cuarenta hombres, a eso de las ocho de la noche, después de haberla emprendido a bayonetazos con los ocupadores y batiéndose en retirada con bravura. La mina del interior del reducto hizo muy poco efecto: pero los hornillos del puente desempeñaron tan bien su cometido, que el paso quedó roto y el reducto aislado en la otra orilla de la Huerva. Adquirido este sitio y San José, los franceses tenían el apoyo suficiente para abrir su tercera paralela y batir cómodamente todo el circuito de la ciudad.

Estábamos tristes, y un poco, un poquillo desanimados. Pero ¿qué importaba un decaimiento momentáneo, si al día siguiente tuvimos una fiesta divertidísima? Después de batirse uno con ardor frenético, no venía mal un poco de jolgorio y bullanga precisamente cuando faltaba tiempo para enterrar muertos y acomodar en las casas el inmenso número de heridos. Verdad es

que para todo había manos, gracias a Dios; y el motivo de la general alegría fué que empezaron a circular noticias estupendas sobre ejércitos españoles que venían a socorrernos, sobre derrotas de los franceses en distintos puntos de la Península, y otras zarandajas. Agolpábase el pueblo en la plaza de la Seo, o frente al arco de la Magdalena, esperando que saliese la *Gaceta*, y al fin salió a regocijar los ánimos y hacer palpar de esperanza todos los corazones. No sé si efectivamente llegaron a Zaragoza tales noticias, o si las sacó de su cacumen el redactor principal, que eran don Ignacio Asso; lo cierto es que en letras de molde se nos dijo que Réding venía a socorrernos con un ejército de sesenta mil hombres; que el marqués de Lazán, después de derrotar a la canalla en el norte de Cataluña, había entrado en Francia, «llevando el espanto por todas partes»; que también venía en nuestro auxilio el duque del Infantado; que entre Blake y la Romana habían derrotado a Napoleón, «matándole veinte mil hombres», incluso Berthier, Ney y Savary, y que a Cádiz habían llegado «dieciséis millones de duros», enviados por los ingleses para gastos de guerra. ¿Qué tal? ¿Se explicaba la *Gaceta*?

Con ser tantas y tan gordas, nos las tragamos, y allí fueron las demostraciones de alegría, el repicar campanas y el correr por las calles cantando la jota, con otros muchos excesos patrióticos, que por lo menos, tenían la ventaja de proporcionarnos un poco de aquel refrigerio espiritual que necesitábamos. No crean ustedes que por consideración a nuestra alegría había cesado la lluvia de bombas. Muy lejos de eso, aquellos condenados parecían querer mofarse de las noticias de nuestra *Gaceta*, repitiendo la dosis.

Sintiendo un deseo vivísimo de reírnos en sus barbas, corrimos a la muralla, y allí las músicas de los regimientos tocaron con cierta afectación provocativa, cantando todos en inmenso coro el famoso tema:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa...

También ellos estaban para burlas, y arreciaron el fuego de tal modo, que la ciudad recibió en menos de dos horas

mayor número de proyectiles que en el resto del día. Ya no había asilo seguro; ya no había un palmo de suelo ni de techo libre de aquel satánico fuego. Huían las familias de sus hogares o se refugiaban en los sótanos; los heridos, que abundaban en las principales casas, eran llevados a las iglesias, buscando reposo bajo sus fuertes bóvedas; otros salían arrastrándose; otros, más ágiles, llevaban a cuestas sus propias camas. Los más se acomodaban en el Pilar, y después de ocupar todo el pavimento, tendíanse en los altares y obstruían las capillas. A pesar de tantos infortunios, se consolaban con mirar a la Virgen, la cual, sin cesar, con el lenguaje de sus brillantes ojos, les decía «que no quería ser francesa».

XII

Mi batallón no tomó parte en las salidas de los días 22 y 24, ni en la defensa del Molino de aceite y de las posiciones colocadas a espaldas de San José, hechos gloriosos en que se perdió bastante gente, pero donde se sentó la mano con firmeza a los franceses. Y no era porque éstos se descuidaran en tomar precauciones, pues en la tercera paralela, desde la emboscada de la Huerva hasta la puerta del Carmen, colocaron cincuenta cañones, los de más grueso calibre, dirigiendo sus bocas con mucho arte contra los puntos más débiles. De todo esto nos reíamos o aparentábamos reírnos, como lo prueba la vanagloriosa respuesta de Palafox al mariscal Lannes (que desde el 22 se puso al frente del ejército sitiador), en la cual le decía: «La conquista de esta ciudad hará mucho honor al señor mariscal si la ganase a cuerpo descubierto, no con bombas y granadas, que sólo aterran a los cobardes.» Por supuesto, en cuanto pasaron algunos días, se conoció que los refuerzos esperados y los poderosos ejércitos que venían a libertarnos eran puro humo de nuestras cabezas, y principalmente de la del diarista que en tales cosas se entretenía. No había tales auxilios, ni ejércitos de ninguna clase andaban cerca para ayudarnos.

Yo comprendí bien pronto que lo publicado en la *Gaceta* del 16 era una fil-

fa, y así lo dije a don José de Montoria y a su mujer, los cuales en su optimismo atribuyeron mi incredulidad a falta de sentido común. Yo había ido con Agustín y otros amigos a la casa de mis protectores para ayudarles en una tarea que les traía muy apurados, pues destruido por las bombas parte del techo, y amenazada de ruina una pared maestra, estaban mudándose a toda prisa. El hijo mayor de Montoria, herido en la acción del Molino de aceite, se había albergado, con su mujer e hijo, en el sótano de una casa inmediata, y doña Leocadia no daba paz a los pies y las manos para ir y venir de un sitio a otro, trayendo y llevando lo que era menester.

—No puedo fiarme de nadie—me decía—. Mi genio es así. Aunque tengo criados, no quedo contenta si no lo hago todo yo misma. ¿Qué tal se ha portado mi hijo Agustín?

—Como quien es, señora—le contesté—. Es un valiente muchacho, y su disposición para las armas es tan grande, que no me asombraría verle de general dentro de un par de años.

—¡General ha dicho usted!—exclamó con sorpresa—. Mi hijo cantará misa en cuanto se acabe el sitio, pues ya sabe usted que para eso le hemos criado. Dios y la Virgen del Pilar le saquen en bien de esta guerra, que lo demás irá por sus pasos contados. Los padres del Seminario me aseguran que veré a mi hijo con su mitra en la cabeza y su báculo en la mano.

—Así será, señora; no lo pongo en duda. Pero al ver cómo maneja las armas no puede acostumbrarse uno a considerar que con aquella misma mano que tira del gatillo ha de echar bendiciones.

—Verdad es, señor de Araceli; yo siempre he dicho que a la gente de iglesia no le cae bien el gatillo; pero qué quiere usted. Ahí tenemos hechos unos guerreros que dan miedo a don Santiago Sas, a don Manuel Lasartesa, al beneficiado de San Pablo, don Antonio la Casa; al teniente cura de la parroquia de San Miguel de los Navarros, don José Martínez, y también a don Vicente Casanova, que tiene fama de ser el primer teólogo de Zaragoza. Pues los demás lo hacen, guerree también mi hijo, aunque supongo que él

estará rabiando por volver al Seminario y meterse en la balumba de sus estudios. Y no crea usted..., últimamente estaba estudiando en unos libros tan grandes, tan grandes, que pesan dos quintales. ¡Válgame Dios con el chico! Yo me embobo cuando le oigo recitar una cosa larga, muy larga, toda en latín, por supuesto, y que debe de ser algo de nuestro divino Señor Jesucristo y del amor que tiene a su Iglesia, porque hay mucho de *amoren* y de *formosa* y *pulcherrima*, *inflamavit* y otras palabrillas por el estilo.

—Justamente—le respondió—, y se me figura que lo que recita es el libro cuarto de una obra eclesiástica, que llaman la *Eneida*, que escribió un tal fray Virgilio, de la Orden de Predicadores, y en cuya obra se habla mucho del amor que Jesucristo tiene a su Iglesia.

—Eso debe de ser—repuso doña Leocadia—. Ahora, señor de Araceli, veamos si me ayuda usted a bajar esta mesa.

—Con mil amores, señora mía; la llevaré yo solo—contesté, cargando el mueble, a punto que entraba don José de Montoria, echando porras y cuernos por su bendita boca.

—¿Qué es esto, porra?—exclamó—. ¡Los hombres ocupados en faenas de mujer! Para mudar muebles y trastos no se le ha puesto a usted un fusil en la mano, señor de Araceli. Y tú, mujer, ¿para qué distraes de este modo a los hombres que hacen falta en otro lado? Tú y las chicas, ¡porra!, ¿no podéis bajar los muebles? Sois de pasta de requesón. Mira: por la calle abajo va la condesa de Bureta con un colchón auestas, mientras sus dos doncellas transportan un soldado herido en una camilla.

—Bueno—dijo doña Leocadia—, para eso no es menester tanto ruido. Váyanse afuera, pues, los hombres. A la calle todo el mundo, y déjenos solas. Afuera tú también, Agustín, hijo mío, y Dios te conserve sano en medio de este infierno.

—Hay que transportar veinte sacos de harina del convento de Trinitarios al almacén de la Junta de Abastos—ordenó Montoria—. Vamos todos.

Y cuando llegamos a la calle, añadió:

—La mucha tropa que tenemos dentro de Zaragoza hará que pronto no podamos dar sino media ración. Ver-

dad es, amigos míos, que hay muchos viveres escondidos; y aunque se ha mandado que todo el mundo declare lo que tiene, muchos no hacen caso y acaparan para vender a precios fabulosos. ¡Mal pecado! Si los descubro y caen bajo mis manos, les haré entender quién es Montoria, presidente de la Junta de Abastos.

Llegamos a la parroquia de San Pablo cuando nos salió al encuentro el padre fray Mateo del Busto, que venia muy fatigado, forzando su débil paso, y le acompañaba otro fraile, a quien nombraron el padre Luengo.

—¿Qué noticias nos traen sus paternidades?—les preguntó Montoria.

—Efectivamente, don Juan Gallart tenía algunas arrobas de embutidos, que pone a disposición de la Junta.

—Y don Pedro Pizuela, el tendero de la calle de las Moscas, entrega generosamente sesenta sacos de lana, y toda la harina y la sal de sus almacenes—añadió Luengo.

—Pero acabamos de librar con el tío Candiola—dijo el fraile—una batalla, que ni la de las Eras se le compara.

—Pues qué—preguntó don José, con asombro—, ¿no ha entendido ese miserable cicatero que le pagaremos su harina, ya que es el único de todos los vecinos de Zaragoza que no ha dado ni un higo para el abastecimiento del ejército?

—Váyale usted con esos sermones a Candiola—repuso Luengo—. Ha dicho terminantemente que no volvamos por allá si no llevamos ciento veinticuatro reales por cada costal de harina, de sesenta y ocho que tiene en su almacén.

—¡Infamia igual!—exclamó Montoria, soltando una serie de porras que no copio por no cansar al lector—. ¡Conque a ciento veinticuatro reales! Es preciso hacer entender a ese avaro empedernido cuáles son los deberes de un hijo de Zaragoza en estas circunstancias. El capitán general me ha dado autoridad para apoderarme de los abastecimientos que sean necesarios, pagando por ellos la cantidad establecida.

—¿Pues sabe usted lo que dice, señor don José de mis pecados?—indicó Busto—. Dice que el que quiera harina, que la pague. Y que si la ciudad no se puede defender, que se rinda, y que él no tiene obligación de dar nada para la

guerra, porque él no es quien la ha traído.

—Corramos allá—dijo Montoria, lleno de enojo, que dejaba traducir en el gesto, en la alterada voz, en el semblante demudado y sombrío—. No es esta la primera vez que le pongo la mano encima a ese canalla, lechuzo, chupador de sangre.

Yo iba detrás con Agustín, y observando a este, le vi pálido y con la vista fija en el suelo. Quise hablarle; pero me hizo señas de que callara, y seguimos esperando a ver en qué pararía aquello. Pronto nos hallamos en la calle de Antón Trillo, y Montoria nos dijo:

—Muchachos, adelantaos; tocad a la puerta de ese insolente judío; echadla abajo si no os abren; entrad, y decidle que baja al punto y venga delante de mí; traedle de una oreja. Pero cuidado que no os muerda, que es perro con rabia y serpiente venenosa.

Cuando nos adelantamos, miré de nuevo a Agustín y le observé lívido y tembloroso.

—Gabriel—me dijo en voz baja—, yo quiero huir..., yo quiero que se abra la tierra y me trague. Mi padre me matará; pero yo no puedo hacer lo que nos ha mandado.

—Ponte a mi lado, y haz como que se te ha torcido un pie y no puedes seguir—le dije.

Y acto continuo, los otros compañeros y yo empezamos a dar porrazos en la puerta. Asomose al punto la vieja por la ventana, y nos dijo mil insolencias; transcurrió un breve rato, y después vimos que una mano muy hermosa levantaba la cortina, dejando ver momentáneamente una cara inmutada y pálida, cuyos grandes y vivos ojos negros dirigieron miradas de terror hacia la calle. En aquel momento, mis compañeros y los chiquillos que nos seguían gritaban en pavoroso concierto:

—¡Que baje el tío Candiola, que baje ese perro Caifás!

Contra lo que creímos, Candiola obedeció; mas lo hizo creyendo hacerse las con el enjambre de muchachos vagabundos que solían darle tales serenatas, y sin sospechar que el presidente de la Junta de Abastos, con dos vocales de los más autorizados, estaban allí para hablar de un asunto de importan-

cia. Pronto tuvo ocasión de dar en lo cierto, porque al abrir la puerta, y en el momento de salir corriendo hacia nosotros con un palo en la mano, y centelleando de ira sus feos ojos, encaró con Montoria, y se detuvo amedrentado.

—¡Ah!, es usted, señor de Montoria—dijo con muy mal talante—. Siendo usted, como es, individuo de la Junta de Seguridad, ya podía mandar retirar a esa canalla que viene a hacer ruido en la puerta de la casa de un vecino honrado.

—No soy de la Junta de Seguridad—declaró Montoria—, sino de la de Abastos, y por eso vengo en busca del señor Candiola y le hago pagar; que no entro yo en esa casa oscura llena de telarañas y ratones.

—Los pobres—repuso Candiola con desabrimiento—no podemos tener palacios como el señor don José de Montoria, administrador de bienes del Común, y por largo tiempo contratista de arbitrios.

—Debo mi fortuna al trabajo, no a la usura—afirmó Montoria—. Pero acabemos, señor don Jerónimo; vengo por esa harina...; ya se habían enterado a usted estos dos buenos religiosos.

—Sí; la vendo, la vendo—contestó Candiola con taimada sonrisa—; pero yo no la puedo dar a precio que indicaron esos señores. Es demasiado barato. No la doy menos de ciento sesenta y dos reales costado a cuatro arrobas.

—Yo no pido precio—dijo don José, conteniendo la indignación.

—La Junta podrá disponer de lo suyo; pero en mi hacienda no manda nadie más que yo—contestó el avaro—, y está dicho todo... Conque cada uno a su casa, que ya me metí en la mía.

—Ven aca, harto de sangre—exclamó Montoria así, dole de brazo y obligándole a dar media vuelta con mucha presteza—. Ven aca, Candiola de mil demonios; he dicho que ven por la harina, y no me re sin ella. El ejército defensor de Zaragoza no se ha de morir de hambre, ¡reporra!, y todos los vecinos han de contribuir a mantenerlo.

—¡A mantenerlo, a mantener soldados!—dijo el avariento, rebosando veneno—. ¿Acaso yo lo he parido?

—¡Miserable tacaño! ¿No hay en tu

alma negra y vacía ni tanto así de sentimiento patrio?

—Yo no mantengo vagabundos. Pues que, ¿teníamos necesidad de que los franceses nos bombardearan, destruyendo la ciudad? ¡Maldita guerra! ¿Y quieren que yo les dé de comer? Veneno les daría.

—¡Canalla, sabandija, polilla de Zaragoza, deshonor del pueblo español! —gritó mi protector, amenazando con el puño la arrugada faz del avaro—. Más quisiera condenarme, ¡cuerno!, quedándome por toda la eternidad en las llamas del Infierno, que ser lo que tú eres, que ser el tío Candiola por espacio de un minuto. Conciencia más negra que la noche, alma perversa, ¿no te avergüenzas de ser el único que en esta ciudad ha negado sus recursos al ejército libertador de la patria? El odio general que por esta vil conducta has merecido, ¿no pesa sobre ti más que si te hubieran echado encima todas las peñas del Montcayo?

—Basta de músicas y déjenme en paz —repuso don Jerónimo, dirigiéndose hacia la puerta.

—Ven acá, reptil inmundado—gritó Montoria, deteniéndole—. Te he dicho que no me voy sin la harina. Si no la das de grado, como todo buen español, la darás por fuerza, y te la pagaré a razón de cuarenta y ocho reales costal, que es el precio que tenía antes del sitio.

—¡Cuarenta y ocho reales!—exclamó Candiola con expresión rencorosa—. Mi pellejo daría por ese precio antes que la harina. La compré yo más cara. ¡Maldita tropa! ¿Me mantienen ellos a mí, señor de Montoria?

—Dales gracias, execrable usurero, porque no han puesto fin a tu vida inútil. La generosidad de este pueblo, ¿no te llama la atención? En el otro sitio, cuando pasábamos los mayores apuros por reunir dinero y efectos, tu corazón de piedra permaneció insensible, y no se te pudo arrancar ni una camisa vieja para cubrir la desnudez del pobre soldado, ni un pedazo de pan para matar su hambre. Zaragoza no ha olvidado tus infamias. ¿Recuerdas que, después de la acción del cuatro de agosto, se repartieron los heridos por la ciudad, y a ti te tocaron dos, que no lograron traspasar el umbral de esa puerta de la miseria? Yo me acuerdo bien; en la noche del

cuatro llegaron a tu puerta, y con sus débiles manos tocaron para que les abrieras. Sus ayes lastimeros no conmovían tu corazón de corcho; saliste a la puerta, y golpeándolos con el pie los lanzaste en medio de la calle, diciendo que tu casa no era un hospital. Indigno hijo de Zaragoza, ¿dónde tienes el alma, dónde tienes la conciencia? Pero tú no tienes alma ni eres hijo de Zaragoza, sino que naciste de un mallorquín con sangre de judío.

Los ojos de Candiola echaban chispas; temblábale la quijada, y con sus dedos convulsos apretaba en la mano derecha el palo que le servía de bastón.

—Sí; tú tienes sangre de judío mallorquín; tú no eres hijo de esta noble ciudad. Los lamentos de aquellos dos pobres heridos, ¿no resuenan todavía en tus orejas de murciélago? Uno de ellos, desangrado rápidamente, murió en este mismo sitio en que estamos. El otro, arrastrándose, pudo llegar hasta el Mercado, donde nos contó lo ocurrido. ¡Infame espantajo! ¿No te asombraste de que el pueblo zaragozano no te despedazara en la mañana del cinco? Candiola, Candiollilla, dame la harina y tengamos la fiesta en paz.

—Montoria, Montorilla —replicó el otro—, con mi hacienda y mi trabajo no engordarán los vagabundos holgazanes. ¡Ya! ¡Háblame a mí de caridad y de generosidad y de interés por los pobres soldados! Los que tanto hablan de esto son unos miserables gorriones que están comiendo a costa de la cosa pública. La Junta de Abastos no se reirá de mí. ¡Como si no supiéramos lo que significa toda esa música de los socorros para el ejército! Montoria, Montorilla, algo se queda en casa, ¿no es verdad? Buenas cochuras se harán en los hornos de algún patriota, con la harina que dan los sandios bobalicones que la Junta conoce. ¡A cuarenta y ocho reales! ¡Lindo precio! ¡Luego, en las cuentas que se pasan al capitán general, se le pone como compradas a sesenta, diciendo que «la Virgen del Pilar no quiere ser francesa»!

Don José de Montoria, que ya estaba sofocado y nervioso, luego que oyó lo anterior, perdió los estribos, como vulgarmente se dice, y sin poder contener el primer impulso de su indignación, fué derecho hacia el tío Candiola, con

apariencia de aporrearle la cara; mas éste, que sin duda, con su perspicaz mirada, preveía el movimiento y se había preparado a rechazarlo, tomó rápidamente la ofensiva, arrojándose con salto de gato sobre mi protector, y le echó ambas manos al cuello, clavándole en él sus dedos huesosos y fuertes, mientras apretaba los dientes con tanta violencia cual si tuviera entre ellos la persona entera de su enemigo. Hubo una brevísima lucha, en que Montoria trabajó por deshacerse de aquella zarpa felina que tan súbitamente le había hecho presa, y en un instante vióse que la fuerza nerviosa del avaro no podía nada contra la energía muscular del patriota aragonés. Sacudido con violencia por éste, Candiola cayó al suelo como un cuerpo muerto.

Oímos un grito de mujer en la ventana alta, y luego el chasquido de la celosía al cerrarse. En aquel momento de dramática ansiedad busqué en torno mío a Agustín; pero había desaparecido.

Don José de Montoria, frenético de ira, pateaba con saña el cuerpo del caído, diciéndole al mismo tiempo con voz atropellada y balbuciente:

—Vil ladronzuelo, que te has enriquecido con la sangre de los pobres, ¿te atreves a llamarme ladrón. a llamar ladrones a los vocales de la Junta de Abastos? Con mil porras, yo te enseñaré a respetar a la gente honrada, y agradéceme que no te arranco esa miserable lengua para echarla a los perros.

Todos los circunstantes estábamos mudos de terror. Al fin sacamos al infeliz Candiola de debajo de los pies de su enemigo, y su primer movimiento fué saltar de nuevo sobre él; pero Montoria se había adelantado hacia la casa, gritando:

—¡Ea!, muchachos: entrad en el almacén y sacad los sacos de harina. Pronto, despachemos pronto.

La mucha gente que se había reunido en la calle impidió al viejo Candiola entrar en su casa. Rodeándole al punto los chiquillos, que en gran número de las cercanías habían acudido, tomaronle por su cuenta. Unos le empujaban hacia adelante; otros, hacia atrás; hacíanle trizas el vestido, y los más, tomando la ofensiva desde lejos, le arrojaban en grandes masas el lodo de la calle. En tanto, a los que penetramos en el piso

bajo, que era el almacén, nos salió al encuentro una mujer, en quien al punto reconocí a la hermosa Mariquilla, toda demudada, temblorosa, vacilando a cada paso, sin poderse sostener ni hablar, porque el terror la paralizaba. Su miedo era inmenso, y a todos nos dió lástima cuando la vimos, incluso a Montoria.

—¿Es usted la hija del señor Candiola?—dijo aquél sacando del bolsillo un puñado de monedas y haciendo una breve cuenta en la pared con un pedazo de carbón que tomó del suelo—. Sesenta y ocho costales de harina a cuarenta y ocho reales, son tres mil doscientos sesenta y cuatro. No valen ni la mitad, y me dan mucho olor a húmedo. Tome usted, niña; aquí está la cantidad justa.

Maria Candiola no hizo movimiento alguno para tomar el dinero, y Montoria lo depositó sobre un cajón, diciendo:

—Ahí está.

Entonces la muchacha, con brusco y enérgico movimiento, que parecía, y lo era ciertamente, inspiración de su dignidad ofendida, tomó las monedas de oro, de plata y de cobre, y las arrojó a la cara de Montoria, como quien apedrea. Desparramóse el dinero por el suelo y en el oquial de la puerta, sin que se haya podido averiguar en lo sucesivo dónde fué a esconderse.

Inmediatamente después, la Candiola, sin decirnos nada, salió a la calle, buscando con los ojos a su padre entre el apiñado gentío, y al fin, ayudada de algunos mozos, que no sabían ver con indiferencia la desgracia de una mujer, rescató al anciano del cautiverio infame en que los muchachos le tenían.

Entraron padre e hija por el portalón de la huerta, cuando empezábamos a sacar la harina.

XIII

Concluída la conducción, busqué a Agustín; pero no le encontraba en ninguna parte, ni en casa de su padre, ni en el almacén de la Junta de Abastos, ni en el Coso, ni en Santa Engracia. Al fin halléle, a la caída de la tarde, en el Molino de pólvora, hacia San Juan de los Panetes. He olvidado decir que los zaragozanos, atentos a todo, habían im-

provisado un taller donde se elaboraban diariamente de nueve a diez quintales de pólvora. Ayudando a los operarios que ponían en sacos y en barriles la cantidad fabricada en el día, vi a Agustín de Montoria trabajando con actividad febril.

—¿Ves este enorme montón de pólvora?—me dijo cuando me acerqué a él—. ¿Ves aquellos sacos y aquellos barriles todos llenos de la misma materia? Pues aún me parece poco, Gabriel.

—No sé lo que quieres decir.

—Digo que si esta inmensa cantidad de pólvora fuera del tamaño de Zaragoza, me gustaría aún más. Sí; y en tal caso quisiera yo ser el único habitante de esta gran ciudad. ¡Qué placer! Mira, Gabriel: si así fuera, yo mismo le pegaría fuego, volaría hasta las nubes escupido por la horrorosa erupción como la piedrecilla que lanza el cráter del volcán a cien leguas de distancia. Subiría al quinto cielo; de mis miembros despedazados al caer, después de esparcidos en diferentes distancias, no quedaría memoria. La muerte, Gabriel, la muerte es lo que deseo. Pero yo quiero una muerte... No sé cómo explicártelo. Mi desesperación es tan grande; que morir de un balazo, morir de una estocada, no me satisface. Quiero estallar y difundirme por los espacios en mil inflamadas partículas; quiero sentirme en el seno de una nube flamígera, y que mi espíritu saboree, aunque sólo sea por un instante de inconmensurable pequeñez, las delicias de ver reducida a polvo de fuego la carne miserable, Gabriel; estoy desesperado. ¿Ves toda esa pólvora? Pues supón dentro de mi pecho todas las llamas que puedan salir de aquí... ¿La viste cuando salió a recoger a su padre? ¿Viste cuando arrojó las monedas?... Yo estaba en la esquina observándolo todo. María no sabe que aquel hombre que maltrató a su padre es el mío. ¿Viste cómo los chicos arrojaban lodo al pobre Candiola? Yo reconozco que Candiola es un miserable; pero ella, ¿qué culpa tiene? Ella y yo, ¿qué culpa tenemos? Nada, Gabriel, mi corazón destrozado anhela mil muertes; yo no puedo vivir; yo correré al sitio de mayor peligro, y me arrojaré a buscar el fuego de los franceses, porque después de lo que he visto hoy, yo y la tierra en que habito somos incompatibles.

Le saqué de allí, llevándole a la muralla, y tomamos parte en las obras de fortificación que se estaban haciendo en las Tenerías, el punto más débil de la ciudad después de la pérdida de San José y de Santa Engracia. Ya he dicho que desde la embocadura de la Huerva hasta San José había cincuenta bocas de fuego. Contra esta formidable línea de ataque, ¿qué valía nuestro circuito fortificado?

El Arrabal de las Tenerías se extiende al oriente de la ciudad, entre la Huerva y el recinto antiguo, perfectamente deslindado aún por la gran vía que se llama el Coso. Componíase el caserío, a principios del siglo, de edificios endeble, casi todos habitados por labradores y artesanos, y las construcciones religiosas no tenían allí la suntuosidad de otros monumentos de Zaragoza. La planta general de este barrio es aproximadamente un segmento de círculo, cuyo arco da al campo y cuya cuerda le une al resto de la ciudad, desde la Puerta Quemada a la subida del Sepulcro. Corrían desde esta línea hacia la circunferencia varias calles, unas interrumpidas, como las de Añón, Alcover y las Arcadas, y otras prolongadas, como las de Palomar y San Agustín. Con éstas se enlazaban, sin plan ni concierto ni simetría alguna, estrechas vías como la calle de la Diezma, Barrio Verde, de los Clavos y de Pabostre. Algunas de éstas se hallaban determinadas, no por hileras de casas, sino por largas tapias, y a veces faltando una cosa y otra; las calles se resolvían en informes plazuelas; mejor dicho, corrales o patios donde no había nada. Digo mal, porque en los días a que me refiero, los escombros ocasionados por el primer sitio sirvieron para alzar baterías y barricadas en los puntos donde las casas no ofrecían defensa natural. Cerca del pretil del Ebro existían algunos trozos de muralla antigua y varios cubos de mampostería, que algunos suponen hechos por manos de gente romana, y otros juzgan obra de los árabes. En mi tiempo (no sé cómo estará actualmente), estos trozos de muralla aparecían empotrados en las manzanas de casas; mejor dicho, las casas estaban empotradas en ellos, buscando apoyo en los recodos y ángulos de aquella obra secular, ennegrecida, mas no quebrantada, por el paso de tantos si-

glos. Así lo nuevo se había edificado sobre y entre los restos de lo antiguo en confuso amasijo, como la gente española se desarrolló y crió sobre despojos de otras gentes con mezcladas sangres, hasta constituirse como hoy lo está.

El aspecto general del barrio de las Tenerías traía a la imaginación, acompañados de cierta idealidad risueña, los recuerdos de la dominación arábiga. La abundancia del ladrillo, los largos aleros, el ningún orden de las fachadas, las ventanuchas con celosías, la completa anarquía arquitectural, aquello de no saberse dónde acababa una casa y empezaba otra; la imposibilidad de distinguir si ésta tenía dos pisos o tres, si el tejado de aquella servía de apoyo a las paredes de las de más allá; las calles que a lo mejor acababan en un corral sin salida, los arcos que daban entrada a una plazuela, todo me recordaba lo que en otro pueblo de España, de allí muy distante, había visto.

Pues bien: esta amalgama de casas que os he descrito muy a la ligera; este Arrabal fabricado por varias generaciones de labriegos y curtidores, según el capricho de cada uno y sin orden ni armonía, estaba preparado para la defensa, o se preparaba en los días 24 y 25 de enero, una vez que se advirtió la gran pompa de fuerzas ofensivas que desplegó el francés por aquella parte. Y he de advertir que todas las familias habitadoras de las casas del Arrabal procedían a ejecutar obras, según su propio instinto estratégico, y allí había ingenieros militares con faldas, que dieron muestras de un profundo saber de guerra al tabicar ciertos huecos y abrir otras al fuego y a la luz. Los muros de Levante estaban en toda su extensión aspillerados. Los cubos de la muralla *césaraugustiana*, hechos contra las flechas y las piedras de honda, sostenían cañones.

Si la zona de acción de alguna de estas piezas era estrechada por cualquier tejado colindante, azotea o casa entera, al punto se quitaba el obstáculo. Muchos pasos habían sido obstruidos, y dos de los edificios religiosos del Arrabal, San Agustín y las Mónicas, eran verdaderas fortalezas. La tapia había sido reedificada y reforzada; las baterías se enlazaban unas con otras, y nuestros in-

genieros habían calculado hábilmente las posiciones y el alcance de las obras enemigas, para acomodar a ellas las defensivas. Dos puntos avanzados tenía la línea, y eran el molino de Goicoechea y una casa que, por pertenecer a un don Victoriano González, ha quedado en la Historia con el nombre de «Casa de González». Recorriendo dicha línea desde Puerta Quemada se encontraba primero la batería de Palafox; luego, el Molino de la ciudad; luego, las Eras de San Agustín; en seguida, el molino de Goicoechea, colocado fuera del recinto; después la tapia de la huerta de las Mónicas, y a continuación las de San Agustín; más adelante, una gran batería y la casa de González. Esto es todo lo que recuerdo de las Tenerías. Había por allí un sitio que llamaban el Sepulcro, por la proximidad de una iglesia de este nombre. Al Arrabal entero, mejor que a una parte de él, cuadraba entonces el nombre de *sepulcro*. Y no os digo más por no cansaros con estas menudencias descriptivas, que en rigor son innecesarias para quien conoce aquellos gloriosísimos lugares, e insuficientes para el que no ha podido visitarlos.

XIV

Agustín de Montoria y yo hicimos la guardia con nuestro batallón en el Molino de la ciudad, hasta después de anochecido, hora en que nos relevaron los voluntarios de Huesca, y se nos concedió toda la noche para estar fuera de las filas. Mas no se crea que en estas horas de descanso estábamos mano sobre mano, pues cuando concluía el servicio militar, empezaba otro no menos penoso en el interior de la ciudad, ya conduciendo heridos a la Seo y al Pilar, ya desalojando casas incendiadas, o bien llevando material a los señores canónigos, frailes y magistrados de la Audiencia, que hacían cartuchos en San Juan de los Pañetes.

Pasábamos Montoria y yo por la calle de Pabostre. Yo iba comiendo con mucha gana un mendrugo de pan. Mi amigo, taciturno y sombrío, regalaba el suyo a los perros que encontrábamos al paso, y aunque hice esfuerzos de imaginación para alegrar un poco su ánimo contris-

tado, él, insensible a todo, contestaba con téticas expresiones a mi festivo charlar. Al llegar al Coso me dijo:

—Dan las diez en el reloj de la Torre Nueva. Gabriel, ¿sabes que quiero ir allá esta noche?

—Esta noche no puede ser. Esconde entre cenizas la llama del amor mientras atraviesan el aire esos otros corazones inflamados que llaman bombas, y que vienen a reventar dentro de las casas, matando medio pueblo.

En efecto: el bombardeo, que no había cesado durante todo el día, continuaba en la noche, aunque un poco menos recio; y de cuando en cuando caían algunos proyectiles, aumentando las víctimas, que ya en gran número poblaban la ciudad.

—Iré allá esta noche—me contestó—. ¿Me vería Mariquilla entre el gentío que tocó a las puertas de su casa? ¿Me confundiría con los que maltrataron a su padre?

—No lo creo; esa niña sabrá distinguir a las personas formales. Ya averiguarás eso más adelante, que ahora no está el horno para bollos. ¿Ves? De aquella casa piden socorro, y por aquí van unas pobres mujeres. Mira: una de ellas no se puede arrastrar y se arroja en el suelo. Es posible que la señorita doña Mariquilla Candiola ande también socorriendo heridos en San Pablo o en el Pilar.

—No lo creo.

—O quizá esté en la cartuchería.

—Tampoco lo creo. Estará en su casa, y allá quiero ir, Gabriel; ve tú al transporte de heridos, a la pólvora o a donde quieras, que yo voy allá.

Diciendo esto, se nos presentó Pirli, con su hábito de fraile ya en mil partes agujereado, y el morrión francés tan lleno de abolladuras y desperfectos en el pelo, chapa y plumero, que el héroe, portador de tales prendas, más que soldado, parecía una figura de Carnaval.

—¿Van ustedes al acarreo de heridos? —nis dijo—. Ahora se nos murieron dos que llevábamos a San Pablo. Allí quieren gente para abrir la zanja en que van a enterrar los muertos de ayer; pero yo he trabajado bastante y voy a descabezar un sueño en casa de Manuela Sancho. Antes bailaremos un poco. ¿Queréis venir?

—No; vamos a San Pablo—contesté—,

y enterraremos muertos, pues todo es trabajar.

—Dicen que los muchos difuntos envenenan el aire, y que por eso hay tanta gente con calenturas, las cuales despachan para el otro barrio más pronto que los heridos. Yo más quiero el *pastel caliente* que la epidemia, y una *señora* no me da miedo; pero el frío y la calentura, sí. ¿Conque vais a enterrar muertos?

—Sí — dijo Agustín —. Enterraremos muertos.

—En San Pablo hay lo menos cuarenta, todos puestos en una capilla —añadió Pirli—, y, al paso que vamos, pronto seremos más los muertos que los vivos. ¿Queréis divertirlos? Pues no vayáis a abrir la zanja, sino a la cartuchería, donde hay unas mozas... Todas las muchachas principales del pueblo están allí, y de cuando en cuando echan algo de canto y bailoteo para alegrar las almas.

—Pero allí no hacemos falta. ¿Está también Manuela Sancho?

—No; todas son señoritas principales que han sido llamadas por la Junta de Seguridad. Y también hay muchas en los hospitales. Ellas se brindan a este servicio, y la que falta es mirada con tan malos ojos, que no encontrará novio con quien casarse en todo este año ni en el que viene.

Sentimos detrás de nosotros pasos precipitados, y volviéndonos, vimos mucha gente, entre cuyas voces reconocimos la de don José Montoria, el cual, al vernos, muy encolerizado, nos dijo:

—¿Qué hacéis, papanatas? Tres hombres sanos y rollizos se están aquí mano sobre mano, cuando hace tanta falta gente para el trabajo. Vamos, largo de aquí. Adelante, caballeritos. ¿Veis aquellos dos palos que hay junto a la subida del Trenque, con una viga cruzada encima, de la que penden seis dogales? ¿Veis la horca que se ha puesto esta tarde para los traidores? Pues es también para los holgazanes. A trabajar, o a puñetazos os enseñaré a mover el cuerpo.

Seguimos tras ellos, y pasamos junto a la horca, cuyos seis dogales se balanceaban majestuosamente a impulso del viento, esperando gargantas de traidores o cobardes.

Montoria, cogiendo a su hijo por un

brazo, mostróle con enérgico ademán el horrible aparato, y le habló así:

—Aquí tienes lo que hemos puesto esta tarde. ¡Mira qué buen regalo para los que no cumplan con su deber! Adelante; yo, que soy viejo, no me canso jamás, y vosotros, jóvenes llenos de salud, parecéis de manteca. Ya se acabó aquella gente invencible del primer sitio. Señores, nosotros los viejos demos ejemplo a estos pisaverdes, que desde que llevan siete días sin comer se quejan y empiezan a pedir caldo. Caldo de pólvora os daría yo, y una garbanzada de cañón de fusil, ¡cobardes! ¡Ea!, adelante, que hace falta enterrar muertos y llevar cartuchos a las murallas.

—Y asistir a los enfermos de esta condenada epidemia que se está desarrollando—dijo uno de los que acompañaban a Montoria.

—Yo no sé qué pensar de esto que llaman epidemia los facultativos, y que yo llamo miedo, señores, puro miedo —añadió don José—; porque eso de quedarse uno frío, entrarle calambres, calentura y ponerse verde y morirse, ¿qué es sino efecto del miedo? Ya se acabó la gente templada, sí, señores. ¡Qué gente aquella la del primer sitio! Ahora, en cuanto hacen fuego nutrido y lo reciben por espacio de diez horas, ¡una friolera!, ya se caen de fatiga y dicen que no pueden más. Hay hombre que sólo por perder pierna y media se acobarda, y empieza a llamar a gritos a los Santos Mártires, diciendo que le lleven a la cama. ¡Nada, cobardía y pura cobardía! Como que hoy se retiraron de la batería de Palafox varios soldados, entre los cuales había muchos que conservaban un brazo sano y mondo. Y luego pedían caldo... ¡Que se chupen su propia sangre, que es el mejor caldo del mundo! Cuando digo que se acabó la gente de pecho, aquella gente, ¡porra, mil porras!

—Mañana atacarán los franceses las Tenerías—dijo otro—. Si resultan muchos heridos, no sé dónde los vamos a colocar.

—¡Heridos! —exclamó Montoria—. Aquí no se quieren los heridos. Los muertos no estorban, porque se hace con ellos un montón y...; pero los heridos... Como la gente no tiene ya aquel arrojo, pues..., apuesto a que defenderán las posiciones mientras no se vean

reducidos a la décima parte; pero las abandonarán desde que encima de cada uno se echen un par de docenas de franceses... ¡Qué debilidad! En fin, sea lo que Dios quiera, y pues hay heridos y enfermos, asistámoslos. ¿Qué tal? ¿Se ha recogido hoy mucha gallina?

—Como unas doscientas, de las cuales más de la mitad son de donativo, y las demás se han pagado a seis reales y medio. Algunos no las quieren dar.

—Bueno. ¡Que un hombre como yo se ocupe de gallinas en estos días! Han dicho ustedes que algunos no las querían dar, ¿eh? El señor capitán general me ha autorizado para imponer multas a los que no contribuyan a la defensa, y sin ruido ni violencia arreglaremos a los tibios y a los traidores... Alto, señores. Una bomba cae por las inmediaciones de la Torre Nueva. ¿Veis? ¿Oís? ¡Qué horroroso estrépito! Apuesto a que la Divina Providencia, más que los morteros franceses, la ha dirigido contra el hogar de este judío empedernido y sin alma que ve con indiferencia y hasta con desprecio las desgracias de sus vecinos. Corre la gente hacia allá; parece que arde una casa, o que se ha desplomado... No, no corráis, infelices: dejadla que arda: dejadla que caiga al suelo en mil pedazos. Es la casa del tío Candiola, que no daría una peseta por salvar al género humano de un nuevo diluvio... ¡eh, Agustín!, ¿adónde vas? ¿Tú también corres hacia allá? Ven acá y sígueme, que hacemos más falta en otra parte.

Ibamos por junto a la Escuela Pía. Agustín, impulsado sin duda por un movimiento de su corazón, tomó a toda prisa la dirección de la plazuela de San Felipe, siguiendo a la mucha gente que hacia este sitio corría; pero detenido enérgicamente por su padre, continuó, mal de su grado, en nuestra compañía. Algo ardía indudablemente cerca de la Torre Nueva, y en ésta los preciosos arabescos y las facetas de los ladrillos enrojecidos por la cercana llama. Aquel monumento elegante, aunque cojo, descollaba en la negra noche, vestido de púrpura, y al mismo tiempo su colosal campana lanzaba al aire prolongados lamentos.

Llegamos a San Pablo.

—¡Ea!, muchacho, haraganes —nos dijo don José—, ayudad a los que abren

esta zanja. Que sea holgadita, crecederita: es un traje con que van a vestirse cuarenta cuerpos.

Y emprendimos el trabajo, sacando tierra de la zanja que se abría en el patio de la iglesia. Agustín cavaba como yo, y a cada instante volvía sus ojos a la Torre Nueva.

—Es un incendio terrible—me dijo—. Mira: parece que se extingue un poco, Gabriel. Yo me quiero arrojar en esta gran fosa que estamos abriendo.

—No haya prisa—le respondí—, que tal vez mañana nos echen en ella sin que lo pidamos. Conque dejarse de tonterías y a trabajar.

—¿No ves? Creo que se extingue el fuego.

—Sí; se habrá quemado toda la casa. El tío Candiola habrása encerrado en el sótano con su dinero, y allí no llegará el fuego.

—Gabriel, voy un momento allá; quiero ver si ha sido su casa. Si sale mi padre de la iglesia, le dirás que... vuelvo en seguida.

La repentina salida de don José de Montoria impidió a Agustín la fuga que proyectaba, y los dos continuamos cavando la gran sepultura. Comenzaron a sacar cuerpos, y los heridos o enfermos que eran traídos a cada instante veían el cómodo lecho que se les estaba preparando, quizá para el día siguiente. Al fin se creyó que la zanja era bastante honda, y nos mandaron suspender la excavación. Acto continuo fueron traídos uno a uno los cadáveres y arrojados en su gran sepultura; mientras algunos clérigos, puestos de rodillas y rodeados de mujeres piadosas, recitaban lúgubres responsos. Cayeron dentro todos, y no faltaba sino echar la tierra encima. Don José de Montoria, con la cabeza descubierta y rezando en voz alta un Padre nuestro, echó el primer puñado, y luego nuestras palas y azadas empezaron a cubrir la tumba a toda prisa. Concluida nuestra operación, todos nos pusimos de rodillas y rezamos en voz baja. Agustín de Montoria me decía al oído:

—Iremos ahora... Mi padre se marchará, le dices que hemos quedado en relevar a dos compañeros que tienen un enfermo en su familia y quieren pasar a verle. Díselo, por Dios; yo no me atrevo..., y en seguida nos iremos allá.

XV

Y engañamos al viejo y fuimos, ya muy avanzada la noche, porque la inhumación que acabo de mencionar duró más de tres horas. La luz del incendio por aquella parte había dejado de verse; la masa de la torre perdiase en la oscuridad de la noche, y su gran campana no sonaba sino de tarde en tarde para anunciar la salida de una bomba. Pronto llegamos a la plazuela de San Felipe, y al observar que humeaba el techo de una casa cercana en la calle del Temple, comprendimos que no fué la del tío Candiola, sino aquélla, la que tres horas antes habían invadido las llamas.

—Dios la ha preservado—dijo Agustín con mucha alegría—, y si la ruindad del padre trae sobre aquel techo la cólera divina, las virtudes y la inocencia de Mariquilla la detienen. Vamos allá.

En la plazuela de San Felipe había alguna gente; pero la calle de Antón Trillo estaba desierta. Nos detuvimos junto a la tapia de la huerta y pusimos atento el oído. Todo estaba tan en silencio, que parecía abandonada la casa. ¿Lo estaría realmente? Aunque aquel barrio era de los menos castigados por el bombardeo, muchas familias lo habían desalojado o vivían refugiadas en los sótanos.

—Si entro—me dijo Agustín—, tú entrarás conmigo. Después de la escena de hoy, temo que don Jerónimo, suspicaz y medroso como buen avaro, esté alerta toda la noche y ronde la huerta, creyendo que vuelven a quitarle su hacienda.

—En ese caso—le respondí—, más vale no entrar, porque, además del peligro que trae el caer en manos de ese vestiglo, habrá gran escándalo, y mañana todos los habitantes de Zaragoza sabrían que el hijo de don José de Montoria, el joven destinado a encajarse una mitra en la cabeza, anda en malos pasos con la hija del tío Candiola.

Pero esto y algo más que le dije era predicar en desierto, y así, sin atender razones, insistiendo en que yo le siguiera, hizo la señal amorosa, aguardando con la mayor ansiedad que fuera contestada. Transcurrió algún tiempo, y al cabo, después de mucho mirar y remirar desde la acera de enfrente, percibimos

luz en la ventana alta. Sentimos luego recorrer muy quedamente el cerrojo del portalón, y éste se abrió sin rechinar, pues sin duda el amor había tenido la precaución de engrasar sus viejos goznes. Los dos entramos, topando de manos a boca no con la deslumbradora hermosura de una perfumada y voluptuosa doncella, sino con una avinagrada cara, en la que al punto reconocí a doña Guedita.

—¡Vaya unas horas de venir!—dijo gruñendo—; y viene con otro. Caballeros, hagan el favor de no meter ruido. Anden sobre las puntas de los pies, y cuiden de no tropezar ni con una hoja seca, que el señor me parece que está despierto.

Esto nos lo dijo en voz tan baja, que apenas lo entendimos; y luego marchó adelante, haciendo señas de que la siguiéramos y poniendo el dedo en los labios para intimarnos un silencio absoluto. La huerta era pequeña: pronto le dimos fin, tropezando con una escalerilla de piedra que conducía a la entrada de la casa, y no habíamos subido seis escalones cuando nos salió al encuentro una esbelta figura arrebujaada en una manta, capa o cabriolé. Era Mariquilla. Su primer ademán fué imponernos silencio, y luego miró con inquietud una ventana lateral que también a la huerta caía. Después mostró sorpresa al ver que Agustín iba acompañado; pero éste supo tranquilizarla diciendo:

—Es Gabriel, mi amigo, mi mejor, mi único amigo, de quien me has oído hablar tantas veces.

—Habla más bajo—dijo María—. Mi padre salió hace poco de su cuarto con una linterna y rondó toda la casa y la huerta. Me parece que no duerme aún. La noche está oscura. Ocultémonos en la sombra del ciprés y hablemos en voz muy baja.

La escalera de piedra conducía a una especie de corredor o balcón con antepecho de madera. En el extremo de este corredor, un ciprés corpulento plantado en la huerta proyectaba gran masa de sombra, formando allí una especie de refugio contra la claridad de la luna. Las ramas desnudas del olmo se extendían sin sombrear por otro lado, y garabateaban con mil rayas el piso del corredor, la pared de la casa y nuestros cuerpos. Al amparo de la sombra del ci-

prés sentóse Mariquilla en la única silla que allí había; púsose Montoria en el suelo y junto a ella, apoyando las manos en sus rodillas, y yo sentéme también sobre el piso, no lejos de la hermosa pareja. Era la noche, como de enero, serena, seca y fría; quizá los dos amantes, caldeados en el amoroso rescoldo de sus corazones, no sentían la baja temperatura; pero yo, criatura ajena a sus incendios, me envolví en mi capote para resguardarme de la frialdad de los ladrillos. La tía Guedita había desaparecido. Mariquilla entabló la conversación abordando desde luego el punto difícil.

—Esta mañana te vi en la calle. Cuando sentimos Guedita y yo el ruido de mucha gente que se agolpaba en nuestra puerta, me asomé a la ventana, y te vi en la ácerá de enfrente.

—Es verdad—respondió Montoria con turbación—. Allá fui; pero tuve que marcharme al instante, porque se me acababa la licencia.

—¿No viste cómo aquellos bárbaros atropellaron a mi padre?—dijo Mariquilla, conmovida—. Cuando aquel hombre cruel le castigó, miré a todos lados, esperando que tú saldrías en su defensa; pero ya no te vi por ninguna parte.

—Lo que te digo, Mariquilla de mi corazón—repuso Agustín—, es que tuve que marcharme antes... Después me dijeron que tu padre había sido maltratado, ¡y me dió un coraje!... Quise venir.

—¡A buenas horas! Entre tantas, entre tantas personas—añadió Candiola, llorando—, ni una, ni una sola hizo un gesto para defenderle. Yo me moría de miedo aquí arriba, viéndole en peligro. Miramos con ansiedad a la calle. Nada, no había más que enemigos... Ni una mano generosa, ni una voz caritativa. Entre todos aquellos hombres, uno más cruel que todos, arrojó a mi padre en el suelo... ¡Oh! Recordando esto, no sé lo que me pasa. Cuando lo presencié, un gran terror me tuvo por momentos paralizada. Hasta entonces no conocí yo la verdadera cólera, aquel fuego interior, aquel impulso repentino, que me hizo correr de aposento en aposento buscando... Mi pobre padre yacía en el suelo, y el miserable le pisoteaba como si fuera un reptil venenoso. Viendo esto, yo sentía la sangre hirviendo en mi cuerpo. Como te he dicho, corrí por la habitación buscando un arma, un cu-

chillo, un hacha, cualquier cosa. No encontré nada... Desde lo interior, oí lamentos de mi padre, y sin esperar más bajé a la calle. Al verme en el almacén entre tantos hombres, sentí de nuevo invencible terror, y no podía dar un paso. El mismo que le había maltratado me alargó un puñado de monedas de oro. No las quise tomar; pero luego se las arrojé a la cara con fuerza. Me parecía tener en la mano un puñado de rayos, y que vengaba a mi padre lanzándolos contra aquellos viles. Salí después, miré otra vez a todos lados buscándote; pero nada vi. Sólo entre la turba inhumana, mi padre se encontraba sobre el cieno pidiendo misericordia.

—¡Oh María, Mariquilla de mi corazón!—exclamó Agustín con dolor, besando las manos de la desgraciada hija del avaro—, no hables más de ese asunto, que me destroza el alma. Yo no podía defenderte..., tuve que marcharme..., no sabía nada..., creí que aquella gente se reunía con otro objeto. Es verdad que tienes razón; pero deja ese asunto, que me lastima, me ofende y me causa inmensa pena.

—Si hubieras salido a la defensa de mi padre, éste te hubiera mostrado gratitud. De la gratitud se pasa al cariño. Habrías entrado en casa...

—Tu padre es incapaz de amar a nadie—respondió Montoria—. No esperes que consigamos nada por ese camino. Confíemos en llegar al cumplimiento de nuestros deseos por caminos desconocidos, con la ayuda de Dios y cuando menos lo parezca. No pensemos en lo ordinario ni en lo que tenemos delante, porque todo lo que nos rodea está lleno de peligros, de obstáculos, de imposibilidades; pensemos en algo imprevisto, en algún medio superior y divino, y llenos de fe en Dios y en el poder de nuestro amor, aguardemos el milagro que nos ha de unir, porque será un milagro, María, un prodigio como los que cuentan de otros tiempos y nos resistimos a creer.

—¡Un milagro!—exclamó María con melancólica estupefacción—. Es verdad. Tú eres un caballero principal, hijo de personas que jamás consentirán verte casado con la hija del señor Candiola. Mi padre es aborrecido en toda la ciudad. Todos huyen de nosotros, nadie nos visita; si salgo, me señalan, me miran con insolencia y desprecio. Las mu-

chachas de mi edad no gustan de alternar conmigo, y los jóvenes del pueblo que recorren de noche la ciudad cantando músicas amorosas al pie de las rejas de sus novias vienen junto a las mías a decir insultos contra mi padre, llamándome a mí misma con los nombres más feos. ¡Oh Dios mío! Comprendo que ha de ser preciso un milagro para que yo sea feliz... Agustín, nos conocemos hace cuatro meses, y aún no has querido decirme el nombre de tus padres. Sin duda no serán tan odiados como el mío. ¿Por qué lo ocultas? Si fuera preciso que nuestro amor se hiciera público, te apartarías de las miradas de tus amigos, huyendo con horror de la hija del tío Candiola.

—¡Oh! No, no digas eso—exclamó Agustín, abrazando las rodillas de Mariquilla y ocultando el rostro en su regazo—. No digas que me avergüenzo de quererte, porque al decirlo insultas a Dios. No es verdad. Hoy, nuestro amor permanecé en secreto, porque es necesario que así pase; pero cuando sea preciso descubrirlo, lo descubriré arrostrando la cólera de mi padre. Sí, María: mis padres me maldecirán, arrojándome de su casa. Hace pocas noches me dijiste, mirando ese monumento que desde aquí se descubre: «Cuando esa torre se ponga derecha, dejaré de quererte.» Yo te juro que la firmeza de mi amor excede a la movilidad, al grandioso equilibrio de esa torre, que podrá caer al suelo, pero jamás ponerse a plomo sobre la base que la sustenta. Las obras de los hombres son variables; las de la Naturaleza son inmutables, y descansan eternamente sobre su inmortal asiento. ¿Has visto el Moncayo, esa gran Peña que, escalonada con otras muchas, se divisa hacia Poniente, mirando desde el Arrabal? Pues cuando el Moncayo se canse de estar en aquel sitio y se mueva, y venga andando hasta Zaragoza, y ponga uno de sus picos sobre nuestra ciudad reduciéndola a polvo, entonces, sólo entonces dejaré de quererte.

De este modo hiperbólico y con este naturalismo poético expresaba mi amigo su grande amor, correspondiendo y halagando así la imaginación de la hermosa Candiola, que propendía con impulso ingénito al mismo sistema. Callaron ambos un momento, y luego los dos, mejor dicho, los tres proferimos una ex-

clamación y miramos a la torre, cuya campana había lanzado al viento dos toques de alarma. En el mismo instante un globo de fuego surcó el negro espacio, describiendo rápidas oscilaciones.

—¡Una bomba! ¡Es una bomba!—exclamó María con pavor, arrojándose en brazos de su amigo.

La espantosa luz pasó velozmente por encima de nuestras cabezas, por encima de la huerta y de la casa, iluminando a su paso la torre, los techos vecinos, hasta el rincón donde nos escondíamos. Luego sintióse el estallido. La campana empezó a clamar, uniéndose a su grito el de otras más o menos lejanas, agudas, graves, chillonas, cascadas, y oímos el tropel de gente que corría por las inmediatas calles.

—Esa bomba no nos matará—dijo Agustín, tranquilizando a su novia—. ¿Tienes miedo?

—¡Mucho, muchísimo miedo!—respondió ésta—, aunque a veces me parece que tengo mucho, muchísimo valor. Paso las noches rezando y pidiéndole a Dios que aparte de mi casa el fuego. Hasta ahora ninguna desgracia nos ha ocurrido, ni en éste ni en el otro sitio. Pero ¡cuántos infelices han perecido, cuántas casas de personas honradas y que nunca hicieron mal a nadie han sido destruidas por las llamas! Yo deseo ardientemente ir como los demás a socorrer a los heridos, pero mi padre me lo prohíbe, y se enfada conmigo siempre que se lo propongo.

Esto decía, cuando en el interior de la casa sentimos ruido vago y lejano en que se confundía con la voz de la señora Guedita la desapacible del tío Candiola. Los tres, obedeciendo a un mismo pensamiento, nos estrechamos en el rincón y contuvimos el aliento, temiendo ser sorprendidos. Luego sentimos más cerca la voz del avaro, que decía:

—¿Qué hace usted levantada a estas horas, señora Guedita?

—Señor—contestó la vieja, asomándose por una ventana que daba al corredor—, ¿quién puede dormir con ese horroroso bombardeo? Si a lo mejor se nos mete aquí una señora bomba y nos coge en la cama y en paños menores, y vienen los vecinos a sacar los trastos y apagar el fuego... ¡Oh, qué falta de pudor! No pienso desnudarme mientras dure este endemoniado bombardeo.

—Y mi hija, ¿duerme?—preguntó Candiola, que al decir esto se asomaba por un ventanillo al otro extremo de la huerta.

—Arriba está durmiendo como una marmota—repuso la dueña—. Bien dicen que para la inocencia no hay peligros. A la niña no le asusta una bomba más que un cohete.

—¡Si desde aquí se divisara el punto donde ha caído ese proyectil!—dijo Candiola, alargando su cuerpo fuera de la ventana para poder extender la vista por sobre los tejados vecinos, más bajos que el de su casa—. Se ve claridad como de incendio; pero no puedo decir si es cerca o lejos.

—O yo no entiendo nada de bombas—dijo Guedita desde el corredor—, o ésta ha caído allá por el Mercado.

—Así parece. Si cayeran todas en las casas de los que sostienen la defensa y se empeñan en no acabar de una vez tantos desastres... ¡Si no me engaño, señora Guedita, el fuego luce hacia la calle de la Tripería! ¿No están por allá los almacenes de la Junta de Abastos? ¡Ah! ¡Bendita bomba, que no cayera en la calle de la Hilarza y en la casa del malvado y miserable ladrón!... Señora Guedita, estoy por salir a la calle a ver si el regalo ha caído en la casa de la Hilarza, en la casa del orgulloso, del entremetido, del canalla, del asesino don José de Montoria. Se lo he pedido con tanto fervor esta noche a la Virgen del Pilar, a las Santas Masas y a Santo Domingo del Val, que al fin creo que me han oído.

—Señor don Jerónimo—dijo la vieja—, déjese de correrías, que el frío de la noche traspasa, y no vale la pena de coger una pulmonía por ver dónde paró la bomba, que harto tenemos ya con saber que no se nos ha metido en casa. Si lo que pasó no ha caído en casa de ese bárbaro sayón, otra caerá mañana, pues los franceses tienen buena mano. Conque acuéstese su merced, que yo me quedo rondando la casa, por si ocurriese algo.

Candiola, respecto a la salida, varió sin duda de parecer, en vista de los buenos consejos de la criada porque cerrando la ventanilla, metióse dentro y no se le sintió más en el resto de la noche. Mas no porque desapareciera rompieron los amantes el silencio, temerosos de ser

escuchados o sorprendidos; y hasta que la vieja vino a participarnos que el señor roncaba como un labriego, no se reanudó el diálogo interrumpido.

—Mi padre desea que las bombas caigan sobre la casa de su enemigo—dijo María—. Yo no quisiera verlas en ninguna parte; pero si alguna vez se puede desear mal al prójimo, es en esta ocasión, ¿no es verdad?

Agustín no contestó nada.

—Tú te marchaste—continuó la joven—; tú no viste cómo aquel hombre, el más cruel, el más malvado y cobarde de todos los que vinieron, le arrojó al suelo, ciego de cólera, y le pisoteó. Así patearán su alma los demonios en el infierno, ¿no es verdad?

—Sí—contestó lacónicamente el mozo.

—Esta tarde, después que todo aquello pasó, Guedita y yo curábamos las contusiones de mi padre. Estaba tendido sobre la cama, y loco de desesperación se retorció, mordiéndose los puños y lamentándose de no haber tenido más fuerza que el otro. Nosotras procurábamos consolarle; pero él nos decía que calláramos. Después me echó en cara, ¡tal es su rabia!, que hubiese yo arrojado a la calle el dinero de la harina; enfadose mucho conmigo, y me dijo que, pues no se pudo sacar otra cosa, los tres mil reales y pico no debían despreciarse; y que yo era una loca despilfarradora, que le estaba arruinando. De ningún modo podíamos calmarle. Cerca del anochecer, sentimos otra vez ruido en la calle. Creímos que volvían los mismos y el mismo del mediodía. Mi padre quiso arrojarle del lecho lleno de furia. Yo tuve al principio mucho miedo; después me reanimé, considerando que era necesario mostrar valor. Pensando en ti, dije: «Si él estuviera en casa, nadie nos insultaría.» Como el rumor de la calle aumentara, llenéme de valor, cerré bien todas las puertas, y rogando a mi padre que continuase quieto en su cama, resolví esperar. Mientras Guedita rezaba de rodillas a todos los santos del Cielo, yo registré la casa buscando un arma, y al fin pude hallar un cuchillo. La vista de esta arma siempre me ha causado horror; pero hoy la empuñé con decisión. ¡Oh!, estaba fuera de mí, y aun ahora mismo me causa espanto el pensar en aquello. Frecuentemente me desmayo al mirar

un herido; me asusto y tiemblo sólo de ver una gota de sangre; casi lloro si castigan a un perro delante de mí, y jamás he tenido fuerzas para matar una mosca; pero esta tarde, Agustín, esta tarde, cuando sentí ruido en la calle, cuando creí oír de nuevo los golpes en la puerta, cuando esperaba por momentos ver delante de mí a aquellos hombres... Te juro que si llega a salir verdad lo que temí; si cuando yo estaba en el cuarto de mi padre, junto a su cama, llega a entrar el mismo hombre que le maltrató algunas horas antes, te juro que allí mismo..., sin vacilar..., cierrro los ojos, y le parto el corazón.

—Calla, por Dios—dijo Montoria con horror—. Me causas miedo, María, y al oírte me parece que tus propias manos, estas divinas manos, clavan en mi pecho la hoja fría. No maltratarán otra vez a tu padre. Ya ves cómo lo de esta noche fué puro miedo. No, no hubieras sido capaz de lo que dices: tú eres una mujer, y una mujer débil, sensible, tímida, incapaz de matar a un hombre, como no le mates de amor. El cuchillo se te hubiera caído de las manos, y no habrías manchado tu pureza con la sangre de un semejante. Esos horrores se quedan para nosotros los hombres, que nacemos destinados a la lucha, y que a veces nos vemos en el triste caso de gozar arrancando hombres a la vida. María, no hables más de ese asunto; no recuerdes a los que te ofendieron; perdónalos y, sobre todo, no mates a nadie; ni aun con el pensamiento.

XVI

Mientras esto decía, observé el rostro de la Candiola, que en la oscuridad parecía modelado en pálida cera, y tenía el tono pastoso y mate del marfil. De sus negros ojos, siempre que los alzaba al cielo, partía un ligero rayo. Sus negras pupilas, sirviendo de espejo a la claridad del cielo, producían en el fondo donde nos encontrábamos dos rápidos puntos de luz, que aparecían y se borraban, según la movilidad de su mirada. Y era curioso observar en aquella criatura, toda ella pasión, la borrascosa crisis que removía y exaltaba su sensibilidad hasta ponerla en punto de bravura.

Aquel abandono voluptuoso, aquel arrullo (pues no hallo nombre más propio para pintarla), aquel tibio agasajo que había en la atmósfera junto a ella, no se avenían bien aparentemente con los alardes de heroísmo en defensa del ultrajado padre; pero una observación atenta podía descubrir que ambas corrientes aflúan de un mismo manantial.

—Yo admiro tu exaltado cariño filial—prosiguió Agustín—. Ahora oye otra cosa. No disculpo a los que maltrataron a tu padre; pero no debes olvidar que tu padre es el único que no ha dado nada para la guerra. Don Jerónimo es persona excelente, pero no tiene en su alma ni chispa de patriotismo. Le son indiferentes las desgracias de la ciudad, y hasta parece alegrarse cuando no salimos victoriosos.

La Candiola exhaló algunos suspiros, elevando sus ojos al cielo.

—Es verdad—dijo después—. Todos los días y a todas horas le estoy suplicando que dé algo para la guerra. Nada puedo conseguir, aunque le pongo la necesidad de los pobres soldados y el mal papel que estamos haciendo en Zaragoza. El se enfada cuando me oye, y dice que el que ha traído la guerra que la pague. En el otro sitio me alegraba en extremo cuando tenía noticia de alguna victoria, y el cuatro de agosto salí yo misma sola a la calle, no pudiendo resistir la curiosidad. Una noche estaba en casa de las de Urries, y como celebraban la acción de aquella tarde, que había sido muy brillante, alabé yo también lo ocurrido, mostrándome muy entusiasmada. Entonces una vieja que estaba presente me dijo en voz alta y con muy mal tono: «Niña loca, en vez de hacer esos aspavientos, ¿por qué no llevas al hospital de sangre siquiera una sábana vieja? En casa del señor Candiola, que tiene los sótanos llenos de dinero, ¿no hay un mal pingajo que dar a los heridos? Tu papaito es el único, el único de todos los vecinos de Zaragoza que no ha dado nada para la guerra.» Rieron todos al oír esto, y yo me quedé corrida, muerta de vergüenza, sin atreverme a hablar. En un rincón de la sala estuve hasta el fin de la tertulia, sin que nadie me dirigiera la palabra. Mis pocas amigas, que tanto me querían, no se acercaban a mí; entre el tumulto de la reunión oí a menudo el nombre de mi padre con

comentarios y apodos muy denigrantes. ¡Oh! Se me partía con esto el corazón. Cuando me retiré para venir a casa, apenas me saludaron friamente, y los amos de la casa me despidieron con desabrimiento. Vine aquí, era ya de noche, me acosté y no pude dormir ni cesé de llorar hasta por la mañana. La vergüenza me requemaba la sangre.

—Mariquilla—declaró Agustín con amor—, la bondad de tus sentimientos es tan grande, que por ella olvidará Dios las crueldades de tu padre.

—Después—prosiguió la Candiola—, a los pocos días, el cuatro de agosto, vinieron los dos heridos que nombró hoy en la reyerta el enemigo de mi padre. Cuando nos dijeron que la Junta destinaba a casa dos heridos para que los asistiéramos, Guedita y yo nos alegramos mucho, y locas de contento empezamos a preparar vendas, hilas y camas. Los esperábamos con tanta ansiedad, que a cada instante nos poníamos a la ventana por ver si venían. Por fin vinieron; mi padre, que había llegado momentos antes de la calle con muy negro humor, quejándose de que habían muerto muchos de sus deudores y que no tenía esperanzas de cobrar, recibió muy mal a los heridos. Yo le abracé llorando, y le pedí que les diera alojamiento; pero no me hizo caso, y ciego de cólera, los arrojó en medio del arroyo, atrancó la puerta y subió, diciendo: «Que los asista quien los ha parido.» Era ya de noche. Guedita y yo estábamos muertas de desolación. No sabíamos qué hacer, y desde aquí sentíamos los lamentos de aquellos dos infelices que se arrastraban en la calle pidiendo socorro. Mi padre, encerrándose en su cuarto para hacer cuentas, no se cuidaba ya ni de ellos ni de nosotras. Pasito a pasito, para que no nos sintiera, fuimos a la habitación que da a la calle, y por la ventana les echamos trapos para que se vendasen; pero no los podían coger. Los llamamos, nos vieron, y alargaban sus manos hacia nosotras. Atamos un cestillo a la punta de una caña, y les dimos algo de comida; pero uno de ellos estaba exánime, y al otro sus dolores no le permitían comer nada. Los animábamos con palabras tiernas y pedíamos a Dios por ellos. Por último, resolvimos bajar por aquí y salir afuera para asistirlos, aunque sólo un momento; pero mi padre nos sor-

prendió y se puso furioso. ¡Qué noche, Santa Virgen! Uno de ellos murió en medio de la calle, y el otro se fué arrastrando a buscar misericordia no sé dónde.

Agustín y yo callamos, meditando en las monstruosas contradicciones de aquella casa.

—Mariquilla—exclamó al fin mi amigo—. ¡qué orgulloso estoy de quererte! La ciudad no conoce tu corazón de oro, y es preciso que lo conozca. Yo quiero decir a todo el mundo que te amo y probar a mis padres, cuando lo sepan, que he hecho una elección acertada.

—Yo soy como otra cualquiera—dijo con humildad la Candiola—, y tus padres no verán en mí sino la hija del que llaman el *judío mallorquin*. ¡Oh, me mata la vergüenza! Quiero salir de Zaragoza y no volver más a este pueblo. Mi padre es de Palma, cierto; pero no descende de judíos, sino de cristianos viejos, y mi madre era aragonesa y de la familia de Rincón. ¿Por qué somos despreciados? ¿Qué hemos hecho?

Diciendo esto, los labios de Mariquilla se contrajeron con una sonrisa entre incrédula y desdeñosa. Atormentado, sin duda, por dolorosos pensamientos, Agustín permaneció mudo, la frente apoyada sobre las manos de su novia. Terribles fantasmas se alzaban con amenazador ademán entre uno y otro. Con los ojos del alma, él y ella los miraban llenos de espanto.

Después de un largo rato, Agustín alzó el rostro.

—María, ¿por qué callas? Di algo.

—¿Por qué callas tú, Agustín?

—¿En qué piensas?

—¿En qué piensas tú?

—Pienso—dijo el mancebo—en que Dios nos protegerá. Cuando concluya el sitio, nos casaremos. Si tú te vas de Zaragoza, yo iré contigo a donde tú te vayas. ¿Tu padre te ha hablado alguna vez de casarte con alguien?

—Nunca.

—No impedirá que te cases conmigo. Yo sé que los míos se opondrán; pero mi voluntad es irrevocable. No comprendo la vida sin ti, y perdiéndote no existiría. Eres la suprema necesidad de mi alma, que sin ti sería como el universo sin luz. Ninguna fuerza humana nos apartará mientras tú me ames. Esta convicción está tan arraigada dentro de mí, que si alguna vez pienso que nos hemos

de separar en vida para siempre, se me representa esto como un trastorno en la Naturaleza. ¡Y sin ti! Esto me parece la mayor de las aberraciones. ¡Yo sin ti! ¡Qué delirio y qué absurdo! Es como el mar en la cumbre de las montañas, y la nieve en las profundidades del Océano vacío; como lo ríos corriendo por el cielo, y los astros hechos polvo de fuego en las llanuras de la tierra; como si los árboles hablaran, y el hombre viviera entre los metales y las piedras preciosas, en las entrañas de la tierra. Yo me acobardo a veces y tiemblo pensando en las contrariedades que nos abruma; pero la confianza que ilumina mi espíritu, como la fe de las cosas santas, me reanima. Si por momentos temo la muerte, después una voz secreta me dice que no moriré mientras tú vivas. ¿Ves todo este estrago del sitio que soportamos? ¿Ves cómo llueven bombas, granadas y balas, y cómo caen para no levantarse más infinitos compañeros míos? Pues pasada la primera impresión de miedo, nada de esto me hace estremecer, y creo que la Virgen del Pilar aparta de mí la muerte. Tu sensibilidad te tiene en comunicación constante con los ángeles del Cielo; tú eres un ángel del Cielo, y él amarte, el ser amado por ti, me da un poder divino, contra el cual nada pueden las fuerzas del hombre.

Así habló largo rato Agustín, desbordándose de su llena fantasía los pensamientos de la amorosa superstición que le dominaba.

—Pues yo—dijo Mariquilla—también tengo cierta confianza en lo mismo que has dicho. Temo mucho que te maten; pero no sé qué voces me suenan en el fondo de mi alma, diciéndome que no te matarán. ¿Será porque he rezado mucho pidiendo a Dios conserve tu vida en medio de este horroroso fuego? No lo sé. Por las noches, como me acuesto pensando en las bombas que han caído, en las que caen y en las que caerán, sueño con las batallas y no ceso de oír el zumbido de los cañones. Deliro mucho, y Guedita, que duerme junto a mí, asegura que hablo en sueños, diciendo mil desatinos. Seguramente diré alguna cosa, porque no ceso de soñar, y te veo en la muralla, y hablo contigo, y me respondes. Las balas no te tocan, y me parece que es por el Padrenuestro que rezo despierta y dormida. Hace pocas noches so-

ñé que iba a curar a los heridos con otras muchachas y que los poníamos buenos en el acto, casi resucitándolos con nuestras hilas. También soñé que, de vuelta a casa, te encontré aquí; estabas con tu padre, que era un viejecito muy amable y risueño, y hablaba con el mío, sentados ambos en el sofá de la sala, y los dos parecían muy amigos. Después soñé que tu padre me miraba sonriendo y empezó a hacerme preguntas. Otras veces sueño cosas tristes. Cuando despierto, pongo atención, y si no siento el ruido del bombardeo, digo: «Puede que los franceses hayan levantado el sitio.» Si oigo cañonazos, miro a la imagen de la Virgen del Pilar que está en mi cuarto, le pregunto con el pensamiento, y me contesta que no has muerto, sin que yo pueda decir qué signo emplea para responderme. Paso el día pensando en las murallas, y me pongo en la ventana para oír lo que dicen los mozos al pasar por la calle. Algunas veces siento tentaciones de preguntarles si te han visto... Llega la noche, te veo y me quedo tan contenta. Al día siguiente, Guedita y yo nos ocupamos en preparar alguna cosa de comer a escondidas de mi padre: si vale la pena, te la guardamos a ti, y si no, se lleva para los heridos y enfermos ese fraílito que llaman el padre Busto, el cual viene por las tardes con pretexto de visitar a doña Guedita, de quien es pariente. Nosotras le preguntamos que cómo va la cosa, y él nos dice: «Perfectamente. Las tropas están haciendo grandes proezas, y los franceses tendrán que retirarse como la otra vez.» Estas noticias de que todo va bien nos vuelven locas de gozo. El ruido de las bombas nos entristece después; pero rezando recobramos la tranquilidad. A solas en nuestro cuarto, de noche, hacemos hilas y vendas, que se lleva también a escondidas el padre Busto, como si fueran objetos robados; y al sentir los pasos de mi padre, lo guardamos todo con precipitación y apagamos la luz, porque si descubre lo que estamos haciendo se pone furioso.

Contando sus sustos y sus alegrías con divina sencillez, Mariquilla estaba risueña y algo festiva. El encanto especial de su voz no es descriptible, y sus palabras, semejantes a una vibración de notas cristalinas, dejaban eco armonioso en el alma. Cuando concluyó, el primer res-

plandor de la aurora empezaba a alumbrar su semblante.

—Despunta el día, Mariquilla—dijo Agustín—, y tenemos que marcharnos. Hoy vamos a defender las Tenerías; hoy habrá un fuego horroroso y morirán muchos; pero la Virgen del Pilar nos amparará, y podremos gozar de la victoria. María, Mariquilla, no me tocarán las balas.

—No te vayas todavía—respondió la hija de Candiola—. Despunta el día; pero aún no hacéis falta en la muralla.

Sonó la campana de la torre.

—Mira qué pájaros cruzan el espacio anunciando la aurora—dijo Agustín con amarga ironía.

Una, dos, tres bombas atravesaron el cielo, débilmente aclarado todavía.

—¡Qué miedo!—exclamó María, dejándose abrazar por Montorio—. ¿Nos preservará Dios hoy como nos ha preservado ayer?

—¡A la muralla!—exclamé yo, levantándome a toda prisa—. ¿No oyes que tocan a llamada las campanas y tambores? ¡A la muralla!

Mariquilla, poseída de un pánico imposible de pintar, lloraba, queriendo detener a Montoria. Yo, resuelto a partir, pugnaba por llevármelo.

Estruendo de tambores y campanas sonaba en la ciudad convocando a las armas, y si en el instante mismo no acudíamos a las filas, corríamos riesgo de ser arcabuceados o tenidos por cobardes.

—Me voy, me voy, María—dijo mi amigo con profunda emoción—. ¿Temes al fuego? No; esta casa sagrada, porque tú la habitas, será respetada por el fuego enemigo, y la crueldad de tu padre no la castigará Dios en tu santa cabeza. Adiós.

Apareció bruscamente doña Guedita, diciendo que su amo se estaba levantando a toda prisa. Entonces la misma María nos empujó hacia lo bajo de la huerta, ordenándonos que saliéramos al instante. Agustín estaba trapasado de pena, y en la puerta hizo movimientos de perplejidad y dió algunos pasos para volver al lado de la infeliz Candiolla, que, muerta de miedo, derramando lágrimas y con las manos cruzadas en disposición de orar, nos miraba partir, aún envuelta en la sombra del ciprés que nos había dado abrigo.

En el momento en que abríamos la

puerta oyóse un grito en la parte superior de la casa, y vimos al tío Candiola que, saliendo a medio vestir, se dirigía hacia nosotros en actitud amenazadora. Quiso Agustín volver atrás; pero le empujé hacia afuera, y salimos.

—¡Al momento a las filas! ¡A las filas!—exclamé—. Nos echarán de menos, Agustín. Deja por ahora a tu futuro suegro que se entienda con tu futura esposa.

Y velozmente corrimos hasta dar en el Coso, donde observamos el sinnúmero de bombas arrojadas sobre la infeliz ciudad. Todos acudían con presteza a distintos sitios: cuál a las Tenerías, cuál al Portillo, cuál a Santa Engracia o a Trinitarios. Al llegar al arco de Cineja trepezamos con don José de Montoria, que, seguido de sus amigos, corría hacia el Almudí. En el mismo instante, un terrible estampido, resonando a nuestra espalda, nos anunció que un proyectil enemigo había caído en paraje cercano. Agustín, al oír esto, volvió hacia atrás, disponiéndose a tornar al punto de donde veníamos.

—¿Adónde vas? ¡Porra!—le dijo su padre, deteniéndole—. ¡A las Tenerías, pronto; a las Tenerías!

La gente que iba y venía supo al instante el lugar del desastre, y oímos decir:

—Tres bombas han caído juntas en casa del tío Candiola.

—Los ángeles del Cielo apuntaron, sin duda, los morteros—exclamó don José de Montoria con estrepitosa carcajada—. Veremos cómo se las compone ese judío mallorquín, si es que ha quedado vivo, para poner en lugar seguro su dinero.

—Corramos a salvar a esos desgraciados—dijo Agustín con vehemencia.

—¡A las filas, cobardes!—exclamó el padre, sujetándole con férrea mano—. Esa es obra de mujeres. Los hombres, a morir en la brecha.

Era preciso acudir a nuestros puestos, y fuimos, mejor dicho, nos llevaron, nos arrastró la impetuosa oleada de gente que corría a defender el barrio de las Tenerías.

XVII

Mientras los morteros situados al Mediodía arrojaban bombas en el centro de la ciudad, los cañones de la línea orien-

tal dispararon con bala rasa sobre la débil tapia de las Mónicas y sobre las fortificaciones de tierra y ladrillo del Molino de aceite y de la batería de Palafox. Bien pronto abrieron tres grandes brechas, y el asalto era inminente. Apoyábanse en el Molino de Goicoechea, que tomaron el día anterior, después de ser abandonado e incendiado por los nuestros.

Seguras del triunfo, las masas de infantería recorrían el campo ordenándose para asaltarnos. Mi batallón ocupaba una casa de la calle de Pabostre, cuya pared había sido en toda su extensión aspillera. Muchos paisanos y compañías de varios regimientos aguardaban en la cortina, llenos de furor y sin que los arredrara la probabilidad de una muerte segura, con tal de escarmentar al enemigo en su impetuoso avance.

Pasaron largas horas; apuraron los franceses los recursos de su artillería por ver si nos aterraban, obligándonos a dejar el barrio; pero las tapias se desmoronaban, estremecíanse las casas con espantoso sacudimiento, y aquella gente heroica, que apenas se había desayunado con un zoquete de pan, gritaba desde la muralla, diciéndoles que se acercasen. Por fin, contra la brecha del centro y de la derecha avanzaron fuertes columnas sostenidas con otras a retaguardia, y se vió que la intención de los franceses era apoderarse a todo trance de aquella línea de pulverizados ladrillos, que defendían algunos centenares de locos, y tomarla a cualquier precio, arrojando sobre ella masas de carne y haciendo pasar la columna viva sobre los cadáveres de la muerte.

No se diga, para amenguar el mérito de los nuestros, que el francés luchaba a pécho descubierto; los defensores también lo hacían, y detrás de la desbaratada cortina no podía guarecerse una cabeza. Allí era de ver cómo chocaban las masas de hombres y cómo las bayonetas se cebaban con saña, más propia de fieras que de hombres, en los cuerpos enemigos. Desde las casas hacíamos fuego incesante, viéndoles caer materialmente en montones, heridos por el plomo y el acero al pie mismo de los escombros que querían conquistar. Nuevas columnas sustituían a las anteriores, y en los que llegaban después, a los es-

fuerzos del valor se unían ferozmente las brutalidades de la venganza.

Por nuestra parte, el número de bajas era enorme: los hombres quedaban por docenas estrellados contra el suelo en aquella línea que había sido muralla y ya no era sino una aglomeración informe de tierra, ladrillos y cadáveres. Lo natural, lo humano, habría sido abandonar unas posiciones defendidas contra todos los elementos de la fuerza y de la ciencia militar reunidos; pero allí no se trataba de nada que fuese humano y natural, sino de extender la potencia defensiva hasta límites infinitos, desconocidos por el cálculo científico y para el valor ordinario, desarrollando en sus incommensurables dimensiones el genio aragonés, que nunca se sabe adónde va.

Siguió, pues, la resistencia, sustituyendo los vivos a los muertos con entereza sublime. Morir era un accidente, un detalle trivial, un tropiezo del cual no debía hacerse caso.

Mientras esto pasaba, otras columnas igualmente poderosas trataban de apoderarse de la casa de González, que he mencionado arriba; pero desde las casas inmediatas y desde los cubos de la muralla se les hizo fuego tan terrible de fusilería y cañón, que desistieron de su intento. Iguales ataques tenían lugar, con mejor éxito de parte suya, por nuestra derecha, hacia la huerta de Campo Real y baterías de los Mártires, y la inmensa fuerza desplegada por los sitiadores a una misma hora y en una línea de poca extensión no podía menos de producir resultados.

Desde la casa de la calle de Pabostre, inmediata al Molino de la ciudad, hacíamos fuego, como he dicho, contra los que daban el asalto, cuando he aquí que las baterías de San José, antes ocupadas en demoler la muralla, enfilaron sus cañones contra aquel viejo edificio, y sentimos que las paredes retemblaban; que las vigas crujían como cuaderñas de un buque conmovido por las tempestades; que las maderas de los tapias estallaban, destrozándose en mil astillas; en suma: que la casa se venía abajo.

—¡Cuerno, recuerno!—exclamó el tío Garcés—. ¡Que se nos viene la casa encima!

El humo y el polvo no nos permitían ver lo que pasaba fuera, ni tampoco lo que dentro ocurría.

—¡A la calle, a la calle!—gritó Pirli, arrojándose por una ventana.

—¡Agustín, Agustín! ¿Dónde estás?—grité yo, llamando a mi amigo.

Pero Agustín no parecía. En aquel momento de angustia, y no encontrando en medio de tal confusión ni puerta para salir ni escalera para bajar, corrí a la ventana para arrojarme fuera, y el espectáculo que se ofreció a mis ojos obligóme a retroceder sin aliento ni fuerzas. Mientras los cañones de la batería de San José intentaban por la derecha sepultarnos entre los escombros de la casa y parecían conseguirlo sin esfuerzo, por delante, y hacia la era de San Agustín, la infantería francesa había logrado penetrar por las brechas, rematando a los infelices que ya apenas eran hombres y acabándolos de matar, pues su agonía desesperada no puede llamarse vida. De los callejones cercanos se les hacía un fuego horroroso, y los cañones de la calle de la Diezma sustituían a los de la batería vencida. Pero, asaltada la brecha, se aseguraban en la muralla. Era imposible conservar en el ánimo una chispa de energía ante tamaño desastre.

Huí de la ventana hacia adentro, des-pavorido, fuera de mí. Un trozo de pared estalló, reventó, desgajándose en enormes trozos, y una ventana cuadrada tomó la figura de un triángulo isósceles: el techo dejó ver por una esquina la luz del cielo; los trozos de yeso y las agudas astillas salpicaron mi cara. Corrí hacia el interior, siguiendo a otros que decían:

—¡Por aquí, por aquí!

—Agustín, Agustín—grité de nuevo, llamando a mi amigo.

Por fin le vi entre los que corríamos, pasando de una habitación a otra y subiendo la escalerilla que conducía a un desván.

—¿Estás vivo?—le pregunté.

—No lo sé—me dijo—, ni me importa saberlo.

En el desván rompimos fácilmente un tabique, y, pasando a otra estancia, hallamos una empinada escalera; la bajamos y nos vimos en una habitación chica. Unos siguieron adelante, buscando salida a la calle, y otros detuviéronse allí.

Se ha quedado fijo en mi imaginación, con líneas y colores indelebles, el inte-

rior de aquella mezquina pieza, bañada por la copiosa luz que entraba por una ventana abierta a la calle. Cubrían las paredes desiguales estampas de vírgenes y santos. Dos o tres cofres viejos y forrados de piel de cabra ocupaban un testero. Veíase en otro ropa de mujer colgada de clavos y alcayatas, y una cama altísima de humilde aspecto, aún con las sábanas revueltas. En la ventana había tres grandes tiestos con hierbas; y parapetadas tras ellos, dirigiendo por los huecos la rencorosa visual de su puntería, dos mujeres hacían fuego sobre los franceses que ya ocupaban la brecha. Tenían dos fusiles. Una cargaba y otra disparaba; agachábase la fusilera para enfilarse el cañón entre los tiestos, y suelto el tiro, alzaba la cabeza por sobre las matas para mirar al campo de batalla.

—¡Manuela Sancho—exclamé, poniendo la mano sobre el hombro de la heroica muchacha—, toda la resistencia es inútil! Retirémonos. La casa inmediata es destruída por las baterías de San José, y en el techo de ésta empiezan a caer las balas. Vámonos.

Pero no hacía caso y seguía disparando. Al fin, la casa, que era débil como la vecina, y aún menos que ésta podía resistir al choque de los proyectiles, experimentó una fuerte sacudida, cual si temblara la tierra en que arraigaban sus cimientos. Manuela Sancho arrojó el fusil. Ella y la mujer que la acompañaba penetraron precipitadamente en una inmediata alcoba, de cuyo oscuro recinto sentí salir angustiosas lamentaciones. Al entrar, vimos que las dos muchachas abrazaban a una anciana tullida que, en su pavor, quería arrojar del lecho.

—Madre, esto no es nada—le dijo Manuela, cubriéndola con lo primero que encontró a mano—. Vámonos a la calle, que la casa parece que se quiere caer.

La anciana no hablaba, no podía hablar. Tomáronla en brazos las dos mozas; mas nosotros la recogimos en los nuestros, encargando a ellas que llevarán nuestros fusiles y la ropa que pudieran salvar. De este modo pasamos a un patio, que nos dió salida a otra calle, adonde aún no había llegado el fuego.

XVIII

Los franceses habíanse apoderado también de la batería de los Mártires, y en aquella misma tarde fueron dueños de las ruinas de Santa Engracia y del convento de Trinitarios. ¿Se concibe que continúe la resistencia de una plaza después de perdido lo más importante de su circuito? No, no se concibe, ni en las previsiones del arte militar ha entrado nunca que, apoderado el enemigo de la muralla por la superioridad incontrastable de su fuerza material, ofrezcan las casas nuevas líneas de fortificaciones, improvisadas por la iniciativa de cada vecino; no se concibe que, tomada una casa, sea preciso organizar un verdadero plan de sitio para tomar la inmediata, empleando la zapa, la mina y ataques parciales a la bayoneta, desarrollando contra un tabique ingeniosa estratagema; no se concibe que, tomada una acera, sea preciso, para pasar a la de enfrente, poner en ejecución las teorías de Vauban, y que para saltar un arroyo sea preciso hacer paralelas, zigzags y caminos cubiertos.

Los generales franceses se llevaban las manos a la cabeza, diciendo: «Esto no se parece a nada de lo que hemos visto» En los gloriosos anales del Imperio se encuentran muchos partes como éste: «Hemos entrado en Spandau; mañana estaremos en Berlín.» Lo que aún no se había escrito era lo siguiente: «Después de dos días y dos noches de combate hemos tomado la casa número 1 de la calle de Pabostre. Ignoramos cuándo se podrá tomar el número 2.»

No tuvimos tiempo para reposar. Los dos cañones que enfilaban la calle de Pabostre, en el ángulo de Puerta Quemada, se habían quedado sin gente. Unos corrimos a servirlos, y el resto del batallón ocupó varias casas en la calle del Palomar. Los franceses dejaron de hacer fuego de cañón contra los edificios que habíamos abandonado, ocupándose precipitadamente en repararlos como pudieron. Lo que amenazaba ruina lo demolían, y tapaban los huecos con vigas, cascajo y sacas de lana.

Como no podían atravesar sin riesgo el espacio intermedio entre los restos de muralla y sus nuevos alojamientos, comenzaron a abrir una zanja en zig-

zag desde el Molino de la ciudad a la casa que antes ocupáramos nosotros, la cual sólo conservaba en buen estado para alojamiento la planta baja.

Al punto comprendimos que una vez dueños de aquella casa procurarían, derribando tabiques, apoderarse de toda la manzana; y, para evitarlo, la tropa disponible fué distribuída en guarniciones que ocuparon todos los edificios donde había peligro. Al mismo tiempo se levantaban barricadas en las bocacalles, aprovechando los escombros. Nos pusimos a trabajar con ardor frenético en distintas faenas, entre las cuales la menos penosa era seguramente la de batirnos. Dentro de las casas arrojábamos por los balcones todos los muebles; afuera transportábamos heridos o arriábamos los muertos al zócalo de los edificios, pues las únicas honras fúnebres que por entonces podían hacerse consistían en quitarlos de donde estorbaran.

Quisieron también los franceses ganar a Santa Mónica, convento situado en la línea de las Tenerías, más al norte de la calle de Pabostre; pero sus paredes ofrecían buena resistencia, y no era fácil tomarlo como aquellas endebles casas, que el estruendo tan sólo de los cañones hacía estremecer. Los voluntarios de Huesca la defendían con gran arrojo, y después de repetidos ataques los sitiadores dejaron la empresa para otro día. Posesionados tan sólo de algunas casas, en ellas permanecían a la caída de la tarde como en escondida madriguera, y ¡ay de aquel que la cabeza asomara fuera de las ventanas! Las paredes proximas, los tejados, las buhardillas y tragaluces abiertos en distintas direcciones estaban llenos de atentos ojos que observaban el menor descuido del soldado enemigo para saltarle un tiro.

Cuando anocheció empezamos a abrir huecos en los tabiques para comunicar todas las casas de una misma manzana. A pesar del incesante ruido del cañón y la fusilería, en el interior de los edificios pudimos percibir el golpear de las piquetas enemigas, ocupadas en igual tarea que nosotros. También ellos establecían comunicaciones. Como aquella arquitectura era frágil y casi todo los tabiques de tierra, en poco tiempo abrimos paso entre varias casas.

A eso de las diez de la noche nos hallábamos en una que debía de ser muy inmediata a la de Manuela Sancho, cuando sentimos que por conductos desconocidos, por sótanos, pasillos o subterráneas comunicaciones, llegaba a nuestros oídos el rumor de las voces del enemigo. Una mujer subió azarada por una escalerilla, diciéndome que los franceses estaban abriendo un boquete en la pared de la cuadra, y bajamos al instante; pero aún no estábamos todos en el patio frío, estrecho y oscuro de la casa, cuando a boca de jarro se nos disparó un tiro y un compañero fué levemente herido en el hombro.

A la escasa claridad percibimos varios bultos que sucesivamente se internaron en la cuadra, e hicimos fuego, avanzando después con brío tras ellos.

Al ruido de los tiros acudieron otros compañeros nuestros que habían quedado arriba, y penetramos denodadamente en la lóbrega pieza. Los enemigos no se detuvieron en ella, y a todo escape repasaron el agujero abierto en la pared medianera buscando refugio en su primitiva morada, desde la cual nos enviaron algunas balas. No estábamos completamente a oscuras, porque ellos tenían una hoguera, de cuyas llamas débiles rayos penetraban por la abertura, difundiendo rojiza claridad sobre el teatro de aquella lucha.

Yo no había visto nunca lucha semejante, ni jamás presencié combate alguno entre cuatro negras paredes, a la luz indecisa de una llama lejana, cuya oscilación proyectaba móviles sombras y espantajos en nuestro derredor.

Advertíase que la claridad era perjudicial a los franceses, porque, a pesar de guarecerse tras el hueco, nos ofrecían blanco seguro. Nos tiroteamos breve rato, y dos compañeros cayeron muertos o malheridos sobre el húmedo suelo. A pesar de este desastre, hubo otros que quisieron llevar adelante aquella aventura, asaltando el agujero e internándose en la guarida del enemigo; pero, aunque éste había cesado de ofendernos, parecía prepararse para atacar mejor. De repente se apagó la hoguera y quedamos en completa oscuridad. Dimos repetidas vueltas buscando la salida y chocábamos unos con otros. Esta situación, junto con el temor de ser atacados con elementos superiores, o de que

arrojaran en medio de aquel sepulcro granadas de mano, nos obligó a retirarnos al patio confusamente y en tropel.

Tuvimos tiempo, sin embargo, para buscar a tientas y recoger a los dos camaradas que habían caído durante la refriega, y luego que salimos, cerramos la puerta, tabicándola por dentro con piedras, escombros, vigas, toneles y cuanto en el patio se nos vino a las manos. Al subir, el que nos mandaba repartió algunos hombres en distintos puntos de la casa, dejando un par de escuchas en el patio para atender a los golpes de la zapa enemiga, y a mí me tocó salir fuera con otros para traer un poco de comida, que a todos nos hacía muchísima falta.

En la calle nos pareció que de una mansión de tranquilidad pasábamos al mismo infierno, porque en medio de la noche continuaba el fuego entre las casas y la muralla. La claridad de la luna permitía correr sin tropiezo de un punto a otro, y las calles eran a cada instante atravesadas por escuadrones de tropa y paisanos, que iban, según la voz pública, a donde había verdadero peligro. Muchos, sin entrar en fila y guiados de su propio instinto, acudían aquí y allí, haciendo fuego desde el punto que mejor les venía a cuento. Las campanas de todas las iglesias tocaban a la vez con lúgubre algazara, y a cada paso se encontraban grupos de mujeres transportando heridos.

Por todas partes, especialmente en el extremo de las calles que remataban en la muralla de las Tenerías, se veían hacinados los cuerpos, y el herido se confundía con el cadáver, no pudiendo determinarse de qué bocas salían aquellas voces lastimeras que imploraban socorro. Yo no había visto jamás desolación tan espantosa; y más que el espectáculo de los desastres causados por el hierro, me impresionó ver en los dinteles de las casas, o arrastrándose por el arroyo en busca de lugar seguro, a muchos atacados de la epidemia, que se morían por momentos, sin tener en las carnes la más ligera herida. El horroroso frío les hacía dar diente con diente, e imploraban auxilio con ademanes de desesperación, porque no podían hablar.

A todas éstas, el hambre nos había quitado por completo las fuerzas, y apenas nos podíamos detener.

—¿Dónde encontraremos algo de comida?—me dijo Agustín—. ¿Quién se va a ocupar de semejante cosa?

—Esto tiene que acabarse pronto de una manera o de otra—respondí—. O se rinde la ciudad o perecemos todos.

Al fin, hacia las piedras del Coso encontramos una cuadrilla de Administración que estaba repartiendo raciones, y ávidamente tomamos las nuestras, llevando a los compañeros todo lo que podíamos cargar. Ellos lo recibieron con gran algarabía y cierta jovialidad impropia de las circunstancias; pero el soldado español es y ha sido siempre así. Mientras comían aquellos mendrugos tan duros como el guijarro, cundió por el batallón la opinión unánime de que Zaragoza no podía ni debía rendirse nunca.

Era la medianoche cuando empezó a disminuir el fuego. Los franceses no conquistaban un palmo de terreno fuera de las casas que ocuparon por la tarde, aunque tampoco se los pudo echar de sus alojamientos. Esta epopeya se dejaba para los días sucesivos; y cuando los hombres influyentes de la ciudad, los Montorias, los Ceresos, los Sas, los Salameros y los San Clemente volvían de las Mónicas, teatro aquella noche de grandes prodigios, manifestaban una confianza enfática y un desprecio del enemigo que enardecía el ánimo de cuantos los oían.

—Esta noche se ha hecho poco—decía Montoria—. La gente ha estado algo floja. Verdad que no había para qué echar el resto, ni debemos salir de nuestro ten con ten, mientras los franceses nos atacan con tan poco brío... Veo que hay algunas desgracias..., poca cosa. Las monjas han batido bastante aceite con vino, y todo es cuestión de aplicar unos cuantos parches... Si hubiera tiempo, bueno sería enterrar los muertos de ese montón; pero ya se hará más adelante. La epidemia crece..., es preciso dar muchas friegas..., friegas y más friegas: es mi sistema. Por ahora, bien pueden pasarse sin caldo; el caldo es un brebaje repugnante. Yo les daría un trago de aguardiente, y en poco tiempo podrían tomar el fusil. Conque, señores, la fiesta parece acabarse por esta noche; descabezaremos un sueño de media hora, y mañana..., mañana

se me figura que los franceses nos atacarán formalmente.

Luego se encaró con su hijo, que, en mi compañía, se le acercaba, y continuó así:

—¡Oh Agustinillo! Ya había preguntado por ti. Pues estaba con cuidado, porque, en acciones como la de hoy, suele suceder que muere alguna gente. ¿Estás herido? No, no tienes nada; a ver..., un simple rasguño... ¡Ah chico! Se me figura que no te has portado como un Montoria. Y usted, Araceli, ¿ha perdido alguna pierna? Tampoco: parece que los dos acaban de salir de la fábrica; no les falta ni un pelo. Malo, malo. Me parece que tenemos aquí un par de gallinas... ¡Ea!, a descansar un rato, nada más que un rato. Si se sienten ustedes atacados de la epidemia, friegas y más friegas...; es el mejor sistema... Conque, señores, quedamos en que mañana se defenderán estas casas tabique por tabique. Lo mismo pasa en todo el contorno de la ciudad; pero en cada alcoba habrá una batalla. Vamos a la Capitanía general y veremos si Palafox ha acordado lo que pensamos. No hay otro camino: o entregarles la ciudad o disputarles cada ladrillo como si fuera un tesoro. Se aburrirán. Hoy han perdido seis u ocho mil hombres. Pero vamos a ver al excelentísimo señor don José... Buenas noches, muchachos, y mañana tratad de sacudir esa cobardía...

—Durmamos un poquito—dije a mi amigo cuando nos quedamos solos—. Vamos a la casa que estamos guarneciendo, donde me parece que he visto algunos colchones.

—Yo no duermo—me contestó Montoria, siguiendo por el Coso adelante.

—Ya sé adónde vas. No se nos permitirá alejarnos tanto, Agustín.

Mucha gente, hombres y mujeres, en diversas direcciones, discurría por aquella gran vía. De improviso, una mujer corrió velozmente hacia nosotros y abrazó a Agustín sin decirle nada. Profunda emoción ahogaba la voz en su garganta.

—¡Mariquilla, Mariquilla de mi corazón!...—exclamó Montoria, abrazándola con júbilo—. ¿Cómo estás aquí? Iba ahora en busca tuya.

Mariquilla no podía hablar, y sin el sostén de los brazos del amante, su

cuerpo, desmadejado y flojo, hubiera caído al suelo.

—¿Estás enferma? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Es cierto que las bombas han derribado tu casa?

Cierto debía de ser, pues la desgraciada joven mostraba en su desaliñado aspecto una gran desolación. Su vestido era el que le vimos la noche anterior. Tenía suelto el cabello y en sus brazos magullados observamos algunas quemaduras.

—Sí—dijo al fin con apagada voz—. Nuestra casa no existe; no tenemos nada; lo hemos perdido todo. Esta mañana, cuando saliste de allá, una bomba deshizo el techo. Luego cayeron otras dos...

—¿Y tu padre?

—Mi padre está allá y no quiere abandonar las ruinas de la casa. Yo he estado todo el día buscándote para que nos dieras algún socorro. Me he metido entre el fuego; he estado en todas las calles del Arrabal; he subido a algunas casas. Creí que habías muerto.

Agustín se sentó en el hueco de una puerta, y abrigando a Mariquilla con su capote, la sostuvo en sus brazos como se sostiene a un niño. Repuesta de su desmayo, pudo seguir hablando, y entonces nos dijo que no habían podido salvar ningún objeto, y que apenas tuvieron tiempo para huir. La infeliz temblaba de frío; poniéndole mi capote sobre el que ya tenía, tratamos de llevarla a la casa que guarnecíamos.

—No—dijo—. Quiero volver al lado de mi padre. Está loco de desesperación, y dice mil blasfemias, injuriando a Dios y a los santos. No he podido arrancarle de aquella que fué nuestra casa. Carecemos de alimento. Los vecinos no han querido darle nada. Si ustedes no quieren llevarme allá, me iré yo sola.

—No, Mariquilla, no; no irás allá—dijo Montoria—; te pondremos en una de estas casas, donde, al menos por esta noche, estarás segura, y, entre tanto, Gabriel irá en busca de tu padre, y, llevándole algo de comer, de grado o por fuerza, le sacará de allí.

Insistió la Candiola en volver a la calle de Antón Trillo; pero, como apenas tenía fuerzas para moverse, la llevamos en brazos a una casa de la calle de los Clavos, donde estaba Manuela Sancho.

XIX

Cesado el fuego de cañón y de fusil, un gran resplandor iluminaba la ciudad. Era el incendio de la Audiencia, que comenzando cerca de la medianoche, había tomado terribles proporciones y devoraba por sus cuatro costados aquel hermoso edificio.

Sin atender más que a mi objeto, seguí presuroso hasta la calle de Antón Trillo. La casa del tío Candiola había estado ardiendo todo el día, y, al fin, sofocada la llama entre los escombros de los techos hundidos, de entre las paredes agrietadas salía negra columna de humo. Los huecos, perdida su forma, eran unos agujeros irregulares por donde se veía el cielo, y el ladrillo desmoronado formaba una dentelladura desigual en lo que fué arquitrabe. Parte del lienzo de pared que daba frente a la huerta se había venido al suelo, obstruyendo ésta en términos que habían desaparecido el antepecho y la escalerilla de piedra, llegando el cascajo hasta la misma tapia de la calle. En medio de estas ruinas, subsistía incólume el ciprés, cual pensamiento que permanece vivo al cucumbir la materia, y alzaba su negra cima como un monumento conmemorativo.

El portalón estaba destrozado por los hachazos de los que en el primer momento acudieron a contener el fuego. Cuando penetré en la huerta vi que hacia la derecha, y junto a la reja de una ventana baja, había alguna gente. Aquella parte de la casa era la que se conservaba mejor, pues el piso bajo no había sufrido casi nada, y el desplome del techo sobre el principal no había conmovido a éste, aunque era de esperar que con el gran peso se rindiera más o menos pronto.

Acerquéme al grupo, creyendo encontrar a Candiola, y, en efecto, allí estaba, sentado junto a la reja, con las manos en cruz, inclinada la cabeza sobre el pecho y lleno el vestido de jirones y quemaduras. Rodeábale una pequeña turba de mujeres y chiquillos, que cual abejorros zumbaban a su alrededor, prodigándole toda clase de insultos y vejámenes. No me costó gran trabajo ahuyentar tan molesto enjambre y, aunque no se fueron todos y persistían en

husmear por allí, creyendo encontrar entre las ruinas el oro del rico Candiola, éste se vió al fin libre de los tirones, pedradas y de las crueles agudezas con que era mortificado.

—Señor militar—me dijo—, le agradezco a usted que ponga en fuga a esa vil canalla. Aquí se le quema a uno la casa y nadie le da auxilio. Ya no hay autoridades en Zaragoza. ¡Qué pueblo, señor, qué pueblo! No será porque dejemos de pagar gabelas, diezmos y contribuciones.

—Las autoridades no se ocupan más que de las operaciones militares—advertí—, y son tantas las casas destruidas, que es imposible acudir a todas.

—¡Maldito sea mil veces—exclamó, llevándose la mano a la cabeza desnuda—quien nos ha traído estos desastres! Atormentado en el infierno por mil eternidades, no pagaría su culpa. Pero ¿qué demonios busca usted aquí, señor militar? ¿Quiere usted dejarme en paz?

—Vengo en busca del señor Candiola—le respondí—, para llevarle a donde se le pueda socorrer, curando sus quemaduras y dándole un poco de alimento.

—¡A mí! Yo no salgo de mi casa—exclamó con voz lúgubre—. La Junta tendrá que reedificármela. ¿Y adónde me quiere llevar usted? Ya..., ya..., ya estoy en el caso de que me den una limosna. Mis enemigos han conseguido su objeto, que era ponerme en el caso de pedir limosna; pero no la pediré, no. Antes me comeré mi propia carne y beberé mi sangre que humillarme ante los que me han traído a semejante estado. ¡Ah miserables! Le quitan a uno su harina para ponerla después en las cuentas como adquirida a noventa o cien reales. Como que están vendidos a los franceses, y prolongan la resistencia para redondear sus negocios... Luego les entregan la ciudad y se quedan tan frescos.

—Deje usted todas esas consideraciones para otro momento—le dije—, y sígame ahora, que no está el tiempo para pensar en eso. Su niña de usted ha encontrado donde guarecerse, y a usted le daremos asilo en el mismo lugar.

—Yo no me muevo de aquí. ¿En dónde está mi hija?—preguntó con pena—. ¡Ah! Esa loca no sabe permanecer al lado de su padre en desgracia. La vergüenza la hace huir de mí. ¡Maldita

esa su liviandad y el momento en que la descubrí! Señor, Jesús Nazareno, y tú, mi patrono Santo Dominguito del Val, decidme: ¿qué he hecho yo para merecer tantas desgracias en un mismo día? ¿No soy bueno, no hago todo el bien que puedo, no favorezco a mis semejantes, prestándoles dinero con un interés módico, pongo por caso, la miseria de tres o cuatro reales por peso fuerte al mes? Pues si soy un hombre bueno a carta cabal, ¿a qué llueven sobre mí tantas desventuras? Y gracias que no pierdo lo poco que a fuerza de trabajos he reunido, porque está en paraje adonde no pueden llegar las bombas; pero ¿y la casa, los muebles, los recibos y lo que aún queda en el almacén? Maldito sea yo, y cómanme los demonios, si cuando esto se acabe y cobre los piquillos que por ahí tengo no me marchó de Zaragoza para no volver más.

—Nada de eso viene ahora al caso, señor de Candiola. Sígame usted.

—Sí—dijo con furia—, sí viene al caso. Mi hija se ha envilecido. No sé cómo no la maté esta mañana. Hasta aquí, yo había supuesto a María un modelo de virtudes, de honestidad; me deleitaba su compañía y de todos los buenos negocios destinaba un real para comprarle regalitos. ¡Mal empleado dinero! ¡Dios mío, tú me castigas por haber despilfarrado un gran capital en cosas superfluas, cuando a interés compuesto hubiérase ya triplicado! Yo tenía confianza en mi hija. Esta mañana levantéme al amanecer; acababa de pedir con fervor a la Virgen del Pilar que me librara del bombardeo, y tranquilamente abrí la ventana para ver cómo estaba el día. Póngase usted en mi caso, señor militar, y comprenderá mi asombro y pena al ver dos hombres allí..., allí, en aquel corredor, junto al ciprés...; me parece que los estoy viendo. Uno de ellos abrazaba a mi hija. Ambos vestían uniforme; no pude verles el rostro, porque aún era escasa la claridad del día. Precipitadamente salí de mi habitación; pero cuando bajé a la huerta, ya los dos estaban en la calle. Quedóse muda mi hija al ver descubierta su liviandad, y, leyendo en mi cara la indignación que tan vil conducta me producía, se arrodilló delante de mí, pidiéndome perdón. «Infame—le dije, cie-

go de cólera—, tú no eres hija mía, tú no eres hija de este hombre honrado que jamás ha hecho mal a nadie. ¡Muchacha loca y sin pudor, no te conozco; tú no eres mi hija: vete de aquí!... ¡Dos hombres, dos hombres en mi casa, de noche, contigo! ¿No has reparado en las canas de tu anciano padre?, ¿no consideras que esos hombres pueden robarme?, ¿no has reparado que la casa está llena de mil objetos de valor, que caben fácilmente en una faltriquera?... ¡Mereces la muerte! Si no me engaño, aquellos dos hombres se llevaban alguna cosa. ¡Dos hombres! ¡Dos novios! ¡Y recibirlos de noche en mi casa, deshonorando a tu padre y ofendiendo a Dios! Y yo, desde mi cuarto, miraba la luz del tuyo creyendo con esto que velabas allí haciendo alguna labor!... De modo, miserable chicuela; de modo, hembra despreciable, que mientras tú estabas en la huerta, en tu cuarto se estaba gastando inútilmente una vela.»

¡Oh señor militar! No pude contener mi indignación; y luego que esto le dije, cogíla por un brazo y la arrastré para echarla fuera. En mi cólera ignoraba lo que hacía. La infeliz me pedía perdón, añadiendo: «Yo le amo, padre; yo no puedo negar que le quiero.» Se redobló mi furor oyéndola, y exclamé así: «¡Maldito sea el pan que te he dado en diecinueve años! ¡Meter ladrones en mi casa! ¡Maldita sea la hora en que naciste, y malditos los lienzos en que te envolvimos en la noche del tres de febrero del año noventa y uno! Antes se hundirá el cielo, y antes me dejará de su mano la Señora Virgen del Pilar, que volver a ser para ti tu padre, y tú para mí la Mariquilla a quien tanto he querido.» Apenas dije esto, señor militar, cuando pareció que todo el firmamento reventaba en pedazos cayendo sobre mi casa. ¡Qué espantoso estruendo y qué conmoción tan horrible! Una bomba cayó en el techo, y en el espacio de cinco minutos cayeron otras dos. Corrimos adentro; el incendio se propagaba con voracidad, y el hundimiento del techo amenazaba sepultarnos allí. Quisimos salvar a toda prisa algunos objetos; pero no nos fué posible. Mi casa, esta casa que compré el año ochenta y siete, casi de balde, porque fué embargada a un deudor que me debía cinco mil reales, con trece mil y un pico de intereses.

se desmoronaba; como un bollo de mazapán se deshacía, y por aquí cae una viga, por allí salta un vidrio, por acullá se desplomaba una pared. El gato maullaba; doña Guedita me arañó el rostro al salir del cuarto; yo me aventuré a entrar en el mío para recoger un recibo que había dejado sobre la mesa y estuve a punto de perecer.

Así habló el tío Candiola. Su dolor, además de profunda afección moral, era como un desorden nervioso, y al instante se comprendía que aquel organismo estaba completamente perturbado por el terror, el disgusto y el hambre. Su locuacidad, más que desahogo del alma, era un desbordamiento impetuoso, y aunque aparentaba hablar conmigo, en realidad dirigíase a entes invisibles, los cuales, a juzgar por los gestos de él, también le devolvían alguna palabra. Por esto, sin que yo le dijera nada, siguió hablando en tono de contestación y respondiendo a preguntas que sus ideales interlocutores le hacían.

—Yo he dicho que no me marcharé de aquí mientras no recoja lo mucho que aún puede salvarse. Pues qué, ¿voy a abandonar mi hacienda? Ya no hay autoridades en Zaragoza. Si las hubiera, se dispondría que vinieran aquí cien o doscientos trabajadores a revolver los escombros para sacar alguna cosa. Pero, señor, ¿no hay quien tenga caridad, no hay quien tenga compasión de este infeliz anciano que nunca ha hecho mal a nadie? ¿Ha de estar uno sacrificándose toda la vida por los demás para que al llegar un caso como éste no encuentre un brazo amigo que le ayude? No, no vendrá nadie, y si vienen es por ver si entre las ruinas encuentran algún dinero... ¡Ja, ja, ja!—decía esto riendo como un demente—. ¡Buen chasco se llevan! Siempre he sido hombre precavido, y ahora, desde que empezó el sitio, puse mis ahorros en lugar tan seguro, que sólo yo puedo encontrarlos. No, ladrones; no, tramposos; no, egoístas: no encontraréis un real aunque levantéis todos los escombros y hagáis menudos pedazos lo que queda de esta casa, aunque piquéis la madera, haciendo con ella palillos de dientes; aunque reduzcáis todo a polvo, pasándolo luego por un tamiz.

—Entonces señor de Candiola—le di-

je, tomándole resueltamente por un brazo para llevarle afuera—, si las pelucas están seguras, ¿a qué viene el estar aquí de centinela? Vámonos.

—¿Cómo se entiende, señor entremetido?—gritó, desasiéndose con fuerza—. Vaya usted noramala, y déjeme en paz. ¿Como quiere usted que abandone mi casa cuando las autoridades de Zaragoza no mandan un piquete de tropa a custodiarla? Pues qué, ¿cree usted que mi casa no está llena de objetos de valor? Ni ¿cómo quiere que me marche de aquí sin sacarlo? ¿No ve usted que el piso bajo está seguro? Pues quitando esta reja se entrará fácilmente, y todo puede sacarse. Si me aparto de aquí un solo momento, vendrán los rateros, los granujas de la vecindad, y ¡ay de mi hacienda!, ¡ay del fruto de mi trabajo!, ¡hay de los utensilios que representan cuarenta años de laboriosidad incesante! Mire usted, señor militar: en la mesa de mi cuarto hay una palmatoria de cobre que pesa lo menos tres libras. Es preciso salvarla a toda costa. Si la Junta mandara aquí, como es su deber, una compañía de ingenieros...

Pues también hay una vajilla que está en el armario del comedor, y que debe de permanecer intacta. Entrando con cuidado y apuntalando el techo, se le puede salvar. ¡Oh, sí! Es preciso salvar esa desgraciada vajilla. No es esto sólo, señor militar, señores. En una caja de lata tengo los recibos: espero salvarlos. También hay un cofre donde guardo dos casacas antiguas, algunas medias y tres sombreros. Todo esto está aquí abajo y no ha padecido deterioro. Lo que se pierde irremisiblemente es el ajuar de mi hija. Sus trajes, sus alfileres, sus pañuelos, sus frascos de agua de olor, podrían valer un dineral si se vendieran ahora. ¡Cómo se habrá destrozado todo! ¡Jesús qué dolor! Verdad es que Dios quiso castigar el pecado de mi hija, y las bombas se fueron a los frascos de agua de olor. Pero en mi cuarto quedó sobre la cama mi chupa, en cuyo bolsillo hay siete reales y diez cuartos. ¡Y no tener yo aquí veinte hombres con piquetas y azadas!... ¡Dios justo y misericordioso! ¿En qué están pensando las autoridades de Zaragoza?... El candil de dos mecheros estará intacto. ¡Oh Dios! Es la mejor pieza que ha llevado aceite en el mundo. Lo encontraremos

por ahí, levantando con cuidado los escombros del cuarto de la esquina. Traíganme una cuadrilla de trabajadores, y verán qué pronto despacho... ¿Como quieren que me aparte de aquí? Si me aparto, si duermo un instante, vendrán los ladrones..., sí..., ¡Vendrán y se llevarán la palmatoria!

La tenacidad del avaro era tal, que resolví mancharme sin él, dejándole entregado a su delirante inquietud. Llegó a toda prisa doña Guedita, trayendo una piqueta y una azada, juntamente con un canastillo en que vi algunas provisiones.

—Señor—dijo, sentándose fatigada y sin aliento—, aquí están la piqueta y el azadon que nos ha dado mi sobrino. Ya no hacen falta porque no se trabajará más en fortificaciones... Aquí están estas pasas medio podridas, y algunos mendrugos de pan.

La dueña comía con avidez. No así Candiola, que, despreciando la comida, cogió la piqueta y resueltamente empezó a desquiciar la reja. Trabajando con ardiente actividad, decía:

—Si las autoridades de Zaragoza no quieren favorecerme, doña Guedita, entre usted y yo lo haremos todo. Coja usted la azada y prepárese a levantar el cascajo. Mucho cuidado con las vigas, que todavía humean. Mucho cuidado con los clavos.

Luego, volviéndose a mí, que fijaba la atención en las señas de inteligencia hechas por el ama de llaves, me dijo:

—¡Eh! Vaya usted noramala. ¿Qué tiene usted que hacer en mi casa? ¡Fuera de aquí! Ya sabemos que viene a ver si puede pescar alguna cosa. Aquí no hay nada. Todo se ha quemado.

No había, pues, esperanza de llevarle a las Tenerías para tranquilizar a la pobre Mariquilla, por lo cual, no pudiendo detenerme más, me retiré. Amo y criada proseguían con gran ardor su trabajo.

XX

Dormí desde las tres al amanecer, y por la mañana oímos misa en el Coso. En el gran balcón de la casa llamada de las Monas, hacia la entrada de la calle de las Escuelas Pías, ponían todos

los domingos un altar y allí se celebraba el oficio divino, pudiéndose ver el sacerdote, por la situación de aquel edificio, desde cualquier punto del Coso. Semejante espectáculo era muy conmovedor, sobre todo en el momento de alzar, y cuando, puestos todos de rodillas, se oía un sordo murmullo de extremo a extremo.

Poco después de terminada la misa advertí que venía como del Mercado un gran grupo de gente alborotada y gritona. Entre la multitud, algunos frailes pugnaban por apaciguarla; pero ella, sorda a las voces de la razón, más rugía a cada paso, y en su marcha arrastraba una víctima, sin que fuerza alguna pudiera arrancársela de las manos. Detúvose el pueblo irritado junto a la subida del Trenque, donde estaba la horca, y al poco rato uno de los dogales de ésta suspendió el cuerpo convulso de un hombre, que se sacudió en el aire hasta quedar exánime. Sobre el madero apareció bien pronto un cartel que decía: «Por asesino del género humano, a causa de haber ocultado veinte mil camas.»

Era aquel infeliz un don Fernando Estallo, guardalmacén de la Casa-utensilios. Cuando los enfermos y los heridos expiraban en el arroyo y sobre las frías baldosas de las iglesias, encontré un gran depósito de camas, cuya ocultación no pudo justificar el citado Estallo. Desencadenóse impetuosamente sobre él la ira popular, y no fué posible contenerla. Oí decir que aquel hombre era inocente. Muchos lamentaron su muerte; pero al comenzar el fuego en las trincheras, nadie se acordó más de él.

Palafox publicó aquel día una proclama en que trataba de exaltar los ánimos, y ofrecía el grado de capitán al que se presentara con cien hombres, amenazando con «pena de horca y confiscación de bienes al que no acudiese prontamente a los puntos o los desamparase». Todo esto era señal del gran apuro de las autoridades.

Memorable fué aquel día por el ataque a Santa Mónica, que defendían los voluntarios de Huesca. Durante el anterior y gran parte de la noche, los franceses bombardearon el edificio. Las baterías de la huerta estaban inservibles, y fué preciso retirar los cañones,

operación que nuestros valientes llevaron a cabo sufriendo a descubierto el fuego enemigo. Este abrió al fin brecha, y penetrando en la huerta quiso apoderarse también del edificio, olvidando que había sido rechazado dos veces en los días anteriores. Pero Lanés, contrariado por la extraordinaria y nunca vista tenacidad de los zaragozanos, había mandado reducir a polvo el convento, lo cual, teniendo morteros y obuses, era más fácil que conquistarlo. Efectivamente, después de seis horas de fuego de artillería, una gran parte del muro de Levante cayó al suelo, y allí era de ver el regocijo de los franceses, que sin pérdida de tiempo se abalanzaron al asalto de la posición, auxiliados por los fuegos oblicuos del Molino de la ciudad. Viéndolos venir Villacampa, jefe de los de Huesca, y Palafox, que había acudido al punto del peligro, trataron de cerrar la brecha con sacos de lana y unos cajones vacíos que habían venido con fusiles. Llegando los franceses, asaltaron con furia loca, y después de un breve choque cuerpo a cuerpo, fueron rechazados. Durante la noche siguieron cañoneando el convento.

Al siguiente día resolvieron dar otro asalto, seguros de que no habría mortal que defendiese aquel esqueleto de piedra y ladrillo que por momentos se venía al suelo. Embistiéronlo por la puerta del locutorio; pero durante la mañana no pudieron conquistar ni un palmo de terreno en el claustro.

Desplomóse al caer de la tarde el techo por la parte oriental del convento. El tercer piso, que estaba muy quebrantado, no pudo resistir el peso, y cayó sobre el segundo. Este, aún más endeble, dejóse ir sobre el principal, y el principal, incapaz por sí solo de resistir encima todo el edificio, hundióse sobre el claustro, sepultando centenares de hombres. Parecía natural que los demás se acobardaran con esta catástrofe; pero no fué así. Los franceses dominaron una parte del claustro, pero nada más, y para apoderarse de la otra necesitaban franquearse camino por entre los escombros. Mientras lo hicieron, los de Huesca, que aún existían, fijaban su alojamiento en la escalera, y agujereaban el piso alto para arrojar granadas de mano contra los sitiadores.

Entre tanto, nuevas tropas francesas logran penetrar por la iglesia, pasan al techo del convento, extiéndose por el interior del maderamen abuhardillado, bajan al claustro alto y atacan a los voluntarios indomables. Con la algazara de este encuentro animanse los de abajo, redoblan sus esfuerzos, y sacrificando multitud de hombres consiguen llegar a la escalera. Los voluntarios se encuentran entre dos fuegos, y si bien aún pueden retirarse por uno de los dos agujeros practicados en el claustro alto, casi todos juran morir antes que rendirse. Corren buscando un lugar estratégico que les permita defenderse con alguna ventaja, y son cazados a lo largo de las crujiás. El último tiro fué señal de que había caído el último hombre. Algunos pudieron salir por un portillo que habían abierto en los más escondidos aposentos del edificio, junto a la ciudad; por allí salió también don Pedro Villacampa, comandante del batallón de voluntarios de Huesca, y al hallarse en la calle miraba maquinalmente en torno suyo, buscando a sus muchachos.

Durante esta jornada nos hallábamos en las casas inmediatas de la calle de Palomar, haciendoo fuego sobre los franceses que se destacaban para asaltar el convento. Antes de concluida la acción comprendimos que en las Mónicas ya no había defensa posible, y el mismo don José de Montoria, que estaba con nosotros, lo confesó.

—Los voluntarios de Huesca no se han portado mal—dijo—. Se conoce que son buenos chicos. Ahora los emplearemos en defender estas casas de la derecha...; pero se me figura que no ha quedado ninguno. Allí sale, solo, Villacampa. Pues ¿y Mendieta, y Paúl, y Benedicto, y Oliva? Vamos; veo que todos han quedado en el sitio.

De este modo el convento de las Mónicas pasó a poder de Francia.

XXI

Al llegar a este punto de mi narración ruego al lector que me dispense si no puedo consignar concretamente las fechas de lo que refiero. En aquel período de horrores, comprendido desde el 27 de enero hasta la mitad del siguiente

te mes, los sucesos se confunden, se amalgaman, se eslabonan en mi mente de tal modo que no puedo distinguir días ni noches, y a veces ignoro si algunos lances de los que recuerdo ocurrieron a la luz del sol. Me parece que todo aquello pasó en un largo día, o en una noche sin fin, y que el tiempo no marchaba entonces con sus divisiones ordinarias. Los acontecimientos, los hombres, las diversas sensaciones, se reúnen en mi memoria formando un cuadro inmenso, donde no hay más líneas divisorias que las que ofrecen los mismos grupos; el mayor espanto de un momento, la furia inexplicable o el pánico de otro momento.

Por esta razón no puedo precisar el día en que ocurrió lo que voy a narrar ahora; pero fué, si no me engaño, al día siguiente de la jornada de las Mónicas, y, según mis conjeturas, del 30 de enero al 2 de febrero. Ocupábamos una casa de la calle de Pabostre. Los franceses eran dueños de la inmediata, y trataban de avanzar por el interior de la manzana hasta llegar a Puerta Quemada. Nada es comparable a la expedición laboriosa por dentro de las casas; ninguna clase de guerra, ni las más sangrientas batallas en campo abierto, ni el sitio de una plaza, ni la lucha en las barricadas de una calle, pueden compararse a aquellos choques sucesivos entre el ejército de una alcoba y el ejército de una sala, entre las tropas que ocupan un piso y las que guarnecen el superior.

Sintiendo el sordo golpe de las piquetas por diversos puntos nos causaba espanto el no saber por qué parte seríamos atacados. Subíamos a las buhardillas, bajábamos a los sótanos, y pegando el oído a los tabiques procurábamos indagar el intento del enemigo según la dirección de sus golpes. Por último, advertimos que se sacudía con violencia el tabique de la misma pieza donde nos encontrábamos, y esperamos a pie firme en la puerta después de amontonar los muebles formando una barricada. Los franceses abrieron un agujero, y luego, a culatazos, hicieron saltar maderos y cascajo, presentándose en actitud de querer echarnos de allí. Eramos veinte. Ellos eran menos, y como no esperaban ser recibidos de tal manera, retrocedieron, volviendo al poco rato en número

tan considerable, que nos hicieron gran daño, obligándonos a retirarnos, después de dejar tras los muebles cinco compañeros, dos de los cuales estaban muertos. En el angosto pasillo topamos con una escalera, por donde subimos precipitadamente sin saber adónde íbamos; pero luego nos hallamos en un desván, posición admirable para la defensa. Era angosta la escalera, y el francés que intentaba pasarla moría sin remedio. Así estuvimos un buen rato, prolongando la resistencia, y animándonos unos a otros con vivas y aclamaciones, cuando el tabique que teníamos a la espalda empezó a estremecerse con fuertes golpes, y al punto comprendimos que los franceses, abriendo una entrada por aquel sitio, nos cogerían irremisiblemente entre dos fuegos. Eramos trece, porque en el desván habían caído dos muy gravemente heridos.

El tío Garcés, que nos mandaba, exclamó furioso:

—¡Recuernos! No nos cogerán esos perros. En el techo hay un tragaluz. Salgamos por él al tejado. Que seis sigan haciendo fuego... Al que quiera subir, partirlo. Que los demás agranden el agujero; fuera miedo, y ¡viva la Virgen del Pilar!

Se hizo como él mandaba. Ello iba a ser una retirada en regla, y mientras parte de nuestro ejército contenía la marcha invasora del enemigo, los demás se ocupaban en facilitar el paso. Este hábil plan fué puesto en ejecución con febril prontitud, y bien pronto el hueco de escape tenía suficiente anchura para que pasaran tres hombres a la vez, sin que durante el tiempo empleado en esto ganaran los franceses un solo peldaño. Velozmente salimos al tejado. Eramos nueve. Tres habían quedado en el desván, y otro fué herido al querer salir, cayendo vivo en poder del enemigo.

Al encontrarnos arriba, saltamos de alegría. Esparcimos la vista por los techos del Arrabal, y vimos a lo lejos las baterías francesas. A gatas avanzamos buen trecho, explorando el terreno, después de dejar dos centinelas en el boquete con orden de descerrajar un tiro al que quisiera escurrirse por él; y no habíamos andado veinte pasos, cuando oímos gran ruido de voces y risas, que al punto nos parecieron de franceses.

Efectivamente: desde un ancho buhardillón nos miraban riendo aquellos malditos. No tardaron en hacernos fuego; parapetados nosotros tras las chimeneas y tras los ángulos y recortaduras que allí ofrecían los tejados, les contestamos, a los tiros, con tiros, y a los juramentos y exclamaciones, con otras mil invectivas que nos inspiraba el fecundo ingenio del tío Garcés.

Al fin nos retiramos, saltando al tejado de la casa cercana. Creímosla en poder de los nuestros, y nos internamos por la ventana de un chiribitil, considerando fácil el bajar desde allí a la calle, donde, unidos y reforzados con más gente, podíamos proseguir aquella aventura al través de pasillos, escaleras, tejados y desvanes. Pero aún no habíamos puesto el pie en firme, cuando sentimos en los aposentos que quedaban bajo nosotros el estruendo de repetidas detonaciones.

—Abajo se están batiendo—dijo Garcés—, y de seguro los franceses que dejamos en la casa de al lado se han pasado a ésta, donde se habrán encontrado con los compañeros. ¡Cuerno, recuerdo! Bajemos ahora mismo. ¡Abajo todo el mundo!

Pasando de un desván a otro, vimos una escalera de mano que facilitaba la entrada a un gran aposento interior, desde cuya puerta se oía vivo rumor de voces, destacándose principalmente algunas de mujer. El estrépito de la lucha era mucho más lejano, y, por consiguiente, procedía de punto más bajo. Franqueando, pues la escalerilla, nos hallamos en una gran habitación, materialmente llena de gente, la mayor parte ancianos, mujeres y niños, que habían buscado refugio en aquel lugar. Muchos, arrojados sobre jergones, mostraban en su rostro las huellas de la terrible epidemia, y algún cuerpo inerte sobre el suelo tenía todas las trazas de haber exhalado el último suspiro muy pocos momentos antes.

Otros estaban heridos y se lamentaban sin poder contener la crueldad de sus dolores; dos o tres viejas lloraban o rezaban. Algunas voces se oían de rato en rato, diciendo con angustia: «Agua, agua.» Desde que bajamos distinguí en un extremo de la sala al tío Candiola, que ponía cuidadosamente en un rincón multitud de baratijas, ropas y objetos de cocina y de loza. Con gesto displicente

apartaba a los chicos curiosos que querían poner sus manos en aquella despreciable quincalla, y lleno de inquietud, diligente en amontonar y resguardar su tesoro, sin que la última pieza se le escapase, decía:

—Ya me han quitado dos tazas. Y no me queda duda; alguien de los que están aquí las ha de tener. No hay seguridad en ninguna parte; no hay autoridades que garanticen a uno la posesión de su hacienda. Fuera de aquí, muchachos mal criados. ¡Oh! Estamos bien... ¡Malditas sean las bombas y quien las inventó! Señores militares, a buena hora llegan ustedes. ¿No podrían ponerme aquí un par de centinelas para que guardaran estos objetos preciosos que con gran trabajo logré salvar?

Como es de suponer, mis compañeros se rieron de tan graciosa pretensión. Ya íbamos a salir, cuando vi a Mariquilla. La infeliz estaba transfigurada por el insomnio, el llanto y el terror; pero tanta desolación en torno suyo y en ella misma aumentaba la dulce expresión de su hermoso semblante. Ella me vió, y al punto fué hacia mí con viveza, mostrando deseo de hablarme.

—¿Y Agustín?—le pregunté.

—Está abajo—repuso con voz temblorosa—. Abajo están dando una batalla. Las personas que nos habíamos refugiado en esta casa estábamos repartidas por los distintos aposentos. Mi padre llegó esta mañana con doña Guedita. Agustín nos trajo de comer y nos puso en un cuarto donde había un colchón. De repente sentimos golpes en los tabiques...: venían los franceses. Entró la tropa, nos hicieron salir, trajeron los heridos y los enfermos a esta sala alta...; aquí nos han encerrado a todos y luego, rotas las paredes, los franceses se han encontrado con los españoles, y han empezado a pelear... ¡Ay! Agustín está abajo también...

Esto decía cuando entró Manuela Sancho trayendo dos cántaros de agua para los heridos. Aquellos desgraciados se arrojaron frenéticamente de sus lechos, disputándose a golpes un vaso de agua.

—No empujar, no atropellarse, señores—dijo Manuela riendo—. Hay agua para todos. Vamos ganando. Trabajillo ha costado echarlos de la alcoba, y ahora están disputándose la mitad de la sala, porque la otra mitad está ya ga-

nada. No nos quitarán tampoco la cocina ni la escalera. Todo el suelo está lleno de muertos.

Mariquilla se estremeció de horror.

—Tengo sed—me dijo.

Al punto pedí agua a la Sancho; pero como el único vaso que trajera, ocupado en aplacar la sed de los demás, andaba de boca en boca, por no esperar, tomé una de las tazas que en su montón tenía el tío Candiola.

—¡Eh, señor entremetido—dijo, sujetándome la mano—, deje usted ahí esa taza!

—Es para que beba esta joven—contesté indignado—. ¿Tanto valen estas baratijas, señor Candiola?

El avaro no me contestó ni se opuso a que diera de beber a su hija; mas luego que ésta calmó su sed, un herido tomó ávidamente de sus manos la taza, y he aquí que ésta empezó a correr también, pasando de boca en boca. Cuando yo salí para reunirme a mis compañeros, don Jerónimo seguía con la vista, de muy mal talante, el extraviado objeto que tanto tardaba en volver a sus manos.

Tenía razón Manuela Sancho al decir que íbamos ganando. Desalojados del piso principal de la casa, los franceses habíanse retirado al de la contigua, donde continuaban defendiéndose. Cuando yo bajé, todo el interés de la batalla estaba en la cocina, disputada con mucho encarnizamiento; pero lo demás de la casa nos pertenecía. Muchos cadáveres de una y otra nación cubrían el ensangrentado suelo; algunos patriotas y soldados, rabiosos por no poder conquistar aquella cocina funesta desde donde se les hacía tanto fuego, lanzáronse dentro de ella a la bayoneta, y aunque perecieron bastantes, este acto de arrojo decidió la cuestión, porque tras ellos fueron otros, y por fin todos los que cabían.

Aterrados los imperiales con tan ruda embestida, buscaron salida precipitadamente por el laberinto que de pieza en pieza habían abierto. Persiguiéndolos por pasillos y aposentos, cuya serie inextricable volvería loco al mejor topógrafo, los rematabamos donde podíamos alcanzarlos, y algunos de ellos se arrojaban desesperadamente a los patios. De este modo, después de reconquistada aquella casa, reconquistamos la vecina, obligándolos a contenerse en sus antiguas po-

siciones, que eran por aquella parte las dos casas primeras de la calle de Pabostre.

Después retiramos los muertos y heridos, y tuve el sentimiento de encontrar entre éstos a Agustín de Montoria, aunque no era de gravedad el balazo recibido en el brazo derecho. Mi batallón quedó aquel día reducido a la mitad.

Los infelices que se refugiaban en la habitación alta de la casa quisieron acomodarse de nuevo en los distintos aposentos; pero esto no se juzgó conveniente, y fueron obligados a abandonarla, buscando asilo en lugares más lejanos del peligro.

Cada día, cada hora, cada instante, las dificultades crecientes de nuestra situación militar se agravaban con el obstáculo que ofrecía número tan considerable de víctimas, hechas por el fuego y la epidemia. ¡Dichosos mil veces los que eran sepultados en las ruinas de las casas minadas, como aconteció a los valientes defensores de la calle de Pomar, junto a Santa Engracia! Lo verdaderamente lamentable estaba allí, donde se hacinaban unos sobre otros, sin poder recibir auxilio, multitud de hombres destrozados por horribles heridas. Había recursos médicos para la centésima parte de los pacientes. La caridad de las mujeres, la diligencia de los patriotas, la multiplicación de la actividad en los hospitales, nada bastaba.

Llegó un día en que cierta impasibilidad, más bien espantosa y cruel indiferencia, se apoderó de los defensores y nos acostumbremos a ver un montón de muertos cual si fuera montón de sacas de lana; nos acostumbremos a ver sin lástima algunas largas filas de heridos arrojados a las casas, curándose cada cual como mejor podía. A fuerza de padecimientos, creyérase que las necesidades de la carne habían desaparecido, y que no teníamos más vida que la del espíritu. La familiaridad con el peligro había transfigurado nuestra naturaleza, infundiéndole al parecer un elemento nuevo: el desprecio absoluto de la materia y total indiferencia de la vida. Cada uno esperaba morir «dentro de un rato», sin que esta idea le conturbara.

Recuerdo que oí contar el ataque dado al convenio de Trinitarios para arrebatarlo a los franceses, y las hazañas fabulosas, la inconcebible temeridad de

esta empresa, me parecieron un hecho natural y ordinario.

No sé si he dicho que inmediato al convento de las Mónicas estaba el de Agustinos Observantes, edificio de bastante capacidad, con una iglesia no pequeña y muy irregular, vastas crujías y un claustro espacioso. Era, pues, indudable que los franceses, dueños ya de las Mónicas, habrían de poner gran empeño en poseer también aquel otro monasterio para establecerse sólida y definitivamente en el barrio.

—Ya que no tuvimos la suerte de hallarnos en las Mónicas—me dijo Pirli—, hoy nos daremos el gustazo de defender hasta morir las cuatro paredes de San Agustín. Como no basta Extremadura para defenderlo, nos mandan también a nosotros. ¿Y qué hay de grados, amigo Araceli? ¿Conque es cierto que este par de caballeros que están aquí es un par de sargentos?

—No sabía nada, amigo Pirli—le respondí; y verdad era que ignoraba aquel mí ascenso a las alturas jerárquicas del sargentazgo.

—Pues sí; anoche lo acordó el general. El señor de Araceli es sargento primero, y el señor de Pirli, sargento segundo. Harto bien lo hemos ganado, y gracias que nos ha quedado cuerpo en que poner las charreteras. También me han dicho que a Agustín de Montoria le han nombrado teniente por lo bien que se portó en el ataque dentro de las casas. Ayer tarde, al anochecer, el batallón de las Peñas de San Pedro no tenía más que cuatro sargentos, un alférez, un capitán y doscientos hombres.

—A ver, amigo Pirli, si hoy nos ganamos un par de ascensos.

—Todo es ganar el ascenso del pellejo—replicó—. Los pocos soldados que viven del batallón de Huesca creo que van para generales. Ya tocan llamada. ¿Tienes qué comer?

—No mucho.

—Manuela Sancho me ha dado cuatro sardinas; las partiré contigo. Si quieres un par de docenas de garbanzos tostados... ¿Te acuerdas tú del gusto que tiene el vino? Dígolo porque hace días que no nos dan una gota... Por ahí corre el runrún de que esta tarde nos repartirán un poco cuando acabe la guerra en San Agustín. Ahí tienes tú: sería muy triste cosa que le mataran a

uno antes de saber qué color tiene eso que van a darnos esta tarde. Si siguieran mi consejo, lo echarían antes de empezar, y así, el que muriera eso se llevaba... Pero la Junta de Abastos habrá dicho: «Hay poco vino; si lo repartimos ahora, apenas tocarán tres gotas a cada uno. Esperemos a la tarde, y como de los que defienden a San Agustín será milagro que quede la cuarta parte, les tocará a trago por barba.»

Y con este criterio siguió discurriendo sobre la escasez de vituallas. No tuvimos tiempo de entretenernos en esto, porque apenas nos dábamos la mano con los de Extremadura, que guarnecían el edificio, cuando una fuerte detonación nos puso en cuidado, y entonces un fraile apareció diciendo a gritos:

—Hijos míos, han volado la pared medianera del lado de las Mónicas, y ya los tenemos en casa. Corred a la iglesia; ellos deben de haber ocupado la sacristía; pero no importa. Si vais a tiempo, seréis dueños de la nave principal, de las capillas, del coro. ¡Viva la Santa Virgen del Pilar y el batallón de Extremadura!

Marchamos a la iglesia serenos y confiados.

XXII

Los buenos padres nos animaban con sus exhortaciones, y alguno de ellos, confundiéndose con nosotros en lo más apretado de las filas, nos decía:

—Hijos míos, no desmayéis. Previniendo que llegaría este caso, hemos conservado un mediano número de víveres en nuestra despensa. También tenemos vino. Sacudid el polvo a esa canalla. Animo, queridos jóvenes. No temáis al plomo enemigo. Más daño hacéis vosotros con una de vuestras miradas que ellos con una descarga de metralla. Adelante, hijos míos. La Santa Virgen del Pilar es entre vosotros. Cerrad los ojos al peligro, mirad con serenidad al enemigo, y entre las nubes veréis la santa figura de la Madre de Dios. ¡Viva España y Fernando Séptimo!

Llegamos a la iglesia; pero los franceses, que habían entrado por la sacristía, se nos adelantaron, y ya ocupaban el altar mayor. Yo no había visto jamás una mole churrigueresca, cuajada de es-

culturas y follajes de oro, sirviendo de parapeto a la infantería; yo no había visto que vomitasen fuego los mil nichos, albergue de mil santos de ebanistería; yo no había visto nunca que los rayos de madera dorada, que fulminan su llama inmóvil desde los huecos de una nube de cartón poblada de angelitos, se confundieran con los fogonazos, ni que tras los pies del Santo Cristo y tras el nimbo de oro de la Virgen María, el ojo vengativo del soldado afinara su mortífera puntería.

Baste decirlo que el altar mayor de San Agustín era una gran fábrica de entalle dorado, cual otras que habréis visto en cualquier templo de España. Este armatoste se extendía desde el piso a la bóveda, y de machón a machón, representando en sucesivas hileras de nichos como una serie de jerarquías celestiales. Arriba, el Cristo ensangrentado abría sus brazos sobre la cruz; abajo, y encima del altar, un templete encerraba el símbolo de la Eucaristía. Aunque la mole se apoyaba en el muro del fondo, había pequeños pasadizos interiores destinados al servicio casero de aquella república de santos, y por ellos el lego sacristán podía subir desde la sacristía a mudar el traje de la Virgen, a encender las velas del altísimo Crucifijo, o a limpiar el polvo que los siglos depositaban sobre el antiguo tisú de los vestidos y la madera bermellonada de los rostros.

Pues bien: los franceses se posesionaron rápidamente del camarín de la Virgen, de los estrechos tránsitos que he mencionado; y cuando llegamos nosotros, en cada nicho, detrás de cada santo, y en innumerables agujeros abiertos a toda prisa brillaba el cañón de los fusiles. Igualmente establecidos detrás del ara santa, que a empujones adelantaron un poco, se preparaban a defender en toda regla la cabecera de la iglesia.

No nos hallábamos enteramente a descubierto, y para resguardarnos del gran retablo, teníamos los confesonarios, los altares de las capillas y las tribunas. Los más expuestos éramos los que entramos por la nave principal; y mientras los más osados avanzaron resueltamente hacia el fondo, otros tomamos posiciones en el coro bajo, tras el facistol, tras las sillas y bancos amontonados contra la

reja, molestando desde allí con certera puntería a la nación francesa, posesionada del altar mayor.

El tío Garcés, con nueve de igual empuje, corrió a posesionarse del púlpito, otra pesada fábrica churrigueresca, cuyo guardapolvo, coronado por una estatua de la Fe, casi llegaba al techo. Subieron, ocupando la cátedra y la escalera, y desde allí, con singular acierto, dejaban seco a todo francés que, abandonando el presbiterio, se adelantaba a lo bajo de la iglesia. También sufrían ellos bastante, porque los abrasaban los del altar mayor, deseosos de quitar de en medio aquel obstáculo. Al fin se destacaron unos veinte hombres, resueltos a tomar a todo trance aquel reducto de madera, sin cuya posesión era locura intentar el paso de la nave. No he visto nada más parecido a una gran batalla, y así como en ésta la atención de uno y otro ejército se reconcentra a veces en un punto, el más disputado y apetecido de todos, y cuya pérdida o conquista decide el éxito de la lucha, así la atención de todos se dirigió al púlpito, tan bien defendido como bien atacado.

Los veinte tuvieron que resistir el vivísimo fuego que se les hacía desde el coro y la explosión de las granadas de mano que los de las tribunas les arrojaban; pero a pesar de sus grandes pérdidas, avanzaron resueltamente a la bayoneta sobre la escalera. No se acobardaron los diez defensores del fuerte, y defendiéronse a arma blanca con aquella superioridad infalible que siempre tuvieron en este género de lucha. Muchos de los nuestros, que antes hacían fuego parapetados tras los altares y los confesonarios, corrieron a atacar a los franceses por la espalda, representando de este modo en miniatura la peripecia de una vasta acción campal; y trabóse la contienda cuerpo a cuerpo a bayonetazos, a tiros y a golpes, según como cada cual cogía a su contrario.

De la sacristía salieron mayores fuerzas enemigas, y nuestra retaguardia, que se había mantenido en el coro, salió también. Algunos que se hallaban en las tribunas de la derecha, saltaron fácilmente al cornisamiento de un gran retablo lateral, y no satisfechos con hacer fuego desde allí, desplomaron sobre los franceses tres estatuas de santos que coronaban los ángulos del ático. En tan-

to, el púlpito se sostenía con firmeza, y en medio de aquel infierno vi al tío Garcés ponerse en pie, desafiando el fuego, y accionar como un predicador, gritando desaforadamente con voz ronca. Si alguna vez viera el demonio predicando el pecado en la cátedra de una iglesia, invadida por todas las potencias infernales en espantosa bacanal, no me llamaría la atención.

Aquello no podía prolongarse mucho tiempo, y Garcés, atravesado por cien balazos, cayó de improviso, lanzando un ronco aullido. Los franceses, que en gran número llenaban la sacristía, vinieron en columna cerrada, y en los tres escalones que separan el presbiterio del resto de la iglesia, nos presentaron un muro infranqueable. La descarga de esta columna decidió la cuestión del púlpito, y quintados en un instante, dejando sobre las baldosas gran número de muertos, nos retiramos a las capillas. Perecieron los primitivos defensores del púlpito, así como los que luego acudieron a reforzarlo, y al tío Garcés, acribillado a bayonetazos después de muerto, le arrojaron en su furor los vencedores por encima del antepecho. Así concluyó aquel gran patriota que no nombra la Historia.

El capitán de nuestra compañía quedó también inerte sobre el pavimento. Retirándonos en desorden a distintos puntos, separados unos de otros, no sabíamos a quién obedecer; bien es verdad que allí la iniciativa de cada uno o de cada grupo de dos o tres era la única organización posible, y nadie pensaba en compañía ni en jerarquías militares. Había la subordinación de todos al pensamiento común, y un instinto maravilloso para conocer la estrategia rudimentaria que las necesidades de la lucha a cada instante nos iba ofreciendo. Este instintivo golpe de vista nos hizo comprender que estábamos perdidos desde que nos metimos en las capillas de la derecha, y era temeridad persistir en la defensa de la iglesia ante las enormes fuerzas francesas que la ocupaban.

Algunos opinaron que con los bancos, las imágenes y la madera de un retablo viejo que fácilmente podía ser hecho pedazos, debíamos levantar una barricada en el arco de la capilla y defendernos hasta lo último; pero dos pa-

dres agustinos se opusieron a este esfuerzo inútil, y uno de ellos nos dijo:

—Hijos míos, no os empeñéis en prolongar la resistencia, que os llevaría a perder vuestras vidas sin ventaja alguna. Los franceses están atacando en este instante el edificio por la calle de las Arcadas. Corred allí a ver si lográis atajar sus pasos; pero no penséis en defender la iglesia, profanada por esos cafres.

Estas exhortaciones nos obligaron a salir al claustro, y todavía quedaban en el coro algunos soldados de Extremadura tiroteándose con los franceses, que ya invadían toda la nave.

Los frailes sólo cumplieron a medias su oferta en lo de darnos algún *gaudeamus* como recompensa por haberles defendido hasta el último extremo su iglesia, y fueron repartidos algunos trozos de tasajo y pan duro, sin que viéramos ni oliéramos el vino en ninguna parte, por más que alargamos la vista y las narices. Para explicar esto dijeron que los franceses, ocupando todo lo alto, se habían posesionado del principal depósito de provisiones; y lamentándose del suceso, procuraron consolarnos con alabanzas de nuestro buen comportamiento.

La falta del vino prometido hizome acordar del gran Pirli, y entonces caí en la cuenta de que le había visto al principio del lance en una de las tribunas. Pregunté por él; pero nadie me sabía dar razón de su paradero.

Ocupaban los franceses la iglesia y también parte de los altos del convento. A pesar de nuestra desfavorable posición en el claustro bajo, estábamos resueltos a seguir resistiendo, y traíamos a la memoria la heroica conducta de los voluntarios de Huesca, que defendieron las Mónicas hasta quedar sepultados bajo sus escombros. Estábamos delirantes, ebrios; nos creíamos ultrajados si no vencíamos, y nos impulsaba a las luchas desesperadas una fuerza secreta, irresistible, que no puedo explicarme sino por la fuerte tensión erectiva del espíritu y una aspiración poderosa hacia lo ideal.

Nos contuvo una orden venida de fuera, y que dictó sin duda, en su buen sentido práctico, el general Saint-March.

—El convento no se puede sostener —dijeron—. Antes que sacrificar esta

gente sin provecho alguno para la ciudad salgan todos a defender los puntos atacados en la calle de Pabostre y Puerta Quemada, por donde el enemigo quiere extenderse, conquistando las casas de que se le ha rechazado varias veces.

Salimos, pues, de San Agustín. Cuando pasábamos por la calle del mismo nombre, paralela a la de Palomar, vimos que desde la torre de la iglesia arrojaban granadas de mano sobre los franceses, establecidos en la plazoleta inmediata a la última de aquellas dos vías. ¿Quién lanzaba aquellos proyectiles desde la torre? Para decirlo más brevemente y con más elocuencia abramos la Historia y leamos: «En la torre se habían situado y pertrechado siete u ocho paisanos con viveres y municiones para hostigar al enemigo, y subsistieron verificándolo por unos días sin querer rendirse.»

Allí estaba el insigne Pirli. ¡Oh Pirli! Más feliz que el tío Garcés, tú ocupas un lugar en la Historia.

XXIII

Incorporados al batallón de Extremadura, se nos llevó por la calle de Palomar hasta la plaza de la Magdalena, desde donde oímos fuerte estrépito de combate hacia el extremo de la calle de Puerta Quemada. Como nos habían dicho, el enemigo procuraba extenderse por la calle de Pabostre para apoderarse de Puerta Quemada, punto importantísimo que le permitía enfilarse con su artillería la calle del mismo nombre hasta la plaza de la Magdalena; y como la posición de San Agustín y las Mónicas les permitía amenazar aquel punto céntrico, por el fácil tránsito de la calle de Palomar, ya se conceptuaban dueños del Arrabal. En efecto: si los de San Agustín lograban avanzar hasta las ruinas del Seminario, y los de la calle de Pabostre hasta Puerta Quemada, era imposible disputar a los franceses el barrio de Tenerías.

Después de una breve espera nos llevaron a la calle de Pabostre; y como la lucha era combinada entre el interior de los edificios y la vía pública, entramos por la calle de los Viejos a la primera manzana. Desde las venta-

nas de la casa en que nos situaron no se veía más que humo, y apenas podíamos hacernos cargo de lo que allí pasaba; mas luego advertí que la calle estaba llena de zanjas y cortaduras de trecho en trecho, con parapetos de tierra, muebles y escombros.

Desde las ventanas se hacía un fuego horroroso. Recordando una frase del mendigo cojo *Sursum Corda*, puedo decir que nuestra alma era toda balas. En el interior de las casas corría la sangre a torrentes. El empuje de la Francia era terrible; y para que la resistencia no fuese menor, las campanas convocaban sin cesar al pueblo; los generales dictaban órdenes crueles para castigar a los rezagados; los frailes reunían gente de los otros barrios, trayéndola como en trailla, y algunas mujeres heroicas daban el ejemplo, arrojándose en medio del peligro fusil en mano.

Día horrendo, cuyo rumor pavoroso retumba sin cesar en los oídos del que lo presencié, cuyo recuerdo le persigue, pesadilla indeleble de toda la vida. Quien no vió sus excesos, no oyó su vocerío y estruendo, ignora con qué aparato externo se presenta a los sentidos humanos el ideal del horror. Y no me digáis que habéis visto el cráter de un volcán en lo más recio de sus erupciones, o una furiosa tempestad en medio del Océano, cuando la embarcación, lanzada al cielo por una cordillera de agua, cae después al abismo vertiginoso; no me digáis que habéis visto eso, pues nada de eso se parece a los volcanes y a las tempestades que hacen estallar los hombres, cuando sus pasiones los llevan a eclipsar los desórdenes de la Naturaleza.

Era difícil contenernos, y no pudiendo hacer gran hostilidad desde allí, bajamos a la calle unos tras otros, sin hacer caso de los jefes que querían contenernos. El combate tenía sobre todos una atracción irresistible, y nos llamaba como llama el abismo al que lo contempla desde el vértice de elevada cima.

Jamás me he considerado héroe; pero es lo cierto que en aquellos momentos ni temía la muerte, ni me arredraba el espectáculo de las catástrofes que a mi lado veía. Verdad es que el heroísmo, como cosa del momento e hijo directo de la inspiración, no pertenece exclusivamente a los valerosos, razón por la cual suele encontrarse con fre-

cuencia en las mujeres y en los cobardes.

Por no parecer prolijo no referiré aquí las peripecias de aquel combate de la calle de Pabostre. Se parecen mucho a las que antes he contado, y si en algo se diferenciaron fué por el exceso de la constancia y de la energía, llevadas a un grado tal, que allí acababa lo humano y empezaba lo divino. Dentro de las casas pasaban escenas como las que en otro lugar se refieren, pero con mayor encarnizamiento, porque el triunfo se creía más definitivo. La ventaja adquirida en una pieza perdíanla los imperiales en otra; la acción trabada en la buhardilla descendía peldaño por peldaño hasta el sótano, y allí se remataba al arma blanca, con ventaja siempre para los paisanos. Las voces de mando con que unos y otros dirigían los movimientos dentro de aquellos laberintos retumbaban de pieza en pieza con ecos espantosos.

En la calle usaban ellos artillería, y nosotros también. Varias veces trataron de apoderarse, con rápidos golpes de mano, de nuestras piezas; pero perdían mucha gente sin conseguirlo nunca. Acobardados al ver que el esfuerzo empleado otra vez para ganar una batalla no bastaba entonces para conquistar dos varas de calle, se negaban a batirse, y sus oficiales les sacudían a palos la pereza.

Por nuestra parte no era preciso emplear tales medios, y bastaba la persuasión. Los frailes, sin dejar de prestar auxilio a los moribundos, atendían a todo, y al advertir debilidad en un punto, volaban a llamar la atención de los jefes.

En una de las zanjias abiertas en la calle, una mujer, más que ninguna valerosa, Manuela Sancho, después de hacer fuego de fusil, disparó varios tiros en la pieza de a 8. Mantúvose ilesa durante gran parte del día, animando a todos con sus palabras y sirviendo de ejemplo a los hombres; pero serían las tres de la tarde cuando cayó en la zanja, herida en una pierna, y durante largo tiempo confundióse con los muertos, porque la hemorragia la puso exánime y con apariencia de cadáver. Más tarde, advirtiéndole que respiraba, la retiramos y fué curada, quedando tan bien, que muchos años después tuve el gusto de

verla viva. La Historia no ha olvidado a aquella valiente joven, y, además, la calle de Pabostre, cuyas mezquinas casas son más elocuentes que las páginas de un libro, lleva el nombre de Manuela Sancho.

Poco después de las tres, una horribilísima explosión conmovió las casas que los franceses nos habían disputado tan encarnizadamente durante la mañana, y entre el espeso humo y el polvo, más espeso aún que el humo, vimos volar en pedazos mil las paredes y el techo, cayendo todo al suelo con un estruendo de que no puede darse idea. Los franceses empezaban a emplear la mina para conquistar lo que por ningún otro medio podía arrancarse de las manos aragonesas. Abrieron galerías, cargaron los hornillos, y los hombres cruzáronse de brazos, esperando que la pólvora lo hiciera todo.

Cuando reventó la primera casa, nos mantuvimos serenos en las inmediatas y en la calle; pero cuando, con estallido más fuerte aún, vino a tierra la segunda, inicióse el movimiento de retirada con bastante desorden. Al considerar que eran sepultados entre las ruinas o lanzados al aire tantos infelices compañeros, que no se habrían dejado vencer por la fuerza del brazo, nos sentimos débiles para luchar con aquel elemento de destrucción, y parecíanos que en todas las demás casas y en la calle, minada ya también, iban a estallar horribles cráteres, que en pedazos mil nos salpicarían desgarrados en sangrientos jirones.

Los jefes nos detenían, diciendo:

—Firmes, muchachos. No correr. Eso es para asustarnos. Nosotros también tenemos pólvora en abundancia y abriremos minas. ¿Creeis que eso les dará ventaja? Al contrario. Veremos cómo se defienden entre los escombros.

Palafox se presentó a la entrada de la calle, y su presencia nos contuvo algún rato. El mucho ruido impidióme oír lo que nos dijo; pero por sus gestos comprendí que quería impelernos a marchar sobre las ruinas.

—Ya oís, muchachos, ya oís lo que dice el capitán general—vociferó a nuestro lado un fraile de los que venían en la comitiva de Palafox—. Dice que si hacéis un pequeño esfuerzo más, no quedará vivo un solo francés.

—¡Y tiene razón!—exclamó otro fraile—. No habrá en Zaragoza una mujer que os mire, si al punto no os arrojáis sobre las ruinas de las casas y echáis de allí a los franceses.

—Adelante, hijos de la Virgen del Pilar—añadió un tercer fraile—. Allí hay un grupo de mujeres. ¿Las veis? Pues dicen que si no vais vosotros, irán ellas. ¿No os da vergüenza vuestra cobardía?

Con esto nos contuvimos un poco. Reventó otra casa a la derecha, y entonces Palafox se internó en la calle. Sin saber cómo ni por qué, nos llevaba tras sí. Y ahora es ocasión de hablar de este personaje eminente, cuyo nombre va unido al de las célebres proezas de Zaragoza. Debía en gran parte su prestigio a su gran valor; pero también a la nobleza de su origen, al respeto con que siempre fué mirada allí la familia de Lazán y a su hermosa y arrogante presencia. Era joven. Había pertenecido al cuerpo de Guardias y se le elogiaba mucho por haber despreciado los favores de una muy alta señora, tan famosa por su posición como por sus escándalos. Lo que más que nada hacía simpático al caudillo zaragozano era su indomable y serena valentía, aquel ardor juvenil con que acometía lo más peligroso y difícil, por simple afán de tocar un ideal de gloria.

Si carecía de dotes intelectuales para dirigir obra tan ardua como aquella, tuvo el acierto de reconocer su incompetencia y rodeóse de hombres insignes por distintos conceptos. Estos lo hacían todo, y Palafox quedábase tan sólo con lo teatral. Sobre un pueblo en que tanto prevalece la imaginación, no podía menos de ejercer subyugador dominio aquel general joven, de ilustre familia y simpática figura, que se presentaba en todas partes, reanimando a los débiles y distribuyendo recompensas a los animosos.

Los zaragozanos habían simbolizado en él sus virtudes, su constancia, su patriotismo ideal, con ribetes de místico, y su fervor guerrero. Lo que él disponía, todos lo encontraban bueno y justo. Como aquellos monarcas a quienes las tradicionales leyes han hecho representación personal de los principios fundamentales del gobierno, Palafox no podía hacer nada malo; lo malo era obra de sus consejeros. Y en realidad, el ilustre

caudillo reinaba y no gobernaba. Gobernaba el padre Basilio, O'Reilly, Saint-Mach y Butrón, clérigo escolapio el primero, generales insignes los otros tres.

En los puntos de peligro aparecía siempre Palafox como la expresión humana del triunfo. Su voz reanimaba a los moribundos, y si la Virgen del Pilar hubiera hablado, no lo habría hecho por otra boca. Su rostro expresaba siempre una confianza suprema, y en él la triunfal sonrisa infundía coraje como en otros el ceño feroz. Vanagloriábase de ser el impulsor de aquel gran movimiento. Como comprendía por instinto que parte del éxito era debido, más que a sus cualidades de general, a sus cualidades de actor, siempre se presentaba con todos sus arreos de gala, entorchados, plumas y veneras, y la atronadora música de los aplausos y los vivas le halagaban en extremo. Todo esto era preciso, pues ha de haber siempre algo de mutua adulación entre la hueste y el caudillo, para que el enfático orgullo de la victoria arrastre a todos al heroísmo.

XXIV

Como he dicho, Palafox nos detuvo, y aunque abandonamos casi toda la calle de Pabostre, nos mantuvimos firmes en Puerta Quemada.

Si encarnizada fué la batalla hasta las tres, hora en que nos concentramos hacia la plaza de la Magdalena, no lo fué menos desde dicha ocasión hasta la noche. Los franceses empezaron a hacer trabajos en las casas arruinadas por los hornillos, y era curioso ver cómo entre las masas de cascote y vigas se abrían pequeñas plazas de armas, caminos cubiertos y plataformas para emplazar la artillería. Aquella era una guerra que cada vez se iba pareciendo menos a las demás guerras conocidas.

De esta nueva fase de batalla resultó una ventaja y un inconveniente para los franceses, porque si la demolición de las casas les permitía colocar en ellas algunas piezas, en cambio, los hombres quedaban a descubierto. Por nuestra desgracia, no supimos aprovecharnos de esto al presenciar las voladuras. El terror nos hizo ver una centuplicación del peligro, cuando en realidad disminuía, y no que-

riendo ser menos que ellos en aquel duelo a fuego, los zaragozanos empezaron a incendiar las casas de la calle de Pabostre que no podían sostener.

Sitiadores y sitiados, deseosos de rematarse pronto, y no pudiendo conseguirlo en la laberíntica guerra de las madrigueras, empezaron a destruirlas, unos con la mina, otros con el incendio, quedándose a descubierto como el impaciente gladiador que arroja su escudo.

¡Qué tarde, qué noche! Al llegar aquí me detengo cansado y sin aliento, y mis recuerdos se nublan, como se nublaron mi pensar y mi sentir en aquella tarde espantosa. Hubo, pues, un momento en que no pudiendo resistir más mi cuerpo, como el de otros compañeros que habían tenido la suerte o la desgracia de vivir, se arrastraba sobre el arroyo, tropezando con cadáveres insepultos o medio inhumados entre los escombros. Mis sentidos, salvajemente lanzados a los extremos del delirio, no me representaban claramente el lugar donde me encontraba, y la noción del vivir era un conjunto de vagas confusiones, de dolores inauditos. No me parecía que fuese de día, porque en algunos puntos lóbrega oscuridad envolvía la escena; mas tampoco me consideraba en medio de la noche, porque llamas semejantes a las que suponemos en el infierno enrojecían la ciudad por otro lado.

Sólo sé que me arrastraba pisando cuerpos yertos unos, con movimientos otros, y que más allá, siempre más allá, creía encontrar un pedazo de pan y un buche de agua. ¡Qué desfallecimiento tan horrible! ¡Qué hambre! ¡Qué sed! Vi correr a muchos con ágiles movimientos; los oí gritar; vi proyectadas sus inquietas sombras formando espantajos sobre las paredes cercanas; iban y venían no sé adónde ni de dónde. No era yo el único que, agotadas las fuerzas del cuerpo y del espíritu después de tantas horas de lucha, se había rendido. Otros muchos, que no tenían la acerada entereza de los cuerpos aragoneses, se arrastraban como yo y nos pedíamos unos a otros un poco de agua. Algunos, más felices que los demás, tuvieron fuerza para registrar entre los cadáveres y recoger mendrugos de pan, piltrafas de carne fría y envuelta en tierra, que devoraban con avidez.

Algo reanimados, seguimos buscando, y pude alcanzar una parte en las migajas de aquel festín. No sé si estaba yo herido: algunos de los que conmigo hablaban, comunicándome su gran hambre y sed, tenían horribles golpes, quemaduras y balazos. Por fin encontramos unas mujeres que nos dieron a beber agua fangosa y tibia. Nos disputamos el vaso de barro, y luego, en las manos de un muerto descubrimos un pañuelo liado que contenía dos sardinas secas y algunos bollos de aceite. Alentados por los repetidos hallazgos, seguimos merodeando, y al fin, lo poco que logramos comer, y más que nada el agua sucia que bebimos, nos devolvió en parte las fuerzas.

Yo me sentí con algún brío y pude andar, aunque difícilmente. Advertí que todo mi vestido estaba lleno de sangre, y sintiendo un vivo escozor en el brazo derecho, juzgándome gravemente herido; pero aquel malestar era de una contusión insignificante, y las manchas de mis ropas provenían de haberme arrastrado entre charcos de fango y sangre.

Volví a pensar sin confusiones; volví a ver oscuridad y oí distintamente los gritos, los pasos precipitados, los cañonazos cercanos y distantes en diálogo pavoroso. Sus estampidos aquí y allí parecían preguntas y respuestas.

Los incendios continuaban. Había sobre la ciudad una densa niebla, formada de polvo y humo, la cual, con el resplandor de las llamas, formaba perspectivas horribles que jamás se ven en el mundo; en sueños, sí. Las casas despedazadas, con sus huecos abiertos a la claridad como ojos infernales; las recortaduras angulosas de las ruinas humeantes; las vigas encendidas, eran espectáculo menos siniestro que el de aquellas figuras saltonas e incansables, que no cesaban de revolotear allí delante, allí mismo, casi en medio de las llamas. Eran los paisanos de Zaragoza que aún se estaban batiendo con los franceses y les disputaban ferozmente un palmo del infierno.

Me encontraba en la calle de Puerta Quemada, y lo que he descrito se veía en las dos direcciones opuestas del Seminario y de la entrada de la calle de Pabostre. Di algunos pasos; pero caí otra vez rendido de fatiga. Un íraile, viéndome cubierto de sangre, se me acer-

có y empezó a hablarme de la otra vida y del premio eterno destinado a los que mueren por la patria. Díjele que no estaba herido; pero que el hambre, el cansancio y la sed me habían postrado, y que creía tener los primeros síntomas de la epidemia. Entonces el buen religioso, en quien al punto reconocí al padre Mateo del Busto, se sentó a mi lado y dijo, exhalando un hondo suspiro:

—Yo tampoco me puedo tener, y creo que me muero.

—¿Está vuestra paternidad herido? —le pregunté viendo un lienzo atado a su brazo derecho.

—Sí, hijo mío; una bala me ha destrozado el brazo y el hombro. Siento grandísimo dolor; pero es preciso aguantarlo. Más padeció Cristo por nosotros. Desde que amaneció no he cesado de curar heridos y encaminar moribundos al cielo. En dieciséis horas no he descansado un solo momento, ni comido ni bebido cosa alguna. Una mujer me ató este lienzo en el brazo derecho, y seguí mi tarea. Creo que no viviré mucho... ¡Cuánto muerto, Dios mío! ¿Y estos heridos que nadie recoge?... Pero, ¡ay!, yo no puedo tenerme en pie, yo me muero. ¿Has visto aquella zanja que hay al fin de la calle de los Clavos? Pues allí yace sin vida el desgraciado *Coridón*. Fué víctima de su arrojo. Pasábamos por allí para recoger unos heridos, cuando vimos hacia las eras de San Agustín un grupo de franceses que pasaban de una casa a otra, *Coridón*, cuya sangre impetuosa le impele a los actos más heroicos, se lanzó ladrando sobre ellos. ¡Ay!, ensartándole en una bayoneta, le arrojaron exánime dentro de la zanja... ¡Cuántas víctimas en un solo día, Araceli! ¡Pues no tiene usted poca suerte en haber salido ileso! Pero se morirá usted de la epidemia, que es peor. Hoy he dado la absolución a sesenta moribundos de la epidemia. A usted también se la daré, amigo mío, porque sé que no comete pecadillos y que se ha portado valientemente en estos días... ¿Qué tal? ¿Crece el mal? Efectivamente, está usted más amarillo que esos cadáveres que nos rodean. Morir de la epidemia, durante el horroroso cerco, también es morir por la patria. Joven, ánimo: el cielo se abre para recibirle a usted, y la Virgen del Pilar le agasajará con su manto de estrellas. La vida no

vale nada. ¡Cuánto mejor es morir honrosamente y ganar con el padecer de un día la eterna gloria! En nombre de Dios, le perdono a usted todos sus pecados.

Después de murmurar la oración propia del caso, pronunció, bendiciéndome, el *ego te absolvo*, extendiéndose luego cuan largo era sobre el suelo. Su aspecto era tristísimo, y aunque yo no me contraba bien, juzguéme en mejor estado de salud que el buen fraile. No fué aquélla la primera ocasión en que el confesor caía antes que el moribundo, y el médico antes que el enfermo. Llamé al padre Mateo, y como no me respondiese sino con lastimeros quejidos, apartéme de allí para buscar quien fuera en su ayuda. Encontré a varios hombres y mujeres, y les dije:

—Ahí está el padre fray Mateo del Busto, que no puede moverse.

Pero no me hicieron caso y siguieron adelante. Muchos heridos me llamaban a su vez, pidiéndome que les diese auxilio; pero yo tampoco les hacía caso. Junto al Coso encontré un niño de ocho o diez años, que marchaba solo y llorando con el mayor desconsuelo. Le detuve; le pregunté por sus padres, y señaló un punto cercano donde había gran número de muertos y heridos.

Más tarde encontré al mismo niño en diversos puntos, siempre solo, siempre llorando, y nadie se cuidaba de él.

No se oía otra cosa que las preguntas: «¿Has visto a mi hermano? ¿Has visto a mi hijo? ¿Has visto a mi padre?» Pero mi hermano, mi hijo y mi padre no parecían por ninguna parte. Ya nadie se cuidaba de llevar los enfermos a las iglesias, porque todas o casi todas estaban atestadas. Los sótanos y cuartos bajos, que antes se consideraron buenos refugios, ofrecían una atmósfera infecta y mortífera. Llegó el momento en que donde mejor se encontraban los heridos era en medio de la calle.

Me dirigí hacia el centro del Coso, porque me dijeron que allí se repartía algo de comer; pero nada alcancé. Iba a volver a las Tenerías, y, al fin, frente al Almudí, me dieron un poco de comida caliente. Al punto me sentí mejor, y lo que creía síntomas de epidemia desapareció poco a poco, pues mi mal, hasta entonces, era de los que se curan con pan y vino. Acordéme al punto del

padre Mateo del Busto, y con otros que se me juntaron fuimos a prestarle auxilio. El desgraciado anciano no se había movido, y cuando nos acercamos, preguntándole cómo se encontraba, nos contestó así:

—¡Cómo! ¿Ha sonado la campana de maitines? Todavía es temprano. Déjenme ustedes descansar. Me hallo fatigadísimo, padre González. He pasado dieciséis horas cogiendo flores en la huerta... Estoy rendido.

A pesar de sus ruegos, le cargamos entre cuatro; pero al poco trecho se nos quedó muerto en los brazos.

Mis compañeros acudieron al fuego, y yo me disponía a seguirlos, cuando alcancé a ver un hombre cuyo aspecto llamó mi atención. Era el tío Candiola, que salió de una casa cercana con los vestidos chamuscados y apretando entre sus manos un ave de corral que cacareaba sintiéndose prisionera. Le detuve en medio de la calle preguntándole por su hija y por Agustín, y con gran agitación me dijo:

—¡Mi hija!... No sé... Allá, allá está... ¡Todo, todo lo he perdido! ¡Los recibos! ¡Se han quemado los recibos!... Y gracias que al salir de la casa tropecé con ese pollo que huía como yo del horrible fuego. ¡Ayer valía una gallina cinco duros!... Pero mis recibos, ¡Santa Virgen del Pilar, y tú, Santo Dominguito de mi alma!... ¿Por qué se han quemado mis recibos?... Todavía se pueden salvar... ¿Quiere usted ayudarme? Debajo de una gran viga ha quedado la caja de lata en que los tenía... ¿Dónde hay por ahí media docena de hombres?... ¡Dios mío! Pero esa Junta, esa Audiencia, ese capitán general, ¿en qué están pensando?...

Y luego siguió gritando a los que pasaban:

—¡Eh, paisano, amigo, hombre caritativo..., a ver si levantamos la viga que cayó en el rincón!... ¡Eh!, buenos amigos, dejen ustedes ahí en un ladito ese moribundo que llevan al hospital y vengan a ayudarme. ¿No hay un alma piadosa? Parece que los corazones se han vuelto de bronce... Ya no hay sentimientos humanitarios... ¡Oh!, zaragozanos sin piedad, ¡ved cómo Dios os está castigando!

Viendo que nadie le amparaba, entró de nuevo en la casa; pero salió al

poco rato gritando con desesperación:

—¡Ya no se puede salvar nada! ¡Todo está ardiendo! Virgen mía del Pilar, ¿por qué no haces un milagro? ¿Por qué no me concedes el don de aquellos prodigiosos niños del horno de Babilonia, para que pueda penetrar dentro del fuego y salvar mis papeles?

XXV

Luego se sentó sobre un montón de piedras, y a ratos se golpeaba el cráneo; a ratos, sin soltar el gallo, llevaba la mano al pecho exhalando profundos suspiros. Preguntéle de nuevo por su hija, con objeto de saber de Agustín, y me dijo:

—Yo estaba en aquella casa de la calle de Añón, donde nos metimos ayer. Todos me decían que allí no había seguridad y que mejor estaríamos en el centro del pueblo; pero a mí no me gusta ir allí donde van todos, y el lugar que prefiero es el que abandonan los demás. El mundo está lleno de ladrones y rateros. Conviene, pues, huir del gentío. Nos acomodamos en un cuarto bajo de aquella casa. Mi hija tenía mucho miedo al cañoneo y quería salir afuera. Cuando reventaron las minas en los edificios cercanos, ella y Guedita salieron despavoridas. Quedéme solo, pensando en el peligro que corrían mis efectos, y de pronto entraron unos soldados con teas encendidas diciendo que iban a pegar fuego a la casa. Aquellos canallas miserables no me dieron tiempo a recoger nada, y lejos de compadecer mi situación, burláronse de mí. Yo escondí la caja de los recibos, por temor a que, creyéndola llena de dinero, quisieran quitármela; pero no me fué posible permanecer allí mucho tiempo. Me abrasaba con el resplandor de las llamas y me ahogaba con el humo. A pesar de todo, insistí en salvar mi caja... ¡Cosa imposible! Tuve que huir. Nada pude traer, ¡Dios poderoso!; nada más que este pobre animal que había quedado olvidado por sus dueños en el gallinero. Buen trabajo me costó cogerlo. ¡Casi se me quemó toda una mano! ¡Oh, maldito sea el que inventó el fuego! ¡Qué pierda uno su fortuna por el gusto de estos héroes!... Yo tengo dos casas en Zarago-

za, además de la en que vivía. Una de ellas, la de la calle de la Sombra, se me conserva ilesa, aunque sin inquilinos. La otra, que llaman casa de los Duendes, a espaldas de San Francisco, está ocupada por las tropas, y toda me la han destrozado. ¡Ruinas, nada más ruinas! ¡Es feliz la ocurrencia de quemar las casas sólo por impedir que las conquisten los franceses!

—La guerra exige que se haga así—le respondí—, y esta heroica ciudad quiere llevar hasta el último extremo su defensa.

—¿Y qué saca Zaragoza con llevar su defensa hasta el último extremo? A ver: ¿qué van ganando los que han muerto? Hábleles usted a ellos de la gloria, del heroísmo y de todas esas zarandajas. Antes que volver a vivir en ciudades heroicas, me iré a un desierto. Concedo que haya alguna resistencia; pero no hasta ese tan bárbaro extremo. Verdad es que los edificios valían poco, tal vez menos que esta gran masa de carbón que ahora resulta. A mí no me vengan con simplezas. Esto lo han ideado los pájaros gordos para luego hacer negocio con el carbón.

Me hizo reír. No crean mis lectores que exagero, pues tal como lo cuento me lo dijo él punto por punto, y pueden dar fe de mi veracidad los que tuvieron la desdicha de conocerle. Si Candiola hubiera vivido en Numancia, habría dicho que los numantinos eran negociantes de carbón disfrazados de héroes.

—¡Estoy perdido, estoy arruinado para siempre!—añadió después, cruzando las manos en actitud dolorosa—. Esos recibos eran parte de mi hacienda. Vaya usted ahora a reclamar las cantidades sin documento alguno, y cuando casi todos han muerto y yacen en putrefacción por esas calles. No; lo digo y lo repito: no es conforme a la ley de Dios lo que han hecho esos miserables. Es un pecado mortal, es un delito imperdonable dejarse matar cuando se deben piquillos que el acreedor no podrá cobrar fácilmente. Ya se ve: esto de pagar es muy duro, y algunos dicen: «Muramos y nos quedaremos con el dinero.» Pero Dios debería ser inexorable con esta canalla heroica, y en castigo de su infamia resucitarlos para que se las vieran con el alguacil y el es-

cribano. ¡Dios mío, resucítalos! Santa Virgen del Pilar, Santo Dominguito del Val, resucítalos!

—Y su hija de usted—le pregunté con interés—, ¿ha salido ilesa del fuego?

—No me nombre usted a mi hija—replicó con desabrimiento—. Dios ha castigado en mí su culpa. Ya sé quién es su infame pretendiente. ¿Quién podía ser sino ese condenado hijo de don José de Montoria, que estudia para clérigo? María me lo ha confesado. Ayer estaba curándole la herida que tiene en el brazo. ¿Hase visto muchacha más desvergonzada? ¡Y esto lo hacía delante de mí!

Esto decía, cuando doña Guedita, que buscaba afanosamente a su amo, apareció trayendo en una taza algunas provisiones. El se las comió con voracidad, y luego, a fuerza de ruegos, logramos arrancarle de allí, conduciéndole al callejón del Organo, donde estaba su hija, guarecida en un zaguán con otras infelices. Candiola, después de regañarla, se internó con el ama de llaves.

—¿Dónde está Agustín?—pregunté a Mariquilla.

Hace un instante estaba aquí; pero vinieron a darle la noticia de la muerte de un hermano suyo y se fué. Oí decir que estaba su familia en la calle de las Rufas.

—¿Que ha muerto su hermano, el primogénito?

—Así se lo dijeron, y él corrió allí muy afligido.

Sin oír más, yo también corrí a la calle de la Parra para aliviar en lo posible la tribulación de aquella generosa familia, a quien tanto debía, y antes de llegar a ella encontré a don Roque, que con lágrimas en los ojos se acercó a hablarme.

—Gabriel—me dijo—, Dios ha cargado hoy la mano sobre nuestro buen amigo.

—¿Ha muerto el hijo mayor, Manuel de Montoria?

—Sí; y no es ésa la única desgracia de la familia. Manuel era casado, como sabes, y tenía un hijo de cuatro años. ¿Ves aquel grupo de mujeres? Pues allí está la mujer del desgraciado primogénito de Montoria, con su hijo en brazos, el cual, atacado de la epidemia, agoniza en estos momentos. ¡Qué horrible situación! Ahí tienes a

una de las primeras familias de Zaragoza reducida al más triste estado, sin un techo en que guarecerse y careciendo hasta de lo más preciso. Toda la noche ha permanecido esa infeliz madre en la calle y a la intemperie con el enfermo en brazos, aguardando por instantes que exhale el último suspiro; y en realidad, mejor está aquí que en los pestilentes sótanos, donde no se puede respirar. Gracias a que yo y otros amigos la hemos socorrido en lo posible...; pero ¿qué podemos hacer, si apenas hay pan, si se ha acabado el vino y no se encuentra un pedazo de carne de vaca, aunque se dé por él un pedazo de la nuestra?

Principiaba a amanecer. Acerquéme al grupo de mujeres y vi el lastimoso espectáculo. Con el ansia de salvarle, la madre y las demás mujeres que le hacían compañía martirizaban al infeliz niño aplicándole los remedios que cada cual discurría; pero bastaba ver a la víctima para comprender la imposibilidad de salvar aquella naturaleza que la muerte había asido ya con su mano amarilla.

La voz de don José de Montoria me obligó a seguir adelante, y en la esquina de la calle de las Rufas un segundo grupo completaba el cuadro horroroso de las desgracias de aquella familia. En el suelo yacía el cadáver de Manuel de Montoria, joven de treinta años, no menos simpático y generoso en vida que su padre y hermano. Una bala le había atravesado el cráneo, y de la pequeña herida exterior, en el punto por donde entró el proyectil, salía un hilo de sangre que, bajando por la sien, el carrillo y el cuello, escurríase entre la piel y la camisa. Fuera de esto, su cuerpo no parecía el de un difunto.

Cuando yo me acerqué, su madre no se había decidido aún a creer que estaba muerto, y poniendo la cabeza del cadáver sobre sus rodillas, quería reanimarle con ardientes palabras. Montoria, de rodillas al costado derecho, tenía entre sus manos la de su hijo, y sin decir nada no le quitaba los ojos. Tan pálido como el muerto, el padre no lloraba.

—¡Mujer—exclamó al fin—, no pidas a Dios imposibles! Hemos perdido a nuestro hijo.

—¡No; mi hijo no ha muerto!—gritó la madre con desesperación—. Es mentira. ¿Para qué me engañan? ¿Cómo es posible que Dios nos quite a nuestro hijo? ¿Qué hemos hecho para merecer este castigo? ¡Manuel, tú, hijo mío! ¿No me respondes? ¿Por qué no te mueves? ¿Por qué no hablas...? Al instante te llevaremos a casa..., pero ¿dónde está nuestra casa? Mi hijo se enfrió sobre este desnudo suelo. ¡Ved qué heladas están sus manos y su cara!

—Retírate, mujer—dijo Montoria conteniendo el llanto—. Nosotros cuidaremos al pobre Manuel.

—¡Señor, Dios mío!—clamó la madre—, ¿qué tiene mi hijo que no habla, ni se mueve, ni despierta? Parece muerto; pero no está ni puede estar muerto. Santa Virgen del Pilar, ¿no es verdad que mi hijo no ha muerto?

—Leocadia—repitió Montoria, secando las primeras lágrimas que salieron de sus ojos—, vete de aquí, retírate, por Dios. Ten resignación, porque Dios nos ha dado un fuerte golpe, y nuestro hijo no vive ya. Ha muerto por la patria...

—¡Que ha muerto mi hijo!—exclamó la madre, estrechando el cadáver entre sus brazos como si se lo quisieran quitar—. No, no, no; ¿qué me importa a mí la patria? ¡Que me devuelvan a mi hijo! ¡Manuel, niño mío! No te separes de mi lado, y el que quiera arrancarte de mis brazos, tendrá que matarme.

—¡Señor, Dios mío! ¡Santa Virgen del Pilar!—dijo don José de Montoria con grave acento—. Nunca os ofendí a sabiendas ni deliberadamente. Por la patria, por la religión y por el rey he dado mis bienes y mis hijos. ¿Por qué antes de llevaros a éste, mi primogénito, no me quitasteis cien veces la vida a mí, miserable viejo, que para nada sirvo? Señores que estáis presentes, no me avergüenzo de llorar delante de ustedes. Con el corazón despedazado, Montoria es el mismo. ¡Dichoso tú mil veces, hijo mío, que has muerto en el puesto del honor! Desgraciados los que vivimos después de perderte. Pero Dios lo quiere así: bajemos la frente ante el Dueño de todas las cosas. Mujer, Dios nos ha dado paz, felicidad, bienestar y buenos hijos; ahora parece que nos lo quiere quitar todo. Llenemos el co-

razón de humildad y no maldigamos nuestro sino. Bendita sea la mano que nos hiere, y esperemos tranquilos el beneficio de la propia muerte.

Doña Leocadia no tenía vida más que para llorar, besando incesantemente el frío cuerpo de su hijo. Don José, tratando de vencer las irresistibles manifestaciones de su dolor, se levantó y dijo con voz entera:

—Leocadia, levántate. Es preciso enterrar a nuestro hijo.

—¡Enterrarle!...—exclamó la madre—. ¡Enterrarle!...

Y no pudo decir más porque se quedó sin sentido.

En el mismo instante oyóse un grito desgarrador no lejos de allí, y una mujer corrió despavorida hacia nosotros. Era la mujer del desgraciado Manuel, viuda ya y sin hijo. Varios de los presentes nos abalanzamos a contenerla para que no presenciase aquella escena, tan horrible como la que acababa de dejar, y la infeliz dama forcejeó con nosotros, pidiéndonos que la dejásemos ver a su marido.

En tanto, don José, apartándose de allí, llegó a donde yacía el cuerpo de su nieto. Tomóle en brazos y le trajo junto al de Manuel. Las mujeres exigían todo nuestro cuidado, y mientras doña Leocadia continuaba sin movimiento ni sentido abrazada al cadáver, su nuera, poseída de un dolor febril, corría en busca de imaginarios enemigos, a quienes anhelaba despedazar. La conteníamos y se nos escapaba de las manos. Tan pronto reía con espantosa carcajada, como se nos ponía de rodillas delante, rogándonos que la devolviéramos los dos cuerpos que le habíamos quitado.

Pasaba la gente; pasaban soldados, frailes, paisanos. Todos veían aquello con indiferencia, porque a cada paso se encontraba un espectáculo semejante. Los corazones estaban osificados, y las almas parecían haber perdido sus más hermosas facultades, no conservando más que el rudo heroísmo. Por fin, la pobre mujer cedió a la fatiga, al aniquilamiento producido por su propia pena, quedándose en los brazos como muerta. Pedimos un cordial o algún alimento para reanimarla, pero no había nada; y las demás personas que allí vi, harto trabajo tenían con aten-

der a los suyos. En tanto, don José, ayudado de su hijo Agustín, que también trataba de vencer su acerbo dolor, desligó el cadáver de los brazos de doña Leocadia. El estado de esta infeliz señora era tal, que creímos tener que lamentar otra muerte en aquel día.

Luego Montoria repitió:

—Es preciso que entierremos a mi hijo.

Miró él, miramos todos en derredor, y vimos muchos, muchísimos cadáveres insepultos. En la calle de las Rufas había bastantes; en la inmediata de la Imprenta (1) se había constituido una especie de depósito. No es exageración lo que voy a decir. Innumerables cuerpos yacían apilados en la angosta vía, formando como un ancho paredón entre casa y casa. Aquello no se podía mirar, y el que lo vió fué condenado a tener ante los ojos durante toda su vida la fúnebre pira hecha con cuerpos de sus semejantes. Parece mentira, pero es cierto. Un hombre entró en la calle de la Imprenta y empezó a dar voces. Por un ventanillo apareció otro hombre, que, contestando al primero, dijo:

—Sube.

Entonces aquél, creyendo que era extraviado entrar en la casa y subir por la escalera, trepó por el montón de cuerpos y llegó al piso principal, una de cuyas ventanas le sirvió de puerta.

En otras muchas calles ocurría lo mismo. ¿Quién pensaba en abrir sepulturas? Por cada par de brazos útiles y por cada azada había cincuenta muertos. De trescientos a cuatrocientos perecían diariamente sólo de la epidemia. Cada acción encarnizada arrancaba a la vida algunos miles, y ya Zaragoza empezaba a dejar de ser una gran ciudad poblada por criaturas vivas.

Montoria, al ver aquello, hablo así:

—Mi hijo y mi nieto no pueden tener el privilegio de dormir bajo tierra. Sus almas están en el cielo. ¿Qué importa lo demás? Acomodémoslos ahí, en la puerta de la calle de las Rufas... Agustín, hijo mío, más vale que te vayas a las filas. Los jefes pueden echarte de menos, y creo que hace falta gente en la Magdalena. Ya no tengo más hijo varón que tú. Si mueres, ¿qué me queda? Pero el deber es lo primero, y antes que cobarde, prefiero verte como tu

(1) Hoy de Flandro.

pobre hermano; con la sien traspasada por una bala francesa.

Después, poniendo la mano sobre la cabeza de su hijo, que estaba descubierto y de rodillas junto al cadáver de Manuel, prosiguió así, elevando los ojos al Cielo:

—Señor, si has resuelto también llevarte a mi segundo hijo, llévame a mi primero. Cuando se acabe el sitio, no deseo tener más vida. Mi pobre mujer y yo hemos sido bastante felices, hemos recibido hartos beneficios para maldecir la mano que nos ha herido; pero para probarnos, ¿no ha sido ya bastante? ¿Ha de perecer también nuestro segundo hijo?... ¡Ea, señores!—añadió luego—, despachemos pronto, que quizá hagamos falta en otra parte.

—Señor don José—dijo don Roque, llorando—. retírese usted también, que los amigos cumpliremos este triste deber.

—No; yo soy hombre para todo, y Dios me ha dado un alma que no se dobla ni se rompe.

Y tomo, ayudado de otro, el cadáver de Manuel, mientras Agustín y yo cogimos el del nieto, para ponerlos a entrambos en la entrada del callejón de las Rufas, donde otras muchas familias habían depositado los muertos. Montoria, luego que soltó el cuerpo, exhaló un suspiro, y dejando caer los brazos, como si el esfuerzo hecho hubiera agotado sus fuerzas, dijo:

—Es verdad, señores. Yo no puedo negar que estoy cansado. Ayer me encontraba joven; hoy me encuentro viejo.

Efectivamente, Montoria estaba viejísimo, y una noche había condensado en él la vida de diez años.

Sentóse sobre una piedra, y puestos los codos en las rodillas, apoyó la cara entre las manos, en cuya actitud permaneció algún tiempo, sin que los presentes turbáramos su dolor. Doña Leocadia, su hija y su nuera, asistidas por otros dos individuos de la familia, continuaban en el Coso. Don Roque, que iba y venía de uno a otro extremo, dijo:

—La señora sigue tan abatida... Ahora rezan todas con mucha devoción y no cesan de llorar. Están muy caídas las pobrecitas. Muchachos, es preciso que deis por la ciudad una vuelta, a ver si se encuentra algo sustancioso con que alimentarlas.

Montoria se levantó entonces limpiando las lágrimas que corrían abundantemente de sus ojos encendidos.

—No ha de faltar, según creo. Amigo don Roque, busque usted algo de comer cueste lo que cueste.

—Ayer pedían cinco duros por una gallina en la Tripería—dijo uno, que era criado antiguo de la casa.

—Pero hoy no las hay—indicó don Roque—. He estado allí hace un momento.

—Amigos, buscad por ahí, que algo se encontrará. Para mí, nada necesito.

Esto decía cuando sentimos un agradable cacareo de ave de corral. Miramos todos con alegría hacia la entrada de la calle, y vimos al tío Candiola, que, sosteniendo en su mano izquierda el pollo consabido, le acariciaba el negro plumaje con la derecha. Antes que se lo pidieran, llegóse a Montoria y con mucha sorna le dijo:

—Una onza por el pollo.

—¡Qué carestía! —exclamó don Roque—. ¡Si no tiene más que huesos el pobre animal!

No pude contener la cólera al ver ejemplo tan claro de la repugnante tacañería y empedernido corazón del avaro. Así es que lleguéme a él y, arrancándole el pollo de las manos, le dije violentamente:

—Ese pollo robado. Venga acá. ¡Miserable usurero! ¡Si al menos vendiera lo suyo! ¡Una onza! A cinco duros estaban ayer en el mercado. ¡Cinco duros, canalla, ladrón; cinco duros! Ni un ochavo más.

Empezó a chillar Candiola reclamando su pollo, y a punto estuvo de ser apaleado impiamente; pero don José de Montoria intervino, diciendo:

—Désele lo que quiere. Tome usted, señor Candiola, la onza que pide por ese animal.

Dióle la onza, que el infame tacaño no tuvo reparo en tomar, y luego nuestro amigo prosiguió, hablando de esta manera:

—Señor de Candiola, tenemos que hablar. Ahora caigo en que le ofendí a usted... Sí..., hace días, cuando aquello de la harina. Es que a veces no es uno dueño de sí mismo y se nos sube la sangre a la cabeza... Verdad que usted me provocó, y como se empeñaba en que le dieran por la harina más que

lo que el señor capitán general había mandado... Lo cierto es, amigo don Jerónimo, que yo me amosqué..., ya ve usted..., no lo puede uno remediar así de pronto..., pues..., y creo que se me fué la mano; creo que hubo algo de...

—Señor Montoria—dijo, gruñendo, el avaro—, llegará el día en que haya otra vez autoridades en Zaragoza. Entonces nos veremos las caras.

—¿Va usted a meterse entre jueces y escribanos? Malo. Aquello pasó... Fué un arrebató de cólera, de esos que no se pueden remediar. Lo que me llama la atención es que hasta ahora no había caído en que hice mal, muy mal. No se debe ofender al prójimo...

—Y menos ofenderle después de robarle—gruñó don Jerónimo, mirándonos a todos y sonriendo con desdén.

—Eso de robar no es cierto—continuó don José de Montoria—, porque yo hice lo que el capitán general me ordenaba. Ciertó es lo de la ofensa de palabra y de obra, y ahora, cuando le he visto a usted venir con el pollo, he caído en la cuenta de que obré mal. Mi conciencia me lo dice. ¡Ah señor Candiola, soy muy desgraciado! Cuando uno es feliz, no conoce sus faltas. Pero ahora... Lo cierto es, don Jerónimo de mi alma, que en cuanto le vi venir a usted me sentí inclinado a pedirle perdón por aquellos golpes... Tengo la mano pesada, y... Así es que en un pronto..., no sé lo que me hago... Sí, yo le ruego a usted que me perdone y seamos amigos. Señor don Jerónimo, seamos amigos, reconciliémonos y no hagamos caso de resentimientos antiguos. El odio envenena las almas, y el recuerdo de no haber obrado bien nos pone encima un peso insoportable.

—Después de hecho el daño, todo se arregla con hipócritas palabrejas—dijo el avaro, volviendo la espalda a Montoria y escurriéndose fuera del grupo—. Más vale que piense el señor Montoria en reintegrarme el precio de la harina... ¡Perdoncitos a mí!... Ya no me queda nada que ver.

Dijo esto en voz baja y alejóse con lento paso. Montoria, viendo que alguno de los presentes corría tras él insultándole, añadió:

—Dejadle marchar tranquilo y tengamos compasión de ese desgraciado.

XXVI

El 3 de febrero se apoderaron los franceses del convento de Jerusalén, que estaba entre Santa Engracia y el Hospital (1). La acción que precedió a la conquista de tan importante posición fué tan sangrienta como las de Tenerías, y allí murió el distinguido comandante de Ingenieros don Marcos Simón. Por la parte del Arrabal poco adelantaban los sitiadores, y en los días 6 y 7 todavía no habían podido dominar la calle de Puerta Quemada.

Las autoridades comprendían que era difícil prolongar mucho más la resistencia, y con ofertas de honores y dinero intentaban exaltar a los patriotas. En una proclama del 2 de febrero, Palafox, al pedir recursos, decía: «Doy mis dos relojes y veinte cubiertos de plata, que es lo que me queda.» En la del 4 de febrero ofrecía armar caballeros a los doce que más se distinguieran, para lo cual creaba una Orden militar noble, llamada de Infanzones; y en la del 9 se quejaba de la indiferencia y «abandono con que algunos vecinos miraban la suerte de la patria», y después de suponer que el desaliento era producido por el «oro francés», amenazaba con grandes castigos al que se mostrara cobarde.

Las acciones de los días 3, 4 y 5 no fueron tan encarnizadas como la última que describí. Franceses y españoles estaban muertos de fatiga. Las bocacalles que conservamos en la plazuela de la Magdalena, conteniendo siempre al enemigo en sus dos avances de la calle del Palomar y de Pabostre, se defendían con cañones. Los restos del Seminario estaban asimismo erizados de artillería, y los franceses, seguros de no poder echarnos de allí por los medios ordinarios, trabajaban sin cesar en sus minas.

Mi batallón se había fundido en el de Extremadura, pues el resto de uno y otro no llegaba a tres compañías, fui

(1) Hoy existe renovado el convento de Jerusalén. Su fachada da al Salón de la Independencia. El hospital ocupaba el sitio donde está hoy la fonda de Europa. El actual palacio de la Diputación Provincial se ha construído sobre el solar del convento de San Francisco.

ascendido a alférez el día 2. No volvimos a prestar servicio en las Tenerías, y lleváronnos a guarnecer a San Francisco, vasto edificio que ofrecía buenas posiciones para tirotear a los franceses establecidos en Jerusalón. Se nos repartían raciones escasas, y los que ya nos contábamos en el número de los oficiales comíamos rancho lo mismo que los soldados. Agustín guardaba su pan para llevárselo a Mariquilla.

Desde el día 4 empezaron los franceses a minar el terreno para apoderarse del Hospital y de San Francisco, pues harto sabían que de otro modo era imposible. Para impedirlo contraminamos con objeto de volarlos a ellos antes que nos volaran a nosotros, y este trabajo ardoroso en las entrañas de la tierra a nada del mundo puede compararse. Parecíamos haber dejado de ser hombres para convertirnos en otra especie de seres, insensibles y fríos habitantes de las cavernas, lejos del sol, del aire puro y de la hermosa luz. Sin cesar labrábamos largas galerías, como el gusano que se fabrica la casa en lo oscuro de la tierra y con el molde de su propio cuerpo. Entre los golpes de nuestras piquetas oíamos, como un sordo eco, el de las piquetas de los franceses, y después de habernos batido y destrozado en la superficie, nos buscábamos en la horrible noche de aquellos sepulcros para acabar de exterminarnos.

El convento de San Francisco tenía por la parte del coro vastas bodegas subterráneas. Los edificios que ocupaban más abajo los franceses también las tenían, y rara era la casa que no se alzaba sobre profundos sótanos. En ellos perecieron muchos enemigos, ya por hundimientos de los arruinados pisos, ya heridos desde lejos por nuestras balas, que penetraban en lo más escondido. Las galerías abiertas por las azadas de unos y otros juntábanse al fin en uno de aquellos aposentos: a la luz de nuestros faroles veíamos a los franceses como imaginarias figuras de duendes engendrados por la luz roja en las sinuosidades de la mazmorra; ellos nos veían también, y al punto nos tiroteábamos; pero nosotros íbamos provistos de granadas de mano, y arrojándolas sobre ellos, los poníamos en dispersión, persiguiéndolos luego, a arma blanca, a lo largo de las gale-

rias. Todo aquello parecía una pesadilla, una de esas luchas angustiosas que a veces trabamos contra seres aborrecidos en las profundas concavidades del sueño; pero era cierto y se repetía a cada instante en diversos puntos.

En esta penosa tarea nos relevábamos frecuentemente, y en los ratos de descanso salíamos al Coso, sitio céntrico de reunión y al mismo tiempo parque, hospital y cementerio general de los sitiados. Una tarde (creo que la del 5) estábamos en la puerta del convento varios muchachos del batallón de Extremadura y de San Pedro, y comentábamos las peripecias del sitio, opinando todos que bien pronto sería imposible la resistencia. El corrillo se renovaba constantemente. Don José de Montoria se acercó a nosotros, y saludándonos con semblante triste, sentóse en el banquillo de madera que teníamos junto a la puerta.

—Oiga usted lo que se habla por aquí, señor don José—le dije—. La gente cree que es imposible resistir muchos días más.

—No os desaniméis, muchachos—contestó—. Bien dice el capitán general en su proclama que corre mucho oro francés por la ciudad.

Un franciscano que venía de auxiliar a algunas docenas de moribundos tomó la palabra y dijo:

—Es un dolor lo que pasa. No se habla por ahí de otra cosa que de rendirse. Si parece que esto ya no es Zaragoza. ¡Quién conoció a aquella gente templada del primer sitio!...

—Dice bien su paternidad—afirmó Montoria—. Está uno avergonzado, y hasta los que tenemos corazón de bronce nos sentimos atacados de esa flaqueza, que cunde más que la epidemia. Y en resumidas cuentas, no sé a qué viene ahora esa novedad de rendirse cuando nunca lo hemos hecho, ¡porra! Si hay algo después de este mundo, como nuestra religión nos enseña, ¿a qué apurarse por un día más o menos de vida?

—Verdad es, señor don José—dijo el fraile—, que las provisiones se acaban por momentos, y que donde no hay harina, todo es mohina.

—¡Boberías y melindres, padre Luen-go!—exclamó Montoria—. Ya... si esta

gente, acostumbrada al regalo de otros tiempos, no puede pasarse sin carne y pan, no hemos dicho nada. ¡Como si no hubiera otras muchas cosas que comer!... Soy partidario de la resistencia a todo trance, cueste lo que cueste. He experimentado terribles desgracias: la pérdida de primogénito y de mi nieto ha cubierto de luto mi corazón; pero el honor nacional, llenando toda mi alma, a veces no deja un hueco para otro sentimiento. Un hijo me queda, único consuelo de mi vida y depositario de mi casa y mi nombre. Lejos de apartarle del peligro, le obligo a persistir en la defensa. Si le pierdo, me moriré de pena; pero que se salve el honor nacional, aunque perezca mi único heredero.

—Y según he oído—dijo el padre Luego—, el señor don Agustín ha hecho prodigios de valor. Está visto que los primeros laureles de esta campaña pertenecen a los insignes guerreros de la Iglesia.

—No; mi hijo no pertenecerá a la Iglesia. Es preciso que renuncie a ser clérigo, pues yo no puedo quedarme sin sucesión directa.

—Sí; vaya usted a hablarle de sucesiones y de casorios. Desde que es soldado parece que ha cambiado un poco; pero antes, sus conversaciones trataban siempre de *re theologica*, y jamás le oí hablar de *erótica*. Es un chico que tiene a Santo Tomás en las puntas de los dedos y no sabe en qué sitio de la cara llevan los ojos las muchachas.

—Agustín sacrificará por mí su ardiente vocación. Si salimos bien del sitio y la Virgen del Pilar me le deja con vida, pienso casarle al instante con mujer que le iguale en condición y en fortuna.

Cuando esto decía, vimos que se nos acercaba, sofocada, Mariquilla Candiola, la cual, llegándose a mí, me preguntó:

—Señor de Araceli, ¿ha visto usted a mi padre?

—No, señorita doña María—le respondí—. Desde ayer no le he visto. Puede que esté en las ruinas de su casa ocupándose en ver si puede sacar alguna cosa.

—No está—dijo Mariquilla con desaliento—. Le he buscado por todas partes.

—¿Ha estado usted aquí detrás, por junto a San Diego? El señor Candiola suele ir a visitar su casa llamada de los Duendes por ver si se la han destrozado.

—Pues voy al momento allá.

Cuando desapareció, dijo Montoria:

—Es ésta, a lo que parece, la hija del tío Candiola. A fe que es bonita y no parece hija de aquel lobo... Dios me perdone el mote. De aquel buen hombre, quise decir.

—Es guapilla—afirmó el fraile—. Pero se me figura que es una buena pieza. De la madera del tío Candiola no puede salir un buen santo.

—No se habla mal del prójimo—dijo don José.

—Candiola no es prójimo. La muchacha, desde que se quedaron sin casa, no abandona la compañía de los soldados.

—Estará entre ellos para asistir a heridos.

—Puede ser; pero me parece que le gustan más los sanos y robustos. Su carilla graciosa está diciendo que allí no hay pizca de vergüenza.

—¡Lengua de escorpión!

—Pura verdad—añadió el fraile—. Bien dicen que de tal palo, tal astilla. ¿No aseguran que su madre, la Pepa Rincón, fué mujer pública o poco menos?

—Alegre de cascos, tal vez...

—¡No está mala alegría! Cuando fué abandonada por su tercer cortejo, cargó con ella el señor don Jerónimo.

—Basta de difamación—ordenó Montoria—, y aunque se trata de la peor gente del mundo, dejémosle con su conciencia.

—Yo no daría un maravedí por el alma de todos los Candiolas reunidos—repuso el fraile.

—Por allí aparece don Jerónimo, si no me engaño. Nos ha visto y viene hacia acá.

En efecto, el tío Candiola, avanzando despaciosamente por el Coso, llegó a la puerta del convento.

—Buenas tardes tenga el señor don Jerónimo—le dijo Montoria—. Quedamos en que se acabaron los rencorcillos...

—Hace un momento ha estado aquí preguntando por usted su inocente hija—le indicó Luengo con malicia.

—¿Dónde está?

—Ha ido a San Diego—indicó un soldado—. Puede que se la roben los franceses, que andan por allí cerca.

—Quizá la respeten al saber que es hija del señor don Jerónimo—dijo Luengo—. ¿Es cierto, amigo Candiola, lo que se cuenta por ahí?

—¿Qué?

—Que usted ha pasado estos días la línea francesa para conferenciar con la canalla.

—¡Yo! ¡Qué vil calumnia!—exclamó el tacaño—. Eso lo dirán mis enemigos para perderme. ¿Es usted, señor de Montoria, quien ha hecho correr esas voces?

—Ni por pienso—respondió el patriota—. Pero es cierto que lo oí decir. Recuerdo que le defendí a usted, asegurando que el señor Candiola es incapaz de venderse a los franceses.

—¡Mis enemigos, mis enemigos quieren perderme! ¡Qué infamias inventan contra mí! También quieren que pierda la honra, después de haber perdido la hacienda. Señores, en mi casa de la calle de la Sombra se ha hundido parte del tejado. ¿Hay desolación semejante? La que tengo aquí detrás de San Francisco y pegada a la huerta se San Diego se conserva bien; pero está ocupada por la tropa, y me la destrozan que es un primor.

—El edificio vale bien poco, señor don Jerónimo—dijo el fraile—, y si mal no recuerdo, ha diez años que nadie quiere habitarla.

—Como dió la gente en la manía de decir si había duendes o no... Pero dejemos eso. ¿Han visto por aquí a mi hija?

—Esa virginal azucena ha ido hacia San Diego en busca de su simpático papá.

—Mi hija ha perdido el juicio.

—Algo de eso.

—También tiene en ello la culpa el señor de Montoria. Mis enemigos, mis pérfidos enemigos no me dejan respirar.

—¡Cómo!—exclamó mi protector—. ¿También tengo yo la culpa de que esa niña haya sacado las malas mañas de su madre, quiero decir...? ¡Maldita lengua mía! Su madre fué una señora ejemplar.

—Los insultos del señor Montoria no

me llaman la atención y los desprecio—dijo el avaro con ponzoñosa cólera—. En vez de insultarme el señor don José, debiera sujetar a su niño Agustín, libertino y embaucador, que es quien ha trastornado el seso a mi hija. No, no se la daré en matrimonio, aunque bebe los vientos por ella. Y quiere robármela. ¡Buena pieza es el tal don Agustín! No, no la tendrá por esposa. Vale más, mucho más, mi María.

Don Jos Montoria, al oír esto, púsose blanco y dió algunos pasos hacia Candiola con intento, sin duda, de renovar la violenta escena de la calle de Antón Trillo. Después se contuvo, y con voz dolorida habló así:

—¡Dios mío! Dame fuerzas para reprimir mis arrebatos de cólera. ¿Es posible matar la soberbia y ser humilde delante de este hombre? Le pedí perdón de la ofensa que le hice, humilléme ante él, le ofrecí una mano de amigo, y, sin embargo, se me pone delante para injuriarme otra vez, para insultarme del modo más horrendo... ¡Miserable, castígame, márame, bébete toda mi sangre y vende después mis huesos para hacer botones; pero que tu vil lengua no arroje tanta ignominia sobre mi hijo querido! ¿Qué has dicho, qué ha dicho usted de mi Agustín?

—La verdad.

—No sé cómo me contengo. Señores, sean ustedes testigos de mi bondad. No quiero arrebatarme; no quiero atropellar a nadie; no quiero ofender a Dios. Yo le perdono a este hombre sus infamias; pero que se quite al punto de mi presencia, porque viéndole no respondo de mí.

Amedrentado por estas palabras, Candiola entró en el portalón del convento. El padre Luengo se llevó a Montoria por el Coso abajo.

Y sucedió que en el mismo instante, entre los soldados que allí estaban reunidos, empezó a cundir un murmullo rencoroso que indicaba sentimientos muy hostiles contra el padre de Mariquilla, lo cual, atendidos los antecedentes de aquél, no tenía nada de particular. El quiso huir, viéndose empujado de un lado para otro; mas le detuvieron, y sin saber cómo, en un rápido movimiento del grupo amenazador, fué

llevado al claustro. Entonces una voz dijo con colérico acento:

—Al pozo; arrojadle al pozo.

Candiola fué asido por varias manos y magullado, roto y descosido más de lo que estaba.

—Es de los que andan repartiendo dinero para que la tropa se rinda—dijo uno.

—Sí, sí—gritaron otros—. Ayer decían que andaba en el Mercado repartiendo dinero.

—Señores—decía el infeliz con voz ahogada—, yo les juro a ustedes que jamás he repartido dinero.

Y así era la verdad.

—Anoche dicen que le vieron traspasar la línea y meterse en el campo francés.

—De donde volvió por la mañana. ¡Al pozo con él!

Otro amigo y yo forcejamos un rato para salvar a Candiola de muerte segura; pero no lo pudimos conseguir sino a fuerza de ruegos y persuasiones, diciendo:

—Muchachos, no hagamos una barbaridad. ¿Qué daño puede causar este vejete despreciable?

—Es verdad—añadió él en el colmo de la angustia—. ¿Qué mal puedo hacer yo, que siempre me he ocupado en socorrer a los menesterosos? Vosotros no me mataréis; sois soldados de las Peñas de San Pedro y de Extremadura; sois todos guapos chicos. Vosotros incendiais aquellas casas de las Tenerías, donde yo encontré el pollo que me valió una onza. ¿Quién dice que yo me vendo a los franceses? Los odio, no los puedo ver, y a vosotros os quiero como a mi propio pellejo. Niñitos míos, dejadme en paz. Todo lo he perdido; que me quede a nenos la vida.

Estas lamentaciones y los ruegos míos y de mi amigo ablandaron un poco a los soldados, y una vez pasada la primera efervescencia, nos fué fácil salvar al desgraciado viejo. Al relevarse la gente que estaba en las posiciones quedó completamente a salvo; pero ni siquiera nos dió las gracias cuando, después de librarle de la muerte, le ofrecimos un pedazo de pan. Poco después, y cuando tuvo alientos para andar, salió a la calle, donde él y su hija se reunieron.

XXVII

Aquella tarde casi todo el esfuerzo de los franceses se dirigió contra el arrabal de la izquierda del Ebro. Asaltaron el monasterio de Jesús y bombardearon el templo del Pilar, donde se refugiaba el mayor número de enfermos y heridos, creyendo que la santidad del lugar les ofrecía allí más seguridad que en otra parte.

En el centro no se trabajó mucho en aquel día. Toda la atención estaba reconcentrada en las minas, y nuestros esfuerzos se dirigían a probar al enemigo que antes que consentir en ser volados solos trataríamos de volarlos a ellos, o volar juntos por lo menos.

Por la noche, ambos ejércitos parecían entregados a reposo. En las galerías subterráneas no se sentía el rudo golpe de la piqueta. Yo salí afuera, y hacia San Diego encontré a Agustín y a Mariquilla, que hablaban sosegadamente sentados en el umbral de una puerta de la Casa de los Duendes. Se alegraron mucho de verme, y me senté junto a ellos, participando de los mendrugos que comían.

—No tenemos donde albergarnos—dijo Mariquilla—. Estábamos en un portal del Callejón del Organo, y nos echaron. ¿Por qué aborrecen tanto a mi pobre padre? ¿Qué daño les ha hecho? Después nos guarecimos en un cuartucho de la calle de las Utreras, y también nos echaron. Nos sentamos luego bajo un arco en el Coso, y todos los que allí estaban huyeron de nosotros. Mi padre está furioso.

—Mariquilla de mi corazón—dijo Agustín—, espero que el sitio se acabe pronto, de un modo o de otro. Quiera Dios que muramos los dos, si vivos no podemos ser felices. No sé por qué, en medio de tantas desgracias, mi corazón está lleno de esperanza; no sé por qué me ocurren ideas agradables y pienso constantemente en un risueño porvenir. ¿Por qué no? ¿Todo ha de ser desgracias y calamidades? Las desventuras de mi familia son infinitas. Mi madre no tiene ni quiere tener consuelo. Nadie puede apartarla del sitio en que están el cadáver de mi hermano y el de mi sobrino, y cuando por fuerza la llevamos lejos de allí, la ve-

mos luego arrastrándose sobre las piedras de la calle para volver. Ella, mi cuñada y mi hermana ofrecen un espectáculo lastimoso. Niéganse a tomar alimento, y al rezar, deliran, confundiendo los nombres de los santos. Esta tarde, al fin, hemos conseguido llevarlas a un sitio cubierto, donde se las obliga a mantenerse en reposo y a tomar algún alimento. Mariquilla, ¡a qué triste estado ha traído Dios a los míos! ¿No hay motivo para esperar que al fin se apiade de nosotros?

—Sí—repuso la Candiola—; el corazón me dice que hemos pasado las amarguras de nuestra vida, y que ahora tendremos días tranquilos. El sitio se acabará pronto, porque, según dice mi padre, lo que queda es cosa de días. Esta mañana fui al Pilar. Cuando me arrodillé delante de la Virgen, parecióme que la Santa Señora me miraba y se reía. Después salí de la iglesia, y un gozo muy vivo hacia palpar mi corazón. Miraba al cielo, y las bombas me parecían un juguete; miraba a los heridos, y se me figuraba que todos ellos se volvían sanos; miraba a las gentes, y en todas creía encontrar la alegría que se desbordaba en mi pecho. Yo no sé lo que me ha pasado hoy; yo estoy contenta. Dios y la Virgen, sin duda, se han apiadado de nosotros; y esos latidos de mi corazón, esta alegre inquietud, son avisos de que al fin, después de tantas lágrimas, vamos a ser dichosos.

—Lo que dicen es la verdad—afirmó Agustín, estrechando a Mariquilla amorosamente contra su pecho—. Tus sentimientos son leyes; tu corazón, identificado con lo divino, no puede engañarnos; oyéndote me parece que se disipa la atmósfera de penas en que nos ahogamos, y respiro con delicia los aires de la felicidad. Espero que tu padre no se opondrá a que te cases conmigo.

—Mi padre es bueno—dijo la Candiola—. Yo creo que si los vecinos de la ciudad no le mortificaran, él sería más humano. Pero no le pueden ver. Esta tarde ha sido maltratado otra vez en el claustro de San Francisco, y cuando se reunió conmigo en el Coso, estaba colérico y juraba que se había de vengar. Yo procuré aplacarle, pero todo en vano. Nos echaron de todas partes. El,

cerrando los puños y pronunciando voces destempladas, amenazaba a los transeúntes. Después echó a correr hacia aquí; yo pensé que venía a ver si le han destrozado esta casa, que es nuestra; seguile; volvióse él hacia mí como atemorizado al sentir mis pasos, y me dijo: «Tonta, entremetida, ¿quién te manda seguirme?» Yo no le contesté nada; pero viendo que avanzaba hacia la línea francesa con ánimo de traspasarla, quise detenerle, y le dije: «Padre, ¿adónde vas?» Entonces me contestó: «¿No sabes que en el ejército francés está mi amigo el capitán de suizos don Carlos Lindener, que servía el año pasado en Zaragoza? Voy a verle. Recordarás que me debe algunas cantidades.» Hízome quedar aquí y se marchó. Lo que siento es que sus enemigos, si saben que traspasa la línea y va al campo francés, le llamarán traidor. No sé si será por el gran cariño que le tengo por lo que me parece incapaz de semejante acción. Temo que le pase algún mal, y por eso deseo la conclusión del sitio. ¿No es verdad que concluirá pronto, Agustín?

—Sí, Mariquilla; concluirá pronto, y nos casaremos. Mi padre quiere que me case.

—¿Quién es tu padre? ¿Cómo se llama? ¿No es tiempo todavía de que me lo digas?

—Ya lo sabrás. Mi padre es persona principal y muy querido en Zaragoza. ¿Para qué quieres saber más?

—Ayer quise averiguarlo... Somos curiosas. A varias personas conocidas que hallé en el Coso les pregunté: «¿Saben ustedes quién es ese señor que ha perdido a su hijo primogénito?» Pero como hay tantos en este caso, la gente se reía de mí.

—Yo te lo revelaré a su tiempo, y cuando al decírtelo pueda darte una buena noticia.

—Agustín, si me caso contigo, quiero que me lleves fuera de Zaragoza por unos días. Deseo durante corto tiempo ver otras casas, otros árboles, otro país; deseo vivir algunos días en sitios que no sean éstos, donde tanto he padecido.

—Sí, Mariquilla de mi alma—exclamó Montoria con arrebató—. Iremos a donde quieras, lejos de aquí, mañana mismo...; mañana, no, porque no está le-

vantado el sitio; pasado..., en fin, cuando Dios quiera...

—Agustín—añadió Mariquilla con voz débil que indicaba cierta somnolencia—, quiera que al volver de nuestro viaje reedifiques la casa en que he nacido. El ciprés continúa en pie.

Mariquilla, inclinando la cabeza, mostraba estar medio vencida por el sueño.

—¿Deseas dormir, pobrecilla?—le dijo mi amigo, tomándola en brazos.

—Hace varias noches que no duermo—respondió la joven, cerrando los ojos—. La inquietud, el pesar, el miedo, me han mantenido en vela. Esta noche, el cansancio me rinde, y la tranquilidad que siento me hace dormir.

—Duerme en mis brazos, María—dijo Agustín—, y que la tranquilidad que ahora llena tu alma no te abandone cuando despiertes.

Después de un breve rato, en que la creíamos dormida, Mariquilla, mitad despierta, mitad en sueños, habló así:

—Agustín, no quiero que quites de mi lado a esa bueno doña Guedita, que tanto nos protegía cuando éramos novios... Ya ves cómo tenía yo razón al decirte que mi padre fué al campo francés a cobrar sus cuentas...

Después no habló más, y se durmió profundamente. Sentado Agustín en el suelo, la sostenía sobre sus rodillas y entre sus brazos. Yo abrigué sus pies con mi capote.

Callamos Agustín y yo, porque nuestras voces no turbaran el sueño de la joven. Aquel sitio era bastante solitario. Teníamos a la espalda la Casa de los Duendes, inmediata al convento de San Francisco, y enfrente, el colegio de San Diego, con su huerta circuida por largas tapias que se alzaban en irregulares y angostos callejones. Por ellos discurrían los centinelas que se relevaban y los pelotones que iban a las avanzadas o venían de ellas. La tregua era completa, y aquel reposo anunciaba grandes luchas para el día siguiente.

De pronto, el silencio me permitió oír sordos golpes debajo de nosotros; en lo profundo del suelo. Al punto comprendí que andaba por allí la piqueta de los minadores franceses, y comuniqué mi recelo a Agustín, el cual, prestando atención, me dijo:

—Efectivamente, parece que están minando. Pero ¿adónde van por aquí? Las

galerías que hicieron desde Jerusalén están todas cortadas por las nuestras. No pueden dar un paso sin que se les salga al encuentro.

—Es que este ruido indica que minan por San Diego. Ellos poseen una parte del edificio. Hasta ahora no han podido llegar a las bodegas de San Francisco. Si por casualidad han discurrido que es fácil el paso desde San Diego a San Francisco por los bajos de esta casa, probablemente este paso será el que están abriendo ahora.

—Corre al instante al convento—me dijo—; baja a los subterráneos, y si sientes ruido, cuenta a Renovales lo que pasa. Si algo ocurre, me llamas en seguida.

Agustín quedóse solo con Mariquilla. Fui a San Francisco, y al bajar a las bodegas encontré, con otros patriotas, a un oficial de Ingenieros, el cual, como yo le expusiera mi temor, me dijo:

—Por las galerías abiertas debajo de la calle de Santa Engracia desde Jerusalén y el Hospital, no pueden acercarse aquí, porque con nuestra zapa hemos inutilizado la suya, y unos cuantos hombres podrán contenerlos. Debajo de este edificio dominamos los subterráneos de la iglesia, las bodegas y los sótanos que caen hacia el claustro de Oriente. Hay una parte del convento que no está minada, y es la del Poniente y Sur; pero allí no hay sótanos, y hemos creído excusado abrir galerías, porque no es probable se nos acerquen por esos dos lados. Poseemos la casa inmediata, y yo he reconocido su parte subterránea, que está casi pegada a las cuevas de la sala capitular. Si ellos dominaran la Casa de los Duendes, fácil les sería poner hornillos y volar la parte Sur y Poniente; pero aquel edificio es nuestro, y desde él a las posiciones francesas, enfrente de San Diego y Santa Rosa, hay mucha distancia. No es probable que nos ataquen por ahí, a no ser que exista alguna comunicación entre la casa y San Diego o Santa Rosa que les permitiera acercárenos sin advertirlo.

Hablando sobre el particular estuvimos hasta la madrugada. Al amanecer, Agustín entró muy alegre, diciéndome que había conseguido albergar a Mariquilla en el mismo local donde estaba su familia. Después nos dispusimos para

hacer un esfuerzo aquel día, porque los franceses, dueños ya del Hospital, mejor dicho, de sus ruinas, amenazaban asaltar a San Francisco, no por bajo tierra, sino a descubierto y a la luz del sol.

XXVIII

La posesión de San Francisco iba a decidir la suerte de la ciudad. Aquel vasto edificio situado en el centro del Coso daba una superioridad incontestable a la nación que lo ocupase. Los franceses lo cañonearon desde muy temprano con objeto de abrir brecha para el asalto, y los zaragozanos llevaron a él lo mejor de su fuerza para defenderlo. Como escaseaban ya los soldados, multitud de personas graves, que hasta entonces no sirvieron sino de auxiliares, tomaron las armas. Sas, Cereso, La Casa, Piedrafita, Escobar, Leiva, don José de Montoria, todos los grandes patriotas habían acudido también.

En la embocadura de la calle de San Gil y en el arco de Cineja había varios cañones para contener los ímpetus del enemigo. Yo fui enviado con otros de Extremadura al servicio de aquellas piezas, porque apenas quedaban artilleros, y cuando me despedí de Agustín, que permanecía en San Francisco al frente de la compañía, nos abrazamos creyendo que no volveríamos a vernos.

Don José de Montoria, hallándose en la barricada de la Cruz del Coso, recibió un balazo en la pierna y tuvo que retirarse; pero, apoyado en la pared de una casa inmediata al arco de Cineja, resistió por algún tiempo el desmayo que le producía la hemorragia, hasta que, al fin, sintiéndose desfallecido, me llamó, diciéndome:

—Señor de Araceli, se me nublan los ojos... No veo nada... ¡Maldita sangre, cómo se marcha a toda prisa cuando hace más falta! ¿Quiere usted darme la mano?

—Señor—le dije, corriendo hacia él y sosteniéndole—, más vale que se retire usted a su alojamiento.

—No, aquí quiero estar... Pero, señor de Araceli, si me quedo sin sangre... ¿Dónde demonios se ha ido esta condenada sangre?... Y parece que tengo piernas de algodón... Me caigo al suelo como un costal vacío.

Hizo terribles esfuerzos por reanimarse, pero casi llegó a perder el sentido, más que por la gravedad de la herida, por la pérdida de la sangre, el ningún alimento, los insomnios y penas de aquellos días. Aunque él rogaba que le dejáramos allí arrimado a la pared, por no perder ni un solo detalle de la acción que iba a trabarse, le llevamos a su albergue, que estaba en el mismo Coso, esquina a la calle del Refugio. La familia había sido instalada en una habitación alta. La casa estaba toda llena de heridos, y casi obstruían la puerta los muchos cadáveres depositados en aquel sitio. En el angosto portal, en las habitaciones interiores, no se podía dar un paso, porque la gente que había ido allí a morir se lo obstruía todo, y no era fácil distinguir los vivos de los difuntos.

Montoria, cuando le entramos, dijo:

—No me llevéis arriba, muchachos, donde está mi familia. Dejadme en esta pieza baja. Ahí veo un mostrador que me viene de perillas.

Pusimosle donde dijo. La pieza baja era una tienda. Bajo el mostrador habían expirado aquel día algunos heridos y apestados, y muchos enfermos se extendían por el infecto suelo, arrojados sobre piezas de tela.

—A ver—continuó—si hay por ahí algún alma caritativa que me ponga un poco de estopa en este boquete por donde sale la sangre...

Una mujer se adelantó hacia el herido. Era Mariquilla Candiola.

—Dios os lo premie, niña—dijo don José al ver que traía hilas y lienzo para curarle—. Basta por ahora con que me remiende usted un poco esta pierna. Creo que no se ha roto el hueso.

Mientras esto pasaba, unos veinte paisanos invadieron la casa para hacer fuego desde las ventanas contra las ruinas del Hospital.

—Señor de Araceli, ¿se marcha usted al fuego? Aguarde usted un rato para que me lleve, porque me parece que no puedo andar solo. Mande usted el fuego desde la ventana. Buena puntería. No dejar respirar a los del Hospital... A ver, joven, despache usted pronto. ¿No tiene usted un cuchillo a mano? Sería bueno cortar ese pedazo de carne que cuelga... ¿Cómo va eso, señor de Araceli? ¿Vamos ganando?

—Vamos bien—le respondí desde la

ventana—. Ahora retroceden al Hospital. San Francisco es un hueso un poco duro de roer.

María, en tanto, miraba fijamente a Montoria y seguía curándole con mucho cuidado y esmero.

—Es usted una alhaja, niña—dijo mi amigo—. Parece que no pone las manos encima de la herida... Pero ¿a qué me mira usted tanto? ¿Tengo monos en la cara? A ver... ¿Está concluido eso?... Trataré de levantarme... Pero si no me puedo tener... ¿Qué agua de malvas es esta que tengo en las venas? ¡Porr...!, iba a decirlo... Que no se pueda corregir la maldita costumbre... Señor de Araceli, no puedo con mi alma. ¿Cómo anda la cosa?

—Señor, a las mil maravillas. Nuestros valientes paisanos están haciendo prodigios.

En esto llegó un oficial herido a que le pusieran un vendaje.

—Todo marcha a pedir de boca—nos dijo—. No tomarán a San Francisco. Los del Hospital han sido rechazados tres veces. Pero lo portentoso, señores, ha ocurrido por el lado de San Diego. Viendo que los franceses se apoderaban de la huerta pegada a la Casa de los Duendes, cargaron sobre ellos a la bayoneta los valientes soldados de Orihuela, mandados por Pino-Hermoso, y no sólo los desalojaron, sino que dieron muerte a muchos, cogiendo trece prisioneros.

—¡Quiero ir allá! ¡Viva el batallón de Orihuela! ¡Viva el marqués de Pino-Hermoso!—exclamó con furor sublime don José de Montoria—. Señor de Araceli, vamos allá. Lléveme usted. ¿Hay por ahí un par de muletas? Señores, las piernas me faltan. Pero andaré con el corazón. Adiós, niña, hermosa curandera... Pero ¿por qué me mira usted tanto?... Me conoce usted, y yo creo haber visto esa cara en alguna parte..., sí..., pero no recuerdo dónde.

—Yo también le he visto a usted una vez, una vez sola—dijo Mariquilla con aplomo—, y ojalá no me acordara.

—No olvidaré este beneficio—añadió Montoria—. Parece usted una buena muchacha... y muy linda por cierto. Adiós; estoy muy agradecido, sumamente agradecido... Venga un par de muletas, un bastón, que no puedo andar, señor de Araceli. Déme usted el brazo... ¿Qué

telarañas son estas que ante los ojos se me ponen?... Vamos allá, y echaremos a los franceses del Hospital.

Disuadiéndole de su temerario propósito de salir, me disponía a marchar yo solo cuando se oyó una detonación tan fuerte, que ninguna palabra del lenguaje tiene energía para expresarla. Parecía que la ciudad entera era lanzada al aire por la explosión de un inmenso volcán abierto bajo sus cimientos. Todas las casas temblaron, oscureció el cielo con inmensa nube de humo y de polvo, y a lo largo de la calle vimos caer trozos de pared, miembros despedazados, maderos, tejas, lluvias de tierra y material de todas clases.

—¡La Santa Virgen del Pilar nos asista!—exclamó Montoria—. Parece que ha volado el mundo entero.

Los enfermos y heridos gritaban, creyendo llegada su última hora, y todos nos encomendamos mentalmente a Dios.

—¿Qué es esto? ¿Existe todavía Zaragoza?—preguntaba uno.

—¿Volaremos nosotros también?

—Debe de haber sido en el convento de San Francisco esta terrible explosión—dije yo.

—Corramos allá—dijo Montoria, sacando fuerzas de flaqueza—. Señor de Araceli, ¿no decían que estaban tomadas todas las precauciones para defender a San Francisco?... Pero ¿no hay un par de muletas por ahí?

Salimos del Coso, donde al punto nos cercioramos de que una gran parte de San Francisco había sido volada.

—Mi hijo estaba en el convento—dijo Montoria, pálido como un difunto—. ¡Dios mío, si has determinado que le pierda también, que muera por la Patria en el puesto del honor!

Acercóse a nosotros el locuaz mendigo de quien hice mención en las primeras páginas de esta relación, el cual trabajosamente andaba con sus muletas y parecía en muy mal estado de salud.

—*Sursum Corda*—le dijo el patriota—, dame tus muletas, que para nada las necesitas.

—Déjeme su merced—repuso el cojo—llegar a aquel portal y se las daré. No quiero morir en medio de la calle.

—¿Te mueres tú?

—¡Así parece! La calentura me abraza. Estoy herido en el hombro desde ayer, y todavía no me han sacado la

bala. Siento que me voy. Tome usía las muletas.

—¿Vienes de San Francisco?

—No, señor; yo estaba en el arco del Trenque... Allí había un cañón; hemos hecho mucho fuego. Pero San Francisco ha volado por los aires cuando menos lo creíamos. Toda la parte de Sur y de Poniente vino al suelo, enterrando mucha gente. Ha sido traición, según dice el pueblo... Adiós, don José... Aquí me quedo. Los ojos se me oscurecen, la lengua se me traba, yo me voy... La Virgen del Pilar me ampare, y aquí tiene usía mis remos.

Con ellos pudo avanzar un poco Montoria hacia el lugar de la catástrofe; pero tuvimos que doblar la calle de San Gil, porque no se podía seguir más adelante. Los franceses habían cesado de hostilizar el convento por el lado del Hospital; pero asaltándolo por San Diego, ocupaban a toda prisa las ruinas, que nadie podía disputarles. Conservábase en pie la iglesia y la torre de San Francisco.

—¡Eh, padre Luengo!—dijo Montoria, llamando al fraile de este nombre, que entraba apresuradamente en la calle de San Gil—. ¿Qué hay? ¿Dónde está el capitán general? ¿Ha perecido entre las ruinas?

—No—repuso el padre, deteniéndose—. Está con otros jefes en la plazuela de San Felipe. Puedo anunciarle a usted que su hijo Agustín se ha salvado, porque era de los que ocupaban la torre.

—¡Bendito sea Dios!—dijo don José, cruzando las manos.

—Toda la parte de Sur y Poniente ha sido destruída—prosiguió Luengo—. No se sabe cómo han podido minar por aquel sitio. Debieron de poner los hornillos debajo de la sala del Capítulo, y por allí no se habían hecho minas, creyendo que era lugar seguro.

—Además—dijo un paisano armado y que se acercó al grupo—, teníamos la casa inmediata, y los franceses, posesionados sólo de parte de San Diego y de Santa Rosa, no podían acercarse allí con facilidad.

—Por eso se cree—indicó un clérigo armado que se nos agregó—que han encontrado un paso secreto entre Santa Rosa y la Casa de los Duendes. Apoderados de los sótanos de ésta, con una pequeña galería pudieron llegar hasta

los subterráneos de la sala del Capítulo.

—Ya se sabe todo—dijo un capitán del ejército—. La Casa de los Duendes tiene un gran sótano que nos era desconocido. Desde este sótano partía, sin duda, una comunicación con Santa Rosa, a cuyo convento perteneció antiguamente dicho edificio y servía de granero y almacén.

—Pues si eso es cierto, si esa comunicación existe—añadió Luengo—, ya comprendo quién se la ha descubierto a los franceses. Ya saben ustedes que, cuando los enemigos fueron rechazados en la huerta de San Diego, se hicieron algunos prisioneros. Entre ellos está el tío Candiola, que varias veces ha visitado estos días el campo francés y desde anoche se pasó al enemigo.

—Así tiene que ser—afirmó Montoria—, porque la Casa de los Duendes pertenece a Candiola. Harto sabía el condenado judío los pasos y escondrijos de aquel edificio. Señores, vamos a ver al capitán general... ¿Se cree que aún podrá defenderse el Coso?

—¿Pues no se ha de defender?—dijo el militar—. Lo que ha pasado es una friolera: algunos muertos más. Aún se intentará reconquistar la iglesia de San Francisco.

Todos mirábamos a aquel hombre que tan serenamente hablaba de lo imposible. La concisa sublimidad de su empeño parecía una burla, y, sin embargo, en aquella epopeya de lo increíble semejantes burlas solían parar en realidad.

Los que no den crédito a mis palabras, abran la Historia, y verán que unas cuantas docenas de hombres extenuados, hambrientos, descalzos, medio desnudos, algunos de ellos heridos, se sostuvieron todo el día en la torre; mas no contentos con esto, extendieron por el techo de la iglesia, y abriendo aquí y allí innumerables claraboyas, sin atender al fuego que se les hacía desde el Hospital, empezaron a arrojar granadas de mano contra los franceses, obligándoles a abandonar el templo al caer de la tarde. Toda la noche pasó en tentativas del enemigo para reconquistarlo; pero no pudieron conseguirlo hasta el día siguiente, cuando los tiradores del tejado se retiraron, pasando a la casa de Sástago.

XXIX

¿Zaragoza se rendirá? La muerte al que esto diga.

Zaragoza no se rinde. La reducirán a polvo; de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cien templos; su suelo abriráse vomitando llamas y lanzando al aire los ciementos; caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y entre los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde.

Llegó el momento de la suprema desesperación. Francia ya no combatía, minaba. Era preciso desbaratar el suelo nacional para conquistarlo. Medio Coso era suyo, y España destrozada se retiró a la acera de enfrente. Por las Tenerías, por el arrabal de la izquierda, habían alcanzado también ventajas, y sus hornillos no descansaban un instante.

Al fin, ¡parece mentira!, nos acostumbramos a las voladuras, como antes nos habíamos hecho al bombardeo. A lo mejor, se oía un ruido como el de mil truenos retumbando a la vez. ¿Qué ha sido? Nada: la Universidad, la capilla de la Sangre, la casa de Aranda, tal convento o iglesia que ya no existe. Aquello no era vivir en nuestro pacífico y callado planeta: era tener por morada las regiones del rayo, mundos desordenados donde todo es fragor y desquicamiento. No había sitio alguno donde estar, porque el suelo ya no era suelo, y bajo cada planta se abría un cráter. Y, sin embargo, aquellos hombres seguían defendiéndose contra la inmensidad abrumadora de un volcán continuo y de una tempestad incesante. A falta de fortalezas, habían servido los conventos; a falta de conventos, los palacios; a falta de palacios, las casas humildes. Todavía había algunas paredes.

Ya no se comía. ¿Para qué, si se esperaba la muerte de un momento a otro? Centenares, miles de hombres perecían en las voladuras, y la epidemia había tomado carácter fulminante. Tenía uno la suerte de salir ileso de entre la lluvia de balas, y luego, al volver una esquina, el horroroso frío y la fiebre, apoderándose súbitamente de la naturaleza, le conducían en poco tiempo a la muerte. Ya no había parientes ni ami-

gos; menos aún: ya los hombres no se conocían unos a otros, y ennegrecidos los rostros por la tierra, por el humo, por la sangre, desencajados y cadavéricos, al juntarse después del combate, se preguntaban: «¿Quién eres tú? ¿Quién es usted?»

Ya las campanas no tocaban a alarma, porque no había campaneros; ya no se oían pregones, porque no se publicaban proclamas; ya no se decía misa, porque faltaban sacerdotes; ya no se cantaba la jota, y las voces iban expirando en las gargantas a medida que iba muriendo gente. De hora en hora, el fúnebre silencio conquistaba la ciudad. Sólo hablaba el cañón, y las avanzadas de las dos naciones no se entretenían diciéndose insultos. Más que de rabia, las almas empezaban a llenarse de tristeza, y la ciudad moribunda se batía en silencio para que ni un átomo de fuerza se le perdiera en voces importunas.

La necesidad de la rendición era una idea general; pero nadie la manifestaba, guardándola en el fondo de su conciencia, como se guarda la idea de la culpa que se va a cometer. ¡Rendirse! Esto parecía una imposibilidad, una obra difícil, y perecer era más fácil.

Pasó un día después de la explosión de San Francisco, día horrible que no parece haber existido en las series del tiempo, sino tan sólo en el reino engañoso de la imaginación.

Yo había estado en la calle de las Arcadas poco antes que la mayor parte de sus casas se hundieran. Corrí después hacia el Coso a cumplir una comisión que se me encargó, y recuerdo que la pesada e infecta atmósfera de la ciudad me ahogaba de tal modo, que apenas podía andar. Por el camino encontré el mismo niño que algunos días antes vi llorando y solo en el barrio de las Tenerías. También entonces iba solo y llorando, y, además, el infeliz metía las manos en la boca, como si se comiese los dedos. A pesar de esto, nadie le hacía caso. Yo también pasé con indiferencia por su lado, pero después una vocecilla dijo algo en mi conciencia, volví atrás y me le llevé conmigo, dándole algunos pedazos de pan.

Cumplida mi misión, corrí a la plazuela de San Felipe, donde, después de lo de las Arcadas, estaban los pocos

hombres que aún subsistían de mi batallón. Era ya de noche, y aunque en el Coso había gran fuego entre una y otra acera, los míos fueron dejados en reserva para el día siguiente, porque estaban muertos de cansancio.

Al llegar vi un hombre que, envuelto en su capote, paseaba de largo a largo sin hacer caso de nada ni de nadie. Era Agustín de Montoria.

—¡Agustín! ¿Eres tú?—le dije, acercándome—. ¡Qué pálido y demudado estás! ¿Te han herido?

—Déjame—me contestó agriamente—; no quiero compañías importunas.

—¿Estás loco? ¿Qué te pasa?

—Déjame, te digo—añadió, repeliéndome con fuerza—. Te digo que quiero estar solo. No quiero ver a nadie.

—Amigo—indiqué, comprendiendo que algún terrible pesar perturbaba el alma de mi compañero—, si te ocurre algo desagradable, dímelo, y tomaré para mí una parte de tu desgracia.

—Pues ¿no lo sabes?

—No sé nada. Ya sabes que me mandaron con veinte hombres a la calle de las Arcadas. Desde ayer, desde la explosión de San Francisco, no nos hemos visto.

—Es verdad—repuso—. Gabriel, he buscado la muerte en esa barricada del Coso, y la muerte no ha querido venir. Innumerables compañeros míos cayeron a mi lado, y no ha habido una bala para mí. Gabriel, amigo mío querido, pon el cañón de una de tus pistolas en mi sien y arráncame la vida. ¿Lo crearás? Hace poco intenté matarme... No sé... Parece que vino una mano invisible y me apartó el arma de las sienes. Después otra mano suave y tibia pasó por mi frente.

—Cálmate, Agustín, y cuéntame lo que tienes.

—¡Lo que tengo! ¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Falta una hora!—exclamó con nervioso estremecimiento—. ¡Sesenta minutos! Puede ser que los franceses hayan minado esta plazuela de San Felipe, donde estamos, y tal vez, dentro de un instante, la tierra, saltando bajo nuestros pies, abra una horrible sima en que todos quedemos sepultados; todos: la víctima y los verdugos.

—¿Qué víctima es ésa?

—¿No lo sabes? El desgraciado Can-

diola. Está encerrado en la Torre Nueva.

En la puerta de la Torre Nueva había algunos soldados, y una macilenta luz alumbraba la entrada.

—En efecto—dije—, sé que ese infame viejo fué cogido prisionero con algunos franceses en la huerta de San Diego.

—Su crimen es indudable. A los enemigos enseñó el paso desde Santa Rosa a la Casa de los Duendes, de él sólo conocido. Además de que no faltan pruebas, el infeliz esta tarde ha confesado todo con esperanza de salvarse.

—Le han condenado...

—Sí. El Consejo de guerra no ha discutido mucho. Candiola será arcabuceado dentro de una hora por traidor. ¡Allí está! Y aquí me tienes a mí, Gabriel; aquí me tienes a mí, capitán del batallón de las Peñas de San Pedro. ¡Malditas charreteras! Aquí me tienes con una orden en el bolsillo en que se manda ejecutar la sentencia a las diez de la noche en este mismo sitio, aquí en la plazuela de San Felipe, al pie de la torre. ¿Ves, ves la orden? Está firmada por el general Saint-March.

Callé, porque no se me ocurría una sola palabra que decir a mi compañero en aquella terrible ocasión.

—¡Amigo mío, valor!—exclamé al fin—. Es preciso cumplir la orden.

Agustín no me oía. Su actitud era la de un demente, y se apartaba de mí para volver en seguida, balbuciendo palabras de desesperación. Después, mirando a la torre, que majestuosa y esbelta alzábase sobre nuestras cabezas, exclamó con terror:

—Gabriel, ¿no la ves, no ves la torre? ¿No ves que está derecha, Gabriel? La torre se ha puesto derecha. ¿No la ves? Pero ¿no la ves?

Miré a la torre. Como era natural, continuaba inclinada.

—Gabriel—añadió Montoria—, máteme; no quiero vivir. No; yo no le quitaré a ese hombre la vida. Encárgate tú de esta comisión. Yo, si vivo, quiero huir; estoy enfermo; me arrancaré estas charreteras y se las tiraré a la cara al general Saint-March. No, no me digas que la Torre Nueva sigue inclinada. Pero, hombre, ¿no ves que está derecha? Amigo, tú me engañas; mi corazón está traspasado por un acero candente, rojo, y la sangre chisporrotea. Me muero de dolor.

Yo procuraba consolarle, cuando una figura blanca penetró en la plaza por la calle de Torresecas. Al verla temblé de espanto: era Mariquilla. Agustín no tuvo tiempo de huir, y la desgraciada joven se abrazó a él, exclamando con ardiente emoción:

—Agustín, Agustín. Gracias a Dios que te encuentro aquí. ¡Cuánto te quiero! Cuando me dijeron que eras tú el carcelero de mi padre, me volví loca de alegría, porque tengo la seguridad de que has de salvarle. Esos caribes del Consejo le han condenado a muerte. ¡A muerte! ¡Morir él, que no ha hecho mal a nadie! Pero Dios no quiere que el inocente perezca, y le ha puesto en tus manos para que le dejes escapar.

—Mariquilla, María de mi corazón —dijo Agustín—, déjame, vete... No te quiero ver... Mañana, mañana hablaremos. Yo también te amo... Estoy loco por ti. Húndase Zaragoza, pero no dejes de quererme. Esperaban que yo matara a tu padre...

—¡Jesús, no digas eso! ¡Tú!

—¡No, mil veces no!; que castiguen otros su traición.

—No, mentira; mi padre no ha sido traidor. ¿Tú también le acusas? Nunca lo creí... Agustín, es de noche. Desata sus manos, quitale los grillos que destrozan sus pies, ponle en libertad. Nadie le puede ver. Huiremos; nos escondemos aquí cerca, en las ruinas de nuestra casa, allí en la sombra del ciprés, en aquel mismo sitio donde tantas veces hemos visto el pico de la Torre Nueva.

—María..., espera un poco...—dijo Montoria con suma agitación—. Eso no puede hacerse así... Hay mucha gente en la plaza. Los soldados están muy irritados contra el preso. Mañana...

—¡Mañana!... ¿Qué has dicho? ¿Te burlas de mí? Ponle al instante en libertad, Agustín. Si no lo haces, creeré que he amado al más vil, al más cobarde y despreciable de los hombres.

—María, Dios nos está oyendo. Dios sabe que te adoro. Por El juro que no mancharé mis manos con la sangre de ese infeliz: antes romperé mi espada; pero en nombre de Dios te digo también que no puedo poner en libertad a tu padre. María, el cielo se nos ha caído encima.

—Agustín, me estás engañando—dijo

la joven con angustiosa perplejidad—. ¿Dices que no le pondrás en libertad?

—No, no; no puedo. Si Dios en forma humana viniera a pedirme la libertad del que ha vendido a nuestros heroicos paisanos, entregándolos al cuchillo francés, no podría hacerlo. Es un deber supremo al que no puedo faltar. Las innumerables víctimas inmoladas por la traición, la ciudad rendida, el honor nacional ultrajado, son recuerdos y consideraciones que pesan en mi conciencia de un modo formidable.

—Mi padre no puede haber hecho traición—dijo Mariquilla, pasando súbitamente del dolor a una exaltada y nerviosa cólera—. Son calumnias de sus enemigos. Mienten los que le llaman traidor, y tú, más cruel y más inhumano que todos, mientes también. No, no es posible que yo te haya querido: me causa vergüenza pensarlo. ¿Has dicho que en libertad no le pondrás? ¿Pues para qué existes, de qué sirves tú? ¿Esperas ganar con tu crueldad sanguinaria el favor de esos bárbaros inhumanos que han destruido la ciudad fingiendo defenderla? ¿Para ti nada vale la vida del inocente ni la desolación de una huérfana! ¡Miserable y ambicioso egoísta, te aborrezco más de lo que te he querido! ¿Has pensado que podrías presentarte delante de mí con las manos manchadas en la sangre de mi padre? No, él no ha sido traidor. Traidor eres tú y todos los tuyos. ¡Dios mío! ¿No hay un brazo generoso que me ampare? ¿No hay entre tantos hombres uno solo que impida este crimen? ¡Una pobre mujer corre por toda la ciudad buscando un alma caritativa y no encuentra más que fieras!

—María—dijo Agustín—, me estás despedazando el alma; me pides lo imposible: lo que yo no haré, ni puedo hacer, aunque en pago me ofrezcas la bienaventuranza eterna. Todo lo he sacrificado ya, y contaba con que me aborrecerías. Considera que un hombre se arranca con sus propias manos el corazón y lo arroja al lodo; pues eso he hecho yo. No puedo más.

La ardiente exaltación de María Candiola la llevaba de la ira más intensa a la sensibilidad más patética. Antes mostraba con enérgica fogosidad su cólera, y después se deshacía en lágrimas amargas, expresándose así:

—¡Qué he dicho, y qué locuras has dicho tú! Agustín, tú no puedes negarme lo que te pido. ¡Cuánto te he querido y cuánto te quiero! Desde que te vi por primera vez en nuestra torre no te has apartado un solo instante de mi pensamiento. Tú has sido para mí el más amable, el más generoso, el más discreto, el más valiente de todos los hombres. Te quise sin saber quién eras: yo ignoraba tu nombre y el de tus padres; pero te habría amado aunque hubieras sido el hijo del verdugo de Zaragoza. Agustín, tú te has olvidado de mí desde que no nos vemos. ¡Soy yo, Mariquilla! Siempre he creído y creo que no me quitarás a mi buen padre, a quien amo tanto como a ti. El es bueno; no ha hecho mal a nadie; es un pobre anciano... Tiene algunos defectos; pero yo no los veo: yo no veo en él más que virtudes. No he conocido a mi madre, que murió siendo yo muy niña, he vivido retirada del mundo; mi padre me ha criado en la soledad, y en la soledad se ha formado el grande amor que te tengo. Si no te hubiera conocido a ti, todo el mundo me hubiera sido indiferente sin él.

Leí claramente en el semblante de Montoria la indecisión. El miraba con aterrados ojos tan pronto a la muchacha como a los hombres que estaban de centinela en la entrada de la torre, y la hija de Candiola, con admirable instinto, supo aprovechar esta disposición a la debilidad, y echándole los brazos al cuello, añadió:

—Agustín, ponle en libertad. Nos ocultaremos donde nadie pueda descubrirnos. Si te dicen algo, si te acusan de haber faltado al deber, no les hagas caso y vente conmigo. ¡Cuánto te amará mi padre al ver que le salvas la vida! ¡Qué felicidad nos espera, Agustín! ¡Qué bueno eres! Ya lo esperaba yo, y cuando supe que el pobre preso estaba en tu poder, se me figuró que las puertas del cielo se abrían.

Mi amigo dió algunas pasos y retrocedió después. Había bastantes militares y gente armada en la plazuela. De repente se nos apareció delante un hombre con muletas, acompañado de otros paisanos y algunos oficiales de alta graduación.

—¿Qué pasa aquí?—dijo don José de Montoria—. Me pareció oír chillidos de

mujer. Agustín, ¿estás llorando? ¿Qué tienes?

—Señor—gritó Mariquilla con terror, volviéndose hacia Montoria—. Usted no se opondrá tampoco a que dejen en libertad a mi padre. ¿No se acuerda usted de mí? Ayer estaba usted herido, y yo le curé.

—Es verdad, niña—dijo gravemente don José—. Estoy muy agradecido. Ahora caigo en que es usted la hija del señor Candiola.

—Sí, señor; ayer, cuando le curaba a usted, reconocí en su cara la de aquel hombre que maltrató a mi padre hace muchos días.

—Sí, hija mía; fué un arrebató, un pronto... No lo pude remediar... Tengo la sangre muy viva... Y usted me curó... Así se portan los buenos cristianos. Pagar las injurias con beneficios y hacer bien a los que nos aborrecen es lo que manda Dios.

—Señor—exclamó María toda deshecha en lágrimas—, yo perdono a mis enemigos; perdone usted también a los suyos. ¿Por qué no han de poner en libertad a mi padre? El no ha hecho nada.

—Es un poco difícil lo que usted pretende. La traición del señor Candiola no puede perdonarse. La tropa está furiosa.

—¡Todo es un error! Si usted quiere interceder... Usted será de los que mandan.

—¿Yo?...—dijo Montoria—. Ese es un asunto que no me incumbe... Pero sérnese usted, joven... De veras que parece usted una buena muchacha. Recuerdo el esmero con que me curaba, y me llega al alma tanta bondad. Grande ofensa hice a usted, y de la misma persona a quien ofendí he recibido un bien inmenso, tal vez la vida. De este modo nos enseña Dios con un ejemplo que debemos ser humildes y caritativos, ¡porr...! ¡Ya lo iba a soltar!... ¡Maldita lengua mía!

—¡Señor, qué bueno es usted!—exclamó la joven—. ¡Yo le creía muy malo! Usted nos ayudará a salvar a mi padre. El tampoco se acuerda del ultraje recibido.

—Oiga usted—le dijo Montoria tomándola por un brazo—. Hace poco pedí perdón al señor don Jerónimo por aquel vejamen, y lejos de reconciliarse

conmigo, me insultó del modo más grosero. El y yo no casamos, niña. Dígame usted que me perdona lo de los golpes, y mi conciencia se descargará de un gran peso.

—¡Pues no le he de perdonar! ¡Oh señor, qué bueno es usted! Usted manda aquí, sin duda. Pues haga poner en libertad a mi padre.

—Eso no es de mi cuenta. El señor Candiola ha cometido un crimen que espanta. Imposible perdonarle, imposible: comprendo la aflicción de usted... De veras lo siento, mayormente al acordarme de su caridad... Yo la protegeré a usted... Veremos.

—Yo no quiero nada para mí—dijo María, ronca ya de tanto gritar—. Yo no quiero sino que pongan en libertad a un infeliz que nada ha hecho. Agustín, ¿no mandas aquí? ¿Qué haces?

—Este joven cumplirá con su deber.

—Este joven—repuso la Candiola con furor—hará lo que yo le ordene, porque me ama. ¿No es verdad que pondrás en libertad a mi padre? Tú me lo dijiste... Señores, ¿qué buscan ustedes aquí? ¿Piensan impedirlo? Agustín, no les hagáis caso y defendámonos.

—¡Qué es esto!—exclamó Montoria con estupefacción—. Agustín, ¿ha dicho esta muchacha que te disponías a faltar a tu deber? ¿La conoces tú?

Dominado por profundo temor, Agustín no contestó nada.

—Sí, le pondrá en libertad—exclamó María con desesperación—. Fuera de aquí, señores. Aquí no tienen ustedes nada que hacer.

—¡Cómo se entiende!—gritó don José, tomando a su hijo por un brazo—. Si lo que esta muchacha dice fuera cierto; si yo supiera que mi hijo faltaba al honor de ese modo, atropellando la lealtad jurada al principio de autoridad delante de las banderas; si yo supiera que mi hijo hacía burla de las órdenes cuyo cumplimiento se le ha encargado, yo mismo le pasaría una cuerda por los codos, llevándole delante del Consejo de guerra para que le dieran su merecido.

—¡Señor, padre mío!—repuso Agustín, pálido como la muerte—. Jamás he pensado en faltar a mi deber.

—¿Es éste tu padre?—dijo María—. Agustín, dile que me amas, y quizá tenga compasión de mí.

—Esta joven está loca—afirmó don José—. Desgraciada niña, su tribulación me llega al alma. Yo me encargo de protegerla en su orfandad... Pero sérnese usted. Sí, la protegeré, siempre que reforme sus costumbres... Pobrecilla: usted tiene buen corazón..., un excelente corazón...; pero..., sí..., me lo han dicho, un poco levantada de cascos... Es lástima que por una perversa educación se pierda una buena alma... Conque ¿será usted buena?... Creo que sí...

—Agustín, ¿cómo permites que me insulten?—exclamó María con inmenso dolor.

—No os insulto—añadió el padre—. Es un consejo. ¡Cómo había yo de insultar a mi bienhechora! Si usted se porta bien, le tendremos gran cariño. Queda usted bajo mi protección, desgraciada huerfanita... ¿Para qué toma en boca a mi hijo? Nada, nada; más juicio, y por ahora basta ya de agitación... El chico tal vez la conozca a usted... Sí, me han dicho que durante el sitio no ha abandonado usted la compañía de los soldados... Es preciso enmendarse; yo me encargo... No puedo olvidar el beneficio recibido; además, conozco que su fondo es bueno... Esa cara no miente; tiene usted una figura celestial. Pero es preciso renunciar a los goces mundanos, refrenar el vicio... pues...

—No—gritó de súbito Agustín con tan vivo arrebató de ira que todos temblamos al verle y oírle—. No, no consiento a nadie, ni aun a mi padre, que la injurie delante de mí. Yo la amo, y si antes lo he ocultado, ahora lo digo aquí sin miedo ni vergüenza, para que todo el mundo lo sepa. Señor, usted no sabe lo que está diciendo ni cuánto se aparta de lo verdadero, sin duda porque le han engañado. Máteme usted si le faltó al respeto, pero no la infame delante de mí, porque oyendo otra vez lo que he oído, ni la presencia de mi propio padre me reportaría.

Montoria, que no esperaba tal exabrupto, miró con asombro a sus amigos.

—Blen, Agustín—exclamó la Candiola—. No hagáis caso de esa gente. Este hombre no es tu padre. Haz lo que te indica tu corazón. ¡Fuera de aquí, señores, fuera de aquí!

—Te engañas, María—replicó el jo-

ven—. Yo no he pensado en poner en libertad al preso ni lo pondré; pero al mismo tiempo digo que no seré yo quien disponga su muerte. Oficiales hay en mi batallón que cumplirán la orden. Ya no soy militar; aunque esté delante del enemigo, arrojo mi espada y corro a presentarme al capitán general para que disponga de mi suerte.

Diciendo esto, desenvainó, y doblando la hoja sobre la rodilla, rompióla, y después de arrojar los dos pedazos en medio del corrillo, se fué sin decir una palabra más.

—¡Estoy sola! ¡Ya no hay quien me ampare!—exclamó Mariquilla con abatimiento.

—No hagan caso de las barrabasadas de mi hijo—nos dijo Montoria—. Ya le tomaré yo por mi cuenta. Tal vez la muchacha le haya interesado..., pues... no tiene nada de particular. Estos eclesiásticos inexpertos suelen ser así... Y usted, señora doña María, procure serenarse. Ya nos ocuparemos de usted. Yo le prometo que si tiene buena conducta, se le conseguirá que entre en las Arrepentidas... Vamos, llevadla fuera de aquí.

—¡No, no me sacarán de aquí sino a pedazos!—gritó la joven en el colmo de la desolación—. ¡Oh! Señor don José de Montoria, usted le pidió perdón a mi padre. Si él le perdonó, yo le perdono mil veces. Pero...

—Yo no puedo hacer lo que usted me pide—replicó el patriota con pena—. El crimen cometido es enorme. Retírese usted... ¡Qué espantoso dolor! ¡Es preciso tener resignación! Dios le perdonará a usted todas sus culpas, pobre huertanita... Cuente conmigo, y todo lo que yo pueda... La socorreremos, la auxiliaremos... Estoy conmovido, y no sólo por agradecimiento, sino por lástima... Vamos, venga usted conmigo... Son las diez menos cuarto.

—Señor de Montoria—dijo María poniéndose de rodillas delante del patriota y besándole las manos—, usted tiene influencia en la ciudad y puede salvar a mi padre. Se ha enfadado usted conmigo, porque Agustín dijo que me quería. No, no le quiero; ya no le miraré más. Aunque soy honrada, él es superior a mí y no puedo pensar en casarme con él. Señor de Montoria, por el alma de su hijo muerto, hágalo usted. Mi padre

es inocente. No, no es posible que haya sido traidor. Aunque el Espíritu Santo me lo dijera, no le creería. Dicen que no era patriota. Mentira, yo digo que mentira. Dicen que no dió nada para la guerra; pues ahora se dará todo lo que tenemos. En el sótano de casa hay enterrado mucho dinero. Yo le diré a usted dónde está, y pueden llevárselo todo. Dicen que no ha tomado las armas. Yo las tomaré ahora; no temo las balas, no me asusta el ruido del cañón, no me asusto de nada; volaré al sitio de mayor peligro, y allí donde no puedan resistir los hombres, me pondré yo sola ante el fuego. Yo sacaré con mis manos la tierra de las minas y haré agujeros para llenar de pólvora todo el suelo que ocupan los franceses. Dígame usted si hay algún castillo que tomar o alguna muralla que defender, porque nada temo, y de todas las personas que aún viven en Zaragoza, yo seré la última que se rinda...

—¡Desgraciada niña!—murmuró el patriota alzándola del suelo—. Vámonos, vámonos de aquí.

—Señor de Araceli—ordenó el jefe de la fuerza, que era uno de los presentes—, puesto que el capitán don Agustín de Montoria no está en su puesto, encárguese usted del mando de la compañía.

—No, asesinos de mi padre—exclamó María, no ya exasperada, sino furiosa como una leona—. No mataréis al inocente. Cobardes, verdugos; los traidores sois vosotros, no él. No podéis vencer a vuestros enemigos y os gozáis en quitar la vida a un infeliz anciano. Militares, ¿a qué habláis de vuestro honor, si no sabéis lo que es eso? Agustín, ¿dónde estás? Señor don José de Montoria, esto que ahora pasa es una ruin venganza tramada por usted, hombre rencoroso y sin corazón. Mi padre no ha hecho mal a nadie. Ustedes intentaban robarle... Bien hacía él en no querer dar su harina, porque los que se llaman patriotas son negociantes que especulan con las desgracias de la ciudad... No puedo arrancar a estos crueles una palabra compasiva. Hombres de bronce, bárbaros, mi padre es inocente, y si no lo es, bien hizo en vender la ciudad. Siempre le darian más de lo que ustedes valen... Pero ¿no hay uno, uno tan sólo que se apiade de él y de mí?

—Vamos, retirémosla, señores; llevadla a cuestras. ¡Infeliz joven—dijo Montoria—. Esto no puede prolongarse. ¿En dónde se ha metido mi hijo?

Se la llevaron, y durante un rato oí desde la plazuela sus gritos desgarradores.

—Buenas noches, señor de Araceli—me dijo Montoria—. Voy a ver si hay un poco de agua y vino que dar a esa pobre huérfana.

XXX

Vete lejos de mí, horrible pesadilla. No quiero dormir. Pero el mal sueño que anhelo desechar vuelve a mortificarme. Quiero borrar de mi imaginación la lúgubre escena; pero pasa una noche y otra, y la escena no se borra. Yo, que en tantas ocasiones he afrontado sin pestañear los mayores peligros, hoy tiemblo: mi cuerpo se estremece, y helado sudor corre por mi frente. La espada, teñida en sangre de franceses, se cae de mis manos, y cierro los ojos para no ver lo que pasa delante de mí.

En vano te arrojo, imagen funesta. Te expulso y vuelves, porque has echado profunda raíz en mi cerebro. No; yo no soy capaz de quitar a sangre fría la vida a un semejante, aunque un deber inexorable me lo ordene. ¿Por qué no temblaba en las trincheras y ahora tiemblo? Siento un frío mortal. A la luz de las linternas veo algunas caras siniestras; una, sobre todo, lívida y hosca, que expresa un espanto superior a todos los espantos. ¡Como brillan los cañones de los fusiles! Todo está preparado, y no falta más que una voz: mi voz. Trato de pronunciar la palabra y me muerdo la lengua. No, esa palabra no saldrá jamás de mis labios.

Vete lejos de mí, negra pesadilla. Cierro los ojos, me aprieto los párpados con fuerza para cerrarlos mejor, y cuanto más los cierro más te veo, horrendo cuadro. Esperan todos con ansiedad; pero ninguna ansiedad es comparable a la de mi alma, rebelándose contra la ley que obliga a determinar el fin de una existencia extraña. El tiempo pasa, y unos ojos que yo no quisiera haber visto nunca desaparecen bajo una venda. Yo no puedo ver tal espectáculo, y quisiera que pusiesen también un lienzo en

los míos. Los soldados me miran, y yo disimulo mi cobardía frunciendo el ceño. Somos estúpidos y vanos hasta en los momentos supremos. Parece que los circunstantes se burlan de mi perplejidad, y esto me da cierta energía. Entonces despego mi lengua del paladar y grito: «¡Fuego!»

La maldita pesadilla no quiere irse, y me atormenta esta noche como anoche y como anteanoche, reproduciendome lo que no quiero ver. Más vale no dormir, y prefiero el insomnio. Sacudo el letargo y aborrezco despierto la vigilia como antes aborrecía el sueño. Siempre el mismo zumbido de los cañones. Esas insolentes bocas de bronce no han cesado de hablar aún. Han pasado diez días y Zaragoza no se ha rendido porque todavía algunos locos se obstinan en guardar para España aquel montón de polvo y ceniza. Siguen reventando los edificios, y Francia, después de sentar un ple, gasta ejércitos y quintales de pólvora para conquistar terreno en que poner el otro. España no se retira mientras tenga una baldosa en que apoyar la inmensa máquina de su bravura.

Yo estoy exánime y no puedo moverme. Esos hombres que veo pasar por delante de mí no parecen hombres. Están flacos, macilentos, y sus rostros serían amarillos si no los ennegrecieran el polvo y el humo. Brillan bajo la negra ceja los ojos que ya no saben mirar sino matando. Se cubren de inmundos harapos, y un pañizuelo ciñe su cabeza como un cordel. Están tan escuálidos, que parecen los muertos del montón de la calle de la Imprenta que se han levantado para relevar a los vivos. De trecho en trecho se ven, entre columnas de humo, moribundos en cuyo oído murmura un fraile conceptos religiosos. Ni el moribundo, entiende, ni el fraile sabe lo que dice. La religión misma anda desatinada y medio loca. Generales, soldados, paisanos, frailes, mujeres, todos están confundidos. No hay clases ni sexos. Nadie manda ya, y la ciudad se defiende en la anarquía.

No sé lo que me pasa. No me digáis que siga contando porque ya no hay nada. Ya no hay nada que contar y lo que veo me parece cosa real confundiéndose en mi memoria lo verdadero con lo soñado. Estoy tendido en un portal de la calle de la Albardería y tiemblo de frío;

mi mano izquierda está envuelta en un lienzo lleno de sangre y fango. La calentura me abrasa y anhelo tener fuerzas para acudir al fuego. No son cadáveres todos los que hay a mi lado. Alargo la mano y toco el brazo de un amigo que vive aún.

—¿Qué ocurre, señor *Sursum Corda*?

—Los franceses parece que están del lado acá del Coso—me contesta con voz desfallecida—. Han volado media ciudad. Puede ser que sea preciso rendirse. El capitán general ha caído enfermo de la epidemia y está en la calle de Predicadores. Creen que se morirá. Entrarán los franceses. Me alegro de morir para no verlos. ¡Qué tal se encuentra usted, señor de Araceli!

—Muy mal. Veré si puedo levantarme.

—Yo estoy vivo todavía a lo que parece. No lo creí. El Señor sea conmigo. Me iré derecho al cielo. Señor de Araceli, ¿se ha muerto usted ya?

Me levanto y doy algunos pasos. Apoyándome en las paredes, avanzo un poco y llego junto a las Escuelas Pías. Algunos militares de alta graduación acompañan hasta la puerta a un clérigo pequeño y delgado que los despide diciendo: «Con nuestro deber hemos cumplido, y la fuerza humana no alcanza a más...» Era el padre Basilio. Un brazo amigo me sostiene, y reconozco a don Roque.

—Amigo Gabriel—me dice con aflicción—. La ciudad se rinde hoy mismo.

—¿Qué ciudad?

—Esta.

Al hablar así me parece que nada está en su sitio. Los nombres y las casas, todo corre en veloz fuga. La Torre Nueva saca sus pies de los cimientos para huir también y desapareciendo a lo lejos, el capacet de plomo se le cae de un lado. Ya no resplandecen las llamas de la ciudad. Columnas de negro humo corren de Levante a Poniente, y el polvo y la ceniza, levantados por los torbellinos del viento, marchan en la misma dirección. El cielo no es cielo, sino un toldo de color plomizo que tampoco está quieto.

—Todo huye, todo se va de este lugar de desolación—digo a don Roque—. Los franceses no encontrarán nada.

—Nada; hoy entran por la puerta del Angel. Dicen que la capitulación ha si-

do honrosa. Mira: ahí vienen los espectros que defendían la plaza.

En efecto: por el Coso desfilan los últimos combatientes, aquel uno por mil que había resistido a las balas y a la epidemia. Son padres sin hijos, hermanos sin hermanos, maridos sin mujer. El que no puede encontrar a los suyos entre los vivos tampoco es fácil que los encuentre entre los muertos, porque hay cincuenta y dos mil cadáveres, casi todos arrojados en las calles, en los portales de las casas, en los sótanos, en las trincheras. Los franceses, al entrar, se detienen llenos de espanto ante espectáculo tan terrible, y casi están a punto de retroceder. Las lágrimas corren de sus ojos y se preguntan si son hombres o sombras las pocas criaturas con movimiento que discurren ante su vista.

El soldado voluntario, al entrar en su casa, tropieza con los cuerpos de su esposa y de sus hijos. La mujer corre a la trinchera, al paredón, a la barricada, y busca a su marido. Nadie sabe dónde está: los mil muertos no hablan, y no pueden dar razón de si está Fulano entre ellos. Familias numerosas se encuentran reducidas a cero, y no queda en ellas uno solo que eche de menos a los demás. Eso ahorra muchas lágrimas, y la muerte ha herido de un solo golpe al padre y al huérfano, al esposo y a la viuda, a la víctima y a los ojos que habían de llorarla.

Francia ha puesto, al fin, el pie dentro de aquella ciudad edificada a las orillas del clásico río que da su nombre a nuestra Península; pero la ha conquistado sin domarla. Al ver tanto desastre y el aspecto que ofrece Zaragoza, el ejército imperial, más que vencedor, se considera sepulturero de aquellos heroicos habitantes. Cincuenta y tres mil vidas le tocaron a la ciudad aragonesa en el contingente de doscientos millones de criaturas con que la Humanidad pagó las glorias militares del Imperio francés.

Este sacrificio no será estéril, como sacrificio hecho en nombre de una idea. El Imperio, cosa vana y de circunstancias, fundado en la movible fortuna en la audacia, en el genio militar, que siempre es secundario, cuando abandonando el servicio de la idea sólo existe en obsequio de sí propio; el Imperio francés, digo, aquella tempestad que

conturbó los primeros años del siglo y cuyos relámpagos, truenos y rayos aterraron tanto a la Europa, pasó porque las tempestades pasan, y lo normal en la vida histórica, como en la Naturaleza, es la calma. Todos le vimos pasar, y presenciarnos su agonía en 1815; después vimos su resurrección algunos años adelante; pero también pasó, derribado el segundo como el primero por la propia soberbia. Tal vez retoñe por tercera vez este árbol viejo; pero no dará sombra al mundo durante siglos, y apenas servirá para que algunos hombres se calienten con el fuego de su última leña.

Lo que no ha pasado, ni pasará, es la idea de nacionalidad que España defendía contra el derecho de conquista y la usurpación. Cuando otros pueblos sucumbían, ella mantiene su derecho, lo defiende, y sacrificando su propia sangre y vida, lo consagra, como consagraban los mártires en el circo la idea cristiana. El resultado es que España, despreciada injustamente en el Congreso de Viena, desacreditada con razón por sus continuas guerras civiles, sus malos gobiernos, su desorden, sus bancarotas más o menos declaradas, sus inmorales partidos, sus extravagancias, sus toros y sus pronunciamientos, no ha visto nunca, después de 1808, puesta en duda la continuación de su nacionalidad, y aún hoy mismo cuando parece hemos llegado al último grado del envilecimiento, con más motivos que Polonia para ser repartida, nadie se atreve a intentar la conquista de esta casa de locos.

Hombres de poco seso, o sin ninguno en ocasiones, los españoles darán mil caídas, hoy como siempre, tropezando y levantándose, en la lucha de sus vicios ingénitos, de las cualidades eminentes que aún conservan, y de las que adquiere lentamente con las ideas que les envía la Europa central. Grandes subidas y bajadas, grandes asombros y sorpresas, aparentes muertes y resurrecciones prodigiosas reserva la Providencia a esta gente, porque su destino es poder vivir en la agitación como la salamandra en el fuego; pero su permanencia nacional está y estará siempre asegurada.

XXXI

Era el 21 de febrero. Un hombre que no conocí se me acercó y me dijo:

—Ven, Gabriel; necesito de ti.

—¿Quién me habla?—le pregunté—. Yo no le conozco a usted.

—Soy Agustín de Montoria—respondió—. ¿Tan desfigurado estoy? Ayer me dijeron que habías muerto. ¡Qué envidia te tenía! Veo que eres tan desgraciado como yo y vives aún. ¿Sabes, amigo mío, lo que acabo de ver? Acabo de ver el cuerpo de Mariquilla. Está en la calle de Antón Trillo, a la entrada de la huerta. Ven y la enterraremos.

—Yo más estoy para que me entierran que para enterrar. ¿Quién se ocupa de eso? ¿De qué ha muerto esa mujer?

—De nada, Gabriel, de nada.

—Es singular muerte; no la entiendo.

—Mariquilla no tiene heridas ni las señales que deja en el rostro la epidemia. Parece que se ha dormido. Apoya la cara contra el suelo y tiene las manos en ademán de taparse fuertemente los oídos.

—Hace bien. Le molesta el ruido de los tiros. Lo mismo me pasa a mí, que todavía los siento.

—Ven conmigo y me ayudarás. Llevo una azada.

Difícilmente llegué a donde mi amigo, con otros dos compañeros, me llevaba. Mis ojos no podían fijarse bien en objeto alguno, y sólo vi una sombra tendida. Agustín y los otros dos levantaron aquel cuerpo fantasma, vana imagen o desconsoladora realidad que allí existía. Creo haber distinguido su cara, y al verla, tristísima penumbra se extendió por mi alma.

—No tiene ni la más ligera herida—decía Agustín—, ni una gota de sangre mancha sus vestidos. Sus párpados no se han hinchado, como los que mueren de la epidemia. María no ha muerto de nada. ¿La ves, Gabriel? Parece que esta figura que tengo en brazos no ha vivido nunca; parece que es una hermosa imagen de cera a quien he amado en sueños representándomela con vida, palabra y movimiento. ¿La ves? Siento que todos los habitantes de la ciudad estén muertos por esas calles. Si vivieran, los llamaría para decirles que

la he amado. ¿Por qué lo oculté como un crimen? María, Mariquilla, esposa mía, ¿por qué te has muerto sin heridas y sin enfermedad? ¿Qué tienes, qué te pasa, qué te paso en tu último momento? ¿En dónde estás ahora? ¿Tú piensas? ¿Te acuerdas de mí y sabes acaso que existo? María, Mariquilla, ¿por qué tengo yo ahora esto que llaman vida y tú no? ¿En donde podré oírte, hablarte y ponerme delante de ti para que me mires? Todo a oscuras está en torno mío desde que has cerrado los ojos. ¿Hasta cuándo durará esta noche de mi alma y esta soledad en que me has dejado? La tierra me es insoportable. La desesperación se apodera de mi alma, y en vano llamo a Dios para que la llene toda. Dios no quiere venir, y desde que te has ido, Mariquilla, el Universo está vacío.

Diciendo esto, un vivo rumor de gente llegó a nuestros oídos.

—Son los franceses que toman posesión del Coso—dijo uno.

—Amigos, cavad pronto esa sepultura—ordenó Agustín, dirigiéndose a los dos compañeros que habrían un gran hoyo al pie del ciprés—. Si no, vendrán los franceses y nos la quitarán.

Un hombre avanza por la calle de Antón Trillo, y deteniéndose junto a la tapia destruida, miró hacia adentro. Le veo y tiemblo. Está transfigurado, cadavérico, con los ojos hundidos, el paso inseguro, la mirada sin brillo, el cuerpo encorvado, y me parece que han pasado veinte años desde que no le veo. Su vestido es de harapos manchados de sangre y lodo. En otro lugar y ocasión hubiérale tomado por un mendigo octogenario que venía a pedir una limosna. Acercóse a donde estábamos, y con voz tan débil que apenas se oía, dijo:

—Agustín, hijo mío, ¿qué haces aquí?

—Señor padre—repuso el joven sin inmutarse—, estoy enterrando a Mariquilla.

—¿Por qué haces eso? ¿Por qué tanta solicitud por una persona extraña? El cuerpo de tu pobre hermano yace aún sin sepultura entre los demás patriotas. ¿Por qué te has separado de tu madre y de tu hermana?

—Mi hermana está rodeada de personas amantes y piadosas que cuidarán de ella, mientras ésta no tiene a nadie más que a mí.

Don José de Montoria, sombrío y meditabundo entonces cual nunca lo vi, no dijo nada y empezó a echar tierra en el hoyo, en cuya profundidad habían colocado el cuerpo de la hermosa joven.

—Echa tierra, hijo, echa tierra pronto—exclamó al fin—, pues todo ha concluido. Han dejado entrar a los franceses en la ciudad cuando todavía podía defenderse un par de meses más. Esta gente no tiene alma. Ven conmigo y hablaremos de ti.

—Señor—repuso Agustín con voz entera—, los franceses están en la ciudad y las puertas han quedado libres. Son las diez; a las doce saldré de Zaragoza para ir al monasterio de Veruela, donde pienso morir.

La guarnición, según lo estipulado, debía salir con los honores militares por la puerta del Portillo. Yo estaba tan enfermo, tan desfallecido a causa de la herida que recibí en los últimos días y a causa del hambre y cansancio, que mis compañeros tuvieron que llevarme casi a costas. Apenas vi a los franceses cuando con más tristeza que júbilo se extendieron por lo que había sido ciudad.

Inmensas, espantosas ruinas la formaban. Era la ciudad de la desolación, de la epopeya digna de que la llorara Jeremías y de que la cantara Homero.

En la Muela, donde me detuve para reponerme, se me presentó don Roque, el cual salió también de la ciudad, temiendo ser perseguido por sospechoso.

—Gabriel—me dijo—, nunca creí que la canalla fuera tan vil. Yo esperaba que, en vista de la heroica defensa de la ciudad, serían más humanos. Hace unos días vimos dos cuerpos que arrastraba el Ebro en su corriente. Eran las dos víctimas de esa soldadesca furiosa que manda Lannes: eran mosén Santiago Sas, jefe de los valientes escopeteros de la parroquia de San Pablo, y el padre Basilio Boggiero, maestro, amigo y consejero de Patafox. Dicen que a ese último le fueron a llamar a medianoche, so color de encomendarle una misión importante, y luego que le tuvieron entre las traidoras bayonetas, lleváronlo al puente, donde le acribillaron, arrojándole después al río. Lo mismo hicieron con Sas.

—Y nuestro protector y amigo don

José de Montoria, ¿no ha sido maltratado?

—Gracias a los esfuerzos del presidente de la Audiencia ha quedado con vida; pero me lo querían arcabucear... nada menos. ¿Has visto cafres semejantes? A Palafox parece que lo llevan preso a Francia, aunque prometieron respetar su persona. En fin, hijo: es una gente ésa con la cual no me quisiera encontrar ni en el Cielo. ¿Y qué me dices de la hombrada del mariscalazo señor Lannes? Se necesita frescura para hacer lo que él ha hecho. Pues nada más sino que mandó que le llevaran las alhajas de la Virgen del Pilar, diciendo que en el templo no estaban seguras. Luego que vió tal balumba de piedras preciosas, diamantes, esmeraldas y rubíes, parece que le entraron por el ojo derecho... Nada, hijo..., que se quedó con ellas. Para disimular esta rapiña ha hecho como que se las ha regalado a la Junta... De

veras te digo que siento no ser joven para pelear como tú en contra de ese ladrón de caminos, y así se lo dije a Montoria cuando me despedí de él. ¡Pobre don José, qué triste está! Le doy pocos años de vida: la muerte de su hijo mayor y la determinación de Agustín de hacerse cura, fraile o cenobita, le tienen muy abatido y en extremo melancólico.

Don Roque se detuvo para acompañarme, y luego partimos juntos. Después de restablecido continué la campaña de 1809, tomando parte en otras acciones, conociendo nueva gente y estableciendo amistades frescas o renovando las antiguas. Más adelante referiré algunas cosas de aquel año, así como lo que me contó Andresillo Marijuán, con quien tropecé en Castilla cuando yo volvía de Talavera y él de Gerona.

Marzo-abril de 1874.

FIN DE
« Z A R A G O Z A »

GERONA

EN el invierno de 1809 a 1810, las cosas de España no podían andar peor. Lo de menos era que nos derrotaran en Ocaña a los cuatro meses de la casi indecisa victoria de Talavera; aún había algo más desastroso y lamentable, y era la tormenta de malas pasiones que bramaba en torno a la Junta Central. Sucedió en Sevilla una cosa que no sorprenderá a mis lectores, si, como creo, son españoles, y era que allí todos querían mandar. Esto es achaque antiguo, y no sé que tiene para la gente de este siglo el tal mando, que trastorna las cabezas más sólidas, da prestigio a los tontos; arrogancia, a los débiles; al modesto, audacia, y al honrado, desvergüenza. Pero sea lo que quiera, ello es que entonces andaban a la greña, sin atender al formidable enemigo que por todas partes nos cercaba.

Y aquél era enemigo; lo demás es flor de cantueso. Me río yo de insurrecciones absolutistas y republicanas en tiempos en que el Poder central cuenta con grandes elementos para sofocarlas. Aquello no se parecía a ninguna de estas niñadas de ahora, pues con las tropas que Napoleón envió a España a fines del año nueve constaba de trescientos mil hombres el ejército invasor. Los nuestros, dispersos y desanimados, no tenían un general experto que los mandase; faltaban recursos de todas clases, especialmente de dinero, y en esta situación el Poder central era un hormiguero de intriguillas. Las ambiciones injustificadas, las miserias, la vanidad ridícula, la pequeñez inflándose para parecer grande, como la rana que quiso imitar al buey; la intolerancia, el fanatismo, la doblez, el orgullo, rodeaban a aquella pobre Junta, que ya en sus postrimerías no sabía a qué santo encomendarse. Bullían en torno a ella políticos de pacotilla de la

primera hornada que en España tuvimos, generales pigmeos que no supieron ganar batalla alguna; y aunque había también varones de mérito, así en la milicia como en lo civil, o no tenían arrojo para sobreponerse a los necios, o carecían de aquellas prendas de carácter sin las cuales, en lo de gobernar, de poco valen la virtud y el talento.

Tuvo la Junta, allá por marzo, el malísimo acuerdo de establecer el Consejo de Castilla, fundiendo en él todos los demás consejos suprimidos; y cuando esta antigualla se vió de nuevo con vida; cuando esta máquina roñosa, inútil y gastada, se encontró otra vez puesta en movimiento, allí era de ver cómo pretendía gobernar el mundo. La fatuidad de aquellos consejeros que tanto adularon a José no tenía igual. Desde que se los puso en juego empezaron a intrigar con quien los había sacado del olvido, y decían que la Junta era ilegítima. Valiéndose de don Francisco Palafox, hermano del defensor de Zaragoza; de Montijo, a quien hemos visto en alguna parte; del marqués de la Romana y de otros pájaros, llenaron de enredos a la Junta y a la Comisión ejecutiva. Por último, en la Regencia, última metamorfosis de aquel Poder tan nacional como desgraciado, también sembraron cizaña los del Consejo. Esta pandilleja no era otra cosa que el partido absolutista, que ya empezaba a sacar la oreja; y para que desde el principio se tuviera completa noticia de su existencia, también repartió dinero entre la tropa, fiando sus esperanzas a una sedición militar, que por entonces quedó frustrada. Nada de esto era ya nuevo en España, porque el motín de diecinueve de marzo en Aranjuez, de que, si mal no recuerdo, hice mención, obra fué de la misma gente; mas no se valieron sólo de la tropa, sino también de varios cuer-

pos facultativos y distinguidos, como los lacayos, pinches y mozos de cuadra de la regia casa. En Sevilla azuzaron a lo que un gran historiador llama con enérgico estilo *la bozal muchedumbre*, y hubo frecuentes serenatas de berridos y patadas por las calles; mas no pasó de aquí.

Un arma moral esgrimían entonces unos contra otros los políticos menudos, y era el acusarse mutuamente de malversadores de los caudales públicos, grosero recurso que hacía muy buen efecto en el pueblo. Cuanlo se disolvió la Junta en Cádiz, hubo un registro de equipajes de lo más vil y bochornoso que contiene nuestra moderna historia; pero no se encontró nada en las maletas de los patriotas, porque éstos, malos o buenos, tontos o discretos, no tenían el alma en los bolsillos, ni la tuvieron aún en sus inmediatos sucesores años adelante.

Perdonen ustedes si me ocupo de estos sainetes de la epopeya. Lo extraño es que las miserias de los partidos (pues también entonces había partidos, aunque alguien lo dude) no impidían la continuación de la guerra, ni debilitaban el formidable empuje de la nación, con independencia de las victorias o derrotas del ejército. Verdad es que las discordias de arriba no habían cundido a la masa común del país, que conservaba cierta inocencia salvaje, con grandes vicios y no pocas prendas eminentes, por cuya razón la homogeneidad de sentimientos sobre que se cimentara la nacionalidad era aún poderosa, y España, hambrienta, desnuda y comida de pulgas, podía continuar la lucha.

Cansaría a mis amados lectores si les contara detalladamente mi vida durante aquel funesto año nueve, que, comenzado con las proezas de Zaragoza, terminaba con el desastre de Ocaña y la dispersión del ejército español. Por fortuna, no me encontré en aquella jornada, pues incorporado al principio del año al ejército del Centro, me destinaron en agosto a la división del duque del Parque, y asistí a la acción de Tames. Poco puedo decir de la de Talavera que no sea por referencia, pues el veintisiete y el veintiocho de julio me encontraba en el Puente del Arzobispo; y aunque algo podría contar de la cam-

paña del duque del Parque, lo omito por no cansar a mis amigos. A fin del año servía en la división de don Francisco Copóns, que, con las de don Tomás Zeraín, de Lacy y Zayas, guardaba el paso de Sierra Morena; porque ha de saberse que los franceses, envalentonados hasta lo sumo y reforzados con nueva tropa, se disponían a invadir la Andalucía, a los dieciocho meses de la batalla de Bailén, ¡a los dieciocho meses! Las fuerzas de que disponíamos apenas merecían el nombre de ejército, y el del duque de Alburquerque, único que aún se conservaba en buen estado, no podía tampoco resistir el empuje de los franceses victoriosos, y se retiraba hacia el Mediodía para proteger la resistencia del Poder central.

¡Qué situación, amigos míos! Esto pasaba, como he dicho, al poco tiempo de aquella brillante y rápida campaña de junio y julio de 1808; y los mismos lugares que antes nos vieron victoriosos y llenos de orgullo, presenciaban ahora el triste desfile de los dispersos de Ocaña, que a cada instante volvían el rostro con inquietud creyendo sentir las pisadas de los caballos de Víctor, Sebastiani y Mortier.

—¡Quién hubiera creído—dije a Andresillo Marijuán, cuando almorzábamos en una venta de Collado de los Jardines—que habíamos de desandar tan pronto este camino! Ahora me parece que no paramos hasta Cádiz.

—Con paciencia se gana el Cielo—me contestó—. Yo tengo toda la que pueden dar siete meses de bloqueo como el de Gerona. Todavía estoy admirado de encontrarme vivo, Gabriel. Pero dime: ¿dónde has ganado esa charretera? ¿Crearás que yo no soy nada? Digo mal porque dentro de la plaza me hicieron a modo de sargento, y a estas horas nadie me ha reconocido mi grado. Haré una reclamación a la Junta.

—Yo gané mis grados en Zaragoza—respondí con orgullo—, y también te aseguro que al cabo de un año conservo cierta duda de si seré yo mismo el que en aquellos fieros combates se halló, o si, después de muerto, me habré trocado en otro sujeto.

—Bien dicen que en Zaragoza y en el ejército del Centro se dieron los grados como quien echa almorzadas de trigo a las gallinas. Amigo Gabriel, en Es-

paña no se premia más que a los tontos y a los que meten bulla sin hacer nada. Dime, teniente de al'míbar: ¿en Zaragoza comiste ratones flacos y pedazos de estera frita con grasa de asno viejo?

Reíme de la pregunta y los circunstantes dieron broma a Marijuán, porque éste, desde que se nos unió cerca de Almadén del Azogue, en los últimos días del año, nos había venido aturdiendo con el perenne contar de sus privaciones y hambres en Gerona.

—En mi mochila—continuó el aragonés—tengo un diario del sitio que escribió en la plaza el señor don Pablo Nomdedéu, y os lo daré a leer, para despertar el apetito cuando estéis desgana-dos. Por ahora, en marcha, que me parece dan orden de tomar soleta hacia abajo.

En efecto; después de una hora de descanso emprendimos el camino hacia el Mediodía, y Marijuán repetía la canción con que nos aporreaba los oídos desde que le encontramos:

Digame tú, Girona,
si te n'arrendirás...
Lirom lireta,
Com vols que m'rendesca
si España non vol pas
Lirom fa la garideta,
lirom fa lireta lá.

En Bailén hicimos noche. ¡Qué triste impresión produjo en mí la vista de aquellos campos, al considerar que los atravesábamos después de dejar casi toda Castilla en poder de los franceses. a quienes poco antes habíamos sojuzgado con tanta fortuna en el mismo sitio! ¡Cómo se representó en mi imaginación lo que allí había visto y oído: la perspectiva y el estruendo glorioso de la acción, iluminada por el ardoroso sol de julio! Todo estaba frío, helado, quieto, triste, silencioso, oscuro; diríase que sobre los llanos y las mansas colinas de Bailén una pesada e informe sombra se paseaba a flor del suelo. Visitamos luego Marijuán y yo el palacio de Rumblar, creyendo encontrar allí todavía a la condesa y su familia, y aunque era ya de noche, nos propusimos penetrar, seguros de ser bien recibidos. Cuando dimos los primeros aldabonazos en la puerta, contestónos el lejano ladrido de un perro sin que rumor

alguno indicase la presencia de criatura humana en el palacio, lo cual nos hizo comprender que estaba abandonado. Insistimos, sin embargo, en dar golpes, y al cabo oímos una voz que desde el patio con enojado tono nos respondía, mejor dicho, nos increpaba en esta forma:

—Allá voy. ¡Condenados muchachos! ¿Qué querran a estas horas?

Abriónos, echando sapos y culebras por su fea boca, el *Tío Tinaja*, antiguo servidor de la casa (pues no era otro el que a la sazón la guardaba), y luego que nos hubo reconocido, desarrugó el ceño, hízonos entrar, ofreciéndonos un asiento junto a la lumbre, y allí nos contó cómo toda la familia, con buena parte de la servidumbre, había marchado a Cádiz huyendo de la invasión francesa.

—Mi señora la condesa doña María estaba en que se había de quedar—nos dijo—; pero sus primas de Madrid, que llegaron por Todos los Santos, le volvieron la cabeza del revés. Don Paco también tenía mucho miedo, y entre él, las primas y las tres señoritas, todos llorando y moqueando en rueda, ablandaron el alma de bronce de la condesa, obligándola a marchar.

—¿No ha venido también el señor don Felipe?—pregunté, comprendiendo a qué personas el *Tío Tinaja* se refería.

—El señor don Felipe no ha venido, porque, según dijeron, está con el francés. Su hermana, la señora marquesa, es muy española, y habían de ver ustedes cómo disputa con su sobrina, que se ríe del lord, y dice que ningún general español vale dos cuartos.

—¿Ha venido también don Diego?

—No, señor. ¡Pues pocas lágrimas han derramado las niñas, y pocos mares han corrido de los ojos de la señora por las calaveradas de don Diego! No hay quien le saque de Madrid, donde se junta con *flamasnes*, *anteos*, perdularios, gabachos y gente mala, que le traen al retortero. Parece que ya no se casa con la señorita Inés, por cuya razón mi ama está que trina, y el otro día ella y sus primas hablaron más de lo regular. Don Paco se puso por medio, y echó una arenga en latín. Las señoritas empezaron a llorar, y aquel día, en la mesa, nadie habló palabra. No se oía más ruido que el de los dientes masticando, el de los tenedores pi-

cando en los platos y el de las moscas que iban a golosinear.

—¿Y cuándo salieron para Cádiz?

—Hace cuatro días. Las tres señoritas iban muy contentas, y doña María, muy triste y ensimismada. La mala conducta del señor don Diego la tiene en ascuas, y la buena señora se va acabando.

Nada más me dijo aquel hombre que merezca mención, y a varias preguntas mías, harto prolijas e impertinentes, no contestó cosa alguna de provecho. Después que nos ofreció parte de su cena, dijonos que podíamos albergarnos en la casa por aquella noche, y como la tropa se alojaba en el pueblo, nos quedamos allí. Solo, y mientras Marijuán dormía, recorrí varias habitaciones altas de la casa, iluminadas no más que por la luna, y una dulce, inexplicable claridad llenaba mi alma durante aquella muda y solitaria exploración. No hubo mueble que no me dijese alguna cosa, y mi imaginación iba poblando de seres conocidos las desiertas salas. La alfombra conservaba a mis ojos una huella indefinible, más bien pensada que vista; vi un cojín que aún no había perdido el hundimiento producido por el brazo que acababa de oprimirlo, y en los espejos creí ver, no la huella ni la sombra, porque estas voces no son propias, sino una nada; mejor dicho, un vacío, dejado allí por la imagen que había desaparecido.

En una habitación que daba a la huerta vi tres camas pequeñas. Dos de ellas parecían tener como un lugar fijo en los dos testers de derecha e izquierda. La tercera, que estorbaba el paso, revelaba haber sido puesta para un huésped de pocos días. Las tres estaban cubiertas de blanquísimas colchas, bajo las cuales los fríos colchones se inflaban sin peso alguno. La pila de agua bendita estaba llena aún, y mojé las puntas de los dedos, haciéndome en la frente la señal de la cruz. Un fuerte escalofrío corrió por mi cuerpo al contacto helado, como si los dedos que habían tomado las últimas gotas se rozaran con los míos en la superficie del agua. Recogí del suelo una pequeña cinta y unos pedacitos de papel retorcidos, engrasados y perfumados, que indicaban haber servido para moldear los rizos de una cabellera. El silencio de aquel lugar no me parecía el silencio propio de los lugares

donde no hay nadie, sino aquel que se produce en los intervalos elocuentes de un diálogo, cuando, hecha la pregunta, el interlocutor medita lo que va a responder.

Salí de aquella estancia, y después de recorrer otras con igual interés, sintiéndome al fin cansado, me recosté en un sofá, donde, cerca ya del alba, me dormí profundamente. La luz del día entraba a torrentes por las ventanas y balcones cuando me despertó Andrés cantando su estribillo catalán:

Digasme tú, Girona,
si te n'arrendirás.

En aquellos días, los últimos del mes de enero de 1810, ocurrieron las más lamentables desgracias del ejército español. Creeríase que el genio de la guerra, fundamental en nosotros como el eje del alma, nos había faltado, y la lucha fué desordenada y a la ventura. El general Desolles atacó en Puerto del Rey a la división Girón, que se desbandó junto a las Navas de Tolosa, y al mismo tiempo Gazán acometía el paso del Nural, mientras Mortier forzaba el de Despeñaperros. El mariscal Víctor penetró por Torrecampo para caer sobre Montoro, y Sebastiani por Montizón, de modo que la invasión de Andalucía se verificó por cuatro puntos distintos con estrategia admirable, que acabó de desconcertarnos. Verdad es, y sirvanos esto de disculpa, que teníamos por general en jefe a don Juan Carlos Areizaga, hombre nulo en el arte de la guerra, y en cuya cabeza no cabían tres docenas de nombres. La pericia de algunos jefes subalternos servía de muy poco, y desmoralizada la tropa, convencidos de su incapacidad para la resistencia, no veían delante de sí ni gloria ni honor, sino el cómodo refugio de Córdoba, Sevilla o la isla gaditana. Resistencia formal sólo la hallaron los franceses por Montizón, entre Venta Nueva y Venta Quemada, donde mandaba don Gaspar Vigodet, el cual, después de batirse con mucho arrojo, ordenó la retirada en regla. En suma, señores míos: doloroso es decirlo y doloroso recordarlo; pero es lo cierto que los franceses avanzaron hacia Córdoba cuando nosotros llorábamos nuestra impotencia camino de Sevilla. ¿Y qué podré deciros del espectácu-

lo que nos ofreció esta ciudad, amotinada, sometida a las intrigas de una facción tan pequeña como audaz? De buena gana no diría nada, tragándome todo lo que sé y ocultando todo lo que vi, para que semejantes fealdades no entristecieran estos cuadros; pero ya la fama ha dicho cuanto había que decir, y no porque yo la calle dejará de saberse, que, si en mí consistiera, a éste y a otros hoyos de nuestra historia les echaría tierra, mucha tierra.

Es el caso que, fugitiva la Central, los conspiradores erigieron allí una Juntilla suprema, y, azuzado el populacho, no se oían más que vivas y muertas, olvidándose del francés que tocaba a las puertas, cual si en el suelo patrio no hubiese ya más enemigos que aquellos desgraciados centrales. ¡Lo que es la pasión política, señores! No conozco peor ni más vil sentimiento que éste, que impulso a odiar al compatriota con mayor vehemencia que al extranjero invasor. Yo me espantaba presenciando los atropellos verificados contra algunos y la salvaje invasión de las casas de otros. ¡Y gracias que escaparon con vida de la plebe holgazana y chillona! En una palabra: aquello era de lo más denigrante que he visto en mi vida, y si la Junta Central valía poco, los individuos que en Sevilla y después en Cádiz agujerearon sus fundamentos, como inquietos y vividores reptiles, no ocupan, a pesar de su mucho bullir y de las distintas posturas que tomaron, un lugar visible en la Historia. Su pequeñez los hace desaparecer en las perspectivas de lo pasado, y sus nombres sin eco no despiertan admiración ni encono. Pertenecen a ese vulgo que, con ser tan vulgo, ha influido en los destinos del país desde la primera revolución acá: gentezuela sin ideal, que se perdería en las muchedumbres como las gotas de lluvia en el Océano si la vituperable neutralidad política de la mayoría honrada, decente, entendida y patriota, no les permitiera ac-

tuar en la vida pública, tratando al país como un objeto de su exclusiva pertenencia que se les ha dado para divertirse.

Pero quiero poner punto en esta materia, que seduce poco mi entendimiento. Continuando nuestra retirada, llegamos al Puerto de Santa María, donde estuvimos dos días con sus noches, y allí fué donde adquirí sobre el formidable cerco de Gerona estupendas noticias. Debo una explicación a mis lectores, y voy a darla.

Mi objeto al comenzar esta última sesión, en que apaciblemente nos encontramos, amados señores míos, fué referir lo mucho y bueno que vi en Cádiz cuando nos refugiamos allí, después que los franceses penetraron en Andalucía; pero un deber patriótico me obliga a aplazar por breve tiempo este mi natural deseo, dando la preferencia a algunos hechos del sitio de Gerona, que contaré también, si bien los contaré de oídas. Un amigo de aquellos días, y que después lo fué también en épocas más bonancibles, me entretuvo durante dos largas noches con la descripción de maravillosas hazañas, que no debo ni puedo pasar en silencio. Aquí las pongo, pues, suspendiendo el curso de mi historia, que reanudaré en breve, si Dios me da vida a mí y a ustedes paciencia. Sólo me permito advertir que he modificado un tanto la relación de Andresillo Marijuán, respetando, por supuesto, todo lo esencial, pues su rudo lenguaje me causaba cierto estorbo al tratar de asociar su historia a las mías. Hago esta advertencia para que no se maravillen algunos de encontrar en las páginas que siguen observaciones, frases y palabras impropias de un muchacho sencillo y rústico. Tampoco yo me hubiera expresado así en aquellos tiempos; pero tén-gase presente que, en la época en que hablo, cuento algo más de ochenta años, vida suficiente, a mi juicio, para aprender alguna cosa, adquiriendo asimismo un poco de lustre en el modo de decir.

RELACION DE ANDRESILLO MARIJUAN

I

Entré en Gerona a principios de febrero, y me alojé en casa de un cerrajero de la calle de Cort-Real. A fines de abril salí con la expedición que fué en busca de viveres a Santa Coloma de Farnés, y a los pocos días de mi regreso murió, a consecuencia de las heridas recibidas en el segundo sitio, aquel buen hombre que me había dado asilo. Creo que fué el seis de mayo, es decir, el mismo día en que aparecieron los franceses, cuando, al volver de la guardia en el fuerte de la Reina Ana, encontré muerto al señor Mongat, rodeado de sus cuatro hijos, que lloraban amargamente.

Hablaré de los cuatro huérfanos, que ya lo eran completamente por haber perdido a su madre algunos meses antes. Siseta, o, como si dijéramos, Narcisita, la mayor en edad, tenía poco más de los veinte, y los tres varoncillos no sumaban entre todos igual número de años, pues Badore (1) apenas llegaba a los diez: Manalet (2) no tenía más de seis, y Gasparó empezaba a vivir, hallándose en el crepúsculo del discernimiento y de la palabra.

Cuando penetré en la casa y vi cuadro tan lastimoso, no pude contener las lágrimas y me puse a llorar con ellos. El señor Cristoful Mongat era una excelente persona, buen padre y patriota ardiente; pero aún más que el recuerdo de las buenas prendas del difunto me contristaba la soledad de las cuatro criaturas. Yo las amaba mucho, y como mi buen humor y franca condición propendían a enlazar el alma de aquellos inocentes con la mía, en algunos meses de trato, Badore, Manalet y Gasparó se desvivían por mí. No hablo aquí de Siseta, porque para ésta tenía yo un sentimiento extraño, de piedad y admiración compuesto, como se verá más adelante. Mi ocupación en la casa, mien-

tras vivió el señor Mongat, era, en primer término, hablar con éste de las cosas de la guerra, y en segundo término, divertir a los chicos con toda clase de juegos, enseñándoles el ejercicio y representando con ellos, detrás de un cofre, las escenas del ataque, defensa y conquista de una trinchera. Cuando yo iba de guardia, bien a Montjuich, bien a los reductos del Condestable o del Cabi'do, los tres, incluso Gasparó, me seguían con sendas cañas al hombro, remedando con la boca el son de cajas y trompetas, o relinchando al modo de caballos.

Asociado cordialmente a su desgracia, los consolé como pude, y al día siguiente, después que echamos tierra al buen cerrajero, y luego que se retiraron los vecinos fastidiosos que habían ido a hacer pucheros, condoliéndose ruidosamente de los huérfanitos, pero sin darles auxilio alguno, tomé por la mano a Siseta, y, llevándola a la cocina, le dije:

—Siseta, ya tú sabes...

Pero antes quiero decir que Siseta era una muchacha gordita y fresca, que, sin tener una hermosura deslumbradora, cautivaba mi alma de un modo extraño, haciéndome olvidar a todas las demás mujeres, y principalmente a la que había sido mi novia en la Almunia de Doña Godina. Rosada y redondita, Siseta parecía una manzana. No era esbelta, pero tampoco rechoncha. Tenía mucha gracia en su andar, y poseyendo bastante ingenio y soltura en la conversación, sabía sin embargo, acomodarse a las situaciones, distinguiéndose por una gran disposición para no estar nunca fuera de su lugar, de cuyas prendas puede colegirse que Siseta tenía talento.

Pues bien: como antes indiqué, tomándole una mano, le dije:

—Siseta...

No sé qué me pasó en la lengua, pues callé un buen rato, hasta que, al fin, pude continuar así:

—Siseta, ya tú sabes que va para cuatro meses que estoy alojado en tu casa... La muchacha hizo un signo afirmati-

(1) Diminutivo de Salvador.

(2) Idem de Manuel.

yo, demostrando estar convencida de mi permanencia en la casa durante cuatro meses.

—Quiero decir—proseguí—que durante tanto tiempo he comido de tu pan, aunque también os he dado el mío. Ahora, con la muerte del señor Cristoful, os habéis quedado huérfanos. ¿Tenéis tierras, alguna casa, alguna renta?

—No tenemos nada—me contestó Siseta, dirigiendo tristes miradas a los cacharros de la cocina—. No tenemos nada más que lo que hay en casa.

—Las herramientas valen alguna cosa—dije—; mas, en fin, no hay que apurarse, que Dios aprieta, pero no ahoga. Aquí está el brazo de Andrés Marijuán. ¿Dejó tu padre algún dinero?

—Nada—respondió—; no ha dejado nada. Durante su enfermedad trabajaba muy poco.

—Bien, muy bien—dije yo—. Con eso podéis recibir el plus que nos dan ahora, y la ración que me toca todos los días. No hay que apurarse. Tú serás la madre de tus hermanos, y yo seré su padre, porque estoy decidido a ahorrarme contigo. ¡Eal, dejarse de lloriqueos; Siseta, yo te quiero. Tal vez crearás tú que yo no posea tierras. ¡Qué tonta! Si vieras qué dos docenas de cepas tengo en la Almunia; si vieras qué casa...; sólo le falta el techo; pero es fácil componerla, sin fabricarla toda de nueva planta. Conque lo dicho, dicho. En cuanto se acabe este sitio, que será cosa de días, a lo que pienso, venderás los cachivaches de la herrería; me darán mi licencia, pues también se concluirá la guerra; pondremos sobre un asno a la señora Siseta con Gasparó y Manalet, y tomando yo de la mano a Badoret, camina que caminarás, nos iremos a ese bajo Aragón, que es la mejor tierra del mundo, donde nos estableceremos.

Una vez que desembuché este discurso, volví al taller, con objeto de examinar las herramientas, y todo aquel mobiliaje me pareció de poquísimo valor. La huérfana, después que me oyera, sin decir cosa alguna, púsose a arreglar los trastos, ordenando todo con hábil mano, y a limpiar el polvo. Los chicos me rodearon al punto, corriendo precipitadamente a traer sus cañas, palos y demás aparatos de guerra, viéndome yo obligado, en razón de esta diligencia, a

recomendarles gran celo en el servicio de la patria y el rey, pues bien pronto, si los franceses apretaban el cerco, Gerona necesitaría de todos sus hijos, aun de los más pequeñitos. Por último, después que durante media hora pusieron armas al hombro y en su lugar, cebaron, cargaron, atacaron e hicieron varias descargas imaginarias, pero que retumbaban en el angosto taller; les vi soltar las armas, decaído el marcial ardor, y volver a su hermana con elocuente expresión los ojos.

—Qué—pregunté yo, comprendiendo lo que significaba aquel mudo interrogatorio—, Siseta, ¿no hay qué comer?

Siseta, disimulando sus lágrimas, registraba los negros andamios de una alacena, en cuyas cavernosas profundidades la infeliz se empeñaba en ver alguna cosa.

—¿Cómo es eso?—dije—. Siseta, no me habías dicho nada. ¿Qué me costaría ir al cuartel y pedir que me adelanten la ración de mañana?... Y ¿para qué quiero yo los siete cuartos que tengo ahorrados? Nada, hija; es preciso, no sólo traer lo necesario para hoy, sino también provisiones abundantes, por si escasean los víveres dentro de la plaza. Dicen que ahora nos van a dar dos reales diarios. Ya me figuro lo que harás tú con esa riqueza. Pero no es ocasión para detenerme en habladerías, que estos valientes soldados se mueren de hambre. Toma los siete cuartos; voy al punto por la libreta.

No tardé en volver con el pan, y tuve el gusto de ver comer a mis hijos (desde entonces empecé a darles este nombre). Siseta se mantuvo en los límites de una sobriedad excesiva, y mientras duró el festín les hablé de los grandes acopios de víveres que se estaban haciendo en Gerona, conversación que parecía muy del agrado de los pequeñuelos. En esto, el señor Nomdedéu, habitante del piso superior de la casa, pasó por delante de la tienda en dirección al portal contiguo. Saludónos afablemente a todos, y después de decir algunas palabras de desconsuelo con motivo de la pérdida del excelente señor Mongat, subió a su casa, rogándome que le acompañara. Yo tenía costumbre de ir todas las mañanas a referirle lo que se decía en los cuerpos de guardia, y estas visitas tenían para mí el doble atractivo de

contar lo que sabía y de oír las agradables pláticas del señor Nomdedéu, hombre con quien no se hablaba una sola vez sin sacar alguna enseñanza provechosa.

II

El señor don Pablo Nomdedéu era médico. No pasaba de los cuarenta y cinco años; pero los estudios o penas domésticas, para mí desconocidas, habían trabajado en tales términos su naturaleza, que aparentaba mucho más del medio siglo. Era acartonado, enjuto, amarillo, con gran corva en la espina dorsal, y la cabeza salpicada de escasos pelos rubios y blancos, como hierba que nace al azar en ingrata tierra. Todo anunciaba en él debilidad y prematura vejez, excepto su mirar penetrante, imagen del alma enérgica y del entendimiento activo. Vivía en apacible medianía, sin lujo, pero también sin pobreza; muy querido de sus paisanos, consagrado fuera de casa a los enfermos del hospital, y dentro de ella al cuidado de su hija única, enferma también de doloroso e incurable mal. Para que ustedes acaben de conocer a aquel apreciable sujeto, me falta decirles que Nomdedéu era un hombre de gran saber y de mucha amenidad en su sabiduría. Todo lo observaba, y no se permitía ignorar nada; de modo que jamás ha existido un hombre que más preguntase. Yo no creí que los sabios preguntasen tonterías de las que no ignora un rústico; pero él me dijo varias veces que la ciencia de los libros no valdría nada si no se cursase el doctorado de la conversación con toda clase de personas.

De su casa poco diré. Era tan humilde como decente. Muchos libros; algunas estampas francesas de anatomía, emparejadas con otras de santos, y bastantes cuadros, que ostentaban detrás del vidrio innumerables hierbas secas con sendos letreros manuscritos al pie. Pero lo que principalmente impresionaba mi ánimo al subir a casa del señor Nomdedéu era una criatura tierna y sensible, una belleza consumida y marchita, una triste vida que junto a la ventanita abierta al Mediodía quería prolongarse absorbiendo los rayos del sol. Me refiero a la desgraciada Josefina,

hija del insigne hombre que he mencionado, la cual, enferma y postrada, se me representaba como las flores secas guardadas por el doctor detrás de un vidrio. Josefina había sido hermosa; pero perdidos algunos de sus encantos, otros se habían sublimado en aquel descendente crepúsculo que iba difundiendo sobre ella las sombras de la muerte. Inmóvil en un sillón, su aspecto era, por lo común, el de una absoluta indiferencia. Cuando su padre entró conmigo el día a que me refiero, Josefina no respondió a sus caricias con una sola palabra. Nomdedéu me dijo:

—Su existencia de plomo está pendiente de una hebra de seda.

Pronunció estas palabras en voz alta y delante de ella, porque Josefina estaba completamente sorda.

—El profundo silencio que la rodea —continuó el padre— es favorable a su salud, porque, siendo su mal un desarrollo excesivo de la sensibilidad, todo lo que disminuya las impresiones exteriores aumentará el reposo, a que debe esa lánguida y decadente vida. No espero salvarla, y todo mi afán consiste hoy en embellecer sus días, fingiendo que nos hallamos rodeados de felicidades y no de peligros. Desearía llevarla al campo; pero el deber y el patriotismo me obligan a no abandonar el cuidado del hospital, cuando nos amenaza un cerco que parece va a ser más riguroso que los dos primeros. Dios nos saque en bien. ¿Conque se murió ese pobre señor Mongat?

—Sí, señor—respondí—; y ahí tiene usted cuatro huérfanos desvalidos que pedirían limosna por las calles de Girona si yo no estuviera decidido a quitarme el pan de la boca para dárselo.

—Dios te premiará tu generosidad. Yo también haré lo que pueda por esos infelices. Siseta parece una buena muchacha, y sube algunas veces a acompañar a mi hija. Dile que venga más a menudo, hoy mismo encargaré a la señora Sumta (1) que les dé a los hijos de Cristofol Mongat todo lo que sobre en la casa. Pero cuéntame: ¿qué has oído en el cuerpo de guardia? Antes dime lo que ha ocurrido en esa expedición a Santa Coloma de Farnés. ¿Fuiste allá?

—Sí, señor; mas no nos ocurrió nada

(1) Lo mismo que Asunción.

de particular. Los franceses se nos presentaron en la tarde del veinticuatro de abril; pero como éramos pocos y no llevábamos por objeto el batirnos con ellos, sino traer provisiones a Gerona, luego que cargamos los carros y las mulas nos vinimos para acá con don Enrique O'Donnell. Los *cerdos* (1) dominan toda la Sagarra; pero los somatenes les hacen perder mucha gente, y para abastecerse pasan la pena negra. El general francés Pino mandó hace poco un batallón a San Martín en busca de víveres. Al llegar el coronel pidió al alcalde para el día siguiente, de madrugada, cierto número de raciones de tocino (porque abundan en aquel pueblo los animalitos de la vista baja); y como el batallón estaba cansado, dióles bofetadas de alojamiento, distribuyendo a los soldados en las casas de los vecinos. El alcalde aparentó deseo de servir al señor coronel, y al anochecer el pregonero salió por las calles gritando: *Elix nit a las dotse, cada vehi matará son porch.*

—Y cada vecino mató su francés.

—Así parece, señor, y así me lo contaron en el camino; pero no respondo de que sea verdad, aunque la gente de San Martín es capaz de eso. Luego que hicieron su matanza, escondieron armas, morriones y cuanto pudiera descubrirlos; y cuando se presentó el general Pino, trataron de probarle que *allí no había estado nadie*.

—¿Sabe, Andrés—me dijo Nomdedéu—, que esto parece cosa de cuento?

—Séalo o no—repuse—, con estos y otros cuentos se anima la gente. Los *cerdos* están ya sobre Gerona, y esta mañana los hemos visto en los altos de Costa-Roja. Aquí dentro no somos más que cinco mil seiscientos hombres, que no son bastante para defender la mitad de los fuertes. De éstos, el que no se ha caído ya es porque no se le ha dado licencia. Si Zaragoza, que tenía dentro de murallas cincuenta mil hombres, ha caído al fin en poder del francés, ¿qué va a hacer Gerona con cinco mil seiscientos?

—Ya serán algunos más—dijo Nomdedéu, paseándose por la habitación con la inquietud nerviosa y retozona que se apoderaba de él hablando de las cosas

de la guerra—. Todos los vecinos de Gerona toman las armas, y hoy mismo se están formando en el claustro de San Félix las listas de las ocho compañías que componen la *Cruzada gerundense*. Yo he querido afiliarme; pero como médico, cuyos servicios no pueden reemplazarse, me han dejado fuera con sentimiento mío. También se está formando hoy el batallón de señoras, de que es coronela doña Lucía Fitz-Gerard. ¿La conoces? En verdad te digo, amigo Andrés, que en medio de la pena que causa el considerar los desastres que nos amenazan, se alegra uno al ver los belicosos preparativos que tanto enaltecen al vecindario de esta ciudad.

Mientras esto decíamos, expresándonos una y otro con bastante exaltación, Josefina fijaba en nosotros los ojos, sorprendida y aterrada, y atendía a nuestros gestos, dando a conocer que los comprendía tan bien como la misma palabra. Advirtiéndole su padre, y volviéndose a ella, la tranquilizó con ademanes y sonrisas cariñosas, diciéndome:

—La pobrecita ha comprendido al instante que estamos hablando de la guerra. Esto le causa un terror extraordinario.

La enferma tenía delante de sí, en una mesilla de pino, un gran pliego de papel con plumas y tintero. La escritura servía a hija y padre de medio de comunicación.

Nomdedéu, tomando la pluma, escribió:

«Hija mía, no tengas miedo. Hablábamos de las bandadas de palomas que vió ayer Andresillo en Pedret. Dice que mató todas las que quiso, y que te traerá un par esta tarde. No, no temas, hija mía; no volverá a haber más sitios en Gerona. ¡Si se ha concluido la guerra! Pues qué, ¿no lo sabías? Esas noticias ha traído el señor Andresillo. Verdad que se me había olvidado contártelo. Estamos en paz. Veremos si mañana puedes salir a dar un paseo por Mercadal. Iremos a Castellá la semana que entra. ¡Dice nostramo Mansió que están los rosales tan cargados de rosas!... Pues ¿y los cerezos? Este año habrá tanta cereza que no sabremos qué hacer de ella. He mandado que pongan dos colmenas más, y parece que dentro de un mes la vaca tendrá su cría. A la gallina pintada se la ha puesto una bue-

(1) En Cataluña, durante la invasión, llamaban a los franceses *porchs*.

na echadura con seis o siete huevos de pata. Dentro de diez días los sacará a todos, y dará gusto ver a esa familia.»

Luego que esto escribió, volvióse a mí el señor don Pablo, y procurando disimular su aflicción, me dijo:

—De este modo la voy engañando, para arrancar su ánimo a la tristeza. Si ella supiera que mi casa de campo con todas las plantas y los animalitos que allí tenía no existe ya... Los franceses no han dejado piedra sobre piedra. ¡Pobre de mí! Rodeado de desastres, amenazado, como todos los gerundenses, de los horrores de la guerra, del hambre y de la miseria, tengo que fingir junto a esta niña infeliz un bienestar y una paz que están muy lejos de nosotros, y he de ocultar la amargura de mi corazón destrozado, mintiendo como un histrión. Pero así ha de ser. Tengo la convicción de que si mi hija llegase a conocer la situación en que nos encontramos, y tuviese conocimiento del bombardeo y de las escaseces que nos amagan, su muerte sería inmediata; y quiero prolongarle la vida todo el tiempo que me sea posible, porque confío en que, si algún día Dios y San Narciso resuelven poner fin a las desgracias de esta ciudad, podré salir de Gerona y llevarla a disfrutar de la vida del campo, única medicina que la aliviará.

Josefina al concluir de leer el papel, movió tristemente la cabeza en señal de incredulidad, y luego dijo:

—Pues marchémonos mañana a Castellá.

—Esto sí que es apuro—me dijo Nomdedéu, tomando la pluma para contestar a su hija—. ¿Qué le voy a decir?

Pero sin detenerse, escribió:

«Hija mía, ten un poco de paciencia. El tiempo, que parece bueno, está muy malo, y mañana ha de llover. Yo lo conozco por lo que dicen mis libros. Además, tengo que hacer en el hospital durante algunos días.»

Entonces la enferma, que sin duda se fatigaba hablando o no tenía gusto en pronunciar palabras que no oía, tomó también la pluma, y con rapidez nerviosa trazó lo siguiente:

«Andrés está hablando de batallas.»

—¡No, no, señorita Josefina!—exclamé yo a gritos, pues es costumbre instintiva alzar la voz delante de los sordos,

aun sabiendo que éstos no nos pueden oír.

«Precisamente—escribió don Pablo—, ahora me estaba diciendo que le van a dar la licencia, porque ya no se necesitan soldados. ¡Gracias a Dios que se han acabado esas malditas guerras!... Hija mía, esta tarde vendrán aquí algunos amigos para que bailen la sardana y te distraigan un rato. ¿Por qué no sigues tu lectura?»

Y luego puso en manos de su hija un tomo, que era la primera parte del *Quijote*, el cual abrió ella por donde lo tenía marcado, comenzando a leer tranquilamente.

III

Nomdedéu, llevándome junto a la ventana, me dijo:

—La idea de la guerra y del bombardeo le causa mucho horror. Es natural que así sea, puesto que de una fuerte y dolorosa impresión de miedo proviene su desorden nervioso y la pasión de ánimo que la tiene en tan lamentable estado. En el segundo sitio, amigo Andrés, puedo decir que perdí a mi querida niña, único consuelo mío en la Tierra. Ya sabes que llegó aquí el bárbaro de Duhesne a mediados de julio del año pasado, cuando dijo aquellas arrogantes palabras: «El veinticuatro llego, el veinticinco la ataco, el veintiséis la tomo y el veintisiete la arraso.» Hombre que tales bravatas decía, igualándose a César, era forzosamente un necio. Llegó, en efecto, y atacó; pero no pudo tomar ni arrasar cosa alguna, como no fuese su propia soberbia, que quedó por tierra ante esos muros. Tenía nueve mil hombres, y aquí dentro apenas pasaban de dos mil, con los paisanos que se habían armado a toda prisa. Duhesne puso cerco a la plaza, y, abiertas trincheras entre Montjuich y los fuertes del Este y Mercadal, el trece empezó a bombardearnos sin piedad. El dieciséis intentaron asaltar el Montjuich; pero sí..., para ellos estaba. El regimiento de Ultonia lo defendía... Pero voy a mi objeto. Como te iba diciendo, mi pobre niña perdió el sosiego, y su espanto la tenía en vela de día y de noche. Su estado de excitación, junto con la resistencia a tomar alimento, la puso a punto de mo-

rir. Pero figúrate mi pena y la de mi sobrino. Porque he de advertirte que yo tenía un sobrino llamado Anselmo Quisolx, hijo de mi hermana doña Mercedes, residente en La Bisbal. No sé si sabrás que mi hermana y yo teníamos concertado casar a Anselmo con Josefina, enlace que era muy agradable a entrambos muchachos, porque desde algunos meses antes habían gastado algunas manos de papel en escribirse cartas y dichose mil amorosas palabras en honesto lenguaje. Entonces vivíamos en la calle de la Neu, muy cerca de la plaza. El día quince habíamos bajado al portal, donde nos creíamos más seguros del bombardeo, y estábamos comiendo en compañía de Anselmo, que por breve rato dejó el servicio para venir a informarse de nuestra situación. ¡Ay amigo Andrés! ¡Qué día, qué momento! Una bomba penetró por el techo, atravesó el piso alto, y, horadando las tablas, cayó en el bajo, donde al estallar con horrible estruendo causó espantosos estragos. Anselmo quedó muerto en el acto, atravesado por un casco el pecho; mi fámulo fué mortalmente herido, y la señora Sumta también aunque sin gravedad. Yo recibí un golpe, y sólo mi hija quedó aparentemente ilesa; pero ¡qué trastorno en su organismo, qué desquiciamiento, qué horrible perturbación en su pobre alma! La horrenda explosión, el súbito peligro, la muerte de su primo y futuro esposo, a quien recogimos del suelo en el momento de expirar; el riesgo que corriamos con el incendio de la casa, hirieron con golpe tan rudo su naturaleza endeble y resentida, que desde entonces mi hija, aquella muchacha amable, graciosa y discreta, dejó de existir, y en su lugar dejome el Cielo esta desvalida y lastimosa criatura, cuyos padecimientos más me duelen a mí que a ella propia; esta vida se me va aniquilando entre el dolor y la melancolía, sin que nada pueda reanimarla. En el primer momento de la catástrofe, Josefina se quedó como si hubiera perdido la razón. A pesar de nuestros esfuerzos por sujetarla, salió corriendo a la calle, y sus lamentos dolorosos detenían al pasajero y contristaban al invencible soldado. Seguimosla, y llamándola sin cesar con las palabras más cariñosas, intentábamos llevarla a sitio seguro donde se tranquilizase; pero Josefina no

nos oía. En su cerebro, agitado por hirviente excitación, reinaba el silencio absoluto. Yo creí que no sobreviviría a aquel trastorno; pero, ¡ay Andresillo!, vive, gracias a mis cuidados, a mi vigilante y previsor estudio por salvarla. Ha permanecido en cama todo el invierno. Ya ves cómo está. ¿Vivirá? ¿Alargará sus tristes días hasta el verano? ¿Podré salir de Gerona dentro de algunos meses, si resistimos el asedio y se van los franceses? ¿Qué suerte nos destina Dios en los días que vienen? ¡Pobre niñita mía! Inocente y débil, sufrirá los horrores del sitio tal vez mejor que nosotros los fuertes. No sé qué daría por que esta situación terminara pronto, permitiéndome salir una temporada de campo con mi pobre enferma. Pero figúrate lo que dirían de mí si ahora escapase de Gerona. No lo quiero pensar. Me llamarían cobarde y mal patriota. En verdad, muchacho, que no sé cuál de estos dos calificativos me lastima más. ¡Cobarde o mal patriota! No...; aquí, señor de Nomdedéu, señor médico del hospital; aquí, en Gerona, al pie del cañón, con la venda en la mano y el bisturí en la otra para cortar piernas, sacar balas, vendar llagas y recetar a calenturientos y apestados. Vengan granadas y bombas... Puede que se muera mi hija; puede que la débil luz de esta lamparita se apague, no sólo por falta de aceite, sino por falta de oxígeno; morirá de terror, de consunción física, de hambre; pero ¡qué vamos a hacer! ¡Si Dios lo dispone así...!

Diciendo esto, don Pablo, vuelto hacia los cristales del balcón, se limpiaba las lágrimas con un pañuelo encarnado tan grande como una bandera

IV

Por la noche, después de hacer la guardia en la Torre Gironella, volví a mi alojamiento y me encontré con una novedad. *Pichota* había parido, sí, señores, y la familia de que orgullosamente me consideraba jefe se aumentó con tres criaturas, a las cuales era preciso mantener. No sé si he hablado a ustedes de *Pichota*, hermosa gata parda con manchas, a quien los tres muchachos profesaban un amor sin límites. Perdó-

neseme el descuido por no haberla mencionado antes, y ahora sólo falta decir que al ver los tres retoños que nos había regalado, dije a Siseta:

—Es preciso que dos de estos caballeros sean arrojados al Oñá, porque no estamos para mantener a tanta gente. Luego que acaben de mamar, será preciso una ración diaria para alimentarlos, y dicen que vamos a andar escasos.

—Déjalos, hombre—me respondió—; Dios dará para todos, y si no, que se lo busquen ellos mismos. No faltará qué comer en Gerona. Los cerdos no se meterán con ustedes, y hasta me parece que no se atreverán a asomar las narices por acá.

—¡Quiá, qué se han de atrever!—exclamé yo con festiva ironía—. Nos tienen mucho miedo. Sube conmigo a la Torre Gironella y verás los mosquitos que andan allá por Levante y Mediodía. Franceses en San-Medir, Montagut y Costa-Roja: franceses en San Miguel y en los Angeles, y, por variar, franceses en Montelibi, Pau y el llano de Salt. Ya verás, prenda mía. Aquí somos seis mil quinientos hombres que no bastan para empezar, y tenemos unas murallitas..., ¡qué obras, válgame Dios! Da miedo verlas. Figúrate que, cuando los lagartos corren por entre las piedras, éstas se mueven y dan unas contra otras. No se puede hablar recio junto a ellas, porque con el estremecimiento del sonido se caen de su sitio. En fin: yo no sé lo que vá a pasar cuando abran batería los franceses y empiecen a bombardearnos.

La señora Sumta, ama de gobierno de don Pablo Nomdedéu, que solía bajar a darnos conversación en sus ratos de ocio, metió su hocico en nuestro diálogo, diciendo:

—Tiene razón Andrés. Las murallas de los fuertes parecen una almendrada hecha con azúcar sin punto. Mi difunto esposo, que de Dios goce, y que hizo la campaña del Rosellón contra la República de los cerdos, me decía varias veces: «Si no fuera porque está allí San Fernando de Figueras con sus murallas de diamante, y aquí los gerundenses con sus corazones de acero, todas las plazas del Ampurdán caerían en poder de cualquier atrevido que pasase la frontera.» En fin: lo de menos será la piedra, con tal que haya hombres de pecho y un buen español que sepa mandarlos. ¿Y

qué me dice usted, señor Andresillo, de ese encanijado gobernador que nos han puesto?

—Don Mariano Alvarez de Castro. Este fué el que no quiso entregar a los franceses el Montjuich de Barcelona. Dicen que es hombre de mucho temple.

—Pues no lo parece—repuso la señora Sumta—. Cuando nos mandaron acá este sujeto en febrero y le vi, al punto le diuté por poca cosa. ¡Qué se puede esperar de quien lo levanta tanto así del suelo! El otro día pasó junto a mí, y..., créalo usted, no me llega al hombro. El tal don Mariano Alvarez de Castro me serviría de bastón. ¿Le ha visto usted la cara? Es amarillo como un pergamino viejo, y parece que no tiene sangre en las venas. ¡Qué hombres los del día! Quien conoció a aquel general Ricardos, que no cabía por esa puerta, con un pecho y una espalda... Daba gusto ver su cara redondita y sus carrillos como clavellinas...

—Señora Sumta—dije riendo—, cuando los generales tengan un oficio semejante al de las amas de cría, entonces se podrá renegar de los que sean flacos y encanijados.

—No. Andresillo, no digo eso—repuso la matrona—. Lo que digo es que, sin presencia, no se puede mandar. Considera tú: cuando una ve a doña Lucía Fitz-Gerard, coronela del batallón de Santa Bárbara; cuando una ve aquellas carnes, aquel andar imponente, dan ganas de correr tras ella a matar franceses. Pero dime, Siseta: ¿no estás tú afiliada en el batallón de Santa Bárbara?

—Yo, señora Sumta, no sirvo para eso—repuso mi futura esposa—. Tengo miedo a los tiros.

—Es que nosotras no hacemos fuego, hija mía, al menos mientras estén vivos los hombres. Llevar municiones, socorrer a los heridos, dar agua a los artilleros, y, si se ofrece, ir aquí o allí con una orden del general: ésta será nuestra ocupación. Ya les he dicho que cuentan conmigo para todo, para todo, aunque sea para llevar la bandera del batallón. De veras te digo, Andresillo, que es gran lástima no tener mejores murallas y un general menos amarillo y con algunos dedos más de talla.

Yo me reía de las cosas de la señora Sumta, mujer tan amable como entremetida, y, lejos de enojarnos sus barra-

basadas, nos causaban sumo gusto a Siseta y a mí, mayormente al ver que en sus visitas el ama de gobierno de don Pablo Nomdedéu no bajaba nunca sin traer algún condumio para los huérfanos. A eso de las nueve se despidió para regresar a su alojamiento, y entonces nos dijo:

—Ya la señorita ha de estar acostada. El señor acaba de entrar, y ahora estará escribiendo su *Diario de todos los días*, uno al modo de libro de coro, donde va apuntando lo que pasa. ¡Ay!, el amo confía que la niña se curará, y yo, sin ser médico, digo y aseguro que si alarga hasta que caigan las hojas, será mucho alargar... Ahora estamos empeñados en hacerle creer que la semana que viene iremos a Castellá. Sí, ¡buena temporada de campo nos espera! Bombas y más bombas. La niña no se ha de enterar de nada, y el amo dice que, aunque arda la ciudad toda y caigan a pedazos las casas, Josefina no lo ha de conocer. Pues digo, si los cerdos aprietan el cerco, como se cuenta, y escasean los víveres... Pero el amo tampoco quiere que la niña comprenda que escasean las vituallas. Si tenemos hambre, capaz es mi señor don Pablo de cortarse un brazo y aderezar un guisote con él, haciendo creer a la enferma que tenemos aquel día pierna de carnero. Bueno va, bueno va. Adiós, Siseta: adiós, Andrés.

Cuando nos quedamos solos, dije a mi futura, mirando a los gatitos:

—Sálvense los tres infantes de España. Si hay hambre en Gerona, la carne de gato dicen que no es mala. ¡Ay Siseta de mi corazón! ¡Cuándo nos veremos fuera de estas murallas! ¡Cuándo se acabará esta maldita guerra! ¡Cuándo estaremos tú y yo con los muchachos, Pichota y sus niños, camino de la Almunia de Doña Godina! ¡Estará de Dios que nos sentaremos a la sombra de mis olivos mirando a las ramas para ver cómo va cuajando la aceituna?

Hablando de este modo, me engolfaba en tristes présagios; pero Siseta, con sus observaciones, impregnadas de sentimiento cristiano, daba cierta serenidad celcste a mi espíritu.

V

El 13 de junio, si no estoy trascordado, rompieron los franceses el fuego contra la plaza, después de intimar la rendición por medio de un parlamentario. Estaba yo en la Torre de San Narciso, junto al barranco de Galligans, y oí la contestación de don Mariano, el cual dijo que recibiría a metrallazos a todo francés que en adelante volviese con embajadas.

Estuvieron arrojando bombas hasta el día 25, y quisieron asaltar las torres de San Luis y San Narciso, que destrozaron completamente, obligándonos a abandonarlas el 19. También se apoderaron del barrio de Pedret, que está sobre la carretera de Francia, y entonces dispuso el gobernador una salida para impedir que levantasen allí baterías. Pero exceptuando la salida y la defensa de aquellas dos torres, no hubo hechos de armas de gran importancia hasta principios de julio, cuando los dos ejércitos principiaron a disputarse rabiosamente la posesión de Montjuich. Los franceses confiaban en que con este castillo lo tendrían todo. ¿Creerán ustedes que sólo había dentro del recinto novecientos hombres, que mandaba don Guillermo Nash? Los imperiales habían levantado varias baterías, entre ellas una con veinte piezas de gran calibre, y sin cesar arrojaban bombas a los del castillo, que rechazaron los asaltos con obuses cargados con balas de fusil. Por cuatro veces se echaron los cerdos encima hasta que en la última dijeron: «Y2 no más», y se retiraron, dejando sobre aquellas peñas la bicoca de dos mil hombres, entre muertos y heridos. No puedo apropiarme ni una parte mínima de la gloria de esta defensa, porque la estuve presenciando tranquilamente desde la Torre Gironella.

En todo el mes de julio siguieron los franceses haciendo obras para aproximarse a la plaza, y, viendo que no la podían tomar a viva fuerza, ponían su empeño en impedir que nos entraran víveres. De este plan comenzaban a resentirse los ya alarmados estómagos.

En casa de Siseta, sin reinar la abundancia, no se pasaba mal, y con lo que yo les llevaba, unido a los frecuentes regalos del señor don Pablo Nomdedéu, iban tirando los desdichados habitantes

de la cerajería. Verdad que yo me quedaba los más de los días mirando al cielo para darles a ellos lo mío; pero el militar, con un bocado aquí y otro allí, se mantiene, sostenido también por el espíritu, que toma su sustancia no sé de dónde. Yo tenía un placer inmenso, al retirarme a descansar unas cuantas horas o simplemente unos cuantos minutos, en ver cómo trabajaba Siseta en su casa, arreglando por puro instinto y nativo genio doméstico aquello que no tenía arreglo posible. Los platos rotos eran objeto de una escrupulosa y diaria revisión, y la vajilla más perfecta no habría sido puesta con mejor orden ni con tan brillante aparato. En las alacenas, donde no había nada que comer, mil chirimbolos de loza y lata, que fueron en sus buenos tiempos bandejas, escudillas, soperas y jarros, aguardaban los manjares a que los destinó el artífice, y los muebles desvencijados, que apenas servían para arder en una hoguera, adquirieron musitado lustre con el tormento de los diarios lavatorios y friegas a que la diligente muchacha los sujetaba.

—Mira, prenda mía—le decía yo—: se me figura que no vendrá ninguna visita. ¿A qué te rompes las manos contra esa caoba carcomida y ese pino apolillado que no sirven ya para nada? Tampoco viene al caso la deslumbradora blancura de esas cortinas desgarradas y de esos manteles, sobre los cuales, por desgracia, no chorreará la grasa de ningún pavo asado.

Yo me reía y hasta aparentaba burlarme de ella; pero entré tanto una secreta satisfacción ensanchaba mi pecho al considerar las eminentes cualidades de la que había elegido para compañera de mi existencia. Un día, después de hablar de estas cosas, subí a visitar al señor Nomdedéu, y encontré sumamente inquieto al lado de su hija, que seguía leyendo el *Quijote*.

—Andrés—me dijo, dulcificando su fisonomía para disimular con los ojos lo que expresaban las palabras—, principian a faltar víveres de un modo alarmante, y los franceses no dejan entrar en la plaza ni una libra de habichuelas. Yo estoy decidido a comprar todo lo que haya, a cualquier precio, para que mi hija no carezca de nada; pero si llegan a faltar los alimentos en absoluto,

¿qué haré? He reunido bastantes aves; pero dentro de un par de semanas se me concluirán. Las pobres están tan flacas, que da lástima verlas. Amigo, ya sabes que desde hoy empezamos a comer carne de caballo. ¡Bonito porvenir! Alvarez dice que no se rendirá, y ha puesto un bando amenazando con la muerte al que hable de capitulación. Yo tampoco quiero que nos rindamos..., de ninguna manera; pero ¿y mi hija? ¿Cómo es posible que su naturaleza resista los apuros de un bloqueo riguroso? ¿Cómo puede vivir sin alimento sano y nutritivo?

La enferma arrojó el libro sobre la mesa, y al ruido del golpe volvióse el padre, en cuya fisonomía vi mudarse con la mayor presteza la expresión dolorosa en afectada alegría.

En aquel momento trajo la señora Sumta la comida de la señorita, y como ésta viese un pan negro y duro, lo apartó de sí con ademán desagradable.

El padre hizo esfuerzos por reírse, y al punto escribió lo siguiente:

«¡Qué tonta eres! Este pan no es peor que el de los demás días, sino mucho mejor. Es negro porque he mandado al panadero que lo amasase con una medicina que le envié, y que te hará muchísimo provecho.»

Mientras ella leía, él trinchaba un medio pollo, mejor dicho, un medio esqueleto de pollo, sobre cuya descarnada osamenta se estiraba un pellejo amarillo.

—No sé cómo la convenceré de que tiene delante un bocado apetitoso—me dijo con dolor profundo, pero cuidando de conservar la sonrisa en los labios—. ¡Dios mío, no me desampares!

La señora Sumta, detrás del sillón de la enferma, pronunció estas palabras:

—Señor, yo no quería decirlo; pero ello es preciso: de las cinco gallinas que quedaban, se han muerto tres y dos están enfermas.

—¿Es posible? ¡La Santa Virgen nos ayude!—exclamó el doctor, chupando los huesos del pollo para animar a su hija a que imitara tan meritoria abnegación—. ¡Conque se han muerto! Ya lo esperaba. Dicen que todas las aves del pueblo se están muriendo. ¿Ha ido usted a la plaza de las Coles a ver si hay alguna gallina fresca y gorda?

—No he visto más que alambres, y algunos lechuzos que dan asco.

—¡Dios me tenga de su mano! ¿Qué vamos a hacer?

Y, diciendo esto, chupaba y rechupaba un hueso, saboreándolo luego con visajes de satisfacción, para ponderar de este modo a los ojos de la enferma la excelencia de aquella vianda. Pero Josefina, después de probar el seco animal, apartó el plato de sí con repugnancia. Don Pablo, sin detenerse a escribir, porque en su azaramiento y ansiedad faltábale la paciencia para recurrir a tan tardo medio, exclamó a gritos:

—¿Qué, no lo quieres? Pues está exquisito, delicioso. Algo flaco; pero ahora se usan los pollos flacos. Así lo prescribe la higiene y los buenos cocineros jamás te ponen en el puchero un ave medianamente entrada en carnes.

Pero Josefina no oía, como era de esperar, y cerrando los ojos con desaliento pareció más dispuesta a dormir que a comer. En tanto, don Pablo levantábase, y, paseando por el cuarto, cruzadas las manos y con expresión de terror en los ojos, no se cuidaba de disimular su desesperación.

—Andrés—me dijo—, es preciso que me ayudes a buscar algo que dar a mi hija. Gallinas, patos, palomas; ¿se han concluido ya las aves de corral en Gerona?

—Todo se ha concluido—afirmó la señora Sumta con oficiosidad—. Esta mañana, cuando fui a la formación (pues yo pertenezco a la segunda compañía del batallón de Santa Bárbara), todos los militares se quejaban de la escasez de carnes, y la coronela doña Luisa dijo que pronto sería preciso comer ratones.

—¡Vaya usted al demonio con sus batallones y coronelas! ¡Comer animales inmundos! No, mi pobre enferma no caerá de alimento sano. A ver, busquen por ahí...; pagaré una gallina a peso de oro.

Luego, volviéndose a mí, me dijo:

—Cuentan que se espera un convoy de víveres en Gerona, traído por un general Blake. ¿Has oído tú algo de esto? A mí me lo dijo el mismo intendente, don Carlos Beramendi, aunque también me manifestó que dudaba pudiera llegar felizmente aquí. Parece que están en Olot con dos mil acémilas, y todo se ha combinado para que salga de aquí don Blas de Fournás con alguna fuerza, con objeto de distraer a los franceses. ¡Oh,

si esto ocurriera pronto y nos llegara harina fresca y alguna carne!... Si no, dudo que nos escapemos de una horrosa epidemia, porque los malos alimentos traen consigo mil dolencias que se agravan y se comunican con la insalubridad de un recinto estrecho y lleno de inmundicias. ¡Dios mío! Yo no quiero nada para mí: me contentaré con tomar en la calle un hueso crudo de los que se arrojan a los perros y roerlo; pero que no falte a mi inocente y desgraciada enfermita un pedazo de pan de trigo y una hila de carne... Andrés, ¡si vieras, qué malos ratos paso en el hospital! ¡El gobernador ha mandado que los mejores víveres que quedan se destinen a los soldados y oficiales heridos, lo cual me parece muy bien dispuesto, porque ellos lo merecen todo. Esta mañana estaba repartiéndoles la comida. ¡Si vieras qué perniles, qué alores, qué pechugas había allí! Tuve intenciones de escurrir bonitamente una mano por entre los platos y pescar un muslo de gallina, para meterlo con disimulo en el bolsillo de la chupa y traérselo a mi hija. Estuve luchando largo rato entre el afán que me dominaba y mi conciencia, y, al fin, elevando el pensamiento y diciendo: «Señor, perdóname lo que voy a hacer», me decidí a cometer el hurto. Alargué los dedos temblorosos, toqué el plato, y al sentir el contacto de la carne, la conciencia me dió un fuerte grito y aparté la mano; pero se me representó el estado lastimoso de mi niña, y volví a las andadas. Ya tenía entre las garras el muslo, cuando un oficial herido me vió. Al punto sentí que la sangre se me subía a la cara y solté la presa, diciendo: «Señor oficial, no queda duda que esa carne es excelente y que la pueden ustedes comer sin escrúpulo...» Me vine a casa con la conciencia tranquila, pero con las manos vacías. Y, hablando de otra cosa, amigo Andrés, dicen que al fin se tendrá que rendir Montjuich.

—Así parece, señor don Pablo. El gobernador ha ofrecido premios y grados a los seiscientos hombres de don Guillermo Nash; pero, con todo, parece que no pueden resistir más tiempo. Los que hay dentro del castillo ya no son hombres, pues ninguno ha quedado entero, y si se sostienen una semana, es preciso creer que San Narciso hace hoy un mi-

lagro más prodigioso que el de las moscas, ocurrido seiscientos años ha.

—Esta mañana me dijeron que los del castillo no están ya para fiestas; pero que el gobernador, señor Alvarez, les manda resistir y más resistir, como si fueran de hierro los pobres hombres. Diecinueve baterías han levantado los franceses contra aquella fortaleza...; conque figúrate el sinnúmero de confites que habrá llovido sobre la gente de don Guillermo Nash.

—No necesito figurármelo, señor don Pablo—repuse—, que todo eso lo tengo más que visto, pues la Torre Gironella, donde yo estoy, no tiene ninguna varita de virtudes para impedir que las bombas caigan sobre ella.

La enferma, levantándose de su asiento sin ser sentida, se acercó a nosotros.

—Hija mía—le dijo Nomdedéu con sorpresa y cariño, a pesar de la certeza de no ser oído—, tu disposición a andar me prueba que estás mucho mejor. Unos cuantos paseos por las afueras de la ciudad te pondrán como nueva. ¡Ay Andrés!—añadió, dirigiéndose a mí—, daría diez años de mi vida por poder dar diez paseos con mi hija por el camino de Salt. Por espacio de muchos meses ha permanecido en una postración lastimosa, y ahora su naturaleza, sintiéndose renacer, busca el movimiento y quiere sacudir la mortal somnolencia.

Josefina recorría la habitación con paso ligero, y sus mejillas se tiñeron de levisimo carmín.

—¡Oh, qué alegría!—exclamó don Pablo—. En todo un año no has andado tanto como en estos tres minutos. Mira, Andrés, cómo se le colorea el semblante. La sangre circula, los miembros adquieren soltura y brío, la apagada pupila brilla con nuevo ardor, y una respiración cadenciosa y enérgica sale del oprimido pecho.

Diciendo esto, mi amigo abrazó y besó a su hija con entusiasmo.

—Aquí tienes, insigne Marijuán—prosiguió con júbilo—, el resultado de mi sistema. Todos decían: «El señor don Pablo Nomdedéu, que es tan buen médico, no curará a su hija.» Y yo digo: «Sí, majaderos: el señor don Pablo Nomdedéu, que es un mal médico, curará a su hija.» Mi hija está mejor, mi hija está buena, y con unos cuantos meses de temporada en Castellá...

La enferma, en efecto, manifestaba alguna animación. Al ver las demostraciones que su padre hizo y repitió enérgicos signos que no entendí. La falta de oído habíale quitado el hábito de expresarse por la palabra, adquiriendo con esto insensiblemente la rápida movilidad facial y manual de los sordomudos. Sólo en casos de apuro y cuando no era comprendida, recurría instintivamente a poner en acción la lengua, exprimiendo las ideas con cierta oscuridad y siempre con rapidez y escasa armonía.

—Quiero vestirme—dijo, agitando el guardapiés.

—¿Para qué, hija?

—¿No vamos esta tarde a Castellá? En el patio hay dos caballos..., los he visto.

Nomdedéu hizo con la cabeza dolorosos signos negativos.

—Esos caballos—me dijo—son el mío y el del vecino don Marcos, que van al matadero.

Josefina corrió a la ventana que daba al patio, volviendo luego a nuestro lado.

—¡Quiero salir..., calle!—exclamó con vehemencia.

—Hija mía—dijo don Pablo, asociando los signos a la palabra—, ya sabes que ha llovido. Están los pisos llenos de fango. No te sentará bien. Toma mi brazo y demos unos cuantos paseos de la sala a la cocina y de la cocina a la sala.

Josefina mostró inmenso fastidio, y miró a la calle con desconsuelo.

—Aquí tienes un gran compromiso—me dijo el doctor, tirándose de un mechón de cabellos.

La desgraciada niña, mirando al cielo al través de los vidrios, exclamó:

—¡Qué precioso... el cielo!

—Es verdad—repuso el padre—. Pero... más vale que te sientes en tu silloncito. ¿Por qué no tomas alguna cosa? Mira..., uno de estos bollitos.

Josefina corrió a su asiento y dejóse caer en él, apartando con repugnancia las golosinas que le ofrecía su padre. Luego movió la cabeza a un lado y otro, cerrando los ojos y pronunciando estas palabras que caían sobre el corazón del padre como bombas en plaza sitiada:

—¡Guerra en Gerona!... ¡Otra vez guerra en Gerona!

Nomdedéu, sin atreverse a contrade-

cirla, habíase sentado junto a ella, y con la cabeza entre las manos lloraba como un chiquillo.

VI

Rindióse Montjuich a los dos días de ocurrir lo que llevo referido. ¿Qué podían hacer aquellos cuatrocientos hombres que habían sido novecientos y ya caminaban a no ser ninguno? El doce de agosto, la guarnición del castillo se componía de unos trescientos o cuatrocientos hombres, sin piernas los unos, sin brazos los otros. Montjuich era un montón de muertos, y lo más raro del caso es que Alvarez se empeñaba en que aún podía defenderse. Quería que todos fuesen como él, es decir, un hombre para atacar y una estatua para sufrir; mas no podía ser así, porque de la pasta de don Mariano, Dios había hecho a don Mariano, y después dijo: «Basta, ya no haremos más.»

Se rindió el castillo después de clavar los pocos cañones que quedaron útiles, y por la tarde de aquel día vimos desfilar a la que había sido guarnición, marchando la mayor parte al hospital. Todos quisimos ver a Luciano Anció, el tambor que, después de haber perdido una pierna entera y verdadera, siguió mucho tiempo señalando con redobles la salida de las bombas; pero Luciano Anció había muerto sacudiendo el parche mientras tuvo los brazos pegados al cuerpo. Daba lástima ver a aquella gente, y yo le dije a Siseta, que había ido con los tres chicos a la plaza de San Pedro:

—Como estos medios hombres estaré yo dentro de poco, Siseta, porque ya que acabaron con Montjuich, ahora la van a emprender con la Torre Gironeña, cuyas murallas no se han caído ya... por punto.

Los franceses no esperaron al día siguiente para combatir la ciudad, que se les venía a la mano, una vez que tenían la gran fortaleza, y desde la misma noche empezaron a levantar baterías por todos lados. Tanta prisa se dieron, que en pocos días alcanzamos a ver muchísimas bocas de fuego por arriba, por abajo, por la montaña y por el llano, contra la muralla de San Cristóbal y

Puerta de Francia. El gobernador, que harto conocía la flaqueza de aquellas murallas de mazapán, dispuso que se ejecutaran obras como las de Zaragoza: cortaduras por todos lados, parapetos, zanjás y espaldones de tierra en los puntos más débiles.

Las mujeres y los ancianos trabajaron en esto, y yo me llevé a la plaza de San Pedro a mis tres chiquillos, que metían mucho ruido, sin hacer nada. Por la noche regresaron a su casa completamente perdidos de suciedad y con los vestidos hechos jirones.

—Aquí te traigo estos tres caballeros —dije a Siseta— para que los repases.

Ella se enojó viéndolos tan derrotados, y quiso pegarles; pero yo la contuve diciendo:

—Si han ido al trabajo, fué porque así lo ordenó el gobernador, don Mariano Alvarez de Castro. Son los tres muy buenos patriotas, y si no es por ellos, creo que no se hubiera acabado hoy la cortadura que cierra el paso de la calle de la Barca. ¿Ves? Esa arroba de fango que tiene Gasparó en la cabeza es porque quiso también meter sus manos en harina, y, subiendo al parapeto, rodó después hasta el fondo de la zanja, de donde le sacaron con una azada.

Siseta, al oír esto, empezó a solfearle en cierta parte, encareciéndole con enérgicas palabras la conveniencia de que no tomase parte en las obras de fortificación.

—¿Ves este verdugón que tiene Manalet en el carrilero, y en la sien derecha?

—proseguí, librando a Gasparó de las injusticias de su hermana—. Pues fué porque se acercó demasiado al gobernador cuando éste iba con el intendente y toda la plana mayor a examinar las obras. Estas criaturas, no contentas con verle de cerca, se metían en el corrillo, enredándose entre las piernas de don Mariano en términos que no le dejaban andar. Un ayudante las espantaba; pero volvían como las moscas de San Narciso, hasta que al fin, cansados del juego, los oficiales empezaron a repartir bofetones, y uno de ellos le cayó en la cara a tu hermano Manalet.

—¡Ay qué chicos estos!—exclamó Siseta—. Todos desean que se acabe el sitio para poder vivir, y yo quiero que se acabe para que haya escuela.

Entre tanto, los tres patriotas volvían

a todas partes sus ardientes ojos, en cuya pupila resplandecía el rayo de una vigorosa y exigente vida; miraban a su hermana y me miraban a mí, atendiendo principalmente a los movimientos de mis manos, por ver si me las llevaba a los bolsillos.

—Siseta—dije—, ¿no hay nada que comer? Mira que estos tres capitanes generales me quieren tragar con los ojos. Y verdaderamente, ¿como han de servir a la patria si no se les pone algún peso en el cuerpo?

—No hay nada—dijo la muchacha, suspirando tristemente—. Se ha concluido lo que tú trajiste la semana pasada; y hace dos días que la señora Sumta no me da ni una miga, porque parecé que arriba faltan también las provisiones. ¿Nos traes algo esta noche?

Por única respuesta fijé la vista en el suelo, y durante largo rato guardamos todos profundo silencio, sin atrevernos a mirarnos. Yo no llevaba nada.

—Siseta—dije al fin—. La verdad, hoy no he traído cosa alguna. Sabes que no nos dan más que media ración, y yo había tomado adelantadas dos o tres, diciendo que eran para un enfermo. Esta mañana me dió un compañero un pedazo de pan... y, ¿para qué negarlo?... tenía tanta hambre que me lo comí.

Felizmente para todos, bajó la señora Sumta, trayendo algunos mendrugos de pan y otros restos de comida.

VII

Así pasaban días y días, y a los males ocasionados por el sitio, se unió el rigor de la calurosa estación para hacernos más penosa la vida. Ocupados todos en la defensa, nadie se cuidaba de los inmundos albañales que se formaban en las calles, ni de los escombros, entre cuyas piedras yacían olvidados cadáveres de hombres y animales; ni, por lo general, la creciente escasez de víveres preocupaba los ánimos más que en el momento presente. Todos los días se esperaba el anhelado socorro, y el socorro no venía. Llegaban, sí, algunos hombres, que de noche y con grandes dificultades se escurrían dentro de la plaza; pero ningún convoy de vituallas apareció en todo el mes de agos-

to. ¡Qué mes, Santo Dios! Nuestra vida giraba sobre un eje cuyos dos polos eran batirse y no comer. En las murallas era preciso estar constantemente haciendo fuego, porque la escasez de la guarnición no permitía relevos, además de que el gobernador, como enemigo del descanso, no nos dejaba descabezar un mal sueño. Allí no dormían sino los muertos.

Este continuado trabajo hizo que durante aquel mes aciago estuviese hasta ocho días sin ver a mis queridos niños y a Siseta, los cuales me juzgaron muerto. Cuando al fin los vi, casi les fué difícil reconocermé en el primer instante: tal era mi extenuación y decaimiento a causa de las grandes vigiliass, del hambre y el continuo bregar.

—Siseta—le dije, abrazándola—, todavía estoy vivo, aunque no lo parezca. Cuando recuerdo el enorme número de compañeros míos que han caído para no volverse a levantar, me parece que mi pobre cuerpo está también entre los suyos, y que esto que va conmigo es un fantasma que dará miedo a la gente. ¿Cómo va por aquí de alimentos?

—Con el dinero que me quedaba de lo que tú me diste hemos comprado alguna carne de caballo. Algo nos envían de arriba, porque la señorita enferma no quiere comer de estos platos que ahora se usan. El señor Nomdedéu parará en loco, según veo, y ayer estuvo aquí todo el día rellenando de paja dos pieles de gallina, con lo cual hace creer a su hija que ha recibido aves frescas de la plaza. Después le da carne de caballo, y echándole discursos escritos, le hace comer unas tajaditas. La señora Sumta salió ayer con su fusil, y volvió diciendo que había matado no sé cuántos franceses. Los tres chicos no me han dejado respirar en estos ocho días. ¿Querrás creer que ayer se subieron al tejado de la catedral, donde están los dos cañones que mandó poner el gobernador? Yo no sé por dónde subieron; mas creo que fué por los techos del claustro. Lo que no creerás es que Manalet vino ayer muy orgulloso porque le había rozado una bala en el brazo derecho, haciéndole una regular herida por lo cual traía un papel pegado con saliva encima de la rozadura. Badoret cojea de un pie. Yo quiero detener al pequeño, pero siempre se escapa, marchándose con sus hermanos, y ayer tra-

jo un pedazo de bomba como media taja, llena de granos de arroz que recogió en medio del arroyo... ¿Y tú, qué has oído? ¿Es cierto que vienen socorros por la parte de Olot? El señor Nomdedéu no piensa más que en esto, y por las noches, cuando siente algún ruido en las calles, se levanta, y, asomándose por el ventanillo del patio, dice: «Vecinita, esa gente que pasa me parece que ha hablado de socorro.»

—Lo que yo te puedo decir, Siseta, es que esta madrugada saldrá alguna tropa de aquí por la ermita de los Angeles, y se dice que va a entretener a los franceses por un lado mientras el convoy entra por otro.

—Dios quiera que salga bien.

Esto decíamos, cuando se sintió fuerte ruido de voces en la calle. Abrí al punto la puerta, y no tardé en encontrar algunos compañeros que, alojados en las casas inmediatas, salieron al oír el estruendo de carreras y voces. La señora Sumta se presentó también a mi vista, fusil al hombro, y con rostro tan placentero cual si viniese de una fiesta.

—Ya tenemos ahí los socorros—dijo la guerrera, descansando en tierra el fusil con marcial abandono.

Al punto apareció en la ventana alta el busto del señor Nomdedéu, quien, sin poder contener su alegría gritaba:

—¡Ya ha llegado el socorro! ¡Albricias, pueblo gerundense! Señora Sumta, suba usted a informarme de todo. ¿Pero ha entrado ya el convoy? Traiga usted inmediatamente todo lo que encuentre, a cualquier precio que lo vendan.

Un soldado, amigo y compañero mío, nos dijo:

—Todavía no ha entrado el convoy en la plaza, ni sabemos cuándo ni por dónde entrará.

—Lo cierto es que hacia el lado de Bruñolas se siente un vivo fuego, señal de que por allí don Enrique O'Donnell se está batiendo con los franceses.

—También se oye tiroteo por los Angeles, donde dicen que está Llauder. El convoy entrará por el Mercadal, si no me engaño.

—Señora Sumta—dijo don Pablo desde la ventana—, suba usted a acompañar a mi hija mientras yo voy a enterarme de lo que ocurre; pero deje usted fuera esos arreos militares, y póngase el delantal y la escofieta. Entre tanto,

encienda el fuego, ponga agua en los pucheros, que si usted va por los víveres, yo mondaré luego las seis patatas que compré hoy, y haré todo lo demás que sea preciso en la cocina.

Estas conferencias no se prolongaron mucho tiempo, porque tocaron llamada y corrimos a la muralla, donde tuvimos la indecible satisfacción de oír el vivo fuego de los franceses, atacados de improviso a retaguardia por las tropas de O'Donnell y de Llauder. Para ayudar a los que venían a socorrernos se dispararon todas las piezas, se hizo un vivo fuego de fusilería desde todas las murallas, y por diversos puntos salimos a hostigar a los sitiadores, facilitando así la entrada del convoy. Por último, mientras hacia Bruñolas se empeñaba un recio combate, en que los franceses llevaron la peor parte, por Salt penetraron rápidamente dos mil acémilas, custodiadas por cuatro mil hombres a las órdenes del general don Jaime García Conde.

¡Qué inmensa alegría! ¡Qué frenesí produjo en los habitantes de Gerona la llegada del socorro! Todo el pueblo salió a la calle al rayar el día para ver las mulas, y si hubieran sido seres inteligentes aquellos cuadrúpedos, no se los habría recibido con más cariñosas demostraciones, ni con tan generosa salva de aplausos y vítores. Al pasar por la calle de Cort-Real, ya entrado el día, encontré a Siseta, a los tres chicos y a don Pablo Nomdedéu, y todos nos abrazamos, comunicándonos nuestro gozo más con gestos que con palabras.

—¡Gerona se ha salvado!—decíamos.

—Ahora que aprieten los *cerdos* el cerco—exclamó don Pablo—. ¡Dos mil acémilas! Tenemos víveres par un año.

—Bien decía yo—añadió Siseta—que por alguna parte había de venir.

Aquel día y los siguientes reinó en la plaza gran satisfacción, y hasta nos hostilizaron flojamente los franceses, porque detuviéronse algunos días en ocupar las posiciones que habían abandonado a causa de la jugarreta que se les hizo: En cuanto a los auxilios, pasada la impresión del primer instante, todos caímos en la cuenta de que los mismos que nos los habían traído nos los quitarían, porque reforzada la guarnición con los cuatro mil hombres de Conde, éstos nos ayudaban a consumir los víveres. ¡Fu-

nesto dilema de todas las plazas sitiadas! Pocas bocas para comer dan pocos brazos para pelear. Gran número de brazos trae gran número de bocas: de modo que si somos pocos, nos vence el arte enemigo; si somos muchos, nos vence el hambre. Sobre esta contradicción se funda verdaderamente todo el arte militar de los sitios.

Así se lo decía yo a don Pablo pocos días después de la llegada de las dos mil acémilas, anunciándole que bien pronto nos quedaríamos otra vez en ayunas, a lo cual me contestó:

—Yo he hecho grandes provisiones. Pero si el sitio se prolonga mucho, también se me concluirán. Ahora, según dicen, Alvarez hará un gran esfuerzo para quitarnos de encima esa canalla. Ya sabes que a fuerza de cañonazos han abierto brecha en Santa Lucía, en Alemanes y en San Cristóbal. De un día a otro intentarán el asalto. ¿Se podrá resistir, Andrés? Yo iré a la brecha como todos. Pero ¿qué podremos hacer nosotros, infelices paisanos, contra las embestidas de tan fiero enemigo?

Desde aquellos días hasta el quince de septiembre, en que don Mariano dispuso una salida atrevidísima, no se habló más que de los preparativos para el gran esfuerzo, y los frailes, las mujeres y hasta los chicos hablaban de las hazañas que pensaban realizar, peligros que soportar y dificultades que acometer, con tan febril inquietud y novelaría como si aguardasen una fiesta. Yo le dije a Siseta que se dispusiera a tomar parte, con las de su sexo, en la gran función; pero ella, que siempre se negó a calzar el coturno de las acciones heroicas, me contestó, con risas y bromas, que no servía para el caso; pero que, si por fuerza la llevaban a la batalla, haría la prueba de matar algún francés con las tenazas de la herrería.

La salida del quince no dió otro resultado que envalentonar a los señores cerdos, los cuales, deseosos de poner fin al cerco tomando la ciudad, se nos echaron encima el día diecinueve, asaltando la muralla por distintos puntos con cuatro formidables columnas de a dos mil hombres. En Gerona fueron tan grandes aquella mañana el entusiasmo y la ansiedad, que hasta nos olvidamos de que nuevamente nos faltaba un pedazo de pan que llevarnos a la boca.

Los soldados conservaban su actitud serena e imperturbable; pero en los paisanos se advertía una alucinación, algo como embriaguez, que no era natural antes del triunfo. Los frailes, echándose en grupos fuera de sus conventos, iban a pedir que se les señalase el puesto de mayor peligro; los señores graves de la ciudad, entre los cuales los había que databan del segundo tercio del siglo anterior, también discurrían de aquí para allí con sus escopetas de caza, y revelaban en sus animados semblantes la presuntuosa creencia de que ellos lo iban a hacer todo. Menos bulliciosos y más razonables que éstos, los individuos de la Cruzada gerundense hacían todo lo posible para imitar su reposada ecuanimidad a la tropa. Las damas del batallón de Santa Bárbara no se daban punto de reposo, anhelando probar con sus incansables idas y venidas que eran el alma de la defensa; los chicos gritaban, creyendo que de este modo se parecían a los hombres, y los viejos muy viejos, que fueron eliminados de la defensa por el gobernador, movían la cabeza con incrédula y desdeñosa expresión, dando a entender que nada podría hacerse sin ellos.

Las monjas abrían de par en par las puertas de sus conventos, rompiendo a un tiempo rejas y votos; disponían para recoger a los heridos sus virginales celdas, jamás holladas por planta de varón, y algunas sahan en falanges a la calle, presentándose al gobernador para ofrecerle sus servicios, una vez que el interés nacional había alterado pasajeramente los rigores del santo instituto. Dentro de las iglesias ardían mil velas delante de mil santos; mas no había oficios de ninguna clase, porque los sacerdotes, lo mismo que los sacristanes, estaban en la muralla. Toda la vida, en suma, desde lo religioso hasta lo doméstico, estaba alterada, y la ciudad no era la ciudad de otros días. Ninguna cocina humeaba, ningún molino molía, ningún taller funcionaba, y la interrupción de lo ordinario era completa en toda la línea social, desde lo más alto a lo más bajo.

Lo extraño era que no hubiese confusión en aquel desbordamiento espontáneo del civismo gerundense; pues al par de éste, brillaba la subordinación. En verdad que don Mariano sabía es-

tablecerla rigurosísima, y no permitía desmanes ni atropellos de ninguna clase, siendo inexorablemente enérgico contra todo aquel que sacara el pie fuera del puesto que se le había marcado.

Las campanas tocaban a somatén, ocupándose en el servicio los chicos del pueblo, por ausencia de los campaneros, y el cañon francés empezó desde muy temprano a ensordecer el aire. Los tambores recorrían las calles repicando su belicosa música, y los resplandores de los fuegos parabólicos comenzaron a cruzar el cielo. Todo estaba perfectamente organizado, y cada uno fué derecho a su sitio, no necesitando preguntar a nadie cuál era. Sin que sus habitantes salieran de ella, la ciudad quedó abandonada, quiero decir que ninguno se cuidaba de la casa que ardía, del techo desplomado, de los hogares a cada instante destruidos por el horrible bombardeo. Las madres llevaban consigo a los niños de pecho, dejándolos al abrigo de una tapia o de un montón de escombros, mientras desempeñaban la comisión que el instituto de Santa Bárbara les encomendara. Menos aquellas en que había algún enfermo, todas las casas estaban desiértas, y muebles y colchones, trapos y calderos, en revuelto hacinamiento, obstruían las plazas del Aceite y del Vino.

VIII

Yo estaba en Santa Lucía, donde había mucha tropa y paisanos. Allí me encontré a don Pablo Nomdedéu, que me dijo:

—Andrés, mis funciones de médico y mi deber de patriota me obligan a apartarme hoy de mi hija. Mucho he sermoneado a la señora Sumta para que se quedara en casa; pero ese marimacho me amenazó con denunciarme al gobernador como patriota tibio si persistía en apartarla de la senda de gloria por donde la llevan los acontecimientos. Mírala: ahí está entre aquellos artilleros, y será capaz de servir sola el cañón de a doce si la dejan. La buena Siseta se ha quedado acompañando a mi querida enfermita. Ya le he dicho que le haré un buen regalo si consigue entretener a la niña de modo que ésta

no comprenda nada de lo que pasa. Es cosa difícil, a pesar de que no oye ni los cañonazos... He clavado todas las ventanas para que no se asome, y, dejando cerrada a la luz solar la habitación, he encendido el candil, haciéndole creer que hay una fuerte tempestad de truenos y rayos. Como no caiga una bomba allí mismo o en las inmediaciones, es probable que nada comprenda, engañada por el profundo y saludable silencio en que su cerebro yace. ¡Dios mío, aparta de mí las tribulaciones y libra mi hogar del fuego enemigo! ¡Si me has de quitar el único consuelo que tengo en la Tierra, dale una muerte tranquila y no conturbes su último instante con la cruel agonía del espanto! ¡Si ha de ir al cielo, que vaya sin conocer el infierno, y que este ángel no vea demonios junto a sí en el momento de su muerte!

La señora Sumta, empujando a un lado y otro con sus membrudos brazos, llegó a nosotros, hablando así a su amo:

—¿Qué hace ahí, señor mío, como un dominguillo? Pero ¿no tiene fusil, ni escopeta, ni pistolas, ni sable? Ya..., no lleva más que la herramienta para cortar brazos y piernas al que lo haya menester.

—Médico soy y no soldado—repuso don Pablo—; mis arreos son las vendas y el ungüento; mis armas, el bisturí, y mi única gloria, la de dejar cojos a los que debían ser cadáveres. Pero si preciso fuere, venga un fusil, que curaré españoles con una mano y mataré franceses con la otra.

Teníamos por jefe en Santa Lucía a uno de los hombres más bravos de esta guerra, un irlandés llamado don Rodolfo Marshall, que había venido a España sin que nadie le trajese, sólo por gusto de defender nuestra santa causa. Aventurero o no, Marshall, por lo valiente, debía haber sido español. Era rozagante, corpulento, de semblante festivo y mirar encendido, algo semejante al de don Juan Coupigny que vimos en Bailén. Hablaba mal nuestra lengua; pero, aunque alguna de sus palabrotas nos causaban risa, decíalas con la suficiente claridad para ser entendidas, y nada importaba que destrozara el castellano con tal que destrozase también a los franceses, como lo hizo en varias ocasiones.

Había que ver el empuje de aquellas columnas de *cerdos*, señores. No parecían sino lobos hambrientos, cuyo objeto no era vencernos, sino comernos. Se arrojaban ciegos sobre la brecha, y allí de nosotros para taparla. Dos veces entraron por ella dispuestos a echarnos de la cortina; pero Dios quiso que nosotros los echásemos a ellos. ¿Por qué? ¿De qué modo? Esto es lo que no sabré contestar a ustedes si me lo preguntan. Sólo sé que a nosotros no se nos importaba nada morir, y con esto tal vez está dicho todo. Don Mariano se presentó allí, y no crean ustedes que nos arengó hablándonos de la gloria y de la causa nacional, del rey o de la religión. Nada de eso. Púsose en primera línea, descargando sablazos contra los que intentaban subir, y al mismo tiempo nos decía: «Las tropas que están detrás tienen orden de hacer fuego contra las que están delante si éstas retroceden un solo paso.» Su semblante ceñudo nos causaba más terror que todo el ejército enemigo. Como algún jefe le dijera que no se acercase tanto al peligro, respondió: «Ocupese usted de cumplir su deber, y no se cuide tanto de mí. Yo estaré donde convenga.»

Marchóse después a otro punto, donde creía hacer falta, y sin él nos aturdimos de nuevo. Aquel hombre traía consigo una luz milagrosa, que nos permitía ver mejor el sitio y medir nuestros movimientos y los de los franceses, para que éstos no pudieran echársenos encima. Los soldados enemigos morían como moscas al pie de la brecha; pero de los nuestros caían también por docenas. Recuerdo que un compañero mío muy amado fué herido en el pecho, y cayó junto a mí en uno de los momentos de mayor apuro, de más vivo fuego, de verdadera angustia, y cuando un ligero esfuerzo por una parte u otra habría decidido si la muralla quedaba por Francia o por España. El desgraciado muchacho quiso levantarse, pero inútilmente. Dos monjas se acercaron, despreciando el fuego, y le apartaron de allí.

Pero la pérdida más sensible fué la del jefe don Rodolfo Marshall. Tengo la gloria de haberle recogido en mis brazos en el mismo boquete de la brecha, y no se me olvidará lo que dijo poco después, tendido en la calle, en el

momento de expirar: «Muero contento por causa tan justa y por nación tan brava.»

Cuando esto pasó, ya los franceses indicaban haber desistido de entrar en la ciudad por aquella parte. Y hacían bien, porque estábamos cada vez más decididos a no dejarlos entrar. Si a tiros no los lográbamos contenerlos, los acuchillábamos sin compasión; y como esto no bastara, aún teníamos a manos las mismas piedras de la muralla para arrojarlas sobre sus cabezas. Esta era un arma que manejaban las mujeres con mucho denuedo, y desde los contornos llovían guijarros de medio quintal sobre los sitiadores. Cuando la función en la muralla de Santa Lucía terminaba, no nos veíamos unos a otros, porque el polvo y el humo formaban densa atmósfera en toda la ciudad y sus alrededores, y el ruido que producían las doscientas piezas de los franceses vomitando fuego por diversos puntos, a ningún ruido de máquinas de la tierra ni de tempestades del cielo era comparable. La muralla estaba llena de muertos, que pisábamos inhumanamente al ir de un lado para otro, y entre ellos, algunas mujeres heroicas expiraban confundidas con los soldados y patriotas. La señora Sumta estaba ronca de tanto gritar, y don Pablo Nomdedéu, que había arrojado muchas piedras, tenía los dedos magullados; pero no por esto dejaba de cuidar a los heridos, ayudándole muchas señoras, algunas monjas y dos o tres frailes que no valían para cargar un arma.

De pronto veo venir un chico que se me acerca haciendo cabriolas, saludándome desde lejos a gritos y esgrimiendo un palo en cuya punta flotaba el último jirón de su barretina. Era Manalet.

—¿Dónde has estado?—le pregunté—. Corre a tu casa; entérate de si tu hermana ha tenido novedad, y dile que yo estoy sano y bueno.

—Yo no voy ahora a casa. Me vuelvo a San Cristóbal.

—¿Y qué tienes tú que hacer allí, en medio del fuego?

—La barretina tiene tres balazos—me dijo con el mayor orgullo, mostrándome el gorro hecho trizas—. Cuando se quedó así, la tenía puesta en la cabeza. No creas que estaba en el palo, Andrés. Después la he puesto aquí para que la gente la viera toda llena de agujeros.

—¿Y tus hermanos?

—Badoret ha estado en Alemanes, y ahora me dijo que el solo había matado no sé cuantos miles de franceses tirándoles piedras. Yo estaba en San Cristóbal: un soldado me dijo que se le habían acabado las balas y que le llevara huesos de guinda, y le llevé más de veinte, Andrés.

—¿Y Gasparó?

—Gasparó anda siempre con mi hermano Badoret. También estuvo en Alemanes, y aunque Siseta le quiso dejar encerrado en casa, él se escapó por la puerta de atrás. Ahora hemos estado juntos, buscando algo que comer en aquel montón de desperdicios que hay en la calle del Lobo; pero no encontramos nada. ¿Tienes tú algo, Andrés?

—Algo, ¿qué es eso? ¿Pues acaso queda algo que comer en Gerona? Aquí no se come más que humo de pólvora. ¿Has visto al gobernador?

—Ahora iba por ahí arriba. Parece como que va al Calvario. Nosotros bajábamos con otros chicos, y cuando le vimos pusimonos en fila, gritando: «¡Viva su majestad el gobernador don Mariano!» ¿Pues querrás creer que no nos dijo tanto así? Ni siquiera nos miró.

—¡Hombre, qué falta de cortesía! ¡No saludar a gente tan respetable!

—Después Badoret se metió en las Capuchinas, porque estaba la puerta abierta. Andrés, ¿sabes que hay un soldado muerto que tiene un tronco de col en la mano? Si me das licencia, se lo quitaré.

—No se toca a los muertos, Manalet. Veremos si ahora que hemos destrozado a los franceses nos dan alguna cosa.

Infinidad de mujeres ocupábanse allí en retirar a los heridos, y también repartían a los sanos algunas raciones de pan negro y muy poco vino. Nosotros veíamos a los franceses retirándose por el llano adelante y no podíamos reprimir un sentimiento de ardiente orgullo al ver resultado tan colosal con tan pequeños medios. Parecía realmente un milagro que tan pocos hombres contra tantos y tan aguerridos nos defendiéramos detrás de murallas cuyas piedras se arrancaban con las manos. Nosotros nos caíamos de hambre; ellos no carecían de nada; nosotros apenas podíamos manejar la artillería; ellos disparaban contra la plaza doscientas bocas de fue-

go. Pero, ¡ay!, no tenían ellos un don Mariano Alvarez que les ordenara morir con mandato ineludible, y cuya sola vista infundiera en el ánimo de la tropa un sentimiento singular que no sé cómo exprese, pues en él había, además de valor y la abnegación, lo que puede llamarse miedo a la cobardía, recelo de aparecer cobarde a los ojos del aquel extraordinario carácter. Nosotros decíamos que el yunque y el martillo con que Dios forjó el corazón de don Mariano no había servido después para hacer pieza alguna.

Manalet se separó de mí, y al poco rato le vi aparecer con otros muchos chicos, todos descalzos, sucios, harapientos y tiznados, entre los cuales venía su hermano Badoret trayendo a cuestas a Gasparó, cuyos brazos y piernas colgaban sobre los hombros y por la cintura de aquél. Todos venían muy contentos, y especialmente Badoret, que repartía algunas guindas a sus compañeros.

—Toma, Andrés—me dijo el chico, dándome una guinda—. Ya tienes para todo el día. Toma esta otra y repártela entre tus compañeros, que tendrán un hambre... ¿Sabes cómo las he ganado? Pues te contaré. Iba yo con Gasparó a cuestas por la calle del Lobo y vi abierta la puerta del convento de Capuchinas, que siempre está cerrada. Gasparó me pedía pan con chillidos y más chillidos, y yo le pegaba de coscorrónes para que callara, diciéndole que si no se callaba se lo contaría al señor gobernador. Pero cuando vi abierta la puerta del convento, dije: «Aquí ha de haber algo», y me colé dentro. Metíme en el patio, y entré después en la iglesia, pasé al coro, luego a un corredor largo donde había muchos cuartos chicos, y no vi a nadie. Registré todo, por si caía cualquier cosa; pero no encontré sino algunos cabos de vela y dos o tres madejas de seda, que estuve chupando a ver si daban algún jugo. Ya me volvía a la calle, cuando sentí detrás de mí: «Pist. pist...», pues... como llamándome. Miré y no vi nada. ¡Qué miedo, Andrés, qué miedo! Allá, a lo último del corredor, había una lámina grande, donde estaba pintado el diablo con un gran rabo verde. Pensé que era el diablo quien me llamaba y eché a correr. Pero, ¡ay de mí!, que no podía encontrar la salida, y todo era dar vueltas y más

vueltas en aquel maldito corredor; y a todas éstas. «Pist, pist...» Después oí que dijeron: Muchacho, ven acá», y tanto miré por el techo y las paredes, que alcancé a ver detrás de una reja una mano blanca y una cara arrugada y petiseca. Ya no tuve miedo y fui allá. La monjita me dijo: «Ven, no temas; tengo que hablarte.» Yo me acerqué a la reja y le dije: «Señora, perdoneme usía; yo creí que era usted el demonio.»

—Sería una pobre monja enferma que no pudo salir con las demás.

—Eso mismo. La señora me dijo: «Muchacho, ¿cómo has entrado aquí? Dios te manda para que me hagas un gran servicio. La comunidad se ha marchado. Estoy enferma y baldada. Quisieron llevarme; pero se hizo tarde, y aquí me dejaron. Tengo mucho miedo. ¿Se ha quemado ya toda la ciudad? ¿Han entrado los franceses? Ahora, quedándome medio dormida, soñé que todas las hermanas habían sido degolladas en el matadero, y que los franceses se las estaban comiendo. Muchacho, ¿te atreverás tú a ir ahora mismo al fuerte de Alemanes y dar esta esquila a mi sobrino don Alonso Carrillo, capitán del regimiento de Ultonia? Si lo haces, te daré este plato de guindas que ves aquí y este medio pan...» Aunque no me lo diera, lo habría hecho, ya ves... Cogí la esquila; ella me dijo por dónde había de salir, y corrí a los Alemanes. Gasparó chillaba más; pero yo le dije: «Si no callas, te metemos dentro de un cañón como si fueras bala; disparamos, y vas a parar rodando adonde están los franceses, que te pondrán a cocer en una cacerola para comerte...» Llegué a Alemanes. ¡Qué fuego! Lo de aquí no es nada. Las balas de cañón andaban por allí como cuando pasa una bandada de pájaros. ¿Crees que yo les tenía miedo? ¡Quia! Gasparó seguía llorando y chillando; pero yo le enseñaba las luces que despedían las bombas, le enseñaba las chispas de los fogonazos, y le decía: «¡Mira qué bonito! Ahora vamos nosotros a disparar también los cañones.» Un soldado me dio una manotada echándome para afuera y caí sobre un montón de muertos; pero me levanté y seguí palante. Entró el gobernador, y cogiendo una gran bandera negra que parece un paño de ánimas, la estuvo moviendo en

el aire, y luego dijo que al que no fuera valiente le mandaría ahorcar. ¿Qué tal? Yo me puse delante y grité: «Está muy bien hecho.» Unos soldados me mandaron salir, y las mujeres que curaban a los heridos se pusieron a insultarme, diciendo que por qué llevaba allí esta criatura... ¡Qué fuego! Caían como moscas: uno ahora, otro en seguida... Los franceses querían entrar, pero no los dejamos.

—¿Tú también?

—Sí; las mujeres y los paisanos echaban piedras por la muralla abajo sobre los marranos, que querían subir; yo solté a Gasparó, poniéndole encima de una caja donde estaban la pólvora y las balas de los cañones, y también empecé a echar piedras. ¡Qué piedras! Una eché que pesaba lo menos siete quintales, y cogió a un francés, partiéndole por mitad. Aquello tenía que ver. Los franceses eran muchos, y nada más sino que querían subir. Vieras allí al gobernador, Andresillo. Don Mariano y yo nos echamos palante... y nos pusimos adonde estaba más apurada la gente. Yo no sé lo que hice; pero yo hice algo, Andrés. El humo no me dejaba ver, ni el ruido me dejaba oír. ¡Qué tiros! En las mismas orejas, Andrés. Está uno sordo. Yo me puse a gritar, llamándolos marranos, ladrones y diciendo que Napoleón era un acá y un allá. Puede que no me oyeran con el ruido; pero yo los puse de vuelta y media. Nada, Andrés, para no cansarte, allí estuve mientras no se retiraron. El gobernador me dijo que estaba satisfecho; no, a mí no me habló nada; se lo dijo a los demás.

—¿Y la carta?

—Busqué al señor Carrillo. Yo le conocía; le encontré, al fin, cuando todo se acabó. Dile el papel y me dió un recado para la señora monja. Luego, acordándome de Gasparó, fui a recogerle donde le había dejado; pero no le encontré. Todo se me volvía gritar: «¡Gasparó, Gasparó!» Pero el niño no parecía. Por fin me le veo debajo de una cureña, hecho un ovillo, con los puños dentro de la boca, mirando afuera por entre los palos de la rueda y con cada lagrimón... Echémele auestas y corrí a las Capuchinas. Pero aquí viene lo bueno, y fué que como yo venía pensando en batallas y con la cabeza

llena de todo aquello que había visto, se me olvidó el recado que me dió el señor Carrillo para la monjita. Ella me reprendió diciéndome que yo había roto la carta y que la quería engañar, por lo cual no pensaba darme el plato de guindas ni el pan ofrecido. Se puso a gruñir y me llamó mal criado y bestia. Gasparó echaba sangre del dedo de un pie, y la monjita le lió un trapo; pero las guindas.... nones. Por último, todo se arregló, porque vino el mismo señor Carrillo, con lo cual la señora me dió las guindas y el pan y eché a correr fuera del convento.

—Lleva este chico a tu casa para que le cuide tu hermana—dije, reparando que el pobre Gasparó sangraba aún del pie.

—Después—me contestó—. He guardado algunas guindas para Siseta.

—Muchachos—gritó Manalet, que se había alejado de sus compañeros y volvía a la carrera—, por la calle de Ciudadanos va el gobernador con mucha gente, banderas muchas; delante van las señoras cantando, y los frailes bailando, y el obispo riendo, y las monjas llorando. Vamos allá.

Como se levanta y huye una bandada de pájaros, así corrieron y volaron aquellos chiquillos, dejando libre de su infantil algazara la muralla de Santa Lucía. Yo no me moví de allí en todo el día, y las señoras nos repartieron raciones de pan y carne, ambos manjares de detestable sabor y olor; pero como no había otra cosa, fuerza era apechugar con ello, sin mostrar asco, repugnancia ni desgana, para no enojar a don Mariano.

Al anoecer, y cuando marchaba de Santa Lucía al Condestable, encontré a don Pablo Nomdedéu en la calle de la Zapatería, donde había varios heridos arrojados por el suelo.

—Andrés—me dijo—, todavía no he vuelto a mi casa. ¿Pasaré algo? Creo que en la calle de Cort-Real no ha caído ninguna bomba. ¡Cuánto herido, Dios mío! La jornada ha sido gloriosa; pero nos ha costado cara. Ahora mismo estuvo aquí el gobernador visitando a esta pobre gente y les dijo que la guarnición y los paisanos habían dejado atrás en el día de hoy a los más grandes héroes de la antigüedad.

—¿Ha curado usted muchos heridos?

—Muchísimos, y aún quedan bastantes. Mis compañeros y yo nos multiplicamos, pero no es posible hacer más. Yo quisiera tener cien manos para atender a todo. También yo estoy herido. Una bala me tocó el brazo izquierdo; pero no es cosa de cuidado. Me he liado un trapo y no he tenido tiempo para más... ¿Qué habrá sido de mi pobre hija?

—Pronto lo sabremos, señor don Pablo. La noche llega. Hecha la primera cura de estos heridos, usted podrá ir un rato a su casa, y yo espero que me den licencia por una hora.

IX

Cuando fui a la casa, ya cerca de las diez, aún no había regresado don Pablo. Dejé abajo el fusil y subí sin tardanza, anhelando saber de Siseta y de la señorita, y a las dos me las encontré en la sala en actitud no muy tranquilizadora. Estaba Josefina recostada en su silla con muestra de languidez y postración, pero con los ojos abiertos, atentamente fijos en la puerta. De rodillas, a su lado, Siseta le tomaba las manos, y con ademanes y palabras tiernas, a pesar de no ser oídas, procuraba tranquilizarla.

—Gracias a Dios que viene alguien de la casa—me dijo Siseta—. ¡Qué día hemos pasado! ¿Y el señor don Pablo, y la señora Sumta, y mis tres hermanos?

Respondíle que a ninguno de los nuestros había pasado desgracia, y ella prosiguió:

—La señorita quería salir a la calle, y he tenido que luchar con ella para detenerla. Todo lo comprende, y aunque no oye los cañonazos, se estremece toda y tiembla cuando resuena alguno, aunque sea muy lejano. Tan pronto lloraba como caía en mis brazos desmayada, llamando sin cesar a su padre. La pobrecita sabe muy bien que hay guerra en Gerona. Yo también he tenido un miedo... Figúrate: aquí solas... A cada instante me parecía que la casa se venía al suelo. Pero lo peor fué que se nos metieron aquí unos hombres... No me quiero acordar, Andrés. A eso de las dos, y cuando pareció que se aca-

baban los tiros, entraron seis o siete **patriotas**, unos con uniforme, otros sin él, y todos con fusiles. Cuando nos vieron, empezaron a reirse de nuestro susto, y luego dieron en registrar la casa, diciendo que querían llevarse todo lo que habia de comida, porque la tropa estaba muerta de hambre. La señorita se quedó como difunta cuando los vio, y ellos, por broma, nos apuntaban con los fusiles para oírnos gritar llamando a todos los santos en nuestra ayuda. Aunque eran unos bárbaros, no nos hicieron daño alguno, más que el gran susto, y el llevarse cuanto encontraron en la cocina y en la despensa. ¡Ay Andrés! No han dejado nada de lo que el señor don Pablo había guardado, y esta noche no se encontrará aquí ni una miga de pan que llevar a la boca. ¡Cómo se reían los malditos al meter en un gran saco lo mucho bueno que encontraron! Yo les rogué que dejaran alguna cosa; pero volvieron a apuntarme con los fusiles, diciendo que la tropa tenia gana, y que la señora Sumta les había dicho que estas despensas estaban bien provistas.

No había concluido mi amiga su relación cuando entró el señor don Pablo; mas para no presentarse a su hija con el brazo manchado de sangre, pasó a una habitación interior con objeto de arreglarse un poco y vendar su herida. Al punto me reuní con él para contarle lo ocurrido.

—¡Dios y la Virgen Santísima nos amparen!—exclamó con consternación—. ¡Conque me han saqueado la casa! La culpa tiene esa maldita y siempre habladora Sumta, que por todas partes ha de ir pregonando si tenemos o no tenemos provisiones. ¿Y mi hija? La pobrecita habrá comprendido que se encuentra en el cráter de un espantoso volcán, y serán inútiles todas nuestras comedias para convencerla de lo contrario. Es preciso buscar algo que comer, Andrés; sí, algo que comer. Mi hija se morirá de terror, pero no quiero que se muera de hambre.

—Nada se encuentra en Gerona—respondí—, y menos a estas horas.

—¡Qué calamidad! Pero ¿cómo es posible?—dijo en la mayor confusión. mientras yo le vendaba su herida y se mudaba de vestido—. ¡Ay! Cómo me duele el brazo; pero es preciso disimu-

lar. Andrés, no te marches. Esta noche necesito de tu ayuda... Es preciso que busquemos algún alimento.

Al presentarse delante de su hija, ésta mostró su alegría claramente, abrazándole con cariño; pero al punto sus ojos revelaron vivísimo espanto, echó atrás la cabeza y, cruzando las manos, exclamó:

—¡Sangre!

—¡Qué hablas de sangre, hija mía!—dijo el padre, desconcertado—. Que estoy manchado de sangre. Ya..., sí, en la chupa hay algunas gotas...; pero déjame que te cuente. ¿Sabes que he ido de caza?

La muchacha no entendía.

«Que fui de caza—escribió en el pliego de papel don Pablo—. Un compromiso; no me pude evadir. El magistral y don Pedro me cogieron, y, ¡zas!, al campo... He matado tres conejos.»

La enferma, oprimiéndose la cabeza entre las manos, gritó:

—¡Guerra en Gerona!

—¿Qué hablas ahí de guerra? Lo que hay es que hemos tenido hoy un fuerte temporal... Me he mudado de ropa porque me puse como una uva. ¿Has comido hoy bien?

—No ha tomado nada—dijo Siseta—. Ya sabrá su merced por Andrés que unos bergantes saquearon la casa.

Esto pasaba, cuando sentimos gran estruendo en lo bajo de la vivienda, no estampido de bombas y granadas, sino clamor chillón y estridente de mil desacordes ruidos, compuestos tales como patadas, bufidos, cacharrazos y sones bélicos de varia índole, pero que al pronto revelaban proceder de una muchedumbre infantil que se había metido por las puertas adentro. Nomdedéu, lleno de confusión, miraba a todos lados, inquirendo con los ojos qué podía ser aquello; pero pronto él y los demás salimos de dudas, viendo entrar una turba de chiquillos que, desvergonzadamente y sin respeto a nadie, se colaron en la sala, dando golpes, empujándose, chillando, cacareando y berreando en los más desacordes tonos. Dos de ellos llevaban colgados al cinto sendos cacharros, sobre cuyo abollado fondo redoblaron con palillos de sillas viejas; varios tocaban la trompeta con la nariz, y todos, al compas de la inaguantable música, bailaban con ágiles brinco y cabriolas. Pa-

recía una chusma infernal saliendo de las escuelas de Plutón.

No necesito decir que al frente del ejército venían Manalet y Badoret, este último llevando a cuestras a Gasparó, tal como le vi en la muralla. Ninguno dejaba de llevar palo, caldero viejo o vara con pingajos colgados de la punta, con cuyos objetos se simulaban fusiles, tambores y banderas. Un fondo de silla de paja atado a una cuerda y arrastrado por el suelo servía de trofeo a uno, y otro adornaba su cabeza con un cesto medio deshecho, no faltando las casacas de militares hechas jirones y los morriones de antigua forma con descoloridas plumas adornados.

Don Pablo, ciego de cólera y fuera de sí, apostrofó a los muchachos tan violentamente, que faltó poco para que perdieran en un punto su bélico entusiasmo.

—Granujas, largo de aquí al instante —les dijo—. ¿Qué desvergüenza es ésta? ¡Meterse en mi casa de este modo!

Siseta, indignada de tal audacia, cogió por un brazo a Manalet, que acertó a pasar junto a ella, y comenzó a vapulearle de un modo lastimoso. Yo también tomé parte en la persecución del enjambre, y empezó el reparto de pescozones a diestra y siniestra. Pero de pronto observamos que la enferma contemplaba a los desvergonzados muchachos con complaciente atención y sonreía con tanta espontaneidad y desahogo como si su alma sintiera indecible gozo ante aquel espectáculo. Hícelo notar al señor don Pablo, y al punto éste se puso de parte de los alborotadores, conteniendo a Siseta, que iba sobre ellos con implacable furor.

—Dejadlos—dijo Nomdedéu—. Mi hija demuestra que está muy complacida viéndolo a esta canalla. Mira cómo se ríe, Andrés; observa cómo los aplaude. Bien, muchachos; corred y chillad alrededor del cuarto.

Y diciendo esto, don Pablo, en medio de la sala, empezó a llevar el compás. En mal hora se les ordenó seguir. ¡Santo Dios! ¡Qué algazara, qué estrépito! Parecía que la sala se hundía. Baste decir que se extralimitaron de tal modo, dejándose llevar a los últimos delirios de la travesura, que al fin fué preciso poner freno a tanto juego y vocerío, porque hasta llegó el caso de que los

transeúntes se detuvieran en la calle, sorprendidos y escandalizados por tan desusado rumor.

—¿Dónde has estado todo el día? —preguntó Siseta, echando mano a Badoret y deteniéndole—. ¡Y la criatura tiene sangre en el pie! Ven acá, condenado; me las pagarás todas juntas. Espera a que bajemos a casa y verás. Y tú, Manalet de mi demonios, ¿qué has hecho de la camisa?

—En la calle de la Ballestería estaban curando unos heridos y no tenían trapos. Me quité la camisa y la di.

—¿Para qué habéis traído a casa tanto muchacho mal criado?

—Son nuestros amigos, hermana—repuso Badoret—. Hemos estado en el Capitol, y allí nos han dado un poco de vino. Siseta, aquí en el seno te traigo cinco guindas.

—Marrano, ¿piensas que las voy a comer de tus manos asquerosas? Ven acá, Gasparó. Este pobrecito no habrá comido nada. ¿Qué te han hecho en el pie que tienes sangre?

—Hermana, una bala de cañón pasó por donde estábamos, y si Gasparó no se hace para un lado, le lleva medio cuerpo; no le cogió más que la uña chica. ¡Si vieras qué valiente ha estado! Se metió debajo del cañón, y allí se estuvo mirando a los franceses que querían subir a la muralla. Y los amenazaba con el puño cerrado. ¡Bonito genio tiene mi niño! Pues no creas... Ningún francés se metió con él.

—Te voy a desollar vivo—le dijo Siseta—. Espera, espera a que bajemos. A ver si se marcha pronto de aquí toda esa canalla.

—No, que se aguarden un poco—indicó don Pablo—. Son unos jovenzuelos muy salados. Mira qué contenta está Josefina. Lo que quiero, Badoret, es que no metáis mucho ruido. Bailad y marchad de largo a largo por toda la casa; pero sin gritar, para que no se escandalice la vecindad. Y dime, Manalet: ¿traéis algo de comer?

—Yo traigo cinco guindas—dijo prontamente Badoret, sacándolas del seno.

—Dadme con disimulo, y sin que lo vea mi hija, todo lo que traigáis, que yo os daré ochavos para que compréis pólvora.

—Pauet tiene cuatro guindas—dijo Manalet.

—Pues vengan acá.

—Y yo tengo también un pedazo de pan que me sobró del que me dió la monja.

—Pepet —dijo otro de mis chicos—, trae acá ese medio pepino que le cogiste al soldado muerto.

—Yo doy este pedazo de bacalao—dijo otro, entregando la ofrenda en manos de don Pablo.

—Y yo, esta cabeza de gallina cruda —añadió un tercero.

En un momento se reunieron diversos manjares, tales como tronchos de col, que llevaban impreso el sello de las limpias manos de sus generosos dueños; garbanzos crudos que habían sido sacados por los agujeros de las sacas por sutilísimos dedos, algunos pedazos de cecina, andrajos de buñuelos, zanahorias, dos o tres almendras en confite que ya habían recibido muchas mordidas, y otras viandas tan liberalmente entregadas como alegremente recibidas. Procurando que no se enterase su hija, llamó don Pablo a la señora Sumta, que acababa de llegar en aquel instante, y llevándola tras el sillón de la enferma, le dijo:

—A ver si con todo esto compone usted una cena para la enferma. Es preciso hacerle creer que nadamos en la abundancia.

—¿Qué hemos de hacer con esto, señor, si no lo querrá ni la gata? En casa no falta que comer.

—¡Maldita sargentona! ¡Todo se lo han llevado, todo lo han saqueado unos malditos militares que se entraron aquí! Si usted no fuera tan entremetida, tan bocona y tan amiga de meterse donde no la llaman y de hablar lo que nadie le pregunta, no nos veríamos en ésta... Y no digo más. Avie usted una cena con esto, que mañana Dios dirá. ¿Se ha olvidado usted de cocinar? ¡Lástima que no se le reventara el fusil entre las manos, a ver si se curaba de sus locuras! A la cocina. ¡Uf! Pronto, a la cocina. Está usted apestando a pólvora.

Los muchachos, que, como todos los de su edad, eran de los que si se les da el pie se toman la mano, luego que se vieron autorizados por el dueño de la casa para hacer de las suyas, dieron rienda suelta a la bulliciosa iniciativa, y no fué gresca la que armaron. Rodeando la mesa que la enferma tenía ante

su sillón, no se dieron por satisfechos con mirar los distintos objetos que en ella había, sino que en todos pusieron las manos, tocando, tentando y moviendo cuanto vieron. Josefina, lejos de manifestar disgusto por tanta impertinencia, se reía de ver su inquietud. Por señas indicó a su padre que debía dar de cenar a los importunos visitantes, a lo que contestó con palabras y cierta festiva ironía don Pablo:

—Sí, ahora. Sumta les está preparando un opiparo banquete.

Padre e hija dialogaron un rato como Dios les dió a entender, y al fin la enferma, con voz clara y entera, habló así:

—No, no me pueden convencer de que no hay guerra en Gerona. Usted no ha ido de caza, sino a curar a los heridos, y estos chicos que vienen imitando a los soldados hacen ahora lo mismo que han visto.

—¡Qué habladora está!—dijo Nomdedéu—. Buen síntoma. En un año no le he oído tantas palabras juntas. Está visto que las travesuras y lindezas de estos muchachos han reanimado su espíritu. Andrés, y tú, Siseta, riámonos todos, mostrando hallarnos muy satisfechos.

Según la orden del amo, porrumpimos en sonoras risas, secundados al punto por el coro infantil. Don Pablo sentóse luego junto a ella, y tomando la pluma se preparó a comunicarle algo grave y largo y difícil de exprimir por señas, pues sólo en este caso se valía Nomdedéu del lenguaje escrito. Púseme tras de su asiento, y pude leer, mientras escribía, lo que sigue:

«Hija mía, tienes razón. Hay guerra en Gerona. Yo no te lo quería decir por no asustarte; pero pues lo has adivinado, basta de engaños y comedias. Ni yo he estado de caza, ni he pensado en ello. Voy a contarte lo ocurrido, para que no estimes ni en más ni en menos los sucesos de este gran día. Cierto es que los franceses han vuelto a poner cerco a Gerona. Hace tiempo que se presentó amenazándonos un ejército de doscientos mil hombres, mandados por el mismo emperador Napoleón en persona.»

Josefina, al leer esto, que era de lo más gordo, mirónos a todos, interrogándonos con los ojos acerca de la exactitud de tal noticia, y no necesitamos que

don Pablo nos lo advirtiera para hacer demostraciones afirmativas que hubieran convencido a la misma duda. El padre continuó así:

«Has de saber que ahora tenemos aquí un gobernador que llaman don Mariano Alvarez de Castro, el cual, en cuanto vió venir a los franceses, dispuso las cosas de manera que no quedara uno solo para contarlos. Concertó de modo que un ejército español de quinientos mil hombres, que estaba ahí por Aragón sin saber qué hacerse, viniese en nuestra ayuda por el lado de Montelibi, precisamente cuando los franceses nos atacaban esta mañana por el otro lado. Al amanecer rompieron el fuego; desde la muralla de Alemanes se veía a Napoleón I montado en un caballo blanco y con un grandísimo morrión todo lleno de plumas en la cabeza. Embisten los franceses... ¡Ay hija mía, habías tú de ver aquello! Nuestros soldados los barrían materialmente, y como a la hora de empezar el combate apareció el ejército de quinientos mil hombres como llovidos, los pobres *cerdos* no supieron a qué santo encomendarse. En fin, hija mía, les hemos dado una paliza tal, que a estas horas van todos camino de Francia con su emperador a la cabeza, con lo cual se acaba la guerra, y pronto tendremos aquí a nuestro rey Fernando.»

Josefina volvió a asesorarse de nosotros antes de dar crédito a tales maravillas.

«Yo no te lo había querido decir—continuó Nomdedéu—por no asustarte; pero el júbilo de la ciudad es tan grande, que ni aun tú, que estás tan retraída, podrias dejar de conocerlo. Lo mismo que estos chicos, andan los mayores por el pueblo, entregados a las manifestaciones de un delirante regocijo. Figúrate que en los pasados días los franceses que andaban por ahí no permitían llegar comestibles al pueblo, y hoy todo es abundancia, y, además de lo que puede venir, tenemos todo lo que al enemigo se ha cogido, que es, si no me engaño, tantos miles de bueyes, no sé cuántos millones de sacos de harina y los miles de los miles en gallinas, huevos, etc... Ya podemos marchar a Castellá cuando quieras...»

—Mañana mismo—dijo Josefina con afán.

«Sí, mañana mismo—escribió don Pablo—. Estamos como queremos, y jamás ha tenido Gerona temporada más alegre, más animada. La gente está loca de contento, y todo se vuelve cantos y bailes, y felicitaciones y regocijos. Como los víveres han entrado esta tarde con abundancia fenomenal, hija mía, yo te he traído de todo cuanto hay en la plaza, y aunque tu estómago sigue débil, creo que debes tomar de todo, con tal que sea en dosis muy pequeñas. Sobre todo, consulté a don Pedro, mi compañero en el hospital, y me dijo que convenia alimentarte con una gran diversidad de manjares, tomando de cada uno ración muy mínima, y cuidando, según lo ordena Hipócrates, de que alternen en un mismo plato la cecina y las guindas, los buñuelos con la leguminosa, *cicer pisum*, que llamamos garbanzo, y las almendras confitadas con esa planta salutífera que se conoce en la ciencia por *Beta vulgaris latifolia*, y que comúnmente llamamos acelga, manjar de gran virtud medicinal si se le mezcla con dulce, con nueces y hasta con un poquito de bacalao. Conque disparte a cenar, que mañana, si el día está bueno, se podrá ir a Castellá, aunque, a decir verdad, hija mía, ahora caigo en que tal vez sea difícil, porque todos los carros y caballerías del pueblo los ha tomado la Junta con objeto de organizar la gran procesión y cabalgata con que ha de celebrarse este triunfo sin igual. Pero será cosa de dos o tres días. Es preciso que te animes para salir a ver las iluminaciones de esta noche, aunque, hablando en puridad, no te conviene tomar el sereno, y para que participes de la común alegría, aquí tenemos a Andrés y a Siseta, que se prestarán a bailar delante de ti con los chicos un poco de sardana y otro poco de tirabou, comenzando esta noche, para que también en esta casa se manifieste la inmensa satisfacción y patriótico alborozo de que está poseída la ciudad. Como tú no oyes, suprimiremos el fluvio y la tanora, que sólo sirven para meter inútil ruido. Conque puedes dar la señal para que comience la fiesta. Yo voy un instante a preparar en el comedor la riquísima y abundante cena con que obsequiaremos a estos jóvenes, así como a los preciosos y bien educados niños.»

Y luego, volviéndose a Siseta y a mí, nos dijo:

—No hay más remedio. Es preciso bailar un poquito, aunque supongo, Andrés, que ese cuerpo, venido hace poco de Santa Lucía, no estará para sardanas. Pero, amigos, bailando hacéis una obra de caridad. ¡Quién lo había de decir! ¡Hay tantas maneras de practicar el santo Evangelio!

X

El lector no lo creerá; el lector encontrará inverosímil que bailásemos Siseta y yo en aquella lúgubre noche, precisamente en los instantes en que, incendiados varios edificios de la ciudad, ésta ofrecía en su estrecho recinto frecuentes escenas de desolación y angustia. Formando con ocho chiquillos un gran ruedo, bailamos, sí, obedeciendo a la apremiante sugestión de aquel padre cariñoso que nos pedía con lágrimas en los ojos nuestra cooperación en la difícil comedia con que engañaba el delicado espíritu de su hija; pero bailamos en silencio, sin música, y nuestras figuras movibles y saltonas tenían no sé qué aspecto mortuario. Nuestras sombras, proyectadas en la pared, remedaban una danza de espectros, y los únicos rumores que a aquel baile acompañaban eran, además de nuestros paseos, el roce de los vestidos de Siseta, el retemblar del piso y un ligero canto entre dientes de Badoret, que al mismo tiempo hacía ademán de tocar el fluiol y la tanora.

Por mi parte, sostenía interiormente una ruda lucha conmigo mismo para contraer y esforzar mi espíritu en la horrible comedia que estaba representando, e iguales angustias experimentaba Siseta, según después me dijo.

Al fin, la turbación moral, unida al cansancio, me hicieron exclamar: «Ya no puedo más», arrojándome casi sin aliento en un sillón. Lo mismo hizo Siseta.

Pero Josefina, que nos contemplaba con indecible satisfacción y agrado, pidiónos que bailásemos más, y con elocuentes miradas dirigidas a su padre, nos decía que éramos unos holgazanes sin cortesía. Vierais allí al buen don Pablo suplicándonos que bailáramos por la salvación eterna. ¿Y qué habíamos de hacer? Bailamos como insensatos se-

gunda y tercera tanda. Al fin nos sirvió de pretexto para descansar el hecho de servirse a la desgraciada joven la hipócrita cena de que antes he hecho mención, la cual fué acompañada de elocuentes discursos mímicos y orales del doctor Nomdedéu, quien ponderaba a su idolatrada enferma las excelencias del repugnante pisto, servido en nueve o diez platos en raciones microscópicas. Todo aquello era una farsa lúgubre que oprimía el corazón, y don Pablo, que la presidía, el infeliz don Pablo, escuálido, ojeroso, amarillo, trémulo, parecía haber salido de la sepultura y esperar el canto del gallo para volverse a ella. Siseta lloraba a escondidas, y algunos de los chicos, rendidos al poderoso sueño y a la gran fatiga, habían estirado los miembros y cerrado los ojos en diversos puntos, donde cada cual encontró mejor comodidad y fácil postura.

—Señor don Pablo—dijo al médico—, no nos mande usted bailar más, porque nosotros mismos creemos que estamos locos.

—Hijos míos—me contestó—, tengo el corazón partido de dolor. Necesito estar en batalla constantemente para contener las lágrimas que se me caen de los ojos. ¡Pobre Girona! ¿Existirás mañana? ¿Estarán mañana en pie tus nobles casas, y con vida tus valientes hijos? ¡Yo tengo espíritu para todo: para lamentar y llorar la muerte de mi ciudad natal y atender al cuidado de mi pobre hija! ¿Qué cuesta representar esta farsa? Nada: la pobrecilla se deja engañar fácilmente, y como su enfermedad no es otra cosa que una fuerte pasión de ánimo, en el ánimo se han de aplicar los cauterios, las cataplasmas, los tónicos y los emolientes que le he recetado esta noche. Puede que le hayamos salvado la vida. ¿Sabéis lo que significan en naturaleza tan delicada, tan sutilmente sensible, una triste o agradable impresión? Pues significa tanto como la vida o la muerte. Sí, hijos míos: si yo no cuidara de ocultar a mi hija las angustias que atravesamos, se debilitaría su ser de tal suerte, que el menor accidente la mataría, como un soplo de viento apaga la luz. Es preciso resguardar esta pobre lámpara del aire que la mata y darle el que la vivifica. Así va tirando, tirando, y quién sabe si la podré salvar. Sed, pues, caritativos y procurad diver-

tirla. Ved cómo se ríe; reparad qué precioso color han tomado sus mejillas. La creencia de que Gerona está llena de felicidades y la esperanza de ser llevada pronto a Castellá la fortifican y dan nueva vida. Esta noche marchamos bien; pero mañana, ¿qué haré, que le diré mañana? Si escasean cada día más los víveres, como es probable; si se declaran el hambre y la epidemia y caen bombas en parajes cercanos, o aquí mismo. ¿qué comedia representaremos? Dios me favorezca y me inspire, pues para su infinita misericordia nada hay imposible.

—Estoy muerto de cansancio—dije yo, viendo que Josefina pedía más baile—, y, además, es tarde y tengo que marcharme a mi puesto.

Siseta ya no podía tenerse en pie, y la señora Sumta, que yacía en el suelo con la inmovilidad de un talego, roncaba sonoramente, remedando en la cavidad de sus fosas nasales el lejano zumbido del cañón. Badoret, cansado ya de tocar en silencio el fluvio y la tamera, dormía como los demás chicos. Don Pablo, bastante generoso para no exigirnos imposibles, se apresuró a complacer a la enferma, poseída de cierto febril insomnio, y se puso a danzar en medio de la sala, haciendo corro con cuatro chicos de los más despabilados. Cuando yo salí, quedaba el pobre señor haciendo piruetas y cabriolas con ningún arte y mucha torpeza; pero su incapacidad para el baile, provocando la hilaridad de su hija, más le inducía a seguir bailando. Daba saltos, alzaba los brazos acompasadamente, se descoyuntaba de pies y manos, tropezaba a cada instante, inclinándose adelante o atrás; trazaba mil figuras grotescas y estrambóticas, que en otra ocasión me habrían hecho reír, y un sudor angustioso afluía de su rostro macilento, desfigurado por las muecas y visajes a que le obligaban el fatigoso movimiento y los agudos dolores de su herida. Nunca vi espectáculo que tanto me entristeciera.

XI

Lo que he referido a ustedes se repitió algunos días. Después vinieron circunstancias distintas, y todo cambió. Los franceses, escarmentados con la vigo-

sa y nunca vista defensa del 19 de septiembre, mediante la cual se estrellaron contra todos los puntos de la muralla que quisieron franquear, no se atrevían al asalto. Tenían miedo, dicho sea esto sin petulancia; conocían la imposibilidad de abrir las puertas de Gerona por la fuerza de las armas, y se detuvieron en su línea de bloqueo con intención de matarnos de hambre. El 26 de septiembre llegó del campo enemigo el mariscal Augereau, el cual dicen se había distinguido en las guerras de la República y en el Rosellón; trajo consigo más tropas, las cuales, poniéndonos por todos lados cerco muy estrecho, nos encerraron de modo que no podría entrar ni una mosca. No necesito decir a ustedes que los pocos víveres que había se fueron acabando hasta que no quedó nada, sin que el gobernador diera a esto importancia aparente, pues cada hora se sostenía más en su tema de que Gerona no se rendiría mientras él viviese, y aunque media población sucumbiera a las penas del hambre y a las calenturas que se iban desarrollando al compás de no comer.

Ya no era posible pensar en socorros, como no vinieran por los aires. Ya no teníamos el triste recurso de buscar la muerte en las murallas, porque ellos no se cuidaban de asaltarlas; era forzoso cruzarse de brazos y dejarse morir mirando la efigie impasible de don Mariano Alvarez, cuyos ojos vivos no paraban nunca, observando aquí y allí nuestras caras, por ver si alguna tenía trazas de desaliento o cobardía. Estábamos moralmente aprisionados entre las garras de acero de su carácter, y no nos era dado exhalar una queja ni un suspiro, ni hacer movimiento que le disgustara, ni dar a entender que amábamos la libertad, la vida, la salud. En suma, le teníamos más miedo que a todos los ejércitos franceses juntos.

Morir en la brecha es no sólo glorioso, sino hasta cierto punto placentero. La batalla emborrachaba como el vino, y deliciosos humos y vapores se suben a la cabeza, borrando en nuestra mente la idea del peligro, y en nuestro corazón el dulce cariño a la vida; pero morir de hambre en las calles es horrible, desesperante, y en la tétrica agonía, ningún sentimiento consolador ni risueña idea alborozan el alma, irritada y furiosa

contra el mísero cuerpo que se les escapaba. En la batalla, la vista del compañero anima; en el hambre, el semejante estorba. Pasa lo mismo que en el naufragio: se aborrece al prójimo porque la salvación, sea tabla, sea pedazo de pan, debe repartirse entre muchos.

Llegó el mes de octubre y se acabó todo, señores: acabáronse la harina, la carne, las legumbres. No quedaba sino algún trigo averiado que no se podía moler. ¿Por qué no se podía moler? Porque nos comimos las caballerías que movían los molinos. Se pusieron hombres; pero los hombres, extenuados de hambre, se caían al suelo. Quedaba el recurso de comer el trigo como lo comen las bestias: crudo y entero. Algunos lo machacaban entre dos piedras y hacían tortas, que cocían en el rescoldo de los incendios. Aún quedaban algunos asnos; pero se acabó el forraje, y entonces los animalitos se juntaban de dos en dos y se mantenían comiéndose mutuamente sus crines. Fué preciso matarlos antes que enflaquecieran más, y al fin la carne de asno, que es la más desabrida de las carnes, se acabó también. Muchos vecinos habían sembrado hortalizas en los patios de las casas, en tiestos y aun en las calles; pero las hortalizas no nacieron. Todo moría: humanidad y naturaleza; todo era esterilidad dentro de Gerona, y empezó una guerra espantosa entre los diversos órdenes de la vida, destruyéndose de mayor a menor. Era una guerra a muerte en la animalidad hambrienta, y si junto al hombre hubiera existido un ser superior, nos habiéramos visto cazados y engullidos.

Yo padecía las más crueles penas, no sólo por mí, sino por la infeliz Siseta y sus tres hermanos, que carecían absolutamente de todo. Los chicos eran al principio los mejores librados, porque ellos salían a la calle, y merodeando o husmeando aquí y allá, siempre sacaban alguna cosa; pero Siseta, la pobre Siseta, no tenía más amparo que yo, y yo me volvía loco para buscarle sustento. Había, sí, algunos víveres en la plaza, y se encontraban pececillos del Oñá, que más que peces parecían insectos, y pájaros escuálidos que eran cazados desde los tejados; también había alguna carne de mulo y de perro; pero para adquirir estos artículos se necesitaba dinero, mucho dinero, y nosotros no teníamos.

La ración de trigo seco había llegado a sernos tan repugnante como un veneno.

Don Pablo Nomdedéu gastaba todos sus ahorros para poner a su hija una mala comida, y fué de los que dieron por una gallina dieciséis o veinte pesos cuando algún payés, afrontando mil peligros y venciendo obstáculos mil, lograba entrar en la plaza. En los días de la gran escasez, la señora Sumta no bajaba a casa de Siseta, y los chicos se secaban los ojos mirando a la escalera por ver si descendía por ella algo de maná. Llegó también el día en que Badorret, Manalet y Gasparó se cansaron de sus correrías por las calles, porque de todas partes eran expulsados los muchachos vagabundos por la mala opinión que había respecto a la limpieza de sus manos. Flacos y casi desnudos, mis tres hermanos o mis tres hijos, pues como a tales los traté siempre, inspiraban profunda compasión, y formando lastimero grupo junto a Siseta, permanecían largas horas en silencio, sin juegos ni risas, tan graves como ancianos decrepitos, inertes y quebrantados, sin más apariencia de vida que el resplandor de sus grandes ojos negros, llenos de ansioso afán. Siseta los miraba lo menos posible, deseando así conservar la calma que se había impuesto como un deber, y hasta se atrevía a mostrar severidad, creyendo equivocadamente que en tal trance la fuerza moral servía de alguna cosa.

Yo estuve tres días sin verlos, porque mis obligaciones me impedían ir a la casa. Cuando fui, encontrélos en la situación que he descrito.

Desde luego, admiré la entereza de los pobres niños, bastante inteligentes para no importunarnos pidiéndonos lo que sabían no podíamos darles. Únicamente Gasparó, comiéndose sus puños y bebiéndose sus lágrimas, faltaba a la circunspección sostenida por sus hermanos. Llegó un momento en que Siseta, no pudiendo contener su dolor, empezó a llorar amargamente, registrando después los últimos rincones de la casa por ver si aparecía de milagro alguna vianda. Yo salí, volví a entrar, salí de nuevo y regresé, después de dar mil vueltas, con la terrible evidencia de que no podía encontrar nada.

Repentinamente me ocurrió una idea salvadora.

—Siseta—dije a mi amiga—, hace días que no veo a *Pichota*; pero supongo que estará por ahí con sus tres gatitos.

—¡Oh!—me respondió con dolor—. ¿No sabes que el señor don Pablo ha acabado con toda la familia? ¡Pobre *Pichota*! El dice que es una carne excelente; pero yo creo que me moriría de hambre antes de comerla.

—¿Ha muerto *Pichota*? No sabía nada. ¿Y también los tres angelitos?...

—No te lo quería decir. En estos últimos días que has faltado de casa, don Pablo bajaba con frecuencia. Un día se me puso delante de rodillas, rogándome que le diera algo para su hija, pues ya no tenía víveres ni dinero para comprarlos. Cuando esto me decía, uno de los gatitos me saltó al hombro, y don Pablo, echándole mano con mucha preseteza, se lo guardó en el bolsillo. Al día siguiente bajó de nuevo y me ofreció los muebles de su sala si le daba otro de los hijos de *Pichota*; y sin aguardar mi contestación, entró en la cocina, después en el cuarto oscuro, púsose en acecho, y lo mismo que un gato caza al ratón, así cazó él al gato. Cuando salió, tuve que curarle los arañazos que en la cara traía. El tercero pereció de la misma manera, y después de esto, *Pichota* ha desaparecido de la casa, tal vez por haber comprendido que no está segura.

Siseta y yo convinimos en que era urgente rezar, con la esperanza de que a fuerza de ruegos nos enviase Dios, por sus misteriosos caminos, algo de lo que tanto necesitábamos. Pero rezamos y Dios no nos mandó nada.

XII

Meditaba yo sobre la deserción del pobre animal, cuando se nos presentó de repente Nomdedéu. Su aspecto era por demás macilento y cadavérico, habiendo perdido, a fuerza de padeceres físicos y morales, hasta aquella bondadosa expresión y el dulce acento que le distinguían. Su vestido estaba desordenado y roto, y traía la escopeta de caza y un largo cuchillo de monte.

—Siseta—dijo bruscamente, y olvidándose de saludarme, a pesar de que hacía algunos días que no nos veía-

mos—, ya sé dónde está esa pícara *Pichota*.

—¿En dónde está, señor don Pablo?

—En el desván que hay en el fondo del patio, y que servía de pajar y granero cuando yo tenía caballo.

—Tal vez no será ella—dijo mi amiga en su generoso anhelo de salvar al pobre animal.

—Sí, es ella; te digo que es ella. A mí no se me despinta *Pichota*. La muy tudenta saltó esta mañana por la ventana de la despensa y me robó un pernil que allí tenía. ¡Qué atrevimiento! ¡Comerse la carne de su propio hijo! Es preciso acabar con ese animal, Siseta, ya te he dado gran parte de mis muebles en cambio de los gazapos. No me queda otra cosa de valor que mis libros de medicina. ¿Los quieres a trueque de la gata?

—Señor don Pablo, ni los muebles ni los libros tomaré; coja usted a *Pichota*, y ya que nos vemos reducidos a tal extremidad, dé una parte a mis hermanos.

—Está bien—respondió Nomdedéu—. Andrés, ¿te atreves a cazar ese terrible animal?

—No creo que sean precisos tantos pertrechos militares—respondí.

—Pues yo sí lo creo. Vamos allá.

Badoret y su hermano quisieron seguirnos; pero Siseta los contuvo, diciéndoles que no fueran curiosos y entremetidos, y solos el médico y yo subimos al desván, entrando despacio y con precauciones por temor a ser acometidos del rabioso carnicero, a quien el hambre y el instinto de conservación debían de haber dado una ferocidad extraordinaria. Don Pablo, porque la presa no se nos escapara, cerró por dentro la puerta, y quedamos casi en completa oscuridad, pues la débil luz que por un estrecho ventanillo entraba no aclaró el lóbrego recinto sino cuando nuestros ojos fueron perdiendo poco a poco el deslumbramiento de la luz exterior; multitud de objetos, muebles viejos y destrozados, obstruían buena parte de la estancia, y sobre nuestras cabezas flotaban densos cortinajes de telarañas, guarnecidos por el polvo de un siglo. Cuando empezamos a ver los contornos y las oscuras tintas del recinto, buscamos con los ojos a la prófuga; pero nada vimos, ni se oyó ruido al-

guno que indicase su presencia. Manifesté mis dudas a don Pablo; pero él me dijo:

—Sí, aquí está; la vi entrar hace un momento.

Movimos algunas cajas vacías; arrojamos a un lado pedazos de silla y un pequeño tonel, y entonces sentimos el roce de un cuerpo que se deslizaba en el fondo de la pieza, atropellando los hacinados objetos. Era *Pichota*. Vimos en el fondo oscuro sus dos pupilas de un verde aurífero, vigilando con feroz inquietud los movimientos de sus perseguidores.

—¿La ves?—dijo el doctor—. Toma mi escopeta y suéltale un tiro.

—No—repuse, riendo—. Es muy fácil errar la puntería. De nada sirve en este caso el fusil. Póngase usted a ese lado y déme el cuchillo.

Las dos pupilas permanecían inmóviles en su primera posición, y aquella lumbre verdosa y dorada, que no se parece a la irradiación de ninguna otra mirada ni de piedra alguna, produjo en mí fuerte impresión de terror. Después distinguí el bulto del animal, y sus manchas parduscas y negras sobre amarillo se multiplicaban a mis ojos, ensanchando su cuerpo hasta darle las proporciones de un tigre. Yo tenía miedo, ¿a qué negarlo con pueril soberbia?, y por un momento sentíme arrepentido de haber emprendido obra tan difícil. Don Pablo, que tenía más miedo que yo, daba diente con diente.

Celebramos consejo de guerra, del cual salió que debíamos tomar la ofensiva; pero cuando cobrábamos algún valor, sentimos un sordo ronquido, un ruido entre arrullo y estertor que anunciaba las disposiciones hostiles de *Pichota*. En su lenguaje, la gata nos decía: «Asesinos de mis hijos, venid acá, que os espera.»

Pichota, que primero estaba en postura de esfinge, se agachó, sentando la angulosa cabeza sobre las patas delanteras, y entonces su mirada cambió, despidiendo una luz azul que proyectaba de dos rayas verticales. Parecía fruncir el torvo ceño. Luego irguió la cabeza; pasóse las patas por la cara, limpiando los largos bigotes, y dió algunas vueltas sobre sí misma, para bajar a un sitio más cercano, donde se puso en actitud de salto. La fuerza muscular de

estos animales en las articulaciones de sus patas traseras es inmensa, y desde su puesto podía saltar hasta nosotros. Observé que las miradas del animal se dirigían más rectamente a don Pablo que a mí.

—Andrés—me dijo—, si tú tienes miedo, yo me voy encima de ella. Es una vergüenza que un animal tan pequeño acobarde de este modo a dos hombres. Sí, señora *Pichota*, nos la comemos a usted.

Parece que el animal oyó y entendió estas amenazadoras palabras, porque aún no había acabado de pronunciarlas mi amigo cuando con ligereza suma lanzóse sobre él, haciéndole presa en el cuello y hombros. La lucha fué breve, pues la gata había puesto ya en ejecución el conjunto de su potencia ofensiva, de modo que el resto del combate no podía menos de sernos favorable. Acudí en defensa de mi amigo, y el animal cayó al suelo, llevándose en las uñas algunas partículas de la persona del buen doctor y haciéndome a mí algunos desperfectos en la mano derecha. Corrió luego en distintas direcciones; pero al lanzarse sobre mí, tuve la buena suerte de recibirla con la punta del cuchillo de monte, lo cual puso fin al desigual combate.

—Este animal es más temible de lo que creí—me dijo don Pablo, apoderándose del cuerpo palpitante.

—Ahora, señor Nomdedéu—indiqué yo—, partiremos como hermanos la presa.

El doctor hizo una mueca que indicaba su profundo disgusto, y limpiándose la sangre del cuello, me dijo con tono agresivo, que por primera vez oí de sus labios:

—¿Qué es eso de partir? Siseta contrató conmigo a *Pichota* a cambio de mis libros. ¿Tú sabes que mi hija no ha comido nada ayer?

—Todos somos hijos de Dios—repuse—, y también Siseta y los de abajo han de comer, señor don Pablo.

Nomdedéu se rascó la cabeza, haciendo con boca y narices contracciones bastantes feas, y tomando el animal por el cuello, me dijo:

—Andrés, no me incomodes. Siseta y los bergantes de sus hermanos pueden alimentarse con cualquier piltrafa que busquen en la calle: pero mi enferma

necesita ciertos cuidados. Tras hoy viene mañana, y tras mañana, pasado. Si ahora te doy media *Pichota*, ¿qué comerá mi hija dentro de un par de días? Andrés, tengamos la fiesta en paz. Busca por ahí algo que echar a tus chiquillos, que ellos con roer un hueso quedarán satisfechos; pero haz el favor de no tocarme a *Pichota*.

De esta manera, el corazón de aquel hombre bondadoso y sencillo se llenaba de egoísmo obedeciendo a la ley de las grandes calamidades públicas en las cuales, como en los naufragios, el amigo no tiene amigo, ni se sabe lo que significan las palabras prójimo y semejante. Oyendo a don Pablo, despertóse en mí igual sentimiento egoísta de la vida, y vi en él un aborrecido partícipe de la tabla de salvación.

—Señor Nomdedéu—exclamé con súbita cólera—, he dicho que *Pichota* se partirá, y no hay más sino que se partirá. El médico, al oír este resuelto propósito, miróme con profunda aversión por algunos segundos. Sus labios temblaban sin articular palabra alguna; púsose pálido, y luego con un gesto repentino, me empujó hacia atrás fuertemente. Yo sentí que mi sangre, abrasada, corría hacia el cerebro; un repentino escalofrío que circuló por mi cuerpo me crispaba los nervios. Cerrando los puños, alargué las manos casi hasta tocar con ellas la cara de Nomdedéu, y grité:

—¿Conque no se parte *Pichota*? Pues mejor. Mejor, porque es toda para mí. ¿Qué tengo yo que ver con la señorita Josefina, ni con sus males ridículos? Déle usted telarañas.

Nomdedéu rechinó los dientes, y sin contestarme se fué derecho hacia el animal, que yacía en tierra desangrándose. Hice yo igual movimiento; nuestras manos se chocaron; forcejeamos un breve instante; descargué sobre él mis puños, y Nomdedéu rodó por el suelo largo trecho, dejándome en completa posesión de la presa.

—¡Ladrón!—gritó—. ¿Así me robas lo que es mío? Aguarda y verás.

Recogiendo la víctima, me dispuse a salir. Pero Nomdedéu corrió, mejor dicho, saltó como un gato hacia donde estaba la escopeta, y, tomándola, me apuntó al pecho, diciendo con trémula y ronca voz:

—¡Andrés, canalla, suéltala, o te asesino!

Miré en derredor mío, buscando el cuchillo de monte; pero ya don Pablo lo tenía en el cinto. Corrí a la puerta del desván y no pude abrirla; entróme de súbito un terror que no pude vencer, y salté maquinalmente, sin saber lo que hacía, hacia los cajones vacíos, los muebles viejos y el montón de cachivaches donde se nos había aparecido *Pichota*. Mis pies se hundían entre tablas desvencijadas, cuyos clavos me lastimaban, y mi cabeza tropezó con las vigas del techo, haciendo caer el polvo, la polilla y las repugnantes inmundicias depositadas por dos siglos.

—¡Bárbaro—grité desde arriba—, ya me las pagarás todas juntas!

Pero Nomdedéu seguía tras mí, buscando la puntería, y con pie firme hollaba las rotas tablas: yo corrí de un extremo a otro, seguido por él, y dimos varias vueltas, subiendo, bajando, hundiéndonos y levantándonos en los desfiladeros, laberintos y sinuosidades de aquella caverna.

Por fin, habiendo salido el tiro, Nomdedéu extendió su hocico como ávido cazador, por ver si me había alcanzado. Felizmente, la bala no me tocó.

—No me ha tocado—dije con furiosa alegría, disponiéndome a caer sobre mi enemigo.

Pero él desenvainó al instante su cuchillo, y, con acento más frenéticamente alegre que el mío, gritó en medio del desván:

—¡Ven, ven!... ¡Ladrón, que quieres matar de hambre a mi hija!... Suelta a *Pichota*; suéltala, miserable.

Y, sin esperar a que yo le acometiera, corrió hacia mí. Entróme mayor pánico que cuando me perseguía con la escopeta, y de nuevo nos lanzamos a los precipicios en miniatura, tropezando y saltando, yo delante, él detrás; yo gritando, él rugiendo, hasta que, rendido de fatiga, caí entre destrozadas tablas que me impedían todo movimiento. Me encontré débil y me reconocí cobarde, sintiéndome incapaz de luchar con aquella furia, metamorfosis del hombre más manso, más generoso y humanitario que yo había conocido.

—Señor don Pablo—le dije—, tome usted a *Pichota*. No puedo más. Se ha vuelto usted tigre.

Sin contestarme nada, y mostrando la horrible agitación y crisis de su alma en un sordo mugido, recogió el animal, que yo había arrojado lejos de mí, y, abriendo la puerta, se marchó.

Pasada la irascibilidad de aquel cuarto de hora, apenas me podía tener; salí, bajé a casa de Siseta, y cuando ésta me vió magullado, arañado y cubierto de polvo, tuvo miedo. En pocas palabras contéle lo ocurrido, y los tres muchachos me oyeron con espanto.

—No hay nada por hoy—les dije con angustia—. Voy a la calle a ver si encuentro una persona caritativa.

Siseta se abrazó a sus hermanos, derramando lágrimas de desesperación, y yo corri desalado fuera de la casa. En la calle marchaba como un ebrio, sin dirección, ni aplomo, ni camino, y con la mente en ebullición, cargada, atestada y henchida de criminales ideas.

XIII

A mi paso encontraba las familias desvalidas, formando horriblos grupos de desolación en medio de la vía pública, con los pies en el lodo, guarecida la cabeza del sol y la lluvia bajo miserables toldos de sucias esteras. Se arrancaban de las manos unos a otros la seca raíz de las legumbres, el fétido pez del Oñá, las habas carcomidas y los huesos de animales no criados para la matanza. Diestros carniceros, improvisados por la necesidad, perseguían por todos los rincones de Gerona a los pobres perros, que, bastante inteligentes para comprender su trágica suerte, buscaban refugio en lo más recóndito, y aún se atrevían a traspasar la muralla, corriendo a escape hacia el campo francés, donde eran acogidas con aplauso y algazara tales pruebas de nuestra penuria. Por todas partes, en sótanos y tejados, los gatos se defendían con sus ásperas uñas del ataque de la humanidad empeñada en vivir.

Los soldados recibían su ración de trigo seco; pero los habitantes de la ciudad tenían que buscarse el sustento como Dios les daba a entender. La caza y la pesca eran la ocupación más importante. En cuanto a trabajos milita-

res, no había nada, porque nuestra situación consistía en recibir bombas y granadas, sin poder apenas devolver los saludos. En varias partes pedí que me dieran algo para unos pobres huérfanos; pero la gente me miraba con indignación, y alguno me echó en cara mi robustez. Yo estaba en los puros huesos.

En la calle de Ciudadanos y en la plaza del Vino (1) vi muchos enfermos que habían sido sacados de los sótanos para que se murieran menos pronto. Su mal era de los que llamaban los médicos «fiebre nerviosa castrense», complicada con otras muchas dolencias, hijas de la insalubridad y el hambre; y en los de tropa, todas estas molestias caían sobre la fiebre traumática.

Sin quererlo yo, me apartaba a cada instante de mi objeto, que era buscar alimento para mis niños, y aquí me llamaban para que ayudase a arrastrar un enfermo; allí me rogaban que ayudara a poner tierra encima de los cadáveres. Mi deseo era arrojarme con los demás en medio del arroyo, esperando la muerte; pero el ejemplo de algunos que resistían con sin igual tesón el cansancio, me obligaba a seguir en pie. En la calle de la Zapatería Vieja sacamos fuera de los sótanos a varios clérigos, ancianos y niños, mereciendo en premio de nuestro servicio algunos pedazos de pan negro o de cecina. Los otros devoraban su parte; pero yo guardé la mía, adquiriendo con su posesión la fuerza moral que había perdido.

La calle o callejón de la Forsa, que conduce desde la Zapatería Vieja a la catedral, era una horrible sentina, una acequia angosta y lóbrega, donde algunos seres humanos yacían como en sepultura, esperando quien los socorriese o quien los matase. Entramos en ella, conducidos por don Carlos Beramendi, hombre de gran mérito que se multiplicaba para disminuir en lo posible las desgracias de la ciudad, y recogimos los cuerpos vivos y medio vivos, muertos y medio muertos, sacándolos a las gradas de la catedral, donde los bañasen aires menos corrompidos. La catedral ya no podía contener más enfermos, y la plaza se fué

(1) Hoy de la Constitución.

convirtiendo en hospital al descubierto. Allí vi aparecer en lo alto de la gradería a don Mariano Alvarez, que daba algunas disposiciones para el socorro de los heridos. Su semblante era en toda Gerona el único que no tenía huellas de abatimiento ni tristeza, y conservábase tal como el primer día del sitio. Gran número de gente le rodeaba, y entre ellos vi con sorpresa a don Pablo Nomdedéu con otros médicos, individuos de la Junta de salubridad, y varias personas influyentes. La multitud vitoreó a Alvarez, quien no dijo nada, absteniéndose de manifestar disgusto ni alegría por la ovación, y descendió tranquilamente. La gradería ofrecía el más lamentable aspecto, y con la algazara de los vivas y aclamaciones dirigidos al gobernador, era difícil oír las quejas y lamentos. Desde lejos se observaba claramente que muchos de los que componían la comitiva del héroe estaban afligidos ante tan doloroso espectáculo. Sin duda hablaban a don Mariano de la escasez de víveres, porque se oyó una voz de protesta, que dijo: «Señor, cuando no haya otra cosa comeremos madera.»

En esto llegó junto a mí don Pablo, que se había separado un poco de la comitiva.

—¡Comer madera!—exclamó—. Eso se dice, pero no se hace. Andrés, me alegro de verte por aquí. ¿Cómo estás?... ¿Y Siseta y los chicos?

Aunque empezaba a extinguirse en mi alma el resentimiento, amenacé con el puño a Nomdedéu.

—¡Ah, todavía me guardas rencor por lo de esta mañana!—dijo—. Andresillo, en estos casos no es uno dueño de sí mismo. Yo me espantaba entonces y me he espantado después de encontrarme tan bárbaro y salvaje. Se trata de vivir, Andrés, y el pícaro instinto de conservación hace que el hombre se convierta en fierecita. Que yo sea capaz de matar a un semejante, es cosa que no se comprende, ¿no es verdad? ¡Ay amigo mío! La idea de que mi hija me pide de comer y no puedo darle nada, ahoga en mí el patriotismo, el pensamiento, la humanidad, trocándose en una bestia. Andrés, no somos más que miseria. Indigno linaje humano, ¿qué eres? Un estómago, y nada más. Se avergüenza uno de ser hom-

bre cuando llegan estos casos, en que todas las relaciones sociales desaparecen y reina la Naturaleza pura. Pero estoy viendo que el número de los heridos es inmenso. Hoy hemos estado haciendo el recuento de medicinas, y no hay ni para la décima parte en un solo día. ¿Adónde vamos a parar? ¿Es posible que esto se prolongue? No, no puede ser. Mira qué horroroso aspecto presenta la gradería cubierta de cuerpos humanos.

En efecto, los cien escalones que conducen a la catedral ofrecían, en pavoroso anfiteatro, un cuadro completo de los males de la heroica ciudad.

Alvarez, con su comitiva, seguía bajando, y la multitud apartábase para abrirle paso.

—Señor—le dijo Nomdedéu, volviéndome la espalda—, olvidé decir a vuestreza que los medicamentos que tenemos no bastan ni para la décima parte.

Don Mariano miró friamente y sin marcada expresión al médico. ¡Qué bien vi entonces al célebre gobernador, y cuán presentes se quedaron desde entonces en mi mente sus facciones, su mirar y sus palabras! La cara pálida y curtida, los ojos vivos, el pelo cano, la figura delgada y enjuta, la contextura de acero, la fisonomía imperturbable y estatuaría, la tranquilidad y la serenidad juntas en su semblante: todo lo examiné y todo lo retuve en la memoria.

—Si no hay bastantes medicinas—repuso—, empleense las que hay, y después se hará lo que convenga.

Esta muletilla de *lo que convenga* era muy suya, y con ella solía terminar sus discursos y amonestaciones, siendo en él muy natural decir: «Si no se puede resistir el asalto y los franceses entran en la ciudad, moriremos todos, y después se *hará lo que convenga*.»

—Pero, señor—añadió don Pablo—, los enfermos no admiten espera. Si no se los cura..., se podrá tirar un día, dos...

Alvarez paseó serenamente la vista por el anfiteatro, y después, volviéndose a Nomdedéu, le dijo:

—Ninguno de ellos se queja. Pronto recibiremos auxilios. La plaza no se rendirá, señor Nomdedéu, por falta de medicinas. ¿No discurre usted algún medio para aliviar la suerte de los enfermos y heridos?

—¡Oh, sí, señor!—dijo el médico, alentado por algunos de la comitiva, que murmuraron frases más en consonancia con los pensamientos del médico que con los del gobernador—. Me ocurre que Gerona ha hecho ya bastante por la religión, la patria y el rey. Ha llegado ya al límite de la constancia, señor, y exigir más de esta pobre gente es consumir su completa ruina.

Alvarez agitó ligeramente el bastón de mando en la mano derecha, y, sin inmutarse, dijo a Nomdedéu.

—Veo que sólo usted es aquí cobarde. Bien: cuando ya no haya víveres, nos comeremos a usted y a los de su ralea, y después resolveré lo que más convenga.

Cuando acabó de hablar, callaron todos de tal modo, que se oía el zumbido de las moscas. Nomdedéu volvió atrás la cabeza, buscándose con la vista, para disimular su turbación, y harto confuso hubo de abandonar la comitiva. Hasta mucho después que ésta pasara no recobró el uso de la palabra mi buen doctor, y estaba pálido y tembloroso, señal inequívoca de su miedo.

—Andrés—me dijo en voz baja, tomándome del brazo y llevándome en dirección de la plaza de San Félix—, ese hombre va a acabar con nosotros. Yo soy patriota, sí, señor; muy patriota; pero todo tiene su límite natural, y eso de que lleguemos a comer nos unos a otros me parece una temeridad salvaje.

—La entereza de don Mariano—le respondí—nos llevará a tragarnos mutuamente; pero, por lo que a mí toca, y mientras sepa que ese hombre está vivo, antes me comeré a mordidas mi propia carne que hablar de capitulación delante de él.

—Grande y sublime es su constancia—me dijo—; yo la admiro y me congratulo de que tengamos al frente de la plaza un hombre cuya memoria ha de vivir por los siglos de los siglos. ¡Oh, si yo fuera solo en el mundo, Andrés! Si yo no tuviera más que mi indigna persona, si no tuviera otro cuidado que la visita al hospital y el recorrido de los enfermos que están en la calle, yo mismo le diría a don Mariano: «Señor, no nos rindamos mientras haya uno que pueda vivir almorzándose a los demás.» Pero mi hija no tiene la

culpa de que una nación quiera conquistar a otra... Sin embargo, humillemos la frente ante la voluntad de Dios, de la cual es ejecutor en estos días ese inflexible don Mariano Alvarez, más valiente que Leónidas, más patriota que Horacio Cocles, más enérgico que Escévola, más digno que Catón. Es éste un hombre que en nada estima la vida propia ni la ajena, y como no sea el honor, todo lo demás le importa poco. En las jornadas de septiembre, cuando Vives, el capitán de Utonia, se disponía para una pequeña excursión al campo enemigo, preguntó a don Mariano que adónde se acogería en caso de tener que retirarse. El gobernador le contestó: «Al cementerio.» ¿Qué te parece? ¡Al cementerio! Es decir, que aquí no hay más remedio que vencer o morir; y como vencer a los franceses es imposible, porque son ciento y la madre, saca la consecuencia. ¡Esto entusiasmo, Andresillo! Se le llena a uno la boca diciendo: ¡Viva Gerona y Fernando Séptimo!; le parece a uno que ya está viendo las historias que se van a escribir ensalzándonos hasta las nubes; pero yo quisiera poder gritar: ¡Viva España y viva Josefina!, o que al menos entre las ruinas humeantes de esta ciudad y entre el montón que han de formar nuestros cuerpos despedazados, se alzara rebosando salud mi querida hija única, que nunca ha hecho mal a España, ni a Francia, ni a Europa, ni a las potencias del Norte ni del Sur. El doctor detúvose a examinar varios enfermos, y corrí a casa de Siseta para llevarles lo poco que había recogido.

XIV

Casi juntamente conmigo entró Badorret, que había salido a hacer una excursión por la plaza de las Coles, y volvía tan alegre y saltón, que le juzgué portador de víveres para ocho días.

—¿Qué hay, Badorret?—le preguntamos Siseta y yo.

Nos contestó abriendo los puños para mostrar algunas piezas de cobre, y cerrábalos después, bailando con frenesí en medio de la sala.

—¿De dónde traes eso? ¿Lo has cogido en alguna parte?—le preguntó su

hermana con enojo, sospechando sin duda que el chico había hecho incursiones lamentables en la propiedad ajena.

—Me los han dado por el ratón..., Andrés; un ratón tan grande como un burro. En cuanto llegué con él a la plaza, un viejo soltó tres reales por él.

—¿Para comérselo?—exclamó Siseta con horror.

—Sí—repuso Badoré, dándole los cuartos—. Tú no quisiste, pues a venderlo.

—Mira, Andrés—me dijo Siseta—: luego que tú te fuiste, estos condenados bajaron al patio, y por la puertecilla que está junto al pozo se metieron en la casa del canónigo don Juan Ferragut, que está abandonada, como sabes. A poco volvieron con una rata tan grande como de aquí a mañana... ¡Qué patas! ¡Qué rabo!

—La carne de este precioso e inteligentísimo animal—dije yo, dando a Siseta lo que llevaba—no es mala, según dicen los muchos que en Gerona la están consumiendo. Por ahora, muchachos, remediémonos con esto que os traigo, y Dios dará más adelante otra cosa.

Comimos, si así puede llamarse una refacción tan exageradamente sobria, que más parecía hecha para dar entretenimiento a los dientes que sustancia al cuerpo. Yo me dormí sobre el suelo poco después, y cuando desperté, Siseta, con gran aflicción, me dijo:

—Gasparó está malo. Ha cesado de llorar, y está como desmayado, con el cuerpo ardiente, y temblando de escalofríos. ¿Tardará en volver el señor Nomdedéu?

Examiné al chico, y su aspecto me hizo temblar, porque no dudé un momento que estuviese atacado de la fiebre a que sucumbía diariamente parte de la población; pero procuré tranquilizar a su hermana, asegurando que los síntomas del mal que tenía delante no eran parecidos a los que a todas horas se observaban en los sitios más públicos de la ciudad. Siseta, en su buen sentido, no daba crédito a mis consuelos, comprendiendo la gravedad de su hermanito. Con la mayor naturalidad del mundo, y olvidando, en su preocupación, las circunstancias de la ciudad, me mandó que le llevase algunas medicinas, y tuve que emplear mil rodeos y circunlocuciones para decirle que no

las había. La infeliz muchacha estaba inconsolable.

Una hora después entró don Pablo Nomdedéu, al cual llamamos para que asistiese al enfermo, y se prestó a ello de buen grado.

—¡Pobre Gasparó!—exclamó al verle—. Ya he dicho que, con los alimentos que diariamente se consumen aquí, estos chicos no han de llegar a viejos.

—Pero mi hermano no se morirá, señor don Pablo—afirmó Siseta, llorando—. Usted, que es tan buen médico, le curará.

—Hija mía—repuso fríamente el doctor—, tiende la vista por esas calles y observa de qué valen los buenos médicos. Lo que respiramos en Gerona no es aire: es una sutil, invisible materia cargada de muertes. ¡Ay!, vivimos por especial don de Dios, los que vivimos. Tenemos un gobernador de bronce que manda resistir a estos hombres que se caen muertos por momentos. Don Mariano Alvarez no ve en el cuerpo humano sino una cosa con que rellenar los cementerios, y que, si no puede servir para batirse, no sirve para nada. El no atiende más que al inmortal espíritu, y fijando su atención en la vida perpetua que con los miserables ojos de la carne no podemos ver, desprecia todo lo demás. Sí, la magnitud de ese hombre me tiene asombrado, por lo mismo que es superior a mí. El gobernador resistirá el hambre, las privaciones, las enfermedades, mientras tenga una gota de sangre que mantenga en pie la urna de su gran espíritu, pues su alma es el alma menos atada al cuerpo que he conocido; y si no pudiese resistir, será capaz de comerse a sí mismo... Pero veamos qué se hace con ese pobre Gasparó, hija mía; yo creo que debes ir a enterrarle a la plaza del VINO, donde se ha hecho una gran fosa, porque si dejamos aquí su pobre cuerpo, puede corromperse la atmósfera de esta casa más de lo que está.

—¿De modo que usted le da por muerto?—preguntó Siseta con desesperación.

—Siseta, nuestra misión, en el estado a que han llegado las cosas, sin alimentos ni medicinas que recomendar, se reduce a evitar los horribles efectos de la descomposición atmosférica. Si pudiéramos tener a mano buenas tazas de caldo, un poco de vino blanco y algunos emolientos y eméticos, creo que se

ría fácil tornar la salud a la robusta naturaleza de ese niño; pero es imposible: no hay nada. ¡Felices los que se mueren! Si no consigo salvar a mi hija, me pondré en la muralla, cuando haya otro asalto, para morir gloriosamente... ¡Pobre Gasparó, con cuánto placer te cuidaría si viera en ti esperanzas de vida! Siseta, sentiría mucho que mi hija conociera la proximidad de un moribundo. En caso de que Gasparó lllore o chillé, le mandarás callar. Adiós, adiós, hijos míos; cuidado con mis instrucciones.

Y subió. Tenía todas las apariencias de un loco.

Siseta destrozó un mueble, calentó agua con él y dióse a aplicar al enfermo en diversas formas una terapéutica de su invención, compuesta de agua tibia en bebida, en cataplasmas, en frías, en rociadas, en parches. Como advirtiera cierta quietud en el enfermo, creyólo repentina mejoría, por efecto de sus extraordinarios específicos, y dijo, con tanta inocencia como alegría:

—Andrés, me parece que está mejor. Se ha dormido. Mi madre decía que el agua del Oñá era la mejor medicina del mundo, y con agua se curaba ella todos sus males. ¿Ves cómo está más tranquilo? Cuando despierte querrá ir a jugar con sus hermanos. Pero ¿dónde están esos malditos? ¡Badoret, Manalet!...

Siseta los llamó gritando varias veces, y los muchachos no parecían. Estaban en la casa del canónigo.

Yo subí a ver a don Pablo y a su hija, y encontré a ésta tan abatida y desfigurada, que cuando cerraba los ojos, quedándose sin movimiento, con la cabeza hundida entre los almohadones, parecía realmente muerta. Ya era casi de noche, y el doctor, sentado junto al velador, escribía su diario.

—Andrés—me dijo Nomdedéu—, te agradezco que vengas a hacerme compañía. ¿No me guardas rencor por lo de esta mañana? Eres un buen muchacho y sabes hacerte cargo de las circunstancias. En estos casos no hay amigo para amigo, ni hermano para hermano. Ahora mismo, si metieras tu mano en el plato donde va a comer mi hija, creo que te mataría.

—Y la señorita Josefina—le pregunté—, ¿cree todavía que hay fiestas en Gerona y que mañana irá a Castellá?

—¡Ay, no! La ilusión duró hasta el

día siguiente nada más. Su estado moral es espantoso. Ya no puede ocultársele nada, y es inútil representar comedias como la de la otra noche. Lo sabe todo, y no ignora los últimos pormenores, gracias a una indiscreción de esa endiablada señora Sumta, a quien de buena gana arrastraría por los cabellos. Figúrate, Andrés, que una de estas noches, cuando yo estaba curando enfermos por esas calles, la tal señora Sumta, que, a más de ser curiosa, como mujer, es entremetida y novelera como un chico de diez años, deseando dar a su entendimiento el pasto de una belicosa lectura en armonía con sus aficciones militares, sacó de la alacena de mi despacho este diario que estoy escribiendo se puso a leerlo aquí mismo, delante de mi hija. Esta sintió al instante deseos de enterarse también, y la muy necia de la señora Sumta se lo permitió, añadiendo de su propia cosecha comentarios encomiásticos de los empeños y heroicidades del sitio. Cuando volví, mi hija había llegado a las últimas páginas, y en su calenturienta atención y curiosidad se le iba el alma a pedazos. La lectura la embelesaba y la mataba al mismo tiempo, y el terror y la admiración compartíanse el dominio de su alma. ¡Ay, cuánto trabajo me costó arrancarle de las manos el malhadado diario! La pobrecita no durmió en toda la noche, y puesto su cerebro en erección, allí era de ver cómo imaginaba batallas en la calle, cómo sentía el ruido de las bombas, cómo aseguraba estarse quemando con el resplandor de los incendios, cómo miraba los ríos de sangre que enrojecían el Ter y el Oñá, sin que me fuera posible tranquilizarla. La infeliz corría de una parte a otra de la habitación como una loca, y llamaba a voces a don Mariano Alvarez, ensalzando la bravura y grande ánimo de nuestro gobernador. Otras veces, dominada por el miedo, me pedía que la escondiese en lo más profundo de los pozos para no oír el zumbido de los cañonazos ni ver el resplandor de las llamas. Tan pronto su delicado organismo nervioso, que es su naturaleza toda, se crispaba, dándole actividad febril, como cuando, dominados por el entusiasmo, nos centuplicamos; tan pronto, abatiéndose llorosa, su cuerpo caía flojo y blando como una madeja. Preci-

samente, la falta del sentido acústico, que parece debía ser un descanso para su espíritu, es un verdadero tormento, porque oye rumores que sin existencia real retumban en su cerebro, y los espectros del sonido aterran su imaginación más que los de la vista. ¡Pobrecita hija mía! Creí verla morir en una de aquellas crisis. Era su vida como un hilo delgado que por intervalos se pone tirante, tirante, amenazando romperse. Yo tenía el alma en suspenso, y, comprendiendo que contra tal estado de nada vale la ciencia ni los cuidados, me crucé de brazos y bajé la frente, esperando el fallo de Dios. De este modo ha pasado algunos días, Andrés, y últimamente todos los síntomas de desorden nervioso han desaparecido, para no quedar más que el del miedo, un miedo en el último grado de lo deprimente, que la tiene aplanada, moribunda. ¿Ves esa cara, ves esa expresión soñolienta y abatida, esa diafanidad propia de los primeros instantes de la muerte? ¿Por ventura eso tiene apariencia de vida? No parece sino que este simulacro de existencia permanece ante mis ojos por disposición milagrosa del Cielo para consolarme durante la ausencia real de mi verdadera y querida hija.

Después de un largo y triste silencio, continuó así:

—Andrés, mañana sadrá el sol; mañana habrá lo que en nuestro lenguaje llamamos día; mañana tendremos otro hoy, es decir, nuevos apuros. Veremos que miga de pan me reserva Dios para el día que ha de venir. Comoquiera que sea, mi hija tendrá mañana su plato en esta mesa. Así ha de ser, cueste lo que cueste.

Y, dicho esto, siguió redactando su diario.

Cuando volví al lado de Siseta, la encontré más tranquila, engañada por el aparente alivio del pobre niño. Su principal inquietud consistía entonces en la ausencia de Badoret y Manalet, que, a pesar de lo avanzado de la noche, no volvían a casa. Pero, de acuerdo, los supusimos ocupados en explorar la habitación vecina, y no se habló más sobre el particular. Retiréme yo a mi guardia, pesaroso de dejarla sola, y durante toda la noche estuve mortificado por cavilaciones y presentimientos que no me dejaron dormir.

XI

Al día siguiente no ocurrió novedad particular. Gasparó seguía lo mismo. Badoret y su hermano aparecieron, tras larga ausencia, llenos de rasguños, contusiones, magulladuras y mordidas; pero muy contentos con los cuartos que recientemente les había proporcionado su industria. A pesar de este refuerzo pecuniario, aquel día fué el abastecimiento de la casa más penoso y difícil que otro alguno, y Siseta, desmejorándose por grados, perdía robustez y salud de hora en hora. Como entonces ocurrieron acontecimientos terribles en nuestra casa, no puedo pasarlos en silencio. Al rayar el día despertóme de un breve y pesado sueño el golpear de un pie, que no por ser de amigo carecía de dureza, y cuando abrí los ojos me encaré con el tambor del regimiento, Felipe Muro, que me dijo:

—Ha caído una bomba en la casa del canonigo Ferragut, calle de Cort-Real, y el tejado ha ido a buscar refugio dentro de los cimientos. Yo lo he visto. Andrés. Tu amigo el médico don Pablo Nomdedéu salió a la calle gritando y bufando en cuanto vió arder las barbas del vecino. Felizmente, la casa no ardió, y hasta hoy no tiene más avería que haber sido aplastada como un buñuelo. ¿No vas allá?

De buena gana habría corrido al lugar de la catástrofe; pero la ordenanza me ataba a la muralla de Alemanes durante algunas horas, y esperé con horrible ansiedad, cuando me encontré libre y pude trasladarme a la calle de Cort-Real, vi con alegría que mi casa estaba intacta, aunque amenazada de algún deterioro por la repentina falta de apoyo de la contigua, cuya fachada yacía casi total mente en el suelo, viéndose desde la calle el interior de las habitaciones, con parte de los muebles, en la misma situación en que los dejó el dueño al abandonar su domicilio. Mentalmente di gracias a Dios por haber librado de la desgracia la casa de los míos, y corrí al lado de Siseta, a quien encontré en el taller y en el mismo sitio donde la había dejado la noche anterior: junto al lecho de su hermano. La consternación de la pobre muchacha era tal, que no acerté a tranquilizarla con inútiles consuelos.

—Siseta—le dije—, es preciso resignarse a lo que quiere Dios. ¿Y tu hermano?

No me contestó, ni había para qué, porque su hermano se moría. Ella misma hallábase en tan lastimosa situación física y moral, que sólo por un enérgico propósito de su fuerte espíritu se mantenía vigilante y atenta a la agonia del pobre Gasparó. Sin el dolor, Siseta habría caído al suelo, abatida por el insomnio y la inanición; pero despreciaba su propia existencia, y para atenderla era preciso que desapareciese la de los demás.

—¿El señor Nomdedéu no ha asistido a tu hermano?—le pregunté.

—No—repuso—. El señor don Pablo Nomdedéu dice que aquí nada falta sino echarle tierra encima.

—¿Y es posible que no te haya proporcionado algunas medicinas? Si él quisiera, podría hacerlo.

—Dice que no hay medicinas.

—Dime: ¿Gasparó ha tomado algún alimento?

—Nada. Con los cuartos que trajeron ayer los chicos se compró un pedacito muy pequeño de cecina, y lo puse en las parrillas; y esta mañana vino don Pablo, se me arrodilló delante, llorando a moco y baba, y como, a pesar de esto me resistiera a dárselo, amenazóme con matarme, y se lo llevó.

—¿Tú tampoco has tomado nada?... ¡Oh! Es preciso que yo le sienta la mano a ese ladronzuelo de don Pablo. ¿Tenemos nosotros obligación de mantenerle a su hija? ¿Y tus hermanos?

—No sé dónde están—repuso Siseta con profundo terror—. Desde anoche no han vuelto a casa.

—Pero, Siseta—exclamé con angustia—, ¿no irían a la casa del canónigo? ¿Sabes que se ha venido al suelo?

—No sé si irían allá... Esta mañana sentí un gran ruido. Creí que era esta casa la que se venía al suelo, y abrazando a mi hermano cerré los ojos y me encomendé a Dios. Pero luego que cesó el ruido miré al techo y lo vi en el mismo sitio. La gente gritaba en la calle, y era difícil respirar, a causa del polvo. No, Dios mío, no es posible que mis hermanos estuvieran hasta hoy dentro de esa casa. Yo creo que habrán ido al mercado a vender lo que hayan cogido.

Cada palabra pronunciada era un es-

fuerzo angustioso de la decaída naturaleza de Siseta. Cubría su frente helado sudor, y sentada en el suelo apoyaba sus brazos en la estera para sostenerse. Pálida como la misma muerte, y con los ojos apagados y hundidos, daba pena de ver cómo se agostaba aquella planta, sin poder echarle un poco de agua.

De repente bajó, metiendo mucho ruido, el señor Nomdedéu, que, al verme, me dijo:

—¡Oh Andresillo! ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! Supongo que traerás algo. Tú eres generoso, y no te olvidas de los buenos amigos.

—Nada traigo, señor doctor; y si trajera, no sería para usted. Cada cual se las componga como pueda.

—¡Qué bromas gastas! Supongo que traerás siquiera un poco de trigo. Y tú, Siseta, ¿tienes algo para mí? ¿Tus hermanos no han traído nada? ¡Oh amigos míos de mi alma! ¿No hay nada para este pobre infeliz que ve morir a su hija? Andrés, Siseta—añadió, juntando las manos y poniéndose de rodillas delante de nosotros—, haced la caridad, por amor de Dios, que todo lo que tuviereis de menos en la Tierra lo tendréis de más en el Cielo. Ya sabéis que «aquí dan uno por ciento y allá dan ciento por uno». Andrés, Siseta, queridísimos amigos míos, vosotros que nadáis en la abundancia, socorred a este mendigo. Nada me queda ya: he vendido todos mis libros, y con las plantas de mi magnífico herbario, que he reunido durante veinte años, he hecho un cocimiento para dárselo a ella. Sólo me restan las plantas malignas o venenosas, y la incomparable colección de *pilopodiums*, que os puedo vender... ¿De veras que no tenéis nada? No puede ser. Ustedes esconden lo que tienen; ustedes me engañan, y esto no lo puedo consentir: no, no lo consentiré.

De esta manera Nomdedéu pasaba de la aflicción amarga a una cólera hostil y atrabiliaria, que a Siseta y a mí nos infundió bastante recelo.

—Señor Nomdedéu—dije, resuelto a alejar de nosotros huésped tan importuno—, no tenemos nada. Ya ve usted. El pobre Gasparó se muere, y no podemos darle un buche de agua con vino. Déjenos usted en paz, o tendremos un disgusto.

—Eso se verá. Yo no me voy de aquí

sin algo. Ustedes esconden lo que van comprando con los cuartos que traen los chicos. Mi hija no puede seguir así muchas horas, Andrés. Que se rinda Gerona, sí, señor; que se rinda, y que se vaya al infierno con cien mil pares de demonios el señor don Mariano Alvarez, que ha dicho esta mañana: «Cuando la ciudad principie a desfallecer, se hará lo que convenga.» No sé a qué espera. Aún no cree que la ciudad está bastante desfallecida. ¡Oh! Lo que debiera hacer el gobernador es castigar a los pillos que acaparan las vítuallas, privando a sus semejantes de lo más preciso, ustedes son de éstos, sí, señor. Ustedes tienen esas arcas llenas de comestibles, y lo menos hay allí diez onzas de cecina y un par de docenas de garbanzos. Esto es un robo, un robo manifiesto. Siseta, Andrés, amigos míos, ya he vendido todas las estampas y cuadros de mi casa. ¿Queréis el perrito que bordó en cañamazo mi difunta esposa cuando estaba en la escuela? ¿Lo queréis? Pues os le daré, aunque es una prenda que he estimado como un tesoro, y de la cual hice propósito de no deshacerme nunca. Os doy el perrito si me dais lo que está guardado en el arca.

Abrimos el arca, mostrándole su horrenda vaciedad; pero ni aun así se dió por convencido. Estaba frenético, con apariencias de trastorno semejante a la embriaguez, o al delirio de los calenturientos, y al hablar, su lengua sin fuerza chasqueaba las palabras, entonándolas a medias, como un badajo roto que no acierta a herir de lleno la campana. Temblaba todo él, y el llanto y la risa, la pena, la ira, la resignación o la amenaza se expresaban sucesivamente en las rápidas modificaciones de su fisonomía agitada y movable como la de un cómico.

Cuando me levanté para obligarle a salir, amenazóme con los puños, y en un tono que no es definible, pues lo mismo podía ser dolorido llanto que honda rabia, nos dijo:

—Miserables, ladrones de lo ajeno. Haré lo que dice el gobernador. Sí, Andrés, Siseta. Mi hija no se morirá; mi pobre hija no se morirá; porque, cuando no haya otra cosa, nos comeremos a ustedes, y después se resolverá lo que más convenga.

Cuando se retiró, Siseta me dijo:

—Andrés, yo no sé si viviré mucho

más que Gasparó. Haz el favor de buscar a mis hermanos. Si Dios ha determinado que en este día se acabe todo, se cabará. Somos buenos cristianos, y moriremos en Dios.

XVI

Dejando para más tarde la exploración al mercado, marché a la abandonada vivienda de don Juan Ferragut, canónigo de la catedral, que desde los primeros días del sitio huyó de Gerona buscando lugar más seguro. Aunque este veterano de las milicias docentes de Cristo no figura en mi relación, debo indicar que era el primer anticuario de toda la alta Cataluña; hombre eruditísimo e incansable en esto de reunir monedas, escarbar ruinas, descifrar epígrafes y husmear todos los rastros de pisadas romanas en nuestro suelo. Su colección numismática era célebre en todo el país, y además poseía inapreciable tesoro en vasos, lámparas, arneses y libros raros; pero el grande amor que tenía a estos objetos no fué parte a detenerle en su huida, abandonando la historia romana y carolingia por poner en seguro la más que ninguna inestimable antigualla de la propia vida. Luego una bomba arregló el museo a su manera.

Entrábase en la desierta casa por una pequeña puerta que comunicaba ambos patios, y que los vecinos solían tener abierta para venir a tomar agua en el pozo del nuestro. Cuando penetré en el patio hallé que una gran parte de éste se había trocado en recinto cubierto, formado por la acumulación de vigas y tabiques atascados en un ángulo antes de llegar al piso. Aquel improvisado techo no necesitaba sino ligero impulso, una voz fuerte, una trepidación insensible para caer al suelo. Adelantando cuidadosamente, llegué a la caja de la escalera, abierta a la luz y al aire por el hundimiento de las salas de la fachada y de una parte del techo por donde penetró la bomba. Cubrían el suelo muebles confundidos con trozos de pared, vidrios y mil desiguales fragmentos de preciosidades artísticas, materia caótica de la Historia, que ningún sabio podía ya reunir ni ordenar. La escalera había perdido uno de sus tramos, y pa-

ra subir era preciso trepar, saltando abruptas alturas. Desde abajo veíase el interior de una alcoba que debía de ser la del señor canónigo, la cual pieza, con un testero de menos y conservando parte de sus muebles, se semejaba a los aposentos de juguetes para los niños, cuando se les quita la tapa o pared lateral, cuya ausencia permite ver el lindo interior. Si algunos cuadros, cofres y roperos manteníanse arriba en los mismos puestos que desde luengos años ocupaban, en cambio, la cama del canónigo yacía en el hondo de la escalera, en una postura que podemos llamar boca abajo. Los gruesos pilares de aquel mueble, que no era otra cosa que un mediano monte de roble, aparecían por diversos puntos tronchados, esparciendo sus agudas astillas, y las colgaduras en desorden dejaban ver entre sus pliegues los brazos de marfil de un santo Cristo y las secas ramas de unas disciplinas. De entre los despojos de la piedra, y en la oscuridad de los rincones y honduras que formaban, vi surgir el brillo de dos discos luminosos, como dos puntos, como dos ojos que me miraban. A pesar de que sentí súbito temor, bajéme a recoger aquellas luces. Eran los espejuelos del buen Ferragut.

En la imposibilidad de subir, dí voces al pie de la escalera, por ver si desde aquellas solitarias cavidades me respondía alguna de los muchachos a quienes buscaba. Grité con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Badoret, Manalet!»; pero nadie me respondía. Recorrí todo lo bajo explorando lo más escondido y lo más peligroso de los escombros, y sólo encontré la barretina de uno de los chicos; pero esto no era suficiente razón para suponer que ellos existiesen bajo las ruinas. Por último, regrésando al hueco, oí un agudo silbido, que resonaba en lo más alto del tejado. Esperé un rato, y en breve oyéronse de nuevo los mismos agudos sonos, y apareció una figura que desde arriba, con evidente peligro, se inclinaba para mirar hacia el fondo. Era Badoret.

El muchacho, poniéndose ambas manos en la boca, gritó:

—¡Manalet, alerta!

Y luego, forzando la voz, añadió:

—¡Allá van! ¡Allá van Napoleón con toda la guardia imperial y la tropa menuda!

Dicho esto desapareció, y yo me quedé absorto esperando ver a Napoleón con toda la guardia imperial. En efecto, por la rota escalera descendía a escape tendido un numeroso ejército cuyos precipitados pasos metían bastante ruido. Saltaban de peldaño en peldaño por entre los pedazos de vigas, y con ligereza suma franqueaban los claros de la escalera, gruñendo, chillando, escarbando, describiendo piruetas, curvas, círculos, y empujándose, confundiéndose y precipitándose unos sobre otros.

Delante iba el mayor de todos, que era grandísimo, como ser de privilegiada magnitud y belleza entre los de su clase, y seguíanle otros de menor talla y muchos pequeños, entre los cuales los había jovenzuelos, juguetones y muchos graciosos niños. No eran docenas, sino cientos, miles, ¡qué sé yo!, un verdadero ejército, una nación entera, masa imponente que en otras circunstancias me habría hecho retroceder con espanto. Las oscilaciones de sus largos rabos negros eran tales, que parecían culebras corriendo en medio de ellos, y sus brillantes ojos de azabache expresaban el azaramiento y la ansiedad de retirada tan vergonzosa. Venían hostigados, y la inmunda caterva pasó junto a mí y en derredor mío con rapidez inapreciable, escurriéndose por entre los escombros hacia el patio. Seguíalos yo con la vista, y por una oscura puertecilla que vi en la pared sumergiéronse todos en un segundo, como chorro que cae al abismo.

Yo no había visto aquella puerta en un ángulo y que ocultaban dos toneles puestos en el patio. Acerquéme a ella, y desde la boca grité:

—Manalet, ¿estás ahí?

Al principio no sentí rumor alguno, sino un lejano y vago son de hojarasca que me pareció producido por las pisadas de la guardia imperial sobre montones de hierba seca. Pero al poco rato creí sentir como voces y lamentos que al principio parecieron aprensión mía o eco de mis propios gritos; pero oyendo que se repetían más acentuados cada vez resolví aventurarme en lo interior del aposento oscurísimo que ante mí se abría.

Nada pude ver en los primeros momentos; mas a poco de estar allí distinguí las formas robustas de las tina-

jas y toneles, cajones rotos, arreos de caballerías y carros y mil objetos de indefinible configuración, que iban saliendo poco a poco de la oscuridad a medida que mis ojos a ella se acostumbraban.

El sitio era poco agradable, y no sé por qué las barrigas de aquellas tinajas me ofrecían un aspecto temeroso, causa para mí de invencible horror. Reconocí en aquellas formas extravagantes las de ciertos monstruos que venían a amedrentarme en mis sueños de enfermo, y no les faltaba más que cuatro patas resbaladizas, húmedas, cartilaginosas, para arrojarse sobre mí. A los pocos pasos produje el mismo ruido de hojarasca que antes había sentido, y observé que pisaba grandes capas de hierba seca, depositada allí sin duda para bestias que no habían de comerla.

De pronto, señores, sentí que las hojas sonaban pisadas por mil patitas, y los cabellos se me erizaron de espanto. ¿Por qué, si allí no había leones, ni tigres, ni culebras, ni ningún animal verdaderamente fuerte y temible? Lo cierto es que tuve miedo, un miedo inmenso que heló la sangre en mis venas, dejándome atónito y paralizado. Quise huir, y hundíme en la hierba seca. Resolví los ojos en torno mío, y aumentó mi terror al ver que se disponía para acometerme por distintos lados, con la rabia de mil bestias feroces, todo el ejército imperial.

En un instante me sentí mordido y rasguñado en los tobillos, en las piernas, en los muslos, en las manos, en los hombros, en el pecho. ¡Infame canalla! Sus ojuelos negros y relucientes como cuentas me miraban gozándose en la perplejidad de la víctima y sus hocicos puntiagudos se lanzaban con voracidad sobre mí. Grité, pateé, manoteé; pero la flojedad del suelo en que me sostenía imposibilitaba mi defensa, y con esfuerzos extraordinarios pugnaba por echarme fuera de aquel mar de hoja seca, en el cual, si era difícil el correr, más difícil era el nadar. La turba insolente, aguijoneada por el hambre, a atacarme se atrevía. ¿Qué puede uno solo de aquellos miserables animaluchos contra el hombre? Nada; pero ¿qué puede el hombre contra millares de ellos, cuando la necesidad los obliga a asociarse para combatir al rey de la

creación? Hallándome sin defensa, exclamé con angustia:

—¡Badoret, Manalet, venid en mi auxilio! ¡Socorro!

Por último, conseguí poner el pie en tierra firme y sacudiendo manotadas a diestro y siniestro logré aminorar el vigor del ataque. Corrí de un lado para otro y me siguieron; subíme a un gran tonel y veloces como el rayo subieron ellos también. Su estrategia era admirable: adivinaban mis movimientos antes de realizados, y como saltara de un punto a otro me tomaban la delantera para recibirme en la nueva posición. Animábanse en el combate por un himno de gruñidos que a mí me daba escalofrío; diríase que rechinaban en acordada música militar sus dientes, demostrando gran rabia y despecho todos aquellos que no podían hacerme presa.

¡Terrible animal! ¡Qué admirablemente le ha dotado la Providencia para que se busque la vida a despecho del hombre, para que se defienda contra las agresiones de fuerza superior, para que venza obstáculos naturales, para que haga suyas las más labiosas conquistas humanas, para que mantenga su inmensa prole en lo profundo de la tierra y el aire libre, en los despoblados lo mismo que en las ciudades! La Providencia le ha hecho carnívoro para que encuentre alimento en todas partes; le ha hecho roedor para que devore a pedazos lo que no puede llevarse entero; le ha dado ligereza para que huya; blandura para que no se sientan sus alevosos pasos; finísimo oído para que conozca los peligros; vista penetrante para que atisbe las máquinas preparadas en su daño, y agudo instinto para que con hábiles maniobras burle vigilancias exquisitas y persecuciones injustas. Además posee infinitos recursos, y como bestia cosmopolita, que igualmente se adapta a la civilización y al salvajismo, posee vastos conocimientos de diversos ramos, de modo que es ingeniero, y sabe abrirse paso por entre paredes y tabiques para explorar nuevos mundos; es arquitecto habilísimo, y se labra grandiosas residencias en los sitios más inaccesibles, en los huecos de las vigas y en los vanos de los tapias; es gran navegante, y sabe recorrer a nado largas distancias de agua, cuando su espíritu aventurero le obliga a

atravesar lagunas y ríos; se aposenta en las cuadernas de los buques, dispuesto a comerse el cargamento si le dejan, y a echarse al agua en la bahía para tomar tierra si le persiguen; es insigne mecánico, y posee el arte de transportar objetos frágiles y delicados, secretos de que el hombre no es ni puede ser dueño; es geógrafo tan consumado, que no hay tierra que no explore, ni región donde no haya puesto su ligera planta, ni fruto que no haya probado, ni artículo comercial en que no haya impreso el sello de sus dieciséis dientes; es geólogo insigne y audaz minero, pues si advierte que no disfruta de grandes simpatías a flor de tierra, se mete allí donde jamás respiró pulmón humano, y construye bóvedas admirables por donde entra y sale orgullosamente, comunicando casas y edificios, y huertas y fincas, con lo cual abre ricas vías al comercio y destruye rutinarias vallas; y, por último, es gran guerrero, porque además de que posee mil habilidades para defenderse de sus enemigos naturales, cuando se encuentra acosado por el hambre en días muy calamitosos, reúne y organiza poderosos ejércitos, ataca al hombre, y al fin, si no halla medio de salir del paso, estos ejércitos se arman unos contra otros, embistiéndose con tanto coraje como táctica, hasta que al fin el vencedor vive a costa del vencido.

Poseyendo un gran sentido civilizador, se acomoda al carácter de las comarcas y regiones que escoge para desarrollar su genio activo, y come siempre de lo que hay. Eso sí, no respeta ni sabe respetar nada: en el tocador de la dama elegante se come los perfumes, y en casa del boticario, las medicinas. En la iglesia hace mil condimentos con las reliquias de los santos, y en los teatros se apropia de los coturnos de Agamenón y la loriga de don Pedro el Cruel. Artista a veces, si el Destino le lleva a los museos, se almuerza a Murillo y cena con algo de Rafael, y cuando acierta a penetrar en casa de los anticuarios o de los eruditos, se convierte en uno de éstos por la influencia de la localidad, es decir, que se traga los libros.

Todas estas eminentes cualidades las desplegó contra mí la inmensa falange. Aquellos padres que por dar de comer a sus hijos, aquellos amantes esposos que

por librar de la muerte a sus mujeres no vacilaban en mirar frente a frente a un ser superior, tenían toda la perversidad que dan las supremas exigencias de la vida. Pero era realmente una vergüenza para mí el rendir mi superioridad de fuerza y de inteligencia ante aquella chusma de los bodegones, que, procedentes de distintos puntos de la ciudad, por caminos sólo sabidos de ella sola, se había reunido en tal sitio. Así es que, reponiéndome al cabo de algún tiempo de mi primitivo susto, arrebaté un palo que al alcance de la mano vi, y haciendo pie firme sobre el tonel, comencé a descargar golpes a todos lados, increpando a mis enemigos con todos los vocablos insultantes, groseros y desvergonzados de la lengua española.

Si no obtuve desde luego por este medio ventajas positivas, conseguí al menos amedrentar a los pequeños, que eran los más insolentes, y sólo los grandes continuaron empeñados en roerme. Pero los grandes me ofrecían blanco más seguro, y he aquí que después de un rato de combate peligroso, incesante, en que multiplicaba los movimientos de mis brazos y piernas con rapidez más propia de un bailarín que de un guerrero, comencé a adquirir alguna ventaja. La ventaja en las batallas, una vez que se manifiesta, y creciendo en proporción geométrica, determinada por los temores y celos del que flaquea, por el orgullo y reanimación del que gana terreno; y esto me pasó a mí, que al fin, señores míos, a fuerza de trabajo y constancia, pude adquirir el convencimiento de que no sería devorado.

Cuando me vi libre de la guardia imperial (pues no renuncié a darle este nombre) me hallaba tan cansado, que di con mi cuerpo en tierra.

«Si me atacan otra vez—dije para mí—, acabarán conmigo.»

XVII

Pero en la desbandada del numeroso ejército no abandonaron el campo todos los combatientes; no, allí, enfrente de mí, arrastrando por el suelo su panza formidable, estaba uno, el más grande, el más fuerte, ¿por qué no decirlo?, el más hermoso de todos fijando en mí

el chispeante rayo de sus negras pupilas, con la oreja atenta, el hocico husmeante, las garras preparadas, el pelo erizado y extendida la resbaladiza cola, escamosa y pardusca.

—¡Ah, eres tú, *Napoleón*!—exclamé en voz alta, como si el terrible animal entendiese mis palabras—. Ya te reconozco. Eres el mayor, el más fuerte de todos; eres el que iba delante cuando bajabais por la escalera. Infame, tu corpulencia y tus años te dan sobre los de tu ralea la superioridad que demuestras; pero eres un egoísta que por tu propio provecho reúnes a tus hermanos para que te ayuden en tus carnicerías. Miserable, ellos están flacos y tú estás gordo. Lo que ellos husmean tú te lo comes, y a falta de otro manjar, devorarás a los pequeñuelos que te siguen, orgullosos de tener un general tan bravo. Miserable, ¿por qué me miras? ¿Crees que te temo? ¿Crees que temo a una vil alimaña como tú? El hombre, que a todos los animales domina, que de todo se vale, que se alimenta con los más nobles, ¿temblará ante un indigno roedor como tú?

Corrí hacia él; pero desapareció agachándose para esconderse entre unos maderos. Despejé aquel sitio; pero él se escurrió ligeramente y le perdí de vista. Esta exploración me llevó muy adelante en la larga bodega, y en la crujía inmediata vi que se desparramaban a un lado y otro, corriendo por encima de las tinajas y por las mil sinuosidades de la pared, mis enemigos de un momento antes. Todos me miraban pasar, y corrían de un lado a otro. No me queda duda de que eran algunos miles. A cada instante me parecía mayor su número.

En un rincón de la última crujía había un pequeño tonel en pie, tapado con una baldosa, con aspecto muy parecido al de una colmena. Cierta vago rumor que de allí salía me hizo fijar la atención, y entonces vi que la boca del tonel estaba de frente. Pero lo que me causó sorpresa no fué esto, sino que por dicha boca apareció un dedo, y después dos. En el mismo momento, una voz al mismo tiempo infantil y cavernosa, como toda voz de niño, que sale por el agujero de un tonel, llegó a mis oídos diciendo:

—Andrés, ya te veo. Aquí estoy. Soy

yo, Manalet. ¿Se ha ido esa canalla? Me he encerrado aquí para que no me comieran, y he tapado mi casa con una baldosa. Tienes algo de comer?

—No; ya puedes salir. No tengas miedo—le respondí.

—Están ahí todavía. Siento sus patadas. Son cientos de miles. Ayer no había tantos; pero *Napoleón* ha ido esta mañana y ha vuelto con no sé cuántos miles más. Toma este eslabón y esta yesca, Andrés. Prende fuego en un manojo de hierba, teniendo cuidado de que no se encienda todo, y verás cómo echan a correr.

Dióme por el agujero el pedernal, eslabón y pajuela, y al punto hice fuego. Cuando el resplandor de la llama iluminó las oscuras bóvedas y muros, todos los caballeros corrieron despavoridos, y bien pronto no quedó uno. Ignoro el lugar de su repentina retirada.

—Se han ido—dije—. Ya puedes salir.

Entonces vi que se levantaba la baldosa que tapaba el tonel, y aparecieron los cuatro picos negros de un bonete de clérigo. Debajo de este tocado se sonreía con expresión de triunfo la cara de Manalet.

—Si tú no vienes—dijo—, ¿qué hubiera sido de mí?

—¡Bonito sombrero!—exclamé riendo.

—Perdí la barretina, y como tenía frío en la cabeza..., ya ves.

—¿Y Badorét?

—Está en el tejado. Oye lo que nos pasó. Ayer cazamos algunos; pero no pudimos coger a *Napoleón*, que así le llamamos por ser el más grande y el más malo de todos. Cuando anocheció, anduvimos dando vueltas por la casa y nos encontramos una cama; ¡qué cama, Andresillo! Era la del canónigo. Como valía más que la nuestra, nos acostamos en ella; pero no pudimos dormir, porque al poco rato sentimos un runrún de dientes y uñas... Eran esos pillos que se estaban cenando la biblioteca. Nos levantamos, Andrés, y los apedreamos con los libros y con los muchos cacharros y figuritas de barro que el canónigo tiene allí. ¿Pues creerás que no pudimos coger ninguno vivo? Perseguidos por nosotros, se fueron en bandada al tejado, luego bajaron al patio, volvieron, y nosotros siempre tras ellos sin poderlos pescar. Pero me dijo Badorét: «Yo me voy al tejado y los hostigaré

para que bajen. Ponte tú a la entrada de la bodega, detrás de la puerta, y conforme vayan entrando, les vas descargando palos, y alguno ha de caer.» Así lo hicimos. Yo bajé aquí, y desde arriba Badorret me decía: «Alerta, Manalet. ¡Allá van!» ¿Querrás creer que estando yo en esa puerta entraron todos en batallón con tanta fuerza que me caí al suelo? Cuando me levanté encendí luz y todos se marcharon; pero luego volvieron, y entre todos casi me comen. ¡Ay Andrés, qué miedo! Uno me roía por aquí, otro por allá, y yo empecé a llorar, porque ya creía no volver a ver a Siseta, a Gasparó, a ti ni al señor Nomdedéu. Pero, amigo, oye lo que hice para escapar: le recé a San Narciso y a la Virgen unos ocho padrenuestros lo menos, y cádate aquí que no había acabado de decir «más libranos del mal, amén», cuando, chico, suenan unos truenos, unos cañonazos, unos estampidos tan terribles, que aquello parecía la fin del mundo. ¿Qué crees que era? Pues nada más sino que un gigante empezó a dar patadas en la casa, encimita de aquí, y desde esta misma bodega sentí caer las paredes. Allí habías de ver cómo corrían estos bichos, llenos de miedo por los golpes que dió el gigante mandado por la Virgen y San Narciso para salvarme. Me parece que aún le estoy oyendo.

—Pues qué, ¿habló también?

—Sí, hombre. ¡Pues no había de hablar! Después de dar muchas patadas, dijo con un vozarrón muy fuerte: «¡Canallas, dejad a Manalet!» Pues verás. Después de esto quise salir, pero no encontré la puerta. Me volví loco dando vueltas para arriba y para abajo, y otra vez recé a San Narciso y a la Virgen para que me sacaran. Nada, no me querían sacar. Luego volvió *Napoleón*, y con él muchos, muchísimos más, porque has de saber que por el agujero que está debajo de aquella pipa se pasan de esta casa al almacén de la calle de la Argentería, y también van al río y a las casas de la plaza de las Coles. Como ahora no encuentran que comer en ninguna parte, andan de aquí para allí y entran y salen. Pues, hijito, la volvieron a emprender conmigo, y la segunda vez no me valió rezar dieciocho o diecinueve padrenuestros. Lo que hice fué encender luz, y entonces

me dejaron en paz; pero tenía tanto miedo que me metí en el tonel donde me encontraste, y lo tapé con la baldosa para estar más seguro. Yo decía: «Pero ¿tendré que estar aquí un par de años, San Narciso de mi alma?» Y me acordaba de Siseta y de Gasparó. ¡Ay Andrés, si no vienes tú, allí me quedo!

—Pues vámonos fuera—le dije tomándole por la mano—, y busquemos a Badorret para salir de esta casa. Veo que los dos sois unos cobardes, que os habéis dejado acoquinar por esos animalitos. ¿Habéis llevado algo al mercado?

—¡Qué habíamos de llevar! Espérate y verás. Hemos de coger vivos un par de docenas, y si tú nos ayudas... Andrésillo, *Napoleón* vale lo menos nueve reales. Si le cogiéramos...

Salimos fuera, y Manalet se sorprendió de ver los destrozos causados en la casa por la explosión del proyectil.

—Mira los desperfectos hechos por el gigante que vino a salvarte, Manalet. Ahora tratemos de subir en busca de tu hermano.

—En el otro patio hay una escalera chica por donde se puede subir—dijo—. ¡Cómo está la casa! Bien decía yo que el gigante, por querer meter mucho ruido, la destrozó toda.

Subimos, y en ninguna de las habitaciones del piso principal vimos al buen Badorret. Le llamábamos, pero ninguna voz nos respondía. Por último le hallamos dormido sobre una cama colocada en uno de los últimos aposentos del desván. Despertámosle y nos llevó a la biblioteca, donde, según dijo, tenía un repuesto de víveres que había encontrado en la casa.

—Sí, señor don Andrés—dijo sacando gravemente una llave del bolsillo de sus andrajosos calzones—. Aquí tengo una buena cosa.

Y abrió la gaveta de una gran cómoda antigua, chapeada de marfil y madreperla. Lo primera que vi fué un gran número de antiguas monedas de cobre y plata, todas romanas, a juzgar por lo que había oído contar de las colecciones del canónigo Ferragut. Badorret apartó a un lado varios objetos, y descubrió un Niño Jesús de esa pasta de alfeñique que tan bien han hecho siempre las monjas.

—Este es un regalito que hicieron las

monjas al señor canónigo—dije tomándolo—. Se lo llevaremos a Siseta. En casos de hambre es lícito comerse lo ajeno. Muchachos, cuidado con coger una sola de esas monedas.

Al Niño Jesús le faltaba una pierna, devorada por Badoret, y no pude evitar que Manalet se comiese la otra.

—¿Tienes algo más?—pregunté.

—Sí—repuso Badoret—. Si el señor Andrés quiere unas lonjitas de manuscrito de ochocientos años y una copa de tinta superior, se lo puedo servir.

Por el suelo yacían, arrojados en desorden y medio roídos por los ratones, los preciosos manuscritos y los incunables, reunidos en tantos años por el celo y la paciencia del ilustre clérigo; y con un plano a pluma de la vía romana ampurdanesa, Badoret se había hecho un sombrero de tres picos.

—Aquí tengo un pincho que voy a llevar esta tarde a la muralla para ver qué dicen de él los franceses—dijo el mismo, señalando una partesana del Renacimiento, cuyo rico damasquinado causaría admiración al menos entendiéndose—. Por ese agujero que está en el rincón salieron varios generales que venían de la otra casa, y para cortarles la retirada lo tapé con la cabeza de aquella estatua de mármol que está debajo del sillón.

En efecto: una cabeza de ángel tapaba un agujero que se abría por el desconche de la mampostería en el zócalo de la pieza. Estaba ajustado y atacado con papeles y trozos de vitela, entre cuyos pliegues se advertía el hermoso colorido y el oro de las letras pintadas por los benedictinos de la Edad Media.

—Habéis destrozado todas las maravillas que aquí tenía el señor Ferragut—dije con enfado—. En cambio de tanta pérdida, nada habéis podido llevar hoy al mercado.

—Ya llevaremos, amigo Andrés—me contestó Badoret—. ¿Cómo está mi hermana? ¿Cómo está mi señor hermano don Gasparó? No salgo de aquí sin llevarles una buena pieza. La cabeza del Niño Jesús será para el chiquito; el cuerpo, para Siseta; un brazo, para la señorita Josefina, y otro, para el señor Nomdedéu. Veremos si se coge a *Napoleón*. Anoche vino aquí y quiso llevarse un pedazo de vela de cera. Si no

estoy pronto a coger el violín en que tocaba el señor canónigo y a estampárselo encima, carga con ella.

En el suelo yacía hecho astillas el Estradivariús del buen Ferragut; pero Manalet lo recogió, con intento, según dijo, de hacer un barco con él.

—Andrés—dijo Badoret—, *Napoleón* es malo y traidor. No se deja coger y sabe más que todos nosotros. Cuando viene con su gente, él se pone delante y les echa cada arenga... Si ecuentran algo, él se lo come y da hociadas a los demás. Aunque le tires encima palos, cacharos, estatuas, cuadros, monedas, libros, violines, bonetes, mapas y cuanto hay aquí, no consigues matarlo ni herirlo. Te diré por qué. Tú crees que *Napoleón* es una rata. Aviado estás. No es sino el demonio, el demonio mismo. O si no, escucha. Anoche, después que bajó Manalet, me tendí en la cama del canónigo, que es más blanda que la mía, y desde que cerré los ojos sentí que me roían un dedo. Sacudí la mano y aquello pasó. Pero luego empezaron a roerme otro dedo. ¡Ay chico, qué miedo! Volviéndome del otro lado, me puse panza arriba. Entonces el condenado animal se me subió encima del pecho. Chico, cada pata pesaba tanto como la torre de San Félix; ya me iba aplastando, aplastando, y no podía respirar. Ya tenía el pecho como el canto de un papel... Aunque me daba muchísimo miedo, tenía muchísima gana de verlo, y dije: «¿Abro los ojos o no los abro?» A veces decía: «Los abro», y a veces decía: «Pues no los abro.» Por fin, amigo, dije: «Pues quiero verlo», y lo vi. ¡Jesús me valga! Lo tenía encima, echado sobre los cuartos traseros y con las patas delanteras tiesas. Me miraba, y los ojos no eran sino como dos lunas muy grandes. En la punta de cada pelo negro tenía una chispa de fuego, y los bigotes eran tan grandes, tan grandísimos como de aquí..., como de aquí, ¿hasta dónde diré?, hasta el campanario de las monjas Descalzas. El picarón estaba muy satisfecho mirándome, y se relamía con la lengua de fuego encarnado, tan grande como toda la calle de Cort-Real, desde la plaza de Aceite hasta Ballesterías. Yo quería saltar, pero no podía. ¡Pobrecito de mí! Quise echarme a llorar llamando a Siseta, pero tampoco pude.

Así estuve hasta que me ocurrió decir: «Huye, perro maldito, al infierno.» Amigo, el animal saltó bufando. Corrí tras él de un aposento a otro y grité: «Por la señal de la Santa Cruz.» Del dormitorio corrió a la biblioteca, de la biblioteca al dormitorio, hasta que, al fin..., ¿qué pensarás que hizo? ¡Bendita sea mi boca! Pues reventó, quiero decir saltó contra las paredes y el techo, y paredes y techo todo se vino abajo. La escalera que está pegada al dormitorio se cayó, haciendo un ruido, ¡qué ruido! Las paredes iban retumbando así: bum, bum... La cama, los muebles, todo se hizo pedazos, todo se cayó al fondo, y luego, chico, el patio subió arriba. Yo vi el brocal del pozo volando por los aires, y el tejado se fué al patio y media casa se hizo polvo. Yo me acurruqué detrás de ese armario, y allí con las manos en cruz recé hasta que se me secó la lengua. Un sudor se me iba y otro se me venía. En fin, Andresillo, hasta que no llegó el día no salí del rincón, ni se me quitó el miedo. Luego subí al desván; estuve rondando por las buhardillas que no se habían hecho pedazos, y allí me encontré otra vez con el señor *Napoleón*, seguido de su guardia imperial. Los hostigué. Se retiraron por la escalera abajo, llamé a Manalet, no me respondió; me metí en el cuarto del canónigo, registrando todo, y en el arca encontré el Niño Jesús de alfeñique, y después, sin saber cómo ni cuándo, quedéme dormido en la cama donde me encontré.

—Pues ahora, a casa. Vuestra hermana está con cuidado por ausencia tan larga.

—Despacio, amigo Andrés—me contestó el mayor—. Mira lo que tengo aquí preparado. ¿Ves este gran artesón? Pues se le pone boca abajo, levantado por un lado con una cañita; se ata a la punta alta de la cañita un hilito; se ponen debajo unos pedazos de ratoncillos muertos que hay en la escalera, los cuales quemaremos antes para que huelan; plantamos en el patio toda esta artimaña, y nos escondemos en la escalera con el hilito en la mano para poder tirar sin que nos vean. Hacemos humo en el sótano quemando la hierba. Salen todos, con el gran *Napoleón* a la cabeza, y éste los lleva

al artesón, que es España; empiezan a roer, diciendo: «Qué buena conquista hemos hecho»; entonces tiramos del hilo, y España se les cae encima cogiéndolos vivos.

XVIII

Diciendo esto, cargaron con el artesón y bajaron al patio, y en un instante el traidor aparato quedó muy bien instalado, con el cebo dentro y el hilo en su sitio. España estaba dispuesta; no faltaba más que la invasión francesa.

Badoret entró impertérrito en la bodega y volvió al poco rato, diciendo:

—Están en guerra unos con otros. Vengan acá, que esto merece verse.

Entramos, y, en efecto, vi la colosal batalla. Yo sabía que aquel enérgico y emprendedor animal se vuelve, en su desesperación, contra su propia casta cuando no encuentra en ninguna parte medios de subsistencia; pero jamás había visto los choques de aquellos feroces ejércitos, que embestían con la saña salvaje de las primitivas guerras entre los hombres. Se arrojaban unos sobre otros, enredándose en horroroso vórtice, y se clavaban sin piedad las terribles armas de sus agudos dientes. Esta lucha no era en modo alguno una revuelta explosión de odios y hambres individuales, sino que tenía conjuntos poderosos, y las masas parduscas indicaban empujes colectivos dirigidos por el instinto militar que algunas especies zoológicas poseen en alto grado.

—Los que están bajo el tonel—dijo Badoret—son los del lado de allá del Oñá, que han venido nadando. Con ellos están todos los de la parroquia de San Félix; y los de este lado son los de la plaza de las Coles, los más gordos, los más bravos, y tienen por jefe a *Napoleón*.

—Pues esos que han venido nadando—dije yo—no son otros que los ingleses, y los de la parroquia de San Félix son la gente del Norte. Me parece que van ganando Francia, es decir, la plaza de las Coles.

Sus gruñidos formaban un rumor espeluznante. Las desigualdades del terreno permitían a los ejércitos desarrollar en gran escala poderosa estrategia. Su-

bían unos a apoderarse de un cajón vacío, y embestidos hábilmente por la espalda eran arrollados y expulsados de su posición. Las masas pequeñas se reunían formando enorme cuña, que al punto desbarataba la extensa línea de los contrarios; éstos, desorientados y en desorden, reuníanse de nuevo concentrando sus falanges, y sobre los cadáveres exangües, las mil patitas marchaban con vertiginosa carrera. Los más pequeños caían rodando impulsados por los grandes, y las panzas blancuecinas, vueltas hacia arriba, variaban el informe aspecto de los valientes escuadrones. Las luchas individuales sucedían a los empujes colectivos, y la heroica sangre teñía los feraces campos. ¿A quién pertenece la victoria? Ahora lo veremos. Los de la plaza de las Coles dominaron el tonel, y plantándose allá con provocativa presunción, miraron, jadeantes aún de cansancio, cómo huían hacia el fondo de la bodega las huestes destrozadas de la parroquia de San Félix y del otro lado del Oñá.

—Badoret, Manalet—exclamé yo—. Francia es vencedora. ¿Veis? Ya domina la hermosa Italia; observad cómo corre hacia el Norte esa nube de tudescos y sajones. Pero esto no ha concluido. Vedle allí. Ved cómo se relame, cómo enrosca el largo rabo reluciente cual una cuerda de seda. Con los ojuelos negros en que resplandece el genio de la guerra, observa desde aquella altura las diversas comarcas que tiene a sus pies y los movimientos de sus desorganizados enemigos. Está midiendo el terreno y su previsión admirable adivina los sitios que escogerán los otros para esperarle. Atended bien, Badoret y Manalet: reparad que después que ha descansado un rato, gozándose allá arriba con sus rápidos triunfos, se prepara a bajar de su trono. Inmensas falanges llenas de entusiasmo le rodean, y allá en el Norte, el espacio resuena con el chirrido de mil dientes que chocan, y las colas azotan con impaciencia el suelo. Nuevas batallas se preparan, Manalet y Badoret. Esto no quedará así, y si no me engaño, el pérfido aspira a dominar todos los subterráneos, desde el Galligans hasta el puente de piedra, y ambas orillas del hermoso Oñá. ¿Oís? Las belicosas uñas se afi-

lan en el suelo, y en las cuentecitas de vidrio que tienen por ojos brilla el ardor de los combates. La hora terrible se acerca y el ogro, hambriento de carne y nunca saciado, devorará a los hijos del Norte. ¡Ay! ¡Las pobres madres han concebido y dado a luz nada más que para esto! Ya van; ya se acercan. Ved cómo todos los de la otra cruz se reúnen, acudiendo de distintas partes. El ogro descende pausadamente de su trono, y una aureola de majestad le rodea. A su vista, los débiles se hacen fuertes y los tímidos se arrojan a los primeros puestos. Ya se encuentran, y está trabada de nuevo la feroz pelea.

Avanzamos para ver mejor, y vimos cómo se devoraban, llevando la mejor parte los de abajo; es decir, Francia. Si los otros eran más fuertes, éstos parecían más ligeros. Los del lado allá del Oñá, los de San Félix y el Madero se sostenían enérgicamente; pero al fin no les era posible resistir el empuje de sus contrarios, que parecían poseídos de sublime enajenación, y sus hociquitos negros y bigotudos lo arrastraban todo delante de sí. Si lo que los impulsaba a la lucha era pura y simplemente el anhelo de satisfacer su apetito, una vez trabada aquélla, despierto y exaltado el genio militar, los escualidos soldados no se acordaban de llenar sus panzas con los despojos del vencido, y un ideal de gloria los impelía a lanzarse sobre los rotos escuadrones, sobre las tinajas teñidas de sangre, sobre el tonel jamás conquistado, dominándolo todo con su planta atrevida.

Creerán los oventes que miento, que desfiguro los hechos, que pinto lo que me conviene; juzgarán que mi cabeza, trastornada por las penalidades y debilitada por la inanición, forjó ella misma, para su propio entretenimiento, estas batallas de roedores, estas ambiciones de la última escala animal, para representar en pequeño las de la primera. Pero yo juro y perjuro que nada he dicho que no sea cierto, así como también lo es que Badoret, al ver cómo se destrozaban, encendió una buena porción de hierba, apartándola del resto para que no se declarase incendio, y al instante el mucho y denso humo nos obligó a salir afuera presurosamente.

—Ahora no quedará uno dentro—dijo

Badoret—. Andrés, y tú, hermano, coged un palo, y cuando salgan, de cada garrotazo caerá un regimiento. Yo tiraré del hilo de la trampa. Si algún otro que el gran emperador se acerca a comerse el cebo, espantadle con un golpe. En la trampa no ha de caer sino su majestad.

Pronto la puerta de la oscura cueva empezó a vomitar gente, es decir, guerreros de aquella formidnible pelea que habíamos visto. Corrieron por el patio en distintas direcciones, subieron la escalera, tornaron a bajar, y no pocos de ellos se acercaron al artesón, en quien veían los chicos nada menos que la representación genuina de nuestra querida y desgraciada madre España. Badoret, de improviso, impúsonos silencio diciendo:

—Ahí viene; apártense todos y abran paso a su grandeza.

En efecto: el más grande, el más hermoso, el más gordo de aquellos caballeros, apareció en la puerta del subterráneo. Desde allí revolvió con orgullo a todos lados los negros ojos y, moviéndose despaciosamente, arrastraba con elegantes ondulaciones el largo rabo. Contrajo el hocico, mostrando sus dientes de marfil, y rasguñó el suelo con majestuoso gesto. Anduvo largo trecho entre la turbamulta de los suyos, que con desdén miraba, y al llegar a mitad del patio vió aquel inusitado aparato que teníamos dispuesto. Acercóse y estuvo mirándolo por diversas partes, sorprendido sin duda de su extraña forma, y solicitado de los olorosos reclamos del cebo hábilmente colocado dentro. Muy por lo bajo, dije yo a Manalet:

—Este emperador tiene demasiado talento para meterse aquí.

—Quién sabe, Andresillo—me contestó el chico—. Como está tan infatuado con las batallas que acaba de ganar y se le habrá puesto en la cabeza que para él no hay ratoneras, ni trampas, ni lazos, puede que se ciegue y se meta dentro.

Napoleón se acercó con paso resuelto. Aunque dotado de inmensa previsión y de penetrante vista, el humo de gloria que llenaba su cerebro había enturbiado sus poderosas facultades, y encontrándolo todo fácil, sin ver más que a sí mismo y a su feliz estrella, precipitóse decididamente dentro de España. El hi-

lo funcionó, y cayendo con estrépito la artesa, su majestad quedó en la trampa.

—¡Ah pícaro, tunante, ladrón!—gritó Badoret, saltando de gozo—. Ahora las vds a pagar todas juntas.

—Irá vivo al mercado—añadió el otro—y nos darán por su cuerpecito nueve reales. Ni un cuarto menos, hermano Badoret.

XIX

Atado por el rabo el vencedor de Europa, los chicos querían llevarlo al mercado; pero yo lo tomé para mí, diciéndoles:

—Si trabajáis un poco más, no os faltarán otros respetables sujetos que llevar al mercado. Dejad éste para mí, que lo necesito, y coged a *Saint-Cyr*, a *Du-hesme*, a *Verdier* y a *Augerau*.

Haciendo, pues, nuevas y valiosas presas, se marcharon.

Yo atravesaba la puertecilla, mejor dicho, el agujero que comunicaba el patio de la casa de Ferragut con la mía, cuando mi cabeza tropezó con otra cabeza. Nos topamos el señor Nomdedéu y yo: él queriendo entrar y yo queriendo salir.

—Detente un rato más, Andrés—me dijo con agitación—, y ayúdame. ¡Pero qué hermoso animal tienes ahí! ¿Cuánto pides por él?

—No lo vendo —repliqué con orgullo.

—Es que yo lo quiero—me dijo con firmeza, deteniéndome por un brazo—. ¿Sabes que se ha muerto Gasparó? Mi hija se muere también; es decir, quiere morirse; pero yo no lo permito, no lo permitiré, no señor; estoy decidido a no permitirlo.

—Nada de eso me importa, señor Nomdedéu—repuse—. ¿Cómo está Siseta?

—¿Siseta? Se morirá también. He aquí una muerte que importa poco. Siseta no tiene padre que se quede sin hija. ¿Me das lo que llevas ahí?

—Usted bromea. Adiós, señor Nomdedéu. Por aquella puerta se baja a donde hay mucho de esto.

—¡Oh! ¡Qué repugnante sitio!—exclamó el doctor—. Pero ¿qué llevas ahí? Un Niño Jesús de alfeñique. Dámelo, Andrés, dámelo. ¡Azúcar, Dios mío! ¡Azúcar! ¡Qué rayo de luz divina!

—No puedo darlo tampoco. Es para Siseta.

El doctor se puso lívido, más lívido de lo que estaba, y miróme con una expresión rencorosa que me llenó de espanto. Le temblaban los labios, y a cada instante llevábase las convulsas manos a su amarillo cráneo desnudo. Me infundía lástima; me infundía, además, su vista, poderoso egoísmo, y le detestaba, sí, le detestaba, sobre todo desde que tuvo la audacia de mirar con sus ávidos ojos el Niño Jesús sin piernas que yo llevaba.

—Andrés—me dijo—, yo quiero ese pedazo de azúcar. ¿Me lo darás?

Examiné rápidamente a Nomdedéu. Ni él tenía armas ni yo tampoco.

—Si no me lo das, Andrés —prosiguió—, yo estoy dispuesto a que se pierda mi alma por quitártelo.

Diciendo esto, el doctor, sin darme tiempo a tomar actitud defensiva, arrojóse sobre mí y me hizo caer al suelo. Clavóme las manos en los hombros, y digo que me clavó, porque parecía que sus manos de hierro, horadando mi carne, se hundían en la tierra. Luché, sin embargo, en aquella difícil posición, y conseguí incorporarme. La fuerza de Nomdedéu era vigorosa, pero de poca consistencia, y se consumía toda en el primer movimiento. La mía, muscular e interna, carecía de rápidos impulsos, pero duraba más. ¡Oh, qué situación, qué momento! Quisiera olvidarlo, quisiera que se borrara por siempre de mi memoria; quisiera que aquel día no hubiese existido en la esfera de lo real. Pero todo fué cierto y lo mismo que lo voy contando. Yo pesé sobre don Pablo como él había pesado sobre mí, y pugué por clavarlo en el suelo. Yo no era hombre, no; era una bestia rabiosa que carecía de discernimiento para conocer su estúpida animalidad. Todo lo noble y hermoso que enaltece al hombre había desaparecido, y el brutal instinto sustituía a las generosas potencias eclipsadas. Sí, señores; yo era tan despreciable, tan bajo como aquellos inmundos animales que poco antes había visto despedazando a sus propios hermanos para comérselos. Tenía bajo mis manos, ¿qué manos?, bajo mis garras, a un anciano infeliz, y sin piedad le oprimía contra el duro suelo. Un fiero secreto impulso que arrancaba del fondo de mis entrañas me hacía recrearme con mi propia

brutalidad, y aquélla fué la primera, la única vez en que, sintiéndome animal puro, me gocé de ello con salvaje exaltación. Pero no fui yo mismo, no, no; lo repetiré mil veces: fué otro quien de tal manera y con tanta saña clavó sus manos en el cuello enjuto del buen médico y le sofocó hasta que los brazos de éste se extendieron en cruz, exhaló un hondo quejido y, cerrando los ojos, quedóse sin movimiento, sin fuerzas y sin respiración.

Me levanté jadeante y trémulo, con el juicio trastornado, incapaz de reunir dos ideas, y sin lástima miré al desgraciado que yacía inerte en el suelo. El niño de alfeñique cayóseme de las manos, y *Napoleón*, que durante la lucha se había visto libre, cargó con él, huyendo a todo escape con el hilo aún atado en la cola.

Esperé un momento. Nomdedéu no respiraba. La brutalidad comenzó a disiparse en mí, y así como en las negras nubes se abre un resquicio, dando paso a un rayo de sol, así en los negros de mi espíritu se abrió una hendidura, por donde la conciencia escondida escurrió un destello de su divina luz. Sentí el corazón oprimido; mil voces extrañas sonaban en mi oído, y un peso, ¡qué peso!, una enorme carga, un plomo abrumador, gravitó sobre mí. Quedéme paralizado; dudaba si era hombre; reflexioné rápidamente sobre el sentimiento que me llevara a tan horrible extremo, y al fin, atemorizado por mi sombra, huí despavorido de aquel sitio.

Pasé al otro patio, y entrando en casa de Siseta la vi exánime sobre el suelo. A un lado estaba el cadáver del pobre niño, y más al fondo advertí la presencia de una tercera persona.

Era Josefina, que, hallándose sola por largo tiempo en su casa, había bajado arrastrándose. Examiné a Siseta, que lloraba en silencio, y a su vista experimenté un temor inmenso, una angustia de que no puedo dar idea, y la conciencia que hace poco me enviara un solo rayo me inundó todo de improviso con espantosas claridades. Un gran impulso de llanto se determinaba en mi interior; pero no podía llorar. Retorciéndome los brazos, golpeándome la cabeza, mugiendo de desesperación, exclamé, sin poder contener el grito de mi alma irritada:

—Siseta, soy un criminal. He matado al señor Nomdedéu, ¡le he matado! Soy una bestia feroz. El quería quitarme un pedazo de azúcar que guardaba para ti.

Siseta no me contestó. Estaba estupefacta y muda, y la extenuación, juntamente con el profundo dolor, la tenían en situación parecida a la estupidez. Josefina, acercándose a mí y tirándome de la ropa, me preguntó:

—Andrés, ¿has visto a mi padre?

—¿Al señor Nomdedéu? —contesté, temblando, como si el ángel de la justicia me interrogara—. No, no le he visto... Si... allí está...; allí..., pasando al otro patio.

Y luego, anhelando arrojar lejos de mí las terribles imágenes que me acosaban, volvíme a Siseta y le dije:

—Siseta de mi corazón, ¿ha muerto Gasparo? ¡Pobre niño! Y tú, ¿cómo estás? ¿Te hace falta algo? ¡Ay! Huyamos, vámonos de esta casa, salgamos de Gerona, vámonos a la Almunia a descansar a la sombra de nuestros olivos. No quiero estar más aquí.

Un extraordinario y vivísimo ruido exterior no me dejó lugar a más reflexiones ni a más palabras. Sonaban cajas, corría la gente; la trompeta y el tambor llamaban a todos los hombres al combate. Siseta alargó lentamente el brazo, y con su índice me señaló la calle.

—Ya, ya lo entiendo—dije—. Don Mariano quiere que todos estos espectros hagan una salida o resistan el asalto de los franceses. Vamos a morir. Anhele la muerte, Siseta. Adiós. Aquí están los chicos. ¿Lo ves?

Eran Badoret y Manalet, que entraron diciendo:

—Hermana Siseta, trece reales, traemos trece reales. ¿Has arreglado a Napoleón? ¿En dónde está Napoleón?

Saliendo con mi fusil al hombro a donde el tambor me llamaba, corrí por las calles. Estaba ciego y no veía nada ni a nadie. Mi cuerpo desfallecido apenas podía sostenerse; pero lo cierto es que andaba, andaba sin cesar. Hablando febrilmente conmigo, me decía: «Pero ¿estoy loco?... Pero ¿estoy vivo acaso?» ¡Terrible situación de cuerpo y de espíritu! Fui a la muralla de Alemanes, hice fuego, me batí con desesperación contra los franceses que venían al asalto, gritaba como los demás y me movía

como los demás. Era la rueda de una máquina, y me dejaba llevar engranado a mis compañeros. No era yo quien hacía todo aquello: era una fuerza superior, colectiva; un todo formidable que no paraba jamás. Lo mismo era para mí morir que vivir. Este es el heroísmo. Es, a veces, un impulso deliberado y activo, a veces, un ciego empuje, un abandono a la general corriente, una fuerza pasiva, el mareo de las cabezas, el mecánico arranque de la musculatura, el frenético y desbocado andar del corazón que no sabe adónde va, el hervor de la sangre que, dilatándose, anhela encontrar heridas por donde salirse.

Este heroísmo lo tuve, sin que trate ahora de alabarme por ello. Lo mismo que yo hicieron otros muchos también medio muertos de hambre, y su exaltación no se admiraba porque no había tiempo para admirar. Yo opino que nadie se bate mejor que los moribundos.

Allí estaba don Mariano Alvarez, que nos repitió su cantilena:

—Sepan los que ocupan los primeros puestos que los que están detrás tienen orden de hacer fuego sobre todo el que retroceda.

Pero no necesitábamos de este aguijón que el inflexible gobernador nos clavaba en la espalda para llevarnos siempre hacia adelante; y como muy acostumbrados a ver la muerte en todas las formas, no podíamos temer a la amiga inseparable de todos los momentos y lugares.

La fatiga misma sostenía nuestros cuerpos; hablábamos poco y nos batíamos sin gritos ni bravatas, como es costumbre hacerlo en las ocasiones ordinarias. Jamás ha existido heroísmo más decoroso, y a fuerza de ver el ejemplo, imitábamos el aspecto estatuario de don Mariano Alvarez, en cuya naturaleza poderosa y sobrehumana se estrellaban, sin conmoverla, las impresiones de la lucha, como las rabiosas olas en la peña inmóvil.

Por mi parte, puedo asegurar que, lleno el espíritu de angustia, alarmada hasta lo sumo la conciencia, aborrecido de mí mismo, me echaba con insensato gozo en brazos de aquella tempestad, que en cierto modo reproducía exteriormente el estado de mi propio ser. La asimilación entre ambas era natural, y si en pequeños intervalos yo acer-

taba a dirigir mi observación dentro de mí mismo, me reconocía como una existencia flamígera y estruendosa, parte esencial de aquella atmósfera inundada de truenos y rayos, tan aterradora como sublime. Dentro de ella experimentábanse grandes acrecentamientos de vida, o la súbita extinción de la misma. Yo puedo decirlo; yo puedo dar cuenta de ambas sensaciones y describir cómo acrecía el movimiento, o, por el contrario, cómo se iban extinguendo los ruidos del cañón, cual ecos que se apagan repetidos de concavidad en concavidad. Yo puedo dar cuenta de cómo todo, absolutamente todo, ciudad, campo enemigo, cielo y tierra, daba vueltas en derredor de nuestra vista, y cómo el propio cuerpo se encontraba de improviso apartado del bullidor y vertiginoso conjunto que allí formaban las almas coléricas, el humo, el fuego y los ojos atentos de don Mariano Alvarez, que, relampagueando entre tantos horrores, lo engrandecía todo con su luz. Digo esto porque yo fui de los que quedaron apartados del conjunto activo. Me sentí arrojado hacia atrás por una fuerza poderosa, y al caer, bañado en sangre, exclamé en voz alta:

—¡Gracias a Dios que me he muerto!

Un patriota, que, por no tener arma, se contentaba con arrojar piedras, arrancó el fusil de mis manos inertes, y, ocupando mi puesto, gritó con alegría:

—Acabáramos. ¡Gracias a Dios que tengo fusil!

XX

Fuí primero hollado y pisoteado y sobre mi cuerpo algunos patriotas se empinaban para ver mejor hacia afuera; pero pronto me apartaron de allí y sentí el contacto de suavísimas manos. Parecióme que unos pájaros del cielo bajaban a posarse sobre mi cuerpo dolorido, trayéndole milagroso alivio. Aquellas manos eran las de unas monjas.

Diéronme de beber y me curaron, diciéndose unas a otras:

—El pobrecillo no vivirá.

Ignoro dónde estaba, y no me es posible apreciar el tiempo que transcurría. Sólo en una ocasión recuerdo ha-

ber abierto los ojos, adquiriendo la certidumbre de que me rodeaba oscurísima noche. En el cielo había algunas tristes estrellas que fulguraban con blanca luz. Sentía entonces agudísimos dolores; pero todo se extinguió prontamente, y cayendo en profundo sopor, vivía con largas interrupciones de sensibilidad. Otra vez abrí los ojos, y vi que se estaban batiendo. Las monjas acudieron de nuevo a mí, y su asistencia me produjo muy vivo consuelo. Yo no hablaba, no podía hablar; pero un accidente harto original me obligó poco después a empuñarme en usar la palabra. Entre la mucha gente que por allí, en distintas direcciones, discurría, vi un muchacho en quien hube de reconocer a Badoret.

Badoret llevaba auestas el cuerpo de un niño de pocos años, cuyas piernas y brazos colgaban hacia adelante. Así cargaba comúnmente a su hermano cuando vivía, y así lo llevaba muerto. Hice un esfuerzo y llamé al muchacho. Este, que se inclinaba a examinar a los que allí, en diversos puntos, yacían, acercóse a mí y me dijo:

—Andrés..., ¿tú también te has muerto?...

—¿Por qué llevas auestas el cuerpo de tu hermano?

—¡Ay! Andrés, me mandaron que lo echara al hoyo que hay en la plaza del Vino; pero no quiero enterrarlo y lo llevo conmigo. El pobre ya no llora ni chilla.

—¿Y tu hermana?

—Hermana Siseta no se mueve, ni habla, ni llora tampoco. La llamamos y no nos responde.

Iba a preguntarle por Josefina; pero me faltó valor, se me extinguió la facultad de hablar, y, nublándose mis ojos, vi desaparecer a Badoret saltando con su lúgubre carga sobre los hombros.

La fiebre traumática se apoderó de mí con gran intensidad reproduciéndome los hechos que habían precedido a la situación en que me encontraba. Siseta aparecía a mi lado con su hermano en los brazos, y yo le decía:

—Prenda mía, ya no podemos ir a sentarnos a la sombra de los olivos que tengo en la Almunia, porque mi conciencia va detrás de mí acusándome sin cesar, y tengo que huir y correr hasta que encuentre un sitio lejano adonde ella no pueda seguirme. No volveré a

entrar jamás en tu casa, porque allí junto está, tendido en cruz sobre el suelo, don Pablo Nomdedéu, a quien maté porque me quería quitar mi azúcar. Yo me voy a donde no me vea gente nacida. Dame tu mano. Adiós.

Al decir esto, besaba la mano de una señora monja.

Otras veces creía sentir el contacto de un brazo junto al mío, y exclamaba:

—¡Ah! Es usted, señor don Pablo Nomdedéu. Los dos hemos muerto y nos juntamos en lo que llamamos allá «la otra vida»; sólo que usted camina hacia el Cielo, y yo voy derecho al Infierno. Aquí donde estamos, entre estas oscuras nubes, ya no hay odios ni resentimientos. Me pesa de haberle matado a usted, y válgame el arrepentimiento. ¿Cómo había de consentir en darle a usted el azúcar? No, señor don Pablo; no lo consentiré jamás. ¿Aún insiste usted en quitármela, cuando, despojados de la vestidura corporal, volamos los dos por esta región donde no hay ruido, ni luz, ni nada? ¿Aun aquí, equivocándonos de caminos, nos encontramos para reñir? Pero no, siga usted adelante y no se detenga a quitarme lo mío. Dios me perdonará mi crimen: yo fui atacado por usted; yo me defendía, y una bestia feroz que se metió dentro de mí le mató a usted. Fué, sin duda, aquel infame *Napoleón*. ¡Oh! ¿Por qué quise apropiarme el aparente cuerpo de tan fiero demonio? Sí, ya te estoy viendo delante de mí... ¡Allá voy, no me llames más! Vagando por estos espacios, donde no hay ruido, ni luz, ni nada, yo creí que no te presentaría delante de mí; pero aquí estás. Cierra esos ojillos negros como cuentas de azabache; no claves en mí tus dientes, más blancos que el marfil, ni enrosques esa culebra que llevas por cola. Ya sé que te pertenezco desde que cayó el artesón sobre ti, y tus tramas infernales me pusieron en el caso de matar a aquel santo varón buen amigo, excelente padre y honrado patriota. Iré contigo al infierno, que será mi expiación. No vuelvas el horrendo hocico hacia atrás, que ya te sigo. Los arcángeles celestiales me azuzaron como a un perro cuando me acerqué a las puertas del Paraíso, y ahora, camino hacia abajo. Adiós, Nomdedéu; ya te veo allá arriba. Brillas como una estrella; pero tu resplandor no ilumina esta

oscuridad en que me hallo. El calor de las llamas que despides por la boca, infame *Napoleón*, me está abrasando; me ahogo en una atmósfera de fuego, y sed espantosa seca mi boca. ¿No hay quien me dé un vaso de agua?

Un vaso tocó mis labios. Las monjas me daban agua.

Luego tornaba a los mismos delirios, que variaban a cada instante, ora terribles, ora gratos, hasta que un día me reconocí en el uso completo de mis sentidos y con el entendimiento claro y sin nubes. Vi el cielo encima; en derredor, mucha gente, y a mi lado, un fraile. No se oían cañonazos, y el silencio, con serlo, parecía un ruido indefinible.

—Hijo mío—me dijo el fraile—, ¿estás mejor? ¿Te sientes bien? Esa herida del pecho no es mortal. Si hubiera recursos en Gerona y se te alimentara bien, curarías, como otros muchos.

—¿Qué ocurre, padre? ¿Qué día es hoy? ¿A cuántos estamos?

—Hoy es el nueve de diciembre, y ocurre una inmensa desgracia.

—¿Qué?

—Está enfermo don Mariano Alvarez, y la ciudad se va a rendir.

—¡Enfermo!—exclamé con sorpresa—. Yo creí que don Mariano no podía estar enfermo ni morir. Moriremos nosotros; pero él...

—El también morirá. Hoy le ha entrado el delirio y ha traspasado el mando al teniente de Rey don Juan Bolívar. Desde que Alvarez está en cama, nadie considera posible la defensa. Sólo hay mil hombres disponibles y aun éstos están también enfermos. A estas horas se celebra junta de jefes para ver si se rinde o no la plaza en este día. Me temo que se saldrán con la suya los pícaros que quieren la rendición. Es una vergüenza que esto pase. Hay aquí mucha gente que no piensa más que en comer.

—Padre—dije yo—, si algo hay por ahí démelo, aunque sea un pedazo de madera. No puedo resistir más.

El fraile me dió no sé qué cosa; pero yo la devoré sin averiguar lo que era. Después hablé así:

—¿Su paternidad está aquí auxiliando a los moribundos? Yo, aunque Dios, en su infinita misericordia, me conserve por ahora la vida, quiero confesar un gran pecado que tengo. Si no me

quito de encima este gran peso, no podré vivir. Por ahí creerán que don Pablo Nomdedéu ha muerto de hambre o de miedo. No; yo debo declarar que le he matado porque me quiso quitar un pedazo de azúcar.

—Hijo mío—repuso el fraile—, o estás aún delirando, o confundiste con otro al señor Nomdedéu, pues tengo la seguridad de haber visto a éste hoy mismo, si no bueno y sano, al menos con vida. No descansa en lo de curar a diestro y siniestro.

—¡Como! ¿Será posible? — exclamé con estupefacción—. ¿Vive el señor don Pablo Nomdedéu, ese espejo de los médicos? Padre, tan buena nueva me devuelve por entero la vida. Yo le dejé por muerto en medio del patio. No puedo creer sino que ha resucitado para que su hija no quedase huérfana. Padre, ¿conoce usted a Siseta, la hija del señor Cristófol Mongat? ¿Sabe, por ventura, si vive?

—Hijo, nada puedo decirte de esa muchacha. Solo sé que la casa donde vivían el señor Mongat y el señor Nomdedéu ha sido destruida por una bomba ayer mismo. Tengo idea de que todos sus habitantes se salvaron, excepto alguno que se ha extraviado y no se le puede encontrar.

—¡Oh! ¡Si pudiera levantarme y correr allá!—dije—. Pero parece que me han clavado en esta maldita cama. ¿En dónde estoy?

—Esta es la cama en que murió Periquillo del Roch, asistente del señor don Francisco Satué, que es, como sabes, edecán del gobernador. Cuando murió Periquillo te pusimos aquí, y ayer dijo Satué que te tomaría por asistente.

—¿Conque su paternidad no me da noticias de la pobre Siseta? El corazón me dice que no ha muerto, y que no soy, por tanto, viudo.

—¿Eres casado?

—Con el corazón. Siseta será mi mujer, si vive. ¿Y dice su paternidad que no ha muerto el señor Nomdedéu?

—Así parece, pues se le ve por la ciudad. Verdad es que más bien tiene aspecto de un muerto que anda que de persona viva.

—¿Será cierto lo que oigo? ¿Y el señor don Pablo se mueve?

—Anda, aunque cojo.

—¿Y abre los ojos?

—Sí. Sus ojos parduscos buscan las

piernas rotas en la oscuridad de los escombros.

—¿Y habla?

—Con su voz clueta, que tan buenas cosas sabe decir.

—Pero ¿es el mismo o un remedo de don Pablo, una sombra que viene del otro mundo a figurar que pone vendas?

—El mismo, aunque de puro desfigurado apenas se le conoce.

—¡Oh, qué inmensa alegría siento! ¿De modo que ha resucitado?

—No dudes que vive; pero también te aseguro que no doy dos ochavos por lo que le queda de razón.

En todo aquel día no me pude mover, aunque notaba de hora en hora bastante mejoría. La curiosidad y el afán me devoraban, anhelando saber la suerte de los míos, y aunque la certidumbre de no ser matador de Nomdedéu había dado gran tranquilidad a mi espíritu, el no saber el paradero de Siseta me entristecía en sumo grado. Sin moverme de allí, supe que la plaza estaba a punto de rendirse, y que había ido a tratar con el general francés el español don Blas de Fournás. Esto tenía muy irritados a los fantasmas que, con nombre de hombres, discurrían aún arma al brazo por las murallas destruidas, y fué preciso a Fournás, cuando salió de la plaza, ocultar el verdadero motivo de su viaje.

Alvarez, según oí, se agravaba por instantes, y recibió los Sacramentos el mismo día nueve; pero aun en tal situación insistía en no rendirse, repitiendo esto con palabras enérgicas, lo mismo dormido que despierto. Muchos patriotas se resistían a creer que fuera cierto lo de la rendición, y la posibilidad de entregarse al extranjero causaba más horror que la muerte y el hambre; verdad es que muchos tenían la loca esperanza de que llegasen socorros.

Por la tarde empezó a susurrarse que al día siguiente entrarían los cerdos, y los patriotas acudieron a casa del gobernador, la cual, casi por completo arruinada, apenas conservaba en pie los aposentos donde el heroico paciente residía, y allí, entre las ruinas, metiéndose por los claros de las paredes destruidas, alborotaron largo rato, pidiendo a su excelencia que saliese de nuevo a gobernar la plaza.

Dicen que Alvarez, en su delirio, oyó

los populares gritos, e incorporándose, dispuso que resistiéramos a todo trance. Enfermos o heridos los que aún vivíamos, con diez mil cadáveres esparcidos por las calles, alimentándonos de animales inmundos y sustancias que repugna nombrar, nuestro más propio jefe debía ser y era un delirante, un insensato, cuyo grande espíritu perturbado aún se sostenía varonil y sublime en las esferas de la fiebre.

Al día siguiente pude dar algunos pasos sin alejarme mucho. De buena gana habría hecho una excursión por la ciudad, visitando la casa de Siseta; pero las señoras monjas que tan cariñosamente me cuidaban impidieronmelo. El capitán don Francisco Satué llegóse a mí y me hizo saber que había resuelto tomarme por asistente, en reemplazo de Periquillo del Roch, y, agradecido yo a su bondad, me tomé la libertad de decirle:

—Mi capitán, ¿sabe usía por dónde anda Siseta? Supongo que usía conoce a Siseta, la hija del señor Cristoful Mongat?

Satué no se dignó contestarme y volvió la espalda, dejándome solo con mis horribles dudas. Yo preguntaba a todos; pero nadie me hablaba sino de la capitulación. ¡Capitular! Parecía imposible tal cosa cuando todavía existía, pegado a las esquinas, el bando de don Mariano: «Será pasado inmediatamente por las armas cualquiera persona a quien se oiga la palabra capitulación u otra equivalente.»

Según oí decir, los franceses habían dado una hora de tiempo para arreglar la capitulación; pero nuestra Junta pedía un armisticio de cuatro días, prometiendo cumplirlo si al cabo de dicho plazo no venía el socorro que desde noviembre estábamos esperando. El mariscal Augereau no quiso acceder a esto, y, por último, después de muchas idas y venidas de un campo a otro, firmáronse las condiciones de nuestra rendición a las siete de la noche del diez.

En este convenio, como en todos los que hicieron los franceses en aquella guerra, se pactó lo que luego no había de ser cumplido: respetar a los habitantes, respetar la religión católica y las vidas y haciendas, etc. Todo esto se escribe y se firma sobre un tambor dentro de una tienda de campaña; pero luego las órdenes expedidas desde

París por la gran rata obligan a poner en olvido lo acordado.

—¡Bonito final! —me dijo el padre Rull, que me había asistido durante el penoso mal—. ¡Y que hayamos venido a esto después de haber resistido siete meses! ¿Y todo por qué, amigo Andrés? Porque no se reparten dos pavos por barba al día, y porque alguno se ha visto obligado a mantenerse chupando el jugo de un pedazo de estera. Dioscórides dice que el esparto contiene sustancias alimenticias. ¡Oh! Si Alvarez no hubiera caído enfermo; si aquel hombre de bronce pudiera aún levantarse de su lecho, y venir aquí, y alzar el bastón en la mano derecha... Ya sabes, Andrés, que la guarnición debe salir mañana de la plaza con los honores de la guerra, marchando a Francia prisionera. Creo que os pondrán a tirar del carro de Napoleón cuando salga a paseo... Los cerdos se nos meterán aquí mañana, a las ocho y media, y parece han acordado no alojarse en las casas, sino en los cuarteles. ¿Lo crees tú? Ya verás cómo no lo cumplen. Me parece que los veo echando a los vecinos a la calle para acomodarse sus señorías en las pocas casas que han dejado en pie. Y ahora te pregunto yo: ¿Qué harán de nosotros, los pobres frailes? Amigo, con Gerona se acabó España, y con la salud de Alvarez se acabaron los españoles bravos y dignos. Muchachos, ¡viva don Mariano Alvarez de Castro, terror de la Francia!

Durante la noche, los vecinos y los soldados, sabedores ya de las principales cláusulas de la capitulación, inutilizaron las armas o las arrojaron al río, y al amanecer, los que podían andar, que eran los menos, salieron por la puerta del Areny para depositar en el glacis unas cuantas armas, si tal nombre merecían algunos centenares de herramientas viejas y fusiles despedazados. Los enfermos nos quedamos dentro de la plaza, y tuvimos el disgusto de ver entrar a los señores cerdos. Como no nos habían conquistado, sino simplemente sometido por la fuerza del hambre, nosotros los mirábamos de arriba abajo, pues éramos los verdaderos vencedores, y ellos, al modo de impíos carceleros. Si no existiese el goloso cuerpo y sólo el alma viviera, ¿pasarían estas cosas?

En honor de la verdad, debo decir que los franceses entraron sin orgullo,

contemplándonos con cierto respeto; y cuando pasaban junto a los grupos donde había más enfermos, nos ofrecían pan y vino. Muchos se resistieron a comerlo; pero al fin la fuerza instintiva era tal, que aceptamos lo que a las pocas horas de su entrada nos ofrecieron. Durante todo el día estuvieron entrando carros cargados de víveres, que, estacionados en las plazas de San Pedro y del Vino, servían de depósito, adonde todo el mundo iba a recoger su parte. ¡Comer! ¡Qué novedad tan grande! Sentíamos el regreso del cuerpo que volvía, después de larga ausencia, a ser apoyo del alma. Se admiraba uno de tener claros ojos para ver, piernas para andar y manos con que afianzarse en las paredes para ir de un punto a otro. Los rostros adquirían de nuevo, poco a poco, la expresión habitual de la fisonomía humana, y se iba extinguiendo el espanto, que, aun después de la rendición, causábamos a los franceses.

Dadme albricias, porque al fin, señores míos, me reconocí con bríos para andar veinte pasos seguidos, aunque apoyándome con la derecha mano en un palo, y con la izquierda, en las paredes de las casas. No creáis que el andar por las calles de Gerona en aquellos días era cosa fácil, pues ninguna vía pública estaba libre de hoyos profundísimos, de montones de tierra y piedras, además de los miles de cadáveres insepultos que cubrían el suelo. En muchas partes, los escombros de las casas destruídas obstruían la angosta calle, y era preciso trepar a gatas por las ruinas, exponiéndose a caer luego en las charcas que formaban las fétidas aguas remansadas. El viaje a través de aquellos montes, lagos y ríos, era tan fatigoso para mí, que a cada poco trecho me sentaba sobre una piedra para tomar aliento. Mas cuando ya no era posible pensar en batirse, y cuando estaba aplacado el terrible ardor de la guerra, produciame indecible espanto la vista de tantos muertos; y al examinar los horrorosos cuadros que se desarrollaban ante mi vista, cerraba a veces los ojos, temiendo reconocer en una mano helada la mano de Siseta; en la punta de un vestido, la punta del vestido de Siseta; en una piedrecita encarnada, las cuentas de coral que adornaban las lindas orejas de Siseta.

XXI

Cuando llegué a la calle de Cort-Real vi allí, casi en total ruina, la casa donde se albergaban los míos. Unos vecinos me dijeron que el señor Nomdedéu y su hija estaban aposentados en la calle de la Neu; pero que no se sabía a dónde habían ido a parar Siseta y sus hermanos. Contristado con la noticia, fui en busca del doctor, y la primera persona que salió a mi encuentro fué la señora Sumta, encargándome que no hiciera ruido, porque el señor dormía.

—Aquí encontrarás todos los papeles cambiados, Andresillo—me dijo—, porque la señorita Josefina se ha puesto buena, y el amo están tan malo, que se morirá pronto, si Dios no lo remedia.

En esto oímos la voz del doctor, que en aposento cercano sonaba, diciendo:

—Déjele usted entrar, señora Sumta, que estoy despierto. Andrés, amigo querido, ven acá.

Entré, pues, y don Pablo, arrojándose de su lecho, me abrazó con cariño, hablándome así:

—¡Qué placer me das, Andrés! ¡Yo creí que habías muerto! ¡Ven acá, valiente joven, y abrázame otra vez! ¿Cómo va esa salud? ¿Y ese estómago? No conviene cargarlo después de tanta privación. ¿Hay apetito?... Te recomiendo mucho la sobriedad. ¿Tienes heridas? Las curaremos... Manda lo que gustes, hijo.

Yo, muy confundido, le expresé mi gratitud por tanta benevolencia, añadiendo que le consideraba como el más generoso y cristiano de los mortales por pagar con abrazos y cariños los golpes que de mí recibiera.

—Señor—añadi—, yo creí haber muerto al mejor de los hombres, y no podía vivir con el gran peso de mi conciencia. Veo que usted perdona las ofensas y abre sus brazos a los que han intentado matarle.

—Todo está perdonado, y si culpa hubo en ti tratándome como me trataste, mayor fué la mía, que, en mi furor, no reparaba en quitarte la vida por un pedazo de azúcar. Aquéllas, amigo Andrés, no deben considerarse como acciones libres que constituyen verdadera responsabilidad, y la horrible situación en que ambos nos hallábamos nos disculpa a

los ojos de Dios. En tan triste momento, la ley suprema de la propia conservación imperaba sobre todas las leyes; nuestro carácter, el resultado de las facultades ingénitas o cultivadas por el trato, y de los hábitos adquiridos, no existía realmente, y el torpe bruto en que estamos metidos rompía, salvaje, todos los frenos que se oponían a la satisfacción de sus necesidades. Por mi parte, puedo decirte que no me daba cuenta de lo que hacía. El espectáculo de mi pobre hija me trastornaba el poco sentido que aún me hacía reconocerme como hombre, y delante de mí no había amigos ni semejantes. Estas relaciones se acaban, se extinguen, cuando el brutal instinto recobra sus dominios, y si veía un pedazo de pan en boca de otro hombre, parecíame esto un privilegio irritante que mi egoísmo no podía tolerar. ¡Ay, qué horroroso padecimiento! ¡Qué vergonzoso estado moral, y qué degradación del ser más libre que pisa la tierra! Válgame tan sólo la circunstancia de que nada quería para mí, sino todo para ella. Tengo la seguridad de que, a no ser por mi idolatrada hija, yo me hubiera recostado en un rincón de la casa, dejándome morir sin hacer esfuerzo alguno por conservar la vida.

—Y la señorita Josefina ha resistido las privaciones tal vez mejor que nosotros.

—Mucho mejor—añadió Nomdedéu—. Ya me ves a mí, que parezco un cadáver. Pues ella, completamente transfigurada, parece haberse apropiado toda la salud que a mí me falta. Esto me tenía contentísimo, Andrés. Pero verás ahora lo que ha pasado. Cuando me dejaste en el patio de la casa del canónigo, tardé mucho en recobrar el uso de los sentidos, a consecuencia del gran golpe y de la mucha extenuación. Por fin, no sé qué manos caritativas me sacaron a la calle, donde recobré completo acuerdo. Mi sensación principal era una gran sorpresa de hallarme con vida. Arrastréme hasta entrar en casa, y en las habitaciones de Siseta encontré a mi hija. La infeliz casi no me conocía. Iba a perecer de inanición. ¡Dios mío! Quisiera morir, si la muerte borrara de mi memoria el recuerdo de aquellas horas. Yo decía: «Señor, antes de ver tal espectáculo, valiera más que quedara exánime sobre las baldosas de la casa del

canónigo.» ¡Ay amigo Marijuán, no me preguntes nada sobre esto! Sólo te diré que, habiendo salido en busca de alimentos, al regresar, mi hija ya no estaba allí.

—¿Y Siseta?—pregunté con la mayor inquietud.

—Siseta tampoco—repuso Nomdedéu, inmutándose en sumo grado—. Pero ¿a qué me preguntas por Siseta? Yo no sé nada de ella. Déjame seguir. Ninguno de los vecinos supo darme razón del paradero de mi hija, y corrí como un loco por la ciudad, buscándola. Felizmente, ni ella ni yo estábamos allí cuando la casa fué destruida. Pero yo te pregunto: «¿Adónde creerás que había ido mi idolatrada Josefina?» Pues nada menos que a la Torre Gironella, donde contemplaba el horrible fuego con que se defendió aquel fuerte en sus postrimerias. Te asombrarás de que mi hija fuese a tal sitio. Pues oye: encontrándose sola en la casa, la horrible necesidad obligóla a salir a la calle, y discurrió largo tiempo por Gerona, implorando la caridad pública, pero sin ser atendida por nadie. Mientras mayor era su desamparo, mayores esfuerzos hizo por apegar-se a la vida, y aquella naturaleza miserable halló en sí misma suficiente energía para sobreponerse a la situación. Parece esto imposible, pero es cierto. Ahora caigo en que a las criaturas de ánimo apocado nada les conviene tanto como encontrarse lanzadas de improviso a un gran peligro, sin sostén ni ayuda de mano extraña. Pues bien: Josefina, sola en medio de tantos horrores, huyó por la pendiente que conduce a los fuertes, creyendo más seguros aquellos sitios. La vista de los cadáveres que obstruyen el camino prodújole gran espanto, y mayor aún al ver de cerca la terrible acción que allí se trábala. Cuando quiso retroceder la pobrecita, le fué imposible, y encontróse envuelta en el fuego en el momento de la retirada. ¡Oh incomprensibles arcanos de la Naturaleza! Si yo hubiera sabido por qué lugares andaba mi enferma, y todo el Protoprimario me hubiérame pedido mi dictamen sobre su suerte, habría dicho: «Josefina morirá en el acto de verse próxima a un combate.» Pues no fué así, Andrés. Según me ha contado ella misma, sintióse con inusitada energía, y sus miembros, desentumecidos como por

milagro, adquirieron una agilidad que jamás habían tenido. Sin hallarse libre de miedo, inundaba su alma una generosa y expansiva inquietud, y abundantes lágrimas corrían de sus ojos... A esto añade que luego volvió dos veces a la ciudad, donde unas señoras, apiadadas de ella, le dieron alimento; que después, sin saber cómo, vióse arrastrada en el tropel de las que iban a llevar pólvora a las murallas; añade que durmió dos noches en campo raso; que la señora Sumta, tomándola por su cuenta, la tuvo más de tres horas en Alemanes, hasta que se retiró de allí la guarnición, y comprenderás si han sido fuertes los cauterios aplicados por el azar al espíritu de esa pobre niña. Ahora, Andrés, me resta decirte que si ella ha adquirido súbitamente bríos y agilidad, yo he perdido radicalmente mi salud, a consecuencia de los intensos padeceres físicos y morales de esta temporada, y aquí donde me ves, no doy dos cuartos por lo que pueda vivir de aquí al domingo que viene. La alegría que me causa el ver cómo se ha regenerado el organismo de aquella que es todo mi amor y mi consuelo, ahoga el sentimiento que podría causarme la propia muerte. Lo que hoy me produce profunda tristeza es el convencimiento adquirido hace poco de que soy un detestable médico. Sí, Andrés; yo creí saber bastante, y ahora resulta que todo lo ignoro, todo, todo. Figúrate que después de adoptar en el tratamiento de Josefina el sistema de precauciones, de cuidados que me recomendaban en diverso estilo centenares de libros, salimos con la patochada de que el mejor sistema es el opuesto al que yo seguí. ¡Y para esto, Dios mío, ha estudiado uno treinta años! ¡Oh medicina, medicina, cuán desdeñosa y esquiva eres! ¡Cómo te ocultas al que más te busca, y qué bien guardas tus encantos! Cuando parece más fácil tocarte, más rápidamente desapareces, como sombra que de las ansiosas manos escapa. ¡Quién me lo había de decir! Yo intentaba curarla con delicadezas, cuidados y dengues, resguardándola hasta del aire por temor a que el aire mismo le hiciera daño, y Dios la ha fortalecido con las crudezas, las molestias, los golpes, los sustos, con el fuego y el frío, con los peligros y las muertes. Yo evitaba en ella las fuertes impresiones,

que me parecía debieran quebrar su naturaleza, como los martillazos rompen el vidrio, y los fortísimos sacudimientos de la sensibilidad la han repuesto en su primer ser y estado. Curóse como había enfermado, y este misterio y esta novedad pasmosa confunden mi inteligencia. Hasta ahora no sabía que la enfermedad curase la enfermedad, y me muero con mil ideas sobre este oscuro punto..., porque yo me muero, Andrés; en eso sí que no se equivocará mi escaso saber. Diciendo esto, se tendió de largo a largo en la cama, y a cada rato exhalaba hondísimos suspiros. Yo le hablé así:

—Señor don Pablo, usted, aunque ha padecido bastante, tiene el consuelo de ver a su hija no sólo con vida, sino con la salud que antes no tenía; pero yo, ni siquiera puedo asegurar que viven mi adorada Siseta y sus dos hermanos.

El doctor, al oírme, movióse inquietamente en su lecho con síntomas de alteración nerviosa, e incorporándose de improviso, me mostró su cara, desfigurada de un modo notable.

—No me preguntes por Siseta y sus hermanos—dijo con torpe lengua y haciendo ademán de apartar un objeto que inspira desagrado—. Yo no sé nada de ellos. Andrés, más vale que te marches y me dejes en paz.

La señora Sumta, que entró a la sazón, puso el dedo en la sien, mirando a su amo con expresión de lástima. Con el gesto y la mirada quería decirme: «No hagas caso, que el amo ha perdido el juicio.»

Perdiéralo o no, lo cierto es que me llenaban de inexplicables confusiones sus palabras. Interrogué de nuevo; pero él, cerrando los ojos y extendiendo brazos y piernas, cual exánime cuerpo, aparentaba no oírme, o, realmente aletargado, no me oía.

Josefina entró en seguida y mostró mucha alegría al verme. Por mi parte, quedéme sorprendido al notar la animación de sus ojos, su color menos pálido que de ordinario y al observar la agilidad, la gracia y desenvoltura que había adquirido en sus movimiento desde que no nos veíamos. Después de contestar con amables sonrisas a mis cumplidos, que adivinaba por el movimiento de los labios, me preguntó por Siseta.

—¡Ay!—respondí, expresando con sig-

nos mi suprema aflicción—. Siseta... se ha ido, señorita; no sé dónde está.

—Busquemosla—dijo Josefina con resolución.

—¡Ay! Gracias, señorita Josefina... Yo no me puedo tener; pero si usted me acompaña, sacaré fuerzas de flaqueza para recorrer la ciudad.

En la casa tenían ya comida abundante, que se repartía entre los diferentes vecinos allegadizos que allí se albergaban, y a mi me dieron una buena porción. Cuando salí, enlazando mi brazo con el de Josefina, me sentía tan restablecido, que no necesité buscar apoyo en las paredes ni arrojarme al suelo cada diez minutos para tomar aliento.

XXII

¿Dónde buscaremos a Siseta? ¿Dónde?... «¡Siseta!», gritábamos por todos lados: en las ruinas, en la puerta de las casas enteras, en las plazas, en las murallas, en las cortaduras, en los montones de escombros: pero ninguna voz conocida nos respondía. En diversos puntos de la ciudad, los franceses se ocupaban en tapar con tierra los hoyos donde habían sido arrojados los cadáveres, y miles de cuerpos desaparecían de la vista de los vivos para siempre... «¡Oh! —exclamaba yo con la mayor angustia—. ¡Si estará ahí Siseta!»

Hubiera querido escarbar con mis manos todas las fosas, por cerciorarme de que no yacía en ellas la persona perdida. Visitamos luego los hospitales, y en ninguno de ellos aparecieron tampoco Siseta ni sus hermanos; preguntamos de puerta en puerta a todos los conocidos, a los vecinos todos, y nadie nos dió razón ni noticia alguna. Pasan do a Mercadal, lo recorrimos todo, y al volver miré al fondo del río por ver si entre sus turbias aguas se distinguía el cuerpo de Siseta. Pregunté por ella a los españoles y a los franceses, que no me entendieron; pero ambas naciones carecían de noticias acerca de mi amiga. subí a los tejados, bajé a los sótanos, la busqué en plena luz y en la profunda oscuridad; pero el rayo de sus ojos, para mi superior a todas las claridades, no brillaba en ninguna parte.

Por último, cuando llegábamos cerca

del puente de San Francisco de Asís, creí distinguir una lastimosa figura de muchacho, en la cual, aunque con mucha dificultad, pude reconocer la persona del buen Manalet. No era posible determinar la forma de su vestido, que era un andrajo, por cuyas rasgaduras los brazos y piernas en completa desnudez asomaban. Su rostro cadavérico, sus manos negras, su cuello manchado de sangre, sus pies heridos, su mirar temeroso, me causaron profunda pena. Le llamé, con el alma dividida entre una animosa esperanza y un inmenso dolor, y él corrió a abrazarme con los ojos llenos de lágrimas. Pasado el primer momento de su alegría, la presencia de Josefina al lado mío produjo en el ánimo del pobre chico vivísima inquietud; mirábala con ojos azarados, e hizo algún movimiento para huir de nosotros. Deteniéndole, tuve valor para preguntarle por su hermana.

—Hermana Siseta—me dijo—no está, no la busquen ustedes. Se ha ido con Gasparó. Los dos...

Al decir *los dos*, señalaba la tierra.

Yo, poseído de profundo dolor, no me reconocía satisfecho con sus vagas noticias, y quería saber más; seguí tras él, pero mi corto andar no me permitió alcanzarle, y hube de resignarme al terrible padecimiento de la duda; porque, en efecto, las afirmaciones de Manalet no resolvían mi perplejidad, y las palabras, el razonamiento, la inquietud del infeliz chico indicaban que algún misterio, para mí ignorado, existía en la desaparición de Siseta.

—Señorita Josefina—dije a mi acompañante, expresando como me fué posible el desaliento y la desesperación—, no conseguiremos nada. Volvamos a la calle de la Neu.

Ambos, muy tristes y desanimados, nos detuvimos en el puente, mirando a los transeúntes, que vagaban sin cesar de un lado a otro y, como yo, buscaban personas queridas que el desorden de los últimos días había hecho desaparecer. Las fosas sobre las cuales se echaba tanta tierra iban poco a poco destruyendo los rastros que habían podido guiar en sus exploraciones a padres, esposas e hijos, y la necesidad de enterrar pronto hacía que muchas familias se quedasen en completa ignorancia respecto a la suerte de los suyos.

Nos sentamos junto al puente; Josefina me miraba en silencio, compadecida de mi dolorosa perplejidad, y yo interrogaba al cielo, cansado ya de interrogar a la tierra y a los hombres. De repente, la hija del doctor dióme un ligero golpe en la cabeza, y agitando los brazos en dirección al río, señaló una casa de las que se levantan con los cimientos dentro del Oñá, a espaldas de la plaza de las Coles y de la calle de la Argentería. Al principio no distinguí nada; pero ella, con el rostro alterado, la mirada chispeante y el índice extendido hacia punto fijo, dirigió mi atención al tejado de una de aquellas casas, de cuyo alero un muchacho se descolgaba trabajosamente por una cuerda. Era Badoret. Al instante grité fuertemente: «¡Badoret! ¡Badoret!», y el chico, que oyó mi voz, saludóme con la mano en el momento de poner pie firme en un balcón, desde el cual parecía querer avanzar al puente saltando de una casa a otra. Los irregulares aleros, balconajes, miradores y cuerpos salientes de aquella orilla del río permitían este viaje sin gran peligro. Por fin, Badoret llegó a donde estábamos, y pude notar que su aspecto era más lastimoso que el de su hermano.

—Andrés—me dijo—, ¿han entrado los franceses?

—Sí—le respondí—. ¿En dónde estás metido que no lo sabes? ¿Has resucitado acaso?

—¿De modo que ya hay algo que comer?

—Sí; todo lo que quieras. ¿Y Siseta?

—Siseta está durmiendo desde ayer. ¿Quieres verla? La llamamos y no quiere despertar.

—Pero ¿dónde os habéis metido? ¿Dónde está Siseta?

—¿Hay ya qué comer? No hemos vuelto a ver a *Napoleón*, Andrés. ¿Cuánto darán ahora por él?

—Anda al diablo con *Napoleón*. Llévame adonde está tu hermana.

—En el tejado.

—¿En el tejado?

—Sí; la llevamos entre todos, porque el señor Nomdedéu la quería matar.

—¡Matarla! ¡Estás loco!

—Sí; para comérsela.

No pude reprimir la risa, a pesar de que mi ánimo no estaba para burlas.

—El señor Nomdedéu—prosiguió Badoret—se volvió loco y quiso comernos a todos.

—Estáis tontos, sin duda—repliqué—. Llévame a donde está Siseta.

—¡Como no vayas por donde yo he venido!... De la casa del canonigo, donde estamos, se pasa por el tejado a la del droguero de la calle de la Argentería; pero de ésta no se puede salir a la calle porque está cerrada... Por la bodega se pasa a una casa del otro extremo, que está quemada, y por las tejas se baja a los balcones del río. Si puedes hacer que te abran la puerta de la casa del droguero, que está en la calle de la Argentería, junto a la plaza de las Coles, entrarás mejor que yo he salido.

—Vamos allá—dije con resolución—. Si ese señor droguero no nos quiere abrir la puerta, la derribaremos a puñetazos.

Por fortuna, no me pusieron obstáculos a que entrara por la casa indicada, lo cual verifiqué dejando a Josefina en la inmediata de la calle de la Neu. Subí al tejado, y saltando con grandes esfuerzos y peligros de techo en techo, llegamos Badoret y yo a las buhardillas de la casa del canónigo. Allí, en un lóbrego aposento del desván, donde antaño tuvo su vivienda el ama de gobierno del señor Ferragut, yacía la pobre Siseta, sin movimiento ni sentido, sobre miserable colchón. La llamé con fuertes voces, incorporéla en el lecho, y la infeliz abrió los ojos, pero sin aparentar reconocermé. Mi gozo al ver que vivía fué inmenso; pero aún dudaba que pudiese tornar a la vida, y no pensé más que en prodigarle toda clase de socorros. Recorrí la casa aturdidamente, sin darme cuenta de lo que buscaba, y vi en distintas habitaciones hasta una docena de chicos de ocho a doce años, en quienes reconocí a los amigos que acompañaban a Badoret y Manalet en todas sus correrías; pero el estado de aquellos infelices niños era atrozmente lastimoso y desconsolador. Algunos de ellos yacían muertos sobre el suelo; otros se arrastraban por la biblioteca sin poderse tener; uno estaba comiéndose un libro, otro saboreaba el esparto de una estera.

—¿Qué ha pasado aquí?—pregunté a Badoret.

—¡Ay Andrés! No podemos salir por ninguna parte. Estábamos encerrados hace dos días. A nuestra casa no se podía pasar, porque siete paredes llenaron el patio hasta arriba. No teníamos que comer ni donde encontrarlo... Esta mañana buscamos Manalet y yo una salida. El se descolgó por la calle de la Argentería, y yo por donde me viste...; pero a mí se me está ya pegando la lengua al cielo de la boca, no puedo moverme y me caigo muerto también.

Diciéndolo, Badoret cerró los ojos y se extendió de largo a largo en el suelo. Algunos de sus camaradas lloraban, llamando a sus madres, y por todos lados el espectáculo de aquella desolación infantil contristaba mi alma. Resuelto a obrar con prontitud, pasé por el tejado a las casas inmediatas, llamé, pedí socorro, logré que me oyeran y que acudiesen en mi auxilio algunos vecinos, y bien pronto reuní en los desiertos lugares donde se hallaba mi infeliz amiga gran número de viveres y no pocas personas caritativas.

La primera en quien probamos nuestros recursos fué Siseta, que tardó mucho en recobrar su acuerdo, inspirándome serias inquietudes; pero al fin me reconoció, y vencida su repugnancia a tomar los alimentos que le ofrecíamos, convenciéndose al fin de que no le dábamos animales inmundos ni horribles manjares, entró en un período de fortalecimiento que indicaba enérgica disposición de la naturaleza a recobrar su primitivo equilibrio y asiento. Badoret cobró sus fuerzas con más rapidez, y a la media hora ya hablaba como una taravilla arengando a sus amigos. Para algunos de éstos llegó tarde el remedio, y no nos dieron más trabajo que entregar sus cuerpos a las pobres madres que a recogerlos venían después de buscarlos inútilmente por toda la ciudad.

—Hermana Siseta, ha despertado al fin—me dijo Badoret, tragándose medio pan—. Yo pensé que íbamos a quedarnos aquí para que se regalaran con nuestro pellejo *Napoleón*, *Sancir*, *Agujerón* y los demás que andaban por acá. No estamos todos vivos, Andrés, porque Pauet no resuella, y Sisó, que estaba tan rabioso contra los cerdos, se ha quedado tieso en la biblioteca con medio libro en el cuerpo y otro medio en la

mano. Así quisiera yo ver al condenado de don Pablo Nomdedéu, que quiso hacer con nosotros un guisote. Ya estamos libres de caer al fondo de la cazuela con sal y agua, y eso de que la señorita Josefina se le almuerce a uno no tiene gracia... Los *marranos* están ya dentro de Gerona... ¡Vaya..., y decían que don Mariano no los dejaría entrar! Si es lo que yo digo; mucha facha, mucho boquear, y después nada.

—No desatines, y cuéntame por qué trajisteis aquí a tu hermana.

—Pregúntaselo a don Pablo y a la señora Sumta. Nosotros le llevamos a hermana Siseta siete reales que habíamos ganado. Hermana Siseta estaba llorando, con Gasparó en brazos. Un caballero entró en la casa, y con malos modos mandó que enterrásemos al niño. Entonces hermana Siseta le dió muchos besos, y yo le cargué para llevarle a la fosa; pero me daba lástima, y estuve con él a cuestras todo el día, hasta que al fin... Manalet echaba la tierra, y yo la apretaba con las manos para que quedase bien. Pero luego quisimos volverle a ver, sacamos la tierra... ¡Ay Andresillo! Después la tornamos a echar, y ya no le vimos más... Al volver a casa, don Pablo entró suspirando y dando gemidos, y dijo que traía todos los huesos rotos. Después pidió algo de comer a la señora Sumta, y la señora Sumta se puso también a echar suspiros y regüeldos. La señorita Josefina, tendida en el suelo, se chupaba los dedos; don Pablo empezó a gritar llamando al santo acá y al santo allá, y luego a todos nos daba con la punta del pie, diciendo: «Levantaos y salid a buscar algo para mi hija.» Después del entierro habíamos comprado con los siete reales un pan negro y duro, y se lo dimos a mi hermana. ¡Si vieras qué ojos le echó don Pablo! Siseta es más tonta... ¿Creerás que no quiso el pan y mandó que se lo diéramos a la señorita Josefina? Pero yo dije: «Sí, para ella está», y, dando la mitad a Manalet, empezamos a comérselo. La señora Sumta, saltando encima de mí, me quitó mi parte; pero Manalet se comió toda la suya de un tragón, atacándosela con los dedos para que le pasara por el gañote. Entonces, amigo Andrés, el señor Nomdedéu fué arriba, y bajando al poco rato con un gran cuchi-

llo, nos dijo: «Diablillos desvergonzados, puesto que no servís más que de estorbo, os comeremos.» Yo me reí, y Manalet se puso a temblar y a llorar; pero yo le decía: «No seas burro; primero nos le comeríamos nosotros a él, si tuviera algo más que huesos. La señora Sumta sí, que está gordita.» Cuando la vieja oyó esto, me amenazó con el puño, y don Pablo volvió a decir: «Sí; nos los comeremos, ¿por qué no?...» Después, la señorita Josefina se abrazó a su padre, y éste se puso a llorar, soltando lagrimones como balas, y luego la arrullaba en sus brazos como a un chiquillo. ¡Pobre don Pablo! De veras me daba lástima. Arrullando a su hija, le cantaba como a los niños, y después decía: «Señora Sumta, traiga usted una taza de caldo.» Al oír-esto no podía menos de reirme, y dije: «Pues ya que va a la cocina la señora Sumta, traígame a mi un par de perdices, porque estoy desganado, y no quiero más.» Los dos se pusieron furiosos; pero el médico parecía loco, y todo se le volvía gritar: «¡Señora Sumta, traiga usted caldo para mi hija! Traígalo pronto o la mato a usted...» ¡Si le hubieras visto, Andrés! Echaba chispas por los ojos, y con los pelos amarillos tiesos sobre el casco, parecía nada menos que un demonio... En esto pasaron mis amigos por la calle, llamáronme, yo salí con ellos; y al poco rato, cuando iba por la calle de Ciudadanos, veo venir a Manalet corriendo y llorando, que decía: «Hermano Badoret, ven pronto, que don Pablo nos quiere matar a todos.» Chico, eché a correr con todos mis amigos hacia casa. ¿Has visto un gato rabioso cómo tira la zarpa, enseña los dientes, bufa y salta? Pues así estaba don Pablo. Dejando a su hija en el suelo, venía hacia nosotros, nos amenazaba con el cuchillo, golpeaba con el pie a mi hermana, luego parecía querer matarse él mismo, y a todo esto gritaba: «¡Quiero acabar con el género humano!...» Esto lo dijo muchas, muchísimas veces. Mis amigos estaban muertos de miedo, y yo cogí unas tenazas para tirárselas a la cabeza. Pero no me dió tiempo, porque, sin soltar su cuchillo, salió a la calle gritando siempre que iba a acabar con todo el género humano, y entonces Manalet dijo: «Vámonos de aquí, y llevémonos a Siseta.»

Dicho y hecho: éramos doce; entre los más grandes cargamos a mi hermana, que estaba como un cuerpo muerto, sin mover brazo ni pierna, y la llevamos a la casa del canónigo; Manalet, lleno de miedo, iba delante chillando: «Aprisa, aprisa, que viene otra vez con el cuchillo...» ¡Ay amigo Andrés! Cuando nos vimos en esta casa, respiramos. Luego, porque la pobrecita no estuviera sobre la baldosa del patio, la subimos a este aposento con grandísimo trabajo, poniéndola en la cama donde la ves. La llamamos, y no nos respondía. Entonces nos ocurrió que debíamos buscarle algo que comer; pero no hallá-bamos salida más que por los tejados, y antes nos asparían que pasar otra vez a nuestra casa. Aquí de los apuros, chico; llegó la noche, y nos moríamos de hambre. Pauet y Sisó anduvieron por los techos comiéndose las hierbas y el musgo que nacen entre las tejas. Yo bajé a la bodega...; ni rastro de *Napoleón*. Se han ido todos al otro lado del Oñá, corriéndose hacia el campo enemigo... Pues, como te iba contando, vino después de la noche el día, y después del día otra noche, y luego amaneció el día de hoy, y nosotros sin comer. Se me olvidaba contarte que oímos caer la bomba en nuestra casa, y yo dije: «Ahí me las den todas. Si ha cogido a Nomdedéu, bien empleado le está por bruto...» Amigo, desde el tejado nos asomábamos a los patios de todas las casas de por aquí; llamábamos a la gente para que nos socorrieran; pero no nos hacían caso. Verdad es que muchos de los que veíamos abajo estaban muertos. Mis amigos se acobardaron, ¡pobrecitos!, como unos gallinas, y Sisó dijo que se iba a comer una de sus manos. Yo los llevé a la biblioteca, dándoles permiso para que sacaran el vientre de mal año con los libros, y así fueron tirando algunos. ¡Qué día, qué noche, Andrés! Mi hermana no nos respondía cuando la llamábamos, y Manalet me dijo: «Hermano, yo me voy a tirar del tejado a la calle para traer algo de comida a Siseta...» Estuvimos mirando las rejas y los balcones para ver si podía saltar, y, por fin, Manalet se fué escurriendo, no sé cómo, sentando los pies en los clavos y las manos en las rejas, y bajó a la calle por junto a la plaza. Yo bajé también por donde

me viste, y con esto te digo todo, porque ya no hay nada más que contar.

—Bien, Badoret; veo que acertaste en trasladar aquí a tu hermana, pues aunque no me parezca cierto, como dijiste, que don Pablo quisiera merendarse a tu familia, éste es un hombre a quien la desgracia de su hija exalta y enfurece, y capaz es de cometer cualquiera atrocidad. Ahora, gracias a Dios, estamos libres de tales horrores, porque el sitio ha concluido, y hay en Gerona viveres abundantes.

Al caer de la tarde, Siseta, sus dos hermanos y los camaradas de éstos que habían escapado a la muerte no ofrecían cuidado. Al día siguiente trasladé a mis amiguitos a una casa de la calle de la Barca, donde nos dieron asilo.

XXIII

Yo no tardé en reponerme, y transcurridos pocos días me presenté a mi amo, don Francisco Satué, quien me dió una malísima noticia.

—Disparte para el viaje—me dijo, dándome uniforme, tahalí y espada, para que en todo ello comenzase a ejercitar mis altas funciones.

—Pues ¿adónde vamos, mi capitán?

—A Francia, bruto—me respondió con su habitual rudeza—. ¿No sabes que somos prisioneros de guerra? ¿Crees que nos dejan aquí para muestra?

—Señor, yo creí que nadie se metería ya con nosotros.

—Estamos en Gerona como enfermos; pero quieren que vayamos a convalecer a Perpiñán. Nos detienen tan sólo porque el gobernador no se halla en situación de poder ser llevado en un carro de municiones.

—¡Ojalá no lo estuviera en cien meses!

—Bárbaro, ¿qué dices?—gritó, amenazándome.

—No, mi capitán; no es que yo desee otra cosa que la salud de nuestro queridísimo gobernador don Mariano Alvarez de Castro; pero eso de llevarle a uno a Perpiñán es casi tan malo como lo que hemos pasado. Pero pues así lo mandan los que pueden más que nosotros, sea, y por mí no ha de quedar. No a Perpiñán, sino al fin del mundo

iré con mis jefes, mayormente si llevamos entre nosotros al gran gobernador.

Yo hablaba así, echándomelas de bravo; pero en realidad sentía profunda pena al caer en la cuenta de que era un prisionero de guerra, de cuya libertad y residencia los franceses disponían a su antojo. ¡Desgraciado el que en la guerra pone su afición en lugares y personas que no han de poder seguir tras él en los frecuentes e inesperados viajes a que impulsan la victoria o la desdicha!

Cuando volví al lado de Siseta, casi derramando lágrimas, me expresé así:

—Prenda mía, ¿ves cuán desgraciado soy?... Ahora me llevan a Francia como prisionero de guerra, con todos los demás militares que estamos aquí, desde don Mariano hasta el último ranchero. ¡Si te pudiera llevar conmigo, Siseta!... Pero mi capitán, el señor don Francisco Satué, es el primer perseguidor de muchachas que hay en toda Cataluña, y le tengo miedo. Ahora me ocurre, Siseta, que mientras yo tomo el camino de esa condenada Francia, a quien vería de buena gana comida de lobos, tú con tus dos hermanos debes marcharte a la Almunia de Doña Godina, donde está mi madre, y esperarme allí, cuidándome las haciendas, hasta que me suelten o Dios disponga de la vida de este pecador.

Siseta me contestó dándome esperanza y asegurando que convenía aguardar con serenidad el cumplimiento de nuestro destino, sin desconfiar de la bienhechora Providencia. Convinimos al fin en que no era una gran desventura que yo fuese a Francia, y por su parte halló muy prudente refugiarse en la Almunia, mientras yo volvía. La verdadera dificultad era la absoluta carencia de medios para vivir dentro de Gerona, lo mismo que para ausentarse. Eramos pobres hasta el último grado, y después de pasar tantos y tan penosos trabajos, Siseta y sus hermanos estaban destinados a sostenerse de la caridad pública. Pero Dios no abandona a las criaturas desvalidas, y he aquí cómo vino en nuestra ayuda por inesperados caminos. ¿De qué manera? ¿Cuándo? Esto, lo mismos acontecimientos que voy contando os lo dirán.

Pero déjenme acudir a casa del señor Pablo Nomdedéu, de cuya salud me

han dado muy malas noticias al volver de casa del talabartero, adonde llevé el tahalí de mi amo para que le echase una pieza. Déjenme ir allá, que a pesar de las cuestinos desagradables que tuvimos, no deja de ser el señor don Pablo un entrañable amigo mío, a quien quiero de todas veras. Lo malo es que no puedo ir tan pronto como deseara, porque en la calle de Cort-Real la mucha gente que allí se junta en animados corrillos me detiene el paso. ¿Qué ocurre? ¿Tenemos un cuarto sitio? No es nada; parece que los franceses, cansados de haber cumplido hasta ayer de mala gana las principales cláusulas de la capitulación, han acordado solemnemente romperlas. Así me lo dijo el padre Rull, a quien vi muy sofocado entre el gentío, refiriendo con énfasis declamatorio los pormenores del suceso.

—Esto es una desvergüenza—decía—, y un emperador que tales cosas hace es un pillo... Nada, un pillo. ¿Qué me importa que oigan los franceses? No bajaré la voz, no, señores. Lo dicho, dicho. En la capitulación se acordó que los regulares serían respetados, y ahora salimos con que nos llevan a Francia. Pues qué, ¿las órdenes son cosas de juego? ¿Somos chicos de escuela, para que hoy se nos diga una cosa y mañana otra?

—También yo voy a Francia, padre Rull—le dije—, y consolémonos uno con otro, que frailes y soldados hacen buena miga, y la carga se lleva mejor en dos hombros que en uno.

—Nada, hijos míos; iremos a donde nos lleven, y soportaremos sus crueldades con paciencia, como nos lo manda Nuestro Señor Jesucristo. Si así lo habéis querido vosotros, ¿qué se ha de hacer? Ved aquí las consecuencias de capitular cuando todavía podía haberse tirado una temporadita más, comiendo lo que había. A Francia, pues, y fíese usted de palabras de cerdos. Nosotros confiábamos ingenuamente en el cumplimiento de lo pactado, cuando vie-rais aquí que esta mañana se presenta en la santa casa un oficialejo, el cual, con voces torpes y destempladas, dijo que nos preparásemos para tomar mañana el caminito de Francia, porque su majestad el emperador lo había dispuesto así desde París. Por lo visto, nos

temen tanto como a los soldados. Y díganme ustedes ahora: ¿qué va a ser de Gerona sin frailes?

Cada uno contestaba al padre Rull según sus ideas: cuál con enojo, cuál festivamente; pero, al fin, todos los que le oíamos convinimos en que lo del viaje era una grandísima picardía de su majestad el emperador de los franceses. Cuando me retiré de allí, quedaba el buen fraile sermoneando a sus amigos sobre la preeminencia que siempre alcanzaron las Ordenes religiosas en los tratados de las naciones.

Llegué a casa del señor Nomdedéu, y desde mi entrada conocí que la salud del buen médico no debía de ser buena por las señales de consternación que noté en el semblante de Josefina, lo mismo que en el de la señora Sumta. Esta me dijo:

—Andresillo, no hables al amo de Sisetá ni de los chicos, porque siempre que se la nombran le da como un desmayo.

Josefina me preguntó por los míos, y al instante le comuniqué, con la alegría de mis ojos, el infeliz encuentro de mi novia y sus hermanos.

—Todos se salvan, menos mi buen padre—dijo tristemente la joven.

Al instante entré a ver al enfermo, quien me recibió con su habitual bondad. Junto a su lecho estaba un hombre en quien reconocí a uno de los escribanos de Gerona.

Indudablemente, don Pablo iba a hacer testamento. Su aspecto y figura no podían ser más tristes; al punto se echaba de ver que aquella lámpara tenía ya muy poco aceite. La postrimera luz brillaba, sí, como próxima a extinguirse, con viva claridad, y la irregular llama, tan pronto grande como chica, espantaba con sus oscilaciones deslumbradoras. Unas veces el espíritu del buen doctor se empequeñecía con extraordinario aplanamiento; otras, se agrandaba, tomando proporciones superiores a las de la vida común; y con este variar angustioso, síntoma de todo fuego que se apaga luchando entre la combustión y la muerte, la lengua del médico pasaba de un mutismo invencible a una locuacidad mareante.

Cuando entré respondió a mis preguntas con monosílabos, que salían difícilmente de su sofocado pecho; pero al

poco rato se fué despabilando, y a ninguno de los presentes nos dejaba meter baza; él se lo decía todo sin mostrarse cansado.

—¿Conque aseguras tú que no moriré? Ilusión, amigo mío; ilusión de tu buen deseo. Dios me ha leído ya la sentencia, y en esto no hay ni puede haber duda alguna. Yo cumplí mi misión; ahora estoy de más.

—¡Señor, anime-se con mil demonios!—exclamé, fingiendo entusiasmar-me—. Pues qué, ahora que Gerona está libre de hambres y muertes, ¿se ha de ir el hombre mejor de toda la ciudad? Levántese de esa cama, y vamos por ahí a ver las murallas rotas, los fuertes deshechos, las casas arruinadas, testigos de tanto heroísmo. Fuera pereza. Eso no es más que pereza, don Pablo.

—Pereza es, sí; pero la pereza última y definitiva; la del viajero que, habiendo andado toda la jornada, se arroja sin aliento en el camino, convencido de que no puede más. Pereza es, sí, la mejor de todas, porque lleva al más dulce, al más placentero de los sueños: la muerte. ¡Ay, qué postrado me siento! Pues qué, ¿era posible que, después de tan colosales esfuerzos en lo físico y en lo moral, siguiese yo viviendo? No una vida como la mía, sino cien robustas y vigorosas habríanse consumido en esta lucha con la Naturaleza que yo sostuve durante tanto tiempo; porque decirte, Andrés, el sinnúmero de dificultades que vencí sería el cuento de nunca acabar. Baste referirte que, en pocos días, busqué, fomenté y desarrollé en mí cualidades que no tenía; en pocos días, transformado hasta lo sumo, encontréme con sentimientos y pasiones que antes no tenía, y todo fué como si una serie de hombres diversos se desarrollaran dentro de mí propio. Yo estoy asombrado de lo que hice, y ahora comprendo qué inmenso tesoro de recursos tiene el hombre en sí si sabe explotarlo. Al fin, Andrés, mi pobre hija alargó sus días hasta el fin del cerco, y cuando los sanos y robustos sucumbieron, ella, enferma y endeble, se ha salvado. He aquí premiados dignamente mi amorosa solicitud y mis colosales esfuerzos. Esta tierna niña, que es todo mi amor, está hoy delante de mí alegrando mi vista y mi alma con el color de sus mejillas. Basta este espectáculo

a consolarme de todas mis penas, y si me entristece la muerte, es porque mi hija y yo nos separamos ahora. Dios lo permite así, porque ya ella no necesita de mis constantes cuidados, y la savia vital que milagrosamente ha adquirido le dará bríos para subsistir por sí sola, sin el apoyo de estas manos fatigadas que reclama la tierra, ansiosa de carne.

—Señor don Pablo—le dije, dominando mi melancolía—, deseche usted esos tristes pensamientos, que son la primera y única causa de su mal; mande a la señora Sumta que traiga y aderece un par de chuletas, que ya las hay buenas en Gerona, sin ser de gato ni de ratón, y cómaselas en paz y en gracia de Dios, con lo cual, o mucho me engaño, o no habrá muerte que le entre en largos años.

—Esto no va con chuletas, amigo Andrés. Mi cuerpo rechaza todo alimento, y no quiere más que morir-se. Está echando a voces el alma, increpándola para que se vaya fuera de una vez.

—Más consumidos y extenuados estaban otros, y, sin embargo, han vivido, y por ahí andan hechos unos robles. Y si no, ahí tenemos el ejemplo de Siseta, a quien dimos todos por muerta, y viva y sana está, gracias a Dios.

—¿Vive Siseta?—preguntó Nomdedéu con profundo interés y cierta exaltación que no pudo disimular.

—Sí, señor; tan viva está como sus dos hermanos.

—¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo.

—¿Y no tiene heridas en su cuerpo gentil, ni golpes en su cabeza, ni rasguños en su piel, ni le falta brazo, pierna, dedo u otra parte alguna de su estimable persona?

—No, señor; nada le falta—repuse jovialmente—, o, al menos, no tengo yo noticias de ello.

—Y los muchachos, aquellos juguetones y traviosos rapaces, ¿están vivos y sanos?

—También, señor doctor, y todos muy deseosos de venir a ofrecer a usted sus respetos con la cortesía que les es propia, saltando y chillando.

—¡Oh, loado sea Dios!—exclamó con cierto arrobamiento contemplativo el infortunado doctor.

Dicho esto, permaneció un rato meditando u orando, que ambas funcio-

nes podían deducirse de su recogida y silenciosa actitud, y luego, reposadamente, me habló así:

—Me has proporcionado indecible consuelo al darme noticias tan lisonjeras de la familia del señor Mongat, porque me atormentaba la sospecha y recelo, la terrible certidumbre de que yo había ocasionado un gran mal a esos muchachos o a su bondadosa hermanita, cuando después del lamentable accidente del pedazo de azúcar, entré en casa de Siseta. Mi hija iba a morir de inanición. Y pedí a la señora Sumta que nos diera algo que comer, y la señora Sumta no nos daba nada. Ya pedía a Dios que enviase algo del Cielo, y Dios tampoco quería enviarme nada. Siseta estaba allí; sus hermanos entraron haciendo ruido, y la insolente vitalidad que revelaban sus ágiles cuerpos despertó en mi alma un sentimiento que no te podré pintar, aunque por espacio de cien años te hable y agote todos los recursos de todas las lenguas conocidas. No; aquel sentimiento es una anomalía horrorosa en el ser humano, y sólo es posible que exista durante cortísimos intervalos en días que muy rara vez contará el tiempo en su infinita marcha. Yo miraba a los chicos, yo miraba a su hermana, y sentía un insaciable y sofocante anhelo de hacerlos desaparecer de entre los seres vivientes. ¿Por qué, amigo mío? Esto sí que no sabré decírtelo, porque yo mismo no lo entiendo. No creas que conturbaba mi cerebro el repugnante instinto de la antropofagia, no; no es nada de eso. Es un sentimiento del linaje de la envidia, Andrés; pero mucho, muchísimo más fuerte: era el egoísmo llevado al extremo de preferir la conservación propia a la existencia de todo el resto de la humana familia; era una aspiración brutal a aislarme en el centro del planeta devastado, arrojando a todos los demás seres al abismo, para quedarme solo con mi hija; era un vivísimo deseo de cortar todas las manos que quisieran asirse a la tabla en que los dos flotábamos sobre las embravecidas olas. Pintar todo lo que yo odié en aquel momento a los dos hermanos y a la pobre muhacha sería más difícil que pintarte los horrores del infierno, abrazando lo grande y lo pequeño, el conjunto y los pormenores de la mansión donde

el hombre impenitente expía sus culpas. Cada inhalación de su aliento al respirar me parecía un robo; cada átomo de aire que entraba en sus pulmones, un tesoro arrancado al conjunto de elementos vitales que yo quería reunir en torno mío y de mi hija. Los malditos se repartían un pedazo de pan, un pedacito de pan, Andrés, amasado con todo el trigo y con toda el agua de la creación, para mi regalo. En aquella crisis del egoísmo, yo no comprendía que el Universo, con sus mil mundos, con sus inagotables recursos y prodigios, existiese para nadie más que para Josefina y para mí.

Detúvose el doctor fatigado, y yo, queriendo apartar de su mente ideas que le hacían más daño que el mal físico, le dije:

—Mande usted a paseo, señor don Pablo, esas vanas imaginaciones que le están secando el cerebro. Siseta y sus hermanos están buenos, amigo, y yo le aseguro a usted que no se los ha comido. ¿A qué pensar más en eso?

—Calla, Andrés, y déjame seguir—dijo reposadamente—. No son vanas imaginaciones lo que cuento, pues lo que yo sentía, real existencia tenía dentro de mí. Me falta decirte que reconocí la horrible metamorfosis de mi espíritu, pues no puedo darle otro nombre, y me decía: «No, yo no soy yo. Dios mío, ¿por qué has consentido que yo sea otro?» Efectivamente, yo no era yo. ¡Qué horrores lobregeces rodeaban los ojos de mi espíritu, así como los de mi cuerpo...! Aquellos condenados chicos estaban comiendo, Andrés; llevaban a la boca unos pedazos de pan, y delante de mí tenían la audacia de ofrecer una parte a su hermana. ¡Cómo quieres tú que esto viera impasiblemente quien dentro tenía, difundidos por su sangre y haciendo cabriolas en las sutiles cuerdas de sus nervios, los millares de demonios que yo llevaba conmigo! Al ver cómo mordían con sus insolentes dientecillos; al verlos tragar con tanta desvergüenza, duplicóse en mí el furor contra ellos y los increpé, diciéndoles no estar dispuesto a consentir que nadie viviese delante de mí. Andrés amigo, Andrés de mi corazón, yo tomé un cuchillo y lo esgrimí, como quien intenta matar moscas a estocadas; corría hacia ellos, corría hacia Siseta y la señora

Sumta; pero en mi salvaje insensatez, no me faltaba un pensamiento humano que me detuviese en los arranques brutales de aquel desbordado apetito de matar. Los chicos, que de improviso salieron, regresaron con otros de su edad, y sus chillidos y provocativas risas me enardecieron más. Desde entonces, mis ojos nublados no vieron más que sangrientos objetos; entróme un delirio salvaje durante el cual sentía detestable complacencia en herir acaso en el vacío, descargando golpes a todos lados contra cuerpos que me rodeaban y azuzaban sin cesar. Creo que después de dar vueltas por la casa salí a la calle, y mi brazo vengativo iba destruyendo en imaginarios cuerpos a toda la familia humana. Hablaba mil inconexos desatinos; contemplaba con gozo a los que creía mis víctimas; buscaba la soledad, insultando a cuantos se me ofrecían al paso; pero la soledad no llegaba nunca, pues de cada víctima surgían nuevos cuerpos vivos que me disputaban el aire respirable, la luz y cuantos tesoros de vida hermocean y enriquecen el vasto mundo... No sé qué habría sido de mí si unos frailes no me hubieran sujetado en la calle de Ciudadanos, llevándome a cuestras largo trecho. ¡Ay amigo mío! En mi cerebro, que era una masa de bullidoras burbujas cual si hirviera puesto al fuego, retumbaron estas palabras: «Es lástima que el señor Nomdedéu se haya vuelto loco.» Y al recoger esta idea, mi alma pareció disponerse a recuperar su perdido asiento. Luego los frailes dijeron: «Démosle un poco de estas lonjas de cuero de sillón que hemos cocido, a ver si se repone...» Les pregunté por mi hija, y respondieronme que no tenían noticia de las hijas de nadie. Encontréme con un poco de fuerza regular, no exaltada y anómala como la que me había impulsado a tantos disparates, y quise marchar a mi casa... Caí al suelo..., perdí el cuchillo... Una monja me ofreció su brazo, y llegué a mi casa. Ni Siseta, ni sus hermanos, ni Josefina, ni la señora Sumta estaban ya allí. Las monjas me dieron un poco de corcho frito, que no pude comer, y les pregunté por mi hija. Todo lo que había pasado se me presentó como los recuerdos de un sueño; pero aunque adquirí el convencimiento de no haber extinguido todo el linaje de los nacidos, no

estaba seguro de la invulnerabilidad de mis ciegos golpes. «Yo he matado algo», me dije para mí; y esa idea me causaba hondísima pena. Me reconocía como yo mismo, exclamando: «Pablo Nomdedéu, ¿fuiste tú quien tal hizo?»

—Basta ya, amigo mío—dije, interrumpiéndole al advertir que los recuerdos de sus locuras empeoraban al buen doctor—. Más adelante nos contará usted tan curiosas novedades. Ahora procure descabezar un sueño, entre tanto que la señora Sumta adereza las chuletas consabidas.

—Calla, Andrés, y no quieras gobernar en mí—repuso—. Yo dormiré cuando lo tenga por conveniente. Déjame concluir, que ya no falta mucho. Los enfermeros del hospital fueron los que me proporcionaron algún alimento que se podía comer, con lo cual me encontré relativamente bien, y pude salir en busca de mi hija. Ya sabes cómo la encontré al fin y lo que le aconteció. Por mi parte, hijo, yo mismo, después de la horrorosa crisis que había pasado, me espantaba de verme asistiendo enfermos que sin duda lo estaban menos que yo, y heridos que no tenían llagas tan terribles en sus cuerpos como la que yo tenía en el alma. ¡Ay Andrés! Nomdedéu estaba herido de muerte. Las penas sufridas con tanta paciencia desde mayo me han labrado este profundo mal que ahora siento y que me llevará dentro de poco al seno de Dios. Me admiro de haber resistido tanto, y digo que tuve fuerza de cien hombres. No, uno solo es incapaz de tanto. Don Mariano Alvarez tenía para resistir el estímulo de la gloria y del agradecimiento patrio; yo no he tenido ante mí sino espectáculos lastimosos y un porvenir oscuro. El esfuerzo ha sido grande; la tensión, inmensa; por eso la cuerda se ha roto, y me voy, me voy, hija mía, Andrés, señora Sumta y demás presentes. Bastante he hecho. El que crea haber hecho más que levante el dedo.

Josefina y la señora Sumta lloraban, y yo, cuando el enfermo calló, procuraba consolarle con tiernas palabras. Poco más tarde fueron a verle Siseta y sus hermanos, con cuya visita pareció muy complacido el enfermo, y a todos prodigó cariños y congratulaciones, obsequiándoles con una excelente comida. Después se durmió, y al caer de la no-

che, hora en que por encargo suyo volvió el escribano acompañado de tres personas de la intimidad de don Pablo, éste nos llamó a todos, diciendo que iba a dictar su testamento, el cual hizo en regla, nombrando por heredera de casi todos sus bienes a su hija Josefina, con una cláusula, sobre la cual debo llamar a ustedes la atención, para que conozcan la generosidad de aquel ejemplar sujeto. Además de que el doctor dejaba a Siseta y sus hermanos los veinticuatro alcornoques que tenía en la parte de Olot, dispuso que, en caso de morir sin sucesión la señorita Josefina, pasase el total de los bienes a Siseta y sus hermanos, recomendando a aquélla y a ésta que viviesen juntas para perpetuar la amistad y buenos servicios de que la infeliz enferma había sido objeto por parte de los míos durante el sitio. La fortuna del doctor era harto exigua, pues la finca de Castellá, devastada por los franceses, valía bien poco, y lo demás consistía en diversos grupos de alcornoques diseminados por la comarca ampudarnesa y en sitios a los cuales los herederos no se aventurarían a emprender viaje por saber el corcho de que eran dueños. También a mí y a la señora Sumta nos dejó varias mandas, aunque la mía más era honorífica que de provecho, por consistir en el diario de las peripecias del sitio, redactado de puño y letra por el mismo doctor. El ama de gobierno pescó todos los muebles y ropas que de la casa pudieron salvarse.

Luego que el testamento fué hecho, administraron al enfermo el Santo Viático, y cumplida esta ceremonia, quedóse Nomdedéu muy postrado, hablando poco y con dificultad, mirándonos a ratos con estúpido asombro y cerrando después los ojos para entregarse a un inquieto sueño. Exceptuando Manalet, que se durmió en el suelo, todos velamos, dispuestos a asistirle con la mayor solicitud y esmero; pero el infeliz don Pablo no necesitó largo tiempo de nuestra asistencia. Cerca de la madrugada, abrió los ojos, llamó a su hija, y abrazándola tiernamente, le habló así:

—¿Te quedas tú, hija mía? ¿Te quedas aquí cuando yo me voy? ¿De modo que no te veré más? Entonces toda la eternidad será infierno para mí... Josefina, ven, sígueme, ponte el manto,

que nos vamos. Mi hija no se apartará de mí ni un solo momento. Después de pasar juntos las grandes penas, ¿hemos de separarnos cuanto todo ha concluido? No, Josefina. Vámonos juntos, o nos quedaremos aquí, en Castellá. Paseemos por nuestra huerta viendo cómo van saliendo los pepinos, y no nos cuidemos de lo que pasa en Gerona. Mira qué tomates, hija, y observa cómo van tomando color esos pimientos... ¿Ves? Por ahí viene la señora *Pintada*, pavoneándose con sus dieciocho pollos: entre ellos hay seis patitos, que son los más guapos, los más salados y los más monos de todo. Llegan al estanque, y sin que la madre pueda impedirlo con cacareadas amonestaciones..., ¡zas!, al agua todos. Mira cómo se asusta la señora *Pintada* y los llama. Pero ellos..., sí, que si quieres... Hija mía, los perales no pueden con más peras: algunas están maduras. ¿Pues y los melocotones? Me parece que la cabra ha mordido en las matas de estas remolachas...; pero ¡quia! ¡Si es *Dioscórides*, el burro de nostramos Mansió! Míralo, allí está haciendo de las suyas. ¡Eh, fuera! Le llamo *Dioscórides* por lo grave y sesudo. El gran sabio de la antigüedad me perdone... ¿Has visto las palomas, Josefina? Veamos si anoche se han comido las ratas algunos huevos de los que aquéllas están sacando... ¡Eh, nostramo Mansió, que *Dioscórides* se come la huerta! Amárrelo usted... El pobre hortelano no me oye... ¿Qué ha de oír, si está limpiándole las babas a su nieta? Ven acá, Pauleta; toma la mano de Josefina, y vamos a ordeñar la vaca. ¡Qué hermoso está el ternero! No acercarse mucho, que el otro día dió una cornada a nostramo... A ver, Josefina: trae el cántaro. Mansió dice que yo no sé hacer esta maniobra, y yo le desafío a él y a todos los nostramos de la comarca a que hagan mejor que yo esta operación del ordeñar. No temas, *Esmeralda*, no te hago daño; pisch, pisch... Esta atmósfera del establo te sienta muy bien, hija, y a mí me agrada en extremo... Ya viene tranquila, dulce, grave, amorosa y callada la incomparable noche, en cuyo seno tan bien reposa mi alma. ¿Oyes las ranas, que empiezan a saludarse diciéndose: «¿Cómo estáis?» «Bien, ¿y vos?» ¿Oyes los grillos disputando esta noche sobre el mismo

tema de anoche? ¿Oyes el misterioso disílabo del cuco, que parece la imagen musical más perfecta de la serenidad del espíritu? Ya vienen los labradores del trabajo. ¡Con qué gusto alargan los bueyes su hocico adivinando la proximidad del establo! Oye los cantos de esos gañanes y de esos chicos, que vuelven hambrientos a la cabaña. Ahí los tienes. Mira cómo rodean a la abuela, que ya ha puesto el puchero a la lumbre. El humo de los techos, formando esbeltas columnas sobre el cielo azul, discurre luego, y vaporosamente se extiende a impulsos del suave viento que viene de la montaña a jugar en las copas de estos verdes olmos, de estas oscuras encinas, de estos lánguidos sauces, de estos flacos chopos, cuya charoladas hojas brillan con las últimas luces de la tarde... La oscuridad avanza poco a poco, y el cielo profundo ofrece sobre nuestras cabezas un tranquilo mar al revés, por cuyo diáfano cristal en vano tratamos de lanzar la vista para distinguir el fondo. ¡Oh!, quedémonos aquí, hija mía, y no nos separemos ni salgamos más de este lugar delicioso. Todo está tranquilo: los cencerros de las ovejas suenan con grave música a lo lejos; el cuco, el grillo y la rana no han acabado aún de poner en claro la cuestión que los tiene tan declamadores. El viento cesa también, cierra los ojos, extiende los brazos y se duerme. Ya no humean los techos; *Esméralda* se echa sobre la fresca hierba, y su hijo, abrigándose junto a ella, hociquea buscando en el seno materno lo que nosotros hemos dejado. Nostramo Mansió duerme también, y *Dioscórides*, escondido el ojo brillante bajo la negra ceja, sumerge el cerebro en profundo sopor. Las palomas han dejado de arrullarse, los conejos se esconden en sus guaridas, meten los pájaros bajo el ala la inteligente cabeza, y la señora *Pintada* se retira pausadamente al corral con sus dieciocho hijos, incluso los patos, que van dejando en el suelo la huella de sus palmas mojadas. El mundo reposa, hija; reposemos nosotros también. El cielo está oscuro. Todo está oscuro y no se ve nada. Mi espíritu y el tuyo anhelaban ha tiempo esta profunda tranquilidad, por nadie ni por nada turbada. Reposemos; no hay sol ni luna en el cielo, y sólo el lucero nos

envía una luz que viene recta hasta nosotros como un hilo de plata. Míralo, Josefina, y descansa tu frente en mi hombro. Yo reposaré mi cabeza sobre la tuya, y así nos dormiremos apoyados el uno en el otro. Todo ha callado y no se ve más que el lucero... ¿Lo ves?

Después de esto, nada más dijo en este mundo el señor Nomdedéu.

Algún tiempo después de expirar, nos costó gran trabajo desasir de los brazos helados del doctor a su desconsolada hija, cuyo estado era tan lastimoso, que daba ocasión a augurar una segunda catástrofe.

XXIV

Adiós, señores; me voy a Francia; me llevan. Los sucesos que he referido habíanme hecho olvidar que era prisionero de guerra, como los demás defensores de la plaza, y era forzoso partir. Solamente en razón de mi enfermedad me fué permitido, como a otros muchos, el permanecer allí desde el 10 hasta el 21, de modo que con el mal acababa la dulce libertad. Adiós, señores; me voy, adiós, pues tanta prisa me daba aquella canalla, que no digo para despedirme de mis caros oyentes, pero ni aun para abrazar a Siseta y sus hermanos me alcanzaba el breve tiempo de que disponía. Notificada la marcha, nos señalaron hora, nos recogieron, y haciéndonos formar en fila, camina que caminarás, a Francia. Los castigos impuestos por contravenir el programa de circunspección que nos habían recomendado eran: la pena de muerte para el conato de fuga; cincuenta palos por hablar mal de José Botéllas, cantar el *digastme tú, Girona*, o nombrar a don Mariano Alvarés. Adiós, Siseta; adiós, Badoret y Manalet, cara esposa y hermanitos míos. Cuidado con lo que os he advertido. El prisionero os escribirá desde Francia, si antes no logra burlar la vigilancia de sus crueles carceleros. Adiós. No os mováis de aquí, mientras yo no os lo mande, ni penséis por ahora en tomar posesión de vuestros alcornoques, que eso y mucho más se hará más adelante. Acompañad a la desgraciada hija del gran don Pablo, y alegrad sus tristes horas. Adiós; dad otro abrazo a Andrés Ma-

rijuán, a quien llevan preso a Francia por haber defendido la patria. Tengo confianza en Dios, y el corazón me dice que no he de dejar los huesos en la tierra de los *cerdos*. Animo, no lloréis, que el que ha escapado de las balas también escapará de las prisiones, y, sobre todo, no es de personas valerosas el lagrimear tanto por un viaje de pocos días. Salud es lo que importa, que libertad..., ella sola se viene por sus pasos contados, sin que nadie lo pueda impedir. Adiós, adiós.

Así les hablaba yo al despedirme, y por cierto que carecía completamente del ánimo y entereza que a los demás recomendaba, faltándome poco para dar al traste con mi seriedad; pero convenía en aquella ocasión blasonar de hombre de hierro. Mi gravedad era ficticia, y no hay heroísmo más difícil que aquel que yo intentaba al despedirme de Siseta y sus hermanos. La verdad es que tenía el corazón oprimido como si mano gigantesca me lo estrujara para sacarle todo su jugo.

Siseta se quedó en la calle de la Neu, agobiada por profunda aflicción; Badorret y Manalet me acompañaron hasta más allá del Pedret, y no fueron más adelante porque se lo prohibí, temiendo que con la oscuridad de la noche se extraviaran al regresar. Salimos, pues, en la noche del 21. Delante iba, rodeado de gendarmes a caballo, el coche en que llevaban a don Mariano Alvarez; seguían los oficiales, entre los cuales estaba mi amo: dos o tres asistentes completábamos el primer grupo de la comitiva. Más atrás, marchaba toda la clase de tropa, soldados convalecientes de heridas o de epidemia en su mayor parte. La procesión no podía ser más lúgubre, y el coche del gobernador rodaba despaciosamente. No se oía más que lengua francesa, que hablaban en voz alta y alegre nuestros carceleros. Los españoles íbamos mudos y tristes.

Hicimos alto en Sarriá, donde se nos agregaron los frailes que habían salido antes que nosotros con el mismo destino, y con sus paternidades a la cabeza, nada faltó para que la comitiva pareciese un jubileo. Daba lástima verlos, porque si entre ellos había jóvenes robustos y recios, que resistían el rigor de la penosa jornada, no faltaban ancianos encorvados y débiles que apenas podían dar

un paso. La gendarmería los arreaba sin piedad, y lo más que se les concedió fué que alguno de nosotros les ofreciera apoyo llevándolos del brazo. El padre Rull sofocaba su impetuosa cólera, y marchando delante de todos con resuelto paso, revolvía sin duda en su mente proyectos de venganzas. Los legos, que cargaban repletas alforjas, repartían graciosamente en cada descanso raciones de pan, queso, frutas secas y algún vino, de lo cual algo se rodaba siempre hacia la parte seglar de la caravana, aunque no mucho. Algunos gendarmes franceses, más humanos que sus jefes, también nos ofrecían no poca parte de sus víveres.

De este modo llegamos a Figueras, a las tres de la tarde del 22, y sin permitirle descanso alguno, fué el gobernador enviado al castillo de San Fernando. Frailes y soldados quedaron en el pueblo, y solamente subimos con aquél los del servicio del propio general o de sus ayudantes. Marchamos todos tras el coche, y al entrar en la fortaleza, la debilidad de don Mariano era tal, que tuvimos que sacarle en brazos para transportarle de la misma manera al pabellón que le habían destinado, el cual era un desnudo y destartado cuartucho sin muebles. Entró el héroe con resignación en aquella pieza y echóse, sin pronunciar queja alguna, sobre las tablas que, a manera de cama, le destinaron. Los que tal veíamos estábamos indignados, no comprendiendo tan baja e innoble crueldad en militares hechos ya de antiguo a tratar enemigos vencidos y rivales poderosos; pero callamos por no irritar más a los verdugos, que parecían disputarse cuál trataba peor a la víctima. Luego que se instaló, trajeron al enfermo una repugnante comida, igual al rancho de los soldados de la guarnición; pero Alvarez, calenturiento, extenuado, moribundo, no quiso ni aun probarla. De nada nos valió pedir para él alimentos de enfermo, pues nos contestaron bruscamente que allí no había nada mejor, y que si durante el cerco habíamos sido tan sobrios, comiésemos entonces lo que había.

Con la resignación y entereza propias de su grande alma, resistió Alvarez estas miserias y bajas venganzas de sus carceleros; y sólo le vimos inmutado cuando el gobernador del castillo, que era un soldadote de mediana gradua-

ción, brusco, fatuo y muy soplado, empezó a dirigirle impertinentes preguntas. La insolencia de aquella canalla nos tenía ciegos de ira, pues no sólo el gobernador de la plaza, sino oficiales de la última escala, se atrevían a hacer preguntas tontas e importunas a nuestro héroe, que ni siquiera les hacía el honor de mirarlos.

Las preguntas eran no sólo contrarias a la cortesía, sino al espíritu militar, pues en todas ellas se le pedía cuenta a nuestro jefe del gran crimen de haber defendido hasta la desesperación la ciudad que el Gobierno de su patria le había confiado. No parecían militares los que con insultos y burlas groseras mortificaban al hombre de más temple que en todo tiempo se pusiera delante de sus armas. Alvarez, siempre caballero, aun en presencia de gente de tal ralea, les respondió sencillamente:

—Si ustedes son hombres de honor, hubieran hecho lo mismo en mi lugar.

Tan sublime concepto no lo comprendían la mayor parte, y solamente algunos oficiales distinguidos, penetrándose del indigno papel que estaban haciendo, se apresuraron, después de la respuesta del general, a poner fin al denigrante interrogatorio.

Mi amo enviéme al instante al pueblo en busca de carne para aderezar la comida del enfermo, y gracias a mi prontitud y diligencia, pronto pudimos servirle una comida mediana. Delante de los franceses, que nos negaban todo auxilio, Satué puso el puchero, soplaba el fuego otro oficial español, y convertidos todos en cocineros, nos disputábamos, chicos y grandes, el honor de asistir al enfermo. Pasó bien la noche; pero serían las dos de la madrugada, cuando con estrépito llamaron a la puerta del pabellón, diciéndonos que nos dispusiéramos a seguir el viaje a Francia. Alvarez, que dormía profundamente, despertó al ruido, y enterado de la continuación de la jornada, dijo sencillamente:

—Vamos allá.

Quiso incorporarse sobre las tablas en que con nuestros capotes le habíamos arreglado un mal lecho, y no pudo... ¡Tan agotadas estaban sus fuerzas!... Pero en brazos le llevamos nosotros al coche, y con un frío espantoso, azotados por la lluvia de hielo y pisando la

nieve que cubría el camino, emprendimos el de La Junquera. Una precaución ridícula habían añadido los franceses a las que antes tomaran para custodiar-nos. Esto hace reír, señores. Además de la fuerte escolta de caballos, sacaron también de Figueras dos piezas de artillería, que iban detrás de nosotros, amenazándonos constantemente. Es que su recelo de que nos escapásemos era vivísimo, y con ninguna de las cautelas ordinarias creían segura la persona de don Mariano Alvarez, inválido y casi moribundo. Eramos muy pocos en aquella segunda jornada, porque los frailes y la tropa quedáronse en Figueras hasta el amanecer. Ignoro si para tener a raya las fogosidades del padre Rull se per-trecharon también con un par de baterías de campaña y algunos regimientos de línea.

En La Junquera nos detuvimos muy poco tiempo; siguiendo luego por Francia adelante, llegamos a Perpiñán a las siete de la noche del mismo día 23, y después de detenernos en casa del gobernador, nos llevaron al Castillet, fortaleza de ladrillo, de airosa vista, obra del rey don Sancho, la cual habrán visto cuantos hayan estado en aquella ciudad. Sin más ceremonias, destinaron para habitación de Alvarez un tenebroso aposento a manera de calabozo, con más humedades que muebles, y tan lóbrego y sucio, que el mismo don Mariano, a pesar de su temple resignado y fuerte, no pudo contenerse, y exclamó con indignación:

—¿Es este sitio propio para vivienda de un general? ¿Y son ustedes los que se precian de guerreros?

El alcaide, que era un bárbaro, alzó los hombros, pronunciando algunas palabrotas francesas, que me pareció querían decir poco más o menos:

—Es preciso tener paciencia.

Luego, dirigiéndose a los de la comitiva, aquel caritativo personaje nos dijo que estaba dispuesto a darnos de comer lo que quisiéramos, pagándolo previamente en buena moneda española. La moneda española ha sido siempre muy bien recibida en todo país donde ha habido manos. Dándole las gracias, pedimosle lo que nos pareció más necesario, y aguardamos la cena, aposentados todos en la inmundicia pocilga. Nuestro primer cuidado fué improvisar con

los capotes una cama para nuestro gobernador, cuya fatiga y debilidad iban siempre en aumento. El cancerbero volvió al poco rato con unos manjares tan mal guisados, que no se podían comer, lo cual no fué parte a impedir que nos los cobrase a peso de oro; pero se los pagamos con gusto, suplicándole, unos en mal francés y otros en castellano, que nos hiciera el favor de no honrarnos más con su interesante presencia.

Pero él o no entendió o quiso mostrarnos todo el peso de su impertinencia, y a cada cuarto de hora venía a visitarnos, poniéndonos ante los ojos, que en vano querían dormir, la luz de una deslumbradora linterna. Esto mortificaba a todos, pero principalmente al enfermo, que por su estado necesitaba reposo y sueño, y así se lo dijimos al alcaide, añadiéndole que como no pensábamos fugarnos, podía eximirnos de sus repetidos reconocimientos. El nos respondía con amenazas soeces, quedábamos luego a oscuras y nos vencía el dulce sueño; pero no habíamos transportado los umbrales de esta rica y apacible residencia del espíritu, cuando la luz de la linterna volvía a encandilar nuestros ojos, y el alcaide nos tocaba el cuerpo con su pata para cerciorarse por la vista y el tacto de que estábamos allí.

Satué, furioso y fuera de sí, me dijo en uno de los pequeños intervalos en que estábamos solos:

—Si ese bestia vuelve con la linterna, se la estrello en la cabeza.

Pero don Mariano calmó su arrebató, condenando una imprudencia que podía ser a todos funestísima. La noche fué, por tanto, y merced a las visitas del alcaide, penosa y horrible. Por la mañana nos hizo el honor de visitarnos el comandante de la plaza, el cual habló largamente con Alvarez, tratándole con cierta benevolencia cortés que nos agradó; mas luego hizo recaer la conversación sobre un suceso de que no teníamos noticia, y allí dió rienda suelta a las groserías y los insultos. Parece que algunos oficiales de los trasladados a Francia inmediatamente después de la rendición de Gerona se habían fugado, en lo cual obraron cuerda y si padecieron el martirio de la linterna del señor alcaide. Al hablar de esto, el comandante les prodigó delante de

nosotros vocablos harto denigrantes, añadiendo:

—Pero, por fortuna, hemos pescado a once de los prófugos y han sido arcabuceados hace dos días. Buscamos a los demás.

Alvarez se sonrió, y dijo:

—Conque volaron, ¿eh?...

Y en su rostro, por un instante, dibujóse ligera expresión festiva. A pesar de que el comandante de Perpiñán no era hombre de mieles, prometió a Alvarez dejarle descansar todo aquel día, poniendo freno a los importunidades del de la candileja, y nos dispusimos para dormir; pero, ¡ay!, estábamos destinados a nuevos tormentos, entre los cuales el mayor era presenciar cómo padecía en silencio, sin hallar alivio en sus males ni piedad en los hombres, el más fuerte y digno de los españoles de aquel tiempo; estábamos entre gente que hacía punto de honra el mudar las coronas del heroísmo en coronas de martirio sobre la frente del que no se abatió, ni se dobló, ni se rompió jamás mientras tuvo un hálito de vida que sostuviera su grande espíritu.

Serian, pues, las diez de la mañana cuando el alcaide nos hizo ver su cara redonda, encendida y brutal, de rubios pelos adornada, y aunque por la claridad del día venía sin linterna, demostrónos desde sus primeras palabras que no venía a nada bueno. Díjonos aquel simpático pedazo de la Humanidad que nos dispusiéramos a salir todos; y como le indicáramos que el enfermo, a causa de la horrorosa fiebre, no podía moverse, repuso que vendría quien le hiciese mover. Don Mariano nos dió el ejemplo de la resignación incorporándose en su lecho y pidiendo su sombrero. Le levantamos en brazos; trató de andar por su propio pie, mas no siéndole posible, le condujimos fuera del aposento, y bajamos todos en triste procesión, mudos y abrumados de pena. Fuera del castillo vimos dos filas de gendarmería indicándonos el camino hacia la muralla, y la curiosa multitud nos contemplaba con lástima. Aquel espectáculo no podía ser más triste, y con el alma oprimida y llena de angustia dije para mí:

«Nos van a fusilar.»

XXV

¡Oh qué trance tan amargo, y qué horrenda hora! Eso de que a sangre fría le quiten a uno la preciosa existencia, lejos de la patria, ausente de las personas queridas, sin ojos que le lloren, en soledad espantosa y entre gente que no ve en ellos más que la víctima inmolada a los intereses militares, es de lo más abrumador que puede ofrecerse a la contemplación del espíritu humano. Yo miraba aquel cielo, y no era como el cielo de España; yo miraba la gente, oía su lengua extraña, modulando en conjunto voces incomprensibles, y no era aquella gente tampoco como la gente de acá. Sobre todo, Siseta no estaba allí, y el vacío de su ausencia no lo habrían llenado cien vidas otorgadas en cambio de la que me iban a quitar. Me ocurrió protestar contra aquella barbarie, gritando y defendiéndome contra miles de hombres; pero la realidad de mi impotencia me aplastaba con formidable pesadumbre. Dejé de ver lo que tenía ante los ojos, y mi intensa congoja me hizo llorar como una mujer. Mostraban entereza mis compañeros; pero ellos no habían dejado en Gerona ninguna Siseta.

Al llegar a la muralla, vimos formados en fila a los frailes y soldados que nos habían seguido. Algunos legos y ancianos lloraban; pero el padre Rull despedía llamas de sus negros y varoniles ojos. En tan supremo trance, el fraile patriota, rabiando de enojo contra sus verdugos, había olvidado la principal página del Evangelio. Nos pusieron también a nosotros en fila, y la persona de Alvarez fué confundida entre los demás sin consideración a su jerarquía. Permanecimos quietos largo rato, ignorando qué harían de nosotros, en terrible agonía, hasta que apareció un oficialito barrigudo, que con un papelito en la mano nos iba nombrando uno por uno. Tanto aparato, la cruel exhibición ante el populacho, el despliegue de tan colosales fuerzas contra unos pobres enfermos muertos de hambre, de cansancio y de sueño, no tenía más objeto que pasar lista. ¡Ay! Cuando adquirí la certidumbre de que no nos fusilaban, los franceses me parecieron la gente más

amable, más caritativa y más humana del mundo.

Volvimos al castillo, donde hallamos una gran novedad. El aposento donde pasamos la noche se había considerado como un gran lujo de comodidades para estos pícaros *insurgentes y bandidos* que tan heroicamente defendieron la plaza de Gerona, y nos destinaron a una lóbrega mazmorra sin aire, empedrada de guijarros agudísimos, entre cuyos huecos se remansaban fétidas aguas. Doble puerta con cerrojos muy fuertes la cerraba, y un mezquino agujero abierto en el ancho muro dejaba entrar sólo al mediodía un rayo de luz, insuficiente para que nos reconociésemos las caras. Protestamos; el mismo Alvarez reprendió ásperamente al alcaide; pero éste ni aun siquiera tuvo la dignación de contestarnos otra cosa más que la oferta de servirnos una buena comida si se la pagábamos bien. El ilustre enfermo se empeoraba de hora en hora, y desde aquel día comprendimos que se nos iba a morir en los brazos si no se instalaba en lugar más higiénico. Haciendo un esfuerzo, el mismo Alvarez escribió una carta al general Augereau, notificándole los malos tratamientos de que era objeto; pero no tuvo contestación. Y seguía lo de la linterna por la noche, en cuya obra caritativa se esmeraba el maldito francés regordete y rubio, amén de robarnos con la perversa cena que nos ponía. Si el gobernador necesitaba alguna medicina, no había fuerzas humanas que la hiciesen traer, por temor de que se envenenara, y registrándonos escrupulosamente, fuimos despojados de todo instrumento cortante para evitar que tratásemos de poner fin a aquella deliciosa vida con que nos regalaban.

En aquella inmunda pocilga estuvimos hasta que concluyó con diciembre el funestísimo año 9, enfermos todos, y más que enfermo, moribundo el gran Alvarez, que al resistir tan fuertes padecimientos mostró tener el cuerpo tan enérgico y vigoroso como el alma. Durante las largas y tristes horas, departía con nosotros sobre la guerra, contábanos su gloriosa historia militar y nos infundía esperanza y bríos, augurando con elevado discernimiento el glorioso fin de la lucha con los franceses y el triunfo de la causa nacional. Su extraordinario espíritu, superior a cuan-

to le rodeaba, sabía abarcar los acontecimientos con segura perspicacia, y oyéndole, oíamos la voz poderosa de la patria que llegaba al calabozo excavado en extranjero suelo.

Al fin, nuestro doloroso encierro en aquella mazmorra donde nos consumíamos, viendo extinguirse la noble vida del defensor de Gerona, tuvo fin una noche en que el alcaide entró a decirnos que nos vistiéramos a toda prisa porque nos iban a internar en Francia. Esta noticia, a pesar de alejarnos de España, nos produjo inmensa alegría, porque ponía fin al encierro, y no aguardamos a que la repitiese el panzudo hombre de la linterna, demostrándole de diversos modos el gran gusto que sentíamos por perderle de vista, lo mismo que a su aparato. Nos sacaron de Perpiñán con numerosa escolta, y con nosotros iban los frailes. El jefe de la gendarmería dió orden de fusilar a todo señor fraile que tratase de huir; y nos pusimos en marcha.

Pero en este viaje la Providencia nos deparó un hombre generoso y caritativo que, a escondidas de los franceses, sus compatriotas, prodigó al ilustre enfermo solícitos cuidados. Era el mismo cochero que le conducía, el cual, conolido de sus males e ignorando que fuese un héroe, mostró sus cristianos sentimientos de diversos modos. Agradecidos de su bondad, quisimos recompensarle; pero no consintió en admitir nada, y como los gendarmes le mandaran que avivase el paso de las caballerías para marchar más aprisa, él, sabiendo cuánto daño hacía al paciente la celeridad de la carrera, fingió enfermedades en el escuálido ganado y desperfectos en el viejo coche para justificar el tardo paso con que andaba. Todos los de a pie, que éramos los más, le agradecemos en el alma la pereza de su vehículo.

Después de descansar un poco en Salces, hicimos noche en Sitjans, y nunca a tal punto llegáramos, porque haciendo bajar de su coche al general, lo aposentaron con los demás de su séquito en una caballeriza llena de estiércol y donde no había cama ni sillas, ni nada que se pareciese a un mueble, siquiera fuese el más mezquino y pobre. Agotada la paciencia ante tanta infamia, y viendo cuán poco adecuado

era aquel inmundo sitio para quien por su categoría, y además por su lastimoso estado, tenía derecho a todas las consideraciones, no pudimos contener la explosión de nuestro enojo, y con durísimas palabras increpamos al jefe de la gendarmería. Este, después de amenazar-nos, pareció aplacarse, comprendiendo sin duda la justicia de nuestra reclamación, y al fin, después de vacilar, vino a decir, en suma, que el alojamiento no era cuenta suya. Por último, el cochero, con orden o por simple tolerancia del jefe de la fuerza, introdujo en la cuadra una cama, en que descansó algunas horas el desgraciado enfermo, cuya prodigiosa resistencia parecía tocar ya al último límite.

A la mañana siguiente, cuando nos poníamos de nuevo en marcha, aparecieron unos guardias a caballo, que traían una orden para el jefe que nos conducía, y abriendo el pliego en nuestra presencia nos dió a conocer su contenido, el cual no era otra cosa sino que *monsieur Alvarez* debía volver a España. Esto nos alegró sobre manera, por la esperanza de ver pronto a la patria querida, y hasta sospechamos si, apiadados de nuestra desgracia, se dispondrían aquellos caballeros a dejarnos en libertad luego que traspasásemos la frontera. Los frailes y la gente de tropa que no pertenecía a la comitiva del enfermo creyéronse también destinados a pisar pronto el suelo español, y mostráronse muy alegres; pero los gendarme al punto los sacaron de su risueño error, mandándolos seguir adelante por Francia adentro. Nos despedimos de ellos tiernamente, recogiendo encargos, recados, cartas y amorosas memorias de familia, y volvimos la cara al Pirineo. Don Mariano, al saber que se variaba de rumbo, dijo:

—Como no me vuelvan al Castillet de Perpiñán, llévenme a donde quieran.

Excuso enumerar los miserables aposentamientos, los crueles tratos que se sucedieron desde Sitjans a la frontera española. Ni sé cómo por tanto tiempo y a tan repetidos golpes resistió la naturaleza del hombre contra quien se desplegaba tan gran lujo de maldad. Por último, señores, concluiré refiriendo a ustedes la última escena de aquel terrible *via crucis*, la cual ocurrió en la misma frontera, un poco más allá

de Pertús. Es el caso que cuando con el mayor gozo habíamos pisado la tierra de España, se presentaron unos guardias a caballo con nuevas órdenes para los gendarmes. El jefe mostróse muy contrariado, y habiéndose trabado ligera reyerta entre éste y uno de los portadores del oficio, oímos esta frase, que aunque dicha en francés fácilmente podía ser comprendida:

—*Monsieur Alvarez* debe volver; pero los edecanes y asistentes, no.

Al punto comprendimos que se nos quería separar de nuestro idolatrado general, dejándonos a todos en Francia, mientras a él se le llevaba otra vez solo, enteramente solo, al castillo de Figueras. Esto causó desolación en la pequeña comitiva. Satué, cerrando los puños y vociferando como un insensato, dijo que antes se dejaría hacer pedazos que abandonar a su general; otros, creyendo mal camino para convencer a nuestros conductores el de la amenaza y la cólera, suplicamos al jefe de los gendarmes que nos dejase seguir. El mismo enfermo indicó que si se le separaba de sus fieles compañeros de desgracia, la residencia en España le sería tan insoportable al menos como la prisión en el Castillet. Suplicamos todos en diverso estilo que nos dejaran asistir y consolar a nuestro querido gobernador; pero esto fué inútil. Como complemento de los mil martirios que con refinado ingenio habían aplicado al héroe, quisieron someter su grande alma a la última prueba. Ni su enfermedad penosísima, ni sus años, ni la presunción de su muerte, que se creía próxima y segura, los movieron a lástima; tanta era la rabia contra aquel que había detenido durante siete meses frente a una ciudad indefensa a más de cuarenta mil hombres, mandados por los primeros generales de la época; que no había sentido ni asomos de abatimiento ante una expugnación horrorosa en que jugaron once mil novecientas bombas, siete mil ochocientas granadas, ochenta mil balas, y asaltos de cuyo empuje se puede juzgar considerando que los franceses perdieron en todos ellos veinte mil hombres.

Cansados de inútiles ruegos, pedimos, al fin, que se permitiera acompañar y servir al general a uno de nosotros para que al menos no careciese aquél de la asistencia que su estado exigía; pero ni

esto se nos concedió. La agria disputa inspiró al mismo Alvarez las palabras siguientes:

—Todas éstas son estratagemas de que se valen los franceses para mortificar a aquel a quien no han podido hacer bajar la espalda.

Bruscamente nos quisieron apartar del coche en que iba; pero atropellando a los que nos lo impedían, nos abalanzamos sobre él, y unos por un costado, otros por el opuesto, le besamos las manos, regándolas con nuestras lágrimas. Satué se metió violentamente dentro del coche, y los gendarmes le sacaron a viva fuerza, amenazándole con fusilarle allí mismo si no se reportaba en las manifestaciones de su dolor. El general, despidiéndose con ánimo sereno, nos dijo que renunciásemos a una inútil resistencia, conformándonos con nuestra suerte; añadió que él confiaba en el próximo triunfo de la causa nacional, y que, aun sintiéndose próximo a morir, su alma se regocijaba con aquella idea. Recomendó la prudencia, la conformidad, la resignación, y él mismo dió a sus conductores la orden de partir, para poner pronto fin a una escena que desgarraba su corazón lo mismo que el nuestro. El cupé partió a escape, y nos quedamos en Francia, sujetos por los gendarmes, que nos ponían sus fusiles en el pecho para impedir las demostraciones de nuestra ira. Seguimos desesperados y con los ojos llenos de lágrimas el coche, que se perdía, poco a poco, entre la bruma, y cuando dejamos de verle, Satué, bramando de ira, exclamó:

—Se lo llevaron esos perros; se lo llevan para matarle sin que nadie lo vea.

XXVI

Imposible pintar a ustedes nuestra profunda consternación al vernos esclavos de Francia y considerando la situación del desgraciado Alvarez solo, en poder de sus verdugos. Nuestra propia suerte de prisioneros nos causaba menos pesar que la de aquel heroico veterano, condenado por su valor sublime a ser juguete de una cruel soldadesca, a quien le entregaron para que se divirtiese martirizándole.

Encerráronnos en Pertús en una in-

munda cuadra, donde, con centinelas de vista, nos tuvieron hasta el día siguiente, en cuya alborada, cuando nos llevaban fuera del pueblo, verificamos un acto honroso, con el cual quiero poner fin a mi narración. Allí, sobre unas peñas, desde las cuales se divisaba a lo lejos los cerros y vertientes de España, nos dimos las manos y juramos todos morir antes que resignarnos a soportar la odiosa esclavitud que la canalla quería imponernos. Desde aquel instante principiámos a concertar un hábil plan para fugarnos, cual tantos otros, que llevados a Francia habían sabido volver por peligrosos caminos y medios a la patria invadida.

Amigos míos, por no cansar a ustedes con prolijidades que sólo a mí se refieren y a mis particulares cuitas, omito los pormenores de nuestra residencia en Francia y de los medios que empleamos para regresar a España. Eramos seis, y sólo tres volvimos. Los demás, cogidos *in fraganti*, fueron fusilados: dos en Maurellas y uno en Boulou. ¿Alguno de los que me oyen no se ha visto en igual caso? ¡Cuántos de los que estamos aquí desataron sus manos de las cuerdas que los franceses han llevado a Francia después de la toma de Zaragoza o de Madrid! Con relación de mis padecimientos en la frontera, de las diabluras y estratagemas que puse en juego para escaparme y de las mil cosas que me sucedieron desde que pasé la frontera por Puigcerdá hasta unirme en el centro de España a esta división de Lacy en que ahora estoy, emplearía otras dos noches largas, pues todo el sitio de Gerona y las extravagancias de don Pablo Nomdedéu no exigen más tiempo y espacio que los peligros, trapisondas, trabajos y terribles trances en que me he visto. Concluyo, pues, no sin dirigir una ojeada hacia atrás, como parecen exigírmelo mis raros oyentes, deseosos de saber qué fué de Siseta, así como de sus hermanos Badoret y Manalet.

No estaría mi ánimo tranquilo si en tan largo plazo hubiese vivido sin saber de personas tan caras para mí. Antes de abandonar a Cataluña con intención de unirme al ejército del Centro, hallé medios para hacer llegar a Gerona noticias mías, y Dios me deparó el consuelo de que también vinieran a mí verdaderas y frescas. Los tres hermanos si-

guen allí sanos y buenos en compañía de la señorita Josefina, que en ellos ve toda su familia y el único consuelo de sus tristes días. La hija del doctor no ha recobrado por completo la salud, ni desgraciadamente la recobrará, según me dicen. Ha tenido inclinación a entrar en un convento; mas Siseta procura arrancarle sus melancolías, y la induce a que aspire al matrimonio en la seguridad de encontrar buen esposo. No demuestra, sin embargo, Josefina disposición a seguir este consejo, y gusta de embeber su vida en contemplaciones de la Naturaleza y de la religión, que son, sin duda, el alimento más apropiado a su pobre espíritu, huérfano y solitario.

Siseta y sus hermanos aguardan a que yo me retire del ejército para marchar a la Almunia, donde tengo mis tierras, consistentes en dos docenas de cepas y un número no menor de frondosos olivos, y por mi parte pido a Dios que nos libre al fin de franceses para poder soltar el grave peso de las armas y tornar a mi pueblo, donde no pienso hacer al tiempo de mi llegada otra cosa de provecho más que casarme.

Con lo que Siseta ha heredado y lo que yo poseo tenemos lo suficiente para pasar con humilde bienestar y felicidad inalterable la vida, pues no me mortifica el escozor de la ambición, ni aspiro a altos empleos, a honores vanos ni a la riqueza, madre de inquietudes y zozobras. Hoy peleo por la patria, no por amor a los engrandecimientos de la milicia, y de todos los presentes soy, quizá, el único que no sueña con ser general.

Otros anhelan gobernar el mundo, sojuzgar pueblos y vivir entre el bullicio de los ejércitos; pero yo, contento con la soledad silenciosa, no quiero más ejército que los hijos que espero ha de darme Siseta.

Así acabó su relación Andresillo Marijuán. La he reproducido con toda fidelidad en su parte esencial, valiéndome como poderoso auxiliar del manuscrito de don Pablo Nomdedéu, que aquel mi buen amigo me regaló más tarde cuando asistí a su boda. Repito lo que dije al comenzar el libro, y es que las modificaciones introducidas en esta relación afectan sólo a la superficie de la misma, y la forma de expresión es enteramente mía. Tal vez haya perdido

mucho la leyenda de Andrés al perder la sencillez de su toscó estilo; pero yo tenía empeño en uniformar todas las partes de esta historia de mi vida, de modo que en su vasta longitud se hallase el trazo de una sola pluma.

Cuando Marijuán calló, algunos de los presentes dieron interpretaciones diversas al encierro de don Mariano Alvarez en el castillo de Figueras; y como ya desde antes de entrar en Andalucía habíamos sabido la misteriosa muerte del insigne capitán, la figura más grande, sin duda, de las que ilustraron aquella guerra, cada cual explicó el suceso de distinto modo.

—Dícese que le envenenaron—afirmó uno—en cuanto llegó al castillo.

—Yo creo que Alvarez fué ahorcado—opinó otro—, pues el rostro cárdeno e hinchado, según aseguran los que vieron el cadáver de su excelencia, indica que murió por estrangulación.

—Pues a mí me han dicho—añadió un tercero—que le arrojaron a la cisterna del castillo.

—Hay quien afirma que le mataron a palos.

—Pues no murió sino de hambre, y parece que desde su llegada fué encerrado en un calabozo, donde le tuvieron tres días sin alimento alguno.

—Y cuando le vieron muerto y se aseguraron de que no volvería a hacer otra como la de Gerona, expusieronle en unas parihuelas a la vista del pueblo de Figueras, que subió en masa a contemplar el cuerpo del grande hombre.

Discutimos largo rato, sin poder poner en claro la clase de muerte que había arrebatado del mundo a aquel inmortal ejemplo de militares y patriotas; pero como su fin era evidente, convinimos, por último, en que el esclarecimiento del medio empleado para exterminar tan terrible enemigo del poder imperial afectaba más al honor francés que al ejército español, huérfano de tan insigne jefe. Y si verdaderamente fué asesinado, como se ha venido creyendo desde entonces acá, la responsabilidad de los que toleraron sin castigarla tan atroz barbarie bastaría a exceptuar entonces a Francia de la aplicación de las leyes de la guerra en lo que tienen de humano. Que murió vilentemente parece indudable, y mil indicios corroboran una opinión que los historiadores franceses

no han podido con ingeniosos esfuerzos destruir. No es creíble que órdenes de París impulsaran este horrible asesinato; pero un poder que, si no disponía, toleraba tan salvajes atentados, merecía indisputablemente las amarguras y horrendas caídas que experimentó luego. La soberbia enfatuada y sin freno perpetró grandes crímenes ciegamente, creyendo realizar actos marcados por ilustre destino. Los malvados en grande escala que han tenido la suerte o la desgracia que todo un continente se envilezca arrojándose a sus pies, llegan a creer que están por encima de las leyes morales, reguladoras, según su criterio, tan sólo de las menudencias de la vida. Por esta causa se atreven tranquilamente, y sin que su empedernido corazón palpite con zozobra, a violar las leyes morales, ateniéndose para ello a mil fútiles y movedizas reglas que ellos mismos dictaron, llamándolas razones de Estado, intereses de esta o de la otra nación; y a veces, si se les deja, sobre el vano eje de su capricho o de sus pasiones hacen mover y voltear a pueblos inocentes, a millares de individuos que sólo quieren el bien. Verdad es que parte de la responsabilidad corresponde al mundo, por permitir que media docena de hombres o uno solo jueguen con él a la pelota.

Desarrollados en proporciones colosales los vicios y los crímenes, se desfiguran en tales términos que no se les conoce; el historiador se emboba engañado por la grandeza óptica de lo que en realidad es pequeño y aplaude y admira un delito tan sólo porque es perpetrado en la extensión de todo un hemisferio. La excesiva magnitud estorba a la observación lo mismo que el achicamiento, que hace perder el objeto en las nieblas de lo invisible. Digo esto, porque, a mi juicio, Napoleón I y su imperio efímero, salvo el inmenso genio militar, se diferencian de los bandoleros y asesinos que han pululado por el mundo cuando faltaba Policía, tan sólo en la magnitud. Invadir las naciones, saquearlas, apropiárselas, quebrantar los tratados, engañar al mundo entero, a reyes y a pueblos; no tener más ley que el capricho y sostenerse en constante rebelión contra la Humanidad entera, es elevar al máximo de desarrollo el mismo sistema de nuestros famosos caballistas. Ciertas

voces no tienen en ningún lenguaje la extensión que debieran, y si despojar a un viajante de su pañuelo se llama robo, para expresar la tala de una comarca, la expropiación forzosa de un pueblo entero, los idiomas tienen pérfidas voces y frases con que se llenan la boca los diplomáticos y los conquistadores, pues nadie se avergüenza de nombrar los *grandiosos planes continentales*, la *absorción de unos pueblos por otros...*, etc. Pera evitar esto debiera existir (no reírse) una Policía de las naciones, corporación en verdad algo difícil de montar. Pero entre tanto tenemos a la Providencia, que al fin y al cabo sabe poner a la sombra a los merodeadores en gran escala, devolviendo a sus dueños los objetos perdidos y restableciendo el imperio moral, que nunca está por tierra largo tiempo.

Perdónenme mis queridos amigos esta digresión. No pensaba hacerla; pero al hablar de la muerte del incomparable don Mariano Alvarez de Castro, el hombre, entre todos los españoles de este siglo, que a más alto extremo supo llevar la aplicación del sentimiento patrio, no he podido menos de extender la vista para observar todo lo que había en derredor, encima y debajo de aquel cadáver amoratado que el pueblo de Figueras contempló en el patio del castillo una mañana del mes de enero de 1810. Aquel asesinato, si realmente lo fué, como se cree, debía traer grandes catástrofes a quien lo perpetró o consintió, y no importa que los criminales, cada vez más orgullosos, se nos presentaran con aparente impunidad, porque ya vemos que el mucho subir trae la consecuencia de caer de más alto, de lo cual suele resultar el estrellarse.

XXVII

Oímos el relato de Andrés Marijuán, aposentados en una casa del Puerto de Santa María, donde moraban, además de nosotros, que pertenecíamos al ejército de Arizaga, muchos canarios de Alburquerque, que habían llegado el día antes, terminando su gloriosa retirada. A este general debió el poder supremo no haber caído en poder de los franceses, pues con su hábil movimiento

sobre Jerez, mientras contenía en Ecija las avanzadas de Vitor y Mortier, dió tiempo a preparar la defensa de la isla de León, y entretuvo al enemigo en las inmediaciones de Sevilla. Esto pasaba a principios de febrero, y en los mismos días se nos dió orden de pasar a la Isla, porque en el continente, o sea del puente de Suazo para acá, ¡triste es decirlo!, no había ni un palmo de terreno defendible. Toda España afluyó a aquel pedazo de país, y se juntaban allí ejército, nobleza, clero, pueblo, fuerza e inteligencia, toda la vida nacional, en suma. De la misma manera en momentos de repentino peligro para el hombre de ánimo esforzado, toda la sangre afluye al corazón, de donde sale después con nuevo brio.

Por mi parte deseaba ardientemente entrar en la Isla. Aquel pantano de sal y arena, invadido por movedizos charcos y surcado por regueros de agua salada, tenía para mí el encanto del hogar nativo, y más aún las peñas donde se asienta Cádiz en la extremidad del istmo, o sea en la mano de aquel brazo que se adelanta para depositarla en medio de las olas. Yo veía desde lejos a Cádiz, y una viva emoción agitaba mi pecho. ¿Quién no se enorgullece de tener por cuna la cuna de la moderna civilización española? Ambos nacimos en los mismos días, pues al fenecer el siglo se agitó el seno de la ciudad de Hércules con la gestación de una cultura que hasta mucho después no se encarnó en las entrañas de la madre España. Mis primeros años, agitados y turbulentos, fueronlo tanto como los del siglo, que en aquella misma fecha vió condensada la nacionalidad española, ansiando regenerarse entre el doble cerco de las olas tempestuosas y del fuego enemigo. Pero en febrero de 1810 aún no había nada de esto, y Cádiz sólo era para mí el mejor de los asilos que la tierra puede ofrecer al hombre; la ciudad de mi infancia, llena de ternísimos recuerdos, y tan soberbiamente bella que ninguna otra podía comparársele. Cádiz ha sido siempre la Andalucía de las ondas, graciosa y festiva dentro de un círculo de tempestades. Entonces asumía toda la poesía del mar, todas las grandezas del comercio. Se multiplicaban en aquellos meses su poesía, grandeza y gloria, porque iba a contener dentro de sus blan-

cos muros el conjunto de la nacionalidad, con todos sus elementos de vida en plena efervescencia, los cuales, expulsados del gran territorio, se refugiaban allí, dejando la patria vacía.

—A las puertas de Cádiz comienzan los acontecimientos de mi vida que más vivamente anhelo contar. Estadme atentos, y dejadme que ponga orden en tantos y tan variados sucesos, así particulares como históricos. La Historia, al llegar a esta isla y a esta peña, es tan fecunda que ni ella misma se da cuenta de la multitud de hijos que deposita en tan estrecho nido. Trataré de que no se me olvide nada, ni en lo mío ni en lo ajeno. Para no perder la costumbre, comienzo con una aventura mía en que nada tiene que ver la rebuscona Historia, pues hasta hoy no he tenido empeño en comunicarla a nadie, ni aunque la comunicara se inmortalizaría en láminas de bronce, y fué lo siguiente:

Un amigo mío, portugués de los que habían venido de Extremadura con Alburquerque, rondaba cierta casa en la extremidad de la calle Larga, donde algunos días antes viera entrar desconocida beldad, que él ponía por las nubes siempre que tocábamos este punto. Sus paseos diurnos y nocturnos, en que mostraba un celo, una abnegación superiores a todo encomio, no dieron más resultado que ver a través de las apretadas verdes celosías dos figuras, dos bultos de indeterminada forma, pero que al punto revelaban ser alegres mujeres, por el sordo cuchicheo y las risas con que parecían festejar la cachaza de mi paseante amigo. Cuanto menos las veía, más acabadamente hermosas se le figuraban, y con la dificultad de hablarles crecía su deseo de poner fin gloriosamente a una aventura que hasta entonces había tenido pocos lances. Una tarde quiso que le acompañase yo en su centinela al pie de la reja, y tuve la suerte de que mi presencia modificara la monótona esquivez de las bellas damas, las cuales, hasta entonces, ni a billetes, ni a señas, ni a miradas lánguidas habían contestado más que con las risas consabidas y los ceceos burlones. Figueroa había deslizado una esquila, y tuvo la indecible satisfacción de recibir respuesta en un billete que cayó, cual bendición del cielo, delante de nosotros. En él decía la hermosa desconocida que

estaba dispuesta a abrir la celosía para expresarle de palabra su gratitud por los amorosos rendimientos, y añadía que, hallándose en gran compromiso por causa de un suceso doméstico que no podía revelar, solicitaba para salir de él la ayuda del galán, juntamente con la de su amigo.

Esto nos llamó grandemente la atención, y de vuelta al alojamiento para esperar la hora de las siete, en que se nos había citado, hicimos mil comentarios sobre el suceso. Mientras mayor era el misterio, mayor también el anhelo por descifrarlo, y, curiosos ambos por saber si íbamos a tener una sabrosa aventura o a ser víctimas de una broma, acudimos por la noche al pie de la reja. En cuanto llegamos abrióse ésta, y una voz de mujer, cuyo acento, aunque dulce, no me pareció revelar persona de elevada clase, dijo a Figueroa con bastante agitación estas palabras:

—Señor militar, si es usted caballero, como creo, espero que no se negará a conceder a una desgraciada dama la generosa ayuda que solicita. Mi esposo, el señor duque de los Umbrosos Montes, duerme a estas horas, mas no puedo dejarle pisar a usted el recinto de este *arcázar*, que mi celoso dueño ha convertido en sepulcro de mi hermosura, en cárcel de mi libertad y en muerte de mi vida. El más leve rumor despertaría al fiel y sanguinario Rudolfo, paje de mi señor y carcelero mío. Pues *verasté*: mi honra depende de que al punto una persona de confianza atraviase las saladas ondas y parta a Cádiz a llevar un recado urgentísimo, sin lo cual mi situación es tal, que no esperaré a que venga la rosada aurora para *arrancarme* la vida con un veneno de cien mortíferas plantas compuesto, que tengo aquí en aquesta botellita.

Figueroa estaba perplejo y embobado, aunque algo dispuesto a tomar aquello en serio, y yo contenía la risa al considerar cómo se reían de nosotros las dos desconocidas; pero mi amigo aseguró estar resuelto a prestar a ambas cuantos servicios fáciles o difíciles quisieran pedirle, y entonces la misma que antes hablaba añadió:

—¡Oh, gracias, *invito* militar! Así lo esperaba yo de su galantería y caballerosidad nunca desmentida en mil v

mil lances, cual lo prueban las voces de la fama que han traído a mis orejas sus *hasañas*. Bueno, pues *verasté*. Mi criada, que es esta guapa y gallarda *donsella*, que a mi lado ve usted, se llama Soraida; irá a Cádiz en un frágil esquife que Perico el botero tiene preparado en el muelle; pero como es grande su cortedad, deseo vaya acompañada de ese vuestro leal amigo, que está ahí oyéndonos como un marmolejo.

Al punto dije que estaba dispuesto a acompañar a la doncella, y mi amigo, algo corrido con los discursos de su adorada beldad, no sabía qué contestar. La desconocida habló así con creciente afectación.

—¡Oh, gracias, *insine* amigo del valiente Oteló! Ya lo esperaba yo de su *malanimidad*. Pues *oigasté*, señor militar. Mientras este fiel amigo va a Cádiz a acompañar a mi *donsella* en la difícil comisión que mi *amenasado* honor le encomienda, nosotros nos quedaremos aquí pelando la pava en este balcón, con lo cual, ¿usted se entera?, tendré ocasión de mostrarle el amoroso fuego que inflama mi pecho.

No había acabado de hablar, cuando se abrió la puerta de la casa y apareció una mujer, cubierta de la cabeza a los pies con espeso manto negro, la cual, legándose a mí y tomándome el brazo, me obligó a que rápidamente la siguiera, diciéndome:

—Señor oficial, vamos, que es tarde.

No tuve tiempo para oír lo que desde la ventana decía la desconocida al amartelado Figueroa, porque la dama, criada o lo que fuera, no me permitía detenerme y me impulsaba hacia adelante, repitiendo siempre:

—Señor oficial, siga usted. ¡Qué pesado es usted!... No mire usted atrás ni se detenga, que estoy de prisa.

Quise ver su rostro; pero se lo ocultaba cuidadosamente. Se conocía que trataba de contener la risa y disimular la voz. Era una mujer arrogante y que revelaba con sólo el roce de su mano en mi brazo la alta calidad a que pertenecía. Desde su aparición había yo sospechado que no era criada, y después de oírla y sentir el contacto de su vestido, ningún hombre se habría equivocado respecto a su clase. Yo estaba algo aturrido por lo inusitado de la aventura, y una dulce confusión embargaba mi

alma. Venían a mi mente indicios, recuerdos, y aquella mujer llevaba en los pliegues de su vestido un ambiente que no era nuevo para mí. Pero al principio ni aun pude formular claramente mi sospecha. La desconocida me llevaba rápidamente, y andábamos aprisa por las calles del Puerto, hablando de esta manera:

—Señora, ¿insiste usted en ir a Cádiz por mar a estas horas?

—¿Por qué no? ¿Se marea usted? ¿Tiene usted miedo a embarcarse?

—Por bueno que esté el mar, el viaje no será cómodo para una dama.

—Es usted un necio. ¿Cree usted que yo soy cobarde? Si no tiene usted ánimo, iré sola.

—Eso no lo consentiré, y aunque se tratara de ir a América en el frágil esquife de que hablaba la señora duquesa de los Umbrosos Montes...

La desconocida no pudo contener la risa, y el dulce acento de su voz resonó en mi cerebro, despertando mil ideas que rápidamente cambiaron en luz las oscuridades de mi pensamiento y en certidumbre las nebulosas dudas.

—Adelante—dijo al ver que me detenía—. Ya estamos en el muelle. El botero está allí. La marea sube y nos favorecerá; el mar parece tranquilo.

Callé, y seguimos hasta el malecón. Era preciso bajar por una serie de piedras puestas en la forma más parecida a una escalera, y el descenso no carecía de peligro. Tomé en brazos a mi compañera y la bajé cuidadosamente al bote. Entonces ni pudo, ni quiso, sin duda, ocultarme su rostro, y la conocí. La fuerte emoción no me permitió hablar.

—¡Oh señora condesa!—exclamé, besándole tiernamente las manos—. ¡Qué felicidad tan grande encontrar a usía!...

—Gabriel—me contestó—, ha sido realmente una felicidad que me hayas encontrado, porque vas a prestarme un gran servicio.

—Estoy destinado a ser criado de vuecencia en dondequiera que me halle.

—Criado, no; ya estos tiempos pasaron. ¿En dónde has estado?

—En Zaragoza.

—¿Ves qué fácilmente se van ganando charreteras, y con ellas posición y nombre en el mundo? Estamos en unos tiempos en que los desgraciados y los pobres se encaramarán a los puestos

que debe ocupar la grandeza. Gabriel, estoy asombrada de verte caballero. Bien, muy bien. Así te quería. No me habías dicho nada. ¿Por qué no me has buscado?... Ya no nos quieres.

—Señora, ¿cómo he de olvidar los beneficios que de vucencia recibí? Estoy confundido al ver que nuevamente, y cuando menos lo esperaba, se digna usía servirse de mí.

—No bajes tanto, Gabriel; han cambiado las cosas. Tú no eres el mismo; no te conozco. Me ves, me hablas, ¿y no me preguntas por Inés?

—Señora—dije anonadado—, no me atreví a tanto. Veo que vucencia ha cambiado más que yo.

—Tal vez.

—¿Inés vive?

—Sí, está en Cádiz. ¿Deseas verla? Pues no te apures: yo te prometo que la verás, la verás.

Diciendo esto, Amaranta se expresaba en un tono que me hacía comprender su anhelo de mortificar a alguien, al permitirme ver a su hija. Su benevolencia me tenía tan confundido, que ni aun acertaba a darle las gracias.

—¿En qué momento tan crítico para mí te me has aparecido, Gabriel! Un suceso que sabrás más tarde me obliga a ir a Cádiz esta noche, sola, sin que ninguno de mi familia lo sepa, Dios no me podía ofrecer compañero ni custodio más a propósito.

—Pero, señora, ¿usía no considera que las puertas de Cádiz están cerradas a estas horas?

—Lo están para mí todas, menos una. Por eso me aventuro en esta travesía, que podría ser peligrosa. El jefe de guardia en la puerta de mar es amigo mío y me espera. Yo tenía el bote preparado. Estaba dispuesta a ir sola, y cuando te presentaste en la calle acompañando al oficial que nos rondaba, vi el cielo abierto. Gabriel, te juro que estoy contentísima de verte en la honrosa condición en que ahora te hallas. Así te deseaba yo. Pero, chiquillo, ¿eres tú mismo?... ¡Pues no lleva sus charreteras como un hombre!... El muy zarramplín, con ese uniforme que le sienta bien, tiene aire de persona decente... ¡Vaya usted a hacer creer a la gente que has jugado en la Caleta! Chico, bien, bien, así me gusta... ¡Qué bien te vendría ahora aquella farsa de tus

abolengos!... No me canso de mirarte, pelafustán... ¡Qué tiempos estos! He aquí un gato que quiso zapatos, y que se ha salido con ello... Te juro que eres otro. Inés no te va a conocer... ¡Qué a tiempo has venido! Estás muy bien, hijito... Desde que fuiste mi paje conocí tu corazón de oro... ¡Ay!, no te faltaba más que el forro, y veo que lo vas teniendo. Gabriel, creo que te alegras de verme, ¿no es verdad? Yo también. Crántas veces he dicho: si ahora apareciese ese muchacho... Mañana te contaré todo. Chiquillo, soy la mujer más desgraciada de la tierra.

El bote avanzaba con la proa a Cádiz. El botero, fijo en la popa, manejaba el timón, y dos muchachos habían izado la vela latina, con la cual, merced al viento fresco de la noche, la embarcación se deslizaba cortando gallardamente las mansas olas de la bahía. La claridad de la luna nos alumbraba el camino: pasábamos velozmente junto a la negra masa de los barcos de guerra ingleses y españoles, que parecían correr al costado en dirección opuesta a la que seguíamos. Aunque el mar estaba tranquilo, agitábase bastante el bote, y sostuve con mi brazo a la condesa para impedir que se hiciera daño con las frecuentes cabezadas de la embarcación. Los tres marinos no pronunciaron una sola palabra en todo el trayecto.

XXVIII

—¡Cuánto tardamos!—dijo Amaranta con impaciencia.

—El bote va como un rayo. Antes de diez minutos estaremos allá—dijo al ver las luces de la ciudad reflejadas en el agua—. ¿Tiene usía miedo?

—No, no tengo miedo—repuso tristemente—, y te juro que, aunque las olas fueran tan fuertes que lanzaran el bote a la altura de los topes de ese navío, no vacilaría en hacer este viaje. Lo habría hecho sola si no te hubieras aparecido como enviado del cielo para acompañarme. Cuando te vi, mi primera idea fué llamarte; pero luego mi criada y yo discurrimos la invención que oíste, para desorientar al hidalgo portugués. Quiero que no me conozca nadie.

—La señora duquesa de los Umbrosos

Montes estará a estas horas trastornando el seso de mi buen amigo.

—Sí, y lo hará bien. Si mi ánimo estuviera tranquilo, me reiría recordando la gravedad con que dijo las relaciones que le enseñé esta tarde. Hace poco, como se empeñara en galantearme un viajero inglés, Dolores quiso pasar por ama y yo por criada; pero él conoció al punto el engaño. No nos dejaba a sol ni a sombra, y no puedes figurarte las felices ocurrencias de mi doncella a propósito del caballero británico, de su aspecto triston, de sus ardientes arrebatos y de su cojera. Es a ratos amable y fino, a ratos sombrío y sarcástico; se llama lord Byron.

—No es extraño que vucencia enloqueciera a ese señor inglés. Pero ya llegamos, señora condesa, y el bote va a atracar en el muelle. Sale la guardia a darnos el quién vive.

—No importa: tengo pase. Di que llamen a don Antonio Maella, jefe de la guardia.

Presentóse el oficial y nos dió entrada sin dificultad, abriéndonos luego la puerta, por donde pasamos a la plaza de San Juan de Dios. Mientras nos acompañaba hasta dicho punto, habló brevemente con Amaranta.

—Ya la esperaba a usted—le dijo—. Las dos señoras marquesas tienen preparado su viaje para mañana en la fragata inglesa *Eleusis*. Piensan establecerse en Lisboa.

—Su objeto es alejarse de mí—repuso Amaranta—. Felizmente, he tenido aviso oportuno, y me parece que llego a tiempo.

—Tan callado tenían el viaje, que yo mismo no lo he sabido hasta esta tarde por el capitán de la fragata. ¿Piensa usted también partir con ellas?

—Partiré si no puedo detenerlas.

Al decir esto, la condesa, sin perder tiempo en contestar a los cumplidos y finezas del oficial, tomó mi brazo y, obligándome a tomar paso algo vivo, me dijo:

—Gabriel, no nos detengamos. ¡Cuán inquieta estoy!... Ya te lo contaré todo después. Figúrate que después que me hacen vivir como en destierro, separada de lo que más amo en el mundo..., ¿qué te parece? Dios mío, ¿qué he hecho yo para merecer tal castigo?... Pues sí... Después que me obligan a vivir allá...

Te diré... Hasta se han empeñado en hacerme pasar por afrancesada... Y todo ¿por qué?, dirás tú... Pues nada más sino porque..., andemos más aprisa..., porque me opongo a que la hagan desventurada para siempre... Mi tía no tiene sensibilidad, y nuestra parienta la de Rumblar tiene un rollo de pergaminos en el sitio donde los demás llevamos el corazón. Además, con los vidrios verdes de sus espejuelos no ve más que dinero... Gabriel, etiqueta y soberbia en un lado; soberbia y avaricia en otro... No puedes figurarte cuán apenadas y tristes están las tres pobres muchachas... Y ahora quieren llevarse las a Lisboa... ¿Qué dices tú a eso?... Todo por alejar a Inés... ¡Con cuánto secreto han preparado el viaje!... ¡Con qué habilidad me confinaron en el Puerto, haciendo llegar a los individuos de la Junta falsas noticias acerca de mí! Por fortuna, soy amiga del embajador inglés Wellesley..., que si no... Pues si mi tía y yo nos disputamos ardientemente el dirigir a la pobre Inés hacia su mejor destino..., ella va por una senda; yo, por otra...; lo que yo quiero es más razonable, y si no, dime tu parecer... Pero ya hablaremos mañana. ¿Te quedarás en la Isla, o vendrás a Cádiz? Espero que nos veremos, Gabrielillo. ¿Te acuerdas cuando eras mi paje en El Escorial y yo te contaba aquellas historias?

—Esos y otros recuerdos de aquel tiempo, señora—le respondí—, son los más dulces de mi vida.

—¿Te acuerdas cuando te me presentaste en Córdoba?—prosiguió riendo—. Entonces estabas algo tonto. ¿Te acuerdas de cuando en Madrid fuiste a casa con el padre Salmón?... ¿Te acuerdas de cuando te encontré en El Pardo vestido de duque de Arlón?... Después me he acordado mucho de ti, y he dicho: «¿Dónde estará aquel desgraciado?» Creo que Dios te ha cogido por la mano para ponerte delante de mí. Ya llegamos.

Nos detuvimos junto a una casa de la calle de la Verónica.

—Llama—me dijo la condesa—. Esta es la casa de una amiga mía de toda confianza.

—¿Vive aquí la señora marquesa?—pregunté, tirando de la campanilla de la reja—. Esta casa no me es desconocida.

—Aquí vive doña Flora de Cisniega.

¿La conoces? Entremos. Se ven luces en la sala. Aún están en la tertulia; es temprano. Ahí estarán Quintana, Gallago, Argüelles, Gallardo y otros muchos patriotas.

Subimos, y en un gabinete interior nos recibió el ama de la casa, en quien al punto reconocí una amistad antigua.

—¿Está aquí?—le preguntó con ansiedad la condesa.

—Sí; aunque se embarcan mañana de secreto, ha venido esta noche, sin duda para que yo no sospeche su determinación. Pero a mí no se me engaña... ¿Va usted a la sala? Está muy animada la tertulia. ¡Ay, amiga mía! Esta noche he ganado al monte una buena suma.

—No, no voy a la sala. Haga usted salir a Inés con cualquier pretexto.

—Está en coloquio tirado con el amable inglesito. Pero saldrá. Mandaré a Juana que la llame.

Después de dar la orden a su doncella, doña Flora me observó atentamente, queriendo reconocermme.

—Sí, soy Gabriel, señora doña Flora; soy Gabriel, el paje del señor don Alonso Gutiérrez de Cisniega.

Doña Flora, no necesitando más, abalanzóse a mí con todo el ímpetu de su sensible corazón.

—Gabrielillo, ¿es posible que seas tú? —exclamó con chillidos, estrechándome en sus brazos—. Estás hecho un hombre, un caballero... ¡Qué alto estás! ¡Cuánto me alegro de verte!... Ya te he echado de menos...; pero ¡qué buen mozo eres!... ¿Qué tal me encuentras?... Otro abrazo... ¡Ay!... ¿Por qué me dejaste?... ¡Pobrecito niño!

Mientras era objeto de tan ardientes demostraciones de regocijo, sentí rumorcillo de faldas hacia el corredor que conducía a la pieza en donde estábamos.

Junio de 1874.

FIN DE «GERONA»

CADIZ

I

EN una mañana del mes de febrero de 1810 tuve que salir de la Isla, donde estaba de guarnición, para ir a Cádiz, obedeciendo a un aviso tan discreto como breve que cierta dama tuvo la bondad de enviarme. El día era hermoso, claro y alegre, cual de Andalucía. Recorrí con otros compañeros, que hacia el mismo punto, si no con igual objeto, caminaban, el largo istmo que sirve para que el continente no tenga la desdicha de estar separado de Cádiz; examinamos al paso las obras admirables de Torregorda, la Cortadura y Puntales; charlamos con los frailes y personas graves que trabajaban en las fortificaciones; disputamos sobre si se veían claramente o no las posiciones de los franceses al otro lado de la bahía; echamos unas cañas en el figón de Poenco, junto a la Puerta de Tierra, y, finalmente, nos separamos en la plaza de San Juan de Dios para marchar cada cual a su destino. Repito que era en febrero, y aunque no puedo precisar el día, sí afirmo que corrían los principios de dicho mes, pues aún estaba calentita la famosa respuesta: «La ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que al señor don Fernando VII. 6 de febrero de 1810.»

Cuando llegué a la calle de la Verónica y a la casa de doña Flora, ésta me dijo:

—¡Cuán impaciente está la señora condesa, caballerito, y cómo se conoce que se ha distraído usted mirando a las majas que van a alborotar a casa del señor Poenco, en Puerta de Tierra!

—Señora—le respondí—, juro a usted que fuera de Pepa Hígados, la *Churriana*, y María de las Nieves, la de Sevilla, no había moza alguna en casa de Poen-

co. También pongo a Dios por testigo de que no nos detuvimos más que una hora, y esto porque no nos llamaran descortesés y malos caballeros.

—Me gusta la frescura con que lo dice—exclamó con enfado doña Flora—. Caballerito, la condesa y yo estamos muy incomodadas con usted, sí, señor. Desde el mes pasado, en que mi amiga acertó a recoger en el Puerto esta oveja descarriada, no ha venido usted a visitarnos más que dos o tres veces, prefiriendo, en sus horas de esparcimiento, la compañía de soldados y mozas alegres al trato de personas graves y delicadas que tan necesario es a un jovenzuelo sin experiencia. ¡Qué sería de ti—añadió, reblandecida de improviso y en tono de confianza—, tierna criatura, lanzada en edad tan temprana a los torbellinos del mundo, si nosotras, compadecidas de tu orfandad, no te agasajáramos y cuidáramos, fortaleciéndote a la vez el cuerpecito con sanos y gustosos platos, el alma, con sabios consejos! ¡Desgraciado niño...! Vaya, se acabaron los regaños, picarillo. Estás perdonado: desde hoy se acabó el mirar a esas desvergonzadas muchachuelas que van a casa de Poenco. Comprende, hijo mío, todo lo que vale un trato honesto, circunspecto, con personas de peso y suposición... Vamos, dime lo que quieres almorzar. ¿Te quedarás aquí hasta mañana? ¿Tienes alguna herida, contusión o rasguño, para curártelo en seguida? Si quieres dormir, ya sabes que junto a mi cuarto háy una alcobita muy linda.

Diciendo esto, doña Flora desarrollaba ante mis ojos, en toda su magnificencia y extensión, el panorama de gestos, guiños, saladas muecas, graciosos mohines, arqueos de cejas, repulgos de labios y demás signos del lenguaje mudo que en su arrebolado y con cien mejunjes recompuesto rostro servía para

dar mayor fuerza a la palabra. Luego que le di mis excusas, dichas mitad en serio, mitad en broma, comenzó a dictar órdenes severas para la obra de mi almuerzo, atronando la casa, y a este punto salió, conteniendo la risa, la señora condesa, que había oído la anterior retahíla.

—Tiene razón—me dijo, después que nos saludamos—: el señor don Gabriel es un chiquilicuatro sin fundamento, y mi amiga haría muy bien en ponerle una calza al pie. ¿Qué es eso de mirar a las chicas bonitas? ¿Hase visto mayor desvergüenza? ¡Un barbilindo que debiera estar en la escuela, o cosido a las faldas de alguna persona sentada y de libras, que fuera un almacén de buenos consejos...! ¿Cómo se entiende? Doña Flora, siéntele usted la mano; dirija su corazón por el camino de los sentimientos... circunspectos y graves, e infúndale el respeto que todo caballero debe tener a los venerandos monumentos de la antigüedad.

Mientras esto decía, doña Flora había traído luengas piezas de damasco amarillo y rojo, y, ayudada de su doncella, empezó a cortar unas como dalmáticas o jubones a la antigua, que luego ribeteaban con galón de plata. Como era tan presumida y extravagante en su atavío, creí que doña Flora preparaba para su propio cuerpo aquellas vestimentas; pero luego conocí, viendo su gran número, que eran prendas de comparsa de teatro, cabalgata o cosa de este jaez.

—¡Qué holgazana está usted, señora condesa!—dijo doña Flora—. ¿Y cómo teniendo tan buena mano para la aguja no me ayuda a hilvanar esos uniformes para la *Cruzada del Obispado de Cádiz*, que va a ser el terror de la Francia y del rey José?

—Yo no trabajé en mojigangas, amiguita—repuso mi antigua ama—, y de picarme las manos con la aguja, prefiero ocuparme, como me ocupó, en la ropa de esos pobrecitos soldados que han venido con Alburquerque de Extremadura, tan destrozados y astrosos, que da lástima verlos. Estos y otros como éstos, amiga doña Flora, echarán a los franceses, si es que los echan, que no los monigotes de la *Cruzada*, con su don Pedro del Congosto a la cabeza, el más loco entre todos los locos de esta

tierra, con perdón sea dicho de la que es su ternísima Filis.

—Niñita mía, no diga usted tales cosas delante de este joven sin experiencia—indicó con mal disimulada satisfacción doña Flora—, pues podría creer que el ilustre jefe de la Cruzada, para quien doy estos puntos y comas, ha tenido conmigo más relaciones que las de una afición purísima y jamás manchadas con nada de aquello que Don Quijote llamaba *incitativo melindre*. Conocióme el señor don Pedro en Vejer, en casa de mi primo don Alonso, y desde entonces se prendó de mí de tal modo, que no ha vuelto a encontrar en toda la Andalucía mujer que le interesara. Ha sido desde entonces acá su devoción para mí cada vez más fina, espiritada y sublime, en tales términos, que jamás me lo ha manifestado sino en palabras respetuosísimas, temiendo ofenderme, y en los años que nos conocemos ni una sola vez me ha tocado las puntas de los dedos. Mucho ha picoteado por ahí la gente, suponiéndonos inclinados a contraer matrimonio; pero, sobre que yo he aborrecido siempre todo lo que sea obra de varón, el señor don Pedro se pone encendido como la grana cuando tal le dicen, porque ve en esas habladurías una ofensa directa a su pudor y al mío.

—No es tampoco don Pedro—dijo Amaranta riendo—, con sus sesenta años a la espalda, hombre a propósito para una mujer fresca y lozana como usted, amiga mía. Y ya que de esto se trata, aunque le parezcan irrespetuosas y tal vez impúdicas mis palabras, usted debería apresurarse a tomar estado para no dejar que se extinga tan buena casta como es la de los Gutiérrez de Cisniega; y, de hacerlo, debe buscar varón a propósito, no por cierto un jamelgo empedernido y seco como don Pedro, sino un cachorro tiernecito que alegre la casa, un joven, pongo por caso, como este Gabriel, que nos está oyendo, el cual se daría por muy bien servido si lograra llevar a sus hombros carga tan dulce como usted.

Yo, que almorzaba durante este gracioso diálogo, no pude menos de manifestarme conforme en todo y por todo con las indicaciones de Amaranta, y doña Flora, sirviéndome con singular finura y amabilidad, habló así:

—¡Jesús, amiga mía, qué malas cosas

enseña usted a este pobrecito niño, que tiene la suerte de no saber todavía más que la táctica de cuatro en fondo! ¿A qué viene el levantarle los cascos con...? Gabriel, no hagas caso. Cuidado con que te desmandes, y, mal instruido por esta pícara condesa, vayas ahora a deshacerse en requiebros y desbaratarte en suspiros y fundirte en lagrimas. Los niños a la escuela. ¡Qué cosas tiene esta Amaranta! Criatura, ¿acaso el muchacho es de bronce?... Su suerte consiste en que da con personas de tan buena pasta como yo, que sé comprender los desvarios propios de la juventud, y estoy prevenida contra los vehementes arrebatos lo mismo que contra los lazos del enemigo. Calma y sosiego, Gabriel, y esperar con paciencia la suerte que Dios destina a las criaturas. Esperar, sí; pero sin fogosidades, sin exaltaciones, sin locuras juveniles, pues nada sienta tan bien a un joven delicado y caballeroso como la circunspección. Y, si no, aprende de ese señor don Pedro del Congosto, aprende de él; mirate en el espejo de su respetuosidad, de su severidad, de su aplomo, de su impasible y jamás turbado platonismo; observa cómo enfrena sus pasiones; cómo enfía el ardor de sus pensamientos con la estudiada urbanidad de las palabras; cómo reconcentra en la idea su afición y pone freno a las manos, mordaza a la lengua y cadenas al corazón, que quiere saltársele del pecho.

Amaranta y yo hacíamos esfuerzos por contener la risa. De pronto oyóse ruido de pasos, y la doncella entró a anunciar la visita de un caballero.

—Es el inglés—dijo Amaranta—. Corra usted a recibirle.

—Al instante, al instante voy, amiga mía. Veremos si puedo averiguar algo de lo que usted desea.

Nos quedamos solos la condesa y yo por largo rato, pudiendo, sin testigos, hablar tranquilamente lo que verá el lector a continuación, si tiene paciencia

rienta la monumental y grandiosa señora doña Maria.

—Ya sospechaba—respondí—que ese perdido recalaría por aquí. ¿No trae en su compañía a un majo de las Vistillas o cortesano de la tertulia del señor *Mano de Mortero*?

—No sé si viene solo o trae corte. Lo que sé es que su mamá ha recibido mucho gusto con la inesperada aparición del niño, y que mi tia, ya sea por mortificarme, ya porque realmente haya encontrado variación en el joven, ha dicho ayer, delante de toda la familia: «Si el señor conde se porta bien y es hombre formal, obtendrá nuestros parabienes y se hará acreedor a la más dulce recompensa que pueden ofrecerle dos familias deseosas de formar una sola.»

—Señora condesa, yo, a ser usted, me reiría de don Diego y de las mortificaciones de cuantas marquesas impertinentes peinan canas y guardan pergaminos en el mundo.

—¡Ah Gabriel! Eso puede decirse, pero ¡si tú comprendieras bien lo que me pasa!—exclamó con pena—. ¿Crees que se han empeñado en que mi hija no me tenga amor ni cariño alguno? Para conseguirlo han principiado por apartarla continuamente de mí. Desde hace algunos días han resuelto terminantemente que no venga a las tertulias de esta casa, y tampoco me reciben a mí en la suya. De este modo, mi hija concluirá por no amarme. La infeliz no tiene culpa de esto: ignora que soy su madre, me ve poco, las oye a ellas con más frecuencia que a mí... ¡Sabe Dios lo que le dirán para que me aborrezca! Di si no es esto peor que cuantos castigos pueden padecerse en el mundo; di si no tengo razón para estar muerta de celos, si, y los peores, los más dolorosos y desesperantes que pueden desgarrar el corazón de una mujer. Al ver que personas egoístas quieren arrebatarme lo que es mío y privarme del único consuelo de mi vida, me siento tan rabiosa, que sería capaz de acciones indignas de mi categoría y de mi nombre.

—No me parece la situación de usted—le dije—ni tan triste ni tan desesperada como la ha pintado. Usted puede reclamar a su hija, llevándosela para siempre consigo.

—Eso es difícil, muy difícil. ¿No ves que aparentemente, y según la ley, ca-

II

—Gabriel—me dijo—, te he llamado para decirte que ayer, en una embarcación pequeña, venida de Cartagena, ha llegado a Cádiz el sin par don Diego, conde de Rumblar, hijo de nuestra pa-

rezco de derechos para reclamarla y traerla a mi lado? Me han jurado una guerra a muerte. Han hecho los imposibles por desterrarme, no vacilando hasta en denunciarme como afrancesada. Hace poco, como sabes, proyectaron marcharse a Portugal sin darme noticia de ello, y si lo impedí, presentándose aquella noche en tu compañía, me fué preciso amenazar con un gran escándalo para obligarlas a que se detuvieran. La de Rumblar me cobró un aborrecimiento profundo desde que supo mi oposición a que Inés se desposase con el tunantuelo de su hijo. Mi tía, con su idea del decoro de la casa y de la honra de la familia, me mortifica más que la otra con su enojo, que tiene por móvil una desmedida avaricia. Si me encontrara en Madrid, donde mis muchas relaciones me ofrecen abundantes recursos para todo, tal vez vencería estos y otros mayores obstáculos; pero nos hallamos en Cádiz, en una plaza, que casi está rigurosamente sitiada, donde tengo pocos amigos, mientras que mi tía y la de Rumblar, por su exagerado españolismo, cuentan con el favor de todas las personas de poder. Suponte que me obliguen a embarcarme, que me destierren, que durante mi forzada ausencia engañen a la pobre niña y la casen contra su voluntad; figúrate que esto suceda y...

—¡Oh señora!—exclamé con vehemencia—, eso no sucederá mientras usted y yo vivamos para impedirlo. Hablemos a Inés, revelémosle lo que ya debiera saber...

—Díselo tú, si te atreves...

—¿Pues no he de atreverme?...

—Debo advertirte otra cosa que ignoras, Gabriel; una cosa que tal vez te cause tristeza, pero que debes saber... ¿Tú crees conservar sobre ella el ascendiente que tuviste hace algún tiempo y que conservaste aun después de haber mudado tan bruscamente de fortuna?

—Señora—repuse—, no puedo concebir que haya perdido ese ascendiente. Perdóneseme la vanidad.

—¡Desgraciado muchacho!—me dijo en tono de dulce compasión—. La vida consiste en mil mudanzas dolorosas, y el que confía en la perpetuidad de los sentimientos que le halagan es como el iluso que, viendo las nubes en el horizonte, las cree montañas, hasta que un rayo de luz las desfigura o un soplo de

viento las desbarata. Hace dos años mi hija y tú erais dos niños desvalidos y abandonados. El apartamento en que vivíais y la común desgracia, aumentando la natural inclinación, hicieron que os amarais. Después todo cambió. ¿Para qué repetir lo que sabes tan bien? Inés, en su nueva posición, no quiso olvidar al fiel compañero de su infortunio. ¡Hermoso sentimiento que nadie más que yo supo apreciar en su valor! Aprovechándome de él, casi llegué hasta tolerarlo y autorizarlo, impulsada por el despecho y por mortificar a mi orgullosa parienta; pero yo sabía que aquella corazonada infantil concluiría con el tiempo y la distancia, como en efecto ha concluido.

Oí con estupor las palabras de la condesa, que iban esparciendo densas oscuridades delante de mis ojos. Pero la razón me indicaba que no debía dar entero crédito a las palabras de mujer tan experta en ingeniosos engaños; y esperé, aparentando conformarme con su opinión y mi desaire.

—¿Te acuerdas de la noche en que nos presentamos aquí viniendo del Puerto de Santa María? En esta misma sala nos recibió doña Flora. Llamamos a Inés, te vió, le hablaste. La pobrecita estaba tan turbada que no acertó a contestar derechamente a lo que le dijiste. Indudablemente, te conserva un noble y fraternal afecto, pero nada más. ¿No lo comprendiste, Gabriel? ¿No se ofreció a tus ojos o a tus oídos algún dato para conocer que Inés ya no te ama?

—Señora—respondí con perplejidad—, aquel instante fué tan breve, y usted me suplicó con tanta precipitación que saliese de la casa, que nada observé que me disgustara.

—Pues sí, puedes creerlo. Yo sé que Inés no te ama ya—afirmó con una entereza tal, que se me hizo aborrecible en un momento mi hermosa interlocutora.

—¿Lo sabe usted?

—Yo lo sé.

—Tal vez se equivoque.

—No; Inés no te quiere.

—¿Por qué?—pregunté bruscamente y con desabrimiento.

—Porque ama a otro—me respondió con calma.

—¡A otro!—exclamé tan asombrado, que por largo rato no me di cuenta de lo que sentía—. ¡A otro! No puede ser,

señora condesa. ¿Y quién es ese otro? Sepámoslo.

Diciendo esto, en mi interior se retorcián dolorosamente unas como culebras, que me estrujaban el corazón, mordiéndolo y apretándolo con estrechos nudos. Yo quería aparentar serenidad; pero mis palabras balbucientes y cierta invencible sofocación de mi aliento descubrían la flaqueza de mi espíritu, caído desde la cumbre de su mayor orgullo.

—¿Quieres saberlo? Pues te lo diré. Es un inglés.

—¿Ese?—pregunté con sobresalto, señalando hacia la sala, donde resonaban lejanamente el eco de las voces de doña Flora y de su visitante.

—¡Ese mismo!

—¡Señora, no puede ser! Usted se equivoca—dije, sin poder contener la fogosa cólera que, desarrollándose en mí como súbito incendio, no admitía razón que la refrenara ni urbanidad que la reprimiera—. Usted se burla de mí; usted me humilla y me pisotea como siempre lo ha hecho.

—¡Qué furioso te has puesto!—exclamó sonriendo—. Cálmate y no seas loco.

—Pernóneme usted si la he ofendido con mi brusca respuesta—dije, reponiéndome—; pero yo no puedo creer eso que he oído. Todo cuanto hay en mí que hable y palpite con señales de vida, protesta contra tal idea. Si ella me lo dice, lo creeré; de otro modo, no. Soy un ciego estúpido tal vez, señora mía; pero yo detesto la luz que pueda hacerme ver la soledad espantosa que usted quiere ponerme delante. Y aún no me ha dicho usted quién es ese inglés ni en qué se funda para pensar...

—Ese inglés vino aquí hace seis meses acompañando a otro que se llama lord Byron, el cual partió para Levante al poco tiempo. Este que aquí está se llama lord Gray. ¿Quieres saber en qué me fundo para pensar que Inés le ama? Hay mil indicios que ni engañan ni pueden engañar a una mujer experimentada como yo. ¿Y eso te asombra? Eres un mozo sin experiencia, y crees que el mundo se ha hecho para tu regalo y satisfacción. Es todo lo contrario niño. ¿En qué te fundabas para esperar que Inés estuviera queriéndote toda la vida, luchando con la ausencia, que en esta edad es lo mismo que el olvido? ¡Pues no pedías poco en verdad! ¿Sabes que

eres modestito? Que pasaran años y más años, y ella siempre queriéndote... Vamos, pide por esa boca. Es preciso que te acostumbres a creer que hay, además de ti, otros hombres en el mundo, y que las muchachas tienen ojos para ver y oídos para escuchar.

Con estas palabras, que encerraban profunda verdad, la condesa me estaba matando. Parecíame que mi alma era una hermosa tela, y que ella, con sus finas tijeras, la cortaba en pedacitos para arrojarla al viento.

—Pues sí. Ha pasado mucho tiempo—continuó—. Ese inglés se apareció en Cádiz; nos visitó. Visita hoy con mucha frecuencia la otra casa, y en ella es amado... Esto te parece increíble, absurdo. Pues es la cosa más sencilla del mundo. También creerás que el inglés es un hombre antipático, desaborido, brusco, colorado, tieso y borracho como algunos que viste y trataste en la plaza de San Juan de Dios cuando eras niño. No: lord Gray es un hombre finísimo, de hermosa presencia y vasta instrucción. Pertenece a una de las mejores familias de Inglaterra, y es más rico que un perulero... Ya... ¡Tú creíste que estas y otras eminentes cualidades nadie las poseía más que el señor don Gabriel de Tres-al-Cuarto! Lucido estás... Pues oye otra cosa. Lord Gray cautiva a las muchachas con su amena conversación. Figúrate que, con ser tan joven, ha tenido ya tiempo para viajar por toda el Asia y parte de América. Sus conocimientos son inmensos; las noticias que da de los muchos y diversos pueblos que ha visto, curiosísimas. Es hombre, además, de extraordinario valor; hase visto en mil peligros, luchando con la Naturaleza y con los hombres, y cuando los relata con tanta elocuencia como modestia, procurando rebajar su propio mérito y disimular su arrojo, los que le oyen no pueden contener el llanto. Tiene un gran libro lleno de dibujos, representando paisajes, ruinas, trajes, tipos, edificios, que ha pintado en esas lejanas tierras; y en varias hojas ha escrito en verso y prosa mil hermosos pensamientos, observaciones y descripciones llenas de grandiosa y elocuente poesía. ¿Comprendes que pueda y sepa hacerse amar? Llega a la tertulia: las muchachas le rodean; él les cuenta sus viajes con tanta verdad y animación, que vemos

las grandes montañas, los inmensos ríos, los árboles enormes del Asia, los bosques llenos de peligros; vemos al intrépido europeo defendiéndose del león que le asalta, del tigre que le acecha; nos describe luego las tempestades del mar de la China, con aquellos vientos que arrastran como pluma la embarcación, y le vemos salvándose de la muerte por un esfuerzo de su naturaleza ágil y poderosa; nos describe los desiertos de Egipto, con sus noches claras como el día, con las piramides, los templos derribados, el Nilo y los pobres árabes, que arrastran miserable vida en aquellas soledades; nos pinta luego los lugares santos de Jerusalén y Belén, el sepulcro del Señor, hablándonos de los millares de peregrinos que lo visitan, de los buenos frailes que dan hospitalidad al europeo: nos dice cómo son los olivares a cuya sombra oraba el Señor cuando fué Judas con los soldados a prenderle, y nos refiere punto por punto cómo es el monte Calvario y el sitio donde levantaron la santa Cruz. Después nos habla de la incomparable Venecia, ciudad fabricada dentro del mar, de tal modo, que las calles son de agua y los coches unas lanchitas que llaman góndolas, y allí se pasean de noche los amantes solcs en aquella serena laguna, sin ruido y sin testigos. También ha visitado la América, donde hay unos salvajes muy mansos que agasajan a los viajeros, y donde los ríos, grandísimos, como todo lo de aquel país, se precipitan desde lo alto de una roca, formando lo que llaman cataratas, es decir, un salto de agua como si medio mar se arrojase sobre el otro medio, formando mundos de espuma y un ruido que se oye a muchísimas leguas de distancia. Todo lo relata, todo lo pinta con tan vivos colores, que parece que lo estamos viendo. Cuenta sus acciones heroicas sin fanfarronerías, y jamás ha mortificado el orgullo de los hombres, que le oyen con tanta atención, si no con tanta complacencia como las mujeres. Ahora bien, Gabriel, desgraciado joven: ¿por lo que te digo comprendes que ese inglés tiene atractivos suficientes para cautivar a una muchacha de tanta sensibilidad como imaginación, que instintivamente vuelve los ojos hacia todo lo que se distingue del vulgo enfatuado? Además, lord Gray es riquísimo, y aun-

que las riquezas no bastan a suplir en los hombres la falta de ciertas cualidades, cuando éstas se poseen, las riquezas las avaloran, y las realzan. Lord Gray viste elegantemente; gasta con profusión en su persona y en obsequiar dignamente a sus amigos, y su esplendor no es el derroche del joven calavera y voluntarioso, sino la gala y generosidad del rico de alta cuna, que emplea sabiamente su dinero en alegrar la existencia de cuantos le rodean. Es galante sin afectación, y más bien serio que jovial. ¡Ay pobrecito! ¿Lo comprendes ahora? ¿Llegarás a entender que hay en el mundo alguien que puede ponerse en parangón con el señor don Gabriel de Tres-al-Cuarto? Reflexiona bien, hijo; reflexiona bien quién eres tú. Un buen muchacho, y nada más. Excelente corazón, despejo natural, y aquí paz y después gloria. En punto a posición, oficialito del ejército..., bien ganado, eso sí; pero ¿qué vale eso? Figura..., no mala; conversación, tolerable; nacimiento, humildísimo, aunque bien pudieras figurarlo como de los más alcornicados y coruscantes. Valor, no lo negaré; al contrario, creo que lo tienes en alto grado, pero sin brillo ni lucimiento. Literatura, escasa...; cortesía, buena... Pero, hijo, a pesar de tus méritos, que son muchos, dada tu pobreza y humildad, ¿insistirás en hacerte indestronable, como se lo creyó el buen don Carlos Cuarto, que heredó la corona de su padre? No, Gabriel: ten calma y resignate.

El efecto que me causó la relación de mi antigua ama fué terrible. Figúrense ustedes cómo me habría quedado yo si Amaranta hubiera cogido el pico de Mulhacén, es decir, el monte más alto de España..., y me lo hubiera echado encima.

Pues lo mismo, señores, lo mismo me quedé.

III

¿Qué podía yo decir? Nada. ¿Qué debía hacer? Callarme y sufrir. Pero el hombre aplastado por cualquiera de las diversas montañas que le caen encima en el mundo, aun cuando conozca que hay justicia y lógica en su situación, rara vez se conforma, y elevando las

manecitas, pugna por quitarse de encima la colosal peña. No sé si fué un sentimiento de noble dignidad o, por el contrario, un vano y pueril orgullo lo que me impulsó a contestar con entereza, afectando, no sólo conformidad, sino indiferencia ante el golpe recibido.

—Señora condesa—dije—, comprendo mi inferioridad. Hace tiempo que pensaba en esto, y nada me asombra. Realmente, señora, era un atrevimiento que un pobretón como yo, que jamás he estado en la India ni he visto otras cataratas que las del Tajo, en Aranjuez, tenga pretensiones nada menos que de ser amado por una mujer de posición. Los que no somos nobles ni ricos, ¿qué hemos de hacer más que ofrecer nuestro corazón a las fregatrices y damas del estropajo, no siempre con la seguridad de que se dignen aceptarlo? Por eso nos llenamos de resignación, señora; y cuando recibimos golpes como el que usted se ha servido darme, nos encogemos de hombros y decimos: «Paciencia.» Luego seguimos viviendo, y comemos y dormimos tan tranquilos... Es una tontería morir por quien tan pronto nos olvida.

—Estás hecho un basilisco—me dijo la condesa en tono de burla—, y quieres aparecer tranquilo. Si despides fuego...; toma mi abanico y refréscate con él.

Antes que yo lo tomara, la condesa me dió aire con su abanico precipitadamente. Sin ninguna gana me reía yo, y ella, después de un rato de silencio, me habló así:

—Me falta decirte otra cosa que tal vez te disguste; pero es forzoso tener paciencia. Es que estoy contenta de que mi hija corresponda al amor del inglés.

—Lo creo, señora—respondí, apretando con convulsa fuerza los dientes, ni más ni menos que si entre ellos tuviera toda la Gran Bretaña.

—Sí—prosiguió—; todo suceso que me dé esperanzas de ver a mi hija fuera de la tutela y dirección de la marquesa y la condesa, es para mí lisonjero.

—Pero ese inglés será protestante.

—Sí—repuso—; mas no quiero pensar en eso. Puede que se haga católico. De todos modos, ése es punto grave y delicado. Pero no reparo en nada. Vea yo a mi hija libre; hállese en situación tal que yo pueda verla, hablarle como y cuando se me antoje, y lo demás... ¡Có-

mo rabiaría doña María si llegara a comprender...! Mucho sigilo, Gabriel; cuento con tu discreción. Si lord Gray fuera católico, no creo que mi tío se opusiera a que se casase Inés con él. ¡Ay!; luego nos marcharíamos los tres a Inglaterra, lejos, lejos de aquí, a un país donde yo no viera parientes de ninguna clase. ¡Qué felicidad! ¡Ay! Quisiera ser papa para permitir que una mujer católica se casase con un hombre hereje.

—Creo que usted verá satisfechos sus deseos.

—¡Oh! Desconfío mucho. El inglés aparte de su gran mérito, es bastante raro. A nadie ha confiado el secreto de sus amores, y sólo tenemos noticias de él por indicios, primero, y después, por pruebas irrecusables, resultado de un espionaje largo y minucioso.

—Inés lo habrá revelado a usted.

—No; después de esto, ni una sola vez he conseguido verla. ¡Qué desesperación! Las tres muchachas no salen de casa sino custodiadas por la autoridad de doña María. Aquí, doña Flora y yo hemos trabajado lo que no es decible para que lord Gray se franquease con nosotras y nos los revelara; pero es tan prudente y callado, que guarda su secreto como un avaro su tesoro. Lo sabemos por las criadas, por la murmuración de algunas, muy pocas, personas de las que van a la casa. No hay duda de que es cierto, hijo mío. Ten resignación y no nos des un disgusto. Cuidado con el suicidio.

—¿Yo?—dije, afectando indiferencia.

—Toma, toma aire, que te incendias por todos lados—me dijo agitando delante de mí su abanico—. Don Rodrigo en la horca no tiene más orgullo que este general en agraz.

Cuando esto decía, sentí la voz de doña Flora y los pasos de un hombre. Doña Flora dijo:

—Pase usted, milord, que aquí está la condesa.

—Mirale... verás—me dijo Amaranta con crueldad—y juzgarás por ti mismo si la niña ha tenido mal gusto.

Entró doña Flora seguida del inglés. Tenía éste la más hermosa figura de hombre que he visto en mi vida. Era de alta estatura, con el color blanquísimo, aunque tostado, que abunda en los marinos y viajeros del Norte. El cabello

rubio, desordenadamente peinado y suelto, según el gusto de la época, le caía en bucles sobre el cuello. Su edad no parecía exceder de treinta o treinta y tres años. Era grave y triste, pero sin la pesadez acartonada y lentitud de modales que suelen ser comunes en la gente inglesa. Su rostro estaba bronceado, mejor dicho, dorado por el sol, desde la mitad de la frente hasta el cuello, conservando en la huella del sombrero y en la garganta una blancura como la de la cera más pura y delicada. Esmeradamente limpia de pelo la cara, su barba era como la de una mujer, y sus facciones, realzadas por la luz del mediodía, dábanle el aspecto de una hermosa estatua de cincelado oro. Yo he visto en alguna parte un busto del dios Brahma, que muchos años después me hizo recordar a lord Gray.

Vestia con elegancia y cierta negligencia no estudiada, traje azul de paño muy fino, medio oculto por una prenda que llamaban *sortiú*, y llevaba sombrero redondo, de los primeros que empezaban a usarse. Brillaban sobre su persona algunas joyas de valor, pues los hombres entonces se ensortijaban más que ahora, y lucía, además, los sellos de dos relojes. Su figura, en general, era simpática. Yo le miré y observé ávidamente, buscándole imperfecciones por todos lados; pero, ¡ay!, no le encontré ninguna. Más me disgustó el oírle hablar con rara corrección el castellano, cuando yo esperaba que se expresase en términos ridículos y con yerros de los que desfiguran y afean el lenguaje; pero consolóme la esperanza de que soltase algunas tonterías. Sin embargo, no dijo ninguna.

Entabló conversación con Amaranta, procurando esquivar el tema que con impertinencia había tocado doña Flora al entrar.

—Querida amiga—dijo la vieja—, lord Gray nos va a contar algo de sus amores en Cádiz, que es mejor tratado que el de los viajes por Asia y Africa.

Amaranta me presentó a él gravemente, diciéndole que yo era un gran militar, una especie de Julio César por la estrategia y un segundo Cid por el valor; que había hecho mi carrera de un modo gloriosísimo, y que había estado en el sitio de Zaragoza, asombrando con mis hechos heroicos a españoles

y franceses. El extranjero pareció oír con suma complacencia mi elogio, y después de hacerme varias preguntas sobre la guerra, me dijo que tendría grandísimo contento en ser mi amigo. Sus refinadas cortesanas me tenían frita la sangre, por la violencia y fingimiento con que me veía precisado a responder a ellas. La maligna Amaranta reía a hurtadillas de mi embarazo, y más atizaba con sus artificiosas palabras la inclinación y repentino afecto del inglés hacia mi persona.

—Hoy—dijo lord Gray—, hay en Cádiz gran cuestión entre españoles e ingleses.

—No sabía nada—exclamó Amaranta—. ¿En esto ha venido a parar la alianza?

—No será nada, señora. Nosotros somos algo rudos, y los españoles, un poco vanagloriosos y excesivamente confiados en sus propias fuerzas, casi siempre con razón.

—Los franceses están sobre Cádiz—dijo doña Flora—, y ahora salimos con que no hay aquí bastante gente para defender la plaza.

—Así parece. Pero Wellesley—añadió el inglés—ha pedido permiso a la Junta para que desembarque la marinería de nuestros buques y defienda algunos castillos.

—Que desembarquen; si vienen, que vengan—declaró Amaranta—. ¿No crees lo mismo, Gabriel?

—Esa es la cuestión que no puede resolverse—dijo lord Gray—, porque las autoridades españolas se oponen a que nuestra gente los ayude. Toda persona que conozca la guerra ha de convenir conmigo en que los ingleses deben desembarcar. Seguro estoy de que este señor militar que me oye es de la misma opinión.

—¡Oh!, no, señor; precisamente soy de la opinión contraria—repuse con la mayor viveza, anhelando que la disformidad de pareceres alejase de mí la intolerable y odiosísima amistad que quería manifestarme el inglés—. Creo que las autoridades españolas hacen bien en no consentir que desembarquen los ingleses. En Cádiz hay guarnición suficiente para defender la plaza.

—¿Lo cree usted?—me preguntó.

—Lo creo—respondí, procurando quitar a mis palabras la dureza y sequedad

que quería infundirles el corazón—. Nosotros agradecemos el auxilio que nos están dando nuestros aliados, más por odio al común enemigo que por amor a nosotros: ésa es la verdad. Juntos pelean ambos ejércitos; pero si en las acciones campales es necesaria esta alianza, porque carecemos de tropas regulares que oponer a las de Napoleón, en la defensa de plazas fuertes harto se ha probado que no necesitamos ayuda. Además, las plazas fuertes que, como ésta, son al mismo tiempo magníficas plazas comerciales, no deben entregarse nunca a un aliado, por leal que sea; y como los paisanos de usted son tan comerciantes, quizá gustarían demasiado de esta ciudad, que no es más que un buque anclado a vista de tierra. Gibraltar casi nos está oyendo y lo puede decir.

Al decir esto, observaba atentamente al inglés, suponiéndole próximo a dar rienda suelta al furor, provocado por mi irreverente censura; pero, con gran sorpresa mía, lejos de ver encendida en sus ojos la ira, noté en su sonrisa, no sólo benevolencia, sino conformidad con mis opiniones.

—Caballero—dijo, tomándome la mano—, ¿me permite usted que le importune repitiéndole que deseo mucho su amistad?

Yo estaba absorto, señores.

—Pero, milord—preguntó doña Flora—, ¿en qué consiste que aborrece usted tanto a sus paisanos?

—Señora—dijo lord Gray—, desgraciadamente he nacido con un carácter que si en algunos puntos concuerda con el de la generalidad de mis compatriotas, en otros es tan diferente como lo es un turco de un noruego. Aborrezco el comercio; aborrezco a Londres, mostrando nauseabundo de las drogas de todo el mundo; y cuando oigo decir que todas las altas instituciones de la vieja Inglaterra, el régimen colonial y nuestra gran marina tienen por objeto el sostenimiento del tráfico y la protección de la sórdida avaricia de los negociantes que bañan sus cabezas redondas como quesos en el agua negra del Támesis, siento un crispamiento de nervios insoporrible y me avergüenzo de ser inglés. El carácter inglés es egoísta, seco, duro como el bronce, formado en el ejercicio del cálculo y refractario a la poesía. La imaginación es en aquellas cabezas una

cavidad lóbrega y fría, donde jamás entra un rayo de luz, ni resuena un eco melodioso. No comprendí nada que no sea una cuenta, y al que les hable de otra cosa que del precio del cáñamo, le llaman mala cabeza, holgazán y enemigo de la prosperidad de su país. Se precian mucho de su libertad; pero no les importa que haya millones de esclavos en las colonias. Quieren que el pabellón inglés ondee en todos los mares, cuidándose mucho de que sea respetado; pero siempre que hablan de la dignidad nacional, debe entenderse que la quincalla inglesa es la mejor del mundo. Cuando sale una expedición diciendo que va a vengar un agravio inferido al orgulloso leopardo, es que se quiere castigar a un pueblo asiático o africano que no compra bastante trapo de algodón.

—¡Jesús, María y José!—exclamó horrorizada doña Flora—. No puedo oír a un hombre de tanto talento como milord hablando así de sus compatriotas.

—Siempre he dicho lo mismo, señora—prosiguió lord Gray—, y no ceso de repetirlo a mis paisanos. Y no digo nada cuando quieren echársela de guerreros y dan al viento el estandarte con el gato montés, que ellos llaman leopardo. Aquí, en España, me ha llenado de asombro el ver que mis paisanos han ganado batallas. Cuando los comerciantes y mercachifles de Londres sepan por las *Gacetas* que los ingleses han dado batallas y las han ganado, bufarán de orgullo, creyéndose dueños de la tierra como lo son del mar, y empezarán a tomar la medida del planeta para hacerle un gorro de algodón que lo cubra todo. Así son mis paisanos, señoras. Desde que este caballero evocó el recuerdo de Gibraltar, ocupado traidoramente para convertirlo en almacén de contrabando, vinieron a mi mente estas ideas, y concluyo modificando mi primera opinión respecto al desembarco de los ingleses en Cádiz. Señor oficial, opino como usted: que se queden en los barcos.

—Celebro que, al fin, concuerden sus ideas con las mías, milord—dije, creyendo haber encontrado la mejor coyuntura para chocar con un hombre que me era, sin poderlo remediar, tan aborrecible—. Es cierto que los ingleses son comerciantes, egoístas, interesados, prosaicos; pero ¿es natural que esto lo diga, exagerándolo hasta lo sumo, un hombre que

ha nacido de mujer inglesa y en tierra inglesa? He oído hablar de hombres que, en momentos de extravío o despecho, han hecho traición a su patria; pero esos mismos que por interés la vendieron, jamás la denigraron en presencia de personas extrañas. De buenos hijos es ocultar los defectos de sus padres.

—No es lo mismo—dijo el inglés—. Yo conceptúo más compatriota mío a cualquier español, italiano, griego o francés que muestre aficiones iguales a las mías, sepa interpretar mis sentimientos y corresponder a ellos, que a un inglés áspero, seco y con un alma sorda a todo rumor que no sea el son del oro contra la plata y de la plata contra el cobre. ¿Qué me importa que ese hombre hable mi lengua, si por más que charlemos él y yo no podemos comprendernos? ¿Qué me importa que hayamos nacido en un mismo suelo, quizá en una misma calle, si entre los dos hay distancias más enormes que las que separan un polo de otro?

—La patria, señor inglés, es la madre común, que lo mismo cría y agasaja al hijo deforme y feo que al hermoso y robusto. Olvidarla es de ingratos; pero menospreciarla en público indica sentimientos quizá peores que la ingratitud.

—Esos sentimientos peores que la ingratitud los tengo yo según usted—dijo el inglés.

—Antes que pregonar delante de extranjeros los defectos de mis compatriotas, me arrancaría la lengua—afirmé con energía, esperando por momentos la explosión de la cólera de lord Gray.

Pero éste, tan sereno cual si se oyese nombrar en los términos más lisonjeros, me dirigió con gravedad las siguientes palabras:

—Caballero, el carácter de usted y la viveza y espontaneidad de sus contradicciones y réplicas me seducen de tal manera, que me siento inclinado hacia usted..., no ya por la simpatía, sino por un afecto profundo.

Amaranta y doña Flora no estaban menos asombradas que yo.

—No acostumbro tolerar que nadie se burle de mí, lord—dije, creyendo, efectivamente, que era objeto de burlas.

—Caballero—repuso fríamente el inglés—, no tardaré en probarle que una extraordinaria conformidad entre su carácter y el mío ha engendrado en mí

vivísimo deseo de entablar con usted sincera amistad. Oigame un momento. Uno de los principales martirios de mi vida, el mayor quizá, es la vana aquiescencia con que se doblegan ante mí todas las personas que trato. No sé si consistirá en mi posición o en mis grandes riquezas; pero es lo cierto que, en dondequiera que me presento, no hallo sino personas que me enfadan con sus degradantes cumplidos. Apenas me permito expresar una opinión cualquiera, todos los que me oyen aseguran ser de igual modo de pensar. Precisamente mi carácter ama la controversia y las disputas. Cuando vine a España, hícelo con la ilusión de encontrar aquí gran número de gente pendenciera, ruda y primitiva; hombres de corazón borrascoso y ardiente, no embadurnados con el vano charol de la cortesanía. Mi sorpresa fué grande al encontrarme atendido y agasajado, cual lo pudiera estar en Londres, sin hallar obstáculos a la satisfacción de mi voluntad, en medio de una vida monótona, regular, acompasada, no expuesto a sensaciones terribles ni a choques violentos con hombres ni con cosas, mimado, obsequiado, adulado... ¡Oh amigo mío! Nada aborrezco tanto como la adulación. El que me adula es mi irreconciliable enemigo. Yo gozo extraordinariamente al ver frente a mí los caracteres altivos, que no se doblegan sonriendo cobardemente ante una palabra mía; gusto de ver bullir la sangre impetuosa del que no quiere ser domado ni aun por el pensamiento de otro hombre; me cautivan los que hacen alarde de una independencia intrasigente y enérgica, por lo cual asisto con júbilo a la guerra de España. Pienso ahora internarme en el país y unirme a los guerrilleros. Esos generales que no saben leer ni escribir y que eran ayer arrieros, taberneros y mozos de labranza, exaltan mi admiración hasta lo sumo. He estado en academias militares, y aborrezco a los pedantes que han prostituido y afeminado el arte salvaje de la guerra, reduciéndolo a reglas necias, y decorándose a sí mismos con plumas y colorines para disimular su nulidad. ¿Ha militado usted a las órdenes de algún guerrillero? ¿Conoce usted al Empecinado, a Mina, a Tabuenca, a Porlier? ¿Cómo son? ¿Cómo viven? Se me figura ver en ellos a los

héroes de Atenas y del Lacio. Amigo mío, si no recuerdo mal, la señora condesa dijo hace un momento que usted debía sus rápidos adelantamientos en la carrera de las armas a su propio mérito, pues sin el favor de nadie ha adquirido un honroso puesto en la milicia. ¡Oh caballero! Usted me interesa vivamente; usted será mi amigo, quiéralo o no. Adoro a los hombres que no han recibido nada de la suerte ni de la cuna, y que luchan contra este oleaje. Seremos muy amigos. ¿Está usted de guarnición en la Isla? Pues venga a vivir a mi casa siempre que pase a Cádiz. ¿En dónde reside usted para ir a visitarle todos los días...?

Sin atreverme a rechazar tan vehementes pruebas de benevolencia, me excusé como pude.

—Hoy, caballero—añadió—, es preciso que venga usted a comer conmigo. No admito excusas. Señora condesa, usted me presentó a este caballero. Si me desaira, cuente usted con que ha recibido la ofensa.

—Creo—dijo la condesa—que ambos se congratularán bien pronto de haber entablado amistad.

—Milord, estoy a la orden de usted—dije, levantándome cuando él se disponía a partir.

Y después de despedirnos de las dos damas, salí con el inglés. Creí que me llevaba el demonio.

IV

Lord Gray vivía cerca de las Barquillas de Lope. Su casa, demasiado grande para un hombre solo, estaba en gran parte vacía. Servíanle varios criados, españoles todos, a excepción del ayuda de cámara, que era inglés.

Dábase trato de príncipe en la comida, y durante toda ella no tenían momento de sosiego los vasos, llenos con la mejor sangre de las cepas de Montilla, Jerez y Sanlúcar.

Durante la comida no hablamos más que de la guerra, y después, cuando los generosos vinos de Andalucía hicieron su efecto en la insigne cabeza del mister, se empeñó en darme lecciones de esgrima. Era un gran tirador, según observé a los primeros golpes: y como yo

no poseía en tan alto grado los secretos del arte, y él no tenía entonces en su cerebro todo aquel buen asiento y equilibrio que indican una organización educada en la sobriedad, jugaba con gran pesadez de brazo, haciendome mas daño del que correspondía a un simple entretenimiento.

—Suplico a milord que no se entusiasme demasiado—dije, conteniendo sus bríos—. Me ha desarmado ya repetidas veces para gozarse como un niño en darme estocadas a fondo que no puedo parar. ¡Ese botón está mal y puedo ser atravesado fácilmente!

—Así es como se aprende—repuso—. O no he de poder nada, o será usted un consumado tirador.

Después que nos batimos a satisfacción, y cuando se despejaron un tanto las densas nubes que oscurecían y turbaban su entendimiento, me marché a la Isla, a donde me acompañó, deseoso, según dijo, de visitar nuestro campamento. En los días sucesivos casi ninguno dejó de visitarme. Su afabilidad me contrariaba, y cuanto más le aborrecía más desarmaba él mi cólera a fuerza de atenciones. Mis respuestas bruscas, mi mal humor y la terquedad con que le rebatía, lejos de enemistarle conmigo apretaban más los lazos de aquella simpatía que desde el primer día me manifestó; y, al fin, no puedo negar que me sentía inclinado hacia hombre tan raro, verificándose el fenómeno de considerar en él como dos personas distintas y un solo lord Gray verdadero; dos personas, sí: una aborrecida y otra amada; pero de tal manera confundidas, que me era imposible deslindar dónde empezaba el amigo y dónde acababa el rival.

Erale sumamente agradable estar en mi compañía y en la de los demás oficiales mis camaradas. Durante las operaciones nos seguía armado de fusil, sable y pistolas, y en los ratos de vagar iba con nosotros a los ventorrillos de Cortadura o Matagorda, donde nos obsequiaba de un modo espléndido con todo lo que podían dar de sí aquellos establecimientos. Más de una vez se hizo acompañar, al venir desde Cádiz, por dos o tres calesas cargadas con las más ricas provisiones que por entonces traían los buques ingleses y los costeros del Condado y Algeciras; y en cierta ocasión en que no podíamos salir de las

trincheras del puente Suazo, transportó allá con toda rapidez, parecida a la de los tiempos que después han venido, al señor Poenco con toda su tienda y bártulos, con todo el séquito mujeril y guitaril, para improvisar una fiesta.

A los quince días de estos rumbos y generosidades, no había en la Isla quien no conociese a lord Gray; y como entonces estábamos en buenas relaciones con la Gran Bretaña y se cantaba aque- llo de

La trompeta de la gloria
dice al mundo *Velintón...*

(lo mismo que está escrito), nuestro mís- ter era popularísimo en toda la exten- sión que inunda con sus canales el caño de Sancti-Petri.

Su mayor confianza era conmigo; pe- ro debo indicar aquí una circunstancia que a todos llamará la atención, y es que, aunque repetidas veces procuré son- dear su ánimo en el asunto que más me interesaba, jamás pude conseguirlo. Hablábamos de amores; nombraba yo la casa y la familia de Inés, y él, vol- viéndose taciturno, mudaba la conversa- ción. No obstante, yo sabía que visitaba todas las noches a doña María; pero su reserva en este punto era sepulcral. Só- lo una vez dejó traslucir algo, y voy a decir cómo.

Durante muchos días estuve sin po- der ir a Cádiz, a causa de los quehace- res del servicio, y esta esclavitud me daba tanto fastidio como pesadumbre. Recibía algunas esquelas de la condesa suplicándome que pasase a verla, y yo me desesperaba no pudiendo acudir. Al fin logré una licencia a principios de marzo, y corrí a Cádiz. Lord Gray y yo atravesamos la Cortadura precisamente el día del furioso temporal que por mu- chos años dejó memoria en los gadita- nos de aquel tiempo. Las olas de fuera, agitadas por el Levante, saltaban por encima del estrecho istmo para abrazar- se con las olas de la bahía. Los bancos de arena eran arrastrados y deshechos, desfigurando la angosta playa; el horro- roso viento se llevaba todo en sus alas veloces, y su ruido nos permitía formar idea de las mil trompetas del Juicio to- cadas por los ángeles de la justicia. Veinte buques mercantes y algunos na- víos de guerra españoles e ingleses es- trelláronse aquel día contra la costa de

Poniente; y en el placer de Rota, la Puntilla y las rocas donde se cimenta el castillo de Santa Catalina aparecie- ron luego muchos cadáveres y los des- pojos de los cascos rotos, así como de las jarcias y árboles deshechos.

Lord Gray, contemplando por el ca- mino tan gran desolación, el furor del viento, los horrores del revuelto cielo ora negro, ora iluminado por la sinies- tra amarillez de los relámpagos; la agi- tación de las olas verdosas y turbias en cuyas cúspides, relucientes como filos de cuchillos, se alcanzaban a ver restos de alguna nave que se hundía luego en los cóncavos senos para reaparecer después; contemplando lord Gray, repito, aquel desorden, no menos admirable que la armonía de lo creado, aspiraba con de- licia el aire húmedo de la tempestad y me decía:

—¡Cuán grato es a mi alma este es- pectáculo! Mi vida se centuplica ante esta fiesta sublime de la Naturaleza, y se regocija de haber salido de la nada, tomando la execrable forma que hoy tiene. Para esto te han criado, ¡oh mar! Escupe las naves comerciantes que te profanan, y prohíbe la entrada en tus dominios al sórdido mercachifle, ávido de oro, saqueador de los pueblos inocen- tes que no se han corrompido todavía y adoran a Dios en el ara de los bos- ques. Este ruido de invisibles montañas que ruedan por los espacios chocándose y redondeándose como los guijos que arrastra un río; estas lenguazas de fue- go que lamen el cielo y llegan a tocar el mar con sus afiladas puntas; este cie- lo que se revuelca desesperado; este mar que anhela ser cielo, abandonando su lecho eterno para volar; este hálito que nos arrastra, esta confusión armo- niosa, esta música, amigo, y ritmo subli- me que lo llena todo, encontrando eco en nuestra alma, me extasían, me cauti- van, y con fuerza irresistible me arras- tran a confundirme con lo que veo... Esta alteración se repite en mi alma; esta rabia o desesperado anhelo de salir de su centro, propiedad es también de mi alma; este rumor donde caben to- dos los rumores del cielo y tierra, ha tiempo que también ensordece mi alma; este delirio es mi delirio, y este afán con que vuelan nubes y olas hacia un punto a que no llegan nunca, es mi propio afán.

Yo pensé que estaba loco; y cuando

le vi bajar del calesín, acercarse a la playa e internarse por ella, hasta que el agua le cubrió las botas, corrí tras él lleno de zozobra, temiendo que en su enajenación se arrojase, como había dicho, en medio de las olas.

—Milord—le dije—, volvámonos al coche, pues no hay para qué convertirse ahora en ola ni en nube, como usted desea, y sigamos hacia Cádiz, que para agua bastante tenemos con la que llueve, y para viento, hartos nos azota por el camino.

Pero él no me hacía caso, y empezó a gritar en su lengua. El calesero, que era muy pillo, hizo gestos significativos para indicar que lord Gray había abusado del montilla; pero a mí me constaba que no lo había probado aquel día.

—Quiero nadar—dijo lacónicamente el inglés, haciendo ademán de desnudarse.

Y al punto forcejamos con él el calesero y yo, pues aunque sabíamos que era gran nadador, en aquel sitio y hora no habría resistido diez minutos dentro del agua. Al fin, le convencimos de su locura, haciéndole volver a la calesa.

—Contenta se pondría, milord, la señora de sus pensamientos si le viera a usted con inclinaciones a matarse desde que suena un trueno.

Lord Gray rompió a reír jovialmente, y cambiando de aspecto y tono, dijo:

—Calesero, apresure el paso, que deseo llegar pronto a Cádiz.

—El lamparín no quiere andar.

—¿Qué lamparín?

—El caballo. Le han salido callos en la jerraúra. ¡Ay sé! Este caballo es muy respetuoso.

—¿Por qué?

—Muy respetuoso con los amigos. Cuando se ve con Pelaítas, se hacen cortesías y se preguntan cómo ha ido el viaje.

—¿Quién es Pelaítas?

—El violín del señor Poenco: ¡Ay sé! Si usted le dice a mi caballo: «Vas a descansar en casa de Poenco, mientras tu amo come una aceituna y bebe un par de copas», correrá tanto que tendremos que darle palos para que pare, no sea que con la fuerza del golpe abra un boquete en la muralla de Puerta Tierra.

Gray prometió al calesero refrescarle en casa de Poenco; y al oír esto, ¡parecía mentira!, el lamparín avivó el paso.

—Pronto llegaremos—dijo el inglés—. No sé por qué el hombre no ha inventado algo para correr tanto como el viento.

—En Cádiz le aguarda a usted una muchacha bonita. No una, muchas tal vez.

—Una sola. Las demás no valen nada. Señor de Araceli, su alma es grande como el mar. Nadie lo sabe más que yo, porque en apariencia es una florecita humilde que vive casi a escondidas dentro del jardín. Yo la descubrí, y encontré en ella lo que hombre alguno supo encontrar. Para mí solo, pues, relampaguean los rayos de sus ojos y braman las tempestades de su pecho... Está rodeada de misterios encantadores, y las imposibilidades que la cercan y guardan como cárceles inaccesibles, más estimulan mi amor... Separados, nos oscurecemos; pero juntos llenamos todo lo creado con las deslumbradoras claridades de nuestro pensamiento.

Si mi conciencia no dominara casi siempre en mí los arrebatos de la pasión, habría cogido a lord Gray y le habría arrojado al mar... Hícele luego mil preguntas, di vueltas y giros sobre el mismo tema para provocar su locuacidad, nombré a innumerables personas; pero no me fué posible sacarle una palabra más. Después de dejarme entrever un rayo de su felicidad, calló, y su boca cerróse como una tumba.

—¿Es usted feliz?—le dije al fin.

—En este momento sí—respondió.

Sentí de nuevo impulsos de arrojarle al mar.

—Lord Gray—exclamé súbitamente—, ¿vamos a nadar?

—¡Oh! ¿Qué es eso? ¿Usted también?

—¡Sí, arrojémonos al mar! Me pasa a mí algo de lo que a usted pasaba antes. Se me antoja nadar.

—Está loco—contestó, riendo y abrazándose—. No, no permito yo que tan buen amigo perezca por una temeridad. La vida es hermosa, y quien pensase lo contrario es un imbécil. Ya llegamos a Cádiz. Tío Hígados, eche aceite a la lamparilla, que ya estamos cerca de la taberna de Poenco.

Al anoecer llegamos a Cádiz. Lord Gray me llevó a su casa, donde nos mudamos de ropa y cenamos después. Debíamos ir a la tertulia de doña Flo-

ra, y mientras llegaba la hora, mi amigo, que quise que no, hubo de darme nuevas lecciones de esgrima. Con estos juegos iba, sin pensarlo, adiestrándome en un arte en el cual poco antes carecía de habilidad consumada, y aquella tarde tuve la suerte de probar la sabiduría de mi maestro dándole una estocada a fondo con tan buen empuje y limpieza, que a no tener botón el estoque hubiéralo atravesado de parte a parte.

—¡Oh amigo Araceli! —exclamó lord Gray con asombro—. Usted adelanta mucho. Tendremos aquí un espadachín temible. Luego tira usted con mucha rabia...

En efecto, yo tiraba con rabia, con verdadero afán de acribillarle.

V

Por la noche fuimos a casa de doña Flora; pero lord Gray, a poco de llegar, despidióse, diciendo que volvería. La sala estaba bien iluminada, pero aún no muy llena de gente, por ser temprano. En un gabinete inmediato aguardaban las mesas de juego el dinero de los apasionados tertuliantes, y más adentro, tres o cuatro desafortadas bandejas llenas de dulce nos prometían agradable refrigerio para cuando todo acabase. Había pocas damas, por ser costumbre en los saraos de doña Flora que descollasen los hombres, no acompañados, por lo general, más que de una media docena de beldades venerables del siglo anterior, que, cual castillos gloriosos, pero ya inútiles, no pretendían ser conquistables ni conquistadas. Amaranta representaba sola la juventud unida a la hermesura.

Saludaba yo a la condesa, cuando se me acercó doña Flora, y, pellizcándome bonitamente con todo disimulo el brazo por punto cercano al codo, me dijo:

—Se está usted portando, caballero. ¡Casi un mes sin aparecer por aquí! Ya sé que se divirtió usted en el Puente de Suazo con las buenas piezas que llevó allí el señor Poenco hace ocho días... ¡Bonita conducta! Yo empeñada en apartarle a usted del camino de la perdición, y usted cada vez más inclinado a seguir por él... Ya se sabe que la juventud ha de tener sus trapi-

cheos; pero los muchachos decentes y bien nacidos desfogan sus pasiones con compostura, antes buscando el trato honesto de personas graves y juiciosas que el de la gentezuela maja y tabernaria.

La condesa afectó estar conforme con la reprimenda, y la repitió, dándole más fuerza con sus irónicos donaires. Después, ablandándose doña Flora y llevándome adentro, me dió a probar de unos dulces finísimos que no se repartían sino entre los amigos de confianza. Cuando volvimos a la sala, Amaranta me dijo:

—Desde que doña María y la marquesa decidieron que no viniera Inés parece que falta algo en esta tertulia.

—Aquí no hacen falta niñas, y menos la condesa de Rumblar, que con sus remilgos impedía toda diversión. Nadie se había de acercar a la niña, ni hablar con la niña, ni bailar con la niña, ni dar un dulce a la niña. Dejémonos de niñas: hombres, hombres quiero en mi tertulia; literatos que lean versos; currutacos que sepan de corrido las modas de París; diaristas que nos cuenten todo lo escrito en tres meses por las *Gacetas* de Amberes, Londres, Augsburgo y Rotterdam; generales que nos hablen de las batallas que se van a ganar; gente alegre que hable mal de la Regencia y critique la cosa pública, ensayando discursos para cuando se abran esas saladisimas Cortes que van a venir.

—Yo no creo que haya tales Cortes —dijo Amaranta—, porque las Cortes no son más que una cosa de figurón que hace el rey para cumplir un antiguo uso. Como ahora estamos sin rey...

—Nada, vengan esas Cortes. Cortes nos han prometido y Cortes nos han de dar. Pues poco bonito será este espectáculo. Como que es un conjunto de predicadores, y no baja de ocho o diez sermones los que se oyen por día, todos sobre la cosa pública, amiga mía, y criticando, criticando, que es lo que a mí me gusta.

—Habrá Cortes—dije yo—, porque en la Isla están pintando y arreglando el teatro para salón de sesiones.

—Pero ¿en un teatro? Yo pensé que en una iglesia—dijo doña Flora.

—El estamento de próceres y clérigos se reunirá en una iglesia—indicó Amaranta—, y el de procuradores, en un teatro.

—No, no hay más que un estamento, señoras. Al principio se pensó en tres; pero ahora se ha visto que uno solo es más sencillo.

—Será el de la nobleza.

—No, hija; serán todos clérigos. Esto parece lo más propio.

—No hay más estamento que el de procuradores, en que entrarán todas las clases de la sociedad.

—¿Y dices que están pintando el teatro? Estará precioso.

—Sí, señora. Le han puesto unas cenefas amarillas y encarnadas que hacen una vista así como de escenario de titiriteros de feria... En fin: monísimo.

—Para esta festividad quiere, sin duda, el señor don Pedro los cincuenta uniformes amarillos y encarnados que le estamos haciendo, todos galoneados de plata y cortados en forma que llaman de española antigua.

—Me temo mucho—dijo Amaranta, riendo—que don Pedro y otros tan extravagantes y locos como él pongan en ridículo a las Cortes y procuradores, pues hay personas que convierten en mojiganga todo aquello en que ponen la mano.

—Ya principia a venir gente. Aquí está Quintana. También vienen Beña y don Pablo de Xérica.

Quintana saludó a mis dos amigas. Yo le había visto y oído hablar en Madrid en las tertulias de las librerías, pero sin tener hasta entonces el placer de tratar a poeta tan insigne. Su fama entonces era grande, y entre los patriotas exaltados gozaba de gran popularidad, conquistada por sus artículos políticos y proclamas patrióticas. Era de fisonomía dura y basta, moreno, con vivos ojos y gruesos labios, signo claro esto, así como su frente lobulosa, de la viril energía de su espíritu. Reía poco, y en sus ademanes y tono, lo mismo que en sus escritos, dominaba la severidad. Tal vez esa severidad, más que propia, fuera atribuida y supuesta por los que conocían sus obras, pues en aquella época ya habían salido a luz las principales odas, las tragedias y algunas de las *Vidas*. Píndaro, Tirteo y Plutarco a la vez; estaba orgulloso de su papel, y este orgullo se le conocía en el trato.

Quintana era entusiasta de la causa española y liberal ardiente, con vislum-

bres de filósofo francés o ginebrino. Más beneficios recibió de su valiente pluma la causa liberal que de la espada de otros; y si la defensa de ciertas ideas, que él enaltecía con todas las galas del estilo y todos los recursos de un talento superior y valiente cual ninguno; si la defensa de ciertas ideas, repito, no hubiera corrido después por cuenta de otras manos y de gárrulas plumas, diferente sería hoy la suerte de España.

Más simpático en el trato que Quintana, por carecer de aquella grandilocua y solemne severidad, era don Francisco Martínez de la Rosa, recién llegado entonces de Londres, y que no era célebre todavía mas que por su comedia *Lo que puede un empleo*, obra muy elogiada en aquellos tiempos inocentes. Las gracias, la finura, la encantadora cortesía, la amabilidad, el talento social sin afectación, amaneramiento ni empalago, nadie lo tenía entonces, ni lo tuvo después, como Martínez de la Rosa. Pero hablo aquí de una persona a quien todos han conocido, y a quien vida tan larga no imprimió gran mudanza en genio y figura. Lo mismo que le vieron ustedes hacia 1857, salvo el detrimento de los años, era Martínez de la Rosa cuando joven. Si en sus ideas había alguna diferencia, no así en su carácter, que fué en la forma festivamente atable hasta la vejez, y en el fondo grave, entero y formal desde la juventud.

No sé por qué me he ocupado aquí de este eminente hombre, pues la verdad es que no concurrió aquella noche a la tertulia de doña Flora, que estoy con mucho gusto describiendo. Fueron, sí, como he dicho, Xérica y Beña, poetas menores de que me acuerdo poco, sin duda porque su fama problemática y la mediocridad de su mérito hicieron que no fijase mucho en ellos la atención. De quien me acuerdo es de Arriaza, y no porque me fuera muy simpático, pues la índole adanada y aduladora de sus versos serios y la mordacidad de sus sátiras me hacían poca gracia, sino porque siempre le vi en todas partes: en tertulias, cafés, librerías y reuniones de diversas clases. Este llegó más tarde a la tertulia.

Después de los que he mencionado, vimos aparecer a un hombre como de unos cincuenta años, flaco, alto, des-

garbado y tieso. Tenía, como Don Quijote, los bigotes negros, largos y caídos; los brazos y piernas, como palitroques; el cuerpo, enjutísimo; el color, moreno; el pelo, entrecano; aguilena la nariz; los ojos, ya dulces, ya fieros, según a quien miraba, y los ademanes, un tanto embarazados y torpes. Pero lo más singular de aquel singularísimo hombre era su vestido, a la manera de los de carnaval, consistente en pantalones a la turquesa, atados a la rodilla; jubón amarillo y capa corta encarnada o herre-ruelo; calzas negras, sombrero de plumas como el de los alguaciles de la plaza de toros, y en el cinto, un tremendo chafarote, que iba golpeando en el suelo, y hacía, con el ruido de las pisadas, un compás triple, cual si el personaje anduviese con tres pies.

Parecerá a algunos que es invención mía esto del figurón que pongo a los ojos de mis lectores; pero abran la Historia, y hallarán más al vivo que yo lo hago pintadas las hazañas de un personaje a quien llamo don Pedro, para no ridiculizar, como él lo hizo, un título ilustre que después han llevado personas muy cuerdas. Sí; vestido estaba como le he pintado, y no fué él solo quien dió por aquel tiempo en la manía de vestir y calzar a la antigua, que otro marqués, jerezano por cierto, y el célebre Jiménez Guazo, y un escocés llamado lord Downie, hicieron lo mismo; pero yo, por no aburrir a mis lectores, presentándoles uno tras otro a estos tipos tan característicos como extraños, he hecho con las personas lo que hacen los partidos; es decir, una fusión, y me he permitido recoger las extravagancias de los tres y engalanar con tales atributos a uno solo de ellos, el más gracioso sin disputa, al más célebre de todos.

Al punto que entró don Pedro oyéronse estrepitosas risas en la sala; pero doña Flora salió al punto a la defensa de su amigo, diciendo:

—No hay que criticarle, pues hace muy bien en vestirse a la antigua. Y si todos los españoles, como él dice, hicieran lo mismo, con la costumbre de vestir a la antigua vendría el pensar a la antigua, y con el pensar, el obrar, que es lo que hace falta.

Don Pedro hizo profundas reverencias y se sentó junto a las damas, antes sa-

tisfecho que corrido por el recibimiento que le habían hecho.

—No me importan burlas de gente afrancesada—dijo, mirando de soslayo a los que le contemplábamos—, ni de filososillos irreligiosos, ni de ateos, ni de francmasones, ni de *democratistas*, enemigos encubiertos de la religión y del rey. Cada uno se viste como gusta; y si yo prefiero este traje a los franceses que venimos usando hace tiempo, y ciño esta espada, que fué la que llevó Francisco Pizarro al Perú, es porque quiero ser español por los cuatro costados y ataviar mi persona según la usanza española en todo el mundo, antes que vinieran los franchutes con sus corbatas, chupetines, pelucas, polvos, casacas de cola de abadejo y demás porquerías, que quitan al hombre su natural fiereza. Ya pueden los que me escuchan reírse del traje cuanto quieran, si bien no lo harán de la persona, porque saben que no lo tolero.

—Está muy bien—dijo Amaranta—. Está muy bien ese traje, y sólo las personas de mal gusto pueden criticarlo. Señores, ¿cómo quieren ustedes ser buenos españoles sin vestir a la antigua?

—Pero, señor marqués—(don Pedro era marqués, aunque me callo su título) dijo Quintana con benevolencia—, ¿por qué un hombre formal y honrado como usted se ha de vestir de esta manera para divertir a los chicos de la calle? ¿Ha de tener el patriotismo por funda un jubón, y no ha de poder guarecerse en una chupa?

—Las modas francesas han corrompido las costumbres—repuso don Pedro, atusándose los bigotes—, y con las modas, es decir, con las pelucas y los colores, han venido la falsedad del trato, la deshonestidad, la irreligión, el descaro de la juventud, la falta de respeto a los mayores, el mucho jurar y votar, el descoco e impudor, el atrevimiento, el robo, la mentira, y con estos males, los no menos graves de la filosofía, el ateísmo, el democratismo y eso de la soberanía de la nación que ahora han sacado para colmo de la fiesta.

—Pues bien—repuso Quintana—: si todos esos males han venido con las pelucas y los polvos, ¿usted cree que los va a echar de aquí vistiéndose de amarillo? Los males se quedarán en ca-

sa, y el señor marqués hará reír a las gentes.

—Señor don Manolo, si todos fueran como usted, que se empeña en combatir a los franceses imitándolos en usos y costumbres, lucidos estábamos.

—Si las costumbres se han modificado, ellas sabrán por qué lo han hecho. Se lucha y se puede luchar contra un ejército, por grande que sea; pero contra las costumbres, hijas del tiempo, no es posible alzar las manos, y me dejo cortar las dos que tengo si hay cuatro personas que le imiten a usted.

—¿Cuatro?—dijo con orgullo don Pedro—. Cuatrocientas están ya afiliadas en la *Cruzada del Obispado de Cádiz*, y aunque todavía no hay uniformes para todos, ya cuento con cincuenta o sesenta, gracias al celo de respetables damas, algunas de las cuales me oye. Y no vestimos así, señores míos, para andar charlando en los cafés y metiendo bulla por las calles, ni imprimiendo papeles que aumenten la desvergüenza e irrespetuosidad del pueblo hacia lo más sagrado, ni para convocar Cortes ni cortijos, ni para echar sermones a lo dómine Lucas, sino para salir por esos campos hendiendo cabezas de filósofos y acuchillando enemigos de la Iglesia y del rey. Ríanse del traje en buen hora, que en cuanto sean despachados los mosquitos que zumban más allá del caño de Sancti-Petri, volveremos acá y haremos que los redactores del *Semanario patriótico* se vistan de papel impreso, que es la moda francesa que más les cuadra.

Dicho esto, don Pedro celebró mucho con risas su propio chiste, y luego tomó Beña la palabra para sostener la conveniencia de vestir a la antigua. ¿Verdad que era graciosa la manía? Para que no se dude de mi veracidad, quiero trasladar aquí un párrafo del *Conciso* que conservo en la memoria:

«Otro de los medios indirectos—decía—, pero muy poderoso, para renovar el entusiasmo, sería volver a usar el antiguo traje español. No es decible lo que esto podría influir en la felicidad de la nación. ¡Oh padres de la patria, diputados del augusto Congreso! A vosotros dirijo mi humilde voz; vosotros podéis renovar los días de nuestra antigua prosperidad: vestíos con el traje

de vuestros padres, y la nación entera seguira vuestro ejemplo.»

Esto lo escribía poco después aquel mismo señor Beña, poeta de circunstancias, a quien yo vi en casa de doña Flora. ¡Y recomendaba a los padres de la patria que imitasen en su atavío al gran don Pedro, pasmo de los chicos y alboroto de paseantes! ¡Qué bonitos habrían estado Argüelles, Muñoz Torrero, García Herreros, Ruiz Padrón, Inganzo, Mejía, Gallego, Quintana, Toreno y demás insignes varones vestidos de arlequines!

Y aquel Beña era liberal y pasaba por cuerdo; verdad es que los liberales, como los absolutistas, han tenido aquí, desde el principio de su aparición en el mundo, ocurrencias graciosísimas.

Quintana preguntó a don Pedro si la *Cruzada del Obispado de Cádiz* pensaba presentarse a las futuras Cortes en aquel talante el día de la apertura.

—Yo no quiero nada con Cortes—repuso—. Pero ¿usted es de los bolos que creen habrá tal novedad? La Regencia está decidida a echar la tropa a la calle para hacer polvo a los vocingleros que ahora no pueden pasarse sin Cortes. ¡Angelitos! Déseles la novedad de este juguete para que se diviertan.

—La Regencia—repuso el poeta—hará lo que le manden. Callará y aguantará. Aunque carezco de la perspicacia que distingue al señor don Pedro, me parece que la nación es algo más que el señor obispo de Orense.

—Verdaderamente, señor don Manuel—dijo Amaranta—, eso de la soberanía de la nación que han inventado ahora..., anoche estaban explicándolo en casa de la Morlá, y por cierto que nadie lo entendía; eso de la soberanía de la nación, si se llega a establecer, va a traernos aquí otra revolución como la francesa, con su guillotina y sus atrocidades. ¿No lo cree usted?

—No, señora; no creo ni puedo creer tal cosa.

—Que pongan lo que quieran, con tal que sea nuevo—dijo doña Flora—. ¿No es verdad, señor Xérica?

—Justo, y afuera religión, afuera rey, afuera todo—vociferó don Pedro.

—Denme trescientos años de soberanía de la nación—dijo Quintana—, y veremos si se cometen tantos excesos.

arbitrariedades y desafueros como en trescientos años que no la ha habido. ¿Habrá revolución que contenga tantas iniquidades e injusticias como el solo período de la privanza de don Manuel Godoy?

—Nada, nada, señores—manifestó don Pedro con ironía—. Si ahora vamos a estar muy bien; si vamos a ver aquí el siglo de oro; si no va a haber injusticias, ni crímenes, ni boracheras, ni miserias, ni cosa mala alguna, pues para que nada nos falte, en vez de padres de la Iglesia tenemos periodistas; en vez de santos, filósofos; en vez de teólogos, ateos.

—Justamente: el señor de Cengosto tiene razón—replicó Quintana—. La maldad no ha existido en el mundo hasta que no la hemos traído nosotros con nuestros endiablados libros... Pero todo se va a remediar con vestirnós de mojiganga.

—Pero, en último resultado—preguntó la condesa—, ¿hay Cortes o no?

—Sí, señora; las habrá.

—Los españoles no sirven para eso.

—Eso no lo hemos probado.

—¡Ay! ¡Qué ilusiones allenta usted, señor don Manuel! Verá usted qué escenas tan graciosas habrá en las sesiones..., y digo graciosas por no decir terribles y escandalosas.

—El terror y el escándalo no nos son desconocidos, señora, ni los traerán por primera vez las Cortes a esta tierra de la paz y de la religiosidad. La conspiración de El Escorial, los tumultos de Aranjuez, las vergonzosas escenas de Bayona, la abdicación de los reyes padres, las torpezas de Godoy, las repugnantes immoralidades de la última Corte, los tratos con Bonaparte, los convenios indignos que han permitido la invasión; todo esto, señora amiga mía, que es el colmo del horror y del escándalo, ¿lo han traído por ventura las Cortes?

—Pero el rey gobierna, y las Cortes, según el uso antiguo, votan y callan.

—Nosotros hemos caído en la cuenta de que el rey existe para la nación, y no la nación para el rey.

—Eso es—dijo don Pedro—; el rey para la nación, y la nación para los filósofos.

—Si las Cortes no salen adelante—añadió Quintana—, lo deberán a la perfidia

y mala fe de sus enemigos y a las necedades de sus amigos, pues estas majaderías de vestir a la antigua y convertir en sainete las más respetables cosas, es vicio muy común en los españoles de uno y otro partido. Ya hay quien dice que los diputados deben vestirse como los alguaciles en día de pregón de Bula, y no falta quien sostiene que todo cuanto se hable, proponga y discuta en la Asamblea debe decirse en verso.

—Pues, en verdad, sería precioso—afirmó doña Flora.

—En efecto—dijo Amaranta—; y como se reúnen en un teatro, la ilusión resultará perfecta. Prometo asistir a la inauguración.

—Y no faltaré, señor de Quintana. Usted me proporcionará un palco o un par de lunetas. ¿Y se paga, se paga?

—No, amiga mía—dijo Amaranta, burlándose—. La nación enseña y pone al público gratis sus locuras.

—Usted—le dijo Quintana, sonriendo—será de nuestro partido.

—¡Ay, no, amigo mío!—repuso la dama—. Prefiero afiliarme a la *Cruzada del Obispado*. Me espantan los revolucionarios desde que he leído lo que pasó en Francia. ¡Ay señor Quintana! ¡Qué lástima que usted se haya hecho filósofo y político. ¿Por qué no hace siempre versos?

—No están los tiempos para versos. Sin embargo, ya usted ve cómo los hacen mis amigos. Arriaza, Beña, Xérica, Sánchez Barbero, no dejan descansar a las prensas de Cádiz.

Beña y Xérica se habían apartado del grupo.

—¡Ay amigo mío!, que no oiga yo aquello de

¡Oh!, *Vellintón*, nombre amable;
grande alumno del dios Marte.

Es horrible la poesía de estos tiempos, porque los cisnes callan, entristecidos por el luto de la patria, y de su silencio se aprovechan los grajos para chillar. ¿Y dónde me deja usted aquello de

Resuene el tambor
veloces marcharemos...?

—Arriaza—indicó Quintana—ha hecho últimamente una sátira preciosa. Esta noche la leerá aquí.

—Nombren al ruin:..—dijo Amaranta, viendo aparecer en el salón al poeta de los chistes.

—Arriaza, Arriaza—exclamaron diferentes voces, salidas de distintos lados de la estancia—. A ver: léanos usted la oda *A Pepillo*.

—Atención, señores.

—Es de lo más gracioso que se na escrito en lengua castellana.

—Si el gran Botella la leñera, de puro avergonzado se volvería a Francia.

Arriaza, hombre de cierta fatuidad, se gallardeaba con la ovación hecha a los productos de su numen. Como su fuerte eran los versos de circunstancias y su popularidad por esta clase de trabajos extraordinarios, no se hizo de rogar, y sacando un largo papel, y poniéndose en medio de la sala, leyó con muchísima gracia aquellos versos célebres que ustedes conocerán, y cuyo principio es de este modo:

«Al inclito señor Pepe, rey (en deseo) de las Españas y (en visión) de sus Indias.

Salud, gran Rey de la rebelde gente;
salud, salud, Pepillo, diligente
protector del cultivo de las uvas
y catador experto de las cubas.»

A cada instante era el poeta interrumpido por los aplausos, las felicitaciones, las alabanzas, y vieraís allí cómo por arte mágico habíanse confundido todas las opiniones en el unánime sentimiento de desprecio y burla hacia nuestro rey pegadizo. Por instantes, hasta el gran don Pedro y don Manuel José Quintana parecieron conformes.

La composición de *Pepillo* corrió manuscrita por todo Cádiz. Después la refundió su autor, y fué publicada en 1812.

Dividióse después la tertulia. Los políticos se agruparon a un lado, y el atractivo de las mesas de juego llevó a la sala contigua a una buena porción de los concurrentes. Amaranta y la condesa permanecieron allí, y don Pedro, como hombre galante, no las dejaba de la mano.

VI

—Gabriel—me dijo Amaranta—, es preciso que te decidas a trocar tu uniforme a la francesa por este español

que lleva nuestro amigo. Además, la orden de la *Cruzada* tiene la ventaja de que cada cual se encaja encima el grado que más le acomoda, como, por ejemplo, don Pedro, que se ha puesto la faja de capitán general.

En efecto, don Pedro no se había andado con chiquitas para subirse por sus propios pasos al último escalón de la milicia.

—Es el caso—dijo, sin modestia, el héroe—que necesita uno condecorarse a sí propio, puesto que nadie se toma el trabajo de hacerlo. En cuanto a la entrada de este caballerito en la Orden, venga en buen hora; pero sepa que los nuestros hacen vida ascética, durmiendo en una tarima y teniendo por almohada una buena piedra. De este modo se fortalece el hombre para las fatigas de la guerra.

—Me parece muy bien—afirmó Amaranta—; y si a esto añaden una comida sobria, como, por ejemplo, dos raciones de obleas al día, serán los mejores soldados de la tierra. Animo, pues, Gabriel y hazte caballero del Obispado de Cádiz.

—De buena gana lo haría, señores, si me encontrara con fuerzas para cumplir las leyes de un instituto tan riguroso. Para esa *Cruzada del Obispado* se necesitan hombres virtuosísimos y llenos de fe.

—Ha hablado perfectamente—repuso con solemne acento don Pedro.

—Disculpas, hijo—añadió Amaranta con malicia—. La verdadera causa de la resistencia de este mozuelo a ingresar en la Orden gloriosa es no sólo la holgazanería, sino también que las distracciones de un amor tan violento como bien correspondido le tienen embebecido y trastornado. No se permiten enamorados en la Orden, ¿verdad, señor don Pedro?

—Según y conforme—respondió el grave personaje, tomándose la barba con dos dedos y mirando al techo—. Según y conforme. Si los catecúmenos están dominados por un amor respetuoso y circunspecto hacia persona de peso y formalidad, lejos de ser rechazados, con más gusto son admitidos.

—Pues el amor de éste no tiene nada de respetuoso—dijo Amaranta, mirando con picaresca atención a doña Flora—. Mi amiga, que me está oyendo,

es testigo de la impetuosidad y desconsideración de este violento joven.

Don Pedro fijó sus ojos en doña Flora.

—Por Dios, querida condesa—dijo ésta—. Usted, con sus imprudencias, es la que ha echado a perder a este muchacho, enseñándole cosas que aún no está en edad de saber. Por mi parte, la conciencia no me acusa palabra ni acción que haya dado motivo a que un joven apasionado se extralimitase. La juventud, señor don Pedro, tiene arrebatos; pero son disculpables, porque la juventud...

—En una palabra, amiga mía—dijo Amaranta, dirigiéndose a doña Flora—. Ante una persona tan de confianza como el señor don Pedro, puede usted dejar a un lado el disimulo, confesando que las ternuras y patéticas declaraciones de este joven no le causan desagrado.

—Jesús, amiga mía—exclamó, mudando de color, la dueña de la casa—, ¿qué está usted diciendo?

—La verdad. ¿A qué andar con tapujos? ¿No es verdad, señor de Congosto, que hago bien en poner las cosas en su verdadero lugar? Si nuestra amiga siente una amorosa inclinación hacia alguien, ¿por qué ocultarlo? ¿Es acaso algún delito? ¿Es acaso un crimen que dos personas se amen? Yo tengo derecho a permitirme estas libertades, por la amistad que les tengo a los dos, y porque ha tiempo que les vengo aconsejando se decidan a dejar a un lado misterios, secreticos y trampantojos, que a nada conducen, si, señor, y que por lo general suelen redundar en desdoro de la persona. En cuanto a mi amiga, haré la he exhortado, condenando su insistente celibato, y se me figura que al fin mis prédicas no serán inútiles. No lo niegue usted. Su voluntad está vacilante y en el punto de si caigo o no caigo; de modo que si una persona tan respetable como el señor don Pedro uniera sus amonestaciones a las mías...

Don Pedro estaba verde, amarillo, jaspeado. Yo, sin decir nada, procuraba, al mismo tiempo que contenía la risa, corroborar con mis actitudes y miradas lo que la condesa decía. Doña Flora, confundida entre la turbación y la ira, miraba a Amaranta y al esperpento; y como viera a éste con el color mudado

y los ojos chispeantes de enojo, turbóse más y dijo:

—¿Qué bromas tiene la condesa, señor don Pedro! ¿Quiere usted tomar un dulcecito?

—Señora—repuso con iracunda voz el estafermo—, los hombres como yo se endulzan con acibar la lengua y el corazón con desengaños.

Doña Flora quiso reír, pero no pudo.

—Con desengaños, si, señora—añadió don Pedro—; y con agravios recibidos de quien menos debían esperarse. Cada uno es dueño de dirigir sus impulsos amorosos al punto que más le conviene. En edad temprana los dirigí yo a una ingrata persona, que al fin...; mas no quiero afean su conducta ni pregonar su deslealtad, y guardaréme para mí solo las penas como me guardé las alegrías. Y no se diga, para disculpar esta ingratitud, que yo falté una sola vez, en veinticinco años, al respeto, a la circunspección, a la severidad que la cultura y recato de entrambos me imponía, pues ni palabra incitativa pronunciaron mis labios, ni gesto indecoroso hicieron mis manos, ni idea impúdica turbó la pureza de mi pensamiento, ni nombré la palabra matrimonio, a la cual se asocian imágenes contrarias al pudor, ni miré de mal modo, ni fijé los ojos en partes que la moda francesa tenía mal cubiertas, ni hice nada, en suma, que pudiera ofender, rebajar o menoscabar el santo objeto de mi culto. Pero, ¡ay!, en estos tiempos corrompidos no hay flor que no se aje, ni pureza que no se manche, ni resplandor que no se oscurezca con alguna nubecilla. Está dicho todo, y con esto, señoras, pido a ustedes licencia para retirarme.

Levantábase para partir, cuando doña Flora le detuvo, diciendo:

—¿Qué es eso, señor don Pedro? ¿Qué arrebató le ha dado? ¿Hace usted caso de las bromas de Amaranta? Es una calumnia, si, señor; una calumnia.

—Pero ¿qué es esto?—dijo Amaranta, fingiendo la mayor estupefacción—. ¿Mis palabras han podido causar el disgusto del señor don Pedro? ¡Jesús, ahora caigo en que he cometido una gran imprudencia! Dios mío, ¿qué daño he causado! Señor don Pedro, yo no sabía nada, yo ignoraba... Desunir por una palabra indiscreta dos voluntades... Este mozalbete tiene la culpa. Ahora recuer-

do que mi amiga le está recomendando siempre que le imite a usted en las formas respetuosas para manifestar su amor.

—Y le reprendo sus atrevimientos... —dijo doña Flora.

—Y le tira de las orejas cuando se extralimita de palabra u obra, y le pellizca en el brazo cuando salen juntos a paseo.

—Señoras, perdonenme ustedes—dijo don Pedro—; pero me retiro.

—¿Tan pronto?

—Amaranta, con sus majaderías, le ha amoscado a usted.

—Tengo que ir a casa de la señora condesa de Rumblar.

—Eso es un desaire, señor don Pedro. ¡Dejar mi casa por la de otra!

—La condesa es una persona respetabilísima, que tiene alta idea del decoro.

—Pero no hace vestidos para los *cruzados*.

—La de Rumblar tiene el buen gusto de no admitir en su casa a los políticos y diaristas que infestan a Cádiz.

—Ya.

—Allí no se juega tampoco. Allí no van Quintana, el fatuo; ni Martínez de la Rosa, el pedante; ni Gallego, el clérigo; ni Gallardo, el demonio filosófico; ni Arriaza, el relamido; ni Capmany, el loco; ni Argüelles, el jacobino, sino multitud de personas deferentes con la religión y con el rey.

Y dicho esto, el estafermo hizo una reverencia que medio le descoyuntó, marchándose con paso reposado y ademán orgulloso.

—Amiga mía—dijo doña Flora—, ¡qué imprudente es usted! ¿No es verdad, Gabriel, que ha sido muy imprudente?

—¡Ya lo creo! ¡Contarlo todo en sus propias barbas!

—Yo temblaba por ti, niño, temiendo que te ensartara con el chafarote.

—La condesa nos ha comprometido —afirmé con afectado enojo.

—Es un diablillo.

—Amiga mía—dijo Amaranta—, lo hice con la mayor inocencia. Después de lo que he descubierto, me pongo de parte del desairado don Pedro. La verdad, señora doña Flora, es una gran picardía lo que ha hecho usted. Trocarle, después de veinticinco años, por este mozuelo sin respetabilidad...

—Calle usted, calle usted, picaruela —repuso la dueña—. Por mi parte, ni a uno ni a otro. Si usted no hubiera incitado a este joven con sus provocaciones...

—De aquí en adelante—dije yo—seré respetuoso, comedido y circunspecto, como don Pedro.

Doña Flora me ofreció un dulce; pero vióse obligada a poner punto en la cuestión, porque otras damas que, como ella, pertenecían a la clase de plazas desmanteladas y con artillería antigua, intervinieron inoportunamente en nuestro diálogo.

He referido la anterior burlesca escena, que parece insignificante, sólo digna de momentánea atención, porque, con ser pura broma, influyó mucho en acontecimientos que luego contaré, proporcionándome sinsabores y contrariedades. De este modo los más frívolos sucesos, que no parecen tener fuerza bastante para alterar con su débil paso la serenidad de la vida, la conmueven hondamente de súbito y cuando menos se espera.

VII

Poco después entró en la sala el memorable don Diego, conde de Rumblar y de Peña Horadada, y con gran sorpresa mía, ni saludó a la condesa ni ésta tuvo a bien dirigirle mirada alguna. Reconociéndome al punto, llegóse a mí, y con la mayor afabilidad me saludó y felicitó por mi rápido adelantamiento en la carrera de las armas, de que ya tenía noticias. No nos habíamos visto desde mi aventura famosa en el palacio de El Pardo. Yo le encontré bastante desfigurado, sin duda por recientes enfermedades y molestias.

—Aquí serás mi amigo, lo mismo que en Madrid—me dijo, entrando juntos en la sala de juego—. Si estás en la Isla, te visitaré. Quiero que vengas a las tertulias de mi casa. Dime: cuando vienes a Cádiz, ¿paras en casa de la condesa?

—Suelo venir aquí.

—¿Sabes que mi parienta aprecia la lealtad de los que fueron sus pajes?... Ya sabrás que de ésta me caso.

—La condesa me lo ha dicho.

—La condesa ya no priva. Hay divorcio absoluto entre ella y los demás de

la familia... ¡Oh!, ahora me acuerdo de cuando te encontramos en El Pardo... Le preguntaron a Amaranta que qué hacías allí, y no supo contestar. Lo que hacías, tú lo podrías decir... ¿Juegas o no?

—Jugaremos.

—Aquí al menos se respira, chico. Vengo huyendo de las tertulias de mi casa, que más que tertulias son un conclave de clérigos, frailucos y enemigos de la libertad. Allí no se va más que a hablar mal de los periodistas y de los que quieren Constitución. No se juega, Gabriel, ni se baila, ni se refresca, ni se hablan más que sosadas y boberías... De todos modos, es preciso que vengas a mi casa. Mis hermanas me han dicho que quieren conocerte; sí, me lo han dicho. Las pobres están muy aburridas. ¡Si no fuese porque lord Gray distrae un poco a las tres muchachas!... ¿Vendrás a casa? Pero cuidado con echártelas de liberal y de jacobino. No abras la boca sino para decir mil pestes de las futuras Cortes, de la libertad de la imprenta, de la Revolución francesa, y ten cuidado de hacer una reverencia cuando se nombre al rey, y de decir algo en latín, al modo de conjuro, siempre que citen a Bonaparte, a Robespierre o a otro monstruo cualquiera. Si así no lo haces, mi mamá te echará al punto a la calle y mis hermanas no podrán rogarte que vuelvas.

—Muy bien; tendré cuidado de cumplir el programa. ¿En dónde nos veremos?

—Yo iré a la Isla o nos veremos aquí, aunque, la verdad... Tal vez no vuelva. Mi mamá me tiene prohibido poner los pies en esta casa. Vete a la mía y pregunta por tu amigo don Diego, el que ganó la batalla de Bailén. Yo le he hecho creer a mi mamá que entre tú y yo ganamos aquella célebre acción de guerra.

—¿Y Santorcaz?

—En Madrid sigue de comisario de Policía. Nadie le puede ver; pero él se ríe de todos y cumple con su obligación. Conque juguemos. Voy al caballo.

El juego, antes frío y mal sostenido por personas sin entusiasmo, se animó con la presencia de Amaranta, que fué a poner su dinero en la balanza de la suerte. Para que todo marchase a pedir de boca, llegó en aquel crítico pun-

to lord Gray, de quien dije había desaparecido al comienzo de la tertulia. Como de costumbre, el espléndido inglés reclamó para sí las preeminencias de banquero, y tallando él con serenidad, apuntando nosotros con zozobra y emoción, le desvalijamos a toda prisa. Sobre todo, Amaranta y yo tuvimos una suerte loca. Doña Flora, por el contrario, veía mermados con rapidez sus exiguos capitales y don Diego se mantuvo en tablas con vaivenes de desgracia y fortuna.

Indiferente a su ruina, el inglés más sacaba cuanto más perdía, todo lo que de sus bolsillos se trasegó al montón venía después al montón a visitar los míos, que se asombraban de una abundancia jamás por ellos conocida. La función no concluyó sino cuando lord Gray no dió más de sí, acabándose la tertulia. Los políticos, sin embargo, continuaban disputando en la sala vecina, aun después de retirada la última moneda.

Cuando salimos para continuar el monte en casa de lord Gray, don Diego me dijo:

—Mi mamá cree a estas horas que duermo como un talego. En casa nos retiramos a las diez. Mi mamá, después de cenar, nos echa la bendición, rezamos varias oraciones y nos manda a la cama. Yo me retiro a la alcoba, fingiendo tener mucho sueño; apago la luz, y cuando todo está en silencio, escápome bonitamente a la calle. Muy de madrugada vuelvo, abro mis puertas con llaves a propósito y me meto en el lecho. Sólo mis hermanitas están en el secreto y favorecen la evasión.

Lord Gray nos obsequió en su casa con una espléndida cena; sacamos luego el libro de las cuarenta hojas, y con sus textos pasamos febrilmente entretenidos la noche. Don Diego en tabla, el inglés perdiendo las entrañas y yo ganando, hasta que, cansados los tres y siempre invariable y terca la fortuna, dimos por terminada la partida. ¡Oh!, en los gloriosos años de 1810, 1811 y 1812 se jugaba mucho, pero mucho.

Desde aquella noche no pude volver a Cádiz hasta la tarde del 28 de mayo, formando parte de las fuerzas que se enviaron para hacer honores a la Regencia, que al día siguiente debía instalarse en el Palacio de la Aduana.

Esta ceremonia de la instalación fué muy divertida y animada, tanto el día 29 como el 30, por ser en éste los de nuestro señor rey don Fernando VII. Cuando estábamos en la Aduana haciendo guardia de honor a la Regencia, reunida dentro en sesión solemne, oímos decir que en aquel mismo día se presentarían en Cádiz al pie de cien cocareros a la antigua que querían ofrecer sus respetos al Poder central. Al punto que tal oí acordéme del insigne don Pedro, y no dudé que él fuese autor de la diversión que se nos preparaba.

Las doce serían cuando una gran turba de chicos, desembocando por las calles de Pedro Conde y de la Manzana, anunció que algo muy extraordinario y divertido se aproximaba; y en efecto, tras el infantil escuadrón, que de mil diversos modos y con variedad de chillidos manifestaba su regocijo, vieraís allí aparecer una falange de cien de a caballo, vestidos con el mismo traje amarillo y rojo que yo había visto en las secas carnes del gran don Pedro. Este venía delante con faja de capitán general sobre el arlequinado traje, y tan estirado, satisfecho y orgulloso, que no se cambiara por Godogredo de Buuillón entrando triunfante en Jerusalén. Ni el ni los demás llevaban corazas, pero sí cruces en el pecho; y en cuanto a armas, cuál llevaba sable, cuál espadín de etiqueta. Como diversión de Carnestolendas, aquello podía tolerarse; pero como *Cruzada del Obispado de Cádiz* para acabar con los franceses, era de lo más grotesco que en los anales de la Historia se puede en ningún tiempo encontrar.

La multitud los vitoreaba, por la sencilla razón de que se divertía; ellos, con los aplausos, se creían no menos dignos de admiración que las huestes de César o Aníbal; y por fortuna nuestra, desde el Puerto de Santa María, donde estaban los franceses, no podía verse ni con telescopio semejante fiesta, que si la vieran, de buena gana habrían hecho más ruido las risas que los cañones.

Llegaron a la Aduana; pidió permiso el que los mandaba para entrar a saludar a la Regencia; se lo negamos, creyendo que los de la Junta no habrían perdido el juicio; insistió don Pedro, golpeando el suelo con el sable y pro-

firiendo amenazas y bravatas; entramos a notificar a los señores qué clase de estantiguas querían colarse en el palacio del Gobierno, y éste, por fin, consintió en ser felicitado por los caballeros a la antigua, temiendo despopularizarse si no lo hacía. ¡Debilidad propia de autoridades españolas!

Entró, pues, Congosto, seguido de cinco de los suyos, escogidos entre los más granados; atravesó el salón de corte, y al encararse con los de la Regencia, hizo una profunda cortesía; irguióse después paseo su orgullosa vista de un confín a otro de la sala, metió la mano en el bolsillo de los gregüescos, y con gran sorpresa de todos los que le veíamos, sacó unos anteojos de gruesa armadura, que se caló sobre la mártilluda nariz. Tal facha, y vestido con anteojos, era de lo más ridículo que puede imaginarse. Los de la Regencia fluctuaban entre el enojo y la risa, y los extraños que presenciaban aquello no disimulaban su contento por disfrutar de escena tan chusca.

Luego que se ensartó los espejuelos y los acomodó bien, enganchados en las orejas, apoyados en la nariz, metió la otra mano en el otro bolsillo y sacó un papel; pero ¡qué papel! Lo menos tenía una vara. Todos creímos que sería un discurso; pero no, señores; eran unos versos. Entonces, para hablar al público, o al rey, o a las autoridades, privaban los malos versos sobre la mala prosa. Dedobló, pues, el luengo papel, tosió limpiando el gaznate, se atusó los largos bigotes, y con voz cavernosa y retumbante dió principio a la lectura de una sarta de endecasílabos cojos, mancos y lisiados, tan rematadamente malos como obra que eran del mismo personaje que los leía. Siento no poder dar a mis amigos una muestra de aquella literatura, porque ni se imprimieron ni puedo recordarlos; pero si no la forma, tengo presente el sentido, que se reducía a encomiar la necesidad de que todo el mundo se vistiera a la antigua, único modo de resucitar el ya muerto y enterrado heroísmo de los antiguos tiempos.

Durante la lectura había sacado don Pedro la espada, y todas las frases fuertes las acompañaba de tajos, mandobles y cuchilladas en el aire, volteando el arma por encima de su cabeza, lo cual

remató el grotesco papel que hacía. Luego que acabara de leer los malhadados versos, guardó el cartapacio, descolgó de la nariz los anteojos, y envainando la espada, hizo otra profunda reverencia y salió del salón seguido de los suyos.

¡Señores, que es verdad lo que digo! Me ofenden esas muestras de incredulidad de los que me escuchan. Abrase la Historia, no las que andan en manos de todos, sino otras algo íntimas y que testigos presenciales dictaron. Pues qué, ¿se ha olvidado ya la condición saine-tesca y un tanto arlequinada de nuestros partidos políticos en el período de su incubación? Verdad purísima, santa verdad es lo que he referido, aunque parece inverosímil, y aún me callo otras cositas por no ofender el decoro nacional.

Después, la graciosa procesión recorrió las calles de Cádiz con grande alegría de todo el pueblo, que se regocijaba con tal motivo extraordinariamente, sin decidirse por eso a vestir a la antigua... ¡Tan claro era su sentido! Los balcones y miradores se poblaban de damas, y en la calle la multitud seguía a los cruzados. Sobre todo, los chicos tuvieron un día felicísimo. No faltó más, para que aquello se pareciese a la entrada de Don Quijote en Barcelona, sino que los muchachos aplicaran a ciertas partes del caballo que montaba don Pedro las célebres aliagas, y aun creo que algo de esto aconteció al fin del triunfal paseo y cuando se volvían a la Isla.

Después del acontecimiento referido, ciertos sucesos tristesísimos determinan un paréntesis no corto en esta parte de la historia de mi vida que voy refiriendo. El 1.º de julio sentíame enfermo y caí con la fiebre amarilla, cual otros tantos que en aquella temporada fueron víctimas del terrible tifus, con menos suerte que un servidor de ustedes, el cual escapó de las garras de la muerte, después de verse en estado tal, que vislumbraba los horizontes del otro mundo.

Mi mal—ya me había atacado en la niñez con distinto carácter—no fué muy largo. Yo estaba en la Isla. Asistíeron-me mis amigos cariñosamente; visitábame lord Gray todos los días, y Amaranta y doña Flora hicieron largas guardias y vigiliás en la cabecera de mi lecho. Cuando me vieron fuera de peligro, las dos lloraban de alegría.

Durante la convalecencia, don Diego fué a visitarme, y me dijo:

—Mañana mismo vendrás a mi casa. Mis hermanas y mi novia me preguntan por ti todos los días. ¡Qué susto se han llevado!

—Iré mañana—le respondí.

Pero yo estaba muy lejos de esperar la orden militar e inapelable que por algún tiempo me desterrara de mi ciudad querida. Es el caso que don Mariano Renovales, aquel soldado atrevido que tan heroicas hazañas realizó en Zaragoza, fué destinado a mandar una expedición que debía salir de Cádiz para desembarcar en el Norte. Renovales era un hombre muy bravo; pero con esta bravura salvaje de nuestros grandes hombres de guerra: valor desnudo de conocimientos militares y de todos los demás talentos que enaltecen al buen general. Había publicado el guerrillero una proclama extravagantísima en cuya cabeza se veía un grabado representando a Pepe Botellas cayéndose de borracho y con un jarro de vino en la mano, y el estilo de tal documento correspondía a lo innoble y ridículo de la estampa. Sin embargo, por esto mismo le elogiaron mucho y le dieron un mando. ¡Achaques de España! Estos majaderos suelen hacer fortuna.

Pues, señor, como decía, dióse a Renovales un pequeño cuerpo de ejército, y en este cuerpo de ejército me incluyeron a mí, obligándome, así, enfermo todavía, a seguir al loco guerrillero en su más loca expedición. Obedecí, y embarquéme con él, despidiéndome de mis amigos. ¡Oh, qué aventura tan penosa, tan desairada, tan funesta, tan estéril! Fiar empresas delicadas a hombres ignorantes y populacheros que no tienen más cualidad que un valor ciego y frenético...

No quiero contar los repetidos desastres de la expedición. Sufrimos tempestades, aguantamos todo género de desdichas, y para colmo de desgracia, lejos de hacer cosa alguna de provecho, parte de las tropas desembarcadas en Asturias cayeron en poder de los franceses. Gracias dimos a Dios los pocos que, después de tres meses y medio de angustiosas penas, pudimos regresar a Cádiz, avergonzados por el infausto éxito de la aventura. Yo comparé a mis compañeros de entonces con los individuos de la *Cruzada* en la falta de sentido común.

Regresamos a Cádiz. Algunos fueron a recibirnos con júbilo, creyendo que volvíamos cubiertos de gloria, y en breves palabras contamos lo ocurrido. La gente entusiasta y patriotería no quería creer que el valiente Renovales fuera un majadero. Por desgracia, de esta clase de héroes tenemos muchos.

Luego que descansamos un poco, después de poner el pie en tierra, fuimos a presentarnos a las autoridades de la Isla. Era el 24 de septiembre.

VIII

Una gran novedad, una hermosa fiesta había aquel día en la Isla. Banderolas y gallardetes adornaban casas particulares y edificios públicos, y endominada la gente, de gala los marinos y la tropa, de gala la Naturaleza a causa de la hermosura de la mañana y esplendente claridad del sol, todo respiraba alegría. Por el camino de Cádiz a la Isla no cesaba el paso de diversa gente, en coche y a pie; y en la plaza de San Juan de Dios, los caleseros gritaban llamando viajeros:

—¡A las Cortes, a las Cortes!

Parecía aquello preliminar de función de toros. Las clases todas de la sociedad concurrían a la fiesta, y los antiguos baúles de la casa del rico y del pobre habíanse quedado casi vacíos. Vestía el poderoso comerciante su mejor paño; la elegante dama, su mejor seda, y los muchachos artesanos, lo mismo que los hombres del pueblo, ataviados con sus pintorescos trajes, salpicaban de vivos colores la masa de la multitud. Movíanse en el aire los abanicos, reflejando en mil rápidos matices la luz del sol, y los millones de lentejuelas irradiaban sus esplendores sobre el negro terciopelo. En los rostros había tanta alegría, que la muchedumbre toda era una sonrisa, y no hacía falta que unos a otros se preguntasen adónde iban, porque un zumbido perenne decía sin cesar: «¡A las Cortes, a las Cortes!»

Las calesas partían a cada instante. Los pobres iban a pie, con sus meriendas a la espalda y la guitarra pendiente del hombro. Los chicos de las plazuelas de la Caleta y la Viña no querían que la ceremonia estuviese privada del

honor de su asistencia, y, arreglándose sus andrajos, emprendían con sus palitos al hombro el camino de la Isla, dándose aire de un ejército en marcha; y entre sus chillidos y bufidos y algazara se distinguía claramente el grito general: «¡A las Cortes, a las Cortes!»

Tronaban los cañones de los navíos fondeados en la bahía; y entre el blanco humo, las mil banderas semejaban fantásticas bandadas de pájaros de colores arremolinándose en torno a los mástiles. Los militares y marinos en tierra ostentaban plumachos en sus sombreros, cintas y veneras en sus pechos, orgullo y júbilo en los semblantes. Abrazábanse paisanos y militares, congratulándose de aquel día, que todos creían el primero de nuestro bienestar. Los hombres graves, los escritores y periodistas, rebosaban satisfacción, dando y admitiendo plácemes por la aparición de aquella gran aurora, de aquella luz nueva, de aquella felicidad desconocida que todos nombraban con el grito placentero de «¡Las Cortes, las Cortes!»

En la taberna del señor Poenco no se pensaba más que en libaciones en honor del gran suceso. Los majos, contrabandistas, matones, chulos, picadores, carniceros y chalanés habían diferido sus querellas para que la majestad de tan gran día no se turbara con ataques a la paz, a la concordia y buena armonía entre los ciudadanos. Los mendigos abandonaron sus puestos corriendo hacia la Cortadura, que se inundó de mancos, cojos y lisiados, ganosos de recoger abundante cosecha de lismonas entre la mucha gente, y enseñando sus llagas no pedían en nombre de Dios y de la caridad, sino de aquella otra deidad nueva y santa y sublime, diciendo:

—¡Por las Cortes, por las Cortes!

Nobleza, pueblo, comercio, milicia, hombres, mujeres, talento, riqueza, juventud, hermosura; todo, con contadas excepciones, concurrió al gran acto, los más por entusiasmo verdadero, algunos por curiosidad, otros porque habían oído hablar de las Cortes y querían saber lo que eran. La general alegría me recordó la entrada de Fernando VII en Madrid en abril de 1808, después de los sucesos de Aranjuez.

Cuando llegué a la Isla, las calles estaban intransitables por la mucha gen-

te. En una de ellas, la multitud se agolpaba para ver una procesión. En los miradores apenas cabían los ramilletes de señoras; clamaban a voz en grito las campanas, y gritaba el pueblo, y se estrujaban hombres y mujeres contra las paredes, y los chiquillos trepaban por las rejas, y los soldados, formados en dos filas, pugnaban por dejar el paso franco a la comitiva. Todo el mundo quería ver, y no era posible que vieran todos.

Aquella procesión no era una procesión de santas imágenes, ni de reyes y príncipes, cosa en verdad muy vista en España para que así llamara la atención: era el sencillo desfile de un centenar de hombres vestidos de negro, jóvenes, unos; otros viejos; algunos, sacerdotes; seglares, los más. Precedíalos el clero con el infante Borbón de pontifical y los individuos de la Regencia, y los seguía gran concurso de generales, cortesanos antaño de la Corona y hoy del pueblo, altos empleados, consejeros de Castilla, próceres y gentileshombres, muchos de los cuales ignoraban qué era aquello.

La procesión venía de la iglesia Mayor, donde se había dado solemne misa y cantado un tedeum. El pueblo no cesaba de gritar: «¡Viva la Nación!», como pudiera gritar ¡Viva el rey!, y un coro que se había colocado en cierto entarimado detrás de una esquina entonó el himno, muy laudable, sin duda, pero muy malo como poesía y música, que decía:

Del tiempo borrascoso
que España está sufriendo,
va el horizonte viendo
alguna claridad.
La aurora son las Cortes
que con sabios vocales
remediarán los males
dándonos libertad.

El músico había sido tan inhábil al componer el discurso musical, y tan mal conocía el arte de las cadencias, que los cantantes se veían obligados a repetir cuatro veces «que con sabios, que con sabios», etc. Pero esto no quita su mérito a la inocente y espontánea alegría popular.

Cuando pasó la comitiva, encontré a Andrés Marijuán, el cual me dijo:

—Me han magullado un brazo dentro

de la iglesia. ¡Qué gentío! Pero me propuse ver todo y lo vi. Lindísimo ha estado.

—Pero ¿ya empezaron los discursos?

—Hombre, no. Dijo una misa muy larga el cardenal narigudo, y luego los regentes tomaron juramento a los procuradores, diciéndoles: «¿Juráis conservar la religión católica? ¿Juráis conservar la integridad de la nación española? ¿Juráis conservar en el trono a nuestro amado rey don Fernando? ¿Juráis desempeñar fielmente este cargo?» A lo cual ellos iban contestando que sí, que sí y que sí. Después echaron un golpe de órgano y canto llano, y se acabó. Gabriel, a ver si podemos entrar en el salón de sesiones.

Yo no creí prudente intentarlo; pero fui hacia allí codeando a diestro y siniestro, y al llegar junto al teatro, ante cuyas puertas se agolpaban masas de gente y no poco coche, sentí que vivamente me llamaban diciendo:

—Gabriel, Araceli, Gabriel, señor don Gabriel, señor de Araceli.

Miré a todos lados, y entre el gentío vi dos abanicos que me hacían señas y dos caras que me sonreían. Eran las de Amaranta y doña Flora. Al punto me uní a ellas, y después que me saludaron y felicitaron cariñosamente por mi feliz llegada, Amaranta dijo:

—Ven con nosotras. Tenemos papeletas para entrar en la galería reservada.

Subimos todos, y por la escalera pregunté a la condesa si algún acontecimiento había modificado la situación de nuestros asuntos durante mi ausencia, a lo que me contestó:

—Todo sigue lo mismo. La única novedad es que mi tía padece ahora un reumatismo que la tiene baldada. Doña María la domina completamente, y es quien manda en la casa y quien dispone todo... No he podido ni una vez sola ver a Inés, ni ellas salen a la calle, ni es posible escribirle. Yo esperaba con ansia tu llegada, porque don Diego prometió llevarte allá. Cuando vayas, espero grandes resultados de tu celosa tercería. A lord Gray no hay quien le saque una palabra; pero los indicios de lo que te dije aumentan. Por la criada sabemos que doña María está con una oreja alta y otra baja, y que el mismo don Diego, con ser tan estúpido, lo ha descubierto y rabia de celos. Mañana

na mismo es preciso que vayas allá, aunque yo dudo mucho que la de Rumlár quiera recibirte.

No hablamos más del asunto, porque el Congreso Nacional ocupó toda nuestra atención. Estábamos en el palco de un teatro: a nuestro lado, en localidades iguales, veíamos multitud de señoras y caballeros, embajadores y otros personajes. Abajo, en lo que llamamos patio, los diputados ocupaban sus asientos en dos alas de bancos; en el escenario había un trono ocupado por un obispo y cuatro señores más, y delante, los secretarios del despacho. Poco habían unos y otros calentado los asientos, cuando los de la Regencia se levantaron y se fueron, como diciendo: «Ahí queda eso.»

—Esta pobre gente—me dijo Amaranta—no sabe lo que trae entre manos. Míralos cómo están desconcertados y aturridos sin saber qué hacer.

—Se ha marchado el venerable obispo de Orense—observó doña Flora—. Por ahí se susurra que no le hacen mal-dita gracia las dichas Cortes.

—Por lo que oigo, están eligiendo quien las presida—dije—. Hay aquí un traer y llevar de papeletas que es señal de votación.

—Buenas cosas vamos a ver hoy aquí—añadió Amaranta con el regocijo que da la esperanza de una diversión.

—Yo lo que quiero es que prediquen pronto—indicó doña Flora—. Prontito, señores. Veo que hay muchos clérigos, lo cual es prueba de que no faltarán picos de oro.

—Pero estos clérigos filósofos son torpes de lengua—afirmó Amaranta—. Aquí hablarán más los seglares, y será tal el barullo, que veremos escenas tan graciosas como las de un Concejo de pueblo con fuero. Amiga, preparémonos a reír.

—Ya parece que tienen presidente. Oigamos lo que lee aquel caballero que está en el escenario, y que parece un mal actor que no sabe el papel.

—Está conmovido por la majestad del acto—repuso Amaranta—. Me parece que estos señores darían algo ahora porque los mandasen a sus casas. Verdaderamente, las fachas no son malas.

—Desde aquí veo al vizconde de Matarrosa (1)—indicó doña Flora—. Es

aquel mozalbete rubio. Le he visto en casa de Morlá, y es chico despejado... Como que sabe inglés.

—Ese angelito debiera estar mamando, y le van a dispensar la edad para que sea diputado—observó la condesa—. Como que no tiene más años que tú, Gabriel. Vaya unos legisladores que nos hemos echado. Aquí tenemos Solones de veinte abriles.

—Querida condesa—dijo la otra—, desde aquí veo todas las narices y toda la boca de don Juan Nicasio Gallego. Está abajo, entre los diputados.

—Sí, allí está. De un bocado se tragará Cortes y Regencia. Es el hombre de mejores ocurrencias que he visto en mi vida, y de seguro ha venido aquí a reirse de sus compañeros de procuraduría. ¿No es aquel que está a su lado don Antonio Capmany? ¡Miren qué facha! No se puede estar quieto un instante y baila como una ardilla.

—Ese que se sienta ahora es Mejía.

—También veo la cara seráfica de Agustín Argüelles. Dicen que éste predica muy bien. ¿Ve usted a Borull? Cuentan que éste no quiere Cortes. Pero empieza de una vez la función. ¡Qué pesados son!

—Aquí, como no se paga la entrada, no hay derecho a impacientarse.

—Ya está dispuesta la presidencia. ¿Tocarán un pito para empezar?

—Yo tengo una curiosidad por oír lo que digan...

—Y yo.

—Será un disputar graciosísimo—indicó Amaranta—, porque cada cual pedirá esto, y lo otro, y lo de más allá.

—Con que salga uno diciendo: «Yo quiero tal cosa», y otro responda: «Pues no me da la gana», se animará esta desabrida reunión.

—¡Cuándo las habrán visto más gordas! Será preciso oír a los clérigos gritar: «¡Fuera los filósofos!», y a los seglares: «¡Fuera los curas!» Veo con sorpresa que el presidente no tiene látigo.

—Es que guardarán las formas, amiga mía.

—¿En dónde han aprendido ellos a guardar formas?

—Silencio, que va a hablar un diputado.

—¿Qué dirá? Nadie lo entiende.

—Se vuelve a sentar.

—En el escenario hay uno qu.

(1) Después, conde de Toreno.

—Se levantan algunos de sus asientos.

—Ya. Acaban de decir que quedan enterados. Nosotros también. Tanto ruido para nada.

—Silencio, señores, que vamos a oír un discurso.

—¡Un discurso! Oigamos. ¡Qué ruido en los palcos! Si no calla el público, el presidente mandaría bajar el telón.

—¿Es aquel clérigo que está allí enfrente quien va a hablar?

—Se ha levantado, se arregla el solideo, echa atrás la capa. ¿Le conoce usted?

—Yo, no.

—Ni yo. Oigamos qué dice.

—Dice que sería prudente adoptar una serie de proposiciones que tiene escritas en un papelito.

—Bueno; léanos usted ese papelito, señor cura.

—Parece que hablará primero.

—Pero ¿quién es?

—Parece un santo varón.

En los palcos inmediatos corría de boca en boca un nombre que llegó hasta el nuestro. El orador era don Diego Muñoz Torrero.

Señores oyentes, o lectores, estas orejas mías oyeron el primer discurso que se pronunció en asambleas españolas en el siglo XIX. Aún retumba en mi entendimiento aquel preludio, aquella voz inicial de nuestras glorias parlamentarias, emitida por un clérigo sencillo y apacible, de ánimo sereno, talento claro, continente humilde y simpático. Si al principio los murmullos de arriba y de abajo no permitían oír claramente su voz, poco a poco fueron acallándose los ruidos, y siguió claro y solemne el discurso. Las palabras se destacaban sobre un silencio religioso, fijándose de tal modo en la mente, que parecían esculpirse. La atención era profunda, y jamás voz alguna fué oída con más respeto.

—¿Sabe usted, amiga mía—dijo en un momento de descanso doña Flora—, que este cleriguito no lo hace mal?

—Muy bien. Si todos hablaran así, esto no sería malo. Aún no me he enterado bien de lo que propone.

—Pues a mí me parece todo lo que ha dicho muy puesto en razón. Ya sigue. Atendamos.

El discurso no fué largo, pero sí sentencioso, elocuente y erudito. En un

cuarto de hora, Muñoz Torrero había lanzado a la faz de la nación el programa del nuevo Gobierno y la esencia de las nuevas ideas. Cuando la última palabra expiró en sus labios y se sentó, recibiendo las felicitaciones y los aplausos de las tribunas, el siglo décimooctavo había concluido.

El reloj de la Historia señaló con campanada, no por todos oída, su última hora, y realizóse en España uno de los principales dobleces del tiempo.

IX

—Atención, que van a leer el papelito. Don Manuel Luxán leyó.

—¿Se ha enterado usted, amiga doña Flora?

—¿Acaso soy sorda? Ha dicho que en las Cortes reside la soberanía de la nación.

—Y que reconocen, proclaman y juran por rey a Fernando Séptimo...

—Que quedan separadas las tres potestades... No sé qué terminachos ha dicho.

—Que la Regencia, que representa el rey, o sea Poder ejecutivo, preste juramento.

—Que todos deben mirar por el bien del Estado. Eso es lo mejor y con decirlo sobraba lo demás.

—Ahora se levanta gran tumulto entre ellos, amiga mía.

—Van a disputar sobre eso. Pues no levantará mal cisco el cleriguito. ¿Cómo se llama?...

—Don Diego Muñoz Torrero.

—Parece que vuelve a hablar.

En efecto, Muñoz Torrero pronunció un segundo discurso en apoyo de sus proposiciones.

—Ahora me ha gustado más, mucho más, señora condesa—dijo la Cisniega—. A este hombre le haría yo obispo. ¿No es justo y razonable lo que ha dicho?

—Sí; que las Cortes mandan, y el rey obedece.

—De modo que, según la soberanía de la nación, el Gobierno del reino está dentro de este teatro.

—Ahora le toca a Argüelles, amiga mía. Lo que me gusta es que todos dicen que están de acuerdo. ¿Para cuándo dejan el disputar?

—Al principio, todo es mieles. Repare usted que estamos en el primer acto.

—Ahora habla Argüelles.

—¡Oh, qué bien! ¿Ha conocido usted muchos predicadores que se expresen con esa elegancia, esa soltura, esa majestad, ese elevado tono, el cual nos sorprende y embelesa de tal modo, que no podemos apartar la atención del orador, encantándose igualmente con su presencia y voz la vista y el oído?

—¡Cosa incomparable es ésta!—expresó con entusiasmo doña Flora—. Diga usted lo que quiera, han hecho muy bien en traer a España esta novedad. Así, todas las picardías que cometan en el Gobierno se harán públicas, y el número de los tunantes tendrá que ser menor.

—Sospecho que esto va a ser más brillante que útil—repuso la condesa—. Oradores creo que no faltarán. Hoy todos han hablado bien; pero ¿acaso es tan fácil la obra como la palabra?

Y de este modo iban comentando los discursos que sucedieron al de Muñoz Torrero, los cuales alargaban tanto la sesión, que bien pronto se hizo de noche, y el teatro fué encendido. No por la tardanza se cansaron las dos damas, quienes, como el resto de la concurrencia, permanecieron en sus asientos hasta entrada la noche, gozando de un espectáculo que hoy a pocos cautiva, por ser muy común, pero que entonces se presentaba a la imaginación con los mayores atractivos. Los discursos de aquel día memorable dejaron indeleble impresión en el ánimo de cuantos los escucharon. ¿Quién podría olvidarlos? Aún hoy, después que he visto pasar por la tribuna tantos y tan admirables hombres, me parece que los de aquel día fueron los más elocuentes, los más sublimes, los más severos, los más superiores entre todos los que han fatigado con su palabra la atención de la madre España. ¡Qué claridad la de aquel día! ¡Qué oscuridades después, dentro y fuera de aquel mismo recinto, unas veces teatro, otras iglesia, otras sala, pues la soberanía de la nación tardó mucho en tener casa propia! Hermoso fué tu primer día, ¡oh siglo! Procura que sea lo mismo el último.

Ya avanzada la noche, corrió un rumor por las tribunas. Los regentes iban a jurar, obligados a ello por las Cortes.

Era el primer golpe de orgullo de la recién nacida soberanía, anhelosa de que se le hincaran delante los que se conceptuaban reflejo del mismo rey. En los palcos, unos decían: «Los regentes no jurarán», y otros: «Vaya si jurarán.»

—Yo creo que unos jurarán y otros no—opino Amaranta—. Ellos han intentado tener de su parte al pueblo y la tropa; pero no han encontrado simpatías en ninguna parte. Los que tengan un poco de valor mandarán a las Cortes a paseo. Los débiles se arrastrarán en ese escenario, donde me parece que resuena todavía la voz del gracioso Querol y de la Carambilla, y besarán el escabel donde se sienta ese vejete verde, que se, si no me engaño, don Ramón Lázaro de Dou.

—Que juren. Con eso no habrá conflictos. Parece que hay tumulto abajo.

—Y también arriba, en el paraíso. El pueblo cree que está viendo representar el sainete de Castillo *La casa de vecindad*, y quiere tomar parte en la función. ¿No es verdad, Araceli?

—Sí, señora. Ese nuevo actor que se mete donde no le llaman dará disgustos a las Cortes.

—El pueblo quiere que juren—dijo doña Flora.

—Y querrá también que se les ponga una soga al cuello y se los cuelgue de las bambalinas.

—Y fuera también hay marejadita.

—Me parece que esos que han entrado en el escenario son los regentes.

—Los mismos. ¿No ve usted a Castaños, al viejo Saavedra?

—Detrás vienen Escaño y Lardizábal.

—¡Cómo!—exclamó la condesa con asombro—. ¿También jura Lardizábal? Ese es el más fiero, el más orgulloso enemigo de la Libertad, y andaba por ahí diciendo a todo el mundo que él se guardaría las Cortes en el bolsillo.

—Pues parece que jura.

—Ya no hay vergüenza en España... Pero no veo al obispo de Orense.

—El obispo de Orense no jura—murmuraron las tribunas en rumoroso coro.

Y, en efecto, el obispo de Orense no juró. Hiciéronlo humildemente los otros cuatro, con mala gana, sin duda. La opinión pública, en general, estaba muy pronunciada contra ellos. Levantóse la sesión, y salimos todos, oyendo a nuestro paso las opiniones del público sobre

el suceso que había puesto fin al solemne día. Casi todos decían:

—¡Ese testarudo vejete no ha querido jurar! Pero el juramento, con sangre entra.

—Que le cuelguen. No acatar el decreto que se llamará de veinticuatro de septiembre es dar a entender que las Cortes son cosa de broma.

—Yo me quitaba de cuentos, y al que no bajara la cabeza le mandaría prender, y después...

—¡Si esos señores no quieren más que Gobierno absoluto...!

En cambio, otros, los menos por cierto, se expresaban así:

—¡Magnífico ejemplo de dignidad ha dado el obispo a sus compañeros! Humillar el poder real ante cuatro charlatanes...

—Veremos quién puede más—decían unos.

—Veremos quién más puede—respondían los otros.

Los dos bandos, que habían nacido años antes y crecían lentamente, aunque todavía débiles, torpes y sin bríos, iban sacudiendo los andadores, soltaban el pecho y la papilla y se llevaban las manos a la boca, sintiendo que les nacían los dientes.

X

Despedíme de Amaranta y su amiga, prometiendo visitarlas al día siguiente, como, en efecto, lo hice. En un café de Cádiz juntóseme don Diego, quien al punto renovó sus promesas de llevarme a la casa materna, en lo cual le di tanta prisa, que fijamos para el próximo día la visita. También hice una a lord Gray, al cual hallé sin variación alguna; y como le dijese que yo pensaba ir a casa de doña María, se sorprendió, asegurándome después que él iba con frecuencia.

Cuando llegó el anochecer del día indicado, fuimos Rumblar y yo, previa repetición de las advertencias que el caso requería.

—Ten mucho cuidado—me dijo—de fingirte mojigato, si no quieres que te echen a la calle. Mis hermanas, a quienes dije que estabas aquí, desean que vayas; pero no te las echés de galante

con ellas. Mucho cuidado con aludir a mis salidas de noche, porque lo hago a escondidas de mi señora mamá. A los señores que veas allí trátalos cual si fueran lumbreras de la patria y prodigios de talento y virtudes. En fin, confío en tu buen sentido.

Llegamos a la casa, que estaba en la calle de la Amargura, y era de hermosa apariencia. Vivía en el piso alto la de Leiva, y en el principal, la de Rumblar, quien, por el reciente reumatismo de su ilustre parienta, ejercía el cargo de jefe y director supremo de la familia, con toda la autoridad propia de su carácter. Al entrar y subir detúvonos un lejano y solemne rumor de rezos, y don Diego dijo:

—Aguardaremos aquí, que están rezando el rosario con Ostolaza, Tenreyro y don Paco. A éste ya le conoces. Los otros son diputados, que vienen aquí muy a menudo.

Mientras aguardábamos observé la casa, que era alegre y bonita, como todas las de Cádiz. Espaciosas vidrieras cerraban el corredor por el patio, y en las paredes no se veía un palmo de superficie desocupado de cuadros al óleo, representando asuntos diversos, confundidos los religiosos con los profanos. Al fin, concluido el rezo, tuve el honor de entrar en la sala, donde se hallaba doña María con sus dos niñas, don Paco y tres caballeros más que yo no conocía. Recibíome la de Rumblar con cierta cortesanía ceremoniosa y un tanto finchada, pero afablemente y mostrándome benevolencia de alto a bajo, es decir, entre generosa y compasiva. Las niñas, observando el ritual a que estaban acostumbradas, me hicieron una reverencia, sin desplegar los labios; don Paco, tan pedante en Cádiz como en Bailén, hizo-me grandilocuentes cumplidos, y los demás personajes miráronme con recelosa prevención, sin mostrarme urbanidad más que con algunas rígidas inclinaciones de cabeza.

—Has llegado tarde al rosario—dijo doña María a don Diego, indicándome un asiento.

—Pero ¿no dije a usted—respondió el joven—que lo rezaba esta tarde en el Carmen Calzado? De allí vengo ahora, junto con Gabriel, que volvía de confesarse con el padre Pedro Advíncula.

—¡Qué excelente sujeto es el padre

Pedro Advíncula!—me dijo en tono sumamente ponderativo doña María.

—No existe otro en toda la redondez de Cádiz—respondí—con especialidad para lo tocante al confesonario. Pues ¿y en el púlpito? ¿Y quién le echará la zancadilla cantando una epístola?

—Es verdad.

—A mí me cautiva oírle cantar la epístola—repitió don Diego.

—Yo celebro mucho—me dijo doña María—los grandes adelantamientos que ha hecho usted en su carrera.

Me incliné ante la matrona con el mayor respeto.

—Toda persona de rectitud y caballerosidad, atenta al buen servicio de la religión y del rey—continuó—, no puede menos de encontrar premio a su trabajo. Yo sentí mucho que mi hijo no siguiese en el Ejército algún tiempo más.

—Harto trabajamos Gabriel y yo junto al puente de Herrumblar—dijo don Diego—. Verdaderamente, señora madre, si no es por nosotros... Ello fué que hicimos un movimiento tan bonito con nuestro escuadrón, que..., ¿te acuerdas, Gabriel? Francamente, si no es por nosotros...

—Calla, vanidoso—dijo doña María—. Más ha hecho el señor que tú, y no se alaba de ello. La propia alabanza es cosa ruin e indigna de personas bien nacidas. ¿Estará mucho en Cádiz el señor don Gabriel?

—Hasta que concluya el sitio, señora. Después pienso dejar las armas y seguir mi ardiente vocación, que me impele a la carrera de la Iglesia.

—Alabo mucho su resolución. Esclarecidos santos tiene el Cielo que primero fueron valientes soldados, como San Ignacio de Loyolá, San Sebastián, San Fernando, San Luis y otros.

—¿Ha estudiado usted Teología?—me preguntó un señor de los presentes.

—Mi maleta de campaña no contiene más que libros de Teología, y desde que tengo un rato de vagar, entre batalla y batalla, me hartó de leer una materia que es para mí más grata que las mejores novelas. Las tristes horas de la guardia me dan espacio y tiempo para mis meditaciones.

—Asunción, Presentación—dijo doña María con entusiasmo—, aquí tenéis un ejemplo que debe sorprenderos y admiraros.

Asunción y Presentación, al oír que yo era una especie de santo, me contemplaron admiradas. Yo las miré también. Parecióronme muy bonitas, más bonitas que en Bailén; pero oprimidas bajo la exagerada pesadumbre de la autoridad materna, sus hermosos ojos estaban llenos de tristeza. Sin que su madre lo advirtiera, dijéronme algunas palabras por lo bajo.

—¿Y qué nuevas nos trae usted de la Isla?—me preguntó doña María.

—Señora, ayer se inauguró esa jaula de locos. Ya sabrá usted que el señor obispo de Orense se ha negado, con pretexto de enfermedad, a jurar ante las Cortes.

—Y ha hecho perfectamente. En verdad, no se concibe que haya gente tan loca... Antes del rosario nos explicaba el señor Ostolaza lo que entienden ellos por la soberanía de la nación, y nos hemos horripilado. ¿Verdad, niñas?

—¡Dios nos tenga de su mano!—exclamé yo—. Y ahora se susurra que nos van a dar lo que llaman *libertad de la Imprenta*, que consiste en permitir a cada uno escribir todas las maldades que quiera.

—Y luego hablan de vencer al francés.

—Los excesos de nuestros políticos—afirmó Ostolaza—excederán con mucho a los de la Revolución francesa. Acuérdese usted de lo que digo.

Observé entonces a aquel hombre, el mismo que tanto figuró después en la camarilla del rey durante la segunda época constitucional, y puedo decir que era grueso, de cara redonda, coloradote y reluciente, mirar provocativo, hablar chillón y ademanes desembarazados y casi siempre descompuestos. Junto a él estaba el llamado Tenreyro, diputado también, cura de Algeciras, hombre con pretensiones y fama de gracioso, aunque más que a la agudeza de los conceptos debía ésta al ceceo con que hablaba; de cuerpo mezquino, de ideas estrafalarias, tan pronto demagogo furibundo como absolutista rabioso; sin instrucción, sin principios ni más conocimientos que los del toque de órgano, cuyo arte medianamente poseía. El tercero, don Pablo Valiente, no era ridículo, ni en el trato ordinario se distinguía por cosa alguna chocante, en maneras o en lenguaje.

Contestando a Ostolaza, dije yo con

el acento más grave que me era posible :

—¡El Cielo se apiade de nuestra infortunada nación y nos traiga pronto a nuestro amado monarca don Fernando Séptimo!

El nombre del soberano lo acompañe de una reverencia tan exagerada, que casi hube de besarme las rodillas.

—Pues se dice por ahí—indicó Tenreyro—que van a procesar al obispo de Orense.

—No se atreverán a ello—repuso Valiente, sacando su caja de tabaco y ofreciendo el oloroso polvo a los circunstantes.

—¡A qué no se atreverá, señores..., señores, a qué no se atreverá esta desalmada grey de filósofos y ateístas!—exclamé yo, mirando al techo.

—Señor oficial—me dijo doña María—, es indudable que ustedes los militares tienen la culpa de que los *cortezanos...*, así los llamo yo..., anden tan ensoberbecidos. Dicen que la Regencia tanteó a la tropa para dar un golpe; pero la tropa no quiso ponerse de su parte.

—La tropa—dijo Ostolaza—ha cometido la falta de inclinarse al populacho.

—Lo que no se ha hecho, señores—dije yo con profético tono—, se hará.

Y repetí varias veces, mirando a todos lados, el enérgico *se hará*.

—Si todos fueran como tú, Gabriel—me dijo don Diego—, pronto acabarían las picardías que estamos viendo.

—¿Durarán las Cortes hasta el mes que viene, señor Valiente?—preguntó la de Rumblar.

—Durarán algo más, señora. A no ser que los franceses, envalentonados con nuestras discordias, entren en Cádiz y hagan con todos los que aquí estamos un picadillo. Yo he dicho que la soberanía de la nación por un lado y la libertad de la Imprenta por otro son dos obuses cargados de horribles proyectiles que nos harán más daño que los que ha inventado Villantroys.

—Caballero—observé yo afeminadamente—, esa comparacioncita es exacta, y procuraré retenerla en la memoria.

—Deploro tantos errores—dijo la dueña de la casa—. Pero aquí, señor don Gabriel, no tomamos a pecho la política, y los que en casa se reúnen no hacen más que departir discretamente sobre el mal gobierno y los filosofastros. Yo no me ocupo más que del matrimonio de

mi querido hijo, que se efectuará en breve, y de completar la educación religiosa de mi hija—señaló a Asunción—, que debe entrar muy pronto en un convento de Recoletas, siguiendo su decidida e inquebrantable inclinación. Ocupaciones son éstas que llenan alegremente mi cansada vida y a las que me consagro con el mayor celo.

Asunción había bajado los ojos, y Presentación me miraba, queriendo leer en mi cara el efecto que me producían las palabras de su mamá.

—¿Enviasteis recado a Inés?—preguntó doña María—. Diego, tu futura esposa estará, sin duda, enojada contigo por tu mal comportamiento y desaplicación. Necesario es que varies de conducta. Ahora, cuando baje, puedes manifestarle con palabras tiernas tu propósito de no ofenderla más, como lo has hecho saliendo a la calle por las tardes, en la hora que tengo dispuesto hables con ella y le recites alguna fábula bonita o poesía instructiva. Yo, señor don Gabriel—y se dirigió a mí de nuevo—, no gusto de tiranizar a la juventud. Conozco que es preciso ser tolerante con los muchachos, sobre todo cuando llegan a cierta edad, y sé muy bien que los tiempos presentes exigen algo más de holgura que los pasados en los lazos que atan a los jóvenes con sus familias. Con estos principios, permito a mi nuera que baje a la tertulia y platique con personas finas y juiciosas sobre asuntos profanos, porque una mu-

hacha destinada al siglo y a dar lustre a una gran casa como la suya no debe ser criada con aquel encogimiento y estrechez que tan bien sientan en la que sólo ha de vivir en su casa, bien reducida a un decoorso celibato, bien instruyéndose para servir a Dios en el mejor y más perfecto de los estados. Mis dos niñas viven aquí gozosas, sin apetecer bailes, ni paseos, ni teatros. No soy yo enemiga tampoco de que se diviertan, ni crea usted que estoy siempre con el rosario en la mano haciéndoles rezar y aburriéndolas con un excesivo manejo de las cosas santas, no. También aquí se habla de cosas mundanas, siempre con el debido comedimiento. A veces tengo que imponer silencio, mandando que cesen las controversias sobre Teología, porque lord Gray, que viene aquí muy a menudo, gusta de tratar

con desenvoltura asuntos muy delicados.

—Como que anoche—dijo don Paco inoportunísimamente—dió en afirmar que no comprendía el misterio de la Encarnación, para que la señorita Asunción se lo explicara.

—Estoy hablando yo, señor don Paco—dijo con firmeza y enojo la condesa—. Nada importa ahora lo que lord Gray hiciera o dejase de hacer anoche... Pues, como decía, aquí viene lord Gray, un sujeto respetabilísimo, y tan formal y circunspecto, que no hay otro que se le iguale. Ellas se entretienen oyéndole contar sus aventuras. ¿Conoce usted a lord Gray?

—Sí, señora. Es un hombre muy digno y temeroso de Dios. Pero ¿no saben ustedes que parece inclinado a convertirse al catolicismo?

—¡Jesús, y qué me dice usted!—exclamó con asombro y júbilo doña María—. Aquí se ha tratado algunas veces este punto, y las niñas y yo le hemos exhortado a que tome tan saludable determinación.

—Como suelo pasarme las horas muertas en el Carmen Calzado—dije yo—, he visto entrar varias veces a lord Gray en busca del padre Florencio, que es el mejor catequizador de ingleses que hay en todo Cádiz.

—Lord Gray no ha de faltar esta noche—afirmó doña María—. Y usted, señor don Gabriel, ¿no nos acompañará algunos ratitos?

—Señora—respondí—, de buen grado lo haría; pero mis ocupaciones militares y la necesidad que tengo de despachar de una vez todo el capítulo de *prescencia*, que es el más difícil de todos, me retendrán en la Isla.

—¿Y qué opina usted de la *prescencia*?—me preguntó Ostolaza cuando yo estaba muy lejos de esperar semejante embestida.

—¿Qué opino yo de la *prescencia*?—repliqué, tratando no turbarme para contestar alguna ingeniosa vulgaridad que me sacase del compromiso.

—Opinará lo mismo que San Agustín, *secundum Augustinus*—indicó oficiosamente don Paco, que anhelaba mostrar su erudición.

—Ya están las niñas con cada ojo...—dijo doña María, observando que sus hijas atendían a la planteada discusión con demasiado interés—. Niñas, dejad a

los hombres que debatan estas cosas tan intrincadas. Ellos sabrán lo que se dicen. No abrid tales ojazos, y miren los cuadros y las pinturas del techo, o hablen conmigo, preguntándome si se me alivia el dolor del hombro.

—Lo mismo que San Agustín—indicó don Diego—. Opinará como San Agustín y como yo.

—Según y conforme—dije, recapacitando—. ¿Ustedes piensan como San Agustín?

Ostolaza, Tenreiro y don Paco se desconcertaron.

—Nosotros...

—Supongo que ustedes conocerán los nuevos tratados...

A este punto llegaba la controversia, cuando entró lord Gray a sacarme del apuro. No pudiera llegar en mejor ocasión. Recibiéronle doña María y sus tertulios con la mayor cordialidad y agasajo, y él saludó a todos con afectado encogimiento. Tal vez extrañará a alguno de los que me oyen o me leen que con tan buena amistad fuera recibido un extranjero protestante en casa donde imperaban ciertas ideas con absoluto dominio; pero a esto les contestaré que en aquel tiempo eran los ingleses objeto de cariñosas atenciones, a causa del auxilio que la nación británica nos daba en la guerra; y como era opinión, o si no opinión, deseo de muchos, que los ingleses, y mayormente los hermanos Wellesley, no veían con buenos ojos la novedad de la proyectada Constitución, de aquí que los partidarios del régimen absoluto trajeran y llevaran con palio a nuestros aliados. Lord Gray, además, con su ingeniosísima labia, su simpático carácter, y también poniendo en práctica estudiadas artimañas y mojigaterías, como yo, había conseguido hacerse respetar y querer vivamente de doña María. Además, solía ridiculizar con gran desenfado las ceremonias protestantes.

Mientras lord Gray respondía a ciertas enfadosas preguntas que Ostolaza le hizo, doña María llamó a sus hijas, y dijo a Asunción, no tan por lo bajo que yo dejase de oírlo:

—Mira, Asunción: habla con lord Gray un ratito: coge con disimulo el tema de la religión, y sondéale, a ver si es cierto que está dispuesto a abjurar sus errores para abrazarse a nuestra santa doctrina.

En aquel instante sentí ruido de pasos y entró Inés. ¡Dios mío, qué guapa estaba, pero qué guapa! No recuerdo si en el libro anterior hablé a ustedes de la soltura, de la elegancia, de la armoniosa proporcionalidad que el completo desarrollo había dado a su bella figura. Además de esto, encontrábale mayor animación en el rostro y una grata expresión de conformidad y satisfacción, no menos simpática que su antigua tristeza, resto de la miserable y ruin vida de la infancia. Observándola, consideré cuánto había ganado en encantos y atractivos aquella criatura, añadiendo a sus bellezas naturales, a su discreción e ingénito saber, la dulce cortesanía y las gracias que infunde el trato frecuente con personas distinguidas y superiores. En su cara advertí el extraño realce que da la conciencia del propio mérito, lo cual no es lo mismo que vanidad.

No parecía haber perdido la hermosa modestia que la hacía tan simpática; pero sí aquella especie de encogimiento, aquel desmedido amor a la oscuridad, que emanaba del malestar hallado en su repentino cambio de fortuna. Había adquirido lo que le faltaba cuando la vi en Córdoba y en El Pardo; el perfecto conocimiento de su posición y las mil menudencias personales, accidentes casi imperceptibles de la voz, del gesto, de la mirada, con que el individuo da a entender claramente que se halla donde debe hallarse. Encontrábala más alta, un poco más gruesa, con el color menos pálido, la boca más risueña, los ojos no menos seductores y arrebatadores que los de su madre, célebres en toda la redondez de España; la voz más segura, sonora y grave, y el conjunto de su persona respirando firmeza, vida, soltura y nobleza. ¡Oh imagen tan perfecta, vista como soñada! ¿Fué suerte o desgracia haberte conocido?

XI

No indiferente a mi presencia, según comprendí, pero tampoco sorprendida, Inés debía de saber que yo estaba allí.

«¡Ah!—exclamé con despecho para mis adentros—. La muy pícara, aunque la llamaron, no bajó hasta que vino el maldito inglés.»

Doña María me presentó ceremoniosamente, diciendo:

—A este caballero le conocimos en nuestra casa de Bailén cuando la célebre batalla. Es amigo del que va a ser tu marido; allí pelearon juntos, con tan buena suerte, que, según afirma Diego, si no es por ellos...

—Gabriel es un gran militar—afirmó don Diego—. Pero ¿no le conoces tú? Es amigo de tu prima la condesa.

Doña María frunció el ceño.

—En efecto—dije yo—: tuve el honor de conocer en Madrid a la señora condesa. Ambos teníamos un mismo confesor. Yo solicité de la señora condesa que me consiguiese una beca en el Arzobispado de Toledo; pero después me vi obligado a servir al rey; y salí de la corte.

—Este joven—añadió doña María—nos acompañará algunas noches, robando tal cual rato a sus estudios religiosos y a las meditaciones místicas que le traen tan absorbido. Hoy el servicio de las armas le obliga a sofocar su ardiente vocación; pero cantará misa después de la guerra. ¡Noble ejemplo que debieran imitar la mayor parte de los militares! Yo me complazco, hija mía, en que se reúnan aquí personas formales y de excelentes y sólidos principios. Caballero—añadió, encarándose conmigo—, esta damisela es mi futura nuera, prometida esposa de este mi amado hijo don Diego.

Inés me hizo una profunda reverencia. Se sonrió al mismo tiempo, comprendiendo el astuto ardid de mi fingida religiosidad.

En tanto, ¿dónde estaba lord Gray? Extendí la vista, y le vi tras el respaldo del monumental sillón de doña María, muy enfrascado en estrecha plática con Asunción, que, sin duda, le estaba convenciendo de las ventajas del catolicismo sobre el protestantismo. A cada paso apartaba él los ojos de su interlocutora para mirar a Inés.

«Bien decía el tunante—observé para mí—que se valía de las discretas amigas. La otra, con su santidad, es quien les lleva y trae los recaditos.»

Inés me dijo con dulce ironía:

—Celebro mucho que esté usted tan decidido a seguir la carrera eclesiástica. Hace usted bien, porque hoy no hacen falta militares, sino buenos clérigos. El mundo está tan pervertido, que no lo

curarán las espadas, sino las oraciones.

—Esta afición la tengo desde muy niño—repuse—, y nadie puede apartarla de mí, porque sobrevive a todas mis alternativas y desgracias.

Inés miraba a cada instante al grupo formado por el inglés y Asunción. También doña María volvió allá los ojos, y dijo:

—Hija, basta ya. No marees al buen lord Gray. Ven a mi lado.

La muchacha acudió al lado de su madre, y al mismo tiempo Inés, por indicación muda de la condesa, pasó al lado del inglés. Yo estaba asombrado de aquel ir y venir y del incomprensible diálogo de expresivas miradas que las muchachas tenían constantemente trabado entre sí. Me propuse observar atentamente, para descubrir los misterios que allí pudieran existir; pero doña María distrajo mi atención, diciéndome:

—Señor don Gabriel, usted, como persona casi divorciada del siglo, aunque en su continente y rostro no se advierte nada que lo indique, comprenderá que, en estas recatadas tertulias de mi casa, no se puede tener con las muchachas la licenciosa tolerancia que madres inadvertidas y ciegas tienen con sus hijas en otras familias. Por eso verá usted que apenas permito a mis hijas hablar un poco con Ostolaza, con lord Gray o con usted, si bien ha habido noches en que les he consentido conversaciones de quince minutos en distintas horas. Comprendo que mi sistema, aunque no es riguroso, será criticado por los que dan rienda suelta a los impulsos naturales de la juventud. Pero no me importa. Usted me hace justicia, sin duda, y alaba la prudencia de mi proceder.

—Seguramente, señora—respondí con afectación y pedantería—. ¡Qué cosa más sabia ni más prudente que prohibir en absoluto a las niñas toda conversación, diálogo, mirada o seña con hombre que no sea su confesor! ¡Oh señora condesa, parece que ha adivinado usted mi pensamiento! Como usted, yo he observado la corrupción de las costumbres, hija de la desenvoltura francesa; como usted, he observado el descuido de las madres, la ceguera de los padres, la malicia de las tías, la complicidad de las primas y la debilidad de las abuelas; y he dicho: «Orden, rigor, cautela, reclusión, tiranía, o, si no, dentro de poco

la sociedad se precipitará en los abismos del pecado.» Nada, nada, señora condesa; yo lo aconsejo a todas las madres de familia que conozco, y les digo: «Mucho cuidado con las niñas mientras sean solteras. Después de casadas, allá se entiendan ellas, y si quieren tener dos docenas de cortejos, ténganlos.»

—En todo estamos de acuerdo—dijo doña María—, menos en eso último, pues ni de solteras ni de casadas les tolero la inmoralidad. ¡Ay, yo tengo ideas muy raras, señor don Gabriel! Me asombro de ver por ahí a madres muy cristianas que, celando hasta lo sumo a las hijas solteras, ven con indiferencia los pecadillos de las casadas. Yo no soy así; por eso no quiero que se casen mis niñas; no, jamás, jamás. Casadas estarían libres de autoridad, y aunque no las creo capaces de nada malo, la idea de que pueden cometer una falta, siéndome imposible castigarla, me horripila.

—El gran sistema es el mío, señora; este sistema que no ceso de recomendar a todas las madres que conozco. Orden, rigor, silencio, encierro perpetuo y esclavitud constante. Mis lecturas y meditaciones me han inspirado estas ideas.

—Son también las mías. Mi hija Asunción entrará pronto en un convento, y Presentación está destinada a ser soltera, porque así lo he resuelto yo.

—Cosa justísima y naturalísima que usted haya resuelto eso.

—Siendo el destino de la una el claustro y el de la otra el celibato, ¿a qué viene el consentirles conversaciones con los jóvenes?

—Es claro..., ¿a qué viene...? No aprenderían más que cosas malas, pecados..., ¡y qué pecados!

—Pero como es preciso transigir un poquito con las costumbres, que exigen cierta licencia, suele írseme la mano en esto del rigor. Ya ve usted: a casa vienen algunas personas muy distinguidas, honestas y prudentes, sí; pero de mundo. Necesito contemporizar con ellas, por no aparecer gazmoña, intolerante y extremada. Felizmente, baja todas las noches a mi tertulia Inés, a quien, como muy próxima a ser mujer casada, puede permitirse que sostenga coloquios tirados con tal cual persona decente y bien nacida. Si no fuera por ella, lord Gray se aburriría grandemente en casa. ¿No cree usted que a una joven que va

a ser mayorazga y que ocupará posición muy encumbrada en la corte se le debe dar cierta libertad?

—Todas las libertades, señora; todas. ¡Una mayorazga! Pues digo, si me la hacen camarista de reinas, o dama de honor de emperatrices, ¿qué ha de hacer sin la desenvoltura, el desenfado, la astucia que el buen servicio y concierto de los palacios exige?

—Cierto; a cada cual se le debe educar según su destino. En posiciones elevadísimas no puede sostenerse todo el rigor de los principios, según dice la gente, aunque ciertas leyes sí deben regir en todas partes. Sin embargo, como así viene de atrás, debemos respetar la obra de nuestros mayores, quienes hartos supieron lo que se hacían.

—Justamente.

—Pero me parece que se prolonga demasiado la conversación de Inés con lord Gray, y voy a hacer que hablen en corrillo donde los oigamos todos. Señor don Gabriel, ni un momento debe abandonarse el ejercicio de la prolija autoridad materna. ¡La autoridad! ¿Qué sería del mundo sin la autoridad?

—En efecto, ¿qué sería? ¡El caos, el abismo!...

Doña María, que reglamentaba los diálogos de sus tertulias como mueve y ordena un general experto los movimientos de una batalla campal, dispuso que Inés continuase hablando con lord Gray, y que Presentación pegase la hebra con Ostolaza. En tanto, Asunción charlaba en voz bastante alta con su hermano, diciéndole cosas cuyo sentido no pudo entender. Ostolaza, Tenreyro y don Paco estaban muy metidos en lenguas disertando sobre los grandes males de la educación a la moderna, y forzosamente se enredaron en su coloquio, teniendo ocasión de lucir mi intolerancia y un poco de cierta erudicioncilla trasnochada muy del caso. Poco después volví al lado de doña María a punto que don Diego, apartándose de su hermana, hacía lo mismo, y le oí decir:

—Señora madre, a ser usted, yo no permitiría a Inés tantas intimidades con lord Gray. Francamente, señora, esto no me gusta, y menos cuando veo que la que va a ser mi esposa se está los minutos de Dios oyéndole y contestándole sin pestañear.

—Diego—manifestó doña María con

severo acento—, me enfada la bajeza de tus conceptos, que indican la ruindad de tus juicios. Si Inés fuera tu hermana, podrías tener esos escrúpulos; pero siendo tu futura esposa, cuanto has dicho es ridículo. Una gran señora, ¿ha de ser encogida y corta de genio como una novicia de un convento?

Don Diego, oído esto, se acercó de muy mal talante a sus hermanas.

—Señor de Araceli—me dijo doña María—, la juventud es así. Comprendo los celillos de mi hijo. Verdaderamente, Inés se distrae demasiado con lord Gray. Aunque le supongo a usted poco aficionado a perder el tiempo conversando con muchachas frívolas, hágame el favor de departir un rato con mi futura nuera.

Doña María miró a Inés con enojo, y dirigiéndose luego a lord Gray, le llamó con afectuosa súplica.

Inés quedó sola, y acudí hacia ella. Por primera vez durante la tertulia hallaba ocasión de poder hablar lejos de los demás, y la aproveché con presteza. Ella, anticipándose al afán con que yo iba a hablarle, me dijo:

—Mi prima, ¿te ha mandado aquí? ¿Me traes algún recado?

—No—respondí—. No me ha mandado tu prima. No he venido por traerte recado alguno. He venido por el deseo de verte y de saber por mi mismo que me has olvidado.

—Por Dios—me contestó, disimulando su emoción—, repara dónde estás. La condesa no cesa de observarme. Aquí es preciso fingir a todas horas y disimular los pensamientos. ¿Por qué no has venido antes? Pero di, ¿mi prima no te ha dado ningún recado?

—¡Qué me importa tu prima!—exclamé con enfado—. Tú no sospechabas que viniera a sorprenderte.

—Pero ¿estás loco? Doña María no me quita los ojos.

—Vaya al diantre doña María. Respóndeme, Inés, a lo que te pregunto o gritaré y escandalizaré para que nos oigan hasta los sordos.

—Si no me has preguntado nada.

—Si te he preguntado. Pero tú haces que no oyes, y no quieres responderme.

—No nos entendemos—repuso llena de confusiones y mortificada por la observación tenaz de doña María—. ¿Vendrás todas las noches? Aquí es preciso mucha cautela. Para respirar necesito pedir la

venia a la señora. Ten prudencia, Gabriel; también don Diego nos mira. Haz de modo que doña María y los murciélagos crean que estamos hablando de religión, o de los cuadros de la pared, o de esa gran grieta que hay en el techo. Aquí es preciso hacerlo todo así. No te expreses con vehemencia. Ponte risueño y mira a las paredes, diciendo: «¡Qué bonitas láminas! Allí están Dafne y Apolo.»

—Pero ¿hay que ser cómico para entrar aquí?

—Sí; es preciso estar siempre sobre las tablas, Gabriel, fingiendo y enredando. Esto es muy triste.

—Pero lord Gray no disimula.

—¿Eres amigo de lord Gray?

—Sí, y me lo ha contado todo.

—Te lo ha dicho...—exclamó, confusa—. ¡Qué hombre tan indiscreto! Y yo le había encargado la mayor prudencia. Por Dios, Gabriel, no pronuncies una palabra ni un gesto que puedan dar a conocer lo que te ha contado lord Gray. ¡Qué indiscreción! Hazme el favor de olvidar lo que te ha dicho. ¿El te ha traído aquí?

—No; he venido con don Diego. He querido saber por ti misma que ya no me amas.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Ya lo sabía; pero a mí me hacía falta oírlo de tus propios labios.

—Pues no lo oirás.

—Ya lo he oído.

—Por Dios, disimula. Ahora, Gabriel, alza la vista y di: «¡Qué terrible grieta se ha abierto en el techo!» ¿Conque no te quiero yo? ¿Sabes que no lo había advertido? Y en tanto tiempo, ¿qué has hecho tú? ¿Has estado en el sitio de Zaragoza? Aquello sería un paraíso: no estaba allí doña María.

—No he vivido más que para ti; y si alguna vez he hecho un esfuerzo para subir un peldaño en la escala del mundo, hicelo sólo con el deseo de llegar, si no a valer tanto como tú, al menos a ponerme en condición tal que no se rieran de mí cuando te miraba.

—Mentiroso, tú también has aprendido a disimular. Ni una sola vez te has acordado de mí en tanto tiempo... Pero no te acerques tanto. Cuidado, no me tomes la mano. Parece que tienes fuego dentro de los guantes. Doña María nos observa.

—Yo no sé disimular como tú. Te he querido con toda mi alma, Inesilla, y con veinte almas más, porque una sola no basta para quererte como te quiero... Dime, con la mano puesta sobre el corazón, si lo mereces tú, dímelo.

—¿Pues no he de merecerlo?—me contestó, sonriendo—. Merezco eso y mucho más, porque me lo tengo ganado y pagado con interés y anticipación. Pero ¿no ve usted, señor don Gabriel—añadió, alzando la voz—, qué hendidura tan grande es esa que hay en el techo?

—Inés, si es verdad lo que me dices, dímelo otra vez y alza la voz. Quiero que lo oigan doña María, don Diego y los murciélagos.

—Calla. Por haber estado tanto tiempo sin verme, merecias..., a ver: ¿qué merecias?

—Bastante castigado estoy por los celos, por unos terribles celos que me han mordido el corazón, y me lo muerden todavía.

—¡Celos! ¿De quién?

—¿Me lo preguntas tú? De lord Gray.

—Tú has perdido el juicio—dijo con precipitación, atropellándose en sus labios frases rápidas y confusas—. ¡El lo dice...! Tal vez... Ese hombre me causará grandes pesadumbres.

—¿Tú le amas?

—Por Dios, habla bajo, disimula.

—Yo no puedo disimular. Yo no estoy, como tú, educado en esta escuela de los fingimientos. Yo no puedo decir más que la verdad.

—¿Has dicho que yo amo a lord Gray? Jamás he pensado en tal cosa.

—¡Oh! ¿Qué haré para creerlo? Bajo la autoridad de doña María has aprendido de tal modo a disfrazar los pensamientos, que hasta se ocultan a mis ojos, tan acostumbrados no sólo a leerlos, sino a adivinarlos. Ha desaparecido aquella claridad que te rodeaba y que se hacía doblemente hermosa ante mí. Ya no hablas aquella palabra divina que ningún mortal, y menos yo, podía poner en duda. Ahora, Inés, me asegurarás una cosa, me lo jurarás y..., ¿qué quieres tú?, no lo creeré. ¡Maldita sea mil veces doña María, que te ha enseñado a disimular!

—Si te alteras de ese modo, no podremos hablar—repuso con agitación, en voz baja; y luego, en voz alta, añadió—: Señor don Gabriel, estas estampas de

Dafne y Apolo, de Júpiter y Europa, son indecorosas, y hemos encargado a Sevilla una colección de santos para sustituirlas. Pero ¿qué has dicho de lord Gray?—prosiguió quedamente—. ¿Que le amo yo? ¡Oh, ese hombre me traerá alguna desgracia! No repara en nada. ¡Qué loca he sido! ¡Me encuentro comprometida! Gabriel, te suplico que olvides lo que te haya dicho lord Gray. Olvidalo; a nadie, ni a tu confesor hables de eso. Tú reconocerás que está lleno de seducciones, y que no es extraño que su fantasía acalore y agite el alma de una... Pero no hables de eso. Calla, por favor.

—¿De veras no le amas?

—No.

—¿Ama a alguna otra de esta casa?

—No sé..., calla..., no, a nadie de esta casa—respondió, turbada—. Pero ¿no merezco que me creas?

—No, casi no.

—¿Me has conocido mentirosa?

—No sé qué tiene esta casa, y todos los que la viven. Me parece que, en esta morada del disimulo y la mentira, ninguna cosa es como aparece. Mienten los que aquí moran; mienten los que aquí vienen, y hasta yo he necesitado mentir para que me admitieran. Esta atmósfera está formada de falsedad y engaño. Los corazones, oprimidos por una autoridad insoportable, necesitan desfigurarse para que se les permita vivir. Esta casa, esta familia a quien preside desde su sillón doña María como el genio de la tristeza, no es para mí. Me ahogo, y deseo huir de este sitio. Veo aquí mil misterios, y sobre todos mis sentimientos domina uno, que es el más antipático y desagradable de todos: la desconfianza. El corazón se me oprime cuando considero que tú, Inesilla, tú, me dices una cosa, me la juras, y yo no la puedo creer.

—Ten calma. Doña María no nos quita los ojos. Don Diego, tampoco. Yo me muero de pena... Pero, ¡por Dios!, señor don Gabriel—añadió en voz alta—. Un hombre que va a tomar el hábito cuando acabe la guerra no debe entusiasmarse tanto al hablar de una batalla. Cuénteme usted lo que pasó después.

Doña María, desde su trono, me interpelló pomposísimamente de esta manera:

—Pero, señor don Gabriel, que oigamos todos esas maravillas que está us-

ted contando con tanta vehemencia, con tanto ardor.

—Me contaba—dijo Inés con una naturalidad que me asombró—que en cierta ocasión, estando él en una casa del Arrabal de Zaragoza, los franceses abrieron una mina, pusieron no sé cuántos barriles de pólvora, ¿no fué así?, y luego pegaron fuego.

—¿Y luego, señor don Gabriel?

—Y luego volamos todos hasta el quinto cielo—dije yo—. Siento que usted no hubiera estado allí..., pues..., para que lo hubiera visto...

—Gracias.

Los vencejos me tomaron por su cuenta para que les explicase cómo fué aquello de mis vuelos y cabriolas por el aire, y en tanto, llegóse Inés junto al sillón de doña María, llamada por ésta; y yo, con disimulo (también aprendía), presté atención a lo que dijeron.

—Ha sido demasiado larga tu conversación con el militarcito—le dijo con desabrimiento la señora—. ¡Veinte minutos! ¡Has estado en coloquio con él durante veinte minutos!

—Señora madre—repuso Inés—, se empenó en contarme sus hazañas... Yo buscaba ocasión de poner punto; pero él, dale que dale. Me refirió siete sitios, cinco batallas y no sé cuántas escaramuzas.

«¡Cómo finge, cómo miente, cómo engaña!—exclamé para mí, lleno de rabia—. ¡La ahogaría!»

Lord Gray se juntó después con Inés, y hablaron largamente. Mi rabia, motivada por una duda cruel, era tanta, que apenas podía disimularla, hablando pestes de las Cortes ante doña María, Ostolaza y Valiente.

Avanzaba la hora, y doña María indicó con majestuosa gravedad el fin de la tertulia. Despedíme de Inés, que a hurtadillas me dijo:

—Cuidado con lo que te he encargado.

Y luego tardó en despedirse de lord Gray más de diez minutos. Por mi parte, anhelaba salir para no volver más a aquella casa, y saludando a la condesa, echéme fuera, juntándose conmigo en la escalera lord Gray, que salió poco después.

—Amigo—le dije cuando estábamos en la calle—, en todas partes es usted el favorecido de las damas.

No se dignó contestarme. Iba con la cabeza inclinada, fruncido el ceño y mudo como una estatua. Repetidas veces me esforcé por hacerle hablar; pero sus labios no articularon una sílaba, y sólo en la calle Ancha, al despedirse de mí, me dijo sobriamente:

—El amigo que sorprende un secreto mío y usa de él sin mi licencia no es mi amigo. ¿Usted me conoce?

—Un poco.

—Pues suelo reñir con los amigos.

—Antes de reñir nosotros, ¿quiere usted acabar de perfeccionarme en la esgrima?

—Con mucho gusto. Adiós.

XII

Pasaron días, muchos días. Tan pronto deseaba yo volver a casa de Rumbler, como hacía intención de no poner más los pies en aquella casa, porque me repugnaban los artificios que hacían de las tertulias una completa representación de teatro. Durante algún tiempo no vi a lord Gray ni en la Isla ni en Cádiz, y cuando pregunté por él en su casa, el criado me negó su entrada, diciéndome que su amo no quería recibir a nadie.

Ocurrió esto el día de la bomba. ¿Saben ustedes lo que quiero decir? Pues me refiero a un día memorable, porque en él cayó sobre Cádiz, y junto a la torre de Tavira, la primera bomba que arrojaron contra la plaza los franceses. Ha de saberse que aquel proyectil, como los que le siguieron en el mismo mes, tuvo la singular gracia de no reventar; así es que lo que venía a producir dolor, llanto y muertes, produjo risas y burlas. Los muchachos sacaron de la bomba el plomo que contenía, y se le repartían, llevándolo a todos lados de la ciudad. Entonces usaban las mujeres un peinado en forma de sacacorchos, cuyas enortijadas guedejas se sostenían con plomo, y de esta moda y de las bombas francesas que proveían a las muchachas de un artículo de tocador, nació el famosísimo cantar:

Con las bombas que tiran
los fanfarrones,
hacen las gaditanas
tirabuzones.

Pues, como decía, el día de la bomba, después de tocar inútilmente a la puerta del noble inglés, llevóme el Destino segunda vez a casa de la señora doña María, disponiéndose las cosas de modo que cuando allá me encaminaba tropezase con el señor don Diego, el cual me habló así:

—¿Vienes de casa de lord Gray? Dicen que está con la morriña. Nadie le ve por ninguna parte. Por fin, he conseguido de mi madre que no le reciba más en casa.

—¿Por qué?

—Porque es muy aficionado a las muchachas, y no me gusta verle hablar con mi novia. Mamá no quería; pero me planté, chico. «O lord Gray o yo», dije, y no hubo más remedio.

—Según eso, le han puesto en la puerta de la calle.

—Con cortesanía y disimulo. Mi mamá ha dicho que, hallándose un poco enferma, suspende por ahora las tertulias.

—¿Y no salen?

—A misa van las cuatro los domingos muy temprano. Pero puedes ir a casa cuando gustes. Mamá te aprecia y siempre está preguntando por ti. Ahora, precisamente, te ruego vengas conmigo para servirme de testigo.

—¿De testigo?

—Sí. Mi mamá quiere castigarme porque le han dicho que me vieron ayer en un café. Es verdad que estaba; pero yo lo he negado, y para dar más fuerza a mis argumentos he dicho: «Pregúntele usted al señor don Gabriel, y como no diga que estuvimos juntos viendo sacar agua de la noria...»

—Pues vamos allá.

Entramos, pues, y en la reja del patio el criado nos dijo que la señora doña María había salido.

—¡Viva la libertad! —exclamó don Diego haciendo un par de cabriolas—. Gabriel, estamos solos. Hermanillas, alegrémonos y regocijémonos.

La chillona algazara que desde los aposentos vino a mis oídos indicóme que las hembras estaban libres también de la ominosa esclavitud. Cuando entramos en la estancia de don Diego, al punto se nos presentó don Paco, aturdido, sofocado, balbuciente, con unas disciplinas en la mano, el vestido menos puesto en orden que de ordinario y ostentando

algunas desgredaduras en lo alto de su peluquín.

—Señorito don Diego—gritó con furia semejante a la de esos perrillos que ladrar mucho sin que jamás el transeúnte se detenga a mirarlos—, la señora mandó que no saliese usted de casa. Se lo diré cuando venga.

El condesito tomó un palo que frontero a la cama y en lugar medio oculto tenía, y esgrimiéndolo de un modo alarmante, gritó:

—Canalla, pedantón... Si dices una palabra... no te dejaré un hueso en su lugar.

—Esto no puede tolerarse—dijo don Paco, no ya enfurecido, sino lloroso—. ¡Dios eterno, y Tú, Virgen Santísima del Caríen, tened compasión de mí! Este niño y sus hermanas van a quitarme los pocos días que me restan de vida. Si les permito hacer su gusto, la señora me riñe, y más quisiera ver al sol apagado que a la señora colérica. Si quiero sujetarlos, palos, rasguños, arañazos, tijeretazos y otros mil martirios espantosos... Pues sí, señor don Dieguito..., se lo diré a la señora; ya no puedo aguantar más... ¡Pues si yo contara lo de las salidas por las noches! Yo no puedo acallar la voz de mi conciencia que me grita: «¡Malvado! ¡Servidor desleal! ¡Traidor!...» No; se lo diré a la señora, se lo diré al ama, y, entre tanto, orden, silencio, abediencia, todo el mundo a su sitio.

Don Diego, ciego de enojo, enarboló el palo, y a compás con los movimientos de su brazo, que apuntaban impiamente a las costillas del pobre ayo, iba diciendo:

—Orden, silencio, obediencia.

Tuve que interponerme para que no acabara con el desdichado preceptor, que, aun vapuleado de aquel modo, tenía la prudencia de no gritar, porque la vecindad no se enterase, y con voz sofocada decía llorando:

—¡Que me mata este caribe! ¡Favor, señor don Gabriel, favor!

Huyó don Paco por el pasillo adelante buscando refugio, y siguiendo tras él, dimos los tres en una gran pieza, desde la cual se pasaba a otra con espaciosa reja a la calle, donde vimos el espectáculo de la más horrenda anarquía que pueden ofrecer en el interior de una honesta casa las demasías de la libertad.

Asunción, Presentación, Inés, las tres estaban allí libres, sueltas, en posesión completa de sus gracias, donaires, iniciativa y travesura. Pero antes de decirlo lo que hacían aquellos pajaritos aprisionados a quienes se permitía por un momento dar vueltas holgadamente en la jaula, voy a indicaros cómo era ésta.

Varias cestas de labores y algunos bastidores de bordados indicaban que allí tenía la señora condesa el taller de educación y trabajo de sus niñas. Una pequeña, pero anchísima silla, de fondo hundido por el peso constante de corpulenta humanidad, denotaba el lugar de la presidencia. También había una mesilla con libros, al parecer devotos, y en las paredes no cabían ya más estampas y láminas bordadas, entre las cuales descollaba una variada serie de perritos con el rabo tieso y los ojos de cuentas negras.

Un pequeño altar ostentaba mil figuras de bulto y realce, alternando con estampas, que sin duda habían pertenecido a libros, y en la delantera algunos pares de candelabros de plata antigua sostenían velas de picada y filigranada cera, vestidas con papelitos, festones y otros primores de tijera. Pomposos ramos de flores de trapo, que a cien mil leguas declaraban haber sido hechos por manos de monjas, completaban el ajuar del altarejo, juntamente con pequeñísimos objetos de plomo, representando sagrados adminículos, tales como cálices y custodias, lámparas y misales. Estos juguetes los hacían entonces los veloneros para los niños buenos y que no lloraban.

Vi asimismo objetos de un orden enteramente distinto, es decir, trajes hermosísimos de mujer, arrojados en desorden por el suelo, y también esconfietas, moños, lazos, abanicos, quirotecas, zapatillas de raso y luengos encajes de aquellos finísimos y hereditarios, que eran como los diamantes, orgullo y riqueza de las familias. Los bordados, las cestas de costura, rellenas de telas blancas de indiana y cotonía, pertenecían a Presentación; los libros, el altar con todo lo que en él había de místico e infantil era de Asunción; y los lujosos trajes y adornos eran de Inés, que los había bajado para que los viesan sus primas. Vestían las tres conforme a lo que

entonces el vulgo, no menos galicista que ahora, llamaba un *savillé*. Con semejante traje, que era, por exigirlo la moda, lo absolutamente necesario para que las lindas personas no anduvieran desnudas, ni la madre más tolerante y descuidada habría permitido que se presentasen delante de un hombre, aunque fuese pariente cercano. Estaban las tres, como digo, graciosísimas y sin comparación más guapas que en las tertulias. La libertad, permitiéndoles una alegre y bulliciosa agitación, había impreso en sus mejillas frescos y risueños colores, y sus lenguas charlatanas llenaban con dulce y picotera música el ámbito de la estancia. La voz de Inés apenas se oía.

Os diré lo que hacían, y esto es reservado, reservadísimo, pues si doña María supiese que ojos humanos habían visto a sus niñas en tales arreos, y que orejas de varón habían oído cantar seguidillas o una de ellas reventara de pesadumbre, o se sepultaría para siempre, antes avergonzada que muerta, en el sarcófago de sus mayores. Pero seamos indiscretos y contemos lo que vimos, ocultos en la estancia inmediata y sin ser vistos por ellas. Inés en quien primeramente se fijaron mis ojos desde la puerta, estaba en la reja, como en acecho, mirando ora a la calle, ora adentro, sin duda para dar la voz de alarma en cuanto el pomposo perfil y los temidos espejuelos de doña María volviesen la esquina de la calle Ancha. Le oí decir claramente:

—No seáis locas..., que va a venir.

Presentación, la más pequeña de las dos hermanas, estaba en medio de la pieza. ¿Creerán ustedes que rezando, cosiendo u ocupada en algún otro grave menester? Nada de eso, pues no estaba sino bailando; sí, señores, bailando. ¡Y qué zorongó, qué zapateo tan hechicero! Quedéme absorto al ver cómo aquella criatura había aprendido a mover caderas, piernas y brazos con tanta sal y arte tan divino cual las más graciosas majas de Triana. Agitada por la danza, chasqueando los dedos para imitar el ruido de las castañuelas, su voccecita sonora y dulce decía con lánguida y soñolienta música:

Toma, niña, esta naranja
que he cogido de mi huerto;
no la partas con cuchillo
que está mi corazón dentro

Asunción, que era la mayor, de una hermosura menos picante y graciosa que su hermana, pero más acabada, más seria; digámoslo así, en una palabra: mucho más hermosa, se había puesto algunas de las joyas y preseas de Inés. Cogió una gran rosa de papel de las que adornaban el altar, y púsose la orgulloosamente en el moño; tomó después tres varas de aquellos encajes finísimos de Brujas de tan sutil urdimbre, que parecen hechos por moscas o arañas, pálidos ya y amarilleados por el tiempo, y agitándolos en sus manos, los echó hacia arriba, dejándolos caer sobre su cabeza y hombros, con tanta, con tantísima gracia, señores, cual si toda su vida hubiese estado midiendo en las tardes de primavera las baldosas de la calle Ancha, plaza de San Antonio y alameda del Carmen.

Yo estaba asombrado contemplando tales transformaciones, y me sorprendía su extraordinaria belleza, cuando la vi realzada con los atractivos que el arte presta tan hábilmente a la hermosura. ¡Y qué bien sabía ella aplicarlos a su persona! ¡Qué singular talento el suyo para poner cada objeto en el sitio donde debía estar, y donde las leyes más rigurosas de la estética querían y mandaban que estuviese!

Después de rodear su cabeza con las blondas, colgóse en las orejitas los más hermosos pendientes que creo han salido de manos de artífice platero. Luego estuvo mirándose un rato en el vidrio que cubría cierta estampa del Purgatorio, llena toda de ánimas, diablos, llamas, culebrones, sapos, cocodrilos, ruedas, sartenes, peroles, etc., y contempló allí su imagen confusa, por no haber en la estancia espejo ni vidrio azogado que hiciese sus veces. Después volvió la cabeza para verse la caída de faldas por detrás; tomó un abanico; dió el meneo a las varillas, que chillaron desarrollando un vasto paisaje poblado de amorcitos, y echándose aire con él, comenzó a pasear por la habitación, riéndose de sí misma y de la risa que a las otras dos causaba.

Viendo tal profanación, escándalo y desacato, penetró el insigne don Paco en la pieza, diciendo:

—¿Qué alboroto es éste? Asuncioncita, Presentacioncita; todo se lo contaré a mamá cuando venga, todo, todito.

Presentación cesó de cantar, y tomando al preceptor por un brazo, le dijo:

—Señor don Paquito mío, si no le dices nada a mamá, te doy un beso.

Y en el acto se lo dió en sus secas y arrugadas mejillas.

—A mí no se me seduce con besitos, niñas—repuso el viejo, vacilando entre el rigor y la tolerancia—. Cada una a su puesto, a leer, a coser. Asuncioncita de todos los demonios, ¿qué descargo es ése?

—Calle usted, so bruto—dijo Asunción con muchísima sal.

—Si es un animal—añadió Presentación, dándole un sopapo con su suave manecita.

—Más respeto a mis canas, niñas—manifestó, afligido, el anciano—. Si no fuera porque las he visto nacer, porque las he criado a mis pechos, porque las he cantado el rorro...

Presentación, haciendo gestos de delicada urbanidad, remedando a una persona que durante el paseo encuentra en la calle a un conocido, paróse ante don Paco, hizo una graciosa reverencia, y le dijo:

—¡Oh señor don Prótocolo! ¿Usted por aquí? ¿Cómo está la señora doña Circumspecta? ¿Va usted al baile del barón de Simiringande? ¿Qué dice hoy la *Gaceta* de Pilquisburgo?...

—¡Eh..., eh!...—chilló don Paco, queriendo contener la risa que le embobaba—. Miren la mocosa como habla, haciéndose la señora mayor. Buena pieza tenemos en casa. ¡Qué escándalo, qué profanidad! ¿De dónde habrá sacado esta niña tales picardías?

Y luego, insistiendo ella en llevar adelante el chistoso papel que estaba desempeñando, llegóse a Inés, que también se moría de risa, y le dijo:

—¡Hola, madama! ¿Cómo la porta bu?... ¿Ha visto bu a la condesa? ¡Qué magnífico ha estado el concierto y la ópera de Mitrídates! ¡Oh madama!..., andiamo atocare il forte piano... Aquí viene il maestro señor don Paquitini... Tan, tarala, tan, tin, tan.

Y se puso a bailar un minueto.

—Vaya—declaró don Paco, echándose las de benévolo, pero afectando mucha seriedad—, les perdono lo que ha pasado si se acaba este jaleo y va cada una a su puesto. La señora viene.

Inés continuaba en la reja atisbando afuera, y también a ratos decía:

—¡Que va a llegar!

Presentación volvió a cantar, y luego dijo:

—Paquito de mi alma, si bailas conmigo te doy otro beso.

Y sin esperar respuesta del anciano, le tomó por los brazos, haciéndole dar rápidas vueltas.

—¡Que me atonta, que me mata esta condenada!—exclamaba el maestro, describiendo curvas sin poder defenderse ni soltarse.

—¡Ay Paquito de mi alma y de mi vida, cuánto te quiero!—decía Presentación.

El preceptor, abandonado de los ágiles brazos de su pareja, cayó al suelo, pidiendo al Cielo justicia: la muchacha le enredó una flor entre las blancas gudejas de su peluca de ala de pichón, y dijo así:

—Toma, amor mío, esta flor en memoria de lo que te quiero.

Quiso levantarse, y empujado por Asunción, cayó al suelo. Quiso tirar de él Presentación, y quedóse con un pedazo de solapa en la mano. Levantóse al fin y persiguiéndole las dos con risas y festejos, trató una de ellas de darle un latigazo con una varita de sacudir telas; mas lo hizo con tan mala suerte que, dando un cachiporrazo al altar, toda la máquina de santos, velas y juguetes se vino al suelo con estrépito. Mientras acudían a remediar el desperfecto, don Paco estaba, en tierra, de rodillas, con los brazos en cruz, la mirada fija en el techo, y con voz compungida y entrecortada, mientras gruesos lagrimones lustraban sus mejillas, clamaba:

—¡Señor omnipotente y misericordioso, que estas agonías sean en descargo de mis pecados! Mucho padeciste en la cruz; pero ¿y esto. Señor, esto no es cruz, esto no son clavos? ¿Estas no son espinas? ¿Estos no son bofetones y hiel y vinagre? Castigo es éste del gran pecado que cometí ocultando a mi señora las travesuras de estas niñas, y las mil picardías que han aprendido sin que nadie se las enseñe; pero por la lanzada que te dieron, Señor, juro que seré leal y fiel con mi querida ama, y que no he de ocultarle ni tanto así de lo que pasa.

Don Diego y yo, que habíamos permanecido observando aquel espectáculo sin ser vistos, quisimos entrar; pero vimos que Inés se apartó vivamente de la

reja, y en el mismo instante pasó por la calle una figura, una sombra, en quien reconocimos a lord Gray. Apenas habíamos tenido tiempo de reconocerle, cuando un objeto, entrando por la reja, vino a caer en medio de la sala. Al punto se abalanzó hacia el pequeño bulto don Paco, y observándolo y recogiéndolo, dijo:

—Una cartita, ¿eh? La ha arrojado un hombre.

Inés, que se acercó de nuevo a la reja, exclamó con terror:

—¡Doña María, doña María viene ya!

XIII

Quedáronse muertas, petrificadas; pero con presteza extraordinaria las tres empezaron a ordenar los objetos, para que cada cosa estuviera en su sitio. Arreglaron el altar atropelladamente, depojóse la una de los atavíos que se había puesto, compuso la otra su vestido en desorden; pero por más prisa que se daban, tales era la confusión y desconcierto, producidos allí por la anarquía, que no había medio de volverlo todo a su primitivo estado. Don Diego me dijo, al ver que las muchachas iban a ser sorprendidas antes de poder borrar las huellas de su rebelión:

—Amigo, huyamos.

—¿Adónde?

—A la Patagonia, a las antípodas ¿No adivinas tú lo que va a pasar aquí?

—Quedémonos, amigo, y tal vez hagamos una buena obra defendiendo a estas infelices, si el preceptor las delata.

—¿Viste que pasó un hombre y arrojó dentro un billete?

—Era lord Gray. Veamos 'en qué para esto.

—Pero mi madre viene, y si te ve aquí en acecho...

Ni esta consideración me hizo apartar de la estancia que nos servía de observatorio; pero, afortunadamente, doña María no entró por allí, y pasando primero a su alcoba, penetró por ésta a la funesta habitación donde ocurriera el sainete que iba a terminar en tragedia. Nosotros nos pusimos en disposición de poder oírlo todo sin ser vistos, aunque también sin ver nada. Sepulcral silencio reinó por breve tiempo en la pieza,

y, al fin, interrumpiéndole la condesa, diciendo con la mayor severidad:

—¿Qué desorden es éste? Inés, Asunción, Presentación..., ese altar destruido, estos vestidos por el suelo... Niñas ¿por qué estáis tan sofocadas, por qué tenéis tan encendido el rostro?... Tembláis... Vamos a ver, señor don Paco: ¿qué ha pasado aquí?... Pero ¿qué veo? Señor don Paco, señor preceptor, ¿por qué tiene usted destruida la ropa?... Pues ¿y ese gran cardenal en el carrillo? ...¿Ha estado usted quitando telarañas con la peluca?

—Se..., se..., señora doña María de mi alma—dijo el ayo con voz trémula y cierto hipo producido por su gran zozobra y la lucha que diversos sentimientos sostenían sin duda en su pobre alma—, yo no puedo callar más... Mi conciencia no me lo permite. Yo... hace cuarenta años que co... co... como el pan de esta casa... y no puedo...

No pudiendo seguir, prorrumpió en llanto copiosísimo.

—Pero ¿a qué vienen esos lloros?... ¿Qué han hecho las niñas?

—Señora—dijo, al fin, don Paco entre sollozos, hipidos y babeos—, me han pegado, me han arrastrado, me han... Asuncioncita se puso a imitar a la gente de los paseos; Presentacioncita bailó el zorongo, el bran de Inglaterra y la zarabanda... Luego pasó por la calle un caballero, miró adentro y les arrojó este billete.

Hubo un momento de silencio, de esos silencios angustiosos como el que precede al cañonazo, después que se ha visto la mecha próxima al cebo. Durante aquel intervalo de mudo terror, que desde la escena donde tal drama pasaba se comunicó a nosotros, haciéndonos temblar como quien aguarda un terremoto, se sintieron los tenues chasquidos de un papel que se desdobra, y luego una exclamación de sorpresa, asombro o no sé si de fiereza inaudita que salió del tempestuoso seno de doña María.

—Esta letra es de lord Gray...—exclamó—. ¡Qué desvergonzado atrevimiento! ¿A quién de vosotros se dirige la carta? Dice: «Idolatrado amor mío: Si tus promesas no son vanas...» ¡Pero una persona como yo no puede leer tales indecencias!... ¿A quién de vosotras dirige lord Gray esta esquela?

Continuó el silencio, uno de esos si-

lencios que parecen anunciar el desplome del mundo.

—Presentación, ¿es a ti? Asunción, ¿es a ti? Inés, ¿es a ti? Responded al momento. ¡Señor misericordioso! ¡Si alguna de mis hijas, si alguien nacido de mis entrañas ha dado motivo para que un hombre le dirija estas palabras, prefiero que muera ahora mismo y yo detrás, antes que tolerar tal deshonra!

La imprecación retumbó en la sala como una voz de los pasados siglos que clamaba en defensa de cien generaciones ultrajadas. Oyéronse luego llantos comprimidos y el resoplido de don Paco, que así desahogaba los ardores de su corazón, inflamado ya por nobles impulsos de generosidad.

—Señora—dijo, moqueando y babeando—, perdone usía a las niñas. Eso no habrá sido nada. Tal vez un tuno que pasó por la calle. Ellas se han estado muy calladitas.

—Se me figura—dijo doña María sin perder la dignidad de su cólera—que no tendré que hacer grandes averiguaciones para saber quién ha motivado esta amorosa epístola. Tú, Inés, tú has sido. Hace tiempo que sospechaba esto...

Nuevo silencio.

—Responde—prosiguió doña María—. Yo tengo derecho a saber en qué emplea su tiempo la que va a casarse con mi hijo.

Entonces oí la voz de Inés, que claramente y no muy turbada respondía:

—Sí, señora doña María. Lord Gray escribió para mí. Perdóneme usted.

—¡De modo que tú!...

—Yo no tengo culpa... Lord Gray...

—Te ha trastornado el juicio—dijo doña María—. ¡Bonita y ejemplar conducta de una niña de tu condición, que representa una de las más principales casas de España! ¡Inés, vuelve en ti, por Dios; repara quién eres! ¿Es posible que una joven destinada al matrimonio...? Observo que es tu natural de suyo apegado a las mundanidades. Ya supieron lo que se hacían destinándote a ser casada y a ocupar alto puesto en la corte; que si por artes del demonio hubiéranse consagrado al claustro o a un decoroso celibato..., ¡pobre criatura! Tiemblo de pensarlo.

Mi ansiedad y zozobra no me permitieron reflexionar sobre las peregrinas ideas de doña María.

—No has sido tú educada por mí—prosiguió ésta—, que de haberlo sido... otra sería tu conducta.

—Señora madre—dijo Asunción, llorando—. Inés no volverá a faltar más.

—Calla tú, necia. Después os ajustaré a vosotras dos las cuentas, pues dijo don Paco que habíais bailado y cantado.

—No, señora; no ha habido nada de baile ni canto: fué broma mía—exclamó muy sofocado el pobre preceptor, cuyo espíritu se afligía con los crueles alardes de justicia de su señora.

—Y ¿para qué has bajado estas ropas?—preguntó la condesa a Inés.

—Para que ellas las vieran. Las subiré, señora, y no las volveré a bajar más—repuso Inés con humildad.

—¡Qué fundamento de niña! ¿No conoces que si a ti te cuadran estos trapos y adornos, a ellas ni aun debe permitírseles el mirarlos? Tu conducta no puede ser más contraria al decoro.

—Señora doña María—balbució don Paco—, permítame usía decirle que la señora doña Inesita en lo íntimo de su corazón deplora el disgusto que le ha dado. ¿No es verdad, señora doña Inesita? Vaya, señora doña María, perdón al canto, y todo se acabó.

—No se meta usted en lo que no le importa, señor don Paco—manifestó la condesa—. Y tú, Inés, ten entendido que serás perdonada si las cosas no siguen adelante. Y no digo más sobre el particular. Ya saben ustedes que soy benévola hasta la exageración, tolerante hasta la debilidad. Cíerrense esas rejas al punto, y vamos a trabajar y a rezar... Inés, te lo repito, respira tranquilamente. Con tal que no vuelva a repetirse...

Oyéronse voces de las muchachas, que, si no alegría y completa bonanza, indicaban que el temporal iba pasando.

Don Diego me dijo:

—Vámonos, no sea que mi madre quiera salir por aquí y nos sorprenda.

Nos apartamos de allí.

—¿Qué te parece lo que hemos oído?

—Una infamia, una alevosía, un crimen sin ejemplo—dec'aré sin poder frenar la cólera que me dominaba.

—¿Qué te parece la Inesita?... Buena pieza, en verdad.

—Ese inglés de los demonios, ese monstruo que nos ha enviado aquí la Gran Bretaña es el ser más odioso, más abominable que existe en la Tierra. Por mí

parte, digo que le aborrezco, que le aborrezco; que sin piedad lo mataría, que me bebería su sangre... Adiós, me voy.

—¿Te vas?

—Sí; no quiero estar más en esta casa.

—Pero, hombre, tú estás tonto. ¡Si te he traído aquí para que me ampares! ¿Tú no sabes que ahora mi señora madre, después que ponga fin a la justicia de allá, ha de venir a emprenderla conmigo por la escapatoria de ayer tarde? ¿Olvidas, hombre ligero y frívolo, que has de atestiguar que me viste ayer ocupado en ver dar vueltas a la noria?

—No quiero farsas, ni falsos testimonios, ni tengo para qué ver a doña María... Adiós.

—Hombre cruel, detente. Mi madre sale.

En efecto: en el corredor atrapóme la señora condesa, la cual, después de mostrarse sorprendida, y no muy agradablemente con mi presencia, me saludó, obligándome a pasar a la sala.

—¿Estabas aquí?—preguntó a su hijo.

—Sí, señora; Gabriel y yo estábamos en mi cuarto leyendo unos libros de aritmética, y él me enseñaba a encontrar la quinta parte por un medio nuevo; y como ayer, cuando estuvimos viendo dar vueltas a la noria, yo aposté a que no podía ser tal cosa, vino hoy a demostrármelo.

—¿Conque estuvieron ustedes ayer tarde en la noria?

—Sí, señora; dando vueltas a la noria..., quiero decir, viendo...

—Es un entretenimiento inofensivo...

—Sí, señora...; e instructivo.

—Propio de jóvenes de cabeza sentada—dijo doña María—. Sin embargo, he oído que a la noria va mucha gente de mal vivir.

—No, señora; de ninguna manera. Canónigos, militares de coronel para arriba, señores mayores, frailes...

—Mi hijo es algo distraído y por eso temo... Pronto será libre y dueño de sus acciones, porque en los asuntos de un hombre casado, sobre todo si está en cierta posición, no deben entremeterse las madres.

—Exactamente. Y ¿cuándo se casa don Diego?

—Ya no hay día seguro—respondió doña María con firmeza.

—Y en verdad, señor don Diego—dije

yo volviéndome hacia mi amigo—, que se lleva usted la más hermosa niña que hay en todo Cádiz.

—Lo que es eso...—dijo la condesa con afectación—, mi hijo puede estar satisfecho de la suerte que le ha cabido en su elección, mejor dicho, en nuestra elección, pues nosotras lo hemos arreglado todo para que nada falte a esa niña. Posee hasta las sutiles cualidades de ingenio y amabilidad que la harán uno de los más bellos adornos de la Corte, cuando la haya. Y no se diga que a una joven mayorazga, destinada a casarse con otro mayorazgo, se la debe sujetar y comprimir para que ni hable ni trate con personas de mundo. Eso, no; sería ridículo; nada hay más contrario a la alteza y sonoridad de ciertas familias que verlas representadas en la Corte por una damisela encogida, vergonzosa, que se asusta de la gente y no sabe decir más que «buenas tardes» y «buenas noches».

—Pues maldita la gracia que me hace—dijo don Diego con desabrimiento—ver a mi novia muy amartelada con lord Gray en este salón.

Doña María se puso encendida.

—Este joven—dije yo—no eleva su entendimiento hasta los altos principios de la educación castiza. ¿Pues acaso su mujer va a ser monja? A las que son criadas para monjas o solteras, bueno que se les enseñe a no levantar los ojos del suelo; pero a las que van a casarse y a ser grandes señoras... Pero, hombre, ¿está usted loco? Mi amigo es un necio, un caviloso, señora. ¿Apostamos a que por estas y otras imaginaciones ridículas va a dar en la flor de decir que no se casa?

—¡Cómo!—exclamó la dama—. Mi hijo no será capaz de tal simpleza.

—Sí, señora; sí seré capaz—dijo don Diego sin poder contener el ímpetu de sus celos.

—¡Diego, hijo mío!

—Sí, señora; lo que dice Gabriel es verdad. No quiero casarme, al menos hasta ver...

—No puede darse necedad mayor—dije—. Porque lord Gray haya conseguido con su buena postura, sus finos modales, su talento...

—Mi hijo no me dará tan gran pesadumbre...

La condesa, por hallarse en presen-

cia de un extraño, no soltó la ira que a borbotones quería escapársele del pecho al ver en su hijo la obstinada genialidad que amenazaba echar por tierra todos sus proyectos; mas conociendo yo que aquel volcán necesitaba cumplido desahogo por el cráter de la boca y quizá por el de las manos, juzgué prudente retirarme.

—¿Se marcha usted?—me dijo—. ¡Ya! Una persona discreta no puede sopor-tar las bachillerías y antojos de este inconsiderado niño.

—Señora—repuse—, don Diego es un niño obediente y hará lo que su madre le mande. Beso a usted los pies.

Quiso don Diego salir conmigo; pero la condesa le detuvo, diciendo con enojo:

—Caballerito, tenemos que hablar.

Yo anhelaba respirar fuera de aquella casa.

XIV

Al encontrarme en la calle miré a las rejas y las vi cerradas. Atormentado por el recuerdo de lo que había visto y oído, revolviendo en mi cabeza pensamientos de venganza, proyectos de barbarie y no sé qué ideas impías y locas, dije para mí:

«Ya no me queda duda. Mataré a ese maldito inglés.»

En las mil alternativas y vicisitudes de mi vida, bajé, subí, caí y levantéme; creí tocar con mis manos fatigadas el fondo de aquel mar de la borrascosa desventura, donde transcurrió mi niñez, y fuerzas ignoradas me sacaron de nuevo a la superficie; luché y padecí, deseé la muerte y amé la vida; grandes vaivenes y sacudidas experimenté; pero cuando subía, y bajaba, y luchaba, y vivía, y moría, jamás dejé de percibir aquella luz, encendida ante la desgracia; lejana estrella a quien consideraba como expresión de lo divino y sobrenatural que hay en la existencia. Pero ya la luz se había apagado, y volviendo los ojos en derredor, yo no veía sino espantosas oscuridades. Lo que yo creía perfecto, ya no lo era; lo que yo juzgué mío, tampoco era mío; y pensando en esto, no cesaba de exclamar:

—Mataré a ese condenado lord Gray. Ahora comprendo la satisfacción de matar a un hombre.

Turbado por los celos, mi corazón, que

hasta entonces había como florecido, despidiendo un sentimiento apacible y dulce, cual el de la religión, ardía ahora con apasionado centelleo, y lo que había amado, por extraordinaria contradicción, más digno de ser amado le parecía. Sentía ansia de destrucción, y mi amor propio, mi orgullo herido, clamaban al Cielo haciendo a toda la creación solidaria de mi agravio. Yo creía que el Universo entero estaba ofendido, y que el cielo y tierra respiraban anhelo de venganza. Crucé varias calles, repitiendo:

—Mataré a ese inglés, le mataré.

Al volver una esquina creí distinguirle y apresuré el paso. Sí, era él. Dios me lo ponía delante. Le vi de espaldas y corrí; mas cuando estaba junto a él y antes que me viera, pensé que no era prudente precipitar un hecho que debía tener justificación completa. Procurando serenarme, dije para mí:

«Tengo la seguridad de sorprenderle dentro de casa. Entre tanto, espere-mos.»

Le toqué en el hombro, y él, al volverse, me miró impasible, sin mostrar ni alegría ni desagrado.

—Lord Gray—le dije—, ha tiempo que estoy esperando la última lección de esgrima.

—Hoy no tengo humor para lecciones.

—La necesitare pronto.

—¿Va usted a batirse? ¡Qué felicidad! ¡Hoy tengo yo un humor...! De-seo atravesar a cualquiera.

—Yo también, lord Gray.

—Amigo mío, proporcióneme usted un hombre con quien romperme el alma.

—¿Tiene usted esplín?

—Horroroso.

—Y yo. Los españoles también solemos padecer de esta enfermedad.

—Es muy raro. En buena ocasión me ha salido usted hoy al encuentro.

—¿Por qué?

—Porque tenía una mala tentación. Estaba en lo más negro de la negrura del esplín, y pasó por mí la idea de pegarme un tiro o de arrojarme de cabeza al mar.

—Todo por un amor desgraciado. Cuénteme usted eso y le daré buenos consejos.

—No me hacen falta. Yo me entiendo solo.

—Yo conozco a la mujer que le trae a usted a tan lastimoso estado.

—Usted no conoce nada. Dejemos esa cuestión y no hablemos más de ella.

Aquella vez, como otras muchas, lord Gray esquivaba tratar el asunto.

—¿Conque quiere usted que le dé una lección?—me dijo después.

—Sí; pero tal, que con ella aprenda de una vez todo lo que encierra el noble arte de la esgrima, porque, milord, tengo que matar a uno.

—Es cosa fácil. Le matará usted.

—¿Vamos a casa de milord?

—No, vamos al ventorrillo de Poenco. Beberemos un poco. Y ¿cuándo mata usted a ese hombre?

—Cuando tenga la certeza de su alevosía. Hasta hoy tengo indicios que casi son datos evidentes, de los cuales resultan sospechas que casi son la misma certidumbre. Pero necesito más, porque mi alma, crédula hasta lo sumo, forja sutilezas y escrúpulos. La pícara quiere prolongar su felicidad.

El calló y yo también. Silenciosamente llegamos a Puerta de Tierra.

Había en casa del señor Poenco gran remesa de majas y gente del bronce, y las coplas picantes con el guitarra y las palmadas formaban estrepitosa música dentro y fuera de la casa.

—Entremos—me dijo lord Gray—. Esta graciosa canalla y sus costumbres me cautivan. Poenco, llévanos al cuarto de adentro.

—Aquí viene lo güeno—clamó Poenco—. Desapartarse todo el mundo. Abran calle, calle. señores...; espejen, que pasa su majestad miloro.

—Muchachos, ¡viva miloro y las Cortes de la Isla!—gritó el tío Lombrijón, levantándose de su asiento y saludándonos, sombrero en mano, con aquel garbo majestuoso que es tan propio de gente andaluza—. Y en celebración del santo del día, que es la santísima libertad de la Imprenta, señó Poenco, suelte usted la espita, y que corra un mar de manzanilla. Todo lo que beba miloro y la compañía lo pago yo, que aquí está un caballero pa otro caballero.

El tío Lombrijón era un viejo robusto y poderoso, de voz bronca y gestos gallardos y caballerescos. Era traficante en vinos y gozaba opinión de hombre rico, así como de gran galanteador y mujeriego, a pesar de la madurez de sus años.

Lord Gray le dió las gracias, pero sin

imitarle ni en el tono ni en los movimientos, diferenciándose en esto de la mayor parte de los ingleses que visitan las Andalucías, los cuales tienen empeño en hablar y vestir como la gente del país.

—Oigasté, tío Lombrijón—dijo otro a quien llamaban Vejarruco, y que era joven y curtidor en el puerto—: A mí no me falta ningún hombre nació.

—¿Por qué lo dices, camaraiya, y en qué te he faltado?—dijo Lombrijón.

—Bien lo sabes, camaraiya—repuso Vejarruco—. En que asina que vi venir a miloro y la compañía, dije al señor Poenco: «Lo que beba miloro y la compañía corre de mi cuenta, que aquí hay un caballero pa otro caballero.»

—¡Zorongo!—gritó Lombrijón—. Pero di, Vejarruco: ¿eso es conmigo?

—¡Cachirulo!, contigo es.

—Estira más esa estampa, que no te veo bien.

—Alarga el jocico pa que te tome el molde de él.

—¡Carambita! ¿Usted no sabe que cuando me pica un mosquito le desmondongo al momento?

—¡Sonsoniche! ¿Usted no sabe que cuando le pego un pezco a un hombre tiene que pedir prestaos dientes y muelas pa comer?

—Basta ya, que se me van regolvien-do los sentidos garrofales—dijo Lombrijón—. Señores, empiecen a cantar el *requieternam* por ese probesito Vejarruco.

—Alentaíto está el viejo.

—Pues allá va la lezna.

Lombrijón se llevó la mano al cinturón en ademán de sacar la navaja, y todos los presentes, principalmente las mujeres, empezaron a gritar.

—Señores, no tiemblen—indicó Vejarruco.

—No se batirán—me dijo lord Gray—. Todos los días hacen lo mismo y después no hay nada.

—No he traído el escarbador de dientes—dijo Lombrijón, encontrándose sin armas.

—Pues ni yo tampoco—añadió Vejarruco.

—Camaraiya, por eso no ha de quedar. Usted está amarillo. Señores, cuando eché mano al cinturón me relucieron las uñas y pensé que era jlerro.

—¡Zorongo! Camará, usté ha escon-

dido la lezna para que no haya compromiso.

—Tú te la habrás metido en el garguero.

—Yo no la traigo por humaniá—repuso Vejarruco—, porque como tengo esta mano tan pesá se necesita mucha pruencia pa no matar ca momento.

—Vaya, déjenlo, para después—dijo Poenco—, y a beber.

—Lo que hace por mí, no tengo prisa... Si Vejarruco se quiere confesar antes que le endiñe...

—Lo que es por mí..., cuando Lombrijón quiera el pasaporte para la *seculorum*, se lo daré.

—Pelillos a la mar—dijo Poenco—, y pos que los dos han de morir, mueran amigos.

—No hay por qué ofenderse, compárito. ¿Usted se ha ofendido?—preguntó Lombrijón a su antagonista.

—¡Cachirulo! Yo, no; ¿y usted?

—Tampoco.

—Pues vengan esos cinco mandamientos.

—Allá van, y vivan las Cortes y viva miloro.

—Para cortar la cuestión—dijo lord Gray—, yo pagaré a todo el mundo. Poenco, sírvenos.

Las majas que allí había obsequiaron a lord Gray con sonrisas y dichos graciosos; pero el inglés no tenía humor de bromas.

—¿Ha venido María de las Nieves?—preguntó a una.

—Pesaito está con María de las Nieves. ¿Nosotras somos aljofifas?

—Si miloro va esta noche a mi casa—dijo en voz baja otra, que era, si no me engaño, Pepa Higadillos—, verá lo bueno. Mi mario ha ido a comprar burros y me divierto pa matar la soleá.

—Adonde irá miloro esta noche es a mi casa—indicó otra que era ya matrona—. A mi casa va toda la sal del mundo; y si miloro quiere poner un par de pesetas a un caballo, no tengo comeniente... Mi casa es muy principal.

Lord Gray se apartó con hastío de aquella gente, y entramos en un cuarto, donde el tabernero recibía tan sólo a cierta clase de personas; y la mesa junto a la cual nos sentamos vióse al punto cubierta del rico tributo de aquellas viñas costaneras que no tuvieron ni tienen igual en el mundo.

XV

—Hoy voy a beber mucho—me dijo el inglés—. Si Dios no hubiera hecho a Jerez, ¡cuán imperfecta sería su obra! ¿En qué día lo hizo? Yo creo que debió de ser el séptimo, antes del descanso; pues ¿cómo había de descansar tranquilo, si antes no rematara su obra?

—Así debió de ser.

—No; me parece que fué en el célebre día, cuando dijo: «Hágase la luz», porque esto es luz, amigo mío, y quien dice la luz, dice el entendimiento.

—Señó miloro—dijo Poenco, acercándose a mi amigo para hablarle con oficioso sigilo—, María de las Nieves está ya loquita por bucencia. Se hizo todo, y ya tiene su payolón, sus zarcillos y su basquiñán. Si no hay nada que resista a ese jociquito rubio, y como bucencia siga aquí nos vamos a quedar sin donceyas.

—Poenco—dijo lord Gray—, déjame en paz con tus doncellas y lárgate de aquí si no quieres que te rompa una botella en la cara.

—Pues najencia, me voy. No se enfade mi niño. Yo soy hombre discreto. Pero sabe bucencia que ofrecí dos duros a la tía Higadillos, que llevó el pañolón, cétera, cétera.

Lor Gray sacó dos duros y los tiró al suelo, sin mirar al tabernero, quien tomándolos tuvo a bien dejarnos solos.

—Amigo—me dijo el inglés—, ya no me queda nada por ver en las negras profundidades del vicio. Todo lo que se ve allá abajo es repugnante. Lo único que vale algo es este vivífico licor, que no engaña jamás, como proceda de buenas cepas. Su generoso fuego, encendiendo llamas de inteligencia en nuestra mente, nos sutaliza elevándonos sobre la vulgar superficie en que vivimos.

Lord Gray bebía con arte y elegancia, idealizando el vicio como Anacreonte. Yo bebía también, inducido por él, y por primera vez en la vida sentía afán de adormecimiento, de olvido, de modificación en las ideas, que impulsa en sus incontinencias a los buenos bebedores ingleses.

Resonó un cañonazo en el fondo de la bahía.

—Los franceses arrecian el bombardeo—dije, asomándome al ventanillo.

—Y al son de esta música, los clérigos y los abogados de las Cortes se ocupan en demoler a España para levantar otra nueva. Están borrachos.

—Me parece que los borrachos son otros, milord.

—Quieren que haya igualdad. Muy bien. Lombrijón y Vejarruco serán ministros.

—Si viene la igualdad y se acaba la religión, ¿quién le impedirá a usted casarse con una española?—dije, regresando junto a la mesa.

—Yo quiero que me lo impidan.

—¿Para qué?

—Para arrancarla de las garras que la sujetan, para romper las barreras que la religión y la nacionalidad ponen entre ella y yo, para reírme en las barbas de doce obispos y de cien nobles finchados, para derribar a puntapiés ocho conventos y hacer burla de la gloriosa historia de diecisiete siglos y restablecer el estado primitivo.

Decía esto en plena efervescencia, y no pude menos de reírme de él.

—Hermoso país es España—continuó—. Esa canalla de las Cortes lo va a echar a perder. Huí de Inglaterra para que mis paisanos no me rompieran los oídos con sus chillidos en el Parlamento, con sus pregones del precio del algodón y de la harina, y aquí encontré las mayores delicias, porque no hay fábricas, ni fabricantes panzudos, sino graciosos majos; ni polizontes estirados, sino chusquísimos ladrones y contrabandistas; porque no hay boxeadores, sino toreros; porque no hay generales de academia, sino guerrilleros; porque no hay fondas, sino conventos llenos de poesía, y en vez de lores secos y amojamados por la etiqueta, estos nobles que van a las tabernas a emborracharse con las majas; y en vez de filósofos pedantes, frailes pacíficos que no hacen nada; y en vez de amarga cerveza, vino, que es fuego y luz, y sobrenatural espíritu... ¡Oh amigo! Yo debí nacer en España. Si yo hubiera nacido bajo este sol, habría sido guerrillero hoy y mendigo mañana; fraile al amanecer y torero por la tarde; majo y sacristán de conventos de monjas, abate y petimetre, contrabandista y salteador de caminos... España es el país de la naturaleza desnuda, de las pasiones exaltadas, de los sentimientos enérgicos, del bien y el mal

suelos y libres de los privilegios que traen las luchas de la guerra continua del nunca descansar... Amo todas esas fortalezas que ha ido levantando la Historia para tener yo el placer de escalarlas; amo los caracteres tenaces y testarudos para contrariarlos; amo los peligros, para acometerlos; amo lo imposible, para reírme de la lógica, facilitándolo; amo todo lo que es inaccesible y abrupto en el orden moral, para vencerlo; amo las tempestades todas, para lanzarme en ellas, impelido por la curiosidad de ver si salgo sano y salvo de sus tremendos remolinos; gusto de que me digan: «De aquí no pasarás», para contestar: «Pasaré.»

Yo sentía inusitado ardor en mi cabeza, y la sangre se me inflamaba dentro de las venas. Oyendo a lord Gray, sentíme inclinado a abatir su estupendo orgullo, y con altanería le dije:

—Pues no, no pasará usted.

—¡Pues pasaré!—me contestó.

—Yo amo lo recto, lo justo, lo verdadero, y detesto los locos absurdos y las intenciones soberbias. Allí donde veo un orgulloso, le humillo; allí donde veo un ladrón, le mato; allí donde veo un intruso, le arrojo fuera.

—Amigo—me dijo el inglés—, me parece que a usted se le van los humos de la manzanilla a la cabeza. Yo le digo como Lombrijón a Vejarruco: «Camaraíya, ¿eso que ha dicho es conmigo?»

—Con usted.

—¿No somos amigos?

—No; ni somos ni podemos ser amigos—grité con la exaltación de la embriaguez—. ¡Lord Gray, le odio a usted!

—Otro traguito—dijo el inglés con socarronería—. Hoy está usted bravo. Antes de beber habló de matar a un hombre.

—Sí, sí... Y ese hombre es usted.

—¿Por qué he de morir, amigo?

—Porque quiero, lord Gray; ahora mismo. Elija usted sitio y armas.

—¿Armas? Un vaso de Pedro Jiménez. Me levanté fuera de mí y así una silla con resolución hostil; pero lord Gray permaneció tan impasible, tan indiferente a mi cólera, y al mismo tiempo tan sereno y risueño, que me sentí sin bríos para descargarle el golpe.

—Despacio. Nos batiremos luego—dijo, rompiendo a reír con expansiva jovialidad—. Ahora voy a declarar la causa de

ese repentino enfado y anhelo de matarme. ¡Pobrecito de mí!

—¿Cuál es?

—Cuestión de faldas. Una supuesta rivalidad, señor don Gabriel.

—Dígalo usted todo de una vez—exclamé sintiendo que se redoblaba mi coraje.

—Usted está celoso y ofendido porque supone que le he quitado su dama.

No le contesté.

—Pues no hay nada de eso, amigo mío. Respire usted tranquilo las auras del amor. Me parece haberle oído decir a Poenco que anda usted a caza de esa Mariquilla, que no de las Nieves, sino de los Fuegos debería llamarse. A usted le han dicho que yo..., pues, diré como Poenco..., «cétera, cétera». Amigo mío, cierto es que me gusta esa muchacha; pero basta que un camaraiya haya puesto los ojos en ella para que yo no intente seguir adelante. Esto se llama generosidad. No es el primer caso que se encuentra en mi vida. En celebración de paz, acabemos esta botella.

Al frenesí que antes había yo sentido sucedió tal entorpecimiento y oscuridad de mis facultades intelectuales, que no supe qué responder a lord Gray, ni realmente le respondí nada.

—Pero, amigo mío—prosiguió él, menos afectado que yo por la bebida—, hemos sabido que a Mariquilla de las Nieves la corteja... ¡Cortejar!, hermosa palabra que no tiene igual en ningún idioma... Pues decía que la corteja un guapo de Jerez que se me figura más afortunado que nosotros. Sin duda, ése es el que usted quiere matar.

—¡A ése, a ése!—dije, sintiendo que se me despejaban un tanto los aposentos altos.

—Cuenta usted conmigo. Currito Báez, que así llaman al jerezano, es un necio presumido y matasiete que con todo el mundo arma camorra. Deseo tener cuestión con él. Le provocaremos.

—¡Le provocaremos, señor; le provocaremos!

—Le mataremos delante de toda la gente del bronce, para que vean cómo sucumbe un tonto a manos de un caballero... Pero no sabía que estuviera usted enamorado. ¿Desde cuándo?

—Desde hace mucho, mucho tiempo—respondí, viendo cómo daba vueltas la

habitación delante de mis ojos—. Éramos niños; ella y yo estábamos abandonados y solos en el mundo. La desgracia nos impelió a compadecernos, y compadeciéndonos, sin saber cómo, nos amamos. Padecimos juntos grandes desventuras, y fiando en Dios y en nuestro amor, vencimos inmensos peligros. Llegué a considerarla como indisolublemente unida a mí por superior destino, y mi corazón, fortalecido por una fe sin límites, no padeció en mucho tiempo los martirios de celos, desconfianzas, temores ni amorosos sobresaltos.

—Hombre, eso es extraordinario. ¡Y todo por María de las Nieves!...

—Pero todo se acabó, amigo mío. El mundo se me ha caído en cima. ¿No lo ve usted, no lo ve usted caer a pedazos sobre mi cabeza? ¿No ve usted estas montañas que me machacan los sesos? Mi cerebro hecho trizas salta en piltrafas mil, y salpicando se esparce por las paredes..., aquí..., allí..., más allá. ¿No lo ve usted?

—Ya lo creo...—repuso lord Gray, rematando una botella.

—El mundo se me cayó encima. Se apagó el sol... ¿No lo ve usted, hombre; no advierte las horribles tinieblas que nos rodean? Todo se oscureció, cielo y tierra, y el sol y la luna cayeron como ascuas de un cigarro... Ella y yo nos separamos; leguas y más leguas, días y días y más días se pusieron entre nosotros; yo alargaba los brazos ansiando tocarla con mis manos; pero mis manos no tocaban sino el vacío. Ella subió y yo me quedé donde estaba. Yo miraba y no veía nada... Estaba escondida. «¿Dónde?», dirá usted... Dentro de mi cerebro. Yo me metía las manos en la cabeza y escarbaba allí dentro; pero no la podía coger. Era una burbuja, una partícula, un átomo bullicioso y movable que me atormentaba en sueños y despierto. Quise olvidarla y no pude. De noche cruzaba los brazos y decía: «Aquí la tengo; nadie me la quitará...» Cuando me dijeron que me había olvidado yo no lo quería creer. Salí a la calle, y todo el mundo se reía de mí. ¡Espantosa noche! Escupí al cielo y le dejé sombrío... Me metí la mano en el pecho, saqué el corazón, lo estrujé como una naranja y se lo arrojé a los perros.

—¡Qué inmenso e ideal amor!—exclamó lord Gray—. Y todo eso por Mari-

quilla de las Nieves... Beba usted esa copa.

—Supe que amaba a otro—añadí, sintiendo que mi cerebro despedía una lumbré vagorosa y desparramada, llama de alcohol que trazaba mil figuras en el espacio con sus lenguas azules—. ¡Amaba a otro! Una noche se me apareció. Iba del brazo con su nuevo amante. Pasaron por delante de mí y no me miraron. Yo me levanté, y tomando la espada herí en el vacío, y en el vacío surgió un manantial de sangre. La vi que se llegaba hacia mí pidiéndome perdón. La manga de su vestido tocó mi rostro, y me quemó. ¿Ve usted la quemadura, la ve usted?

—Sí, la veo, la veo. ¡Y todo esto por María de las Nieves!... Hombre, es gracioso. A ver a qué sabe este Montilla.

—Yo quiero matar a ese hombre, o que él me mate a mí.

—No; a él, a él. ¡Pobre Currito Báez!

—Lo mataré, lo mataré, sí—clamaba yo con furor, poniendo mi puño cerrado en el pecho de lord Gary—. ¿No siente usted cómo baila el mundo bajo nuestros pies? El mar entra por esa ventana. Ahoguémonos juntos y todo concluirá.

—¿Ahogarme? No—dijo el inglés—. Yo también amo.

A pesar de mi lastimoso estado intelectual, presté atención vivísima a sus palabras.

—Yo también amo—prosiguió—. Mi amor es secreto, misterioso y oculto como las perlas, que además de estar dentro de una concha, yacen en el fondo del mar. No tengo celos de nadie, porque su corazón es todo mío. No tengo celos más que de la publicidad; odio de muerte a todo el que descubra y propale mi secreto. Antes me arrancaré la lengua que pronunciar su nombre delante de otra persona. Su nombre, su casa, su familia, todo es misterioso. Yo me deslizo en la oscuridad, en la oscuridad profunda que no proyecta sombra alguna, y abro mis brazos para recibirla, y los cuerpos se confunden en el negro espacio. Bullen átomos de luz, como estos que ahora nos rodean, y en las puntas de nuestros cabellos palpita, con galvánica fuerza, embriagadora sensibilidad. ¿No percibe usted estas ondas que vienen del cielo; no siente usted cómo se abre la tierra y despide cien mil

vidas nuevas, creadas en esta corola donde estamos, y en cuyos bordes nos movemos a impulsos de la suave y embalsamada brisa?

—¡Sí, lo veo, lo veo!—respondí, llevando el vaso a mis labios.

—Amigo mío, Dios hizo perfectamente al amasar este barro del mundo. Habría sido lástima que no lo hiciera. La materia vivificada por el amor es, sin duda, lo mejor que existe después del espíritu. Yo adoro el Universo lleno de luz, pintado con lindos colores, sombreado por amorosas opacidades que cubre el discreto amor; yo adoro la Naturaleza, que todo lo hizo hermoso, detesto a los hombres corruptores del elemento donde habitan, como ensucian los sapos la laguna. Mi alma se arroja fuera de este lodazal y busca los aires puros; huye de las infectas madrigueras de la civilización, abiertas en fango pestilente, y se baña en los rayos de oro que cruzan los espacios. Olvidaba decir a usted que para hacer más encantadora mi aventura, la historia, es decir, diecisiete siglos de guerra, de tratados, de privilegios, de tiranía, de fanatismo religioso, se oponen a que sea mía. Necesito demoler las torres del orgullo, abatir los alcázares del fanatismo, burlarme de la fatuidad de cien familias que cifran su orgullo en descender de un rey asesino, don Enrique Segundo, y de una reina liviana, doña Urraca de Castilla; apalea cien frailes, azota cien dueñas, profana la casa llena de pintorreados blasones, y hasta el mismo templo lleno de sepulcros, si la refugian en él.

—¿La va usted a robar, milord?—pregunté en un instante de rápida lucidez.

—Sí; la robaré y me la llevaré a Malta, donde tengo un palacio. He pedido un barco a Inglaterra.

Sentí súbito estremecimiento, como si mi conturbada naturaleza hiciera un esfuerzo colosal para recobrar su perdido aliento.

—Lord Gray—dije—, somos amigos. Soy discreto. Yo le ayudaré a usted en esa empresa, que no será fácil, por desgracia.

—No lo será...; veremos—repuso exaltado, después de beber con ardiente anhelo—. Yo le ayudaré a usted a matar a Currito Báez.

—Sí, lo mataré, así tuviera mil vidas. Pero permítame usted que le pague su

auxilio, ofreciéndole el mío para robar a esa mujer y burlarnos de diecisiete siglos de guerras, de tratados, de privilegios, de fanatismo, de religión, de tiranía.

—¡Bien, amigo Gabriel; venga esa mano! ¡Viva lo imposible! El placer de acometer es el único placer real.

—Yo quiero estar en los secretos de usted, milord.

—Lo estará usted.

—Yo mataré a mi hombre.

—Y pronto. Venga esa mano.

—Ahí va.

—Ahora bajemos—dijo lord Gray en el apogeo de su delirio.

—¿Adónde?

—Al mundo.

—El mundo se ha hecho pedazos, no existe—dije yo.

—Lo compondremos. Una vez se me rompió en mil pedazos un vaso etrusco que compré en Nápoles. Yo recogí los trozos uno a uno, y los pegué perfectamente... ¡Oh amada mía! ¿Dónde estás que no te veo? Este perfume de flores, esta música me anuncian que no está lejos. Señor de Araceli, ¿no la oye usted?

—Sí, una música encantadora—respondí; y era verdad que creí oírla.

—Ella viene envuelta en la nube que la rodea. ¿No advierte usted la deslumbradora claridad que entra en la estancia?

—Sí, la veo.

—Mi amada viene, señor de Araceli; ya entra; aquí está.

Miré a la puerta y la vi; era ella misma rodeada de una luz dorada y pálida como la manzanilla y el jerez que habíamos bebido. Quise levantarme, pero mi cuerpo se hizo de plomo; mi cabeza pesó más que una montaña, y cayó entre mis brazos, sobre la mesa, perdiendo de súbito toda noción de existencia.

XVI

Al recobrarla lenta y oscura, la voz del señor Poenco fué el accidente que me dio a conocer que había mundo. Lord Gray había desaparecido. Reconocíme y me encontré estúpido; pero la vergüenza motivada por el recuerdo de mi envilecimiento vino más tarde. ¡Y qué ver-

güenza aquélla, señores! Mucho tiempo tardé en perdonarme.

Pero echemos un velo, como dicen los historiadores, sobre el infausto suceso de mi embriaguez, y sigamos el cuento.

Desde tal día, el servicio en la Cortadura y en Matagorda me entretuvo algún tiempo, y no me fueron posibles aquellas visitas, ya tristísimas, ya alegres, que a Cádiz hacía; pero al fin, como el asedio no era penoso, disfruté de algún vagar, y un día púseme en camino de la calle Ancha, con intento de resolver allí qué dirección tomar.

En tiempos normales era la calle Ancha el sitio donde se reunía la caterva de mentirosos, desocupados, noveleros y toda la gente curiosa, alegre y holgazana. Allí iban también de paseo a la hora del mediodía en invierno y por las tardes en verano las damas a la moda y los petimetres, abates y enamorados, ocurriendo con esto mil lances y escenas de que nos ha dejado retrato muy vivo don Juan del Castillo en sus saínetes urbanos, no menos graciosos y verdaderos que los populares y consagrados a la majeza.

Pero en 1811, y después que las Cortes se trasladaron a Cádiz, la calle Ancha, además de un paseo público, era, si se me permite el símil, el corazón de España. Allí se conocían, antes que en ninguna parte, los sucesos de la guerra, las batallas ganadas o perdidas, los proyectos legislativos, los decretos del Gobierno legítimo y las disposiciones del intruso; la política toda, desde la más grande a la más menuda, y lo que después se ha llamado chismes políticos, marejada política, mar de fondo y cabildeos. Conocíanse asimismo los cambios de empleados y el movimiento de aquella Administración que con su enorme balumba de Consejo, Secretarías, Contadurías, Real sello, Juntas superiores, Superintendencia, Real giro, Real estampilla, Renovación de vales, Medios arbitrios, etc., se refugió en Cádiz después de la invasión de las Andalucías, Cádiz reventaba de oficinas y estaba atestada de legajos.

Además la calle Ancha obtenía la primacía en la edición y propaganda de los diferentes impresos y manuscritos con que entonces se apacentaba la opinión; y lo mismo las rencillas de los literatos, que las discordias de los polí-

ticos; lo mismo los epigramas, que las diatribas, que los vejámenes, que las caricaturas, allí salieron por primera vez a la copiosa luz de la publicidad. En la calle Ancha se recitaban, pasando de boca en boca, los malignos versos de Arriaza, y las biliosas diatribas de Capmany contra Quintana.

Allí aparecieron arrebatados de una a otra mano los primeros números de aquellos periodiquitos tan inocentes, mariposas nacidas al tibio calor de la libertad de la Imprenta en su crepúsculo matutino; aquellos que se llamaron *El Revisor Político*, *El Telégrafo Americano*, *El Conciso*, *La Gaceta de la Regencia*, *El Robespierre Español*, *El Amigo de las Leyes*, *El Censor General*, *El Diario de la Tarde*, *La Abeja Española*, *El Duende de los Cafés* y *El Procurador General de la Nación y del Rey*, algunos absolutistas y enemigos de las reformas; los más, liberales y defensores de las nuevas leyes.

Allí se trabaron las primeras disputas, de las cuales hicieron luego escandalosa síntesis los autores, respectivamente, de los dos célebres libros *Diccionario manual* y *Diccionario crítico burlesco*, ambos signos claros de la gran reyerta y cachetina que en el resto del siglo se había de armar entre los dos fanatismos que ha tiempo vienen luchando y lucharán por largo espacio todavía.

En la calle Ancha, en suma, se congregaba todo el patriotismo con todo el fanatismo de los tiempos; allí la inocencia de aquella edad, allí su bullicioso deseo de novedades, allí la voluble petulancia española con el heroico espíritu, la franqueza, el donaire, la fanfarronada, y también la virtud modesta y callada. Tenía la calle Ancha mucho de lo que llamamos salón de conferencias, de lo que hoy es Bolsa, Bolsín, Ateneo, Círculo, Tertulia. Era también un club.

Cualquiera que entonces entrase en ella por las calles de la Verónica o Novena y la atravesase en dirección a la plaza de San Antonio, habríase creído transportado a la capital de un pueblo en pleno goce del más acabado bienestar, y aun de la paz más completa, si no mostrara otra cosa la multitud de uniformes militares tan varios como alegres, que abundantemente se veían. Gastaban las damas gaditanas ostentoso lu-

jo, no sólo por hacer alarde de tranquilidad ante las amenazas de los franceses, sino porque era Cádiz entonces ciudad de gran riqueza, guardadora de los tesoros de ambas Indias. Casi todos los petimetres y la juventud florida en masa, lo mismo de la aristocracia que del alto comercio, se habían alistado en los diferentes cuerpos de voluntarios que en febrero de 1810 se formaron; y como en tales cuerpos ha dominado siempre por lo común la vanidad de lucir uniformes y arreos de gran golpe de vista, aquello fué una bendición de Dios para el lucimiento de sastres y costureras, y los milicianos de Cádiz estaban que ni pintados.

Debo advertir que se portaron bien y con verdadero espíritu militar en todo lo muy difícil y arriesgado que durante el sitio se les confió; pero su principal triunfo estaba en la calle Ancha, entre muchachas solteras, casadas y viuditas.

Llamábanse unos los *guacamayos*, por haber elegido el color de grana para su uniforme, y éstos formaban cuatro batallones de línea. Menos vistoso y deslumbrador era el vestido de los dos batallones de ligeros, a quienes llamaron *cananeos*, por usar cananas en vez de cartucheras. Otros, por haber aplicado profusamente a sus personas el color verde, fueron designados con el nombre de *lechuguinos*, si bien hay quien atribuye este apodo a la circunstancia de pertenecer los tales *lechuguinos* a los barrios de Puerta de Tierra y extramuros, donde se crían lechugas. Con los mozos de cuerda y trabajadores formóse un regimiento de artillería; y como eligieran para decorarse el morado, el rojo y el verde en episcopal combinación, fueron llamados los *obispos*, y no hubo quien les quitara el nombre durante todo el transcurso de la guerra. Otros que militaron en la infantería y eran modestísimos en estatura y traje fueron designados con el mote de *perejiles*, y a las personas graves que habían formado una milicia urbana y exornádose con un levitón negro y cuello encarnado, se les tituló los *pavos*. Todos llevaban nombre contrahecho, y hasta el cuerpo que se formó con los desertores polacos no pudo llamarse nunca de los *polacos*, sino de las *polacras*.

Todo este inmenso, variado y pinto-

resco personal de *guacamayos*, *cananeos*, *obispos*, *perejiles* y *pavos* discurría por la calle Ancha y plaza de San Antonio, llamada entonces *Golfo de las damas*, en las horas que dejaba libres el servicio, menos penoso y arriesgado allí que en Zaragoza. Formaban los variados uniformes, a los cuales se añadían los nuestros y los de los ingleses, la más animada y alegre mezcolanza que puede ofrecerse a la vista; y como las señoras no llevaban sus guardapiés y faldellinas de luto, sino, por el contrario, de los más brillantes rasos blancos, amarillos o rosa, con mantillas quier blancas, quier negras y cintas embleáticas, y cucardas patrióticas a falta de flores, juzguese de cuán bonita sería aquella calle Ancha, la cual como calle, y aun desierta y abandonada por el alegre gentío, es, con solo el adorno de sus lindas casas, de sus balcones siempre pintados y de sus mil vidrios, lo más bonito que existe en ciudades del Mediodía.

Desde que llegué hube de encontrar muchos amigos, y comenzó el preguntar y responder de esta manera:

—¿Qué dice hoy *El Diario Mercantil*?

—Llama ladrones a todos los amigos de las reformas, y dice que llegará día en que el obispo de Orense ponga un grillete al pie a los picaros que le encausaron por no querer jurar.

—Pues para ser enemigo de la libertad de la imprenta, *El Diario Mercantil* no se muerde la lengua.

—¡Pero qué bien le contesta hoy *El Conciso*! Le dice que «los matacandelas de toda luz de la razón no quisieran que alumbrase al mundo más luz que la de las hogueras inquisitoriales».

—Peor los trata *El Robespierre Español*, que dice: «El antiguo edificio romanesco-gótico moruno de las preocupaciones caerá, y quedaránse a la luna de Valencia tanto vampiro, cábaro y lechuzo como...

lámparas mata y aceite chupa.»

—Pero veamos qué dice *El Conciso*.

Y sacaron un diminuto papel, húmedo aún, como recién salido de la prensa, el cual era una especie de suplemento, hijuela y lugarteniente de *El Conciso* grande, y en su lenguaje figuraba un niño que venía a contarle a su papá lo que ocurría por las Cortes.

—*El Conciso* dice: «Después del señor Argüelles, que habló con tanta elocuencia como de costumbre, antojósele a Ostalaza dar al viento el repiqueteo de su voz clueca y becerril, y entre las risas de las tribunas y el alborozó del paraíso defendió a los uñilargos y panzirrellenos que viven del arcaboba de la Iglesia».

—Hombre, los trata con demasiada benevolencia.

—Ellos nos llaman a nosotros *herejes* y *calabazones*.

—¡Si no se puede sufrir a esa canalla! Hay que poner una horca en el Golfo de las Damas para colgar serviles, empezando por los de capilla y acabando por los de faldón.

—Deje usted que nos sacudamos a Soult, y los cananeos dejaremos a España como una balsa de aceite. ¿Y qué se sabe del lord?

—Va sobre Badajoz.

—Massena viene en retirada desde Portugal.

—Los franceses han abandonado a Campomayor.

—Pronto se unirá Castaños a Wellington.

—Señora doña Flora de Cisniega, tenga usted buenos días.

—Felices, señores *guacamayos*. Lord Gray, felices, y usted, señor de Araceli, téngalos muy buenos, aunque no sea sino por lo caro que se vende.

Al mismo tiempo que doña Flora, se presento ante mi lord Gray. Háblome la dama con cierto sonsonete reprobivo que me hizo mucha gracia. Recibía al mismo tiempo plácemes y finezas de todos los del corrillo, y cortesía va, cortesía viene, la rodeamos, llevándola calle adelante como en procesión, con cola de cortesanos.

—Señores—dijo doña Flora—, la libertad de la Imprenta es cosa que ha de darnos muchas jaquecas. ¿No han visto ustedes cómo se atreve *El Revisor Político* a ocuparse de mis tertulias, y de si van o no van a ellas filósofos y jacobinos? ¿Pues acaso entra en mi casa persona que no sea digna del mayor respeto? No se han atrevido esos picaros diaristas a nombrarme; pero hartos se conoce a quién va dirigido el dardo.

—Señora—dijo un *guacamayo*—, la libertad de la Imprenta, según dijo Argüelles en las Cortes, allí donde tiene

el veneno tiene también la triaca. Pues ellos se andan con alusioncitas, devolvámoselas, y no pequeñas como nueces, sino gordas como calabazas; y no rellenas de plomo frío cual las bombas de Villantroys, sino de fuego y metralla cual las nuestras.

—¿Qué quiere decir eso, amiguito?

—Que a nuestra disposición tenemos *El Robespierre Español*, *El Duende de los Cafés* y el pícaro *Concisin*, que se encargarán de poner cual no digan dueñas a los apagacandelas.

—La alusión, señora doña Flora—dijo un obispo—, ha salido, sin duda, de la tertulia de Paquita Larrea, la esposa del señor Bohl de Faber.

—¿Qué más que escribir una sátira de la tal tertulia con mucha sal y pimienta, retratando a todos los que van a ella, y mandarla al *Robespierre* para que la estampe?—añadió un pavo.

—No quiero que se diga que la sátira se ha fraguado en mi casa—dijo doña Flora—. En paz con todo el mundo es mi mote; y si a mis tertulias van tantas personas honradas y discretas es por pasar el tiempo cultamente y no para enredos e intriguillas.

—Es preciso defender la libertad hasta en las tertulias—dijo un obispo, o un lechuguino, que esto no lo recuerdo bien.

—En las trincheras es mejor—repuso doña Flora—. No quiero reñir con Paquita Larrea, que si ella recibe a los Valientes, Ostolazas, Tenreyros, a los Morros y Borulles, yo tengo el gusto de que vayan a mi casa los Argüelles, Torrenos y Quintanas, y no porque los haya escogido en el haz de los que llaman liberales, sino porque casualmente concordaron en ideas.

—No nos prive usted del placer de hacer una letrilla al menos en honor de los tertulios de la Larrea—dijo un perejil.

—No, señor perejil—repuso ella—; reprima usted sus bríos liberales, que ya voy viendo que la dichosa libertad de la Imprenta es un azote de Dios y un castigo de nuestros pecados, como dice el señor Congosto.

Debo indicar que doña Francisca Larrea, esposa del entendido y digno alemán Bohl de Faber, era mujer de mucho entendimiento, escritora, lo mismo que su marido, a quien eran muy familiares los primores de la lengua caste-

llana. De este matrimonio nació Cecilia Bohl, a quien debemos las mejores y más bellas pinturas de las costumbres de Andalucía, novelista sin igual y de fama tan grande como merecida dentro y fuera de España (1).

Luego que la nube de *guacamayos*, *cananeos* y demás tropa voluntaria descargó el nublado de sus adulaciones y cortesías, doña Flora, aprovechando un claro de la conversación me dijo:

—¡Muy bien, señor don Gabriel! ¡Días y más días sin pasar por casa! Después de aquella tremenda y borrascosa escena con don Pedro, pocas veces has ido por allá. Y que no quedó poco comprometido mi honor...

—Señora, francamente, temo que el señor don Pedro me ensarte con su gran espadón, porque de que está celoso como un turco no me queda duda alguna. Su señoría el gran cruzado va a tomar una venganza terrible por el grandísimo agravio que le hice.

Conté a lord Gray en breves palabras lo ocurrido.

—No temas nada—dijo doña Flora—. Ahora te agradeceré que vayas a casa a llevar a la señora condesa un recadito que me importa mucho.

—Con mil amores. Pero ¿está allí don Pedro?

—¡Qué ha de estar!

—Respiro.

—Pues bien. Corres a casa al momento y dices a Amaranta que si quiere ver a Inés, y aun hablarle, vaya a las Cortes. Ella tiene cédula para la tribuna.

—¡Qué dice usted!—exclamé con asombro.

—¡Que Inés está en las Cortes!

—Sí, se han plantado en San Felipe las tres niñas beatas. ¿Qué te parece? Hace un rato volvía yo de la secretaría de Consolidación y Contaduría general, en la plazuela de San Agustín, y me las encontré con don Paco. Díjome el buen preceptor que las pobrecitas hacía dos semanas que estaban suplicando a la señora doña María que las dejase salir a dar un paseillo por la muralla; y por último, parece que los muchos ruegos y continuas lamentaciones ablandaron la roca de las terquedades de la condesa, que permitió a sus tres cautivas esparcirse un poco en el día de hoy.

(1) Fernán Caballero.

durante hora y media. Bajo la tutela de don Paco, en quien tiene confianza sin límites la señora, dejólas ésta salir, después de vestirlas a lo monjil, en tales modos, que parece van pidiendo para la *Archicofradía de los Clavos y Sagradas Espinas de Hermanas Siervitas con voto de pobreza*. Dióles orden expresa de pasearse desde la Aduana hasta el baluarte de la Candelaria, yendo y viniendo tres veces, sin que por causa alguna infringiesen esta premática paseantil, ni traspasasen la línea indicada, ni menos se internasen en las calles de Cádiz, por donde, desde que tenemos Cortes, discurren, como dice el señor Tenreiro, todos los pecados y vicios en endemoniada procesión... Pero ¿qué hacen mis niñas? Verás. En cuanto llegaron a la calle del Baluarte amotináronse, empeñándose en que don Paco les había de llevar a las Cortes, porque tenían gran curiosidad, sed devoradora de ver tan bonito espectáculo; gruñó el pobre preceptor, chillaron ellas, se aferró él al programa que le trazara su ama, rebeláronse las chicas, negándose a ir a la muralla y luego le acribillaron a pellizcos y alfilerazos. Presentación propuso a las otras dos arrojar a don Paco al mar, y después le quitaron el sombrero para guardarlo en rehenes y privarle de tan útil prenda, si no las llevaba al Congreso nacional. Una de ellas tenía una papeleta de tribuna, que, sin duda, algún galán travieso le dió con el fin que puede suponerse. Antaño los galanes, cuando no podían comunicarse con sus amadas, las citaban en las iglesias, donde la religiosa oscuridad protegía el trasiego de las cartitas, el apretón de manos u otro desahogo de peor especie, mientras los padres, embobados, contemplaban las llamaradas del cuadro de Animas del Purgatorio. Hoy, cuando no puede haber reja ni correo, los amantes se suelen citar en la tribuna de las Cortes. Es ésta una invención donosísima, ¿no es verdad, lord Gray? Sin duda está muy en boga en los Parlamentos de Inglaterra, y ahora nos la introducen en España para mejoramiento de las costumbres.

Lord Gray, que había prestado escasa atención a lo que doña Flora nos contaba, repuso con malicia:

—Señora mía, deme usted licencia para retirarme, porque tengo una ocupa-

ción, un quehacer imprescindible no lejos de aquí.

—Sí, vaya usted, vaya usted. Ahora deben estar en la discusión de los señorios jurisdiccionales. Mucho ruido, mucho barullo en las tribunas. Usted entrará en la de los diplomáticos, que está mano a mano con la de señoras. Corra usted, adiós.

Dejóme lord Gray en las garras de doña Flora, la cual continuó así:

—El pobre don Paco se defendió hasta que no pudo más. ¡Pobre señor! No tuvo más remedio que bajar la cabeza ante el número y llevarlas a las Cortes. Cuando le encontré y me contó el lance, iba el pobre tan carientristecido cual si le llevaran a ajusticiar, y me dijo: «¡Ay de mí, si doña María llega a saber esto!... ¡Malditas sean las Cortes y el perro que las inventó!»

—¿Estarán todavía allá?

—Sí, corre a avisárselo a la condesa. La pobrecita hace tiempo que está arando la tierra por ver a Inés dentro o fuera de su cárcel, y no puede conseguirlo, pues a ella no la admiten allá, y se pasan meses y meses sin que se les permita dar un paseo con el ayo. Conque ve a decírselo, y tú mismo la acompañarás a San Felipe. No tardes, hijo, y en seguida a casa derechito, que tengo que hablarte. ¿Comerás hoy con nosotros?

Me despedí con gran precipitación de doña Flora, dejándola en poder de los *guacamayos*, y me alejé de allí; pero en vez de correr hacia la calle de la Verónica, mi curiosidad, mi pasión y un afán invencible me impulsaron hacia la plaza de San Felipe, olvidando a Amaranta y a doña Flora, fija el alma y la vida toda en las tres muchachas, en don Paco, en lord Gray, en las Cortes, en los diputados y en la discusión sobre señorios jurisdiccionales.

XVII

Llegué, y en la plazoleta que hay a la entrada de la iglesia, entonces convertida en Congreso, había, como de costumbre, gran gentío. Extendí con avidez la vista por la multitud de caras que allí se confundían, y no vi ninguna de las que buscaba. Pensando que estarían todos arriba traspasé la puertecilla que conducía a la escalera de las tri-

bunas; pero en el vestíbulo, o más bien pasadizo, la gente que bajaba, tropezando con la que quería subir, formaba remolinos y marejada. Pugnaba yo por entrar cuando vi cerca de mí a Presentación, que, estrujada por espaldas y hombros muy robustos, mostraba gran aflicción y pesadumbre por haberse metido en tal fregado. Las otras dos y don Paco no estaban allí.

Al punto acudí a sacarla de apreturas, y al reconocermela se alegró mucho y me dió las gracias.

—¿Dónde están las otras dos y don Paco?—le pregunté.

—¡Ay!, no sé...—replicó con zozobra—. Entre el gentío, Inés y Asunción se separaron de mí. Después las vimos con lord Gray en el fondo de este pasadizo. Don Paco fué tras ellas, y a ninguno veo.

—Pues avancemos—dije, resguardándola con mis brazos—. Ya parecerán.

Despejóse algo el local con la salida de una fuerte masa de gente, cansada de oír discursos, y entonces vi venir a don Paco, como que bajaba de la escalera de las tribunas reservadas.

—No están—decía el pobre viejo con la mayor ansiedad—. Asuncioncita e Inesita han desaparecido. Deben de haber salido otra vez a la calle. Lord Gray se juntó con ellas. ¡Dios mío! ¿Qué nueva tribulación es ésta? Señor de Araceli, ¿las ha visto usted?

—Subamos, que arriba han de estar.

—Que no están. ¡En buena nos han metido!... El Santo Angel de la Guardia me acompañe. Estas niñas me harán condenar, señor de Araceli... ¿Se habrán metido abajo, en el salón de sesiones?

—Yo no he traído papeleta para las tribunas reservadas; pero subamos a la pública, y desde allí veremos si están.

—¡Ay, me muero de pena!—exclamó el buen profesor con lastimosos aspavientos—. ¿Dónde estarán esas dos niñas? El gentío las separó de nosotros por casualidad... ¿Qué digo casualidad? El demonio ha andado aquí.

—Yo subiré con esta madamita a la tribuna pública, y veremos si están o no están aquí.

—Yo saldré a la calle... Yo buscaré por todo el edificio; yo volveré patas arriba Cortes y procuradores, y han de parecer, aunque se hayan metido den-

tro de la campanilla del presidente o en la urna donde se vota. ¡Qué aprieto, qué compromiso, qué situación!

Y el pobre viejo se echó a llorar como un chiquillo.

—Subamos, señor de Araceli—dijo resueltamente Presentación—, que tengo mucho deseo de ver eso.

La joven, en su anhelo de ver las Cortes, no se cuidaba de la pérdida de sus compañeras.

—Suban a la tribuna pública—dijo don Paco—y aguárdense allí, que voy a preguntar a los porteros.

Presentación se aferró a mi brazo, y, lejos de hacer peso en él, parecía que me impulsaba y aligeraba, según era su impaciencia y afán de subir pronto. Cuando llegamos arriba y entramos, no sin trabajo, en la tribuna, la pobre muchacha mostraba en sus asombrados ojos y en el encendido color de sus mejillas la viva emoción que espectáculo tan nuevo para ella le produjera. Al abarcar con la vista la iglesia salón, observé la tribuna de señoras, la de diplomáticos, y no vi a las dos niñas ni a lord Gray. Asombrado de esto, pensé retirarme para buscarlos fuera; pero Presentación, arrobada y suspensa con la gravedad del Consejo y el hablar de los diputados, me dijo, deteniéndome:

—Don Paco las buscará. Yo he venido aquí para ver esto, señor de Araceli. Acompañeme usted un momento. Mi hermana e Inés pueden parecer cuando quieran. ¿Quién las mandó separarse?

—Pero ¿no vió usted hacia qué parte fueron con lord Gray?

—No sé—repuso, sin poder apartar su atención de lo que estaba viendo—. ¿Sabe usted, señor de Araceli, que esto es muy bonito? Me gusta tanto como los toros.

Traté de acomodarla en un asiento, y para esto me fué forzoso molestar a algunas personas de las que se habían instalado allí desde el principio de la sesión y asistían con devotísimo recogimiento a los debates. Gruñeron unos, murmuraron otros; pero al fin, Presentación tuvo un puesto y yo otro a su lado. Mi inquietud y ansiedad eran tales, que me levantaba con frecuencia para alargar el cuerpo fuera de las barandillas, con objeto de examinar todo el ámbito del salón y las pobladas tribunas. Fáltame decir que el gentío que

nos acompañaba en la pública era compuesto, en parte, de gente de baja esfera, y en parte, de personas graves del comercio menudo, de tenderos, periodistas, y también muchos vagos de la calle Ancha y algunas mozas de diferente estofa.

La iglesia, convertida en salón, no era grande. Ocupaban los diputados el pavimento; la presidencia, el presbiterio, y los altares estaban cubiertos con cortinones de damasco que los escondían, lo mismo que a las imágenes, de la vista del público, como objetos que no habían de tener aplicación por el momento. El arquitecto Prast, reformador del edificio, discurrió también, sin duda, que a los santos no les haría aquello mucha gracia. Algunos han creído que los diputados subían al púlpito para hablar; pero no es cierto. Los diputados hablaban, como hoy, desde sus asientos, y los pulpitos no servían para nada más que para apolillarse. Tenía la iglesia sus tribunas laterales, que fueron destinadas a los diplomáticos, a las señoras y al público distinguido; y en los pies del edificio abriéronse dos nuevas, con barandal de madera, que se dedicaron al pueblo en general, y que éste invadió desde las primeras sesiones, alborotando más de lo que parecía conveniente al decoro de su recién lograda soberanía.

Presentación no tenía ojos más que para observar la presidencia, los diputados, y muy principalmente al que hablaba; las tribunas, los ujieres, el dosel, el retrato del rey; ni tenía alma más que para atender a aquellos indefinibles bullicios propios de todo cuerpo deliberante, y que son como el aliento de la pasión, que allí, por tan diferentes órganos, habla del noble entusiasmo, del vil egoísmo; el sordo mugir de las mil ideas, siempre desacordes, que hierven dentro de ese cerebro calenturiento que se llama salón de sesiones. Yo observé la estupefacción de la muchacha, y le dije:

—¿Le gusta a usted este espectáculo?

—Muchísimo. Nos habían dicho que era muy feo; pero es bonito. ¿Quién es aquel señor que está en medio del redondel?

—Es el presidente. Es el que dirige esto.

—Ya, ya; y cuando quiere mandar una cosa sacará el pañuelo y lo agitará en el aire.

—No, señora doña Presentacióncita. Así pasa en los toros; pero aquí el presidente se vale de una campanilla.

—Y el diputado que va a hablar, ¿por dónde sale? ¿Por detrás de aquella cortina, o por esa puertecilla?

—El diputado no sale por ninguna parte, que aquí no hay toril ni telones. El diputado está en su asiento, y cuando quiere hablar se levanta. Vea usted. Todos esos que ahí están son diputados.

A cada nueva conquista hecha por su inteligencia en el conocimiento de las cosas parlamentarias más sorpresa mostraba la niña, y no distraía su atención del Congreso sino para hacerme preguntas, tan originales a veces y a veces tan inocentes, que me era muy difícil contestarle. Carecía en absoluto de toda idea exacta respecto a lo que estaba presenciando; y aquel espectáculo la conmovía hondamente, sin que las ideas políticas tuviesen ni aun parte mínima en tal emoción, hija sólo de la fuerte impresionabilidad de una criatura educada en estrechos encierros y con ligaduras y cadenas, mas con poderosas alas para volar, si alguna vez rompía su esclavitud.

Era tierna, sensible, voluble, traviesa y, por efecto de la educación, disimuladora y comedianta como pocas; pero en ocasiones tan ingenua, que no había pliegue de su corazón que ocultase ni escondrijo de su alma que no descubriese. Por esto, que era, sin duda, efecto de un anhelo irresistible de libertad, aparecía a veces descomedida y desenvuelta con exceso. Poseía en alto grado el don de la fantasía; la falta de instrucción profana, unida a aquella cualidad, hacía-le incurrir en desatinos encantadores. No sólo en aquella ocasión, sino en otras varias, observé que, al separarse de doña María y al sentirse libre del peso de aquella gran losa de la autoridad materna, desbordábanse en ella, con desenfrenada impetuosidad, fantasía, sentimiento, ideas y deseos. Presenciando la sesión, no cabía en sí misma; tan inquieta estaba, y tan sublevados sus nervios, y tan impresionados sus sentidos.

—Señor de Araceli—me dijo, después que por un instante meditó—, ¿y esto para qué es?

—Las Cortes.

—Sí, eso es: quiero decir que para qué sirven las Cortes.

—Sirven para gobernar a los pueblos, juntamente con el rey.

—Comprendido, comprendido—repuso vivamente, agitando su abaniquillo—. Quiere decir que todos estos caballeros vienen aquí a predicar, y así como los curas de las iglesias predicán diciendo que seamos buenos, los procuradores de la nación predicán otras cosas: viene la gente, los oye, y nada más. Sólo que, según dicen los que van de noche a casa, los diputados predicán que seamos malos y esto es lo que no entiendo.

—Esos discursos—le contesté risueño—no son sermones: son debates.

—Efectivamente; me ha parecido que no son sermones, sino que uno dice una cosa; otro, otra, y parece como que disputan.

—Justamente. Disputan: cada uno dice lo que cree más conveniente, y después...

—El disputar me gusta mucho. ¿Sabe usted que me estaría aquí las horas muertas oyendo esto? Pero me agradaría que hablaran fuerte y se insultaran, tirándose los bancos a la cabeza.

—Alguna vez...

—Pues yo quiero venir ese día. ¿Se anunciará por carteles en las esquinas?

—Nada de eso. La política no es una función de teatro.

—¿Y qué es la política?

—Esto.

—Ahora me parece que lo entiendo menos. Pero ¿quién es ese hombre alto, moreno y de aspecto temeroso que está hablando ahora? Le aseguro a usted que ese modo de charlar me gusta.

—Es el señor García Herreros, diputado por Soria.

La atención del Congreso estaba fija en el orador, uno de los más severos y elocuentes de aquella primera fecunda hornada. Profundo silencio reinaba en el salón, lo mismo que en las tribunas. Callamos, Presentación y yo, y atendimos también, ambos absortos y suspensos, porque la palabra de García Herreros, enérgica y sonora, era de las que imperiosamente se hacen oír y acallan todos los rumores de una Asamblea.

Combatiendo las servidumbres, exclamaba:

«¿Qué diría de su representante aquel pueblo numantino que, por no sufrir la servidumbre, quiso ser pábulo de la hoguera? Los padres y tiernas madres que

arrojaban a ellas a sus hijos, ¿me juzgarían digno del honor de representarlos, si no lo sacrificase todo al ídolo de la libertad? Aún conservo en mi pecho el calor de aquellas llamas, y él me inflama para asegurar que el pueblo numantino no reconocerá ya más señorío que el de la nación. Quiere ser libre y sabe el camino de serlo.»

XVIII

Ruidosos aplausos de abajo, y aplausos, patadas y gritos de arriba, ahogaron las últimas palabras del orador. Presentación me miró; sus mejillas estaban inundadas de lágrimas.

—¡Oh, señor de Araceli!—me dijo—. Ese hombre me ha hecho llorar. ¡Qué hermoso es lo que ha dicho!

—Señora doña Presentacioncita, ¿no repara usted que ni su hermana, ni Inés, ni lord Gray parecen por ningún lado?

—Ya parecerán. Don Paco ha ido a buscarlas y dará con ellas... Ahora está hablando otro, y dice que aquél no tiene razón. ¿Cómo entendemos esto?

Otro orador usó de la palabra, pero por poco tiempo.

—Parece que ahora tratan de otro asunto—observó la muchacha, observando siempre—. Y allí se ha levantado uno que saca un papel y lo lee.

—Se me figura que ése es don Joaquín Lorenzo Villanueva, diputado por Valencia.

—Es clérigo. Parece que lee un papel impreso.

—Sin duda, un periódico de los que ponen como chupa de dómine a las Cortes. Aquí acostumbran leer las picardías que los papeles públicos dicen de los diputados, y las contestaciones que éstos se sirven dirigirles.

En efecto: Villanueva, furioso porque *El Conciso* se reía de sus proyectos de ley, lo denunciaba al Congreso nacional, y luego nos regalaba la contestación. Era ésta una de las anomalías y rarezas de aquella nuestra primera Asamblea, bastante inocente para detenerse en disputar con los periódicos, dictando luego severas penas que contradecían la libertad de Imprenta.

—Parece que va a haber tumulto—me dijo Presentación—. ¡Cielos divinos! Se levanta a hablar otro predicador... ¡Pero

si es Ostolaza!... ¿No le ve usted? El mismo Ostolaza. ¿No ve usted su cara redonda y encarnada?... Si su voz parece una matraca..., y ¡qué gestos, qué miradas!

Rompió a hablar Ostolaza, y con su discurso empezaron las risas y burlas, arriba y abajo, sin que el presidente acallarlas pudiera, ni el orador hacerse oír con claridad. Volvióse a las tribunas, y con el gesto desenfadado las despreció, y crecieron tumultos y voces, sobre todo en nuestro balcón, donde varios individuos de sombrero gacho y marsellés no podían convencerse de que estaban en lugar muy distinto de la plaza de toros.

—Dice que nos desprecia—observó Presentación en voz muy baja—. Se ha puesto rojo como un tomate. Amenaza a las tribunas porque nos reímos de su facha. Sí, señor Ostolaza, nos reímos de usted... ¡Miren el mamarracho, espantojo! ¿Por qué no le retiran las licencias? Si es un predicador de aldea... Insulta a los demás. ¿Usted qué sabe, so bruto? Porque en casa le oímos con la boca abierta cuando nos sermonea, cree que le van a tolerar aquí...

Un individuo de las tribunas gritó:

—¡Afuera el apagacandelas!

Y el barullo y vocerío tomaron proporciones tales, que los porteros nos amenazaron con echarnos a todos a la calle.

—Señor de Araceli—me dijo Presentación, encendida y agitada por el entusiasmo—, tendría un grandísimo placer... ¿en qué creará usted? Me regocijaría muchísimo... ¿de qué, pensará usted? De que ahora se levantara de su asiento el señor presidente y le diera dos palos a Ostolaza.

—Aquí no es costumbre que el presidente apalee a los diputados.

—¿No?—dijo con extrañeza—. Pues debería hacerlo. Me estaría riendo hasta mañana; dos palos, sí, señor; o, mejor, cuatro. Los merece. Aborrezco a ese hombre con todo mi corazón. El es quien aconseja a mamá que no nos deje salir, ni hablar, ni reír, ni pestañear. Asunción dice que es un zopenco. ¿No cree usted lo mismo?

—¡Que le den morcilla!—gritó una voz becerril en el fondo de la galería.

—Comparito—dijo otra voz, dirigiéndose al orador—, ¿todo ese enfao es verdá o conversasión?

—¡Señores—exclamó, volviéndose a todos lados, un diarista almibarado, pelicrecido y amarillento—, estos escándalos no son propios de un pueblo culto! Aquí se viene a oír y no a gritar.

—Camaraita—preguntóle con sorna un viejo chusco que allí cerca había—, eso que osté ha dicho, ¿es jabla o rebuzno?

—Sóplenme ese ojo—gritó otro.

—Señores, que el presidente nos va a echar a la calle, y perdemos lo mejor de la sesión.

—Señora doña Presentacioncita—dije yo a la muchacha—, bueno será que nos marchemos. La tribuna se alborota, y no es prudente seguir aquí. Además, los extraviados no parecen y debemos buscarlos afuera.

—Esperemos aún... En suma, señor don Gabriel—me dijo con encantadora inocencia—, todos esos hombres, ¿para qué están aquí, para qué hablan, para qué gritan?

Le contesté lo que me parecía y no me entendió.

—Ostolaza sigue hablando. Sus brazos semejan aspas de molino... Todos se ríen de él. Veo que las Cortes, como los teatros, tienen su gracioso.

—Así es, en efecto.

—Y el gracioso es Ostolaza... Pues me parece que junto a él está el señor de Tenreyro... ¡Qué par! ¡Si querrá también hablar!... Dígame usted otra cosa: ¿quién es ese señor *Preopinante* de quien todos hablan tan mal?

—El *Preopinante* es el que ha hablado antes.

—Dígame usted. Y cuando tengamos rey ¿su majestad vendrá también a predicar aquí?

—No lo creo.

—¿Y en qué consiste eso que dicen de que con las Cortes hay libertad?

—Es una cosa difícil de explicar en pocas palabras.

—Pues yo lo entiendo de este modo... Pongo por caso..., las Cortes dirán: ordeno y mando que todos los españoles salgan a paseo por las tardes, y vayan una vez al mes al teatro, y se asomen al balcón después de haber hecho sus obligaciones... Prohibo que las familias recen más de un rosario completo al día... Prohibo que se case a nadie contra su voluntad, y que se descase a quien quiere hacerlo... Todo el mundo

puede estar alegre, siempre que no ofenda al decoro.

—Las Cortes harán eso y mucho más.

—¡Oh señor de Araceli, yo estoy muy alegre!

—¿Por qué?

—No sé por qué. Siento deseos de reír a carcajadas. Siempre que salgo de casa y voy a alguna parte donde puedo estar con alguna libertad, me parece que el alma quiere salirse del cuerpo y volar, bailando y saltando por el mundo; me embriaga la atmósfera, y la luz me embelesa. Todo cuanto veo pareceme hermoso; cuanto oigo, elocuente (menos lo de Ostolaza); todos los hombres, justos y buenos; todas las mujeres, guapas, y llego a creermelo que las casas, la calle, el cielo, las Cortes con su presidente y su preopinante, me saludan sonriendo. ¡Oh, qué bien estoy aquí! Inés y Asunción no aparecen; don Paco, tampoco. Cuanto más tarde vengan, mejor. Otra cosa...: ¿por qué no ha seguido usted yendo a casa por las noches? Nosotras nos hemos reído de usted.

—¿De mí?—pregunté con turbación.

—Sí, porque se la echaba usted de devoto por agradar a mamá. ¡Qué bien hacía usted su papel! Lo mismo, lo mismo hacemos nosotras.

Me asombré de la frescura con que la infeliz niña decía claramente que engañaba a su mamá.

—Vaya usted a casa. A nosotras no nos dejaban hablar con usted; pero nos entretuvimos mirándole.

—¡Mirándome!

—Sí, sí: a todo el que va a casa le examinamos y le medimos las facciones, línea por línea. Después, cuando nos quedamos solas, decimos cómo tiene el pelo, los ojos, la boca, los dientes, las orejas, y disputamos sobre cuál de las tres se acuerda mejor.

—¡Bonita ocupación!

—Las tres estamos siempre juntas. La señora marquesa de Leiva está muy enferma; y como mamá dice que quiere tener a Inés bajo su vigilancia, ha mandado que viva en casa. Las tres dormimos en una misma alcoba y charlamos bajito por las noches. ¡Ah! ¿Sabe usted lo que me ha dicho Inés? Que está usted enamorado.

—¡Qué bromazo! Tal cosa no es verdad

—Sí, nos lo dijo; y aunque no me lo dijera... Eso se conoce.

—¿Lo conoce usted?

—Al instante. En cuanto veo a una persona.

—¿Dónde ha aprendido usted eso? ¿Lee usted novelas?

—Jamás. No las leo, pero las invento.

—Eso es peor.

—Todas las noches saco de mi cabeza una distinta.

—Las novelas inventadas son peores que las leídas, señora doña Presentacióncita.

—Vuelva usted a casa por las noches.

—Volveré. Lord Gray les entretiene a ustedes bastante.

—Lord Gray no va tampoco—dijo con pena.

—¿Y si supiera doña María que usted ha venido aquí?

—Creo que nos mataría. Pero no lo sabrá. Inventaremos algo muy gordo. Diremos que venimos del Carmen, donde fray Pedro Advíncula nos entretuvo contándonos vidas de santos. Otras veces le hemos dicho esto, y luego fray Pedro Advíncula no nos ha desmentido. Es un santo varón, y yo le quiero mucho. Tiene las manos blancas y finas, los ojos dulces, la voz suave, el habla graciosa; sabe tocar el *ole* en un organito muy mono, y cuando no está mamá delante, habla de cosas mundanas con tanta gracia como decencia.

—¿Y fray Pedro Advíncula va a casa de usted?

—Sí..., es amigo de lord Gray. Es el que hace la preparación espiritual de Inés para el matrimonio, y de Asunción para el monjío... Se me figura (y esto es reservado) que él llevó la papeleta de la tribuna.

—Y a usted, ¿no la prepara para algo?

—A mí—contestó la chiquilla con profundo desconsuelo—, a mí, para nada.

Yo estaba absorto, pasmado y lelo, contemplando la seductora ignorancia, la infantil malicia, la franqueza sin freno de aquella alma, a quien la falta de toda educación mundana presentaba en la desnudez de su inocencia. Como era linda de rostro y había tal viveza en su hablar espontáneo y armonioso, me encantaba verla y oírla. Como vulgarmente se dice con respecto a los niños, me la hubiera comido. No hallo otra frase mejor para expresar la admiración que

aquel raudal de gracia y travesura, de sentimiento y dulce ingenuidad, me producía. Nombré antes a los niños, y aquí repito que, aunque Presentacioncita había dejado de serlo, a mí me hacía el efecto de uno de esos chiquillos sentenciosos que con sus verdades como puños nos causan asombro y risa. Verdad es que la de Rumblar, aun haciéndome reír, me causaba al mismo tiempo tristeza.

XIX

De pronto miré a la tribuna de señoras, que estaba al lado de la epístola, en lo que podemos llamar el proscenio de la iglesia, y creí distinguir a las dos muchachas.

—¡Allí están, allí están!—dije a mi acompañante.

—Sí, y en la tribuna inmediata, que es la de los diplomáticos, está lord Gray. ¿No le ve usted?... Está con la cabeza entre las manos, pensativo y meditabundo.

—No habla con ellas, ni puede hablar, porque una tabla los separa. Acaban de entrar en este momento.

Llegó a la sazón don Paco, rojo como un pimiento, y abriéndose paso por entre la apiñada muchedumbre de *galerios* (así llamaban a los devotos de aquella religión y así los nombraron después en son de remoquete en el tiempo de las persecuciones), acercósenos y nos dijo:

—¡Gracias a Dios que han parecido!... Lord Gray las llevó engañadas al campanario de la iglesia..., después adentro..., después a la calle... ¿Hase visto infamia semejante?... ¡Estoy bramando de furor!... ¡Qué habrán hecho, señor de Araceli, que habrán hecho!... La señora doña Inesita estaba más pálida que una muerta, y la señora doña Asuncioncita más roja que una amapola... Vámonos, niña, vámonos de aquí.

—Sí, vámonos—repetí yo.

—Yo no me muevo de aquí, Paquito. Esto me gusta mucho. Ya han acabado de leer periódicos y papeles, y vuelven los discursos... ¿Quién habla?

—El señor de Argüelles. ¡Buen pájaro está! ¡Pues bonitas cosas está oyendo la niña!—dijo don Paco en voz más alta que la que a la respetabilidad del sitio correspondía—. ¡Tratar de abolir las jurisdicciones, los señoríos, los fue-

ros, el tormento y el derecho de poner la horca a la entrada del pueblo y de nombrar jueces! Quieren quitar las prestaciones y demás sabias prácticas en que consiste la grandeza de estos reinos.

—Pues que lo supriman todo—dijo Presentación con enfado—. De aquí no me muevo hasta que no lo supriman todo.

—La niña no sabe lo que habla—observó don Paco, suscitando los murmullos de los circunstantes con lo destemplado de su voz—. Ahora, la señora doña María no podrá nombrar al alcalde de Peña Horadada, ni cobrará tanto de fanega en el molino de Herrumblar, ni las doce gallinas de Baeza, ni podrá prohibir la pesca en el arroyo, ni los asnos de casa podrán meterse en las heredades del vecino a comerse lo que se les antoje.

—Señó abate—gritó una voz, mientras una mano pesaba con formidable empuje sobre los hombros del preceptor—, siéntese y calle.

—Caballero—dijo otro—, ¿se podría saber quién es usted?

—Soy don Francisco Xavier de Jindama—repuso con timidez y urbanidad el viejo.

—Lo digo porque en cuanto le vi a usted y le oí, dióme olor a lechucería.

—Quiero decir que es usted de la hermandad de los lobos—añadió una moza que frontera a don Paco estaba—. Con su voz de matraca no nos deja oír los escursos.

—Haya paz, señores—clamó un tercero—, y silencio. Aquí no se viene a lamentarse de que los asnos no pueden entrar en la heredad ajena.

—El asno será él.

—¡Orden y conveniencia!—gritó el portero—. Si no, en nombre de su majestad, los echo a todos a la calle.

—Aquí no hay ninguna majestad—dijo don Paco.

—La majestad son las Cortes, señor esparaván—afirmó con enfado un *galerio*.

—Es de los que vienen a aplaudir cuando rebuzna Ostolaza—dijo otro, señalando a don Paco.

Viendo que la cuestión se agriaba, empenéme en romper por medio del gentío, y esto causó nueva confusión y reconvenciones. Al mismo tiempo, entre los diputados sonó rumor de disgusto

por lo que pasaba en la tribuna; habló el presidente, imponiendo silencio a los *galerios*, y acallados éstos un tanto, el diputado Tenreyro tomó la palabra. Como si la primera pronunciada por el buen cura de Algeciras fuera señal convenida, desatóse una tempestad de risas y demostraciones, y cuanto más el orador alzaba la voz, más la ahogaban entre sus murmullos los de arriba. Repetir el sinnúmero de dichos, agudezas y apodos que salieron como avalancha de la tribuna pública, fuera imposible. Jamas actor aborrecido o antipático recibió tan atroz silba en corrales de Madrid. Lo extraño es que siempre pasaba lo mismo. Ya se sabía: hablar Tenreyro y alborotarse el pueblo soberano, eran una misma cosa. Y ¡qué ceceo el suyo, qué ademanes tan graciosos, qué ira olímpica para apostrofar a las tribunas, qué lastimoso gesto, qué cruzar de brazos, qué arrugada cara, qué singular *donaire* para decir disparates, ya abogando por la Inquisición, ya por una soberanía popular a la moda, representada por una especie de concilio de párrocos y guerrilleros! Vamos, francamente, era cosa de morir de risa.

El presidente sabía que sesión en la cual Tenreyro hablase era sesión perdida, por no ser posible contener a las tribunas; trabábanse disputas inevitables entre ciertos procuradores y el público, y el escándalo obligaba a despejar los altos de la iglesia.

Esto ocurrió en aquel día, cuando el Cicerón de Algeciras, volviéndose hacia arriba, con ademanes descompuestos y lengua balbuciente gritó:

—Ya sabemos que ésa es gente pagada.

Al oír esto, los denuestos, los improperios que lanzó el público llenaron el ámbito de la iglesia, en términos que aquello parecía una jaula de locos. Agitábanse los diputados, echándose unos a otros la culpa del alboroto; nos apostrofaban también desde abajo, llamándonos canalla soez, y los porteros dieron principio a la expulsión. Aquí de los apuros. Presentación y yo queríamos salir, sin poder lograrlo, por tener delante una muralla de carne humana que resistía la orden del presidente. Algunos se echaron fuera; mas no por eso se acalló el tumulto, y lo peor fué que aparecieron de súbito dos o tres personas

que tomaron el partido del orador silbado contra el silbante pueblo.

—¡Que ustedes son unos servilones. matacandelas!

—¡Que ustedes son unos afrancesados!

—¡Que ustedes son...!—imagínese el lector lo peor que haya oído en plazas, presenciado en tabernas y aprendido en garitos.

Y no paró aquí el desastre, sino que don Paco, viendo que alguien tomaba a pechos la defensa del pobre Tenreyro, arriesgose, como leal amigo y contertulio, a ponerse de su parte.

—¡Envidia, no es más que envidia y rabia por las verdades como puños que dice!—exclamó.

En mal hora lo dijera. Vimos desaparecer su enjuta figura entre una masa informe de brazos y manos. Presentación gritó:

—¡Que matan al pobre don Paco!

Salio el infeliz, o le sacaron, es decir, allá se fué todo junto, victima y verdugos, por la puerta afuera. Con esto se despejó un tanto la tribuna, y pudimos salir de los últimos tras la oleada de gente que, mal de su grado, abandonaba la sesión. Quisimos auxiliar al maestro; pero no nos era posible por hallarse distante, y aunque el infeliz no recibió golpe de arma alguna, las herramientas de puños y codos le hacían mucho daño. Al fin, acosado por todos, huyó corriendo velozmente por la escalera abajo, dando no pocos tumbos y costaladas.

Nuestra gran contrariedad consistía en que nos separaba de él una masa enorme de gente que nunca acababa de salir: así es que, cuando llegamos abajo, en vano mirábamos a todos lados. Don Paco no estaba. Hacíamos preguntas a todos; pero nadie nos daba razón satisfactoria. Quién decía: «Le han llevado adentro»; quien: «Le han llevado afuera.»

—¡Qué situación, qué compromiso!...—decía la muchacha—. Pero ¿dónde está el pobre don Paco? Ahora tendré que ir a casa sola o con usted.

En la calle había también apiñado gentío, entre el cual vi a uno de esos individuos que se aparecen como lloviznos en toda escena de agitación popular, dispuesto a echar el peso, no de su autoridad, sino de sus garrotes, en la balanza de las contiendas políticas. ¡Des-

graciado Tenreyro, desgraciado Ostolaza! ¡Qué ovación los esperaba!

La hermandad de la porra no es tan antigua como el mundo, no; pero en tradilla en años es.

—Busquemos, busquemos a ese infeliz—me decía mi linda pareja—. ¡De modo que tengo que ir sola a casa!... Y ¿qué voy a decir?... Y mi hermana e Inés, ¿dónde están?... ¡Oh señor de Araceli, mas vale que se abra la tierra y me trague!

Al fin, nos dió razón del desgraciado preceptor un soldado, diciéndonos:

—Se lo llevaron entre cuatro.

—Pero ¿adónde, no se sabe adónde?

El soldado, encogiéndose de hombros, fijó su vista en la puerta de San Felipe, por donde salían bastantes diputados. Felizmente, y gracias a la intervención de don Juan María Villavicencio, los que se disponían a obsequiar a Tenreyro y Ostolaza no pasaron a vías de hecho; mas con la agudeza de sus silbidos y el mugir de sus insultos fueron dando música a ambos personajes por largo trecho de la calle.

Fué aquel lance uno de los muchos que afearon la primera época constitucional; pero no llegó a ser tan escandaloso como el ocurrido poco después, con motivo del famoso incidente Lardizábal, y que puso en gran peligro la vida de don José Pablo Valiente, diputado absolutista, el cual hubiera sido despedazado por el pueblo si Villavicencio no le librara heroicamente de las garras de aquél, embarcándole al instante.

—¡Virgen Santísima!—repetía Presentación—. ¡Y esas niñas no parecen!... Vámonos al punto de aquí. Allí sale el señor Ostolaza... Me va a conocer.

Marchamos por la calle de San José para tomar la del Jardinillo; pero no nos fué posible esquivar las miradas y la persecución del señor Ostolaza, que, llamándonos desde lejos, nos obligó a detenernos.

—Señora mía—dijo el taimado clérigo—, eso está muy bien... En la calle con un mozalbate... Por fuerza ha muerto la señora condesa...

—Por Dios y la Virgen—exclamó la muchacha llorando—, señor de Ostolaza..., no diga usted nada a mamá. Yo le explicaré a usted... Salimos a paseo, y como nos perdiéramos, pues... No diga usted nada a mamá. ¡Ay!, señor de

Ostolaza: usted es un buen sujeto y tendrá lástima de mí.

—En efecto, siento lástima de la señorita.

—Quiero decir... Lléveme usted a casa... Amigo—añadió, esforzándose en aparecer jovial—, oí su discurso y me pareció muy bonito... ¡Qué bien habla usted, qué bien...! Da gusto...

—Basta de lisonjas—dijo el clérigo; y luego, mirándome, añadió—: Y usted, señor militar teólogo, ¿de qué arterias se ha valido para sacar de su casa a esta señorita?

—Yo no he sacado de su casa a esta señorita—repuse—; la acompaño porque la he encontrado sola.

—A causa del gentío, nos perdimos don Paco y yo..., quiero decir se perdieron ellas.

—Comprendido, comprendido.

—¿Sabe usted, señor oficial teólogo—me dijo con aviesa mirada—, que antes de poner esto en conocimiento de doña María voy a dar parte a la justicia?

—¿Sabe usted—respondí—, señor clérigo entremetido, que si no se me quita de delante ahora mismo le enseñaré a ser comedido y a no meterse en camisa de once varas?

—Comprendido, comprendido—repuso poniéndose como de almagre su abominable rostro y echándome de lleno su insolente mirada—. Sigán los pimpollitos su camino. Adiós.

Marchóse a toda prisa, y cuando le perdimos de vista, Presentación me dijo, dando un suspiro:

—Nos llamó pimpollitos, y cree que somos novios y que nos hemos escapado... Ahora, ¿qué diré a mamá cuando me vea entrar con usted? Necesito inventar algo muy ingenioso y bien urdido.

—Lo mejor es decir la verdad clara y desnuda. Esto ofenderá menos a la señora que las invenciones con que usted pretenda engañarla.

—¡La verdad!... ¿Está usted loco? Yo no digo la verdad aunque me maten... Corramos... ¿Habrán llegado las otras dos? ¡Jesús divino! Si ellas dicen una mentira distinta de la mía...!

—Por eso lo mejor es decir la verdad.

—Eso ni pensarlo. Mamá nos mataría... A ver qué le parece a usted mi

proyecto. Yo entraré llorando, llorando mucho.

—Malo.

—Pues me desmayaré, diciendo que usted es un traidor que quiso robarme.

—Feor. Diga usted que se perdieron, que encontraron a lord Gray...

—No nombraré al inglés; eso, jamás.

—¿Por qué?

—Porque ahora nombrar en casa a lord Gray y nombrar al demonio es lo mismo.

—Yo sé la causa: lord Gray es amado por una de ustedes.

—¡Oh, qué cosas dice usted!—exclamó muy turbada—. Nosotras...

—Usted.

—No: ni mi hermana tampoco.

—Sé que la señora Inesita está loca por él.

—¡Oh! ¡Sí..., loca, loca!... ¡Dios mío, ya llegamos!... Estoy medio muerta.

Al entrar en la calle y acercarnos a la casa alcé la vista, y detrás del vidrio de uno de los miradores distinguí un bulto siniestro, después dos ojos terribles, separados por el curvo filo de una nariz aguilena, después un rayo de indignación que partía de aquellos ojos. Presentación vió también la fatídica imagen, y estuvo a punto de desmayarse en mis brazos.

—Mi mamá nos ha visto—dijo—, señor de Araceli. Escátese usted, sálvese usted, pues todavía es tiempo.

—Subamos, y diciendo la verdad nos salvaremos los dos.

XX

En el corredor. Presentación cayó de rodillas ante su madre, que al encuentro nos salía, y exclamó con ahogada voz:

—Señora madre, ¡perdón!, yo no he hecho nada.

—¿Qué horas son éstas de venir a casa? ¿Y don Paco, y las otras dos niñas?...

—Señora madre...—continuó con aturdimiento la muchacha—, íbamos por la muralla..., cayó una bomba, que partió en dos pedazos a don Paco..., no, no fué tanto...; pero corrimos, nos separamos, nos perdimos; yo me desmayé...

—¿Cómo es eso?—dijo la madre con furor—. ¡Si el señor de Ostolaza, que

acaba de llegar, dice que te vió en la tribuna de las Cortes!

—Eso es..., me desmayé..., me llevaron a las Cortes... Después mataron a don Paco.

—Esto debe ser obra de alguna infame maquinación—declaró la condesa, llevándome a la sala—. ¡Señores..., ya no hay nada seguro!... No pueden las personas decentes salir a la calle.

En la sala estaba Ostolaza, don Pedro del Congosto y un joven como de treinta y cuatro años y de buena presencia, a quien yo no conocía. Miróme el primero con penetrante encono, el segundo con altanero desdén y el tercero con curiosidad.

—Señora—dije a la condesa—, usted se ha exaltado sin razón, interpretando mal un hecho que en sí no tiene malicia alguna.

Y le conté lo ocurrido, disfrazando de un modo discreto los accidentes que pudieran ser desfavorables a las pobres niñas.

—Caballero—me contestó con acrimonia—, dispénsame usted, pero no puedo darle crédito. Yo me entenderé después con estas inconsideradas y locas niñas; y, en tanto, no puedo menos de creer que usted y lord Gray han urdido un abominable complot para turbar la paz de mi casa. Señores, ¿no hablo con razón? Estamos en una sociedad donde se hallan indefensos y desamparados el honor de las familias y el decoro de las personas mayores. ¡No se puede vivir!... Me quejaré al Gobierno, a la Regencia...; pero ¡a qué, si todo esto proviene de las altas regiones, donde no se alberga más que alevosía, desvergüenza, escándalo y despreocupación!

Los tres personajes, que cual tres estatuas exornaban con simétrica colocación el testero de la sala, movieron sus venerables cabezas con ademán afirmativo, y alguno de ellos golpeó con la maciza mano el brazo del sillón.

—Señor de Araceli, siento decir a usted que ya reconozco la lamentable equivocación en que incurri respecto al carácter de usted.

—Señora, usted puede juzgarme como guste; pero en el suceso de hoy no ha habido la menor malicia por mi parte.

—Yo me vuelvo loca—repuso la señora—. Por todas partes asechanzas, celadas, inicuos planes. No hay defensa po-

sible; son inútiles las precauciones; de nada sirve el aislamiento, de nada sirve el apartarse de ese corruptor bullicio. En nuestro secreto asilo viene a buscar-nos la traidora maldad, que todo lo invade y hasta en lo más recóndito penetra.

Los tres personajes dieron nuevas señales de su unánime asentimiento.

—Basta de farsas—dijo Ostolaza—. La señora doña María no necesita que usted se disculpe ante ella, porque le conoce. ¿Cómo va de Teología?

—Con la poca que sé—repuse—, cualquier sacristán podía pronunciar en las Cortes discursos dignos de ser oídos.

—El señor es de los que van todos los días a alborotar a la tribuna. Es un oficio en el cual viven muchos.

—¡Qué aberración! ¿Y desde tal sitio y desde tales tribunas se piensa gobernar el reino?

—No quiero hacer aquí apologías de mi conducta—respondí con calma—, ni las injurias de ese hombre me harán olvidar el hábito que visto y el respeto que debo a la casa en que estoy. Aquí está una persona que, si puede haber formado de mi juicio desfavorable en ciertas cuestiones, conoce muy bien mis antecedentes y mi reputación como hombre honrado. El señor don Pedro del Congosto me oye, y yo apelo a su lealtad para que doña María sepa si ha admitido en su casa a una persona indigna.

Oyendo esto, don Pedro, que indolentemente se apoyaba en el respaldo del sillón, irguióse, atusó los largos bigotes y gravemente habló de esta manera:

—Señora, señorita y caballeros: puesto que este joven apela a mi lealtad, probada en cien ocasiones, declaro que no una, sino muchísimas veces, he oído elogiar su buen comportamiento, su caballerosidad, su valor como militar, con otras distinguidas prendas de paisano que le han creado abundante número de amigos en el Ejército y fuera de él.

—¡Pues qué duda tiene!—exclamó Presentación, descuidándose en manifestar sus sentimientos.

—Calla tú, necia—dijo la madre—. Tu cuenta se ajustará después.

—Nunca—continuó el estafermo—ha llegado a mis oídos noticia alguna de este joven que no le sea favorable. Bienquisto de todos, ha hecho su carrera

por el mérito, no por la intriga; por el valor, no por la astucia, y como esto es verdad, y yo lo sé, y me consta, y lo afirmo, y lo sostengo, y soy hombre que sabe sostener lo que dice, estoy dispuesto a defenderle contra todo agravio que en este terreno se le haga. Señora, señorita y caballeros, como hombre que ama a ese don del cielo, esa inmaculada virgen de la verdad que es norte de los buenos, he dicho todo lo que puede favorecer a este joven; ahora voy a decir lo que le desfavorece.

Mientras don Pedro tosía y sacaba el infinito pañuelo encarnado y azul para limpiarse boca y narices, reinó solemne silencio en la sala, y todos me miraban con afanosa curiosidad.

—Es, pues, el caso—continuó el cruzado—que este joven, si bajo un aspecto es la misma virtud, bajo otro es un monstruo, señores, un monstruo; el mayor enemigo del sosiego doméstico, el corruptor de las familias, el terror de la pudorosa amistad.

Nueva pausa y asombro de todos. Presentación me miraba con la mitad de su alma en cada ojo.

—Si. ¿Qué otro nombre merece quien posee un arte infernal para romper lazos de muy antiguo trabados entre dos personas, y que resistieron durante veinticinco años a las asechanzas del mundo y a la persecución de los más diestros cortejos?... Permítanme los presentes que no nombre personas. Básteles saber que este joven, poniendo en juego sus malas artes amorosas, embaucó y engañó y arrastró tras sí a quien había sido la misma firmeza, el pudor mismo y la mismísima lealtad, dejando burlada la ideal adoración de un hombre que había sido el dechado de la constancia y delicadeza. El desairado llora en silencio su desgracia, y el victorioso mozalbete goza sin reparo de las incomparables delicias que puede ofrecer aquel tesoro de hermosura. Pero, ¡guay!, que no es bueno confiar en las delicias de un día; ¡guay!, que en la hora menos pensada encontrarán los criminales delante de sí la aterradora imagen del hombre ofendido, que está dispuesto a vengar su afrenta... Conque díganme si el que tal ha hecho, si el que en la difícil conquista de esa humana fortaleza, jamás antes rendida, ha probado su travesura, ¿qué no hará dirigiéndose contra

mexpertas jovenzuelas? Abrirle las puertas de una casa es abrirlas a la liviandad, a la seducción, a la imprudencia. Esto es lo que sé acerca del señor de Araceli, sin quitar ni poner cosa alguna.

Presentación estaba absorta, y doña María, aterrada.

—Señora, señorita y caballeros—repuse yo, no disimulando la risa—. Al señor don Pedro del Congosto han informado mal respecto al suceso que últimamente ha contado. Ese portento de hermosura habrá caído en las redes de otra persona, que no en las mías.

—¡Yo sé lo que me digo—exclamó don Pedro con atronadora voz—, y basta! Denme licencia para retirarme, que avanza la hora, y esta tarde he de embarcarme con la expedición que va al Condado de Niebla a operar contra los franceses. La ociosidad me enfada, y deseo hacer algo en bien de la patria oprimida. No tenemos Gobierno, no tenemos generales; las Cortes entregarán maniatado el reino al pícaro francés... Señor de Araceli, ¿va usted al Condado?

—No, señor; guarneceré a Matagorda en todo el mes que viene... Pero yo también me retiro, porque la señora doña María no ve con buenos ojos que entre en su casa.

—La verdad, señor de Araceli, si hubiese sabido... Aprecio sus buenas prendas de militar y de caballero; pero... Presentación, retírate. ¿No te da vergüenza de oír estas cosas?... Pues, como decía, deseo aclarar el punto oscurísimo del encuentro de usted en la calle con mi hija. Aún creo que hay tribunales en España, ¿no es verdad, señor don Tadeo Calomarde?

Esto lo dijo mirando al joven que antes le mencionado.

—Señora—repuso éste, desplegando, para sonreír, toda su boca, que era grandísima—, a fe de jurisconsulto, diré a usted que aún puede arreglarse. Estoy acostumbrado a presenciar lances muy chuscos en mi carrera, y nada me asusta. ¿Ha habido noviazgo?

—¡Jesús, qué abominación!—exclamó, con indecible trastorno, doña María—. ¡Noviazgo!... Presentación, retírate al instante.

La damisela no obedeció.

—Pues si ha habido noviazgo, y los dos se quieren, y han dado un paseito

juntos, y el señor es un buen militar, ¿a qué andar con farándulas y mojigatería? Lo mejor es casarlos, y en paz.

Doña María, de roja que estaba, volvíose pálida, y cerro los ojos, y resopló con fuerza, y el torbellino de su dignidad se le subió a la cabeza; se mareó, y estuvo a punto de caer desmayada.

—No esperaba yo tales irreverencias del señor don Tadeo Calomarde—dijo con voz entrecortada por la ira—. El señor don Tadeo Calomarde no sabe quién soy; el señor don Tadeo Calomarde recuerda los planes casamenteros que servían para hacer fortuna en los tiempos de Godoy. Mi dignidad no me permite seguir este asunto. Ruego al señor don Tadeo Calomarde y al señor don Gabriel Araceli que se sirvan abandonar mi casa.

Calomarde y yo nos levantamos. Presentación me miró, y con toda su alma en los ojos me dijo en mudo lenguaje: «Lléveme usted consigo.»

Cuando nos retirábamos, entraron en la sala Inés y Asunción, conducidas por un fraile.

—Fray Pedro Advíncula. ¿qué es esto?—dijo doña María—. ¿Me explicará usted, al fin, el singular suceso de la desaparición de las niñas?

—Señora..., nada más natural—repuso jovialmente el fraile, que era joven por más señas—. Una bomba..., ¡pobre don Paco! No se ha sabido más de él... ¡Iban por la muralla!... Las dos niñas corrieron, corrieron... ¡Pobrecitas!... Las recogimos en casa..., se les dió agua y vino..., ¡qué susto!, pobrecillas... A la señora doña Presentacioncita no se la pudo encontrar...

—La picara se fué a las Cortes con... ¡Justicia, cielos divinos, justicia!

No oí más porque salí de la casa. Desde aquel momento fui amigo de Calomarde. ¿Hablaré de él algún día? Creo que sí.

XXI

Pasaron días, y San Lorenzo de Puntales me vió ocupado en su defensa durante un mes, en compañía de los valientes canarios de Alburquerque. Allí, ni un instante de reposo; allí, ni siquiera noticias de Cádiz; allí, ni la compañía de lord Gray, ni cartas de Amaran-

ta, ni mimos de doña Flora, ni amenazas de don Pedro del Congosto.

Dentro de Cádiz, el sitio era una broma, y los gaditanos se reían de las bombas. La alegre ciudad, cuyo aspecto es el de una perpetua sonrisa, miraba desde sus murallas el vuelo de aquellos mosquitos, y aunque picaran, los recibía con coplas donosas, como los bilbaínos de la presente época. Cuando el bombardeo hizo verdaderos estragos, los llantos y lágrimas perdiéronse en el bullicioso rumor de aquel hervidero de chistes. Pero eran contadas las desgracias. Una bomba mató a un inglés, y estuvo a punto de ser víctima de otra, en los mismos brazos de su nodriza, don Dionisio Alcalá Galiano, hijo de don Antonio. Fuera de estos casos y otros que no recuerdo, los efectos de la artillería enemiga eran risibles. Un proyectil penetró en cierta iglesia, arrancando las narices a un ángel de madera que sostenía la lámpara; otro destrozó el lecho de un fraile de San Juan de Dios, que, afortunadamente, se hallaba fuera en el instante crítico.

Cuando, después de ausencia tan larga, fui a visitar a Amaranta, la encontré desesperada, porque el aislamiento de Inés en la casa de la calle de la Amargura había tomado el carácter de una esclavitud horrorosa. Cerrada la puerta a los extraños con rigor inquisitorial, era locura aspirar ya a burlar vigilancias, a engañar suspicacias y menos a romper la fatal censura. La desgraciada condesa me expresó con estas palabras sus pensamientos:

—Gabriel, no puedo vivir más tiempo en esta triste soledad. La ausencia de lo que más amo en el mundo, y más que su ausencia la consideración de su desgracia, me causan un dolor inmenso. Estoy decidida a intentar por cualquier medio una entrevista con mi hija, en la cual, revelándole lo que ignora, espero conseguir que ella misma rompa espontáneamente los hierros de su esclavitud y se decida a vivir, a huir conmigo. No me queda ya más recurso que el de la violencia. Yo esperé que tú me sirvieras en este negocio; pero con la necedad de tus celos no has hecho nada. ¿No sabes cuál es mi proyecto ahora? Confiarme a lord Gray, revelarle todo, suplicándole que me facilite lo que tanto deseo. Ese inglés tiene una auda-

cia sin límites, en nada repara y será capaz de traerme aquí la casa entera con doña María dentro, cual una cotozra en su jaula. ¿No le crees tú capaz de eso?

—De eso y de mucho más.

—Pero lord Gray no parece. Nadie sabe su paradero. Fué a la expedición del Condado, y aunque se cree que regresó a Cádiz, no se le ve por ninguna parte. Búscamele, por Dios, Gabriel; tráemele aquí, o dile de mi parte que me interesa hablar con él de un asunto que es de vida o muerte para mí.

Efectivamente, nadie sabía el paradero del noble inglés, aunque se suponía que estuviese en Cádiz. Había tomado parte en la expedición que fué al Condado de Niebla con objeto de hostilizar a los franceses por su ala derecha, y que, si menos célebre, no fué menos lastimosa que la de Chiclana, con su célebre batalla del *Cerro de la Cabeza del Puerco*. Acaeció en la jornada del Condado un suceso digno de pasar a la Historia, y fué que en ella descalabraron del modo más lamentable a nuestro heroico y por tantos títulos afamado don Pedro del Congosto, quien en lo más recio de un combate que cerca de San Juan del Puerto trabaron con los nuestros los franceses, metióse denodadamente, llevando en pos a sus cruzados de rojo y amarillo, con lo cual dicen que hubo gran risa en el campo francés. Trajéronle todo molido y quebrantado a Cádiz, donde decía que, por haber perdido una herradura su caballo, no se ganó la batalla, pues cuando el maldito jaco tropezó, ya empezaban a huir, cual bandada de conejos, los batallones franceses; y fija esta idea en su ardorosa mente, no cesaba de repetir: «¡Si no me hubiese faltado la herradura...!»

Lord Gray también fué al Condado, y se contaban de él maravillas; pero a su regreso desapareció su persona de todos los sitios públicos, y aun hubo quien le creyese muerto. Fui a su casa, y el criado me dijo:

—Milord está vivo y sano, aunque no del juicio. Estuvo encerrado quince días sin querer ver a nadie. Después me mandó que reuniese a todos los mendigos de Cádiz; y cuando lo hice, juntólos en el comedor, y allí los obsequió con un banquete como para reyes. Dióles a beber de los mejores vinos; los pobres se reían

unos y lloraban otros; pero todos se emborracharon. Luego fué preciso echarlos a puntapiés de la casa, y trabajamos tres días para limpiarla, porque dejaron por fanegas las pulgas y otra cosa peor.

—Pero ¿dónde está en este momento milord?

—Milord debe de andar ahora allá por el Carmen.

Dirigíme hacia el Carmen Calzado, cuyo gran pórtico, frontero a la Alameda, admiran los forasteros. No es una obra maestra de los buenos tiempos de nuestra arquitectura la tal fachada; pero los mil accidentes con que lujosamente la adornó la imaginación del artista, le dan cierta belleza, que el mar, allí cercano, parece que fantasea a su antojo. No sé por qué siempre encontré semejanza entre dicho frontispicio y las popas de los grandes navios antiguos; hasta parece que se mece gallardamente, impulsado por el viento y las olas. Los santos que lo adornan semejan faroles gigantescos; las hornacinas, troneras, los barandajes, los nichos, las mórbidas rocas de las columnas salomónicas, todo se me antoja como perteneciente al dominio de la vieja arquitectura naval.

Caía la tarde. Entraban mansamente los buenos frailes, como ovejas que vuelven al aprisco; los pobres árboles de la Alameda apenas sombreaban el espacio que media entre el edificio y la muralla, y el sol iluminaba el frontis, dorándolo completamente. En línea recta se extendía la pequeña pared del convento, y en su extremo, una puertecilla estrecha, que servía de ingreso al claustro, estaba completamente obstruida por un regular gentío que hormigueaba allí en formas oscuras y movedizas, acompañadas de un rumor sordo, o gruñido chillón, como de plebe menuda que se impacienta. Eran los pobres que esperaban la sopa boba.

En Cádiz no han abundado tanto como en otros lugares los mendigos haraposos y medio desnudos; esos escuadrones de gente llagada, sarnosa e inválida que aun hoy nos sale al encuentro en ciudades de Aragón y Castilla. Pueblo comercial de gran riqueza y cultura, Cádiz carecía de esta lastimosa hez; pero en aquellos tiempos de guerra, muchos pedigüños que pululaban en los caminos de Andalucía refugiáronse en la im-

provisada Corte. Para que nada faltase y fuese Cádiz en tales días compendio de la nacionalidad española, puso allí sus reales hasta la hermandad de *pan y piojos*, que tanto ha figurado en nuestra historia social, y tanto, tantísimo dado que hablar a propios y extranjeros.

Acerquéme a los infelices; y los vi de todas clases: unos, mutilados; otros, entecos; demacrados y andrajosos, los más, y todos chillones, desenfadados, resueltos, como si la mendicidad, más que desgracia, fuese en ellos un oficio, y gozasen, a falta de rentas, del fuero inalienable y sagrado de pedir al resto del humano linaje. Salió el lego con el calderón de bazofia, y allí era de ver cómo se empujaban y revolvían unos contra otros, disputándose la vez, y con qué bríos y con qué altivo lenguaje alargaban el cazuelillo. Repartía el cogulla a diestro y siniestro golpes de cuchara, y ellos se aporreaban para quitarse la ración, y entre manotadas y coces iban logrando la parte correspondiente, para retirarse después a un rincón, donde pacíficamente se lo comían.

Yo los miraba con lástima, cuando divisé en el hueco de una puerta una figura que me hizo quedar perplejo y aturdido. No creyendo a mis ojos, la miré y remiré, sin convencerme de que era realidad lo que ante mí tenía. El mendigo que así llamaba mi atención (pues mendigo era) vestía con los andrajos más desgarrados, más rotos, más sucios y extravagantes que darse puede. Aquel vestido no era vestido, sino una informe hilacha que se deshacía al compás de los movimientos del individuo. La capa no era capa, sino un mosaico de diversas y descoloridas telas; pero tan mal hilvanadas, que el aire se entraba por las mil puertas, ventanas y rejas, obra de la tosca aguja. Su sombrero no era sombrero, sino un mueble indefinido, una cosa entre plato y fuelle, entre forro y cojín vacío; y por este estilo las demás prendas de su cuerpo anunciaban el último grado de la miseria y abandono, cual si todas hubiesen sido recogidas entre aquello que la misma mendicidad arroja de sí; materias que se devuelven a la masa general de lo inorgánico, para que de nuevo tomen forma en las revoluciones del universo.

También me causó sorpresa ver el

garbo con que el hi... de mala mujer se terciaba la capita, y echaba sobre la ceja el sombrerete, y guiñaba el ojo a los compañeros, y decía donaires al buen lego. Pero, ¡ay!, lo que más que traje y sombrero me asombró, dejándome lelo delante de tan esclarecido concurso, fué la cara del mendigo; sí, señores, su cara, porque sepan ustedes que era la del mismísimo lord Gray.

XXII

Creí soñar; le miré mejor, y hasta que no me llamó, saludándome, no me atreví a hablarle, temiendo padecer una equivocación.

—No sé, milord—le dije—, si debo reírme o enfadarme de ver a un hombre como usted con ese traje y llenando su escudilla en la puerta de un convento.

—El mundo es así—me respondió—. Un día arriba, y otro abajo. El hombre debe recorrer toda la escala. Muchas veces, paseando por estos sitios, me detenía a contemplar con envidia la pobre gente que me rodea. Su tranquilidad de espíritu, su carencia absoluta de cuidados, de necesidades, de relaciones, de compromisos, despertaron en mí el deseo de cambiar de estado, probando por algún tiempo la inefable satisfacción que proporciona este eclipse de la personalidad, este verdadero sueño social.

—Es verdad, milord, que tan descomunal extravagancia no la he visto jamás en ningún inglés ni en hombre nacido.

—Parece esto una aberración—me dijo—. La aberración está en usted y en los que de ese modo piensan. Amigo, aunque parezca contradictorio, es cierto que para ponerse encima de todo lo creado, lo mejor es bajar aquí donde yo estoy... Lo explicaré mejor. Yo tenía la cabeza loca del ruido de los martillos de Londres, y venía maldiciendo la ingrata tierra en que el hombre, para poder vivir, necesita hacer clavos, bisagras y cacerolas. ¡Bendita tierra ésta, donde el sol alimenta, y donde lleva la atmósfera en su inmensa masa ignoradas sustancias!... Mi cuerpo se rebela hace tiempo contra los repugnantes borbos de nuestros cocineros, inmundos envenenadores del humano linaje. Yo sentía tiempo ha profundo rencor hacia

los sastres que serían capaces de ponerle casaquín, chupa y corbata al Apolo de Fidias, si se lo permitieran. Yo experimentaba profunda aversión hacia las casa y ciudades que, según vamos viniendo en nuestra graciosa época, sólo sirven para que se luzcan y diviertan los artilleros destruyéndolas. Yo detestaba cordialmente la sociedad de los hombres de hoy, compuesta de multitud de casacas que hacen cortesías, y dentro de las cuales suele haber la persona de un hombre. Me horrorizaba al oír hablar de naciones, de políticas, de diferencias religiosas, de guerras, de congresos; invenciones todas de la necedad humana, que al mismo tiempo que ha establecido leyes, estados, privilegios, dogmas, ha inventado cañones y fusiles para destruirlo todo. Yo detestaba los libros que se han creado para muestra de que no hay en todo el mundo dos hombres que piensen de la misma manera, y que nacieron en manos de un artesano, como en manos de un fraile la pólvora, otra especie de libro que habla más alto, pero que tampoco dice nada que no sea confusión.

Lord Gray se expresaba con exaltado acento. Tomé su mano y advertí que quemaba.

—Vi luego este país bendito, y mi agitado pensamiento descansó contemplando esta suprema estabilidad, este profundo reposo, este sueño benéfico de la sociedad española. Mis ojos se deleitaron contemplando en la inmensidad de la tierra las siluetas de los grandes conventos, a cuyo amparo protector un pueblo, a quien todo se lo dan hecho, puede esparcir su gran fantasía por los espacios de lo soñado, y buscar lo ideal en la única región donde existe, sin cuidarse de desempeñar papeles más o menos difíciles en la sociedad; sin cuidarse de su persona ni de los molestos accidentes del escenario humano, que se llaman posición, representación, nombre, fortuna, gloria... Quise saciar mi ardiente anhelo de conocer este beatífico estado, y aquí me tiene usted en él. Amigo mío, durante dos días he vivido tan lejos de la sociedad, cual si me hubiera transportado a otro planeta; he podido apreciar la rara hermosura de un día de sol, la pureza del ambiente, la profunda melancolía de la noche, mar donde el pensamiento navega a su antojo.

sin llegar jamás a ninguna orilla; he experimentado la indecible satisfacción de que centenares de hombres con casaca, entorchados y sombreros de distintas formas, pero todos más feos que los que en Egipto ponen al buey Apis, pasen junto a mí sin saludarme: he conocido el purísimo deleite de ver pasar los minutos, las horas, los días, cual cortejo de dulces sombras que llevan en sus suaves manos la vida, a la manera de aquellas deidades hermosísimas que pintaron los antiguos, transportando en sus brazos las almas de los justos al Cielo; he saboreado las delicias de no ir a ninguna parte deliberadamente, de sentir mis hombros libres de toda obligación, de no sentir en mi pensamiento ese hierro candente cuya quemadura significamos en el lenguaje con la palabra *después*, y que encierra un mundo de deberes, de ocupaciones, de molestias sin fin.

Después de una breve pausa, prosiguió así:

—Esta gente que me rodea tiene las mismas pasiones que las de allá arriba: pero no disimula nada. Es una ventaja. Prendas diversas los caracterizan; pero aquí todo es abrupto y primitivo como las rocas donde no ha golpeado aún el martillo del hombre para labrar un camino. Los hay más crueles que Gloucester, más mentirosos que Walpole, más orgullosos que Cromwell, más poetas que Shakespeare, y casi todos son ladrones. Yo me deleito con la salvaje manifestación de sus pasiones, y me finjo ignorante de sus truhanerías. Aquel viejo que allí se ve haciendo cruces encima de la escudilla me ha robado todos los doblones de oro que yo llevaba en mi bolsillo. Juntos pasábamos largas horas por las noches en la muralla; él me contaba vidas de santos españoles; yo fingía dormir, embelesado por los místicos encantos de su relato, y entonces metía bonitamente sus manos en mi bolsillo para sacarme el dinero. Yo lo observaba y callaba, gozándome en su avariciosa concupiscencia, como se goza viendo un abismo, una tempestad, un incendio o cualquier aparente desorden de la Naturaleza. Aquellos gitanos que están allí rezando el rosario me han entretenido dulcemente contándome sus ingeniosas maneras de robar. Amigo mío, aquí también hay una especie de alta sociedad, y se pasa el rato alegremente

en conciertos, fiestas y representaciones. Los romances moriscos que recita aquella vieja que parece exacto traslado de la Tía fingida, y en efecto, lo es, han producido en mí mayor sensación que las fanfarronadas de todos los cómicos modernos. Hay allí una muchacha ciega a quien llaman la *Tiñosa*, la cual canta el jaleo y el ole con tanto primor, que, oyéndola, he sentido emociones dulcísimas, y me he transportado a las últimas, a las más remotas regiones de lo ideal. Aquellos niños cojos y mancos, en cuyos grandes ojos negros parece centellear el genio del gran pueblo que guerreó durante siete siglos con los moros, y descubrió, conquistó y dominó regiones y continentes hasta que ya no había más mundo para saciar su ambición; aquellos niños, digo, son la más graciosa pareja de pilletes que he visto en mi vida, y cuánta sal, ingenio y travesura ha derramado la Naturaleza en granujas de Madrid, léperos de Méjico, lazzaronis de Nápoles, lipendis de Andalucía, pilluelos de París, *pic-pockets* de Londres, es nada en comparación de su gran ciencia. Si los educaran, es decir, si los corrompieran torciendo el natural curso de sus instintos, yo quisiera ver dónde se quedaban Pitt, Talleyrand, Bonaparte y todos los grandes políticos de la época.

—Amigo—le dije sin poder reprimir mi enfado—, me da compasión verle a usted entre esta desgraciada gente, y más aún oírle encomiar su triste estado.

—No parece sino que nosotros somos mejores que ellos. ¡Ah! Desde que hay en España filósofos y políticos charlatanes, y escritores con pujos de estadistas, se ha empezado a declarar omnicosa guerra a estos mis buenos amigos, lo mismo que a los salteadores de caminos, que no son otra cosa que una protesta viva contra los privilegios de los cosecheros; a los buenos frailes, que son la piedra fundamental de esta armonía envidiable, de este sistema benéfico, en que todos viven modestamente, sin molestar a unos a otros.

Esto decía, cuando una vieja que acababa de llenar su escudilla llegó a nosotros, y después de pedirme una limosna, que le di, puso la descarnada mano en el hombro del par de Inglaterra y, cariñosamente, le dijo:

—Niñito querido, ¡qué buenas nuevas te traigo esta tarde! Alégrate, picarón,

y escupe otra moneda amarilla, otro pedazo de sol como el que ayer me diste en premio de mis desinteresados servicios.

—¿Qué me cuentas, tía Alacrana, espejo de las busconas?

—A mí no se me han de decir esos feos vocablos. ¿Pues qué? ¿Acaso en mi vida he hecho algo que tenga olor de alcahuetería? Aquí donde me ven, yo, doña Eufrasia de Hínestrosa y Membri-llaja, soy muy principal, y mi difunto fué empleado en la renta del Noveno y el Excusado. Pero vamos a lo que importa.

—¿Fuiste allá, brujita mía?

—Por séptima vez. ¡Y qué buena que es mi doña María! Hemos brindado juntas muchos *paternoster*, a modo de copas de vino, en esta iglesia del Carmen y en obsequio de nuestros respectivos difuntos. Señora más enseñorada no la hay en todo Cádiz. En generosidad, no; pero en principalidad, se monta por encima de cuanta gente conozco, que es medio mundo. Me da algunos ochavos y lo que sobra de la olla, que es dicho sea sin incurrir en el feo vicio de la murmuración, bien poco sustanciosa. Me ha comprado algunas crucecitas de los padres mendicantes y algunos huesecillos benditos para hacer rosarios. Hoy le llevé mi comercio, y la noble señora hizo que le contara mi historia; y como ésta es de las más patéticas y conmovedoras, lloró un tantico. Después, como ella saliera de la sala para ir a sus quehaceres, quedéme sola con las tres niñas, y allí de las mías. En cuarenta años de piadoso ejercicio en este ajetreo de ablandar muchachas, avivar inclinaciones y hacer el recado, ¿qué no habré aprendido, niñito mío; qué trazas no tendré, qué maquinaciones no inventaré y qué sutilezas no me serán tan familiares como los dedos de la mano? Así es que si me hallo con bríos para pegársela al mismo Satanás, de quien estos pícaros dicen que soy sobrina carnal, ¿cómo no he de poder pegársela a doña María, que, aunque principalota, se deja embo- bar por un credo bien rezado y por una parla sobre la gente antigua, siempre que cuide una de adornar el rostro con dos lagrimones, de cruzar las manos y mirar al techo, diciendo: «¡Señor, líbranos de las maldades y vicios de estos modernos tiempos!»

—Tu charlatanería me enfada, Alacrana. ¿Qué recado me traes?

—¿Qué recado? Tres días de santa conferencia he empleado, mi niño. ¿Qué ha de hacer la pobrecita? Creo que está dispuesta a echarse fuera y huir contigo a donde quieras llevarla. Para entrar en la casa y en el sagrado tabernáculo de su alcoba, ya tienes las llavecitas que has forjado por el molde de cera que te traje. ¡Oh dichoso, mil veces dichoso niño! Ya sabes que la doña María duerme en aquella alcobaza de la derecha, y las tres niñas, en un cuarto interior. La sala y dos piezas más separan un dormitorio de otro; no hay peligro ninguno.

—Pero ¿no te ha dado recado escrito o de palabra?

—Me lo ha dado, sí, señor, a fe que es la niña poco cortés para no contestarte. En esta hoja de libro que aquí traigo marca, apunta y especifica el día, hora y punto en que caerá en los brazos de este haraposo la más...

—Calla y dame.

—Paciencia. Hoy me ha dicho doña María que tiene un dormir tan profundo como el de los muertos. Eso prueba una conciencia tranquila. ¡Dios la bendiga!... Ahora para darte el documento, deja caer sobre mí el rocío de esas monedas de oro que me fueron prometidas.

Lord Gray dió varias monedas a la vieja, recogiendo luego un papel que guardó en el seno.

Después se levantó, dispuesto a partir conmigo.

—Vámonos—le dije—, o estrangulo a esa maldita bruja.

—Es una respetable señora esta doña Eufrasia—me contestó con ironía—. Admirable tipo que hace revivir a mi lado la incomparable tragicomedia de Rodrigo Cota y Fernando de Rojas.

Y luego, volviéndose hacia la miserable turba, con voz entre grave y burlesca, dijo:

—Adiós, España; adiós, soldados de Flandes, conquistadores de Europa y América, cenizas animadas de una gente que tenía el fuego por alma y se ha quemado en su propio calor; adiós, poetas, héroes, autores del Romancero; adiós, pícaros redomados que ilustráis Almadrabas de Tarifa, Triana de Sevilla, Potro de Córdoba, Vistillas de Madrid, Azoguejo de Segovia, Mantería de

Valladolid, Perchel de Málaga, Zocodover de Toledo, Coso de Zaragoza, Zacañín de Granada y lo demás que no recuerdo del mapa de la picaresca. Adiós, holgazanes, que en un siglo habéis cansado a la Historia. Adiós, mendigos, aventureros, devotos, que vestís con harapos el cuerpo y con púrpura y oro la fantasía. Vosotros habéis dado al mundo más poesía y más ideas que Inglaterra clavos, calderos, medias de lana y gorros de algodón. Adiós, gente grave y orgullosa, traviesa y jovial, fecunda en artificios y trazas, tan pronto sublime como vil, llena de imaginación, de dignidad y con más chispas en la mollera que lumbré tiene en su masa el sol. De vuestra pasta se han hecho santos, guerreros, poetas y mil hombres eminentes. ¿Es ésta una masa podrida que no sirve ya para nada? ¿Debéis desaparecer para siempre, dejando el puesto a otra cosa mejor, o sois capaces de echar fuera la levadura picaresca, oh nobles descendientes de Guzmán de Alfarache?... Adiós, señor Monipodio, Celestina, Garduña, Justina, Estebanillo, Lázaro, adiós.

Indudablemente, lord Gray estaba loco. Yo no pude menos de reír oyéndole, en lo cual me imitaron los pilletes a quienes se dirigía, y pensé que las ideas expresadas por él eran frecuentes entre los extranjeros que venían a España. Si eran exactas o no, mis lectores lo sabrán.

—Amigo—me dijo el lord—, uno de los placeres más halagüeños de mi vida es pasar largas horas entre las ruinas.

Marchábamos despacio por la muralla adelante hacia las Barquillas de Lope, cuando encontramos a dos padres del Carmen que volvían apresuradamente a su casa.

—Adiós, señor Advíncula—dijo lord Gray.

—¡San Simeón bendito!—exclamó, perplejo, uno de los frailes—. ¡Es milord! ¡Quién le había de conocer en semejante traje!

Uno y otro carmelita rieron a carcajada tendida.

—Voy a soltar el manto real.

—Creíamos que milord se había marchado a Inglaterra.

—Y me alegré, sí, señor; me alegré—dijo el más joven—, porque no quiero compromisos, y milord me está compro-

metiendo. Acabáronse las condescendencias peligrosas.

—Bueno—dijo Gray con desdén.

El más anciano preguntó:

—¿Entró, al fin, milord en el seno de la Iglesia católica?

—¿Para qué?

—Ese traje—dijo fray Pedro de Advíncula con sorna—indica que milord se prepara a ello con dolorosas penitencias... Veo que ahora se las arregla usted por sí mismo, y que no necesita amigos.

—Señor Advíncula, ya no los necesito. ¿Sabe usted que mañana me marchó?

—¿Sí? ¿Para dónde?

—Para Malta. Nada tengo que hacer en Cádiz. Vayan al diablo los gaditanos.

—Me alegro. La señora se defiende bien. Su casa es una fortaleza a prueba de galanes. ¿Sabe usted que lo ha hecho por consejo mío?

—¡Picarón!...

—¿De veras que ya no hay nada?

—Nada.

—Es una determinación acertada. Hágame usted católico, y le prometo arreglarlo todo.

—Ya es tarde.

Advíncula rió de muy buena gana, y apretando las manos al lord, ambos frailes se despidieron de él con cariñosas demostraciones.

XXIII

Dos horas después, lord Gray estaba en el salón de su casa, vestido como de costumbre, después de haber borrado con abundantes abluciones la huella de sus aventuras picarescas.

Vestido, al fin, con la elegancia y el lujo que le eran comunes, mandó que pusiesen la cena, y en tanto que venían dos personas, a quienes dirigió verbal invitación por conducto de sus criados, paseábase muy agitado en la larga estancia. A ratos me dirigía algunas palabras, preguntas incongruentes y sin sentido; a ratos se sentaba junto a mí, como intentando hablarme, pero sin decir nada.

Como el oro improvisa maravillas en la casa del rico, la mesa (sólo había en ella cuatro cubiertos) ofrecía espléndida portentosa. Centenares de luces brillaban en dorados candelabros, refleján-

dose en mil chispas de varios colores sobre los vasos tallados y los vistosos jarros llenos de flores y frutas. El mismo desorden que allí había, como en todo lo perteneciente a lord Gray, hacía más deslumbradora la extraña perspectiva del preparado festín.

Al fin, mostrando impaciencia, dijo el inglés:

—Ya no pueden tardar.

—¿Los amigos?

—Son amigas. Dos muchachas.

—¿Las que dan que hacer a la señora Alacrana?

—Araceii—dijo con inquietud—, ¿usted oyó el coloquio que conmigo tuvo aquella mujer?... Es una indiscreción. Los buenos amigos cierran los oídos al susurro de lo que no les importa.

—Yo estaba tan cerca, y la señora Alacrana se cuidaba tan poco de la presencia de un extraño, que no pude cerrar los oídos. Milord, lo oí todo.

—Pues muy mal, muy mal—afirmó con acritud—. Todo aquel que se jacte de conocer lo que yo quiero ocultar hasta de Dios es mi enemigo. ¿No he dicho lo mismo otra vez?

—Entonces reñiremos, lord Gray.

—Reñiremos.

—¿Por tan poca cosa?—dijo, afectando buen humor, pues no le convenía chocar con él en ocasión tan inoportuna—. Yo soy el más discreto y prudente de los hombres. Usted mismo me ha puesto al corriente de sus aventuras. Vamos, amigo mío, seamos francos. ¿No me dijo usted mismo que pensaba llevarse a Malta?

Lord Gray sonrió.

—Yo no he dicho eso—murmuró, vacilando.

—Usted..., usted mismo. Y yo prometí ayudarle en la empresa a cambio de su auxilio para matar a mi aborrecido rival Currito Báez.

—Es verdad—dijo, riendo—. Bien, amigo mío. Mataremos a Currito y robaremos a la muchacha. En caso de que necesite ayuda, ¿puedo contar con usted?

—Sin duda. Sólo me falta saber para cuándo se dispone el gran golpe.

—¿Qué golpe?

—El del rapto.

Lord Gray meditó largo rato. Sin duda vacilaba en fiarse en mí.

—Para el rapto no necesito de nadie

—aseguró al fin—. Necesitaré, sí, para huir de Cádiz, lo cual no es cosa fácil.

—Yo le sacaré a usted del apuro. Sepamos cuándo...

—¿Cuándo?

—Para ayudar al amigo necesito pedir licencia con anticipación.

—Es verdad. Pues bien: antes me arrancaré la lengua que revelar a usted todavía el lugar y la persona...

—Ni yo quiero saberlo; lo que me importa es la hora...

—Es cierto... Bien. Repito que ni lugar ni persona los sabrá usted. Diré únicamente...

Saco un papel, que reconocí como el mismo que le entregara la Alacrana, y añadió:

—Este papel fija día y hora. Será mañana por la noche.

—Basta. Es todo lo que necesito saber. Mañana por la noche.

—Lo demás no lo diré ni a mi sombra. Temo traiciones y emboscadas, y desconfío hasta de mis mejores amigos.

—Ni yo quiero ser indiscreto preguntando... No me importa. Me basta saber que mañana a la noche tengo que venir a Cádiz para ponerme a disposición de un amigo a quien estimo mucho.

Yo pensé que lord Gray escondería de mis ojos el papel que tan extraños avisos traía para él; pero, con gran sorpresa mía, me lo mostró. Era una hoja de un libro, en cuya margen había algunas rayas con lápiz.

—¿Esta es la carta? A fe que no puedo entender lo que dice, ni es fácil conocer el carácter de la escritura.

—Yo lo entiendo bien... Estas rayas se refieren a determinadas letras de los renglones impresos, y con un poco de paciencia se descifra. Pero me parece que sabe usted bastante. Silencio, pues, y no se nombre más este asunto. Me mortifica, me pone nervioso y colérico el ver que hay alguien que posee una parte de mi secreto. Ahora no pensemos más que en Currito Báez. Amigo, siento deseo irresistible, anhelo profundo de matar a un hombre.

—Yo también.

—¿Cuándo le despachamos?

—Mañana por la noche se lo diré a usted.

—¿Quiere usted que le ejercite un poco en la esgrima?

—Nada más oportuno. Vengan los flo-

retes. Espero adquirir de aquí a mañana tanta destreza como mi maestro.

Empezamos a tirar.

—¡Oh, qué fuerte está usted, amigo! —dijo al recibir una estocada medianilla.

—No estoy mal, no.

—¡Pobre Currito Báez!

—Sí. ¡Pobre Currito! Mañana veremos.

Sonó en la escalera gran estrépito; suspendimos al punto el juego, permaneciendo con los floretes en la mano en actitud observadora, y he aquí que entran metiendo ruido, y cual brazos de mar que todo lo arrollan e inundan delante de sí, dos mozas de lo mejor que puede criar Andalucía. ¿Las conocéis? Eran María Encarnación, llamada la *Churriana*, y *Pepilla la Poenca*, a quien nombraban así por ser sobrina del señor Poenco.

—¡Endínote!—exclamó una, corriendo ligerísima hacia mi amigo—. ¿Cómo tanto tiempo sin verte? ¿No sabías que esta probe se estaba muriendo?

—Miloro está encalabrinado por aquí dentro, y ya no quiere nada con la gente de la Viña.

—Amable canalla—dijo el inglés—, sentaos. Sentaos y cenemos.

Los cuatro tomamos asiento, y no pasó después nada digno de contarse, por lo cual me abstengo de quitar espacio y atención a asuntos de mayor importancia.

XXIV

Don Diego de Rumblar fué a despertarme a mi alojamiento en la tarde del siguiente día. No habiendo podido dormir en la noche, había yo pasado en calenturientos sueños parte del día, y me hallaba al despertar afectado de gran postración. Mi alma, llena de tristeza, se abatía, incapaz del menor vuelo; y, encontrándose inferior a sí misma, hasta parecía perder aquella antigua pena que le producían sus propias faltas, y se adormecía en torpe indiferencia. Tolerante con los errores, con los extravíos, con el vicio mismo, iba degradándose de hora en hora. Don Diego me dijo:

—Te participo que el sábado de esta semana tendrán lugar en casa dos acontecimientos. Yo me caso, y mi hermana

entrará de novicia en las Capuchinas de Cádiz.

—Lo celebro.

—Ya he perdido aquellos escrúpulos, hijos de una delicadeza excesiva y ridícula. Mi mamá me dice que soy un asno si al punto no me decido.

—Tiene razón.

—Además, chico, has de saber que mi mamá me ha sitiado por hambre.

—¡Por hambre!

—Sí, hombre. Asegura que nuestra fortuna está por los suelos a causa de la guerra, y luego añadió: «Como no te cases, hijo, ¡no sé cómo podremos vivir!» A todas éstas, ni un real para mis gastos. Eminente joven, gloria de la patria, si le prestaras cuatro duros al señor conde de Rumblar, Europa entera te lo agradecería.

Le di los cuatro duros.

—Gracias, gracias, benemérito soldado. Te los pagaré cuando me case. Díme, ¿no te parece que hago bien en desechar vanos escrúpulos?

—¿Eso qué duda tiene?

—Lord Gray no ha vuelto por casa; nadie sabe dónde está, y es probable que haya marchado a Inglaterra.

—Creo que, en efecto, se ha marchado a su país.

—Te advierto que mi novia no me puede ver ni pintado; pero eso no hace al caso. Mi madre me ha bloqueado por mar y tierra, y yo me rindo, chico, me rindo a discreción. Con mi señora mamá no hay burlas, amiguito. ¡Si vieras qué coscorrones me da...! He tenido que hacer llaves nuevas para poder salir de noche. Pues ¿y mis hermanitas y mi novia? Hace lo menos dos meses que no saben de qué color es la calle. Ni siquiera salen a misa; en paseos no hay que pensar. Han sido clavados por dentro los cristales de los balcones, y no se les permite que tengan a la mano papel, tinta ni plumas. Las tres infelices están que dan lástima verlas de marchitas y acongojadas, y de seguro preferirían la peor vida del mundo a la que ahora llevan, aguantando con gusto palos de marido o rigores de abadesa, con tal de abandonar las sombrías mazmorras de mi casa. No ven a otros hombres que a mí y a don Paco. ¿Te parece que estarán divertidas?

—¿Usted sale por las noches de su casa?

—Sí; ¿no sabes que ahora voy todas las noches a una reunión de hombres solos, donde se trata de política? ¡Encantadora, deliciosa es la política! Pues te diré: nos juntamos en una casa de la calle de la Santísima Trinidad, y allí estamos horas y más horas hablando de la democracia y del servilismo, diciendo perrerías de los frailes, escribiendo a trozos el graciosísimo papel satírico que se llama *El duende de los cafés*. Nos ocupamos de la vida y milagros de todo *quisque*, y criticamos sin piedad. Pero lo más salado es aquella parte en la cual, con mucho donaire, nos burlamos de los clérigos, de la Inquisición, del Papa, de la Santa Iglesia y del Concilio de Trento. Atame esa mosca...

—Por fuerza anda en ese lío el gran Gallardo.

—Si mi madre supiera esto, me colgaría del techo de la sala, ya que no tenemos almenas en que hacer conmigo un escarmiento. Vamos ahora a la tertulia. También nos reunimos de día. Hoy van a leer un folleto que ha escrito uno en contestación al *Diccionario manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España*. ¿Conoces ese librito? Es una carta de necedades. Ostolaza lo ha llevado a casa, y por las noches, él, el señor Tenreiro y mamá lo leen y celebran muchos sandios chistes y groserías. Verás el que va a salir en contestación.

—Por pasar el rato iremos allá—dije, disponiéndome a salir.

—Esta noche—añadió—iremos a casa de Poenco. Te convido a unas copas...

—¡Magnífica idea! Cuando la señora doña María duerma, sale usted; se mete la llave en el bolsillo, y a casa de Poenco... Pasaremos una buena noche. Sé que estarán allí María Encarnación y Pepilla la Poenca.

—Me chupo los dedos, amigo Araceli, con la noticia. Allá voy de cabeza. Mi señora madre duerme como una piedra y no advierte mis escapatorias.

—Pero lo advertirán las hermanitas.

—Ellas lo saben, y me impulsan a salir para que les cuente lo que ocurre por ahí durante la noche. También voy al teatro. ¡Las pobrecillas llevan una vida...! Como duermen juntas las tres, en una misma alcoba, se entretienen de noche contándose historias en voz baja.

Llegamos a la calle de la Santísima

Trinidad, y en un cuarto bajo, oscuro y humildísimo había hasta dos docenas de personas de diferentes edades, aunque abundaban más que los viejos los jóvenes, todos alegres y bulliciosos, como grey estudiantil, vestidos de voluntarios los unos y con sotana un par de ellos, si no estoy trascordado. Describir la confusión y bulla que allí reinaba fuera imposible; pintar la variedad de sus fachas, la movilidad de sus gestos y la comezón de hablar y reír que los poseía fuera prolijo. Unos se sentaban en las desvencijadas sillas; otros, en pie sobre las mesas, haciendo de éstas tribuna, se adiestraban en el ejercicio parlamentario; algunos disputaban furiosamente en los rincones, y no faltaba quien en las rodillas, o sobre el breve espacio de mesa que dejaban libre los pies de los oradores, emborronara cuartillas. Era aquello un nido, una echadura de políticos, de periodistas, de tribunos, de agitadores, de ministros, y daba gusto ver con cuánto donaire rompían el cascarón los traviesos polluelos.

Aquello era club incipiente, redacción de periódico, academia parlamentaria, todo esto y algo más. ¡Qué hervidero! ¡Cuántas pasiones, cuántas crisis, cuántas revoluciones, cuánta historia, en fin, bullían dentro de aquel pastel que acababa de ponerse al fuego! Los huevecillos que depositaba la mariposa para dar vida al gusano no se abren, no echan fuera la diminuta criatura, ni ésta se desarrolla con más presteza al calor de la primavera que aquellos inocentes embriones de gente política. Su precocidad asombraba, y oyéndolos hablar se les creía capaces de dar guerra al universo entero.

Al punto don Diego y yo fuimos tratados como antiguos amigos.

—Ahora va a venir ese insigne bibliotecario de las Cortes—dijo uno—, y nos acabará de leer su obra.

—Ya veo cómo tiemblan los frailes panzudos y los rollizos canónigos. Yo he dicho que debe grabarse letra por letra con oro y plata en las esquinas de las calles.

—¡Aquí está, aquí está el insigne Gallardo!

Era altísimo, flaco, desgarrado, amarillento, siendo de notar en su rostro la viveza de los ojos, así como la regular longitud de las abanicadas orejas. ¡Sin-

gular hombre! Cincuenta años después le habéis visto en las calles de Madrid desfigurado por el medio siglo; pero siempre distinguiéndose muy bien por la prolongación longitudinal de su persona; le habréis visto siempre flaco, siempre amarillo, pero antes atrabiliario que jovial, marchando aprisa con los bolsillos de un como redíngot gris, llenos de libros viejos, con su sombrero de hule hecho a las injurias de aguas y soles, y si por acaso dirigisteis vuestros pasos a la Alberquilla, dehesa próxima a Toledo, le veríais allí sepultado en una biblioteca, donde le devoraba, como a Don Quijote la caballería, la estupenda locura de los apuntes; veríaisle encerrado semanas enteras, sin tomar otro alimento que el modestísimo de una diaria ración de sopas de leche. Algo faltaba en aquella cabeza para ofrecer el fenómeno de que, sabiendo cuanto había que saber en materia de libros, y siendo el almacén de apuntes, y datos, y noticias más colosal que ha existido en el mundo, jamás hiciese cosa de provecho.

Pero ustedes no conocieron a Gallardo como yo le conocí, en la plenitud de su frenesí clerofóbico; ustedes no le oyeron leer como yo las célebres páginas del *Diccionario burlesco*, el libro más atroz y más insolente que contra la religión y los religiosos se había escrito en España. Hallábase poseído de un estro limpio, y fué la primera musa de esa gárrula poesía progresista que durante muchos años atontó a la juventud; persuadiéndola de que la libertad consiste en matar curas.

—¡A leer, a leer!—gritaron seis o siete voces.

—¿Has acabado el párrafo del *Cristianismo*?

—Calma y no me vuelvan loco—dijo Gallardo, sacando unos papelotes—. No se puede ir tan aprisa.

—Si estás a la mitad, insigne bibliotecario, habrás llegado al parrafillo de la *Inquisición*, que caerá en la I.

—No, porque pongo la Inquisición en la *y griega*.

Grandes y estrepitosas y retumbantes risas.

—Atended un poco. A ver qué os parece esto de la Constitución—dijo, sentándose, mientras se formaba corrillo en torno suyo—. Ya sabéis que el asno hilvanador del *Diccionario manual* decía

que la Constitución «será una taracea de párrafos de Condillac cosidos con hilo gordo...» Pero mirad antes cómo define el *Cristianismo*. Digo así: «Amor ardiente a las rentas, honores y mandos de la Iglesia de Cristo. Los que poseen este amor saben unir todos los extremos y atar todos los cabos, y son tan diestros, que, a fuerza de amor a la esposa de Jesucristo, han logrado tener a su disposición dos tesorías, que son la del *arca boba* de la corte de España y la de los tesoros de las gracias de la corte de Roma.» Ya veis que he parafraseado lo que dijo el *Manual* en el párrafo del *Patriotismo*.

—Bartolillo—preguntó uno—, ¿y no le has contestado nada a aquello de que el alma es un «huesecillo o ternilla que hay en el *celebro*, o, según otros, en el diafragma, colocado así como el palitroquillo que se pone dentro de los violines»?

—Paciencia. Allá va lo que pongo a la voz *Fanatismo*... «Enfermedad físico-moral, cruel y desesperada, porque los que la padecen aborrecen más la medicina que la enfermedad. Es una como rabia canina que abrasa las entrañas, especialmente a los que arrastran hopalandas. Los síntomas son bascas, convulsión, delirio, frenesí; en su último período degenera en licantropía y misantropía, en cuyo estado el enfermo se siente con arranques de hacer una gran hoguera para quemar a medio linaje humano.»

—Eso está bien dicho; pero algo frío, Bartolo.

—Duro, más duro con ellos. Veamos cómo te desenvuelves en la voz *Fraille*.

—*Frailles*... Atención—continuó el lector—. «Una especie de animales viles y despreciables que viven en la ociosidad a costa de los sudores del vecino en una especie de café-fonda, donde se entregan a todo género de placeres y deleites, sin más quehacer que rascarse la barriga...»

Aquí no pudieron contener los mozalbetes su entusiasmo, y fué tal la algazara y el jaleo de pies y manos, que los transeúntes se detenían en la calle, sorprendidos por el estentóreo ruido.

—Vaya, señores, que no leo más—dijo Gallardo, guardando sus papeles con orgullo—. Esto va a perder la novidad cuando se publique.

—Bartolo, echa el *Obispo*.

—Bartolo, léenos el *Papa*.

—Eso se quedará para mañana.

—Ya andan por ahí los zampatortas con la cabeza inclinada como higo maduro desde que saben que va a salir tu *Diccionario*.

—Bartolo, ¿escribes hoy algo contra Lardizábal?

Lardizábal, individuo de la Regencia que había dejado de funcionar el año anterior, publicó en aquellos días un tremendo folleto contra las Cortes.

—¿Yo? Jamás le he echado paja ni cebada al señor Lardizábal.

—Hombre, defendamos la soberanía de la nación.

—¡Si no tiene más enemigos que Lardizábal!... Sopla, y vivo te lo doy...

—Mañana saldrá nuestro buen *Duende*...

—Cuando sea diputado—dijo uno que por lo enteco parecía sietemesino—, pediré que todos los frailes que hay en España sean destinados a dar vueltas a las norias para sacar agua.

—De ese modo se regará muy bien la Mancha.

—Señores, no olvidarse de que mañana había Ostolaza, y quizá don José Pablo Valiente.

—Hay que ir a la tribuna.

—Yo esperaré en la calle para ver la función de salida.

—¡Eh..., Antonio, échanos un discurso!

—Un discurso como el de anoche y sobre el mismo tema de la democracia.

—Pero no digas, como el *Diccionario manual*, que la democracia «es una especie de guardarropas en donde se amontonan confusamente medias, polainas, botas, zapatos, calzones y chupas con fraques, levitas y chaquetas, casacas, sortúes y capotes ridículos, sombreros, redondos y tricornios, manteos y unos monstruos de la Naturaleza que se llaman abates».

—De ese modo ha querido pintar a las Cortes.

—La democracia—dijo otro mozalbete con voz elocuente, aunque ceceosa—es aquella forma de gobierno en que el pueblo, en uso de su soberanía, se rige por sí mismo, siendo todos los ciudadanos tan iguales ante la ley que ellos se imponen, como lo somos los desterrados hijos de Eva a los ojos de Dios.

—Hombre, repítame eso, que es muy bonito y quiero aprenderlo de memoria para decírselo a mi papá esta noche al tiempo de cenar. A mi papá, que es muy liberal, le gustan estas cosas.

Yo me aburría entre aquella gente, sin poder sacar sustancia de tan inaguantable confusión de voces diversas, ni de aquel laberinto de opiniones, de insensateces, de puerilidades, manifestadas en coro inarmónico, cuyo susurro hubiera enloquecido la cabeza más fuerte. Dije a don Diego que me marchaba, y él se empeñó en que le acompañase hasta el fin.

—Yo oigo atentamente todo lo que hablan—me dijo—para aprendérmelo de memoria y soltarlo después en los cafés y en los ventorrillos. De este modo voy adquiriendo fama de gran político, y cuando me acerco a la mesa del café, todos me dicen: «A ver, don Diego: ¿qué piensa usted de la sesión de hoy?»

Nos detuvimos un poco más; pero, al fin, pude sacarle de allí con grandes esfuerzos, y nos marchamos a tomar el fresco a la muralla.

—¿Qué diría doña María—le pregunté—si ahora me presentase yo en la casa?

—Hombre, se me figura que mi señora mamá no te juzga del todo mal. Ostolaza dice de ti mil herejías; pero mamá se opone a que hablen mal de nadie delante de ella... Sin embargo, tienes en casa fama de ser un terrible conquistador de hermosuras. Más vale que no vayas allá. ¡Ah pícaro! Ya sé que te gusta mi hermanita Presentación. Todos los días me pregunta por ti... Por mi parte, si la quieres... Yo sé que eres un hombre honrado.

—En efecto, me agrada.

—Como que te la llevaste a las Cortes una tarde... Sí; cuando salieron y cayó la bomba y les dió auxilio el padre Pedro Advincula... El pobre don Paco estuvo enfermo cinco días... Volvió a casa lleno de bizmas, porque el estallido de la bomba, ¡asómbtrate, chico!, le molió como si le hubieran dado una paliza.

—¡Desgraciado preceptor!... No olvide usted, amiguito, que esta noche hemos de ir a casa de Poenco.

—Sí. ¡A olvidarme iba! Las carnes me tiemblan ya del gusto. ¿Dices que va Pepilla la Poenca?

—Y toda la flor de la majeza.

—Me parece que no ha de llegar el momento en que mi señora mamá cierre los ojos.

—Aguardo en Puerta de Tierra.

—Puerta del Cielo debía llamarse. ¿Irá también la *Churriana*?

—También.

—Pues aunque supiera que mi mamá estaba en vela toda la noche... Adiós..., me voy a cenar y a rezar el rosario; dentro de hora y media estaré allá... Tunante, diré a Presentación que te he visto. ¡Qué contenta se va a poner!

Cuando nos separamos, visité de nuevo a lord Gray, y como le encontrara dispuesto a salir a la calle, le dije:

—Milord, la señora condesa, Amarantha, me encargó ayer que rogase a usted pasase a verla.

—Ahora marcharé allá... ¿Está usted libre esta noche?

—Libre y a la orden de usted.

—Será algo tarde cuando yo necesite de su auxilio. ¿Dónde nos encontraremos?

—No es preciso fijar sitio—repuse—. Yo tengo la seguridad de que nos encontraremos. Una súplica tengo que hacer a usted. Mi espada no es buena. ¿Quiere usted prestarme esa magnífica hoja toledana que está en la panoplia?

—Con mil amores; ahí va.

Diómela y cambió su arma por la mía.

—¡Pobre Currito Báez!—dijo, riendo—. Han fijado ustedes el duelo para esta noche. Pero, amigo mío, yo no puedo estar en todas partes. Esta noche no podré asistir a la muerte de ese hombre.

—¿Pues no ha de poder? Hay tiempo para todo.

—Fijemos hora.

—No es preciso. Ya nos encontraremos. Adiós.

—Pues adiós.

Era de noche, y corrí al ventorrillo. Don Diego tardó mucho; pasó una hora, pasaron dos, y yo no cabía en mí de ansiedad y afán. Por fin, le vi aparecer, y calmóse mi febril impaciencia con su llegada.

—Poenco—gritó, dando manotadas sobre la mesa—, trae manzanilla. ¿Hay algo de pescado para hacer sed?... Querido Gabriel, hombre benévolo y caritativo, pongo en tu conocimiento que aho-

ra, al pasar por la calle del Burro, me dieron ganas de entrar en casa de Pepe Caifás, y allí perdí los cuatro duros que me diste esta tarde. ¿Llevarías tu longanimidad hasta el extremo de darme otros cuatro? Ya sabes que me caso pronto.

Le di lo que me pedía.

—Señor Poenco, ¿dónde está Pepilla?

—Ha ido a confesar, y está haciendo penitencia.

—¡A confesar! ¿Tu hija se confiesa? No la dejes acercarse a ningún fraile. Ya sabes que los frailes son *unos animales viles y despreciables que viven en la ociosidad y holganza, en una especie de café-fondas donde se entregan a todo género de placeres...*

—Todo lo que gastemos lo pago yo, tío Poenco—dije—. Venga jerez.

—Gracias, gracias, valiente soldado. Siempre has sido generoso. De modo que podré emborracharme... Puenquillo, ¿me sabrás decir dónde se puede ver esta noche a María Encarnación?

—Señorito don Diego—dijo el pícaro—, no me comprometeré yo a decirle dónde está, manque me diera esos cuatro soles de plata mejicana, porque María Encarnación salió de aquí con Currito Báez, y tomando hacia la calle del Torro de Santa María..., cétera, cétera.

Entraron varios majos ya de nosotros conocidos, y don Diego los convidó a beber, lo cual, lejos de molestarlos, los causó muchísimo agrado.

—¿Vienes de las Cortes, Vejarruco?—preguntó don Diego a uno de ellos.

—Sí... ¡Y qué borrasca han armao allí con el papé de Lardizábal!

—Toos, toos son unos pillos—exclamó Lombrijón—. ¡Qué gomitaeras tenía aquel diputao alto, berrendo, querencioso, y qué cosas les dijo cuando le dió aquel súpito engrimpolándose too!...

—¿Qué entiendes tú de eso, Lombrijón?... Si lo que dijo fué que el pue-oro...

—En las orejas tengo el voquible, Vejarruco. Fué lo de la mococracia...

—Apostad a cuál es más bruto—dijo don Diego con pedantería—. La democracia y no la mococracia, *es aquella forma de gobierno en que el pueblo, en uso de su soberanía, se rige por sí mismo, siendo todos los ciudadanos iguales ante la ley...*

—Justo y cabal. ¡Qué bien parla este

angelito! Si en mi poer estuviera, mañana sería diputao.

—Algún día me votaréis, amigos Vejarruco y Lombrijón—dijo mi amigo, sintiendo ya en su cabeza, con los vapores del generoso licor, el humo de la vana ambición.

—¡Viva el pueblo soberano!—gritó Vejarruco.

—¡Vivan las Cortes!—gruñó Lombrijón, batiendo palmas con el ritmo de la malagueña—. Lo que igo es que un ruedo de muchachas bailando, con un par de guitarras y otros tantos mozos güenos y un tonel de lo de Trebujena que dé güeltas a la reonda, me gustan más que las Cortes, donde no hay otra música que la del cencerro que toca el presidente y el rom-rom de los escursos.

—Que vengan las muchachas, que vengan las guitarras—gritó Rumblar, dueño ya tan sólo de la mitad de su corto entendimiento.

—Poenco, si las traes, te hacemos...

—Te hacemos diputao...

—¿Qué es eso? ¡Menistro! ¡Viva la dibertad de la Imprenta y el ministro señó Poenco!

Mientras de este modo se enardecía el espíritu y se exaltaban los sentidos de aquellos bárbaros, iba pasando mucho tiempo, más tiempo del que yo quería que pasase sin poner en ejecución mi pensamiento. Habían sonado las nueve, las diez, casi las once.

Más fuerte que si tuviera algo dentro, la cabeza de mi amigo don Diego resistía a frecuentes trasiegos del ardiente líquido; pero cuando vinieron las mozas y comenzó la música, el noble vástago perdió los estribos y dió con su alma y su cuerpo en el torbellino de la más grosera orgía que ventorrillo andaluz puede ofrecer al sibaritismo. Bailó, cantó, pronunció discursos políticos sobre una mesa, imitó el pavo y el cerdo, y, por último, ya muy tarde, cuando el afán me devoraba y la impaciencia me tenía nervioso y aturrido, dió con su noble cuerpo en tierra, cayendo inerte como un pellejo de vino. Las mozas formaban elegantes parejas con Vejarruco y Lombrijón; los guitarristas se divertían por su cuenta en otro extremo de la taberna; roncaba como una bestia enferma el gran Poenco, y la ocasión era propicia para mí. Tomé las dos llaves que el durmiente

don Diego llevaba en su bolsillo y corri como un insensato fuera de la taberna.

La repugnante zambra habíase alargado bastante, porque eran ya casi las doce.

XXV

Yo no corría, volaba, y en poco tiempo llegué a la calle de la Amargura, mortificado por el recelo de acudir tarde. Un hombre que se lanza desesperado al crimen no experimenta en el instante de perpetrar su primer robo, su primer asesinato, emoción tan viva como la que yo experimenté cuando introduje la llave; cuando le di vueltas poco a poco para evitar todo ruido; cuando empujando la puerta, ya abierta, ésta cedió ante mí sin rechinar, merced a las precauciones que con este fin había tomado don Diego. Entré, y por un rato halléme desorientado en la profunda oscuridad del zaguán; pero a tientas y cuidadosamente pude llegar al patio, donde la claridad del cielo que por la cubierta de vidrios entraba me permitió marchar con pie más seguro. Abriendo la segunda puerta que daba paso a la escalera, subí muy despacio asido al barandal.

El corazón me latía con loca presteza, pareciéndome tan desmesuradamente ensanchado, que experimenté la sensación de llevar dentro del pecho un objeto mayor que la casa en que estaba. Me tenté la espada por ver si estaba en mi cintura y probé si salía con holgura de la vaina. En las sombras que me rodeaban creía ver a cada instante la imagen de lord Gray y otra imagen, corriendo ambas fuera de la casa profanada. Verdaderamente, señores, discurrendo con serenidad, no podía darme cuenta del objeto de mi arriesgada expedición allí dentro. ¿Iba a satisfacer en la persona de lord Gray mi anhelo de venganza; iba a gozarme en mi propio desaire o a impedir la violenta determinación de los locos amantes? Yo no lo sabía. En mi pecho bullían ardientes furores, y se quemaba mi frente, circundada por anillo de candente hierro. Los celos me llevaban en sus alas negras llenas de agudas uñas que desgarran el pecho, y dejándome arrastrar no podía prever cuál sería el término de mi viaje.

Al llegar al corredor de cristales que daba vuelta a todo el patio, percibí con claridad los objetos, por la mucha luz de luna que allí penetraba. Entonces medité, y, formulando vagamente un plan, dije:

—Aquí buscaré un sitio donde ocultarme. Lord Gray no puede haber llegado todavía. Le espero, y cuando venga le saldré al paso.

Puse atento el oído y creí sentir un rumor vago. Parecíame ruido de faldas y pasos muy tenues. Aguardando un rato, al cabo distinguí una forma de mujer que salía al corredor por la puerta menos próxima al sitio donde yo me encontraba. Había allí un alto, pesado y negro ropero que proyectaba sombra muy oscura sobre sus costados, y junto a él me guarecí. Atisé la figura que se acercaba, y la reconocí al punto. Era Inés. Acercábase más, y al fin pasó por delante de mí. Yo me aplasté contra la pared: hubiera querido ser de papel para ocupar el menor espacio posible.

A la escasa luz pude advertir en ella una gran confusión. Inés iba hacia la escalera, volvía, tornaba a adelantar, retrocediendo después. Sus ademanes indicaban zozobra vivísima; más que zozobra, desesperación. Exhalaba hondos suspiros, miraba al Cielo como implorando misericordia, reflexionaba después con la barba apoyada en la mano, y, al fin, volvió a sus anteriores inquietudes.

«Es que le espera—dije para mí—. Lord Gray no ha venido.»

Inés entró de repente en las habitaciones y salió al poco rato con un largo manto negro sobre la cabeza. Andaba con gran cautela, y sus delicados pies parecía que apenas esfloraban los ladrillos del piso. Volvió a pasar junto a mí, dirigiéndose a la escalera; pero retrocedió otra vez.

«Está loca—pensé—; se dispone a salir sola. Sin duda, él la esperaba en la calle.»

La muchacha descendió dos o tres peldaños, y tornó a subir. Entonces observé claramente su rostro: estaba muy inmutada. Balbucía o ceceaba, y su soliloquio, en que se le escapaban voces articuladas, era de los que indican una gran agitación del alma. Algunas voces tenues y confusas que salían de sus labios llegaron a mi oído, y percibí con

toda claridad estas dos palabras: «Tengo miedo.»

Al pasar cerca de mí, no sé si sintió mi respiración o el roce de mi cuerpo contra la pared, porque me era imposible permanecer en absoluta quietud. Estremeciéndose toda, miró al rincón, y de seguro me vió, es decir, vió un bulto, un fantasma, un ladrón, cualquiera de esos vestiglos o imaginarios duendes de la noche que asustan a los niños y a las muchachas tímidas. En el paroxismo de su miedo tuvo, sin embargo, bastante presencia de ánimo para no gritar; quiso correr, mas le faltaron las fuerzas. Maquinalmente salí de mi escondite, dando algunos pasos hacia ella; la vi temblorosa, con los ojos desencajados y las manos abiertas; acerquéme más, y le dije en voz muy baja:

—Soy yo, ¿no me conoces?

—Gabriel—dijo, como quien despierta de un mal sueño—. ¿Cómo has entrado aquí? ¿Qué buscas?

—No me esperabas, sin duda.

Su acento de profunda sorpresa no indicaba pesadumbre ni contrariedad. Después añadió:

—No me parece sino que te ha enviado Dios en socorro mío. Acompáñame: tengo que salir a la calle.

—¡A la calle!—exclamé más desconcertado aún.

—Sí—dijo, recobrando la zozobra que al principio había advertido en ella—. Quiero traerla, aunque sea arrastrada por los cabellos... ¡Ay Gabriel, estoy tan angustiada que no sé cómo contarte lo que me pasa. Pero, vamos, acompáñame. No me atrevía a salir sola a estas horas.

Diciendo esto, tomaba mi brazo, y con impulso convulsivo empujaba hacia la escalera.

—Esta casa está deshonrada... ¡Qué vergüenza! Si mañana despierta doña María y no la encuentra aquí... Vamos, vamos. Yo espero que me obedecerá.

—¿Quién?

—Asunción. Voy a buscarla.

—¿En dónde está?

—Se ha marchado... Ha huido... Vino lord Gray... En la calle te contaré...

Hablábamos tan bajo, que nos decíamos las palabras en el oído. En un instante, y andando con toda la prisa que me permitía la oscuridad de la casa,

bajamos, abrimos las puertas y nos encontramos en la calle.

—¡Ay!—exclamó al verme cerrar por fuera la puerta—. En mi aturdimiento se me olvidaba, al querer salir, que no tenía llaves para abrir la puerta.

—Pero ¿adónde vas tú, adónde vamos?

—Corramos—dijo, aferrándose a mi brazo.

—¿Adónde?

—A la casa de lord Gray.

Aquel nombre encendió de nuevo mi sangre, y pregunté a Inés con desabrimiento:

—Y ¿a qué?

—A buscar a Asunción. Tal vez lleguemos a tiempo para impedir su fuga de Cádiz... Está loca esa muchacha, loca, loca, loca... Gabriel, ¿con qué objeto entrabas esta noche en la casa? ¿Ibas a buscarme?... ¿Ibas de parte de mi prima?

—Pero lord Gray... Explicame eso.

—Lord Gray entró esta noche, Asunción le esperaba..., levantóse callandito de su cama y se vistió. Yo desperté también... Asunción se llegó a mi cama cuando iba a partir, y besándome en voz muy bajita me dijo: «Inés de mi corazón, adiós: me voy de esta casa.» Yo salté de mi cama, quise detenerla; pero la pícara lo tenía todo muy bien dispuesto y salió con gran ligereza. Quise gritar; pero tuve miedo... La idea de que despertase doña María en aquel instante, me hacía temblar...; se fueron muy despacito, y cuando me quedé sola... ¡Ay! La insensatez de esa chiquilla, a quien todos tienen por santa, me enardecía la sangre. Lord Gray la ha engañado, lord Gray la abandonará... Vamos, vamos pronto.

—¡Me parece que estoy soñando! De modo que Asunción... Pero ¿qué hacemos, qué vamos a decir a Asunción y a lord Gray?

—¿Y eso dice un hombre, un caballero, un militar que lleva espada? Cuando los vi salir sentí un impulso de cólera...; quise correr tras ellos...; luego se me ocurrió llamar a los de casa...; pero después, pensando que lo mejor sería impedir la fuga de Asunción, discutí si podría traerla de nuevo a casa..., con lo cual la condesa no se enterará de nada... Yo pedí auxilio al Cielo y dije: «Dios mío, ¿qué puede hacer una mujer, una pobre y desvalida mujer,

contra la perfidia, la astucia y la fuerza de este maldito inglés? Dios poderoso, ayúdame en esta empresa.» Cuando yo decía esto, te me presentaste tú.

—¿Y cuál es tu intención?

—Yo dudaba si salir o no. Era una locura salir... ¿Qué hubiera podido lograr sola? Nada. Ahora es distinto. Me presentaré en casa de ese bandido; procuraré convencer a esa desgraciada de la miserable suerte que la espera. ¡Oh! Nunca la creí capaz de acto tan abominable... Haré lo posible por traérmela conmigo... Un hombre me acompaña: no temo a lord Gray, y veremos si persiste en sus viles proyectos delante de ti.

—No persistirá. Lo que está pasando es un plan admirable de la Providencia.

—La pobre Asunción es una tonta. Su fondo es bueno; pero con la santidad, con el encierro y con lord Gray se le ha convertido la imaginación en un hervidero. Nos queremos mucho. Varias veces he conseguido de ella, con mis cariñosas amonestaciones, más que su madre con el rigor y toda la Iglesia católica con sus santidades... Volverá, volverá con nosotros... ¡Qué peligroso paso!... ¡Ella y yo fuera de casa!... Corramos, corramos. La casa de ese hombre está en el fin del mundo.

—Lord Gray abandonará su presa. Ya pronto llegamos. Lord Gray tendrá el castigo que merece.

—¡Así te oyera Dios! ¡Pobre Asunción! ¡Pobre amiga! ¡Tan buena y tan loca! Se me parte el corazón al considerarla deshonrada y perdida para siempre. La arrancaremos de manos de su seductor... No, no huirá de Cádiz... Aún faltan muchas horas para el día... Vamos, corramos pronto.

XXVI

Llegamos, por fin, a casa de lord Gray. Toqué fuertemente la puerta, y un criado, soñoliento y malhumorado, bajó a abrirnos.

—El señor no está—nos dijo.

Creyendo que nos engañaba, empujé puerta y portero para abrir paso, y entramos, diciendo:

—Sí está. Me consta que está.

Como la casa de lord Gray era centro de aventuras, y allí entraban con frecuencia hombres y mujeres a distin-

tas horas del día y de la noche, el criado no puso obstáculo a que invadiéramos imperiosamente la casa, y guiándonos a la sala, encendió luces, sin cesar de repetir:

—El señor no está, el señor no ha venido esta noche.

Inés, desfallecida, dejóse caer en un sillón. Yo recorrí la casa toda, y, en efecto, lord Gray no estaba. Después de mis pesquisas, Inés y yo nos miramos con angustiosa perplejidad, confundidos ante lo inútil del arriesgado paso que habíamos dado.

—No están, Inés. Lord Gray ha tomado sus precauciones, y es inútil pensar en impedir la fuga.

—¡Inútil!—exclamó con dolor—. No sé qué pensar. Llévame otra vez a mi casa. ¡Dios mío santísimo, si me sienten llegar contigo!... ¡Si doña María se levanta y ve que Asunción y yo no estamos allí!... ¡Esto ha sido una locura! ¡Desgraciada Asunción! ¡Tan buena y tan loca!...

Inés lloraba con vivo dolor la pérdida de su amiga.

—Para mí es como si hubiera muerto—añadió—. ¡Que Dios la perdone!

—Engañado por su aparente santidad, jamás creí que tuviera tan ciega pasión por un hombre.

—Su hipocresía es superior a todo lo que puede concebirse. Ha aprendido a disimular con tal arte sus sentimientos, que todos se engañan respecto a ella.

—Para decírtelo todo de una vez, Inés, yo creí que la que amaba a lord Gray eras tú. Todos, incluso Amaranta, creían lo mismo.

—Ya lo sé. Yo misma tengo la culpa de esto, porque deseando evitar a mi amiga las crueles reprensiones y castigos de su madre, callaba y sufría siempre, y las sospechas caían sobre mí. Conmigo tenían cierta tolerancia, y como sólo se trataba de cartitas y tonterías, dejé correr el engaño, pasando por casquivana... Algunas veces me apropiaba deliberadamente las faltas de Asunción, por el beneficio que me traían... ¿No entiendes? Mi mayor gusto era ver rabiar a don Diego, diciendo que no se casaría nunca conmigo.

—El espera que pronto le darás tu mano.

Por primera vez en aquella noche la vi reír

—Yo sabía—añadió después—que todas las sospechas caían sobre mí, y callaba. Jamás hubiera delatado a la pobre Asunción... Esperaba arrancarle de la cabeza esa locura, y en una ocasión creí conseguirlo... Lord Gray ponía en juego mil ingeniosas estratagemas... ¿Tú sabes todo lo que pasó el día que fuimos a las Cortes?... ¡Hombre más original...! Yo esperaba que siguieras yendo a casa por la noche...; te hubiera informado de todo... Pasaron días y meses, y, entre tanto, sola y abandonada de todos, necesitaba valirme de mis propios esfuerzos para ir prolongando, prolongando mi situación, con la esperanza de verme libre algún día... Pero marchemos al punto de aquí. ¡Dios mío, qué tarde!

—Inés, te he recobrado, te he reconquistado después de creerte perdida para siempre—afirmé, olvidando la situación en que nos encontrábamos—. Has resucitado para mí. ¡Querida mía, imitemos la conducta de Asunción y lord Gray, y vámonos por esos mundos!

Me miró con severidad.

—¿Deseas volver a aquella horrible prisión, más cerrada y más sombría que la casa de los Requejos?—le dije con exaltación, estrujando sus manecitas entre las mías.

—Más vale esperar—me contestó—. Llévame a mi casa.

—¡Otra vez allá!—exclamé, deteniéndola en su marcha con la barrera de mis brazos, que hubieran querido ser muralla indestructible para separarla del resto del mundo—. ¡Otra vez allá! Ya no te volveré a ver. Se cerrarán las puertas de ese purgatorio presidido por doña María y adiós para siempre. Querida mía, vamos a casa de Amaranta: allí te convenceremos. Sabrás lo que te importa más que nada en el mundo.

Inés demostraba gran impaciencia.

—¡Pero un momento más, un momento! Pasan meses sin verte. Sabe Dios hasta cuándo no nos veremos. ¿No sabes lo que me pasa? El Gobierno ha dispuesto que salga una expedición para desembarcar en Cartagena y socorrer a las partidas de Castilla. Me han designado para formar parte de ella. Pobre soldado, tengo que obedecer. ¿Cuándo nos volveremos a ver? Nunca. No te separes de mí esta noche. Salgamos de

aquí y te llevaré al lado de la condesa. tu prima.

—¡No, a casa, a casa!

—La puerta de aquella mansión me parece que es la losa de tu sepulcro. Cuando se cierre, dejándote dentro, todo se acabó.

—No, yo no quiero salir como Asunción, acechando el sueño de su madre para escapar. Yo no quiero salir así de mi encierro, sino en pleno día, con las puertas abiertas y a la vista de todos. Vámonos. ¡Qué locura he hecho esta noche, Dios mío! Asunción, ¿dónde estás? ¿Has muerto ya para mí y para los demás?... No puedo estar aquí ni un instante más. Me parece que siento la voz de doña María llamándome, y los cabellos se me rizan de espanto.

Inés se dirigió a la salida. En el mismo instante oímos ruido de un coche en la calle. Aguardamos, sintiendo que alguien subía, y por fin abrióse la puerta de la sala y apareció lord Gray. Estaba fosco, agitado, sombrío.

Nos miró con asombro; quiso reír, pero su colérico semblante no echaba de sí más que rayos. Temblaba de ira; iba de un lado para otro de la sala como un tigre en su jaula; nos miraba; nos decía algo inconexo, risible, estúpido, y luego hablaba consigo mismo en monosílabos incomprensibles, mezclando la lengua inglesa con la española.

—Señor de Araceli, buenas noches... Y usted, niña, ¿qué hace aquí? ¡Ah!, ya... Mi casa sirve de refugio a los amantes... Sois más afortunados que yo... ¡Condenación eterna para las niñas mojigatas!... Un hombre como yo... No debí acceder... ¡Por San Jorge y San Patricio...!

—Lord Gray—dije—, hemos venido a esta casa con móvil muy distinto del que usted supone.

—¿En dónde está Asunción?—preguntó Inés con vehemencia—. No, no saldrán ustedes de Cádiz. Voy a alborotar toda la ciudad.

—¿Asunción?—repuso el inglés pateando con cólera y elevando el puño—. He sido un necio...; pero mañana veremos... El demonio me lleve si cedo... ¿Qué decía usted? Asunción... es una niña honradita y formalita... ¡Maldito *bigotismo*!... Mucho lloro, mucho hipo, mucho

suspirito... ¡Mala suerte!... ¿Qué decía usted? Perdóne usted... Estoy nervioso... Despido fuego y electricidad... Pues, como decía, Asunción...

—Sí, ¿dónde está? Es usted un malvado.

—La pobrecita niña está ya de vuelta en su casa rezando el *Confiteor* con las manecitas cruzadas delante del altarejo... ¡Maldita sean las niñas piadosas!... Parece que su voluntad ha de ser de roca, y es cera de iglesia. Están buenas para sacristanes... Pues sí. En su casa está ya de regreso. El serafico arcangelillo se asustó al verse solo conmigo en lugar extraño... ¡No se encuentran más que en la sacristía!... Lloró, rabió, quiso matarse, escandalizó la casa de aquella ilustre doña Mónica, adonde la llevé... Jamás, me ha pasado otra como ésta... ¡Pobre gatita, cómo maullaba! ¡Qué lastimeros ayes! ¡Qué gritos para clamar por su honor!... Nada, es preciso ser fraile o sacristán... En fin, ya está otra vez en su casa, adonde acabo de llevarla sigilosamente, lo mismo que la saqué... Señora doña Inesita, veo que es usted mujer resuelta... Usted se ha echado a la calle con este insigne mancebo... No hay que hacer aspavientos de honor y demás bambolla... La señora condesa me lo ha contado todo esta tarde desde la cruz a la fecha... Ella quería que yo me comprometiese a librarla a usted de su cautiverio, y convine en ello... Pero ustedes lo han sabido arreglar. Así se hace... Esta noche las contrariedades y las desdichas son para mí... Pero mañana... Tomaré precauciones... O hizo Lucifer a las mojigatas para reírse de los enamorados, o las hizo Dios para castigarlos... Recapacitemos... ¡Dios..., Dios!...

—Salgamos al instante de aquí—dijo Inés.

—Este hombre está loco. Si es cierto que la infeliz ha vuelto a casa, pronto lo sabremos.

Impulsado por una determinación súbita, dije al inglés:

—Milord, ¿me presta usted su coche?

—Está a la puerta.

—Pues vamos.

Bajamos. Cogi a Inés en mis brazos, y subiéndola en la alta carroza (una de las singularidades de Cádiz de enton-

ces, introducida por lord Gray), dije al cochero:

—A casa de la señora de Cisniega, en la calle de la Verónica.

XXVII

—¿Adónde me llevas?—pregunto Inés con espanto cuando me senté junto a ella dentro del coche, que empezó a rodar pesadamente.

—Ya lo has oído. No me preguntes por qué. Allá lo sabrás. He tomado esta resolución y no hay fuerza humana que me aparte de ella. No es una calaverada: es un deber.

—¿Qué dices! Yo salí por salvar a mi amiga de la deshonor, y la deshonrada soy yo.

—Inés, oye lo que te digo. ¿Estás decidida a casarte con don Diego?

—Déjate de simplezas.

—Pues enonces calla y resignate a ir a donde yo te llevo. Una serie de acontecimientos providenciales te ha puesto en mi poder, y creería cometer un crimen si te llevara de nuevo a aquel aborrecido encierro, donde al fin serías víctima del egoísmo fanático y de la insoportable autoridad de quien no tiene ningún derecho a martirizarte... Pobrecilla, graba en tu memoria lo que te estoy diciendo, y más tarde bendecirás esta locura mía. No no volverás allá. No pienses más en doña María. Confía en mí. Dime: ¿te he engañado alguna vez? Desde que nos conocimos, ¿no has sido para mí una criatura venerada, a quien de ningún modo se puede ofender? ¿No has visto siempre en mí, junto con el cariño más vivo que jamás inspiró persona alguna, un respeto, un culto superior a todas las debilidades humanas? Inés, tú eres víctima de un gran error. ¿Temes a doña María, temes a la de Leiva, temes esas sinistras y medrosas figuras que constantemente te están vigilando con sus ojos terribles? Pues bien: esas dos personas no son para ti otra cosa que dos figurones como los que asustan a los chicos. Acércate, tócalos y verás cómo son cartón puro.

—No sé qué quieres decir.

—Quiero decir—continué hablando con tanta vehemencia como rapidez—que te

has forjado respetos de familia, consideraciones e ideas que son hijas de un error. Te han engañado; están abusando de tu bondad, de tu dulzura, para fines execrables, y no pudiendo amoldar tu hermosa condición a la suya, te corrompen por grados, falsificándote, querida mía, con la escuela del disimulo. No hagas caso; no pienses en ellas; considérate libre. Vivirás al amparo de la única persona que tiene derecho a mandar en ti; serás libre; disfrutarás de los goces inocentes, de los nobles placeres de la Naturaleza; podrás mirar al Cielo, admirar las obras de Dios; podrás ser buena sin hipocresía, alegre sin desenfado, vivir rodeada de personas que te adoren, y con la conciencia en paz y tranquila. No interrumpiré tu sueño la cavilación de los fingimientos que tendrás que hacer al día siguiente para que no te castiguen. No te verás en el doloroso caso de mentir; no te aterraará la idea de desposarte con un hombre aborrecido; no estarás expuesta a la alternativa que peligre tu virtud o seas desgraciada, desgraciadísima y digna de lástima en esta breve vida, y luego condenada en la eternidad de la otra.

—Gabriel—me dijo ella, bañado el rostro en lágrimas—, no entendiendo lo que me dices. No puedo creer que seas capaz de engañarme. Lo que dices, ¿es una locura o qué es?... ¿Adónde me llevas?... Por Dios, no hagas una locura. Cochero, cochero, a la calle de la Amargura.

—El cochero irá donde yo le mande —exclamé alzando la voz, porque el ruido del carruaje nos obligaba a hablar a gritos—, Regocijate, Inés; alégrate, amiguita. El aspecto de tu existencia va a cambiar desde esta noche. ¡Cuántas penas, pobrecita; cuántas alternativas y vaivenes en tan pocos años! Por un lado, tú; por otro, yo. Ambos sujetos a mil fatigas, mecidos y arrastrados por este oleaje terrible que ya nos sube, ya nos baja, ya nos junta, ya nos separa...

—Es verdad, es verdad.

—¡Pobre amiga mía! ¡Quién había de decirte que en tu grandeza serías tan desgraciada como en tu miseria!

—¡Sí, es verdad, es verdad!... Pero me dejo arrastrar por tu demencia. ¡Llévame a mi casa, por Dios! Después concertaremos...

—Ya está concertado...

—Pero mi familia... Yo tengo nombre y familia...

—A eso voy.

—No, no puedo consentirlo. Es imposible que me engañes... ¡A casa, a casa! ¡Qué dirán de mí! ¡Virgen Santísima!

—No dirán nada.

—Yo tengo imaginado un plan...

—Este plan es el mejor... Tu prima acabará de dártelo a conocer. Al diablo doña María y la de Leiva.

—Es el jefe de la familia. Ella manda.

—Ahora mando yo, Inés. Obedece y calla. ¿No recuerdas que en todos los instantes supremos de tu vida has necesitado de mi ayuda? Ahora es lo mismo. Hace tiempo que buscaba esta ocasión... Te atisbaba con vigilante mirada... Quería robarte, como te robé en casa de los Requejos, y al fin lo he conseguido... Que venga acá doña María a arrancarte de mi poder. Lo demás te lo dirá tu prima. Ya llegamos.

Fuera que confiaba en mí entonces, como en otras ocasiones de su vida, abandonándose a aquel destino suyo, de que yo había sido tantas veces celoso ejecutor; fuera que un vago presentimiento la inclinaba a aprobar mi conducta, lo cierto es que no hizo esfuerzos para resistir cuando entré con ella en la casa y la conduje arriba, despertando con el estruendo de mi llegada a todos los señores y dependientes. Gran susto tuvo Amaranta al sentir tan a deshora los golpes y voces con que yo me anuncié. Al salir a mi encuentro, doña Flora y la condesa estaban aturridas de puro asombradas.

—¿Qué es esto? ¿Cómo has salido de la casa?—exclamó Amaranta, besándola con ternura—. A Gabriel debemos, sin duda, esta buena obra.

—¡Qué placer estar junto a usted, querida primita!—dijo Inés, sentándose en el sofá de la sala tan cerca de Amaranta que casi estaba sobre sus rodillas—. Me olvido de la falta que he cometido huyendo de mi casa, y los gritos de mi conciencia son ahogados por la gran felicidad que ahora siento. Estaré un ratito, un ratito nada más.

—Gabriel—dijo Amaranta con el rostro inundado de lágrimas—, ¿cuándo sale la expedición? Yo pediré permiso para marchar en ella y nos llevaremos a Inés.

—¡Huir!—exclamó la muchacha con

terror—. Yo apareceré a los ojos de todos como una criatura sin pudor que deshonra y envilece a su familia... Volveré a casa de doña María.

—¡Fuera engañosas apariencias!—grité yo—. Por más que vuelvas a todos lados la vista, no encontrarás más familia que la que en estos momentos te rodea.

La condesa, con su mirada penetrante, quiso imponerme silencio; pero yo no podía callar, y los pensamientos que se agitaban con febril empuje en mi cerebro afluían precipitadamente a mis labios, dándome una locuacidad que no podía contener.

—El entrañable amor que te ha manifestado siempre la persona en cuyos brazos estás, ¿no te dice nada, Inés? Cuando pasaste de la humildad de tu niñez a la grandeza de tu juventud, ¿qué brazos te estrecharon con cariño? ¿Qué voz te consoló? ¿Qué corazón respondió al tuyo? ¿Quién te hizo llevadera la soledad de tu nobleza? Seguramente has comprendido que entre ella y tú existían lazos de parentesco más estrechos que los que reconoce el mundo. Tú lo conoces, tú lo sabes: tu corazón no puede haberse engañado en esto. ¿Necesito decírtelo más claro? La voz de la Naturaleza, antes de ahora, en todas las ocasiones, y más que nunca ahora mismo, clamará dentro de ti para declarártelo. Señora condesa, abrácela usted, porque nadie vendrá a arrancarla de manos de su verdadero dueño. Inés, descansa tranquila en ese seno, que no encierra egoísmo ni intrigas contra ti, sino sólo amor. Ella es para ti lo más santo, lo más noble, lo más querido, porque es tu madre.

Diciendo esto, callé; descansé, como Dios después de haber hecho el mundo. Hallábame tan satisfecho de haber hablado, que las lágrimas, la turbación, la emoción silenciosa y profunda de las dos mujeres, abrazadas y oprimidas una contra otra, como queriendo formar una sola persona, me halagaban más que al orador elocuente los aplausos de la multitud y el delirio del triunfo. Las últimas palabras las solté como se echa afuera algo que nos ahoga.

XXVIII

Mientras madre e hija espaciaban a sus anchas y a solas los sentimientos y ternezas de su corazón, yo me encontraba (seis horas después de lo contado y ya muy entrado el día) frente a frente de mi señora doña Flora, separada su persona de la mía tan sólo por la breve superficie de una mesa, donde dos regulares tazones de chocolate nos servían de almuerzo. Hablamos un rato del acontecimiento que mis lectores conocen, y, después, arrimando, con arte, la conversación hacia asunto más de su gusto, me dijo:

—Amaranta me asegura que no miras con malos ojos a esa jovenzuela que nos trajiste anoche. ¡Bonita formalidad es la tuya! ¿Y qué dirán de un chiquillo que, en vez de inclinarse a buscar apoyo para sus inexperiencias en la compañía de personas mayores, se enloquece con las niñas de su misma edad? Vuelve en ti, hombre... Oye la voz de la razón... Penéstrate bien de...

—Vuelvo, oigo y penetro, señora doña Flora. Estoy arrepentido de mi locura... Tentóme el demonio y... Pero siento pasos, que se me figura son del señor don Pedro del Congosto.

—Jesús, María y José... ¡Y tú ahí tan serio, tomando chocolate conmigo...! Pero, hombre, ¡y el pudor, y la decencia!

No pudo continuar, porque entró don Pedro, todo lleno de bizmas y parches, fruto amarguísimo de la brillante campaña del Condado. Levantóse azarada doña Flora, y dijo:

—Señor don Pedro..., es una casualidad, créalo usted..., que se encuentre aquí este mozuelo... Nunca está una libre de calumnias... Este chico es tan loco, tan imprudente...

Congosto me miró con ira, y, tomando asiento, habló así:

—Dejemos a un lado esa cuestión. A su tiempo será tratada... Ahora vengo a decir a usted que se prepare a recibir a la señora condesa de Rumblar, que viene seguida de respetables personas para que le sirvan de testigos.

—¡Dios mío! ¡La Justicia en mi casa!

—Parece que lord Gray robó anoche a la señora doña Inesita, depositándola aquí.

—¡Es un error! Pero ¿de veras viene doña María? Yo estoy temblando... Alguien ha entrado en la casa.

No había acabado de decirlo, cuando sintióse ruido abajo, y arriba, gran conmoción. Apareció Amaranta, apareció Inés, emitiéronse distintos pareceres; pero prevaleció el de que se recibiese decorosamente a la de Rumblar, contestando a sus cargos en el terreno legal, si ella en el mismo los hacía.

Todos, menos Inés, nos reunimos en la sala, y a poco entró el lúgubre cortejo, presidido por doña María, con una pompa y severa majestad que le habrían envidiado reinas y emperatrices. Profundo silencio reinó en la sala por un instante; mas rompiólo, al fin, sin gastar tiempo en saludos, doña María, no pudiendo contener el volcán que bramaba dentro de las cavidades de su pecho.

—Señora condesa—dijo—, venimos a casa de usted en busca de una doncella puesta a mi cuidado, la cual ha sido robada esta noche de mi casa por un hombre que se supone sea lord Gray.

—Aquí está, sí, señora—repuso Amaranta—. Es Inés. Si estaba puesta al cuidado de personas extrañas, yo la reclamo, porque es mi hija.

—Señora—dijo doña María, temblando de cólera—, ciertas supercherías no producen efecto ante la declaración categórica de la ley. La ley no la reconoce a usted por madre de esa joven.

—Pues yo me reconozco, y declaro aquí, delante de los que me escuchan, para que conste con arreglo a derecho. Si usted alega una ley, yo alego otra, y, entre tanto, mi hija no saldrá de mi casa, porque a ella ha venido espontáneamente y por su propia voluntad, no seducida por un cortejo, sino con deliberado propósito de vivir a mi lado, como hija obediente y cariñosa.

—No me sorprende la conducta de lord Gray—dijo doña María—. Los nobles de Inglaterra suelen corresponder de este modo a la hospitalidad que se les da en las casas honradas... Pero no debo culpar tan sólo a él, hombre de mundo, privado de ideas religiosas y ciego ante la luz de la verdadera y única Iglesia, no. ¿Qué ha de hacer el ciego, sino tropezar? A quien principalmente acuso es a ella; lo que más que nada me asombra es la liviandad de esa mu-

chacha casquivana... Verdaderamente, señora condesa, voy creyendo que tiene usted razón en llamarla su hija. Arbol y fruto con iguales propiedades se distinguen.

—Señora doña María—replicó Amaranta, con la voz tan temblorosa, a causa de la cólera, que apenas se entendían sus palabras—, no vino mi hija seducida por lord Gray. Vino acompañada por él o por otro, que esto no hace al caso, y movida de propia inspiración y deseo. Me congratulo de ello, porque así, la persona que más amo en el mundo estará libre de corromperse con el mal ejemplo de dos conocidas niñas mojigatas, que esconden a sus novios bajo las faldas de brocado de los santos que tienen su oratorio.

Doña María se levantó como si el sillón en el que estaba sentada se sacudiera, repelido por subterránea explosión. Sus ojos fulminaban rayos; su curva nariz, afilándose y tiñéndose de un verde lívido, parecía el cortante pico del águila majestuosa; movióse convulsivamente su barba picuda, reliquia de la antigua casta celtibera a que pertenecía; hizo ademán de querer hablar; mas con gesto majestuoso, semejante al de las reinas de la dinastía goda cuando mandaban hacer alguna gran justicia, señaló a la otra condesa, y, desdeñosamente, dijo:

—Vámonos de aquí. No es éste mi lugar. Me equivoqué. Señora condesa, quise que no se agriara esta cuestión; quise evitar a usted la visita de los emisarios de la ley. Pero usted no merece otra cosa, y no seré yo quien desempeñe en esta casa el papel que corresponde a alguaciles y golillas.

—Como experta en pleitos—repuso Amaranta—y conocedora de tal laya de gente, puede usted buscar en la familia de éstos una esposa para su digno hijo el señor conde, varón insigne en las tabernas y garitos de Madrid. Jugando al monte, podrá restablecer el mermado patrimonio, sin verse en el caso de solicitar un enlace violento con una joven mayorazga.

—Salgamos de aquí, señores; son ustedes testigos de lo que aquí ha pasado—dijo doña María, dirigiéndose a la puerta.

Y sin esperar a más, resueltamente y bramando de ira, que expresaba con olímpico fruncimiento de cejas, salió de

la sala y de la casa, seguida de los mismos que la habían acompañado, a cuya cola iba don Paco.

Por largo rato reinó profundo silencio en la sala. Amaranta, desahogada las antiguas cóleras de su pecho, estaba meditabunda y aun diré que arrepentida de todo lo que había dicho; doña Flora, preocupada, y Congosto, con los ojos fijos en el suelo revolvía, sin duda, en su cabeza, altos y caballerescos pensamientos. Sacó a todos de su perplejidad una visita que nadie esperaba y que causará general asombro. En la sala se presentó, de improviso, lord Gray.

Advertí en su fisonomía las huellas de la agitación de la pasada noche, y lo turbado de su hablar indicaba que aquel singular espíritu no había recobrado su asiento.

—En mal hora viene, milord—le dijo secamente don Pedro—. Ahora acaba de salir de aquí doña María, cuyo enojo por las picardías de usted es tan fuerte como justo.

—La he visto salir—repuso el inglés—. Por eso he entrado. Deseo saber... ¿Se sospecha de mí, señora condesa? ¿Se me acusa...?

—¡Pues no se le ha de acusar, hombre de Dios!...—dijo don Pedro—. Pues a fe que le echó requiebros la señora doña María..., y con mucha razón, por cierto. ¡Pues qué, robar a la señora doña Inesita, aun con consentimiento de la que se llama su madre...!

—Vamos, estoy tranquilo—dijo lord Gray—. Veo que me imputan las hazañas de este pícaro Araceli, dejando en el olvido las mías propias. Desvaneceré el engaño, aunque, en realidad, yo acepto todas las glorias de esta clase que me quieran adjudicar... La señora condesa estará ya contenta.

Amaranta no contestó.

—Disimule usted—añadió don Pedro—. Eche usted sobre el prójimo sus abominables culpas.

—Veo con dolor—repuso lord Gray jovialmente—que en el rostro de usted, señor de Congosto, están escritas con parches y ungüentos las gloriosas páginas de la expedición al Condado.

—Milord—manifestó el héroe con ira—, no es propio de un caballero zaherir desgracias motivadas por la casualidad. Antes que hacer tal cosa, examinaría yo mi conciencia por ver si es-

tá libre de faltas. La mía no me acusa de haber cometido en ningún tiempo bellaquerías como la de anoche.

—¿Cuál?

—Ya lo sabe usted. Acabamos de oír a la señora de Rumblar—añadió la es-tantigua, enfureciéndose gradualmen-te—. Digo y repito que es una gran bellaquería.

—Eso va con usted, Araceli.

—No: con usted, con usted, lord Gray. Usted es quien ha sacado a esa joven de aquella honesta casa, morada augusta de los buenos principios; usted quien la ha quitado de la protección y amparo de doña María, cuya santidad y nobleza engrandecen cuanto a su alcance se halla.

—¿Conque es una gran bellaquería? —repitió lord Gray burlonamente—. Eso quiere decir que soy un gran bellaco.

—¡Sí, señor; un grandísimo bellaco! —repitió don Pedro, poniéndose tan encendido que las arrugas de su rostro semejaban los pliegues y abolladuras de un pimiento riojano—. Y aquí está don Pedro del Congosto para sostener lo que ha dicho, aquí y fuera de aquí, en la forma y manera que usted lo crea conveniente.

—¡Oh señor don Pedro!—exclamó lord Gray, con júbilo—. ¡Qué gran placer me proporciona usted! Desde que por primera vez visité esta noble tierra, he buscado ansiosamente al gran Don Quijote de la Mancha; yo quería verle, yo quería hablarle, yo quería medir la fuerza de mi brazo con la del suyo; pero, ¡ay!, hasta ahora lo he buscado en vano. He revuelto media Península buscando a Don Quijote, y Don Quijote no aparecía por ninguna parte. Yo creí que tan noble tipo se había extinguido, disipándose en la corruptora sociedad de los modernos tiempos; pero no, aquí está; al fin le encuentro, con idéntico traje y rostro; un Quijote algo degenerado, en verdad; pero Quijote, al fin, que no se encuentra ni puede encontrarse más que en España.

—Si usted bromea, señor lord, yo soy hombre serio—replicó don Pedro—. Yo tomo a mi cargo la defensa de esa ultrajada señora que acaba de salir; yo desharé su agravio, y me tomo a pechos el castigar esta gran injuria que ha recibido, limpiando con la sangre del traidor la infame mancha. Esto di-

go, sin nada de quijotería. Ya se ve... En esta casa no me entienden. Es indudable que han entrado aquí las ideas filosóficas, ateas y masónicas, según las cuales, ya se acabó el honor y la grandeza, lo noble y lo justo, para que no haya más que pillería, liberalismo, libertad de la Imprenta, igualdad y demás corruptelas... Lo dicho, dicho. Este traje que visto prueba que he tomado a mi cargo la defensa de los principios en cuyo nombre se ha levantado la nación contra Bonaparte. ¡Oh, si todos me imitaran!... ¡Si todos, empezando por el traje, acabaran por las obras!... Pero basta de palabras. Elija usted hora y sitio. Acción tan aleve no puede quedar sin castigo.

—Don Quijote, sí, es el mismo—dijo el inglés—. Don Quijote degenerado y nacido de cruzamientos; pero que algo conserva de la generosa sangre del padre, como el mulo lleva en sí un poco de la dignidad y nobleza del caballo.

—¡Cómo! ¿Llama usted mulo a un hombre como yo?—exclamó Congosto, requiriendo coléricamente la espada.

—No, caballero insigne; decía que el quijotismo español de hoy se parece al antiguo, como se parece el mulo al caballo. Por lo demás, acepto el reto de usted, y nos batiremos a la jineta, a pie, con sable, espada, lanza, honda, ballesta, arcabuz o como usted quiera. Pronto partiré de Cádiz, quizá mañana mismo. Disponga usted de mí cuando guste.

—¿De veras se marcha usted?—dijo Amaranta, saliendo de su atonía.

—Sí, señora; estoy decidido... Vendré a despedirme de usted... Conque, señor don Pedro.

—Lo dicho, dicho. Enviaré mi padrino.

—Lo dicho, dicho. Enviaré el mío.

Salió don Pedro, mirándonos con altanera soberbia, que nos hizo sonreír a todos, menos a doña Flora, la que reprendió al inglés su deseo de sujetar a nuevas pruebas la quebrantada osamenta del héroe del Condado. Después, la condesa, que no participaba de nuestro humor festivo por la escena cómica que había seguido a la trágica, cual ordinariamente ocurre en el mundo, llevóme aparte y, con aflicción, me dijo:

—Temo haberme dejado arrastrar demasiado lejos por la ira que me pro-

dujo la presencia de aquella mujer. Le dije cosas demasiado duras, y cada palabra me pesa sobre la conciencia. Exasperada por lo que le dije, tomará venganza de mí; y si acude a la ley, no creo que la ley me sea favorable. Yo no tomé precaución alguna cuando se verificó el reconocimiento de Inés.

—Venceremos esas y otras dificultades, señora.

—Yo transigiría con ella y con mi tía, con tal que me dejaran a Inés. Creo que, cediendo a doña María parte de mis derechos mayorazguiles, sería fácil aplacar esa furia. La de Leiva, no es, ni con mucho, tan inconquistable.

—¿Quiere usted que lo proponga a la señora doña María?... Nada se pierde... No sé si me recibirá; pero intentaré hablarle. Me favorece el que no sospecha de mí en el suceso de anoche.

—Es una buena idea. Sí..., tampoco sería malo que yo me mostrase arrepentida de las atrocidades que le dije... Le escribiré..., no. ¡Oh, qué confusión, Dios mío! No sé qué hacer...

—Cualquiera de esos actos me parece aceptable.

—¿Te parece que debo ir allá?

—Hoy no es conveniente. Se reanudaría al punto la reyerta, porque aquel volcán en erupción estará echando fuego, humo y lava por algún tiempo. Será prudente que yo me anticipe e indique a doña María esa idea de transacción que usted le propone, con tal que no la priven de su hija.

—Sí, hazlo tú primero. Yo me arriesgaré a tratar con mi tía, que es el jefe de la familia; pero antes conviene tantear a la de Rumblar, a ver qué tal se presenta.

—Ante todo, debo indicar prudentemente a doña María que usted reconoce haber estado algo dura en la entrevista.

—Sí..., lo encomiendo a tu habilidad, y me quedo tranquila... Si te recibe mal, no te importe. Con tal que te deje hablar, aguanta desprecios y desaires.

Hago mención de este diálogo que tuvimos la condesa y yo para que comprenda el lector la razón de la extraña visita que hice a doña María un día después de aquel tan ruidoso en que ocurrió lo que acabo de contar.

XXIX

En efecto: trasladéme a hora que me pareció oportuna a casa de doña María, recelando no ser recibido, pero con el firme propósito de no salir de allí sin intentar por todos los medios ver y hablar a la orgullosa dama. Encontré a don Diego, quien, contra mi creencia, recibióme muy bien, y me dijo:

—Ya sabrás los escándalos de esta casa. Lord Gray es un canalla. Cuando yo dormía en casa de Poenco, fué allá y me sacó las llaves del bolsillo... No podía haber sido otro. ¿Le viste tú entrar?

—Señor don Diego, quiero ver a la señora condesa para hablarle de un asunto que a esta familia, lo mismo que a la de Leiva, importa mucho. ¿Tendrá la señora la bondad de recibirme?

Madre e hijo conferenciaron a solas un rato allá dentro, y, por fin, la señora se dignó ordenar que me llevaran a su presencia. Estaba la de Rumblar en la sala acompañada de sus dos hijas. La madre tenía en el altanero semblante la huella de la gran pesadumbre y borrasca del día anterior, y la penosa impresión se traducía en una especie de repentino envejecimiento. De las dos muchachas, Presentación revelaba al verme cierta alegría infantil, que ni aun la proximidad de su madre podía dominar, y Asunción, una tristeza, una decadencia, una languidez taciturna y sombría, señal propia de los místicos o apasionados.

La señora de Rumblar, después de ordenar a Presentación que se alejase, me recibió con un exordio severísimo, y luego añadió:

—No debía ocuparme de nada referente a esa casa, donde ayer, por mi desgracia, estuve; pero la cortesía me obliga a oírle a usted, nada más que a oírle, por breve tiempo.

—Señora—dije—, yo me marcharé pronto. Recuerdo que usted me rogó que no volviese más a su casa. Hoy me trae un deber, un deseo vehemente de restablecer la paz y armonía entre personas de una misma familia, y...

—Y a usted ¿quién le mete en tales asuntos?

—Señora, aunque extraño a la casa, me ha afectado tan profundamente el agra-

vio recibido por esta augusta familia, a quien respeto y admiro (aunque mis enemigos calumniadores hayan hecho creer a usted lo contrario), que me sentí vivamente inclinado a terciar de parte de usted. Señora doña María, vengo a decir a usted que la condesa se muestra hoy arrepentida de las duras palabras...

—¿Arrepentimientos?... Yo no lo creo, caballero. Suplico a usted que no me hable de esa señora. Si es eso lo que usted quería decirme... La Justicia está ya encargada de esto y de devolver a Inés al jefe de la familia.

Asunción alzó la vista y miró a su madre. Parecía deseosa de hablarle, pero con tanto miedo como deseo. Al fin, cobrando valor, se expresó de este modo, con voz quejumbrosa y tristísima, que producía extraña sensación en el oído:

—Señora madre, ¿me permite usted que hable una palabra?

—Hija mía, ¿qué vas a decir? Tú no entiendes de esto.

—Señora madre, déjeme usted decirle una cosa que pienso.

—Está delante una persona extraña y no puedo negártelo. Habla.

—Pues yo pienso, señora, que Inés es inocente.

—He aquí, señor don Gabriel, lo que es la limpieza de corazón. Esta tierna y piadosa criatura, a quien una celestial ignorancia de las maldades de la tierra eleva sobre el vulgo de los mortales, es incapaz de comprender que haya ruines pasiones en la sociedad. Hija mía, bendita sea tu ignorancia.

—Inés es inocente, lo repito—afirmó Asunción—. Lord Gray no puede haberla sacado de esta casa, porque lord Gray no la quiere.

—No la quiere porque no te lo ha dicho... ¿Qué sabes tú de eso, hija mía? ¿Tienes acaso idea de los ardides, de la perfidia, de los disimulos y malignas artes que usa la seducción?

—Inés es inocente—repitió, cruzando las manos—. Algún otro motivo la habrá impulsado a abandonarnos, pero no el amor de lord Gray. No; lord Gray no la ama. ¿Cree usted en los Evangelios? Pues tan verdad como los Evangelios es esto que estoy diciendo.

—En otra ocasión me enfadaría—dijo la madre—al ver la exageración de tu benevolencia. Hoy mi espíritu está que-

brantado: anhelo la tranquilidad, y te perdono.

—¿No me deja usted decir otra cosita que falta?

—Acaba de una vez.

Yo quiero ver a Inés.

—¡Verla!—exclamó con enfado doña María—. Mis hijas no estiman, sin duda, su dignidad.

—Señora, yo quiero verla y hablarle —prosiguió Asunción con suplicante acento—. Si hay en ella pecado, estoy segura de que me lo confesará. Si no lo hay, como creo, tendré la dicha de descubrir la verdadera causa de su fuga y reconciliarla con la familia.

—No pienses en eso. Que cada cual se entienda con su conciencia. Si tú, a fuerza de devoción y reconcentración, y gracias también al rigor de mi prudente autoridad, has logrado elevar tu alma a cierto grado de beatitud, concedido a pocos, no te achiques empeñándote en disculpar a los demás. La perfecta virtud anda muy escasa por el mundo. Si en algunas honestas moradas, inaccesibles a las profanidades de hoy, se conserva encerrada como el más precioso tesoro, no debe contaminarse con el roce de la desenvoltura. En infausta hora vino Inés a mi casa. Renuncia a verla y hablar con ella, mientras esté fuera de aquí. Tu sublimada virtud debe quedar satisfecha con perdonarla.

—No; yo quiero verla, yo quiero ir allá—clamó la joven, derramando de súbito un torrente de lágrimas—. Yo quiero verla. Inés es una buena alma. Estamos engañados. Ella no puede haber cometido ninguna mala acción. Señora, lord Gray no la ama ni puede amarla. Quien lo dijese es un infame que merece arder en el infierno por toda la eternidad, traspasada la lengua con un hierro candente.

—Asunción, sosiégate—dijo la madre con menos severidad al notar que la infeliz muchacha padecía una febril exaltación, semejante a los primeros síntomas de una enfermedad grave—. ¿A qué tanto empeño? Siempre eres lo mismo... Tus manos arden..., los ojos se te quieren saltar de la cara; estás lívida... Hija, tu piedad, exaltada de algún tiempo a esta parte, te hace mucho daño, y es preciso no olvidar la salud del cuerpo. Tus largos insomnios cavilando en las

cosas santas, tus meditaciones sin fin, la viva pasión que te consume por lo religioso, te han marchitado en pocos días.

Y luego, dirigiéndose a mí, añadió:

—Yo no quisiera que se extremara tanto en sus devociones, pero no se la puede contener. Su alma es muy vehementemente, y una vez que logré dirigirla al santo fin que me proponía, hase inflamado en una piedad estupenda. Es un fuego abrasador su espíritu, no un vano soplo, y la creo capaz de grandes cosas en la esfera de la vida mística que tan celosamente ha querido abrazar.

—Por Dios y todos los santos, ruego a usted, señora, que me permita ver a Inés. Es mi amiga, mi hermana. Yo tengo orgullo en su virtud; yo me siento ofendida y lastimada por la mala opinión que hoy se tiene de ella en esta casa. Quiero hacer una buena obra y volverle su honor. ¿Por qué ha de intervenir en esto la Justicia, si yo confío en que la traeré a casa? La Justicia es el escándalo... Yo quiero ver a Inés, y conseguiré de ella, con una palabra, más que toda la curia con una montaña de papeles. Señora madre, esto que digo es inspiración de Dios; me salen estas palabras del fondo del alma; siento dentro de mí un blando susurro como si la voz de un ángel me las dictara. No se oponga usted a esta divina voluntad, pues voluntad divina es en este momento la mía.

La señora de Rumblar reflexionó, miró al techo, después a mí, luego a su hija, y al fin, exhalando un hondo suspiro, dijo:

—La dignidad y entereza tienen su límite, y la razón no puede a veces resistir a las súplicas del sentimiento y la piedad reunidos. Asunción, puedes ir a ver a Inés. Te llevará don Paco.

La muchacha corrió ligera a vestirse.

—Pues como indiqué a usted, señora condesa...—dije, reanudando mi interrumpida conferencia diplomática.

—Haga usted cuenta de que no ha indicado nada, caballero. Todo es inútil. Si el objeto de su vista es traerme recados o proposiciones de la condesa, puede usted retirarse.

—La señora condesa se apresura a conceder a usted...

—No quiero que me conceda nada. El jefe de la familia es la señora marque-

sa de Leiva, y a estas horas ha tomado las providencias necesarias para que todo vuelva a su lugar. Nada me corresponde hacer.

—¡La señora condesa está tan arrepentida de aquellas palabras...!

—Que Dios la perdone... Declino toda responsabilidad... Pero ¿a qué estos artificios, señor de Araceli? ¿Cree usted que no le comprendo?

—Señora, no hay artificio en lo que digo.

—Vamos, que a mí no se me engaña fácilmente. ¿Me faltará entendimiento para comprender que todos esos supuestos recados de la condesa son pretextos que usted toma para entrar aquí a ver a mi hija Presentación, de quien está tan enamorado?

—Señora, la verdad, nunca pensé...

—Un ardid amoroso...; en efecto, no es ningún crimen. Pero ha de saber usted que he destinado a mi hija al celibato. Ella no quiere casarse... Además, aunque de mis repetidos informes resulta que no es usted mala persona, no basta..., porque, veamos: ¿quién es usted?... ¿De dónde ha salido usted?

—Creo que del vientre de mi madre.

—Bueno será, pues, que renuncie a sus locas esperanzas.

—Señora, usted padece una equivocación.

—Yo sé lo que digo. Ruego a usted que se retire.

—Pero... si me permitiera usted que acabara de exponerle...

—Ruego a usted que se retire—repetió con grave acento.

Me retiré, pues, y en el corredor una puerta se entreabrió para dejarme ver el lindo rostro de Presentación y una blanca manecita que me saludaba.

XXX

A poco de esto entraba en casa de doña Flora. Después de enterar a la condesa del resultado de mi visita, dije a Inés:

—Asunción vendrá aquí. Ahora salía con don Paco.

Un momento después, Asunción entró y las dos amigas se abrazaron llorando. Salimos del gabinete Amaranta y yo, dejándolas solas para que hablaran a su gusto; pero la condesa, apostán-

dose tras de la puerta, me dijo con malicioso acento:

—Yo me quedo aquí para oírlo todo. Será curioso lo que hablen. Ya sabes que en Palacio he realizado grandes cosas escuchando detrás de las cortinas.

—No es ningún negocio de Estado lo que van a tratar. Yo me voy.

—Quédate, necio, y oye... Por no querer oír rompimos las amistades en El Escorial... Considera que han de hablar algo de ti.

Verdad es que si la delicadeza me ordenaba cerrar los oídos, la curiosidad me impulsaba a abrirlos. Venció la curiosidad, mejor dicho, venció la pícara Amaranta, que no podía dejar de ser cortesana: Las muchachas hablaban alto, y lo oímos todo, y aun veíamos algo.

—No quería mamá que te viera. Inés —declaró Asunción—. ¡Qué raro acontecimiento! Yo me despedí, creyendo no verte más, y ahora yo estoy en casa y tú fuera. ¡Hipócrita, tan preparado lo tenías, y no me habías dicho nada!

—Te equivocas—repuso Inés—, yo no he salido como tú... Pero no quiero acusarte ahora, puesto que arrepentida de tu gran falta, volviste a casa de tu madre. ¿Has conocido tu error, has abierto los ojos, comprendiendo el abismo de perdición en que ibas a caer, en que quizá has caído ya?

—No sé lo que me pasa—dijo Asunción, apretando las manos de su amiga—. Estoy horrorizada de lo que hice. Me volví loca; se me encendieron en la imaginación unas llamas que no me dejaban vivir, y, conociendo el mal, érame imposible evitarlo. Lord Gray ha tiempo que quería sacarme de la casa; yo me resistía; mas, al fin, tanto pensé en ello, tanto discurrí sobre aquel gran pecado a que él me quería inducir, que se me clavó dentro de la cabeza la idea de cometerlo, y, sin saber cómo, lo cometí. ¿Por qué no te echaste en mis brazos para impedirme salir? Ahora vengo a que me fortalezcas. Yo no puedo vivir lejos de ti; y si desde mucho antes no caí en el lazo, lo debo a tu buena amistad. ¿Nos separaremos ahora? Entonces voy a ser muy desgraciada, querida mía. Vuelve a casa, por Dios, y yo te juro que lucharé con todas las fuerzas de mi alma para olvidar a lord Gray, como tú deseas.

—Yo no podré lograr ahora lo que

antes no logré—replicó Inés—. Asunción, entra en el convento mañana mismo. Cuando traspases la puerta de la santa casa, deja fuera todos los pensamientos de este mundo, pide a Dios que te libre de la gran enfermedad que padece tu alma, procura formarte de nuevo y ser otra mujer diferente de lo que hoy eres.

—¡Ay!—exclamó la otra con dolor, arrodillándose delante de su amiga—. Todo eso lo he intentado; pero cuanto más he querido no pensar en él, más pienso. ¿De qué me vale rezar, si no puedo representarme imagen ninguna de Dios ni de santo que sea distinta de la suya?... ¡Ay Inés! Tú sabes muy bien la vida que llevamos en casa de mi madre; tú sabes muy bien la espantosa soledad, tristeza y fastidio de nuestra vida. Tú sabes muy bien que allí quiere una rezar y no puede, quiere una trabajar y no puede, quiere una ser buena y no puede. Obligadas por el rigor de mi madre, trabajan las manos, pero no el entendimiento; reza la boca, pero no el alma; se ciegan y abaten los ojos, pero no el espíritu... Las mil prohibiciones que por todas partes nos entorpecen, despiertan en nuestro pecho ardientes curiosidades. Ya sabes que todo lo queremos saber, todo lo averiguamos y de todo hacemos un objeto de afanes e inquietudes. Como sabemos disimular, vivimos en realidad con dos vidas: una para mamá y otra para nosotras mismas, una vida acá para una sola, con sus pesares y sus delicias... Como nos apartan del mundo, nosotras nos hacemos un mundito a nuestro modo, y echando fuego, mucho fuego, al horno de la imaginación, allí forjamos todo lo que nos hace falta. Ya lo ves, amiga. ¿Tengo yo la culpa? ¡Si no lo podemos remediar; si se nos ha metido dentro un demonio, un demonio grandísimo, Inés, al cual no es posible echar fuera!...

—Tú y tu hermana seréis muy desgraciadas.

—Sí. Desde que éramos chiquitas, mamá nos asignó a cada una el puesto que habíamos de tener en la sociedad: yo, monja; mi hermana, nada. A mí me educaron para el claustro; a mi hermana la criaron para no ser nada. Nuestro entendimiento, nuestra voluntad, no podían apartarse ni tanto así del camino que se les había trazado: a mí, el cami-

no del monjío; a Presentación, el camino de no ser nada. ¡Ay qué niñez tan triste! No nos atrevíamos a decir, ni a desear, ni siquiera a pensar en cosa alguna que antes no estuviera previsto e indicado por mamá. No respirábamos en su presencia, y nos infundían tanto, tanto pavor sus mandatos y reprimendas, que nos era imposible vivir. ¡Ay, para poder vivir nos fué preciso engañarla, y la engañamos!... Dios, o no sé quién, nos inspiraba un día y otro mil ingeniosidades, y se desarrolló en las dos un talento superior para el engaño. Yo me esforzaba, sin embargo, en tener devoción, y pedía a Dios que me diera fuerzas para no mentir y que me hiciera santa; yo se lo pedía todas las noches, cuando me quedaba sola y podía rezar con el corazón. Delante de mamá no rezaba sino con los labios... Pues bien: en cierta época de mi vida llegué a conseguir lo que a Dios pedía; llegué a aficionarme a las cosas santas; llegué a sentir un entusiasmo, una exaltación religiosa semejante a la que ahora siento por muy distinto objeto. Me consideraba feliz, y pedía a la Virgen que conservara en mí tan agradable estado. Entonces me perfeccioné por algún tiempo; se acabaron los disimulos, y tuve la gran satisfacción de hablar repetidas veces con mi madre sin decir cosa alguna que no saliese de mi corazón. Raudales de verdad, de fe, de amor apacible y místico a los santos y santas brotaban de él. Yo dije: «¡Qué fortuna he tenido en que me destinaran al claustro!» Mis insomnios eran dulces y placenteros, mi imaginación era como un celaje poblado de angelitos. Cerraba los ojos y veía a Dios..., sí, a Dios, no te rías; a Dios mismo, con su barba blanca y su capa..., pues, como lo pintan...

—Todo eso duró hasta que viste a lord Gray con su pelo rubio y su capa negra..., pues, como es—dijo Inés.

—Me los has quitado de la boca—prosiguió Asunción, siempre de rodillas y con los brazos apoyados en los de su amiga—. Lord Gray fué a casa; yo le miré y dije para mí que se parecía a un San Miguel que está pintado en mi devocionario. Le dijeron que yo era muy piadosa, y él hizo demostraciones de gran admiración. Después, en las noches sucesivas, empezó a contar las maravillosas aventuras de sus viajes, y yo le oía con más religio-

sidad que si fuera el primer predicador del mundo narrando las hermosuras del cielo. En aquellas noches yo no veía alrededor de mí más que tigres del Africa, cataratas de América, pirámides de Egipto y lagunas de Venecia. Estaba encantada y bendecía a Dios por haber creado tantas cosas bellas, incluso a lord Gray. ¡Oh! Lord Gray no se apartaba de mi imaginación. Al sentir sus pasos me era difícil disimular la alegría; si tardaba, me ponía triste; si hablaba con vosotras y no conmigo, me moría de rabia... Le decían siempre que yo era muy piadosa; ya recordarás que él me alababa mucho por esto. Mamá nos permitía a las tres que habláramos con él. Con el pretexto de la piedad, me decía mil cosas sobre asuntos de religión delante de vosotras. Una noche que pudo hablarme a solas me dijo que me amaba... Yo sentí un sacudimiento: me pareció que el mundo se había abierto en dos pedazos debajo de nosotras. Le miré, y él clavaba los ojos en mí. Me sentía fascinada y no acertaba a contestarle... Todas las noches hablaba, como sabes, de cosas santas; con dificultad me decía algunas palabras a solas; me preguntó durante tres noches seguidas, si le amaba, y a la tercera noche le contesté que sí... Tú sabes muy bien cómo nos entendíamos. Lord Gray me dijo: «Yo hablaré con Inés cerca de ti. Pon atención a lo que le diga, y haz cuenta de que te lo digo a ti. Habla tú con tu hermano, y procura contestarme con palabras dirigidas a él...» Teníamos, además, mil señales. Tú eras tan buena, que te conformaste con tu papel. ¡Ojalá no hubieras sido tan condescendiente! Cuando lord Gray me arrojaba cartas por la ventana y tú te apropiabas la culpa para librarme de las crueles reprensiones, lejos de detenerme en la pendiente, me hacías precipitar más por ella. Nada conocí ni ha conocido mamá. ¡Ojalá lo conociera, aunque me hubiese matado!... ¿Te acuerdas del día en que me fuí con ella al convento del Carmen, convidada por fray Pedro Advíncula para ver desde una tribuna la función de la Virgen? ¡Ay! Después de la función, un lego nos llevó a ver la sala de Capítulo. No sé cómo ni por qué causa me encontré separada de los demás en una celdita sombría. Tuve miedo...; de repente se me presentó lord Gray, quien me es-

trechó en sus brazos, repitiéndome con ardientes palabras que me quería mucho. Fué un segundo, y nada más; pero en aquel segundo lord Gray me dijo que me era forzoso partir con él, porque, si no, moriría de desesperación...

—Nada de eso me habías dicho.

—Te tenía miedo. Verás lo demás. Me reuní al instante con mi madre y con el lego. Aquella súplica, o más bien que súplica, mandato, de huir con él, se me clavó en el pensamiento como una espina. No dormía, no vivía, no pensaba, más que en aquello. Me parecía un delito horrible: echaba de mí esta idea, y cuando me encontraba sin ella, salía volando a buscarla, porque sin ella no podía vivir... No creas que aborrecí la devoción, al contrario. La meditación era mi delicia, y meditando era feliz... ¡Ay! Lord Gray en todas partes: lord Gray en los altares de la iglesia, en el de mi casa; lord Gray en el breve espacio de calle y de mundo que se nos permitía ver desde nuestro cuarto; lord Gray en mis rezos, en mi libro de oraciones, en la oscuridad, en la luz, en el bullicio y en el silencio. Las campanas tocando a misa me hablaban de él. La noche se llenaba toda con él. ¡Oh Inés de mi corazón! ¡Cuán desgraciada soy! ¡Tener esta enfermedad en el espíritu y no poder desecharla; tener esta fragua de pensamientos en el cerebro y no poder echarle agua para que se apague!...

Breve rato permanecieron las dos amigas en silencio, y después Asunción prosiguió de este modo:

—Nos comunicábamos, al fin, por un medio que tú no conociste ni llegaste a sospechar. Parece imposible que por tanto tiempo pueda guardarse secreto tan peligroso sin que por nadie sea descubierto. Yo le había dicho que si por indiscreción o vanidad suya alguna persona, cualquiera que fuese, llegaba a conocer nuestro secreto, le aborrecería... Después del día en que hablé con él en las Cortes, cuando se empeñó en que le habíamos de seguir a bordo de no sé qué barco, y, al fin, nos envió a casa con fray Pedro Advíncula; después de aquel día, digo, no le había vuelto a ver... Mi madre sospechaba de ti y le había prohibido entrar en casa. ¿Recuerdas aquella anciana pordiosera que iba a casa a vender rosarios? Pues ella me traía sus recados y le llevaba los

míos. Yo le escribía poniendo ciertos signos con lápiz en una hoja arrancada de la *Guía de Pecadores* o del *Tratado de la Tribulación*; de modo que el gran fray Luis de Granada y el padre Ribadeneira han sido nuestras estafetas. El me decía cosas hermosísimas y apasionadas que más me arrebatában y confundían. Me pintaba su infelicidad lejos de mí y las grandes dichas que Dios nos tenía reservadas. Por algún tiempo dudé. Yo creo que viéndole, hablándole o distrayendo con el trato de diversas gentes mi espíritu, se habría aplacado la efervescencia, el bullicio, la borrasca que yo sentía dentro de mí; pero, ¡ay!, el largo encierro, la soledad, la idea de sepultarme para siempre en el claustro, me perdieron... Inés, figúrate que el corazón se destroza y se oprime; que con la opresión de la naturaleza toda, alma y cuerpo estallan; figúrate que se siente por dentro una iluminación, una inquietud no comparable a las demás inquietudes, porque es la sed del espíritu que quiere saciarse, una quemazón que crece por grados, un mareo que desfigura todo cuanto nos rodea, un impulso, un frenesí, una necesidad, porque necesidad es la de romper el cerco de hierro que nos estrecha; figúrate esto, y me comprenderás y me disculparás... Yo decía: «Sí, Dios mío, me marcharé con él, me marcharé.» Momentos de alegría loca sucedían a otros de tristeza más negra que el purgatorio. Glorias e infiernos se sucedían rápidamente, unos tras otros dentro de mi pecho. Dudaba, deseaba y temía, hasta que un día dije: «Sé que me condenaré, pero no me importa condenarme...» Y después me ponía a llorar pensando en la deshonor de mi familia. Por último, pudo más mi amor que todas las consideraciones, y me decidí. Lord Gray, por unos moldes de cera que le envié, falsificó las llaves de la casa; le escribí fijando hora, fué..., salí... Pero, ¡ay!, al verme fuera de casa parece que se me cayó el cielo encima con todas sus estrellas... Lord Gray me llevó a una casa que está muy cerca de la nuestra en la calle de la Novena... No era aquella su vivienda. Salíó una señora de edad a recibirnos. Yo me sentí acongojada y aturdida, empecé a llorar, y pedí ardientemente a lord Gray que me llevase otra vez a mi casa. Quiso consolarme; el sentimiento de la honra

se encendió en mí con inusitada fuerza, y la vergüenza me inflamaba el alma como antes la pasión. Deseé la muerte y busqué un arma para extinguir mi vida; lord Gray fingió enojarse o se enojó realmente. Díjome algunas palabras duras. Prometí amarle con más cariño si me volvía a mi casa. Viendo que no accedía a mis súplicas, grité; acudió la señora anciana, diciendo que la vecindad se había alarmado y que nos fuéramos a otra parte. Irritóse lord Gray y amenazó a la señora vieja con ahorcarla. Después pareció conformarse con mi deseo, y dándome mil quejas llevóme sin dilación a mi casa. Por el camino me aseguró que partiría pronto para Inglaterra y que le concediera otra entrevista. Yo se lo prometí, porque al paso que me aterraba la idea de mi deshonor, me hacía muchísimo daño su determinación de partir para Inglaterra... ¡Ay Inés, qué noche! Entré en casa llena de miedo. Me parecía ver a mi madre esperándome en la escalera con una espada de fuego... Subí temblando... Tardé más de una hora en volver a mi cuarto, porque no andaba, sino que me arrastraba lentamente para no hacer ruido. Al fin, llegando a la alcoba, corrí a tu cama para confesártelo todo; no estabas allí. Figúrate cuál sería mi confusión.

—Yo desperté—dijo la otra—. Creí sentir pasos dentro de la casa. Te vi salir, y por un instante el temor no me permitió hacer ningún movimiento ni tomar resolución alguna. Quise después correr tras de ti: yo sabía que tenía poder bastante para destruir tu alucinación y fiaba en el cariño que nos profesamos, en lo que me debes, en la deuda que tienes conmigo por haberte librado de las sospechas de tu madre. La idea de tu oprobio me volvía loca... Salí en busca tuya. Lo demás no necesitas saberlo. Yo no soy esclava de la autoridad de doña María como lo eres tú; aquella casa no es la mía; mi casa es ésta. Asunción, querida amiga y hermana mía, nos separamos hoy quizá para siempre.

—No te separes de mí—clamó Asunción, abrazando a su amiga y besándola con ardiente cariño—. Si te separas, no sé qué será de mí. Recuerda lo que hice anoche... Inés, no me dejes. Vuelve a mi casa, y prometo no hacer cosa al-

guna sin tu permiso, esclavizando mi pensamiento al tuyo, y lograré adquirir una parte al menos de la santa serenidad que te distingue. He venido sólo a rogarte que vuelvas a mi casa. Prométeme que volverás.

—Por distintos caminos nos lleva Dios a ti y a mí. Asunción. Por de pronto, no admitas cartas, ni avisos, ni recados de lord Gray. Levántate a la altura de tu dignidad; abraza con resignación la vida del claustro y dentro de algún tiempo te verás libre de ese gran peso.

—No, no puedo. La vida del claustro me aterra. ¿Sabes por qué? Porque tengo la seguridad de que en el convento he de amarle más, mucho más. Lo sé por experiencia, sí: la soledad, el mucho rezar, las penitencias, las meditaciones, las vueltas y revueltas y dolorosos giros del pensamiento, más y más avivan en mí la pasión que me quema. Lo sé muy bien, lo veo, lo toco. Yo he amado a lord Gray, porque en mis solitarias devociones se han apoderado de mi espíritu como el demonio tentador... No, no iré al claustro, porque sé que lo tendré siempre delante mezclado con aquella dulce poesía del coro y del altar. ¡Ay amiga mía! ¿Crearás esto que te digo? ¿Crearás esta profanación horrible? Pues sí, es verdad. En la iglesia ha tomado cuerpo esta insensata inclinación. Tal efecto hace en mi espíritu turbado todo lo que se refiere a devociones y piedades, que siempre que escucho el son de un órgano tiemblo de emoción; las campanas de la iglesia hacen palpar mi pecho con ardiente viveza; la oscuridad de los templos me marea, y Jesucristo crucificado no puede serme amable si no me lo represento con el mismo rostro que veo en todas partes... Esto espanta, ¿no es verdad? Pero no puedo remediarlo. Yo creo que es una enfermedad. ¿Tendré yo un mal incurable? Ojalá me muera mañana de él. Así descansaría... No, no quiero claustro. Quiero distraerme con el trato de multitud de gentes; ver diversidad de espectáculos; visitar el mundo, la sociedad; asistir a tertulias, donde se hable de muchas cosas que no sean lord Gray; quiero que mi pensamiento se enrede aquí y allí, se desparrame pasando y repasando por distintos caminos, para dejarse un vellón de lana en cada flor, en cada espina. Lo que me ha de curar

es el mundo, amiga querida; es el mundo con todo lo bueno que encierra: la sociedad, la amistad, las artes, el viajar, el mucho ver y el mucho oír; que verdaderamente, aunque mi madre crea lo contrario, la mayor parte de lo que vemos y oímos en el mundo es honrado, lícito y provechoso... Apártenme de la soledad, que es causa de mi perdición; apártenme de las meditaciones, de cavilar, de este perenne volteo y constante rodar sobre el eje de una sola idea. Si he de curarme, no me curarán los conventos. Querida amiga, segura estoy de que, si entro en él, amaré más locamente a lord Gray, porque no habrá cosa alguna que le aparte de los vigilantes y calenturientos ojos de mi espíritu; y si ese hombre se empeña en perseguirme aun en la casa de Dios, cómo sabe hacerlo, no podré guardar la santidad de mis juramentos y rompiendo rejas y votos, me asiré a la primera cuerda que ponga en la ventana de mi celda, para arrojarme a la calle. Yo me conozco, querida mía; sé leer claramente en este oscuro libro de mi alma, y no me equivoco, no.

Oyendo estas palabras en boca de la infeliz joven, al paso que compadecía su desventurada pasión, admiraba la gran perspicacia de su entendimiento.

—Pues ten valor. Di a tu madre que no quieres ser monja—indicó Inés.

—Ayudada por tu amistad podía hacerlo. Sola no me atrevo. Ella considerará esto como una deshonra, y entonces tendré el claustro en casa, porque me encerrará para siempre.

—Todo esto puede vencerse. Principia por rechazar a lord Gray.

—Lo haré si no lo veo. si no me persigue...

Asunción pronunciaba estas palabras, cuando sentimos los pasos de lord Gray.

—¡El es!—dijo con terror.

—Ocúltate y sal de la casa.

Amaranta hizo pasar a lord Gray a una estancia inmediata, y al instante me llamó a su lado. El inglés afectaba tranquilidad; mas la condesa, adivinando sus propósitos, le desconcertó al momento.

—Ya sé a qué viene usted—le dijo—. Sabe que Asunción ha entrado en mi casa... Por Dios, lord Gray, retírese usted. No quiero nuevas ocasiones de disgusto con doña María.

—Discreta amiga mía—repuso él con

vehemencia—, no me juzgue mal. ¡Impedirá usted que me despida de ella! Dos palabras nada más. ¿Saben que me voy esta noche?

—¿Es de veras?

—Tan cierto como que nos alumbra el sol... ¡Pobrecita Asunción...! También ella se alegrará de verme... Vamos, no salgo de aquí sin decirle adiós...

—Francamente, milord—indicó Amaranta—. No creo en su partida.

—Señora, aseguro a usted que partiré de madrugada. Me ha detenido tan sólo la broma que pensamos dar a Congosto... Sea testigo Araceli de lo que digo.

La condesa, sin aguardar a más, abrió la mampara, y las dos muchachas aparecieron ante nosotros.

Asunción no podía ocultar la angustia que la dominaba, y quiso retirarse.

—¿Se marcha usted porque estoy aquí?—dijo secamente lord Gray—. Pronto saldré de Cádiz y de España, para no pisar más esta tierra de la ingratitud. Los desengaños que aquí he padecido me impelen con fuerza a huir, aunque mi corazón no ha de encontrar ya reposo en ninguna parte.

—Asunción no puede detenerse para oírle a usted—dijo Inés—. Tiene que marcharse a su casa.

—¿No merezco ya ni dos minutos de atención?—afirmó con amargura el noble lord—. ¿Ya no se me concede ni el favor de una palabra?... Está bien: no me quejo.

—Ahora parece indudable que parte—dijo Amaranta.

—¡Señora, adiós!—exclamó lord Gray con emoción profunda, verdadera o fingida—. Araceli, adiós; Inés, amigos míos, procuren olvidar a este miserable. Y usted, Asunción, a quien sin duda debo de haber ofendido, según el encono con que me mira, adiós también.

La infeliz se deshacía en lágrimas.

—Había solicitado de usted el último favor, una entrevista para despedirme de la que tanto he amado; pero no espero conseguirlo. He sido un insensato... Ha hecho usted bien en cobrarme de pronto ese aborrecimiento que me revelan sus bellos ojos... ¡Miserable de mí, he aspirado a lo que me era tan superior! En mi demencia juzgué posible apartar esta noble alma de la piedad a que desde el nacer se inclina; aspiré

a lo imposible; a luchar con Dios, único amante que cabe en la inconmensurable grandeza de ese corazón... Adiós; vuelva usted a sus santidades; remóntese a las celestiales alturas de donde este infame quiso hacerla descender. Entre usted en el claustro..., entre... Perdóneme Dios mis arrebatados pensamientos... Cada cual a su puesto. Angeles, al cielo; miseria y debilidad, a la tierra... Antes, amor, locura, ardientes arrebatos; ahora, respeto, culto. Mañana, como ayer, vivirá usted en mi corazón; pero ahora, santa mujer, está usted dentro de él canonizada. Adiós, adiós.

Y apretando calurosamente las manos de la joven, partió con tales modos, que todos lo creímos con el corazón despedazado y tuvimos lástima de él.

Poco después, Asunción, acompañada de su ayo, salió a la calle, y la santa imagen, entrando en la casa materna, volvió a su altar.

Mis lectores creerán, juzgando a lord Gray por las palabras arriba reproducidas, que el astuto seductor partía realmente, renunciando a la empresa frustrada en la célebre noche. ¡Qué error! Sigán leyendo un poco más y verán que aquella despedida, admirable recurso estratégico empleado contra la alucinada niña, sirvióle de preparación para el hecho (catástrofe podemos llamarlo) consumado aquella misma noche, y con el cual da fin la curiosa aventura que estoy contando.

XXXI

Narraré punto por punto. Aconteció, pues, que cerca ya del oscurecer, en el siguiente día, entraba yo con toda tranquilidad en casa de doña Flora, cuando ésta, Amaranta y su hija salieronme al encuentro con gran sobresalto y alarma.

—¿No sabe lo que ocurre?—dijo doña Flora—. El bribón de lord Gray ha cargado con la santa y la limosna. La Asuncioncita ha desaparecido anoche de la casa.

—Pero ha sido violentamente—dijo Inés—, porque don Paco apareció atado al barandal de la escalera. Ella debió de resistir... A sus gritos despertóse doña María; pero cuando salieron, ya estaban fuera. Esta mañana, Presentación, hostigada por su madre, hizo confesión de los amores de su hermanita.

—No me digan a mí que ha resistido—objetó doña Flora—. Lord Gray es muy galán y muy lindo mozo... ¿A qué vienen con hipocresías?... La niña se marchó con él porque le dió la gana.

—Doña María estará satisfecha de la formalidad de las niñas...—dijo Amaranta, riendo—. Ahora repetirá su muletilla: «Yo educo a mis hijas como me educaron a mí.»

—Pero ¿se ha marchado lord Gray con ella?—pregunté.

—Se dispone a partir.

—Acaba de salir de aquí un capitán de navío, el cual me ha dicho que milord ha fletado el bergantín inglés *Deucalion*, que parte mañana.

—Pero ¿no corremos a impedirlo?—dijo Inés con gran zozobra—. Aún es tiempo.

—Eso será de cuenta de doña María.

—Pero será forzoso avisarle que el *Deucalion* sale esta noche, y que lo ha fletado lord Gray.

—Sí, es preciso avisárselo—repitió Inés con energía—. Iré yo misma.

—Gabriel irá al momento.

—¿Por qué no? Aunque doña María me arrojó ayer de su casa, no tengo inconveniente en prestarle este servicio.

—Pero no pierdas tiempo... Yo me muero de impaciencia—indicó Inés.

—Ve pronto, que la niña está en ascuas.

—Allá voy... De veras no creí volver a poner los pies en aquella casa... ¿Conque el *Deucalion*?... Un bergantín inglés... Me parece que no los atraparán.

Corrí a la casa de Rumblar, y desde que entré, todo me indicó que reinaba allí la consternación más profunda. Don Diego y don Paco estaban sentados en el corredor, el uno frente al otro, mirándose como dos esfinges de la tristeza, y en las manos del último, los verdes cardenales indicaban el suplicio de que había sido víctima. A ratos, el infeliz anciano hendía los aires con la ráfaga de sus fuertes suspiros, que habrían hecho navegar de largo a un navío de línea. Cuando entré, levantáronse los dos, y el ayo me dijo:

—Vamos a ver si la encontramos ahora. Es el séptimo viaje.

La condesa de Rumblar y su hija menor escondían su dolor y vergüenza en un gabinete inmediato a la sala, y en ésta la marquesa de Leiva, atada por el

reuma a un sillón portátil; Ostolaza, Calomarde y Valiente sostenían viva polémica sobre el gran suceso. Cuando oí la voz de Leiva, lleno de recelo, aunque sin arredrarme, dije para mí:

«Ahora va a ser la tuya, Gabriel. La marquesa te conocerá, con lo cual, hijo, has hecho tu suerte.»

Entré, sin embargo, resueltamente.

—De modo—decía la marquesa—que un inglés se puede burlar impunemente de toda España...

—En la Embajada—indicó Valiente—, rieron mucho cuando les conté lo ocurrido, y dijeron: «Cosas de lord Gray.»

—Yo he afirmado siempre—dijo Ostolaza con petulancia—que la alianza con los ingleses sería a España muy funesta.

Corté de subito el coloquio diciendo:

—Traigo noticias de lord Gray.

La marquesa examinóme de pies a cabeza, y luego, señalándome impertinentemente con la muleta que sus doloridas piernas le obligaban a usar, preguntó:

—Usted... ¿Y usted quién es?

—Es el señor de Araceli—dijo Ostolaza con sonsonete desdeñoso.

—Ya..., ya conozco a este caballero—dijo la de Leiva con malicia—. ¿Sigue usted al servicio de mi sobrina?

—Me honro en ello.

—¿Viene usted de allá? ¿Inés está ya dispuesta a volver a su casa? Ya sabrá que el gobernador de Cádiz va esta noche misma por ella...

—No saben nada—repuse, tan desconcertado como sorprendido.

—Creo que, desde el punto de vista legal, la cosa no ofrecerá dificultad alguna, ¿no es verdad, señor de Calomarde?

—Absolutamente ninguna. La niña volverá a casa de usted, que es el jefe de la familia, y cuantas sutilezas se aleguen en contrario no tienen fuerza de derecho.

—Tal vez la señora condesa—indiqué—alegue algún motivo que no esté previsto.

—Todo está previsto. Señor Calomarde, ¿no es verdad? Y agradézcame mi sobrina que no he solicitado se dicte auto de prisión contra ella... Pero a esta fecha no nos ha dicho usted lo que anunciaba respecto a lord Gray. ¿En qué piensa usted, señor de..., de qué?

—De Araceli—repitió Ostolaza con el mismo sonsonete.

Muy brevemente les dije lo que sabía.

—Pues hay que avisar a la Comandancia de Marina—replicó la de Leiva con viveza—. Pluma, papel...

En aquel instante entró en la sala un personaje grave, al cual saludaron todos con el mayor respeto. Era don Juan María Villavicencio, gobernador de la ciudad, varón estimabilísimo, buen patriota, instruido, algo filósofo y hábil por demás en el conocimiento y trato de gentes.

—Ya tenemos datos, señor Villavicencio—dijo la marquesa, contándole lo del *Deucalion*.

—En este negocio, señora—respondió el funcionario, bajando la voz—, hay que andar con prudencia... Antes de ocuparme de lord Gray, voy a cumplir el acto legal en cuya virtud la Inésita volverá esta noche a su casa.

El alma se me partió al oír esto.

—Pronto, pronto, amigo mío—dijo la reumática—. También temo que se me escapen. La gente de esta casa se marcha por el escotillón, y esto parece escenario de un teatro... Y creímos que había sido robada por lord Gray. La pícara se marchó sola...

—En cuanto a lord Gray—dijo Villavicencio en tono dubitativo y con cierto embarazo—, me parece que no podremos hacer nada contra él... La Asuncioncita volverá al lado de su madre, o a donde quieran llevarla; pero eso de prender y castigar a milord...

—Pero...

—Señora, no podemos chocar con la Embajada... Ya conoce usted las circunstancias: Wellesley es quisquilloso..., la alianza...

—¡Maldita sea la alianza!

—¡Y esto lo dice una dama española—manifestó Villavicencio con entusiasmo—el día en que nos llega la noticia de una gloriosa batalla, de esa gran victoria, señores, ganada por españoles, ingleses y portugueses en los campos de la Albuera!

—¡Otra batalla!—exclamó la marquesa con hastío—. Siempre batallas, y la guerra no se acaba nunca.

—Creo que ha sido muy sangrienta—dijo Calomarde.

—Como todas las que damos—repuso con orgullo Villavicencio—. Hemos perdido cinco mil hombres, y matado a los franceses más de diez mil... ¡Precioso resultado!... Han muerto dos generales

franceses, dos ingleses, y de los nuestros han quedado heridos don Carlos España y el insigne Blake.

—De todo eso se deduce que no podemos hacer nada contra Gray—dijo con disgusto la de Leiva.

—Nada, señora... Se va a erigir un monumento a Jorge Tercero... La Embajada inglesa... Wellesley... ¡Oh!, esta batalla de la Albuera estrechará más aún las relaciones entre ambos países.

—¡Gran victoria!—dijo Valiente—. En Extremadura nos envalentonamos un poco.

—Pero está muy mal de la parte del Ebro. Tortosa ha caído ya en poder del enemigo...

—Traición, pura traición del conde de Alacha.

—También se han apoderado los franceses del fuerte de San Felipe, en el Coll de Balaguer.

—Pero aún resiste Tarragona.

—Y resistirá más todavía.

—Y de Manresa, ¿qué se ha dicho hoy?

—Ya es seguro que ha sido incendiada.

—Nada de eso nos importa por ahora—observó la marquesa, interrumpiendo la chispeante conversación patriótica—. En suma, señor Villavicencio: si milord se escapa...

—¿Qué le hemos de hacer? Nadie sabe dónde está.

—Creo que esta noche se le podrá ver—dijo Valiente—, porque a las diez se verificará, según he oído, entre lord Gray y don Pedro del Congosto una especie de desafío quijotesco con que espera reirse mucho la gente.

—Bobadas... En fin, señora marquesa: Wellesley me ha prometido que la niña volverá; pero hay que dejar en paz a lord Gray... Soy experto en ciertos asuntos, y creo que en el lance de que nos ocupamos juega alguna persona que no es lord Gray.

—¿Lo cree usted? Yo opino que Inés se ha marchado sola.

—Pues yo creo que no.

—O con lord Gray. Este señor inglés se propone desocupar mi casa.

—Algún otro pájaro, señora; algún otro pájaro ha enredado aquí, y no pararé hasta averiguar quién es... Los dos raptos tienen entre sí íntima conexión.

—Busque usted, pues—dijo la marquee-

sa—, a ese cómplice desconocido, y haga caer sobre él todo el peso de la ley si es que nada puede intentarse contra lord Gray.

—Espero sacar mucho partido de mis averiguaciones esta noche.

—Verdaderamente—dijo Calomarde—, si ha de haber un choque con la Embajada inglesa, lo mejor es dar fuerte sobre el pobre cómplice, si se descubre. y decir: «Aquí, que no peco.»

—Así anda la justicia en España—objetó la de Leiva.

—Veremos lo que saco en limpio—dijo Villavicencio—. Vaya, señora mía, me voy a hacer una visita de cumplido a la calle de la Verónica. Creo que bastará mi autoridad...

De pronto presentóse don Paco en la sala, sofocado y jadeante, y exclamó:

—¡Ahí está, ahí está ya!... Al fin la encontramos.

—¿Quién?

—La señora doña Asuncionita... ¡Pobre niña de mi alma!... Está en la escalera... No quiere subir... ¡Parece medio muerta la pobrecita!...

XXXII

Reinó sepulcral silencio, y miramos todos a la puerta del fondo por donde apareció doña María. Con decoroso silencio, que no con lágrimas, mostraba esta señora su honda pena. El color blanco de su cara habíase convertido en una palidez pergaminosa; su frente estaba surcada de repentinas arrugas, y los secos ojos tan pronto irradiaban el fulgor de la ira como se abatían amortiguados. Pero otro incidente llamó la atención más que el grave silencio y la amarillez y las arrugas, y fué que sus cabellos, entrecaños algunos días antes, estaban enteramente blancos.

—¡Está ahí!—repitió un sordo murmullo.

—¿Te negarás a recibirla?—dijo con emoción la marquesa, adivinando los pensamientos de doña María.

—No..., que venga aquí—repuso la madre con energía—. Veré a la que ha sido mi hija... ¿La encontró usted? ¿Estaba sola?

—¡Sola, señora!—exclamó, llorando, don Paco—. ¡Y en qué triste y lastimoso estado! Sus vestidos están rotos: en

su preciosa cabecita tiene varias heridas, y en su voz y ademanes demuestra el más grande arrepentimiento. No ha querido subir, y yacé exánime y sin fuerzas en la escalera.

—Que entre—dijo la de Leiva—. La infeliz empiéza a expirar su culpa. María, pasó la ocasión del rigor, y ha llegado el momento de la indulgencia. Recibe a tu hija, y si acabó para el mundo, no acabe para ti.

—Retirémonos para evitarle la vergüenza de verse delante de nosotros—dijo Valiente.

—No; queden todos aquí.

—Señor don Francisco—dijo doña María al ayo—, traiga usted a Asunción.

El ayo salió, determinando fuertes corrientes atmosféricas con la violencia de sus suspiros.

Bien pronto oímos la voz de Asunción, que gritaba:

—¡Mátenme, que me maten! No quiero que mi madre me vea.

Por don Diego y el ayo conducida, a intervalos suavemente arrastrada, casi traída a cuestras, entró la infeliz niña en la sala. En la puerta arrojóse al suelo, y sus cabellos en desorden, sueltos, le cubrían la cara. Todos acudimos a ella, la levantamos, la consolamos con palabras cariñosas, pero ella clamaba sin cesar:

—¡Mátenme de una vez! ¡No quiero vivir!

—La señora doña María perdonará—le dijimos.

—No: mi madre no me perdonará. Estoy condenada para siempre.

Doña María, por largo tiempo llena de entereza y superioridad, comenzó a declinar, y su grande ánimo se abatió ante espectáculo tan lamentable. Después de mucho luchar con la sensibilidad y el cariño materno, pugnó por sobreponerse a éste, y resueltamente exclamó:

—¿He dicho que la traigan aquí? No; me equivoqué. No quiero verla, no es mi hija. Váyase a los lugares de donde ha venido. Mi hija ha muerto.

—Señora—gimió don Paco, poniéndose de rodillas—, si la señora doña Asuncioncita no se queda en la casa, usted se condenará. ¿Pues qué ha hecho? Salir a dar un paseo. ¿Verdad, niña mía?

—No; ¡mi madre no me perdona! —gritó con desesperación la mucha-

cha—. Llénenme fuera de aquí. No me rezco pisar esta casa... Mi madre no me perdona. Vale más que me maten de una vez.

—Sosiegate, hija mía—dijo la de Leiva—. Grande es tu culpa; pero si no puedes reconquistar el cariño de tu madre y la estimación de todos, no serás abandonada a tu dolor. Levántate. ¿Dónde está lord Gray.

—No sé.

—¿Vino a buscarte con conocimiento y consentimiento tuyo?

La desgraciada se cubría el rostro con las manos.

—Habla, hija mía. Es preciso saber la verdad—dijo la de Leiva—. Tal vez tu culpa no sea tan grande como parece. ¿Saliste de buen grado?

La presencia de doña María se conocía por su respiración, que era como un sordo mugido. Luego oímos distintamente estas palabras que parecían salir de la cavernosa garganta de una leona:

—Sí..., de grado..., de grado.

—Lord Gray—afirmó Asunción— me juró que al día siguiente abrazaría el catolicismo.

—Y que se casaría contigo, ¡pobrecita!—dijo con benevolencia la marquesa.

—Lo de siempre..., historia vieja—balbució Calomarde a mi oído.

—Señores—dijo Villavicencio—, retirémonos. Estamos aumentando con nuestra presencia la confusión de esta desgraciada niña.

—Repito que se queden todos—dijo la de Rumblar con fúnebre acento—. Quiero que asistan a los funerales del honor de mi casa. Asunción, siquieres, no que te perdone, sino que tolere tu presencia aquí, confiesa todo.

—Me prometió abrazar el catolicismo..., me dijo que marcharía de Cádiz para siempre, si no... Yo-creí...

—Basta—ordenó Villavicencio—. Que se retire a buscar algún reposo esta criatura.

—¡Pero ese infame hombre la ha abandonado!

—La ha arrojado de su casa—dijo don Paco.

Múltiple exclamación de horror resonó en la sala.

—Esta mañana—añadió Asunción, sacando difícilmente de su pecho el aliento necesario para hablar—, lord Gray

salió, dejándome sola en casa. Yo temblaba de zozobra... Entraon luego unas mujeres, unas mujerzuelas..., ¡qué horrible gente!... Con sus gritos me desvanecieron, con sus manos me maltrataron... Todas se reían de mí, y me desgarraron los vestidos, diciéndome palabras ignominiosas... Bebían y comían en una mesa que el criado de milord les dispuso... Disputaban unas con otras sobre cuál de ellas era más amada por él... Entonces comprendí el abismo en que había caído... Lord Gray volvió... Le increpé por su vil conducta... Estaba taciturno y sombrío... Tomó una chinel, y con ella azotó la cara de aquellas viles mujeres... Me colmó de cuidados. Me dijo que me iba a llevar a Malta... Yo me negué a ello, y empecé a llorar amargamente, invocando el nombre de Jesús... Volvieron las mujeres acompañadas de hombres soeces; uno de ellos quiso ultrajarme. Lord Gray le rompió la cabeza con una silla... Corrió la sangre... ¡Dios mío, qué horror!

Deteníase a cada rato, y luego, con gran esfuerzo, seguía:

—Lord Gray me dijo después que él no podía hacerse católico, y que se alegraba de que yo entrase en el convento para robarme. Quise salir, y el criado anunció la llegada de una señora... ¡Oh! Entró una señora principal, que le llamó ingrato... La señora se reía de mí. ¡Qué hora, Dios mío, qué hora!... La señora dijo que yo era la más piadosa y devota señorita de todo Cádiz, y luego me rogó que encomendase a lord Gray a Dios en mis oraciones... La vergüenza me inflamaba; busqué un cuchillo para acabar mis días... Después...

Estábamos todos conmovidos y aterrados con la patética relación de la desgraciada niña, digna de mejor suerte.

—Después... entraron unos hombres, ¡qué hombres! Vestían de cruzados, como don Pedro del Congosto, y venían a recordar a lord Gray que éste le había desafiado... Entraron los amigos de lord Gray, y todos se rieron mucho del desafío con don Pedro. Luego... milord me rogó de nuevo que partiese con él a Malta... Yo le decía que me hiciese el favor de matarme... Reíase a carcajadas, y, jugando con un puñal, hacía como que me quería matar... Me inspiraba tal horror, que huí de su lado... Yo corrí por la casa dando gritos... El se

reía... Un criado me dijo: «Milord me ha mandado que la acompañe a usted a su casa.» Salimos a la calle, y en la puerta añadió: «No tengo ganas de ir tan lejos; vaya usted sola», y cerró la puerta... Di algunos pasos...; una mujer frenética que dijo haber perdido por mí los favores de lord Gray, quiso castigarme... ¡Ay!, yo estaba medio muerta, y me dejé castigar... Libre, al fin, recorrí varias calles..., me perdí..., buscaba la muralla para arrojarme al mar... Al fin, después de dar mil vueltas, volví junto a la casa de lord Gray... Encontráronme don Paco y mi hermano... Yo no quería venir aquí...; pero me trajeron, al fin, a mi casa, de donde salí culpable y adonde vuelvo castigada, pues las penas todas del Purgatorio y el Infierno no son superiores a las que yo he padecido hoy... Aun así, no merezco perdón... Mi falta es grande... No merezco más que la muerte, y pido a Dios que me la conceda esta noche misma para que ni un día más soporte la vergüenza y el deshonor que han caído sobre mí. ¡Señora, madre mía, adiós! ¡Hermana mía, adiós! ¡No quiero vivir!

No dijo más, y cayó desmayada en el pavimento.

Conmovidos y aterrados, contemplamos el semblante de doña María, que, reclinada en el sillón, con la barba apoyada en la mano, silenciosa, ceñuda primero como una sibila de Miguel Angel y conmovida después, pues también las montañas se quebrantan al sacudimiento del rayo, derramó lágrimas abundantes. Parecía que su rostro se quemaba. Su llanto era metal derretido.

—Hija mía—dijo la marquesa—, retírate a descansar... Señor don Francisco, o tú, Diego, llévala a su cuarto.

El conmovedor espectáculo de la infeliz Asunción desapareció de nuestra vista.

—Señoras—dijo Villavicencio—, tengo el alma despedazada, y me retiro.

—Siento mucho..., pues...—murmuró Ostolaza, y se retiró también.

—He tenido un verdadero sentimiento—apuntó Valiente, marchándose tras el anterior.

—Por mi parte...—indicó Calomarde, saludando—. Si es preciso entablar recurso...

Se fueron todos. Yo me quedé, porque una fuerza irresistible me clavaba

en aquella sala, y no podía apartar el pensamiento del desolado cuadro que había visto. Delante de mí estaba la de Rumblar en la misma actitud en que antes la he descrito. El fenómeno de su llanto me llenaba de asombro. A mi lado, la marquesa de Leiva lloraba también.

Pero no estábamos solos los tres. Acababa de entrar una figura estrambótica, un mamarracho de los antiguos tiempos, una caricatura de la caballería, de la nobleza, de la dignidad, del valor español de otras edades. Mirando aquella figura sainetesca que se presentaba tan inoportunamente, dije para mí:

«¿Qué vendrá a hacer aquí don Pedro del Congosto? ¿Si creará que sus caballerías ridículas sirven de alguna cosa en estas circunstancias?»

La de Leiva abrió los ojos, vió al estafermo, y, como si no diera importancia alguna a su persona, volvióse a mí y me dijo:

—¿Qué piensa usted de lord Gray?

—Que es un infame, señora.

—¿Quedará sin castigo?

—No quedará—dije, arrebatado por la ira.

Don Pedro del Congosto dió algunos pasos, púsose delante de doña María, y alzando el brazo, con voz y gesto que al mismo tiempo eran trágicos y cómicos, habló así:

—Señora doña María..., ¡esta noche!... ¡A las once!... ¡En la Caleta!...

—¡Oh! ¡Gracias a Dios!—exclamó la noble señora, levantándose con ímpetu—. Gracias a Dios que hay en España un caballero... Cuatro personas han presenciado el lastimoso cuadro de la deshonra de mi hija, y a ninguna se le ha ocurrido tomar por su cuenta el castigo de ese miserable.

—Señora—dijo Congosto con voz hueca, que antes que risa, como otras veces, me produjo un espanto indefinible—, señora, lord Gray morirá.

Aquellas palabras retumbaron en mi cerebro. Miré a don Pedro y me pareció transfigurado. Aquel espantajo, recuerdo de los heroicos tiempos, dejó de ser a mis ojos una caricatura desde el momento en que me lo representé como providencial brazo de la Justicia.

—No es usted, don Pedro—dijo con incredulidad la de Leiva—, quien ha de arreglar esto.

—Señora doña María—repitió el estafermo, sublimado por una alta idea de su propio papel; por la idea de la hidalguía, del honor, de la justicia—, ¡esta noche..., a las once..., en la Caleta! Todo está dispuesto.

—¡Oh! Dendita sea mil veces la única voz que ha sonado en mi defensa en esta sociedad indiferente. Abominables tiempos, aún hay dentro de vosotros algo noble y sublime.

Esto, que en otras circunstancias hubiera sido ridículo, tratándose de don Pedro, en aquéllas me hacía estremecer.

—Bendito sea mil veces—continuó doña María—el único brazo que se ha alzado para vengar mi ultraje en esta generación corrompida y cobarde, incapaz de un sentimiento elevado.

—Señora—dijo don Pedro—, adiós... Voy a prepararme.

Y partió rápidamente de la sala.

—María—dijo la de Leiva a su parienta—, sosiégate; debes procurar dormir...

—No puedo sosegar—repuso la dama—, no puedo dormir... ¡Oh Dios mío! ¡Si permites que el miserable quede sin castigo...! Si vieras, mujer..., siento una salvaje complacencia al recordar aquellas palabras: «¡Esta noche..., a las once..., en la Caleta!»

—No esperes de don Pedro más que ridiculeces... Sosiégate... Han dicho aquí que el desafío de don Pedro con lord Gray era una función quijotesca. ¿No es verdad, caballero?

—Sí, señora—repuse—. Son ya las diez... Soy amigo de lord Gray y no puedo faltar.

Respetuosamente me despedí de ellas y salí. Detúvome en la escalera don Diego, que a toda prisa y muy sofocado subía, y me dijo:

—Gabriel, ahí me traen otra vez a la buena alhaja de doña Inesita.

—¿Quién?

—El gobernador. Esta noche, todas las ovejas descarriadas vuelven al redil... Vengo de allá..., si vieras. La condesa ha llorado mucho y se ha puesto de rodillas delante de Villavicencio; pero no pudo conseguir nada. La ley, y siempre la ley. Si es lo que yo digo: la ley... Por supuesto, chico, no puedo negarte que me dió lástima de la pobre condesa. ¡Lloraba tanto! Inés estaba más serena y se conformaba. Aguárdate y la

verás llegar. Sin embargo, más vale que no parezcas en tu vida por aquí. Villavicencio quiso averiguar el cómo y cuándo de la fuga de Inés, y allá le dijeron que la sacaste tú de la casa. Te anda buscando porque no te conoce. Dice que eres cómplice de lord Gray y el verdadero criminal. Calumnia, pura calumnia; pero no te metas en vindicar tu honra mancillada, y echa a correr, que Villavicencio tiene malas pulgas, y aunque te escuda el fuero militar... Conque en marcha, y no vuelvas a Cádiz en tres meses.

—Pues sí: yo fui quien sacó a Inés de la casa.

—¡Tú!—exclamó con tanto asombro como cólera—. Ya no me acordaba que eres servidor de mi famosa parienta la condesa. ¿Conque la sacaste tú?

—Y la volveré a sacar.

—Tú bromeas... No pienses que me apuro mucho... ¿Crees que insisto en casarme con ella?... Pues ahora, de mejores veras debes poner los pies en polvorosa, porque voy a contarle a mamá tu hazaña... Francamente, yo creí que era una calumnia. Ahora me explico el furor de Villavicencio contra ti. ¿Pues no dice que tú eres autor de todo y que es preciso sentarte la mano?

—¿A mí?

—Y disculpaba a lord Gray... Se me figura que quieren hacer justicia en tu persona sin molestar para nada al señor milord.

—¿Ha visto usted a lord Gray?—le pregunté con inquietud—. ¿Dónde se le podrá encontrar?

—Ahora mismo me han dicho que le acaban de ver paseando solo por la muralla. ¡Maldito inglés! Las pagará todas juntas... Hace poco, la Inesita me llamó vil y cobarde por dejar sin castigo esto de anoche, y aseguraba que si ella fuera hombre... Estaba furiosa la niña. Por supuesto, yo pienso buscar a lord Gray, y cuando le vea he de decirle: «So tunante...» Pues... Conque márchate... Tú también eres buena pieza. Adiós.

No me podía detener a contestar sus majaderías, porque un pensamiento fijo me atormentaba; y dirigida mi voluntad a un punto invariable con arrebatadora fuerza, nada podía apartarme de aquella corriente por donde se precipitaba impetuosamente todo mi ser.

XXXIII

Un cuarto de hora después tropezaba en la muralla, frente al Carmen, con lord Gray, el cual, deteniendo la velocidad de su paso, me habló así:

—¡Oh señor de Araceli!... Gracias a Dios que viene alguien a hacerme compañía... He dado siete vueltas a Cádiz, corriendo todo lo largo de la muralla... ¡Aburrimiento y desesperación!... Mi destino es dar vueltas..., dar vueltas a la noria.

—¿Está usted triste?

—Mi alma está negra..., más negra que la noche—repuso con alucinación—. Camino sin cesar, buscando la claridad y no hago más que dar vueltas recorriendo un círculo fatal. Cádiz es una cárcel redonda, cuya pared circular gira alrededor de nuestro cerebro... Me muero aquí.

—¡Tan feliz ayer y tan desgraciado hoy!—le dije.

—¿Yo feliz?—respondió, mirándome con asombro—. ¡Cuán limitada es la creación que está a nuestro alcance! ¡Cuán pobre es el Universo!... El Omnipotente se ha reservado para sí lo mejor, dejándonos la escoria... No podemos salir de este maldito círculo... no hay escape por la tangente... El ansia de lo infinito quema nuestra alma y no es posible dar un paso en busca de alivio... Vueltas y más vueltas... ¡Mula de noria..., arre! Otro circulito, y otro, y otro...

—Lord Gray, Dios le ha dado a usted todo, y usted malgasta y arroja las riquezas de su alma, haciéndose infortunado sin deber serlo.

—Amigo—me dijo, apretándome la mano tan fuertemente que creí que me la deshacía—, soy muy desgraciado. Tenga usted lástima de mí.

—Si eso es desgracia, ¿qué nombre daremos a la horrenda agonía de una criatura a quien usted acaba de precipitar en la mayor deshonra y vergüenza?

—¿Usted la ha visto?... ¡Infeliz niña!... Le he rogado que vaya conmigo a Malta y no quiere.

—Y hace bien.

—¡Pobre santita! Cuando la vi, más que su hermosura, que es mucha; más que su talento, que es grande, me cau-

tivó su piedad... Todos decían que era perfecta; todos decían que merecía ser venerada en los altares... Esto me inflamaba más. Penetrar los misterios de aquella arca santa; ver lo que existía dentro de aquel venerable estuche de recogimiento, de piedad, de silencio, de modestia, de santa unción; acercarme y coger con mis manos aquella imagen celestial de mujer canonizable; alzarle el velo y mirar si había algo de humano tras los celajes místicos que la envolvían; coger para mí lo que no estaba destinado a ningún hombre, y apropiarme lo que todos habían convenido en que fuese para Dios... ¡Qué inefable delicia, qué sublime encanto!... ¡Ay!, fingí, engañé, burlé... Maldita familia... Luchar con ella es luchar con una nación... Para atacarla, toda la inteligencia y la astucia toda no bastan... Mil veces sea condenada la Historia, que crea estas fortalezas inexpugnables.

—La audacia y la despreocupación de un hombre son más fuertes que la Historia.

—Pero ¡cómo se desvanece todo!... Aquello que ayer aún valía, hoy no vale nada, y su encanto desaparece como el humo, como la nave, como la sombra... El hermoso misterio se disipó... La realidad todo lo mata... ¡Ay! Yo buscaba algo extraordinario, profundamente grandioso y sublime en aquella encarnación del principio religioso que caía en mis brazos; yo esperaba encontrar un tesoro de ideales delicias para mi alma, abrasada en sed inextinguible; yo esperaba recibir una impresión celeste que me transportara a la esfera de las más altas concepciones; pero ¡maldita Naturaleza! La criatura seráfica que yo soñaba, rodeada de nubes y de angelitos en sobrenatural beatitud, se deshizo, se disipó, se descompuso como una imagen de máquina óptica cuya luz sopla el barbero titiritero, diciendo: «Buenas noches...» Todo desapareció... Las alas de ángel, agitándose, zumbaban en mi oído; pero yo me desencajaba los ojos mirando, y no veía nada, absolutamente nada más que una mujer..., una mujer como otra cualquiera, como la de ayer, como la de anteayer...

—Hay que conformarse con lo que Dios nos ha dado, y no aspirar a más. En resumen: usted sacó a Asunción de

su casa, jurándole que abrazaría el catolicismo y se casaría con ella.

—Es verdad.

—Y lo cumplirá usted.

—No pienso casarme.

—Entonces...

—Ya le he dicho que venga conmigo a Malta.

—Ella no irá.

—Pues yo sí.

—Milord—dije, dando a mis palabras toda la serenidad posible—, debajo de ese humor melancólico, debajo de los oropeles de su imaginación, tan brillante como loca, guarda usted, sin duda, un profundo sentido y un corazón de legítimo oro, no de vil metal sobredorado como sus acciones.

—¿Qué quiere usted decirme?

—Que una persona honrada como usted sabrá reparar la más reciente y la más grave de sus faltas.

—Araceli—me dijo con mucha sequedad—, es usted impertinente. ¿Acaso es usted hermano, esposo o cortejo de la persona ofendida?

—Lo mismo que si lo fuera—repuse, obligándole a detenerse en su marcha febril.

—¿Qué sentimiento le impulsa a usted a meterse en lo que no le importa? Quijotismo, puro quijotismo.

—Un sentimiento que no sé definir y que me mueve a dar este paso con fuerza extraordinaria—contesté—. Un sentimiento que creo encierra algo de amor a la sociedad en que vivo y amor a la justicia que adoro... No lo puedo contener ni sofocar. Quizá me equivoque, pero veo en usted una peligrosa, aunque gallarda, bestia, a quien es preciso perseguir y castigar.

—¿Es usted doña María—me dijo con los ojos extraviados y la faz descompuesta—; es usted doña María, que toma forma varonil para ponérseme delante? Sólo a ella debo dar cuenta de mis acciones.

—Yo soy quien soy. Pero lo demás, si parte de la responsabilidad corresponde a la madre misma de la víctima, eso no aminora la culpa de usted... Pero no es una sola víctima: las víctimas somos varias. La salvaje pasión de una furia loca y desenfrenada para quien no hay en el mundo ni ley, ni sentimiento, ni costumbre respetable, alcanza en sus estragos a cuanto la rodea. Por la acción

de usted, personas inocentes están expuestas a ser mortificadas y perseguidas, y yo mismo aparezco responsable de faltas que no he cometido.

—En fin, Araceli: ¿en qué viene a parar toda esa música?—dijo con tono y modales que me recordaban el día de la borrachera en casa de Poenco.

—Eso viene a parar—repuse con vehemencia—en que usted se me ha hecho profundamente aborrecible, en que me mortifica verle a usted delante de mí, en que le odio a usted, lord Gray, y no necesito decir más.

Yo sentía inusitado fuego circulando por mis venas. Deseaba sofocar aquel sentimiento exterminador y sanguinario; pero el recuerdo de la infeliz niña a quien poco antes había visto me hacía crispar los nervios, apretar los puños, y el corazón quería saltárseme del pecho. No había cálculo en mí. Todo lo que determinaba mi existencia en aquel momento era pasión pura.

—Araceli —añadió, respirando con fuerza—, esta noche no estoy para bromas. ¿Cree que soy Currito Báez?

—Lord Gray—repuse—, tampoco yo estoy para bromas.

—Todavía—dijo con amargo desdén—no he gustado el placer de matar a un deshacedor de agravios propios y amparador de doncellas ajenas.

—Maldito sea yo si no es noble y nuevo lo que inflama mi espíritu en este instante.

—¡Araceli! —exclamó con súbita furia—, ¿quieres que te mate? Deseo acabar con alguien.

—Estoy dispuesto a darle a usted ese gusto.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¡Ah!—dijo, riendo a carcajadas—. Tiene la preferencia el señor Don Quijote de la Mancha. España, me despido de ti luchando con tu héroe.

—No importa. Después de las burlas pueden venir las veras.

—Nos batiremos... ¿Quiere usted antes recibir las últimas lecciones de esgrima?

—Gracias. Ya sé lo bastante.

—¡Pobre niño!... ¡Le mataré a usted!... Pero son las diez y media... Mis amigos me esperan...

—A la Caleta.

—¿Nombramos padrinos?

—No nos faltarán amigos para elegir.

—Vamos pronto.

—Ahora mismo.

—Creí—dijo con espontánea fruición—que no había en Cádiz más Quijote que don Pedro del Congosto... ¡Oh España! ¡Delicioso país!

XXXIV

La noche era oscura y serena. Al acercarnos a la puerta de la Caleta vimos de lejos la iluminación que había en la plazuela de las Barquillas, junto al teatro y en las barracas. Inmensa multitud se apiñaba en aquellos improvisados sitios de recreo, y oíanse los gritos y vivas con que se celebraba el gran suceso de la Albuera.

Aguardamos largo rato. Los amigos de lord Gray y don Pedro esperaban en la muralla en dos grupos distintos.

—¿Se han traído los garrotes?—preguntó sigilosamente uno de los de lord Gray.

—Sí..., son vergajos de cuero, para que pueda ser vapuleado sin recibir golpes mortales.

—¿Y las hachas de viento?

—¿Y los cohetes?

—Todo está—dijo uno sin poder disimular su gozo—. El figurón vestido de todas armas a la antigua que ha de presentarse en lugar de lord Gray aguarda en aquella casa. Mamarracho igual no le ha visto Cádiz.

—Pero don Pedro no parece...

—Allá viene... Sus amigos los cruzados le rodean.

—Todo ha de hacerse como lo he dispuesto yo...—indicó el inglés—; quiero despedirme de Cádiz con un buen bromazo.

—¡Lástima que esto no pueda hacerse en el escenario del teatro!

—Señores, se acerca la hora. ¿Baja usted... Araceli?

—Al instante voy.

Bajaron todos, y me detuve, deseando aislarme por breve rato para recoger mi espíritu y dar alas a mi pensamiento. Habíame paseado un poco entre la puerta y la plataforma de Capuchinos. cuando vi en la muralla una persona. un bulto negro, cuya forma y figura no podía distinguirse bien y que se volvía

hacia la playa, siguiendo con la vista a los espectadores y héroes del burlesco desafío. Picábame la curiosidad por saber quién era; mas, teniendo prisa, no me detuve y bajé al instante.

Dos grandes grupos se formaron en la playa, y los de uno y otro bando, excepto algunos bobalicones que vestían el traje de cruzados, estaban en el ajo. Entre los de lord Gray, vi un figurón armado de pies a cabeza, con peto y espaldar de latón, celada de encaje, rodela y con tantas plumas en la cabeza que, más que guerrero, parecía salvaje de América. Dábanle instrucciones los demás, y él decía:

—Ya sé lo que tengo que hacer. Triste cosa es dejarse matar, manque sea de mentirijillas... Yo le diré que me ponga en guardia; luego hablaré inglés así: «Pliquis miquis...», y después daré un berrido, cétera, cétera...

—Haz todo lo posible por imitar mis modales y mi voz—le dijo lord Gray.

—Descuide, miloro.

Uno de los presentes acercóse al otro grupo y dijo en voz alta:

—Su excelencia lord Gray, duque de Gray, está dispuesto. Vamos a partir el sol; pero como no hay sol, se partirán las estrellas... Hagamos una raya en la arena.

—Por mi parte, pronto estoy—dijo don Pedro, viendo avanzar hacia el ruedo la espantable figura del caballero armado—. Me parece que tiembla usted, lord Gray.

Y, en efecto, el supuesto lord temblaba.

—Dios venga en mi ayuda—clamó huecamente Congosto—, y que este brazo, pronto a defender la justicia y a vengar un vergonzoso ultraje, sea más fuerte que el del Cid... Lord Gray, ¿reconoce usted su error y se dispone a reparar la afrenta que ha causado?

El señor Poenco, que no era otro, creyó prudente contestar en inglés de esta manera:

—Pliquis miquis..., ¡ay!, ¡nooo! Esperpentis Congosto... ¡Nooo!

—¡Pues sea!—dijo don Pedro, sacando la espada—, y a quién Dios se la dé...

Cruzáronse los terribles aceros. Daba don Pedro unos mandobles que habrían hendido en dos mitades al señor Poenco, si éste, con prudencia suma, no se retirara, dando saltos hacia atrás. Los presentes aguantaban con gran trabajo la

risa, porque el desafío era una especie de baile, en el cual veíase a don Pedro saltando de aquí para allí para atrapar bajo el filo de su espada al supuesto lord Gray. Por fin, después de repetidas vueltas y revueltas, éste exhaló un rugido y cayó en tierra, diciendo:

—Muerto soy.

Al punto don Pedro vióse rodeado por un lado y otro. Multitud de vergajos cayeron sobre sus lomos, y con loco estrépito repetían los circunstantes:

—¡Viva el gran don Pedro del Congosto, el más valiente caballero de España!

Las hachas de viento se encendieron, y comenzó una especie de escena infernal. Este le empujaba de un lado; aquél del otro; querían llevarle en vilo; pero fué preciso arrastrarle, y, en tanto, llovían los palos sobre el infeliz caballero y los dos o tres cruzados que salieron en su defensa.

—¡Viva el valiente, el invencible don Pedro del Congosto, que ha matado a lord Gray!

—¡Atrás, canalla!—gritaba, defendiéndose, el estafermo—. Si le maté a él, haré lo mismo con vosotros, gentuza vengativa y desvergonzada.

Y ápaleado, pinchado, empujado, arrastrado, fué conducido hacia la puerta como en grotesco triunfo, hasta que, condolidos de tanta crueldad, le cargaron auestas, llevándole procesionalmente a la ciudad. Unos tocaban cuernos, otros golpeaban sartenes y cacharros, otros sonaban cencerros y esquilas, y con el ruido de tales instrumentos y el fulgor de las hachas, aquel cuadro parecía escena de brujas o fantástica asonada del tiempo en que había encantadores en el mundo. Ya en lo alto de la muralla, dejaron de mortificar al héroe, y llevado en hombros, su paseo por delante de las barracas fué un verdadero triunfo. La espada de don Pedro quedó abandonada en el suelo. Era, según antes he dicho, la espada de Francisco Pizarro... A tal estado habían venido a parar las grandezas heroicas de España.

Lord Gray y yo, con otros dos, nos habíamos quedado en la playa.

—¿Otra broma?—preguntó Figueroa, que era uno de los padrinos sobre el terreno nombrados.

—Acabemos de una vez—dijo lord

Gray con impaciencia—. Tengo que arreglar mi viaje.

—Dense explicaciones — propuso el otro — y se evitará un lance desagradable.

—Araceli es quien tiene que darlas, no yo — afirmó el inglés.

—A lord Gray corresponde hablar, sincerándose de su conducta.

—En guardia — dijo él con frenesí —. Me despido de Cádiz matando a un amigo.

—En guardia — dije yo, sacando la espada.

Los preliminares duraron poco, y los dos aceros culebrearon con luz de plata en la oscuridad de la noche.

De pronto oímos gritar a uno de los padrinos:

—Alto, alguien nos ve... Por allí avanza una persona.

—Un bulto negro... Maldito sea el curioso.

—¿Si será Villavicencio, que ha tenido noticia de la broma, y creyendo venir a impedirla, sorprende las veras?

—Parece una mujer.

—Más bien parece un hombre: Se detiene allí... Nos observa.

—Adelante — dijo lord Gray —. Que venga el mundo entero a observarnos.

—Adelante.

Volvieron a cruzarse los aceros. Yo me sentía fuerte en la segunda embestida. Lord Gray era tirador habilísimo; pero hallábase muy agitado, mientras que yo no había perdido mi serenidad. De pronto mi mano avanzó con rápido empuje; sintióse el chirrido de un acero al resbalar contra el otro, y lord Gray, articulando una exclamación, cayó en tierra.

—Muero — murmuró, llevándose la mano al pecho —, Araceli..., buen discípulo..., honra a su maestro.

XXXV

Arrojando la espada, mi primer impulso fué correr hacia el herido y auxiliarle; pero Figueroa, lleno de turbación, me dijo:

—Esto es hecho... Araceli, huye..., no pierdas tiempo. El gobernador..., la Embajada..., Wellesley.

Comprendiendo lo arriesgado de mi si-

tuación, corrí hacia la muralla. Hondamente turbado y conmovido, andaba hacia la puerta, cuando me detuvo una persona que resueltamente hacia el lugar de la catástrofe se dirigía.

«¡El gobernador Villavicencio!», pensé antes de distinguir con claridad el bulto de aquel extraño espectador del duelo.

Mas reconociendo a la persona al acercarme a ella, exclamé con asombro:

—Señora doña María... ¿Usted aquí a esta hora?

—Ha caído — dijo, mirando con viva atención hacia donde estaba lord Gray —. Acertó la marquesa al asegurar que no era don Pedro hombre a propósito para llevar adelante esta grande empresa. Usted...

—Señora — respondí bruscamente —, no alabe usted mi hazaña... Quiero olvidarla, quiero olvidar que esta mano...

—Ha castigado usted la infamia de un malvado, y el alto principio del honor queda triunfante.

—Lo dudo mucho, señora. El orgullo de mi hazaña es una llama que me quema el corazón.

—Quiero verle — murmuró secamente la señora.

—¿A quién?

—A lord Gray

—Yo no — dije con espanto, deseando alejarme de allí.

Doña María se acercó al cuerpo y lo examinó atentamente, con gran sorpresa de los que daban auxilio al infeliz herido.

—Una venda — dijo uno.

Doña María arrojó un pañuelo sobre el cuerpo, y quitándose luego un chal negro que bajo el manto traía, hízolo jirones y lo tiró sobre la arena.

Lord Gray, abriendo los ojos, con voz débil habló así:

—¡Doña María! ¿Por qué tomaste la figura de este amigo...? Si tu hija entra en el convento, la sacaré.

La condesa de Rumblar se alejó con presteza.

Movido de un sentimiento compasivo, acerquéme a lord Gray. Aquella hermosa figura arrojada en tierra, aquel semblante descolorido y cadavérico me inspiraba profundo dolor. El herido se incorporó al verme, y alzando su mano, me dijo algunas palabras que resonaron en mi cerebro con eco que no pude nunca olvidar. ¡Extrañas palabras!

Apartéme rápidamente de allí. Entraba por la puerta de la Caleta, cuando la de Rumblar, andando a buen paso tras de mí, me detuvo.

—Lléveme usted a mi casa. Si es preciso ocultarle a usted, yo me encargo. Villavicencio quiere prenderle; pero no permito que tan buen caballero caiga en manos de la Justicia.

Ofrecile el brazo, y anduvimos despacio. Yo no decía nada.

—Caballero—prosiguió—. ¡Oh, cuánto me complace en dar a usted este nombre! La hermosa palabra rarísima vez tiene aplicación en esta corrompida sociedad.

No le contesté. Seguimos andando, y por dos o tres veces me prodigó los mismos elogios. Yo principiaba a cobrar aborrecimiento a mi estupenda caballería. La sangre de lord Gray corría en surtidor espantoso delante de mis ojos.

—Desde hoy, valeroso joven, ha adquirido usted el último grado de mi estimación, y le daré una prueba de ello.

Tampoco dije nada.

—Cuando mi hija se presentó en casa en el lastimoso estado en que usted pudo verla, invoqué a Dios pidiéndole el castigo de ese verdugo de nuestra honra. Me indignaba ver que de tantos hombres como se reunieron en casa ni uno solo comprendió los deberes que el honor impone a un caballero... Cuando vi al buen Congosto dispuesto a vengar mi ultraje, creí firmemente que Dios le había hecho ejecutor de su justicia. Dicen que don Pedro es ridículo; pero, ¡ay!, como la hidalguía, la nobleza y la elevación de sentimientos son una excepción en esta sociedad, las gentes llaman ridículo al que discrepa de su vulgaridad nauseabunda... Yo no sé por qué confiaba en el éxito del valor de Congosto... Anhelaba ser hombre y me consumía en mi profundo dolor. Yo creía que la armonía del mundo no podía existir mientras lord Gray viviera, y una curiosidad intensa devoraba mi alma... No podía dormir; al velar me hacía daño...; no se apartaba de mi pensamiento la escena que después he presenciado aquí, y cada minuto que pasaba sin saber el resultado de una contienda que juzgué sería me parecía un siglo...

—Señora doña María—dije, procurando echar fuera el gran peso que tenía

sobre mi alma—, el varonil espíritu de usted me asombra. Pero si vuelve usted a nacer y vuelve a tener hijas...

—Ya sé lo que me quiere usted decir, sí... Que las tenga más sujetas, que no les permita ni siquiera mirar a un hombre. He sido demasiado tolerante... Pero apartémonos de aquí... El ruido de esa canalla me hace daño.

—Son los patriotas, que celebran la victoria de Albuera y la lectura de la Constitución en las Cortes.

Detúvose un instante ante las barracas, y al andar de nuevo habló así lúgubremente:

—Yo he muerto, he muerto ya. El mundo acabó para mí. Lo dejo entregado a los charlatanes. Al dirigirle la última mirada, mi espíritu se recoge en sí mismo, de sí mismo se alimenta, y no necesita más... Siento haber nacido en esta infame época. Yo no soy de esta época, no... Desde esta noche mi casa se cerrará como un sepulcro... Valeroso joven, al despedirme de usted para siempre, quiero darle una prueba de mi gratitud.

Tampoco dije nada... Lord Gray continuaba delante de mí.

—Usted—prosiguió—se presenta desde este instante a mis ojos rodeado de una aureola. Ha respondido a mis ideas como responde el brazo al pensamiento.

«¡Maldita aureola! — exclamé para mí—, maldito brazo y maldito pensamiento...»

—Le premiaré a usted del modo siguiente. Ya sé que usted ama a la estudiante..., me lo ha dicho la de Leiva.

—¿Quién es la estudiante, señora?

—La estudiante es Inés, hija, como usted sabe..., dejémonos de misterios..., hija de la buena pieza de mi parienta la condesa, y de un estudiantillo llamado don Luis. He querido sacar algún partido de esa infeliz; pero no es posible. Su liviana condición la hace incapaz de toda enmienda. Vale bien poco. ¿Es cierto que la sacó usted de casa?

—Sí, señora. La saqué para llevarla al lado de su madre. Me vanaglorio de esta acción más que de la que usted acaba de presenciar.

—¿Y la ama usted?

—Sí, señora.

—Es una lástima. La estudiante es indigna de usted. Yo se la regalo. Puede usted divertirse con ella... Será como

su madre... Le han dado una educación lamentable, y criada entre gente humilísima, tuvo tiempo de aprender toda clase de malicias.

Oí tales palabras con indignación, pero callé.

—Me asombro de mi necesidad. ¡Oh! Mi hijo no puede casarse con tal chiquilla... La condesa la reclama, la llama su hija, desbarata la admirable trama de la familia para asegurar el porvenir de la niña y poner un velo al deshonor de la madre. La condesa la reclama... ¿Qué nombre llevará? Desde este momento, Inés es una desgraciada criatura espuria, a quien ningún caballero podrá ofrecer dignamente su mano.

Continué en silencio. Mi entendimiento estaba como paralizado y entumecido por el estupor.

—Sí—prosiguió—. Todo ha concluído. Pleitearé..., porque el mayorazgo me corresponde. La casa de Leiva no tiene sucesión... Supongo que usted no será capaz de dar su nombre a una... Llévesela usted, llévesela pronto. No quiero tener en casa esa deshonra... Una muchacha sin nombre..., una infeliz espuria. ¡Qué horrible espectáculo para mi pobrecita Presentación, para mi única hija!...

Doña María exhaló un suspiro en que parecía haberse desprendido de la mitad de su alma, y no dijo más por el camino. Yo tampoco hablé una palabra.

Llegamos a la casa, donde con impaciencia y zozobra esperaba don Paco a su ama. Subimos en silencio; aguardé un instante en la sala, y doña María, después de pequeña ausencia, apareció trayendo a Inés de la mano, y me dijo:

—Ahí la tiene usted... Puede usted llevársela, huir de Cádiz..., divertirse, sí, divertirse con ella. Le aseguro a usted que vale poco... Después de la declaración de su madre, yo aseguro que ni la marquesa de Leiva ni yo haremos nada por recobrarla.

—Vamos, Inés—dije yo—; huyamos de aquí, y huyamos para siempre de esta casa y de Cádiz.

—¿Van ustedes a Malta?—me preguntó doña María con una sonrisa de cuya expresión espantosa no pueden dar idea las palabras de nuestra lengua.

—¿No me deja usted—dijo Inés, llorando—entrar en el cuarto donde está encerrada Asunción para despedirme de ella?

Doña María, por única contestación, nos señaló la puerta. Salimos y bajamos. Cuando la condesa de Rumblar se apartó de nuestra vista; cuando la claridad de la lámpara que ella misma sostenía en alto dejó de iluminar su rostro, parecióme que aquella figura se había borrado de un lienzo, que había desaparecido, como desaparece la viñeta pintada en la hoja al cerrarse bruscamente el libro que la contiene.

—Huyamos, querida mía, huyamos de esta maldita casa, y de Cádiz, y de la Caleta—dije, estrechando con mi brazo la mano de Inés.

—¿Y lord Gray?

—Calla... No me preguntes nada. Apártate de mí. Mis manos están manchadas de sangre.

—Ya entiendo. La infame conducta de ese hombre ha sido castigada... ¿Ha muerto lord Gray?

—No me preguntes nada—repetí, avivando el paso—. Lord Gray... Yo tuve más suerte que él en el duelo. Mañana dirán que el honor..., pues... me pondrán por las nubes... ¡Infeliz de mí!... El desgraciado cayó bañado en sangre; acerqueme a él, y me dijo: «¿Crees que he muerto? ¡Ilusión!... Yo no muero..., yo no puedo morir..., yo soy inmortal...»

—¿De modo que no ha muerto?

—Huyamos..., no te detengas... Estoy loco. ¿Esa figura que ha pasado delante de nosotros no es la de lord Gray?

Inés, estrechándose más contra mí, añadió:

—Huyamos, sí... Quizá te persiguen... Mi madre y yo te esconderemos y huiremos contigo.

Septiembre-octubre 1874.

JUAN MARTIN EL EMPECINADO

I

ANTERIORMENTE he contado a ustedes las hazañas de los ejércitos, las luchas de los políticos, la heroica conducta del pueblo dentro de las ciudades; pero esto, con ser tanto, tan vario y no poco interesante, aunque referido por mí, no basta al conocimiento de la gran guerra.

Hablaremos ahora de las guerrillas, que son la verdadera guerra nacional; del levantamiento del pueblo en los campos; de aquellos ejércitos espontáneos, nacidos en la tierra como la hierba nativa, cuya misteriosa simiente no arrojaron las manos del hombre; voy a hablar de aquella organización militar hecha por milagroso instinto a espaldas del Estado, de aquella anarquía reglamentada que reproducía los tiempos primitivos.

Sabrán ustedes que a mitad de 1811 Napoleón, creyendo indispensable tomar a Valencia, puso esta empresa en manos del mariscal Suchet, que había ganado a Lérida en 13 de mayo de 1810, a Tortosa en 2 de enero del siguiente año, y en 26 de junio a Tarragona. Asimismo sabrán que las Cortes, dispuestas a defender la ciudad del Turia, enviaron allá al general Blake, regente a la sazón, hombre muy honrado, buen patriota, modesto, respetable, conocedor del arte de la guerra, pero de muy mala fortuna. Sabrán que las fuerzas llevadas por Blake desembarcaron mitad en Alicante, mitad en Almería, uniéndose al tercer ejército, que se vió obligado a empeñar en la venta del Baúl acción muy reñida contra las divisiones de Goldnot y Leval. Sabrán que el pobre don Ambrosio de la Cuadra y el desgraciado don José de Zayas tuvieron la desdicha de sufrir una derrota media-

nilla en el mencionado punto, retirándose a Cúllar después de dejar 1.000 prisioneros en poder de los franceses y 450 cuerpos sobre el campo de batalla. Sabrán que Blake marchó a Valencia, recogiendo en el camino cuantas tropas encontró a mano; pero lo que indudablemente no saben es que yo, aunque formaba parte de la expedición desembarcada en Alicante, ni fui a Valencia ni me encontré en la funesta jornada de la venta del Baúl.

¿Por qué, señores? Porque se enviaron 2.000 hombres a las Cabrillas a unirse a la división del segundo ejército, que mandaba el conde de Montijo, y entre aquellos 2.000 hombres encontré, no sé si por fortuna o por desgracia, mi humilde persona. La condesa y su hija, que habían desembarcado también en Alicante, y a quienes acompañé mientras me fué posible, separáronse de mí cerca de Alpera para marchar a Madrid, donde residirían, si contrariedades que la madre presentía no las echaban de la corte, en cuyo caso era su propósito establecerse en el solitario castillo de Cifuentes, propiedad de la familia.

De las Cabrillas nos llevaron a Motilla del Palancar, en tierra de Cuenca, donde nos batimos con la división francesa de D'Armagnac, y algunos nos adelantamos, por orden superior, hasta Huelte. Entonces ocurrieron lamentables disensiones entre el marqués de Zayas y el general Empecinado, saliendo al fin triunfante este último, a quien dieron las Cortes el mando de la quinta división del segundo ejército, con lo cual se evitó la desorganización de las fuerzas que operaban en aquel país. El Empecinado, que en mayo de 1808 había salido de Aranda con un ejército de dos hombres, mandaba en septiembre de 1811 tres mil.

Recuerdo muy bien el aspecto de aque-

llos miserables pueblos asolados por la guerra. Las humildes casas habían sido incendiadas primero por nuestros guerrilleros para desalojar a los franceses, y luego vueltas a incendiar por éstos para impedir que las ocuparan los españoles. Los campos, desolados, no tenían mulas que los arasen, ni labrador que les diese simiente, y guardaban para mejores tiempos la fuerza generatriz en su seno, fecundados por la sangre de dos naciones. Los graneros estaban vacíos, los establos desiertos, y las pocas reses que no habían sido devoradas por ambos ejércitos se refugiaban, flacas y tristes, en la vecina sierra. En los pueblos no ocupados por la gente armada no se veía hombre alguno que no fuese anciano o inválido, y algunas mujeres andrajosas y amarillas, estampa viva de la miseria, rasguñaban la tierra con la azada, sembrando en la superficie con esperanza de coger algunas legumbres. Los chicos, desnudos y enfermos, acudían al encuentro de la tropa pidiendo de comer.

La caza, por lo muy perseguida, era también escasísima, y hasta las abejas parecían suspender su maravillosa industria. Los zánganos asaltaban como ejército famélico las colmenas. Pueblos y villas, en otro tiempo de regular riqueza, estaban miserables, y las familias de labradores acomodados pedían limosna. En la iglesia, arruinada, o volada, o convertida en almacén, no se celebraba oficio, porque frecuentemente cura y sacristán se habían ido a la partida. Estaba suspensa la vida, trastornada la Naturaleza, olvidado Dios.

Los militares que habíamos estado en Cádiz echábamos de menos la hartura y abundancia de la improvisada corte, y experimentábamos gran molestia con aquel exiguo comer y beber del segundo ejército. Las largas marchas nos ponían enfermos, y en vano pedíamos un pedazo de pan a la infeliz comarca que atravesábamos.

Cuatro compañías, destinadas a reforzar el ejército del Empecinado, entraron en Sacedón en una hermosa tarde de otoño. Cerca de la villa vimos un árbol, de cuyas ramas pendían ahorcados y medio desnudos cinco franceses, y un poco más allá algunas mujeres se ocupaban de enterrar no sé si doce o catorce muertos. La gran inopia que padecemos no nos permitió en verdad en-

ternecernos mucho con lo fúnebre de aquel espectáculo, y atendiendo antes a comer que a llorar (por mandato de la estúpida bestia humana), nos acercamos al primer grupo de enterradoras, significándoles bruscamente que nuestras respetables personas necesitaban vivir para defender la patria.

—Vayan al diablo a que les dé raciones—nos contestó de muy mal talante una vieja—. Con dos cebollas podridas nos hemos quitado un día más de encima mis nietas y yo, ¡y nos piden ustedes que les llenemos la panza!

—Señora, tripas llevan pies, que no pies tripas, como dijo el otro; y que nos han de dar raciones no tiene duda, porque estos valientes soldados no han probado nada desde ayer.

—Sigán adelante, y en Tabladillo o Cereceda puede que encuentren algo. Lo que es en Sacedón...

—De aquí no hemós de pasar, porque no somos máquinas. Venga lo que haya al momento, o si no lo tomaremos; que eso de derrotar ejércitos franceses sin probar bocado no está escrito en mis libros.

—¡Derrotar ejércitos franceses! —exclamó la vieja con desdén—. ¿Quién? ¿Ustés? ¿Los militares de casaca azul y morrioncete? Hasta ahora no lo hemos visto.

—¿Duda de nuestro valor la señora?

—La gente de tropa no sirve para nada. Van y vienen, dan dos tiros al aire, y luego ponen un parte diciendo que han ganado una batalla... Señores oficiales, estos ojos han visto mucho mundo..., y en verdad que si no fuera por los *empecinados* y demás gente que se ha echado al campo por dar gusto al dedo meneando el gatillo...

—Bueno, dejemos a la Historia que nos juzgue—dijo con festiva gravedad mi compañero, que era algo chusco—. Entre tanto, nosotros necesitamos para nuestra gente pan, un poco de cecina, caza, legumbres y vino, si lo hay... Veamos quién manda aquí. ¿No hay alcalde, corregidor, gobernador, ministro, rey o demonio a quien dirigirnos?

—Aquí no hay nada de eso, amiguito —repuso la vieja—. Ya he dicho que sigan hacia Tabladillo o Cereceda.

—¿De modo que en este bendito pueblo no hay autoridades? Así anda ello —exclamó con enfado mi compañero.

—¡Autoridades hay, hombre! Y no griten tanto, que no soy sorda. Ahí está la señá Romualda. ¡Eh, señá Romualdita!, aquí piden pan.

Vimos una mujer fornida y varonil, la cual, echándose al hombro la azada, después de dictar las últimas órdenes para que se rematara la triste inhumación, se nos acercó y se dignó mirarnos.

—Raciones, señor alcalde; raciones para la tropa, que se muere de hambre.

—No hay nada, mi general—respondió bajando hasta el suelo el hierro de su instrumento agrícola y apoyándose majestuosamente en el cabo—. Ayer hicimos una cochura por orden de don Juan Martín. Vino por la noche el pícaro francés, señor Tarugo, y se la llevó. ¡Bonito dejaron el pueblo, bonito! Siete doncellas de menos y veinte cuerpos de más bajo la tierra... A mí me quitaron el cuero..., un cuero de vino que tenía, quiero decir, y toda la miel... Se llevaron los pendientes de todas las muchachas de la villa, y allí está casi muerta Nicasia Moranchel, a quien arrancaron media oreja con la fuerza del tirón... Cargaron hasta con la lana que había en los telares, y al tío Sotillo, que tenía un sombrero de paja traído de las Indias por su sobrino, le dejaron con la cabeza desnuda. El sombrero, con el palmito que había en el balcón de mi casa desde el domingo de Ramos, se lo dieron a comer a los caballos.

—Siempre habrá quedado algo para nosotros, señá Romualda—dijo mi compañero—, aunque sea otro sombrerito de paja.

—Ni un sacramento, señores. Me falta decirles que esta madrugada los franceses salían por un lado, y la partida de Orejitas entraba por otro. Hubo algunos tiros..., pím, pum... Los franceses mataron algunos paisanos, y los de la partida pusieron en aquel árbol el racimo que desde aquí se ve... Orejitas pidió raciones... No había... Yo me enfadé con Orejitas... Orejitas me amenazó... Yo le di dos palos a Orejitas, que al fin hizo saquear el pueblo llevándose lo poco que quedaba.

—Luego quedaba algo. Ahora también quedará... Pero vamos a cuentas. ¿Usted es la autoridad en esta insigne villa?

—Sí, mi general—contestó ella, contrariada porque se pusiese en duda la au-

tenticidad de sus atribuciones concejiles—. Yo soy el alcalde, o, mejor dicho, la alcaldesa, porque soy mujer.

—Ya nos lo figurábamos.

—Mi señor marido, que es don Antonio Sacecorbos, ha ido con don Juan Martín a la *conquista* de Calatayud. Allí están todos los hombres del pueblo.

—Pues, señora de Sacecorbos, nosotros no arrancaremos las orejas ni la doncelez a las muchachas de este pueblo; pero tomaremos todo lo que caiga bajo la jurisdicción del estómago, sin más dimes ni diretes.

Señá Romualdita gritó y vociferó; mas nada valieron las amenazas y protestas de la caterva mujeril. El pueblo fué saqueado por tercera vez en un solo día, y aún se encontró algo; aún se encontró una pequeña cochura que la alcaldesa había preparado aquella tarde para la partida de Sardina. Ignoro si cometieron los soldados algún desafuero en cosas comprendidas dentro de jurisdicción distinta de la del estómago. No lo aseguro, ni tampoco lo niego, y envolviéndome, como suele decirse, en el manto de mi irresponsabilidad, dejo a la Historia y a la señora de Sacecorbos el cuidado de averiguarlo. Pocos días después nos unimos a la partida de don Vicente Sardina, subalterno del Empecinado. He aquí cómo.

Dormíamos en Val de Rebollo, cuando nuestros centinelas avisaron la aproximación de gente armada. El recelo de que fuesen los franceses se disipó bien pronto, porque las avanzadas de la partida gritaban y cantaban a lo lejos, y la gente del pueblo, que, aún antes que nuestros escuchas, había olfateado carne española, salió ruidosamente a su encuentro. Pronto vimos desfilar por la única calle del lugar, sin formación, orden ni concierto, un pequeño ejército, compuesto de infantes y jinetes, armados los unos de trabuco, de escopeta los otros, cada cual vestido según su calidad, gusto o hacienda, casi todos con un pañizuelo puesto en la cabeza por único tocado, el ceñidor en la cintura, la manta puesta al hombro y la alpargata en el infatigable pie. Veíanse, sin embargo, en algunas cabezas sombreros, chacós, cascos de franceses y algún descolorido y rancio uniforme español en el cuerpo de otros:

Iban llegando y se acomodaban en las casas, escogiendo cada cual la que mejor le parecía, sin ceremonia ni cumplidos, y fraternizando al punto con la tropa, aunque sin dejar de mostrarnos cierto desdén, como si fuéramos unos desdichados incapaces de intentar la conquista de Calatayud. Los habitantes de Val de Rebollo ofrecían a unos y otros la poca hacienda que les quedaba, y en un instante las llamas de los hogares, lamiendo las repletas panzas de ollas y peroles, iluminaron las habitaciones, despidiendo por puertas y ventanas tanta claridad que el lugar, alegrado al mismo tiempo por las voces, gritos y cantorios, parecía celebrar una fiesta.

El jefe de la partida, don Vicente Sardina, se alojó en la misma casa donde yo estaba. Era un hombre enteramente contrario a la idea que hacía formar de él su apellido; es decir, voluminoso, no menos pesado que un toro, bien parecido, con algo de expresión episcopal o canónjil en su mofletado semblante. muy risueño, charlatán, bromista y franco hasta lo sumo. Cuando mis compañeros y yo nos presentamos a él diciéndole que mandábamos la fuerza destinada por O'Donnell a engrosar las filas del Empecinado, nos miró con aquella expresión de generosidad propia del hombre dispuesto a proteger al prójimo desvalido, y nos dijo:

—Bueno, veremos cómo se portan ustedes... Creo que aprenderán el oficio en poco tiempo... Parecen buenos muchachos, pero tiernecitos, tiernecitos todavía. ¡Ea!, fuera miedo; ya se irán haciendo al fuego y se les quitará esa cortedad.

—Mi coronel—repuse—, no somos nuevos en la guerra, pues de nosotros el que más y el que menos ya ha despachado catorce batallas, diez sitios y más de cincuenta encuentros menores.

—¿Batallitas, eh?—dijo, riendo con pueril candidez—. Y mandadas por generales de entorchado... Me parece que las veo... Mucha escritura, parte acá, parte allá, oficios en papel amarillo con sello y mucho de: «Excelentísimo señor, participo a vucencia que habiéndose presentado el enemigo...» Farsa, pura farsa. En fin, señores, ustedes aprenderán a hacer la guerra, porque no les falta entendimiento ni voluntad... Aho-

ra ayúdenme a despachar esta pierna de carnero y lo que contiene este bendito zaque.

II

Sin que nos lo rogara dos veces, nos apresuramos a participar de la cena. Olvidaba decir que a la derecha de Sardina estaba, animado también de propósitos hostiles contra la pierna de carnero, el segundo jefe de la partida, un hombre altísimo, descarnado y morenete, con barba entrecana, pelo corto, ojos fieros, cejas pobladísimas y unas manos tan largas como velludas, que velozmente pasaban del plato a la boca. Era mosén Antón Trijueque, cura aragonés, que había tomado las armas desde el principio de la guerra y servía en las filas de Sardina no como capellán, sino como... jefe de la caballería.

—A fe, mosén Antón—dijo Sardina empujando el vaso—, que no creí pasar esta noche más allá de Almadrones. ¿Cree usted que encontraremos el destacamento de Gui siguiendo la vuelta de Brihuega?

—Me parece que no se nos escapan mañana—repuso el cura, dando muestras de excelente apetito.

—Los espías del francés habrán ido contando que caminábamos hacia Torremocha del Campo. Por la sotana que visto, señor don Antonio, que hemos de hacer una buena presa. Mi ayudante, el sargento Santurrias, se nos unió, como usted sabe, en Mirabueno. Venía de espiar la dirección del enemigo. No hay otro Santurrias bajo el sol, señor Sardina, y con su traje de pastor y su aspecto y habla de idiota es capaz de engañar a media Francia, cuanto más al general Gui.

—¿Y qué dice Santurrias?

—Que parte de la tropa francesa que desde Daroca bajó al auxilio de Calatayud, en la gran embestida que le dimos hace tres días, se ha corrido por Cogolludo, y como en su cobardía se les figura sentir el resoplido del caballo de don Juan Martín, van tan aprisa que mañana han de llegar a Brihuega.

—¿Y cómo se sabe que van a Brihuega?

—¿Cómo se ha de saber? Sabiéndolo—exclamó con energía mosén Antón, que además de jefe de la caballería era

el mayor general de la partida y el gran estratégico y el verdadero cerebro de don Vicente Sardina—. Esas cosas no se saben, se adivinan. Pasaron ayer por Cogolludo, ¿sí o no? Se los vió desviarse del camino real y tomar las alturas de Hita, ¿sí o no?

—Sí; tal era, en efecto, su camino...

—dijo Sardina con modestia, reconociendo el genio de mosén Antón.

—Ahora, si no nos hemos de mover hasta que el enemigo no nos mande aviso de dónde está...—dijo el cura, reanudando las interrumpidas relaciones con un sabroso hueso.

—Pues adelante—afirmó Sardina con decisión—. Vamos a Brihuega. Los cogemos desprevenidos y ni uno solo volverá a Madrid. Ahora que tenemos el refuerzo de cuatro compañías de tropa.

Mosén Antón miró a mi compañero y a mí con menos desdén que antes lo hiciera el jefe.

—Cuatro compañías...—dijo, observándonos de hito en hito—. Veremos qué tal se portan estos señores, que aún no se han batido.

Nuevamente tuvimos que exponer mi compañero y yo los distintos encuentros en que habíamos tenido el honor de hallarnos; pero Trijueque, refiriéndonos en pocas palabras sus proezas, desde el primer sitio de Zaragoza hasta la acción del Tremedal, nos cerró la boca y abatió nuestro orgullo.

—Aquí—nos dijo al concluir su poema heroico—espera a ustedes una vida distinta. Aquí no hay descanso; aquí se come lo que se encuentra, y se desca-beza un sueño con el dedo puesto en el gatillo, dormido un ojo, despierto y vigilante el otro. Además, el que no tenga buenas piernas que se marche a su casa, porque aquí no se corre, se vuela.

Mientras el jefe del Estado Mayor General decía esto, don Vicente Sardina estiraba los brazos y echaba la cabeza hacia atrás, no con intento de remedar a Jesucristo en la cruz, sino por lo que llaman desperezarse, lo cual, advertido por el fiero clerizonte, inspiró a éste las siguientes palabras, que en ejércitos de otra clase no hubieran sido dirigidas a un jefe por un subalterno:

—Señor don Vicente, ¿hay pereza? Bien. Iré yo solo en busca de Gui con la gente y las cuatro compañías. Somos cuatrocientos hombres y trescientos sol-

dados. Adelante. Cogemos al general Gui y se lo presentaremos a Juan Martín.

—Amigo Antón—dijo el general riendo—, no puede uno ni abrir la boca para un condenado bostezo delante de usted... Y gracias que me ha dejado poner un puntal al estómago... ¡Maldito cura! Pero ¿olvida usted que va para tres noches que no hemos dormido? Vamos, que digan las señoras si hay cuerpo que resista a tan larga velada, aunque sea el cuerpo de don Vicente Sardina el de Valdeaveruelo...

Mosén Antón miró al jefe de la partida con expresión de lástima, y luego, arqueando las cejas, más negras que ala de cuervo, alargando el hocico y cerrando el puño, se expresó de esta manera:

—¡Dormir, dormir cuando los franceses han quemado nuestras casas y asesinado a nuestros padres y deshonorado a nuestras mujeres... Sí, señor, a nuestras mujeres!...

Sardina reía y nosotros también; pero Trijueque, imponiéndonos silencio con su habitual imperioso gesto, prosiguió así:

—Me gustan estos señoríticos que no piensan más que en dormir. ¿Por qué el señor Sardina no lleva consigo en campaña un colchón de pluma o canapé de rasos y holandas para echar la siesta? Buenos soldados tiene la patria, buenos, si... Como que se tumban cuando el enemigo, ocultándose en las sombras de la noche, intenta sorprendernos. Es preciso que los curas echen la llave a la parroquia, se la guarden en el bolsillo, y cogiendo una escopeta, un sable y dos pistolas, corran al campo a enseñar a los patriotas su deber. Aquí estoy yo que no duermo, no, señor don Vicente, no duermo—al decir esto, los ojos negros, que despedían pasajeros reflejos como una noche de tempestad, parecían querer salirse de las sanguinolentas órbitas—, porque no puedo dormir, aunque quisiera...; porque si cierro los párpados, dentro de ellos llevo al general Gui, y al general Hugo, y al general Bellard con sus manadas de gabachos. Cuando de tarde en tarde me arrojo en el suelo, procurando dar descanso a mi cuerpo, los caminos, las veredas, las trochas, los atajos, los montes, los cerros, los ríos y los arroyos se me meten en la cabeza, y todo se me vuelve pensar si iremos por allí, si pasaremos por allá, si los encon-

traremos por acullá... Aquí está un hombre que no tiene más descanso que inclinar la cabeza sobre el pecho y amorrarse un poco con el paso del caballo, que es más suave que una litera llevada por unos buenos jayanes... ¡Dormir! ¡Por las benditas ánimas del Purgatorio! ¡Voto a Barrabás! ¡Reviento en Judas! Juro que desde el tres de junio de mil ochocientos ocho no sé lo que es una sábana. Estoy despierto, estoy velando por la patria y temo que la dejen perecer los que duermen.

Trijueque dió un resoplido, no menos fuerte que el de un mulo, y se levantó. ¡Dios mio, qué hombre tan alto! Era un gigante, un coloso, la bestia heroica de la guerra, de fuerte espíritu y fortísimo cuerpo, de musculatura ciclópea, de energía salvaje, de brutal entereza, un pedazo de barro humano, con el cual Dios podía haber hecho el físico de cuatro almas delicadas: era el genio de la guerra en su forma abrupta y primitiva, una montaña animada, el hombre que esgrimió el canto rodado o el hacha de piedra en la época de los primeros odios de la Historia; era la batalla personificada, la más exacta expresión humana del golpe brutal que hiende, abolla, rompe, pulveriza y destroza.

Para que fuera más singular y extraño aquel guerrillero, cuya facha no podía mirarse sin espanto, vestía la sotana que llevaba cuando echó las llaves de la parroquia el 3 de junio de 1808, y de un grueso cinto de cuero sin curtir pendían dos pistolas y el largo sable. Abierta la sotana desde la cintura, dejaba ver sus fornidas piernas, cubiertas de un calzón de ante en muy mal uso, y los pies, calzados con botas monumentales, de cuyo estado no podía formarse idea mientras no desapareciesen las sucesivas capas de fango terciario y cuaternario que en ellas habían depositado el tiempo y el país. Su sombrero era la gorra peluda y estrecha que usan los paletos de tierra de Madrid, el cual se encajaba sobre el cráneo, adaptado a un pañuelo de color, imposible de definir, y que le daba varias vueltas de sien a sien.

Después que estiró brazos y piernas, dió dos puñetazos en la mesa y dijo con voz temerosa:

—El que quiera dormir, que duerma. Yo me voy en busca del general Gui. ¡Mal cuerno!

Don Vicente Sardina, risueño primero, mas luego atemorizado ante la ruidosa energía de su segundo, quiso contemporar con él, y dijo:

—Bueno, mosén Antón. Celebraremos consejo de guerra. Señores oficiales, ¿qué opinan ustedes?

Sin vacilar, dijimos mi compañero y yo que convenía seguir el dictamen de mosén Antón.

—Pues yo—dijo Sardina, bostezando de nuevo y haciendo la señal de la cruz sobre la boca—creo que si marchamos esta noche no encontraremos ni sombra de franceses. ¿Cómo es posible, señores, que la división de Gui se corriera por el lado allá del Henares?... Vamos, que ni mosén Antón, con todo su talento militar, tan grande como el de Epaminondas, me lo hará creer.

—Señor don Vicente—dijo el clérigo, asiendo la solapa del uniforme de Sardina—, yo me voy con los que me quieran seguir.

—Poco a poco, despacito. Sepamos en qué se funda el señor pastor Curiambro para creer...

—Que vengan los espías.

El jefe, con voz de trueno, gritó:

—¡Viriato, maldito Viriato!... ¿Dónde se ha metido ese condenado?

Sorprendiome el nombre de la persona llamada, que era el ayudante de don Vicente Sardina.

El amo de la casa apareció riendo, y dijo nuestro jefe:

—El señor Viriato está cortejando a las mozas del pueblo.

—Ya le ajustaré las cuentas a mi ayudante—dijo don Vicente—por no estar aquí cuando le llamo. Hágame usted el favor, tío Bartolomé, de llamar al señor Santurrias, que creo está en la caballeriza.

Apareció al poco rato, soñoliento y malhumorado, el famoso personaje a quien la Historia conoce con el nombre de Santurrias, y al punto reconocí su abominable efígie. Era el mismísimo acólito de don Celestino de Malvar: el mismo rostro, que no indicaba ni juventud ni vejez; la misma boca, cuyo despliegue no puedo comparar sino a la abertura de una gorra de cuartel cuando no está en la cabeza; la misma doble fila de dientes; la misma expresión de desvergüenza y descaro.

—A ver, señor don Gorito Santurrias,

¿qué tienes que decirme de tu espionaje? ¿Qué lugares has recorrido y qué has visto?

—Mi general—dijo Santurrias, respetuosamente—, anteayer, al filo de mediodía, entré en Robledarcas pidiendo limosna. Llevaba la pierna pintada al modo de llaga y un niño de pechos en brazos. El niño era el que recogimos en Honrubia cuando los franceses pegaron fuego al lugar, matando a todos sus habitantes.

—Bien; ¿y dónde viste al enemigo?

—El chiquillo lloraba, y yo lloraba también, pidiendo limosna a los franceses que venían de Atienza.

—¿Venían de Atienza?

—Sí, señor.

Trijueque hacía gestos afirmativos y de aprobación, sin quitar los ojos del sacristán, mendigo y guerrillero.

—Venían con mal modo—continuó éste—, y me parece que rabiaban de hambre. Un oficial me dió un pedazo de pan... Yo pedía para el pobrecito niño de pecho, que dije era mi nieto; pasó el general con algunos húsares y al fin un sargento que me miró mucho como queriendo conocerme... Mi general, para no cansar, ello es que me dieron veinte palos y me amenazaron con fusilarme... ¡Qué palos! Las llagas fingidas se trocaron, por mi desgracia, en verdaderas, y ahora estaban descansando mis lomos en la cuadra.

—Vamos a lo principal: ¿qué dirección tomaron los franceses?

—No tenía yo ganas de quedarme en su compañía después de las misas, quiero decir, de los palos, y cogiendo al chiquillo, me vine por la vuelta de Jadraque buscando a mi gente... Allí me junté con la señá Damiana Fernández, la cual me dijo que los franceses habían ido a Cogolludo.

—Que venga la señá Damiana Fernández—dijo el jefe—. ¿En dónde está?

—¿Dónde ha de estar?—replicó Santurrias—. Con el señó Cid Campeador. Ambos son uña y carne, y van montados siempre en un mismo caballo.

—Que le traigan—gritó el general—. Pero ¿dónde demonios está mi ayudante? ¡Viriato, Viriatillo, de todos los demonios!

No tardó en aparecer la señá Damiana, que era una mujer joven, delgada y de buena estatura; algo varonil, de co-

lor malo, ojos muy negros y un conjunto de facciones, si no hermoso, regularmente simpático y agradable. Vestía de la cintura arriba arreos militares, llevando pistolas y mochilas, y en la cabeza un morrioncete ladeado, cuyas carrilleras de cobre sucio se juntaban en el pico de la barba con no poco donaire. El resto de su persona lo cubría a lo mujeril, y una halda negra, sobre refajo amarillo, apenas dejaba ver las botas de cuero crudo, con espuela tan sólo en la izquierda.

—¿Qué quiere saber mi general?—preguntó con marcial despejo.

—¿Estás segura de que los franceses entraron en Cógolludo?

—Mi general, yo fui a Montañón a llevar a mi madre los tres duros y medio que me dieron en Tor del Rábano. Dejé este vestido en Villanueva de Argecilla, y poniéndome el de labranza, cogí a mis dos hermanitos, los monté en la burra y... ¡arre!, a Miralrío...; de Miralrío, ¡arre!, a Carrascosa...; de Carrascosa, ¡arre!, a Montañón... Mi madre se había muerto. Di los tres duros y medio a mi abuela y estuve llorando dos horas... Después, al volver para unirme a la gente, pasé muy cerca de Fuencemillán y vi a los franceses dentro de Cogolludo, que está a un cuarto de hora de andadura...!, ¡arre!, apreté a correr...; ¡arre!, volví a Carrascosa, y llegué por la mañana a Villanueva, donde, dejando los chicos, la burra y el miedo, y poniéndome el uniforme, me junté a la partida.

—Está bien, señora Damiana—dijo el general—. Retírese usted, y si por casualidad encuentra al tuno de mi ayudante, puede darle dos sopapos y mándarmelo acá.

—Está jugando al naipe con el señó don Pelayo—contestó la guerrillera.

Por tercera vez habíamos oído designar con nombres de antiguos héroes españoles a individuos de la partida, y cada vez sentíamos mi compañero y yo más vivos deseos de conocer al señó Viriato, al señor Cid Campeador y al señor don Pelayo.

—¡Jugando al naipe!—exclamó Sardiña—. Han de llevar el maldito vicio a todas partes... En resumen, querido mosén Antón, sabemos con certeza (porque esta gente dice la verdad) que los franceses han entrado en Cogollu-

do. ¿En qué podemos fundarnos para creer que pasen el Henares y se refugien en Brihuega? Deben de estar cansados. Por aquí no encontrarán qué comer, y lo más natural es que pasen a tierra de Madrid por El Casar de Talamanca.

—Los franceses pasarán el Henares —dijo mosén Antón, llevando el dedo índice a la frente con tanta fuerza como si la quisiera agujerear.

—Usted adivina, sin duda.

—Sí..., lo adivino, lo preveo...; no sé en qué me fundo...—replicó el cura con cierta expresión de hombre iluminado—; lo tengo aquí entre ceja y ceja..., señor don Vicente: ¿me he equivocado alguna vez? Cuando he dicho: «Están en tal parte», ¿hemos dejado de encontrarlos?... Sepa usted que los franceses van aprendiendo de nosotros esta difícil guerra de partidas. Tantas veces los hemos sorprendido, que también ellos discurren el modo de sorprendernos...

—Lo sé, lo sé.

—Pues bien... Los franceses saben que andamos por aquí, señor don Vicente; los franceses que escaparon de Cújosa el martes, cuando sorprendimos el destacamento, debieron de decir a Gui que nos habíamos corrido por los cerros de Algora... Gui se está *empeñando*... Gui quiere ser guerrillero... Gui quiere sorprendernos, y si descansamos, si nos dormimos, Gui nos sorprenderá... Usted dice que el francés va hacia Madrid en busca de descanso y raciones, y yo digo que viene hacia acá en busca de gloria y de costillas que quebrantar... No me pregunte usted en qué me fundo. El mismo mosén Antón que está hablando no lo sabe...; pero mosén Antón no se equivoca nunca; mosén Antón adivina; mosén Antón tiene un diablillo que viene a decirle al oído dónde están los franceses.

Oyendo esto, don Vicente Sardina, que conocía la singular previsión estratégica de su jefe de Estado Mayor General, sacudió de súbito la pereza, y, dando una fuerte palmada y levantándose, dijo:

—¡Voto al demonio, que tiene razón el curita!... Eso mismo debí pensar yo...; pero no lo pensé... Es que soy un bruto, y luego el maldito sueño...

—¡En marcha!—gritó mosén Antón, no con palabras, sino con aullidos; no

con entusiasmo, sino con una exaltación salvaje.

—¡En marcha!—repitió el jefe.

—¡En marcha!—gritamos mi compañero y yo, sintiendo que nos identificábamos poco a poco con el silvestre militarismo de aquella gente.

La partida, a la cual desde aquella noche pertenecíamos los de tropa, se puso en movimiento. Apagóse el fuego de los hogares; sacudieron el sueño los que se entregaban a él dulcemente; deshiciéronse las honestas intimidades y las tertulias que en distintas casas se habían formado entre soldados y vecinos de ambos sexos; cada cual recogió lo que pudo de condumio sólido o líquido, y unos a caballo y otros a pie, salieron del pueblo. Aquel ejército marchaba en desorden. Mosén Antón y don Vicente Sardina, que iban a la cabeza, detuviéronse en el camino junto a las últimas casas del pueblo, y entonces el primero dirigió la vista a los cuatro puntos del horizonte; recapacitó un buen espacio de tiempo, llevándose el dedo índice a la frente, y después volvió a dirigir el rostro a distintas partes del oscuro paisaje, no como quien mira, sino como quien olfatea.

III

El jefe le miraba con asombro no exento de malicia, como diciendo:

—¿Por dónde nos querrá llevar este condenado?

—Hay que pensar qué dirección tomaremos, señor Sardina—dijo el jefe de Estado Mayor y de la caballería—. Las veredas son nuestra ciencia militar.

—Creo que no hay lugar a duda—replicó Sardina—. El sendero de Yela está diciéndonos: «Corred por aquí.»

—No hemos de ir por ahí, sino por aquí—dijo Trijueque, imperiosamente, señalando un cerro bastante elevado que a nuestra derecha teníamos—. Por aquí, por aquí.

—Hombre de Dios..., ¿pero vamos a conquistar el cielo?—exclamó con displidencia Sardina—. ¿Adónde demonio vamos en esta dirección?

—Por aquí—repitió el cura, señalando a la tropa el cerro—. Yo sé lo que me digo.

—¿En qué se funda usted para creer...?

—Me fundo en lo que me fundo—replicó, con impaciencia, el atroz cura guerrillero—. Y no hay más que hablar. Cuando yo lo mando, sabido tengo por qué. Y aprisita, aprisita, muchachos...; hacer poco ruido.

Empezamos a echarnos a pecho la cuestecilla, que era más que regular para los que marchábamos a pie. En los primeros momentos de la marcha satisface mi curiosidad de conocer a los misteriosos personajes a quienes oí nombrar por los apodos, pues apodos eran, de *Viriato*, *Cid Campeador* y *Don Pelayo*, porque los tres iban juntos a mí, y al punto me brindaron, lo mismo que a mi compañero, con una franca amistad. No eran barbudos personajes de teatro, ni fantasmas de héroes históricos evocados por la noche y la poesía, sino tres estudiantillos de Alcalá, que, desde el comienzo de la guerra, se habían afiliado en la partida. Conservaban el traje clerical de las aulas, con el sombrero típico, amén de la falta de cuero para el pedreñal y un sable corvo ganado entre los despojos de cualquier acción desfavorable a los franceses. Eran muy jóvenes y uno de ellos casi tierno niño; los tres, alegres, animosos, entusiasmados con aquella vida, que para gente de otra casta será penosa, pero que para españoles ha sido, es y será siempre placentera.

—Yo, señor oficial—me dijo el que llamaban Viriato—, estudiaba en la Complutense cuando declaramos la guerra a Napoleón. Soy hijo de unos labradores del Campillo de las Ranas, y vivía en Alcalá, unos días de limosna, otros de la sopa boba y otros de lo que mis compañeros me quisieran dar... En los veranos era el primer corredor de tuna que se ha conocido desde que el gran Cisneros fundó la Universidad... De este modo, y aunque no lo parezca, adelantaba mucho en mis estudios, siendo *nemine discrepante* en Humanidades e *Instituta*; pero llegó la guerra, y al oír yo el *quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum*; al oír tal ruido de trompetas, tal redoble de tambores, tal relinchar de guerreros caballos, me sentí inflamado en bélico ardor. Cuando apareció la primera partida, creía volverme loco de entusiasmo; púseme yo mismo el nombre de Viriato, en memoria del más grande y el más célebre guerrillero que hemos tenido, y soldado me soy.

Esta es la mejor vida del mundo. Tengo el grado de alférez; y como esto dure, pienso no parar hasta brigadier, renunciando para siempre a los pícaros estudios, que no traen más que trabajo en la juventud y hambre en la vejez.

—Brava gente es ésta—exclamé—. Pensar que con semejantes hombre nos han de quitar a nuestro rey Fernando es majadería.

—No satisfecho aún—continuó Viriato—con el nombre que me puse (el mío verdadero es Aniceto Tortuera), expedí carta de heroísmo a estos venerables amigos míos, y a ese más pequeño, que apenas levanta cuatro tercias del suelo, por ser más bravo que un toro, le puse Cid Campeador. Ahí donde usted lo ve, tan callado y modesto, hijo es del señor marqués de Aleas, uno de los señores más ricos de esta tierra; mas con tener tanta hacienda, prefiere el niño esta áspera vida a los regalos de su casa, y no se aparta de mí, su amigo y paje en Alcalá. Bien hizo el señor marqués en encomendarlo a mi cuidado y dirección durante la paz, porque pienso devolverse en disposición de conquistar a Valencia como el otro Cid.

—Mi señor padre—dijo el Cid Campeador con voz y gestos infantiles—me ha llamado varias veces, enviándome veinte propios para que me lleven a casa; pero ya le he dicho que estoy aquí defendiendo la patria y que en diez años no me hablen de casa, ni de mamá, ni de golosinas... A fé que es triste cosa dejar esto, cuando uno va para alférez y cuando el mejor día le pueden caer del cielo las insignias de coronel. Militar pienso ser toda la vida, que no estudiante, ni legista, ni físico, ni retórico, ni matemático.

—De todo ha de haber en el mundo—dijo, enfáticamente, Viriato—; y si no, ahí está mi amigo el príncipe de sangre goda don Pelayo, que es legista de la partida. Púsele el nombre de Pelayo por lo venerable y augusto de su persona; ¡Vean ustedes qué majestad en sus movimientos, qué mirar regio!

Le miramos, y en efecto, su fisonomía era la del pillete más redomado y pulido que han dado de sí claustros universitarios, porterías de convento, mesones y posadas de estudiantes *more tunasca*.

—Es hijo de uno de los bedeles de la

Universidad—añadió Viriato—, y en fuerza de tratar con estudiantes, sabe más leyes que Gregorio Sala, que el gran Madera y el célebre Montalvo reunidos. Buscaba posada a los estudiantes nuevos; acompañaba en sus diversiones a los antiguos, y compraba libros viejos para cambiarlos por sotanas y zapatos. Es grande amigo nuestro, y cuando llegamos a un lugar donde parece que no hay nada, él siempre encuentra algo. Señores oficiales, ustedes tendrán muchísimos buenos amigos en la partida, la cual, con todos sus trabajos y fatigas, vale más, mucho más que las siete famosas de don Alfonso el Sabio, por lo cual nosotros resolvimos trocar las siete por una sola.

Seguimos departiendo alegremente, y cuando atravesábamos un áspero monte sentí dentro de las mismas filas, no un estruendo de combate, no un grito de guerra, no un redoble de tambor ni son bélico de cornetas, sino unos lastimeros lamentos de criatura de pecho, que, con toda la fuerza de sus débiles pulmoncitos, pedía lo que no suelen dar los ejércitos, sino las amas de cría. Tan inusitados chillidos, que yo no había oído en ninguna de mis campañas, despertaron el motivo de llevar en la partida tan extraño apéndice.

No tardaron en divisar al señor Santurrias, que, llevando en brazos una criatura como de dos años, mal agasajada en un medio refajo amarillo, procuraba, condolido de su incapacidad para desempeñar las funciones maternas, acallarla con exhortaciones, promesas y silogismos que habrían convencido a un doctor de la Iglesia, mas no a un infeliz huérfano hambriento.

—Este muchacho—me dijo Viriato—lo encontramos en un caserío donde entramos una mañana, hace dos meses. Los franceses, después de quemar el lugar, habían matado allí mucha gente: sólo quedó vivo ese caballero que da tales berridos. El señor Santurrias le cogió y le lleva en brazos cuando va al espionaje, fingiéndose mendigo. Nosotros le damos sopas de leche y migas de pan; pero él no quiere sino teta y más teta, porque, a pesar de tener dos años, no le habían despechado todavía. Cuando llegamos a un pueblo donde hay alguna mujer criando, se da buenos hartazgos, y así va viviendo el infeliz. Pa-

samos el rato con sus monadas y gracias infantiles, y procuramos despecharle, no sin trabajo ni malos ratos. Será un buen soldado, ¿qué digo, buen soldado?, será general; sí, señores, general. Le llamaremos el *Empecinadillo*.

—Pero condenado, tragón—decía Santurrias al pobrecito personaje que llevaba en brazos—, ¿no estuviste dos horas en Val de Rebollo, chupando de la seña Gumersinda?... Pues si ella decía que le sacabas los tuétanos... Callas, o te estrello.

—Déme acá, déme acá ese Hellogáballo, señor Santurrias—dijo Viriato, alargando los brazos para recoger la carga—. Ven acá, tragaldabas: no hay teta... Comerá usted rancho si lo hay, y beberá un cuartillo de vino... Un general pidiendo teta... Calla, hombre, no toques diana, que nos vuelves sordos... Arro, roooo... Ahora llegaremos a un pueblo; sorprenderemos a los franceses, matando unos cuantos, y por fuerza habrá allí otra señora Gumersinda que te dé una mamada... Vamos..., es preciso ir dejando esas mañas... Los hombres no maman... Es preciso comer. ¿Para qué quieres esos dentazos?

Después, Viriato, arrullando al niño en sus brazos, le adormeció con cantares de cuna, y el guerrillero de dos años, metiéndose ambos puños en la boca para acallar su violento apetito, se durmió. La seña Damiana Fernández vino a pedirnos municiones.

—Seña Damiana—le dijo Viriato—, cargue usted este mostrenco, que antes debe ir en sus brazos que en los míos.

—Una doncella no carga chiquillos—repuso con desdén la guerrillera—; que si entro con él en un pueblo, si a mano viene creará la gente que es mío. Hay que guardar la honra, señor Viriato.

—¿Qué honra? ¡Ay, honradillo está el tiempo! Mal cosida has dejado la sotana del Cid Campeador. Damiana, por Dios, carga un rato este becerro.

—Cuando los eche al mundo los cargaré... Cartuchos, señores; un cartucho, por amor de Dios.

—¿El Cid no te los da, pimpolla? Pícaro Cid Campeador..., si le cojo...

Estas conversaciones y otras igualmente festivas siguieron adelante; pero no pude gozar de ellas, porque me adelanté llamado por mosén Antón. El cura iba caballero en un gran jamelgo, que pa-

recía, por su gran alzada, hecho de encargo, para que sobre la muchedumbre ecuestre y pedestre se destacase de un modo imponente la tosca y tremebunda estampa del jefe de Estado Mayor. Caballo y jinete se asemejaban en lo deforme y anguloso, y ambos parece que se identificaban el uno con el otro, formando una especie de monstruo apocalíptico. Los brazos larguísimo y negros de mosén Antón dictando órdenes desde la altura de sus hombros; las piernas, ciñendo la estropeada silla, que echaba fuera el relleno por informes agujeros; la sotana, partida en dos luengos falzones que agitaba el viento y que en la penumbra de la noche parecían otros dos brazos u otras dos piernas añadidas a las extremidades reales del caballero; el escueto cuello del corcel, ribeteado por desiguales crines, que le daban el aspecto de una sierra; su cabeza negra y descomunal, que, moviéndose a compás de las patas, parecía un martillo hiriendo en visible yunque; el son metálico de las herraduras medio caídas, que iban chasqueando como piezas próximas a desprenderse; todo esto, que no se parecía a cosa ninguna vista por mí, se ha quedado hasta hoy fijamente grabado en mi memoria.

IV

—A estos barbillndos que ha traído usted—me dijo mosén Antón, mirando hacia abajo, como quien está en lo alto de una torre—, ¿se les puede confiar una comisión delicada?

—Sí, mi coronel—respondí—. Ya saben lo que hacen.

—Una comisión delicada—repitió—: por ejemplo, tapar la salida de un pueblo poniéndose como muralla de carne desde una casa a otra.

—Haremos todo lo que se nos mande, pues para eso hemos venido.

Mientras esto hablábamos miré al jefe de la partida, el cual, con las manos cruzadas sobre la barriga, aflojaba las riendas del caballo y dejándolo marchar pausadamente, se había sumergido en beatífico sueño. Despierto, vigilante, inquieto como un sabueso que adivina la presa, mosén Antón escudriñaba con sus ojos de buitre el estrecho horizonte del

valle por donde caminábamos y las cercanas colinas.

Habíamos comenzado a descender, y a nuestra izquierda el cielo empezaba a teñirse de rosa y oro pálido, anunciando el cercano día. Las crestas de los cerros irregulares, cuyas siluetas semejaban, cuál un perro dormido, cuál un pellejo de vino, principiaban a aclararse, dejando ver desparramados caseríos, manchas de carrascales, olmedos y grupos de colmenas.

—Quiero saber otra cosa—me dijo mosén Antón, inclinándose de nuevo sobre mí como un picacho próximo a desprenderse—. En caso de entrar en combate las tropas regulares que mandan usted y su amigo, ¿deben batirse por separado, o mezcladas con mi gente?

—Creo que de una manera u otra lo harán bien. Mezclándolas, se evitan las envidias y la rivalidad que siempre existe entre la tropa de ejército y la voluntaria.

La cara de mosén Antón se contrajo de un modo especial, indicando disgusto.

—Ya, ya comprendo lo que mi coronel desea—dije con viveza, y era verdad que lo comprendía—. Lo que mi coronel quiere es precisamente que exista esa rivalidad y emulación. Ahora caigo en que lo mejor es hacerles pelear por separado para que unos se estimulen con el ejemplo de los otros, si hay diferencia en el modo de combatir.

—Muy bien, señor oficial—repuso con satisfacción—. Veo que usted tiene todo el saber militar en la punta de la uña.

Llegamos a lo hondo de un estrecho barranco y la partida hizo alto. Mosén Antón dispuso que se guardase el mayor silencio, y don Vicente Sardina despertó, exclamando:

—¿Qué hay? ¿Hemos dado con los franceses? ¡A ellos! ¡Que se escapan!... ¡Viva Fernando Séptimo, muera Napoleón!

—Despáblese usted, hombre—dijo entre veras y burlas el cura—. Aquí no se ven franceses más que en sueños.

—¿Acaso yo dormía...?

—No, velaba.

—Eso es un insulto, mosén Antón... ¡Sostener que el jefe de la partida dormía, cuando...! Si se me cerraron los ojos fué porque estaba recapacitando sobre la bobería y descuido de esos tontos de franceses que se dejan sorprender...

—Silencio—dijo el jefe de Estado Mayor bajándose del caballo—, voy a hacer un reconocimiento.

—Sí—indicó con burlona malignidad Sardina—. Puede que detrás de aquella peña esté el general Gui con veinte mil hombres... Pero, si no me engaño, tras aquel muro arruinado se ve el sombrero de Napoleón. Gran presa hemos hecho... Lo menos caen hoy en nuestras manos cincuenta mil gabachos.

—Descabece usted otro sueño—dijo Trijueque.

—Pero ¿dónde estamos? Por fuerza este endiablado cura nos ha traído a Madrid. ¿Apostamos a que quiere sorprender al rey José en su misma corte y cogerle prisionero? ¿Aquel mojón no es la puerta de Atocha?... Pero ¡quia! Si es una colmena... Querido mosén, hablemos ahora con franqueza: ¿no hubiera sido más cuerdo quedarnos sosegadamente en aquel cómodo lugar del Val de Rebollo? A esta hora ni a usted ni a mí nos hubiera faltado un buen tazón de chocolate.

Mosén Antón no contestaba a las bur-las de su jefe, y haciéndonos señas de que le siguiéramos, a mí, al señor Viriato y a otro guerrillero llamado Narices, hombre pequeño, flaco y resbaladizo como una culebra, llevónos por una vereda adelante y por entre espesos carrascales, cuyas ramas apartábamos a un lado y otro para poder pasar.

—No hacer ruido—nos decía a cada momento—. Si el enemigo está donde sospechó, tendrá por aquí sus escuchas.

Mosén Antón apartaba, tronchándolas, ramas corpulentas que impedían el paso. El jabalí perseguido no se abre camino en la trocha con mejor arte. A ratos se agachaba, atendiendo con viva ansiedad; pintábase en su rostro, tan feo como expresivo, una dolorosa duda; volvía a emprender el paso; por último, llegamos a lo más alto del cerro y a un punto desde donde se veía otra hondonada como aquella en que acababa de hacer alto la partida. En la meseta donde nos hallábamos, el monte tenía una extensa calva, no reapareciendo la vegetación sino en lo más bajo del declive.

Mosén Antón se echó de barriga en el suelo. Parecía una inmensa cigarra negra en el momento en que, contrayendo las angulosas zancas y plegando las alas, se dispone a dar el salto. Nos

colocamos a su lado en análoga posición, y entonces nos habló así:

—¿Ven ustedes abajo el pueblo?

En efecto: bajo nosotros se veían los tejados rojos de algunas casas apiñadas.

—Ese pueblo es Grajanejos—añadió—. Anoche se me metió en la cabeza que los franceses que estaban en Cogolludo habían de venir a pernoctar aquí por Miralejo... Se me metió en la cabeza, sí, señores; y cuando a mí se me mete una cosa en la cabeza...

—Tiene que suceder, aunque Dios no quiera—dijo Viriato.

—Yo no me equivoco—añadió con cierta confusión el padre Trijueque—. Yo dije: «Pues que los franceses están en Cogolludo de regreso de Aragón, han de tomar una de estas dos direcciones: o la vuelta del Casar de Talamanca para ir a tierra de Madrid, o la vuelta de Grajanejos para tomar el camino real y marchar hacia Guadalajara o hacia Brihuega.» El primer movimiento es inverosímil, porque están muy hambrientos y habían de tardar tres o cuatro días en llegar a la Corte; el segundo movimiento es seguro, y sentado que es seguro, ahora digo: «Si pasan el Henares, ¿cuál puede ser su intención? O tratar de sorprendernos en este laberinto de barrancos y pequeños valles, lo cual sería fácil si ellos fueran nosotros y nosotros ellos, o simplemente guarecerse dentro de los muros de Brihuega o Guadalajara, donde tienen abundantes provisiones.» En uno u otro caso entrarán en el camino real, que está a nuestra vista. Observen ustedes: a la luz de la aurora se ve claramente el camino real que va desde Madrid a Zaragoza. Es una hermosa calzada que podría empedrarse con los cráneos de franceses que hemos matado en ella.

Vimos, en efecto, el camino real de Aragón, que serpenteaba entre el arroyo y la montaña de enfrente, siguiendo las sinuosidades del angosto valle.

—Todos esos cálculos—dijo Viriato—son admirables y demuestran el consumado talento de vüecencia. ¡Y dice mosén Antón que no ha estudiado lógica...! No puede ser. Lo que hay de malo en esto es que, por de pronto, esas ingeniosas previsiones han resultado fallidas, porque yo estoy ciego de tanto mirar y no veo franceses en Grajanejos.

Mosén Antón no decía nada, y mi-

raba atentamente a los extremos visibles del valle y a las suaves colinas que enfrente teníamos. En su rostro se pintaba una ira reconcentrada y profunda; apretaba las mandíbulas; fruncía el ceño, haciendo culebrear las cejas negras y espesas como dos bigotes, y el resoplido de su aliento no discrepaba en fuerza y calor del de un caballo.

He dicho que se había tendido de barriga, con las palmas de las manos en tierra y los codos en alto, en actitud muy parecida a la de los cigarrones cuando se disponen a dar el salto. De súbito, mosén Antón saltó todo lo que puede saltar un hombre en tal postura; levantóse en pie, extendió los brazos, lanzaron las cavidades de su pecho un graznido de ave de rapiña, brilló el rayo en sus ojos, y señalando a la derecha, hacia el punto donde desaparecía el valle formando un recodo, exclamó:

—¡Los franceses, ahí están los franceses!

No vimos nada; pero oímos un rumor vago y lejano que acrecían con sus hondos ecos las angosturas del valle. Era ruido de caballos, de gentes de armas; el ruido, a ningún otro parecido, de un ejército que se acerca.

—¿No lo dije? ¿No lo dije?... ¿Me he equivocado alguna vez?—gritaba mosén Antón, desfigurado por el júbilo, con toda su persona descompuesta y alterada, cual máquina que se va a desengranar... Cogidos, cogidos en una ratonera. Ni uno soño escapará... Lo que pensé, lo mismo que pensé: pasaron el Henares por Carrascosa, subieron a los altos de Miralrio, vadearon el Vadiel y han cogido el camino real en Argecilla... Todo esto lo estaba yo viendo anoche, señores: lo estaba viendo como se ve un cuadro que uno tiene delante.

Agitaba los brazos, sacudía las piernas y ponía en movilidad espantosa todos los músculos de su rostro, asemejándose a Satanás cuando padece un ataque de nervios, si es que el ministro de la eterna sombra experimenta iguales debilidades que las damas del mundo visible; desenvainaba su sable, volvíalo a envainar, frotábase las anchas manos con tal presteza, que causaba asombro que no despidieran chispas; se acomodaba en la cabeza el mugriento pañizuelo y la gorrilla, se apretaba el cinto y profería vocablos, ya patrióticos,

ya indecentes mezclados con blasfemias usuales y aforismos de guerra.

Las avanzadas de los franceses aparecieron en el camino real.

—¡Con cuanta confianza vienen!—dijo mosén Antón—. Esos bobalicones no aprenden nunca. No flanquear la marcha. ¿Ven ustedes columnas volantes en las alturas?

—Por ese lado—dijo Viriato—se ven brillar algunos cañones de fusil.

—Retiremonos abajo—dijo Trijueque—. Dejémoslos entrar tranquilamente en el pueblo.

Poco después de esto, la partida marchaba despacio y con orden admirable por una senda de escasa pendiente que conducía, faldeando el cerro en repetidas vueltas, al lugar de Grajanejos. Mosén Antón dispuso que una parte de la fuerza se escondiese en el carrascal, adelantándose con toda precaución para no ser vista ni oída. El resto marchó adelante.

—Mucho silencio—dijo Sardina—, mucho silencio. Cuidado no se escape algún tiro... Al que respire fuerte, le fusilo.

Cuando esto decía, oyóse un chillido prolongado y lastimero. Era el Empecinadillo, que pedía la teta.

—Si ese condenado chiquillo no calla—exclamó mosén Antón con furia—arrojarle al barranco.

El Empecinadito, extraño a la estrategia, seguía gritando. El jefe de Estado Mayor, que llevaba del diestro a su caballo, se detuvo, ciego de ira, y repitió:

—¡Arrojarle al barranco! ¿No hay quien tape la boca a ese trompetero de mil demonios?

El señor Santurrias se esforzó en hacer callar al pobre niño; mas no le convencían los argumentos empleados, ni aunque se le dijo «que te va a comer mosén Antón», se resignó a la obediencia que el grave caso requería. Al fin creo que taparon su boca o sofocaron sus gritos, envolviéndole en sus propios abrigos, con lo cual se libró por aquella vez, de ser arrojado al barranco en castigo de sus escandalosos discursos.

Don Vicente Sardina, de acuerdo con su segundo, dispuso que los de la izquierda de la senda nos adelantáramos con objeto de cortar la salida del pue-

blo por el camino real en dirección opuesta a aquella por la cual entraban los franceses.

—No me fio de estos señoritos—dijo mosén Antón al vernos partir—. Que vaya el Crudo con ellos. ¡Crudo, Crudo!

Presentóse un guerrillero rechoncho y membrudo, bien armado y que parecía hombre a propósito lo mismo para un fregado que para un barrido en materia de guerra.

—Crudillo—ordenó el jefe—, a ti y a estos señores os toca cortar la salida por abajo. Lleva cien hombres de lo bueno. Apretar de firme.

Reforzados por la gente del Crudo, que era de lo mejor que había en la partida, emprendimos la marcha por un suave declive que nos condujo a las inmediaciones del camino real por el Mediodía del pueblo. Los otros, al hallarse próximos y con la ventaja que les daba su excelente posición en lo alto, atacaron a un pequeño destacamento francés que avanzó a reconocer la altura, mientras el resto de la fuerza enemiga descansaba en el pueblo. Esta conoció al punto que había sido sorprendida, y pensando en defenderse, ocupó precipitadamente las casas. Los de la partida los atacaron, no sólo con brío, sino con plena confianza por la fuerza moral que la sorpresa les daba, y los franceses se defendían mal a causa de la turbación, del cansancio y la estrechez del lugar en que se habían metido.

Después de un breve combate, los enemigos comprendieron que no tenían otra salvación que la fuga por la carretera abajo, o bien por la misma dirección de Argecilla que habían traído en sentido contrario. Muchos intentaron escapar por donde estábamos; pero viendo bien guardada la salida y divisando hacia aquella parte uniformes de ejército y hasta veinte caballos, que en su atolondramiento se les figuraron doscientos, creyeron que todo el segundo ejército, al mando de don Carlos O'Donnell, se había corrido desde Cuenca a tomar el camino de Aragón, y optaron por la salida opuesta. El barullo y confusión que esto produjo en sus azaradas tropas fué tal, que don Vicente Sardina, con su gente escogida, acuchilló sin piedad y sin riesgo a muchos infelices que no hacían fuego ni tenían alma y vida más que para buscar entre el laberinto de

callejuelas el mejor hueco que les diera salida de tal infierno.

Algunos, que advirtieron la imposibilidad de retroceder sin ser despedazados en la pequeña plaza, arriesgáronse a abrirse camino por el Mediodía, y vimos que se nos echó encima regular masa de caballería, cuya veloz carrera y varonil decisión nos hizo temblar un momento. Habíamos ocupado la casa del portazgo, y en el breve espacio de tiempo de que dispusimos habíamos amontonado allí algunas piedras, ramas y troncos que encontramos a mano. Se les hizo fuego nutrido, y cuando los briosos caballos saltaban relinchando con furia por entre los obstáculos allí mal puestos, el Crudo lanzóse con los suyos, quién a la bayoneta, quién esgrimiendo la navaja, a dar cuenta de los pobres dragones. Estimulados por el ejemplo, corrimos los demás y pudimos detener el empuje de los caballos y desarmar a los infantes que tras ellos corrían. Duró poco este lance; pero fué de los de cáscara amarga, y en él perdimos alguna gente, aunque no tanta como los enemigos. Bastantes de éstos murieron, excepto dos o tres que, fiados en la enorme bravura de sus caballos, lograron escapar; todos los vivos fueron hechos prisioneros.

Cuando presentamos nuestra presa a don Vicente Sardina y a mosén Antón, que estaban en la plaza dictando órdenes para asegurar la victoria, ambos nos felicitaron con calor.

—Es preciso pegar fuego a este condenado Grajanejos—dijo mosén Antón—. Es un lugar de donde salen todos los espías franceses.

—Quemarlo, no—repuso Sardina con benevolencia.

—Eso es, eso es—dijo con arrebatos de destrucción el jefe de la caballería—. Míeles y más míeles. Así los pueblos se ríen de nosotros. En Grajanejos han tenido los franceses muy buen acomodo, y se susurra que de aquí han sacado ellos más raciones en un día que nosotros en un mes.

—No se hable más de eso—dijo Sardina—. El pueblo no será quemado. ¿Para qué? No rebajemos la gloria de esta gran jornada con una atrocidad. Gran día ha sido éste... Bien sabía yo que los franceses habían de venir aquí...; mosén Antón, nada de quemar. Mande

usted saquear el lugar, y al vecino que oculte algo tirarle de las orejas...

—Señor Mosca Verde—dijo mosén Antón a un guerrillero que venía a recibir órdenes—, ¿cuántos prisioneros tenemos?

—Sesenta y ocho he contado ya. Entre ellos un coronel.

—Es demasiada gente—repuso el cura—; sesenta y ocho bocas a las cuales es preciso dar pan. Señor Sardina, ¿doy la orden de quintarlos?

—¿Para qué?—dijo el jefe—. Dejémosles las vidas y los entregaremos sanos y mondos a don Juan Martín para que haga de ellos lo que quiera... Pero ¿no hay en este infernal pueblo un poco de chocolate?... ¡Señor Viriato de mil demonios!..., que siempre ha de desaparecer el tuno de mi ayudante cuando más lo necesito...

—Aquí estoy, mi general—gritó Viriato, que venía corriendo con una sarta de chorizos en la mano—. ¿Pedía vucencia chocolate? Ya lo he mandado hacer para vucencia y mosén Antón.

—Yo—dijo éste—tengo bastante para todo el día con un pedazo de pan y queso, señor Viriato, o, si no, dadme uno de esos chorizos y buscadme un zoquete que lo acompañe... Si todos fueran tan sobrios como yo... Repito que será preciso quintar a los prisioneros si nuestra gente ha de tener ración para tres días.

—Mando que no se fusile a ningún prisionero—dijo Sardina—. ¿Se niegan los vecinos a dar lo que tienen?

—No, señor—respondió Mosca Verde—. No se niegan, porque como no dan, sino que lo tomamos... Algunas arcas repletas de pan y queso y miel se han encontrado.

—¿Ha muerto alguna gente dentro de las casas?

—Nada más que el tío Genillo, el albéitar, que está clavado en la pared como un murciélago.

—Pero ese chocolate, ese chocolate... Señor Viriato, ¿sabe usted que tengo más hambre que seis estudiantes juntos?

Presentóse de improviso Santurrias, diciendo:

—Mi general, hemos encontrado al fin una mujer con cria: pero no quiere dar de mamar al Empecinadillo.

—¡Qué alevosía, qué desacato!—excla-

mó mosén Antón—. Que la fusilen al momento.

—Venga acá esa señora, y yo la haré entrar en razón—dijo con benevolencia Sardina—. Este Trijueque quiere fusilar a todo el género humano.

El Cid Campeador, la señá Damiana y otro guerrillero trajeron casi a rastras a una mujer joven y hermosa, la cual, clamando al Cielo con lastimeros gritos, se esforzaba en desasirse de los brazos de aquellos bárbaros.

—Aquí está, aquí, mi general, la mala patriota, la afrancesada.

—Señora—dijo mosén Antón, mirando a la buena mujer con fieros y aterradores ojos—, ¿no sabe usted que la hacienda del buen español ha de ponerse a disposición de los buenos servidores de la patria y del rey?

—La hacienda, sí; pero no los pechos—repuso la mujer con varonil denuedo.

—Señora, rece usted el Credo—vociferó Trijueque—. Que vengan cuatro escopeteros. Atadle las manos a la espalda.

—Pues qué, ¿me quieren fusilar?—gritó la infeliz con angustia.

—Este condenado mosén Antón—me dijo en voz baja Sardina—quiere hoy una víctima y, al fin, habrá que dársela.

Creyendo luego conveniente interponer su autoridad para impedir un hecho abominable, habló así:

—Buena mujer, ponga usted sus pechos a disposición de la patria y del rey... El Empecinadillo es hijo adoptivo de este ejército...; dele usted de mamar y tengamos la fiesta en paz... Y a usted, señor Santurrias, le ordeno que despeche a ese becerro de dos años lo más pronto posible, o que lo deje en cualquiera de estos lugares. Todos los días hay una cuestión por la teta que necesita el muñeco.

La hermosa mujer, comprendiendo el peligro que la amenazaba si no ponía a disposición de la patria los dones que Natura le concediera, tomó al muchacho y lo arrimó a su seno. El gusto que debió de experimentar nuestro Empecinadillo cuando se vió regalado con lo que en abundancia tenía su improvisada madre figúreselo el lector, y traiga a la memoria las hambres y los hartazgos de sus verdes niñeces, si es que tan remotas impresiones pueden venir a la memoria. El huerfanillo tragaba con voracidad

insaciable, y según la fuerza con que sus manecitas apretaban lo que tenían más cerca, parecía querer tragarse también aquellas partes, causa de su regocijo, y que demostraban la longanidad del Creador para con la señá Librada, pues tal era el nombre de aquella mujer.

Los circunstantes veían con alborozo el glotón rechupar del huérfano, y aplaudían en coro, diciendo:

—¡Cómo traga! ¡La va a dejar en los huesos! Es un fraile dominico, que nunca acaba de llenar el buche.

Don Vicente Sardina, que continuaba teniendo más hambre que seis estudiantes, miraba, al hijo de la guerrilla con ansiosa envidia.

Cuando el jefe marchó a despachar el almuerzo que le había dispuesto el señor Viriato, mosén Antón me dijo:

—Veo que están ustedes indignados, y con mucha razón. No se castiga a nadie, no se escarmienta a los pueblos, no se procura hacer respetables a los soldados de la patria y el rey... Paciencia, señores. Ustedes están indignados como yo por las blanduras de don Vicente Sardina y don Juan Martín. El mal viene de arriba, del jefe de nuestro ejército.

Le respondimos que, en efecto, era grande nuestra cólera; pero que confiábamos en el inmediato triunfo de las ideas de justicia contra la anticuada y rutinaria bondad del jefe de la partida. El se consoló un poco con esto y fué a dictar órdenes para la mayor seguridad de los prisioneros.

V

No permanecimos muchas horas en Grajaneros, y cuando la tropa se racionó con lo poco que allí se encontrara, dieron orden de marchar hacia la sierra, en dirección al mismo pueblo de Val de Rebollo, de donde habíamos partido. Nada nos aconteció en el camino digno de contarse, hasta que nos unimos al ejército (pues tal nombre merecía) de don Juan Martín, general en jefe de todas las fuerzas voluntarias y de línea que en aquel país operaban. El encuentro ocurrió en Moranchel. Venían ellos de Sigüenza por el camino de Mirabueno y Algora, y nosotros, que conocíamos su dirección, pasamos el Tajuña y lo remontamos por su izquierda.

Caía la tarde cuando nos juntamos a la gran partida. Los alrededores de Moranchel estaban poblados de tropa, que nos recibió con aclamaciones por la buena presa que llevábamos, y al punto la gente de nuestras filas se desparramó, difundiéndose entre la muchedumbre empecinada como un arroyo que entra en un río. Encontré algunos conocidos entre los oficiales de línea del segundo y tercer ejércitos, que don Juan Martín había recogido en distintos puntos, según las órdenes de Blake, y me contaron la insigne proeza de Calatayud, realizada algunos días antes.

Yo tenía suma curiosidad de ver al famoso Empecinado, cuyo nombre, lo mismo que el de Mina, resonaba en aquellos tiempos con estruendo glorioso en toda la Península, y a quien los más se representaban como un héroe de los tiempos antiguos, resucitado en los nuestros como una prueba de la protección del Cielo en la cruel guerra que sosteníamos. No tardé en satisfacer mi curiosidad, porque don Juan Martín salió de su alojamiento para visitar a los heridos que habíamos traído desde Grajaneros. Cuando se presentó delante de su gente, advertí el gran entusiasmo y admiración que a ésta infundía, y puedo asegurar que el mismo Bonaparte no era objeto, por parte de los veteranos de su guardia, de un culto tan ferviente.

Era don Juan Martín un Hércules; de estatura poco más que mediana, organización hecha para la guerra, persona de considerable fuerza muscular, cuerpo de bronce, que encerraba la energía, la actividad, la resistencia, la contumacia, el arrojo frenético del Mediodía junto con la paciencia de la raza del Norte. Su semblante, moreno amarillento, color propio de castellanos asoleados y curtidos, expresaba aquellas cualidades. Sus facciones eran más bien hermosas que feas, los ojos vivos, y el pelo, aplastado en desorden sobre la frente, se juntaba a las cejas. El bigote se unía a las cortas patillas, dejando la barba limpia de pelo, afeitada a la rusa, que ha estado muy en boga entre guerrilleros y que más tarde usaron Zumalacárregui y otros jefes carlistas.

Envolvíase en un capote azul que apenas dejaba ver los distintivos de su jerarquía militar, y su vestir, era, en general, desaliñado y tosco, guardando ar-

monía con lo brusco de sus modales. En el hablar era tardo y torpe, pero expresivo, y a cada instante demostraba no haber cursado en academias militares ni civiles. Tenía empeño en despreciar las formas cultas, suponiendo condición frívola y adamada en todos los que no eran modelo de rudeza primitiva y si de carácter refractario a la selvática actividad de la guerra de montaña. Sus mismas virtudes y su benevolencia y generosidad eran ásperas como plantas silvestres que contienen zumos salutíferos, pero cuyas hojas están llenas de pinchos.

Poseía en alto grado el genio de la pequeña guerra, y después de Mina, que fue el Napoleón de las guerrillas, no hubo otro en España ni tan activo ni de tanta suerte. Estaba formado su espíritu con uno de los más visibles caracteres del genio castizo español, que necesita de la perpetua lucha para apacentar su indomable y discolia inquietud, y ha de vivir disputando de palabra u obra para creer que vive. Al estallar la guerra se había echado al campo con dos hombres, como Don Quijote con Sancho Panza, y empezando por detener correos, acabó por destruir ejércitos. Con arte no aprendido supo y entendió desde el primer día la geografía y la estrategia, y hacía maravillas sin saber por qué. Su espíritu, como el de Bonaparte en esfera más alta, estaba por íntima organización instruido en la guerra y no necesitaba aprender nada. Organizaba, dirigía, ponía en marcha fuerzas diferentes en combinación, y ganaba batallas sin ley ninguna de guerra, mejor dicho, observaba todas las reglas sin saberlo, o de la práctica instintiva hacía derivar la regla.

Suele ser comparada la previsión de los grandes capitanes a la mirada del águila, que, remontándose en pleno día a inmensa altura, ve mil accidentes escondidos a los vulgares ojos. La travesura (pues no es otra cosa que travesura) de los grandes guerrilleros puede compararse al vigilante acecho nocturno de los pájaros de la última escala carnívora, los cuales, desde los tejados, desde las cuevas, desde los picachos, torreones, ruinas y bosques atisban la víctima descuidada y tranquila para caer sobre ella.

En las guerrillas no hay verdaderas batallas; es decir, no hay ese duelo pre-

visto y deliberado entre ejércitos que se buscan, se encuentran, eligen terreno y se baten. Las guerrillas son la sorpresa, y para que haya choque es preciso que una de las dos partes ignore la proximidad de la otra. La primera calidad del guerrillero, aun antes del valor, es la buena andadura, porque casi siempre se vence corriendo. Los guerrilleros no se retiran, huyen y el huir no es vergonzoso en ellos. La base de su estrategia es el arte de reunirse y dispersarse. Se condensan para caer como la lluvia, y se desparraman para escapar a la persecución; de modo que los esfuerzos del ejército que se propone exterminarlos son inútiles, porque no se puede luchar con las nubes. Su principal arma no es el trabuco ni el fusil, es el terreno: sí, el terreno, porque, según la facilidad y la ciencia prodigiosa con que los guerrilleros se mueven en él, parece que se modifica a cada paso, prestándose a sus maniobras.

Figuraos que el suelo se arma para defenderse de la invasión; que los cerros, los arroyos, las peñas, los desfiladeros, las grutas, son máquinas mortíferas que salen al encuentro de las tropas regladas, y suben, bajan, ruedan, caen, aplastan, separan y destrozan. Esas montañas que se dejaron allá y ahora aparecen aquí; estos barrancos que multiplican sus vueltas; esas cimas inaccesibles que despiden balas; esos mil riachuelos, cuya orilla derecha se ha dominado, y luego se tuercen presentando por la izquierda innumerable gente; esas alturas en cuyo costado se destruyó a los guerrilleros, y que luego ofrecen otro costado donde los guerrilleros destrozan al ejército en marcha; eso, y nada más que eso, es la lucha de partidas; es decir, el país en armas, el territorio, la geografía misma batiéndose.

Tres tipos ofrece el caudillaje en España, que son: el guerrillero, el contrabandista, el ladrón de caminos. El aspecto es el mismo: sólo el sentido moral los diferencia. Cualquiera de esos tipos puede ser uno de los otros dos sin que lo externo varíe, con tal que un grano de sentido moral (permitásenos la frase) caiga de más o de menos en la ampolla de la conciencia. Las partidas que tan fácilmente se forman en España pueden ser el sumo bien o mal execrable. ¿Debemos celebrar esta especial

aptitud de los españoles para congregarse armados y oponer eficaz resistencia a los ejércitos regulares? ¿Los beneficios de un día son tales que pueden hacernos olvidar las calamidades de otro día? Esto no lo diré yo, y menos en este libro, donde me propongo enaltecer las hazañas de un guerrillero insigne, que siempre se condujo movido por nobles impulsos y fué desinteresado, generoso y no tuvo parentela moral con facciosos, ni matuteros, ni rufianes, aunque, sin quererlo y con fin muy laudable, cual era el limpiar a España de franceses, enseñó a aquéllos el oficio.

Los españoles nacieron para descollar en varias y estimadísimas aptitudes, por lo cual tenemos tal número de santos, teólogos, poetas, políticos, pintores; pero con igual idoneidad sobresalen en los tres tipos que antes he indicado y que, a los ojos de muchos, parece que son uno mismo, según las lamentables semejanzas que la Historia nos ofrece. Yo traigo a la memoria la lucha con los romanos y la de siete siglos con los moros, y me figuro qué buenos ratos pasarían unos y otros en esta tierra, hostigados constantemente por los Empecinados de antaño. Guerrillero fué Viriato, y guerrilleros los jefes de mesnada, los adelantados, los condes y señores de la Edad Media. Durante la monarquía absoluta, las guerras en país extraño llevaron a América, Italia, Flandes y Alemania a todos nuestros bravos. Pero cesaron aquellos gloriosos paseos por el mundo, y España volvió a España, donde se aburría, como el aventurero retirado antes de tiempo a la paz del fastidioso hogar, o como Don Quijote, lleno de bizmas y parches, en el lecho de su casa y ante la tapiada puerta de su biblioteca sin libros.

Vino Napoleón, y despertó todo el mundo. La frase castellana *echarse a la calle* es admirable por su exactitud y expresión. España entera se echó a la calle o al campo, su corazón guerrero latió con fuerza y se ciñó laureles sin fin en la gloriosa frente; pero lo extraño es que Napoleón, aburrido al fin, se marchó con las manos en la cabeza, y los españoles, movidos de la pícara afición, continuaron haciendo de las suyas en diversas formas, y todavía no han vuelto a casa.

La guerra de la Independencia fué la

gran academia del desorden. Nadie le quita su gloria, no, señor; es posible que, sin los guerrilleros, la dinastía intrusa se hubiera afianzado en España, por lo menos hasta la Restauración en Francia. A ellos se debe la permanencia nacional, el respeto que todavía infunde a los extraños el nombre de España, y esta seguridad vanagloriosa, pero justa, que durante medio siglo hemos tenido de que nadie se atreverá a meterse con nosotros. Pero la guerra de la Independencia, repito, fué la gran escuela del caudillaje, porque en ella se adiestraron hasta lo sumo los españoles en el arte, para otros incomprensible, de improvisar ejércitos y dominar por más o menos tiempo una comarca; cursaron la ciencia de la insurrección, y las maravillas de entonces las hemos llorado después con lágrimas de sangre. Pero ¿a qué tanta sensiblería, señores? Los guerrilleros constituyen nuestra esencia nacional. Ellos son nuestro cuerpo y nuestra alma; son el espíritu, el genio, la historia de España; ellos son todo, grandeza y miseria, un conjunto informe de cualidades contrarias, la dignidad dispuesta al heroísmo, la crueldad inclinada al pillaje.

Al mismo tiempo que daban en tierra con el poder de Napoleón, nos dejaron esta lepra del caudillaje que nos devora todavía. Pero ¿estáis definitivamente juzgados ya, ¡oh! insignes salteadores de la guerra? ¿Se ha ajustado ya vuestra cuenta, ¡oh Empecinado!, Porlier, Durán, Amor, Mir, Francisquete, Merino, Tabuena, Chaleco, Chambergó, Longa, Palarea, Lacy, Rovira, Albuín, Claros, Saornil, Sánchez, Villacampa, Cuevillas, Arcstegui, Manso, el Fraile, el Abuelo?

No sé si he nombrado a todos los pequeños grandes hombres que entonces nos salvaron y que, en su breve paso por la Historia, dejaron la semilla de los Misas, Trapense, Bessières, el Pastor, Merino, Ladrón, quienes a su vez criaron a sus pechos a los Rochapea, Cabrera, Gómez, Gorostidi, Echevarría, Eraso, Villarreal, padres de los Cucala, Ollo, Santés, Radica, Valdespina, Samaniego, Tristany, varones coetáneos que también engendrarán su pequeña prole para lo futuro.

VI

Perdóneseme la digresión, y a todo prisa vuelvo a mi asunto. No sé si por completo describí la persona de don Juan Martín, a quien nombraban el Empecinado, por ser tal mote común a los hijos de Castrillo de Duero, lugar dotado de un arroyo de aguas negruzcas, que llamaban *pccina*. Si algo me queda por relatar, irá saliendo durante el curso de la historia que refiero; y como decía, señores, don Juan Martín salió de su alojamiento a visitar los heridos, y al regresar enviémos a mi compañero y a mí orden de que nos presentásemos a él.

Después de tenernos en pie en su presencia un cuarto de hora sin dignarse mirarnos, fija su atención en los despachos que redactaba un escribiente, nos pregunto:

—A ver, señores oficiales, díganme con franqueza qué les gusta más: ¿servir en los ejércitos regulares o en las partidas?

—Mi general—le respondí—, nosotros servimos siempre con gusto allí donde tenemos jefes que nos den ejemplo de valor.

No nos contestó, y fijando los ojos en el oficio que torpemente escribía el otro a su lado, dijo con muy mal talante:

—Esos renglones están torcidos... ¡Qué dirá el general cuando tal vea!... Pon muy claro y en letras gordas eso de *obedeciendo las órdenes de vucencia*... pues. Después de los latines... (porque estos principios son latines o boberías), pon: *participo a vucencia y pongo en conocimiento de vucencia*; pero son éstos muchos *vucencias* juntos...

El Empecinado se rascaba la frente buscando inspiración.

—Bueno; ponlo de cualquier modo... Ahora sigue... *Que hallándonos en Ateca el general Durán y yo*... Animal, Ateca se pone con H...; eso es, *que hallándonos en Ateca resolvimos*..., está muy bien..., *resolvimos*, con dos erres grandes a la cabeza..., así se entiende mejor..., *atacar a Calatayud*... Calatayud también se pone con H...; no, me equivoco. ¡Maldita gramática!

Luego, volviéndose a nosotros, nos dijo:

—Aguarden ustedes un tantico, que

estoy dictando el parte de la gran acción que acabamos de ganar.

Emprendiéndola de nuevo con el escribiente, prosiguió así:

—¡Si tú supieras de letras la mitad que aquel bendito escribano de Barrio-Pedro que nos mataron el mes pasado! Estas letras, gordas y claras, con un rasguito al fin, que dé vueltas, y los palos derechos... Cuidado con los puntos sobre las ies..., que no se te olviden...; ponlos bien redondos... Sigamos. Yo (*coma*) *no llevaba conmigo (coma) más que la mitad (coma) de la gente (dos comas)*.

—No son necesarias tantas comas—replicó con timidez el escribiente.

—La claridad es lo primero—dijo el héroe—, y no hay cosa que más me enfada que ver un escrito sin comas, donde uno no sabe cuándo ha de tomar resuello. Bien; puedes *comearlo* como quieras... Adelante...; *porque había dejado en tierra de Guadalajara la división de don Antonio Sardina; pero Durán llevaba consigo toda su gente, y toda la de don Antonio Tabuena y don Bartolomé Amor (punto, un punto grande). Reuniamos entre todos cinco mil hombres...* ¿Hombre con *h*? Me parece que se pone sin *h*... No estoy seguro. En el infierno debe de estar el que inventó la *otografía*, que no sirve más sino para que los estudiantes y los gramáticos se rían de un general... Adelante: *Pues como iba diciendo a vucencia*...; no, no; quita el *como iba diciendo*..., eso no es propio, y pon: *el veintiséis de septiembre, entre dos luces, aparecimos Durán y yo sobre Calatayud y les sacudimos a los franceses tan fuerte paliza*...

—Eso de la paliza—dijo el escribiente mordiendo las barbas de la pluma—no me parece tampoco muy propio.

—Hombre, tienes razón—repuso el Empecinado, rascándose la sien y plegando los párpados—. Pero es lo cierto que no sabe uno cómo decir las cosas para que tengan brío... En los oficios se han de poner siempre palabritas almibaradas, tales como *embestir*, *atacar*, *derrotar*, y no se puede decir *les sacudimos el polvo*, ni *les espachurramos*, lo cual, al decirlo, parece que le llena a uno la boca y el corazón. Escribe lo que quieras... Bien: *les embestimos, desalojándoles de la altura que llaman los Castillos, y pescando algunos prisioneros*.

Entusiasmado por el recuerdo de su triunfo, volvióse a nosotros, y con semblante vanaglorioso, nos dijo:

—Bien hecho estuvo aquello, señores. Si les hubiesen visto ustedes cómo corrían... Y eso que había mucha *diferencia* en las fuerzas. Ellos eran más... Pon eso también—añadió, dirigiéndose al escribiente—, pon lo de la *diferencia*..., así está bien. Ahora sigue: *La guarnición se encerró en el convento fortificado de la Merced, y los mandaba un tal musiu Müller... Escribe con cuidado eso de musiu..., se pone MOSIEURRE...*; muy bien... Ahora descansenos, y un cigarrillo.

Don Juan Martín nos dió a cada uno de los presentes un cigarrillo de papel y fumamos. Aunque habló por breve rato de asuntos ajenos a la acción de Calatayud, el general no podía apartar de su mente la comunicación que estaba redactando, y dijo a su amanuense:

—Vamos a ver. Adelante. *Pues como iba diciendo a vuestrencia...* No; eso, no. ¡Maldita costumbre! Pon: *Durán atacó el convento de la Merced, y como no tenía artillería, abrió minas...*; en fin, *para no cansar a vuestrencia, Durán los amoló.*

El escribiente, comiéndose otra vez las barbas de la pluma, miró al general con expresión dubitativa.

—Tienes razón—dijo el Empecinado—; pero si esta maldita lengua mía no sirve para nada... ¿Por qué no he de poder poner en un oficio *amolar, reventar, jeringar*, y otras voces que expresan la idea con fuerza?... Y no me ha de estar usted plegando la boca como un señoritico para decir *nuestra ala izquierda hizo retroceder al enemigo*, y otras pamemas que están bien en labios de damiselas y abates verdes. Pon que Durán derrotó a los franceses y se zampó dentro del convento, y escribe el vocablo que quieras, que una de dos: o dejamos las armas para aprender la gramática y las retóricas, o *hemos de escribir lo que sabemos*. Adelante. Ahora, letra muy clara y redondita y bien comado el párrafo. Oye bien. *Mientras Durán se cubría de gloria en la Merced* (esto sí está bien parlado y no lo criticarán los lobos del ejército), *yo me fui con mi gente al puerto del Fresno, maliciándome...* (no, *maliciándome*, no), *sospechando que el francés de Zaragoza*

vendría por allí con ojepto (muy clarito eso de *ojepto*, que es palabreja peliaguda) *de auxiliar al de Calatayud...* (auxiliar, con X grande, que se vea bien), *y, en efecto, Ezcelestísimo señor, el primero de octubre apareció una columna francesa a la cual escabeché...* No; ya se han reído mucho otra vez porque dije *escabechar*... ¡Como si hubiera en castellano alguna otra palabra para expresar lo que quiere decir ésta!... *En fin, para no cansar a vuestrencia, desbaratamos la columna, matándole mucha gente y cogiendo muchos prisioneros, entre ellos el coronel mosiurre* (muy clarito eso) *Guillot...* Ahora se añadirá lo de Graganejos, y que conseguido nuestro fin, Durán se retiró por un lado, y yo por otro, y me vine a la sierra, donde espero las órdenes de vuestrencia. *Dios guarde a vuestrencia...* Vamos, Recuenco, pronto, ponlo en limpio, lo firmaré y se llevará al momento... Letra clara y hermosa.

Concluyó al fin Recuenco, que así llamaban al escribiente, el oficio, que firmó don Juan Martín con nombre y apellido, acompañados de un rúbrica harito adornada de rasgos, y luego se cerró con las obleas rojas para enviarlo a su destino. Satisfecho el héroe de su obra, no se ocupó más del asunto, y departió un rato con nosotros, demostrándonos confianza suma.

—A esta fecha—nos dijo después que le contamos algo de los sucesos políticos de Cádiz—ya debe de estar hecha la Constitución. Veremos si hay alguien que ponga la mano en ella para quitarla. Yo, a ser la Regencia y las Cortes, les metería el resuello en el cuerpo a todos esos mandrias servilones... No sé para qué estamos aquí los hombres que sostenemos la guerra. Como defendemos a España, defenderemos mañana la Constitución. Dicen que será hasta allí... una ley liberal y española que meta en cintura a los que no la quieran... Pero todos la queremos. Está la gente entusiasmada con la Constitución... Hay que oírlos... Y dicen que nuestro cautivo monarca está contentísimo de que la hayamos hecho.

—Así debe de ser.

—Y diganme ustedes: ¿han oído ustedes hablar a don Agustín Argüelles, a García Herreros y a Muñoz Torrero? Parece que no se muerden la lengua.

—Los tres son eminentes oradores.

—¡Buena gente tenemos en España! Cuando se acabe la guerra se formará un Gobierno regular con todos los hombres ilustres, y ya no tendremos más Godoyes. El pícaro Gobierno absoluto es la peor cosa del mundo.

—En esta guerra—dije—han salido muchos hombres distinguidos, que después, en la paz, servirán al Estado de otro modo.

—Así será; pero no yo—afirmó con modestia—, pues cuando esto se acabe me meteré en Castrillo de Duero o en Fuentecén, y con un par de mulas... Después de la guerra, lo único que me gusta es la labranza. No pienso poner los pies en la corte. Si algún día necesita el rey de mí contra los serviles, allá voy. España, el rey, la Constitución: ése es mi remoquete. Nada más. Yo no hago la guerra, como otros, por ganar perifollos, gradcs ni riquezas. Han de saber ustedes que yo soy muy militar, y que desde muy niño supe manejar las armas. Mis padres no querían que fuese soldado; pero tal era mi afición, que a los dieciséis años me escapé de la casa paterna para alistarme en el ejército. Mi padre me libertó del servicio, y casi arrastrándome llevome a Castrillo; pero cuando cerró el ojo, volví a las andadas, y, alistándome en el regimiento de caballería de España, estuve en la guerra del Rosellón. Concluída, volví a mi casa, y en Fuentecén me casé. Tranquilo vivía, cultivando mis tierras, cuando se dijo que al rey Fernando se le llevaban a Francia. Yo quería echarme al campo, porque esta canalla francesa me cargaba, señores, y cuando la gente de aquí se entusiasmaba con Napoleón, yo decía: «Napoleón es un infame. Si entra Fernando en Francia, no sale hasta que le saquemos...» No me quisieron creer... Vino mayo, y al fin se descubrió el pastel. Yo no podía aguantar más, y me picó mostaza en la nariz. Llamé a Juan García y Blas Peroles, y les dije: «¿Nos echamos o no nos echamos?» Ellos me contestaron que ya tenían pensado salir a matar franceses; y, en efecto, salimos. Eramos tres. Nos pusimos en el camino real, a cuatro leguas de Aranda, en un punto que llaman Honrubia, y allí, a todo correo francés que pasaba le arreglábamos la cuenta. Fué llegando gente, y se formó

una partidilla... La verdad es que no sé cómo se formó. La partida se hizo ejército, y aquí estamos. Me han hecho brigadier. Yo no lo he pedido. Quieren que sea general... He servido a la patria con fe, y también con buen resultado, ¿no es verdad? Me han dicho que la gente de Cádiz, los políticos y los periodistas, se ríen de mí—dijo don Juan Martín, frunciendo el ceño—porque una vez dije *la mapa*, en vez de *el mapa*. Los militares no estamos obligados a estar siempre con el libro en la mano, viendo cómo se dicen y cómo no se dicen las cosas. Yo sé mi obligación, que es perseguir a los franceses. Lo demás no me importa. Mi deseo es que se diga mañana: «El Empecinado cumplió con su deber.»

VII

Después recayó la conversación sobre la tropa que acaudillaba, y nos dijo:

—Muchas satisfacciones me causa la guerra, entre ellas la del buen resultado de mis operaciones; pero no es pequeño gusto esto del cariño que me tiene mi gente. Todos ellos, señores oficiales, se dejarían matar por mí. Verdad es que yo no los trato mal. Pero, vamos al decir, que yo tengo a mis órdenes a los hombres más honrados del mundo. Ninguno de ellos es capaz de faltar ni tanto así.

Cuando esto dijo, sentimos a nuestra espalda un gruñido, un monosílabo dubitativo, una de esas exclamaciones inarticuladas que, no diciendo nada, lo expresan todo. Detrás de nosotros, tendido sobre un gran arcón de pino, estaba un hombre, a quien atribuimos la emisión de aquel gutural elocuente sonido. Levantándose pesadamente de su improvisado lecho, estiraba los brazos y piernas para desperezarse, cuando don Juan Martín le dijo:

—¿Qué tiene usted que decir, señor don Saturnino Albuín? ¿No cree usted, como yo, que la gente que está a nuestras órdenes es la mejor del mundo?

—Según y como—dijo Albuín, adelantándose con los ojos medio cerrados para resguardar de los rayos de luz sus pupilas, recién salidas de la oscuridad del sueño.

He aquí cómo era (si no me engañan los recuerdos que guarda en su archivo mi memoria) aquel célebre guerrillero de quien hasta los historiadores franceses hablan con gran encomio. Don Saturnino Albuín, llamado el Manco, había adquirido la mutilación que fué causa de tal nombre en una acción entablada en el Casar de Talamanca. Su mano derecha fué por mucho tiempo el terror de los franceses. Era un hombre de mediana edad, pequeño, moreno, vivo, ingenioso, ágil cual ninguno, y sin aquel vigor pesado y muscular de don Juan Martín; pero con una fuerza más estimable aún, elástica, flexible, tanto más imponente en los momentos supremos cuanto menos se la veía en los ordinarios. Si el Empecinado era el hombre de bronce, a cuya pesadez abrumadora nada resistía, Albuín era el hombre de acero. Mataba doblándose. Su cuerpo enjuto parecía templado al fuego y al agua y modelado después por el martillo. Yo le vi más tarde en varios encuentros, y su arrojo me llenó de asombro. Cuando se oían contar sus proezas, apenas se daba crédito a los narradores, y no es extraño que un general francés dijese de Albuín: «Si este hombre hubiera militado en las banderas de Napoleón, ya sería mariscal de Francia.»

Vestía don Saturnino traje de paisano con pretensiones de uniforme militar, y su chaquetón, donde lucían las charreteras y los mustios y mal cosidos bordados, estaba lleno de agujeros. Los codos del héroe, no inferior a Aquiles en el valor, se parecían a los de un escolar. En sus pantalones se veían los trazados y dibujos de la aguja remendona y zurcidora, y el correaje del trabuco que llevaba a la espalda, y de las pistolas y sable pendientes del cinto hacía poco honor a la administración de fornituras de aquel ejército. Todo esto probaba que las campañas de la partida no eran tan lucrativas como gloriosas.

—Según y como—repitió Albuín, poniendo su única mano sobre la mesa y atrayendo a sí la atención de los que estábamos presentes—. Eso de que todos sean gentes honradas no es verdad, señor don Juan Martín. Los calumniadores, los chismosos que están siempre trayendo y llevando cuentos al general, ¿pueden ser gentes honradas?

—Amigo Albuín—contestó el Empecinado—, usted tiene tirria a dos o tres personas de este ejército, y por eso se le antojan los chismes y enredos.

—Sí, señor; chismes y enredos, y lo sostengo—afirmó don Saturnino—, lo sostengo aquí y en todas partes. ¿Cómo se llama, si no, el venir aquí contándole a usted lo que yo dije y lo que me callé? Yo no digo nada más que la verdad, y no en secreto, sino públicamente, delante de Juan y de Pedro, de Fulanito y de Perencejo. Y esto que he dicho, ahora lo voy a repetir.

—Pues lo oiremos.

—Y no es más sino que digo y repito y sostengo—replicó Albuín con energía—que aquí se está uno batiendo, se está uno matando, se está uno destrozando el alma y el cuerpo; pasan meses, pasan años, y con tanto trabajar no salimos nunca de la miseria. Señores que me oyen, digan si es justo que don Saturnino Albuín no tenga otros calzones que estos guñapos que llevo en las piernas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual todos contemplamos la prenda indicada, que, en efecto, no era digna de figurar sobre el cuerpo de quien habría sido mariscal de Francia si hubiera servido a Napoleón.

—Señor don Saturnino—dijo gravemente don Juan Martín—, después del valor, la primer virtud del soldado es la humildad. Nosotros no combatimos por dinero: combatimos por la patria. Me ha dicho usted que sus calzones están un si es no es destrozadillos. Tortas y pan pintado, amigo don Saturnino. La guerra trae tales desgracias; el buen soldado no mira a su cuerpo; el buen soldado no fija los ojos más que en el cielo y en el enemigo.

Y luego, desabotonándose el uniforme, añadió:

—Señores, si les ha llamado la atención que don Saturnino lleve unos calzones róticos, miren hacia acá y verán que el Empecinado no tiene camisa.

Efectivamente: el uniforme, abierto, dejaba ver el velludo pecho del héroe.

—Y no me quejo, señores—prosiguió, abotonándose—, no estoy siempre *glorificando*, como el señor Albuín. De aquí en adelante voy a mandar venir de la Corte una docena de sastres para que visitan de seda y brocado a mi oficialidad.

—Señor don Juan Martín—dijo el Manco—, no venga echándose las de anacoreta. Usted no tiene camisa porque no quiere, porque es un desastrado y un facha. Señores, ¿les parece a ustedes propio de un general quitarse la camisa en medio del camino para dársela a un viejo pedigüeño que se quejaba de frío? Basta de farsa. Ello es que nosotros luchamos, nosotros nos batimos, y para nosotros no hay pagas, para nosotros no hay recompensa, para nosotros no hay más que palos, frios, calores, lluvias, fatigas, y, por último, una muerte gloriosa que para nada nos sirve, si es que no nos coge en pecado mortal, para acabar de divertirse uno en los infiernos.

—¿El señor Albuín quiere dinero?—dijo el general—. Pues bien sabe ya que no se lo puedo dar. Casi todo lo que se recauda se entrega a la Junta, y si ésta no da pronto las pagas, porque hay muchas cosas a que atender, ya las dará. En el interin, nosotros nos cobramos en trigo, en cebada, en paja, en almortas, en bellota, en centeno y otras *comibles* especies que vamos recogiendo por los pueblos.

—Y que yo le regalo al señor Juan Martín—replicó vivamente el Manco— para que con tales especies mantenga a su mujer y a sus hijos, y se llene el buche a sí propio, y se vista y calce... Pero voy a lo principal... ¡Ah señor general de mi alma! Nosotros somos unos bobos, porque mientras usted y yo estamos el uno sin calzones y el otro sin camisa, en la partida hay quien se ríe de vernos desnudos y sin un cuarto.

—No dudo que tengamos aquí algunas personas ricas, como, por ejemplo...

—No es eso, no, señor Martín Díez—replicó el Manco—. Estos de que hablo aparentan ser más pobres que las ratas; son de los que todos los días nos piden un cigarro y dos cuartos para aguardiente; pero todo lo acaparan, embaulan lo que se recoge, de tal modo, que ni la Junta ni cien Juntas saben adónde ha ido a parar. Y aguante usted esto, sí, señor: aguántelo usted..., y déjese usted matar por la patria y el rey... En resumidas cuentas, se acabará la guerra, y los que lo han hecho todo quedarán más pobres que antes, mientras que los unilargos—aquí hizo el Manco con los dedos de su única mano un gesto muy expresivo—irán a Madrid a co-

merse en paz lo que han merodeado a nuestra costa. ¡Si somos unos héroes, señor don Juan Martín; si la Historia se va a ocupar de nosotros y a ponernos por las nubes!...; pero comeremos pedazos de gloria y páginas de libro.

—Amigo Albuín—dijo el general—, tan acostumbrado estoy a su genio endemoniado, que no me coge de nuevo lo que me ha dicho, y le perdono sus bravatas. ¡El demonio es don Saturnino! ¿Y quién, al oírle, diría que es el hombre mejor del mundo?... ¿Conque dinero?... ¿Para qué quieren las personas de bien el dinero? Aquí no hay gente viciosa. Los *empecinados* no combaten sino por la gloria, por la libertad, por la independencia.

—Bueno es todo eso—repuso Albuín—; pero otros jefes de la partida, tales como Chaleco, Chambergó, Mir y el Médico, todos personas muy completas y honradas, sin dejar de poner a la patria sobre su cabeza, cuidan de asegurar el porvenir de sus familias, y hombres hay entre éstos que han hecho su capital en un quitame allá esas pajas.

—Conversaciones. Ni Chaleco ni Mir tienen sobre qué caerse muertos.

—No hablemos más—dijo don Saturnino—, porque pierdo la paciencia. El general hará lo que guste; pero yo sé hasta dónde podré resistir.

—Usted resistirá hasta la misma fin del mundo—dijo el Empecinado, mirando a su subalterno con severidad—. Basta ya de *retruécanos*, que me voy atufando con los humos de estos caballeros. Uno pide por aquí, otro por allí... Obediencia, señor Manco, obediencia y humildad—añadió, golpeando la mesa—. Aquí todos *se*mos pobres, y yo el primero... Conque no digo más... Cada uno a su puesto, y prepararse para mañana.

—Buenas noches—dijo Albuín secamente.

—¿No reza usted el rosario conmigo?

—Lo rezaré con mosén Antón—repuso el guerrillero, volviendo la espalda.

VIII

Mi compañero y yo nos retiramos a nuestro alojamiento, donde disfrutábamos la compañía de los más respetables individuos de aquel ejército. Ocupéme

primero en escribir a la condesa, de quien había tenido cartas dos días antes, con nuevas poco satisfactorias, y luego pensé en dormir un rato. Estábamos en una anchurosa estancia baja. Junto al hogar, el señor Viriato contaba al amo de la casa las más estupendas mentiras que he oído en mi vida, todas referentes a fabulosas batallas, encuentros y escaramuzas, que harían olvidar los libros de caballería si pasaran de la palabra a la pluma y de la pluma a la imprenta. Oíalo todo el patrón con la boca abierta y dando crédito a tales invenciones, cual si fueran el mismo Evangelio.

El señor Pelayo roncaba en un rincón, y no se sabía el paradero del gran Cid Campeador ni de la seña Damiana. Despierto, inquieto, agitado, el descomunal clérigo mosén Antón se paseaba de un extremo a otro de la pieza, midiendo el piso con sus largos zancajos. Parecía un macho de noria. Sentado, meditabundo, sombrío, tétrico, don Saturnino Albuín, de tiempo en tiempo, miraba al clérigo, como con deseo de hablarle. Deteníase a veces Trijueque ante su colega; mas, dando un gruñido, tornaba a los paseos, hasta que el Manco rompió el silencio, y dijo:

—Esto no puede seguir así.

—No, no mil veces. ¡Me reviento en Judas!—replicó el cura—. Eso de que hombres de esta madera sean tratados como chicos de escuela no puede aguantarse más.

—Justo: como a chicos de escuela nos tratan—repuso Albuín—. Maldito sea el domine y quien acá lo trajo.

—Yo, señor don Saturnino—dijo mosén Antón, parándose ante su compañero—, estoy decidido a marcharme a otro ejército. Me iré con Palarea, con Duran, con Chaleco, con el demonio, menos con don Juan Martín.

—Y yo. Me creería digno de estar envuelto en trapos, como el Empecinadillo, y de pedir la teta al entrar en un pueblo, si sufriera más tiempo la humillación de servir sin pagas, sin ascensos, sin botín, sin remuneración ni provecho alguno.

—El corazón de manteca de nuestro jefe me obligará a abandonarle—dijo Trijueque—. Así no se puede seguir la guerra. Entre él y don Vicente Sardina están haciendo todo lo posible para que

el mejor día nos cojan los franceses y den buena cuenta de nosotros.

—Ya lo estoy viendo. Y acá para entre los dos, señor Antón—dijo con rencoroso acento Albuín—, ¿no es un escándalo que mientras nos recomienda la humildad, él acepta el grado de brigadier, y mientras nos tiene en la última miseria, él está amontonando...?

Mosén Antón puso todo su espíritu en ojos y oídos para atender mejor.

—Amontonando, sí—continuó don Saturnino, que accionaba con la mano manca—. Eso bien claro se ve. Pues qué, ¿todo el dinero que se recoge y que él manda entregar a la Junta de Guadalajara va a su destino? ¡Patarata! Mucho gimoteo y mucho decir que no tiene camisa; pero la verdad es que buenos sacos de onzas manda a Fuentecén y a Castrillo. ¡Señor Trijueque, están jugando con nosotros, están comerciando con nuestro trabajo y nuestro valor, nos están chupando la sangre, compañeros! Ellos, él, mejor dicho, se atiborra los bolsillos, y nuestros niños, digo, mis hijos, no tienen zapatos.

Mosén Antón, sin responder nada, dió media vuelta, siguiendo en su inquieto pasear.

—Yo supongo—dijo el Manco—que usted tiene las mismas quejas que yo... Yo supongo que el insigne mosén Antón, terror de la Francia y del rey José, no tendrá un cuarto en el arca de su casa ni en el bolsillo de los calzones.

Trijueque paróse ante el Manco, y, metiendo ambas manos en las respectivas faltriqueras del calzón, volviolas del revés, mostrando su limpieza de todo, menos de migas de pan, de pedazos de nuez y otras muestras de sobriedad. Tomando las puntas de las faltriqueras y estirándolas y sacudiéndolas, habló así, con cavernoso y terrorífico acento:

—Mis bolsillos están vacíos y limpios, como mis manos, que jamás han robado nada. Lo mismo está y estará toda la vida el arca de mi casa, donde jamás entra otra cosa que el diezmo y el pie del altar. Pobre soy, desnudo nací, desnudo me hallo. Para nada quiero las riquezas, señor don Saturnino. Sepa usted que no es la vaciedad y limpieza de estas faltriqueras lo que me contrista y enfada; sepa usted que para nada quiero el dinero; sepa usted que se lo regalo todo a don Juan Martín, a don

Vicente Sardina y demás hombres de su laya; sepa que yo no pido cuartos: lo que pido es sangre, sí, señor, ¡sangre, sangre!

Yo estaba luchando con el sopor al oír este diálogo, y en el desvanecimiento propio de los crepúsculos del sueño retumbaba en mis oídos con lúgubre eco la palabra «sangre», pronunciada por aquel gigante negro, cuyo aspecto temeroso habría infundido miedo al ánimo más denodado.

—¡Sangre!—repitió Albuín, fijando los ojos en el suelo y un poco desconcertado al ver que las ideas de mosén Antón no respondían de un modo preciso a sus propias ideas—. Bastante se derrama.

—¡Me reviento en el Iscariote!—prosiguió el cura, soltando los bolsillos, que quedaron colgando fuera como dos nuevas extremidades de su persona—. Don Juan Martín y don Vicente Sardina están de algún tiempo a esta parte por las blanduras; no quieren que se fusile a nadie, ni aun a los franceses; no quieren que se pegue fuego a los pueblos ni que se extermine la maldita traición ni el pícaro afrancesamiento donde quiera que se le encuentre.

Albuín miró a su colega, y, después de una pausa, dijo con frialdad:

—Sí, es preciso castigar a los pueblos.

—¡Cómo castigar! Yo les quitaría de en medio, que es lo más seguro. De algún tiempo a esta parte, desde que don Juan Martín ha dado en el hipo de mirar a los pueblos, éstos favorecen a los franceses. ¿No lo está usted viendo, señor don Saturnino? Los enemigos mandan comisionados secretos a estos lugares de la Alcarria; reparten dinero, se congradan con los aldeanos, y de aquí que el enemigo encuentra siempre que comer, y nosotros no. Toda esta tierra está llena de espías. No hay más que un medio para manejar a tan vil canalla. ¿Se coge a un pastor de cabras? Fusilado. Así no irá con el cuento. ¿Llegamos a un pueblo? A ver: vengan acá los más talluditos del lugar, los de más viso, el alcalde, si lo hay... Cuatro tiros, y se acabó. ¿Se encuentran en tal punto algunos hombres útiles que no han tomado las armas? Pues a diezmarlos o quintarlos, según su número, y no se hable más del asunto... No se hace esto, bien sabe usted por qué. Los pue-

blos se ríen de nosotros..., entramos como salimos, y salimos como entramos... Los destacamentos franceses recorren tranquilos todo el país, agasajados por los alcarreños... ¡Cuando uno piensa que todo esto se podría remediar con un poco de pólvora...! ¡Sí, y habrá bobos que crean que de tal manera vamos a traer a don Fernando Séptimo...! Por este camino, señor don Saturnino, tendremos pronto que ir a besarle la zapatilla a José Botellas.

Dijo esto último en tono de burla y sonriendo, lo cual producía una revolución en su fisonomía, y gran sorpresa en los espectadores, pues el desquiciamiento de sus quijadas y la aparición inesperada de sus dientes eran fenómeno que rara vez turbaban la armonía de la creación en el orden físico. Terminó para mí la conversación en aquella sonrisa del ogro, porque me vencía paulatinamente el sueño, y, al fin, sumergíme en el océano de las oscuridades y del silencio, donde se me apareció de nuevo más terrible, más siniestra que en el mundo real, la inverosímil sonrisa de mosén Antón.

—¿Adónde vamos?—pregunte en la mañana siguiente al señor Viriato, viendo que la partida se disponía a marchar a toda prisa.

—Vamos a donde nos quieran llevar—repuso—. Parece que iremos hacia Molina. ¡Hermosa vida es ésta, amigo don Gabriel! Si durara siempre, debería uno estar satisfecho de ser español. Somos la gente más valerosa y guerrera del mundo. ¿Para qué queremos más? Es una brutalidad estarse matando delante de un telar de lana, como los tejedores de Guadalajara, o hacer rayas en la tierra con el arado, como los labriegos de la campiña de Alcalá. ¿No es mucho mejor esta vida? Se come lo que se encuentra. Dios, que da de comer a los pájaros, no deja perecer de hambre al guerrillero.

Echóme este discurso el señor Viriato, mientras el señor don Pelayo, que no había podido pasar de asistente, ensillaba el caballo de don Vicente Sardina y del propio Viriato. Llegó a la sazón el buen Cid Campeador repartiendo un poco de aguardiente, y nos dijo:

—Hay que tomar bríos, porque la jornada será larga. Dicen que vamos hacia Molina.

—El general—dijo la señá Damiana Fernández, que apareció pegándose en las faldas un remiendo arrancado a los abrigos del Empecinadillo—quiere que vayamos a un punto; mosén Antón quiere que vayamos a otro punto, y don Saturnino a otro punto. Son tres puntos distintos. Hace un rato estaban los tres disputando, y los gritos se oían desde la plaza.

—De la discusión brota la luz—dijo Viriato con socarronería—, y el error o la verdad, señá Damiana, no se descubren sino pasándolos por la piedra de toque de las controversias.

—Antes estaban a partir un piñón—dijo don Pelayo, dando la última mano al enjaezado—, y lo que decía y mandaba el general era el santo Evangelio.

—Ahora cada cual tira por su lado—indico el Cid Ruy-Díaz—, y los grandes capitanes de esta partida obedecen a regañadientes las órdenes del general.

La señá Damiana acercóse más al grupo, y, apoyándose en la grupa del caballo, con voz misteriosa, habló así:

—Muchachos, mosén Antón dijo ayer al señor Santurrias que se marcharía de la partida porque don Juan Martín es un acá y un allá.

—Señá Damiana—indicó Viriato—, las leyes militares castigan al soldado que critica la conducta de sus jefes. Si sigue vucencia faltando a las leyes militares, se lo diré al general para que acuerde lo conveniente.

—Señor Viriato de mil cuernos—repuso la mujer—, yo le contaré al general que vucencia estaba ayer hablando pestes de él y diciendo que con las fajas y cruces y entorchados se ha convertido en una madama.

—Señá Damiana, por curiosear y meter el hocico en las conversaciones de los hombres, yo condenaría a vucencia a recibir cincuenta palos. Las hembras, a poner el puchero y a remendar la ropa.

—¡Si creerán que me dejo acoquinar por un sopista hambrón!—dijo la guerrillera, apartándose del grupo y tomando una actitud tan académica como amenazadora—. Aquí le espero, y verá que sirvo para algo más que para limpiarle el mugre de la sotana.

Se me figura que Viriato tuvo miedo. Lo cierto es que contempló de lejos los puños de la militar, y, tomando el lance a risa, exclamó:

—¡Bien dice San Bernardo que la mujer es el horno del diablo! ¡Bien dice San Gregorio, ese fénix de las escuelas, señores, que la mujer tiene el veneno del áspid y la malicia del dragón! Señá Damiana, baje esos brazos, abra esos puños y desarme esa cólera, que aquí todos somos amigos, y no hemos de reñir por vocablo de más o de menos.

Un personaje en quien no habíamos fijado la atención terció de improviso en la disputa. Era el Crudo, hombre temible, fornido, bárbaro, de apariencia más que medianamente aterradora, pero de carácter noble, leal, franco y generoso, el cual, alzando la voz ante el concurso de estudiantes, les apostrofó así:

—Ya sé que ustedes son los que andan por ahí metiendo cizaña contra el general... El general lo sabe y va a hacer un escarmiento... Bien dije yo que los estudiantes y las mujeres no servirían más que para enredijos. En la partida hay traición, en la partida se trama alguna picardía. Ya parecerán los gordos; pero en el ínterin yo les advierto a los estudiantillos sin vergüenza que, si les oigo decir una sola palabra que ofenda a nuestro querido general don Juan Martín, los cojo y los despachurro.

Hizo un gesto tan elocuente, que los claros varones a quienes iba dirigida la filípica tuvieron a bien callarse, fijando en el suelo sus abatidos ojos.

Poco después marchábamos hacia las alturas de Canredondo, donde se nos unió la división del Orejitas. Este y don Vicente Sardina siguieron la dirección de Huerta Hernando y la de Olmeda, mientras el general en jefe, con don Saturnino Albuín y casi toda la caballería, se acercaba a la raya de Aragón por Sierra Ministra. No hallamos franceses en nuestro camino, ni tampoco gran abundancia de comestibles, pues los pueblos de aquella tierra habían dado ya a uno y otro ejército lo poco que tenían.

Al llegar cerca de Molina, conocimos que se nos llevaba a poner sitio a aquella histórica ciudad, guarnecida y fortificada entonces por los franceses. Ocupamos los lugares de Corduente, Ventosa, Cañizares y, pasando el río Gallo por Castilnuevo, cortamos el camino de Teruel y el de Daroca; por donde se temía que vinieran tropas enemigas en auxilio de la ciudad bloqueada. A los

mios y a mí, con otras fuerzas que mandaba Trijueque, nos tocó esta última posición, la más arriesgada y difícil de todas por lo que después hubimos de ver. Durante algunos días encerramos a los franceses dentro de la plaza, sin permitir que les entrara cosa alguna. No podían hostilizarnos por ser pocos en número; pero nuestro gran peligro estaba en las fuerzas que esperábamos viniesen de Daroca.

Felizmente, el general en jefe había previsto todo, y sabedor por sus espías de la salida de tres mil quinientos hombres de Daroca, abandonó la sierra para bajar al camino. Fué el veintiséis de septiembre cuando sostuvimos en Cuvillejos una de las acciones más reñidas y sangrientas de aquel período. Venían mandados los franceses por el jefe de brigada Mazuquelli, y traían cuatrocientos caballos y cuatro piezas de artillería, y si en el número no nos llevaban gran ventaja, teníanla, sí, como es fácil de comprender, en la organización. Don Saturnino ocupó las alturas de Rueda en cuanto se tuvo noticia segura de la aproximación del francés, y don Vicente Sardina nos escalonó entre Anchuelas y Cuvillejos. Según su costumbre, venían los imperiales desprevenidos, con aquella fatua confianza que tanto los perjudicaba; pero bien pronto los sacamos de su distracción, cayendo sobre ellos con el empuje propio de guerrilleros españoles que tienen de su parte la elección de sitio y hora, y el abrigo del terreno, con posición favorable y retirada segura.

No cansaré a mis lectores describiéndoles con minuciosidad aquella batalla, no mal dirigida por una parte y otra. Fué de las mas encarnizadas que he visto, y nos hallamos más de una vez seriamente comprometidos. En una carga que nos dieron, no sé qué hubiera sido de la división del Crudo, donde yo iba, si mosén Antón, desplegando aquel arrojo fabuloso e inverosímil de que sabía dar tan extraordinarias pruebas, no contuviese a los débiles, y reunido a los dispersos, e impedido el desorden. Sublime y brutal, aquel monstruo del Apocalipsis arrojose en medio del fuego.

Brincó el descomunal caballo sobre el suelo, brincó el jinete sobre la silla, y ambos, inflamados en la pasión de la guerra, se lanzaron con deliciosa fruición

en la atmósfera del peligro. El brazo derecho del clérigo, armado de sable, era un brazo exterminador que no caía sino para mandar un alma al otro mundo. Detrás de él, ¿quién podía ser cobarde? Su horrible presencia infundía pánico a los contrarios, los cuales ignoraban a qué casta de animales pertenecía aquel gigante negro, que parecía dotado de alas para volar, de garras para herir y de incomprensible flúido magnético para desconcertar. Un tigre que tomara humana forma no sería de otra manera que como era mosén Antón.

Por otro lado, don Saturnino y el Empecinado tuvieron que hacer grandes esfuerzos para aguantar el empuje de los franceses, y aunque, al fin, logramos derrotarlos, obligándolos a volverse hacia Daroca, tuvimos muchas y sensibles pérdidas. El campo estaba sembrado de muertos y heridos de una y otra nación. Afortunadamente para nosotros, los franceses, al retirarse, no habían podido salvar sus bagajes, y en ellos halló nuestra hambre con qué satisfacerse, y los heridos, algún remedio. Pero no se nos permitió largo descanso, ni tampoco auxiliar con calma a los que lo habían menester, y poco después de la victoria, la partida emprendió la persecución del enemigo derrotado.

IX

Los carros de que dispusimos se llenaron de heridos amontonados con desorden, y una pequeña fuerza rezagada se encargó de custodiarlos, dejándolos en los pueblos del tránsito. Los demás nos pusimos en marcha. Albuín iba de vanguardia, mortificando a los fugitivos a lo largo del camino de Yunta, y mosén Antón, obligado a marchar a retaguardia, bramaba de ira, por considerar su papel un poco deslucido en aquella expedición.

En las aldeas por donde pasamos tuvimos ocasión de presenciar escenas tris-tísimas, pero que eran inevitables en aquella cruel guerra. Los habitantes del país cometían mil desafueros y crueldades con los franceses rezagados, bien ahorcándolos, bien arrojándolos vivos a los pozos. Por una parte, los impulsaba a esto su odio a los extranjeros, y por otra, el deseo de congraciarse con los

guerrilleros que venían detrás y evitar de este modo que se los tachase de afectos al enemigo.

Más allá de Odón, nos cogió la noche, y Sardina, permitiéndose descansar en un ventorrillo que a la entrada del lugar estaba, juntó alrededor de su mesa a cuatro o cinco oficiales, entre los cuales tuve el honor de encontrarme. Tratábase de ver qué gusto tenía una torta y un zaque de vino aragonés, ofrecidos al jefe por unos honrados labriegos de Odón. Sardina, dando rienda suelta a su humor festivo, reía de todo: de los franceses, de los empecinados, del pastel y del vino, que eran de lo peor. Mosén Antón golpeaba con la palma de su manaza la mesa, alzándose el gorro hasta la corona, para calárselo después hasta las cejas, escupía, hablaba palabras no entendidas, hasta que, interpelado bruscamente por su jefe, se expresó de este modo:

—Ya veo claro que se desea deslucirnos.

—¿Cómo deslucirnos?

—Esta división debió marchar delante, picando la retaguardia a los franceses—vociferó Trijueque, echando fuera del cráneo casi todo el globo de los ojos—. Usted no ve estas cosas; usted tiene una frescura, una pachorra... Si yo fuera jefe de la división, al ver que me dejaban a retaguardia, con intento manifiesto de deslucirme y oscurecerme, habría roto la espada y retirádome de este ejército.

—Querido Antón—dijo don Vicente con bondad—, todos no pueden ir a vanguardia, y esto de ir en los cuartos traseros del ejército nos sirve de descanso.

—¡Descanso!—repuso el clérigo desdenosamente—. ¡Que no he de oír en esa boca otra palabra!

—Si pensará el buen cura de Botorrita que todos somos de hierro, como su reverencia.

—Lo que digo—gritó el clérigo, dando sobre la mesa tan fuerte puñada, que el inválido mueble estuvo a punto de acabar sus días—es que si yo hubiera marchado delante, con el Crudo y Orejitas, como era natural y como lo indiqué a Juan Martín, al fin de la batalla, los franceses habrían dejado la mitad de su gente entre las casas de Yunta. Pero ya..., desde que Juan Martín se ha llenado de cruces y fajas, de galones y

entorchados, como un generalote de los de Madrid, no nos permite que nosotros, los pobres guerrilleros harapientos y sin nombre, hagamos cosa alguna que sueñe y sea llevada por la fama desde un cabo a otro de la Península. Para nosotros no trompetean los diarios de Cádiz; para nosotros no hay donativos ni suscripciones; nuestros humildes nombres no figuran en la *Gaceta*, ni por nosotros van las damas pidiendo de puerta en puerta, ni nadie dice: «Las hazañas de mosén Antón, las hazañas de Sardina», porque Sardina, y Antón, y Orejitas son tres almas de cántaro que han matado muchos franceses, pero que no se alaban a sí mismos, ni se ponen cintajos, ni tienen orgullo, ni tratan de humillar a los subalternos, ni echan sobre los demás la fatiga y sobre sí propios la gloria.

Púsose serio el jefe, y volviéndose a su segundo, con las manos apoyadas en la cintura, fruncido el ceño y haciendo repetidas insinuaciones afirmativas con la pesada cabeza, le dijo:

—Ya son muchas con ésta las veces que ha dicho mosén Antón, delante de mí, palabras ofensivas a nuestro general, y, francamente, amigo, me va cargando. Mosén Antón, usted no está contento en la partida, lo conozco; usted se cree humillado, postergado y ofendido... ¡Pues largo el camino. Aquí no se quiere gente descontenta.

—Sí; me marcharé, me marcharé—dijo el clérigo, trémulo de ira—. ¡Si lo que quieren es que me marche! No saben cómo echarme. No me gusta estorbar, señor don Vicente. Ya sé que no sirvo más que para decir misa; otros hay en la partida más valientes que yo, más guerreros que yo. ¿De qué sirve este pobre clérigo?

—Nadie ha desconocido sus servicios; todos reconocen el gran mérito de mosén Antón, y principalmente el general le tiene en gran estima y le aprecia más que a ningún otro de la partida.

—Menos cuando se dan al pobre clérigo los puestos más desairados; menos cuando se le niega confianza, no permitiéndole que mande un cuerpo de ejército; menos cuando se adoptan todos los pareceres distintos del suyo para empuñecerle. Mosén Antón es un desgraciado, un botarate, un loco, un díscolo y un impertinente. Verdad es que mo-

sén Antón suele acertar en los movimientos que dirige; verdad es que sin mosén Antón no se hubiera ganado la batalla de Fuentecén, ni la del Casar de Talamanca, ni se hubiera entrado en la Casa de Campo de Madrid; verdad es que sin mosén Antón no se hubiera desbaratado el ejército del general Hugo... Pero esto no vale nada. Mosén Antón es un pobre hombre, un envidioso, como dicen por ahí; un revoltoso que ha sembrado discordias en la partida... ¡Váyase mosén Antón con mil demonios!... ¡Qué holgada se quedará la partida cuando el clerigote pendenciero se marche lejos de ella!

—Verdaderamente—repuso Sardina con calma—, no falta razón para acusar a usted de discolo, revoltoso, intratable e impertinente. Pero, hombre de Dios, ¿qué quiere usted? Pida por esa boca. No quisiera morirme sin ver a mi segundo satisfecho y contento siquiera un minuto.

—No pido ni quiero nada—dijo el guerrillero, levantándose con tan poco cuidado, que sus rodillas, al pasar del ángulo a la línea recta, dieron a la mesa un fuerte golpe, que la arrojó al suelo con platos y vasos.

—Hombre de Dios...—exclamó Sardina—. Otra vez, cuando se desdoble, ponga más cuidado... Nos ha dejado a medio comer. Ya se ve...: para él, todo esto del condumio es superfluo. Yo creo que mi jefe de Estado Mayor se alimenta con paja y cebada. Maldito sea él y sus cuatro patas.

Mosén Antón se había retirado sin oír más razones, y Sardina y los que le acompañábamos emprendimos también la marcha.

Mi inmediato jefe, hombre bondadosísimo y de excelente corazón, como habrán observado mis lectores, habíase aficionado a mi compañía y trato, y me distinguía y obsequiaba tanto, que me proporcionó un caballo para que a todas horas fuese a su lado. Sus bondades conmigo eran talés, que me recomendaba al Empecinado con desmedido interés y hacía de mí delante del general elogios tan inmerecidos, que, sin duda, debí a su mediación los grados que obtuve después de aquella campaña.

Cuando nos pusimos de nuevo en marcha, me dijo, señalando a mosén Antón, que iba a regular distancia de nosotros:

—Este clerigote es oro como militar; pero como hombre no vale una pieza de cobre. Parece mentira que Dios haya puesto en un alma cualidades tan eminentes y defectos tan enormes. No dudo en afirmar que es el primer estratégico del siglo. En valor personal no hay que poner a su lado a Hernán Cortés, al Cid ni a otros niños de teta. Pero en mosén Antón, la envidia es colosal, como todo lo de este hombre: cuerpo y alma. Su orgullo no es inferior a su envidia, y ambas pasiones igualan las inconmensurables magnitudes de su genio militar, tan grande como el de Bonaparte.

Contesté a Sardina que ya había formado yo del citado personaje juicio parecido, e indiqué también mis observaciones respecto a los síntomas de discordia que había notado en varios de la partida, a lo cual repuso:

—Esa mala hierba de las murmuraciones, de los disgustos y desconfianzas hanlas sembrado Trijueque y don Saturnino, que también es hombre discolo, aunque muy valiente.

Llegóse a nosotros el señor Viriato, rogando al jefe que le permitiera catar de un repuesto de aguardiente que detrás conducían en rellenos barriletes dos cantineros, a lo cual le contestó Sardina que avivase el andar y entraría en calor sin acudir a irritativas libaciones. El estudiantillo le contestó con aquella máxima latina:

Si Aristóteles supiera
aliquid de cantimploris,
de seguro no dijera
motus est causa caloris.

Dió permiso Sardina para echar un trago a él y al señor Cid Campeador, y después sonó el guitarrillo que uno de ellos llevaba.

—Estamos rodeados de canalla—me dijo don Vicente—. Los ejércitos donde ingresa todo el que quiere tienen ese inconveniente. La canalla, amigo mío, capaz es en ocasiones de grandes cosas, y hasta puede salvar a las naciones; pero no debe fiarse mucho de ella, ni esperar grandes bienes, una vez que le ha pasado el primer impulso, casi siempre generoso. Eso lo estamos viendo aquí. Creo que el gran beneficio producido con la insurrección y valentías de toda esa gente que acaudillamos toca a su fin, porque, pasado cierto tiempo, ella misma se

cansa del bien obrar, de la obediencia, de la disciplina, y asoma la oreja de su rusticidad tras la piel del patriotismo. Gran parte de estos guerrilleros, movidos son de noble sentimiento de amor a la patria; pero muchos están aquí porque les gusta esta vida vagabunda, aventurera, y en la cual aparece la fortuna detrás del peligro. Son sobrios, se alimentan con poco y no gustan de trabajar. Yo creo que si la guerra durase largo tiempo, costaría mucho obligarles a volver a sus faenas ordinarias. El andar a tiros por montes y breñas es una afición que tienen en la masa de la sangre y que mamaron con la leche.

—¿Tiene usted razón—le respondí—, y estas discordias y rivalidades que van saliendo en la partida prueban que tales cuerpos de ejército, formados por gente llegadiza, no pueden existir mucho tiempo.

Sardina, conforme con mi parecer, añadió:

—Por mi parte, deseo que se acabe la guerra. Yo tomé las armas movido por un sentimiento vivísimo de odio a los invasores de la patria. Soy de Valdeaveruelo; dióme el cielo abundante hacienda; heredé de mis abuelos un nombre, si no retumbante, honrado y respetado en todo el país, y vivía en el seno de una familia modesta, cuidando mis tierras, educando a mis hijos y haciendo todo el bien que en mi mano estaba. Mi anciano padre, retirado del trabajo y atención de la casa por su mucha edad, había puesto todo a mi cuidado. La paz, la felicidad de mi hogar fué turbada por esas hordas de salvajes franceses que en mal hora vinieron a España, y todo concluyó para mí en julio de mil ochocientos ocho, cuando se apoderaron del pueblo... Es el caso que yo volvía muy tranquilo del mercado de Meco, cuando me anunciaron que mi buen padre había sido asesinado por los gabachos, saqueada mi casa, incendiadas mis paneras... Aquí tiene usted la explicación de mi ingreso en la partida. Dijéronme que mi compadre Juan Martín andaba cazando franceses... Cogí mi trabuco y juntéme a él... Hemos organizado entre los dos esta gran partida, que ya es un ejército... Hemos dado batallas a los fraileses, nos hemos cubierto de gloria...; pero, ¡ay!, él y yo no ambicionamos honores, ni grados, ni riquezas,

y sólo deseamos la paz, la felicidad de la patria, la concordia entre todos los españoles, para que nos sea lícito volver a nuestra labranza y al trabajo honrado y humilde de los campos, que es la mayor y la única delicia de la tierra. Otros desean la guerra eterna, porque así cuadra a su natural inquieto, y me temo que éstos sean los más, lo cual me hace creer que, aun después de vencidos los franceses, todavía tendremos para un ratito.

—Pues yo—repuse—, aunque no tengo bienes de fortuna, ni nombre, ni porvenir alguno fuera de la carrera de las armas, siento muy poca afición a este género de existencia; y deseo que se acabe la guerra para pedir mi licencia y buscar la vida por camino más de mi gusto.

—¿Quiere usted hacerse labrador? Yo le dare tierras en arriendo—me dijo con bondad—, perdonándole el canon por dos o tres años. ¿Estamos en ello, amigo?

—Reciba usted un millón de gracias, dadas con el corazón, no con la boca—le dije—. Si alguna vez me hallo en el caso de utilizar, no esa generosidad, que es demasiado grande, sino otra más pequeña, no vacilaré en acudir a hombre tan bondadoso.

Don Juan Martín, luego que entramos en Aragón, tuvo a bien modificar el alto personal de su ejército. Encargó a Trijueque el mando del cuerpo que antes estaba a las ordenes de Sardina, y puso a las de Albuín otra división, nombrando al don Vicente jefe de Estado Mayor General de todo el ejército. De este modo quiso el jefe contentar a todos, principalmente al clérigo, cuya grande iniciativa militar necesitaba en verdad un mando de relativa independencia en que manifestarse. Yo me quedé en el cuartel general entre las tropas que el mismo Empecinado tenía a sus inmediatas órdenes.

Fuimos persiguiendo a los franceses hasta el mismo Daroca. Refugiados allí los restos de la destrozada división de Mazuquelli, dejamos aquella villa a nuestra derecha, y marchamos en dirección a la Almunia, también ocupada por el enemigo y destinada también por don Juan Martín a padecer un bloqueo riguroso y tal vez un asalto. Hicimos marchas inverosímiles por Villafeliche.

con objeto de caer de improviso sobre la villa, antes que desde Zaragoza se le enviase auxilio, y nuestra correría fabulosa ponía en gran turbación a los franceses de Aragón, que nos suponían en Molina, y a los de Guadalajara, que nos creían en la sierra, desbaratados por Mazuquelli. Eramos como la tempestad, que no se sabe dónde va a caer ni es vista sino cuando ya ha caído.

El sitio de la Almunia duró bastantes días, y la guarnición tuvo que entregarse, después que derrotamos a la columna enviada desde Zaragoza en socorro de aquélla. Los franceses, buenos para una embestida, son la peor gente del mundo para defender plazas, porque carecen de constancia y de aquel tesón admirable que dispone las almas a la resistencia.

Con motivo de la nueva distribución dada a nuestras fuerzas; dejé por algún tiempo de tratar de cerca a mosén Antón, el cual desempeñó un gran papel en la acción del 7 de noviembre frente a los campos de la Almunia, y en la del 20 junto a Maymar. Después de estos sucesos, nos detuvimos algunos días en Ricla; cuando el ejército salió a operaciones, con intento de atacar a Borja y Alagón, quedó en aquella villa una corta fuerza, destinada a custodiar los prisioneros.

Comenzaba diciembre, cuando ocurrió un acontecimiento no mencionado por la Historia, pero que yo contaré, por haber sido de suma trascendencia en el ejército empecinado y de gran influjo en el porvenir de aquellas rudas partidas de campesinos. Habiendo dispuesto el general el sitio de Borja, envió allá a Orejitas por Tabuena, mientras Albuín se situaba en Matanquilla observando las tropas enemigas que vinieran de Calatayud. Don Juan Martín, que se hallaba solo con algunas fuerzas en Alfamén, mandó que viniera a unírsele mosén Antón.

Por no acudir a tiempo el maldito clérigo, nos vimos en gran aprieto con la embestida inesperada que nos dieron los lanceros polacos, y a fe que si entonces no hubo milagro, poco faltó sin duda. Casi nos sorprendieron, y si nos salvamos y aun vencimos en encuentro tan formidable, fué porque el general, jamás acobardado ni aturdido, tuvo serenidad admirable, y decidiéndose a tomar la

ofensiva, dispuso sus escasas fuerzas de modo que pareciese tenerlas muy grandes en el inmediato pueblo. Salvónos la sangre fría primero, y después el arrojo sublime de don Juan Martín, con la práctica de las veteranas y escogidas tropas de caballería que mandaba. Concluida la acción, y cuando se retiraron los polacos, sin que pudiéramos perseguirlos, el héroe estaba furioso, y dijo a Sardina:

—De esto tiene la culpa mosén Antón. Los polacos no nos han frito porque no estaba de Dios. Ya tengo atravesado en el gañote a ese maldito clérigo, y me las ha de pagar todas juntas.

—Mosén Antón—dijo Sardina, queriendo disculpar al que había sido su subalterno—tal vez no haya podido acudir a tiempo.

—¿Que no ha podido?... ¡Condenado le vea yo!... Ahora dirá que no sabía. Si mosén Antón estaba en Mesones, como le mandé, los polacos debieron pasarle por delante de las narices... Si no estaba ni está en Mesones, ¿por qué no vino? Trijueque me está abrasando las *asaúras*, y ya no puedo con él... Trijueque ha visto a los polacos, y en lugar de correr a auxiliarme se ha ido por otro lado, gozándose con la idea de que me derrotarían... ¡Críe usted cuervos, santo Dios bendito!... Ha tiempo que estoy viendo en la envidia de ese renegado un peligro para este ejército; pero he aguantado por el decir, porque no digan... pues...; pero ya se acabó el aguante... ¡Mil demonios! De mí no se ríe nadie.

Acabóse de poner al día siguiente don Juan Martín en punta de caramelo con la llegada de un emisario de Orejitas, que anunciaba haber levantado el sitio de Borja ante la presencia de una fuerte columna enemiga. El guerrillero echaba la culpa de esta contrariedad a mosén Antón, que, en vez de unírsele, había tomado la dirección de Tabuena, sin que nadie supiese con qué fin.

X

Dábase a todos los demonios el general en jefe, cuando llegó otro correo de don Saturnino Albuín diciendo que juntos éste y mosén Antón Trijueque ha-

bían ganado una gran victoria en Calcena, matando setenta franceses.

—Váyase lo uno por lo otro—dijo el Empecinado—. Ya sabía yo que la mano derecha de don Saturnino había de dar algún porrazo bueno por ahí... Pero se ha levantado el sitio de Borja, y eso no me gusta. Señor don Vicente, entre Albuín y Trijueque se proponen hacerme pasar por un monigote... Que ganen batallas enhorabuena; pero sin echarme abajo mis planes, porque yo tengo mis planes, y mis planes son atacar a Borja, y después a Alagón, para obligarlos a que saquen tropas de Zaragoza... Pero vamos, vamos a Calcena a ver qué victoria ha sido ésa. Esos dos guerrilleros de Barrabás merecen al mismo tiempo la faja de generales por su bravura, y cincuenta palos por su desobediencia. En marcha.

Al llegar a Calcena, después de medio día de marcha, advertí que el general era recibido por la tropa con alguna frialdad. Parte del pueblo ardía, y los desgraciados habitantes, más cariñosos con don Juan Martín que su misma tropa, salían al encuentro de éste, suplicándole pusiese fin al incendio y al saqueo. Una mujer furiosa adelantóse por entre los caballos, y deteniendo enérgicamente por la brida el del general, exclamó, más bien rugiendo que hablando:

—¡Juan Martín, justicia! ¿Te has alzado en armas contra España o contra Francia?

—¿Es señá Soleá?... La misma. La amiga de mi mujer... Señá Soleá, ¿qué le pasa a usted?

—Juanillo, Juanillo, ¿mandas soldados o bandoleros? ¡Malos rayos del Cielo te partan! Nos saquearon los franceses anoche, y esta mañana nos han saqueado los tuyos... ¿Qué cuadrillas de tigres carniceros son estas que traes contigo?

—Veré lo que pasa—dijo el general, frunciendo el ceño.

—Juanillo, después que eres general, ya no se te puede hablar de tú—añadió la mujer, cuya fisonomía revelaba el mayor espanto—. Yo te conocí guardando guarros de tu padre, el tío Juan... Yo conocí a la seña Lucía Díez, tu madre... Si no nos haces justicia, iremos a decirle a doña Catalina Fuente que eres un asesino... Juanillo, esta mañana

han fusilado a mi marido porque no les quiso dar unos pocos pesos duros que teníamos envueltos en un pañuelo.

Oyóse una fuerte detonación.

—Trijueque está haciendo de las suyas—dijo el Empecinado, rompiendo a caballo por entre la multitud.

—No es nada, señores—indicó Santurrias, que con su niño en brazos apareció, mostrándonos su abominable sonrisa—. Es que están fusilando a los picaros franceses prisioneros, que nos hicieron fuego desde la casa del alcalde.

El vencidario clamaba a grito herido. Don Juan Martín, haciendo valer al instante su autoridad, penetró en la plaza, entró en la casa del Ayuntamiento e hizo llamar a su presencia a los dos cabecillas Albuín y Trijueque. No tardó éste en presentarse. Su rostro, ennegrecido por la pólvora, era el rostro de un verdadero demonio. El júbilo del triunfo mostrábase en él con una inquietud de cuerpo y un temblor de voz que le hubieran hecho risible si no fuera espantoso. Sin aguardar a que el general hablase, tomó él la palabra, y atropelladamente dijo:

—¡He derrotado a mil quinientos franceses con sólo ochocientos hombres!... ¡Bonito día!... ¡Viva Fernando Séptimo!... ¡He cogido cuatrocientos prisioneros!... ¿Para qué se quieren prisioneros? Cuatrocientas bocas... Lo mejor es *plim, plum, plam*, y todo se acabó... Demonios al infierno.

Hacia ademán de llevarse el trabuco a la cara y cerraba el ojo izquierdo, haciendo con el derecho imaginaria puntería.

—Celebro la victoria—dijo con calma don Juan—; pero ¿por qué abandonaste a Orejitas?

—¡Oh!—exclamó con diabólica sonrisa el guerrillero—, ya sé que no doy gusto a los señores... Ya sabía que mi conducta no sería de tu agrado, Juan Martín... Mosén Antón Trijueque es un tonto, un loco, y no puede hacer más que desatinos... He ganado una batalla, la más importante batalla de esta campaña; pero ¿esto qué vale?... Es preciso anonadar y oscurecer a mosén Antón.

—Lo que vale y lo que no vale hartito lo sé—repuso el Empecinado, alzando la voz—. Respóndeme: ¿por qué no fuiste a ayudar a Orejitas? De mí no se ríe

nadie—y soltó, redondo, un atroz juramento—, y aquí no se ha de hacer sino lo que yo mando.

—Pues bien—dijo mosén Antón, haciendo con los brazos gestos más propios de molino de viento que de hombre—: abandoné a Orejitas porque el sitio de Borja me pareció un disparate, una barbaridad, que no se le ocurre ni a un recluta... Cuidado que es bonita estrategia... ¡Sitiar a Borja cuando los franceses andan otra vez por Calatayud! Perdone su majestad el gran Empecinado—añadió con abrumadora ironía—; pero yo no hago disparates ni me presto a planes ridículos.

—¿Redículos, llama *redículos* a mis planes?—exclamó don Juan, fuera de sí—. No esperaba tal coz de un hombre a quien saqué de la nada de su iglesia para hacerle coronel. ¡Coronel, señores!... Un hombre que no era más que cura... Trijueque—añadió, amenazándole con los puños—, de mí no se ríe ningún nacido, y menos un harto de paja y cebada como tú.

Mosén Antón púsose delante de su jefe y amigo; desgarró con sus crispadas manos la sotana que le cubría el pecho, y abriendo enormemente los ojos, ahuecando la temerosa voz, dijo:

—Juan Martín, aquí está mi pecho. Mándame fusilar, mándame fusilar porque he ganado una gran batalla sin consentimiento tuyo. Te he desobedecido porque me ha dado la gana, ¿lo oyes?, porque sirvo a España y a Fernando Séptimo, no a los franceses ni al rey Botellas. Manda que me fusilen ahora mismo, prontito, Juan Martín. ¿Crees que temo la muerte? Yo no temo la muerte ni cien muertes. ¡Me reviento en Judas! Yo no soy general de alfeñique; yo no quiero cruces, ni entorchados, ni bandas. El corazón guerrero de Trijueque no quiere más que la gloria y la muerte por España.

—Mosén Antón—dijo don Juan Martín—, tus bravatas y baladronadas me hacen reír. *Semos* amigos, y como amigo te sentaré la mano por haberme desobedecido. Además, ¿no tengo mandado que no se hagan carnicerías en los pueblos?...

—Este pueblo dió raciones a los franceses, y no nos las quería dar a nosotros. Los calceneros son afrancesados.

—Eres una *jiena* salvaje, Trijueque

—dijo cada vez más colérico—. Por ti nos aborrecen en los pueblos, y concluirán por alegrarse cuando entren los franceses.

—He fusilado a unos cuantos pillos afrancesados—replicó mosén Antón—. También hice mal, ¿no es verdad? Si este clérigo no puede hacer nada bueno, Juan Martín, fusíame por haber ganado una batalla sin tu consentimiento... Es mucha desobediencia la mía... Soy un pícaro... Pon un oficio a Cádiz diciéndole que mosén Antón está bueno para furriel y nada más.

—¡Silencio!—exclamó de súbito, con exaltado coraje, el Empecinado, sin fuerzas ya para conservar la serenidad ante la insolencia de su subalterno.

Y sacando el sable con amenazadora resolución, amenazó a Trijueque, repitiendo:

—¡Silencio, o aquí mismo te tiendo, canalla, deslenguado, embustero! ¿Crees que estoy envidioso como tú y que me muerdo las uñas cuando un compañero gana una batalla? Aquí mando yo, y tú, como los demás, bajarás la cabeza.

Mosén Antón calló, y sus ojos despidieron destellos de ira. Púsose verde, apretó los puños, pegó al cuerpo las volanderas extremidades, agachóse, apoyando la barba en el pecho, y de su garganta salió el ronquido de las fieras vencidas por la superioridad abrumadora del hombre. La autoridad de Juan Martín, el tradicional respeto que no se había extinguido en su alma, la presencia de los demás jefes y, sobre todo, la actitud terrible del general, pasaron sobre él, humillando su orgullo. El Empecinado envainó gallardamente el sable, y, acercándose a Trijueque, asió la solapa de su sotana u hopalanda y sacudióle con fuerza.

—A mí no se me amedrenta con palabras huecas ni con ese corpachón de camello. Harás lo que yo ordeno, pues soy hombre que manda dar cincuenta palos a un coronel. El que me quiera amigo, amigo me tendrá; el que me quiera jefe, jefe me tendrá, y no vengas aquí, jamelgo, con la pamema de que te fusilen. Yo no fusilo sino a los cobardes, ¿entiendes? A los valientes como tú, que no saben cumplir su obligación ni obedecen lo que mando, no los arreglo con balas, sino a bofetada limpia, ¿entiendes?, bofetada limpia... Co-

mo me faltes al respeto, yo no andaré con pamplinas ni gatuperios de oficios y órdenes, sino te rompo a puñetazos esa cara de caballo.... ¿estás?... Vamos, cada uno a su puesto. Se acabaron los fusilamientos. Celebremos la batalla con una merienda, si hay de qué, y aquí no manda nadie más que yo, nadie más que yo.

Salió de la estancia mosén Antón cuando ya empezaba a oscurecer. La expresión de su cara no se distinguía bien.

Don Juan Martín salió también a recorrer el pueblo, que ofrecía un aspecto horroroso después del doble saqueo. En las calles veíanse hacinadas ropas y objetos de mediano valor que los soldados habían arrojado por las ventanas; los cofres, las arcas abiertas obstruían las puertas, y las familias, desoladas, recogían sus efectos o buscaban con afanosa inquietud a los niños perdidos. La plaza estaba llena de cadáveres, la mayor parte franceses, algunos españoles, y por todas partes abundaban sangrientas y tristísimas señales de la infernal mano del más cruel y bárbaro de los guerrilleros de entonces. Por todas partes encontrábamos gentes llorosas que nos miraban con espanto y huían al vernos cerca. La tropa ocupaba el pueblo; los cantos de algunos soldados ebrios hacían erizar los cabellos de horror. Persistían otros en cometer tropelías en la persona y hacienda de aquellos infelices habitantes, y nos costó gran trabajo contenerlos.

De vuelta a la casa del Ayuntamiento, comimos con mayor regalo del que esperábamos: verdad es que los soldados de la división de Trijueque no habían dejado en las casas del pueblo ni un mendrugo de pan, ni una gallina, ni un chorizo, ni una fruta seca de las muchas y excelentes con cuya conservación se envanecía Calcena. La comida fué, sin embargo, triste. El general estaba pensativo, y Sardina, Albuín (que acababa de entrar), Orejitas y los ayudantes y amigos y protegidos de unos y otros, que los acompañábamos a la mesa, no decíamos una palabra. Aunque guerreros, todos estaban conmovidos, y el fúnebre clamor de la pobre villa asolada se repetía en nuestros corazones con ecos lastimeros.

Un hombre se presentó en la sala.

Era alto, enjuto, moreno, amarillento, de pelo entrecano y erizado como el de un cepillo; con los ojos saltones y vivarachos, fisonomía muy expresiva y continente grave y caballeresco, cual frecuentemente se nota en campesinos aragoneses. Al entrar buscó con la mirada una cara entre todas las caras presentes, y hallando, al fin, la del Empechinado, que era, sin duda, la que buscaba, dijo así:

—Ya te veo, Juanillo Martín. Cuesta trabajo encontrar la cara de un amigo debajo de la pompa y vania de un señor general como tú. ¿No me conoces?

—No, a, fe—respondió don Juan, examinándole.

—No es fácil—añadió éste con desdén—. No es fácil que un señor general conozca al tío Garrapinillos, que le llevaba en su mula desde Castrillo a Fuentecén y le compraba rosquillas en la venta del camino.

—¡Tío Garrapinillos de mi alma!—exclamó el general, extendiendo los brazos hacia el campesino—. ¿Quién te había de conocer hecho un hombre grave? Ven acá, amigo. Yo para ti no soy otro que Juanillo, el hijo de la señá Lucita. ¿Te acuerdas de cuando llevabas los títeres a la feria de Castrillo? ¿Y la mona que te ayudaba a ganar la vida?... Cuando era niño, yo te tenía por el primer personaje de España después del rey, y si yo hubiera tenido entonces en mi mano las Indias con todos sus *Perules*, los habría dado por los títeres y la mona. Pero siéntate y toma un bocado.

—No quiero comer—repuso Garrapinillos con dignidad—. Ya no hay nada de títeres ni de monas... Me establecí en este pueblo... Puse un bodegoncillo, y con él mi familia y yo íbamos matando el hambre.

—¿Qué familia tienes?

—Mujer y siete chiquillos. El mayor no llega a diez años.

—¡Hombre, te comerán vivo!

Garrapinillos exhaló un suspiro, y luego dijo, mirando al cielo:

—Juan Martín, ¿no sabes a qué vengo?

—No, si no me lo dices.

—Pues vengo a que me devuelvas lo que me han robado—clamó con violenta cólera el campesino, cerrando los puños y jurando y votando—. Si no, tú y

todos los tuyos se las verán conmigo, pues yo soy hombre que sabe defender el pan de sus hijos.

—¿Qué te han robado, Garrapinillos, y quién ha sido el ladrón?

—El ladrón—dijo el labriego, señalando con enérgico ademán a Albuín—es ése.

El Manco, que, a consecuencia del mucho comer y de las copiosas libaciones, dormitaba con la cabeza oculta entre los brazos y éstos apoyados sobre la mesa, despabilóse al instante, y miró a su acusador con ojos turbios y displicente expresión.

—Garrapinillos—manifestó don Juan Martín—, *pué* que te hayan sacado algún dinero, si los jefes impusieron contribución para sostenimiento de las tropas, porque la Junta no nos pagá y el ejército ha de vivir.

—Yo he pagado mis tributos siete veces en dos meses—contestó el reclamante—; yo he dado en aguardiente y en pan más de lo ganado en un mes. Esta mañana me pidieron doce pesos y los di, quedándome sólo con dos y medio.

—¿Y es eso lo que te han robado?

—No es eso, que es otra cosa—respondió, acompañando sus palabras con gestos vehementes—. Lo que me han robado es treinta y cuatro pesos que mi mujer tenía guardados en su arca... ¡Porra! Lo ganado en diez años, Juanillo. Mi mujer iba guardando, guardando, y decíamos: «*Pus* compraremos esto, *pus* compraremos lo otro...»

—¿Y dices que entró la tropa y abrió las arcas?

—Entró ése con otros dos, ése que nos está oyendo—declaró el robado, señalando otra vez a Albuín tan enérgicamente como si quisiera atravesarlo de parte a parte con su dedo índice—. ¡Ese tunante que no tiene más que una mano!

Albuín, después que a satisfacción observó a su acusador, se descoyuntó las quijadas en un largo bostezo, y volviendo a cruzar los brazos sobre la mesa, reclinó de nuevo sobre ellos la cabeza, creyendo, sin duda, que los gritos de aquel desgraciado no debían turbar las delicias de su modorra. El mirar turbio, el largo bostezo, el hundir la cabeza, le dieron apariencias de un perro soñoliento a quien la persona mordida insultara desde lejos sin poder hacerle comprender el lenguaje humano.

—Garrapinillos—dijo don Juan—, no se habla de ese modo de un coronel. Este señor es el valiente don Saturnino Albuín, a quien habrás oído nombrar. Su mano derecha es el terror de los franceses. Napoleón daría la mitad de su corona imperial por poder cortar esa mano.

—Y también los españoles—dijo el agraviado—. Que me devuelva mis treinta y cuatro pesos y le dejaré en paz. Si no, general Juanillo, te juro que le mato, le ensarto, le vacío, le desmondongo... A buen seguro que si yo hubiera estado en casa... Yo había salido a la calle en busca de dos de los chicos, que se salieron a ver fusilar franceses... Cuando volví, mi mujer me contó que ese señor general... (general será como mi abuelo), que ese señor Manco había entrado en casa pidiendo dinero; que había amenazado con fusilar hasta el gato si no se lo daban; que había roto las arcas, los cofres y vaciado la lana de los colchones para buscarlo... Casiana le dijo que no tenía nada; pero él busca que busca, dió con el calcetín... ¡Oh ánimas benditas!..., lo vació..., contó el dinero...

Al llegar aquí, el tío Garrapinillos, en cuya alma una extremada sensibilidad había sucedido al primitivo coraje, no pudo contener sus lágrimas; pero luego, conociendo sin duda que tales manifestaciones de un corazón lacerado no eran propias del caso, se las limpió como quien se quita telarañas del rostro, y, ahuecando la voz, habló así:

—Señor general Juanillo Martín, yo le digo a tu vucencia que le mato sin compasión como se mata a un perro, aunque sé que la tropa se echará sobre Garrapinillos para fusilarle, y Casiana se quedará viuda y mis siete hijos huérfanos... Pero le mato si no me da los treinta y cuatro pesos, que son toda mi hacienda.

—Garrapinillos—dijo don Juan Martín gravemente—, en campaña ocurren estas marimorenas, y tiene que haber mucho de esto que parece latrocinio y no es sino ley *nesorable* de la guerra, como dijo el otro. Es preciso sacrificarse por la patria y dar a cada uno su *óbaló*... Este pueblo dicen que agasaja al francés... Malo, malo... Pero, en fin, tío Garrapinillos, de mi bolsillo particular te doy los treinta y cuatro pesos.

Diciéndolo, el Empecinado echóse ma-

no a la faltriquera y sacó... una peseta.

—Yo creí que tenía más—dijo, contrariado—. ¡Eh!, señor Sardina, señor intendente del ejército...

Antes que esto fuera dicho, don Vicente me había mandado que, del cinto lleno de oro que por encargo suyo llevaba, sacase dos onzas. Hicelo así, y con dos duros que Sardina aprestó completóse la suma, que fué entregada a Garrapinillos.

—Gracias, Juan Martín—dijo éste, guardándose su metal—. Ya sabía yo que eras un caballero. Voy a hacer correr por el pueblo la voz de que tú devuelves lo robado, para que vengan el tío Pedro, el tío Somorjujo, la tía Nicolasa y don Norberto, que entre todos lo menos han dado un óbalo de mil pesos, como podrá atestiguar la mano derecha del que duerme... Con Dios, señores. Saben que los quiere el tío Garrapinillos, que vive en la esquina de la calle de la Landre, para lo que gusten mandar... ¡Vivan mil años estos valientes generales y viva Fernando Séptimo!... Y tú, Juanillo, deja mandado, si es que te vas..., ojalá no parezcáis más por aquí. Sabes que te quiero... Casiana siente no poder venir a besarte las manos... Está embarazada de ocho meses... Adiós... ¿Se marcha la tropa esta noche? Dios la lleve... Me voy a abrir la tienda a ver si se gana alguna cosa.

Salió Garrapinillos, y poco después Orejitas y otros jefes. El Empecinado mandó traer luces, y cuando las indecisas claridades de un velón iluminaron a medias la estancia, encendió un cigarro y dijo:

—Señor Sardina, jefe de Estado Mayor General y también intendente de este real ejército, vamos a recoger los fondos recaudados.

—Que me entreguen lo que se ha recogido en Calcena—repuso don Vicente—, y yo diré lo que se puede enviar a la Junta y lo que ha de quedarse en la caja del ejército para sus necesidades. Araceli, tome usted la pluma y apunte en ese papel lo que yo le diga.

Nos quedamos solos el general en jefe, don Vicente Sardina, dos oficiales que escribíamos y Albuín, que seguía durmiendo en la actitud antes descrita.

—¡Eh!, señor Manco—dijo Juan Martín, dejando caer la pesada mano sobre el hombro del durmiente—, despierte usted.

XI

Incorporóse don Saturnino, y después de restregarse perezosamente los párpados, vimos brillar sus ojos parduscos, en cuya pupila reverberaba con punto verdoso la macilenta luz de la lámpara.

—Si yo llego a descuidarme y no tomo las primeras casas del pueblo—dijo el Manco—, los franceses hubieran... Mosén Antón se metió por medio del batallón de ligeros, abrió en dos al comandante...

—A ver, venga ese dinero—dijo el Empecinado, cortando la relación de la batalla.

—¿Qué dinero?—preguntó Albuín, despertando completamente, pues hasta entonces lo había hecho a medias.

—El dinero que se ha recogido por buenas y por malas—dijo imperiosamente don Juan.

Albuín se inmutó un poco, y sus ojos se animaron con pasajero rayo. El observador, ilusionado por el aspecto de zorra de aquel singular rostro, hasta creía verle mover las orejas picudas y aguzar el negro y húmedo hociquillo.

—El capitán Recuenco tiene los fondos recaudados—repuso, después de breve pausa, disponiéndose a tomar en un banco de los próximos a la pared posición más holgada para dormir.

—Que venga Recuenco.

Vino el capitán a quien se llamaba, hombre puntual y honrado, según advertí en varias ocasiones, el cual dijo:

—Tengo ochenta y tres pesos en distintas monedas. Esto me han entregado y esto entrego. Lo que se ha cogido en el saqueo, los soldados lo tendrán, o mosén Antón y don Saturnino.

El capitán Recuenco dejó sobre la mesa un bolsón con ochenta y tres pesos, que anoté en el cuaderno, y se retiró, llevando el encargo de hacer comparecer a Trijueque. Presentóse éste de muy mal talante, y antes de que el general le interpelara, expresó rudamente de esta manera:

—Ya sé para qué me quieres. Para pedirme dinero. Ya sabes que mosén Antón no lleva un cuarto sobre sí. Aquí están mis bolsillos, más limpios que la patena de la santa misa.

V mostró vacías y al revés las dos mu-

grientas faltriqueras cosidas a sus calzones.

—Pero si es preciso—añadió—que todos contribuyamos a los regalos del Cuartel general, ahí va mi reloj, que es lo único que posee el pobre Trijueque.

Puso sobre la mesa una rodaja de plata que solía marcar la hora.

—Yo no quiero tu reloj, Trijueque—dijo don Juan Martín, devolviendo la cebolleta con enfado—. Maldito *carácter* el de este clérigo. No dice una palabra sin soltar una coz. Quiero el dinero que se ha cogido en el saqueo. ¿Lo tienes o no?

—¿También quieren que Trijueque pase por ladrón?...—repuso el clérigo—. Bueno...; ponlo en el oficio. Más pasó Jesucristo por nosotros. Yo no tengo dinero. ¿No sabes que cuando cobro alguna paga la doy a los soldados? ¿No sabes que no me para un ochavo en los bolsillos, porque en seguida lo doy al que me lo pide? ¿A qué vienen estas pamemas, Juan Martín?

—Sé que eres desprendido y liberal—dijo el Empecinado en el tono de quien se propone tener paciencia—. Me basta con que tú digas que no tienes nada. Estoy satisfecho. No te ofrezco dinero porque no lo tomarías, Trijueque; pero esas botas necesitan medias sue-las; necesitas un buen capote para abrigarte... Don Vicente, encárguese usted de que mosén Antón no vaya descalzo y desabrigado.

—Gracias—dijo el clérigo—. No soy hombre melindroso. Con lo que se gaste en mi persona puedes tú comprar pomadas para el pelo, plumas para el sombrero y galoncillos para el uniforme. Mosén Antón Trijueque no necesita perifollos, y desprecia el dinero. Sabe ganarlo para los demás.

Retiróse sin decir más, y el general, que ya iba a contestarle con cólera, se rascó con entrambas manos la cabeza, haciendo muecas que revelaban penosas indecisiones en su espíritu. Después nos dijo:

—Trijueque y yo hemos de reñir para siempre algún día... Vaya, apúntenme los ochenta y tres pesos... Mucho más ha de salir... Yo pongo mi mano en el fuego por mosén Antón. Revolverá el mundo por envidia, pero no se ensuciará las manos con un ochavo... ¡Eh,

don Saturnino de mil demonios, despierte usted!

Albuín, que, sin duda, fingía dormir, abrió los ojos.

—Prontito, venga ese dinero—le dijo el general sin mirarle.

—¡Ah!—exclamó el Manco en el tono de quien recuerda alguna cosa—. ¿El dinero? Ya. ¿No dije que tenía mil trescientos y pico de reales? Aquí los llevo.

Diciendo esto, puso sobre la mesa un paquete, en que había monedas de distintas clases en plata y oro.

—Algo más será—dijo el Empecinado—. Sé que usted se apoderó de los fondos del Noveno y el Excusado, de los diezmos y de lo que el alcalde había recaudado para entregarlo a la Junta; y también oí que los frailes de la Merced se habían dejado quitar algunos miles.

—Si el general hace caso de lo que digan las malas lenguas del pueblo...

—Albuín, no quiero *retólicas*... Venga ese dinero y pongamos punto final—repuso don Juan con energía.

—Dale con el dinero. ¡Se me deben dieciocho pagas, dieciocho pagas, y no tengo calzones!

—Poca conversación—añadió, enfadándose por grados, don Juan Martín—. Ya hablaremos de las pagas. Don Saturnino, déme usted esa culebrilla que lleva a la cintura. Si no, nos veremos las caras. Esto no lo digo como general. Nos veremos de hombre a hombre..., pues... de mí no se ríe usted. Así amanso yo a mi gente. Aquí no se fusila a nadie, ni se ponen castigos de ordenanza, Albuín: ya usted me conoce... *Gomíte* usted el dinero. Acuérdesse de aquella ocasión en que, no queriendo usted hacer lo que yo le mandaba, le di tal pezo, que rodó por el suelo hecho un ovillo.

—Juan Martín—repuso el Manco, poniéndose pálido—. siempre he obedecido y respetado a mi jefe; he servido a sus órdenes con entusiasmo, y le estimo y le quiero. Hoy mi jefe no tiene confianza en mí. Bueno; yo le digo a mi jefe que me mande fusilar al instante, porque no me da la gana de darle el dinero que me pide y que, efectivamente, tengo.

—¿Volvemos a la broma de mosén Antón?—dijo don Juan Martín—. No me lo digan mucho, porque ya me van

cargando los valentones; y aunque me quede sin héroes en la partida, haré un escarmiento.

—Pues yo digo que hasta aquí llegó la paciencia—afirmó Albuín, poniéndose livido y retando al general con la mirada—. No aguanto más: no doy dinero ni sirvo más en la partida. Ea...

Levantóse de su asiento don Juan Martín como si una explosión le sacudiera, rompiendo el sillón y volcando la mesa.

—Pues ¡también se me acaba la paciencia!—exclamó con furia—. Usted aguantará, usted dará el dinero, y usted no saldrá de la partida.

—Veamos cómo ha de ser eso, no queriendo yo—dijo el Manco, poniéndose en actitud de carnívoro que espera el ataque de fiera más poderosa.

—¡Albuín, Albuín!—gritó con tremendo alarido don Juan, dando tan fuerte patada, que piso, paredes, techo y todo el edificio se estremecieron—. Es la primera vez que un subalterno se revuelve contra mí de esa manera; y no lo pasaré, no lo pasaré.

El Manco, entonces, llevó la derecha mano precipitadamente al cinto, y exhaló un rugido de desesperación. No tenía sable. Se lo había quitado antes de comer, arrojándolo en un rincón.

—Le hace falta a usted un sable: ahí va el mío—dijo don Juan Martín, arrojando el acero desnudo ante los pies del guerrillero—. Defiéndase usted, ¡voto al demonio!, porque le voy a amarrar los brazos con esta cuerda para llevarle preso al sótano.

Estábamos todos los presentes mudos y aterrados, y no nos atrevimos a intervenir en la dramática escena. Con presteza suma, don Juan tomó una sogá que cerca había, y se dirigió hacia su subalterno, diciendo:

—Dése usted preso, señor deslenguado. ¡Recuerdo! Estoy cansado de ser bueno.

El Manco, haciéndose atrás, exclamó:

—No necesito cuerda. Me dejaré matar antes que consentir que me aten como a un ladrón... ¿Adónde tengo que ir? ¿Al sótano? No me da la gana. Señor general—añadió, recogiendo el arma del suelo—, tome usted su sable y atraviéseme con él, porque Albuín no se deja atar la mano que le queda... Iré preso; que me fusilen al instante, y entonces,

si quieren mi dinero, lo recogerán de mi cadáver.

No pudo seguir, porque con una rapidez, una seguridad, una destreza extraordinaria, la mano poderosa de don Juan Martín asió, con el vigor de férrea tenaza, la extremidad derecha del Manco, el cual, bruscamente cogido, forcejeó, se retorció, se dobló, dió un terrible grito, agitando el impotente muñón de su extremidad izquierda.

—De rodillas—vociferó el general, sacudiendo con su membrudo brazo aquel cuerpo de acero que se cimbreaba como una hoja toledana—. ¡De rodillas delante del Empecinado!

Don Saturnino, una vez presa la mano derecha, era hombre perdido, una espada sin punta, una culebra sin veneno. Su muñón hizo esfuerzos formidables; pero no pudo defenderle. Al fin, después de repetidos arqueos y dobleces, las agudas rodillas del héroe, cayendo con violencia, hicieron estremecer el suelo. Se oía un resoplido de animal vencido.

—Miserable, ladrón—exclamó el Empecinado con voz indecisa y ronca a causa del gran esfuerzo—. Ahora mismo me entregarás lo que te pido, o pereces a mis manos.

En el propio instante observamos que la cabeza de don Saturnino hizo vivísimo movimiento, y sus blancos dientes se clavaron en la mano potente que le sujetaba.

—¡Me muerde este perro!—exclamó don Juan Martín con súbito dolor—. ¡Ah miserable!

Forcejeó segunda vez el Manco, y, pudiendo al fin desasirse, corrió de un salto a la inmediata ventana. Abriéndola, gritó hacia afuera:

—¡Soldados, muchachos, amigos..., a mí, a mí!... ¡Socorro! Quieren asesinar a vuestro querido Manco... ¡Arriba todo el mundo!

Y dicho esto, volvióse hacia adentro y miró a su jefe y a todos con expresión de salvaje alegría.

Don Juan Martín, cuya mano sangraba, recogió su sable. Todos nos apercibimos, barruntando algo grave, porque don Saturnino, además de ser muy querido de sus tropas, tenía una especie de guardia negra compuesta de los más salvajes, feroces y bárbaros hombres de aquel ejército.

—Esto es una infamia—gritó Sardina—. Concitar a las tropas a la insubordinación.

Albúin seguía gritando:

—¡A mí, muchachos; subid pronto!

Oyóse rumor muy imponente en la vecina escalera.

—Cerremos las puertas—dijo Sardina, disponiéndose a hacerlo—. Tiempo habrá de hacer entrar en razón a esa canalla.

—¡No!—gritó con furia el general, esgrimiendo el sable—. Dejadlos entrar.

No tardaron en aparecer los que eran la hez más abominable de la partida. Algunos hombres rudos, negros, sucios, de mirada aviesa y continente repulsivo, se presentaron en la puerta.

—¿Qué hay?—preguntó el general, mirándolos con terribles ojos—. ¿Qué buscáis aquí?

—Aquí estamos, señor Manco—dijo uno, entrando resueltamente.

Aqué y los demás, que eran hasta veinte o veinticinco, dieron algunos pasos dentro de la sala.

—¡Atrás, atrás todo el mundo!—gritó resueltamente el Empecinado, adelantándose hacia ellos con la majestad del heroísmo.

—¿Dejaréis que asesinen a vuestro querido Manco?—exclamó en el hueco de la ventana la voz angustiada de don Saturnino.

—Mando que se retiren todos—repitió don Juan Martín—, o no queda uno vivo. Soy el general. ¡Al que desobedezca le tiendo aquí mismo!... ¡Ea!..., den un paso si se atreven... que vengan más... Aquí espero... Que venga todo mi ejército a atropellar a su general... Aquí me tenéis, cobardes, bandidos... Venid..., que venga más gente... Somos cuatro... Matadnos..., pisad el cadáver de vuestro general.

Una voz horrible clamó en la escalera:

—¡Viva don Saturnino el Manco!

Dos de los que habían entrado adelantáronse, lanzando votos y juramentos, hacia don Juan Martín. Pero éste, con empuje vigoroso, descargó sobre la cabeza de uno de ellos tan fuerte sablazo, que se la abrió a cercén.

El soldado cayó al suelo muerto.

Arrojámonos los tres en auxilio del general, y esgrimimos los sables contra aquella infame canalla. Aunque acobar-

dados y aterrados por la presencia, por la voz, por el heroísmo sublime de don Juan Martín, trataron de defenderse, fiados en su gran número; pero no tardamos en hacer estrago en ellos. Dispararon algunos fusilazos, que, por fortuna, no nos hicieron otro daño que una herida leve recibida por mí, y otra que le cupo en suerte a Sardina; mas acometidos bravamente, huyeron por la escalera abajo.

Don Juan Martín bajó repartiendo sablazos a diestro y siniestro, y nosotros tras él. Otras tropas invadieron el edificio, y los mismos partidarios del Manco perdiéronse entre la multitud afecta al jefe.

—Crudo—exclamó éste—, es preciso fusilar ahora mismo a toda esa canalla. Sardina, dé usted las órdenes necesarias. Quintarlos es mejor... Aseguradlos bien... El Tuerto es el peor de todos... Esos tres, esos tres que se escabullen por ahí también subieron... Que no se escapen. Ponedlos en fila... Yo los reconoceré... ¡Eh!, Moscaverde... Al instante, es preciso castigar esta gran canallada.

La tropa gritó:

—¡Viva el Empecinado!

—Gracias, gracias—dijo el héroe—. Dejarse de vivas y portarse bien... Voy a hacer un escarmiento esta noche... Hace tiempo que lo estoy meditando, y, en verdad, es necesario... Ninguno se ríe de mí.

Subimos de nuevo. Ya en la sala del Ayuntamiento había bastante gente, y don Saturnino era custodiado por gente leal. El Empecinado, al encararse nuevamente con él, le dijo:

—Señor Manco, dispóngase usted para el *requieternam*. Aquí no hay más capellán que mosén Antón, y ése ya ha olvidado el oficio. Haga usted acto de contrición.

—Despachemos pronto—dijo el Manco, esforzándose por aparecer sereno, pues aquel hombre, bravo cual ninguno en las batallas, carecía de valor moral—. Despachemos pronto... Mande vucencia formar el cuadro en la plaza... Pueden llevarme cuando quieran.

Don Vicente Sardina entró en la sala.

—Sólo dos se han escapado—dijo—; los conozco bien. Ya están dadas las órdenes. Se quintarán.

—Señor don Vicente Sardina—añadió

el Empecinado—, el señor Albuín no será arcabuceado por la espalda. Se le apuntará por el pecho, en atención a que ha sido el primer soldado de este ejército.

El generoso corazón de don Juan Martín no dejaba de enaltecer las prendas militares de sus amigos, ni aun cuando hacía caer sobre ellos la pesada cuchilla de la Ordenanza.

Oyóse el ruido de una descarga. Reinó después lúgubre silencio en la sala, sólo interrumpido por la voz de Sardina, que dijo: «Uno», y la de Albuín, que, elevando sus manos al cielo, exclamó con doloroso acento:

—¡Adiós, amigos míos! ¡Adiós, valientes camaradas! Ya no venceremos a los franceses, ni vuestros generosos corazones volverán a palpar con el entusiasmo de la batalla.

—Después, echándose mano a la cintura, deslió la culebrilla de seda que en ella llevaba, y, arrojándola en mitad de la sala, añadió:

—Ahí está el dinero, señor don Juan Martín; ahí están los trescientos cochinos pesos que son causa de la carnicería que se está haciendo abajo con mis bravos leones. Desnudo y pobre entré en la partida, y pobre y desnudo salgo de ella para el otro mundo.

Oyóse otra descarga, y don Vicente dijo:

—Dos. Cayó otra buena pieza.

—Puesto que voy a morir—añadió don Saturnino—, que no maten más gente. Yo fui causa de todo. Yo los mandé subir.

—A usted no le va ni le viene nada de esto—dijo don Juan, no ya colérico, sino displicente—. Usted hará lo que yo disponga, y nada más.

Dicho esto, metióse las manos en los bolsillos, hundió la barba en el cuello del capote y se paseó de un rincón a otro.

—Vamos de una vez—dijo Albuín—. Estoy dispuesto a morir. ¡Al cuadro! El Manco no ha temido nunca a la muerte.

Dió algunos pasos hacia la salida, seguido por los que le custodiaban.

—Alto ahí—gritó de súbito el Empecinado, golpeando el suelo, deteniéndose en su marcha y mirando a la víctima con rostro ceñudo—. ¿Quién le man-

da a usted bajar antes que yo lo ordene?

—Cuanto más pronto, mejor—repuso la víctima.

Oímos la tercera descarga de fusilería.

—¡Quieto todo el mundo!—repitió don Juan—. Aquí nadie resuella sin que yo lo mande.

—¡Quiero que me fusilen!—exclamó Albuín con coraje, sacando a los ojos todo el odio de su corazón, lleno entonces de veneno.

—¿Y si a mí me diera la gana de indultarle a usted, vamos a ver?—exclamó el general con furia, como si la muerte fuera la condescendencia y el indulto la amenaza—. Vamos a ver: ¿si a mí me diera la gana de indultarle y mandar que le dieran cincuenta palos por la mordida, y luego cogerle por una oreja y ponerle al frente de su división, con pena de otros cincuenta garrotazos si no me tomaba a Borja, trayéndome acá prisionera media guarnición francesa?...

—A un hombre como yo no se le dan cincuenta palos—repuso el Manco—, ni se le tira de las orejas.

—Todo será que a mí se me antoje... ¿Qué tiene usted que decir? ¡Ea!, soldadle, y fuera de aquí todo el mundo. Señor Sardina, mande usted que no se fusile a nadie más. Palos y más palos..., es lo mejor.

Marcháronse los de tropa, y quedamos con don Saturnino los cuatro que antes estábamos.

—Le perdono a usted la vida—declaró el general—. Puede ser que no me lo agradezca.

—No—repuso Albuín sin inmutarse—. No agradezco, porque parece generosidad y no lo es.

—Pues ¿qué es, qué?

—Miedo—añadió el guerrillero gravemente—. A un hombre como yo no se le pone dentro de un cuadro. La tropa no lo consentiría..., y si lo de antes salió mal, otra vez...

—Estoy por volverme atrás de lo dicho, y mandar que se forme el cuadro... Pero no: cuando el Empecinado perdona... Don Saturnino, márchese usted y haga lo que quiera. Si desea seguir a mis órdenes, déme una satisfacción enfrente del ejército. Si no...

—Don Saturnino Albuín no da satis-

facciones—repuso éste—, ni necesita mendigar un mando. Me voy. Adiós para siempre. Juan Martín acabó para el Manco, y el Manco acabó para Juan Martín. Grandes hazañas hemos realizado juntos. La gente de Madrid, primero, y la Historia, después, se harán lenguas al hablar del Empecinado; pero nadie se acordará del pobre Manco... Yo le regalo al general toda mi gloria... Señores, adiós. Don Saturnino Albuín, que no puede manejar la azada ni el telar, va a los caminos a pedir limosna. ¡Dios tenga compasión de él!

XII

Marchóse Albuín. Luego que salió, advertimos en el general un desasosiego, una alteración muy notoria. Se sentaba, se levantaba, se movía de un lado para otro. Creímos advertir cierta humedad en sus ojos. El héroe pestañeaba con viveza, y aun se pasó por los párpados las falanges de sus rudos dedos. Al fin, se tranquilizó, y sentándose puso los codos en la mesa y afianzó las sienes en las palmas de las manos.

—Me voy quedando sin amigos—dijo sombríamente.

—Tú te empeñas—indicó Sardina—en hacer un ejército regular de lo que no es más que una partida grande... Si hay algún ejemplo de que un buen militar haya sido bandolero, no puede esperarse que todos los bandidos puedan ser generales.

Púsose de nuevo en práctica el plan primitivo de don Juan Martín, y Borja y Alagón fueron sitiadas. Respondía esto a las instrucciones del general Blake, defensor de Valencia, que deseaba por tal medio entretener en Aragón las tropas destinadas a reforzar la expugnación de aquella gran plaza. Los hechos militares del Empecinado en noviembre y diciembre de aquel año fueron de gran beneficio a las armas españolas, y logró distraer durante aquel tiempo a un gran ejército francés, prolongando el respiro de los valencianos. Pero todos saben que Valencia cayó a principios de 1812, y entonces las cosas variaron un poco.

Durante corto tiempo el conde de Montijo mandó personalmente el ejér-

cito empecinado, en virtud de una combinación de las siempre inquietas e intrigantes Juntas; pero don Juan Martín estuvo sólo algunos días separado de sus soldados, y las necesidades de la guerra le llevaron otra vez a ponerse al frente de la *partida grande*, que él solo sabía dirigir.

En diciembre pasamos de Aragón a tierra de Guadalajara, fatigados con las repetidas acciones y las penosas marchas. Sigüenza había quedado definitivamente por nosotros después de haberla ganado y perdido repetidas veces. Con la ocupación de Valencia, las condiciones de la campaña habían variado para nosotros, y hallándose en libertad de operar con desahogo considerables fuerzas francesas, nos cumplía a nosotros la guerra defensiva en vez de la ofensiva que anteriormente habíamos hecho. Hallando en Sigüenza posición ventajosa, el Empecinado dispuso no renunciar a ella; y mientras recorría los alrededores de Guadalajara, dejó en la ciudad episcopal una fuerte guarnición. En dicha guarnición, mandada por Orejitas, estaba yo.

Y ahora viene bien decir que la condesa con su hija, de quienes yo me había separado cuatro meses antes en Alpera, dejándolas camino de Madrid, se habían refugiado, al fin, en Cifuentes, como lo indicó Amaranta la última vez que nos vimos. En la citada villa, del dominio señorial de la familia de Leiva, tenía ésta un famoso castillo que fué arreglado para palacio en el siglo anterior por el abuelo de quien entonces lo poseía.

Cómo y por qué hicieron las dos damas este viaje huyendo del bullicio de la corte, sabrálo el lector más adelante; y, por de pronto, para que no carezca de noticias sobre dos personas que no pueden sernos indiferentes, mostraré parte de la correspondencia que sostuvo con Amaranta en aquellos días. Mi desdicha quiso que permaneciese algún tiempo en Sigüenza, como encerrado, mientras la mayor parte del ejército recorría su campo natural y favorito de la Alcarria; pero imposibilitado de visitar a mis dos amigas, la movilidad de las partidas me permitió comunicarme con ellas alguna vez, como se verá por los documentos que a la letra copio:

«Cifuentes, 1 de diciembre de 1811.

»Querido Gabriel: Al verme en la necesidad de salir de Madrid, no he encontrado residencia mejor que esta villa de Cifuentes. Verdad es que aquí me encuentro, como si dijéramos, dentro de un campo de batalla; pero ¿en qué lugar de España me refugiaría sin que me pasara lo mismo? En Madrid no puedo estar, por razones que no me atrevo a decirte por escrito y que sabrás de palabra cuando vengas acá. Podía haber escogido otros lugares de Castilla: en Burgos, Zamora o Salamanca; pero en todas arde la guerra lo mismo que aquí, y carezco en ellos de la cariñosa adhesión de estas buenas gentes y colonos míos, a quienes mi padre y yo hemos hecho tantos beneficios.

»Ven pronto a vernos. Todos los días entran y salen partidas de tropa y voluntarios, y desde que suena el tambor nos asomamos a la ventana esperando verte pasar. Entrego esta carta al que me ha traído la tuya: un feísimo veje te llamado Santurrias, que lleva consigo un gracioso niño de más de dos años, el cual habla mil herejías con su media lengua y es muy querido del ejército. Santurrias me está dando prisa y no puedo extenderme más. Le digo a Inés que concluya la suya; pero aunque empezó hace dos horas, no lleva trazas de concluir todavía. Si no vienes pronto, en la primera que te escriba te referiré la vida que hacemos ella y yo en este histórico castillo, con lo que te has de reír.

La condesa de X.»

No copiaré la carta de Inés, por no contener cosa alguna que pueda interesar a mis lectores, y exhibo estotra de la condesa:

«Domingo, 28.

»¡Qué gran chasco nos hemos llevado esta mañana! Nos despertamos sobresaltadas, sintiendo ruido de caballos y rumor de soldados; y como viéramos a muchos de éstos con uniformes, creíamos vendrías tú entre ellos. Al poco rato pidió permiso para saludarnos un señor Sardina, que más que sardina parece un tiburón, y nos dió tus cartas. Ha-

blamos del señor de Araceli, y nos dijo muchas picardías de ti.

»Hoy ha entrado bastante tropa y no pocos heridos, pues ayer parece que hubo una sangrienta batalla hacia Ocantejo. ¡Qué lastimosos espectáculos hemos presenciado Inés y yo! Se nos ha llenado la casa de heridos, y en todo el día no hemos podido descansar un rato: ¡tanto nos da que hacer nuestro cargo de enfermeras! Les damos lo que hay, bien poco por cierto. Nosotros carecemos algunos días hasta de lo más preciso, y de nada nos sirve nuestro dinero para luchar con la espantosa miseria de este país.

»No te he dicho nada de mi castillo, y voy a ello. Perdona el desorden que hay en mis cartas. Escribo a toda prisa, y luchando con el sueño, que a estas horas empieza a querer rendirme. Son las doce; los heridos siguen bien, excepto tres, que me parece darán cuenta a Dios esta madrugada.

»Vuelvo a mi castillo, que es la mejor pieza que ha albergado señores en el mundo. Tiene cuatro habitaciones vivideras. Lo demás está en situación verdaderamente conmovedora, de tal modo, que por las noches, cuando sopla con fuerza el viento, parece que se oye el ruido de las piedras dando unas contra otras, y las almenas se mueven como dientes de vieja mal seguros en las gastadas encías. Ciertamente, no es ningún niño este nuestro castillo, pues parece construyó la parte más antigua de él don Alfonso el Batallador, rey de Aragón y esposo de doña Urraca, el cual ganó a los moros toda esta tierra y el señorío de Molina. Me entretengo en recordar esto porque, al escribirte, la idea de mal traer en que andan y de la decadencia en que yacen todas nuestras grandezas no pueden apartarse de mi pensamiento. Estos sitios, con su gran ancianidad y su tristeza, me son muy agradables; y si no existiese la guerra, que todos los días nos hace presenciar escenas lastimosas, me gustaría residir aquí por algún tiempo. Tiemblo al pensar que entren aquí los franceses, o que unos y otros se encuentren en estas calles. ¡Pobre castillo mío! ¿Cómo va a resistir el ruido de los cañonazos? Desgraciado de aquel ejército sobre quien caigan sus gloriosas piedras.

»He preguntado a varios de la par-

tida cómo se podrá mandar esta carta a Sigüenza, y un estudiantillo a quien llaman Viriato me ha dicho que el general manda mañana no sé qué órdenes a esa plaza. Ha llegado Sardina, el cual me da prisa. Adiós; no puedo ser tan prolija como deseara. En Cifuentes...

La condesa de X.»

Ocho días después, Orejitas recibió dentro del correo de la guerra otras dos cartas, que decían:

«2 de enero.

»Querido Gabriel: Por milagro estamos vivas Inés y yo. El castillo, el pícaro castillo, hizo, al fin, lo que yo temía. Sin embargo, puedo vivir para contártelo. El sábado entraron los franceses en Cifuentes. Sabiendo que debían ocupar este histórico edificio, de cuya capacidad se tiene idea muy equivocada mirándole desde afuera, abandonamos las habitaciones vivideras y nos refugiamos en uno de los torreones de la parte ruínosa, hoy trastera, con lo cual nos creímos seguras. En efecto: entraron los franceses, se arrellanaron en nuestras camas y comiéronse lo poco que teníamos para vivir. Todo fué bien hasta la mañana del domingo y hora en que se les antojó a los artilleros disparar un cañón contra los reyes de armas y figurones de piedra que hay en el torreón del homenaje. Nunca tal hicieran, porque con la violencia del golpe y estremecimiento del tiro, las paredes de aquella fachada, que anhelaban ya de antiguo descansar de su gloriosa vigilancia, se arrojaron gozosas en tierra. ¡Ay!, ¿quién no se fatiga de estar en pie durante siete siglos? Demasiado han hecho, y no hay que vituperarlas. La torre del homenaje se desmoronó como un bizcocho, y por milagro del Cielo el torreón en que Inés y yo nos guarecimos mantúvose derecho, sin duda por respeto a los últimos vástagos de la familia.

»Mas el terror que aquello nos produjo, el miedo de vernos sepultadas entre las ruinas de nuestro asilo, obligónos a salir, desbaratando el engaño de nuestro encierro. No poco se alegraron los franceses al vernos; pero por fortuna nuestra, eran los huéspedes de mi desgraciada vivienda personas bien

nacidas y decentes, oficiales todos; y lejos de hacernos daño, se nos ofrecieron muy rendidos, no sin vislumbres de enamoramiento en alguno de ellos. La verdad es que la explosión, el hundimiento y el presentarnos nosotras dos de improviso, saliendo por los huecos de despedazados tabiques, parecen cosa de las que pasan en las novelas o en el teatro. No les negué mi nombre, apelando a su caballerosidad para que fuésemos respetadas, y se contentaron con imponernos una fuerte contribución que me ha dejado sin un cuarto. No te rías de lo que voy a decirte. Estoy tan pobre, que vivo de lo que mis colonos quieren darme.

»El lunes por la tarde entraron los españoles, y parece que han hecho algo de provecho por el lado de Algora. También han traído heridos, muchos heridos. No puedo seguir. Es preciso curarlos. Cuando veo esto, me alegro de que sigas ahí. Adiós.

La condesa de X.»

★

«16 de enero.

»Querido amigo: Estoy llena de tristeza. Una gran desgracia me amenaza sin duda. Sospechas tal vez las razones que me movieron a salir de Madrid; mas no las sabes todas. Había algo más que el cambio de personas, algo más que el aislamiento en que me encontraba y la mala voluntad del Gobierno francés para conmigo. Vigilada sin cesar por un hombre que tiene hoy en su mano poderosos medios, mi vida ha sido en la corte un suplicio insoportable. Lo que me anonada y confunde es que creí estar aquí completamente olvidada de mis enemigos, y me he equivocado. Hace dos días volvieron a entrar aquí los franceses; con ellos venía el hombre a quien tanto temo y cuya proximidad me hace temblar. Por los oficiales a cuya generosidad apelé, después de la ruina del edificio, supe que estaba aquí. No se ha atrevido a entrar en nuestra casa; mas por las preguntas que ha hecho a individuos de mi servidumbre, comprendo que fragua algún plan abominable contra nosotras. ¿Quién me defenderá? Yo estoy loca; yo me muero de tristeza, de pavor, de sobresalto, y los más negros presentimientos

turban mi alma. Inés no sabe ni entiendo nada de esto. No le permito separarse de mi lado. Ven pronto. Necesito de tu protección como militar. No puedo seguir más tiempo en Cifuentes y estoy meditando el modo de trasladarme a otro punto, caminando al amparo de la partida, para evitar la persecución de mis enemigos. Te repito que vengas pronto. Tu presencia me tranquilizará.

»*Post-scriptum.*—Con las gentes del pueblo he hablado de los franceses que estuvieron aquí desde el lunes hasta el domingo por la mañana, y me han dicho que ese personaje civil que acompañaba al ejército ha tiempo que recorre el país sobornando a las personas sencillas con promesas, halagos, destinos, honores y grados militares y dinero. El es, según aseguran, quien ha logrado armar las contraguerrillas, o sea partidas de gente perdida que defiende la causa francesa, y últimamente parece haber conseguido seducir a uno de los más célebres guerrilleros de este país, un hombre a quien llaman el Manco. Esto se dice de público y lo han confirmado esta mañana los partidarios que entraron de madrugada, con el propio don Juan Martín, quien estuvo un rato en casa. Le pusimos un mediano almuerzo; pero no quiso probarlo. Parece muy disgustado y abatido; no come ni duerme, y todo se le vuelve hablar consigo mismo. Este pesar proviene, según he oído, de la jugada que le ha hecho ese pícaro Manco.

»El mismo don Juan Martín me ha dicho que se darán órdenes para abandonar a Sigüenza. ¡Albricias! Haz por venir aquí, y entonces Inés y yo seguiremos la partida hasta que tengamos ocasión de salir de España. ¡Dios tenga piedad de nosotras!...» Etc., etc.

XIII

Orejitas recibió orden de abandonar a Sigüenza antes que fuera sitiada por las imponentes fuerzas francesas que vinieron de Teruel. Las excursiones que habíamos hecho a los alrededores nos habían dado escaso resultado. En Cabrera nos unimos a la partida de mosén Antón, quien dijo que los franceses ha-

bían pasado por Torre Sabinán, y que él era de opinión que tratásemos de salirles al encuentro, pues teníamos fuerzas suficientes para darles un golpe. Repúsole Orejitas que él se ajustaría estrictamente a las órdenes de don Juan Martín, que le mandaba bajar a esperarle en Almadrones, y añadió:

—Hoy he sabido que don Saturnino Albuín está con los franceses. Si parece mentira. ¿No será equivocación, señor Trijueque?

—¿Qué sé yo?—repuso con enfado el clérigo—. ¿Acaso soy guardián de don Saturnino, para que todos me pregunten lo que ha hecho? El Manco es dueño de hacer lo que le acomode, y si se vió maltratado y vejado por nuestro general... Ya dije que había de suceder.

—¿Cuántos hombres se llevó consigo?

—Al pie de cuatrocientos.

—Oí decir que los franceses le han dado cuatro talegas en pago de su traición. También aseguran que le ofrecieron hacerle marqués y capitán general...

—No hay que hacer caso de las habladurías de esta gente de los pueblos. Un hombre tan de bien como Albuín no toma resolución de esa naturaleza sin motivo para ello.

Decían esto los dos jefes, sentados a la puerta de un ventorrillo. En los intervalos de su diálogo oíase el ruido de los dientes del caballo de mosén Antón, los cuales, a espaldas de éste, molían pausadamente la cebada, metiendo el hocico negro y huesoso dentro de un saco.

—Come bien, leal amigo—dijo Trijueque, volviéndose hacia su cabalgadura—, que la jornada será larga.

—¿Adónde va usted?—le preguntó con viveza Orejitas.

—Ya lo he dicho—repuso el cura guerrillero acariciando el cuello del gigantesco animal—. Sé que el general Gui ha pasado por Torre Sabinán y no quiero que me quede la comezoncilla de no darle un buen golpe.

—El general Gui trae mucha gente—repuso Orejitas, bebiendo por octava vez, pues era uno de los principales empujadores de codo que había en la partida—, y con la fuerza que tenemos usted y yo juntos es una locura pensar en salirle al encuentro. Si bajamos de la sierra al llano y acertamos a topar con los *mosiures*, pienso que no quedaremos ninguno para contarlos.

—Señor Orejas—dijo Trijueque, bebiendo también, aunque en menos dosis que su colega—. Usted hará lo que mejor le convenga y lo que su miedo le dicte... Yo voy en busca de Gui... Le estoy viendo debajo del filo de mi sable.

—Y yo—añadió Orejas—estoy viniendo al gran Trijueque bajo las herraduras de los caballos de un escuadrón polaco. Vámonos a donde nos mandan y no comprometamos la partida.

—Bien se conoce que ese corazón amadado—dijo el cura—no simpatiza con el peligro, ni padece lo que yo llamo enfermedad de la gloria: una palpitación dolorosa, una angustia sublime acompañada de cierta fiebre... Cuando se tiene esta enfermedad, la victoria está cerca, Orejas. Y para acabar—añadió, levantándose—, ¿viene usted o no viene?

—Yo, no—contestó el otro guerrillero, dando fin al contenido del jarro—. Temo que Juan Martín me riña por no obedecerle.

—¡Ah corazones de alcorza—exclamó Trijueque, golpeando el suelo con el sable—, que se asustan cuando arquea las cejas y se rasca el cogote Juan Martín! ¿No conoce usted que si hiciéramos lo que nos manda ese pobre hombre ya estaría la partida disuelta y todos nosotros ensartados en cuerdas de presos, como cuentas de rosario, para marchar a Francia? Señor Orejas, tengamos iniciativa; ganemos batallas contra la voluntad de nuestro general; proporcionémosle los grados y las vanidades que tanto ama, y no nos reñirá... No dudo que habrá en la partida muchos valientes que pudieran seguirme. A ver, Araceli, ¿se decide usted a hacer la hombrada?

—Yo no me separo de mi jefe, el señor Orejas—repuse.

—Este es un bravo mozo—me dijo el jefe, golpeándome el hombro—. ¡Lástima que no hubiera cogido tres cuartillas en vez de dos en la bodega del alcalde de Cabrera!

—Los dejo a ustedes entregados al vino—dijo mosén Antón—y me voy. Que haga buen provecho la mona.

Luego, mientras Orejas se internó en la próxima cuadra para ver su caballo, llevéme aparte el insigne clérigo, y me dijo lo que sigue:

—Señor Araceli, usted no puede hacer buenas migas con ese bárbaro y bo-

rracho de Orejas, arriero y mozo de mulas en junio de mil ochocientos ocho, y que ha hecho fortuna en la partida gracias a la cerrazón de su mollera. Es el perro de presa de Juan Martín. Usted vendrá conmigo: tengo necesidad de un oficial de ejército entendido y valiente para esta operación que tengo en el magín.

El gigante hacía todo lo posible para que la contracción de su rostro y despliegue de su boca se pareciera a una sonrisa de benevolencia. Estratégico incomparable en los valles y sierras, Trijueque era completamente inexperto en la táctica del humano corazón, y los recursos de su facultad seductora adolecían de su brusca torpeza.

—Según y cómo—le respondí, fingiendo acceder, con objeto de que me descubriera mejor sus mal ocultos pensamientos—. Para desobedecer a mis jefes y marchar con usted a donde quiera llevarme..., entiéndase bien, a donde quiera llevarme, necesito promesa manifiesta de que me ha de resultar algún provecho. No están los tiempos para sacrificar por bobberías una buena reputación.

El ogro, fácilmente engañado, como todos los ogros que hacen algún papel en los cuentos de los niños, no supo disimular su repentino contento, y mostrando sin embozo su apasionado corazón, respondiome:

—Ya sé que es usted también de los descontentos. Un oficial de tanto mérito debiera estar mandando una columna. Juan Martín habla bien de usted; pero es para embaucarle, me consta que es para embaucarle. Puede usted tener la seguridad de que, aunque la guerra dure treinta años más, no saldrá de ese ten con ten. Aquí no se aprecia el mérito. Con tal que nuestro general tenga batallas ganadas por mí que le sirvan de asunto para poner oficios a la Regencia, haciéndose pasar por un Julio César o un Pompeyo... En fin, venga usted con Trijueque y no le pesará.

Al decir esto, apoyaba su mano en mi hombro y me hacía tambalear hacia adelante y hacia atrás. Mirándome con interés y sonreía.

—Yo soy gran admirador de Trijueque—le dije—; hago justicia a sus altas prendas y me río de las inculpaciones con que quieren desacreditarle.

—Bien dicho, muy bien dicho—exclamó en tono de predicador.

—Estoy pronto a partir con usted; pero ¿adónde vamos, señor cura? Porque si es cosa de salir por ahí a disparar unos cuantos tiros, matar dos docenas de franceses y coger otras tantas de prisioneros, yo no me muevo. ¡Hemos hecho lo mismo tantas veces! Ya estoy harto de ver que con proezas no se saca aquí el vientre de mal año. Sepamos lo que voy ganando, como dijo el gallego del cuento.

Trijueque llevóse el dedo a la boca y su rostro expresó satisfacción y victoria. Viendo que se acercaban algunos individuos, íntimos amigos de Orejitas, me dijo:

—Parto al instante con mi gente. Por este barranco que se ve a espaldas de la venta pienso pasar el valle de Pelegrina. ¿Ve usted aquella casa arruinada que hay abajo? allí le espero; allí le diré adónde vamos, sin peligro de infundir sospechas a estos borrachos. Si me sigue usted, me sigue, y si no... Adiós.

Fuése mosén Antón, y yo busqué a Orejitas; mas el guerrillero, sintiéndose en la cuadra acometido de gran sopor por efecto, sin duda, de no ser agua cristalina el contenido del jarro que yo llené en la bodega del alcalde, echóse sobre un montón de paja, donde sus ronquidos se acordaban musicalmente con el respirar de los caballos y el mugido de un par de becerros flacos y medio enfermos. Procuré traerle al mundo con algunos puntapiés; mas no quiso salir de la beatífica esfera en que, sin duda con gran fruición, revoloteaba su espíritu.

Al salir para ver partir Trijueque, y pasando por cierto edificio ruinoso que había al fin del caserío, sentí la algarabía de una riña y oí claramente la voz de la señá Damiana en concierto chillón con las de los tres famosos estudiantes. Es el caso que el llamado Cid Campeador dió en aporrear a la Fernández por suponer en aquella Jimena veleidades en favor de don Pelayo. Defendióse de palabra la acusada; mas percatándose después de que todo el zizape provenía de chismes y enredos, obra del ingenioso *intellectus* de aquella lumbrera complutense nombrada el señor Viriato, la emprendió con éste, adju-

dicándole varias patadas, o sean coces, y puñadas y rasguños, una parte de los cuales fueron a caer de rechazo sobre la respetable persona del señor Santurrias, que se ocupaba en dar al Empecinadillo cucharada tras cucharada de sopas. Dos de los estudiantes partieron a escape, dejando que la contienda acabase con sus consecuencias naturales, cuando Dios se fuese servido ponerle fin, y Viriato y la guerrillera y Santurrias quedaron enzarzados con el engaste de las uñas y de las manos, hasta que los separamos, recogiendo del suelo al Empecinadillo, que por poco perece en aquel trance.

La Damiana, que ya tenía medio ahogado al estudiante, cuando fué separada del grupo vociferó de esta manera:

—El muy canalla, piojoso, me llamó *mujer de Putifarra*... El *Putifarro* será él... Señor oficial—añadió dirigiéndose a mí—, este Viriato es un traidor y quiso seducirme.

—Tan gran delito no puede quedar sin castigo. ¿Qué marca la Ordenanza contra los Viriatos que quieren seducir a las Damianas?

—Eso quisieras tú, Euménide, arpía de seis colas, marimacho de mil demonios—dijo el de Alcalá, poniendo el dedo sobre las distintas heridas de su cuerpo para tantear la gravedad de ellas.

—Sí, señor; me quería seducir para que me pasara con ellos al francés.

—Calla, bruja, sargentona, o te estrangulo—gritó Viriato—. Aquí está Santurrias, que puede decir si soy traidor o no.

—Sí, sí, sí—gritó la guerrillera en medio del camino, agitando los brazos con una furia loca—. Estos endinos son traidores como don Saturnino y se pasan a los franceses. Allá va, allá va—añadió señalando el barranco—... ¡allá va mosén Antón, que se pasa a los franceses con sus amigos!

Mosén Antón, seguido de su tropa, desfilaba tranquilamente por detrás de la venta, bajando al barranco.

—¡Allá van, allá van!—añadió Damiana con exaltación salvaje—. ¡Fuego en ellos, fuego en los traidores! ¡Señor Orejitas, que se han vendido al francés!

—Repara bien lo que dices, Damiana.

—Sé lo que digo—exclamó atrayendo en torno suyo mucha gente—. Anoche

han estado hablando de esto más de tres horas. ¿Creyeron que yo lo iba a callar? Ah tunante Cid Campeador, me las pagarás todas juntas!

Mosén Antón se alejó más aprisa, y entre la tropa que quedó en el caserío corrió de boca en boca este rumor terrible.

—¡Mosén Antón se pasa a los franceses!

Reinó gran agitación; oyéronse gritos, amenazas, juramentos. Algunos corrieron a tomar las armas; pero Trijueque se alejaba, se perdía en la profundidad del barranco y parte de su gente aparecía ya en la vertiente opuesta, internándose en la espesura de un monte.

—No crean a esta Lais bachillera, a esta loca Aspasia, a esta Samaritana sinvergüenza—exclamó Viriato—. ¿Quién hace caso de una mujer? Si le dieran cuatro tiros, como merece, no diría que mosén Antón Trijueque es traidor.

—¡Sí lo digo!—prosiguió Damiana gritando con voz ronca en medio del camino—. Es traidor y se va con don Saturnino. Lo digo cien veces, porque lo sé, y el señor don Pelayo andaba contratando gente para esta picardía. ¡Yo soy muy patriota, yo soy muy española, yo soy muy empecinada y viva Fernando Séptimo! ¡Viva don Juan Martín! ¡Viva Orejitas!

Estos vivas fueron repetidos con calor, y su estruendo fué tan grande, que llegó hasta el mismo espíritu de Orejitas por el conducto de los aletargados sentidos. Levantóse del lecho de paja, y enterándose de lo ocurrido y de la voz general, y de la acusación formidable contra su colega, dijo:

—No puede ser. Sigamos nuestro camino y le contaremos esto a don Juan Martín.

Minora canamus.

El Empecinadillo tenía más de dos años, casi tres; andaba regularmente, y despechado al fin, muy tarde por cierto y no sin malas noches y peores días por *mamá* Santurrias, comía como un descosido. Todo era poco para él; pero teniendo a su favor la compasión del ejército entero, recibía mil golosinas de éste y del otro.

El Empecinadillo hablaba; pero ¡qué lenguaje tan escogido el suyo! Así como la generosidad de los niños empiezan diciendo *papá* y *mamá*, él había em-

pezado por los más abominables y horrendos vocablos del idioma. Sus palabras soeces, pronunciadas a medias, servían de diversión a la tropa. También decía: *malchen, fuego, apunten* y otras voces marciales. Últimamente empezaba a ejercitarse en el discurso, expresando juicios claramente, y hasta podía sostener un diálogo tirado, siempre que se estimulase su incipiente locuacidad con horribles palabrotas.

El Empecinadillo hacía diversas gracias. Tenía un palito que le servía de escopeta para hacer el ejercicio, y otro palito más pequeño, pendiente de la cintura, el cual era su sable. Montaba a caballo en el garrote de *mamá* Santurrias, y cuando salía en medio del corrillo con la mano izquierda en la brida y agitando en la derecha el sable, su aspecto era terrible. Nos reíamos mucho con él y nos le comíamos a besos.

XIV

Pronunciaba el Empecinadillo los nombres de todos los oficiales, desfigurándolos con su torpe lengua. Con todos hacía buenas migas, menos con uno que le inspiraba mucho miedo. Era éste mosén Antón. En el varonil y rudo carácter del ciclope, las gracias infantiles eran como rasguños con que se quiere desmoronar una montaña. Jamás se acercó al corrillo en que nos entreteníamos viendo al Empecinadillo hacer el ejercicio. Este, al verle de lejos, huía de su temerosa figura y le llamaba el coco.

Cuando el Empecinadillo no se quería dormir en el alojamiento no se queportunaba con sus chillidos, le decíamos: «Que viene Trijueque», y callaba. Era el único medio de llamarle al orden, y el solo freno de aquella alma tan impetuosa como traviesa.

Pero cuando el feísimo guerrillero se separó de nosotros, el Empecinadillo, como un individuo para quien desaparece la ley moral y el freno coercitivo de las reglas sociales, no conoció límites a su desvergüenza. Hacía lo que le daba la gana. Rompía las cacerolas del rancho; destapaba los pellejos de vino para ver correr el líquido; se emborrachaba, se subía como un gato a las sillas de los caballos cuando estaban sin jinetes; se caía, rompiéndose la cabeza; hacía

las aguas menores en el escaso fuego a cuyo amor nos calentábamos; escondía o perdía cuanto se hallaba al alcance de su mano; vaciaba el tintero del escribiente en la olla donde se cocía la cecina; cogía las piedras de chispa para jugar; agurejeaba con una navaja el parche de los tambores, dando a estos instrumentos de guerra ronco y apagado sonido; traía siempre medio loco al señor Moscaverde, cerrajero de la partida, el cual componía las llaves de los fusiles, y en más de una ocasión se encontró sin herramientas; quitaba además la paja a los caballos, a los soldados los cartuchos y a todos la paciencia con sus diabluras sin fin. Recibía, sí, más azotes que un condenado a galeras; pero como buen soldado, hecho a penas y dolores, no perdía su buen humor con los castigos.

Se me ocurre nombrar a este personaje, porque recuerdo que lo llevé en la perilla de mi cabalgadura desde Cabrera hasta cerca de Castejón; y por más señas, que me volvió loco por todo el camino haciéndome preguntas mientras sus piernecitas espoleaban sin cesar la cruz del animal. Convengo con mis oyentes en que es en mi puerilidad casi indisculpable detenerme en contar las hazañas de este héroe, menos importantes, sin duda, que las de aquel cuyo nombre va al frente de esta relación; pero yo quiero que aquí, como en la Naturaleza, las pequeñas cosas vayan al lado de las grandes, enlazadas y confundidas, encubriendo el misterioso lazo que une la gota de agua con la montaña, y el fugaz segundo con el siglo, lleno de historia.

Y dicho esto, voy a contar lo que ocurrió cuando encontramos a don Juan Martín.

El cual estaba en Almadrones con la mayor parte de las fuerzas de su ejército. Cuando le contamos lo que se decía entre nosotros sobre la defección de Trijueque, enfurecióse y nos dijo:

—No me vengan acá con embustes. Eso no puede ser. Mosén Antón tiene sus defectos; es capaz de abrasarme las entrañas con sus majaderías; pero antes me creeré a mí mismo traidor que suponerle vendido a los franceses... ¡Por vida de...! ¿Ustedes han pensado bien lo que dicen? ¡Pasarse Trijueque al enemigo!...

—Pronto hemos de salir de dudas—dijo Sardina, que no participaba del optimismo de su jefe y amigo—. Un hombre envidioso es capaz de todo. Yo tenía a Trijueque por persona discola, pero con un fondo de rectitud superior a traiciones, dobleces y alevosías, como las de don Saturnino. Sin embargo, tengo comezón por saber...

—Y yo—repitió don Juan con ademán sombrío.

Dicho esto, el héroe quedó profundamente pensativo. Estaba inmóvil junto a la ventana de su alojamiento, delante de un espejillo y dispuesto a afeitarse; tenía en la mano derecha la navaja y cubierta de jabón la barba. Nosotros callábamos viendo su melancolía. Por fin, dando un suspiro, alzó el brazo como quien se va a degollar, y a toda prisa se rasuró con movimientos tan inseguros y nerviosos, que su curtida piel quedó adornada con algunas cortaduras. Luego, volviéndose a Sardina, le dijo:

—¿Le parece a usted que sigamos esta noche en busca de esa canalla?

Don Vicente miraba el paisaje exterior al través de los turbios cristales verdosos.

—Mala noche nos espera. La nieve cae con gana y los senderos están cubiertos y desfigurados. ¿No vale más que esperarnos a mañana?

—De ésta, amigo don Vicente—exclamó con ira el general—, o me dejo matar por ellos o cazo a los renegados en alguna parte. El pellejo de Albuín y de Trijueque me parecerán poco para componer los tambores rotos. Hay que ir tras ellos..., hay que cazarlos con perros y abrirlos luego en canal para sacarles las entrañas... ¡Malditos sean! Un lobo de estos montes es más leal que los canallas que se pasan al enemigo... ¡Dios mío, he vivido para ver esto!... ¿De qué me valen la fama, la buena suerte, el buen nombre, si los amigos me hacen traición y los que favorecí me venden?... En marcha ahora mismo, señor Sardina..., en marcha.

—Pero ¿dónde vamos?—preguntó con turbación el segundo jefe.

—¡Al demonio!...—repuso con exaltación don Juan—. ¿También usted se me encabrita? ¿Pues no dice que adónde vamos? En busca de esos granujas... ¿Necesito decirlo otra vez? Si usted lo quiere, ladraré.

—¿Usted sabe dónde los encontraremos? ¿Usted sabe que están solos y no acompañados con fuerzas considerables del francés?

—Aunque esté con ellos el mismo Napoleón con un millón de hombres... —añadió en el colmo de su rabia el guerrillero—. ¡Si quiero que me maten a mí!... Pues qué, ¿no me explico bien?... Si quiero que me maten esos condenados... ¡Si quiero morir!...

—En marcha— dijo Sardina—. Aprovechemos lo que resta de día para salir de la sierra.

—Quiero morir o cogerlos para atarles una cuerda a la cintura y pasearlos delante del ejército... ¡España está deshonrada! ¡Juan Martín está deshonrado! ¿Hay más traidores en mi ejército? ¿Hay alguno más? Pues que venga acá... quiero ver a uno delante de mí.

Sus brazos se agarrotaban, contraíanse sus dedos, estragulando en el vacío imaginarias víctimas, y la mirada del héroe, extraviada y salvaje, parecía querer herir con su rayo todo aquello en que se fijaba.

Por lo que he referido se ve que el Empecinado no permitió ningún descanso a los que acabábamos de llegar. Calientes aún las sillas de las cabalgaduras, volvimos a montar en ellas y la partida se puso en marcha. El tiempo era tan malo que la tarde parecía noche, y la noche, que vino poco después de nuestra salida, horrenda y desesperante eternidad. El suelo estaba cubierto de nieve, en cuya floja masa se hundían hasta las rodillas hombres y caballos; habían desaparecido los caminos bajo el espeso sudario blanco, y los cerros vecinos parecían una cosa destinada a la muerte, una inmensa losa sepulcral, un monumento cinerario, bajo cuya glacial pesadumbre se escondía el alma de la Naturaleza buscando el calor en las entrañas de la tierra. El cielo no era cielo, sino un techo blanco. Alumbraba el paisaje esa fría claridad de la nieve, la luz helada como el agua, semejante al fúnebre reflejo de tristes lámparas lejanas.

Malo el camino de por sí, era detestable por ser invisible, y los caballos resbalaban al borde de los precipicios. Los jinetes bajábamos de nuestras cabalgaduras para vencer, andando, el frío. La partida iba silenciosa y resignada. Mi-

rando de lejos la vanguardia, que se escurría despacio buscando el incierto sendero, parecía una culebra negra que resbalaba, inquieta y azarada, tras el calor de su agujero. No he visto noche más triste ni ejército más meditabundo. Nadie hablaba. El tenue chasquido de la nieve polvorosa, al hundirse bajo las plantas de tanta gente, era el único rumor que marcaba el paso de aquellos mil hombres, abatidos por fúnebre presentimiento.

Junto a don Juan Martín reinaba el mismo silencio. Con la barba hundida en el cuello del capote el héroe había abandonado las riendas de su corcel, que marchaba, como animal práctico e inteligente, cuidando de poner en sólido la herradura y tanteando cuidadosamente el terreno.

En Mirabuenos, adonde llegamos por la mañana, supimos que los renegados (pues desde lugo recibieron este nombre) estaban con el general Gui hacia Rebollar de Sigüenza. Reanimóse con la noticia don Juan Martín, y a eso del mediodía, después que descansamos y comimos lo que se encontró, la partida se puso de nuevo en marcha.

—Esta noche—me dijo el general—los encontraré en un lado o en otro, y me cazan o los cazo. Prepare todo el mundo el pellejo para la más gorda hazaña de nuestra historia... ¡Maldita sea nuestra historia! Señores, mi alma es hoy un volcán. O echa fuera el fuego que tiene dentro o revienta... ¡Pasarse al francés, pasarse al enemigo!... Ni por miedo a las penas del infierno, por toda la eternidad, lo haría yo... A ver: ¿hay alguno más en mi ejército que quiera hacer traición?... Que me lo traigan..., quiero verlo... Pónganmele delante... Deseo ver la cara del demonio... Adelante, pues... ¿Están en Rebollar de Sigüenza? ¿Cuántos son? ¿Quinientos mil? No importa... Si no quieren ustedes seguirme, iré yo solo.

Nadie le contestó. La frialdad de la temperatura reinaba también en el ejército. Allí no había más volcán que el pecho de don Juan Martín.

Entrada ya la noche, el ejército se detuvo. Estábamos en una vasta e irregular planicie. A nuestra derecha se elevaban altos cerros; a nuestra izquierda el terreno descendía bruscamente en rápido y vertiginoso declive, hasta termi-

nar en un barranco, cuya profundidad no podía distinguirse. Parecía la noche más oscura, más tenebrosa y siniestra que la anterior. Una lluvia menuda y glacial, nieve fina o agua congelada en invisibles puntas de aguja, nos azotaba el rostro. El frío era horroroso y temblábamos bajo los capotes, sintiendo imposibilitados los dedos para empuñar las armas.

Un soldado se acercó al general, diciendo:

—Por aquellos cerros de la izquierda baja alguna gente. Han disparado un tiro.

—No puede ser—dijo Sardina—. Estáis viendo visiones. No hay nadie capaz de apostarse en aquellos empinados cerros a estas horas, con este frío y no sabiendo fijamente que pasaríamos por aquí.

—Sí hay alguien capaz de eso y de más—dijo don Juan Martín con arrebató—. Allí está mosén Antón... Lo veo... Sólo mosén Antón es capaz de quitarle su puesto a los cernícalos para acechar la carne que pasa.

—¡Que viene gente!—dijo otra voz.

—¿Son españoles o franceses?

—¡Españoles!

—A ellos—gritó don Juan Martín—. Esperemos a esos cobardes. Esta planicie es buena... Desplegad la caballería... Lo malo es este barranco de la derecha... Pero no hay cuidado..., aquí estoy yo...

Avanzamos y nuestra vanguardia rompió el fuego.

—¡Ahí están, ahí están!—exclamó exaltado y con júbilo el general—. Conozco a Trijueque... Es él... Enriscarse en esa altura para sorprendernos... Eso no puede hacerlo más que el diablo o Trijueque... No bajarán: tienen que venir rodando o volando... Animo..., que no haya confusión... Dejad sola a la vanguardia... Prepárense los caballos en el llano... Toda la demás gente, a retaguardia... no se necesitará... Es Trijueque, no me queda duda. Yo le he enseñado estas hazañas... Le veo rodando entre las piedras por la montaña abajo, y el aire que hacen sus alas negras me llega a azotar la cara... No puede ser otro. Sus cuatro patas, al bajar, se llevan por delante medio monte... Es el bravo animal, la bestia traidora más valiente que cien leones y con una cabeza que no cabe dentro del mundo.

¡Adelante, muchachos! Hay que cazar esa fiera que se nos ha escapado y volverla a la jaula.

Efectivamente, una partida de españoles nos quería cortar el paso; pero no sabíamos si era mandada por Albuín o Trijueque. Al principio permanecieron en la altura haciendo fuego. Los nuestros quisieron escalarla, mas en vano. Un segundo esfuerzo sirvió para que los empecinados dominasen una parte del terreno enemigo; pero éste era tan favorable, que tuvieron que abandonarlo. En la llanura no podíamos temerlos, y siendo nuestro objeto pasar adelante, el general dispuso que algunas fuerzas contuvieran a los renegados, mientras el resto del ejército pasaba de largo. Pero nos equivocamos respecto al número de los enemigos y respecto a su intención de no bajar a la llanura. Bajaron, sí, de improviso, y con tal empuje, que lograron por un momento desconcertar nuestras filas, arrojando sobre la nieve muchos cuerpos heridos o muertos.

—Aquí los quiero ver—exclamó don Juan Martín, abalanzándose al frente de su tropa escogida—. Aquí los quiero ver... Que bajen, que vengan acá.

El impetuoso caballo del general lanzóse sobre la infantería enemiga entre un diluvio de balas y corrimos ciegos tras él los demás, acuchillando y aplastando con furia salvaje. Zumbaban las balas en nuestros oídos, y las bayonetas buscaban el pecho de los fogosos corceles. La embestida no careció de confusión; pero fué tremenda y eficaz, porque deshicimos a los renegados que habían bajado de la montaña.

El caballo de don Juan Martín cayó gravemente herido. Al punto ofrecí al general el mío, quedándome a pie. En tanto, los renegados se retiraban a toda prisa a la altura, donde era difícil seguirlos.

—Estamos haciendo el papel que han hecho siempre los franceses en esta clase de guerra—dijo el Empecinado con rabia—, y ellos están haciendo el mío... Cria cuervos... ¿Qué gente hemos perdido? Poca cosa. Adelante... ¿Dónde están los carros? Recoger los muertos..., digo los heridos.

XV

Cuando esto decía, oyóse de repente vivo fuego de fusilería. No sonaba, no, en la eminencia que servía de fortaleza a los renegados; sonaba delante de nosotros, allá por donde se extendía el camino que pensábamos seguir. Hubo un momento de angustiosa perplejidad. Miramos y nada vimos: las sombras de la noche ocultaban el cercano peligro. De repente, en el ejército mil voces clamaron:

—¡Los franceses, los franceses!

—¡Gracias a Dios!—gritó don Juan Martín— Franceses y traidores, todo junto... Así los acabaremos a todos de una vez.

—Tenemos retirada segura—gritó Sardina, que había examinado el terreno a nuestra espalda.

—¡Cómo retiradá!—bramó el general—. Maldita noche que no alumbra. Que se repliegue toda la tropa y espere... A ver, que los de Orejitas tomen posición a la izquierda.

—Es mal sitio, porque amenazan los renegados desde la altura.

—Pues a la derecha.

—A la derecha, sí; pero cuidado con el barranco.

—Esta gente no sirve para nada. ¿Son muchos los franceses?

—No vemos nada.

—Son muchos, muchísimos—gritó una voz.

—Mejor, mucho mejor... El Crudo, a vanguardia. Crudo, mucho cuidado. Clavarse en el suelo... hasta ver si empujan fuerte. Si empujan blando, echarse encima...; si empujan gordo..., aguantar. Aquí estoy yo con mi gente... Buena presa vamos a hacer hoy.

La avanzada francesa embistió a nuestro ejército. El vivo fuego indicaba empuño formidable de una y otra parte. Nuestra vanguardia llevaba ventaja; pero, ¡ay!, sobre la blancura de la nieve se destacaban enormes masas de franceses, y de pronto, no sólo la vanguardia, sino toda la línea, se vió amenazada.

Apretando los dientes y crispando los puños, don Juan Martín gritó:

—¡Morir antes que retirarnos!

Destrozada nuestra derecha y no pudiendo desarrollarse por aquel lado tá-

ctica alguna a causa de la peligrosa configuración del terreno, retrocedió con violencia. Sardina, tratando de restablecer el orden para la retirada, se internó entre la tropa y pudo conseguir algo. Pero los franceses, cuyo número era muy superior al nuestro, se echaban encima, no daban tiempo a ordenar la resistencia, y hostilizados nosotros por el frente y desde la montaña, nos hallábamos en la situación más crítica que darse puede.

Don Juan Martín, extraviado, furioso, febril, vociferaba de este modo:

—¡Aquí estoy, venid aquí!... Vengan traidores y franceses.

—No podemos hacer nada, ¡rayo!—exclamó Sardina—; pero aún podemos salvarnos.

—¡Resistid a todo trance!... Los empecinados no pueden rendirse—exclamaba el general.

Y abandonando el caballo se lanzó, sable en mano, al combate. Su presencia hizo muy buen efecto, y aquellos pobres soldados, rendidos de fatiga y muertos de frío, resistieron en medio de la nieve el tremendo ataque de los franceses. No peleaban en correcta línea nuestros guerrilleros, porque ni sabían hacerlo ni el sitio y la oscuridad lo permitían, y la cuestión se decidía en luchas parciales de grupos que, encontrándose frente a frente, se destruían con ferocidad. En los sitios de mayor empeño estaban don Juan y Sardina con todos los de su comitiva, defendiéndose más bien que atacando, pues ya no era posible conservar ilusiones respecto al resultado de aquel funesto encuentro. Era difícil de marcar con exactitud los límites de cada uno de los ejércitos, ni señalar dónde acababa uno y empezaba el otro, pues en aquella revuelta masa habíanse mezclado los unos con los otros en brutal choque sin arte ni táctica. La nieve pisoteada era fango y sangre, y nos hundíamos en aquel mar de espuma, que nos salpicaba al rostro. Los movimientos eran difíciles por la falta de suelo, y más que batalla, aquello parecía un baile de exterminio en las regiones donde por vez primera se llevaran los odios humanos.

De pronto, un remolino espantoso agitó aquellos cuerpos incansables; redobláronse los gritos, y todos cambiamos de sitio, mezclándonos más que antes:

fuimos arrastrados, como si la movieda escena corriera de un punto a otro, dividiéndose, quebrándose en pedazos mil. Nuevas fuerzas francesas habían entrado en el campo de batalla, avanzando con orden y dejando tras sí a gran número de empecinados.

—¡Que nos copan!—gritó con pánico una voz, que reconocí como la de Sardina.

Miré en derredor mío y no vi a ninguno de los que peleaban a mi lado. Pero no tardé en sentir muy cerca de mí la voz del Empecinado, que gritaba:

—Aquí estoy, ¡cuernos de Satanás! ¡Rayo de Dios! Veremos si hay quien se atreva a ponerseme delante.

Corrí allá. Don Juan Martín, acompañado de sus más fieles amigos, se defendía con bravura y allí mataban franceses y renegados de lo lindo. Era un grupo aquél que atraía y fascinaba. En el centro, el general se multiplicaba, y con el espectáculo de su heroísmo no había a su lado quien no se sintiera con fuerza sobrenatural y un gran aliento para ayudarle. La idea de que cayese prisionero dábanos a todos un coraje loco, que retardaba el fin de tan encarnizada lucha.

Al fin, de entre la masa de enemigos que teníamos delante, destacóse una negra figura a caballo. Era mosén Antón, que venía gritando:

—¡Ahí está!... No le dejéis escapar.

—¡Ven a cogerme..., animal!...—exclamó el Empecinado—. ¡Aguarda, traidor Judas!

Y quiso lanzarse en medio del fuego. Una mano vigorosa asió por el brazo al jefe de la partida y le arrastró hacia atrás. En medio del estruendo de aquel instante supremo oí la voz de Sardina, diciendo:

—Retirémonos..., Juan; ahí tienes mi caballo... Vuela en él.

En derredor mío yacían muchos cuerpos que cayeron para no levantarse más. Yo me asombraba de encontrarme vivo... Retrocedimos haciendo fuego. Los aullidos de los franceses y de los renegados anunciaban el júbilo de la victoria. Ibamos a caer prisioneros. Ya no había resistencia posible y permanecer allí era locura, porque si los fusileros con quienes nos habíamos batido apenas inspiraban cuidado, detrás venía una fuerte columna de dragones con mosén An-

tón a la cabeza. Estábamos vencidos. Era preciso escapar.

«No hay remedio—dije para mí—. Nos cogen prisioneros.»

Retrocedí sin precipitación, aguardando con relativa tranquilidad mi suerte, y al borde del barranco encontré a don Juan Martín, llevado o, mejor dicho, arrastrado por sus amigos.

—¡Que vienen..., que nos cogen!—gritó una voz.

Los caballos, con rápida carrera, avanzaban acuchillando a los dispersos. En un instante estuvieron sobre nosotros, y algunos renegados, a pie, avanzaban trabuco en mano.

—¡A ése, a ése..., ahí está!—gritaban con feroces berridos.

Todos corrieron por el llano. Don Juan Martín, agitando los brazos con temblor frenético, vomitó estas palabras:

—¡Ladrones!... ¡Venid por mí! ¡Coged al Empecinado!

Y diciéndolo, se precipitó por el barranco abajo, y resbalando por la nieve se hundió en aquel abismo, cuyo fondo ocultaba la oscuridad de la noche.

Los bandidos miraban a todos lados; los caballos se encabitaron al llegar al borde, y perdióse en aquéllos toda esperanza de echar mano al bravo guerrillero. Esto pasó en un período de segundos más breve que el tiempo empleado por mí en contarlos. No me es posible precisar de un modo exacto todos los detalles de aquel suceso, y hasta es probable que altere sin saberlo el orden con que se producían, porque lo que pasa en tales momentos de confusión y espanto queda en la memoria con rasgos y formas indecisas, como la sensación producida por el relámpago o las turbias sombras de la pesadilla... Sólo puedo decir, sin precisar sitio ni momento, que el Crudo, otros tres y yo nos vimos rodeados por una chusma que nos quería coger prisioneros.

—Aquí nos tienes—exclamé, agitando vigorosamente la carabina por el cañón y descargando con la culata golpe tan vigoroso sobre la cabeza del más cercano, que lo tendí sobre la nieve.

Nos dispararon varios tiros: el Crudo cayó a mi lado, y una navaja atravesó mi manga derecha, rozándome la piel... Sé que corrí hacia un punto donde sentía la voz de Orejitas y Sardina... Sé que no pude llegar hasta ellos, y que

me encontré junto a otros empecinados que aún se defendían bravamente... Pero no puedo decir por dónde escaparon los que lograron hacerlo... En la confusión con que mi mente me presenta hoy estos recuerdos sólo veo con claridad lo que voy a contar, y es por un espacio de tiempo, que me pareció muy largo, corrí sobre la nieve, sin encontrar a nadie en mi carrera, oyendo, sí, gritos, voces, juramentos, aullidos, que ora sonaban a mi derecha, ora a mi izquierda. Miré hacia atrás y vi algunos caballos, no sé si diez o ciento, que corrían en la misma dirección que yo... Apreté el paso, y vi delante de mí, sobre el pisoteado fango de nieve, un bulto, un trapo, un envoltorio, del cual salía un lastimero llanto. A pesar de la oscuridad, se distinguían dos delicadas manecitas alzándose hacia el cielo. Maquinalmente, y casi sin detenerme, cogí el bulto entre mis brazos y seguí corriendo. Pero los caballos, que seguían mis pasos, me alcanzaron al fin.

—¡Date, date!—gritaban a mi espalda.

Me sentí asido fuertemente. Había caído prisionero.

En derredor mío había muchos franceses, todos frenéticos, poseídos, de la terrible borrachera de la victoria. Uno de ellos apuntóme con su fusil al pecho, con intento de matarme. Otro, desviando el cañón, me dijo, mezclando el francés con el castellano:

—¿Qué traes ahí, *fripon*? Un *petit*... ¿Dónde lo has robado?

—Deja a un lado el *petit* que te vamos a fusilar—dijo otro.

—Es un oficial—indicó el tercero, mostrándome benevolencia.

El guerrillero llamado Narices estaba a mi lado sujeto por dos robustos dragones, y al poco rato aparecieron otros cuatro empecinados prisioneros.

—Para esta canalla no debe haber cuartel—exclamó un sargento—; fusilémoslos.

Narices, con un movimiento rapidísimo, se desasíó de los que le sujetaban, y, esgrimiendo la navaja, gritó:

—¡Compañeros, a mí!... Despachemos a estos cobardes.

Y asestó tal puñalada al sargento que le dejó seco. Ibamos a secundar su movimiento; pero acudiendo otros, nos atacaron despiadadamente. Al ver un camarada muerto quisieron rematarnos a to-

dos allí mismo; pero un oficial dió orden de diferir la ejecución, y luego presentóse un hombre, cuya cara reconocí al momento.

—Es Araceli—me dijo—; después hablaremos.

—Recoja usted su *petit*—me dijo el oficial.

Dos horas después, al cabo de una marcha penosa, entraba yo en Reboñar-de-Sigüenza custodiado por los dragones franceses. Eran doscientos.

XVI

Al llegar al pueblo la mayor parte de los prisioneros fueron distribuidos en varias casas. Los considerados como *tunantes*, que era preciso exterminar, fuimos conducidos a la parte alta de la casa del Ayuntamiento y encerrados separadamente. Al entrar en mi prisión, el peso del Empecinadillo me era insoporrible. Arrojáme sobre el suelo, poniéndole a mi lado, y cuando los franceses me dejaron solo no tardé en dormirme profundamente. Mis ojos, al abrirse, recibieron la impresión de la claridad del día, e hirió mis oídos el débil quejido de la criatura, que pedía de comer. Abrigado por el pedazo de colcha que le servía de capote, el pobre niño estaba en un rincón, muy bien colocado y envuelto en una manta desconocida para mí, como si una mano cariñosa le agasajara en aquella posición durante mi sueño. Yo no recordaba haberlo hecho.

El niño estaba caliente. Yo sentía mucho frío. Reconociendo el sitio en que me encontraba, vi que era una habitación abuhardillada, grande y de techo tan bajo, que era difícil estar en pie sin tocar con la cabeza en el maderamen. Entraba la luz por una reja compuesta de ocho barrotes cruzados y poco gruesos, pero nuevos y fuertes. Una puerta de viejas tablas muy sólidas, aseguradas con planchas de hierro y con barrotes y dobles resguardos, cerraba la entrada. No había mueble alguno en aquella fría y tristísima estancia.

Despertó, como he dicho, el Empecinadillo, y extrañando el sitio o la ausencia de *mamá* Santurrias, y más que nada la falta de alimento, puso el grito en el cielo. Yo apuré todas las razones imaginables para convencerle de su

importunidad; mas nada logré. Por fortuna no tardamos en ser visitados por un soldado francés, que nos traía nuestro desayuno.

—Ya sabréis—me dijo en lengua mixta—que vais a ser arcabuceado.

Alargóme un pan; y como yo no hiciera movimiento alguno para tomarlo, él mismo cortó un pedazo para darlo al pequeño.

—Que vais a ser arcabuceado por traidor—repitió alzando la voz y cuadrándose ante mí—. Si cuando os cogieron prisionero os hubierais contentado con vuestra suerte... Pero asesinasteis al sargento Duclós...

Miré entonces fijamente al francés. Era un toro, un pedazo de hombre capaz de derribar una pared a puñetazos. Su rostro sanguíneo se adornaba con una pomposa barba rubia que le salía desde los encendidos pómulos; y aun la nariz atomatada no estaba exenta de pelo. El conjunto de su imponente persona era un buen modelo de las históricas figuras con que la escultura oficial ha adornado los trofeos del Imperio. Usaba la enorme gorra peluda, y su corpachón se cubría casi totalmente con el delantal de cuero blanco, distintivo de los gastadores.

Contrariado sin duda por mi laconismo, alzó la voz y coléricamente repitió:

—¡Arcabuceado!... Sí señor... ¿Lo oís bien? Vuestro camarada, que está en el cuarto próximo, lo sabe también y se ha puesto a rezar. ¿No rezáis vos? Conviene limpiar de tunantes este país... Es la opinión del emperador y la mía.

Mientras se expresaba de este modo, advertí que sus miradas, más que a mí, se dirigían al Empecinadillo, ocupado en devorar un pedazo de pan.

—¡Pobre niño!—dijo el francés, con lástima—. Esta madrugada, cuando os trajeron aquí, el pequeño estaba muy frío. Le pusisteis en el suelo... ¡Qué inhumano sois! ¿No temáis que se helara? Mientras dormíais yo lo arropé junto a vos, y además le cubrí con ese pedazo de manta que veis.

Estas palabras me hicieron fijar la atención en mi carcelero con algún interés.

—Suponiendo que tendría hambre, os he servido el desayuno temprano, y además le he traído esto.

El francés, metiendo la mano bajo

el mandil de cuero, sacó un pequeño roscón de mazapán, que presentó al Empecinadillo, el cual, una vez recobrada su actividad y travesura con la pitanza, sintiendo en su espíritu el generoso impulso de los grandes hechos, se lanzó al centro de la pieza sable en mano, ejecutando algunas maniobras militares. No era corto de genio, y más se entusiasma cuanto más le aplaudían. El francés le miraba con admiración y ternura, siguiéndole en sus inquietos giros y vueltas; se sonrió, y luego, volviendo hacia mí sus ojazos alegres y su boca risueña, me dijo estas palabras:

—Cuando os hayan arcabuceado, recogeré a vuestro niño y me lo llevaré conmigo... Es muy lindo y muy galán... No le respondí nada.

—Hacéis bien en traer vuestro niño a la guerra. Así os distraéis con él... Lo dicho: cuando os despachen, me quedaré con esta alhaja y le llevaré conmigo a todas partes. No le faltará nada y le enseñaré a que me llame *papá*.

Al decir esto, noté súbita alteración en las duras facciones del soldado. Hizo algunos visajes como luchando con una inoportuna sensibilidad: mas no pudiendo vencerla, le vi que con disimulo se llevaba la mano a los ojos para limpiarse una lágrima.

—¿Llora usted?—le dije.

—¡No!... ¡Yo llorar!—exclamó ahuecando la voz—. Nada de eso... Es que... Os diré la verdad. Este muñeco me recuerda a mi pequeño Claudio, a quien deje en mi pueblo. Yo soy de Arnay-le-Duc, en Borgoña. Mi niño tiene ahora dos años y medio, y debe de estar lo mismo que éste.

—¿Es usted casado?

—Sí—respondió cogiendo al Empecinadillo en una de sus rápidas vueltas y besándole con brutal cariño—. Soy casado; pero en la última conscripción, el emperador echó mano a los casados. Es un dolor, una picardía, ¿no es verdad? Ahora que nadie nos oye... ¡Separarle a uno de su mujer y de su hijo para traerle a esta maldita guerra de España, que no se acaba nunca...! Mi pequeño Claudio no se aparta de mi memoria.

En aquel caso sí podía decirse que el chico era comido a besos. El francés oprimía de tal modo la cabecita y el cuerpo de mi camarada, que éste lloró.

—No llores, mi amor—le dijo—. Hagamos el ejercicio..., tum, turum, tum... ¡Marchen! ¡Armas al hombro!

Y marcando vivamente el paso, recorrió el descomunal soldado la habitación, imitando el ruido de cornetas y tambores. Viéndole con el niño en brazos, recordaba yo las imágenes de San Cristóbal que había visto en algunas catedrales.

Por fin, el gastador dejó al chico a mi lado después de besarle mucho y de prometerle que le traería alguna golosina. En el mismo instante, como yo mirase al exterior por la reja, único respiro de la triste estancia, púsome su pesada mano sobre el hombro, y me dijo, ya sin sensibilidades ni enternecimientos:

—No creáis que podréis escaparos. No os salvarán la astucia, ni la fuerza, ni el soborno, ni nada. Esta reja cae sobre el balcón, y del balcón abajo no podréis saltar sin romperos el espinazo. Al fin de la huerta hay un centinela, y lo que es por esa puerta me parece que no encontraréis salida... Y cuidado con intentar alguna picardía, porque...

Me miró con expresión terrible y amenazadora.

—Creo que os mandarán al otro mundo esta tarde... Si queréis que se anticipe la función, tratad de escaparos.

Marchóse después de hablar así, despidiéndose del Empecinadillo con caricias y besos.

Cuando me quedé solo, medité largo rato sobre mi suerte; y en un momento me dejé arrebatar por la más amarga desesperación, luego, con elevar a Dios mis pensamientos, se calmaron un tanto las borrascas de mi espíritu. Con la resignación llenóse éste de una paz dulce y triste que me disponía al doloroso cambio de nuestra vida por otra mejor. Traía a la memoria las imágenes de las personas amadas, hablaba con ellas, les dirigía tiernas palabras, y explorando después con la mirada del espíritu el tiempo futuro, aquel tiempo en que nadie se acordaría de mi existencia cortada en flor, me sumergía en hondas melancolías. Pero la esperanza no abandona al hombre cristiano. Yo traía a Dios a mi corazón. No puedo expresar de otro modo aquel empeño mío de santificar mil últimas horas.

Habían pasado dos horas desde la visita del gastador, cuando la puerta de

mi prisión se abrió de nuevo y presentóse el hombre que había pasado por delante de mí como imagen fugaz en el momento de caer prisionero.

Era don Luis de Santorcaz. Había variado bastante su aspecto desde la última vez que le vi en Madrid, y estaba pálido su rostro y desmejorada y enflaquecida su persona, como quien convalece de penosa enfermedad. En cambio, había ganado mucho en el vestir, y al pronto agradaba su buen porte, no exento de nobleza y grave elegancia.

XVII

—No sospechabas tú verme en este sitio—me dijo—. ¿Te acuerdas de mí? ¿Necesito refrescarte la memoria?

—No; recuerdo bien.

—Estás hecho un personaje, y es lástima que te quiten la vida—dijo, buscando un asiento con la vista—. ¿No hay aquí dónde sentarse? No puedo estar en pie. Padezco mucho.

—¿Está usted enfermo?

—Sí—me respondió, echándose en el suelo y oprimiendo su pecho con la mano izquierda, mientras se apoyaba en el derecho brazo—. He contraído una enfermedad en el corazón...; es de tanto sentir. Soy desgraciado, Gabriel; no se puede vivir con estas serpientes enroscadas en el órgano principal de la vida... Conque vamos a ver, joven: ya nos conocemos de antiguo y son ociosos los preámbulos. Vengo aquí a salvarte la vida.

—Lo agradezco—dije, levantándome—. ¿Me puedo marchar?

—No; todavía, no. Antes hablaremos. No se te puede perdonar por tu linda cara. El comandante está furioso, porque tú y los que contigo fueron hechos prisioneros asesinaron a traición al sargento Duclós. No hay perdón para un crimen semejante. Sin embargo, considerando que eres oficial, el comandante te perdona, siempre que te comprometas desde hoy a servir a la causa francesa, cambiando tu bandera por la nuestra. Yo le dije al comandante que lo harías.

—Mal hecho—repuse con calma—, por que no lo haré. Acepto la muerte. Semejante infamia no es propia de mí. Si no ha traído usted otra comisión, puede retirarse.

—Aquí no se trata de hacer el tonto con sublimidades—me contestó—. Pien-
sa bien lo que dices. En otro tiempo
comprendo que tuvieras escrúpulos de
pasarte a nosotros; pero hoy... Vamos
ganando la partida. Tomada Valencia;
sometida Tarragona, Tortosa, Lérida,
todo este país será nuestro. Los más fa-
mosos guerilleros comprenden que ten-
dremos gobiernos de José para un rato,
y vienen a que les demos grados y pa-
gas. En la batalla de anoche, el ejército
de don Juan Martín ha sido completa-
mente destrozado. ¿Qué piensas hacer?
¿Qué ambición tienes? ¿Sabes que Cá-
diz no podrá resistir dos semanas y que
Wellington ha sido envuelto y se ha
refugiado en Portugal?

—Todo eso podrá ser verdad o error
—repuse—; pero yo no me paso al ene-
migo. Estoy dispuesto a morir.

—Mira que no te salvan todas las po-
tencias celestiales... Pon atención..., si-
lencio. ¿No oyes ruido en la pieza in-
mediata?

Al través del muro se oían voces y
fuertes pisadas.

—Es que sacan a Narices para arca-
bucarle. A ti te tocará esta tarde o
mañana temprano, porque, siendo oficial
del ejército, conviene dar a esto la for-
ma de proceso.

—Solo, abandonado, pobre, sin fortu-
na, sin honores—respondí—, prefiero la
muerte a la deshonra. Hay en mí un
alma que no se vende. Este hombre os-
curo se consuela de la muerte en la
grandeza de su conciencia. Señor don
Luis, hágame usted el favor de dejar-
me solo.

Don Luis calló un breve rato. Luego
oímos algunos tiros, y temblé. Un su-
dor frío inundó mi frente, y mi espí-
ritu vaciló. Puedo decir que sentí tam-
balear mi conciencia como un edificio
que amenaza ruina.

—Narices ha dejado de existir—dijo
Santorcaz, clavando en mí sus expre-
sivos ojos—. Se me olvidaba decirte que
tendrás el grado inmediato, dinero y,
si quieres, un título de nobleza.

—Lo que quiero es la muerte—excla-
mé, sintiendo que de improviso se redob-
labla mi entereza—. ¡Quiero la muerte,
sí, porque aborrezco la vida en medio
de esa vil canalla! Antes que estrechar
la mano de un español renegado o de
un francés, me dejaré morir de hambre

en esta prisión, si no me matan pronto
o me ponen en libertad. Señor Santor-
caz, si no quiere usted que le manifieste
cuánto desprecio a la miserable gente
que me quiere sobornar, y a usted mis-
mo y a todos los renegados y perjuros
que están con los franceses, déjeme us-
ted solo. Quiero estar solo. Váyase us-
ted con Dios o con el diablo.

Poniéndome en pie, le volví la espalda.

—Bien—dijo Santorcaz con calma—:
me retiro y te dejo solo. Pero di: ¿es
tuyo este chiquillo? Es preciso retirarle
de aquí. Pues que no quieres vivir, voy
a decir al comandante tu resolución...
Ya no te veré más, porque parto den-
tro de una hora para Cifuentes.

Esta palabra me hizo estremecer; y,
volviendo al lado de Santorcaz, le miré
con extraviados ojos.

—¿Por qué me miras así?—me pre-
guntó.

—Por nada—repuse.

—Puesto que voy a Cifuentes—aña-
dió—, me ofrezco llevar, si gustas con-
fiármelos, tus últimos recuerdos para
dos personas que no te quieren mal y
que están en dicha villa.

Al oír esto, no pude, no; no pude con-
tener una amarguísima congoja que lle-
nó mi pecho, oprimió mi garganta, tur-
bó mi cerebro, paralizando en mí la vi-
da por algunos instantes. Hice esfuer-
zos para vencer aquel dolor inmenso...;
iba a llorar, nada menos que a llorar
como un chiquillo delante de mi sobor-
nador; y, reconcentrando en el corazón
toda la energía de mi voluntad, me lo
retorcí, lo ahogué, lo acogoté, como se
acogota a un animal que muerde, ven-
ciéndolo al fin.

—No tengo ningún recado que man-
dar—exclamé, mirando frente a frente
al afrancesado.

—Es lástima—dijo él con aquella fle-
ma imperturbable que le abandonaba
rara vez—; es lástima que no te despi-
das de ellas, porque, según oí, madre
e hija te apreciaban mucho.

—Lo sé...—repuse, vacilando—. Les en-
viaría una carta, mas no con usted.

—Haces mal, porque, forzosamente, he
de verlas. ¡Pobrecitas, cómo se entris-
tecerán cuando sepan que has muerto!
Dame alguna prenda tuya, tu reloj, un
anillo, cualquier cosa, para llevárselo a
la que has considerado hasta aquí como
destinada a ser tu esposa.

—Con esta puñalada, Santorcaz me atravesó de parte a parte el corazón.

—No tengo nada que mandar—repuse sombríamente—. ¿Y se puede saber con qué fin va usted a casa de esas señoras...?

—Debiera reírme de tu pregunta y mandarte a paseo. Pero a un hombre que va a morir deben guardársele ciertas consideraciones. ¿Sabes que la condesa, desde hace algunos días, está enferma en cama? Voy a Cifuentes porque ha llegado la ocasión de apropiarme lo que me pertenece. Inés es mi hija.

No le contesté nada.

—Las supercherias—prosiguió—empleadas para desfigurar la verdad han hecho muy desgraciada a la pobre condesa. Ha reñido con su tía; reclama sus derechos de madre, y la ley no le hace caso. Don Felipe ha muerto en Madrid el mes pasado, después de poner en duda, en un documento solemne, la legitimación de la muchacha. Yo quiero cortar bruscamente la cuestión llevándome a mi hija conmigo. Este ha sido el pensamiento de toda mi vida; y si en la corte no lo pude conseguir, lo conseguiré en Cifuentes. Cuando descubrí que estaban allí, me puse enfermo de alegría.

Tampoco ahora le contesté nada.

—Ya no está en mi poder—prosiguió—porque no he querido promover un escándalo. Estas cosas deben hacerse con arte...

—¡Con cuánta fuerza se han desarrollado en usted los sentimientos paternales!—exclamé con colérica ironía.

—No te burles—respondió con la misma calma—. Ya sé que me tienes por un malvado abominable, por un calavera empedernido y sin corazón. Si algo de esto es verdad, culpa a la condesa y a su familia, no a mí. Yo era un buen muchacho. ¡Ay!, me envenenaron el alma... Afortunadamente, ahora me toca a mí. La vuelta colosal que ha dado el mundo, ¡quién lo creería!, me ha puesto a mí arriba y a ellos abajo. Pasó la hora en que ellos eran fuertes y yo débil, y estamos en la hora de mi poder y de su flaqueza. Descargaré la mano, rompiendo lo que encuentre.

Yo estaba aterrado, ¿a qué negarlo? Largo tiempo miré en silencio a aquel hombre, interrogándole con la vista.

Quería sondearle, y al mismo tiempo temía conocer sus pavorosos secretos.

—A un desgraciado que va a morir—me dijo, mudando de postura para conllevar las dolencias de su pecho—se le puede confiar cualquier cosa. Voy a decirte lo necesario para que no veas en mí a una criatura discola y vengativa que se goza en hacer daño.

XVIII

El Empecinadillo dormía a mi lado Santorcaz me habló así:

—Yo soy salmantino, y mi familia es de labradores honrados, con puntas de hidalguía. Estudiando en la gran Universidad, tuve una disputa con un joven de Ciudad Rodrigo; nos desafiarnos, le maté, y este funesto suceso me obligó a huir de aquel país, viniendo a Alcalá para seguir mis estudios. Era yo muy travieso; armaba frecuentes camorras, corría la tuna como nadie, me batía con el demonio, apedreaba a los maestros, y mis diabluras traían conmovida a la ciudad complutense. Te diré, además, aunque parezca vanidad, que era yo entonces muy hermoso, atrevido, de fácil palabra, con arte habilísimo para congraciarme con todo el mundo, y principalmente con las muchachas. Mi imaginación impetuosa era mi única riqueza; mas de tal modo parecíame estimable este tesoro en aquella edad, que con él lo tenía todo.

»Cuatro compañeros y yo corríamos la tuna por estos pueblos, y en una noche de invierno pedimos hospitalidad en el castillo de Cifuentes. El frío y el cansancio me habían afectado de tal modo, que al día siguiente me encontré gravemente enfermo. Mis amigos se marcharon y yo me quedé allí. Asistieronme los dueños de aquel palacio con mucho cariño; pero cuando sané me despidieron de la casa. Yo salí con el corazón hecho pedazos, porque estaba enamorado.

»Cambié mi carácter; volvíme taciturno; huía del bullicio, y las soledades eran mi delicia. Olvidé los estudios, olvidé a mis padres y a mis amigos, y puedo decir que no vivía en el mundo. Vagaba por los alrededores de Cifuentes, extraño a la hermosa Naturaleza que me rodeaba, y para mí no había cielo, ni árboles, ni ríos, ni montañas.

Ocupado mi interior por una inmensidad indefinible, el mundo era para mí como un paisaje lejano del cual no se ven más que vagas sombras, indignas de que se fijara la vista en ellas.

»Un año pasó de este modo. La veía muy rara vez en Madrid, muy rara vez en Cifuentes, y en un viaje que hicieron a Andalucía seguí a la familia caminando a pie. Volvieron a Cifuentes en el invierno del noventa y dos; pero me vi detenido en Madrid por un suceso lamentable, y fué que, habiendo contraído bastantes deudas por mi desmedido lujo en el vestir, mis acreedores dieron conmigo en la cárcel. Al fin, salí. Si en aquella ocasión hubiera yo renunciado a mis locos devaneos, conformándome con la humildad de mi posición, mi suerte en el mundo habría sido distinta. Pero entonces la idea de renunciar al tormento era para mí mucho más dolorosa que el tormento mismo...

»Corrí a Cifuentes. Mil estratagemas ingeniosas, la audacia y la cavilación reunidos me permitieron entrar en el castillo. Yo adoraba aquellas piedras antiguas, que encerraban la más extraordinaria, la más preciosa y admirable obra del Creador. ¡Cuánto las he aborrecido después!

»Recuerdo cómo avanzaba yo lentamente por la penumbra de aquella sala, inmediata al torreón del Mediodía; recuerdo las paredes cubiertas de tapices, adornadas con armas, retratos y arcones de encina tallada. Me parece que aquellas horas son las únicas en que he vivido, y que lo demás de mi existencia es una pesadilla de cuarenta años. Al sentirme amado, me decía: «No puedo ser yo mismo este ser felicísimo que aquí está.»

»Una mañana, al descolgarme del torreón con una escala de cuerda, los criados me vieron; y como me maltrataran de un modo soez, creyéndome ladrón, disparé mis pistolas sobre ellos y maté a uno. Fuí llevado a la cárcel de Guadalajara, de donde los mismos señores de Cifuentes me sacaron, temiendo que, si llevaban adelante la causa, se descubriera su deshonor.

»Mientras, con habilidad suma, hicieron esfuerzos para que todo quedase en la sombra, emprendieron contra mí una persecución cruel, con la cual me era muy difícil luchar. Varias veces es-

tuve a punto de ser cogido en las levadas que hacían en el interior del país para llevar gente a los barcos del rey; me vigilaban constantemente, y extendieron de tal modo la opinión de que yo era un vicioso, calavera y vagabundo, que varios respetables sujetos a quienes mi padre había recomendado cuando vine a Madrid, me cerraron las puertas de su casa.

»Yo quería quitarme de encima la pesadumbre de la infamia que habían arrojado sobre mí; luchaba con las piedras que se me habían caído encima, sepultándome, y mis débiles manos no podían levantar una sola. Quise ser militar, y solicité una banderola; pero no se me concedió. Quise estudiar; pero ya era tarde. Había pasado la edad de los estudios, olvidándoseme lo que a tiempo aprendí. Mi padre, a cuya noticia llegó la artificial fama de mis faltas, me escribió diciéndome que no volviera más a su casa y que me considerase huérfano.

»Intenté verla; pero esto era ya más imposible que escalar el cielo. Mis cartas no llegaban a ella. Sus padres, al resguardarla de mí, había tenido arte para librarla de toda mancha ante la sociedad. Jamás secreto alguno ha sido mejor guardado.

»Caí enfermo, convaleciente aún, los alguaciles me prendieron en mi casa para llevarme como vagabundo al arsenal de Cartagena, simplemente porque les daba la gana. No pude resistir; pero en el camino me escapé, y con mil dificultades, y privaciones, y peligros fui a Francia.

»Entré en el país el veintiuno de enero del noventa y tres, y, sin saber cómo, me encontré en una gran plaza donde el pueblo estaba reunido para ver matar a un hombre. Este era Luis Dieciséis. Cuando el verdugo enseñó al pueblo su cabeza, yo aplaudí como los demás, gritando: «Está muy bien hecho.»

»¡Ay! Aquella sociedad, aquel caos, aquel infierno era lo que hacía falta a mi turbada y rabiosa alma. Sentíame entre la gente inundado de salvaje alegría. Al instante tomé parte en todos los alborotos, frecuenté las tribunas de la Convención; acompañaba, chillando y aullando, a las pobres víctimas que iban a carreta desde la Conserjería a la plaza de la Guillotina, y me emborraché, como los parisienses, con el va-

por de la sangre y el bárbaro frenesí revolucionario. Tenía siempre la vista fija en mi país, y cuando la Convención de claró la guerra a España en la sesión del siete de marzo, yo, que estaba en la tribuna, grité: «¡Me alegro: llevaremos allá todo esto!»

»Yo habitaba con Marchena en un miserable cuartucho del barrio de San Marcial. Ibamos a los Jacobinos y a los clubs más soeces, más desvergonzados, más cínicos de la gran ciudad. Los dos vivíamos en lo más execrable de aquella fermentación horrible. En la puerta de la casa que nos albergaba pusimos un cartel que decía: «Aquí se enseña el ateísmo por principios.»

»Marchena y yo nos adiestramos pronto en la lengua francesa. El escribía folletos contra los frailes, y yo peroraba en los clubs. Nos hicimos amigos de Marat y Robespierre, que nos tenían por grandes hombres. Cuando la Montaña triunfó sobre la Gironda, yo me sentía inflamado por la pasión política, y recorría las calles con el populacho, pidiendo la cabeza de los veintiún convencionales encerrados en la cárcel. El dieciséis de octubre nos dieron la cabeza de María Antonieta, y el treinta y uno, las de los veintiún girondinos. ¡Cuán presentes están estos horrores en mi memoria, y qué huella dejaron en mi entendimiento y en mi espíritu! Al contacto de las llamaradas de aquel incendio sentí nacer en mí nuevas y espantosas pasiones.

»Yo era de los frenéticos. Toda la sangre derramada me parecía poca para reformar una sociedad que no era de mi gusto, y estimaba lo mejor hacerla desaparecer en la guillotina, dejando a Dios el cuidado de hacer otra nueva. Pero ¿a qué nombrar a Dios? Entonces, sólo el nombrarlo era un insulto a la razón, única divinidad que adorábamos. Marchena y yo habíamos inventado un Dios irrisorio, al cual llamábamos Ibrascha.

»En mi delirio, insulté públicamente a Robespierre, nuestro protector y amigo, porque había proclamado la existencia del Ser Supremo. ¡El pícaro Maximiliano se pasaba a los realistas! Mi amigo y yo fuimos presos, y aguardábamos en la Conserjería la carreta que nos debía llevar a la guillotina.

»Una exaltación febril, una embria-

guez de imaginación nos enloquecía, y anhelábamos la muerte, no con la entereza del estoico, sino con el estúpido heroísmo de la calentura política. Caí gravemente enfermo, y un pobre cura que compartía nuestro calabozo quiso convertirme. Gritando como un insensato: «¡No hay más Dios que Ibrascha!», maltraté a aquel buen hombre...

»La caída de Robespierre y la subida de los termidorianos nos puso, al fin, en libertad. Pero en la insurrección de las secciones contra la Convención en Vendimiario, fui malherido y estuve a punto de morir. Cuando sané, encontréme viejo, gastado, débil y con una fuerte disposición a la sensibilidad. Me causaba horror la presencia de mis antiguos compañeros, y, buscando la soledad, pasaba muchas horas llorando. Convalecía mi alma. Cuando salí a las calles de París, después de muchos meses de encierro, advertí que la fiebre de la revolución iba pasando.

»Sentí vivo deseo de volver a España, y volví. Dulces memorias alegraban mi alma, y experimentaba alivio placentero pensando en la que había amado. Pero al dar en Madrid los primeros pasos, salíome al encuentro mi reputación de revolucionario y guillotínista. La que era ya condesa y mujer casada no quiso recibirme, y advertí que ya no le inspiraba desdén, sino horror. La familia gestionó para enviarme a los presidios de Ceuta... No puedo pintar la rabia, el furor que esto me producía. Mi corazón agitóse de nuevo con pasiones salvajes. Recordé a París, recordé la Convención y las carretas que iban desde la Conserjería a la plaza. Yo hablaba de esto, y todos se reían de mí.

»Iba a las tertulias de las librerías, y los poetas y hombres ilustrados me tenían por loco. Los necios me aplaudían. Ocupábame en fundar logias y clubs, que al punto se poblaron de tontos... Huí de nuevo de España, lleno el pecho de rencores, y afiliándome en el ejército de Bonaparte, estuve en Montenotte, en Mondovi y en Lodi. Cuando él fué a Egipto, le dejé y viví en París, practicando varios oficios. Alistéme luego en tiempo del Imperio, y le serví hasta la capitulación de Erfurth.

»Ya sabes que vine a España después de la invasión. ¡Qué inmensa alegría Figurábaseme que los pies de los dos-

cientos mil franceses que vinieron eran míos, y que con todos ellos estaba yo pisoteando el aborrecido suelo patrio... La condesa estaba viuda. Quise verla, y toda la familia se horrorizó de nuevo. Tú conoces mi viaje a Andalucía, donde serví accidentalmente la causa nacional; pero mi corazón me impulsaba a servir a mi patria adoptiva, a mi querida Francia, que había cortado la cabeza al rey y a los nobles.

«Creo que conoces mis proyectos. Busqué a mi hija. Quise recogerla, pero no pude. Al fin, las circunstancias me han favorecido de tal modo, que este deseo ardiente de mi vida se cumplirá mañana mismo.»

—Yo no veo en esto—dije—sino una cruel venganza. Muero con la ilusión de que Dios protegerá a esas dos personas que no quieren separarse.

—Eres un necio. Cifuentes está ocupado por los franceses, y no dejan salir ni una mosca.

—¡Están presas!—exclamé con angustia.

—Presas, sí. La condesa se ha puesto bajo la protección del jefe de brigada Verdier: él no permitirá que se las ofenda.

—Dios bendiga a ese buen caballero.

—Joven amigo—me dijo con socarronería—, yo sé más que el brigadier Verdier. Y no te digo más, porque me marchó. Por última vez te pregunto si aceptas lo que te he propuesto.

—¿Pasarme al enemigo? Los hombres como yo no hacen tales infamias. Ruego a usted que se marche. Quiero estar solo.

—¡Desgraciado joven!—exclamó, contemplándome con lástima—. Dios sabe que me es imposible salvarte. La ley de la guerra es inexorable. El general Belliard ha dado órdenes terribles para exterminar la pillería de las partidas. Dame la mano, Gabriel.

Levantóse no sin trabajo, y, acercándose a mí, estrechó mi mano.

—Este hombre empedernido—me dijo con cierta alteración en la voz—no siente indiferencia al considerar tu triste suerte. Adiós... ¿No me das ningún recado?

No contesté nada. Mi postración, mi abatimiento moral, eran extraordinarios.

—Adiós—repitió, apretándome ambas

manos. Las mías, estaban heladas y las suyas ardían.

Se despidió de mí, sin arrancarme una palabra más. Yo me hallaba en un estado de estupefacción dolorosa, cual si todas mis facultades se hallasen en suspenso. La abundancia, la aglomeración de ideas en mi cerebro, hacía un efecto parecido al de no tener ninguna. Me había vuelto estúpido. No podía fijarme en ningún orden determinado de pensamientos, porque en mi cabeza reinaba el caos. Mi vida pasada y la futura; aquella vida frustrada se resolvía en él, y me era imposible expulsar de mí la tenebrosa balumba para llenar sólo con Dios mi entendimiento.

XIX

El Empecinadillo, después de hartarse segunda vez de pan, dió varios paseos militares por la prisión. Luego sintieronse pasos afuera, acompañados de unos perros perruna, y mi tierno compañero corrió azarado hacia mí, gritando: «¡El coco!»

Mosén Antón entró en la estancia, buscándome con la vista. Al verme, acercóseme con cierta cortedad, y su cabeza tropezó repetidas veces en las vigas del techo. Mas, encorvándose, llegó hasta mí, y apoyando las manos en las rodillas, doblado por la cintura y alargado el hocico, me contempló largo rato. Yo no me movía. El Empecinadillo, refugiándose en el rincón detrás de mí, metió la cabeza entre el pedazo de manta y no hizo movimiento algunos mientras estuvo el coco.

Trijueque, golpeándome con la punta del pie, me dijo:

—Araceli, ¿duerme usted?... ¡Oh conciencia tranquila!

—Mosén Antón, ¿viene usted a convertirme?—le pregunté.

Turbóse ligeramente, y luego, doblándose para sentarse, habló así en voz baja:

—No se puede aguantar a esa canalla.

—¿A qué canalla?

—A los franceses.

—No se habla mal de los amigos, señor Trijueque. ¿Le han hecho ya general en premio de su traición?

Mosén Antón se puso pálido.

—El general Gui—dijo con violenta

ira—me llamó esta mañana para darme una bolsita de dinero. La tiré y salí sin decir nada... Araceli..., ¿lo creerá usted? Esos canallas se burlan de mí, me llaman *monsieur le chanoine*, y hacen poco los soldados me pedían, riendo, la bendición. Di a uno tan fuerte bofetada, que le doblé... Pero vamos a otra cosa: el comandante me dijo: «Ese desgraciado que está arriba necesitará tal vez oír exhortaciones espirituales. Suba usted, padre, y a ver si le convence de que se pase a nuestro campo.» ¿Hase visto insolencia semejante?... ¡Tratar de este modo a un hombre, a un guerrero como mosén Antón!

—He oído que a los franceses no les gustan los curas soldados.

—¡Así debe de ser—repuso con amargura el buen ex párroco—, porque me manifiestan un desprecio...! ¡Y quieren que le catequice a usted para que sea afrancesado! ¡No, mil veces no! ¿Sabe usted lo que le aconsejo? Que los mande a paseo... Vale más una muerte gloriosa...

Trijueque dió tan fuerte puñada en el suelo, que creí se había roto la mano.

—¡Morir, morir mil veces es mejor!—exclamó como hablando consigo mismo—. No se pase usted a los franceses, que son unos ladronazos sin vergüenza... ¡Ay, con qué gusto los vería arder a todos!... Pero vamos a cuentas. Dígame usted: ¿qué piensan de mí en la partida?

—Hablan de mosén Antón con tanto desprecio, que si yo fuera mosén Antón me moriría de vergüenza.

El cura dejó caer la cabeza sobre el pecho y estuvo largo rato meditabundo.

—Y Juan Martín, ¿qué dice?—preguntó después.

—¿Qué ha de decir el hombre que se ha visto vendido del modo más vil, el hombre a quien un traidor amigo tendió celada tan horrible como la de anoche?... ¿Qué ha de decir de los que se pasaron al enemigo y guiaron o ayudaron a éste para coparnos y matar a nuestro general?

—¡Matarle, no!—dijo vivamente el guerrillero.

—O cogerle prisionero, que es peor. Don Juan Martín habrá muerto tal vez, y su grande alma ha recibido la recompensa acordada a los justos. Los infames traidores vivirán aborrecidos y des-

preciados de todo el mundo, y los mismos franceses huirán de ellos con horror, porque la traición es una mancha que no se cubre ni se borra.

De lo más hondo del pecho de Trijueque salió un suspiro o resoplido.

—Juan Martín nos trataba muy mal—dijo—. No le podíamos aguantar. Se empeñaba en deslucirme... Yo quería mandar por mi cuenta y hacer lo que me diera la gana... Yo tengo un genio muy malo, y no me gusta que nadie se ponga sobre mí... Cuando vi que Albuín se marchó al campo enemigo tuve tentaciones de hacer lo propio; pero por el pronto me vencí. Estuve pensándolo mucho tiempo. ¡Ay qué noches! Yo no podía dormir, ¡me reviento en Judas! La cólera que sentía contra Juan porque no me dejaba hacer mi gusto, y las promesas de los franceses...

—Dicen allá que le prometieron a usted un arzobispado.

—¡Mentira! ¿Quién dice tal cosa? ¡Eso es burlarse de mí!—exclamó, mirándose con ojos furiosos—. Lo que me prometieron fué darme el mando de tres mil hombres. El general Gui me escribió una carta llamándome el *primer estratégico del siglo*, y diciéndome que el emperador y el rey José querían conocerme.

No pude contener la risa. Viéndome reír, púsose más furioso el gran Trijueque, deslenguándose en improperios contra los enemigos.

—¡Quién me lo había de decir! Pero estos perros me las pagarán todas juntas... ¡Engañarle a uno; enganar a un hombre que sería capaz de revolver el mundo si le dieran tres mil hombres escogidos; a un hombre que sería capaz de afianzar la corona en las sienes del rey José o en las del rey Fernando, según su antojo y voluntad.

—En resumen, señor cura—le dije—; usted está en camino de arrepentirse de su traición y volverse al campo empecinado. Creo que le recibirán como merece, es decir, a tiros. No habrá, entre todos los leales que siguieron la suerte de don Juan Martín, uno solo que no se crea deshonrado sólo de tocar la mano de mosén Antón.

Miróme el guerrillero con expresión extraña. Había en ella tanto de congoja como de ira. Después de una pausa, me dijo:

—No; mosén Antón no vuelve atrás... No es este hombre de los que piden perdón. Lo que hice, hecho está. Soy una montaña y no me ablando con gotas de agua... ¡Me reviento en Judas! Váyase Juan Martín con mil demonios; y si los franceses me tratan mal, que me traten; y si me llaman *monsieur le chanoine*, que me lo llamen; y si me quieren matar, que me maten. Yo no me doblo; lo que hice, hecho está... Pues no faltaba más... Conmigo no se juega. Tan canallas son los unos como los otros... Pero no me arrepiento, no. Agradezca Juan Martín a Dios que no le hayamos cogido.

—Esos fieros, señor Trijueque—le dije—, prueban una conciencia alborotada.

—Y usted, ¿cómo tiene la suya?—me preguntó con interés.

—La mía está tranquila. Voy a morir. Mi alma se turba al considerar este trance; pero he cumplido con mi deber: no he hecho traición, no he vendido a mis jefes, no he cometido la vileza de auxiliar a mis enemigos. Muero con dolor, pero con calma.

Trijueque me miró largo rato. Luego, tomándome la mano, me la estrechó con fuerza y me dijo:

—Aunque parezca mentira, le tengo a usted envidia.

—Lo comprendo—repuse—, porque, a pesar de mi situación, no me cambiaría por usted.

El cura se levantó sobresaltado: su cabeza dió en el techo; mas, sin hacer caso del golpe ni del dolor consiguiente, corrió varias veces de un extremo a otro de la estancia.

—Mosén Antón—le dije—, cálmese usted. Un hombre de tal temple debe sufrir con más entereza la adversidad.

Yo, vencido y destinado a morir, consolaba al vencedor y al verdugo.

—¡Hermoso fin será el de usted!—exclamó, parándose ante mí—. Bajaré a la explanada, y entrando con severo continente en el cuadro, usted mismo ruandará el fuego. Bonito final. Eso se llama morir como un valiente, y no por castigo de traición, sino por la ley fatal de la guerra, que a veces trae estas catástrofes... Y ahora, señor Araceli—añadió, sentándose de nuevo junto a mí—, aconséjeme usted lo que debo hacer.

—El insigne mosén Antón, el gran estratégico, el hombre eminente, ¿necesita

que yo le aconseje? ¡Yo, que no valgo nada y que voy a morir! Hanle mandado aquí para que me exhorte, y venimos a parar en que yo he de exhortarle.

—Sí—repuso el gigante con cierto embarazo pueril en la palabra—. Es que yo..., yo soy bastante desgraciado. Desde anoche no sé lo que pasa en mí. Páreceme que el alma, esta grande alma mía, me da saltos dentro del pecho...; páreceme que el cielo..., desde anoche, todo desde anoche..., se me ha caído encima, y que tengo que estar con las manos en alto, sosteniéndolo para que no me aplaste.

—Pues bien—dije—; ya sé el mal que padece mosén Antón. Me lo figuraba. La situación en que me hallo me autoriza para aconsejar a persona de más edad y experiencia. ¿Quiere usted curarse de su mal? Pues no hay más que un remedio, y consiste en huir de aquí, abandonando a los franceses; buscar a don Juan Martín, si es que vive; echarse a sus pies, pedirle perdón humildemente y suplicarle le conceda a usted, no el mando de un batallón, que eso es imposible, ni siquiera el mando de una compañía, sino una plaza de simple soldado en el ejército empecinado.

—¡Eso, jamás!—exclamó con súbita agitación el guerrillero—. ¡Usted se burla de mí! ¡Rayos y truenos!... ¿Soy algún monigote?... Pedir perdón! No sé cómo le escucho con paciencia.

—Pues desechado ese remedio, aún queda otro, el único.

—¿Cuál?

—Ahorcarse. Es de un efecto inmediato. Siga usted el ejemplo de Judas, después de haber vendido a Jesús.

—¡Qué consejos da usted! ¡Pedir perdón a Juan Martín!...

—Como le veo arrepentido...

—Arrepentido precisamente, no—dijo con afectada entereza—. Un hombre como Trijueque... sabe lo que hace y por qué lo hace...

—Entonces no hablemos más... Que le aproveche a usted el arzobispado que le van a dar.

—¡Arzobispado a mí!—exclamó con furia, sacudiéndome el brazo—. Sepa usted que de mí no se ríe nadie, nadie.

—Mosén Antón—dije deseando poner fin a la conferencia—, déjeme usted solo.

—No me da la gana... Vamos a ver... He subido para ayudarle a usted a bien morir; y si me ven bajar tan pronto, esa gentuza dirá que *monsieur le chanoine* despacha a los reos demasiado pronto...

—Sin embargo, si alguno nos oye, creerá que el reo es usted y yo el padre capellán.

—En resumidas cuentas, señor Araceli—dijo con mucha impaciencia—: ¿qué cree usted que debo hacer?

—Ya lo he dicho; a no ser que prefiera el buen cura quedarse entre los franceses diciendo misa...

Los ojos de Trijueque despedían fuego.

—¡No, no, no!—gritó con exaltada inquietud, haciendo gestos de loco—. Yo no puedo pedir perdón a Juan Martín. Desde anoche, un demonio está montado sobre mi hombro, y, como la boca pegada a mi oído, me dice: «Pide perdón a Juan Martín...» No, mil veces no. Este hombre, este gran Trijueque, este corazón de bronce, no será capaz de tanta bajeza... Juan Martín me ha faltado, me ha humillado; no quería que yo fuese general como él, cuando me siento con alma y cabeza para mandar todos los ejércitos de Napoleón.

—Don Juan quería que sus subalternos le obedecieran. Esta es su gran culpa.

—Juan tenía envidia de mis victorias.

—El sacó a usted de la nada y le dió nombre y poder.

—Es verdad: no negaré que debo a mi enemigo la reputación que he adquirido, porque hace tres años yo no era más que cura. ¡Qué tiempos! Me parece que fué ayer, y al recordarlo, el corazón me baila en el pecho... Desde mi juventud conocí que Dios no me había llamado por el camino de la Iglesia. Frecuentemente, ya después de ser clérigo, pensaba en duelos y batallas, y más que con la lectura de teólogos y doctores, mi espíritu se apacentaba con las obras de Ginés Pérez de Hita, de don Diego y don Bernardino de Mendoza... y otros historiadores de guerras. En mi cuarto de Botorrita viví tranquilamente muchos años. Yo era un Juan Lanás: decía misa, predicaba, asistía a los enfermos y daba limosna a los pobres. ¡Ay! En tanto tiempo, ni siquiera supe cómo se mataba un mosquito. Pero mi alma, sin saber por qué, no estaba contenta con aquella vida, y mi pensamien-

to: vivía, por lo general, en otras esferas.

»Estalló la guerra. El día en que llegó a Botorrita la noticia de los sucesos del Dos de Mayo me puse furioso, me volví salvaje. Salí a la calle, y, entrando en casa de un vecino, empecé a dar gritos, por lo cual me llevaron en triunfo... ¡Ay qué día! Compré un trabuco y me ocupé en disparar tiros al aire, diciendo: «Ya cayó un francés..., allá va otro...» Pasó un mes, y un domingo del mes de junio yo estaba en la sacristía vistiéndome para salir a la misa mayor, cuando el sacristán me dijo que acababa de entrar en el pueblo don Juan Martín Díez, a quien yo conocía, con una partida de gente armada para defender la patria... Me entró tal temblor, tal desasosiego, que empecé la misa sin saber lo que hacía...; el latín se me atravesaba en la boca y me equivocaba a cada instante. Como el monaguillo me advirtiera mis equivocaciones, le di un bofetón delante de los fieles.

»Dicho el Evangelio, subí al púlpito para predicar, a punto que muchos nombres de la partida de Juan Martín entraban en la iglesia. Mi plan era hablar del Espíritu Santo; pero no me acordaba de lo que había pensado, y dije a los botorritanos: «Hijos míos, San Juan Crisóstomo, en el capítulo veintinueve, escribe que Napoleón es un tunante... Sed buenos, no cometáis pecados. *Napoleo precitus est*. No se debe robar, porque el demonio os llevará al infierno, así como Napoleón se ha llevado a Francia a nuestro rey... ¿Quiénes son esos valientes macabeos que entran en el templo de Dios armados de guerreros trabucos, cual los hijos de Asmoneo? Benditos sean los soldados que vienen con su tren de escopetas y navajas, como Matatías cuando marchó contra Antioco Epifano. ¿Y quién es aquel belicoso Josué que ahora entra por la puertecilla de las Animas? ¿Quién puede ser sino el santo varón de Castriño de Duero, que va a Gabaón en su jaca negra, para vencer a Adonisedec rey de Jebús? Celebremos con cánticos la caída de las murallas de Jericó, al son de los bélicos cuernos y de las retumbantes catañuelas.»

»Y en este estilo seguí ensartando disparates. Yo no sabía lo que predicaba. El pueblo y los guerrilleros se volvieron locos, y con sus patadas y gritos

atronaron la iglesia. Seguí mi misa... ¡Ay!, cuando consumí no supe lo que hice: no respondo de haber tratado con miramiento al santo Cuerpo y a la santa Sangre de Nuestro Señor... El cáliz se me volcó. Durante el lavatorio, el monaguillo, entusiasmado, se puso a dar brincos delante del altar... Yo no cabía en mí, y los pies se me levantaban del suelo. Todo cuanto tocaba ardía, y hasta dentro de mí creí sentir las llamas de un volcán. Cuando me volví al pueblo para decir *Dominus vobiscum*, alcé los brazos y grité con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Viva Fernando Séptimo, muera Napoleón...!» Juan Martín, subiendo precipitadamente al presbiterio, me abrazó, y yo, por primera y única vez en mi vida, me eché a llorar. El pueblo aplaudía, llorando también.

»Un momento después, yo había ensillado mi caballo y seguía la partida de Juan Martín.»

XX

—Vaya usted preparando su espíritu con esos recuerdos—le dije—, y, al fin, comprenderá que no tiene otro camino que pedir perdón a don Juan de esa gran villanía que usted cometió en un momento de despecho. Todos los hombres tienen un mal cuarto de hora.

—No..., nada de perdones—repuso dejando caer la cabeza sobre el pecho—. Juan me ha tratado mal. Tiene envidia de mis hazañas. ¡Oh! si le hubiera yo cogido anoche, le habría dicho: «¡Ea!, señor Empecinado, ¿de qué le valen a usted esos humos? Ya está usted a merced de mosén Antón... Abajo esos galones, y váyase usted a su casa.» Le hubiéramos perdonado, tomando yo el mando de toda la gente, pues así lo concerté con Albuín.

—Dios protegió al soldado leal, y la traición, victoriosa por un momento, es despreciada por los mismos enemigos. ¿Hay en el mundo un ser más desgraciado que usted? El peso de sus reindimientos, la repugnancia que como traidor inspira a los franceses, ¿no le han movido a desear cambiarse por mí, condenado a morir?

—Sí..., ¡me cambiaría, me cambiaría! —dijo lúgubremente—. En verdad, no hay un hombre más desgraciado que

yo en toda la redondez de la Tierra. El Manco está contento, porque, al fin..., ése no quería más que dinero, y ya lo tiene. Pero yo he ambicionado lo que no me pueden dar, lo que no alcanzaré nunca, no...; yo quiero un gran ejército, y creí que el demonio me lo daría. ¡El demonio se ríe de mí y me llama *monsieur le chanoine*!

Mosén Antón dió un salto, y con frenético ardor, poseído de insana rabia, golpeó la pared con su cabeza, exclamando:

—¡Rómpete, cabeza, rómpete...! ¿Para qué me sirves ya? ¿De qué te vale lo que llevas dentro...? Inventa sermones para embotar a los botorritanos, y nada más. ¡Epaminondas, César, Alejandro, Gran Capitán, Bonaparte! Vosotros tuvisteis ejércitos que mandar; yo no mandaré más que en mi iglesia, y el ama y mi sobrina, el sacristán y el monago me obedecerán tan sólo.

—Basta—dije, apartándole de la pared, temiendo que realmente se estrellara el cráneo.

El Empecinado sacó la cabeza fuera de la manta, para mirar un instante con aterrados ojos a Trijueque. Después se volvió a esconder.

—Hasta que no me echen abajo esta montaña que llevo sobre los hombros... Mi cabeza es demasiado grande y har- to pesada para una sola. Con ella habría para dar entendimiento a veinte.

Los ojos se le querían saltar de las irritadas órbitas; respiraba con ardiente resoplido, y el aspecto de su cara era el de un delirante.

—Me voy—dijo—. Quiero pasear por el campo... Pensaré lo que debo hacer. Valiente joven, ánimo. La situación de usted es de las más gloriosas.

—Sí—repuse con honda tristeza.

—Le fusilarán de madrugada. Su recuerdo quedará vivo y respetado en el ejército. «¡Araceli—dirán—, gran muchacho! Murió por no querer pasarse al enemigo...» Se escribirá su nombre en la Historia... ¡Bonita página...! Hermosa vida y más hermosa muerte.

No le respondí nada.

—¿Será usted capaz de flaquear en el momento supremo? Esa alma varonil, ¿será capaz de sentir turbación cuando el cuerpo se vea dentro del fúnebre cuadro?

—No.

—Animo. Si le viera a usted decaer de su apogeo glorioso, tendría un disgusto. Pues no se envanecería poco esa vil canalla si usted se afrancesara... No, no, vil gentuza francesa..., no le tendréis... El heroico joven morirá antes que servir bajo vuestra ignominiosa bandera... ¡Maldito sea el español que cae en vuestros lazos! ¡Miserables secuaces del gran bandido...! Valor, joven. Que le vea yo a usted dentro del cuadro abatiendo con su noble altivez la vanidad de esos cobardes.

—Es extraño que de tal modo me hable un hombre que ha hecho lo que ha hecho.

—No hable usted de mí. Yo soy un... Anoche, santo Dios... ¡cómo me abrumaba el peso! ¡Conque valor, mucho valor...! Este ejemplo que tengo ante la vista me entusiasma... Francamente, cuando vi que subía a conferenciar con usted ese farsante a quien llaman Santorcaz, temí...

—Le conozco hace tiempo. Ese hombre y yo no podemos hacer buena compañía.

—El se las prometía muy felices. Es un bribón. En verdad que no es de los que peor me tratan. Dicen que todas esas idas y venidas al ejército francés, y el recorrer los pueblos de la Alcarria, es por cuestión de unos amores con cierta jovenzuela de Cifuentes.

—¿Eso dicen?

—Sí..., y ahora me viene a la memoria que entre él y ese zascandil de don Pelayo, que vino acá conmigo, están tramando una picardía... El nombre del señor Araceli danza en la fiesta.

—¿Mi nombre?

—Sí; pero ¿qué le importan estas tonterías a un hombre que está con un pie en la inmortalidad?

—Cuénteme usted todo lo que sepa...

—Ello es que..., a ver si me acuerdo. Tiene uno la cabeza tan llena de ideas, que no se fija en lo que se dice a su lado...

—Haga usted memoria: nada me sorprenderá, pues todo lo he previsto.

—Ello es que...—dijo, rascándose la oreja—. ¡Ah!, ya me acuerdo. Hay una chica en Cifuentes.

—Es muy natural que haya, no una, sino varias.

—Y esa chica es al modo de novia de Araceli. Un soldado como usted no debe

meterse en noviazgos. ¡Ah!, es evidente que Santorcaz quiere llevársela. En verdad, fusilarle a uno y quitarle después su novia es un poco fuerte. Pero no haga usted caso. Animo, joven. Las grandes almas desprecian las pequeñeces del mundo.

—¿No sabe usted más?

—Sí. Ese don Luis estaba esta mañana discutiendo el modo de sacarla... ¡Si pudiera acordarme de lo que dijo...! ¡Cómo se reían los tunantes...! El don Pelayo mostró a Santorcaz una carta que usted había escrito a esa damisela desde Sigüenza, y que le confió a él para que la llevase.

—Es verdad. Hace más de diez días—dije con la mayor ansiedad.

—Santorcaz la leyó. Después, después..., ya me acuerdo. Después dijo que era preciso escribir otra imitando la letra de usted.

—¿Para qué...?

—Una cartita en que se figurase que usted escribía a la tal chiquilla... ¿Para qué se mete usted a chicleos con las muchachas? Pues..., una esquila diciéndole: «Estaba preso en Gárgoles, y me he escapado. Unos amigos me han escondido. Quiero veros, lucero mío, sí... quiero veros. Venid al instante. Sé que vuestra mamá está enferma en cama. No le digáis nada. Tengo que confiaros una cosa, de que depende el porvenir, etcétera. Salid un momento por la puercecilla de la huerta. Estoy en la casa de enfrente. Fiaos del que os entregará ésta, que es mi mejor amigo...» Cuando yo subí, don Pelayo, que es un grandollista, estaba escribiendo la carta. El demonio son los enamorados. He aquí una debilidad que yo no he tenido nunca. Esos bribones quieren obligarla a salir de casa, para echarle el guante.

Al oír esto, quedéme absorto y mudo. Después, la sangre saltó dentro de mí, y una cólera impetuosa se desató en mi pecho. Levantándome con ímpetu frenético, corrí a la puerta, que Trijueque había cerrado por dentro, guardando la llave, y la sacudí con violencia.

—¡Quiero salir!—grité—. ¡Quiero salir! No puedo estar aquí ni un momento más. ¡Mi libertad, que me devuelvan mi libertad!

Mosén Antón, corriendo tras de mí, me sujetó.

—¿Qué es eso de libertad! Silencio.

El furor me abrasaba la sangre. Mi corazón estallaba, y olvidé mi próxima muerte.

—¡Quiero mi libertad! ¡Yo necesito salir de aquí; hablaré al comandante...! ¡Esos infames merecen que les arranque las entrañas!

Di tan fuertes patadas en la puerta, que el edificio retemblaba con violenta convulsión.

—Araceli—dijo Trijueque, alzando la voz—, esa puerta no se pasa sino para ir al cuadro, o para ponerse al amparo de la bandera francesa.

Exaltado por la ira, loco, fuera de mí, ardiendo todo, cuerpo y alma, grité:

—Pues bien: me paso a los franceses..., me paso, hago traición. Pero que me saquen de aquí, que me den mi libertad..., quiero correr fuera de aquí... Tengo que hacer en otra parte.

—¡Desgraciado, insensato, miserable! —exclamo Trijueque, estrechándome en sus brazos de hierro—. ¿Así habla un español valiente y patriota; así se renuncia a la gloria, al honor? Silencio, porque si vuelves a hablar de pasarte al enemigo, aquí mismo... ¡Pasarse a la canalla! ¡Ahí es nada...! ¡Eso quisieran ellos...! No lo consentiré.

—¿Quién habla así?—grité, luchando con el coloso para desasirme de él—. El mayor y más vil traidor del mundo; usted, mosén Antón, que ha vendido a su jefe.

—Pero yo...—repuso con gran turbación—. Repara que yo soy...

Lanzando un rugido, se cubrió la cara con las manos, y terminó la frase así:

—Yo soy un hombre indigno, un Judas!

Al ruido que ambos hicimos, acudió gente, y abriendo mosén Antón la puerta, llenóse mi prisión de oficiales y soldados.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó el oficial de guardia, mirándome con fieros ojos.

—¿Ha querido escapar atropellando a *monsieur le chanoine*?—dijo otro, observando la turbación de Trijueque.

Este, con voz campanuda y acción imponente, habló así:

—Es un salvaje, un bárbaro, y al que le habla de pasarse a los franceses le quiere matar. Había que oírle, señores oficiales, había que oírle. Para él todos ustedes son unos canallas, perdidos sin vergüenza, y dice que prefiere cien

muertes a servir bajo las deshonradas banderas del Imperio. Cuando se lo propuse, se echó sobre mí, llamándome traidor... No hay que hablarle más que de la honra, de la conciencia y otras majaderías... A este joven se le ha puesto en la cabeza que primero es el honor, que nada. Mi opinión es que le fusilen al momento.

Los franceses no comprendieron la ironía de las palabras de mosén Antón. Yo, abrumado, confundido por tan extraña salida, sentí desfallecer mi ánimo y disiparse aquella exaltación que me había hecho pedir a voces la deshonra. Contesté afirmativamente al oficial, cuando me preguntó si me ratificaba en lo dicho por el clérigo; fuéronse todos y quedé solo otra vez.

El día empezaba a declinar. Mi alma cayó en la oscuridad. Estaba irritada, demente, y forcejeaba en doloroso pugilato con las sombras, con las ideas, con las sensaciones. A ratos apetecía la libertad con vehemencia terrible; después se abrazaba a la cruz de su honor anhelando no separarse de ella. ¡Cuán difícil me es pintar lo que pasó dentro de mí aquella noche! Si alguien ha visto la muerte delante de sí, y ha abofeteado sin respeto ni pavor la imagen del tránsito terrible, para echarse después, llorando, en sus brazos y decirle: «Vamos, vamos de una vez», comprenderá lo que yo padecí.

XXI

En aquellos instantes de turbación espantosa reflexioné que una defección fingida no me servía de nada, porque los franceses me retendrían allí, imposibilitándome de acudir a Cifuentes, como yo deseaba. Era preciso, pues, resignarse a morir. La traición no cabía en mi pecho, y me aterraba más que la muerte desconsolada, fría y sin gloria que tenía tan cerca.

Largo tiempo estuve solo. Turbaba el silencio de la solitaria pieza la voz del Empecinadillo, que hablaba con sus juguetes en un rincón. El pobre chico, cuando se sentía fatigado de correr, sacaba de entre sus ropas objetos diferentes que le servían de diversión. Un par de botones eran caballos, un pedazo de clavo hacía de coche, y una pie-

dra de chispa era el cochero. Si su fantasía se inclinaba a las cosas militares, las mismas baratijas eran cañones, cuerpos de ejército y generales. Otras veces eran personas que le hablaban y sostenían con él chispeantes diálogos. En mi tribulación, ¡cuán inefable deleite experimentaba oyéndole!

Entró, ya de noche, un oficial en compañía del mismo soldado que me visitara por la mañana. Echóme el primero a la cara la luz de una linterna, y después leyó un papel que parecía ser mi sentencia de muerte.

—Al romper el día—añadió—, seréis pasado por las armas.

Era extraña la sentencia de un Consejo de guerra que me mandaba fusilar sin oírme. Pero no procedía hacer reflexiones sobre esta anomalía. Además, los guerrilleros, excepto don Juan Martín, acostumbraban despachar a cuantos franceses caían en sus manos sin molestarse en el uso de procedimientos. Los enemigos, al menos, tenían la consideración de leerle a uno un papel donde constaba la picardía inaudita de defender la patria.

El zapador traía comida abundante para mí y para el Empecinadillo, que, recogiendo sus juguetes, se había refugiado entre mis brazos. Es costumbre, hasta en los campamentos, engordar y emborrachar a los que van a morir, aunque no consta este precepto entre las obras de caridad de la religión cristiana.

—Mi teniente—dijo el soldado, arreglando los platos en el suelo—, creo que debe ser retirado de aquí este chiquillo.

—Si el preso quiere retenerlo en su compañía hasta mañana, dejadlo aquí, Plobertin. Ese niño será suyo. No debe mortificarse inútilmente a los desgraciados que van a morir. La comida es excelente, señor español, y el vino, de lo mejor.

Después de esta explosión de sentimientos caritativos, el francés me miró con lástima.

—Mañana—prosiguió—se recogerá este infeliz huérfano, para entregarlo en el primer hospicio que encontremos en el camino.

Retiróse el oficial, y Plobertin seguía poniendo en orden los platos. Observéle a la luz de la linterna, y con gran sorpresa vi su rostro bañado en lágrimas.

—¿Qué tiene usted?—le pregunté.

Plobertin, por única respuesta, corrió hacia el Empecinadillo, y, estrechándole en sus brazos, le besó con ardiente efusión.

—Es una mengua—dijo—, que un soldado del Imperio llore a moco y baba, ¿no es verdad? Pero no lo puedo remediar. Mis camaradas se han reído de mí. Al ver esta noche a vuestro niño, el corazón se me ha derretido... Señor oficial, me muero de dolor.

Sin cuidarse de la comida que me servía, sentóse ante mí, sosteniendo al chico sobre sus piernas cruzadas.

—Toma—dijo, sacando del bolsillo varias golosinas—. Te voy a hacer un vestido de lancero y una espadita de hierro con su vaina y corraje. Me dejaré emplumar antes de permitir, como quiere el teniente Houdinot, que te quedes en un hospicio. ¡Ay mi pequeño Claudio, corazón y alma mía! Mañana me pertenecerás. El pobre soldado, ausente de su hogar, triste y sin familia, te llevará en sus brazos.

—¡Cuánta sensiblería! Ya sabemos que vuestro niño era como éste.

—Sí—declaró con intensa congoja—. Era como éste: era, señor oficial, pero ya no es. ¿No dije a usted que hoy esperábamos el correo de Francia? Pues el correo vino; ojalá no viniera. El corazón me anunciaba una desgracia. ¡Ay, mi hijo único, mi pequeño Claudio, el alma de mi vida, está ya en el cielo!

Cubriéndose el rostro con ambas manos, lloró sin consuelo.

—En la Borgoña—añadió—, el sarampión se está llevando todos los niños. El señor cura Rivière me escribe (porque mi esposa, a causa de su desolación no puede hacerlo, además de que no sabe escribir), y me dice que el pequeño Claudio... ¡Ay, mi corazón se despedaza! El pobre niño no se apartaba de mi memoria en toda la campaña. ¡Oh!, si yo hubiera estado en Arnay-le-Duc, mi pequeñín no hubiera muerto..., ¡cómo es posible! Tiene la culpa el emperador..., ese ambicioso sin corazón... ¡Que Dios le quite al rey de Roma, como me ha quitado el mío!... Yo tenía mi rey de Roma, que no nació para hacer daño a nadie. ¡Pobre de mí! No tengo consuelo... Era rubio como éste, con dos pedazos de cielo azul por ojos, y este aire tan marcial, esta gracia, esta monería.

Cuando yo le tomaba en brazos para llevarle a paseo, me sentía más orgulloso que un rey, y todos los papanatas de Arnay-le-Duc se morían de envidia...

La congoja le impedía hablar. La cara del Empecinadillo se perdía en las magníficas barbas del francés, humedecidas por las lágrimas. Aquella personificación de la fuerza humana; aquel león, cuya sola vista causaba miedo, estaba delante de mí dominado y vencido por el amor de un niño.

—La semejanza—dijo—de este angelito con el mío es tanta, que me parece que Dios, después de llamar a mi pequeño Claudio al cielo, le envía a hacerme una visita. Como me den la licencia en marzo, espero entrar en Arnay-le-Duc con vuestro muñeco en brazos y presentarme en mi casa diciendo: «Señora Catalina, aquí le traigo. El buen Dios, que sabía mi soledad, le mandó a mi campamento. Has estado sola unos meses... Todo no ha de ser para ti... Ya estamos juntos los tres. Convidemos a todos los vecinos, celebremos una fiesta, pongamos a la cabecera de la mesa al cura monsieur Rivière, para que nos explique este milagro de Dios.»

Después, y mientras el Empecinadillo comía, me miró fijamente y me dijo:

—Aquí hace bastante frío. Además, este chico os servirá de estorbo. ¿Por qué no me lo dais desde ahora?

—Señor Plobertin—repuse—, este niño no se separará de mí mientras yo viva; ¿verdad, lucero?

El Empecinadillo, saltando de los brazos del zapador, corrió a arrojarle en los mios.

—Ven acá, tunante—le dije—. Tú no quieres a los asesinos de papá... Dile a ese animal que se marche, que no quieres verle.

El niño miró a Plobertin con miedo, y se aferró a mi cuello, juntando su cara con la mía.

—Os equivocáis, señor Plobertin—añadí—, si pensáis apoderaros de esta criatura luego que yo muera. La dejaré en poder del comandante, el cual, en su caballería, no permitirá que por más tiempo esté ausente de sus padres.

—¿No es vuestro?

—¡Qué desatino! ¿Habéis visto alguna vez que un oficial lleve a sus hijos a la guerra?

—Muchas veces: en los ejércitos imperiales se han criado algunos niños.

—Este que veis aquí es hijo de los señores duques de Alcalá. Hallábase en poder de su nodriza en un pueblo de la Alcarria; quemaron nuestros soldados el lugar, recogiendo a este señor duquito; mas sabida por don Juan Martín la elevación de su origen, ordenó que fuese entregado en Jadraque a la servidumbre del señor duque, que le está buscando. Con este fin le llevábamos cuando nos sorprendieron los renegados y los franceses. Yo le recogí del campo de batalla, a punto de ser pisoteado por la caballería.

Plobertin, hombre de poca perspicacia, creyó lo del ducado.

—Antes de morir le entregaré al señor comandante, para que lo retenga en su poder hasta que pueda ser puesto en manos de la gente del de Alcalá. Os advierto que el señor duque es partidario y amigo del rey José. Conque pensad si vuestro comandante tendrá cuidado de complacerle.

Plobertin lo creyó todo. Bestia de mucha fuerza, pero de poca astucia, no supo evitar el lazo que yo le tendía. Mirábame con asombro y desconsuelo.

—De modo que no hay «pequeño Claudio» para el señor Plobertin—añadí—. Sois un hombre sensible, un padre cariñoso; pero Dios ha querido probaros, y el consuelo que deseabais os será negado. Sin embargo—al decir esto acerquéme más a él—, os propongo un medio para que adquiráis este juguete que tanto os agrada.

—¿Cuál?

—No puede ser más sencillo—le contesté con serenidad—. Dejadme escapar, y os dejaré esta prenda.

Levantóse con viveza el león, y enfurecido me dijo:

—¡Que os deje escapar! ¿Qué habéis dicho? ¿Por quién me tomáis? ¿Creéis que somos aquí como en las partidas? ¿Creéis que los franceses nos vendemos por un cigarrillo como vuestros guerrilleros?... ¡Escapar! ¡Sólo Dios haciendo un milagro os salvaría!

—Señor Plobertin, un buen soldado como vos, ¿será cómplice del asesinato que se va a perpetrar en mí?

—¡Asesinato!—exclamó, mostrándome sus formidables puños—. Que os salpiquen los sesos. ¿A mí qué me importa?

Lo mismo debieran hacer con todos los españoles, a ver si de una vez se acababa esta maldita guerra... Miradme bien, mirad estas manos. ¿Creéis que necesito armas contra un alfeñique como vos? Si lo dudáis y queréis probarlo, hablar segunda vez de escaparos. Estando en Portugal con Junot, custodiaba a un preso. Quiso fugarse: le cogí el cuello con la izquierda, y con la derecha dile tan fuerte martillazo sobre el cráneo, que ahorré algunos cartuchos a los tiradores que le aguardaban en el cuadro...

Luego quiso tomar en brazos al Empecinadillo, diciendo:

—Dame un beso, amor mío, que me voy. Despidete de tu querido papá.

El chiquillo se aferró a mi cuello con toda su fuerza y, ocultando el rostro, sacudió sus patitas, que azotaron la cara del formidable zapador. Gruñendo y jurando, alejóse éste, después de darme las buenas noches con muy mal talante.

La débil esperanza que me había reanimado por un momento desaparecía.

XXII

Puse al Empecinadillo sobre mis rodillas, y le dije:

—Pobre niño, esperé que me salvarías; pero Dios no lo quiere.

Pareció que me comprendía y se puso a llorar.

—No llores, no llores... A ver, come de este pastel que el señor Plobertin ha traído para ti. Parece que esta bueno.

La soledad y profunda tristeza en que me encontraba me inducían a comunicarme con mi compañero, cual si fuese una persona capaz de comprenderme.

—Considera tú si no es una iniquidad lo que van a hacer conmigo. ¡Matarme, asesinarme!... Porque es un asesinato, hijo mío, ¿no lo crees así? ¿Qué he hecho yo? Servir lealmente a la patria. Esos esclavos de Bonaparte, que le obedecen como máquinas y le sirven como perros, no comprenden el sentimiento de la patria.

El Empecinadillo me miró con sus dulces ojos azules, llenos de luz y expresión. Creyendo advertir en su mirada un categórico asentimiento a mi discurso, proseguí de este modo:

—¡Glorioso es morir sin culpa! ¡Gran premio del bien obrar, de la inocencia y de la virtud, es esa inmortalidad gozosa que la religión nos ha ofrecido, niño mío! Pero mi alma no está tranquila; mi alma no tiene bastante serenidad ni bastante entereza para afrontar los horrores del tránsito, y se apegar un poco a la Tierra. ¡Qué infeliz soy! Bien lo sabes tú. En mi vida, agitada, triste y dolorosa, sin padres, sin familia, sin fortuna, obligado a luchar con el Destino y a vivir con mis propios esfuerzos, sólo dos personas me han amado con desinteresado cariño; esas dos personas están a punto de ser víctimas de una infame acción, y aquí me tienes imposibilitado de socorrerlas, preso, dispuesto a morir, casi muerto ya. ¡Qué triste momento! ¿No me dices nada, no me consuelas?

El Empecinadillo se comía su pastel.

—Come, hermoso animalito, no tengas reparo de comer—continué—; aprovecha el tiempo, aprovecha las horas de tu inocencia, estas horas en que siempre hallarás personas caritativas que te den el sustento, que te abriguen y consuelen. Pero crecerás, crecerás; la carga de la vida empezará a pesar sobre tus hombros hoy libres; ¡sabrás lo que son penas, luchas, fatigas y dolores!

Le abrecé y besé con dolorosa emoción. Era la única forma viva del mundo delante de mí, y su pequeño corazón, que yo sentía palpar entre mis brazos, parecía indicarme la despedida de los sentimientos que yo había logrado inspirar en la Tierra. Le apretaba contra mí, como si quisiera metérmelo dentro del pecho.

—¿Me quieres mucho?—le pregunté.

—Sí—me respondió, añadiendo mi nombre, desfigurado por su media lengua.

—¿De veras me quieres mucho?—le pregunté de nuevo, experimentando las más puras delicias al oírle decir que me amaba—. ¿Y quieres que me maten?

Movía la cabeza negativamente, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Experimentaba yo una angustia insoportable, y el corazón se me deshacía. Nuevamente me sentí atacado de la desesperación, y levantándome impetuosamente y corriendo a la reja, intenté moverla con colosales esfuerzos. La reja, bien clavada en el muro, no se movía,

y aunque sus barrotes no eran muy gruesos, tenían la robustez suficiente para no ceder al empuje de manos humanas, aunque fueran las del zapador Plobertin.

«Y si pudiera romper esta reja—dije para mí—, ¿de qué me serviría, si la salida de la huerta está cerrada y todo custodiado por centinelas?»

Corrí por la habitación como un demente; aplicaba el oído a la cerradura de la puerta; tocaba con mis manos las vigas del techo por ver si alguna cedía; golpeaba con violentos puntapiés las paredes. No había salida por ninguna parte.

En tanto, mi compañero, bien porque tuviera frío, bien porque se asustara de verme en tan lastimoso estado de locura, empezó a llorar a gritos.

—Calla, mi niño, calla por Dios...—le dije—; tu llanto me lastima. ¡Plobertin va a venir y te comerá!

No me engañaba. Al poco rato sentí que descorrían los pesados cerrojos, y entró un sargento que hacía de carcelero, y tras él, Plobertin, muy irritado, diciendo:

—¿Por qué llora ese niño? Desde abajo le he sentido. Le estáis mortificando, señor oficial, y os las veréis conmigo... ¿Qué te ha hecho este judío, amor mío? ¿Qué quieres?

—Señor Plobertin—dije—, hacedme el favor de no molestarme más con vuestras visitas. Me quejaré al comandante.

—Señor oficial—dijo él furiosamente—, os advierto que si seguís mortificando a la criatura, no podréis decirle nada al comandante, porque aquí mismo... Ya me conocéis... Contento está el comandante de vos... No entro de guardia hasta la madrugada: estaré abajo, y si siento llorar otra vez al pequeño Claudio... Sin duda os habréis comido las golosinas que traje para él...

—Vámonos, Plobertin—dijo el sargento—. El comandante ha mandado que se le deje tranquilo.

Se fueron. El muchacho calló. Arro-pándole para que durmiera, le dije:

—Empecinadillo, no hay más remedio que resignarse a la muerte. Duerme, niño mío; recemos antes. ¿Sabes rezar?

Sus labios articularon dos o tres vocablos de los más feos, atroces e indecentes de nuestra lengua.

—Eso no se dice, chiquillo. ¿Mamá

Santurrias no te ha enseñado el Padre-nuestro, ni siquiera el Bendito?

Me contestó en la lengua que sabía.

—Chiquillo, ¿tú no sabes que hay un Dios, el que te da de comer, el que te ha dado la vida, el que ahora ha dispuesto que me la quiten a mí?

Esto no lo entendía, y me miraba atentamente. En mi pecho se desbordaba el sentimiento religioso, y mi alma, en su exaltación, buscaba otra alma que armonizase con ella, que la acompañase guiándola en su misterioso vuelo.

—Empecinadillo—proseguí, sin caer en la cuenta de que hablaba con un niño—, recemos. Dios dispone del destino de las criaturas. Dios da la vida y la muerte. Yo elevo mi espíritu al Supremo Bien, y le digo: «Señor que estás en los cielos, recíbeme en tu seno.»

El huérfano, repentinamente atacado de una jovialidad inagotable, pronunciaba, recalcándolas con complacencia infantil, las palabrotas de su repertorio. Yo quisiera poderlas copiar; pero el pudor del lenguaje me lo veda, quitando todo su interés a la escena que describo.

—Niñito mío—le dije—. olvida esas barbaridades que te han enseñado. Pero eres un ángel, y en tu boca el fango es oro. Pide a Dios por mí. ¿Tú sabes quién es Dios?

Sin responder nada, miraba al techo.

—Dios está arriba—añadí—, encima del cielo azul, ¿sabes? Recemos juntos, y pidámosle piedad para la desgraciada víctima de las pasiones de los hombres... Pero tú no entiendes esto... Duérmete, pobrecillo, que es locura hacerte participar de mi congoja.

Quise rezar solo y no podía, porque no se puede rezar mintiendo. Las palabras formuladas en mi pensamiento, sin pasar a la boca, expresaban piadosa resignación con la muerte; pero la voz de mi corazón repetía dentro de mí con estruendo más sonoro que el eco de cien tempestades: «Quiero vivir.»

—Empecinadillo—grité, dando rienda suelta a mi dolor—, no duermas, no, no me dejes solo. Pidamos a Dios que me dé la libertad y la vida.

El niño abrió los ojos y me habló... como él sabía hablar.

—¡No blasfemes, por piedad!—exclamé horrorizado—. ¡Dios mío! Las palabras de los hombres, ¿llegan hasta aquí?

Mi compañero sacó los brazos de su

envoltorio, y empezó a dar palmadas y a reír.

—¿Por qué ríes, ángel? Tu risa me causa inmenso dolor.

Arrojóse sobre mí, besándome y acariciándome.

Después me dió varias bofetadas, que acepté sin defenderme. Le cogí en brazos, y mi mano chocó con un cuerpo extraño, que anteriormente había tocado, pero en el cual hasta entonces, por circunstancias especiales del espíritu, no fijara yo la atención. Con avidez registré las ropas; mejor dicho, los envoltorios que cubrían al Empecinadillo, y encontré una cavidad, un inmundo bolsillo lleno de baratijas. Saquélo todo, y vi un pedazo de cazoleta, un cordón verde, dos o tres botones, una corona arrancada a un bordado, y una lima, un pedazo de lima como de cuatro pulgadas de largo, bastante ancha, con diente duro y afilado.

Un rayo de luz iluminó de súbito mi entendimiento. ¡Una lima! Era fácil limar uno o dos de los hierros de la reja y desenlazar los demás... Levantéme de un salto... Me creía salvado, y di gracias a Dios con una sola frase, con una exclamación pronunciada por todo mi ser... Corrí a la reja..., probé la herramienta... Era admirable, y comía el hierro con su bien templada dentadura.

—¿De dónde has sacado esto?—pregunté al Empecinadillo.

—Mocavelde...—me contestó.

—Ya..., se la robaste a Moscaverde, el cerrajero de la partida... Hiciste bien... Dios bendiga tus manos de ángel. Duérmete ahora, que voy a trabajar, y cuidado cómo lloras.

XXIII

Empecé mi tarea. El hierro cedía fácilmente; pero la faena era larga, y no parecía fácil terminarla en toda la noche, a pesar de no ser grande el grueso de las barras. Yo calculé que si lograba arrancar dos, éstas me servirían de palanca para quitar las otras. Fiado en Dios, cuya protección creí segura, no calculé que, una vez abierta la salida, encontraría después obstáculos quizá más difíciles de vencer. Tenía a mi favor algunas circunstancias. El furioso viento

que había empezado a soplar entrada la noche impedía a mis carceleros oír el chirrido de la lima. Además, la lluvia glacial que inundaba la tierra, ¿no haría perezosos a los centinelas? ¿No era probable que se retirasen, que se durmieran, que se helasen o que se los llevara el demonio?

«¡Dios está conmigo!—exclamé—. Adelante... Veremos lo que dice Plobertín, si logro escaparme. Aquí le dejaré su *pequeño Claudio*, mi ángel tutelar, mi salvador.»

Al mismo tiempo examinaba la configuración del terreno en lo exterior. Como a tres varas de la reja había un balcón largo y ruinoso, el cual estaba a bastante altura sobre el suelo, a diez varas próximamente, según observé desde arriba. Aquella fachada daba a una huerta triangular: por el costado derecho la limitaba una construcción baja, que debía de ser granero, cuadra o almacén, y por el izquierdo un muro de tres varas de alto daba a un patio donde los franceses jugaban a la pelota durante el día. En el ángulo del fondo había una puerta, por la cual podía salirse (siempre que estuviese abierta) a una pequeña explanada, donde había una choza que servía de garita al centinela. En aquel momento no podía distinguir los objetos a causa de la oscuridad de la noche; pero durante el día había visto que detrás de aquel muro había un precipicio. La casa, como todo el pueblo de Rebollar, estaba construida sobre una gran peña al borde de la honda cuenca del Henares.

«Necesito hacer una cuerda—dije para mí—. De aquí al balcón es fácil saltar; pero del balcón al suelo necesito ayuda..., me escurriré por la huerta, para lo cual me favorecen las matas..., y luego entra lo difícil: saltar la tapia por el ángulo... El declive que baja al Henares no será muy rápido y podré descender a gatas... En tal caso, la operación puede hacerse sin que me vea el centinela, que debe estar en aquella choza de la explanada. Animo. Dios es conmigo. Señora condesa, Inés de mi vida, rogad a Dios por mí. Llegaré a tiempo a Cifuentes...»

Las manos me sangraban, heridas por los picos de la lima rota; pero seguía en mi trabajo, deteniéndome sólo cuan-

do, calmado el viento, reinaba en torno a la casa el grave silencio de la noche. Me parecía que no sólo mis manos, sino mis brazos, eran una lima, y que mi cuerpo todo estaba erizado de dientes de acero. Rascaba sin descanso el hierro, que oxidado por algunas partes, cedía blandamente.

Al fin establecí la solución de continuidad en una de las barras; pero no pude arrancarla, por estar engastada en las otras. La atacué por otra parte, y, al fin, a eso de la medianoche, quedó en mis manos. Uséla como palanca; más no fué posible adelantar nada; emprendíla con una segunda barra, y, al fin, señores, al fin, después de esfuerzos inauditos, cuando hirieron mis oídos las campanadas de un reloj lejano que marcaba las tres, las reja estaba en disposición de dar salida al pobre prisionero.

Faltaba la cuerda. Con la misma lima desgarré en anchas tiras mi capote, quedándome completamente desabrigado. No siendo, ni con mucho, suficiente, tomé la manta del Empecinadillo, y con los diversos lienzos, torcidos y anudados convenientemente, fabriqué una cuerda que bien podía resistir el peso de mi cuerpo. No hay que perder tiempo. «¡Afuera!», exclamé con toda mi alma.

Pero una contrariedad inesperada me detuvo. El Empecinadillo, sintiéndose sin abrigo, empezó a llorar, a dar gritos como los que la primera noche habían hecho subir al fiero zapador Plobertín.

—Estoy perdido—dije, acariciándole—. Por Dios y por todos los santos, Empecinadillo de mi alma: si gritas, soy perdido. Calla, calla, desgraciado.

Pero no callaba, y yo ardía en impaciencia y temblaba de terror.

—Calla, repetí—. Pero hombre, no seas cruel. Hazte cargo de que me pierdes. ¿No ves que quiero escaparme? ¿No ves que me van a matar? Fuiste mi salvación y ahora me pierdes.

Cuando le tomé en mis brazos, calló; pero desde que le abandonaba, su voz de clarinete atronaba la estancia. Había que optar entre estos dos extremos: o dejarle allí, tapándole la boca, lo cual equivalía a matarle, o llevármelo conmigo. Fuéme preciso tomar esta resolución, que no dejaba de ofrecer algún

peligro. El infeliz comprendió que yo me marchaba, y se colgó de mi cuello, adhiriéndose a mí con brazos y piernas.

Semejante carga me molestaba en mi huida; pero la acepté con gusto. No me fué difícil saltar al balcón; pero del balcón a la huerta el descenso fué bastante penoso, porque mis manos, ensangrentadas y ateridas de frío, empuñaban con torpeza la cuerda. Debilitado también mi cuerpo por el insomnio y el no comer, hallábame en estado poco a propósito para la aventura; mas la ansiedad y el deseo de verme libre avivaban mis fuerzas.

En la huerta me detuve un instante. Cuando paraba el mugido del viento, el silencio era profundo. No se sentía rumor alguno de voces humanas. Avanzando despacio por entre las matas sin hojas, hundíanse mis pies en el lodo, y en tan poco tiempo la lluvia me-había empapado la ropa. Seguía con precaución hasta el ángulo final, y allí observé que la choza que servía de garita en la explanada de la derecha estaba ocupada por un centinela. Le sentí toser, y vi el débil fulgor de una pipa encendida. A pesar de esto, se podía escalar la tapia por el ángulo y saltar afuera, siempre que hubiese terreno donde poner los pies del otro lado.

Estreché a la criatura contra mí. Con los ojos le mandé callar, y el pobrecito, participando de mi ansiedad, apenas respiraba. Escalé la tapia, valido de la fuerte cepa de una parra que en ella se apoyaba, y al llegar al borde, donde me puse a horcajadas, el espanto y la desesperación se apoderaron de mí. ¡Maldición y muerte!

Era imposible saltar afuera, porque del otro lado de la tapia no había terreno, sino un precipicio, un abismo sin fondo. Levantada la pared en la cima de la roca, desde los mismos cimientos empezaba un despeñadero horrible, por donde ni el hombre ni ningún cuadrúmano, como no fuera el gato montés, podían dar un paso. El agua de la lluvia, al precipitarse por allí abajo de roca en roca, entre la maleza y los espinos, producía un rumor medroso, semejante a quejidos lastimeros. El burbujar de la impetuosa corriente, la preseteza con que el abismo deglutía los chorros, indicaban que el cuerpo que por allí abajo se aventuraba sería precipita-

do, atraído, despedazado, masticado por las rocas y engullido al fin por el hidrópico Henares en menos de un minuto.

El borde, a pesar de la oscuridad, se veía perfectamente; lo demás se adivinaba por el ruido. Allá abajo el murmullo y zumbido de un hervidero indicaban el Henares, hinchado, espumoso, insolente riachuelo que se convertía en inmenso río por la lluvia y el rápido deshielo.

Comprendía la imposibilidad de saltar por allí, a menos que quisiese suicidarme. No había más salida que por la derecha, saltando a la explanada. Era ésta pequeña, y había en ella dos cosas: un cañón y la choza del centinela. Saltar cuidadosamente, deslizándose sin ruido a lo largo del muro, y escurrirse por detrás de la choza, era cosa difícilísima, pero no imposible del todo. Aunque la abertura de la garita daba frente a frente a la tapia, restaba aún la esperanza de que el centinela se durmiese. ¡Oh Dios magnánimo y misericordioso! Si se dormía, yo podía escaparme.

Avancé, pues, cuidadosamente por lo alto del muro, con peligro de resbalar sobre los húmedos ladrillos. Entonces comprendí cuán mal había hecho en traer al Empecinadillo, que estorbaba mis movimientos, cuando debían ser flexibles y resbaladizos como los de una culebra. Por un instante se me ocurrió dejarle en la huerta; pero esta idea fué prontamente desechada. Resolví perecer o salvarme con él.

Por fin llegué a traspasar el espacio en que las ramas de un árbol seco me resguardaban de la vista del centinela. Halléme cerca de la garita, y me agaché para ocultarme todo lo posible. Si en aquel instante supremo el centinela no me veía, era señal evidente de que Dios había cerrado sus ojos con benéfico sueño. Medí con la vista el espacio que me separaba del piso de la explanada, y lo hallé corto. Podía saltar sin peligro, sosteniéndome con las manos en las juntas de los ladrillos, aun a riesgo de perder la mitad de los dedos. Observé el interior de la garita. Estaba oscura como boca de lobo y no se distinguía nada en ella.

A saltar me disponía ya, cuando una voz colérica me hizo estremecer, gritando:

—¡Eh! ¡Alto! ¿Quién va?

De la garita salió un hombre alto, fuerte, terrible. El terror que su vista me causara en aquel momento, en aquel lugar, le engrandeció tanto a mis ojos, que creía ver la punta de su sombrero tocando el cielo. El obstáculo que me detenía era tan grande como el mundo... Quedéme helado y sin movimiento. Ya no había esperanza para mí, y cuando el coloso me apuntó con su fusil, exclamé, reconociéndole:

—¡Fuego, señor Plobertin! Tirad de una vez.

El Empecinadillo había roto el silencio.

—Os escapáis... ¿Lleváis el muñeco con vos?—dijo el zapador dejando de apuntarme—. Ahora mismo os volveréis por donde habéis venido, *sacrebleu!* Agradeced a esa criatura, pegada a vuestro cuerpo, que no os haya dejado seco de un fusilazo... Adentro pronto; bajar a la huerta, o aquí mismo... Hombre cruel y sin caridad, ¿no veis que ese niño va a morir de frío?... Ya os ajustaremos las cuentas. ¡Adentro!

—Señor Plobertin, volveré a mi prisión, no os sofoquéis. Estos ladrillos son resbaladizos, y es preciso andar con precaución sobre ellos.

—¿Habéis roto la reja? ¡Por la sandalia del Papa, os juro...! Si os hubieran despachado esta mañana, como yo decía...

—He escapado por milagro, ¡por un milagro de Dios! Vuestro pequeño Claudio me ha salvado.

El soldado se acercó a la tapia con actitud que más indicaba curiosidad que amenaza.

—Yo estaba durmiendo—continué—, cuando me despertó una música sobrenatural. Vi al pequeño Claudio delante de mí rodeado de otros ángeles de su tamaño, y todos inundados en una celeste luz, de cuyos resplandores no podéis formar idea, señor Plobertin, sin haberlos visto. Corrieron todos a la reja, y el pequeño Claudio, con sus manecitas delicadas, rompió los hierros cual si fueran de cera. La visión desapareció en seguida, recobrando el muñeco su forma natural. Quise huir solo; pero vuestro niño se pegó a mí con tanta fuerza, que no pude separarle. Dios lo ha puesto a mi lado para que perezca o se salve conmigo.

No podía distinguir las facciones de Plobertin; mas por su silencio compren-

dí su profundo estupor. Cuando esto dije, deslicéme trabajosamente hacia el sitio desde donde había explorado el despeñadero, y exclamé:

—Señor Plobertin, no he salido de mi encierro para volver a él. Si no me permitís la fuga, estoy decidido a morir. Dad un paso hacia mí, hacedme fuego, llamad a vuestros compañeros, y en el mismo instante veréis cómo me precipito en este abismo sin fondo. Estoy resuelto a salvarme o morir. ¿Lo oís bien, señor Plobertin? ¿Lo oís?... En cambio, si me dejáis escapar, os devolveré a vuestro pequeño Claudio, para que gocéis de él toda la vida. Decidlo pronto, porque hace mucho frío.

—Gastáis bromas muy raras. ¿Me juzgáis capaz de creer tales simplezas?

—¡Imbécil—exclamé con exaltación, y poseído ya del vértigo que a la vez el abismo y la muerte producían en mí—, tu alma de verdugo es incapaz de comprender una acción semejante! Prefiero darme la muerte a caer otra vez en tus manos.

—¡Alto, bergante!—me dijo—. No deis un paso más y hablaremos... Bajad a la huerta y yo entraré en ella.

Al instante abrió la puerta que comunicaba la explanada con la huerta, y se puso junto a la tapia y debajo de mí. Estirándose todo, alargó la mano y tocó el pie del Empecinadillo.

—Está muerto de frío—dijo—. Dádmele acá.

—Poco a poco—repuse—. Va conmigo a visitar la corriente del Henares. Apartaos de la tapia y respondedme sin pérdida de tiempo si puedo contar con vuestra bondad.

—Soy un hombre que nunca ha faltado a su deber—dijo—. Sin embargo, os dejaré marchar. ¿Cómo saltasteis del balcón?

—Con una cuerda.

—Pues bien: poned la cuerda en el tejado de los graneros, para que mañana crean que os fugasteis por las eras del pueblo.

—Es un trabajo penoso del cual podéis encargarnos vos, señor Plobertin. La ocurrencia es hábil y no podrán acusaros mañana.

—Pero dadme acá ese bebé, que se muere de frío. Le subiré otra vez a la prisión para que se crea que le dejasteis allí.

—Muy bien pensado; pero no me fio de vos.

—Cuando Plobertin da una palabra... Os digo que podéis huir tranquilo. Yo os indicaré la vereda.

—Jurádmelo por vuestro niño muerto, por la señora Catalina, por el alma de vuestros padres.

—Yo soy un hombre de honor y no necesito jurar; pero si os empeñáis, lo juro... Echad acá ese muchacho.

—Es que todavía necesito deciros algunas condiciones que había olvidado.

—Acabad.

—Necesito un capote. He hecho trizas el mío, y me voy a helar por esos campos... Dadme el vuestro.

—No sois poco melindroso... Bien, ¡rayo de Dios!, os daré el capote.

—Necesito algo más.

—¿Más? A fe que sois pesado.

—No puedo emprender mi camino sin algún arma para defenderme. ¿Tenéis una pistola?

—El demonio cargue con vos... No sé cómo tengo paciencia y no os dejo estrellaros por ahí abajo... ¿Y para qué queréis la pistola?

—Para lo que os he dicho, y, además, para que me sirva de defensa contra vos si me hacéis traición. En cuanto chistéis a mi lado, os levantaré la tapa de los sesos.

—¡Dudar de mí! No sois caballero como yo. Dejad caer el muchacho sobre mis brazos y tendréis la pistola.

—Si os parece bien, dadme el arma primero.

—¡Tomadla, con mil bombas!—dijo sacándola de la pistolera y alargándomela cogida por el cañón.

—Parece cargada... Bien. Ahora hacedme el favor de ir al otro extremo de la huerta y dejad allí vuestro fusil.

Plobertin hizo lo que le mandaba. Cuando volvió al pie de la tapia, bajé sin cuidado, y le dije:

—Tened la bondad de marchar delante de mí. Si gritáis o intentáis engañarme, os haré fuego. Cuando esté fuera del campamento, cambiaremos el muñeco por el capote. En marcha.

Plobertin abrió la puerta, siguió y me condujo a una vereda por donde podía fácilmente huir sin necesidad de atravesar el Henares, rodeando el pueblo para subir a la sierra.

—Tomad vuestro niño—le dije cuando me creí seguro—. Dios lo resucita y os lo devuelve en pago de vuestra buena obra... Escribid a la señora Catalina el hallazgo y dadle memorias mías. Es una excelente señora a quien aprecio mucho.

—¡Ah, no sabéis bien todo lo que vale!—dijo con la mayor sencillez.

—Adiós. Vuestro capote abriga bien... No os olvidéis de poner la cuerda en el tejado de la cuadra. No os acusarán de mal centinela. Decidme: ¿el señor de Santorcaz ha salido para Cifuentes?

—Sale al rayar el día.

—Quedad con Dios.

Un momento después yo corría por la sierra buscando el camino de Algora.

La lluvia había disminuído un poco; pero los senderos estaban intransitables. Además, no era fácil atravesar la sierra sin perderse, y a cada instante corría peligro de caer en poder de los destacamentos franceses. Esperaba hallar auxilio en los caseríos no ocupados por el enemigo y quien me proporcionase lo más necesario, es decir, ropa seca, comida, armas, y, sobre todo, un caballo. Caminé largo trecho sin encontrar a nadie, y ya de día, como sintiese ruido de cabalgaduras, apartéme de la senda, y, oculto tras un matorral, observé quién pasaba. Eran españoles y franceses, a juzgar por algunas voces de los dos idiomas que oí desde mi escondite, y figurándome serían renegados, los dejé pasar, ocultándome mejor, hasta que los consideré bastante lejos. Su paso, sin embargo, fué un bien para mí, porque me sirvió de guía, y algunas horas después salí de la sierra, pisando el camino real.

XXIV

Pedí hospitalidad en una casucha donde había un anciano inválido y una mujer joven, ambos muy afligidos por las vejaciones que sufrieran de los franceses el día anterior; y cuando les conté cómo había escapado, con gran gozo diéronme de comer y alguna ropa, que troqué por la mía húmeda y desgarrada. Pero no pudieron proporcionarme lo que más deseaba, y los dejé, continuando mi marcha hacia el Mediodía.

En un caserío cerca de Algora encon-

tré algunos españoles, a quienes al punto conocí. Eran de la partida de Orejitas. Nos felicitamos por el encuentro y me dieron noticias de don Juan Martín.

—Dicen que don Juan vive y ha ido con algunos hacia la sierra—me dijo uno—. Está juntando la gente, y nosotros vamos en busca suya. Orejitas está herido, y don Vicente no tiene novedad.

—Pues vamos todos allá—repuse—. ¿Decís que hacia Cifuentes?

—No. En Cifuentes está el francés.

—De todos modos, amigos míos, yo quisiera que me proporcionarais un caballo.

—¡Un caballo! Por medio daríamos nosotros un ojo de la cara.

—Entremos en esta casa a tomar un bocado.

—¡Muchachos, a correr!—gritaba uno, viniendo con precipitación hacia nosotros—. ¡Que vienen, que vienen!

—¿Quién viene?

—Los franceses.

—¿Cuántos son?

—Diez.

—Nosotros, seis—dije, contando las filas—. Tenemos buenas armas. Pero ¿dónde están esos señores?

—Acaban de entrar en el pueblo—añadió el mensajero—y se han metido en la posada, junto al molino. Son de caballería.

—Pues ataquémoslos, muchachos—exclamé, resuelto a todo—. Si hay alguno entre nosotros que prefiera hacer a pie la jornada, que se retire.

—Eso debe pensarse—dijo uno, que era sargento veterano en la partida—. Perico, ¿los has visto tú o tu miedo?

—¡Los he visto!

—¿Han dejado los caballos y se han metido en la posada para comer y beber?

—No; están en el corralón, todos a caballo, trasegando el tinto. Parece que van a seguir su camino. Son tiradores. Llevan carabina, sable y pistola. Da miedo verlos.

—¡A ellos!—grité, sin saber lo que decía—. Les quitaremos los caballos.

—Están prevenidos—repuso el sargento—. Pero por mí no ha de quedar. Vamos allá.

—¿El posadero es nuestro?—pregunté.

—No; pero su mujer es capaz de cualquier cosa.

Algunos, considerando altamente peligrosa la hazaña, no querían seguirme. Pero al fin, echándoles en cara su cobardía, pude convencerlos, y desviándonos del camino, nos metimos en el pueblo por las callejas del Norte, acercándonos sigilosamente a la posada y al molino del señor Perogordo. Entramos por una puerta excusada que nos condujo a la cocina, y desde allí subimos a la parte alta del edificio para explorar las fuerzas enemigas y escoger posición. Miraba yo hacia el patio por un ventanillo abierto en la alcoba de la señora Bárbara, esposa de Perogordo; mientras los compañeros aguardaban mis órdenes en la pieza inmediata, cuando sentí que por detrás me tiraban del capote. Al volverme vi a la señora Bárbara, que en voz baja, me dijo:

—¿Se atreven ustedes a mandar al infierno a esos herejes?

—De eso me ocupaba, señora—repuse, observando a los franceses que estaban a caballo en el patio, recibiendo el vino que les servía el criado de Perogordo.

—En la cocina—añadió la posadera—tengo un gran calderón de agua hirviendo. Lo puse al fuego para pelar el cerdo que matamos esta mañana; pero voy a rociar con él a esos marranos.

—No se precipite usted—dije, deteniéndola—, porque puede malograrse el patriótico pensamiento de arrojar el agua.

—Aquí tiene usted la escopeta de mi marido, el hacha, el cuchillo grande y dos pedreñales.

—¡Magnífico arsenal!

Entró el señor Perogordo diciendo:

—Es preciso tener prudencia. Esos condenados me quemarán la casa.

—Eres un mandria, Blas—repuso la señora Bárbara—. Si les hubieras echado en el vino los ratones, reventarían todos sin necesidad de hacer aquí una carnicería. Te veo yo muy agabachado, Blas... ¡Ea!, tengamos la fiesta en paz.

—Señor oficial—me dijo Perogordo—, lo mejor será que usted y los suyos salgan al camino para esperar fuera a los franceses.

—Señor Perogordo—repuse—, haré lo que me convenga para acabar con ellos. Tienen magníficos caballos, que nos hacen mucha falta.

—¡Qué bien hablado!—exclamó la posadera—. Estos tres que están bajo la ventana grande parece que están pidiendo el agua del Santo Bautismo. Voy allá.

Y diciendo y haciendo, la diligente y, más que diligente, patriótica señora Bárbara corrió a la habitación inmediata, y empuñando las asas de un enorme caldero de agua caliente, que poco antes había subido, vaciólo por la ventana sobre los cuerpos de los franceses, que a pesar del frío no recibieron con agrado aquel sistema de calefacción. Oyéronse gritos horribles; relincharon con espantoso alarido los caballos, y en el mismo instante mi gente empezó a hacer fuego desde las ventanas altas, mientras doña Bárbara, su hija y la criada arrojaban, con esa presteza propia de mujeres feroces, ladrillos, piedras y cuanto habían a la mano.

—Cese el fuego—grité furioso—; abajo todo el mundo. Atacadlos cuerpo a cuerpo.

Corrimos abajo y la emprendimos con los imperiales, embistiéndolos con tanta energía, que no pudieron resistir mucho tiempo. Además de que la sorpresa los desconcertó, tres de ellos habían quedado incapaces de defensa por el horrible sacramento administrado por la atroz posadera. Los caballos les estorbaban dentro del corralón. Alguno echó pie a tierra y nos recibió a sablazos, descalabrando con fuerte mano a todo el que se acercaba; pero, al fin, pudimos más que ellos, porque la gente del pueblo acudió con hoces y azadas y la señora Bárbara, con su hija, se dió la satisfacción de arrastrar a uno hasta el brocal del pozo, arrojándole dentro sin duda para curarle con agua fría las heridas ocasionadas por la caliente.

Cuatro de ellos huyeron, corriendo a una de caballo, y los demás o quedaron fuera de combate o se dejaron matar para permanecer allí como prisioneros de guerra bajo la vigilancia de la señora Bárbara.

Perogordo se me acercó después del combate, y con gran aflicción me dijo:

—Señor oficial, y ¿quién me paga el gasto? Esa loca de mi mujer tiene la culpa de todo. Detrás de estos franceses vendrán otros, porque ahora dominan en el país, ¡pobre casa mía!

Pero yo no me cuidaba de contestarle, y recogiendo del campo de batalla un sable, dos buenas pistolas y una escopeta, monté en el caballo que me pareció mejor. En el mismo momento agolpóse la gente del lugar en la portalada del corralón, y mirando todos con espanto hacia lo alto del camino, decían:

—¡Los franceses, los franceses!

En efecto, venían en la misma dirección que yo había seguido; pero no eran dos ni tres, sino más de cincuenta. No quise detenerme a contarlos, y picando espuelas, lancé mi caballo a toda carrera por el camino abajo en dirección a Cifuentes.

«Cuatro leguas largas hay de aquí allá —decía para mí—. Aunque el caballo está cansado, podré recorrerlas en dos horas. Esos que entraban en Algora cuando yo salía deben de ser Santorcaz y algún destacamento que le acompañe. Llegaré antes que ellos a Cifuentes y podré, si no ponerlas en salvo, al menos prevenirlas. ¡Vuela, caballo, vuela!»

Pero el caballo, desobedeciendo mis órdenes, no volaba, y un cuarto de hora después de la salida ni siquiera corría medianamente. Al fin, dió en la flor de pararse, insensible al látigo, a la espuela y a los denuestos, y sólo con blandas exhortaciones podía convencerle que me llevase al paso y cojeando. Mi ansiedad era inmensa, pues temía verme alcanzado y cogido por los franceses, que castigarían inmediatamente en mí la escapatoria de Rebollar y la diablura de Algora. Apenas había andado una legua, después de hora y media de marcha, cuando llegué a un caserío donde ofrecí cuanto llevaba (la suma no era ciertamente deslumbradora) si me proporcionaban un caballo; pero todo fué inútil. Imposibilitado de marchar con rapidez, seguí, resuelto a abandonar la cabalgadura y a internarme en el monte en caso de que me viera en peligro de caer en manos de los que venían detrás.

Era cerca de media tarde cuando sentí el trote vivo del destacamento que había entrado en Algora mientras yo salía; hundí las espuelas a mi caballo; mas el pobre animal, que apenas podía ya con el peso de su propio cuerpo, dió con éste en tierra para no levantarse más. A toda prisa me aparté del camino. Cuando pasaron cerca, sorprendiéronse

de ver el animal en mitad del camino; algunos sospecharon que yo estaría oculto en los alrededores, y los vi abandonar la senda como para buscarme; pero sin duda no faltó entre ellos quien creyese más oportuno seguir camino adelante, y, en efecto, siguieron. Distinguí perfectamente a mosén Antón.

Después de este suceso perdí toda esperanza. Yo no podía llegar a tiempo a Cifuentes. Mi desesperación y rabia eran tan grandes, que eché a correr camino abajo, deseando seguir a los jinetes. Mi sangre hervía, mi corazón iba a estallar, rompiase mi cerebro en mil pedazos, y el sofocado aliento me ahogaba. Arrojéme en el suelo, maldiciendo mi suerte y evocando en mi ayuda no sé qué potencias infernales. Mis ojos distinguían por todos lados inmenso horizonte, y en toda aquella tierra no había un caballo para mí. Fijé la vista en el fango del camino, y todo él estaba lleno de huellas que deja la herradura. ¡Tanto animal yendo y viniendo, y ni uno solo para mí!

Aun entonces conservaba alguna esperanza.

«Ellos se detienen mucho en los pueblos—me dije—. Beben y comen en todos los mesones. Si se detuvieran más de tres horas en otra parte, quizá no lleguen a Cifuentes hasta la noche. De aquí a la noche bien pueden andarse cuatro leguas. Animo, pues.»

Seguí adelante. En el camino, unos pastores dijéronme que el Empecinado y don Vicente Sardina habían pasado muy de mañana por la sierra y que caminaban hacia Yela. Preguntéles por los atajos que podrían llevarme más pronto a Cifuentes; pero sus noticias eran tan vagas, que juzgué oportuno seguir por el camino para no perderme.

XXV

Avanzando siempre, encontré antes de llegar a Moranchel un obstáculo en que hasta entonces no había pensado; un obstáculo invencible y aterrador; el Tajuña, bastante crecido para que nadie intentase vadearlo. La barca estaba al otro lado, abandonada y sola.

Sentéme en una piedra, junto al río, y pensé en Dios. Al punto vino a mi me-

moria la Caleta de Cádiz y mi habilidad natatoria. Extendí la vista por la superficie del agua; agitóme una bullidora inquietud, y aquella fuerza secreta que me impelía a seguir adelante redoblóse en mí. Pensarlo era perder el tiempo. Arrolléme el capote en torno al cuello, abandoné la escopeta, y cogiendo el sable entre los dientes me lancé al agua.

Los primeros pasos en ella me dieron esperanza; pero al poco rato sentíme transido de frío: mis pies fueron dos pedazos de inmóvil hielo; mis piernas, rígidas, no me pertenecían, y en vano se esforzaba la voluntad en darles movimiento. Aquella muerte glacial invadía mi cuerpo, subiéndome hasta el pecho. Tendiendo la vista con angustia a las dos orillas, vi más cerca aquella de donde había partido; mis brazos remaron en el agua para acercarme a ella; hice esfuerzos terribles, pero no podía llegar, porque la corriente me arrastraba río abajo; además, la masa de agua profunda me chupaba hacia dentro. Recordando, sin embargo, que la serenidad es lo único que puede salvar en tales casos, me esforcé por adquirir tranquilidad y aplomo. Felizmente, aún podía disponer de los brazos; trabajé poderosamente con ellos; pero aquella orilla no se aproximaba a mí tanto como yo quería. Por fin, ¡Dios misericordioso!, una rama que besaba las aguas estuvo al alcance de mí. Agarrándome a aquella mano del cielo que me salvaba, pude, al cabo, pisar tierra. Había perdido el capote en el agua y me moría de frío en la misma ribera de donde partí.

A pesar de tan terribles contratiempos, la tenacidad de mi propósito era tan grande, que aún creí posible seguir mi camino. Sin embargo, mi estado era tal, que si no me guarecía bajo techo estaba en peligro evidente de perecer aquella noche. Y la noche venía a toda prisa, lóbrega, húmeda, helada, espantosa. Miré en derredor, y no vi casa, ni cabaña, ni choza, ni abrigo. Estaba desamparado, completamente solo en medio de la Naturaleza irritada contra el hombre. Todo en torno mío tendía a exterminarme, y no podía considerar sino que aquel suelo, aquel viento, aquellas pardas nubes, venían contra mí.

Otro hubiera cedido; pero yo no quería ceder. Tenía delante el aparato formidable de la Naturaleza y de las circunstancias, que me decían: «De aquí no pasarás»; mas ¿qué vale esto al lado del poder invencible de la voluntad humana, que, cuando da en ser grande, ni cielo ni tierra la detienen?

Corrí para vencer el frío; pero las articulaciones me lo impedían con agudo dolor. Procurando animarme, hablé conmigo en voz alta y canté, como los niños cuando tienen miedo. El sonido de mi propia voz me halagaba en aquella soledad horrorosa, y a ratos sentía no ser dueño de mi pensamiento. Corriendo en diversas direcciones, vencí un poco el frío; pero las ropas empapadas no querían secarse. Me parecía que llevaba todo el Tajuña encima de mí.

Después que cerró completamente la noche, sentí ruido de voces.

«Gracias a Dios que está habitado el planeta—dije para mí—. El género humano no ha concluido.»

Las voces sonaban del otro lado del río, hacia la barca.

«Algüen pasa el río—exclamé con alegría—. Dejarán la barca en este lado y podré pasar después.»

Al punto conocí que eran franceses, porque algunas palabras llegaron hasta mí. Escondíme, aguardando a que pasaran... ¡Ay! ¡Cómo bendije su aparición! ¡Con qué gozo sentí el suave rumor del agua, agitada por la pértiga! ¡Cómo conté los segundos que duró el viaje y los que emplearon en desembarcar y marcharse! Pero se me heló la sangre en las venas cuando vi desde mi escondite que uno de ellos quedaba en la embarcación y que otro de los que se alejaron le dijo:

—Espera ahí, pues volveremos antes de medianoche. Que la barca no se mueva de esta orilla.

El peligro, sin embargo, no era invencible. Un hombre no es un ejército. Acerquéme lentamente a la orilla, miré a la barca y vi a mi marinero dispuesto a pasar bien la noche, abrigado en su capote.

«No hay tiempo que perder—dije—. Echémonos encima.»

En efecto, de buenas a primeras lleguéme a él y le di un sablazo de pla-

no sobre la espalda. Saltó el maldito, gritando:

—¿Quién va?... ¿Qué quiere usted?

—¿Qué he de querer? Pasar.

Al punto reconoció en él a un renegado que había servido con mosén Antón.

—No se pasa—repuso—. ¡Qué modos, hombre! Y ¿quién es usted?

—Ya me conoces bien. Si quieres ir al agua ahora mismo, ándate con preguntas y no desates la barca.

—Es Araceli—dijo—. Vamos a ver, ¿y si no me diera la gana de pasar?

Sin hacerle caso, me metí en la embarcación, y con la pértiga la empujé hacia la otra orilla. El renegado no puso obstáculo, y ayudándome, me dijo:

—Pero ¿no le fusilaron a usted esta mañana?

—Parece que no.

—¿Sabe usted que andan azarados?

—¿Quiénes?

—Los *musiures*. *Paeje* que don Juan está en la sierra con alguna gente. Yo me voy otra vez con don Juan. Nos han engañado.

—Dime: ¿has visto a mosén Anton?

—Ha quedado con los demás del destacamento y el señor don Luis en una venta que hay a mano derecha del camino, a una legua de Cifuentes.

—¿Los has dejado allí? ¿Sabes si se detendrán mucho?

—Me *paeje* que sí. Están todos borrachos. Se conoce que no tienen prisa. Trijueque y el jefe francés han tenido una riña por el camino. Creo que nos empecinamos otra vez.

—¿Tienes qué comer?

—Medio pan puedo dar a usted. Ahí va.

Antes de poner el pie en tierra comí con ansia. Luego que desembarqué, despidiéndome del renegado, seguí precipitadamente mi camino. Todavía tenía esperanzas de llegar a tiempo.

«Como saben que nadie ha de estorbarles—dije para mí—, irán con calma. Dios alargue su borrachera... Sin embargo, si resuelven poner en ejecución su plan a prima noche, es cosa perdida. Si le dejan para la mañana... ¡Dios poderoso, llévame pronto allá!»

El frío me mortificaba mucho, sin que me fuese posible vencerlo con la velocidad de la carrera, porque, lleno mi cuerpo de dolores agudísimos, me era muy difícil andar aprisa. No llovía, y

a causa del recio viento que durante el día reinara, el piso estaba algo duro, además de que la fuerte helada de aquella noche petrificaba el suelo. A poco de alejarme del río noté que necesitaba gran esfuerzo para seguir andando; quería avivar el paso; pero mientras más aprisa marchaba, más viva sentía aquella resistencia de mis piernas a llevarme adelante. Sentéme para recobrar fuerzas, y al sentarme aumentó mi mal-estar. Dentro de mí surgía una inclinación enérgica al reposo, un deseo profundo de no mover brazo ni pierna. Quise sacudir la pereza, y anduve otro poco; pero al corto trecho sentí que de las rodillas abajo mi persona no era mi persona, sino un apéndice extraño, una extremidad de madera o de hierro que me obedecía, sí, ¡pero de qué mala gana!

Moví los brazos y, ¡cosa extraña!, encontréme sin manos; es decir, perdí la sensación de poseerlas. Esto me produjo mucha congoja; pero aún permanecía poderoso, en medio del invasor enfriamiento, el horno de mi corazón, que no anhelaba descanso, sino carrera.

«Tú no te enfriarás, corazón—exclamé—. Mientras tú conserves una chispa de calor, el cuerpo de Gabriel marchará adelante. Si es preciso, me daré de palos.»

Quise gritar y cantar; pero mi garganta se negó a articular sonidos. Parecía que una invisible mano me la apretaba.

«Esto no es nada—pensé—, ninguna falta me hace la voz. Animo, corazón. Parece que llevo una fragua dentro de mí.» Pero la fragua se iba extinguendo también. Bien pronto mis rodillas fueron una masa dura, rígida, mohosa; un gozne roñoso y sin juego. Al notarlo, hice lo que me había prometido: me apaleé. Pero, ¡ay!, mi brazo derecho no pudo manejar el sable, que se me escapó de la mano... Anduve más... quise de nuevo correr, y mis piernas se doblaron. ¡Qué sensación tan extraña! El suelo helado me parecía caliente. •

Erguí la cabeza, moví el cuerpo; pero nada más. Mis manos, que aún conservaban alguna sensibilidad, tocaron unos objetos largos, inertes y fríos, y al notar que eran mis piernas, no pude evitar una sonrisa fúnebre. Mi voluntad pode-

rosa quería reanimar aquel vidrio que había sido mi carne y mi sangre; pero no pudo. El corazón latía con furia, y en mis oídos un zumbido monótono me enloquecía con lúgubre música. De momento en momento me achicaba. La conciencia corporal iba estrechando los límites de mi persona, y sentí que el mundo exterior, el cosmos, digámoslo así, aunque pareciera pedantería, empezaba en mi cintura y en mis hombros.

«Tremendo es—pensé—que esté uno metido dentro de una cosa que se huela como el agua... ¡Dios inhumano, un rayo que me derrita!»

Yo tenía un alma y me reconocía piedra.

Mi cuerpo tendía cada instante con más fuerza a la inmovilidad absoluta. Como el moribundo deseé la vida, deseé que alguien viniese y, a martillazos, me machacara.

Con ansiedad inmensa, mi vista exploró el camino, y allá lejos, muy lejos, observé gente que venía. Sonaba rumor de caballos, que acrecía acercándose.

«Serán franceses—me dije—. ¡Malditos sean! Me salvarán, y otra vez estoy en poder de esa canalla.»

Efectivamente, eran franceses; si bien cuando estuvieron próximos, a pesar de que iba yo perdiendo el claro uso de mis sentidos, creí distinguir voces españolas empeñadas con las francesas en viva disputa. Venían también algunos renegados. Después de tantos esfuerzos, de tantas luchas, cuando se había agotado la energía de mi cuerpo y de mi espíritu, volvía a encontrarme prisionero. Casi anhelé que pasaran de largo sin hacerme caso. Pero oí a mi lado la voz de mosén Antón, que decía:

—Aquí hay un hombre helado. Es Araceli. Llévemole al mesón.

XXVI

Hallábame, después de un espacio de tiempo cuya longitud no puedo apreciar, en el interior de una venta y en una habitación tan parecida a mi famosa prisión en Rebollar de Sigüenza, que pensé que no había salido de ella. Pero una observación atenta me hizo ver alguna diferencia, y principalmente el montón de paja con que me habían cu-

bierto, y cuyo suave calor me volvía lentamente a la vida. A mi lado estaban algunos renegados y mosén Antón. El local era la parte alta de una venta del camino ocupada por los franceses con los caseríos inmediatos.

—Estoy otra vez prisionero—dije instintivamente.

—Sí, señor—repuso el clérigo con cierta socarronería—. Y ahora no se nos escapará usted.

—¿Qué hora es?—pregunté.

—¿Para qué quiere usted saberlo?

—Es que quisiera marcharme, señor Trijueque. ¿Qué distancia hay de aquí a Cifuentes?

—No es mucha; pero aunque pudiera usted salir, amiguito, y fuera a donde desea, no conseguiría nada. Otros le han tomado la delantera.

Ya había previsto la noticia, y la pena y rabia que sentía apenas se aumentaron.

—Supongo que estos bandidos me castigarán por haberme escapado de Rebollar y por lo de Algora.

—Los castigos y crueldades de esta gentuza—me dijo mosén Antón, acercando su rostro a mi oído y expresándose en voz muy queda—, honran y enaltecen a la víctima.

Algunos renegados salieron, y los franceses que quedaron en la habitación dormían. Trijueque pudo hablarme con más libertad.

—Ya llegó a su colmo mi paciencia—me dijo—, y estoy decidido a romper con estos pillos. Son más orgullosos que Rodrigo en la horca, y a los que nos hemos pasado a sus banderas nos humillan, tratándonos con un desprecio... Mi rabia es tan grande, Araceli, que los ahorcaría a todos sin piedad, si en mi mano estuviera. ¿Querrá usted creer que siguen prodigándome insultos, y que su insolencia para conmigo va en aumento? No satisfechos con llamarme *mon-sieur le chanoine*, se empeñan en denigrarme más, y hoy un oficial me llamó *monseigneur l'évêque*.

—Mosén Antón, ¿los demás renegados que están aquí piensan lo mismo que usted?—le pregunté, sintiendo que por encanto me restablecía.

—Lo mismo. Todos desean volver allá.

—¿Cuántos son?

—No llegamos a veinte.

—¿Y los franceses?

—En esta venta y en las casas inmediatas hay más de ciento. La lucha sería muy desigual.

—La traición ha vuelto cobarde al gran Trijueque. Somos pocos, pero vale más morir que ser juguetes de esta chusma.

—¡Sí, y mil veces sí!—exclamó el cura con exaltación—. Araceli, veo que hay un gran corazón dentro de ese cuerpo. Conque... Pero déjeme usted que le explique—añadió, bajando la voz—. He sabido que Juan Martín está vivo y ha reunido alguna gente.

—También yo lo he sabido. ¿Dónde están?

—Un pastor me dijo que Sardina había ido a parar a Grajanejos... Juan Martín pasó ayer tarde por la sierra. Muchos dispersos estaban en Yela.

—Es fácil que se hayan reunido y traten de reconstituir el ejército.

—Creo que sí, y harán bien—dijo el ogro—. Me alegraría de que diesen una paliza a esta gente. Si mi previsión militar, si mi conocimiento del país no me engaña esta vez—añadió, bajando más la voz—, Juan Martín y Sardina reunirán su gente en Cíbicas, que está a legua y media de aquí... ¡Qué admirable posición para caer sobre este destacamento y hacerlo polvo!... Si yo estuviera en su lugar... Pero ni el uno ni el otro verán más allá de sus narices.

—Hay que hacer un esfuerzo para salir de aquí. Nos uniremos a don Juan y usted, luego que le pida perdón...

—¡Yo perdón!... ¡Perdón!—dijo el guerrillero con voz cavernosa y ademán sombrío—. Eso, jamás...

—Nos presentaremos al Empecinado...

—Yo, no. Mi decoro, mi dignidad... En suma: mosén Antón se cortará con sus propias manos su gran cabeza, que envolverán más de cuatro, primero que volver atrás del paso que dió. Los hombres de mi estambre no retroceden, y lo que hicieron hecho está... Mi intento ahora es renunciar a la guerra y marcharme a morir a Botorrita...

Después de meditar un momento, mosén Antón se levantó para marcharse.

—No me deje usted solo—le dije, deteniéndole.

—No puedo estar aquí más... Quiero correr fuera..., quiero huir. ¿No he di-

cho a usted que Juan Martín está en Cíbicas?

—Mejor.

—Figúrese usted—añadió con espanto—que viene aquí, que sorprende a estos bolos, que nos coge a todos, que me ve...

—¡Oh! Ese suceso es demasiado feliz para que pueda suceder. Estamos dejados de la mano de Dios.

—Yo me voy.

—¿En dónde está Albuñ?

—No lo sé, ni quiero saberlo. ¡Ojalá se le tragara la tierra!... Condenado Juan Martín. Si tuviera dos dedos de frente, podía caer encima de este destacamento y aniquilarlo. Todos los generales del mundo son unos zotes. ¡Si yo tuviera un ejército! ¡Me reviento en...! Si yo tuviera un ejército de españoles, de franceses, de griegos, de chinos o de demonios... ¡Maldita sea mi estrella!... ¡Oh, qué gozo sería que Juan Martín aplastara a esta vil gentuza! Yo, sin tomar partido por unos ni por otros, aplaudiría desde lejos; sí, señor, aplaudiría... ¡Llamarme *monseigneur l'évêque*, ultrajar a un guerrero como yo!... Dan el mando de media compañía al hombre que puede coger cincuenta mil soldados en la palma de la mano y sembrarlos sobre el campo de batalla, sin que ninguno caiga fuera de su natural puesto... ¡A mí, que salgo al campo, doy un resoplido, huelo media España y ya sé por dónde anda el enemigo! ¡A mí, que soy capaz...! Pero no quiero hacer elogios de mí mismo.

—Señor Trijueque, usted está corroído, abrasado por los remordimientos.

—¿Yo?... ¡Qué desatino!—exclamó con enfado—. Señor Araceli, de mí no se burla un mozalbete. ¿Soy algún muñeco para que se ponga en duda la entereza de mis acciones?

—Hagamos una hombrada, señor cura. Hable usted a los renegados que están en la venta. Sublevémonos contra esa canalla, y así acabaremos de una vez. O muerte o libertad.

Trijueque se frotó las manos y arqueó las cejas, más negras que la noche.

—¡Admirable suceso!—dijo—. Nos sublevamos, y ¿después...?

—Nos uniremos a don Juan Martín.

El cura, frunciendo el ceño, demostró disgusto.

—No... ¡Me voy, me voy a mi pueblo! —exclamó con febril inquietud—. ¿Y quiere usted que nos sublevemos, que pasemos por sobre los cuerpos de estos cobardes?... Después de hecho eso no podemos permanecer solos. Necesitamos buscar a Juan Martín, y si nos unimos a él, forzosamente me tiene que ver.

—Bien, ¿y qué?

—Y si me ve, me dirá algo.

—Y usted le confesará que se equivocó, que se alucinó.

—¡Rayos y centellas!—gritó con furia—. ¿Soy niño de teta?... Araceli, este hombre de bronce, esta naturaleza de gigante, este Trijueque a quien Dios formó por equivocación con el material que tenía preparado para veinte hombres, no se doblega ante nadie. ¿Por qué he de exponerme a que él me vea? En este momento no temo a todos los ejércitos franceses, no temo a todo el mundo armado contra mí; pero si Juan Martín entra por esa puerta y me mira, y me echa encima el rayo de sus ojos negros, caigo rodando al suelo. ¡Váyase Juan Martín con mil demonios! Quiero huir de la Alcarria; quiero irme a Aragón, y pronto, ahora mismo...

—Hagamos antes la gran calaverada. Yo estoy enfermo. Solo no puedo nada; pero al lado de moisés Antón me encuentro capaz de todo. Los renegados tienen buenas armas.

Trijueque iba a contestarme cuando sentimos gran ruido abajo; ruido de gente de armas a pie y a caballo, que acababa de entrar en la venta.

—Ahí están—dijo el clérigo—. ¿No conoce usted una voz entre todas las voces? Es la de su amigo de usted, el señor don Luis de Santorcaz.

Ciego de ira me lancé hacia la puerta; pero un francés que la custodiaba me detuvo, amenazándome con ensartarme en su bayoneta. Al principio no vino a mi mente palabra bastante dura para manifestar mi cólera; luché un rato con el atleta que me prohibía salir, y grité repetidas veces:

—¡Bandidos! ¡Infame Santorcaz, embustero y falsario!

Trijueque llegóse a mí, y con una sonrisa de brutal estoicismo, que me hizo el efecto de un bofetón, me dijo:

—Señor Araceli, es increíble que un

guerrero animoso tome tan a pechos este sainete de amores.

—Quite usted de en medio a ese miserable que me impide salir y veremos.

Eché mano a la empuñadura del sable que el guerrillero llevaba en el cinto; pero con rápido movimiento Trijueque detuvo mi mano. En el mismo instante, sentí gritos de mujer que helaron la sangre en mis venas. Pugué de nuevo por salir; pero manos poderosas me sujetaron. Mi cuerpo ya no era hielo: era una antorcha en que se enroscaban las abrasadoras llamas de mi odio. Respiraba fuego.

Entró precipitadamente un hombre, que no era otro que el señor don Pelayo, el cual dijo:

—¿Dónde está el reverendo obispo?... ¡Ah!, ya le veo... Necesitan abajo a su *ilustrísima*.

—¿Para qué, deslenguado y sinvergüenza? ¿Va a marchar mi compañía?

—No, señor. Es que se han atascado las ruedas del coche en que llevamos a esa señorita, y como la mula no podía tirar de él, dijeron: «¡Que venga su *ilustrísima*!» ¡Pronto, abajo..., a tirar del carro..., arre!

—Don Pelayo—dijo Trijueque—, no te estrangulo por conmiseración. Dile al falsario y bellaco que te mandó que tire del carro si gusta.

—Don Luis está más borracho que una cuba—repuso don Pelayo riendo—. ¡Oh, qué noche! Y todavía no sé cuánto voy ganando. Me ha prometido hacerme oficial de la guardia del rey José...

Imposibilitado de hacer movimiento alguno, vomité los denuestos más horribles sobre aquel miserable.

—Muy bravo está el señor Araceli—me dijo, envalentonándose al ver que no podía hacerle daño.

—Infame tahir, pide a Dios que no te deje caer en mis manos si algún día puedo hacer uso de ellas.

XXVII

Senti otra vez angustiosos gritos de una mujer que pedía socorro. Al verme hacer colosales esfuerzos para desasirme; al oír mis alaridos de furor, Trijueque, poseído de indignación, si no tan

ruidosa, tan intensa como la mía, abandonó la estancia, diciéndome.

—Estó no se puede tolerar... Mi sangre hierve.

Don Pelayo, riendo como vil bufón, exclamó:

—¿Se enfada también porque chilla la de Cifuentes?... ¡Qué guapa es! Mimos y suspiros por todo el camino... Nos traía locos... Será preciso taparle la boquirrita con un pañuelo... Araceli, que pase usted buena noche. Adiós.

Todo esto se ofreció a mis sentidos como las imágenes de un delirio. «¿Estoy despierto?», me preguntaba. Mi cuerpo se blandía entre las lazadas de la cuerda con que aquellos bárbaros me habían sujetado, y no me quedaba libre más que la voz para echar por su conducto, en forma de improperios horribles, toda mi alma. Cuando, pasado algún tiempo, quedó en silencio la venta y alejáronse los que poco antes entraran en ella, yo había sufrido una transformación horrorosa. Me había vuelto imbecil. Surgían en mi pensamiento las ideas con un aspecto, entre risible y monstruoso, y dominado por un pueril terror, no podía expresar cosa alguna sin reír, sin desbordarme en una hilaridad atrabiliaria que desgarraba mi pecho, envolviendo en sombras tristísimas mi alma.

A pesar de mi singular situación de espíritu, entendía perfectamente lo que a mi lado hablaban.

—Este fué el que escapó de la casa de Ayuntamiento en Rebollar de Sigüenza—dijo uno—. Bravo mozo.

—Y el que dirigió la matanza de nuestros compañeros en la batalla de Algora—afirmó otro—. No se asesina a los franceses impunemente. Es preciso quitarlos de en medio.

Un comandante subió y estuvo examinándome largo tiempo.

—Parece que se finge demente este joven para evitar el castigo. Desatadle y veremos.

Hicieron lo que se les mandaba.

—Si os pusiera es libertad—me preguntó el comandante—, ¿qué haríais?

—¡Matar!—repuse con siniestra calma.

—¿Es cierto que os escapasteis de la prisión de Rebollar?

—Sí.

—¿Y asesinasteis a los tiradores que

llevaban un parte mío al general Guío?

—Yo quería un caballo—respondí.

—Contestar a lo que os pregunto—dijo con enfado—y no os hagáis el tonto. Puedo mandaros fusilar al momento.

—Es lo que deseo—repuse, sintiéndome otra vez invadido por la risa.

—Si pensáis salvaros así, es peor. Estoy inclinado a la benevolencia, porque ha intercedido hace poco por vos una persona a quien estimo, un español del orden civil que sirve lealmente al rey José.

La imagen de Santorcaz pasó sangrienta y terrible por delante de mis ojos.

—No le hagáis caso—dije—. Es un borracho, como vos y como vuestro rey José.

Dije esto, no como quien habla, sino como quien escupe. Con tales palabras pronuncié mi sentencia. Pero había llegado a una situación física y moral tan deplorable, que la muerte era para mí un accidente sin importancia. Me sentía enfermo otra vez, mortificado por acerbos dolores; y, además, la idea de que Dios me había abandonado en mi noble empresa decretando el triunfo del crimen, dábame un profundo desaliento, en virtud del cual casi empezaba a morir. Recordaba los sucesos de aquella noche con la vaguedad indiferente y triste con que el alma inmortal parece ha de recordar en los instantes que siguen a la muerte, los últimos accidentes del mundo recién abandonado, de cuya esfera el infinito acaba de separarla.

Cuando me bajaron, apenas me podía mover; mas los franceses, con inhumanidad indiscutible, me empujaban golpeándome. Un oficial, sin embargo, me tomó la mano, y con noble delicadeza rogóme que descansase en uno de los bancos de piedra que había en el patio. Allí escuché claramente estas palabras, dichas al comandante por otro oficial:

—Este joven no debe de estar en su sano juicio.

—Interrogadle otra vez—ordenó el comandante, alejándose.

—¿Habéis servido mucho tiempo a las órdenes del general Empecinado?—me preguntaron.

Entróme de nuevo el ansia de reír, y les contesté de un modo que no les satisfizo.

—¿Estuvisteis en la acción de Rebo-llar, donde murió el célebre don Juan Martín Diez?

Al oír esto contúvoseme la risa y sentí alguna claridad en mi espíritu.

—Don Juan Martín no ha muerto—respondí.

—¿Vive ese buen hombre?—dijo con ironía uno de los oficiales—. ¿Por dónde lleva ahora sus fabulosos ejércitos de bandidos?

—Si vive—añadió otro de los que me observaban—, no debe de tener un solo hombre consigo, pues disuelta la gran partida, unos están con nosotros y otros han formado cuadrillas de salteadores.

Solté de nuevo la risa, y el oficial afirmó:

—El miedo y los padecimientos os vuelven imbécil. Haced un esfuerzo y fijaos bien en lo que os pregunto. ¿No sabéis adónde se ha retirado lo que quedó del disuelto ejército de don Juan Martín?

Un rayo de luz entró en mi mente.

—El ejército de don Juan Martín—respondí con serenidad—no se ha disuelto. Se dividió y ha vuelto a reunirse.

—¿En dónde está?

Desde el patio donde nos encontrábamos se veía todo el país cercano por Occidente. Era la hora en que las primeras claridades del alba comienzan a iluminar la tierra, y sobre el turbio cielo se destacaban vagamente unos cerros escalonados. Mirando al horizonte, señalé con mi mano temblorosa, y dije:

—Allí.

—Allí—repetieron los oficiales—. En esa dirección, a legua y media de distancia, hay una aldea llamada Cíbricas. Sabemos que a prima noche merodeaba por allí una cuadrilla de bandoleros. ¿Es ése el ejército que decís? ¿En qué os fundáis para asegurar que allí se han reunido los grupos disueltos del ejército empecinado?

—Lo adivino—repose, experimentando otra vez el sacudimiento nervioso que me hacia reír.

—El estado de este joven—dijo uno de ellos—es tal, que debe suponerse no existe en él verdadera responsabilidad.

—Sois demasiado jurista, Saint-Amand—dijo otro—. Los guerrilleros son gente astuta. Acordaos de aquel bárbaro patriota gallego que, después de haber envenenado a treinta franceses, se fingió tonto para eludir el castigo.

Otro de los oficiales se apartó de mí para dar algunas órdenes, y vi que varios soldados marchaban de acá para allá. Entonces oí claramente que un zapador que acababa de entrar en el patio dijo a los demás:

—Los escuchas han anunciado la aproximación de alguna gente del lado de Cíbricas.

—Merodeadores y gente menuda.

—Pienso que se debe enviar media compañía a vigilar el sendero que hay en aquel cerro. ¿Dónde está el comandante?

—Duerme—repuso otro—y ha mandado que no se le despierte, a menos que venga aviso del general Gui.

Oyóse un disparo.

—Ha sonado un tiro en las avanzadas. ¿Qué es eso?

En el mismo instante, el vivo redoblar del tambor, llegando hasta nosotros, infundió cierta inquietud a aquella gente, y empezaron a no ocuparse gran cosa de mí.

—No es nada—indicó uno.

—¿Cómo que no es nada?—exclamó azaradamente un oficial que con precipitación acababa de entrar en el patio—. Por el sendero de Cíbricas ha aparecido mucha gente. Se corren por ese cerro de la izquierda que está sobre nuestras cabezas. ¡A las armas!

—Llamad al comandante.

—Es preciso escarmentar a esos miserables. Son ladrones de caminos.

Oí un disparo, y luego muchos.

Varios soldados franceses aparecieron corriendo con precipitación, y un grito terrible resonó en aquel recinto, un grito que al punto puso gran pánico en el ánimo de aquellos desapercibidos guerreros. El grito era:

—¡Los empecinados! ¡A las armas!

En efecto: eran los míos. El movimiento previsto por la atrevida mente de mosén Antón se había verificado, y las tropas que asediaban el destacamento francés eran unos quinientos hombres que con gran trabajo había logrado reunir Sardina. Las guerrillas no necesitan, como los ejércitos, mil prolijos melindres para organizarse. Se organizan como se disuelven: por instinto, por ley misteriosa de su inquieta y traviesa índole. Desparrámanse como el humo, al ser vencidas, y se condensan como los vapores atmosféricos, para llover sobre

el enemigo cuando menos éste lo espera.

Bien pronto se entabló la lucha. Los guerrilleros atacaron con brío, como gente ofendida y rabiosa que quiere vengar un agravio. Los franceses se defendieron bien; mas no les fué posible contener a mis amigos, que tuvieron tiempo de acercarse en silencio y escoger la posición y el punto de ataque que les pareció más ventajoso. Un pelotón de imperiales, colocado al abrigo de una casucha inmediata al edificio en que yo estaba, resistió con sublime denuedo; pero no tenían los franceses bastante gente, y los de Sardina entraron por distintos puntos en la aldea, atropellándolo todo. No he visto nunca mayor saña para acorralar y destruir a un enemigo que se repliega y cede después de colosales esfuerzos. Los empecinados no daban cuartel a nadie, ¡y ay de aquel que se oponía a su paso! Cuando entraron victoriosos en el patio, grité con toda la fuerza que me permitía mi voz:

—¡Aquí, bravos compañeros! Dadme un sable, que todavía os puedo ayudar. En la cuadra de la derecha se han escondido algunos... Otros tratan de escaparse por el arroyo... ¡A ellos! Rematadlos.

Me sentí poseído del trágico furor de la matanza, y las crueldades de mis camaradas con los franceses enardecían mi alma. En medio del patio, un espectáculo terrible puso límite a mi exaltación. Un hombre bajó precipitadamente de las habitaciones altas. Era el comandante francés. Viendo a los suyos que saltaban las tapias para huir, o se escondían en los sótanos, gritó, blandiendo el sable:

—¡Deteneos, miserables, y ved aquí a qué precio vende su vida un guerrero de las Pirámides y de Austerlitz!

Y acometió a los nuestros con furia más propia de tigres que de hombres.

—¡Atrás, bandidos!—gritaba—. No hay más rey de España que José Primero.

Diciendo esto, cayó en tierra para no levantarse más.

Poco después me estrechaba en sus brazos el bravo y noble Sardina.

La partida victoriosa tornó al punto a la sierra. Diéronme ropa, un caballo y, medianamente enfermo, los seguí. No me fué posible adquirir noticia alguna de la dirección que había tomado San-

torcaz con su presa, y mientras la Providencia me deparaba alguna luz, resolví bajar a Cifuentes, que estaba a muy corta distancia del sitio donde hicimos alto al mediodía. No había peligro alguno en tal expedición, porque, acordadamente con la marcha de Sardina, don Juan Martín había hecho otra sobre Cifuentes, cuya guarnición puso a tiempo pies en polvorosa.

Bajé, pues, a la villa, donde me recibió don Juan con gran agasajo. Tenía el brazo derecho en cabestrillo, a consecuencia de la fuerte contusión alcanzada cuando *se salvó*—como dice la Historia—*echándose a rodar por un despeñadero abajo*. Contóme cómo pudo allegar alguna gente y congregarla sin descanso, gracias a la docilidad y buenas prendas de los que a todo trance le seguían, y yo, a instancias suyas, le referí los lances de mi prisión y las dos entrevistas que tuve con el gran Trijueque.

XXVIII

No me detuve con él en largas conferencias, porque, impaciente por ver a Amaranta, corrí sin perder tiempo al célebre castillo. Encontréla en estado tan deplorable de cuerpo y de espíritu, que tardó en reconocirme cuando me presenté. ¡Cómo había decaído en el breve espacio de algunos días aquella incomparable naturaleza, tan potente en su fenomenal hermosura, que parecía destinada a no ajarse ni con los años ni con las pesadumbres, cual inalterable modelo de una raza perfecta! Aumentada con la palidez y la demacración la intensa negrura de sus ojos, había perdido aquella dulce armonía de su rostro. Ya no era esbelto y flexible su talle, y un enflaquecimiento repentino desfiguraba los hermosos hombros y garganta, que no habían tenido rival. La voz, cuyo timbre producía antes inexplicable sensación en los que la escuchaban, se había dilatado y enroquecido, y por la congoja del pecho necesitaba hacer dolorosos esfuerzos para hacerse oír.

Cuando me reconoció, arrojóse llorando en mis brazos, estrechándose en ellos durante largo tiempo con fuerza nerviosa y un ardiente anhelo de que sólo

es capaz el maternal cariño. Ni ella ni yo podíamos hablar. Sus lágrimas mojaban mi seno.

Miróme luego, asombrándose de encontrarme tan desfigurado como yo la encontré a ella. Volvióme a abrazar con efusión, y me dijo:

—¡Hijo mío! ¡Cuánto has padecido!

—Inútilmente — repuse, sentándome junto a ella y besando sus manos—, porque he llegado tarde.

Callamos de nuevo, sin acertar con las palabras propias para expresar nuestra congoja.

—¡La hemos perdido para siempre! —exclamó, elevando al cielo los ojos bañados en lágrimas—. ¡Bien sospechaba yo que ese hombre no me perdonaría jamás! ¡Ha esperado largo tiempo la ocasión de su venganza, y al fin la ha consumado!

—Señora—le dije—, no se ha perdido todo. Yo buscaré a Inés por toda España, por todo el mundo si es preciso, y al fin, con la ayuda de Dios, espero encontrarla.

La infeliz, sin contestarme de palabra, expresó en su rostro la más dolorosa duda.

—No—repitió—, ya sabía yo que ese hombre no me perdonaría... Pero esto me parece un sueño. Mi hija desapareció de mi lado sin que hasta ahora me haya sido posible averiguar cómo y a qué hora. Sé que unos aldeanos la vieron conducida en un coche y custodiada por españoles y franceses..., y nada más. El corazón me dice que no la volveré a ver... ¿Piensas tú lo mismo? Ese hombre me impondrá condiciones ignominiosas, que no podré aceptar sin deshonrarme.

Cubrióse el rostro con las manos.

—Señora—le dije—, o no valgo nada, o la arrancaré del poder de ese hombre. Es para mí una deuda de honor, y a satisfacerla me consagraré mientras tenga un aliento de vida. Ese infame atropello me hiere en lo más delicado de mi ser. He sido robado, señora; vilmente robado, porque Inés es mía. ¿No lo sabía usted?

—Es tuya—respondió la condesa—. No me atrevo a negarlo. En este momento terrible, cuando me siento herida, castigada, sin duda, por Dios; cuando veo por tierra mi orgullo; cuando, volviendo

a todos lados los ojos, no veo más que ruinas; en esta triste ocasión, en que considero disipadas mis glorias, oscurecido el lustre de mi casa, perdido mi prestigio y valimiento; ahora que me veo enferma y quizá próxima al sepulcro, me parece que el mayor, el único consuelo de mi alma es estrecharte entre mis brazos y llamarte mi hijo. Gabriel, te prometo, te juro que si encuentras a Inés, si me la devuelves, será tu mujer. ¿Quién puede oponerse a esto?

—Nadie, señora—respondí con orgullo—. Nadie.

Estreché sus hermosas manos entre las mías. Era el único lenguaje que mi emoción me permitía.

—Solo en el mundo, abandonado a mí mismo—le dije, después de una larga pausa—, me echo de hoy para siempre en los brazos de la que fué mi ama, y hoy representa para mí la familia, la amistad, el amor, todo aquello que me ha faltado y que busco con el afán del sediento en mi vida solitaria.

—Y yo te recibo en ellos—exclamó—. ¿Por qué no? ¿Quién me lo impide? Dios ha enlazado tu vida con la nuestra, y todas las potencias de la Tierra no pueden separarla. ¿Debo atender a mi familia? Pero yo estoy loca. ¿Acaso tengo familia? Perseguida por mis parientes, olvidada de todos, Dios ha dispuesto las cosas de modo que mi único amparo, mi único consuelo sea este generoso joven; tú, Gabriel, que, con mi pobre hija, llenas el vacío de mi corazón. ¡Cómo se elevan las personas, Dios mío; cómo triunfan finalmente las dotes excelsas del alma, abriéndose camino por entre la miseria, la humildad y el olvido del mundo, para establecer su imperio sobre las gentes! ¿De qué valéis, grandezas exteriores, títulos vanos, fortuna y pompas de los hombres? Como ejemplo de lo que sois, aquí me tenéis. En cambio, ¿quién puede negar que existe una aristocracia de las almas, cuya nobleza, aunque la ahoguen desgracias y privaciones, al fin ha de abrirse paso y llevar su dominio hasta las mismas esferas donde campean llenos de hinchazón los orgullosos? Ejemplo eres tú, hijo mío... Me siento desfallecer al darte este nombre, que trae a mi espíritu desconocidas alegrías... Gabriel, búscala, por piedad, pronto, hoy mismo. De eso de-

pende que veas en mí la más desgraciada o la más feliz entre las mujeres nacidas; de eso depende el cariño que te debo tener, que tengo ya por ti; de eso depende todo, querido mío. Vas a probarme la energía de tu voluntad, el temple de tu alma, y si eres digno de aquello que con tan noble audacia has deseado y solicitado, desafiándome a mí, a toda mi familia y al mundo entero.

—Señora y madre mía — exclamé, puesto de rodillas frente a ella, con la solemne expresión de quien descubre ante Dios lo más hondo de su conciencia—, no hay dentro de mí una sola gota de sangre que me pertenezca. Pertenezco a mi familia, por quien desde hoy vivo. Si no amase a Inés como la amo, la buscaría por toda la Tierra, y moriría cien veces por devolverla a la persona que con cuatro palabras ha engrandecido mi alma a mis propios ojos, abriéndome los horizontes de la vida; haciéndome ver que los latidos de mi corazón no eran un esfuerzo solitario, inútil y perdido en el caos de los sentimientos humanos: llenando de una vez este vacío y poblado esta soledad espantosa que desde el nacer me rodea. Si no la amara como la amo y aun con la certidumbre de que no había de ser para mí, yo emplearía toda mi voluntad, toda mi fuerza y la vida toda en rescatarla de sus infames secuestradores. Tengo la seguridad de que lo conseguiré. Señora, Dios está con nosotros; y si en la ocasión terrible que acaba de pasar no nos ha favorecido, es porque nos exige mayores y más nobles esfuerzos para merecer el galardón de su misericordia infinita. Señora condesa —añadi, levantándome—, ánimo; Dios está con nosotros.

La desgraciada madre se arrojó de nuevo en mis brazos. Entonces advertí su deplorable situación en lo relativo al vestir y las diversas comodidades domésticas que una persona de su posición exigía. Contestando a mi pregunta, dijo:

—Pero ¿no sabes que los franceses, al retirarse esta mañana, se llevaron todo lo que había en mi casa? Hace ya días que me quitaron el último dinero que tenía. Hoy no han dejado ni una pieza de ropa, ni una manta de abrigo, ni un mantel. Rompieron toda la loza porque no podían llevársela. Nada te digo de

la plata y vajilla de valor pues todo eso pasó hace tiempo al tesoro del rey José. En suma, hijo mío: esta mañana he necesitado un alfiler, y he tenido que pedirlo prestado. Esta ropa con que me visto es de la tía Pepa, mujer de uno de los guardas del monte. ¿Verdad que estoy guapa?

—Poco a poco se irá usted curando de su afición a los extranjeros—le dije con melancólica jovialidad.

—No, ya estoy curada por completo... Pero di: ¿qué piensas hacer? ¡En qué horrible trance nos hallamos! ¿Has averiguado algo de la dirección que tomaron esos bandidos?

—Es demasiado pronto. No será imposible averiguarlo. Debe tenerse en cuenta que su vida no corre peligro. Además, para ocultarla de un modo absoluto, Santorcaz tendrá que ocultarse también él mismo, y un hombre que funda su poder en un cargo público ha de estar visible en alguna parte. La situación no es desesperada, ni mucho menos. Santorcaz es un hombre, no un demonio.

—¿Podrás darme hoy mismo alguna esperanza, alguna noticia satisfactoria? —me preguntó con amargo desconsuelo.

—Es difícil. Entre tanto, procure usted reposar de tanta fatiga, calmar un poco las angustias de su corazón destrozado... Es urgente proporcionar a usted algunas comodidades.

—No te preocupes de eso, ni emplees en mí un tiempo precioso. Yo estoy bien así.

—Escribiremos a Madrid para que el administrador de la casa envíe a usted ropas, vajillas y dinero.

—Es inútil—me respondió, sonriendo—. Mi señor administrador tiene orden del jefe de la familia para no darme nada mientras yo misma no escriba a dicho jefe pidiéndole perdón de mis... faltas. Pero antes de dar este paso, pediré limosna de puerta en puerta...

Esta revelación me indujo a tristes meditaciones.

—Ya te he dicho que vienen penosísimos y horribles días para mí... Hablan de mis faltas. Sin duda, he cometido alguna muy grande, inmensa... —dijo, cerrando los ojos como aletargada, o para rodearse de las sombras que le permitieran explorar con ojo seguro su conciencia.

XXIX

La contemplé largo rato, lleno de tristeza, y consideraba a qué extremo de desventura había descendido la que yo conocí en el apogeo de la grandeza, de los honores y del orgullo. Tras largo silencio, abrió los ojos, y mirándome inmóvil a su lado, me tomó la mano, y, besándola, me dijo:

—No tengo más amparo que mi paje de El Escorial en aquellos tiempos felices en que yo era una de las más poderosas personas de la monarquía, cuando repartía bandoleras, prebendas, mitras, canonjías y ejecutorias. ¡Dios mío, cuánto he descendido!

Di a la condesa todo el dinero que llevaba, y, además, todo el que pude lograr me prestaran mis amigos. Después bajé a la plaza en busca de noticias.

Don Juan Martín había resuelto permanecer en Cifuentes dos o tres días para rehacer sus fuerzas y organizar convenientemente su partida. No había peligro alguno en estacionarse allí, porque esperábamos de un momento a otro en el mismo Cifuentes a las tropas de don Pedro Villacampa, el cual venía de Murcia para regresar a Aragón, pasando por Cuenca a la Alcarria alta. Todo aquel país estaba seguro de franceses, mientras los dos célebres guerrilleros lo ocupasen, así como de Algora para arriba no había un palmo de terreno de que pudiera llamarse rey el señor don Fernando VII. El Empecinado, para no permanecer ocioso, había mandado destacar pequeñas cuadrillas que recorrían la sierra y vertiente izquierda del Tajuña para observar al enemigo y sorprender algún destacamento que se descuidase, lo cual, como se ha visto, ocurría con harta frecuencia.

En la mañana siguiente del día en que me presenté a la condesa estaba don Juan Martín conferenciando con Villacampa en la portada del convento de dominicos, cuando vi llegar a Sardina, que jovialmente decía:

—Lo hemos cogido, Juan; hemos cazado a la pobre bestia azarada, que no sabía en cuál agujero de estos montes meterse.

—Apuesto a que me hablas de Trijue-

que—dijo don Juan Martín con disgusto—. No quiero verle.

—Es un pícaro de tal calidad, que si no se hace un escarmiento con él, no podremos en lo sucesivo fiarnos ni aun de nuestra propia camisa—dijo Sardina—. La gente le ha querido fusilar, y él lo pide a gritos; pero he mandado que antes te le presenten.

—Que no me le traigan acá—voceó don Juan Martín—. Que no me le pongan delante, porque, si una vez maté un asno a puñetazos en Perales de Tajuña, no quiero hacer estas gracias todos los días.

No tardó, sin embargo, en aparecer mosén Antón. ¡Horrible espectáculo! Traíanle con las manos atadas a la espalda, y los más pillos, desvergonzados y crueles voluntarios de aquella partida asían la larga cuerda por el otro extremo, obligándole con repetidos golpes y puntapiés a marchar delante. Mosén Antón había enflaquecido; se había vuelto más pálido, más verde, más negro, y hasta parecía haber crecido en su descomunal estatura, en el breve espacio de dos días. La siniestra cara estaba de tal modo desfigurada, tan contraídas las enérgicas facciones, y al mismo tiempo había tal ferocidad en la delirante expresión de su mirada, que ésta constituía toda su fisonomía. Su rostro eran sus ojos sanguinolentos y espantados. Había perdido la gorra y pañuelo que cubrían su cabeza, mostrando la convexidad lobulosa y deforme de su calva. Su sotana veíase ya reducida a un compuesto de jirones que se enlazaban unos con otros, dejando entre sí agujeros disparatados e irregulares, por cuyas luces se veían las piernas del héroe traidor, que no temblaban de frío ni de miedo.

—¿Dónde le habéis cogido?—preguntó don Juan Martín, contemplando con estupor la triste imagen del que fué su amigo.

—Hacia Canredondo—dijo uno—. Venía hacia acá con otros cuatro. Nosotros le gritamos: «Mosén Antón, date, date», y corrimos tras él.

—¿Hizo resistencia?

—Ninguna. Vino derecho hacia nosotros, diciendo: «Aquí me tenéis, amigos. Disparad sobre mí...» Cuando le atamos para traerle aquí, se puso furio-

so, y por poco... Verdad que éramos dieciocho contra cuatro. y no nos acobardamos...

—¡Ya estás otra vez delante de mí, perro!—exclamó el Empecinado, apretando los puños y las mandíbulas, pálido de cólera—. Dime. ¿qué debo hacer contigo, infame traidor, que me vendiste al enemigo?

—A los traidores de mi clase se los fusila sin piedad—dijo mosén Antón, frunciendo el torvo ceño y sin mirar al general—; no se los pasea por el campamento como a una mona, o a un perro gracioso, para hacer reír a los soldados.

—Dime, alma más negra que la de Satanás—gritó don Juan—: ¿hay algún castigo que sea para ti más terrible que la muerte? Porque la muerte para ese corazón tan grande como una montaña es menos sensible que un rasguño.

—Haces bien en creer que no temo la muerte—dijo Trijueque—. Mil veces he despreciado la vida en beneficio tuyo, por conquistarte honores, grados, fama... Mátame de una vez, bárbaro, y no me insultes.

—Antes has de confesar que cuanto hago en contra tuya lo tienes merecido—dijo el general—. Has de confesar que para tu infame traición la muerte es benevolencia y caridad. Desgraciado, ¿hay en esa alma alguna otra cosa que bravura?

—Si—repuso el cura sombríamente—. Hay algo más: hay ambición de gloria, de llevar a cabo grandes proezas, de asombrar al mundo con el poder de un solo hombre; hay un ansia horrorosa de que ningún nacido valga más que yo, ni pueda más que yo; hay la costumbre de mirar siempre para abajo cuando quiero ver al género humano.

—Bárbaro envidioso—gritó don Juan—, eres capaz de vender a Dios por... envidia, sí, por envidia de que El haya hecho el mundo, y tú no... En fin, Trijueque, confiesa delante de mí tu infame alevosía y te perdonaré la vida.

—¡Yo... confesar!...—exclamó mosén Antón como quien oye el mayor absurdo—. Lo que hice, hecho está.

—Todavía defiende su conducta infame—dijo el Empecinado—. Todavía sostendrá que pasarse al enemigo, hacer armas contra sus compatriotas, vender

a su general, tenderle una emboscada para cogerle prisionero, son acciones que merecen premio. Este hombre es así: si le ahorcan cien veces, y cien veces resucita, no confesará su crimen.

Don Pedro Villacampa, que oía este diálogo, rompió al fin el silencio, diciendo:

—¡Desgraciado Trijueque!... ¡Lástima que tan grandes guerreros no tengan una conciencia a prueba de sobornos! Y después de todo, el buen cura recibiría una bicoca... ¡Que hombres tan bravos se vendan por mil o dos mil duros!...

Mosén Antón expresó en su semblante la más amarga ira.

—Señor Villacampa—dijo—, agradezca usted que estoy amarrado como una bestia salvaje; que si no, mosén Antón no se dejaría insultar villanamente. En todo el mundo no hay bastante dinero para comprarme: sépalo usted y cuantos me oyen.

—De eso respondo—dijo don Juan Martín—. Trijueque es capaz de pegar fuego al universo por despecho; pero si ve a sus pies todos los tesoros de la Tierra, no se bajará a cogerlos. Dentro de este animal hay tanto orgullo, que no queda hueco para nada más. Por orgullo se hizo francés.

—¡Yo francés! ¡Qué dices, desgraciado!—vociferó el cura, haciendo esfuerzos por desasirse de la cuerda que le sujetaba—. No hay paciencia para soportar tal injuria. Yo no soy francés. Huí de mi campo no por servir a los franceses, sino porque ellos me sirvieran a mí. Huí de mi campo para castigar tu fiero orgullo; para desposeerte de un puesto que, en mi entender, me pertenecía; para emanciparme de una superioridad que me era insoportable, porque yo, mosén Antón Trijueque, no quepo debajo de nadie ni he nacido para la obediencia; porque yo he nacido para llevar gente detrás de mí, no para ir detrás de nadie; porque yo, que siento las maniobras de la guerra como sientes tú la pulga que te pica, necesito dar pasto a mi iniciativa; porque mi cerebro nide batallas, marchas, movimientos

... nes que no puede realizar... arno; porque yo necesito un... para mí solo, para mi propio... llevar todo este país con mis...

hazañas, como le lleno con mi espíritu guerrero. Por eso te abandoné; por eso rompí los hierros que me sujetaban y levanté el vuelo, graznando a mis anchas sin traba alguna. Por eso traté de coparte, y adiviné tu movimiento, y me subí a los riscos de Rebollar, donde tú no habías subido jamás, y me dispuse a caer sobre ti y a aniquilarte para que vieses cómo se burla esta águila poderosa de los cernicalos que te rodean; por eso llamé a los franceses en mi ayuda, y si no te cogimos fué porque los franceses no quisieron hacer lo que yo decía, y me despreciaron, figurándose, ¡oh inmundas rastreras lagartijas!, que era un traidor adocenado... Yo desprecio a todos: me basto y me sobro. Fuerte soy en la adversidad, y no bajo, no, del picacho donde clavo los garfios de mis patas, y desde donde os veo como ratas que corren tras una miga de pan... ¡Quieres que cante el *yo pecador* y me humille ante ti!... ¡Eso..., jamás, jamás! Reconozco que me salió mal la empresa y estoy consumido por la rabia.

—Por los remordimientos, dílo de una vez, espantajo—añadió el general—. Estoy viendo tu miserable alma cómo se retuerce dentro del cuerpo, cómo se hace un ovillo, ¡caramba!, y se muerde a sí misma porque no puede soportar su afrenta. Vuelve la vista a todos lados. ¿No te espantan las miradas de todos esos bravos soldados que te desprecian? ¿No conoces que el peor de todos vale más que tú? ¿No te cambiarías por el último condenado furriel de mi ejército?

—¡La muerte, la muerte!—exclamó Trijueque con desesperación—. No estoy arrepentido, no, de mi acción; pero estoy furioso. Por no haber sabido triunfar, merezco que me echen del mundo a fusilazos, o que me corten esta gran cabeza, esta montaña cuyo peso no puedo resistir.

—Cura de Botorrita—dijo gravemente don Juan—, eres un desgraciado, y principio a tenerte compasión. Dime una palabra, una palabra sola que sea, no súplica humillante de perdón, sino una palabra que me demuestre que en esa alma hay un tantico así de sentimiento por haber vendido al jefe y al amigo... Tengo ganas de perdonar, ¡rayo de Dios!

—¿Quieres oír la palabra?—dijo Tri-

jueque lúgubrementemente—. Pues óyela: «Fuego.» Esa es la palabreja. Fuego sobre mí. No quiero vivir; me ahogo en el mundo. Estoy como un hombre a quien dijeran: Camina cien leguas dentro de un barril de aceitunas.» Fuera. fuera de aquí... Muchachos, allí hay una pared... Preparad vuestros fusiles y matadme como gustéis, bien o mal, y apuntad a donde os plazca, con tal que me apuntéis.

—Cura de Botorrita—dijo don Juan Martín con voz grave, poniéndose pálido—, en esta ocasión terrible quiero también que mi voluntad esté sobre la tuya. Te perdono. Irás al pueblo, de donde en mal hora te saqué, y predicarás, y dirás misa, que es tu verdadero oficio.

—Mi oficio es enseñar el arte sublime de la guerra a los tontos—repuso el cura, sintiéndose herido en lo más sensible de su orgullo con lo del curato.

—Marcha a tu pueblo—repuso el general, sin hacer caso del dardo—. Los clérigos no toman las armas. Te perdono y te destituyo. ¡Ea, muchachos!, arrancadle esa charretera que lleva en el hombro. Tan noble insignia no debe adornar el cuerpo de un infame traidor.

La canalla que rodeaba al pobre guerrillero destituido no esperó segunda orden para arrancarle la charretera. Mosén Antón dió un salto y cayó al suelo.

—Ahora, desatadle y que se vaya con Dios.

—¡Me perdonas tú, miserable...!—exclamó con gran coraje la víctima—. ¿Y quién te ha pedido ese perdón que arrojas como un hueso? No soy perro hambriento y no roeré tu perdón. Recógelo.

Empezaron a desatarle. Con furor salvaje revolvióse Trijueque contra los que le rodeaban, y gritó:

—Juan Martín, no mandes desatar a Trijueque; no dejes en libertad las manos de Trijueque.

—Desatadle—repitió el general.

Mosén Antón quedó al instante libre.

—¿Piensas que te temo?—añadió don Juan Martín—. Cura de Botorrita, vete a tu iglesia, arrodíllate delante del altar y pídele a Dios que te perdone tu crimen como te lo perdono yo.

Diciendo esto, entró con Villacampa y Sardina en el convento de dominicos.

Los soldados, cuando el general se

marchó, dieron en mortificar a mosén Antón. Este, abriéndose paso con el empuje de sus brazos de hierro, gritó:

—Acabad conmigo de una vez.

Con la presteza y la iniciativa propias de la verdadera travesura, uno de los circunstantes había hecho un gorro de papel, y lo encajó en la calva cabeza del guerrillero exonerado, diciendo:

—Ya tiene el señor obispo su mitra. Echenos la bendición.

Otro quiso ponerle en la mano una caña, y dijo:

—Aquí tienes el báculo.

—Santurrias—dijo Viriato—, trae aquel pedazo de estera vieja para hacerle la capa pluvial.

—Matadme—gritó la víctima—: pero no insultéis al que ha sido vuestro coronel.

Por mi parte, sentía viva lástima del infeliz guerrillero; y, recordando, además, que me había salvado la vida después del paso del Tajuña, no pude menos de interceder en su favor. Le libré, primero, de las insignias episcopales, y, tomándole luego del brazo, traté de llevarle fuera del pueblo, para que huyese.

Gran trabajo me costó conseguir esto último, porque la multitud le hostigaba, insultándole del modo más despiadado y atroz.

—Señor cura, diga una misa por su propia alma, que se la ha llevado el demonio.

—Señor cura, si los franceses pagan a mil doblones un coronel, ¿qué dan por un soldado?

—Señor cura, que se metió a general y no sirve más que para tirar de una carreta... ¿Pues no quería mandar un ejército?

—De gallinas tal vez, o de monagos.

—Si es un bobo; los franceses le destinaron a que les limpiara las botas...

Además de injuriarle con estas y otras frases, a cada paso tiraban de la larga cuerda que aún llevaba atada en su cintura, y que le arrastraba detrás como un largo rabo.

Empujando aquí y allí, haciendo valer mi autoridad contra tan ruin gente, logré, al fin, sacarle de la villa. Hice que todos volviesen atrás, dejándonos solos, y señalando la sierra, le dije al despedirle:

—Huya usted por aquí, desgraciado, y que Dios dé paz a su conciencia.

Le observé bien. Estaba horrible, con los ojos húmedos, las mejillas amoratadas, lo boca espumante y todo tembloroso y convulso.

—Hace mucho frío esta tarde—le dije, ofreciéndole mi capote—. Llévasele usted.

Mas, en vez de aceptar esta oferta y darme las gracias, rechazóla, diciéndome bruscamente:

—No necesito nada. Adiós.

Y, sin dignarse mirarme, se internó en la sierra.

XXX

Figuraos cuál sería mi indignación cuando en la plaza de Cifuentes (media hora después de la partida de mosén Antón vi que se me acercaba, con semblante risueño, y, sin duda, con el injurioso intento de abrazarme, el señor don Pelayo en persona. El infame me dijo, riendo con toda la desvergüenza tunesca de las universidades de aquel tiempo:

—Al fin, Dios me depara el gustazo de ver sano y salvo al señor de Araceli. ¡Qué inaudita alegría! ¿Cómo va de salud, señor y dueño mío?

—¡Ah miserable ladrón, falsario!—grité con violenta ira, cogiéndole por el cuello y arrojándole al suelo, con intención de deshacer contra las piedras tan execrable reptil.

—¡Oh!—exclamó con dolor—. Me ha deshecho usted las rodillas, querido señor mío. Ya ya comprendo la causa de su disgustillo: poca cosa, una broma mia.

—Ahora mismo vas a morir, infame, estrellado contra esas piedras—grité, golpeándole sin piedad.

—Perdon, perdón, señor de Araceli: perdón para este delincuente. Déjeme usted decir dos palabras, dos palabricas, y luego sera más amigo mío que Píldes lo fue de Oreste.

—Dime, ¿te cogieron con mosén Antón?

—Quia: yo vine esta mañana. Cuando vi la cosa mal parada allá, me abracé a las banderas de la patria y entré en Cifuentes gritando: «¡Viva el Empecinado y Fernando Séptimo!...» Otros cuatro y yo pedimos perdón al general, diciendo que nos habían engañado.

—Truhán redomado. Ahora mismo vas a dejar de existir si no me dices adónde llevasteis tú, Santorcaz y los demás bandidos a la desgraciada joven que robasteis en esta villa.

—Señor de Araceli—repuso—, déjeme usted respirar un poco y le diré lo que sé... Por piedad, quietas las manos. Pues, por la salvación de mi alma, señor y dueño mío, os juro y rejuro que no sé dónde está aquella hermosa señorita. Si miento, que me muera aquí mismo.

—Tú saliste con ellos de la venta.

—Es cierto; pero como había llegado a mi noticia que don Juan Martín estaba en Cíbricas, vi la cosa mal parada y corrí a presentarme a él. Pregunte usted mismo al general si no me presenté de madrugada.

—Estás mintiendo como un bellaco, y vas a morir.

—Señor, querido señor Araceli, por el que murió en la Cruz juro que digo verdad. ¿Sabe usted quién puede informarle del pueblo a donde llevaron a la novia de usted?... ¡Hermosa novia, a fe mía!

—¿Quién lo sabe?

—Mosén Antón. ¿Por qué no le interrogó usted?

—¿Mosén Antón fué con Santorcaz?

—Sí; Trijueque condujo el convoy hasta no sé qué pueblo, donde parece que dejaron a la niña, y luego regresó.

—¡Y ese desgraciado huyó sin decirme nada!—exclamó, con viva inquietud—. Corro a buscarle.

Sali precipitadamente del pueblo, internándome en la sierra por la misma senda que había seguido el cura guerrillero. Como principiaba a anochecer y concluía oscurísima la tarde, era inútil buscarle con la vista delante de mí. Corriendo, grité varias veces:

—¡Mosén Antón! ¡Mosén Antón!

Pero nadie me respondía. A un cuarto de legua de Cífruentes, y cuando me disponía a regresar, creyendo que el cura había tomado distinta dirección, divisé un bulto negro, un cuerpo y los jirones de la hopalanda agitada por el viento. ¡Qué horror! Todo esto colgaba, sacudiéndose aún de las ramas de una poderosa encina.

—¡Judas!—murmuré con pavor, alzando la vista para observar aquel despojo.

Recé un padrenuestro y me volví a Cífruentes.

Diciembre de 1874.

FIN DE
«JUAN MARTÍN EL EMPECINADO»

LA BATALLA DE LOS ARAPILES

I

Las siguientes cartas, supliendo ventajosamente mi narración, me permitirán descansar un poco:

«Madrid, 14 de marzo.»

»Querido Gabriel: Si no has sido más afortunado que yo, lucidos estamos. De mis averiguaciones no resulta hasta ahora otra cosa que la triste certidumbre de que el comisario de Policía no está ya en esta corte, ni presta servicio a los franceses, ni a nadie, como no sea al demonio. Después de su excursión a Guadalajara, pidió licencia, abandonó luego su destino, y al presente nadie sabe de él. Quién le supone en Salamanca, su tierra natal; quién, en Burgos o en Vitoria, y algunos aseguran que ha pasado a Francia, antiguo teatro de sus criminales aventuras. ¡Ay hijo mío, para qué habrá hecho Dios el mundo tan grande, tan sumamente grande, que en él no es posible encontrar el bien que se pierde! Esta inmensidad de la creación sólo favorece a los pillos, que siempre encuentran donde ocultar el fruto de sus rapiñas.

»Mi situación aquí ha mejorado un poco. He capitulado, amigo mío; he escrito a mi tía, contándole lo ocurrido en Cifuentes, y el jefe de mi ilustre familia me demuestra en su última carta que tiene lástima de mí. El administrador ha recibido orden de no dejarme morir de hambre. Gracias a esto y al buen surtido de mi antiguo guardarropas, no pedirá limosna la pobre condesa. He tratado de vender las alhajas, los encajes, los tapices y otras prendas no vinculadas; pero nadie las quiere comprar. En Madrid no hay una peseta, y cuando el pan está a catorce y dieci-

séis reales, figúrate quién tendrá humor para comprar joyas. Si esto sigue, llegará un día en que tenga que cambiar todos los diamantes por una gallina.

»Para que comprendas cuán glorioso porvenir aguarda a mi histórica casa, uno de los astros más brillantes del cielo de esta gran Monarquía, me bastará decirte que el pleito entre nuestra familia y la de Rumblar se ha entablado ya, y la Cancillería de Granada ha dado a luz con este motivo una montaña de papel sellado, que, si Dios no lo remedia, crecerá hasta lo sumo, y nuestros nietos veránla con cimas más altas que las de la misma Sierra Nevada. La de Rumblar se engolfa con delicia en este mar de jurisprudencia. Me parece que la veo. Convertiría el linaje humano en jueces, escribas, alguaciles y roepandectas, para que todo cuanto respira pudiese entender en su cuita.

»El licenciado Lobo, que frecuentemente me visita, con el doble objeto de ilustrarme en mi asunto y de pedirme una limosna (hoy, en Madrid, la piden los altos servidores del Estado), me ha dicho que en el tal pleito hay materia para un ratito, es decir, que no pasará un par de siglos mal contados sin que la Sala dé su sentencia, o un auto, para mejor proveer, que es el colmo de las delicias. Me asegura también el susodicho Lobo que, si nos obstinamos en transmitir a Inés los derechos mayorazguiles, es fácil que perdamos el litigio dentro de algunos meses, pues para perder no es preciso esperar siglos. Las informalidades que hubo en el reconocimiento, y la indiscreción de mi pobre tío, que ya bajó al sepulcro, ponen a nuestra heredera en muy mala situación para reclamar su mayorazgo. Nuestro papel se reduce hoy, según Lobo, a reclamar la no transmisión del mayorazgo a la casa de Rumblar, fundándonos en varias ra-

zones de posesión civilísima, agnación rigurosa, masculinidad nuda, emineidad, saltuario, con otras lindas palabras, que voy aprendiendo para recreo de mi triste soledad y entretenimiento de mis últimos días.

»Mi tía dice que yo tengo la culpa de este desastre y cataclismo en que va a hundirse la más gloriosa casa que ha desafiado siglos y afrontado el desgaste del tiempo, sin criar hasta ahora ni una sola carcoma, y funda su anatema en mi oposición al proyectado himeneo de nuestro derecho con el derecho de los Rumblar. Verdaderamente, no carece de razón mi tía, y sin duda se me preparan en el purgatorio acerbos tormentos por haber ocasionado con mi tenacidad este conflicto.

»Esta carta te la envío a Sepúlveda. Creo que serán infructuosas tus pesquisas en todo el camino de Francia hasta Aranda. Procura ir a Zamora. Yo sigo aquí mis averiguaciones con ardor infatigable; y demostrando gran celo por la causa francesa; he adquirido relaciones con empleados de alta y baja estofa, principalmente de Policía pública y secreta.

»Si te unes a la división de Carlos España, avisámelo. Creo que conviene a tu carrera militar el abandonar a esos feroces guerrilleros; mas, por Dios, no pases al ejército de Extremadura. Creo que de ese lado no vendrá la luz que deseamos; sigue en Castilla mientras puedas, hijo mío, y no abandones mi santa empresa. Escribeme con frecuencia. Tus cartas y el placer que me causan el contestarlas son mi único consuelo. Me moriría si no llorara y si no te escribiera.»

«22 de marzo.

»No puedes figurarte la miseria espantosa que reina en Madrid. Me han dicho que hoy está la fanega de trigo a quinientos cuarenta reales. Los ricos pueden vivir, aunque mal; pero los pobres se mueren por esas calles a centenares, sin que sea posible aliviar su hambre. Todos los arbitrios de la caridad son inútiles, y el dinero busca alimentos sin encontrarlos. Las gentes desvalidas se disputan con ferocidad un troncho de col y las sobras de aquellos pocos que tienen todavía en su casa mesa con

manteles. Es imposible salir a la calle, porque los espectáculos que se ofrecen a cada momento a la vista causan horror y desconfianza de la Providencia infinita. Vense a cada paso los mendigos hambrientos arrojados en el arroyo, y en tal estado de demacración, que parecen cadáveres en que quedó olvidado un resto de inútil y miserable vida. El lodo y la inmundicia de las calles y plazuelas les sirven de lecho, y no tienen voz sino para pedir un pan que nadie puede darles.

»Si la Policía se lo permitiera, maldecirían los franceses, que tienen en sus almacenes copioso repuesto de galleta, mientras la nación se muere de hambre. Dicen que de agosto acá se han enterrado veinte mil cuerpos, y lo creo. Aquí se respira muerte; el silencio de los sepulcros reina en Platerías, San Felipe y la Puerta del Sol. Como han derribado tantos edificios, entre ellos, Santiago, San Juan, San Miguel, San Martín, los Mostenses, Santa Ana, Santa Catalina, Santa Clara y bastantes casas de las inmediatas a Palacio, las muchas ruinas dan a Madrid el aspecto de una ciudad bombardeada. ¡Qué desolación, qué tristeza!

»Los franceses se pasean alegres, satisfechos y rollizos por este cementerio, y su Policía mortifica de un modo cruel a los vecinos pacíficos. No se permiten grupos en las calles, ni pararse a hablar, ni mirar las tiendas. A los tenderos se les aplica una multa de doscientos ducados si permiten que los curiosos se detengan en las puertas o vidrieras, de modo que a cada rato, los pobres horteras tienen que salir a apalear a sus parroquianos con la vara de medir.

»Ayer dispuso el rey que hubiese corrida de toros para divertir al pueblo: ¡qué sarcasmo! Me han dicho que la plaza estaba desierta. Figúrome ver en el redondel a media docena de esqueletos vestidos con el traje bordado de plata y oro y con más ganas de comerse al toro que de trastearlo. Asistió José, que de este modo piensa ganar la voluntad del pueblo de Madrid.

»Dícese que se trata de reunir Cortes en Madrid, no sé si también para divertir al pueblo. Azanza, ministro de su majestad bonapartiana, me dijo que así levantarían un altar frente a otro altar. Creo que el retablo de aquí no

tendrá tantos devotos como el que dejamos en Cádiz.

»Ahora dicen que Napoleón va a emprender una guerra contra el emperador de todas las Rusias. Esto será favorable a España, porque sacarán tropas de la Península, o, al menos, no podrán reparar las bajas que continuamente sufren. Veo la causa francesa bastante malparada, y he observado que los más discretos de entre ellos no se hacen ya ilusiones respecto al resultado final de esta guerra.

»De nuestro asunto, ¿qué puedo decir que no sea triste y desconsolador? Nada, hijo mío, absolutamente nada. Mis indagaciones no dan resultado alguno; no he podido adquirir ni la más pequeña luz, ni el más ligero indicio. Sin embargo, confío en Dios y espero. Dirijo esta carta a Santa María de Nieva, que es lo más seguro.»

«1 de abril.

»Poco o nada tengo que añadir a mi carta de 22 de marzo. Continúo en la oscuridad, pero con fe. ¡Cuánta se necesita para permanecer en Madrid! Esto es un purgatorio, por la miseria, la soledad, la tristeza, y un infierno por la corrupción, las violencias e inmoralidades de todo género que han introducido aquí los franceses. Yo no creo, como la mayoría de las gentes, que nuestras costumbres fueran perfectas antes de la invasión; pero entre aquel recatado y compungido modo de vivir y esta desvergonzada licencia de hoy, es preferible a todas luces lo primero. La Policía francesa es un instituto de cuya perversidad no se puede tener idea sino viviendo aquí y viendo la execrable acción de esta máquina, puesta en las más viles manos.

»Multitud de comisarios y agentes, escogidos entre la hez de la sociedad, se encargan de atrapar a los individuos que se les antoja y almacenarlos en la cárcel de la Villa, sin forma de juicio, ni más guía que la arbitrariedad y la delación. El motivo aparente de estas tropeías es la *complicidad con los insurgentes*, pero los malvados de uno y otro bando se dan buena maña para utilizar la nueva Inquisición, que hará olvidar con sus gracias las lindezas de la pasada. Todo aquel que quiere deshacerse de una persona que le estorba encuentra

fácil medio para ello, y aun ha habido quien, no contentándose con ver emparedado a su enemigo, le ha hecho subir al cadalso. Se cuentan cosas horribles, que me resisto a darles crédito, entre ellas, la maldad de una señora de esta corte que, mal avenida con su esposo, le delató como insurgente, y despacharon la causa en cosa de tres días, lo necesario para ir de la callejuela del Verdugo a la plaza de la Cebada. También se habla de un tal Velázquez, que delató a su hermano mayor, y de un tal Escalera, que subió la del patíbulo por intrigas de su manceba.

»Hay una *Junta criminal* que inspira más horror que los jueces del infierno. Los hombres bajos que la forman condenan a muerte a los que leen los papeles de los insurgentes, a los *empecinados*, que aquí llaman *madripáparos*; y a todo ser sospechoso de relaciones con los *espías*, *ladrones*, *asesinos*, *bandoleros*, *cuatrerros* y... *tahures*, a quienes llamáis vosotros guerrilleros o soldados de la patria.

»Una de las cosas más criticadas a los franceses, además de su infame Policía, es la introducción de los bailes de máscaras. En esto hay exageración, porque antes que tales escandalosas reuniones fuesen instituidas en nuestro morigerado país, había intrigas y gran burla de vigilancia de padres y maridos. Yo creo que las caretas no han traído acá todos los pecados grandes y chicos que se les atribuyen. Pero la gente honesta y timorata brama contra tal novedad, y no se oye otra cosa sino que con los tapujos de las caras ya no hay tálamo nupcial seguro, ni casa honrada, ni padre que pueda responder del honor de sus hijas, ni doncella que conserve su espíritu libre y limpio de deshonestos pensamientos. Creo que no es justa esta enemiga contra las caretas, más cómodas, aunque no más disimuladoras, que los antiguos mantos, y tengo para mí que muchas personas hablan mal de las reuniones de máscaras porque no las encuentran divertidas ni tan oscuritas como las verbenas de San Juan y San Pedro.

»Pero la novedad que mas indignada y fuera de sus casillas trae a esta buena gente es un juego de azar llamado la *roleta*, donde parece baila el dinero que es un gusto. Los franceses son Barra-

bás para inventar cosas malas y pecaminosas. No respetan nada, ni aun las veneradas prácticas de la antigüedad, ni aun aquello que forma parte, desde remotísimas edades, de la ejemplar existencia nacional. Lo justo habría sido dejar que los padres y los hijos de familia se arruinaran con la baraja, siguiendo en esto sus patriarcales y jamás alteradas costumbres, y no introducir *roletas* ni otros aparatos infernales. Pero los franceses dicen que la *roleta* es un adelanto con respecto a los naipes, así como la guillotina es mejor que la horca, y la Policía, mucho mejor que la Inquisición.

»Lo peor de esto es que, según dicen, la tal endemoniada *roleta* no sólo es consentida por el Gobierno francés, sino de su propiedad, y para él son las pingües ganancias que deja. De este modo, los franceses piensan embolsarse el poco dinero que han dejado en nuestras arcas.

»No concluiré sin ponerte al corriente de un proyecto que tengo, y que, realizado, me parece ha de ser más eficaz para nuestro objeto que todas las averiguaciones y búsquedas hechas hasta ahora. El plan, hijo mío, consiste en interesar al mismo José en favor mío. Pienso ir a Palacio, donde seré recibida por el señor Botellas, el cual no desea otra cosa, y ve el cielo abierto cuando le anuncian que un grande de España quiere visitarle. Hasta ahora he resistido todas las sugerencias de varios personajes amigos míos que se han empeñado en presentarme al rey; pero, pensando mejor, estoy decidida a ir a la Corte. En diciembre del 8 traté a los dos Bonapartes, y las bondades que encontré en José me hacen esperar que no será inútil este paso que doy, aun a riesgo de comprometerme con una causa que considero perdida. Adiós; te informaré de todo.»

«22 de abril.

»He estado en Palacio, hijo mío, y me he prosternado ante esa católica majestad de oropel, a quien sirven unos pocos españoles, moviéndose bulliciosamente para parecer muchos. Si yo dijera a cualquier habitante de Madrid que José Primero, conocido aquí por el *Tuerto*, o por *Pepe Botellas*, es una persona ama-

ble, discreta, tolerante, de buenas costumbres, y que no desea más que el bien, me tendrían por loca, o quizá por vendida a los franceses.

»Recibióme Copas con gozo. El buen señor no puede ocultarlo cuando alguna persona de categoría da, al visitarle, una especie de tácito asentimiento a su usurpación. Sin duda, cree posible ser dueño de España conquistando uno a uno los corazones. Habrías de ver su diligencia y extremada dulzura en los cumplidos. Ciertó que su etiqueta es menos severa y finchada que la de nuestros reyes; sin perder por eso la dignidad, antes bien, aumentándola. Habla hasta con familiaridad, se ríe, también se permite algunas gentilezas galantes con las damas y, a veces, bromea con cierta causticidad muy fina, propia de los italianos. El acento extranjero es el único que afea su palabra. Confunde a menudo su lengua natal con la nuestra, y hay ocasiones en que son necesarios grandes esfuerzos para no reír.

»Su figura no puede ser mejor. José vale mucho más que el barrilete de su hermano. Poco falta a su rostro grave y expresivo para ser perfecto. Viste comúnmente de negro, y el conjunto de su persona es muy agradable. No necesito decirte que cuanto hablan las gentes por ahí sobre sus *turcas* es un arma inventada por el patriotismo para ayudar a la defensa nacional. José no es borracho. También se cuentan de él mil abominaciones referentes a vicios distintos del de la embriaguez; pero, sin negarlos rotundamente, me resisto a darles crédito. En resumen: Botellas (nos hemos acostumbrado de tal manera a darle este nombre, que cuesta trabajo llamarle de otra manera) es un rey bastante bueno, y al verle y tratarle no se puede menos de deplorar que le hayan traído, en vez del nacimiento y el derecho, la usurpación y la guerra.

»Sus partidarios aquí son pocos: tan pocos, que se pueden contar. Esta dinastía no tiene más súbditos leales que los ministros y dos o tres personas colocadas por ellos en altos puestos. Estos españoles que les sirven parecen víctimas humilladas, y no tienen aquel aire triunfador y vanaglorioso que suelen tomar aquí los que por méritos propios o ajeno favor se elevan dos dedos sobre los demás. Viven o avergonzados o medrosos,

sin duda porque prevén que el lord ha de dar al traste con todo esto. Algunos, sin embargo, se hacen ilusiones y dicen que tendremos Botellas, Azumbres y Copas por los siglos de los siglos.

»No pertenece a éstos Moratín, al cual encuentro más triste y más pusilánime que nunca. Ya no es secretario de la Interpretación de lenguas, sino bibliotecario mayor, cargo que debe de desempeñar a maravilla. Pero él no está contento; tiene miedo a todo, y más que a nada, a los peligros de una segunda evacuación de la corte por los franceses. Me ha dicho que el día en que cayese el poder intruso no daría dos cuartos por su pellejo; pero creo que su hipocondría y pésimo humor, entenebreciendo su alma, le hacen ver enemigos en todas partes. Está enfermo y arruinado; mas trabaja algo, y ahora nos ha dado *La escuela de los maridos*, traducción del francés. No la he visto representar ni he podido leerla, porque mi espíritu no puede fijarse en nada de esto.

»Moratín viene a verme a menudo con su amigo Estala, el cual es afrancesado rabioso y ardiente, como aquél lo es tímido y melancólico. Aquí no pueden ver a Estala, que publica artículos furibundos en *El Imparcial*, y hace poco escribió, aludiendo a España, que *los que nacen en un país de esclavitud no tienen patria sino en el sentido en que la tienen los rebaños destinados para nuestro consumo*. Por esto y otros atroces partos de su ingenio que publica la *Gaceta* es aborrecido aún más que los franceses.

»Málquez sigue en el Príncipe; y como José ha señalado a su teatro veinte mil reales mensuales para ayuda de costa, le tachan también de afrancesado. Ahora, según veo en el diario, dan alternativamente el *Orestes*, *La mayor piedad de Leopoldo el Grande* y una mala comedia, arreglada del alemán, y cuyo título es *Ocultar, de honor movido, al agresor el herido*.

»El teatro está, según me dicen, vacío. La pobre Pepilla González, de quien no te habrás olvidado, se muere de miseria, porque no pudiendo representar, a causa de una enfermedad que ha contraído, está sin sueldo, abandonada de sus compañeros. Lo estaría de todo el mundo si yo no cuidase de enviarle todos los días lo muy preciso para que no expire. Pepilla, el venerable padre Salmón

y mi confesor, Castillo, son las únicas personas a quienes puedo favorecer, porque el estado de mi hacienda y carestía de las subsistencias no me permiten más. Te asombrará saber que los opulentos padres de la Merced necesitan limosnas para vivir; pero a tal situación ha llegado la indigencia pública en la corte de España, que los más gordos se han puestos como alambres.

»De intento, he dejado para el fin de mi carta nuestro querido asunto porque quiero sorprenderte. ¿No has adivinado, en el tono de mi epístola, que estoy menos triste que de ordinario? Pero nada te diré hasta que tenga seguridad de no engañarte. Refrena tu impaciencia, hijo mío... Gracias a José, se me han suministrado algunos datos preciosos, y muy pronto, según acaba de decirme Azanza, este resplandor de la verdad será luz clara y completa. Adiós.»

«21 de mayo.

»Albricias, querido amigo, hijo y servidor mío. Ya está descubierto el paradero de nuestro verdugo. ¡Benditos mil veces sean José y esa desconocida reina Julia, cuyo nombre invoqué para inclinarle en mi favor! Santorcaz no ha pasado todavía a Francia. Desde aquí, querido mío, considerándote en camino hacia Occidente, puedo decirte, como a los niños cuando juegan a la gallina ciega: «Que te quemas.» Sí, chiquillo: alarga la mano y cogerás al traidor. ¡Cuántas veces buscáis el sombrero y lo lleváis puesto! Aquello que consideramos más perdido está comúnmente más cerca. La idea de que esta carta no te encuentre ya en Piedrahita me espanta. Pero Dios no puede sernos tan desfavorable, y tú recibirás este papel; inmediatamente marcharás hacia Plasencia, y válido de tu astucia, de tu valor, de tu ingenio o de todas estas cualidades juntas, penetrarás en la vivienda del pícaro para arrancarle la joya robada que lleva siempre consigo.

»¡Cuánto trabajo ha costado averiguarlo! Ha tiempo que Santorcaz dejó el servicio. Su carácter, su orgullo, su extravagancia, le hacían insoportable a los mismos que le colocaron. Por algún tiempo fué tolerado en gracia de los buenos servicios que prestaba; mas se

descubrió que pertenecía a la sociedad de los *filadelfos*, nacida en el ejército de Soult, y cuyo objeto era destronar al emperador, proclamando la República. Quitáronle el destino poco después de habernos robado a Inés, y desde entonces ha vagado por la Península fundando logias. Estuvo en Valladolid, en Burgos, en Salamanca, en Oviedo; mas luego se perdió su rastro, y por algún tiempo se creyó que había entrado en Francia. Finalmente, la Policía francesa (la peor cosa del mundo produce algo bueno) ha descubierto que está ahora en Plasencia, bastante enfermo y un tanto imposibilitado de trastornar a los pueblos con sus logias y conclaves revolucionarios. ¡Qué indignidad! Los perdidos, los tunantes, los mentirosos y falsarios quieren reformar el mundo... Estoy colérica, amigo mío; estoy furiosa.

»El que ha completado mis noticias sobre Santorcaz es un afrancesado, no menos loco y trapisondista que él: José Marchena. ¿Le conoces? Uno que pasa aquí por clérigo relajado, una especie de abate que habla más francés que español y más latín que francés, poeta, orador, hombre de facundia y de chiste, que se dice amigo de madama Staël, y parece lo fué realmente de Marat, Robespierre, Legendre, Tallien y demás gentuza. Santorcaz y él vivieron juntos en París. Son hoy amigos; se escriben a menudo. Pero este Marchena es hombre de poca reserva, y contesta a todo lo que le preguntan. Por él sé que nuestro enemigo no goza de buena salud, que no vive sino en las poblaciones ocupadas por los franceses, y que cuando pasa de un punto a otro, se disfraza hábilmente para no ser conocido. ¡Y nosotros le creíamos en Francia! ¡Y yo te decía que no fueras al ejército de Extremadura! Ve, corre, no tardes un solo día. El ejército del lord debe de andar por allí. Te escribiré al cuartel general de don Carlos España. Contéstame pronto. ¿Irás donde te mando? ¿Encontrarás lo que buscamos? ¿Podrás devolvérmelo? Estoy sin alma.»

II

Cuando recibí esta carta, marchaba a unirme al ejército llamado de Extremadura, pero que no estaba en Extrema-

dura, sino en Fuente Aguinaldo, territorio de Salamanca.

En abril había yo dejado definitivamente la compañía de los guerrilleros para volver al Ejército. Tocóme servir a las órdenes de un mariscal de campo llamado Carlos Espagne, el que después fué conde de España, de fúnebre memoria en Cataluña. Hasta entonces, aquel joven francés, alistado en nuestros ejércitos desde 1792, no tenía celebridad, a pesar de haberse distinguido en las acciones de Barca del Puerto, de Tamames, del Fresno y de Medina del Campo. Era un excelente militar, muy bravo y fuerte, pero de carácter variable y díscolo. Digno de admiración en los combates, movían a risa o a cólera sus rarezas cuando no había enemigos delante. Tenía una figura poco simpática, y su fisonomía, compuesta casi exclusivamente de una nariz de cotorra y de unos ojazos pardos bajo cejas angulosas, revueltas, movibles, y en las cuales cada pelo tenía la dirección que le parecía, revelaba un espíritu desconfiado y pasiones ardientes, ante las cuales el amigo y subalterno debían ponerse en guardia.

Muchas de sus acciones revelaban lamentable vaciedad en los aposentos cerebrales, y si no peleamos algunas veces contra molinos de viento, fué porque Dios nos tuvo de su mano; pero era frecuente tocar llamada en el silencio y soledad de la alta noche, salir precipitadamente de los alojamientos, buscar al enemigo que tan a deshora nos hacía romper el dulce sueño, y no encontrar más que al lunático España vociferando en medio del campo contra sus invisibles compatriotas.

Mandaba este hombre una división perteneciente al ejército de que era comandante general don Carlos O'Donnell. Habíasele unido por aquel tiempo la partida de don Julián Sánchez, guerrillero muy afortunado en Castilla la Vieja, y se disponía a formar en las filas de Wellington, establecido en Fuente Aguinaldo, después de haber ganado a Badajoz, a fines de marzo. Los franceses de Castilla la Vieja, mandados por Marmont, andaban muy desconcertados. Soult operaba en Andalucía, sin atreverse a atacar al lord, y éste decidió avanzar resueltamente hacia Castilla. En resumen: la

guerra no tomaba mal aspecto para nosotros; por el contrario, aparecía en evidente declinación la estrella imperial, después de los golpes sufridos en Ciudad Rodrigo, Arroyomolinos y Badajoz.

Yo había recibido el empleo de comandante en febrero de aquel mismo año. Por mi ventura mandé durante algún tiempo (pues también fui jefe de guerrillas) una partida que recorrió el país de Aranda, y luego las sierras de Covarrubias y la Demanda. A principios de marzo tenía la seguridad de que Santorcaz no estaba en aquel país. Alargué atrevidamente mis excursiones hasta Burgos, ocupada por los franceses; entré disfrazado en la plaza, y pude saber que el antiguo comisario de Policía había residido allí meses antes. Bajando luego a Segovia, continué mis pesquisas; pero una orden superior me obligó a unirme a la división de don Carlos España.

Obedecí, y como en los mismos días recibiese la última carta de las que puntualmente he copiado, juzgué favor especial del Cielo la disposición militar que me enviaba a Extremadura. Pero, como he dicho, Wellington, a quien debiera unirse don Carlos España, había dejado ya las orillas del Tíetar. Nosotros debíamos salir de Piedrahita para uniros a él en Fuente Aguinaldo o en Ciudad Rodrigo. De aquí se podía ir fácilmente a Plasencia.

Mientras con zozobra y desesperación revolvía en mi mente distintos proyectos, ocurrieron sucesos que no debo pasar en silencio.

III

Después de larguísima jornada durante la tarde y gran parte de una hermosísima noche de junio, España ordenó que descansásemos en Santibáñez de Valvaneda, pueblo que está sobre el camino de Béjar a Salamanca. Teníamos provisiones relativamente abundantes, dada la gran escasez de la época, y como reinaba en el ejército muy buena disposición a divertirse, allí era de ver la algazara y alegría del pueblo a medianoche, cuando tomamos posesión de las casas, y con las casas, de los jergones y baterías de cocina.

Tócame habitar en el mejor aposento de una casa con resabios de palacio y honores de mesón. Acomodó mi asisten-

te para mí una hermosa cama, y no tengo inconveniente en decir que me acosté, sí, señores, sin que nada extraordinario ni con asomos de poesía me ocurriese en aquel acto vulgar de la vida. Y también es cierto, aunque igualmente prosaico, que me dormí, sin que el crepúsculo de mis sentidos me impresionase otra cosa que la histórica canción cantada a media voz por mi asistente en la estancia contigua:

En el Carpio está Bernardo,
y el Moro en el Arapil.
Como va el Tormes por medio,
non se pueden combatir.

Me dormí, y no se crea que ahora van a salir fantasmas, ni que los rotos artesonados o vetustas paredes de la histórica casa, antaño palacio y hoy venta, se moverán para dar entrada a un deforme vestigio, ni mucho menos a una alta doncella de acabada hermosura que venga a suplicar me tome el trabajo de desencantarla o prestarle cualquier otro servicio, ora del dominio de la fábula, ora del de las bajas realidades. Ni esperen que dueña barbuda, ni enano enteco, ni fiero gigante vengan de súbito a hacerme reverencia y mandarme los siga por luengos y oscuros corredores que conducen a maravillosos subterráneos llenos de sepulturas o tesoros. Nada de esto hallarán en mi relato los que lo escuchan. Sepan tan sólo que me dormí. Por largo tiempo, a pesar de la profundidad del sueño, no me abandonó la sensación del ruido que sonaba en la parte baja de la casa. Las pisadas de los caballos retumbaban en mi cerebro con eco lejano, produciendo vibración semejante a la de un hondo temblor de tierra. Pero estos rumores cesaron poco a poco, y, al fin, todo quedó en silencio. Mi espíritu se sumergió en esa esfera sin nombre en que desaparece todo lo externo, absolutamente todo, y se queda él solo, recreándose en sí propio o jugando consigo mismo.

Pero de repente, no sé a qué hora, ni después de cuántas horas de sueño, despertóme una sensación singularísima, que no puedo descifrar, porque, sin que fuese afectado ninguno de mis sentidos, me incorporé rápidamente, diciendo: «¿Quién está aquí?»

Ya despierto, grité a mi asistente:

—Tribaldos, levántate y enciende luz.

Casi en el mismo instante en que esto decía, comprendí mi engaño. Estaba enteramente solo. No había ocurrido otra cosa sino que mi espíritu, en una de sus caprichosas travesuras (pues esto son indudablemente las fantasmagorías del sueño), había hecho la más común de todas, que consiste en fingirse dos, con ilusoria y mantenida división, alterando por un instante su eternal unidad. Este misterioso *yo* y *tú* suele presentarse también cuando estamos despiertos.

Pero si en mi alcoba nada ocurría de extraño fuera de mí, como lo demostró al entrar en ella Tribaldos alumbrando y registrando, algo ocurría en los bajos del edificio, donde el grave silencio de la noche fué interrumpido por fuerte algaraza de gente, coches y caballos.

—Mi comandante—dijo Tribaldos, sacando el sable para dar tajos en el aire a un lado y otro—, esos pillos no quieren dejarnos dormir esta noche. ¡Afuera, tunantes! ¿Pensáis que os tengo miedo?

—¿Con quién hablas?

—Con los duendes, señor—repuso—. Han venido a divertirse con usía, después que jugaron conmigo. Uno me cogía por el pie derecho, otro por el izquierdo, y otro, más feo que Barrabás, atóme una cuerda al cuello, y con este tren y el tirar por aquí y por allí, me llevaron volando a mi pueblo para que viese a Dorotea hablando con el sargento Moscardón.

—Pero ¿crees tú en duendes?

—¡Pues no he de creer, si los he visto! Más paseos he dado con ellos que pelos tengo en la cabeza—repuso con acento de convicción profunda—. Esta casa está llena de sus señorías.

—Tribaldos, hazme el favor de no matar más mosquitos con tu sable. Deja los duendes, y baja a ver de qué proviene ese infernal ruido que se siente en el patio. Parece que han llegado viajeros; pero, según lo que alborotan, ni el mismo sir Arturo Wellesley con todo su séquito traería más gente.

Salió el mozo, dejándome solo, y al poco rato le vi aparecer de nuevo, murmurando entre dientes frases amenazadoras, y con desapacible mohín en la fisonomía.

—¿Creerá mi comandante que son ingleses o principes viajeros los que de tal modo atruenan la casa? Pues son cómicos, señor; unos comiquillos que van

a Salamanca para representar en las fiestas de San Juan. Lo menos conté ocho entre damas y galanes, y traen dos carros con lienzos pintados, trajes, coronas doradas, armaduras de cartón y mojigangas. Buena gente... El ventero los quiso echar a la calle; pero han sacado dinero, y su majestad el señor Chiporro, al ver lo amarillo, los tratara como a duques.

—¡Malditos sean los cómicos! Es la peor raza de bergantes que hormiguen en el mundo.

—Si yo fuera don Carlos España—dijo mi asistente, demostrándome los sentimientos benévolos de su corazón—, cogería a todos los de la compañía y, llevándolos al corral, uno tras otro, a todos los arcabuceaba.

—Tanto, no.

—Así dejarían de hacer picardías. Pedrezuela y su endemoniada mujer, la María Pepa del Valle, cómicos eran. Había que ver con qué talento hacía él su papel de comisionado regio, y ella el de la señora comisionada regia. De tal modo engañaron a la gente, que en todos los pueblos por donde corrían los creyeron, y en el Tomelloso, que es el mío, y no es tierra de bobos, también.

—Ese Pedrezuela—dije, sintiendo que el sueño se apoderaba nuevamente de mí—fué el que en varios pueblos de la margen del Tajo condenó a muerte a más de sesenta personas.

—El mismo que viste y calza—repuso—; pero ya las pagó todas juntas, porque cuando el general Castaños y yo fuimos a ayudar al lord en el bloqueo de Ciudad Rodrigo, cogimos a Pedrezuela y a su mujercita y los fusilamos contra una tapia. Desde entonces, cuando veo un cómico, muevo el dedo buscando el gatillo.

Tribaldos salió para volver un momento después.

—Me parece que se marchan ya—dije, notando un ruido que anunciaba la partida.

—No, mi comandante—repuso, riendo—. Es que el sargento Panduro y el cabo Rocacha han pegado fuego al carro donde llevan los trebejos de representar. Oiga mi comandante chillar a los reyes, príncipes y senescales al ver cómo arden sus tronos, sus coronas y mantos de armiño. ¡Cáspita, cómo graznan las princesas y archipámpanas! Voy abajo

a ver si esa canalla llora aquí tan bien como en el teatro... El jefe de la compañía da unos gritos... ¿Oye, mi comandante?... Vuelvo abajo a verlos partir.

Claramente oí aquella entre las demás voces irritadas, y lo más extraño es que su timbre, aunque lejano y desfigurado por la ira, me hizo estremecer. Yo conocía aquella voz.

Levantéme precipitadamente y vestíme a toda prisa; pero los ruidos extinguieron poco a poco, indicando que las pobres víctimas de una cruel burla de soldados salían a toda prisa de la venta. Cuando yo salía, entró Tribaldos, y me dijo:

—Mi comandante, ya se ha ido esa flor y nata de la pillería. Todo el patio está lleno con pedazos encendidos de los palacios de Varsovia y con los yelmos de cartón y la sotana encarnada del dux de Venecia.

—¿Y por qué lado se han ido esos infelices?

—Hacia Grijuelo.

—Es que van a Salamanca. Coge tu fusil y sígueme al momento.

—Mi comandante, el general España quiere ver a usía ahora mismo. El ayudante de su excelencia ha traído el recado.

—El demonio cargue contigo, con el recado, con el ayudante y con el general... Pero me he puesto el corbatín al revés... Dame acá esa casaca, bruto... ¡Pues no me iba sin ella!

—El general espera a usía. De abajo se sienten las patadas y voces que da en su alojamiento.

Al bajar a la plaza, ya los incómodos viajeros habían desaparecido. Don Carlos España me salió al encuentro, diciéndome:

—Acabo de recibir un despacho del lord mandándome marchar hacia Sancti Spiritus... Arriba todo el mundo; tocad llamada.

Y así concluyó un incidente que no debiera ser contado si no se relacionara con otros curiosísimos que se verán a continuación.

IV

Dejando el camino real a la derecha, nos dirigimos por una senda áspera y tortuosa para atravesar la sierra. Vino la aurora, vino el día, sin que en todo

él ocurriese ningún suceso digno de ser marcado con piedra blanca, negra ni amarilla; mas en el siguiente tuve un encuentro que, desde luego, señalo como de los más felices de mi vida.

Marchábamos perezosamente al mediodía sin cuidados ni precauciones, por la seguridad de que no encontraríamos franceses en tan agrestes parajes. Iban cantando los soldados, y los oficiales disertando, en amena conversación, sobre la campaña emprendida; dejábamos a los caballos seguir en su natural y pacífica andadura, sin espolearlos ni reprimirlos. El día era hermoso, y a más de hermoso, algo caliente, por lo cual caía la llama del sol sobre nuestras espaldas, calentándolas más de lo necesario.

Yo iba de vanguardia. Al llegar a la vista de San Francisco de la Sierra, pueblo pequeño, rodeado de frondosa verdura y grata sombra de árboles, a cuyo amparo habíamos resuelto sestear, sentí algazara en los primeros grupos de soldados que marchaban delante, rotas las filas y haciendo de las suyas con los aldeanos que se aparecían en el camino.

—No es nada, mi comandante—me contestó Tribaldos, a quien pregunté la causa de tan escandalosa gritería—. Son Panduro y Rocacha, que han topado con un fraile agustino, y más que agustino pedigüeño, y más que pedigüeño tunante, el cual no se apartó del camino cuando la tropa pasaba.

—Y ¿qué le han hecho?

—Nada más que jugar a la pelota —respondió riendo—. Su paternidad llora y calla.

—Veo que Rocacha monta un asno y corre en él hacia el lugar.

—Es el asno de su paternidad, pues su paternidad trae un asno consigo cargado de nabos podridos.

—Que dejen en paz a ese pobre hombre, ¿por vida de...!—grité con ira—, y que siga su camino.

Adelantéme y distinguí, entre soldados que de mil modos le mortificaban, a un bendito cogulla, vestido con el hábito agustino, y azarado y lloroso.

—¡Señor—decía, mirando piadosamente al cielo y con las manos cruzadas—, que esto sea en descargo de mis culpas!

Su hábito, descolorido y lleno de agujeros, cuadraba muy bien a la misera-

ble catadura de un flaquísimo y amarillito rostro, donde el polvo, con lágrimas o sudores amasado, formaba costras parduscas. Lejos de revelar aquella miserable persona la holgura y saciedad de los conventos urbanos, los mejores criaderos de gente que se han conocido, parecía anacoreta de los desiertos o mendigo de los campos. Cuando se vió menos hostigado, volvió a un lado y otro los ojos buscando a su desgraciado compañero de infortunio, y como le viese volver a escape y jadeando, oprimidos los ijares por el poderoso Rocacha, se apresuró a acudir a su encuentro. En tanto, yo miraba al buen fraile, y cuando le vi volver, tirando ya del cordel de su asno reconquistado, no pude reprimir una exclamación de sorpresa. Aquella cara, que al pronto despertó vagos recuerdos en mi mente, reveló al fin su enigma, y, a pesar de la edad transcurrida y de lo injuriada que estaba por años y penas, la reconocí como perteneciente a una persona con quien tuve amistad en otro tiempo.

—Señor Juan de Dios—exclamé, deteniendo mi caballo a punto que el fraile pasaba junto a mí—, ¿es usted o no el que veo dentro de esos hábitos y detrás de esa capa de polvo?

El agustino me miró sobresaltado, y luego que por buen rato me contemplara, díjome con melifluo acento:

—¿De dónde me conoce el señor general? Juan de Dios soy, en efecto. Doy gracias a su eminencia por haber mandado que me devolvieran el burro.

—¿Eminencia me llama usted?—repuse—. Todavía no me han hecho cardenal.

—En mi turbación, no sé lo que me digo. Si su alteza me da licencia, me retiraré.

—Antes pruebe a ver si me conoce. ¿Mi cara ha variado tanto desde aquel tiempo en que estábamos juntos en casa de don Mauro Requejo?

Este nombre hizo estremecer al buen agustino, que fijó en mí sus ojos calenturientos, y, más bien espantado que sorprendido, dijo:

—¿Será posible que el que tengo delante sea Gabriel? ¡Jesús mío! Señor general, ¿es usted Gabriel, el que en abril de mil ochocientos ocho...? Lo recuerdo bien... Déme usted a besar sus pies... ¿Conque es Gabriel en persona?

—El mismo soy. ¡Cuánto me alegro de que nos hayamos encontrado! Usted hecho un frailito...

—Para servir a Dios y salvar mi alma. Hace tiempo que abracé esta vida tan trabajosa para el cuerpo como saludable para el alma. ¿Y tú, Gabriel?... ¿Y usted, señor don Gabriel, se dedicó a la milicia? También es honrosa la vida de las armas, y Dios premia a los buenos soldados, algunos de los cuales santos han sido.

—A eso voy, padre, y usted parece que ya lo consiguió, porque en pobreza no miente, y su cara de mortificación me dice que ayuna los siete reviermes.

—Yo soy un humildísimo siervo de Dios—dijo, bajando los ojos—, y hago lo poco que está en mi miserable poder. Ahora, señor general, experimento mucho gozo en ver a usted... y en reconocer al generoso mancebo que fué mi amigo; y con esto y su venia me retiro, pues este ejército va sierra adentro, y yo busco el camino real.

—No permito que nos separemos tan pronto, amigo mío. Usted está fatigado y, además, no tiene cara de haber cumplido aquel precepto que manda empiece la caridad por uno mismo. En ese pueblo descansará el regimiento. Vamos a comer lo que haya, y usted me acompañará para que hablemos un poco, refrescando viejas memorias.

—Si el señor general me lo manda, obedeceré, porque mi destino es obedecer—dijo, marchando junto a mí en dirección al pueblo.

—Veo que el asno tiene mejor pelaje que su dueño y no se mortifica tanto con ayunos y vigias. Le llevará a usted como una pluma, porque parece una pieza de buena andadura.

—Yo no monto nunca en él—me respondió sin alzar los ojos del suelo—. Voy siempre a pie.

—Eso es demasiado.

—Llevo conmigo este bondadoso animal para que me ayude a cargar las limosnas y los enfermos que recojo en los pueblos para llevarlos al hospital.

—¿Al hospital?

—Sí, señor. Yo pertenezco a la Orden Hospitalaria que fundó en Granada nuestro santo padre y patrono mío el gran San Juan de Dios, hace doscientos y setenta años poco más o menos. Seguimos en nuestros estatutos la re-

la del gran San Agustín, y tenemos hospitales en varios pueblos de España. Recogemos los mendigos de los caminos, visitamos las casas de los pobres para cuidar a los enfermos que no quieren ir a la nuestra, y vivimos de limosnas.

—¡Admirable vida, hermano!—dije, bajando del caballo y encaminándome con otros oficiales y el bendito Juan a un bosquecillo que a la vera del pueblo estaba, donde, a la grata sombra de algunos corpulentos y frescos árboles, nos prepararon nuestros asistentes una frugal comida.

—Ate usted su burro en el tronco de un árbol, y acomódese sobre este césped junto a mí, para que demos al cuerpo alguna cosa, que todo no ha de ser para el alma.

—Haré compañía al señor don Gabriel—dijo Juan de Dios humildemente, luego que ató la cabalgadura—. Yo no como.

—¿Que no come? ¿Por ventura manda Dios que no se coma? Y ¿cómo ha de estar dispuesto a servir al prójimo un cuerpo vacío? Vamos, señor Juan de Dios, deje a un lado esa corteidad.

—Yo no como viandas aderezadas en cocina, ni nada caliente y compuesto que tenga olor a gastronomía.

—¿Llama gastronomía a este carnero fiambre y seco, a este pan más duro que roca?

—Yo no puedo probar eso—repuso sonriendo—. Me alimento tan sólo con hierbas del campo y raíces silvestres.

—Hombre, le admiro; pero francamente... Al menos beberá usted un trago. Es de Rueda.

—No bebo más que agua.

—¡Hombre..., agua y hierbecitas del campo! Lindo comistrajo es ése. En fin, si de tal modo se salva uno...

—Ya hace tiempo que hice voto firmísimo de vivir de esa manera, y hasta hoy, don Gabriel mío, aunque no limpio de pecados, tengo la satisfacción de no haber cometido el de faltar a mi voto una sola vez.

—Pues no insisto, amigo. No se vaya usted a condenar por culpa mía. La verdad es que tengo un hambre... Pobre señor Juan de Dios... ¡Quién había de decir que nos encontraríamos después de tantos años!... ¿No es verdad?

—Sí, señor.

—Yo creí que usted había pasado a mejor vida. Como desapareció...

—Entré en la Orden en enero del año nueve. Acabé mis primeros ejercicios en marzo, y recibí las primeras órdenes el año último. Todavía no soy fraile profeso.

—¡Cuántas cosas han pasado desde que no nos vemos!

—¡Sí, señor, cuántas!

—Usted, retirado del mundo, vive de un modo beatífico, sin penas ni alegrías, contento de su estado...

Juan de Dios exhaló un suspiro profundísimo, y después bajó los ojos. Observándole bien, advertí las señales que en su extenuado rostro patentizaban no ser jactancia de beato aquello de las campestres hierbecitas y agua de los arroyos cristalinos. Bordeaba sus ojos un cerco violáceo muy intenso, que hacía más vivo el brillo de sus pupilas, y marcándosele los huesos de la cara bajo la estirada y amarillenta piel. Su expresión era la de las almas exaltadas por una piedad que igualmente hace sus efectos en el espíritu y en el sistema nervioso. Misticismo y enfermedad al mismo tiempo, es una devoción singular que ha llevado hermosísimas figuras al cielo de las grandezas humanas. Si en el un principio creí ver en Juan de Dios un poco de artificio e hipocresía, muy luego convencíme de lo contrario, y aquel santo varón, arrojado por las tempestades mundanas a la vida contemplativa y austera, vivía inflamado por un fervor tan ardiente como sincero. Se le veía quemarse; se observaba la combustión de aquel cuerpo, que poco a poco se convertía en ceniza, calcinado por la llama de la espiritual calentura; se veía que aquel hombre apenas a la tierra tocaba, apenas al mundo de los vivos, y que la miserable arcilla que aún mantenía el noble espíritu con endeble atadura se iba descomponiendo y desmenuzándose grano a grano.

—Es admirable, amigo mío—le dije—, que haya llegado a tan lisonjero estado de santidad un hombre que no se vió libre ciertamente de las pasiones mundanas.

La fisonomía de fray Juan de Dios contrájose con ligero temblor. Pero, serenándose al punto su rostro, me dijo:

—¿No sabe usted qué ha sido de aque-

llos benditos señores de Requejo? Sentiría que les hubiese pasado alguna desgracia.

—No he vuelto a saber de ellos. Estarán cada vez más ricos, porque los pícaros hacen fortuna.

El fraile no hizo gesto alguno de asentimiento.

—Pero Dios los habrá castigado al fin —continuó— por los martirios que hicieron padecer a aquella infeliz joven...

Al decir esto advertí que en las venas de aquel miserable cuerpo humano, que la tumba pedía para sí, quedaba todavía un resto de sangre. Bajo la piel de la cara se traslucieron por un instante las hinchadas venas azules, y un ligero tinte amoratado encendió la austera frente. No me hubiera sorprendido más ver una imagen de madera sonrojándose al contacto del beso de las devotas.

—Dios sabrá lo que tiene que hacer con los señores de Requejo por esa conducta—me contestó.

—Creo que no le será indiferente a usted saber el fin que ha tenido aquella desgraciada joven.

—¿Indiferente? No—repuso, poniéndose como un cadáver.

—¡Oh! Las personas destinadas a padecer...—dije, observando atentamente la impresión que en el santo producían mis palabras—. Aquella pobre joven, tan buena, tan bonita, tan modesta...

—¿Qué?

—Ha muerto.

Yo creí que Juan de Dios se conmoviera al oír esto; pero con gran sorpresa vi su rostro resplandeciente de serenidad y beatitud. Mi asombro llegó a su colmo cuando, en tono de convicción profundísima, dijo:

—Ya lo sabía. Murió en el convento de Córdoba, donde la encerró su familia en junio de mil ochocientos ocho.

—Y ¿cómo sabe usted eso?—pregunté, respetando el engaño del pobre agustino.

—Nosotros tenemos visiones singulares. Dios permite que, por un estado especial de nuestro espíritu, sepamos algunos hechos ocurridos en país lejano, sin que nadie nos lo cuente. Inés murió. Yo la he visto repetidas veces en mis éxtasis, y es indudable que sólo se nos presenta la imagen de las personas que han tenido la suerte de abandonar

para siempre este ruin y miserable mundo.

—Así debe de ser.

—Así es, aunque los torpes ojos del cuerpo crean otra cosa. ¡Ay! Los del alma son los que no se engañan nunca, porque hay siempre en ellos un rayo de eterna luz. La corporal vista es un órgano de quien dispone a su antojo el demonio para atormentarnos. Lo que vemos en ella es muchas veces ilusorio y fantástico. Yo, señor don Gabriel, padezco tormentos muy horrorosos por las continuas pruebas a que sujeta mi espíritu el Señor de cielo y tierra, y por los pérfidos amaños del espíritu maligno, que, anhelando perderme, juega con mis débiles sentidos y se burla de esta desgraciada criatura.

—Querido amigo, cuénteme usted lo que pasa. Yo también sirvo a veces de juguete y mofa a ese señor demonio, y puedo dar a usted algún buen consejo sobre el modo de vencerle y burlarse de él en vez de ser burlado.

V

—Puesto que usted ha nombrado a una persona que tanta parte ha tenido en que yo abandonase el perverso siglo, y puesto que usted conoció entonces mis secretos, nada debo ocultarle. Cuando Dios me crió dispuso que padeciese, y he padecido como ningún otro mortal sobre la tierra. Antes de sentir en mi alma el rayo divino de la eterna gracia, que me alumbró el sendero de esta nueva vida, una pasión mundana me hizo desgraciado. Después que me abracé a la santa Cruz para salvarme, las turbaciones, debilidades y agonías de mi espíritu han sido tales, que pienso es esto disposición de Dios para que conozca en vida infierno y purgatorio antes de subir a la morada de los justos... Amé a una mujer, mas con tanta exaltación, que mi naturaleza quedó en aquel trance trastornada. Cuando comprendí que todo había concluido, yo no tenía ya entendimiento, memoria ni voluntad. Era una máquina, señor oficial, una máquina estúpida. Mis sentidos estaban muertos. Vivía en las tinieblas, pues nada veía, y en una especie de letárgico asombro. Varias veces he pensado después si, como aquel estupor mío,

será el Limbo adonde van los que apenas han nacido.

—Justo. Así debe de ser.

—Cuando volví en mí, querido señor, formé el proyecto de hacerme fraile. Yo había concluido para el mundo. Me confesé con grandísimo fervor. El padre Busto aprobó con entusiasmo mi propósito de consagrar a la religión el resto de mis tristes días; y como yo manifestara deseo de entrar en la Orden más pobre y donde más trabajase el cuerpo y más apartada de mundanales, atractivos entuviese el ánimo, señalóme esta regla de hermanos hospitalarios. ¡Ay!, mi alma recibió un consuelo inexplicable. Buscaba los sitios solitarios para meditar, y meditando sentía rodeada mi cabeza de celestial atmósfera. Qué luz tan pura! ¡Qué dulzura y suave silencio en el aire!

—¿Y después?

—¡Ay! Después empezaron nuevamente mis infortunios bajo otra forma. Dios decretó que yo padeciese, y padeciendo estoy... Oígame usted un momento más. Comencé mis estudios y las prácticas religiosas para ingresar en la Orden. Recibíenme una mañana en el convento donde vestí el traje de lego. Di aquel día mis lecciones más contento que nunca; asistí como fámulo a los pobres de la enfermería, y por la tarde, tomando el segundo tomo de *Los nombres de Cristo*, por el maestro fray Luis de León, libro que me agradaba en extremo, fuíme a la huerta, y en el sitio más secreto y callado de ella, entregué mi espíritu a las delicias de la lectura. No había acabado el capítulo hermosísimo que se titula *Descripción de la miseria humana y origen de su fragilidad*, cuando sentí un calofrío muy intenso en todo mi cuerpo, una gran turbación, una zozobra muy viva, pues toda la sangre agolpóse en mi pecho, y experimenté una sensación que no puedo decir si era gozo profundísimo o dolor agudo. Una extraña figura, bulto o sombra impresionó mi vista; miré y la vi: era ella misma, sentada en el banco de piedra, junto a mí.

—¿Quién?

—¿Necesito decir su nombre?

—Ya.

—El libro se me cayó de las manos; observé la asombrosa visión, pues visión era y el mundano amor renació violentamente en mi pecho como la explosión

de una mina. Quedé absorto, señor, mudo y entre suspendido y aterrado. Era ella misma y me miraba con sus dulces ojos, trastornándome. Separábala de mí una distancia como de media vara; mas no hice movimiento alguno para acercarme a ella, porque el mismo estupor, la admiración que tal prodigio de belleza me producía, el mismo fuego amoroso que quemaba mi ser, teníanme arrobado y sin movimiento. Estaba vestida con riquísima túnica de una blanca y sutil tela, la cual, así como las nubes ocultan el sol sin esconderlo, ocultaba su hermoso cuerpo, antes empañándolo que cubriéndolo. Bajo la falda asomaba, desnudo, uno de sus delicados pies; sus cabellos, ensortijados con arte incomparable, le caían en hermosas gudejas a un lado y otro de la cara, entre sargas de orientales perlas, y en la mano derecha sostenía un pequeño ramillete de olorosas flores, cuya esencia llegaba hasta mí, embriagándome el sentido.

—En verdad, señor Juan de Dios, que nunca he visto a la señorita Inés en semejante traje, no muy propio, por cierto, para pasear en jardines.

—¿Qué había usted de verla, si aquella imagen no era forma corporal y tangible, sino una fábrica engañosa del demonio, que desde aquel día me escogió para víctima de sus abominables experimentos?

—Y la joven del pies desnudo y el ramo de flores, ¿no dijo alguna palabrilla?

—Ni media, hermano.

—¿Y usted no le dijo nada, ni traspasó el espacio de media vara que había entre los dos?

—No podía hablar. Acerquéme, sí, a ella, y en el mismo momento desapareció.

—¡Qué picardía! Pero el demonio es así, amigo mío: ofrece y no da.

—Mucho tardé en reponerme de la horrible sensación que aquello dejó en mi alma. Al fin, recogí el libro y dirigí mis pensamientos a Dios. ¡Ay, qué extraña sensación! Tan extraña es, que no puedo explicarla. Figuraos, querido señor, que mis pensamientos, al remontarse al Cielo tomando forma material, fueran detenidos y rechazados por una mano poderosa. Esto ni más ni menos era lo que yo sentía. Quería pensar y no tenía espíritu más que para sentir.

Por mi cuerpo corrían, a modo de relámpagos del movimiento, unas convulsiones ardientes... ¡Ay!, no, no puedo de modo alguna explicar esto... En mi cuerpo chisporroteaba algo, cual mechas que se van apagando, y cuyas pavesas, mitad fuego, mitad ceniza, caen al suelo... Levantéme; quise penetrar en la iglesia; pero... ¿creerá usted que no podía? No, no podía. Alguien me tiraba de la cola del hábito hacia afuera. Corrí a la celda que me habían destinado, y arrojándome en el suelo, puse la frente sobre mis manos y mis manos sobre los ladrillos. Así estuve toda la noche, orando y pidiendo a Dios que me librara de aquellas horribles tentaciones, diciéndole que yo no quería pecar, sino servirle; que yo quería ser bueno y puro y santo.

—¿Por qué no contó usted el caso a otros frailes experimentados en cosas de visiones y tentaciones?

—Así lo hice al punto. Consulté aquella misma tarde con el padre Rafael de los Angeles, varón muy pío y que me mostraba gran cariño, el cual me dijo que no tuviese cuidado, pues para desnudar el entendimiento (asimismo lo dijo) de tales aprensiones imaginarias y naturales bastaba una piedad constante, una mortificación infatigable y una humildad sin límites. Añadíome que él, en los primeros años de vida monástica, había experimentado iguales aprietos y compromisos; mas que al fin, con las rudas penitencias y lecturas místicas, había convencido al demonio de la inutilidad de sus esfuerzos para pervertirlo, con lo cual le dejó tranquilo. Aconsejóme que entrase en la vida activa de la Orden; que marchase en pos de las miserias y lástimas del mundo, recogiendo enfermos por los pueblos para traerlos a los hospitales; que vagase por los campos, haciendo corporal ejercicio y alimentándome con hierbas y raíces, para que el miserable y torpe cuerpo, privado de todo regalo, adquiriese la sequedad y rigidez, que ahuyentan la concupiscencia. Encargóme, además, que durmiese poco, y jamás sobre blanduras, sino más bien encima de duras rocas o picudas zarzas siempre que pudiese; que asimismo me apartase de toda sociedad de amigos, esquivando coloquios sobre negocios mundanos, no mostrando afición a persona alguna, si-

no huyendo de todos, para no pensar más que en la perfección de mi alma.

Y haciéndolo así, ha conseguido usted...

—Así lo he hecho, hermano; mas poco o nada he conseguido. Cerca de tres años de mortificaciones, de ejercicios, de penitencias, de vigiliias, de rigores, de dormir en campo raso y comer berraza y jaramagos crudos, si han fortalecido mi espíritu, librándome de aquellas vaguedades voluptuosas que al principio ponían al borde del precipicio mi santidad, no me han librado de los continuos asaltos del ángel infernal, que un día y otro, señor, en el campo y bajo techo, en la dulce oscuridad de la alta y triste noche, lo mismo que a la luz deslumbradora del sol, me pone ante los ojos la imagen de la persona que adoré en el siglo. ¡Ay!, en aquel tiempo, cuando estábamos en la tienda, yo blasfeme, sí...; me acuerdo que un día entré en la iglesia y, arrodillándome delante del Santísimo Sacramento, dije: «Señor, te aborreceré, te negaré si no me la das, para que nuestras almas y nuestros cuerpos estén siempre unidos en la vida, en la sepultura y en la eternidad.» Dios me castiga por haberle amenazado.

—De modo que siempre...

—Sí, siempre, siempre la veo: unas veces en ésta, otras en la otra forma, aunque por temporadas el demonio me permite descansar y no veo nada. Esta funesta desgracia mía me ha impedido hasta ahora recibir los últimos y más sublimes grados del sacramento del Orden, pues me creo indigno de que Dios baje a mis manos. ¡Es terrible sentirse uno con el corazón y el espíritu todo dispuesto a la santidad y no poder conseguir el perfecto estado! Yo me desespero y lloro en silencio, al ver cuán felices son otros frailes de mi Orden, los cuales disfrutan, con la paz más pura, las delicias de visiones santas, que son el más regalado manjar del espíritu. Unos, en sus meditaciones, ven ante sí la imagen de Cristo crucificado mirándolos con ojos amorosísimos; otros se deleitan contemplando la celestial figura del Niño Dios; a otros les embelesa la presencia de Santa Catalina de Siena o Santa Rosa de Viterbo, cuya castísima imagen y compuestos ademanes incitan a la oración y a la austeridad; pero yo,

¡desgraciado de mí!; yo, pecador abominable, que sentí quemadas mis entrañas por el mundano amor, y me alimenté con aquel rocío divino de la pasión, y empapé el alma en mil liviandades inspiradas por la fantasía, me he enfermado para siempre de impureza, me he derretido y moldeado en un desconocido crisol que me dejó para siempre en aquella ruin forma primera. No puedo ser santo, no puedo arrojar de mí esta segunda persona que me acompaña sin cesar. ¡Oh maldita lengua mía! Yo había dicho: «Quiero unirme a ella en la vida, en la sepultura y en la eternidad», y así está sucediendo.

Fray Juan de Dios bajó la cabeza y permaneció largo rato meditando.

VI

—¿En qué nuevas formas se ha presentado?—le pregunté.

—Una mañana iba yo por el campo, y abrasado por la sed busqué un arroyo en que apagarla. Al fin, bajo unos frondosos álamos que entre peñas negruzcas erguían sus viejos troncos, vi una corriente cristalina que convidaba a beber. Después que bebí sentéme en una peña, y en el mismo instante cogíme la singular zozobra que me anunciaba siempre la influencia del ángel del mal. A corta distancia de mí estaba una pastora; ella misma, señor, hermosa como los querubines.

—¿Y guardaba algún rebaño de vacas o carneros?

—No, señor; estaba sola, sentada como yo sobre una peña, y con los nevados pies dentro del agua, que movía ruidosamente, haciendo saltar frías gotas, las cuales, salpicando, me mojaron el rostro. Había desatado los negros cabellos y se los peinaba. No puedo recordar bien todas las partes de su vestido; pero sí que no era un vestido que la vestía mucho. Mirábame sonriendo. Quise hablar y no pude. Di un paso hacia ella y desapareció.

—¿Y después?

—La volví a ver en distintos puntos. Yo me encontraba dentro de Ciudad Rodrigo cuando la asaltó el lord en enero de este mismo año. Hallábame sirviendo en el hospital cuando comenzó el cerco, y entonces otros buenos padres

y yo salimos a asistir a los muchos heridos franceses que caían en la muralla. Yo estaba aterrado, pues nunca había visto mortandad semejante, e invocaba sin cesar a la divina Madre de Nuestro Señor para que por su intercepción se amansase la furia de los angloportugueses. El día dieciocho, el arrabal donde yo estaba dióme idea de cómo es el infierno. Deshaciase en mil pedazos el convento de San Francisco, donde íbamos colocando los heridos... Los franceses, burlándose de mí, y como a los frailes nos tenían mucha ojeriza por creernos autores de la resistencia que se les hace, me maltrataron de palabra y obra... ¡Ay! Cuando entraron los aliados en la plaza, yo estaba herido, no por las balas de los sitiadores, sino por los golpes de los sitiados. Los ingleses, españoles y portugueses entraron por la brecha. Al oír aquel laberinto de imprecaciones victoriosas, pronunciadas en tres idiomas distintos, sentí gran espanto. Unos y otros se destrozaban como fieras... Yo, exánime y moribundo, yacía en tierra en un charco de sangre y fango, y rodeado de cuerpos humanos. Abrasábame una sed rabiosa; una sed, querido señor mío, tan ardiente como si mis venas estuviesen llenas de fuego, y la boca, lengua y paladar fuesen, en vez de carne viva y húmeda, estopa inerte y seca. ¡Qué tormento! Yo dije para mí: «Gracias a Ti, Señor, que te has dignado llevarme a tu seno. Ha llegado la hora de mi muerte.» No había acabado de decirlo, mejor dicho, de pensarlo, cuando sentí en mis labios el celeste contacto del agua fresca. Suspiré y mi espíritu sacudió su fúnebre sopor. Abrí los ojos y vi pegada a mis ardientes labios una blanca mano, en cuya palma, ahuecada, brillaba el cristalino licor, tan fresco y puro como el manar de la rústica fuente.

—¿Y en qué traza venía entonces la señorita Inés?

—Venía de monja.

—¿Y las monjas daban de beber en el hueco de la mano?

—Aquella, sí. Pintar a usted cuán hermosa estaba su cara entre las blancas tocas y cuán bien le sentaba la austeridad de la pobre estameña del traje, me sería imposible. Apenas la miré cuando voló de súbito, dejándome más sediento que antes.

—Una cosa me ocurre, señor Juan de Dios—dijo, conolido en extremo de la extraña enfermedad del desgraciado hospitalario—, y es que siendo esa persona un artificio del más malo, del más pícaro y desvergonzado espíritu creado por Dios, y habiendo ocasionado a usted tantos disgustos, congojas, mortales ansias y acalorados paroxismos, parecía natural que la tomase usted en aborrecimiento, y que viese en ella más bien una espantable y horrenda fealdad que ese portento de hermosura, que con tanto deleite encarece.

Fray Juan de Dios suspiró tristemente, y me dijo:

—El Malo no presenta jamás a nuestros ojos cosas aborrecibles ni repugnantes, sino antes bien, hermosas, odoríferas, gratas al paladar, al olfato, al tacto y al oído. Bien sabe él lo que se hace. Si ha leído usted la vida de la madre Santa Teresa de Jesús, habrá visto que alguna vez el demonio le pintó delante la imagen de Nuestro Señor Jesucristo para engañarla. Ella misma dice que el Malo es gran pintor, y añade que cuando vemos una imagen muy buena, aunque supiésemos la ha pintado un mal hombre, no dejaríamos de estimarla.

—Eso está muy bien dicho... Se me ocurre otra cosa. Si yo hubiera sido atormentado de esa ruin manera por el espíritu maligno, el cual, según voy viendo, es un redomado tunante, abría tratado de perseguir la imagen, de tocarla, de hablarle, para ver si efectivamente era vana ilusión o materia corpórea.

—Yo lo he hecho, querido señor y amigo mío—repuso el hospitalario con acento ya debilitado por el mucho hablar—, y nunca he podido poner mis manos sobre ella, habiendo conseguido tan sólo una vez tocar el halda de su vestido. Puedo asegurar a usted que a la vista su figura se me ha representado siempre como una criatura humana, con su natural espesor, corpulencia, y el brillo y la dulzura de los ojos, el dulce aliento de la boca, y la añadidura del vestido flotando al viento; en fin, todo en tal manera fabricado, que es imposible no creerla persona viva y como las demás de nuestra especie.

—¿Y siempre se presenta sola?

—No, señor, que algunas veces la he

visto en compañía de otras muchachas, como, por ejemplo, en Sevilla el año pasado. Todas eran obra vana de la infernal industria, pues desaparecieron con ella como multitud de luces que se apagan de un solo soplo.

—¿Y siempre desaparecen así como luz que se apaga?

—No, señor; que a veces corre delante de mí, y la sigo, y se pierde entre la multitud, o avanza tanto en su camino, que no puedo alcanzarla. Un día la vi en una soberbia cabalgadura que corría más que el viento, y ayer la vi en un carro.

—¿Que corría también como el viento?

—No, señor; pues apenas corría como un mal carro. La visión de ayer ofrece para mí una particularidad aterradora y que me prueba cierta recrudescencia y gravedad del mal que padezco.

—¿Por qué?

—Porque ayer me habló.

—¿Cómo?—dijo, sonriendo, mas no asombrado del extremo a que llegaban las locuras de mi amigo—. ¿Habló, al fin, la señorita del pie desnudo, la pastorcita, la monja de Ciudad Rodrigo?

—Sí, señor. Iba en un carro en compañía de unos cómicos que venían, al parecer, de Extremadura.

—¿En un carro!... ¡Con unos cómicos!... ¡De Extremadura!

—Sí, señor; veo que se asombra usted, y lo comprendo, porque el caso no es para menos. Delante iban algunos hombres a caballo; luego seguía un carro con dos mujeres, y después otro carro con decoraciones y trebejos de teatro, todos quemados y hechos pedazos.

—Hermano, usted se burla de mí—dijo, levantándose de súbito y volviéndose a sentar, impulsado por ardiente desasosiego.

—Cuando la vi, señor mío, experimente aquel calofrío, aquella sensación entre placentera y dolorosa que acompaña a mis terribles crisis.

—¿Y cómo iba?

—Triste, arropada en un manto negro.

—¿Y la otra mujer?

—Engañosa imaginación también, sin duda, la acompañaba en silencio.

—¿Y los hombres que iban a caballo?

—Eran cinco, y uno de ellos vestía de juglar, con calzón de tres colores y montera de picos. Disputaban, y otro

de ellos, que parecía mandar a todos, era una persona de buena apostura y presencia, con barba picuda como la del demonio.

—¿No sintió usted olor de azufre?

—Nada de eso, señor. Aquellos hombres hablaban con animación y nombraron a unos soldados que les habían quemado sus infernales cachivaches.

—Sospecho, querido hermano Juan—dije con turbación—, que ya no es usted sólo el endemoniado, sino que yo lo estoy también, pues esos cómicos, y esas mujeres, y esos carros, y esos trastos escénicos son reales y efectivos, y aunque no los vi, sé que estuvieron en Santibáñez de Valvaneda. ¿Sería que alguna de las cómicas se le antojó a usted ser la misma persona de marras, sin que en esto hubiese la más ligera picardía por parte de la majestad infernal?

—Bien he dicho yo—continuó el fraile con candor—que esta aparición de hoy es la más extraordinaria y asombrosa que he tenido en mi vida, pues en ella la demoníaca hechura ha presentado tales síntomas, señales y vislumbres de realidad, que al más licurgo y despreocupado engañaría. Esta es también la primera vez que la imagen querida, además de tomar cuerpo macizo de mujer, ha remedado la humana voz.

—¿Ha hablado?

—Sí, señor; ha hablado—afirmó el hospitalario con terror—. Su voz no es la misma que aún resuena en mis oídos desde que la oí en casa de Requejo, así como su figura en el día de hoy me ha parecido más hermosa, más robusta, más completa y más formada. Tal como la vi en el convento, en el bosque, en la iglesia y en Ciudad Rodrigo era casi una niña, y hoy...

—Pero si habló, ¿qué dijo?

—Yo me acerqué al carro, la miré, miróme ella también... Sus ojos eran rayos que me quemaban cuerpo y alma. Luego pareció asombrada, muy asombrada... ¡Ay! Sus labios se movieron y pronunciaron mi propio nombre. «Señor Juan de Dios—dijo—, ¿se ha hecho usted fraile...» Creí que me moría en aquel mismo momento. Quise hablar y no pude. Ella hizo ademán de darme una limosna, y de pronto el hombre que parecía mandar a todos, como advirtiera mi presencia junto al carro de las cómicas, detuvo el caballo, y volviéndose

se me dijo con voz fiera: «Largo de aquí, holgazán pancista.» Ella dijo entonces: «Es un pobre mendicante que pide limosna.» El hombre alzó el palo para pegarme, y ella dijo: «Padre, no le hagas daño.»

—¿Está usted seguro de que dijo eso?

—Sí, seguro estoy; mas el infame, como criatura infernal que era, enemigo natural de Dios, llamóme de nuevo holgazán y recibí al mismo tiempo tal porrazo en la cabeza, que caí sin sentido.

—Señor Juan de Dios—le dije, después de reflexionar un poco sobre lo extraño de aquella aventura—, júreme usted que es verdad cuanto ha dicho y que no es su ánimo burlarse de mí.

—¡Yo burlarme, señor oficial de mi alma!—exclamó el hospitalario, que estuvo a punto de llorar viendo que se ponía en duda su veracidad—. Ciertamente lo que he dicho. Tan evidente es que hay demonio en el infierno como que hay Dios en el Cielo, pues infinito es en el mundo el número de casos de obsesión, y todos los días oímos contar nuevas tropelías y estupendas gatadas del mortificador del linaje humano.

—¿Y no puede usted precisar el sitio en que ocurrió eso del carro de comediantes?

—Pasado Santibáñez de Valvaneda, como a tres leguas. Iban, a buen paso, camino de Salamanca.

El infeliz hospitalario no podía mentir, y en cuanto a la endemoniada catadura de las cosas y personas referidas, yo tenía mis razones para creer que entre los primeros y el último encuentro del fraile había alguna diferencia.

De nuevo le insté para que tomase alguna cosa, y segunda vez se resistió a dar a su cuerpo regalo alguno. Ya nos disponíamos a marchar, cuando le vi palidecer, si es que cabía mayor grado de amarillez en su amojamada carne; le vi aterrado, con los ojos medio salidos del casco, el labio inferior trémulo y toda su persona desasosegada. Miraba a un punto fijo detrás de mí, y como yo rápidamente me volviese y nada hallase que pudiera motivar aquel espanto, le pregunté la causa de sus terrores y si allí entre tantos soldados se atrevía Satanás a hacer de las suyas.

—Ya se ha desvanecido—dijo con voz

débil y dejando caer desmayadamente los brazos.

—Pues qué, ¿otra vez ha estado aquí?

—Sí, en aquel grupo donde bailan los soldados... ¿Ve usted que hay allí unas mozas de San Esteban?

—Es cierto; pero o yo he olvidado la cara de la señora Inés, o no está entre ellas—repuse, sin poder contener la risa—. Si estuviera, bien se le podría decir cuatro frescas por ponerse a bailar con los soldados.

—Pues dude usted de que ahora es de día, señor mío—afirmó, no repuesto aún de la emoción—; pero no dude usted de que estaba allí. Veo que el demonio recrudece sus tentaciones y aumenta el rigor de sus ataques contra los reductos de mi fortaleza, y esto lo hace porque estoy pecando...

—¿Pecando ahora; pecando por hablar con un antiguo amigo?

—Sí, señor; pues pecar es entregar sin freno el espíritu a los deleites de la conversación con gente sealar. Además, he estado aquí descansando más de hora y media, cosa que en tres años no he hecho, y he gustado de la fresca sombra de estos árboles. ¡Alma mía—añadió con exaltado fervor—, arriba!..., no duermas, vigila sin cesar al enemigo que te acecha, no te entregues al corruptor deleite de la amistad ni desmayes un solo momento ni pruebes las dulzuras del reposo. Alerta, alerta siempre.

—¿Se marcha usted ya?—dije al ver que desataba al buen jumento—. Vamos, no rechazará usted este pedazo de pan para el camino.

Tomólo, y poniéndoselo en la boca al pacífico asno, que no estaba, sin duda, por cenobíticas abstinencias, cogió él para sí un puñado de hierba y la guardó en el seno.

«O es un farsante—dije para mí—o el más puro y candoroso beato que cigne el cingulo monacal.»

—Buenas tardes, señor don Gabriel—dijo con humilde acento—. Me voy a Béjar para seguir mañana a Candelario, donde tenemos un hospital. Y usted, ¿adónde marcha?

—¿Yo? A donde me lleven: tal vez a conquistar a Salamanca, que está en poder de Marmont.

—Adiós, hermano y querido señor mío—repuso—. Gracias, mil gracias por tantas bondades.

Y tirando del ronzal, partió con el burro tras sí. Cuando su enjuta figura negruzca se alejó al bajar un cerro, parecióme ver en él un cuerpo que melancólicamente buscaba su perdida sepultura sin poder encontrarla.

VII

Dos días después, más allá de Dios-le-guarde, un gran acontecimiento turbó la monotonía de nuestra marcha. Y fué que a eso de la madrugada nuestras tropas avanzadas prorrumpieron en exclamaciones de júbilo; mandóse formar, dando a las compañías el marcial concierto y la buena apariencia que han menester para presentarse ante un militar inteligente, y algunos acudieron, por orden del general; a cortar ramos a los vecinos carrascales para tejer no sé si coronas, cenefas o triunfales arcos. Al llegar al camino de Ciudad Rodrigo vimos que apareció falange numerosa de hombres vestidos de encarnado y caballeros en ligerísimos corceles, y verlos y exclamar todos en alegre concierto: «¡Viva el lord!», fué todo uno.

—Es la caballería de Cotton, de la división del general Graham—dijo don Carlos España—. Señores, cuidado no hagamos alguna gansada. Los ingleses son muy ceremoniosos y se paran mucho en las formas. Si se coge bastante carrasca, haremos un arquito de triunfo para que pase por él el vencedor de Ciudad Rodrigo, y yo le echaré un discurso que traigo preparado, elogiando su pericia en el arte de la guerra y la Constitución de Cádiz, cosas ambas bonísimas y a las cuales deberemos el triunfo al fin y a la postre.

—No es el señor lord muy amigo de la Constitución de Cádiz—dijo don Julián Sánchez, que a derecha mano de don Carlos estaba—; pero a nosotros. ¿qué nos va ni qué nos viene en esto? Derrotemos a Marmont y vivan todos los millores.

Los jinetes rojos llegaron hasta nosotros, y su jefe, que hablaba español como Dios quería, cumplimentó a nuestro brigadier, diciéndole que su excelencia el señor duque de Ciudad Rodrigo no tardaría en llegar a Sancti Spiritus.

Al punto comenzamos a levantar el

arco, con ramajes y palitroques, a la entrada de dicho pueblo, y vieraís allí que un dómine del país apareció trayendo unos al modo de tarjetones de lienzo, con sendos letreros y versos que él mismo había sacado de su cabeza, y en las cuales piezas poéticas se encomiaban hasta más allá de los cuernos de la luna las virtudes del moderno Fabio, o sea el señor don Arturo Wellesley, lord vizconde Wellington de Talavera, duque de Ciudad Rodrigo, grande de España y par de Inglaterra.

Iban llegando unos tras otros numerosos cuerpos de ejército, que se desparramaban por aquellos contornos ocupando los pueblos inmediatos, y, al fin, entre los más brillantes soldados escoceses, ingleses y españoles, apareció una silla de postas, recibida con aclamaciones y vítores por las tropas situadas a un lado y otro del camino. Dentro de ella vi una nariz larga y roja, bajo la cual lucieron unos dientes blanquísimos. Con la rapidez de la marcha apenas pude distinguir otra cosa que lo indicado y una sonrisa de benevolencia y cortesía que desde el fondo del carruaje saludó a las tropas.

No debo pasar en silencio, aunque esto concuerde mal con la gravedad de la Historia, que al pasar el coche bajo el arco triunfal, como éste no lo habían construido ingenieros ni artífices romanos, con la sacudida y golpe que recibiera de una de las ruedas, hizo como si quisiera venirse abajo, y al fin se vino, cayendo no pocas ramas y lienzos sobre la cabeza del dómine que tuviera parte tan importante en su malhadada fábrica. Como no hubo que lamentar desgracia alguna, celebróse con risas la extraña ruina. Los chicos apoderáronse al punto de los tarjetones, que eran como de tres cuartas de diámetro, y abriéndoles en el centro un agujero y metiendo por él la cabeza, se pasearon delante de Wellington con aquella valona o flamenca golilla.

En tanto, don Carlos España desembuchaba su discurso delante del lord, y luego que concluyera, presentóse el dómine con el amenazador proyecto de hablar también. Consintiólo el general, que, como persona finísima, disimulaba su cansancio, y oyendo las pedanterías del orador, movía la cabeza, acompañando sus gestos de la especial sonrisa in-

glesa, que hace creer en la existencia de algún cordón intermandibular, del cual tiran para plegar la boca como si fuera una cortina.

—Mi comandante—me dijo, con cara de júbilo, mi asistente, cuando me aparté de los generales para ocuparme del alojamiento—, ¿no ha visto usía el otro ejército que viene detrás?

—Serán los portugueses.

—¡Qué portugueses ni qué garambainas! Son mujeres, un ejército de mujeres. Esto se llama darse buena vida. Los ingleses, en vez de impedimenta, llevan la faldamenta. Así da gusto de hacer la guerra.

Miré y vi veinte, ¿qué digo veinte?, cuarenta y aun cincuenta carros, coches y vehículos de distintas formas, llenos todos de mujeres, unas, al parecer, de alta, otras de baja calidad, y de distinta belleza y edad, aunque, por lo general, dicho sea esto imparcialmente, predominaba el género feo. Al punto que pararon los vehículos entre nubes de polvo, vieraís descender con presteza a las señoras viajeras y resonar una de las más discordes algarabías que pueden oírse. Por un lado, chillaban ellas, llamando a sus consortes, y ellos, por otro, penetraban en la femenil multitud gritando: «Anna, Fanny, Mathilda, Elisabeth.» En un instante formáronse alegres parejas, y un tumultuoso concierto de voces guturales y de inflexiones agudas y de articulaciones líquidas llenó los aires.

Pero como la división aliada que acababa de llegar no podía pernoctar entera en aquel pueblo, una parte de ella siguió el camino adelante hacia Aldehuela de Yeltes. Tornaron a montar en sus carricoches muchas de las hembras, formando parte del convoy de víveres y municiones, y otras quedaron en Sancti Spiritus. El día pasó, ocupándonos todos en buscar el mejor alojamiento posible; pero como éramos tantos, al caer de la tarde no habíamos resuelto la cuestión. En cuanto a mí, me creía obligado a dormir en campo raso. Tribaldos me notificó que el dómine del lugar tenía sumo placer en cederme su habitación. Después de visitar a mi honrado patrono, salí a desempeñar varias obligaciones militares, y ya me retiraba a casa, cuando junto al camino sentí gritos y voces de alarma. Corrí a donde so-

naban, y no era más sino que por el camino adelante venía un cochecillo, cuyo caballo le arrastraba dando tan terribles tumbos y saltos, que a cada instante parecía iba a deshacerse en pedazos mil. Cuando con rapidez inmensa pasaba por delante de nosotros, un grito de mujer hirió mis oídos.

—En ese coche va una mujer, Tribaldos—grité a mi asistente, que se había unido a mí.

—Es una inglesa, señor, que se quedó rezagada detrás de las demás inglesas.

—¡Pobre mujer!... ¿Y no hay entre tantos hombres uno solo que se atreva a detener el caballo y salvar a esa desgraciada?... Parece que no va desbocado... Detiene el paso... Corramos allá...

—El coche se ha salido del camino—dijo Tribaldos con espanto—y ha parado en un sitio muy peligroso.

Al instante vi que el carricoche estaba a punto de despeñarse. Habiéndose enredado el caballo entre unas jaras, se había ido al suelo, quedando como reventado a consecuencia del fuerte choque que recibiera. Pero como la pendiente era grande, la gravedad lo atraía hacia lo hondo del barranco.

Imposible que yo viera la situación terrible de la viajera infeliz sin acudir pronto a su socorro. Había caído el coche sin romperse; mas lo peligroso estaba en el sitio. Corrí allá solo; bajé tropezando a cada paso, despegando con mi planta piedrecillas que rodaban con ruido siniestro, y llegué, al fin, adonde se había detenido el vehículo. Una mujer lanzaba, desde el interior, lastimeras voces.

—Señora—grité—, allá voy. No tenga usted cuidado. No caerá al barranco.

El caballo pataleaba en el suelo, pugnando por levantarse, y con sus movimientos de dolor y desesperación arrastraba el coche hacia el abismo. Un momento más y todo se perdía.

Apoyéme en una enorme piedra fija, y con ambas manos detuve el coche, que se inclinaba.

—Señora—grité con afán—, procure usted salir. Agárrese usted a mi cuello... sin miedo. Si salta usted en tierra, no hay que temer.

—No puedo, no puedo, caballero—exclamó con dolor.

—¿Se ha roto usted alguna pierna?

—No, caballero... Veré si puedo salir,

—Un esfuerzo... Si tardamos un instante, los dos caeremos abajo.

No puedo describir los prodigios de mecánica que ambos hicimos. Ello es que, en casos tan apurados, el cuerpo humano, por maravilloso instinto, imprime a sus miembros una fuerza que no tiene en instantes ordinarios, y realiza una serie de admirables movimientos que después no pueden recordarse ni repetirse. Lo que sé es que, como Dios me dió a entender, y no sin algún riesgo mío, saqué a la desconocida de aquel grave compromiso en que se encontraba, y logré al fin verla en tierra. Asido a las piedras la sostuve, y no hubo más remedio que llevarla en brazos al camino.

—¡Eh, Tribaldos, cobarde, holgazán—grité a mi asistente, que había acudido en mi auxilio—, ayúdame a salir de aquí!

Tribaldos y otros soldados, que no me habían prestado socorro hasta entonces, me ayudaron a salir; porque es condición de ciertas gentes no arrimarse al peligro que amenaza, sino al peligro vencido, lo cual es cómodo y de gran provecho en la vida.

Una vez arriba, la desconocida dió algunos pasos.

—Caballero, ós debo la vida—dijo, recobrando el perdido color y el brillo de sus ojos.

Era como de veintitrés años, alta y esbelta. Su airosa figura, su acento dulce, su hermoso rostro, aquel tratamiento de vos que, ceremoniosa, me daba, sin duda por poseer a medias el castellano, me hicieron honda y duradera impresión.

VIII

Apoyóse en mí, quiso dar algunos pasos; mas al punto sus piernas desmayadas se negaron a sostenerla. Sin decir nada la tomé en brazos, y dije a Tribaldos:

—Ayúdame; vamos a llevarla a nuestro alojamiento.

Por fortuna, éste no estaba lejos, y bien pronto llegamos a él. En la puerta, la inglesa movió la cabeza, abrió los ojos y me dijo:

—No quiero molestaros más, caballero. Podré subir sola. Dadme el brazo.

En el mismo instante apareció, presu-

roso y sofocado, un oficial inglés, llamado sir Tomás Parr, a quien yo había conocido en Cádiz y enterado brevemente de la lamentable ocurrencia, hablé con su compatriota en inglés.

—Pero ¿habrá aquí una habitación *confortable* para la señora?—me dijo después.

—Puede descansar en mi propia habitación—dijo el dómine, que había bajado oficiosamente al sentir el ruido.

—Bien—dijo el inglés—. Esta señorita se detuvo en Ciudad Rodrigo más de lo necesario y ha querido alcanzarnos. Su temeridad nos ha dado ya muchos disgustos. Subámosla. Haré venir al médico mayor del ejército.

—No quiero médicos—dijo la desconocida—. No tengo herida grave: una ligera contusión en la frente y otra en el brazo izquierdo.

Esto lo decía subiendo apoyada en mi brazo. Al llegar arriba, dejóse caer en un sillón que en la primera estancia había, y respiró con expansivo desahogo.

—A este caballero debo la vida—dijo señalándome—. Parece milagro.

—Mucho gusto tengo en ver a usted, mi querido señor Araceli—me dijo el inglés—. Desde el año pasado no nos habíamos visto. ¿Se acuerda usted de mí..., en Cádiz?

—Me acuerdo perfectamente.

—Usted se embarcó con la expedición de Blake. No pudimos vernos porque usted se ocultó después del duelo en que dió muerte a lord Gray.

La inglesa me miró con profundo interés y curiosidad.

—Este caballero...—murmuró.

—Es el mismo de que os he hablando hace días...—contestó Parr.

—¡Si el libertino que ha hecho desgraciadas a tantas familias de Inglaterra y España hubiese tropezado siempre con hombres como vos...! Según me han dicho, lord Gray se atrevió a mirar a una persona que os amaba... La energía, la severidad y la nobleza de vuestra conducta son superiores a estos tiempos.

—Para conocer bien aquel suceso—dije yo, no ciertamente orgulloso de mi acción—, sería preciso que yo explicase algunos antecedentes...

—Puedo aseguraros que antes de conocerlos, antes que me prestaseis el servicio que acabo de recibir, sentía hacia vos una grande admiración.

Dije entonces todo lo que la modestia y el buen parecer exigían.

—¿De modo que esta señora se alojará aquí?—me dijo Parr—. Donde yo estoy es imposible. Dormimos siete en una sola habitación.

—He dicho que le cederé la mía, la cual es digna del mismo sir Arturo—dijo Forfolleda, pues éste era el nombre del dómine.

—Entonces estará bien aquí.

Sir Tomás Parr habló largamente en inglés con la bella desconocida, y después se despidió. No dejaba de causarme sorpresa que sus compatriotas abandonasen a aquella hermosa mujer, que, sin duda, debía de tener esposo o hermanos en el ejército; pero dije para mí: «Será que las costumbres inglesas lo ordenan de este modo.»

En tanto, la señora de Forfolleda (pues Forfolleda tenía señora) bizmó el brazo de la desconocida y restañó la sangre de la rozadura que recibiera en la cabeza, con cuya operación dimos por concluidos los cuidados quirúrgicos, y pensamos en arreglar a la señora cuarto y cama en que pasar la noche.

Un momento después, el precioso cuerpo de la dama inglesa descansaba sobre un lecho algo más blando que una roca, al cual tuve que conducirla en mis brazos, porque la acometió nuevamente aquel desmayo primero que le imposibilitaba toda acción corporal. Ella me dió las gracias en silencio, volviendo hacia mí sus hermosos ojos azules, que, dulcemente y con la encantadora vaguedad y extravío que sigue a los desmayos, se fijaron, primero, en mi persona, y después, en las paredes de la habitación. Más la miraba yo, y más hermosa me parecía a cada momento. No puedo dar idea de la extremada belleza de sus ojos azules. Todas las facciones de su rostro distinguíanse por la más pura corrección y finura. Los cabellos rubios hacían verosímil la imagen de las trenzas de oro tan usada por los poetas, y acompañaban la boca los más lindos y blancos dientes que pueden verse. Su cuerpo, atormentado bajo las ballenas de un apretado jubón, del cual pendían faldas de amazona, era delgadísimo; mas no carecía de las redondeces y elegantes contornos y desigualdades que distinguen a una mujer de un palo torneado.

—Gracias, caballero—me dijo, con acento melancólico y usando siempre el vos—. Si no temiera molestaros, os suplicaría que me dieseis algún alimento.

—¿Quiere la señora un pedazo de pierna de carnero—dijo Forfolleda, que arreglaba los trastos de la habitación—, unas sopas de ajo, chocolate, o quizá un poco de salmorejo con guindilla? También tengo abadejo. Dicen que al señor don Arturo le gusta mucho el abadejo.

—Gracias—repuso la inglesa, con mal humor—; no puedo comer eso. Que me hagan un poco de té.

Fuí a la cocina, donde la señora de Forfolleda me dijo que allí no había té ni cosa que lo pareciese, añadiendo que si ella probara tan sólo un buche de tal enjuagadero de tripas, arrojaría por la boca, juntamente con los hígados, la primera leche que mamó. Luego se puso a reprender a su esposo por admitir en la casa a herejes luteranos y calvinistas, cuales eran los ingleses; mas el domine refutó victoriosamente el ataque, afirmando que, merced a la ayuda de los herejes calvinistas y luteranos, la católica España triunfaría de Napoleón, lo cual no significaba más sino que Dios se vale del mal para producir el bien.

—Vete a cualquiera casa donde haya ingleses—dijo a Tribaldos—y trae té. ¿Sabes lo que es?

—Unas hojas arrugaditas y negras. Ya sé...; todas las noches lo tomaba la mujer del capitán.

Volví al lado de la inglesa, que me dijo no podía comer cosa alguna de nuestra cocina; y, habiéndome pedido pan, se lo di mientras llegaba el anhelado té.

Al poco rato entró Tribaldos, trayendo una ancha taza que despedía un olor extraño.

—¿Qué es esto?—dijo la dama con espanto, cuando los vapores del condeñado licor llegaron a su nariz.

—¿Qué mejunje has puesto aquí, maldito?—exclamé, amenazando al aturdido mozo.

—Señor, no he puesto nada, nada más que las hojas arrugaditas, con un poco de canela y clavo. La señora de Forfolleda dijo que así se hacía, y que lo había compuesto muchas veces para unos ingleses que fueron a Salamanca a ver la catedral vieja.

La inglesa prorrumpió en risas.

—Señora, perdone usted a este animal, que no sabe lo que hace. Voy yo mismo a la cocina y beberá usted té.

Poco después volví con mi obra, que debió de satisfacer a la interesada, pues la aceptó con gozo.

—Ahora, señora mía, me retiraré, para que usted descanse—le dije—. Déme usted órdenes para mañana o para esta noche mismo. Si quiere usted que avise a su esposo... ¿o es que se halla en la división de Picton, que no está en este pueblo?...

—Señor oficial—dijo solemnemente, bebiendo su té—, yo no tengo esposo: yo soy soltera.

Esto puso el límite a mi asombro, y, vacilante al principio en mis ideas, no supe contestarle con medias palabras.

«¡Buena pieza será esta que se ha colgado de mi brazo!—dije para mí—. Los franceses traen consigo mujeres de mala vida; pero de los ingleses no sabía que...»

—Soltera, sí—añadió con aplomo y apartando la taza de sus labios—. Os asombráis de ver una señorita como yo en un campo de batalla, en tierra extranjera y lejos, muy lejos de su familia y de su patria. Sabed que vine a España con mi hermano, oficial de ingenieros en la división de Hill, el cual hermano mío pereció en la sangrienta batalla de Albuera. El dolor y la desesperación tuviéronme por algunos días enferma y en peligro de muerte; pero me reanimó la conciencia de los deberes que en aquel trance tenía que cumplir, y consagréme a buscar el cuerpo del pobre soldado, para enviarle a Inglaterra, al panteón de nuestra familia. En poco tiempo cumplí esta triste misión, y hallándome solá, traté de volver a mi país. Pero al mismo tiempo me cautivaban de tal modo la historia, las tradiciones, las costumbres, la literatura, las artes, las ruinas, la música popular, los bailes, los trajes de esta nación tan grande en otro tiempo y otra vez grandísima en la época presente, que formé el proyecto de quedarme aquí para estudiarlo todo, y, previa licencia de mis padres, así lo he hecho.

«Sabe Dios qué casta de pájaro serás tú—dije para mí capote»; y luego, en voz alta, añadí, sosteniendo fijamente la dulce mirada de sus ojos de cielo:

—¡Y los padres de usted consintieron, sin reparar en los continuos y graves peligros a que está expuesta una tierna doncella sola y sin amparo en país extranjero, en medio de un ejército! Señora, por amor de Dios...

—¡Ah, no conocéis, sin duda, que nosotras, las hijas de Inglaterra, estamos protegidas por las leyes de tal manera y con tanto rigor, que ningún hombre se atreve a faltarnos al respeto!

—Sí, así dicen que pasa en Inglaterra. Y parece que allá salen las señoritas solas a paseo y viajan solas o acompañadas de cualquier galancete.

—Aunque fuera su novio, no importa—dijo la inglesa.

—¡Pero estamos en España, señora, en España! Usted no sabe bien en qué país se ha metido.

—Pero sigo al ejército aliado y estoy al amparo de las leyes inglesas—dijo sonriendo—. Caballero, faltad al pudor si os parece; intentad galantearme de una manera menos decorosa que la que empleáis para amar a esa Dulcinea que fué causa de la muerte de Gray y lord Wellington os mandará fusilar si no os casáis conmigo.

—Me casaría, señora.

—Caballero, veo que, quizá sin malicia, principiáis a faltar al comedimiento.

—Pues no me casaría, señora; no me casaría... Permitame usted que me retire.

—Podéis hacerlo—me dijo, levantándose penosamente para cerrar por dentro la puerta—. Os agradeceré que mañana hagáis traer mi maleta. Felizmente, no la traía conmigo. Está en el convoy.

—Se traerá la maleta. Buenas noches, señora.

IX

Fuera de la estancia sentí el ruido de los cerrojos que corría por dentro la hermosa inglesa, y me retiré a mi aposento, que era el rincón de un oscuro pasillo, donde Tribaldos me había arreglado un lecho con mantas y capotes. Tendime sobre aquellas durezas, y en buena parte de la noche no pude conciliar el sueño; de tal modo se había encajado dentro de mi cerebro la extraña señora inglesa, con su caída, sus desma-

yos, su té y su acabada hermosura. Pero, al fin, rendido por el gran cansancio, me dormí sosegadamente. Por la mañana, díjome la señora de Forfolleda que la señorita rubia estaba mejor; que había pedido agua y té y pan, ofreciendo dinero abundante por cualquier servicio que se le prestara. Como manifestase deseo de entrar a saludarla, añadió la de Forfolleda que no era conveniente, por estar la señorita arreglándose y componiéndose, a pesar de las heridas leves de su brazo.

Al salir a mis quehaceres, que fueron muchísimos y me ocuparon casi todo el día, encontré a sir Tomás Parr, a quien encargué lo de la maleta.

Por la tarde, después del gran trabajo de aquel día, que me hizo poner un tanto en olvido a la interesante dama, regresé a casa de Forfolleda, y vi a gran número de ingleses que entraban y salían, como diligentes amigos que iban a informarse de la salud de su compatriota. Entré a saludarla; la reducida estancia estaba llena de casacas rojas pertenecientes a otros tantos hombres rubios que hablaban con animación. La joven inglesa reía y bromeaba, y había-se puesto tan linda, sin cambiar de traje, que no parecía la misma persona demacrada, melancólica y nerviosa de la noche anterior. La contusión del brazo enterpecia algo sus graciosos movimientos.

Después que nos saludamos y cambié con aquellos señores algunos frios cumplidos, uno de ellos invitó a la señorita a dar un paseo; otro ponderó la hermosura de la apacible tarde, y no hubo quien no dijese una palabra para decidirla a dejar la triste alcoba. Ella, sin embargo, afirmó que no saldría hasta la siguiente mañana; y con estos diálogos y otros, en que la graciosa joven no hacía maldito caso de su libertador, vino la noche, y con la noche, luces dentro del cuarto, y tras las luces, un par de teteras que trajeron los criados de los ingleses. Entonces se alegraron todos los semblantes, y empezó el trasiego con tanto ahinco, que el que menos se echó dentro un río de licor de la China, sin que ni un momento cesase la charla. Trajeron después botellas de vino de Jerez, que en un santiamén dejaron como cuerpos sin alma, porque toda ella pasó a fortificar las de aquellos

claros varones; mas ninguno perdió su gravedad. Brindamos a la salud de Inglaterra, de España, y a eso de las nueve nos retiramos todos, despidiéndonos la hermosa ninfa con afabilidad, pero sin que ni con frase, ni gesto, ni mirada, me distinguiese de los demás.

Me retiraba a mi escondite, cuando sentí que la desconocida echaba el cerrojo. Aquella noche me mortificó, como en la anterior, un tenaz desvelo; mas a punto de vencerlo estaba ya, cuando hízome saltar en el lecho el chirrido del cerrojo con que aseguraba su cuarto la consabida. Miré hacia la puerta, pues desde mi alcoba-rincón se distinguía ésta muy bien, y vi a la inglesa que sañía, encaminándose a una galería o solana situada al otro confín del pasillo y de la casa. Como había dejado abierta la puerta, la luz de su cuarto iluminaba la casa lo suficiente para ver cuanto pasaba en ella.

Llegó la inglesa a la destartada galería, y, abriendo una ventana que daba al campo, se asomó. Como estaba vestido, fácil me fué levantarme en un momento y dirigirme hacia ella con paso quedo para no asustarla. Cuando estuve cerca volvió la cara, y con gran sorpresa mía no se inmutó al verme. Antes bien, con imperturbable tranquilidad, me dijo:

—¿Añdáis rondando por aquí?... Hace en aquel cuarto un calor insopor-
table.

—Lo mismo sucede en el mío, señora —dije—; cuando la he visto a usted pensaba salir al campo a respirar el aire fresco de la noche.

—Eso mismo pensaba yo también... La noche está hermosa..., y ¿pensabais salir?...

—Sí, señora; pero, si usted lo permite, tendré el honor de acompañarla, y juntos disfrutaremos de este suave ambiente, del grato aroma de esos pinares...

—No...; salid, bajad, iré yo también —dijo con viva resolución y mucha naturalidad.

Entrando rápidamente en su cuarto, sacó una capa de forma extraña, y echándosela sobre los hombros, me suplicó que cuidadosamente la embozara por no tener aún agilidad en su brazo herido; y, una vez que la envolví bien, salimos ambos, sin tomar ella mi brazo y como dos amigos que van de paseo.

Por todas partes se oía rumor de soldados, y la claridad de la luna permitía ver los objetos y conocer las personas.

Súbitamente, y sin contestar a no sé qué vulgar frase pronunciada por mí, la inglesa me dijo:

—Ya sé que sois noble, caballero. ¿A qué familia pertenecéis? ¿A los Pachecos, a los Vargas, a los Enríquez, a los Acuñas, a los Toledos o a los Dávilas?

—A ninguna de éstas, señora—le respondí, ocultando con mi embozo la sonrisa que no pude contener—, sino a los Aracelis, de Andalucía, que descienden, como usted no ignora, del mismo Hércules.

—¿De Hércules? No lo sabía, ciertamente—me repuso con naturalidad—. ¿Hace mucho que estáis en campaña?

—Desde que empezó, señora.

—Sois valiente y generoso, sin duda —dijo, mirándome fijamente al rostro—. Bien se conoce en vuestro semblante que lleváis en las venas la sangre de aquellos insignes caballeros que han sido aïombro y envidia de Europa por espacio de muchos siglos.

—Señora, usted me favorece demasiado.

—Decidme: ¿sabéis tirar las armas, domar un potro, derribar un toro, tañer la guitarra y componer versos?

—No puedo negar que un poco entendido soy en alguna, si no en todas esas habilidades.

Después de pequeña pausa, y deteniendo el paso, me preguntó bruscamente:

—¿Y estáis enamorado?

Durante un rato no supe qué responder; tan extrañas me parecían aquellas palabras.

—¿Cómo no, siendo español, siendo joven y militar?—contesté, decidido a llevar la conversación a donde la fantasía de mi incógnita amiga quisiera llevarla.

—Veo que os sorprende mi modo de hablaros—añadió ella—. Acostumbrado a no oír en boca de vuestras mojigatas compatriotas sino medias palabras, vulgaridades y frases de hipocresía, os sorprende esa libertad con que me expreso, estas extrañas preguntas que os dirijo... Quizá me juzguéis mal...

—¡Oh, no, señora!

—Pero mi honor no depende de vuestros pensamientos. Seriais un necio si creyerais que esto es otra cosa que una curiosidad de inglesa, casi diré de artista y de viajera. Las costumbres y los caracteres de este país son dignos de profundo estudio.

—De modo que lo que quiere es estudiarme—dijo entre dientes—. Resignémonos a ser libro de texto.

—El hombre que ha dado muerte a lord Gray, que ha realizado esa gran obra de justicia, que ha sido brazo de Dios y vengador de la moral ultrajada, excita mi curiosidad de un modo pasmoso... Me han hablado de vos con admiración y contándome algunos hechos vuestros dignos de gran estima... Dispensad mi curiosidad, que escandalizaría a una española, y que, sin duda, os escandaliza a vos... Habiendo matado a lord Gray por celos, claro que estabais enamorado. Y vuestra dama—esto de *vuestra dama* me hizo reír de nuevo—, ¿habita en algún castillo de estas cercanías, o en algún palacio andaluz? ¿Es noble, como vos?...

Al oír esto, comprendí que tenía que habérmelas con una imaginación exaltada y novelesca, y al punto apoderóse de mí cierto espíritu de socarronería. No me inclinaba a burlarme de la inglesa, que, a pesar de su sentimentalismo fuera de ocasión, no era ridícula; pero mi carácter me inducía a seguir la broma, como si dijéramos, prestándome a los caprichos de aquella idealidad tan falsa como encantadora. Todos somos algo poetas, y es muy dulce embellecer la propia vida, y muy natural regocijarnos con este embellecimiento, aun sabiendo que la transformación es obra nuestra. Así es que, con cierta exaltación novelesca también, mas no con completa seriedad, contesté a la damisela:

—Noble es, señora, y hermosísima y principal; pero ¿de qué me vale tener en ella un dechado de perfecciones, si un funesto destino la aleja constantemente de mí? ¿Qué pensará usted, señora, si le digo que hace tiempo cierto maligno encantador—la tiene transfigurada en la persona de una vulgar comiquilla, que recorre los pueblos formando parte de una compañía de histriones de la legua?

Esto era, sin duda, demasiado fuerte.

—Caballero—dijo la inglesa con estupor—, pues qué, ¿todavía hay encantamientos en España?

—Encantamientos, precisamente, no—dijo, tratando de abatir el vuelo—; pero hay artes del demonio, y si no artes del demonio, malicias y ardides de hombres perversos.

—Veo que leéis libros de caballería.

—¿Pues quién duda que son los más hermosos entre todos los que se han escrito? Ellos suspenden el ánimo, despiertan la sensibilidad, avivan el valor, infunden entusiasmo por la grandes acciones, engrandecen la gloria y achican el peligro en todos los momentos de la vida.

—¡Engrandecen la gloria y achican el peligro!—exclamó, deteniéndose—. Si esto que habéis dicho es verdad, sois digno de haber, nacido en otros tiempos...; pero no he entendido bien eso de que vuestra dama está transformada en una comiquilla.

—Así es, señora. Si pudiera contar a usted todo lo que ha precedido a esta transformación, no dudo que usted me compadeciera.

—¿Y dónde están la encantada y el encantador? Les doy estos nombres porque veo que creéis en encantamientos.

—Están en Salamanca.

—Como si estuvieran en el otro mundo. Salamanca está en poder de los franceses.

—Pero la tomaremos.

—Decís eso como si fuera lo más natural del mundo.

—Y lo es. No se ría usted de mi petulancia; pero si todo el ejército aliado desapareciera y me quedase solo...

—Iriais solo a la conquista de la ciudad, queréis decir.

—¡Ah señora!—exclamé con énfasis—. Un hombre que ama no sabe lo que dice. Veo que es un desatino.

—Un desatino relativo—repuso—. Pero ahora comprendo que os estáis burlando de mí. Os habéis enamorado de una cómica y queréis hacerla pasar por gran señora.

—Cuando entremos en Salamanca podré convencer a usted de que no me burlo.

—No dudo que haya cómicos en el país, ni menos cómicas guapas—dijo.

riendo—. Hace dos días pasó por delante de mí una compañía que me recordó el carro de las Cortes de la Muerte. Iban allí siete u ocho histriones, y, en efecto, dijeron que iban a Salamanca.

—Llevaban dos o tres carros. En uno de ellos iban dos mujeres, una de ellas hermosísima. Venían de Plasencia.

—Me parece que sí.

—Y el otro carro llevaba lienzos pintados.

—Los habéis visto; pero no sabéis lo que yo sé. Cuando pasaron por delante de mí, sorprendiéndome por su extraño aspecto, que me recordaba una de las más graciosas aventuras del *Libro*; un vecino de Puerto de Baños me dijo: «Esos no son cómicos, sino pícaros masones, que se disfrazan así para pasar por entre los españoles, que los descuartizarían si los conocieran.»

—No me dice usted nada que yo no sepa—contesté—. Señora, ¿ha oído usted decir a lord Wellington cuándo lanzará nuestros regimientos sobre Salamanca?

—Impaciente estáis... Quiero saber otra cosa. ¿Amáis a vuestra Dulcinea de una manera ideal y sublime, embelleciéndola con vuestro pensamiento, aún más de lo que ella es en sí, atribuyéndole cuantas perfecciones pueden idearse y consagrándole todos los dulces transportes de un corazón siempre inflamado?

—Así, así mismo, señora—dije con entusiasmo que no era enteramente ficción y deseando ver adónde iba a parar aquella misteriosa mujer, cuyo carácter comenzaba a penetrar—. Parece que lee usted en mi alma como en un libro.

Después de oír esto permaneció largo rato en silencio, y luego reanudó el diálogo con una brusca variación de ideas, que era la tercera en aquel extraño coloquio.

—Caballero, ¿tenéis madre?—me dijo.

—No, señora.

—¿Ni hermanas?

—Tampoco. Ni madre, ni padre, ni hermanos, ni pariente alguno.

—Veo que está muy malparado el linaje de Hércules. De modo que estáis solo en el mundo—añadió con acento compasivo—. ¡Desgraciado caballero! Y esa gran señora, cómica o mujer masona, ¿os ama?

—Creo que sí.

—¿Habéis hecho por ella sacrificios, arrostrado peligros y vencido obstáculos?

—Muchísimos; pero son nada en comparación con lo que aún me resta por hacer.

—¿Qué?

—Una acción peligrosa, una locura; el último grado del atrevimiento. Espero morir o lograr mi objeto.

—¿Tenéis miedo a los peligros que os aguardan?

—Jamás lo he conocido—respondí con una fatuidad cuyo recuerdo me ha hecho reír muchas veces.

—Estad tranquilo, pues los aliados entrarán en Salamanca, y entonces, fácilmente...

—Cuando entren los aliados, mi enemigo y su víctima habrán huído, corriendo hacia Francia. El no es tonto... Es preciso ir a Salamanca antes.

—¡Antes de tomarla!—exclamó con asombro.

—¿Por qué no?

—Caballero—dijo súbitamente, deteniendo el paso—, veo que os estáis burlando de mí.

—¡Yo, señora!—contesté algo turbado.

—Sí; me ponéis ante los ojos una aventura caballeresca, que es pura invención y fábula; os pintáis a vos mismo como un carácter superior, como un alma de esas que se engrandecen con los peligros, y habéis adornado la ficción con hermosas figuras de Dulcinea y encantadores, que no existen sino en vuestra imaginación.

—Señora mía, usted...

—Tened la bondad de acompañarme a mi alojamiento. El olor de esos pinas se marea.

—Como guste usted.

Confieso, ¿por qué no confesarlo?, que me quedo algo corrido.

La elegante inglesa no me dijo una palabra más en todo el camino; y cuando subimos a casa de Forfolleda y la conduje a su cuarto, que ya empezaba a figurarseme regio camarín tapizado de rasos y organdies, metióse en su turgorio como un hada en su cueva, y, dándome desabridamente las buenas noches, corrió los cerrojos de oro..., o de hierro, y me quedé solo.

X

Acomodándome en mi lecho, hablé conmigo de esta manera:

«¿La tal inglesa será una de esas mujeres de equívoca honradez que suelen seguir a los ejércitos? Las hay de diferentes especies; pero, en realidad, jamás vi en pos de los soldados de la patria ninguna tan hermosa ni de porte tan noble y aristocrático. He oído que tras el ejército francés van pájaros de diverso plumaje. ¡Bah! ¿Pues no dicen que Massena ha tenido tan mala suerte en Portugal por la corrupción de sus oficiales y soldados, y aun por sus propios descuidos con ciertas amazonas muy emperifolladas que andaban en los campamentos tan a sus anchas como en París?...»

Después, dando otra dirección a mis ideas, dije, a punto que empezaba a embargarme el dulce entorpecimiento que precede al sueño:

«Tal vez me equivoque. Después de haber conocido a lord Gray, no debo poner en duda que las extravagancias y rarezas de la gente inglesa carecen de límite conocido. Tal vez mi compañera de alojamiento sea tan cabal que la misma virginidad parezca a su lado una moza de partido, y yo estoy injuriándola. Mañana preguntaré a los oficiales ingleses que conozco... Como no sea una de esas naturalezas impresionables y acaloradas que nacen al acaso en el Norte, y que buscan, como las golondrinas, los climas templados; bajan, llenas de ansiedad, al Mediodía, pidiendo luz, sol, pasiones, poesía, alimento del corazón y de la fantasía que no siempre encuentran, o encuentran a medias, y van con febril deseo tras de la originalidad, tras las costumbres raras, y adoran los caracteres apasionados, aunque sean casi salvajes; la vida aventurera, la galantería caballeresca, las ruinas, las leyendas, la música popular y hasta las groserías de la plebe, siempre que sean graciosas.»

Diciendo o pensando así, y enlazando con éstos otros pensamientos que más hondamente me preocupaban, caí en profundísimo sueño reparador. Levantéme muy temprano a la mañana siguiente, y, sin acordarme para nada de la hermosa inglesa, cual si la noche lim-

piara todas las telas de araña fabricadas y tendidas el día anterior dentro de mi cerebro, salí de mi alojamiento.

—Marchamos hacia San Muñoz—me dijo Figueroa, oficial portugués amigo mío, que servía con el general Picton.

—¿Y el lord?

—Va a partir no sé adónde. La división de Graham está sobre Tamames. Nosotros vamos a formar el ala izquierda de la división de don Carlos España y la partida de don Julián Sánchez.

Cuando nos dirigíamos juntos al alojamiento del general, pedile informes de la dama inglesa cuya figura y extraños modos he dado a conocer, y me contestó:

—Es miss Fly; o, lo que es lo mismo, miss Mosquita, Mariposa, Pajarita o cosa así. Su nombre es Athenais. Tiene por padre a lord Fly, uno de los señores más principales de la Gran Bretaña. Nos ha seguido desde Albuera, pintando iglesias, castillos y ruinas en cierto librote que trae consigo, y escribiendo todo lo que pasa. El lord y los demás generales ingleses la consideran mucho, y si quieres saber lo que es bueno, atrévete a faltar al respeto a la señorita Fly, que en inglés se dice *Flai*, pues ya sabes que en esa lengua se escriben las palabras de una manera y se pronuncian de otra, lo cual es un encanto para el que quiere aprenderla.

Acto continuo referí a mi amigo las escenas de la noche anterior y el paseo que en la soledad de la noche dimos Fly y yo por aquellos contornos; lo que, oído por Figueroa, causó a éste muchísima sorpresa.

—Es la primera vez—dijo—que la rubita tiene tales familiaridades con un oficial español o portugués, pues hasta ahora a todos nos miró con altanería...

—Yo la tuve por persona de costumbres un tanto libres.

—Así parece, porque anda sola, montada a caballo, entra y sale por medio del ejército, habla con todos, visita las posiciones de vanguardia antes de una batalla, y los hospitales de sangre después... A veces se aleja del ejército para recorrer sola los pueblos inmediatos, mayormente si hay en éstos abadías, catedrales o castillos, y en sus ratos de ocio no hace más que leer romances.

Hablando de este y de otros asuntos empleamos la mañana, y cerca del me-

diodía fuimos al alojamiento de Carlos España, el cual no estaba allí.

—España—nos dijo el guerrillero Sánchez—está en el alojamiento del cuartel general.

—¿No marcha lord Wellington?

—Parece que se queda aquí, y nosotros salimos para San Muñoz dentro de una hora.

—Vamos al alojamiento del duque—dijo Figueroa—; allí sabremos noticias ciertas.

Estaba lord Wellington en la Casa-Ayuntamiento, la única capaz y decorosa para tan insigne persona. Llenaban la plazoleta, el soportal, el vestíbulo y la escalera multitud de oficiales de todas graduaciones, españoles, ingleses y lusitanos, que entraban, salían, formaban corrillos disputando y bromeando unos con otros en amistosa intimidad, cual si todos perteneciesen a una misma familia. Subimos Figueroa y yo, y después de aguardar más de hora y media en la antesala, salió España y nos dijo:

—El general en jefe pregunta si hay un oficial español que se atreva a entrar disfrazado en Salamanca para examinar los fuertes y las obras provisionales que ha hecho el enemigo en la muralla, y enterarse de si es grande o pequeña la guarnición, y abundantes o escasas las provisiones.

—Yo soy—dije resueltamente, sin aguardar a que el general concluyese.

—¿Tú—dijo España con la desdeñosa familiaridad que usaba hablando con sus oficiales—, tú te atreves a emprender viaje tan arriesgado? Ten presente que es preciso ir y volver.

—Lo supongo.

—Es necesario atravesar las líneas enemigas, pues los franceses ocupan todas las aldeas del lado acá del Tormes.

—Se entra por donde se puede, mi general.

—Luego has de atravesar la muralla, los fuertes; has de penetrar en la ciudad, visitar los acantonamientos, sacar planos...

—Todo eso es para mí un juego, mi general. Entrar, salir, ver..., una diversión. Hágame vuestro servicio la merced de presentarme al señor duque, diciéndole que estoy a sus órdenes para lo que desea.

—Tú eres un atolondrado y no sirves para el caso—repuso don Carlos—. Bus-

caremos otro. No sabes una palabra de geometría ni de fortificación.

—Eso lo veremos—contesté sofocado.

—Y es preciso, es preciso ir—añadió mi jefe—. Aún no ha formado el lord su plan de batalla. No sabe si asaltará a Salamanca o la bloqueará; no sabe si pasará el Tormes para perseguir a Marmont, dejando atrás a Salamanca, o si... ¿Dices que te atreves tú?

—¿Pues no he de atreverme? Me vestiré de charro, entraré en Salamanca vendiendo hortalizas o carbón. Veré los fuertes, la guarnición, las vituallas; sacaré un croquis y me volveré al campamento... Mi general—añadí con calor—, o me presenta vuestro servicio al duque, o me presento yo.

—Vamos, vamos al momento—dijo España, entrando conmigo en la sala.

XI

Junto a una gran mesa colocada en el centro estaba el duque de Ciudad Rodrigo, con otros generales, examinando una carta del país, y tan profundamente atendían a las rayas, puntos y letras con que el geógrafo designara los accidentes del terreno, que no alzaron la cabeza para mirarnos. Hízome señas don Carlos España de que debíamos esperar, y en tanto dirigí la vista a distintos puntos de la sala para examinar, siguiendo mi costumbre, el sitio en que me encontraba. Otros oficiales hablaban en voz baja, retirados del centro, y entre ellos, ¡oh sorpresa!, vi a miss Fly, que sostenía conversación animada con un coronel de artillería llamado Simpson.

Por fin, lord Wellington levantó los ojos del mapa y nos miró. Hice una amabilísima reverencia; entonces el inglés me miró más, observándome de pies a cabeza. También yo le observé a él a mis anchas, gozoso de tener ante mi vista a una persona tan amada entonces por todos los españoles y que tanta admiración me inspiraba a mí. Era Wellesley bastante alto, de cabellos rubios y rostro encendido, aunque no por las causas a que el vulgo atribuye las inflamaciones epidérmicas de la gente británica. Ya se sabe que es proverbial en Inglaterra la afirmación de que el único grande hombre que no ha perdido ja-

más su dignidad después de los postres es el vencedor de Tipoo Sayb y de Bonaparte.

Representaba Wellington cuarenta y cinco años, y ésta era su edad, la misma exactamente que Napoleón, pues ambos nacieron en 1769, el uno en mayo y el otro en agosto. El sol de la India y el de España habían alterado la blancura de su color sajón. Era la nariz, como antes he dicho, larga y un poco bermeillonada; la frente, resguardada de los rayos del sol por el sombrero, conservaba su blancura, y era hermosa y serena como la de una estatua griega, revelando un pensamiento sin agitación y sin fiebre, una imaginación encadenada y gran facultad de ponderación y cálculo. Adornaba su cabeza un mechón de pelo o tupé que no usaban, ciertamente, las estatuas griegas, pero que no caía mal sirviendo de vértice a una mollera inglesa. Los grandes ojos azules del general miraban con frialdad, posándose vagamente sobre el objeto observado, y observaban sin aparente interés. Era la voz sonora, acompasada, medida, sin cambiar de tono, sin exacerbaciones y acentos duros, y el conjunto de su modo de expresarse, reunidos el gesto, la voz y los ojos, producía grata impresión de respeto y cariño.

Su excelencia me miró, como he dicho, y entonces don Carlos España dijo:

—Mi general, este joven desea desempeñar la comisión de que vucencia me ha hablado hace poco. Yo respondo de su valor y de su lealtad; pero he intentado disuadirle de su empeño, porque no posee conocimientos facultativos.

Aquello me avergonzó, principalmente por hallarme delante de miss Fly, y porque, en efecto, yo no había estado en ninguna academia.

—Para esta comisión—dijo Wellington en castellano bastante correcto—se necesitan ciertos conocimientos...

Y fijó los ojos en el mapa. Yo miré a España y España me miró a mí. Pero la vergüenza no me impidió tomar una resolución, y sin encomendarme a Dios ni al diablo dije:

—Mi general, es cierto que no estudié en ninguna academia; pero una larga práctica de la guerra en batallas, y, sobre todo, en sitios, me ha dado tal vez los conocimientos que vucencia exige para esta comisión. Sé levantar un plano.

El duque de Ciudad Rodrigo, alzando de nuevo los ojos, habló así:

—En mi cuartel general hay multitud de oficiales facultativos; pero ningún inglés podría entrar en Salamanca, porque sería al instante descubierto por su rostro y por su lenguaje. Es preciso que vaya un español.

—Mi general—dijo con fatuidad España—, en mi división no faltan oficiales facultativos. He traído a éste porque se empeñó en hacer alarde de su arrojo delante de vucencia.

Miré con indignación a don Carlos, y luego exclamé con la mayor vehemencia:

—Mi general, aunque en esta empresa existan todos los peligros, todas las dificultades imaginables, yo entraré en Salamanca y volveré con las noticias que vucencia desea.

Tranquila y sosegadamente, lord Wellington me preguntó:

—Señor oficial, ¿dónde empezó usted su vida militar?

—En Trafalgar—contesté.

Cuando esta histórica y grandiosa palabra resonó en la sala, en medio del general silencio, todas las cabezas de las personas allí presentes se movieron como si perteneciesen a un solo cuerpo, y todos los ojos fijáronse en mí con vivísimo interés.

—Entonces ¿ha sido usted marino?—interrogó el duque.

—Asistí al combate teniendo catorce años de edad. Yo era amigo de un oficial que iba en el *Trinidad*. La pérdida de la tripulación me obligó a tomar parte en la batalla.

—¿Y cuándo empezó usted a servir en la campaña contra los franceses?

—El dos de mayo de mil ochocientos ocho, mi general. Los franceses me fusilaron en la Moncloa. Salvéme milagrosamente; pero en mi cuerpo han quedado escritos los horrores de aquel tremendo día.

—¿Y desde entonces se alistó usted?

—Alistéme en los regimientos de voluntarios de Andalucía, y estuve en la batalla de Bailén.

—¡También en la batalla de Bailén!—dijo Wellington con asombro.

—Sí, mi general: el diecinueve de julio de mil ochocientos ocho. ¿Quiere vucencia ver mi hoja de servicios, que comienza en dicha fecha?

—No; me basta—repuso Wellington—. ¿Y después?

—Volví a Madrid y tomé parte en la jornada del tres de diciembre. Caí prisionero y quisieron llevarme a Francia.

—¿Le llevaron a usted a Francia?

—No, mi general, porque me escapé en Lerma, y fui a parar a Zaragoza, en tan buena ocasión, que alcancé el segundo sitio de aquella inmortal ciudad.

—¿Todo el sitio?—dijo Wellington con creciente interés hacia mi persona.

—Todo: desde el diecinueve de diciembre hasta el doce de febrero de mil ochocientos nueve. Puedo dar a vucencia noticia circunstanciada de las diversas peripecias de aquel grande hecho de armas, gloria y orgullo de cuantos nos encontramos en él.

—¿Y a qué ejército pasó usted luego?

—Al del Centro, y serví bastante tiempo a las órdenes del duque del Parque. Estuve en la batalla de Tamames y en Extremadura.

—¿No se encontró usted en un nuevo asedio?

—En el de Cádiz, mi general. Defendí durante tres días el castillo de San Lorenzo de Puntales.

—¿Y luego formó usted parte de la expedición del general Blake a Valencia?

—Sí, mi general; pero me destinaron al segundo cuerpo, que mandaba O'Donnell, y durante cuatro meses serví a las órdenes del Empecinado en esa singular guerra de partidas en que tanto se aprende.

—¿También ha sido usted guerrillero?

—dijo Wellington sonriendo—. Veo que ha ganado usted bien sus grados. Irá usted a Salamanca, si así lo desea.

—Señor, lo deseo ardientemente.

Todos los presentes seguían observándome, y miss Fly con mas atención que ninguno.

—Bien—añadió el héroe de Talavera fijando alternativamente la vista en mí y en el mapa—. Tiene usted que hacer lo siguiente: se dirigirá usted hoy mismo, disfrazado, a Salamanca, dando un rodeo para entrar por Cabrerizos. Forzosamente ha de pasar usted por entre las tropas de Marmont, que vigilan los caminos de Ledesma y Toro. Hay muchas probabilidades de que sea usted arcabuceado por espía; pero Dios protege a los valientes, y quizá..., quizá logre

usted penetrar en la plaza. Una vez dentro sacará usted un croquis de las fortificaciones, examinando con la mayor atención los conventos que han sido convertidos en fuertes, los edificios que han sido demolidos, la artillería que defiende los aproches de la ciudad, el estado de la muralla, las obras de tierra y fajina; todo absolutamente, sin olvidar las provisiones que tiene el enemigo en sus almacenes.

—Mi general—repuse—, comprendo bien lo que se desea y espero contentar a vucencia. ¿Cuándo debo partir?

—Ahora mismo. Estamos a doce leguas de Salamanca. Con la marcha que emprendemos hoy espero que pernctemos en Castroverde, cerca ya del Valmuza. Pero adelántese usted a caballo, y pasado mañana, martes, podrá entrar en la ciudad. En todo el martes ha de desempeñar por completo esta comision, saliendo el miércoles por la mañana para venir al cuartel general, que en dicho día estará seguramente en Bernuy. En Bernuy, pues, le aguardo a usted el miércoles, a las doce en punto de la mañana. No acostumbro esperar.

—Corriente, mi general. El miércoles, a las doce, estaré en Bernuy de vuelta de mi expedición.

—Tome usted precauciones. Diríjase a la calzada de Ledesma, pero cuidando de marchar siempre fuera del arrecife. Disfrácese usted bien, pues los franceses dejan entrar a los aldeanos que llevan víveres a la plaza; y al levantar el croquis evite en lo posible las miradas de la gente. Lleve usted armas, ocultándolas bien; no provoque a los enemigos; finjase amigo de ellos; en una palabra, ponga usted en juego su ingenio, su valor y todo el conocimiento de los hombres y de la guerra que ha adquirido en tantos años de activa vida militar. El mayor general del ejército entregará a usted la suma que necesite para la expedición.

—Mi general—dije—, ¿tiene vucencia algo que mandarme?

—Nada más—repuso, sonriendo con benevolencia—, sino que adoro la puntualidad y considero como origen del éxito en la guerra la exacta apreciación y distribución del tiempo.

—Eso quiere decir que, si no estoy de vuelta el miércoles a las doce, desagradaré a vucencia.

—Y mucho. En el tiempo marcado puede hacerse lo que encargo. Dos horas para sacar el croquis; dos para visitar los fuertes, ofreciendo en venta a los soldados algún artículo que necesitan; cuatro para recorrer toda la población y sacar nota de los edificios demolidos; dos para vencer obstáculos imprevistos; media para descansar. Son diez horas y media del martes por el día. La primera mitad de la noche, para estudiar el espíritu de la ciudad, lo que piensan de esta campaña la guarnición y el vecindario; una hora para dormir, y lo restante para salir y ponerse fuera del alcance y de la vista del enemigo. No deteniéndose en ninguna parte, puede usted presentarse en Bernuy a la hora convenida.

—A la orden de mi general—dije, disponiéndome a salir.

Lord Wellington, el hombre más grande de la Gran Bretaña, el rival de Bonaparte, la esperanza de Europa, el vencedor de Talavera, de la Albuera, de Arroyomolinos y de Ciudad Rodrigo, levantóse de su asiento, y con una grave cortesía y cordialidad que inundó mi alma de orgullo y alegría, dióme la mano, que estreché con gratitud entre las mías.

Salí a disponer mi viaje.

XII

Hallábame una hora después en una casa de labradores, ajustando el precio del vestido que había de ponerme, cuando sentí en el hombro un golpecito producido, al parecer, por un látigo que movían manos delicadas. Volvíme, y miss Fly, pues no era otra la que me azotaba, dijo:

—Caballero, hace una hora que os busco.

—Señora, los preparativos de mi viaje me han impedido ir a ponerme a las órdenes de usted.

Miss Fly no oyó mis últimas palabras, porque toda su atención estaba fija en una aldeana que teníamos delante, la cual, por su parte, amamantando un tierno chiquillo, no quitaba los ojos de la inglesa.

—Señora—dijo ésta—, ¿me podréis proporcionar un vestido como el que tenéis puesto?

La aldeana no entendía el castellano

corrompido de la inglesa, y mirábala absorta sin contestarle.

—Señorita Fly—dije—, ¿va usted a vestirse de aldeana?

—Sí—me respondió, sonriendo con malicia—. Quiero ir con vos.

—¡Conmigo!—exclamé con la mayor sorpresa.

—Con vos, sí; quiero ir disfrazada con vos a Salamanca—añadió tranquilamente, sacando de su bolsillo algunas monedas para que la aldeana la entendiese mejor.

—Señora, no puedo creer sino que usted se ha vuelto loca—dije—. ¿Ir conmigo a Salamanca, ir conmigo a esta expedición arriesgada y de la cual ignoro si saldré con vida?

—¿Y qué? ¿No puedo ir porque hay peligro? Caballero, ¿en qué os fundáis para creer que yo conozco el miedo?

—Es imposible, señora; es imposible que usted me acompañe—afirmé con resolución.

—Ciertamente, no os creía grosero. Sois de los que rechazan todo aquello que sale de los límites ordinarios de la vida. ¿No comprendéis que una mujer tenga arrojo suficiente para afrontar el peligro, para prestar servicios difíciles a una causa santa?

—Al contrario, señora; comprendo que una mujer como usted es capaz de eminentes acciones, y en este momento miss Fly me inspira sincero entusiasmo. Pero la comisión que llevo a Salamanca es muy delicada, exige que nadie vaya al lado mío, y menos una señora que no puede disfrazarse ocultando su lengua extranjera y noble porte.

—¿Que no puedo disfrazarme?

—Bueno, señora—dije, sin poder contener la risa—. Principie usted por dejar su guardapiés de amazona y póngase el manteo, es decir, una larga pieza de tela que se arrolla en el cuerpo, como la faja que ponen a los niños.

Miss Fly miraba con estupor el extraño y pintoresco vestido de la aldeana.

—Luego—añadió—, descíña usted esas hermosas trenzas de oro, construyéndose en lo alto un moño, del cual penderán cintas, y en las sienes dos rizos de rueda de carro, con horquillas de plata. Cíñase usted después la jubona de terciopelo, y cubra en seguida sus hermosos hombros con la prenda más graciosa y difícil de llevar, cual es el dengue o rebocino.

Athenais se ponía de mal humor, y contemplaba las singulares prendas que la charra iba sacando de un arcón.

—Y después de calzarse los zapatitos sobre media de seda calada, y ceñirse el picote negro bordado de lentejuelas, ponga usted la última piedra a tan bello edificio con la mantilla de rocador prendida en los hombros.

La señorita Mariposa me miró con indignación, comprendiendo la imposibilidad de disfrazarse de aldeana.

—Bien—afirmó, mirándome con desdén—. Iré sin disfrazarme. En realidad, no lo necesito, porque conozco al coronel Desmarets, que me dejará entrar. Le salvé la vida en la Albuera. Y no creáis, mi conocimiento con el coronel Desmarets puede seros útil...

—Señora—le dije, poniéndome serio—, el honor que recibo y el placer que experimento al verme acompañado por usted son tan grandes, que no sé cómo expresarlos. Pero no voy a una fiesta, señora: voy al peligro. Además, si éste no asusta a una persona como usted, ¿nada significa el menoscabo que pueda recibir la opinión de una dama ilustre que viaja con hombre desconocido por vericuetos y andurriales?

—Menguada idea tenéis del honor, caballero—declaró, con nobleza y altanería—. O vuestros hechos son mentira, o vuestros pensamientos están muy por bajo de ellos. Por Dios, no os arrastréis al nivel de la muchedumbre, porque conseguiréis que os aborrezca. Iré con vos a Salamanca.

Y tomando el partido de no contestar a mis razonables observaciones, se dirigió al cuartel general, mientras yo tomaba el camino de mi alojamiento para trocarlo de oficial del ejército en el más rústico charro que ha parecido en campos salmantinos. Con mi calzón estrecho de paño pardo, mis medias negras y zapatos de vaca, con mi chaleco cuadrado, mi jubón de aldetas en la cintura y cuchillada en la sangría, y el sombrero de alas anchas y cintas colgantes que encajó en mi cabeza, estaba que ni pintado. Completaron mi equipo, por el momento, una cartera que cosí dentro del jubón con lo necesario para trazar algunas líneas, y el alma de la expedición, o sea el dinero, que puse en la bolsa interna del cinto.

XIII

«Ya está mi señor Araceli en campaña—me dije—. El miércoles, a las doce, de vuelta, en Bernuy... ¡En buena me he metido!... Si la inglesa da en el hito de acompañarme, soy hombre perdido... Pero me opondré con toda energía, y como no entre en razón, denunciaré al general en jefe el capricho de su audaz paisana para que acorte los vuelos de esta sílfide andariega y voluntariosa.»

No era tanta mi inmodestia que supusiese a Athenais movida exclusivamente de un antojo y afición a mi persona; pero, aun creyéndome indigno de la solícita persecución de la hermosa dama, resolví poner en práctica un medio eficaz para librarme de aquel enojoso, aunque adorable y tentador estorbo, y fué que, bonitamente y sin decir nada a nadie, como Don Quijote en su primera salida, eché a correr fuera de Sancti Spíritus, y delante de la vanguardia del ejército, que en aquel momento comenzaba a salir para San Muñoz.

Pero juzgad, ¡oh señores míos!, cuál sería mi sorpresa cuando, a poco de haber salido espoleando mi cabalgadura, que en el andar allá se iba con Rocinante, sentí detrás un chirrido de ásperas ruedas y un galope de rocín y un crujir de látigo y unas voces extrañas, de las que en todos los idiomas se emplean para animar a un bruto perezoso. Juzgad mi sorpresa cuando me volví y vi a la misma miss Fly dentro de un cochecillo indescriptible, no menos destartado y viejo que aquel de la célebre catástrofe, guiándolo ella misma, acompañada de un rapazuelo de Sancti Spíritus.

Al llegar junto a mí, la inglesa profirió exclamaciones de triunfo. Su rostro, enardecido y risueño, era como el de quien ha ganado un premio en la carrera; sus ojos despedían la viva luz de un gozo sin límites; algunas mechas de sus cabellos de oro flotaban al viento, dándole el fantástico aspecto de no sé qué deidad voladora de esas que corren por los frisos de la arquitectura clásica, y su mano agitaba el látigo con tanta gallardía como un centauro su dardo mortífero. Si me fuera lícito emplear las palabras que no entiendo bien

aplicadas a la figura humana, pero que son de uso común en las descripciones, diría que estaba *radiante*.

—Os he alcanzado—dijo, con acento triunfal—. Si mistress Mitchell no me hubiera prestado su carricoche, habría venido sobre una cureña, señor Araceli.

Y como nuevamente le expusiera yo los inconvenientes de su determinación, añadió:

—¡Qué placer tan grande experimento! Esta es la vida para mí: libertad, independencia, iniciativa, arrojo. Iremos a Salamanca... Sospecho que allí tendréis que hacer, además de la comisión de lord Wellington... Pero no me importan vuestros asuntos. Caballero, sabed que os desprecio.

—¿Y qué hice yo para merecerlo?—dije, poniendo mi cabalgadura al paso del caballo de tiro y aflojando la marcha, lo que ambas bestias agradecieron mucho.

—¿Qué? Llamar locura a este designio mío. No tienen otra palabra para expresar nuestra inclinación a las impresiones desconocidas, a los grandes objetos que entrevé el alma sin poder precisarlos, a las caprichosas formas con que nos seduce el acaso, a las dulces emociones producidas por el peligro previsto y el éxito deseado.

—Comprendo toda la grandeza del varonil espíritu de usted; pero ¿qué puede encontrar en Salamanca digno del empleo de tan insignes facultades? Voy como espía, y el espionaje no tiene nada de sublime.

—¿Queréis hacerme creer—dijo, con malicia—que vais a Salamanca a la comisión de lord Wellington?

—Seguramente.

—Un servicio a la patria no se solicita con tanto afán. Recordad lo que me dijisteis acerca de la persona a quien amáis, la cual está presa, encantada o endemoniada, así lo habéis dicho, en la ciudad adonde vamos.

Una risa franca vino a mis labios; mas la contuve, diciendo:

—Es verdad; pero quizá no tenga tiempo para ocuparme de mis propios asuntos.

—Al contrario—dijo, con gracia suya—. No os ocuparéis de otra cosa. ¿Se podrá saber, caballero Araceli, quién es cierta condesa que os escribe desde Madrid?

—¿Cómo sabe usted...?—pregunté, con asombro.

—Porque poco antes de salir yo de la casa de Forfolleda llegó un oficial con una carta que había recibido para vos. La miré y vi unas armas con corona. Vuestro asistente dijo: «Ya tenemos otra cartita de mi señora la condesa.»

—¡Y yo salí sin recoger esa carta!—exclamé, contrariado—. Vuelvo al instante a Sancti Spiritus.

Pero miss Fly me detuvo con un gesto encantador, diciendo con gracejo sin igual:

—No seáis impetuoso, joven soldado: tomad la carta.

Y me la dió, y al punto la abrí y lei. En ella me decía simplemente, a más de algunas cosas dulces y lisonjeras, que por Marchena acaba de saber que nuestro enemigo se disponía a salir de Plasencia para Salamanca.

—Parece que os dan alguna noticia importante, según lo mucho que reflexionáis sobre ella—me dijo Athenais.

—No me dice nada que yo no sepa. La infeliz madre, agobiada por el dolor y la impaciencia, me apremia sin cesar para que le devuelva el bien que le han quitado.

—Esa carta es de la mamá de la encantada—dijo la señorita Mariposa, con incredulidad—. Forjáis historias muy lindas, caballero, pero que no engañarán a personas discretas, como yo.

Recorrí la carta con la vista, y seguro de que no contenía cosa alguna que a los extraños debiera ocultarse, pues la misma condesa había hecho público el secreto de su desgraciada maternidad, la di a miss Fly para que la leyese. Ella, con inmensa curiosidad, la leyó en un momento; y repetidas veces alzó los ojos del papel para clavarlos en mí, acompañando su mirada de expresivas exclamaciones y preguntas.

—Yo conozco esta firma—dijo primero—. La condesa de ***. La vi y la traté en el Puerto de Santa María.

—En enero del año diez, señora.

—Justamente... Y dice que sois su ángel tutelar, que espera de vos su felicidad..., que os deberá la vida..., que cambiaría todos los timbres de su casa por vuestro valor, por la nobleza de vuestro corazón y la rectitud de vuestros altos sentimientos.

—¿Eso dice?... Pasé la vista sin fijarme más que en lo esencial.

—Y también que tiene completa confianza en vos, porque os cree capaz de salir bien en la gran empresa que traéis entre manos... Que Inés, ¿conque se llama Inés?, a pesar de lo mucho que vale por su hermosura y por sus prendas, le parece poco galardón para vuestra constancia...

Miss Fly me devolvió la carta. Inflamaba su rostro una dulce confusión, casi diré arrebatador entusiasmo. Su brillante fantasía, despertándose de súbito con briosa fuerza, agrandaba, sin duda, hasta límites fabulosos, la aventura que delante tenía.

—¡Caballero!—exclamó, sin ocultar el expansivo y grandioso arrobamiento de su alma poética—, esto es hermosísimo, tan hermoso, que no parece real. Lo que yo sospechaba y ahora se me revela por completo tiene tanta belleza como las mentiras de las novelas y romances. De modo que vos, al ir a Salamanca, vais a intentar...

—Lo imposible.

—Decid mejor dos imposibles—afirmó Athenais, con exaltado acento—, porque la comisión de Wellington..., ¡qué sublime paso, qué incomparable atrevimiento, señor Araceli! El coronel Simpson decía hace poco que hay noventa y nueve probabilidades contra una de que seréis fusilado.

—Dios me protegerá, senora.

—Seguramente. Si no hubieran existido en el mundo hombres como vos, no habría historia, o sería muy fastidiosa. Dios os protegerá. Hacéis muy bien..., apruebo vuestra conducta. Os ayudaré.

—Pero ¿todavía insiste usted?

—¡Extraño suceso!—dijo, sin hacer caso de mi pregunta—. ¡Y cómo me seduce y cautiva! En España, sólo en España, podría encontrarse esto, que enciende el corazón, despierta la fantasía y da a la vida el aliciente de vivas pasiones que necesita. Una joven robada; un caballero leal que, despreciando toda clase de peligros, va en su busca y penetra con ánimo fuerte en una plaza enemiga, y aspira, sólo con el valor de su corazón y los ardidés de su ingenio, a arrancar el objeto amado de las bárbaras manos que la aprisionan... ¡Oh, qué aventura tan hermosa! ¡Qué romance tan lindo!

—¿Gustan a usted, señora, las aventuras y los romances?

—¿Que si me gustan? ¡Me encantan, me enamoran, me cautivan más que ninguna lectura de cuantas han inventado ingenios de la tierra!—repuso con entusiasmo—. ¡Los romances! ¿Hay nada más hermoso ni que con elocuencia más dulce y majestuosa hable a nuestra alma? Los he leído y los conozco todos: los moriscos, los históricos, los caballescres, los amorosos, los devotos, los vulgares, los de cautivos y forzados y los satíricos. Los leo con pasión; he traducido muchos al inglés en verso o prosa.

—¡Oh señora mía e insigne maestra!—dije, afirmando para mí que la enfermedad moral de miss Fly era una monomanía literaria—. ¡Cuánto deben a usted las letras españolas!

—Los leo con pasión—añadió, sin hacerme caso—; pero, ¡ay!, los busco ansiosamente en la vida real y no puedo, ¡no puedo encontrarlos!

—Justo, porque esos tiempos pasaron, y ya no hay Lindarajas, ni Tarfes, ni Bravoneles, ni Melisendras—afirmé, reconociendo que me había equivocado en mi juicio anterior respecto a la enfermedad de la Pajarita—. Pero ¿de veras se ha empeñado usted en encontrar en la vida real los romances? Por ejemplo, aquellas moritas vestidas de verde que se asomaban a las rejas de plata para despedir a sus galanes cuando iban a la guerra, aquellos mancebos que salían al redondel con listón amarillo o morado, aquellos barbudos reyes de Jaén o Antequera que...

—Caballero—dijo con gravedad, interrumpiéndome—, ¿habéis leído los romances de Bernardo del Carpio?

—Señora—respondí turbado—, confieso mi ignorancia. No los conozco. Me parece que los he oído pregonar a los ciegos; pero nunca los compré. He descuidado mucho mi instrucción, miss Fly.

—Pues yo los sé todos de memoria, desde

En los reinos de León
el Quinto Alfonso reinaba;
hermosa hermana tenía,
doña Jimena se llama,

hasta la muerte del héroe, donde hay
aquello de

Al pie de un túmulo negro
está Bernardo del Carpio.

¡Incomparable poesía! Después de la *Iliada* no se ha compuesto nada mejor. Pues bien. ¿No conocéis, ni siquiera de oídas, el romance en que *Bernardo liberta de los moros a su amada Estela y al Carpio que tenían cercado*?

—Eso ha de ser bonito.

—Parece que resucitan los tiempos—dijo miss Fly con cierta vaguedad inexplicable, al modo de expresión profética en el semblante—; parece que salen de su sepultura los hombres revistiendo forma antigua, o que el tiempo y el mundo dan un paso atrás para aliviar su tristeza, renovando por un momento las maravillas pasadas... La Naturaleza, aburrida de la vulgaridad presente, se viste con las galas de su juventud, como una vieja que no quiere serlo... Retrocede la Historia, cansada de hacer tonterías, y con pueril entusiasmo hojea las páginas de su propio diario, y luego busca la espada en el cajón de los olvidados y sublimes juguetes... Pero ¿no veis esto, Araceli, no lo veis?

—Señora, ¿qué quiere usted que vea?

—El romance de Bernardo y de la hermosa Estela, que por segunda vez...

Al decir esto, el caballo que arrastraba, no sin trabajo, el carricoche de la poética Athenais, empezó a cojear, sin duda porque no podía reverdecer, como la Historia, las lozanas robusteces y agilitades de su juventud. Pero la inglesa no paró mientes en esto, y con gravedad suma continuó así:

—También tiene ahora aplicación el romance de don Galván, que no está escrito, pero que puede recogerse de boca del pueblo, como lo he hecho yo. En él, sin embargo, don Galván no hubiera podido sacar de la torre a la infanta sin el auxilio de una hada o dama desconocida que se le apareció...

El caballo, entonces, que ya no podía con su alma, tropezó, cayendo de rodillas.

—Mi estimable hada, aquí tiene usted la realidad de la vida—le dije—. Este caballo no puede seguir.

—¡Cómo!—exclamó con ira la inglesa—. Andará. Si no, enganchad el vuestro al carricoche, e iremos juntos aquí.

—¡Imposible, señora, imposible!

—¡Qué desolación! Bien decía mistress Mitchell que este animal no sirve para nada. A mí, sin embargo, me pareció digno del carro de Faetonte.

Levantamos al animal, que dió algunos pasos y volvió a caer al poco trecho.

—Imposible, imposible—exclamé—. Señora, me veo obligado, muy a pesar mío, a abandonar a usted.

—¡Abandonarme!—dijo la inglesa.

En sus hermosos ojos brilló un rayo de aquella cólera augusta que los poetas atribuyen a las diosas de la antigüedad.

—Sí, señora; lo siento mucho. Va a anochecer. De aquí a Salamanca hay diez leguas; el miércoles, a las doce, tengo que estar de vuelta en Bernuy. No necesito decir más.

—Bien, caballero—dijo con temblor en los labios y acerba reconvención en la mirada—. Marchaos. No os necesito para nada.

—El deber no me permite detenerme ni una hora más—afirmé, volviendo a montar en mi caballo, después que, ayudado por el aldeanillo, puse sobre sus cuatro patas al de miss Fly—. El ejército aliado no tardará... ¡Ah!, ya están aquí. En aquella loma aparecen las avanzadas... Las manda Simpson, su amigo de usted, el coronel Simpson... Conque ya puede darme su licencia... No dirá usted, señora mía, que la dejo sola... Allí viene un jinete. Es Simpson en persona.

Miss Fly miró hacia atrás con despecho y tristeza.

—Adiós, hermosa señora mía—grité, picando espuelas—. No puedo detenerme. Si vivo, contaré a usted lo que me ocurra.

Apresurado por mi deber, me alejé a todo escape.

XIV

Marché aquella tarde y parte de la noche, y después de dormir unas cuantas horas en Cástrejón, dejé allí el caballo, y habiendo adquirido gran cantidad de hortalizas, con más un asno flaquísimo y tristón, hice mi repuesto y emprendí la marcha por una senda que conducía directamente, según me indicaron, al camino de Vitigudino. Halléme en éste al mediodía del lunes; mas una vez que lo reconocí, apartéme de él, tomando por atajos y vericuetos hasta llegar al Tormes, que pasé para

coger el camino de Ledesma y lugar de Villamayor. Por varios aldeanos, que encontré en un mesón jugando a la calva y a la rayuela, supe que los franceses no dejaban entrar a quien no llevase carta de seguridad dada por ellos mismos, y que aun así detenían a los vendedores en la plaza, sin dejarlos pasar adelante, para que no pudiesen ver los fuertes.

—No me han quedado ganas de volver a Salamanca, muchacho—me dijo el charro fornido y obeso que me dió tan lisonjeros informes después de convidarme a beber en la puerta del mesón—. Por milagro de Dios y de María Santísima está vivo el señor Baltasar Cipérez, o sea, yo mismo.

—¿Y por qué?

—Porque verás. Ya sabes que han mandado vayan a trabajar a las fortificaciones todos los habitantes de estos pueblos. El lugar que no envía a su gente es castigado con saqueo y a veces con degüello... Bien dicen que el diablo es sutil. La costumbre es que, mientras los aldeanos trabajan, los soldados estén quietos, hablando y fumando, y de trecho en trecho hay sargentos que, látigo en mano, están allí con mucho ojo abierto para ver el que se distrae, o mira al cielo, o habla a su compañero... Bien dijo el otro que el diablo no duerme y todo lo añasca... En cuanto se descuida uno tanto así..., ¡plas!

—Le toman la medida de las espaldas.

—Yo tengo mala sangre—añadió Cipérez—, y no creo haber nacido para esclavo. Soy aldeano rico, estoy acostumbrado a mandar y no a que me den de latigazos. A perro viejo, no hay tus, tus... Así es que, cuando aquel Lucifer me...

—Si soy el azotado, allí mismo le tiendo.

—Yo cerré los ojos; yo no vi más que sangre; yo me metí entre todos, porque... ¡Baltasar Cipérez azotado por un francés!... Yo daba mojicones... Quien no puede dar en el asno, da en la albarda. En fin, allí nos machacamos las liendres durante un cuarto de hora... Mira las resultas.

El rico aldeano, apartando la anguarina, puesta del revés, según uso del país, mostróme su brazo vendado y sostenido en un pañuelo al modo de castrillo.

—¿Y nada más? ¡Pues yo creí que le habían ahorcado a usted!

—No, tonto, no me ahorcaron. ¿De veras lo creías tú? Habríanlo hecho si no se hubiera puesto de parte mía un soldado francés, llamado Molichard, que es un buen hombre y un tanto borracho. Como éramos amigos y habíamos bebido tantas copas juntos, se dió sus mañas, y sacándome del calabozo me puso en salvo, aunque no sano, en la puerta de Zamora. ¡Pobre Molichard, tan borracho y tan bueno! Cipérez el rico no olvidará su generosa conducta.

—Señor Cipérez—dijo al leal salmantino—, yo voy a Salamanca y no tengo carta de seguridad. Si su merced me proporciona una...

—¿Y a qué vas allá?

—A vender estas verduras — repuse, mostrando mi pollino.

—Buen comercio. Te lo pagarán a peso de oro. ¿Llevas lo que ellos llaman *jevicó*?

—¿Habichuelas? Sí. Son de Castrejón.

El aldeano me miró con atención algo suspicaz.

—¿Sabes por dónde anda el ejército inglés?—me preguntó, clavando en mí los ojos—. Por la uña se saca al león...

—Cerca está, señor Cipérez. ¿Conque me da su merced la carta de seguridad?...

—Tú no eres lo que pareces—dijo con malicia el aldeano—. ¡Vivan los buenos patriotas y mueran los franceses; todos los franceses menos Molichard, a quien pondré sobre las niñas de mis ojos!

—Sea lo que quiera..., ¿me da su merced la carta de seguridad?

—Baltasarillo—gritó Cipérez—, llégate aquí.

Del grupo de los jugadores salió un joven como de veinte años, vivaracho y alegre.

—Es mi hijo—dijo el charro—. Es un acero... Baltasarillo, dame tu carta de seguridad.

—Entonces...

—No, no vayas mañana a Salamanca. Vuelve conmigo a Escuernavacas. ¿No dices que tu madre quedó muy triste?

—Madre tiene miedo a las moscas; pero yo, no.

—¿Tú, no?

—Por miedo de gorriones no se dejan de sembrar cañamones—replicó el mancebo—. Quiero ir a Salamanca.

—A casa, a casa. Te mandaré mañana con un regalito para el señor Moli-chard... Dame tu carta.

El joven sacó su documento y entregómelo el padre, diciendo:

—Con este papel te llamarás Baltasarillo Cipérez, natural de Escuernavacas partido de Vitigudino. Las señas de los dos mancebos allá se van. El papel está en regla, y lo saqué yo mismo hace dos meses, la última vez que me hijo estuvo en Salamanca con su hermana María, cuando la fiesta del rey Copas.

—Pagaré a su merced el servicio que me ha hecho—dijo, echando mano a la bolsa, cuando Baltasarito se apartó de mí.

—Cipérez el rico no toma dinero por un favor—dijo con nobleza—. Creo que sirves a la patria, ¿eh? Porque, a pesar de ese pelaje... Tan bueno es como el rey y el Papa el que no tiene capa... Todos somos unos. Yo también...

—¿Cómo recibirán estos pueblos al lord cuando se presente?

—¿Cómo le han de recibir?... ¿Le has visto? ¿Está cerca?—preguntó con entusiasmo.

—Si su merced quiere verle, pásese el miércoles por Bernuy.

—¡Bernuy! Estar en Bernuy es estar en Salamanca—exclamó con exaltado gozo—. El refrán dice: «Aquí caerá Sansón»; pero yo digo: «Aquí caerá Marmont y cuantos con él son.» ¿Has visto los estudiantes y los mozos de Villamayor?

—No he visto nada, señor.

—Tenemos armas—dijo con misterio—. Ténganos el pie al herrar y verá del que cojeamos... Cuando el lord nos vea...

Y luego, llevándome aparte con toda reserva, añadió:

—Tú vas a Salamanca mandado por el lord..., ¿eh?, como si lo viera... No haya miedo. El que tiene padre alcalde, seguro va a juicio. Bien, amigo..., has de saber que en todos estos pueblos estamos preparados, aunque no lo parece. Hasta las mujeres saldrán a pelear... Los franceses quieren que les ayudemos; pero lo que has de dar al mur dalo al gato y sacarte ha de cuidado. Yo serví algún tiempo con Julián Sánchez, y muchas veces entré en la ciudad como espía... Mal oficio...; pero en manos está el pandero, que lo saben bien tañer.

—Señor Cipérez—dijo—. ¡Vivan los buenos compatriotas!

—No esperamos más que ver al inglés para echarnos todos al campo con escopetas, hoces, picos, espadas y cuanto tenemos recogido y guardado.

—Y yo me voy a Salamanca. ¿Me dejarán trabajar en las fortificaciones?

—Peligrosillo es. ¿Y el látigo? Quien a mí me trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano... Pero si ahora no trabajan los aldeanos en los fuertes.

—¿Pues quién?

—Los vecinos de la ciudad.

—¿Y los aldeanos?

—Los ahorcan si sospechan que son espías. Que ahorquen. Al freír de los huevos lo verán, y a cada puerco le llega su San Martín... Por mí nada temo ahora, porque en salvo está el que repica.

—Pero yo...

—Animo, joven... Dios está en el Cielo..., y con esto me voy hacia Valverdón, donde me esperan doscientos estudiantes y más de cuatrocientos aldeanos. ¡Viva la patria de Fernando Séptimo! ¡Ah!, por si te sirve de algo, puedes decir en Salamanca que vas a buscar hierro viejo para tu señor padre Cipérez el rico... Adiós...

—Adiós, generoso caballero.

—¿Caballero yo? Poco va de Pedro a Pedro... Aunque las calzo no las ensucio... Adiós, muchacho, buena suerte, ¿Sabes bien el camino? Por aquí adelante, siempre adelante. Encontrarás pronto a los franceses; pero siempre adelante, adelante siempre. Aunque mucho sabe la zorra, más sabe el que la toma.

Nos despedimos el bravo Cipérez y yo, dándonos fuertes apretones de manos, y seguí a buen paso mi camino.

XV

Detúveme a descansar en Cabrerizos, ya muy alta la noche del lunes al martes, y al amanecer del día siguiente, cuando me disponía a hacer mi entrada triunfal en la ciudad, insigne maestra de España y de la civilización del mundo, los franceses, que hasta entonces no me habían incomodado, aparecieron en el camino. Era un destacamento de Dragones que custodiaba cierto convoy enviado por Marmont desde Fuentesauco.

A pesar de que no había motivo para pensar que aquellos señores se metieran conmigo, yo temía una desgracia; mas disimulé mi zozobra y recelo, arreando al pollino y afectando divertir la tristeza del camino con cantares alegres.

No me engañó el corazón, pues los invasores de la patria, ¡que comidos de los lobos sean antes, ahora y después!, sin intentar hacerme manifiesto daño, antes bien un beneficio aparente, contrariaron mi plan de un modo lastimoso.

—Hermosas hortalizas—dijo en francés un cabo, llevando su caballo al mismo paso que mi pollino.

No dije nada, y ni siquiera le miré.

—¡Eh, imbécil!—gritó en lengua híbrida, dándome con su sable en la espalda—, ¿llevas esas verduras a Salamanca?

—Sí, señor—respondí, afectando toda la estupidez que me era posible.

Un oficial detuvo el paso y ordenó al cabo que comprase toda mi mercancía.

—Todo, lo compramos todo—dijo el cabo, sacando un bolsillo de trapo mugriento—. *Combien?*

Hice señas negativas con la cabeza.

—¿No llevas eso a Salamanca para venderlo?

—No, señor; es para un regalo.

—¡Al diablo con los regalos! Nosotros compramos todo, y así, gran imbécil, podrás volverte a tu pueblo.

Comprendí que resistir a la venta era infundir sospechar, y les pedí un sentido por las verduras, cuya escasez era muy grande en aquella época y en aquel país. Mas enfurecido el soldado, amenazóme con abrirme bonitamente en dos; subió luego el precio más de lo ofrecido, bajé yo un tantico, y nos ajustamos. Recibí el dinero, mi pollino se quedó sin carga, y yo sin motivo aparente para justificar mi entrada en la ciudad, porque a los que no iban con víveres les daban con la puerta en los hocicos. Seguí, sin embargo, hacia adelante, y el cabo me dijo:

—¡Eh, buen hombre! ¿No os volvéis a vuestro pueblo? No he visto mayor estúpido.

—Señor—repuse—, voy a cargar mi burro de hierro viejo.

—¿Tienes carta de seguridad?

—¿Pues no he de traerla? Cuando estuve en Salamanca hace dos meses pa-

ra ver las fiestas del rey me la dieron... Pero como ahora no llevo carga, puede que no me dejen entrar a recoger el hierro viejo. Si el señor cabo quiere que vaya con su merced para que diga cómo me compró las verduras..., pues, y que voy por hierro viejo.

—Bueno, *saco de papel*; pon tu burro al paso de mi caballo, y sigueme; mas no sé si te dejarán entrar, porque hay órdenes muy rigurosas, para evitar el espionaje.

Llegamos a la puerta de Zamora, y allí me detuvo con muy malos modos el centinela.

—Déjale pasar—dijo mi cabo—; le he comprado las verduras, y va a cargar de hierro su jumento.

Miróme el cabo de guardia con recelo, y al ver retratada en mi semblante aquella beatífica estupidez propia de los aldeanos que han vivido largo tiempo en lo más intrincados de bosques y dehesas, dijo así:

—¡Estos palurdos son muy astutos! ¡Eh!, *monsieur le badaud*. En esta semana hemos ahorcado a tres espías.

Yo fingí no comprender, y él añadió:

—Puedes entrar si tienes carta de seguridad.

Mostré el documento, y me dejaron pasar.

Atravesé una calle larga, que era la de Zamora, y me condujo en derechura a una grande y hermosa plaza de soporales, ocupada a la sazón por gran gentío de vendedores. Busqué en las inmediaciones posada donde dejar mi burro para poder dedicarme con libertad al objeto de mi viaje, y cuando hube encontrado un mesón, que era el mejor de la ciudad, y acomodado en él con buen pienso de paja y cebada a mi pacífico compañero, salí a la calle. Era la de la Rúa, según me dijo una muchacha a quien pregunté. Mi afán era trasladarme al recinto amurallado para recorrerlo todo. De pronto vi multitud de personas de diversas clases que marchaban en tropel, llevando cada cual al hombro azadón o pico. Escoltábanlas soldados franceses, y no iban, ciertamente, muy a gusto aquellos señores.

«Son los habitantes de la ciudad que van a trabajar a las fortificaciones—dije para mí—. Los franceses los llevan a la fuerza.»

Apartéme a un lado por temor a que

mi curiosidad infundiese sospechas, y andando sin rumbo ni conocimiento de las calles, llegué a un convento, por cuyas puertas entraban a la sazón algunas piezas de artillería. De repente sentí una pesada mano sobre mi hombro, y una voz que en mal castellano me decía:

—¿No tomáis una azada, holgazán? Venid conmigo a casa del comisario de Policía.

—Yo soy forastero—repuse—; he venido con mi borriquito...

—Venid y se sabrá quién sois—continuó, mirándome atentamente—. Si, *par exemple*, fueseis *espion*.

Mi primer intento fué negarme a seguirle; pero hubiérame vendido la resistencia, y parecía más prudente ceder. Afectando la mayor humildad, seguí a mi extraño aprehensor, el cual era un soldado pequeño y vivaracho, ojinegro, morenito y oficioso, cuyo empaque y modos me hacían poquísima gracia. En el recodo que hacía una calle tortuosa y oscura traté de burlarle, quedándome un instante atrás para poner los pies en polvorosa con mi habitual ligereza; mas como adivinara el menguado mis intenciones, asíome del brazo, y socarronamente me dijo:

—¿Creéis que soy menos listo que vos? Adelante, y no deis coces porque os levanto la tapa de los sesos, señor patán. Ya no me queda duda que sois *espion*. Estabais observando la artillería de las monjas Bernardas. Estabais midiendo la muralla. Sabed que aquí hay unos funcionarios muy astutos que espían a los espías, y yo soy uno de ellos. ¿No habéis bailado nunca al extremo de una cuerda?

Nuevamente sentí impulsos de librarme de aquel hombre por la violencia; mas, por fortuna, tuve tiempo de reflexionar, sofocando mi cólera y fiando mi salvación a la astucia y al disimulo. Llevóme el endemoniado francesillo a un vasto edificio, en cuyo patio vi mucha tropa, y deteniéndose conmigo ante un grupo formado de cuatro robustos y poderosos militarotes de brillante uniforme, bigotazos retorcidos e imponente apostura, me señaló con expresión de triunfo.

—¿Qué traes, *Tourlourou*? —preguntó con fastidio el más viejo de todos.

—Un *crapaud* pescado ahora mismo.

Quitéme el sombrero, y con aire con-

trito y humildísimo hice varias reverencias a aquellos apreciables sujetos.

—Un *crapaud*! —dijo el viejo oficial, dirigiéndose a mí con fieros ojos—. ¿Quién sois?

—Señor—dije, cruzando las manos—, ese señor soldado me ha tomado por un espía. Yo vengo de Escuernavacas a buscar hierro viejo; tengo mi burro en el mesón de una tal tía Fabiana, y me llamo Baltasar Cipérez, para lo que vuestra gracia guste mandar. Si quieren ahorrarme, ahórquenme...—y luego, sollozando del modo más lastimoso y exhalando gritos de dolor que hubieran conmovido al mismísimo bronce, exclamé—: ¡Adiós, madre querida; adiós, padre de mi corazón; ya no veréis más a vuestro hijito; adiós, Escuernavacas de mi alma, adiós, adiós, adiós! Pero yo ¿qué he hecho; qué he hecho yo, señores?

El oficial anciano dijo con calma imperturbable:

—Quitadme de delante este canalla. Sargento Molichard, mandad que le encierren en el calabozo. Después le interrogaremos. Ahora estoy muy ocupado. Voy a ver al *maréchal des logis*, porque se dice que esta tarde saldremos de Salamanca.

Presentóse otro francés, alto como un poste, derecho como un huso, flaco y duro y flexible cual caña de Indias, de fisonomía curtiada y burlona, ojos vivos, lacios y negros bigotes, manos y pies de descomunal magnitud. Cuando vi aquel pedazo de militar, de cuya osamenta pendía el uniforme como de una percha; cuando oí su nombre, una idea salvadora iluminó súbito mi cerebro, y pasando del pensamiento a la ejecución con la rapidez de la voluntad humana en casos de apuro, lancé una exclamación en que al mismo tiempo puse afectadamente sorpresa y júbilo; corrí hacia él, me abracé con vehemente ardor a sus rodillas, y llorando dije:

—¡Oh señor Molichard de mi alma, señor Molichard queridísimo y reverenciadísimo! Al fin le encuentro. ¡Y cuánto le he buscado sin que estos pícaros me dieran razón de su merced! Déjeme que le abrace, que bese sus rodillas y que le reverencie, y acate, y veneré... ¡Oh Santa Virgen María, qué gozo tan grande!

—Creo que estáis loco, buen hombre —dijo el francés, sacudiendo sus piernas.

—Pero ¿no me conoce usía?—añadí—. Pero ¿cómo me ha de conocer, si no me ha visto nunca? Déme esa mano que la bese, y viva mil años el buen señor Molichard, que salvó a mi buen padre de la muerte. Soy Baltasar Cipérez. Mire mi carta de seguridad; soy hijo del tío Baltasar, a quien llaman Cipérez el rico, natural de Escuernavacas. Bendito sea el señor Molichard. Estoy en Salamanca porque hame mandado mi padre con un obsequio para su merced.

—¡Un obsequio!—exclamó el sargento con alborozado semblante.

—Sí, señor; un obsequio miserable, pues lo que usía ha hecho no lo pagará mi padre con los pobres frutos de su huerta.

—¡Verduras! ¿X dónde están?—dijo Molichard, volviendo en derredor los ojos.

—Me las quitó en el camino un cabo de Dragones, cuyo nombre no sé; pero que debe de andar por aquí, y podrá dar testimonio de lo que digo. Pues poco le gustaron, a fe. Regostóse la vieja a los bledos, no dejó verdes ni secos.

—¡Oh peste de Dragones!—exclamó con furia el protector de mi padre—. Yo se las sacaré de las tripas.

—Me obligó a que se las vendiera—continuó—; pero puedo dar a usía el dinero que me entregó; además, en el primer viaje que haga a Salamanca traeré no una, sino dos cargas para el señor Molichard. Mas no es el único obsequio que traigo a su merced. Mi padre no sabía qué hacer, porque quien da luego, da dos veces; mi madre, que no ha venido en persona a ponerse a los pies de usía porque le están echando cintas nuevas a la mantilla, quería que padre echase la casa por la ventana para obsequiar a su protector, y cuando me puse en camino, pensaron los dos que la verdura era regalo indigno de su agradecido corazón, liberalidad y mucha hacienda; por cuya razón diéronme tres doblones de oro para que en Salamanca comprase para usía un tercio de vino de la Nava, que aquí lo hay bueno, y el del pueblo revuelve los hígados.

—El señor Cipérez es hombre generoso—dijo el francés, pavoneándose ante sus amigos, que no estaban menos absortos y gozosos que él.

—Lo primero que hice en Salamanca esta mañana fué contratar el tercio en

el mesón de la tía Fabiana. Conque vamos por él...

—El vino de la tía Fabiana no puede ser mejor que el que hay en la taberna de la Zángana. Puedes comprarlo allí.

—Daré aina el dinero a su merced para que lo compre a su gusto. Bien dicen que al que Dios quiere bien, en casa le traen de comer. ¡Cuánto trabajo para encontrar al señor Molichard! Preguntaba a todo el mundo, sin que nadie me diera razón, hasta que este buen amigo me tomó por espía y trájome aquí... No hay mal que por bien no venga... ¡Al fin he tenido el gusto de abrazar al amigo de mi padre! ¡Qué casualidad! Ojos que se quieren bien, desde lejos se ven... Señor Molichard, cuando me deje su merced en el calabozo donde el oficial mandó que me pusieran, puede ir a escoger el vino que más le acomode. ¡Bendito sea Dios que hizo rico a mi buen padre para poder pagar con largueza los beneficios! Mi padre quiere mucho al señor Molichard. Quien te da el hueso no quiere verte muerto.

—En lo de ensartar refranes—dijo Molichard—se conoce la sangre del señor Cipérez.

—Si bien canta el cura, no le va en zaga el monaguillo.

Molichard pareció indeciso, y después de consultar a sus compañeros con la vista y algún monosílabo que no entendí, me dijo:

—Yo bien quisiera no encerraros en el calabozo, porque, en verdad, cuando le obsequian a uno de parte del señor Cipérez...; pero...

—No..., no se apure por mí el señor Molichard—dije con la mayor naturalidad del mundo—. Ni quiero que por mí le riña el señor oficial. Al calabozo. Como estoy seguro de que el señor oficial y todos los oficiales del mundo se convencerán de que no soy malo...

—En el calabozo lo pasaríais mal, joven—dijo el francés—. Veremos. Se le dirá al oficial que...

—El oficial no se acuerda ya de lo que mandó—afirmó Turlourou, quien, por encantamiento, había olvidado sus rencores contra mí.

—¡Eh, Jean Jean!—gritó Molichard, llamando a un compañero que cercano al lugar de la escena pasaba, y en cuya pomposa figura conocí al cabo de

Dragones que comprara mis verduras en el camino.

Acercóse Jean Jean, por quien fui al punto reconocido.

—Buen amigo—le dije—, me parece que fué su merced quien me compró las verduras que traje para el señor. ¿No dije que eran para un regalo?

—A saber que eran para este *chauve souris*—dijo Jean Jean—, no os hubiera dado un céntimo por ellas.

—Jean Jean—gritó Molichard en francés—, ¿te gusta el vino de la Nava?

—Verlo, no. ¿Dónde lo hay?

—Mira, Jean Jean. Este joven me ha regalado un trago. Pero tenemos que ponerle a él en el calabozo...

—¡En el calabozo!

—Sí, *mon vieux*; le han tomado por espía, sin serlo.

—Vámonos a la taberna los cuatro—dijo Tourlourou—, y luego el señor se quedará en su calabozo.

—Yo no quiero que por mí se indispongan sus mercedes con los jefes—dije con humildad y apocamiento—. Llévenme a la prisión, enciérrenme... Cada lobo en su senda, y cada gallo en su muladar.

—¿Qué es eso de encerrar?—dijo Molichard en tono campechano y tocando las castañuelas con los dedos—. A casa de la Zángana, *messieurs*. Cipérez, nosotros respondemos de ti.

XVI

—¿Y si se enfada el oficial? Yo no me muevo de aquí.

—Un francés, un soldado de Napoleón—dijo Tourlourou con gesto parecido al de Bonaparte, señalando las pirámides—, no bebe tranquilo mientras que su amigo español se muere de sed en una mazmorra. ¡Bravo, Cipérez—añadió, abrazándose—, sois el primero entre mis camaradas! Abracémonos... Bien, así..., amigos hasta la muerte. Señores, ved juntos aquí *l'aigle de l'Empire et le lion de l'Espagne*.

Francamente, a mí, león de España, me hacían poquísima gracia, como a aquélla, los abrazos del águila del Imperio.

Y con estos y otros excesos verbales de los tres servidores del gran Imperio, me sacaron fuera del cuartel, y en pro-

cesión lleváronme a un ventorrillo cercano a las fortificaciones de San Vicente.

—Señor Molichard, aparte del tercio de lo de la Nava, que es regalo de mi señor padre, yo pago todo el gasto—dije al entrar.

En poco tiempo, Tourlourou, Molichard y Jean Jean regalaron sus venerando cuerpos con lo mejor que había en la bodega, y helos aquí que por grados perdían la serenidad, si bien el cabo de Dragones parecía tener más resistencia alcohólica que sus ilustres compañeros de armas y de vino.

—¿Tiene mucha hacienda vuestro padre?—me preguntó Molichard.

—Bastante para pasar—respondí con modestia.

—Llámanle Cipérez el rico.

—Cierto, y lo es... Veo que mi obsequio parece poco... Por ahí se empieza. Ya sabemos que sobre un huevo pone la gallina.

—No digo eso. ¡A la salud de *mon-sieurrrr* Cipérez!

—Esto que hoy he traído es porque como venía a mercar hierro viejo... Pero mi padre y mi madre y toda mi familia vendrán en procesión *solene* con algo mejor. Señor Molichard, mi hermana quiere conocer al señor Molichard...

—Es una linda muchacha, según decía Cipérez. ¡A la salud de María Cipérez!

—Muy guapa; parece un sol, y cuantos la ven la tienen por princesa.

—Y una buena dote... Sí, al fin, irá uno a dejar su pellejo en España. Digamos como Luis Catorce: «Ya no hay *Pirrineos*...» Bebed, Baltasarico.

—Yo tengo muy floja la cabeza. Con tres medias copas que he bebido ya estoy como si me hubieran metido a toda Salamanca entre sien y sien—dije, fingiendo el desvanecimiento de la embriaguez.

Jean Jean cantaba:

*Le crocodile en partant pour la guerre
disait adieux à ses petits enfants.*

*Le malheureux
trainait sa queue
dans la poussière.*

Tourlourou, después de remedar el gato y el perro, púsose en pie, y con gesto majestuoso exclamó:

—Camaradas, desde lo alto de esta botella *quarrrente siècles vous contemplant*.

Yo dije a Molichard:

—Señor sargento, como no acostumbro beber, me he mareado de tal modo... Voy a salir un momento a tomar el aire. ¿Ha escogido usted su vino de la Nava?

Y, sin esperar contestación, pagué a la Zángana.

—Bien. Vamos un momento afuera —repuso Molichard, tomándome del brazo.

Al salir encontréme en un sitio que no era plaza, ni patio, ni calle, sino más bien las tres cosas juntas. A un lado y otro veíanse altas paredes, unas a medio derribar, otras en pie todavía, sosteniendo los techos destrozados. Al través de éstos se distinguía el interior abierto de los que fueron templos, cuyos altares habían quedado al aire libre; y la luz del día, iluminando de lleno las pinturas y dorados, daba a éstos el aspecto de viejos objetos de prendería cuando los anticuarios de feria los amontonan en la calle. Soldados y paisanos trabajaban, llevando escombros, abriendo zanjas, arrastrando cañones, amontonando tierra, acabando de demoler lo demolido a medias o reparando lo demolido con exceso. Vi todo esto y, acordándome de lord Wellington, puse mi alma toda en los ojos. Yo hubiera querido abarcar de un solo golpe de vista lo que ante mí tenía y guardarlo en mi memoria, piedra por piedra, arma por arma, hombre por hombre.

—¿Qué es esto que hacen aquí, señor Molichard?—pregunté cándidamente.

—¡Fortificaciones, animal!—dijo el sargento, que, después que se llenó el cuerpo con mi vino, había empezado a perderme el respeto.

—Ya, ya comprendo—repuse, afectando penetración—. Para la guerra. ¿Y cómo llaman a este sitio?

—Este es el fuerte de San Vicente, y aquí había un convento de benedictinos, que fué derribado. Una guarida de mochuelos, mi amiguito.

—¿Y qué van a hacer aquí con tanto cañón?—pregunté, estupefacto.

—Pues no eres poco bestia. ¿Qué se ha de hacer? Fuego.

—¡Fuego!—dije medrosamente—. ¿Y todos a la vez?

—Te pones pálido, cobarde.

—Uno, dos, tres, cuatro... Allí traen otro. Son cinco. Y esa tierra, mi sargento, ¿para qué es?

—No he visto un animal semejante... ¿No ves que se están haciendo escarpa y contraescarpa?

—¿Y aquel otro caserón hecho pedazos que se ve más allá?

—Es el castillo árabe-romano. *Foudre et tonnerre!* Eres un ignorante. Dame la mano, que San Cayetano me baila delante.

—¿San Cayetano?

—¿No lo ves, zopenco? Aquel convento grande que está a la derecha. También lo estamos fortificando.

—Esto es muy bonito, señor Molichard. Será gracioso ver esto cuando empiece el fuego. ¿Y aquellos paredones que están derribando?

—El colegio Trilingüe..., *triqui linguís* en latín, esto es, *de tres lenguas*. Todavía no han acabado el camino cubierto que baja a la Alberca.

—Pero aquí han derribado calles enteras, señor Molichard—dije, avanzando más y dándole el brazo para que no se cayese.

—¡Pues no parece sino que vienes del Limbo, *ventre de bœuf!* ¿No ves que hemos echado al suelo la calle larga para poder esparcir los fuegos de San Vicente?

—Y allí hay una plaza...

—Un baluarte.

—Dos, cuatro, seis, ocho cañones nada menos. Esto da miedo.

—Juguetes... Los buenos son aquellos cuatro, los del rebellín.

—Y por aquí veo un foso...

—Desde la puerta hasta los Milagros, bruto.

—¿Y detrás?... Jesús, María y José, ¡qué miedo!

—Detrás del parapeto están los morteros.

—Vamos ahora por aquel lado.

—¿Por San Cayetano?... ¡Oh!... Veo que eres curioso, curiosito... *Saperlotte*. Te advierto que si sigues haciendo tales preguntas y mirando con esos ojos de buey... me harás creer que ciertamente eres espía..., y, a la verdad, amiguito, sospecho...

El sargento me miró con descaro y altanería. Llegó a la sazón Tourlourou en lastimoso estado, mal sostenido por Jean

Jean, que entonaba una canción guerrera.

—*¡Espión, sí, espión!*—dijo Tourlourou, señalándome—. Sostengo que eres espión. ¡Al calabozo!

—Francamente, caballero Cipérez—dijo Molichard—, yo no quisiera faltar a la disciplina ni que el jefe me pusiera en el nicho por ti.

—Tiene este mancebo—afirmó Jean Jean, sentándome la mano en el hombro con tanta fuerza que casi me aplastó—cara de tunante.

—Desde que le vi sospeché algo malo—dijo Molichard—. No está uno seguro de nadie en esta maldita tierra de España. Salen espías de debajo de las piedras.

Yo me encogí de hombros, fingiendo no entender nada.

—Pero ¿no os dije que estaba observando el convento de Bernardas, cuya muralla se está aspillerando?—dijo Tourlourou.

Comprendí que estaba perdido; pero enforcéme en conservar la serenidad. De pronto entró en mi alma un rayo de esperanza al oír pronunciar a Jean Jean las siguientes palabras en mal castellano:

—Sois unos bestias. Dejadme a mí al señor Cipérez, que es mi amigo.

Pasó su brazo por encima de mi hombro con familiaridad cariñosa, aunque harto pesada.

—Volvamos al cuartel—dijo Molichard—. Yo entro de guardia a las diez. Y asíéndome por el brazo, añadió:

—*Peste, mille vestes!*... ¿Querías escapar?

—En el cuartel se le registrará—exclamó Tourlourou.

—Fuera de aquí, *goguenards*—dijo con energía Jean Jean—. El señor Cipérez es mi amigo, y le tomo bajo mi protección. Andad con mil demonios y dejadmele aquí.

Tourlourou reía; pero Molichard miróme con ojos fieros e insistió en llevarme consigo; mas aplicóme mi improvisado protector tan fuerte porrazo en el hombro, que, al fin, resolvió marcharse con su compañero, ambos describiendo eses y otros signos ortográficos con sus desmayados cuerpos. He referido con alguna minuciosidad los hechos y dichos de aquellos bárbaros, cuya abominable figura no se borró en mucho tiempo de mi memoria. Al reproducir los números,

no me he separado de la verdad en lo más leve. En cuanto a las palabras, imposible sería a la retentiva más prodigiosa conservarlas tal y como de aquellas embriagadas bocas salieron, en jerga horrible, que no era español ni francés. Pongo en castellano la mayor parte, no omitiendo aquellas voces extranjeras que más impresas han quedado en mi memoria, y conservo el tratamiento de vos, que comúnmente nos daban los franceses, poco conocedores de nuestro modo de hablar.

La protección de Jean Jean, ¿era desinteresada o significaba un nuevo peligro mayor que los anteriores? Ahora se verá, si tienen mis amigos paciencia para seguir oyendo el puntual relato de mis aventuras en Salamanca el día dieciséis de junio de 1812, las cuales, a no ser yo mismo protagonista y actor principal de todas ellas, las diputara por hechuras engañosas de la fantasía, o invenciones de novelador para entretener al vulgo

XVII

El señor Jean Jean me tomó el brazo, y, llevándome adelante por entre aquellas tristes ruinas, díjome:

—Amigo Cipérez, he simpatizado con vos; nos pasearemos juntos... ¿Cuándo pensáis dejar a Salamanca? Os juro que lo sentiré.

Tan relamidas expresiones fueron funestísimo augurio para mí, y encomendé mi alma a Dios. En mi turbación, ni siquiera reparé en el aparato de guerra que a mi lado había, y olvidéme, ¡oh Jesús divino!, de lord Wellington, de Inglaterra y de España.

—Mucho me agrada su compañía—dije, afectando valor—. Vamos a donde usted quiera.

Senti que el brazo del francés, cual máquina de hierro, apretaba fuertemente el mío. Aquel apretón quería decir: «No te me escaparás, no.» A medida que avanzábamos, noté que era más escasa la gente, y que los sitios por donde lentamente discurríamos estaban cada vez más solitarios. Yo no llevaba más arma que una navaja. Jean Jean, que era hombre robustísimo y de buena estatura, iba acompañado de un poderoso sa-

ble. Con rápida mirada observé hombre y arma para medirlos y compararlos con la fuerza que yo podía desplegar en caso de lucha.

—¿Adónde me lleva usted?—pregunté, deteniéndome, al fin, dispuesto a todo.

—Seguid, mi buen amigo—dijo con burlesco semblante—. Nos pasearemos por la orilla del Tormes.

—Estoy algo cansado.

Paróse, y, clavando sus ojuelos en mí, me dijo:

—¿No queréis seguir al que os ha librado de la horca?

Con esa llama de intuición que súbitamente nos ilumina en momentos de peligro, con la perspicacia que adquirimos en la ocasión crítica en que la voluntad y el pensamiento tratan de sobreponerse con angustioso esfuerzo a obstáculos terribles, leí en la mirada de aquel hombre la idea que ocupaba su alma. Indudablemente, Jean Jean había conocido que yo llevaba conmigo mayor cantidad de dinero que la que mostré en la taberna, y ya me creyese espía, ya el verdadero Baltasar Cipérez, tentó mi caudal su codicia, y el fiero dragón ideó fáciles medios para apropiárselo. Aquel equívoco aspecto suyo, aquel solitario paraje por donde me conducía, indicaban su criminal proyecto, bien fuese éste matarme para dar luego con mi cuerpo en el río, bien expoliándome, denunciándome después como espía.

Por un instante sentí cobarde y vencida el alma, trémulo y frío el cuerpo; la sangre toda se agolpó en mi corazón, y vi la muerte, un fin horrible y oscuro, cuyo aspecto afligió mi alma más que mil muertes en el terrible y glorioso campo de batalla... Miré en derredor, y todo lo vi desierto y solo. Mi verdugo y yo éramos los únicos habitantes de aquel lugar triste, abandonado y desnudo. A nuestro lado, ruinas deformes, iluminadas por la claridad de un sol que me parecía espantoso; delante, el triste río, donde el agua, remansada y quieta, no producía, al parecer, ni corriente ni ruido; más allá, la verde orilla opuesta. No se oía ninguna voz humana, ni paso de hombre ni de bruto, ni más rumor que el canto de los pájaros que alegremente cruzaban el Tormes para huir de aquel sitio de desolación en busca de la frescura y verdor

de la otra ribera. No podía pedir auxilio a nadie más que a Dios.

Pero sentí de pronto la iluminación de una idea divina, divina, sí, que penetró en mi mente, lanzada como rayo invisible de la inmortal y alta fuente del pensamiento: sentí no sé qué dulces voces en mi oído, no sé qué halagüeñas palpitaciones en mi corazón, un brío inexplicable; una esperanza que me llenaba todo; y sentir esto, y pensarlo, y formar un plan, fué todo uno. He aquí cómo.

Bruscamente, y disimulando tanto mi recelo como si fuera yo el criminal y él la víctima, detuve a Jean Jean; tomé una actitud severa, resuelta y grave; le miré como se mira a cualquier miserable que va a prestarnos un servicio, y, en tono muy altanero, le dije:

—Señor Jean Jean, este sitio me parece muy a propósito para hablar a solas.

El hombre se quedó lelo.

—Desde que le vi a usted, desde que le hablé, le tuve por hombre de entendimiento, de actividad, y esto, precisamente esto, es lo que yo necesito ahora.

Vaciló un momento, y, al fin, estúpidamente, dijo:

—De modo que...

—No, no soy lo que parezco. Se puede engañar a esos imbéciles de Tourlourou y Molichard; pero no a usted.

—Ya me lo figuraba—afirmó—. Sois espía.

—No. Extraño que un entendimiento como el tuyo haya incurrido en esa vulgaridad—dije, tuteándole con desenfado—. Ya sabes que los espías son siempre rústicos gallegos que por dinero exponen su vida. Mirame bien. A pesar del vestido, ¿tengo cara y talle de labriego?

—No, a fe mía. Sois un caballero.

—Sí; un caballero, un caballero, y tú también lo eres, pues la caballerosidad no está reñida con la pobreza.

—Ciertamente que no.

—¿Y has oído nombrar al marqués de Rioponce?

—No..., sí..., sí me parece que le he oído nombrar.

—Pues ése soy yo. ¿Podré vanagloriarme de haber encontrado en este día, aciago para mí, un hombre de buenos sentimientos que me sirva, y al cual demostraré mi gratitud recompensando-

le con lo que él mismo nunca ha podido soñar?... Porque tú, como soldado, eres pobre, ¿no es cierto?

—Pobre soy—dijo, no disimulando la envidia, que por las claras ventanas de sus ojos asomaba.

—Escasa es la cantidad que llevo sobre mí; pero para la empresa que hoy traigo entre manos he traído suma muy respetable, hábilmente encerrada dentro del pelote que rellena el aparejo de mi cabalgadura.

—¿Dónde dejasteis vuestro pollino?

Me quería comer con los ojos.

—Eso se queda para después.

—Si sois espía, no contéis conmigo para nada, señor marqués—dijo con cierta confusión—. No haré traición a mis banderas.

—Ya he dicho que no soy espía.

—*C'est drôle*. Pues ¿qué demonios os trae a Salamanca en ese traje, vendiendo verduras y haciéndoos pasar por un campesino de Escuernavacas?

—¿Qué me trae? Una aventura amorosa.

Dije esto y lo anterior con tal acento de seguridad y tanto aplomo y dominio de mí mismo, que en los ojos del que había querido ser mi asesino observé, juntamente con la avaricia, la convicción.

—¡Una aventura amorosa!—dijo, asaltado nuevamente por la duda, después de breve rato de meditación—. ¿Y por qué no habéis venido tal como sois? ¿Para qué ocultaros así de toda Salamanca?

—¡Qué pregunta!... A fe que en ciertos momentos pareces un niño inocente. Si la aventura amorosa fuera de esas que se vienen a la mano por fáciles y comunes, tendrías razón; pero esta de que me ocupo es peligrosa, y tan difícil, que es indispensable ocultar por completo mi persona.

—¿Es que algún francés os ha quitado vuestra novia?—preguntó el dragón, sonriendo por primera vez en aquel diálogo.

—Casi, casi...; parece que vas acertando. Hay en Salamanca una persona que amo y a quien me llevaré conmigo, si puedo; otra que aborrezco, y a quien mataré, si puedo.

—Y esa segunda persona ¿es quizá alguno de nuestros queridos generales?

—dijo con sequedad—. Señor marqués, no contéis conmigo para nada.

—No; esa persona no es ningún general, ni siquiera es francés. Es un español.

—Pues si es un español, *le diable m'emporte...*; podéis tratarle todo lo mal que os agrade. Ningún francés os dirá una palabra.

—No, porque ese hombre es poderoso, y, aunque español, ha tiempo que sirve la causa francesa. Es travieso como ninguno, y si me hubiera presentado aquí, dando a conocer mi nombre, habríame sido imposible evitar una persecución rápida y terrible, o quizá la muerte.

—En una palabra, señor mío—dijo con impaciencia—, ¿qué es lo que queréis que yo haga para serviros?

—Primero, que no me denunciéis. estúpido—respondí, tratándole despóticamente para establecer mejor aún mi superioridad—; después, que me ayudes a buscar el domicilio de mi enemigo.

—¿No lo sabéis?

—No. Esta es la primera vez que vengo a Salamanca. Como vuestros groseros camaradas quisieron prenderme, no he tenido tiempo de nada.

—Ahora que nombráis a mis camaradas...—dijo Jean Jean con mucho recelo—, me ocurre... Cuidado que hicisteis bien el papel de aldeano. No me he olvidado de los refranes. Si ahora también...

—Sospechas de mí?—grité con alta-neria.

—Nada de soberbia, señor marquesito—repuso con insolencia—. Ved que puedo denunciaros.

—Si me denunciáis, sólo experimento la contrariedad de no poder llevar adelante mi proyecto; pero tú perderás lo que yo pudiera darte.

—No hay que reñir—dijo en tono benévolo—. Referidme en qué consiste esa aventura amorosa, pues hasta ahora no me habéis dicho más que vaguedades.

—Un miserable hijo de Salamanca, un perdido, un *sans culotte*, ha robado de la casa paterna a cierta gentil doncella, de la más alta nobleza de España, un ángel de belleza y de virtud...

—¡La ha robado!... Pues qué, ¿así se roban doncellas?

—La ha robado por satisfacer una venganza, que la venganza es el único

goce de su alma perversa; por retener en su poder una prenda que le permita amenazar a la más honrada y preclara casa de Andalucía, como retienen los ladrones secuestradores la persona del rico, pidiendo a la familia la suma del rescate. Por largo tiempo ha sido inútil toda mi diligencia y la de los parientes de esa desgraciada joven para averiguar el lugar donde la esconde su fementido secuestrador; pero una casualidad, un suceso insignificante, al parecer, pero que ha sido aviso de Dios, sin duda, me ha dado a conocer que ambos están en Salamanca. El no habita sino las ciudades ocupadas por los franceses, porque teme la ira de sus paisanos, porque es un hombre maldito, traidor a su patria, irreligioso, cruel, un mal español y un mal hijo, Jean Jean, que devorado por impío rencor hacia la tierra en que nació, le hace todo el daño que puede. Su vida tenebrosa, como la de los topos, empléase en fundar y propagar sociedades de masonería, en sembrar discordias, en levantar del fondo de la sociedad la hez corrompida que duerme en ella, en arrojar la simiente de las turbaciones de los pueblos. Favorécenle ustedes, porque favorecen todo lo que divide, aniquile y desarme a los españoles. El corre de pueblo en pueblo ocultando en sus viajes nombre, calidad y ocupación, para no provocar la ira de los naturales, y cuando no puede viajar acompañado por tropas francesas, se oculta en los más indignos disfraces. Ultimamente ha venido de Plasencia a Salamanca fingiéndose cómico, y su cuadrilla imitaba tan perfectamente a las compañías de la legua, que pocos, en el tránsito, sospecharon el engaño.

—Ya sé quién es—dijo, súbitamente y sonriendo, Jean Jean—. Es Santorcaz.

—El mismo: don Luis de Santorcaz.

—A quien algunos españoles tienen por brujo, encantador y nigromante. ¿Y para entenderos con ese mal sujeto —añadió el francés— os disfrazáis de ese modo? ¿Quién os ha dicho que Santorcaz es poderoso entre nosotros? Lo sería en Madrid, pero no aquí. Las autoridades le consienten, pero no le protegen. Hace tiempo que ha caído en desgracia.

—¿Le conoces bien?

—Pues ya: en Madrid éramos amigos. Le escolté cuando salió a Toledo a con-

ferenciar con la Junta, y nos hemos reconocido después en Salamanca. Estuvo aquí hace tres meses, y, después de una ausencia corta, ha vuelto... Caballero marqués, o lo que seáis, para luchar contra semejante hombre no necesitáis llevar ese vestido burdo ni disimular vuestra nobleza: podéis hacer con él lo que mejor os convenga, incluso matarle, sin que el Gobierno francés os estorbe. Oscuro, olvidado y no muy bienquisto, Santorcaz se consuela con la masonería y en la logia de la calle de Tentenecios, unos cuantos perdidos españoles y franceses, lo peor, sin duda, de ambas naciones, se entretienen en exterminar al género humano, volviendo al mundo patas arriba, suprimiendo la aristocracia y poniendo a los reyes una escoba en la mano para que barran las calles. Ya veis que esto es ridículo. Yo he ido varias veces allí, en vez de ir al teatro, y en verdad que no debieran disfrazarse de cómicos, porque realmente lo son.

—Veo que eres un hombre de grandísimo talento.

—Lo que soy—dijo el soldado en tono de alarmante sospecha—es un hombre que no se mama el dedo. ¿Cómo es posible que, siendo vuestro enemigo un hombre tan poco estimado, y siendo vos marqués de tantas campanillas, necesitéis venir aquí vendiendo verdura y engañando a todo el pueblo, cual si no hubierais de luchar con un intrigante de baja estofa, sino con todos nosotros, con nuestro poder, nuestra policía y el mismo gobernador de la plaza, el general Thiebaut-Tibo.

Jean Jean razonaba lógicamente, y por breve rato no supe qué contestarle.

—*Connu, connu...* Basta de farsas. Sols espía—agregó con acento brutal—. Si después de venir aquí como enemigo de la Francia os burláis de mí, juro...

—Calma, calma, amigo Jean Jean—dijo, procurando esquivar el gran peligro que me amenazaba después que lo creí conjurado—. Ya te dije que una aventura amorosa... ¿No has reparado que Santorcaz lleva consigo una joven?...

—Sí; ¿y qué? Dicen que es su hija...

—¡Su hija!—exclamé, afectando una cólera frenética—. ¿Ese miserable se atreve a decir que es su hija?

—Así lo dicen, y en verdad que se

le parece bastante—repuso, con calma, mi interlocutor.

—¡Oh! Por Dios, amigo mío, por todos los santos, por lo que más ames en el mundo, llévame a casa de ese hombre, y si delante de mí se atreve a decir que Inés es su hija, le arrancaré la lengua.

—Lo que puedo aseguraros es que la he visto de paseo por la ciudad y sus alrededores dando el brazo a Santorcaz, que está muy enfermo, y la muchacha, muy linda, por cierto, no tenía modos de estar descontenta al lado del masón pues cariñosamente le conduce por las calles y le hace mimos y monerías... Y ahora, *mon petit*, salis con que es vuestra novia, y una señora encantada o *princesse d'Araucaine*, según habéis dado a entender. Bueno; ¿y qué?

—Que he venido a Salamanca para apoderarme de ella y restituirla a su familia, empresa en la cual espero que me ayudarás.

—Si ha sido robada, ¿por qué esa familia, que es tan poderosa, no se ha quejado al rey José?

—Porque esa familia no quiere pedir nada al rey José. Eres más preguntón que un fiscal, y yo no puedo sufrirte más—grité sin poder contener mi impaciencia y enojo—. ¿Me sirves, sí o no?

Jean Jean, viendo mi actitud resuelta, vaciló un momento, y después me dijo:

—¿Qué tengo que hacer? ¿Llevaros a la calle del Cáliz, donde está la casa de Santorcaz; entrar, acogotarle y coger en brazos a la princesa encantada?

—Eso sería muy peligroso. Yo no puedo hacer eso sin ponerme antes de acuerdo con ella para que prepare su evasión con prudencia y sin escándalo. ¿Puedes tú entrar en la casa?

—No muy fácilmente, porque el señor Santorcaz tiene costumbres de anacoreta, y no gusta de visitas; pero conozco a Ramoncilla, una de las dos criadas que le sirven, y podría introducirme en caso de gran interés.

—Pues bien: yo escribo dos palabras, haces que lleguen a manos de la señorita Inés, y una vez que esté prevenida...

—Ya os entiendo, tunante—dijo con malicia de zorro y burlándose de mí—. Queréis que me quite de vuestra presencia para escaparos.

—¿Todavía dudas de mi sinceridad? Atiende a lo que escribo con lápiz en este papel.

Apoyando un pedazo de papel en la pared, escribí lo siguiente, que, por encima de mi hombro, leía Jean Jean:

«Confía en el portador de este escrito, que es un amigo mío y de tu mamá la condesa de ***, y al cual señalaras el sitio y hora en que puedo verte, pues habiendo venido a Salamanca decidido a salvarte, no saldré de aquí sin ti.—*Gabriel.*»

—¿Nada más que esto?—dijo, tomando el papel y observándolo con la atención profunda del anticuario que quiere descifrar una inscripción oscura.

—Concluyamos. Tu llevas ese papel; procura entregarlo a la señorita Inés, y si me traes en el dorso del mismo una sola letra suya, aunque sea trazada con la uña, te entregaré los seis doblones que llevo aquí, dejando para recompensar servicios de más importancia lo que guardé en el mesón.

—¡Sí, bonito negocio!—dijo el francés con desdén—. Yo voy a la calle del Cáliz, y en cuanto me aleje, vos, que no deseáis sino perderme de vista, echáis a correr y...

—Iremos juntos, y te esperaré en la puerta.

—Es lo mismo, porque si subo y os dejo afuera...

—¡Desconfías de mí, miserable!—exclamé, inflamado por la indignación, que se mostró de un modo terrible en mi voz y en mi gesto.

—Sí, desconfío... En fin, voy a proponeros una cosa, que me dará garantía contra vos. Mientras voy a la calle del Cáliz, os dejaré encerrado en paraje muy seguro, del cual es imposible escapar. Cuando vuelva de mi comisión, os sacaré y me daréis el dinero.

La ira se desbordaba en mí; mas viendo que era imposible escapar del poder de tan vil enemigo, acepté lo que se me proponía, reconociendo que entre morir y ser encerrado durante un espacio de tiempo que no podía ser largo; entre la denuncia como espía y una retención pasajera, la elección no era dudosa.

—Vamos—le dije con desprecio—, llévame a donde quieras.

Sin hablar más, Jean Jean marchó a mi lado, y volvimos a penetrar en aquel laberinto de ruinas, de edificios medio demolidos y revueltos escombros donde empézaban las fortificaciones. Vimos pri-

mero alguna gente en nuestro camino, y después, la multitud que iba y venía y trabajaba en los parapetos, amontonando tierra y piedras, es decir, fabricando la guerra con los restos de la religión. Ambos, silenciosos, llegamos a un pórtico vasto, que parecía ser de convento o colegio, y nos dirigimos a un claustro, donde vi hasta dos docenas de soldados, que, tendidos por el suelo, jugaban y reían con bullicio, gente feliz en medio de aquella nacionalidad destruida, pobres jóvenes, sencillos, ignorantes de las causas que los habían movido a convertir en polvo la obra de los siglos.

—Este es el convento de la Merced Calzada—me dijo Jean Jean—. No se ha podido acabar de demoler porque había mucha faena por otro lado. En lo que queda nos acuartelamos doscientos hombres. ¡Buen alojamiento! Benditos sean los frailes. *Charles le Téméraire!*—gritó después, llamando a uno de los soldados que estaban en el coro.

—¿Qué hay?—dijo, adelantándose, un soldado pequeño y gordiflón—. ¿A quién traes contigo?

—¿Dónde está mi primo?

—Por ahí anda. *Pied-de-mouton!*

Presentóse al poco rato un sargento bastante parecido a mi acompañante maldito, y éste le dijo:

—*Pied-de-mouton*, dame la llave de la torre.

XVIII

Un instante después, Jean Jean entraba conmigo en un aposento que no era ni oscuro ni húmedo, como suelen ser los destinados a encerrar prisioneros.

—Permitidme, señor pequeño marqués—me dijo con bufona cortesía—, que os encierre aquí mientras voy a la calle del Cáliz. Si me dais antes de partir los doblones prometidos, os dejaré libre.

—No—repuse con desprecio—. Para tener la recompensa sin el servicio, necesito matarme, vil. Inténtalo, y me defenderé como pueda.

—Pues quedaos aquí. No tardaré en volver.

Marchóse, cerrando por fuera la puerta, que era gruesísima. Al verme solo, toqué los muros, cuyo espesor de dos varas anunciaba una solidez de construcción a prueba de terremotos... ¡Triste situación la mía! Cerca de mediodía,

y antes que pudiera adquirir todos los datos que mi general deseaba, encontrábame prisionero, imposibilitado de recorrer solo y a mis anchas la población. Hablando en plata, Dios no me había favorecido gran cosa, y a tales horas, poco sabía yo y nada había hecho.

Sentéme fatigado; alcé la cabeza para explorar lo que había encima, y vi una escalera que, arrancando del suelo, seguía, doblándose en los ángulos y arrollándose, hasta perderse en alturas que no distinguía claramente mi vista. Los negros tramos de madera subían por el prisma interior, articulándose en las esquinas como una culebra con coyunturas, y las últimas vueltas perdíanse arriba, en la alta región de las campanas. Una luz vivísima, entrando por las rasgadas ventanas sin vidrios, iluminaba aquel largo tubo vertical, en cuya parte inferior me encontraba. Atracción poderosa llamábame hacia arriba, y subí corriendo. Más que subir, aquella veloz carrera mía fué como si me arrojara en un pozo vuelto del revés.

Saltando los escalones de dos en dos, llegué a un piso donde varios aparatos destruidos me indicaron que allí había existido un reloj. Por afuera, una flecha negra, que estuvo dando vueltas durante tres siglos, señalaba con irónica inmovilidad una hora que no había de correr más. Por todas partes pendían cuerdas; pero no había campanas. Era aquello el cadáver de una cristiana torre, mudo e inerte como todos los cadáveres. El reloj había cesado de latir marcando la oscilación de la vida, y las lenguas de bronce habían sido arrancadas de aquellas gargantas de tierra que por tanto tiempo clamaran en los espacios, saludando al alba naciente, ensalzando al Señor en sus grandes días y pidiendo una oración para los muertos. Seguí subiendo, y en lo más alto, dos ventanas, dos enormes ojos miraban atónitos el vasto cielo, y la ciudad, y el país, como miran los espantados ojos de los muertos, sin brillo y sin luz. Al asomarme a aquellas cavidades, lancé un grito de júbilo.

Debajo de mi vista se desarrollaba un mapa de gran parte de la ciudad y sus contornos, su río y su campiña.

Un viento suave mugía en la bóveda de la torre solitaria, articulando en aquel cráneo vacío sílabas misteriosas.

Figurábaseme que la mole se tambaleaba como una palmera, amenazando caer antes que las piquetas de los franceses la destruyeran piedra a piedra. A veces me parecía que se elevaba más, más todavía, y que la ciudad ilustre, la insigne *Roma la chica*, se desvanecía allá abajo perdiéndose entre las brumas de la tierra. Vi otras torres, los tejados, las calles, la majestuosa masa de las dos catedrales, multitud de iglesias de diferentes formas, que habían tenido el privilegio de sobrevivir; innumerables ruinas, donde centenares de hombres, parecidos a hormigas que arrastran granos de trigo, corrían y se mezclaban; vi el Tormes, que se perdía en anchas curvas hacia Poniente, dejando a su derecha la ciudad y faldeando los verdes campos del Zurguen por la otra orilla; vi las plataformas, las escarpas y contra-escarpas, los rebellines, las cortinas, las troneras, los cañones, los muros aspillados, los parapetos hechos con columnatas de los templos, los espaldones amasados con el polvo y la tierra que fueron huesos y carne de venerables monjas y frailes; vi los cañones enfilados hacia afuera, los morteros, el foso, las zanjás, los sacos de tierra, los montones de balas, los parques al aire libre... ¡Oh Dios poderoso, me diste más de lo que yo pedía! Vagaba por la ciudad, imposibilitado de cumplir con mi deber, amenazado de muerte, expuesto a mil peligros, vendido, perdido, condenado, sin poder ver, sin poder mirar, sin poder escuchar, sin poder adquirir idea exacta ni aun confusa de lo que me rodeaba, hasta que un brazo de piedra, recogíendome de entre las ruinas del suelo, alzóme en los aires para que todo lo viese.

«¡Bendito sea el señor omnipotente y misericordioso! —exclamé—. Después de esto, no necesito más que ojos, y, afortunadamente, los tengo.»

La torre de la Merced tenía suficiente elevación para observar todo desde ella. Casi a sus pies estaba el Colegio del Rey; seguía San Cayetano; después, en dirección al ocaso, el Colegio mayor de Cuenca, y, por último, los Benitos: en la elevación de enfrente vi una masa de edificios arruinados cuyos nombres no conocía, pero cuyas murallas se podían determinar perfectamente, con las piezas de artillería que las guarnecían. Vol-

viéndome al lado opuesto, vi lo que llamaban Teso de San Nicolás, los Mostenses, el Monte Olivete, y, entre estas posiciones y aquéllas, el foso y los caminos cubiertos que bajaban al puente.

Desde la puerta de San Vicente, donde estaba el rebelín con los cuatro cañones giratorios de que habló Molichard, partía un foso que se enlazaba con los Milagros. En la parte anterior y superior del foso había una línea de aspilleras sostenida por fuerte estacada. Todo el edificio de San Vicente estaba aspillerado, y sus fuegos podían dirigirse al interior de la ciudad y al campo. San Cayetano era imponente. Demolido casi por completo, habían formado espacioso terraplén con baterías de todos calibres, y sus fuegos podían barrer la plazuela del Rev. el puente y la explanada del Hospicio.

Aunque el recelo de que mi carcelero volviese pronto me obligó a trazar con mucha precipitación el dibujo que deseaba, éste no salió mal, y en él representé imperfectamente, pero con mucha claridad, lo mucho y bueno que veía. Hicelo ocultándome tras el antepecho de la torre, y aunque la proyección geométrica dejaba algo que desear como obra de ciencia, no olvidé detalle alguno, indicando el número de cañones con precisión escrupulosa. Terminado mi trabajo, guardélo muy cuidadosamente y bajé hacia la entrada de la torre. Echándome sobre el primer escalón, aguardé al señor Jean Jean con intento de fingir que dormía cuando él llegase.

Tardó bastante tiempo, poniéndome en cuidado y zozobra; mas al fin apareció, y le recibí haciendo como que me despertaba de largo y sabroso sueño. La expresión de su rostro parecióme de feliz augurio. Dios había empezado a protegerme, y hubiera sido crueldad divina torcer mi camino en aquella hora, cuando tan fácil y transitable se presentaba delante de mí, llevándome derechamente a la buena fortuna.

—Podéis seguirme—dijo Jean Jean—. He visto a vuestra adorada.

—¿Y qué?—pregunté con la mayor ansiedad.

—Me parece que os ama, señor marqués—dijo en tono de lisonja y sonriendo con el servilismo propio de quien todo lo hace por dinero—. Cuando le di vuestro billete, se quedó más blanca que

el papel en que lo escribísteis... El señor Santorcaz, que está muy enfermo, dormía. Yo llamé a Ramoncilla, le prometí un doblón si hacía venir a la niña delante de mí para darle el billete; pero ¡cosa imposible! La niña está encerrada, y el amo, cuando duerme, guarda la llave debajo de la almohada... Insistí, prometiendo dos doblones... Entró la muchacha, hizo señas, apareció por un ventanillo una hermosísima figura que alargó la mano... Subí a un tonel; no era bastante, y puse sobre el tonel una silla... ¡Oh señor marqués! Después de leer el papel me dijo que fueseis al momento, y luego, como le indicase que necesitabais ver dos letras suyas para creerme, trazó con un pedazo de carbón esto que aquí veis... Si he ganado bien mis seis doblones—añadió, lisonjeándome con una de esas cortesías que sólo saben hacer los franceses—, vuestro lo dirá.

El pícaro había cambiado por completo en gestos y modales para conmigo. Tomé el papel, y decía: «Ven al instante», trazado en caracteres que reconocí al momento. Los garabatos con que los ángeles deben de escribir en el libro de ingresos del cielo el nombre de los elegidos no me hubieran alegrado tanto.

Sin hacerme repetir la súplica indirecta, pagué a Jean Jean.

Salimos a toda prisa de la torre, atalaya de mi espionaje, y luego del claustro y convento arruinado, enderezando nuestros pasos por calles y callejuelas, pasamos por delante de la catedral, y luego nos internamos de nuevo por varias angostas vías, hasta que, al fin, paróse Jean Jean, y dijo:

—Aquí es. Entremos despacito, aunque sin miedo, porque nadie nos estorba llegar hasta el patio. Ramoncilla nos dejará pasar. Después, Dios dirá.

Atravesamos el portal oscuro, y, empujando una puerta, divisamos un patio estrecho y húmedo, donde se nos apareció Ramoncilla, la cual, gravemente, hizo señas de que no metiésemos ruido, y luego inclinó su cabeza sobre la palma de la mano, para indicar, sin duda, que el señor seguía durmiendo. Avanzamos paso a paso, y Jean Jean, sin abandonar su sonrisa de lisonja, señalóme una estrecha ventana que se abría en uno de los muros del patio. Miré, pero nadie asomó por ella. Mi emoción era tan

grande, que me faltaba el aliento, y dirigía con extravío los ojos a todos lados, como quien ve fantasmas.

Sentí un ruido extraño, rumor como el de las alas de un insecto cuando surca el aire junto a nuestra cabeza, o el roce de una sutil tela con otra. Alcé la vista y la vi; vi a Inés en la ventana, sosteniendo la cortina con la mano izquierda, fijo en la boca el índice de la derecha para imponerme silencio. Su semblante expresaba un temor semejante al que nos sobrecoge cuando nos vemos al borde de un hondo precipicio sin poder detener ya la gravitación que nos empuja hacia él. Estaba pálida como la muerte, y el mirar de sus espantados ojos me volvía loco.

Vi una escalera a mi derecha, y me precipité por ella; pero la criada y el francés dijéronme, más con signos que con palabras, que subiendo por allí no podía entrar. Moví los brazos, ordenando a Inés que bajase; pero hizo ella signos negativos que me desesperaron más.

—¿Por dónde subo?—pregunté.

La infeliz llevóse ambas manos a la cabeza, lloró y repitió su negativa. Luego parecía quererme decir que esperase.

—Subiré—dije al francés, buscando algún objeto que disminuyese la distancia.

Pero Jean Jean, oficioso y solícito, como quien ha recibido seis doblones, había ya rodado el tonel que en un ángulo del patio estaba y puéstolo bajo la ventana. Aquel auxilio era pequeño, pues aún faltaba gran trecho sin apoyo ni asidero alguno. Yo devoraba con los ojos la pared, o, más que pared, inaccesible montaña, cuando Jean Jean, rápido, diligente y risueño, subió al tonel señalándome sus robustos hombros. Comprender su idea y utilizarla fué obra del mismo momento, y, trepando por aquella escalera de carne francesa, así con mis trémulas manos el antepecho de la ventana. Estaba arriba.

XIX

Encontréme frente a Inés, que me miraba, confundiendo en sus ojos la expresión de dos sentimientos muy distintos: la alegría y el terror. No se atrevía a hablarme; puso violentamente su mano en mi boca cuando quise articular

la primera palabra; inundó de lágrimas ardientes mi pecho, y luego, indicándome con movimientos de inquietud que yo no podía estar allí, me dijo:

—¿Y mi madre?

—Buena... ¿Qué digo buena?... Medio muerta por tu ausencia...; ven al instante... Estás en mi poder... ¿Lloras de alegría?

La estreché con vehemente cariño en mis brazos, y repetí:

—¡Sígueme al momento!... ¡Pobrecita!... Te ahogas aquí...; tanto tiempo buscándote... ¡Huyamos, vida y corazón mío!

La noticia de mi próxima muerte no me hubiera producido tanto dolor como las palabras de Inés cuando, temblando en mis brazos, me dijo:

—Márchate tú. Yo, no.

Separéme de ella y la miré como se mira un misterio que espanta.

—¿Y mi madre?—repitió ella.

Su voz, débil y quejumbrosa, apenas se oía. Resonaba tan sólo en mi alma.

—Tu madre te aguarda. ¿Ves esta carta? Es suya.

Arrebatándome la carta de las manos, la cubrió de besos y lágrimas y se la guardó en el seno. Luego, con rapidez suma, se apartó de mí, señalándome con insistencia el patio.

El espíritu que va consentido al Cielo y encuentra en la puerta a San Pedro, que le dice: «Buen amigo, no es éste vuestro destino; tomad por aquella senda de la izquierda»; ese espíritu que equivoca el camino, porque ha equivocado su suerte, no se quedará tan aborrido como me quedé yo.

En mi alma se confundían y luchaban también sentimientos diversos: primero, una inmensa alegría; después, la zozobra; mas sobre todos dominaron la rabia y el despecho cuando vi que aquella criatura tan amada, a quien yo quería devolver la libertad, me despedía sin que se pudiera traslucir el motivo. ¡Era para volverse loco! ¡Encontrarla después de tantos afanes, entrever la posibilidad de sacarla de allí para devolverla a su angustiada madre, a la sociedad, a la vida; recobrar el perdido tesoro del corazón, tomarlo en la mano y sentir rechazada esta mano!...

—¡Ahora mismo vas a salir de aquí conmigo!—dije, sin bajar la voz y estrechando tan fuertemente su brazo, que,

a causa del dolor, no pudo reprimir un ligero grito.

Arrojóse a mis plantas, y tres veces, tres veces, señores, con acento que heló la sangre en mis venas, repitió:

—No puedo.

—¿No me mandaste que viniera?—dije, recordando el papel escrito con carbón.

Tomó de una mesa un largo pliego escrito recientemente, y, dándomelo, me dijo:

—Toma esa carta, vete y haz lo que te digo en ella. Te veré otro día por esta ventana.

—No quiero—grité, haciendo pedazos el papel—. No me voy sin ti.

Me asomé por la ventana y vi que Jean Jean y Ramoncilla habían desaparecido. Inés se arrodilló de nuevo ante mí.

—¡La llave, trae pronto la llave!—dije bruscamente—. Levántate del suelo... ¿oyes?

—No puedo salir—murmuró—. Vete al momento.

Sus grandes ojos, abiertos con espanto, me expulsaban de la casa.

—¡Estás loca! — exclamé —. Dime: «Muere»; pero no me digas: «Vete...» Ese hombre te impide salir conmigo, tiene tanto poder sobre ti, que te hace olvidar a tu madre y a mí, que soy tu hermano, tu esposo; ¡a mí, que he recorrido media España buscándote, y cien veces he pedido a Dios que tomara mi vida en cambio de tu libertad!... ¿Te niegas a seguirme?... Dime dónde está ese verdugo, porque quiero matarle: no he venido más que a eso.

Su turbación hizo expirar las palabras en mi garganta. Estrechó amorosamente mi mano, y, con voz angustiada que apenas se oía, me dijo:

—Si me quieres todavía, márchate.

Mi furor iba a estallar de nuevo con mayor violencia, cuando un acento lejano, un eco que llegaba hasta nosotros debilitado por la distancia, clamó repetidas veces:

—Inés, Inés.

Una campanilla sonó al mismo tiempo con discorde vibración.

Levantóse ella despavorida; trató de componer su rostro y cabello, secando las lágrimas de sus ojos, vino hacia mí, poniendo en la mirada toda su alma, para decirme que callase, que estuviese

quieto, que la obedeciese, retirándome, y partió velozmente por un largo pasadizo que se abría en el fondo de la habitación.

Sin vacilar un instante, la seguí. En la oscuridad, servíanme de guía su forma blanca, que se deslizaba entre las dos negras paredes, y el ruido de su vestido al rozar contra una y otra en la precipitada marcha. Entró en una habitación espaciosa y bien iluminada, en donde entré también. Era su dormitorio, y al primer golpe de vista advertí la agradable decencia y pulcritud de aquella estancia, amueblada con arte y esmero. El lecho, las sillas, la cómoda, las láminas, la fina estera de colores, los jarros de flores, el tocador, todo era bonito y escogido.

Cuando puse mis pies en la alcoba, ella, que iba mucho más aprisa que yo, había pasado a otra pieza contigua por una puerta vidriera, cuya luz cubrían cortinas blancas de indiana con ramos azules. Allí me detuve y la vi avanzar hacia el fondo de una vasta estancia medio oscura, en cuyo recinto resonaba la voz de Santorcaz. El rencor me hizo reconocerle en la penumbra de la ancha cuadra, y distinguí la persona del miserable doloridamente recostada en un sillón, con las piernas extendidas sobre un taburete y rodeado de almohadas y cojines.

También pude ver que la forma blanca de Inés se acercaba al sillón: durante corto rato ambos bultos estuvieron confundidos y enlazados, y sentí el estallido de amorosos besos que imprimían los labios del hombre sobre las mejillas de la mujer.

—Abre, abre esas maderas, que está muy oscuro el cuarto—dijo Santorcaz—, y no puedo verte bien.

Inés lo hizo así, y la copiosa y rica luz del Mediodía iluminó la estancia. Mis ojos la escudriñaron en un segundo, observando todo: personajes y escena. A Santorcaz, con la barba crecida y casi enteramente blanca, el rostro amarillo, hundidos los ojos de fuego, surcada de arrugas la hermosa y vasta frente, huesosas las manos, fatigado el aliento, no le hubiera conocido otro que yo, porque tenía grabadas en la mente sus facciones con la claridad del rostro aborrecido. Estaba viejo, muy viejo. La pieza contenía armas puestas en bellas pano-

lias, algunos muebles antiguos de gastado entalle, muchos libros, diversos armarios, arcones, un lecho cuyo dosel sostenían torneadas columnas y un ancho velador lleno de papeles en confusión revueltos.

Inés se juntó al hombre a quien, por su vejez prematura, puedo llamar anciano.

—¿Por qué has tardado en venir?—dijo Santorcaz con acento dulce y cariñoso, que me causó gran sorpresa.

—Estaba leyendo aquel libro..., aquel libro..., ya sabes—dijo la muchacha con turbación.

El anciano, tomando la mano de Inés, la llevó a sus labios con inefable amor.

—Cuando mis dolores—prosiguió—me permiten algún reposo y duermo, hija mía, en el sueño me atormenta una pena angustiosa: me parece que te vas y me dejas solo, que te vas huyendo de mí. Quiero llamarte, y no puedo profertir voz alguna; quiero levantarme para seguirte, y mi cuerpo, convertido en estatua de hierro, no me obedece...

Callando un momento para reposar su habla fatigosa, prosiguió así:

—Hace un instante dormía con sueño indeciso. Me parecía que estaba despierto. Sentí voces en la habitación que da al patio; te vi dispuesta a huir; quise gritar; un peso horroroso, una montaña, oprimía mi pecho...; todavía moja mi frente el sudor frío de aquella angustia... Al despertar, eché de ver que todo era una nueva repetición del mismo sueño que me atormenta todas las noches... ¿Dí, ¿me abandonarás? ¿Abandonarás a este pobre enfermo, a este hombre, ayer joven, hoy anciano y casi moribundo, que te ha hecho algún daño, lo confieso, pero que te ama, te adora como no suelen amar los hombres a sus semejantes, sino como se adora a Dios o a los ángeles? ¿Me abandonarás, me dejarás solo?...

—No—dijo Inés.

Aquel monosílabo apenas llegó hasta mí.

—¿Y me perdonas el mal que te he hecho, la libertad que te he quitado? ¿Olvidas las grandezas vanas y falaces que has perdido por mí?...

—Si—contestó la muchacha.

—Pero no me amarás nunca como yo te amo. La prevención, el horror que te inspiré en los primeros días no po-

drá borrarse de tu corazón, y esto me desespera. Todos mis esfuerzos para complacerte, mi empeño en hacerte agradable la vida, el bienestar tranquilo que te he proporcionado, todo es inútil... La odiosa imagen del ladrón no te dejará ver en mí la venerable faz del padre. ¿No estás aún convencida de que soy un hombre bueno, honrado, leal, cariñoso, y no un monstruo abominable, como creen algunos necios?

Inés no contestó. La observé, dirigiendo inquietas miradas a los vidrios tras los cuales yo me ocultaba.

—Si por algo temo la muerte es por ti—continuó el anciano—. ¡Oh!, si pudiera llevarte conmigo sin quitarte la vida... Pero ¿quién asegura que moriré...? No; mi enfermedad no es mortal... Viviré muchos años a tu lado, mirándote y bendiciéndote, porque has llenado el vacío de mi existencia. ¡Bendito sea el Ser Supremo! Viviré, viviremos, hija mía; yo te prometo que serás feliz... Pero ¿no lo eres ahora? ¿Qué te falta?... ¿No me respondes?... Estás aterrada, te causo miedo...

El anciano calló un momento, y durante breve rato no se oyó en la habitación más que el batir de las tenues alas de una mosca que se sacudía contra los cristales, engañada por la transparencia de éstos.

—¡Dios mío!—exclamó él con amargura—. ¿Seré yo tan criminal como dicen? ¿Lo crees tú así? Dímelo con franqueza... ¿Me juzgas un malvado? Hay en mi vida hechos extraños, hija mía, ya lo sabes; pero todo se explica y se justifica en este mundo... ¿Qué razón hay para que te posea tu madre, que durante tanto tiempo te tuvo abandonada pudiendo recogerte, y no te posea yo, que te amo, por lo menos, tanto como ella? No, que te amo más, muchísimo más, porque en la condesa pudo siempre el orgullo más que la maternidad, y jamás te llamó hija. A su lado te tenía como un juguete precioso o fútil pasatiempo. Hija mía, la holgazanería, la corrupción y la vanidad de esos grandes, tan despreciables por su carácter, no tienen límites. Aborrece a esa gente; convéncete de la superioridad que tienes sobre ellos por la nobleza de tu alma; no les hagas el honor de ocupar tu entendimiento con una idea relativa a su vil orgullo. Haz tus alegrías con sus tor-

mentos, y espera con deleite el día en que todos ellos caigan en el lodo. Apacienta tu fantasía con el espectáculo de reparación y justicia de esa gran caída que los espera, y acostúmbrate a no tener lástima de los explotadores del linaje humano, que han hecho todo lo posible para que el pueblo baile sobre sus cuerpos, después de muertos... Pero ¿estás llorando, Inés?... Siempre dices que no entiendes esto. No puedo borrar de tu alma el recuerdo de otros días...

Inés no contestó nada.

—Ya...—dijo Santorcaz, con amarga ironía, después de breve pausa—. La señorita no puede vivir sin carroza, sin palacio, sin lacayos, sin fiestas y sin pavonearse como las cortesanas corrompidas en los palacios de los reyes... Un nombre del *estado llano* no puede dar esto a una señorita, y la señorita desprecia a su padre.

La voz de Santorcaz tomó un acento duro y reprobatorio.

—Quizá esperes volver allá...—añadió—. Quizá trames algún plan contra mí... ¡Ah ingrata; si me abandonas, si tu corazón se deja sobornar por otros amores, si menosprecias el cariño inmenso, infinito, de este desgraciado...! Inés, dame la mano: ¿por qué lloras?... Vamos, vamos, basta de gazmoñerías... Las mujeres son mimosas y antojadizas... Vamos, hijita, ya sabes que no quiero lágrimas. Inés, quiero un rostro alegre; una conformidad tranquila, un ademán satisfecho...

El anciano besó a su hija en la frente, y después dijo:

—Acerca una mesa, que quiero escribir.

No pudiendo contenerme más, empujé las vidrieras para penetrar en la habitación.

XX

—¡Un hombre, un ladrón!—exclamó Santorcaz.

—El ladrón eres tú—afirmé, adelantando con resolución.

—¡Oh! Te conozco, te conozco...—gritó el anciano, levantándose, no sin trabajo, de su asiento, y arrojando a un lado almohadas y cojines.

Inés, al verme, lanzó un grito agudísimo y abrazó a su padre, diciendo:

—No le hagas daño: se marchará.

—Necio—gritó él—. ¿Qué buscas aquí? ¿Cómo has entrado?

—¿Qué busco? ¿Me lo preguntas, malvado?—exclamé, poniendo todo mi rencor en mis palabras—. Vengo a quitarte lo que no es tuyo. No temas por tu miserable vida, porque no me ensañaré en ese infeliz cuerpo, a quien Dios ha dado el merecido infierno con anticipación; pero no me provoques ni detengas un momento más lo que no te pertenece, reptil, porque te aplasto.

Al mirarme, los ojos de Santorcaz envenenaban y quemaban. ¡Tanta ponzoña y tanto fuego había en ellos!

—Te esperaba...—gritó—. Sirves a mis enemigos. Hijo del pueblo que comes las sobras de la mesa de los grandes, sabe que te desprecio. Enfermo e inválido estoy; mas no te temo. Tu vil condición y el embrutecimiento que da la servidumbre te impulsarán a descargar sobre mí la infame mano con que cargas la litera de los nobles. Desprecio tus palabras. Tu lengua, que adula a los poderosos e insulta a los débiles, sólo sirve para barrer el polvo de los palacios. Insúltame o mátame; pero mi adorada hija, mi hija, que lleva en sus venas la sangre de un mártir del despotismo, no te seguirá fuera de aquí.

—Vamos—grité a Inés, ordenándole imperiosamente que me siguiera y despreciando aquel gárrulo estilo revolucionario que tan en boga estaba entonces entre afrancesados y masones—. Vamos fuera de aquí.

Inés no se movía. Parecía la estatua de la indecisión. Santorcaz, gozoso de su triunfo, exclamó:

—¡Lacayo, lacayo! Di a tus indignos señores que no sirves para el caso.

Al oír esto, una nube de sangre cubrió mis ojos; sentí llamas ardientes dentro de mi pecho, y abalancéme hacia aquel hombre. El rayo, al caer, debe de sentir lo que yo sentí. Alargó su brazo para coger una pistola que en la cercana mesa había, y al dirigirla contra mi pecho, Inés se interpuso tan violentamente, que si disparara hubiérala muerto sin remedio.

—¡No le mates, padre!—gritó.

Aquel grito; el aspecto del anciano enfermo, que arrojó el arma lejos de sí, renunciando a defenderse, me sobrecojeron de tal modo que quedé mudo, helado y sin movimiento

—Dile que nos deje en paz—murmuró el enfermo abrazando a su hija—. Sé que conoces hace tiempo a ese desgraciado.

La muchacha ocultó en el pecho del padre su rostro lleno de lágrimas.

—Joven sin corazón—me dijo Santorcaz con voz trémula—, márchate; no me inspiras ni odio ni afecto. Si mi hija quiere abandonarme y seguirte, llévatela.

Clavó en su hija los ojos ardientes, apretando con su mano huesosa, no menos dura y fuerte que una garra, el brazo de la infeliz joven.

—¿Quieres huir de mi lado y marcharte con ese mancebo?—añadió, soltándola y empujándola suavemente lejos de sí.

Di algunos pasos hacia adelante para tomar la mano de Inés.

—Vamos—le dije—. Tu madre te espera. Estás libre, querida mía, y se acabaron para ti el encierro y los martirios de esta casa, que es un sepulcro habitado por un loco.

—No, no puedo salir—me dijo Inés corriendo al lado del anciano, que le echó los brazos al cuello y la besó con ternura.

—Bien, señora—dije con un despecho tal, que me sentí impulsado a no sé qué execrables violencias—. Saldré. Nunca más me verá usted; nunca más verá usted a su madre.

—Bien sabía yo que no eras capaz de la infamia de abandonarme—exclamó el anciano llorando de júbilo.

Inés me lanzó una mirada encendida y profunda, en la cual sus negras pupilas, al través de las lágrimas, dijéronme no sé qué misterios; manifestáronme no sé qué enigmáticos pensamientos que en la turbación de aquel instante no pude entender. Ella quiso, sin duda, decirme mucho; pero yo no comprendí nada. El despecho me ahogaba.

—Gabriel—dijo el anciano, recobrando la serenidad—, aquí no haces falta. Ya has oído que te marches. Supongo que habrás traído escala de cuerdas; mas para que bajes seguro, toma la llave que hay sobre esa mesa, abre la puerta que hay en el pasillo, y por la escalera que veas baja al patio. Te ruego que dejes la llave en la puerta.

Viendo mi indecisión y perplejidad, añadió con punzante y cruel ironía:

—Si puedo serte útil en Salamanca, dímelo con franqueza. ¿Necesitas algo? Parece que no has comido hoy, pobrecito. Tu rostro indica vigiliias, privaciones, trabajos, hambre... En la casa del hombre del *estado llano* no falta un pedazo de pan para los pobres que vienen a la puerta. ¿Sucedé lo mismo en casa de los nobles?

Inés me miró con tanta compasión que yo la sentí por ella, pues no se me ocultaba que padecía horribilmente.

—Gracias—respondí con sequedad—; no necesito nada. El pedazo de pan que he venido a buscar no ha caído en mi mano; pero volveré por él... Adiós.

Y tomando la llave salí bruscamente de la estancia, de la escalera, del patio, de la horrible casa; pero padre, hija, estancia, patio y casa, todo lo llevaba dentro de mí.

XXI

Cuando me encontré en la calle traté de reflexionar, para que la razón, enfriando mi sofocante ira, iluminara un poco mi entendimiento sobre aquel inesperado suceso; pero en mí no había más que pasión, una cólera salvaje que me hacía estúpido. Fuera ya de la escena, lejos ya de los personajes, traté de recordar, palabra por palabra, todo lo dicho allí; traté de recordar también la expresión de las fisonomías, para escudriñar antecedentes, indagar causas y secretos. Estos no pueden salir desde el fondo de las almas a la superficie de los apasionados discursos en un diálogo vivo entre personas que con ardor se aman o se odian.

A veces sentía no haber estrangulado a aquel hombre envejecido por las pasiones; a veces sentía hacía él inexpllicable compasión. La conducta de Inés, tan desfavorable para mi amor propio, infundíame a ratos una ira violenta, ira de amante despreciado, y a ratos un estupor secreto, con algo de la instintiva admiración que producen los grandes espectáculos de la Naturaleza cuando está uno cerca de ellos, cuando sabe uno que los va a ver, pero no los ha visto todavía.

Mi cerebro estaba lleno con la anterior entrevista. Pasaba el tiempo, pasaba yo maquinalmente de un sitio a otro,

y aún los tenía a los dos ante la vista: a ella, afligida y espantada, queriendo ser buena conmigo y con su padre; a Santorcaz; furioso, irónico, discolo e insultante conmigo, tierno y amoroso con ella. Observando bien a Inés, ahondando en aquel dolor suyo y en aquella su dulce simpatía por la miseria humana, no había realmente nada de nuevo. En él, sí: mucho.

Yo traía el pasado y lo ponía delante; registraba toda aquella parte de mi vida que tuviera relación con ambos personajes. Finalmente, hice respecto a mi propio pensar y sentir en aquella ocasión un raciocinio que iluminó un poco mi espíritu.

«Largo tiempo, y hoy mismo, al encontrarme frente a él—dije, he considerado a ese hombre como un malvado, y no he considerado que es un padre.»

Sin duda, me había acostumbrado a ver aquel asunto desde un punto de vista que no era el más conveniente.

Así pensando y sintiendo, con el cerebro lleno, el corazón henchido, proyectando en redor mío mi agitado interior, lo cual me hacía ver de un modo extraño lo que me rodeaba; sin vivir, más que para mi mismo, olvidado en absoluto de lo que a Salamanca me llevara, discurri por varias calles que no conocía.

De improviso, ante mi cara apareció una cara. La vi con la indiferencia que inspira un figuron pintado, y tardé mucho tiempo en llegar al convencimiento de que yo conocía aquel rostro. En las grandes abstracciones del alma, el despertar es lento y va precedido de una serie de raciocinios en que aquella disputa con los sentidos sobre si reconoce o no lo que tiene delante. Yo razoné, al fin, y dije para mí:

«Conozco estos ojuelos de ratón que delante tengo.»

Recobrando poco a poco mi facultad de percepción, hablé conmigo de este modo:

«Yo he visto en alguna parte esta nariz insolente y esta boca infernal, que se abre hasta las orejas para reír con desvergüenza y descaró.»

Dos manos pesadas cayeron sobre mis hombros.

—Déjame seguir, borracho—exclamé empujando al importuno, que no era otro que Tourlourou.

—*Satané farceur!*—gritó Molichard.

que acompañaba, por mi desgracia, al otro—. Venid al cuartel.

—*Drôle de pistolet...*, venid—dijo Tourlourou riendo diabólicamente—. Caballero Cipérez, el coronel Desmarets os aguarda...

—*Ventre de biche...!*, os escapasteis cuando ibais a ser encerrado.

—Y sacasteis la navaja para asesinar-nos.

—*Monseigneur Cipérez, vous serez cofré et niché.*

Intenté defenderme de aquellos salvajes; pero me fué imposible, pues aunque borrachos, juntos tenían más fuerza que yo. Al mismo tiempo, como la escena en la casa de Santorcaz embargaba de un modo lastimoso mis facultades intelectuales, no se me ocurría ardid ni artificio alguno que me sacase de aquel nuevo conflicto, más grave, sin duda, que los vencidos anteriormente.

Lleváronme, mejor dicho, arrastráronme hasta el cuartel donde por la mañana tuve el honor de conocer a Molichard, y en la puerta detúvose Tourlourou mirando al extremo de la calle.

—*Dame!...*—chilló—, allí viene el coronel Desmarets.

Cuando mis verdugos anunciaron la proximidad del coronel encargado de la policía de la ciudad, encomendé mi alma a Dios, seguro de que, si por casualidad me registraban y hallaban sobre mí el plano de las fortificaciones, no tardaría un cuarto de hora en bailar al extremo de una cuerda, como ellos decían. Volví angustiado los ojos a todas partes, y pregunté:

—¿No está por ahí el señor Jean Jean?

Aunque el dragón no era un santo, le consideré como la única persona capaz de salvarme.

El coronel Desmarets se acercaba por detrás de mí. Al volverme..., ¡oh asombro de los asombros!..., le vi dando el brazo a una dama, señores míos, a una dama que no era otra que la mismísima miss Fly, la mismísima Athenais, la mismísima Pajarita.

Quedéme absorto, y ella al punto saludóme con una sonrisa vanagloriosa que indicaba su gran placer por la sorpresa que me causaba.

Molichard y su vil compañero adelantáronse hacia el coronel, hombre grave y de más de mediana edad, y con todo el respeto que su embrutecedora embria-

guez les permitiera, dijéronle que yo era espía de los ingleses.

—¡Insolentes!—exclamó con indignación y en francés miss Fly—. ¿Os atrevéis a decir que mi criado es espía? Señor coronel, no hagáis caso de esos miserables a quienes rebosa el vino por los ojos. Este muchacho es el que ha traído mi equipaje y el que con vuestra ayuda he buscado inútilmente hasta ahora por la ciudad... Dí, tonto, ¿dónde has puesto mi maleta?

—En el mesón de la Fabiana, señora—respondí con humildad.

—Acabáramos. Buen paseo he hecho dar al señor coronel, que me ha ayudado a buscarte... Dos horas recorriendo calles y plazas...

—No se ha perdido nada, señora—le dijo Desmarets con galantería—. Así habéis podido ver lo más notable de esta interesantísima ciudad.

—Sí; pero necesitaba sacar algunos objetos de mi maleta, y este idiota... Es idiota, señor coronel...

—Señora—dije, señalando a mis dos crueles enemigos—, cuando iba en busca de su excelencia, estos borrachos me llevaron engañado a una taberna, bebieron a mi costa y, luego que me quedé sin un real, dijeron que yo era espía y querían ahorcarme.

Miss Fly miró al coronel con enfado y soberbia, y Desmarets, que sin duda deseaba complacer a la bella amazona, recogió todo aquel femenino enojo para lanzarlo militarmente sobre los dos bravos franchutes, los cuales, al verse convertidos de acusadores en acusados, aparecieron más beodos que antes, y más incapaces de sostenerse sobre sus vacilantes piernas.

—¡Al cuartel, canalla!—gritó el jefe con ira—. Yo os arreglaré dentro de un rato.

Molichard y Tourlourou, asidos del brazo, confusos y tan lastimosamente turbados en lo moral como en lo físico, entraron en el edificio dando traspiés y recriminándose el uno al otro.

—Os juro que castigaré a esos pícaros—dijo el bravo oficial—. Ahora, puesto que habéis encontrado vuestra maleta, os conduciré a vuestro alojamiento.

—Sí, lo agradeceré—dijo miss Fly, poniéndose en marcha y ordenándose que la siguiera.

—Y luego—añadió Desmarets—daré

una orden para que se os permita visitar el hospital. Tengo idea de que no ha quedado en él ningún oficial inglés. Los que había hace poco sanaron y fueron canjeados por los franceses que estaban en Fuente Aguinaldo.

—¡Oh Dios mío! ¡Entonces habrá muerto!—exclamó con afectada pena miss Fly—. ¡Desgraciado joven! Era pariente de mi tío el vizconde de Marley... Pero ¿no me acompañáis al hospital?

—Señora, me es imposible. Ya sabéis que Marmont ha dado orden para que salgamos hoy mismo de Salamanca.

—¿Evacuáis la ciudad?

—Así lo ha dispuesto el general. Estamos amenazados de un sitio riguroso. Carecemos de viveres, y como las fortificaciones que se han hecho son excelentes, dejamos aquí ochocientos hombres escogidos, que bastarán para defenderlas. Salimos hacia Toro para esperar a que nos envíen refuerzos del Norte o de Madrid.

—¿Y marcháis pronto?

—Dentro de una hora. Sólo de una hora puedo disponer para serviros.

—Gracias... Siento que no podáis ayudarme a buscar a ese valiente joven, paisano mío, cuyo paradero se ignora y es causa de este mi intempestivo y molesto viaje a Salamanca. Fué herido y cayó prisionero en Arroyomolinos. Desde entonces no he sabido de él... Dijéronme que tal vez estaría en los hospitales franceses de esta ciudad.

—Os proporcionaré un salvoconducto para que visitéis el hospital, y con esto no necesitáis de mí.

—Mil gracias: creo que llegamos a mi alojamiento.

—En efecto, éste es.

Estábamos en la puerta del mesón de la Lechuga, distante no más de veinte pasos de aquel donde yo había dejado mi asno. Desmarets despidióse de miss Fly, repitiendo sus cumplidos y caballescres ofrecimientos.

—Ya veis—me dijo Athenais cuando subíamos a su aposento—que hicisteis mal en no permitir que os acompañase. Sin duda habéis pasado mil contrariedades y conflictos. Yo, que conozco de antiguo al bravo Desmarets, os los hubiera evitado.

—Señora de Fly, todavía no he vuelto de mi asombro, y creo que lo que tengo delante no es la verídica y real ima-

gen de la hermosa dama inglesa, sino una sombra engañosa que viene a aumentar las confusiones de este día. ¿Cómo ha venido usted a Salamanca? ¿Cómo ha podido entrar en la ciudad? ¿Cómo se las ha compuesto para que ese viejo relamido, ese Desmarets...?

—Todo eso que os parece raro, es lo más natural del mundo. ¡Venir a Salamanca! Existiendo el camino, ¿os causa sorpresa? Cuando con tanta grosería y vulgares sentimientos me abandonasteis, resolví venir sola. Yo soy así. Quería ver cómo os conducíais en la difícil comisión, y esperaba poder prestaros algún servicio, aunque por vuestra ingratitud no merecíais que me ocupara de vos.

—¡Oh! Mil gracias, señora. Al dejar a usted, lo hice por evitarle los peligros de esta expedición. Dios sabe cuánta pena me causaba sacrificar el placer y el honor de ser acompañado por usted.

—Pues bien, señor aldeano; al llegar a las puertas de la ciudad, acordéme del coronel Desmarets, a quien recogí del campo de batalla después de la Albuera, curando sus heridas y salvándole la vida; pregunté por él, salió a mi encuentro, y desde entonces no tuve dificultad alguna ni para entrar aquí ni para buscar alojamiento. Le dije que me traía el afán de saber el paradero de un oficial inglés, pariente mío, perdido en Arroyomolinos, y como deseaba encontraros, fingí que uno de los criados que traía conmigo, portador de mi maleta, había desaparecido en las puertas de la ciudad. Deseando complacerme, Desmarets me llevó a distintos puntos. ¡Dos horas paseando...! Estaba desesperada... Yo miraba a un lado y otro diciendo: «¿Dónde estará ese bestia...? Se habrá quedado lelo mirando los fuertes..., es tan bobo...»

—¿Y el mozuelo que acompañaba a usted?

—Entró conmigo. ¿Os burlabais del carricoche de mistress Mitchel? Es un gran vehículo, y tirado por el caballo que me dió Simpson, parecía el carro de Apolo... Veamos ahora, señor oficial, cómo habéis empleado el tiempo, y si se ha hecho algo que justifique la confianza del señor duque.

—Señora, llevo sobre mí un plano de las fortificaciones muy oculto... Además poseo innumerables noticias que han de

ser muy útiles al general en jefe. He tenido mil contratiempos; pero, al fin, en lo relativo a mi comisión militar, todo me va saliendo bien.

—¡Y lo habéis hecho sin mí!—dijo la Mariposa con despecho.

—¡Si tuviera tiempo de referir a usted las tragedias y comedias de que he sido actor en pocas horas...! Pero estoy tan fatigado, que hasta el habla me va faltando. Los sustos, las alegrías, las emociones, las cóleras de este día abatirían el ánimo más esforzado y el cuerpo más vigoroso, cuanto más el ánimo y cuerpo míos, que están el uno aturrido y apesadumbrado; el otro, tan vacío de toda sólida sustancia, como quien no ha comido en dieciséis horas.

—En efecto, parecéis un muerto—dijo, entrando en su habitación—. Os daré algo de comer.

—Felicísima idea—respondí—; y pues tan milagrosamente nos hemos juntado aquí, lo cual prueba la conformidad de nuestro destino, conviene que nos establezcamos bajo un mismo techo. Voy a traer mi burro, en cuyas alforjas dejé algo digno de comerse. Al instante vuelvo. Pida usted, en tanto, a la mesonera lo que haya..., pero pronto, prontito...

Corrí al mesón donde había dejado mi asno, y al entrar en la cuadra sentí la voz del mesonero muy enfascada en disputas con otra que reconocí por la del venerable señor Jean Jean.

—Muchacho—me dijo el mesonero al entrar—, este señor francés se quería llevar tu burro.

—¡Excelencia!—afirmó cortésmente, aunque muy turbado, Jean Jean—, no me quería llevar la bestia..., preguntaba por vos.

Açordéme de la promesa hecha al dragón y del ánimo de la albarda, invención mía para salir del paso.

—Jean Jean—dije al francés—, todavía necesito de tí. Hoy salen los franceses, ¿no es verdad?

—Sí, señor; pero yo me quedo. Quedamos veinte dragones para escoltar al gobernador.

—Me alegro—dije, disponiéndome a llevar el burro conmigo—. Ahora, amigo Jean Jean, necesito saber si el tal jefe de los masones se dispone a salir hoy también de Salamanca. Es lo más probable.

—Lo averiguaré, señor.

—Estoy en el mesón de al lado, ¿sabes?

—La Lechuga, sí.

—Allí te espero. Tenemos mucho que hacer hoy, amigo Jean Jean.

—No deseo más que servir a su excelencia.

—Y yo pago bien a los que me sirven.

XXII

Miss Fly, pretextando que la criada del mesón no debía enterarse de lo que hablábamos, me sirvió la frugal comida ella misma, lo cual, si no era conforme a los cánones de la etiqueta inglesa, concordaba perfectamente con las circunstancias.

—Vuestra tristeza—dijo la inglesa—me prueba que si en la comisión militar salisteis bien, no sucede lo mismo en lo demás que habéis emprendido.

—Así es, en efecto, señora—repuse—, y juro a usted que mi pesadumbre y desaliento son tales, que nunca he sentido cosa igual en ninguna ocasión de mi vida.

—¿No está vuestra princesa en Salamanca?

—Está, señora—repliqué—; pero de tal manera, que más valdría no estuviese aquí ni en cien leguas a la redonda. Porque ¿de qué vale hallarla si la encuentro...?

—Encantada—dijo la inglesa, interrumpiéndome con picante jovialidad—, y convertida, como Dulcinea, en rústica y fea labradora la que era señora finísima.

—Allá se va una cosa con otra—dije—, porque si mi princesa no ha perdido nada de la gallardía de su presencia ni de la sin igual belleza de su rostro, en cambio ha sufrido en su alma transformación muy grande, porque no ha querido aceptar la libertad que yo le ofrecí, y prefiriendo la compañía de su bárbaro carcelero, me ha puesto bonitamente en la puerta de la calle.

—Eso tiene una explicación muy sencilla—me dijo la dama, riendo con verdadero regocijo—, y es que vuestra archiduquesa prisionera ya no os ama. ¿No habéis pensado en el inconveniente de presentaros ante ella con ese vestido? El largo trato con su raptor le ha-

brá inspirado amor hacia éste. No os riáis, caballero. Hay muchos casos de damas robadas por los bandidos de Italia y Bohemia que han concluido por enamorarse locamente de sus secuestradores. Yo misma he conocido a una señorita inglesa que fué robada en las inmediaciones de Roma, y al poco tiempo era esposa del jefe de la partida. En España, donde hay ladrones tan poéticos, tan caballerescos que casi son los únicos caballeros del país, ha de suceder lo mismo. Lo que me contáis, señor mío, no tiene nada de absurdo, y cuadra perfectamente con las ideas que he formado de este país.

—La grande imaginación de usted—le dije—tal vez se equivoque al querer encontrar ciertas cosas fuera de los libros; pero, de cualquier modo que sea, señora, lo que me pasa es bien triste..., porque...

—Porque amáis más a vuestra niña, desde que ella adora a ese pachá de tres colas, a ese Fra Diávolo, en quien me figuro ver un grandísimo ladrón; pero hermoso como los más bellos tipos de Calabria y Andalucía, más valiente que el Cid, gran jinete, espadachín sublime, algo brujo, generoso con los pobres, cruel con los ricos y malvados, rico como el gran turco, y dueño de inmensas pedrerías que siempre le parecen pocas para su amada. También me lo figuro como Carlos Moor, el más poético e interesante de los salteadores de caminos.

—¡Oh miss Fly! Veo que usted ha leído mucho. Mi enemigo no es tal como usted le pinta, es un viejo enfermo.

—Pues entonces, señor Araceli—dijo Athenais con disgusto—, no tratéis de engañarme pintando a esa joven como una persona principal, porque si se ha aficionado al trato de un estafermo habrá sido por avaricia, cualidad propia de costureras, doncellas de labor, cómicas u otra gente menuda, a cuyas respetables clases creo desde ahora que pertenecerá esa tan decantada señora que adoráis.

—No he engañado a usted respecto a la elevación de su clase. Respecto a la afición que ha podido sentir hacia su secuestrador, no tiene nada de vituperable, porque es su padre.

—¡Su padre!—exclamó con asombro—. Eso sí que no estaba escrito en mis libros. ¿Y a un padre que retiene consigo a su hija le llamáis ladrón? Eso sí que

es extraño. No hay país como España para los sucesos raros y que en todo difieren de lo que es natural y corriente en los demás países. Explicadme eso, caballero.

—Usted cree que todos los lances de amor y de aventura han de pasar en el mundo conforme a lo que ha leído en las novelas, en los romances, en las obras de los grandes poetas y escritores, y no advierte que las cosas extrañas y dramáticas suelen verse antes en la vida real que en los libros, llenos de ficciones convencionales y que se reproducen unas a otras. Los poetas copian de sus predecesores, los cuales copiaron de otros más antiguos, y mientras fabrican este mundo vano, no advierten que la Naturaleza y la sociedad va creando a escondidas del público, y recatándolas de la imprenta, mil novedades que espantan o enamoran.

Yo hacía esfuerzos de ingenio por sostener de algún modo un coloquio en que mis Fly, con su ardoroso sentimiento poético, me llevaba ventaja, y a cada palabra mía su atrevida imaginación se inflamaba más, volando en pos de sucesos raros, desconocidos, novelescos, fuente de pasión y de idealismo. No puedo negar que Athenais me causaba sorpresa, porque yo, en mi ignorancia, no conocía el sentimentalismo que entonces estaba en moda entre la gente del Norte, invadiendo literatura y sociedad de un modo extraordinario.

—Referidme eso—me dijo con impaciencia.

Sin temor de cometer una indiscreción conté punto por punto a mi hermosa acompañante todo lo que el lector sabe. Oíame tan atentamente y con tales apariencias de agrado, que no omití ningún detalle. Algunas veces creí distinguir en ella señales más bien de entusiasmo varonil que de emoción femenina; y cuando puse punto final en mi relato, levantóse, y con ademán resuelto y voz animosa, hablome así:

—¿Y vivís con esa calma, caballero, y referís esos dramas de vuestra vida como si fueran páginas de un libro que habéis leído la noche anterior? No sois español, no tenéis en las venas ese fuego sublime que impulsa al hombre a luchar con las imposibilidades. Os estáis ahí mano sobre mano, contemplando a una inglesa, y no se os ocurre nada: no

se os ocurre entrar en esa casa; arrancar a esa infeliz mujer del poder que la aprisiona; echar una cuerda al cuello de ese hombre para llevarle a una casa de locos; no se os ocurre comprar una espada vieja y batiros con medio mundo, si medio mundo se opone a vuestro deseo; romper las puertas de la casa; pegarle fuego, si es preciso; coger a la muchacha sin tratar de persuadirla a que os siga, y llevarla donde os parezca conveniente; matar a todos los alguaciles que os salgan al paso, y abriros camino por entre el ejército francés, si el ejército francés en masa se opone a que salgáis de Salamanca. Confieso que os creí capaz de esto.

—Señora—repliqué con ardor—, dígame usted en qué libro ha leído eso tan bonito que acaba de decirme. Quiero leerlo también, y después probaré si tales hazañas son posibles.

—¿En qué libro, menguado?—repuso con exaltación admirable—. En el libro de mi corazón, en el de mi fantasía, en el de mi alma. ¿Queréis que os enseñe algo más?

—Señora—afirmé confundido—, el alma de usted es superior a la mía.

—Vamos al instante a esa casa—dijo tomando un látigo y disponiéndose a salir.

Miré a miss Fly con admiración; pero con una admiración no enteramente seria quiero decir, que algo se reía dentro de mí.

—¿Adónde, señora; adónde quiere usted que vayamos?

—¡Y lo pregunta!—exclamó Athenais— Caballero, si os hubiera creído capaz de hacerme esa pregunta, que indica las indecisiones de vuestra alma, no hubiera venido a Salamanca.

—No, si comprendo perfectamente—respondí, no queriendo aparecer inferior a mi interlocutora—. Comprendo..., vamos a..., pues..., a hacer una barbaridad, una que sea sonada..., yo me atrevo a ello, y aun a cosas mayores.

—Entonces...

—Precisamente pensaba en eso. Yo no conozco el miedo.

—Ni los obstáculos, ni el peligro, ni nada. Así, así, caballero; así se responde—gritó con acalorado y sonoro acento.

Su inflamado semblante, sus brillantes ojos, el timbre de su patética voz, ejercían extraño poder sobre mí y pesper-

taban no sé qué vagas sensaciones de grandeza, dormidas en el fondo de mi corazón, tan dormidas, que yo no creía que existiesen. Sin saber lo que hacía, levantéme de mi asiento, gritando con ella:

—¡Vamos, vamos allá!

—¿Estáis preparado?

—Ahora recuerdo que necesito una espada... vieja.

—O nueva... No será malo ver a Desmarets.

—Yo no necesito de nadie: me basto y me sobro—exclamé con brío y orgullo.

—Caballero—dijo ella con entusiasmo—, eso debiera decirlo yo para parecerme a Medea.

—Decía que no podemos contar con Desmarets—indiqué, pensando un poco en lo positivo—, porque sale hoy de Salamanca.

En aquel momento sentimos ruido en el exterior. Era el ejército francés, que salía. Los tambores atronaban la calle. Apagaba luego sus retumbantes clamores el paso de los escuadrones de caballería, y, por último, el estrépito de las cureñas hacía retemblar las paredes cual si las conmoviera un terremoto. Durante largo tiempo estuvieron pasando tropas.

—Espero ser yo quien primero lleve a lord Wellington la noticia de que los franceses han salido de Salamanca—dijo en voz baja a miss Fly, mirando el desfile desde nuestra ventana.

—Ahí va Desmarets—repuso la inglesa fijando su vista en las tropas.

En efecto, pasaba a caballo Desmarets al frente de su regimiento, y saludó a miss Fly con galantería.

—Hemos perdido un protector en la ciudad—me dijo—; pero no importa: no lo necesitaremos.

En este momento sonaron algunos golpecitos en la puerta; abrí, y se nos presentó el señor Jean Jean, que, sombrero en mano, hizo varios arqueos y cortesías.

—Excelencia, la mesonera me dijo que estabais aquí, y he venido a deciros...

—¿Qué?

Jean Jean miró con recelo a miss Fly; pero al punto le tranquilicé, diciéndole:

—Puedes hablar, amigo Jean Jean.

—Pues venía a deciros—prosiguió el soldado—que ese señor Santorcaz saldrá

de la ciudad. Como Salamanca va a ser sitiada, huyen esta noche muchas familias, y el masón no será de los últimos, según me ha dicho Ramoncilla. Ha salido hace un momento de su casa, sin duda para buscar carros y caballerías.

—Entonces se nos va a escapar—dijo miss Fly con viveza.

—No saldrán—repuso—hasta después de medianoche.

—Amigo Jean Jean, quiero que me proporciones un sable y dos pistolas.

—Nada más fácil, excelencia—contestó servilmente.

—Y, además, una capa... Luego que sea de noche prepararás el coche...

—No se encuentra ninguno en la ciudad.

—Abajo tenemos uno. Enganchas el caballo, que abajo está también, y lo llevas a la puerta más próxima a la calle del Cáliz.

—Que es la de Sancti Spiritus... Os advierto que Santorcaz ha vuelto a su casa, le he visto acompañado de sus cinco amigos, cinco hombres terribles, que son capaces de cualquier cosa...

—¡Cinco hombres!...

—Que no permiten se juegue con ellos. Todas las noches se reúnen allí y están bien armados.

—¿Tienes algún amigo que quiera ganarse unos cuantos doblones y que, además, sea valiente, sereno y discreto?

—Mi primo *Pied-de-mouton* es bueno para el caso; pero está algo enfermo. No sé si *Charles le Téméraire* querrá meterse en tales fregados: se lo diré.

—No necesitamos de vuestros amigos—dijo miss Fly—. No queremos a nuestro lado gente soez. Iremos enteramente solos.

—Dentro de un momento tendréis las armas—afirmó Jean Jean—. ¿Y no me decís nada de vuestro asno?

—Te lo regalaré con albarda y todo...; mas no busques ya nada en ella. Lo que merezcas te lo daré cuando nos hallemos sin peligro fuera de las puertas de la ciudad.

Jean Jean me miró con expresión sospechosa; pero o renació pronto en su pecho la confianza, o supo disimular su recelo, y se marchó. Cuando de nuevo se me puso delante al anochecer y me trajo las armas, ordenéle que me esperase en la calle del Cáliz, con lo cual dimos la inglesa y yo por terminados los

preparativos de aquel estupendo y nunca visto suceso, que verá el lector en los siguientes capítulos.

XXIII

Al llegar a esta parte de mi historia, obligame a detenerme cierta duda penosa que no puedo arrojar lejos de mí, aunque de mil maneras lo intento. Es el caso que a pesar de la fidelidad y veracidad de mi memoria, que tan puntualmente conserva los hechos más remotos, dudo si fui yo mismo quien acometió la temeridad en cuestión apretado a ello por el poético y voluntarioso ascendiente de una hermosa mujer inglesa, o si, habiéndolo yo soñado, creí que lo hice, como muchas veces sucede en la vida, por no ser fácil deslindar lo soñado de lo real; o si en vez de ser mi propia persona la que a tales empeños se lanzara, fué otro yo quien supo interpretar los fogosos sentimientos y caballerescas ideas de la hechicera Athenais. Ello es que, teniéndome por cuerdo, hoy como entonces, me cuesta trabajo determinarme a afirmar que fui yo propio el autor de tal locura, aunque todos los datos, todas las noticias y las tradiciones todas concuerdan en que no pudo ser otro. Ante la evidencia, inclino la frente y sigo contando.

Vino, pues, la noche, envolviendo en sus sombras todo el ámbito de *Roma la chica*. Salimos miss Fly y yo, y atravesando la Rúa, nos internamos por las oscuras y torcidas calles que nos debían llevar al lugar de nuestra misteriosa aventura. Bien pronto, ignorantes ambos de la topografía de la ciudad, nos perdimos y marchamos al acaso, procurando brujulearnos por los edificios que habíamos visto durante el día; mas con la oscuridad no distinguíamos bien la forma de aquellas moles que nos salían al paso. A lo mejor nos hallábamos detenidos por una pared gigantesca, cuya eminencia se perdía allá en los cielos; luego creeríase que la enorme masa se apartaba a un lado para dejarnos libre el paso de una calleja alumbrada a lo lejos por las lamparillas de la devoción, encendidas ante una imagen.

Seguíamos adelante, creyendo encontrar el camino buscado, y tropezábamos con un pórtico y una torre que en las

sombras de la noche venían cada cual de distinto punto y se juntaban para ponérsenos delante. Al fin, conocimos la catedral entre aquellas montañas de oscuridad que nos cercaban. Distinguimos perfectamente su vasta forma irregular, sus torres, que empiezan en una edad del arte y acaban en otra, sus ojivas, sus cresterías, su cúpula redonda; y detrás del nuevo edificio, la catedral vieja, acurrucada junto a él como buscando abrigo. Quisimos orientarnos allí, y tomando la dirección que creímos más conveniente, bien pronto tropezamos con los pórticos gemelos de la Universidad, en cuyo frontispicio las grandes cabezas de los Reyes Católicos nos contemplaron con sus absortos ojos de piedra. Deslizándonos por un costado del vasto edificio, nos hallamos cercados de murallas por todas partes, sin encontrar salida.

—Esto es un laberinto, miss Fly—dije, no sin mal humor—; busquemos hacia la espalda de la catedral esa dichosa calle. Si no, pasaremos la noche andando y desandando calles.

—¿Os apuráis por eso? Cuanto más tarde, mejor.

—Señora, lord Wellington me espera mañana, a las doce, en Bernuy. Me parece que he dicho bastante... Veremos si aparece algún transeúnte que nos indique el camino.

Pero ningún alma viviente se veía por aquellos solitarios lugares.

—¡Qué hermosa ciudad!—dijo miss Fly con arrobamiento contemplativo—. Todo aquí respira la grandeza de una edad ilustre y gloriosa. ¡Cuán excelsos, cuán poderosos no fueron los sentimientos que han necesitado tanta, tantísima piedra para manifestarse! ¿Para vos no dicen nada esas altas torres, esas largas ojivas, esos techos, esos gigantes que alzan sus manos hacia el cielo, esas dos catedrales: la una, anciana y de rodillas, arrugada, inválida, agazapada contra el suelo y el arrimo de su hija; la otra, flamante y en pie, hermosa, inmensa, lozana, respirando vida en su robusta mole? ¿Para vos no dicen nada esos cien colegios y conventos, obra de la ciencia y la piedad reunidas? ¿Y esos palacios de los grandes señores, esas paredes llenas de escudos y rejas, indicio de soberbia y precaución? ¡Dichosa edad aquella en que el alma ha encon-

trado siempre de qué alimentar su insaciable hambre! Para las almas religiosas, el monasterio; para las heroicas, la guerra; para las apasionadas, el amor, más hermoso cuanto más contrariado; para todos, la galantería, los grandes afectos, los sacrificios sublimes, las muertes gloriosas... La sociedad vive impulsada por una sola fuerza: la pasión... El cálculo no se ha inventado todavía. La pasión gobierna el mundo y en él pone su sello de fuego. El hombre lo atropella todo por la posesión del objeto amado, o muere luchando ante las puertas del hogar que se le cierran... Por una mujer se encienden guerras, y dos naciones se destrozan por un beso... La fuerza que aparentemente impera no es el empuje brutal de los modernos, sino un aliento poderoso, el resoplido de los dos pulmones de la sociedad, que son el honor y el amor.

—No vendría mal el discursito—murmuré—, si al fin encontráramos...

Cuando esto decía habíamos perdido de vista la catedral y nos internábamos por calles angostas y oscuras, buscando en vano la del Cáliz. Vimos una anciana que, apoyándose en un palo, marchaba lentamente arrimada a la pared, y le pregunté:

—Señora, ¿puede usted decirme dónde está la calle del Cáliz?

—¿Buscan la calle del Cáliz, y están en ella?—repuso la vieja con desabrimiento—. ¿Van a la casa de los masones, o a la logia de la calle de Tentencios? Pues sigan adelante y no mortifiquen a una pobre vieja que no quiere nada con el demonio.

—Y la casa de los masones, ¿cuál es, señora?

—Tiénela en la mano y pregunta...—contestó la anciana—. Ese portalón que está detrás de usted es la entrada de la vivienda de esos bribones; ahí es donde cometen sus feos herejías contra la religión; ahí donde hablan pestes de nuestros queridos reyes... ¡Malvados! ¡Ay, con cuánto gusto iría a la plaza Mayor para veros quemar! Dios querrá quitarnos de en medio a los franceses que tales suciedades consienten... Masones y franceses, todos son unos: la pata derecha y la pata izquierda de Satanás.

Marchóse la vieja hablando consigo misma, y al quedarnos solos reconocí en

el portalón, que cerca teníamos, la casa de Santorcaz.

—¡Cuántas veces habremos pasado por aquí sin conocer la casa!—dijo miss Fly—. Si yo la hubiese visto una sola vez...; pero parece que sois torpe, Araceli.

La puerta era un antiquísimo arco bizantino, compuesto por seis u ocho curvas concéntricas, por donde corrían misteriosas formas vegetales gastadas por el tiempo; cascabeles y entrelazadas cintas, y en la imposta, unos diablillos, monos o no sé qué desvergonzados animales; que hacían cabriolas confundiendo sus piernecillas enjutas con los tallos de la hojarasca de piedra. Letras ininteligibles, y que sin duda expresaban la época de la construcción, dejaban ver sus trazos grotescos y torcidos, como si un dedo vacilante las trazara al modo de conjuro. Estaba reforzada la puerta con garabatos de hierro tan mohosos como apolillados y rotas las mal juntas tablas, y un grueso llamador en figura de cu-lebrón enroscado pendía en el centro, aguardando una impaciente mano que lo moviese.

Yo interrogué a miss Fly con la mirada, y vi que acercaba su mano al aldabón.

—¿Ya, señora?—dije, deteniendo su movimiento.

—¿Pues a qué esperáis?

—Conviene explorar primero al enemigo... La casa es sólida... Jean Jean dijo que había dentro... ¿cuántos hombres?

—Cincuenta, si no recuerdo mal...; pero aunque sean mil.

—Es verdad, aunque sean un millón.

Vimos que se acercaba un hombre, y al punto reconocí a Jean Jean.

—Vienen refuerzos, señora—dije—. Verá usted qué pronto despacho.

Miss Fly, asiendo el aldabón, dió un golpe.

Yo toqué mis armas, y al ver que no se me habían olvidado, no pude evitar un sentimiento, que no sé si era burla o admiración de mí mismo, porque a la verdad, señores, lo que yo iba a hacer, lo que yo intentaba en aquel momento, o era gran tontería o una acción semejante a las perpetuadas en romances y libros de caballería. Yo recordaba haber leído en alguna parte que un desvalido amante llega bonitamente, y sin más ayuda que el valor de su brazo o la pro-

tección de tal o cual potencia nigromántica, a las puertas de un castillo donde el más barbudo y zafio moro o gigante de aquellos agrestes confines tiene encerrada a la más delicada doncella, princesa o emperatriz que ha peinado hebras de oro y llorado líquidos diamantes; y el tal desvalido amante grita desde abajo: «Fiero arráez, o bárbaro sultán, vengo a arrancarte esa real persona que aprisionada guardas, y te conjuro que me la des al instante, si no quieres que tu cuerpo sea partido en dos pedazos por esta mi espada; y no te rías ni me amenaces, porque aunque tuvieras más ejércitos que llevó el parto a la conquista de la Grecia, ni uno solo de los tuyos quedará vivo.»

Así, señores; así, ni más ni menos, era lo que yo iba a emprender. Cuando toqué las pistolas del cinto y el tahalí, en mi corazón predominó la burla y me eché el embozo a la cara, y el ala del ancho sombrero sobre la ceja, confieso que entre los sentimientos que luchaban en mi corazón predominó la burla y me rei en la oscuridad. Tenía yo un aire de personaje de valentías, guapezas y gatuperios, que habría puesto miedo en el ánimo más valeroso, cuando no mofa y risa; pero miss Fly había leído, sin duda, las hazañas de don Rodolfo de Pedrajas, de Pedro Cadenas, Lampuga, Gardoncha y Petrotudo, y mi catadura le había de parecer más propia para enamorar que para reír.

Viendo que no respondían, cogí el aldabón y repetí los golpes.

Yo no medía la extensión del peligro que iba a afrontar, ni era posible reflexionar en ello, aunque habría bastado un destello de luz de mi razón para esclarecerme el horrible jaleo en que me iba a meter... Yo no pensaba en esto, porque sentía el inexplicable deleite que tiene para la juventud enamorada todo lo que es misterioso y desconocido, más bello y atractivo cuanto más peligroso, porque sentía dentro de mí un deseo de acometer cualquier brutalidad sin nombre que pudiese mi fuerza y mi valor al servicio de la persona a quien más amaba en el mundo.

No se olvide que aún me duraban el despecho y la sofocación de la mañana. El recuerdo de las escenas que antes he descrito completaba mi ceguera; y realizar por la violencia lo que no pude

conseguir por otro medio era, sin duda, gran atractivo para mi excitado espíritu. En la calle me aguijoneaba la fantasía, y desde dentro me llamaba el corazón, toda mi vida pasada y cuanto pudiese soñar para el porvenir... ¿Quién no rompe una pared, aunque sea con la cabeza, cuando le impulsan a ello dos mujeres, una desde dentro y otra desde fuera?

No debo negar que la hermosa inglesa había adquirido gran ascendiente sobre mí. No puedo expresar aquel dominio suyo y la esclavitud mía sino empleando una palabra muy usada en las novelas, y que ignoro si indicará de un modo claro mi idea; pero no teniendo a mano otro vocablo, la emplearé. Miss Fly me fascinaba. Aquella grandeza de espíritu; aquel sentimiento alambicado y sin mezcla de egoísmo que había en sus palabras; aquel carácter que atesoraba, tras una extravagancia sin ejemplo, todo el material, digámoslo así, de las grandes acciones, hallaban secreta simpatía en un rincón de mi ser. Me reía de ella y la admiraba; parecíanme disparates sus consejos, y los obedecía. Aquella inmensidad de su pensamiento, tan distante de la realidad, me seducía, y antes que confesarme cobarde para seguir el vuelo de su voluntad poderosa hubiérame muerto de vergüenza.

Repetí con más fuerza los golpes, y nada se oía en el interior de la casa. Oscuridad y silencio como el de los sepulcros reinaba en ella. El animalejo, lagarto o culebrón que figuraba la aldaba, alzó, al menos así parecía, su cabeza llena de herrumbre, y clavando en mí los verdes ojos, abrió la horrible boca para reírse.

—No quieren abrir—me dijo Jean Jean—. Sin embargo, dentro están: los he visto entrar... Son los principales afrancesados que hay en la ciudad, más masones que el gran Copto y más ateos que Judas. Mala gente. Mi opinión, señor marqués, es que os marchéis. El coche os aguarda en la puerta de Sancti Spiritus.

—¿Tienes miedo, Jean Jean?

—Además, señor marqués—continuó éste—, debo advertiros que pronto ha de pasar por aquí la ronda... Vos y la señora tenéis todo el aspecto de gente sospechosa... Todavía hay quien cree que sois espía, y la señora también.

—¿Yo espía?—dijo miss Fly con desprecio—. Soy una dama inglesa.

—Márchate tú, Jean Jean, si tienes miedo.

—Hacéis una locura, caballero—repuso el dragón—. Esos hombres van a salir, y a todos nos molerán a palos.

Créi sentir el ruido de las maderas de una ventanilla que se abría en lo alto, y grité:

—¡Ah de la casa! Abrid pronto.

—Es una locura, señor marqués—dijo el dragón bruscamente—. Vámonos de aquí...

Entonces noté en el semblante hosco y sombrío de Jean Jean una alteración muy visible, que no era ciertamente la que produce el miedo.

—Repito que os dejo solo, señor marqués... La ronda va a venir... Vamos hacia Sancti Spiritus, o no respondo de vos...

Su insistencia y el empeño de llevarnos hacia las afueras de la ciudad infundieron en mí terrible sospecha.

Miss Fly redobló los martillazos, diciendo:

—Será preciso echar la puerta abajo si no abren.

Los garabatos de hierro que reforzaban la puerta se contrajeron, haciendo muñecas horribles, signos burlescos, figurando no sé si extrañas sonrisas o mohines o visajes de misteriosos rostros.

Yo empezaba a perder la paciencia y la serenidad. Jean Jean me causaba inquietud, y temí una alevosía, no por la sospecha de espionaje, como él había dicho, sino por la tentación de robarnos. El caso no era nuevo, y los soldados que guarnecían las poblaciones del pobre país conquistado cometían impunemente todo linaje de excesos. Además, la aventura iba tomando carácter grotesco, pues nadie respondía a nuestros golpes ni asomaba rostro humano en la alta reja.

—Sin duda no hay aquí rastro de gente. Los masones se han marchado y ese tunante nos ha traído aquí para expoliarnos a sus anchas.

De pronto vi que alguien aparecía en el recodo que hace la calle. Eran dos personas que se fijaron allí como en acecho. Dirigíme hacia el dragón; pero éste, sin esperar a que le hablase, nos abandonó súbitamente para unirse a los otros.

—Ese miserable nos ha vendido—exclamé rugiendo de cólera—. ¡Señora, estamos perdidos! No contábamos con la traición.

—¡La traición!—dijo confusa miss Fly—. No puede ser.

No tuvimos tiempo de razonar, porque los dos que nos observaban y Jean Jean se nos vinieron encima.

—¿Qué hacéis aquí?—me preguntó uno de ellos que era soldado de artillería sin distintivo alguno.

—No tengo que darte cuenta—respondí—. Deja libre la calle.

—¿Es ésta la tarasca inglesa?—dijo el otro, dirigiéndose a miss Fly con insolencia.

—¡Tunante!—grité, desenvainando—. Voy a enseñarte cómo se habla con las señoras.

—El marquesito ha sacado el asador—dijo el primero—. Jóvenes, venid al cuerpo de guardia con nosotros, y vos, *milady sauterelle*, dad el brazo a *Charles le Téméraire* para que os conduzca al palacio del cepo.

—Araceli—me dijo miss Fly—, toma mi látigo y échalos de aquí.

—*Pied-de-mouton*, atraviésalo—vociferó el artillero.

Pied-de-mouton, como sargento de dragones, iba armado de sable. Carlos el Temerario era artillero, y llevaba un machete corto, arma de escaso valor en aquella ocasión. En un momento rapidísimo, mientras Jean Jean vacilaba entre dirigirse a la inglesa o a mí, acuchillé a *Pied-de-mouton* con tan buena suerte, con tanto ímpetu y tanta seguridad, que le tendí en el suelo. Lanzando un ronco aullido, cayó bañado en sangre... Me arrimé a la pared para tener guardadas las espaldas, y aguardé a Jean Jean, que, al ver la caída de su compañero, se apartó de miss Fly, mientras Carlos el Temerario se inclinaba a reconocer el herido. Rápida como el pensamiento, Athenais se bajó a recoger el sable de éste. Sin esperar a que Jean Jean me atacase, y viéndolo algo desconcertado, fuíme sobre él; mas, sobrecogido, dió algunos pasos hacia atrás, bramando así:

—*Corne du diable! Mille millions de bombardes!*... ¿Creéis que os tengo miedo?

Diciéndolo, apretó a correr a lo lar-

go de la calle, y más ligero que el viento le siguió Carlos. Ambos gritaban:

—¡A la guardia, a la guardia!

—Cerca hay un cuerpo de guardia, señora. Huyamos. Aquí dió fin el romance.

Corrimos en dirección contraria a la que ellos tomaron; mas no habíamos andado siete pasos cuando sentimos a lo lejos pisadas de gente, y distinguimos un pelotón de soldados que a toda prisa venía hacia nosotros.

—Nos cortan la retirada, señora—dije, retrocediendo—. Vamos por otro lado.

Buscamos una bocacalle que nos permitiera tomar otra dirección, y no la encontramos. La patrulla se acercaba. Corrimos al otro extremo, y sentí la voz de nuestros dos enemigos, gritando siempre:

—¡A la guardia!...

—Nos cogerán—dijo miss Fly con serenidad incomparable, que me inspiró aliento—. No importa. Entreguémonos.

En aquel instante, como pasáramos junto al pórtico en cuyo aldabón habíamos martillado inútilmente, vi que la puerta se abría y asomaba por ella la cabeza de un curioso que, sin duda, no había podido dominar su anhelo de saber lo que resultaba de la pendencia... El cielo se abría delante de nosotros. La patrulla estaba cerca; pero como la calle describía un ángulo muy pronunciado, los soldados que la formaban no podían vernos. Empujé aquella puerta y al hombre que curiosamente y con irónica sonrisa en el rostro se asomaba; y aunque ni una ni otra quisieron ceder al principio, hice tanta fuerza, que bien pronto miss Fly y yo nos encontramos dentro, y con presteza increíble corrí los pesados cerrojos.

XXIV

—¿Qué hace usted?—preguntó con estupor un hombre a quien vi delante de mí y que alumbraba el angosto portal con su linterna.

—Salvarme y salvar a esta señora—respondí, atendiendo a los pasos que un rato después de nuestra entrada sonaban en la calle, fuera de la puerta—. La patrulla se detiene...

—Ahora examina el cuerpo...

—No nos han visto entrar...

—Pero... o yo estoy tonto, o es Aracelli el que tengo delante—dijo aquel hombre, el cual no era otro que Santorcaz.

—El mismo, señor don Luis. Si su intento es denunciarme, puede hacerlo entregándome a la patrulla; pero ponga usted en lugar seguro a esta señora hasta que pueda salir libremente de Salamanca... Todavía están ahí—añadió con la mayor agitación—. ¡Cómo gruñen!... Parece que recogen el cuerpo... ¿Estará muerto, o tan sólo herido?...

—Se marchan—dijo Athenais—. No nos han visto entrar... Creerán que ha sido una pendencia entre soldados, y mientras aquellos pícaros no expliquen...

—Adelante, señores—dijo Santorcaz con petulancia—. El primer deber del hijo del pueblo es la hospitalidad, y su hogar recibe a cuantos han menester el amparo de sus semejantes. Señora, nada tema usted.

—¿Y quién os ha dicho que yo temo algo?—dijo con arrogancia miss Fly.

—Araceli, ¿eres tú quien me echaba la puerta abajo hace un momento?

Vacilé un instante en contestar, y ya tenía la palabra en la boca cuando miss Fly se anticipó diciendo:

—Era yo.

Santorcaz, después de hacer una cortesía a la dama inglesa, permaneció mudo y quieto, esperando oír los motivos que había tenido la señora para llamar tan reclamante.

—¿Por qué me miráis con la boca abierta?—dijo bruscamente miss Fly—. Seguid y alumbrad.

Santorcaz me miró con asombro. ¿Quién le causaría más sorpresa, yo o ella? A mi vez, yo no podía menos de sentirla también, y grande, al ver que el jefe de los masones nos recibía con urbanidad. Subimos lentamente la escalera. Desde ésta oíanse ruidosas voces de hombres en lo interior de la casa. Cuando llegamos a una habitación desnuda, y oscura, que alumbró débilmente la linterna de Santorcaz, éste nos dijo:

—¿Ahora podré saber qué buscan ustedes en mi casa?

—Hemos entrado aquí buscando refugio contra unos malvados que querían asesinarnos. Mi deseo es que oculte usted a esta señora si por acaso insistieran en perseguirla dentro de la casa.

—¿Y a ti?—me preguntó con sorna.

—Yo estimo mi vida—repuse—, y no quisiera caer en manos de Jean Jean; pero nada pido a usted, y ahora mismo saldré a la calle si me promete poner en seguridad a esta señora.

—Yo no abandono a los amigos—dijo Santorcaz con aquella sandunga y marrullería que le eran habituales—. La dama y su galán pueden respirar tranquilos. Nadie los molestará.

Miss Fly se había sentado en un cómodo sillón de vaqueta, único mueble que en la destartalada estancia había, y sin atender a nuestro diálogo, miraba los dos o tres cuadros apolillados que pendían de las paredes, cuando entró la criada trayendo una luz.

—¿Es ésta vuestra hija?—preguntó vivamente la inglesa, clavando los ojos en la moza.

—Es Ramoncilla, mi criada—repuso Santorcaz.

—Deseo ardientemente ver a vuestra hija, caballero—dijo la inglesa—. Tiene fama de muy hermosa.

—Después de lo presente—dijo el masón con galantería—, no creo que haya otra más hermosa... Pero volviendo a nuestro asunto, señora, si usted y su esposo desean...

—Este caballero no es mi esposo—afirmó miss Fly sin mirar a Santorcaz.

—Bien. Quise decir su amigo.

—No es tampoco mi amigo, es mi criado—dijo la dama con enojo—. Sois, en verdad, impertinente.

Santorcaz me miró, y en su mirada conocí que no daba fe a la afirmación de la dama.

—Bien... ¿Usted y su criado piensan permanecer en Salamanca?...

—No. Precisamente lo que queremos es salir sin que nadie nos moleste. No puedo realizar el objeto que me trajo a Salamanca, y me marchó.

—Pues a entrambos sacaré de la ciudad antes del día—dijo Santorcaz—, porque estoy preparándolo todo para salir a la madrugada.

—¿Y lleváis a vuestra hija?—preguntó con gran interés miss Fly.

—Mi hija me ama tanto—respondió el masón con orgullo—, que nunca se separa de mí.

—Y ¿adónde vais ahora?

—A Francia. No pienso volver a poner los pies en España.

—Mal patriota sois.

—Señora..., dígame usted su tratamiento para designarle con él. Aunque hijo del pueblo y defensor de la igualdad, sé respetar las jerarquías que establecieron la monarquía y la Historia.

—Decidme simplemente *señora*, y basta.

—Bien. Puesto que la señora quiere conocer a mi hija, se la voy a mostrar —dijo Santorcaz—. Dígnese la señora seguirme.

Seguímosle, y nos llevó a una sala, compuesta con más decoro que la que dejábamos. e iluminada por un velón de cuatro mecheros. Ofreció el anciano un asiento a la inglesa, y desapareció luego, volviendo al poco rato con su hija de la mano. Cuando la infeliz me vió quedose pálida como la muerte, no pudo reprimir un grito de asombro, que, por su intensidad, pareció de miedo.

—Hija mía, ésta es la señora que acaba de llegar a casa pidiéndome hospitalidad para ella y para el mancebo que la acompaña.

Creyérase que Inés veía fantasmas. Tan pronto miraba a miss Fly como a mí, sin convencerse de que eran reales y tangibles las personas que tenía delante. Yo sonreía, tratando de disipar su confusión con el lenguaje de los ojos y las facciones; pero la pobre muchacha estaba cada vez más absorta.

—Sí que es hermosa—dijo miss Fly con gravedad—. Pero no quitáis los ojos de este joven que me acompaña. Sin duda, le encontráis parecido a otro que conocéis. Hija mía, es el mismo que pensáis, el mismo.

—Sólo que este perillán—dijo Santorcaz, sacudiéndome el brazo con familiaridad impertinente—ha cambiado tanto... Cuando era oficial se le podía mirar; pero después que ha sido expulsado del ejército por su cobardía y mal comportamiento y puéstose a servir...

Tan grosera burla no merecía que la contestase, y callé, dejando que Inés se confundiese más.

—Caballero—dijo miss Fly con enojo, volviéndose hacia Santorcaz—, si hubiera sabido que pensabais insultar a la persona que me acompaña, habría preferido quedarme en la calle. Dije que era mi criado; pero no es cierto. Este caballero es mi amigo.

—Su amigo—añadió don Luis—. Justo, eso decía yo.

—Amigo leal y caballero intachable, a quien agradeceré toda la vida el servicio que me ha prestado esta noche exponiendo su vida por mí.

Nueva confusión de Inés. Mudaba de color su alterado semblante a cada segundo, y todo se le volvía mirar a la inglesa y a mí, como si mirádonos, leyéndonos, devorádonos con la vista, pudiera aclarar el misterioso enigma que tenía delante.

La venganza es un placer criminal, pero tan deleitoso, que en ciertas ocasiones es preciso ser santo o arcángel para sofocar esta partícula, para extinguir esta pavesa de infierno que existe en nuestro corazón. Así es que, sintiendo yo en mí la quemadura de aquel diabólico fuego del alma que nos induce a mortificar alguna vez a las personas que más amamos, dije con gravedad:

—Señora mía, no merecen agradecimiento acciones comunes que son un deber para todas las personas de honor. Además, si se trata de agradecer, ¿qué podría decir yo, al recordar las atenciones que de usted he merecido en el cuartel general aliado, y antes que viniésemos ambos a Salamanca?

Miss Fly pareció muy regocijada de estas palabras mías, y en su mirada resplandeció una satisfacción que no se cuidaba de disimular. Inés observaba a la inglesa, queriendo leer en su rostro lo que no había dicho.

—Señor Santorcaz—dijo la Mosquita después de una pausa—, ¿no pensáis casar a vuestra hija?

—Señora, mi hija parece hasta hoy muy contenta de su estado y de la compañía de su padre. Sin embargo, con el tiempo... No se casará con un noble ni con un militar, porque ella y yo aborrecemos a esos verdugos y carniceros del pueblo.

—Podemos darnos por ofendidos con lo que decís contra dos clases tan respetables—repuso con benevolencia miss Fly—. Yo soy noble, y el señor es militar. Conque...

—He hablado en términos generales, señora. Por lo demás, mi hija no quiere casarse.

—Es imposible que siendo tan linda no tenga los pretendientes a millares —dijo miss Fly mirándola—. ¿Será posible que esta hermosa niña no ame a nadie?

Inés, en aquel instante, no podía disimular su enojo.

—Ni ama ni ha amado jamás a nadie—contestó oficiosamente su padre.

—Eso no, señor Santorcaz—dijo la inglesa—. No tratéis de engañarme, porque conozco de la cruz a la fecha la historia de vuestra adorada niña, hasta que os apoderasteis de ella en Cifuentes.

Inés se puso roja como una cereza, y me miró no sé si con desprecio o con terror. Yo callaba, y midiendo por mi propia emoción la suya, decía para mí con la mayor inocencia: «La pobrecita será capaz de enfadarse.»

—Tonterías y mimos de la infancia—dijo Santorcaz, a quien había sabido muy mal lo que acababa de oír.

—Eso es—añadió la inglesa señalando sucesivamente a Inés y a mí—. Ambos son ya personas formales, y sus ideas, así como sus sentimientos, han tomado camino más derecho. No conozco el carácter y los pensamientos de vuestra encantadora hija; pero conozco el grande espíritu, el noble entendimiento del joven que nos escucha, y puedo aseguráros que leo en su alma como en un libro.

Inés no cabía en sí misma. El alma se le salía por los ojos, en forma de aflicción, de despecho, de no sé qué sentimiento poderoso hasta entonces desconocido para ella.

—Hace algún tiempo—añadió la inglesa—que nos une una noble, franca y pura amistad. Este caballero posee un espíritu elevado. Su corazón, superior a los sentimientos mezquinos de la vida ordinaria, arde en el deseo fogoso de una vida grandiosa, de lucha, de peligro, y no quiere asociar su existencia a la menguada medianía de un hogar pacífico, sino lanzarla a los tumultos de la guerra, de la sociedad, donde hallará pareja digna de su alma inmensa.

No pude reprimir una sonrisa; pero nadie, felizmente, a no ser Inés, que me observaba, advirtió mi indiscreción.

—¿Qué decís a esto?—preguntó Athenais a mi novia.

—Que me parece muy bien—contestó como Dios le dió a entender, entre atrevimiento y balbuciente—. Cuando se tiene un alma de tal inmensidad, parece propio afrontar los peligros de una patrulla, en vez de llamar a la primera puerta que se presenta.

—Ya comprenderá usted, señora—dijo don Luis—, que mi hija no es tonta.

—Sí; pero lo sois vos—contestó desabridamente miss Fly.

Y diciéndolo, en la casa retumbaron aldabonazos tan fuertes como los que nosotros habíamos dado poco antes.

—¡La patrulla!—exclamé.

—Sin duda—dijo Santorcaz—. Pero no hay temor. He prometido ocultar a ustedes. Si manda la patrulla Cerizy, que es amigo mío, no hay nada que temer. Inés, esconde a la señora en el cuarto de los libros, que yo archivaré a este sujeto en otro lado.

Mientras Inés y miss Fly desaparecieron por una puerta excusada, dejéme conducir por mi antiguo amigo, el cual me llevó a la habitación donde por la mañana le había visto, y en la cual estaban aquella noche y en aquella ocasión cinco hombres sentados alrededor de la ancha mesa. Vi sobre ésta libros, botellas y papeles en desorden, y bien podía decirse que las tres clases de objetos ocupaban igualmente a todos. Leían, escribían y echaban buenos tragos, sin dejar de charlar y reír. Observé, además, que en la estancia había armas de todas clases.

—Otra vez te atruenan la casa a aldabonazos, papá Santorcaz—dijo al vernos entrar el más joven, animado y vivaracho de los presentes.

—Es la ronda—respondió el masón—. A ver dónde escondemos a este joven. Monsalud, ¿sabes quién manda la ronda esta noche?

—Cerizy—contestó el interpelado, que era un joven alto, flaco y moreno, bastante parecido a una araña.

—Entonces no hay cuidado—me dijo—. Puedes entrar en esta habitación y esconderte allí, por si acaso quiere subir a beber una copa.

Escondido, mas no encerrado en la habitación que me designara, permanecí algún tiempo, el necesario para que Santorcaz bajase a la puerta, y por breves momentos conferenciase con los de la ronda, y para que el jefe de ésta subiese a honrar las botellas que galantemente le ofrecían.

—Señores—dijo el oficial francés entrando con Santorcaz—, buenas noches... ¿Se trabaja? Buena vida es ésta.

—Cerizy—replicó el llamado Monsalud

llenando una copa—, a la salud de Francia y España reunidas.

—A la salud del gran imperio galohispano—dijo Cerizy, alzando la copa—. A la salud de los buenos españoles.

—¿Qué noticias, amigo Cerizy?—preguntó otro de los presentes, viejo, ceñudo y feo.

—Que el lord está cerca...; pero nos defenderemos bien. ¿Han visto ustedes las fortificaciones?... Ellos no tienen artillería de sitio... El ejército aliado es un ejército *pour rire*...

—¡Pobrecitos!...—exclamó el viejo, cuyo nombre era Bartolomé Canencia—. ¡Cuando uno piensa que van a morir tantos hombres..., que se va a derramar tanta sangre...!

—Señor filósofo—indicó el francés—, porque ellos lo quieren... Convened a los españoles de que deben someterse...

—Descanse usted un momento, amigo Cerizy.

—No puede detenerme... Han herido a un sargento de dragones en esta calle...

—Alguna disputa...

—No se sabe...; los asesinos han huido... Dicen que son espías.

—¡Espías de los ingleses!... Salamanca está llena de espías.

—Han dicho que un español y una inglesa..., o no sé si un inglés acompañado de una española... Pero no puedo detenerme. Se me mandó registrar las casas... Decidme: ¿no hay logia esta noche?

—¿Logia? Si nos marchamos...

—¿Se marchan?—dijo el francés—. Y yo que estaba concluyendo a toda prisa mi *Memoria sobre las distintas formas de la tiranía*.

—Léaselo usted a sí propio—indicó el filósofo Canencia—. Lo mismo me pasará a mí con mi *Tratado de la libertad individual* y mi traducción de Diderot.

—¿Y por qué esa marcha?

—Porque los ingleses entrarán en Salamanca—dijo Santorcaz—, y no queremos que nos cojan aquí.

—Yo no daría dos cuartos por lo que me quedara de pescuezo después de entrar los aliados—advirtió el más joven y más vivaracho de todos.

—Los ingleses no entrarán en Salamanca, señores—afirmó con petulancia el oficial.

Santorcaz movió la cabeza con triste expresión dubitativa.

—Y pues echan ustedes a correr, desde que nos hallamos comprometidos, señor Santorcaz—añadió Cerizy con la misma petulancia y cierto tonillo represivo—, sepan que en el cuartel general de Marmont no estarán los masones tan seguros como aquí.

—¿Que no?

—No; porque no son del agrado del general en jefe, que nunca fué aficionado a sociedades secretas. Las ha tolerado porque era preciso alentar a los españoles que no seguían la causa insurgente; pero ya sabe usted que Marmont es algo *bigot*.

—Sí...

—Pero lo que no sabe usted es que han venido órdenes apremiantes de Madrid para separar la causa francesa de ateísmo, irreligiosidad y filosofía.

—Lo esperaba, porque José es también algo...

—*Bigot*... Conque buen viaje y no fiarse mucho del general en jefe.

—Como no pienso parar hasta Francia, mi querido señor Cerizy...—dijo Santorcaz—, estoy sin cuidado.

—No se puede vivir en esta abominable nación—afirmó el viejo filósofo—. En París o en Burdeos publicaré mi *Tratado de la libertad individual* y mi traducción de Diderot.

—Buenas noches, señor Santorcaz, señores todos.

—Buenas noches y buena suerte contra el lord, señor Cerizy.

—Nos veremos en Francia—dijo el francés al retirarse—. ¡Qué lástima de logia!... Marchaba tan bien... Señor Canencia, siento que no conozca usted mi *Memoria sobre las tiranías*.

Cuando el jefe de la ronda bajaba la escalera, sacóme de mi escondite Santorcaz, y presentándose a sus amigos, dijo con sorna:

—Señores, presento a ustedes un espía de los ingleses.

No le contesté una palabra.

—Bien se conoce, amiguito...; pero no reñiremos—añadió el masón, ofreciéndome una silla y poniéndome delante una copa, que llenó—. Bebe.

—Yo no bebo.

—Amigo Ciruelo—dijo don Luis al más joven de los presentes—, te queda-

rás en Salamanca hasta mañana, porque en lugar tuyo va a salir este joven.

—Sí, eso es—objetó Ciruelo, mirándome con enojo—. ¿Y si vienen los aliados y me ahorcan?... Yo no soy espía de los ingleses.

—¡Ingleses, franceses!...—exclamó el filósofo Canencia en tono sibilítico—. Hombres que se disputan el terreno, no las ideas... ¿Qué me importa cambiar de tiranos? A los que, como yo, combaten por la filosofía, por los grandes principios de Voltaire y Rousseau, lo mismo les importa que reinen en España las casacas rojas o los capotes azules.

—¿Y usted qué piensa?—me dijo Monsalud, observándome con curiosidad—. ¿Entrarán los aliados en Salamanca?

—Sí, señor; entraremos—contesté con aplomo.

—Entraremos... Luego usted pertenece al ejército aliado.

—Al ejército aliado pertenezco.

—¿Y cómo está usted aquí?—me preguntó, con ademán y tono de la mayor fiereza, otro de los presentes, que era hombre más fuerte y robusto que un toro.

—Estoy aquí porque he venido.

Necesitaba hacer grandes esfuerzos para sofocar mi indignación.

—Este joven se burla de nosotros—dijo Ciruelo.

—Pues yo sostengo que los aliados no entrarán en Salamanca—añadió Monsalud—. No traen artillería de sitio.

—La traerán...

—Ignoran con qué clase de fortificaciones tienen que habérselas.

—El duque de Ciudad Rodrigo no ignora nada.

—Bueno; que entren—dijo Santorcaz—. Puesto que Marmont nos abandona...

—Lo que yo digo—indicó el filósofo—: casacas rojas o casacas azules..., ¿qué más da?

—Pero es indigno que favorezcamos a los espías de lord Wellington—exclamó con ira el bárbaro Monsalud, levantándose de su asiento.

Yo decía para mí:

«¿No habrá en esta maldita casa un agujero por donde escapar solo con ella?»

—Siéntate y calla, Monsalud—dijo Santorcaz—. A mí me importa poco que Narices entre o no en Salamanca. Pon-

ga yo el pie en mi querida Francia... Aquí no se puede vivir.

—Si siguieran los franceses mi parecer—dijo el joven Ciruelo con la expresión propia de quien está seguro de manifestar una gran idea—, antes de entregar esta ciudad histórica a los aliados, la volarían. Basta poner seis quintales de pólvora en la Catedral, otros seis en la Universidad, igual dosis en los Estudios Menores, en la Compañía, en San Esteban, en Santo Tomás y en todos los grandes edificios... Vienen los aliados, ¿quieren entrar? ¡Fuego! ¡Qué hermoso montón de ruinas! Así se consiguen dos objetos: acabar con ellos y destruir uno de los más terribles testimonios de la tiranía, barbarie y fanatismo de esos ominosos tiempos, señores...

—Orador Ciruelo, tú harás revoluciones—dijo Canencia con majestuosa petulancia.

—Lo que yo afirmo—gruñó Monsalud—es que, venzan o no los aliados, no me marcharé de España.

—Ni yo—mugió el toro.

—Prefiero volverme con los insurgentes—dijo el quinto personaje, que hasta entonces no había desplegado los bozales labios.

—Yo me voy para siempre de España—afirmó Santorcaz—. Veo mal parada aquí la causa francesa. Antes de dos años, Fernando Séptimo volverá a Madrid.

—¡Locura, necedad!

—Si esta campaña termina mal para los franceses, como creo...

—¿Mal? ¿Por qué?

—Marmont no tiene fuerzas.

—Se las enviarán. Viene en su auxilio el rey José con tropas de Castilla la Nueva.

—Y la división Esteve, que está en Segovia.

—Y el ejército de Bonnet viene cerca ya.

—Y también Cafarelli, con el ejército del Norte.

—Todavía no han venido—dijo Santorcaz con tristeza—. Bien; si vienen esas tropas y ponen los franceses toda la carne en el asador...

—Vencerán.

—¿Qué crees tú, Araceli?

—Que Marmont, Bonnet, Esteve, Cafarelli y el rey José no hallarán tierra

por donde correr si tropiezan con los aliados—dijo con gran aplomo.

—Lo veremos, caballero.

—Eso es, lo verán ustedes—repuse—. Lo veremos todos. ¿Saben ustedes bien lo que es el ejército aliado que ha tomado a Ciudad Rodrigo y Badajoz? ¿Saben ustedes lo que son esos batallones portugueses y españoles, esa caballería inglesa?... Figúrense ustedes una fuerza inmensa, una disciplina admirable, un entusiasmo loco, y tendrán idea de esa ola que viene y que todo lo arrojará y destruirá a su paso.

Los seis hombres me miraban absortos.

—Supongamos que los franceses son derrotados. ¿Qué hará entonces el emperador?

—Enviar más tropas.

—No puede ser. ¿Y la campaña de Rusia?

—Que va muy mal, según dicen—indicué yo.

—No va sino muy bien, caballero—afirmó Monsalud con gesto amenazador.

—Las últimas noticias—dijo el quinto personaje, que tenía facha de militar y era hombre fuerte, membrudo, impo-nente, de mirar atravesado y antipática catadura—son éstas... Acabo de leerlas en el papel que nos han mandado de Madrid. El emperador es esperado en Varsovia. El primer cuerpo va sobre Pielgel; el mariscal duque de Regio, que manda el segundo, está en Wehlan; el mariscal duque de Elchingen, en Soldass; el rey de Westfalia, en Varsovia...

—Eso está muy lejos y no nos importa nada—dijo Santorcaz con disgusto—. Por bien que salga el emperador de esa campaña temeraria, no podrá en mucho tiempo mandar tropas a España... y parece que Soult anda muy apretado en Andalucía, y Suchet en Valencia.

—Todo lo ves negro—gritó con enojo Monsalud.

—Veo la guerra del color que tiene ahora... De modo que a Francia me voy, y salga el sol por Antequera.

—Triste cosa es vivir de esta manera—dijo el filósofo—. Somos ganado tras-humante. Verdad es que no pasamos por punto alguno sin dejar la semilla del *Contrato social*, que germinará pronto poblando el suelo de verdaderos ciuda-

danos... Y es, además de triste, vergonzoso vernos obligados a pasar por cómicos de la legua.

—Yo no me vestiré más de payaso, aunque me aspen—declaró Monsalud.

—Y yo, antes de dejarme descuartizar por afrancesado, me volveré con los insurgentes—indicó el que tenía figura y corpulencia de salvaje toro.

—Nada perdemos con adoptar nuestro disfraz—dijo don Luis—. Conque se vista uno y nos siga el carro lleno de trebejos, bastará para que no nos hagan daño en esos feroces pueblos... Conque en marcha, señores. Araceli, dame tus armas, porque nosotros no llevamos ninguna... En caso contrario, no me expondré a sacarte.

Se las di, disimulando la rabia que llenaba mi alma, y al punto empezaron los preparativos de marcha. Unos corrían a cerrar sus breves maletas, más llenas de papeles que de ropas. Arregló Ramoncilla el equipaje de su amo, y no tardaron en atronar las casas los ruidos que caballerías y carros hacían en el patio. Cuando pasé a la habitación donde estaban Inés y miss Fly, sorprendí-me hallarlas en conversación tirada, aunque no cordial, al parecer, y en el semblante de la primera advertí un hechicero mohín irónico, mezclado de tristeza profunda. Yo ocultaba y reprimía en el fondo de mi pecho una tempestad de indignación, de zozobra. Aun allí, rodeado de tan diversa gente, miraba con angustia a todos los rincones, ansioso descubrir alguna brecha, algún resquicio por donde escapar solo con ella. Creíame capaz de las hazañas que soñaba el alto espíritu de miss Fly.

Pero no había medio humano de realizar mi pensamiento. Estaba en poder de Santorcaz, como si dijéramos, en poder del demonio. Traté de acercarme a Inés para hablarle a solas un momento, con esperanzas de hallar en ella un amoroso cómplice de mi deseo; pero Santorcaz, con claro designio, y miss Fly, quizá sin intención, me lo impidieron. Inés misma parecía tener empeño en no honrarme con una sola mirada de sus amantes ojos.

Athenais, conservando su falda de amazona, se había transfigurado, escondiendo graciosamente su busto y hermosa cabeza bajo los pliegues de un manto español.

—¿Qué tal estoy así?—me dijo, riendo, en un instante en que estuvimos solos.

—Bien—contesté fríamente, preocupado con otra imagen que atraía los ojos de mi alma.

—¿Nada más que bien?

—Admirablemente. Está usted hermosísima.

—Vuestra novia, señor Araceli—dijo con expresión festiva y algo impertinente—, es bastante sencilla.

—Un poco, señora.

—Está buena para un pobre hombre... Pero ¿es cierto que amáis... a eso?

«¡Oh Dios de los Cielos!—dije para mí, sin hacer caso de miss Fly—, ¿no habrá un medio de que yo escape solo con ella?»

Iba la inglesa a repetir su pregunta, cuando Santorcaz nos llamó, dándonos prisa para que bajásemos. El y sus amigos habían forrado sus personas en miserables vestidos.

—Las dos señoras, en el coche, que guiará Juan—dijo don Luis—. Tres a caballo, y los otros, en el carro. Araceli, entra en el carro con Monsalud y Canencia.

—Padre, no vayas a caballo—dijo Inés—. Estás muy enfermo.

—¿Enfermo? Más fuerte que nunca... Vamos, en marcha... Es muy tarde.

Distribuyéronse los viajeros conforme al programa, y pronto salimos en burlesca procesión de la casa y de la calle y de Salamanca. ¡Oh Dios poderoso! Me parecía que había estado un siglo dentro de la ciudad. Cuando, sin hallar obstáculos en las calles ni en la muralla, me vi fuera de las temibles puertas, me pareció que tornaba a la vida.

Según orden de Santorcaz, el cochecillo donde iban las dos damas marchaba delante; seguían los jinetes, y luego, los carros, en uno de los cuales tocóme subir con los dos interesantes personajes citados. Al verme en el campo libre, si se calmó mi desasosiego por los peligros que corría dentro de *Roma la chica*, sentí una aflicción vivísima por causas que se comprenderán fácilmente. Me era forzoso correr hacia el cuartel general, abandonando aquel extraño convoy, donde iban los amores de toda mi vida, el alma de mi existencia, el tesoro perdido, encontrado y vuelto a perder, sin esperanza de nueva recuperación. Llevado, arrastrado yo mismo

por aquella cuadrilla de demonios, ni aun me era posible seguirla, y el deber me obligaba a separarme en medio del camino. La desesperación se apoderó de mí cuando mis ojos dejaron de ver en la oscuridad de la noche a las dos mujeres que marchaban delante. Salté al suelo, y corriendo con velocidad increíble, pues la hondísima pena parecía darme alas, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Inés, miss Fly!... Aquí estoy... Parad, parad...

Santorcaz corrió al galope detrás de mí y me detuvo.

—Gabriel—gritó—, ya te he sacado de la ciudad, y ahora puedes marcharte dejándonos en paz. A mano derecha tienes el camino de Aldea Tejada.

—¡Bandido!—exclamé con rabia—. ¿Crees que si no me hubieras quitado las armas me marcharía solo?

—¡Muy bravo estás!... Buen modo de pagar el beneficio que acabo de hacerte... Marchate de una vez. Te juro que si vuelves a ponerte delante de mí y te atreves a amenazarme, haré contigo lo que mereces.

—¡Malvado!...—grité, abalanzándome al arzón de su cabalgadura y hundiendo mis dedos en sus flacos muslos—. ¡Sin armas estoy y podré dar cuenta de tí! El caballo se encabritó, arrojándome a cierta distancia.

—¡Dame lo que es mío, ladrón!—exclamé, tornando hacia mi enemigo—. ¿Crees que te temo? Baja de ese caballo..., devuélveme mi espada y veremos.

Santorcaz hizo un gesto de desprecio, y en el silencio de la noche oí el rumor de su irónica risa. El otro jinete, que era el semejante a un toro, se le unió *incontinenti*.

—O te marchas ahora mismo—dijo don Luis—o te tendemos en el camino.

—La señora inglesa ha de partir conmigo. Hazla detener—dije, dominando la intensa cólera que, a causa de mi evidente inferioridad, me sofocaba.

—Esa dama irá donde quiera.

—¡Miss Fly, miss Fly!—grité, ahuecando ambas manos junto a mi boca.

Nadie me respondía, ni aun llegaba a mis oídos el rumor de las ruedas del coche. Corrí largo trecho al lado de los caballos, fatigados, jadeantes, cubierto de sudor y con profunda agonía en el alma... Volví a gritar luego, diciendo:

—¡Inés, Inés! ¡Aguarda un instante..., alla voy!

Las fuerzas me faltaban. Los jinetes se dirigieron, en disposición amenazadora, hacia mí; pero un resto de energía física que aún conservaba me permitió librarme de ellos, saltando fuera del camino. Pasaron adelante los caballos, y las carcajadas de Santorcaz y del hombre toro resonaron en mis oídos como el graznar de pájaros carniceros que revoloteaban junto a mí, describiendo pavorosos círculos en torno a mi cabeza. Si mi cuerpo estaba desmayado y casi exánime, conservaba aún voz poderosa, y vociferé mientras creí que podía ser oído:

—¡Miserables!... Ya caeréis en mi poder... ¡Eh, Santorcaz, no te descuides!... ¡Allá iré yo!... ¡Allá iré!

Bien pronto se extinguió a lo lejos el ruido de herraduras y ruedas. Me quedé solo en el camino. Al considerar que no me había sido posible apoderarme de ella sentía impulsos de correr hacia adelante, creyendo que la rabia bastaría a hacer brotar de mi cuerpo las potentes alas del cóndor... En mi desesperada impotencia me arrojaba al suelo, mordía la tierra y clamaba al Cielo con alaridos que habrían aterrado a los transeúntes si por aquella desolada llanura hubiese pasado en tal hora alma viviente... ¡Se me escapaba quizá para siempre! Registré el horizonte en derredor, y todo lo vi negro; pero las imágenes de los dos ejércitos pertenecientes a las dos naciones más poderosas del mundo se presentaron a mi agitada imaginación. ¡Por allí los franceses..., por acá los ingleses! Un paso más, y el humo y los clamores de sangrienta batalla se elevarán hasta el cielo; un paso más, y temblará, con el peso de tanto cuerpo que cae, este suelo en que me sostengo.

—¡Oh Dios de las batallas, guerra y exterminio es lo que deseo!—exclamé—. Que no quede un solo hombre de aquí hasta Francia... Araceli, al cuartel real... Wellington te espera.

Esta idea calmó un tanto mi exaltación, y me levanté del suelo en que yacía. Cuando di los primeros pasos experimenté esa suspensión del ánimo, ese asombro indefinible que sentimos en el momento de observar la falta o pérdida

de un objeto que poco antes llevábamos.

—¿Y miss Fly?—dije, deteniéndome estupefacto—. No lo sé..., adelante.

XXV

Seguro de que los franceses habían tomado la dirección de Toro, me encaminé yo hacia el Mediodía, buscando el Valmuza, riachuelo que corre a cuatro o cinco leguas de la capital. Marchaba a pie, con toda la prisa que me permitían el mucho cansancio corporal y las fatigas del alma, y a las ocho de la mañana entré en Aldea Tejada, después de vadear el Tormes y recorrer un terreno áspero y desigual desde Tejares. Unos aldeanos dijéronme antes de llegar allí que no había franceses en los alrededores ni en el pueblo, y en éste oí decir que por Siete Carreras y Tornadizos se habían visto en la noche anterior muchísimos ingleses.

«Cerca están los míos», dije para mí; y tomando algo de lo necesario para sustentarme, seguí adelante.

Nada me aconteció digno de notarse hasta Tornadizos, donde encontré la vanguardia inglesa y varias partidas de don Julián Sánchez. Eran las diez de la mañana.

—Un caballo, señores; préstlenme un caballo—les dije—. Si no, prepárense a oír al señor duque... ¿Dónde está el cuartel general? Creo que en Bernuy. Un caballo, pronto.

Al fin me lo dieron, y lanzándolo a toda carrera, primero por el camino y después por trochas y veredas, a las doce menos cuarto estaba en el cuartel general. Vestí a toda prisa mi uniforme, informándome al mismo tiempo de la residencia de lord Wellington para presentarme al instante.

—El duque ha pasado por aquí hace un momento—me dijo Tribaldos—. Recorre el pueblo a pie.

Un momento después encontré en la plaza al señor duque, que volvía de su paseo. Conocióme al punto, y acercándose a él le dije:

—Tengo el honor de manifestar a vuecencia que he estado en Salamanca y que traigo todos los datos y noticias que vuecencia desea.

—¿Todos?—dijo Wellington, sin hacer

demostración alguna de benevolencia ni de desagrado.

—Todos, mi general.

—¿Están decididos a defenderse?

—El ejército francés ha evacuado ayer tarde la ciudad, dejando sólo ochocientos hombres.

Wellington miró al general portugués, Troncoso, que a su lado venía. Sin comprender las palabras inglesas que se cruzaron, me pareció que el segundo afirmaba:

—Lo ha adivinado vucencia.

—Este es el plano de las fortificaciones que defienden el paso del puente—dijo, alargando el croquis que había sacado.

Tomólo Wellington, y después de examinarlo con profundísima atención, preguntó:

—¿Está usted seguro de que hay piezas giratorias en el rebellín y ocho piezas comunes en el baluarte?

—Las he contado, mi general. El dibujo será imperfecto; pero no hay en él una sola línea que no sea representación de una obra enemiga.

—¡Oh, oh! Un foso desde San Vicente al Milagro—exclamó con asombro.

—Y un parapeto en San Vicente.

—San Cayetano parece fortificación importante.

—Terrible, mi general.

—Y estas otras en la cabecera del puente...

—¿Qué se unen a los fuertes por medio de estacadas en zigzag.

—Está bien—dijo, complacido, guardando el croquis—. Ha desempeñado usted su comisión satisfactoriamente, a lo que parece.

—Estoy a las órdenes de mi general.

Y luego, volviendo en derredor la perspicaz mirada, añadió:

—Me dijeron que miss Fly cometió la temeridad de ir también a Salamanca a ver los edificios. No la veo.

—No ha vuelto—dijo un inglés de los de la comitiva.

Interrogáronme todos con alarmantes miradas, y sentí cierto embarazo. Hubiera dado cualquier cosa porque la señorita Fly se presentase en aquel momento.

—¿Que no ha vuelto?—dijo el duque con expresión de alarma y clavando en mí sus ojos—. ¿Dónde está?

—Mi general, no lo sé—respondí, bas-

tante contrariado—. Miss Fly no fué conmigo a Salamanca. Allí la encontré, y después... Nos separamos al salir de la ciudad, porque me era preciso estar en Bernuy antes de las doce.

—Está bien—dijo lord Wellington, como si creyese haber dado excesiva importancia a un asunto que en sí no la tenía—. Suba usted al instante a mi alojamiento para completar los informes que necesito.

No había dado dos pasos, marchando humildemente a la cola de la comitiva del señor duque, cuando detúvome un oficial inglés, algo viejo, pequeño, de rostro no menos encarnado que su uniforme, y cuya carilla, arrugada y diminuta, se distinguía por cierta vivacidad impertinente, de que eran signos principales una nariz picuda y unos espejuelos de oro. Acostumbrados los españoles a considerar ciertas formas personales como inherentes al oficio militar, nos causaban sorpresa y aun risa aquellos oficiales de artillería y Estado Mayor, que parecían catedráticos, escribanos, vistas de aduanas o procuradores.

Miróme el coronel Simpson, pues no era otro, con altanería; miréle yo a él del mismo modo, y una vez que nos hubimos mirado a sabor de entrambos, dijo él:

—Caballero, ¿dónde está miss Fly?

—Caballero, ¿lo sé yo acaso? ¿Me ha constituido el duque en custodio de esa hermosa mujer?

—Se esperaba que miss Fly regresase con usted de su visita a los monumentos arquitectónicos de Salamanca.

—Pues no ha regresado, caballero Simpson. Yo tenía entendido que miss Fly podía ir y venir, y partir y tornar cuando mejor le conviniese.

—Así debiera ser y así lo ha hecho siempre—dijo el inglés—; pero estamos en una tierra donde los hombres no respetan a las señoras, y pudiera suceder que Athenais, a pesar de su alcurnia, no tuviese completa seguridad de ser respetada.

—Miss Fly es dueña de sus acciones—le contesté—. Respecto a su tardanza o extravío, ella sola podrá informar a usted cuando parezca.

Era ciertamente gracioso exigirme la responsabilidad de los pasos malos o buenos de la antojadiza y volandera inglesa, cuando ella no conocía freno al-

guno a su libertad ni tenía más salvaguardia de su honor que su honor mismo.

—Esas explicaciones no me satisfacen, caballero Araceli—me dijo Simpson, dignándose dirigir sobre mí una mirada de enojo que adquiría importancia al pasar por el cristal de sus espejuelos—. El insigne lord Fly, conde Chichester, me ha encargado que cuide de su hija...

—¡Cuidar de su hija! ¿Y usted lo ha hecho?... Cuando estuvo a punto de perecer en Sancti Espiritu, no le vi a su lado... ¡Cuidar de ella! ¿De qué modo se cuida a las señoritas en Inglaterra? ¿Dejando que los españoles les ofrezcan alojamiento, que las acompañen a visitar abadías y castillos?

—Siempre han acompañado a esa señorita dignos caballeros que no abusaron de su confianza. No se temen debilidades de miss Fly, que tiene el mejor de los guardianes en su propio decoro; se temen, caballero Araceli, las violencias, los crímenes que son comunes en las naturalezas apasionadas de esta tierra. En suma: no me satisfacen las explicaciones que usted ha dado.

—No tengo que añadir, respecto al paradero de miss Fly, ni una palabra más a lo que ya tuve el honor de manifestar a lord Wellington.

—Basta, caballero—repuso Simpson, poniéndose como un pimiento—. Ya hablaremos de esto en ocasión más oportuna. He manifestado mis recelos a don Carlos España, el cual me ha dicho que no era usted de fiar... Hasta la vista.

Apartóse de mí vivamente para unirse a la comitiva, que estaba muy distante, y dejéme en verdad pensativo el venerable y estudioso oficial. Poco después, don Carlos España me decía, riendo, con aquella expansión franca y un tanto brutal que le era propia:

—Picarón redomado, ¿dónde demonios has metido a la amazona? ¿Qué has hecho de ella? Ya te tenía yo por buena alhaja.

Cuando el coronel Simpson me dijo que estaba sobre ascuas, le contesté:

—No tenga usted duda, amigo mío: los españoles miran a todas las mujeres como cosa propia.

Traté de convencer al general de mi inocencia en aquel delicado asunto; pero él reía, antes impulsado por móviles de alabanza que de vituperio, porque los

españoles somos así. Luego le conté cómo habiendo necesitado del auxilio de los masones para salir de Salamanca, nos acompañamos de ellos hasta llegar a buen trecho de la ciudad; más cuando indiqué que miss Fly los había seguido, ni España ni ninguno de los que me escuchaban quisieron creerme.

Cuando fui al alojamiento del general en jefe para informarle de mil particularidades que él quería conocer, relativas a los conventos destruidos, a municiones, a viveres, al espíritu de la guarnición y del vecindario, hallé al duque, con quien conferencié más de hora y media, tan frío, tan severo conmigo, que se me llenó el alma de tristeza. Recogía mis noticias, harto precisas para el ejército aliado, sin darme claras y vehementes señales, cual yo esperaba, de que mi servicio fuese estimado, o como si, estimando el hecho, menospreciara la persona. Hizo elogios del croquis; pero me parecía advertir en él cierta desconfianza, y hasta la duda de que aquel minucioso dibujo fuese exacto.

Consternado yo, mas lleno de respeto hacia aquel grave personaje, a quien todos los españoles considerábamos entonces poco menos que un dios, no osé desplegar los labios en materia alguna distinta de las respuestas que tenía que dar; y cuando el héroe de Talavera me despidió con una cortesía rígida y fría como el movimiento de una estatua que se dobla por la cintura, salí lleno de confusiones y sobresaltos, mas también de ira, porque yo comprendía que alguna sospecha tan grave como injusta deslustraba mi buen concepto. ¡Después de tantos trabajos y fatigas por prestar servicio tan grande al ejército aliado, no se me trataba con mayor estima que a un vulgar y mercenario espía! ¡Yo no quería grados ni dinero en pago de mi servicio! Quería consideración, aprecio, y que el lord me llamase su amigo, o que, desde lo alto de su celebridad y de su genio, dejase caer sobre mi pequeñez cualquier frase afectuosa y conmovedora, como la caricia que se hace al perro leal; pero nada de esto había logrado. Trayendo a mi memoria a un mismo tiempo y en tropel confuso las sofocaciones del día anterior, mi croquis, mis servicios, mis apuros, los horrendos peligros, y después, la fisonomía severa y un tanto ceñuda de lord

Wellington, el despecho me inspiraba frases íntimas como la siguiente:

«Quisiera que hubieses estado en poder de Jean Jean y de Tournalourou, a ver si ponías esa cara... Una cosa es mandar desde la tienda de campaña, y otra obedecer en la muralla... Una cosa es la orden, y otra el peligro... Expóngase uno cien veces a morir por un...»

XXVI

Esta y otras cosas peores que callo decía yo aquella tarde cuando partimos hacia Salamanca, a cuyas inmediaciones llegamos antes de anochecido, alejándonos después de la ciudad para pasar el Tormes por los vados del Canto y San Martín. Por todas partes oía decir:

—Mañana atacaremos los fuertes.

Yo, que los había visto, que los había examinado, conocía que esto no podía ser.

—¡Si creerán ustedes que esos fuertes son juguetes como los que hicieron en Madrid el tres de diciembre!—decía yo a mis amigos, dándome cierta importancia—. ¡Si creerán ustedes que la artillería que los defiende es alguna batería de cocina!

Y aquí encajaba descripciones ampulosas, que concluían siempre así:

—Cuando se han visto las cosas, cuando se las ha medido palmo a palmo, cuando se las ha puesto en dibujo con más o menos arte, es cuando puede formarse idea acabada de ellas.

—Di: ¿y a miss Fly también la has visto, la has medido palmo a palmo y la has puesto en dibujo con más o menos arte?—me preguntaban.

Esto me volvía a mis melancolías y *saudades* (hablando en portugués) ocasionadas por el disfavor de lord Wellington, por el ningún motivo e injusticia de su frialdad y desabrimiento con un servidor leal y obediente soldado.

Wellington mandó atacar los fuertes por mera conveniencia moral y por infundir aliento a los soldados, que no habían combatido desde Arroyomolinos. Harto conocía el señor duque que aquellas obras, formadas sobre las robustísimas paredes de los conventos, no caerían sino ante un poderoso tren de batir, y, al efecto, hizo venir de Almeida piezas de gran calibre. Esperando, pues,

el socorro y simulando ataques, pasaron dos o tres días, en los cuales nada histórico ocurrió digno de ser contado, pues ni adquirió lord Wellington nuevos títulos nobiliarios, ni pareció miss Fly, ni tuve noticias del rumbo que tomaron los traviesos y mil veces malditos masones.

De lo ocurrido entonces, únicamente merecen lugar, y por cierto muy preferente, en estas verídicas relaciones, las miradas que me echaba de cuando en cuando el coronel Simpson y sus palabras agresivas, a que yo le contestaba siempre con las peores disposiciones del mundo. Y, francamente, señores, yo estaba inquieto, casi tan inquieto como el sabio coronel Simpson, porque pasaban días y continuaba el eclipse de miss Fly. Creí entender que se hacían averiguaciones minuciosas; creí entender, ¡oh cielos!, que me amenazaba un severo interrogatorio, al cual seguirían rigurosas medidas penales contra mí; pero Dios, para salvarme, sin duda, de castigos que no merecía, permitió que el día 20, muy de mañana, apareciese en los cerros del Norte..., no la romancesca e interesante inglesa, sino el mariscal Marmont, con cuarenta mil hombres.

El mismo día en que se nos presentó el francés por el mismo camino de Toro, se suspendió el ataque de los fuertes, e hicimos varios movimientos para tomar posiciones si el enemigo nos provocaba a trabar batalla. Mas pronto se conoció que Marmont no tenía ganas de lanzar su ejército contra nosotros, siendo su intento, al aproximarse, distraer las fuerzas sitiadoras y tal vez introducir algún socorro en los fuertes. Pero Wellington, aunque no se había recibido la artillería de Almeida, persistía con tenacidad sajona en apoderarse de San Vicente y de San Cayetano, los dos formidables conventos arreglados para castillos por una irrisión de la Historia. ¡Me parece estar viéndolos aún desde la torre de la Merced!

La tenacidad, que a veces es, en la guerra, una virtud, también suele ser una falta, y el asalto de los conventos lo fué manifiestamente; cosa rara en Wellington, que no solía equivocarse... La división española se hallaba en Castellanos de los Moriscos observando al francés, que ya se corría a la derecha, ya a la izquierda, cuando nos dijeron

que en el asalto infructuoso de San Cayetano habían perecido ciento veinte ingleses y el general Rowes, distinguidísimo en el ejército aliado.

—Ahora se ve cómo también los grandes hombres cometen errores—dije a mis amigos—. A cualquiera se le alcanzaba que San Vicente y San Cayetano no eran corrales de gallinas; pero respetemos las equivocaciones de los de arriba.

—¡Ya está! ¡Ya está ahí..., albricias! ¡Ya la tenemos ahí!—exclamó don Carlos España, que a la sazón, de improviso, se había presentado.

—¿Quién? ¿Miss Fly?—pregunté, con vivo gozo.

—La artillería, señores, la artillería gruesa que se mandó traer de Almeida. Ya ha llegado a Pericalbo; esta tarde estará en las paralelas, se montará mañana, y veremos lo que valen esos fuertes, que fueron conventos.

—¡Ah! Bien venida sea... Creí que hablaba usted de miss Fly, por cuya aparición daría las dos manos que tengo...

Vino, efectivamente, no miss Fly, que acerca de ésta ni alma viviente sabía palabra, sino la artillería del sitio, y Marmont, que lo adivinó, quiso pasar el río para distraer fuerzas a la izquierda del Tormes. Le vimos correrse a nuestra derecha, hacia Huerta, y al punto recibimos orden de ocupar Aldealuenga. Como los franceses cruzaron el Tormes, lo pasó también el general Graham, y en vista de este movimiento, pusieron los pies en polvorosa. Marmont, que no tenía bastantes fuerzas, careciendo principalmente de caballería, no osaba empeñar ninguna acción formal.

Por lo demás, ante la artillería de sitio, San Vicente y San Cayetano no ofrecieron gran resistencia. Los ingleses (y esto lo digo de referencia, pues nada vi) abrieron brecha el veintisiete e incendiaron con bala roja los almacenes de San Vicente. Pidieron capitulación los sitiados; mas Wellington, no queriendo admitir condiciones ventajosas para ellos, mandó asaltar la Merced y San Cayetano, escalando el uno y penetrando en el otro por las brechas. Quedó prisionera la guarnición.

Este suceso colmó de alegría a todo el ejército, mayormente cuando vimos que Marmont se alejaba a buen paso

hacia el Norte, ignorábamos si en dirección a Toro o a Tordesillas, porque nuestras descubiertas no pudieron determinar a causa de la oscuridad de la noche. Pero he aquí que pronto debíamos saberlo, porque la división española y las guerrillas de don Julián Sánchez recibieron orden de dar caza a la retaguardia francesa, mientras todo el ejército aliado, una vez asegurada Salamanca, marchaba también hacia las líneas del Duero.

Era la mañana del veintiocho de junio cuando nos encontrábamos cerca de Sanmorales, en el camino de Valladolid a Tordesillas. Según nos dijeron, la retaguardia enemiga y su impedimenta habían salido de dicho lugar pocas horas antes, llevándose, según la inveterada e infalible costumbre, todo cuanto pudieron haber a la mano. Pusiéronse al frente de la división el conde de España y don Julián Sánchez con sus intrépidos guerrilleros, que conocían el país como la propia casa, y se mandó forzar la marcha para poder pescar algo del pesado convoy de los franchutes. Sin reparar las fuerzas después del largo caminar de la noche, corrió nuestra vanguardia hacia Babilafuente, mientras los demás rebuscábamos en Sanmorales lo que hubiese sobrado de la reciente limpieza y rapiña del enemigo. Provistos, al fin, de algo confortativo, seguimos también hacia aquel punto, y al cabo de dos horas de penosa jornada, cuando calculábamos que nos faltarían apenas otras dos para llegar a Babilafuente, distinguimos este lugar en lontananza; mas no lo determinaba la perspectiva de las lejanas casas, ni ninguna alta torre ni castillete, ni menos colina o bosquecillo, sino una columna de negro y espeso humo que, partiendo de un punto del horizonte, subía y se enroscaba hasta confundirse con la blanca masa de las nubes.

—Los franceses han pegado fuego a Babilafuente—gritó un guerrillero.

—¡Apretad el paso..., en marcha... ¡Pobre Babilafuente!

—Queman para detenernos...; creen que nos estorba la tizne. ¡Adelante!

—Pero don Carlos y Sánchez los deben de haber alcanzado—dijo otro—Parece que se oyen tiros.

—Adelante, amigos. ¿Cuánto podemos tardar en ponernos allá?

—Una hora y minutos.

Vióse luego otra negra columna de humo que salía de paraje más lejano, y que en las alturas del cielo parecía abrazarse con la primera.

—Es Villorio, que arde también—dijeron—. Esos ladrones queman las trojes después de llevarse el trigo.

Y más cerca divisamos las rojas llamas oscilando sobre las techumbres; y una multitud de mujeres despavoridas, ancianos y niños, corría por los campos, huyendo con espanto de aquella maldición de los hombres, más terrible que las del Cielo. Por lo que aquellos infelices nos pudieron decir entre lágrimas y gritos de angustia, supimos que los de España y Sánchez entraban a punto que salían los franceses después de incendiar el pueblo; que se habían cruzado algunos tiros entre unos y otros, pero sin consecuencias, porque los nuestros no se ocuparon más que de cortar el fuego.

Estábamos como a doscientos pasos de las primeras casas de la infortunada aldea, cuando una figura extraña, hermosa, una agraciada obra de la fantasía, una gentil persona, tan distinta de las comunes imágenes terrestres como lo son de la vulgar vida las admirables creaciones de la poesía del Norte; una mujer ideal, llevada por arrogante y veloz caballo, pasó allá lejos ante la vista, semejante a los gallardos jinetes que cruzan por los rosados espacios de un sueño artístico, sin tocar la tierra. dando al viento cabellera y crin, y modificando, según los cambiantes de la luz, su majestuosa carrera. Era una figura de amazona, vestida no sé si de negro o de blanco, pero igual a aquellas mujeres galopantes con cuya postura y arranque ligero se representa al aire, al fuego, lo que vuela y lo que quema, y que corría en verdad, animando al corcel con varoniles exclamaciones. Iba la gentil persona fuera del camino, en dirección contraria a la nuestra, por un extenso llano cruzado de zanjas y charcos, que el corcel saltaba con tan airoso brío a la voluntad del jinete, que hembra y caballo parecían una sola persona. Tan pronto se alejaba como volvía la fantástica figura; pero, a pesar de su carrera y de la distancia, al punto que la vi dióme un vuelco el corazón, subióseme la sangre con violento golpe al

cerebro y temblé de sorpresa y alegría ¿Necesito decir quién era?

Lanzando mi caballo fuera del camino, grité:

—¡Miss Fly, señorita Mariposa!... ¡Señora Pajarita, señora Mosquita!... ¡Carísima Athenais..., Athenais!

Pero la Pajarita no me oía y seguía corriendo; mejor dicho, revoloteando, yendo, viniendo, tornando a partir y a volver, y trazando sobre el suelo, y en la claridad del espacio, caprichosos círculos, ángulos, curvas y espirales.

—¡Miss Fly, miss Fly!

El viento impedía que mi voz llegase hasta ella. Avivé el paso, sin apartar los ojos de la hermosa aparición, la cual creeríase iba a desvanecerse cual caprichosa hechura de la luz o del viento... Pero no: era la misma miss Fly, y buscaba una senda en aquella engañosa planicie, surcada por zanjas y charcos de inmóvil agua verdosa.

—¡Eh..., señora Mosquita!... ¡Que soy yo!... Por aquí..., por este lado.

XXVII

Por último, llegué cerca de ella y oyó mi voz, y vió mi propia persona, lo cual hubo de causarle, al parecer, mucho gusto y sacarla de su confusión y atolondramiento. Corrió hacia mí, riendo y saludándome con exclamaciones de triunfo, y cuando la vi de cerca, no pude menos de advertir la diferencia que existe entre las imágenes transfiguradas y embellecidas por el pensamiento y la triste realidad, pues el corcel que montaba, por cierto a mujeriegas, la intrépida Athenais distaba mucho de parecerse a aquel volador *Pegaso* que se me representaba poco antes; ni daba ella, al viento la cabellera cual llama de fuego simbolizando el pensamiento, ni su vestido negro tenía aquella diafanidad ondulante que creí distinguir primero; ni el cuartago, pues cuartago era, tenía más cerneja que media docena de mustios y amarillentos pelos; ni la misma miss Fly estaba tan interesante como de ordinario, aunque sí hermosa, y por cierto bastante pálida, con las trenzas mal entretejidas por arte de los dedos, sin aquel concertado desgaire del peinado de las Musas, y, finalmente, con el vestido en desorden, antiarmonico, a cau-

sa del polvo y de las arrugas y jirones.

—Gracias a Dios que os encuentro—exclamó, alargándome la mano—. Don Carlos España me dijo que estabais en la retaguardia.

Mi gozo por verla sana y libre, lo cual equivalía a un testimonio precioso de mi honradez, me impulsó a intentar abrazarla en medio del campo, de caballo a caballo, y habría puesto en ejecución mi atrevido pensamiento si ella no lo impidiera un tanto suspensa y escandalizada.

—En buen compromiso me ha puesto usted—le dije.

—Me lo figuraba—respondió, riendo—. Pero vos tenéis la culpa. ¿Por qué me dejasteis en poder de aquella gente?

—Yo no dejé a usted en poder de aquella gente, ¡malditos sean ellos mil veces!... Desapareció usted de mi vista, y el masón me impidió seguir. ¿Y nuestros compañeros de viaje?

—¿Preguntáis por la Inesita? La encontraréis en Babilafuente—dijo, poniéndose seria.

—¿En ese pueblo? ¡Bondad divina!... Corramos allí... Pero ¿han padecido ustedes algún contratiempo? ¿Hanse visto en algún peligro? ¿Las han mortificado esos bárbaros?

—No; me he aburrido, y nada más. A la hora y media de salir de Salamanca tropezamos con los franceses, que echaron el guante a los masones, diciendo que en Salamanca había hecho el espionaje por cuenta de los aliados. Marmont tiene orden del rey para no hacer causa común con esos pillos, tan odiados en el país. Santorcaz se defendió; mas un oficial llamóle farsante y embustero, y dispuso que todos los de la brillante comitiva quedásemos prisioneros. Gracias a Desmarets, me han tratado a mí con mucha consideración.

—¡Prisioneros!

—Sí; nos han tenido desde entonces en ese horrible Babilafuente, mientras el lord tomaba a Salamanca. ¡Y yo que no he visto nada de esto! ¿Se rindieron los fuertes? ¿Qué gran servicio prestasteis con vuestra visita a Salamanca! ¿Qué os dijo milord?

—Sí, sí... Hable usted a milord de mí... Contento está su excelencia de este leal servidor... Sepa, miss Fly, que, lejos de agradar al duque, me ha tomado

entre ojos y se dispone a formarme Consejo de guerra por delitos comunes.

—¿Por qué, amigo mío? ¿Qué habéis hecho?

—¿Qué he de hacer? Pues nada, señora Pajarita; nada más sino seducir a una honesta hija de la Gran Bretaña, llevármela conmigo a Salamanca, ultrajarla con no sé qué insigne desafuero, y después, para colmo de fiesta, abandonarla pícaramente, o esconderla, o matarla, pues sobre este punto, que es el lado negro de mi feroz delito, no se han puesto aún de acuerdo lord Wellington y el coronel Simpson.

Miss Fly rompió en risas tan francas, tan espontáneas y regocijadas, que yo también me reí. Ambos marchábamos a buen paso en dirección a Babilafuente.

—Lo que me contáis, señor Araceli—dijo, mientras se teñía su rostro de rubor hechicero—, es una linda historia. Tiempo hacía que no se me presentaba un acontecimiento tan dramático ni tan bonito embrollo. Si la vida no tuviera estas novelas, ¡cuán fastidiosa sería!

—Usted disipará las dudas del general, devolviéndome mi honor, mi honor, miss Fly, pues de la pureza de sentimientos de usted no creo que duden milord ni sir Abrahán Simpson. Yo soy el acusado; yo, el ladrón; yo, el ogro de cuentos infantiles; yo, el gigantón de leyenda; yo, el morazo de romance.

—¿Y no os ha desafiado Simpson?—preguntó, demostrando cuánta complacencia producía en su alma aquel extraño asunto.

—Me ha mirado con altanería y díchome palabras que no le perdono.

—Le mataréis, o, al menos, le heriréis gravemente, como hicisteis con el desvergonzado e insolente lord Gray—dijo con extraordinaria luz en la mirada—. Quiero que os batáis con alguien por causa mía. Vos acometéis las empresas más arriesgadas por la simpatía que tienen los grandes corazones con los grandes peligros; habéis dado pruebas de aquel valor profundo y sereno cuyo arranque parte de las raíces del alma. Un hombre de tales condiciones no permitirá que se ponga en duda su dignidad, y a los que duden de ella los vencerá con la espada en un abrir y cerrar de ojos.

—La prueba más convincente, Athie-

nais, ha de ser usted... Ahora pensemos en socorrer a esos infelices de Babilafuente. ¿Corre Inés algún peligro? ¡Lo co de mí! ¡Y me estoy con esta calma! ¿Está buena? ¿Corre algún peligro?

—No lo sé—repuso con indiferencia la inglesa—. La casa en que estaban empezó a arder.

—¡Y lo dice con esa tranquilidad!

—En cuanto se anunció la entrada de los españoles y me vi libre, salí en busca del jefe. Don Carlos España me recibió con agrado, y no tuvo inconveniente en cederme un caballo para volver al cuartel general.

—Santorcaz, Monsalud, Inés y demás compañía masónica, ¿habrán huido también?

—No todos. El gran capitán de esta masonería ambulante está postrado en el lecho desde hace tres días y no puede moverse. ¿Cómo queréis que huya?

—Eso es obra de Dios—dijo con alegría y acelerando el paso—. Ahora no se me escapará. De grado o por fuerza arrancaremos a Inés de su lado y la enviaremos, bien custodiada, a Madrid.

—Falta que quiera separarse de su padre. Vuestra dama encantada es una joven de miras poco elevadas, de corazón pequeño; carece de imaginación y de..., de arranque. No ve más que lo que tiene delante. Es lo que yo llamo un ave doméstica. No, señor Araceli; no pidáis a la gallina que vuele como el águila. La hablaréis el lenguaje de la pasión, y os contestará cacareando en su corral.

—Una gallina, señorita Athenais—le dije, entrando en el pueblo—, es un animal útil, cariñoso, amable, sensible, que ha nacido y vive para el sacrificio, pues da al hombre sus hijos, sus plumas y, finalmente, su vida; mientras que un águila... Pero esto es horroroso, miss Fly... Arde el pueblo por los cuatro costados...

—Desde la llanura presenta Babilafuente un golpe de vista incomparable... Siento no haber traído mi álbum.

Las frágiles casas se venían al suelo con estrépito. Los atribulados vecinos se lanzaban a la calle, arrastrando penosamente colchones, muebles, ropas, cuanto podían salvar del fuego, y en diversos puntos, la multitud señalaba con espanto los escombros y maderos encendidos, indicando que allí debajo habían

sucumbido algunos infelices. Por todas partes no se oían más que lamentos e imprecaciones; la voz de una madre preguntando por su hijo, o de los tiernos niños, desamparados y solos, que buscaban a sus padres. Muchos vecinos y algunos soldados y guerrilleros se ocupaban en sacar de las habitaciones a los que estaban amenazados de no poder salir, y era preciso romper rejas, derribar tabiques, deshacer puertas y ventanas para penetrar, desafiando las llamas, mientras otros se dedicaban a apagar el incendio; tarea difícil, porque el agua era escasa. En medio de la plaza, don Carlos España daba órdenes para uno y otro objeto, descuidando por completo la persecución de los franceses, a quienes solamente se pudieron coger algunos carros. Gritaba el general desafortadamente, y su actitud y fisonomía eran de loco furioso.

Miss Fly y yo echamos pie a tierra en la plaza, y lo primero que se ofreció a nuestra vista fué un infeliz a quien llevaban maniatado cuatro guerrilleros, empujándole cruelmente a ratos o arrastrándole cuando se resistía a seguir. Una vez que lo pusieron ante la espantosa presencia de don Carlos España, éste, cerrando los puños y arqueando las negras y tempestuosas cejas, gritó de esta manera:

—¿Por qué me lo traen aquí?... ¡Fusiladle al momento! A estos canallas afrancesados que sirven al enemigo se los aplasta cuando se les coge, y nada más.

Observando las facciones de aquel hombre, reconocí al señor Monsalud. Antes de referir lo que hice entonces, diré en dos palabras por qué había venido a tan triste estado y funesta desventura. Sucedió que los pobres masones, igualmente malquistos con los franceses que salían y los españoles que entraban en Babilafuente, optaron, sin embargo, por aquéllos, tratando de seguirlos. Excepto Santorcaz, que yacía en deplorable estado, todos corrieron; pero tuvo tan mala suerte el travieso Monsalud, que, al saltar una tapia, buscando el camino de Villorio, le echaron el guante los guerrilleros; y como, desgraciadamente, le conocían por ciertas fechorías, ni santas ni masónicas, que cometiera en Béjar, al punto le destinaron al sacrificio, en expiación de las

culpas de todos los masones y afrancesados de la Península.

—Mi general—dijo al conde, abriéndome paso entre la muchedumbre de soldados y guerrilleros—, este desgraciado es bastante tuno, y no dudo que ha servido a nuestros enemigos; pero yo le debo un favor, que estimo tanto como la vida, porque, sin su ayuda, no hubiera podido salir de Salamanca.

—¿A qué viene ese sermón?—dijo con feroz impaciencia España.

—A pedir a vucencia que le perdone, conmutándole la pena de muerte por otra.

El pobre Monsalud, que estaba ya medio muerto, se reanimó, y, mirándome con vehemente expresión de gratitud, puso toda su alma en sus ojos.

—Ya vienes con boberías, ¡rayo de Dios!... Araceli, te mandaré arrestar... —exclamó el conde, haciendo extrañas gesticulaciones—. No se te puede resistir, joven entremetido... Quitadme de delante a ese sabandijo; fusiladle al momento... ¡Es preciso castigar a alguien... a alguien!...

A pesar de esta viva crueldad, que a veces manifestaba de un modo imponente, España no había llegado aún a aquel grado de exaltación que años adelante hizo tan célebre como espantoso su nombre. Miró, primero, a la víctima; después, a mí y a miss Fly, y luego que hubo dado algún desahogo a su cólera con palabrotas y recriminaciones dirigidas a todos, dijo:

—Bueno; que no le fusilen. Que le den doscientos palos...; pero doscientos palos bien dados... Muchachos, os lo entrego... Allí, detrás de la iglesia.

—¡Doscientos palos!—murmuró la víctima con dolor—. Prefiero que me den cuatro tiros. Así moriré de una vez.

Entonces aumentó el barullo, y un guerrillero apareció diciendo:

—Arden todas las sementeras, y las eras del lado de Villorio, y arde también Villorueta, y Riobobos, y Huerta.

Desde la plaza, abierta al campo por un costado, se distinguía la horrible perspectiva. Llamas vagas surgían aquí y allí del suelo seco, corriendo por sobre las mieses cual cabellera movible, cuyas últimas guedejas negruzcas se perdían en el cielo. En los puntos lejanos, las columnas de humo eran en mayor número, y cada una indicaba la troje o

panera que caía bajo la planta de fuego del ejército fugitivo. Nunca había yo visto desolación semejante. Los enemigos, al retirarse, quemaban, talaban, arrancando los tiernos árboles de las huertas, haciendo luminarias con la paja de las eras. Cada paso suyo aplastaba una cabaña, talaba una mies, y su rencoroso aliento de muerte destruía como la cólera de Dios. El rayo, el pedrisco, el simún, la lluvia y el terremoto, obrando de consuno, no habrían hecho tantos estragos en poco tiempo. Pero el rayo y el simún, todas las iras del Cielo juntas, ¿qué significaban con el despecho de un ejército que se retira? Fiero animal herido, no tolera que nada viva detrás de sí.

Don Carlos España tomó una determinación rápida:

—A Villorio, a Villorio sin descansar —gritó, montando a caballo—. Señor don Julián Sánchez, a ver si los cogemos. Además, hay que auxiliar también a esos otros pueblos.

Las órdenes corrieron al momento, y parte de los guerrilleros, con dos regimientos de línea, se aprestaron a seguir a don Carlos.

—Araceli—me dijo éste—, quédate aquí aguardando mis órdenes—. En caso de que lleguen hoy los ingleses, sigues hacia Villorio, pero, entre tanto, aquí... Apagad el fuego lo que se pueda; salvad la gente que se pueda, y si se encuentran viveres...

—Bien, mi general.

—Y a ese bribón que hemos cogido cuidado como le perdones un solo palo. Doscientos cabalitos y bien aplicados. Adiós. Mucho orden, y... ni uno menos de doscientos.

XXVIII

Cuando me vi dueño del pueblo y al frente de la tropa y guerrillas que trabajaban en él, empecé a dictar órdenes con la mayor actividad. Excuso decir que la primera fué para librar a Monsalud del horrible tormento y descomunal castigo de los palos: mas cuando llegué al sitio de la lamentable escena, ya le habían aplicado veintitrés cataplasmas de fresno, con cuyos escozores estaba el infeliz a punto de entregar rabiando, su alma al Señor. Suspendi

el tormento, y, aunque más me parecía muerto que vivo, aseguráronme que no iría de aquélla, por ser los masones gentes de siete vidas, como los gatos.

Miss Fly me indicó sin pérdida de tiempo la casa que servía de asilo a Santorcaz, una de las pocas que apenas habían sido tocadas por las llamas. Vociferaban a la puerta algunas mujeres y aldeanos, acompañados de dos o tres soldados, esforzándose las primeras en demostrar, con toda la elocuencia de su sexo, que allí dentro se guarecía el mayor pillo que desde muchos años se había visto en Babilafuente.

—El que llevaron a la plaza—decía una vieja—es un santo del Cielo comparado con este que aquí se esconde, el capitán general de todos esos luciferes.

—Como que hasta los mismos franceses le dan de lado. Diga usted, señá Frasquita: ¿por qué llaman masones a esa gente? A fe que no entiendo el *voquible*.

—Ni yo; pero basta saber que son muy malos, y que andan de compinche con los franceses para quitar la religión y cerrar las iglesias.

—Y los tales, cuando entran en un pueblo, apandan todas las doncellas que encuentran. Pues digo, también hay que tener cuidado con los niños, que se los roban para criarlos a su antojo, que es en la fe de *Majoma*.

Los soldados habían empezado a derribar la puerta, y las mujeres los animaban, por la mucha inquina que había en el pueblo contra los masones. Ya vimos lo que le pasó a Monsalud. Seguramente, Santorcaz, con ser el pontífice máximo de la secta trashumante, no habría salido mejor librado si en aquella ocasión no hubiese llegado yo. Luego que la puerta cediera a los recios golpes y hachazos, ordené que nadie entrase por ella; dispuse que los soldados, custodiando la entrada, contuvieran y alejasen de allí a las mujeres chillonas y procaces, y subí. Atravesé dos o tres salas, cuyos muebles en desorden anunciaban la confusión de la huida. Todas las puertas estaban abiertas, y libremente pude avanzar de estancia en estancia hasta llegar a una pequeña y oscura, donde vi a Santorcaz y a Inés; él, tendido en miserable lecho; ella, al lado suyo, tan estrechamente abrazados los dos que sus figuras se confundían en

la penumbra de la sala. Padre e hija estaban aterrados, trémulos, como quien de un momento a otro espera la muerte, y se habían abrazado para aguardar juntos el trance terrible. Al conocerme, Inés dió un grito de alegría.

—Padre—exclamó—, no moriremos. Mira quién está aquí.

Santorcaz fijó en mí los ojos, que lucían como dos ascuas en el cadavérico semblante, y con voz hueca, cuyo timbre heló mi sangre, dijo:

—¿Vienes por mí, Araceli? ¿Ese tigre carnícero que os manda te envía a buscar carne porque los oficiales del matadero están ya sin trabajo?... Ya despacharon a Monsalud; ahora a mí...

—No matamos a nadie—respondí, acercándome.

—No nos matarán—exclamó Inés, derramando lágrimas de gozo—. Padre, cuando esos bárbaros daban golpes a la puerta; cuando esperábamos verlos entrar armados de hachas, espadas, fusiles y guillotinas para cortarnos la cabeza, como dices que hacían en París, ¿no te dije que había creído escuchar la voz de Araceli? Le debemos la vida.

El masón clavaba en mí sus ojos mirándome cual si no estuviera seguro de que era yo. Su fisonomía estaba en extremo descompuesta: hundidos los ojos dentro de las cárdenas órbitas, crecida la barba, lustrosa y amarilla la frente. Parecía que habían pasado por él diez años desde las escenas de Salamanca.

—Nos perdonan la vida—dijo con desdén—. Nos perdonan la vida cuando me ven enfermo y achacoso, sin poder moverme de este lecho, donde me ha clavado mi enfermedad. El conde de España, ¿va a subir aquí?

—El conde de España se ha ido de Babilafuente.

Cuando dije esto, el anciano respiró como si le quitaran de encima enorme peso. Incorporóse, ayudado por su hija, y sus facciones, contraídas por el terror, se serenaron un poco.

—¿Se ha marchado ese verdugo... hacia Villorio?... Entonces escaparemos por..., por... Y los ingleses, ¿dónde están?

—Si se trata de escapar, en todas partes hay quien lo impida. Se acabaron las correrías por los pueblos.

—De modo que estoy preso—exclamó con estupor—. ¡Soy prisionero tuyo, pri-

sionero de...! Me has cogido como se coge a un ratón en la trampa, y tengo que obedecerte y seguirte tal vez!

—Sí; pero hasta que yo quiera.

—Y harás de mí lo que se te antoje, como un chiquillo sin piedad que martiriza al león en su jaula, porque sabe que éste no puede hacerle daño.

—Haré lo que debo, y ante todo...

Santorcaz, al ver que fijé los ojos en su hija, estrechóla de nuevo en sus brazos, gritando:

—¡No la separarás de mí sino matándola, ruin y miserable verdugo!... ¿Así pagas el beneficio que en Salamanca te hice?... Manda a tus bárbaros soldados que nos fusilen; pero no nos separen.

Miré a Inés y vi en ella tanto cariño, tan franca adhesión al anciano, tanta verdad en sus demostraciones de afecto filial que hube de cortar el vuelo a mi violenta determinación.

«Aquí encuentro un sentimiento cuya existencia no sospechaba—dije para mí—; un sentimiento grande, inmenso, que se me revela de improviso, y que me espanta, me detiene y me hace retroceder. He creído caminar por sendero continuado y seguro, y he llegado a un punto en que el sendero acaba y empieza el mar. No puedo seguir... ¿Qué inmensidad es esta que ante mí tengo? Este hombre será un malvado; será carcelero de la infeliz niña; será un enemigo de la sociedad, un agitador, un loco que merece ser exterminado; pero aquí hay algo más. Entre estos dos seres, entre estas dos criaturas tan distintas, la una tan buena, la otra odiosa y odiada existe un lazo que yo no debo ni puedo romper, porque es obra de Dios. ¿Qué haré?...»

A estas reflexiones sucedieron otras de igual índole; mas no me llevaron a ninguna afirmación categórica respecto a mi conducta, y me expresé de este modo, que me pareció el más apropiado a las circunstancias:

—Si usted varía de conducta, podrá tal vez vivir cerca, cuando no al lado de su hija, y verla y tratarla.

—¡Variar de conducta!... Y ¿quién eres tú, mancebo ignorante, para decirme que varíe de conducta, y dónde has aprendido a juzgar mis acciones? Estás lleno de soberbia porque el despotismo te ha enmascarado con esa librea

y puesto esas charreteras que no sirven sino para marcar la jerarquía de los distintos opresores del pueblo... ¡Qué sabes tú lo que es conducta, necio! Has oído hablar a los frailes y a don Carlos España, y crees poseer toda la ciencia del mundo.

—Yo no poseo ciencia alguna—respondí exasperado—; pero ¿se puede consentir que criaturas inocentes, honradas, dignas por todos conceptos de mejor suerte, vivan con tales padres?

—Y a ti, extraño a ella, extraño a mí, ¿qué te importa ni qué te va en esto?—exclamó, agitando sus brazos y golpeando con ellos las ropas del desordenado lecho.

—Señor Santorcaz, acabemos. Dejo a usted en libertad para ir donde mejor le plazca. Me comprometo a garantizarle la mayor seguridad hasta que se halle fuera del país que ocupa el ejército aliado. Pero esta joven es mi prisionera, y no irá sino a Madrid, al lado de su madre. Si han nacido, por fortuna, en usted sentimientos tiernos que antes no conocía, yo aseguro que podrá ver a su hija en Madrid siempre que lo solicite.

Al decir esto, miré a Inés, que con extraordinario estupor dirigía los ojos a mí y a su padre alternativamente.

—Eres un loco—dijo don Luis—. Mi hija y yo no nos separaremos. Háblale a ella de este asunto y verás cómo se pone. En fin, Araceli: ¿nos dejas escapar, sí o no?

—No puedo detenerme en discusiones. Ya he dicho cuanto tenía que decir. Entre tanto quedarán en la casa, y nadie se atreverá a hacerles daño.

—¡Preso, cogido, Dios mío!—clamó Santorcaz, antes afligido que colérico, y llorando de desesperación—. ¡Preso, cogido por esta soldadesca asalariada, a quien detesto; preso antes de poder hacer nada de provecho, antes de descargar un par de buenos y seguros golpes!... ¡Esto es espantoso! Soy un miserable..., no sirvo para nada..., lo he dejado todo para lo último..., me he ocupado en tonterías... Lo grave, lo formal es destruir todo lo que se pueda. va que seguramente nada existe aquí digno de conservarse.

—Tenga usted calma, que el estado de ese cuerpo no es a propósito para reformar el linaje humano.

—¿Crees que estoy débil, que no pue-

do levantarme?—gritó, intentando incorporarse con esfuerzos dolorosos—. Todavía puedo hacer algo..., esto pasará..., no es nada..., aún tengo pulso... ¡Ay!, en lo sucesivo no perdonaré a nadie. Todo aquel que caiga bajo mi mano perecerá sin remedio.

Inés le ponía las manos en los hombros para obligarle a estarse quieto, y recogía la ropa de abrigo, que los movimientos del enfermo arrojaban a un lado y otro.

—Preso, cogido como un ratón!—prosiguió éste—. Es para volverse loco... ¡Cuando había fundado treinta y cuatro logias, en que se afiliaba lo más selecto, lo más atrevido y lo más revoltoso, es decir, lo mejor y lo más malo de todo el país!... ¡Oh! ¡Esos indignos franceses me han hecho traición! Los he servido, y éste es el pago... Araceli, ¿dices que estoy preso, que me llevarán a la cárcel de Madrid, a Ceuta tal vez?... ¡Maldigo la infame librea del despotismo que vistes! ¡Ceuta!... Bueno; me escaparé como la otra vez... Mi hija y yo nos escaparemos. Aún tengo agilidad, aliento, brío, todavía soy joven... ¡Caer en poder de estos verdugos con charreteras, cuando me creía libre para siempre y tocaba los resultados de mi obra de tantos años!... Porque sí, no sois más que verdugos con charrateras, grados y falsos y postizos honores. ¡Mujeres de la tierra, parid hijos para que los nobles los azoten, para que los frailes los excomulguen y para que estos sayones los maten!... ¡Bien lo he dicho siempre! La masonería no debe tener entrañas; debe ser cruel, fría, pesada, abrumadora, como el hacha del verdugo... ¿Quién dice que yo estoy enfermo, que yo soy débil, que me voy a morir, que no puedo levantarme más?... Es mentira, cien veces mentira... Me levantaré, ¡y ay del que se me ponga delante! Araceli, cuidado, cuidado, aprendiz de verdugo... Todavía...

Siguió hablando algún tiempo más; pero le faltaban gradualmente el aliento, y las palabras se confundían y desfiguraban en sus labios. Al fin, no oíamos sino mugidos entrecortados y guturales, que nada expresaban. Su respiración era fatigosa; había cerrado los ojos; pero los abría de cuando en cuando con la súbita agitación de la fiebre. Toqué sus manos y despedían fuego.

—Este hombre está muy malo—dije a Inés, que me miraba con perplejidad.

—Lo sé; pero en esta casa no hay nada, ni tenemos remedios, ni comida; en una palabra: nada.

Llamando a mi asistente, que estaba en la calle, le di orden de que proporcionase a Inés cuanto fuese preciso y existiera en el lugar.

—Mi asistente no se separará de aquí mientras le necesites—dije a mi amiga—. La puerta se cerrará. Puedes estar tranquila. En todo el día no saldremos de aquí. Adiós; me voy a la plaza, pero volveré pronto, porque tenemos que hablar, mucho que hablar.

XXIX

Al volver, la encontré sentada junto al lecho del enfermo, a quien fijamente miraba. Volviendo la cabeza, indicóme con un signo que no debía hacer ruido. Levantóse luego, acercó su rostro al de Santorcaz, y, cerciorado de que permanecía en completo y bienhechor reposo, se dispuso a salir del cuarto. Juntos fuimos al inmediato, no cerrando sino a medias la puerta para poder vigilar al desgraciado durmiente, y nos sentamos el uno frente al otro. Estábamos solos, casi solos.

—¿Has tenido nuevas noticias de mi madre?—me preguntó muy conmovida.

—No; pero pronto la veremos.

—¡Aquí, Dios mío! Tanta felicidad no es para mí.

—Le escribiré hoy diciendo que te he encontrado y que no te me escaparás. Le diré que venga al instante a Salamanca.

—¡Oh! Gabriel..., haces precisamente lo mismo que yo deseaba, lo que deseaba hace tanto tiempo... Si hubieras sido prudente en Salamanca y me hubieras oído antes de...

—Querida mía, tienes que explicarme muchas cosas que no he entendido—le dije con amor.

—¿Y tú a mí? Tú sí que tienes necesidad de explicarte bien. Mientras no lo hagas, no esperes de mí una palabra, ni una sola.

—Hace seis meses que te busco, alma mía; seis meses de fatigas, de penas, de ansiedad, de desesperación... ¡Cuánto me hace trabajar Dios antes de conce-

derme lo que me tiene destinado! ¡Cuánto he padecido por ti, cuánto he llorado por ti! Dios sabe que te he ganado bien.

—Y durante ese tiempo—preguntó con graciosa malicia—, ¿te ha acompañado esa señora inglesa, que te llama su caballero y que me ha vuelto loca a preguntas?

—¿A preguntas?

—Sí; quiere saberlo todo; para cerrarle el pico he necesitado decirle cómo y cuándo nos conocimos. Lo que se refiere a mí le importa poco; tu vida es lo que le interesa. Me ha mareado tanto, deseando saber las locuras y sublimidades que has hecho por esta infeliz, que no he podido menos de divertirme a costa suya...

—Bien hecho, amada mía.

—¡Qué orgullosa es!... Se ríe de cuanto hablo, y, según ella, no abro la boca más que para decir vulgaridades. Pero la he castigado... Como insistiese en conocer tus empresas amorosas, le he dicho que después de Bailén quisieron robarme veinticinco hombres armados, y que tú solo los mataste a todos.

Inés sonreía tristemente, y yo sofocaba la risa.

—También le dije que en El Pardo, para poder hablarme, te disfrazaste de duque, siendo tal el poder de la falsa vestimenta, que engañaste a toda la Corte y te presentaron al emperador Napoleón, el cual se encerró contigo en su gabinete y te confió el plan de su campaña contra el Austria.

—Así te vengas tú—dije, encantado de la malicia de mi pobre amiga—. Dame un abrazo, chiquilla, un abrazo, o me muero.

—Así me vengo yo. También le dije que, estando en Aranjuez, pasabas el Tajo a nado todas las noches para verme; que en Córdoba entraste en el convento y maniataste a todas las monjas para robarme; que otra vez anduviste ochenta leguas a caballo para traerme una flor; que te batiste con seis generales franceses porque me habían mirado, con otras mil heroicidades, acometimientos y amorosas proezas que se me vinieron a la memoria a medida que ella me hacía preguntas. ¡Eh, caballero!; no dirá usted que no cuido de su reputación... Te he puesto en los cuernos de la luna... Puedes creer que la in-

glesa estaba asombrada. Me oía con toda su hermosa boca abierta... ¿Qué crees? Te tiene por un Cid, y ella, cuando menos, se figura ser la misma doña Jimena.

—¡Cómo te has burlado de ella!—exclamé, acercando mi silla a la de Inés—. Pero ¿has tenido celos?... Dime si has tenido celos, para estarme riendo tres días...

—Caballero Araceli—dijo, arrugando graciosamente el ceño—, sí, los he tenido y los tengo.

—¡Celos de esa loca!—contesté, riendo, y el alma inundada de regocijo—Inés de mi vida, dame un abrazo.

Las lindas manecitas de la muchacha se sacudían delante de mí, y me azotaban el rostro al acercarme. Yo, pillándolas al vuelo, se las besaba.

—Inesilla, querida mía, dame un abrazo..., o te como.

—Hambriento estás.

—Hambriento de quererte, esposa mía ¿Te parece?... Seis meses amando a una sombra... ¿Y tú...?

Yo no sabía qué decir. Estaba hondamente conmovido. Mi desgraciada amiga quiso disimular su emoción; pero no pudo atajar el torrente de lágrimas que pugnaba por salir de sus ojos.

—No te acuerdes de esa mujer, si no quieres que me enfade. ¿Es posible que tú, con la elevación de tu alma, con tu penetración admirable, hayas podido...?

—No, no lloro por eso, querido amigo mío—me dijo, mirándome con profundo afecto—. Lloro..., no sé por qué. Creo que de alegría.

—¡Oh! Si miss Fly estuviera aquí, si nos viera juntos, si viera cómo nos amamos por bendición especial de Dios, si viera este cariño, superior a las contradicciones del mundo, comprendería cuánta diferencia hay de sus chispazos poéticos a esa fuente inagotable del corazón, a esta luz divina en que se gozan nuestras almas, y se gozarán por los siglos de los siglos.

—No me nombres a miss Fly... Si en un momento me afligió al conocerla, ya no hago caso de ella...—dijo, secando sus lágrimas—. Al principio, francamente..., tuve dudas; más que dudas, celos; pero al tratarla de cerca se disiparon. Sin embargo, es muy hermosa, más hermosa que yo.

—Ya quisiera parecerse a ti. Es un marimacho.

—Es, además, muy rica, según ella misma dice. Es noble... Pero, a pesar de todos sus méritos, miss Fly me causaba risa, no sé por qué. Yo reflexionaba y decía: «Es imposible, Dios mío. No puede ser... Caerán sobre mí todas las desgracias, menos ésta...» ¡Oh!, ésta sí que no la hubiera soportado.

—¡Qué bien pensaste! Te reconozco, Inés. Reconozco tu grande alma. Duda de todo el mundo, duda de lo que ven tus ojos; pero no dudes de mí, que te adoro.

—Mi corazón se desborda...—exclamó, oprimiéndose el seno con una mano que se escapó de entre las mías—. Hace tiempo que deseaba llorar así..., delante de tí... ¡Bendito sea Dios, que empieza a hacer caso de lo que le he dicho!

—Inés, yo también he tenido celos, queridita; celos de otra clase, pero más terribles que los tuyos.

—¿Por qué?—dijo, mirándome con severidad.

—¡Pobre de mí!... Yo me acordaba de tu buena madre, y decía, mirándote: «Esta picara ya no nos quiere.»

—¿Que no os quiero?

—Alma mía, ahora te pregunto, como a los niños: ¿a quién quieres tú?

—A todos—contestó con resolución.

Esta respuesta, tan concisa como elocuente, me dejó confuso.

—A todos—repitió—. Si no te creyera capaz de comprenderlo así, ¡cuán poco valdrías a mis ojos!

—Inés, tú eres una criatura superior—afirmé con verdadero entusiasmo—. Tú tienes en tu alma mayor porción de aliento divino que los demás. Amas a tus enemigos, a tus más crueles enemigos.

—Amo a mi padre—dijo con entereza.

—Sí; pero tu padre...

—Vas a decir que es un malvado, y no es verdad. Tú no le conoces.

—Bien, amiga mía; creo lo que me dices. Pero las circunstancias en que has ido a poder de ese hombre no son las más a propósito para que le tomas gran cariño...

—Hablas de lo que no entiendes. Si yo te dijera una cosa...

—Espera... Déjame acabar... Yo sé lo que vas a decir. Es que has encontrado en él, cuando menos lo esperabas, un noble y profundo cariño paternal.

—Sí; pero he encontrado algo más.

—¿Qué?

—La desgracia. Es el hombre más desdichado, mas sin ventura que existe en el mundo.

—Es verdad: la nobleza de tu alma no tiene fin...; pero dime: seguramente no hallaron eco en ella los sentimientos de odio ni el frenesí de este desgraciado.

—Yo espero reconciliarle—dijo sencillamente—con los que odia, o aparenta odiar, pues su cólera ante ciertas personas no brota del corazón.

—¡Reconciliarle!—repetí con verdadero asombro—. ¡Oh! Inés, si tal hicieras, si tan grande objeto lograras tú con la sola fuerza de tu dulzura y de tu amor, te tendría por la más admirable persona de todo el mundo... Pero debe de haber ocurrido entre ti y él mucho que ignoro, querida mía. Cuando te viste arrebatada por ese hombre de los brazos de tu madre enferma, ¿no sentiste...?

—Un horror, un espanto..., no me recuerdes eso, amiguito, porque me estremezco toda... ¡Qué noche, qué agonía! Yo creí morir, y, en verdad, pedía la muerte... Aquellos hombres..., todos me parecían negros, con el pelo erizado y las manos como garfios...; aquellos hombres me encerraron en un coche. Encarecí mi miedo, mis súplicas, aquel continuo llorar mío durante no sé cuántos días, sería imposible. Unas veces, desesperada y loca, les decía mil injurias; otras, pediales de rodillas mi libertad. Durante mucho tiempo me resistí a tomar alimento, y también traté de escaparme... Imposible, porque me guardaban muy bien... Después de algunos días de marcha, fuéronse todos, y él quedó solo conmigo en un lugar que llaman Cuéllar.

—¿Y te maltrató?

—Jamás; al principio me trataba con aspereza; pero luego, mientras más me ensoberbecía yo, mayor era su dulzura. En Cuéllar me dijo que nunca volvería a ver a mi madre, lo cual me causó tal desesperación y angustia, que aquella noche intenté arrojarle por la ventana al campo. El suicidio, que es tan gran pecado, no me aterraba... Trájome en seguida a Salamanca, y allí le oí repetir que jamás vería a mi madre. Entonces advertí que mis lágrimas le conmovían mucho... Un día, después que largo rato disputamos y vociferamos los dos, púsose de rodillas delante de mí, y, besán-

dome las manos, me dijo que él no era un hombre malo.

—¿Y tú sospechabas algo de tu parentesco con él?

—Verás... Yo le respondí que le tenía por el más malo, el más abominable ser de toda la tierra, y entonces fué cuando me dijo que era mi padre... Esta revelación me dejó tan suspensa, tan asombrada, que por un instante perdí el sentido... Tomóme en sus brazos, y durante largo rato me prodigó mil caricias... Yo no lo quería creer... En lo íntimo de mi alma acusé a Dios por haberme hecho nacer de aquel monstruo... Después, como advirtiese mi duda, mostróme un retrato de mi madre y algunas cartas que escogió entre muchas que tenía... Yo estaba medio muerta...; aquello me parecía un sueño. En la angustia y turbación de tan dolorosa escena, fijé la vista en su rostro, y un grito se escapó de mis labios.

—¿No le habías observado bien?

—Sí; yo había notado cierto incomprendible misterio en su fisonomía; pero hasta entonces no vi..., no vi que su frente era mi frente, que sus ojos eran mis ojos. Aquella noche me fué imposible dormir: entróme una fiebre terrible, y me revolvía en el lecho, creyéndome rodeada de sombras o demonios que me atormentaban. Cuando abrí los ojos, le hallaba sentado a mis pies, sin apartar de mí su mirada penetrante, que me hacía temblar. Me incorporé y le dije: «¿Por qué aborrece usted a mi querida madre?» Besándome las manos, me contestó: «Yo no la aborrezco; ella es la que me aborrece a mí. Por haberla amado, soy el más infeliz de los hombres; por haberla amado, soy este oscuro y despreciado satélite de los franceses que en mí ves; por haberla adorado, te causo espanto hoy, en vez de amor.» Entonces yo le dije: «Grandes maldades habrá hecho usted con mi madre para que ella le aborrezca.» No me contestó... Se esforzaba en calmar mi agitación, y desde aquella noche, hasta el fin de la enfermedad que padecí, no se apartó de mi lado ni un momento. Cuanto puede inventarse para distraer a una criatura triste y enferma, él lo inventó: contábase historias, unas alegres, otras terribles, todas de su propia vida, y, finalmente, refirióme lo que más deseaba conocer de ésta... Yo temblaba

a cada palabra. Había empezado a inspirarme tanta compasión, que, a ratos, le suplicaba que callase y no dijese más. Poco a poco fui perdiéndole el miedo: me causaba cierto respeto; pero amarle..., ¡eso imposible!... Yo no cesaba de afirmar que no podía vivir lejos de mi madre, y esto, si le enfurecía de pronto, era motivo después para que redoblase sus cariños y consideraciones conmigo. Su empeño era siempre convencerme de que nadie en el mundo me quería como él. Un día, impaciente y acongojada por el largo encierro, le hablé con mucha dureza; él se arrojó a mis pies, pidióme perdón del gran daño que me había causado, y lloró tanto, tanto...

—¿Ese hombre ha derramado una lágrima?—dije con sorpresa—. ¿Estás segura? Jamás lo hubiera creído.

—Tantas y tan amargas derramó, que me sentí no ya compasiva, sino también enternecida. Mi corazón no nació para el odio: nació para responder a todos los sentimientos generosos, para perdonar y reconciliar. Tenía delante de mí a un hombre desgraciado, a mi propio padre, solo, desvalido, olvidado; recordaba algunas palabras oscuras y vagas de mi madre acerca de él, que me parecían un poco injustas. Lástima profunda oprimía mi pecho: la adoración, la loca idolatría que aquel infeliz sentía por mí no podían serme indiferentes, no, de ningún modo, a pesar del daño recibido. Le dije entonces cuantas palabras de consuelo se me ocurrieron, y el pobrecito me las agradeció tanto, ¡tantísimo!... Por la primera vez en su vida era feliz.

—¡Ángel del Cielo—exclamé con viva emoción—, no digas más! Te comprendo y te admiro.

—Suplicóme entonces que le tratase con la mayor confianza; que le dijese *padre* y *tú* al uso de Francia, con lo cual experimentaría gran consuelo, y así lo hice. Ese hombre terrible que espanta a cuantos le oyen y no habla más que de exterminar y de destruir, temblaba como un niño al escuchar mi voz; y olvidado de la guillotina, de los nobles y de lo que él llamaba el *estado llano*, estaba horas enteras en éxtasis delante de mí. Entonces formé mi proyecto, aunque no le dije nada, esperando que el dominio que ejercía sobre él llegase al último grado.

—¿Qué proyecto?

—Volver aquel cadáver a la vida; volverle al mundo, a la familia; desatar aquel corazón de la rueda en que sufría tormento; sacar del infierno a aquel infeliz réprobo, y extirpar de su alma el odio que le consumía. Durante algún tiempo no hablé de volver al lado de mi madre ni me quejé de la larga y triste soledad; antes bien, aparecía sumisa y aun contenta. Entonces emprendimos esos horribles viajes para fundar logias; empezó la compañía de esos hombres aborrecidos, y no pude disimular mi disgusto. Cuando hablábamos los dos a solas, él se reía de las prácticas masónicas, diciendo que eran simples y tonitas, aunque necesarias para subyugar a los pueblos. Su odio a los nobles, a los frailes, a los reyes continuaba siempre muy vivo; pero al hablar de mi madre, la nombraba siempre con reserva y también con emoción. Esto era señal lisonjera y un principio de conformidad con mi ardiente deseo. Yo se lo agradecí, y se lo pagué mostrándome más cariñosa con él, pero siempre reservada. Los repetidos viajes, las logias y los compañeros de masonería me inspiraban repugnancia, hastío y miedo. No se lo oculté, y él me decía: «Esto acabará pronto. No conquistaré a los necios sino con esta farsa; y como los franceses se establezcan en España, verás la que armamos...» «Padre—le decía yo—, no quiero que armes cosas malas, ni que mates a nadie, ni que te vengues. La venganza y la crueldad son propias de almas bajas.» El me ponderaba las injusticias y picardías que rigen a la sociedad de hoy, asegurando que es preciso volver todo del revés, para lo cual conviene empezar por destruirlo todo. ¡Cuánto hemos hablado de esto! Por último, tales horrores han dejado de asustarme. Tengo la convicción de que mi pobre padre no es cruel ni sanguinario como parece...

—Así será, pues tú lo dices.

—Estábamos en Valladolid cuando cayó enfermo, muy enfermo. Un afamado médico de aquella ciudad me dijo que no viviría mucho tiempo. El, sin embargo, siempre que experimentaba algún alivio, se creía restablecido por completo. En uno de sus más graves ataques, hallándonos en Salamanca, me dijo: «Te robé, hija mía, para hacerte instrumento de la horrible cólera que me

enardece. Pero Dios, que no consiente, sin duda, la perdición de mi alma, me ha llenado de un profundo y celeste amor que antes no conocía. Has sido para mí un ángel de la guarda, la imagen viva de la bondad divina, y no sólo me has consolado, sino que me has convertido. Bendita seas mil veces por esta savia nueva que has dado a mi triste vida. Pero he cometido un crimen: tú no me perteneces; entré como un ladrón en el huerto ajeno y robé esta flor... No, no puedo reteernte ni un momento más al lado mío contra tu gusto.» El infeliz me decía esto con tanta sinceridad, que me sentí inclinada a amarle más. Luego siguió diciéndome: «Si tienes compasión de mí; si tu alma generosa se resiste a dejarme en esta soledad enfermo y aborrecido, acompáñame y asísteme; pero que sea por voluntad tuya y no por violencia mía. Déjame que te bese mil veces, y márchate después si no quieres estar a mi lado.» No le contesté de otro modo que abrazándole con todas mis fuerzas y llorando con él. ¿Qué podía, qué debía hacer?

—Quedarte.

—Aquella era la ocasión más propia para confiarle mis deseos. Después de repetir que no le abandonaría, dífele que debía reconciliarse con mi madre. Recibió al principio muy mal la advertencia; mas tanto rogué y supliqué que, al fin, consintió en escribir una carta. Empecéla yo, y como en ella pusiera no recuerdo qué palabras pidiendo perdón, enfurecióse mucho, y dijo: «¿Pedir perdón, pedirle perdón? Antes morir.» Por último, quitando y poniendo frases, di fin a la epístola; mas al día siguiente le vi bastante cambiado en sus disposiciones conciliadoras; ¿y qué crearás, amigo mío?... Pues rompió la carta, diciéndome: «Más adelante la escribiremos, más adelante. Aguardemos un poco.» Esperé con santa resignación; y hallándonos en Plasencia, hice una nueva tentativa. El mismo escribió la carta, empleando en ella no menos de cuatro horas; y ya la íbamos a enviar a su destino, cuando uno de esos aborrecidos hombres que le acompañan entró diciéndole que la Policía francesa le buscaba y le perseguía por gestiones de una alta señora de Madrid. ¡Ay Gabriel! Cuando tal supo, renovóse en él la cólera y amenazó a todo el género huma-

no. No necesito decirte que ni enviamos la carta ni habló más del asunto en algunos días. Pero yo insistía en mi propósito. Al volver a Salamanca le manifesté la necesidad de la reconciliación; enfadóse conmigo; díjeme que me marcharía a Madrid; abrazóme, lloró, gimíó, arrojóse a mis pies como un insensato, y, al fin, hijo, al fin, escribimos la tercera carta: la escribí yo misma. Por último, mi adorada madre iba a saber noticias de su pobre hija. ¡Ay!, aquella noche mi padre y yo charlamos alegremente; hicimos dulces proyectos; maldijimos juntos a todos los masones de la tierra, a las revoluciones y a las guillotinas habidas y por haber; nos regocijamos con supuesta felicidades que habían de venir; nos contamos el uno al otro todas las penas de nuestra pasada vida...; pero al siguiente día...

—Me presenté yo..., ¿no es eso?

—Eso es... Ya conoces su carácter... Cuando te vió y conoció que ibas enviado por mi madre, cuando le injuriaste... Su ira era tan fuerte aquel día, que me causó miedo. «Ahí lo tienes—decía—: yo me dispongo a ser bueno con ella, y ella envía contra mí la Policía francesa para mortificarme y un ladrón para privarme de tu compañía. Ya lo ves: es implacable... A Francia, nos iremos a Francia; vendrás conmigo. Esa mujer acabó para mí, y yo para ella.» Lo demás lo sabes tú, y no necesito decirte-lo. ¡Esta mañana creíamos morir aquí! ¡Cuánto he padecido en este horrible Babilafuente viéndole enfermo, tan enfermo, que no se restablecerá más; viendonos amenazados por el populacho, que quería entrar para despedazarnos!... Y todo ¿por qué? Por la masonería, por esas simplezas y mojiganas que a nada conducen.

—A algo conducen, querida mía, y la semilla que tu padre y otros han sembrado dará algún día su fruto. Sabe Dios cuál será.

—Pero él no es ateo, como otros, ni se burla de Dios. Verdad que suele nombrarle de un modo extraño, así como el *Ser Supremo*, o cosa parecida.

—Llámesese Dios o *Ser Supremo*—exclamé, volviendo a aprisionar entre mis manos las de mi adorada amiga—, ello es que ha hecho obras acabadas y perfectas, y una de ellas eres tú, que me confundes, que me empequeñeces y me

anonadas más cuanto más te trato y te hablo y te miro.

—Eres tonto de veras; pues ¿qué he hecho que no sea natural?—preguntóme, sonriendo.

—Para los ángeles es natural existir sin mancha, inspirar las buenas acciones, ensalzar a Dios, llevar al Cielo las criaturas, difundir el bien por el mundo pecador. ¿Que qué has hecho? Has hecho lo que yo no esperaba ni adivinaba, aunque siempre te tuve por la misma bondad; has amado a ese infeliz, al más infeliz de los hombres, y este prodigio que ahora, después de hecho, me parece tan natural, antes me parecía una aberración y un imposible. Tú tienes el instinto de lo divino, y yo, no; tú realizas con la sencillez propia de Dios las más grandes cosas, y a mí no me corresponde otro papel que el de admirarlas después de realizadas, asombrándome de mi estupidez por no haberlas comprendido... ¡Inesilla, tú no me quieres. tú no puedes quererme!

—¿Por qué dices eso?—preguntó con candor.

—Porque es imposible que me quieras, porque yo no te merezco.

Al decir esto, estaba tan convencido de mi inferioridad, que ni siquiera intenté abrazarla, cuando, cruzando ella las defensoras manos, parecía dejarme el campo libre para aquel exceso amoroso.

—De veras, parece que eres tonto.

—Pero, pues tu corazón no sabe sino amar, si no sabe otra cosa, aunque de mil modos le enseñe el mundo lo contrario, algo habrá para mí en un rinconcito.

—¿Un rinconcito?... ¿De qué tamaño?

—¡Qué feliz soy! Pero te digo la verdad: quisiera ser desgraciado.

No me contestó sino riéndose, burlándose de mí con un descaro...

—Quiero ser desgraciado para que me ames como has amado a tu padre, para que te desvivas por mí, para que te vuelvas loca por mí, para que... Pero ¿te ries, todavía te ries? ¿Acaso estoy diciendo tonterías?

—Más grandes que esta casa.

—Pero, hija, si estoy aturdido. Dime tú, que todo lo sabes, si hay alguna manera extraordinaria de querer, una manera nueva, inaudita...

—Así, así siempre, basta... Ni es pre-

ciso tampoco que seas desgraciado. No, dejémonos de desgracias, que bastantes hemos tenido. Pidamos a Dios que no haya más batallas en que puedas morir.

—¡Yo quiero morir!—exclamé, sintiendo que el puro y extremado afecto llevaba mi mente a mil raras sutilezas y tiquismiquis, y mi corazón a incomprensibles y quizá ridículos antojos.

—¡Morir!—exclamó ella con tristeza—. ¿Y a qué viene ahora eso? ¿Se puede saber, señor mío querido?

—Morir quiero para verte llorar por mí...; pero, en verdad, esto es absurdo, porque si muriera, ¿cómo podría verte? Dime que me amas, dimelo.

—Esto sí que está bueno. Al cabo de la vejez...

—Si nunca me lo has dicho... Puede que quieras sostener que me lo has dicho.

—¿Que no?—dijo con jovialidad encantadora—. Pues no...

No sé qué más iba a decir ella; pero indudablemente pensó decir algo, más dulce para mí que las palabras de los ángeles, cuando sonó en la estancia una ronca voz.

—No, no te vas, paloma, sin abrazar a tu marido—exclamé, estrujando aquel lindo cuerpo, que se escapó de mis brazos para volar al lado del enfermo.

XXX

Acerqueme a la puerta de la triste alcoba. Santorcaz no me veía, porque su atención estaba fatigada y torpe a causa del mal, y la estancia, medio a oscuras.

—Alguien anda por ahí—dijo el masón, besando las manos de su hija—. Me pareció oír la voz de ese tunante de Gabriel.

—Padre, no hables mal de los que nos han hecho un beneficio; no tientes a Dios, no le provocues.

—Yo también le he hecho beneficios, y ya ves cómo me paga: prendiéndome.

—Araceli es un buen muchacho.

—¡Sabe Dios lo que harán conmigo esos verdugos!—exclamó el infeliz, dando un suspiro—. Esto se acabó, hija mía.

—Se acabaron, sí, las locuras, los viajes, las logias, que sólo sirven para ha-

cer daño—afirmó Inés, abrazando a su padre—. Pero subsistirá el amor de tu hija y la esperanza de que viviremos todos, todos felices y tranquilos.

—Tú vives de dulces esperanzas—dijo—; yo, de tristes o funestos recuerdos. Para ti se abre la vida; para mí, lo contrario. Ha sido tan horrible, que ya deseo se cierre esa puerta negra y sombría, dejándome fuera de una vez... Hablas de esperanzas: ¿y si estos déspotas me sepultan en una cárcel, si me envían a morir a cualquiera de esos muladares del Africa?...

—No te llevarán; respondo de que no te llevarán, padrito.

—Pero cualquiera que sea mi suerte, será muy triste, niña de mi alma... Viviré encerrado. Y tú..., ¿tú qué vas a hacer? Te verás obligada a abandonarme... Pues que, ¿vas a encerrarte en un calabozo?

—Sí; me encerraré contigo. Donde tú estés, allí estaré yo—replicó la muchacha con cariño—. No me separaré de ti; no te abandonaré jamás, ni iré..., no; no iré a ninguna parte donde tú no puedas ir también.

No oí voz alguna, sino los sollozos del pobre enfermo.

—Pero, en cambio, padrito—continuó ella en tono de amonestación afectuosa—, es preciso que seas bueno, que no tengas malos pensamientos, que no odies a nadie, que no hables de matar gente, pues Dios tiene buena mano para hacerlo; que desistas de todas esas majaderías que te han trastornado la cabeza, y no pierdas la tranquilidad y la salud porque haya un rey de más o de menos en el mundo; ni hagas caso de los frailes ni de los nobles, los cuales, padre querido, no se van a suprimir y a aniquilarse porque tú lo desees ni porque así lo quiera el mal humor del señor Canencia, del señor Monsalud y del señor Ciruelo... He aquí tres que hablan mal de los nobles, de los poderosos y de los reyes porque, hasta ahora, ningún rey ni ningún señor han pensado en arrojarles un pedazo de pan para que callen, y otro para que griten en favor suyo... ¿Conque serás bueno? ¿Harás lo que te digo? ¿Olvidarás esas majaderías?... ¿Me querrás mucho a mí y a todos los que me aman?

Diciendo esto, arreglaba las ropas del lecho, acomodaba en las almohadas la

venerable y hermosa cabeza de Santorcaz, destruía los dobleces y durezas que pudieran incomodarle, todo con tanto cariño, solicitud, bondad y dulzura, que yo estaba encantado de lo que veía. Santorcaz callaba y suspiraba, dejándose tratar como un chico. Allí la hija parecía, más que hija, una tierna madre que se finge enojada con el precioso niño porque no quiere tomar las medicinas.

—Me convertirás en un chiquillo, querida—dijo el enfermo—. Estoy conmovido..., quiero llorar. Pon tu mano sobre mi frente para que no se me escape esa luz divina que tengo dentro del cerebro...; pon tu mano sobre mi corazón y aprieta. Me duele de tanto sentir. ¿Has dicho que no te separarás de mí?

—No; no me separaré.

—¿Y si me llevan a Ceuta?

—Iré contigo.

—¡Irás conmigo!

—Pero es preciso ser bueno y humilde.

—¿Bueno? ¿Tú lo dudas? Te adoro, hija mía. Dime que soy bueno; dime que no soy un malvado, y te lo agradeceré más que si me vinieras a llamar de parte del *Ser Sup.*..., de parte de Dios, decimos los cristianos. Si tú me dices que soy un hombre bueno, que no soy malo, tendré por embusteros a los que se empeñan en llamarme malvado.

—¿Quién duda que eres bueno? Para mí, al menos.

—Pero a ti te he hecho algún daño.

—Te lo perdono, porque me amas, y, sobre todo, porque me sacrificas tus pasiones, porque consientes que sea yo la destinada a quitarte esas espinas que desde hace tanto tiempo tienes clavadas en el corazón.

—¡Y cómo punzan!—exclamó con profunda pena el infeliz masón—. Sí, quitámelas, quitámelas todas con tus manos de ángel; quitámelas una a una, y esas llagas sangrientas se restañarán por sí... ¿De modo que yo soy bueno?

—Bueno, sí; yo lo diré así a quien crea lo contrario, y espero que se convencerán cuando yo lo diga. Pues no faltaba más... La verdad es lo primero. Ya verás cuánto te van a querer todos, y qué buenas cosas dirán de ti. Has padecido; yo les contaré todo lo que has padecido.

—Ven—murmuró Santorcaz con voz balbuciente, alargando los brazos para

coger en sus manos trémulas la cabeza de su hija—. Trae acá esa preciosa cabeza que adoro. No es una cabeza de mujer: es de ángel. Por tus ojos mira Dios a la tierra y a los hombres, satisfecho de su obra.

El anciano cubrió de besos la hermosa frente, y yo, por mi parte, no ocultaré que deseaba hacer otro tanto. En aquel momento di algunos pasos, y Santorcaz me vió. Advertí súbita mudanza en la expresión de su semblante, y me miró con disgusto.

—Es Gabriel, nuestro amigo, que nos defiende y nos protege—dijo Inés—. ¿Por qué te asustas?

—Mi carcelero—murmuró Santorcaz con tristeza—. Me había olvidado de que estoy preso.

—No soy carcelero, sino amigo—afirmé, adelantándome.

—Señor Araceli—continuó él con voz grave—, ¿adónde me llevan? ¡Oh miserable de mí! Malo es caer en las garras de los satélites del despotismo... No, no, hija mía, no he dicho nada... Quise decir que los soldados..., no puedo negar que odio un poquillo a los soldados, porque sin ellos, ya ves, sin ellos no podrían los reyes..., ¡malditos sean los reyes!...; no, no, a mí no me importa que haya reyes, hija mía; allá se entiendan. Sólo que..., francamente, no puedo menos de aborrecer un poco a ese muchacho, que quiso separarte de mí. Ya se ve: le mandaban sus amos..., estos militares son gente servil que los grandes emplean para oprimir a los hijos del pueblo... No le puedo ver, ni tú tampoco, ¿es verdad?

—No sólo le puedo ver, sino que le estimo mucho.

—Pues que entre... Araceli..., también yo te estimé en otro tiempo. Inés dice que eres un buen muchacho... Será preciso creerlo... Puesto que ella te estima, ¿sabes lo que yo haría? Exceptuarte a ti solo, a ti solito; ponerte a un lado, y a todos los demás enviarlos a la guillotina..., no, no he dicho nada... Si otros la quieren levantar, háganlo en buen hora; yo no haré más que ver y aplaudir..., no, no, no aplaudiré tampoco. Váyanse al diablo las guillotinas.

—Padre—dijo Inés—, da la mano a Araceli, que se marchará a sus quehaceres, y ruégale que vuelva a vernos después. ¡Ay!, dicen que va a darse

una batalla. ¿No sientes que le suceda alguna desgracia?

—Sí, seguramente—dijo Santorcaz, estrechándome la mano—. ¡Pobre joven! La batalla será muy sangrienta, y lo más probable es que muera en ella.

—¿Qué dices, padre?—preguntó Inés con terror.

—La mejor batalla del mundo, hija mía, será aquella en que perezcan todos, todos los soldados de los dos ejércitos contendientes.

—¡Pero él no, él no! Me estás asustando.

—Bueno, bueno; que viva él..., que viva Araceli. Joven, mi hija te estima, y yo..., yo también..., también te estimo. Así es que Dios hará muy bien en conservar tu preciosa vida. Pero no servirás más a los verdugos del linaje humano, a los opresores del pueblo, a los que engordan con la sangre del pueblo, a los pícaros frailes, y...

—¡Jesús! Estás hablando como Canencia, ni más ni menos.

—No he dicho nada; pero este Araceli..., a quien estimo..., nos aborrece, querida mía; quiere separarnos: es agente y servidor de una persona...

—A quien estimas también, padre.

—De una persona...—continuó el masón, poniéndose tan pálido que parecía cadáver.

—A quien amas, padre—añadió la muchacha, rodeando con sus brazos la cabeza del pobre enfermo—; a quien pedirás perdón... por...

El rostro de Santorcaz encendióse de repente con fuerte congestión; sus ojos despidieron rayos muy vivos, incorporóse en el lecho y, estirando los brazos y cerrando los puños y frunciendo el terrible ceño, gritó:

—¡Yo!... Pedirle perdón... Pedirle perdón yo... ¡Jamás, jamás!

Diciendo esto, cayó en el lecho como cuerpo del que súbitamente y con espanto huye la vida.

Inés y yo acudimos a socorrerle. Balbucía frases ardorosas... Llamaba a Inés, creyéndola ausente; la miraba con extravío; me despedía con gritos y amenazas, y, finalmente, se tranquilizó, cayendo en pesado sopor.

—Otra vez será—me dijo Inés con los ojos llenos de lágrimas—. No desconfío. Haz lo que dijimos. Escríbele esta tarde mismo.

—Le escribiré, y vendrá en seguida a Salamanca. Prepárate a marchar allá con tu enfermo.

XXXI

Haciendo mucho ruido, llamándome a voces y azotando con su látigo las puertas y los muebles, entró en la casa miss Fly. Recibíla en la sala, y al verme sonrió con gracia incomparable, no exenta, en verdad, de coquetería. Llamó mi atención ver que se había acicalado y compuesto, cosa verdaderamente extraña en aquel lugar y ocasión. Su rostro resplandecía de belleza y frescura. Habíase peinado cual si tuviese a mano los más delicados enseres de tocador, y el vestido, limpio ya de polvo y lodo, disimulaba sus desgarrones y arrugas, no sé por qué arte singular, sólo revelado a las mujeres. ¿Por qué no decirlo? Detesto las gazmoñerías y melindres. Sí, lo diré: Athenais estaba encantadora, hechicera, lindísima.

Como le manifestase mi sorpresa por aquella restauración de su interesante persona, me dijo:

—Caballero Araceli, después que vuestros soldados han apagado el incendio, quedó un poco de agua para mí. En casa de unos aldeanos me proporcionaron lo preciso para peíname... Pero, señor comandante, ¿así cumplís con vuestros deberes? ¿No estaríais mejor al frente de vuestras tropas? Hace un rato que ha llegado Leith con su división y pregunta por vos...

Al saber la noticia no quise detenerme. Despedime de Inés, y después de asegurar bien la entrada de la casa y de encomendar a Tribaldos que cuidase a los dos prisioneros, bajé a la plaza, donde miss Fly se separó de mí sin motivo aparente. Empezaban a llegar tropas inglesas. El general Leith, a quien indiqué que España me había mandado perseguir a los franceses, me ordenó que esperase hasta la noche.

—Es imposible perseguir a los franceses de cerca—dijo—. Van muy adelantados, y nos será difícil hacerles daño. Nuestras tropas están cansadas.

Quedéme allí, no sin gozo, y dispuse lo necesario para que Santorcaz y su hija fuesen trasladados a Salamanca. Felizmente regresaba aquella tarde, pa-

ra quedar allí de guarnición, Buenaventura Figueroa, mi más íntimo y querido amigo, y le di instrucciones prolijas sobre lo que debía hacer con mis prisioneros en la ciudad y durante el viaje. Verificóse éste por la noche en un convoy que se envió a *Roma la chica*. No sin trabajo logré un carromato de regular comodidad, en cuyo interior acomodé a padre e hija, acompañados de Tribaldos y de buen repuesto de víveres para el viaje. Quise darles también dinero; mas rehusó Inés, y a la verdad que no lo necesitaban, porque el señor Santorcaz, no sé si lo he dicho, que un año antes heredara íntegro su patrimonio, poseía regular hacienda, sobrada para su modesto tren.

Di también a Inés instrucciones para que contribuyese a impedir nuevas salidas de su infeliz padre al campo de Montiel de las masónicas aventuras, y ella prometióme con inequívoca seguridad que le encarcelaría convenientemente sin mortificarle; con lo cual, muy apenados, nos despedimos los dos; yo, por aquella nueva separación, cuyos límites no sabía, y ella, por presentimientos del peligro a que expuesto quedaba en la terrible campaña emprendida. En esto y en escribir a la condesa lo que el lector supone, entretuve gran parte de las últimas horas del día.

Partimos al amanecer del siguiente, persiguiendo a los franceses, que no pararon hasta pasar el Duero por Tordesillas, extendiéndose hasta Simancas. Allí reforzó Marmont su ejército con la división de Bonnet, y nosotros le aguardamos en la orilla izquierda, vigilando sus movimientos. La cuestión era saber por qué sitio quería el francés pasar el río para venir al encuentro del ejército aliado cuyo cuartel general estaba en La Seca.

No quería Marmont, como es fácil suponer, darnos gusto, y sin avisarnos, cosa muy natural también, partió de improviso hacia Toro... ¡En marcha todo el mundo hacia la izquierda: ingleses, españoles, lusitanos; en marcha otra vez hacia el Guareña y hacia los perversos pueblos de Babilafuente y Villorio!

—¡Y a esto llaman hacer la guerra! —decía uno—. Por el mucho ejercicio que hacen, tienen tan buenas piernas los ingleses. Ahora resulta que Mar-

mont no acepta tampoco la batalla en el Guareña, y le buscaremos en el Pisuega, en el Adaja, o tal vez en el Manzanares, o en el Abroñigal, a las puertas de Madrid.

Tan sólo resultó que después de dos semanas de marchas y contramarchas nos encontramos otra vez en las inmediaciones de Salamanca. Pero lo más gracioso fué cuando bailamos el minuetto, como decíamos los españoles, pues aconteció que ambos ejércitos marcharon todo un día paralelamente; ellos, sobre la izquierda; nosotros, sobre la derecha, viéndonos muy bien a distancia de medio tiro de cañón y sin gastar un cartucho. Esto pasó no muy lejos de Salamanca; y cuando nos detuvimos en San Cristóbal, allí era de ver las burlas motivadas por la tal maniobra y marcha estratégica, que los chuscos calificaron de contradanza.

Desde San Cristóbal quise ir a Salamanca; pero me fué imposible, porque no se concedían licencias largas ni cortas. Tuve, sin embargo, el gusto de saber que nada singular había ocurrido en la casa de la calle del Cáliz durante mi ausencia y las marchas y minuetos del ejército aliado... En cuanto a miss Fly—me apresuro a nombrarla porque oigo una misma pregunta en los labios de cuantos me escuchan—, me había honrado no pocas veces con su encantadora palabra durante los viajes a Tordesillas, a la Nava y al Guareña; pero siempre en cortas y muy disimuladas entrevistas, cual si existiese algún desconocido estorbo, algún impedimento misterioso de su antes ilimitada libertad. En estas breves entrevistas, advertía siempre en ella sin igual dulzura y melancólico abandono, y, además, una admiración injustificada hacia mí y hacía todas mis acciones, aunque fuesen de las más comunes e insignificantes.

Por lo demás, si las entrevistas pecaban de cortas, eran frequentísimas. No hacíamos alto en punto alguno sin que se me presentase Athenais, cual mi propia sombra, y, recatadamente, me hablase, diciéndome por lo general cosas alambicadas y sutiles cuando no melifluas y apasionadas. La más refinada cortesía y un excelente humor de bromas inspiraban mis contestaciones. Regalábame a cada momento mil monedas, golosinas y cachivaches de poco

valor, que adquiriría en los diversos pueblos de la carrera.

Entre tanto—suplico a mis oyentes se fijen bien en esto, porque sirve de lamentable antecedente a uno de los principales contratiempos de mi vida—, yo notaba que no se había disipado entre mis compañeros ingleses y españoles la infundada sospecha que el viaje de Athenais a Salamanca despertara. En suma: la Pajarita había vuelto al cuartel general, y mi buena opinión y fama de caballerosidad continuaban tan problemáticas como el día que aparecí en Bernuy. En dos ocasiones en que tuve el alto honor de hablar con el señor duque experimenté mortal pena, haciéndole no sólo desdenoso, sino en extremo austero y desapacible conmigo. Los espejuelos del coronel Simpson despedían rayos olímpicos contra mí, y en general cuantas personas conocía en las filas inglesas demostraban de diversos modos poca o ninguna afición a mi honrada persona.

—Señor Araceli, señor Araceli—me dijo Athenais, presentándose de improviso ante mí el veintiuno de julio, cuando acabábamos de ocupar el cerro comúnmente llamado Arabil Chico—, venid a mi lado. Simpson no ha salido aún de Salamanca. ¿Os ha pasado algo desde ayer que no nos hemos visto?

—Nada, señora; no me ha pasado nada. ¿Y a usted?

—A mí, sí: pero ya os lo contaré más adelante. ¿Por qué me miráis de ese modo?... Vos también dais en creer, como los demás, que estoy triste, que estoy pálida, que he cambiado mucho...

—En efecto, miss Fly. Se me figura que esa cara no es la misma.

—No me siento bien—dijo con sonrisa graciosa—. No sé lo que tengo... ¡Ah!. ¿no sabéis? Dicen que va a darse una gran batalla.

—No lo dudo. Los franceses están hacia Cavarrasa. ¿Cuándo será?

—Mañana... Parece que os alegráis—dijo, mostrando un temor femenino que me sorprendió, conociendo, como conocía, su varonil arrojo.

—Y usted también se alegrará, señora. Un alma como la de usted, para sostenerse a su propia altura, necesita estos espectáculos grandiosos, el inmenso peligro seguido de la colosal gloria. Nos batiremos, señora; nos batiremos

con el Imperio, con el enemigo común, como dicen en Inglaterra, y le derrotaremos.

Athenais no me contestó, como esperaba, con ningún arrebató de entusiasmo, y la poesía de los romances parecía haberse replegado con timidez y vergüenza quizá en lo más escondido de su alma.

—Será una gran batalla, y ganaremos—dijo con abatimiento—; pero... morirá mucha gente. ¿No os ocurre que podéis morir vos?

—¿Yo?... ¿Y qué importa? ¿Qué importa la vida de un miserable soldado, con tal que quede triunfante la bandera?

—Es verdad; pero no debéis exponeros...—dijo con cierta emoción—. Dicen que la división española no se batirá.

—Señora, no conozco a usted; no es usted miss Fly.

—Voy creyendo lo que decía—afirmó, clavando en mí los dulces ojos azules—; voy creyendo que no soy yo miss Fly... Oíd bien, Araceli, lo que voy a deciros. Si no entráis en fuego mañana, como espero, avisádmelo... Adiós, adiós.

—Pero aguarde usted un momento, miss Fly—dijo, procurando detenerla.

—No, no puedo. Sois muy indiscreto... Si superais lo que dicen... Adiós, adiós.

Dando algunos pasos hacia ella, la llamé repetidas veces; mas en el mismo instante vi un coche o silla de postas que se paraba delante de mí en mitad del camino; vi que por la portezuela aparecía una cara, una mano, un brazo... ¡Si era la condesa!... ¡Dios poderoso, qué inmensa alegría! Era la condesa que detenía su coche delante de mí, que me buscaba con la vista, que me llamaba con un lindo gesto, que iba a decir, sin duda, dulcísimas cosas. Corrí hacia ella loco de alegría.

XXXII

Antes de referir lo que hablamos, conviene que diga algo del lugar y momento en que tales hechos pasaban, porque una cosa y otra interesan igualmente a la historia y a la relación de los sucesos de mi vida que voy refiriendo. El 21 por la tarde pasamos el Tormes, los unos por el puente de Sala-

manca, los otros por los vados inmediatos. Los franceses, según todas las conjeturas, habían pasado el mismo río por Alba de Tormes, y se encontraban, al parecer, en los bosques que hay más allá de Cavarrasa de Arriba. Formamos nosotros una no muy extensa línea, cuya izquierda se apoyaba junto al vado de Santa Marta, y la derecha en el Arapil Chico, junto al camino de Madrid. Una pequeña división inglesa, con algunas tropas ligeras ocupaba el lugar de Cavarrasa de Abajo, punto el más avanzado de la línea anglohispanoportuguesa.

En la falda del Arapil Chico, y al borde del camino, fué donde se me apareció Athenais, que volvía a caballo de Cavarrasa, y pocos instantes después la señora condesa, mi adorada protectora y amiga. Corrí hacia ella, como he dicho, y con la más viva emoción besé sus hermosas manos, que aún asomaban por la portezuela. El inmenso gozo que experimenté apenas me dejó articular otras voces que las de «madre y señora mía», voces en que mi alma, con espontaneidad y confianza sumas, esperaba iguales manifestaciones cariñosas de parte de ella. Mas, con amargura y asombro, advertí en los ojos de la condesa desdén, enojo, ira, ¡qué sé yo!..., una severidad inexplicable que me dejó absorto y helado.

—¿Y mi hija?—preguntó con sequedad.

—En Salamanca, señora—repuse—. No podría usted llegar más a tiempo. Tribaldos, mi asistente, acompañará a usted. Ha sido casualidad que nos hayamos encontrado aquí.

—Ya sabía que estabás en este sitio que llaman el Arapil Chico—me dijo con el mismo tono severo, sin una sonrisa, sin una mirada cariñosa, sin un apretón de manos—. En Cavarrasa de Abajo, donde me detuve un instante, encontré a sir Thomas Parr, el cual me dijo dónde estabas, con otras cosas acerca de tu conducta, que me han causado tanto asombro como indignación.

—¡Acerca de mi conducta, señora!—exclamé con dolor tan vivo como si una hoja de acero penetrara en mi corazón—. Yo creía que en mi conducta no había nada que pudiera desagradar a usted.

—Conocí en Cádiz a sir Thomas Parr,

y es un caballero incapaz de mentir—añadió ella con indecible resplandor de ira en los ojos, que tanta ternura habían tenido en otro tiempo para mí—. Has seducido a una joven inglesa; has cometido una iniquidad, una violencia, una acción villana.

—¡Yo, señora, yo!... ¿Este hombre honrado que ha dado tantas pruebas de su lealtad?... ¿Este hombre ha hecho tales maldades?

—Todos lo dicen... No me lo ha dicho sólo sir Thomas Parr, sino otros muchos. Me lo dirá también Wellesley.

—Pues si Wellesley lo afirmara—repliqué con desesperación—, si Wellesley lo afirmara, yo le diría...

—Que miente...

—No. El primer caballero de Inglaterra, el primer general de Europa no puede mentir; es imposible que el duque diga semejante cosa.

—Hay hechos que no pueden disimularse—añadió con pena—, que no pueden desfigurarse. Dicen que la persona agraviada se dispone a pedir que se te obligue al cumplimiento de las leyes inglesas sobre el matrimonio.

Al oír esto, una hilaridad expansiva y una terrible indignación cruzaron sus diversos efectos en mi alma, como dos rayos que se encuentran al caer sobre un mismo objeto y por un instante se lo disputan. Me reí y estuve a punto de llorar de rabia.

—Señora, me han calumniado. Es falso, es mentira que yo...—grité, introduciendo por la portezuela del coche primero la cabeza y después medio cuerpo—. Me volveré loco si usted, si esta persona a quien respeto y adoro, a quien no podré jamás engañar, da valor a tan infame calumnia.

—¿Conque es calumnia?...—dijo con verdadero dolor—. Jamás lo hubiera creído en ti... Vivimos para ver cosas horribles... Pero dime, ¿veré a mi hija en seguida?

—Repito que es falso. Señora, me está usted matando; me impulsará usted a extremos de locura, de desesperación.

—¿Nadie me estorbará que la recoja, que la lleve conmigo?—preguntó con afán y sin hacer caso del frenesí que me dominaba—. Que venga tu asistente. No puedo detenerme. ¿No decías en tu carta que todo estaba arreglado? ¿Ha muerto ese verdugo? ¿Está mi hija so-

la?... ¿Me espera?... ¿Puedo llevármela?... Responde.

—No sé, señora; no sé nada; no me pregunte usted nada—dije, confundido y absorto—. Desde el momento en que usted duda de mí...

—Y mucho... ¿En quién puede tenerse confianza?... Déjame seguir... Tú ya no eres el mismo para mí.

—¡Señora, señora, no me diga usted eso, porque me muero!—exclamé con inmensa aflicción.

—Bueno. Si eres inocente, tiempo tienes de probármelo.

—No..., no... Mañana se da una gran batalla. Puedo morir. Moriré irritado y me condenaré. ¡Mañana! ¡Sabe Dios dónde estará mañana! Usted va a Salamanca, verá y hablará a su hija; entre las dos fraguarán una red de sospechas y falsos supuestos, donde se enmarañe para siempre la memoria del infeliz soldado, que agonizará quizá dentro de algunas horas en este mismo sitio donde nos encontramos. Es posible que no nos veamos más... Estamos en un campo de batalla. ¿Distingue usted aquellos encinares que hay hacia abajo? Pues allí detrás están los franceses. ¡Cuarenta y siete mil hombres, señora! Mañana este sitio estará cubierto de cadáveres. Dirija usted la vista por estos contornos. ¿Ve usted esa juventud de tres naciones? ¿Cuántos de éstos tendrán vida mañana? Me creo destinado a perecer, a perecer rabiando, porque precipitará y amargaré mi muerte la idea de haber perdido el amor de las dos personas a quienes he consagrado mi vida.

Mis palabras, ardientes como la voz de la verdad, hicieron algún efecto en la condesa, y la observé suspensa y conmovida. Tendió la vista por el campo, ocupado por tanta tropa, y luego cubrióse el rostro con las manos, dejándose caer en el fondo del coche.

—¡Qué horror!—dijo—. ¡Una batalla! ¿No tienes miedo?

—Más miedo tengo a la calumnia.

—Si pruebas tu inocencia, creeré que he recobrado un hijo perdido.

—Sí, sí, lo recobraré usted—afirmé—. Pero ¿no basta que yo lo diga, no basta mi palabra?... ¿Nos conocemos de ayer? ¡Oh! Si a Inés se le dijera lo que a usted han dicho, no lo creería. Su alma generosa me habría absuelto sin oírme.

Una voz gritó:

—Ese coche, ¡adelante o atrás!

—Adiós—dijo la condesa—, me echan de aquí.

—Adiós, señora—respondí con profunda tristeza—. Por si no nos vemos más, nunca más, sepa usted que en el último día de mi vida conservo, como un tesoro, los sentimientos de que he hecho gala en todos los instantes de mi vida ante usted y ante otra persona que a entrambos nos es muy cara. Agradezco a usted, hoy como ayer, el amor que me ha mostrado, la confianza que ha puesto en mí, la dignidad que me ha infundido, la elevación que ha dado a mi conciencia... No quiero dejar deudas. Si no nos vemos más...

El coche partió, obligado a ello por una batería, a la cual era forzoso ceder el paso. Cuando dejé de ver a la condesa, llevaba ella el pañuelo a los ojos para ocultar sus lágrimas.

Sofocado y aturdido por la pena angustiosa que llenaba mi alma, no reparé que el cuartel general venía por el camino adelante en dirección al Arapil Chico. El duque y los de su comitiva echaron pie a tierra en la falda del cerro, dirigiendo sus miradas hacia Cavarrasa de Arriba. Llamó el lord a los oficiales del regimiento de Ibernía, uno de los establecidos allí, y habiéndome presentado yo el primero, me dijo:

—¡Ah! Es usted el caballero Araceli...

—El mismo, mi general—contesté—, y si vucencia me permite en esta ocasión hablar de un asunto particular, le suplicaré que haga luz sin pérdida de tiempo sobre las calumnias que pesan sobre mí después de mi viaje a Salamanca. No puedo soportar que se me juzgue con ligereza por las hablillas de gente malévola.

Lord Wellington, ocupado sin duda con asunto más grave, apenas me hizo caso. Después de registrar rápidamente todo el horizonte con su anteojo, me dijo, casi sin mirarme:

—Señor Araceli, sólo puedo contestar a usted que estoy decidido a que la Gran Bretaña sea respetada.

Como yo no había dejado nunca de respetar a la Gran Bretaña, ni a las demás potencias europeas, aquel concepto, que encerraba sin duda una amenaza, me desconcertó un poco. Los oficiales generales que rodeaban al duque

trabaron con él coloquio muy importante sobre el plan de batalla. Parecieron entonces inoportunas y aun ridículas mis reclamaciones, por lo cual, un poco turbado, contesté de este modo:

—¡La Gran Bretaña! No deseo otra cosa que morir por ella.

—Brigadier Pack—dijo vivamente Wellington a uno de los que le acompañaban—, en la ayudantía del veintitrés de línea, que está vacante, ponga usted a este joven español, que desea morir por la Gran Bretaña.

—Por la gloria y honor de la Gran Bretaña—repetí.

El brigadier Pack me honró con una mirada de protectora simpatía.

—La desesperación—me dijo luego Wellington—no es la principal fuente del valor; pero me alegraré de ver mañana al señor de Araceli en la cumbre del Arapil Grande. Señor don José Olawlor—añadió, dirigiéndose a su íntimo amigo que le acompañaba—, creo que los franceses se están disponiendo para adelantárenos mañana a ocupar el Arapil Grande.

El duque manifestó cierta inquietud, y por largo tiempo su anteojo exploró los lejanos encinares y cerros hacia Levante. Poco se veía ya, porque vino la noche. Los cuerpos de ejército seguían moviéndose para ocupar las posiciones dispuestas por el general en jefe, y me separé de mis compañeros de Ibernía y de la división española.

—Nosotros—me dijo España—vamos al lugar de Torres, en la extrema derecha de la línea, más bien para observar al enemigo que para atacarle. ¡Plan admirable! El general Picton y el portugués D'Urban parece que están encargados de guardar el paso del Tormes, de modo que la situación de los franceses no puede ser más desventajosa. No falta más que ocupar el Arapil Grande.

—De eso se trata, mi general. La brigada Pack, a la cual desde hace un momento pertenezco, amanecerá mañana, con la ayuda de Dios, en la ermita de Santa María de la Peña, y después... Así lo exige el honor de la Gran Bretaña.

—Adiós, mi querido Araceli; pórtate bien.

—Adiós, mi querido general. Saludo a mis compañeros desde la cumbre del Arapil Grande.

XXXIII

¡El Arapil Grande! Era la mayor de aquellas dos esfinges de tierra, levantadas la una frente a la otra, mirándose y mirándonos. Entre las dos debía desarrollarse al día siguiente uno de los más sangrientos dramas del siglo, el verdadero prefacio de Waterloo, donde sonaron por última vez las trompas épicas del Imperio. A un lado y otro del lugar llamado de Arapiles se elevaban los dos célebres cerros, pequeño el uno, grande el otro. El primero nos pertenecía; el segundo no pertenecía a nadie en la noche del 21. No pertenecía a nadie por lo mismo que era la presa más codiciada; y el leopardo de un lado, y el águila del otro, le miraban con anhelo, deseando tomarlo y temiendo tomarlo. Cada cual temía encontrarse allí al contrario en el momento de poner la planta sobre la preciosa altura.

A la derecha del Arapil Grande, y más cerca de nuestra línea, estaba Huerta, y a la izquierda, en punto avanzado, formando el vértice de la cuña, Cavarrasa de Arriba. El de Abajo, mucho más distante, y a espaldas del Gran Arapil, estaba en poder de los franceses.

La noche era, como de julio, serena y clara. Acampó la brigada Pack en un llano, para aguardar el día. Como no se permitía encender lumbre, los pobrecitos ingleses tuvieron que comer carne fría; pero las mujeres en esto eran auxiliares poderosas de la milicia británica, traían de Aldea Tejada y aun de Salamanca fiambres muy bien aderezados, que con el ron abundante devolvieron el alma a aquellos desmadejados cuerpos. Las mujeres—y no bajaban de veinte las que vi en la brigada—deparaban con sus esposos cariñosamente, y según pude entender, rezaban o se fortalecían el espíritu con recuerdos de la Verde Erin y de la bella Escocia. Gran martirio era para los *highlanders* que no se les consintiera en aquel sitio tocar la gaita, entonando las melancólicas canciones de su país; y formaban animados corrillos, en los cuales me metí bonitamente para tener el extraño placer de oírlos sin entenderlos. Erame en extremo agradable ver la conformidad y alegría de aquella gente, transportada tan lejos de su patria, sostenida en su

deber y conducida al sacrificio por la fe de la patria misma... Yo escuchaba con delicia sus palabras, y aun entendiendo muy poco de ellas, creía comprender el espíritu de las ardientes conversaciones. Un escocés fornido, alto, hermoso, de cabellos rubios como el oro y de mejillas sonrosadas como una doncella, levantóse al ver que me acercaba al corrillo, y en chapurreado lenguaje, mitad español, mitad portugués, me dijo:

—Señor oficial español, dignaos honrarnos aceptando este pedazo de carne y este vaso de ron, y brindemos a la salud de España y de la vieja Escocia.

—¡A la salud del rey Jorge Tercero! —exclamé, aceptando sin vacilar el obsequio de aquellos valientes.

Sonoros ¡hurra! me contestaron.

—El hombre muere, y las naciones viven—dijo, dirigiéndose a mí, otro escocés que llevaba bajo el brazo el enorme pellejo henchido de una zampoña—. ¡Hurra por Inglaterra! ¡Qué importa morir! Un grano de arena que el viento lleva de aquí para allá no significa nada en la superficie del mundo. Dios nos está mirando, amigos, por los bellos ojos de la madre Inglaterra.

No pude menos de abrazar al generoso escocés, que me estrechó contra su pecho, diciendo:

—¡Viva España!

—¡Viva lord Wellington!—grité yo.

Las mujeres lloraban, charlando por lo bajo. Su lenguaje, incomprensible para mí, me pareció un coro de pájaros picoteando alrededor del nido.

Los escoceses se distinguían por el pintoresco traje de cuadros rojos y negros, la pierna desnuda, las hermosas cabezas ossiánicas cubiertas con el sombrero de piel y el cinto adornado con la guedeja que parecía cabellera, arrancada del cráneo del vencido en las salvajes guerras septentrionales. Mezclábanse con ellos los ingleses, cuyas casacas rojas los hacían muy visibles, a pesar de la oscuridad. Los oficiales, envueltos en capas blancas y cubiertos con los sombreritos picudos y empumados, nada airosos por cierto, semejaban pájaros zancudos de anchas alas y movable cresta.

Con las primeras luces del día, la brigada se puso en marcha hacia el Arapil Grande. A medida que nos acercá-

bamos, más nos convencíamos de que los franceses se nos habían anticipado, por hallarse en mejores condiciones para el movimiento, a causa de la proximidad de su línea. El brigadier distribuyó sus fuerzas, y las guerrillas se desplegaron. Los ojos de todos fijábanse en la ermita situada como a la mitad del cerro y en las pocas casas dispersas, únicos edificios que interrumpían a larguísimo trecho la soledad y desnudez del paisaje.

Subieron algunas columnas sin tropiezo alguno, y llegábamos como a cien varas de Santa María de la Peña, cuando la ondulación del terreno, descendiendo a nuestros ojos a medida que adelantábamos, nos dejó ver: primero, una línea de cabezas; luego, una línea de bustos; después, los cuerpos enteros. Eran los franceses. El sol naciente, que aparecía a espaldas de nuestros enemigos, nos deslumbraba, siendo causa de que los viésemos imperfectamente. Un murmullo lejano llegó a nuestros oídos, y del lado de acá también los escoceses profirieron algunas palabras. No fué preciso más para que brotase la chispa eléctrica. Rompióse el fuego. Las guerrillas lo sostenían, mientras algunos corrieron a ocupar la ermita.

Precedía a ésta un patio, semejante a un cementerio. Entraron en él los ingleses; pero los imperiales, que se habían colado por el ábside, dominaron pronto lo principal del edificio con los anejos posteriores; así es que aún no habían forzado la puerta los nuestros, cuando ya les hacían fuego desde la espadaña de las campanas y desde la claraboya abierta sobre el pórtico.

El brigadier Pack, uno de los hombres más valientes, más serenos y más caballerosos que he conocido, arengó a los *highlanders*. El coronel que mandaba el tercero de cazadores arengó a los suyos, y todos arengaron, en suma, incluso yo, que les hablé en español, el lenguaje más apropiado a las circunstancias. Tengo la seguridad de que me entendieron.

El 23 de línea no había entrado en el patio, sino que flanqueaba la ermita por su izquierda, observando si venían más fuerzas francesas. En caso contrario, la partida era nuestra, por la sencilla razón de que éramos más hasta entonces. Pero no tardó en aparecer otra columna enemiga. Esperarla, darle res-

piro, es decir, aparentar, siquiera fuese por un momento, que se la temía, habría sido renunciar de antemano a toda ventaja.

—¡A ellos!—grité a mi coronel.

—*All right!*—exclamó éste.

Y el 23 de línea cayó como una avalancha sobre la columna francesa. Trabajóse un vivo combate cuerpo a cuerpo; vacilaron un poco nuestros ingleses, porque el empuje de los enemigos era terrible en el primer momento; pero tornando a cargar con aquella constancia imperturbable, que si no es el heroísmo mismo, es lo que más se le parece, toda la ventaja estuvo pronto de nuestra parte. Retiráronse en desorden los imperiales, o, mejor dicho, variaron de táctica, dispersándose en pequeños grupos, mientras les venían refuerzos. Habíamos tenido pérdidas casi iguales en uno y otro lado, y bastantes cuerpos yacían en el suelo; pero aquello no era nada todavía, un juego de chicos, un prefacio inocente que casi hacía reír.

Nuestra desventaja real consistía en que ignorábamos la fuerza que podían enviar los franceses contra nosotros. Veíamos enfrente el espeso bosque de Cavarrasa, y nadie sabía lo que se ocultaba bajo aquel manto de verdura. ¿Serán muchos, serán pocos? Cuando la intuición, la inspiración o el genio zahorí de los grandes capitanes no sabe contestar a estas preguntas, la ciencia militar está muy expuesta a resultar vana y estéril, como jerga de pedantes. Mirábamos al bosque, y el oscuro ramaje de las encinas no nos decía nada. No sabíamos leer en aquella verdinegra superficie, que ofrecía misteriosos cambiantes de color y de luz, fajas móviles y oscilantes signos en su vasta extensión. Era una masa enorme de verdura, un monstruo chato y horrible que se aplanaba en la tierra con la cabeza gacha y las alas extendidas, empollando quizá bajo ellas innumerables guerreros.

Al ver en retirada la segunda columna francesa, mandó Pack redoblar la tentativa contra la ermita, y los *highlanders* intentaron asaltarla por distintos puntos, lo cual hubiera sido fácil si al sonar los primeros tiros no ocurriese del lado del bosque algo de particular. Creeríase que el monstruo se movía, que alzaba una de las alas, que echaba de sí un enjambre de homúnculos, los cua-

les distinguíanse allá lejos, al costado de la madre, pequeños como hormigas. Luego iban creciendo, ibanse acercando... De pigmeos tornábanse en gigantes; lucían sus cascos; sus espadas semejaban rayos flamígeros; subían en ademán amenazador, columna tras columna, hombre tras hombre.

El coronel me miró y nos miramos los jefes todos sin decirnos nada. Con la presteza del buen táctico, Pack, sin abandonar el asedio de la ermita, nos mandó más gente, y esperamos tranquilos. El bosque seguía vomitando gente.

—Es preciso combatir a la defensiva—dijo el coronel.

—A la defensiva, sí. ¡Viva Inglaterra!

—¡Viva el emperador!—repitieron los ecos allá lejos.

—¡Ingleses, la Inglaterra os mira!

El clamor que antes nos contestara de lejos, diciendo: «¡Viva el emperador!», resonó con más fuerza. El animal se acercaba, y su feroz bramido infundía zozobra.

XXXIV

Ocupáronse al instante unas casas viejas y unos tejares que había como a sesenta varas a un lado y otro de la ermita, estableciéndose imaginaria línea defensiva, cuyo único apoyo material era una depresión del terreno, una especie de zanja sin profundidad, que parecía marcar el límite entre dos heredades. Si yo hubiera mandado toda la fuerza del brigadier Pack, habría intentado jugar el todo por el todo y desconcertar al enemigo antes que embistiera; pero los ingleses no hacían nunca estas locuras, que salen bien una vez y veinte se malogran. Por el contrario, Pack dispuso sus fuerzas a la defensiva: con ojo admirable y rápido se hizo cargo de todos los accidentes del terreno, de las suaves ondulaciones del cerro por aquella parte, del peñón aislado, del árbol solitario, de la tapia ruinosa, y todo lo aprovechó.

Llegaron los franceses. Nos miraban desde lejos con recelo, nos olían, nos escuchaban.

¿Habéis visto a la cigüeña alargar el cuello a un lado y otro, de tal modo que no se sabe si mira o si oye, sostenerse en un pie, alzando el otro con intento de no fijarlo en tierra hasta no

hallar suelo seguro? Pues así se acercaban los franceses. Entre nosotros, algunos reían.

No puedo dar idea del silencio que reinaba en las filas en aquel momento. ¿Eran los soldados en acecho, o monjes en oración?... Pero instantáneamente la cigüeña puso los dos pies en tierra. Estaba en terreno firme. Sonaron mil tiros a la vez y se nos vino encima una oleada humana compuesta de bayonetas, de gritos, de patadas, de ferocidades sin nombre.

—¡Fuego! ¡Muerte! ¡Sangre! ¡Canallas!—tales son las palabras con que puedo indicar, por lo poco que entendía, aquella algazara de la indignación inglesa que mugía en torno mío; un concierto de articulaciones guturales, un graznido al mismo tiempo disorde y sublime como de mil celestiales loros y cotorras charlando a la vez.

Yo había visto cosas admirables en soldados españoles y franceses, tratándose de atacar; pero no había visto nada comparable a los ingleses tratando de resistir. Yo no había visto que las columnas se dejaran acuchillar. El viejo tronco inerte no recibe con tanta paciencia el golpe de la segur que lo corta como aquellos hombres la bayoneta que los destrozaba. Repetidas veces rechazaron a los franceses, haciéndoles correr mucho más allá de la ermita. Había gente para todo, para morir resistiendo y para matar empujando. Por momentos parecía que los rechazábamos definitivamente; pero el bosque, sacando de debajo de su plumaje nuevas empolladuras de gente, nos ponía en desventaja numérica, pues si bien del Arapil Chico venían a ayudarnos algunas compañías, no eran en número suficiente.

La mortandad era grande por un lado y por otro, más por el nuestro; y a tanto llegó, que nos vimos en gran apuro para retirar los muchos muertos y heridos que imposibilitaban los movimientos. El combate se suspendía y se trababa en cortos intervalos. No retrocedíamos ni una línea; pero tampoco avanzábamos, y habíamos abandonado el patio de la ermita por ser imposible sostenerse allí. Las casas de labor y tejares sí eran nuestros, y no parecían los *highlanders* dispuestos a dejárselos quitar; pero esta serie de ventajas y desventajas que equilibraba las dos po-

tencias enemigas; este contrapeso sostenido a fuerza de arrojo, no podía durar mucho. Que los franceses enviasen gente; que, por el contrario, la enviase lord Wellington, y la cuestión había de decidirse pronto; que la enviasen los dos al mismo tiempo, y entonces... sólo Dios sabía el resultado.

El brigadier Pack me llamó, diciéndome:

—Corred al cuartel general y decid al lord lo que pasa.

Monté a caballo y a todo escape me dirigí al cuartel general. Cuando bajaba la pendiente, en dirección a las líneas del ejército aliado, distinguí muy bien las masas del ejército francés moviéndose sin cesar; pero entre el centro de uno y otro ejército no se disparaba aún ni un solo tiro. Todo el interés estaba todavía en aquella apartada escena del Arapil Grande; en aquello que parecía un detalle insignificante, un capricho del genio militar que a la sazón meditaba la gran batalla.

Cuando pasé junto a los diversos cuerpos de la línea aliada, llamó mi atención verlos quietos y tranquilos esperando órdenes mano sobre mano. No había batalla; es más, no parecía que iba a haber batalla, sino simulacro. Pero los jefes, todos en pie sobre las elevaciones del terreno, sobre los carros de municiones y aun sobre las cureñas, observaban, ayudados por sus anteojos, la peripecia del Arapil Grande, junto a la ermita.

«¿Por qué toda esta gente no corre a ayudar al brigadier Pack?», me preguntaba yo, lleno de confusiones.

Era que ni Wellington ni Marmont querían aparentar gran deseo de ocupar el Arapil Grande, por lo mismo que uno y otro consideraban aquella posición como la clave de la batalla. Marmont fingía movimientos diversos para desconcertar a Wellington; amenazaba correr hacia el Tormes para que el ojo imperturbable del capitán inglés se apartase del Arapil; luego afectaba retirarse, como si no quisiera librar batalla, y en tanto Wellington, quieto, inmutable, sereno, atento, vigilante, permanecía en su puesto observando las evoluciones del francés, y sostenía con poderosa mano las mil riendas de aquel ejército que quería lanzarse antes de tiempo.

Marmont quería engañar a Wellin-

ton; pero Wellington no sólo quería engañar, sino que estaba engañando a Marmont. Este se movía para desconcertar a su enemigo, y el inglés, atento a las correrías del otro, espiaba la más ligera falta del francés para caerle encima. Al mismo tiempo, afectaba no hacer caso del Arapil Grande, y colocó bastantes tropas en la derecha del Tormes para hacer creer que allí quería poner todo el interés de la batalla. En tanto, tenía dispuestas fuerzas enormes para un caso de apuro en el gran cerro. Pero ese caso de apuro, según él, no había llegado todavía, ni llegaría mientras hubiera carne viva en Santa María de la Peña. Eran las diez de la mañana, y fuera de la breve acción que he descrito, los dos ejércitos no habían disparado un tiro.

Cuando atravesé las filas, muchos jefes, apostados en distintos puntos, me dirigían preguntas a que era imposible contestar; y cuando llegué al cuartel general, vi a Wellington a caballo, rodeado de multitud de generales.

Antes de acercarme a él, ya había dicho yo expresivamente con el gesto, con la mirada:

—No se puede.

—¿Qué no se puede?—exclamó con calma imperturbable, después que verbalmente le manifesté lo que pasaba allá.

—Dominar el Arapil Grande.

—Yo no he mandado a Pack que domine el Arapil Grande, porque es imposible—replicó—. Los franceses están muy cerca, y desde ayer tienen hechos mil preparativos para disputarnos esa posición, aunque lo disimulan.

—Entonces...

—Yo no he mandado a Pack que dominase por completo el cerro, sino que impidiese a los franceses que se establecieran allí definitivamente. ¿Se establecerán? ¿No existen ya el veintitrés de línea, ni el tercero de cazadores, ni el séptimo de *highlanders*?

—Existen... un poco todavía, mi general.

—Con las fuerzas que han ido después basta para el objeto, que es resistir, nada más que resistir. Basta con que ni un francés pise la vertiente que cae hacia acá. Si no se puede dominar la ermita, no creo que falte gente para entretener al enemigo unas cuantas horas.

—En efecto, mi general—dijo—. Por muy aprisa que se muera, ochocientos cuerpos dan mucho de sí. Se puede conservar hasta el mediodía lo que poseemos.

Cuando esto decía, atendiendo más a la lejanas líneas enemigas que a mí, observé en él un movimiento súbito: volvióse al general Alava, que estaba a su lado, y dijo:

—Esto cambia de repente. Los franceses extienden demasiado su línea. Su derecha quiere envolverme...

Una formidable masa de franceses se extendía hacia el Tormes, dejando un claro bastante notable entre ella y Cavarrasa. Era necesario ser ciego para no comprender que, por aquel claro, por aquella juntura, iba a introducir su terrible espada, hasta la empuñadura, el genio del ejército aliado.

XXXV

El cuartel general retrocedió, diéronse órdenes, corrieron los oficiales de un lado para otro, resonó un murmullo elocuente en todo el ejército, avanzaron los cañones, piafaron los caballos. Sin esperar mas, corrió al Arapil para anunciar que todo cambiaba. Veíanse oscilar las líneas de los regimientos, y los reflejos de las bayonetas figuraban movibles ondas luminosas; los cuerpos de ejército se estremecían conmovidos por las palpitaciones íntimas de ese miedo singular que precede siempre al heroísmo. La respiración y la emoción de tantos hombres daban a la atmósfera no sé qué extraño calor. El aire ardiente y pesado no bastaba para todos.

Las órdenes, transmitidas con rapidez inmensa, llevaban en sí el pensamiento del general en jefe. Todos lo adivinamos en virtud de la extraña solidaridad que en momentos dados se establece entre la voluntad y los miembros, entre el cerebro que piensa y las manos que ejecutan. El plan era precipitar el centro contra el claro de la línea enemiga, y al mismo tiempo arrojar sobre el Arapil Grande toda la fuerza de la derecha, que hasta entonces había permanecido en el llano en actitud expectativa.

Hallábame cerca del lugar de partida, cuando un estrépito horrible hirió mis oídos. Era la artillería de la izquierda

enemiga, que tronaba contra el gran cerro. Le atacaba con empuje colosal. Nuestra derecha, compuesta de valientes cuerpos de ejército, subía en el mismo instante a sacar de su aprieto a los incomparables *highlanders*, 23 de línea y 3.º de ligeros, cuyas proezas he descrito.

Pasé por entre la quinta división, al mando del general Leith, que desde el pueblo de los Arapiles marchaba al cerro; pasé por entre la tercera división, mandada por el mayor general Packenham; la caballería del general D'Urban y los dragones del décimocuarto regimiento, que iban en cuatro columnas a envolver la izquierda del enemigo en la famosa altura; y vi desde lejos la brigada del general Bradford, la de Cole y la caballería de Stapleton Cotton, que marchaban en otra dirección contra el centro enemigo; distinguí asimismo a lo lejos a mis compañeros de la división española, formando parte de la reserva mandada por Hope.

La ermita antes nombrada no coronaba el Arapil Grande, pues había alturas mucho mayores. Era en realidad aquella eminencia irregular y escalonada, y si desde lejos no lo parecía, al aventurarse en ella hallábanse grandes depresiones del terreno, ondulaciones, pendientes, ora suave, ora ásperas, y suelo de tierra ligeramente pedregoso.

Los franceses, desde el momento en que creyeron oportuno no disimular su pensamiento, aparecieron por distintos puntos y ocuparon la parte más alta y sitios eminentes, amenazando desde todos ellos las escasas fuerzas que operaban allí desde por la mañana. La primera división que rompió el fuego contra el enemigo fué la de Packenham, que intentó subir y subió por la vertiente que cae al pueblo. Sostúvole la caballería portuguesa de D'Urban; pero sus progresos no fueron grandes, porque los franceses, que acababan de salir del bosque, habían tomado posiciones en lo más alto, y aunque la pendiente era suave, dábales bastante ventaja.

Cuando llegué a las inmediaciones de la ermita, el brigadier Pack no había perdido una línea de sus anteriores posiciones; pero sus bravos regimientos estaban reducidos a menos de la mitad. El general Leith acababa de llegar con la quinta división, y el aspecto de las

cosas había cambiado completamente, porque si el enemigo enviaba numerosas fuerzas a la cumbre del cerro, nosotros no le íbamos en zaga en número ni en bravura.

Pero no había tiempo que perder. Era preciso arrojar hombres y más hombres sobre aquel montón de tierra, despreciando los fuegos de la artillería francesa, que nos cañoneaba desde el bosque, aunque sin hacernos gran daño. Era preciso echar a los franceses de Santa María de la Peña, y después seguir subiendo, subiendo, hasta plantar los pabellones ingleses en lo más alto del Arapil Grande.

—El refuerzo ha venido casi antes que la contestación—dije al brigadier Pack—. ¿Qué debo hacer?

—Tomar el mando del veintitrés de línea, que ha quedado sin jefe. ¡Arriba, siempre arriba! Ya veo lo que tenemos que hacer. Sostenernos aquí, atraer el mayor número posible de tropas enemigas, para que Cole y Bradford no hallen gran resistencia en el centro. Esta es la llave de la batalla. ¡Arriba, siempre arriba!

Los franceses parecían no dar ya gran importancia a Santa María de la Peña, y coronaron la altura. Las columnas, escalonadas con gran arte, nos esperaban a pie firme. Allí no había posibilidad de destrozarlas con la caballería, ni de hacerles gran daño con los cañones, situados a mucha distancia. Era preciso subir a pecho descubierto y echarlos de allí como Dios nos diera a entender. El problema era difícil; la tarea, inmensa: el peligro, horrible.

Tocó al 23 de línea la gloria de avanzar el primero contra las inmóviles columnas francesas que ocupaban la altura. ¡Espantoso momento! La escalera, señores, era terrible, y en cada uno de sus fúnebres peldaños, el soldado se admiraba de encontrarse con vida. Si en vez de subir bajase, aquella sería la escalera del infierno. Y, sin embargo, las tropas de Pack y de Leith subían. ¿Cómo? No lo sé. En virtud de un prodigio inexplicable. Aquellos ingleses no se parecían a los hombres que yo había visto. Se les mandaba una cosa, un absurdo, un imposible, y lo hacían, o al menos lo intentaban.

Al referir lo que allí pasó, no me es posible precisar los movimientos de ca-

da batallón, ni las órdenes de cada jefe, ni lo que cada cual hacía dentro de su esfera. La imaginación conserva con caracteres indelebles y pavorosos lo principal; pero lo accesorio, no; y lo principal era entonces que subíamos empujados por una fuerza irresistible, por no sé qué manos poderosas que se agarraban a nuestra espalda. Veíamos la muerte delante, arriba; pero la propia muerte nos atraía. ¡Oh! Quien no ha subido nunca más que las escaleras de su casa, no comprenderá esto.

Como el terreno era desigual, había sitios en que la pendiente desaparecía. En aquellos escalones se trababan combates parciales de un encarnizamiento y ferocidad inauditos. Los valientes del Mediodía, que conocen rara vez el heroísmo pasivo de dejarse matar antes que descomponer las filas separándose de ellas, no comprenderán aquella locura imperturbable a que nos conducía la desesperación, convertida en virtud. Fácil es a la alta cumbre desprenderse y precipitarse, aumentando su velocidad con el movimiento, y caer sobre el llano y arrollarlo e invadirlo; pero nosotros éramos el llano empeñado en subir a la cumbre, y deseoso de aplastarla, y hundirla, y abollarla. En la guerra, como en la Naturaleza, la altura domina y triunfa; es la superioridad material, y una forma simbólica de la victoria, porque la victoria es realmente algo que, con flamígera velocidad, baja rodando y atropellando, hendiendo y destruyendo. El que está arriba tiene la fuerza material y moral, y, por consiguiente, el pensamiento de la lucha, que puede dirigir a su antojo. Como la cabeza en el cuerpo humano, dispone de los sentidos y de la idea... Nosotros éramos pobres fuerzas rastreras que, arañando el suelo, estábamos a merced de los de arriba, y, sin embargo, queríamos destronarlos. Figuraos que los pies se empeñaran en arrojar la cabeza de los hombros para ponerse encima de ellos. ¡Estúpidos, que no saben más que andar!

Los primeros escalones no ofrecieron gran dificultad. Moría mucha gente; pero se subía. Después ya fué distinto. Creeríase que los franceses nos permitían el ascenso a fin de cogernos luego más a mano. Las disposiciones de Pack para que sufriésemos lo menos posible

eran admirables. Inútil es decir que todos los jefes habían dejado sus caballos; y unos detrás, otros a la cabeza de las líneas llevaban, por decirlo así, de la mano a los obedientes soldados. Un orden preciso en medio de las muertes, un paso seguro, un aplomo sin igual regimentando la maniobra, impedían que los estragos fuesen excesivos. Con las armas modernas, aquel hecho hubiera sido imposible.

Era indispensable aprovechar los intervalos en que el enemigo cargaba los fusiles para correr nosotros a la bayoneta. Teníamos en contra nuestra el cansancio, pues si en algunos sitios la inclinación era poco más que rampa, en otros era regular cuesta. Los franceses, reposados, satisfechos y seguros de su posición, nos abrasaban a fuego certero y nos recibían a bayoneta limpia. A veces, una columna nuestra lograba, con su constancia abrumadora, abrirse paso por encima de los cadáveres de los enemigos; mas para esto se necesitaba duplicar y triplicar los empujes, duplicar y triplicar los muertos, y el resultado no correspondía a la inmensidad del esfuerzo.

¡Que espantosa ascensión! Cuando se empeñaban en algún descanso combates parciales, las voces, el tumulto, el hervidero de aquellos cráteres no son comparables a nada de cuanto la cólera de los hombres ha inventado para remedar la ferocidad de las bestias. Entre mil muertes, se conquistaba el terreno palmo a palmo; y una vez que se le dominaba, se sostenía con encarnizamiento el pedazo de tierra necesario para poner los pies. Inglaterra no cedía el espacio en que fijaba las suelas de sus zapatos; y para quitárselo y vencer aquel prodigio de constancia era preciso a los franceses desplegar todo su arrojo, favorecido por la altura. Aun así no lograban echar a los británicos por la pendiente abajo. ¡Ay del que rodase primero! Conociendo el peligro inmenso de un pasajero desmayo, de un retroceso, de una mirada atrás, los pies de aquellos hombres echaban raíces. Aun después de muertos, parecía que sus largas piernas se enclavaban en el suelo hasta las rodillas, como jalones que debían marcar eternamente la conquista del poderoso genio de Inglaterra.

Mas al fin llegó un momento terrible;

un momento en que las columnas subían y morían; en que la mucha gente que se lanzaba por aquel talud, destrozada, abrasada, diezmada, sintiéndose mermar a cada paso, entendió que sus fuerzas no traían gran ventaja. Tras las columnas francesas arrolladas aparecían otras, como en el espantoso bosque de Macbeth, en la cresta del Grande Arapil cada rama era un hombre. Nos acercábamos a la cumbre, y aquel cráter superior vomitaba soldados. Se ignoraba de dónde podía salir tanta gente, y era que la meseta del cerro tenía cabida para un ejército. Llegó, pues, un instante en que los ingleses vieron venir sobre ellos la cima del cerro mismo, una monstruosidad horrenda que esgrimía mil bayonetas y apuntaba con miles de cañones de fusil. El pánico se apoderó de todos, no aquel pánico nervioso que obliga a correr, sino una angustia soberana y grave que quita toda esperanza, dando resignación. Era imposible, de todo punto imposible, seguir subiendo.

Pero bajar era el punto difícil. Nada más fácil si se dejaban acuchillar por los franceses, resignándose a rodar sobre la tierra vivos o muertos. Una retirada en declive, paso a paso, y dando al enemigo cada palmo de terreno, con tanta parsimonia como se le quitó, es el colmo de la dificultad. Pack bramaba de ira, y la sangre, agolpada en la carnaza encendida de su rostro, parecía querer brotar por cada poro. Era hombre que tenía alma para plantarse solo en la cumbre del cerro. Daba órdenes con rónca voz; pero sus órdenes no se oían ya; esgrimía la espada acuchillando al cielo, porque el cielo tenía, sin duda, la culpa de que los ingleses no pudiesen continuar adelante.

Había llegado la ocasión de que muriese estoicamente uno para resguardar con su cuerpo al que daba un paso atrás. De este modo se salvaba la mitad de la carne. Una mala retirada arroja en las brasas todo cuanto hay en el asador. Las columnas se escalonaban con arte admirable; el fuego era más vivo, y cada vez que descendía de lo alto, desgajándose, uno de aquellos pesados aludes, creeríase que todo había concluido; pero la confusión momentánea desaparecía al instante; las masas inglesas aparecían de nuevo compactas y formi-

dables, y la muerte tenía que contentarse con la mitad. Así se fué cediendo lentamente parte del terreno, hasta que los imperiales dejaron de atacarnos. Habían llegado a un punto en el que el cañón inglés les molestaba mucho, y, además, los progresos de Packenham por el flanco del Grande Arapil los inquietaba bastante. Reconcentraronse y aguardaron.

En tanto, y por otro lado, ocurrían sucesos admirables y gloriosos. Todo iba bien en todas partes menos en nuestro malhadado cerro. El general Cole destrozaba el centro francés. La caballería de Stapleton Cotton, penetrando por entre las descompuestas filas, daba una de las cargas más brillantes, más sublimes y al mismo tiempo más horrosas que pueden verse. Desde la posición a que nos retiramos, no avergonzados, pero sí humillados, distinguíamos a lo lejos aquella admirable función que nos causaba envidia. Las columnas de dragones, las falanges de caballos, los más ligeros, los más vivos, los más guerreros que pueden verse, penetraban como inmensas culebras por entre la infantería francesa. Los golpes de los sables ofrecían a la vista un salpicar perenne de pequeños rayos, menuda lluvia de acero que destrozaba pechos, aniquilaba gente, atropellaba y deshacía como el huracán. Los gritos de los jinetes, el brillo de sus cascos, el relinchar de los corceles que regocijaban en aquella fiesta sangrienta a sus brutales e imperfectas almas, ofrecían espectáculo aterrador. Indiferentes, como es natural, a las desdichas del enemigo, los corazones guerreros se endiosaban con aquel espectáculo. La confianza huye de los combates, deidad asustada y llorosa, conducida por el miedo; no queda más que la ira guerrera, que nada perdona, y el bárbaro instinto de la fuerza, que por misterioso enigma del espíritu se convierte en virtud admirable.

Los escuadrones de Stapleton Cotton, como he dicho, realizaban el gran prodigio de aquella batalla. En vano los franceses alcanzaban algunas ventajas por otro lado; en vano habían logrado apoderarse de algunas casas del pueblo de Arapiles. Creyendo que poseer la aldea era importante, tomaron briosamente los primeros edificios y los defendieron con bravura. Se agarraban a las

paredes de tierra y se pegaban a ella, como los moluscos a la piedra; se dejaban despachurrar contra las tapias antes que abandonarlas, barridos por la metralla inglesa. Precisamente, cuando los franceses creían obtener gran ventaja poseyendo el pueblo, y cuando nosotros descendíamos del Arapil Grande, fué cuando la caballería de Cotton penetró como un gran puñal en el corazón del ejército imperial; vióse el gran cuerpo partido en dos, crujendo y estallando al violento roce de la poderosa cuña. Todo cedía ante ella: fuerza, previsión, pericia, valor, arrojo, porque era una potencia admirable, una unidad abrumadora, compuesta de miles de piezas que obraban armónicamente sin que una sola discrepara. Las miles de corazas daban idea del *testudo* romano; pero aquella inmensa tortuga con conchas de acero tenía la ligereza del reptil, y millares de patas y millares de bocas para gritar y morder.

Sus dentelladas ensanchaban el agujero en que se había metido; todo caía ante ella. Gimieron con espanto los batallones enemigos. Corrió Marmont a poner orden, y una bala de cañón le quitó el brazo derecho. Corrió luego Bonnet a sustituirle, y cayó también. Ferrey, Thomières y Desgravies, generales ilustres, perecieron con millares de soldados.

En la falda de nuestro cerro se había suspendido el fuego. Un oficial que había caído junto a mí, al verificar el descenso, era transportado por dos soldados. Le vi al pasar, y él, casi moribundo, me llamó con una seña. Era sir Thomas Parr. Puesto en el suelo, el cirujano, examinando su pecho destrozado, dió a entender que aquello no tenía remedio. Otros oficiales ingleses, la mayor parte heridos también, le rodeaban. El pobre Parr volvió hacia mí los ojos, en que se extinguían lentamente los últimos resplandores de la vida, y con voz débil me habló así:

—Me han dicho antes de la batalla que tenéis resentimiento contra mí y que os disponíais a pedirme satisfacción por no sé qué agravios.

—Amigo—exclamé conmovido—, en esta ocasión no puede quedar en mi pecho ni rastro de cólera. Lo perdono y lo olvido todo. La calumnia de que usted se ha hecho eco, seguramente sin

malicia, no puede dañar a mi honor: es una ligereza de esas que todos cometemos.

—¿Quién no comete alguna, caballero Araceli?—dijo con voz grave—. Reconoced, sin embargo, que no he podido ofenderos. Muero sin la zozobra de ser odiado... ¿Decís que os calumnié? ¿Os referís al caso de miss Fly? ¿Y a eso llamáis calumnia? Yo he repetido lo que oí.

—¿Miss Fly?

—Como se dice que forzosamente os casaréis con ella, nada tengo que echaros en cara. ¿Reconocéis que no os he ofendido?

—Lo reconozco—respondí, sin saber lo que respondía.

Parr, volviéndose a sus compatriotas, dijo:

—Parece que perdemos la batalla.

—La batalla se ganará—le respondieron.

Sacó su reloj y lo entregó a uno de los presentes.

—¡Que la Inglaterra sepa que muero por ella! ¡Que no se olvida mi nombre...—murmuró, con voz que se iba apagando por grados.

Nombró a su mujer, a sus hijos; pronunció algunas palabras cariñosas, estrechando la mano de sus amigos.

—La batalla se ganará... ¡Muero por Inglaterra!...—dijo, cerrando los ojos.

Leves movimientos y ligeras oscilaciones de sus labios fueron las últimas señales de la vida en el cuerpo de aquel valiente y generoso soldado. Un momento después se añadía un número a la cifra espantosa de los muertos que se había tragado el Arapil Grande.

XXXVI

La tremenda carga de Stapleton Cotton había variado la situación de las cosas. Leith se apareció de nuevo entre nosotros, acompañado del brigadier Spry. En sus semblantes, en sus gestos, lo mismo que en las vociferaciones de Pack, comprendí que se preparaba un nuevo ataque al cerro. La situación del enemigo era ya mucho menos favorable que anteriormente, porque las ventajas obtenidas en nuestro centro con el avance de la caballería y los progresos del

general Cole modificaban completamente el aspecto de la batalla. Packenham, después de rechazarlos del pueblo, los apretaba bastante por la falda oriental del cerro, de modo que estaban expuestos a sufrir las consecuencias de un movimiento envolvente. Pero tenían poderosa fuerza en la vasta colina, y además retirada segura por los montes de Cavarrosa. La brigada de Spry, que antes maniobrara en las inmediaciones del pueblo, corrióse a la derecha para apoyar a Packenham. La división de Leith, la brigada de Pack, con el 23 de línea, el 3.º y el 5.º ligeros, entraron de nuevo en fuego.

Los franceses, reconcentrándose en sus posiciones de la ermita para arriba, esperaban con imponente actitud. Sonó el tiroteo por diversos puntos; las columnas marcharon en silencio. Ya reconocíamos el terreno, el enemigo y los tropezos de aquella ascensión. Como antes, los franceses parecían dispuestos a dejarnos que avanzáramos para recibirnos a lo mejor con una lluvia de balas; pero no fué así, porque de súbito desgajáronse con ímpetu amenazador sobre Packenham y sobre Leith, atacando con tanto coraje que era preciso ser inglés para resistirlo. Las columnas de uno y otro lado habían perdido su alineación, y formadas de irregulares y deformes grupos ofrecían frentes erizados de picos, si se me permite expresarlo así, los cuales se engastaban unos en otros. Los dos ejércitos se clavaban mutuamente las uñas, desgarrándose. Arroyos de sangre surcaban el suelo. Los cuerpos que caían eran, a veces, el principal obstáculo para avanzar; a ratos se interrumpían aquéllos al modo de abrazos de muerte, y cada cual se retiraba un poco hacia atrás, a fin de cobrar nueva fuerza para una nueva embestida. Observábamos los claros del suelo, ensangrentado y lleno de cadáveres, y lejos de desmayar y ante aquel espectáculo terrible, reproducíamos con doble furia los mismos choques. Cubierto de sangre, que ignoraba si había salido de mis propias venas o de las de otro, yo me lanzaba a los mismos delirios que veía en los demás, olvidado de todo, sintiendo—y esto es evidente—como una segunda, o, mejor dicho, una nueva alma que no existía más que para regocijarse en aquellas ferocidades sin nombre; una nueva

alma, sí, en cuyas potencias irritadas se borraba toda memoria de lo pasado, toda idea extraña al frenesí en que estaba metida. Bramaba como los *highlanders*, y, ¡cosa extraordinaria!, en aquella ocasión yo hablaba inglés. Ni antes ni después supe una palabra de ese lenguaje; pero es lo cierto que cuanto aullé en la batalla me lo entendían los ingleses, y a mi vez los entendía yo.

El poderoso esfuerzo de los escoceses desconcertó un poco las líneas imperiales, precisamente en el instante en que llegó a nuestro campo la división de Clinton, que hasta entonces había estado en la reserva. Tropas frescas y sin cansancio entraron en acción, y desde aquel momento vimos que las horribles filas de franceses se mantuvieron inactivas, aunque firmes. Poco después las vimos replegarse, sin dejar de hacer un fuego muy vivo. A pesar de esto, los ingleses no se lanzaban sobre ellos. Corrió algún tiempo más, y entonces observamos que las tropas que ocupaban lo alto del cerro lo abandonaban lentamente, resguardadas por el frente, que seguía haciendo fuego.

No sé si dieron órdenes para ello; lo que sé es que, súbitamente, los regimientos ingleses, que en distintos puntos ocupaban la pendiente, avanzaron hacia arriba con calma, sin precipitación. La cumbre del Grande Arapil era una extensión irregular y vasta, compuesta de otros pequeños cerros y vallecitos. Inmenso número de soldados cabía en ella; pero venía la noche, el centro del ejército enemigo estaba derrotado, su izquierda hacia el Tormes también, de modo que les era imposible defender la disputada altura. Francia empezaba a retirarse y la batalla estaba ganada.

Sin embargo, no era fácil acuchillar, como algunos hubieran querido, a los franceses que aún ocupaban varias alturas, porque se defendían con aliento y sabían cubrir la retirada. Por nuestro lado fué donde más daño se les hizo. Mucho se trabajó para romper sus filas, para quebrantar y deshacer aquella muralla que protegía la huida de los demás hacia el bosque; pero al principio no fué fácil. El espectáculo de las considerables fuerzas que se retiraban casi ilesas y tranquilamente nos impulsó a cargar con más brío sobre ellas, y al

cabo, tanto se golpeó y machacó en la infortunada línea francesa, que la vimos agrietarse, romperse, desmenuzarse, y en sus innúmeros claros penetraron el puño y la garra del vencedor para no dejar nada con vida. ¡Terrible hora aquella en que un ejército vencido tiene que organizar su fuga ante la amenazadora e implacable saña del vencedor, que, si huye, le destroza, y si se queda, le destroza también!

Caía la tarde; iba oscureciéndose lentamente el paisaje. Los desparramados grupos del ejército enemigo, rayas fugaces que serpenteaban en el suelo a lo lejos, se desvanecían, absorbidos por la tierra y los bosques, entre la triste música de los roncós tambores. Estos y la algazara cercana, y el ruido del cañón, que aún cantaba las últimas lúgubres estrofas del poema, producían un estrépito loco que desvanecía el cerebro. No era posible escuchar ni la voz del amigo gritando en nuestro oído. Había llegado el momento en que todo lo dicen las facciones y los gestos, y era inútil dar órdenes, porque no se entendían. El soldado veía llegada la ocasión de las proezas individuales, para lo cual no se necesita de los jefes, y todo estaba ya reducido a ver quién mataba más enemigos en fuga, quién cogía más prisioneros, quién podía echar la zarpa a un general, quién lograba poner la mano en una de aquellas veneradas águilas que se habían pavoneado orgullosas por toda Europa, desde Berlín hasta Lisboa.

El rugido que atronó los espacios cuando el vencedor, lleno de ira y sediento de venganza, se precipitó sobre el vencido para ahogarle, no es susceptible de descripción. Quien no ha oído retumbar el rayo en el seno de las tempestades de los hombres, ignorará siempre lo que son tales escenas. Ciegos y locos, sin ver el peligro ni la muerte, sin oír más que el zumbido del torbellino, nos arrojábamos dentro de aquel volcán de rabia. Nos confundíamos con ellos: unos eran desarmados, otros tendían a sus pies al atrevido que intentaba cogerlos prisioneros; cuál moría matando, cuál se dejaba atrapar estoicamente. Muchos ingleses eran sacrificados en el último pataleo de la bestia herida y desesperada; se acuchillaban sin piedad: miles de manos repartían la muerte en todas direcciones, y vencidos y vencedores caían

juntos, revueltos y enlazados, confundiendo la abrasada sangre.

No hay en la Historia odio comparable al de ingleses y franceses en aquella época. Güelfos y gibelinos, cartagineses y romanos, árabes y españoles, se perdaban alguna vez; pero Inglaterra y Francia, en tiempo del Imperio, se aborrecían como Satanás. La envidia simultánea de estos dos pueblos, de los cuales uno dominaba los mares del globo y otro las tierras, estallaba en los campos de batalla de un modo horrible. Desde Talavera hasta Waterloo, los duelos de estos dos rivales tendieron en tierra un millón de cuerpos. En los Arapiles, una de sus más encarnizadas reyertas, llegaron ambos al colmo de la ferocidad.

Para coger prisioneros se destruía todo lo que se podía en la vida del enemigo. Con unos cuantos portugueses e ingleses me interné tal vez más de lo conveniente en el seno de la desconcertada y fugitiva infantería enemiga. Por todos lados presenciaba luchas insanas, y oía los vocablos más insultantes de aquellas dos lenguas, que peleaban con sus injurias como los hombres con las armas. El torbellino, la espiral, me llevaba consigo, ignorante yo de lo que hacía; el alma no conservaba más conocimiento de sí misma que un anhelo vivísimo de matar algo. En aquella confusión de gritos, de brazos alzados, de semblantes infernales, de ojos desfigurados por la pasión, vi un águila dorada puesta en la punta de un palo, donde se arrollaba inmundo trapo, una harpillera sin color, cual si con ella se hubieran fregado todos los platos de la mesa de todos los reyes europeos. Devoré con los ojos aquel harapo, que, en una de las oscilaciones de la turba, fué desplegado por el viento y mostró una N que había sido de oro y se dibujaba sobre tres fajas, cuyo matiz era un pastel de tierra, de sangre, de lodo y de polvo. Todo el ejército de Bonaparte se había limpiado el sudor de mil combates con aquel pañuelo agujereado que ya no tenía forma ni color.

Yo vi aquel glorioso signo de guerra a una distancia como de cinco varas. Yo no sé lo que pasó; yo no sé si la bandera vino hasta mí, o si yo corrí hacia la bandera. Si creyese en milagros, creería que mi brazo derecho se alargó cinco varas, porque, sin saber cómo, yo

agarré el palo de la bandera y lo así tan fuertemente, que mi mano se pegó a él, lo sacudió y quiso arrancarlo de donde estaba. Tales momentos no caben dentro de la apreciación de los sentidos. Yo me vi rodeado de gente: caían, rodaban: unos, muriendo; otros, defendiéndose. Hice esfuerzos para arrancar el asta, y una voz gritó en francés:

—¡Tómala!

En el mismo segundo, una pistola se disparó sobre mí. Una bayoneta penetró en mi carne; no supe por dónde, pero sí que penetró. Ante mí había una figura livida, un rostro cubierto de sangre, unos ojos que despedían fuego, unas garras que hacían presa en el asta de la bandera y una boca contraída que parecía iba a comerse águila, trapo y asta, y a comerme también a mí. Decir cuánto odió a aquel monstruo me es imposible; nos miramos un rato y luego forcejamos. El cayó de rodillas: una de sus piernas no era pierna, sino un pedazo de carne. Pugué por arrancar de sus manos la insignia. Alguien vino en auxilio mío, y alguien le ayudó a él. Me hirieron de nuevo, me encendí en ira más salvaje aún, y estreché a la bestia, apretándola contra el suelo con mis rodillas. Con ambas manos agarraba ambas cosas: el palo de la bandera y la espada. Pero esto no podía durar así, y mi mano derecha se quedó sólo con la espada. Creí perder la bandera; pero el acero, empujado por mí, se hundía más cada vez en una blandura inexplicable, y un hilo de sangre vino derecho a mi rostro como una aguja. La bandera quedó en mi poder; pero de aquel cuerpo que se revolvía bajo el mío surgieron al modo de antenas, garras o no sé qué tentáculo rabioso y pegajoso, y una boca se precipitó sobre mí, clavando sus agudos dientes en mi brazo con tanta fuerza, que lancé un grito de dolor.

Caí abrazado y constreñido por aquel dragón, pues dragón me parecía. Me sentí apretado por él, y rodamos por no sé qué declives de tierra, entre mil cuerpos, los unos muertos e inertes, los otros vivos y que corrían. Yo no vi más; sólo sentí que en aquel rodar veloz llevaba el águila fuertemente cogida entre mis brazos. La boca terrible del monstruo apretaba cada vez más mi brazo, y me llevaba consigo, los dos envueltos, confundidos, el uno sobre el otro y con-

tra el otro, bajo mil patas que nos pisaban; entre la tierra que nos cegaba los ojos; entre una oscuridad tenebrosa; entre un zumbido tan grande como si todo el mundo fuese un solo abeja; sin conciencia de lo que era arriba y abajo; con todos los síntomas confusos y vagos de haberme convertido en constelación, en una como criatura circunvaladora, en la cual todos los miembros, todas las entrañas, toda la carne y sangre y nervios dieran vueltas infinitas y vertiginosas alrededor del ardiente cerebro.

Yo no sé cuánto tiempo estuve rodando: debió de ser poco; pero a mí me pareció algo al modo de siglos. Yo no sé cuándo paré; lo que sé es que el monstruo no dejaba de formar conmigo una sola persona, ni su feroz boca de mordirme... Por último, no se contentaba con comerme el brazo, sino que, al parecer, hundía su envenenado diente en mi corazón. Lo que también sé es que el águila seguía sobre mi pecho; yo la sentía. Sentía el asta cual si la tuviera clavada en mis entrañas. Mi pensamiento se hacía cargo de todo con extravío y delirio, porque él mismo era una luz ardiente que caía no sé de dónde, y en la inapreciable velocidad de su carrera describía una raya de fuego, una línea sin fin, que... tampoco sé adónde iba. ¡Tormento mayor no le experimenté jamás. Este se acabó cuando perdí toda noción de existencia. La batalla de los Arapiles concluyó, al menos para mí.

XXXVII

Dejadme descansar un instante, y luego contestaré a las preguntas que se me dirigen. Yo no recobré el sentido en un momento, sino que fui entrando poco a poco en la misteriosa claridad del conocer; fui renaciendo poco a poco, con percepciones vagas; fui recobrando el uso de algunos sentidos, y había dentro de mí una especie de aurora, pero muy lenta, sumamente lenta y penosa. Me dolía la nueva vida; me mortificaba como mortifica al ciego la luz que en mucho tiempo no ha visto. Pero todo era turbación. Veía algunos objetos, y no sabía lo que eran. Oía voces, y tampoco sabía lo que eran. Parecía haber perdido completamente la memoria.

Yo estaba en un sitio (porque indu-

dablemente era un sitio del globo terráqueo); yo veía formas en torno a mí, pero no sabía que las paredes fueran paredes, ni que el techo fuese techo; oía los lamentos, pero desconocía aquellas vibraciones quejumbrosas que lastimaban mi oído. Delante, muy cerca, frente por frente a mí, vi una cara. Al verla, mi espíritu hizo un esfuerzo para apreciar la forma visible; pero no pudo. Yo no sabía qué cara era aquella: lo ignoraba, como se ignora lo que piensa otra. Pero la cara tenía dos ojos hermosísimos que me miraban amorosamente. Todo esto se determinaba en mí por sentimiento, porque, ¿entender?... no entendía nada. Así es que, por sentimiento, adiviné en la persona que tenía delante una como tendencia compasiva, tierna y cariñosa hacia mí.

Pero lo más extraño es que aquel cariño, que pendía sobre mí, protegiéndome como un Ángel de la Guarda, tenía también voz, y la voz vibró en los espacios; agitando todas las partículas del aire, y con las partículas del aire, todos los átomos de mi ser, desde el centro del corazón hasta la punta del cabello. Oí la voz que decía:

—Estáis vivo, estáis vivo..., y estaréis también sano.

El hermoso semblante se puso tan alegre, que yo también me alegré.

—¿Me conocéis?—dijo la voz.

No debí de contestar nada, porque la voz repitió la pregunta. Mi sensibilidad era tan grande, que cada palabra, cual hoja acerada, me atravesaba el pecho. El dolor, la debilidad, me vencieron de nuevo, sin duda porque había hecho esfuerzos de atención superiores a mi estado, y recaía en el desvanecimiento. Cerrando los ojos, dejé de oír la voz. Entonces experimenté una molestia material. Un objeto extraño rozaba mi frente, cayéndome sobre los ojos. Como si el ángel protector lo adivinara, al punto noté que me quitaban aquel estorbo. Era mi cabello en desorden que me caía sobre la frente y las cejas. Sentí una tibia suavidad cariñosa, que debía de ser una mano, la cual desembarazó mi frente del contacto enojoso.

Poco después (continuaba con los ojos cerrados) me pareció que, por encima de mi cabeza, revoloteaba una mariposa, y que, después de trazar varias curvas y giros, en señal de indecisión, se

posaba sobre mi frente. Sentí sus dos alas abatidas sobre mi piel; pero las alas eran calientes, pesadas y carnosas: estuvieron largo rato impresas en mí, y luego se levantaron, produciendo cierto rumor, un suave estallido que me hizo abrir los ojos.

Si rápidamente los abrí más rápidamente huyó el alado insecto. Pero la misma cara de antes estaba tan cerca de la mía, tan cerca, que su calor me molestaba un poco. Había en ella cierto rubor. Al verla, mi espíritu hizo un esfuerzo, un gran esfuerzo, y se dijo: «¿Qué rostro es éste? Creo que conozco este rostro.»

Pero, no habiendo resuelto el problema, se resignó a la ignorancia. La voz sonó entonces de nuevo, diciendo con acento patético:

—¡Vivid, vivid, por Dios!... ¿Mé conocéis? ¿Qué tal os sentís? No tenéis heridas graves... Habéis contraído un ataque cerebral; pero la fiebre ha cedido... Viviréis, viviréis sin remedio, porque yo lo quiero... Si la voluntad humana no resucitara los muertos, ¿de qué serviría?

En el fondo, allá en el fondo de mi ser, no sé qué facultad, saliendo entumecida de profundo sopor, emitió misteriosas voces de asentimiento.

—¿No me veis?—continuó ella (repito que yo no sabía quién era)—. ¿Por qué no me habláis? ¿Estáis enfadado conmigo? Imposible, porque no os he ofendido... Si no os vi, si no os hablé con más frecuencia en los últimos días, fué porque no me lo permitían. Ha faltado poco para que me enviásem a mi país dentro de una jaula... Pero no me pueden impedir que cuide a los heridos, y estoy aquí velando por vos... ¡Cuánto he penado esperando a que abrieseis los ojos!

Sentí mi mano estrechada con fuerza. El rostro se apartó de mí.

—¿Tenéis sed?—dijo la voz.

Quise contestar con la lengua; pero el don de la palabra me era negado todavía. De algún modo, no obstante, me expliqué afirmativamente, porque el ángel tutelar aplicó una taza a mis labios. Aquello me produjo un bienestar inmenso. Cuando bebía, apareció otra figura delante de mí. Tampoco sabía precisamente quién era; pero dentro, muy dentro de mí, bullía, inquieta, una chispa de memoria, esforzándose en explicarme,

con su indeciso resplandor, el enigma de aquel rostro flaco, escuálido, huesoso, triste, de cuyo esqueleto pendía negro traje talar semejante a una mortaja. Cruzando sus manos, me miró con lástima profunda. La mujer dijo entonces:

—Hermano, podéis retiraros a cuidar de los otros heridos y enfermos. Yo le velaré esta noche.

De dentro de aquella funda negra que envolvía los huesos vivos de un hombre, salió otra voz, que dijo:

—¡Pobre señor don Gabriel de Araceli! ¡En qué estado tan lastimoso se halla!

Al oír esto, mi espíritu experimentó un gran alborozo. Se regocijó, se conmovió todo, como debió de conmoverse el de Colón al descubrir el Nuevo Mundo. Gozándose en su gran conquista, pensó mi espíritu así: «¿Conque yo me llamo Gabriel Araceli?... Luego yo soy uno que se halló en la batalla de Trafalgar y en el Dos de Mayo... Luego yo soy aquel que...»

Este esfuerzo, el mayor de los que hasta entonces había hecho, me postró de nuevo. Sentíme aletargado. Se extinguía la claridad; venía la noche. Luz rojiza, procedente de triste farol, iluminaba aquel hueco donde yo estaba. El hombre había desaparecido, y sólo quedó la hermosa mujer. Por largo rato estuvo mirándome sin decirme cosa alguna. Su imagen muda, triste y fija delante de mí, cual si estuviese pintada en un lienzo, fué borrándose y desvaneciéndose a medida que yo me sumergía de nuevo en aquella noche oscura de mi alma, de cuyo seno sin fondo poco antes saliera. Dormí no sé cuánto tiempo, y al volver en mi acuerdo, había ganado poco en la claridad de mis facultades. El estupor seguía, aunque no tan denso. El deshielo iba muy despacio.

Mi protectora angelical no se había apartado de mí, y, después de darme a beber una sustancia que me causara gran alivio y reanimación, acomodó mi cabeza en la almohada, y me dijo:

—¿Os sentís mejor?

Un soplo recorrió de mi cerebro a mis labios, que articularon:

—Sí.

—Ya se conoce—añadió la voz—. Vuestra cara es otra. Creo que va desapareciendo la fiebre.

Contesté segunda vez que sí. En la es-

tupidez que me dominaba no sabía decir otra cosa, y me deleitaba el usar constantemente el único tesoro adquirido hasta entonces en los inmensos dominios de la palabra. El *sí* es vocabulario completo de los idiotas. Para contestar a todo que sí, para dar asentimiento a cuanto existe, no es necesario raciocinio ni comparación, ni juicio siquiera. Otro ha hecho antes el trabajo. En cambio, para decir *no* es preciso oponer un razonamiento nuevo al de aquel que pregunta, y esto exige cierto grado de inteligencia. Como yo me encontraba en los albores del raciocinio, contestar negativamente habría sido un portento de genio, de precocidad, de inspiración.

—Esta noche habéis dormido muy tranquilo—dijo la voz de mi enfermera—. Pronto estaréis bien. Dadme vuestras manos, que están algo frías; os las calentaré.

Cuando lo hacía, un rayo pasó por mi mente, pero tan débil, tan rápido, que no era todavía certeza, sino un presentimiento, una esperanza de conocer. un aviso precursor. En mi cerebro se desenrollaba la madeja; pero tan despacio, tan despacio...

—Me debéis la vida...—continuó la voz perteneciente a la persona cuyas manos apretaban y calentaban las mías—, me debéis la vida.

La madeja de mi cerebro apretó sus hilos: tal esfuerzo hacía para desenrollarlos, que estuvo a punto de romperlos.

—En vuestro delirio—prosiguió—se os han escapado palabras muy lisonjeras para mí. El alma, cuando se ve libre del imperio de la razón, se presenta desnuda y sin mordaza: enseña todas sus bellezas y dice lo que sabe. Así, la vuestra no me ha ocultado nada... ¿Por qué me miráis con esos ojos fijos, negros y tristes como noches? Si con ellos me suplicáis que lo diga, lo diré, aunque atropelle la ley de las conveniencias. Sabed que os amo.

La madeja entonces tiró tan fuertemente de sus hilos, que se iba a romper, se rompía sin remedio.

—No necesitaría deciroslo, porque ya lo sabéis—continuó después de larga pausa—. Lo que no sabéis es que os amaba antes de conoceros... Yo tenía una hermana gemela más hermosa y más pura que los ángeles. Apuesto a que no sabéis nada de esto... Pues bien: un

libertino la engañó, la sedujo, la robó a Dios, y a su familia, y mi pobrecita, mi adorada, mi idolatrada Lilliam, tuvo un momento de desesperación y se dió a sí propia la muerte. El mayor de mis hermanos persiguió al malvado, autor de nuestra vergüenza: ambos fueron una noche a orillas del mar, se batieron, y mi pobre Carlos cayó para no levantarse más. Poco después, mi madre, trastornada por el dolor, se fué desprendiendo de la Tierra, y una mañana del mes de mayo nos dijo adiós y huyó al Cielo. Seguramente nada sabíais de esto...

Continuaba siendo idiota y contesté que sí.

—Después de estos acontecimientos, sobre la haz de la Tierra existía un hombre más aborrecido que Satanás. Para mí, su solo nombre era una execración. Le odiaba de tal modo, que si le viera arrepentido y caminando al Cielo, mis labios no hubieran pronunciado para él una palabra de perdón. Figurándomele cadáver, le pisoteaba...

La madeja daba unas vueltas, unos giros, y hacía tales enredos y embrollos, que me dolía el cerebro vivamente. Allí había un hilo tirante y rígido, el cual, doliéndome más que los demás, me hizo decir:

—Soy Araceli, el mismo que se halló en Trafalgar, y naufragó en el *Rayo* y vivió en Cádiz... En Cádiz hay una taberna, de que es amo el señor Poenco.

—Un día—prosiguió—, hallándome en España, adonde vine siguiendo a mi segundo hermano, dijéronme que aquel hombre había sido muerto por otro en duelo de honor. Pregunté con tanto anhelo, con tan profunda curiosidad el nombre del vencedor, que casi lo supe antes que lo revelaran. Me dijeron vuestro nombre; me refirieron algunos pormenores del caso, y desde aquel momento, ¿por qué ocultarlo?, os adoré.

Mi espíritu hizo inexplicables equilibrios sobre dos imágenes grotescas; y puestos en una balanza dos figurones llamados Poenco y don Pedro del Congosto, el uno subía mientras el otro bajaba. En aquel instante debí de decir algo más sustancioso que los primitivos, porque ella (yo continuaba ignorando quién era) puso la mano sobre mi frente, y habló así:

—Me adivinabais, sin duda; me veíais

desde lejos con los ojos del corazón. Yo os busqué durante largos meses. Tanto tardasteis en parecer, que llegué a creerlos desprovisto de existencia real. Yo leía romances, y todos a vos los aplicaba. Erais el Cid, Bernardo del Carpio, Zaide, Abenamar, Celindos, Lanzarote del Lago, Fernán González y Pedro Ansuérez... Tomabais cuerpo en mi fantasía, y yo cuidaba de haceros crecer en ella; pero mis ojos registraban la tierra y no podían encontraros. Cuando os encontré, me pareció que os achicabais; pero os vi subir de pronto y tocar el altísimo punto de talla con que yo os había medido. Hasta entonces, cuantos hombres traté, o se burlaban de mí o no me comprendían. Vos tan sólo me mirasteis cara a cara y afrontasteis las excelsas temeridades de mi pensamiento sin asustaros. Os vi espontáneamente inclinado a la realización de acciones no comunes. Asociéme a ellas, quise llevaros más adelante todavía, y me seguisteis ciegamente. Vuestra alma y la mía se dieron la mano y tocaron su frente la una con la otra, para convencerse de que eran las dos de un mismo tamaño. La luz de entrambas se confundía en una sola.

Al oír esto, la madeja de mi conocimiento se resolvió de un modo extraordinario. Los hilos entraban y salían los unos por entre los otros, y culebreamban para separarse y ponerse en orden. Ya aparecían en grupos de distintos colores, aunque harto enmarañados todavía: muchos de ellos, si no todos, parecían haber encontrado su puesto.

—Vos amabais a otra—prosiguió aquella que empezaba ya a no serme desconocida—. La vi y la observé. Quise tratarla por algún tiempo, y la traté y la conocí; la hallé tan indigna de vos, que desde luego me consideré vencedora. Es imposible que me equivoque.

Al oír esto, el corazón mío que hasta entonces había permanecido quieto y mudo, dormido como un niño en su cuna, empezó a dar unos saltitos tan vivarachos y a llamarme con una voccita tan dulce, que realmente me hacía daño. Dentro de mí se fué levantando no sé si diré un vapor, una onda que fué, primero, tibia, y después, ardiente, la cual me subía desde el fondo a la superficie del ser, despertando a su paso todo lo que dormía: una oleada invasora, dominante, que poseía el don de la

palabra, y al ascender por mí iba diciendo: «Arriba, arriba todo.»

—¿Qué tenéis?—continuó aquella mujer—. Estáis agitado. Vuestro rostro se enciende... Ahora palidece... ¿Vais a llorar? Yo también lloro. La salud corre a vuestro cuerpo, como la sensibilidad a vuestra noble alma. ¿Será posible que os haya conmovido la revelación que he hecho? No juzguéis mi atrevimiento con criterio vulgar, creyendo que falto al decoro, a las conveniencias y al pudor diciendo a un hombre que le amo. Yo, al mismo tiempo, soy pura como los ángeles y libre como el aire. Los necios que me rodean podrán calumniarme y calumniaros; pero no mancharán mi honra, como no la mancha un amor ideal y celeste al pasar del pensamiento a la palabra. Si durante mucho tiempo he disimulado y aparentado huir de vos, no ha sido por temor a los tontos, sino por provecho de entrambos. Cuando os he visto casi muerto, cuando os he recogido en mis brazos del campo de batalla, cuando os traje aquí y os atendí y os cuidé, tratando de devolveros la vida; tenía gran pena de que murieseis ignorando mi secreto.

El estupor mío tocaba a su fin. Pensamiento y corazón recobraban su prístino ser; pero la palabra tardaba, ¡vaya si tardaba!...

—Dios me ha escuchado—añadió ella—. No sólo podéis oírme, sino que vivís, y podréis hablarme y contestarme. Decidme que me amáis, y si morís después, siempre me quedará algo vuestro.

Una figura celestial, tan celestial que no parecía de este mundo, se entró dentro de mí, agasajándose y plegándose toda para que no hubiese en mi interior un solo hueco que no estuviese lleno con ella.

—No me contestáis una sola palabra—dijo la voz de mi enfermera—. Ni siquiera me miráis. ¿Por qué cerráis los ojos?... ¿Así se contesta, caballero?... Sabed que no sólo tengo dudas, sino también celos. ¿Os habré desagradado en lo que últimamente he hecho? No os lo ocultaré, porque jamás he mentido. Mi lengua nació para la verdad... ¿Ignoráis tal vez que vuestra princesa encantada y el bribón de su padre estaban en Salamanca? Quién los trajo es cosa que ignoro. El desgraciado masón anhelaba la libertad, y se la he dado

con el mayor gusto, consiguiendo del general un salvoconducto para que saliese de aquí y pudiese atravesar toda España sin ser molestado.

Al oír esto, razón, memoria, sentimientos, palabra todo volvió súbito a mí con violencia, con ímpetu, con estrépito, como una catarata despeñándose de las alturas del cielo. Di un grito, me incorporé en el lecho, agité los brazos, arrojé lejos de mí con instintiva brutalidad la hermosa figura que tenía delante, y prorrumpí en exclamaciones de ira. Miré a la dama, y la nombré, porque ya la había conocido.

XXXVIII

El hospitalario que antes vi entró al oír mis gritos, y ambos procuraron calmarme.

—Otra vez le empieza el delirio—dijo Juan de Dios.

—Yo he sido causa de esta alteración—dijo miss Fly muy afligida.

Mi propia debilidad me rindió, y caí en el lecho, sofocado por la indignación que sordamente se reconcentraba en mí, no encontrando ni voz suficiente ni fuerzas para expresarse fuera.

—El pobre señor Araceli—dijo Juan de Dios con sentimiento piadoso—se volverá loco como yo. El demonio ha puesto su mano en él.

—Callad, hermano, y no digáis tonterías—dijo miss Fly, cubriendo mis brazos con la manta y limpiando el sudor de mi frente—. ¿Qué habláis ahí de demonios?

—Sé lo que me digo—añadió el agustino, mirándome con profunda lástima—. El pobre don Gabriel está bajo una influencia maléfica... Lo he visto, lo he visto.

Diciendo esto, destacaba de su puño cerrado dos dedos flacos y puntiagudos, y con ellos se señalaba los ojos.

—Marchad afuera a cuidar de los otros enfermos—dijo miss Fly jovialmente—, y no vengáis a fastidiarnos con vuestras necedades.

Fuése Juan de Dios y nos quedamos de nuevo solos Athenais y yo. Hallándome ya en posesión completa de mi pensamiento, le hablé así:

—Señora, repítame usted lo que hace poco ha dicho. No entendí bien. Creo

que ni mis sentidos ni mi razón están serenos. Estoy delirando, como ha dicho aquel buen hombre.

—Os he hablado largo rato—dijo miss Fly con cierta turbación.

—Señora, no puedo apreciar sino de un modo muy confuso lo que he visto y oído esta noche... Efectivamente, he visto delante de mí una figura hermosa y consoladora; he oído palabras..., no sé qué palabras. En mi cerebro se confunden el eco de voces ajenas y el son misterioso de otras que yo mismo habré pronunciado... No distingo bien lo real de lo verdadero; durante algún tiempo he visto los objetos y los semblantes sin conocerlos.

—¡Sin conocerlos!

—He oído palabras. Algunas las recuerdo; otras, no.

—Tratad de repetir lo sustancial de lo mucho que os he dicho—murmuró Athenais, pálida y grave—. Y, si no habéis entendido bien, os lo repetiré.

—En verdad, no puedo repetir nada. Hay dentro de mí una confusión espantosa... He creído ver delante de mí a una persona cuya representación ideal no me abandona jamás en mis sueños; una figura que quiero y respeto, porque la creo lo más perfecto que ha puesto Dios sobre la Tierra... He creído oír no sé qué palabras dulces y claras, mezcladas con otras que no comprendía... He creído escuchar, tan pronto una música del Cielo, tan pronto el fragor de cien tempestades que bramaban dentro de mi corazón... Nada puedo precisar...; al fin, he visto claramente a usted, la he conocido...

—¿Y me habéis oído claramente también?—preguntó, acercando su rostro al mío—. Ya sé que no debe darse conversación a los enfermos. Os habré molestado. Pero es lo cierto que yo esperaba con ansia que pudierais oírme. Si por desgracia murierais...

—De lo que oí, señora, sólo recuerdo claramente que había usted puesto en libertad a una persona a quien yo aprisioné.

—¿Y esto os disgusta?—preguntó la Mosquita con terror.

—No sólo me disgusta, sino que me contraría mucho, pero mucho—afirmé con inquietud, sacudiendo las ropas del lecho para sacar los brazos.

Athenais gimió. Después de breve pau-

sa, miróme con fijeza y orgullo, y dijo:

—Caballero Araceli, ¿tanto coraje es porque se os ha escapado el ave encantada de la calle del Cáliz?

—Por eso, por eso es—repetí.

—¿Y seguramente la amáis...?

—La adoro, la he adorado toda mi vida. Ha tiempo que mi existencia y la suya están tan enlazadas como si fueran una sola. Mis alegrías son sus alegrías y sus penas son mis penas. ¿En dónde está? Si ha desaparecido otra vez, señora Athenais de mi alma, juro a usted que todos los romances de Bernardo, del Cid, de Lanzarote y de Celindos, me parecerían pocos para buscarla.

Athenais estaba lastimosamente desfigurada. Diríase que era ella el enfermo y yo el enfermero. Largo rato la vi como sosteniendo no sé qué horrible lucha consigo misma. Volvía el rostro para que no viese yo su emoción; me miraba después con ira violentísima, que se trocaba, sin quererla ella misma, en inexplicable dulzura, hasta que, levantándose con ademán de majestuosa soberbia, me dijo:

—Caballero Araceli, adiós.

—¿Se va usted—dije con tristeza y tomando su mano, que ella separó vivamente de la mía—. Me quedará solo... Merezco que usted me desprecie, porque he vuelto a la vida y mi primera palabra no ha sido para dar las gracias a esta amiga cariñosa, a esta alma caritativa que me recogió, sin duda, del campo de batalla, que me ha curado y asistido... ¡Señora, señora mía! La vida que usted ha ganado a la muerte vería con gusto el momento en que tuviera que volverse a perder por usted.

—Palabras hermosas, caballero Araceli—me dijo con acento solemne, sin acercarse a mí, mirándome pálida y triste y seria, desde lejos, como una sibila sentenciosa que pronunciase las revelaciones de mi destino—. Palabras hermosas; pero no tanto que encubran la vulgaridad de vuestra alma vacía. Yo, aparte esa hojarasca y no encuentro nada. Estáis compuesto de grandeza y pequeñez.

—Como todo, como todo lo creado, señora.

—No, no—añadió con viveza—. Yo conozco algo que no es así; yo conozco algo donde todo es grande. Habéis hecho en vuestra vida y aun en estos mismos días cosas admirables. Pero el mis-

mo pensamiento que concibió la muerte de lord Gray lo entregáis a una vulgar y prosaica ama de casa como un papel en blanco para que escriba las cuentas de la lavandera. Vuestro corazón, que tan bien sabe sentir en algunos momentos, no os sirve para nada y lo entregáis a las costureras para que hagan de él un cojincillo en que clavar sus alfileres. Caballero Araceli, me fastidio aquí.

—¡Señora, señora, por Dios, no me deje usted! Estoy muy enfermo todavía.

—¿Acaso no tengo yo rango más alto que el de enfermera? Soy muy orgullosa, caballero. El hermano hospitalario os cuidará.

—Usted bromea, apreciable amiga, encantadora Athenais; usted se burla del verdadero afecto, de la admiración que me ha inspirado. Siéntese usted a mi lado; hablemos de cosas diversas: de la batalla, del pobre sir Thomas Parr, a quien vi morir.

—Todavía creo que valgo para algo más que para dar conversación a los ociosos y a los aburridos—me contestó con desdén—. Caballero, me tratáis con una familiaridad que me causa sorpresa.

—¡Oh! Acordaremos las proezas inauditas que hemos realizado juntos. ¿Se acuerda usted de Jean Jean?

—En verdad, sois impertinente. Bastante os he asistido; bastantes horas he pasado junto a vos. Mientras delirabais, me he reído oyendo las necedades y graciosos absurdos que continuamente deciais; pero ya estáis en vuestro sano juicio, y de nuevo sois tonto.

—Pues bien, señora: deliraré, deliraré, y diré todas las majaderías que usted quiera, con tal que me acompañe—exclamé jovialmente—. No quiero que usted se marche enojada conmigo.

Miss Fly se apoyó en la pared para no caer. Advertí que la expresión de su rostro pasaba de una furia insensata a una emoción profunda. Sus ojos se inundaron de lágrimas, y como si no le pareciese que sus manos las ocultaban bien, corrió rápidamente hacia afuera. Su intención primera fué, sin duda, salir; mas se quedó junto a la puerta y en sitio donde difícilmente la veía. Con todo, bastaron a revelarme su presencia, ignoro si los suspiros que creí oír o la sombra que se proyectaba en la pared y subía hasta el techo. Lo que sí no tiene duda alguna para mí es que, después de

estar largo tiempo sumergido en tristes cavilaciones, me sentí con sueño, y lentamente caí en uno profundísimo que duró hasta por la mañana. ¿Debo decir que cuando me hallaba próximo a perder completamente el uso de los sentidos se repitieron los fenómenos extraños que habían acompañado mi penoso regreso a la vida? ¿Debo decir que me pareció ver volar encima y alrededor de mi cabeza un insecto alado, que después vino a posar sobre mi frente sus dos alas blandas, pesadas y ardientes?

Esto no era más que repetición de lo que antes había soñado. El fenómeno más raro, entre todos los de aquella rarísima noche, vino después, poniendo digno remate a mis confusiones; y fué, señores míos, que, no desvanecida aún mi confusión por aquello de la Pajarita, advertí que se cernía sobre mi frente una cosa negra, larga, no muy grande, aunque me era muy difícil precisar su tamaño, el cual objeto, o animalucho, tenía dos largas piernas y dos picudas alas, que abría y cerraba alternativamente; todo negro, áspero, rígido y extremadamente feo. Aquel horrible crustáceo se replegaba, y entonces parecía un puñal negro; después abría sus patas y sus alas, y era como un escorpión. Lentamente bajaba, acercándose a mí, y cuando tocó mi frente, sentí frío en todo mi cuerpo. Agitóse mucho; meneó las horribles extremidades repetidas veces, emitiendo un chillido estridente, seco, áspero, que estremecía los nervios y después huyó.

XXXIX

Tras un sueño tan largo como profundo, desperté en pleno día notablemente mejorado. La hermosa claridad del sol me produjo bienestar inmenso, y, además del alivio corporal, experimentaba cierto apacible reposo del alma. Me recreaba en mi salud como un fatuo en su hermosura.

A mi lado estaban dos hombres: el hospitalario y un médico militar, que, después de reconocermé, hizo alegres pronósticos acerca de mi enfermedad, y me mandó que comiese algo succulento si encontraba almas caritativas que me lo proporcionasen. Marchóse a cortar no sé cuántas piernas, y el hermano, luego

que nos quedamos solos, se sentó junto a mí, y compungidamente, me dijo:

—Siga usted los consejos de un pobre penitente, señor don Gabriel, y en vez de cuidarse del alimento del cuerpo, atienda al del alma, que hartó lo ha menester.

—Pues qué, señor Juan de Dios, ¿acaso voy a morir?—le dije, recelando que quisiera ensayar en mí el sistema de las silvestres hierbecillas.

—Para vivir como usted vive—afirmó el fraile con acento lúgubre—, vale más mil veces la muerte. Yo, al menos, la preferiría.

—No entiendo.

—Señor Araceli, señor Araceli—exclamó, no ya inquieto, sino con verdadera alarma—, piense usted en Dios; llame usted a Dios en su ayuda; elimine usted de su pensamiento toda idea mundana; abstraigase usted... Para conseguirlo, recemos, amigo mío; recemos fervorosamente por espacio de cuatro, cinco o seis horas, sin distraernos un momento, y nos veremos libres del inmenso, del horrible peligro que nos amenaza.

—Pero este hombre me va a matar—dije con miedo—. Me manda el médico que coma, y ahora resulta que necesito una ración de seis horas de rezo. Hermanuco, por amor de Dios, tráigame una gallina, un pavo, un carnero, un buey.

—¡Perdido, irremisiblemente perdido!...—exclamó con aflicción suma, elevando los ojos al cielo y cruzando las manos—. ¡Comer, comer! Regalar el cuerpo con incitativos manjares cuando el alma está amenazada; amenazada, señor Araceli... Vuelva usted en sí... Recemos juntos, nada más que seis horas, sin un instante de distracción..., con el pensamiento clavado en lo alto... De esta manera, el pérfido se ahuyentará, vacilará al menos antes de poner su infernal mano en un alma inocente, la encontrará atada al Cielo con las santas cadenas de la oración, y quizá renuncie a sus execrables propósitos.

—Hermano Juan de Dios, quiteseme de delante, o no sé lo que haré. Si usted es loco de atar, yo, por fortuna, no lo soy, y quiero alimentarme.

—Por piedad, por todos los santos, por la salvación de su alma, amado hermano mío, modérese usted, refrene esos livianos apetitos, ponga cien cadenas a

la concupiscencia del mascar, pues por la puerta de la gastronomía entran todos los melindres pecaminosos.

Le miré entre colérico y risueño, porque su austeridad, que había empezado a ser grotesca, me enfadaba, y al mismo tiempo me divertía. No, no me es posible pintarle tal como era, tal como le vi en aquel momento. Para reproducir en el lienzo la extraña figura de aquel hombre, a quien los ayunos y la exaltación de la fantasía llevaran a estado tan lastimoso, no bastaría el pincel de Zurbarán, no: sería preciso revolver la paleta del gran Velázquez para buscar allí algo de lo que sirvió para la hechura de sus inmortales bobos.

Me rei de él, diciéndole:

—Tráigame usted de comer, y después rezaremos.

Por única contestación, el hospitalario se arrodillo, y sacando un libro de rezos, me dijo:

—Repita usted lo que yo vaya leyendo.

—¡Que me mata este hombre, que me mata! ¡Favor!—grité encolerizado.

Juan de Dios se levantó, y poniendo su mano sobre mi pecho, espantado y tembloroso, me habló así:

—¡Que viene! ¡Que va a venir!

—¿Quién? — pregunté, cansado de aquella farsa.

—¿Quién ha de ser, desgraciado, quién ha de ser?—dijo en voz baja y con abatimiento—. ¿Quién ha de ser sino el torpe enemigo del linaje humano, el negro rey que gobierna el imperio de las tinieblas como Dios el de la luz; aquel que odia la santidad y tiende mil lazos a la virtud para que se enrede? ¿Quién ha de ser sino la inmunda bestia que posee el arte de mudarse y embellecerse, tomando la figura y traje que más fácilmente seducen al descuidado pecador? ¿Quién ha de ser? ¡Extraña pregunta por cierto! ¡Me asombro de la inocente calma con que usted me habla, hallándose, como se halla, en el mismo estado que yo!

Mis carcajadas atronaban la estancia.

—Me alegraré en extremo de que venga—le dije—. ¿Cómo sabe usted que va a venir?

—Porque ya ha estado, pobrecito; porque ya ha puesto sus alevés manos sobre usted, en señal de posesión y dominio; porque dijo que iba a volver.

—Eso me alegra sobre manera. ¿Y cuándo he tenido el honor de tal visita? No he visto nada.

—¡Cómo había usted de verlo, si dormía, desgraciado!—exclamó con lástima—. ¡Dormir, dormir! He aquí el gran peligro. El aprovecha las ocasiones en que el alma está suelta y haciendo travesuras, libre de la vigilancia de la oración. Por eso yo no duermo nunca; por eso velo constantemente.

—¿Vino mientras yo dormía?

—Sí; anoche... ¡Horrible momento! La señora inglesa que tan bien ha cuidado a usted había salido. Yo estaba solo y me distraje un poco en mis rezos. Sin saber cómo, había dejado volar el pensamiento por espacios voluptuosos y sonrosados... ¡Pecador indigno, mil veces indigno!... Yo había puesto el libro sobre mis rodillas, y cerrado los ojos, y dejádome aletargar en sabroso desvanecimiento cuya vaporosa niebla y blando calor recreaban mi cuerpo y mi espíritu...

—Y entonces, cuando mi bendito hermanuco se regocijaba con tales liviandades, abrióse la tierra, salió una llama de azufre...

—No se abrió la tierra, sino la puerta, y apareció... ¡Ay!, apareció en aquella forma celestial, robada a las criaturas de la más alta esfera angélica; apareció cual siempre le ven mis pecadores ojos.

—Hermano, hermano, soy feliz y sentiría que estuviera usted cuerdo.

—Apareció, como he dicho, y su vista me convirtió en estatua. Otra de igual catadura le acompañaba, también en forma mujeril, representando más edad que la primera, la tan aborrecida como adorada, que es el terror de mis noches y el espanto de mis días y el abismo que se traga mi alma.

—Pues le aseguro a usted que adoro a esos demonios, señor Juan de Dios, y ahora mismo voy a mandarles un recado con usted.

—¿Conmigo? ¡Infeliz precito! Ya vendrán por usted y se lo llevarán con sus satánicas artes.

—Quiero saber qué hicieron, qué dijeron.

—Dijeron: «Aquí nos han asegurado que está.» Y luego, sus ojos, que todo lo ven en la lobreguez de la horrenda noche, vieron el miserable cuerpo, y se abalanzaron hacia él con aullidos que

parecían sollozos ternísimos, con lamentos que parecían la dulce armonía del amor materno llorando junto a la cuna del niño moribundo.

—¡Y yo dormido como un poste! ¡Padre Juan, es usted un imbécil, un majadero! ¿Por qué no me despertó?

—Usted deliraba aún; las dos, ¡ay!, aquellas dos apariencias hermosísimas, y tan acabadas y perfectas que sólo yo, con los perspicuos ojos del alma, podía adivinar bajo su deslumbradora estructura la mano del infernal artífice; las dos mujeres, digo, derramaron sobre el pecho y la frente de usted demoníacas chispas, con tan ingeniosa alquimia desfiguradas, que parecían lágrimas de ternura. Pusieron sus labios de fuego en las manos de usted como si las besaran, le arreglaron las ropas del lecho, y después...

—¿Y después?

—Y después buscáronme con los ojos como para preguntarme algo; mas yo, más muerto que vivo, habíame escondido bajo aquella mesa y temblaba allí y me moría. Señor don Gabriel, me moría queriendo rezar y sin poder rezar, queriendo dejar de ver aquel espectáculo y viéndolo siempre... Por fin, resolvieron marcharse... Ya eran dueñas del alma de usted y no necesitaban más.

—Se fueron, pues.

—Se fueron diciendo que iban a pedir licencia a no sé quién para trasladar a usted a otro punto..., al infierno, cuando menos. De esta manera desapareció de entre los vivos un hermano hospitalario que era gran pecador; se lo llevaron una mañana enterito y sin dejar una sola pieza de su corporal estructura.

—¿Y después?... Estoy muy alegre, hermano Juan.

—Después vino esa señora a quien llaman *doña Flay*, la cual es una criatura angelical que le quiere a usted mucho. Usted empezó a salir de aquel marasmo o trastorno en que le dejaron las embajadoras del negro averno: la señora inglesa habló largamente con usted, y yo, que me puse a escuchar tras la puerta, oí que le decía mil cositas tiernas, melosas y hechiceras.

—¿Y después?

—Y después usted se puso furioso y entré yo, y la inglesa me mandó salir, y, a lo que entendí, mi don Gabriel se

durmió. La inglesa entraba y salía, sin cesar de llorar.

—¿Y nada más?

—Algo más hay, sí, sin duda lo más terrible y espantoso, porque el atormentador del linaje humano, aquel que, según un santo padre, tiene por cómplice de su infame industria a la mujer, la cual es hornillo de sus alquimias y fundamento de sus feas hechuras; aquel que me atormenta y quiere perderme, entró de nuevo en la misma duplicada forma de mujer linda...

—Y yo, ¿dormía también?

—Dormía usted con sueño tranquilo y reposado. La señora inglesa estaba junto a aquella mesa envolviendo no sé qué cosa en un papel. Entraron ellas; no expiré en aquel momento por milagro de Dios... Se acercaron a usted, y vuelta a los aullidos que parecían llantos y a los signos quirománticos semejantes a caricias blandas y amorosas.

—¿Y no dijeron nada? ¿No dijeron nada a miss Fly ni a usted?

—Sí—continuó después de tomar aliento, porque la fatiga de su oprimido pecho apenas le permitía hablar—: dijeron que ya tenían la licencia y que iban a buscar una litera para trasladar a usted a un sitio que no nombraron... Pero lo más extraño es que, al oír esto, la señora inglesa, que no estaba menos absorta, ni menos suspendida, ni menos espantada que yo, debió de conocer que las tan aparatosas beldades eran obra de aquel que llevó a Jesús a la cima de la montaña y a la cúspide de la ciudad; y sobrecoyida, como yo, lanzó un grito agudísimo, precipitándose fuera de la habitación. Seguila, y ambos corrimos largo trecho, hasta que ella puso fin a su atropellada carrera, y apoyando la cabeza contra una pared, allí fué el verter lágrimas, el exhalar hondos suspiros y el proferir palabras vehementes, con las cuales pedía a Dios misericordia. Una hora después volví, despertó usted, y nada más. Sólo falta que recemos, como antes dije, porque sólo la oración y la vigilancia del espíritu ahuyentan al Malo, así como el pérfido sueño, las regaladas comidas y las conversaciones mundanas le llaman.

Juan de Dios no dijo más; trémulo y lívido, ponía su atención en extraños ruidos que sonaban fuera.

—¡Aquí, aquí estoy, Inesilla..., señora

condesa!—grité, reconociendo las dulces voces que desde de mi lecho oía—. Aquí estoy, vivo y sano y contento, y queriéndolas a las dos más que a mi vida.

¡Ay! Entraron ambas, y desoladas corrieron hacia mí. Una me abrazó por un costado y otra por otro. Casi me desvanecí de alegría cuando las dos adoradas cabezas oprimían mi pecho.

Juan de Dios huyó de un salto, de un vuelo, o no sé cómo.

Quise hablar, y la emoción me lo impedía. Ellas lloraban y no decían nada tampoco. Al fin, Inés levantó los ojos sobre mi frente y la observé con curiosidad y atención.

—¿Qué me miras?—le dije—. ¿Estoy tan desfigurado que no me conoces?

—No es eso.

La condesa miró también.

—Es que noto que te falta algo—dijo Inés sonriendo.

Me llevé la mano a la frente, y, en efecto, algo me faltaba.

—¿Adónde han ido a parar los dos largos mechones de pelo que tenías aquí?

Al decir esto, con sus deditos tocaba mi cabeza.

—Pues no sé...; tal vez en la batalla...

Las dos rieron.

—Queridas mías, recuerdo haber visto en sueños, encima de mi cabeza, un animalejo frío y negro, y ahora comprendo lo que era aquello: unas tijeras. Tengo aquí, sobre la sien, una rozadura... ¿La ven ustedes?... Esos pelos me molestaban, y aquí del cirujano. Es hombre entendido que no olvida el más pequeño detalle.

Tantas preguntas tenía que hacer, que no sabía por cuál empezar.

—¿Y en qué paró esa batalla?—dije—. ¿Dónde está lord Wellington?

—La batalla paró en lo que paran todas: en que se acabó cuando se cansaron de matarse—me respondió una de ellas, no sé cuál.

—Pero los franceses se retiraban cuando yo caí.

—Tanto se retiraron—dijo la condesa—que todavía están corriendo. Wellington les va a los alcances. No tengas cuidado por eso, que ya lo harán bien sin ti... Veremos si te dan algún grado por haber cogido el águila.

—¿Conque yo cogí un águila...?

—Un águila toda dorada, con las alas abiertas y el pico roto, puesta sobre

un palo, y con rayos en las garras. La he visto—dijo Inés con satisfacción, extendiéndose en pomposas descripciones de la insignia imperial.

—Te encontraron—añadió la condesa—entre muchos muertos y heridos, abrazado con el cadáver de un abandonado francés, el cual te mordía el brazo.

Era la parte de mi cuerpo que más me dolía.

—Te hemos buscado desde el veintidós—dijo Inés—, y hasta anoche todo ha sido correr y más correr sin resultado alguno. Creimos que habías muerto. Fuí a la zanja grande, donde están enterrados los pobres cuerpos. Había tantos, tantos, que no los pude ver todos. Aquello parecía una maldición de Dios. Si cuando tal vi hubiera tenido en mi mano el águila que cogiste, la habría echado también en la zanja, y luego tierra, mucha tierra encima.

—Bien, Inesilla. Nadie mejor que tú dice las mayores verdades de un modo más sencillo. La gloria militar y los muertos de las batallas debieran enterrarse en una misma fosa... En fin, adoradas mías, vivo estoy para quererlas muchísimo, y para casarme con la una, previo el consentimiento de la otra.

La condesa frunció ligeramente el ceño, e Inés me miró el cabello. La felicidad que inundaba mi alma se desbordó en francas risas y expresiones gozosas, a que Inés habría contestado de algún modo si la seriedad de su madre se lo hubiera permitido.

—Saquemos ahora de aquí a ese bergante—dijo la condesa—, y después se verá. Debemos dar gracias a esa señora inglesa que te recogió en el campo de batalla y que te ha cuidado tan bien, según nos han dicho. Sé quién es y la hemos visto. La conocí en el Puerto... Por cierto, caballerito, que tenemos que hablar tú y yo.

—¿No está por aquí? ¡Athenais, Athenais!... Se empeñará en no venir cuando la necesitamos. Me alegro infinito de que se conozcan ustedes. Creo que este conocimiento me ahorra un disgusto. Miss Fly es persona leal y generosa. ¡Señor Juan de Dios!... Ese no vendrá aunque le ahorquen. Ha dado en decir que son ustedes el demonio.

—¿Ese bendito hospitalario?—indicó la condesa—. El médico nos dijo que se había escapado dos veces de la casa

de locos... Vamos a ver cómo te arreglamos en la camilla. Llamaremos a otro enfermero.

Cuando salió la condesa, dije a Inés:

—No me has dicho nada de aquella persona...

—Ya lo sabrás todo—me contestó, sin oponerse a que le comiese a besos las manos—. Ven pronto a casa..., prueba a levantarte.

—No puedo, hijita; estoy muy débil. Ese hospitalario de mil demonios se propuso hoy matarme de hambre. El agustino, empeñado en que no había de comer: y miss Fly, volviéndome loco con sus habladuras...

—¡Oh!—dijo Inés con encantadora expresión de amenaza—. ¿Esa inglesa ha de estar contigo en todas partes?... Tengo una sospecha, una sospecha terrible, y si fuera cierto... ¿Seré yo demasiado buena, demasiado confiada e inocente, y tú un grandísimo tunante?

Miró de nuevo a mi frente no ya con inquietud, sino con verdadera alarma.

—¡Inesilla de mi corazón!—exclamé—. ¡Si tienes sospechas, yo las disiparé! ¿Dudas de mí? Eso no puede ser. No ha sucedido nunca, y no sucederá ahora. ¿Puedo yo dudar de ti? ¿Puede quebrantarse la fe de esta religión mutua en que ha mucho tiempo vivimos y entrañablemente nos adoramos?

—Así ha sido hasta aquí; pero ahora... tú me ocultas algo... Mi madre ha pronunciado al descuido algunas palabras... No, Gabriel, no me engañes. Dímelo, dímelo pronto. Miss Fly te recogió del campo de batalla. Ella lo ha negado: pero es verdad. Nos lo han dicho.

—¡Engañarte yo!... Eso sí que es gracioso. Aunque fuese malo y quisiera engañarte no podría. Pero te debo decir la verdad, toda la verdad, mujer mía. y empiezo desde este momento... ¿Por qué me miras la frente?

—Porque..., porque—dijo pálida, grave y amenazadora—, porque ese mechón de pelo te lo ha quitado miss Fly. Yo lo adivino.

—Pues sí, ella misma ha sido—contesté con serenidad imperturbable.

—¡Ella misma!... ¡Y lo confiesa!—exclamó entre suspensa y aterrada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Yo no sabía qué decir. Pero la verdad salía en onda impetuosa de mi corazón a mis labios. Mentir, fingir, tergiversar,

disimular, era indigno de mí y de ella. Incorporándome con dificultad, le dije:

—Yo te contaré muchas cosas que te sorprenderan, querida mía. Demos tú y yo las gracias a esa generosa mujer que me recogió de entre los muertos en el Arapil Grande, para que no te quedases viuda.

—En marcha, vamos—dijo la condesa, entrando de súbito e interrumpiéndome—. En esta litera irás bien.

XL

La casa de la calle del Cáliz, adonde por dos veces he transportado a mis oyentes, y a cuyo recinto de nuevo me han de seguir si quieren saber el fin de esta puntual historia, era la habitación patrimonial de Santorcaz, que la había heredado de su padre un año antes, con algunas tierras productivas. Componíase el tal caserón de dos o tres edificios diversos en tamaño y estructura, que compró, unió y comunicó entre sí el señor Juan de Santorcaz, aldeano enriquecido a principios del siglo pasado. Faltaba a aquella vivienda elegancia y belleza, pero no solidez, ni magnitud, ni comodidades, aunque algunas piezas se hallaban demasiado distantes unas de otras y era excesiva la longitud de los corredores, así como el número de escalones que al discurrir de una parte a otra se encontraban.

En los aposentos donde anteriormente los vimos estaba Santorcaz con su hija el 22 de julio durante la batalla. Esta última circunstancia hará comprender a mis oyentes que no presencié lo que voy a contar; mas si lo cuento de referencia, si lo pongo en el lugar de los hechos presenciados por mí, es porque doy tanta fe a la palabra de quien me los contó como a mis propios ojos y oídos; y así, téngase esto por verídico y real.

Estaban, pues, según he dicho, el infortunado don Luis y su hija en la sala. Lamentábase ella de que existieran guerras, y maldecía él su triste estado de salud, que no le permitía presenciar el espectáculo de aquel día, cuando sonó con terrible estruendo la famosa aldaba del culebrón, y al poco rato, el único criado que los servía y el militar que los guardaba anunciaron a los solitarios

dueños que una señora quería entrar. Como miss Fly había estado allí algunos días antes ofreciendo al masón un salvocoducto para salir de Salamanca y de España, alegrósele a aquél el alma y dió orden de que al punto dejasen pasar e internarse hasta su presencia a la generosa visitante. Transcurridos algunos minutos, entró en la sala la condesa.

Santorcaz rugió como la fiera herida cuando no puede defenderse. Largo rato estuvieron abrazadas madre e hija, confundiendo sus lágrimas, y tan olvidadas del resto de la creación, cual si ellas solas existieran en el mundo. Vueltas al fin en su acuerdo, la madre, observando con terror a aquel hombre rabioso y sombrío, que clavaba los ojos en el suelo, como si quisiera con la sola fuerza de su mirada abrir un agujero en que meterse, quiso llevar a su hija consigo, y dijo palabras muy parecidas a las que yo pronuncié en circunstancias semejantes.

Los que vieron mi sorpresa, juzguen cuál sería la de Amaranta cuando Inés se separó de ella, y hecha un mar de lágrimas corrió con los brazos abiertos hacia el anciano, en ademán cariñoso. Absorta miró tan increíble movimiento la condesa. Santorcaz, cuando su hija estuvo próxima, volvió el rostro y alargó los brazos para rechazarla.

—Vete de aquí—dijo—. no quiero verte, no te conozco.

—¡Loco!—gritó la muchacha con dolor—. Si dices otra vez que me marche, me marcharé.

Revolvió Santorcaz los fieros ojos de un lado a otro de la estancia, miró con igual rencor a la condesa y a su hija, y temblando de cólera, repitió:

—Vete, vete. Te he dicho que te vayas. No quiero verte más. Sal de esta casa con esa mujer y no vuelvas.

—Padre—dijo Inés sin dar gran importancia al frenesí del anciano—. ¿No me has dicho que esta casa es mía? ¿No me has entregado las llaves? Pues voy a acomodar esta señora en una habitación de las de la calle, porque hoy es imposible que encuentre posada, y mañana las dos nos iremos, dejándote tranquilo.

Tomando un manojo de llaves y repiqueteando con él, no sin cierta intención zumbona, Inés salió de la estancia seguida de Amaranta, que nada comprendía de aquella tragicomedia.

Luego que se quedó solo, Santorcaz dió algunos paseos por la habitación, recorriéndola en giros y vueltas sin fin, cual macho de noria. Su fisonomía expresaba todo cuanto puede expresar la fisonomía humana, desde la saña más terrible a la emoción más tierna. Tomó después un libro, pero lo arrojó en el suelo a los pocos minutos. Cogió luego una pluma, y después de rasguñar el papel breve rato, la destrozó y la pisoteó. Levantóse, y con pasos vacilantes e inseguro ademán dirigióse a la puerta vidriera; penetró en la estancia próxima, donde había un tocador de mujer y un lecho blanco. De rodillas en el suelo hizo de la cama reclinatorio, y apoyando el rostro sobre ella estuvo llorando todo el día.

Si Santorcaz hubiera tenido un oído agudo y finísimo, como el de algunas especies ornitológicas, habría percibido el rumor de tenues pasos en el comedor cercano; si Santorcaz hubiera poseído la doble vista, que es un absurdo para la fisiología, pero que no lo parecería si se llegaran a conocer los misteriosos órganos del espíritu, habría visto que no estaba enteramente solo; que una figura celestial batía sus alas en las inmediaciones de la triste alcoba; que sin tocar el suelo con su ligero paso venía y se acercaba, y aplicaba con gracioso gesto su linda cabeza a la puerta para escuchar, y luego introducía un rayo de sus ojos por un resquicio para observar lo que dentro pasaba; y como si lo que veía y oía le contentase, iluminaba aquellos sombríos espacios con una sonrisa, y se marchaba para volver al poco rato y atender lo mismo. Pero el pobre masón no veía nada de esto. Aquella tarde un ordenanza inglés le trajo un salvoconducto para salir de Salamanca; pero el masón lo rompió. La condesa e Inés, excepto en los intervalos en que ésta salía, hablaban por los codos en las habitaciones de la calle. Figuraos la tarea de dos lenguas de mujer que quieren decir en un día todo lo que han callado en un año. Hablaban sin cesar, pasando de un asunto a otro, sin agotar ninguno, experimentando emociones diversas, siempre sorprendidas, siempre conmovidas, quitándose una a otra la palabra, refiriendo, ponderando, encareciendo, comentando, afirmando y negando.

Esto pasaba el 22 de julio. De cuan-

do en cuando las interrumpía zumbido lejano, estremecimiento sordo de la tierra y del aire. Era la voz de los cañones de Inglaterra y de Francia, que estaban batiéndose donde todos sabemos. Las dos mujeres cruzaban las manos, elevando los ojos al cielo. Los cañonazos se repetían con más frecuencia. Por la tarde era un mugido incesante, como el del Océano tempestuoso. En madre e hija pudo tanto el terror, que se callaron: es cuanto hay que decir. Pensaban en la cantidad de hombres que se tragaría a cada una de sus sacudidas el mar irritado, que bramaba a lo lejos.

Llegó la noche, y los cañonazos cesaron. Muy tarde, entró Tribaldos en la casa. El pobre muchacho estaba consternado, y, aunque se las echaba de valiente, derramó algunas lágrimas.

—¿Adónde vas?—preguntó con inquietud la madre a la hija, viendo que ésta se ponía el manto sin decir para qué.

—Al Arapil—contestó Inés, entregando otro manto a la condesa, que se lo puso también sin decir nada.

Visitó Inés por breves momentos al anciano, y salió de la casa y de la ciudad, acompañada de su madre y del tío Tribaldos. Inmenso gentío de curiosos llenaba el camino. La batalla había sido horrenda, y querían ver las sobras todos los que no pudieron ver el festín. Anduvieron largo tiempo, toda la noche, hacia arriba, hacia abajo, y de acá para allá, sin encontrar lo que buscaban ni quién razón les diera de ello. Cerca del día vieron a miss Fly, que regresaba del campo de batalla delante de una camilla bien arreglada y cubierta, donde traían a un hombre que fué encontrado en el Arapil Grande lleno de heridas, sin conocimiento y con una horrible mordida en el brazo.

Acercáronse Inés, la condesa y Tribaldos a miss Fly para hacerle preguntas; pero ésta, impaciente por seguir, les contestó:

—No sé una palabra. Dejadme continuar. Llevo en esta camilla al pobre sir Thomas Parr, que está herido de gravedad.

Siguieron ellas y Tribaldos, y recorrieron el campo de batalla, que la luz del naciente día les permitió ver en todo su horror; vieron los cuerpos tendidos y revueltos, conservando en sus fisonomías la expresión de rabia y espan-

to con que los sorprendiera la muerte. Miles de ojos sin brillo y sin luz, como los ojos de las estatuas de mármol, miraban al cielo sin verlo. Las manos se agarrotaban en los fusiles y en las empuñaduras de los sables, como si fueran a alzarse para disparar y acuchillar de nuevo. Los caballos alzaban sus patas tiesas y mostraban los blancos dientes con lúgubre sonrisa. Las dos desconsoladas mujeres vieron todo esto y examinaron los cuerpos uno a uno; vieron los charcos, las zanjas, los surcos hechos por las ruedas y los hoyos que tantos millares de pies abrieran en el bailoteo de la lucha; vieron las flores del campo machacadas, y las mariposas, que alzaban el vuelo con sus alas, teñidas de sangre. Regresaron a Salamanca; volvieron por la noche al campo de batalla no ya conmovidas, sino desesperadas; rezaban por el camino; preguntaban a todos los vivos y también a los muertos.

Por último, después de repetidos viajes y exploraciones dentro y fuera de la ciudad, en los cuales emplearon tres días, con ligeros intervalos de residencia y descanso en la casa de la calle del Cáliz, encontraron lo que buscaban en el hospital de sangre improvisado en la Merced. Le hallaron separado de los demás, en una habitación solitaria y en poder de un pobre fraile demente. Hicieron diligencia cerca de la autoridad militar, y, por último, consiguieron poder llevarle, es decir, llevarme consigo.

XLI

Acomodáronme en una estancia clara y bonita y en un buen lecho que atropelladamente dispusieron para mí. Me dieron de comer, lo cual agradecí con toda mi alma, y empecé a encontrarme muy bien. Lo que más contribuía a precipitar mi restablecimiento era la alegría inexplicable que llenaba mi alma. Síntoma externo de este gozo era una jovialidad expansiva que me impulsaba a reír por cualquier frívolo motivo.

La noche de mi entrada en la casa, mientras la condesa escribía cartas a todo ser viviente, en la sala inmediata Inés me daba de cenar.

Nos hallábamos solos, y le conté toda, absolutamente toda la casi increíble novela de miss Fly, sin omitir nada que

me perjudicase o me engrandeciese a los ojos de mi interlocutora. Oyóme ésta con atención profunda, mas no sin tristeza; y cuando concluí, diríase que mi constante amiga había perdido el uso de la palabra. No sé en qué vagas perplejidades se quedó suspenso y flotante su grande ánimo. En su fisonomía observé el enojo luchando con la compasión, el orgullo tal vez en pugna con la hilaridad. Pero no decía nada, y sus grandes ojos se cebaban en mí. Por mi parte, mientras más duraba mi abstracción contemplativa, más inclinado me sentía yo a burlarme de las nubes que oscurecían mi cielo.

—¿Es posible que pienses todavía en eso?—le dije.

—Espero que me enseñes el mechón rubio con que te han pagado el negro... Buena pieza, ¿piensas que me casaré contigo, con un perdido, con un bribón?... Te cuidaremos, y luego que estés bueno, te marcharás con tu adorada inglesa. Ninguna falta me haces.

Quería ponerse seria, y casi lo lograba.

—No me marcharé, no—le dije—, porque te quiero más que a las niñas de mis ojos; me has enamorado, porque eres una criatura de otros tiempos, porque vuestra alma, señora (me gusta tratar de vos a las personas), da la mano a la mía y ambas suben a las alturas, donde jamás llega la vulgaridad y bajeza de los nacidos. Por vos, señora, seré Bernardo del Carpio, el Cid y Lanzarote del Lago; acometeré las empresas más absurdas; mataré a medio mundo y me comeré al otro medio.

—Si piensas embobarme con tales tonterías...—dijo, sin querer reírse, pero riendo.

—Señora — exclamé, con dramático acento—, vos sois el imán de mi existencia, la única pareja digna de mi alma; adoro las águilas que vuelan mirando cara a cara al sol, y nos las gallinas, que sólo saben poner huevos, criar pollos, cacarear en los corrales y morir por el hombre. Llevadme, llevadme con vos, señora, a los espacios de las grandes emociones y a las excelsitudes del pensamiento. Si me abandonáis, yo os lloraré en las ruinas; si me amáis, seré vuestro esclavo y conquistaré diez reinos para ponerlos uno en cada dedo de las manos.

—Calla, calla, tonto, farsante—dijo Inés, defendiéndose como podía contra la hilaridad que la ahogaba.

—¡Ah señora y dueña mía!—proseguí yo, reforzando mi entonación—. Me rechazáis. Vuestro corazón es indigno del mío. Yo lo creí templado en el fuego de la pasión, y es un pedazo de carne fofa y blanda. Os lo pedía yo para unirlo al mío, y vos lo arrojáis a los soldados para que claven en él sus bayonetas. Sois indigna de mí, señora. Os digo estas sublimidades, y, en vez de oírme, os estáis cosiendo todo el día; tembláis cuando voy a la guerra; no pensáis más que en vuestros chiquillos, en vez de pensar en mi gloria, y os ocupáis en hacer guisotes y platos diversos para darme de comer; yo no como, señora. En la región donde yo habito no se come... De veras sois tonta; os habéis empeñado en amarme con cariño dulce y tranquilo, propio de costureras, boticarios, sargentos covachuelistas y sastres de portal. ¡Oh, amádmeme con exaltación, con frenesí, con delirio, como amaba Bernardo del Carpio a doña Estela; cantad las hazañas de los héroes que son norte y faro de mi vida, y poneos delante de mí cual figura histórica, sin cuidados de que mi ropa esté hecha pedazos, mi mesa sin comida y mis hijos desnudos! ¿Qué veo? ¿Os reís? ¡Misericordia humana! ¡Yo me muero por vos, y os reís! ¡Yo peno, y vos os regocijáis! ¡Yo enflaquezco, y vos os presentáis a mí fresca, alegre y gordita!

Inés lloraba de risa, pero de una manera tan franca y natural, que todo el enojo se iba desvaneciendo en aquellas chispas de alegría. Mi corazón se entendió con el suyo, como los hermanos que por un momento riñen para quererse más.

—Os abandono porque amáis a otro, a una criatura vulgar y antipoética, señora—continué, mirando su frente y haciendo con mis dedos movimientos semejantes al abrir y cerrar de unas tijeras—; pero quiero llevarme un recuerdo vuestro, y así os corto ese mechón que os cuelga sobre la frente.

Diciéndolo, cogí la preciosa cabeza y le di mil besos.

—Que me lastimas. bárbaro—gritó sin cesar de reír.

Acudió la condesa, que en la cercana habitación estaba, y, al verla, Inés,

más roja que una amapola, le dijo:

—Es Gabriel, que las echa de gracioso.

—No hagáis ruido que estoy escribiendo. Todavía me faltan muchas cartas, pues tengo que escribir a Wellington, a Graham, a Castaños, a Cabarrús, a Azanza, a Soult, a O'Donnell y al rey José.

Mi adorada suegra tenía la manía de las cartas. Escribía a todo el mundo, y de todos lograba respuesta. Su colección epistolar era un riquísimo archivo histórico, del cual sacaré algún día no pocas preciosidades.

Al día siguiente mi suegra fué a visitar a miss Fly, a quien, como he dicho, había tratado en el Puerto y reconocido últimamente en Salamanca. Athenais pagó la visita a la condesa en el mismo día. Vino elegantemente vestida, deslumbradora de hermosura y de gracia. Servíale de caballero el coronel Simpson, siempre encarnadito, vivaracho, acicalado y compuesto como un figurín, y siempre honrando todos los objetos y personas con la cuádruple mirada de dos ojos y dos vidrios que jamás descansaban en su investigadora observación. Yo me había levantado; en pie asistí, sin moverme, a la visita, que no fué larga, aunque sí digna de ocupar el penúltimo lugar en esta verídica historia.

—¿De modo que parte usted definitivamente para Inglaterra?—dijo la condesa.

—Sí, señora—repuso Athenais, que no se dignaba mirarme—. Estoy cansada de la guerra y de España y deseo abrazar a mi madre y hermanas. Si alguna vez vuelvo a España, tendré el gusto de visitaros.

—Antes quizá tenga yo el de escribir a usted—dijo mi suegra, acordándose de que había papel y plumas en el mundo—. Por falta de tiempo no he escrito ya a lord Byron, a quien conocí en Cádiz. No llevará usted malos recuerdos de España.

—Muy buenos. Me he divertido mucho en este extraño país; he estudiado las costumbres, he hecho muchos dibujos de los trajes y gran número de paisajes en lápiz y acuarelas. Espero que mi álbum llame la atención.

—También llevará usted memoria de las tristes escenas de la guerra—dijo Amaranta con emoción.

—Los franceses nada respetan—indicó miss Fly con la indiferencia que se emplea en las visitas para hablar del tiempo.

—En su retirada—afirmó Simpson—han destruido todos los pueblos de la ribera del Tormes. No nos perdonan que les hayamos matado cinco mil hombres y cogido siete mil prisioneros con dos águilas, seis banderas y once cañones... ¡Grandiosa e importante batalla! No puedo menos de felicitar al señor de Araceli—añadió, haciéndome el honor de dirigirse a mí—por su buen comportamiento durante la acción. El brigadier Pack y el honorable general Leith han hecho delante de mí grandes elogios de usted. Me consta que su excelencia el gran Wellington no ignora nada de lo que tanto os favorece.

—En ese caso—dije—, tal vez se dispuso la prevención que su excelencia tenía contra mí por motivos que nunca supe saber.

Athenais se puso pálida; mas, dominándose al instante, no sólo se atrevió a fijar en mí sus lindos ojos de cielo, sino que se rió, y de muy buena gana, según parecía.

—Este caballero—contestó con jovialidad asombrosa, por lo bien fingida—ha tenido la desgracia y la fortuna de pasar por mi amante a los ojos de los ociosos del campamento. En España, el honor de las damas está a merced de cualquier malicioso.

—Pero ¡cómo! ¿Es posible, señora?—exclamé, fingiéndome sorprendido y, además de sorprendido, encolerizado—. ¿Es posible que por aquel felicísimo encuentro nuestro...? No sabía nada ciertamente. ¡Y se han atrevido a calumniar a usted!... ¡Qué horror!

—Y poco ha faltado para que me supusieran casada con vos—añadió, apartando los ojos de mí, contra lo que las conveniencias del diálogo exigían—. Me ha servido de gran diversión, porque, a la verdad, aunque os tengo por persona estimable...

—No tanto que pudiera merecer el honor...—añadí, completando la frase—. Eso es claro como el agua.

—Todo provino de que alguien nos vió juntos en la ciudad cuando, para salvarlos de aquellos infames soldados, pasasteis por mi criado durante unas cuantas horas—dijo Athenais, coqueteando

do y haciendo monerías—. Ahora falta saber si, por vanidad juvenil, fuisteis vos mismo quien se atrevió a propalar rumores tan ridículos acerca de una noble dama inglesa que jamás ha pensado enamorarse en España, y menos de un hombre como vos.

—¡Yo, señora! El coronel Simpson es testigo de lo que pensaba yo sobre el particular.

—Los rumores—dijo el simpático Abrahán—partieron de la oficialidad inglesa, y empezaron a circular cuando Araceli volvió de Salamanca y Athenais no.

—Y vos, mi querido sir Abrahán Simpson—dijo miss Fly con cierto enojo—, disteis circulación a las groserías que corrían acerca de mí.

—Permitidme decir, mi querida Athenais—indicó Simpson en español—, que vuestra conducta ha sido algo extraña en este asunto. Sois orgullosa..., lo sé..., creíais rebajaros sólo ocupándoos del asunto. Lo cierto es que oíais todo y callabais. Vuestra tristeza, vuestro silencio hacían creer...

—Me parece que no conocéis bien los hechos—dijo Athenais, empezando a ruborizarse.

—Todos hablaban del asunto: el mismo Wellington se ocupó de él. Os interrogaron con delicadeza, y contestasteis de un modo vago. Se dijo que pensabais pedir el cumplimiento de las leyes inglesas sobre el matrimonio. Calumnia, pura calumnia; pero ello es que lo decían, y vos no lo negabais... Yo mismo os llamé la atención sobre tan grave asunto, y callasteis...

—Conocéis mal los hechos—repitió Athenais más ruborizada—, y, además, sois muy indiscreto.

—Es que, según mi opinión—dijo Simpson—, llevasteis la delicadeza hasta un extremo lamentable, mi querida Athenais... Os sentíais ultrajada sólo por la idea de que creyeran..., pues... una mujer de vuestra clase... No quiero ofender al señor; pero... es absurdo, monstruoso. La Inglaterra, señora, se hubiera estremecido en sus cimientos de granito.

—¡Sí, en sus cimientos de granito!—repetí yo—. ¡Qué hubiera sido de la Gran Bretaña!... Es cosa que espanta.

Miss Fly me dirigió una mirada terrible.

—En fin—dijo la condesa—: los ru-

mores circularon... Yo misma los oí... Pero la cosa no vale nada si la Gran Bretaña se mantiene sin mancilla.

Miss Fly se levantó.

—Señora—le dije con el mayor respeto—, sentiría que usted dejase a España sin que yo pudiese manifestarle la profundísima gratitud que siento...

—¿Por qué, caballero?—preguntó, llevando el pañuelo a su agraciada boca.

—Por su bondad, por su caridad. Mientras viva, señora, bendeciré a la persona que me recogió del campo de batalla con otros infelices compañeros.

—Estáis en gran error—exclamó, riendo—. Yo no he pensado en tal cosa. Vos, sin duda, lo deseabais. Recogí a varios, sí; pero no a vos. Os han engañado. Me visteis en la Merced recorriendo las salas y dormitorios... No quiero que me atribuyan el mérito de obras que no me pertenecen.

—Entonces, señora, permítame usted que le dé las gracias por... No, lo que quiero decir es que ruego a usted no me guarde rencor por haber sido causa, aunque inocente, de esos ridículos rumores.

—¡Oh, no!... No hago caso de semejante necedad. Soy muy superior a tales miserias... ¡La calumnia! ¿Acaso me importa algo?... ¡Vuestra persona! ¿Significa algo para mí? Sois vanidoso y petulante.

Miss Fly hacía esfuerzos extraordinarios por conservar en su semblante aquella calma inglesa que sirve de modelo a la majestuosa impassibilidad de la escultura. Miraba a los cristales, a los viejos cuadros, al suelo, a Inés, a todos; a todos, menos a mí.

—Entonces, señora—añadí—, puesto que ningún daño ha padecido usted por causa mía...

—Ninguno, absolutamente ninguno. Os hacéis demasiado honor, caballero Araceli, y sólo con pedirme excusas por la vil calumnia, sólo por asociar vuestra persona a la mía, estáis faltando al comedimiento, sí, faltando a la consideración que debe inspirar en todo lo habitado una hija de la Gran Bretaña.

—Perdón, señora; mil veces perdón. Sólo me resta decir a usted que deseo ser su humildísimo servidor y criado, aquí y en todas partes y en todas las ocasiones de mi vida. ¿También así faltó al comedimiento?

—También...; pero, en fin, admito

vuestros homenajes. Gracias, gracias —dijo con altivez—. Adiós.

Al fin de la visita, aunque repetidas veces se empeñó en reír, no pudo conseguirlo sino a medias. Sus manos temblaban, destrozando las puntas del chal amarillo. Despidióse cariñosamente de Inés y de mí.

—¿Y no será usted tan buena que nos escriba alguna vez para enterarnos de su salud?—le dije.

—¿Os importa algo?

—¡Mucho, muchísimo!—respondí con vehemencia y sinceridad profunda.

—¡Escribiros! Para eso necesitaría acordarse de vos. Soy muy desmemoriada, señor de Araceli.

—Yo, mientras viva, no olvidaré la generosidad de usted, Athenais. Me cuesta mucho trabajo olvidar.

—Pues a mí no—dijo, mirándome por última vez.

Y en aquella mirada postrera que sus ojos me echaron puso tanto orgullo, tanta soberbia, tanta irritación, que sentí verdadera pena. Al fin salió de la sala. La palidez de su rostro y la furia de su alma la hacían terrible y majestuosamente bella.

Pocos momentos después, aquel hermoso insecto de mil colores, que por unos días revoloteara en caprichosos círculos y juegos alrededor de mí, había desaparecido para siempre.

Muchas personas que anteriormente me han oído contar esto sostienen que jamás ha existido miss Fly; que toda esta parte de mi historia es una invención mía para recrearme a mí propio y entretener a los demás; pero ¿no debe creerse ciegamente la palabra de un hombre honrado?

Por ventura, quien de tanta rectitud dió pruebas, ¿será capaz ahora de oscurecer su reputación con ficciones absurdas, con fábricas de la imaginación que no tengan por base y fundamento la misma verdad, hija de Dios?

Poco después que los dos ingleses nos dejaron solos, la condesa dijo a Inés:

—Hija mía, ¿tienes inconveniente en casarte con Gabriel?

—No, ninguno—repuso ella con tanto aplomo que me dejó sorprendido.

Con inefable afecto besé su hermosa mano, que tenía entre las mías.

—¿Está tranquila y satisfecha tu alma, hija mía?

—Tranquila y satisfecha —repuso—. ¡Pobrecita miss Fly!

Ambos nos miramos. Un cielo lleno de luz divina y de inexplicable música de ángeles flotaba entre uno y otro semblante... Si es posible ver a Dios, yo le veía, yo.

—¡Qué hermoso es vivir!—exclamé—. ¡Qué bien hizo Dios en criarnos a los dos, a los tres! ¿Hay felicidad comparable a la mía? Pero esto qué es: ¿es vivir o es morir?

Al oír esto, la condesa, que había corrido a abrazarnos, se apartó de nosotros. Fijó los ojos en el suelo con tristeza. Inés y yo pensamos al propio tiempo en lo mismo y sentimos la misma pena, una lástima íntima y honda que turbaba nuestra dicha.

—¿Qué tal está hoy?—preguntó Amaranta.

—Muy mal—repuso Inés—. Sólo vive su espíritu.

Amaranta dió un suspiro y nos abrazó de nuevo.

—Levántate—me dijo Inés—. Vamos los dos allá. Hace ya hora y media que no me ha visto y estará muy taciturno.

Aunque extenuado y débil, me levanté y la seguí apoyado en su brazo.

—Haré la última tentativa y venceré—dijo cerca ya de la guarida del masón—. Le he observado muy bien todo el día, y el pobrecito no desea ya sino rendirse.

XLII

Al entrar en la solitaria y triste estancia vimos a Santorcaz apoltronado en el sillón y leyendo atentamente un libro. Alzó la vista para mirarnos. Inés, poniendo la mano en su hombro, le dijo con cariñoso gracejo:

—Padre, ¿sabes que me caso?

—¿Te casas?—dijo con asombro el anciano, soltando el libro y devorándonos con los ojos—. ¡Tú!...

—Sí—continuó Inés en el mismo tono—. Me caso con este pícaro Gabriel, con un opresor del pueblo, con un verdugo de la Humanidad, con un satélite del despotismo.

Santorcaz quiso hablar, pero la emoción entorpeció su lengua. Quiso reír, quiso después ponerse serio y aun cólerico; mas su semblante no podía ex-

presar más que turbación, vacilación y desasosiego.

—Y como mi marido tendrá que servir a los reyes, porque ése es su oficio—prosiguió Inés—, me veré obligada, querido padre, a reñir contigo. Ahora me ha dado por la nobleza; quiero ir a la corte, tener palacios, coches y muchos y muy lujosos criados. Yo soy así.

—Bromea usted, señora doña Inesita—dijo Santorcaz en tono agridulce, recobrando al fin el uso de la palabra—. ¿No hay más que casarse con el primero que llega?

—Hace tiempo que le conozco, bien lo sabes—dijo ella, riendo—. Muchas veces te lo he dicho... Ahora, padre, tú te quedarás aquí con Juan y Ramoncilla, y yo me voy a Madrid con mi marido. Te entretendrás en fundar una gran logia y en leer libros de revolucionarios y guillotinas, para que acabes de volverte loco, como Don Quijote con los de caballerías.

Diciendo esto, abrazó al anciano y se dejó besar por él.

—¡Adiós, adiós!—repitió ella—; puesto que no nos hemos de ver más, despedámonos bien.

—Picarona —dijo él, estrechándola amorosamente contra su pecho y sentándola sobre sus rodillas—. ¿Piensas que te voy a dejar marchar?

—¿Y piensas que yo voy a esperar a que tú me dejes salir? Padre, ¿te has vuelto tonto? ¿Has olvidado a la persona que ha estado en casa y que tiene tanto poder?... ¿No sabes que estás preso?... ¿Crees que no hay justicia, ni leyes, ni corregidores? Atrévete a respirar.

El masón apartó de sí a la muchacha; trató de levantarse; mas impidiéronselo sus doloridas piernas, y golpeando los brazos del sillón, habló así:

—¡Pues no faltaba más..., marcharte tú y dejarme!... Araceli—añadió dirigiéndose a mí con bondad—, ya que mi hija tiene la debilidad de quererte, te permito que seas su marido; pero tú y ella os quedaréis conmigo.

—¡A buena parte vas con súplicas!—dijo Inés, riendo—. A fe que mi marido hace buenas migas con los masones. El y yo detestamos el populacho y adoramos a reyes y frailes.

—Bueno, me quedaré—dijo Santorcaz con ligera inflexión de broma en su tono—. Me moriré aquí. Ya sabes cómo

está mi salud, hija mía. Vivo de milagro. En estos días que has estado enojada conmigo yo sentía que la vida se me iba por momentos, como un vaso que se vacía. ¡Ay! Queda tan poco, que ya veo, ya estoy viendo el fondo negro.

—Todo se arreglará—dijo yo acercando mi asiento al del enfermo—. Nos llevaremos con nosotros al enemigo de los reyes.

—Eso es, eso... Gabriel ha hablado con tanto talento como Voltaire—dijo el masón con repentino brío—. Me llevaréis con vosotros... No tengo inconveniente, la verdad...

—Bueno, le llevaremos — dijo Inés abrazando a su padre—; le llevaremos a Madrid, donde tenemos una casa muy grande, grandísima, y en la cual estaremos muy anchos, porque mi madre se va con todos sus criados a vivir a Andalucía para no volver más.

—¡Para no volver más!—dijo el enfermo con turbación—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Ella misma. Se separa de mí mientras tú vivas.

—¡Mientras yo viva!... Ya lo ves. Por eso conocerás la inmensidad de su aborrecimiento.

—Al contrario, padre — dijo Inés con dulzura—. Se marcha porque tú no la puedes ver, y para dejarme en libertad de que te cuide y esté contigo en tu enfermedad. Lo que te decía hace poco de abandonarte y marcharme sola con mi marido era una broma.

En los párpados del anciano asomaban algunas lágrimas que él hubiera deseado poder contener.

—Lo creo; pero eso de que tu madre se separe de ti por concederme el inestimable beneficio de tu compañía, me parece una farsa.

—¿No lo crees?

—No. ¿A que no se atreve a venir aquí y a decirlo delante de mí?

—Eso quisieras tú, padrito. ¿Cómo ha de venir a decirte eso, ni ninguna otra cosa, cuando se ha marchado?

—¡Se ha marchado! ¡Se ha marchado!—exclamó Santorcaz con un desconsuelo tan profundo que por largo rato quedó estupefacto.

—Pues ¿no lo sabes? ¿No sentiste la voz de unos señores ingleses? Esos la acompañan hasta Madrid, de donde partirá para Andalucía.

El dominio de aquella hermosa y excelente criatura sobre su padre era tan grande, que Santorcaz pareció creerlo tal como ella lo decía. Clavaba los ojos en el suelo y lentamente se acariciaba la barba.

—Búscala por toda la casa—prosiguió Inés—. A fe que tendría gusto la señora en vivir dentro de esta jaula de locos.

—¡Se ha marchado!—repitió sombriamente Santorcaz hablando consigo mismo.

—Y no me costó poco quedarme—añadió ella, haciendo con manos y rostro encantadoras monerías—. Su deseo era llevarme consigo. Allá le dijo no sé quién..., nada se puede tener oculto..., que yo te había tomado gran cariño. Sólo por esta razón venía dispuesta a perdonarte, a reconciliarse contigo... Esto era lo más natural, pues tú la habías amado mucho, y ella te había amado a ti... Pero tú estás loco... La recibiste como se recibe a un enemigo... Te pusiste furioso... Te negaste a ser bueno con ella. Me has hecho pasar unos ratos que no te perdono.

Las lágrimas corrieron hilo a hilo por la cara de Santorcaz.

—Mi deber era huir de esta casa aborrecida; huir con ella, abandonándote a las perversidades y rencores de tu corazón—dijo Inés, que reunía a la santidad de los ángeles cierta astucia de diplomático—. Pero me acordé de que estabas enfermo y postrado; se lo dije...

El masón miró a su hija, preguntándole con los ojos cuanto es posible preguntar.

—Se lo dije, sí—prosiguió ella—; y como esa señora tiene un corazón bueno, generoso y amante; como nunca, nunca ha deseado el mal ajeno, ni ha vivido del odio; como sabe perdonar las ofensas y hacer bien a los que la aborrecen... ¡Ay!, no lo creerás ni lo comprenderás, porque un corazón de hierro como el tuyo no puede comprender esto.

—Sí, lo creo, lo comprendo — dijo Santorcaz, secando sus lágrimas.

—Pues bien: ella misma convino en que no me separase de ti para consolarte y fortalecerte en tus últimos días; y como ella y tú no podéis estar juntos en un mismo sitio, determinó retirarse. Acordamos que me case con el verdugo de la Humanidad, y que Gabriel y yo te llevemos a vivir con nosotros.

—¿Y se marchó?... Pero ¿se marchó? —preguntó Santorcaz con un resto de esperanza.

—Y se marchó, sí, señor. Venía dispuesta a reconciliarse contigo, a quererte como yo te quiero. Ha llorado mucho la pobrecita al ver que después de tantos años, después de tantas desgracias como le han ocurrido por ti, después de tanto daño como le has hecho, aún te riesgas a pronunciar una palabra cristiana, a borrar con un momento de generosidad todas las culpas de tu vida, a descargar tu conciencia y también la suya del peso de un resentimiento insoportable. Se ha marchado perdonándote. Dios se encargará de juzgarte a ti, cuando en el momento del juicio le presentes, como únicos méritos de tu existencia, ese corazón insensible y perverso, o, mejor dicho, ese nido de culebras, a las cuales has criado, a las cuales echas de comer todos los días para que crezcan y vivan siempre, y te muerdan aquí y en la eternidad de la otra vida.

El anciano se revolvía con angustia en su sillón; el llanto había cesado de afluir de sus ojos; tenía el rostro encendido, las manos crispadas, echada la cabeza hacia atrás, y entrecortaba su aliento una sofocación fatigosa.

—Padre—exclamó Inés, echándole los brazos al cuello—. Sé bueno, sé generoso y te querré más todavía. Ya sabes mi deseo. Prepárate a cumplirlo, y mi madre volverá. Yo la llamaré y volverá.

Los músculos de Santorcaz se tendieron, poniéndose rígidos; cerró los ojos, inclinó la cabeza, y su aspecto fué el de un cadáver. En aquel mismo instante abrióse la puerta y penetró la condesa, pálida, llorosa. Andando lentamente, adelantó hasta llegar al lado del enfermo, que seguía inerte, mudo y, en apariencia, sin vida. Alarmados todos, acudimos a él, y con ayuda de Juan y Ramoncilla le acostamos en su lecho; al instante hicimos venir al médico que ordinariamente le asistía.

Inés y la condesa le observaban atentamente, y fijaban sus ojos en el semblante demacrado, pero siempre hermoso, del desgraciado masón. Miraban con espanto aquella sima, aterradas de lo que en su profundidad había, sin comprenderlo bien.

El médico, luego que le examinara,

anunció su próximo fin, añadiendo que se maravillaba de que alargase tanto su vida, pues el día anterior casi le diputó por muerto, aunque ocultó a Inés el fatal pronóstico. Cerca ya de la noche, un hondo suspiro nos anunció que recobraba de nuevo el conocimiento; abrió los ojos, y revolviéndolos con espanto por todo el recinto de la estancia, fijólos en la condesa, cuyo semblante iluminaba la triste luz.

—¿Otra vez estás aquí?—exclamó con voz torpe y expresión de hastío y cólera—: ¿otra vez aquí? ¡Mujer, sabe que te aborrezco! ¡La cárcel, el destierro, el patíbulo!... ¡Todo te ha parecido poco para perseguirme!... ¿Por qué vienes a turbar mi felicidad? Vete. ¿Por qué agarras a mi hija con esa mano amarilla como la de la muerte? ¿Por qué me miras con esos ojos plateados que parecen rayos de luna?

—Padre, no hables así, que me das miedo—gritó Inés abrazándole, llenos los ojos de lágrimas.

La condesa no decía nada, y lloraba también.

Santorcaz, después de aquella crisis de su espíritu, cayó en nuevo sopor profundísimo, y cerca de la madrugada recobró el conocimiento con un despertar sereno y sosegado. Su mirar era tranquilo, su voz clara y entera, cuando dijo:

—Inés, niña mía, angel querido, ¿estás aquí?

—Aquí estoy, padre—respondió ella, acudiendo cariñosamente a su lado—. ¿No me ves?

Inés tembló al observar que los ojos de su padre se fijaban en los de la condesa.

—¡Ah!—dijo Santorcaz sonriendo ligeramente—. Está ahí... La veo... Viene hacia acá... Pero ¿por qué no habla?

La condesa había dado algunos pasos hacia el lecho; pero permanecía muda.

—¿Por qué no habla?—repitió el enfermo

—Porque te tiene miedo—dijo Inés—, como te lo tengo yo, y no se atreve la pobrecita a decirte nada. Tú tampoco le dices nada.

—¿Que no?—indicó el masón con asombro—. Hace dos horas que estoy dirigiéndole la palabra—. Tengo la boca seca de tanto hablar, y no me contesta. ¡Ay!—añadió con dolor y volviendo el rostro—, es demasiado cruel con este infeliz.

—¿La quieres mucho, padre?—preguntó Inés tan conmovida, que apenas entendimos sus palabras.

—¡Oh, mucho, muchísimo!—exclamó el enfermo oprimiéndose el corazón.

—Por eso desde que la has visto—continuó la muchacha—, le has pedido perdón por los ligeros perjuicios que sin querer le has causado. Todos te hemos oído y hemos alabado a Dios por tu buen comportamiento.

—¿Me habéis oído?...—dijo él con asombro, mirándonos a todos—. ¿Me has oído tú?... ¿Me ha oído ella?... ¿Me ha oído también Araceli? Lo había dicho bajo, muy bajito, para que sólo Dios me oyera y lo ignorara todo ser nacido.

Amaranta, tomando la mano de Santorcaz, dijo:

—Hace mucho, mucho tiempo, que deseaba perdonarte; hubiéralo hecho en cualquier ocasión si desde que Inés vino a mi poder te hubieras presentado a mí como amigo... Yo también he tenido resentimiento; pero la desgracia me ha enseñado pronto a sofocarlos...

Lágrimas abundantes cortaban su voz.

—Y yo—dijo Santorcaz con voz apacible y, además, sereno—. Yo, que voy a morir, no sé lo que pasa en mi corazón. El nació para amar. El mismo no sabe si ha amado o aborrecido toda su vida.

Después de estas palabras, todos callaron por breve rato. Las almas de aquellos tres individuos, tan unidos por la Naturaleza y tan separados por las tempestades del mundo, se sumergían, por decirlo así, en lo profundo de una meditación religiosa y solemne sobre su respectiva situación. Inés fué la primera que rompió el grave silencio, diciendo:

—Bien se conoce, querido padre, que eres un hombre bueno, honrado y generoso. Si has tenido fama de lo contrario, es porque te han calumniado. Pero nosotros, nosotras dos, y también Araceli, te conocemos bien. Por eso te amamos tanto.

—Sí—respondió el masón, como responde el moribundo a las preguntas del confesor.

—Si has hecho algunas cosas malas—continuó Inés—, es decir, que parecen malas, ha sido por broma... Esto lo comprendo perfectamente. Por ejemplo: cuando te perseguían..., apuesto a que la persecución no era ni la mitad de la que tú te figurabas...; pero, en fin,

sea lo que quiera. Lo cierto es que te enfadaste, y con muchísima razón, porque tú estabas enamorado, querías ser bueno... Pero hay familias orgullosas... Es preciso también considerar que una familia noble debe tener cierto punto... Dios primero, y el mundo después, no han querido que todos sean iguales.

—Pero se ven castigos, o si no castigos, justicias providenciales en la Tierra—dijo Santorcaz bruscamente, mirando a Amaranta—. Señora condesa, hoy mismo ha consentido usted que su hija única y noble heredera se case con un chico de las playas de la Caleta. ¡Bravo abolengo, por cierto!

—Mejor sería—repuso la condesa—decir con un joven honrado, digno, generoso, de mérito verdadero y de porvenir.

—¡Oh señora mía!, eso mismo era yo hace veinte años—afirmó Santorcaz con tristeza.

Después cerró los ojos, como para apartar de sí imágenes dolorosas.

—Es verdad—dijo Inés entre bromas y veras—; pero tú te entregaste a la desesperación, padre querido; tú no tuviste la fortaleza de ánimo de este opresor de los pueblos; tú no luchaste como él contra la adversidad, ni conquistaste escalón por escalón un puesto honroso en el mundo; tú te dejaste vencer por la desgracia, corriste a París, te uniste a los pícaros revolucionarios que entonces se divertían en matar gente. Agravados ellos como tú, y tú como ellos, todos creíais que cortando cabezas ajenas ganabais alguna cosa y valían más los que se quedaran con ella sobre los hombros... Viniste luego a España con el corazón lleno de venganza. Tú querías que nos divirtiéramos aquí con lo que se divertían allá. La gente no ha querido darte gusto, y te entretuviste con las mojigangas y gansadas de los masones, que, según ellos dicen, hacen mucho, y según yo veo, no hacen nada.

—Sí—murmuró el anciano.

—Al mismo tiempo procurabas hacer daño a la persona que más debías amar... Yo sé que, si ella no te hubiera despreciado como tú despreciaba, tú habrías sido bueno, muy bueno, y te habrías desvivido por ella...

—Sí, sí—repitió él.

—Esto es claro. Dios consiente tales cosas. A veces, dos personas buenas pa-

rece que se ponen de acuerdo para hacer maldades, sin caer en la cuenta de que, diciéndose cuatro palabras, concluirán por abrazarse y quererse mucho.

—Sí, sí.

—Y no me queda duda—continuó Inés, derramando sin cesar aquel torrente de generosidad sobre el alma del pobre enfermo—, no me queda duda de que te apoderaste de mí porque me querías mucho y deseabas que te acompañara.

Santorcaz no afirmó ni negó nada.

—Lo cual me place mucho—prosiguió ella—. Has sido para mí un padre cariñoso. Declaro que eres el mejor de los hombres, que me has amado, que eres digno de ser respetado y querido, como te quiero y te respeto yo, dando el ejemplo a todos los que están presentes.

El revolucionario miró a su hija con inefable expresión de agradecimiento. La religión no hubiera ganado mejor un alma.

—Muero—dijo con voz conmovida don Luis, alargando la mano derecha a Amaranta y la izquierda a su hija—sin saber cómo me recibirá Dios. Me presentaré con mi carga de culpas y con mi carga de desgracias, tan grandes la una y la otra, que ignoro cuál será de más peso... Mi pecho ha respirado venganza y aborrecimiento por mucho tiempo... He creído demasiado en las justicias de la Tierra; he desconfiado de la Providencia; he querido conquistar con el terror y la fuerza lo que a mi entender me pertenecía; he tenido más fe en la maldad que en la virtud de los hombres; he visto en Dios una superioridad irritada y tiránica, empeñada en proteger las desigualdades del mundo; he carecido por completo de humildad; he sido soberbio como Satán, y me he burlado del Paraíso a que no podía llegar; he hecho daño, conservando en el fondo de mi alma cierto interés inexplicable por la persona ofendida; he corrido tras el placer de la venganza, como corre en el desierto el sediento tras un agua imaginaria; he vivido en perpetua cólera, despedazándome el corazón con mis propias uñas. Mi espíritu no ha conocido el reposo hasta que traje a mi lado un ángel de paz que me consoló con su dulzura, cuando yo la mortificaba con mi cólera. Hasta entonces no supe que existían las dos virtudes consoladoras del corazón: la cari-

dad y la paciencia. Que las dos llenen mi alma; que cierren mis ojos y me lleven delante de Dios.

Diciendo esto se desvaneció poco a poco. Parecía dormido. Las dos mujeres, arrodilladas a un lado y otro, no se movían. Creí que había muerto; pero acercándome, observé su respiración tranquila. Retiréme a la sala inmediata, e Inés me siguió poco después. Entre los dos convinimos en llamar al prior de Agustinos, varón venerable, que había sido amigo muy querido del padre de Santorcaz. El buen fraile no tardó en venir.

Por la mañana, después de la piadosa ceremonia espiritual, Santorcaz nos rogó que le dejásemos solo con la condesa. Largo rato hablaron a solas los dos; mas como de pronto sintiéramos ruido, entramos, y vimos a Amaranta de rodillas al pie del lecho, y a él incorporado, inquieto, con todos los síntomas de un delirio atormentador. Con sus extraviados ojos miraba a todos lados, sin vernos, atento sólo a los objetos imaginados con que su espíritu poblaba la oscura estancia.

—¡Ya me voy—decía—, ya me voy!... ¡Adiós! Es de día... No tiembles..., esos pasos que se sienten son los de tu padre, que viene con un ejército de lacayos armados para matarme... No me encontrarán... Saldré por la ventana del torreón... ¡Cielo santo! Han quitado la escala... Me arrojaré aunque muera... Dices bien: mi cuerpo, encontrado al pie de estos muros, será tu vergüenza y la deshonra de esta casa... ¿Esperaré? ¿No quieres que aguarde?... Ya están ahí. Tu padre golpea la puerta y te llama... Adiós, me arrojaré al campo... También allá abajo hay criados con paños, escopetas. Dios nos abandona porque somos criminales. Me ocurre una idea feliz. Estás salvada... Escóndete allí..., pasa a tu alcoba. Déjame recoger estos vasos de valor, estos candelabros de plata. Los llevaré conmigo, y procuraré escurrirme con mi tesoro robado por la cornisa del torreón hasta llegar al techo de las cuadras. Adiós..., saldré; abre la puerta y grita: «¡Al ladrón, al ladrón!» Conocerán tu deshonra Dios y tu padre si quieres revelársela; pero no esa turba soez. Vieron entrar un hombre; pero ignoran quién es y a lo que

vino. Alma mía, ten valor; haz bien tu papel. Grita: «¡Al ladrón, al ladrón!...» Adiós... Ya salgo, me escurro por estas piedras resbaladizas y verdosas... Aún no me han visto los de abajo. Es preciso que me vean. ¡Oh! Ya me ven los miserales con mi carga de preciosidades, y todos gritan: «¡Al ladrón, al ladrón!» ¡Qué inmensa alegría siento! Nadie sabrá nada, vida y corazón mío; nadie sabrá nada, nada...

Cayó hacia atrás, estremeciéndose ligeramente, y su alma hundióse en el piélago sin fondo y sin orillas. Inés y yo nos acercamos con religioso respeto al exánime cuerpo. En nuestro estupor y emoción, creímos sentir el rumor de las negras aguas eternas, agitándose al impulso de aquel ser que con ellas había caído; pero lo que oíamos era la agitada respiración de la condesa, que lloraba con amargura, sin atreverse a alzar su frente pecadora.

XLIII

Los que quieran saber cómo y cuándo me casé, con otras particularidades tan preciosas como ignoradas acerca de mi casi inalterable tranquilidad durante tantos años, lean, si para ello tienen paciencia, lo que otras lenguas menos cansadas que la mía narrarán en lo sucesivo. Yo pongo aquí punto final con no poco gusto de mis fatigados oyentes, y gran placer mío por haber llegado a la más alta ocasión de mi vida, cual fué el suceso de mis bodas, primer fundamento de los sesenta años de tranquilidad que he disfrutado, haciendo todo el bien posible, amado de los míos y bienquisto de los extraños. Dios me ha dado lo que da a todos cuando lo piden buscándolo, y lo buscan sin dejar de pedirlo. Soy hombre práctico en la vida y religioso en mi conciencia. La vida fué mi escuela, y la desgracia, mi maestra. Todo lo aprendí, y todo lo tuve.

Si queréis que os diga algo más (aunque otros se encargarán de sacarme nuevamente a plaza, a pesar de mi amor a la oscuridad), sabed que una serie de circunstancias difíciles de enumerar, por su muchedumbre y complicación, hicie-

ron que no tomase parte en el resto de la guerra; pero lo más extraño es que desde mi alejamiento del servicio empecé a ascender de tal modo, que aquello era una bendición.

Habiendo recobrado el aprecio y la consideración de lord Wellington, recibí de este hombre insigne pruebas de afecto cordial; y tanto me atendió y agasajó en Madrid, que he vivido siempre profundamente agradecido a sus bondades. Uno de los días más felices de mi vida fué aquel en que supimos que el duque de Ciudad Rodrigo había ganado la batalla de Waterloo.

Obtuve poco después de los Arapiles el grado de teniente coronel. Pero mi suegra, con el talismán de su jamás interrumpida correspondencia, me hizo coronel, luego brigadier, y aún no me había repuesto del susto, cuando una mañana me encontré hecho general.

—Basta — exclamé con indignación, después de leer mi hoja de servicios—. Si no pongo remedio, serán capaces de hacerme capitán general sin mérito alguno.

Y pedí mi retiro.

Mi suegra seguía escribiendo para aumentar por diversos modos nuestro bienestar, y con esto y un trabajo incesante y el orden admirable que mi mujer estableció en mi casa—porque mi mujer tenía la manía del orden, como mi suegra la de las cartas—, adquirí lo que llamaban los antiguos *aurea mediocritas*; viví y vivo con holgura; casi fui y soy rico; tuve y tengo un ejército brillante de descendientes entre hijos, nietos, y bisnietos.

Adiós, mis queridos amigos. No me atrevo a deciros que me imitéis, pues sería inmodestia; pero si sois jóvenes, si os halláis postergados por la fortuna: si encontráis ante vuestros ojos montañas escarpadas, inaccesibles alturas, y no tenéis escalas ni cuerdas, pero sí manos vigorosas; si os halláis imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo.

Febrero-marzo 1875.

EPISODIOS NACIONALES

SEGUNDA SERIE

EL EQUIPAJE DEL REY JOSE

I

EL 17 de marzo de 1813 salieron de Palacio algunos coches, seguidos de numerosa escolta, y bajando por Caballerizas a la Puerta de San Vicente tomaron el camino de la Puerta de Hierro.

—Su majestad intrusa va a El Pardo—dijo don Lino Paniagua en uno de los corrillos que se formaron al pasar los carruajes y la tropa.

—Todavía no es el tiempo de la bellota, señores—repuso otro, que se preciaba de no abrir la boca sin regalar al mundo alguna frasecilla picante y sabrosa del árbol de su ingenio.

—Su majestad se ha convencido de que no engordará en España, y por ese camino adelante no parará hasta Francia—indicó un tercero, hombre forzado y ordinario que respondía al nombre de Mauro Requejo.

—¡A Francia! Todas las mañanas nos saluda la gente con el estribillo de que se marchan los franceses aburridos y cansados, y por las noches nos acostamos con la certidumbre que los franceses no se aburren, ni se cansan, ni tampoco se van.

—Tiene razón el señor don Lino Paniagua—declaró otro personaje que se distinguía de los demás del grupo por el deslumbrante verdor de sus anteojos y un extraño modo de reír, más propiamente comparable a visajes de quadrumano que a muecas de racional—. ¡Tiene razón! Hace cinco años no se oye más que esto: «Se van sin remedio; ya no pueden sostenerse ni un día más: el lord dará cuenta de todos ellos dentro del mes que viene.» Y así corren los meses, y los años; la gente muere, el pan sube, los pleitos merman, el dinero se acaba, y los franceses no se van sino

para volver. Cuatro veces hemos visto salir al señor Pepe, y cuatro veces le hemos visto entrar con más brío. ¿Se acuerdan ustedes de la batalla de Bailén? Pues todos decían: «Gracias a Dios que se acabó esto. No ha quedado un francés para simiente de rábanos.» ¡Ay!, no pasaron muchos meses sin que los viéramos otra vez mandados por el emperador en persona. Al cabo de cinco años se ha repetido la fiesta. Dióse una batalla en Salamanca, y aquí de mis bocas de oro: «¡Ya se acabó todo!... ¡Gracias a Dios!... ¡Viva el lord!...» Los franceses salen por un lado, y los ingleses entran por otro. Pero esto parece escenario de un teatro: el lord se va por la derecha, y José se nos cuela por la izquierda... Señores, no puedo olvidar las acotaciones de las comedias que dicen: *Hace que se va y se queda...* A mí, que soy perro viejo y tengo sobre mi alma cristiana cuatro dedos de enjundia de marrullerías, no se me emboba con estas entradas y salidas.

—El señor licenciado Lobo—dijo don Narciso Pluma, que a la sazón se aproximó—se halla tan bien en su escribanía de cámara, que no quisiera le molestase el ruido de las tropas ni el estrépito de la guerra. Al fin y al cabo, los destinos dados por Murat no han de ser eternos.

—Ya os veo venir, embrollones; os entiendo, farsantes; os conozco, trapisondistas—repuso Lobo, disimulando su enojo—. ¿Quieren hacerme pasar por afrancesado? Parece que corren vientos anglicanos y wellingtonianos...

—Puede ser.

—Señores, demos una vuelta por los Pozos de Nieve, a ver si clarean las casacas rojas del lado de Fuencarral y Alcobendas.

—¿Por qué no? El ejército aliado parece que viene hacia acá. Pero, en su-

ma, señores: ¿adónde va esa gente? ¿Qué tinajas atraen con su olorcillo a nuestro intruso mosquito?

—Yo digo que no pasa de El Pardo.

—Y yo que antes dejará de catarlo que quitarse el polvo de las botas mientras no llegue a la raya de Francia.

—Por allí viene el reverendo Salmón, que nos dirá la verdad, pues este fraile de la Merced gusta de cucharetear con todo el mundo, y aquí cojo un vocablo, allá pesco una sílaba, ello es que todo lo sabe.

—Bien venido sea el padre Salmón —dijo Requejo, adelantándose a saludar al venerable mercedario, que en la noble compañía del marqués de Porreño tornaba de la Virgen del Puerto.

—¿Y qué nuevas tienen ustedes, señores míos?—preguntó el buen fraile, limpiando el sudor de su rostro, pues, según se fatigaba al subir la empinada cuesta de San Vicente, parecía que se dejaba la mitad de sus rollizas carnes en el camino.

—Como vuestra paternidad no nos diga algo...

—El aparato de fuerza que lleva el rey y la muchedumbre de coches en que le acompaña su servidumbre francesa y española—dijo con gravedad el marqués de Porreño—prueban que el viaje será largo.

—Estamos a diecisiete de marzo... Pasado mañana son los días de don Pepito—indicó el fraile, frotándose las manos—. Quiere celebrarlo en El Escorial.

—¿En marzo? Eso es hablar en moji-gato—dijo Pluma, señalando con picaresca malignidad a un anciano astroso y taciturno que hasta entonces no había desplegado sus sibilíticos labios—. El señor Canencia, que está presente, les enseñará a ustedes a hablar en jacobino. No se dice marzo, sino *Ventoso*, víspera de *Germinal* y antevíspera de *Floreal*.

Todos se rieron a costa del abatido don Bartolomé Canencia, que habló de esta manera:

—En mi escuela se atiende a los hechos, no a las palabras: *factis, non verbis*.

—Estamos en marzo—afirmó Lobo—; pero ahora nos ocupamos de nuestro rey postizo, y ya se sabe que ése está siempre en *Vendimiario*.

—Veo que será preciso buscar las noticias en otra parte—dijo con impacien-

cia Paniagua—. El padre Salmón no está hoy de vena para contar, y don Bartolomé Canencia, que conoce todos los pasos de los franceses como los saltos de las pulgas dentro de su camisa, no nos quiere decir nada, sin duda por no vender a sus amigos.

—¡Mis amigos, los franceses!—exclamó Canencia, turbándose como jovenzuelo tímido a quien se descubre un secreto amoroso—. ¿Soy, acaso, hombre que se entusiasma con las victorias militares de Juan y de Pedro? ¡Batallas! ¡Ejércitos! ¡Napoleón! ¡Lord Wellington! ¡Qué basura! Soy partidario del género humano, señores. Odio las guerras, destructoras de la *convención* social, y aguardo el día de la independencia de los pueblos. Sé que me calumnian; sé que algunos se atreven a sostener que estuve en Salamanca en una sociedad masónica... ¿Por ventura, estas mis venerables canas y esta entereza filosófica que debo a mis estudios son a propósito para degradarse en logias y aquelarres?... Pero basta que me hayan dado ese miserable destín en la contaduría del Noveno, para que se me crea ligado en cuerpo y alma a los Bonapartes, señores; a los hijos de doña Leticia, que hoy dominan el mundo con la espada... ¡Como si la espada fuera otra cosa que un pedazo de acero, una herramienta brutal, una lanceta inerte y punzante que sólo sirve para sangrar a los pueblos!... Y, entre tanto, las ideas... Volved los ojos a todos lados, y decidme: ¿Dónde están las ideas?

Las risas impidieron a Canencia seguir adelante en su comenzado discurso. Salmón le quitó la palabra de la boca para decir:

—Mala Pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si a este don Bartolomé no le cambian pronto su plaza de la contaduría del Noveno por una jaulita en el Nuncio de Toledo... En suma: nada nos ha dicho del viaje del rey. Lo que yo aseguro es que ayer nada se sabía en Palacio de tal viaje...

—Por allí viene quien nos ha de sacar de dudas—dijo Pluma, señalando hacia Caballerizas.

Todos los del corrillo fijaron la atención en un joven bien parecido, de rostro alegre y franco, que precipitadamente bajaba en dirección a San Gil. Ves-

tía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1809, y a la cual pertenecían buen número de compatriotas nuestros, con todos o casi todos los suizos y valones de los antiguos cuerpos extranjeros.

—¡Eh, Salvadorcillo Monsalud, Salvadorcillo Monsalud!—gritó el licenciado Lobo, llamando al mozo del uniforme.

—Es sobrino de Andrés Monsalud, el que apalearon en Salamanca—indicó con malicia Requejo—. El señor Canencia puede dar noticia de la batalla de los Arapiles y de los palos de Babilafuente.

—Señores patriotas, buenos días—dijo el joven guardia, acercándose al corrillo y saludando a todos con festivo semblante.

—¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jurado?—le preguntó Salmón, posando su mano en el hombro del mancebo—. ¿Adónde va por esos caminos el Emperador de las Tinajas?

—A Valladolid—repuso el militar.

—¡A Valladolid!—exclamaron todos—. ¡Ya lo presumía yo!

—Por allí están La Nava, Rueda, La Seca, Mojados y demás cepas...

—¿Conque a Valladolid?

—No faltarán batallas...—indicó el joven con énfasis—. Napoleón ha mandado un propio a su hermano diciéndole que salga a campaña.

—¿Un recadito?

—Y nosotros salimos también... Y con nosotros, los ministros, y con los ministros, los empleados, y con los empleados...

—Con los empleados, los empleos—añadió Lobo—. Esto será bueno.

—En Palacio están empaquetando a toda prisa cuadros y alhajas—prosiguió Salvador con alborozo y orgullo propios de la juventud al verse portador de nuevas estupendas—. Ayer embaulamos, juntamente con la batería de cocina, una tabla pintoreada que llaman el *Pasmo de Sicilia*... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van a embargar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

—¡Todos los carros! Pero esta gente nos va a dejar sin un alfiler para atrabarnos las chorreras.

—¿Acaso vinieron a otra cosa? ¡Pues qué!—afirmó Salmón—, ¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir a España?

—Y ahora, señores—dijo el militar—, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la Policía no gusta de ver grupos en los alrededores de Palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos, deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos sujetos, marchando cuál a su oficina, cuál a su tienda, éste a la escribanía, aquél al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle, de sala en sala y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose, hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo.

¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido, en efecto, para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano, que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscova, se disponía a emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición.

Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, su majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó a éste con la palabra en suspenso y se asomó por la portezuela para contemplar el Real Palacio, que quedaba detrás, sentado en los bordes de la vida, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente podrían conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que veía su majestad tras sí, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, o, por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino cautiverio y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca, las rojas murallas, el rastrero jardín, entre cuyo follaje le-

vanta su abollada techumbre la ermita de la Virgen del Puerto?...

Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostóse taciturno en el fondo del coche; mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro, como el que en parecido caso regaló a la Historia Boabdil el de Granada. Reanudóse la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su Palacio, y su polvo, y su claro cielo, y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

II

Salvadorcillo Monsalud era un joven de veintiún años, de estatura mediana y cuerpo airoso y flexible. Su rostro moreno semejábase un poco al semblante convencional con que los pintores representan la interesante persona de San Juan Evangelista, barbilampiño y un poco calenturiento, con singular expresión de ansiedad inmensa o de aspiración insaciable en los grandes ojos negros. Grave seriedad sentimental se desprendía de su persona, de su voz y de su porte; cautivaba a todos por su cortesía, y a las muchachas por su agraciada delicadeza, no adquirida con la educación, pues había nacido en cuna muy humilde. Era, como el Evangelista, algo tímido y muy circunspecto, lo cual no resultaba útil en este siglo ni aun cuando principiaba. Con su traje de guardia española, Monsalud estaba muy gallardo, pero sin aquel espantable continente marcial que caracteriza a los militares de afición: era su figura la de un soldado en yema, o campeón verde, que aún no se había endurecido al sol de los combates ni acorazado con la fanfarrona soberbia de una larga vida de cuarteles.

Este joven tenía por tío a Andrés Monsalud, que vivía en la Cava Baja, y por amigo íntimo y confidente a un compatriota llamado Juan Bragas, que con él viniera poco antes de la Puebla de Arganzón a buscar fortuna. Había emigrado Salvador por razones que se conocerán en el transcurso de esta historia, y que no eran, ciertamente, alegres. Indeciso primero sobre la carrera a que debía dedicarse, y no sintiéndose

con vocación para el comercio, ni para la curia, ni para la Iglesia, entróse de rondón por la puerta del militarismo, ancha y abierta siempre, y que tiene la ventaja, sobre las demás puertas, incluso la Otomana, de llevar rápidamente a todas partes. Diérale su buena madre, al partir, una cantidad que podía parecer considerable en el condado de Treviño, pero que en Madrid era de esas que se disuelven pronto en la inmensidad de la vida, como grano de sal en tinaja de agua. Viéndose, pues, el joven sin nada blanco ni amarillo en sus arcas, y no teniendo más tesoro que los sabios consejos de su insigne tío don Andrés Monsalud, resolvió aprovecharse de este caudal, que a todas horas se le vertía en los oídos, ya en forma de reprimenda, ya con color de amonestación. No por entusiasmo, no por falta de patriotismo, no por bélico ardor, sino por necesidad, entró Salvador en uno de los regimientos españoles que servían malamente a José, y a los cuales llamábamos entonces *jurados*. Bien pronto le dieron las charreteras de sargento.

Eran los individuos de estos cuerpos muy aborrecidos y escarnecidos en Madrid por servir al enemigo intruso, tirano y ladrón de la patria; pero Monsalud no se preocupaba de esta falta de estimación, que, al recaer sobre la infame bandera, alcanzaba también a su humilde persona. Aunque el joven tenía ideas, y no pocas, si bien revueltas, confusas y desordenadas, aún no poseía las que comúnmente se llaman ideas políticas, es decir, no había llegado, a pesar del vehemente ardor de la generación de entonces, al convencimiento profundo de que la solución nacional fuese mejor o peor que la extranjera. No faltaba, ciertamente, en su corazón el sentimiento de la patria, pero estaba ahogado por el precoz desarrollo de otro sentimiento más concreto, más individual, más propio de su edad y de su temple: el amor. Está escrito que en ciertos casos, tal vez siempre, el rostro de una mujer tenga mayores dimensiones y ocupe dentro del Universo más grande espacio que las inmensidades materiales y morales de la patria. Por esta causa, por este aparente absurdo, Fernando el Deseado y José Bonaparte eran, a los ojos de Monsalud, dos figuras lejanas y pequeñas que apenas se

parecían en las nieblas del cerrado horizonte.

Quién era la persona que así llenaba la fantasía y ocupaba las potencias todas del alma de este joven sabrálo el lector más adelante, cuando con sus propios ojos la vea y oiga su vocecita y conozca su historia. Monsalud estaba solo en Madrid, porque realmente para él los cien mil habitantes de la capital no eran nadie, ni su amigo y su tío eran tampoco gran cosa. La soledad y la distancia habían ahondado el hoyo de su pensamiento, dentro del cual tristemente se revolvía, escarbando con ardor por todos lados, sin hallar salida, ni respiro, ni luz.

Hemos dicho que tenía un amigo, sí: Juan Bragas, joven nacido, como Monsalud, en el lugar de Pipaón, y que, poseedor de mayores recursos y valimiento, había resistido a las primeras escaseces de la vida cortesana, pescando al fin, por lo muy pedigüeño y sumiso, una pluma de ganso en las covachuelas. Juan Bragas era, pues, covachuelista, es decir, palote árido y enteco, en el cual debía injertarse después la vigorosa rama del funcionario público. Su carácter difería mucho del de Monsalud, y, sin embargo, se juntaban ambos jóvenes con sumo gusto para charlar y referirse sus respectivas desventuradas aventuras.

Juan Bragas carecía por completo de imaginación y de sensibilidad fina; pero sabía poner las cosas en su sitio, y tenía el mejor ojo del mundo para ver todos los objetos en su tamaño real; poseía, en suma, aquel poderoso instinto aritmético que a ciertas organizaciones, quizá la más influyente hoy, les sirve para reducir a cantidad o a tamaño, mejor dicho, a una forma visible y fácilmente apreciable, todos los hechos de la vida en lo moral y en lo físico. Bragas no se equivocaba nunca: tenía en sus juicios la infalibilidad de las matemáticas. Monsalud era una equivocación perpetua: llevaba infiltrado en su naturaleza el error constante y todas las deslumbradoras mentiras de la poesía.

A pesar de esto, no reñían nunca y se querían de veras. Quizá ha dispuesto Dios que el mundo se componga de un Monsalud y un Bragas. ¡Oh admirable armonía y concordia sublime! Las cuerdas del arpa no exhalarían, no, su

armoniosa voz si no existiera una caja vacía y seca, una especie de ataúd oscuro que retumbase bajo ellas y vibrase, agrandando los sonos en su desnuda concavidad, que podría servir de despena.

Cuando Monsalud estaba libre del servicio, iba a buscar a Bragas, el cual limpiaba una tras otra las amarillentas plumas, guardándolas en el cajón con tanto cuidado como guarda un cirujano sus instrumentos; se quitaba después los manguitos negros, se desperezaba, y tomando con la diestra mano el sombrero y despidiéndose con la zurda de don Gil Carrascosa, jefe de la oficina, salía a la calle. Ambos jóvenes dirigían sus pasos por lugares no muy concurridos, bajando frecuentemente al Campo del Moro, a la Virgen del Puerto, o bien se lanzaban intrépidos a las ondas de polvo del cerrillo de San Blas, o de la vuelta exterior del Retiro.

Un día, que debió de ser allá por los últimos de mayo de 1813, Bragas y Monsalud hablaron de esta manera:

—Amigo Juan Bragas, estoy de enhorabuena, porque, al fin, voy a dejar este maldito pueblo que aborrezco. Los franceses se retiran mañana, y yo con ellos.

—¿A Francia?

—O por el camino de Francia al menos—añadió Monsalud—, con lo cual dicho se está que pasaré por la Puebla de Arganzón, nuestra querida villa. Anima-te, Juan... Ya me parece que estoy entrando por la calle Real; que me acerco a mi casa sin que mi madre lo sospeche; ya me parece que llego, empujo la puerta, y me presento dando gritos y porrazos. A mi madre se le cae la calceta de la mano, corre a echarse en mis brazos, y la aguja de media que lleva sobre la oreja se me clava en la frente... El corazón me baila en el pecho, amigo Bragas, cuando tales cosas pienso.

—De veras te digo que pareces un cómico—dijo Bragas, riendo—. ¡Qué bien sabes fingir y representar una cosa que no es verdad!

—Y luego—añadió Monsalud—saldré de mi casa, y paso a paso iré junto a Nuestra Señora de la Asunción, a cuya plazoleta caen las ventanas de Generosa, y arrojaré una chinita a los vidrios...

—Para que se asome Generosa con su

pañuelo encarnado sobre los hombros... La pícara, ¡qué guapa es!—afirmó Bragas—. Me parece que la estoy mirando cuando bailaba contigo en casa del maestro Rondaña. Salvador, ¿te acuerdas de aquel lunarcito que tiene sobre el rincón derecho de la boca? ¡Santa Virgen, qué rincón!

—Para retirarse a él y decir: «Ya no quiero más mundo.»

—Pues ¿y aquel modo de mirar, y aquel reconcomio de ángeles divinos cuando se mueve, o alza los hombros, o le da a uno las buenas tardes? Paréceme que la oigo: «Buenas tardes, Braguitas, ¿has visto en las eras a Salvador Monsalud?»

—¡Ay amigo!—exclamó el joven soldado, dando un suspiro—. ¡Cuando uno piensa que ha tenido todo eso, y todo se ha perdido...!

—¡Miren el Juan Lanas! Valiente hombre tenemos aquí—dijo el de la covachuela, mofándose de la sensibilidad un tanto exagerada de su amigo—. Echate a llorar, ponte flaco y amarillo, y echa suspiros al aire por una mujer, por un lunar bien puesto encima de una boquirrita. Mira, Monsalud: si tú eres necio, yo no lo soy. Ya te lo he dicho varias veces: las mujeres, para un rato y nada más. Mucho de te quiero y te adoro; pero después..., punta-pié. Eso de llorar y entristecerse, decir palabrotas y quererte morir por una de tantas, es propio de bobos.

—Tú no sabes lo que es el amor, Juan Bragas—dijo el soldado—, o, mejor dicho, crees que viene a ser algo semejante a un plato de estofado.

—Ni más ni menos. Un plato de estofado repugna después de haber comido... Por consiguiente, no te acuerdes más de la Generosa, que a buen seguro ella se acuerda de ti como de las nubes de antaño. Los paisanos que llegaron el otro día me dijeron que se iba a casar con el hijo de don Fernando Garrote, el cual tiene más dinero que pesáis tú y Generosa juntos.

—¡Con el hijo de don Fernando Garrote, con Carlitos Garrote!—murmuró Monsalud, palideciendo—. Juan Bragas, si vuelves a decir eso delante de mí, te cojo y..., vamos, te cojo y te ahorco de un árbol.

—¡Piedad, señor mío!—dijo Bragas, deteniéndose ante su amigo y haciendo

grotescos trazos—. Está usted enamorado, o lo que es lo mismo, imbécil, y los imbéciles suelen ser graciosos.

—Bragas, eres una bestia—dijo el soldado—. Para ti no hay más vida que el forraje que te echan todos los días en casa de tu patrono, don Mauro Requejo. Siento tener por amigo una bestia; pero, en fin, eres un buen muchacho: tu solo defecto es que coceas de cuando en cuando.

—Pero jamás he llevado sobre mí la albarda del enamoramiento. Ven acá, hombre sin seso: ¿de quién estás enamorado? De Generosa. ¿La ves acaso? ¿No está a cien leguas de donde tú estás? ¿No te dijo su abuelo que jamás casaría con ella, por ser tú un triste pelón y tener tus arcas rasas, lisas y mondas como fondo de mortero de piedra? De modo que estás queriendo a una sombra, a un imposible, a una ilusión, a una telaraña; justo, ésa es la palabra: a una telaraña.

—Juan—repuso Monsalud—, al oírte me confirmo en que eres un saco de carne con dos agujeros que llaman ojos para ver lo que se le pone delante, y boca y barriga para comer y llenarse de bazofia todos los días. Cada hombre tiene su destino en el mundo: el tuyo ya sabemos cuál es.

—Y el tuyo lo veo yo clarito también: holgazanear, mirar a las estrellas cuando las hay, taconear por las calles para llamar la atención de las costureras que pasan, no tener qué comer, y ser toda la vida un señorítico cañihueco y hambón.

—Pues mira: a veces se me ha ocurrido, amigo Bragas, que yo sería mucho más feliz si fuese como tú, es decir, un saco con sentidos. Pienso muchas veces en mi porvenir y digo: «¡Quién sabe, ¡vive Dios!, si esto que pienso será una mentira, una cosa vana y disparatada!» Todos los jóvenes hacemos nuestros cálculos para lo por venir, Juan, y los míos son un poco extraños y fuera de lo común. A mí se me ha puesto en la cabeza que para levantarse todos los días, comer, dormir la siesta, pasear, cenar y meterse en la cama, no valía la pena de que hubiésemos nacido. Más vale ser un puñado de polvo que los vientos se llevan y desparraman por todas partes. O yo no he de valer nada, o he de vivir de otra ma-

nera. Soy un ignorante; sé poco de las cosas del mundo; mas, por lo poco que sé, comprendo que hay muchos trabajos admirables en que el hombre se puede emplear. Digan lo que quieran, el mundo no marcha bien.

—Pues yo creo que marcha admirablemente—dijo Bragas, riendo—. ¿También quieres enmendar la obra de Dios?

—No digo tal: quiero decir que esto no va bien; no sé si me explico. Si tu tuvieras siquiera un pedazo de alma, tendrías las inquietudes y los deseos que yo tengo y estarías enamorado como yo lo estoy. Es un padecimiento; pero no puedes formarte idea de que se te quita este padecimiento sino haciéndote cargo de que estás muerto. Vivir curado del mal de amores es cosa que la mente no puede concebir, Braguítas.

—Dime, Salvador—indicó el covachuelo con ademán festivo—: ¿piensas seguir así?... Te juro que vas a hacer bonitísima carrera. Por ese camino de los amorosos sufrimientos y del suspirar y escupir sangre se va a general en poco tiempo.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero ser general en dos paloradas?... Lo que digo es que yo seré alguna cosa que meta ruido.

—Siendo militar y tambor, en efecto, puedes meter mucho ruido.

—Allá lo veremos... Y tú, ¿qué piensas ser?

—¿Yo? Dificilillo es anunciarlo desde ahora, señor Monsalud; pero no me quedaré de monago. Sepa usía que en el fondo de mi baúl tengo siete duros.

—¿Y qué haces que no pones un buen comercio o un segundo Banco de San Carlos?

—Por poco se empieza. Yo sacaré el pie del lodo, señor Monsalud. Y no me pidas prestados los siete duros, porque más fácil será que saques un alma del infierno que sacar mis soles del fondo del arca donde los guardo. Como no me he de enamorar ni siento comecón de echarme vinagrillo de los Siete Ladrones en el pañuelo, allí estarán hasta que vayan otros tantos a hacerles compañía. Conque perdone, por Dios, hermano, que no tenemos suelto.

—Bien sabes que nunca te he pedido nada.

—Pero pudiera ocurrírsete cualquier día, Salvador. Tú vas sacando malas

mañas. Ahora que te vas al Norte, asistirás a alguna batalla... Como no faltará algún pueblo en que entrar a saco, mucho ojo, amiguito, y mete mano.

—Descuida, soy buen amigo: si después de una batalla se reparte botín y me toca algo, te lo mandaré.

—Hombre, no es mala idea... Pero si te tocase alguna herida o descalabradura, puedes quedarte con ella.

—Oye, Juanillo —replicó vivamente Monsalud—, ¿no dices que tu mayor gusto consistiría en ser ministro del rey, para tener mucho dinero y hacer mucho bien, llenarte de gloria y morir honrado y bendecido?

—Sí.

—Pues te guardas el dinero, ¿eh?... y la gloria, la honra y las bendiciones me las mandas.

III

Así pensando y discurrendo, a veces riñendo y regalándose el uno al otro palabras un poco fuertes, haciendo luego las paces para prometerse amistad invariable, dieron nuestros dos amigos la vuelta del Retiro, y cuando tornaban a Madrid por la calle de Alcalá, vieron que discurría de arriba abajo mucha gente, y que, contraviniendo las disposiciones de la Policía francesa, en todas partes se formaban grupos. Pedíanse las personas unas a otras las noticias, arrebatándose las de la boca y comentándolas para soltarlas luego desfiguradas. Cuál aseguraba saber mucho; cuál, ignorándolo todo, se hacía repetir hasta tres veces la misma noticia. Todos los madrileños parecían sorprendidos, y los más, alegres.

Al punto pararon mientes Monsalud y Bragas en aquella estupenda novedad de los corrillos y de la animación que se repetía, a pesar del Gobierno, siempre que llegaban noticias de alguna batalla. Deseosos de conocer la verdad de lo que ocurría, husmearon en varios grupos; mas no viendo caras conocidas en ninguno de ellos, no se atrevieron a meter su cucharada, y se contentaron con algunas palabras sueltas. Pero hacia las Baronesas creyó Bragas oír la voz de don Gil Carrascosa, abate antaño y por entonces covachuelista de la misma covachuela y del covachuelado mancebo.

Acercáronse, y vieron que el licenciado Lobo venía a su encuentro, juntamente con don Mauro Requejo y el señor Canencia. Fundiéronse todos en el grupo, a punto que Carrascosa decía:

—Mañana salen de Madrid los franceses. Parece que ahora va de veras, señores patriotas, y que no volverán más. El rey José está muy apretado y no puede pasar, según dicen, de la línea del Ebro. Aquí no quedará un solo francés, ni un solo jurado, ni un solo polizonte, ni un solo jacobino. Respira, ¡oh patria!

—La verdad—dijo don Lino Paniagua, que también era de los presentes—es que Wellington se ha movido.

—Y parece que también se ha movido el cuarto ejército, que manda Castaños... Sin duda, quieren cerrarles el paso de Burgos y Vitoria.

—¡Admirable plan!—exclamó Lobo—. ¡Cerrar el paso! Nada más claro. El cuarto ejército estaba en todas partes, como perejil mal sembrado. Castaños en Extremadura con una división; Porlier y Losada, en Galicia con otra; Morillo, en Asturias; Mina, en Vizcaya. Lord Wellington, que desde Fregeneda ponía su lente en todo, los ha mandado adelantarse. Uno viene por aquí, otro por allá, con tal admirable concierto y arte como las piezas de un reloj, que ordenadamente van andando sin estorbarse una a otra. El francés, que con la cholla cargada de vapores viníferos se duerme en Valladolid, en Segovia, en Madrid y en Zaragoza, no ve el nublado hasta que le cae encima. Se asusta, llama a *Farfulla I* en su ayuda; pero *Farfulla I*, después de la campaña de Rusia, no está para fiestas, y héteme al rey José en campaña. El había dicho, como los castellanos: «Vino puro y ajo crudo hacen al hombre agudo...»; pero en buena se ha metido... ¡Grandes batallas se preparan! Todo esto, amigos míos, lo barruntaba yo; se necesita no tener un solo grano de sal en la molleza para comprender que hallándose el lord en Fregeneda, Longa y Mina en el Norte, Morillo en Asturias y Carlos España en el Bierzo, pues... yo lo veo claro como el agua.

—Y yo turbio como el cieno—dijo Canencia con filosófico desdén—. ¡Una batalla más! Rousseau ha dicho que las verdaderas batallas son las que gana la

sabiduría contra la ignorancia de la corrompida Humanidad.

No tardó en pasar el padre Salmón, que con el padre Ximénez de Azofra y el marqués de Porreño regresaba a su convento, y pegándose al grupo, hizo varias preguntas:

—Eso ya lo sabíamos... Que se va toda la canalla mañana temprano... Pero y de los ejércitos, ¿qué se dice?

—A mí se me figura—dijo con gravedad el marqués de Porreño—, se me figura..., es idea mía..., puede que me equivoque; pero juraría que el lord se ha movido.

—Eso no tiene duda—repuso Lobo, dignándose repetir el plan de campaña con que poco antes había demostrado su perspicacia estratégica.

Y al poco rato partieron en distintas direcciones. Acompañaron al señor marqués los dos reverendos, y recibidos por la interesante familia de éste, Salmón exclamó:

—¡Gran bomba, señores! El lord se ha movido.

—¡Y mañana salen de aquí todos los franceses!

—¡Benditos sean los designios de la divina Providencia!—dijo la hermana del marqués.

—¡Wellington se ha movido!—repitió el mercedario, mirando a diestro y siniestro por ver si se vislumbraban en el horizonte lejanos signos de soconusco—, y juntamente con Mina y Morillo, viene sobre Madrid.

—¡Jesús! ¡Sobre Madrid!

—Así lo han dicho. Parece que da la vuelta por el Duero, que está, como usted sabe, en Tordesillas. Y como Castaños pasa de Extremadura a Asturias con el séptimo cuerpo, digo, con el octavo o con el duodécimo..., en junto unos cuatrocientos mil hombres...

Poco después, la hija del marqués de Porreño iba a casa de Sanahuja, donde ya sabían la noticia gracias a don Lino Paniagua, y decía:

—Lo menos setecientos mil hombres dicen que trae *Vellinton*.

Conviene advertir que casi todos los españoles pronunciaban el nombre del general inglés como acabamos de escribirlo. Algunos lo modificaban diciendo *Velliztón*, acentuando la última sílaba, lo mismo que decían *Stapletón Cotón*; pero esto no hace al caso, y siga nues-

tro cuento. El conde de Rumblar, que a la sazón hallábase en casa de Sana-huja, partió como un rayo, y en la Puerta del Sol topó con Marchena, a quien dijo que José iba sobre Fregeneda y que el duque de Ciudad Rodrigo estaba en Valladolid... Poco después, don Narciso Pluma, que esto oyera y otras muchas estupendas cosas que había oído poco antes, lo revolvió todo, haciendo la más chistosa ensalada que puede imaginarse, y entró en casa de Porreño, donde sostuvo que se estaba dando una batalla junto al Duero entre don Pablo Morillo, con doce mil hombres, y el rey José, con setecientos mil...

Repitámoslo, sí. ¡Entonces no había periódicos!

IV

Cuando se disolvió el grupo, los dos jóvenes siguieron su camino.

—Vamos a casa de mi tío—dijo Monsalud—a ver qué plensa de estas cosas. Ya anochece, apretemos el paso... ¿No te parece que los habitantes de la villa están un poco alborotados?

—¡Salen los franceses!... ¡Un cambio de Gobierno!—murmuró Bragas, intranquilo—. Ahora, todos los que han sido empleados durante el Gobierno intruso...

—A la calle, amigo. ¡Pues no es poca afrenta la que tienen encima haber servido al intruso!... ¡Oh vilipendio!

—Pero yo soy español, muy español. Detesto a los franceses.

—Ahora que se van es muy cómodo decir eso. Yo, señor don Juan, les tengo rencor. Con ellos he servido, con ellos voy.

—Entonces dirás: «¡Viva Napoleón!»

—No diré ni que viva ni que muera, porque yo no he de matar ni resucitar a nadie. Me alegraré de que sea rey de España Fernando Séptimo... Ya sabes por qué he servido a José: me moría de hambre y acepté sus banderas. Tal vez hice mal; pero las juré, y tras ellas voy a donde me lleven. Eso de gritar hoy «¡Bonaparte!» y mañana «¡Fernando!», como hacen muchos, no entra en mi sistema. Sirvo a José sin entusiasmo, pero con lealtad.

—¡José, José—exclamó Bragas, alzando la voz—es un borracho! No se tiene lealtad con los borrachos.

—A ti y a mí nos ha dado de comer. Los dos nos encontrábamos en Madrid bastante perdidos y derrotados. Mi tío me colocó en el regimiento de Jurados, lo cual fué muy fácil, porque nadie quería entrar en él. Tu colocación parecía más difícil; pero tanto lloraste y gimateaste ante el conde de Cabarrús, que el buen señor, considerando que eres hijo de su criado, dióte a roer ese hueso de la covachuela. Para conseguirlo te fingiste entusiasmado con el fraternal Gobierno de Bonaparte, ¡y qué memoriales le echabas!..., ¡cuántas resmas embadurnaste con lamentos y suspiros!... Para que todo no fuera música y palabritas vanas, te aplicaste al oficio de dar vitores y palmadas en la calle siempre que el rey pasaba y gritar: «¡Mue-
ran los *madripáparos*!»

—¡Mentira, mentira! — chilló Juan Bragas, cuyo rubor no podía distinguirse a causa de la oscuridad de la noche—. ¿De dónde has sacado esas invenciones?

—Verdad, verdad pura, digo yo—continuó Monsalud—, como también lo es que te daban obra de tres reales por función, quiero decir, por cada carrera detrás del coche de Pepe Botellas gritando y vitoreándole. Ello es que si te desgañitaste, ganando aquella ronquera que te puso en peligro de callar para siempre en la sepultura, en cambio, recibiste el destino que tienes, el cual, verdaderamente, no es mucho premio para tanto batir las palmas y asordar a la gente con los vivas.

—Salvador, Salvador, mira que me incomodo—dijo Bragas con voz balbuciente, señal de que le ponía colérico el verídico retrato que su amigo diestramente trazaba—. Cualquiera que te oiga, ¿qué pensará de mí?

—Ahora quieres pasar por hombre formal. Vas muy serio y finchado por la calle; entras en la covachuela dando taconazos, y cualquiera supondría que dentro de ese casacón que compraste en el Rastro va un consejero de Indias.

—Si no va todavía, irá con el tiempo, señor mío.

—Y como parece que el rey José y los franceses y los jurados se marchan para siempre, quieres hacer olvidar que te colocó el conde de Cabarrús... Ahora es preciso *empecinarse*, señor Juan Bragas, como se *empecinó* su merced cuando evacuaron la villa los franceses

y la ocuparon los aliados, después de la batalla de los Arapiles.

—Amigo Monsalud—gruñó el otro—, yo soy dueño de hacer mi santa voluntad ahora y siempre. Sé dónde me aprieta el zapato, y cada uno tiene su alma en su almario. Tú mismo, que ahora te las echas de hombre recto y puntilloso, estás esperando a que los franceses salgan de aquí para desertar de sus filas y pasarte a los españoles, lo cual es muy meritorio y por extremo patriótico; que no hay gloria más envidiable que servir a la patria ni deshonor que se compare a la de ayudar al enemigo contra nuestros hermanos. Y ahora que los franceses van de capa caída y parece que huyen vencidos, el heroísmo consiste en volverles la espalda.

—Eso no lo haré yo—dijo con energía Monsalud—, que cuando entré a servirles lo hice por mi voluntad.

—Pues no te podrás quitar de encima la nota de traidor—indicó Bragas, malicioso—, que traidores son los que sirven al enemigo de la patria. ¿No te da vergüenza de vestir ese uniforme?

Cuando esto decían, habían entrado en la calle de Toledo y tomaban por la derecha la embocadura de la Cava Baja, donde tenía su residencia el señor Monsalud *senior*, tío de nuestro héroe. Por las noches, Salvador solía hacer parada en casa de su tío antes de encerrarse en el cuartel, y acompañábale generalmente Bragas, atraído por el olorillo de una regular cena que allí se aderezaba y el reclamo de una animada tertulia.

—Veremos qué piensa mi tío de estas cosas—dijo Monsalud—. Es un afrancesado rabioso, y desde que el conde de España le mandó dar de palos en Salamanca no cesa de decir que ahorcaría a todos los *empecinados* si en su mano estuviere.

No había concluido Monsalud de decir lo que antecede, atravesando la plazoleta que llaman Puerta Cerrada, aunque no hay allí puerta alguna abierta ni entornada, como no sea la de las casas, cuando muchas de las gentes reunidas junto a las tiendas y el gran número de majos, chulillos y mozalbetes desvergonzados que por allí discurrían fijaron su atención en los dos jóvenes, principalmente en el sargento de la guardia, cuyo uniforme a cien leguas

le denunciara como servidor del rey entremetido.

—Parece que nos miran—dijo Monsalud—y nos señalan. ¿Llevamos algo de particular?

—Es que la gente está alborotada... —balbució Bragas, temblando de miedo—. Llevas uniforme de la guardia jurada... Ese traje es muy aborrecido en Madrid, y con razón, con muchísima razón... No creas que te van a defender tus amigos. Ocupados de su viaje, no se cuidan de niñerías, y lo mismo les importará que te insulten o que no. Los franceses desprecian a los traidores que les sirven, como los despreciamos los españoles.

Iba a contestar Monsalud, cuando de un grupo de hólgazanes que sostenía la esquina de la Cava Baja salieron voces de «¡A ése, a ése!», y luego un murmullo de risas insolentes. Monsalud se paró en medio de la calle, y volviéndose a los del grupo los miró cara a cara, esperando que alguno pasase de las palabras a las obras. En el mismo instante varias pelotas de lodo, arrojadas por los chiquillos, se aplastaron en su pecho, salpicándole la cara.

El populacho es algunas veces sublime, no puede negarse. Tiene horas de heroísmo, por extraordinaria y súbita inspiración que de lo alto recibe; pero fuera de estas ocasiones, muy raras en la Historia, el populacho es bajo, soez, envidioso, cruel y, sobre todo, cobarde. Todos los vencidos sufren más o menos la cólera de esta deidad harapienta, que por lo común no sale de sus madrigueras sino cuando el tirano ha caído. Si no le supo exterminar con su iniciativa y su fuerza, casi siempre se da el gustazo de rociarle con su fango, y a todas las instituciones o personas que caen por el esfuerzo de campeones de otra esfera más alta, el populacho les pone su ignominioso sello de inmundicia. La libertad y las *caenas*, a quienes alternativamente aduló, han visto sobre sí, en el momento terrible, a la furia inmundicia que les escupía. Como la hiena, es intrépida con los muertos.

Casi desguarnecido Madrid de tropas francesas, pues muchas habían ido saliendo desde mediados de mayo; dispuesto todo para marchar las últimas en la madrugada del siguiente día 27, el enemigo, puesto un pie en el estribo,

no se cuidaba ya de hacer cumplir las reglas de Policía. El estado de la guerra y la comprometida situación de José junto al Ebro confirmaban a aquél en su idea de que la ocupación de España iba a tener fin; mas si estaban indiferentes y aun alegres los franceses, los españoles comprometidos con ellos no cabían en su pellejo de puro azarados y medrosos. A muchos de éstos insultó la plebe en diversos puntos, y aterrados algunos al ver el desamparo en que quedaban, desertaron para acogerse de nuevo a las banderas de la patria.

Se comprenderá, pues, que la situación de Monsalud frente a los respetables varones del populacho matritense no era muy lisonjera. Ciego de enojo, con el rostro encendido y la voz balbuciente, echó mano a la empuñadura del sable, gritando:

—Al que se me acerque le atravieso.

Y capaz era de hacerlo como lo decía, lo cual fué, sin duda, conocido por el egregio concurso de la esquina, no habiendo entre todos ellos uno solo que se destacase del grupo para hacer frente al irritado mancebo. Viendo éste que, con ser tantos, no pasaban a vías de hecho, siguió su camino; pero los disparos de lodo se repitieron de tal modo por la cohorte infantil, que Monsalud, sin hacer uso del arma, corrió tras uno de aquellos angelitos del arroyo para castigar su desvergüenza. Antes que atraparle consiguiera, lo que no osaron tantos hombres atreviéndose a hacerlo una mujer, la cual, cuadrándose marcialmente ante Salvador y desafiándole del modo más varonil con ojos, gesto, manos y la cortante y ponzoñosa lengua, le dijo:

—¡Eh!, so estandarte, si toca usted al muchacho, no tendrá tiempo de encomendarse a Dios. Si el angelito le roció es porque puede hacerlo, y para eso y mucho más le he parido... Conque siga adelante, punto en boca y manos quietas.

Dada la señal por la matrona, acercáronse, valerosos, algunos de los chulos y tomadores que antes disparaban sobre el soldado burlas y palabrotas; enracimáronse los chiquillos y mujeres en derredor suyo, y una tempestad de insultos tronó en sus oídos. Aturdido al principio el mozo, defendióse con empujones y golpes muy bien dirigidos.

—¡Matadle!—gritó una arpía al sen-

tirse abofeteada por la mano vigorosa de la víctima.

—Y también a su compañero, el del casacón.

—¿A mí, señores? ¿Pues qué he hecho yo?—dijo Bragas, procurando echarse fuera del volcán—. Yo no conozco a ese hombre.

—¡Mueran los jurados!

—¿Acaso visto yo ese vergonzoso uniforme?—repitió, casi llorando, Braguitas—. Soy un joven honrado, español puro y neto y jamás he servido a la basura.

Monsalud, a quien no hostigaba ningún hombre de buenos puños, sino tan sólo mujerzuelas, chicos y algún cobarde zarramplín de esos que van a todas las pendencies a meter ruido, pudo echar mano al sable y apartar un poco de su persona al indigno enjambre. Repartió de plano con seguro puño algunos golpes y, sin ser Papa, creó gran número de cardenales en menos que canta un gallo. Algunas personas graves y varios majos decentes intervinieron en el asunto, aplacando la furia de todos, y propusieron que se dejase en libertad al guardia con tal que allí mismo se quitase el uniforme. Enfurecido y fuera de sí, Monsalud iba a arremeter contra los amigables componedores, cuando apareció su tío don Andrés saliendo de la casa cercana, que era donde vivía, y con razones y tal cual empujón, él y otros que le acompañaban cortaron la pendencia, obligando al joven a meterse en el portal, que cerraron al instante.

Puesto en salvo su sobrino, a quien acabaron de aplacar las personas de uno y otro sexo que había en la casa, el señor Monsalud creyó oportuno dirigir la palabra a los del pueblo, un tanto mohino por no haber podido vengar en el renegado las contusiones recibidas.

—No hagan ustedes caso, señores—les dijo con voz oratoria, que en su vana sonoridad gustaba de oírse a sí misma—Ese joven es mi sobrino, una mala cabeza, un insensato, que se afilió en el cuerpo de guardias jurados sin saber lo que se hacía. Pero en el fondo de su alma, señores, mi sobrino es español por los cuatro costados y aborrece a los pérfidos enemigos de la patria. Compréndolo, señores, que el pueblo se ensañe contra los afrancesados: esos vi

les merecen pronto y ejemplar castigo. (*Señales de aprobación.*) Pero respetemos la desgracia, señores y señoras; que demasiado castigo tienen esos viles en su propio remordimiento y vergüenza. Esta noche es noche de gran regocijo para los buenos españoles, porque mañana se marchan los pocos borrachos que quedan en Madrid. España es libre, señoras, caballeros y niños. ¡Viva España! (*Ruidosos aplausos y tal cual rebuzno y no pocas patadas, berridos y coces.*) Yo respondo de que mi sobrino dejará las traidoras banderas en que ha servido; él es buen patriota, tan buen patriota como yo, que estoy dispuesto a derramar la última gota de mi sangre, sí, la última y postrera gota en defensa del rey y de la Constitución. ¡Viva la Constitución!... (*Ibidem.*) Y si alguna vez he vivido entre franceses, no lo hice por amistad hacia ellos, como dicen mis enemigos, sino que los seguí y me metí industriosamente entre sus filas para averiguar sus planes y espiar sus acciones e informar de todo a nuestros queridos, a nuestros queridísimos generales... ¡Ah! ¿Queréis más pruebas? Pues allá van las pruebas. Os ruego que contestéis a mis preguntas. ¿Quién soy yo, señores? Yo soy un mártir del patriotismo. Consagré mi vida al servicio de la patria, y hallándome cerca de Salamanca, en un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme, los franceses me apalearon (1). ¿Y por qué, señores? Porque con mi espionaje puse todos sus secretos estratégicos al servicio de lord Wellington. Pues qué, ¿creéis que sin mí hubiera ganado la batalla de los Arapiles? (*Estupor.*) Aún tengo sobre mi cuerpo cien cardenales que con su noble púrpura manifiestan mi heroísmo. Luego vine a Madrid a gozar del espectáculo de este gran pueblo, ebrio de gozo por su libertad, y en agosto del año pasado juramos la Constitución en presencia del general inglés. ¡Oh día solemne! ¡Oh época feliz! Si se empañó tan diáfana claridad con el regreso de los franceses, mañana se desgarrará el velo tenebroso de la invasión: mañana se marchan otra vez para siempre, señores, con su séquito inmundo de traidores y jurados y afrancesados. Ved cómo

mo tiemblan, cómo se esconden de vuestras patrióticas miradas; cómo su vergüenza les hace bajar la cabeza ante la majestad de nuestro puro españolismo sin mancha. Enorgullecámonos, señores, de no haber servido jamás a los franceses, de no habernos contaminado jamás con viles masones y filosofastros, y digamos con el ángel: *Ave María...* Cada cual a su casa, que es hora de acostarse. ¡Viva la Constitución y el lord y Fernando Séptimo! (*Tumulto y extraordinaria sensación, acompañada de sonoros bramidos y vocablos que no lleva en sus blancas páginas el Diccionario por miedo a ruborizarse.*)

V

Salvador subió tristemente la escalera de la casa, acompañado de varias personas que, traídas del ruido y del temor, bajaron, y en la meseta donde se abría la puerta del domicilio de su señor tío recibióle, candil en mano, la esposa de éste, que le dijo así:

—No podía ser otra cosa que una barrabasada del sobrino de mi marido. ¡Todo sea por Dios! Este chico tiene la cabeza a las once y está podrido de ella. ¿Te han herido?

—El pueblo de Madrid aborrece este uniforme—gritó Bragas, que detrás, a poca distancia, subía—, y no le falta razón.

—Sólo a este loco se le ocurre sacar el sable porque le echaron un poco de fango—dijo la señora de Monsalud, alumbrando para que pasasen todos a la sala.

Componían aquella noche la tertulia doña Ambrósia de los Linos y sus dos hijas, una de las cuales, casada poco antes, vivía en el piso tercero del mismo edificio. Ambas eran bastante lindas, principalmente la soltera, que cautivaba por su frescura, por sus vivarachos ojos, por sus rosados carrillos, marcados aquí y allí con vagabundos lunares; por su gracia en el mirar y la flexible ligereza de su cuerpo, tanto más admirable cuanto que la muchacha era algo medianamente gordita, prometiendo en diversos parajes de su persona que igualaría con los años a su enorme mamá. También estaba allí don

(1) Véase *La batalla de los Arapiles* (primera serie).

Mauro Requejo, que solía ir todas las noches, por ser pariente de la señora de Monsalud, y no tardó en presentarse don Gil Carrascosa.

La señora de Monsalud era una mujer de presencia no vulgar ni desagradable, pero muy gastada y decaída por causas que ignoramos. Durante un matrimonio estéril, que ya contaba trece años, marido y mujer no habían ofrecido al mundo un modelo perfecto de concordia. Repetidas veces se separaron, para volver a juntarse; repetidas veces crujieron los palos de las inválidas sillas y volaron por el aire los platos desportillados, instrumentos unas y otros de la ciega cólera homicida de ambos consortes. Andrés Monsalud era hombre de mala conducta, fatuo, desarreglado, trapisondista, embrollón, aventurero; Serafinita pecaba de caprichosa, holgazana, embustera, y tenía más vanidad que una princesa, gustando mucho de emperifollarse y, sobre todo, de aparentar posición y suponer posibles muy superiores a lo que en realidad tenían ella y su marido, pues, reunida la fortuna inmueble de entrambos, allá se iba con la nada.

Por último, después de la tragedia de Babilafuente, Serafinita logró atraer a su marido y poner casa en Madrid, y de la noche a la mañana, por mediación generosa de un caballero francés, dieron a Andrés un regular destino en la Visita de Propios, con lo cual uno y otro estaban tan huecos, que de allí a tratar a Dios de *tú* apenas había el canto de una peseta. Su morada, no obstante, era humildísima, porque el sueldo no rayaba ciertamente en Potosí; mas Serafinita se esmeraba en aumentar con mil artificiosas combinaciones el lustre y aparato de su casa.

—Puedes respirar tranquilo, sobrino—dijo la señora con bondad—. Descansa, y se te dará un vaso de agua para matar el susto.

—No quiero agua—repuso bruscamente el joven, paseándose de largo a largo por la sala—. Tengo que marcharme.

—¡Marcharse!—exclamaron a dúo y con desconsuelo las dos niñas de doña Ambrosia.

—Este joven gusta de pependencias y de derramar sangre—añadió ésta— ¡Cómo se conoce que los franceses le crían a sus pechos!

—Pero, al menos—dijo Serafinita—, ¿te quitarás el uniforme?

—Sí; hablad de eso a este babieca—indicó Juan Bragas, que había ido a fondear junto a la más pequeña de las fragatitas de doña Ambrosia—. Es muy gabacho este caballero. Los pocos españoles extraviados que sirven en las banderas de José están a estas horas con los ojos y el corazón vueltos hacia la madre patria afligida; pero este mi Don Quijote botellesco dice que su honor le obliga a no abandonar a la canalla.

—Hace cosa de seis meses—afirmó Serafinita—habría sido gran locura mostrar siquiera un adarme de españolismo; pero hoy es distinto. Los franceses van de capa caída, y buen tonto será quien se embarque con ellos.

—¡Oh, sí, será un idiota!—dijo doña Ambrosia—, aunque lo mejor habría sido no servirles nunca.

—Las circunstancias—añadió Serafinita—obligan a los hombres a sofocar algunas veces su natural impulso y fogosidad patriótica. Ahí está mi marido, que no le hay más español en toda la tierra del garbanzo, y sin embargo, vióse arrastrado a cierto compadrazgo con los franceses y aun anduvo con masones y revoltosos, malquisto de todo el mundo. Pero de algo valen los consejos de una mujer prudente. Yo le traje al buen camino, y como mi familia, que no es ninguna familia de tres por un cuarto, ha tenido siempre relaciones con altos personajes, fácil me fué amarrar a mi esposo al pesebre de la Visita de Propios. Dióle la plaza un ministro francés; pero ¿tenemos la culpa de que haya sido francés quien primero echó de ver nuestros méritos o, si se quiere, los de mi marido, para todo lo que sea cosa de aritmética en cualquier oficina?

—Si recibimos un pequeño favor de esa canalla—gritó con vehemencia Bragas—, diéronnos lo nuestro, y nada tenemos que agradecerles. Españoles somos, y ahora váyanse con dos mil demonios.

—Lo que hay en esto—dijo don Mauro Requejo, que sombríamente había permanecido en un rincón de la sala sin hablar hasta entonces—es que para dar sus destinos a los señores Monsalud y Bragas fué preciso quitárselos a otros que, pecando de *empecinados*, mortificaban con cuchufletas y versitos a los franceses.

—¡Nadie hay más *empecinado* que yo! —exclamó con furioso arranque de entusiasmo Juan Bragas, saltando en medio de la sala, con gran regocijo de las niñas de doña Ambrosia—. ¡Viva don Juan Martín Díez!

—¡Viva, viva mil años!—repitió Andrés Monsalud, presentándose en la sala con semblante reposado y satisfecho, sin duda por la vanagloria que el reciente discurso callejero había dejado en su ánimo—. ¡De buena has escapado, sobrinillo! ¡Exponerte a las iras del pueblo español!... Vamos, te perdono; yo también he sido calavera, yo también he sido revoltoso y provocativo y...

—Afrancesado—indicó con malicia doña Ambrosia—. No hay que echársela de apóstol Santiago.

—Un poquillo—repuso Monsalud con turbación—. Pero de arrepentidos se hacen los santos. La prueba de mi sinceridad la tengo hoy en la confianza de mis amigos. Hanme comisionado esta tarde para preparar los festejos...

—¿Para cuando entre don Carlos España?—preguntó la de los Linos.

—Para cuando entre don Juan Martín o lord Wellington... Un arco de triunfo, ¿qué les parece a ustedes? En mi oficina hemos resuelto componer unos versos y ver si se hace un carrito.

—Ya nos cayó quehacer, amigas mías —dijo con júbilo Serafinita—. Desde mañana pondremos manos a la obra, porque las guirnaldas de rabo de cometa no son cosa que se despache en tres días.

—Y luego mucho de banderitas y escarapelas—dijo una de las muchachas.

—Y será preciso que doce o catorce doncellas tiernas se vistan de ninfas para ir delante del carro cantando el *Velintón*.

—Y como haya alegoría, vestiremos a mi sobrino de dios Marte—indicó Monsalud.

El joven soldado dirigió a su tío una mirada de desprecio.

—Estará saladísimo—dijo doña Ambrosia—. Mi esposo y padre de estas dos niñas hizo de Marte cuando la jura del otro rey, y era una gloria el verle con todo su hermoso cuerpo medio desnudo y el chafarote en la mano... ¡Oh!, ustedes no alcanzaron a ver tanta preciosidad.

Don Gil Carrascosa, entrando apresurado en la estancia, saludó a todos con

amable cortesanía, especialmente a las niñas.

—¡Pues qué!—dijo—, ¿todavía está nuestro mozalbete metido dentro de la indigna librea francesa? A estas horas casi todos los españoles que servían a José han desertado. Acabo de ver a dos que se escondieron esta mañana.

—¡Han desertado!—repitió el coro de mujeres.

—¡Fuera esa casaca, sobrino!—gritó Monsalud, dirigiendo al hijo de su hermana imperiosa mirada—. ¡Ay!, acuérdate de tu madre, a quien no nos atrevimos a dar parte de tu afrancesamiento... Si lo llega a saber, se morirá de pena.

—Te esconderemos aquí—dijo Serafinita—, aunque no habrá peligro, pues ellos tienen bastante quehacer para ocuparse de ti.

—En esta casa, no—afirmó con aplomo el tío—. Los vándalos conocen el rabioso españolismo mío, y de seguro vendrían a buscarle, acusándome de haberle impulsado a la deserción.

—Pues se puede esconder en mi casa —dijo la mayor de las Linas, que era la casada y tenía su nido en el tercer piso.

—Eso es, que se esconda arriba—repitió con extraordinaria vehemencia la soltera, contemplando al joven Monsalud de tal modo que parecía envolverle con su mirada como en amorosa y blanca nube protectora.

—Sí, en el tercero.

—Yo le cederé mi cuarto y mi cama, y dormiré con mi hermana—añadió la doncella en un segundo arranque de generosidad.

—Francamente, Dominguita, tu esposo está fuera y no me gusta ver a dos muchachas solas en la casa con el dios Marte—objetó doña Ambrosia.

—Pues al sotabanco. Hablaremos al señor Pujitos para que le ceda un rincón.

—Conque, sobrino, vete despojando de tu uniforme.

El soldado, a quien tal proposición ofendía en lo más delicado de su alma y que estaba a la sazón irritado por la escena de la calle y, además, por el impertinente charlar de su tía, contestó con ardor:

—Antes me quitaré el pellejo que el uniforme. Me lo puse por mi voluntad; lo tendré mientras exista el ejército a

que pertenezco y la bandera que juramos.

—¿Eres francés?

—No sé lo que soy—repuso con desdén.

—¿Harás armas contra tus paisanos?

—No; pero tampoco abandonaré cobardemente a los que me han dado de comer.

Monsalud tío rompió en estrepitosas risas, acompañado por Bragas, Requejo y Carrascosa.

—Pero, sobrino de todos los demonios, ¿no tienes en mí la norma de tu conducta?

—Si yo le imitara a usted en esto—dijo el joven, temblando de indignación—, no tendría idea del honor, ni una chispa de vergüenza en mi alma, ni en mi corazón el sentimiento del deber, ni sería digno de que me mirasen los hombres. Adiós. Me voy para siempre de esta casa y de Madrid.

El soldado salió resueltamente. Un poco atontado el tío, bastante aturdida su esposa, no pronunciaron una sola palabra para detenerle.

—Ese muchacho es un insolente—dijo al fin la señora de la casa.

—¡Pobrecito!—murmuró el oficial de la Visita de Propios.

—¡El se lo pierde!—indicó majestuosamente Serafinita—. Ahora que mandan los españoles he de conseguir para ti una buena vara, Andresito. Serás corregidor de Alcalá, de Ocaña o de Tarancon. Yo había calculado que Salvadorcillo nos acompañaría con un buen momio.

—No se puede sacar partido de ese muchacho.

La niña soltera de doña Ambrosia había llevado el pañuelo a sus picarescos ojos, de súbito humedecidos por ignorada causa.

—¡Pobrecito!—exclamó con zozobra—. Se ha marchado solo. Está expuesto a que le insulten otra vez en la calle. Le darán golpes, le arrojarán lodo, manchándole la frente, el cabello, la boca, los ojos, ¡ay!, los ojos, el uniforme...

—Esto parte el corazón. ¡Pobre muchacho!—exclamó la casada—. Alguien debía salir con él.

—¡Qué falta de caridad dejarle salir solito! ¡Si yo fuera hombre...!

—La verdad es que puede sucederle alguna cosa mala—dijo Serafina, dando un suspiro.

—Usted, que es su amigo—exclamó

con ira la doncella, volviéndose a Juan Bragas, que a su lado estaba—, ¿por qué no salió con él para ampararle en caso de atropello?

—¿Amigo?—dijo con desdén el cova-chuelo—. No tanto. Conocido, y nada más... Nos hablamos alguna vez, paseamos juntos; pero...

—Es usted un mal amigo—gritó la muchacha con voz temblorosa—. ¡Dejarle partir sin compañía!... Esto se llama deslealtad, cobardía.

Juan Bragas se echó a reír.

—Pero...

—Haga usted el favor de no volver a dirigirme la palabra en toda la noche, ni volver a mirarme en su vida, ni estar donde yo esté, ni respirar donde yo respiro, ni ponerse donde yo le vea, ni...

La tertulia fué triste, tristísima. Los hombres, viendo que no podían alegrar el ánimo de las dos muchachas, ni el de la señora de la casa, ni sacarles palabras que no fuesen lúgubres como un funeral, pegaron la hebra con doña Ambrosia, y dándole a la lengua por espacio de dos horas, sin descanso, azotaron a medio mundo con la piel arrancada al otro medio.

VI

En la mañana del día que siguió a estos sucesos salieron los pocos franceses que quedaban en Madrid. Los mandaba el general Hugo, y llevaban consigo convoy tan inmenso, que al verlo creeríase que en la capital de España no quedaba un alfiler. Desde muchos días antes habían sido embargados cuantos coches, carros y calesas rodaban por las calles de la villa, y casi toda la servidumbre se ocupaba en el embalaje de las diversas riquezas que José y los suyos se habían apropiado. Estos señores hacían buena presa dondequiera que ponían la mano, y no eran nada melindrosos ni encogidos para esto del incautarse. Murat despojó la casa de Godoy y el Real Palacio, y José mandó traer de Toledo, de Valladolid y de El Escorial cuanto pudiese ser transportado; esta última circunstancia salvó las piedras del edificio.

Luego que estuvo reunida cantidad de cuadros, estatuas, joyas de camarín y sacristía, dejando a las vírgenes y san-

tas sin un anillo que ponerse, establecieron cuatro depósitos en Madrid, los cuales fueron el Rosario, San Felipe, Doña María de Aragón y San Francisco. Una Comisión separó lo sublime de lo bueno, y, no siendo fácil llevarlo todo, dispusieron atropelladamente lo primero en cajas, mezclando lo sagrado con lo profano, es decir, las bellas artes con los enseres de la casa y cocina del rey José, y diversos adminículos que éste, para diferentes fines, usaba. Muebles, porcelanas, vajillas, armas, añadiéronse al botín. Considerando que, aun después de tanto despojo, quedaba en España alguna cosa de punto inútil, según ellos, dada la ignorancia castellana, echaron mano a las colecciones mineralógicas del Gabinete de Historia Natural, y embaularon también los depósitos de Ingenieros y de Artillería y el Hidrográfico. De Simancas cargaron con lo más curioso que allí había. Aquella gente hasta la historia nos quiso quitar.

Una caja en que holgaba un poco el tocador de José (así lo cuenta un testigo ocular) fué rellena con los pedruscos y los minerales de la Historia Natural. Entre una masa enorme de cartas geográficas, iba *Nuestra Señora del Pez*, y la *Perla* anidó con una montura fina recamada en plata y oro. Se gastó un monte de clavos, y por algunos días las iglesias que servían de depósitos y las galerías del Palacio Real resonaban cual si en ellas trabajase un regimiento de ciclopes. La tabla del *Pasmo*, que ya se hallaba en estado pésimo, acabóse de rajar, y la pintura, con las sacudidas y golpes, se cuarteaba que era una bendición. ¡Oh divino Jesús! ¡No padeciste más en el Gólgota!

Completaban el convoy las cajas de guerra llenas de dinero en buen oro y buena plata antigua, de aquello que ya no se ve, y seducía entonces con su brillo los ojos de los extranjeros, y con su noble son los oídos de todos. No se habían descuidado los franceses en reunir dinero, como gente allegadora y económica, ni menos en llevárselo; que si para limpiar de vicios a la capital hubieran usado de tanta diligencia como para limpiarla de onzas, fuera esta villa un paraíso en la Tierra. Con el ejército iban los muchos particulares comprometidos que quisieron seguirlos, y entre los carros de oficio, gran nú-

mero de vehículos con equipajes de empleados altos y bajos. Ofrecían estos desgraciados individuos espectáculo lastimoso. Si algunos llevaban consigo buen acopio de víveres y ropa, otros no cargaban más que lo puesto, y todos lloraban el hogar abandonado, la paz perdida, el honor en duda, lamentándose del gran compromiso en que se veían. Algunos hacían de tripas corazón, prometiéndoselas muy felices en las próximas batallas; pero los más miraban, sin engañarse, la realidad del molesto viaje, y después la emigración, el general desprecio y la pérdida de la hacienda.

Desfilaron los carros por el camino de Segovia, pues Hugo quería pasar la sierra por Guadarrama, y aquella culebra rastrera formada por interminable fila de vehículos, que de lejos parecían vértebras articuladas, desapareció en la noche del 27 de mayo, dejando a Madrid en poder de los guerrilleros, que al instante lo ocuparon, y tras ellos las autoridades españolas. De esta manera y con este despojo la capital de España dejó para siempre de ser francesa.

No seguiremos al general Hugo y su convoy en todo su viaje hasta que en los campos de Vitoria perdieron los franceses gran parte de lo mucho que habían cogido. Bastantes apurillos pasó en Cuéllar y en Tudela de Duero; pero, al fin, logró unirse al grueso del ejército francés en Valladolid.

Reunidos todos, la continua amenaza de las divisiones aliadas les hizo muy penoso el camino desde Valladolid a Burgos. Aquí no pudieron resistir mucho tiempo, y sin gran prisa se dirigieron a Vitoria por Miranda, confiados en que Wellington no los molestaría del lado allá del Ebro; pero tan admirable combinación de movimientos había hecho el inglés, que cuando los franceses pasaron el gran río, lo pasaban también los aliados por diferentes puntos, y ambos enemigos se encontraban frente a frente en las montañas de Alava y Vizcaya. Apretó Bonaparte el paso, juntando a los suyos para que, desperdigados aquí y allí, no fueran batidos al por menor, y el 19 de junio llegó a la Puebla de Arganzón, donde es fuerza que quitemos la vista del rey y de su ejército para fijarla en una sola persona que, por ahora y mientras vengan sucesos estupendos en la esfera históri-

ca, ha de llevar en estas líneas la preferencia.

¿Y por qué no? ¿Por qué hemos de ver la Historia en los bárbaros fusilazos de algunos millares de hombres que se mueven como máquinas a impulsos de una ambición superior, y no hemos de verla en las ideas y en los sentimientos de ese joven oscuro? Si en la Historia no hubiera más que batallas; si sus únicos actores fueran las personas célebres, ¡cuán pequeña sería! Está en el vivir lento y casi siempre doloroso de la sociedad, en lo que hacen todos y en lo que hace cada uno. En ella nada es indigno de la narración, así como en la Naturaleza no es menos digno de estudio el olvidado insecto que la incommensurable arquitectura de los mundos.

Los libros que forman la capa papi-rácea de este siglo, como dijo un sabio, nos vuelven locos con su mucho hablar de los grandes hombres, de si hicieron esto o lo otro, o dijeron tal o cual cosa. Sabemos por ellos las acciones culminantes, que siempre son batallas, carnicerías horrendas o empalagosos cuentos de reyes y dinastías, que agitan al mundo con sus riñas o con sus casamientos, y, entre tanto, la vida interna permanece oscura, olvidada, sepultada. Reposa la sociedad en el inmenso osario sin letreros ni cruces ni signo alguno; de las personas no hay memoria, y sólo tienen estatuas y cenotafios los vanos personajes... Pero la posteridad quiere registrarlo todo: excava, revuelve, escudriña, interroga los olvidados huesos sin nombre; no se contenta con saber de memoria todas las picardías de los inmortales desde César hasta Napoleón; y deseando ahondar lo pasado, quiere hacer revivir ante sí a otros grandes actores del drama de la vida, a aquellos para quienes todas las lenguas tienen un vago nombre, y la nuestra llama *Fulano* y *Mengano*.

VII

Olvidese la importuna digresión, y sepan los que en ello tuvieran interés que antes que el ejército de José pasase el Ebro llegaron a la Puebla de Arganzón las tropas de una división que custodiaba parte del convoy. Fué esto, si

no mienten las noticias que con pretensiones de verídicas se me han dado, hacia el 16 ó 18 de junio. El gran convoy venia detrás. Los carros del pequeño detuviéronse en el camino a las inmediaciones del pueblo, y las tropas repartiéronse por las casas y caseríos para allegar víveres. En las inmediaciones de la villa veíanse grandes masas de soldados: aquí, la artillería; allá, columnas que iban de un lado para otro; en lo más apartado, la impedimenta, y largas filas de vehículos que, después de breve descanso, debían seguir adelante.

La Puebla de Arganzón, como lugar campestre, había dejado las ociosas plumas, y aunque de por sí no fuese aquella villa madrugadora, habríala despertado el rumor de tanta tropa y de los tambores sin cesar batidos, confundiendo su ronco son con el cantar de los gallos, que en todos los corrales entonaban su alegre grito de alerta. Véase a los honrados habitantes salir de sus casas y juntarse en corrillos. Los ancianos preguntaban si se había ganado ya la batalla, y advertidos de que no, quejábanse de la mucha tardanza en arremeter, propia de los tiempos nuevos, asegurando que en otra ocasión ya estaría todo despachado y el asunto resuelto. Las mujeres corrían de casa en casa pidiéndose provisiones para esconderlas, pues los franceses, que en número tan considerable rodeaban el pueblo, reclamarían pronto lo que no se habían llevado los guerrilleros el día anterior.

En las tabernas, los taberneros no tenían manos para tanto despacho, y, muy alborozados, escanciaban a los franceses, pues en esto del vender y ganar dinero no hay naciones: ellos quisieran tener un Océano de aguardiente y vino que, junto con algunas pipas de linfa del Zadorra, los hubiera hecho millonarios en un par de años de guerra.

Un joven sargento avanzaba solo por las calles de la Puebla, evitando, al parecer, la compañía de sus camaradas franceses, y más aún la vista de los habitantes de la villa. Así es que, cuando veía un grupo en la puerta de una casa, se apartaba, tomando distinto camino.

—¿No es aquélla la cara de Salvadorcillo Monsalud, el hijo de la señora Fermína la de Pipaón?—decía una mujer viéndole pasar.

—Parece que es aquélla su cara; pero no su cuerpo, que es cuerpo y uniforme de francés el que ha pasado.

—Adelantadas estáis—decía un tercero—. Pero ¿no sabéis que Salvadorcillo Monsalud, engañado por su tío, ha sentado plaza en la guardia del rey José?

—Cierto es, aunque no lo participó a su madre por vergüenza; y cuando la señora Fermina lo supo, estuvo llorando tres días, y aún no lo quería creer, siendo tal su pesadumbre por esta traición de Salvador, que la buena mujer dice que más quería verle muerto que sirviendo a los franceses.

—Y tiene razón. Mas ¿para qué dejó que el muchacho fuese a Madrid, donde todo es corruptela y picardía?—dijo un personaje a quien todos oían con respeto, y que era, si nuestras noticias no son falsas, el boticario del lugar—. Pero esto pasa a todos los muchachos que no tienen padre, o mejor, a aquellos que han nacido del pecado y de unión nefanda, como ese diablillo de Salvador Monsalud, que no se sabe de qué tronco vino ni de cuál cepa sacó doña Fermina este mal sarmiento.

El jurado se detuvo ante una casa de aspecto humilde, en cuya puerta no se veía persona alguna. Miró a las ventanas y las vio cerradas. Un gallo cantaba dentro, y dos o tres gallinas salieron a la calle sacudiendo sus plumas y picoteando el suelo, no tardando en aparecer tras ellas el gallardo esposo. Poco después, un gato asomó por la puerta entreabierta y se detuvo sobre el umbral, relamiéndose con placentera satisfacción los largos bigotes. El joven contempló un instante con interés profundo a aquellos seres, y se acercó para entrar, desalojando al gato, que, asustado, corrió hacia dentro. Las gallinas y el gallo, sobresaltándose también y cambiando algunas cacareadas frases, huyeron por la calle adelante.

Monsalud se asomó por el hueco de la entornada puerta. La emoción de su alma era tan viva, que le temblaban las manos al ponerlas sobre las viejas tablas y los mohosos clavos; apenas podía sostenerse en pie a causa del desmayo de su cuerpo y de la flojedad nerviosa que experimentaba. Miró hacia adentro: veíase un patio pequeño, y en el fondo una habitación oscura,

dentro de la cual se distinguían los maderos de un telar. Monsalud contempló durante un rato aquel humilde interior, y copiosas lágrimas se agolparon a sus ojos.

De repente, una mujer de edad madura apareció en la habitación del telar, volviendo los trastos de un lado para otro y barriendo después. Volvía de cuando en cuando hacia un sitio donde debía de estar otra persona con quien hablaba, a juzgar por sus gestos expresivos. Junto a la mujer apareció luego un perro, que saltando y enredando entre sus pies la estorbaba en su faena, recibiendo un ligero escobazo que lo decidió a salir al patio.

«No me espera—dijo para sí, oprimiéndose el corazón, que parecía querer saltársele del pecho—. ¡La pobrecita se sorprenderá y se alegrará tanto!... Este momento vale por todas las pesadumbres que ha padecido durante mi ausencia.»

La puerta rechinó, y el perro fué saltando y gruñendo amorosamente al encuentro de Salvador. Este se precipitó en el interior de la casa. Doña Fermina, mirando hacia el patio muy sobresaltada, vió al joven que hacia ella corría con los brazos abiertos, diciendo: «¡Madre, madre, aquí estoy!» La buena mujer abalanzóse a recibirle con expresión de frenético contento; mas al tocarle con sus manos y al verle casi en sus brazos, su semblante se alteró de súbito, lanzó una exclamación de espanto, y cerrando los ojos y echando la cabeza atrás, cual si descargase sobre ella el rayo de instantánea muerte, cayó sin sentido al suelo. Sus labios, contraídos, apenas pronunciaron esta frase, empezada con ardiente cariño y concluida con terror:

—¡Hijo mío!... ¡Francés!

VIII

El militar, aturdido por tan inesperado como funesto accidente, y no comprendiendo bien lo que había oído, creyó que la excesiva alegría la había desconcertado. Mas antes de acudir a los remedios que el paroxismo reclamaba, hincóse en tierra, y besando y abrazando a su madre, la llamó con los nom-

bres más tiernos y afectuosos, seguro de que su voz la despertaría. Salvador no había visto aún a otra mujer que en la estancia estaba: era una vieja flaca y amarillenta, de ojos ardientes y vivos como ascuas, descarnadas y picudas manos, una de las cuales oprimía el puño de un bastón negro, mientras la otra se alzaba ácompasadamente a la altura de la cara para servir de signo visible y movable a su extraño lenguaje. No la vió Monsalud hasta que se acercó a él, y, poniéndole los cinco amarillos palitroques de su mano sobre la pechera del uniforme, le dijo con terrible ironía:

—Acábala de matar, verdugo; acaba de matar a tu santa y buena madre.

Salvador miró a la vieja, y aunque de antiguo la conocía, su triste aspecto y la áspera y desapacible voz produjéronle impresión muy extraña, especie de frío intenso y doloroso en el corazón, cual si con una aguja se lo atravesasen; erizamiento nervioso y acritud en los dientes, como lo que se siente al contacto de las cosas acedas y frías.

—Por Dios, doña Perpetua, dígame usted: ¿qué tiene mi madre?—exclamó el joven—. ¿Está mala?

—¿Eres tú la causa y lo preguntas?—añadió la vieja poniendo su mano sobre la frente de la desmayada.

Luego, paseando sus dedos por la pechera del levitón de Salvador, y tentando la botonadura adornada con águilas, y metiéndolos después entre la lana del sombrero y deslizándolos por las carrerillas de cobre, dijo:

—¡Traes sobre ti esta infernal vestimenta francesa, y preguntas lo que tiene tu madre! ¡Pobre Ferminita! ¡Se resistía a creer tan grande infamia en el hijo que llevó en sus entrañas y crió a sus pechos! ¡Pedía a Dios fervorosamente que no fuese verdad lo que le habían dicho; su alma se consumía en hondas tristezas, y sin consuelo pasaba las noches llorando tanta afrenta! La muerte del hijo que perece en los campos de batalla destroza el corazón, pero no afrenta; la traición del hijo desvergonzado que comete la infamia de pasarse al enemigo es el más vivo de los dolores de una madre española.

—Usted está loca, madre Perpetua—dijo Monsalud, rechazando a la vieja

con desdén—. Mi madre es una mujer sencilla: ya comprendo que entre usted y el cura le han trastornado el juicio con eso de traiciones y afrentas. Honrado soy. Mi buena madre no me aborrecerá por el traje que llevo.

—¡Monstruo!—gritó la vieja, agitando el palo—. Huye de aquí. Vete con esos herejes que te han catequizado; vete con Satanás, que es tu amo; vete al negro Infierno, que es tu casa. Deja a esta santa mártir, que ya te ha llorado como perdido para siempre. No eres su hijo: tú no puedes haber nacido en esta casa, ni en este honrado país... Vete, vete, hereje, judío; mas ¿qué digo?, ¡francés!

El apostrofado miró a la vieja; mas sin acobardarse siguió ésta vituperándole con la firmeza y el aplomo de quien tiene la seguridad de ser respetada. Vestía doña Perpetua el traje de las antiguas dueñas, con toca blanca rizada y limpia, manto y saya negros, pendiente de la cintura un luengo rosario, y del pecho cruz de madera sencilla. A pesar de los muchos años, su talle era derecho y apenas se encorvaba un poco al andar. Indudablemente había en el aquilino perfil de la vieja cierta energía majestuosa que hacía recordar, a quien las hubiese visto, las sibilas rigurosas y ceñudas creadas por la inspiración artística. Acartonada y seca, no tenía la repugnante escualidez con que nos pintan a las brujas. Expresábase con vigor, y hasta con elocuencia, y su voz retumbaba en los oídos como una campana de mucho uso, mas no rota todavía.

Para que nuestros lectores no carezcan de todas las noticias necesarias respecto a tan singular tipo, les diremos que la madre doña Perpetua tenía cien años cabales, no hallándose ciertamente en proporción su acabamiento con su mucha edad, que a la vista no parecía exceder de los setenta. Era una doncella secular, nacida en la Puebla de Arganzón a poco de establecerse en España Felipe V, y que nunca había salido de aquel pueblo. Dedicóse desde su juventud a obras piadosas, mas sin aficionarse al claustro; gustaba de la independencia y de andar de casa en casa comadreando, y trayendo y llevando noticias, dichos e ideas, libando aquí y melificando allá, cual las abejas. Así

creció y fué echando días y años como el siglo, y pasaron ante ella tres generaciones de pueblos y tres generaciones de reyes y veinte guerras, y ella pasó de un siglo a otro, como quien atraviesa una puerta para pasar de la sala a la alcoba.

Su vida austera, y los buenos consejos que daba para reconciliar matrimonios y dirimir contiendas, para transigir desavenencias y acomodar caracteres juntamente con su buena manderecha para establecer la concordia en todas partes, diéronle gran reputación en la villa. Respetábanla mucho, y cuando abría la boca, *conticuere omnes*. Como era tan larga su vida y tenía mucha experiencia de las cosas físicas y morales, tomábanla todos por consejera. Sabía curar males de varias clases, y conocía mil salutíferas hierbas y untos, además de toda la farmacopea casera, mezclando en horrible caos la medicina y la religión, lo terapéutico y lo supersticioso. Enciclopedia del alma y del cuerpo, reunía el total saber y sentir de su país en aquella época.

Rezaba por todos los muertos y reía por todos los nacidos. No había bautizo, ni duelo, ni boda a que no asistiese, disfrutando de lo mejor del festín, cuando lo había. Sabía contar especies diversas de cuentos interesantes, algunos heroicos, muchos de pícaros, tahures y guapos, y los más de devoción o de brujerías, males de ojo, miedos y otras cosas divertidas que embobaban a los chicos y a las mujeres. Ningún asunto doméstico, social ni religioso tenía para ella secretos, y era la ciencia suma en teología de aldea, en economía al pormenor, en culinaria y en filosofía burda.

A los pocos minutos comenzó doña Fermina a querer volver de su síncope. La vieja había traído agua en una escudilla y le rociaba el rostro diciendo:

—Ya vuelve en sí; aunque para ver lo que tiene delante, más valiera que sus ojos no se abrieran jamás a la luz. Vete, te digo: tu madre te llora muerto; no turbes la paz de su alma poniéndote delante de esa forma aborrecible.

Monsalud, sin escuchar a doña Perpetua, alzaba a su madre del suelo y cuidadosamente la sentó en su sillón. Sosteniendo con sus manos la cabeza de la infeliz mujer, le decía:

—Madre, soy yo; soy Salvador, el mismo de siempre, el hijo querido. ¿Por qué se ha asustado usted al verme? El vestido no hace al hombre.

Doña Fermina, viendo el rostro de su hijo cerca de sí, le dió mil besos amorosos; mas después apartó la cara y extendió los brazos para rechazarle.

—¡Mi hijo... francés!...—repitió con el mismo tono de angustia y terror—. ¡Ese traje!... ¡Era verdad!

—¡Y el muy bribón se empeña en seguir aquí atormentándote, Ferminita!—exclamó con desabrimiento la vieja—. ¿Has visto desvergüenza semejante?

—¿Qué delito he cometido?—dijo Monsalud con viva congoja, estrechando entre las suyas las heladas manos de su madre, y de rodillas ante ella—. ¿Qué habré yo hecho para que usted se desmaye, madre, cuando me ve, y esta buena mujer me mande huir?

—¿Qué has hecho?—repitió la madre con estupor—. Te has pasado a los franceses, estás maldito de Dios y de los hombres, tocado de herejía, perdida para siempre tu alma, y contaminada yo también por haberte parido y criado.

—¡Qué horribles palabras y qué espantosa idea!—exclamó el joven procurando reír, pero con el alma destrozada de vergüenza y dolor—. ¿Tantos males ocasiona este capote que llevo? ¡Oh!, madre querida, yo conocí que hacía mal, yo resistí, conociendo que era una falta servir a los enemigos de mi patria; pero me moría de hambre, y, además, mi tío tenía mucho empeño en que yo sirviera a los franceses. Una vez dado este paso, ya no puedo volver atrás, porque el honor me prohíbe vender a los que me han dado un pedazo de pan para vivir y una espada para que los defienda. Si por esto he perdido el amor de mi madre, de la única persona que en el mundo me ha querido, de la que me dió la vida, de aquella a quien he consagrado siempre la mía, será porque algunos malintencionados habrán emponzoñado su alma con bajos sentimientos.

—No; yo te amo siempre—dijo doña Fermina, no pudiendo resistir el ansia vivísima de besar a su hijo y regar con ardientes lágrimas sus mejillas, aunque doña Perpetua extendía a menudo entre los dos sus manos de cartón—; yo

siempre te quiero; pero he hecho juramento ante Dios de no admitirte bajo este techo, ni darte mi bendición, ni llamarte hijo, si no abjuras tus errores y maldices tus banderas infernales, si no reniegas de ese vil rey y tornas a la patria y al deber... Mi conciencia me exigió ese juramento, y lo he prestado por consejo de respetables personas a quienes debo consuelos ternísimos en esta última desventura que ha caído sobre mí.

El joven, cubriendo con ambas manos su rostro, lloró; mas de súbito estalló una violenta indignación en su alma, y apartándose de las dos mujeres púsose en el centro de la pieza.

—Mi honor—gritó con voz alterada y resuelta—, me impide desertar; pero si pierdo el amor de mi madre, y se me arroja de mi casa porque no quiero ser desleal y perjuro, no quiero vivir. Aquí tengo una espada—añadió, desenvainándola—y no me falta valor para atravesarme con ella el corazón.

Doña Fermina se arrojó llorando en brazos de su hijo. La mujer secular permanecía silenciosa, fría, clavada en su silla, contemplando la patética escena como una estatua de cartón que dentro de su pasta encolada tuviera un alma observadora. Sus ojos negros clavábanse en el joven con aterradora fijeza.

En aquel instante entró un nuevo personaje. Era un anciano fornido y alto, de rostro sanguíneo, duro y tosco, mas no desagradable por cierto: mirar franco y campechano que le animaba y hasta le embellecía. Su cabeza calva apenas se exornaba económicamente con un cerquillo de blancos pelos esporádicos sobre las sienes y en el occipucio; su cuerpo era bravo, imponente, recio, como de varón hecho a las intemperies, a las luchas con hombres y elementos. Vestía negro traje talar, llevado con desenvoltura y abierto por delante para poder introducir fácilmente las manos en el bolsillo o cuadrarlas en la cintura, como a menudo lo hacía aquel hombre, dueño de dos manos enormes, velludas, que sabían llevar el arado, la espada y la hostia. Era don Aparicio Respaldiza, cura de la Puebla de Arganzón.

Mirando al mancebo más bien con lástima que con rencor, le dijo:

—Ya sabía que estabas aquí, desgraciado. Te hacíamos muerto, muerto con la muerte de la deshonra; que deja el cuerpo vivo. El alma se va y queda la vergüenza

Luego, acercándose a doña Fermina, que deshecha en lágrimas recibía consuelos y caricias de la beata, le dijo:

—¡Señora Fermina, valor!... El sentimiento materno es el más fuerte de todos. No trate usted de vencerlo: al contrario, desahogue su pecho, llore hasta mañana. Este hijo muerto es quizá perdido para siempre, y puede resucitar si se abraza a la cruz de su patria. Yo seré el primero que le reciba en mis brazos.

—Y yo—repitió la beata, sin que se mostrasen en la engrudada máscara de su rostro compasión, ni alegría, ni sentimiento alguno—, yo también le abriré mis brazos.

—Hijo mío—dijo doña Fermina poniéndose de rodillas ante Salvador y cruzando las manos—, vuelve en ti; deja esos hábitos infernales, abandona a los que te han seducido, torna a la patria y recibirás la bendición de tu madre y el amor que siempre te he tenido y te tengo a pesar de tu horrible pecado. Hazlo por Jesucristo crucificado, por la religión que te enseñé, por el agua que en el bautismo recibiste, por el pan eucarístico que has recibido en tu cuerpo; hazlo por mí, por mi honor y buen nombre, que para siempre he perdido en este pueblo; por mi tranquilidad, que no recobraré sin ti; hazlo por el señor cura de nuestra aldea, que te enseñó los mandamientos y la doctrina, la lectura y escritura y el latín, con lo poco que sabes; hazlo por la santa doña Perpetua, que nos da tan buenos consejos y más de una vez te ha entretenido contándote tan bellas historias; hazlo, en fin, por todos los que te aman en esta villa y en el lugar de Pipaón, donde no sé si por ventura o eterna desdicha mía naciste.

Monsalud, enternecido por voz tan elocuente que agitaba hasta lo más hondo su alma, como la tempestad el Océano, se había sentado en su escabel, y con los codos en las rodillas y la cabeza encajada entre las palmas de las manos lloraba en silencio. El ténpano colosal y endurecido de su entereza se desleía poco a poco.

—Y lo que es ahora—dijo el cura para favorecer el deshielo—, los franceses van a ser destrozados. ¡Pobrecitos de los que se unan a ellos!

—Bueno—dijo Salvador, alzando de repente la cabeza—; déjenme que lo piense. Eso no se puede decidir en un momento: los que estamos acostumbrados a cumplir con nuestro deber y a obedecer a nuestros superiores...

—No hay ningún superior que tenga sobre ti más autoridad que tu madre—dijo el cura, paseándose por la habitación con las manos a la espalda—; tu madre, personificación viva de la patria, que a todos sus hijos gobierna y dirige.

Doña Fermina corrió a abrazar a su hijo, besándole cariñosamente en la frente y en las mejillas.

—Querido niño mío—le dijo—, veo que estos dos excelentes amigos te van convenciendo. Dejarás a esos perros franceses, devolviéndome la tranquilidad y poniéndome en paz con mi conciencia y con Dios. Siéntate, descansa; te esconderemos para que no puedan verte los vecinos con ese enfiablado uniforme...

—Es una imprudencia que le tengas en tu casa mientras de todo en todo no se convierta—dijo la santa con severidad.

—¿Y qué importa?—repuso doña Fermina, ofendida de la intolerancia de su consejera—. Mi hijo está arrepentido. El pobrecito estará hambriento y fatigado. Lo primero es que tenga salud.

—Puede quedarse—afirmó el cura, menos celoso que la beata—. Salvador es un buen muchacho..., ha dicho que lo pensaría... Tiene buen natural y mucha inteligencia..., y, sobre todo, el deber le ordena servir a la patria. Aquí donde me ves—añadió, deteniéndose en medio de la estancia en actitud marcial—estoy disponiéndome para salir por ahí con otros amigos... Ya sabes que mi puntería es la mejor de toda la tierra de Alava. Hemos decidido organizar una partidilla para auxiliar a las de Longa. ¿Qué te parece mi proyecto? ¡Oh, admirable! Los hombres se deben a su patria, y es preciso que nosotros, los que estamos en cierta jerarquía, demos el ejemplo a los demás... La ocasión es solemne, y ningún español puede permanecer en su casa. Wellington está cer-

ca, y es preciso ayudarle. ¿Què tal? ¿Te animas? Yo no espero sino a que venga de Peñacerrada don Fernando Garrotes, que es hombre muy entendido en guerras, para partir con él... Serás un buen escopetero, Salvador...

—Siéntate, hijo—indicó la madre, observando que el joven no se entusiasma excesivamente con el bélico ardor de Respaldiza—. Voy a aderezar algo de comida. Estarás muerto.

—No tengo ganas de comer—respondió el mozo, profundamente abstraído.

La madre le miró con desconsuelo, viendo, sin duda, en su abatimiento pensativo la señal de nuevas vacilaciones.

—He dicho que lo pensaría, ¿no es eso?—murmuró Monsalud, sin pensar en comer—. Pues bien, lo pensaré... Déjenme pensarlo todo el día... Es cosa grave... El convoy que he custodiado y que lleva el general Maucune sale ahora mismo; pero yo no saldré hasta mañana con el convoy grande.

La madre y los dos amigos permanecieron mudos, y sin pestañear le observaron. Luego abrazó el hijo a la madre, y, sonriendo, dijo:

—Volveré más tarde.

Cuando salió de la habitación, la vieja se expresó así:

—¡Perdido, perdido para siempre!

Más optimista y generoso el cura, tranquilizó a la afligida madre diciendo:

—Es nuestro.

IX

Para mayor claridad de sucesos que han de venir, Dios mediante, no estará de más referir algunos antecedentes relativos a las principales personas de esta historia. Era doña Fermina natural de Pipaón y rama del tronco de una honradísima e hidalga familia; mas Dios quiso que en ella y su hermano tuviese fin el lustre de su casa, pues quedando huérfanos en edad temprana, mientras él derrochaba en Madrid toda la fortuna paterna, sufrió ella una desgracia irreparable que por siempre la condenó a la oscuridad y a la vergüenza, con lo cual acabó para el mundo, y en el olvido quedaron las nobles prendas de su alma y superior mérito.

Una herencia de poquísimo valor y un pleito enfadoso la obligaron a establecerse en la Puebla en 1811. Vivía allí con modestia y muy retirada; pero la trataban algunas personas, y, entre ellas, asiduamente, doña Perpetua y el cura, que bien pronto ejercieron en su ánimo grande influencia, convidándolos a ello la gran sencillez y bondad de la piadosa mujer. Doña Fermina no era vieja aún; pero habíala desfigurado la negra tristeza que en todos tiempos llenaba su alma, y, finalmente, el pesar por la ausencia de su hijo. Los amores de éste con cierta joven de la villa, y sus cuestiones y disputas con otro muchacho, hijo de acomodados padres, obligaron a doña Fermina a enviarle a Madrid, donde hizo lo que ya sabemos, y se entregó en cuerpo y alma a los franceses.

Después de la conferencia antes referida salió Monsalud a la calle y vagó por las principales del lugar, tan ocupado por sus pensamientos que a nada atendía, ni paró la atención en la mucha gente que le miraba. Su entereza había sido muy quebrantada por la lastimosa escena de la mañana, y la desertión que antes le parecía un hecho deshonesto, contra el cual a veces protestaba su pura conciencia, se le representaba al fin no sólo como natural, sino como en alto grado laudable y meritorio. El grande amor que a su madre tenía, y el prestigio de las dos religiosísimas personas de que se ha hecho mención, habían trastornado sus ideas, abierto nuevas vías a su pensamiento y cambiado el modo de ver las cosas de la vida y, especialmente, de la guerra.

«Es indudable—dijo para sí—que el deber que hacia mi patria tengo anula todos los demás deberes... Al nacer contraí con mi patria el compromiso tácito de defenderla, y este compromiso anula también todos los juramentos posteriores... Váyanse los franceses con doscientos mil demonios... Pero ¿una conciencia honrada puede consentir el abandono traidor de los que nos han hecho un beneficio, y el hacer armas contra ellos, aunque sea en las filas de la patria? No; en caso de desertar, renunciaré a mis grados militares, romperé mis charreteras y, dejando a los franceses, me retiraré a mi casa, resuel-

to a no volver a tomar un fusil en la mano.»

Así discurría, balanceando su voluntad de un lado para otro, pero inclinándose más del lado de la desertión. Al fin sus pensamientos tomaron vuelo por distintos espacios, y puso en olvido a franceses y españoles. En aquel mar agitado de sus ideas sobrenadó lo que sobrenada siempre, y todo lo demás se fué al fondo. Mirando las verdes copas de los árboles que se elevaban sobre los tapiales viejos de una huerta, entre irregulares tejados, dijo hablando consigo mismo:

«¿Estás ahí, Jenara? Todo sigue lo mismo: árboles, casa, cielo y tierra, el aire y el sol y lo mismo también mi corazón, que antes dejará de latir que de quererte.»

Los redobles de tambor que sonaron en las inmediaciones del pueblo le obligaron a seguir adelante.

«Como la división no se pone en marcha hasta mañana temprano—dijo—, tengo tiempo de pensar lo que debo hacer; vamos al campamento y esta noche... Esta noche veré a Jenara, aunque me sea preciso degollar a su madrastra y ahorcar a su abuelo.»

Pensándolo así, fué al campamento llamado por su obligación; mas nada le ocurrió en él digno de contarse, por lo cual apresuramos la narración, acortando el día y transportando a nuestros lectores a la apacible y oscura noche, cuando Monsalud dirigió solo y con el alma llena de ansiedades, entre dulces y dolorosas, a los mismos tapiales de tierra que por la mañana vimos, descollando sobre ellos la frondosa arboleda de una huerta.

Llegó el joven, y reconocidos los contornos de la casa para ver si alguien le observaba, cerciorado al fin de que en las callejas contiguas no había curiosos ni rondadores, tomó una piedrecilla y la arrojó contra la única ventana de la casa que a la huerta daba. Luego articuló hábilmente unos silbidos que parecían el canto de un pájaro nocturno; mas ninguna señal de la casa contestó a su extraña música hasta la tercera repetición.

Abrióse al fin la ventana; pero no conociendo Salvador la persona que en el oscuro hueco apareciera, y receloso de que fuera el suspicaz abuelo o la vi-

gilante madrastra, calló y ocultóse en las densas sombras que proyectaban las cercanas paredes. Poco después creyó sentir pasos en la huerta y el tenue ruido de las matas que se rozaban unas con otras apartándose para dar paso a un vestido. Acercóse entonces muy quedito a la empalizada que protegía la entrada de la huerta, y que en sus tablas carcomidas tenía grietas, agujeros y hendiduras suficientes para dar paso libre a la palabra durante la noche y aun a la vista durante el día. Conocía el joven aquellos viejos maderos, la disposición de sus huequecillos y claros como se conoce el traje que se ha usado muchos años. Al pegarse a ellos, su corazón, más que su oído, le dió a entender que por dentro suspiraba una persona.

—Generosa—dijo, aplicando los labios a una juntura por donde difícilmente podía pasar un dedo.

—Salvador—repuso desde el contrario lado una dulce y conmovida voz, como gemido del viento entre las hojas—. ¿Eres tú?

—Aquí estoy siempre, tuyo siempre. queriéndote, muriéndome, Jenara, por ti—dijo Monsalud, oprimiendo su cuerpo contra las frías y duras tablas—. Dime si me has olvidado, si quieres a otro. Jenara, estás aquí y no puedo verte. ¡Maldita noche!... ¿Me has olvidado? ¿Me quieres todavía?

—Sí—repuso desde dentro la dulce voz—, te quiero. ¿Por qué has estado tanto tiempo sin escribirme? ¡Cuánto me has hecho llorar!

—Jenara—murmuró el joven, apoyando su frente abrasada sobre la madera—, mete tus deditos por esta rendija de la derecha.

Dos blancos dedos aparecieron por la rendija, moviéndose como dos culebritas. Monsalud, después de imprimir en ellos amorosos besos, los estrujó entre sus manos, hasta que la muchacha los retiró, diciendo:

—Me lastimas, Salvador.

—Jenara, soy muy desgraciado; soy el más infeliz de los hombres. Déjame que te vea, pues viéndote, aunque sea un momento, me será menos penosa la vida.

—¿Por qué eres desgraciado?

—¿Por qué?...—repuso el joven vacilando—, porque no te veo, porque tu

abuelo y tu madrastra no quieren que seas para mí... Jenara, por Dios, rompamos estas tablas.

—¿Estás loco? Deja las tablas como están y hablemos. Aún no sé si podré estar aquí mucho tiempo.

—¿Los de tu casa duermen?

—Sí; pero mi abuelo tiene el sueño muy ligero, y como todos hemos de madrugar mañana para ir a Vitoria, se ha acostado vestido, y al menor ruido. Salvador, saldría como un león.

—¿Te vas a Vitoria?

—Sí; el abuelo teme que los franceses destruyan esta villa. Allá estamos más seguros... ¿Irás tú por allá?

—Tal vez.

—Pero no me has dicho las causas de tu desgracia. Yo también soy desgraciada. Tengo un pesar que me destroza el alma. ¿Sabes por qué? Porque te quiero. Salvador—dijo la muchacha con acento quejumbroso—, porque te quiero mucho, porque desde hace dos años, desde que tú y tu madre vinisteis a estableceros en esta villa, te estoy queriendo.

—¿Lloras, Jenara?—preguntó Monsalud, oyendo los sollozos de su amiga.

—Sí, lloro... Pero de ti depende que me muera de dolor o que sea muy feliz. Respóndeme.

—¿A qué?

—Salvador, Salvador de mi alma, en la Puebla se ha dicho que te habías pasado a los franceses. Hoy mismo dijo mi abuelo que estabas entre los vándalos que llegaron anoche. Yo no he querido creerlo; se me ha resistido creerlo. Dime si es verdad, dime si te has pasado a los franceses; y si es cierto, Salvador, no volverás a oír una palabra de mi boca, ni me verás. Jenara ha muerto para ti. Jenara te aborrece.

Monsalud se quedó yerto y frío y sin habla. Helado sudor corría por su frente.

—Jenara—dijo, haciendo un esfuerzo para atraer la palabra de su agitado corazón a sus trémulos labios—, ¿por qué has de tomar tan a pechos...?

—Contéstame pronto—repitió la voz.

El joven vaciló un momento, y después dijo.

—Pues bien, es mentira.

—¿Salvador, has dicho que es mentira!—exclamó Jenara alzando la voz—. ¡Bendita sea tu boca! ¡Bendita sea tu alma! Todo mentira, invenciones de la

gente. envidia también de tus buenas prendas.

—Invenciones, envidia—repitió sordamente Salvador.

—Pues tú me lo dices, lo creo—dijo la muchacha—. Nunca me has dicho sino la verdad. No sé de dónde ha sacado la gente tal noticiota. Dijeron que te habían visto hoy por el pueblo vestido con un uniforme verde y un sombrero de piel.

Monsalud calló.

—Hace un momento, Salvador mío, me quedé dormida; soñé primero con tu uniforme verde y tu sombrero de piel, adornado con un águila dorada. ¡Me causabas horror! A pesar de tanto como te he querido, viéndote de aquel modo me parecías el más aborrecible, el más espantoso de los hombres.

Salvador sentía en su garganta un cerco de hierro que le ahogaba. Era la gola con la insignia imperial. Bajando hasta su pecho le mordía el corazón, y el águila majestuosa que exornaba su frente no le hubiera quemado el cerebro con más violencia si fuera una llama. El desgraciado joven sentía en su interior una ansiedad semejante a la agonia que precede a la muerte.

—Pero después—prosiguió la joven—, tuve otro sueño mejor. Soñé que lo de pasarte a los franceses era mentira, como has dicho; soñé que volvías a la Puebla vestido de paisano, pobre, pero con honra; que volvías después de haber estado combatiendo con los franceses en las filas de Longa, de Pastor o de Mina... ¿Estás de paisano? Cuéntame lo que has hecho durante ausencia tan larga.

—Todo te lo contaré. Pero dime: si yo hubiera cometido la infamia, la deslealtad, la alevosía de servir a los franceses. ¿es cierto que habrías aborrecido al pobre Salvador, que lo mismo te quiere hoy que ayer?

—No me lo digas—contestó la joven—. ¿Por qué se quiere a las personas? ¿Por el rostro? No lo creas. Se quiere a las personas por las prendas del alma, por el valor, por la honradez, por la generosidad, por la lealtad, por la dignidad, por la nobleza.

Monsalud no oía estas palabras. Sentíalas en su corazón como saetas que se lo atravesaban de parte a parte.

—El que en una guerra como ésta

—continuó la joven—da de lado a sus hermanos que están matándose por echar a los franceses; el que ayuda a los enemigos, a esa caterva de herejes, ladrones y borrachos, es un traidor cobarde, un ser despreciable, un Judas. Los perros de España merecen más consideración que el que tal vileza comete. Si tú la cometieras, Salvador, no solo te aborrecería, sino que me mataría la vergüenza de haberte querido.

Monsalud apuró con resignación este cáliz de amargura. Las palabras de la fogosa doncella, juntamente con el recuerdo de la escena ocurrida en la casa materna, le hicieron comprender la inmensidad del sentimiento patrio. Todo lo que en éste hay de violento y salvaje desaparece ante la grandeza de su lógica. Contra aquello, ¿qué podían José ni Napoleón con todos sus ejércitos? Sobre aquel sentimiento, sobre aquel odio de las muchachas a todo el que no fuera patriota, descansaba la inmortalidad nacional, como una montaña sobre sus bases de granito. Monsalud lo vió todo; vió aquel gigante cruel y sublime, salvaje, pero grandioso, y se inclinó ante él, abrumado, vencido, resignado, comprendiendo su propia miseria y la magnitud aterradora de lo que tenía delante.

—Jenara—dijo con voz conmovida—, mete tus deditos por esta rendija. Me muero de dolor; soy el más desgraciado de los hombres.

—¿Por qué?—dijo Jenara, poniendo su alma en las yemas de los dedos y echándola a la calle—. Yo estoy contenta... Pero, Salvador, ¿qué es esto que toco? Un botón de metal, y otro, y otro. ¿Tienes uniforme?

—Me compré un chaquetón en Valladolid, cuando venía para acá—repuso, turbado, el militar—. Así se usan hoy.

—Salvador, ahora que te has movido ha sonado contra el suelo una cosa de hierro. Parece un sable.

—¿Pues no te dije que lo tenía? Sí, me lo dieron unos guerrilleros en Nájera.

—¿Has estado con los guerrilleros?

—preguntó la joven con entusiasmo—.

¡Y no me lo habías dicho! ¡Oh, con los guerrilleros! ¡Bendígalos Dios!... Salvador, entra tu mano por este agujero grande que hay más arriba... ¿Conque has estado con los guerrilleros?

La mano de Monsalud pasó de la ca-

lle al jardín, y el joven sintió sobre ella los labios de Jenara, quemándole como ascuas, que se le metían por las venas adentro hasta el mismo corazón.

—Salvadorcillo—dijo la joven, acariciando la mano de su amigo—, ¿esta mano ha matado muchos franceses?

A Monsalud, después del interior fuego, se le heló la sangre en las venas al oír esto.

—Siempre que oigo contar hazañas de guerrilleros—prosiguió Jenara—me acuerdo de ti. A todos me los figuro como tú, y me parece que nadie puede ganarte en valentía. Sueño con las sangrientas batallas en que perecen muchos franceses. ¡Ay! Si yo fuera hombre, no quedaria con vida ni uno solo de esos perros. Cuando voy a la iglesia y oigo al cura contarnos en el púlpito las ventajas de los guerrilleros; cuando vienen a casa los amigos de mi abuelo y hablan de las batallas ganadas por Longa y Mina, no puedo apartar de ti mi pensamiento. Me moriría de felicidad si oyera tu nombre entre tantas maravillas de valor. Los buenos soldados de España se me representan como San Miguel, ángeles armados y hermosos que destrozan al dragon. ¿Eres tú de esos, Salvador; eres tú un San Miguel?—añadía, con exaltación admirable—. Dime que sí, y te querré más todavía. Dime que has matado muchos enemigos, que has defendido a España contra esos borrachos del infierno; dime que te has bañado en su sangre maldita y machacado sus horribles cabezas, y te querré más que a mi vida, te querré como a Dios... Nosotros somos Dios, Salvador; nosotros los españoles somos Dios, y ellos, el demonio; nosotros, el cielo, y ellos, el infierno. Así lo dicen el cura y mi abuelo, y tienen mucha razón.

—¡Mucha razón!—repitió Monsalud por decir algo—. Jenara, tu frenesí me conmueve. Ahora veo que hay otra religión además de la que está en el catecismo: la religión de la patria. Los hombres la practican y las mujeres la sienten. Si la fe en Dios mueve las montañas, la fe de esa otra religión también las mueve. Con ella el heroísmo y el martirio son cosas fáciles... Jenara, yo te juro ante Dios, que nos está mirando desde lo más alto del cielo, que haré todo lo posible para elevarme como tú hasta el último grado en la

fe de la madre España. Mis proezas no han sido hasta ahora muy grandes; pero aún hay franceses en la tierra. Soy joven, fuerte, robusto: soy soldado de la patria. Morir por ella y morir por tu amor me parece lo mismo. Jenara de mi alma, quiéreme mucho.

—Salvador mío, ése es el lenguaje que me gusta oírte—dijo la muchacha—. Estamos en guerra. Todo hombre que no sea guerrero hoy no merece más que desprecio. ¿Te gusta a ti la guerra, Salvador? Di, por Dios, que sí; dímelo.

—Extraordinariamente, Jenara. El corazón que no palpita por estas tres cosas: Dios, la mujer amada y la victoria, no es corazón de español ni de hombre.

Sintióse el suave estallido de algunas tablas. Jenara sacudía la empalizada.

—¿Qué haces?—le preguntó Monsalud—. Esto se mueve.

—Salvador, amigo querido de toda mi vida—dijo con pasión la muchacha—. ¡Malditas sean estas tablas que nos separan! Empuja un poco de ese lado.

—Se romperán, Jenara. Esto no es tan fuerte como parece—indicó el joven con terror.

—Quiero verte—añadió Jenara con voz que se ahogaba entre sollozos y suspiros—. Hace tanto tiempo que no te veo..., y si ahora te vuelves con los guerrilleros, y tu arrojo te causa la muerte en una acción..., no te veré más... ¡Ay! Estas condenadas tablas no ceden.

—No—repuso el mancebo, tranquilizándose.

—Oye—dijo la doncella con exaltación—, si es tan grande tu empeño por entrar y verme, no es menor el mío. Nada más triste que hablar y no poderse ver las caras. ¿Estás pálido, Salvador, estás tostado del sol?... Oye lo que me ocurre. Mi abuelo tiene la llave de esta puerta sobre la mesa de su cuarto. Ahora duerme... Puedo entrar de puntillas y cogerla. No sentirá nada... Aquí está el candado, hijito... Se abrirá fácilmente... ¿Conque voy por la llave?

X

—Detente—dijo Monsalud, a quien causaba rubor y angustia la idea de que al abrirse la puerta descubriera Jenara por su traje el engaño de su pa-

triotismo y la verdad de su afrancesamiento—. Detente, Generosa, y reflexiona un momento sobre lo que vas a hacer... Te quiero más que a mi vida; te quiero, no por egoísmo, sino con verdadero amor, que por encima de todo pone el bien de la persona amada. No necesito llave para abrir esta puerta del cielo, Jenara. Basta un esfuerzo mío para echarla a tierra; pero no la romperé, no, porque mi propia estimación, y, sobre todo, la tuya, me lo prohíben.

—Dices bien: yo estoy loca—murmuró la muchacha—. Acércate, que sienta yo tu respiración pasando por estas rendijas, Salvador mío. ¿No te marcharás todavía?

Monsalud, fatigado de la farsa que estaba representando, y que repugnaba a la dignidad y lealtad de su alma generosa, mas sin deseos de ponerle fin alejándose de la dulce criatura amada, quiso variar de conversación, entablándola sobre un asunto que no tuviera relación con la guerra, ni con los franceses, ni con los guerrilleros.

—Niña mía—dijo—, se me había olvidado un asunto del cual pensé hablarte.

—¿Cuál?

—Durante este tiempo en que no nos hemos visto, he tenido celos, muchos celos. En Madrid me dijeron que querías al hijo de don Fernando Garrote. Recordarás que cuando éramos novios él te hacía la corte; que Garrote y yo nos mirábamos con muy malos ojos; que por haber reñido primero de palabra y después de obra tuve que salir de la Puebla, jurándole enemistad eterna. Si después de esto has tenido la debilidad, no digo de quererle, porque esto me parece imposible, sino de admitir sus galanteos, buscaré a ese fatuo, y dondequiera que le encuentre, le mataré.

Contra lo que Monsalud esperaba, Jenara no se escandalizó de lo que acababa de oír ni menos contestó a los agravios del mancebo con mimos y lloros, según costumbre tan antigua como el mundo. Oyó él tras los maderos una risita que no le agradó, y después estas palabras:

—¿Qué tonto eres! No hagas caso de eso. Cierto es que Carlos Garrote me hace la corte y quiere casarse conmigo. Me envía regalitos, ramos de flores, va a misa a la misma hora que yo y algu-

nas veces viene con sus amigos a desgañitarse bajo las rejas de esta casa, acompañado de guitarras y bandurrias.

—¡Jenara, Jenara, me estás destrozando el corazón!—exclamó el mancebo con fuego—. ¿Por qué te ríes?

—Me río de él. Y no es mal muchacho, Salvador—continuó Jenara—. Tiene buen porte, muy bueno, sí, y también excelentes cualidades, sólo que no es amable ni delicado como tú, sino brusco, serio y...

—Y fatuo, vanidoso y soplado—interrumpió Monsalud—. Veo que no te disgusta mi enemigo.

—Ni me gusta, ni me disgusta—dijo la doncella, aplicando su boquita a las hendiduras para que se oyese mejor lo que decía—. Si no le quiero, tampoco desconozco sus buenas cualidades, especialmente el valor grande y temerario que ha mostrado en esta guerra. ¿Qué crees tú? Carlos Navarro, el hijo de don Fernando Garrote, es la admiración de esta villa y el honor de todo el país de Alava. Ha corrido por esos mundos con Longa y Pastor, y todos dicen que no han visto mozo de más arrojo y bravura. Pues ¿y su tino para la guerra? ¿Y su ciencia militar, que nadie le ha enseñado? Todo lo sabe, y es al modo de los grandes capitanes, que en un abrir y cerrar de ojos aprenden por completo el arte de pelear. Mi abuelo asegura que de Carlos Navarro a Alejandro el Grande va menos que el canto de un duro. Hace meses, cuando entró en la Puebla después de haber derrotado a los franceses, todos los habitantes de esta villa salimos, como en procesión, a vitorearle. ¡Qué día, Salvador! Yo me acordaba de ti y hubiera querido que estuvieses aquí para ver tanto entusiasmo. Yo no cabía en mí de puro confusa, exaltada y alegre. No sé lo que pasaba en mi alma cuando vi a Carlos Navarro en su caballo blanco entrar triunfalmente cubierto de guirnaldas de flores, con la espada en la mano y el orgullo de la victoria en los ojos. ¡Ay Salvador, me eché a llorar!

—¡Te echaste a llorar!—dijo Monsalud con un volcán de celos dentro del pecho—. No lo digas delante de mí. Eso es un insulto, Jenara... Me estás matando.

Sin añadir más palabras, golpeó con tanta violencia las tablas, que la débil

empalizada vaciló. Ocupado por el dolor y los celos, que entre confusiones mil agitaban su alma, Monsalud no advirtió que en el extremo de la calleja donde tan descuidadamente departía con su tormento había aparecido un hombre; que aquel hombre se había acercado con cautela y puéstose inmóvil y vigilante, como a dos varas de la amorosa conferencia. Cuando la empalizada crujió al recibir los golpes de afuera, dió algunos pasos más hacia adelante el que parecía fantasma, y entonces le vió nuestro celoso joven.

Ambos se miraron sin hablar nada, hasta que el desconocido rompió el silencio, diciendo con voz grave:

—¿Qué hace usted aquí?

—Lo que quiero—repuso Monsalud reconociendo al instante la voz de Carlos Navarro, hijo único del célebre y hasta ahora no conocido don Fernando Garrote—. Siga usted su camino, que no me creo obligado a informarle de mi conducta, señor entremetido.

—Ahora veremos quién desfila—dijo el otro sin perder la calma—. Me parece que tengo enfrente a Salvadorillo Monsalud, el cual marchó a Madrid a servir a los franceses.

—El mismo soy—exclamó el militar con brío—. ¿Qué quieres de mí, Carlos Navarro?... Supongo que traerás una espada.

—No.

—¿Navaja?

—Tampoco. Vengo sin armas. Si las trajera, no las deshonraría midiéndolas con las de un miserable traidor, con las de un vendido a los franceses.

—¡Navarro! Llevo un uniforme que no es el tuyo—exclamó Salvador con violento coraje—. No lo desprecies. El corazón que va dentro de él no ha cometido nunca acción villana. Lo mismo puedo matarte con una espada española que con un sable francés.

—¡Vendido!... Deja libre la calle. No reñiré contigo. Cuando me encuentre con un traidor, escupo y paso.

—¡Miserable, cobarde, salteador de caminos!—gritó Monsalud, sintiendo culebrear el rayo dentro de sus venas—. Defiéndete, si no quieres que aquí mismo te atraviese y envíe al infierno tu alma perversa.

Monsalud desenvainó el sable. Navarro no hizo movimiento alguno hostil,

pero echando atrás el embozo de su capa negra, alargó la mano sin otra arma que una linterna. El espacio que separaba a los dos enemigos se inundó de luz.

En el mismo instante, la empalizada, que poco antes se estremecía sacudida con violencia por un hombre, cedió por completo a los esfuerzos de una mujer, y, abierta al fin, dió paso a Jenara, que, pálida como la muerte, fué derecha a ponerse entre los dos jóvenes. Alargando sus brazos podía tocar el pecho del uno y del otro. Lo primero en que se fijaron sus ojos fué en la gallarda persona del renegado, cuyo brillante uniforme reflejaba la luz de la linterna en los relucientes botones de cobre, en el águila, carrilleras, gola y cartera. Jenara dió un grito agudísimo; miró a uno y otro galán alternativamente, acongojada y confusa, como quien no cree lo que ven sus ojos y tocan las propias manos. Monsalud, que resuelta y ciegamente iba ya contra su enemigo, detúvose al ver interpuesta a la hermosa joven.

—¿Este es Monsalud?—exclamó ella con perplejidad indescriptible—. Navarro, ¿es éste Monsalud?

—Por el uniforme francés se le conoce—respondió el guerrillero.

—¡Francés, francés!—gritó la doncella—. ¡Tú, francés..., embustero además de traidor!

—¡Sí, francés, francés—rugió Salvador—, francés, traidor y embustero y todo lo que quieras; pero vete de aquí, y déjame solo con ese hombre!

—¡Virgen María! ¡Señor mío Jesucristo! Asísteme en este trance—murmuró la joven.

Después entró corriendo en el jardín, y desde la empalizada y con voz clara, argentina, sonora, penetrante, voz que no puede definirse, como no puede definirse la pasión extraña que la inspiraba, gritó:

—¡Navarro, mátale, mátale sin piedad!

XI

—¡Mátale—repitió, alejándose, la voz, al mismo tiempo dulce y guerrera—, mátale por embustero y traidor!

Monsalud, al oírla, sintió en su corazón frío de muerte; sintióse cobarde;

zumbó en su cerebro la sangre inflamada; su brazo era un estropajo inerte que apenas podía mover el sable, aquel hierro trocado en caña inútil por la súbita congoja del alma... El Universo entero se le había caído encima.

—No tengo armas—dijo Navarro sin dar un paso hacia adelante ni hacia atrás y soltando la linterna—. Puesto que no puedo ni quiero batirme contigo en lid de caballeros, asesíname, francés; ése es tu oficio. Asesina al guerrillero de Andia y la Borunda.

La serenidad grave y un poco petulante de aquel hombre; el mirar fijo de sus ojos; su hermosa estatura; la capa que de los hombros le caía hasta los pies, dándole el aspecto de una estatua negra, trastornaron a Monsalud más de lo que estaba. ¿Por qué no decirlo? Tenía miedo, un pavor semejante al que infunde la superstición. Todo cuanto veía parecía sobrenatural, obra del demonio, obra de Dios tal vez. Sobreponiéndose a su espanto, dijo:

—Es mentira, la traes bajo tu capa. ¿Tienes miedo?

Con esta pregunta pensó sacarle de su fría impasibilidad; mas el otro, sonriendo con desdén, replicó:

—Salvador, guarda ese chisme y vete con los tuyos.

—Mátale, mátale por traidor y embustero—gritó más lejos, desde la casa y junto a la puerta que daba al jardín, la voz divina y furiosa de Jenara.

Un hecho es éste cuyo tenebroso misterio no penetrará jamás con exactitud el observador; pero es indudable que la pasión amorosa, confundida con el arrebatado sentimiento patriótico, que en el alma de la mujer produce fenómenos extraordinarios, durante las grandes guerras de raza, está sujeta a veleidades casi increíbles. El fanatismo de Jenara hizo de ella, en la ocasión crítica que se narra, un ser espantoso; pero ¿es posible pronunciar la última palabra sobre la vengativa saña de su alma exaltada, sin deslindar lo que de sublime y perverso había en los sentimientos que precedieron a la tremenda explosión? La pavorosa figura bella y terrible que pedía la muerte de un hombre pocos minutos antes amado encaja muy bien dentro del tétrico cuadro de la época, en la cual las pasiones humanas exacerbadas conducían a los hechos heroicos

y a los mayores delirios. Había en Jenara una entereza romana que de ningún modo podía ser completamente odiosa; en sus odios, lo mismo que en sus amores, no se quedaba nunca a medias.

—Tiene razón—dijo de súbito Monsalud, arrojando el arma—. Yo soy el que debe morir. ¡Navarro, ahí tienes mi sable! Da gusto a Jenara.

Navarro recogió el sable, y entregándolo a su rival, le habló así:

—Te he dicho que te marches a tu campamento. Ni una palabra más. No gusto de conversación.

En el mismo instante sonaron dentro de la casa voces de alarma.

—¡A ése! ¡Al francés!... ¡Al renegado!—gritaban voces distintas.

Viéronse luces, abriéronse puertas, y aparecieron algunos hombres y mujeres con escopetas y palos.

—¡Al pozo con él!—gritó uno.

—¡Ahorcadle!... Venga la cuerda—gritó otro.

—Metedle en el horno—vociferó un tercero.

De las casas vecinas salió más gente; aparecieron grupos por la calleja, de tal modo y con tanta presteza, que Monsalud se vió amenazado por una ruidosa caterva de personas de todas clases.

—¡Muerte al francés!—gritaban.

Recobrando su ánimo, el jurado se apercibió para defenderse.

La voz de Jenara repitió a lo lejos con estridente aullido, que parecía proceder de la garganta de un ángel de exterminio flotante en el negro espacio sobre el lugar de la escena, las siguientes palabras:

—¡Por traidor y embustero!

Hubiéralo pasado muy mal, perdiendo seguramente la vida el pobre jurado, si su propio rival no le defendiese de aquella turba rabiosa, apartando a unos, haciendo callar a otros y repartiendo a diestro y siniestro empujones y porrazos.

—Nosotros no asesinamos — gritó—. Dejen libre a este pobre hombre que se va a su campamento.

Pero ya que no podían acabar con él, siguieron azuzándole con la soez valentía del número. Protector y protegido, sin dejar por eso de ser encarnizados enemigos, caminaron largo trecho, abriéndose paso con dificultad. Gracias

a la hora tardía y oscuridad de aquellos lugares, no acudió más gente al alboroto, que, si acudiera, mal lo habría pasado el del uniforme francés, a pesar de hallarse tan cerca de sus amigos. Felizmente para Salvador, a medida que avanzaban disminuía la molesta chusma, hasta que al fin, después de andar largo trecho hacia una de las puertas de la villa, donde se distinguían las fogatas y se escuchaba el rumor de las fuerzas acampadas, la ruin turba quedó reducida a media docena de hombres. Navarro los aplacaba y despedía uno por uno, logrando al cabo quedarse solo con la víctima. Más abrumaba a Monsalud la nobleza que demostraba en la referida ocasión su enemigo que los insultos con que le vituperó poco antes.

—Estamos solos—dijo cuando llegaron a la plazoleta inmediata a la puerta que da paso al puente del Zadorra—. Navarro, agradezco tu generosidad. Quieres matarme en buena lid y no has permitido que me asesinen esos bárbaros. Solos estamos. ¿Es cierto que no traes armas?

—Ya lo he dicho—replicó el otro.

—Lo creo; eres valiente, y sé que no las ocultarías por cobardía. ¿Insistes en no batirte conmigo? No me he pasado a los franceses. Antes de servirles, yo no había tomado las armas por ninguna causa. Mi destino lo ha querido así; pero no estoy deshonrado. Mi desgracia, mi abandono, mi pobreza, llevaron-me a las filas del enemigo, y la deshonra consistiría en abandonarlas en el peligro... Ve, pues, en busca de tus armas; aquí te espero.

—No quiero—repuso Navarro con sequedad—. Yo te he dicho que sigas tu camino.

Y luego, con expresión de orgullo que Monsalud no acertaba a explicarse, añadió:

—Soy guerrillero.

Dijo esto como si dijera: «Soy Dios.»

—Bien. ¿Y qué más da que seas guerrillero? Eso prueba que eres valiente—declaró el otro con aflicción.

—¿Sabes lo que haré si te vuelvo a encontrar junto a las tapias de la casa de Jenara, o si la miras, o si hablas de ello en público, siquiera digas solamente que la has conocido?

—¿Qué?

—Cortarte las orejas... Conque adiós.

Dicho esto, volvió la espalda y se alejó tranquilamente, dejando a Salvador perplejo y dudoso entre aceptar aquel inopinado desenlace de la contienda o arremeter tras su enemigo para herirle. Una ira loca sucedió a las dolorosas dudas, y, siguiendo a Carlos, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Navarro, eres un cobarde!

El guerrillero volvió atrás, y con provocativa flema le dijo:

—Como están cerca tus amigos, como se los ve desde aquí y podrían venir al menor ruido, te has vuelto tan bravo que si te vieran los gatos de la vecindad temblarían de miedo.

—Navarro—exclamó Monsalud con frenético coraje—, toma mi sable. Espérame un instante, un instante no más, mientras voy a que un amigo me preste el suyo. Entonces me podrás decir lo que te acomode, y yo morir o cerrarte para siempre esa boca insolente.

—Salvador—gritó Navarro, comenzando a perder la enfática serenidad que mostraba—, no me provoques con tus ladridos. Te he perdonado y me insultas; te desprecio y me sigues. Tanto me buscarás, que al fin has de encontrarme.

Con rápido movimiento se desembozó, dejando en tierra la linterna.

—No tienes tú la culpa—dijo—, sino quien, sabiendo lo que eres, baja de noche a hablar contigo por la reja de la huerta. Jenara no te conocía, sin duda, o la engañaste con torpes embustes.

—Dime todo eso con una espada, con una pistola, con tu sangre, malvado—clamó Monsalud, rugiendo de ira—, y te contestaré lo que mereces.

—Pues sea—gritó Carlos, y en el mismo momento oyóse sonar el chasquido del resorte de una navaja, cuya larga hoja brilló en la oscuridad.

—Yo también traigo la mía—dijo con júbilo Monsalud, arrojando el sable—. Navarro, defiéndete.

Envolvían en el siniestro brazo el uno su capote y el otro su capa, cuando se oyeron pisadas y luego voces alegres que por un callejón cercano se acercaban.

—Son franceses—dijo Navarro, pateando con furia.

—¿Franceses? ¿Y qué importa? Seguirán su camino. Adelante, pues.

—¡Traidor!—gritó el guerrillero—. ¡Me has traído a donde están tus amigos!

—Vamos a donde quieras; elige sitio —repuso el jurado, apresurándose a partir.

Apenas dieron algunos pasos en la dirección que indicara Navarro marchando delante, cuando se vieron detenidos por media docena de franceses, borrachos todos como cubas, los cuales, reconociendo al punto a Monsalud, le rodearon y, con gritos y vociferaciones del peor gusto, le saludaron.

—Dejadme, dejadme solo, amigos—dijo éste.

—¿Quién es este bravo mozo?—gritó un francés, dirigiéndose a Navarro.

—¡Ah! ¿Tenéis pendencia?

—Echad mano al paisano y llevémosle al cuerpo de guardia—dijo un francés.

—Al que le toque—vociferó Monsalud, resguardando con su cuerpo el de su enemigo—le mataré como a un perro.

—¡Oh! ¡Qué bríos!—gruñó otro francés.

—Vaya, basta de disputas—chilló un tercero—, y vénganse los dos a la taberna con nosotros.

—Tenemos que hacer en otra parte... Sigan ustedes adelante...

—Están desafiados... Ved las navajas.

Ambos contendientes cerraron y guardaron las armas.

—¿Desafío?—dijo uno que tenía la charretera de sargento—. Ahora mismo van a ir los dos al cuerpo de guardia. ¿Conque desafío? A fe de Jean Jean que no consiento tal cosa.

—¡A la taberna, a la taberna!

Apareció entonces otro grupo de franceses, que se unió al primero.

—Vamos, ven acá, farsante —gritó Jean Jean, asiendo a Monsalud por el brazo y tratando de llevárselo consigo.

—Señor espantajo—indicó un jurado, amenazando al guerrillero—, o toca usted tablas ahora mismo, o le pondremos a la sombra.

Navarro calló, sofocando su coraje; pero acariciaba la navaja, dispuesto a atravesar al primero que osase ponerle la mano encima.

Salvador, desasiéndose con no poco trabajo de los que entorpecían sus movimientos, se acercó a Navarro y, comprendiendo que la situación de éste no era muy satisfactoria, dijo en voz alta:

—Señores, déjenme hablar dos palabras a solas con este amigo, y después nos iremos juntos a la taberna.

—Si me dan tiempo para ir a buscar a dos de mis amigos, a dos nada más —dijo Navarro en voz baja, daré cuenta de ti y de esos borrachos.

—Carlos—repuso Monsalud—, ponte en salvo. Nada podemos hacer por esta noche. Estos majaderos no nos dejarán solos.

Trémulo de coraje, el guerrillero no contestó nada.

—Señala sitio y hora para mañana, para pasado mañana, para cuando quieras.

—El sitio y la hora en que nos volvamos a encontrar—respondió Carlos, echando fuego por los negros ojos.

—El sitio y la hora en que nos volvamos a encontrar—repitió Monsalud con febril resolución—. Por la noche, y por Dios que la hizo, juro que así será.

—Me voy—dijo Navarro con sarcasmo—. Tus amigos te han salvado esta noche... Ahora, cuando yo vuelva la espalda, azúzalos contra mí.

Sin más palabras ni hechos, Navarro se internó a buen paso por una oscura y solitaria calle; y como algunos de los franceses allí presentes quisieran ir tras él, púsose Monsalud entre ambas esquinas de la angosta vía, y con determinación firmísima dijo a sus camaradas:

—El que quiera seguirle tiene que pasar sobre mi cuerpo.

Cuando Jean Jean y comparsa se empeñaban en llevar a Salvador a la taberna, éste iba en tal estado de sombrío estupor y excitación moral, que a las palabras de sus amigos respondía tan sólo:

—¡El, guerrillero; yo, francés!... ¡Yo, francés; él, guerrillero!... ¡El, blanco; yo, negro!... ¡El, cielo; yo, tierra! ¡Si ese hombre fuera Dios, yo quisiera ser el demonio!

XII

A poco de entrar en la taberna, y antes que logran hacerle tomar nada, escapóse fuera y se dirigió a su casa en lastimoso estado moral y físico, con la razón delirante, el cuerpo flojo y desmayado como el de un beodo, hablando sordamente consigo mismo a veces, y a ratos profiriendo gritos que alarmaban al vecindario. Cuando entró en su casa,

hallábase en ella, a pesar de lo avanzado de la noche, doña Perpetua y el cura, acompañando ambos a doña Fermina. En el centro de la pieza había una mesa puesta con no poco aparato de vasos y platos, desplegándose allí gallardamente todo el lujo de la casa como para una fiesta. Las viandas que sobre ella estaban habían dejado de humear, enfriadas ya por el largo plazo de espera, y las quijadas de la santa, como las del cura, se abrían bostezando de apetito y sueño.

—Hijo mío, ¡cuánto nos has hecho esperar! Son las once dadas—dijo doña Fermina, abrazándole—. Pero tu tienes algo: estás amarillo como un muerto. ¿Qué dices entre dientes?

—¡Guerrillero, él! ¡Francés, yo! —murmuró Salvador, dejándose caer en una silla.

—Espera, te ayudaré a que te quites el uniforme—dijo la madre—. ¿Se han marchado ya los franceses?

—Salvador—dijo en tono agrio el cura, observando al sargento con severidad—, un joven de tus cualidades no debe estar en las tabernas hasta hora tan avanzada.

Y como Monsalud no contestase a la advertencia sino riendo a la manera que ríen los locos, el presbítero añadió, levantándose de su asiento:

—Salvador, estás borracho. ¡Qué terribles hábitos se adquieren en el ejército!

—¡Y entre franceses!...—añadió la beata—. El rey les da buen ejemplo para que sean un modelo de sobriedad.

—Ya se te pasará—dijo doña Fermina con maternal benevolencia—. Hijo, ¿quieres dormir?

—Sí, dormir; quiero dormir—repuso con gozo, recostándose en un arca.

—Toma primero un bocado, muchacho.

—Sí, tengo hambre—exclamó el jurado, abalanzándose a la comida y engullendo descortésmente, sin consideración a los demás convidados.

Mas al instante apartó el plato con repugnancia.

—No tengo gana—dijo entre dientes.

El cura se paseaba por la habitación agitado y colérico.

—Los malos hábitos adquiridos no se olvidan en un día—afirmó doña Perpetua, echando al viento la voz por el

registro más agridulce—. Esta mañana lo dije, y ahora lo repito. Fermina, haz cuenta que no tienes hijo.

Doña Fermina rompió a llorar, y como interrogase cariñosamente al desgraciado joven acerca de sus propósitos y de la enmienda que por la mañana prometiera, éste dijo:

—¡Guerrillero, él; yo francés, francés toda la vida!

—Salvador—gritó el cura con enojo y fiera, te creí traidor por inexperiencia, mas no vicioso ni degradado... Esta mañana me causabas lástima, ahora me causas horror.

—El pobrecito no sabe lo que se dice, señor cura—añadió la atribulada madre—. Esos pícaros le han llevado a la cantina, y... por fuerza le han obligado a beber. Pero es un alma de Dios mi hijo. Esta mañana nos prometió dejar para siempre esas aborrecidas banderas, y lo hará. ¿Pues no ha de hacerlo?... ¿Te quedarás aquí esta noche? Suelta el uniforme y duerme.

Oyéronse entonces lejanos toques de clarín. Callaron todos, sobrecogidos por el son guerrero que parecía venir del campamento francés. Monsalud lo escuchaba con aparente júbilo. De pronto levantóse, gesticulando como un insensato, y con desesperados gritos gritó de esta manera:

—¡Viva Napoleón! ¡Viva el amo del mundo! ¡Viva Francia! ¡Mueran los guerrilleros!

—Esto no se puede tolerar—exclamó el cura, bramando de ira y echando mano al respaldo de la silla que más cerca tenía—. ¡Traidor, infame y deslenguado blasfemo, sal de aquí al momento!

—¿Qué has dicho, hijo?—balbució entre angustiosos sollozos doña Fermina, temblando como un niño—. Tú, tú, ¿pues no eres...?

—¡Afrancesado, francés hasta morir! —repuso el joven con enérgico brío—. ¡Francés hasta morir!

—Señor cura, señor cura—dijo la madre con tanto espanto como dolor—, riñale usted.

—Buen caso hago yo de los curas—repuso Salvador, mirando con desprecio al venerable Respaldiza—. Son los corruptores del linaje humano, como dicen Jean Jean y Plobertin, que presenciaron la Revolución francesa.

Doña Fermina ocultó el rostro entre sus manos

—Señor cura guerrillero—añadió el joven con insolente sarcasmo—, cuidado, no le cojamos a usted por esos trigos... En mi regimiento no hay piedad para los clérigos armados. ¡Se los coge, se los desnuda, se los ahorca!...

Doña Perpetua se levantó de su asiento como un estatua que de súbito cobra vida para aterrar a los hombres.

—¡Miren la embaucadora!—gritó Monsalud, remedando con formas grotescas los ademanes de la santa mujer—. Vendré a rescatar a mi madre de las garras del demonio para llevármela a Francia.

La beata y el cura le señalaron la puerta sin proferir una palabra.

—¡Guerrillero, él; yo, francés!—repitió el joven no con palabras, sino con aullidos—. Madre, adiós, adiós... Escribiré desde Francia.

Tropezando, haciendo gestos amenazadores y articulando gritos y bravatas poco inteligibles, pero horripilantes, como la risa de los leones, salió de la estancia y de la casa, mientras cura y beata auxiliaban a la infeliz madre, que había perdido el conocimiento.

XIII

El buen orden de esta historia pide que ahora dejemos a Monsalud, el cual irá, solo o acompañado, a donde mejor le plazca y su triste destino le lleve, y que volvamos los ojos y dirijamos nuestros pasos hacia Carlos Navarro, quien, por lo que hasta ahora de él vimos, parece ha de ser personaje de historia y digno de ser conocido más de cerca.

Singular era este hombre, y más singular aún su padre, don Fernando Navarro, vulgarmente conocido en la Puebla con el remoquete de don Fernando Garrote, que de sus mayores pasó a él, sin que se pueda saber por qué. Aseguraban los ancianos de la villa que, siendo todos los Navarros, desde las generaciones más remotas, hombres muy fuertes y, a más de fuertes, algo pegones y amigos de dominar a los débiles y de machacar sobre los humildes, debieron de recibir, por estas cualidades, el sobrenombre citado, que a maravilla

les caía. Los últimos vástagos de esta dinastía garrotil son los que presentaremos ahora, eligiendo para ello el momento en que, desocupada momentáneamente la Puebla por los franceses, quiso don Fernando poner en ejecución su pensamiento de ir a las partidas con Respaldiza, apretándole a ello la falta que él pensaba hacía en el ejército su tardanza, según eran los agravios que pensaba vengar, proezas que acometer y cabezas que descalabrar.

Don Fernando vivía desde algún tiempo en una casa de campo, hacia Peñacerrada, donde había puesto fin a sus viajes y correrías, porque los achaques y dolores en la trabajada esmerita eran ya obstáculo a su fantasía siempre ardiente y a su corazón valeroso. Triste, solitario y aburrido, dejaba pasar sus días en la vasta vivienda, aun en lo más crudo de la guerra, hasta que, por capricho o voluntariedad impropia ya de sus años, resolvía variar de conducta. Para hacer los preparativos de marcha, trasladóse el 18 de junio a la Puebla, donde tenía su casa solar, residencia habitual de su juventud y edad madura hasta los últimos años. Allí vivía de ordinario su hijo y un pariente pobre que le administraba el mayorazgo, consistente en tierras de pan, algunas viñas y mucho monte en el término de Treviño.

Allí le tenemos, allí está nuestro gran don Fernando en una sala baja, sentado en ancho sillón de vaqueta, con las piernas extendidas sobre un banquillo. Ocúpase en limpiar la hoja de una luenga espada de taza, hoja toledana y grandes gavilanes retorcidos. Frente a él, acurrucada en una silla baja, está la que ya conocemos, incomparable y seráfica doña Perpetua, observando con atención prolija al insigne varón.

Era don Fernando Navarro o, si se quiere, don Fernando Garrote, un hombre de más de sesenta años, de elevada estatura y bien proporcionadas carnes, ni gordo ni flaco, arrogante en su madura edad, de frente despejada, ojos vivos, los brazos y piernas vigorosos, aunque ya nada listos a causa del mucho cansancio; ancha la espalda, curva y airosa la nariz, blancas y pobladas las cejas, así como el cabello; la piel rugosa y con largos bigotes retorcidos, en-

trecanos, que eran singular adorno de su fisonomía en aquellos tiempos en que todo el mundo se rapaba el rostro. Tenía este hombre la apariencia de un veterano de los antiguos tercios, héroe de las batallas de San Quintín y de las Gravelinas, conquistador de medio mundo y saqueador del otro medio, desde Roma hasta Maestrich. Uníase a su belleza varonil y majestuosa cierta expresioncilla insolente y de perdonavidas, y parecía satisfecho de la superioridad que Dios le había dado sobre el resto de los mortales. Observando su vanaglorioso ademán y porte guerrero, viéndole tan convencido de que la Humanidad existía para que él probara sobre ella la fuerza de sus puños, se comprendía bien el apodo de *Garrote* que recibiera del vulgo. Lleváronlo sin ofenderse sus antepasados, que también fueron tremebundos, y el don Fernando respondía al mote y a veces firmaba con él.

Durante su juventud, Navarro había guerreado bastantes años, primero en la campaña contra Portugal, hacia 1762; después, en el bloqueo de Gibraltar, en 1779, y aun se asegura que, por dar desahogo a su grande afición militar, tuvo sus amagos y vislumbres de bandolerismo en tiempo de paz, lo cual es muy propio de españoles; pero esto debe acogerse con prudente desconfianza, y la honra de tan insigne varón nos obliga a no asegurar de un modo terminante lo del latrocinio, consignándolo tan sólo como un simple rumor.

Lo que sí no deja duda, por constar en papel sellado dentro de los mismos archivos de la Audiencia de Pamplona, es que el gran Navarro entretuvo sus ocios y dió alimento a su arrebatada actividad y ardiente fantasía introduciendo por los Alduides tejidos de hilo y algodón, en lo que, según su entender, no se ofendía a Dios, siendo claro como el agua que ni en el *Decálogo*, ni en el *Nuevo Testamento*, ni en ningún catecismo se dice nada contra el contrabando. Hacía esto nuestro adalid, más que por propio lucro, por ayudar a los amigos, por favorecer a unos cuantos pobrecitos que vivían de ello, por armar camorra con los empleados del Fisco y por dar palos. Esto era para Garrote fuente de delicias físicas y morales sin término.

Al llegar aquí, y cuando, después de enumeradas casi todas las cualidades de hombre tan eminente, me encuentro enfrente de la más importante, no puedo menos de alzar los ojos al cielo, cruzar las manos y decir: «¡Bendito sea Dios, que en una sola pieza puso tantas y tan admirables prendas del alma y del cuerpo!» Ello era que don Fernando Navarro, luego que heredó el mayoralazgo, y además algunos pingües dineros que le dejaron dos tíos suyos venidos de las Indias, retiróse a la Puebla y allí se hizo un don Juan Tenorio. Su arrogante figura, su garbo para vestir y su mucho gracejo para hablar, su gran experiencia del mundo y diestra habilidad para engañar, proporcionáronle adelantamientos fabulosos en la carrera.

Siendo al mismo tiempo muy liberal y dadivoso, así de dinero como de palos, encontraba abiertos casi todos los caminos, y bien pronto todo el condado de Treviño, toda Alava y aun parte de la Rioja, llenáronse de víctimas en distintas edades y estados. Algunos disgustos experimentó en diversas ocasiones; mas como era Garrote la persona más poderosa de la villa, y casi, casi en la comarca; como tenía la llave dorada, y aun se habló de que iba a recibir la merced de un título de Castilla, todo se quedó en palabras y en dos o tres porrazos. Un fraile francisco quiso con amonestaciones convertirlo, librando de azote tan fiero a los habitantes de la baja Alava y Rioja alavesa; mas por una singularidad digna de ser mencionada en la Historia, los villanos todos, especialmente los más humildes, se pusieron de parte de don Fernando, hasta que el bendito fraile se cansó y resolvió que lo mejor era rezar por las agraviadas.

Lo que no puede pasarse en silencio es que hacia el fin de su carrera don Fernando se casó, animándole a ello su propio interés y el de una familia de Navarra que con la suya estaba genealógicamente entroncada. Antes, mucho antes del matrimonio, había nacido un varón, que fué reconocido con solemnidad. Sacó Carlitos, con el cariz y la figura de su padre, muchas de las prendas de su alma, y singularmente el valor y la generosidad, y creció el niño en la holganza, dedicándose a ejercicios de

fuerza, con descuido de la inteligencia, aunque la tenía privilegiada. No mostró, como el progenitor, afición al galanteo frívolo, y durante algunos años huía de las faldas como del demonio, tanto, que creyeron iba derechito por el camino de la Iglesia; mas de pronto resulto muy apasionado y tierno, y verificóse radical transformación en sus hábitos, y más que todo en su pensamiento. En el transcurso de esta fiel historia irán saliendo muchas cosas que ahora no conviene anticipar, y que completarán el conocimiento de este benemérito joven, primero mojigato, guerrillero después y adornado siempre de estupendas cualidades.

Ahora lo que importa referir es que en 1812 tomó el gusto Carlitos a las partidas, enamorándose de tal modo de aquella errante, gloriosa y popular vida, que a vuelta de pocos meses era uno de los más bravos e inteligentes soldados del bravísimo Longa, siendo tantas sus hazañas, que en la Puebla de Arganzón gozaba de más fama que en Macedonia el Grande Alejandro. No está de más decir que entre las causas que determinaron a don Fernando a meter su cucharada en el negocio de la guerra no fué la menor cierta comezoncilla, o, por ponerlo más claro, cierta envidia del gran renombre de su hijo, y tenía la certidumbre de que con sólo echarse al campo eclipsaría con un solo arranque las proezas de todos los fusileros de Longa, Mina y Pastor.

Conocidas así las personas, refiramos ahora lo que hablaron doña Perpetua y el señor Garrote, mientras éste, esperando a su hijo, al cura Respaldiza y demás personas que debían acompañarle, se ocupaba en limpiar el moho a varios trebejos, restos de su alborotada mocedad.

—Reflexione usted, señor Garrote—dijo la vieja, apoyando las manos en el palo y la barba en las manos—sobre lo que tantas veces le he dicho y ahora le repito. Un hombre lleno de pecados que ha sido el escándalo de un siglo y el Satanás de esta honrada villa debe ocuparse en arreglar sus largas cuentas con Dios para no presentarse a El desprevenido, con el libro de las deudas de su conciencia tan embrollado y lleno de borrones.

—Cuando vuelva de la guerra, vieje-

cita—repuso don Fernando, cariñosamente y con cierto respeto—, te prometo reconciliarme y poner el mayor arreglo en mi libro.

—¡De la guerra!—exclamó la vieja, moviendo la cabeza—. ¡Y quién sabe si esos pobres huesos molidos volverán como salen! ¡Semejante estafermo no puede mantenerse sobre el caballo, y habla de matar franceses y de ganar batallas! ¡Alabado sea el Señor! ¿No vale más que el señor Garrote se esté quietecito en su casa? Yo vendré a hacerle compañía, y nos regocijaremos hablando de los benditos tiempos pasados y de la ruindad de los presentes, así como de la supina perversidad de los que han de venir, trayendo seguramente el fin y ruina total del mundo.

—Viejecita—repuso don Fernando—, en sesenta años que he vivido no he sentido gusto semejante al que ahora llena mi alma por la empresa que voy a acometer... Ya, ya verán una mano pesada para el sable... Seguramente, los franceses tienen ya noticia de que me preparo...

—Si se preparara usted para una buena, larga y devota confesión que fuera una limpia general de su alma, mejor sería...—dijo la santa mujer.

—Hay muchos medios de limpiar el alma y dejarla como un espejo—afirmó triunfalmente Garrote, esgrimiendo la espada y dando dos o tres tajos en el aire—, muchas maneras, y de esto hablan los Santos Padres, según creo, madrita; y si no hablan, es porque se les quedó en el tintero.

—No conozco más medio que el arrepentimiento.

—Verdad es que yo he pecado bastante—dijo el héroe—; pero ha sido sin mala intención. Reconozco que he ofendido a Dios; pero si después de la ofensa le sirvo, ¿el servicio no quita la ofensa?

La mujer del siglo miró con estupor al anciano, sin contestarle.

—Yo pequé—continuó éste—; pero he aquí que la gran contienda entre Dios y el demonio es llevada a los campos de batalla; he aquí que yo, hombre un poco ligero de cascos, pero cristiano viejo y con una fe como un templo, saco la espada y digo: «Señor, si mucho te ofendí, ahora te consagro mi vida, y voy a morir en defensa de tu

Iglesia, o a matar a todos tus enemigos.» Este acto, señora doña Perpetua, esta abnegación mía por la causa de Dios, ¿no bastan a limpiarme, cual si echaran mi alma en lejía?

—Según y cómo—respondió la anciana, confusa ante un problema nuevo para ella, cuya solución no podía dar en definitiva—. Ejemplo hay de guerreros insignes que han ido a ocupar lugar preferente en el cielo sólo por una buena batallita ganada contra herejes; pero no se dice que tuvieran muchos pecados ni que estuviesen impenitentes.

—¿Y qué más penitencia que la muerte en defensa de Cristo?—exclamó el guerrillero, sintiéndose con más fuerza que su antagonista—. ¡Morir, derramar uno su sangre por una causa, por una idea, por la religión, por Dios!...

—¡Oh!, sí, es verdad, sí, sí—dijo la vieja, abrumada por esta lógica.

—Nuestro Señor Jesucristo, ¿no nos dió el ejemplo? ¿No redimió a todo el género humano y, muriendo, no limpió la gran mancha original sin dejar rastro de ella?

Al decir esto, el señor Garrote frotaba con verdadero frenesí la hoja de acero, como si la herrumbre que tenía fuera la de su propia alma, y aquel orín, el inveterado orín de su propia conciencia.

—Es verdad—gruñó la vieja—. Vaya el señor don Fernando a la guerra, si bien no estaría de más una confesión general y algún acto de reparación para tranquilizar el alma de quien yo me sé, de un ángel de Dios, señor don Fernando...

La beata fijó en Garrote sus penetrantes ojos negros, y Navarro frunció ligeramente el ceño, demostrando que aquel tratado de los ángeles de Dios no era muy de su agrado. Pero la santa mujer, hecha de muy antiguo a reprender sin rebozo las faltas ajenas y a sentenciar, en materia de pecados, con tanto aplomo como el Papa desde la silla del Pescador, no hizo caso del avinagrado gesto de don Fernando, y dijo:

—Señor Lucifer, de todas las excelentes muchachas que usted perdió para siempre, una sola existe en la Puebla de Arganzón; mas tan quebrantada por los disgustos y la vergüenza de su desgracia, que es difícil conocer en su abatido y

ya viejo rostro a la hermosa hija de don Pablo el Riojano.

—Bueno, bueno—dijo Garrote, frotando con más fuerza—. ¿Y qué tengo yo que ver con esa mujer?

—¡Conciencia empedirrida! ¡Hombre sin entrañas! ¿No la perdió usted para siempre? En Pipaón, hace veinticinco años, todo el mundo sabía que don Fernando Garrote tenía amores con la niña del Riojano, y se corrió la voz de que se iban a casar. Desde entonces ha pasado mucho tiempo. Vino doña Fermína a la Puebla hace dos años, traída por su mezquina herencia y el enfadoso pleito que la dejara sin camisa que ponerse. Pocos la tratan aquí, y en cuanto a sus tristes antecedentes, sólo yo, por confidencia que me ha hecho, correspondiendo a mis cristianos consejos, sé que esta venerable y modesta mujer es la doncella engañada hace más de veinte años en Pipaón, y que Salvadorcillo Monsalud es de la propia carne, de la misma sangre y de los mismísimos huesos de este tenebrario que tengo delante.

—¡Cuánto sabe la madre!—dijo don Fernando, frotando el arma hasta desollarse los dedos—. Supe que Ferminilla había venido a la Puebla hace dos años, trayendo consigo a un muchacho revoltoso; pero como casi todo el tiempo vivo en Peñacerrada, a ninguno de ellos he visto..., y a la verdad, no son muchas las ganas...

—Pues yo la veo todos los días. Yo la acompaño y consuelo de la amarga tristeza que aún hoy sus desdichas y su atroz pecado le causan. Cuando llegó aquí, picóme la curiosidad. Viéndola tan piadosa, tan santa y ejemplar, pues es mujer que no sale de su casa más que para ir a la iglesia, solicité su amistad: conocí que era un alma abatida y que necesitaba de mí. ¿Qué habría sido de ella sin mis consejos? Se los di, pues; mi conversación le agradó en extremo, y abríome su corazón, confiándome todo, y especialmente la tristeza de su desgracia, cuyo autor fué este señorítico precioso.

—Bien, ¿y qué?—dijo Navarro, esforzándose en aparecer risueño y dejando a un lado la espada, que estaba más limpia que alma de bienaventurado—. Yo, la verdad, lo hice sin mala intención.

—¡Sin mala intención!—exclamó la

beata con enojado semblante—. Sin mala intención dicen que se rebeló Luzbel contra Dios. Esa buena mujer es la criatura más desgraciada que existe en el mundo; y aunque, seguramente, Dios la ha perdonado por su grande arrepentimiento y continuo llorar, ella jamás se consuela, y ahora, con la reciente desgracia del hijo que idolatraba, parece que va a entregar su alma al Señor.

—Pues qué, ¿ha muerto su hijo? —preguntó Garrote con vivo interés.

—Se ha pasado a los franceses, lo cual es peor que morir—repuso doña Perpetua—. Se ha pasado a los franceses, que es como morir el alma y seguir viviendo el cuerpo para afrenta de la familia y de la nación... Anoche mismo...

—¡Y dices que es hijo mío!—exclamó don Fernando con rabia, dando fuerte patada en el suelo—. No, madrita; ese muchacho no tiene mi sangre... Es mentira, ¡viven los cielos!

Iba a seguir protestando, cuando le interrumpió de súbito la presencia de su hijo Carlos, que acababa de entrar.

XIV

Carlitos era bastante parecido a su padre, salvo algunas diferencias: se le semejaba en la tez morena, en los cabellos asimismo negros, en la arrogancia del cuerpo y talle y en cierta expresión de nobleza que en toda su persona gallardamente se mostraba. Diferenciábase en la estructura de las cejas, que en el mozo eran juntas, y en la seriedad invariable y algo torva que tenía en sus grandes ojos. Con respeto adelantóse el joven hacia su padre, cuya mano besó, repitiendo la misma señal de veneración y cortesía en las arrugadas extremidades de la vieja. Don Fernando contemplaba a su hijo con el arroboamiento de un artista satisfecho y enfatado ante la belleza de su obra maestra.

—¿Nos vamos ya?—le preguntó.

—Dentro de una hora—repuso el joven—. Difícil es que nos unamos a la partida de Longa, que está en Murguía con los ingleses; pero nos uniremos a los que están hacia Miranda con el ge-

neral Morillo. Para no tropezar con los franceses, daremos la vuelta por Uralde y Burgueta, tomando el camino real en Armiñón. No hay nada que temer por ese lado.

Don Fernando se levantó para despedirse, lo cual hizo como un león viejo, no sin que crujieran sus choquezuelas y sus articulaciones todas. Después dió algunos pasos por la habitación como para probar la elasticidad de sus miembros, y dijo:

—Esta máquina sirve todavía.

Y luego dió fuertes voces llamando a sus criados.

—¡El caballo!... ¡Ensillad el caballo!

Doña Perpetua, firme siempre en la perpetuidad de su desaprobación, movía la cabeza en señal de duda respecto a la eficacia de aquella máquina para hacer algo de provecho, y si no con la boca, con los ojos reprendió a don Fernando por su atrevida aventura.

Al punto comenzó Garrote su atavío marcial, sepultando sus pies en antiguas botas de cuero fino. Forróse después en un chaleco grueso, y se fajó con una interminable banda de seda que le dió muchas vueltas en torno a la cintura, y sobre esto se puso un uniforme blanco de los antiguos regimientos, el cual, aunque viejo y fuera de moda, estaba servible. La cabeza la adornó con un deforme sombrero procedente de las campañas del anterior siglo y que recordaba al general O'Reilly. A pesar de la notoria anclanidad de dichas prendas, tal era la histórica figura del insigne Navarro, que con ellos no resultaba ridículo.

Al vestirse parecía que se remozaba; la alegría brillaba en sus ojos; decía mil bufonadas graciosas, y con fatuidad chispeante se presentaba a sí mismo como modelo de apuestos militares, deprimiendo a la afeminada juventud del día. En mitad de esta escena entró el cura hecho un arsenal ambulante, según venía de armado y municionado, y celebró con palmadas y vítores los preparativos de su amigo, mostrando los suyos y volviéndose de todos lados para que le vieran.

—¡A matar franceses!—gritó el presbítero—. ¡A matar franceses y afrancesados, para gloria de la nación y triunfo de la fe!

—Señores—dijo Garrote con hueca

voz y un poco del tonillo pedantesco de los oradores modernos—, toda mi vida la he consagrado al servicio del rey, de la patria, de la religión...

La beata, frunciendo el ceño, miró a don Fernando con expresión de burla.

—No; de la religión, no—añadió Navarro con modestia—; quiero decir que no he prestado a la religión servicios directos; pero siempre he sido piadoso, buen cristiano y temeroso de Dios... Alguno que otro pecadillo que anda suelto por ahí no es para darse de cabezadas, ¿no es verdad, señor cura?

—Sí, hombre, sí—exclamó el padre de almas con risa campechana—. Contra una juventud algo ligera viene una vejez heroica en servicio de Dios.

—¡En servicio de Dios! A eso iba—prosiguió Garrote, acompañando sus palabras con una enérgica acción del dedo índice—. Quería decir que siempre fui ferviente cristiano, y una vez reventé a palos a dos contrabandistas porque hablaron mal de la santidad de Pío Sexto. Señores, en mis campañas gloriosas, o, por mejor decir, en toda mi vida, he tenido por norma la honra del rey, la honra de la nación, y, sobre todos los nortes y sures, el norte de la religión, que es mi guía, mi faro, mi luz del Cielo.

—Si este don Fernando no hace ahora un par de heroicidades estupendas que dejen atrás la antigüedad de Aníbal y Césares—exclamó con entusiasmo el cura—, me dejo quitar el hábito que visto y las licencias del sagrado orden que practico.

—Pues bien, señores—siguió el héroe—, ¿a qué han venido aquí los franceses? A quitarnos nuestro rey, a quitarnos nuestra patria y a quitarnos, ¡oh crimen nefando!, nuestra santa religión. Ved a España entera cómo se levanta en contra de esa canalla y en pro de tan caros objetos. Ved a España, vedme a mí, que un poco tarde, pero a tiempo todavía, me decido a echar una cana al aire.

—¡Una cana al aire!—repitió doña Perpetua, rascándose—. Si don Fernando no las deja todas en el campo de batalla, será milagro del Cielo.

—Hay un mal grave, señores; un mal terrible, al cual es preciso combatir—continuó Garrote sin hacer caso de la velleja—. ¿Qué mal es éste? Que los

franceses han traído acá la idea de cambiar nuestras costumbres, de echar por tierra todas las prácticas del gobierno de estos reinos, de mudar nuestra vida, haciéndonos a todos franceses, descreídos, afeminados, badulaques, tontos de capirôte y eunucos. ¿Y qué ha sucedido? Que mientras la mayor parte de los españoles se echaban al campo para extirpar toda la maleza galaica y sahumar con el vapor de la guerra el país infestado de franceses, unos pocos de los nuestros han admitido aquella mudanza. ¡Abominables tiempos, señores! Ved cómo hay en Madrid una casta de miserables sabandijos a quien llaman afrancesados, que son los que visten a la francesa, comen a la francesa y piensan a la francesa. Para ellos no hay España, y todos los que guerreemos por la patria somos necios y locos. Pero todavía existe una canalla peor que la canalla afrancesada, pues éstos, al menos, son malvados descubiertos, y los otros, hipócritas infames. ¿Sabéis a quién me refiero? Pues os lo diré. Hablo de los que en Cádiz han hecho lo que llaman la Constitución, y los que no se ocupan sino de nuevas leyes y nuevos principios y otras gansadas de que yo me reiría si no viera que este torrente constitucional trae mucha agua turbia y hace espantoso ruido, por arrastrar en su seno piedras y cadáveres y fango. ¿Queréis pruebas? Pues oídlas. Estos hombres se fingen muy patriotas y aparentan odiar al francés; pero, en realidad, le aman. ¡Ah! Pasad la vista por sus abominables *Gacetas*. ¿Las habéis leído? Decís que no. Pues yo las he leído, y sé que respiran odio a los patriotas, al rey y a la sacrosanta religión. Son los discípulos de Voltaire, que van por el mundo predicando la nueva de Satanás.

El cura, al oír esto, sintió que las lágrimas se agolpaban a sus ojos. Eran lágrimas de admiración. Estaba pálido, mas no de envidia, aunque reconocía que él jamás había dicho en sus sermones cosas tan bellas.

—Pues bien, señores—añadió Navarro—: hoy voy a combatir contra los franceses, y mañana contra los afrancesados, que son peores, y después contra los llamados liberales, que son pésimos; y si yo no pudiese, o si Dios se sirve llamarme a sí sobre el campo de bata-

lla, aquí está mi hijo, a quien entregaré mi espada y que ya tiene mi espíritu.

—Dios, que vela por España—dijo el cura, con acento solemne—, nos conservará a nuestro buen amigo y volveremos todos cubiertos de laureles.

—Los laureles—dijo la beata—no caen mal sobre una frente serena que pueda alzarse ante el Tribunal de Dios sin los rubores del pecado. Señor don Fernando, ponga sus cinco sentidos en lo que le he dicho y no entregue su cuerpo al plomo enemigo sin descargar su alma del peso de tantas y tan negras culpas. El cuerpo que sirve de vaso a un alma limpia es respetado por la muerte; no así el que es saco de inmundicias. No hay contra el plomo y las bayonetas mejor coraza que una buena y general confesión.

—Viejecita—repuso don Fernando, sonriendo—, como el cura va conmigo a la guerra, echaremos un párrafo por esos caminos, y entre batalla y batalla me iré descargando de todos mis pecados y él absolviéndome, todo esto al compás de nuestras caballerías.

—Cabal, cabal—exclamó el presbítero—. Por mucha que sea la faena, no falta un ratito para meter la mano en la conciencia y sacar algunos puñados de maleza.

—Y para los soldados, voto al chápиро—dijo don Fernando, golpeando el suelo con la contera de la espada—ha de haber un poquito de manga ancha. Ya se ve: siempre en campaña, al sol y al frío, comiendo poco y bebiendo menos, sin otro regalo que mil trabajos, y teniendo por cama el suelo, por descanso la fatiga, por almuerzo la pólvora y por cena la metralla... ¡Oh!, los que así vivimos no podemos ser mirados como los demás: ¿no es verdad, señor cura?

—Verdad, verdad... ¡Conque en marcha!... ¿No se te olvida nada, Respaldiza?—dijo el cura, preguntándose a sí mismo y tentándose el cuerpo—. No, nada se te olvida, curita..., la pólvora, las balas, el frasquito de aguardiente, las lonjas de jamón..., el chocolate crudo..., el tabaco...

A todas éstas iba llegando gente, amigos del insigne Garrote.

Llegó la hora de la partida, y los expedicionarios oprimían los lomos de sus respectivas caballerías. La salida de la

casa fué una verdadera ovación. Don Fernando, seguido de su hijo, del cura y de los demás guerrilleros, rompió por entre la multitud, que le vitoreaba, aclamándole padre de la patria y héroe de la Puebla. En aquel instante nadie se acordaba de las fechorías de don Fernando Garrote, que había sido siempre popular, muy popular, lo mismo por sus generosidades que por sus atrevimientos. En España, los audaces de buena cepa, aunque sean bandidos o tenorios, son siempre queridos y admirados del pueblo, que lo perdona todo, a excepción de la cobardía y la avaricia.

Luego que se encontró afuera de la villa y en pleno campo la pequeña partida, compuesta de una docena de hombres, Carlos, indicando la dirección de Treviño, que debían tomar por las montañas, se puso a vanguardia con otro amigo, para explorar el camino y ver si se distinguían fuerzas francesas. En tanto, don Fernando y el cura, quedándose solos atrás, emparejaron sus cabalgaduras, que perezosamente iban al paso, y entablaron el curiosísimo diálogo que se verá a continuación.

XV

—Señor cura—dijo Garrote—, ahora que nos encontramos solos, quiero que conversemos un poco sobre un asunto que me está escociendo por adentro.

—Ya le entiendo, amigo mío; usted es de parecer que, en vez de unirnos a la partida de Longa, marchemos solos al encuentro de los franceses.

—No es nada de eso, señor don Aparicio, lo que me preocupa.

—Ese fusil que lleva usted—añadió el cura—, es un arma de príncipes; en cambio, esa espada no sirve sino para degollar palominos. Por el contrario, mi sable vale un imperio, y esta escopeta no lo es más que en el nombre. Hagamos, pues, un cambalache: daréle a usted el sable, pues la principal habilidad de usted consiste en el tajo, mientras que siendo mi fuerte la puntería, cogeré, por tanto, su fusil.

—No es eso tampoco lo que tenía que hablar.

—Usted tiene muy cansada la vista y no puede hacer la puntería.

—Que no es eso—repitió Garrote con enfado.

—¿Pues qué, hombre de Dios?

—Un caso de conciencia.

—¿Esas tenemos?—dijo el cura, riendo—. Esta mañana estuve una hora en el confesionario sin que nadie se me acercara, y ahora que monto a caballo...

—No pierde el sacerdote el Sacramento por ir a horcajadas.

—Jamás he visto que el ilustre Garrote se confesara; ¿y ahora que va a la guerra le entran esos escrúpulos? ¿Hay algún pecado nuevo? Pero no sé por qué recuerda ahora... Esa maldita Perpetua...

—No, los antiguos. Por lo mismo que voy a la guerra, siento un vivo deseo de reconciliarme con Dios... Aunque hombres como yo no mueren a dos tirones, quién sabe si por artes del enemigo me cogerá una bala...

—Y adiós alma... Nada, nada—dijo el cura—, aun los hombres más bravos deben venir a estas fiestas con el alma preparada... Aquí donde usted me ve, voy como un angelito de Dios... Me podrían enterrar con corona de rosas como a los niños.

—Vamos a ver. Si los pecados se perdonan con el arrepentimiento y la penitencia, los míos ya los puedo dar por idos. Estoy arrepentido de los males que he causado, y ahora que soy viejo y nada puedo, he caído en la cuenta de que hice mal, muy mal. En cuanto a la penitencia, ¿no es suficiente esta que yo mismo me impongo de dejar la tranquilidad y bienestar que disfrutaba en mi casa de Peñacerrada para echarme al campo en busca de las privaciones, de las hambres, de las heridas, de los fríos, de los calores y quizá, quizá, de la muerte? Y todo esto no por una causa cualquiera, sino por la causa de Dios, de la religión y su santa Iglesia primero, y del rey y de España después.

—Mi parecer es—dijo el cura, sonriendo y tentando de nuevo sus bolsillos y la alforja para ver si se le olvidaba algo—, que con lo hecho por usted, con su arrepentimiento primero y el sacrificio de su bienestar después, hay para irse derecho al Cielo.

Don Fernando respiró con desahogo, y muy vivamente añadió:

—Si ofendí a Dios con mis calaveradas, ahora le sirvo con mi heroísmo:

¿no es verdad? Váyase lo uno por lo otro. Jamás cometí acción ninguna indigna de un caballero..., pues..., ya me entiende usted..., porque hay pecados de pecados.

—Es evidente... Pero si el arrepentimiento y la penitencia limpian el alma, no está de más un poco de palique con el cura...

—Ya, la confesión.

—La humillación del alma ante Dios, y aquello de reconocer verbalmente sus faltas y avergonzarse de ellas delante del sacerdote...

—Por hablar no quedará—dijo Garrote—; pero es lástima que esto no lo hiciéramos despacito en el pueblo, en vez de hacerlo a caballo por estos andurriales.

El cura rompió a reír.

—¿Qué singulares cosas tiene don Fernando Garrote!—exclamó, avivando el paso de la cabalgadura—. Esta noche, cuando lleguemos a cualquier mesón... ¿Pero está usted triste, señor Navarro? ¿A qué viene tanto mirar al suelo y ese gesto de ajusticiado?

—Amigo don Aparicio—repuso el guerrillero—, no puedo apartar de mi pensamiento la idea de que me coja una bala.

—Los bravos no mueren...

—Si el caso llega—añadió el guerrillero, muy preocupado y entristecido—, no moriré sin decir antes a voz en grito, ante Dios y los hombres, que siempre fui católico, apostólico, romano y defensor de la santa Iglesia, cuyos dogmas creo desde el primero hasta el último.

—Bien, eso es lo principal... Ahora, señor Garrote, déme usted su fusil—dijo el cura con vivísimo interés, mirando a un punto lejano hacia la izquierda—. ¿No le parece que se distingue por allí el morrión de un francés?

—No puede ser, hombre.

—Será algún rezagado. Anoche pasó por aquí el ejército enemigo.

—Pues como iba diciendo—prosiguió Garrote, ensimismado y algo sombrío—, toda mi vida he sido católico, apostólico, romano... Jamás he robado a nadie el valor de un real. No he levantado falsos testimonios, y si dije alguna mentirilla leve, fué sin hacer daño a nadie, o por galanteos, pues..., cosas de mujeres. Si he jurado en falso ha sido en

asunto de amores. Honré a mis padres mientras vivieron; no he matado a nadie, ni...

—Ni deseado la mujer ajena—dijo el cura, interrumpiéndole con risas.

—¡Alto, alto!, que ahí está el *busilis*—gritó don Fernando.

—¿Qué, qué es lo que está?—dijo Respaldiza, mirando con zozobra a un lado y otro.

—Nada, hombre; no hay que asustarse: lo principal de mis pecados, digo...

—Creí que había divisado usted algún destacamento enemigo. Pero ¿por dónde vamos, amigo Garrote?

—Vamos bien: adelante—dijo Navarro, tan sólo preocupado de su conciencia.

Iban por un terreno bastante solitario, compuesto de cerros que se sucedían unos a otros, elevándose cada vez más. De trecho en trecho hallábanse pequeñas llanadas.

—Ya se sabe qué clase de pecados son los míos—continuó Garrote, sin poder apartar el pensamiento de aquella idea—. No son, en verdad, de los que más afean al hombre; y en el mundo vemos que mientras se niega el agua y el fuego la asesino, al galanteador no sólo no se le niega nada, sino que todo el mundo le admira, le señala y con su amistad se honran tontos y discretos, buenos y malos.

—Así es, en efecto—dijo Respaldiza—; lo cual no quita que el galantear sea pecado, porque es el desenfreno del más feo y torpe vicio, y con él se injuria a la familia, al mundo y a Dios.

—Por más que me diga el señor cura, no puedo creer que el galanteo sea vicio tan inmundo como el robar, el calumniar y blasfemar. Al hacer cocos a una doncella o mujer casada, parece como que se tributa cierto holocausto al Señor por las maravillas que puso en el alma y en el cuerpo. El espíritu pone de manifiesto lo que encierra de más noble, y la materia...

—Tate, tate, señor don Fernando—dijo, entre risas, Respaldiza—. Al querer confesarse está usted haciendo la apología de sus pecados, y revistiéndolos con las mentirosas formas de la voluptuosidad. Es una singularísima manera de arrepentirse... Vaya, un polvito—añadió, sacando la tabaquera.

—No, no; ya estoy arrepentido, señor don Aparicio. Ya estoy arrepentido de todo—afirmó Garrote con decisión—. No sirvo ya para maldita cosa. ¡Quién me había de decir en aquellos tiempos, cuando todo el mundo me parecía pequeño para mis aventuras, que se me había de acabar la vigorosa energía!...

—Punto final, amigo mío—dijo el cura, mirando a la izquierda.

—Iba a decir que ahora aborrezco todo aquello, y que lo deploro... Pero me pasa una cosa singular, amigo, y es que me arrepiento, pero no estoy tranquilo. El corazón me baila en el pecho, y siento en mí no sé qué comezón y zozobra.

El bravo cura se irguió de repente, alzándose sobre los estribos, y gritó con ansiedad:

—Señor don Fernando, el fusil, venga el fusil, ¡por todos los santos!

—¿Qué hay? ¿Viene algún destacamento francés?—preguntó el guerrillero, mirando al mismo punto hacia el cual se dirigían los atónitos ojos del presbítero.

—¡Un morrión! Por allí va el morrión de un francés.

—¿El morrión solo?

—Bajo el morrión ha de ir una cabeza, y bajo la cabeza un cuerpo; sólo que va por aquel camino hondo y no se ve más que el cimborrio... Ese fusil, señor don Fernando, ¡por amor de Dios!

—Ya, ya le veo—dijo Garrote, poniéndose la palma de la mano sobre los ojos en forma de visera—. Pero es un hombre solo, un pobre soldado rezagado, quizá un prisionero fugitivo. ¿Qué hacemos?

—¡Bonita pregunta! Matarle. Un enemigo menos tendrá España.

—Pero si no me engaño—dijo don Fernando, mirando a todos lados con inquietud—, nos hemos perdido. ¿En dónde están mi hijo y los demás amigos?

—Delante van. Ese fusil, señor don Fernando; veremos si el cura de la Puebla desmiente la fama de ser el mejor tirador de todo el condado, y aun de toda Alava.

—Amigo, ¿por dónde vamos?—repitió Navarro, deteniendo el caballo—. Con esta conversación de mis pecados y de la bondad de Dios que todos me los

perdona, nos hemos distraído, y sin saber cómo nos hallamos separados de los demás de la partida.

—¿Cómo es eso? ¡Gran geógrafo tenemos aquí!—exclamó el cura—. ¿Pues no es éste el camino de Uralde?

—No, con mil demonios: aquellas casas que a lo lejos se aparecen son las primeras de Añostro. Carlos y la compañía se han ido camino derecho a Uralde, y nosotros, ¡ahora caigo en ello, con ciel mil pares de Satanases!, nos equivocamos en la encrucijada donde está la venta de Martín.

—Adelante—dijo el cura con resolución—. Buscaremos un atajo por aquí a la izquierda... ¿Hay miedo, señor don Fernando? Lo mismo da ir por Uralde que por Añostro. Usted tiene la culpa, pues charla que charla...

—No hagamos calaveradas—dijo Garrote bastante intranquilo—. Casi estamos en país enemigo. A lo mejor saldrá de detrás de una mata un puñado de franceses.

—Aquel que allí está, no se me escapa—dijo el cura, observando siempre el morrión que por el camino hondo se movía—. ¿Nos vamos a él?

—¡Dos contra uno!—exclamó con desdén don Fernando—. Esta heroicidad no es de las mías.

—Pero ¿si ese uno se convierte en seis dentro de un rato? ¿Quién sabe lo que habrá detrás de aquella colina?

—Pues vamos a él—dijo don Fernando, dirigiendo su caballo por un sembrado y hacia el punto donde el formidable morrión aparecía—. Esta guerra en detalle es lo que a mí me enamora, y la verdad es que hecha con inteligencia, no hay ejército invasor que a ella resista.

—¡El fusil, ese fusillito, por amor de Dios y de María Santísima!

—¡Ahí va!... ¡Que Dios esté en la chispa, en la pólvora y en la bala!

Galoparon buen trecho por el sembrado, y de pronto, como liebre que levantan perros, vióse salir del camino hondo un soldado francés, el cual, azarado y temeroso al ver sobre sí dos tan disformes jinetes, echó a correr con ligerísimos pies, mirando hacia atrás a cada instante para ver si era perseguido.

—Alto ahí, amiguito—gritó el cura—, que no te salvarás aunque tengas mejo-

res piernas que Mercurio, el de los alados talones... ¡Alto!

—Ríndete y nada te haremos por ser dos contra uno—gritó don Fernando, llevándose la mano al sombrero, que con el fuerte viento se le tambaleaba sobre el cráneo—. Date, tunantuelo, que somos generosos y caballeros.

—¡Borracho, ladrón! Ríndete o te tiendo...

Aunque muy velozmente corría el francés, al poco rato pusieron los caballos a medio tiro; disparó don Aparicio su fusil, hiriendo al fugitivo con tan fatal acierto en mitad de la espalda, que, después de dar algunos pasos vacilantes, cayó al suelo.

—¡Qué ojo! ¡Señor Garrote! Por Santa Lucía bendita. ¡Qué puntería!—exclamó con júbilo Respaldiza—. Yo mismo me admiro, yo mismo me alabo, yo mismo me hago mi apoteosis, porque soy en esto del tirar una de las más grandes maravillas de la creación.

—La verdad es que, como cacería, esto ha sido admirable—repuso Garrote—; pero como acción de guerra, no se puede poner al lado de las de Wellington. Ese pobre muchacho lo pasa mal.

Llegaron al sitio donde el francés se revolvía en su sangre, profiriendo injurias y blasfemias contra sus perseguidores.

—Arriba, muchacho; eso no es nada—dijo Navarro, cuya generosidad, como hemos dicho, se mostraba en todas ocasiones—. Dinos dónde está el destacamento a que perteneces, y te perdonamos la vida.

—El destacamento—repitió el cura—. Sí; para huir de él.

—O para atacarle si es de poca gente. Usted con su puntería y yo con mis puños...

A esta bravata siguió un rato de silencio, porque el pobre francés herido se había desmayado. Mirábanse Garrote y don Aparicio sin saber qué partido tomar, cuando sintióse a lo lejos ruido de caballos; y como alzarán a un mismo tiempo la vista cura y seglar, vieron que hacía ellos se dirigía por el camino hondo hasta una docena de franchutes a caballo. Púsose más pálido que la cera de su iglesia el buen Respaldiza, y don Fernando, a pesar de su grotesca bravura, frunció el majestuoso ceño. El primer impulso del tirador

fué huir; mas detúvose su amigo, bien porque creyera imposible la fuga, bien por que la impavidez de su alma atrevida gozase en la temerosa aproximación del peligro.

—¡El sable, el sable!—gritó, tomando el arma de su amigo, a quien entregó la espada vieja.

La mano del cura temblaba.

—Hemos cometido una acción villana asesinando a un hombre—exclamó con solemne acento Garrote—; Dios nos castiga. Ahora..., pelear como buenos españoles, y morir como caballeros cristianos.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué hemos de hacer!? ¡A ellos! Dios sea con nosotros.

No hubo muchos ni variados lances en aquel suceso, porque en el espacio de pocos minutos los enemigos se acercaron a nuestros dos héroes, diciéndoles en castellano que se rindieran.

—Son españoles.

—Afrancesados..., mala gente...—murmuró don Aparicio.

—¡Que me rinda yo!—gritó Navarro, esgrimiendo el sable—. Ahora sabréis, canallas, traidores, cómo acostumbra hacer sus rendiciones don Fernando Garrote, el de la Puebla. Si he de morir, moriré matando.

Y sin más dimes ni diretes, comenzó a descargar sablazos sobre los que más cerca tenía. En tanto, Respaldiza, viéndolo a su amigo enredado con los franceses, quiso ponerse en salvo; pero se lo impidieron, y en un santiamén fueron ambos desarmados. Garrote había descalabrado a uno y herido levemente a otro, recibiendo en cambio dos pistolazos, que, por fortuna, sólo hicieron estragos en el alto sombrero. Gritó, vociferó, injurió en nombre de Dios, del rey y de España; pero al cabo, ambos fueron conducidos prisioneros sobre sus mismas cabalgaduras, y muy bien vigilados por los doce dragones, que se pusieron en marcha después de recoger al herido.

XVI

Así acabó la grande, la memorable expedición de don Fernando Garrote y del reverendo beneficiado de la Puebla. Mientras esto sucedía, Carlos Navarro

y la compañía buscaban inútilmente a los dos viejos adalides en el camino de Uralde.

Silenciosamente y abrumados de amargura y desesperación, marchaban los dos prisioneros el uno tras el otro; los caballos que montaban no parecían menos tristes que sus amos, a juzgar por la lentitud de su paso y la inclinación de la cabeza. Los españoles y franceses que los habían cogido y los custodiaban iban charlando una y otra lengua mezcladamente, y uno de ellos dijo:

—A estos tunantes no los perdonará el general Gazán... Han asesinado un francés, y ya sabemos con qué moneda se pagan estas deudas.

—El uno de ellos parece cura.

—Y el otro, sacristán.

Don Fernando Garrote se puso lívido al oír que se le llamaba sacristán, y después se le encendió hasta la raíz del cabello el pálido rostro. Si hubiera tenido armas, habría castigado en el acto tanta insolencia en menos que se dicen castañas. Respaldiza, durante el camino, sintiéndose sediento, pidió que le dejaran beber de un arroyo cercano.

—Tiempo hay de beber. En Ariñez no falta agua, padrito. Y si no, tome un buche de la del bautismo, que como cura debe de tener tan a la mano... Beberá antes que le despachen.

—¡Despacharme!—exclamó don Aparicio con acento compungido—. ¿Qué es eso de despachar?

Garrote, colérico por la cobardía que mostraba su amigo, le miró con ojos fieros.

—¡Que nos despachen!—gritó—. ¿Qué mayor gloria para buenos españoles que morir a manos de estos tunantes?

—Cierre el pico el vejete sacristán—gritó un jurado—, o no aguardaremos a llegar al Cuartel general.

—¡Traidor! Tu persona es para mí tan despreciable como la de un vil esclavo, y tus palabras, como los ladridos de un perro—exclamó con admirable entereza Navarro—. Si quieres darme la muerte aquí mismo, dámela. No porque me mates he de aborrecerte más, ni porque me dejes vivo he de estimarte. Soy un hombre leal, que sirve a su patria, y tú un cobarde desleal que sirve al enemigo.

En aquel mismo instante se acabara la vida, y con la vida las hazañas de

don Fernando Garrote, si el sargento que mandaba la tropa no impusiera silencio a todos, mandándoles seguir adelante.

Después de tres horas largas y penosas de camino, llegaron a Ariñez, y los dos prisioneros fueron presentados a un coronel. Las tropas francesas entre las cuales se encontraban pertenecían a la división del general Gazán. Caía la tarde, y los soldados se preparaban a pasar la noche lo mejor posible, y en torno a las casas de labor se veían alegres corrillos. Los caballos bebían en una gran acequia que de un punto a otro atravesaba el pueblo, y los oficiales organizaban sus meriendas al aire libre.

Don Fernando Garrote se quedó sin alma cuando se vió entre aquella gente. Deseaba morir, o que la tierra se abriese para tragársele, o que reventase a su lado el más poderoso de los cañones franceses. Lleváronle de Herodes a Pilatos durante largo rato de la tarde, cual si no supiesen qué hacer de él, y unos le tenían lástima, otros le miraban con desdén o con ira. Pero el que excitaba más sentimientos de enojo era don Aparicio, por ser muy aborrecidos entre los extranjeros los curas armados; así es que después que le concedieron el apagar la rabiosa sed en la misma acequia donde hociqueaban los caballos, echáronle una cuerda al cuello, sin consideración alguna a las órdenes sacerdotales.

No fueron tan crueles con Garrote, quizá porque mostraba dignidad en su infortunio, y no hacía aspavientos ni exhalaba femeniles quejas como su compañero. Lleváronlos a los dos a un gran patio, contiguo a una casa grande y vieja, el cual parecía servir de taller de herrería y cerrajería, porque en él había varios soldados artífices trabajando, y allí podían discurrir libremente los dos prisioneros; mas no escaparse, porque un centinela guardaba la puerta.

Respaldiza, despavorido y medio muerto de terror, echóse al suelo para llorar su desventura. Navarro se paseaba de largo a largo, sin hablar a su amigo ni a nadie. En las bardas de aquel corral, que caían a Poniente, había unas rejas por donde se veía la carretera de Vitoria. No cesaban de pasar por ella carros

cargados de cajas y arcones de diversos tamaños, los cuales venían del lado de la Puebla, y se detenían, acomodándose en el estrecho camino para dar descanso a las caballerías. También había multitud de galeras y sillas de posta, donde iban las familias españolas que abandonaban la Corte con los franceses. El ruido y el tumulto de aquella parte del camino, donde se reunían y amalgamaban tantos vehículos y caballos, eran espantosos. Unida esta algazara con los martillazos de los que trabajaban sobre el yunque dentro del patrio, resultaba una música infernal que hubiera vuelto loco a don Fernando Garrote si el cerebro de éste pudiera descomponerse por otra causa que por el espantoso hervir de las ideas.

Paseábase el esclarecido varón con la barba clavada en el pecho y las manos dentro de los bolsillos; su espíritu, después de vagar un buen espacio por las dulces regiones del pensamiento religioso, se irritó de repente, y la idea del suicidio se le puso delante, siniestra y halagüeña a la vez, aterrándole y consolándole. Miró Navarro a los que machacaban hierro sobre el yunque, y consideró que le harían merced en dejarle poner su vieja cabeza entre ambos hierros. Después fijó su atención en las diversas herramientas que pendían del techo de un tingladillo donde estaban la fragua y el fuelle; pero no creyó posible apoderarse de ellas, ni menos usarlas contra su vida sin ser inmediatamente visto y atajado. Volviendo al inquieto pasear, puso sus miradas en un pozo que en mitad del patio había, y al punto hizo resolución de arrojarle en él de cabeza; pero tardaba mucho en decidirse a ello, y observaba de soslayo la soga y polea. Acercóse al brocal para mirar al fondo, y vió allá abajo su imagen temblorosa y desfigurada dentro de un círculo luminoso. En esta contemplación se detenía, cuando un francés le arrancó de allí señalándole la fragua.

—Camarada—le dijo en mal español, con sonrisa burlona—, allí hacen falta vuestros servicios.

Un español joven, moreno y agraciado, acercóse en tanto al cura, que no se apartaba de su rincón, y con acento de chacota le dijo:

—¿Qué bueno por aquí, señor Res-

paldiza? Parece que la expedición no ha salido bien.

—¡Ay Salvadorcillo de mi alma!—exclamó acongojado el cura—. Al verte, me parece que veo un ángel del Cielo... Dime, ¿nos matarán?... ¿Intercederás por nosotros? Yo te ruego que olvides las palabrillas coléricas que se cruzaron entre nosotros anoche en casa de tu madre... Yo suelo gastar esas bromitas...

—Olvidadas están, señor cura; pero me parece que nada puedo hacer por ustedes. ¿Quién es el compañero?

—Allí lo tienes junto al pozo, don Fernando Garrote, el primer caballero de toda la comarca.

—Le hubiera conocido—dijo Monsalud, observándole—nada más que por la semejanza que tiene con su hijo Carlos.

Y acercándose a Navarro, que en aquel instante disputaba con el francés, tomó nuestro joven una expresión bastante insolente, y habló de este modo al infeliz anciano:

—Señor don Fernando, aquí dicen que vaya usted a menear el fuelle, y yo creo que este honroso oficio nadie puede desempeñarlo mejor que un señor de la llave dorada.

Miró Garrote al atrevido soldado con tanta ira, que los ojos parecían saltársele del casco.

—Mozuelo sin honor ni vergüenza—exclamó con dignidad y altanería—, ¿piensas que un hombre como yo ha venido aquí para oír tus necedades, ni menos para obedecerte? Estos miserables exterminarán a la gente honrada; pero no la deshonrarán.

—¡Al fuelle! ¡Al fuelle!—gritaron varias voces, y con más fuerza que ninguna la del mozo que hasta entonces había movido sin descanso la enfadosa máquina.

—¡Soplad vosotros, canallas!—gritó Navarro, echando inmediatamente mano al lugar donde debía estar el puño de la espada.

—No hay que apurarse por tan poca cosa—dijo de improviso el cura, levantándose del suelo y acudiendo oficiosamente al lugar de la disputa—. Si es preciso que alguien sople, yo soplaré, que lo haré muy bien, caballeritos, y bueno es un poco de ejercicio a estas horas.

Deseando congraciarse con sus verdu-

gos, Respaldiza, cuya poquedad de ánimo y corazón pequeño se habían mostrado ya, a todo se prestaba.

«¿Qué más da?—decía entre dientes—. Más padeció Jesús por nosotros. A él le pusieron atado a una columna y le abofetearon y escupieron. Movamos el fuelle, herreros de Satanás. Si vuestros cuerpos estuvieran dentro del fuego, ¿con qué ganas soplaría!»

Metió la mano en la argolla, y tirando de la cadena, infló el depósito de viento. El caño de la fragua resonó con ardiente resoplido, como la respiración de un cíclope, y las moribundas ascuas revivieron lanzando llamas rojizas. Al compás del canto de los herreros, tiraba de la cadena el cura, afectando en su semblante cristiana humildad; pero lleno de cólera, y más que de cólera, de miedo.

La noche sin luna oscurecía el cielo y la tierra; pero no cesaba el espantoso ruido dentro y fuera del patio.

La roja claridad de la fragua iluminó los diversos grupos, y don Fernando, que tenía en su alma todas las oscuridades de la tristeza y todas las llamas de la desesperación, no pudo pensar en echarse al pozo, porque los franceses lo cerraron.

A ratos le causaba profunda pena ver la degradación y falta de dignidad de su compañero de desgracia, el cual seguía en su tarea, y aun sonreía ante los soeces herreros con mengua de su honor y de la jerarquía sacerdotal. Por fin, cesó el trabajo; entraron varios soldados españoles y dos o tres renegados, trayendo un par de zaques de vino, a cuya vista se regocijaron todos, disponiéndose a dejarlos vacíos. En el mismo instante llegó Monsalud con algunos soldados, y ordenando a los prisioneros que le siguiesen, entró con ellos en el piso bajo de la casa contigua, que lo era de labor y estaba destinada en su parte alta a alojamiento de oficiales. Sin decirles cosa alguna, encerró a cada uno en una pieza baja, separadas ambas por un tabique ruinoso, sin puerta que las comunicara. Luego que don Fernando entró en lo que parecía mazmorra, echóse en el desnudo piso sin mirar al que le había encerrado. Este arrojó un pan en el suelo, y como cayese a regular distancia del prisionero,

el sargento empujó la hogaza con la punta del pie, diciendo:

—Ahí tiene usted para pasar la noche. Estoy de guardia hasta las doce y me han encargado la custodia de los dos prisioneros. Traeré también agua y algo de carne, si hay.

—No necesito nada—dijo Garrote sin mirarle—. Yo no como tu pan.

Incorporándose, dió tan fuerte puntapié a la libreta, que la lanzó al otro extremo de la pieza.

—Mal genio tiene usted—dijo el joven con lástima—. Hay que llevarlo con paciencia. El coronel me ha mandado que después de encerrar e incomunicar a usted y a su compañero les notifique...

—Ya lo sé...: que seremos arcabuceados...

—A la madrugada. El general no quiere carnicerías; pero el jueves cogió Mina a diez franceses y a todos los fusiló.

—Hizo bien—dijo don Fernando—, y es lástima que no te cogieran también a ti, español renegado a lo que parece... Si Dios me sacara de esta cárcel y recobrara yo mi libertad y mis armas, a ningún afrancesado perdonaría.

—Amigo—dijo el mancebo—, la situación en que usted se halla no es la más propia para vituperar la conducta de los demás y poner cual no digan dueñas a los que, por razones que usted ignora, servimos a los franceses.

—Mi situación no me espanta—repuso el viejo con gravedad—. Moriré por la patria, por la religión, y Dios me acogerá en su seno. La muerte que me espera no la cambiaría por cien vidas como la tuya, infeliz joven, por esa vida deshonrada en flor.

El mozo guardó silencio.

—¿Quién te engañó? ¿Quién te sedujo? ¿Sabes lo que es servir al enemigo y hacer causa común con los verdugos de la patria?

—Hablador es el viejo—dijo Salvador un poco enojado—. Hará usted bien en descansar y en tranquilizarse, señor Navarro. Adiós.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijo Respaldiza. Conozco mucho al cura de la Puebla de Arganzón, donde he vivido dos años.

—¿Cómo te llamas?

—Salvador Monsalud... Yo soy de Pipaón.

El anciano dió un suspiro profundo,

echando hacia atrás la cabeza, que al chocar bruscamente contra el tabique produjo un triste y hueco sonido, como el de un cántaro que está a punto de romperse.

—Adiós—dijo Salvador con la mayor indiferencia—. Volveré después a traer a ustedes alguna cosa. Me da lástima de los que van a morir, aunque se lo tengan muy merecido... ¿Conque agua? Si hubiera carne... Veremos.

XVII

El estado moral de don Fernando Garrote fué, desde que se quedó solo, el más espantoso que imaginarse puede. La imagen y la idea de la muerte, que poco antes ocuparon por completo su espíritu, huyeron como accidentes fútiles y pasajeros, indignos del pensamiento. Toda su vida pasada, sus culpas, sus glorias se le pusieron delante, juntamente con el infeliz joven cuyo nombre acababa de saber. Veía tan claro el designio de Dios, que hasta con los ojos del cuerpo estaba viendo al mismo Dios delante de sí, grave, ceñudo, majestuoso y admirablemente sobrenatural y divino. Don Fernando sintió el terror más vivo que un alma humana puede sentir; miedo semejante tan sólo a los terrones bíblicos que sobrecojían al pueblo elegido, cuando entre rayos y truenos sonaba la voz que había mandado a la luz que se hiciera, y a la tierra separarse de las aguas.

El anciano se prosternó en tierra, y apoyando contra las frías baldosas su ardiente cabeza, dijo en voz alta:

—¡Señor, Señor, lo merezco! ¡He sido un malvado! ¡Cúmplase tu voluntad! ¡Justicia terrible, pero justicia al fin; ¡Digna de mi vida es esta última hora que has dispuesto para mí!

Después siguió balbuciendo en voz baja oraciones piadosas y vehementes, hasta que su alma se fué tranquilizando poco a poco, y las terribles majestuosas facciones del semblante de Dios, que delante creía ver, se amasaron. El pobre anciano respiró, y, levantándose del suelo, fué tentando las paredes hasta el rincón más próximo, donde se acurrucó, cruzando las piernas y los brazos, y entre éstos escondiendo la cabeza de tal modo, que parecía un qvi-

llo. En tal postura, solo, sin movimiento, profundamente abstraído y encerrado dentro de sí mismo como el gusano en su capullo, dijo, palabra más o menos, el soliloquio siguiente, examen sincero de sus muchas culpas:

«Consagré mi juventud al vicio. Obediente a la ley de Dios tan sólo en lo superficial y externo, falté a todos los deberes cristianos. Iba todos los días a misa y rezaba el rosario, ambos actos sin devoción y por pura rutina, pues en misa no atendía más que a las mujeres que poblaban la iglesia. Llamándome buen católico, y defendiendo de palabra y aun de obra la religión siempre que se ofrecía, mi conducta no dejaba de ser execrable. ¿De qué valía, digo yo, a mi alma el ser presidente por derecho hereditario de la sagrada congregación de Esclavos de Cristo, ni hermano mayor de la Virgen de la Asunción y guardián de su camarín, cuyas llaves se han conservado siempre en las arcas de mi familia, con el derecho de vestir la imagen en las grandes fiestas?... ¡Ay! He sido un perverso que se ha burlado de todas las leyes divinas y humanas. Amonestóme un buen religioso francisco; pero me burlé de sus palabras, atendiendo más que a él a los que me adulaban fomentando con viles alabanzas mi disolución.

»Dióme el Cielo fortuna, sin duda por probarme en el empleo que de ella haría, y más valiera que me criara Dios pobre y desnudo, para que así mi natural vicioso se encaminase a la virtud, y con las abstinencias se educara firme y valerosa mi alma. Mas yo empleé mi hacienda en deslumbrar con engañosos oropeles la inocencia, en seducir con mentidas promesas a honradas familias, en corromper dueñas y criadas. Hice del honor mercadería que con el oro se compra y se vende, y de la paz y buena fama de las familias, un juego caprichoso. El demonio, mi aliado y en realidad mi Dios, sugeríame a cada instante artificios nuevos para derrocar la honestidad y vencer la resistencia que la templanza y el recato ofrecían a mis abominables apetitos. Todo lo atropellé; pisoteé los sentimientos más puros como pisotean los cerdos las flores de un jardín, sin comprender su belleza.

»Dios me tocaba a veces el corazón, dándome ratos de profunda tristeza, en

los cuales mi conciencia, aclarándose ante mí con prodigiosa luz, me ponía delante la fealdad horrenda de mi conducta; mas estos momentos, que coincidían siempre con mi cansancio, eran breves como los relámpagos en la noche oscura, y mi alma envilecida dejaba el arrepentimiento para la vejez. Mi memoria, con ser portentosa, no puede recordar uno por uno todos los desafueros que cometí, los planes execrables que realicé, ni las víctimas todas de mi salvaje descomedimiento. Pero en estos momentos terribles en que mi conciencia, a la vista de un hombre, se ha abierto de súbito como una sima llena de horrores, y se me ha presentado Dios con el semblante de la justicia, aprestándose a juzgarme sin misericordia, porque no la merezco, uno solo de mis crímenes se me ofrece visible y claro entre los demás, porque a todos los compendia y con su magnitud oscurece a los otros.

»La ejemplar persona sacrificada vive, al parecer, para mi castigo. ¡Ay! A muchas seduje, a muchas atropellé; pero con ninguna fué el engaño tan torpe y miserable como con ésta. Cuanto puede hacer un hombre para disimular su vil intención, yo lo hice; cuanto puede inventarse para aparecer bueno sin serlo y apasionado sin estarlo, mi entendimiento, fecundo siempre para el mal, lo inventó con pasmoso ingenio. Burléme después de la desgraciada joven a quien sacrificué, y yo mismo aplaudí su deshonor en reunión de inicuos amigos y calaveras. Llevado de no sé qué perversos instintos, que desde entonces han sido causa en mí de espantosos remordimientos, llegué hasta a suponer en aquel infeliz faltas que no había cometido, y torpezas y tratos con otros hombres que jamás se acercaron a ella. Escupir el cadáver de la víctima que se acababa de inmolar no es tan vil como lo que yo hice. ¡Ay! ¿Por qué no taladró mi lengua un hierro encendido como esos que he visto esta tarde en la fragua del patio? ¡Oh Dios mío! ¿Por qué no quedé paralítico, ciego y mudo, sin sentido para la maldad, y sólo con pensamiento para meditar en mi merecida ruina y pensar en mi salvación?

»Nació un niño, a quien pusieron por nombre Salvador. Me lo dijeron, y lo oí como si oyera decir: «La vaca del

vecino ha parido un ternero.» Yo no volví a Pipaón desde que proyecté casarme con otra mujer. Olvidado de mi aventura, llegué, sin embargo, a entender que la hermosa hija de don Pablo el Riojano había quedado en la miseria. Nada hice por ella; poco a poco fué envolviéndose en nubes de misterio lo sucedido, y la madre y el hijo no existieron para mí. Hace tres años díjéronme que un joven llamado Salvador Monsalud había aparecido en la Puebla en compañía de su madre, mujer melancólica, piadosa y enferma. Sentí cierta aflicción inexplicable, pero nada hice. El amor de mi hijo legítimo me ocupaba por entero. Hace poco, y aun hoy mismo, doña Perpetua me ha recordado la antigua y casi olvidada deuda; mas preocupado con mis preparativos de guerra, y soñando con gloriosas hazañas, apenas detuve el pensamiento en los dos desgraciados seres que tan cerca estaban de mí...

»Ha tiempo, sin embargo, que el arrepentimiento trabaja en mi alma, labrándose en ella un hueco con lentitud, pero con constancia. He vuelto los ojos a Dios, aunque de soslayo, y a fuerza de pensar en mis culpas y en la justicia divina, he llegado a considerar que el mejor desagravio que a Dios podía ofrecer era sacrificarle los últimos días de mi vida, combatiendo por la fe verdadera contra los herejes y renegados. En mi necio orgullo, no he comprendido hasta ahora que Dios no podía aceptarme como diligente servicio, ni menos premiar mi arrojo. Clara, como la luz del sol al mediodía, veo ahora su mano llevándome al destino y al fin deplorable que merecía; veo su lógico designio, obra de la perpetua justicia, en los sucesos de esta tarde; y más que en otra cosa alguna, en la presencia de ese joven, de ese ejemplo vivo de mis crímenes, de esa venganza humana y celeste, de ese malaventurado hijo mío, que con la frialdad de los verdugos y la crueldad de un enemigo vencedor se me ha puesto delante para anunciar la muerte que merezco. ¡Oh! Merezco más, mucho más, Señor: merezco vivir después de lo que he visto.

»Las facciones de ese muchacho han producido en mí incomprensible turbación; su nombre, pronunciado por él mismo, ha caído sobre mí como un ra-

yo celeste. Ya sé cómo suenan las trompetas del Juicio. Dios mío, estoy humillado, vencido, y me arrastro por el suelo como un insecto miserable, buscando tu pie soberano para que me aplaste. Me creo indigno hasta de mirar la luz del día, que criaste lo mismo para los buenos que para los malos. Señor, la muerte que me aguarda no será bastante cruel para lo que yo merezco. Un hombre que lleva mi sangre y debiera llevar mi nombre me custodia en esta mazmorra hasta que llegue el instante de la muerte; y él mismo, si se lo mandan...»

Don Fernando no se atrevió a continuar la frase, que no era dicha, sino pensada, y aun así la sofocó, cortando el vuelo de su pensamiento, suspendiendo la fórmula oscura del lenguaje con que discurrimos a solas y en silencio; pero no pudo cortar, ni atajar, ni detener la idea que surcó por su cerebro como un relámpago. Espantado de ella, se afirmó con ambas manos las abrasadas sienes, sacudiéndose a un lado y otro la cabeza. Si quisiera arrancársela y arrojarla lejos de sí, como un despojo inútil, no lo hiciera de otra manera.

Oyó una voz alegre que cantaba, y al mismo tiempo abrieron la puerta. Monsalud entró alumbrándose con una linterna; además, traía una botella de vino.

—Señor don Fernando—dijo desde la puerta—, aquí le traigo esto para que entone el cuerpo y le ayude a pasar los malos ratos de esta noche.

XVIII

Salvador adelantó con paso inseguro, dirigiendo la luz de la linterna a todos los lados de la estancia.

—¿En dónde se ha metido?—dijo, riendo a carcajadas, como quien ha perdido el equilibrio de sus facultades—. ¡Ah! Está usted en el rincón... ¡Qué postura! De ese modo piden los ciegos en el camino.

Don Fernando Garrote, ante aquellas burlas, sintió que su sangre se trocaba en hielo.

—Entre esta gente—dijo con mucha aflicción—, ¿es costumbre burlarse de los desgraciados que van a morir?

—Perdóneme usted—añadió el joven luchando con el extravío de sus sentidos—. No sé lo que digo... Esos pícaros hicieron propósito de embriagarme, y si no me levanto pronto...

—Vicio muy feo es el de la embriaguez—afirmó Garrote—. Un joven valiente y noble como tú, ¿será capaz de degradarse, abusando del vino?

—No, no, señor—repuso Salvador, en quien la vergüenza pudo por un momento más que la turbación de su mente—. Nunca he sido borracho; pero de poco tiempo a esta parte me dan tales tristezas y se me acongoja el alma de tal modo, a consecuencia de mis desgracias, que algunas veces...

—Pobre muchacho!—dijo el guerrillero, acercándose a Monsalud, que, puesta en el suelo la linterna y la botella, se había sentado junto a ellas—. Me parece que, como joven inexperto y sin fundamento, no te vendría mal recibir algunos consejos, y voy a dártelos.

—Pues toca la casualidad de que yo no he venido a recibir consejos, sino a acompañar a usted un tantico y traerle algo comfortable, porque siempre me da mucha compasión de ver a un hombre condenado a morir por cosas de guerra; y aunque este hombre sea mi enemigo, sí, mi enemigo por varias causas, siempre procuro que sus últimas horas no sean muy tristes. Conque guárdese usted los consejos y beba vino, si gusta.

—No beberé—repuso don Fernando—; pero pues dices que vienes a hacerme compañía, acepto el obsequio de un poco de conversación.

—¿De qué vamos a hablar?

—De ti.

—¿De mí!—exclamó Salvador otra vez atacado de la nerviosa hilaridad que tanto disgustara a Garrote—. ¡Bonito asunto! Tanto vale hablar del infierno.

—Al verte entre franceses, joven, apuesto y con esa expresión de nobleza que tiene tu persona...

—¡Oh qué lisonjero está el buen hombre!—dijo Monsalud—. Señor mío, no me adule usted, pues aunque compasivo, no me vendo por alabanzas.

—Al verte así—continuó Garrote—he pensado que sólo seducido y engañado ha podido un joven de tanto mérito entrar al servicio del rey José y de los enemigos de la patria y de la religión.

—Ni seducido, ni engañado, sino por

mi propio gusto y libre voluntad—respondió el mancebo con firmeza.

—¡Y por tus venas corre sangre española! ¿No aborreces a estos herejes, asesinos y ladrones, de cuyos crímenes horrendos eres cómplice, sin duda por inocencia?

—No los aborrezco, sino que los estimo.

Don Fernando cruzó las manos y elevó los ojos al cielo.

—Lo estimo—prosiguió Monsalud—porque ellos me ampararon cuando de todos era abandonado; diéronme de comer cuando me moría de hambre, y me pusieron este uniforme que han llevado los primeros soldados del mundo y los vencedores de toda Europa.

Garrote se estremeció de espanto, y un abatimiento angustioso sucedió a su anterior excitación.

—Pero ¿tan pobre estabas y tan desamparado de todo el mundo, que necesitaste venderte a los franceses para vivir?

—Pobre y desamparado, sí, porque mi madre había perdido la poca hacienda heredada, y no teníamos sobre qué caer nos muertos. Yo fui a Madrid, y un tío que allí tengo me metió en un regimiento de la guardia jurada.

—Pero tu deber es pelear por la patria. ¿No ves a toda la nación en masa sublevada contra esos viles? ¿No ves el desprecio y el odio que inspiran? Observa bien que entre los pocos españoles que sirven en las filas francesas no hay uno solo que sea persona honrada.

—¡Calumnia! Los hay muy buenos, y yo no me tengo por ladrón, señor Garrote—dijo Monsalud, enojándose un poco—. Y punto en boca sobre esa materia.

—Poco a poco, joven. No he querido ofenderte—repuso Navarro con tanta humildad y timidez como un chico de escuela—. Te diré cuál ha sido mi intento. Al verte, sentí profundas simpatías hacia ti, y tanto me entristeció ver a un joven de mérito en la vil condición de afrancesado y en la torpe esclavitud de esa canalla, que me atreví a esperar que los consejos y la autoridad de este infeliz anciano, próximo a morir, tendrían alguna fuerza para desviarte de ese infame camino. ¿Me equivocaré, Salvador?—añadió con expresión muy afectuosa—. ¿Será posible que tu

buen corazón y clara inteligencia no respondan a esta cariñosa súplica mía, a este deseo de que te conviertas, de que vuelvas a la santa fe de la patria en que todos los buenos españoles vivimos y morimos?

Monsalud miró a don Fernando por breve espacio, de hito en hito, y después rompió a reír con estrépito y descaro. El insigne Garrote no pudo contemplar por mucho tiempo aquella faz burlona, porque tuvo que esconder la suya entre las palmas de la mano para ocultar el llanto.

—No ha sido malo el sermón, padrino—dijo el mozo—. Y usted, ¿qué pedazo de pan se lleva a la boca porque yo sea afrancesado o deje de serlo? A fe que me divierto oyéndole. ¡Buen modo de disponerse a una buena muerte! A ver, padrino—añadió llenando un vaso de dos que había traído—, echemos un trago a la salud del gran Napoleón Primero, emperador de los franceses y señor de todo el mundo.

—No—dijo don Fernando, rechazando el vaso—, no puedo creer que digas tales disparates formalmente. Eres joven, has bebido más de lo regular y no sabes lo que sale por tu boca... Comprendo bien la causa principal de tu falta. Te sentía con ardor guerrero, heredado, sin duda, del que te dió el ser y la vida, y como los franceses tienen buena labia para deslumbrar a los jóvenes hablándoles de las grandezas del Imperio y de sus fabulosas batallas de Italia y Alemania, caíste en la trampa. ¡Qué necedad! La más arrebatada fantasía no puede soñar triunfos tan grandes como los que hemos alcanzado nosotros en esta guerra contra los decantados ejércitos de Napoleón. Nuestras batallas de Bailén, de la Albuera, de Tamames, de Talavera, y las defensas gloriosísimas de Zaragoza, Gerona y Tarragona, no tienen igual ni aun en los fastos de la antigüedad heroica. Y si estos hechos no fuesen aún de suficiente magnitud para lo que ambiciona tu grande espíritu, ahí tienes diseminadas por toda la redondez de España esas inimitables partidas de guerrilleros, los más bravos, los más atrevidos, los más generosos y leales hombres de la tierra, los verdaderos libertadores de la patria, los que, al fin, rescatarán a nuestro adorado Fernando, los que devolverán a

la sagrada religión su esplendor y a Dios su reino predilecto.

Antes que concluyera, Monsalud había empezado a reír. Tomó las elocuentes amonestaciones del anciano como materia de placenteras burlas, y, resuelto a contrariarle en todo por convicción, le dijo:

—No me hable usted de los guerrilleros, que si hay en la tierra plebe inmundada digna del presidio, ellos lo son. Compónense las partidas de los asesinos, ladrones y contrabandistas de cada lugar, con los más holgazanes, que son casi todos. Hacen la guerra por robar, no por echar de aquí a los franceses; y si algún día se acabaran estas misas, el rey Fernando tendría que colgarlos a todos para poder reinar en paz.

Don Fernando exhaló hondísimo suspiro; mas no desesperanzado todavía de tocar alguna fibra sensible en el corazón del mancebo, le habló así:

—Aunque los guerrilleros fueran como dices, que no son sino lo contrario, no podrías justificar tu conducta. A todos has hecho traición, Salvador: a lo divino y a lo humano; has hecho traición a la patria; a los españoles, que son tus hermanos; has hecho traición a tu madre, que sin duda, es española también y enemiga de nuestros enemigos; has hecho traición al rey bajo cuyo amparo nacimos y en cuya veneranda persona se representan nuestro hogar y el sol que nos alumbra, y, principalmente, has hecho traición a Dios, cuya fe, más pura y fuerte en la nación española que en ninguna otra, han venido a destruir los franceses, introduciendo aquí, con la herejía, mil costumbres y prácticas nuevas que no conducen sino al pecado.

—Dios... ¡Buen caso hago yo de Dios! —exclamó el mancebo con un cinismo que llevó a su último extremo los temores de don Fernando—. ¡Qué atrasada está la gente por aquí!... No hay ninguno que haya leído a Voltaire, como lo he leído yo en todas las paradas del viaje desde que salí de Madrid.

—¡Desgraciado! —exclamó el anciano, poniendo sus manos sobre los hombros del joven—. ¿Qué estás diciendo?

—¡Dios! Una palabrota y nada más. Si lo hay, que lo dudo mucho, estará allá arriba acariciándose la barba blanca y sin meterse en nuestros asuntos.

Digolo, porque muchas veces lo llamé y... ¿me oyó usted? Pues El tampoco.

—¡Desgraciado!—repitió el anciano—. ¡Mil veces más desgraciado que si cayeras para siempre traspasado por las bayonetas de tus viles amigos! ¿No crees en Dios omnipotente, justo y misericordioso? ¿No crees en la Santísima Trinidad? ¿No crees en la Encarnación del Hijo de Dios, ni en su pasión y muerte por redimirnos del pecado?

—¡Oh, cuánta monserga y cuánto embrollo!—repuso Monsalud riendo—. ¡La Trinidad! Tres que son uno y uno que viene a ser tres. Bonito lío han armado... Jesucristo no era más que un buen predicador y tan pobre como yo. Y de la llamada Virgen María, ¿qué puedo decir sino que...?

—Calla, calla, blasfemo infame—gritó con encendida cólera don Fernando, poniendo su mano en la boca del descomedido muchacho—. Tú no eres, no puedes ser lo que yo creí.

—¿Qué hombre ilustrado cree hoy semejantes paparruchas? Todo eso lo han inventado los frailes para engañar y dominar al pueblo, embobándole con pantomimas ridículas y prácticas necias. ¡Los frailes!—añadió con cierta petulancia—. ¿Hay casta de cerdos más inmundada en todo el orbe? Yo digo que hasta que ahorquen al último Papa con las tripas del último fraile no habrá paz en el mundo. Ellos son los que promueven las guerras, los que hacen estúpidos a los reyes; ellos son los que han levantado a la nación española no por religiosidad, sino porque saben que el deseo de Napoleón es quitarles sus inmensas y mal empleadas riquezas para dárselas a los pobres.

—¡No, no—repetía don Fernando con vehemencia, contemplando, atónito, a Salvador—; no eres tú lo que yo creí; no eres tú quien yo creí; no, mil veces no, voto a...! Afrancesado, traidor a la patria, desleal con el rey, irreligioso, blasfemo, no te falta sino ser mal hijo para que eternamente estés separado de mí.

—¡Mal hijo! Si lo soy no es culpa mía—dijo el mancebo bebiendo el vino que había escanciado para el señor Garrrote—. Mi madre es una excelente mujer, pero muy sencilla e inocente, y se ha dejado dominar por doña Perpetua y por los frailes de la Puebla. Empeñose

en que abandonara mis banderas; nequeme a ello, echóme de su casa; yo salí; se desmayó... Las mujeres no atienden más que a su capricho; son vanas, frívolas, superficiales, mojigatas y le aburren a uno con sus rezos... No hagamos caso de tales simplezas y bebamos, señor don Fernando. Otro traguito.

—Tu madre—dijo don Fernando—es, según tengo entendido, una santa y honrada mujer, de sanos principios.

—Pues sus principios no son los míos, ni lo serán nunca. Ella adora las atrocidades de los salvajes guerrilleros, y yo las aborrezco; ella se mira en Fernando Séptimo, y yo le tengo por un principillo corrompido y voluntarioso; ella detesta a los afrancesados, y yo los tengo por muy buenos patriotas, porque quieren regenerar a España con las ideas de Napoleón; ella no puede ver a los que han hecho la Constitución de Cádiz, ni a los que se llaman liberales, y yo los admiro por creerlos inclinados a echarse en nuestros brazos...

—¡Perdido, perdido para siempre!—exclamó don Fernando con inmensa angustia—. ¡Sin honor, sin principios, sin patriotismo, sin religión, sin lazo alguno con la sociedad, ni con España, ni con la familia, ni con Dios...! ¡Oh, qué aflicción, qué castigo, Dios mío!...

—Puesto que usted no quiere probarlo—dijo el sargento, echando otro medio cuartillo—, me lo beberé yo. Luego dormiré seis horas, y así se olvidan ciertas cosas, cosas terribles, señor don Fernando, que atormentan noche y día.

—Dios te tocará en el corazón, infeliz joven—dijo Navarro—, y haré penetrar un rayo de su divina luz en tu oscuro entendimiento, y te reconciliarás con España, con Dios, con tu madre y... conmigo.

—¿Reconciliarme yo?—dijo el joven severamente, dejando a un lado el vaso vacío—. Yo no me reconciliaré jamás; eché los dados. Me voy a Francia; consagraré mi vida a trabajar contra esta fementida patria que aborrezco.

—Justamente, despreciado por los hombres y maldecido por Dios, tu vida será un infierno, y tu muerte horrorosa y desesperada como la mía. Mirame, en mí tienes un ejemplo de cómo castiga Dios en la última hora a los que han olvidado su doctrina. Sin ser blasfemo ni traidor, como tú, yo he sido muy

pecador. He vivido largo tiempo con vida placentera y feliz; pero en esta postrera noche de mi vida me considero el más desgraciado de los hombres, no seguramente por la muerte que me amenaza y que merezco y deseo, pues los españoles debemos morir como caballeros y como cristianos. Uno de los más amargos motivos de pena para mí es verte insensible a mis ruegos, degradado, envilecido; verte en el camino de tu total mengua y perdición, sin poder remediarlo; verte en ese estado de locura y embriaguez, aferrado a la maldad. Si respondieras, aunque sólo fuese con eco muy débil, a mis sentimientos y a mis ideas; si no me parecieses, como me pareces, un verdadero monstruo, esta pasajera amistad que nos une podría ser un sentimiento más grande, Salvador, mucho más grande y hermoso para ti y para mí.

Monsalud le miró con sorpresa.

—He sentido vivísima inclinación hacia ti—continuó el anciano—. En esta soledad en que me encuentro, ausente de los míos, con un pie dentro del sepulcro y la eternidad llamando a mi alma, tú podrías ser consuelo inefable de este anciano moribundo, recibiendo, en cambio, de mí lo que jamás has tenido, ni esperabas tener.

Monsalud se levantó y con súbita cólera apostrofó al anciano en estos términos:

—Viejo astuto, ¿quieres engañarme con lisonjas y gátoperios para que te deje escapar? Yo no soy como los guerrilleros, que se venden por un pedazo de pan. Su señoría de la llave dorada no conoce con qué clase de personas está tratando. ¡Pues no es poco sabihondo el viejecito!...

—¡Miserable!—exclamó don Fernando, sin poder contener su cólera y levantándose también—. Veo que en ti no puede haber ningún sentimiento generoso. ¡Mereces la abyección en que vives! Márchate, quiero estar solo.

—¡Si será preciso ponerle algunas arrobas de hierro en los pies al Don Quijote de la Puebla!—dijo Monsalud, dando algunos pasos con escasa seguridad—. Parece que se tambalea el piso... Adiós, hasta después.

Don Fernando fué de aquí para allí con inmensa agitación. Su espanto se resolvió en una violenta y súbita cólera.

—¡No eres tú, tú no eres, no!—exclamó con atronadora voz—. ¡Me he equivocado! Dios se está burlando de mí... Es un castigo; ¡pero qué castigo, Señor!

Sin comprender lo que oía, Salvador se detuvo ante el agitado anciano. La generosidad de su noble corazón, eclipsada por las falsas ideas, y la turbación física en que se hallaba inspiráronle algunas palabras consoladoras para el caballero; mas un hecho trivial le desvió de aquel buen camino, separando a uno y otro personaje más de lo que estaban. En la versatilidad de sus juicios, Salvador achacó las incoherentes palabras de Garrote a extenuación y debilidad mental, ocasionada por la falta de sustento y el pavor de la próxima muerte. Pensándolo así, echó en el vaso cuanto en la botella restaba, y con intención compasiva le dijo:

—¡Vaya, pelillos a la mar! Señor Garrote... Beba usted y le caerá bien... Luego llevaré otro gaudeamus al señor cura.

—Quita allá—contestó don Fernando, apartándose con horror del joven—. Tú no eres quien yo creí... Tú eres de casta de borrachos y traidores.

Recibió Salvador con paciencia el insulto y, empujando el codo, dijo:

—Puesto que usted no lo quiere, no se desperdiciará tan buen vino. Se lo quitamos a unos arrieros que venían de la Nava.

La cabeza de Monsalud, de poca resistencia para la bebida a causa de su antigua sobriedad, luego que su cuerpo recibió aquel trasiego, se desorganizó completamente: se oscurecieron sus facultades, desmayó su cuerpo, entróle de improviso la innoble estupidez y el repugnante cinismo de que había dado ya algunas pruebas en la conferencia con su madre, y perdió su carácter, su generosidad, su buen juicio, su discreción; perdiólo todo, para no ser más que un vulgar soldado.

—Señor Garrote...—dijo tambaleándose—, adiós... Parece que se mueve el piso... ¿Por qué baila usted?

—Vete, vete; déjame solo—replicó don Fernando sin mirarle.

—¡Bonito fin han tenido las campañas del padre Respaldiza y del señor Navarro!—exclamó, lanzando una carcajada de imbecilidad que retumbó en

la estancia como un eco infernal—. ¡Bonito fin!... ¡Echese su merced a guerrillero!... ¡Quién lo había de decir!... Aquí tenemos al primer caballero del condado, el de la llave dorada, el gran don Fernando Garrote, que quiso derrotar él solo los ejércitos de Napoleón!... ¿Por qué no traje consigo a Carlitos para que le sacara del paso?... Me hubiera gustado ver a todo el hato de saltadores de caminos distribuidos en estas cámaras reales, esperando la orden del coronel... ¡Adiós, señor don Fernando Quijote; adiós..., buen viaje!...

Don Fernando se acercó a Salvador y asiéndole el brazo y apretándole con tanta fuerza como si su mano fuese una tenaza de hierro, le dijo sombríamente:

—Salvador, cuando me saquen de este calabozo, haz fuego sobre mí: mi destino es ése, mi castigo no será el castigo que merezco si no sucede así. ¡Dios lo quiere!

—¿Fuego yo?—repuso el joven con sonrisa de demente—. Yo me voy... Salgo de guardia ahora... Entrará otro... No quiero matar... Me da mucho temblor y me pongo malo.

Lucharón por breve rato en la acongojada alma del guerrillero sentimientos diversos. Luego sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos; una aflicción horrible le abrumaba. Apartóse del joven; corrió luego hacia él; mas su aspecto, su habla, su embriaguez, le llenaron de espanto.

—Mi muerte—exclamó—, por las circunstancias espantosas que la rodean, no se parece a ninguna otra muerte. Creo que toda la Naturaleza se desquicia en derredor mío, y que en medio del cataclismo general vivo muriendo. Me parece que la muerte del malvado, como la del justo entre los justos, no puede verificarse sino entre tinieblas horribles y confusión del cielo con la tierra. ¿Es de noche? ¿Es de día? ¿Eres un ángel o un demonio?... Huye de aquí, monstruo mío... No sé lo que siente mi alma al verte y al oírte... ¿Esto es vida o qué es esto? Dios poderoso, acoge mi alma... y basta, basta ya de suplicio.

El señor Garrote se arrojó al suelo. Monsalud, a causa del vino, no vió en todo aquello más que demencia y miedo. Hasta que se halló fuera y recibió en el rostro el fresco de la noche

no se aclararon sus juicios ni pudo conocer que había estado inconveniente, cruel y... grosero.

XIX

Cuando se quedó solo, elevó don Fernando de nuevo su pensamiento a Dios. Adquirió con esto cierta tranquilidad, reposo emanado de la profunda convicción de su inmensa desgracia, y aceptando aquella amargura se engrandecía a sus propios ojos. La fogosidad de su imaginación llevábale a compararse con los colosos del infortunio, pero superándolos: tan pronto recordaba a Job, de la antigüedad hebrea, como a Edipo, de los tiempos heroicos, y hasta en sus coloquios, en sus alegatos, ora tiernos, ora coléricos con la Divinidad, se les parecía.

Después de un instante de estupor contemplativo, sintió anhelo vivísimo de comunicar a alguien la congoja de su alma, y se acordó de su amigo Respaldiza, cuya voz había oído poco antes al través del tabique, sin hacerle caso. La endeble pared consistía en un armazón de maderas y adobes, a trechos cubierta de yeso, que formaba en sus irregulares claros y fajas al modo de un fantástico mapa. Por diversas partes, y principalmente junto al suelo, había muchos agujeros por donde podían pasar el ruido y la claridad, pero no objeto alguno de más volumen que un dedo. Golpeó don Fernando el tabique, diciendo:

—Señor don Aparicio, señor Respaldiza, ¿está usted ahí?

El cura contestó desde la otra parte:

—Sí, señor don Fernando; aquí estoy más muerto que vivo. ¿Con quién hablaba usted? ¿Hay esperanzas de salvación? Me parece que trataba usted con Salvadorillo Monsalud... Es mal sujeto y no hay que fiarse mucho de él.

—Amigo Respaldiza—dijo Garrote sentándose en el suelo y apoyando su rostro en la pared, junto a un sitio donde menudeaban las grietas—. Acérquese usted a este sitio donde me encuentro, y oígame. Tengo que hablarle.

—Ya estoy... ¿Hay esperanzas de escapatoria?

—No hay que pensar en escaparse, señor cura. Nuestra muerte es inevitable.

—¡Oh! ¡Dios mío Jesucristo!—exclamó Respaldiza con voz desfigurada por la aflicción y el llanto—. ¿Qué hemos hecho para tan triste fin?... Pero ¿no será posible intentar...? Echemos abajo este tabique; juntémonos, y entre los dos ejecutaremos algo ingenioso para salir de aquí.

—Es difícil. Por mi parte, no intentaré nada para salvar esta miserable vida, que es para mí un horroroso peso. ¡Somos muy pecadores!

—Yo no tanto... Pero ¿es posible que no logremos...? ¡Oh! Desde aquí siento los aullidos de esos lobos carnívoros, de esos demonios del infierno que nos guardan. Están borrachos y parece como que bailan y juegan.

—No nos ocupemos de nuestros enemigos y pensemos en la salvación de nuestras almas—dijo con unción don Fernando—. Señor Respaldiza, usted es sacerdote.

—Sí, sacerdote soy—repuso con desesperación el clérigo—, y como sacerdote digo que esto es una gran picardía, una infamia, un asesinato horrendo. ¡Ya se las verán con Dios!

—Usted es sacerdote—añadió don Fernando—, y un buen sacerdote, piadoso, instruido, aunque ahora caigo en que no cuadraba muy bien a su estado el tener tan buena puntería; pero sea lo que quiera, usted es un hombre excelente y un sacerdote cristiano, a cuyas manos baja Dios en el santo oficio de la misa.

—Sí, sí.

—Pues bien: siendo usted sacerdote y yo pecador, quiero confesarme en esta hora suprema; quiero confesarme, sí, después de treinta y tantos años de impenitencia.

Prolongado silencio anunció el estuor del sacerdote.

—¿No me contesta usted?—preguntó, impaciente, Navarro.

—¡Confesarse!... Linda ocasión ha escogido usted... Sobre que todavía puede ser que nos indulten.

—No hay que esperar tal cosa. Seamos dignos de nosotros mismos y muramos como caballeros cristianos.

—¡Morir, morir!—repitió angustiosamente el cura.

Retembló el tabique con sordo estampido. La cabeza de Respaldiza había chocado violentamente contra él.

—Señor don Aparicio—dijo don Fer-

nando después de una pausa—, he visto a Dios.

—¿A Dios?... ¿Dónde, amigo mío, dónde?

—Aquí, aquí mismo, en este oscuro calabozo. He visto pasar ante mí también mi vida entera, y me han ocurrido cosas que espantarán a usted cuando se las refiera.

—¡Es singular! ¡Ver a Dios y no pedirle que nos sacara de aquí!... ¡Ah! Usted tiene razón: seamos piadosos y buenos cristianos en esta hora suprema, único medio de que nos favorezca el Señor. Chillar y jurar con desesperación en estos trances no es propio del espíritu cristiano. Recemos, señor don Fernando; oremos humildemente con toda la compostura y devoción posibles. No se me olvidó el rosario; aquí está. Pidamos a Dios de todo corazón que...

—Antes conferenciemos un poco—dijo Garrote—, pues no sólo tengo que revelar a usted secretos muy graves, sino pedirle consejo y parecer sobre algún punto delicado de conciencia.

—Ya soy todo oídos.

—Bien sabe usted, venerable amigo, que he sido gran pecador, un hombre disoluto, despreocupado, vicioso, un libertino. Verdad es que jamás me separé de la Iglesia; pero esto no atenúa mis grandes faltas, ¿no es verdad?

—Verdad. Respecto a sus escándalos, amigo Garrote, muchos y grandes han sido en la Puebla. He oído contar errores; mas nunca me atreví a reprenderle, por ser usted un excelente sujeto y haber tenido conmigo delicadas deferencias. Tratándose de los más humildes feligreses de mi parroquia, sí me atrevería yo a reprenderles sus vicios; pero a un señorón como usted...

—La ley de Dios es igual para todos... Pero vamos adelante. Desafueros cometí, honras atropellé, causé desdichas y no hubo casa donde yo pusiese mi planta maldita que al instante no se inficionase con la corrupción y deshonor que llevaba conmigo.

En este tono y con verdadera humildad cristiana prosiguió don Fernando refiriendo sus culpas, sin detenerse en los casos particulares, hasta que, llegando al punto capital de su confesión, dijo lo que sigue:

—Pero la más grave de mis faltas, por el cúmulo de circunstancias denigrantes

que en ella hubo, fué la deshonra de una doncella de Pipaón, a quien engañé valiéndome de pérfidas astucias, impropias de un caballero; sí, pérfidas astucias y torpísimas artes, que voy a enumerar una por una, aunque al referirlas la lengua parece que se me abrasa y el rubor que enciende mi cara es como si una llama la envolviera toda.

Respiró con ansia, y luego refirió lamentables escenas y acontecimientos, que omitiremos por no ser de indudable interés para esta historia. Con los ojos cerrados, apoyada la calenturienta sien contra el tabique, entreabierto la boca, la mano izquierda en el suelo para apoyarse y la derecha sobre el corazón, iba contando don Fernando sus execrables ardidés y soltaba las palabras una a una, cual si su arrepentida conciencia se recrease en las torpezas que echaba fuera, para quedarse pura y limpia. Cuando concluyó aquel capítulo bochornoso, oyóse la débil voz de Respaldiza, que decía:

—Horroroso, infame, execrable es todo eso; pero el arrepentimiento es sincero, y por grandes que sean las culpas de los hombres, mucho mayor es la misericordia de Dios.

—~~Meo un niño~~—dijo don Fernando, cuya alma se iba sublimando a medida que adelantaba la confesión—, y aquí vienen nuevas infamias mías, pues sabiendo que la madre y el hijo estaban en la miseria no me cuidé de socorrerlos. Un día pasé por Pipaón y enseñaronme al muchacho, que estaba jugando en las eras. Tenía los zapatos rotos y todo su vestido hecho pedazos. Causóme su vista cierta aflicción pasajera, pero nada más; salí de Pipaón aquella misma tarde, y no volví a acordarme de ellos. Por último, después de más de veinte años de olvido, he aquí lo que sucede... Salgo en busca de fabulosas hazañas, y a los pocos pasos mis ilusiones se disipan como el humo... ¡La mano de Dios!... Me traen aquí prisionero, y sin más lances me destinan a morir y me encierran en este calabozo... ¡La mano de Dios!... Luego se presenta un joven, le hago algunas preguntas, me dice su nombre, que es el de Salvador Monsalud, y en él reconozco a mi hijo... ¡Por tercera vez la mano de Dios!...

—¡Salvador Monsalud!—exclamó el cura alzando las manos—. ¡Ese perdido,

ese afrancesado, ese traidorcillo borracho!...

—El mismo, el mismo—dijo Garrote—. Es un monstruo, es como el crimen que le engendró, y Dios me lo ha puesto delante para hacerme conocer la horrible magnitud de mis culpas, como un ejemplar vivo del pecado que engendró el pecado.

—Conozco a la pobre doña Fermina, y ahora me explico algunas frases oscuras que sorprendí algunas veces..., ya... Es una excelente mujer; pero a Salvador le tengo por un muchacho arrebatado y sin discreción, ni prudencia, ni honor, ni respeto a los mayores; sin amor a la patria, ni religiosidad, ni sentimiento alguno que le recomiende. ¡Bendito sea Dios, y qué cosas hace! ¡Que de un caballero tan cumplido como usted, de un noble señor, algo libertino, sí, pero ilustre y generoso, descienda esa bestezuela desleal, ese muchacho sin pudor ni honor!... ¡Bien dice usted que ha sido para castigo!... ¿Está usted seguro de...?

—Hijo mío es. Mi vida abominable no podía dar otro fruto. Es hermoso de cuerpo; pero su alma es horrible. Si por favor especial del Cielo yo viviera, la idea de haber dado el ser a criatura tan execrable sería para mí causa de constante horror.

—¡Oh, sí..., le conozco!... Diré a usted, amigo mío: antes de marchar a Madrid, Salvadorcillo no era mal muchacho, aunque muy casquivano y distraído; pero después que se juntó con su tío y renegó, hase vuelto el más despreciable muñeco que puede verse.

—La vergüenza que me causa la paternidad de un renegado envilecido—dijo don Fernando—, de un joven cuyas absurdas ideas son tales que parece que habla Satanás por su boca, es uno de los mayores tormentos de esta última noche de mi vida... Varias veces tuve las palabras en la lengua para revelar-le los lazos que a mí le unían; pero enmudecí, porque todo lo que de noble y honrado existe en mi alma se sublevaba contra el fatal parentesco, y aquí, señor don Aparicio de mi alma, entra el grave punto de conciencia que quería consultar con usted después de mi confesión.

—Sepámoslo...; pero se me figura que aumenta la algazara de esos borrachos.

Parece que se acercan a las puertas de este edificio y aúllan junto a ellas como una manada de lobos carniceros.

—La cuestión es ésta—dijo Garrote, sin hacer caso del terror de su amigo—: Dadas las deplorables circunstancias del carácter de Salvador, sus infames ideas, su irreligiosidad, su traición, su envilecimiento, ¿debo revelarles que es mi hijo?

Calló Respaldiza largo rato, y, al fin, repetida la pregunta por don Fernando, contestó:

—Según y conforme... Perverso es el niño, e indigno, por todos conceptos, de tener por padre a un caballero ilustre y tan patriota como el señor don Fernando, en quien algunas faltas, hijas de la flaca condición humana, no disminuyen sus altas prendas; despreciable es el muchacho, digo; pero, por malo que le supongamos, y aunque su herejía y envilecimiento hayan secado en él el manantial de todos los sentimientos generosos, es imposible que al ver a su padre en esta mazmorra, acompañado de un infeliz amigo, no imagine alguna bellaquería o travesura para ponernos a entrambos en libertad.

Garrote dió un suspiro, cambiando de postura, por serle insoportable la que desde el principio del diálogo tenía.

—Yo pregunto con mi conciencia y usted contesta con su egoísmo... Monstruosidad no puede salvarnos...; además, yo no quiero salvarme, no, ¡mil veces no!; yo deseo la muerte.

—¿No puede salvarnos?—preguntó el cura con desconsuelo.

—No, porque sus compañeros no se lo consentirán; además, ha dejado hacer un rato de ser nuestro carcelero, y en este momento quizá esté con su regimiento camino de Vitoria.

—¡Oh, qué desgraciada suerte!... ¡Me parece que esos condenados nos quieren asesinar!... ¿Oye usted sus infames carcajadas?

—Las oigo, sí, pero no las escucho... El parecer de usted es lo que me preocupa y lo aguardo con impaciencia.

—Por todos los santos, si no ha de ver más a Salvador, ¿para qué ha de quebrarse los cascos por saber lo que más conviene decirle?

—Únicamente pido a usted consejo—dijo Navarro con impaciencia—sobre mi conducta pasada. Es decir, ¿hice bien

o hice mal en callar el secreto, dejando a ese desgraciado en la orfandad lastimosa que, a mi juicio, merece?

—Bien, bien, admirablemente hecho—repuso el clérigo con cansancio—. El infame mozuelo que se ha vendido a nuestros enemigos, que abandonó a su madre, que se burló descaradamente de mí, amenazándome con ahorcarme, no tiene derecho a ser hijo de alguien, no, ni menos a enfatuarse con descender del nobilísimo tronco de los Navarros.

—Pero revelarles todo habría sido grande humillación, habría sido ponerme al nivel de su bajeza, de su herejía, de su villanía, y, por tanto, habría sido también expiación de mis culpas y nuevo purgatorio añadido al que merezco y necesito.

—No tanto, no tanto—afirmó el cura—. Bastante ha padecido usted en descargo de sus pecados. Revelar a Salvador la nobleza de la sangre que por sus venas corre sería, en cierto modo, santificar sus errores, y conviene que siga abandonado a su triste destino. Allá se las entenderá con Dios. El deber de usted consiste en perdonarle y pedir a Dios que ilumine al perverso mancebo.

—Pecador fui, pecador soy—dijo don Fernando, elevando al Cielos los ojos y cruzando las manos—; pero he conservado los sentimientos fundamentales, el amor de Dios y el honor... Aborrezco todo lo que Dios aborrece y amo todo lo que El ama... ¡Oh señor mío Jesucristo: Tú que me ves en esta última hora regenerado por el arrepentimiento y la penitencia, no quieres, no puedes querer que ese miserable lleve mi nombre; no puedes querer que en su detestable vida asocie su infamia a mi apellido, y ya que no me deshonró en vida con su traición, me deshonre muerto! ¡La traición! Sólo al pronunciar esta palabra tiemblan mis carnes, y mi alma entrevé un infierno de vergüenza más espantoso que el de las llamas que abrasan el cuerpo. ¡La traición! ¡Pasarse al enemigo, ser bandido como él, ateo como él, ladrón como él, borracho como él! ¡Ah! Todos los crímenes, incluso los que yo he cometido, me parecen faltas veniales comparadas con ésta. Quédese, pues, ese malaventurado hijo mío en la oscuridad de su nacimiento, que será perpetua y profunda.

como las tinieblas que envuelven su alma. El ha querido ser espurio, espurio será. Si la Naturaleza nos hizo proceder el uno del otro, entre un renegado por convicción y un caballero español, entre un insensato ateo y un cristiano piadoso, entre un jacobino de esta nueva raza execrable, condenada por Dios, y un hombre recto, vasallo humilde de su rey, no debe, no puede haber parentesco.

Dijo esto don Fernando Garrote en alta voz, al modo de oración, y tan creído estaba de qué Dios, a quien tal discurso dirigía, aprobaba sus sentimientos y su rigurosa intolerancia, que se quedó muy tranquilo, meditando sobre las profundidades del ancho abismo abierto entre él y su abandonado hijo.

—¿No los oye usted?—gritó de pronto Respaldiza, golpeando el tabique—. Han vuélto a acercarse a la puerta de este cuarto, y gritan y juran. ¡Parece que se alejan! ¿Oye usted, señor don Fernando?

—Y si, por favor especial de Dios —repuso Garrote, indiferente al pánico de su compañero de desgracia y mortificado por punzantes dudas—, ese infeliz muchacho, al verse honrado por mi nombre, se enmendará de sus extravíos...

—¡Enmendarse! —exclamó el cura—. Haríalo hipócritamente, por engañarle a usted, si vivía...

—Es verdad, es verdad, no puede ser —añadió don Fernando—. Los que nos han puesto el infame mote de *serviles*; los que insultan a los valientes guerrilleros, llamándolos ladrones de caminos y asesinos; los que en sus inmundas gacetas hacen befa de las cosas santas y de los ministros de Dios y parodian a los franceses, imitando su lenguaje, sus costumbres, sus ideas, ésos no pueden ser nuestros hijos, ni nuestros hermanos, ni nuestros primos, ni nada que con nosotros se roce y enlace; no pueden de ningún modo nacer de nosotros... Esa gente no es gente, esos españoles no son españoles. Entre ellos y nosotros, lucha eterna.

—Para poner motes se pintan solos —dijo el cura, dejando caer una gota de humor festivo en la amarga copa que uno y otro bebían—. A nosotros nos llaman *lechuzos*, y a la Santa Inquisición la llaman *Chicharronismo*. No pue-

de darse desvergüenza igual. Por eso es cosa corriente en el país que a los guerrilleros de estas montañas les queda mucho que hacer, después de acabar con los vándalos de fuera.

No lo oyó don Fernando, porque se había arrastrado a gatas hasta el centro de la pieza, y allí, puesto de hinojos, alzados los brazos y mirada fija en el techo, entabló nuevo coloquio con la Divinidad en estos términos:

—Señor que me has criado, que me has conducido a este fatal término, mi castigo ha sido grande, pero merecido... ¡Oh! Si volviera a nacer, no saldría jamás del camino de la justicia y del deber... Me has puesto delante el monstruo engendrado por mis errores; me lo has puesto delante para que vea cuán horribles frutos deja en el mundo la depravación. Para tormento, para horrosa penitencia mía, el dulce regocijo que la Naturaleza debía infundirme en presencia de ese joven, se ha trocado en vergüenza, en aborrecimiento, en horror. ¿No es bastante pena, Dios mío?... Cumpro con mis deberes de cristiano, resignándome a morir y sufriendo el bochorno que mi parentesco con tal monstruo me produce; cumpro con mis deberes de caballero y de español repudiando a ese hijo precito, apartándolo de mí y de mi memoria para siempre. ¿Es de tu agrado esta conducta, Dios mío? Mi conciencia está tranquila, y muero en Ti, fiando en que mis pecados serán perdonados, y mi conducta como cristiano, como caballero y como español, aprobada en tu supremo tribunal.

¿Qué respondió Dios a esto? Pronto lo sabremos.

Don Fernando se humilló en el suelo y dijo para sí:

«¡Virgen santa! ¿Por qué me empeño en estar tranquilo y no lo estoy?»

Respaldiza le llamó, diciéndole con voz angustiada:

—Señor don Fernando de mi alma, ¿no los oye usted? Parece que quieren echar abajo la puerta de este cuarto. Chillan, chillan y vociferan... Sin duda, quieren asesinarme; señor don Fernando, por amor de Dios, ampáreme usted.

En efecto: oíase violento rumor de golpes y porrazos. Don Fernando, que hasta entonces no había tenido miedo

a la muerte, sintió escalofríos en todo su cuerpo, y el corazón le palpó con vivísima inquietud.

«No, no estoy tranquilo—dijo para sí—. ¡Si permitirá Dios que tenga miedo en esta hora tremenda!... Conciencia mía, ¿estás tranquila?»

—Esos salvajes quieren penetrar aquí para ensañarse en mi cuerpo miserable—gritó entre sollozos el cura—. ¡Señor mío Jesucristo, piedad! ¡Piedad, Santa Virgen de la Asunción, señora y patrona mía!

—¡Esto es horroroso!—exclamó don Fernando, corriendo de un lado para otro en la oscura pieza—. Que nos fusilen... pero que no nos arrastren, ni nos destrocen, ni nos escupan, ni nos insulten... ¡Piedad, misericordia!

Los gritos de la salvaje turba, que graznaba en la puerta del calabozo, donde, viviendo aún, moría de terror el desgraciado don Aparicio Respaldiza, aumentaban de rato en rato, y, al fin, era tanto el ruido, que don Fernando no pudo oír los lamentos de su infeliz amigo. Oyó, sí, que la puerta se rompía; conoció que multitud de soldados franceses y algunos españoles entraban en tropel, rugiendo como bestias coléricas; comprendió que se abalanzaban sobre el pobre sacerdote, y oyó estas palabras en claro y soez castellano:

—Cortadle las orejas.

Después llegaron a sus oídos agudos ayes y clamores de la infeliz víctima; sintió que la llevaban fuera atropelladamente; la fúnebre y horrenda procesión se presentó a su fantasía con formas tan espantosas, que tuvo miedo, un miedo indescriptible, inmenso, y cayó de rodillas, clamando:

—Señor mío Jesucristo, ¿todavía más?

Parecía que una voz contestaba en lo alto:

«Sí, más todavía.»

XX

A poco de salir de la prisión, Monsalud se serenó un tanto; mas por algún tiempo estuvieron aún sus entendederas en lastimoso eclipse. No era de aquellos a quienes la bebida impulsaba a desahorados disparates de palabra y obra, sino que, por el contrario, en aquella su

embriaguez primera, después de algunos minutos de estúpida animación, sintióse amodorrado y con tristeza tan congojosa, que el cielo parecía habersele puesto sobre los hombros. Sus amigos, españoles renegados y franceses, bebían y jugaban a los naipes, reunidos en alegres grupos dentro de la sala que servía de cuerpo de guardia, y también en el patio. Los del convoy, paisanos y militares, habían ido allí atraídos por el olor de los riojanos pellejos; pero como se acercara la hora de partir y el descanso de bestias y hombres había sido grande, se disponían a seguir su camino.

Advirtió Salvador que algunos jurados y cazadores franceses, soliviantados por el vino, hacían tan infernal ruido, como si todo el ejército de José estuviese bailando dentro de una sola pieza. Mareado y aturdido, anhelando silencio y reposo, Monsalud huyó de su compañía y fue al patio, donde algunos paisanos graves y sargentos con infulas de coroneles, dirigiendo en pomposas espirales hacia el limpio cielo, cual si quisieran empañarlo, el humo de sus pipas, hacían cálculos sobre la campaña emprendida y los acontecimientos que se aguardaban para el día siguiente.

—Salvador—dijo un francés, asiendo a nuestro amigo por un botón de su uniforme—, ¿has oído algo?

—¿De quién?—preguntó Monsalud, dejándose caer sobre un banco y cerrando los ojos.

—De la campaña. Toda la división está en movimiento. ¿No oyes las carcajadas al otro lado del Zadorra?

—Sí; ya las oigo.

—Buena hora has escogido para dormir—añadió el francés, intentando poner en pie al aturdido joven—. Arriba, muchachos, que nos vamos.

—¿Adónde?

—A Vitoria, con el convoy grande.

—¡Con el convoy grande!—repitió Salvador, alargando los brazos cual si quisiera alcanzar el cielo con ellos—. ¿Pues no ha salido ya?

—¡Bestia! El vino te ha puesto el entendimiento del revés. Salieron los carros que llevó consigo el general Maucune.

—¿Y nosotros salimos ya o estamos aún aquí?—preguntó Salvador—. Juro a usted, señor Jean Jean, que no lo sé.

—Te lo explicaré a puñetazos—repuso el formidable dragón.

Zumbido lejano atrajo entonces la atención de todos.

—¡Un tiro de cañón!—exclamaron unos.

—¿Hacia qué parte?

—Juro que es hacia Subijana.

—Hacia la Puebla.

Monsalud, participando de la general curiosidad, trató de sacudir el pesado sopor que embargaba sus sentidos.

—¡Una batalla!... ¿Pues qué hora es?

—Quizá las avanzadas estén reconociendo alguna posición... Señores, mañana, veintidós, será un día de sangre: lo dice Plobertin, que ha visto el sol de muchos días de batalla.

—Es desgracia que no podamos asistir a la gran acción que se prepara, señor Jean Jean—dijo Salvador—, y que a hombres de tal temple se los destine a custodiar cofres y estuches.

—¡Oh joven Epaminondas!—repuso con socarronería el astuto dragón—; no envidies a los que se han de cubrir de gloria en el día de mañana. Soldado viejo soy, y te juro que mientras más cruces gano para mí y más tierras conquistó para nuestro emperador, más anhelo la paz. Marchemos tras los cofres y por el camino. Seamos galantes con las señoras que van en el convoy, recomendándonos a ellas como soldados de Friedland y de Essling; glorifiquemos a la Francia y bendigamos a Napoleón... por no habernos llevado a la campaña de Rusia.

Reinaba cierta inquietud entre la tropa que no había perdido el sentido con la embriaguez. Por otra parte, varios paisanos y bagajeros y unos cuantos soldados franceses de la peor especie se habían cogido del brazo y recorrían parte del camino en burlesca procesión, gritando y cantando; algunos de ellos, que apenas podían ponerse en pie, eran llevados en vilo por sus compañeros. Luego que berrearón a sus anchas, insultando a las infelices señoras que aguardaban junto a sus coches la partida del convoy, tornaron al patio, y acercándose a la puerta que daba entrada a las habitaciones de los presos, la golpearon de tal modo con patadas y puñetazos, que a ser débil se quebrantara al instante hecha menudas piezas. La turba embriagada quería que le en-

tregaran a los dos infelices prisioneros para anticipar el castigo impuesto por la superioridad militar.

—Pero ¿aquí no manda nadie?—dijo el francés que respondía al nombre de Plobertin—. Esta canalla hará una atrocidad, si la dejan.

—¡Que nos entreguen al cura, al cura!—gritaba la turba, furiosa—. Al cura y al sacristán.

Y golpeaban la puerta, que a fuerza de porrazos comenzaba a resentirse.

—Aquí viene el capitán—dijo Jean Jean—. Mandará dar veinte palos a los borrachos, y hará cumplir la sentencia.

Un capitán francés reprendió a los revoltosos su estúpida crueldad, amenzándolos con fuerte castigo; pero aquél, como los demás oficiales alojados allí, estaba en gran zozobra por causa más grave que las travesuras de algunos soldados ebrios, y regresó al lado de sus compañeros, dejando tras sí el tumulto.

—Vámonos por no ver esto—dijo Plobertin—. Parece que algunos carros se han puesto ya en marcha...

—Nosotros formamos a retaguardia—dijo Monsalud—; hay tiempo todavía.

—La gentuza vuelve a las andadas—indicó Jean Jean—. La puerta no resistirá mucho tiempo más; no es ésa la Zaragoza de las puertas.

—¡Que las paguen todas juntas!—afirmó otro individuo del respetable cuerpo de Dragones—. Ese cura y ese sacristán son guerrilleros, que es como decir salteadores de caminos. Pues qué, ¿hemos de tratarlos con mimo, después que ellos han asesinado a centenares de hombres pertenecientes, como quien no dice nada, a la nación francesa?

—¡A la nación francesa!—repitió el zapador Plobertin, encendiendo su pipa—. La nación francesa pide venganza... La verdad es que el cura y el sacristán no merecen mis simpatías.

—Pues yo—dijo Monsalud con resolución—, si encontrase quien se decidiera, arremetería contra esa chusma y les haría entrar en razón.

—Joven Temístocles—exclamó Jean Jean—, menos fuego. ¿Pueden tus paisanos colgar de los árboles racimos de franceses, descuartizarlos, meterlos en los pozos y asarlos en los hornos, y nosotros no podemos ni siquiera desorejar a uno de tus desalmados curas y monagos?

—El honor de la Francia—dijo Ploberlin—pide que se los fusile al momento.

—Pero sin martirizarlos vergonzosamente—añadió con viveza Monsalud—. Si el rey lo sabe, castigará a los que le están deshonrando con esta algarada salvaje.

—En esto de mortificar a los guerrilleros y curas con pistolas—afirmó Jean Jean—, yo diría como nuestro rey Luis Quince de la antigua dinastía: *Laissez faire, laissez passer!* Conque a caballo, señor Monsalud, que marcha el convoy.

La confusión y el alboroto iban en aumento, y no había autoridad que mandase, ni voz alguna que contuviese a los desalmados. Fueron y vinieron algunos oficiales; pero sin desplegar la energía que el caso requería, porque, acostumbrados a considerar a los guerrilleros como bestias malignas, toleraban los desmanes de la embriagada soldadesca, o, al menos, no se cuidaban de atajar una brutalidad que creían justificada por la salvaje fiereza de los partidarios.

La puerta cedió, al fin, y los gritadores se precipitaron por ella dentro del edificio. Encontrábase primero, frente a la puerta principal, otra más pequeña, que era la que daba ingreso a la celda del cura, y que, por ser endeble, fué brevemente echada al suelo de una patada. Pocos momentos después, el infeliz don Aparicio Respaldiza salía empujado y arrastrado por la soldadesca, mutilado el rostro, cubierto de sangre, abofeteado, injuriado, escupido. Medio muerto de espanto, encomendaba el desgraciado su alma al Señor, y en aquel momento angustioso, aquel hombre no exento de faltas, aunque tampoco perverso; mal sacerdote, sin duda, pero antes por error y falsas ideas que por maldad, si tuvo la flaqueza de pedir misericordia a sus viles verdugos, luego que se vió arrastrado irremisiblemente al suplicio, sin vislumbrar remedio, los perdono a todos y supo morir como cristiano.

Llévole la turba a un campo cercano, donde algunos robustos árboles convidaban a colgar del alto ramaje el cuerpo del infeliz enemigo vencido, indefenso, y mientras se consumaba el sacrificio, se regocijaban con la idea de repetir la función en la persona del que

llamaban sacristán, a pesar de que su aspecto no indicaba tan humilde oficio.

Monsalud, que desde el patio presenciaba la feroz escena, baldón del humano linaje, mas no por eso rara en aquella guerra, que tanto tenía de heroica como de salvaje, sentía en su alma violentísimo coraje y vergüenza. Al ver que llevaban al suplicio, ya mutilado y moribundo, al infeliz Respaldiza, acordóse del otro preso; un vago sentimiento le agitó, sintió algo semejante a dulce recuerdo, o a esos misteriosos rumores del corazón que, a veces, gimen en los oídos de nuestra alma, sin que entendamos claramente lo que quieren decirnos. Inquieto y dominado por profunda aflicción, que no acertaba a explicarse, dirigióse a la rota puerta del edificio. Allí estaba el sargento poco antes encargado de la custodia de los prisioneros, y en compañía de dos o tres bárbaros como él contemplaba estúpidamente, con las manos juntas atrás y su pipa en la boca, el fúnebre vía crucis del cura hacia el monte cercano.

—¡Bestia! —le dijo enérgicamente Monsalud—. ¿De ese modo guardas a los prisioneros?

El sargento soltó la carcajada de la insensibilidad aumentada por el vino, y alzando los hombros, repuso:

—¿Y qué...? ¿No los habían de matar de madrugada?... ¿Dónde están los oficiales? Si ellos no cumplen con su deber, ¿qué puedo hacer yo?

—¡Miserable!—gritó el joven con furia—. Si esos verdugos se hubieran empeñado en romper esa puerta antes de las doce, hora que salí de guardia, me habrían cortado a mí las orejas antes de tocar el pelo de la ropa a los prisioneros... Déjame entrar; queda ahí dentro un infeliz, que no morirá como mueren los cerdos.

El sargento y los suyos hicieron como que querían defender la puerta.

—¡Atrás!—gritó Monsalud—. Dame la llave de la prisión del sacristán.

Briosamente arrebató la llave de manos del carcelero.

—Monsalud—dijo el sargento, fingiendo la entereza de un hombre de bien—, ¿quieres salvar a ese hombre? Está más loco que Don Quijote, y a todos los que entran a verle los llama hijos para que le pongan en libertad

—¡Estúpido farsante! —repuso el joven—. ¿Te atreves a darme lecciones de disciplina, de honor y de obediencia, tú que has faltado a todas las leyes de la Ordenanza y de la Humanidad?

—Lo digo—añadió el carcelero, blasfemando de decencia—porque para sacar de aquí al sacristán, pasarás sobre mi cadáver.

—¡Y sobre el mío! —repitieron los otros, algunos de los cuales no se podían tener de borrachos.

—¡Atrás, a un lado! —vociferó Monsalud, abriéndose paso y tomando la linterna que estaba en el suelo—. No puedo salvar a ese hombre, porque el general le ha condenado a morir; pero mientras yo aliente, canallas cobardes, un caballero honrado y decente no morirá, ya lo he dicho, como mueren los cerdos. Los infames vuelven: no hay tiempo que perder. Adentro.

Abrió con mano firme la puerta del aposento en que gemía don Fernando Garrote. El infeliz anciano, al comprender que sacaban arrastrado a su compañero, después de mutilarle, había sentido, como antes dijimos, un terror violentísimo que dió al traste con toda su entereza y varonil grandeza de ánimo. Extravióse su razón, dió voces, y cuando entró el sargento, le habló como si fuera Salvador. Levantóse del suelo en que yacía, y como loco corrió de un muro a otro buscando salida, y se aporreó las manos contra ellos, cual si a puñetazos pudiese horadarlos. La unción religiosa huyó de su mente: huyeron la resignación, la paciencia, la cristiana humildad, dejando tan sólo el impetuoso instinto. Gritaba con desesperación:

—Jesús divino, ¡solo tú sabes padecer, solo tú sabes morir! Soy hombre, y acepto la muerte; pero no el tormento, no la vergüenza, no el martirio, no las manos ni la saliva de la soez plebe en mi rostro, ni la ignominiosa cuerda en mi cuello, ni el filo villano de sus navajas en mi piel... ¡Piedad, misericordia, Dios mío! ¡No tengo valor! Soy una mujer, un pobre niño.

Con febril ansiedad, y aunque sabía que ninguna arma llevaba sobre sí, registró todos sus bolsillos y ropas, buscando un cortaplumas, una aguja, un alfiler con que darse la muerte.

—¡Nada, nada! —exclamó con deses-

peración—. Dios poderoso, ¿tan malo, tan perverso he sido?...

En aquel instante, una claridad rojiza deslumbró sus ojos, y en medio de ella, como el ángel de una aparición divina, vió don Fernando Garrote a Salvador Monsalud. Sorprendido por aquella imagen que en el momento más angustioso de su vida se le presentaba, don Fernando cayó de rodillas.

—¡Eres tú, Salvador, hijo mío querido, eres tú! —exclamó, desahogando con efusión su alma—. Vienes a salvarme..., sí, sí. Tengo miedo: Dios me abandona, y no me permite morir con la dulce y tranquila muerte del buen cristiano.

—He tenido lástima—dijo Salvador con voz balbuciente—, y he venido...

—¡A salvarme!... ¡Oh justicia!, ¡oh lección divina!—gritó, vertiendo amargas lágrimas, don Fernando Garrote—. ¡Has sido tú más generoso que yo! Sí, más generoso, querido hijo mío... Bien me decía el corazón que mi conducta era egoísta y mezquina. Salvador, por orgullo, por preocupaciones más fuertes para mí que la razón, por egoísmo, te oculté un secreto cuya confesión debía ser para mí una deuda sagrada.

Salvador no comprendía nada, y pensando tan sólo en el objeto de su visita, dijo:

—Pronto llegarán; aún puede usted...

—He sido un miserable, he sido un egoísta: las ideas adquiridas en las disputas de los hombres las he superpuesto a los sentimientos más dulces de mi corazón, a mi conciencia y a mis deberes. Salvador, este miserable que ves aquí a tus pies, humillado y envilecido, es el que te ha dado la vida, es tu propio padre, que por su mala suerte y su indiscutible apatía no ha tenido hasta hoy la dicha de conocerte.

El semblante de Salvador, atónito primero, expresó después la más desconsoladora incredulidad. Una sonrisa, impropia ciertamente del lugar y de la ocasión, vagó por sus labios; pero recobrando al punto su seriedad, y movido a gran compasión por el triste estado mental que en el anciano suponía, le dijo con frialdad:

—Señor Garrote, yo no tengo padre.

Estas palabras atravesaron como una espada de hielo el corazón del desgraciado Navarro.

—En nombre de tu santa y buena

madre, en nombre de Dios—dijo—, en nombre de Dios, no me desmientas... He sido un infame egoísta, he sido un necio lleno de orgullo hasta en esta ocasión tristísima, pues hace un momento me horrorizaba la idea de llamar hijo a un traidor renegado. Dios me ha castigado por esto; pero, siempre misericordioso conmigo, te me ha puesto delante en mi última hora, para que mi confesión sea completa. ¡Bendito sea Dios!

—Desgraciado loco — dijo Monsalud, contemplando al reo con impasible calma lastimosa, tan extraño a los sentimientos que éste expresaba, como si fueran de otro mundo—. Comprendo que en situación tan afflictiva trate de seducir a sus carceleros llamándolos hijos. Todo es inútil conmigo, porque no he venido aquí a librarle a usted de la muerte.

—¡No me cree!—rugió don Fernando, arrojándose al suelo—. Dios mío, Dios justiciero, que así prolongas mi castigo, ¿más todavía?

Una voz del Cielo pareció responder: «Sí, todavía más.»

—Viendo que era inevitable para usted un fin tan horrible como el del pobre Respaldiza—dijo Salvador, llevando la mano al cinto, donde tenía las pistolas—, y suponiéndole hombre de valor, he creído que era caritativo proporcionarle un medio de evitar la ignominia de martirio tan bárbaro.

Don Fernando se levantó de súbito. Parecía un esqueleto con vida, y con toda la vida en los ojos. Oyéronse en aquel instante los desaforados gritos de la turba que volvía. Estremeciéndose el anciano, dominado nuevamente por un terror congojoso; aparentó luego serenidad heroica, y, contemplando al mancebo con altanería, exclamó:

—Un hombre de honor, un caballero como yo, no morirá a manos de viles sicarios; un hombre como yo no será sacrificado salvajemente por tus crueles amigos. He cumplido contigo y con mi conciencia. No contaba con mi desgraciado destino ni con tu incredulidad... Que Dios me perdone lo que voy a hacer. Salvador, dame un arma cualquiera, y adiós.

Con la seguridad de quien ve realizando su pensamiento, Monsalud entregó

una pistola a don Fernando Garrote, diciéndole:

—Eso mismo pensaba yo... Un hombre de honor, un caballero decente, no debe... Que Dios le ampare a usted.

Don Fernando irguió con altivez la majestuosa frente, miró a su hijo con calma desdeñosa, le miró mucho durante un rato, relativamente largo, y luego, con voz trémula y solemne, en la cual había como un acento de pesadumbre mezclado de sarcasmo, habló de esta manera:

—Salvador, gracias, muchas gracias... Que Dios te ampare y te perdone. Adiós.

—Adiós—dijo Monsalud desde la puerta, saliendo rápidamente.

Quando la brutal soldadesca entró atropelladamente en donde estaba el bravo guerrero, halló su cadáver caliente y tembloroso sobre el suelo, la sien partida y destrozado el cráneo. Su mano palpitante asía con rabioso vigor el arma.

XXI

¡Cuántos habrá que al leer las escenas que acabo de referir las hallarán excesivamente trágicas, tal vez hiperbólica la terrible pugna que en ellas aparece entre los lazos de la Naturaleza y las especiales condiciones en que los sucesos históricos y las ideas políticas ponen a los hombres! Yo aseguro a los que tal piensen que cuanto he contado es certísimo, y que en el lamentable fin de don Fernando Garrote no he quitado ni puesto cosa alguna que se aparte de la rigurosa verdad de los acontecimientos. Vivió el citado Garrote en los mismos años que le presento, y fueron su carácter, sus costumbres y sus ideas tales como he tenido el honor de pintarlas, salva la diferencia que entre el artificio de la narración y la verdad misma existe y existirá siempre mientras haya letras en el mundo. Cierta fué también su malograda expedición con el cura Respaldiza, y evidente su desastroso cautiverio y fin horrendo, aunque no le cupo peor suerte que a otros muchos, quier españoles, quier franceses, víctimas entonces del furor de las desenfrenadas pasiones.

En cuanto a las circunstancias verdaderamente terribles que acompaña-

ron al último aliento de aquel desgraciado varón, no son tales que deban causar espanto a la gente de estos días, la cual, viviendo como vive en el fragor de la guerra civil, ha presenciado en los tiempos presentes todos los desvarios del odio humano entre seres de una misma sangre y de una misma familia; ha visto rotos todos los vínculos en que principalmente apoya su conjunto admirable la sociedad cristiana. ¡Oh! Si en el santo polvo a que se reduce la carne y los huesos de tantos hombres arrastrados a la muerte por el fanatismo y los rencores políticos quedase un resto de vida, ¡cuántas íntimas reconciliaciones, cuántos tiernos reconocimientos, cuántos perdones no calentarían el seno helado de la fosa, donde el insensato cuerpo nacional ha arrojado parte de sus miembros, como si le estorbasen para vivir! Y si la eterna vida disipa las nieblas que oscurecen aquí el pensar de los hombres, ¡cuántos seres habrá que en la desolación de la impertinencia y en su solitario vagar por la desconocida esfera maldecirán la mano corporal con que hirieron el uno al hijo, el otro al hermano! La actual guerra civil, por sus cruentos horrores, por los terribles casos de lucha entre hermanos, y aun por el fanatismo de las mujeres, que en algunos lugares han afilado sonriendo el puñal de los hombres, presenta cuadros ante cuyas encendidas y cercanas tintas palidecerán, tal vez, los que reproduce el narrador de cosas de antaño. El primer lance de este gran drama español, que todavía se está representando a tiros, es lo que me ha tocado referir en éste, que más que libro, es el prefacio de un libro. Sí; al mismo tiempo que expiraba la gran lucha internacional, daba sus primeros vagidos la guerra civil; del majestuoso seno ensangrentado y destrozado de la una salió la otra, cual si de él naciera. Como Hércules, empezó a hacer atrocidades desde la cuna.

Púsose en marcha el largo convoy bastante después de medianoche. Todo el camino real, desde las últimas casas de Ariñez hasta Gomecha, estaba ocupado. ¡Con cuánta ansiedad veían que España se iba quedando atrás las infortunadas familias que buscaban un refugio en Francia!

—Si podemos llegar a Vitoria—decía

Jean Jean, que iba a caballo junto a Monsalud en la retaguardia—, estamos en salvo. Allá se las entiendan el rey y el mariscal Jourdan con Wellington e Hill. ¡Gran batalla tendremos hoy!... Pero créeme, daría una de mis manos por no verla.

—Han dado orden de marchar más aprisa, señor Jean Jean—dijo Salvador—. La cosa apremia. Usted da una mano por no ver esa batalla, y yo daría las dos por verla.

—¡Oh joven Boyardo, caballero sin mancilla! ¿Sabes lo que es una batalla? Un engaño, chico, una farsa. Los generales embaucan a los pobres soldados, les hablan de la gloria, los arrastran a la barbarie, los hacen morir, y luego la gloria es para ellos. Pónense a mirar la batalla desde una altura lejana, adonde las balas no llegan, y echando el antejo a un lado y otro, hacen creer a los tontos que están observando distancias y calculando movimientos. Así como los nigromantes hablan de estrellas, ciclos, conjuros, para engañar a los necios, los generales hablan de paralelas, ángulos, cuñas, etcétera... y hacen garabatos en un papel... ¡Oh, yo he medido la Europa con el compás de mis piernas; yo he escupido mi saliva en el Austria, y en la Rusia, y sé lo que es una acción de guerra! Después que los unos han destrozado a los otros a fuerza de brazo, porque aquí todo se hace a fuerza de puños, el general recorre a caballo el campo de batalla, y con sonrisa hipócrita da gracias a los soldados; manda que se asista a los heridos, y los cirujanos empiezan a trabajar en la carne como los ebanistas en la madera. Enterramos a los muertos, damos una muleta a los cojos y una venda a los ciegos. Nuestros nombres no se escriben en ningún monumento, ni nadie los sabe, ni los pronuncia más boca que la de nuestros compañeros. No así el general, que se pone un calvario en el pecho, y se echa a cuestras un título como una casa, de tal modo, que si hoy derrotásemos a ingleses y españoles en cualquiera de estos sitios que atrás dejamos, no faltaría un general que se llamase mañana *duque de Subijana de Alava*, o *príncipe del Zadorra*. Luego viene la Historia con sus palabrotas retumbantes, y entre tanta farsa caen

unos reyes para subir otros, sin que el pueblo sepa por qué, y los políticos hacen su agosto chupándose la sangre de la nación, que es lo que, a la postre, resulta de todo.

Iba a contestarle Salvador, cuando una sonora y fresca voz de mujer gritó:

—Señor Monsalud, señor Monsalud, ¡gracias a Dios que se le ve a usted! ¡Qué prisa tiene el caballerito para dar cuenta de los encargos que recibe!... ¡Oh, qué prisa, sí!

Monsalud, a pesar de la oscuridad, distinguió perfectamente un rostro femenino que por la portezuela de un coche asomaba, acompañado de una mano con quiroteca, cuyos dedos pajizos se movían saludando de una manera apremiante y afectuosa.

—Perdone usted, señora doña Pepita—dijo el militar, acercando su caballo al vehículo—. Hace dos días que no la veo a usted por ninguna parte. Y el señor oidor, ¿cómo sigue?

Un rostro acartonado y marchito, en cuya superficie brillaban con chispa mortecina dos tristes y ya muy viejos ojuelos, apareció un momento en la portezuela, y una voz fatigada pronunció estas palabras, que parecían una especie de limosna oral:

—Buenos días tenga el señor sargento Monsalud.

Y desapareció luego dentro del coche.

—¿Apostamos—dijo la dama, sonriendo—a que no me compró usted en la Puebla los polvos a la *marechala* que le encargué, ni las pastillas de malva-visco?

—Señora, ya sospechaba yo—repuso el joven—que en la Puebla no habría cosas tan finas.

—¡Ah tunante!—exclamó ella, amenazando festivamente al joven con su descomunal abanico cerrado, que esgrimía como si fuese una espada—. Disculpas... Y hablando de otra cosa, ¿cuándo llegaremos a Francia?

—Pronto, señora. Si hay batalla al romper el día, como dicen, nosotros habremos ganado de aquí a esa hora mucho terreno, y nadie nos estorbará el paso.

El oidor dejóse ver de nuevo. Era un varón de años, flaco e indolente, enfermo tal vez, y parecía muy aburrido del largo viaje.

—¡Batalla al romper el día!—dijo,

frunciendo el ceño—. Me parece que principia a despuntar la aurora. ¿Y hacia dónde es esa batalla?

—Hacia ninguna parte, hombre—repuso con desdén y superioridad doña Pepita—. Tu gran miedo te hace ver batallas en las puntas de los dedos. ¡Qué aburrimiento! No se puede ir contigo a ninguna parte... Recuéstate en el coche y calla, o me enojaré.

—¡Todo sea por Dios!—murmuró el oidor, sepultándose en el coche.

—No se descuide usted en avisarme todo lo que ocurra—dijo la dama, alzando la voz cuando por uno de los movimientos tan propios de una marcha el coche se alejó bastante de los jinetes.

Monsalud la saludó con galante sonrisa, mientras Jean Jean le decía:

—Si esa señora doña Pepita, tan garbosa, con su grueso lunar velludo en la barba, sus buenas carnes, sus ojos negros, su cara un tanto arrebolada y sus quirotecas amarillas, me hubiese mirado a mi desde la portezuela, apuntándome con su abanico y haciéndome preguntas diversas desde que salimos de Valladolid, a estas horas, joven guerrero, ya nos trataríamos de tú, y todos mis compañeros envidiarían al sargento Jean Jean. Verdad que yo soy hombre muy circunspecto y no he querido decirle una sola palabra, además de que no es de caballeros quitarle su conquista a un camarada; que si llego a hablar con ella, y echo mis visuales, y disparo los tiros de mi galantería, y trazo mis paralelas, y lanzo los escuadrones, y enfilo las piezas, y pongo el sitio en regla, Monsalud, en dos horas es mía la plaza; en dos horas hago yo lo que a ti te costará dos meses... Pero ¿en qué piensas? ¿Estás mirando las estrellas que desaparecen...? Salvador, Salvador, despierta, que estoy hablando; está hablándote todo un Jean Jean.

Profundamente abstraído y meditabundo, Monsalud había olvidado a doña Pepita, al oidor y a Jean Jean. Poco después de este ligero incidente, la claridad del día empezó a derramarse por tierra y cielo, bañándolo todo con las dulces y frescas tintas de la mañana. El sereno firmamento parecía suspendido sobre la frente del mortal para presidir y proteger su alegre vida, sublimada por el trabajo, por la virtud, por inocentes y castos amores. El cam-

po estaba impregnado de la placentera atmósfera que por el aliento penetra hasta nuestro corazón, inundándola de felicidad, o, si así puede decirse, aromatizándola, pues parece que balsámicas esencias penetran hasta lo más hondo de nuestro ser, sacudiendo los sentidos y despertando el alma con el estímulo de vagas emociones. Las altas montañas y los verdes prados se aclaraban, disipada la niebla que los cubría, mostrando su lozano verdor, compuesto de mil y mil hojuelas húmedas, que tiritaban al roce del viento. Poco después los rayos del sol se introducían por todas partes en el seno de las nubes, entre el follaje de los árboles, en los infinitos huequecillos de los arbustos y las piedras, en la profunda masa cristalina de las aguas del río. Todo tomó color, y con el color la grandiosa existencia del día. ¡Ah! Si queréis conservar la dulce paz de vuestra alma, cerrad los ojos... Estrepitosos cañonazos resonaron a lo lejos, y el convoy entero, como si obedeciera una orden, se detuvo.

Por algún tiempo no se oyó en todo el espacio ocupado por tantos carros y hombres el más ligero rumor; pero no tardó en producirse de un extremo a otro discordante algarabía.

—Dicen que no se puede pasar de Gamarra... Los ingleses están atacando a la Puebla... También hay batalla por Subijana..., y en Avechuco..., y en Crispijana.

Estas frases se repetían, pasando de boca en boca, y dando ocasión a multitud de preguntas, que no eran nunca bien contestadas. La respuesta aumentaba la confusión.

—¡Pataratas! —exclamaba un jurado de los más vehementes, el cual había aprendido pronto la fanfarronería francesa—; el general Clausol, que está en la Puebla, les enseñará lo que pueden tres ingleses contra un solo francés. ¿Y qué nos puede importar la Puebla, si queda atrás? Adelante.

Pero los carros y coches no obedecieron la enfática orden del bravo dragón, permaneciendo tan quietos cual si los clavaran en el suelo. El día había aclarado completamente, permitiendo ver la palidez y la extrema ansiedad de todos los semblantes... De pronto una voz pavorosa recorrió de un extremo a otro la línea del convoy, repitiendo:

—No se puede pasar. Crispijana ha sido atacada, y los ingleses y los guerrilleros han aparecido por Gamarra...

La configuración del camino por donde intentaba marchar el convoy era la más a propósito para infundir miedo a los viajeros. Altos cerros a un lado y otro formaban un estrecho callejón tortuoso, por cuyo fondo el camino y el Zadorra culebreaban, estorbándose a cada paso. Frecuentemente pasaba el uno por encima del otro, cediéndole, ora la derecha, ora la izquierda. Aunque en la noche anterior se habían tomado todas las precauciones para el paso del convoy, ocupando las alturas, aquel repetido cañoneo que se oía mas arriba ponía en gran inquietud a todos. Se temía que las fuerzas destacadas se hubieran visto en la necesidad de acudir en socorro de los de Crispijana o Gomecha... Por fin, después de una hora de ansiedad, movióse la larga procesión entre gritos de alegría. Mulos, caballos, bueyes y hombres dieron algunos pasos; después se volvieron a parar. Parecía una comitiva de entierro cuando el carro fúnebre se atasca.

Pero transcurrido otro rato de ansiedades, de angustiosas preguntas y de malhumoradas respuestas, el dragón de mil patas marchó de nuevo con bastante prisa.

—¿Qué hay..., señor Monsalud? Una palabra, por amor de Dios—dijo la oidora, echando fuera del coche su ostentoso lunar, su franca sonrisa, su rostro todo, no pequeño ni falto de gracias, por cierto, su abanico y sus quirotecas—. Cuénteme usted lo que ocurre.

—Cuéntenoslo usted—añadió el oidor, asomándose también tras de su consorte.

—No hay nada que temer—dijo, deteniéndose, el jinete, que regresaba de la vanguardia del convoy—. Camino franco hasta Vitoria.

—Nos hemos detenido, señora—indicó Jean Jean, metiéndose donde no le llamaban—, porque la vanguardia ha estado reconociendo el camino.

—La batalla está empeñada por aquí, a mano izquierda—dijo Monsalud, extendiendo el brazo en la dirección indicada—, y se ha roto el fuego por tres puntos distintos.

—Por tres puntos distintos, señora—añadió el intruso Jean Jean—. Quizá

pasemos por sitios peligrosos. Si gusta la señora oidora, la acompañaré a la portezuela para preservarla de cualquier accidente.

—No, gracias; retírese usted—repuso la dama con desdén—. Señor Monsalud, ¿se marcha usted tan pronto? ¿Perderán esa batalla? ¿La perderemos? ¡Ay, no me diga usted que sí!... Engañeme usted, por favor.

—¡Qué se ha de perder!—vociferó el francés.

—Señor sargento—dijo el oidor—, no se separe usted de nosotros. Mi mujer tiene un miedo espantoso.

—¡Oh, sí!—murmuró la dama.

—Si por desgracia nuestra nos viésemos en peligro...

—No, no se separe usted de nosotros, señor Monsalud—dijo doña Pepita—. Mi marido cobra alientos viéndole a usted tan cerca... Podría ocurrir algún accidente funesto; que nos viésemos envueltos, comprometidos... ¡Cómo retumbaban los cañonazos en estas montañas...! Por Dios, señor Monsalud, distraígame usted, cuénteme cosas agradables para que con la conversación entretengamos y engañemos el miedo; hablemos de asuntos placenteros, graciosos y dulces, de esos que regocijan el espíritu y matan el hastío. Hágame usted olvidar que a dos pasos de nosotros se está dando una batalla... Quiero estar alegre y reír... Quiero olvidar y engañarme. Engañeme usted... ¡Oh, sí!, dígame usted que no tema, tranquilíceme. Pero no oigo lo que usted me dice... ¡Oh! No tema usted alzar la voz. Mi marido no oirá nada; es un poco sordo.

XXII

La batalla en que doña Pepita no quería pensar, y en la cual nosotros no fijaremos tampoco mucho la atención, fué del modo siguiente:

Ya sabemos la dirección y traza del camino real de Miranda a Vitoria, que va a orillas del Zadorra, rozando, al pasar, las lindes del condado de Treviño. Hállanse en este camino los lugares de la Puebla, Ariñez, Crispijana y Gomecha, y después de deslizarse entre altos riscos, penetra holgadamente en la llanada de Vitoria. Ocupaban los france-

ses la orilla izquierda del Zadorra. Otro afluente del Ebro, el Bayas, y otro camino, el de Vitoria a Bilbao, servían de base al ejército aliado, que se extendía desde Murguía hasta cerca de Subijana de Alava. Dueños los franceses del camino de Burgos a Vitoria, tenían segura la retirada, así como los pases del río, y una posición excelente en las alturas que rodean a la Puebla. Este camino, estos puentes y estas alturas eran lo que en la mañana del 21 empezaron a disputarse las tropas inglesas, portuguesas y españolas por diversos puntos y con rapidez y energía extraordinarias. El inglés Hill y el bravo español Morillo atacaron la Puebla y sus riscos eminentes, coronados por una fortaleza feudal de antiguo llamada *El Castillo*; el general Graham, con el guerrillero Longa, atacaron la derecha enemiga en el camino de Bilbao por Avechuco, y después por Gamarra menor. Conquistados felizmente estos puntos extremos y altos, fueron atacados todos los pasos intermedios del Zadorra, el llamado Tres Puentes, Crispijana y Gomecha. Hubo en esos ataques alternativas sangrientas de fortuna y adversidad, porque los franceses los reconquistaron a medias después de perderlos, hasta que, definitivamente, los poseían los aliados. Mientras estas luchas horribles ensangrentaban el Zadorra, hacia el Norte se daba la verdadera estocada de muerte, con el movimiento de avance del general Graham y del guerrillero Longa, que cortaron al enemigo el camino de Francia. Sin otra salida que el de Pamplona, precipitóse por él todo el ejército, con José a la cabeza; mas si los hombres que aún tenían piernas pudieron escapar, no gozaron igual suerte la artillería y la impedimenta, que se atascaron en el camino, como los ratones con morrión, al querer huir después de la batalla con las comadrijas.

Tal fué, en breves términos, la de los aliados con los franceses en las inmediaciones de Vitoria, acción que tuvo, como todas las obras maestras, una gran sencillez. Si la he descrito a grandes rasgos, no ha sido porque en ella encontrase menos interés ni menos elementos para la narración que en otras funciones de guerra, a cuyo relato di anteriormente, si no gran interés, atención considerable. Me mueve a hacerlo

así el precepto de variar la materia de estos libros, dando en el presente la preferencia a una curiosa fase de aquella campaña y de aquella guerra, cual fué la suerte del más rico botín que un ejército invasor se ha llevado consigo al abandonar el país expoliado.

En todas las batallas hay un interés subalterno que apenas menciona con desdén la Historia, y consiste en las vicisitudes de aquel fondo positivo de toda contienda entre los hombres. En todas ofrece gran interés el drama oscuro que se desarrolla dentro de la alforja, grande o pequeña, que los ejércitos llevan a la grupa. Mientras los generales se calientan los sesos haciendo calculos tácticos, y mientras truena la artillería y se destrozan las falanges, allá en la cola del ejército, una ciudad portátil, llevada por mercaderes ambulantes, tiembla por su destino. Las tiendas, los bagajes, las cocinas, las cantinas, los equipajes, los coches, los botiquines, las camillas, representan la vida y la muerte. Son la suprema necesidad y el supremo peligro de la batalla. Sin esto no se puede vencer, y con esto no se puede huir.

Todo el interés de la batalla de Vitoria estuvo en la impedimenta. Hacia aquellos cofres tendiéronse anhelantes las manos crispadas de vencedores y vencidos. Podía decirse que aquel convoy era el resumen de la guerra, y que los franceses, al perderlo, perdían la tierra trabajosamente conquistada; al verlo tan grande, tan custodiado, crearían también que, no pudiendo dominar a España, se la llevaban en cajas, dejando el mapa vacío.

Y, a pesar de la ruda batalla empeñada a la izquierda, el pesado equipaje seguía adelante, avivando el paso todo lo posible. Era una tortuga impaciente y azarada que ansiaba resbalar como culebra; díriase que la zozobra y anhelo de los que en ella llevaban sus intereses impulsaban la pesada armazón. Durante cuatro horas largas no ocurrió detención alguna; pero a medida que se acercaban a Vitoria arreciaba el tiroteo, hasta que llegaron a un punto en que divisaron claramente y a corta distancia las columnas en movimiento y las baterías escupiendo fuego. Allí dieron las ruedas su última vuelta, y los caballos su último paso, y los co-

cheros su último grito, y el afligido corazón de los viajeros el último latido de esperanza. Toda acabó: había sonado la terrible sentencia. No se podía pasar.

—Señor Monsalud, eso que me contaba usted—dijo poco antes de la detención la oidora—es tan inverosímil, que si usted no lo afirmara como lo afirma, lo dudaría... ¿Ella misma gritaba que le matasen a usted?... Pero ¿qué es esto? Nos paramos otra vez.

—Otra vez, señora...

—Y ahora será para siempre—vociferó Jean Jean—. ¡La batalla está perdida!

—¡Perdida!—exclamó doña Pepita, a punto que el oidor sacaba la cabeza pidiendo informes.

—¿Dicen que se gana la batalla?

—No; que se pierde—repuso la dama—. No seas impertinente ni me estrujes el cabriolé... Por Dios, señor Monsalud, ¿nos abandona usted?... ¡Qué insoportable ruido! Parece que suenan mil truenos a la vez... Salvador, déme usted la mano, a ver si me infunde valor... ¡Por Dios, la mano!

—Una dama valerosa como usted no se asustará porque perdamos una batalla—replicó el joven, alargando su mano—. Ya ganaremos otra.

—La ganaremos, sí; ganaremos una hermosa batalla—dijo Pepita, recobrando sus frescos colores—. ¡Cuán cansada estoy de la estrechez del coche!... Quisiera salir un momento, un momentito. ¿Nos detendremos mucho aquí?

—*Per secula seculorum*—gruñó detrás del coche Jean Jean—. Esto se acabó.

—¡Qué confusión por todas partes!—exclamó Pepita—. Mi marido llora, señor Monsalud; es demasiado pusilánime. Supongo que no nos harán nada... ¿Será preciso huir?... ¡Oh!, huir, ¿y cómo?

—En el coche no es posible.

—Pero sí en un caballo, ¡ay!, en la grupa de un caballo... ¡Dios mío, cómo gritan! Pues qué, ¿se ha perdido toda esperanza?

El oidor exhibió nuevamente su fisonomía, en la cual una palidez cadavérica anunciaba el miedo causado por la peor noticia que un oidor ha podido oír en el mundo.

—¡Pie a tierra todo el mundo!—gritó una voz estentórea—. Las ruedas no pueden seguir...

—Aún hay zapatos y herraduras—clamó Jean Jean.

Casi todos los jinetes echaron pie a tierra, y muchos viajeros arrojáronse fuera de los coches despavoridos y aterrados. El concierto de imprecaciones y lastimosas quejas excedía a todo encarecimiento.

—Salgamos también—dijo Pepita, llevando el pañuelo a sus ojos para enjugar una lágrima—. Pero me es imposible andar... Señor Monsalud, me desmayaré sin remedio... No se separe usted ni un momento de mí.

El oidor salió del coche, y perezosamente estiró el acecinado cuerpo para devolverle su postura y forma prístina, semejante a la que tienen los mortales cuando no han pasado ocho horas dentro de un coche. No lo consiguió fácilmente el respetable varón, cuya figura, después que a sus anchas se desperezó y dejó caer los brazos y echó sobre las piernas el liviano peso del cuerpo, se asemejaba mucho a un gran paraguas cerrado.

—¡Esto es horrible, espantoso!—clamaba la dama—. ¿Y adónde vamos? ¿Que se hace? ¿Qué nos pasa? ¿Hay esperanza de seguir? ¿Nos quedamos aquí?... ¿Retrocedemos?... ¿Tomaremos un bocado?... ¿Nos cogerán los ingleses?... Pues ¿y nuestro dinero?... ¡Oh señor Monsalud de mi alma, usted que es tan bueno y tan generoso, sálveme usted!

—No es tan desesperada nuestra situación—repuso el joven, notando que el cuerpo de doña Pepita, al buscar en su brazo indolente apoyo, no era un cuerpo de sílfide, de fantástica forma ni de imaginaria pesadumbre.

—¡Qué espanto!...—añadió la dama—. ¡Los hombres gritan y blasfeman!... ¡Las mujeres lloran!... ¡Qué desolación! Señor Monsalud, andemos un poquito para desentumecernos... Todos lloran la hacienda perdida... Pues ¿y nosotros? ¡Traemos tanta plata, tantas alhajas!... ¡Yo también lloro, Dios mío!... ¿Será posible que nos cojan esos perros ingleses?... Adelante, vamos por aquí... Busquemos a alguien que nos dé buenas noticias... No pueden ir las cosas tan mal como dicen... ¡Oh los ingleses! ¡Cogerla a una los ingleses!... Pero no, mil veces no, valiente joven: usted me defenderá hasta morir... Me horripilo

de pensar que un inglés pondrá la mano sobre mí... Sigamos más allá... ¿No habrá nadie que diga: «La batalla se ha ganado?...» Pero ¿dónde estamos? ¿Dónde está mi marido? ¡Se ha perdido!... ¡Le hemos dejado atrás! ¡Urbanito, Urbanito!

—El señor oidor habrá ido en busca del jefe para saber la verdad de todo.

—¡Oh, qué horroroso aspecto ofrecen estas pobres gentes!... Fijese usted en aquella pobre mujer que abraza, llorando, a sus niños... Estos otros no hablan más que de huir... ¡Jesús crucificado! ¿Adónde iremos nosotros?... Será preciso abandonarlo todo... ¡Aquí están diciendo que no hay esperanza!... Allí gritan: «Sálvese el que pueda.» Mire usted a esos sacando atropelladamente su ropa de las arcas. Será preciso llevarlo todo a cuestras... ¡Oh! Los que por allí vienen, ¿no son los heridos de la batalla?... ¡Malditos ingleses!... Por piedad, Monsalud, no me abandone usted... Es imposible huir en coche... Yo no sé montar a caballo... ¿Podré ir a la grupa?... ¿Qué desolación?... Vamos por aquí... Los gritos, las blasfemias, los juramentos de esos hombres desesperados que parecen demonios me hacen temblar y me pongo mala... Por aquí... ¡Qué bullicio, qué algarabía!... ¿Y mis alhajas, y mis encajes, y mis ropas?... Corramos allá, corramos... Mas no veo a mi marido por ninguna parte. ¡Urbanito, Urbanito!

—Vamos por aquí... En estos casos es triste llevar consigo el valor de un alfiler. Pobre y desvalido yo, lo mismo tengo vencedor que vencido.

—¡Qué felicidad!—continuó la dama, que por no encontrarse bien en ninguna parte quería estar al mismo tiempo en todas—. Así quisiera ser yo: libre como el aire y con la galana pobreza de los pájaros, que no tienen más que un vestido y dondequiera que van llevan consigo todo su ajuar... Huyamos de este sitio. Los llantos de esas mujeres me hacen llorar también a mí... Dicen aquéllos que los ingleses nos sorprenderán aquí... ¡Esto es espantoso! ¡Los ingleses, los guerrilleros!... Me parece que muchas personas han emprendido la fuga por el llano adelante... ¿No ve usted? Llevan un lío a la espalda, y los zapatos en la mano para correr mejor... Observe usted a aquella infeliz que se da

de cabezadas contra un cañón... Estos de aquí hablan de quitarse ellos mismos la vida... Por Dios, si forman de nuevo, no me abandone usted... Deserte usted si es preciso, deserte. Si me veo sola, me moriré de pavor... ¡Yo que pensaba ir a Francia y regresar a Madrid para el otoño!... En medio de mis desgracias he tenido la sin igual ventura de conocerle a usted, de encontrar a un joven tan leal como modesto, que está dispuesto a ampararme contra esos vándalos de ingleses... Estos pobres jurados y míseros lacayos del rey José hablan de morir matando o abrirse paso por entre los vencedores... Les será imposible, ¿no es verdad? Por Dios, no se abra usted paso, no se abra usted paso y quédese aquí... Más vale rendirse... Ríndase usted; nos rendiremos los dos... Vamos..., no puedo ver tanta desolación... Escondámonos en algún sitio... ¿Ve usted a mi esposo?... Busquemosle... Es capaz de dejarse dominar por la desesperación y hará alguna locura... ¿En dónde dejamos nuestro coche?... Aprisa, aprisa, señor Monsalud; sosténgame usted si me caigo; creo que me caeré, sí... Me caigo sin remedio... ¡Dios mío! ¿No le parece a usted que voy a caerme?

XXIII

Pero no se cayó. Corrieron ambos por entre la revuelta masa de gente y vehículos, espantados una y otro del triste espectáculo que el detenido convoy ofrecía, y antes que refiramos lo que resultó de su improvisada amistad y de las extrañas vicisitudes del viaje es de todo punto indispensable advertir que esta gallarda dama del lunar pertenecía a la familia de Sanahuja, no siendo ella misma desconocida para nuestros lectores, pues algún incidente de sus verdes abriles tuvo cabida en otro libro (1). Enteramente nuevo para mí y para los que me leen es el oidor; pero recientemente han llegado a estas manos documentos y apuntes cuyo interés me mueve a asegurar una poderosa intervención de este personaje en las páginas que leerá el que las leyere. Por ahora sólo corresponde decir que

en aquel tumulto de lágrimas y blasfemias, de desesperación y hondo desaliento, el jurado y doña Pepa buscaban a Urbanito por todas partes, sin que Urbanito pareciese.

Entre tanto, un suceso importante y decisivo llevó al último extremo el terror de los infelices empleados, bagajeros y conductores, y fué que por el llano adelante aparecieron varias columnas francesas marchando en desorden y con precipitación. Aparecieron luego caballos a escape, cubiertos de espumoso sudor, anhelantes y como poseídos de insensata cólera, y después muchos heridos transportados en camillas o palanquines, o simplemente cargados entre dos por los hombros y los pies. Tras esto sintióse el rodar estrepitoso de cañones.

—¡Paso, paso a la artillería!—gritó una voz que parecía un huracán.

Los carros que obstruían el camino procuraron abrir calle; pero si lo consiguieron en un pequeño trecho, después los cañones tuvieron que hacer alto. Juraban los artilleros y votaban los carreteros. Los de infantería, desparramándose a un lado y otro del camino, siguieron adelante. La velocidad adquirida en los primeros momentos de la retirada era tal, que no podían contenerse, y miraban hacia atrás, creyendo sentir en sus espaldas las herraduras de la caballería inglesa.

Los heridos fueron depositados en tierra, y cuando el furor de las armas había cesado para ellos, sacaron las suyas los cirujanos. Con la presteza inconcebible que ponen en sus operaciones los físicos de los ejércitos, se atendió a todos ellos. Vendajes, emplastos, amputaciones, cuantos remedios se aplican a la persona humana después de una batalla fueron aplicados sobre el suelo y al aire libre. Corría la sangre sobre las camillas y por la tierra; pero los lastimeros ayes de los infelices que habían sido mutilados por el cañón y la fusilería no eran más que un accidente superficial en aquel tumulto de tan diversos ruidos compuesto, en aquella atmósfera de pánico que se extendía por todo el camino hasta más allá de Vitoria. Era de ver la frialdad de los cirujanos disponiendo se cortase un brazo o pierna, haciendo brillar a la luz del sol el fúnebre esplendor de sus instrumentos para no dar tiempo a la

(1) *El audaz.*

víctima ni aun a quejarse de su malhadada suerte. En aquella carpintería de carne humana no había consuelos morales ni físicos para el infeliz paciente, narcóticos ni atenuantes, sino la crueldad fría, desnuda, impasible de la ciencia quirúrgica, que, como su parienta la ciencia militar, no repara en la carne y sangre de los hombres para ir a su fin.

Conforme los curaban, mal o bien, los iban transportando a otro lugar, o a los carros que habían de llevarlos a paraje más seguro; pero llegaron tantos, que los cirujanos no pudieron atenderlos, aunque tenían las mejores manos del mundo. Arrojados de aquí para allí, clamaban al Cielo; pero el Cielo debía de estar ocupado en otra cosa, porque no les hacía caso.

Por otro lado ocurrían parecidas escenas, porque si el ejército de Gazán emprendía su retirada por el lado de Berrosteguieta, cerca de donde estaba el convoy, los de Erlon y O'Reilly lo hicieron más allá de Vitoria; así es que en una extensión de dos leguas largas se ofrecía el espectáculo de los soldados furiosos abriéndose camino por entre un dédalo de carros y cureñas, furgones, ambulancias y coches de viaje, cirujanos ocupados y heridos que no podían moverse.

Aunque en todo el camino reinaba gran confusión, pudo oírse y generalizarse la orden de que la retirada no se emprendiera por el camino de Francia, sino por el de Salvatierra y Pampuna. Esto parecía una salvación, y muchos vehículos y casi toda la artillería se dirigieron allá; pero la mala estrella de los franceses en aquel día quiso que el camino de Salvatierra estuviese lleno de zanjias y cortaduras hechas por los guerrilleros de Mina y Longa poco antes para molestar a Foy y L'Abbe, por cuyo motivo ninguna rueda pudo pasar más allá de Harrazo. En el camino de Francia, seis o siete coches de lujo, seguidos de otros carros con equipaje y gran repuesto de víveres finos, pugnaban por retroceder hacia Vitoria para tomar la vía de Salvatierra; pero no les fué posible abrirse paso. Eran los carruajes de José y su comitiva, que, dispuestos a la cabecera del convoy para emprender la retirada hacia el Norte, habían tropezado con las tropas de Graham y Longa.

Hacia las tres de la tarde, la irrupción de los soldados en retirada aumentó de una manera horrorosa. Hambrientos y abrasados de sed, se abalanzaban a las cajas de víveres y a las cantinas, arrebatando éntre aullidos siniestros todo lo que hallaban al alcance de sus manos. Agotado todo, las tropas se apoderaban de los víveres de los particulares, penetrando brutalmente en los coches para arrancar el pedazo de pan de las manos de un niño o de una mujer. No pudiendo seguir el camino, saltaban los setos y se esparcían por los sembrados en varias direcciones, siguiendo todas las veredas con tal que llegasen a parajes lejos del malhadado Zadorra.

Pero cuando el tumulto, el delirante estrépito y el barullo llegaron a su colmo fué cuando aparecieron, procedentes del campo de batalla, veinte o treinta piezas de artillería, furiosas, ardientes, impetuosas, no hallando ante sí bastante camino para volar; arrastradas por caballos locos, verdaderos dragones, cuyo resoplido quemaba, y que parecían llevar en sus venas todo el fuego que inflamara los aires durante la batalla. Aquellas máquinas, simulacro de las ignotas fuerzas que en el cielo producen el trueno y el rayo, huían para no caer en manos del enemigo. Los artilleros, semejantes a fabulosos aurigas, herían los caballos con el látigo primero, y después con los sables para precipitarlos en delirante carrera. Todo lo atropellaban ante sí por salvarse. Si un grupo de heridos o de familias desvalidas se interponía en su camino, las ciegas máquinas, compuestas de cureña, cañón, artilleros y caballos, pasaban por encima de los cuerpos humanos como el brutal dios de la India. Las ruedas, lanzadas en furioso torbellino exterminador, dejaban hondos surcos en el suelo, aplastando todo lo que se les ponía por delante: la hierba y el hombre.

Chirrido de metales que juegan y chocan entre sí, de cadenas que se rozan, de ejes que vibran, de clavos que saltan, de tornillos que se aflojan, de cacharros de metralla que suenan unos contra otros como los cascabeles de un bufón, se mezclaban a los indescriptibles rumores de las balas que iban saltando dentro de las cajas, tocando infernal música al compás de la marcha: se mezclaba al golpear de los escobi-

liones, cuyos mangos batían contra el maderaje de la cureña; al chasquido de cien látigos que culebreaban en el aire estallando como cohetes; a los gritos de los que querían imprimir a las máquinas fugitivas el rencor, la angustia y el pánico de sus inflamados corazones. .

Tras aquellas piezas vinieron otras. Calientes aún sus bocas, vueltas hacia atrás, parecía que exhalaban, con los últimos vapores de la pólvora y el último mugido del disparo, sorda imprecaación. Treinta, sesenta, cien cañones huían desesperados; al verlos y al oírlos creeríase que el trueno, tomando la odiosa forma de gigantesco pólipo de hierro, se arrastraba por la tierra. Las peñas de los montes, desgajándose, cayendo sobre el llano y saltando en desesperado juego y carrera infernal por arte del demonio, no hubieran causado más espanto. Mientras la infantería continuaba en el fuego, dando tiempo a que el Cuartel general y los cañones se pusiesen en salvo, éstos ocuparon todos los huecos que quedaban en el camino, y algunos, destrozando cuanto hallaron al paso, pudieron ponerse en primera línea. Los demás, aprisionados al fin entre millares de ruedas de pesados bagajes y enormes fardos, se atascaron en el camino, agolpándose unos contra otros.

Entre la aglomeración de obstáculos producida por tanta maquinaria inútil, las infortunadas familias afrancesadas y los conductores del convoy formaban grupos aflictivos, parte en el camino, parte en los sembrados, y entre lágrimas y lamentos se consultaban sobre la determinación que debían tomar en tan extremado conflicto. Unos creían conveniente abandonarlo todo y huir para salvar lo más importante, que era entonces, como siempre, la vida; otros aseguraban que por nada del mundo abandonarían su fortuna. Muchos, encontrando una solución salvadora en medio del general azaramiento, habían echado a tierra los baúles, y abriéndolos, sacaban de ellos lo más valioso, llenándose los bolsillos y haciendo llos con lo de poco peso. Hombres y mujeres, soldados y paisanos se consultaban, se movían de aquí para allí, repartiéndose lo que habían de llevar, aconsejándose unos a otros, animando los va-

lerosos a los débiles, ayudándose en lo que podían. De pronto se oyeron en la parte del camino, más allá de Vitoria, las tremendas voces de «¡Paso, paso!»

Algunos caballos de la guardia se esforzaban en cortar el apretado gentío, y se precipitaban relinchando, aguijoneados por la espuela. Viendo los jinetes que era imposible abrir paso, esgrimieron los sables, y descargando furibundos tajos a diestro y siniestro sobre soldados, paisanos y mujeres, gritaron:

—¡Paso, paso al rey!... ¡Paso al rey!

La multitud gimió azotada con látigo de acero y prorrumpió en imprecaaciones contra José.

—¡Paso al rey!—repetían los de la guardia.

Exasperados por la resistencia, redoblaron su furor, y cargando sin piedad, aquí machacaban una cabeza, allí hundían un pecho. Arremolinándose a un lado y otro, y aplastándose contra los coches, la turba se desgajó, y en su angustioso seno pudo abrirse un surco; por una calle de maldiciones, de odio y de sed de venganza, pasó a caballo un hombre pálido, con el negro y abundante cabello en desorden, fruncido el ceño, trémulas las manos. Era José, que no había podido salvar sus coches y huía a uña de caballo por donde Dios le encaminase, llevando en su alma todas las congojas de sus cinco años de funebre reinado.

Los que le abrían paso lograron encontrar salida al campo libre a la derecha del camino. Seguido del general Jourdan, que se había olvidado el bastón, y de otros generales que olvidaron el sombrero, y aun de otros que no se acordaban del honor, corrió por allí José lanzando su caballo a todo escape, aterrado, jadeante, sin serenidad, como el asesino que acaba de cometer un gran crimen y huye de su perseguidora conciencia.

Poco después de este suceso llegó el momento supremo de aflicción para los del convoy, para los artilleros, los infantes y todos los que no podían ponerse a salvo.

Una voz, cien voces, gritaron con ronca desesperación:

—¡Los ingleses..., los guerrilleros!

Allá lejos, hacia Vitoria, entre las columnas de infantería que se acercaban con el mayor orden posible, vióse una

multitud de jinetes. Brillaban en alto los sables, y los veloces caballos avanzaban con rapidez extraordinaria. Ya no quedaba más recurso que huir abandonándolo todo. ¡Horrible determinación! Vióse a los artilleros desenganchar los atalajes; vióse a los carreteros disponiéndose a salvar sus caballerías. Las cureñas y cajas, los furgones y las ambulancias, los coches y carromatos quedaron en un instante librés de correajes y cuerdas. Todo lo que tenía pies se puso en marcha. Aquello era un río de gente y caballos atropellándose en violenta confusión a la desbandada. Ciento cincuenta cañones, doscientos carros de municiones y los innumerables equipajes y vehículos particulares quedaron abandonados. Sobre un solo caballo se enracimaban hombres y mujeres, empujándose para descargar el peso de aquellas tablas de salvación. El que lograba apoderarse de un caballo defendía la grupa a puñetazos y a tiros. No había prójimo: reinaba el egoísmo en su brutalidad instintiva, y se luchaba por el caballo como en naufragios por le bote. El que caía, caía.

Apartados del camino, junto a un montón de cajas y bagajes, se encontraban tres personas que ya conocemos.

—No, no puede usted huir—decía la dama, deteniéndole enérgicamente al joven y haciendo violenta presa en sus dos brazos—. ¡Qué felonía! ¡Dejarme sola!... ¡Mi pobre marido no podrá defenderme!... ¡Oh!; llora como una mujer y se arrastra por el suelo, pidiendo a Dios misericordia, sin poner nada de su parte para conjurar este gran peligro.

—¡Señora, señora!... ¡Los ingleses! ¡Los guerrilleros!

—Sí..., ya los veo... Es preciso huir... Pero ¿cómo? No hay un solo caballo.

—Corramos en busca del mío—exclamó el joven—. Lo rescataré a sablazos... Aún es tiempo.

—No... Mi esposo no puede moverse... ¿Adónde va usted?... Me quedo sola. Virgen de las Angustias, enteramente sola... Quédese usted, por Dios...

—Mi uniforme de jurado me pierde. No viviré ni un segundo después que me vean.

Con febril presteza, e iluminada por idea súbita, abalanzóse la dama hacia

el joven; arrojó en tierra el sombrero de éste, desabotonó su levita con dedos más ligeros que el pensamiento, arrancó el uniforme como si fuera un pañuelo puesto sobre los hombros, arrancó el tahalí, la gola, el cinturón, la cartera, y en un instante no quedó sobre el cuerpo del infeliz renegado ni una sola prenda que indicara su filiación. El la ayudaba con igual rapidez. Las cuatro manos trabajaban en el desnudar y en el vestir cual si fueran cuarenta, y sin descansar arrojaban en tierra las prendas quitadas, sacando otras de los cofres para cubrir el transformado cuerpo; ataban las cintas, prendían los botones, abrían un hoyo en el suelo para sepultar las nefandas insignias y lo cubrían con tierra. Las cuatro manos realizaron su obra en pocos minutos, y el renegado desapareció, dejando en su lugar a un joven que podía pasar por oidor en la sala de Mil y Quinientas. Luego las mismas cuatro manos trataron de levantar del suelo al infeliz Urbanito, que ya se creía comido por los ingleses.

XXIV

Los ingleses llegaron despiadados, horribles, hambrientos de matanza y de botín, como hombres que habían estado luchando todo el día por ambas cosas. Precipitáronse entre la multitud; mas como no podían avanzar a causa de los entorpecimientos del camino, les fué difícil perseguir a los fugitivos, y toda la saña recayó sobre los que no habían podido escapar.

El botín era el más valioso, el más rico y grande, sin duda, que en batalla alguna ha podido quedar a merced de vencedor furioso. Componíase de cuanto existe: en él había armas, material de guerra, víveres, alhajas, dinero y hermosura. No puede formarse idea de la apasionada codicia, de la brutal concupiscencia, del vengativo ardor con que los ingleses primero y los guerrilleros después cayeron sobre el magnífico tesoro abandonado. La menor resistencia producía la muerte. En poco tiempo, todas las cajas fueron abiertas, todos los tesoros aprehendidos, muchas riquezas holladas

Joyas, ropas, telas finísimas, muebles.

cuadros, plata labrada, monedas, víveres de lujo, que constituían la despenza ambulante de José, fueron esparcidos por tierra; mil manos febriles arrebatában de un lado para otro los preciosos objetos. Según el genio de cada cual, así se iban derechos los unos al oro, otros a las mujeres, y algunos a destrozar por puro instinto dañino cuanto veían delante. Entre las desgraciadas familias que se vieron en tan tremenda hora hubo algún individuo que se dió la muerte antes que le pusieran la mano encima los feroces partidarios. Las señoras imploraban de rodillas piedad para sí y sus tiernos hijos, siendo muy contadas las que la alcanzaron. El vencedor es la más brutal e insensata bestia que engendra el mal en las tempestades humanas. Para esta electricidad furibunda que sabe elegir el sitio donde cae no existe pararrayos.

En los primeros momentos, tanto salvaje atropello y brutal codicia produjeron un tumulto horroroso, en el cual los lamentos de mil y mil víctimas no permitían oír las voces y mandos militares. En la vasta extensión del camino, los soldados cometieron todo linaje de excesos, robando y asesinando. En vano algunos oficiales quisieron proteger a las infelices familias de paisanos: la soldadesca, aparentando obedecer, tan sólo cambiaba la escena de sus infames tropelías. Por aquí, un soldado avanzaba en irrisoria apoteosis esgrimiendo el bastón de mando del general Jourdan, jefe de Estado Mayor del ejército fugitivo; otro cubríase acullá con el sombrero de José Bonaparte, y un tercero repartía a sus camaradas las pelucas que en vistosa y variada colección llevaba en su equipaje otro familiar del pobre rey intruso.

Atrevióse un sujeto de mal genio a descalabrar a cierto inglés porque quiso posesionarse de la menor y más hermosa de sus hijas, y este rasgo de entereza costóle la vida, salvándose su esposa, una de sus hijas y dos niños de corta edad por el milagro del Cielo y la intervención compasiva de otros soldados. En lo de meter mano a los cofres de dinero, a los bolsones de cuero y a las cajas de guerra, que contenían inmensos caudales, distinguíanse principalmente los aldeanos de los alrededores de Vitoria y multitud de individuos de

equivoca conducta que de la misma ciudad habían acudido.

Cuando la tristísima noche empezó a cubrir de oscuridades la fatal escena, mercaderes al menudeo, trajineros y gentezuela de esa que acude a todos los desastres para pescar algo, se reunieron allí en gran número. Como éstos lo querían todo para sí, hubo dimes y diretes y aun porrazos con ingleses y guerrilleros. Sin encomendarse a Dios ni al diablo, los aldeanos cargaban sus caballerías de objetos preciosos, como si todo cuanto allí yacía hubiera sido siempre de su exclusiva propiedad, y mientras tanto no cesaban de aclamar a Fernando VII como el más grande de los reyes; al lord, como el más insigne de los generales nacidos y por nacer, y a los guerrilleros, como lo más selecto entre las hechuras de Dios.

Cuando la noche se oscureció más, y la vergüenza de tales hechos tuvo un manto negro con que cubrirse, otros individuos de la peor calaña se ocupaban en desnudar a los muertos, y en buscar anillos, relojes y dijes en el cuerpo de los heridos... Farolitos temblorosos, semejantes a las vagabundas claridades de un cementerio, rebuscaban con su luz siniestra por aquí y por allí, iluminando semblantes lívidos y destrozados cuerpos. Por otro lado, los que habían recogido gran cantidad de dinero en duros españoles se ocupaban en cambiarlo por oro a los ingleses, los cuales, como buenos mercaderes en toda la extensión del globo terráqueo, se hacían pagar la guinea a ocho pesos. Había quien acaparaba todas las ropas, ora sacándolas de los cofres, ora arrancándolas del cuerpo de vivos y muertos. Porque nada faltase, hasta hubo quien hizo acopio de la pólvora de los furgones para venderla después a los guerrilleros de la montaña y del páramo. El vino obtenía preferencia y primas escandalosas, y toda las carretería y recuas de Vitoria tuvieron en qué ocuparse. Muchos aldeanos se enriquecieron con la rapiña de aquella noche, y en Alava y la Rioja existen todavía familias ricas cuya fortuna proviene de la batalla de Vitoria.

En cambio, si gran parte del gentío de Vitoria y de sus inmediaciones había acudido allí para recoger los restos del naufragio, muchas personas llega

ban impulsadas por la simple vehemencia personal de la guerra, para contemplar el odioso imperio derrotado y sus armas perdidas; para gozar en el mísero castigo de los malos patriotas y escupir los avergonzados semblantes de los traidores. Cuentan que algunos renegados a quienes no fué posible huir ni cambiar de vestido recibieron rápida muerte todos juntos en fiera hecatombe, sin que les valiese la ardiente protesta de abjurar y volver a los amores de la patria. Una mujer furiosa cayó sobre el grupo que formaban aquellos infelices implorando piedad, y alzó en su mano vigorosa un puñado de caballos. Rugiendo los enseñó a la muchedumbre. Otras mujeres de las cercanías que acudieron a vociferar sobre el cadáver de la Francia vencida habían mandado a sus hijos a las guerrillas, y algunas de ellas los habían perdido. Bravas como guerreras y resentidas como leonas, cobraban de tal manera sus deudas de sangre.

En la oscuridad de la noche, los chillidos de las mujeres asemejaban la algazara de pájaros rapaces picoteando aquí y allá, batiendo las fúnebres alas, destrozando con la inquieta garra. Sin callar un momento, algunas ayudaban a los hombres en el despojo, examinaban una tela ponderando su finura, recogían herramientas abandonadas, sin dejar de responder con agudos vivas a todo lo que berreaban sus hermanos, sus padres o sus hijos.

Dos o tres de estas matronas discutían el modo de conducir cierta cantina ambulante que se habían apropiado, cuando se les acercó una afligida dama que parecía ser de las del convoy. Era hermosa, aunque la palidez y el susto disimulaban su belleza. En su cabellera abundante y en su vestido no había más que desorden, un desorden de naufragio que daba más interés a su abatida persona, y con sus manos sin quirotecas se apretaba contra el pecho un chal, no bien puesto y, sin duda, arrebuñado con precipitación al salir de su escondite.

—Señoras—dijo, acercándose con timidez a las que tomaban el tiento al tonelete de la cantina—, si tienen ustedes corazón, si son ustedes mujeres y tienen hijos, padres, esposo, denme un poco de agua para unos pobrecitos que

se mueren de sed allí donde están los arcones grandes.

—Miren a la pazpuerca—gritó una de las del grupo, que era tabernera en el barrio de Villasuso, en Vitoria—. Teniendo, como tendrá, todo lo que ha robado, viene a pedirnos limosna.

—Yo no he robado nada, señora—repuso la dolorida, envolviéndose en el chal con todo el empeño que el pudor y el fresco de la noche exigían de consuno—. A mí sí que me han quitado cuantas alhajas y dinero tenía; pero no me quejo ni acuso a nadie.

—Ladrón que roba a ladrón...

—Por una casualidad nos hemos encontrado mi marido, mi hermano y yo en este funesto lance—prosiguió la dama—, porque ninguno de los tres somos ni hemos sido jamás afrancesados. Españoles rancios somos los tres; íbamos a Francia, adonde mi marido llevaba una comunicación secreta de la Regencia para el rey Fernando, y quiso nuestra infeliz suerte que nos juntásemos aquí con el malhadado convoy que ayer pereció... y nos tomaron por familia de empleados traidores... Pero no he sido yo tampoco de las peor tratadas, porque al punto me conocieron los oficiales ingleses, muchos de los cuales han frecuentado mi casa en Madrid, y he podido conservar alguna ropa... Otras pobrecitas señoras están allí envueltas en una sábana. ¿No les da a ustedes lástima? ¿No me favorecerán con un poco de agua, y, si es posible, un poco de comida para mi esposo, secretario del virrey del Perú, y para mi hermano, el veedor que era en Zaragoza cuando la célebre defensa?

Las tres alavesas se miraron, como consultándose sobre lo que habían de hacer.

—La verdad es—dijo una con ínfulas de autoridad sobre las otras—que si no miente la señora en lo que ha dicho y hubo casualidad, bien se le puede dar lo que pide.

—¿La vamos a creer por lo que diga?—indicó otra.

—No pido más que agua, señoras caritativas; agua, por amor de Dios.

—El la ampare.

—Bien poco es lo que pide—dijo la tercera, que hasta entonces callara—. Y pues pasó ya el laberinto, hagamos una obra de misericordia. Aquí donde

me veis, yo, que tuve alma para arrastrar a un jurado desde el camino hasta el árbol donde le ahorcaron, me muerdo de pena oyendo a esta señora... Allá va el agua..., y aguardiente..., y estas cortezas de pan..., y estas sardinas rancias..., y tres pares de guindas..., y una pata de gallina fiambre que estaba en el *botiquín* del rey.

La dolorida iba recogiendo lo que la mujer indicaba al tiempo de dárselo, y corrió a donde aguardaban, muertos de hambre y de sed, el secretario del virrey del Perú y el veedor de Zaragoza.

XXV

Tras la noche triste apareció el día, triste también, y empeñado con densas neblinas. Mientras gran parte del ejército victorioso perseguía al francés por el camino de Salvatierra, el lugar donde pereció el convoy se trocaba en un campo de feria. En todas partes se hacían tratos y cambios, según los negocios de cada uno. Los ingleses concretaban todas sus operaciones al numerario, despreciando las especies. La joyería había desaparecido como por encanto, sin que se supiese quiénes fueron los acaparadores de tan estimable artículo. En plata labrada aún quedaban algunas existencias por la mañana; y como entre ellas no escaseaban las obras de arte, ni en el ejército inglés los anticuarios, hubo pieza que valió a sus primitivos tomadores guinea sobre guinea.

Pero la gran mayoría de los objetos, especialmente los que eran de fácil transporte, desaparecieron en la noche. No se han visto manos más listas ni mayor diligencia en hombres y mujeres para hacer la mudanza. Por fortuna para las artes, la parte del convoy que contenía los grandes cuadros pudo ser salvada por haber salido de la Puebla con el general Maucune doce horas antes que los demás. Perdiéronse por entonces para España tan incomparables tesoros; mas no se perdieron para el arte, siendo en verdad providencial que se salvaran, y que, restaurado alguno de ellos, volviesen todos acá tres años después.

Ya entrado el día, muchos vecinos acomodados de Vitoria salieron para ver el campo de batalla y el lugar del con-

voy, que principalmente despertaba la curiosidad. Viéronse llegar frailes de distintas Ordenes, canónigos de la Colegiata, señores muy graves acompañados de damiselas sensibles, jóvenes currutacos, viejos verdes y maduras matronas, todos medio locos de entusiasmo por la gran victoria alcanzada. Iban de Ceca en Meca sonriendo ante los estragos y haciéndose señalar por los aldeanos los lugares que fueron teatro de acontecimientos trágicos durante la batalla. El campo del convoy, ya convertido en feria, fué, por su proximidad a Vitoria, más visitado, y a cada momento llegaban a él alegres parejas, familias, tríos de canónigo, fraile y regidor, con más algunas damas sueltas; es decir, que no iban con nadie. Ninguno se retiraba sin llevar algún recuerdo, pareciéndose en esto a los modernos ingleses, o a los que llaman *touristas*, y los cascos de granadá, las balas de fusil y hasta los botones de los uniformes de renegado pasaron a ser joyas históricas destinadas a vincularse en el patrimonio de las familias. Aún existen en Vitoria muchos de estos pedacitos del gran desastre.

Dióse orden de enterrar los cadáveres que en el llano del convoy había, no siendo tan fácil los del vasto campo de batalla, por ser en número de cuatro mil, juntas las pérdidas de unos y otros, pasando de diez mil los heridos. Mortificó a los curiosos el espectáculo de tanto hombre muerto, siquiera fueran franceses y renegados, y muchos ofrecieron la cooperación de sus manos para echar tierra dentro de los hoyos que se tragaban tanta juventud desgraciada en vida y en muerte, los amores de innumerables madres, tanta y tanta rousta, vida nutrida en los pacíficos hogares para la paz y la felicidad.

Entre los curiosos que de Vitoria habían venido, era de notar un anciano de mucha edad y poca andadura, con el cuerpo inclinado hacia adelante, la cabeza temblorosa, verdes espejuelos ante los ojos y apoyada la una mano en grueso bastón de nudos, mientras con la otra cogía el brazo de una linda joven rubia. Iban los dos por el camino adelante, observando todo con curiosidad suma, siendo ella la que primeramente con sus volubles ojos veía los objetos y los señalaba después a la

tardía atención del viejo. El se regocijaba con la vista de tanto cañón tomado, de tanta riqueza rescatada, y a cada nueva sorpresa se deshacía en apologéticos comentarios de la destreza de lord Wellington, encomiando sobre todo el providente designio del Altísimo, que, como padre y ordenador de las victorias, nos había dado aquélla tan completa y admirable.

—La causa de Dios triunfa y triunfará mientras haya soldados cristianos en el mundo—decía el abuelo a su linda nieta—. A estos desastres horribles son conducidos los que han intentado alevemente apropiarse nuestro suelo y mudar nuestras costumbres, haciéndonos, de fieles pladosos, herejes corrompidos; de leales y pacíficos, revolucionarios y jacobinos.

—¡Ah pobres muchachos!—exclamó la nieta, apartando con horror la vista de unos infelices cuerpos de jurados que eran conducidos a la sepultura—. Son renegados, papaito; tienen uniforme verde, sombrero de piel con águila dorada, una cartera en la cintura con águila y muchos botoncitos, también con águila.

—Sí, verás águilas por todas partes. Esos hoyos se llenarán de ellas, y la tierra no podrá guardar en su seno tantas insignias imperiales. A eso está destinado el poder de Napoleón. Europa no tiene bastante tierra para sepultar el inmenso cadáver... En cuanto a los infelices jurados, son los que menos lástima me inspiran. Oye bien lo que te digo, hija mía; oye la voz de un anciano patriota, español y cristiano: además del infierno que existe para toda clase de pecadores, ha de haber uno con tormentos extraordinarios de inapreciable horror para los que hacen traición a su patria y a sus banderas.

—¡Otro infierno!—exclamó la muchacha con espanto, a pesar de que diariamente oía parecidos conceptos.

—¡Otro! Allá en lo profundo, los condenados ordinarios no han de querer habitar con los renegados y traidores—dijo el hombre decrépito, silabeando enérgicamente con sus gruesos labios—. Los renegados venden a sus hermanos, entregan a la patria al enemigo para que éste la despoje y la deshonor a su antojo, extirpando en ella la fe religiosa, faro del mundo y único consuelo de

las buenas almas. El traidor en esta guerra, donde se discuten las dos cosas más sagradas, es decir, el rey y la religión; el traidor en esta guerra, digo, es el más vil instrumento de Satanás. Sólo lo igualan en maldad los que yo llamo traidores y renegados en el campo de la ley, o para que me entiendas mejor, los que por favorecer hipócritamente a Bonaparte introducen en España caprichosas leyes a estilo jacobino y constituciones que son lazos tendidos a los pueblos por la herejía, por la licencia, por el democratismo, por la soberbia de los pequeños que quieren parecerse a los grandes, gritando y metiendo bulla... Pero Dios está con nosotros, hija mía; Dios es español.

—¡Dios es español!

—Dios, sí—añadió el viejo golpeando violentamente el suelo con su nudoso bastón—, y ya ves ahí los golpes de su mano protectora. Creo que, mediante la bondad divina y la espada del arcángel guerrero, el mal que aparece en nuestra leal España no tomará grandes proporciones. Abriránse muchos hoyos como ése, y esas bocas de la tierra española se tragarán a sus perversos hijos.

—¡Ay!—gritó la muchacha, temblando y agarrándose fuertemente al brazo de su abuelo—. Pero no es nada..., nada, papaito.

—¿Tienes miedo?

—No...—dijo la joven, reponiéndose de su sobresalto y turbación—, es que... no sé por qué me he estremecido toda y sentido frío en el corazón al ver...

—¿Qué has visto? preguntó el viejo, deteniéndose.

—Todavía no han enterrado aquellas águilas, papaito; aquellas águilas que brillan en los sombreros peludos, en las golas, y en las carteras, y en los botones... Sus alas abiertas, sus picos corvos, sus garras que aparentan un haz de rayos...

—¿Qué?

—Me dan miedo.

—¡Eres tonta! Adelante... Pero si no me engaño, eso que hacía aquí viene es nuestro amigo Carlos Navarro... Mira tú a ver si me engaño...

Miraba hacia atrás la damita con la iljeza de una curiosidad vivísima. Su rostro había adquirido marmórea blancura.

—¿Por qué te detienes y miras hacia

atrás?—gruñó el viejo, sacudiendo el brazo—, ¿Dices que tienes miedo y miras, Jenara?... Te digo que observes si ese que se ha detenido junto a aquel cañón es Carlos Navarro, el hijo del desgraciado don Fernando Garrote.

—El mismo es—repuso Jenara, observando.

—Vamos hacia él... ¡Pobre muchacho! Quizá no sepa todavía el desgraciado fin de su padre, asesinado en Ariñez por los vándalos.

Antes que nieta y abuelo llegasen junto a él, Carlos Navarro, que los vió, corrió a su encuentro. Su semblante estaba alterado por viva aflicción, y algunas lágrimas humedecieron sus ojos cuando tomó, para besarla, la mano del decrepito anciano, su amigo.

Vestía Navarro un traje que no era completamente militar, ni tampoco de paisano. Componíase de una blusa en cuyas mangas, a falta de charreteras, mostraban la arbitraria graduación del guerrillero galones diversos de plata y oro, puestos con arte y aun con cierta elegancia. Botas y espuelas muy finas eran distintivo del que guerreaba a caballo y cubría la cabeza no con los empuñados morriones de la época, sino con una sencilla gorra verde de cuartel, primorosamente bordada de oro. La sofocación del día anterior y la pesadumbre recientemente recibida habían dado a su rostro un tinte violáceo y como enfermizo, que parecía aumentar el negror de sus fieros ojos, aflarle la nariz y hacerle más grande la frente. Había en su cuerpo la indolencia de la victoria un poco enfatuada; pero aun así, por su alta estatura, alroso porte y grave semblante, era una de las figuras de más atractivo que podían verse.

—Señor don Miguel de Baraona—dijo con voz conmovida—, ¿ha venido usted desde Victoria a ver el campo de batalla y el gran convoy ganado?

—Sí—replicó con entusiasmo el anciano, encendido su corazón con fuego juvenil—, he venido a ver vuestros triunfos, vuestras glorias, jóvenes sublimes, jóvenes admirables, ¡hijos queridos de España y de Dios! Ven acá—añadió, echándole los brazos al cuello—, ven acá, y déjame que te estreche contra mi corazón: abrazándote, creo abrazar a toda la España valerosa y cristiana. Me rejuvenezco, hijo mío. Que Dios te ben-

diga, que Dios te conserve. Tú y los tuyos sois instrumentos de su bondad divina, sois la imagen humana de su brazo omnipotente. Seguid en vuestra gloriosa, en vuestra santa tarea de limpiar esta cizaña, que no os faltará que hacer en algún tiempo, porque el mal se ha desatado en España y vendrán días de sangre... Ya sé por qué estás tan afligido, hijo mío; ya he sabido por unos jurados prisioneros que fueron anoche a Victoria la inmensa desgracia...

—¡Mi padre!...—exclamó Carlos, cubriéndose el rostro con las manos.

—Tu padre, tu excelente padre—dijo Baraona—. Don Fernando Navarro, el gran caballero cristiano de Treviño, el hombre de ideas sólidas, el español puro, ha sido asesinado por los traidores... Lo sé, y he llorado al patriota y al amigo. También sé que murió el pobre Respaldiza.

—¡No esperaba esta desgracia!—murmuró con desaliento Navarro, secando sus lágrimas—. Confiaba en Dios; me sentía protegido por la divina mano, y al ver el heroísmo de mi padre, su firme propósito de pelear por la patria y por la Iglesia, creía yo que el Señor no podía abandonarle en manos de los facinerosos.

—¡Oh! ¿Sabemos acaso sus designios profundos?—dijo con buena entonación Baraona, señalando con su palo el firmamento inundado de luz—. Hijo mío, oye bien lo que te digo, que es la voz de un patriota y de un español puro, sin mancha de afrancesamiento. Además del Paraíso que Dios destina a los elegidos, ha de haber otro paraíso mejor para estos mártires de la patria, para estos defensores de los grandes principios, para estos que en primera línea han peleado por la esposa de Jesucristo, para estos a quienes debe la sociedad su fundamento, para tu virtuoso y santo padre, en fin.

—¡Otro Cielo!—murmuró Jenara, pensativa.

—¡Has perdido a tu padre!—prosiguió Baraona con efusión, estrechando de nuevo al joven entre sus brazos—. En mí tendrás otro desde hoy.

Carlos Navarro se arrojó en los brazos del anciano, ocultando en el hombro de éste su rostro inundado de llanto.

—Hace tiempo que tu buen padre me

habló de un dulce proyecto que me agradaba en extremo, Carlos—dijo el viejo mirando alternativamente a su nieta y al joven guerrillero—. ¿Sabes lo que quiero decir? Tú mismo me has manifestado de una manera indirecta la noble afición que te inclina hacia mi familia. Carlos, hijo mío, que este día de gloria, aunque triste para ti, lo sea también de contento para los tres que aquí estamos.

Jenara se puso como una amapola.

Contra lo que Baraona esperaba, Carlos no hizo demostración alguna de contento. Mirando a Jenara con tristes ojos, dijo:

—Jenara no me quiere.

—¡Que no! ¡Mal pecado!—gruñó el viejo, mirando con asombro a su nieta, que callaba—. Jenara, recuerda lo que me dijiste la noche en que salimos de la Puebla... Pero, hijos míos, vosotros os entenderéis. No es propio de mis canas intervenir como mediador de galanteos. Carlos, ven con nosotros. Tú tienes cara de no haber comido en tres días; yo y mi nieta no hemos tomado cosa alguna después del chocolate; pero como pensamos pasar aquí gran parte del día, trajimos una no despreciable refacción. Vamos allá... ¿En dónde dejamos el coche, Jenarilla? Ya..., ahí; hacia aquellos olmos. Ven, Carlos; allí nos espera el señor canónigo de la Colegiata, don Blas Arriaga; el capellán de las monjas de Santa Brígida y mi primo, el secretario de la Inquisición. Despáchate; si tienes algo que decir a tus amigos, acaba pronto; pero no convides a ninguno, porque nos quedaríamos a media ración... La merienda no es mala: viene alguna carne fiambre, lengua y una pavita. Las monjas añadieron bollos y limoncillos, y el canónigo trajo lo mejor de su bodega... Pues parece que no y tengo hambre. Este aire del campo, el regocijo de este día... En marcha, en marcha, pues.

Dirigiéronse los tres hacia el lugar donde esperaba el cochecito. En los lugares más apacibles del vasto campo veíanse algunas meriendas sobre la verde hierba, pues los vitorianos hicieron festivo aquel día, tomando la visita al campo de batalla como una especie de romería, en la cual no podían faltar ni el buen vino, ni las buenas tajadas, ni la noble expansión éuscara.

Jenara y Carlitos marchaban silenciosos; pero por los tres hablaba don Miguel de Baraona, siendo tal su alborozo, que desde lejos empezó a agitar el palo, llamando con su cascada voz a los tres personajes que antes mencionara, y que vagaban por aquellos contornos. Antes que todos los comensales se reunieran, pasaron Baraona y la nieta por el mismo paraje donde poco antes infundieran a ésta tanto miedo las águilas de los insepultos jurados.

—¿Otra vez tiemblas?—le dijo el abuelo, observando que la muchacha palidecía—. ¡Qué medrosa eres!

—Jenara no puede tener miedo a los muertos—afirmó Carlos con aplomo—. Jenara es una mujer valerosa.

—¡Ay, no vayamos por aquí!—exclamó la joven, soltando bruscamente el brazo de su abuelo; he visto, he visto...

—¿Qué has visto?

—Ya están dentro del hoyo—dijo Baraona, acercándose al grupo de gente que rodeaba la ancha sepultura—; pero falta echar tierra, mucha tierra encima.

Jenara, a pesar de su agitación, en vez de huir, acercóse resueltamente al hoyo, y allí permaneció fija, inmóvil, con la vista clavada en aquella hondura donde yacían revueltos y en extrañas posturas los cuerpos arrojados dentro. Observólos a todos y a cada uno con atención profunda: ni lloraron sus ojos ni perdió su semblante aquel grave ceño estatuario que la semejava en tal escena a una diosa antigua recibiendo la ofrenda de sangre humana vertida en aras de su orgullo.

—Abuelo, ya ves cómo no tengo miedo a los muertos—dijo, al fin—. ¿Y tú?

—Ven, ven acá, tonta, tontísima—gritó el abuelo.

Los que contemplaban el fúnebre espectáculo se descubrieron, y empezó a caer tierra dentro.

—Dios manda que se rece a los muertos y se perdone a los que nos han ofendido—dijo gravemente Navarro, descubriéndose también al pasar junto al hoyo y contemplando los fúnebres despojos que dentro había—; pero no puedo mirar sin encono vuestro uniforme. Si tuvisteis parte en la muerte de mi padre, ¡malditos!, que Dios os condene eternamente, y sean vuestros tormentos superiores a todo lo que puede imaginarse.

Dicha esta imprecación, que denotaba las violentas pasiones del alma de Carlos Garrote, hizo la señal de la cruz y se unió a Baraona, que ya estaba algo distante, junto a su nieta. Cuando llegaron bajo los olmos, ya el canónigo de la Colegiata, el capellán de las monjas y el secretario de la Inquisición revolvían la cesta de los fiambres.

XXVI

Aquella a quien oímos primero junto a la empalizada de una huerta de la Puebla de Arganzón, y acabamos de ver y oír ahora mismo al borde de una sepultura, era una muchachuela bonita, de apariencia delicada y casi infantil. Recordaba normalmente su fisonomía la de aquellas vírgenes a quienes figuran los pintores tocando el laúd y, a veces, el violín en los místicos conciertos del Cielo, entre aperladas nubes que hacen resaltar el oro de sus cabellos y la beatífica seriedad de sus labios sin sonrisa, pues el arrobamiento y el canto las ponen graves como doctores. Jenerita o Generosa, a pesar de su belleza virginal, tenía en ocasiones un ceño algo sombrío y un modo de mirar que no indicaba diafanidad o, mejor, el perfecto equilibrio de espíritu de un ángel celeste. Gravemente meditaba, y aunque su semblante era de esos que en otros caracteres y en la misma edad están siempre mirando a todos lados, aunque no vean más que el vuelo de las moscas, ella parecía estar dispuesta a no ocuparse nunca de cosas pequeñas. Las moscas que ella miraba no las veían los demás.

La fisonomía engaña casi siempre, y bajo aquel semblante, que recordaba a la espigadora Rut o a la organista Cecilia, se escondía una culebrita graciosa que halagaba, enroscándose, un carácter vehemente que a la edad de diecisiete años vivía atormentándose a sí mismo con aspiraciones locas, con entusiasmos delirantes, con deseos no bien definidos o que variaban a cada hora. El reptil a sí propio se mordía por no haber encontrado todavía en quién cebarse, y con la cola se azotaba la cabeza. Impresionable hasta un extremo casi inverosímil, lo que a otras entris-

tecia a ella la ponía furiosa; lo que a otras daba gozo infundía en aquésta una fiebre de júbilo que necesitaba un pesar para calmarse. Sus sentimientos, siempre en lucha, se manifestaban de improviso y de una manera torrencial y borrascosa. Cualquier accidente externo, impresionándola como impresiona el rayo, podía hacerlos cambiar en un instante.

Sus ideas eran, sin embargo, exclusivas y fijas; ideas asimismo oscuras y extravagantes sobre la vida y la sociedad, pero arraigadas tenazmente. Tenía la terquedad de su abuelo, hombre de granito, una especie de montaña humana, formada con los seculares yacimientos del ideal de la autoridad, y que no podía henderse, ni desmoronarse, ni dejar de ser montaña. Carecía Generosa de la fácil ternura que parece propia de una complexión delicada, y cuando este dulce sentimiento aparecía en ella, era enteramente superficial y simulado. Finalmente, no le faltaban dotes de inteligencia, siempre que no se tocara a las preocupaciones o a las ideas que en su consistencia geológica eran base de la familia.

Todo esto lo veremos más adelante, porque esta hermosa bestiecita, esta mujer linda y profunda, este hermoso vaso lleno de tempestades y que, conteniendo el Océano, parece una redoma de peces, ocupará lugar muy importante en las historias que van a leerse, y a las cuales sirve de prefacio la siguiente.

Sentados todos, y tendido el mantel, la cesta dió de sí todo lo que tenía, y empezó la comida.

—Es preciso sobreponerse a la tristeza que esos desagradables sucesos hayan podido ocasionar a alguno de los presentes—dijo el viejo Baraona, descuartizando la pava, mientras el capellán de las monjas de Santa Brígida aplicaba su nariz a la boca de las botellas para ver si era justa la fama de las bodegas del señor canónigo.

—Basta de melancolía, Carlitos—indicó el secretario de la Inquisición—. A lo hecho, pecho, y cuando las cosas no tienen remedio...

—Dejadle que se desahogue y llore la muerte del más insigne caballero de este país—ordenó con énfasis Baraona, partiendo en lonjas la lengua de vaca, sin dar ni por un momento reposo a la

suya—, de aquel modelo de patricios, de aquel hombre cuyos sanos principios en todo lo relativo al gobierno de estos reinos eran admiración y enseñanza de cuantos le oían.

—Grande y ejemplar varón ha perdido España, no puede dudarse—añadió, elevando los ojos al cielo, el capellán de Santa Brígida, tranquilizado ya respecto a los títulos de celebridad de las bodegas de su amigo—. Le lloraremos toda la vida los que conocimos su caballerosidad y aquella noble entereza de principios.

—Su muerte—dijo Baraona, llenando los platos de los demás—debe quedar en la memoria de los buenos hijos de España como un recuerdo santo. Ha sido el mártir de esta gloriosa fe del patriotismo cristiano, del patriotismo cristiano, señores, entiéndase bien. Siempre habrá distancia inconmensurable entre lo que yo llamo el *patriotismo cristiano* y esa gárrula palabrería de los que se llaman *patriotas* en Cádiz y en Madrid.

—Los que nos llaman *serviles*, señor don Miguel—indicó el capellán.

—Tan infame mote—afirmó Baraona, frunciendo el ceño y apretando el puño—será escrito con sangre en la frente de los que lo inventaron. ¿No es verdad, Carlitos?

Carlos, profundamente abstraído, ni comía, ni contestaba sino con ligeras inclinaciones de cabeza.

—¿Saben cómo los llamo yo?—dijo Baraona con violenta cólera y dando fuerte golpe en la tierra con la botella que en su mano tenía—. ¡Pues los llamo *negros*!

—*Negros*—repitió Jenara con súbito arranque de jovialidad que contrastaba con su anterior tristeza—. Pues sea: beba usted, señor capellán; beba, señor canónigo, y usted, señor secretario.

Y, tomando la botella de manos de su abuelo, a todos repartió porción bastante a humedecer los secos paladares.

—¿Y usted no bebe, Generosita?

—¿Yo?... Una miaja..., menos, mucho menos, señor capellán: con medio dedo me basta—repuso la muchacha, levantando el vaso para impedir que el capellán lo llenase todo, como quería.

—Y aún me parece mucho—indicó Baraona—. A ver, Carlos, tu vaso.

—Ahora—dijo la doncella con animado semblante—alcen ustedes los vasos

y beban a la salud de toda la gente *blanca*.

Tan entusiástica proposición, dicha con arrebatadora voz, con gran viveza en los ojos, con una sonrisa celestial que descubrió los blancos dientecitos de la vibora entre el coral de sus frescos labios, y acompañada de un gesto gracioso con brazo y mano derechos, produjo mágico efecto entre los comensales. Gritaron todos, y una aclamación recorrió aquellos campos de tristeza.

—Las mujeres—dijo Baraona—tienen el don de expresar las ideas con gracia incomparable y en forma que las hace inteligibles a todo el mundo. A la salud de toda la gente *blanca*; a la salud de la patria libre de franceses y de ideas francesas; a la salud de la religión de nuestros padres, de nuestras santas y morigeradas costumbres, de nuestra inmutable y siempre gloriosa España, que desafía a los siglos y sobre la cual pasan y pasarán los *negros* innovadores como hojas de otoño que se lleva el viento.

—*Amén*—murmuró el capellán.

—El pobre Carlitos no come—dijo el canónigo—. No debe uno dejarse dominar por el dolor. Hay que hacer un esfuerzo... Aquí donde me ven, aunque parece que tengo apetito, no es verdad, y necesito vencerme y luchar conmigo mismo para pasar cada bocado... Me ha ordenado el doctor que coma, y aunque es para mí un suplicio, lo acepto, porque Dios manda que se conserve la salud del cuerpo.

—Vamos, otro esfuerquito—dijo el capellán de monjas, poniendo un pedazo de pechuga en el plato, ya dos veces vacío, del inapetente canónigo.

—Carlos, hay que ser juicioso—indicó Baraona—. Jenara, te encargo que no dejes morir de hambre a nuestro heroico guerrillero.

Jenara empezó a poner en práctica el encargo, y Carlos dejábase seducir poco a poco.

—Yo me hago cargo de su tristeza—dijo el secretario de la Inquisición, a quien los médicos no habían recomendado que hiciese esfuerzos para comer—. El recuerdo del noble mártir que ha subido al Cielo...

—¡Oh, sí!—exclamó Baraona, acudiendo en auxilio del capellán de monjas, que se había quedado ya sin pe-

chuga y sin lengua—. La imagen funesta no se apartará de su mente en mucho tiempo, y más vale que así sea, señores, para que no pierda los bríos ni el indomable furor de venganza que le impulsa a combatir

—¡Es verdad!

—La muerte de nuestro valiente y caballeroso amigo—continuó el anciano—me ha inspirado una idea, que voy a comunicar a ustedes.

A excepción del capellán de monjas, que hacía estudios anatómicos en el esqueleto de la pava, todos los presentes dieron reposo a los dientes para escuchar al respetable patriarca de las montañas alavesas.

—En lo sucesivo, señores,—dijo éste con grave y profético tono—, y atendidos los síntomas de discordia civil que presenta España por el insolente jacobinismo de los *negros*, los buenos españoles debemos adorar fervorosamente dos cruces.

—¡Dos cruces!—exclamó Jenara.

—¡Dos cruces, sí! La cruz religiosa, aquella en que Dios se dignó morir para redimirnos del pecado, aquella que desde niños adoramos, aquella que nos hicieron besar nuestras madres en la cuna, y, además, esta otra cruz del sentimiento patrio, en la cual ha muerto nuestro buen amigo, el incomparable, el santo entre los santos guerreros, don Fernando Garrote, acompañado del buen cura de la Puebla. Esta cruz, que, como instrumento de ignominia, han alzado los franceses, los renegados y los traidores, será para nosotros, como la otra, lábaro sacrosanto que llevará a la juventud a la gloria. Murió don Fernando en ella; clavóle un clavo la traición; otro, la deslealtad; otro, la herejía. Expiró coronado por las espinas del democratismo, y pusieronle el *inri* de las ideas jacobinas, que, después de todo, son las ideas que han traído aquí el escándalo y la que aceptaron los afrancesados y quieren imponernos los llamados liberales... Señores, donde hay mártires, hay religión; donde hay cruz, hay fe. Adoremos esa cruz; llevémosla en nuestro corazón juntamente con la otra, de la cual es como un reflejo; adrémoslas a las dos, pues las dos deben ser nuestro norte y nuestra luz. ¡Religión! ¡Patria!—añadió con majestuoso, inspirado acento—. ¡Sois dos nombres, y, sin embargo, no sois más que una

sola idea, una idea inmutable, eterna, fija como el mundo, como Dios, del cual todo se deriva! ¡Religión! ¡Patria!... ¡Sois dos luces espléndidas, cuyo fulgor no puede apagarse, ni tampoco cambiar como las chispas de una fiesta de pólvora! ¡Una y otra fe tenéis dogmas eminentes, que la arrogante ciencia del hombre no puede variar; una y otra fe tenéis la inmutable condición del pensamiento divino que os ha creado! Sois lo que sois, y no podéis ser otra cosa. En vuestro sagrado catecismo la mano del audaz filósofo no puede hacer la menor variación ni mudar una sola letra. ¡Sois como el firmamento inmenso, adonde no puede llegar la mano del hombre para quitar o poner una sola estrella!

—¡Bendito sea el insigne patriarca que tales cosas piensa y tales maravillas dice!—exclamó con efusión de sensibilidad y entusiasmo Carlos Garrote, besando las manos del viejo Baraona—. ¡Esas dos cruces grabadas están en mi corazón, la una sobre la otra! Me preservaron contra las armas de los traidores y de los vándalos, y me preservarán contra toda clase de enemigos.

El capellán de monjas, no pudiendo contener su entusiasmo, abrazó ternísimamente a Baraona, y el secretario de la Inquisición abrazó a Garrote. Era una manifestación general de sentimientos patrióticos.

—Carlos—dijo la niña al joven guerrillero cuando la borrasca de los abrazos pasó—, en Vitoria nos dijeron que habías hecho cosas admirables en la batalla de ayer. Cuéntanos algo de eso.

—Sí, que nos cuente sus heroicidades. También he oído hablar de ellas—incluyó el canónigo.

—Al instante..., ¡fuera modestia!—exclamó Baraona.

Por tan distintos ruegos apremiado, trató Carlos de vencer su amarga tristeza, y, cediendo principalmente a las súplicas de Jenara, que le cautivaban el alma, empezó a contar varios sucesos del día anterior, dando la preferencia a los que había presenciado, siendo actor de ellos; pero, al nombrarse a sí propio, lo hacía con gravedad y modestia, no ensalzando sus acciones, sino antes bien, rebajándolas para no aparecer vanidoso. En la relación ponía gran arte, para que se revelara su mérito.

sin dejar de ser modesto, y, siéndolo, su persona aparecía en ellos rodeada de brillante aureola.

Oíanse todos con atención profunda, y Jenara con arrobamiento. Fijos sus ojos en el rostro del guerrillero, parecía que anhelaba leer en él sus ideas antes que fueran expuestas por la palabra. El relato fué muy largo, pero interesante y conmovedor, siendo muy del gusto de todos los allí presentes, que no perdieron ni una sola sílaba. El único que no se mostró excesivamente interesado por las glorias nacionales fué el capellán de monjas, que, cerrando los ojos con beatífica tranquilidad, se quedó dormido.

Concluida la narración, Baraona habló de retirarse a Vitoria; pero los demás fueron de opinión que se durmiera la siesta al amparo de aquella hermosa olmeda, y así lo hicieron los cuatro personajes, quedándose en vela Jenara y Carlos. Largo tiempo transcurrió en conversación muy íntima y cordial, en la cual hubo, al parecer, confidencias, declaraciones, riñas, arrepentimientos, promesas y qué sé yo...: todos los dulces amargores de un amoroso diálogo. Al fin, despertaron los durmientes, siendo el capellán de monjas el más pesado para volver en su acuerdo. Caía la tarde, y empezaron a recoger todo; mas aún no se habían levantado, cuando apareció ante ellos una señora de buena presencia, vestida con heterogéneas ropas, de una manera tan singular, que más parecía tapada que vestida. Su semblante indicaba zozobra, inanición y reciente llanto. Parecía persona de calidad, y al punto comprendieron Baraona y sus amigos que era una víctima del día anterior...

—Señores—dijo—, siendo españoles, deben ser caritativos...

—Así es, en efecto, señora—repuso Baraona.

—Y, siendo caritativos, ¿tendrán la bondad de darme algo de lo que de su merienda les ha sobrado?... Soy una infeliz víctima del saqueo y rapiña de anoche, a pesar de no ser afrancesada y encontrarme en el convoy por casualidad...

—Ello podrá ser cierto—dijo el secretario de la Inquisición con malicia—; pero también no podrá serlo.

—Por casualidad, sí... He sufrido el

despojo sin culpa—continuó la afligida dama llorando—. Soy una persona principal que se ve en la triste necesidad de pedir limosna para vivir. Allí tras aquellas cajas vacías, con las cuales hemos hecho una especie de barraca, está mi esposo, alcalde de la ciudad de Bailén cuando la batalla, y mi amadísimo hermano, seminarista hasta hace poco y después guerrillero en las guerrillas del *Frailé*, hasta que una enfermedad le obligó a dirigirse a Francia...

—¡Oh señora!—dijo el canónigo—. No es preciso que usted nos cuente la historia completa de sus parientes. Persona principal y decente parece usted. Deploramos la casualidad que motiva su desgracia. Caritativos somos, y no restos de nuestra comida, sino algo entero que debe quedar en la cesta le daremos... Jenarita, lléveselo usted.

La dolorida, sin poder contener sus lágrimas, no cesaba de repetir:

—Gracias, gracias, generoso señor.

—Ya podía esta señora vestirse de otra manera—dijo, sonriendo, el capellán de monjas al oído del canónigo—. ¿No es verdad que tal traje no es propio para ponerse delante de eclesiásticos?

Jenara se levantó para dar a la desconocida cuanto quedaba en la cesta.

—Hija, ve con ella y mira si tienen necesidad de algo de ropa—dijo Baraona—. Juraría que esa señora ha dicho verdad, y que no es afrancesada, sino rancia española... Carlos, acompaña a mi hija.

Indudablemente, el guerrillero y Jenara deseaban cualquier pretexto para apartarse y perder de vista por breve momento al abuelo y compañeros de mesa. Disimulando su gozo, marcharon tras la desconocida; pero, como no tenían prisa de llegar a donde ella iba, la dejaron ir delante y que se alejase todo lo que quisiera.

XXVII

Principiaba a oscurecer. Viéndose solos, reanudaron su coloquio con mayor vehemencia al pie de los olmos, siendo Jenara la que con más calor se expresaba. Tomándose las manos, dejáronse ir vagabundos, abandonados a la dulce

corriente que de sus palabras y de sus movimientos se derivaba.

—Jenara de mi vida—decía el guerrillero cuando ya llevaban algunos minutos de paseo, de conversación, de miradas tiernas y de apretones de manos—, si es cierto lo que me dices, te perdono, y seré para ti lo que siempre he sido: un esclavo. Día de luto es éste para mí; pero si algún consuelo debo recibir, consistirá en palabras de tu boca. Jenara de mi corazón, mi vida y mi persona te pertenecen. Te adoro desde que te conocí y te idolatraré hasta la muerte.

—Carlos—repuso la joven con ardor—, si no me crees lo que te he dicho, me enojaré, me pondré enferma, me consumiré de tristeza, me moriré de pesadumbre. Carlos, no lo dudes ni un momento. Si bajé aquella noche a la empalizada de la huerta fué porque confundí a Salvador contigo..., hizo la misma señal... No había dicho dos palabras el traidor, cuando llegaste tú... ¿Lo crees, Carlos? Dime que lo crees, dime que no queda en tu alma una chispa de recelo, y seré la mujer más feliz de la Tierra.

—Bien, Jenara—dijo Navarro—. Aunque no fuera verdad, debería creerlo. ¿Oíste lo que dijo tu abuelo cuando nos encontramos hace poco? Su deseo era el mismo de mi desgraciado padre, y también el mismo que ha sido por mucho tiempo y es hoy la más cara, la más dulce, la más risueña ilusión de mi vida. Dime una palabra, y nuestro destino quedará fijado para siempre, y la noble pasión de mi alma satisfecha, la elección suprema de la vida santificada por un juramento leal ante las miradas de Dios, que desde el Cielo nos está mirando y nos bendice. Jenara, ¿quieres ser mi mujer?

Contestó Jenara arrojándose en los brazos del guerrillero, que la estrechó en ellos amorosamente. Casi en el mismo instante ambos jóvenes hicieron un movimiento de sorpresa y temor. Alguien los miraba frente a ellos, y a distancia como de cuatro varas, vieron una figura delgada y sombría, un hombre completamente vestido de negro, con la cabeza descubierta. Después de dar algunos pasos se detuvo. Tras él veíase una especie de choza formada por cajas vacías, y en el angosto recinto, de

tal manera formado, clareaba la llama de un hogar y se oían voces.

—Aquí es—dijo Navarro, viendo la barraca—. Entra y da a esas pobres gentes lo que les traes.

Jenara, después de dar algunos pasos, lanzó un grito de espanto.

—¡Navarro, Navarro, defiéndeme!...—exclamó con angustiosa voz, corriendo a arrojarle en los brazos del guerrillero y dejando caer en el suelo las viandas que llevaba.

—¿Quién es, quién va?—dijo Navarro con turbación en el breve momento que tardó en conocer la sombría figura que tenía delante.

—¡Defiéndeme!—gritó Jenara, dando diente con diente—. Ese hombre me quiere matar.

El aparecido no había hecho movimiento alguno. Llegóse a él Navarro, dejando atrás y a regular trecho a la atemorizada joven, y le observó con calma.

—¡Ah!... Es Monsalud... Poca cosa, poca cosa... No temas, Jenara... Esto ni pincha ni corta... A fe que no esperaba verte, Salvador. Creí que habías muerto.

—Hubiera hecho muy mal en morir—dijo Monsalud—sin cobrar una deuda que tengo contigo.

—¿Conmigo?... ¡Ah, ya!—añadió Navarro flemáticamente—. Cuando quieras... ¿Era para ti para quien pedía esa mujer, llamándote seminarista y guerrillero del *Fraile*?

—¿Qué dices?—preguntó Monsalud, ajeno a las jerarquías inventadas por doña Pepita.

—¡Que eres un farsante, un embustero!—exclamó Navarro, perdiendo la serenidad.

—Si; un embustero, un farsante—repitió Jenara, alejándose más.

—Pero observo aquí la mano de Dios—añadió Carlos con petulancia—. Con tu disfraz y tu cambio de nombre te has ocultado de todo el ejército, pero no te has ocultado de mí.

—Es verdad—dijo Monsalud con enérgica ira—. Pues aquí me tienes. Puedes delatarme, denunciarme, llevarme arrastrado por los cabellos a donde tus salvajes amigos están haciendo cuentas por ver si algún jurado se escapó de la carnicería de anoche. Yo me salvé; pero ahora te proporciono ocasión de ganar

un elogio, quizá un grado... Anda, llévame; di que me has descubierto, que me has cogido, y quizá te den un cigarro.

—Si yo fuera tú, te delataría...—dijo Navarro, dando un paso hacía adelante—. Puedes vivir y engañar hasta dentro de un rato... Pero me olvidaba de que te hemos traído de comer.

Navarro, recogiendo del suelo lo que había caído lo arrojó a los pies de Monsalud, que no hizo ademán alguno dando a entender que no recibía limosna.

—¿Hasta dentro de un rato?—dijo Salvador—. ¿Por qué no ahora mimos?

Doña Pepita, atraída por las voces, presenciaba la singular escena sin comprender una palabra; mas no se le ocultaba que allí había peligro para Monsalud, y, llegándose al otro, le dijo con amargura:

—Señor militar, no delate usted a mi pobre hermano... No, ¿para qué mentir?, no es mi hermano: es mi amigo... Es un muchacho honrado y leal. Ya que escapó, déjele usted vivir.

Una figura macilenta y oscura se arrastraba a cuatro pies por el suelo, semejándose, por la oscuridad de la noche, a un gran perro de Terranova. Era el oidor, que recogía los restos de la comida.

—¡Yo delatar!—exclamó Navarro—. Señora, esté usted tranquila. No haremos ningún daño a su...

—A su amigo—murmuró Jenara, acercándose al grupo y clavando sus ojos con ansiedad profunda en el semblante de la desconocida señora.

—No le haremos ningún daño—añadió con ironía Navarro, tomando la mano de Jenara, como para retirarse con ella—; pero el amiguito se muere de hambre y de miedo; cuídele usted.

Volvieron la espalda Navarro y Jenara. Después de una breve disputa con doña Pepita, Salvador se separó de ésta para seguir a los prometidos esposos.

—Detengámonos—dijo Navarro a su presunta consorte—. Viene detrás y puede herirnos por la espalda.

—¡Pero aquella mujer, aquella mujer!—exclamó Jenara, apretando los puños y temblando de ira—. ¿La viste? ¿Has oído insolencia igual? ¿Pues no dijo que era su...?

—Su cortejo... Salvador es muchacho de muy malas costumbres.

—¡Qué vergüenza!—añadió Jenara con la exaltación propia de su carácter en determinadas ocasiones—. ¡Oh!, Navarro, no tienes alma... ¿Por qué no abofeteaste a esa infame mujer?

Baraona y los tres amigos, viendo la tardanza de los dos jóvenes, se adelantaban a su encuentro.

—Vamos, que es tarde. Aprisa, niños... ¿Qué habláis ahí?... ¡Como si no tuvierais tiempo de charlar hasta que se os seque la lengua!...

—Aprisita, aprisita—dijo el capellán, arropándose con su manteo—. La noche está fresca.

—Ya se ve... Como ellos están en la flor de su edad y conservan todo el calor de la vida...—murmuró el canónigo con cierta expresión envidiosa.

Jenara y Navarro llegaron, al fin.

—¿Qué tienes, hijita?—dijo Baraona, advirtiendo mucho trastorno en el semblante de su nieta.

—No es nada—replicó Carlos—. Hemos visto escenas muy lastimosas en la barraca. ¡Cuánta desgracia y miseria en este triste campo, señor Baraona!

—Sí, lo comprendo; pero la guerra es guerra.

—La guerra tiene que ser guerra, es claro—repitió el capellán.

—Pues es claro: ¿qué ha de ser la guerra sino guerra?—murmuró el canónigo.

—Evidentemente, la guerra es y será siempre guerra—añadió el secretario de la Inquisición.

—Al coche, pronto, al coche.

Un vehículo, del cual no se podía decir fijamente si era coche o catedral, se acercó al sitio donde estaban los amigos.

—Carlos, supongo que no podrás venir con nosotros—indicó Baraona, subiendo penosamente con el auxilio de un criado.

—En efecto, no puedo...

—¡Ah!, no había visto a esa persona que te acompaña: buenas noches, señor...—dijo don Miguel, saludando a Monsalud, el cual siguiendo a Carlos, había quedado a cierta distancia.

—Es un amigo, a quien casualmente acabo de encontrar.

—¡Ah! Muy señor mío...—dijo Baraona.

—Por muchos años...—gruñó el capellán.

—¡En marcha, en marcha!—exclamó el canónigo.

—Hasta mañana—dijo Navarro a Jenara cuando subía y se internaba dentro de la máquina—. Hasta mañana.

Jenara miraba hacia afuera con estupor.

—¿No me contestas? Te he dicho que hasta mañana—añadió Navarro, ofendido de la profunda abstracción de su futura esposa.

—¡Si Dios quiere!—repuso, al fin, Jenara.

Y el monumental coche partió, arrastrado por poderosas mulas.

XXVIII

—Ya estamos solos—dijo Navarro a Monsalud.

—Ya estamos solos y en lugar a propósito—repuso Salvador—. Podemos alejarnos del camino. La noche está oscura...

—¿Qué armas tienes?

—Ninguna. Dame la que quieras.

—Renegado—exclamó Navarro—, estamos en el campo del convoy. Aquí dejaste tu vestido para ponerte el que llevas; aquí han de estar tus armas.

—Escondidas bajo tierra—repuso Salvador con desaliento—; pero, si me fuera en ello la vida, no sabría encontrar entre tanta confusión el sitio donde las pusimos.

—Salvador—gritó el guerrillero con ira—, si de esa manera piensas evadirte de tu compromiso...

—No me insultes, no echas más ignominia sobre mí—dijo Monsalud con emoción profunda y, antes que colérico, conmovido y sin aliento—. Soy un desgraciado, el más desgraciado de los hombres. Si no tienes lástima de mí, guárdame al menos la consideración que merece el infortunio... ¿Me aborreces? ¿Te estorbo? ¿Te soy odioso? ¿Te molesta que viva? ¿Te mortifica que respire el aire que Dios hizo para todos? Pues delátame, denúnciame... Marcha delante y te seguiré.

—¡Qué miserable cobardía!—exclamó Navarro, acompañando sus palabras de un enérgico gesto—. Si tienes miedo, si quieres renunciar a tu compromiso, dilo, y no me llesmes delator.

—Vamos a donde quieras—murmuró Monsalud, dando algunos pasos—. Nada te costará buscarme el arma que más te guste.

—Vamos—repitió Garrote.

Ambos dieron algunos pasos. Navarro, decidido, impetuoso, resuelto; Salvador, indolente, desmayado... Pasaban junto a un árbol, próximo a la cerca del camino, cuando el infeliz renegado apoyó sus brazos en el tronco y echó la cabeza hacia atrás, diciendo:

—No puedo más..., me muero...

Sus piernas se aflojaron y cayó de rodillas. Ni la energía de su alma, ni la emoción que en aquel momento sentía, ni la presencia de su enemigo, que renovaba en él odios implacables, podían vencer el desmayo de su cuerpo, en el cual apenas había entrado algún mezuquino alimento durante cuarenta y ocho horas.

—¿Qué mimos son éstos?—preguntó Navarro.

—Me muero...—murmuró Salvador—. Si tienes prisa y quieres acabar pronto, saca tu espada y atraviésame. No puedo vivir; no tengo ánimo para defenderme.

La extremada palidez y extenuación del desgraciado joven no se ocultaron a su enemigo. Navarro comprendió cuán indigno sería provocar a duelo a un moribundo. Compasivo y generoso, acercóse al joven y, echándole ambos brazos al cuerpo, le levantó.

—Vamos, no has comido hoy—dijo—. Debí empezar por lo primero...; mas para todo hay tiempo. Ven conmigo.

Monsalud se dejó levantar y conducir maquinalmente, apoyado en el brazo de su rival. Así anduvieron largo trecho, despaciosamente y sin hablar palabra. Parecían dos tiernos amigos, dos cariñosos hermanos, de los cuales el fuerte sostenía y amparaba al débil. Nadie, al verlos, hubiera dicho que entre ellos y en torno a ellos, envolviendo sus hermosas cabezas con fúnebre celaje, flotaba el fantasma horroroso de la guerra civil. Caía la frente del uno sobre el pecho del otro, se enlazaban sus manos, se confundían sus alientos; pero no había ni la más leve porción de afecto en aquel abrazo de muerte. Quizá el aborrecimiento mismo impulsaba al fuerte a ser generoso; quizá la propia cau-

sa impulsaba al débil a ser condescendiente.

Llegaron a una gran barraca, improvisada con cajas y lienzos de la cual salía humo, mucha bulla y un olor fortísimo a aceite frito y a guisotes de campaña. Los dos jóvenes entraron. Soldados y guerrilleros comían y bebían allí sin dar reposo a la lengua un solo momento. Entraban o salían atropelladamente, trayendo y llevando víveres y pellejos de vino.

Monsalud se dejó caer en el suelo, mientras Navarro decía, dirigiéndose a uno de los más alborotadores:

—Roque, da de comer y de beber a este amigo.

Fijáronse todos en la abatida persona de Monsalud, que parecía moribundo.

—¿Es jurado?—preguntó uno.

—Es un hermano del cura de Nájera; es mi amigo—repuso Navarro—. Iba a Francia, cuando tropezó con el convoy, y me lo dejaron como lo veis... ¡Eh, señor Soldevilla!—añadió, sacudiéndole a Salvador por el brazo—, ahora se pondrá usted como nuevo... Désele primero un buen vaso de vino.

—Mejor es un par de tajadas...—indicó un guerrillero que era riojano y conocía al señor cura de Nájera—. ¡Por vida de...! Conozco a todos los Soldevillas de Nájera y de Cameros, y juro que esa cara no es de ningún Soldevilla de aquella tierra... Como que yo conozco esa cara.

—Y yo también—añadió otro del mismo estambre.

—Y yo.

—Daspachaos, pedazos de plomo—gritó Navarro, sentándose resueltamente al lado de su enemigo con objeto de evitar cualquier ofensa que pudiera hacersele...

Para disipar las sospechas de sus camaradas o hacerles entender que estaba decidido a defender al infeliz jurado, entabló con él familiar diálogo en esta forma.

—Eso pasará pronto, amigo Soldevilla. Buena suerte fué para usted tropezar conmigo, que le asistiré en cuanto sea menester, y le protegeré, aun a riesgo de mi vida, contra todo aquel que intentare hacerle daño.

—Gracias, muchas gracias—dijo Monsalud bebiendo con febril ansiedad en una taza que le presentaron.

—Tengo que comunicar a usted una triste noticia y es que mi excelente padre, el señor don Fernando Navarro, amigo de su familia de usted, ha sido asesinado por los infames renegados.

—¡Asesinado!—repitió sordamente Monsalud, engullendo el pan y las magras que le dieron—. ¡Infeliz suerte!... Quizá no moriría de esa manera.

—Sí; pero los viles que pusieron la mano en aquel hombre insigne no vivirán mucho tiempo—dijo sofocadamente Navarro, ofreciendo a Monsalud un vaso de vino—. Revolveré la tierra por encontrarlos, y uno a uno caerán en mis manos, de las cuales pasarán al infierno.

—¡Al infierno!—balbució Monsalud—; gracias, gracias, señor Navarro; voy recordando la vida. ¡Ah!, pero ahora recuerdo..., oí hablar de usted... Sí; antes que cayésemos en poder de los ingleses trabé conversación con un joven jurado. Díjome que el señor don Fernando se había dado a sí mismo la muerte por no caer en manos de la vil canalla, que, después de sacrificar ignominiosamente a cierto clérigo, querían martirizarle a él de la misma manera.

—También me lo han dicho así.

—Y el joven que me habló de este asunto, amigo Navarro, añadió que él mismo, después de prestar varios servicios al desgraciado don Fernando, le había suministrado el medio de eximirse, por un acto enérgico, de la bochornosa muerte que le tenían preparada. Dijo también que el ilustre señor, vencido de la extenuación y del pánico, perdió en sus últimos momentos el juicio, cayendo en singulares locuras y manías.

—Tantos detalles no habían llegado a mi noticia—dijo el guerrillero—; y en cuanto a las palabras de ese renegado que con usted habló, no les doy fe.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Es uno que dijo llamarse..., ¿a ver cómo? ¡Ah!, Salvador no sé cuántos.

—Me lo figuraba...—contestó Navarro con diabólica sonrisa—. Uno de los que busco... y de los que no se me escaparán, a fe mía... Es un reptil que ha querido moderme y que he de aplastar sin remedio. Traidor renegado, ha hecho migas con los franceses, y es uno de los más crueles sayones que tiene la canalla para atemorizar a las gentes in-

ofensivas de este país. Embrollón, embustero, farsante y lleno de fatuidad, atreviéndose a poner sus ojos en un ángel del Cielo, a quien idolatro y que no puede ser sino para mí... ¡Oh!, nuestra rivalidad es ya un poco antigua...; pero se ha recrudecido recientemente, señor Soldevilla de mi alma, desde que ese miserable ratoncillo, que no merece roer la suela de mis zapatos, se ha atrevido a manchar la buena fama de la mujer que adoro, engañándola con miserables artes, y obteniendo de ella ciertos favores por el más vil y repugnante medio... Tome usted más carne, señor Soldevilla—añadió, presentándosela—; tal vez necesite recobrar todas sus fuerzas para esta noche... Pues sí, como decía, empleando infames medios...

—Gracias, gracias, señor Navarro—dijo Salvador, rechazando la carne—. Debe de ser un gran tunante ese joven.

—Como que para hablar con Jenara y arrancarle algún honesto favor remediaba mi persona y mi voz en la oscuridad de la noche...

—No quiero nada más—dijo Monsalud secamente—. Me encuentro bien.

—Poco ha comido usted...

—Lo necesario para afrontar cualquier peligro.

—Pues sí, amigo Soldevilla—añadió Navarro—, perdone usted que me haya exaltado al oírle nombrar persona tan aborrecida para mí. He jurado matarle, matarle sin piedad, y me parece que mientras él viva me está robando con su aliento la existencia que Dios me dió para vivir y el aire para respirar.

Sacudido por viva agitación nerviosa, Monsalud se levantó del suelo, en que yacía.

—¡Oh!, no se levante usted...; descanse usted más, señor Soldevilla—dijo Navarro con ironía semejante a la del diablo cuando sonríe a las almas en el momento de cargar con ellas—. Tome usted fuerza, amigo mío, que quizá las necesite pronto, sí, muy pronto... Si quiere usted dormir, duerma sin cuidado; y por si tuviese recelo de que mis compañeros le hagan algún daño, esté tranquilo, que no me moveré de su lado hasta que abra los ojos.

—No quiero dormir—repuso Salvador, poniéndose en pie—. Agradezco a usted lo que ha hecho por mí... Y ahora

que recuerdo, cuando ese jurado, que antes mencioné, hablaba del trágico fin del señor don Fernando Garrote y de su funesta locura, hacíalo con tanta compasión, que parecía haberse interesado vivamente por él.

—¡Buen caso haría yo de las hipocritas palabras de ese necio!—dijo Navarro, sin disimular su ira—. ¡Oh!, sólo el oír en su boca el sagrado nombre de mi padre me parece un insulto... A ver, señor Soldevilla—añadió, tomando el sable de un guerrillero que dormía—, ¿qué le parece a usted este sable?

—Magnífico—respondió el jurado, pasando el dedo por el filo y apoyando la punta en el suelo para probar la flexibilidad de la hoja.

—Si no recuerdo mal, me rogó usted que le proporcionase un sable. Quéde-se, pues, con el que tiene en la mano. Este borracho de Roque es de mi compañía y mañana me entenderé con él.

—¡Gracias, gracias!—dijo Monsalud con extraordinaria animación—. ¡Cuántos favores debo a usted!

—¿No duerme un ratito?

—No.

—Es verdad. Tiempo tiene usted de dormir—dijo Navarro, levantándose—; sí, de dormir mucho, muchísimo.

Casi todos los guerrilleros que antes había en la barraca o habían salido a tocar la guitarra sobre el campo o dormían como troncos. Monsalud y Navarro salieron. Cuando se hallaban a buen trecho de la tienda, el renegado dijo a su enemigo:

—¡Navarro, Navarro!... Dios que nos mira sabe que no te tengo miedo... Acabas de hacerme un beneficio; mi corazón se oprime al pensar que puedo darte la muerte... Aguarda, por Dios, a que te ofenda de nuevo; aguarda a que esa gratitud se disipe... Te aborrezco; pero un secreto respeto enfría mis rencores cuando pienso que vamos a batirnos. A pesar de los horribles insultos que hace poco me has dirigido, te ruego que esperes, que esperes hasta mañana siquiera. Creo que debemos esperar.

—Adelante—repuso Navarro con enérgico acento—. No te he perdonado, no te perdonaré, si no me confiesas que fingiste mi persona y mi voz para engañar a Jenara.

—¡No lo confesaré porque es mentira!—exclamó Salvador, lleno de ira.

—¡Pues te mataré porque es verdad!—rugió Navarro—. Miserable, ¿piensas que el hombre que ha hablado a solas con esa mujer puede insultarme respirando el aire que yo respiro y viendo la luz que yo veo?

—No una, sino muchas veces he hablado con ella—dijo Salvador.

—¡Mientes, bellaco!—gritó Navarro, abalanzándose hacia él con el sable desnudo—. Defiéndete, hijo de nadie, miserable espurio.

Monsalud sintió que por sus venas corría fuego, que su cerebro era un volcán. Ciego, loco de ira, se puso en guardia, gritando:

—Defiéndete, salvaje. Mátame; pero antes de hacerlo sabe que eres un ban-

dido, y tu Jenara, una vil mujerzuela.

—Canalla, toma el camino del infierno... ¡Corre..., anda..., allá vas!

No hablaron ni una palabra más; los aceros chocaron.

Estaban en un sitio solitario, y la noche era oscurísima. Durante breve rato las dos hojas de acero se rozaban con discordante sonido. De pronto, Carlos dió un grito terrible; inundado de sangre, cayó al suelo.

—¡Dios mío!... ¡Muero!—exclamó con un rugido, en el cual parecía que echaba el alma.

Y luego, con voz expirante, añadió:

—¡Padre!...

Monsalud hincó una rodilla en tierra y le miró el rostro, sin advertir que algunos hombres se acercaban.

Junio-julio de 1875.

FIN DE
«EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ»

MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815

I

EN el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, doy principio a la historia de una parte muy principal de mi vida; quiero decir que empleo a narrar la serie de trabajos, servicios, proezas y afanes por los cuales pasé, en poco tiempo, desde el más oscuro antro de las regias covachuelas a calentar un sillón en el Real Consejo y Cámara de Castilla.

Abra los oídos y escuchen y entiendan cómo un varón listo y honrado podía medrar y sublimarse por la sola virtud de sus merecimientos, sin sentar el pie en los tortuosos caminos de la intriga, ni halagar, lisonjero, las orejas de los grandes con la música de la adulación, ni poner tarifa a su conciencia, o vil tasa a su honor, cual suelen hacer los menguados ambiciosillos del día, después que las sanas costumbres, la modestia, la sobriedad y la cristiana mansedumbre han huído avergonzadas del mundo, y son tan miseros de virtud los tiempos, que no se encuentra un hombre de bien, aunque den por él medio millón de pícaros vividores.

¡Bendito sea Dios, padre de los menesterosos, sustento de los débiles, proveedor de los hambrientos, aposentador de los desamparados, amparo de los desnudos, alivio de todos los pobrecitos que quieren ganarse la vida, y dispensero de las hormigas, de los pájaros y de los pretendientes!... ¡Bendito sea Dios, digo, que me ha conservado mis sueldos, gajes, pensiones, viáticos, emolumentos y obvenciones, para que desahogadamente y sin importunos cuidados pueda contar todos los pasos

de mi fabulosa carrera! ¡Oh! ¿Por qué he de ocultarlo? Carrera como la mía no la hicieron más de cuatro, desde que brotó en la fecunda tierra el tallo de los empleos públicos y abrieron sus polvorientas corolas de papel los expedientes de Arbitrios, Propios, Tercias Reales, Noveno, Pósitos, Paja y Utensilios, Frutos Civiles, Mandas, Renta de la Abuela, Chapin de la Reina y demás hierbas que componían el placentero jardín de la Administración.

Verdad es que si a grandes altitudes llegué, buenos porrazos recibí en aquella bendita escala, luchando y desgredándome a machacaliendres con los que querían subir antes que yo. Si mucho y rápidamente subí, agarréme también a buenos faldones. Y no se diga que manchan mi vida, como la de otros muy lucidos en sus carreras, acciones feas y vergonzosas. Eso, no; que antes que nada es la inmaculada blancura de mi alma cristiana. Dios es testigo de que jamás metí la mano en bolsillo ajeno... ¡Jesús, qué horror! Antes me habría dejado tostar en parrillas que tomar de las arcas del Tesoro un ochavo de los que allí estaban, conforme a los libros de cuenta y razón... ¡Huye, Luzbel maldito! *Vade retro...*! Detesto las violentas acciones, mayormente cuando al varón allegador y celoso de su propio bien no faltan mil ingeniosos arbitrios, sutilezas prudentes y habilísimas industrias para remediar sus escaseces. No fui yo el inventor de tales alivios; que los aprendí de maestros muy doctos, cargados de emolumentos, veneras, excelencias, y que pasaban por las más firmes columnas del Estado y de la Iglesia, de lo cual colijo que las trazas antedichas no debían de ser pecaminosas. Y no digo más

por ahora, que a su tiempo y sazón se verán palmariamente las agudezas de mi ingenio, y el filósofo, así como el moralista, no podrán menos de aprobarlas.

«Y ¿quién es usted?...», preguntarán seguramente los que me lean. Yo soy aquel — respondo — que en las primeros años de su vida administrativa se llamaba Juan Bragas, nombre que, a decir verdad, no se distingue por su música, ni tiene saborcillo de elegancia, ni sonsonete o cancamurria de nobleza; así es que, no bien comencé a sacar el pie del lodo, añadí al apellido de mis padres el lugar de mi nacimiento, por lo cual, siendo éste Pipaón, en Rioja de Alava, vine a llamarme don Juan Bragas de Pipaón. Sonaba esto pomposamente en mis orejas, y yo repetía en voz alta mi propio nombre para engrairme con su grandiosidad, la cual anunciaba por el solo efecto del silabeo la persona de un embajador, consejero de Indias, fiscal de la Rota o asistente de Sevilla. Más adelante, como el Bragas no me pareciese del mejor gusto, lo suprimí completamente, quedándome para el mundo presente y para la posteridad en don Juan de Pipaón, nombre breve y rotundo, que va dejando ecos armoniosos doquiera que se pronuncia, y al cual no le vendría mal la conterilla del marquesado o conñado que tengo entre ceja y ceja.

Bendito sea Dios, vuelvo a decir, que no abandona jamás a los menesterosos; bendita sea la pródiga mano que a cada cual le da su remedio, ora un pedazo de pan, si padece hambre; ora un buen amigo que le ayude, si tiene ambicioncilla de medro. ¿Qué habría sido de mí si no hubiera tropezado de manos a boca con aquel nobilísimo, con aquel sin par sujeto, que echó de ver mis disposiciones y me llevó desde el Purgatorio de la oscuridad y miseria al Paraíso del favor, de la fama y de la hartura? Hombre mejor no nació del vientre de mujer, ni se ha visto un talentazo igual para todo aquello que fuera de la jurisdicción de la suprema intriga, por cuyas prendas era la gran cabeza de aquellos tiempos, y un maravilloso regalo hecho por Dios a la afortunada nación española, para que la sacara del mal traer en que se encontraba.

No estamparé aquí su nombre, porque los de personajes insignes no de-

ben ser puestos a la vergüenza de las letras de molde, donde corren riesgo de que la Historia y la Posteridad (ambas señoras muy amigas de meterse en vidas ajenas) los tomen por su cuenta, atribuyéndoles esta o la otra picardía y desfigurando con pérfido criterio sus honrados manejos. Pero sin nombrar al santo, puedo referir los milagros. Era mi protector diputado en las Cortes del año 14, donde brilló por su buen ojo y mejor llano para meter en un laberinto de enredos y compromisos al bando reformador. Acaudilló con singular tino a los que poco después se llamaron *Persas*, y fué uno de los que prepararon el paso dado por Fernando (a quien todos llamaban entonces el *Suspirado*) contra la Constitución. Gozaba mi protector fama de hombre ignorantísimo, opinión que hubo de ser efecto de la ruin envidia, pues de su excelso ingenio fueron muestras la zancadilla que echó a todos los reformistas, y aquel celo y consumada destreza suya para ponerse en primer lugar, luego que el *rey* *recobró sus legítimos derechos*, así como la prontitud con que se proporcionó tres o cuatro sueldos por Obra Pía, Pósitos, Penas de Cámara, etc., de los cuales el menor habría contentado a un triste pedigüeño de otros tiempos.

Dios Todopoderoso, a quien no cesa de invocar mi gratitud, hizo que el cuidado narrador de estos sucesos topara con su excelencia en enero de 1814, y que le cautivase principalmente por su buena letra y singularísima habilidad para remedar la ajena, especialmente en toda suerte de firmas y rúbricas. ¡Oh, qué elogios hacía aquel buen hombre de mis talentos caligráficos! ¡Y cómo ponderaba mi pulso, mi excelente ojo y aquella soltura con que despachaba en cuatro rasgos las más difíciles y para él inverosímiles imitaciones! Así es que me traía en palmitas, regalábame copiosamente, y aunque, a veces, solía decirme las cosas entre una sofocante llovizna de bofetones, mi humildad y la mansedumbre cristiana que Dios me dió le volvían a su pacífico ser y a sus bondades y deferencias conmigo.

El primer asunto importante en que su merced me ocupara fué aquel que la Historia llama *el asunto Oudinot*, y que fué saladísimo, como obra de tales ingenios, aunque de escaso efecto, por

torpeza de algunos. Con su poderosa inventiva fantaseó mi protector una conspiración que se suponía fraguada por los liberales, de acuerdo con Napoleón, para establecer en España la república *Iberiana*. ¡Diantre con la república, y cuánto nos dió que reír, y cuántas cuchufletas y bufonadas entretuvieron las nocturnas horas en que a solas nos dedicábamos a inventar cartas, a remedar tipos de letra, a confeccionar programas y comunicaciones en cifra! Lo cierto es que la conspiración salió que ni pintada, y daba gusto ver aquella sutil trama, en la cual don Agustín Argüelles aparecía carteándose con un pinche francés, a quien nosotros, por ensalmo, hicimos *general Oudinot*, con otras muchas imaginarias picardías, puestas tan al vivo, que aun los autores de todo llegamos a creerlo, y nos indignábamos contra los *republicanos ibéricos napoleónicos*.

Todo se lo llevó la trampa, a pesar de estar hecho con tanto esmero en largas vigillas... ¡Lástima de trabajo! La torpeza del necio Berteau, criado de la duquesa de Osuna, y de cierto cura de Granada (a quien después hicieron arzobispo), echó por tierra el más grandioso edificio que levantarán humanos entendimientos. Descubrióse que todo era invención; formóse causa, y aunque nadie se metió con nosotros, tuvimos el pesar de que los mismos jueces se escandalizaran de tan *atrevida y necia calumnia*.

Pero, desde entonces, se redobló la buena amistad y estimación de mi generoso protector, quien me puso en el secreto de graves planes, convidándome a cooperar en su realización con todas las fuerzas de mi talento y travesura. Véase, pues, qué pronto me había destinado la divina Providencia a tomar parte en sucesos culminantes, de esos que mudan y trastornan las naciones. Sí, señores; delante de mí, en una sala del convento de Atocha, mi buen amigo, asistido de algunos padres graves de dicha casa, redactó el famoso manifiesto de los *Persas*, que quedó perfilado y puesto en limpio por mí en 12 de abril. Firmáronlo sesenta y nueve individuos de lo más aprovechado que había en el Reino y en las Cortes, hombres estimadísimos del soberano, que entre ellos repartió mitras y togas, para

que no quedara sin premio su lealtad.

En cuanto a la mía acrisolada, continuó sin más premio por entonces que el antiguo destinillo en la covachuela, y hasta después del 10 de mayo, y de la caída de la *Mamancia*, y de la entrada en Madrid del *encantador* Fernando, no di señales de adelanto en mi carrera. ¡Oh, qué días aquéllos! ¡Cuánta ansiedad sentíamos los buenos patricios, esclavos de la libertad, suspensos entre la vida y la muerte, sin saber cuándo veríamos el fin de la horrible tiranía de los *mamones*, *caparrotas*, *cuácaros*, *lameplatos* y *ceposquedos*, pues estos y otros graciosos nombres daba a los liberales en su *Atalaya de la Mancha* el reverendo padre Castro! ¡Y qué trasudores y congojas hubimos de pasar en todo abril, ora creyendo segura la llegada del rey con el desquiciamiento de todo el catafalco constitucional, ora sospechando que los infames francmasones nos secuestrarían al *suspirado* rey, haciéndole perdidizo en cualquier desfiladero, para encajarnos la república *Iberiana*, que tanto daba que hablar en los barrios bajos y en los claustros de mendicantes!

Pero la aproximación de las tropas de Wittingham nos dió aliento, y la llegada del general Eguía, completa tranquilidad acerca del buen resultado de lo que entre manos traían los *Persas*. ¡Qué hombre aquél! Era de los pocos, y es lástima que nuestra nación, agradecida a su destreza y heroísmo, no le elevase una estatua ecuestre, representándole con su peluca de coleta, su gran joroba y aquel aire chusco y altanero que le hacía tan temible. General más valiente no le han conocido los siglos. Los historiadores, que todo lo enredan, han dado en decir que don Francisco Eguía no hizo más que majaderías y desaciertos, cuando mandó el ejército del Centro en la Mancha, antes de la batalla de Ocaña; pero aún falta probar que nuestro general no fué un Gran Federico en aquella guerra. Han dicho que no quería combatir; que, apremiado por la Regencia para que atacase a los franceses, contestó que *él sólo anhelaba sucesos grandes que salvaran a la nación*, dando a entender el noble deseo de no gastar su ingenio estratégico en batallas de tres por un cuarto.

Pero sea de esto lo que quiera, y aun considerando que la Regencia tuvo razón al separarle del mando en 1809, no se le puede negar su heroísmo y militar ciencia en 1814. Como que él solo, ayudado de una división del ejército del Centro, dió al traste con la inmensa balumba de las Cortes, poniendo en vergonzosa fuga a más de cien diputados liberales, que se escondieron en sus casas sin atreverse a asomar las narices... ¿Qué tal? Hombres como aquel bravísimo Eguía son el mayor galardón que Dios omnipotente puede dar a las atribuladas y huérfanas naciones. Admirablemente lo hizo, y allí era de ver cómo se presentó con su tropa en casa del presidente de las Cortes, notificándole, con serenidad sublime, la ruina de la Constitución, y cómo ocupó después resueltamente y sin asomos de miedo, casi sin pestañear, el palacio de las Sesiones, declarando con voz entera y firme que todo estaba por los suelos.

¡Qué noche la del 10 de mayo de 1814! ¡Oh sin igual ventura! ¡Oh inolvidable regocijo del alma después de tan larga opresión! Yo había pasado todo el día escribiendo un articulito, que remití a *La Atalaya*, por encargo de mi excelente patrono. Estoy tan orgulloso de aquella pieza, fruto precioso del frenético entusiasmo mío y de los ardores fernandistas de mi exaltado corazón, que no quiero que estas fieles memorias vayan a los confines de la posteridad sin llevar siquiera un par de párrafos, muestra de mi caliente estilo y de las gallardías de mi pluma. Decía así:

«¿Adónde estáis, potencias de mi alma? ¡Os busco, y por ninguna parte os encuentro! ¿Habéis volado en busca de aquel imán de nuestros corazones? ¿Adónde está Fernando? Hechizo de mi corazón, ¿adónde te encontraré? ¡Mi alma no acierta, en la efusión de su placer, a expresar de ningún modo los sentimientos de que se halla inundada! ¡Mi memoria..., mi voluntad..., mi entendimiento, sí!... Todo es vuestro, ¡Dios eterno! Pero si Fernando está en vos, y vos en Fernando, en vos mismo gozaré de su amorosa presencia; sí, Dios omnipotente, permitid que me regocije en vos, pues que vos le elegisteis desde vuestros eternos alcázares para nuestro digno rey; vos le perseverasteis con

vuestra providencia en el principio; vos le guardasteis bajo la sombra de vuestras divinas alas...; vos le quitasteis de un suelo manchado con tantos crímenes, para que no presenciase el espantoso castigo con que ibais, aunque tan lleno de misericordia, a castigar a tus hijos...; sí, amado Fernando...; sí, apetecido consuelo de todas nuestras aflicciones...; sí, hermoso y deseado iris en todas nuestras horribles borrascas...; tus fieles y huérfanos hijos te lloraron como miserables pupilos, y no hubo un placer verdadero en sus amantes corazones, considerándote cautivo...»

II

Y así seguía, soltando la abundosa vena de mi inspiración, para que sin tasa corriese, con lo cual se embobaba el vulgo, llegando mi fama como escritor hasta el punto de que un padre de la Merced, el venerable Salmón, dijese de mí que allá me iba con Cervantes en el manejo de la pluma. Pero la verdad es que mi genio me llamaba por caminos distintos de los de la literatura. ¿Se creará que en aquella felicísima noche del 10 de mayo, no pudiendo contener mi exaltación en pro de Fernando, ni menos mi enojo contra los llamados *mamones*, me uní a los esbirros y jueces que iban de calle en calle prendiendo en sus casas a los famosos corifeos de las Cortes?

Uno de los jueces de Policía era amigo mío, y también un oficial de los que mandaban la tropa encargada de proteger a los jueces. Fuí, pues, de casa en casa, y no puedo dar idea de la indignación que ardía en mi alma contra aquellos bribones, a quienes era preciso buscar dentro de sus propias guaridas para prenderlos. Era, en realidad, vergonzoso que varones tan eminentes como aquellos intachables jueces de Policía anduviesen, cual cuadrilleros de la Santa Hermandad, corriendo a caza de un Argüelles, de un Martínez de la Rosa, de un Calatrava... ¡Tunantes! ¡Cuándo recibieron ellos mayor honra que la de ser huroneados por individuos de toga, los cuales, en su desmedido ardor por la causa del rey, iban sudando gotas como puños; que tales angustias trae el oficio de polizonte!

La pesquería no fué mala, y si bien se nos escaparon Toreno, Antillón, Gallago y otros, cogimos a Argüelles (a quien no le valió su *divinidad*) en la calle de la Reina; a Gallardo, en la del Príncipe; a Canga Argüelles, en la misma calle y casa de San Ignacio; a Page, en la de Hita; a Cepero y a Martínez de la Rosa, en la calle de San José; a Larrazábal, en la de Jacometrezo; a García Herreros, en la plazuela de Celenque, y en diversos sitios que no recuerdo, a Quintana el Seminarista, a Feliú, Villanueva, Muñoz Torrero, Cano Manuel, Alvarez Guerra, O'Donoghú, Capaz, Cuartero; a los cómicos Máiquez y Bernardo Gil, sin omitir al célebre *Cojo de Málaga*.

—¡Oh vil caterva de charlatanes! ¡Y qué bien os llegó vuestro San Martín! ¡Y con qué oportunidad y destreza fueron burladas vuestras malas artes y destruidos vuestros planes diabólicos! Mala peste os consuma, y demos gracias a Dios que nos deparó el remedio contra tanta perfidia en la férrea mano de Eguía. Ni qué falta hacían en el mundo vuestros heréticos discursos, ni a cuenta de qué venía esa endiablada Constitución... ¡Ay! Aquella noche las almas se desbordaban de gozo viendo destruida la infame facción, muerta la herejía, enaltecido el sacrosanto culto, restaurado el trono, confundidos volterrianos y masones. Yo no cesaba de dar gracias a Dios por lo bien que conducía desde su celeste altura la empresa, y siempre que salíamos de una madriguera para entrar en otra, asegurando ya uno de los abominables delincuentes, me santiguaba devotísimamente, poniendo los ojos en el Cielo, para que ni por un instante nos desamparase la bondad divina en tal trance y llegáramos al fin de la jornada sin tropiezo alguno.

A medida que iban cayendo los llevábamos a la cárcel de la Corona y al cuartel de Guardias de Corps o a San Martín, donde quedaban encerrados. No hubo papel que no se guardase para dar luz sobre los procesos que se les iban a formar, porque habría sido en verdad lastimoso que las picardías de tanto malsín no tuviesen comprobación cumplida en los autos, para que a nadie quedara duda de sus maldades. Pues digo..., si no se hubiera tenido mucho cuidado de cogerles los papeles,

la justicia habría tenido que romperse los cascos para inventarlos después, lo cual es tarea larga y que da larga fatiga y quita mucho tiempo a los señores de la Comisión de Estado.

Siempre me acordaré de la insolencia de los diputadillos, que en vez de echarse a llorar y pedirnos perdón cuando los prendíamos, nos miraban con altaneros ojos, afectando una serenidad tranquila, propia de justos o inocentes, y expresándose en tales términos, que al oírles, ¡mal pecado!, pudiéramos creer que no habían roto plato ni escudilla. Quien los viera, creyéralos a ellos jueces y a nosotros ladrones en cuadrilla, trocados los papeles y convertidos los ajusticiadores en ajusticiados. Viendo tan descarada desvergüenza, no me pude contener, y a varios de ellos les dije cuatro frescas bien dichas y dos docenas de verdades como puños, siendo tal su cobardía, que no se atrevieron a contestarme, ni aun siquiera a soportar el mortífero rayo de mis ojos.

Yo los veía pasar de sus casas a las cárceles, y siempre me parecían pocos. Hubiera deseado que aquellos bergantes se multiplicaran para que fuese más grande el esplendor de la hazaña que estábamos consumando. ¡Oh! ¡Ver a Madrid limpio de liberales, de gaceteros, de discursistas, de preopinantes, de soberanistas, de republicanos, de volterrianos, de masones!... ¡Esto era para enloquecer al menos entusiasta!

Llegaste al fin, ¡oh día 11 de mayo! y tus primeras luces vieron al devoto pueblo de Madrid corriendo por las calles como impetuoso río, sin que ningún dique bastase a contener las desbordadas olas de su gozo. ¡Oh, qué pueblo! ¡Y cómo gritaba celebrando el acabamiento de la tiranía! ¡Y con cuánto amor invocaba al Dios Todopoderoso y a su Santísima Madre, llevando en triunfo a los benditos frailes, y arrastrando por las enlodadas calles las sacrilegas imágenes de la Libertad, que exornaban el palacio del charlatanismo: arrancando la lápida de la Constitución y cuantos letreros, signos y figuras recordasen la conjurada borrasca!... De seguro lo pasaran mal los señores encarcelados si por acaso les echara la zarpa el discreto y sapientísimo vulgo. Hubo quien a grito herido

pidió que se permitiera al pueblo hacer justicia por sí mismo en la ruina de los orgullosos caídos; pero la cosa no pasó de aquí.

Por mi parte, trabajé en aquel día más que en otro alguno de mi vida. ¡Virgen de las Angustias! ¡Qué idas y venidas, qué mareo, qué ansiedad!... Sólo por causa tan santa y por el inextinguible amor del inocente Fernando puede un hombre molerse y descoyuntarse como yo lo hice aquel día, con los higados en la boca durante diez horas, sin dar paz a los pies ni a la lengua, ora arengando a éstos, ora recomendando a los otros lo que habían de hacer, disponiendo y ordenando, conforme a la voluntad de mi patrono y de otros personajes de viso que andaban en el negocio.

—¡Jesús, María y José! Flojita era la tarea en gracia de Dios... Al más pintado se la doy yo, seguro de que a la mitad de la jornada desfallecería, como no recibiera del Cielo bronceadas piernas y garganta de bronce. Ahí es nada... Teníamos que repartir dinero por los barrios bajos, y convocar a determinados individuos de la majería, cuidando de andar con pulso en lo del distribuir, porque a mucho que se abriera la mano, no quedaba nada para el repuesto del comisionado. Asimismo era indispensable ir de taberna en taberna y de garito en garito contratando gente; avistarse con el tío Mano de Mortero, con Majoma y otros próceres del Rastro, para encomendarles delicadas comisiones, de esas que sólo a delicadísimos entendimientos pueden fiarse. También había que avisar a los padres franciscos y agustinos, que estaban ocultos, para que saliesen a arengar a la muchedumbre; propalar noticias falsas de conspiraciones fraguadas por los revolucionarios, con otros muchos menesteres y ocupaciones que habrían rendido el organismo más fuerte y desquiciado, el más sólido entendimiento y la más firme voluntad. Pero ¿de qué sirve la fe, si no es para hacer prodigios? Por la fe los hice yo en aquel memorable día; por la fe tuve cuerpo y alma, sentidos e ideas para tantas cosas; por la fe hice más yo solo que veinte compañeros encargados de iguales trapicondas.

Recordando aquel día y mi cansan-

cio, el alma se me inunda de frenético gozo. Habíamos vencido a la infame pandilla, a un centenar de deslenguados charlatanes; los habíamos destruido sin más auxilio que un ejército y la autoridad del rey, acompañada de la grandeza, del clero, de las clases poderosas; habíamos triunfado en sin igual victoria, y la monarquía absoluta, tal como la gozaron con pletórica felicidad nuestros bienaventurados padres, estaba restablecida; habíamos pisoteado la hidra asquerosa del democratismo extranjero, de la inmundicia filosófica, devolviendo al trono su esplendor primero y la autoridad real el emblema de su origen divino; habíamos derrotado a la impiedad, sacando a la religión sacrosanta de la sombra y abatimiento en que yacía; habíamos realizado una maravilla; habíamos sido los soldados de Cristo; sentíamos en nuestro pecho el divino aliento, y el regocijo de la bienaventuranza enardecía nuestras almas.

—«¡Noche del 10 de mayo!—decía el padre Castro en su inolvidable *Atalaya*—. ¡Ah, tú serás contada entre los días más solemnes que vió el mundo!... Españoles, alabemos y ensalcemos al Señor; que nuestra lengua no cese de cantar sus misericordias.

»Sí, españoles: *Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia ejus*. Los principales cabezas de esta rebelión están ya presos en la capital y en las provincias. La sabiduría de nuestro idolatrado FERNANDO ha sabido combinar de tal modo los caminos de nuestra futura dicha, que es menester confesar que el Señor está en él. En un mismo día y en una misma hora han sido sorprendidos todos estos verdugos de nuestra patria, y su ejemplar castigo será la garantía más segura de nuestra perpetua felicidad. *Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia ejus*. Españoles, alabad y bendecid al Señor. Nuestra patria es ya feliz; ya reina FERNANDO.»

¡Sí, ya reinan Dios y Fernando!

III

¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!... Señor, ¿con qué lengua cantaré tus alabanzas? ¿Qué palabras

hay que no sean pálidas y frías para expresar mi gratitud? En la humildad nací, y del muladar de mi oscura condición sacóme tu mano poderosa para llevarme a los dorados alcázares, donde las grandezas humanas dan idea de las grandezas divinas. Mi corazón se estremece de gozo al recordar mi primer paso por la dorada senda.

Era un domingo; habían pasado algunos días después de la entrada del rey; funcionaba ya el nuevo Ministerio; habían levantado su majestuosa cabeza, coronada con los laureles de cien siglos, el Real Consejo y Cámara de Castilla y la Sala de Alcaldes, cuando don Buenaventura (algún nombre he de dar a mi buen protector para que se le distinga entre los individuos de que haré mención) me llamó a su despacho, y melifluamente me habló así:

—Dime, Braguítas, en cuál oficina quieres colocarte, pues ya he dado tu nombre al ministro y no falta más que saber tu deseo para satisfacerlo al punto.

—Señor—repuse—, como vayan por delante los veinte mil reales que vuestremerced me ha prometido, lo demás es cuestión secundaria. Sin embargo, mis aficiones...

—Ya sé que tú te inclinas a la Real Hacienda. Vas a lo positivo. ¿Te convendría la Caja de Amortización, los Pósitos, la Revisión de Juros?...

—Iré, si vuestremerced no lo toma a mal, a Paja y Utensilios.

—Corriente... Mañana mismo tendrás tu nombramiento... Dime: ¿has llevado la carta a las monjas Bernardas?

—Esta mañana.

—¿Me has limpiado las botas?

—Están como espejos.

—Bueno; antes de marcharte pídele a doña Nicanora los calzones y la casaca que te prometí ayer. Con un poco de obra quedarán ambas prendas como nuevas... Ahora necesitas cierta ostentación, Juan. Es preciso que te presentes como corresponde a un señor oficial segundo de Paja y Utensilios, y lo primero que has de hacer es dar gracias al señor ministro.

—¿Las gracias?

—Seguramente. Ganabas cinco mil reales en las covachuelas de la Secretaría de Gracia y Justicia, y de golpe y porrazo pasas con veinte mil a Paja y Utensilios...

Mortificado por mi dignidad, un poco ofendida, permanecí en silencio; pero el insigne repúblico debió de adivinar mis pensamientos con su seguro tino, y me dijo:

—Qué, ¿no estás contento todavía? No sé en qué piensan los muchachos del día... Ya se ve... ¡Los tiempos que corren y los escándalos de estos últimos años han despertado las ambiciones de tal modo!... En mis tiempos, lo que hoy se te da equivalía a un arzobispado de los de mejor renta.

—No me quejaré—repuse humildamente—, porque es propio de mi condición no pedir nada y aceptar lo que me dan; pero... si han de acomodarse las recompensas a los merecimientos...

—¡Tus merecimientos!—exclamó su señoría con desdén—. ¿Cuáles son? ¿Qué letras has cursado, perillán? ¿Qué tratados de materia jurídica o teológica has escrito? ¿Qué servicios has prestado a la Administración, bergante? ¿Qué ejércitos acaudillaste, zopenco, ni qué rey te debió la corona?

—Sobre eso hay mucho que hablar señor don Buenaventura de mi alma—respondí con brío—. Si a todos se repartiera por igual, no me quejaría; pero se están viendo improvisaciones escandalosas. Ahí tiene usted a Antonio Moreno. ¿Qué era hace un mes? Ayuda de peluquero, pues ni siquiera podía llamarse maestro peluquero. ¿Qué es hoy?... Consejero de Hacienda.

Don Buenaventura calló. Le dejé suspenso y absorto.

—Es verdad—dijo al fin—. Ya lo sabía..., pero eso no tiene nada de particular. Antonio Moreno era... un excelente profesor de cabezas... No debe olvidarse que en Valencia sirvió de amanuense cuando se redactó el célebre decreto del cuatro.

—¡Consejero de Hacienda!—exclamé yo alzando los brazos—. ¡Consejero de Hacienda un vil peluquero!

—Pero a nosotros, ¿qué nos importa? Allá se las compongan... Dime tú: ¿qué pedazo de pan nos quitan de la boca haciendo a Moreno consejero? Además, el honor de haber redactado tan sublime documento merece perpetuarse con una posición decente... ¿Qué piensas? ¿Qué opinas? ¿Por qué has hecho ese gesto de monja escandalizada cuando he nombrado el decreto del cuatro

de mayo? ¿No te gusta? ¿No te parece categórico? ¿No lo crees una obra admirable y qué nada deja que desear?

Yo callaba, porque mil dudas y desconfianzas ocupaban mi espíritu.

—No puede escribirse nada más contundente—continuó don Buenaventura leyendo un papel—que el párrafo en el cual se declara «aquella Constitución y decretos nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitaran de en medio del tiempo...» Está dicho todo, y con tales palabras bastaba.

—Esa es mi opinión. Con eso bastaba. Pero más arriba, el rey, obedeciendo a pérfidas inspiraciones, ha dicho que aborrece el despotismo, que convocará Cortes, que establecerá la seguridad individual, con otras zarandajas que, o mucho me engaño, o son el primer paso para volver a las andadas, mi señor don Buenaventura.

—Pero ven acá, majadero impenitente, ¿cuándo has visto que tales fórmulas sean otra cosa que una satisfacción dada a esas entremetidas naciones de Europa, que quieren ver las cosas de España marchando al compás y medida de lo que pasa más allá de los Pirineos? Ríete de fórmulas. No se pueden hacer, ni menos decir, las cosas tan en crudo que los afeminados cortesanos de Francia, Inglaterra y Prusia se escandalicen. ¡Reunir Cortes! Primero se hundirá el cielo que verse tal plaga en España, mientras alumbra el sol... ¡Seguridad individual! ¡Bonito andaría el reino si se diesen leyes para que los vasallos obraran libremente dentro de ellas, y se dictaran reglas para enjuiciar, y se concedieran garantías a la acción de gente tan ingobernable, díscola y revoltosa! El rey, sus ministros y esos sapientísimos y útiles Consejos y Salas, sin cuyo dictamen no saben los españoles dónde tienen el brazo derecho, bastan para consolidar el más admirable Gobierno que han visto humanos ojos. Así es y así seguirá por los siglos de los siglos... ¿Eres tan tonto que crees en manifiestos de reyes? Como los de los revolucionarios, dicen lo que no se ha de cumplir y lo que exigen las circunstancias. Bajo las fugaces palabras están las inmóviles ideas, como bajo las vagas nubes las monta-

ñas ingentes, que no dan un paso adelante ni atrás. Las nubes pasan y los montes se quedan como estaban. Así es el absolutismo, hijo mío; sus palabras podrán ser bonitas, rosadas, luminosas y movibles; pero sus ideas son fijas, inmutables, pesadas. No mires lo de fuera, sino lo de dentro. Estudia el corazón de los hombres y no atiendas a lo que articulan los labios, que siempre han de pagar tributo a las conveniencias, a la moda, a las preocupaciones...

Don Buenaventura se expresaba con calor. No me atreví a contestarle, y mis pensamientos se acomodaron a los suyos, como sucedía casi siempre que hablábamos de política.

—¡Añ! Se me olvidaba una cosa—exclamó después de breve pausa—. Ya he dicho al ministro que te exima durante algunos días de ir a la oficina. Es preciso que me ayudes en este delicado negocio que tengo entre manos... Ya sabes que su majestad me ha nombrado fiscal de la Comisión de Estado que ha de sentenciar a los presos de la noche del diez.

—Tarea fácil, a mi modo de ver, mientras no desaparezcan del mapa Melilla, Ceuta y el Peñón.

—Eres excesivamente ejecutivo. No puede hacerse la distribución sin fundar en algo los castigos. Es preciso buscarle el pelo al huevo, como suele decirse; registrar papeles, sacar de ellos la quinta esencia de la maldad, allegar testigos, aunque sea en las entrañas de la tierra; estrujar los autos hasta que destilen la amarga hiel de la evidencia, cumplir en todas sus partes la larga serie de procedimientos que son gloria de nuestra jurisprudencia, y, en fin, *hacer* los procesos de tal modo que no les falte ni una tilde y aparezcan en toda su horrible desnudez las necesarias maldades de esos hombres.

—Con el plan de república, algo más verosímil que el de la Iberiana, revelado por el padre Castro en su *Atalaya*—repuse—, bastará para *hacer* las más lindas causas que se han visto en tribunales españoles.

—A eso vamos. La *Confederación* descubierta por el atalayero es ingeniosa. Además, algunos testigos han hecho declaraciones de perlas.

—El conde del Montijo...

—Asegura que los liberales formaron

causa al rey en un café de Cádiz y le condenaron a muerte.

—Ostolaza...

—Ha delatado los *pensamientos* de sus compañeros de Cortes, asegurando que querían deshonorar al rey, con otras preciosísimas afirmaciones que constituyen un verdadero tesoro.

—La persecución del obispo de Orense y del marqués del Palacio, así como el destierro del nuncio señor Gravina, son materia abundante.

—Abundantísima.

—Bien sabemos todos que Mejía dijo en las Cortes «que no existe Dios»; Argüelles, «que no debían obedecerse los preceptos de la Iglesia».

—Feliú sostuvo «que la religión era una farsa...»

—Y Arispe afirmó que la grandeza española «tenía sangre de perro». Bien mirado, el testigo más explícito, más claro, es el archivo, las actas de las Cortes.

—Sin duda. ¿No está allí escrito que el danzante de Martínez de la Rosa propuso fuera condenado a muerte el que propusiese adición o reforma en la Constitución de Cádiz?

—Recuerdo perfectamente su pedantesco discurso del veintiuno de abril, en que decía que «los pueblos deben darse ellos mismos las leyes fundamentales».

—También yo tengo buena memoria —añadió don Buenaventura—. Habló mucho de «derechos imprescriptibles», y concluyó así: «Se acabaron nuestras desgracias. Ya reinan las leyes.»

—Que es como decir «que no reinará el rey» —afirmé, tomando un polvo que don Buenaventura me ofreció.

—¡Y qué más, mi querido Bragas! ¿No consta en el libro de las sesiones la abominable expresión de Canga Argüelles?

—«Que estaba pronto a derramar la última gota de su sangre en defensa de la Constitución».

—Así mismo lo dijo:

—No recuerdo bien cuál de ellos aseguró que, «destruidos los conventos, se cortan las fuentes que mantienen las preocupaciones y cuentos de viejas».

—Page, el mismo que expresó la opinión de que «es delito de lesa majestad llamar soberano al rey...» ¿No fué Isúriz quien dijo aquellas palabrotas?...

—Sí, ya recuerdo. «Hoy somos ciudadanos de una gran república, aunque bajo las formas características de la monarquía; el rey no es nuestro señor. es nuestro jefe, porque queremos y de la manera que queremos que lo sea, y nada más.»

—Admirable memoria tienes —dijo don Buenaventura, tomando la pluma—. Voy a apuntar eso. Se confrontarán las *Señones*.

—No olvidará usted los méritos y servicios de Gallardo. Fué el que estampó en letras de molde «que los obispos debían echar bendiciones con los pies, colgados de una cuerda». Ahora recuerdo también que Ramajo, redactor de *El Conciso*, amenazó al rey con la venida de Carlos Cuarto si no juraba la Constitución.

—Deliciosísimo, amigo Bragas. Tras los diccionaristas y gaceteros, viene la pestilente chusma de poetas, a quienes es preciso también poner como nuevos. Ahí tienes, por ejemplo, a Sánchez Barbero.

—El autor de aquellos versitos:

Aquí nosotros los sagrados dones
de independencia y libertad gozamos.
y monarca, no despota, juramos.

—Yo también me acuerdo, yo también —exclamó con júbilo mi amigo—. El infame bibliotecario de San Isidoro se despacha a su gusto en estas endechas:

El fanático error vencido cede,
y la sin par Constitución sucede;
Constitución resuene
doquiera ya; Constitución inflama...

—¡Ya te inflamarán a ti!... ¡Misera-
bles poetas, se os ha acabado el *doquiera*! Encerraditos en Melilla podréis cantar la *soberana*.

—Muñoz Torrero —añadí, gozoso de poner mi retentiva al servicio del Estado— fué el que dijo que «la soberanía de la nación estaba en las Cortes», lo cual es como poner a la burra las arracadas.

—Justamente. «Y que las personas de los diputados eran inviolables.» ¡Inviolables el veneno de la serpiente y la lengua del escorpión!

—Pues ¿y García Herreros? Fué el que tuvo el atrevimiento de asentar que

«los reyes están sujetos a las leyes que les dicta la nación».

—Y «que la ley es superior al rey», lo cual es como decir que la espuela gobierna al jinete.

—Casi todos ellos firmaron el decreto que «no se conocería por libre al rey, ni menos se le prestaría obediencia, hasta que él prestase juramento a la Constitución».

—Gutiérrez de Terán firmó, como secretario, el manifiesto de diecinueve de febrero, que era la segunda parte del decreto.

—Y Martínez de la Rosa, o sea el «señor Bello Rosal», como le llama *La Abeja*, lo escribió.

—Y Feliú lo leía a voz en cuello en los cafés.

—Adonde iban a emborracharse.

.....

Don Buenaventura tomaba apuntes, demostrando a cada nueva adquisición cierta alegría pueril. Como hombre que en el cumplimiento de sus deberes y en el servicio del rey y del Estado ponía su alma toda entera, sin proceder jamás de ligero en ningún asunto grave, allegaba cuantos datos pudieran ilustrar su entendimiento en materia tan ardua, y con ansiedad de avariento los iba guardando. El buen señor se veía precisado a sentenciar a muerte o a presidio a unos cuantos malvados, y no pudiendo hacerse esto rectamente sin pruebas, las buscaba para que aquellos infelices no fueran al patíbulo sin saber por qué. ¡Tunantes! ¡Cuándo merecieron ellos tropezar con varón tan justo, tan humanitario y cómpasivo como aquél! ¡Ni cómo habían ellos de soñar que, merced a los cristianos sentimientos de tan ejemplar magistrado, enemigo del derramamiento de sangre, se verían galardonados, como quien dice, con unos cuantos años de presidio en vez de la horca que merecían!

Más adelante se sabrá su destino, que ahora no puedo levantar mano del trabajo de mi propia historia, en la cual ocupan lugar muy preferente los sucesos que se verán a continuación.

IV

Siempre fui hombre que lo mismo servía para un fregado que para un barrido y de tanta actividad que solapadamente me multiplicaba, esclavo de diversas y contrapuestas obligaciones, atento siempre al servicio del Estado y a mi propio interés, como Dios manda, vigilante y despierto en todos los momentos de la vida para que ninguna ocasión de ganancia se me escapase, y con cien ojos puestos en el panorama de los acontecimientos para sacar de ellos provecho. Así es que ayudaba a don Buenaventura en sus quebraderos de cabeza dentro de la Comisión de Estado, y servía mi plaza en Paja y Utensilios, mereciendo plácemes sinceros del jefe y no poca envidia de mis compañeros. En poco tiempo supe conquistar la amistad de muchos personajes eminentes de aquella era feliz, tales como don Blas Ostolaza, espejo de los predicadores, confesor del infante don Carlos y hombre de muchísimo influjo; don Pedro Cevallos, don Juan Lozano de Torres, don Juan Pérez Villamil, célebre por lo de Móstoles; don Pedro Labrador, el incomparable diplomático que en el Consejo de Viena dejó pasmados a todos los embajadores de las grandes potencias; don Miguel de Lardizábal, ministro de Indias; el gran magistrado don Ignacio Villela; el señor Vadillo, alcalde de Casa y Corte, y otros muchos individuos tan insignes, tan eminentes, que bien podía decirse de ellos que tenían las cabezas podridas de talento.

Como yo era tan entremetido, fácilmente ensanchaba el círculo de mis amistades, unas veces solicitando favores con tal empeño que me los concedían porque me quitase de encima; otras prestando los pequeños servicios que de mi reducido poder dependían... Pues digo..., cuando alguno de aquellos señorones venía a mi oficina, a la inmediata de Rentas Decimales, donde yo tenía tantos amigos, o a otra cualquiera de las del ramo, a solicitar reservadamente que se hiciera perdidizo un miserable expedientillo de propios o de arrendamiento de oficio..., vamos.... aquello era una bendición. Viendo que yo abría la mano y no me hacía rogar,

siempre que se trataba de poner mi firma en un *Cargo y Data*, enviado por el alcalde, por el contratista o por el recaudador, me traían en volandas. ¡Qué le importaba a la nación que se escurrieran entre los papeles algunos disimulados sapos y culebras, o que se variara con caligráfico ingenio un par de números, siempre que quedase contento aquel o el otro empingorotado republico, cuyo bienestar importaba tanto al Estado! ¡Pues no faltaba más, sino que, por no hacer el gusto a un regidor amigo o a un alcabalero pariente, se sofocara un esclarecido varón, y revolviéndose los humores, perdiera la salud, tan necesaria al buen servicio y esplendor de la monarquía!

Unas veces era preciso conseguir moratoria de diez años para que tal o cual duque no se viese importunado por los estúpidos de sus acreedores... Otras veces había que beber los vientos para conseguir que el fuero del Honrado Consejo amparase a Fulanito, en cuyo caso, y mientras aquél decidiera, éste no tenía que apurarse por la fruslería del pago de sus arrendamientos... Pues ¿y cuando había que conseguir de la Sala de Alcaldes una provisioncita para que en tal o cual pueblo se repartieran los oficios dos o tres individuos de una familia, de modo que por ser hermanos el alcalde, el secretario, el escribano y el procurador síndico, no había la más leve disputa en el arreglo del común? Existiendo estos asuntillos era necesario entonces tener en Madrid un amigo listo y de mucha mano en las oficinas para que volviese lo blanco negro y lo verde encarnado en las cuentas, para que visitase a algún señor del Consejo y con él se entendiese; que si no, capaz era el tal Consejo de darse de calabazadas por averiguar dónde se había escurrido algún terreno baldío rematado en tiempo de los franceses...

También solían ocuparme los señores de Madrid y muchos de provincias en diversos negocios referentes a Tercias Reales, a ciertos atrasillos de Alcabalas, a compaginar las cuentas del receptor de bulas de tal pueblo para que no apareciesen distintas de las del alcalde, a resucitar cual expediente de Manda Pía forzosa, añadiéndole un par de planas a la antigua, tan diestramente imitadas, que ni aun les faltaba la polilla, y...

¿para qué cansar más?... Ocupábanme en todo lo que fuese del mangoneo subterráneo de las oficinas, pues yo, por mi índole rebuscona, mi carácter dulce y la prodigiosa facultad de insinuación que me otorgó Natura, había establecido una red oculta, hilos, de connivencia atendidos de covachuela en covachuela y de despacho en despacho; con tal arte, que nada me era difícil.

Verdad es que algunos envidiosos dieron en decir que se deshonraban teniendo a su lado, y hasta se susurró que su excelencia quería echarme a la calle... (ya se hubiera tentado la ropa antes de hacerlo); pero yo tenía muy buenos asideros en la Administración y de todo me burlaba. Antes hubieran movido de sus graníticos cimientos El Escorial que moverme a mí de mi silla de Paja y Utensilios. Como que mis calumniadores eran unos pobres papanatas que apenas sabían hacer otra cosa que el trabajo material de su oficina, y así era de ver el mal trato de sus casas; pues muchos de ellos no tenían camisa que poner a sus chiquillos. En cuanto al aspecto de sus rostros y personas, daba grima verlos, según estaban de rotos, descomidos y trasijados, y no podía uno menos de avergonzarse al pensar qué idea formarían de la Administración española los extranjeros que acertaran a conocerlos.

Mi casa, por el contrario, era una tierra de promisión. ¡Bendito sea Dios que a nadie desampara! Tan pronto venía la caja de dulce como la tarea de chocolate macho; ora las sartas de chorizos; ora un par de jamones; el plato de leche no faltaba nunca en las solemnidades, ni el par de capones en 24 de junio... En fin: aquello parecía una colmena. Tanto iban creciendo mi clientela y buen suerte, que me ocurrió poner una Agencia de negocios. Había que ver cómo me solicitaban damas, oficiales, canónigos, marquesitos, ¿qué digo?... ¡hasta un señor obispo me honró con su confianza! Mi nombre fué bien pronto conocido en todo Madrid, quizá en todo el reino y sus Indias; transformóse mi persona; me sentí crecer, ¡oh, crecer hasta sobresalir por encima de las eminencias cortesanas; vi bajo mis pies a muchos de carroza y venera; miré cara a cara el sol de la grandeza y del poder, y la

ambición empezó a morderme las entrañas; ¡pero qué ambición y qué entrañas las mías!

Entre tanto, mi don Buenaventura seguía enredado con los procesos, sin acertar a despacharlos. Las causas eran un embrollo estúpido, y en ellas no constaba nada positivo ni terminante, por lo cual los tontaines de la Comisión de Estado no acertaban a condenar a muerte a ningún diputadillo. Lleno de ansiedad el rey porque se hiciera pronta justicia, nombró una segunda Comisión de Estado, y como ésta se atascara también, fué preciso designar la tercera, hasta que el Gobierno se cansó de comisiones que nada hacían y supo dictar, por sí, aquella saludable medida que cortó de plano la cuestión. Hízolo, si se quiere, por humanidad, pues a los infelices diputados que se estaban pudriendo en las fétidas mazmorras de Madrid les venía bien tomar los salutíferos aires de Melilla y el Peñón por ocho o diez años.

Y no se crea que un rey tan recto y tan celoso por el buen gobierno se dormía en las pajas. El mismo extendió de su real puño una orden disponiendo que el señor Argüelles no se moviese de Ceuta, durante ocho años, sin duda porque así convenía a la quebrantada salud del divino asturiano.

Este decreto contra los diputados y el que en 30 de mayo de 1814 se dió contra los afrancesados que estaban en la emigración, además de sus ventajas como contraveneno del constitucionalismo, ofreció el inestimable beneficio de librarnos de toda la plaga de literatos, poetas y prosadores que desde años atrás habían empezado a infestar al país. Pues no sé... ¡Si no andan listos nuestros gobernantes, buenas se hubieran puesto las cosas! De seguro que Moratín nos habría aturrido con sus comedias, y Meléndez con su pastoril caramillo, y Gallego con su retumbante trompa. De fijo que Quintana y Sánchez Barbero, Burgos y Lista, Tapia y Martínez de la Rosa habrían lanzado sobre la afligida nación un diluvio de obras poéticas de diversos generos, teniendo después el descaro de pretender que el público se las pagara en época de tan poco dinero. También Conde y Toreno nos hubieran mareado con sus historias; y Antillón y Císcar con sus

obras científicas, soliviantando a la nación y metiendo ruido para que los españoles despertaran del plácido letargo sabroso en que, por fortuna, vivían entonces.

A fin de establecer en todo el país aquella calma perfecta y absoluta que es condición precisa para que puedan lucirse los buenos gobernantes, fué preciso encausar a muchos que no habían sido diputados, ni literatos, ni siquiera poetas, sino simples particulares oscuros, aunque cargados de crímenes nefandos. ¡Si era cosa que daba horror oír contar las maldades de aquella gente!... Hubo quien conversando en los cafés, en círculo de amigos, habló mal del despotismo. Me acuerdo de la causa formada al brigadier Moscoso «por no haber desplegado los labios» mientras otros oficiales elogiaban la Constitución... Vamos, si no se puede uno contener tratando de esto. Bien hizo el fiscal en pedir para Moscoso la pena de muerte, porque el deber de éste era reprender a los desvergonzados oficiales... Pues ¿y los muchos a quienes se formó sumaria y fueron a Ceuta por haber escrito en los papeles públicos en tiempo de la Constitución, o por haber sido partidarios de ella, a pesar de que nunca dijeron «esta boca es mía»... Nada, nada se les escapaba a aquellos benditos señores de la Comisión de Estado, y de ellos puede decirse que se excedían a sí mismos y hacían los imposibles por la rápida y eficaz administración de justicia.

Verdad es que tenían en su auxilio a multitud de patricios vehementes que delataban sin cesar a los pícaros, refiriendo lo que oyeron tres años antes y descifrando minuciosa y hábilmente el pensamiento de tal o cual persona. La delación, ¡ay!, no era cosa fácil, sino muy trabajosa y comprometida, porque había que meterse en las casas fingiéndose amigo, interceptar cartas en el correo, seducir a los criados, engañar a los tontos y llevarlos a los cafés, excitándolos a hablar; en fin, era obra difícil, a la cual sólo podían hacer frente la mucha fe y el desmedido amor al monarca.

No se crea que éste dejó sin premio tan grandes virtudes y la abnegación de aquellos leales sujetos que olvidaban los menesteres de sus casas para me-

terse en las ajenas: no, aquel sabio Gobierno premió largamente a los delatores, dando a unos el privilegio de abastos de tal villa; a otros, una plaza de fiel de matanza; a Fulano, una procuraduría; a Zutano, un oficio enajenable, etc., etc.

Lo más notable es que no se vió en aquellos días ninguna ejecución de pena capital, pues ni el mismo *Cojo de Málaga* llegó a bailar en la cuerda, como lo tenía dispuesto el Gobierno, en castigo de haber alborotado y aplaudido en las tribunas públicas de las Cortes. Delito tan feo, tan contrario a los fueros de la nación, a la dignidad del rey y a la fe católica, exigía expiación durísima y un castigo ejemplar, que sonase en todos los ámbitos de la feliz España. Furioso estaba el pueblo contra el *Cojo*, el clero escandalizado, los patricios muertos de impaciencia porque de una vez y sin pérdida de tiempo desapareciese de entre los vivos el inmundo reo; pero ved aquí que el embajador de Inglaterra (son los extranjeros muy amigos de farandulear, se interpuso, rogó, suspiró, aun dicen que amenazó, hasta que nuestro rey, no queriendo malquistarse con la Gran Bretaña por un cojo de más o de menos, le conmutó la pena capital por la de presidio indefinido. La suerte fué que, cuando llegó la orden, ya estaba Pablo Rodríguez con un pie en el cadalso y había tragado lo más amargo de la alcuza. Quien más perdió fué el pueblo, que ya contaba por segura la ejecución y se quedó a media miel.

Tampoco subió al cadalso doña María Villalba, señora de mucha bondad y hermosura, según decían. Sí, ¡buena sería ella!... ¿Qué puede pensarse de una dama que cometió la felonía de escribir en confianza a cierta amiga contándole algunos lances amorosos del rey?... Afortunadamente, el Gobierno de entonces tenía la gracia de que no se escapaba en correos una pícara carta que contuviese algo importante... ¡Y la doña María, se quedaría tan fresca, creyendo que su gran crimen no iba a ser descubierto! ¡Véase si vale de mucho el ojo diligente de la Administración; véanse las ventajas de una estafeta celosa del bien público! Los buenos gobiernos han de estar en todo, y meter la cabeza hasta dentro de las fal-

triqueras de los gobernados, porque si no... ¡No faltaba más sino que cada uno pudiera escribir lo que le diese la gana, y después encargar al Gobierno la comisión de llevarlo...! En fin, doña María Villalba fué puesta a la sombra, y si conservó la vida fué porque se movieron en su pro muchas personas de influencia y todo Madrid se puso sobre un pie.

Pero no todo había de ser blanduras, porque en aquellos días restablecimos la Inquisición.

V

Restablectmos: permitidme que hable en plural. Yo tenía derecho a ello desde que logré meter mi cucharada en la tertulia del infante don Antonio. ¡Quién me había de decir que me vería en tales excelsitudes, mano a mano con gente nacida de vientre de reinas! Parecíame mentira, y me causaban admiración mi propia persona, mis propias palabras. Sin quererlo, me hacía cortesías a mí mismo. Aprendí a vestirme con elegancia, y los que me habían conocido meses antes se asombraban de mi transformación.

Antes de dar a conocer la tertulia del infante, enumeraré la serie de relaciones que me condujeron a Palacio.

Desde que comencé a hacerme hombre de pro, solía visitar a las señoras de Porreño, una de ellas hermana del señor marqués de Porreño, que había muerto poco antes; hija del mismo la otra, y sobrina la tercera. Aquella casa, que ya venía muy agrietada desde el siglo anterior, estaba a punto de hundirse completamente, por cuya razón las tres excelentes señoras necesitaban buenos amigos que les ayudaran con amena tertulia y delicado rato a conllevar las pesadumbres de su lamentable decadencia.

En casa de estas señoras conocí a don Blas Ostolaza, confesor del infante don Carlos y predicador de Palacio, hombre de los más eminentes que han vivido en España. Eclesiásticos como aquél debieran nacer aquí todos los días, y aunque saliera uno detrás de cada piedra, no estaría de más. El fué quien felicitó a Fernando desde el púlpito por el restablecimiento de la Inquisición,

diciéndole: «Apenas ha vuelto vuestra majestad de su cautiverio y ya se han borrado todos los infortunios de su pueblo. La sabiduría y el talento han salido a la pública luz del día, y se ven recompensados con los grandes honores, y la religión, sobre todo, protegida por vuestra majestad, ha disipado las tinieblas como el astro luminoso del día.»

El fué quien escandalizó en las Cortes de Cádiz por su fresca olímpica, que hacía reír a la gente de las tribunas; y como mi hombre, tanto a los *galeríos* como a los diputados, los aporreaba a verdades, cada vez que hablaba todo Cádiz se ponía en movimiento. La fama de estas hazañas, así como la de sus mortíferos discursos, corrió por todo el reino de tal suerte, que cuando su majestad volvió de Valencia estuvo en un tris que me le hiciera obispo.

El fué quien durante las causas de que antes hablé reveló los *pensamientos* de sus compañeros de Congreso en las sesiones secretas. Eso sí, tenía mi don Blas una memoria asombrosa, y no dijeron los charlatanes palabrilla pecaminosa ni herética argucia que él no recordase, por lo cual su boca fué una mina de oro en aquellos benditos autos.

Era tan celoso por la causa del rey y del buen régimen de la monarquía, que si le dejaran, ¡Dios poderoso!, habría suprimido por innecesaria la mitad de los españoles para que pudiera vivir en paz y disfrutar mansamente de los bienes del reino la otra mitad. Fué de ver cómo se puso aquel hombre cuando se restableció la Inquisición. Parecía no caber en su pellejo de puro gozoso. Una sola pena entristecía su alma cristiana, y era que no le hubieran nombrado inquisidor general. ¡Oh!, entonces no se habría dado el escándalo de que se pasearan tranquilamente por Madrid muchos tunantes que tenían sus casas atestadas de libros y que recibían gacetas extranjeras sin que nadie se metiese con ellos.

No sólo era predicador insigne, sino que, como escritor religioso, bien puede decirse que Melchor Cano, Sánchez y el padre Ribadeneyra, comparados con él, ignoraban dónde tenían las narices. ¿A qué rincón de la Europa culta no llegaron sus célebres novelas, impresas con las armas reales, amén del retrato

del monarca, y en las cuales, ora en prosa, ora en verso, aparecían charlando barba con barba Dios y Fernando VII? ¡Válgame los cielos! Aquello era escribir, y quien no ha visto tales cosas, no sabe lo que es literatura.

En tratándose de púlpito no había otro. Era cosa de oírle con la boca abierta, sin perder ni una sílaba de su pasmosa elocuencia. No le habían de pedir que hablase de los santos ni de la religión, que eso para predicadorcillos de tumba y hachero. El, desde que ponía el pie en la grada, la emprendía con las Cortes, con los diputados, con las ideas liberales, y mientras más hablaba, aún parecía que se le quedaban dentro más vituperios por decir. En tocando este punto, llevaba hilo de no acabar en tres días. La gente se aporreaba en las puertas de los templos para entrar a oírle, y... no hay que darle vueltas... ni don Ramón de la Cruz, con sus sainetes populares, atrajo más gente. ¡Y cómo estusiasmaba a la multitud! Oíanse gritos dentro de la iglesia, y si al salir de ella hubieran topado los fieles con algún liberal, ya habría podido éste encomendarse al diablo.

Fué, en verdad, grandísimo error que no le dieran la mitra que pretendió y por la cual bebió vientos y tempestades en las antecámaras de Palacio. El señor Creux, a quien prefirieron, no había revelado tan fielmente como Ostolaza los pensamientos de sus compañeros los diputados. Pero no era hombre mi don Blas de los que se quedan callados ante el desaire, y volviendo por los fueros de su dignidad ofendida, habló más que siete procuradores, aderezando su charla con cierta intriga un poco subida de punto. Pero ni por ésas: en vez de hacerle caso, le mortificaron más. No puede darse mayor injusticia. Llegó la crueldad hasta el extremo de alejarle de la Corte, nombrándole director de la Casa de niñas huérfanas de Murcia. Y lo peor es que no paró aquí la persecución del inimitable don Blas, pues, ¡mentira parece!, se dijo que su conducta en el referido Colegio no era un modelo de honestidad; y lo aseguraba todo el mundo, siendo tales y tan feos los casos que se contaban, que parecían pura verdad. Lo que más me con firmaba a mí, conocedor de nuestra Jus

ticia, en que don Blas era inocente, fué el ver que le formaron causa. ¡Desgraciado sujeto! Preso estuvo en la Cartuja de Sevilla, y después confinado en las Batuecas, consumiéndose de tristeza. ¡Quién se lo había de decir a él y a todos su samigos! ¡Triste era, en verdad, considerar incapacitados aquellos grandes bríos que tenía para todo, oscurecida aquella luminosa facundia para el púlpito, imposibilitadas aquellas manos de ángel para enredar los hilos de la conspiración menuda!

De su piedad y devoción, ¿qué puedo decir sino que edificaba a todos, y especialmente al infante, de quien era director espiritual? Pues ¿a quién sino a mi amigo debió don Carlos el haber salido tan temeroso de Dios, tan fiel esclavo de los preceptos religiosos, que más que príncipe y futuro candidato al trono parecía un santo, según era de compungido dentro de la iglesia y ejemplar fuera de ella en todos sus actos y palabras? Amaba tan entrañablemente don Carlos a su confesor, que no podía vivir sin él. Rezaban juntos por las noches, y cuando el príncipe se acostaba, Ostolaza, después de decir las últimas oraciones, fervorosamente prosteronado ante la imagen de Nuestra Señora, rociaba el lecho de su alteza con agua bendita para alejar los sueños pecaminosos.

No se crea por esto que mi amigo era gazmoño ni melindroso, que esto habría sido grave falta en un hombre llamado a las luchas del mundo. Sabía perfectamente dar a cada hora su propio afán, concediendo parte del tiempo a las buenas relaciones sociales, porque igualmente se ha de cumplir con Dios y con los hombres. Por tal ley, Ostolaza, luego que dejaba a su hijo espiritual dentro de las purificadas sábanas, bien santiguado y bien rociado por banda y banda, de tal modo, que en la alcoba regia se podrían pasear los serafines; luego que don Blas, repito, desempeñaba así su difícil cargo, se embozaba en su capa, ya avanzada la noche, y corría a la calle apretado por el deseo de compensar los muchos afanes con un poco de libre holganza. Yo no sé adónde iba porque se recataba mucho de los amigos; pero es indudable que no pasaba la noche al raso, ni buscando hierbas a lo anacoreta, ni mi-

rando al Cielo como astrólogo. Lo de no querer que sus amigos le vieran a tales horas, y el esconderse de ellos, se explica en varón tan meticuloso, por su deseo de apartarse de los peligros que siempre traen consigo las malas compañías.

Cara redonda y arrebolada; gestos muy vivos y un modo de mirar que daba a conocer a tiro de ballesta su superioridad; cuerpo sólido; voz campanuda y gruesa, como toda voz creada para decir grandes cosas, formaban el físico de aquel mi nuevo amigo, a quien tanto debí y a quien hoy pago un piquillo nada más de la inmensa deuda de gratitud que con él tengo, sacándole a relucir en estas mis *Memorias*, aunque su fama no necesita tardías trompetas para sonar por todo el orbe.

¡Ay!, ya no nacen hombres, como aquél. No sé qué se ha hecho del jugo poderoso de esta tierra fecunda. Generación de enanos, mira aquí los gigantes de que has nacido.

VI

Nos tratamos, como he dicho, en casa de las señoras de Porreño. El había oído hablar de mí y deseaba conocerme. Pidióme el primer día de nuestro trato algunos favores, y se los hice con el mayor gozo. No era más que emparejar ciertos expedientes de un hermano suyo, teniente de resguardo, a quien la Real Hacienda se había empeñado en mortificar impiamente por unas cuentas... Pues ¿no se le había antojado al badulaque del ministro oprimir y vejear instituciones tan honradas como las tenencias de resguardo? En fin, todo se arregló a maravilla, y se acabaron los disgustos. Por mi parte, nada pedí a don Blas, sino que me tuviera presente en sus oraciones; pero un día, sin previa solicitud, ni esperanza, ni aun sospecha, encontréme ascendido a una plaza de cuarenta mil reales en Tercias Reales.

Es que el Gobierno buscaba empleados celosos, y cuando alguno llegaba a hacerse nombre en la Administración, no necesitaba empeños. Llegó a mis oídos que el ministro, al ver mi nombramiento, se puso furioso, diciendo de mí cuanto la envidia y mala voluntad pue-

den inspirar a un ministro regañón, y no sólo me puso cual no digan dueñas, sino que se negó a darme posesión del nuevo destino; pero la orden venía de arriba, es decir, venía de la cámara real, en forma de minuta, extendida por el ayuda de cámara y firmada por EL... Don Cristóbal Góngora, ministro de Hacienda, bajó la cabeza, y yo alcé la mía. No está de más decir que los ministros eran entonces ceros a la izquierda, secretarillos del despacho, que a veces daban compasión. No servían para maldita la cosa, y fuera del *coram vobis*, allá se iban con cualquier escribiente. Todos saben que a un célebre ministro y hombre de Estado y gran repúblico le destituyó el rey entonces por su *cortedad de vista*.

Llevóme Ostolaza, como he dicho, a la tertulia del infante don Antonio, hijo de Carlos III y famoso por su despedida al señor Gil en 2 de mayo de 1808. Aquella epopeya tuvo también su bufonada. El infante era viejo y no tenía pretensiones de buen decir, siendo su lenguaje, así como sus ideas, de hombre campechano y rudo. Hacía gala de ignorancia. Carlos III, ante quien los ayos de don Antonio le alzarón en queja, lamentando la desaplicación del niño, dijo: «Si el infante no quiere estudiar, que no estudie.» Y el chico lo hizo al pie de la letra. Cuando fué grande, se dedicó a los libros... Quiero decir que era encuadernador...

Sí; encuadernaba primorosamente, hacía jaulas y tocaba la zampoña, artes de gran utilidad y nobleza en un hijo de reyes. Su fisonomía era inocentona, y cuantos le veían juzgábanle bueno. En su edad madura aprendió a conspirar. Conspiró en Aranjuez para echar a Godoy y destronar a su hermano. Conspiró en Valencia y en todo el camino de Valencey a Madrid para dar el golpe a la Constitución. Ultimamente había descuidado la zampoña y las jaulas, metídose a repúblico, mostrándose tan entusiasta, que su cuarto era, como si dijéramos, el gabinete de las piadosas delaciones o la primera instancia de las comisiones de Estado. La Inquisición restablecida, el decreto contra los afrancesados, el que dispuso la devolución a los frailes de los bienes vendidos, fueron primero, ¡oh Providencia!, huevecillos que, al calor de aquella

reunión y bajo las alas del infante, se abrieron para echar al mundo arrogantes polluelos. ¡Cuántas medidas benéficas salieron de allí! ¡Cuántos hombres modestos y oscuros se dieron a conocer por tal medio! ¡Cuántas grandezas dió a luz la famosa tertulia, en que resplandecían astros tan brillantes como don Pedro Gravina, el célebre nuncio a quien dió los pasaportes la Regencia de Cádiz; el duque del Infantado, general que tenía la mejor mano del mundo para perder todas las batallas en que se encontraba; el famoso canónigo Escóquiz, a quien Napoleón tiraba de las orejas, y mi buen Ostolaza, del cual ya he dicho todo cuanto hay que decir!

¡Qué hombres tan eminentes! ¡Cuán agradable era su conversación, cuán ameno su trato, sin dejar de ser provechoso, por las muchas enseñanzas útiles que a cada instante caían como celestial maná de aquellas insignes bocas! No se crea que el nuncio don Pedro Gravina nos aburría con teologías ni palabrotas de moral cristiana; por el contrario, era el hombre más salado del mundo para idear persecuciones, y su agudo ingenio nos tenía siempre con la felicitación en los labios.

El duque de I*** era otro que tal. ¡Cuántas grandezas podrían contarse de aquel insigne prócer y guerrero! Acaudillando nuestras tropas en la guerra de la Independencia, tuvo la amargura de verlas derrotadas. Como político, aunque en Cádiz le calumniaron, suponiéndole algo liberal, bien puede asegurarse que era más realista que el rey. En 1815 ocupaba uno de los primeros puestos de la nación: la presidencia del Real Consejo de Castilla. Había que ver su llaneza en todo lo que no fuera de oficio. ¡Excelente señor! ¡Cuántas veces le vi en un palco del teatro del Príncipe, acompañado de Pepa la Ma-lagueña!

En la tertulia del infante era el noticiero mayor, por lo cual, siempre que entraba, decíamos: «Ahí viene la *Gaceta de Holanda*.» No faltaban nunca nuevas de importancia que nos sirvieran de placentera distracción, tales como un buen cargamento de presos para Filipinas, el feliz éxito de las comisiones militares en provincias y el inimitable celo con que Negrete sentaba la mano a los liberalotes de Andalucía.

Escóiquiz criticaba mucho al Gobierno porque no era bastante enérgico y consentía que un Macanaz soñase con resucitar las Cortes, aunque vestidas a la antigua. Ostolaza y yo hacíamos un expurgo de todos, absolutamente de todos los individuos que figuraban por aquellos días. Señalábamos los que nos parecían buenos a carta cabal, los tibios o fililíes y los sospechosos a quienes precisaba quitar de en medio lo más pronto posible. Aquí era donde yo me lucía, porque se me ocurrían invenciones tan peregrinas para echar por tierra a cualquier señorón de los más trompeteados, sin hacer ruido ni ofenderle descubiertamente, que se embobaban oyéndome. Bien pronto gané tal ascendiente en la pequeña corte del infante, que este mismo, siempre que se hablaba de zancadillas en proyecto o de quiebras por realizar, me miraba atentamente para conocer mi opinión antes de emitir la suya.

¡Y cuidado si era sabio el príncipe! Como que la Universidad de Alcalá le hizo doctor de golpe y porrazo, dándole patente de Aristóteles. Nombróle el rey poco después gran almirante de sus escuadras, por cuyo motivo, aunque nunca había visto el mar, dióse al estudio de la náutica, y en la conversación corriente encajaba términos de marina, diciendo con mucho énfasis: «Las cosas van viento en popa», o bien: «Echaremos a pique a los liberales.»

Yo crecía en favor, en importancia, en poder, de día en día. Eran tantos los asuntos delicados, espinosos y resbaladizos que se me confiaban, que me vi obligado a valerme de agentes. ¡Y cómo me festejaban y mimaban los grandes señores, sin dejarme nunca de la mano! Todo era «Pipaón acá. Pipaón allá», y a cualquier hora Pipaón para todo.

Pues ¿y las peticiones de destinos?

Como las minutas que yo extendía en las tertulias del infante pasaban muy bien recomendadas a manos de quien sabía despacharlas con gran primor, no había candidato que no cuajase, ni ahijado mío que no se viese en camino de Papa o senescal desde que yo lo tomaba por mi cuenta. Así es que llovían las peticiones. Las cartas entraban en mi casa por almudes; no siempre solas, en verdad, sino a menudo acompañadas del bocadito, de la caja de cigarros, del

tarro de dulce. Siempre que iba a mi vivienda encontrábala atestada de hambres menudos, como portería de convento en tiempo de miserias.

Yo procuraba quitarme de encima tanto gorrón holgazán que, cual enjambre de langosta, caía o anhelaba caer sobre la real Hacienda; pero son los pretendientes como las moscas, que cuanto más las sacuden, más se pegan. A muchos coloqué; pero como el frecuente ir y venir de oficina en oficina me obligaba a gastar mucho tiempo y no pocos zapatos, discurrí el arbitrio de que los interesados me indemnizaran módicamente de aquellas pérdidas.

Cuando se me presentaba alguno en cuya facha conocía yo que era hombre de posibles, mayormente si venía de provincias con cierto cascarón de inocencia, le recibía cordialmente, nos encerrábamos, conferenciábamos a solas, le persuadía de la necesidad de tapar la boca a la gente menuda de las oficinas, conveníamos en la cantidad que me había de dar, y si se brindaba rumbosamente a ello, cogía su destino. Siempre era una friolera, obra de diez, doce o veinte mil reales, lo que cerraba el contrato, menos cuando se trataba de una canonjía, pensión sobre encomienda u otro terrón apetitoso, en cuyo caso había que remontarse a cifras más altas. Si nos arreglábamos, se depositaba la cantidad en casa de un comerciante que estaba en el ajo, y después yo me entendía con los superiores.

Asunto era éste delicadísimo y que exigía grandes precauciones. Por no tomarlas y fiarse de personas indiscretas, no dotadas de aquella fina agudeza a pocos concedida, cayó desde la altura de su poltrona a la ignominia de un calabozo un célebre ministro de Gracia y Justicia (1).

VII

Con estas y otras artimañas, iba yo *viento en popa*, como diría el infante. Era tan considerable el número de mis amigos, que no acertaba a contarlos.

Seguía en buenas relaciones con mi antiguo protector don Buenaventura; pero ni éste se atrevía a ocuparme en

(1) Macanaz.

viles menesteres, ni yo lo habría consentido. Despachábamos juntos y mano a mano algunos asuntos delicados tocantes al Real Consejo, porque ha de saberse que el don Buenaventura, desde que cuajara el despotismo y se restableciera el régimen antiguo, alcanzó la plaza de camarista, por la cual tenía antojos el pobrecito señor desde su mocedad, o casi desde el vientre materno. ¡Oh, ningún arrimo se puede comparar al arrimo del Real Consejo y Cámara! Daba gana de dormir en aquellos sillones, bajo aquellos techos eminentes, en medio de aquella paz, de aquel reposo, de aquella estabilidad inalterable, de aquella majestuosa petrificación de los siglos, de aquel silencio, sólo turbado por los estornudos de algún camarista y el ruido de los viejos, polvorosos y amarillos folios, cuando la flaca, la rapante mano del escribano los volvía. Era una tumba para el mundo y un paraíso para los que estaban dentro... Para el reino, la muerte; para los privilegiados, dulce y reposada vida.

—No hay institución más sabia que esta del Consejo—me decía don Buenaventura con aquel entusiasmo que ponía siempre en sus palabras al hablar de las cosas venerandas, sublimadas por los siglos—. Eso de que no pueda moverse un dedo en todo el reino sin que nosotros entendamos en ello es admirable para el buen concierto de las Españas y sus Indias. Nuestra Sala de Alcaldes vale un imperio. Con ser tan pequeña, todo lo abraza: sin que ella lo autorice, no puede el español sacar un pececillo de las aguas de un río, ni vender una libra de uvas, ni echar la sal al puchero. Todo lo pequeño está en nuestras manos, lo mismo que lo grande; sin nuestro permiso, el reino no puede sublevarse ni tampoco rascarse. No puede hacer revoluciones, ni cambiar de dinastía, ni reunir Cortes, ni establecer formas de gobierno, ni tampoco ir a los toros, ni cazar con hurón, ni tener un desahoguello mujeril, ni escupir, ni toser. Somos una máquina admirable que, con sus grandes palancas, aporrea el mundo, y con sus dientecillos roe lo que encuentra. Aquí todo se convierte en polilla. Nada se nos escapa, y el vasallo de Fernando Séptimo tiene que venir aquí para que le digamos dónde tiene las manos. ¡Ay de

aquel que se atreva a alterar la dulce armonía en que vive la nación, regocijándose en sí misma y mirándose en el espejo de su estabilidad secular, como Narciso en la fuente! Si alguna cabeza hueca concibe proyectos de aparente utilidad para desviar el suave curso de la española vida, bien alterando las leyes del comercio, bien las de la fabricación, ora los impuestos, ora la agricultura, nosotros acudimos solícitos allí donde prendió el incendio de la reforma y procuramos apagarlo, apoderándonos del proyecto, solicitud o requisitoria, informe o memorándum, para ponerle encima una losa de papel, bajo la cual se queda criando musgo, si no gusanos, por los siglos de los siglos. En suma: es nuestra misión sostener en las esferas todas del país el estado de sabrosísimo sueño que constituye su felicidad desde que renunció a las conquistas. Nosotros arrullamos esta inmensa cuna, cantando el *ro-ro*, y si por acaso, en la agitación de su placentero dormir, saca la criatura una mano, se la metemos entre las sábanas, si pronuncia alguna palabra, le tapamos la boca; si suspira, le rociamos con agua bendita; si se mueve, ¡ay!, si se mueve, nos asustamos mucho, porque creemos que va a despertar... Pero ahora tenemos tranquilidad para un rato, amigo mío: el turbulento niño duerme: todo es calma, todo es silencio, todo es paz, y apenas oímos un murmullo de inquietud en el fondo de este gran pecho, que suavemente se alza y se deprime con el reposado aliento de la satisfacción.

Así dijo. Concluía de comer, y, levantándose, añadió:

—Adiós, Pipaón; me voy al Consejo a dormir la siesta.

La pintura de aquella alta institución narcótico-nacional despertaba más en mí el deseo de afincarme en ella, como quien dice, proporcionándome una plaza de camarista, que era la mejor almohada del mundo para reposar una cabeza cargada de años y de trabajos. Contrariábame mi juventud y la poca duración de mis servicios; si bien es verdad que para cubrir una vacante en aquellos tiempos no había los ridículos escrúpulos y reparos de antaño. Ya no se buscaba con candil, como en los días de Jovellanos y Campomanes, un vejete sabihondo para endilgarle la cédula de

nombramiento, sin más méritos que haber escrito mil indigestos informes. Godoy echó por tierra estos abusos, llevando a la Cámara a quien le dió la gana, sin distinción de talentos reales o positivos; y, en mi época, esta tolerancia había llegado a su colmo, siendo evidente que desde la entrada de don Antonio Moreno en el Consejo de Hacienda, todos los peluqueros de Madrid se vieron ya con un pie dentro de la sala.

Esto me daba alientos, y no me acosaba ninguna noche sin pensar, al persignarmé, en las dulzuras de la anhelada canonjía del Consejo. Crecía mi favor como la espuma, y a los comienzos de 1815 pude pasar del cuarto del príncipe al del rey, que era el Olimpo de la cortesanía, y trabar comercio más íntimo con personajes de mayor prestigio, y que, a decir de las gentes, traían en los cinco dedos de su mano toda la grandeza del reino, del cual eran árbitros, sin dar de ello cuenta al diablo ni a Dios.

Impulsóme por estos excelsos caminos la amistad que en octubre de 1814 contraí con un hombre que en aquella época comenzaba a ser poderoso, y después lo fué en tan alto grado, que, siendo su nombre don Antonio Ugarte, el vulgo le llamaba *Antonio I* para significar un poder, grandeza y predominio que al del mismo monarca se igualaba.

¿Y quién era ese Ugarte, quién era ese hombre poderoso que por algún tiempo dispuso del Tesoro de la nación, y tuvo a sus pies a todas las eminencias civiles y militares, y dió que hablar dentro y fuera de España casi tanto como Godoy en el reinado de Carlos IV? Pues era, simplemente, un maestro de baile.

Hombre tan insigne merece capítulo aparte.

VIII

En los últimos años del siglo anterior, Ugarte había venido de Vizcaya a los quince de su edad. Menos afortunado que yo y con menos recursos, tuvo que ponerse a servir de mozo de espertilla en casa del señor consejero de Hacienda don Juan José Eulate y Santa, donde se dió tan buena maña y mostró tanto ingenio, que bien pronto, ayudado de su buena letra y de sus cono-

cimientos aritméticos, logró ser amanuense de la casa. Habiendo nacido Antoñuelo para grandes empresas, no quiso su destino que se prolongase por mucho tiempo la oscuridad de aquella vida, y ved aquí que una aventurilla doméstica, en la cual apareció demasiado listo, le obligó a separarse del señor Eulate. El mancebo vizcaíno, viéndose sin arrimo, pasó revista a todas las artes y ciencias, y discurriendo cuál de ellas tomaría por instrumento de la gran ambición que su noble pecho abrigaba, adoptó la coreografía. Ya le tenemos de maestro de baile, o como si dijéramos, con ambos pies dentro de la esfera de la fortuna, que en aquellos tiempos solía favorecer a la gente danzante.

Era Ugarte de hermosa presencia, agraciado, vivaracho, ingeniosísimo en las frases, saludos y cumplidos y extremadamente listo, con el más claro ojo del mundo para conocer a las personas y captarse su simpatía y buena voluntad. Vestía con toda la elegancia que sus mermados emolumentos le permitían; conocía a fondo el *ars umbelaria*, que era el modo de ponerse el sombrero, y el *ars ingediaria*, que era lo que modernamente y con más llaneza llamamos el *modo de andar*. No sólo daba lecciones de baile, sino que las daba también de *zorongo*, es decir, enseñaba a los jóvenes a hacer, con la mayor elegancia posible, el gesto de afectadísima urbanidad conocido con este nombre.

A pesar de tan supinos talentos, Ugarte no salía de su pobreza, que entonces acompañaba, como el lazarillo al ciego, a los más nobles artes de la cabeza o de los pies. Pero quiso el Cielo que se prendase del bailante vizcaíno una dama burgalesa (cuyo nombre no hace al caso), la cual vivía en la costanilla de Capuchinos de la Paciencia. Desde entonces, todo cambió. Baste decir que Godoy gobernaba a España y a sus Indias. Para medrar, Antoñuelo, que tanto había movido los pies, no necesitó más que el apoyo de una blanca mano. Sintiéndose con un gran caudal de iniciativa y de recursos de ingenio, resolvió no meterse entre las telarañas de las covachuelas y se hizo agente de negocios de Indias, de los Cinco Gremios y de la Dirección de Rentas. ¡Colosal mina! Antoñuelo tenía talento en la cabeza y dedos en las manos.

Por lo que yo hice con mediana ciencia en tiempos posteriores, y ya muy explotados, júzguese lo que haría Ugarte con más genio para los negocios que Nelson para la marina, y en tiempos tan primitivos y virginales, que bastaba alargar la mano para coger el sustento de hoy... y el de mañana. La Providencia divina, que en lo de mirar a Ugarte era una madre débil y complaciente, le puso entonces en relaciones con el barón Strogonoff, embajador de Rusia, el cual encargó a nuestro ex bailarín el desempeño de diversos asuntitos. Hízolo a pedir de boca, quedando el moscovita tan complacido, que se fué para las Rusias en 1808 y dejó a cargo de Ugarte todos sus intereses.

Durante la guerra, don Antonio no se movió de Madrid. Firme en su agencia, servía a españoles y franceses, sin malquistarse jamás con unos ni con otros, que éste es privilegio de ciertos hombres sutilísimos. Ni los franceses le molestaron en 1812, aunque encubiertamente favorecía a los nacionales, ni en 1814 le persiguieron por afrancesado los españoles de la restauración. Con todo el mundo tenía buenas relaciones; para todo se echaba mano de Ugarte. Murat y José, lo mismo que los regentes de Cádiz, el cardenal de la Scala lo mismo que Fernando, el *botellesco* Cabarrús igualmente que el leal Eguía, le consideraban y atendían. Hízose superior a los partidos, y a todos servía. Había tenido hasta entonces el singular talento de no funcionar dentro de la jurisdicción de las pasiones políticas, reservándose la esfera inferior de los negocios. Mientras arriba los bobos andaban al pelo por la soberanía del pueblo y los derechos del trono, él resbalaba abajo, injiriéndose en los intereses públicos y particulares... No era nada: no era más que agente.

Aquí hemos visto muchos hombres de esta clase; pero el maestro, el patriarca, el Adán de estos bienaventurados camaleones, fué, sin duda alguna, Antonio I. agente de todo lo agenciabile.

Por entonces empezó la gran influencia de los rusos en la corte de España, aunque todavía no habían aparecido por las Ventas de Alcorcón. Concluida la guerra, vino acá el célebre Tattischief (a quien daré a conocer más adelante), el cual, por su antecesor, tenía ya no-

ticia de las sutilezas de nuestro agente. Se hicieron tan amigos, que ambos salían de paseo, dándose el brazo, confundiendo los bailarinescos antecedentes del uno con la noble prosapia del otro, para regocijo de la democracia, que ya empezaba a invadirlo todo. El ruso, que era emprendedorcillo, como se verá en lo sucesivo, y no había venido a Madrid a coger moscas, encontró su mano derecha en Ugarte, y éste halló en el ruso un admirable espantajo que le sirviese de pantalla en la Corte. Llevó Tattischief a Antonio I a la tertulia de Fernando, hízole conocer a éste las altas dotes del antiguo maestro de *zorongo*, y no fué preciso más. La agencia de Ugarte se extendió; puso una mano en el corazón de la monarquía y extendió la otra a los últimos confines de ella en Europa y en América. Un solo mundo no le bastaba.

Por aquella época (repito que al concluir 1814) nos hicimos amigos. Habíame ocupado don Antonio en diversos menesteres de mi incumbencia, los cuales desempeñé tan bien, que se me confiaron secretos importantes y fui asociado a empresas de mayor cuantía. Nos comprendimos; encajamos el uno en el otro como el pie en el zapato: él conociéndome, y yo conociéndole, habíamos hecho la principal conquista de nuestra vida.

Y aquí levanto la mano del bosquejo de este hombre, porque sus hechos principales no han ocurrido aún en los días a que me refiero. Ellos irán saliendo poco a poco y le pintarán por completo en todas sus fases, siendo tan sólo mi propósito ahora trazar una breve figura lineal, que por sí irá vistiéndose de colorido con la misma luz de los próximos sucesos. Cuando yo conocí a don Antonio, empezaba el gran poder de aquel hombre, arbitrista, asentista, factótum; de aquel agente universal, que resolvió, en connivencia secreta con el rey, graves negocios de Estado; que tramó revoluciones y mudanzas, celebró tratados y manejó la Hacienda pública sin responsabilidad; organizó ejércitos y compró buques, todo esto sin intervención ninguna de los vanos ministros y obrando casi siempre a espaldas del llamado Gobierno.

La figura de mi don Antonio no revelaba entonces su antiguo oficio de maes-

tro danzante, ni tenía la ligereza que arte de tantos vuelos exigía; era bastante obeso y de procerosa estatura, rostro de satisfacción, doble barba con mucha enjundia, ojos muy movibles y una sonrisa más bien esculpida que pintada en su rostro, por la fijeza de ella y por la feliz concordancia con todas sus palabras. Ponía semblante afectuoso a chicos y grandes, y con todos aparecía obsequioso y servicial, aunque después no lo fuese. Tenía suma destreza para resolver en todo; respondía siempre a medida, sin decir más ni menos de lo necesario; disimulaba sus proyectos con discreción excelsa, a prueba de ajena perspicacia; jamás emitía ideas exageradas; por el contrario, era juicioso, y en sus conversaciones sobre fútil política, siempre daba la razón a su interlocutor; hablaba con veneración del rey, guardando prudente silencio sobre la dominación francesa, y no insultaba jamás a los vencidos, sin duda por la consideración de que pudieran ser vencedores. Cuando nombraba a alguno de los personajes desterrados o presos, decía: «Mi desgraciado amigo Fulano de Tal», y a todos los hombres de viso que entonces privaron los saludaba con vanos elogios en presencia y ausencia.

Delante de los tontos decía afectadamente tonterías, y sabidurías delante de los sabios, y jamás habló mal de ninguna persona, aunque ésta estuviese en Melilla o Ceuta. Era religioso y cuchicheaba con frailes y monjas; pero nunca le vi abogar celosamente por la Inquisición, ni dió al fuego sus libros filosóficos y enciclopedistas, pues los tenía buenos. Se lamentaba de que los revolucionarios fueran tan malos; pero en más de una ocasión le sorprendí en secreto con ciertos pajarracos que a cien leguas me olían al musguillo húmedo de las logias y sociedad secreta; en fin, era hombre tan completo, que difícilmente se encontraría otro ejemplar, ni quien como él estuviese siempre en la justa medida, atento a su beneficio, y realizando las supremas leyes de la vida con tal arte, que el Criador del mundo debía de estar muy satisfecho por haber criado a Ugarte. Sin duda, después que le echó al mundo vió que era bueno.

Este y Ostolaza fueron los dos arcángeles que tiraron (permítaseme la figura) del carro celestial de mi encumbramiento.

Si uno me introdujo en el cuarto del infante, llevómelo el otro al del rey. Muchas y no despreciables cosas tengo que contar de mis conexiones con los primeros cortesanos de la época; pero antes de llegar al lugar sagrado se me permitirá que me ocupe de otras menudencias, que, no por serlo, dejan de ser indispensables para el conocimiento de lo que vendrá después y de cierto asunto que por mi propia cuenta emprendí. Como aquí entran personas de menos escote y algunas madamitas, también abro capítulo aparte.

IX

A casa de las de Porreño iba yo a menudo, y constantemente desde que se apareció en aquellos tristes salones cierta condesa de Rumblar, acompañada de un lindo femenino pimpollo, nombrado Presentacioncita, la cual era un conjunto de gracias, seducciones y monería de imposible descripción. Tenía tal garabato para burlarse de Ostolaza y de mí, elogiándonos en apariencias, que ni él ni yo sabíamos enfadarnos para salvar la dignidad. Nos zahería muy sandungueramente, y por mi parte me moría de gusto. La luz chispeante de sus ojitos, negros como la noche, deslumbraba los míos, y se me entraba y esparcía por todo el cuerpo, escarbándome el corazón. Cuando reía, figurábasele a uno tener un coro de angelitos insolentes, jugueteando de nube en nube; cuando se ponía seria, era preciso estar en guardia, porque de fijo tramaba alguna ingeniosa picardía. Su gravedad era una máscara, detrás de la cual se fraguaban hipócritamente todas las aleves conspiraciones contra nuestras casacas, contra nuestras chupas y también contra nuestras pobres carnes.

Temblábamos ante ella, y por mi parte me derretía de gozo cuando mi cara se bañaba en su aliento durante una partida de mediator. Moralmente hablando, nos pellizcaba sin cesar, pues no podían ser otra cosa sus punzantes burlas. Digo punzantes, porque en cierta ocasión clavó en los sillones donde Ostolaza y yo nos sentábamos algunos alfileres, tan soberanamente dispuestos, que mi buen amigo y yo vimos, sin ser astrólogos, todo el sistema planetario

Otra vez cosió mis faldones a un infame aparato, que, moviéndose, echó por tierra la cesta de costura donde doña Paz tenía distintas suertes de labores; ovillos, canutillos y lienzo, de tal modo, que levantarme yo y venir el mujeril aparato al suelo fué todo uno. A veces inventaba un juego de acertijo, en el cual había un plato artificiosamente ahumado, que nos aplicábamos a la cara para saber el secreto, y, puesta la sala a oscuras, resultaba después que aparecíamos Ostolaza y yo con la cara tiznada, de lo cual se holgaban y reían mucho los concurrentes. A menudo recibía yo cartitas y recados de monjas, mandándome llamar, y luego salíamos con que era mentira. Y no digo nada de aquella graciosísima invención que consistía en darnos un dulce, y cuando yo, todo almibarado de gozo, me lo metía en la boca, resultaba más amargo que la misma hiel.

¡Ay! En aquellas tertulias había verdadero entretenimiento: se divertía uno con la más rigurosa honestidad, sin propasarse jamás a cosas mayores, y aunque se padecía un poco el mal de Tántalo, el lindo juego de la gallina ciega nos proporcionaba algún yo y tú casual entre tapices, y se podían coger al vuelo un par de blancas manos, algún torneado brazo u otra cualquier obra admirable del Criador. Daba la maldita casualidad de que siempre que estábamos rezando el rosario, sonaba adentro descomunal y pavoroso ruido, y a oscuras o con un candilejo era preciso ir a ver lo que era, no faltando damas valerosas que le acompañasen a uno por los solitarios corredores. Por supuesto, al fin venía a resultar que aquellos espantables ruidos eran obra del gato haciendo de las suyas en la cocina.

Con estos y otros inocentes placeres se pasaban dos o tres horas de la noche sin sentirlo.

Una noche noté que Presentacioncita no nos dió bromas ni a Ostolaza ni a mí. No di importancia al suceso. A la noche siguiente no fué a la tertulia y se dijo que estaba enferma; pero apareció tres noches después bastante desmejorada y muy triste, lo cual me sorprendió mucho, y observé. Observé su semblante, su mirar, qué conversaciones prefería, a cuáles palabras prestaba más atención. Atisé sus suspiros y la dis-

tracción honda en que comúnmente estaba, deduciendo de todo que Presentacioncita tenía un gran pesar sobre su alma.

Pero lo más extraño fué que la graciosa niña no sólo se abstenía por completo de toda burla mordaz conmigo, sino que me trataba con inusitadas consideraciones, fijando en mí su mirada, cual si quisiese leer mis pensamientos y por ellos adivinar mi voluntad para satisfacerla.

Atendía al juego, alegrándose mucho cuando yo ganaba, y demostrándome en sus ojos profunda pena si la suerte no me era propicia. Al retirarme, me preguntó con vivísimo interés si faltaría a la tertulia de la noche siguiente.

Acostéme y no dormí. Los dos ojos de Presentación fulguraban en la oscuridad de mi alcoba como estrellas en el negro cielo. Pero yo no soy hombre que pierda el tino por afán de ideales amorosos, ni en mi vida he sentido el embrutecimiento de que hablan los poetas, dolencia común a cabezas huera y a gente vagabunda. Reíame, pues, de aquello, y vino el día, y tras él, la noche. Parecióme, al entrar en la tertulia, que con mi vista se disipaba la tristeza de la preciosa niña, como con la presencia del sol huyen las nieblas que oscurecen y enfrían la tierra. ¿A qué negarlo? Yo estaba inflado de orgullo.

Conocí que deseaba hablarme, y, por mi parte, sentía ardiente anhelo de decirle un par de palabritas al oído, sin que lo viera mi señora la condesa. Ofreciémosnos a entrambos ocasión propicia cuando los demás hablaban ardientemente de la caída de Macanaz. Presentacioncita me dijo con la mayor zozobra:

—Señor de Pipaón, tengo que hablar con usted.

—Y yo también, señora doña Presentacioncita, tengo que...—repuse, sin poder encontrar una fórmula de madrigal.

—Pero mucho, mucho—añadió ella, poniéndose más encarnada que un cardenal.

—¿Mucho?

—Tengo..., tengo que confiar a usted...

—Sí, yo también...

—Un gran pesar.

—¿Pesar?

—Sí, una gran pesadumbre, y espero...

—Yo también espero...

—Espero que usted me hará el favor que he de pedirle... Usted, sí, me han dicho que sólo usted...

Yo estaba confundido, y nada contesté.

—Mañana, señor de Pipaón...—dijo, disimulando todo lo posible su inquietud—; mañana...

—Mañana, o cuando usted quiera...

—Venga usted aquí. Estaremos solas doña Salomé y yo. Mi madre, doña Paz y doña Paulita van a visitar a las monjas de Chamartín. Yo he dicho que vendré a ayudar a doña Salomé en una labor que trae entre manos.

Al siguiente día, a la hora marcada, acudí presuroso a la cita, poniéndome de veinticinco alfileres. Retiróse la de Porreño cuando yo entré, y Presentacioncita no esperó a que me sentara para decir:

—Señor de Pipaón, en usted confío, en su mucha bondad y cortesanía. Se trata de una obra de caridad.

—¡Una obra de caridad!... ¡Y para eso...!—murmuré, desconcertado.

—Se lo agradeceré a usted toda mi vida, toda mi vida—afirmó ella, cruzando las manos y clavando en mí hechiceras miradas.

Empecé a sospechar si sería yo víctima de una refinada ingeniosa burla.

—Veamos: ¿qué obra de caridad es ésa?—pregunté, tan inquieto y sobrecoído cual si sintiera en el asiento de la silla los alfileres de marras.

Presentacioncita fijó los ojos en el suelo, y, doblando y desdoblando la punta del pañuelo, dijo:

—Yo tengo...

—Vamos, acabe usted.

—Me cuesta mucho trabajo, señor de Pipaón; pero no me queda otro remedio que decírselo a usted.

—Pues oigo. ¿Tiene usted...?

—Vergüenza.

—¿Es algún pecado?

—Pecado, no.

—Entonces, amor.

Presentación respiró cual si le quitaran de encima un gran peso.

—Eso es. Cuesta mucho decirlo... Gracias, señor don Juan. Me ha adivinado usted. Bien dicen que otro de más pesquis no le hay bajo el sol.

—¿Y quién es ese dichoso joven?—pregunté de muy mal talante, esforzándome en poner cara indiferente.

—Ese joven... es..., vamos, un joven...

muy desgraciado, por cierto, si usted no lo remedia.

—¿Yo?... ¿Y en qué puedo servirle?

—¡Ay! Para un hombre como usted no hay nada imposible. Por su mucho talento ha logrado ganarse una buena posición: es amigo de Antonio Primero, del infante y tiene gran poder en la Corte...—añadió con mucha zalamería.

—¡Yo!

—O en el Gobierno. ¡Qué gusto para la madre que tal hijo crió! Verle encumbrado por sus méritos nada más, por su entendimiento; verle solicitado de los grandes señores y hasta de los obispos... No sabemos adónde va a llegar usted, señor de Pipaón, y si no para de subir, le veremos ministro o gobernador del Consejo, o embajador el día menos pensado.

—Gracias, señora doña Presentacioncita. Pero...

—Pero... déjeme usted seguir—repuso impaciente, porque la revelación del principal secreto le había devuelto su normal viveza y desenvoltura.

—Ya oigo.

—Decía que si usted me libra de la profunda aflicción que tengo, rezaré todas las noches un Padrenuestro para que Dios le haga a usted embajador o ministro.

—Hecho el trato—respondí, riendo—. Su novio de usted...

—¡Por Dios y todos los santos, sea usted reservado! Hago a usted esta confianza porque conozco su prudencia, su bondad, su discreción. Antes moriría que fiarme de Ostolaza.

—Lo creo.

—Si usted dice una palabra por la cual mi señora madre pueda sospechar...

—¡Oh! Lo que es eso...

—Entonces tomaré venganza tan horrenda, tan espantosa...

—Lo creo, sí, lo creo sin juramento.

—Tan espantosa, que..., vamos: ya estoy teniendo compasión de usted. ¡Oh!, de veras..., será usted el más desgraciado de los hombres.

—El más feliz seré si consigo sacar a usted de ese mal paso.

—A mi, no; a él—declaró con viveza.

—¿Quién es? ¿No se puede saber?

—Usted le conoce—dijo, fiando a mi penetración lo que sólo correspondía a su franqueza.

Avergonzábale de pronunciar el nombre de su adorado; y todo eran medias palabritas, reticencias, adivinanzas, mucho de *que se quema usted*, hasta que, al fin, con más trabajo que para sacar alma del Purgatorio, le saqué del cuerpo el dichoso vocablo, resultando que aquella Tisbe tenía por Píramo a un mozalbete de una buena familia llamado Gasparito Grijalva, hijo de don Antonio de Grijalva, propietario muy adinerado.

—¿Y en qué apreturas se encuentra ese joven que tanto necesita de mí?

Presentacioncita se sintió conmovida, y, llevándose el pañuelo a los ojos, dijo:

—Está preso.

—Vamos, madamita, no llorar. Eso no conduce a nada—repuse, dándole algunas palmadas en el hombro—. ¿Y qué diabluras ha hecho el mozo?... ¿Alguna pendencia, alguna disputa quizá por esos lindos ojos?

—No es nada de eso—añadió, sollozando—. Le prendieron porque en el café dijo que su majestad era narigudo. No pude contener la risa.

—¿Por eso, nada más que por eso?

—Y por haber dicho que su majestad escribía cartas a Napoleón desde Valencey, felicitándole y pidiéndole una princesa para casarse.

—¡Oh! Grave desacato es ése...

—¡Ay señor don Juan!—exclamó, cubriéndose el rostro y llorando sin freno—. Yo me muero de aflicción, yo no puedo vivir...

—Calma, mucha calma, señora mía, y discurremos lo que se ha de hacer.

—¡Y dicen que le van a ahorcar, señor de Pipaón!—agregó, volviendo a mostrar los ojos, más bellos entre la humedad del llanto, como es más bello el sol después de la lluvia—. Eso sería una iniquidad, un crimen... ¡Ahorcarle por una tontería!...

—Por eso se ahorca hoy... Discurremos. El delito es horrendo.

—¿Horrendo?

—Sí; ¡calumniar a su majestad, diciendo que anduvo en tratos con el infame monstruo!

—¡Cosas de muchachos! Como su padre es algo liberal, según dicen, y parece que no quiere toda la Inquisición, sino una parte de ella, desean castigarle en la persona del pobre, del inocente Gaspar... ¡Ah! ¡Si viera usted qué carta me escribió ayer!... Yo no sé cómo

se las compuso para escribirla en la cárcel y enviármela; pero ello es que la recibí. Me suplica que le mande secretamente un cordel o un puñal para darse la muerte, antes que el verdugo ponga sus manos sobre él. ¡Esto parte el corazón! Parece que siento ya el puñal clavado en mi pecho, y la cuerda alrededor de mi cuello... Y gracias a que Dios me ha deparado un amigo tan bueno y generoso como usted; pues ¿quién duda que beberá los vientos para que pongan a Gasparito en libertad?

—Falta que lo consiga, porque la justicia de estos tiempos no se anda con bromas; y si bien es posible que el niño no lleve corbata de cáñamo por ahora, casi, casi se le puede dar una carta de recomendación para los huéspedes de Ceuta o de Melilla.

—¡En Africa, en presidio!... Para usted, según dicen, no hay nada difícil; todo lo allana, y es el más activo correveidile, el más bullidor y hormiguilla de los empleados públicos de hoy.

—Gracias.

—De modo que si usted no quiere verme morir de pena, si no quiere que le maldiga en mi última hora, y que desde este momento le aborrezca como a mi más cruel enemigo, prométame que dentro de unos pocos días estará Gaspar en libertad.

—Mucho pedir es, señora doña Presentacioncita. Yo no tengo poder en la Corte ni en la camarilla, que es donde se prende y se suelta a todo el mundo. ¿Por qué no se franquea usted con Ostolaza?

—¡Jesús, ni pensarlo!—exclamó con terror—. Se lo contaría todo a mamá.

—En fin, yo haré lo que pueda—dijo, prometiéndome interiormente no volver a ocuparme de tal asunto.

—¡Lo que pueda!... Eso es bien poco. Ha de hacer usted lo que no pueda, lo imposible, señor de Pipaón. Por ahí le llaman a usted Santa Rita.

—Mucho se me pide—indiqué dulcemente, discurrendo que bien podían darse algunos pasos con tal que fueran remunerados de alguna manera—, y nada se me ofrece.

—¿Y mi agradecimiento eterno, mi amistad, lo mucho que rezaré por usted para que siempre goce buena salud y llegue a ser, cuando menos, ministro, y pueda repartir beneficios a los nece-

sitados?—observó con hechicera sonrisa, que valía más que todas las razones y podía más que todos los ruegos.

—Presentacioncita—le dije, acercándome más a ella—, nunca creí que una niña tan linda, tan discreta, tan bondadosa, de tantísimo mérito como usted, fuese a caer en las redes de un...

—Menos incienso, señor don Juan—repuso con malicia—: hoy no estoy para zalamerías.

—Pues qué, ¿esos ojos celestiales, esos...?

Alargué una mano para tocar la suya, cuando rechinaron los goznes de la puerta, y yo salté en mi silla. La puerta se abrió, dando entrada a una figura pomposa, que, desde su primer paso y desde su primera mirada, empezó a irradiar magnificencia dentro de la habitación. Era doña María de la Paz Jesús, hermana del señor marqués de Porreño y, desde la muerte de éste, jefe de la ilustre cuanto desgraciada familia (1). Venía de la calle, y, como era mujer de corpulencia, con el cansancio y la pesadez de sus carnes traía muy sofocado el rostro y fatigosa la respiración. Sentóse al punto, sin despojarse del mantón ni soltar el ridículo, el abanico, sombrilla y manojito de papeles que en la mano traía, como Minerva sus atributos, y, lejos de enojarse por verme allí a hora tan impropia, pareció alegrarse mucho de mi presencia.

Aquella señora tan grave, tan rigurosa, tan ceñuda, enemiga feroz de toda clase de libertades, sonreía ante mí, dignándose echar el velo de su delicadísimo disimulo sobre aquel coloquio a solas, que en época posterior habría sido inocente, pero que en tiempos tan honestos era poco menos que escandaloso, casi nefando. Yo esperaba una tempestad, y me encontraba con un arco iris.

Oigámosla ahora.

X

Antes de responder a mi saludo, me dijo:

—Espero que usted, señor de Pipaón, como hombre de gran influencia, amigo de Ugarte, Alagón y Pedro Collado, nos apoyará en nuestra justa pretensión, ha-

ciendo cuanto esté en su mano para que salgamos adelante.

—¿Y cuál es el asunto?...—pregunté, confundido.

—¿Pues no lo sabe usted? ¿No estuvimos hablando de eso más de dos horas anteanoche?

—¡Oh!, sí, señora mía, ya recuerdo: es...

—La moratoria que pretendemos... Ya hemos hecho la solicitud a su majestad, y se nos ha prometido que pronto se dará cuenta de ella en la regia Cámara, y que la apoyarán los más cariñosos amigos del soberano.

—¿Una moratoria? ¿Conque una moratoria?...

—Nada más justo—dijo doña María de la Paz con acento de convicción profundísima—. Ni se me alcanza por qué han de ser tan lentas y fastidiosas las formalidades para concederla: debiera ser cuestión de un par de días, y de una esquelita de su majestad al Real Consejo.

—Señora, una moratoria siempre es asunto de gravedad.

—Pero no en el caso presente, señor de Pipaón—declaró con viveza, arrojando de sí una llamarada de orgullo que se extinguió bien pronto, como las chispas brotadas del pedernal—. Nosotros reclamamos una cosa muy justa. Mi padre y mi hermano contrajeron algunas deudas..., la cantidad no hace al caso. Hiciéronlo así porque el lustre de nuestra casa lo exigía, pues sólo en una comida y fiesta de caza y pesca que se dió al rey, al pasar por Montoro, cuando la batalla de las Naranjas, se gastaron treinta mil ducados. Ahora los acreedores, de los cuales el principal es don Alonso de Grijalva, han dado en reclamar su dinero, y quieren apropiarse las fincas libres que nos quedan, pues bien sabe usted que el mayorazgo, conforme a la ley de su principal instituto, se ha extinguido en nuestra línea por falta de varón.

—Ya, ya sé. ¿Ustedes, por falta de varón...? Comprendido.

—¿Cómo es posible, pues, que un rey justiciero, que ha venido a restablecer en España las buenas doctrinas y a limpiar el reino de toda impiedad y bajeza, consienta en este despojo, en este embargo inicuo, insólito, con que se nos amenaza?

(1) Véase *La Fontana de Oro*.

—Señora, los acreedores... dieron, mejor dicho, colocaron su dinero...—indicó respetuosamente.

—Sí, señor—añadió, despidiendo otro chispazo de soberbia que iluminó velozmente su rostro—. Pero ¿qué vale su dinero?... ¡Miserable metal! Como si no hubiera en el mundo más que dinero... ¿Pues y las virtudes, pues y las glorias y grandezas del reino, pues y el lustre, fíjese usted bien, el lustre de las familias?

—El lustre. Sí, convengo en que el lustre...

—No, no es posible que un Gobierno justo nos quite la hacienda que honrosamente poseyeron nuestros antepasados. ¡Adónde vamos a parar! Estaría bueno que un don Alonso de Grijalva, un hombre que ha salido de la nada, pues público es y notorio que vino a Madrid de la Maragatería arreando un par de mulas; estaría bueno, repito, que un don Alonso de Grijalva, fíjese usted bien, un don Alonso de Grijalva, se calzase nuestros estados de Galicia y Aragón. ¡Oh! Es zapato muy grande para tal pie. Esos hombrecillos, nacidos de los romeros y mastranzos, tienen una osadía que espanta. Tanto alzaron el vuelo en tiempos de la Constitución, que se creían dueños del mundo, y, por lo que veo, aun después de vueltas las cosas a su ser y estado primero, continúan alzando la cabeza y amenazando con sus viles usurpaciones.

—En suma, ustedes solicitan que se ponga coto al inconcebible atrevimiento de los que han dado en la flor de llamarse acreedores.

—¡Oh! Nosotrras no negamos la deuda, ni tampoco el propósito firmísimo de pagar algún día—repuso con voz firme—. Pero deseamos que esos señores confíen en nuestra probidad y esperen tranquilos la hora oportuna de recoger lo suyo. Pues ¿quién duda que es suyo? Nuestra pretensión no puede ser más natural. Sólo pedimos a su majestad que nos conceda una moratoria nada más que de diez años, fíjese usted bien, de diez años...

—Ya estoy fijo, sí. Me parece muy justo. Dentro de diez años...

—No creo que su majestad, tan piadoso, tan buen cristiano, tan justiciero, tan cariñoso para todos los que no nos hemos contaminado de la constitucional

pestilencia, niegue una pretensión tan razonable, mayormente si considera que el fiero enemigo, de cuyas garras queremos librarnos, es un hombre a quien suponen un poco desafecto al régimen actual.

—El señor de Grijalva no se mezcla en política. Es hombre modestísimo, que sólo se ocupa en gobernar su casa y sus intereses.

—¡Oh, qué mal le conoce usted!—repuso con súbito arranque—. Si yo dijera que no hay lengua más cortante contra el Gobierno, ni tijera más diestra que la suya para cortar vestidos a los amigos de su majestad... En fin, ¿qué tal hombre será y qué tal educación dará a sus hijos, cuando ha sido preso Gasparito por desacatos al rey y no sé qué abominables dichos y hechos!

—Parece que el niño dijo en un café que su majestad es un tanto narigudo.

—Algo más sería—afirmó doña María de la Paz con verdadera saña—. Descubrióse que andaba en logias, escribiendo papeles y reclutando gente de mal vivir.

Presentación parecía de cera.

—¡Oh, si es cierto—afirmé—, el hijo y el padre lo pasarán mal!

Presentación parecía de mármol.

—No, tales infamias no pueden quedar sin castigo. Veo que su majestad, llevado de su buen corazón, está por las blanduras, y perdona a todo el mundo. ¡Escarmiento!... Duro en ellos, señor de Pipaón. ¡Si no se castiga a nadie!

Presentación había enrojecido y parecía de fuego.

—Pero cualquiera que sea el fin de estas abominables conspiraciones y disturbios, usted tomará a pechos nuestro negocio, nos prestará su poderoso auxilio y arrimará su hombro al sagrado muro, fíjese usted bien, al sagrado muro de nuestra moratoria. ¿No es verdad, amigo mío?—dijo doña María de la Paz, levantándose para retirarse.

—Yo...

No pude decir más, porque en aquel instante concebí una idea grandiosa, colosal; una de esas ideas que de tarde en tarde fulguran en el cerebro del hombre, abriendo ante sus ojos inmenso horizonte en los espacios de la vida; una idea que absorbió mis potencias todas por breve rato, no permitiéndome

me ver cosa alguna, ni pensar en nada que estuviese fuera de la esfera de mí mismo. Tras de la idea vino un propósito firme, poderoso, y después un plan, cuyo sencillo organismo se me representó clarísimo en todas sus partes.

—Señora, no necesito decir que haré los imposibles por que se consiga esa moratoria—manifesté con artificioso interés a la dama cuando se retiraba.

Después volví al lado de Presentacioncita.

Su cólera mal contenida se desahogaba en amargo llanto.

—Adorada y adorable niña — le dije con acento de profundísima verdad—. No llore usted: todo se arreglará.

—Usted es muy bueno, ¿usted será capaz...?—dijo, levantándose y poniéndose ante mí con las manos cruzadas, como se pone la gente piadosa y afligida delante de una imagen.

—Tranquilícese usted: Gasparito será puesto en libertad—afirmé con el mayor aplomo.

—¿Cuándo?

—Cuando se pueda. No hay que impacientarse. El muchacho no irá a presidio.

—¡Oh! ¡Qué hermosas palabras!—dijo, saltando de alegría y secando sus lágrimas—. ¿De modo que no...?

—No le condenarán.

—¿Usted lo promete?

—Solemnemente.

—¡Qué bueno es usted...; pero qué bueno! ¡Ay, qué guapo es usted! Sí, ¡qué guapo y buen mozo me parece! ¿Por qué no lo he de decir? ¿Conque usted promete que no le harán daño?

—Lo juro. Oígalo usted bien: lo juro.

—¡Oh, gracias, gracias, señor de Pipaón! Que Dios le dé a usted la gloria eterna, y en este mundo, mucha salud, toda la felicidad, todos los destinos de la nación, todos los sueldos, todas las encomiendas, todas las grandes cruces del mundo, y aún me parece poco para lo mucho que usted se merece.

Diciéndolo así, y desahogando en tiernos votos la loca alegría de su corazón, alargaba hacia mí sus cruzadas manos con ademán patético.

Salí de la casa. ¿Cuál era mi idea, mi propósito, mi plan? Se verá más adelante.

XI

Era Ugarte muy amigo del duque de Alagón, capitán de guardias de la real persona, inseparable acompañante del monarca dentro y fuera de Palacio. Yo también tuve relaciones estrechas con el duque, a quien visitaba frecuentemente por encargo de don Antonio para tratar de asuntos reservados, en los cuales no era posible otra tercería que la del nieto de mi abuela.

Por cuenta, pues, de Ugarte y por la mía propia (llevado del luminoso plan que mencioné más arriba) fui a ver cierto día al señor duque de Alagón, que vivía en Palacio. Cuando entré en su despacho, su excelencia no estaba solo. Acompañábale un hombre de mediana edad, de aspecto no desagradable, aunque tenía muy poco de fino; de semblante fresco, rudo, como de quien en su crianza vivió más bien al desamparo de los montes que en la regalada comodidad de los regios estrados; vestido lujosamente, aunque sin ninguna elegancia, con librea de flamantes galones; personaje, en fin, del cual se podía decir que era un palaciego que parecía lacayo, y un lacayo que cortesano parecía. Recostado en muelle sillón, fumaba un habano, y su coloquio con el duque era tan corriente y por igual, que dos duques no se hubieran hablado de otro modo..., ni tampoco dos lacayos.

Cuando entré, dijo el duque:

—Podemos seguir hablando, señor Collado. Pipaón es de confianza y no importa que nos oiga.

—Es que su majestad se despertará pronto; llamará, y tengo que llevar el agua—repuso Collado, mirando el reloj.

—Aún hay tiempo—dijo el duque vivamente—. Para concluir, señor Collado...

—Para concluir, señor duque...

—Concedo las dos bandoleras, a cambio de la canonjía.

—Que no puede ser, que no puede ser...

—Pues vaya...; tres bandoleras.

—¡Qué pesadez de hombre!—exclamó el de la librea, que no era otro que el eminente Chamorro, ayuda de cámara de un alto personaje—. He dicho a su excelencia que me pida el arzobispado de Toledo o media docena de mitras

sufragáneas; pero que me deje en paz esa canonjía de Murcia, plaza de gran empeño para mí, porque la tengo prometida al sobrino de mi cuñada.

—Pues precisamente esa canonjía de Murcia y no otra es la que yo quiero con preferencia al arzobispado metropolitano—afirmó el duque, agitando los brazos—. Se la prometí a la condesa, se la prometí, le di mi palabra de honor... Señor Collado, por amor de Dios... Disponga usted de dos plazas de guardias...; vamos, de tres.

—Ni de cuatro, ¿para qué quiero yo eso?—repuso Collado con desdén, contemplando el humo que desde su boca subía hasta el techo en blancas espirales—. Traigo entre manos la Comandancia general de la plaza de Santoña...

—Ya sé para quién es eso—dijo el duque con presteza—. Ya se convino en darla al marido de la Pepita.

—De doña Rafaela, díra usted; de doña Rafaela.

—¡Doña Rafaela! Esa mujer es insaciable. Se ha llevado ya todas las plazas fuertes, y quiere también echar mano al Consejo Supremo de la Guerra. No he visto mujer que tenga más parientes. Es prima hermana y sobrina de medio ejército... ¡Y la pobre Pepita, a quien yo prometí...!

—No faltará para ella—repuso Collado—. En esa lista de vacantes que tiene su excelencia, ¿no se le había señalado a Pepita (para su tío el clérigo, se entiende) la Colecturía general de Expolios y Vacantes, Medias Annatas y Fondo Pío benéfical?

—Si no hay tales vacantes—observó el duque de mal humor—; las he provisto todas. Vamos a otra cosa: ¿quién cae?

—Ya recordará vucencia los que perecieron anoche—manifestó Collado, sonriendo con malicia—. Está abierto el hoyo para dos consejeros de Ordenes, por tibios y amigos de Macanaz.

—Y para el director de Tercias Reales, si mal no recuerdo.

—Y para dos beneficiados del Venerable e inmemorial Cabildo de Guadalajara.

—También tiene la marca en la frente—añadió el duque con satisfacción parecida a la de los labradores cuando hablan de buena cosecha—el superintendente de Correos por haberse nega-

do a dar cuenta de aquellas cartas sobre el baile de máscaras.

—Muchos puestos hay—afirmó Chamorro con enfáticas pretensiones de gracejo—; pero hoy han venido tres obispos con trescientas solicitudes de Guerra o Marina. Esto es mezclar berzas con capachos.

—¡Qué demonio!... Y destierros, ¿hay algunos?

—Tal cual..., así andamos. Pero ¿no se le concedieron a vucencia unos trece o catorce la semana pasada?

—Es verdad; pero los he gastado todos. Quisiera más—dijo Alagón con disgusto—. ¿No ve usted que necesito muchos puestos vacíos? ¡La condesa, Juanita, doña Romualda! ¡Si no me dejan respirar!... Esa gente con nada se satisface. Creen que la nación se ha hecho para ellas. Ya se ve; como ellas parecen hechas para la nación...

—Pues su majestad hace días que anda muy reacio, señor duque—afirmó Pedro con burda socarronería—. Dice que abusamos.

—¡Qué abusamos!

—Y que es preciso, en la provisión de destinos, dejar algo a los ministros, porque éstos se quejan de la nulidad a que están reducidos y del tristísimo papel que hacen.

—Aquí hay alguna mano oculta, señor Collado—exclamó, con rabia, el duque—. Aquí hay intriga. A usted y a mí nos están engañando, y con vivir tan cerca de su majestad, no sabemos lo que pasa.

Chamorro se encogió de hombros. El duque miróme con atención, y sus ojos parecían decirme: «¿Qué piensa usted?»

—Todo depende—dije yo, rompiendo el silencio que, por darme mayor importancia, había guardado hasta entonces—, todo depende de los humos que han echado algunos ministros, como el fatuo, el insolente don Pedro Ceballos, como don Juan Pérez de Villamil y otros.

—Bien, muy bien dicho—exclamó el antiguo aguador de la fuente del Berro, dándome una palmada en la rodilla para demostrarme su conformidad absoluta con mi parecer.

—Observen ustedes bien cuál es el plan de los ministros—proseguí enfáticamente—. El plan de esos señores bien claro se ve...: es apoderarse del ánimo de su majestad, inclinarle a aceptar

cuantas medidas ellos propongan, ordenar las cosas de modo que todos los asuntos públicos sean resueltos por ellos, y todos los destinos dados y quitados por ellos.

—Justo, eso, eso es—afirmó el duque—. Pipaón ha puesto el dedo en la llaga.

—Bien claro lo demuestran las providencias que se están tomando—dijo Chamorro con ademán meditabundo—. Para imponer su voluntad, han empezado por aconsejar al rey que vaya dejando a un lado las medidas de rigor. ¡Oh, aquí hay algo! En la aldehuela, más mal hay del que suena.

—Como que ya han acordado suprimir las comisiones de Estado, y se han prohibido las denominaciones de *serviles* y *liberales*—indicó yo—. En suma, señores: hay en el Ministerio algunos individuos que se manifiestan deferentes ante el monarca; pero ¿qué pensaremos de un Ceballos, de un Villamil? ¿Qué pensaremos, repito, al verlos empeñados en llevar el Gobierno por los torcidos caminos de una tibieza hipócrita?

—Una tibieza que no es más que constitucionalismo disfrazado—dijo Alagón, dándoselas de muy perspicuo.

—¡Constitucionalismo!—repitió Collado—. Así se lo he dicho esta mañana. Debajo del sayal hay al...

—¿Y qué dijo? ¿No hizo alguna observación chusca?—preguntó con interés vivísimo el duque.

—Siempre que le hablo de esto calla como un cartujo—repuso con descorazonamiento Collado—. Al buen callar llaman Fernando.

Los dos palaciegos permanecieron meditabundos por breve rato.

—Yo no sé qué raíces echa el tal don Pedro dondequiera que pone los pies—dijo yo—; pero es lo cierto que, cuando se instala, no se deja echar a dos tirones.

—Es hombre listo y que sabe manejarse—añadió el duque—. ¡Cuando ha sabido hacer olvidar sus servicios a Bonaparte en Bayona, y a las Cortes en Cádiz...!

—Pues si he de ser franco, señores—observé yo con hinchazón y petulancia—, manifestaré a ustedes una cosa, y es que... Vamos, lo diré en dos palabras. Si yo viviera en esta casa, don Pedro Ceballos no duraría una semana en el Ministerio.

—¡Ay amigo!—me dijo el duque, poniéndome familiarmente su noble mano en el hombro—. ¡Usted no sabe qué clase de casa es ésta!

—Se intentará, señores, se intentará—dijo Collado, rascándose la frente—. Otras cosas ha habido más difíciles.

—Mucho más fácil sería dar en tierra con Villamil. ¿No es verdad, don Pedro?

—Ese tiene su pasaporte colgado de un pelo, como la espada de Demóstenes—afirmó socarronamente el aguador.

—De Damocles, querrá usted decir—indicó Alagón—. Pues es preciso romper ese cabello; ¿me entiende usted, señor Collado?

—Ya, ya se hará—murmuró el ex aguador, dándose importancia—. Yo creo que su majestad tiene razón, señor duque. Estamos abusando, estamos abusando de su mucha bondad. Verdad es que, si algo hacemos, muévenos el gran cariño que le tenemos todos.

—¡Abusar!—exclamó el duque con desabrimiento—. Por mi parte, hace tiempo que estoy casi en desgracia. Recibo muy pocos favores.

—¡Hombre de Dios, y todavía se queja!—gruñó Collado con cierto enojo—. ¡Después que, a cambio de las condenadas bandoleras, se ha llevado la mitad de los beneficios, de las prebendas, de las raciones, de las abadías, de las Capellanías, de las colecturías, de las examinadurías sinodiales, de las definidurías de la Santa Iglesia! Y todavía pide más. ¿Qué es lo que pide la mona? Piñones mondados.

—Ya ve usted...—dijo el prócer con mal humor—. No he podido conseguir la canonjía de Murcia, que es para mí de gran empeño... Pero no cedó: esta noche misma hablaré de ello a su majestad... Veremos si cuento con Artieda, hombre de gran poder en la provisión de piezas eclesiásticas.

—Artieda—repuso Chamorro—trae entre manos una moratoria que solicitan las señoras de Porreño.

—¿Y se la concederán?—pregunté sin mostrar interés.

—Creo que sí. Viene recomendada por una cáfila de reverendos.

—Si es cosa de Artieda—añadió el duque—, la doy por ganada. Ese endiablado guardarropa, con su aire mortecino

y su cabeza caída como higo maduro, vale más que pesa.

—Fué criado de la casa de Porreño —observó Collado con distracción, arrojando la cola del cigarro.

—¡Pobre señor de Grijalva!—exclamó Alagón—. Buen chasco se lleva si las de Porreño consiguen la moratoria.

—Por cierto que soy amigo de Grijalva—manifestó Chamorro—, y ha venido esta mañana a solicitar mi favor para que pongan en libertad a su hijo.

—Un malcriado niño que en los cafés ha calumniado al mejor de los reyes y al más generoso de los hombres —dije.

—¡Calaveradas!—balbució el duque—. Y usted, señor Collado, ¿aboga por Gasparito?

—Sí, señor—repuso el ayuda de cámara—. Tengo empeño en ello, y creo que no me será difícil...

—Si es usted omnipotente...

Collado se levantó.

—Repito mi proposición—le dijo el duque, agarrándole por la solapa de la librea—. Doy dos bandoleras.

—No.

—Tres.

—No..., he dicho que no.

—Pero ¿se va usted?

De repente callaron ambos porque se abrió la puerta, y, apareciendo en ella un lacayo, gritó:

—¡Señor Collado, la campanilla!

Chamorro corrió afuera de la habitación con la rapidez de un gato.

—Ha llamado—dijo el duque, sentándose—. Señor de Pipaón, hablemos.

XII

¡El duque! ¡Oh! No puedo escribir una palabra más sin hablar del duque largamente, para que se conozca a uno de los personajes más extraordinarios de aquella eminente y bien ponderada Corte.

¿Quién no hablaba entonces del duque, aunque sólo fuera para referir sus antecedentes y contar los pasos todos de su rápido encumbramiento, pues fué hombre que en cuatro años pasó de la nada, de *Paquito Córdoba* al ducado de Alagón, con grandeza y el mando de la guardia de la real persona? Era espejo

de los libertinos de buena cepa, cabeza de los cortesanos y hombre de sutiles trazas para zurcir y descoser voluntades palaciegas.

Gozaba el privilegio de una buena presencia, aunque se le iba gastando, porque nada es menos duradero que la hermosura, y el duque, con sus cuarenta y cinco años a la espalda, principiaba a ser una muestra gloriosa, una sombra de grandezas pasadas. Su trato y sus modales eran finos; su conversación, poco agradable en lo que no fuese del dominio de la intriga, porque no eran muchas sus humanidades. Verdad es que maldita la falta que esto hacía a un señorón de sus condiciones y que no había de ponerse a maestro de escuela. Bastábale, y aun le sobraba, para realzar su nobleza nativa y la posición conquistada, un conocimiento profundo de todas las suertes del toreo, desde las más antiguas a las más modernas, picando en esto casi tan alto como Pedro Romero, a quien por entonces le empezaba a despuntar sobre el colete la borla de doctor y el birrete de maestro en las aulas de Sevilla. Paquito Córdoba era, además, en cuestión de caballos, un centauro, es decir, tan buen caballero que con el caballo se confundía. ¡Qué ojo el suyo para adivinar las buenas y malas prendas de sangre sin más que ver el pelaje de aquellos nobles brutos! ¡Qué mano la suya para entrar en razón al más díscolo, para quitar resabios y dar aplomo al ligero, gracia y desenvoltura al pesado, formalidad al querencioso!

No se crea por esto que el duque era aficionado a la guerra. El ruido le daba dolor de cabeza, y, además, ¿para qué se había de molestar, cuando había tantos que por un sueldo mezquino peleaban y morían por la patria? Militar era el personaje que describo, y bien lo probaba su noble pecho, lleno de cuanto Dios crió en materia de cruces, galones y cintas... Y no se hable de improvisaciones y ascensos de golpe y porrazo, que hasta los nueve años no tuvo mi niño su real despacho, merced a los *méritos contraídos por su madre como dama de honor*. A los once ya le lucían sobre los hombros dos charreteras como dos soles, sin omitir el sueldo, que no era mucho para el trabajo improbo de ir todos los meses a presentarse a la

revista. A los veinte pescó una encomienda de Santiago, y luego fueron cayéndole los grados, no atropelladamente y sin motivo, como los cazan estos que se elevan por el favor y la torpe intriga, sino despacito y en solemnidades nacionales, como un besamanos, el parto de la reina, los días del rey y otras fiestas de gran regocijo privado y público. Bien ganados se los tenía, pues reinando Godoy no costaba pocas cortesías, morisquetas y genuflexiones el coger un grado en aquella inmensa Babel de los salones de la casa de Ministerios, donde se chocaban unas contra otras, produciendo mareo y rumor indefinible, grandes oleadas de pretendientes de ambos sexos.

Nombróle Fernando capitán de su guardia en 1814, cargo que desempeñaba a pedir de boca. Daba gusto ver aquella guardia. Paquito la puso en tan buen pie, que no parecía sino cosa de teatro. Verdad es que se gastaban en su equipo sumas colosales, de las cuales nunca se dió al Tesoro, ni había para qué, la correspondiente cuenta y razón. Carecían de límite los dineros asignados a tan importante fin, y en ley de tal, el duque iba pidiendo, pidiendo, y el Tesoro dando, dando; pero, como era para mayor esplendor de la corona, los ministros no chistaban. Acontecía que muchas veces los oficiales del ejército de línea no veían una paga en diez meses; pero, ¡qué demonio!, no se podía atender a todo, y eso de que cualquier oficialito en activo servicio dé en la manía de estar siempre piando, piando por dinero, es cosa que aburre y mortifica a los más sabios gobernantes.

No sé cómo los aguantaban. Especialmente los marinos, a quienes se debía la bicoca de *setenta* pagas, no dejaban pasar un año sin importunar al Gobierno con ridículos memoriales que destilaban lágrimas. Harto hizo su majestad permitiéndoles consagrarse a la pesca, oficio denigrante para tan noble instituto, y no lo tolerara ciertamente el sabio poder absoluto si no aconteciera que un oficial que había estado en Trafalgar muriese de hambre en El Ferrol, y que otros cometieran la villanía de ponerse a servir de criados para poder subsistir.

De seguro que los guardias de la real persona y su capitán, el duque de Alagón, no se quejaban de falta de pagas,

pues éste las recibía puntualmente, con la añadidura de mil valiosos regalillos que el rey, por cualquier motivo, le hacía. Los hombres que logran subir a posición tan alta no deben sufrir denigrantes escaseces; que eso sería deslustrar el brillo del absolutismo y rebajar la dignidad de todo el reino; y como Paquito Córdoba no había heredado de sus padres cosa mayor, su majestad le hizo cesión, a él y a otros individuos, de una parte del territorio de las Floridas, que no era ningún erial. No bastando esto, concediósele también el privilegio de introducir harinas en la isla de Cuba con bandera extranjera, el cual derecho valía por una minita de oro. Para explotarla, Alagón tenía por socio a un barón de Colly, de quien no se sabía si era irlandés o francés; aventurero, arbitrista, proyectista, hombre incalificable que años atrás había intentado sacar de Valencey al príncipe cautivo y traerle a España.

Murmuraban muchos del privilegio de las harinas..., que es muy común eso de no ver con buenos ojos al prójimo que saca el pie de la miseria. ¡Valgame Dios! ¿Por qué no se había de permitir al duque que se redondeara? Pues qué, ¿no es muy conveniente para la república que abunden en ellas los hombres ricos? ¿Y por qué no había de serlo el duque, cuando con ello no perjudicaba más que a los tunantes labradores de toda Castilla, hombres ambiciosos, tan comidos de envidia como de miseria, y que todo lo quieren para sí?

Intima amistad enlazaba al duque con su soberano. Algunos decían que Alagón era un hombre *asiático*. ¡Qué vil calumnia! ¡Llevarle así porque gustaba de servir dignamente a su amigo! Buen tonto habría sido el duque si hubiera permitido que otro se encargara de las comisiones que él sabía desempeñar a maravilla. Sobre que el resultado habría sido el mismo, llevaba el provecho cualquier hidalguete de gotera o capigorrón, entremetido.

Público es y notorio que ni uno ni otro gustaban de escándalos: nada de eso. En las recepciones públicas y audiencias privadas, amo y siervo tenían un sistema de señales mimicas, por las cuales se telegrafiaban cuanto había que comunicar respecto a las damas postulantes. Como aficionado a estudiar

por sí las costumbres del pueblo para aliviar sus necesidades y ver prácticamente los beneficios de su gobierno absolutísimo, Fernando salía por las noches del regio alcázar, para lo cual, puesto de acuerdo el duque con el oficial de la guardia, eran alejados del paso todos los soldados. ¡Qué llaneza y familiaridad en un príncipe autócrata! ¡Qué elevación en su humildad y cuánto se sublimaba abatiéndose hasta tocar con sus augustos codos los harapos del pueblo!... Porque rey y favorito no salían para visitar los palacios de los grandes, ni darse tono en las principales calles y sitios públicos, entre galas y boato, sino que, callandito y sin pompa, se iban muy a menudo, en la oscuridad de la noche, a visitar a los pobres.

Y daban muy buenas limosnas; vaya... Me lo contó Juana la Naranjera.

XIII

—Conque ¿le conviene a usted—me dijo el duque afectuosamente—la Real Caja de Amortización?

—Si el mejor servicio del rey me lleva a esa Dirección—repliqué—, ¿por qué no?

—Ya convine con don Antonio Ugarte que es usted el único hombre a propósito para tal puesto.

—Gracias, muchísimas gracias, señor duque. ¡Es usted tan bondadoso!... Sí; don Antonio tiene mucho empeño en que yo dirija la Caja de Amortización. Esa serie de juros de mil ochocientos tres, que andan por ahí, sin que nadie los quiera, necesitan una mano cariñosa que les dé colocación, con preferencia a los que ahora tienen el turno.

—Perfectamente—dijo, satisfecho de mi perspicacia—. Esos pobres juros no valen dos reales hoy; pero para todo hay remedio...

—Para todo, señor duque.

—Los únicos poseedores de ese papel somos Ugarte, yo... y otra persona.

—Comprendido.

—Hicimos la tontería de adquirirlos al dos...

—¡Oh!, no me cuente vucencia la historia. Si fui yo el encargado de comprarlos. Se adquirieron con intención de asimilarlos a los demás juros. Don An-

tonio y yo hemos hablado largamente del asunto, y es cosa arreglada, siempre que haya una mano enérgica en la administración.

—Muy bien—dijo su excelencia, regocijado de mis procedimientos ejecutivos—. Pero harto sabe usted, Pipaón, que esa mano enérgica—ya hemos convenido en que será la de usted—; que esa mano enérgica, repito, no podrá extender sus dedos de hierro mientras sea ministro de Hacienda el señor don Juan Pérez Villamil.

—Por de contado, en Madrid todos dan por muerto a Villamil.

—De eso se trata—afirmó cejijunto—. Pero no es tan fácil como parece, por más que diga el señor Collado..., ya usted lo oyó... Villamil está apoyado por Ceballos, el cual tiene muy buenos asideros.

—Mas es tan deplorable la política de este señor, que no sería difícil dar con él en tierra..., digo, me parece a mí.

—Vaya si es deplorable. Todo el reino está alarmado ante las amenazas de los liberales—afirmó el duque, mostrando su desmedido celo por el bien público—. Las conspiraciones crecen.

—¿Y cómo no han de crecer, si ha desaparecido el coco de las Comisiones de Estado; si hasta se han prohibido las denominaciones de *liberales y serviles*; si se ha mandado que en el término de seis meses queden falladas todas las causas por opiniones políticas?

—Así no hay Gobierno posible: es lo que yo digo. Así volvemos a los tumultos de la Constitución, al democratismo, al desorden de los papeles periódicos, de los clubs y de los cafés discursantes.

—Y se conspira, se conspira. Ya se lo demostraremos a su majestad.

—Si es inconcebible que no lo comprenda. ¡Qué falta nos hace ahora el bailío Tattischief! Ya podía haber dejado su viaje a París para mejor ocasión. Y el señor de Ugarte, ¿cuándo viene de Guadalajara?

—De mañana a pasado, por no poder hacerlo hoy, me escribió para que, de acuerdo con vucencia, estuviese a la mira del sucesor de Villamil en caso de que éste caiga.

—¡Oh!, no hay duda en eso—afirmó el duque con resolución—. El nuevo ministro de Hacienda será don Felipe González Vallejo.

—Así lo espera don Antonio.

—Y así será. ¡Si es el candidato del infante don Antonio, que hace tiempo bebe los vientos por darle la cartera!

—Y en verdad no hay hombre más para el caso—indiqué yo—. Vallejo no será tan reglamentario como ese testarudo *alcalde de Móstoles*, que no perdona un número ni una letra y abruma a todos los empleados con su timidez escrupulosa. De todo quiere enterarse y ha de meter su hocico en los asuntos más insignificantes.

—¡Qué calamidad!—exclamó Alagón con cierta somnolencia, arrellanándose en su sillón—. Dicen por ahí que Vallejo no sirve para el ministerio de Hacienda porque ha derrochado su fortuna y la de su mujer.

—Y que administró detestablemente la fábrica de paños de Guadalajara.

—Y que es un ignorante aturdido. Digan lo que quieran, para ser ministro de Hacienda no se necesita ser una lumbrera. ¿no es verdad, Pipaón? Cobrar lo que le dan, entregar lo que le piden... Cuando no lo hay, ellos no lo han de sacar de las piedras...

—Y para echar contribuciones no se necesita ser un Séneca, ¿no es verdad, señor duque?...

—Si al menos lograran satisfacer las atenciones más sagradas...; pero es calamitoso lo que pasa. El Tesoro privativo del rey, aquel de que libremente y a su antojo dispone su majestad, no toma del Tesoro público todo lo que debiera tomar, porque las arcas están casi siempre vacías. Verdad es que los directores de Loterías y otros empleados de Hacienda regalan a su majestad, bajo el pretexto de ahorros, grandes sumas, que si no...

—Aun así, este año van depositados en el Banco de Londres algunos millonajos—apunté con malicia.

—Poca cosa...—repuso con desdén el duque—. Gracias a que su majestad vive hoy con mucha economía... Ya sabe usted que ha dispuesto suprimir el regalo que antes se hacía a la servidumbre a fin de año.

—Sí, toda la ropa blanca usada por las reales personas.

—Además, ha suprimido mil inútiles despilfarros, porque el reino está agobiado de contribuciones, el Tesoro público vacío... Yo calculo que su majes-

tad, arreglándose a la mayor sobriedad posible, no habrá gastado en el año que acaba de transcurrir arriba de *ciento veinte millones*.

—El año que viene será más. ¿No ha oído vucencia hablar de boda?

—No conozco más que los proyectos de Ugarte y de Tattischief... ¡Una princesa rusa!...—indicó meditabundo—. Dudo mucho que eso se realice... ¿Ha dicho usted que don Antonio viene...?

—Mañana o pasado.

—Si lográsemos despachar el asunto de Villamil, ya podría pensarse después en lo de la princesa rusa.

—El asunto de Villamil—afirmé yo en el tono más lisonjero que me fué posible—, me parece resuelto desde que hombres tan poderosos han puesto su mano en él. Por mi parte, en la Real Caja de Amortización estaré a las órdenes de vucencia.

—Gracias, Pipaón—me dijo con bondad suma—. Ya sabe usted que si el asunto fuera de interés mío exclusivamente, no lo tomaría tan a pechos; pero alguna persona muy superior a nosotros desea que esto se arregle.

—Comprendo—. La monarquía absoluta tiene inmensos gastos... Todo es poco para ella.

—También necesita atender a todo, señor mío—afirmó sentenciosamente.

—Por eso me congratulo en extremo—añadí humillando la frente—de contribuir con mis cortas fuerzas a este concierto admirable, sin que en la humilde sumisión mía haya el menor asomo de interés..., pero ni el menor asomo de interés. Nada pido, señor duque.

Diciendo esto, me levanté para marcharme.

—Usted no necesita pedir para obtener—añadió—. Tan grande es su mérito y la solicitud que manifiesta en el buen servicio del rey y del reino... ¿No se le antoja a usted nada en estos días?...

—No, nada... Lo que es por ahora...

—dije vagamente, como quien recuerda.

—¿Nada en que yo pueda servirle?

—repitió, levantándose también.

—Ahora recuerdo, señor duque... Una bicoca... Tenía empeño en... Puesto que vucencia es tan bondadoso, voy a pedir dos favores, dos favorcillos nada más.

—¿Dos nada más?

—Dos. He oído hablar hace poco de una moratoria...

—Solicitada por la hermana del difunto marqués de Porreño. ¿Desea usted que se conceda?

—Al contrario. Deseo, mejor dicho, tengo mucho interés en que no se conceda.

—Ese asunto lo trae en su cartera Artieda, guardarropa de su majestad. Es muchacho hipócrita, pedigüeno y que, como tal, sabe sacar mendrugo. Es muy posible, muy posible, señor de Pipaón, que obtenga la moratoria. En fin: yo veré...

—Haga vucencia lo que pueda, que yo, por mi parte, si voy estas noches a la tertulia, veré cómo me las compongo con el señor Artieda.

—¿Y el otro favor?

—Es relativo al hijo de don Alonso de Grijalva.

—Ya... Es usted su amigo. ¡Hombre generoso! ¿Quiere usted que se deje en paz al muchacho y se le ponga en libertad?

—Al contrario. Deseo que siga en la prisión.

—¡Hola, hola!... Por lo visto, usted protege el bolsillo de Grijalva, pero no apadrina las calaveradas de Gasparito... Buen propósito; me parece un excelente sistema. Aquí vislumbro todo un plan de moralidad.

—Me desvivo por arreglar a una familia perturbada. ¿Me ayudará vucencia en mi noble tarea?

—Eso es más fácil. Un preso más, un viajero más a tomar los aires de Ceuta.

—No, es que no quiero enviarle tan lejos. ¿A qué esa crueldad? Tengámosle en la cárcel de la Corona hasta que madure.

—¿Hasta que el joven madure?... Bien. Por mi parte haré lo que pueda.

—Señor duque, las promesas vagas de vucencia son para mí concesiones, y sus esperanzas, realidades. Cuento con vucencia. Adiós.

—Adiós, Pipaón; que no deje usted de venir una de estas noches... Agrade usted, agrada usted mucho... Se celebran sus chascarrillos y su gracejo para contar las cosas.

—Vendré, vendré. Hasta luego, señor duque.

—Abur.

XIV

Dirigíme a casa de las señoras de Porreño, y hallé a doña María de la Paz muy gozosa por el buen giro y excelente aspecto que iba tomando su asunto. Acababa de salir de la casa el señor de Artieda, quien dió tales esperanzas y presentó la cuestión en tan buen pie para marchar a un feliz éxito, que ya se consideraba ganada la partida. Artieda y dos o tres señores de la clerecía con el gobernador del Consejo, habían tomado a su cargo el negocio, siendo evidente que con tales pilotos (frase de doña María) el barco de la moratoria, combatido por los aquilones de la envidia, no podía menos de llegar a puerto seguro.

Yo dije a la señora que acababa de hablar en pro de su pretensión a varias personas de mucha raíz en la Corte, lo cual me agradeció mucho. Añadí que estuviera tranquila, pues yo tomaba el negocio como mío y no pararía hasta conseguirlo: empresa no difícil para un hombre que, a más de tener tantas relaciones, escupía en corro con los señores del Consejo. Después hícele una explicación detallada de lo que eran las moratorias, enumerando las cuatro clases de ellas, a saber: *cesión de bienes, pleito u ocurrencia, espera o moratoria y quita de acreedores*, asentando que la que nos ocupaba pertenecía a la tercera categoría, por ser concesión graciosa del príncipe. Y aunque el Consejo—añadí con minuciosidad curialesca—rinda tributo a la majestad de las leyes dictando el auto de *traslado al acreedor*, y luego el de *pase a justicia*, todo será cuestión de fórmula, resultando al cabo que el señor de Grijalva no tendrá más remedio que conformarse y tragar el auto final de «no se moleste a la parte por tantos o cuantos años».

Esta explicación y los pomposos encarecimientos de mi poderío fueron causa de que las tres damas me obsequiaran con inusitado esplendor, brindándome dulces de los mejores y vino de las tierras de Porreño. Gustóme el licor, y tomando ple de él y de su aromática finura, conferenciamos acerca de aquellas tierras, yo pidiéndole informes y dándomelos las señoras con tanta ufanía como verbosidad.

A este punto entró la señora condesa de Rumblar con su linda hija, y retirándose adentro después las señoras mayores y doña Paulita, que iba a la tarea de sus devociones, nos quedamos solos Presentacioncita, doña Salomé y yo.

—¿No repara usted que estoy muy alegre, Pipaón?—dijo la graciosa muchacha.

—Sí, señora; lo había notado—respondí, dando el último adiós al vino y dulces con que acababan de obsequiarme—. Eso prueba que el tiempo es la gran medicina de las enfermedades del corazón y del espíritu. Dígolo porque hace ya algunos días que mi señor don Gasparito está a la sombra, sin que hayan valido mis generosos esfuerzos por sacarle, y el sustillo ha ido pasando, y con el sustillo la congojilla, y con la congojilla ansiosa las lágrimas dulces... ¡Oh! ¡Dichoso el prisionero cuyas regas son regadas por el divino licor de esos ojos!

—Don Juan, don Juan..., que se pone usted feo diciendo esas cosas... Si no lloro, si no estoy triste, si no hay ya nada de congojas ni suspirillos!—manifestó con tan franco y seductor arranque de alegría, que me desconcerté completamente.

—¿Pues qué, señora doña Presentacioncita?...

—¡Si se ha escapado!

—¡Se ha escapado!—exclamé con súbita ira, dando un salto en la silla—. ¡Se ha escapado ese tunante! ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué carceleros, santo Dios, qué carceleros!... ¡Luego quieren que haya justicia en España!

—Pero ¿lo siente usted?

—¡Escaparse! Después de haber hablado en público de las cartas de su majestad a Napoleón...

—Más vale así. Se ahorra usted el trabajo...

—No, no, señora—dije, procurando dominarme—. No; yo quería que fuese puesto en libertad en toda regla, después de un *sobreséase* como un templo. De este modo estaría más seguro y podría vivir tranquilamente donde mejor le conviniera, mientras que, habiéndose fugado de la cárcel, le perseguirán, le cogerán de nuevo y entonces sí que será ahorcado.

—¡Ahorcado!—gritó con ira—. ¡Ay!

Me asusto. Yo estaba contenta y usted ha venido a afligirme otra vez.

—¿Sabe usted dónde está?

—Lo sé, sí, señor. De eso iba a tratar cuando usted me ha puesto en ascuas.

—¿Dónde, dónde?

—Despacio. No está en casa de su padre, al cual ha desagradado con su escapatoria por el temor de que se le persiga más.

—Es claro.

—Gasparito se ha refugiado en una casa humilde, muy humilde, desde la cual me ha escrito contándome todo. ¡Ay!, qué dolor tan grande—añadió dando un suspiro—. Está muerto de hambre y lleno de inquietudes por miedo a que le denuncien los amos de la casa.

—Y harán perfectamente. Bien merecido le estará a ese jovencuelo imprudente por su última calaverada y el no aguardar, quietecito en la cárcel, a que yo le salvara.

—Sea lo que quiera—dijo la niña en tono de mujer seria—, es preciso sacarle de la terrible situación en que está.

—¡Sacarle! ¿Y cómo?

—Yo tenía un proyecto—indicó, sonriendo con toda su gracia exquisita—, un proyectillo..., y contaba con usted, sí, señor, con usted, para que me ayudara.

—¡Conmigo!

—Con el hombre generoso y bueno, con el corazón de oro, con la inteligencia sublime, con la voluntad firme, con Pipaón, en fin.

—Eso es: Pipaón sirve para los apuros, para los peligros; pero en tiempo de bonanza Pipaón es un pobre hombre que no sirve sino para burlas.

—Si vamos ahora a disputar sobre esto, no tendremos tiempo de ocuparnos de lo otro—dijo con impaciencia.

—Veamos lo otro. Siempre será otra... bromita.

—Pipaón—añadió con voz meliflua y poniendo en sus ojos un abreviado paraíso de dulzura, de hechizo y seducción—, yo tengo un proyecto, en el cual me ha de ayudar usted... Yo quiero ir esta noche a llevar algún socorro a Gaspar, y cuento con que me acompañe, con que me lleve usted.

—¡Esta noche!... ¡Los dos!—exclamé

absorto, sin saber si negarme o aceptar.

—¡Esta noche!... ¡Solitos!... Mejor dicho, con doña Salomé, que irá conmigo, porque también quiere dar ella algún auxilio al pobre muchacho.

La ilustre y ya marchita dama, que hasta entonces no había desplegado sus labios, me miró con cierto vislumbri- llo de enojo, y dijo:

—Si el señor don Juan no gusta de ir con nosotras, no faltará un galán cortés y fino que nos acompañe.

—¿Acaso he dicho yo algo, señora? —repuse con humildad, considerando que la expedición era muy conveniente para mí por todos conceptos—. Vamos a donde ustedes quieran, aunque sea al fin del mundo.

—No es tan lejos—indicó Presentación—, aunque por ahora no se le revelara a usted la calle ni la casa.

—Yendo conmigo, la condesa dejará salir a Presentación. Salimos al oscure- cer—dijo doña Salomé, revelando en su rostro de tafetán el deleite que aquellos livianos pensamientos de escapatoria le causaban—. Decimos que vamos a la novena del Ángel de la Guarda, y que a la vuelta subimos un ratito a casa de la marquesa, que ha dado a luz dos ni- ñas de un parto.

—Y luego que veamos al pobre Gas- parito y le consolemos y le demos al- gún socorro—añadió la muchacha—, le sacaremos de allí; y como no hay lu- gar más seguro que la vivienda de un cortesano del despotismo, don Juan se le llevará a su casa.

—¡A mi casa! ¡Llevar a mi casa a un prófugo, a un reo de lesa majestad!...

—Vamos, amigo—dijo la niña con do- naire, plantándome su divina maneci- ta en el hombro—, no nos venga usted aquí con palabrotas. Aquí no hay de- lito ni majestad. Si usted no le lleva a su casa, y usted no le esconde, reñi- remos para siempre. No me mire us- ted, no me hable, no se ponga donde yo le vea.

Como prometer no era cumplir, ni la aquiescencia verbal equivalía a posi- tivas concesiones de mi parte, prometi- cuanto me pidieron, y convine en todo lo que tuvieron a bien proponerme, con reserva de hacer después lo que me pa- reciere más conforme a la justicia, al bien del Estado y a mi propio sagrado interés.

Y para no cansar, aquí me tienen us- teds embozado en mi pañosa, con el sombrero hasta las cejas (si bien la os- curidad de la noche y el macilento alumbrado de la villa. ahorraban pre- cauciones), llevando una madama pen- diente de cada brazo, como en los bue- nos tiempos de cuchilladas y amoríos, pasando de calle a callejón y de ca- llejón a plazuela, ora de prisa para huir de un grupo de curiosos, ora despacito para recrearnos con el majo cantar que por las rejas de una casa humilde sa- lía, a veces callados los tres, a ratos hablando y riendo, regocijadas ellas de la libertad que gozaban, mientras las severas matronas nos suponían carco- midos de devoción en la novena del bendito Arcángel.

A mí me gustaba también el paseo, porque eso de llevar dos damas, una a cada costado, en la oscuridad de la no- che y en un pueblo como Madrid, don- de se abren tantas puertas al aventu- rero amor y a los locos deseos, no es cosa de despreciar. Yo oprimía con sua- ve delectación el brazo de la de Rum- blar, dejando el de la otra en libertad de que juntara o no su flaqueza con la del mío.

—Pero ¿llegamos o no?—pregunté a la muchacha.

—Ya pronto. ¿Es ésta la calle del Aguila?

—La del Aguila es.

—Bueno..., ahora a la del Rosario.

—Pues a la del Rosario. Supongo que no será para rezarlo. Parece mentira que en una casa que lleva ese nombre tan devoto se esconda un reo de lesa majestad.

Presentacioncita me clavo sus dedos en el brazo con tanta fuerza, que lan- cé un grito.

—Por infame y deslenguado—dijo ella.

Al entrar en la mencionada calle, do- ña Salomé preguntó, señalando una casa:

—¿No es por aquí?

—Aquí—dijo Presentación, señalando la inmediata y acompañando su ade- mán de amoroso suspiro—. Creo que es número cuatro...

—El cuatro es. ¿Llamamos?

Llamé a la puerta, no sin cierta zo- zobra de que algún bárbaro malsín apa- reciera y me solfease de lo lindo. Se- gún habíamos convenido, pregunté a la

mujer que franqueó la puerta si vivía en aquellos aposentos un joven llamado don Federico, el cual había venido poco ha de Toledo. Díjonos la mujer con muy malos modos que el joven se había marchado de aquella honrada casa para ir a otra de la calle del Bastero, número seis, donde de seguro le encontraríamos, porque andaba muy tapujado y no salía a la calle.

Fuimos a la del Bastero, y en su número seis nos detuvimos para decidir qué resolución se tomaría, porque no era prudente arriesgarse en aventuras por tales sitios. Yo estaba ya arrepentido de haber metido mis manos en aquel fregado, mayormente cuando oí rumor de pependencias en la inmediata calle del Carnero.

—¿Qué hacemos?—pregunté a la decidida Presentación.

—Llamar.

Doña Salomé, que participaba de mis temores, dijo:

—Es demasiado tarde, y esto está muy lejos. Me arrepiento de haber venido aquí. Opino que debemos retirarnos.

—Llame usted, Pipaón, y pregunte—ordenó la joven.

En el piso bajo había una taberna, lo que me pareció de malísimo augurio, y las voces y juramentos que de ella, como de un antro infernal, brotaban, ponían miedo en el más esforzado corazón. Pero no hubo más remedio. Llamé, y hecha mi pregunta, salió un portero rufián, el cual, con muchísima sandunga, nos dijo que entrásemos, y que si no el doncel buscado, de quien no podía asegurar estuviese en la casa, había otros muchos que recibirían bien a las damas.

A regañadientes entré yo, empujado más que conducido por la amante doncella, y bien pronto nos hallamos en un patio de esos que sirven de centro a una casa de Tócame Roque.

—¿En dónde nos hemos metido?—preguntó con zozobra doña Salomé.

—Eso digo, yo. ¿En dónde nos hemos metido?

—¿Conque por quién preguntan ustedes?—dijo el vejete portero con una sonrisa truhanesca que me heló la sangre en las venas—. ¿Por el oficialito, por el abate, por...?

—Por ninguno de éstos, camarada—re-

puse—, porque ahora mismo nos volvemos a la calle.

—No hagamos caso de este buen hombre—dijo con afán la muchacha—. Subamos, e iremos preguntando de puerta en puerta.

—¡Está usted loca! ¿Sabe usted qué clase de gente es la que vive en estas casas?

—Gente muy honrada y cabal—afirmó el portero—. Una señora que fué doncella de su alteza la infanta doña María Josefa..., un autor de diccionarios, siete poetas, dos grabadores de retratos, un torero, uno que fué magistrado del crimen...

Oíase rumor de disputas en los pisos altos de aquella colmena, el cual convidaba a salir cuanto antes en busca del silencio de la calle. Cerrábanse y se abrían con estrépito las puertas, dando paso a la claridad de las luces y al rumor de las voces, y un enjambre de chicuelos corría por los pasillos jugando a la caballería ligera y pesada. Dos traperos amontonaban no sé qué inmundos despojos en medio del patio, y tres mujeres se ponían como ropa de pascuas por la preferencia en sacar agua del pozo.

—Abranos usted la puerta—dije resueltamente al cancerbero, sacando una moneda, con la cual pensaba ponerle de parte nuestra si ocurría cualquier accidente desgraciado.

Diciendo y haciendo, di algunos pasos hacia la puerta, cuando en ésta sonaron fuertes y repetidos golpes, acompañados de gran gritería y algazara de fuera, a la que respondió al punto otra no menos discordie en los corredores.

—¿Qué es esto, portero?

—Nada, señor—respondió con socarronería—; es la Policía, que viene en busca de un señorítico lameplatos, masón y liberal, que se nos refugió aquí esta mañana. Yo di parte...

—¡El! ¡Dios mío! ¿Dónde está?—gritó Presentación con angustia.

—Se descubrió que se había escapado de la cárcel, donde estaba por injurias a nuestro querido rey—añadió el portero, corriendo a abrir.

—Escondámonos..., salgamos de aquí—dijo doña Salomé, agarrándome el brazo y tirando de mí.

—Pero ¿por dónde? Vamos a tropezar con la Policía.

—Escondámonos.

—Adelante.

—Subamos.

—Bajemos.

—Busquemos otra salida. Si nos ven...

—Señoras, no somos criminales—dijo, procurando sosegarlas—. Si la Policía nos ve, nos verá. ¿Qué importa?

Diciéndolo, vi que entraban hasta media docena de alguaciles, asistidos de otros tantos soldados, y tras ellos una multitud de personas del bajo pueblo, todos los que a la sazón bullían en la taberna, muchas mujeres de la vecindad y el contingente completo de la chiquillería de la calle. Vociferaban, gruñían, chillaban y reían en bestial coro.

Una aprehensión en aquellos tiempos no era gran novedad; pero por viejo y gastado que el asunto fuese, siempre tenía irresistibles encantos para el pueblo, muy soliviantado entonces y enfurecido contra todo lo que a liberal o afrancesado trascendiera.

—¡Le van a matar!—murmuró, entre sollozos, Presentación, llorando sin consuelo.

—Veamos si podemos escabullirnos—dijo yo.

—No..., no—gritó la afligida señorita—. Veamos si le podemos salvar. Pipaón, diga usted que es un consejero de Castilla, un ministro; que es amigo de los señores obispos, del mundo, del rey.

—Chitón... No se gastan bromas con esta gente.

—¡Yo quiero subir, yo quiero hablar a la Policía!—exclamó, alzando la voz con desesperación—. Ustedes no tienen alma... Yo estoy loca. ¡Socorro!

Maldita la gracia que me hacía aquella situación, que empezó a ser apuradísima desde que la dolorida muchacha puso el grito en el cielo, atenta sólo a su amorosa aflicción y sin hacer caso de lo demás. No sé en qué hubiera parado trance tan amargo si el agudísimo y tunante portero, conociendo al vuelo el apuro en que yo estaba, no viniera en nuestro auxilio cuando ya la gente de la vecindad nos rodeaba, nos observaba, señalándonos como a tres entes extrañísimos en aquel sitio.

—Vengan usías por aquí—dijo el veje te, llevándonos al fondo del patio—. Pues no se puede salir, entren en mi

cuarto y aguarden a que pase esta batahola.

Mucho trabajo costó llevar a Presentacioncita al oscuro albergue del señor portero; mas a fuerza de ruegos y prometiéndole yo que al día siguiente haría poner al preso en libertad, se aplacó un tanto. El portero, luego que nos puso en seguridad dentro de su aposento, nos dijo:

—Aquí no los molestará nadie. Cerraré la puerta. Cuando la Policía se lleve al barbilindo, y se despeje el patio, y se tranquilice la vecindad, saldrán ustedes. Esto no es un palacio; pero aquí estarán las señoras como en su casa... Pueden sentarse..., hay silla y media! Mi cama es blanda, y sobre este trombón, porque soy músico..., sobre este trombón, digo, puede sentarse el caballero.

—Gracias, gracias.

El miserable hablaba con diabólica truhanería. Después de ponderar las comodidades de su alojamiento, salió, y cerrando por fuera la puerta, nos dejó dentro de aquel sepulcro.

XV

Situación era aquella más crítica que la primera. Encerrados allí, nos vimos a merced de un tunante, que, a juzgar por su facha y lenguaje, no debía de ser modelo de virtudes porteriles. Los tres sentíamos gran congoja, y ya nos creíamos cercados de ladrones y asesinos, aumentándose nuestro pavor con el cercano rugido del pueblo que llenaba el patio y corredores. Presentacioncita era la menos afectada de nuestra desdicha, porque tenía alma, corazón y sentidos fijos en los pasos de la Policía y en el subir y bajar de la inquieta gente.

Transcurrió bastante tiempo sin que cesase nuestro apuro. Yo me desesperaba y maldecía el instante en que neciamente consentí en la descabellada expedición; doña Salomé rezaba para que algún santo del Cielo viniese en amparo nuestro, y Presentacioncita gemía sin hallar en nada consuelo. Lo peor de todo era que iba siendo ya muy tarde; había pasado la hora de la novena del Santo Angel; habían dado

las ocho, las nueve; iban a dar las diez... ¡Horrible trance! Darían también las once, las doce, sin poder salir de allí.

Por fin, Dios quiso que los alguaciles encontraran al prófugo y lo sacasen fuera y se lo llevasen con dos mil demonios. Iba desocupándose el patio, se extinguían las voces poco a poco, y al fin, ¡San Antonio bendito!, el endiablado portero nos sacó de nuestro calabozo.

—¡Vámonos a la calle pronto!—exclamó doña Salomé, ardiendo en impaciencia.

—¡A la calle, a la calle! ¿Por dónde se sale, buen hombre?—dije, sosteniendo a Presentacioncita, que por su mucha aflicción apenas podía con su lindo cuerpo.

—Si no quieren ustedes salir por la calle del Bastero, donde hay muchos tunantes y borrachos—repuso el portero—, por este pasillo que hay a la derecha saldrán a la casa inmediata y a la calle de Mira del Río.

Yo temblaba de susto. Por todas partes, en todos los rincones veía ladrones y asesinos alzando horrorosos puñales sobre mi pecho. El viejecillo nos llevó del patio grande a otro más pequeño, y de éste a un largo y húmedo zaguán, en cuyo extremo se veía la claridad de la calle. Cuando le di la propina me pareció sentir ruido de pasos detrás de nosotros; pero aunque atentamente miré, nada vi.

—Por aquí, derecho a la calle—dijo nuestro amparador, retirándose repentinamente.

Dejónos solos, y, a la verdad, fué como si nos dejara de su santa mano el ángel de nuestra guarda; porque no habíamos dado cuatro pasos hacia la claridad que al extremo del zaguán se veía, cuando una voz bronca y temerosa, que en su cluenco graznido indicaba ser producido del hombre y del aguardiente, resonó como un trueno en aquellos ámbitos oscuros, diciendo:

—¡Alto allá..., alto!, señoritos zampatortas, ¡alto, alto!...

El reventar de un cráter no me hubiera causado más espanto. Quedéme frío, y, sobre frío, absorto y petrificado, cual si en estatua de hielo me convirtiese. Y al mismo tiempo se sentían unos pasos, unos saltos como de gigan-

te borracho que venía dando traspiés por la cercana escalera.

Lanzaron agudísimos gritos las damas, colgándose de mis brazos para que yo las amparase; pero más que nadie necesitaba yo amparo y protección, porque me quedé sin habla, sin fuerzas para correr, sin ojos para mirar ni orejas más que para oír la voz, ¿qué digo?, las voces de los que se acercaban, pues quitando lo que multiplicase mi espantada imaginación, bien podía asegurarse que eran media docena.

No se me oculta que mi deber en tan crítico momento era tirar de la espada o sacar las pistolas para esperar a pie firme a los ladrones y acabar con ellos o morir antes que mis dos compañeras fueran atropelladas; pero yo no tenía espada, y ni remotamente me acordé de que llevaba una pistola en el cinto. Temblando como alma que llevan los demonios, recordé aquello de que una retirada a tiempo es una gran victoria, y apreté a correr hacia la calle. Las dos damas eran dos alas que me impulsaban con rapidez suma. ¡Ah!, cómo corríamos, cómo corríamos, gritando: «¡Favor, socorro, ladrones!»

Tras nosotros corría alguien. No le mirábamos. Sentimos carcajadas, blasfemias, un juramento horrible, qué sé yo... Corríamos siempre; las dos damas se separaron de mí y se quedaron detrás. ¡Ay!, yo era el viento mismo.

Vi dos hombres que andaban en dirección contraria a la mía, y su presencia me dió aliento... ¡Dos hombres que no eran, o al menos no parecían, ladrones ni asesinos!

—¡Socorro, favor!—repetí con ahogado aliento.

Detuviéronse ellos. Me pareció ver una cara conocida; pero en mi azaramiento no llegué a formar juicio alguno... Detúveme yo también. En el mismo momento sentí un ¡ay! agudísimo. Era Presentacioncita, que había caído al suelo. Doña Salomé se había parado en el mismo sitio. Retrocedí, porque la presencia de los dos desconocidos me infundió algún valor y porque, mirando hacia atrás, observé que nuestros perseguidores se habían quedado muy lejos.

Uno de los dos desconocidos se adelantó corriendo a levantar del suelo a

Presentacioncita, mientras el otro soltó la risa, diciendo:

—¡Si es Pipaón!

—¡Ah! ¿Es usted, señor duque? Hemos sido atacados por unos tunantes... Vamos a ver si se ha hecho daño esa niña.

El hombre que estaba junto a mí era el duque de Alagón; el otro...

XVI

Detente, pluma... El otro alzaba del suelo a la pobre Presentacioncita, que al perder el equilibrio y dar con su cuerpo en tierra perdió también el conocimiento. Nos acercamos, y el duque me miró con fijeza y malicia, poniendo sobre los labios su dedo índice.

—¡Jesús..., se ha desmayado!—balbució doña Salomé, examinando a su amiga, que aún estaba en brazos del otro.

—Esto no será nada señora—exclamó el desconocido—. Señorita...

—El susto ha sido grande—dije yo—. Y gracias a que no se atrevieron a seguirnos. ¡Pobres señoras, si hubieran venido solas!

—¿A dónde llevamos esto?—preguntó el compañero del duque, dando algunos pasos con la desmayada en brazos, tan sin trabajo cual si fuese una pluma.

Pareció perplejo el duque y como no acertara a indicar una resolución conveniente, el compañero dijo:

—Vamos allá. Adelántate y llama.

Hízolo así Alagón, y no habíamos andado veinte pasos, siguiendo todos al generoso caballero, cuando se abrió una puerta, y Alagón primero, después su compañero con la niña en brazos y detrás doña Salomé y yo, penetramos en una hermosa pieza iluminada por dos luces. Un hombre y una mujer encontrábanse allí, ambos en pie y tan respetuosos que, por lo callados y circunspectos, parecían estatuas. Veíase en el fondo una puerta entreabierta, por la cual apareció el rostro de una mujer de tan acabada hermosura, que, a pesar de lo apurado del lance, no pude menos de fijar en ella mis ojos. De la pared pendía una guitarra.

El compañero del duque dejó su preciosa carga en una silla. Callaban todos. El desconocido pidió un vaso de

agua, mientras doña Salomé, observando que la madamita empezaba a dar señales de vida, hacía esfuerzos por reanimarla, diciéndole:

—Presentación, vuelve en ti. Eso no es nada... ¿A ver? ¿Te has hecho daño?...

—Vamos, beba usted un poco de agua—dijo el desconocido, acercando el vaso a los labios de la joven, que recobraban, poco a poco, su vivo carmín, así como las descoloridas mejillas.

Cuando la muchacha bebía observé al generoso galán, que solícitamente sostenía con su mano izquierda la cabeza de la joven, mientras le daba de beber con la otra. Era un hombre admirablemente formado, de cuerpo estatuario y arrogante. Su edad no pasaría de los treinta y dos años, hallándose, según la apariencia, en aquella plenitud de la fuerza, del vigor y del desarrollo físico que marcan el apogeo de la vida. Vestía sencillo y elegante traje negro y ancha capa, que, habiéndosele caído en los primeros momentos del lance, fué recogida por el duque. Sus ojos eran negros, grandes y hermosos, llenos de fuego, de no sé qué intención terrible, flechadores y relampagueantes. Bajo sus cejas, semejantes a pequeñas alas de cuervo, centelleaba, deshecho en ascuas mil por las movibles pupilas, el fuego de todas las pasiones violentas. Su nariz era desafortadamente grande, corva y caída; una especie de voluptuosidad, una crápula de nariz. La carne, superabundante, había crecido, representando con fértil desarrollo su preponderancia en aquella naturaleza. El labio inferior, que avanzaba hacia afuera, parecía indicar no sé qué insaciabilidad mortificante. La personificación de la sed habría tenido una boca así. Una línea más de desarrollo, y aquel belfo hubiera tocado en la caricatura. Observándole bien, se veía en la tal fisonomía peregrina mezcla de majestad y de inobleza, de hermosura y de ridiculez. Tenía de todo y era difícil deslindar en aquel rostro híbrido las líneas pertenecientes a las grandes razas de las que pertenecían a la degeneración propia de todo lo humano. Por su mandíbula inferior se filiaba remotamente con Carlos V; mas por sus ojos truhanescos y las patillas cortas se iba derecho a la majería. El cráneo era bien conforma-

do; el pelo, negro y corto, con mechoncillos vagabundos sobre la frente y sienes. En suma: el perfil de aquel hombre solía verse en las onzas de oro.

Presentacioncita, abriendo los ojos, demostró tal asombro al verse en aquel desconocido sitio y ante personas extrañas, que creímos se iba a desmayar de nuevo.

—Ánimo—le dijo el belfo—, ánimo, señora mía; eso no es nada.

—¡Ah!... ¿Quién es usted? Gracias, caballero... ¿En dónde estoy?—balbució la damisela—. ¡Ah! Doña Salomé..., señor de Pipaón... Están aquí... Creí que me habían abandonado.

—Aquí estamos, sí, niña querida...

—Pero al instante nos vamos a marchar—afirmó con febril impaciencia la de Porreño—. Presentación, prueba a levantarte.

—Señora doña Presentacioncita—dijo el belfo, sonriendo—, no hay prisa. Descanse usted un poco.

—Vámonos, vámonos—añadió doña Salomé—. Hija, haz un esfuerzo y levántate. ¿Puedes andar?

Presentación dió algunos pasos. Cojeaba un poco a causa de una leve torcedura en el pie derecho al caer, pero andaba. Volvióse para dar las gracias al incógnito caballero; yo también quise decirle algo por pura fórmula, pero nos miramos unos a otros con sorpresa. El caballero, volviéndose la espalda, desapareció por la puerta que había en el fondo.

—Gracias, muchas gracias, señores—dijo Presentación, dirigiéndose al duque.

—Por aquí—indicó éste, que, sin duda, deseaba que nos marcháramos—. Yo acompañaré a ustedes hasta la calle de Toledo.

—Por aquí..., a la calle..., gracias, mil gracias, señor duque.

El prócer, mientras las dos mujeres salían, se me puso delante, y abriendo mucho los ojos aplicó de nuevo el índice a los labios.

Salimos, y los minutos nos parecían siglos, porque Presentacioncita andaba muy despacio. Era ya tarde, por cuya razón, a las contrariedades expuestas se unía la pavorosa contrariedad del sermón que nos esperaba, cuando nuestras pecadoras frentes se pusieran al alcance de los ojos de la señora condesa, y

nuestros oídos al blanco de la grave voz de doña María de la Paz. Al pensar en esto, los tres no teníamos más que un deseo: que la tierra se abriese, haciéndonos el favor de tragarnos.

Pero la Providencia, que nunca abandona a los débiles, nos sugirió ingeniosas trazas para salir del paso, y fué que discurrimos sacar del propio mal el remedio, achacando la tardanza a la misma torcedura del pie de Presentacioncita, la cual invención, llevada a feliz término por mi elocuencia ante las dos irritadas matronas, tuvo el éxito más completo que puede imaginarse.

—Es claro... ¿Cómo habíamos de venir a tiempo!... Bajamos la escalera... Presentacioncita dió un paso en falso. Subimos otra vez... La marquesa no quería dejarla salir... Se buscó un simón: el simón no aparecía... Se sacó la litera de mano; estaba rota... Discurre por aquí, discurre por allá... Yo estaba en ascuas y quise venir a avisar para que no se asustaran ustedes... En fin..., damos gracias a Dios de que no se rompiera un pie.

—¿No puedes andar?—preguntó la condesa a su hija con desabrimiento—. Esta sí que es fiesta. Estamos convidadas para la función de mañana en la Trinidad.

—Con manifiesto y asistencia de su majestad—repitió doña María de la Paz—. Y es preciso ir sin remedio. Yo al menos no puedo faltar, porque el prior nos ha prometido que podremos hablar al rey y entregarle nuestros memoriales.

—Mañana—repetí—. También yo he recibido invitación de los padres. ¿Conque van ustedes a la Trinidad?

—¿Puedes andar, Presentación? ¿Puedes andar, sí o no?—preguntó con afán indescriptible doña Paulita.

La niña se levantó resueltamente y dió algunos pasos por la habitación con pie seguro.

XVII

¿Cómo había yo de faltar a la función de los Trinitarios, si era hombre que a ninguno cedía en religiosidad, ni perdonaba medio de que se me tuviese por escrupuloso guardador de los preceptos y prácticas de la Iglesia? Ade-

más, poco antes había sido nombrado prioste de la archicofradía de Luz y Vela, y como tal me correspondía asistir a la función y acudir al pórtico del templo, donde habíamos puesto el mostradorcito con varios objetos devotos y otros profanos que, al son de trompeta y tamboril, se vendían o rifaban para atender a los gastos de la corporación.

Desde muy temprano estaba yo con mi cinta al cuello, espetado en el pórtico, en compañía de mis colegas el señor licenciado Moñino, de la Suprema Inquisición; don Felipe Rojo, racionero medio de Toledo, y el subcolector de espolios, don Vicente Barbajosa. El gentío era inmenso y se agolpaba en las distintas puertas del edificio, estorbando el paso de los fieles, lo que perjudicaba mucho la venta.

En el atrio del convento estaba el zaguanete de la guardia de la real persona. No tardó en aparecer su majestad, desplegando en su persona y comitiva tanta pompa y aparato, que se sentía uno orgulloso de ser español y llamarse vasallo de quien por tal modo y con tal grandeza representaba en la tierra la autoridad emanada de Dios. Daba gusto ver aquella fila de coches tirados por sendos pares de caballos, a tres pares cada uno. Cada individuo de la familia real iba en el suyo, resultando una procesión que cogía medio Madrid, con la caterva de batidores, correos, lacayos, escoltas, carruajes de respeto, palafraneros, caballerizos y demás figuras admirables que recreaban la vista y el alma. ¡Qué profusión de uniformes, cuánto plumacho y galón, qué diferentes clases de sombreros, de uniformes, de caras, de arreos! Diríase que le transportaban a uno al Oriente, o a las pomposas fiestas de la India. ¡Feliz nación la nuestra, que tal magnificencia podía ofrecer a los aburridos ojos de los súbditos para que se alegraran y diesen gracias a la divina Providencia por haber hecho de nuestros reyes los más rumbosos y magníficos de la tierra! Allí se veía la grandeza de nuestra nación, allí sus inmensos tesoros, allí su dignidad excelsa, allí la representación más admirable de su poderío. ¡Viva España!

Formaron los guardias (a quien entonces llamaba el vulgo *chocolateros*, no

sé por qué), y el estrépito de tambores y clarines llenaba los aires. Tales sones y el limpio sol que inundara aquel día las calles daban a la regia comitiva esplendor y armonía celestes. Los gritos de «¡Viva el rey absoluto!» resonaban por doquiera. ¡Oh feliz consorcio de la monarquía absoluta y la religión santísima! ¡Quiera el Cielo que existas luengos siglos y que ambas instituciones, hijas de Dios, vayan siempre de la mano y partiendo un piñón, para que los fieles cristianos, súbditos del encantador Fernando, vivamos pacíficamente en la tierra, libres de revoluciones impías y de locas mudanzas!

Salió la comunidad con palio a recibir al monarca, y llevándole en procesión a un camarín riquísimo que le habían preparado en el claustro, rogáronle que se adornase el pecho con media docena de escapularios y alguna reliquia milagrosa de huesecillos de santo, lo cual, como hombre piadosísimo y temeroso de Dios, hizo de buena gana. El infante don Carlos y don Antonio Pascual imitaronle, dirigiéndose después todos, cirio en mano, a la vecina iglesia, donde ocuparon sus asientos en medio del respeto y la admiración de los fieles.

Todavía me parece que le estoy mirando. No puedo olvidar su majestuosa figurilla arrodillada, con los ojos fijos en el Santísimo Sacramento, en actitud tan edificante, que la misma impiedad se habría desarmado y convertido contemplándole. ¡Con cuánta devoción atendía a las sonoras preces, y con cuánta fe al sermón que predicó el padre Vargas, y en el cual no faltó aquello de llamarle Trajano y Constantino, y de elogiar sus sabios dictamentos para dirigir sabiamente la nave del Estado! ¡Con cuánta unción y evangélica mansedumbre besó las reliquias que el padre Ximénez de Azofra le presentara, y dijo después las oraciones finales para implorar de Su Divina Majestad la gracia y el buen consejo! Todos los presentes estábamos conmovidos y parecía que se nos comunicaba algo de la celestial hermosura de aquel varón insigne, ante cuya preciosa cabeza se prostaba, mudo y sumiso, el pueblo escogido de Dios. ¡Oh, qué gusto ser español!

Concluida la ceremonia, pasó su ma-

jestad al camarín, donde ya se había dispuesto una lujosísima mesa, como destinada a boca y paladar de tal príncipe, y en la cual las viandas más apetitosas reclamaban la vista y olfato, recreando y extasiando el alma. No sé qué angelicales reposteros pusieron en ello sus manos: pero lo cierto es que la tal mesa parecía destinada a ser servida en los altos comedores del Paraíso, para regalo de las excelsas potestades. Aunque allí, como en los claustros, no tenían entrada sino las personas convidadas, damas de lo más granadito de Madrid, consejeros, generales, oficiales, marinos, presidentes y priostes de las cofradías, capellanes de Palacio, alguaciles y familiares de la Inquisición, canónigos de San Isidro y demás sujetos de viso, el gentío era grande, porque los Trinitarios, deseosos de dar lucimiento a la fiesta, habían abierto mucho la mano en las invitaciones. No nos podíamos rebullir: todos querían ver los augustos semblantes de su majestad y altezas. Los frailes no cabían en su pellejo de puro satisfechos y trataban de atender a todo.

Su majestad no hizo más que probar algunos platos; obsequió con dulces a las damas, dando muestras, allí como en todas partes, de su exquisita galantería, y se retiró a la sala capitular para despedirse de los bondadosos y humildes padres. Pugnaban los convidados por penetrar en la sala, llevados unos del deseo de saciar sus ojos en la contemplación del rostro de nuestro soberano; otros, aguijoneados por el afán de presentarle memoriales. Gracias al padre Salmón, que se me apareció como emisario del Cielo, pude penetrar en la sala, llevando conmigo a la señora condesa de Rumblar con su hija y a las señoras de Porreño. Las cinco damas estuvieron a punto de quedarse fuera. Sensible sobre toda ponderación hubiera sido este accidente, porque la condesa iba a presentar al rey un memorial pidiendo una bandolera para su hijo, y doña María, otro en pro de la tan deseada moratoria.

¡Oh espectáculo sublime, y qué hermoso es ver a un rey atendiendo con paternal solicitud al socorro de sus hijos, recibiendo las peticiones de éstos y prometiendo satisfacerlas con genero-

sidad, con esa generosidad regia, que es un reflejo de la misericordia divina! Puesto su majestad en un estrado que a propósito se había construido, el prior Ximénez de Azofra le presentó un memorial solicitando no sé qué mercedes para dos sobrinos suyos y dos cuñaditos de su hermana; y después que el bendito trinitario cumplió los deberes domésticos mirando por el bien de su venerable parentela, fué presentando al rey uno por uno a todos los demás postulantes, que ya habían convenido con él en los pormenores de esta ceremonia. Recogió Fernando las peticiones con tal bondad, que era imposible contener las lágrimas viéndole. A todos prometía villas y castillos, dirigía algunas preguntitas, hacía el obsequio de una sonrisa, cuando no de palabras, y daba a besar su real mano con una llaneza que no desmentía la dignidad. ¡Oh qué inefable delicia ser español y súbdito de tal monarca!

Cuando Ximénez de Azofra indicó a la señora de Rumblar que se acercase, y vió su majestad a la grave madre y al lindo retoño, se rió de una manera tan franca, que todos nos quedamos pasmados; y al recibir el memorial fijó los ojos negros de fuego en Presentacioncita, la cual, turbada, azorada, trémula, vaciló y hubiera caído en tierra si no la sostuviéramos. Púsose la niña más roja que una cereza. Dirigióle el paternal y bondadoso monarca la palabra, preguntándole si tenía padre, a lo cual doña María, hecha un mar de lágrimas, contestó que no.

Todos nos asombramos de la inmensa bondad del rey, que en aquella pregunta pareció como que quería constituirse en padre de todos los huérfanos del reino.

Cuando nos retirábamos, Presentacioncita estaba pálida como el mármol.

—¿Le vió usted bien?—me dijo en voz baja—. ¡Ay señor de Pipaón!, estoy asombrada, aterrada.

No pude oírla más, porque sentí que entre el gentío me ponían una mano en la espalda.

Era el duque de Alagón, que quería hablarme a solas, pues no podía pasar mucho tiempo sin que él y yo tratásemos algo importante para el bien del Estado.

XVIII

A las dos del siguiente día estaba yo en Palacio. Envióme don Antonio Ugarte, recién llegado a Madrid, para que, diestramente y con amañados pretextos, observase lo que allí pasaba. Después de hablar con varios gentileshombres y mayordomos, llevóme uno de éstos al salón que precede a las regias estancias, y en el cual suele verse en días de audiencia gran marejada de pretendientes que entran o salen. Presentóseme allí el duque de Alagón, que, llevándome aparte, me señaló un anciano que en el mismo instante salía de la cámara real.

—¿Conoce usted a ése?—me dijo.

—Es don Alonso de Grijalva—contesté, sin disimular mi disgusto—. ¡Maldito vejete! No puede dudarse que ha venido a implorar el perdón de su hijo.

—Y lo ha conseguido: yo puedo asegurarlo, porque estaba presente durante la audiencia—. ¿Creerá usted que el buen señor se ha echado a llorar delante del rey?

—¡Qué falta de cortesía!

—Su majestad le ha recibido bien. Grijalva goza de muy buena opinión: es realista vehemente.

—Vamos, que se ha salido con la suya.

—De una manera absoluta. Por esta vez, amigo Pipaón... Además, vino presentado por dos personas de la primera nobleza y por el patriarca, y precedido por una carta del nuncio.

—¿De modo que se nos escapó Gasparito?—pregunté yo, tomándolo a broma.

—Sin remedio ninguno. Su majestad se ha mostrado tan decidido, tan categórico... Al despedirse, le dijo: «Puedes marcharte tranquilo a tu casa, que mañana, sin falta, estará tu hijo en libertad y se sobreseerá esa causa. Te lo prometo, te lo prometo, te lo prometo.» Lo repitió tres veces.

—¡Cómo ha de ser!... A lo hecho, pecho—dije, calculando, sin pérdida de tiempo, qué nuevos medios emplearía para llevar adelante mi plan.

Pero sacóme de mis meditaciones el duque mismo, llevándome de sala en sala hasta una en que acostumbraban reunirse los cortesanos para arreglar sus cuentas de favoritismos unos con otros,

sopesar su respectiva influencia y regodearse en común de ver la buena marcha de los asuntos del Gobierno.

Cuando entramos el duque y yo, había en el salón cuatro personas; paseábanse juntos de un ángulo a otro, en la diagonal de la estancia, Pedro Collado y don Francisco Eguía, teniente general, ministro de la Guerra, anciano casi decrépito, aunque no privado aún de cierta agilidad, y con una singular comezón de hablar y moverse, que era el rasgo distintivo de su espíritu, así como la coleta y corcovilla lo eran de su cuerpo. Formando grupo aparte, hablaban por lo bajo, sentados en un diván, don Pedro Cevallos, ministro de Estado, y don Baltasar Hidalgo de Cisneros, ministro de Marina.

Detuviéronse Eguía y Collado al vernos, y el primero, que no por ser de carácter inflexible y duro en los negocios públicos dejaba de mostrar llaneza en la conversación familiar, me dijo:

—¡Cuánto bueno por aquí! Me han dicho que va usted a la Caja de Amortización... Sea enhorabuena.

—Gracias, muchas gracias—repuse con modestia—. Bien saben todos que no lo he solicitado.

—Bien hayan los hombres de mérito—dijo Collado—. Ellos no necesitan de recomendaciones para subir como la espuma.

—Nos hemos propuesto darle su merecido a este tunante de Pipaón—declaró el duque con cortesania—, y poco a poco lo vamos consiguiendo. Este va para ministro, señor don Francisco.

—Lo creo, lo creo—repuso el anciano alzando la abatida cabeza y guiñando el ojo para mirarme—. Pero no le arriendo la ganancia... ¡Santo Dios, qué laberinto, qué torre de Babel es un Ministerio!

—Lo creo, señor don Francisco—dije con oficiosidad—. Pero, sin su poquito de abnegación, no se concibe al buen súbdito de su majestad.

—¡Oh, es claro! Nos debemos a su majestad... Pero a mis años, la enorme carga de un Ministerio es insoportable... Precisamente en estos días la balumba de asuntos puestos al despacho me ha rendido más que una batalla.

—Pues es preciso cuidarse, señor don Francisco.

—¿Querrá usted creer, señor Collado

—dijo el guerrero gesticulando con desenvoltura—, que ya están despachados todos los nombramientos que usted me recomendó en aquella minuta?

—¿Las doce comandancias de provincias, seis plazas fuertes y no sé cuántas tenencias de resguardos?... Pues la mitad de esas limosnas son para el señor duque, que nos está oyendo.

—Vamos—continuó don Francisco con socarronería—, que, por falta de pedir, no se les pondrá mohosa la lengua. Yo, que soy ministro, no he podido satisfacer el deseo que ha tiempo tengo de regalar un arciprestazgo al sobrino de mi cuñada. Y ¿por qué? Porque no me ocupo de pedir ni gusto de importunar por un miserable destino.

—Se tendrá en cuenta—afirmó gravemente Collado.

—Hace pocos días—continuó el general—hablé de esto a Moyano, y me dijo que su majestad se había reservado la provisión de todas las plazas.

—¡No es cierto, qué enredo!—exclamó el ayuda de cámara—. ¡Reservarse su majestad todas las plazas!

—Quien se las ha reservado—afirmó el duque con enojo—es el mismo ministro, el insaciable don Tomás Moyano, que tiene media nación por parentela.

—¡Es graciosa!—dijo Eguía, riendo—. Cuentan que ha despoblado a Castilla; que ya no hay en Valladolid quien tome el arado, porque los labradores todos han pasado a la Secretaría de Gracia y Justicia.

¡Cuánto nos reímos a costa del ministro ausente! Yo, que no quería perder la coyuntura de demostrar a don Francisco Eguía la admiración que me causaba su desmedida aptitud para los asuntos militares, dije con gravedad:

—No me nombren a mí esos ministros que no se ocupan más que de la provisión de destinos, de colocar parientes y despoblar aldeas para reellenar Secretarías. Tales hombres no hacen la felicidad del reino... Señores, no todos los ministros cumplen con su deber. Casi puede decirse que la mayor parte van por mal camino; casi, casi, se puede afirmar que uno solo..., y no lo digo porque esté delante don Francisco Eguía... Cuantos me conocen estarán hartos de oírme asegurar que, de todos los secretarios del despacho, el que con más celo se consagra a asuntos be-

neficiosos y de interés general es el que nos está oyendo.

—Gracias, gracias—exclamó el anciano, poniendo su guerrera mano en mi hombro—. He hecho lo que me ordenaban mis antecedentes militares.

—La verdad es que solo el trabajo de las nuevas ordenanzas basta a asegurar la reputación de un ministro.

—¡Y cuánto me han dado que hacer las tales ordenanzas!—dijo don Francisco con voz hueca y ponderativos ademanes—. Como que abrazaban multitud de puntos delicados, y que no era posible resolver a dos tirones. Ha sido preciso dictar disposiciones nuevas, que no figuraban en nuestros antiguos códigos militares. ¿Creen ustedes que es un grano de anís? Fácil era prohibir a los soldados que cantasen las estrofas que los guiaron al combate durante la guerra; pero ¿y la orden de rezar el rosario en cuerpo todos los días?... ¿Y la serie de minuciosas instrucciones sobre el modo de tomar agua bendita, al entrar, formados, en la iglesia? Luchábamos con el vacío que la legislación militar ofrece hasta hoy en este punto, y hemos tenido que hacerlo todo nuevo.

—¡Admirable, admirable!—exclamé—. Pero sírvale a usted de consuelo por su trabajo la gratitud del ejército.

—¿Qué deseo yo sino su bien?—prosiguió el venerable militar—. Sabe Dios que me contrista en extremo el que se deban tantas pagas; pero eso no está en mi mano remediarlo.

—Ni en la de nadie—afirmó el duque.

—Pero váyase lo uno por lo otro—dijo yo—. Si no cobran, en cambio, el señor don Francisco ha decretado la construcción de un hospital de inválidos.

—Es verdad, también tengo esa gloria. Yo he dado ese decreto, y si el hospital no se construye, no es culpa mía.

—Ni mía—repitió maquinalmente Collado.

—A falta de pagas—añadió Eguía con juvenil complacencia—, preparo una disposición, en virtud de la cual cada año de campaña se cuenta como dos de servicio, lo cual tiene la ventaja de que muchos militares noveles, y que ahora empiezan su carrera, pueden retirarse a sus casas con una pingüe cesantía... Vamos, no se quejarán.

—Sobre eso, écheles usted las cruces recién creadas.

—Justamente—dijo don Francisco—. Miren ustedes: no paré hasta conseguir el establecimiento de la *Cruz de Lealtad de Valencey*, con la cual se ha premiado a los que acompañaron a su majestad, mientras aquí ardía la más feroz de las guerras... En fin, en mi Ministerio se ha trabajado. Sólo siento que mis años y achaques no me permitan desplegar mayor actividad, y me alegraré de tener un sucesor que no levante mano hasta poner a nuestro ejército en el pie de magnificencia que le corresponde.

A este punto llegaba, cuando se acercaron a nosotros el ministro de Marina y don Pedro Cevallos.

—¿Quién va al cuarto del infante, don Antonio?—preguntó don Baltasar Hidalgo de Cisneros, disponiéndose a salir.

—Corra usted, corra usted...—repuso el duque con sandunga—. Su alteza está muy impaciente por saber el estado de la mar.

—Barcos, no tenemos—indicó maliciosamente Cevallos—; pero almirante...

—El Almirantazgo ha quedado constituido, al fin—dijo Cisneros—, gracias a mis esfuerzos. Por algo se empieza. Hay que tener paciencia.

—Es claro: los barcos se harán después—apunté yo.

—Gracias a Dios—indicó Cisneros—, ya tenemos Almirantazgo. Precisamente acaba éste de tomar una determinación importante.

—¿Cuál?

—Ceder al infante los derechos que la corporación percibe. Es una bonita renta.

—Lo que dice Pipaón—manifestó Cevallos—. Tiempo hay de hacer los barcos. La cosa no urge.

Cisneros no habló más, y se retiró. Era un viejo caduco y tristón, que no infundía ya sentimientos de afecto ni de antipatía. Había estado en el combate de Trafalgar, mandando en la *Trinidad*, como mayor general de Uriarte. En 1810, hallándose de virrey en Buenos Aires, fué débil, tan débil, que permitió a los rebeldes formar una Junta de gobierno, con tal que le diesen un puesto en ella. Pero los insurgentes americanos, después que se apoderaron del Gobierno y de las fuerzas navales, despidieron ignominiosamente al virrey. Vuelto a Es-

paña, no encontró un patíbulo, sino la Capitanía general del departamento de Cádiz, que era un buen momio, y después, el Ministerio de Marina. Cisneros tenía pocos amigos. Apenas le traté, porque su lúgubre tristeza me aburría en extremo.

—Si Cisneros y yo seguimos en Marina y Guerra—afirmó Eguía con petulancia—, hemos de poner a marineros y soldados, como antes dije, en el pie de magnificencia que les corresponde.

—Mientras no se encargue de calzar ese pie de magnificencia el señor duque, que está presente...—dijo Cevallos, mirando con maliciosa intención a Paquito Córdoba—; mientras todo el ejército de mar y tierra no vista y coma al compás de los rollizos galanes de la guardia, no haremos nada. El señor duque puede comunicar al señor ministro de la Guerra su receta para engordar soldados.

Con estas frases malignas zahería el astuto ministro de Estado al señor duque de Alagón. Hacía tiempo que no se miraban con buenos ojos.

—La guardia de la real persona—dijo Paquito Córdoba—come lo que su majestad se digna darle. En ella no hay un solo individuo que haya metido su mano en la olla del rey José ni en el puchero de las Cortes de Cádiz.

Esta saeta era muy punzante para Cevallos, que desde 1808 se había sentado a todas las mesas. No contestó el ladino cortesano a la insinuación del duque y varió de conversación. Era Cevallos hombres instruidísimo en diplomacia máxima y mínima; muy conocedor de las grandes vías, así como de los callejones, de la política. Reservándose para más adelante el trazar su historia, diré aquí tan sólo que era el más instruido de los presentes, sumamente listo, de semblante simpático y modales muy finos, como de quien había cursado en diferentes cortes europeas, distinguiéndose, además, por su aparente dignidad y cordura al tratar las cuestiones de Estado. Detestaba cordialmente la camarilla, a la cual llamaba *vil chusma*, aunque nunca se atrevió a combatirla abiertamente, ni tampoco renunció a su apoyo cuando lo necesitaba. Más que odio, inspirábale envidia, porque podía más que él. En cuanto a mi persona, en aquella sazón Cevallos me consideraba

mucho, por el afán de congraciarse con Ugarte, a quien envidiaba y temía. Así es que, no bien disparóle el duque la alusioncilla picante de su afrancesamiento, entabló coloquio conmigo, mientras los demás charlaban de otro negocio.

—¿Conque va usted a la Caja de Amortización?—me dijo.

—Por mi parte, nada sé—repuse con modestia—. Algunos me lo han indicado; pero puedo asegurar que no lo solicité, ni hasta ahora me lo han propuesto.

—Dígoles, señor de Pipaón—añadió, simulando con una sonrisa forzada y modales respetuosos el desprecio que aquel fatuo sentía hacia mí—; dígoles porque me parece una de las mercedes más justas que se han dado en estos tiempos... Vamos a ver, ¿por qué no se viene usted con nosotros?

—¿Al Ministerio de Estado?

—Justo. Hombre, se lo he de decir a Ugarte, a mi querido amigo el señor don Antonio... Allí necesitamos hombres de actividad, hombres de ingenio despierto...

—Gracias, señor don Pedro. Yo no sirvo para la diplomacia.

Firme en mi propósito de no desperdiciar ripio para ganar la estimación de cuantos hombres figuraban, hubiesen figurado o estuviesen en vías de figurar por aquellos días, dije a don Pedro:

—En el Ministerio de Estado no pueden servir hombres legos y sin ninguna ciencia diplomática. Desgraciadamente, en España tenemos tan pocas personas idóneas para este ramo...

—Es verdad.

—Tan pocas, que se pueden contar—repetí—; y si nos concretamos al desempeño de la primera Secretaría, no sé, no sé que haya más de uno... No lo digo porque me esté usted oyendo. Cuantas veces he hablado de esto con mis amigos, les he dicho: «Cítenme ustedes un hombre, uno solo, que pueda reemplazar a don Pedro Cevallos si, por desgracia, dejara la cartera de Estado.»

—¡Oh! Es usted muy benévolo, Pipaón—me dijo, no muy sensible a mis lisonjas.

—Es la verdad—proseguí con calor—. Yo me asombré de la delicadeza y dificultad de los negocios diplomáticos, en que hay que tratar con naciones extrañas, y procurar engañarlas a todas, si

es posible... Cualquier Ministerio puede desempeñarse fácilmente; pero el de usted... Bien lo conoce su majestad, que, al tolerar en las demás secretarías a personajes tan nulos como don Francisco Eguía—bajé la voz, aunque estaba lejos—, pone en las de Estado al único hombre de talento y saber que frecuenta estas salas...

—¡Qué lisonjero!

—¡La verdad! Vamos a ver. ¿No da risa ver al frente del ramo de Guerra a ese grotesco señor de la coleta, que poco ha ponderaba las ridículas ordenanzas que ha dado al ejército?

Don Pedro Cevallos no pudo contener la risa.

—Calle usted, calle usted—me dijo haciendo alarde de prudencia y compañerismo.

Luego, bajando la voz y tomándome el brazo para alejarnos más de los demás palaciegos, añadió:

—Sea usted franco. Esa *vil chusma*, con la cual usted anda a brazo partido, ¿ha dicho hoy algo de la caída de Villamil?

—No ha dicho una sola palabra, señor don Pedro: ellos no se franquean conmigo—respondí—. Saben que los desprecio altamente...

—Se murmura que Villamil no durará dos días. ¡Qué desventurado reino! Aquí no hay nada seguro; vivimos a merced de esa gentuza...

—Si yo no sé cómo su majestad tolera que ese vil criado, ese libertino duque...

—Más bajo...

—Y no dudo que lo consigan—añadí con magistral oficiosidad—. Será lástima que un ministro tan probo, tan entendido, tan decente como el señor don Juan Pérez...

—¡Oh! Yo pienso hablar al rey hoy mismo con energía—afirmó aquel hombre, que no había sido nunca enérgico más que para pasarse de un partido a otro—. Esta detestable servidumbre, autora de la bárbara política que se hace hoy, así como de las crueldades de los comisarios enviados a provincias por privada disposición del rey, sin contar con nosotros; esa vil servidumbre, esa desastrosa política, repito...

No dijo más porque se acercó a nosotros un nuevo personaje. Era el obispo de Almería, inquisidor general.

—Blen venido sea el señor obispo—dijo don Pedro, ceremoniosamente.

—Felices, hijo mío—repuso el prelado, sonriendo—; esa salud, ¿cómo va? Pero ¿no anda por aquí el señor Collado?... ¡Señor Collado!

Y dirigió sus miradas a un lado y otro, sin dejar la sonrisita.

El lacayo acudió, presuroso, mientras los presentes besábamos el anillo a su ilustrísima. Tenía el de Almería un semblante de angelical bondad, que al punto le ganaba las simpatías de cuantos tenían la inefable dicha de tratarle. Hombre menudillo y achacoso, no dejaba por eso de ofrecer un aspecto patriarcal. Viéndole, se sentía uno inclinado a las buenas acciones, a la mansedumbre evangélica, a la exaltación mística y a la piedad. No salía de su boca palabra alguna que no fuese la misma devoción y un compendio del Evangelio.

—No he querido retirarme sin hablar con usted—dijo a Chamorro—. Vengo de ver a su majestad y le he recomendado el asunto de las señoras de Porreño. Se presenta muy favorable; pero es preciso que me lo apoye usted, pero que me lo apoye en forma. ¿Estamos?

—Descuide su ilustrísima—repuso el ex aguador—. Se atenderá con mucho gusto.

—También el señor Artieda lo toma con gran calor—prosiguió el príncipe de la Iglesia con benévola sonrisa—; pero no me fio de Artieda, que es un poco falso. Usted es más formal, señor Collado... ¡Ay, como usted me descuide este asunto...! Son infinitas las personas de viso que se interesan por esas pobres señoras. Aquí precisamente tenemos una.

El obispo me señaló. Inclíneme respetuosamente.

—En efecto—dije—. Conozco mucho a esas señoras y ya he dado algunos pasos... Es indudable que alcanzarán lo que solicitan... O hemos de poder poco, ilustrísimo señor, o lo conseguiremos.

—Es preciso hacer algo por los desgraciados—afirmó el inquisidor, dando un suspiro y poniendo los ojos en blanco—. Esto es más que un favor, señor Collado: es una obra de caridad... No me descuide tampoco aquel asunto de mis primas, ¿eh?

—Puede su ilustrísima ir sin cuida-

do—replicó el ex aguador—. Todo se hará.

—Si no se tratara de obras de caridad, no molestaría...—dijo el prelado en tono de protesta—. Pero, ¡ay!, amados hijos míos, no se ven más que lástimas y miserias... Yo quisiera atender a todo; pero soy un pobre pastor viejo que apenas puede ya con el cayado... Conque, ¿quedamos en ello?—añadió con apresuramiento y afán de marcharse, porque había llegado la hora de la comida—. No necesitaré dar a usted nota escrita, ¿verdad?

—Tengo buena memoria—repuso el ex aguador, besando de nuevo el anillo al noble prelado—. Téngalo usía ilustrísima también para mí en sus oraciones.

Nos disponíamos a acompañarle hasta la sala inmediata, donde le aguardaban sus familiares, cuando a él y a nosotros nos detuvo otro sujeto, también anciano, simpático y venerable, que de improviso entró. Era don Tomás Moyano, ministro de Gracia y Justicia, célebre por sus muchos parientes, que iban viniendo en tribus invasoras de los pueblos de Rueda, Medina y La Seca, para acomodarse en la Administración. Había sustituido a Macanaz. Si he de decir verdad, era hombre altamente insignificante, que por nada se distinguía como no fuera por su obesidad. Al entrar hizo algunos gestos, como mandando a todos que nos detuviéramos para comunicarnos algo de mucha importancia, y antes que le preguntáramos, dijo a voces:

—Aquí llevo el decreto para que lo firme su majestad.

—¿Qué decreto?—preguntaron varios con curiosidad suma.

—Señores—exclamó declamatoriamente—, felicitemos todos al señor inquisidor general por la merecida distinción con que acaba de agradecerle su majestad.

—Nada más justo—dijo Cevallos, descifrando el enigma y haciendo una cortesía al digno prelado—. Su majestad ha concedido a su ilustrísima la Gran Cruz de Carlos Tercero.

—¿Y eso era...?—balbució el pastor—. Pero ¿en qué están ustedes pensando?... ¡Darle a mí la Gran Cruz, a mí, que estoy muy lejos de merecerla, cuando hay tantos otros...!

—Fué idea mía, señores—dijo Moya-

no con vanidad indescriptible—. Anoche lo propuse a su majestad, y al punto... Hoy he extendido el decreto—añadió, pasando la vista por un papel escrito—, y no le falta más que la firma... «En atención a los méritos del muy reverendo, etc..., y en premio de su humildad apostólica...»

—En premio de su humildad apostólica—repitió Cevallos—. Me parece admirable. Señor prelado, felicito a usía ilustrísima.

—¡Todo sea por amor de Dios!—murmuró el obispo, juntando las manos.

Nos inclinamos todos, y aquello fué un coro de felicitaciones y plácemes. Al santo y humilde pastor casi se le saltaban las lágrimas de puro enternecimiento. Yo estaba también muy conmovido.

—En vez de ocuparse en repartir cruces a los pobres viejos achacosos—dijo el inquisidor, con ese tono de reprensión benévola y delicada que se emplea para condenar aparentemente las cosas que más nos agradan—, debiera usted ocuparse, señor Moyano, en expedir de una vez ese decreto en que su majestad nos concede el uso diario y constante de nuestra venera.

—Es verdad—repuso Cevallos—; pero ya hemos tratado en Consejo este asunto. No se puede hacer todo de una vez.

—Se ha despachado primero la creación de la *Cruz de Valencey*—indicó Eguía.

—La *Cruz de los Persas* nos ha dado también mucho que hacer—añadió Moyano.

—Y la *Cruz de El Escorial*.

—Pero la de los señores inquisidores quedará despachada bien pronto, y podrán usar su distintivo diariamente, como los caballeros de Calatrava y Santiago, a fin de que sean conocidos del pueblo, y respetados y considerados como merece ese alto instituto.

—La visita que su majestad nos hizo el otro día—dijo con dulzura el prelado—, dignándose ver y fallar varias causas, sentado al lado nuestro y compartiendo nuestras fatigas, debía señalarse con una distinción solemne hecha al Supremo Consejo. Así entiendo yo la cruz que se me ha dado, señores: se ha querido honrar a toda la corporación, honrando a este indigno soldado de la Fe. Doy las gracias a los genero-

sos amigos de su majestad, que se han acordado de este humilde siervo de Dios; y pues nobleza obliga, suplico a los señores ministros presentes que me acompañen hoy a la mesa.

—Yo acepto—dijo don Pedro Cevallos, con cortesana desenvoltura—. Desde el banquete que su ilustrísima dió al rey el día de lá célebre visita, corre por estos barrios la noticia de que el cocinero del inquisidor general es uno de los mejores de Madrid.

—Un pasar decoroso y nada más—repuso el prelado—. Conque, señores, ¿no hay otro de ustedes que quiera hacer penitencia?

—Haréla yo también, señor obispo—dijo don Francisco Eguía, estrechando fervorosamente la mano que el reverendo le alargaba.

—Por mi parte, no desairaré a su ilustrísima—manifestó Moyano, lleno de piedad cristiana—. El despacho con su majestad será breve.

—Señor duque—dijo su ilustrísima, despidiéndose—. Señor Collado, señor Pipaón, mil bendiciones para todos, y mil millones de gracias por sus bondades.

Salieron.

—¡Id con Dios!... ¡Fuera, fuera. *vil chusma*!—exclamó el duque, moviendo los brazos como cuando se espanta una turba de insectos importunos—. Esta sí que es *vil chusma*.

—Los pobrecitos se contentan con lo que les dan—indicó Chamorro, sonriendo—. La verdad es que no molestan demasiado.

—Ya Cevallos da por muerto a su compañero y amigo Villamil—afirmé yo—. Ese fatuo insoportable me ha pedido noticias, y dice que esta noche piensa echar a su majestad un discurso acerca de la *vil chusma*.

—Ya veremos—indicó Alagón, haciendo ademán de pegar.

—Después lo veremos—repitió el ex aguador.

—Y qué tal, señor Collado—preguntó Paquito—, ¿ha podido usted conseguir algo esta mañana?

—Así, así—repuso el lacayo, rascándose la sien—. Todavía no acaba de vencerse.

—Se le ha puesto entre ceja y ceja que Villamil es un hombre necesario, y apéele usted de esa burra—dijo el duque.

—Creo que esta noche le convenceremos—indicó el ex aguador—. Ya esta tarde, cuando le vestimos, parecía más inclinado.

—¿Ha habido piano esta tarde?—preguntó con afán el capitán de la guardia.

—Un poquitín de *forte piano*—replicó el lacayo maliciosamente.

—¿Y esta mañana?

—Rasca y más rasca... No se le podía meter el diente. Artieda, por importuno, se llevó una rociada de vocablos, que si fuera de palos no le quedara un hueso en su lugar.

Esto necesita una explicación. Los favoritos habían observado que cuando su majestad, al sentarse junto a la mesa de su despacho, movía volublemente los dedos sobre ella como quien toca el piano, modulando al par entre dientes un sordo musiquero, se hallaba en excelente disposición para conceder lo que se le pedía. Por el contrario, cuando se rasca la oreja o se pasaba la palma de la mano por la frente, era casi seguro que negaría la petición. Ajustaban todos hábilmente su conducta a estos externos signos del humor del príncipe, y por tal ley se regían los sucesos. Un gran movimiento en Palacio, excesivo flujo y reflujo de intrigas, febril actividad en los excelsos camarilleros, indicaban que era día de piano.

—Esta tarde vamos a paseo—dijo el duque—, y daré otro ataque. ¿Qué órdenes hay para esta noche?

—Come solo.

—Mejor. Ya me ha dicho que no irá al teatro en toda la semana. Habrá tertulia—murmuró el duque, reflexionando—. No falte usted a la tertulia, Pipaón.

—Ni tampoco el señor don Antonio—dijo Chamorro, levantándose.

—No faltaré—aseguré yo.

—Voy adentro, antes que me llame—añadió el ex aguador—. Hasta la noche, señores.

—Hasta la noche.

Luego que nos quedamos solos, el duque me dijo:

—Que no deje de venir esta noche don Antonio. Es hombre a quien cada vez estima más su majestad. Personas de tales prendas debieran poseer por entero la confianza de los reyes, no ese estúpido Chamorro...

—¡Ah! Usted piensa como yo, que...

—dije, adaptándome, rapidísimamente, según mi costumbre, a las ideas de mi interlocutor.

—¿Qué?

—Que se Chamorro es un bestia.

—Un dromedario, en cuya joroba no vendrían mal todos los palos que él daba a su pollino cuando traía agua de la fuente del Berro.

—¡Quién sabe!... Puede que el palo esté ya cortado de la rama y alguien esté afilando los nudos.

El duque se echó a reír, marchando ya hacia la puerta, para ir a la regia cámara.

—Si de mí dependiera... Cuidado, amigo Pipaón—añadió cautelosamente—, con dejar entrever a ese avestruz el asuntillo de que hablamos ayer en la Trinidad.

—¡Oh el asuntillo! ¡Y qué asunto, señor duque!—exclamé, restregándome las palmas de las manos una con otra, y alzando los hombros.

El duque se puso el índice en la boca, y cordialmente se separó de mí. Poco después estaba yo en casa de don Antonio Ugarte, contándole todo lo que había visto y oído.

XIX

A las nueve de la noche pisaba yo la cámara real, aquella deslumbradora cuadra, colgada y ornada de amarillo, en cuyas paredes los más hermosos productos del arte (todavía no se había formado el Museo del Prado) recibían diariamente, como gentil holocausto, el humo de los mejores cigarros del mundo. Diversos bustos de príncipes de uno y otro sexo puestos sobre las mesas alegraban la estancia con sus caras satisfechas. Las miradas de sus ojos de mármol parece que confluían al centro, y se contemplaban unos a otros, a veces risueños, ceñudos a veces, según era festiva o lúgubre la tertulia. Casi en el centro de uno de los testers, media docena de hombres desvergonzados, sucios, casi desnudos unos y haraposos otros, con semblante estúpido y ademanes incultos todos, se reían de la tertulia constantemente, embrutecidos por el vino. Eran *Los Borrachos*, de Velázquez. A veces, aquellos hombres puestos en alto, entre los cuales el del cen-

tro escrutaba con su mirar insolente toda la sala, parecían una especie de tribunal de locos. En un rincón, junto al hueco de la ventana, refugiado en la sombra y casi invisible, veíase un hombre lívido, exangüe, cuya mirada oblicua lo abarcaba todo desde el ángulo oscuro. Vestía de negro, y en una de sus manos llevaba un rosario. Era *Felipe II*, pintado por Pantoja. En aquel retrato se detuvo en pie Napoleón, contemplándolo con atención profunda, un día de diciembre de 1808.

Cuando yo entré en la cámara real, su majestad estaba sentado en un sillón, a poca distancia de la chimenea encendida; tenía la cabeza echada hacia atrás, de modo que miraba al techo, dirigiendo hacia él el humo de su cigarro. A espaldas de su señor estaba Pedro Collado, y no lejos, Artieda, menudillo y algo compungido, de semblante un poco aclerigado, ya viejo, tardo en hablar y moverse, pero de ojos muy observadores. El duque había entrado conmigo. Saludamos al rey, distinguiéndome yo por mis exageradas muestras de veneración y amor, a estilo Lozano de Torres (aún no es ocasión de hablar de este personaje. Fernando me recibió con aquella placentera bondad que le reconocen amigos y enemigos, y luego, en el tono más campechano del mundo, nos dijo:

—Duque. siéntate... Siéntate, Pipaón.

Volviendo la cabeza a un lado y otro, añadió:

—Collado y Artieda, sentaos.

Los dos venerables criados, el prócer ilustre y yo, humilde hijo de labradores, nos sentamos frente al poderoso, en los divanes que había a un lado y otro de la chimenea.

Puso Fernando una pluma sobre la otra (¡cuán presentes tengo estos detalles!), y retorciendo el cigarro en la boca, dejó caer de sus augustos labios estas palabras:

—¿Qué se dice por ahí?

—Esta tarde—replicó Collado—han ido a comer con el inquisidor general don Pedro Cevallos, Eguía y el señor Majaderano.

—¿Quién es Majaderano—preguntó, con indiferencia, Fernando.

—El Ministro de Gracia y Justicia—repuso Alagón—. Así le llamaba *Gallardo* en su graciosa *Abeja*.

No nos reímos, porque el monarca permaneció impasible. Al fin, sonriendo, dijo:

—¡Cevallos sentado a la mesa con el inquisidor!

La señal fué dada. Todos soltamos la risa.

—¿Si querrá don Pedro participar al prelado cómo va la secta masónica de qué es jefe?—dijo el duque.

—Yo había oído que era masón—afirmé con malicia—; pero hasta ahora no sabía que era el Papa de los Hermanos

—Tan cierto como es de noche—afirmó Alagón, observando el semblante de su majestad, que demostraba poco interés en la conversación.

—Lo que asombrará más al mundo—indicó Collado—es saber que los masones tienen su logia en la casa misma de la Inquisición.

—¡Hombre, tanto como eso...!—murmuró el rey con indolencia.

Todos fijamos en él la vista.

—Quizá se trate hoy de eso en la comida del inquisidor—añadió Paquito.

—Artieda—ordenó Fernando bruscamente—, trae cigarros.

El lacayo dió al rey lo que éste pedía, y habiéndonos ofrecido a todos los presentes, fumamos. El humo de los cuatro cortesanos juntábase con el del rey en los oscuros ámbitos del techo, donde hacían cabriolas media docena de dioses y ninfas pintados por Bayeu.

—¿Qué habláis ahí de francmasonería?—preguntó Fernando, después de una larga pausa en que no se oía más ruido que el del enorme reloj, cuya ancha esfera y pagana figura de bronce ornaban la chimenea.

—El señor ministro de Estado de vuestra majestad lo podrá decir—repuso Collado.

—¿Qué hablas ahí, estúpido?—dijo Fernando, sacudiendo un poco su somnolencia.

—Señor—repuso el criado, apoyando los codos en las rodillas y observando el cigarro mientras lo volteaba entre los dedos, liando y desliando la ensalivada capa—. Los tontos y estúpidos son los que dicen las verdades. Vaya por las que he dicho a vuestra majestad en ocho años.

—¿Hablabas de Cevallos?

—Sí, señor.

—Decías que era francmasón. ¿Acaso

hay ahora francmasones?—preguntó el hijo de Carlos IV con viveza.

—Los hay, los hay—aseguró Collado—. Esta mañana hablábamos el señor Pipaón y yo de la taifa de masones que va saliendo por todos lados, como mosquitos en verano, y... que cuente el señor Pipaón lo que sabe.

—Pipaón—dijo el rey, con evidente deseo de variar la conversación, y sonriendo picarescamente—no entiende más que de cortejar muchachas bonitas.

Hice una reverencia a la bondadosa majestad, única contestación que dar podía a broma tan impropia de la gravedad de mi carácter.

—Sí—añadió el señor de dos mundos, juntando la nariz con la barba—: con esa cara de Pascua florida y esa hinchazón de consejero de Castilla, es el mayor amparador de doncellas que hay en Madrid. Se mete en las casas más honestas, saca los tiernos pimpollos, los conduce, so color de música y fiestas, a los barrios bajos, los lleva también a las procesiones, a las fiestas de los conventos...

—Señor, señor...

Yo no podía decir otra cosa, humillando mi frente de vasallo, ante la sonrisa de quien me honraba dejando caer sobre mi las relucientes ascuas de sus burlas reales. De repente, aquellos cortesanos tan diestros, tan hábiles en el conocimiento de las conveniencias de la cámara, así como de la caprichosa voluntad de su señor en la marcha de los diálogos que allí se sostenían, dejáronme solo en presencia de su majestad. El duque llevó a los dos criados al otro lado de la estancia.

Pausa. Fernando contemplaba el techo, y al fin, como quien sale de honda distracción, miróme fijamente y preguntó:

—¿Qué decías?

—Señor, Collado ha apelado a mi testimonio en apoyo de sus opiniones sobre la francmasonería, y yo debo decir...

—Que todos son masones, y yo el jefe de ellos... ¿Te ríes? Pues no falta quien lo asegure así.

—¡Oh!, señor; antes que pronunciar tal desacato, mis labios callarían para siempre.

—La verdad es que hay un Oriente en Granada, que preside el conde de Montijo...—continuó el rey.

—Justamente, señor, y...

—Y en el cual parecen andar también muchos hombres graves que no deberían ponerse en ridículo..., pues tengo para mí que eso de la masonería es una farsa grotesca, que no conduce a nada bueno ni a nada malo. Muchos son masones para ocultar sus amores nocturnos—añadió con viveza—; por ejemplo, tú... Dime, a ¿qué logia ibas anoche con aquellas dos damas?

—Señor...—repetí, confundido.

Indudablemente, me puse como una cezeza. El me dijo con mucha gracia:

—La desmayada se me presentó otra vez, al día siguiente, en la Trinidad. Cojeaba un poco, y estuvo a punto de caer por segunda vez. Muchos tropiezos son en tan poco tiempo.

—¡Oh!, sí, muchos tropiezos. Vuestra majestad sabe ya quién es la madre, la hija, el hermano, etcétera. En cuanto a la niña, no hay otra en Madrid ni más linda ni más graciosa.

—En verdad—indicó el rey, dando a aquel asunto un interés inmenso—, sus facciones no son perfectas; pero la expresión de su cara es encantadora, y el conjunto de sus facciones...

—¡Oh seductor! ¿Pues y aquellos torneados brazos y aquel cuello de alabastro...?

—¡Y qué pie tan bonito! ¿No es verdad?—preguntó Fernando, con sencillez suma, no menos engolfado que un mozalbete en la contemplación imaginaria de la beldad soñada—. Páco no ha podido decirme los motivos de aquel brusco encuentro. ¿Adónde ibais? ¿De dónde veníais?

Comprendiendo que marchaba por buen camino, expuse a mi interlocutor los verídicos hechos de mi paseo nocturno, sin omitir nada, ni alterarlos, ni olvidar antecedente ni móvil alguno; y en el momento en que pronuncié el nombre de Gasparito Grijalva, sorprendióse mucho, y alzando la voz, me dijo:

—Hoy ha estado aquí su padre a pedirme que ponga en libertad a ese niño. Es una buena obra..., lo he concedido al momento. ¿No crees tú que es una buena acción? La pobre muchacha merece esta recompensa por su puro y noble amor.

Yo callé.

—¿No crees tú que es una buena obra

ponerle en libertad?... ¿No crees que mañana mismo?...

Seguí callando y moví la cabeza en ademán dubitativo.

—¡Cuán dulce prerrogativa es la del perdón en los reyes!—exclamé—. Dios se la concede para que sean superiores a las mismas leyes, que no tienen más que la de la Justicia.

Fernando pareció fastidiado de mi pandería, y bruscamente me dijo:

—¿Qué crees tú? Dilo con franqueza.

—Mi opinión, señor—repuse con humildad—, no debe ser de ningún peso en las resoluciones de vuestra majestad; pero si me viera precisado a darla...

—Ya la espero—afirmó con impaciencia aquel hombre prudentísimo, que no quería nunca proceder de ligero en sus resoluciones.

—¿No hay tiempo de poner en libertad a ese loco?—dije con la mayor osadía—. ¿Por fuerza ha de ser mañana, señor?

—Verdaderamente es así. Pero yo prometí a ese anciano la libertad de su hijo...

—¡Qué dulce prerrogativa es la del perdón!—repetí compungidamente—. ¡Y qué placer tan grande debe de experimentar el corazón de un monarca al conceder mercedes a sus súbditos, sin omitir a los más grandes criminales! Las alegrías que con una sola palabra producen, ¡cuán benditas son! ¡Cuántas lágrimas se enjugan! ¡Cuántos corazones palpitan gozosos! El de Presentacioncita, en este caso, saltará dentro del blanco seno, más por ver, logrado su empeño que por amor al mancebo.

—Pues qué, ¿no está enamorada de ese calaverón...?—preguntó con mucha viveza, hondamente interesado en todo aquello que pudiera contribuir al bien de sus súbditos.

—No lo creo... Le tiene afecto, un afecto caprichoso y nada más. Es niña de mucha ambición... Ha de saber vuestra majestad que tiene aspiraciones locas, insensatas...

—Aspiraciones locas—repetió—. ¡Vaya con la niña!

—Si vuestra majestad la tratase; si pudiera apreciar por sí mismo los vuelos de aquella imaginación ardiente...

—La cojita no puede ser más mona—dijo el rey, dando a sus ojos expresión semejante a la que en los suyos

tenía alguno de los individuos del lienzo de Velázquez—. ¡Y qué cuerpo tan bien formado...! Es una preciosidad...; una joyita de carne y hueso.

Hablóme en este tono largo rato, demostrándome su mucha afición a las artes, y principalmente a la escultura, de la que era especial devoto.

—¡Y pensar que tales tesoros van a ser para ese tronera de Gasparito Grijalva!—exclamé yo—. ¡Vamos, quién se lo había de decir a ese calumniador de vuestra majestad, a ese charlatán irreverente y desvergonzado que mañana mismo va a recibir de vuestra majestad generosísima el perdón de sus culpas, y que con el perdón va a entrar en el pleno goce de sus derechos amatorios...!

—¡Es su novio, su pretendiente...! ¡Cómo se divierten esos chicos... que no son reyes!

—Y no la deja a sol ni sombra. ¡Qué pesado es! Como la condesa le permite entrar en la casa, allí está a todas horas el barbilindo, cosido a las faldas de su Filis. No puede la niña pestañear sin que el moscón se entere...

—¡Hombre!—exclamó el rey, dándose una palmada en la rodilla—, me carga ese niño.

—¡Y qué lengua!... ¡Qué lengua! Es capaz de revolver a todo Madrid.

—En verdad, Pipaón, que si no fuese porque prometí a Grijalva ponerle en libertad...

—Pero ¿por fuerza ha de ser mañana?—me atreví a decir—. ¡Ah!, vuestra majestad no sabe ser generoso a medias, y por hacer bien no repara que favorece a sus enemigos.

—No estaría de más que ese don Gasparito, o don Moscón, durmiese unas noches más en la cárcel. ¿Qué te parece, Pipaón?

—Admirable: unos días más de encierro, y después se le pone en la calle... ¡Generosidad y previsión! ¡Ejemplares virtudes que no deben separarse jamás!

—Dices bien; pero yo...—objetó su majestad, sacudiendo el cigarro y pidiéndome fuego para encenderlo—, pero yo quisiera servir a ese pobre y leal don Alonso... Cuando yo estaba en Francia, me prestó varias cantidades sin interés ninguno.

—Si vuestra majestad aprecia en al-

go mi parecer, me tomaré la libertad de decirle que Grijalva tiene asuntos de más interés que el de su hijo, y en los cuales puede recibir inmensos favores de su soberano.

—¿Cuáles? Dímelo pronto.

—El de la moratoria que solicitan las señoras de Porreño. Conceder esa merced y dar golpe terrible a Grijalva es todo uno.

—¿Grijalva es el acreedor?—preguntó con anhelo.

—El mismo. Suponga vuestra majestad qué gracia le hará esperar diez o doce años para poder embargar los bienes de esas señoras...

—Porreño se comió su fortuna y la ajena, dióse buena vida, y ahora sus herederos no quieren pagar... ¡Qué excelente sistema! Veo que esas señoras tienen talento, Pipaón—dijo su majestad con expresión festiva.

—¡Excelente sistema!—repetí yo.

—¡Y, sobre todo, muy español!—añadió el rey de las Españas con un aplomo humorístico que, a pesar mío, me hizo reír—. Gastar lo propio y lo ajeno, vivir a lo príncipe, y después encastillarse en la grandeza y dignidad de los títulos nobiliarios para rechazar el pago de las deudas como una ignominia... ¡Oh, qué delicioso país y qué incompatible gente!

—Sin embargo, se dice que Grijalva no cobrará...

—Que si cobrará..., pues no faltaba otra cosa—afirmó Fernando con firmeza—. Se me presenta la ocasión más bonita que pudiera apetecer para contentar al buen don Alonso sin ponerle en libertad al niño.

—Con lo cual se le hacen dos favores.

—¡Collado!—gritó el rey, volviendo el rostro.

Acudió el cortesano, y su majestad, sin mirarle, le dijo:

—¿Apuntaste para mañana el sobresease del hijo de Grijalva?

—Sí, señor; aquí está—repuso Chamorro, sacando un papel—. Esta noche pienso que pase el señor Echavarri.

—No, no hay nada de lo dicho... ¡Artieda!

El ayuda de cámara se acercó.

—¿No fuiste tú quien tomó nota de la moratoria...?

—Para pasarla al Consejo Real... Ya les he dicho al señor obispo de Menorca

y al señor Escóiquiz que estaba concedida.

—Estúpido, ¿quién te mandó prometer...?

—El señor inquisidor general—dijo Collado—me la recomendó también con vivo interés...

—Perdone vuestra majestad—repuso Artieda humildemente—. Sin duda yo entendí mal, cuando vuestra majestad se dignó acceder a la petición que le hicieron el reverendísimo señor obispo de Menorca, el reverendísimo señor obispo de Astorga y el reverendísimo inquisidor general.

—¡Vete al diablo tú y tus reverendísimos...!—exclamó Fernando, con el rostro encendido por la ira, lo cual le acontecía a la menor incomodidad.

—Entonces...—balbució el ayuda de cámara.

—Entonces...—repitió el rey, remedando, no sin gracejo, el aire contrito y el sonsonete quejumbón de Artieda—, entonces quiero decir que no concedo la moratoria... ¿Lo entiendes? ¿Todavía quieren más los reverendos? Ya no queda nada que pedir para sí, y piden moratorias para sus tramposos amigos, tenencias de resguardo para los cortejos de sus sobrinas y beneficios simples para los niños de teta de sus señoras amas...

—El señor obispo de Almería—dijo Collado con timidez—me dijo que tenía tanto, tantísimo interés en que esas señoras... Y su ilustrísima...

—Basta de ilustrísimas y de sobrinos de ilustrísimas—agregó Fernando con hastio—. Collado, quedamos en que no hay sobresease para el hijo de Grijalva. Artieda, quedamos en que no hay moratoria para las señoras de Porreño... Ambas cosas negadas.

Hubo una pausa. Los criados se retiraron taciturnos. Observé que desde el rincón de Felipe II cuatro ojos me miraban con enojo.

Un instante después entró en la tertulia mi maestro y señor don Antonio Ugarte.

XX

Entró risueño, rebosando alegría, repartiendo sonrisas, cautivando con su amabilidad con tal suerte, que la tertulia, sólo con su presencia, adquirió la

animación de que antes carecía. Recibióle Fernando con mucho gozo, y después que cambiaron algunas palabras, mitad en broma, mitad en veras, dióle el rey las quejas por su ausencia, a lo cual contestó Ugarte:

—Pues qué, ¿este tunante de Pipaón no dijo a vuestra majestad que salí de Madrid a desempeñar un encargo del señor ministro de Rusia...? Y a propósito, señor: ¿conque ya no tenemos ministro de Hacienda?

—¡Ya no tenemos ministro de Hacienda!—replicó Fernando con afectación de pesadumbre festiva—. Estamos sin ministro de Hacienda. ¿Qué desventura! Di, Ugarte, ¿tenemos aire que respirar y sol que nos alumbre?

Todos prorrumpieron en sonoras carcajadas, fórmula entonces la más gráfica de adulación.

—¡Oh!, señor—dijo Ugarte, con irónico acento dramático—, estamos muy mal. ¡El mundo se desquicia...! ¿Qué va a ser del reino sin ministro de Hacienda?

—Como que no sabemos que dos y dos son cuatro si el ministro de Hacienda no nos lo dice...—añadió el rey, produciendo nueva explosión de risas—. Pero recobra el aliento, querido Ugarte, que hay ministro.

—¿Quién, señor? ¿Se puede saber?

—El mismo, el señor alcalde de Móstoles.

—¡Oh!—exclamó Ugarte, con cierta confusión—. Me habian dicho que el señor don Juan Pérez se había ido esta tarde a tocar el órgano del pueblo a que debe su celebridad.

—No hagas caso—indicó el rey—: no tengo motivos para despedir a Villamil. Sólo que esta *vil chusma*, como dice Cevallos, es capaz, con sus chismes y enredos, de trastornarme los ministerios todos los días.

—Pues por Madrid ha corrido la noticia—añadió Antonio—. Por cierto que se daba a don Felipe González Vallejo como sucesor de don Juan Pérez.

—Eso quieren éstos—dijo Fernando, señalando con desdén a Alagón y a los dos criados—. En caso de vacante, tal vez.

—Pues el consejo del duque me parece acertado—dijo Ugarte—. Vallejo es hombre que lo entiende, aunque no lo

parece. Es de esos cuya apariencia engaña.

—¡Y tanto que engaña!—repitió Fernando con malicia—. Cualquiera creería, oyendo a Vallejo, que es tonto solemne de siete capas. Se lleva uno cada chasco...

—Casi siempre engaña la apariencia en los hombres de Estado—repuso Ugarte.

—Vamos, ya cogió don Antonio su tema favorito—dijo el duque, riendo—. Hablará pestes de Cevallos.

—No, nada de eso... Acabo de separarme de él en casa de unos amigos—replicó don Antonio—. Tan guapote como siempre.

—Aquí—apuntó el rey, sonriendo—se ha dicho esta noche que es el jefe de los masones.

—Como don Pedro ha de estar en todo—repuso Ugarte con mucho gracejo—, nada tiene de particular que esté también en la masonería. ¿No le llaman por ahí *el indispensable*?

—Y el *cambia colores*.

—¿No ha figurado en todos los partidos desde mil ochocientos ocho?

—Vamos, no murmurar—dijo Fernando—. Se miente mucho y se dicen muchas falsedades.

—Ciertamente—añadió Alagón con punzante ironía—. Que don Pedro Cevallos, después de ser ministro de Carlos Cuarto y del señor don Fernando Séptimo, fué a Bayona y se vendió a Bonaparte..., ¡falsedad! Que el señor don Pedro Cevallos, acompañado del masón Urquijo y del inquisidor Llorente, redactó la Constitución de Bayona..., ¡falsedad! Que el mismo señor firmó la circular de ocho de julio a los agentes diplomáticos, mandándoles reconocer al rey Botellas..., ¡falsedad! Que el susodicho, volviéndose del revés, publicó un célebre manifiesto en que ponía como ropa de pascuas a Napoleón, a José y a Godoy..., ¡falsedad! Que después ofreció sus servicios a las Cortes de Cádiz, las cuales le hicieron consejero de Estado..., también falsedad y calumnia... En fin, que mi hombre, cansado de tantos naufragios, arribó al puerto del Gobierno absoluto, donde echó el ancla e izó bandera de...

—¡Alto, alto...!—exclamó con mucha zunga Fernando VII—; alto, querido Alagón, que te metes en terreno de mi tío el almirante.

Todos prorrumpieron en alegres risotadas.

Un lacayo anunció la visita de dos personajes, diciendo:

—Don Pedro Cevallos, don Juan Pérez Villamil.

Pocos minutos después, en la tertulia y placentero corrillo, junto a la chimenea y alrededor de nuestro rey, nos reuníamos siete; ocho, contando con el astro hispano de que éramos satélites.

Villamil hablaba poco, y era hombre muy serio. Cevallos, por el contrario, gustaba de recrearse en sus propias palabras, y era festivo, grave, frívolo o sesudo, según el humor de sus interlocutores. El primero que rompió la palabra, sin embargo, fué el ministro de Hacienda, sin duda porque traía dentro del cuerpo algo que anhelaba echar fuera.

—Señor—dijo respetuosamente—, por ahí se dice que he dejado de ser ministro de Hacienda. Como vuestra majestad no se dignó decirme nada esta mañana, vengo a saber si es cierto, para retirarme al sosiego de mi casa, de donde no me gusta salir sino para el servicio de vuestra majestad.

—¿Qué estás hablando? ¿Que dejas de ser ministro!—exclamó Fernando con afectado asombro.

—Así se dice, señor.

—¿Habéis oído algo?—preguntó su majestad, recorriendo con sus ojos el círculo de semblantes que ante sí tenía.

—Yo no he oído nada.

—Ni yo...

Todos dijimos que no, haciéndonos los pasmados.

—Ya estoy cansado de recomendar que no se haga caso de paparruchas—dijo gravemente y con mucha energía nuestro soberano—. Pues qué, ¿dejarías tú de saberlo si no estuviese contento de tu ministerio? ¿Por qué había de ocultarlo hasta el momento de sustituirte?

—Eso mismo digo yo. Si vuestra majestad...

—¿Y qué tenemos de negocios?—dijo bruscamente Fernando, interrumpiendo a su ministro.

—Los decretos que pasaron a informe del Consejo están ya despachados—repuso Cevallos.

—¿Cuándo quiere vuestra majestad que se publiquen?—preguntó Villamil.

—Cuanto antes, hombre. Ya debieran estar publicados.

—No se dirá que no se trabaja en las oficinas—manifestó Ugarte, dirigiendo principalmente sus miradas al secretario de Estado—. Ahí es nada la balumba de disposiciones que van a promulgarse estos días.

—Decreto prohibiendo las máscaras—dijo Cevallos—; decreto prohibiendo los periódicos; decreto encargando la educación de los niños y niñas a los frailes y a las monjas; decreto recomendando que se respete y venera a los ministros del altar; circular mandando a los españoles que guarden la mayor compostura dentro de la iglesia; circular disponiendo que las señoras se vistan con modestia para asistir a las funciones religiosas... En fin, la perturbación en que el reino quedó después de las Cortes exige que se trate de poner algún arreglo en esta sociedad... He enumerado las disposiciones que vuestra majestad se ha dignado proponer, y que se me entregaron en minuta escrita de su puño y letra... La previsión y tino de vuestra majestad son dignos del mayor elogio. Los citados decretos son convenientísimos y de grande aplicación en el estado del reino... Queda, sin embargo, mucho por hacer todavía. Nosotros, como más en contacto que vuestra majestad con los negocios públicos y las necesidades del reino, hemos observado irregularidades y asperezas, situaciones anómalas y tirantes que deben desaparecer.

Fernando oía con profunda atención a su ministro de Estado, y los demás también.

—Explicate mejor—dijo el rey—. Ya sabes que siempre te oigo con gusto.

Inclinándose, agradecido, Cevallos prosiguió así:

—Aquello en que principalmente hay que poner mano es la irregularidad del gobierno de las provincias de Andalucía. Hay en Sevilla un hombre llamado Negrete, a quien todos conocemos, el cual domina allí como dictador, sin documento alguno que acredite su autoridad, diciéndose emisario del Gobierno y atropellando a todo el mundo del modo más inicuo. La exageración y la saña son tan perjudiciales al Estado como la tibieza y blandura excesivas. Las provincias de Andalucía están aterra-

das, señor, con la presencia de tal monstruo. No sabemos qué magia terrible lleva ese hombre en sus palabras; pero es lo cierto que los mismos jueces tiemblan ante él. Llena ese vil los calabozos sin más ley que su capricho, y so color de perseguir y exterminar a los liberales, comete los más infames atropellos. El mismo forma brevemente las causas, asistido de viles sicarios, y las falla en el Tribunal de la Inquisición, donde se ha constituido en juez supremo... Ahora digo yo, señor: ¿puede esto tolerarse...? ¿Es posible gobernar a una nación de esta manera? Vuestra majestad no ha dado poderes a ese hombre...

—¡Oh, no; seguramente, no! —dijo Fernando con aplomo imperturbable.

—Nosotros, los ministros, tampoco; el Consejo, tampoco; luego ese hombre es un falsario; ese hombre es instrumento de algunos pérfidos que subterráneamente, o quizá de un modo hipócrita, fingiendo interés por vuestra majestad, se complacen en sostener esta sangrienta intriga, que perturba el reino todo, y hace odioso el paternal Gobierno establecido a costa de tantos sacrificios.

Pausa. El soberano meditaba.

—Cosas de la masonería—indicó Ugarte. Y repitieron todos:

—Cosas de la masonería.

En aquel tiempo, la culpa de todo se echaba al gato, es decir, a los masones.

—Yo encargaré a Echavarri—dijo, al fin, Fernando muy seriamente—que se ocupe con empeño en descubrir a los autores de tales atentados y en ponerles remedio.

Echavarri era el ministro de Seguridad pública.

Todos fijamos la vista en su majestad, que, contemplando el fuego, movía dulcemente los labios tarareando y sonriendo.

—Cevallos, ¿has visto hoy a Pepita? —preguntó de súbito.

—¡Oh, sí!—repuso el cortesano, cambiando repentinamente de semblante y tono, y poniendo en olvido como por encanto a Negrete y sus tropelías—. La he visto. Está muy incomodada con el duque por cierta canonjía.

—¿De veras?—preguntó su majestad, riendo.

—Traslado la incomodidad al señor Collado—dijo el duque—, que en su afán

ambicioso ha dejado a esa señora sin la prebenda que le prometí.

—¡Qué demonio!—exclamó, perezosamente, Fernando—. Dádsela, dadle cualquier cosa... Por no oírla se le podrían regalar dos mitras.

—¡Dos mitras!—dije yo—. Las tiene todas la negra del señor Villela.

Más adelante hablaré del señor Villela, de su negra y de las mitras de la negra del señor Villela.

—Como esa canonjía estaba ya concedida—manifestó Collado—, pensé que le vendría bien a doña Pepita una superintendencia de Arbitrios, y esta mañana le di la nota al señor Villamil.

—Se hará inmediatamente—afirmó el hacendista.

—O se le dará la bandolera vacante —propuso Alagón.

—Pero ¿hay todavía superintendencias de Arbitrios?—preguntó, humorísticamente el monarca—. Mejor dicho, ¿hay arbitrios todavía? Yo pensé que todo eso pertenecía a la Historia, según están las cajas del Tesoro de lisas y mondas.

—Señor—dijo Villamil—, el estado del Erario no se oculta a vuestra majestad. El escaso producto de los impuestos no basta ni con mucho a cubrir los enormes gastos, aumentados cada día con la creación de nuevos destinos. El reino no tiene recursos para costearse su ejército ni su marina, ni para dotar dignamente la Casa Real, ni su regia guardia; España es pobre, pobrísima. Necesita los caudales de América para vivir con algún decoro entre las naciones de Europa.

—Y esos caudales de América, ¿dónde están?

—¡Ay, eso es lo que a todos nos contrasta! Fácil sería gobernar la Hacienda si América nos enviase los tesoros que aquí nos hacen falta. Esa gran canonjía de nuestra nación no ha durado todo lo que debiera. Reflexione vuestra majestad, como rey previsor, sobre la gravedad de esta situación. La América está toda sublevada, y las Juntas reeblles funcionan en Buenos Aires, en Caracas, en Valparaíso, en Bogotá, en Montevideo. Si Méjico está aún libre del contagio, los americanos de Washington se encargarán de trastornar también aquel país, del mismo modo que el Brasil nos trastorna el Uruguay, e

Inglaterra nos revuelve a Chile. La insurrección americana exige un gran esfuerzo, un colosal esfuerzo. Es preciso mandar allá un ejército, pero para esto, señor, se necesitan tres cosas: hombres, dinero y barcos.

—¡Hombres, dinero, barcos!

—Lo primero no falta; pero ¿como los equiparemos, y, sobre todo, en qué buques los lanzaremos al mar? Vuestra majestad no tiene en su marina un solo navío que valga dos cuartos, y los arsenales carecen de elementos para la construcción.

—¡Risueño cuadro acabas de trazar!

—dijo Fernando, hundiendo la barba en el pecho.

—Risueño, no; pero sí verdadero—afirmó don Juan Pérez—. Si ocultase a mi rey la verdad, sería indigno del afecto que vuestra majestad me profesa.

—Y que te profesaré siempre. Has hablado como un buen ministro. Nada de fantasías ni de palabras bonitas. Así me gusta a mí... Pues es preciso buscar dinero, y buscar hombres, y buscar barcos.

—Señor, no olvide vuestra majestad—dijo Cevallos—que, si se lleva adelante la negociación con Inglaterra sobre la abolición de la trata de negros, o hemos de poder poco o nos han de dar una indemnización de muchos miles de libras.

—Es verdad: para resarcir los perjuicios de los tratantes de esclavos... A ver, Cevallos, Villamil—añadió Fernando con dulzura—, estudiad un plan, un plan cualquiera que mejore la situación en que nos hallamos. A uno y otro les sobra talento para eso y para mucho más... ¿Me entendéis? Discurrid un plan vasto que nos proporcione los recursos necesarios para sofocar la insurrección americana, bien sea creando impuestos, bien pidiendo dinero a los holandeses o a los judíos de Francfort, bien logrando los buenos oficios de alguna nación poderosa... En fin, ya me entendéis.

—Ya manifestaré más adelante a vuestra majestad algo de lo mucho que he meditado sobre el particular—dijo Cevallos.

—Y tú, Villamil, discurre, trabaja, proponme algo—prosiguió Fernando—. Por supuesto, no puedes figurarte lo que me mortifica que hayas creído en esas

ridículas hablillas acerca de tu destitución.

—Señor...

—Hablares más despacio mañana... Puedes irte tranquilo y seguro de que sé apreciar tu lealtad... ¡Oh Villamil!... No abundan los hombres como tú... Vamos, otro cigarrito.

Diciendo esto, su majestad, con aquella bondad peculiar que indicaba tanta honradez y nobleza en su carácter, ofreció un cigarro a don Juan Pérez de Villamil.

—Gracias, señor; acabo de fumar.

—Enciéndelo para salir. Como éste habrás fumado pocos... Mira, puedes llevarte todo el mazo—añadió, ofreciéndoselo galantemente.

—Señor...

—Nada, que te lo lleves. Tengo gusto en ello.

Cuando don Juan Pérez, apremiado por la gallarda fineza del rey, tomaba los cigarros, yo sentía que un cuerpo duro tocaba mi codo. Era el codo del señor duque de Alagón.

Villamil y Cevallos se levantaron para marcharse.

—Que vengas mañana temprano—repitió el rey—. Y tú, Cevallos, si ves a Pepita..., en fin, ya sabes: una superintendencia de provincia o la bándolera vacante..., lo que ella prefiera.

—En el despacho de mañana—dijo Cevallos, que se había quedado muy pensativo—tendré el honor de leer a vuestra majestad la contestación que he dado a la nota de don Pedro Gómez Labrador.

—Sí, bueno; todo lo que quieras... Mañana... Adiós. Pero ¡qué tarde es!... Podéis retiraros... Yo también me voy a recoger—dijo el soberano con impaciencia.

Salieron los ministros, y quedaron solos los camarilleros.

XXI

Apenas se cerró la puerta tras los dos repúblicos, Fernando se levantó, y con las manos en los bolsillos, dió algunos pasos en la habitación. Ugarte le miraba sonriendo. Ninguno de los demás nos atrevíamos a desplegar los labios, y el silencio se prolongó hasta que el mismo soberano se dignara romperlo preguntando:

—¿Qué dices a esto, Ugarte?

—Que admiro la paciencia de vuestra majestad—repuso el ex bailarín—. Según el señor Juan Pérez, ya no hay colonias, ya no hay soldados, ya no hay barcos, ya los españoles no tienen alma para vencer las dificultades. Sostendrá también el vejete que ya no hay aire que respirar, ni sol en el cielo.

—La verdad es—dijo Fernando, deteniéndose meditabundo ante la chimenea—que no estamos en Jauja.

Y luego, dando un suspiro, añadió:

—Despidámonos de las Américas.

—¿Por qué, señor?—dijo bruscamente Ugarte—. Se exagera mucho. Persona venida hace poco de allá me ha dicho que toda la insurrección americana se reduce a cuatro perdidos que gritan en las plazuelas.

—Lo mismo me ha escrito a mí un amigo—añadí yo, forzando los argumentos de mi patrono—. Unos cuantos presidiarios, con cuatro docenas de ingleses y norteamericanos echados por tramos de sus respectivos países, sostienen la alarma en aquellos lejanos reinos de vuestra majestad.

—Pues id vosotros a reducir a la obediencia a esas manadas de facciosos—dijo el rey.

—Señor, en resumen—manifestó Ugarte—, mande vuestra majestad a América un ejército, un verdadero ejército, con una escuadra, en vez de medias compañías dentro de una goleta, como se ha hecho hasta aquí, y a los cuatro meses se verán los resultados.

—Y ese ejército, ¿dónde está?—preguntó friamente.

—¿Dónde están los vencedores de Napoleón? Parece mentira que vuestra majestad haga tales preguntas.

—Hombres valerosos no faltan; pero ¿cómo se los organiza, cómo se los viste, cómo se los mantiene?

—Muy sencillamente—repuso Ugarte, alzando los hombros—: organizándolos, vistiéndolos, manteniéndolos.

—Tú tendrás alguna mina. ¿Quieres decirme dónde está?

—Dos palabras, señor—dijo Ugarte, echando el cuerpo hacia adelante en su sillón y apoyando el codo en la rodilla, mientras el rey se sentaba junto a él—. He dicho a vuestra majestad la otra noche que me atrevía a organizar un ejército expedicionario siempre que tu-

viera para ello la competente autorización.

—Yo te la doy—replicó Fernando—. A ver de dónde vas a sacar ese ejército y cómo lo vas a sostener.

—Vuestra majestad me dijo también la otra noche que consagraría a tal objeto y pondría a mi disposición una parte mínima de las rentas reales.

—Es verdad.

—Pues el alistamiento se hará, señor—afirmó don Antonio con resolución admirable—. No tiene que pensar más en ello vuestra majestad.

—Bueno, ya está el alistamiento. Ahora hazme el favor de decirme si vas a mandar a América esos soldados en cáscaras de nuez.

—No, señor, que los mandaré en magníficos navios y barcos de transporte—repuso el arbitrista con una placentera y llana confianza, que a todos nos dejó pasmados.

—Pero ya sabes que no los tenemos.

—Se compran.

—¡Se compran!... Y dice «se compran» como si costaran dos pesetas.

La naturalidad admirable con que Ugarte hacía frente a los mayores obstáculos; la frescura, digámoslo así, con que todo lo resolvía y allanaba, no podían menos de cautivar el ánimo del soberano, agobiado por el continuo clamoreo de sus ministros. Todos los demás contertulios observábamos con verdadero asombro la prodigiosa iniciativa de Ugarte, y ante tanto ingenio, ante tan firme voluntad, callábamos confundidos.

—Pues es claro que se compran—añadió el proyectista—. Sin duda, vuestra majestad va a preguntarme que con qué dinero.

—Justo.

—Pues yo respondo que, si poseo la confianza de mi soberano, me sobrarán fondos.

—Quizá cuentas con la indemnización que nos va a dar Inglaterra.

—¿Por qué no?

—Pero es para resarcir a los negreros.

—Eso es, pagar a los negreros y que se pierdan las Américas. ¿No vale más dejarlos sin indemnización y conservarles los esclavos y las tierras?

—Está dicho todo—afirmó resueltamente Fernando, cediendo por completo a la seductora sugestión de aquel brujo

que prometía los imposibles y teñía con frescos y brillantes colores el entenebrecido horizonte de nuestra política—. Está dicho todo. Tienes mi autorización para hacer el alistamiento, para tomar de la Real Hacienda los fondos necesarios, para tratar de la compra de buques, vestuario y demás.

De aquella conversación brotó el poder oculto que don Antonio Ugarte tuvo durante algún tiempo, y en virtud del cual hasta llegó a celebrar tratados con potencias extranjeras en calidad de *secretario íntimo* del rey de España. Más adelante veremos como alistaba tropas y qué tal mano para comprar buques tenía don Antonio. Sus proyectos forman una página curiosa en la historia del absolutismo.

—Ya se ve—dijo después de una pausa, durante la cual observaba los dibujos de la alfombra—, con hombres como Villamil, las dificultades se multiplican. Al buen alcalde se le antojan sus dedos huéspedes, y como en todas las ocasiones difíciles se asesora de Cevallos...

—El pobre Cevallos—indicó Fernando—ha trabajado como un negro en ese fastidioso asunto del Congreso de Viena. No se le debe criticar, y si no se ha conseguido más, no ha sido por culpa suya.

—Entre Labrador y Cevallos, como si dijéramos entre Herodes y Pilatos, España está haciendo un papel ridículo en Viena.

—Pero ¿qué puede esperarse de un plenipotenciario que ya ha mostrado no tener ni dignidad ni carácter?—dijo el duque de Alagón—. ¿No fué Labrador ministro de Estado en las Cortes de Cádiz, y después realista furibundo?

—Y al presentarse en Cádiz, felicitó a las Cortes por el *sabio Código* que habían hecho—añadió yo.

—En manos de estos hombres que ayer eran liberales locos y hoy rabiosos absolutistas—dijo Ugarte—, nuestra política exterior no puede menos de ser desastrosa. ¡Ruina incurable! Nuestra nación, señor, ha de vivir siempre bajo la vigilancia interesada, mejor dicho, bajo la tutela de Inglaterra o de Francia. La primera trabaja porque perdamos las Américas y porque se arruine nuestro comercio; la segunda no nos perdonará nunca el haber vencido a sus

soldados, aunque fueran mandados por el general Bonaparte.

—En eso creo que tienes razón—dijo fríamente Fernando.

—Pues si tengo razón, ¿por qué no intenta vuestra majestad estrechar sus relaciones con un poderoso imperio, bastante fuerte para ser buen aliado, bastante remoto para no disputarnos nuestro territorio?

—Soy muy amigo de Alejandro—repuso el autocrata secamente.

—Pero esa amistad sería unión indestructible si vuestra majestad, que seguramente no puede permanecer soltero más tiempo, se enlazara con una princesa rusa.

Al decir esto, Ugarte había pronunciado la última palabra del atrevimiento. Siguió a ella una larga pausa. Observamos todos el semblante del rey, que con las piernas estiradas, las manos en los bolsillos del pantalón y la barba sobre el pecho, indolentemente tendido, más bien que sentado en el sillón, no se dignaba contestar con palabras, ni gesto, ni mirada, ni sonrisa, a las palabras de Ugarte. Por último, le vimos mover los brazos, luego alzar la cabeza, y aguardamos con ansiedad vivísima el sonido de su voz.

—¿Te parece—dijo—que debo refrenar un poco a Negrete?

—Las atrocidades del comisario secreto son tan grandes—repuso Ugarte—, que convendría ponerle a un lado y prescindir de sus servicios. Cevallos tiene razón. Están tan irritados los andaluces, que son capaces de volverse todos liberales si ese verdugo sigue haciendo de las suyas.

—La cuestión es delicada. Negrete tiene órdenes mías, y si intentamos sujetarle por la vía de las autoridades legítimas, no es fácil que ceda.

—Para eso se manda un nuevo comisionado a Andalucía, y un hombre hábil, enérgico, ingenioso y muy discreto: Pipaón, por ejemplo—dijo don Antonio mirándose.

—No—replicó vivamente Fernando, mirándose también—. Yo no quiero que Pipaón salga de Madrid por ahora. Ya se buscará otro comisionado. Después de todo, nada se pierde con que Negrete continúe sentando la mano algunos días más. Andalucía está infestada de jacobinismo.

—Y Madrid también—afirmó el duque.

—Las sociedades secretas rebullen por todos lados.

—No será por falta de Ministerio de Seguridad pública—dijo con ironía el rey.

—Echavarri encarcela a los mentecatos y deja en libertad a los pillos. Los calabozos están repletos de tontos. Pero ¿qué ha de suceder, si los principales personajes del Gobierno están inficionados de liberalismo? Cevallos es masón; Villamil y Moyano no ocultan sus ideas favorables a un sistema templado como el de Macanaz; Escóiquiz augura desastres; Ballesteros quiere que se dé una especie de amnistía; en toda España se conspira. Abrase un poco la mano, y las revoluciones brotarán por todas partes como pinos en almáciga.

—Pues se cerrará la mano, se cerrará la mano—afirmó Fernando, incorporándose en su asiento—. Duque, pon algunas líneas mandando a Negrete que siga aplastando el jacobinismo; pero con la condición de que no sea bárbaro... No se puede confiar a nadie una comisión delicada...

Artieda acercó un velador con recado de escribir, y bien pronto la tertulia se trocó en oficina. El duque tomó una pluma.

—Ugarte—añadió el rey—, puedes redactar las bases de la autorización que te doy para alistar el ejército expedicionario y demás. Me quedará con tu borrador para meditarlo, y después te daré la copia firmada.

Don Antonio tomó otra pluma. Aca-ciriándose la boca con las barbas de ésta, miró al rey.

—Permítame vuestra majestad—dijo—que decline el grande, el insigne honor que quiere hacerme depositando en mí toda su confianza.

Fernando le miró con asombro, y los demás también.

—De nada servirían mi abnegación, mi trabajo, mis grandes cavilaciones y proyectos—continuó el arbitrista—si desde el principio tropezara con obstáculos insuperables. Yo he prometido a vuestra majestad reunir tropas y equiparlas, y comprar los buques necesarios para que vayan a América...

—Pero una cosa es prometer, y otra...

—Es que no puedo pensar en el desarrollo de mis proyectos mientras sea ministro de Hacienda el señor Villamil.

—¡Bah, bah!—murmuró Fernando con tono de indolencia y fastidio.

Otra pausa. Todos contemplábamos al rey, el cual, arqueando las cejas, se pasaba la mano por la cabeza, cual si se cepillara el pelo hacia adelante.

—Pipaón—dijo al fin—, extiende la destitución de Villamil... Que se le lleve esta misma noche.

Yo tomé otra pluma.

Así cayó don Juan Pérez Villamil; así cayeron también Echavarri, Balles-teros, Macanaz, Escóiquiz, el mismo Vallejo (nombrado aquella noche), Moyano, León Pizarro, Lozano de Torres y otros muchos.

—Ahora extiende el nombramiento de don Felipe González Vallejo, ministro de Hacienda.

Así subió Vallejo.

—¿Qué más hay?—preguntó Fernando con cierta somnolencia.

—Vuestra majestad me concedió una bandolera—dijo tímidamente Artieda—para el sobrino del señor arcipreste de Alcaraz...

—Es que hay una sola vacante—añadió Collado avariciosamente—, y su majestad me la tiene prometida.

—Es verdad—dijo el rey.

Artieda miró a Chamorro con enojo.

—Esa vacante me la había reservado yo para mí—objetó con sequedad Paquito Córdoba—. Es mucha la ambición del señor Collado... después que me ha disputado esa miserable canonjía de Murcia como si fuese un imperio.

—Tienes razón—murmuró Fernando.

El ex aguador clavó sus ojos en el duque con expresión de envidia.

—Señor—dijo con suavidad, sonriente, don Antonio Ugarte—. Pocas veces pido mercedes de esta clase a vuestra majestad. Ya dije el otro día que deseaba una bandolera para un joven pariente mío.

—Nada más justo—repuso el rey, cerrando los ojos perezosamente—. Ugarte, todo lo que quieras.

El duque dirigió a Antonio I una mirada rencorosa.

—Señor—dije yo sin encomendarme a Dios ni al diablo—, no olvide vuestra majestad que prometió una bando-

lera al señor conde de Rumblar, mi querido amigo.

El rey abrió los ojos, sacudiendo la pereza, y exclamó enérgicamente, con aquella resolución a que ningún cortesano podía oponerse:

—La bandolera para el señor conde de Rumblar... Lo mando... Alagón, extiende el nombramiento ahora mismo.

Ugarte me miró, frunciendo el ceño.

Y se levantó la sesión, como dicen los liberales.

Como se ha visto, en las tertulias de su majestad nadie podía vanagloriarse de tener ascendiente absoluto y constante. Unos días privaba éste, otros aquél, según las voluntades recónditas y jamás adivinadas de un monarca que debiera haberse llamado Disimulo I. Además, aquel discreto príncipe, que así delegaba su autoridad y democráticamente compartía el manto regio con sus buenos amigos, como compartió San Martín su capa con el pobre, no tuvo realmente favorito, no dió su confianza a uno solo, elevándole sobre los demás; jugaba con todos, suscitando entre ellos hábilmente rivalidades y salutífera emulación, con lo cual estaba mejor servido, y los destinos y prebendas más equitativamente repartidos.

De lo que anteriormente he contado puede dar fe un ministro de su majestad por aquellos años (1), el cual, en papel impreso muy conocido, dice, blasonando de rigorista y de censor: «... pero lo peor es que por la noche da entrada y escucha a las gentes de peor nota y más malignas que desacreditan y ponen más negros que la pez, en concepto de su majestad, a los que le han sido y le son más leales...; y de aquí resulta, que, dando crédito a tales sujetos, su majestad, sin más consejo, pone de su propio puño decretos y toma providencias, no sólo sin consultar con los ministros, sino contra lo que ellos le informan... Esto me sucedió a mí muchas veces y a los demás ministros de mi tiempo... Ministros hubo de veinte días o poco más, y dos hubo de cuarenta y ocho horas; pero ¡qué ministros!»

Por las declamaciones de este escri-

puloso descontentadizo no vayamos a condenar la camarilla como cosa mala. Era, por el contrario, lo mejor del mundo, sobre todo para nosotros, que traíamos los negocios del reino de mano en mano y de boca en boca, despachándolos tan a gusto del país, que aquello era una bendición de Dios. Ninguno, sin embargo, pudo jactarse de ser el primero en la voluntad y paternal cariño de aquel bondadoso soberano absoluto; y en prueba de ello, referiré lo que sucedió al día siguiente de la reunión que con todos sus puntos y señales he descrito, no apartándome en todo el discurso de ella ni un ápice de la verdad.

Al día siguiente, como dije, volví a Palacio y encontré al señor Collado, al señor Artieda y al señor duque muy alarmados. ¿Por qué? Porque el rey estaba conferenciando a solas con un sujeto que hasta entonces no había sido recomendado ni introducido por ninguno de los sobredichos palaciegos. Creyóse que sería emisario de Ugarte; pero entró en seguida don Antonio y negó el caso.

Reunímonos todos en la antesala, y a poco vimos salir a un fraile francisco, joven, bien parecido, excelente mozo, que más parecía guerrero que fraile; de aspecto y ademanes resueltos, mirada viva y revelando en todo su continente y facciones una disposición no común para cualquier difícil cosa que se le encomendara.

—¿Quién es este pájaro?—preguntó Ugarte, demostrando en su tono que estaba completamente desconcertado.

—Se llama fray Cirilo de Alameda y Brea—dijo Artieda, muy fuerte en todo lo referente al personal eclesiástico de la monarquía.

—¿Y qué es este hombre?

—Fué maestro de escuela en Pinto.

—Y después marchó a Montevideo, donde se ocupaba... No sería en cosa buena.

—En redactar *Gacetas*.

—Es hombre que pone bien la pluma, según parece.

—Vino por vez primera con el general Vigodet—añadió Paquito Córdoba—Su majestad le ha recibido después en varias ocasiones, y nunca he podido averiguar...

—¿No ha dejado traslucir nada?

—Absolutamente nada.

(1) Lardizábal, ministro de Indias (absolutista).

—Hoy ha durado la conferencia dos horas.

—¿Y ninguno de ustedes sabe nada?
—repitió Ugarte, interrogando todos los semblantes—. Yo estoy confundido.

—No sabemos una palabra.

—Pues estamos bien... ¿Apostamos a que este tunante de Pipaón lo sabe todo?

—Ni una palabra—respondí, tan confuso como los demás.

Y era verdad que nada sabía. Más adelante todos desciframos el enigma, que me hizo decir *no hay función sin fraile*; pero no ha llegado aún la ocasión de revelarlo.

XXII

Antes de seguir quiero indicar las observaciones que sugirió el manuscrito de estas memorias a una persona de aquellos tiempos y de éstos. Don Gabriel de Araceli (1), a quien lo mostré (no es preciso decir cuándo ni cómo), me dijo que los lectores de él, si por acaso lograba tener algunos, no podían menos de ver en mí un personaje de las mismas mañas y estofa que Guzmán de Alfarache, don Gregorio de Guadaña o el Pobrecito Holgazán; a lo cual le contesté que sí, y que de ellos me holgaba, por ser aquellos célebres pícaros de distintas edades los más eminentes hombres de su tiempo y caballeros de una caballería que yo quería resucitar para que se perpetuase en la Edad Moderna. Dijo también el sobredicho señor que nada de lo que pinté o describí con burdo o sutil estilo se diferenciaba un punto de la verdad.

—La comparsa en que usted figuró, señor don Juan,—dijo al fin, echándose las de dómine sermonista—, fué de las más abominables y al mismo tiempo de las más grotescas que han gastado tacones en nuestro escenario político. Cuanto puede denigrar a los hombres: la bajeza, la adulación, la falsedad, la doblez, la vil codicia, la envidia, la crueldad, todo lo acumuló aquel sexenio en su nefanda empolladura, que ni siquiera supo hacer el mal con talento. El alma se abate, el corazón se oprime al

considerar aquel vacío inmenso, aquella ruin y enfermiza vida que no tuvo más síntomas visibles en la exterioridad de la nación que los execrables vicios y las mezquinas pasiones de una corte corrompida. No hay ejemplo de una esterilidad más espantosa, ni jamás ha sido el genio español tan eunuco. Los junteros de 1808, los regentes de 1810, los constitucionalistas de 1812 cometieron grandes errores. Iban de equivocación en equivocación, cayendo y levantándose, acometiendo lo imposible, deslumbrados por un ideal, ciegos, sí, pero ciegos de tanto mirar al sol. Cometieron errores, fueron apasionados, intemperantes, imprudentes, desatentados; pero los movía una idea; llevaban en su bandera la creación; fueron valientes al afrontar la empresa de reconstruir una desmoronada sociedad entre el fragor de cien batallas; y rodeados de escombros, soñaron la grandeza y hermosura del más acabado edificio. Hasta se puede asegurar que se equivocaron en todo lo que era procedimiento, porque lo que discurrían como sabios lo hacían como niños. La especie de tutela a que quisieron sujetar en 1814 al rey, viajero desde Valencey a Madrid, y el pueril formulismo ideado para hacerle jurar a él, vástago postrero del absolutismo, la precoz Constitución de Cádiz, fueron yerros que debían producir el golpe de Estado del 10 de mayo. Hasta se puede sostener que Fernando estaba en su derecho al hacer lo que hizo; pero nada de esto atenúa las grandes, las inmensas faltas de la monarquía del 14. Fué la ceguera de las cegueras. La crueldad, la gárrula ignorancia de aquella política no tienen ejemplo en Europa. Para buscarle pareja hay que acudir a las atrocidades grotescas del Paraguay, allí donde las dictaduras han sido saínetes sangrientos y han aparecido en una misma pieza el tirano y el payaso. No existe nada más fuera de razón, más inútil, más absurdo, que la reacción de 1814; no sucedió a ningún desenfreno demagógico, no sucedió a la guillotina, porque los doceañistas no la establecieron; ni a la irreligión, porque los doceañistas proclamaron la unidad católica; ni a la persecución de la nobleza, porque los nobles no fueron perseguidos. Fué, pues, una brutalidad semejante a los golpes del ha-

(1) Protagonista de la primera parte.

do antiguo, sin lógica, sin sentido común. Nada de aquello venía al caso. Si Fernando hubiera cumplido la promesa hecha en el manifiesto del 4 de mayo; si hubiera imitado la sabia conducta de Luis XVIII, que desde la altura de su derecho saludaba el derecho de las naciones, ¡cuán distinta sería hoy nuestra suerte! Sin necesidad de aceptar la Constitución de Cádiz, que era un traje demasiado ancho para nuestra flaqueza, Fernando hubiera podido admitir el principio liberal, inaugurando un Gobierno templado y pacífico para la nación y por la nación. Pero nada de esto se hizo, sino lo que usted ha descrito, y aquellos seis años fueron nido de revoluciones. El desorden germinó en ellos como los gusanos en el cuerpo insepulto. Desde 1814 a 1820 hubo en España trece conspiraciones, todas para derrocar el Gobierno absoluto, una para esto y para asesinar al rey. Abortaron las trece, pero la décimocuarta parió... Los liberales se presentaron con la rabia del vencedor y la hiel criada en el destierro. ¿Qué los impulsaba en 1812? La ley. ¿Y en 1820? La venganza. Continuaban el vicio, la corrupción, la crueldad; pero el absolutismo de ustedes había sido tan rematadamente malo, que en los liberales del trienio famoso podía haber crueldad, ambición, rapacidad, venganza, imprudencia y aun dosis no pequeña de tontería... Podían aquellos benditos avanzar hasta un grado extremo en la escala de estos defectos sin temor de llegar nunca, no digo a superar, pero ni siquiera a igualar a sus antecesores.

Así mismo me lo dijo y se quedó tan fresco.

XXIII

Pero vamos adelante con mi cuento. ¿Se ha comprendido ya cuál era mi plan en el asunto, o, si se quiere, en la hábil intriga cuyo hilo se extendía desde los intereses de la familia de Porreño hasta la paternidad de don Alonso de Grijalva? Créo que no serán necesarias explicaciones prolijas de aquella operación, como hoy se dice, hecha sin dificultades mayores y con éxito mejor del que podía esperarse, considerada su

delicadeza. Aburrido Grijalva de ver que, a pesar de la palabra real, no echaban de las cárceles al tuno de su hijo, admitió las propuestas que mañosamente y por conducto de varones esclarecidísimos y muy discretos le hice, resultando de ellas que me vendió los créditos contra las señoras de Porreño por la mitad de su valor. Anduvo en aquestos tratos el licenciado Lobo con tan buen pie y mano, que don Alonso, muy rebelde al principio, llenóse de miedo, y a todo lo que quisimos asintió al fin.

Después me quedaba lo peor y más amargo del caso, cual fué apretar a las señoras de Porreño para que pagasen, y, quitándoles toda esperanza de moratoria (por la rotunda negativa del sabio y justiciero Consejo), proceder al embargo de bienes. Aquí sí que no fué posible disimular, porque don Gil Carrascosa vendió a las venerandas señoras mi secreto, y un día en que tuve el mal acuerdo de presentarme en la casa recibíéronme como es de suponer. Desde entonces, quitado el último puntal de aquella histórica familia, todo vino con estrépito al suelo, entre alaridos de rabia y sollozos de aflicción. Las señoras de Porreño pasaron a la región de las sombras. Su última época solitaria y lúgubre está escrita en otro libro (1).

Renuncié, como es consiguiente, a su amistad, y me ocupé de aquellas excelentes tierras de Hiendelaencina, de Porreño y Torredonjimeno, tan diestramente ganadas con mi travesura, con mis ahorros y con el dinero que don Antonio Ugarte me prestó para reunir la cantidad necesaria. Mucho tardé en adjudicármelas, a causa de las dilaciones de la curia: pero al fin constituíme en terrateniente, soñando con establecer un mayorazgo.

Pero retrocedamos a los días de mi anterior relación, que eran los últimos de febrero y primeros de marzo de 1815. La Real Caja de Amortización tuvo el honor, nunca por ella soñado, de caer en mis manos. ¡Bendito sea Dios Todopoderoso y Misericordioso, que arregla las cosas de modo que ningún desvalido quede sin amparo! Dígolo por aquellos miserables y huérfanos juro que hasta mi elevación no tuvieron ar-

(1) En *La Fontana de Oro*.

te ni parte en ninguna operación rentística. Los pobrecitos no soñaban, sin duda, que toparían conmigo, ni con la destreza de estas limpias manos, y a poco de mi entrada en la Caja engordaron hasta el punto de que no los conocía el pícaro secretario de Hacienda que los inventó.

¡Qué satisfechos quedaron de mis servicios el noble duque y don Antonio Ugarte! ¡Qué elogios hacían de mi impetuosa voluntad, la cual derechamente se iba al asunto sin reparar en pelillos! Yo también estaba envanecido de mí mismo, y entonces empecé a conocer lo mucho que para tales asuntos valía. Yo era una firme columna del Estado; yo desplegaba en servicio de mi soberano absoluto y del sumiso reino, tendido a sus pies como un perro enfermo y calenturiento, que no puede moverse de pura miseria, las más altas dotes intelectuales. Indudablemente, Dios debía de estar satisfecho de haberme criado, viéndome tan hormiguilla, tan allegador, tan mete-y-saca, tan buen amparador de los poderosos para que los poderosos me amparasen a mí. ¡Qué minita era aquella sacrosanta Amortización! ¡Qué terrenos inexplorados! En tal materia, yo era más que Colón, porque éste descubrió solo un mundo, y yo descubría todos los días uno nuevo.

No hay que decir que yo navegaba con viento fresco, como diría mi amigo el infante, hacia el Real Consejo. Todo marchaba a pedir de boca en derredor mío. ¿Y qué diré de aquel séráfico ministro de Hacienda don Felipe González Vallejo? Hombre de mejor pasta no se ha sentado en poltrona. El pobrecito era tan buenazo, tan sano de corazón, tan amable y complaciente, que todos los negocios pequeños, como nombramientos y demás menudencias, estaban en manos de Artieda y del señor Chamorro. De los grandes se encargaba don Antonio Ugarte. Dios se lo pague a aquel bendito ministro, que no tenía gota de hiel en su corazón ni humos de vanidad en su cabeza. Parecía que no había tal ministro. Si todos los que han ocupado el sillón hubieran sido como él, otra sería la suerte de este desamparado y caído reino.

En asuntos que no eran administrativos iban mis cosas con mediano andar. Antes de lo referido últimamente,

yo veía a Presentacioncita todos los días en casa de las señoras de Porreño; pero cuando éstas descubrieron la sutil urdimbre que mi travesura les preparara, concluyeron para mí las entradas en la casa de la calle del Sacramento. Asistió Presentacioncita a la ruidosa escena en que doña Paz y doña Salomé me notificaron con encrespadas razones, no menos sonantes que las olas del mar, su soberano desprecio, lo cual me causó pena, porque no era muy de mi gusto pasar por un intrigante de mal género a los ojos de la dulce niña de la condesa. Pocos días habían pasado después de la escena en la cámara regia que antes describí. Robáronme algún tiempo los amigos que de Vitoria y la Puebla de Arganzón vinieron a solicitar mi ayuda para distintas pretensiones, entre ellos el venerable patriarca don Miguel de Baraona, con su encantadora nieta (próxima a ser esposa de un joven guerrillero); don Blas Arriaga, capellán de las monjas de Santa Brígida de Vitoria, y otros que más adelante serán conocidos. Pero luego que me dieron algún respiro, consagrame en cuerpo y alma a la adorable Presentación, acariciando proyectos más o menos dulces, recientemente concebidos; que en materia de proyectos, mi cabeza no conocía el descanso, ni mi impetuosa voluntad el hastío.

Contra lo que yo esperaba, la señora condesa de Rumbiar no me cerró las puertas de su casa, ni aun decoró su estatuario semblante, cual solía, con el grandioso ceño y los agridulces mohines propios de tan alta señora. Verdad es que yo, además de entregarle la banderola para su hijo, haciéndole comprender que sin mí nada le habría valido la recomendación de Ximénez de Azofra, le prometí mi eficaz amparo en el pleito que desde 1811 sostenía contra los Leivas. Tampoco Presentacioncita se mostró ceñuda, a pesar de su adhesión a la familia de Porreño; pero no lo extrañé, porque siendo yo el libertador de Gasparito, bien merecía perdón; y el novio suelto no debía valer menos que las amigas arruinadas.

Todo mi afán consistía en disponer de ocasión propicia para hablarle largamente a solas, apretándome a ello el deseo de comunicarle cosas de la mayor importancia. Sin esperanza de que me

concediera tal gracia, pero decidido a todo, propúsele la conferencia, ¿y cuál sería mi sorpresa al ver que bondadosamente prometía señalar sitio y momento oportunos, de tal suerte que la vigilancia materna no nos estorbaba? Yo estaba absorto; indudablemente, había-se verificado en su carácter cierta mudanza radical, porque la dichosa niña ponía en todos sus actos y palabras mucha seriedad, cesando de mortificarme con las burlas y epigramas de marras.

Discurrió ella el modo de que a solas le hablase, y fué por un arte ingenioso, tomando el traje de cierta muchacha que entonces la servía y poniéndose de noche a una reja donde la doncella acostumbraba conferenciar con cierto dragón de Farnesio.

No se me olvidará jamás aquella noche en que tuve la dicha de respirar el dulce aliento de la adorable niña tan de cerca, que el calor de su rostro aumentaba el del mío, mareándome. ¡Y cómo brillaban sus negras pupilas en la oscuridad! Cada vez que aquel vivo rayo diminuto surcaba el espacio comprendido entre nuestros semblantes, yo me ponía trémulo. ¡Qué linda, qué seductora estaba aquella noche! Su agraciado rostro se espiritualizaba con la melancólica seriedad que la envolvía como un velo misterioso. Estaba descolorida, y así como no había frescas tintas en su rostro, tampoco había en su alma aquella plácida felicidad risueña que en época anterior irradiaba de ella como del astro de la luz, haciendo felices también a cuantos la rodeaban. Pálida y meditabunda ahora, parecía perseguida de extraños pensamientos.

Yo también lo estaba... ¡Ay! Yo vivía intranquilo, demente; yo no dormía, yo no tenía paz en el corazón, porque me agitaba un ansioso afán, un proyecto de gravedad inmensa que absorbía las potencias todas de mi alma incansable e insaciable.

XXIV

Llegó al fin la hora de la cita.

—¡Qué miedo tengo, señor Pipaón! —dijo cuando cambiamos los primeros saludos—, ¡qué miedo tengo, a pesar de las precauciones tomadas! No es fácil que mamá me descubra; pero si

mi novio Gaspar, que por las noches ronda la casa, no contento con vigilar-me de día, imponiéndome su voluntad hasta en los actos más insignificantes.

Después de tranquilizarla sobre este particular, le dije:

—Encantadora niña, ¡cuán mal sienta a esa incomparable persona, digna de un emperador, afanarse por un mozalbete sin fundamento como Gasparito Grijalva! Mal empleados ojos puestos en él, mal empleada boca hablándole, y mal empleado corazón amándole. Presentacioncita, usted no se ha mirado al espejo, usted no conoce su mérito, usted no ha sabido apreciar el inmenso tesoro de su propia persona, la cual es de tanta valía que casi, casi, casi no conozco ningún hombre digno de poseerla.

—¡Qué adulator es usted! —replicó, sonriendo vagamente—. ¿Es eso lo que tenía que decirme?

—Por ahí empiezo, niña mía; empiezo por pasmarme de que quiera usted al hijo de don Alonso habiendo en el mundo tanto bueno...

—Puesto que he venido aquí a hablar a usted con franqueza—dijo, interrumpiéndome—, no le ocultaré que Gasparito no me interesa ya gran cosa.

—¡Oh confesión admirable!—exclamé con gozo—. Mire usted... Me lo figuraba. ¡Si no podía ser de otra manera! Si esos ojos fueran nacidos para mirar o Gasparito, merecerían cegar. Digan lo que quieran, no se hizo el sol para los insectos.

—Yo no sé lo que ha pasado en mí —prosiguió—; pero de la mañana a la noche se me ha concluido la afición que a Gasparito tenía. Esto parece raro, pero no lo es, porque a muchas ha ocurrido lo mismo.

—Es que algunas chiquillas toman por amor lo que no lo es; y cuando viene la pasión verdadera, se asombran de haber derramado aquellas primeras lagrimitas por un objeto indigno.

—Yo creía estar apasionada de Gaspar. ¡Cosas de chiquillas! Cuando una juega con sus muñecas, cree amarlas mucho, y después se ríe de ellas.

—¡Admirable idea!... Gasparito es una muñeca, y para usted acabó de repente la época de los juegos.

—Confieso que en un tiempo le quise...

—¡Ah, en ún tiempo!... Luego...

—Gaspar es un muchacho vulgar, un joven adocenado—afirmó, expresándose con cierto desdén—. ¡Parece mentira que yo le amara!... ¡Qué grande error!

—¡Enorme error!... Pero, en fin, nada se ha perdido. Ahora bien, ¿puedo saber desde cuándo...?

—¿Desde cuándo?—repitió en un tono que revelaba, sin género de duda, cordedad de genio.

—Pero no me lo confiese usted, niña—dije con viveza—. A ver si lo adivino yo. ¿Apostamos a que lo adivino?

—¿Apostamos a que no?

—¡Ay!, Presentacioncita; yo no carezco de perspicacia. Desde aquella noche en que salimos de casa y tuvimos la malhadada aventura de la calle del Bastero y aquel descomunal susto, cuando me vi precisado a hacer uso de las armas.

—Que se quema, que se quema usted.

—Sí, desde aquella noche, desde aquel encuentro con dos caballeros desconocidos, cuando usted perdió el sentido y... ¿Acierto mi señora doña Presentacioncita? ¿Sí o no?

—Sí—repuso con voz que apenas se oía, más semejante a un suspiro que á una voz.

Alzando los ojos, contemplaba el cielo con tristeza.

—Pues bien—añadi, lleno de entusiasmo—. los pensamientos de usted se avienen perfectamente con lo que yo tenía que decirle. Nos entendemos. ¡Benditos corazones los nuestros, que así concuerdan, respondiendo el uno a los afanes del otro!

—Yo soy muy desgraciada, don Juan—me dijo—. ¿No conviene usted en que soy muy desgraciada?

—Según y cómo—respondí—; según y cómo. Puede usted ser muy desgraciada, pero muy desgraciada, y puede ser feliz, muy feliz, felicísima.

—Lo primero es lo cierto.

—¡Ah, si usted supiera, si yo dijera aquí todo lo que sé! ¡Oh arcángel enviado por Dios a la tierra para consuelo de los tristes mortales!... Pero, vamos por partes. ¿Se acuerda usted de la función de los Trinitarios y de la recepción de su majestad en la sala capitular del convento?

—¡Que si me acuerdo!—exclamó, cubriendo el rostro con sus manos y des-

cubriéndolo después más pálido, más bello, más interesante—. Ya que se ha establecido entre nosotros cierta confianza; ya que he hecho ciertas revelaciones que me han costado mucho, no ocultaré nada, respetable amigo mío... Aquel día, la presencia de su majestad y el reconocer en sus nobles facciones las mismas del generoso caballero que me habia amparado la noche anterior produjeron general trastorno en mi alma. Sentí primero una especie de terror. Yo no habia visto nunca a su majestad. La idea de haber estado tan cerca, de haber estado en los mismos augustos brazos del rey, de aquel gloriosísimo monarca, de aquel hombre que casi no lo es, por su superioridad sobre los demás, me conturbaba y confundía de tal manera, que no era dueña de mí misma. Durante todo el día estuve atónita, paralizada, estupefacta. Parecíame que resonaba su voz en mis oídos constantemente y que no se apartaban de mí aquellos ojos negros majestuosos, a los de ningún hombre parecidos.

—¡Admirable concordia de sentimientos!—exclamé, interrumpiéndola—. Pero ¿es usted una mujer o un serafín?

—Aquella noche no pude dormir. Estaba fascinada y no sabía apartarme del retrato del rey que mamá tiene en su cuarto haciendo juego con la estampa del Señor San José. En los siguientes días traté de vencer la irresistible atracción que me llevaba violentísimamente a recrear mi espíritu con los recuerdos de aquella noche y aquel día. Pero, ¡ay!, mi señor don Juan, la noble, la gallarda, la incomparable imagen no se podía apartar de mi imaginación. Cuando oía leer la *Gaceta* y pronunciaban delante de mí el nombre del rey; cuando Ostolaza le nombraba en la tertulia para encomiarle hasta las nubes por sus buenas acciones, mi rostro se encendía, parecía que iban a estallar mis venas todas y a romperse en mil pedazos mi corazón.

—¡Oh!, lo creo, lo creo—dije con calor—. Su majestad cautiva de este modo el ánimo de cuantos le miran. ¡Qué gallardía en su persona! ¡Qué nobleza y grave hermosura en su semblante! ¡Qué caballerosidad e hidalguía en sus modales! ¡Qué dulce música en su voz! No existe otro más seductor en el

conjunto de los hombres... ¿Pues qué diré de sus elevados pensamientos, de aquella bondad de corazón, de aquella inteligencia suprema, para la cual no hay en el arte del gobierno oscuridades ni enigmas? ¿Qué diré de su espíritu de justicia, del gran amor que profesa a sus vasallos, de su religiosidad supina, de todas las admirables prendas de su alma, las cuales son tantas que parece mentira haya puesto Dios en una sola pieza tal número de perfecciones? Usted le tratará más de cerca, usted le oirá, usted podrá conocer por sí misma que las cualidades de ese angélico ser, a quien Dios ha puesto al frente de la infeliz España, exceden con mucho a sus altas perfecciones físicas.

—La nariz es un poco grande—dijo Presentacioncita con una salida de tono que me hizo estremecer—; pero no por eso deja de ser admirable el conjunto del rostro.

—¡La nariz grande! Así la tuvieron Trajano, Federico de Prusia; así eran también la de Cicerón, la de Ovidio y tantos otros hombres eminentes... Pero esto no hace al caso. Lo que importa es que sepa usted los sentimientos que ha despertado en aquel noble y generoso corazón, no ocupado enteramente del amor a la patria y al sabio gobierno absoluto. ¡Oh mujer feliz entre las mujeres felices!—añadí con mucho calor—. ¡Oh flor escogida entre las flores escogidas! ¡Oh virgen superior a todas las vírgenes!, puede usted vanagloriarse de ser la primera que ha encendido una llama ardiente, pura; una llama...

Presentacioncita se cubrió de nuevo el rostro con las manos. Entonces pasó por mi mente la sospecha de que fuese yo en aquel instante víctima de un bromazo tremendo. Pero ¿cómo era posible que el fingimiento de la muchacha fuese tan magistral? No; ninguna actriz de la tierra, aunque se llamase María Ladvenant o Rita Luna, era capaz de simular los sentimientos con tal perfección, desfigurando el rostro, estudiando las palabras, midiendo las actitudes, sin que ni un solo momento se descuidase y revelara el pérfido artificio.

Observé a Presentacioncita con atención profunda, y cuanto más la mira-

ba, más me confirmaba en mi creencia de que lo que veía y oía era la realidad de una pasión verdadera. Mis últimas zozobras se disiparon cuando le vi alzar la frente y me mostró su rostro bañado en lágrimas, en verdaderas lágrimas de ternura y dolor. ¡Oh, estaba preciosa! Entre ahogados sollozos, exclamó:

—Señor don Juan, ¡por amor de Dios!, no me diga usted eso, no me lo diga usted. Es una falta de caridad jugar así con el corazón de esta desgraciada.

Sus dulces lágrimas humedecieron mi mano. ¡Qué lástima que aquel rocío celeste no fuera para mí! Me avergoncé de haber dudado un solo instante.

—¿No me cree usted?—dije—. Pues muy fácilmente puede convencerse de mi veracidad. Yo le proporcionaré ocasión de que oiga usted misma de los labios...

—¡Oh!, eso no puede ser...—replicó con dignidad.

—No propongo nada contrario al honor—añadí—. Su majestad creo que daría la mitad de su corona por poder manifestarle a usted los sentimientos que le ha inspirado. Yo tengo el honor de ser amigo de su majestad, y me ha confiado este deseo de su corazón. ¿A qué conduce el negarle tan dulce y legítimo consuelo, cuando él, por la misma sublimidad de su amor, no aspira a nada que arroje sombra de mancha sobre la adorada persona de usted?

—¡Oh, qué disparate!—dijo con miedo—. No, esto no puede pasar de aquí. Ni mi humilde condición con respecto a la suya me permite acercarme a él con legítimo fin, ni mi honra me lo consiente de otro modo. Es éste un problema que no puede resolverse. No lo resolverá su majestad con todo su poder, ni me deslumbrará el esplendor de su corona hasta cegarme los ojos con que miro mi deber, la reputación de mi nombre y mi casa. ¡Jamás! Oiga usted bien lo que digo. Jamás consentiré en ver ni hablar a esa alta persona. Si he confesado lo que usted acaba de oír, lo he hecho porque mi corazón necesitaba esta noble, esta leal expansión con un cariñoso amigo que no puede venderme.

—Pero él...

—Ni una sola palabra más sobre es-

te asunto. ¡Qué necia he sido! ¿Por qué no se me abrasó la lengua? Antes moriré cien veces que consentir en ser recibida por su amigo de usted, o en aceptar su visita. ¡Miserable de mí! Me daría yo misma con mis propias manos la muerte si me viese cogida en una inicua celada por los cortesanos y aduladores de su majestad.

—¿Usted ha podido creer que yo...?
—dije, muy confundido.

—¿Por qué lo he de negar? Creo que, a pesar de su honradez, el deseo de servir a su señor le impulsa a abusar de mi confianza, de mi debilidad, de esta franqueza, quizá culpable, con que le he hablado... ¡Oh Dios mío, cuán desgraciada soy, cuán desgraciada!

—Señora, yo juro que nada he pensado contrario al honor de usted y de su hidalga familia. Pero no negaré que he creído posible y hasta conveniente, para la tranquilidad del mejor de los hombres y del más virtuoso de los reyes, el preparar una entrevista amistosa...

—¡Por Dios, por todos los santos! —exclamó con acento dolorido— Usted ha tramado perderme; usted no es ni puede ser un hombre leal. Pipaón, se acabó; ni una palabra más; retírese usted. ¡Al momento, al momento!

—Calma, calma. Lo decidiremos despacio y sin reñir ni llamarme desleal.

—¿Qué quiere usted decir con entrevistas amistosas?

—Una conferencia, de amigos, una explicación.

Quedóse meditabunda largo rato, y yo, pendiente de su contestación, con el alma en los oídos.

—Bien, lo pensaré. Déme usted esta noche para pensarlo.

—Y mañana, ¿recibiré la contestación?

—Sí, mañana, en este mismo sitio y a la misma hora.

Cuando esto decía, senti un rumor extraño en lo interior de la casa.

—Mi hermano viene—dijo con zozobra—. Retírese usted al momento, al momento, y apriete el paso. ¡Oh! Ha sido una suerte que Gasparito esté malo y no pueda salir de noche.

—Dios le conserve el mal... Conque hasta mañana, ¿eh? Adiós, niña mía.

Cerró la reja, y me retiré a mi casa. Yo también necesitaba meditar.

XXV

Al día siguiente oí a doña María quejarse de la profunda distracción de Presentacioncita, de sus nerviosidades y palideces, del trastorno muy visible que en sus maneras y lenguaje se había verificado, lo que acabó de confirmar mi creencia respecto a la veracidad de la niña en las confianzas que me hiciera. Llegada la noche, acudí a la segunda cita, y parecióme que se habían agravado en la hermosa muchacha los síntomas de exaltada y febril pasión.

—¡Cuánto ha tardado usted, don Juan!—me dijo, reconviniéndome.

—He venido a la hora marcada, incomparable niña—repuse—. Si usted se ha anticipado, no me acuse de tardío. ¿Y qué tal? ¿Se ha meditado mucho? ¿Cómo está esa preciosa cabeza? ¿Se ha serenado, se ha aclarado ese entendimiento?

—He pensado mucho en ello, señor don Juan—me dijo con abatimiento—, y mi mal no tiene remedio.

—¡Que no tiene remedio! Eso lo veremos más adelante. Pero, por de pronto, dígame usted su parecer acerca de la entrevista amistosa.

Contestóme con hondo suspiro.

—La entrevista amistosa servirá tan sólo para aumentar mi desgracia. Déjeme usted, Pipaón, déjeme usted. Ni su amistad me sirve de nada, ni quizá la merezco tampoco... Me moriré sola.

—Seamos razonables, adorada niña—dije, alargando una mano por entre los hierros de la reja—. Aquella persona a quien he dado esperanza de obtener algunos castos favores está loca de alegría. Hoy no ha habido despacho, y España y sus Indias andarán desgobernadas mientras aquel desatentado corazón no se tranquilice.

—¿Y si yo consintiera en la entrevista?—preguntó con afán.

—Entonces pronto se conocería en el risueño aspecto del reino, y en la marcha rapidísima de los asuntos, que el Trono había recobrado su asiento.

—Pues qué—preguntó con incertidumbre—, ¿el Trono es capaz de desquiciarse por mí?

—Presentacioncita, es máxima de la antigüedad que los reyes contrariados

en sus amores no gobiernan bien a los pueblos.

—¡Ay Pipaón!, cada vez me inspira usted menos confianza—dijo ella—. Sé me figura que, mientras yo manifesté mis sentimientos más escondidos con tanta sinceridad y tanta nobleza, usted, fingiendo interés por mí, trata de engañarme, de perdeme alevosamente, por servir a un caprichoso amigo.

—¡Yo falso, yo alevoso, yo traidor!—exclamé con mucho brío—. ¡Aplicar tales nombres a quien es la lealtad en persona..., a quien daría gustoso su vida por el prójimo, por usted, Presentacioncita de mi alma! Por Dios, no me estime usted en menos de lo que valgo.

—No, usted no es sincero; usted oculta sus pensamientos—dijo en tonillo quejumbroso—. Lo que ha hecho usted con las señoras de Porreño, mis queridas amigas, prueba su mucho arte para el disimulo.

—Pues ¿qué he hecho yo con esas dignas señoras?—interrogué, maldiciendo interiormente aquel pícaro sesgo que había tomado nuestro coloquio.

—¡Y lo pregunta!... Usted las entretuvo con promesas, mientras consumaba su ruina; usted compró los créditos de don Alonso de Grijalva con la libertad de Gasparito, y después...

—Basta, basta—exclamé con indignación—. Esos hechos no pueden juzgarse en dos palabras. Si yo diera a usted explicaciones, ¿cuán distinta sería su opinión acerca de esas supuestas maldades!

—No, si no digo yo que sean maldades. El hombre debe mirar por sí antes que por los demás. Nada malo hay en procurar uno su propio bien, aunque sea a costa ajena. Lo que digo es que usted sabe fingir muy bien; lo que digo es que usted me está engañando.

—¡Oh Santa Virgen de los Dolores, Señora y Patrona mía! ¿Cómo convenceré a esta pícara de mi sinceridad, de mi buena fe?—dijo con vehemencia—. Yo juro que nada he pensado que pueda ser contrario a la perfecta felicidad de usted, a su virtud esclarecida, al interés de su noble familia.

Y era verdad lo que pensaba. ¿Qué hacía yo sino proporcionar a la abatida familia de Rumblar fabulosos adelantamientos y repentina prosperidad?

Interesado vivamente por el bien del reino en general y de cada español en particular, yo me constituía en protector de una familia hartó necesitada de una buena mano que la ayudase a salir del atolladero de sus deudas y del pantano de sus inacabables pleitos.

—Y si no cree usted mis palabras—le dije resueltamente—, a los hechos me atengo. Ya he ofrecido a usted el medio de cerciorarse por sí misma, y no digo más.

—Acepto—dijo con viva energía, golpeando con el puño el antepecho de la ventanilla—. Acepto la entrevista amistosa. ¡Que Dios tenga piedad de mí!

—¡Oh mujer feliz entre todas las mujeres felices de la tierra! En vuestra grandeza, señora mía, no olvidés de hacer algo por este humilde servidor de vuestra majestad.

Al decir esto, me descubrí respetuosamente ante ella. Presentacioncita rompió a reír con vanidosa expresión.

—¡Yo majestad!—exclamó—. Vamos, que pierdo el tino, ¡que lo pierdo sin remedio!

—Otras cosas hay más imposibles.

—No desvariemos, Pipaón. Sería locura pensar que he de salir de mi estado y condicion actual. ¡Jesús!

—Monaguillo te vean mis ojos, que obispo...

—No, no hay que pensar en tales imposibilidades... posibles, pero que yo rechazo desde ahora. Lo que digo es que, si por acaso me levantase yo dos dedos más arriba de donde estoy ahora, emplearía mi valimiento en hacer todo el bien posible.

—¡Admirable corazón!...—exclamé con fingido entusiasmo—. Permitidme, señora, que salude en vos al iris de paz de la hispana Monarquía. ¡Oh señora! ¡Oh excelsa joven! ¡Cuánto siento no estar en sitio donde pueda prosternarme!...

—¡Se va usted a poner de rodillas!—dijo, riendo—. No tanto, señor don Juan. Sólo decía que en caso de tener algún poder...

—¡Algún poder!... Inmenso poderío tendrá usted... ¡Oh señora, no se olvide usted de los desgraciados, de los menesterosos, de los pobrecitos, ¡ay!, de los pobrecitos huérfanos sobre todo!

—Sobre todo, de los infelices que gi-

men en las cárceles y en los presidios por opiniones políticas.

—También, también: ¿por qué no? Apiádesse usted de todo bicho viviente.

—Nada me constriesta tanto—añadió con gravedad—como oír hablar de esas crueles comisiones militares, de esas persecuciones horrendas. ¡Oh! ¡Qué dulce será conseguir el perdón de los desgraciados para quienes se ha levantado la horca! ¡Qué inefable dicha correr en busca de la afligida madre, de la esposa, de la inocente hija, para decirles: «Por intercesión mía tenéis padre, tenéis marido, tenéis hijo»! ¡Abrir las puertas de la patria a los proscritos, arrancar la vil soga de manos del verdugo, aplacar la ira de los furibundos jueces, derramar el bálsamo de la caridad en el irritado y endurecido corazón del mejor de los reyes!... ¡Oh, qué hermoso papel! ¡Dios mío, máteme, o déjame hacer ese papel!

A esta exaltación sublime siguió en la sensible muchacha un abatimiento profundo. Yo la contemplaba, diciendo para mí:

«Tan atroz es su pasión, que poco le falta para estar rematadamente loca.»

—¡Qué sueños!—murmuró en tono patético, pasando la mano por su abrasada frente—. ¡Qué disparates he dicho, Pipaón!... Pero mi desvarío es disculpable, ¿no es verdad? ¿Quién no pierde la vista hallándose tan cerca del sol? ¿Quién, al sentir en su rostro el calor que irradia aquel centro de luz y de poder, de grandeza y munificencia, no se trastorna y marea?... Yo no sé lo que pienso, yo estoy absorta. Me parece que estoy amando a una sombra regia, a una figura magnífica y arrebatadora que para seducirme ha brotado de las estampas de un libro de historia. ¡Son tan altos los reyes! Feliz el gusano miserable que cae bajo su augusto pie. Honran hasta aquello que aplástan... Mi destino está ya decidido. No puedo contenerme—añadió con brío—. Adelante; Dios estará conmigo, puesto que está con él, como decía *La Atalaya*. ¿No es el hijo predilecto de Dios? ¿No le ha puesto Dios en el trono? ¿No emanan sus acciones todas de inspiración divina? ¿No están de antemano aprobados todos sus actos por el Eterno Padre? Adelante. Cúmplase mi destino y la voluntad de Dios.

No era ocasión de perder el tiempo en vanas retóricas. Deseando concluir, le dije:

—Su majestad va casi todas las tardes a la Casa de Campo.

—¿Al otro lado del Manzanares?... No he estado nunca allí—repuso en tono pueril—. Dicen que es muy bonito. Hay jardines preciosos y un lago... todo de agua.

—Todo de agua, exactamente. Es un lugar delicioso. Iremos allá los dos.

—Bueno. Pasearemos primero por entre los árboles.

—Y nos embarcaremos en los botes del lago.

—¡Oh! ¡En los botes del lago! ¡Qué delicia! Pero, ¡ay!—exclamó con pena—, ocurre una dificultad grande.

—¿Cuál?

—Gasparito...

—Al diantre con Gasparito.

—No es ésta la principal dificultad. Por la mañana le encargaré una comisión cualquiera, y cuando venga a darme la respuesta, ya habré salido yo.

—¡Admirable idea!

—Pero mamá no me dejará salir sola de casa. Forzosamente me ha de acompañar mi hermano.

—¡El señor don Diego!—exclamé meditabundo, considerando que el heredero de aquella noble casa no pecaba de sabio.

—No puede ser de otra manera. Mi hermano ha de ir conmigo; pero bien sabe usted que, aunque se ha corregido mucho, es bastante aturdido.

—Me ocurre una idea—repuse, encontrando solución a aquella contrariedad—. No importa que el señor don Diego nos acompañe hasta la posesión regia. Entraremos los tres; nos pasearemos por espacio de una hora u hora y media; luego se le hace salir con cualquier pretexto...

—Y volverá a entrar.

—No; de que no vuelva a entrar me encargo yo.

—¡Cómo resuelve usted todas las dificultades!... Por mi parte, yo procuraré catequizar desde esta noche a mi señor hermano, que ahora está muy fino y complaciente conmigo. Le diré que usted nos ha convidado para pasear por la Casa de Campo sin que lo sepa mamá; que usted conoce al administrador, el cual nos permitirá diver-

tirnos mucho, correr por todos lados, hacer lo que queramos, como si la posesión fuera nuestra.

—Y cazar y pescar. Prométale usted lo que quiera. Haremos locuras para que nadie sospeche. Cuando llegue la ocasión en que su presencia nos estorbe, usted dirá que se le ha olvidado cualquier cosa, que desea una fruslería..., por ejemplo...

—Caramelos.

—No hay tal cosa por aquellos alrededores; pero se pueden pedir...

—Anises.

—En los puestos del río los hay. Usted manda a su hermano que le traiga anises, ¿eh? El sale...

—Y no vuelve a entrar... Es usted el mismo demonio. En fin, estoy decidida. Que no me abandone Dios es lo que deseo.

Después, estremeciéndose de súbito, lanzó un suspiro, y con voz conmovida, me dijo:

—¡Qué paso tan arriesgado voy a dar y qué falta tan enorme voy a cometer!... Aunque ningún pensamiento impuro me arrastra, yo sé que esto es una falta, una culpa que Dios no me perdonará... ¡No, Pipaón, no me la perdonará Dios!

—¡Oh!, siempre fué escrupulosa la inocencia—exclamé con zalamería—. ¡Angelical criatura! Si a mí me fuera concedida una mínima parte de la celestial gracia de usted... ¡Pecado, culpabilidad, impureza! ¿A qué pronunciar estas palabras quien por su condición seráfica está libre del contacto del mal?... Echeme usted la bendición y me creeré bueno.

Lejos de calmarse con mis afectadas razones, afligióse más. Vi que rodaban por sus mejillas abundantes lágrimas y que, cruzando las manos, alzaba al Cielo los ojos.

—¡Dios mío, perdóname!... ¡Madre mía, familia mía, abuelos y ascendientes míos, perdonadme!—murmuró sordamente.

Satisfecho ya también de la madurez de su pasión, le dije mil cosillas consoladoras, estrechando sus manos entre las mías. Ella inclinó la frente, y sentí el vivo calor de ella, así como la humedad de su llanto en mi mano.

—Pipaón—dijo con ansiedad—, júreme usted que no dirá esto a nadie, que

todo quedará en profundo misterio; júreme usted que no me despreciará si, por acaso... Júreme usted que sus propósitos son buenos, sus intenciones leales...

Yo juré cuanto ella quiso que jurase.

—Es tarde—dijo, al fin—. Retirémonos. Júreme usted que no faltará mañana a la cita.

—¿Lo duda usted? A las dos, ¿no es eso?

—A las dos. ¡Ay, qué doloroso, qué horrible es desear y temer al mismo tiempo!

—Esperaré en la Cuesta de la Vega con un coche simón; téngalo usted presente; con un coche simón.

—Iré con mi hermano.

—Sólo con su hermano.

—No hay que hablar más. Adiós, hasta mañana.

XXVI

En la mañana del día siguiente no dejé de visitar a don S*** S***, uno de los funcionarios más respetables, más insignes de aquella Monarquía. Desempeñaba el cargo difícilísimo de administrador de la Casa de Campo tan a gusto de su majestad, que no le cambiara éste por uno de sus mejores ministros. No le nombraré más que por sus iniciales, con cuya delicada reserva evitaré que salgan ahora a reclamar la gloria de su descendencia algunos de esos holgazanes que, faltos de virtudes propias, se gallardean y ufanan con las de sus mayores. Don S*** S*** no había salido de ninguna Universidad, sino de las cocinas de Palacio, en cuyas humildes aulas consiguió prestar al entonces príncipe de Asturias repetidos servicios, denunciándole supuestos envenenamientos en algunos platos. Por estos escalones llegó don S*** S*** a subir tan alto, que después de 1814 era hombre que no se cambiaría por Pedro Collado ni por el duque de Alagón.

Desempeñaba sus funciones este sujeto con solicitud admirable. Se le veía en todos los sitios públicos, y con frecuencia, en el interior de los teatros, donde nunca faltaba alguna cómica o bailarina a quien tuviese que dar un recadillo. Había que verle en la Casa de Campo a ciertas horas y en ciertos días, dando pruebas de tan consumada

prudencia, discreción y talento, que no se podía pedir más. Yo me honraba con su amistad, y cuando le anuncié mi visita a la real posesión, acompañado de una madamita, alegróse en extremo, y se extendió en largas disertaciones acerca de las dificultades de su cargo, prometiéndome, al fin, que nos recibiría espléndidamente. Eso sí, a obsequioso y amable le ganaban pocos.

A las dos de la tarde estaba ya en la Cuesta de la Vega, muy acicalado y vestido con las finísimas ropas que por aquellos días me había hecho, y a poco se me apareció Presentacioncita. ¡Válgame Dios, qué linda estaba! A sus encantos naturales, duplicados por la dulce emoción que tenía de suave rosicler su rostro, unía el más elegante y gracioso atavío que la fecunda inventiva de una mujer enamorada puede idear. ¡Cómo lucían aquellos incendiarios ojos, que a cada movimiento de sus pupilas dejaban entrever llamaradas del Cielo! ¡Qué sonrisa tan deliciosa la de sus rojos labios! ¡Qué gracia en el abanico! ¡Qué caídas las de la mantilla! ¡Qué deslumbradora claridad, que irradiación de hermosura desde la peineta hasta las puntas de los diminutos pies! Yo estaba trastornado de admiración.

Acompañábala don Diego, no tan risueño y aturdido como de costumbre, sino, por el contrario, con ciertas pretensiones de gravedad que no me hicieron gracia. ¿Sospecharía?... Yo le hablé del a jira campestre que íbamos a emprender, de lo mucho que nos divertiríamos en la regia posesión, y añadí que lo mejor hubiera sido decir claramente a la señora condesa el empleo higiénico que íbamos a dar al día.

—Entonces no nos hubiera dejado venir—repuso, entrando en el simón—. Más vale así.

—Aprisa, aprisa—dijo Presentación, con impaciencia—. Ese cochero, que eche a andar y que no pare hasta la Casa de Campo. Temo que Gasparito descubra adónde vamos. Desde esta mañana anda rondando la casa.

El coche partió. Don Diego recobraba, poco a poco, su habitual volubilidad, y me hacía mil preguntas diversas relativas a la pesca del lago, a la caza de

Cantarranas, a las embarcaciones de los infantes y otras menudencias. Doña Presentacioncita no hablaba nada. Yo no cesaba de contemplarla. ¡Qué expresión tan bonita en su rostro y en sus ojos, no menos picarescos que apasionados! Sin duda, había en toda ella la dulce tristeza indefinible del justo que se dispone a ser pecador.

En medio de la confianza que me inspiraba la niña, tenía yo cierta sospecha vaga, que, aun después de verme en el camino del triunfo, se removía vagamente en el fondo de mi espíritu. A cada instante creía que la encantadora muchacha iba a escaparse de mis manos, dejándome burlado... Pero cuando entramos en los jardines, disipáronse mis últimas inquietudes.

«Aquí dentro—dije para mí, inundado de secreto gozo—no te me escaparás. ¡Victoria completa! Ahora, ángel celeste, aunque te arrepintieras, no tendrías salvación.»

Sentíame yo como el general que acaba de ganar una batalla.

Abandonando el coche, avanzamos por las hermosas alamedas de aquel ameno sitio. Don Diego, despabilándose con la hermosura de lo que veía, charlaba por tres. No había acabado de entrar, y ya quería cazar todas las aves, pescar todos los peces y modificar a su antojo la posesión. Tal alameda no debía estar como la plantaron sus fundadores, sino de otra manera; tales árboles debían ser arrancados y sustituidos por otros; en determinado sitio debía construirse un edificio, un pabellón... En fin, para aquel impetuoso joven, nada debía ser como era.

Presentacioncita se extasiaba en la contemplación del hermoso lago, que es principal adorno y riqueza de la hermosa finca. Después de observar largo rato el risueño espectáculo que ofrece la enorme masa de agua rodeada de amena verdura y corpulentos árboles, me dijo:

—Paseemos un poquito por el charco.

—Voy un instante a ver al administrador—le dije, en voz baja, mientras don Diego se dirigía a los botes—. Pronto vuelvo; no se olvide usted de los anises.

—¿Nos dejarán embarcar, Pipaón?—me preguntó el conde.

—Voy a pedir licencia.

En cuatro palabras me puse de acuer-

do con el respetable don S*** S*** acerca de los medios de plantar en la calle el estorbo que por necesidad habíamos traído. El conde saldría; pero antes que a entrar volviera, se convertirían en anises todas las piedras del río cercano.

Un momento después era desamarrado uno de los botes. Ocupóle don Diego, empuñando resueltamente los remos, y después de describir varias curvas, se acercó mansamente a la orilla.

—Entren ustedes... Presentación, adentro. Señor don Juan, salte usted.

Saltamos adentro, y tomamos asiento en los bancos del bote. Era la primera vez en mi vida que yo me embarcaba.

—¿Saben ustedes—dije a los dos jóvenes, cuando habíamos avanzado como cinco varas por el agua—que este suave movimiento no me agrada? Se me va la cabeza.

—¡Se le va la cabeza!—dijo Presentación—. ¡Qué será de la Monarquía, si se le va una de sus principales cabezas!...

La miré por ver si reía; pero estaba seria.

—¡Una de sus principales cabezas!—repitió don Diego, remando cada vez con más fuerza—. Ahora me acuerdo de que no he dado a usted las gracias..., ¡qué distraído soy!..., por la bandolera que me ha conseguido.

—Eso no vale nada, amiguito. Usted se merece más—dije, con mucha inquietud—. Hágame el favor de poner la proa a tierra... Por mi amigo el infante don Antonio, juro que el navegar es cosa imponente.

—Pero ¿se marea usted aquí?... ¡hombre de Dios! ¿Y'no se avergüenza usted?

—¡Un hombre de Estado, una eminencia—dijo Presentación—, una lumbrera de España y del siglo, perder su aplomo tan fácilmente!

—No me mareo; pero, la verdad, esto no me gusta... A la otra orilla, que es tarde y tenemos que ver la pajarrera.

—Otro poquito más—dijo la niña—. Me encanta este suave movimiento. ¡Qué hermosa es el agua!... Mire usted, mire usted los pescaditos. Pues ¿y esas hierbas verdes y negras que se ven debajo?... Aquí tienen ellos sus nidos, sus casas, sus alcobas, sus camas, sus despensas... Mire usted cómo van en

bandadas por el agua, cómo se juntan y se separan. Parece que se dicen un secreto, que se hacen preguntas, que disputan y se reconcilian después. Y ¡como se ve el cielo en el fondo! Parece otro cielo, ¿no es verdad, Pipaón? ¡Qué bien se ven de aquí los árboles de la orilla; se ven dos veces, unos vueltos hacia arriba y otros hacia abajo! ¡Oh!, por allí vienen los cisnes. De lejos parecen una escuadra navegando a toda vela. ¡Ay Pipaón, qué hermoso es esto!... A ver si sé yo remar.

—¡Tonta! ¡Tú no tienes fuerza!—dijo don Diego, defendiendo los remos.

—Señor conde, dirijase usted a la otra orilla—dije yo, empuñando el timón, con no menos brío que un Sebastián Elcano—. La verdad es que estas cáscaras de nuez no me inspiran gran confianza. Puede romperse una tabla con la mayor facilidad, y aquí se ahoga uno sin remedio.

—Yo no, porque nado como un pez—dijo don Diego.

—A tierra, a tierra.

—¿Que se ahoga uno? ¡Dios mío!—exclamó, con espanto, la madamita—. Si uno se cae aquí, ¿se ahoga?

—Sin remedio.

Por más que ordenábamos al remero que nos llevara a tierra, se empeñaba el tunante en dar vueltas y más vueltas alrededor del largo. Corría velozmente la frágil embarcación, y la niña de la condesa parecía muy complacida de aquel extraño modo de pasear, porque aspiraba con delicia el aire que en nuestra carrera nos azotaba el rostro, y con sus manecitas agitaba el agua, salpicándolas, cual si también remase.

—Basta, basta ya. ¡A tierra!

—Está usted pálido, Pipaón—me dijo la niña, acercándose a mí con mucho interés.

—Pálido, no—repliqué—; pero nos hemos paseado ya bastante por los mares.

—¿Quiere usted un caramelo?—añadió, registrándose los bolsillos—. ¡Qué diablura! Se me han olvidado.

—Habrá usted traído anises.

—Tampoco—añadió, con mucho desconsuelo—. Mira, Diego: en cuanto volvamos a la orilla, saldrás a comprar-me unos anises. Verdaderamente, no me puedo pasar sin anises.

—En los puestos del río los hay—indicó yo.

Daba el bote una vuelta, cuando vi que un guarda, con descompuestos ademanes de ira, nos hacía señas para que fuésemos a la orilla. Era un ardid convenido con don S*** S*** para poner término a la excursión naval si se prolongaba demasiado.

—¿Ven ustedes? El guarda nos hace señas de que salgamos del bote—grité, fingiendo el mayor enfado—. ¡Qué desacato hemos cometido! Nos van a echar de la posesión.

—Vamos, vamos—dijo la niña—. Aquel buen hombre está muy enojado.

Pero el conde seguía remando, y la nave, su suave curso alrededor del charco. Disponíame yo a arrancar los remos de las manos del joven, cuando divisé en la orilla de enfrente muchedumbre de hombres y caballos.

Presentación palideció.

—¡Buena la hemos hecho!—exclamé, reconociendo los coches de la Casa Real—. Ahí está su majestad... Cuando menos, nos mandan a la cárcel.

—¡Jesús, qué miedo!—dijo la niña—. ¿Dónde nos esconderemos? Diego, tú tienes la culpa. Vamos a tierra pronto, hijito, o échanos a pique para que ocultemos nuestra vergüenza.

El muchacho reía con un desparpajo que me arrebató de cólera.

El guarda seguía haciendo señas. Tras el coche del rey entraron otros, y bien pronto vimos paseando por la orilla a su majestad en persona, acompañado del duque y seguido de distintos individuos de su alta servidumbre. Poco después aparecieron algunas damas. Don Dieguito remaba suavemente hacia tierra.

De pronto observamos que el rey y todos los que le acompañaban se detenían a mirarnos. Estábamos sirviendo de espectáculo a la Corte.

—¡Qué vergüenza!—dijo Presentacioncita—. ¡Cómo nos miran!... Su majestad se ha fijado en usted, Pipaón. Parece que se sonríe.

En efecto, sonreía mirando el bote.

—Salude usted a su majestad, Pipaón; salude usted, hombre—gritó con afán la niña—. ¡Por Dios, no sea usted grosero!... ¡Qué poste!... Pero, hombre, levántese usted.

Púseme en pie, sombrero en mano... y en el mismo instante, ¡Dios Todopo-

deroso y Misericordioso!, sentí unas pequeñas, pero enérgicas manos que empujaron mi espalda..., recibí un impulso terrible, del cual no pude defenderme, por estar desprevenido, y caí como una piedra al agua... ¡Horror incomparable!

Cuando mi cuerpo chocó en la superficie del agua y ésta salpicó con estruendo y chasquido horribles y sumergíme repentinamente, sentí un rumor espantoso de carcajadas, y sobre mí la voz de Presentacioncita, que con el ardor de la venganza gritaba:

—¡Por tunante! ¡Por cobarde! ¡Por pillo! ¡Por traidor! ¡Por al...!

La última palabra no la copio, por respeto a mí mismo.

Yo nadaba como una peña. Fui derecho al fondo. Agua por todas partes: agua en mis ojos, en mi boca, dentro de mi cuerpo, agua en mi aliento, que ya no era aliento, sino el angustioso hálito de la asfixia. Tragaba la muerte, me moría por dentro y por fuera..., ¡me ahogaba!

¡Ay!, cuando me sacaron, no sin trabajo, los guardas, ayudándose de ganchos, mi persona inspiraba horror según me han dicho. Yo era una masa de fango pestilente. Los cortesanos huyeron de mí con asco, mientras los guardas me envolvían en mantas, prodigándome los tratamientos necesarios para volverme a la vida. Dentro de mi estómago tenía todo el estanque, todo el océano... y hasta el bote.

Cuando adquirí la certeza de que aún vivía para bien de la Humanidad y amparo de los desvalidos, era ya de noche. Todo era silencio. Yacía en una desnuda sala, y a mi lado no vi ni rey ni cortesanos. Los guardas me miraban, y, recordando el chasco, se reían.

Entonces, trayendo a la torpe memoria accidentes y pormenores, empecé a caer en la cuenta de que Presentacioncita se había burlado de mí. ¡Qué obra maestra de estudiada farsa, de disimulo, de pérfido engaño! ¡Maldita sea mil veces! Recordando su comedia, su bien fingido enamoramiento, sus coloquios conmigo, la habilidad suprema con que me fué conduciendo, poco a poco, a la catástrofe, de acuerdo con su hermanito, con su novio y sus criados, me

parecía mentira que todo fuese una burla. Después he sabido que mi conducta con las señoras de Porreño y el señor de Grijalva le inspiraron aquel plan de venganza, que llevó adelante con su incontrastable voluntad y su agudísimo entendimiento. Me aborrecía apasionadamente; me odiaba con exaltación; soñaba con la venganza, y ningún ideal amoroso, ninguna fantasía de mujer hubiera enloquecido su mente como aquella ansia de burlarme de un modo cruel, inaudito, no contentándose con el martirio de la ridiculez, sino aspirando a daños mayores, a la muerte quizá... Confesó la pícara que nada se le importaba que me ahogase, pues un ser tan vil y despreciable como Pipaón (así mismo lo afirmó) debía morir donde vivía, es decir, en el lodo.

¡*Hórrida, bella!* Desde entonces Presentación me causó espanto. No me parecía yo a Marat; pero ella tenía no poco de Carlota Corday.

—Pero, después de tal infamia, ¿les dejaron marchar tranquilos?—pregunté a don S*** S***, que se me acercó para informarse de mi estado.

—La muchacha reía—me dijo—; el joven remaba con fuerza para llegar a la otra orilla; pero por mucha prisa que se dió, ya los aguardaban allá los guardas, dispuestos a hacer presa en ellos. Fueron, pues, cogidos ambos hermanos, porque son hermanos, ¿no es verdad? La muchacha estaba serena, tan serena, que parecía un ángel, y cuando le afeamos su conducta, respondió que usted, por trapisondista y farfante... (no sé cuántas insolencias salieron de aquella linda boca), bien merecía el remojón delante de la Corte, y aun la muerte.

—¿Y el rey no dispuso...?

—Su majestad, cuando vió que mi señor don Juan salía lleno de fango, dijo, sonriendo: «¿Está vivo ese tunante?»

—¿*Ese tunante?*

—Así mismo. Luego añadió: «Hierba ruin nunca muere», y fué hacia donde estaban los dos criminales detenidos por los guardas.

—Sin duda iba a disponer un castigo tremendo...

—Fernando Séptimo reía de tan buena gana, que daba gusto verle. Todos nos reíamos. De repente, algunos señores de la Corte que acababan de entrar en la posesión se encontraron con su majestad en la senda que da vuelta al lago. Detuviéronse todos; aquellos señores traían una grave noticia, venida hoy por el correo de Francia; una noticia estupenda, horrible, que dejó absorto y frío y pálido a nuestro rey y mudos de espanto a todos los que le rodeamos.

—¿Y esos dos muñecos?...

—Su majestad permaneció un rato mudo y quiéto, como si se convirtiera en estatua. Después dijo: «Vamos al instante a Palacio»; y pusiéronse todos en marcha.

—¿Y esos dos muñecos?...

—Yo interrogué al monarca para saber lo que hacíamos con ellos, y entonces volvió a reír...

—¡A reír!

—Y con mucha complacencia nos dijo: «Que se los deje en libertad y no se los moleste por su travesura.»

—¡Travesura!... ¡Se escaparon!... ¡La impunidad!... ¿Y qué noticia es ésa...?

—Que Napoleón ha vuelto de la isla de Elba.

Octubre de 1865.

LA SEGUNDA CASACA

I

Qué infames eran los liberales de mi tiempo! En vez de conformarse a vivir pacífica y dulcemente, gobernados por el paternal absolutismo que habíamos establecido, no cesaban en sus maquinaciones y viles proyectos para derrocar las sabias leyes con que diariamente se atendía al sosiego del reino y a hundir a todos los hombres eminentes que describí en la primera parte de mis *Memorias*.

¡Miserables, bullangueros! ¿Qué volcán os escupió de su pecho sulfúreo, qué infierno os vomitó, qué hidra venenosa os llevó en sus entrañas? No os contentabais con aullar en los presidios, clamando contra nosotros y contra la augusta majestad soberana del mejor de los reyes, sino que también, ¡oh vileza!, agitasteis con nefandas conspiraciones la Península toda, amenazándonos con un nuevo triunfo de la aborrecida revolución. Después de insultar a todos los que componíamos aquel admirable conjunto y oligarquía poderosa, para manosear en lo pequeño y lo grande, con el reino en un puño y el Trono en otro, os atrevisteis a conjuraros con descontentos militares y paisanos inquietos para cambiar el Gobierno. ¡Trece veces, trece veces alzó su horrible cabeza y clavó en nosotros sus sanguinolentos ojos el monstruo de la revolución! Trece veces temblaron nuestras pobres carnes, cubriéndose del sudor de la congoja y susto que tales tentativas de desorden nos producían. Así es que, en medio de la privanza y regalo en que vivíamos, se nos podía ahorcar con un cabello, y al despertar cada mañana nos preguntábamos si había llegado ya la hora de bajar del machito.

¡Trece veces, trece conspiraciones! Al

ver tal insistencia y la endemoniada tenacidad de aquella gente, que al pie de los cadalsos donde expiraba una conjuración comenzaba a tender los hilos de otra, cualquiera hubiera creído que el despotismo era la peor cosa del mundo y que el afligido reino no se consideraba con vida hasta no sacudírselo de encima. ¡Embrollones, farsantes, que así desdoraban una institución tan buena!

No quiero seguir adelante sin contar las abortadas conspiraciones que yo recuerdo:

1.^a Conspiración para asesinar a Elío y a La Bisbal (1814).—Fué una intriga misteriosa, que unos atribuyeron a los masones y otros a la Corte.

2.^a Conspiración de Cádiz (1814).—Tenía por objeto proclamar la Constitución del 12 y restablecer en el Trono a Carlos IV, que en sus buenos tiempos había dado pruebas de muy entendido en aquello de *reinar y no gobernar*.

3.^a Sublevación de Mina en Navarra (1814).—Abortó a los pocos días.

4.^a Conspiración del *café de Levante*, en Madrid (1815).—Andaban en esto varios afrancesados. Dejéronse coger tontamente, y casi todos fueron condenados a presidio.

5.^a Conspiración de Porlier en La Coruña (1815).—Esto ya fué un poco más formal. Frustróse el plan, y ahorcaron al *Marquesito*.

6.^a Conspiración de Richard en Madrid (1815).—Fué misteriosa, grave, atrevida, y la condujeron con destreza sus autores, que eran lo más perdido de todo el reino: un comisario de Guerra y un sargento de Marina, un soldado y un fraile, diversa gente animada de brutales deseos. Los angelitos querían asesinar al mejor de todos los reyes durante su paseo a las Ventas del Espíritu Santo o en casa de Juana la Naranjera. La cabeza de Richard estuvo mucho tiem-

po clavada en un palo en la carretera de Aragón. Funcionó la horca, y algunos sufrieron un tormento muy simpático y persuasivo, que se llamaba *los grillos a salto de trucha*.

7.^a Conspiración del conde de Montijo en Granada (1816).—*El tío Pedro* del 19 de marzo en Aranjuez había sido después afrancesado en Bayona, agitador en Cádiz más tarde, y luego absolutista acérrimo en la Junta de Daroca. Hallándose de capitán general en Granada, dicen que preparó, ayudado del *Grande Oriente*, las sublevaciones militares que estallaron más tarde.

8.^a Gran conspiración de Lacy en Cataluña (1817).—Compañías sublevadas, gritos, entusiasmo, soborno, audacia, traición y, por fin, mucha sangre y un bravo general arcabuceado en Mallorca.

9.^a Conspiración de Torrijos en Alicante (1817).—Proyecto de alzamiento militar en varias plazas de Levante. La Inquisición se encargó de castigar a los culpables; pero lo hizo tal mal, que desde entonces se dijo: *Inquisidores y masones, todos son unos*.

10. Conspiración de Polo en Madrid (1818).—Se dijo que Polo y sus amigos deseaban poner en el Trono al venerable Carlos IV. Envióse un emisario a Roma, y como el solitario rey no tenía qué comer, no le pareció mal en proyecto. Militares muy altos anduvieron en estos enredos; pero, descubierto todo, hubo muchas prisiones...

11. Conspiración de Vidal en Valencia (1819).—Trama espantosa contra el tirano Elío. Dios amparó a éste, y Valencia presencié una horrible tragedia. La horca y los fusiles la desenlazaron entre lágrimas y crujido de dientes. En las cárceles no cabían los presos. Para desahogarlas, fusilaban. La tierra, sedienta, pedía sangre que beber. Cruzaba los aires pavoroso hálito de odio. Oíanse pasos de gigante. Algo muy terrible se acercaba.

12. Conspiración del conde de La Bisbal en El Palmar (1819).—Durante su vida política y militar, el conde encendió siempre una vela al santo y otra al demonio. En 1814, cuando se dirigía a felicitar al rey por su vuelta, llevaba dos discursos escritos, uno en sentido liberal y otro en sentido absolutista, para espetarle aquel que mejor cuadrara a las circunstancias. En 1819, después de me-

render con los conspiradores de Cádiz y los oficiales del ejército expedicionario de América, los arrestó de súbito, haciendo una escena de farsa y bulla, que le valió la gran Cruz de Carlos III. El ejército estaba furioso. Padecía la fiebre devoradora de la insurrección. Desde Madrid oíamos su resoplido calenturiento y temblábamos. En las logias no había más que militares, infinitas hechuras de aquellos cinco años de guerra, los cuales habían de emplear en algo su bravura y sus sables. Todo indicaba tormenta. Cruzaban el negro cielo relámpagos de amenaza. Nos sentíamos en el cráter de la revolución, y nuestros pies se quemaban. A cada bufido de la subterránea lava, creíamos ver la erupción.

13. Conspiración de los provinciales en Galicia (1819).—Ordenes falsificadas pusieron sobre las armas a las milicias gallegas. ¡Qué escándalo!... ¡Hasta las milicias gallegas!... Unos echaron la culpa a los empleados de la Inspección; otros, a la Capitanía general de Galicia. Ello es que hasta los escribientes se creían autorizados para hacer revoluciones. Cada oficina era un infierno, y un ordenanza habilidoso, falsificando un sello, ponía con el alma en un hilo al Trono y al Gobierno. ¡Qué país!

La 14 se verá más adelante.

II

¡Qué hombre tan completo era el señor don Miguel de Baraona! Su gran patriotismo, su caballerosidad, su fervor religioso, su rectitud, su entereza, le hacían tan respetable, que era imposible oírle sin subordinarse con filial sumisión a su voluntad y a su pensamiento. Merecía muy bien el remoquete de *Patriarca del Zadorra*, y yo se lo daba con frecuencia, para tenerle contento y parecer amable ante él. Pues ¿y aquella energía moral que desplegaba a los setenta años, cuando no podía ni empuñar la espada ni alzar la voz sin peligro de estar tosiendo tres horas? Su cuerpo caduco participaba también de aquel vigor nervioso, más semejante a los tempranos ardores de la juventud que a las voluntariedades caprichosas de los viajeros, y siempre que se enfadaba o se le contraecía, daba con la trémula

mano tan fuertes bastonazos, que la casa se estremecía.

Otro más celoso por la causa del rey y por la Monarquía absoluta no nació de madre. En su amor inmenso, en su fervor entusiasta y en su religiosa devoción por la patria inmutable, no había sutilezas ni distingos, ni cabían transacción ni arreglo alguno. Miraba al liberalismo como una especie de horrenda herejía, más digna aún del fuego que las de Lutero y Calvino. Juntaba la religión con la política, haciendo de todas las creencias una fe sola o un solo pecado, y había amalgamado dogmas y opiniones, haciendo un Evangelio en el cual Elío no era menos que un apóstol. Comprendía que el sol se ennegreciera, pero no que sus principios pudieran variar. Según él, la sociedad estaba perfectamente arreglada tal como entonces la conocíamos, y constituida por leyes tan inmutables como las del mundo físico. Discutiendo, no cedía ni una pulgada de su terreno.

—Mis principios—decía—, estos principios que sustento, no son míos, son de Dios, y no se puede ceder ni un ápice de lo ajeno. La maldad de los hombres no puede nada contra mis principios. Me vencerá la violencia, pero no me vencerá el sofisma. La infame revolución podrá triunfar un día por expreso consentimiento de Dios; pero, aun triunfante, no dejará de ser alcázar de pecados fundados sobre la arena de la traición.

Había venido don Miguel a la corte a varios asuntos privados y del común. Era hombre que no se acobardaba ante los desaires de las oficinas ni ante la tie-sura y desdén de los personajes más envanecidos. Tuvo la dicha de encontrarme después de dar los primeros pasos en la corte, y nos entendimos perfectamente. Todo aquello que podía resolverse con facilidad fué arreglado entre los dos, sin que jamás frunciéramos el ceño por palabra ni por peseta de más o de menos. Don Miguel había traído un bolsón de cuero lleno de onzas de oro, y siempre que echábamos bendiciones, frotadas las manos con el dorado unto milagroso, se abrían de par en par las puertas de las oficinas y con ellas el corazón de los más cerrados covachuelos. Baraona había venido también a estar a la mira de un pleito de tenuta que no

tenía trazas de acabarse en medio siglo.

Acompañaba en Madrid a Baraona su nieta, una tal Jenarita, muy hermosa e interesante mujer, a quien yo había conocido en mis verdes abriles en la Puebla de Arganzón. Era rubia, callada, grave, pensativa, poco franca, de carácter velado. Su tranquilidad y calma eran como la tenue oscuridad de los días bo-chornosos. Ya se sabía que detrás de las nubes está el sol. Aquella hermosura, ¡cuán distinta era de la de mi funesta Presentacioncita, la risueña asesina que me ponía ante los ojos las frescas rosas de su cara para que no viera las alevés manos con que a la muerte me empujaba! Presentacioncita, sin ser hermosa, era lindísima. Tenía toda la gracia de Dios en sus ojos flecheros, y burlándose de uno, daba idea de las bromas que deben de gastar los ángeles en el Cielo. Jenara era hermosa como una ideal figura, antes soñada que vista; hermosa como las creaciones del arte que ha sabido escoger todas las perfecciones, desechando lo feo. No se burlaba nunca; hablaba seriamente, como habla la discreción pura, la prudencia suma, la cortesanía y la urbanidad. Su gracia (pues también la tenía) no era la desenvoltura picante y alegre de una muchacha juguetona; consistía en lo que llaman gracia los artistas clásicos, en la perfecta nobleza de los ademanes y de las palabras, en la armonía sin discrepancias, en el misterioso ritmo que se desprende de toda la persona y es don rarísimo acordado a pocos sobre la tierra. Distinguíase, además, por una expresión magnífica, tan llena de elegancia como de soberbia. Su fisonomía era pura, delicada, sin la más ligera incorrección, y su mirar, de una diafanidad celeste. Hermosa hasta no más, se envolvía en una capa de nieve, bajo la forma de un silencio sistemático, de miradas castas, de indiferencia hacia la mayor parte de los asuntos y las personas.

En 1815, como dije en la primera parte de mis *Memorias*, vinieron a Madrid el señor de Baraona y su nieta. Poco después se casó ésta con un joven guerrillero, del cual no puedo menos de ocuparme para disipar las dudas que acerca de su persona puedan haber corrido. Carlos Navarro, hijo del nunca bien ponderado don Fernando Garrote, fué gravemente herido en un duelo al

día siguiente de la batalla de Vitoria. Dejóle el fiero matador sobre el campo, del cual fué al poco rato recogido con más señales de muerte que de vida, pues la existencia se le iba a borbotones por la descomunal hendidura que su contrario le abriera en el pecho. Largo tiempo estuvo el infeliz héroe suspenso de un hilo sobre el negro abismo del morir. Los médicos de Vitoria le sentenciaban todos los días para la mañana del siguiente. Pero la enérgica naturaleza del enfermo, ayudada por cuidados asiduos, le sostuvo, hasta que, al fin, la caída existencia se fué enderezando poco a poco. El convalecer fué tan largo como la enfermedad, y un año después del suceso, Carlos Garrrote, reconocido coronel del Ejército, apenas podía tener el sable en la mano.

A principios de 1816 vino a Madrid y se casó con Jenara. Vivieron algún tiempo, acompañados de Baraona, en la calle de Cosme de Médicis. Pero en septiembre del 18, Navarro tuvo precisión de ir a Treviño a asuntos de interés, y en los días a que me refiero no había vuelto todavía, aunque se le esperaba todas las semanas. No podía haber ocurrido desavenencia en el matrimonio, porque ambos cónyuges se escribían con frecuencia. Repetidas veces oí a Carlos renegar de la corte y de los cortesanos, asegurando que Madrid era para él destierro espantoso más bien que agradable residencia.

Yo vivía en una hermosa casa de la calle de la Inquisición, esquina a la Flor Baja, cerca del edificio de la Inquisición de Corte y a poca distancia de los Premostratenses. Mis servicios a determinado prócer diéronme aquella habitación, demasiado grande para un soltero, mas tan suntuosa, que me acomodé con gusto en ella para aparentar grandeza ante el vulgo y dar en los hocicos con mi magnificencia a los pobres petates paisanos míos, que tanto me habían despreciado en mis tiempos de miseria y nulidad. No me envanecía poco con don Miguel de Baraona, infanzón y ricacho alavés, mostrándole mi vivienda; y enamoróse tanto de ella mi venerable paisano, que, algunos meses después de la partida de su yerno, me dijo:

—Pipaón, en esta gran casa vives tú como garbanzo en olla. ¿No te ha acontecido algún día perderte en sus cuartos y corredores y no poderte encon-

trar? En cambio, yo estoy muy estrecho en aquella fría y triste casa de la calle de Cosme de Médicis. ¿Por qué no he de venirme a vivir contigo mientras llega el día en que, terminado este maldito pleito, pueda volverme a la Puebla? Aquí hay espacio para todos, y sin que tú nos molestes ni molestarte nosotros a ti, podemos acomodarnos. Yo pagaré lo que me corresponda, y si no lo llevas a mal, ocuparemos mi nieta y yo estas hermosas piezas asoleadas que se abren al Mediodía y caen a ese patio, lindante con el jardín vecino. Aquí estamos muy bien guardados: por un lado, la Inquisición; por otro, el Santo Rosario.

Acepté sin vacilar. Lejos de molestar-me, me agradaba la compañía, y como me habían dado la casa sin otro gravamen que algunos censillos y costas de poco precio, nada más confortable para mí que sacarle algún jugo arrendando una parte de ella. Instalóse en seguida Baraona, ocupando una deliciosa y alegre crujía solana que daba a lugar abierto y desde la cual se veían los árboles de un jardín de la vecindad. Yo seguí en las mismas piezas que antes ocupaba, sin más novedad que la mejor compañía y algunos gastos menos. Cada cual tenía su servidumbre, y aunque comíamos juntos, contribuíamos separadamente al plato común.

Por la noche, después de la cena, nos reuníamos todos en amena tertulia, a la cual solía concurrir algún amigo, tal como don Blas Arriaga, capellán de monjas, y don Pedro Retolaza, secretario de la Inquisición de Logroño, ambos personajes establecidos accidentalmente en Madrid por motivo de pretensiones y otras cosillas. También nos honraba alguna vez don Juan Esteban Lozano de Torres, que era entonces ministro de Gracia y Justicia, y mi antiguo protector don Buenaventura, que ya era marqués.

Allí no se hablaba más que de las conspiraciones descubiertas, de las que se iban a descubrir y de las que por todas partes descaradamente se fraguaban. Esta era entonces la comidilla habitual de las gentes en todo Madrid. Luego que cada cual expresaba su opinión sobre los peligros que amenazaban a la desdichada Monarquía y sobre las probabilidades de que desapareciese arrastrado por huracanes de traición, pecado y osadía, el gallardo edificio del Gobierno absoluto, se

iban retirando los tertulios y quedábamos solos los de la casa, charlando otro ratito, más ocupados de asuntos domésticos que de la revuelta política. Una noche, luego que Arriaga y don Buena-ventura se retiraron, Baraona, que había estado harto pensativo durante todo el tiempo de la tertulia, pronunció, en coloquio consigo mismo, no sé qué balbucientes expresiones, y golpeando repetidas veces el brazo del sillón en que se sentaba, se encaró conmigo y me dijo:

—¡Vive Dios que si ahora se nos escapa, estos justicias de Madrid merecerían ser ahorcados al lado de los ladrones a quienes ayudan y protegen!

Yo le miré, interrogándole con los ojos.

—Querido Pipaón—añadió cuando las toses le dieron algún respiro—, tengo que comunicarte un asunto importante, y espero tu parecer, y con tu parecer tu ayuda.

—¿Qué ocurre?

—El infame asesino de mi hijo Carlos, del esposo de Jenara, está en España.

—¡Salvador Monsalud en España!... —exclamé—. No lo creo. Por don Pedro Cevallos, con quien solía cartearse antes que éste fuera a Viena... (tratos de masonería, señor don Miguel), por don Pedro Cevallos, digo, que es un *hermanuco* de tomo y lomo, supe hace tiempo que Salvadorcillo seguía en París.

—¡Hace tiempo! No se trata de hace tiempo; se trata de ahora. Es indudable que ese vil trabaja dentro de España en las tenebrosas conspiraciones que Dios está permitiendo para fines sólo conocidos de la Sabiduría infinita.

—Puede ser.

—No puede ser, sino que es—dijo repentina y enérgicamente Jenara, que hasta entonces había permanecido silenciosa—. Yo le he visto.

—¿Le ha visto usted? ¿Luego está en Madrid?

—¡En Madrid, en la corte, en donde está el Trono, el Gobierno, el rey, los Consejos, la suprema Justicia!—exclamó Baraona con aquella furia senil que se desbordaba de su pecho en las contrariedades graves—. ¡Esto es escandaloso!... No sé de qué valen las medidas adoptadas contra los afrancesados... ¿Es esto Gobierno?... ¿Es esto justicia?... ¡Ah Pipaón, aquí están poseídos de necedad! Persiguen a los mentecatos in-

ofensivos y dejan en libertad a los perversos. ¡Ahorcan a los sargentos y permiten que todos los oficiales del ejército se vendan a la masonería!

—Monsalud no es oficial del ejército.

—Pero es malo, rematadamente malo, y listo... Ahí tienes el secreto de su impunidad... ¡Dios soberano! Ese rey, esos ministros, esos consejeros, ¿en qué piensan?

—Descuide usted, señor don Miguel—repliqué, agitando en mis manos la badila, después de acariciar la ya moribunda lumbre del brasero—. Si Salvador está en Madrid, no se escapará.

—Muy pronto lo has dicho... Me parece que he de renunciar al más grande regocijo que ha soñado últimamente mi imaginación desconsolada. Me moriré sin ver el castigo de un miserable, convicto de los siguientes crímenes: asesinato, infidencia, herejía, afrancesamiento y traición. La idea de que ese monstruo naciera en aquella honda tierra de Alava, que no ha sabido ser madre sino de hombres eminentes, de caballeros piadosos y ejemplares campesinos, me enardece la sangre, Pipaón amigo. Según todos los indicios, él dió muerte a nuestro insigne compatriota, a aquel espejo de la caballería alavesa, el gran don Fernando Garrote; también hirió gravemente al hijo de éste, y mío por los lazos del corazón, Carlos.

—En duelo...—dijo Jenara, interrumpiéndole—. Un duelo temerario y horroroso.

—No fué duelo—afirmó Baraona resueltamente, enojado de la interrupción—. Aunque Carlos, impulsado por su noble generosidad, lo diga así, y aun sostenga que él le provocó, es mentira, mentira, mentira... Hirióle a traición Monsalud. Cuando el pobre mártir cayó, apoderáronse del asesino algunos guerrilleros que a la sazón pasaban. Confesó él mismo su crimen con hipócritas palabras; hizo la farsa de que deseaba morir, conformándose con su destino, y hubiera perecido, en efecto, al siguiente día si la diligente protección de una señora afrancesada no comprara su libertad, primero con ruegos, después con dádivas, pues todas sus alhajas (que eran muchas y habían sido ocultadas en el momento de la derrota) las dió para ponerle en salvo. El criminal se refugió en Francia. Nosotros, de-

seosos de hacer pronta justicia, trabajamos porque el Gobierno español lo reclamase al Gobierno francés; pero nada se pudo conseguir. Allá están tan emboados como aquí. Respondieron que se ignoraba su paradero. Para averiguarlo, aprehendimos a la madre del delincuente. Dióle tormento la Inquisición de Logroño, en cuyas cárceles está todavía; pero de los labios de la infeliz no ha salido una sola palabra que sea luz de nuestra oscuridad, certeza de nuestra ignorancia. ¡Ah Pipaón! Mientras no se haga pronta justicia, mientras no desaparezca este espectáculo de los bribones que se pasean impunes por el reino, insultando con sus miradas a la gente honrada, no tendréis Gobierno firme y respetable. Os ocupáis de tonterías, de crear cruces, de mudar los ministros todos los meses, de dictar leyes que no se cumplen. Esto es hacer pajaritas de papel, mientras el suelo se estremece, mientras la tempestad se prepara y el volcán ruge. Vendrá la revolución y os encontrará disputando sobre el color de una venera o sobre si la reina está o no está embarazada... En verdad, no sé adónde volveremos nuestras miradas los partidarios del Gobierno de Cristo, de la verdadera política cristiana, que tiene por base la justicia. ¡Desgraciado de mí! Cerraré para siempre los ojos, sin que en la postrera mirada de ellos pueda ver otra cosa que miseria y debilidades. los buenos patricios olvidados, los criminales libres, la revolución amenando o quizá triunfante, los mayores delitos impunes o quizá premiados, y Salvadorcillo Monsalud paseándose tranquilo por las calles de Madrid.

Hundió la barba en el pecho y permaneció en silencio largo rato.

—Si está aquí—dije yo, por decir algo—, y mucho lo dudo...; pero, en fin, si está, no es difícil averiguar su domicilio y llevarle a la cárcel. Ya sabe usted que ahora estoy en desgracia y no puedo nada; pero, sin embargo, intentaré...

—Harias la obra más meritoria y más patriótica de tu brillante carrera, Pipaón—manifestó Baradna con semblante adusto—. Mi nieta y yo te lo agradeceríamos mucho más que esos mil favores de oficina que nos hiciste. ¡La justicia! ¡El castigo del crimen, de la traición, de la herejía, del engaño!...

Yo deliro por esto. La justicia sin aplicación no es ni será más que una palabra inútil. No hay que decir que se encargue Dios de castigar al criminal, no. Aparte de esto, a nosotros, hombres, nos corresponde no dar paz a la cuchilla, para que los discolos aprendan, para que los buenos teman y los extraviados se corrijan... ¿Por ventura habría llegado a la tierra de promisión el pueblo elegido si Moisés, por orden de Dios, no hubiera aplicado tremendos y merecidos castigos? ¡Oh! ¡Cuán hermoso espectáculo dió aquí su majestad dictando a poco de su llegada rigurosas leyes contra los francmasones y liberales! Yo creí que el pueblo elegido llegaría a la tierra de Canaán; pero no, ya veo que se quedará en mitad del camino. Todo es debilidad; las leyes no se cumplen; cada cual hace lo que más le agrada; son presos los pequeñuelos, mientras los grandes conspiran; alrededor del trono alzan su cabeza, enmascarada de sonrisas, la traición y la sedición; todos los militares trabajan sordamente en la masonería. Es esto un constante hervidero de inquietud, de amenaza, de ambiciones locas que surgen, como los insectos en el inuladar, de la gran escoria del reino; los magnates se ocupan de convites y cenas, mientras los masones proyectan comerse a la nación; son cogidos algunos criminales conspiradores, y a poco se los suelta; reina una confabulación espantosa entre los conspiradores y la Policía, entre presos y carceleros, entre alguaciles y alguacilados, para taparse sus respectivas infamias, y hasta la Inquisición, volviéndose tibia y complaciente, es un cuchillo que se ha hecho alfiler: apenas pincha... Todo es flojedad, enervación, raquitismo, pequeñez. La nación, que tan enérgica, varonil y potente ha sido contra el extranjero, es, en su vida interior, un juego de chiquillos, que retoza en el fango, y con el fango hacen bolas que se arrojan unos a otros, no para matarse, sino para mancharse... ¡Quiero morir de una vez si no he de vivir más que para ver esto! ¡Los hombres como yo estamos de más en reuniones de muchachos! El papel de Herodes es difícil, y el de maestro de escuela, ridículo.

III

Dijo, y siguió accionando en silencio durante un rato. Estaba desasogado y colérico. La enorme desproporción entre su energía intelectual y su fuerza física, entre sus ideas y su posición, le ponían en aquel estado de frenesí tan semejante a una monomanía furiosa.

—En algunas cosas tiene usted razón, señor don Miguel—dijo—. No se castiga todo lo que debiera castigarse: pero si ese humor de mil demonios que usted tiene se ha de aplacar con la prisión y escarmiento de Salvador Monsalud, dése usted por curado. Hablaremos a Lozano de Torres..., aunque sigo en mis trece, y sostengo que ese desgraciado no está en Madrid. Debe de haber error en esto.

—Está, está en Madrid—afirmó segunda vez Jenara, clavando en mí sus ojos azules, cuya serenidad se alteró visiblemente—. Yo le he visto.

Al decir *yo le he visto*, se puso pálida. Su semblante expresaba más bien miedo que cólera.

—¿Le ha visto usted?

—Hace seis días—dijo, palideciendo más—fui a misa, a la iglesia del Rosario, que está aquí cerca. Después de oír misa y de rezar, me dirigí a la puerta. La iglesia era toda oscuridad. Pasaba yo junto a la entrada de una capilla cuando sentí más bien que observé la proximidad de un bulto, de una figura de un hombre. Llegó hasta mí una corriente de aire frío, cual si una capa se agitara a mi lado; yo temblé. Al mismo tiempo, llevadas por aquel aire glacial, sonaron en mis oídos estas palabras, dichas con marcado tono de burla e ironía: «Adiós, Generosa...» Me estremecí toda; tropecé en una estera, y ya tocaban mis rodillas en el suelo, cuando una mano me levantó con energía. En el mismo instante, alguien levantó la cortina del cancel, entró alguna luz y vi a mi lado una cara muy morena, la misma cara. ¡Jesús!.

Daba Jenara a su relación un interés inmenso. La patética emoción del drama se pintaba en su semblante.

—Nunca he tenido—añadió—tan fuerte impresión, no sé si de miedo, no sé si de ira, no sé si de lástima... En término muy breve, mis sensaciones fueron

muy diversas, traídas la una por la otra. Temblé como si sintiera la mano del demonio agarrando la mía..., creí que iba a ser asesinada en aquel mismo instante..., me pareció que aquel hombre no era un diablo ni un asesino, sino simplemente un pobre que me pedía limosna...; se me representaron, unos tras otro, los crímenes de Monsalud desde su traición a la causa nacional hasta su duelo con Carlos...; no vi luego más que desgracia, mendicidad, hambre... ¡y qué cara, Santo Dios!

—¿Le observó usted bien?

—Está más moreno, mucho más moreno que antes. Sus ojos queman; su boca, al sonreírse con ironía, no sé si hambrienta o sanguinaria, muestra unos dientes más blancos que el marfil; su aspecto infunde miedo y dolor. Viste de un modo extraño, anda de prisa, pasa y mira.

—Pero ¿le ha visto usted una sola vez?

—pregunté, asombrado de tantos detalles.

Un ratito tardó en contestarme. Luego, mirando al suelo, dijo:

—Una sola vez... Yo corrí para salir de la iglesia. Desde la puerta miré hacia adentro, y vi que un fraile se le acercó.

—¡Un fraile!...—murmuró sordamente Baraona—. ¡Buenos están también!

—¿Y dice usted que desde ese día no ha vuelto a verle?—pregunté a Jenara. Después de vacilar, me contestó:

—No..., no puedo asegurar que haya vuelto a verle..., ni tampoco que no le haya visto.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir que la impresión que en mí produjo aquel encuentro ha sido tan duradera, que a veces se reproduce ella misma, sin causa real... La imaginación...

—Diga usted los nervios. Cuidado con creer en duendes y apariciones.

Callamos todos, contemplando las menudas ascuas de la copa de bronce, que, mezclándose con la blanca ceniza, lanzaban su último brillo; existencias que, próximas a expirar, dirigían a los vivos su postrer mirada. Baraona, Jenara y yo mirábamos en silencio la moribunda lumbre. Todo callaba en derredor nuestro. Era la hora en que los espíritus pusilánimes y los niños sueñen tener miedo, y para ahuyentarlo, al ir a acostarse, atraviesan corriendo y cantando los

largos pasillos y las oscuras piezas. Era la hora en que las puertas de algún ventanejo alto y lejano suelen dar porrazos, estremeciendo la casa y el corazón de sus habitantes. Era la hora en que el gato trasnochador suele lanzar lastimeros ayes, que parecen llanto de criaturas o algazara de voladoras brujas que van por los aires a sus repugnantes asambleas. Era la hora en que el viento suele ponerse en la boca el tubo de la chimenea, como un gigante que sopla su bocina, y cantar, decir o refunfuñar alguna horripilante estrofa, que huela la sangre en las venas del inquieto durmiente... Los tres nos hallábamos profundamente pensativos, cuando sonó de improviso, en lo interior de la casa, inusitado estrépito, una puerta que se cerró, un mueble que vino al suelo, un golpe, un tiro, qué sé yo...; una nada, una tontería, un fútil accidente; pero que, sin duda, a causa de la hora y de cierta predisposición de espíritu, nos estremeció a todos.

—¿Qué es eso?—chillamos a una vez.

Miré a Jenara. Estaba blanca como el papel, y sus dientes chocaban.

—Es la puerta de mi cuarto, que ha dado un golpe. Quedó abierta la ventana de la calle...—dije yo, tranquilizándome por completo.

Al cabo de un instante me sentaba de nuevo junto al brasero, después de cerciorarme de la insignificante causa de nuestro pueril miedo. Jenara seguía temblando; yo me reí, y ella, arropándose en su mantón, dijo que tenía frío. Baraona, levantándose, dió orden de acostarse todo el mundo.

Los acompañé a sus habitaciones. Al pasar por la extensa galería que las separaba de las mías y del comedor, observé que Jenara dirigía miradas inquietas a un lado y otro. La sombra de nuestros cuerpos sobre la pared atraía sus miradas con más fijeza de lo que una vana sombra merece. Yo iba tras ellos. Cuando los despedí en la puerta, Jenara me dijo:

—Entre usted.

Seguía temblando, y como yo la interpelase sobre aquella injustificada desazón, sólo contestaba:

—Tengo frío.

Obligóme a que registrara su habitación, a que asegurase las puertas, las cerraduras de las ventanas, y cuando

me retiré al fin, después de manifestarle lo innecesario de tales precauciones, echó llaves y cerrojos por dentro, quedándose acompañada de su criada.

Dirigíme a mis habitaciones, sin dar importancia a las voluntariedades de mi hermosa huésped; pero al llegar a mi alcoba y lecho, y cuando a acostarme me disponía, recibí una sorpresa, una impresión tan fuerte, que mis carnes temblaron, dieron unos contra otros mis dientes, y me quedé frío, absorto, mudo, petrificado. Sobre mi lecho, y en la misma vuelta de las sábanas, había un papel escrito. Con trémula mano lo tomé, recorriendo mis ojos en un instante. Decía así:

«Infame Bragas: Tú, que eres amigo y compinche del Tigre y del Zorro, podrás conseguir que mandan poner en libertad a Fermina Monsalud, presa y atormentada en la Inquisición de Logroño por supuesto delito de infidencia. El Elefante trabaja en pro de la mujer inocente. Ha asegurado que la Culebra, es decir, tú, podrás ayudarle con éxito seguro.

»Infame Bragas: Si dentro de quince días está libre mi madre, no te pesará; si no lo estuviere, te acordarás de

Salvador Monsalud.»

IV

Juzgad, ¡oh amigos!, de mi asombro, de mi anonadamiento. Largo rato estuve con el papel en las manos, sin saber qué partido tomar, sin poder concretar mis ideas, sin resolverme a dar un paso, incapaz de formar un juicio claro sobre aquel hecho. En mi cerebro bullía el caos. Llenaba mi espíritu un miedo horroroso, un miedo cual nunca lo he tenido.

Pasé algún tiempo en dolorosa incertidumbre. Como si tuviera la conciencia de que mi cuerpo era una masa de apretada, aunque suelta arena, que se desmoronaría al menor movimiento, no me atrevía a dar un paso ni a menear un dedo. Poco a poco fuíme recobrando; empecé a discurrir; me esforcé en atenuar la gravedad del caso, y la curiosidad se abrió paso en mi espíritu. ¿Quién había traído aquella hoja amenazadora?

El hombre que me escribía, mi camarada antaño, ¿por qué había ideado tan singular modo de comunicarse conmigo? ¿Era él realmente o algún chusco desocupado? Y quienquiera que fuese, ¿de qué medios se había valido para dirigirme tan atroz apercibimiento?

Mi casa no era casa de duendes, aunque muy antigua y grande, propia, por tanto, para que se pasearan por ella los invisibles habitantes de la sombra, si el miedo les permitía la entrada. Felizmente, yo no creía en brujerías ni en fabulosas chuscadas de almas en pena. Ni por un instante pensé en tales puerilidades. Pero al mismo tiempo tenía la seguridad, gracias a un reconocimiento prolijo que a poco de mi mudanza hice, de que en mi casa, con ser de dos puertas, no había comunicaciones novelescas, ni sótanos, ni compuertas, ni armarios maravillosos, ni escotillones, ni ninguna tramoya de esas que en el teatro y en los libros dan materia para un sorprendente enredo. No teniendo, pues, mi casa secreto alguno, era evidente que alguno de los criados había sido conductor del extraño mensaje.

Eran tres; el primero, que tenía por nombre Farrancho, servíame de mandadero, ayuda de cámara y también de amanuense en casos de mucha urgencia, y era hombre de honradísimos antecedentes, por su cacumen, casi incapaz de sacramento, pues discurría como una acémila; por su carácter moral, apreciableísimo, al parecer. Jamás le cogí en mentira, ni en hurto, ni en falta alguna.

La segunda persona de mi servidumbre era una mujer, venerable matrona, bastante vieja y fea para no incurrir en deslices amorosos, bastante joven y aseada para servir bien y guisar mejor. Marta, por lo diligente y entendida en cosas domésticas; Magdalena, por lo piadosa. Había servido a monjas durante veinte años, con lo cual dicho se está que era la prudencia misma, la santidad personificada, la honradez en efigie. Jamás se ocupó de chismes domésticos, y parecía carecer del uso de la palabra, como no fuera para emplear ciertas fórmulas piadosas: nunca entraba en mi cuarto sin decir lúgubramente el estribillo cartujo de *morir tenemos*. Su obediencia era ciega; su solicitud, extremada; su cariño, firme y mudo como el de los buenos esclavos;

su arte culinario, de plata; su silencio, de oro. Hasta su nombre era admirable de concisión y santidad. Se llamaba doña Fe.

Había, además, en la casa otra hembra; pero no me servía a mí (aunque bien lo quisiera yo, sino a Jenera, de quien era doncella. Paquita, guapa moza, llevaba poco tiempo en la casa, y no me eran conocidas las prendas de su carácter. Parecía excelente muchacha. Mis sospechas recaían principalmente en ella; después, en Farrancho. Doña Fe quedaba libre de toda suposición desfavorable, porque, además de tener un carácter formalísimo, incapaz de toda farsa o enredo, hallábase a la sazón en cama, molestada de horribles dolores en la cara y oídos.

Una vez repasadas mentalmente las cualidades de aquel doméstico triunvirato, recayó mi atención en el asunto principal, en la extraña hoja que tan a deshora había venido a turbar la tranquilidad de un hombre de bien, servidor diligente de su rey y de su patria. Lo más singular del singularísimo documento era que el autor de él, ya fuese en realidad Monsalud u otro cualquier pelanduscas de su propio estambre, al mismo tiempo que solicitaba mi auxilio, me ofrecía su protección, como parecía indicarlo el *no te pesará*. Pero a renglón seguido me amenazaba de un modo insolente. El *te acordarás de mí* me ponía en gran cuidado... ¿Sería aquello una farsa ridícula? El que ofrece protección o castigo es porque tiene poder; y si Monsalud tenía poder, ¿por qué solicitaba mi auxilio?... ¿Debía yo despreciar el escrito, o fijar en él toda mi atención?

Pensando en esto, venían a mi memoria recuerdos del ardiente carácter de mi antiguo amigo; surgía ante los ojos de mi imaginación su figura, representándomela desmelenada, horrible, teñida de la palidez siniestra del jacobinismo. Volviendo a contemplar el escrito, en cuyos caracteres se conocía la mano de Salvador, y dueño de mi espíritu, el miedo me sumergía de nuevo en vacilaciones sin fin.

Las palabras del escrito indicaban una resolución firme. Lo que a mis lectores podrá parecer oscuro y enigmático, para mí no lo era entonces, por ser común y aun popular el tiznar con viles apodos

la persona de hombres esclarecidos y respetabilísimos, que consagraban su vida al servicio del reino. Así, el *Zorro* era don Juan Esteban Lozano de Torres, ministro de Gracia y Justicia; el *Tigre*, mi amigo y protector don Buenaventura, recientemente convertido en marqués de M***, y el *Elefante*, don Ignacio Martínez Villela, consejero de Castilla y hombre muy metido en Palacio, aunque por entonces corrían voces de que era masón.

Después de mucho meditar, no repuesto del mortal susto, juzgué que para requerir a los criados convenía esperar al siguiente día. Acostéme; pero el sueño huía de mis ojos. No se apartaban de mi mente las anécdotas que acerca de los masones y su audacia había oído contar últimamente sin darles importancia; recordé lo que por entonces se decía de connivencias misteriosas, de sobornos de criados, con otras artimañas atrevidas que establecían una verdadera mina dentro y debajo de la sociedad.

Yo procuraba determinar algo; pero ninguna resolución definitiva lograba echar su raíz en mi vacilante y perturbada voluntad. Mi entendimiento, excitado por la vigilia, iba de aquí para allí, entre las revueltas olas de un mar de ideas; empujado, ya de un lado, ya de otro, sin poder llegar a ninguna orilla ni sumergirse en el silencioso y quieto fondo, que era el dormir y lo que yo más deseaba.

Pero la luz del día, ¡bendita sea mil veces!, disipó aquel delirio caliginoso en que mi pensamiento, con angustia, se revolvía como un loco en su jaula. Se me presentó el hecho en proporciones muy pequeñas, y, libre ya del miedo, si no del recelo, tomé dos resoluciones: no hacer caso del escrito e interrogar a mis criados para despedir de mi honrado hogar al delincuente.

Cuando conté el caso a doña Fe, llenóse de miedo, trajo al punto de la iglesia un cantarillo de agua bendita y rocío toda la casa, recitando exorcismos. La pladosa mujer, hecha un mar de lágrimas al ver el peligro que mi persona había corrido, me dijo haber visto a Farrancho en la calle el día anterior secretándose con individuos de aspecto tan revolucionario como heterodoxo, y aunque el tunante protestó y lloró, mojóndome las manos con las babas de sus hipócritas besos, le despedí. Su culpabi-

lidad era evidente. Jenara me respondió de la inocencia de su doncella, y antes hubiera dudado yo de mí propio que de la venerable matrona, a quien tan bien sentaba el nombre de Fe. Baraona quiso levantarse a deshora del lecho para dar dos palos al infame y desleal muchacho; pero le contuvimos, y durante un rato Jenara y yo hablamos vagamente del asunto.

—Yo tampoco he dormido nada en toda la noche—me dijo.

La pregunté si también había recibido papelito; pero no se dignó contestarme.

V

El incidente que he referido dejó de inquietarme al siguiente día, y poco a poco fué olvidado por completo. Salgamos ahora de mi casa y veamos cómo andaban las cosas públicas en aquellos días, que eran los últimos de octubre de 1819, a los once meses de la sangrienta conspiración de Vidal en Valencia y a los cuatro de los sucesos del Palmar.

Grandes mudanzas habían ocurrido en la Corte desde 1815 a 1819. En tan breve tiempo, Fernando se había casado dos veces: la primera, con Isabel de Braganza (cuyas bodas concertó en el Brasil fray Cirilo de Alameda y Brea, enviado secreto de su majestad católica); la segunda, con María Amalia de Sajonia, hermosa y desabrida, humilde y bondadosísima, devota y también algo poetisa. Mientras reinó Isabel, la influencia política de los criados mermó mucho en Palacio, y éste fué lo que debía ser, una vivienda de reyes; pero desde diciembre del 18, en que Dios se llevó de la tierra a la insigne princesa, las culebras la camarilla empezaron a recobrar su imperio. Sin embargo, ni Alagón ni Chamorro fueron tan poderosos. Ramírez de Arellano y un tal Villar Frontín, antiguo escribano del Resguardo, eran los que se comían el reino crudo.

Nueva gente se encontraba en las oficinas, en los Consejos, en Palacio, y los ministros variaban a menudo; que no es la inconstancia don peculiar de los poderes constitucionales. En seis años vi bajar y subir tantos, que casi se pierde la cuenta de ellos. Cevallos se hundió en octubre de 1816. Don Tomás Moyano había desaparecido también del

escenario, cayendo en la oscuridad, de donde jamás volvió a salir, quedando tan sólo, cual muestra de su paternal administración, los mil y un parientes que en su breve poltronazgo sacó de la miseria y soledad del campo; don Francisco Eguía también dejó por algún tiempo al ejército huérfano de su protección. Hubo un divertido minuetto de señores ministros de la Guerra durante corto plazo, porque a Eguía sucedió Ballesteros; a Ballesteros, el marqués de Campo Sagrado, otra vez el señor Eguía, sin cuya coleta creyérase que no podía existir la atribulada nación. La Marina había perdido a Cisneros, y era gobernada por Figueroa. Desgraciada andaba la Marina en aquellos tiempos, pues pafa que su orfandad fuera completa, también perdió, en abril de 1817, aquel imponderable terror de los mares, el infante don Antonio Pascual, de quien dijo el poeta:

¡Neptuno, Tetis, Céfito y Favonio,
eterno mostrarán llanto abundante,
pues falleció el infante don Antonio!

Así terminaba el soneto que al triste suceso dedicó don Diego Rabadán, el primero de los poetas de aquel tiempo Rioja de los líricos y Herrera de los heroicos, hombre de esclarecido ingenio, gloria de su época, y al cual la envidiosa posteridad ha tratado injustamente, equiparándole al don Hermógenes de Moratin... ¡Como si no fuera la mejor pieza del mundo aquel célebre soneto en que, para decir que don Antonio había muerto de pulmonía, se manifestaba *que el cierzo quiso dar testimonio de su aridez*.

arruinando a la España su almirante!

No puede darse imagen más hermosa ni entonación más robusta que la de aquel comienzo:

Ya vencidos de Acuario los rigores
que aprisionan a líquidos cristales...

Pero, llevado de mi afición a la poesía y a los buenos poetas de mi tiempo, me he apartado de lo que estaba tratando, y era, si no recuerdo mal, los cambios de ministros. Don Felipe González Vallejo, a quien pusimos en Hacienda, salió como había entrado; es decir, que se lo llevó un violento cortesano y el pobrecito, con ser tan inocentón y tan pa-

ra poco, no se libró del destierro. Entonces era común que a todos los caídos les recetaran un paseo higiénico para recobrar las fuerzas gastadas en el servicio de la patria. Sucedióle Ibarra; luego, López Araújo, que apenas sabía leer y escribir, y al fin entró el célebre don Martín Garay, que, más que hombre, era una escuela, pues trajo al Ministerio todo un plan e idea completa para reformar la Hacienda pública, tarea equivalente a beberse el mar o a ponerse por montera el Moncayo. Gozaba el señor de mucha fama, que aún conservaba su nombre; pero todos los hombres de mi tiempo, desde el rey y los ministros y el clero hasta el último zascandil, se pusieron en contra suya, y tuvo que salir del Ministerio y marcharse con la música y el sistema otra parte. Por fortuna, no tuvo tiempo de hacer nada de provecho, que, si le dejáramos, capaz hubiera sido de volver la Hacienda del revés, elevando los ingresos y mermando los gastos. Su sucesor, Imaz, era un bendito.

En Estado, el célebre León Pizarro, amigo y compinche de don Antonio Ugarte, no duró mucho tiempo, ni tampoco Irujo, que empezó su carrera por paje de bolsa de un consejero y la acabó marqués y millonario. El duque de San Fernando, su sucesor, no fué menos afortunado, porque al principio de la guerra era soldado raso, y en 1818 teniente general, duque, grande de España y no sé qué más.

En Gracia y Justicia, después del obispo de Mechoacán, que fué ministro veinticuatro horas (*¡tanto se emprende en término de un día!*), entró, y duraba aún en la época de mi relación, don Juan Esteban Lozano de Torres, la gran figura de aquellos tiempos, y no porque la tuviera gallarda, ni aun digna de ser vista, sino porque con su hermosura moral a todos cautivaba, empezando por el rey. Había sido Lozano de Torres en su mocedad relojero. No había hecho estudios de ninguna clase, siendo el primero y el único ministro de Gracia y Justicia lego en jurisprudencia. Ni siquiera sabía latín, cosa rara y chocante en aquellos tiempos.

La carrera de este benemérito español había sido el comisariato del ejército. ¡Y qué herejías dijeron de él a propósito de la administración del hospital

militar de la Isla! Con ser tan fuertes, sin embargo, las especies que acerca del comisario dijo el vulgo, no llegaban, ni con mucho, a lo que decían los enfermos, unos tunantes que ponían el grito en el cielo desde que les faltaba caldo. ¡Qué tal fama de abastecedor y dispenser tendría el niño, cuando, destinado a la Intendencia de Castilla la Vieja, no quiso darle posesión el gran Wellington, jefe del ejército aliado!

La causa de su elevación a la silla de Gracia y Justicia fué el desmedido y loco amor que a Fernando tenía, el cual era de tal naturaleza, que raras veces se presentaba ante su majestad sin derramar lágrimas de ternura, y para besarle la real mano hincaba la rodilla en tierra.

Había en el alma de Lozano un sentimiento parecido a la dulce fibra del misticismo, que le llevaba a la identificación con el objeto amado, haciéndole partícipe no sólo de las impresiones morales de éste, sino también de sus sensaciones físicas. Cuando Fernando estaba enfermo, Lozano de Torres se quejaba de la misma dolencia, y si a su majestad le dolía un pie, al punto cojeaba el amigo: tal era la fuerza de simpatía entre los dos.

Pero cuando el ministro de Gracia y Justicia desplegaba toda la vehemencia de su alma fervorosa, era cuando la reina Isabel estaba embarazada. En cierta ocasión, mi hombre celebró en San Isidro, por su cuenta, solemne función religiosa y Manifiesto, que había de durar hasta que su majestad saliese de cuidado; y queriendo dar pública muestra de su amor a la Monarquía, hizo en medio de la iglesia tales aspavientos de devoción, golpeándose el pecho y desollándose las rodillas ante el altar, que los fieles no pudieron contener la risa. No quedó sin premio lealtad tan ardiente..., ¡pues no faltaba más! Según puede verse en la *Gaceta*, Fernando VII concedió a Lozano de Torres la gran cruz de Carlos III *por haber publicado el embarazo de la Reina*.

Desde 1815 éramos muy amigos don Juan Esteban y yo. El pobrecito no recibía recomendación mía sin que al punto la despachase, y en la camarilla partíamos un confite, según éramos de tolerantes y condescendientes el uno con el otro, sin estorbarnos ni quitarnos de

la boca el hueso, como hacían algunos, más semejantes a perros hambrientos que a cortesanos hartos. Yo no dejaba de prestarle servicios menudos, a más de los grandes, bien desempeñando ante su majestad un papel entre Lozano y yo convenido, bien llevándole secretitos y noticias sabiamente pescados al vuelo detrás de una cortina.

Conste, ante todo, que yo estaba cesante desde el verano, pues una cuestión de delicadeza (yo siempre fuí muy delicado) obligóme a ceder mi plaza a un sobrino del ministro de Estado; pero se me había ofrecido el primer puesto que vacase en el Real Consejo. Como la ambición y el dorado sueño de mi vida eran esta canonjía, la esperaba con viva ansiedad.

¡Crítico y solemne momento! A fines de octubre estaba vacante una de las canonjías del Consejo. Yo tenía derecho a esperar que se cumpliría la oferta no sólo por mis méritos personales, que eran muchos, dicho sea sin modestia, sino porque repetidas veces, por mediaciones de ambos sexos, me había prometido la plaza su majestad.

Verdad es que las promesas de Fernando eran como los *cient pájaros volando* del viejo refrán; pero ¡tenía yo tantos amigos! Como el viajero que después de larga travesía divisa la ansiada orilla, así estaba yo cuando divisé la tal vacante. No cabía en mi pellejo de puro angustiado, inquieto y caviloso. Estudiaba hasta las más insignificantes palabras de los íntimos de Fernando; atendía a los gestos y a las miradas, porque no había accidente alguno en que no viese esperanzas de obtener mi prebenda.

Andaba tan desasosegado, que apenas comía. ¡Ay, si hubieran provisto la vacante en individuo distinto del que está dentro de esta casaca, me habría muerto de pena! Y verdaderamente había motivos para que no estuviese tranquilo, por ser España la tierra de la injusticia y de la ingratitud. El sin par Colón, ¿no murió en el olvido? ¿No acabó sus días Hernán Cortés oscurecido en una aldea? Y ¿qué diré de Cervantes?... ¡Vive Dios que, si no me dan la plaza, yo había de hacer algo sonado; rey y cortesanos y ministros se habían de acordar de mí!

Pero últimamente yo no tenía en la

Corte el favor a que me hacían acreedor mis servicios y adhesión al monarca. Tocóme a mí también un poco de aquel hálito de desgracia que a tantos había matado, y, aunque no me persiguieron ni me desterraron, hallábame en situación bastante equívoca, ni elevado ni caído, lejos de Palacio, a pesar de que su majestad me enviaba hipócritas recadillos. Yo no podía tragar al señor Ramírez de Arellano, ni éste me tragaba a mí. Supe que se hacían esfuerzos para desprestigiarme; pero como yo tenía tantos amigos, como conservaba excelentes relaciones con los hombres más eminentes, no sólo esperaba defenderme de los que me querían empujar hacia abajo, sino también recobrar el terreno perdido. Alagón, Ugarte, don Buenaventura, Imaz, Villela, San Fernando, Lozano de Torres me tenían en gran aprecio y me halagaban con fastuosas promesas.

Yo no descansaba. Comprendiendo, como groseramente dice el refrán, *que el que no llora no mama*, vivía sobre un pie, de visita en visita, de conferencia en conferencia, de lamento en lamento, pidiendo a todos, ya en desnudas, ya en artificiosas razones; exponiendo mis méritos, como se exponían entonces: desacreditando a todo el que estuviese en olor de candidato; trabajando a lo topo y a lo castor, en la oscuridad y a la luz del día; armando muchos enredillos, y ganando voluntades, y levantando polvaredas de intriga y humaredas de adulación; en fin, practicando todo lo que un hombre listo practicaba entonces y practica hoy en circunstancias análogas, que estas viejas mañas son de hoy como de ayer, y primero faltarán garbanzos que Pipaones en España. Oí decir un día que la vacante se proveería al siguiente. Corrí a ver al señor Lozano en su despacho del Ministerio, y cuando me vió puso cara agridulce, como de quien sonríe para disimular disgusto. Temblando, aguardé mi sentencia.

Lozano de Torres era pequeño y carifruncido, con un airoso moñito de pelo rubio sobre la frente, graciosamente arremolinado. Iba ya para viejo: sus movimientos eran tardos; sus pasos, meditados, y al andar colocaba en el suelo, con una especie de estudio, el blando pie, calzado con zapato de paño. Poníase ordinariamente muy serio, queriendo de este modo tomar la máscara de los

hombres de saber; pero con los amigos de confianza, y cuando no se trataban asuntos graves del ramo, era francote y risueño, mostrando a las claras su alma sencilla y su rústico entendimiento. Tan declaradamente manifestaba su índole al hablar, que sólo le faltaba decir: «¡Dios mío, cuán bobo soy!»

Hízome sentar a su lado; ofrecióme un polvo, que rehusé; dióme después un cigarrillo, y tras un par de toses, habló de esta manera:

—Querido Pipaón, anoche me habló largamente de usted su majestad. Conviene en la precisión de dar a usted un puesto correspondiente a sus dilatados..., a sus dilatados servicios.

—En efecto—repuse—: la última vez que tuve el honor de entrar en la cámara real, su majestad me dijo que la plaza vacante del Consejo Real sería para mí.

El ministro cerró fuertemente un ojo, torciendo con extraño mohín la boca.

—¿La vacante del Consejo?...—balbució—. Sí..., en efecto: yo mismo prometí a usted... Si de mí solo dependiese; pero...

—Pero ¿qué..., pero qué?—dije, remedando la perplejidad de Lozano—. ¿Es esto formal? ¿Se puede decir hoy una cosa y mañana otra? Si se me cree indigno de formar parte de una corporación en la cual han entrado peluqueros, boticarios y mozos de caballerizas, díganlo de una vez... ¿Por ventura la he pretendido yo?

—No; ya sé que es usted modesto.

—Yo no he pedido la plaza... Han venido a ofrecérmela, empezando por el rey; me han estado pinchando mucho tiempo; me han sacado de mis casillas... ¡Si yo no quiero ser consejero, si no quiero figurar!... Por todo el oro del mundo no sacrificaría mi dignidad a cambio de una posición.

—Vaya, señor de Pipaón, no se amosque por tan poca cosa—dijo el buen Torres—. ¿Por qué no espera usted ocasión más favorable? Siendo usted quien es, no tardará en ser consejero. Pronto habrá más vacantes. Aguarde usted unos meses... Su majestad la reina doña Amalia estará embarazada bien pronto. Cuando venga lo que ha de venir se repartirán muchas mercedes, sobre todo si es príncipe.

—Señor ministro—repuse, sin poder

contener mi sofocación—, se han burlado ustedes de mí. Esto no se hace con un hombre que ha prestado tantos y tan delicados servicios al reino, al rey, a los amigos, a usted mismo.

—Es verdad; por eso dije que anoche acordamos darle a usted una recompensa magnífica—afirmó su excelencia melifluamente.

—¿Cuál?

—Puede usted escoger. La Superintendencia de la Moneda en Méjico, la...

—¡India, señor Lozano!—exclamé con el mayor desdén—. Ya sabe usted que no me gustan los viajes por mar. Puesto que se me trata de este modo, renunciaré a servir en la Administración. Para ir a América y labrarme en cinco años una fortuna, no necesito que el Gobierno me dé un destino con visos de destierro.

—Entonces, amiguito... Debo advertirle que su majestad fué quien manifestó deseos de que marchase usted a América.

—Es raro—respondí—. La última vez que nos vimos, su majestad no me dió un canastillo de cerezas, como a Campo Sagrado, ni un mazo de cigarros, como a Villamil. Yo no pretendí la plaza de consejero; yo no la quería; yo no di paso alguno para que se me diera; pero me la ofrecieron; se ha dicho que yo iba a entrar en el Consejo; he recibido ya las felicitaciones, y aun algunos regalos anticipados, como previa acción de gracias por beneficios que no he hecho todavía... Por consiguiente, si ahora salimos con que no hay nada, mi situación no puede ser más grotesca. Mi dignidad, mi honor, inducenme a no admitir otro destino que el de consejero.

—Pues, hijo—repuso Lozano, dando un suspiro—, lo que es eso... La vacante está ya provista.

Y me alargó un papel que tomó de la próxima mesa.

VI

—¡Me lo figuraba!—exclamé con indignación devolviendo la minuta después de leerla—. El nuevo consejero es el sobrino del marqués de M***. ¡Bonito nombramiento!

La ira apenas me permitía articular las palabras. Pegajosa saliva entorpecía mi lengua, y con los crispados dedos

arañaba los brazos del sillón en que me sentaba.

—¡El sobrino del marqués de M***! —repetí—. ¡Me lo temía!

—Y mañana sabrá España, ¿qué digo?, sabrá la Europa entera, sí, señor, la Europa entera, cuáles son las prendas, cuáles los antecedentes que se necesitan aquí para escalar los puestos del Consejo. En primer lugar, ser jugador, borracho, calavera, no pagar las deudas contraídas, deber más de tres mil reales en Canosa; y en segundo lugar, no saber más que un poco de latín, echársela de traductor de Horacio, decir mil pedanterías a propósito de leyes antiguas, defender malamente un pleito de tenuta, criticar en todo, fantasear en la Sala de Alcaldes, hablar mal de los funcionarios honrados y respetables, como usted y también tener de brevas a hijos algún tratadillo con los masones de Granada y de Madrid.

Don Juan Esteban alzó los hombros.

—¡Qué personajes, Santo Dios!—proseguí, sin que con tanto hablar se desfagara mi cólera—. Tal sobrino para tal tío...

—Silencio—dijo vivamente Lozano—. El marqués está aquí.

En efecto: sin previo anuncio, porque a causa de su intimidad con el ministro no lo necesitaba, apareció en el despacho el marqués de M***, el cual no era otro que aquel famoso personaje a quien puse el nombre de don Buena-ventura, tapando con esta especie de benevolencia el suyo propio, para que la posteridad no le mortificase. Fué mi protector, mi amigo, mi Providencia en los primeros años de mi carrera (1). Por esta razón infundíame siempre mucho respeto, y aunque últimamente solía mostrar envidia de mi rápido encumbramiento y me molestaba cuanto podía, yo, hombre agradecido, le ponía generosamente a él, como a sus sobrinos, fuera del alcance de mis artimañas y de mi lengua.

Don Buenaventura, a quien solían llamar el *Tigre*, se había hecho marqués de la manera más sencilla. Nombrado consejero de Hacienda en 1814, reunió en poco tiempo una gran fortuna, comprando fincas que estaban adjudicadas

(1) *Memorias de un cortesano de 1815.*

al crédito público. Por aquellos tiempos, necesitando los Padres de Atocha algun dinerillo para reparar su templo, dioles Fernando dos títulos de nobleza para que los vendiesen. Don Buenaventura compro en veinte mil duros el de marqués de M***. Era familiar de la Inquisición, hombre cruel, y absolutista tan fanático, que se pasaba la vida buscando masones por todos lados, y averiguando picardías de liberales para contarse al rey. Tenía en 1819 gran privanza en Palacio; pero le hacía sombra Villela, de quien se contaban no se qué masonicas liviandades. Conmigo sostenía buenas relaciones; pero, a pesar de eso, solapadamente y sin dejar de halagarme, bebió los vientos para quitarme la plaza de consejero; y a pesar de lo mucho que me movi, ganóme la partida, como se ha visto.

—Se murmura, ¿eh?—dijo amistosamente, después de saludarnos—. Este diablo de Pipaón no está nunca contento.

—Ya le he dicho que puede esperar mejor ocasión—añadió don Juan Esteban, ofreciendo un cigarrillo a su amigo—. Grandes acontecimientos van a venir... Puede que nazca un príncipe...

—Es claro—dijo el marqués, mirandome con sorna—. Pero ¿tú qué crees? ¿Se hacen consejeros de treinta y seis años? Estos sietemesinos, apenas dejan el biberón, ya ambicionan los primeros puestos del Estado... ¿Qué tiempos, señores! No sé adonde vamos a parar. He aquí un chiquilicuatro a quien saqué de las covachuelas hace seis años. Le hemos visto subir como la espuma; le hemos ayudado como buenos amigos, y ahora, ingrato y descontentadizo, todo lo quiere para sí. Paciencia, amiguito; paciencia, y aguardar. Felizmente, no estamos en los tiempos en que el señor Chamorro y Paquito Córdova disponían de los destinos y sueldos del reino. Ya los caprichos de una bella no conmueven la Monarquía; ya no caen y se levantan los ministros al compás de la escoba de los mozos de retrete: estamos en tiempos mejores.

—Las personas han variado, convengo en ello—respondí con malicia—; pero las cosas, no. Entre las ruinas de la antigua camarilla, eleva su majestuosa frente la negra del señor Villela.

—Silencio—dijo Lozano de Torres—.

Le espero de un momento a otro; puede venir.

—¿Quién gobierna? ¿Quién aconseja a su majestad? ¿Quién empuña el timón de la nave, como generalmente se dice?—proseguí—. Todos sabemos que si Artieda no tiene el poder de antaño, lo tienen Ramirez de Arellano y Villar Frontin, pues los ayudas de cámara también caen y se levantan, como los ministros, aunque sin canastillos de cecezas ni mazos de cigarros.

—Bueno—dijo don Buenaventura, riendo—. Sigue tú en la agencia universal y diplomática de don Antonio Ugarte. Sigue comprando barcos rusos y contratando empréstitos. ¿Qué más quieres, pelafustán? ¿Aspiras también a comprar a los rusos sus barbas para ponérselas a nosotros después de hacérselas pagar?

Don Juan Esteban se reía como un bendito.

—¿Quieres ser consejero?—añadió el marques—. ¿Y para qué? ¿Qué vas tú a hacer en el Consejo? Sepámoslo. ¿Meditas algún informe luminoso sobre cualquier materia? ¿Vas a poner en olvido las dotes eminentes de Jovellanos, Campomanes, don Arias Mon y demás notabilidades? Para traer y llevar los recados de don Antonio Ugarte, para ayudarle en sus negocios, ¿no estás mejor en cualquier oficina que en el Consejo? A pesar de ello, yo te prometo que te apoyaré decididamente en la primera vacante: ¿qué más quieres?

—Sé lo que es el Consejo—respondí breve y sentenciosamente—; sé lo que son las oficinas; todo lo conozco y aprecio en su justo valor, menos las influencias que imperan hoy, las cuales son de tal naturaleza, que no sabe uno a qué atenerse.

Me levanté para marcharme. En el mismo instante un portero anunció a don Ignacio Martínez de Villela, que no tardó en entrar. Me quedé.

Este venerable señor, uno de los que más trabajaron en 1814 cuando la persecución de los diputados, era entonces muy influyente en Palacio.

El, Lozano de Torres y otros que no menciono formaban a la sazón la pequeña corte del monarca, sustituyendo a la antigua, que con gran trabajo desbancaron y de la cual tuve la gloria de formar parte. Era Villela, además de corpulento como un elefante, hombre

muy vividor, y en la apariencia grave y respetable, con grandes humos de probo y justiciero. Oyéndole, parecía que por su boca hablaba el derecho público y privado. Poseía bastantes conocimientos jurídicos, lo cual le daba respetabilidad, poniéndole en situación muy favorable; porque desde 1816 y desde la venida de la reina (que coincidió con el eclipse de nuestra camarilla), comenzaron a estar en alza los llamados sabios, los jovellanistas y los de la escuela de Garay, verificándose un descenso rápido en el influjo de toda la gente lega y romancista.

Pero la mayor notoriedad del magistrado en cuestión no era su sabiduría, sino su *negra*, una tal doña Inés, ama de llaves y gobernadora de la casa, de cuya intervención en los negocios públicos se habló durante mucho tiempo. Habíase captado de tal modo la voluntad de su dueño, que, teniendo éste la clave de muchos nombramientos, túvola ella también. Especialmente las mitras, que se concedían siempre a propuesta del Consejo, fueron de tal modo monopolizadas por doña Inés, que ésta no abría la mano sin que saliera de ella un obispo. Había previo convenio y eclesiástico arreglo antes que una mitra fuese provista, y era cosa sabida: ni el más pintado, aunque fuera el mismo San Pedro, empuñaba el báculo si antes no se ponía a bien con la tal negra, impetrando y consiguiendo su soberana gracia. Con este motivo ocurrió más adelante un suceso curioso, que no quiero callar.

Vacó la diócesis de Astorga, y, siguiendo los trámites ordinarios, fué presentado para la silla un sujeto cuyo nombre no hace al caso. Llevóse el decreto al rey para que lo firmara, y Fernando, que tenía felicísimas salidas de aticismo cómico, leyó detenidamente el pliego, sonriendo con la socarronería que le era habitual. Estaba verdaderamente cargado, como ahora se dice, de aquella ambición desmedida de la negra de su amigo, y decidiendo emplear su iniciativa y usar de sus facultades con tanta insolencia usurpadas, no colérico, sino con mucha calma y gravedad, tomó la pluma, y al margen de la propuesta puso estas sencillas palabras, que constan en un archivo: «Será obispo de Astorga don X... X..., y perdone por esta vez doña Inés.»

Pues bien: aquel que acababa de entrar en el despacho del ministro era el venerable magistrado, el celoso juez de 1814, el consejero de la Sala de Justicia del Consejo Real, con honores del de la de Cámara; era el amo de su negra, en fin.

VII

—Señores—dijo, sin responder a nuestro saludo—, ocurre una cosa muy importante. El señor Requena acaba de morir de un ataque de apoplejía fulminante. ¡Pobre señor, pobre amigo mío! ¡Nos queríamos tanto...! Pero, en fin, puesto que Dios ha querido llamarle a su seno... Ello es que con esta muerte hay otra vacante en el Consejo.

Yo di un salto en mi sillón.

—¡Una vacante en el Consejo!—repitieron el marqués de M*** y Lozano de Torres.

—Sí, señores—añadió Villela, sentándose—; una vacante en la Sala de Provincia.

—No podía venir más a propósito—dijo Lozano de Torre, mirándome.

—Ahí tienes, Pipaón, ahí tienes...—dijo el marqués de M***—. La Providencia no abandona jamás a quien confía en ella. He aquí que cae del Cielo una vacante y te toca en la punta de la nariz.

—Poco a poco, señores—dijo el señor Villela, de muy mal talante, mirándome por encima de sus gafas verdes—. No me toquen a esa vacante, que es para mi primo.

Toda la hiel de mi cuerpo vino a mis labios al oír esto, y era tanto lo que se me ocurría decir, que no dije nada.

—Tengo promesa de su majestad para la primera vacante—añadió Villela—; y, además, amigo Lozano, ¿no hablamos de esto la otra noche?

—Sí, es cierto...—repuso con turbación el ministro—; pero, a la verdad, no sé cómo contentar a todos. Pasan ya de media docena las personas a quienes su majestad ha prometido la primera vacante. Creo que lo mejor será echar a suertes.

—¡Bah!—exclamó Villela, con su impaciencia habitual y mirándome de hito en hito—; ¿lo dice usted por Pipaón, que nos está oyendo? Amiguito, usted es joven aún y puede esperar. En mis

tiempos no se entraba en el Consejo antes de los sesenta años. En los que vivo no he visto un mozo más favorecido que usted por la fortuna... Cuando mucho se sube, más peligrosa puede ser la caída. Usted se ha encaramado con excesiva prontitud, y me temo que si no se detiene un tantico, vamos a ver pronto el batacazo... Un polvito, señor marqués; un polvito, señor Lozano; amigo Pipaón, un polvito.

Describió un lento semicírculo con su caja de rapé, en la cual iban entrando sucesivamente los dedos de los amigos.

—Señor don Ignacio—repuse yo, aspirando con placer el oloroso polvo—, admito los consejos de una persona tan autorizada como usted...; pero debo hacer una indicación. Jamás pretendí la plaza de consejero; pero como se me ha ofrecido repetidas veces, y se ha hecho pública mi pronta entrada en la insigne corporación, sostengo el cuasi derecho que me da la real promesa.

—¡Oh...! Usted puede sostener lo que quiera—indicó Villela, volviendo, risueño, el rostro y elevando la mano, cuyos dedos sostenían aún el polvo—. Cada uno es dueño de tener las ilusiones que quiera. Por eso no hemos de reñir.

—Con perdón del señor Villela—dije yo, inclinándome y poniendo un freno a mi cólera—, seguiré esperando, pues su majestad no me ha de dejar en ridículo.

—¡Tantas veces han puesto en ridículo a su majestad personas que yo conozco...!—indicó el consejero de la Sala de Justicia, llevándose a la nariz los dedos y aspirando el tabaco con cierto adormecimiento voluptuoso en sus ojos ratoniles.

—¡No lo dirá usted por mí!—repliqué colérico.

Villela se puso muy encendido.

—Por todos—murmuró.

—Señores, señores, basta de tonterías—dijo el ministro, conociendo que la cuestión se agriaba un poco—. Basta de pullas. Se procurará contentar a todos. Esto se acabó.

—Por mi parte, concluido—dijo Villela, estirando el cuerpo, arqueando las cejas, sacudiendo los dedos y tirando de la punta del monumental pañuelo para sacarlo del bolsillo.

—Por mi parte, ni empezado siquiera—indicó yo.

—Háblese de otra cosa—dijo el marqués de M***.

—Hablarán ustedes, porque yo me voy al Consejo—dijo Villela, después de sonarse con estrépito.

—¿Tan pronto?

—Pero no sin hacer al señor ministro una recomendación. A eso he venido.

Diciendo esto, Villela sacó un papelito.

—Veamos qué es ello.

—Lo primero que pido al señor Lozano de Torres, confiado en que lo hará, es una obra de justicia: es que ponga término a una iniquidad horrenda, a un atropello impropio de los tiempos que corren.

—¿Qué?

—En las cárceles de la Inquisición de Logroño—continuó Villela—está una pobre mujer anciana, llamada Fermina Monsalud, a la cual se ha dado tormento para arrancarle declaraciones en la causa que se sigue a un hijo suyo que vive en Francia. Es mujer piadosísima y a nadie se le ha ocurrido tacharla de herejía. ¿Por qué ha de pagar esa inocente las faltas de otro? Si no pueden atar a la rueda al verdadero criminal, ¿por qué se ensañan en la que no ha cometido otra falta que haberle parido?

—¿Cómo se llama esa señora?—preguntó Lozano, haciendo memoria—. Ese apellido...

—Fermina Monsalud—repuso Villela, guardando el papelito.

—Monsalud...—repitió don Buenaventura, apoyando la barba en la mano y haciendo también memoria.

Tuve intenciones de hablar; pero, después de un rápido juicio, resolví no decir una palabra y observar tan sólo.

—Esto es una iniquidad, una brutalidad sin nombre—exclamó Villela, golpeando el brazo de la silla—. Hablé anoche de ello a su majestad, y su majestad se escandalizó...

El ministro y el marqués meditaban.

—Pero eso es cosa del Supremo Consejo—observó Lozano de Torres.

—No quiero cuentas con el Supremo Consejo—repuso Villela—. Bien sabemos todos que éste no hace sino lo que le manda el ministro de Gracia y Justicia. Haga usted que pongan en libertad a esa pobre mujer, y cumplirá con la ley de Dios.

—Y con la de los masones—murmuré.

—¿Alguno de los presentes tiene que

decir algo en contra de lo que he manifestado?—preguntó Villela con soberbia.

Nuevamente sentí deseos de hablar; pero el recuerdo de la epistola, acompañado de cierto miedo, me cortó la voz.

Don Buenaventura tampoco dijo nada, y seguía meditando.

—Déjeme usted nota—indicó Torres—. Yo veré...

El consejero escribió la nota y la entregó al ministro. Al retirarse, habló así:

—Tengo gran empeño en ello, señor Lozano; pero grandísimo empeño. Si consigo arrancar a esa mártir de las garras de los verdugos de Logroño, me conceptuaré dichoso.

Cuando don Ignacio Martínez de Villela se fué, alzó de súbito la medita-bunda frente el señor don Buenaventura, y dando un porrazo con el bastón, exclamó:

—¡Vive Dios, señor Lozano de Torres, que ya no me queda duda!

Don Juan Esteban reía como un zorro, y graciosamente se atusaba con la mano derecha el remolino de cabellos rubios que Dios, cual digno coronamiento de una obra perfecta, había puesto sobre su frente.

—¡Fermina Monsalud!—repitió, leyendo el papel que había dejado Villela.

—Madre de Salvador Monsalud—dijo el marqués—; madre del hombre que anda trayendo y llevando mensajes de los masones; de ese que ha logrado hasta ahora burlar, con su ingenio peregrino, las pesquisas de la justicia.

—El mismo—añadió Lozano—. ¡Ese pobre señor Villela...! Vamos, parece increíble.

—*Vox populi, vox cœli*—repuso el marqués—. Hace tiempo se viene diciendo que muchos elevados personajes de la corte están en connivencia con la masonería; hace tiempo se viene diciendo que el señor Villela... Lo que digo: *vox populi, vox cœli*.

—Cuando el río suena, agua lleva—afirmó Lozano, que, por no saber latín, expresaba la misma idea en refrán español—. Para mí hace tiempo que no es un secreto el francmasonismo de Villela; pero su majestad, a quien don Ignacio ha sabido embaucar con tanto arte, no consiente que se le hable de esto, y sostiene que todo lo que se dice de las sociedades secretas es pura fábula.

—También yo tengo datos para asegurar el francmasonismo del señor consejero que acaba de salir—dijo don Buenaventura.

—Desde que estoy en esta casa—afirmó Lozano—no ha pasado una semana sin que haya venido con pretensiones de indulto, de sobreseimiento o de evasión en favor de algún agitador o revolucionario.

—Y este empeño porque se ponga en libertad a la mamá de ése... Cuando la Inquisición de Logroño le ha dado tormento, ya sabrá por qué lo ha hecho.

—Pues claro está.

—Salvador Monsalud..., ¿dónde he oído yo ese nombre?—dijo don Buenaventura, procurando recordar e irritado de su fatal memoria.

—Hace días que hablé de él en este mismo sitio—repuso Lozano—. Es un revoltoso a quien nunca se ha podido echar el guante.

—Ya... ¡Si no se puede castigar a nadie!—dijo el marqués con enfado—. ¡Si todos los criminales se escabullen, protegidos por estos señores, que, afectando servir al trono y a las buenas ideas, son los más firmes auxiliares de la revolución! No sé cómo su majestad protege a tan pérfidos hipócritas... Ya lo he dicho: la serpiente de la anarquía se agasaja en los mismos cojines del regio solio... ¡Y pretende ahora la nueva vacante del Consejo! Pipaón, o hemos de poder poco, o será para ti.

Me incliné, dando las gracias con lenguaje mudo.

—Es triste lo que está pasando—dijo el ministro—. Prendemos a los revolucionarios, y los primates del absolutismo, los más íntimos amigos del rey, vienen a implorar que se les ponga en libertad.

—Soy familiar de la Santa Inquisición—declaró, con vehemencia, el marqués—. Mi deber es seguir la pista a los criminales. Es preciso trabajar con pies y manos para que no se nos venga encima la revolución. ¿Estamos? Adelante: urge desenmascarar a los bribones, poner de manifiesto las malas artes y la perfidia de los que los protegen.

—Pues, señor familiar de la Inquisición—dijo Lozano, sonriendo—, descúbrame usted el paradero de este Salvador Monsalud; proporcióneme los medios de cogerle, y yo le respondo de que

no se burlará por más tiempo de los ministros de su majestad.

—¿Está en Madrid?—preguntó el marqués.

—Creo que no.

—Está en Madrid—afirmé yo, rompiendo, al fin, el silencio.

El ministro y don Buenaventura me miraron asombrados.

—No se pasmen ustedes—añadí—. Yo no soy masón. Por una casualidad he sabido que está en la corte ese señor mensajero de los revoltosos. Hablando con toda franqueza, debo decir que en nuestra primera mocedad fuimos amigos Salvador Monsalud y yo; pero desde el año trece no hemos vuelto a vernos.

—Y ¿cómo sabe usted que está en Madrid?

—Una señora, paisana mía, que por desgracia le conoce muy bien, asegura haberle visto hace días.

—Soy familiar de la Inquisición—repitió, gravamente, don Buenaventura—; y como tal tendría un gozo vivísimo en poder echar mano a un propagador del jacobinismo y de la herejía... ¡Ah Pipaón, si tú quisieras ayudarme!... ¿Dices que le conociste en tu juventud?

—Somos paisanos.

—Y ¿qué tal hombre es?

Me llevé el dedo a la frente para indicar ingenio.

—Sí; debe de ser listo...; pero un tunante, ¿eh?...

—Sirvió al rey José.

—¡Afrancesado!

—¿Y respondes de que está en Madrid?

—Respondo.

—Ha demostrado en las últimas conspiraciones un atrevimiento y una constancia que confunden—dijo Lozano.

—Hemos de cogerle, aunque no sea sino por dar en los hocicos al masón vergonzante señor Villela, que le protege...—dijo el marqués—. Pipaón, ¿me ayudas o no?

—Ayudo.

—Soy familiar de la Inquisición; pondré de mi parte cuanto pueda. ¿No hemos visto a los más insignes hombres de la nobleza, a los Medinacelis y Albas y Osunas saltando de tejado en tejado, en calidad de alguaciles mayores del Santo Oficio, para perseguir a los criminales?

—Voy a dar a ustedes un resumen de las fechorías de ese Salvador Monsalud

—dijo Lozano de Torres, tirando de la campanilla—. Los corregidores y las Salas de Alcaldes han suministrado algunos datos, los cuales, unidos a los informes que tomé en el Ministerio de Seguridad pública, forman un curioso expediente.

Se presentó un oficial de Secretaría, el cual, por indicación de Lozano, trajo poco después un grueso legajo.

—Se cree que tomó parte en la conspiración de Richard para asesinar a su majestad—dijo Lozano, fijándose en el primer pliego.

—Se cree..., eso es; y debe de ser cierto—indicó don Buenaventura—. No puede menos de ser cierto.

—Viósele en Granada el año dieciséis—continuó Lozano leyendo—, y al poco tiempo estuvo en Murcia y Alicante, donde le protegían López Pinto, el brigadier Torrijos y algunos oficiales del regimiento de Lorena.

—Esta fué la conspiración del regimiento de Lorena, abortada por fortuna... Ojo, señores. Por empeños de Villela fueron puestos en libertad los conspiradores.

—El año diecisiete estuvo en los baños minerales de Caldetas, donde pasaba por criado del malogrado Lacy, y el cinco de abril salió de Tarragona con las dos compañías de Quer. Desapareció en Arenys de Mar.

—Desapareció...—dijo, con enfado, don Buenaventura—. Si no existiera esta sorda y astuta confabulación de todos los pillos, no se habría evaporado tan fácilmente.

—Volvió a aparecer en Gibraltar, visitando la casa del judío Benoltas, que dió dinero para la sublevación de Alicante—continuó Lozano, hojeando los papeles—. Después se le vió en Murcia muy unido a Romero Alpuente y a Torrijos; pero cuando éste fué descubierto y preso, el otro... desapareció.

—¡Desapareció!... Lo de siempre.

—Pero al poco tiempo se le vió en Madrid, donde los masones de Murcia tienen tan buenas aldabas. Sostuvo relaciones epistolares con don Eusebio Polo y con Manzanares, oficiales de Estado Mayor, y otros muchos militares distinguidos, afiliados en la masonería. Cuando éstos fueron reducidos a prisión, se pudo echar mano al Monsalud; pero al poco tiempo de encierro...

—Desapareció. Ya sabemos lo que son esas desapariciones—afirmó, colérico, el familiar de la Inquisición—. Los hermanos del Grande Oriente han tenido buen ojo en la elección de sus venerables. Son éstos algunos señores de la grandeza, generales y consejeros, como Villela.

—Reapareció en Valencia—prosiguió Lozano—a principios de este año. Trabajó con don Diego Calatrava en los preparativos de la conspiración de Vidal. Frustrada ésta, fué herido gravemente y preso con otros muchos. Llevado a la cárcel en camilla, se le encerró en un calabozo, donde era imposible la evasión. Cuando fueron a sacarle para conducirlo al patíbulo, encontraron en su lugar...

—¿Qué?

—Un muñeco vestido con sus ropas.

—Esto es burla... Pero sea lo que quiera, Pipaón ha dicho que el *desaparecido* está en Madrid.

—Así me lo han asegurado. Creo que podemos saberlo con toda certeza.

—Soy familiar de la Inquisición, y tú, Pipaón, un hombre agudísimo. Si de esta vez no hacemos algo de provecho, tengámonos por dos alcornoques de tomo y lomo.

—Pero si hacemos algo, mi señor don Buenaventura—dije—, que sea para disimular a un magistrado tan corrompido como el señor Villela.

—Vamos, a ti lo que te escuece es la vacante de consejero que Villela se quiere apropiarse, caliente aún el cuerpo del señor Requena. Por mi parte, te juro que aborrezco a Villela. Siempre he visto en él un hombre tan astuto como peligroso, que está sirviendo a la revolución.

—Ya se lo dirán de misas. Soy...

—Cójame a ese Monsalud, señor don Buenaventura—dijo el ministro—. Vamos, ¿a que no se atreve?

—¡Que si me atrevo! Pipaón, vete por casa mañana. Hablaremos.

—Pues hasta mañana, señor marqués.

—No hay más que hablar.

VIII

Veamos lo que en mi casa ocurría. Detenido en ella el señor don Miguel de Baraona por ciertos achaquillos en las piernas que no le permitían zarandearse en paseos y cafés, mataba el aburrimien-

to escribiendo cartas o perorando, si por mi desgracia lograba cogerme de su cuenta. Jenara hacía vida muy distinta. Menos ocupada que antes en sus labores de mano, salía con alguna frecuencia, pasando largas horas fuera. Todo revelaba en la hermosa dama que traía entre manos un asunto importante, que requería tanta actividad como cavilaciones. No tuve que hacer grandes esfuerzos para descubrirlo, porque ella misma me lo reveló todo una noche junto al brasero, después que Baraona se recogió en su cuarto.

—¿Ha averiguado el Gobierno—me preguntó—el paradero de Salvador Monsalud? ¿Sabe que está conspirando?

—El Gobierno, señora—le respondí—, lo sabe todo y no sabe nada; mejor dicho, sabiendo que se conspira a más y mejor, es completamente incapaz de descubrir, y más aún de castigar, las conspiraciones.

—¡Qué Gobierno!—exclamó Jenara—. Bien dice mi abuelo que estos que hoy mandan son como los muñecos que se ponen en el campo cuando se acaba de sembrar: espantan a los pájaros, pero no a los hombres. Diga usted, que sabe tanto—añadió con jovialidad—: ¿por qué no se habían de encomendar a mujeres ciertas cosas del Gobierno?

—¿Por qué no? Ahí están Catalina de Rusia, Isabel de Inglaterra y otras que gobernaron a sus pueblos...

—No, no es eso lo que digo. Gobiernen a los pueblos los hombres; lo que, según mi entender, podía confiarse a las mujeres es un trabajo menudo y que no requiere ciencia de libros: por ejemplo, el descubrimiento de las conspiraciones.

—En Francia dicen que hay muchas mujeres empleadas en la Policía secreta.

—Las mujeres—añadió Jenara con gravedad y gracia—son más leales que los hombres; sirven con más ardor y honradez a una causa cualquiera, son menos accesibles a la corrupción, poseen instinto más fino y mayor agudeza de ingenio, mayor penetración. Ustedes piensan; nosotras adivinamos.

—Es verdad: las señoras adivinan—dije con sorna—. Vamos a ver: ¿ha adivinado usted el paradero de Salvador Monsalud?

—Sí, señor—repuso, mirándome con fijeza y sonriendo vanidosa y triunfal-

mente—. Sí, señor; lo he adivinado, lo he descubierto, lo sé.

—Pero ¿es broma, es sospecha o presunción?

—Es certidumbre, señor don Juan.

—¡Es usted un tesoro, es usted una diosa, ¡Jenara!—exclamé con entusiasmo—. Pero dígame usted: esas salidas diarias, esa multitud de recados, esa ocupación constante durante más de una semana, ¿se han consagrado al servicio de la patria y del rey? Me parece inverosímil.

—Si he de hablar con verdad, no he atendido gran cosa al servicio de la patria y del rey... He tenido fijo el pensamiento en mi esposo, acuchillado y moribundo.

—Verdad es que la persona a quien queremos castigar ha sido por mucho tiempo la pesadilla y el espantajo de su familia de usted.

—Yo no sé hacer nada a medias—dijo Jenara con solemne voz—. Me impulsaba a dar estos pasos un sentimiento que inflama mi corazón, un sentimiento criminal que ofende a Dios, lo sé; un sentimiento...

—¡Jenara!

—Sí, señor de Pipaón: el odio; hablo del odio que se ha fijado en mí desde hace algunos años, como un puñal que me atraviesa el corazón. Incapaz de tranquilidad, escandalizada de la debilidad de los hombres, que han dejado sin castigo a tan atroz criminal, me he lanzado resueltamente, y con todo el ardor de mi carácter, a un trabajo impropio de mi sexo y condición. He desfallecido muchas veces, he sufrido grandes sonrojos; pero, al fin, la fuerza de mi propia pasión me ha dado energía, y con la energía una luz extraordinaria. ¡Qué no conseguirá la voluntad de una mujer, su penetrante instinto, su admirable sagacidad!...

—Esas prendas, señora, han revuelto el mundo muchas veces, han provocado guerras y revoluciones—dijo, contemplándola fijamente, ansioso de descubrir las verdaderas ideas y los sentimientos efectivos de Jenara en aquella ocasión.

No era fácil averiguar esto; y en vano clavaba mis ojos en la marmórea belad que ante mí tenía. Por experiencia sabía yo que, para el conocimiento del alma de Jenara, era preciso atenerse a lo que decían sus labios, dejando al

tiempo o al acaso la misión de descubrir el color y los astros de aquel cielo, siempre cubierto de nubes. Al mismo tiempo, no podía hacer grandes observaciones fisonómicas, porque mis ojos, lo mismo que mi atención, se distraían con el recreo y embobamiento que tan grande hermosura les producían. ¡Lástima grande que bajo aquella serenidad majestuosa, aunque algo artificial, como los papeles del teatro, se escondiese, cual serpiente en nido de rosas, el odio tan ponderado verbalmente por ella!

—Si es cierto—dijo—que por las averiguaciones que ha hecho usted, como principal agraviada, se logra descubrir y capturar a ese hombre, el Estado y el rey están de enhorabuena. Precisamente, nuestro amigo el señor Lozano bebe los vientos por ponerle la mano encima. ¿Pues y don Buenaventura? Poco contento se va a poner cuando yo le diga... Como que nuestro paisano es el alma y la clave de las conspiraciones. Parece mentira que una señora haya conseguido lo que intentaron hasta ahora en vano tantos y tan buenos espías...

—¡Espías! Los de la Inquisición, lo mismo que los del Gobierno, están vendidos a los masones—afirmó Jenara con desprecio.

—Cuénteme usted todo; cuénteme esos prodigios.

Sonrió la dama, y por breve rato puso los ojos en el brasero, sin dejar la sonrisa, que parecía esculpida en su rostro.

—Si le contara a usted todo lo que he hecho—dijo al fin—, se asombraría de algunas cosas, y de otras se reiría, formando mala idea de mí.

—Vamos a ver.

—Sin hacerse cargo de la impresión que produjo en mí la vista de ese hombre en la iglesia del Rosario, nadie comprenderá las locuras que he hecho. Yo estaba aterrada; parecía que me apretaban el corazón con tenazas de hierro; yo no podía dormir; la terrible imagen iba tras de mí a todas horas, infundiéndome miedo y una congoja extraña.

—Lo conocí.

—Yo presagiaba toda clase de males; veía en ese hombre un poder maléfico... Era tal mi turbación y lo preocupada que yo vivía, que una noche creí verle deslizarse por esos pasillos, como un fantasma.

—¡Jenara!

—Sí; la imaginación me le puso delante... ¡Y con cuánta verdad! Vi su cara, sentí el ruido que hacía su capa rozando en las paredes...

Me quedé frío.

—Pero no..., no se asuste usted... Yo no creo en fantasmas. ¡Cosas de mis ojos, que suelen ver lo que no existe!... Ya me ha pasado lo mismo otras veces... Ello es que la propia exaltación me dió fuerzas para sobreponerme al miedo, a la congoja, y furiosa me revolvi contra mi atormentador. El placer de castigarle, de hacerle sentir el peso de una mano justiciera dirigida por mí, dió mayor fuerza a mi voluntad. ¡Era preciso buscarle, burlar su astucia, sorprenderle, cogerle, destrozarle!

—Veamos lo que hizo usted.

—Desde luego, sabiendo que ese hombre estaba en Madrid, parecía natural creer que vivía en alguna parte.

—Eso no tiene la menor duda.

—Yo pensé de otra manera; yo pensé que viviría en muchas partes.

—Ya..., es decir, que cambiaría todos los días de domicilio para desorientar a sus perseguidores.

—Justamente. Pero esta idea tenía poco valor mientras no se averiguase una, por lo menos, de las guaridas del miserable. Empecé sin resultado mis pesquisas, cuando de repente vino en mi ayuda la casualidad, proporcionándome un nuevo encuentro con él cierta noche que volvíamos a casa Paquita y yo un poco tarde.

—¿Y le habló a usted?

—¡Qué disparate! No me conoció. Yo sí le conocí perfectamente, a pesar de que iba embozado hasta los ojos.

—¿Y dónde fué ese encuentro?

—En la calle Mayor. Eran las nueve. El iba en dirección a la plaza de la Villa. Paquita y yo veníamos de casa del señor Grima, corregidor que fué de Vitoria.

—Y usted y Paquita, llenas de terror, avivaron el paso para huir de él.

—Al contrario, volvimos atrás..., y le seguimos.

—¿Le siguieron?

—Sí, señor. Nos arrebujaamos muy bien en nuestros mantones, y le seguimos a cierta distancia. Como él anda tan aprisa, llegamos sin aliento a la calle de Santiago.

—Donde se escurrió por algún portal...

—Entró, sí, en una casa; pero yo no me desconcerté por eso, y con toda serenidad examiné el edificio detenidamente. Era un palacio enorme, pesado y triste, con grandes balcones y un escudo formidable sobre el del centro. Parecía la vivienda de un grande de España. Monsalud, al entrar en ella, iba a visitar a alguien; de ningún modo a quedarse allí.

—Muy bien pensado; pero las casas de los grandes, sobre todo si los que las habitan no son muy grandes, suelen tener buhardillas que se alquilan a gente pobre, y a las cuales suben por la escalera de servicio.

—También pensé yo esto—dijo la dama, demostrándome su prodigioso método de raciocinio—, y para salir de duda me decidí a preguntar al portero.

—Lo que no dejaba de ser aventurado y sospechoso.

—No me importaba; yo entré resueltamente, y dije al portero: «¿Vive en las buhardillas de esta casa una pobre viuda enferma, llamada doña Petra, que ha puesto un anuncio en el *Diario* pidiendo limosna a las almas caritativas?» El portero me informó de lo que quería saber, diciendo: «En esta casa no hay buhardillas alquiladas, ni aun viviendas; ni aquí vive nadie más que mi amo el señor conde...» Ya estaba segura de que Monsalud no vivía allí y de que, más tarde o más temprano, saldría. Paquita y yo nos llenamos de paciencia y aguardamos.

—¡Qué valor, qué constancia sublime!... En una noche fría..., dos mujeres solas en la calle.

—Nadie se metió con nosotras. Antes de las once, Monsalud salió.

—¿Y le siguieron?

—Le seguimos. El miraba atrás algunas veces; pero viendo transeúntes indiferentes o mujeres, seguía tan tranquilo.

—¿Y fué larga la segunda caminata?

—No muy larga. Entró en el café de Levante; pero no por la puerta del local público, sino por otra lóbrega y estrecha que hay al costado, y por la cual creo se sube a la tertulia.

—Así es, en efecto. Supongo que no entrarían ustedes en el café ni aguardarían tampoco la salida del aventurero.

porque tales garitos no se vacían hasta la madrugada.

—Entrar, no; pero aguardar, sí—me contestó con una serenidad que me dejó pasmado—. En aquella acera, que es de gran tránsito a causa de las puertas de los cafes cercanos, se ven mujeres y chicos que piden limosna, castañeras, ciegos que venden villancicos, y también muchos rateros y gente sospechosa, con la cual alternan en amor y compañía los alguaciles. Paquita limpió el lodo junto a la puerta por donde él había entrado y por donde esperábamos que saliera, y...

—¡Jesús, María y José!—exclamé, interrumpiéndola—. ¿Fué usted capaz?...

—Sí, señor; nos sentamos allí. Con los mantos sobre la cabeza, no nos diferenciábamos gran cosa de la sociedad allí reunida... Yo no me acobardaba ante ningún obstáculo. Resuelta a marchar derecha a mi objeto, llena y encendida toda el alma con la llama de un aborrecimiento que era mi sostén y mi martirio, no reparaba en dificultades. Sólo así se vence, señor Pipaón.

—¿Y hasta cuándo duró la guardia?

—Hasta las cuatro de la mañana. Fué aquella noche que estuve fuera de casa. ¿Se acuerda usted? Entré por la mañana, diciendo que había estado acompañando a una amiga parturienta.

—Me acuerdo, sí.

—Hasta las cuatro, sí. Nos levantamos de allí medio heladas—continuó, riendo—. El salió con otros tres; marchó hacia la calle Mayor. A la entrada de la de Boteros, uno de ellos se separó, y Monsalud, con los dos restantes, entró en la plaza. Los seguimos a bastante distancia; pasaron a la calle de Toledo, y pasamos también nosotras. Detuviéronse en la esquina de la calle Imperial, y entonces resolvimos adelantarnos y pasar junto a ellos para que no sospecharan que los seguíamos. Cuando pasamos, oí claramente la voz de Salvador, que decía a sus compañeros: «Estoy muy fatigado y voy a acostarme...» Siguiéndole, pues, hasta el fin era seguro que sabríamos dónde vivía.

—¡Qué admirable paciencia! El más astuto y diligente alguacil no haría otro tanto.

—Esto no puede hacerlo la justicia, que es mercenaria y venal: lo hace una mujer.

—¿Y dónde vivía?

—En la calle de Segovia. Detúvose en una puerta, y después de dar varios golpes, bajaron a abrirle y entró.

—Dando fin con esto a las investigaciones de usted, pues no creo...

—No entramos... ¡Qué disparate! Pero examiné cuidadosamente la casa. En los balcones del piso segundo de ella vi los papeles que suelen ponerse en las casas de pupilos. En la parte exterior del portal vi una muestra que anuncia lo siguiente: «Pepita Rojo, bordadora en fino.» En el principal, otra tabla dice: «Planchadora», y en el tercero, un balcón roto y algunos tiestos.

—¿Significa algo el balcón roto y los tiestos?

—Nada: lo digo para que vea usted cómo examiné uno por uno todos los accidentes de la fachada de aquella casa, como se examinan las facciones del facineroso que nos ha robado para poder dar sus señas a la justicia.

—¿De modo que le tenemos allí?

—No cante usted victoria todavía, señor mío, que aun falta mucho por contar... Nos retiramos a casa. Yo calculaba que un hombre que se acuesta a las cinco de la mañana no podría levantarse muy temprano.

—¿Pues qué? ¿Proyectaba usted nuevas excursiones?—pregunté con la mayor sorpresa.

—A las ocho, después de charlar un poco con mi viejo, estábamos en la calle Paquitta y yo. ¿No se acuerda usted?

—Sí, me acuerdo.

—Salimos, sí, en dirección a la calle de Segovia. Llegamos. Pregunté en el portal por «Pepita Rojo, bordadora en fino», y dijéronme que vivía en el sotabanco; Paquita entró en la casa de huéspedes del segundo pidiendo pupilaje.

—¡Qué demonio! Fué cuando Paquita estuvo fuera de casa tres días, y usted dijo que había ido a Daganzo de Abajo a ver a su madre enferma.

—Eso es. Yo entré en casa de la bordadora a encargarle una obra muy difícil y costosa. Sin hacer alarde de riqueza, me mostré generosa; volví al día siguiente, llevando un regalito a sus niños; conocí a su marido, que es herrero, y no parecía tener trato alguno con revolucionarios; pero ni mi observación ni mi dinero me dieron luz alguna.

—¿Y Paquita?

—Vivió allí tres días. Hízose, por en

cargo mío, la desenvuelta para comunicarse con los demás huéspedes, y principalmente con un tal Núñez, algo misterioso, que en la misma casa vivía, teniendo consigo a un primo, que se decía recién llegado de Valencia...

—Ese primo...

—Yo iba a visitar a Paquita, porque ésta no podía hacer gran cosa sola. Apenas había visto la fisonomía de Monsalud y no conocía el metal de su voz. El tercer día de mi visita temblé de pavor y al mismo tiempo de alborozo: había oído la voz del miserable en una habitación inmediata. Al punto nos encerramos, y Paquita practicó sigilosamente un agujero en el endeble tabique, detrás de un cuadro. Oímos algo; pero nada importante. Núñez y Monsalud habían llamado a la patrona y contaban el dinero para pagarle, pues se marchaban de la casa. Su conversación era indiferente, y ni una palabra dijeron que indicase cuál iba a ser su nuevo domicilio. Llegó entonces un tercero, salieron todos, y metiéndose en un coche, que a la puerta esperaba, partieron, sin que fuera posible averiguar nada.

—¡Perdido otra vez! ¿Y no se dió usted por vencida?

—Nada de eso. Paquita y yo entramos después en conversación con la patrona, tratando de descubrir algo; pero nada sacamos en limpio. La buena mujer ponderó la puntualidad y largueza con que semanalmente le pagaba Núñez, calificando a éste y a su primo de excelentes sujetos. No hacía un cuarto de hora que habían salido cuando llegaron..., ¿quiénes dirá usted?

—No sé.

—Los alguaciles de la Inquisición de Corte, con un señor familiar a la cabeza.

—¿A prenderlos? ¡Qué oportunidad!... Los herejes y masones son como el humo: los ve uno y no puede echarles mano.

—Tranquilizada y en paz la casa, luego que los alguaciles, con el señor familiar al frente, se marcharon, reanudamos nuestra conversación Paquita, la pupilera y yo. Fingí ser persona de escasos posibles, viuda de un militar, y dije que me acomodaría en aquella casa al lado de mi amiga si me admitían por poco dinero. Era mi deseo penetrar en la habitación abandonada por los fugitivos para ver si habían dejado algún

objeto que aclarase un poco las tinieblas en que me encontraba. Enseñóme el cuarto la posadera, y al punto lo examiné todo: paredes, muebles, piso. En un rincón de éste había varios pedazos de papel, una carta rota. En un momento en que estuvimos solas, los recogí, y guardados cuidadosamente, me los traje a casa para juntarlos y leerlos.

Diciendo esto, sacó de su costurero un papel en que estaban pegados los pedazos de la epístola.

—Lo que pude reunir y junté de este modo—dijo, mostrándomelo—no es más que una tercera parte de la carta, y sólo resultan frases sueltas de oscuro sentido. Vea usted: «... mingo a las nueve de la noche te espero en la esquina... ana vieja no puede venir a mi casa... que mi ma... Caraban... enojada, furiosa y no mereces... *Andrea.*»

IX

—No entiendo una palabra de esta monserga—dijo, devolviendo el papel.

—Pero basta fijarse un poco para comprender que es una cita amorosa. La firma de la dama es Andrea.

—¡Andrea!... Conozco yo varias Andreas.

—A mí no me importaba conocer a la dama; lo principal era saber el punto en que se verificaría la cita amorosa, y esto bien se descubría reflexionando un poco.

—¿En dónde?

—En la esquina de la calle de la Aduana Vieja.

—Es verdad..., el domingo. ¿Y fué usted?

—¿Pues no había de ir? Aquella noche, Paquita y yo la pasamos también en claro. Vi a los dos amantes. Se me figura que él no está muy entusiasmado; ella debe de valer poco; separáronse pronto.

—¿Y le siguió usted de nuevo?

—Por todo Madrid; hasta que después de diversas paradas y escalas aquí y allí, paró cerca de la madrugada en la casa donde vivía y donde vive ahora.

—¡Admirable, sorprendente!

—Desde que descubrí su nuevo albergue comenzó Dios a favorecerme, porque Paquita reconoció en aquella la casa donde vive una parienta suya y paisana,

con la cual tiene muy buena amistad. Fué a visitarla al día siguiente, y por ella supe que el marido de doña Teresona (que así se llama la de Daganzo) es portero, conserje o guardián de la tal casa, perteneciente a bienes mostrencos y habitada por un administrador de éstos. El señor Roque pertenece en cuerpo y alma al habitante principal de la casa. Es difícil corromperle; pero no así la señora Teresona, que, insensible primero a mis ruegos, se ablandó con los regalos que le hice. Todos mis ahorros y el producto de parte de mis alhajas, que vendí, los he empleado en tantear la codicia y ganarme la voluntad de aquella mujer. He penetrado anoche en la casa, y escondida en un miserable cuarto trastero que da al patio y a la escalera grande, he visto entrar a Monsalud con otros dos, encender luz y encerrarse en la única pieza habitable del piso alto, cuyos largos corredores, desnudos, abiertos, fríos y solitarios, tiemblan y crujen cuando alguien pasa por ellos. Nada más necesito decir a usted sino que cuando la justicia quiera apoderarse del conspirador puede hacerlo cómodamente y sin peligro ni ruido.

—Mañana mismo—dije, frotándome las manos de gozo—. ¡Gracias a Dios! España verá al fin un día de justicia, ya que ha visto tantos de bajezas, debilidades e infames sobornos.

—¿Y se hará justicia?—preguntó Jenara con energía—. Este indigno espionaje que he referido, ¿será un vano capricho de mujer furiosa?

—La Inquisición sabe dónde tiene la mano derecha.

—La Inquisición no sabe nada—replicó ella con desprecio—. Sueño con la justicia, y la justicia debe hacerse, debo hacerla yo misma. ¿Para qué he de fiar mi justa venganza a la Sala de Alcaldes o a la Inquisición? ¿Necesito acaso de ellos? ¿Por ventura no estoy yo aquí?

Al decir esto, el vivo rayo de sus ojos indicaba una contumacia y una virilidad (permitase la palabra) que me infundían miedo. Aquella mujer no necesitaba de nadie para realizar sus ideas.

—Veo—le dije—que usted será capaz de suplir con su acerada voluntad a nuestra débil e impotente justicia. A tanto villipendio han llegado el siglo y los tiempos, que una mujer sola, sin más auxilio que su corazón de fuego y su ini-

ciativa poderosa, podrá dar satisfacción a la moral pública y a la patria ultrajada. ¡Admirable espectáculo!... ¡Cuán grande es la mujer cuando quiere serlo! ¡Qué heroísmo! ¡Qué lección a los vanos y corrompidos hombres, señora!... Dios infunde a una mujer esta energía potente. Dios envía un destello de su justicia sobre el ser más débil y más bello de la creación, para que la gran idea no se extinga en el mundo. Yace la autoridad hecha pedazos en el fango de las logias y en las alfombras de los palacios. Dios da a una mujer el encargo de recogerla, y a gran fuerza vuelve a brillar como un acero terrible sobre la cabeza de los pueblos, atontados y embrutecidos por el democratismo y la revolución...

Jenara, profundamente abstraída, no contestó nada a mis ditirambos.

—Pero yo—continué con el mismo calor—, yo, en cierto modo representante de esa justicia oficial que tan mal cumple sus deberes, estoy interesado en que recobre su esplendor. He adquirido cierto compromiso en este asunto, y, por tanto, me atrevo a reclamar el delincuente.

—Para prenderle mañana y soltarle pasado mañana?

—No. Yo juro a usted por Dios, que nos oye, que Salvador no quedará esta vez sin castigo. ¡Pues no faltaba más!... Respondo de ello...

—Es usted como todos—me dijo gravemente—. Pero este asunto me causa tanto terror, que no puedo empeñarme en llevar adelante mi primer pensamiento. Es una locura, un desvarío... Mi corazón, irritado y furioso, me ha impulsado hacia un fin terrible; pero en mi alma hay también destellos de luz religiosa; tiemblo; retrocedo y me digo: «Jenara, ¿qué vas a hacer?...» Mientras buscaba a mi insultador y asesino de mi esposo, no me causaba espanto el considerar la merecida expiación de sus culpas; pero ahora que le tengo, ahora que le veo en una jaula, siento frío en el corazón. «¿Qué debo hacer?», me pregunto. Si fuera hombre, la cuestión estaba resuelta. Si mi esposo estuviera aquí, también. Pero me encuentro sola. ¿Qué puede hacer una mujer? Antes me condenaré a los tormentos del despecho toda mi vida que comprar con oro una mano extraña.

Si tan horrible idea cupo un día en mi cerebro, hoy la rechaza mi corazón... Le tengo en mi poder y vacilo... Cuando le perseguía, todas las ferocidades del castigo, hasta el asesinato, me parecían naturales... Mi mano le coge al fin, y todo es congoja, indecisión... Ahora me acuerdo—añadió, sonriendo—de un caso ocurrido el otro día, y que no por trivial deja de ser muy apropiado a lo que ahora nos ocupa. Dispénsame usted lo frívolo del cuento y óigalo. Durante muchas noches me mortificaba en mi cuarto un miserable ratoncillo, quitándome el sueño y adjudicándose multitud de objetos de mi propiedad. Cuanto ideamos Paquita y yo para apoderarnos del vándalo fué inútil. Yo me desesperaba, y, desvelada por las travesuras ruidosas de nuestro intruso, tramaba mil proyectos de exterminio contra él. Estrujarlo, aplastarlo, quemarlo vivo, ahogarlo, todo me parecía poco. Oyendo el rumor de sus dientes y sus menudos pasos, mi corazón se abrasaba (no se ría usted) en furores de venganza. Ningún placer había comparable al placer de verlo en la boca de un gato, o en las tenazas de la cocinera, o en las manos de un pilluelo de las calles... Por último, lo cogí en la ratonera que usted nos dió. Cuando lo vi preso y en capilla, toda aquella tempestad de crueldades que rugían en mi corazón desaparecieron como por encanto; aparté la vista con horror y repugnancia, y, entregando la ratonera a Paquita, le dije: «Mátalo donde yo no lo vea ni lo sienta...» ¿Querrá usted creer que me puse nerviosa..., que casi estuve a punto de llorar..., que me fui corriendo de mi cuarto, porque desde él se sentían los chillidos lastimeros del pobre animal?

—¡Corazón generoso en voluntad firme!—exclamé—. Bien, señora mía: entrégueme usted esa ratonera donde acaba de caer el vándalo. Yo juro...

—Usted jurará todo lo que quiera: pero ¿de qué valen todas sus buenas intenciones contra la flojedad del Gobierno? Le prenderán hoy, y mañana...

—Hay una gran irritación contra él y no es fácil que se le suelte. Vea usted cómo la señora Fermína Monsalud cayó en poder de la Inquisición hace años, y aún se pudre en un calabozo, a pesar de los esfuerzos que hacen los masones para salvarla.

—La prisión y el tormento que han dado a esa buena mujer es una iniquidad que me horroriza.

—¡También usted se interesa por ella!

—Por la justicia. Toda infamia me irrita, y jamás perdonaré a mi esposo y a mi abuelo la crueldad con que han tratado a esa pobre señora inocente. ¿Es ella responsable de los crímenes de su hijo?

—Hasta cierto punto...

—Hasta ningún punto—dijo bruscamente y con enojo—. ¡Cuántas veces he reñido con Carlos, echándole en cara su conducta en este particular! ¿No es inícuo, no es contrario a todas las leyes divinas y humanas, atormentar a una infeliz mujer para que..., para que declare que es cómplice de los crímenes de su hijo? Si no lo es, ¿cómo ha de declararlo?

Advertí en el semblante de Jenara una emoción muy visible, fenómeno raro en ella. Era la primera vez que aparecía conmovida durante nuestro largo coloquio de aquella noche.

—Veo que el odio de que hablaba usted hace poco—le dije—tiene también sus suavidades.

—Sobre mi odio está mi justicia—repuso—. Y qué, ¿puede negarse que esta iniquidad de mi familia atraerá sobre nosotros la cólera de Dios? Yo preveo desgracias, yo preveo desastres en mi casa. ¡Ay! ¿Por qué no somos felices? En este matrimonio, en esta joven familia llena de tristezas, hay una cosa negra que todo lo envuelve.

Quedó meditabunda. Contemplándola y tratando de penetrar en los antros de su alma, yo decía entre dientes: «¿Qué misterios hay en ti, mujer? ¿Qué tienes detrás del cielo de esos ojos?» Luego hablé en voz alta, diciéndole:

—Verdaderamente, es crueldad inútil atormentar a esa desgraciada. Se conoce que Salvador bebe los vientos por librarla de los señores inquisidores. Ya vió usted que aquella insolente hoja...

—Debió usted hacer algo en pro de la infeliz mujer—dijo en tono de viva reconvencción—. ¡Qué ocasión tiene usted para hacer una obra de caridad y contentarme al mismo tiempo!

Dijo esto, y se levantó con la súbita agitación de una persona impaciente.

—¿Qué más deseo yo sino agradar a usted?

—Dirá usted que es capricho; pero mi conciencia me repite que es ley.

—Y lo será.

—El señor de Pipaón tiene buenos sentimientos.

—Sin duda.

—Pues haga lo que piden la justicia y la piedad: empéñese usted con Lozano para que mande poner en libertad a la mártir Fermina Monsalud.

Quedéme perplejo. La animación de Jenara, su encendido color y el rayo de sus ojos indicaban sensibilidad muy viva. El cambio repentino de aquella alma, que había pasado de la fría impassibilidad inquisitorial a un arranque de compasión ardiente, me confundía.

—Es difícil que Lozano de Torres consienta...

—Pues me quedo con mi prisionero —afirmó con un destello de ira—. Haré de él lo que me convenga.

Alcé los hombros y, sin decir nada, acerqué las palmas de mis manos a la lumbre.

—Me guardo mi prisionero, me guardo mi víctima, me guardo mi reo. Yo le pondré en capilla cuando me convenga.

—Bueno—dije sencillamente—. En ese caso no hay nada que añadir. Lo más que puedo hacer es hablar a Lozano de Torres.

—Y hacerle ver la injusticia y atrocidad que están cometiendo—añadió, suavizándose—. ¡Ay Pipaón! Desde hace tiempo deseaba yo que alguien de esta casa se interesase por esa pobre mujer. No me atreví a decirlo por no enfadar a mi abuelo; pero créalo usted: ¡me causaba tanta pena!... Tenía vergüenza de manifestarlo. ¡Parece mentira que cause bochorno la piedad!... Se me figura, además, que esta horrible injusticia ha de traer grandes calamidades a mi familia; pienso mucho en esto: estoy viendo venir el castigo de Dios.

—Nada, nada, señora; por mí no quedará.

—Pero ¡qué locuras digo! —añadió, tranquilizándose—. ¡He dicho que guardaba a mi prisionero! ¿Para qué le quiero yo?... No: la obra de caridad que solicito nada tiene que ver con ese hombre. El perdón de la madre inocente hará resaltar más la justicia castigando al hijo malvado.

—Ha dicho usted que se reservaba para sí el prisionero.

—Una tontería, Pipaón. ¿Quiere usted saber ahora mismo dónde está Salvador? En la calle del Divino Pastor, número cuatro, junto a Monteleón.

—Gracias, gracias.

—Justicia, pido justicia; y pues usted se presta a hacerla en mi nombre, ponga en libertad a Fermina Monsalud; libreme usted de ese remordimiento que sufro por crueldades ajenas; aparte usted de mi familia y de mi esa sangre que está cayendo gota a gota sobre nosotros, y lo agradeceré con toda mi alma.

—Lo intentaré, señora; pero estoy confuso... Los extraños sentimientos de usted no se explican fácilmente. De pronto, una furia inquisitorial contra el hijo...; de pronto, una sensibilidad plañidera en favor de la madre. ¿Qué es esto?

—¿Acaso lo sé yo? Amigo don Juan, la holgazanería del corazón trae estas extremadas vehemencias.

—¡La holgazanería del corazón!

—La falta de afecciones tranquilas. Mi soledad, el alejamiento de mi marido, el no ser ni madre ni hermana de nadie, traen un estado en que el corazón ocioso trabaja, buscando afectos. Es como un desheredado que ha de ganarse la vida. Trabaja, discurre o coge lo que encuentra.

—Me alegraré de que el señor don Carlos vuelva pronto. Entre tanto, señora, abogaré por la mamá; y en cuanto al hijo...

—No le nombre usted más —replicó, volviendo el rostro con repugnancia—. Lo que resta por hacer no me corresponde a mí. Cójale usted, enciérrele, mátele, descuartícele, enhorabuena. No me verá usted conmovida ni alarmada, con tal que el castigo se haga lejos de mí.

—Le cogeré, le encerrare, le mataré, le descuartizaré.

—Le entrego a usted la ratonera—dijo, riendo—, y aparto la cara y tapo los oídos. Mi rencor acaba donde empieza el verdugo.

—Muy bien. Del otro asuntillo yo hablaré mañana mismo al ministro.

—No diga usted que es cosa mía. ¡Si Carlos lo supiera...!

—No; lo haré por mi cuenta. Dudo mucho que consiga nada...

—Insista usted. Ponga usted ese favor por condición ineludible para la entrega del conspirador más atrevido de estos tiempos.

—No es mala idea. ¿Y no se nos escapará de aquí a mañana?

—¿Cree usted que he gastado en balde mi dinero y mi tiempo?—dijo en tono de seguridad—. Esté usted tranquilo.

—Pues no hay más que hablar.

—Nada más.

Y nos despedimos para retirarnos.

X

Al día siguiente, cuando a salir me disponía, entró un amigo y me dijo que corriera por Madrid la noticia de que dejaba el Ministerio de Gracia y Justicia el señor Lozano de Torres. Esto varió de improviso el curso de mis ideas, obligándome a apresurar mi visita al mencionado señor y quitándome al mismo tiempo las pocas esperanzas que tenía de conseguir de él lo que a solicitar iba, por ser muy difícil tocar la fibra de la piedad en un ministro sentenciado. Pero no había dado veinte pasos por la calle Ancha cuando otro amigo, oficial en el Ministerio de Gracia y Justicia, me detuvo, diciéndome:

—En la casa se asegura que sucederá a don Juan Esteban el señor marqués de M***.

Nuevas confusiones en mi cabeza. Poco después estaba en el despacho de su excelencia. Cuando yo entraba, entró también el señor don Ignacio Martínez Villela, circunstancia que no carecía de significación para mí. El señor Lozano estaba meditabundo y como acongojado, sin duda porque veía encima el pelo con que la majestad de Fernando recompensaría pronto un amor desmedido. A nuestras preguntas, no obstante, contestó que nada sabía de su destitución, y que el rey se había mostrado la noche anterior más cariñoso que nunca, lo cual, en puridad, no quería decir nada. Pero lo que más me sorprendió desde el principio de mi visita, causándome mucho gusto, fué que el ministro recibió a Villela con extraordinarias muestras de aprecio.

—Ya le he dicho a usted—manifestó éste—que ha tiempo que el marqués le mina a usted el terreno. Usted no quiere hacer caso de mí, no quiere seguir mis consejos...

El Zorro no contestó nada y seguía muy taciturno.

—Ya nos cayó que hacer—dijo jovialmente Villela, sacando su caja de tabaco—, porque el señor don Buenaventura va a entregarse a la persecución de masones con un celo lamentable, y ahora..., ya se sabe..., vamos a ser masones y jacobinos todos los que no pensamos como él. Seré masón yo, será masón usted...

—¡Yo!...—dijo el ministro.

—Sí; ahora, amigo mío, todo aquel que no tenga la suerte de agradar al señor marqués..., ya se sabe.

—Pues que no me busque el señor marqués—exclamó Lozano, súbitamente arrebatado de ira—, porque me encontrará.

Villela rompió a reír. Su doble barba temblaba al compás de la risa.

—Pero, hombre, si se lo estoy diciendo...—gruñó don Ignacio—, y usted no quiere creerme, y usted cada vez más condescendiente con el señor marqués, y usted erre que erre, creyendo que el señor marqués es el brazo derecho de la nación. Hace tiempo que en esta casa somos tratados como perros todos los que no tenemos esa acendrada admiración y culto que el ínclito marqués de M***.

—¿Como perros?

—O como masones. Hace tiempo que aquí le niegan a uno hasta los favores más insignificantes si no obtienen la venia del señor don Buenaventura, de esa lumbrera sin cuyos resplandores parece que los de esta casa no se ven la punta de la nariz.

—Pues qué, ¿no he accedido a todas las peticiones de usted?—dijo el ministro con pena.

—A ninguna, señor don Juan Esteban. En cambio, el señor marqués, a quien se indica para sucesor de usted, y que tanto trabaja para conseguirlo, no ha tenido más que boquear para ver realizados toda suerte de antojillos. Ya se cobrará los favores que ha recibido: descuide usted. Ahora es corriente: todos somos masones. Preparémonos, señor don Juan Esteban, a que caiga sobre nosotros la familiaridad del familiar.

—¿Qué dice a esto, Pipaón?—me preguntó el ministro.

—Sólo sé que en Madrid no se habla de otra cosa que de la entrada del señor don Buenaventura en este Ministerio—dije con gran aplomo.

—No se habla de otra cosa...—repitió

Lozano, sin poder disimular que tenía traspasado el corazón.

—Y un amigo mío, que ahora venía de Palacio, me lo dijo también—añadí—. Si aquí nadie está seguro... ¿De qué sirven una lealtad acrisolada, una disposición extraordinaria y una experiencia no común?... Pero consuélase usted, señor Lozano de Torres, con saber que quedarán en el país excelentes recuerdos de su paternal administración.

—Sí, ¿eh?

—Es evidente. El hombre honrado, el hombre inteligente, el hombre que cumple con su deber, tiene por premio la admiración y el respeto de los pueblos. ¿Qué más quiere?... Goza usted de fama, además de hombre benigno y que aborrece las crueldades...

—Lo que es eso...

—Hasta cierto punto—dijo Villela, sonriendo.

—Hasta donde se ha podido—afirmé yo—. El señor Lozano no abandonará esta casa sin dar la última prueba de su caritativo corazón y sentimientos cristianos. Sí, ¿por qué no he de decirlo de una vez? Hoy vengo aquí con una pretensión de generosidad que proporcionará a usted, amigo mío, ocasión de mostrar la bondad de su alma.

—Para pedirme una obra de caridad no se necesita tanto aparato—dijo el ministro—. Si no es más que eso...

—Vengo a solicitar, en nombre y a petición de varios paisanos míos, que la Inquisición de Logroño ponga en libertad a Fermina Monsalud, inicua y atormentada.

Lozano Torres frunció el ceño.

—Aquí te quiero ver—dijo Villela, echando hacia atrás el inmenso cuerpo y riendo como un ídolo asiático—. ¡Si ésa es la petición que yo hice el otro día!... Pero no, no agrada al señor don Buenaventura... ¡Pues no faltaba más sino que se fuera a poner en libertad a una mujer inocente!... ¡Duro con ella, señor ministro! La Religión y el Estado exigen que esa mártir perezca.

Sus risas atronaban la sala.

—Aquí hay una madre presa y un hijo que conspira—manifestó el ministro.

—Eso es—gruñó Villela—. ¿No se puede coger al hijo?... Pues descoyuntar a la madre. ¿Hay nada más lógico?

—Es una iniquidad—dijo Lozano con

movimiento repentino—. Esa pobre señora debe ser puesta en libertad.

Alargó la mano para tomar pluma y papel.

—¡Tate, tate!—exclamó con toda la fuerza de su mordaz ironía el *Elefante*—. ¿Qué hace usted? Cuidadito, se enojará don Buenaventura.

—Es una obra de caridad.

—Masónico; eso es masónico puro—gritó Villela, dejándose caer en el sillón.

—Mandaremos al Consejo Supremo que disponga inmediatamente la libertad de esa mujer—dijo Lozano, escribiendo.

—Hombre de Dios—manifestó el consejero, variando al fin de tono y hablando seriamente—, ¿no solicité lo mismo hace tres días? Ha necesitado usted que otro lo recomendara para hacerlo...

—Mis paisanos...—indiqué yo.

—Señor Pipaón—dijo Villela, volviendo a las burlas—, usted es masón.

—¿Por qué?

—Porque ha pedido que se pusiera en libertad a una víctima de la Santa... Y también yo soy masón, porque lo pedí antes. Y también es masón el señor Lozano, porque lo concede. Preparémonos a que los espías del marqués se metan en nuestras casas.

Lozano escribía.

—¿Manda usted a la Suprema que dé las órdenes?—preguntó el consejero, mirando por encima del hombro de Lozano lo que éste escribía.

—¡A raja tabla!...—respondió Torres, echando una rúbrica que parecía una puñalada.

Estaba furioso. Parecía un gato perseguido; y cuando tiró de la campanilla para llamar a un oficial, sus ojuelos azules despedían fulgor vengativo.

—Ya está hecho—dijo con el placer de quien ve el éxito de su primer rasguño.

—Ha hecho usted una obra admirable—afirmó Villela, alargando sus brazos hacia el ministro—; permítame que le abrace. Y ahora me toca a mí. Tenemos mucho que hablar. Si Pipaón tuviera la bondad de dejarnos solos...

—Precisamente tengo que hacer...

Di las gracias a Lozano, que me reiteró verbalmente su estimación.

Villela me dijo al despedirme:

—El ministro y yo vamos a hablar de masonería. Si ve usted a don Buenaventura, denúnciele esta logia.

—Pues hablemos de masonería—repitió Lozano, sentándose junto a la corpulenta humanidad de su amigo—; Pipaón, adiós.

Yo estaba tan sorprendido como satisfecho. Presentábanse aquel día las cosas a pedir de boca, pues después de conseguir del ministro amenazado lo que poco antes me resultara imposible o, al menos, difícilísimo, quedábame ancho y expedito el camino para congraciarme con el ministro sucesor, proporcionándole uno de los más vivos goces que pudiera anhelar. La Providencia, que jamás me abandonó, disponía en aquella ocasión que quedase bien con todos: bien con Lozano de Torres y mejor aún con el marqués, principal imán de mis complacencias a la sazón, porque los servicios que yo le prestara habían de influir mucho en la provisión de la primera vacante en el Consejo.

Recibíame don Buenaventura gozoso, aunque con modestas razones aseguró no tener noticia de su proximidad al sillón de Gracia y Justicia. Cuando le comuniqué las verídicas noticias que llevaba, púsose más alegre, y al punto se vistió para ir en busca del gobernador de la Sala de Alcaldes y del señor alguacil mayor de la Inquisición de Corte. El Estado y la Iglesia estaban de enhorabuena. Tomáronse desde por la mañana con el mayor sigilo todas las precauciones imaginables, porque el señor don Buenaventura era uno de los esbirros más celosos y más diligentes que por entonces tenía el absolutismo. Para que se vea qué vehemencia acostumbraba poner aquel piadoso varón en sus gestiones inquisitoriales, dejaré hablar por un momento a un célebre cronista de aquellos tiempos (1):

«El marqués de M***, familiar del Santo Oficio, hombre fanático por la Inquisición y oficioso por ella con delirio, había por sí y ante sí organizado una tropa de espías, que él pagaba a sus propias expensas, y en la que figuraba con distinción un antiguo oficial suizo, que, conociendo el flaco de este corifeo, lo embaucaba y hacía creer mil maravillas. Nadie osó ofrecer al rey mi nueva captura con la decisión que este digno caballero.»

Don Buenaventura, aunque marqués,

vivía en una casa de huéspedes de la calle de la Abada. Amigo de la casa y obsequiador de las tres hermosas niñas de la patrona era un tal Núñez, compinche de los conspiradores, el cual se había dado muy buenas trazas para espiar a los espías del marqués y, al marqués mismo de un modo tan seguro como ingenioso. Y fué que las niñas habían practicado un agujero en el tabique de la estancia del familiar, el cual huequecillo, cubierto con un mapa, les permitía oír desde la pieza inmediata cuanto en aquella se decía. Desde que iba el suizo a dar parte de sus pesquisas o a recibir órdenes de don Buenaventura, ya estaban las niñas con el oído pegado a la pared, y junto a ellas el travieso Núñez. Véase por esto si daría resultado la policía del marqués.

Cuando todo quedó concertado, después de mil revelaciones para dar el golpe seguro contra el astuto agitador, aquella misma noche mi ilustre amigo y protector me dijo:

—Querido Pipaón, no puedes figurarte cuánto hemos penado el señor alguacil mayor y yo noches pasadas. Recorrimos toda una manzana de casas, saltando de tejado en tejado, más parecidos a gatos que a grandes de España. El señor duque se destruyó una pierna contra la reja de una buhardilla, y yo resbalé por las tejas... ¡Ay! Poco me faltó para rodar hasta el alero y caer a la calle... Y por fin de fiesta, no cogimos nada... Por todas partes gente honrada y piadosa. Madrid, y sobre todo los pisos altos, desvanes, sotabancos y chiribitiles, están atestados de modelos de virtud. Los espías que pago son perros jóvenes que apenas tienen olfato... Se equivocan siempre. Denuncian un conspirador hereje en tal o cual buhardilla: vamos allá, y resulta un ex abate hambriento que compone villancicos y romances para los ciegos... Nos hablan de una logia, corremos a ella, y después de rompernos las piernas contra las chimeneas, hallamos un altar donde se adora entre flores y velas a la Santísima Virgen... O los espías no sirven para el oficio, o la sociedad toda es una mentira, pura hipocresía y enredo... En fin, si es verdad lo que me has dicho, esta noche haremos algo de provecho, mayormente si su majestad se digna nombrarme ministro. Como supongo que estarás impa-

(1) Van-Halen: *Memorias*.

ciente por saber el resultado del golpe, en cuanto todo esté hecho, te mandaré un recado con Perico.

Dejé a don Buenaventura entregado a sus dulces proyectos, y después de despachar varios asuntos me retiré, ya de noche, a mi casa, donde encontré a don Antonio Ugarte, que pocos días antes había llegado de Andalucía y me estaba esperando para hablar conmigo, según dijo, de un negocio interesante.

Desde que le vi dióme un vuelco el corazón, anunciándome con su ignoto lenguaje que algo grave iba a tratar conmigo el tal sujeto. Era Ugarte el hombre a quien yo más respetaba en aquella época. Su suprema inteligencia y tino me subyugaban de tal modo, que no podía dejar de obedecerle ciegamente. Sus presunciones, sus barruntos eran leyes para mí; y, a pesar de mi amistad con diversas personas, sólo aquella influía de un modo poderoso en mis ideas y en mi conducta. Al mismo tiempo, él me tenía por auxiliar tan poderoso de sus planes, que podía llamarme su brazo derecho. Ugarte no podía ir a mi casa para una tontería. Advertí que traía un paquete bajo la capa: algo estupendo iba a salir de sus sibilíticos labios. El coloquio que ambos sostuvimos encerrados en mi cuarto y sentados frente a frente es tan útil para la perfecta inteligencia de estas *Memorias* mías, que no puedo pasarlo en silencio.

XI

—Pipaón—me dijo con el tono reprobatorio que empleaba siempre para echarme en cara mi conducta cuando ésta no le convenía—, de algún tiempo a esta parte estás haciendo tantas y tan grandes simplezas, que apenas te conozco. No sólo te haces daño a ti mismo, sino que me lo haces a mí.

—Ya me dijo usted, señor don Antonio—le respondí con humildad—, que encontraba censurable mi empeño en ser consejero; pero también he dicho a usted que no es por el huevo, sino por el fuero: que es para mí un caso de honra, de dignidad.

—Nada de eso hace al caso. Importa poco que lo pretendas por esta o la otra razón; lo que encuentro perjudicial y aun soberanamente necio es que lo soli-

cites, cualquiera que sea el motivo. Llevas trazas de no conseguirlo nunca, y aun de perder lo que has adelantado en tu carrera.

Como no podía penetrar el sentido de aquellas razones, esperé sin decir nada a que el gran Antonio I me las explicara.

—Mi situación en la Corte no es hoy lo que hace un par de años—dijo, muy preocupado—, ni la tuya tampoco.

—Desde la compra de los malhadados barcos rusos—respondí—nos hemos averiado un tanto y navegamos mal. Demos gracias a Dios por no habernos estrellado ya.

—¡La compra de los barcos rusos!...—exclamó, fija la vista en el suelo y moviendo la cabeza—. Ahí tienes un servicio eminente prestado a nuestro país, y, sin embargo, nadie nos lo ha agradecido.

Hice un esfuerzo supremo para no reírme.

—Verdaderamente—añadió don Antonio—, los barcos no valían ni para leña. Hablando aquí en confianza, amigo Pipaón, yo no creí que fueran tan malos. El señor bailío me aseguró que podían hacer un viaje.

—No creo que sea posible un negocio peor, señor don Antonio; dígolo con referencia al país. Si las quinientas mil libras que nos dieron los ingleses para indemnizar a los perjudicados por la abolición de la trata se hubieran repartido equitativamente entre los españoles pobres...

—No te hagas eco tú también de las vulgaridades que corren a propósito de los cinco navios y la fragata que compramos al emperador de Rusia—dijo con cierto enfado—. Si ha resultado que esos buques están podridos, la culpa no es mía. ¿Entiendo yo de barcos? Además, aquí no quieren sino gangas. Pues qué, con quinientas mil libras, o sean cincuenta millones de reales, ¿se podían comprar seis buques acabaditos de salir del astillero?

—Señor don Antonio, si el gran Alejandro sigue con tan buen ojo para los negocios, pronto no cabrá el dinero en todas las Rusias de Europa y de Asia.

—Y a mí ¿qué me cuentas?...—dijo, amestazándose más—. El tratado secreto que se celebró para comprarlos firmélo yo como *secretario íntimo*; pero fué el rey quien lo hizo. Era tal su impaciencia por cerrar el trato de una vez, que

estaba el hombre desasosegado y fuera de sí. Yo quise ir con tiento, yo quise establecer alguna garantía; pero, amigo Pipaón, si vieras cómo estaba, cómo se puso ese hombre... Parecía sediendo, ávido; parecíale que, si no se compraban pronto los barcos, se iban a convertir en humo las quinientas mil libras de los ingleses. ¿Qué dices a esto?

—Parece mentira que tal haga y de tal modo se apure un hombre que tiene a su disposición más de cien millones del Tesoro público y otras gangas...

—Si es un saco roto. ¡Y el vulgo necio cree que de la compra de los cachuchos podridos me aproveché yo!...

—dijo Ugarte con cierta expresión que indicaba como lástima de sí mismo—; ¡yo, Pipaón!... No me ha tocado sino una miseria, un bocado indigno de mí y de los muchos afanes que pasé. Pero, querido, los revolucionarios se valen de todos los medios... Ni los barcos son tan malos como dicen, ni es absolutamente imposible que se den a la vela.

—Los marinos han dicho que no se embarcan en ellos.

—¡Los marinos! ¿Ignoras que todos están vendidos a la masonería?... Pero es preciso desplegar gran energía contra esa gente; si no... Al capitán de navío don Roque Gruzeta se le ha puesto preso por haber dado un informe desfavorable a los cinco buques.

—Es que no quieren embarcarse, señor don Antonio; es que nadie quiere ir a América.

—Exactamente: ése es el mal primero y más grave, y ayer se lo he dicho claramente a su majestad. Ni militares ni marinos quieren correr los riesgos de una navegación larga, ni exponerse a las epidemias de América, ni menos entrar en campaña con los rebeldes en un país tan vasto como aquél. Los que vuelven, escuálidos y moribundos, quitan a los expedicionarios las pocas ganas que tienen de embarcarse. Con esta cobardía general, toda guerra ultramarina es imposible, y las Américas se perderán, amigo Pipaón.

—Claro es que se pierden. Si este último esfuerzo no da algún resultado...

—¿Qué esfuerzo ni qué niño muerto? Pero ¿tú crees que las tropas del ejército expedicionario que yo dispuse llegarán a embarcarse? ¡Necedad! Fui a Cádiz hace poco y pude ver por mí mismo

cómo está aquella gente. Hay que oírlos, amigo. Con decirte que no hay un solo oficial que no esté afiliado en alguna sociedad secreta, está dicho todo: hablan, con el mayor despárpajo del mundo, de ideas liberales, de constituciones, de democracia, de soberanía nacional y aun de república. En los círculos de oficiales y en los cuerpos de guardia no se oye otra cosa que versitos, pullas y chascarrillos contra el despotismo, contra el rey absoluto y contra todas las personas que le rodean. Hay allí una atmósfera que marea; al llegar a la Isla se respira revolución, como al acercarse a un incendio se respira humo.

—No estaba yo muy seguro de las aficiones absolutistas de los oficiales del ejército, especialmente de los pertenecientes a cuerpos facultativos—dije, participando de las inquietudes de don Antonio—; pero no creí que las sociedades secretas estuvieran tan extendidas.

Don Antonio dió una especie de silbido que indicaba la plenitud de su convicción en punto al enorme influjo de las sociedades secretas.

—Estás en Babia, Pipaón—me dijo, sonriendo—. Las sociedades secretas, llámalas masonería, clubs, orientes o como quieras, ofrecen hoy una ramificación inmensa dentro de la sociedad. En ellas está comprometida toda clase de gente. ¿Crees que sólo los perdidos son masones? ¡Error, amigo mío, vulgaridad supina! Altos personajes...

—Eso lo sé también. Podría citar aquí media docena...

—¡Media docena! Yo te citaré centenares. De algunos no tengo seguridad completa; pero de muchos no puedo dudar, porque tengo datos irrecusables. ¡Y qué hombres, y qué nombres! Precisamente los que mejor suenan en los oídos del absolutismo son los que más se pronuncian hoy en las logias. Ministros, tenientes generales y algún capitán general, vicealmirantes, infinidad de brigadieres, consejeros de Estado, alcaldes de Casa y Corte, familiares de la Inquisición; hasta inquisidores, hasta canónigos, hasta frailes hay en la masonería. No me asombrará de ver en ella a un señor obispo el mejor día... Por de contado, el núcleo, la base, el amasijo fundamental de este gran pastel que se está cociendo y que pronto fermentará, si Dios no lo remedia, lo forman los oficia-

les de todos los cuerpos que guarnecen la corte y las principales ciudades y plazas del reino.

—Vamos, es para volverse loco.

—No; hay que tomarlo con calma, con mucha calma y sangre fría—repuso don Antonio, mostrando gran dosis de ellas en su voz y semblante.

—Pero, entonces, ¿qué va a pasar aquí?

—Qué sé yo...; allá veremos—dijo, alzando los hombros—; pero cualesquiera que sean los acontecimientos que han de venir, Pipaón, es preciso estar preparado para ellos.

—¿Y cómo?

—Todo será según y como venga lo que ha de venir—dijo con aplomo—. Ninguna cosa, ni aun la revolución, es mada de por sí. Todo depende del procedimiento, de la conducta.

—Si mal no recuerdo, señor don Antonio, he oído decir que, frente a las sociedades masónicas, se ha formado también una especie de masonería absolutista que se llama La Contramina, y cuyo objeto es atajar la revolución o ahogarla antes de nacer.

—Ríete de contraminas—repuso—. Conozco a los principales individuos de ella, y con decirte que esa anticonjuración la ideó el marqués de M***, está dicho todo. Nada, nada, Pipaón; es preciso huir siempre de los necios y no tener nada común con ellos. Todo lo que hoy intenta el Gobierno contra las sociedades secretas, su tardía diligencia contra ellas, es pura necedad. No se lucha contra todas, o casi todas, las capacidades del reino, en milicia, en dinero, en talento.

—¿Esas tenemos?—exclamé, asombrado al ver cómo iba creciendo el fantasma masónico que Ugarte ponía ante mis ojos.

—Esas tenemos, sí; y todo lo contrario es tontería y ridiculez. Por ejemplo: tú, poniéndote al servicio de Lozano de Torres, y haciéndote lugarteniente del marqués de M***, llevando mensajes al primero y ayudando al segundo en sus grotescos espionajes por tejados gatunos y casas de huéspedes, eres tan soberanamente necio, que, al saberlo, me he visto en la precisión de venir a atajarte, a prevenirte, a salvar tu porvenir y tu carrera, comprometidos con la amistad de esos hombres.

Sin acertar a decir nada, miré a don Antonio lleno de asombro. El punto grave de nuestra conferencia había llegado.

—¿Piensas tú que vas a sacar algún provecho de tu servilismo? ¿Piensas atrapar de ese modo la plaza de consejero?—prosiguió—. ¡Cuán equivocado estás! Lozano y el marqués de M***, a pesar de todos sus humos, y aunque el uno suceda al otro en el Ministerio, son hoy dos fantasmas de la Corte. Su valimiento es pura farsa y engaño. Agárrate a sus faldones y te hundirás con ellos.

—Verdaderamente, señor don Antonio, después que he dejado de frecuentar la cámara de su majestad, vivo a oscuras de todo.

—Se conoce. Estás con una venda en los ojos; marchas a tientas, y te estrellarás sin remedio. Yo también estoy apartado de Palacio: ignoro lo que allí pasa; he perdido relaciones muy útiles allí, y ando, como tú, algo desorientado; pero hace tiempo que empiezo a ver claro, y de resultados de mis recientes observaciones he sacado en limpio que es un suicidio tratar de oponerse al creciente poder de las sociedades secretas.

Abrí los ojos con espanto.

—Durante algún tiempo—continuó don Antonio—me he dedicado a observar esta sociedad como observa el médico a su enfermo: le he tomado el pulso y le he mirado la lengua, Pipaón; me he fijado escrupulosamente en todos los síntomas, y he comprendido que el enfermo va a dar un estallido.

—¡Un estallido!... ¡Una revolución!...

—Pues qué, ¿lo dudas tú?... Por mi parte, no moveré la mano para impulsarla ni tampoco para contenerla—dijo, mirando al techo—. Soy agente de negocios; yo no soy hombre político. Si los grandes errores cometidos traen una conmoción popular, casi casi..., les está bien merecido. Lo que ahora me inquieta es que cuando esa revolución venga (y ten por seguro que vendrá) no me incluya a mí entre los absolutistas rabiosos... ¡Pues no faltaba más! Yo no soy amigo del despotismo puro; yo he aconsejado la templanza.

—Y yo también.

—Mi plan—continuó—es el que debe servir de norma a todo español honrado: ni impulsar ni perseguir la revolu-

ción. ¿Que viene? Pues muy señora mía. ¿Que no viene? Pues lo mismo que antes. Yo no daré un céntimo para sediciones militares; pero tampoco reñiré ni me enemistaré con la flor y nata del reino en talentos, armas y riquezas..., porque, te lo repito, Pipaón, lo más granado está hoy en las sociedades secretas.

—Vamos, que a usted, señor don Antonio, se le están pasando las ganas de hacer una visita a las logias y codearse con lo más granado.

—No; en eso te equivocas, Jamás iré a las logias. Yo soy agente de negocios; no soy hombre político... Pero debo ser franco contigo. Si personalmente no quiero ir, no me disgustaría tener algún contacto con esa gente.

Yo empezaba a comprender.

—Esa idea me parece admirable, señor don Antonio. Nunca está de más poner una vela al diablo.

Ugarte se sonrió. Luego, en tono resuelto, continuó de este modo:

—En una palabra, Pipaón: cuando se me ocurre un asunto delicado, una dificultad de esas que requieren tacto, cordura y mucha discreción para ser resueltas, miro a todos lados y no veo más que un hombre: tú.

—Digamelo usted de una vez: ¿a qué andar con rodeos?

—Pues bien, amigo querido: hazte masón.

No pude menos de soltar la risa, y don Antonio me acompañó festivamente en mi desahogo.

—Para ti y para mí, este paso que te aconsejo no puede menos de ser provechoso. Hazte masón, con reservas, se entiende. No creas que en las sociedades secretas es todo misterio, lobreguez, sangre, horror, barbas luengas, palabras enigmáticas; nada de eso. Hoy, los masones son la gente más cortés y más amable del mundo... Vas allá; yo buscaré quien te lleve; procurar hacerte pasar por muy entusiasta. Di a todo amén, y cuando los otros den un grito a la Constitución, tú das cuatro.

—Entendido.

—Además, no es preciso dejar de ser sincero. Puedes abrazar la nueva idea con entera buena fe, porque esto lleva camino, hijo mío... ¿Lo harás?

—No tengo inconveniente.

—¿Romperás con Lozano de Torres,

el marqués de M*** y demás hermanos venerables de la necedad?

—Romperé.

—¿Dejarás el papel de espía y buscador de masones?

—Lo dejaré.

—¿Me darás cuenta de todo lo que veas, oigas y entiendas?

—La daré con mucho gusto, señor don Antonio; me ha hecho usted ver nuevos horizontes con unas cuantas palabras. Adelante.

—Adelante. Lo principal es que dejes de mostrar empeño en la persecución y castigo de los muchos reos políticos que andan por ahí. Esta oficiosidad, de que ahora haces alarde, puede serte perjudicial en los momentos presentes y altamente nociva en los venideros.

—Pues que triunfen y se diviertan los reos políticos.

—Es más, amigo Pipaón: desde el momento en que vas a ofrecer tu cooperación a los oscuros trabajadores de las logias, tu deber es amparar a los que se vean comprometidos... No te asustes; podría citarte una docena de señorones graves, firmísimas columnas del Estado en el Consejo y en la milicia, los cuales han sido encubridores de la mayor parte de los comprometidos en las conspiraciones de Porlier, Lacy y Torrijos. La historia secreta de estas tentativas es muy curiosa. Los pobrecitos inmolados ofrecieron con su sangre tributo externo al derecho público; pero tras los cadáveres de Lacy y Porlier, amiguito, se han escurrido impunes muchas personas, cuyos nombres han sonado siempre bien en Palacio... Conque ¿entrarás por la nueva vía?

—Entraré. Usted ha venido a dar a mis ideas giro distinto del que llevaban. Vivo algo retraído, y cuando usted está fuera de Madrid, apenas conozco hacia dónde va la marejada.

—¡Ah!—exclamó con cierta tristeza—. La marejada va hacia adelante..., y más que de prisa.

—¡Pues adelante!—exclamé yo con alguna vehemencia.

—Nos veremos. Nos pondremos de acuerdo—dijo, poniendo sobre la mesa el paquete que traía y que estaba compuesto como de medio centenar de cuadernitos—. Entre tanto, hazme el favor de repartir estos folletos a los amigos. Esto se hace con cautela: un día das

uno, otro día das otro... Es preciso que vaya cundiendo.

—Pero ¿qué es esto?

—Un admirable folleto que ha escrito en Londres Flórez Estrada. En él se pintan de mano maestra los males de la nación. Es obra que no tiene desperdicio: lo digo, aunque no soy de los mejor tratados.

—Bien; se repartirán poco a poco.

—Todos los días te echas uno en el bolsillo.

—Entendido, entendido...

—Conque adiós. Veámonos con frecuencia para que me tengas al tanto de lo que haces y de lo que ves.

—Todos los días. Adiós, mi señor don Antonio—dije, estrechando sus nobles manos.

—Me voy tranquilo. Ya sé que cuento con un auxiliar poderoso.

—Nosotros, ya se sabe...—afirmé, abrazándole—, amigos hasta la muerte.

—Gracias, gracias. Adiós.

Cuando Ugarte se marchaba, un criado llegó a la puerta y me entregó una carta que decía:

«¡Victoria, amigo Pipaón, victoria completa! El criminal y sus cómplices están ya en poder de la Justicia. Ni uno solo ha podido escapar. Para celebrar tan fausto suceso, vente a cenar conmigo...

*El Marqués de M***.»*

XII

Contesté excusándome, y me quedé en casa. Necesitaba meditar.

Poco después de anochecido entró Jenara a decirme que la cena estaba preparada, y le di la carta para que la leyese.

—Ya ve usted—le dije—que la justicia oficial, cuando quiere tener ojo de lince y brazo de hierro...

La señora no hizo ademán alguno de alegría. Tampoco se entusiasmó cuando le dije que estaba conseguida la libertad de doña Fermina Monsalud, aunque me dió las gracias, asegurándome que había librado su alma de un gran peso. La cena pasó triste y grave, hablando Jenara y yo de asuntos indiferentes. Como le preguntase los motivos de su melancolía, me dijo:

—Hace muchos días que Carlos no me escribe, y estoy con cuidado.

—Se habrá puesto en camino.

—¿Sin avisármelo?—dijo vivamente y como enojada.

Poco después dimos tertulia al señor de Baraona, que no salía de su habitación, y para alegrarle un poco el espíritu, le notifiqué la prisión de su enemigo.

—Tengo poca fe—respondió—en el rigor de estos señores. ¿Quién me asegura que el criminal recién aprehendido no se paseará mañana por las calles de Madrid? Ya te he dicho, querido Pipaón, que la Justicia está minada. Es como un doble edificio: en sus magníficas salas se sientan jueces de cartón que sentencian, discuten y condenan, asistidos de miserables ministriles. Ve esto el necio vulgo, creyéndolo justicia; pero no ve el laberinto de entradas y salidas que en lo macizo de sus paredes y cimientos tiene el tal edificio, por los cuales pasos secretos se escurren los criminales a ciencia y paciencia de aquellos señores jueces de figurón. Desengáñate, hijo: los hombres del Gobierno, los jueces, los consejeros, los ministros, forman hoy una especie de retablo, donde mil vistosos personajes accionan y se mueven con las apariencias de la vida. Acércate, mira bien, y verás que todo es cartón puro: cartón el cetro del monarca, cartón la espada de los generales, cartón la vara del alcalde, cartón la cuchilla del verdugo.

Trajéronle las sopas y calló.

Poco después, Jenara y yo, luego que dejamos dormido al viejo, nos reunimos en el comedor, junto al brasero. Soltaba ella la labor para tomar un libro, y luego el libro para coger la labor, demostrando en esto que su espíritu se hallaba atormentado por ideas contrarias, y en un estado de obsesión inquieta que no podía vencer, variando a cada paso el entretenimiento con que quería darle reposo. Púseme yo a leer el *Diario*, papel mucho más entretenido entonces que su único compañero de publicidad: *La Gaceta*, y de repente Jenara hizo una pregunta que me heló la sangre en las venas.

—¿En dónde ahorcan aquí?—dijo.

—En la plazuela de la Cebada—repuse—. Se alquilan balcones, como en Corpus.

Jenara, tomando la labor, empezó a dar terribles pinchazos con la aguja. Sus dedos parecían el pico de un pájaro hambriento. Torné yo a mi lectura del *Diario*, y de nuevo me distrajo súbitamente, diciéndome:

—En verdad, Pipaón, merece usted una corona por la diligencia que ha mostrado en este negocio.

—¿Servir al Estado y servirla a usted no es estímulo bastante para un hombre?

Jenara, dejando la labor, tomó otra vez el libro; pero al poco rato apartólo con hastío.

—No abro el libro una sola vez esta noche—dijo—sin que mis ojos encuentren alguna idea triste. Oiga usted:

Donde antes rosas y placer, ahora
cadáveres y horror huella la planta
y en olor de sepulcro, en vez de rosas,
el aire tiñe sus funestas alas.

—¿Qué poeta es ése?

—Cienfuegos.

—Un majadero. Siga usted mi consejo y mi ejemplo, Jenara. La mejor lectura es el *Diario*. Oiga usted: «El lunes fué ahorcado en Valencia...»

—Basta, basta—exclamó, interrumpiéndome—. Es particular..., me salen horcas y muertos por todas partes.

—Es usted a veces más valerosa que un águila, y a veces más tímida que un pajarillo. ¿La idea de la muerte de un hombre, de un malvado, le causa a usted tanto temor?

—No, señor de Pipaón; ni me asusta ni me aterra la idea de que un gran criminal expie sus crímenes; lo que me causa pavor, y más que pavor, repugnancia, es la horca, esa herramienta vil... Las justicias de la Tierra debieran hacerlas siempre los agraviados en el momento de recibir la ofensa... Qué quiere usted..., yo soy así...; tengo esas ideas y no lo puedo remediar.

—Extraña justicia sería ésa, Jenara.

—La mejor. Justicia rápida y por la mano del ofendido. Yo no la concibo de otra manera. Esa que está en manos de hombres pagados, vestidos de negro, amarillos y casi siempre sucios; esa que da tormento al reo y antes de matarlo lo envuelve en una mortaja de papel escrito, me da tanta tristeza como repugnancia. Detesto al criminal, y sería capaz de matarle yo misma, sí, señor, yo

misma; pero compadezco al encausado.

No quise seguir tratando aquella cuestión, y los dos permanecemos largo rato en silencio, que sólo se interrumpió para dar órdenes al nuevo criado que me servía. Doña Fe se hallaba otra vez en cama, molestada de sus pertinaces dolores. Aunque era ya un poco tarde, ni Jenara ni yo teníamos ganas de dormir; sin duda, una y otro llevábamos tantas ideas en la cabeza, que el sueño no podía entrar en ella. La respectiva situación nuestra, nuestro desvelo, el silencio que reinaba en la casa, las moribundas ascuas del brasero, que servían como de intermediario a nuestra melancolía meditabunda, trajeron a mi memoria el recuerdo de la noche en que recibí el singular escrito. No pude reprimir un repentino acceso de miedo, el cual se apoderó de mi alma y corrió por dentro de mí y pasó como una influencia eléctrica... Pero mi razón se esforzó en serenarse, diciendo: «Ahora no hay cuidado.»

De pronto sonaron no sé qué extraños ruidos en el interior de la casa. Yo di un grito, y Jenara se puso a temblar.

—No es nada—dije—. La puerta que se ha cerrado a impulsos del viento... ¿Qué es eso, Jenara? ¿Tiene usted miedo?

—Tengo frío—me contestó, arropándose en su mantón.

—¿No se acuesta usted?

—Sí..., ahora—dijo, mirando a todos lados con el recelo propio de quien busca y al mismo tiempo teme ver algún objeto desagradable.

Llamé a la doncella, que acudió al punto; acompañélas a las dos hasta su habitación, y cuando di a la señora las buenas noches, respondiome con tristeza:

—Muchas gracias...; pero ya sé que esta noche no he de dormir.

Dirigíme pensativo y no completamente libre de susto a mi cuarto. Cuando abrí la puerta de él, cuando la luz que yo llevaba iluminó el interior de la pieza..., ¡terror incomparable!..., lancé un grito de espanto y no quedó gota de sangre en mi cuerpo... ¡Jesús mil veces! En mi cuarto había un hombre.

Un hombre, sí, que, tranquilamente sentado en mi propio sillón, clavaba en mí una mirada fulgurante y burlona a la vez.

¡Cielos divinos! ¡¡Socorro!!... ¡Un hombre en mi cuarto!
¿Quién? Salvador Monsalud.

XIII

Salvador Monsalud en persona.

Largo rato estuve sin habla, sin movimiento, paralizado por el espanto. Yo no era Pipaón: yo era el miedo mismo. Mi espíritu era incapaz de reflexión, de comparación, de juicio... Las piernas me flaqueaban; la voz, muerta en la garganta, no podía ni sabía pedir auxilio.

Creí ver un fantasma. Por un instante, perdiendo mi buen sentido, creí en brujas, en duendes, en almas del otro mundo, en todos los disparates de los cuentos de viejas.

Pero el fantasma se reía de mi turbación, y, alargando un brazo hacia mí, me dijo:

—No te asustes, Juan. Soy yo, tu amigo Salvador.

—¡Tú, Salvador, Salvadorcillo!—murmuré con voz ahogada—. ¿Por dónde entraste?... Esto es una alevosía.

—Calla, calla—me dijo, levantándose, al ver que yo, recobrando el aliento, iba a alborotar la casa—. Soy tu amigo. No me tengas miedo. Hablaremos un rato. Vengo a darte las gracias.

—¡Las gracias... a mí!

—Sí; me has hecho un favor, un beneficio inmenso que te agradeceré toda mi vida. Siéntate.

Imperiosamente me ofreció una silla. Los dos nos sentamos. El miedo y no sé qué fascinación extraña me subordinaban al intruso visitante.

—Sí—añadió, sonriendo y pasando cariñosamente su mano por mi hombro—, un beneficio inmenso. A ti te debo que se hayan dado hoy las órdenes para poner en libertad a mi pobre madre.

—¡A mí!... Es verdad..., sí, yo...—repuse, tratando de sacar una idea de la confusión espantosa que había en mi cerebro—. Yo fui quien supliqué al ministro...

—Cediste a mi ruego...

—Como me lo pedías en aquella hora...—dije, viendo un poco más claro y determinando sacar partido de la situación—. Me pareció justo lo que me

pedías... Pero dime: ¿con quién mandaste aquel papel?

—Lo traje yo mismo.

—¡Tú!... Bien puede ser, puesto que ahora estás aquí... ¿Y por dónde has entrado?

Monsalud rompió a reír.

—¿No has caído en ello? Por el agujero de la llave.

—Estas bromas no me gustan. Ya veo que no hay casa segura para la masonería.

—Ni para el absolutismo. Si yo entro en la tuya, no falta quien entre en la mía.

—Eso no me lo cuentes a mí. Nunca he sido espía.

—Pero sí amigo del marqués de M***. Escúchame, Juan: esta noche han querido prenderme. He sospechado que anduvieras tú en este negocio.

Dominóme de nuevo el miedo, y haciéndome el sorprendido, repuse:

—¡Prenderte!... ¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—No es más que sospecha—dijo seriamente—. Te he creído autor al mismo tiempo de un beneficio y de un agravio. Me ha parecido inverosímil que me salvaras y me perdieras en un solo día, y he querido apelar a tu franqueza y lealtad para que me digas la verdad.

—El beneficio, obra mía es; pero el agravio...

Salvador me clavaba los ojos con tal fijeza escrutadora, que sus rayos parecían penetrar en mi alma. Yo también le observé a él. Lejos de parecerme siniestro y terrible, como decía Jenara, Monsalud tenía aspecto en extremo agradable, y había ganado mucho desde que no nos veíamos. Su fisonomía era inteligencia y fuerza; la expresión de sus ojos ejercía inexplicable dominio sobre mí, y toda su persona tenía un sello de superioridad y nobleza que cautivaba. Vestía bien.

—Esta noche han intentado prenderme, con un lujo de precauciones y de habilidad que me han llamado la atención—dijo—. Gracias a la lealtad de un hombre, he podido escapar a tiempo, y el señor marqués ha cogido tan sólo a unos pobres aguadores que dormían en el sótano de la casa. Sé que una señora desconocida sobornó a la pobre mujer del guarda; sé que tu amigo el marqués

largos pasillos y las oscuras piezas. Era la hora en que las puertas de algún ventanejo alto y lejano suelen dar porrazos, estremeciendo la casa y el corazón de sus habitantes. Era la hora en que el gato trasnochador suele lanzar lastimeros ayes, que parecen llanto de criaturas o algazara de voladoras brujas que van por los aires a sus repugnantes asambleas. Era la hora en que el viento suele ponerse en la boca el tubo de la chimenea, como un gigante que sopla su bocina, y cantar, decir o refunfuñar alguna horripilante estrofa, que huela la sangre en las venas del inquieto durmiente... Los tres nos hallábamos profundamente pensativos, cuando sonó de improviso, en lo interior de la casa, inusitado estrépito, una puerta que se cerró, un mueble que vino al suelo, un golpe, un tiro, qué sé yo...; una nada, una tontería, un fútil accidente; pero que, sin duda, a causa de la hora y de cierta predisposición de espíritu, nos estremeció a todos.

—¿Qué es eso?—chillamos a una vez.

Miré a Jenara. Estaba blanca como el papel, y sus dientes chocaban.

—Es la puerta de mi cuarto, que ha dado un golpe. Quedó abierta la ventana de la calle...—dije yo, tranquilizándome por completo.

Al cabo de un instante me sentaba de nuevo junto al brasero, después de cerciorarme de la insignificante causa de nuestro pueril miedo. Jenara seguía temblando; yo me reí, y ella, arrojándose en su mantón, dijo que tenía frío. Baraona, levantándose, dió orden de acostarse todo el mundo.

Los acompañé a sus habitaciones. Al pasar por la extensa galería que las separaba de las mías y del comedor, observé que Jenara dirigía miradas inquietas a un lado y otro. La sombra de nuestros cuerpos sobre la pared atraía sus miradas con más fijeza de lo que una vana sombra merece. Yo iba tras ellos. Cuando los despedí en la puerta, Jenara me dijo:

—Entre usted.

Seguía temblando, y como yo la interpelase sobre aquella injustificada desazón, sólo contestaba:

—Tengo frío.

Obligóme a que registrara su habitación, a que asegurase las puertas, las cerraduras de las ventanas, y cuando

me retiré al fin, después de manifestarle lo innecesario de tales precauciones, echó llaves y cerrojos por dentro, quedándose acompañada de su criada.

Dirigíme a mis habitaciones, sin dar importancia a las voluntariedades de mi hermosa huésped; pero al llegar a mi alcoba y lecho, y cuando a acostarme me disponía, recibí una sorpresa, una impresión tan fuerte, que mis carnes temblaron, dieron unos contra otros mis dientes, y me quedé frío, absorto, mudo, petrificado. Sobre mi lecho, y en la misma vuelta de las sábanas, había un papel escrito. Con trémula mano lo tomé, recorriendo mis ojos en un instante. Decía así:

«Infame Bragas: Tú, que eres amigo y compinche del Tigre y del Zorro, podrás conseguir que mandan poner en libertad a Fermína Monsalud, presa y atormentada en la Inquisición de Logroño por supuesto delito de infidencia. El Elefante trabaja en pro de la mujer inocente. Ha asegurado que la Culebra, es decir, tú, podrás ayudarle con éxito seguro.

»Infame Bragas: Si dentro de quince días está libre mi madre, no te pesará; si no lo estuviere, te acordarás de

Salvador Monsalud.»

IV

Juzgad, ¡oh amigos!, de mi asombro, de mi anonadamiento. Largo rato estuve con el papel en las manos, sin saber qué partido tomar, sin poder concretar mis ideas, sin resolverme a dar un paso, incapaz de formar un juicio claro sobre aquel hecho. En mi cerebro bullía el caos. Llenaba mi espíritu un miedo horroroso, un miedo cual nunca lo he tenido.

Pasé algún tiempo en dolorosa incertidumbre. Como si tuviera la conciencia de que mi cuerpo era una masa de apretada, aunque suelta arena, que se desmoronaría al menor movimiento, no me atrevía a dar un paso ni a menear un dedo. Poco a poco fuíme recobrando; empecé a discurrir; me esforcé en atenuar la gravedad del caso, y la curiosidad se abrió paso en mi espíritu. ¿Quién había traído aquella hoja amenazadora?

El hombre que me escribía, mi camarada antaño, ¿por qué había ideado tan singular modo de comunicarse conmigo? ¿Era él realmente o algún chusco desocupado? Y quienquiera que fuese, ¿de qué medios se había valido para dirigirme tan atroz apercibimiento?

Mi casa no era casa de duendes, aunque muy antigua y grande, propia, por tanto, para que se pasearan por ella los invisibles habitantes de la sombra, si el miedo les permitía la entrada. Felizmente, yo no creía en brujerías ni en fabulosas chuscadas de almas en pena. Ni por un instante pensé en tales puerilidades. Pero al mismo tiempo tenía la seguridad, gracias a un reconocimiento prolijo que a poco de mi mudanza hice, de que en mi casa, con ser de dos puertas, no había comunicaciones novelescas, ni sótanos, ni compuertas, ni armarios maravillosos, ni escotillones, ni ninguna tramoya de esas que en el teatro y en los libros dan materia para un sorprendente enredo. No teniendo, pues, mi casa secreto alguno, era evidente que alguno de los criados había sido conductor del extraño mensaje.

Eran tres; el primero, que tenía por nombre Farrancho, servíame de mandadero, ayuda de cámara y también de amanuense en casos de mucha urgencia, y era hombre de honradísimos antecedentes, por su cacumen, casi incapaz de sacramento, pues discurría como una acémila; por su carácter moral, apreciableísimo, al parecer. Jamás le cogí en mentira, ni en hurto, ni en falta alguna.

La segunda persona de mi servidumbre era una mujer, venerable matrona, bastante vieja y fea para no incurrir en deslices amorosos, bastante joven y aseada para servir bien y guisar mejor. Marta, por lo diligente y entendida en cosas domésticas; Magdalena, por lo piadosa. Había servido a monjas durante veinte años, con lo cual dicho se está que era la prudencia misma, la santidad personificada, la honradez en effigie. Jamás se ocupó de chismes domésticos, y parecía carecer del uso de la palabra, como no fuera para emplear ciertas fórmulas piadosas: nunca entraba en mi cuarto sin decir lúgubremente el estribillo cartujo de *morir tenemos*. Su obediencia era ciega; su solicitud, extremada; su cariño, firme y mudo como el de los buenos esclavos;

su arte culinario, de plata; su silencio, de oro. Hasta su nombre era admirable de concisión y santidad. Se llamaba doña Fe.

Había, además, en la casa otra hembra; pero no me servía a mí (aunque bien lo quisiera yo, sino a Jenera, de quien era doncella. Paquita, guapa moza, llevaba poco tiempo en la casa, y no me eran conocidas las prendas de su carácter. Parecía excelente muchacha. Mis sospechas recaían principalmente en ella; después, en Farrancho. Doña Fe quedaba libre de toda suposición desfavorable, porque, además de tener un carácter formalísimo, incapaz de toda farsa o enredo, hallábase a la sazón en cama, molestada de horribles dolores en la cara y oídos.

Una vez repasadas mentalmente las cualidades de aquel doméstico triunvirato, recayó mi atención en el asunto principal, en la extraña hoja que tan a deshora había venido a turbar la tranquilidad de un hombre de bien, servidor diligente de su rey y de su patria. Lo más singular del singularísimo documento era que el autor de él, ya fuese en realidad Monsalud u otro cualquier pelanduscas de su propio estambre, al mismo tiempo que solicitaba mi auxilio, me ofrecía su protección, como parecía indicarlo el *no te pesará*. Pero a renglón seguido me amenazaba de un modo insolente. El *te acordarás de mí* me ponía en gran cuidado... ¿Sería aquello una farsa ridícula? El que ofrece protección o castigo es porque tiene poder; y si Monsalud tenía poder, ¿por qué solicitaba mi auxilio?... ¿Debía yo despreciar el escrito, o fijar en él toda mi atención?

Pensando en esto, venían a mi memoria recuerdos del ardiente carácter de mi antiguo amigo; surgía ante los ojos de mi imaginación su figura, representándomela desmelenada, horrible, teñida de la palidez siniestra del jacobinismo. Volviendo a contemplar el escrito, en cuyos caracteres se conocía la mano de Salvador, y dueño de mi espíritu, el miedo me sumergía de nuevo en vacilaciones sin fin.

Las palabras del escrito indicaban una resolución firme. Lo que a mis lectores podrá parecer oscuro y enigmático, para mí no lo era entonces, por ser común y aun popular el tiznar con viles apodos

alegro de que venga Carlos, a ver si esta gente se marcha de una vez de mi casa!

Antes de pronunciar estas palabras, me cercioré de que el espionaje había concluido. Nadie nos oía. Cerradas cuidadosamente todas las puertas, me senté junto a mi amigo, resuelto a poner en ejecución el hábil plan que había concebido.

—Pero ¿es cierto que no os lleváis bien los Baraonas y tú?—me preguntó Salvador en tono que indicaba alguna desconfianza.

—No nos podemos ver, te he dicho. Ya conoces las ideas del abuelo. Es un hombre insolente. Respecto a la implacable soberbia y a los rencorosos sentimientos de Jenarita, ¿qué puedo decirte que tú no sepas?... ¡Pues digo, si llegan a saber que yo he intercedido por tu infeliz madre!... Cuando se les habla de tal asunto son fieras el abuelo y la nieta.

—No me hables de esto—dijo Salvador, pálido de ira—, porque me olvidaré de que estoy en casa ajena y en situación poco a propósito para pedir cuentas a nadie... Los Baraonas y los Garrotes son autores de la prisión y del martirio de mi pobre madre. ¡Venganza miserable! Todo porque le herí en un duelo leal, provocado por él... ¡Si supieras cuánto he luchado aquí para conseguir la libertad de la pobre mártir!... Diferentes veces se ha logrado lo que hoy te concedió el ministro; diferentes veces, por empeño de poderosos amigos míos, ha dado órdenes generosas el Consejo Supremo. Mientras Carlos ha estado en la Rioja, todo ha sido inútil. Yo no sé cómo se las compone el maldito, que puede allá más que el Consejo Supremo aquí.

—Tienes amigos y parientes en la Inquisición de Logroño, y es familiar de ella.

—Mi madre será puesta en libertad pronto, gracias a que Carlos ha salido de allí, a que las órdenes de ahora son muy enérgicas y, sobre todo, a la revolución que se aproxima... Pero sálvese o no la infeliz señora, la infamia de esa gente, rencorosa y vengativa como las Furias antiguas, no quedará sin pago... ¡Me parece mentira que Carlos Garrote viene a Madrid, y que he de verlo delante de mí!

Diciendo esto, eran tan enérgicos la

expresión y los ademanes de mi amigo, que me aparté de su lado, temeroso de alcanzar alguna señal dolorosa de su indignación.

—Esta gente es atroz—dije—. No veo la ohra de que se marchen de mi casa. Estamos riñendo todo el día. ¡Cuántas veces les he echado en cara ese furor inútil contra doña Fermina, por no poder cebarse en ti!

—Por eso te llamará tanto la atención verme en esta casa, albergue de mis implacables enemigos, y que al mismo tiempo lo es de un rabioso absolutista.

—¡Absolutista yo! —exclamé, comenzando a desarrollar mi plan—. No me insultes.

—Yo vacilé largo rato antes de presentarme a ti; pero el deseo de que me sacaras de una cruel duda me decidió. Por un lado, sospechaba que tú, como familiar del familiar, no dejarías de tener parte en mi persecución; por otro, el saber que habías implorado la libertad de mi madre me inspiraba cierta confianza hacia ti, a pesar de tu absolutismo.

—¡Absolutista yo! Vuelvo a decirte que no me insultes. Bien sabes tú que no soy servil. Si lo creyeras así, no te atreverías a venir a mi casa.

—¿Por qué no?

—Porque temerías que te detuviese y te entregase a la Justicia.

Monsalud se echó a reír, burlándose descaradamente de mí.

—Pues qué, si yo fuera absolutista de los de don Buenaventura, ¿estarías tú tan tranquilo en mi presencia?

—Dices eso, pobre hombre, porque ignoras que, aunque seas absolutista de los de don Buenaventura, no puedes nada contra mí dentro de tu propia casa.

—¿Cómo que no!

—Mirame—añadió, desembozándose—. No traigo armas. Esto prueba mi confianza.

—Y si yo quisiera...—dije, lleno de confusión—. Verdad es que alguno de mis criados está vendido a la masonería.

—Lo están todos.

—¡Todos! De modo que en mi propia casa...

—Estoy yo más seguro que lo estuve esta noche en la mía—me contestó

riendo—. No te alarmes por eso. Además, el mal es irreparable, porque si despedes a tus criados y tomas otros, sucederá lo mismo... ¿Sabes que me encuentro bien aquí? Si me lo permites, descansaré un poco—añadió, acomodándose holgadamente en el canapé.

Volvió de nuevo el miedo a apoderarse de mí; pero ya había resuelto seguir la corriente a que me impulsaban mis nuevos propósitos y las ideas de mi amigo, y le hablé de este modo con amabilidad.

—Por supuesto, Salvador, la traición de mis criados es perfectamente inútil, porque has de saber que no sólo soy incapaz de perseguirte, sino que te ocultaré y protegeré en caso de que otros te persigan.

—Vamos—dijo, sonriendo amistosamente—, no me confundas más de lo que estoy. Di que eres mi amigo, di que conservas algo del afecto que hace años nos teníamos. Lo creeré, no sólo porque mi corazón es crédulo en materias de amistad, sino porque has dado pruebas de ello hoy mismo intercediendo por mi madre, lo cual te agradezco en el alma. Dime eso, querido Juan; dime que eres leal, y honrado, y generoso conmigo; pero no me digas que no eres absolutista, porque me echaré a reír.

—Pues te lo repito. Vamos me enojaré de veras si insistes en tal absurdo. Ven acá—añadió, mostrando el paquete de folletos que me había dejado don Antonio Ugarte—. ¿Es absolutista el hombre que se ocupa en repartir estos papeles?

—¡El folleto de Flórez Estrada!

—He repartido ya más de cien. Asómbrate. Salvadorcillo: he hecho llegar este cuaderno a las manos de su majestad y de los infantes.

—Esto es algo—dijo con formalidad—; pero no es una prueba completa de ruptura con el absolutismo. Quizá tu entendimiento se incline a otras ideas; pero ya estás muy amoldado, Bragas; estás endurecido en la forma de los Lozano de Torres, de los Buenaventuras, de los Eguías, de los Elíos... Necesitarías que te derritieran y que de nuevo te fundiesen en otro crisol.

—Tonto—repliqué con brío—, ¿y quién te ha dicho que no me he puesto ya al fuego?

—¡Tú!, el covachuelo, el oficial de Paja y Utensilios, el director de la Caja de Amortización, el amigo del señor Chamorro, el brazo derecho del señor Ugarte, el tertulio de Palacio, el mandadero de su majestad...

—¡Yo, yo, yo! Si—afirmé con enfado—. ¿Quieres que te convenza de una vez con dos palabras, Salvador? Pues para que comprendas mi decidida ruptura con todos esos deplorables antecedentes y personas, óyeme lo que voy a decirte: quiero ser masón.

Monsalud manifestó asombro.

—Ser masón es no ser nada si no se conspira—me dijo.

—¡Quiero conspirar!—exclamé, dando fuerte puñetazo sobre la mesa y metiéndome después las manos en los bolsillos.

—Pero no se conspira para aumentar la autoridad de la Corona, sino para disminuirla. No se conspira en pro del rey, sino en pro de la nación.

—Pues en pro de la nación.

—Se conspira para restablecer el Gobierno liberal y la Constitución; es decir, lo que tú llamabas la *mamancia* cuando escribías en *La Atalaya*.

—Para restablecer el Gobierno liberal y la *mamancia*—repetí, frunciendo el ceño y con los ojos fijos en el suelo.

—Y para dar al traste con la infame polilla de España que mina el Trono y el país y al mismo tiempo se los está comiendo.

—¡Para eso, para eso!

—Debo añadirte que hoy se hila un poco delgado debajo de Madrid.

—¡Debajo de Madrid!

—¿No me entiendes? En las logias y reuniones secretas, quiero decir. Hoy se toman precauciones. Cuando un señorón de categoría elevada, sea quien fuere, ofrece su ayuda a la revolución, lo que ocurre todos los días, queda ligado por compromiso solemne; y las veleidades, querido Bragas, los arrepentimientos, suelen costar caros a quien los padece.

—Sí, ya sé...—dije, inspeccionando otra vez la puerta, para cerciorarme de que nadie nos oía—. Hay pruebas rigurosas, palabras enigmáticas, juramentos que hielan la sangre en las venas..., y el que hace traición muere sin remedio.

—No hay nada de eso—me dijo rien-

do—. Huye de esas reuniones formularias que establecen el sainete en los sótanos. Ahora no se trata de eso. Cuando los pueblos padecen y luchan por su emancipación, obran seriamente y van a su objeto sin necedades de teatro. Ahora, amigo Bragas, las cosas han llegado a un punto tal, que se trabaja por la Libertad a toda prisa, con la avidez del naufrago que entre las olas lucha con la muerte y por la vida... Fuera misterios y ritos anticuados y palabras vacías. Todo es acción: las tinieblas y el misterio han dejado de ser vano velo de las chocarrerías de los holgazanes. Yo lo he visto todo desde el principio: he visto las jimias haciendo muecas entre dos calaveras en la ahumada atmósfera de una cueva; y hoy veo a los hombres inteligentes y formales labrando en silencio y sin aparato las palancas poderosas con que pronto ha de moverse lo de arriba. Sólo en las épocas en que no hay nada que hacer existen esas vanidades y espantajos ridículos de que habla el vulgo. Ahora la inmensidad de la tarea une las manos de todos los hombres en una obra común, y desaparecen las máscaras convencionales y las fórmulas aparatosas, que más bien eran entretenimiento que utilidad. Eso no quita que en plena luz, y a la faz del mundo oficial y de la tiranía, se empleen ciertos signos para reconocerse y obrar de acuerdo; pero allá dentro, amigo, en nuestro reino escondido, en aquella vida de catacumbas donde se prepara la nueva vida libre y pública, todo es claridad y sencillez. Se trabaja, se extiende la acción con arte y fuerza; se prepara el golpe con la destreza y habilidad necesarias para que no se malogre como otras veces. Ahora bien, Bragas de Pipaón: tú, servidor declarado de los poderosos de hoy, ¿quieres servir a la revolución?

—Sí quiero—respondí—. Pero dime antes una cosa: ¿esa revolución vendrá?

—¡Vendrá! Para ti es condición indispensable que la revolución venga. Adoras el hecho, no la idea... No puedo responderte. Puede venir y puede no venir. Eso dependerá de éste, del otro, de mí, de los demás, de ti mismo, de todos reunidos. Si hacemos tontearias, ¿cómo ha de venir la revolución!

—Lo preguntaba porque eso es muy

importante. Don Antonio Ugarte, uno de los hombres más listos y de mejor ojo que hay en España, me ha asegurado que la revolución vendrá.

Al decir esto, la idea del puesto que en el Consejo me habían negado se fijaba en mi cerebro como la marca de un hierro encendido. Me quemaba.

—¡La revolución viene, la revolución viene!—proseguí, sintiendo en mí una especie de voz interior que así me lo decía—. Lo conozco, lo edivino, lo veo, amigo Monsalud, en la atmósfera que nos rodea; lo veo en la cara misma de los palaciegos. Es un hecho inevitable, lógico. La revolución viene, como viene el día después de la noche. Todo lo anuncia, ilustre amigo. Hasta los pájaros cuando cantan dicen «revolución».

—Esto te infundirá valor y aliento. La revolución no suprimirá los destinos...; por eso tu acción tiene poco mérito. Pero, en fin, quieres ser de los buenos y el sistema adoptado es recibir a todo el mundo; venga de donde viniere. Ahora voy a cogerte por la palabra, para que no te arrepientas de aquí a una hora. ¿Puedes salir conmigo esta noche?

—¿Por qué no? Vamos a donde quieras.

—Es muy cerca; no andaremos mucho.

—Mi capa, mi sombrero... ¡Blas!... Pero ¿es posible que este sencillote criado mío esté también vendido a la masonería?

—En cuerpo y alma. Ahora, ciudadano Robespierre—me dijo con donaire—, convendría que tomásemos algo. Quizá tengamos que velar toda la noche. Has de saber que no carezco de apetito: es imposible que en la casa de un hombre que ha servido en tan altos puestos no haya a estas horas excelentes fiambres.

—Todo lo que quieras... ¡Blas, Blas! Este tunante masón no viene...

Al fin apareció mi criado, al cual no pude mirar sin rencorosa prevención, considerándole traidor, y nos sirvió un bocado confortativo. Mientras comía, meditaba yo sobre aquel nuevo giro que tomaban mis ideas, sobre aquel nuevo camino que emprendía mi actividad.

«Es preciso—me dije para mí—que en este mundo desconocido en que ahora entro procure desde el primer ins-

tante disipar los recelos que mi presencia pudiera despertar. Cuidadito, Pipaón, con mostrar tibieza o indiferencia, aunque veas toda clase de extravagancias y locuras. Un celo excesivo y un entusiasmo demasiado ardoroso no serán tampoco el mejor sistema. Tomemos por modelo al maestro don Antonio Ugarte. Conviene, pues, adoptar una actitud intermedia, poner cara en cuyas facciones se asocien artística y noblemente el entusiasmo y la dignidad, la templanza del gobierno y la energía revolucionaria... Mi papel es el de un honrado repúblico que, comprendiendo con dolor la incapacidad del absolutismo para gobernar a los pueblos, se acerca grave y triste, pero resuelto, a la revolución y le ofrece sus servicios, porque sería lamentable que la revolución, si algo hace, lo hiciera sin él... Animo y disimulo. Seguro estoy de que al poco tiempo de andar en la conspiración me encontraré tan a mis anchas como en la camarilla de su majestad a los dos días de ingreso... Seguro estoy de que mi sutil travesura volverá lo de arriba abajo y lo de abajo arriba, en esas escondidas sociedades que voy a visitar... Seguro estoy de que al poco tiempo de mi feliz iniciación armaré más lios y enredos que vió Creta en su famoso laberinto, y de que no pasarán muchos meses sin que traduzca en provecho propio las tenebrosas artimañas de estos caballeros y mi novel liberalismo. ¡Lo haré; sin remedio lo haré! ¡Ay!, me conozco como si me hubiera parido.»

XV

—¿Duermen todos en la casa?—me dijo Monsalud cuando el reloj de *cucú* que exornaba mi sala dió las diez.

—Sí; mas, para salir nosotros, poco importa que duerman o no..., mayormente, señor brujo, cuando ahora vamos a escaparnos por una grieta misteriosa en la pared o por el cañón de la chimenea de la cocina. Vamos, haz la invocación y vendrá un señor gentil-hombre del Tártaro a abrirnos paso.

—Tú puedes hacer la invocación—dijo Salvádor, poniéndose la capa.

—¿De qué modo?... ¿Llamo al demonio?

—O a doña Fe, que es lo mismo.

—¡Doña Fe! ¡Señora doña Fe!

Mis gritos se perdían en las soledades de la casa sin hallar respuesta; pero al fin un eco de ellos pudo llegar a las orejas de la dueña.

Y, en verdad, fué como si el mismo Lucifer apareciera justificando la broma de nuestra demoníaca evocación y brujería, porque había que ver la fealdad de mi doméstica, soñolienta y amarilla la faz, cerrado un ojo mientras revolvía el otro en todas direcciones, cual si ambos se concertaran para turnar en sus funciones, acordando que durmiera el uno mientras el otro veía. Sin ser vieja, doña Fe tenía en su desagradable semblante una especie de decrepitud sin respetabilidad, mientras el peinado, con pretensiones de elegancia y la escofieta picuda, la hacían bastante ridícula. Dando al viento la destemplada y bronca voz, dijo al llegar a mi presencia:

—De morir tenemos.

—Ya lo sabemos, señora—respondí con ira—; ya lo sabemos. ¡Maldita sea usted y toda su casta! Ya he descubierto que está usted engañando a su amo, que abre usted la puerta de mi casa a hombres desconocidos..., porque si ahora ha querido Dios que introdujera usted a un amigo, otra vez podrán ser asesinos y ladrones... Señora doña Fe, mañana mismo se pone usted en la calle.

—Todo sea por Dios—dijo la dueña con calma imperturbable—. El padre Beraza me dijo que, haciendo lo que he hecho, servía a Dios.

—Ya, ya ajustaremos cuentas. Respóndame usted: ¿duerme el señor de Baraona?

—Sí, señor.

—¿Y la señora doña Jenara?

—También parece que duerme.

—Bueno; retirese usted.

—No, que va a ir delante de nosotros.

—¿Adónde?

—A enseñarnos el camino y abrirnos la puerta.

Doña Fe salió de mi cuarto, y tras ella, Monsalud, y tras Monsalud, yo, sin comprender adónde íbamos, viajero errante y extraviado dentro de mi propia casa.

Atravesámosla toda hasta llegar a un sitio próximo a la cocina, donde estaba

la puerta de una escalera que bajaba al patio colindante con el jardín de la casa inmediata. Como aquella salida no tenía comunicación directa con la calle, habíala yo condenado al entrar en la casa, clavándola fuertemente. Sorprendiéndome mucho verla desclavada y practicable, y juré en mi interior tomar al siguiente día venganza pronta y ejemplar de doña Fe. Por entonces no dije nada; y cuando Salvador mandó a la dueña que abriese, y ésta obedeció, salimos y bajamos los tres.

—¿Para qué necesitamos ahora a esta infame bruja?—pregunté a Salvador.

—Ya verás—replicó Monsalud.

Llegamos al patio, lóbrego, destartado y profundo, cuyas humedades e inmundicias criaban en distintos sitios algunas hierbas raquílicas y arbustos tristes. Uno de sus cuatro lados era una tapia que limitaba el jardín inmediato, cuyos elevados árboles secos traspasaban el espacio de sus dominios para invadir los míos, y alguno de aquéllos alargaba sus dedos flacos, desnudos y ateridos hasta tocar los cristales de mi comedor. En los otros lados había varias ventanuchas y puertecillas, tapiadas todas menos una, que se decoraba con media docena de cristales rotos y una cerradura mohosa. Doña Fe golpeó con su mano en uno de los cristales; vióse al través de ellos una luz, y al poco rato se abrió la puerta del modo más natural posible, sin que precedieran al acto ni fétido olor de azufre ni aullidos de demonios bufones.

La comunicación abierta dió paso a un anciano robusto, guapo y sonrosado, cuya alegre fisonomía no me era, en verdad, desconocido. Al vernos se sonrió con la franqueza propia de los tunantes hechos a la farsa y engaños de la vida; rascóse una oreja, dejando caer sobre la sien contraria el sombrero anticuado y mugriento con que cubría su hermosa cabeza cana, y después nos hizo un saludo tan cortésano y fino como el de un diplomático.

—Sean bien venidos sus mercedes.

—Señor Mano de Mortero—dijo doña Fe, mostrando un cazuelo de comida que en la mano traía—. Ahí tiene usted lo de hoy.

—Venga acá—repuso el gallardo y festivo viejo, dando un paso fuera de la puerta—; venga esa bendición de Dios.

Pero ¿qué hacen estos caballeros que no pasan adelante?

Franqueamos el estrecho umbral; desapareció doña Fe, perdiéndose en la oscuridad del patio; cerróse la puerta, y nos hallamos en una anchah habitación de techo abovedado, cuyo aspecto, sin tener nada de sobrenatural ni de infernal, ni aun de extraordinario, me dejó suspenso y estupefacto. Los cuatro testeros de la tal pieza apenas tenían superficie para tanto trebejo roto y sucio, para tanto cachivache como en ellos había acumulado una mano diligente y allegadora. Prescindiendo de los muebles de uso diario, parecía una prendería del peor género: había sillas de montar, enteras unas, despedazadas otras; cajas de violín, frenos y herrajes de caballerías, artesas rotas, copas de cobre que llevaron lumbre y ora llevaban polvo; armarios que fueron sepulcro de ejecutorias y eran ya depósito de clavos, hebillas, tenedores, pesas de reloj, garfios, badilas, espuelas, llaves, tinteros de cuerno, tacones de palo, asadores, cucharas, lancetas, tabaqueras, tenacillas, peines, dedales, piedras de chispa y otras mil y mil baratijas de diferentes edades y sexos que habían servido para diversos usos de la vida.

Aquí y allí, colgadas unas, en pie otras, puestas de costado o boca abajo, se veían multitud de imágenes. Dolorosas con el pecho traspasado, Josés con vara, Migueles con demonio, Santiagos a caballo, Roques con perro, Antonés con cerdo, Pedros con llaves y Lorenzos con parrillas; toda la Corte celestial, en suma. Pero entre tanta arrinconada santidad, sólo una Virgen del Rosario tenía los honores del culto. Puesta en una especie de altarejo muy singular, adornado con no sé qué estrambóticos fragmentos (entre ellos las roscas de una trompa y la placa dorada de un morrión de la guardia), tenía delante algunas flores de trapo y a los lados algún resto, mocosos de velas de cera.

Vi en el ángulo oscuro una cama de no mal aspecto. También había diversas suertes de armas, tales como espadas, las más sin punta; sables, algún coselete, que debía de tener memoria de Roldán, y además pistolas que habían conocido el fuego, pero que no tenían más que la intención; un mosquete y la más variada colección de trabucos que

he visto en mi vida. Entre los muchos objetos pacíficos que en los rincones y paredes distinguí, tales como velones, candeleros, platos de metal, braserillos y loza de china, creí reconocer alguna pieza de mi pertenencia que había desaparecido en mi casa sin que nadie pudiese averiguar quién cargara con ella; pero me callé y seguí observando.

Lo que más llamó mi atención fué una especie de banco de taller, donde había multitud de figurillas, al parecer juguetes de niños, caballitos, títeres que movían brazos y piernas con articulaciones de alambre; panderetas, nacimientos rústicos, dominguillos, peonzas y otras zarandajas, muchas de las cuales estaban por concluir o a media pintura entre tarros de almagre y toscas herramientas.

Ocupaba el centro de la habitación una mesita de zapatero y junto a ella un asiento agujereado, del cual parecía acabar de levantarse el Mano de Mortero, y veíanse a un lado y otro suelas y tacones, con multitud de gruesos zapatos negros y chinelas juanetudas; pero nada de obra nueva.

—¿Qué tal? ¿Se trabaja mucho?—preguntó Monsalud al anciano, que, sin dejar la lámpara de la mano, se disponía a ser nuestro guía.

—Estoy echándole medias suelas al señor Definidor—repuso con desdén—: poca cosa, señor. Sí no fuera por lo que cae...

Diciendo esto dirigió una mirada orgullosa y magistral a los innumerables chirimbolos que en toda la redondez del cuarto se veían. Los miró como mira un general su ejército.

—¿El señor es el amo de doña Fe?—dijo después, mirándome con impertinencia—. ¡Ah! ¡Doña Fe!... ¡Excelente señora!... ¿No se le ofrece a usted alguna cosilla? También hago juguetes. Si tiene usted niños...

—Veo que guarda usted una buena colección de... preciosidades.

—Yo... recojo todo lo que encuentro.

Con sus manos en la cintura y el sombrero sobre la ceja ofrecía la más rufanesca y cómica apariencia que puede imaginarse. Yo conocía a aquel hombre; pero la perplejidad en que me encontraba era gran estorbo para mi memoria.

—¿Quieren ustedes pasar allá? Pues

vamos—dijo Mortero tomando su linterna.

Cuando esto decía habíamos salido Monsalud y yo, y nos internábamos por un largo callejón oscuro que no tenía nada de agradable como paseo. Iba el viejo despacio, por no permitirle sus piernas mayor actividad, y Salvador y yo teníamos tiempo para recrearnos en las contorsiones y horribles gestos que hacían nuestras sombras bailando en la pared a medida que avanzábamos. Según los movimientos de la linterna de Mortero, corrían aquéllas, anticipándose a nosotros: desde lejos nos miraban, aguardando a que pasáramos para unírseles de nuevo; otras veces se quedaban atrás, y luego en tropel corrían jugando para tomarnos la delantera.

Llegamos a una puerta, que empujó el anciano, y yo creí que por ella salíamos al aire libre. Pero mi sorpresa y mi pesadumbre fueron grandes cuando vi que, en vez del libre espacio, se extendían ante mí negras bóvedas de ladrillo; cuando en lugar de subir bajamos una escalerilla que si no conducía al infierno llevaba cuando menos a las antesalas de éste.

—Pero ¿adónde vamos?—pregunté bastante inquieto—. ¿No hemos bajado bastante todavía? ¿Esto es el Tártaro, o qué es?

—Chitón—dijo Monsalud, sonriendo y poniéndose el dedo en los labios.

La escalera no era muy larga; pero tan estrecha que, sin cesar, me iba aporreando la cabeza contra la bóveda de ella, haciendo de camino gran acopio de telarañas.

—Estamos en plena novela, amigo Salvador—dije, librando mi rostro de aquellos cendales—. ¿Qué demonios es esto? ¿Está tu logia en el centro de la tierra?

Salvador, sonriendo de nuevo, repitió:

—¡Chitón!

Habíamos entrado en un vasto recinto abovedado que se extendía considerablemente, sin que la vista alcanzase a divisar el fin, dividido por arcos de ladrillo desnudo. A un lado y otro, la escasa luz de la linterna permitía distinguir multitud de objetos cuya forma no se apreciaba claramente. Más que el objeto mismo, veíase la sombra de ellos: disformes masas que se abrazaban unas a otras, o se repelían, formando un conjunto semejante al de un gran montón

de ruinas en la penumbra de una noche de luna.

Salvador se detuvo y, poniéndose ante mí, me dijo:

—Bragas, estamos en los calabozos de la Inquisición.

XVI

Senti que la sangre se me trocaba en hielo; los cabellos se me pusieron de punta y por breve rato estuve sin respiración. Mi primer impulso, cuando pude tener impulso, fué buscar con la vista un hueco por donde echarme fuera de allí. Mi mayor confusión consistía en no poder asociar estas dos ideas: la Inquisición y el señor Mano de Mortero.

—No te asustes—dijo Monsalud—, aquí estamos tan seguros como en tu casa. Después de todo, esto no es tan feo como parece desde arriba.

Acudió en tropel a mi mente todo lo que había oído, visto y leído referente al temible tribunal. Aquel solitario y lúgubre sitio en que me encontraba desmentía un poco su silencio y abandono las ideas de espanto que invadieron mi cerebro, porque ni se oían lamentos, ni se veían los humanos cuerpos arrastrando cadenas sobre el ensangrentado suelo. Con todo, aquel lugar bastante pavoroso por sí, lo era mucho más desde que la fantasía lo asociaba a la tremenda Inquisición. No podía uno menos de considerarse sepultado allí. No bastaba que la razón dijera «Estoy libre»; el corazón se sentía comprimido por una mano de bronce, y el cuerpo se reconocía cobarde hasta para huir.

Imposible dejar de ver en los indefinidos objetos que obstruían el paso horribles aparatos de tormento, que, cual manos ávidas, alargaban sus garfios para agarrarle a uno las carnes; imposible dejar de ver en movimiento toda aquella maquinaria infernal, y los apagados hornillos encenderse, cual miradas del infierno, ascuas que resplandecían contemplando y llamando a sus víctimas; y los tornos girar, zahiriéndolas con su irónico chirrido, semejante a pullas de viejas; y los potros estirarse, deseosos de descoyuntarse a sí mismos mientras no les dieran cuerpos humanos que desbaratar, y abrirse las cajas, murmurando un gruñido sordo, como boste-

zo de Satanás, para cerrarse luego, tragándose un cuerpo humano palpitante aún de rabia y dolor. Imposible dejar de vez brazos amenazadores, escuetas figuras de angustia, semblantes doloridos, luengos trajes negros y garabateadas dalmáticas de ignominia; monteras de papel llenas de gatos y diablillos pintados, y horribles caperuzas sin rostro, con dos agujeros por donde asomaba la Suprema sus insaciables ojos, buscando la herejía.

Al cabo de un rato de observaciones, distinguí varias puertas a un lado y otro.

—¿Son ésas las mazmorras donde están los presos?—pregunté a mi amigo.

—Mazmorras son; pero no hay víctimas.

—¡Que no hay presos en la Inquisición!

—No; esto es ya una broma, un cachivache histórico que sólo asusta a los niños de teta. Los dos o tres presos que hay están en el piso segundo y se pasean por los corredores tomando el sol.

—¿Y esos instrumentos de suplicio?

—Tú ves visiones: aquí no hay nada que sirva para dar tormento—dijo Monsalud, dando un puntapié a una caja vacía que retumbó con lastimero acento—. ¿Ves esto? Pues es una caja de botellas de vino.

—Desechos de la comilona que tuvieron el otro día los señores—dijo Mortero.

—¿Y aquellos maderos que allí se ven?—pregunté, señalando unos palos en cruz, cuyo aspecto me parecía el más siniestro que se podía imaginar.

—Es un catre de tijera colocado patas arriba.

—¿Y aquello que luce y parece metal?

—Un brasero viejo.

—¿Y aquello que tiene cadenas y unas como pesas?

—La garrucha vieja que estaba en el pozo del patio grande.

—¿Y aquel cilindro horrible?

—Un tambor que servía al pregonero de la bula.

—¿Y aquella argolla enorme?

—El aro de una pandereta con que jugaba en las Pascuas del año pasado el niño del conserje.

—Pero allí veo unas al modo de mandíbulas que parece se van a comer a todo el género humano.

—Si es un fuelle viejo sin cuero.

—Y una caperuzá.

—Fué la que me puse el Carnaval pasado.

—Algunos cachivaches de tormento deben de quedar aquí—dijo Monsalud.

—Pero están hechos pedazos y cada pieza por su lado—replicó Mortero—. Yo cojo todos los días madera y hierro para remendar las guitarras y hacer obra nueva. Si no fuera esto, no tendría materiales para la juguetería... Hago caballitos, nacimientos, peonzas, aros, ballesas y mil diversiones para los niños... Lo que servía para atormentar se lo llevaron hace poco a la cárcel de la Corona, en la calle de la Cabeza... Lo pidieron las comisiones de Estado... Lo que ahí queda, entre los ratones y yo lo acabaremos.

Después del temor que yo había experimentado, sufrió mi alma una transición notoria: un vivo sentimiento de lo cómico se apoderó de mí. Produjo estos efectos la disparidad que resultaba entre el terrible tribunal como la mente lo concebía y la grotesca realidad de sus calabozos; pero lo que principalmente había enfriado de súbito mi terrorífica excitación era la voz, el gesto, la figura del miserable viejecillo, cuya persona en aquellas oscuridades inofensivas se asociaba al siniestro *exurge domine*. Era aquello como el despertar en sainete después de haber soñado tragedias. Como alta torre que se desploma, así cayó ante mis ojos el tremendo aparato fantástico de la Inquisición de Corte, y roto el negro capuchón, aparecía desnudo el vil mamarracho, cuya grotesca risa más inspiraba desprecio que horror.

—Pero ¿usted quién es? ¿Qué hace usted aquí?—pregunté a Mortero sin poder refrenar mi curiosidad.

—Yo barro las salas bajas—respondió—, limpio el patio, hago recadillos a los señores, les arreglo el calzado, subo agua, voy por una onza de rapé, saco a paseo los niños del conserje y remiendo y compongo los sillones, las cajas, las mesas y la estantería del archivo.

Mirándole y recordando, al fin, su historia, no pude menos de echarme a reír. Era un antiguo chalán del Rastro, contrabandista y capitán de matuteros, gran maestro de los tomadores del dos y hombre de empuje para toda empresa difi-

cil (1). Puestas a su lado las armas, cuando con la edad se acabaron a nuestro héroe las fuerzas, se dedicó al comercio de las *Américas*, o sea al tráfico del *Nuevo Mundo*; que estos nombres tienen hacia el sur de Madrid las industrias de compra y venta establecidas en la Ribera de Curtidores. A Mano de Mortero no le favoreció mala suerte. Parece que la Justicia dió en creer que el almacén de aquel varón insigne se abastecía de hurto, teniendo por principales acopiadores a todos los ladrones de la corte.

¡Infame y vil calumnia! Víctima de ella, el pobrecito Mano de Mortero hubiera sido indignamente perseguido sin la caritativa intervención de los padres de la Merced, que le tenían particular afecto; y no sólo le libraron éstos de las execrables garras de la Justicia, sino que lograron colocarle en un puesto humilde, pero honroso, dependiente de la conserjería de la Inquisición de Corte. El sueldo era casi una limosna; pero Mortero era Mortero y se las ingeniaba en aquellas profundidades. Llevó toda su hacienda al lóbrego departamento que le destinaron y no le faltaban industrias que ejercer. ¡Extrañas anomalías del siglo! La casa de la Inquisición ofrecía un refugio al inválido de la matutería, al insigne Aquiles retirado de las epopeyas del contrabando, al atleta de las luchas con la autoridad civil. Cuando le hacían notar esta coincidencia singular y el amparo que recibía en su vejez, decía sonriendo:

—Buenos barriles de vino les he regalado en mis tiempos. No volvía nunca a Madrid de mis viajes sin traerles la sarta de chorizos, la pieza de cotonía inglesa, el jamón de Portugal o las docenas de pañuelos del Bearne...

La Inquisición no era muy escrupulosa en aquellos tiempos para elegir el bajo personal que la servía. Todo el mundo sabe que cuando la de Murcia se encargó de los presos políticos después de fracasada la intentona de Torrijos, en 1817, tenía por carcelero a *un gitano*. Fácil fué a los conspiradores que no habían sido puestos a la sombra salvar de la prisión a sus compañeros. La respetable persona que los guardaba hizo lo que

(1) Véase *Napoleón*, en *Chamartín*, en este mismo volumen.

puede suponerse. El historiador que se ocupa del gitano dice que en Madrid «no estaba la Inquisición mejor servida que en Murcia»; pero no nombra al insigne Mano de Mortero, sin duda porque este gitano era más oscuro y subterráneo que el de Murcia. Lo que sí dice es que «ciertos conspiradores habían encontrado medio de penetrar en la Inquisición desde una casa cercana», a la cual, por el mismo camino, vamos a pasar Monsalud, yo y mis lectores, si quieren por entre estas tinieblas seguirme.

Pronto dejamos las bóvedas de la Inquisición; subimos otra escalera, pasamos a un patiecillo, donde, despidiéndonos cordialmente, nos abandonó el señor Mano. Salvador llamó a la puerta que allí se veía, y abierta por un hombre de aspecto común nos encontramos en una casa, en una verdadera casa, como todas las que habitamos los hombres.

Mentira me parecía verme ya fuera de la región de oscuridad y miedo.

—Aquí se respira, aquí se vive—dije a Salvador.

Atravesadas varias piezas, llegamos a una en que había varios estantes con libros, mapas, planos, esferas geográficas y otros objetos que convidaban al estudio.

—Pero ¿estamos en una academia?—pregunté—. Hemos pasado de la Inquisición a los libros... ¡Cuán cerca están el gato y el ratón!

—¿No ha venido nadie?—preguntó mi amigo al hombre que nos guiaba.

—Sí, señor—repuso éste—. Allí están los señores López Pinto, Infante, Seudouis y media docena de paisanos.

—Pero ¿en dónde estamos?—pregunté con viva curiosidad, cuando nos dirigíamos al sitio que el portero, criado o lo que fuese, designó simplemente con la palabra *allá*.

—¿No has oído decir que su majestad nombró en mil ochocientos catorce una Comisión de oficiales del ejército para que escribiese la *Historia de la guerra de la Independencia*?

—Sí. Dicen que la obra está atrasadilla.

—¿No sabes que se dió a la Comisión un edificio de mostrencos para que en él se reuniese y con todo recogimiento y comodidad pudiera dedicarse a sus trabajos?

—Sí; en la calle de la Flor Baja.

—Pues en esa calle y en el edificio de la Comisión estamos. Sólo que los señores oficiales...

—En vez de dedicarse a escribir se dedican a conspirar. También lo había oído decir. Pero hace poco, ¿no se disolvió la Comisión?

—Sí; pero ellos conservan las llaves del edificio y se reúnen aquí algunas veces. Has de saber que esto no es logia masónica; es una junta de patriotas. La iniciación es sencillísima y basta ser presentado por cualquiera de nosotros.

—Pero esta reunión... ¿cómo la tolera el Gobierno?

Monsalud alzó los hombros.

—Yo creo que tiene noticia de ella; pero el Gobierno está también minado, como está minada hasta la misma Inquisición.

—Por cierto que no acabo de explicarme...

—A poco de frecuentar esa casa descubrieron algunos que, haciendo una pequeña obra se podía pasar fácilmente por los sótanos del edificio al cercano de la Inquisición. El arquitecto de estas viejísimas casas previó la confusión que había de venir con los tiempos nuevos y el trabajo socavador de las ideas, que por todas partes se meten y toda histórica muralla horadan. Logramos seducir primero a dos o tres empleaduchos del Tribunal, y, por último, al conserje mismo. Hasta se me figura que algún inquisidor debe de tener noticia de que solemos pasar allá y revolverles un poco el archivo; pero no se atreve a decir nada, porque nos tienen miedo.

—¿Miedo los inquisidores?

—O simpatía..., también puede ser. La Inquisición es hoy una cosa que se aburre, un instituto infinitamente fastidiado de sí mismo. Sus procesos son un bostezo. Si en los tribunales de provincia se conserva bastante rigor (testigo de ello mi madre), el de Corte es una decrepitud lela, un aburrimiento, como te he dicho, que anuncia la paralización del sepulcro. Nos burlamos de este perplejo estafermo que se duerme con el azote en la mano. El tunante Mortero, convirtiendo en juguetes para la industria los instrumentos de suplicio, te dirá más que todos los razonamientos. Por cierto que no se ve tipo más truhanesco que este antiguo chalán del Rastro, a quien la Inquisición ha dado asilo en su

casa. Una noche estaba yo en la habitación de él admirando sus industrias y oyéndole contar graciosas historias, cuando vi entrar a doña Fe. Mientras nosotros ganábamos al buen gitano, éste había explorado la vecindad y héchose amigo de tu sirvienta. Los dos se entendían admirablemente. En prueba de ello, busca bien en tu casa y encontrarás no pocos platos de menos.

—Ya lo he notado.

—Comprenderás que sentí curiosidad y deseos de entrar en tu casa, y que, dado el carácter de doña Fe, no me fué difícil conseguirlo.

—Tú mismo me dejaste el papel... ¡Si supieras qué rato me hiciste pasar!...

—Esta noche entré, como has visto, y por los motivos que ya sabes. Vine aquí después del lance ocurrido en mi casa, y hallándome en esta misma sala, lleno de confusión, perplejidad y amargas dudas, resolví hacerte una visita. Ya ves cuán fácil y natural explicación tiene lo que a ti te ha parecido efecto de masónicos conjuros. No tengas por masones a doña Fe y al criado que ella misma te propuso; tenlos por dos grandes tunantes; échalos a la calle y cuida mejor las puertas de tu casa.

—¡Vive Dios que has hablado como un libro! Ahora dime qué vamos a hacer aquí, y con qué clase de gente tenemos que habérmolas.

—Ya te he dicho que esto es una reunión de patriotas, pura y simple, no una logia masónica. No esperes nada simbólico ni terrorífico. Eso lo hay en otras partes; pero la revolución es tan urgente y tiene tanta prisa, que ha dejado a un lado los floretes para tomar las espadas.

—Pues adelante; entremos.

XVII

Pasamos a una pieza grande, mejor amueblada que alumbrada, en la cual había hasta diez persons. Algunas de ellas revelaban claramente su profesión militar, aunque no tenían uniforme. Hablaban en alta voz con gran algazara. Cuando Monsalud me presentó a ellos, diciéndome mi nombre y apellido con la añadidura de los cargos que había desempeñado, callaron todos y no se oyó más que un murmullo. Creeríase que mi

nombre había caído en la reunión como un jarro de agua en brasero encendido.

Pero el que llamaban Seudoquis, que parecía tener cierta superioridad sobre los demás, se dignó hablarme con benevolencia.

—Las adhesiones de personas importantes que cada día recibimos—dijo con petulancia—, prueban que el absolutismo se desmorona.

—Hemos llegado a un punto—repuse—en que es indispensable tratar de una revolución en el Gobierno. Yo no valgo nada. Usted me favorece demasiado... Doy a usted las gracias...

Y luego, para mi capote, añadí:

«¡Cuatro tiros te daría yo de buena gana, tunante!»

—Eso lo reconocen todos los hombres de talento—dijo otro de los presente.

—Yo mismo lo vengo sosteniendo—indicué—. Público es y notorio que he aconsejado a su majestad... Pero a ese pobre señor... A ese pobre señor le han puesto una venda en los ojos y es muy difícil arrancársela. La Corte debiera comprender su interés y transigir con ustedes.

Y para mis adentros añadí:

«¡Qué bien os vendría un par de carreras de baqueta a cada uno!»

—La cosa ha llegado a tal extremo—dijo el que nombraban López Pinto—, que ya son contados los personajes importantes que no están dispuestos a ayudar a la revolución... Pero vamos a lo positivo y ocupémonos de lo que nos ha reunido aquí. ¿Cómo es la gracia de ese señor?

Yo di mi nombre y lo apuntaron.

—¿Quién responde del señor Pipaón?

—Yo respondo—dijo Monsalud—. Pero siguiendo la costumbre se extenderá un acta y él la firmará.

Maldita la gracia que me hacía poner mi nombre y rúbrica al pie de un compromiso revolucionario; pero me acordé de las amonestaciones de don Antonio Ugarte, y eché mano a la pluma. En el documento constaba que, admitido yo a la reunión y hecho partícipe del objeto y plan de ella, me comprometía a coopear en la obra revolucionaria. Firmaban cuatro además del presentado y del presentador, y aquella hoja se unía al cartapacio que uno de los militares llevaba siempre consigo.

Encabezaba el cuaderno una declara-

ción importantísima, punto capital del programa revolucionario, y era que aquellos señores y yo desde tal momento prometíamos hacer todos los esfuerzos imaginables para derrocar el absolutismo y restablecer la Constitución de Cádiz.

«Antes os derrocaría yo la cabeza», dije para mí, mientras firmaba, decorando mi faz con una sonrisilla.

Con tan grave fórmula quedé armado caballero de la caballería demagógica, sin más petada ni espaldarazo. Esta sencillez patriarcal no dejó de llamarme la atención. Seudoquis me dijo:

—No todos los personajes importantes que se abrazan a la revolución tienen el valor de venir aquí. Muchos hay que trabajan desde sus casas, en el mismo Palacio y en los ministerios. Parece seguro—añadió, bajando la voz—que el señor Lozano de Torres es nuestro.

—Esta mañana lo vi—dije yo—, y no sé por qué me pareció un poco inflamado de ardor revolucionario.

—Es indudable que esta noche deja de ser ministro.

Empezó a entrar gente, y bien pronto la sala estuvo tan llena que hacía allí un calor sofocante. La animada conversación, las preguntas de fuego sostenían también una elevada temperatura moral. Sorprendíanse algunos de verme allí, y por mi parte no volvía de mi asombro al ver en tal sitio a ciertas personas. Aquello tenía todo el aspecto de un club y no parecía que nos reuníamos para tratar una cuestión concreta, sino que nos congregaba el deseo de desahogar por la vía oratoria las pasiones políticas. Eran oídos los que más gritaban, y en ciertos momentos todos hablaban a la vez, resultando que ninguno podía ser escuchado. Yo había resuelto hacerme notar desde el primer momento, y como repetidas veces me manifestaron deseos de que dijese alguna cosa, me subí sobre un banco, y con gesto académico y cara sentimental me expresé de este modo:

—Señores, voy a hablaros con toda la franqueza propia de mi carácter... Porque yo llevo siempre el corazón en los labios; yo no conozco el disimulo, soy un hombre que hasta en sus defectos, pues tengo muchos, dicho sea sin modestia, lleva el sello de la más pura lealtad... Señores, faltaría a esa misma lealtad de que blasono si yo viniera aquí ahora haciéndome pasar por libe-

ral de toda mi vida, cantando himnos a la Constitución y apostrofando al absolutismo. Si eso se me exigiera, por la misma puerta por donde he entrado me marcharía, con el corazón lleno de amargura, pero con la conciencia tranquila. (*Bien, bien.*)

»No; yo no puedo presentarme aquí alardeando de servicios prestados a la causa constitucional, ni afectando un entusiasmo tardío. Quédese eso en buena hora para los que se vuelven siempre al sol que más calienta, para los que adoran el triunfo, cualquiera que éste sea. Yo diré más, señores: yo levantaré ante vosotros, hombres honrados y leales, mi cabeza humilde, pero honrada también, y diré: «Señores, he sido absolutista; he servido al Gobierno absoluto; he merecido la amistad de mi soberano, a quien desde aquí respetuosamente saludo.» Diré más aún; diré: «Yo he trabajado contra la revolución; he procurado atajarla por cuantos medios estaban a mi alcance.» Pues bien, señores: esta franca declaración mía, ¿no es una garantía de mis intenciones? ¿No prueba que no soy un aventurero? ¿No indica claramente que traigo aquí ideas de rectitud, de buen proceder y, sobre todo, del más puro patriotismo y lealtad? (*Sí, sí.*)

»Pero los que me escuchan dirán: «¿Cómo este hombre, que ha servido al absolutismo, viene a servirnos ahora a nosotros?» Se hablará de defección, de inconsecuencia, de falta de lógica. No, señores; no, y mil veces no. Yo he visto el abismo a que es rápidamente conducida la nación por hombres perversos; yo veo los graves, los hondos, los inmensos males de la patria; veo a la Corte desbocada, digámoslo así, por un despeñadero; la veo tocando ya al término de la perdición, de la ruina. Hago esfuerzos para salvarla, y no puedo; quiero detenerla, y me atropella; le grito, y no oye. ¿Qué hacer, señores, qué hacer? ¿Cruzarme de brazos y contemplar con fría imperturbabilidad el desdoro y la destrucción de mi patria? ¿Encerrarme en mi egoísmo, no ver más que mi propia persona y dejar que la revolución y el absolutismo se despedacen en feroz encuentro? ¡Oh!, no, señores, y mil veces no. Los que tenemos un corazón que nace al dulce nombre de patria; los que hacemos nuestras las alegrías y las pe-

nas de la tierra en que hemos nacido, no podemos proceder de esa manera. Una voz dolorida suena en nuestro cerebro, y el corazón palpita al representarse las angustias de la patria agonizante. ¡Bendita seas una y mis veces, oh patria generosa, bella y desdichada! ¡Bendita seas, y malditos los que no estén prontos a derramar por ti la última gota de su sangre!» (*Emoción general.*)

Tuve que detenerme, porque yo también me conmovía y la voz se ahogaba en mi garganta.

—Perdonadme, señores—continué, reponiéndome y pasando el pañuelo por mis ojos—; perdonadme si mis palabras desdican de la gravedad de este lugar, si me dejo llevar de sentimientos... Porque sin quererlo... casi me he puesto en ridículo. (*No, no; que siga.*) No puedo tratar de ciertos asuntos sin mostrar toda la sensibilidad de mi corazón... Pues decía, señores, que un hombre honrado no puede permanecer tranquilo en presencia de los males gravísimos que todos conocemos. Yo, como otros muchos, he fijado los ojos en la idea que bullía en estos lugares secretos. Por lo mismo que la combatí, reconozco su poder; ¿a qué negarlo? Nadie se atrevería a sostener que la idea liberal es mala en sí; nadie, nadie. Yo mismo, que la he combatido, he dicho, fijaos bien, señores, he dicho que la idea liberal y la Constitución del doce podían ser de provecho en determinado día... Pues ¿quién duda eso? Establecióse el absolutismo cuando era natural y lógico que se estableciera, porque la desorganización nacional, consecuencia lógica de la guerra, exigía una unidad poderosa que amalgamara los elementos dispersos. Pero el absolutismo, entiéndase bien esta idea, que yo he sostenido siempre, no podía considerarse sino como transitorio, como una obra de las circunstancias. Bien claro lo dice el manifiesto del cuatro de mayo de mil ochocientos catorce. Pues bien: así como fue natural y lógico establecer el absolutismo, entiéndase bien, señores, ahora es lógico y naturalísimo que el absolutismo cese... No; España no puede continuar por más tiempo siendo una excepción en Europa. No sólo Luis Dieciocho, sino también Alejandro, el autócrata ruso, han aconsejado a nuestro rey la adopción de una Carta constitu-

cional. Esto es lo lógico; los tiempos lo reclaman, el país lo pide a gritos herido; porque el país, señores, tiene mejor que nadie el instinto de su conveniencia; y así como aplaudió hace cinco años el absolutismo, aplaudirá después el Gobierno liberal, sabiamente establecido. Y ahora pregunto yo: en estas ideas que he vertido, y que son norma de mi conducta, hay defección, hay inconsecuencia, hay falta de formalidad? (*No, no.*)

»Repito que yo no vengo aquí a proclamarme revolucionario rabioso. No soy ni siquiera revolucionario. Mi sistema político se funda en un orden perfecto, en una concordia preciosa. Gobierno prudente y liberal; reformas sabias; respeto a su majestad; orden, mucho orden. Si se trata de escándalos, de disturbios sangrientos, me marcharé por donde he venido, iré a llorar en la soledad de mi retiro los males de la patria y los errores y la ceguera de mis conciudadanos. (*Muy bien.*) No me pidan manifestaciones calurosas. Trabajaré por el cambio de Gobierno. Trabajaré con ardor y celo, pero sin demostrar esa vana oficiosidad de los que se unen a las revoluciones para desacreditarlas, mientras sacan provecho de ellas. Yo no quiero provecho, yo quiero ser el primero en el trabajo y el último en la recompensa. Quiero ser el último, señores; quiero permanecer en la oscuridad el día del triunfo. El que no se acuerde de mí en dicho día me hará el mejor servicio que puedo apetecer. Ruego a todos los presentes que no vean en mí más que un hombre oscuro que podrá equivocarse, que se ha equivocado tal vez, pero que jamás ha fingido sentimientos ni ideas que no sintiera. Con la misma lealtad y franqueza con que expuse antes mis servicios al absolutismo, declaro ahora que creo en el triunfo de las ideas liberales. Yo no engaño, yo no finjo, yo no hago papeles diversos; yo no tengo entusiasmos hoy, frialdades mañana y veleidad y novelería siempre; en una palabra: yo no sirvo a partidos, ni a pandillas, ni a poderes, ni a reyes, sino a la madre que reverencio y adoro, a la patria idolatrada, objeto de todas mis ansias, de todos mis desvelos, de todos mis amores. Fijos los ojos en la patria, exclamo: «Joven Libertad, yo te saludo.» He dicho.»

Concluí mi discurso entre señales de aprobación tan manifiestas y calurosas que, a pesar de estar yo en el secreto, como autor de la pieza oratoria que acababa de leerse, no pude menos de admirarme a mí mismo. Mi discurso, dicho sea sin molestia, era un modelo en ese género resbaladizo, flexible y acomodaticio, que sirve, mediante hábiles perfidias de lógica y de estilo, para defender todas las ideas y pasar de uno a otro campo. Era un modelo en lo que podemos llamar el género de la transición. Yo descubría maravillosas facultades para la política.

Los buenos revolucionarios, al aplaudirme y admirarme irreflexivamente, sin indagar mi historia, no hacían más que cumplir las condiciones inevitables de su carácter, que eran candor y generosidad. La mayor parte de ellos tenían una buena fe excesiva, y abrían los brazos a todo el mundo, viniera de donde viniese. Dejábanse cautivar por los discursos amañados y retumbantes, sin reparar de qué boca salían, dándose el caso aquella noche de que a un hombre como yo le festejaran, considerándole como una esperanza de la joven Libertad.

Otros hablaron después que yo; pero no se oyeron más que discursos violentos, sin aquella mesura y espíritu práctico, sin aquel justo medio y aquel pulso que resplandecían en el mío. Yo hablé blé como hombre de gobierno; ellos, como agitadores desalmados. Yo hablé desde un terreno en que fácilmente se podía volver la vista al absolutismo y al constitucionalismo, vistiendo al uno con los trajes del otro, según conviniera; ellos quemaban sus atrevidas naves, declarándose jacobinos. ¡Diferencia notable! El porvenir era mío. Ellos morirían despedazados por sí propios.

Ultimamente, la reunión se dividió en grupos, y hablaban todos a un tiempo. Yo advertí que Monsalud, Seudoquis y otros habían desaparecido después de mi presentación, sin oír mi discurso, y, curioso por saber dónde se escondían, lo pregunté a un señor ex colector de Expolios que conmigo charlaba.

—Están en la sala inmediata—me dijo—. Esas cabezas de la conspiración deliberan secretamente. Para pasar allí es preciso haber trabajado mucho y servido bien a la causa. Creo que esta noche hay noticias importantes: ya nos

las dirán. Se dice que va a salir al momento un comisionado para Andalucía.

Uno que parecía militar de elevada graduación se acercó y nos dijo:

—Se asegura que esta noche misma vendrá aquí por primera vez a inscribirse y a comprometerse don Juan Esteban Lozano de Torres.

—¡Hombre!... ¡Tan pronto!...—exclamé yo.

—Señor de Pipaón, aprendamos a ver claro y a no juzgar a las personas por lo que aparentan. Yo mismo he visto a Lozano en la logia masónica de la calle de las Tres Cruces.

—La verdadera masonería dicen que no es revolucionaria.

—Hay de todo; por ahí se empieza.

—No; no es que yo ponga mi mano en el fuego por la pureza antirrevolucionaria de don Juan Esteban—dije—. El, como todos nosotros, habrá comprendido que es imposible sostener el absolutismo... Quien no se dejará bautizar fácilmente con estas aguas, amigo, es el señor marqués de M***, a quien se indica para sucesor de Lozano.

—También lo creo así. El marqués de M*** no será de los nuestros hasta que triunfemos. Su anticonstitucionalismo consiste en que no cree en la posibilidad de la caída. Allá veremos. Me temo que si entra ese señor en el Ministerio, sea ésta la última noche en que nos reunamos aquí.

—Es posible.

—Pero no faltará un agujero. Madrid es muy grande, y la Policía, en su previsión incomparable, no deja de simpatizar con las sociedades secretas. Felizmente, ahora se han reunido fondos.

—La cosa—dijo el militar, dando a esta palabra (cosa) el sentido revolucionario que siempre tiene en visperas de trastornos—vendrá esta vez de Andalucía.

—Sí; esta noche misma sale un comisionado para allá. El ejército de la Isla y las tropas que con motivo de la fiebre están acantonadas en las Cabezas de San Juan serán las que nos saquen de penas.

—Conozco algunos jefes—indiqué.

—Y yo, a todos—dijo el militar.

—¿A Rafael del Riego?

—De ése no puede esperarse gran cosa. Es un hombre que, por milagro de Dios, sabe leer y escribir.

—Mucho corazón.

—Regular, nada más. En lengua si le ganan pocos. Es de los que más hablan y de los que menos hacen.

De improviso entró en la reunión un hombre a quien yo había visto mucho en Palacio, y que aun en aquella época privaba mucho con Ramírez de Arellano y Villar Frontín.

—Señores—gritó con voz estentórea—, el marqués de M*** es ministro de Gracia y Justicia.

—¡Viva Lozano de Torres!—exclamó uno de los presentes.

—Su excelencia ha salido desterrado para el castillo de San Antón, de La Coruña.

—No podía faltar el paseito—dijo el ex colector.

—Ahora, mucho cuidado. El señor don Buenaventura nos enviará aquí sus perros. Ya no tendremos un jefe de Policía que ampare la reunión.

La conversación se animó. Hubo amenazas, promesas, votos, juramentos y proyectos. Yo me mantenía siempre en una actitud de dignidad y reserva, como hombre amante del justo medio y enemigo de escándalos. Se respiraba allí una atmósfera de pasión que no era la más a propósito para mí, y empecé a sentir hastío. Sin embargo de esto, hice aquella noche algunas amistades. ¡Cuántos hombres conocidos encontré allí, y con cuántos desconocidos trabé relaciones! Había gran número de personas muy notorias por su probidad, por su honrada vida en el comercio y en la industria; había altos empleados que sirvieron, o servían aún, con buena nota; liberales exaltados que llevaban en sus manos la señal de las esposas del presidio; revolucionarios frenéticos y templados, hombres de ideas nobles y hombres de acción ruda, personas sencillas las unas, inteligentes y astutas las otras, la violencia y la persuasión, la sencillez y la anarquía. Para que nada faltase, vi algunos que se habían distinguido en los seis años por su absolutismo furibundo. El pan que iba a salir de aquel amasijo, sólo Dios lo sabía.

Al fin aparecieron los que se ocultaron al principio de la sesión, y Seudoquis dijo:

—Señores, es preciso que nos retiremos. La entrada del marqués de M*** en el Ministerio nos quita toda seguri-

dad, y esta casa puede ser registrada cuando menos se piense. Si el señor Lozano no nos protegía abiertamente, me consta que hacía la vista gorda, es decir, que no quería meterse con nosotros, y perseguía tan sólo a nuestros agentes. El *Tigre* no hará lo que el *Zorro*, y dirigirá sus golpes a lo alto. Quizá a estas horas estén cambiados los agentes de Policía. Precaución, pues, y cada cual a su casa. Se avisará.

Lentamente fueron desfilando todos. Hubo despedidas cariñosas, apretones de mano, promesas, citas particulares para el día siguiente. Todo era concordia y entrañable afecto. Monsalud y yo nos quedamos los últimos. Riéndome, no sé si de mí mismo o de qué, le dije:

—¿Conque soy masón?

—Masón, no—me respondió—. La masonería, propiamente dicha, no es revolucionaria, aunque el vulgo y los absolutistas llaman masones a los que conspiran. Ya te dije que esto no es una logia, sino una reunión; lo que en Francia llaman un club.

—¿De modo que no soy todavía masón, propiamente dicho? Pues bien: soy liberal.

XVIII

Y rompí a reír con más fuerza. La revolución individual se había consumado en mí. La segunda casaca, no menos ridícula a mis ojos que la ropilla encarnada de un bufón, pesaba sobre mis hombros.

—Una cosa no me ha gustado. Salvador—le dije cuando salimos a la calle—, y es que han tratado ustedes secretamente lo más importante de la reunión. ¿Por qué no habría de cooperar yo con mis consejos a lo que se está tramando?

—¿Acabas de sentar plaza y ya pretendes ser general?

—¿Qué quieres... Yo soy así... Pero ¿adónde vamos ahora?

—A donde gustes. Yo tengo que salir para Andalucía al rayar el día, y quisiera tomar alguna cosa y descansar un poco.

—¡Ah!, eres tú le comisionado que va a Andalucía. Dicen que vendrá de allí eso que llaman *la cosa*. ¿Vas a llevarles dinero o instrucciones? Se me figura que de todo llevarás.

—Mucho quieres saber en poco tiempo. Te advierto que nunca he sido indiscreto. Sigue concurriendo a la reunión, muéstrate activo y servicial, y pondrás tus manos en la masa fina.

—Tienes razón: no debo ser curioso. Pero dime, tú que estás en los secretos: la revolución, ¿vendrá pronto?

—Aunque no tengo la fe ciega de otros, creo que esta vez ha de resultar algo de provecho. Se ha trabajado tanto, se ha llevado el hilo de la conjuración a tantas partes, que, a poco que de él se tire habrá movimiento en diversos puntos, y cuando el Gobierno quiera cortarlo, se enredará en él.

—Por lo que veo y por lo que he oído, tú eres de los que más han trabajado en estos enredos—dijo, procurando ganarme toda la simpatía de mi amigo—. Desde la conspiración de Porlier andas en danza, Salvador, según lo prueba la hoja de servicios que me enseñó Lozano de Torres. ¿Sabes que, por mucho que te den el día del triunfo, no habrá bastante con que recompensarte?

—Yo no trabajo por recompensas, amigo Bragas—replicó—; trabajo por una pasión irresistible que me ocupa todo desde que me vi maldecido por mi patria y arrojado al suelo extranjero como una bestia maligna. Esta pasión es la que me impele, es la que me mueve, haciéndome infatigable; la que me hace afrontar todos los peligros y despreciar la muerte, a que mil veces estuve expuesto.

—Yo también tengo una verdadera pasión porque mejore la suerte de mi querida patria. Salvador, entre tú y yo hemos de hacer algo muy sonado.

—Mi ambición y la tuya son muy distintas. Tú has empezado a creer que esto va mal desde que has empezado a perder tu valimiento. Yo he creído siempre lo mismo, y mucho me temo que, aun después del triunfo, sigan pareciéndome las cosas de mi país tan malas como antes. Esto es un conjunto horrible de ignorancia, de mala fe, de corrupción, de debilidad; recelo que esté el mal demasiado hondo para que remediarlo puedan los revolucionarios. Entre éstos se ve de todo: hay hombres de mérito, buenas cabezas, corazones de oro; pero asimismo los hay tan vanos como bullangueros, que buscan el ruido y el tumulto, no faltando algunos que están llenos de buena fe, pero carecen

de luces y de sentido común. Yo he observado este conjunto en que se revuelven, sin poderse unir, la grandeza de las ideas con la mezquindad de las ambiciones; he sentido al principio cierto temor; pero, después de meditarlo, he concluido afirmando que los males que pueda traer la revolución no serán nunca tan grandes como los del absolutismo. Y, si lo son, bien merecidos los tienen. Si esto ha de seguir llevando el nombre de nación, es preciso que en ella se vuelva lo de abajo arriba, y la de arriba abajo; que el sentido común ultrajado se vengue, arrastrando y despedazando tanto ídolo ridículo, tanta necedad y barbarie erigidas en instituciones vivas; es preciso que haya una renovación tal de la patria, que nada de lo antiguo subsista, y se hunda todo con estrépito, aplastando a los estúpidos que se obstinan en sostener sobre sus hombros una fábrica caduca. Y esto se ha de hacer de repente, con violencia, porque no siendo así, no se hará nunca. Ya sabemos lo que son las promesas hechas en un manifiesto durante los días de miedo. Aquí se han de romper a hachazos las puertas de la tiranía para destruirlas, porque, si las abrimos con ganzúa o con su propia llave, quedarán en pie y volverán a cerrarse.

—Salvador, me espantan tus ideas—dijo yo, no pudiendo renunciar a mi papel de sustentador del orden social.

—Pues acabas de comprometerte a defender estas ideas que tanto te espantan. Si quieres que sigan gobernando a la nación el capricho de un rey o la ambición infame de media docena de lacayos: si quieres que todo el manejo de la fortuna del reino esté al arbitrio de una mujerzuela o de una palaciego adulador; si quieres que la parte principal de la riqueza del país sea chupada por un enjambre de holgazanes corrompidos, sin ley de Dios ni de los hombres; si quieres que la ignorancia y la barbarie de los pueblos sean ley del Estado, y que se proscriban los libros como una plaga; si quieres que un capellán de monjas, más estúpido, aunque menos gracioso, que fray Gerundio ponga su veto a las obras del entendimiento más sublime; si quieres que siga este envilecimiento en que tantos seres viven, gobernados como carneros, sin saber pedir cuentas de su conducta a los que los

gobiernan; si quieres que todos los hombres eminentes se mueran de miseria y dolor en los calabozos o en los presidios de Africa, y que los mejores titulos para escalar las altas posiciones sean aquí la adulación, la bajeza, la nulidad, la ignorancia, la intriga; si quieres esto, Pipaón, ¿para qué has salido de Palacio y has entrado en el club?

—Veo, amigo Salvador, que has aprendido en la emigración muchas cosas que antes no sabias.

—La desgracia abre los ojos, y la desgracia en países que son una perpetua lección para el nuestro es la mejor maestra que se conoce. Tengo fe inmensa en el éxito definitivo de mis ideas; tengo la creencia de que, al fin y al cabo, triunfarán, y serán tan comunes a todos como son hoy comunes la ignorancia y la ceguera.

—De modo que ahora...

—Ahora, si he de hablarte con franqueza, no creo yo que las ideas liberales sean bien comprendidas, ni menos bien practicadas.

—Es decir, que serán una calamidad.

—Hasta cierto punto, sí.

—Entonces, los que las predicán hacen mal, y los que tratan de establecer el sistema liberal, peor.

—No, porque alguna vez hemos de empezar.

—El pueblo necesita ser ilustrado para poder practicar la libertad.

—Y necesita practicar la libertad para ilustrarse. Parece que esto es un círculo vicioso; pero no lo es realmente. ¿Por dónde se empieza? Esta es la cuestión. Comprenderás que todas las cosas tienen su principio doloroso. El hombre, antes de andar en dos pies, ha andado a gatas. Supongo que, por evitarte los tropezones que acompañan a los primeros pasos, no desearás tú que el género humano ande siempre a cuatro pies.

—Ciertamente que no.

—En ese periodo estamos, amigo.

—¿En el de los cuatro pies?

—Exactamente. Yo le digo a la sociedad española: «Levántate», y me responde: «No sé andar derecha.» Los frailes y los palaciegos le aconsejan que no se meta en la peligrosísima aventura de marchar con la gente. Al fin, tanto la azuzamos, que se levanta.

—Y a los pocos pasos, ¡al suelo!

—Pero la estimulamos de nuevo con

ruegos, o a latigazos, si es preciso. Afligida, repite ella: «Si no sé, si me caigo, ¿qué debo hacer para aprender a andar?» Y le contestamos: «Andar, andar siempre.»

—Bien, muy bien, señor Monsalud —dije, riendo—. Dios quiera que el tropezón que vamos a dar ahora no sea tal que nos rompamos las narices...

—Y andará, al fin tiene que andar. Decirte cuánto he trabajado porque llegue el día del triunfo; pintarte los peligros que he corrido, y la extraordinaria constancia mía al inaugurar una tentativa al pie mismo de los cadalsos donde ha expirado la anterior, sería imposible. Esta fuerza, este afán incesante, sin desmayar nunca, sin desconfiar del éxito, a pesar de las repetidas contradicciones que han agobiado y descorazonado a tantos, no se tiene sino cuando el alma está llena y ocupada por esas ardientes y potentes ideas, por las pasiones políticas que alientan y queman. Para desafiar la muerte es preciso no temerla, y este arrojo imperturbable sólo cabe en corazones limpios de toda ambición pequeña.

—Comprendo que los trabajos han sido muchos; pero no me hables de los peligros, porque no creo en ellos. Pues qué, ¿no es sabido que los conspiradores, masones, o lo que sean, burlan la Policía y la Justicia, cual si estuviesen de acuerdo con el Gobierno?

—Te diré: es cierto que hoy se ha relajado considerablemente la Justicia; pero es porque al Gobierno le ha entrado ya el mareo de la perdición. le ha entrado el aturdimiento que indica su próxima ruina. El absolutismo mismo, esa fiera indócil, incapaz de benignidad, parece como que quiere congraciarse con la revolución. Esto no es tolerancia, Pipaón; esto es cobardía... Recuerda que Porlier fué ahorcado; Lacy, fusilado, y Vidal y sus infelices compañeros, inmolados también en un aparato lúgubre que indica la crueldad más refinada... Hoy, el absolutismo no ahorca; mas no porque no sepa hacerlo. Ahora le toca a él tener miedo... Sin embargo, la impunidad que hoy disfrutan los revoltosos tiene sus límites. Ciertamente que hacen su voluntad y conspiran multitud de personajes que han ocupado altos puestos o los ocupan hoy. Con éstos transigirá siempre el Gobierno, porque no es cosa

de meter en la cárcel a un consejero de Estado o a un capitán general. Con los que el absolutismo no transige es con los que, como yo, no son ni siquiera sargentos, ni siquiera covachuelos, y se atreven, sin embargo, a atentar contra lo existente. Para los que no somos nada, la impunidad no existe. Otros, si son cogidos, sufrirán pequeño arresto, o una detención insignificante, recibiendo algún recadito del ministro, de tal dama o de cualquier palaciego. En cambio, yo, y otros como yo, si somos cogidos, lo pasaremos mal.

—¿No eres amigo del señor Villela?

—Pero el señor Villela, aunque conspira, conspira a lo cortesano, y es esclavo de las conveniencias. Es mi amigo; pero sólo hasta cierto punto, y en tanto cuanto no se comprometa por mí. No creas que me fiaría del *Elefante* en un caso de apuro. Los protectores y cómplices de la Corte sirven de poco. ¿Piensas que me hubiera sido fácil escapar de las garras del marqués de M*** si, por desgracia, hubiera caído en ellas esta noche?

—Tú me has dicho que has sobornado a muchos polizontes, y por lo que Seudoquis me indicó, se comprende que la Policía no os molestará mucho.

—Pero no estoy libre de la policía de la Inquisición—añadió Salvador—, lo cual es muy distinto.

—Hace poco, cuando estábamos en aquellos sótanos tan apacibles, me dijiste que la Inquisición era una burla, un fantasma.

—Una burla y un fantasma porque no es lo que era, es decir, porque no quema, ni descuartiza, ni descoyunta; pero aún tiene presos, y alguna vez se da el gustazo de atormentar. Si he de hablar-te con franqueza, en este período de perdición y desvanecimiento en que ha entrado el absolutismo, no temo ni que me ahorquen ni que me fusilen, porque, además de la flojedad del Gobierno, no faltaría quien me salvase; pero temo las molestias, y, sobre todo, la falta de libertad. Por eso varío de domicilio con tanta frecuencia, con objeto de evitar a los infames hurones que olfatean la revolución, faltos de valor para destruirla. Por eso he organizado una especie de policía a mi manera, que me permite conocer gran parte de lo que pasa en los

ministerios y en Palacio, en la Corte y fuera de ella.

—¡Admirable habilidad la tuya! Por lo que has hecho en mi casa, juzgo de lo demás—le dije—. Ya no me sorprende que tuvieras noticias de la orden secreta dada por el Supremo Consejo para poner en libertad a tu madre, ni que sepas la venida de Carlos Navarro, cuando su misma mujer no la sabía.

—Lo supe por un amigo llegado ayer.

—Mientras más hablo contigo, más me alegro de renovar nuestra antigua amistad—le dije cariñosamente y con franqueza—. Creo que entre los dos podremos hacer algo de provecho. Sigamos nuestras relaciones..., escíbeme... Quiero saber, día por día, cómo va nuestra querida revolución..., porque yo, Salvador, soy todo tuyo.

—Entusiasmado estás. Veremos si dentro de algún tiempo dices lo mismo—me contestó, deteniéndose.

Habíamos llegado a la Puerta del Sol y junto al café de Levante.

—¿Es hora ya de que nos separemos? —le pregunté.

—Sí; te ruego que no me acompañes más. Ahora necesito estar solo.

—¿Y no puedo seguir en tu agradabilísima compañía hasta el momento en que te pongas en camino?

—No, querido Pipaón. Ahora deseo quedarme solo. Unos amigos me esperan aquí. Tengo que arreglar mi viaje. Conque...

—Pues adiós, ilustre y heroico joven! —le dije, abrazándole—. ¡Cuántas cosas han pasado desde que te apareciste en mi casa! ¡Qué nuevo mundo de ideas! Entre morir y resucitar, no hay tanta diferencia. ¡Si me parece que he vuelto a nacer!... Soy otro, Salvador.

—Falta que seas consecuente, que comprendas bien la gravedad de tu misión ahora.

—Tomándome por modelo, mi querido amigo, no me equivocaré... ¡Venga otro abrazo..., otro! Si no me canso de abrazarte. Que vuelvas pronto y nos traigas la revolución. ¡Oh, la revolución!...

—Adiós.

—Soy todo tuyo..., todo tuyo y de la libertad. Adiós.

Nos separamos. Yo corrí a mi casa. El frío de la madrugada, azotándome el rostro, obligándome a marchar veloz-

mente, como un ladrón que huye o un amante que acude a la cita.

Gran asombro me causó hallar a Jenara levantara. Su palidez indicaba doloroso insomnio. Tenía en los ojos un exceso de atención y de vida, semejante a los primeros síntomas del delirio mental.

—¿Cómo es eso?... ¿En pie a estas horas?—le dije.

—Gusto de madrugar—me respondió, señalando las ventanas por donde entraban las primeras luces del día—. Vea usted: ya amanece.

—¡Ah señora!—exclamé compungido—. Vengo de cumplir el más penoso de los deberes... ¡Terrible trance que ha llenado de angustia mi corazón!... Pero, en fin, el deber es lo primero.

—¿De qué habla usted?

—¡Y me lo pregunta! ¡Y se hace la ignorante!... Pues qué, ¿necesito decir que ese miserable enemigo nuestro se halla en poder de la Justicia, que bien pronto, ¡oh dolorosa y tristesísima idea!, le hará expiar sus nefandos delitos?

—¿El que entró aquí?...—preguntó, venciendo su perplejidad.

—Pero, Jenara, ¿es posible que no haya comprendido usted mi intención y el gran celo con que esta noche la he servido?

—¿A mí?

—¡A usted! Francamente, amiga mía, sólo por usted, sólo por el gran amor que profeso a su familia, he podido yo acometer la penosa empresa de esta noche... Le aseguro que mi corazón está destrozado.

—Nada comprendo. Sólo sé que, después de charlar en confianza, salieron ustedes juntos.

—Y lo demás, ¿es preciso decirlo letra por letra?... ¡Qué tonta es la niña!... ¿Pues no se comprende que si salí con él fué para llevarlo astutamente y con sutil engaño a un punto donde no pudiera hacer ninguna resistencia?...

—¡Para prenderle!

—Pues es claro... ¡Y se asombra!... ¿Pues no era éste el gran empeño de usted?... El infeliz, al escapar de la emboscada que le prepararon en su casa, creyó encontrar refugio y amparo en la mía; pero se la he pegado bien... Finjiendo conducirlo a paraje seguro, le puse entre los dientes del dragón. Conque, señora mía, los vivos deseos de us-

ted están satisfechos. ¿Me he portado bien?

—¿De modo que fingiéndose amigo...?

—Eso es: simulando que le protegía, le entregué a los sayones de don Buena-ventura, que darán cuenta de él.

—¡Qué felonía!—exclamó con arranque espontáneo.

Después, tratando de reponerse, me dijo:

—Pero más vale así, para que no se pierda mi trabajo.

—¡Ah!, lo que es esta vez subirá al cadalso, estoy seguro de ello... Pero noto en el semblante de usted síntomas de lástima, Jenara.

Y era verdad que los notaba.

—Justicia y generosidad no se excluyen—me respondió—. Ya he dicho que detesto al delincuente, pero que compadezco al encausado.

—Estoy notando que en el espíritu de usted se encadenan de una manera misteriosa el odio y la compasión. De tal manera, las pasiones humanas, originándose las unas a las otras, llevan el alma a extremos lamentables.

—¿Dice usted que ahora no escapará?

—Pero ¿no sabe usted que el marqués de M*** está en el Ministerio? Con esto se ha dicho todo. Le ahorcarán sin remedio, y pronto, muy pronto. Ya se acabó la impunidad de los agitadores y jacobinos. Por cierto, Jenarita, que usted y yo nos hemos lucido. ¡Qué gran servicio hemos prestado a la patria! Lástima grande que no siguiera usted descubriendo criminales y yo echándoles el guante.

Dirigióme una mirada rencorosa. Arrojándose en un sillón, apoyaba su frente en la palma de la mano.

—Cuando se pasa la noche sin dormir—dijo—, la cabeza es de plomo.

—¡Noche de emociones!—indiqué—. Yo sí que las he tenido buenas. Figúrese usted... ¡Tener que vender a un hombre de quien uno ha sido amigo!... ¡Entregarle a la Justicia!... ¡Engañarle!... ¡Es horrible!... Y todo lo he hecho por usted, Jenara, por complacerla, por dejar satisfechas esas violentas pasiones de la mujer más caprichosa del mundo.

—Mi abuelo dice que ya no ahorcan a nadie—indicó, fijando en mí sus ojos que pedían no sé qué desconocida misericordia.

—¿Se inclina usted a la generosidad? ¿Venimos ahora con blanduras?... Las mujeres... nunca se sabe lo que quieren.

—No... Dejémonos de generosidades humillantes.

—Eso es...: palo en él..., duro. Sea usted como yo: inexorable.

—Sí—dijo la dama, levantándose y mostrándose su rostro, teñido súbitamente de apasionados fulgores—. Sí; la palabra de estos tiempos, el lema de mi familia, debe ser: ¡Castigo!

—¡Castigo! Sí. ¡Qué bien he interpretado su deseo!

—Mi deseo es... ¡que muera!

Descargó la trágica mano en el aire, y su hermoso semblante, lleno de luz, de majestad, de inexplicable imán de amores, se entenebreció con el ceño propio de una divinidad ofendida y vengadora.

Al mismo tiempo sonaron voces en la puerta de la casa.

—¡Mi marido!—gritó la dama.

Después de breve pausa de confusión y estupor, Jenara corrió al encuentro de Carlos Navarro, que acababa de llegar en compañía de dos amigos, dos guerrilleros barbudos, dos salvajes de voz dura y miradas terribles, cuerpos y voluntades de acero.

Un instante después de su llegada, yo me colgaba al cuello de Carlos Garrote y, estrechándole ardorosamente hasta sofocarle, le decía con voz conmovida:

—Bien venido sea, bien venido sea el insigne guerrillero... ¡Gracias a Dios!... No podía usted venir más a tiempo. ¡Parece que el Cielo le envía, ahora que levanta por todas partes su cabeza la hidra revolucionaria: ahora que bullen las infames sociedades secretas y está Madrid plagado de miserables conspiradores y masones, los cuales, con horrible alevosía, tratan de hacer una revolución... ¡Oportunidad admirable!

—¿Revolución? Lo veremos—dijo con acrimonia Carlos, correspondiendo afectuosamente a mis demostraciones.

XIX

Al día siguiente de su llegada, me notificó Carlos Navarro que su familia abandonaba mi casa. Además de que no parecía de su agrado aquella residencia, las habitaciones no eran suficientes pa-

ra cinco personas, pues Navarro no quería separarse de sus dos amigos. Alquiló, pues, una hermosa casa amueblada con lujo en la solitaria calle de *Sal si puedes*, hermosa vivienda, perteneciente a un grande que viajaba por el extranjero. Carlos era rico y nada tacaño en el gasto y brillo de su persona; así es que, extinguido el imperio del avariento Baraona, púscose la familia en un pie de opulencia que eclipsó mi decorosa mediana. Tenían casa hermosa, aunque pequeña; varios criados, cuadros y cocheras, anexas al edificio. No sé si he dicho que Garrote era coronel de ejército, merced al reconocimiento de grados que se hizo a los guerrilleros; y si él hubiera sido pedigüeño como otros, habría obtenido la faja.

Como vivíamos tan cerca, casi todos los días me tenían allá. Baraona, que cada vez se inclinaba más a la tierra, no podía pasar sin mis noticias ni sin mi atención, cuando soltaba la sin hueso en pro del régimen absoluto. Carlos politiqueaba un poco también.

Jenara me parecía más taciturna después de la llegada de su esposo; y si he de decir verdad, yo no advertía entre uno y otro aquellas señales de mutuo afecto, de amable cortesía, que indican perfecta paz y concordia en un matrimonio. Jenara y Carlos se hablaban poco y con frialdad. Nunca reñían; pero manteníanse a cierta distancia el uno del otro, más bien como conocidos indiferentes que como esposos. Noté en él no sé qué desconfianza vigilante, y en ella, cierta reserva ocultadora. Por algunas palabras y acciones de Carlos, comprendí que acechaba. Por el silencio y la conducta de Jenara, comprendí que temía...

Yo no sabía a qué atribuir tales fenómenos, que habían empezado a notarse desde que se verificó el matrimonio, aunque no tomaron carácter alarmante hasta la época a que me refiero. ¿Provenían de una profunda disconformidad entre sus caracteres? Bien podía ser, porque Carlos, hombre de corazón recto, era muy rudo y al mismo tiempo sencillo, sin delicadezas, enemigo acérrimo de novedades dentro y fuera de la casa, muy reservado, ardiente, profundo, áspero y de una constancia y perdurabilidad enorme en sus sentimientos y afectos. Jenara, a quien yo no conocía

bien aún, parecióme que estaba fundida en moldes muy distintos.

Un día fui, como de costumbre, a charlar con Carlos de política. No necesito decir que yo disimulaba perfectamente mi complejidad revolucionaria, pues si aquella gente tan fanática hubiera conocido mis veleidades, no lo pasara bien este desgraciado. Los Baraonas y los Garrotes, procedentes de lo más duro de las formidables canteras vascongadas, eran gentes con las cuales no se podía jugar en materia de ideas políticas. Después que hablamos un poco los cuatro, salieron a paseo Jenara y su abuelo, y cuando Carlos y yo nos quedamos solos, aquél mostró deseo de hablarme de un asunto extraño a las conspiraciones.

—Pipaón—me dijo—, va usted a tener conmigo tanta franqueza como si fuéramos hermanos. Se me figura que usted sabe algo que me interesa y que no me quiere confiar; algo que, según entender de usted, no debe decirme.

—No, señor don Carlos mío; nada sé yo referente a usted que al punto no pueda manifestarle.

—Usted habrá notado que mi mujer no me hace feliz—dijo, expresándose con cierta dificultad, como quien no encuentra la palabra propia—, quiero decir..., pues..., quiero decir que no soy completamente feliz con mi esposa.

—Señor don Carlos, me parecía haber notado eso.

—Sin duda, mi carácter es muy opuesto al suyo. Sin duda, ella tiene la cabeza llena de proyectos fantásticos y su alma toda entregada a ilusiones locas. Yo vivo en la tierra, soy rutinario, pacífico, me gusta la vida ordinaria que se va deslizando tranquila por la suave pendiente de los fáciles deberes fácilmente cumplidos; ella es un alma de dificultades..., no sé si me expreso bien..., quiero decir que Jenara no puede vivir sino donde hay tumulto y algún monstruo con quien luchar.

—Ahora lo entiendo menos.

—Quiero decir que Jenara tiene en su alma un laberinto.

—¿Un laberinto?

—Una batalla constante con sombras, con fantasmas, con cosas grandes y enormes que atropelladamente se levantan dentro de ella y la llaman y le arrojan piedras como montañas.

—¡Ah! Señor don Carlos, juro a usted que no entiendo una palabra.

—Pues yo sí lo entiendo—repuso con tristeza—. Esto que hablo, ella misma me lo ha dicho. Me lo dijo a poco que nos casamos. ¡Ah! Señor de Pipaón, yo no debí casarme con Jenara. Ella pudo ser franca también y no casarse conmigo; debió buscar su igual, y su igual no soy yo.

—Aprensiones, mi señor don Carlos.

—Realidades, mi señor don Juan. El resumen de todo es que yo amo extraordinariamente a mi mujer, porque soy más pequeño que ella, y que mi mujer no me quiere a mí porque es más grande que yo. Lo grande desprecia siempre a lo pequeño; es ley eterna. ¡Oh Dios mío, cuán difícil es resolver la cuestión de tamaño en las almas!

—Creo que usted se deja llevar de ideas falsas, de cavilaciones...

—No, todo es realidad, realidad—dijo Carlos, con el aplomo que da una convicción profunda—. Mi mujer no me ama. Si en esto no hubiese más que un simple asunto de amores, me callaría; sí, padeciendo, me callaría; dejaría correr la enorme rueda de molino que da vueltas sobre mi corazón y lo tritura...; pero esto es también cuestión de honor.

—¿De honor?

—¡Sí, porque Jenara no es mi querida, es mi esposa!—exclamó sombríamente, clavando en mí el rayo de sus negros ojos—. Es mi esposa, y si mi esposa (entienda usted bien que es mi esposa, unida a mí por lazo indisoluble) olvidase sus deberes y me fuese infiel...

Al decir esto, Carlos me había agarrado el brazo, y con su fuerza hercúlea me lo estrujaba sin piedad, y se ponía pálido y echaba el globo de los ojos fuera del casco, y tenía una expresión de ferocidad que me dejó helado. Acabó así la frase:

—Si me fuera infiel... ¿Ha visto usted matar a un pájaro? ¡Pues lo mismo la mataría!

—Perdone usted, señor don Carlos—dije con mucha congoja—: pero mi brazo..., este brazo que usted quiere convertir en polvo, no ha sido infiel a nadie, y...

Garrote me soltó.

—Lo que quiero, señor de Pipaón—añadió—, es que usted me diga todo lo que sabe.

—Yo no sé nada.

—Durante mi ausencia, Jenara ha vivido en su casa de usted.

Como las miradas de Carlos despedían saña y rencor, pensé si tendría celos de mí, absurda idea que a nadie podía ocurrírsele. Yo me distinguía por mi fealdad, y carecía de cualidades propias para agradar a mujeres como Jenara. Era imposible que Carlos tuviese tal sospecha.

—Mientras usted ha estado fuera, la conducta de Jenara ha sido ejemplarísima—le dije.

—¡Mentira! ¡Mentira!—exclamó, sacudiendo la cabeza, que en aquel instante me parecía una hermosa cabeza de león—. Si usted me oculta la verdad, sospecharé...

—¿De mí?

—Oiga usted—dijo con misterio, frunciendo el ceño torvo—. A fuerza de dinero, he obtenido la confesión de una doña Fe que sirvió en la otra casa. Me ha dicho que mi mujer salía algunas veces a altas horas de la noche; me ha dicho que se estaba días enteros fuera; que andaba a la pista de un hombre; que hacía averiguaciones para saber su paradero, derrochando el dinero; que algunas veces salía, no volviendo hasta el día siguiente, siempre en compañía de Paquita, esa criada infame a quien separé de su lado cuando llegué.

Al oír esto, no pude contener la risa. Carlos, al verme reír, se enfureció más.

—Calma, mucha calma, amigo mío—le dije—. Si no tiene usted otros motivos de disgusto... Afortunadamente, estoy enterado de eso y disiparé tales sospechas.

—Ya... me dirá usted que mi mujer salía de casa para andar en trotes de caridad, para repartir limosnas... Aunque torpe, ya conozco el estribillo.

—Nada de eso. Jenara andaba a la pista de un hombre, de un criminal, señor don Carlos, de un conspirador. ¿Apostamos a que no lo cree?... ¿Apostamos a que lo toma usted a risa?

—Señor de Pipaón, mi mujer no es alguacil.

—Señor don Carlos, su mujer de usted lo es.

En breves palabras le conté lo ocurrido, empezando por el encuentro de Jenara con Salvador Monsalud en la iglesia del Rosario. Después referí el empeño febril que había mostrado porque

le cogiese la Policía, y, por último, sus afanosas pesquisas, tanto más enérgicas cuanto más impropias de una mujer. Carlos me oyó atentamente. Parecía muy asombrado de mi relato; pero no estaba tranquilo.

—¿Le parece a usted inverosímil lo que ha hecho Jenara?—le dije.

—No me parece inverosímil. Eso puede caber en su carácter. Una extravagancia que en otra sería increíble es en ella natural.

—Entonces, ya se han disipado las dudas.

—No, señor: al contrario.

—¿No cree usted lo que he dicho?

—Lo creo; a quien no creo es a ella, es decir, tengo la convicción de que mi mujer le engañó a usted, haciéndole creer toda esa comedia de Salvador Monsalud y la conspiración y los alguaciles. El infame renegado no ha intervenido para nada en este asunto. ¡Farsa, pura farsa!

—Yo tengo pruebas de que Jenara no me engaña.

—¡Farsa, ridícula farsa!

Traté de convencerle, refiriéndole la frustrada captura de su enemigo, y dándole datos y razones de gran peso; mas no era posible vencer la tenacidad de aquel pensamiento, al cual se adaptaban las ideas con invencible cohesión. Era vascongado.

—El ingenio de Jenara—dijo sombríamente—es inagotable. Dios le ha dado la filosofía suprema del engaño, la luz divina del disimulo. Penetrar su pensamiento es obra superior a la perspicacia de los hombres. Tiene las insondables argucias del demonio debajo de la sonrisa de los ángeles. Sólo Dios puede saber lo que hay bajo el azul de sus ojos. El azul de los cielos, ¿no es una mentira? Pues el mirar de ella es una inmensidad de embutes.

Una idea acudió veloz a mi mente, y aunque atrevida, no vacilé en manifestarla, diciendo:

—Oiga usted lo que se me ocurre, amigo mío. Quizá sea esto un absurdo; pero ya que los dos tratamos de encontrar la verdad...

—Venga.

—Si Jenara, según la idea de usted, nos engaña a los dos; si es evidente que Jenara ama a algún hombre que no es su esposo (lo cual, sea dicho entre pa-

réntesis, yo no creo); en fin, si acierta usted, atribuyendo a desvío la conducta de su esposa, es preciso creer que el hombre por quien olvida sus deberes es el mismo Salvador Monsalud, a quien aparentaba perseguir. La lógica es lógica, amigo.

Carlos Navarro me miró..., no sabré decir cómo...; con mirada más llena de desprecio que de rencor con una especie de lástima iracunda. Alargó su mano hacia mí como si me quisiera abofetear; después hizo un gesto de señor que despide a un vil esclavo. Más que hablarme, parecía escupirme, cuando me dijo estas palabras:

—¿Qué está usted hablando?... ¡Asquerosa idea! Mi mujer, señor de Pipaón, podrá ser criminal, pero no degradada. En el corazón de Jenara cabrá la perversidad, pero no la bajeza. El sujeto a quien usted acaba de nombrar no puede nunca ser mirado por ella sino como un despreciable ser, más digno de compasión que de odio. Hay cosas que están fuera del orden natural. Por Dios, buscando la verdad, no caigamos en ridículos absurdos. No soltemos lo verosímil que ya tenemos, para agarrar en las tinieblas lo imposible.

—Pues entonces, señor don Carlos—dije campechanamente—, fuera sospechas: fuera dudas ridículas.

—Si algo hay claro en los sentimientos de mi mujer—añadió Navarro en tono misterioso—; si hay algo que salga a la superficie y aparezca con luz y forma precisa en medio de las oscuridades espantosas de su carácter, es el odio y la antipatía profunda que le inspira el hombre envilecido con quien tuve la desgracia de batirme hace bastantes años. Dios quiso que su diabólica mano me hiriera... Dios lo quiso, sin duda, para abatir mi orgullo... Era en tiempo de la guerra; ya era entonces muy orgulloso. Debí despreciar a Salvador Monsalud... Por no despreciarle me castigó Dios. ¿Usted no le conoce? Traición, perjurio, cobardía, desvergüenza, jacobinismo: haga usted un amasijo de todo esto y tendrá a nuestro paisano. Usted no ha logrado penetrar mis ideas; usted no comprende los grandes temores y celos que me atormentan. Jenara, a quien adoro, amará; ama, sin duda, a un hombre superior, muy superior a mí; a un hombre que sepa responder con la

grandeza de su entendimiento a la grandeza de las pasiones de ella; Jenara no se mide con los insectos que andan escarbando la tierra. El día en que ella quiera perderse, no se arrojará a un charco inmundo, sino al mar inmenso... ¿Cree usted que no lo conozco? Sí, y el conocerlo y conocer mi pequeñez es lo que me contrista, porque ha de saber usted que yo soy un bruto.

Dijo «Soy un bruto» con tanta sencillez y aflicción como decía Otelo «Soy negro». Una pena profunda se pintaba en su semblante, enterneciendo la ruda voz del bravo guerrillero.

—Soy un bruto—añadió—, soy cualquier cosa, un hombre adocenado, un ignorante, un palurdo, un soldadote, y me he casado con una princesa, con una maga, con una sibila. Usted no ha visto de cerca a Jenara, como la he visto yo; usted no la conoce. En el fondo de la intimidad es donde se ven estas cosas y donde se compara bien. Yo vivo en la vida ordinaria; quiero traer a mi esposa a mi lado, y cuando alzo los ojos la veo alargando la mano para coger las estrellas. Yo no puedo ofrecerle sino un puñado de este barro grosero y ramplón con que los vulgares amasamos la existencia; ella huye de mí sin dignarse mirarme.

—Preocupación.

—¡Realidad, realidad!—continuó, cruzando los brazos y hundiendo la cabeza—. Estoy convencido, convencidísimo.

—¿De qué?

—De que Jenara tiene para mí un sentimiento peor que el odio: la indiferencia. El corazón y los pensamientos de mi mujer pertenecen a otro.

—Pero ¿a quién?

—No lo sé: pero pertenecen a otro. Mi mujer ama... y no a mí. Lo veo, lo sé; lo conozco en su silencio, en su frialdad, en su inquietud cuando está inquieta, en su tranquilidad cuando está tranquila; lo conozco hasta en su manera de abrir los ojos cuando despierta. Hay otro hombre, otro hombre—añadió con ferocidad—; le siento, le respiro en el aire. Los ojos de mi mujer tienen la terrible luz de la infidelidad; están hablando siempre con alguien. Si miran algún objeto, aquel objeto parece que me mira y me dice: «¡Carlos, alerta!...» ¡Jenara está enamorada!

—Pero ¿de quién?

—¡De quién...! ¡De quién!—exclamó, remedandome con grotesca ira—. ¿Faltan en la Tierra hombres? Descuide usted...: el que mi mujer ame no será un cualquiera; será lo que es ella, un portento; pero... tan mortal es el cuerpo de un sabio como el de un imbécil... Yo le veo, le siento...; por ahí ha de andar—añadió con febril exaltación—. Tendrá todo lo que yo no tengo: cualidades eminentes, nobleza de ideas, aparato de sabiduría y de hermosura; pero no, no, ¡no tendrá un corazón como el mío!

—¡Caima, señor don Carlos!..—dije yo—. Es un capricho, un delirio pensar en semejante cosa.

—¡Realidad, realidad!—contestó, apartando bruscamente mi mano, que aiarqué para tocar su hombro—. Me confirman en mi creencia esas salidas nocturnas de mi mujer, esa supuesta persecución de un criminal, de quien ella no puede ocuparse, en buena lógica, mas que para despreciarle porque es indigno de que ella le persiga... ¡Ah!; la conozco bien; Jenara será criminal, pero nunca tendrá mal gusto. Ella no hace papeles indignos; ella no es capaz de emplearse en un vil espionaje..., ¿y por quien?, ¿y contra quien? Contra quien deshonraría la mano del último esbirro. No, Pipaon; eso no puede ser. Pretexto y nada mas que pretexto; un arificio con el cual ha logrado engañarle a usted; pero no a mi, o a mi, que lo veo todo. Los ojos de los celosos son muy singulares. Así como los del gato ven en la oscuridad, así los del celoso ven en el disimulo. En el fondo de la intimidad, amigo mío, es donde todo se entiende y se descubre. Los breves diálogos que apenas se oyen, las preguntas no contestadas, los ojos que se cierran para ver mejor lo que tienen dentro, las respuestas que no vienen al caso, la frialdad de estudiadas caricias, éste es el gran libro; lo demás es error. El ofendido es quien sabe leer en él; usted, que tiene tanto talento, hará mil argumentaciones sabias para quitarme esto de la cabeza; pero yo, que soy un bruto, sé más que usted ahora, y de mi cerebro no se desclavará jamás ese letrero. Al contrario: yo me lo clavo más cada día con mis propias manos, y si estas letras de fuego dejaran de quemarme un solo momento, lo tendría por una deshonra..., y nada más, sino que es lo mismo que

yo digo, ¿entiende usted?... Y si me contradijeran mucho, sospecharia que no se me trata con lealtad, ¿entiende usted?... Y ya que se me quiere ocultar la verdad como se oculta la desgracia a las almas cobardes, no me vengan con sutilezas y palabras bonitas y razones absurdas, ¿entiende usted?

—Entiendo, sí, señor—repuse, sin saber cómo suavizaría la violencia creciente de mi enojado amigo—. Pero insisto en lo dicho. Mientras no tengamos un hecho concreto, todo es presunción.

—¡Realidad, realidad!—repitió el guerrillero.

Sus palabras eran tan enérgicas que, cuando movía la mano acentuándolas, parecia que iba a escupirlas. Yo deseaba variar de conversación. Decía alguna palabra de política; pero Garrote volvía a su tema. Por último, libráronme de tal tormento Baraona y Jenara, regresando de su paseo. Carlos, al ver a su mujer, parecia más excitado, más inquieto, mas violento.

—¡Vengo que hablarte—le dijo.

Baraona se había retirado a descansar. Despedime yo, y al ver la palidez y alteración de las facciones de Jenara no pude menos de decirme al salir: «Ahí me las den todas.»

XX

Resuelto a no apartarme del camino nuevamente emprendido, y seguro de que a buen término conducía, seguí asistiendo a la reunión secreta. A los que ya me conocen no necesito decirles que en poco tiempo me congracié de tal modo con los revolucionarios, que yo parecia un democratista de toda mi vida. Bien pronto adquirí singular prestigio entre ellos; me comunicaban acuerdos importantes, y se asesoraban de mí en puntos difíciles. En honor de la verdad, debo decir que yo trabajaba con celo, sin hipocresía ni doblez, al menos aquellos días, que eran los últimos de mil ochocientos diecinueve; yo no daba cuenta de lo que veía en las reuniones más que a don Antonio Ugarte, de quien era poco menos que esclavo. En cambio, recibía de él noticias e indicios estupendos que con toda diligencia comunicaba a mis nuevos amigos.

La entrada del señor marqués de

M*** en el Ministerio no había cambiado radicalmente la situación. Verdad es que él, creyéndose un Júpiter de Gracia y Justicia, descargaba sus rayos a diestro y siniestro. ¡Pobre hombre! Sus rayos, o, mejor dicho, sus palos, eran palos de ciego. No dió un golpe que no cayera sobre inocentes, mientras los verdaderos criminales bullían en torno suyo, gozándose en la bufante ira del ministro. Todos los días decretaba destierros, embargos, prisiones, registros de casas; el aturrullado marqués hubiera despoblado a Madrid sin dar con los verdaderos revolucionarios. ¡Y qué convencido estaba él de que iba, poco a poco, arrancando de cuajo la perniciosa hierba! Había que ver al buen señor; había que oírle ponderar el éxito de sus trabajos, mientras daba pataditas en el suelo, emblemático movimiento para indicar que aplastaba la hidra revolucionaria.

Si apunto estos detalles es porque yo le veía con frecuencia, y si le veía con frecuencia era porque nuestra antigua amistad no se había enfriado. Tan lejos estaba el bendito marqués de tenerme por liberal como de creer que llovían calabazas. Muy al contrario, me juzgaba empalagado de amor por el absolutismo, y en la ley de tal me hacía confidente de sus proyectos y de lo bien que le iba saliendo el expurgo y limpieza del reino. Para que no sospechase, yo me deslenguaba en denuestos e injurias contra los liberales, y alguna vez iba con el cuento de una logia descubierta por mí o de una confabulación sospechosa. De este modo favorecía a mis nuevos amigos, porque, si nos reuníamos en tal calle, llevaba yo el soplo de que la cita era a legua y media de allí. De este modo, mientras la logia estaba tranquila, descomunal nublado caía sobre una junta de cofradía o merienda de artesanos pacíficos.

Entre tanto, era evidente que la cosa iba a paso de carga, según opinión de los más metidos en harina. Al mismo tiempo, todo Madrid esperaba algo estupendo. Había en la población la atmósfera especial del gran suceso eminente, una ansiedad precursora, sin saberse aún de qué. A pesar de esto, los adeptos a la comunidad secreta no sabíamos nada fijo; sabíamos tan sólo que se trabajaba en el ejército. Del de la Isla corrían versiones muy distintas: unos lo

daban por entregado a la revolución; otros le creían patriota en la idea, pero tímido en la acción. Salían y entraban comisionados; pero Monsalud no regresó de Andalucía. Ultimamente logré internarme más en el corazón de la conjura; fui dueño de importantes secretos. El golpe debía darse en La Coruña y en Zaragoza.

Llegó el primero de enero de mil ochocientos veinte; vino el día de Reyes, y una noticia circuló por Madrid con la celeridad del rayo. Fué a despertarme Carlos Garrote, el cual me dijo que me vistiese con toda presteza para salir juntos. Estaba tétrico, y sus miradas y sus palabras eran hiel. «¿Apostamos a que este bruto ha hecho una atrocidad con su mujer?», dije para mí.

—Levantese usted—me dijo—; ocurren sucesos graves...

—¡Pobre Jenara!—exclamé—. Yo tengo la seguridad, señor don Carlos...

—¿Qué habla usted ahí? No se trata de mi mujer.

—Pues ¿de qué, señor don Carlos?

—Se han sublevado algunas tropas del ejército expedicionario.

—¡Qué picardía! ¡Habrás visto!...

—exclamé yo, simulando tanto enojo como espanto—. Pero ¿son muchas las tropas sublevadas?

—Unos dicen que son muchas, y otros que sólo un par de regimientos.

—¿Y no se sabe en qué punto?

—En las Cabezas de San Juan.

—¿Y hacia dónde están esas Cabezas? No conozco más que una, que suele verse sobre los hombres del Santo Precursor o en la bandeja de Herodías.

—Estas Cabezas, donde se ha consumado la vil traición, están en Andalucía, cerca de Jerez. Ya sabe usted que el ejército expedicionario, por librarse de la fiebre amarilla, se había acampado en las Cabezas de San Juan, en la Corredera, en Arcos de la Frontera y otros puntos del interior.

—¿No manda ese ejército el conde de Calderón?—dije, haciéndome de nuevas.

—El mismo; le conozco: es un viejo estúpido.

—¿Y no se sabe qué cuerpos han dado ese alevé grito? ¿Que no los fusilarán a todos!... Señor don Carlos, esto da vergüenza.

—Dicen que el batallón de Asturias ha sido el primero.

—¿Quién lo sublevó?

—Rafael del Riego.

—¡Rafael Riego!—dije yo, fingiendo que hacía memoria—. ¿Lo conoce usted? ¿No estaba ese muchacho en el regimiento de Valencey?

—Sí; empezó sirviendo en la guardia de la real persona. Durante la guerra sirvió en el ejército y en las partidas. Sé que estuvo en las acciones de Balmaseda, San Pedro de Güelles y Espinosa de los Monteros. Después le hicieron prisionero, y al cabo de algún tiempo apareció en Galicia.

—¿Lo conoce usted?

—Lo vi en Vizcaya al principio de la guerra. Era valiente. Algunos traidores lo son.

—¡Si parece increíble, señor don Carlos!—dije, vistiéndome apresuradamente—. ¡Que tal canalla haya nacido en España!... No sé qué haría. Si todas las cabezas de esos infames rebeldes estuvieran al alcance de mi mano, las cortaría de un solo golpe.

—Este es el resultado—murmuró Carlos—de la benignidad del rey con los militares que descubiertamente han estado conspirando desde el año catorce.

—Dice usted bien. ¡Si su majestad no se hubiera andado con blanduras...! Vea usted el pago que le dan al mejor y más generoso de los reyes. Y usted, ¿qué piensa hacer?

—Ahora mismo me voy a presentar al capitán general para que disponga de mí. Quiero formar parte del primer ejército que salga a combatir a los insurrectos.

—¡Oh, cuánto siento no ser militar como usted, señor don Carlos!—exclamé con calor—. Si yo fuera militar, iría también, el primero, y entraría lanza en ristre en esas rebeldes Cabezas de San Juan... La sangre me arde en el cuerpo... Supongo que se mandará allá un ejército; que este ejército les entrará a saco; que no dejarán con vida ni a uno solo de estos infames.

—El ejército—dijo Garrote sombríamente—está corrompido y minado por el liberalismo.

—¿No se sabe más que la rebeldía del batallón de Asturias?

—¡Se dicen tantas cosas...! Todavía no será posible precisar la extensión del mal. Todo depende de que Cádiz y su

guarnición hayan respondido al movimiento. Se habla también de otro batallón sublevado, el de España, que manda Antonio Quiroga.

—Ese ha estado preso hace poco por conspirador liberal.

—No sé más de él sino que debió el grado de coronel a la prontitud con que trajo a Madrid la noticia de la muerte de Porlier.

—¡Linda carrera!... Pero vamos, vamos a la calle. Lo acompañaré a usted al Ministerio de la Guerra, donde sabremos la verdad de todo.

Salimos; la gente iba y venía como de ordinario; pero hacia el centro de la villa vimos grupos, gentes curiosas y anhelantes que preguntaban o respondían, dando curso a imponderables mentiras. Las palabras «Cabezas», «Riego», «Quiroga» sonaban sin cesar en nuestros oídos en todo el trayecto que recorrimos. Era digno de notarse que los semblantes alegres eran aquella mañana en mayor número que los tristes. En el Ministerio había tanta gente y charlaban tanto, diciendo tan diversas cosas, que nada pudimos sacar en limpio. Vimos entrar al señor ministro, el general Alós, hombre de quien un escritor coetáneo dice que *era más propio para capellán de un convento de monjas que para ministro de la Guerra*.

«Que los insurrectos habían entrado ya en Cádiz.

»Que los insurrectos habían sido rechazados en el puente de Suazo.

»Que se les había unido el batallón de Sevilla, a las órdenes de Muñoz.

»Que habían querido sorprender y arrestar en Arcos de la Frontera al general en jefe, conde de Calderón.

»Que el general en jefe los había sorprendido y arrestado a ellos.

»Que el batallón de Canarias, acantonado en Osuna, se les había unido también.

»Que habían sido atacados y destrozados por el batallón de Canarias.

»Que riego y Quiroga habían reñido el uno con el otro, dándose de porrazos por quién de ellos mandaba.

»Que se habían dirigido a Algeciras para embarcarse y refugiarse en Gibraltar.

»Que venían sobre Córdoba (la ciudad).

»Que Córdoba (don Luis, no la ciudad) iba sobre ellos.

»Que Sevilla se había pronunciado también.

»Que Sevilla no se había pronunciado ni se pronunciaría jamás.»

Estas y otras noticias fueron llegando sucesivamente a nuestros oídos. Era preciso resignarse a no saber nada fijo y cierto hasta que Dios quisiera. Al mediodía separéme de Carlos, porque deseaba visitar a mis flamantes colegas de conspiración.

»Que toda Andalucía estaba en armas.

»Que Zaragoza tenía ya formada su Junta revolucionaria.

»Que Murcia y el arsenal de Cartagena habían proclamado ya la Constitución.

»Que La Coruña y El Ferrol ardían.

»Que *mañana* se daría el golpe en Madrid.

»Que las tropas que se enviaban a combatir la insurrección se negaban a hacer armas contra sus compañeros.

»Que era gloriosísimo que todo se hubiera hecho sin efusión de sangre.

»Que la Europa nos contemplaba llena de admiración.»

Tales fueron las noticias y versiones con que me aturdieron mis optimistas amigos. Yo, sin embargo, ponía en cuarentena tan lisonjeras especies.

El marqués de M***, a quien vi por la noche, estaba furioso, aunque se esforzaba en disimularlo, fingiéndose tranquilo y aun gozoso por el giro que tomaba la rebelión.

—Me alegro que hayan arrojado la máscara—dijo, dando las pataditas con que emblemáticamente indicaba la destrucción de la hidra revolucionaria—. De este modo será mucho más fácil concluir de una vez con todos ellos.

—La situación, señor don Buenaventura—observé yo en tono agrí dulce—, no es muy lisonjera.

—Ya verás, ya verás—afirmó con cierta acrimonia que me disgustó—cómo les sentaremos la mano. Y se me figura que te me estás volviendo liberalote de algún tiempo a esta parte... Pipaón, tengamos la fiesta en paz.

—¡Yo liberal!—exclamé—. Pero no se trata aquí de ser liberal ni de dejar de serlo. Trátase de ver si esta oleada que

se ha levantado en Andalucía llegará a la corte y nos anegará a todos.

—Veo que tienes miedo... El miedo es el mayor auxiliar de la traición.

—Jamás seré traidor. Pero hablemos con toda franqueza, señor don Buenaventura: ponga usted la mano sobre el corazón, y dígame si el Gobierno y la administración de nuestro país no exigen pronta y radical reforma.

—Pero ven acá—contestó, rojo como un pimiento—. Dado el caso de que esa reforma sea necesaria, lo cual es muy dudoso, ¿quién la realizará? ¿Esos infames perdidos, esos vagabundos que charlan en los cafés, esos desalmados políticos del doce, esos militares revoltosos que no conocen la disciplina?

—Libreme Dios de defender a los revolucionarios y perturbadores; pero vengamos a la cuestión.

—Al fondo de la cuestión.

—Eso es, al fondo. El Gobierno absoluto no puede sostenerse. Bien sabe usted que mi opinión no es sospechosa: ¿no lo he defendido con todas mis fuerzas?... ¿No he puesto a su servicio cuanto yo podía y sabía? Pues bien: yo, el más humilde soldado de aquel piadoso ejército de patricios que en mil ochocientos catorce derrocó la infame facción, declaro ahora que el absolutismo, tal como al presente se halla, maleado y corrompido, no puede seguir rigiendo a la nación.

—¡Ah gran canalla!...—exclamó don Buenaventura, dando fuerte puñada sobre la mesa—. Te me has pasado, te me has pasado al enemigo... ¡Ira de Dios! Ya van hoy doce, doce traiciones. Llega el simple anuncio de una insurrección con esperanzas de triunfo, y ved aquí a mi gente mudando de casaca, como histriones que, concluida la tragedia, se preparan para el sainete... ¡Esto no se puede sufrir! ¡Esto es ignominioso!... ¡Pipaón de todos los demonios; Pipaón maldito, también tú, o, como dijo el romano, *tu quoque, fili mihi!*... Serían las seis de la mañana cuando llegó la noticia del pronunciamiento; fui a Palacio; vine después al Ministerio; recibí a varias personas, y no eran las doce cuando ya me habían manifestado sus simpatías por la revolución cinco personas, cinco furiosos absolutistas de aquellos de pelo en pecho, que no transi-

gían con nadie, y hace poco amenazaban con comerse a quien de liberalismo les hablase... En el resto del día ha aumentado el número de las defecciones repugnantes. Tú eres el duodécimo... Pero estos canallas, ¿dónde tienen la conciencia? Sin duda, creen que la infame facción triunfará. ¡Quieren congraciarse con los rebeldes por si llega la marimorena de los destinos!... ¡Ahí os quiero ver, miserables!... ¡Que no se os volvieren veneno los reales despachos!... Los muy tunantes no se atreven a vituperar de súbito al paternal Gobierno que nos rige ni a ensalzar a los revoltosos; pero van preparando el terreno para la defección, y con delicada hipocresía dicen: «La verdad es que así no se puede seguir...; la arbitrariedad no puede gobernar constantemente a los pueblos cultos... Es indispensable que el rey dé una Carta a la nación...; la Europa no puede consentir...» Y vuelta a la Europa, y al rey, y a los pueblos, y a la dichosa Carta, esquila o lo que sea. Vale más que de una vez salgan por esas calles gritando: «¡Vivan Robespierre y la guillotina!», y acabaremos de una vez... ¡Ah menguado Pipaón! ¡Ah pérfido discípulo! Eres el cuervo que he criado para que me saque los ojos... ¡Conque te me has pasado a la masonería y a la revolución!—añadió, tirándome de una oreja, con un pertinentísimo movimiento—. ¿Conque esas tenemos, señor bergante? ¿Conque después de haber explotado el oscurantismo, después de haberle chupado la sangre al reino, y al rey, y a chicos y a grandes, reniegas de la generosa cabrita cuyas ubres has puesto, a fuerza de mamacía, como zurrón vacío?... ¡Ah troglodita! ¿Sabes que desde hace algunos días sospechaba yo tu defección? Me habían dicho que mangoneabas en las sociedades secretas, pero no lo quise creer. Te juzgaba mejor de lo que eres... Pero ¿qué puede esperarse de estos petates cuando se asegura que hasta hombres como Lozano han caído en la tentación? Execrable aventurero, ¡qué chasco te vas a llevar! ¡Qué horrible será el castigo de tu traición indigna! La revolución no triunfará, porque estamos decididos a aplastarla; sí, señor, a confundirla. Si es preciso, iremos todos allá, desde el ministro hasta el último empleado; y, entre tanto, en este foco de

las conspiraciones buscaremos a los astutos Robespierres, a los violentos Dantonazos, a los sanguinarios Marates, y los entregaremos a la Inquisición para que dé buena cuenta de ellos... Descuida, que todo se hará, empezando por ti, monstruo de felonía y doblez... ¡Te vigilaré, te pondré preso, te ahorcaré!...

Aquel hombre estaba loco, o, al menos, lo parecía, según se inflamaba su rostro y se hinchaban sus venas y espumarajeaba su boca. Oí la filípica con aquella calma burlona que me era propia, y que bien cuadraba frente a un hombre tan ruidoso como poco temible... Pero me convenía no prolongar más aquella conferencia. Antes que me arrojase de su despacho, me marché, para que no se irritara excesivamente, y al salir llevaba conmigo la seguridad de que hombre tan fiero sería de los más blandos si los acontecimientos seguían desarrollándose con la precipitada corriente que hasta allí parecían llevar.

Del mismo modo que me trató don Buenaventura, tratáronme otros personajes que hasta entonces no sospechaban de mí, y que al fin tuvieron indicios (de ningún modo certeza) de mi defección. Yo me reía de todos ellos y de su furor imponente. Hiciéronme desaires, y me pusieron avihagrados gestos en algunas casas que visité; pero en ninguna recibí tan mal trato como en casa de Carlos Navarro. Verdad es que del fanatismo insensato y exaltado de aquella gente todo se podía esperar, incluso el repudiar a un leal amigo por cuestión de ideas. Baraona me dirigió amargas pullas; Carlos apenas se dignó hablarme, e hizo alusiones tan crueles a mi conducta, que otro más valiente que yo le habría pedido satisfacción. No era extraño que me manifestaran tanto desprecio por una simple sospecha, porque ellos eran atroces, intransigentes, irreconciliables; tenían el absolutismo en el fondo del alma y en la medula de los huesos, como el león la fiereza. Además, don Buenaventura, que iba allí de tertulia las más de las noches, les había dicho de mí innumerables picardías.

Únicamente Jenara se mostró amable y cortés conmigo. Por eso, sin duda, al salir, noté que su marido la reprendía ásperamente, lo cual me hizo decir para mi capote, como en otra ocasión: «Ahí me las den todas.»

XXI

Desgraciadamente, los acontecimientos iban con mucha calma. La revolución, como las carretas de aquellos tiempos, como la administración española, como toda la vida de antaño, iba despacio. Parecía una cosa oficial. No había en aquel movimiento progreso instantáneo, el correr tempestuoso que indican la ira nacional. Yo me acordaba de cómo se alzaban los pueblos en la guerra de la Independencia, y al ver aquella pereza, aquella lentitud soñolienta de mil ochocientos veinte, se me abrasaba la sangre de impaciencia. «Si viene, que venga de una vez», decía yo. Más que revolución, aquello parecía una fiesta, una cabalgata suspendida por la lluvia, una procesión atascada en los baches del camino. No había en ella el incendio popular, sino una especie de lento deshielo, inseguro, dificultoso.

Durante bastantes días no vino noticia alguna de ventajas obtenidas por los insurrectos. Se supo con precisión la verdad de lo ocurrido al principio; pero escaseaba lo nuevo. Eran hechos incontrovertibles la sublevación del batallón de Asturias al grito de su segundo comandante, don Rafael del Riego; de los de España y la Corona, mandados por Quiroga, y la marcha de ambos jefes insurrectos hacia Cádiz. También era cierta la sorpresa y prisión del general en jefe, con tres generales más. Hasta aquí no había ocurrido ningún contratiempo; pero cuando los insurrectos, tomando el puente Suazo, trataron de penetrar en la Isla, tuvieron la mala suerte de tropezar con un don Luis Fernández de Córdova, que, acompañado de algunos urbanos, supo detenerlos. Igualmente era cierto que, si los insurrectos no habían podido vencer la obstinación de Córdova, tampoco fueron desbaratados por don Manuel Freire, que fué contra ellos.

Estaban, pues, en situación que no podía llamarse ni próspera ni adversa. Si cualquiera de ellos hubiera tenido una chispa de genio militar en su entendimiento, fácilmente habrían adquirido ventaja, porque las tropas del Gobierno andaban azaradas, como buscando un pretexto decoroso para insurreccionarse también; pero ni Quiroga, ni Riego, ni

Arco Agüero, ni O'Daly, valían todos juntos para componer un mediano estratégico. Faltos de resolución, de verdadero instinto revolucionario y de iniciativa, los rebeldes decidieron... esperar. Una sublevación que espera es una sandez. Es como un rayo que tomara aliento en mitad de su veloz camino.

Dentro de Cádiz, un tal Rotalde quiso sublevar la guarnición; pero Córdova ahogó también el pronunciamiento.

En Madrid nos moríamos de angustia. Era tristísimo, en verdad, que los que nos habíamos embarcado en la revolución, aceptando sus hechos y renegando *in pectore* de sus principios, viésemos frustrados nuestros honrados planes. ¡Sensible desgracia! Nosotros no éramos Robespierres ni Marates; nosotros no queríamos cortar la cabeza a nadie, ni aun al marqués de M***. Queríamos sencillamente adaptar la revolución a nuestra voluntad, aprovecharnos de ella, encauzarla en el lecho de nuestras ideas, haciendo de la hidra espantosa una flexible y condescendiente cortesana que tuviese sonrisas para todo el mundo y no metiese miedo a nadie. ¡Y por torpeza de aquellos desdichados militares, el plan admirable fracasaría, y nos veíamos expuestos, ¡oh funestos hados!, a quedar en la más crítica situación del mundo; mal con los liberales, mal con los absolutistas! ¡Esto no se podía sufrir! ¡Esto era el colmo de la injusticia y de la desgracia! Pensándolo, yo me volvía loco; invocaba el auxilio de mi Ángel de la Guarda, sin apartar la mente de Dios y de su Santa Madre, para que llevasen a seguro puerto el desmantelado bajel de la sedición.

Pero, ¡ay!, Dios y su Santa Madre no me hacían caso. Sin duda protegían al rey, como depositario en la Tierra de la autoridad divina. ¡Horrible situación! ¡Contratiempo funestísimo! La revolución, aquella obra tan cariñosamente preparada por los conspiradores viejos y por los catecúmenos, que eran (testigo yo) los más diligentes; aquella semilla tan esmeradamente puesta en la tierra, y a la cual dieron riego abundante los liberales y abono fecundo los absolutistas convertidos, se malograban de día en día, se perdía, se secaba... ¡Oh desesperación! ¡Y el país consentía tal cosa! ¡Y el país, contemplando las marchas y contramarchas de aquellos solda-

dos, no profería un grito, ni se levantaba en masa, ni hacía disparates, ni echaba el reino por la ventana, sino que, indiferente, frío y mano sobre mano, esperaba que se lo dieran todo hecho!... ¡Qué país, señores; pero qué país!

Pasaba todo enero sin que tal situación variase. Cundía el desaliento entre los revolucionarios, y los absolutistas, reponiéndose de su susto, sonreían con vanagloriosa sonrisa del triunfo y la venganza. Véase, pues, lo que los hombres de orden y de ideas templadas sacaban de meterse en aventuras con liberales. ¡Cuánto más...! Era una ignominia que aquellos holgazanes dejados de la mano de Dios nos hubiesen comprometido de tal manera, exponiéndose a ser ahorcados juntamente con ellos... ¡Ya, como si todos fuéramos unos; como si un Gobierno pudiera medir por el mismo rasero a jacobinos desharrapados y a hombres rectos y prudentes que sólo por el amor al orden habían auxiliado a la revolución!

Yo renegaba de los masones, y del liberalismo, y de la Carta, y de la Constitución del doce, y de los derechos del pueblo, y de toda la monserga con que en las reuniones me volvieron loco, haciéndome cómplice de tales extravagancias... Yo estaba furioso; maldecía los clubs y a quien los inventó; y maldecía también a Ugarte, que me había catequizado, y a Monsalud, que fué mi bautista; y me arrancaba los cabellos pensando en el instante de mi primera entrada en aquellos oscuros antros de necedad y jacobinismo.

La revolución fracasaba sin remedio: al nacer sucumbía como un engendro enteco y miserable a quien hace daño el primer aire que respira fuera del claustro materno... Llegó febrero. En febrero, como en enero, la revolución moría... Era forzoso tomar precauciones contra el chubasco, abrir apresuradamente el paraguas de la más exquisita prudencia. ¿Necesito decirlo palabra por palabra?... Pues era preciso volver al redil, echar tierra a lo pasado y conducirse como si nada hubiera sucedido; hacer pedazos la nueva casaca, cuidando de esconder éstos donde nadie los viese, y meter el cuerpo en la antigua...

¡Ay!, mi pobrecito corazón, afligido, necesitaba desahogarse con alguien: era un vaso lleno, próximo al desbordamien-

to. Mi alma, agobiada por la pesadumbre, necesitaba otra alma amiga con quien comunicarse; otra alma que recogiera parte del enorme fardo que sobre la mía gravitaba. Me hacía falta un amigo generoso, un hermano, un padre. Tomando una resolución súbita, alcé la calenturienta cabeza que durante largo rato había tenido apoyada en las palmas de las manos; cogí capa y sombrero y me fui a ver al marqués de M***, a mi generoso amigo don Buenaventura. La turbación del criminal llenaba mi alma; pero un arrepentimiento sincero me fortalecía.

Contra mi creencia, recibíome con agrado. Estaba contentísimo, y su semblante era todo felicitaciones. La alegría daba como una luz singular a su arrebolado rostro, y aquel sol de Gracia y Justicia parecía puesto en el cenit de la Administración para repartir calor y vida a todos los confines de la vida burocrática. Su sonrisa pregonaba el fracaso de la insurrección. Llevábase el tabaco a la nariz, aspirándolo con la voluptuosidad a que el alma se entrega cuando no tiene nada que temer, cuando todo es rosas, paz y claridad en torno suyo.

—¿Ya estás aquí, perillán?—me dijo, señalándome una silla—. ¿Qué te parece el famoso pronunciamiento de las Cabezas? ¿Hemos triunfado o no? Ya estarás convencido de que España no quiere trifulcas, sino paz. ¡Ay!, este gran pueblo celtíbero, romano, gótico, musulmán, es muy sensato... Ama el sueño y aborrece a todos los que meten ruido... Ya ves cómo la revolución se ha enredado en sus propios lazos. Ni siquiera ha esperado a que la aplastáramos; se ha muerto ella sola, dañada por la podredumbre que al nacer trajo en sus entrañas. Aquí están tan bien dispuestas las cosas y tan bien equiponderadas las fuerzas sociales, que cuando estalla un pronunciamiento, el Gobierno no tiene que hacer más que cruzarse de brazos y dejar a los revolucionarios entregados a su tontería y frivolidad, que es su muerte y nuestra venganza.

Yo dudaba si hacer mi reconciliación con arte hipócrita o entregarme sin condiciones, como el hijo pródigo que vuelve al hogar paterno. Después de pensarlo, me decidí por lo primero, y hablé de este modo.

—A mí no me coge de nuevo el fracaso de la revolución: a todo el mundo lo dije. Cuando le vi a usted muerto de miedo, bien claramente le expresé mi creencia de que todo vendría a parar en nada. Pero por eso no es menos cierto, señor don Buenaventura, que lo que ha pasado debe considerarse como una lección, como una advertencia de Dios para que se reparen los males causados por la arbitrariedad. No me canso de repetírselo a usted—añadí con aplomo ciceroniano—: el Gobierno de estos reinos necesita prudentes reformas. ¿No recuerda usted lo que le dije el otro día? Es preciso que quitemos a los trastornadores de la paz pública todo pretexto de trastornos... Lo vengo diciendo háce tiempo; lo estoy pregonando en todos los tonos, y nadie quiere hacerme caso... Pero ¡qué obcecación, Dios mío! ¡Aquí están, aquí están los resultados!... ¡Es particular que, entre tanta gente, yo solo haya tenido penetración suficiente para ver el peligro!

—¡Oh, tú eres muy listo!—dijo don Buenaventura, moviendo la cabeza con una expresión que me pareció algo irónica.

—Eliminado de la Administración, apartado de la política—proseguí con llorona sensiblería—, he servido siempre al Gobierno absoluto en mi humilde esfera. ¿Y qué pago se me da? ¡Horroriza el pensarlo! Calumnias, inicuas sospechas de mi honradez y consecuencia. En verdad que se necesita tener un corazón muy recto para no dejarse arrastrar por el despecho y hacer cualquier tontería. Peor, ¡ay!, yo quisiera que se pudiese hacer una investigación irrecusable de la conducta de todos los hombres notables que usted y yo conocemos. Yo quisiera que existiese un ojo milagroso para leer en el corazón de cada uno de ellos. Entonces se vería quiénes son los buenos.

—Vamos, Pipaón, no te enfades—me dijo don Buenaventura con bondad—; ya sé que eres hombre honrado. Cierto que me han dicho de ti... cosillas; pero, la verdad, no les he dado crédito.

—Gracias, gracias—dije, cobrando nuevos bríos—; yo no esperaba otra cosa, y cuando hace días me acusó usted de no sé qué monstruosa infidencia, mi alma se llenó de angustia... Todo lo olvidó, señor don Buenaventura; yo per-

dono a los que me han calumniado, y en vista de los peligros que corre el Gobierno absoluto, elevo como siempre mi voz amiga para predicar la concordia... Unámonos, señor don Buenaventura; unámonos hoy, como nos unimos seis años ha para salvar a la nación del abismo a que corría. Cesen los chismes ridículos, las hablillas malévolas con que se han querido manchar reputaciones como la mía... Por mi parte, todo lo olvido; no veo más que a nuestro querido rey, a nuestra querida patria, a nuestras adoradas prácticas de gobierno, a las cuales falta poco para ser las más sabias del mundo... Pero eso poco que falta debemos dárselo para aplastar de una vez al jacobinismo insolente, a las logias inmundas y a los liberales soeces que quieren cubrir de ruinas el suelo de España. Quitémosles todo pretexto para nuevas insurrecciones; reformemos el Gobierno; ocupemos los hombres de bien todos los puestos que insolentemente usurpan los pillos, y constituiremos una nación feliz, y legaremos a nuestros hijos, si los tenemos, toda clase de prosperidades y bienaventuranzas.

Don Buenaventura me oía con admiración profunda. Concluído mi discurso, estrechóme la mano, y con benevolencia más ardorosa que lo que el caso exigía, me dijo:

—No he dudado de ti. Eres un hombre excelente. Verdad es que tuve sospechas; pero se han disipado. Soy todo tuyo.

—Unámonos, señor marqués.

—Unámonos, sí. Reconozco que se te ha postergado con injusticia. Eras de los primeros y se te puso en las últimas filas. El puesto que tú debías ocupar en el Consejo se ha dado a hombres nulos que han trabajado descaradamente por la revolución.

—Yo no guardo rencor a nadie—dijo con hipocresía perfecta—. ¿Querrá usted creer que no me había vuelto a acordar de la tal plaza de consejero, ni de la incalificable ofensa que se me hizo? Yo soy así: el primero para agradecer, el último para odiar.

—Pero aún es tiempo de repararlo todo—dijo el ministro, atracándose de tabaco—. Hay otra vacante, y anoche me acordé de ti.

—No, no, de ninguna manera. Haga-

me usted el favor de no dármela; se lo suplico... Vamos, que me pondrá usted en el caso de hacer renuncia.

—Bueno; veremos si te atreves a desairarme. Conviene pensar en las reparaciones, en reunir toda la gente buena alrededor del Trono. Estoy conforme contigo en la necesidad de normalizar el Gobierno.

—Por mi parte, señáleseme un puesto de peligro, un puesto en que sólo haya trabajo y no beneficio; un puesto que permita manifestar la diferencia que existe entre los aventureros sin conciencia y los hombres honrados que se desviven por el rey y por la patria.

Asuntos urgentes reclamaban la atención de su excelencia, y, despidiéndome, me dijo con relamida amabilidad:

—Querido Pipaón, vete a tu casa. No llegará la noche sin que recibas un recuerdo mío. No salgas en todo el día de tu casa y espera.

Retíreme lleno de gozo... ¡Fuera revoluciones! ¡Fuera clubs! ¡Fuera trastornos políticos que alteran la santa armonía de la vida! ¡Fuera jacobinos y logias!... Como el que ha vivido algún tiempo en poder del demonio y se ve libre de la terrible obsesión, así yo renegaba de mis veleidades revolucionarias, haciendo voto de no prevaricar más en mi vida.

Pero me aguardaba un golpe terrible. uno de esos golpes que anonadan, que hunden, quematan, arrojando a un hombre en los abismos de la desesperación. Como me había mandado el marqués, aguardé en mi casa todo el día. Yo creí que me visitaba un ordenanza de su excelencia, portador de pliegos en que se me notificase algo lisonjero, cuando mi criado me dijo que gran número de alguaciles preguntaban por mí.

¡Traición inconcebible! Don Buena-ventura había determinado prenderme. y con su hipócrita zalamería alejaba de mí toda sospecha. Al decirme que no saliese de mi casa, su intención era que me pudiesen coger fácilmente sus miserables esbirros. En aquel trance supremo, vacilante entre el miedo y el peligro, pude tomar una determinación salvadora, y corrí a la puerta interior. Por fortuna, fuéme fiel mi criado. Doña Fe ya no estaba allí. Escurríme por la escalera con tanta presteza que cuan-

do los alguaciles registraban mi casa ya estaba yo en el lóbrego aposento del señor Mano de Mortero, a quien con patéticas razones pedí hospitalidad.

Temí que los tunantes me siguieran; pero el buen gitano me ofreció que en tal caso me ocultaría en lugar más seguro.

Mi angustia era inmensa. Contemplé con el alma destrozada el sitio en que me hallaba, mientras Mortero decía:

—Por sí o por no, apaguemos la luz.

Antes que la soplara, mis ojos se extendieron por la habitación, y vi que sobre el lecho del señor Mano yacía tendido y como soñoliento un hombre. La luz se apagó y no pude verle; pero en el mismo instante sentí pronunciar mi apellido, y por la voz conocí que estaba en compañía de Salvador Monsalud.

XXII

La pena y el furor que yo sentía no dieron lugar por algún tiempo a la sorpresa que el encuentro inesperado de mi amigo debía producirme. El tío Mano, seguro de que no había peligro, encendió de nuevo la luz, y diciéndome algunas palabras festivas y tranquilizadoras, puso sus manos en la obra interrumpida. Estaba haciendo un ejército. Yo alcé la vista; contemplé la bóveda, las macizas paredes, y me creí sepultado para siempre. Parecía que había caído sobre mi corazón una losa enorme. La Inquisición, o si se quiere la autoridad, ponía sobre mi su pie y me aplastaba como a un insecto. Congoja inmensa llenó mi alma, como una irrupción de tinieblas que entraban en ella, ocupándola toda para nunca más salir. Yo no podía formular otra idea que ésta:

«¡Adiós carrera, adiós porvenir, adiós posición mía!»

¡Debilidad pueril! Ocultando el rostro entre las manos, rompí a llorar como un chiquillo.

—No hay cuidado ninguno—dijo Mortero—. Aquí no vendrán los mochuelos. Esto es un sepulcro. Y si vinieran, señor mío, todavía están ahí los calabozos, y si entraran a registrar los calabozos, todavía nos quedaba la cisterna.

—Fiate de los amigos, querido Pipaón

—dijo Monsalud, sacudiendo la pereza—. Pero aquí puedes estar tranquilo.

—También a ti, por lo visto, han querido prenderte—exclamé con furia—. ¿Has conocido hombre más infame que ese don Buenaventura? ¡Miserable mastín del absolutismo! ¡Dios poderoso, permite que se desborden sobre España las revoluciones más horrendas; permite que se alce una guillotina en cada calle, y que rueden por el suelo las cabezas de todos esos bárbaros tiranuelos que envilecen el país! ¡Sí, sí; venga los disturbios con sus cuadrillas de asesinos; levántese el pueblo y arrastre a esos menguados ídolos; ardan España y Madrid!... ¡Pero qué detestable Gobierno! ¡Qué infames ministros! ¿De modo que a un vecino honrado, a un hombre de bien, se le pone preso sin más ni más, porque a un ministrillo se le antoje?... ¿De modo que no hay seguridad?... ¿De modo que la libertad y la vida de los españoles está a merced de un vil delator?... ¡Esto no se puede sufrir, esto es inicuo! Es preciso que esto concluya. ¡Salvador, venga la revolución, venga una y mil veces! Abajo todo esto y salga lo que saliere.

—Vamos, se conoce que te ha dolido. Pues hay que tener paciencia, amigo—contestó Salvador friamente—. La revolución no viene.

—¡No viene!

—Se ha constipado en el canal de Sancti-Petri.

—Pues debe venir—repuse con furor—. Tú y tus amigos sois unos menguados cobardes. ¿Por qué no tenéis más energía? ¿Por qué no atropelláis por todo? ¿Por qué no subleváis en masa al país? ¿Por qué hacéis las cosas a medias? ¿Por qué andáis con paños calientes? ¿Por qué no matáis? ¿Por qué no incendiáis?... ¡Horrible estado es el nuestro! ¡Horrible situación la de España, entregada a un espantajo como don Buenaventura y sin encontrar media docena de hombres valerosos que la salven!

La cólera mía no encontraba otro lenguaje. Mi pecho era un volcán; mis palabras, fuego.

—¡Jacobino estás! —me dijo Monsalud, riendo, mas sin abandonar su calma.

—Pero, hombre, ¿no bufas como yo? ¿No te indignas? ¿No deseas ver al infame marquesillo asado en parrillas?... Yo quisiera tener cien bocas para gri-

tar con todas ellas: «¡Viva la Libertad! ¡Viva la Constitución!...» ¡Si no alcanzo cómo hay absolutistas en el mundo!... ¡Si no se comprende cómo no son liberales hasta las piedras de las calles!... ¡Si no se concibe cómo éstas no se levantan solas y van corriendo por los aires hasta destrozar a esos miserables verdugos!... ¡Si no se concibe que doce millones de españoles consientan ser tratados como una manada de carneros!... ¡Si no se comprende cómo hemos vivido tanto tiempo en compañía de esa vil canalla sin hacer una revolución cada día y un motín cada hora!... Salvador, tú no tienes sangre en las venas cuando estás ahí tan tranquilo, y no te irritas al oírme, y no rechinas los dientes, y no maldices a nuestros bárbaros enemigos, y no echas hiel, fuego y veneno por la boca.

—Sigue, sigue. Te oigo con gusto.

—¡De modo que estoy perdido para siempre!—exclamé, cruzando las manos con angustia—. ¿De modo que esa endiablada revolución no triunfa ya? ¡Qué inicua farsa! Nos comprometéis a tantos hombres honrados, y luego se pierde todo por vuestra cobardía... Y heme aquí perdido para siempre, sin carrera, sin más porvenir que el destierro..., porque es claro, tendré que emigrar, si no me ahorcan antes... Hombre, horrorízate..., ten lástima de este desgraciado... Consuélame, amigo; dime alguna palabra que alivie mi angustia..., por Dios, Salvador; por Dios vivo, ¿no habrá todavía esperanza?

—Ninguna —contestó secamente mi amigo.

—Pero, hombre, ¿eso es verdad? ¿Ninguna, ninguna? ¿Ha fracasado el movimiento?

—Por completo.

—Quizá te engañes; puede que todavía...

—Ya no hay remedio.

—¿Qué sabes tú? Todavía...

—Vengo de Andalucía.

—¿Cuándo llegaste?

—Hoy. Nadie sabe mejor que yo lo que allí ha pasado...

—¿Y dices que...? Pero ¿qué haremos ahora?

—Nada; tener paciencia—repuso con una flema imperturbable que me exaltaba más.

—¡Tener paciencia! Eso está bueno

para ti, que nada pierdes, porque nada tenías; para ti, que tan poca cosa eras antes como ahora; mas, ¡ay!, yo estoy arruinado, yo estoy perdido. ¡Adiós carrera, posición, porvenir!... Pero cuéntame: ¿qué ha pasado en esa fatal Andalucía? ¿Dices que has llegado hoy? ¿Por qué te has metido aquí?

—Porque el señor marqués no se duerme ahora en las pajas. Me han seguido la pista todo el día; me he visto muy apurado para escapar. Hoy no se encuentra un amigo por ninguna parte. Los Villelas y comparsa, en vista del mal éxito, adulan al Gobierno. Después de recorrer varios albergues, he creído que en ninguna parte estaba tan seguro como aquí. No he confiado el secreto de esta madriguera ni a mis más íntimos amigos. ¿Qué habrá sido de ellos? En este aciago día, querido Pipaón, se han hecho más de doscientas prisiones. No hay compasión ni para los arrepentidos.

—¡Nos hemos lucido! Pero ¿habrá alguna esperanza? Dime, por Dios, que sí.

—No, no hay ninguna. Los insurrectos vagan a estas horas por los llanos de Andalucía, medio muertos de hambre y de cansancio, sin encontrar apoyo en ninguna parte, viendo disminuir rápidamente su número en vez de aumentar, y gracias que los últimos consigan llegar vivos a la raya de Portugal. Ni Riego ni Quiroga valen más que para un momento de esos en que sólo arrojo se necesita. Cuando el primero arengó a sus soldados en las Cabezas, y les dijo: «Basta de sufrimientos, valientes camaradas; hemos cumplido con el honor; más larga paciencia sería vileza y cobardía», creímos que aquel hombre iba a imprimir a la insurrección impulso poderoso; pero después le hemos visto perplejo, vacilante, dejando pasar todas las buenas ocasiones y corriendo de aquí para allí como un recluta al cual de golpe y porrazo se le pusiera en la mano el bastón de general. Tuvieron la mejor coyuntura para batir uno a uno los batallones que no habían querido insurreccionarse, y la dejaron perder. Rechazados en la Cortadura, salió Riego de la Isla con mil quinientos hombres y marchó hacia Algeciras, movimiento cuyo objeto a nadie se le alcanza. Cuando quiso regresar, supo que Freire bloqueaba la Isla, donde estaba Quiroga, y corrió a Málaga.

ga. Perseguíale don José O'Donnell sin conseguir derrotarle ni tampoco ser derrotado por él. La insurrección hasta entonces no era más que un marchar continuo, sin aliento, sin entusiasmo, sin espíritu, porque en todos los pueblos del tránsito no había más que frialdad, indiferencia... De Málaga paso Riego a Córdoba, donde entró con quinientos hombres.

—¿Y los otros mil?

—Habían desertado, y aprovechándose de la revuelta, se iban tranquilos a sus casas.

—¡Canallas!... ¡Pero qué falta de entusiasmo y de patriotismo; sí, señor, de patriotismo!—dije yo, no comprendiendo cómo había quien desmayase tratándose de derribar al Gobierno absoluto.

—En Córdoba no fueron hostilizados por la tropa; pero tampoco vitoreados ni agasajados por el pueblo. No he visto frialdad semejante. Parece que esto no es nación, sino un pueblo de sombras.

—¡Qué país!—exclamé con desesperación—. ¿Conque mientras nosotros trabajamos por variar la forma de gobierno; mientras nos exponemos a perder las ventajas de una brillante carrera y sufrimos persecuciones, el bendito país se está mano sobre mano, sin decir esta boca es mía?... ¡Pero qué horrible ingratitud, hombre! Lo que tú dices, un pueblo de sombras.

—Lo que me aflige más en este fracaso no es la mala suerte de los militares sublevados, sino la apatía del país, su poltronería política, pues no merece otro nombre. Ve que se levantan unos cuantos hombres proclamando la libertad para todos, los principios de justicia, el Gobierno ilustrado, y se cruza de brazos, no emprende nada, sonríe al ver pasar la insurrección, cual si fuera cabalgata de Carnaval. Esto hiela el corazón...

—Pero ¿qué es esto, pues? Explícamelo.

—Esto es un triste desengaño; esto significa que España no nos entiende. Conoce su gran pobreza y envilecimiento; quizá comprende que otros pueblos viven mejor; pero no se le ocurre que en sí misma tiene los medios para salir de tal estado. Tres siglos de absolutismo no podían menos de producir esta modorra intelectual en que el país vive. Duerme, sueña tal vez. Sufre un encantamiento parecido al de aquellos aventu-

reros a quienes un mago convertía en estatuas. Es verdad que este león encantado tiene una cabeza que piensa, la idea que bulle en la flor de la sociedad, en algunos centenares de hombres escogidos..., pero éstos pueden poco. La cabeza viva, puesta en un cuerpo inerte, no sabe hacer otra cosa que atormentarse con su propio pensamiento. Eso hacemos nosotros: atormentarnos, discurrir, creer. Tenemos fe, tenemos ideas; pero, ¡ay!, queremos tener acción, y entonces empieza el desengaño; queremos movernos... ¡Cómo se ha de mover una piedra!

—Desconsolador cuadro me pintas, Salvador.

—¡Ojalá no fuese verdadero! En mí notarás una transformación tan rápida como triste. Mi pensamiento tiñe de negro todo aquello en que se fija. Ayer estaba lleno de luz, y hoy no hay más que tinieblas dentro de mí. No tengo ya esperanzas; he perdido todas las ilusiones. Parece mentira que se pierda todo esto y siga uno viviendo. He visto por mí mismo la apatía nacional, una congelación lamentable, una incapacidad absoluta para apropiarse la idea política y los sentimientos que con ella se relacionan, fuera del de la patria y del religioso, concebidos en bruto, a lo salvaje. Aquí el pueblo no entiende de ideas. Sólo los sentimientos enormes del amor al suelo y a Dios le pueden mover. Hablarles otro lenguaje es hablar a sordos... Nosotros somos muy torpes: confundimos deploradamente la conspiración con la revolución; creemos que la connivencia de unos cuantos hombres de ideas es lo mismo que el levantamiento de un país, y que aquello puede producir esto. Vemos el instantáneo triunfo de la idea verdadera sobre la falsa en la esfera del pensamiento, y creemos que con igual rapidez puede triunfar la acción nueva sobre las costumbres viejas. Las costumbres las hizo el tiempo con tanta paciencia y lentitud como ha hecho las montañas, y sólo el tiempo, trabajando un día y otro, las puede destruir. No se derriban los montes a bayonetazos.

—Siempre creí que España era un pueblo de costumbres absolutistas—observé yo—, y que la revolución y el liberalismo estaban sólo en las cabezas exaltadas de ciertos caballeros, un tanto avispados por el alcohol de las lecturas... Por eso

yo, al conspirar, no contaba con que se hiciera ninguna revolución verdadera, sino simplemente una mojiganga de revolución, una cosa teatral y de mentirijillas que no alterara nada en el fondo, sino en la superficie, y que, contentándose con fórmulas, verificase un razonable y justo cambio de personas, que es, al fin y al postre, lo más conveniente.

—Como tú piensas muchos, mucísimos de los que más han bullido en las logias, y ésta es una de las causas del fracaso. Aquí no hay más que absolutismo, absolutismo puro, arriba y abajo y en todas partes. La mayoría de los liberales llevan la revolución en la cabeza y en los labios; pero en su corazón, sin saberlo, se desborda el despotismo.

—¿De modo que, según tu frase, España seguirá andando a cuatro pies por mucho tiempo?

—Por muchísimo tiempo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Nada; renunciar a un trabajo que creo no ha de tener resultado alguno. Empecé con mucho ardor; mi fe era profunda; creía que por tales medios podía adquirir gloria para mi país y para mí; trabajaba a ciegas, sin ver el material que tenía entre las manos. ¿Me preguntas lo que pienso hacer? Renunciar a un papel que empieza a ser criminal y hasta ridículo desde el momento en que sólo puede servir para ayudar a vulgares ambiciones. Estoy convencido de que la revolución tiene que ser vana por ahora. Lo he visto por mis propios ojos; lo he tocado con mis manos... Con su nombre pueden elevarse y luchar facciones miserables, y a facciones no sirvo yo. He sido durante algún tiempo aventurero; pero en mis aventuras vislumbraba un hermoso ideal. Mientras duró el engaño, mi conducta no podía dejar de ser noble. Pero, amigo mío, ya he visto que los que creía gigantes eran molinos de viento, y aquí concluye mi caballería andante. Felizmente no he perdido el seso. Si pude un día aceptar lo que hay de generoso en el papel del gran caballero de la Mancha, renuncio ya a lo que en él hay de ridículo, y arrojadas las inútiles armas, me vuelvo a mi aldea.

—¿A tu aldea?

—Al extranjero, quiero decir; quizá a América, qué sé yo... En mi horrible descorazonamiento, amigo Bragas, con-

servo una serenidad notable, y no tomaré resoluciones atropelladas. No hay que apurarse... Calma... Durmamos ahora tranquilamente, y mañana se pensará lo que se ha de hacer.

—Parece mentira que duermas en una noche de desgracias como ésta. ¡Santa pachorra!

—Estamos caídos —dijo con voz que poco a poco se extinguía a causa del sueño—. Algún día nos levantaremos. Dicen que no hay mal que cien años dure.

—¿Y serás capaz de dormirte así..., dejándome solo, sin consuelo?...

—¿Consolarte yo? —murmuró, dormitando sin consideración a mi soledad—. ¡Pobre Pipaón, pobre cortesano! Le han quitado su destino... Le han dado un puntapié con sandalia de rosas... Eso no es nada, amigo. Con unas cuantas sonrisas recobrarás tu favor..., y si no, con un par de lágrimas. El chubasco pasará, y..., al cabo de cierto tiempo..., como si tal cosa...

Durmióse el infame, dejándome entregado al sombrío martirio de mis pensamientos... ¡Dormir cuando yo estaba perseguido; dormir cuando el orden natural de las cosas se había alterado! Encontréme enteramente solo, porque el señor Mano de Mortero había salido poco antes. Caí en hondas meditaciones, con tal laberinto en el cerebro, que al fin deliraba. Creo que hablé solo largo rato, y una visión extraña atraía la atención de mi espíritu. ¿Qué era aquello que yo contemplaba, Dios mío? Vi un ejército poderoso que avanzaba en gallarda formación. Las filas de hermosos caballos corrían las unas tras las otras tan matemáticamente alineadas que no discrepaban una línea. Los jinetes todos esgrimían sus sables, y a igual altura se elevaban los empenachados morriones... Pasaban, pasaban fila tras fila, escuadrón tras escuadrón, sin acabarse y sin variar nunca. Era el ejército infinito, siempre el mismo, siempre marchando y nunca concluido. De las apretadas y correctas filas salía sin cesar un grito majestuoso, que penetraba en mi alma como un rayo de luz. El grito era: «¡Viva la Libertad!»

No sé cuánto tiempo duró este fenómeno; pero al fin entró el señor Mano de Mortero, hizo ruido y me moví. En el rincón frontero y sobre el banco del

taller continuaba el ejército; mas era un escuadrón de groseros muñecos mal tallados y peor pintados... Sin embargo, siempre me parecía que gritaban con sus bocas de palo: «¡Viva la Libertad!»

El señor Mano de Mortero dejó a un lado el farolillo con que se alumbraba, la capa y el sombrero, y en voz alta nos dijo:

—Buenas y frescas, señores.

Monsalud despertó.

—¿Hay noticias? —pregunté con ansiedad.

—Y buenas. La Coruña ha proclamado la Constitución.

—Pero ¿es verdad? ¿Lo dicen por ahí?

—Lo dicen por ahí y es verdad. Y El Ferrol y Vigo también se han sublevado. Dicen que los ministros están que se les puede ahorcar con un cabello.

—¡Dios mío, Virgen Santísima, que sea verdad lo que dice este buen hombre! —exclamé, juntando las manos—. ¿No has oído, Monsalud, lo que cuenta el señor de Mano? ¿Qué te parece? ¿Será verdad?

—Puede ser verdad —dijo Salvador con mucha calma.

—¿Conque La Coruña, El Ferrol, Vigo, es decir, toda Galicia?... Principio quieren las cosas. ¡Si saldremos al fin con que triunfa la marimorena y arde toda España!

—El ejército nada más... —dijo mi amigo friamente.

—¡Señor de Mano, quién sabe, quién sabe todavía!... Oye, Salvador: me ocurre una idea.

—¿Qué?

—Que imploremos de la Divina Misericordia...

—¿El perdón de nuestros pecados?

—No, el triunfo de la sedición. Pidamos a Dios con todo fervor y recogimiento... que resulte verdad lo que ha dicho este buen hombre: el levantamiento de La Coruña.

Yacía Monsalud boca arriba, en actitud de tranquilidad perfecta. Había extendido sus dos brazos formando arco alrededor de la cabeza y miraba al techo.

—Hombre, no seas impío —añadí—, ¿por qué no hemos de impetrar de la Omnipotencia Divina lo que deseamos? ¿No piden pan los hambrientos y salud los enfermos? Pues pidamos nosotros revolución. El Evangelio dice: «Pedid y se os dará.»

Monsalud reía.

—Señor de Mano—añadí yo—. Aquí veo unas hermosísimas imágenes de la Virgen y del Señor. ¿Por qué no les pone usted una vela?

Salvador no podía tener la risa.

—Hereje, empedernido hereje; calla, calla. Cada uno tiene sus ideas. Yo soy religioso, yo soy creyente, y tú eres un perro judío. Querido señor de Mortero, encienda usted un par de luces en ese altar que está junto a la cama.

Mortero encendió las luces.

—Ahora—dije yo—, que la Santísima Madre de Dios, Nuestra Señora del Rosario, nos dé el inefable beneficio de un pronunciamiento en cada ciudad de España; que sea un volcán Galicia, y otro volcán Aragón; que caigan por tierra el absolutismo y don Buenaventura.

—Me parece que se sienten pasos arriba—dijo Salvador en voz muy baja.

—Es que andan por allá el señor secretario y un señor inquisidor—repuso Mortero—. No hagan ustedes ruido. Están sacando papeles del archivo.

—Es que ven la cosa negra—afirmé yo—. Sin duda temen que el pueblo penetre en la casa y descubra más de cuatro picardías. Señor Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra.

—¡Es gracioso!—dijo Monsalud, mirando la imagen, que era la Virgen del Rosario con Santo Domingo de Guzmán arrodillado a sus pies—. Si a esos señores inquisidores que están arriba les dijeran ahora que en un sótano de la Santa Casa arden velas ante las imágenes cristianas para implorar de Dios el triunfo de la revolución...

—Si se lo dijeran..., seguramente no lo creerían.

Mi amigo se volvió hacia la pared, y al poco rato dormía.

Yo no cesé de rezar en toda la noche.

XXIII

Al día siguiente, muy temprano, Mano de Mortero, que había salido a sus quehaceres, entró diciendo:

—Gordas y frescas.

—¿Qué hay, qué hay?

—Que lo de Galicia es tremendo... El rey y la corte, muy asustados... Toda la noche han estado los ministros en

Palacio... Quieren contemporizar... Les ha entrado el destemple... Desconfían de la guarnición...

—¡Desconfían de la guarnición! ¿Oyēs, Salvador; oyes, hombre?—exclamé con exaltado júbilo.

—Oigo—repuso mi amigo secamente.

—¡Y de la guardia de la real persona!—añadió Mano.

—¡También desconfían de la guardia! ¿Oyes, Salvadorcillo de mi alma?

—Oigo.

—Señor de Mano, traiga usted cuatro velas; yo las pago.

—Con esa condición, aunque sean ocho—dijo Mortero, abriendo el cajón de una cómoda.

—No quepo dentro de mí—dije, saltando del jergón—. Voy a salir a la calle, aunque me exponga a ser cogido. Me pasearé, comeré en casa de algún amigo... Señor de Mano, ¿tiene usted algunas ropas con que disfrazarme...?

—Tengo vestidos de cómicos. ¿Quiere usted ir de rey turco?

—Hombre, no.

—¿Y de senescal de Polonia?

—¡Qué majadero!

—¿Y de majo? Sombrero ancho, capa encarnada, marsellés...

—Venga, venga. Me embozaré hasta las cejas.

Mano sacó unos vestidos, que yo me puse, acomodándolos lo mejor posible a mi cuerpo. Peinéme a lo majo, tiznéme el rostro y quedé convertido en chispero, tan al vivo, que era muy difícil conocerme. Con tal pergenio, guiado por Mortero, que me llevó por oscuros laberintos, salí a la calle embozado hasta las cejas. Monsalud no quiso seguirme. Pasé por Palacio y vi que entraban y salían muchos coches; recorrí luego la calle Mayor hasta la Puerta del Sol, y aunque encontré en este sitio muchos conocidos, no me atreví a hablar a ninguno; tanta era mi cobardía, aun bajo el disfraz de chispero. Estábamos en los primeros días de marzo.

Ya conocí en la actitud y semblante de las personas y en las palabras que al vuelo cogía, que era certísima la alarma anunciada por Mortero. Sin cesar herían mi oído las voces *Coruña, Ferrer, Junta revolucionaria, Don Pedro Agar*, volviéndome loco de alegría. Recorrí la población sin descubrir mi cara, atendiendo disimuladamente a todos los gru-

pos, huroneando, atisbando, olfateando la revolución. ¡Ay!, la revolución palpitaba; yo la sentía. Quien había puesto tantas veces la mano sobre el pecho de la sensible villa no podía engañarse.

En estas exploraciones empleé toda la mañana y parte de la tarde. A nadie me había descubierto. Llegó, por fin, una hora en que me picó el hambre con alarmante viveza, porque el júbilo y esperanza no me alimentaban; que esto corresponde a las magras y otros condimentos, y de ningún modo a las sensaciones agradables del alma. ¿Qué hacer? El señor Mano no podría ofrecirme sino un guisote grosero. ¿Entraría en algún café o figón? No, porque mi pusilanimidad veía alguaciles en todas partes y se me figuraba que ni siquiera me dejarían llevar la cuchara a la boca. ¿Iría a casa de algún amigo? Ugarte estaba fuera de Madrid, y quizá perseguido también. De Villela y otros personajes no me fiaba más que del demonio. Pensé ir en busca de don Gil Carrascosa, hombre que me debía favores, o de don Bartolomé Canencia; pero luego discurreí que las casas de donde más rápidamente debía huir eran las de aquellos que tenían algo que agradecerme.

De pronto vi a cuatro personas que me inspiraron una idea felicísima. Eran Carlos Navarro y don Miguel de Baraona, que iban por la calle de la Montera hacia la Puerta del Sol, acompañadas de los dos zafios amigos que con el primero vinieron del Norte. Antes me metiera yo mismo en la cárcel que presentarme ante aquellos hombres fanáticos, capaces de hacer conmigo una felonía; pero, con la certeza de que estaban ambos fuera de casa, bien podía pedir amparo a la señora doña Jenara, que de fijo no me lo negaría ni me vendería.

«Si Jénarita está en su casa—me dije, corriendo allá—, comeré y comeré bien.»

Poco después entraba yo en la calle de *Enhoramala vayas*, para pasar a la de *Sal si puedes*. Esta tenía poco que andar. Componíanla dos casas humildes, otra suntuosa y una tapia de corrales o jardines. La suntuosa, como muchas personas, tenía mejor alma que cuerpo, es decir, que su aspecto vetusto y feo no correspondía a su comodidad interior. De poca fachada, extendíase mucho en el fondo de la manzana, y lo mejor de ella era la crujía de Poniente, que daba

a un patio donde estaban las cocheras. Este patio tenía la salida a la calle de *Aunque os pese*. Aquel pequeño barrio de nombres tan extraños era entonces más solitario aún que ahora.

Entré resueltamente. Por fortuna, Jenara no había salido de casa y estaba sola. Tan sólo su doncella tuvo noticia de mi visita.

Expuse a la generosa dama la aflictiva situación de mi estómago, rogándole encarecidamente que si me daba de comer lo hiciera pronto, para evitar los peligros de un encuentro con los feroces Navarro y Baraona. Ella se rió mucho de mi extraña facha, y me dijo

—Hace usted bien en temer a mi marido y a mi abuelo, que ni disculpan ni perdonan. Estás furiosos contra usted, y si le encontraran aquí, serían capaces de entregármelo atado de pies y manos a don Buenaventura.

—¡Miserable sayón!

—Anoche estuvo aquí, y dijo de usted mil picardías. ¡Pero qué atrocidades ha hecho usted, Pipaón!... Conspirar así, escribir cartas, juntar dinero... ¡Qué sé yo!... Es usted un Robespierre. Dice el marqués que no se consolará en toda su vida de que se le escapara usted, y que daría un ojo de la cara por atraparle.

—¡Bandido!... Pero si usted tuviera la bondad de darme de comer... Ahora o nunca: me muero de hambre.

—Al momento. Pero van a decir que soy encubridora de revolucionarios, y el marqués querrá prenderme también.

Inmediatamente dió órdenes a su doncella para que me trajese lo que tan imperiosamente pedía mi pobre cuerpo. Ella misma tendió un mantelito en el velador de aquella estancia, que era la suya, y me iba poniendo delante los platos, amenizando el festín con discretas observaciones y celestiales sonrisas. Yo caí sobre los manjares como el tigre sobre su presa.

—Perdone usted si como groseramente —le dije—. Un condenado a muerte tiene derecho a prescindir de ciertas reglas.

—¡Parece mentira!—exclamó—. ¡Usted revolucionario, usted liberal!...

—Señora, no haga usted caso de infames calumnias. Mis enemigos discurren infernales embustes para perderme. Ya disiparé yo las nubes que empañan el limpio sol de mi reputación. Deje usted que pase el chubasco...

—Triunfen o no los revolucionarios —dijo ella, sentándose frente a mí y apoyando su codo en la misma mesa donde yo comía—, lo cierto es que los conspiradores lo pasarán mal. Casi todos están presos, ¿no es verdad?

—Creo que sí.

—Sin embargo, no se oye decir que ajusticien a ninguna persona conocida.

—Incomparable está esta gallina—re-puse, más atento a la reparación de mis fuerzas que a la suerte de los conspiradores.

Cuando empecé a reponerme y a sentirme dueño de mí mismo, fijáronse mis ojos con singular deleite en la hermosísima figura que tenía delante de mí. Nunca me había parecido Jenara tan bella. En la nueva mansión, su hermosura soberana se realzaba con el lujo que el generoso marido había acumulado allí, labrando de este modo el único estuche digno de alhaja tan preciosa. Fuera por una irradiación admirable de la privilegiada naturaleza de Jenara, fuera porque la casa era en realidad muy linda, todo lo que veían mis ojos tenía el más puro sello artístico. Cuadros, tapices, muebles, cornucopias, ofrecían mil formas encantadoras que extasiaban la vista. El oro y el blanco, las tintas brillantes, admirablemente armonizadas, llevaban los ojos de sorpresa en sorpresa. Los excesos del lujo, que generalmente traen el mal gusto, eran allí, o al menos a mí me lo parecían, un esfuerzo sublime de la imaginación, comedido siempre en su delirio.

En su propia persona, los encantos de Jenara eran, como siempre, superiores; pero allí su grave y dulce sencillez brillaba más que cuando vivía en mi casa. Siempre tuvo el raro instinto de ataviarse elegantemente, y la no aprendida ciencia por la cual una mujer privilegiada sabe estar preciosa con el adorno más insignificante. Aquella tarde en que me dió de comer, vestía con la negligencia cuidadosa que parece han de emplear las que siempre quieren estar bien, aun sabiendo que nadie ha de verlas. Sobre su cuerpo no había más que dos colores, el blanco y el negro; éste en una copiosa sarta de cuentas que pendían de su cuello, adorno muy usado entonces. Su traje blanco, conjunto delicado de graciosos caprichos de aguja, de pliegues y rizos, era un plumaje ma-

ravilloso, que a causa de la estrechez de los talles de entonces cubría delicadamente sus incomparables formas sin desfigurarlas, respetando cuanto el divino cincel modeló en aquel hermoso barro humano, es decir, no aplastando ningún bulto, ni llenando ningún hueco, ni alterando con importuno arte la más acabada estatua en cuyo tibio mármol han vibrado nervios y corrido, por las azules venas hilos de impetuosa sangre.

Cuando se movía de aquí para allá trayéndome lo que yo había de comer, parecía una hechicera de magia que cuidaba de mí, niño extraviado en la caverna, entre maravillosas transformaciones: primero, maltratado por ogros horribles; después, mimado y agasajado por las blancas manos de las hadas. Caía la tarde, y la dulce luz crepuscular que entraba en la estancia por las ventanas abiertas al patio y a la calle de *Aunque os pese* derramaban en torno mío, entre ella y yo, una dulce onda de tristeza. Cuando yo concluía de comer, sentóse, como he dicho, frente a mí, apoyando el codo en la mesa y la mejilla en el puño. En primer término, yo veía un brazo que a ninguno otro puede compararse, blanco, torneado, de una pureza y corrección admirables. Distinguíanse en la suave penumbra de lo interior de la manga las morbideces del antebrazo, que se perdía al fin entre la batista, seguido hasta lo último por mi ansiosa vista. Tenía los ojos medio cerrados. No sé por qué todo allí era tristeza. Yo exhalé un suspiro tan hondo, que Jenara se conmovió cual si oyese un grito.

—¿Qué tiene usted?—me dijo.

—Estaba pensando, señora mía, que el señor don Carlos, mi antiguo amigo y esposo de usted, es el hombre más feliz de la Tierra.

—¿Por qué?

—Porque es dueño de tanta hermosura.

Jenara hizo un gesto de desdén.

—Pero no sabe apreciar su felicidad, señora mía—añadí—, y con sus ridiculeces y manías mortifica a este ángel de gracia y bondad.

—Galán está usted—me dijo, sonriendo—. No extraño que usted hable así de Carlos. Todo el mundo conoce lo mal que me trata. Ni siquiera tiene el tacto de guardar para mí sola sus imperti-

nencias, sino que delante de los amigos suele ofenderme...

—El mismo confiesa que es un bruto; pero su alma y su corazón son excelentes. Procure usted domesticarle y...

—No sirvo para domadora—me contestó, moviendo con insistencia su linda cabeza—. El se cansará o se corregirá. ¿Qué puedo hacer para convencer a un hombre que se encariña con sus errores y con sus sospechas? Cuando alguien intenta quitárselas, Carlos se enoja como si le quisieran robar un tesoro.

—Sí, muy bien dicho. Es avaro de sus tenacidades y equivocaciones. ¡Cabeza de granito! Se estrellará, pero no dirá jamás: «Me equivoqué.»

—Esto tiene que concluir de un modo o de otro. Es imposible vivir así. Cada día una cuestión; cada hora una disputa. ¿Y por qué? Por nada, por fantasmas. Sepa usted que el cerrar los ojos y el abrirlos es en mí un indicio de infidelidad, según mi marido. Aprenda usted a tener perspicacia.

—¡Detestable sistema es ése! Conozco algunos maridos que por buscar tres pies al gato han hallado los cuatro. Mucho cuidado, señor Garrote; vais por mal camino... No crea usted: yo le reprendí; le dije media docena de verdades..., pero no hace caso. Tiene a gloria el equivocarse. En disparatar consiste su orgullo.

—Ahora, con estas cosas de la revolución que viene, está insoportable—dijo la dama con ademán ponderativo—. No se le puede resistir... Paso los días entre el temor y la tristeza, asustada cuando le espero y creo que va a llegar, triste cuando estoy sola. Con él tiemblo; sola me aburro. ¿Puede haber situación más horrible? Ha de saber usted que Carlos, con sus impertinencias, ha llegado a lo que nunca creí, a malquistarme con mi abuelo, que también sospecha, también. Figúrese usted si será deliciosa mi existencia. Ellos dos, es decir, toda mi familia, están contra mí. A mi lado no hay nadie más, ni hermanos, ni hijos, ni siquiera amigos... Las amistades, cualesquiera que sean, me están prohibidas... ¿No es verdad que soy digna de lástima? La cabeza hecha un volcán y el corazón vacío, enteramente vacío.

—¡El corazón vacío!, es decir, holgazán. Qué de cosas no discurrirá el nuy tunante para poder entretenerse..., ¿eh?

En el mismo instante sentimos ruido de voces y pasos en el interior de la casa.

—¡Carlos!—exclamó Jenara con el mayor sobresalto.

—¡Jesús, María y José!—dije yo, sintiendo que flaqueaban mis piernas—. ¿Dónde me escondo, dónde?

—Váyase usted. Está usted perdido si él le ve.

Jenara y yo, llenos de confusión, no sabíamos qué partido tomar.

—Escóndase usted aquí—me dijo la dama, mostrándome un armario que abrió precipitadamente—. Después saldrá usted.

Escurríme dentro. Yo no era hombre: yo era un papel. Creo que me hubiera metido entre dos platos. De tal modo me hacía flexible el miedo.

Poco después de esconderme entró Carlos. Yo no le veía, pero le sentía. El resoplido de la fiera, llegando a mis oídos, me ponía los cabellos de punta. Acompañábale uno de sus amigos, el llamado Zugarramurdi, que era el más bruto. Estuvieron los tres en silencio durante breve rato. Sin duda, Carlos estudiaba el semblante de su mujer.

—Jenara—dijo al fin—, el portero me ha dicho que entró hace poco un hombre y que no ha salido.

—¡Un hombre!—repuso ella—. No sé... Su voz temblaba.

—¡Singular cosa!—dijo Carlos con marcado acento de ironía—. Pero como en estos tiempos hay tantos ladrones...

—Se registrará la casa—indicó con bronca voz el amigo.

Yo me quedé yerto; yo era un cadáver.

—Como no sea...—murmuró Jenara—. Sí..., hace poco estuvo aquí un señor, preguntando...

—¿Preguntando qué?—vociferó Garrote—. Sosiégate, mujer... Te doy tiempo para que medites lo que quieras decirme... No se ocurren siempre buenas ideas para ocultar la verdad. Los más listos se turban... ¿Conque entró uno preguntando...?

Sentí el chasquido de los maderos de la silla en que la bestia se sentó.

—Un hombre, no sé quién...—continuó Jenara en tono más tranquilo y algo altanero—. Si no lo quieres creer, no lo creas. Me parece que era el que anoche fué contigo en busca de Pipaón.

Hubo una pausa. ¿Le convencería?

—¡Pipaón!—dijo el amigo—. Juraría que lo encontramos hoy en la calle.

—¿Y por qué no me lo dijiste?—repuso Carlos con violencia—. ¿Crees que me importa pescar en medio de la calle a un sapo, liarle una cuerda a los brazos y llevarle a la Superintendencia de Policía?

Yo daba diente con diente.

—Pues sí—dijo la dama con voz serena—, ése creo que era...

Y, deseando variar de conversación, añadió:

—¿En dónde has dejado al abuelo?

—Fué solo al Príncipe, a comprarte billetes para esta noche.

—¿Qué función es?

—Una ópera nueva, una sandez, qué sé yo—dijo Zagarramurdi.

—Se llama *La inútil presunción* o *El barbero de Sevilla*, por un tal Rufini o Rossini—gruñó Carlos con detestable humor.

—Anoche se estrenó: es un sainete ridículo, según me han dicho—añadió el amigo—. Un tutor estúpido, un barbero sin vergüenza, una pupila descocada, un amante que se finge soldado borracho para meterse en la casa, después se hace maestro de música y luego entra por el balcón.

«Por el balcón», repetí yo, apropiándome con calenturiento afán aquella idea.

De repente, Carlos, que, sin duda, no estaba para pensar en óperas, dijo, levantándose:

—¿Cerré yo la puerta interior al marcharme?

—Creo que sí—dijo el amigo—. Lo mejor será registrar la casa. Hay ahora tantos ladrones...

Carlos y su camarada salieron.

A' verse sola, Jenara abrió precipitadamente el armario, y me dijo:

—Esta farsa no puede seguir... ¡Qué compromiso!... Es preciso que yo diga la verdad a mi esposo... Ya no es fácil que usted pueda marcharse...

—¡Señora! ¡Por compasión!

—La verdad, más vale decir la verdad... ¿A qué vienen estos enredos?... Bastante tengo con los que él inventa...

—¡Señora!... ¡Por piedad!—exclamé de rodillas.

Yo me dirigí al balcón que daba al patio.

—Por aquí—dije, asomándome para medir la distancia.

—¡Que se estrella, hombre!

Felizmente, el descenso era muy fácil, había bajo el balcón una alta ventana con reja de hierro, que casi era una escalera. No lo pensé más.

—Se puede, sí; se puede—dijo la dama—. ¡Pronto, abajo! Por fortuna, no hay nadie en el patio ni en las cuerdas... La puerta que da a la calle de *Aunque os pese* está siempre abierta.

Liéme la capa en la cintura, y con presteza sin igual me deslicé, sin más contratiempo que algunas rozaduras en las manos. Embozándome hasta los ojos salí sin obstáculo a la calle; pero no había dado dos pasos, cuando vi al señor Baraona que atentamente me observaba. No quise detenerme, y apreté a correr, repitiendo lo de marras: «Ahí me las den todas.»

XXIV

—Salvadorcillo, albricias—dije a mi amigo, entrando en la cueva del señor Mano—. Todo va bien: la revolución marcha. Madrid ofrece un aspecto imponente. ¡Si vieras qué cosas me han pasado!... ¡Qué aventuras..., qué peligros!... Soy un héroe. Pero, en fin, he comido como un príncipe. ¿A que no sabes dónde? Pues en casa de tus amigos los Baraonas. Jenara, con sus propias manos divinas, me sirvió de comer.

—¿En dónde viven ahora?—me preguntó Salvador con indiferencia.

—En la calle de *Sal si puedes*... Bonito nombre...; aquí cerca.

—Te lo pregunto porque quizá me dé una vuelta por allá.

—Me alegraré de que busques camorra a ese canalla. Pero aguarda a que triunfe el pronunciamiento. Entonces los meteremos en un puño. Cuando la Policía sea nuestra, es preciso tomar venganza. Enviaremos a Garrote a presidio, y a Baraona, a una casa de locos.

Monsalud se estaba arreglando y vistiéndolo. Hábiale proporcionado Mortero un vestido de maño, como el mío, pero mucho más elegante: marsellés nuevo, calzas y pantalones negros, capa de grana y sombrero redondo. Su figura no podía ser más hermosa.

—¿Vas a salir esta noche? Te acompañaré. Me aburre este agujero. En Madrid se respira, amigo mío, el aliento sulfúreo de la revolución. La conmoción viene, el trueno retumbaba ya muy cerca.

Salimos juntos. Habíase disipado en gran parte el miedo, y la compañía de Monsalud me confortaba más. Desde los primeros encuentros con varias personas conocidas comprendimos que no corría ya gran peligro nuestra libertad. Tremendas eran las noticias para el absolutismo, y, según dijeron, se preparaba para el día siguiente un decreto haciendo concesiones y prometiendo reunir Cortes. Tanta cobardía inflamaba más a los revolucionarios.

Visitamos aquella noche, con el mayor descaro, algunas tertulias, que no eran otra cosa que las mismas reuniones perseguidas por don Buenaventura. Con la súbita esperanza de triunfo, la revolución había arrojado la máscara y se burlaba del Gobierno. En éste no había un solo ministro apto para hacer frente a suceso tan grave. Hombres todos de miserable espíritu, no servían más que para la adulación. Todo Madrid se reía de ellos. Los conspiradores que no estaban presos afectaban en las calles y en sitios públicos un desprecio a la autoridad que rayaba en la desvergüenza.

Al día siguiente, tranquilos ya con el aspecto que tomaban las cosas, abandonamos Salvador y yo el escondrijo del señor Mano de Mortero y tuvimos hospitalidad en casa de un amigo. Era el 6 de marzo cuando llegó la noticia de la sublevación de las tropas que estaban en Ocaña. El júbilo y osadía de los revolucionarios eran tan grandes, que por momentos se temía en Madrid un alzamiento popular. La atención de todos se fijaba en la guarnición de Madrid, formada de algunos regimientos de la Guardia y de otros de línea. En Palacio, según me dijo el señor Villena, a quien encontré en un estado de indecisión extraordinaria, todo era tumulto y azaramiento. La reina Amalia lloraba, el rey bufaba de ira y los palaciegos iban y venían consternados, sin saber si pondrían la vela al santo o al demonio, o a entrambos a la vez, que era lo más seguro. Escondíanse el duque de Alagón y los demás favoritos, y diversos personajes, oscurecidos u olvidados por la Cortes, se

presentaron, llamados por el rey o espoleados por su propia ambición.

Desde que amaneció el día 7, Madrid ofrecía el aspecto propio de los días en que va a pasar algo extraordinario. Inútil es decir que desde muy temprano recorrí yo las principales calles, en unión de algunos individuos que iban sembrando la semilla del tumulto de barrio en barrio. Recordaba yo las escenas famosas del 1 de mayo de 1814, y me parecía que nada había cambiado. Las casas eran las mismas; los gritos, parecidos. Ciertamente, la idea era distinta; pero como la idea no se ve, de aquí la ilusión.

No hay cosa más parecida a un motín absolutista que un motín revolucionario. Se asemejan como una calabaza a otra. No trabajar, cerrar las tiendas, salir chillando, derribar lápidas y letreros, injuriar a los caídos, proclamar nombres nuevos, levantar ídolos, mezclar tal o cual arranque generoso a salvajes actos, esto fué lo que vi en 1814 y lo que se repitió ante mis ojos en 1820. En una y otra época, por rara coincidencia, fui agente eficaz en el movimiento, y las dos veces mi astuto aguijón pinchó a la bestia feroz para que gruñese. Antes había gruñido en las Cortes; ahora debía gruñir en Palacio.

Comprendiendo la gravedad del asunto y la conveniencia de que el trabajo de seis años no se malograra, desplegué aquella mañana facultades verdaderamente maravillosas que llenaron de osombro a los revolucionarios viejos. Ya se comprenderá que los nuevos éramos atroces. No perdonábamos.

Debo advertir que ne marzo de 1820 yo notaba en la población un movimiento mucho más espontáneo y general que en mayo de 1814. Todos los tenderos, todo el comercio alto y bajo de los barrios del Sur y del Centro se asociaban al impulso con una franca y natural alegría que me llenó de admiración. En los empleados, en todo el personal de la clase media, había un sentimiento de simpatía que más tarde llegó a manifestarse en hechos. Marcáronse, pues, en aquel día dos corrientes: la corriente natural de las personas de buena fe que se alegraban del cambio previsto, y la corriente del tumulto, que tenía encargo de vociferar y hacer demostraciones locas. Ambas se mezclaban y juntas inva-

dían las calles, llenando los aires con sordo mugido, sin que se pudiese determinar dónde acababa el oro y empezaba el plomo. En la generalidad de la población resplandecía la más franca hombría de bien, una especie de candor revolucionario, si así puede decirse; un júbilo patriarcal que era del mejor augurio.

Por la tarde la muchedumbre formaba una apretada masa en los alrededores de Palacio. Escenas bulliciosas de animación, de risas, de plácemes, de gritos, de palabrillas un poco jacobinas, alegraban las calles del Arenal y Mayor.

«Que el rey juraba.

«Que el rey no deseaba otra cosa que jurar.

«Que los ministros y palaciegos eran unos tunantes, y Fernando, el hombre mejor del mundo.

«Que, a Dios gracias, nos íbamos a ver libres de pillos.

«Que en aquellos momentos se estaba formando un nuevo Gobierno.

«Que por la noche la guarnición de Madrid, incluso la Guardia Real, debía apoderarse del Retiro, para, desde allí, enviar una diputación al rey pidiéndole el juramento consabido.

«Que la reina decía, entre lágrimas y suspiros, que la habían engañado, y que se quería volver a Sajonia.

«Que Ballesteros, recién llegado por mandato del rey, había dicho que nada se podía hacer ya.

«Que los señorones de la Corte opinaban que no era cosa de trastornar al reino y de pasar sustos por un juramento de más o de menos.»

Estas y otras cosas que omitimos decía la gente. Yo no quise hacer demostraciones en público; pero me daba a conocer a todos mis amigos, no recatándome de nadie, porque ya no había para qué. Con los liberales me hacía el exaltado, y con los templados, el indiferente.

Cerca de Palacio, la multitud prorumpía en desaforados gritos: allí estaba nuestra gente pidiendo a voces, con tanto ardor, la Constitución y el juramento, que parecía no poderse pasar ni una hora más sin ello. Pero los balcones de Palacio permanecían cerrados: no se veía ni aun la nariz del infante don Carlos, generalísimo de los ejércitos.

Iba cayendo la tarde, y no había no-

vedad. Algunos jinetes de la Guardia decían al pueblo que se retirase. Su actitud no era hostil, sino tan conciliadora, que despertaba general simpatía. La Guardia, que tanto dió que hacer después, estaba aquel día como un guante. Verdad es que aquel día era extraordinario por la generalización súbita de los sentimientos liberales. Había contagio, sin duda. Los exaltados contaminaban a los tibios; los tibios, a los indiferentes; los hombres, a las mujeres; éstas, a los niños, y los niños, a los pájaros, que, de rama en rama, piaban *Constitución*.

La noche enfrió el entusiasmo de muchos, pero exacerbó más el furor de otros. Aquellos que a toda costa deseaban una escena y la pedían y la estaban buscando, no querían irse a sus casas sin saber la determinación de su majestad. Diversas comisiones entraron en Palacio; pero el pueblo ignoraba todo. Por eso, cuando corrieron las voces de que era inútil esperar nada positivo hasta la mañana siguiente, un bramido de despecho circuló de un cabo a otro. Gracias a que nuestro pueblo es dócil, poco exigente, humilde, y conserva sentimientos de profundo respeto al Trono, en medio de sus más soeces expansiones, que, si no fuera así, algo grave habría ocurrido aquella noche.

Mientras los vecinos se iban a sus casas, a las tertulias o a los cafés, los que mangoneábamos en la maquinaria oculta del alboroto popular azuzábamos a los beneméritos patriotas para que manifestasen sus altas dotes, ora rompiendo algunos vidrios absolutistas, ora entonando canciones que a toda prisa improvisaron ramplonas musas. Todo lo hicieron a pedir de boca; pero aquello donde más lució su destreza fué la algarazara que armaron en la plaza Mayor al poner una lapidilla provisional, que más tarde fué sustituida por otra de mármol. Diversas turbas, roncadas a fuerza de gritos y aguardiente, daban vivas a la Constitución, y había grupos carnavalescos, semejantes a los que forman los gallegos la víspera de los Santos Reyes.

Aquella vez, entre lucientes antorchas, no llevaban escaleras, sino el libro de la Constitución, abierto e izado en un palo. La gracia de esta apoteosis consistía en hacer que todo transeúnte basase el libro, previa inclinación del palo

hacia el suelo. Se obligaba a los transeúntes a ponerse de rodillas, siendo de notar que la mayor parte lo hacían de muy buen grado. Fuera de este inocente desahogullo, no hubo ningún exceso aquella noche, ni se vertió sangre, ni nadie fué arrastrado, ni se realizó ninguno de aquellos siniestros augurios que en tiempo de la conspiración se hacían. Todo era como un juego de chiquillos.

Así pasó la noche. Ya no tuve recelo de entrar en mi casa, en la cual encontré dos o tres polizontes, que me recibieron sombrero en mano, con exagerados cumplidos y servilismo. Yo los miré con altanería, y entonces cada uno de ellos me rogó que le proporcionase un ascenso, puesto que ya de vencido me trocaba en vencedor y estaría pronto en candelero. Prometiles a tan guapos chicos mi favor, y se despidieron, asegurando que si el nuevo Gobierno les mandaba prender a don Buenaventura, lo harían de mil amores. Por último, les recomendé que al día siguiente, muy de mañana, saliesen por las calles dando vivas a la Constitución y a la Libertad; que vigilasen la casa de Baraona, por ver si entraban en ella gentes sospechosas, y que se pusiesen en todos los sucesos del día al lado de los buenos y ardientes patriotas.

El 8 fué de júbilo, de triunfo, de algazara, de expansión incomparable. El pueblo, más niño en las buenas que en las malas, parecía haber recibido un juguete por mucho tiempo deseado. Viendo entusiasmo tan sincero, ¿quién creería que bien pronto el muñeco había de ser hecho pedazos por las mismas manos que entonces le recibían! Todo estaba consumado: triunfante la revolución; lo de arriba había pasado abajo, y lo de abajo, arriba; la cabeza era pie; la soberanía del pueblo, representada en un papel escrito, había subido al mejestuoso cenit del Estado, echando de allí a la soberanía real para ponerla debajo. La gran jugarreta que hacen los siglos a los siglos estaba consumada, y el hoy había triunfado sobre el ayer. El monarca de derecho divino, el escogido de Dios, se había prosternado moralmente ante los gallegos, que, cual comparsa de noche de Reyes, recorrían las calles con escobas encendidas, y había besado de rodillas el libro puesto en

un palo. Ya era público el famoso decreto de 7 de marzo, y desde muy temprano no había ciudadano de la improvisada nación constitucional que no repitiese el... *me he decidido a jurar la Constitución promulgada por las Cortes generales y extraordinarias de 1812. Tendréislo entendido...*, etc...

XXV

¡Cobardía y debilidad! Pero a mí no me importaba averiguar los sentimientos que dictaron aquella resolución, y salí gritando, como todo el pueblo, como los discretos y los ignorantes, como los ancianos y las mujeres, como las viejas y los chiquillos de escuela: «¡Viva la Constitución!...» Era una fiesta nacional, un desbordamiento impetuoso de alegría. ¡La mayor parte no sabía por qué! Se alegraban por el gozo extraño.

En todos los balcones pendían cortinas, las famosas y eternas y apolilladas guirindolas que habían festejado la primera entrada de Fernando en abril del año 8, la entrada de Wellington después de Arapiles, la proclamación de la Constitución en agosto del 12 y su caída en mayo del 13, la segunda arrebatadora entrada del ídolo al volver de Valencey, la entrada de Isabel, que había pasado por el Trono como una sombra simpática y bienhechora, y la de Amalia, que, rosario en mano, sustituyó a Isabel. Las cortinas se iban ya poniendo algo viejas. ¿Qué dirían ellas de tantas y tan repetidas ventilaciones como recibían por distintos motivos? El viejo y miserable caserío de entonces, no renovado completamente todavía, cubierto de harapos rojos y blancos, tenía perfecta similitud con una risueña cara de vieja emperifollada. La gente invadía las calles. En estos días, el vecindario, con irresistible impulso de bullanguería, siente un aguijón que lo expulsa de las casas. Hay necesidad absoluta de salir, de preguntar lo que ya se sabe, de comunicar las impresiones, los sustos y las alegrías. Al mismo tiempo, y mientras se empavesaban los balcones, mil candilejas, puestas en los antepechos y goteando su aleve aceite sobre los transeúntes, amenazaban con

una iluminación general en la próxima noche. Lozano de Torres hubiera creído que la reina estaba de parto.

Imposible es para mí describir las manifestaciones cariñosas de que fui objeto. La gratitud, llenando mi corazón, ahogaba mi voz. Todos me felicitaban, me estrechaban la mano, dándome parabienes por mi libertad y por el fin de la horrible persecución que había sufrido. Rogábanme otros que los tuviese presentes; los liberales me ponían en las nubes, y los absolutistas, buscando el modo más decoroso de elogiar la revolución, decían: «Es preciso confesar que se ha hecho muy bien; ni una gota de sangre, ni un atropello. En verdad que no me asusta la revolución. Yo pensé que era otra cosa.»

Todo eran abrazos y congratularse. ¡Qué hombres tan negros blanquearon su semblante con la sonrisilla del regodeo liberal! ¡Qué transmutación de rostros, qué quitar y poner las caretas conforme el caso exigía! Muchos derramaban lágrimas.

En la calle Mayor encontré a Salvador Monsalud, a quien no había visto desde la noche del 6, y al punto corrí a abrazarle. Estaba regocijado, sin exaltación.

—¿Qué te parece—le dije—el hermoso, el ejemplar espectáculo que están dando Madrid y la nación? Esto es un modelo de pueblos sensatos. Di ahora que no sabemos practicar la libertad.

—El primer día—repuso—todo es concordia y festejos. No quiero decir que no sea muy satisfactorio. Estoy contento, y este espectáculo llena mi alma de alegría.

—Y disipará tus dudas ridículas.

—Eso, no; las conservo. Aquí, todo lo que pasa tiene un sello oficial que destruye la espontaneidad. Yo he visto los pueblos del campo y las pequeñas ciudades, que es ver la nación desnuda y entregada a sí misma, obrando por su propio impulso; y lo que he visto me ha infundido ideas que tus banderolas no pueden disipar.

—¿Asegurarás que no hay aquí un verdadero amor a la Constitución?

—Aquí, sí, aunque ese amor no será tampoco muy firme... Sin embargo, fuerza es aprovechar lo que existe, poco o mucho, y trabajar sobre ello.

—Pues a trabajar. Has de saber, ami-

go, que aún falta mucho que hacer. Todavía puede volverse la tortilla. No nos fiemos de promesas. Es indispensable que el rey nos dé una garantía sólida... ¿Vienes conmigo? Es preciso alborotar mucho esta tarde.

—Pues entonces no voy. Alborota tú.

—¡Vaya un revolucionario!

—Cada uno lo es a su modo. Si la mudanza deseada está ya hecha, ¿a qué más ruido?

—Amiguito, es que todavía falta lo mejor—contesté con mucho apuro—. Estamos en el momento crítico. Se ha de nombrar una Junta, Ayuntamiento, autoridades, cualesquiera que ellas sean. Si no acudimos en el primer momento de la marejada, si no metemos ruido y nos ponemos en primer lugar, es fácil que nos quedemos fuera. ¿Vienes?

—No quiero ser autoridad.

—Pero ¿qué hay en ti? ¿Qué calma es ésa? ¿Adónde vés?... Ya..., perplejidades de hombre enamorado, que no piensa más que en su dama. Salvador, ten juicio, sé al fin un verdadero y grave hombre político, un hombre de orden, un padre de la patria, un sostén del Estado...

—Adiós—me dijo riendo.

—Pero ¿adónde vas?

—A prepararme. Saldré mañana de Madrid.

—¡Ahora!—exclamé en la mayor confusión—. ¡Salir de Madrid, es decir, de Jauja!...

—Voy a Logroño a reunirme con mi madre, que debe de estar libre. Después iremos a la Puebla. Volveré a Madrid.

—Volverás. No creas que me olvidaré de ti. Al contrario... Yo te aconsejo que optes por Paja y Utensilios. Allí empecé yo... Puedes ir descuidado. Yo velaré por ti; Salvador. Dale expresiones a doña Fermina..., ¡apreciable señora!... ¿Sabes que los Baraonas y Garrotes habrán tragado a estas horas mucha hiel? Infames servilones... ¡Qué bien merecido les está!... Dime: ¿piensas sentarle la mano a Carlos, como dijiste?

—Tal vez no—repuso Monsalud con tristeza—. Están caídos y los perdono.

—¡Generosidad ridícula!... ¿Sabes lo que me han dicho esos guapos chicos de la Policía? Que ayer y anoche han entrado misteriosamente en casa de Garrote algunos pájaros gordos: Eguía, el

marqués de M***, Alagón. Me parece que traman algo. ¡Qué buena ocasión para darles un susto! Yo estoy muy ocupado: encárgate tú. Me alegraría de que les pusieras las peras a cuarto. Yo te proporcionaré media docena de ciudadanos que te acompañen con buenos garrotes... Anda, hombre, ámate.

—En caso de ir, iría yo solo... Pero hemos vencido; basta ya de violencia. El derrotado, bastante amargura tiene en su derrota. Seamos generosos.

—Pues adiós. Voy a ver lo que se hace esta tarde. Que escribas... Pídemelo lo que quieras. Aunque nunca me has dicho nada... En fin, por algo se empieza. Haré por ti lo que pueda...; habrá tantas solicitudes, tantas pretensiones, serán tantos los que abran la boca... Pero no te olvidaré, no.

—Adiós—me dijo, y estrechándome la mano cordialmente y sin hacer caso de mis últimas palabras.

XXVI

El rey había prometido jurar; pero no juraba, ni se nombraba nuevo Gobierno, ni siquiera Ayuntamiento nuevo. Estábamos a merced de un golpe de mano, y si el ejército había dado al país la libertad, el ejército podía quitársela de la noche a la mañana. Las reuniones secretas, que ya eran públicas, trabajaron toda la tarde y parte de la noche, mientras seguían las demostraciones populares, juego inocente que nos daba risa.

Amaneció el día 9, el gran día. El pueblo, aguijoneado por quien sabía hacerlo, se reunió en los alrededores de Palacio, puso su planta en la puerta y dijo que quería entrar. La Guardia callaba y dejaba hacer. El pueblo entró en el patio grande y se paseó de un extremo a otro, dando gritos y entonando las canciones de aquellos días. Por los vidrios de la galería alta asomaban las caras pálidas de medrosas damas y tímidos palaciegos que preveían un desastre. Cansado de esperar en el patio, el importuno visitante bramaba de impaciencia. Era aquélla una visita que no se hace todos los días, y como cosa nueva carecía de reglas de etiqueta. El pueblo, pues, anhelaba subir antes que se lo mandasen, o antes que lo echa-

ran a la calle. El amo de la casa, sintiendo desde su gabinete el resoplido del animal que tan descortésmente quería penetrar hasta él, se sentaba y se levantaba, reía y bufaba, y a ratos pálido, a ratos rojo, a todos dirigía preguntas. Hubiera deseado que su mirada fuese un rayo que desde arriba, traspasando las paredes, cayese sobre la bestia y la aniquilara.

Al mismo tiempo, el amo de la casa forjaba proyectos de venganza y estudiaba un papel, papel difícil que rara vez se desempeña bien ante el peligro. No es lo mismo recibir al Cuerpo diplomático, entre sonrisas de oficio y estudiadas fórmulas, que recibir al pueblo entre rugidos.

Fernando no se atrevía a formular el terrible *que pase adelante*. Pero el pueblo parecía dispuesto a colarse sin que se lo mandaran. Inquietos, pero decididos, los de abajo; inquieto y vacilante el de arriba, no era fácil prever en qué iba a parar aquello. ¡Si hubiera habido un batallón de la Guardia dispuesto a desafiar las navajas...! Pero los emperijilados guardadores de la real persona se mantenían tiesos y hermosos, empuñando las armas como empuñaban sus palitos blancos las figuras del tío Mano de Mortero.

Por último, todos tomaron una resolución: los de abajo y el de arriba. La visita quería posesionarse del estrado; el señor había dispuesto enviar un mensaje a los del patio, rogándoles y prometiendo. Estos habían nombrado una comisión. La comisión y los mensajeros del rey se encontraron en la escalera. Allí hubo expresiones benévolas, un cambio feliz de sentimientos conciliadores, y el asunto empezó a tomar aspecto risueño. Subieron, al fin, los comisionados, que eran seis, y al poco rato bajaron con la noticia de que su majestad había mandado al marqués de Miraflores que estableciese el Ayuntamiento del año 14.

Palacio quedó poco a poco libre, y el movimiento del pueblo tomó la dirección de la casa de la Villa. Los que deseaban mangonear en los primeros momentos y coger para sí los primeros peces del revuelto río no tenían tiempo que perder. Yo fui de los más veloces en invadir las Casas Consistoriales, en

ocupar las oficinas, en apoderarme de una resma de papel de oficio, en expedir órdenes menudas a los subalternos. Así es que cuando Miraflores llegó, ya estaba yo allí dictando leyes como un despota, expidiendo órdenes y preparándolo todo para el gran acto que a realizarse iba.

De buena gana me hubiera nombrado alcalde a mi mismo; pero yo no era del 14. Con aquella mi presteza febril, tan abonada para las improvisaciones oficinescas, me impuse desde el primer momento, y a los diez minutos de intrusión, ya no podía hacerse nada sin mí. Yo solo sabía donde estaban los pliegos; yo solo sabía en qué términos debían extenderse los oficios, cómo se había de ordenar lo que entonces se llamaba la *Tabla del excelentísimo Ayuntamiento*.

También salí al balcón con otros, teniendo la suerte de enjaretar unos parrillos tan bien dichos, tan conmovedores y del caso que me aplaudieron frenéticamente. Yo fui quien inauguró los abrazos que entusiasmaron a la generosa muchedumbre. Sin más ni más, abrecé al que tenía a mi lado, un liberalote furioso de toda su vida; y éste abrazó al vecino, y entre lágrimas y patrióticos pucheros nos abrazamos todos una y otra vez. Yo gritaba: «¡Se acabaron las discordias, se acabaron los odios! ¡Ya no hay más que españoles leales y amantes de la Constitución! Todos son hermanos. ¡Viva España, que es la nación más sabia y más gloriosa del mundo! ¡Viva la Constitución! ¡Viva el rey!»

¿Quién puede olvidar aquellos sublimes instantes? ¡Inefable día!

Miraflores iba pronunciando los nombres de los individuos del Ayuntamiento. El pueblo aplaudía o denegaba, gritando: «Bien, bien», o «Ese no, ése no, que es servil.» Concluido esto, dirigióse a Palacio el Ayuntamiento recién establecido, para recibir el juramento de su majestad, y por el tránsito todo fué bullicio, loca alegría, vivas roncós, embriaguez indescriptible. Poco después, Madrid entero sabía que Fernando VII había jurado la Constitución.

¡Viva el rey! Ya todo estaba hecho. Ya podían venir las iluminaciones, los festejos, las alegrías, las ceremonias, la exaltación política mezclada de religio-

so entusiasmo. Una nueva era se presentaba, una nueva era, sí, vasto campo a la actividad de los hombres listos. Yo no salí aquel día del Ayuntamiento, y trabajé con ardor en diversos asuntos.

El 10 apareció el manifiesto en que están las celebres palabras: *Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional*. El 14 dió don Carlos su programa al ejército, congratulándose del juramento de la Constitución. El mismo día 9 nombró su majestad la Junta provisional consultiva que debía suplir al Ministerio mientras éste se formaba, y tuve tan buena mano y tacto, que me congracié soberanamente con todos y cada uno de los esclarecidos individuos de ella, en tales términos, que no sabían cómo recompensar mis servicios. Estos eran importantísimos. Yo estaba siempre en primer término; yo salía siempre al encuentro de todo obstáculo; yo era la previsión, el cálculo, la prudencia. Híceme de tal modo necesario, que mi nombre sonaba aquí y allí dondequiera que ocurrían dificultades. Debía esto a mi tino para todo, a mi destreza y experiencia suma de los hombres y las cosas. Por eso supe encaramarme dentro de la revolución a puestos tan altos como los que ocupé dentro del absolutismo, y en uno de los primeros Consejos de ministros que se celebraron, se acordó darme la plaza de consejero, *en premio de los servicios que había prestado a los grandes principios, y como compensación de las horribles persecuciones de que había sido objeto*.

¡Ventura incomparable! ¡Qué bien sentaba a mi gallardo cuerpo la nueva casaca! ¡Cómo me reía yo de don Buenaventura y de todos aquellos vanidosos prohombres que me habían postergado en 1819! Ellos purgaban sus culpas con la ignominia que les resultaba de humillarse ante el pueblo, después de haberlo combatido hasta el último momento. Verdad es que pronto le declararon nueva guerra; pero fué porque la revolución, despreciándolos, no quiso nada de ellos ni con ellos.

Largo tiempo estuve en gracia con la Libertad, la cual no era tan fiera como nos la pintábamos los absolutistas cuando la combatíamos. ¡Matrona más condescendiente no la vieron mis ojos! ¡Qué excelente señora! En muchas, en muchísimas cosas del Gobierno apenas

se conocía su existencia. Verdad es que sus noveles servidores hacíamos lo posible por ponerle una venda en los ojos para que nada viese y renunciase a la falta manía de innovar que era su flaco. Con mi nuevo y flamante destino renació la dicha en mi alma y la holgura en mi casa, que ya se iba desmejorando con el largo vagar; me vi de nuevo favorecido y adulado por grandes y chicos, y su majestad me mandó asistir a sus tertulias. El pobrecito no podía pasarse sin mí.

.....

No puedo seguir; no puedo hablar más, porque la alegría embarga mi espíritu y ahoga mi voz. Aunque algo sé digno de contarse, lo entrego a otro narrador para que con más aliento que yo lo continúe; y postrado y sin fuerzas doy fin aquí a mis curiosas *Memorias*, encargando al copista de ellas que me sustituya en las últimas páginas de este libro.

XXVII

Concluidas las *Memorias* que por dicha casualidad vinieron a nuestras manos, seguimos contando por cuenta propia.

El 8 de marzo, uno de los tres días de bulliciosa huelga que sirvieron de introito a la revolución, un anciano avanzaba al caer de la tarde por la plazuela de Santo Domingo, en dirección a la calle Ancha de San Bernardo. Su paso era inseguro; su actitud, la de un descaecimiento lamentable. Fijaba la vista en el suelo y movía la cabeza, cual si no tuviera en su cuello fuerza suficiente para mantenerla derecha. A ratos hacía con los brazos y las manos súbito movimiento, como el de quien se ocupa en cazar moscas. Hablaba consigo mismo, daba bastonazos en el suelo tan fuertemente como los ciegos que reconocen el terreno. Su cuerpo encorvado tropezaba a menudo con los transeúntes, sin que el choque le distrajera de su penosa marcha meditabunda.

Al llegar a la entrada de la calle Ancha, un obstáculo que no podía vencer le detuvo. Tropezó con una muralla. Había allí tanta gente reunida, que no se podía seguir.

—¡Otra pared de carne...!—gruñó el viejo con impaciencia—. ¡Y no hay quien la derribe a cañonazos!

Trató de abrirse paso, pero no pudo. Ante él se abría un boquete; pero al punto volvió a cerrarse, dejándole tapiado dentro de una ardiente mampostería de brazos, muslos y espaldas. El viejo movía sus codos y avanzaba la mano y el palo como una cuña. En una de éstas, dos piedras enormes se juntaron, cogiéndole en medio y exprimiéndole sin piedad.

—¡Mil demonios!—chilló el viejo, con voz angustiosa—. Que me aplastan... Atrás, animales... Dejen pasar a un hombre de bien, que no se mete en estas danzas y aborrece la bullanguería... ¡Eh!, so bruto, que me destroza usted con su anca.

—¡Maldito vejete!—gritó uno de los más cercanos—. ¿Para qué se meterán entre el gentío estos escarabajos? ¡Hermano, váyase al hospital!

—Si todo el mundo estuviera en su casa—dijo el anciano—; si el Gobierno no permitiera estas atrocidades ridículas, no se obstruirían las calles.

—¿Quién es ese cernicalo que grazna?

—Señor abate, señor capellán, señor sepulturero o lo que sea—dijo un individuo en tono compasivo—, sálgase usted de este laberinto, porque le van a hacer tortilla.

—¡Paso, paso!—gritaba el viejo, con un arranque de cólera y de energía que contrastaba extraordinariamente con su miserable cuerpo—. ¿No hay quien meta en cintura a esta canalla?

En torno al anciano se elevó un murmullo siniestro, entre burlón y hostil, que hubiera asustado a otro, pero que a él no le alteró; tan grande era su ánimo.

—Sí, lo repito—añadió, echando fuego por los ojos—: estas borricadas existen porque no hay un rey que tenga calzones.

Diciendo esto, el sombrero del anciano voló por los aires, y unas manos vigorosas, cogiéndole ambas orejas, le hicieron dar grotescas cabezadas. Risas generales celebraron el hecho. Todo cuanto la lengua contiene de festivo, de grosero, de ignominioso y de mordaz resonó en las insolentes bocas. El pobre viejo fué empujado, estrujado, arrastrado, y su endeble cuerpo, escurriéndose

dolorosamente por una grieta, erizada de agudos codos y de crueles manos, fué a chocar contra una pared de la calle de la Inquisición. Pegado a ella, las manos cruzadas, la boca espumante, llenos de luz y de ponzoña los ojos vengativos, parecía una pantera vieja pateando en su agonía.

—¡Miserables! ¿Pensáis que os temo?

—exclamó, mas bien rugiendo que hablando—. Yo no temo a nadie, yo no temo a indignas sabandijas que huyen del peligro y se ensañan picando a los débiles; yo temo a hombres valientes, no a una vil chusma gritona.

—Es un demente—repitieron varias voces.

—Es un hombre de bien—gritó él—, es un buen patricio, es un cristiano, es un español. Cáfila de rateros y farsantes, respetad a los que nunca han robado, ni conspirado, ni maldecido a Dios, ni hecho revoluciones; respetadle, o no faltará quien os enseñe a hacerlo.

Una mano cogió el cuello del frenético viejo, y otra mano le golpeó.

—Está bien—dijo con voz ahogada, cuando quedó libre—. De este modo abofetearon a Cristo. Escúpeme también, sayón.

Le golpearon de nuevo, y el anciano añadió:

—Está bien. Burro, acepto tus coces.

—Dejadle; es un pobre viejo inofensivo—indicó una voz—. ¿No veis que está demente?

—Desprecio tu misericordia—gritó el inexorable hombre caído—. Si no insultarais, si no escupierais, si no deshonorarais, si no rebuznarais, no seriais lo que sois: masones, revolucionarios, ateos, jacobinos.

—Vamos, padrito, levántese y se le dará un vaso de agua.

—Aparta tus manos de mí—repuso con desprecio—y ve a coger las tijeras, sastre. No abras tu boca para hablarme, y ve a mascar la suela, zapatero. No me toques y ve a espumar los pucheros, pinche. Soy un caballero. Señores sastres, zapateros, pinches y albéitares, que hacéis revoluciones, y quitáis al rey sus derechos, y enmendáis la obra de Dios, buscad para vuestra miserable obra un reino que no sea este reino de España, esta tierra de caballeros, de santos, de soldados...

¡Cómo se reían al oírle!

—Haced revoluciones—prosiguió—, degradad más el suelo que pisamos; manchadlo todo, imbéciles. Haced un estercolero con las banderas gloriosas, con los laureles, con las coronas de santos y reyes, y el demonio estará contento... Poned la Historia toda bajo vuestras patas y bailad encima, acompañados del cabrón. El infierno triunfa.

Dicho esto, lanzó una carcajada siniestra.

—Es un servil—dijeron algunos.

—No hacedle daño—añadió un compasivo.

—Colgadle de una reja de la Inquisición—añadió un cruel.

En aquel instante, todas las miradas se fijaron en un edificio a cuya puerta el gentío se apretaba, cual si todos quisieran entrar a un tiempo. Era la Inquisición de Corte, cuyo frontispicio, marcado hoy con el número 4 de la calle de Isabel la Católica, nada tenía de particular. Componíase de algunas ventanas y una puerta grotesca en el piso bajo, de una serie de balcones en el piso principal, y de varios huequecillos enrejados en el sótano. Los balcones estaban llenos de paisanos. En la calle y arriba el general bramido de triunfo e impaciencia formaba una infernal algarabía. Un hombre echó el cuerpo fuera en el balcón principal, y sacudiendo las manos arrojó una gran masa de papeles que cayeron a la calle. Multitud de hojas quedaban suspendidas y flotando de aquí para allí, llevadas por el viento. Iban y venían como pájaros que han recobrado la libertad. Eran las causas de la Inquisición. El pueblo soberano estaba inventariando a su modo el archivo.

Casi todos querían entrar para ver los terribles calabozos. Penetraron muchos; pero salían descorazonados, diciendo que todo había sido ocultado a tiempo y que no restaba nada. Quién saco una tarima de brasero, quién un fuelle roto, éste una sartén vieja, aquél un cazo. No se encontraron otros instrumentos de tortura. De repente, un individuo apareció en la puerta principal. Venía cargado de extrañas cosas. Arrojólo todo en el suelo, diciendo así:

—Ahí están las picardías.

Una lluvia de soldaditos a pie y a

caballo, de muñecos articulados, de peones, de animalillos de cartón, de reyes magos, de pastores de Belén, de pande-retas y rabeles, cayó sobre las cabezas y los hombros del gentío. Carcajadas generales acogieron el regalo.

Después de esto despejóse un tanto el terreno, y una turba de chiquillos cayó, cual manada de lobos, sobre tan rica presa.

Poco después oyóse un rumor de júbilo. Por el portal grande apareció un grupo de gente gritona, que sobre sus hombros, a manera de trofeo glorioso, sacaba tres personajes, nada flacos ni extenuados. Eran los únicos presos que se encontraron en el piso alto del edificio: uno de ellos, don Luis Ducós, rector de Hospitalarios.

Tras la procesión siguió toda la muchedumbre, dando vivas a la Libertad, y la calle de la Inquisición empezó a despejarse, mientras se llenaba la de Torija, junto al edificio de la Suprema.

Era ya completamente de noche, y el infeliz viejo a quien dejamos rugiendo de cólera entre un grupo de ciudadanos continuaba en el mismo sitio, arrojando en el suelo, con la espalda y la cabeza apoyadas en la pared. No hablaba ya ni se movía. Un hilo de sangre corría por su rostro, desapareciendo por el cuello entre la ropa. En derredor suyo había nuevo corro de ciudadanos, pero de ciudadanos prudentes y compasivos, que en silencio le miraban guardando religiosa compostura en torno suyo, sin atreverse a tocarle, llenos de curiosidad y aun de respeto. Eran Currito, el de la carbonera, de ocho años; Joselito González, el del covachuelista, de siete; Paco, el de don Robustiano, de diez; Isidorillo, el de la tía Rampiosa, de seis y medio, y otros que la Historia y la tradición no han podido transmitirnos. Entre todos eran una docena. Cada cual llevaba en su mano un objeto de los que estaban desparramados en la calle ante la puerta de la Inquisición.

Acercábase uno a mirar de cerca el rostro del anciano, y con ademán pavoroso decía: «Está muerto.» Reían todos, mirándose unos a otros, y ya se disponían a retirarse juntos, cuando Isidorillo, el de la tía Rampiosa, que por ser el más chico era el más travieso de todos, tuvo una feliz idea, que al instante puso en ejecución. Llevaba en la mano

una varita delgada y larga, y con la punta de ella exploró por dentro la nariz del desgraciado anciano. Este hizo una mueca, se movió, y un coro de risas infantiles acompañó a su movimiento.

Abrió el anciano los ojos, miró a todos lados, pasóse la mano por la frente, dió un suspiro...

—¡Que buena turca ha cogido usted, hermano!—dijo Currito, el de la carbonera.

El anciano revolvió sus ojos a una y otra parte, amedrantando con la fiereza de ellos al regocijado concurso, y en voz ronca habló así:

—¡A esto llamáis una revolución! Menguados, si queréis hacer una verdadera revolución, hacedla; alzád la guillotina; cortando la cabeza a todos los que tenemos en ella la idea de Dios, la idea del deber, la idea de la justicia, la idea del honor y de la hidalguía... ¿Queréis acabar con los buenos? Pues a ello. Combatidnos, y se os vencerá. Matadnos, y resucitaremos en otra forma. Pero no, no llaméis revolución a este conjunto de graznidos y patadas... Sois miserables y grotescos bufones que deshonoráis el suelo de la patria. Apartaos de mí, despreciables bailarines. ¿Creéis que una nación es el tablادillo de un teatro?... Inmundos tiples, no chilléis más en mi oído... Mi voz atruena.

Una algazara de risas siguió a estas palabras. Los pajarillos, piando con alegría en torno al buitre moribundo, no se hubieran expresado de otro modo. El anciano hizo esfuerzos por levantarse; sus huesos crujían; al fin, consiguió ponerse derecho, apoyándose en la pared. Los ciudadanitos, agrupándose en torno de él, no le dejaban dar los primeros pasos.

—Fuera de aquí, hombres pequeños—dijo el viejo, empujándolos a un lado y otro—. Queréis hacer revoluciones y ninguno de vosotros alza una vara del suelo.

Cuando los muchachos se oyeron llamar hombres pequeños, redoblaron las risas. Siempre con las manos en la pared, siguió andando el viejo. Los chicos le seguían, tirándole de la ropa, impidiéndole el paso. El observaba las fachadas de las casas, como para orientarse; doblaba todas las esquinas que encontraba al paso. De este modo reco-

rrió lentamente varias calles, y, después de muchas idas y venidas entró en la de Amanuel. Los chicos habían ido desertando poco a poco. Al fin, Joselito González, que era el más pesado, le dejó solo. El anciano se detuvo, reconoció la calle, y con voz débil murmuró: «No es por aquí.» Volvió atrás, dobló varias esquinas, siguió a lo largo de la pared, apoyándose en ella...; pero sus pies vacilaban, temblaban sus piernas; su cuerpo abatióse rozando el muro, y cayó al suelo sin sentido.

XXVIII

Estaba en la calle de Eguiluz. No pasaba nadie por allí. De pronto, al extremo de la calle, abrióse una puerta y aparecieron en un oscuro hueco dos personas, hombre y mujer: el uno, despidiéndose de la otra, a juzgar por las breves palabras cariñosas que en el silencio de la calle resonaron, sin que ningún extraño las oyera. Después de confundirse los dos bultos en uno, efecto sin duda, de la oscuridad de la noche, se separaron: la mujer desapareció, y el hombre echó a andar por la calle adelante, hasta que el obstáculo de un cuerpo atravesado en la acera le detuvo. En el mismo instante una vieja, llegando por el otro lado, se detenía también. Inclináronse ambos, examinándole el rostro, le palparon, le movieron, y el joven dijo:

—Es el señor don Miguel de Baraona.

Trataron de reanimarle. Respiraba, pero no se movía. El joven, pasado un rato de vacilación, se terció la capa, enlazó con sus brazos vigorosos el desmayado cuerpo del anciano, y se lo echó auestas como un saco.

Felizmente, el peso del *Patriarca del Zadorra* no era excesivo, ni el humanitario joven tenía que andar mucho para llegar a la calle de *Sal si puedes*. Los curiosos que en el camino se le unieron quedáronse a la puerta de la casa, y él subió solo. Ni porteros ni criados salieron a su encuentro en la escalera. Abrió la puerta una criada, y bien pronto sonaron en la casa gritos y lamentos de mujer, angustiosos diálogos, preguntas, órdenes rápidas.

Baraona fué puesto en el suelo. El

que le había llevado permanecía en pie. Jenara miraba al uno y al otro con mucha sorpresa; pero el dolor no dejaba lugar en su corazón a otro sentimiento. Las dos mujeres, azaradas, llamaron; acudió un criado; entre todos transportaron al enfermo a su cuarto, tendiéndole de largo a largo en la cama. Abrió, al sentirse en ella, los ojos, y lanzando un hondo suspiro, murmuró:

—¡Me muero!

—Pero ¿está herido?—exclamó Jenara—. Esa sangre... ¿Qué le han hecho? ¡Dios mío...! ¡Abuelo!

Interrogaba con los ojos al portador de tan gran desgracia; pero éste, alzando los hombros, decía:

—No sé una palabra. Así lo encontré en la calle.

Salió del cuarto, y en el laberinto de los pasillos medio oscuros, preguntó por dónde se salía.

—Por allí—le indicó Jenara, que a su lado pasó rápidamente, corriendo en busca de remedios caseros.

Dirigióse el joven a la puerta en el momento en que, abierta por fuera, daba paso a tres hombres. Carlos avanzó el primero, y tras él sus inseparables amigos. Vieron al que salía, y la sorpresa los detuvo y los inmovilizó un instante, como cuando se ve lo imposible.

—¿Qué buscas aquí?—gritó Navarro, mirando colérico a Salvador.

—¡Has entrado aquí!—rugió, destempladamente, el que llamaban Zugarra-murdi, asiendo al joven por el brazo.

El que llamaban Oricain corrió a asegurar la puerta.

—¿Qué haces en esta casa?—repitió Navarro, con mirada furibunda y amenazadora.

—Nada—respondió Monsalud, dando un paso hacia la puerta—, y por eso me marchó.

La voz de Jenara, que llegó volando más bien que corriendo, puso término a aquella escena.

—¡Carlos, Carlos!—gritó—. El abuelo enfermo..., herido..., ¡se muere!... Este, este buen hombre le ha traído de la calle..., un accidente desgraciado, un atropello..., qué sé yo. Ven al instante...

Navarro miró a Monsalud, como pidiendo más explicaciones.

—Estaba en la calle de Eguiluz, arrojado sin movimiento ni sentido sobre la acera—dijo Salvador—. No sé más.

Navarro tomó una determinación súbita.

—Yo averiguaré lo que hay en esto —afirmó—. Oricain, cierra esa puerta. Zugarramurdi, detén a este hombre.

Y corrió hacia dentro.

Acercáronse los esposos al lecho del enfermo, e hicieronle mil preguntas; vendada su herida, le abrigaron, tratando de reanimarle por todos los medios. Baraona sufría un temblor convulsivo.

—La canalla me ha insultado—murmuró—. Pero le dije cuatro verdades... No pudo conmigo... ¡Conmigo no puede nadie! ¡Nadie!

—Pero ¿quién?; pero ¿quién?... Dígame usted quién ha sido—vociferó ciego de ira Carlos, cerrando los puños—. ¡Dígame usted quién ha sido!

—Muchos, muchísimos. Los revolucionarios—murmuró el enfermo—. Sus manos inmundas me golpeaban... Está bien: ¿no abofetearon los judíos al Señor?...

Carlos rugía como un león, y sus dedos se clavaban como garras en los colchones de la cama.

—Maldito sea yo si no me vengo —grito—. ¿Y usted no recuerda quién le trajo aquí?

—¿Quién me ha traído?—dijo el anciano con la mayor sorpresa, abriendo mucho los ojos—. Nadie: vine yo solo; he venido por mi pie.

—No sabe lo que se dice—indicó en voz baja Jenara.

—Pero ¿por qué gritáis tanto?—murmuró Baraona, cerrando los ojos—. ¿Qué ruido, qué algazara infernal es ésa?... Callad, por Dios... Necesito descanso, necesito dormir... ¿No habrá nunca silencio en esta casa?

Cuando esto decía, el silencio era profundo en la habitación. Jenara y su marido observaban con ansiedad la fisonomía del enfermo.

Mientras esto ocurría en la alcoba, el señor Zugarramurdi, hombrazo corpulento, de espesa barba rubia, frente estrecha y miembros poderosos, se acercaba a Salvador Monsalud en la antesala, y dejando caer sobre el hombro de éste una de sus gruesas manoplas, le decía con voz áspera y cavernosa:

—¿Sabes quién soy?

—Sí—repuso Salvador, mirándole con desprecio—. Ya sé que eres un bruto.

Oricain, pequeño, regordete, de ojos

negros, cubiertos por una sola ceja pobladísima y corrida de sien a sien, guardaba la puerta.

—Soy Zugarramurdi—dijo el de este nombre—. Estuve en la batalla de Victoria. ¿Te acuerdas de la retirada, juradillo?

—Sí, me acuerdo; tú estabas entre los mulos.

—¿Te acuerdas del que hirió a nuestro amigo y jefe Carlos Garrote?—prosiguió el vizcaino—. ¿Recuerdas que yo te guardaba, y que te me escapaste, porque una señora compró a los centinelas?

—Déjame—gritó con violencia Salvador, apartando bruscamente el brazo del guerrillero—. Oricain, abre esa puerta.

—Ven a abrirla—repuso imperturbablemente el navarro—. ¿Sabes quién soy?

—Sí, ya lo sé: ladrabas en la jauría de Garrote. Abre esa puerta, o pasará por encima de ti.

—Ya te espero...—dijo Oricain—; como no me coges de espaldas, no hay que temerte.

—Abusáis de mí porque veis que no llevo armas—dijo Salvador, conteniendo su ira—. Estoy indefenso, porque yo no muerdo como vosotros.

Carlos se presentó en el mismo instante, fruncido el ceño, pálido el rostro, con un visible sello de dolor y desesperación en su grave persona.

—Carlos—dijo Monsalud—, ¿he entrado en una guarida de lobos?

—Es espía de los ateos—dijo Oricain clavado siempre en la puerta—, y viene a saber lo que hacemos para contárselo a esa canalla.

—Ha venido a provocarte y a desafiarte—dijo Zugarramurdi—. Nosotros le enseñaremos a ser comedido.

—¡Carlos!—gritó Monsalud, perdiendo toda prudencia—. ¡Mira que no tengo armas!... ¡Esto es una infamia!...

—¿A qué has venido aquí? Lo mismo te desprecio amigo que enemigo; lo mismo te desprecio espía que servidor. Vete y di a los revolucionarios que mañana salimos para Navarra a levantar partidas.

—Yo no soy espía... ¿Pagas con tan vil sospecha el servicio que acabo de hacerte?...

—No sé si te debo un servicio o una nueva ofensa.

—Yo no me ocupo de ofenderte—dijo Monsalud con desprecio—. Has sido conmigo cruel, implacable y sañudo. Tu corazón de piedra no se ha movido ante el suplicio de una pobre mujer inocente; te has opuesto a que la pusieran en libertad; has redoblado el furor de los inquisidores, verdugo. Y, sin embargo de esto, cuando ha concluido el martirio de mi madre; cuando ha venido la revolución, y triunfábamos, y tenía yo todos los medios para tomar venganza de ti; cuando me era fácil prenderte, molestarte, denunciarte a los vencedores, nada he hecho contra ti, Carlos, y no queriendo abusar de la gran ventaja adquirida, te he perdonado.

—¡Dice que me ha perdonado!... ¡Que me ha perdonado!—exclamó Garrrote, con el rostro encendido.

—Sí, te he perdonado; he tenido lo que tú no conoces: generosidad.

Navarro permaneció un momento en sombría perplejidad.

—Vamos—dijo al fin, con irónico acento—, es un modo extraño de pedir misericordia. Salvador, tu odio y tu generosidad, tu venganza y tu perdón, son igualmente despreciables para mí... No quiero hacerte el honor de mirarte. Zugarramurdi, Oricain, registradle bien, y si veis que no tiene armas, dejadle salir.

—Sí, eso, eso—dijo Oricain con pena—, para que nos denuncie a los ateos, y vengan acá y nos prendan.

—Y os impidan salir mañana para Navarra—añadió Zugarramurdi.

—Que vaya..., que lo diga..., que vengan esos cobardes bullangueros a detenernos—dijo Navarro—. Ya sabía yo que algunos polizontes atisbaban estas noches mi casa.

—No hay duda de que es espía—gritó Oricain—. Me consta.

—No se burlará de nosotros, ¡con cien mil demonios!

Zugarramurdi asió con violencia los dos brazos del joven, que se estremeció al sacudimiento de aquellas tenazas, sin poder desasirse de ellas. Oricain acudió en auxilio del otro sayón; vino también un criado, le sujetaron, le contuvieron, le amordazaron y le liaron una larga cuerda en brazos y piernas, y llevándole a una habitación cercana donde había un pie derecho a manera de poste, resto de un tabique antiguo recién derribado, le sujetaron a él tan fuertemen-

te, que el desgraciado joven no podía mover ni un dedo. Palpitante, sofocado, rugiente como un volcán obstruido; amenazado de violenta congestión, Salvador no podía defenderse de sus enemigos sino mirándolos... La rabia de sus ojos era su única arma. Se contraían sus músculos; la prisionera sangre hinchaba sus venas.

—¿Qué pensáis hacer?—preguntó Carlos a sus amigos, cuando concluyó la operación, sin que él se dignara tomar parte en ella.

—Cuando nos marchemos — repuso Oricain—, le ahorcaremos

En aquel instante Jenara pasaba.

—Es demasiado—dijo Navarro—. Le dejaremos así. Basta que no pueda hacernos daño de aquí a mañana... ¿Sabes que esa postura es buena para conspirar contra el Trono?—añadió, contemplando con hosca serenidad a la víctima—. ¿Por qué no vas ahora de Herodes a Pilatos, comprometiendo oficiales, repartiendo proclamas, engañando el país, difundiendo la rebeldía contra Dios y contra el Trono? ¡Miserables revoltosos! Ve y di a tus revolucionarios que vengan a sacarte de aquí. Llámalos, invoca la libertad, los derechos del hombre. ¡Que vengan Riego y Quiroga a desatarte!... ¡Oh!, si desde un principio hubieran puesto a la masonería y al ateísmo como estás ahora, ¿habría revoluciones? Que me den el mando un solo día, y verás qué gran sogalío alrededor del gran cuerpo. ¿Por qué no conspiras ahora? ¿Por qué no sublevas regimientos? Abre la boca y predícanos libertad y jacobinismo... ¡Ah!, tú crearás que eres un mártir, digno de lástima. ¿No lo has de creer, si en ti y en esta canalla que acaba de triunfar no hay idea de justicia?... ¡Justicia! ¡Castigo del crimen! ¡Qué sublimes ideas! En medio de la impunidad espantosa que invade el reino todo como una plaga, aquellas grandes ideas se ven realizadas en un rincón de Madrid..., en un rincón de mi casa...

Cuando esto decía, Jenara volvió a pasar.

—¡Bonita imagen de la revolución tenemos delante!—prosiguió Carlos, con amarga ironía—. ¡Qué emblema tan hermoso del sistema curativo de un país levantisco! En esa postura se olvida el modo de andar, y se pierden los

deseos de agitarse mucho; se puede meditar tranquilamente en Dios, y reconocer las ofensas que se le han hecho... La voz se olvida de que ha dicho infamias y herejías... Se aprende a obedecer y a callar, y el que manda, manda... Yo querria que toda España fuera pasando por esa puerta y viera a su revolucionario...; el pobrecito no mueve brazo ni pierna; no habla ni gruñe. Está convertido, y ya no hace daño ni con su lengua ni con su brazo... ¡Qué lección, señor Monsalud!... ¡Si esos locos o imbéciles que chillan por las calles vieran esto!... ¡Si estoy por abrir entrada pública y exponerte como una cosa rara, anunciando «¡el gran fenómeno de la justicia!», o sea «la revolución en la sogal»!... Esto abriría los ojos a muchos... Tal idea debe cundir y propagarse; es admirable. Todos los que han atentado contra su rey deberían atravesar ese pasillo y mirar adentro... Se te pondrán luces...

Jenara pasó de nuevo.

—Mi opinión—añadió Garrote—es que no se te quite la vida, a no ser que resulte que has maltratado a mi abuelo, como sospecho. Si eres inocente, no te haremos daño. La enemistad privada que tenemos tú y yo me obliga a ser generoso. Ni aun consentiría la violencia que sufres si yo y mis amigos no estuviéramos en peligro de ser denunciados por ti; pero es preciso asegurarse, señor masón... ¡Cuánto me alegraría de tenerte así el día del triunfo de mis ideas para soltarte y decirte: «Ahora, los dos a solas, arreglaremos una cuenta antigua!... Pero yo estoy caído y tus amigos son poderosos... Es preciso tener algún rigor con los vencedores, mientras se puede; que tiempo tienen ellos después para abusar de su victoria. Cuando esto pase, cuando yo y mis amigos no corramos riesgo de ser denunciados a un partido vengativo, nos veremos, ¿eh?... No haya miedo que se te aten entonces las manos. Al contrario, te las multiplicaría si en mi poder estuviese... ¿Me buscarás tú? ¿Será preciso que yo te busque? ¿Entrarás entonces furtivamente en mi casa para espiarme? ¿Golpearás en la calle a mi infeliz abuelo, con el fin de encontrar después, so color de ampararle, un pretexto para meterte en el domicilio de un hombre de bien?

Esto se averiguará... Me parece que penetro tu intención... Eres astuto... Sabías que aquí se conspiraba... Sabías que aquí nos reunimos en estos días algunos hombres del partido del rey. Sin duda, los viste entrar. Bien, señor Salvador; todas esas cuentas se arreglarán después... Hasta la vista.

Cuando Carlos salió, Jenara pasaba otra vez.

Cerraron la puerta y Monsalud se quedó solo. Los rumores de la casa sonaban a lo lejos. En su desesperación sentía transcurrir el tiempo sin darse cuenta de él, y pasaron minutos que le parecieron horas. Cualquiera que fuese el delirio de su mente y la exagerada proporción que a todo daba, ello es que pasó mucho tiempo, y un reloj cercano le iba marcando los plazos solemnes de su agonía. Imposibilitado de moverse, luchaba con extraordinaria fuerza del espíritu y del cuerpo; mas no le era posible vencer. Su sangre era una corriente de fuego; sentíala en el palpar de las sienes, semejante al golpe de un hacha. Al fin perdió el sentido claro de las cosas.

A hora bastante avanzada creyó sentir mayor intensidad en los ruidos de la casa, el ir y venir y el precipitarse, que indicaban la gravedad de un enfermo y la consternación de una familia. Constantemente subía y bajaba gente por la escalera principal, que cercana de su prisión estaba. Sintió, al fin, gran rumor de pasos, como si subiera mucha gente a la vez, y acompañaba a este rumor el triste son de una campanilla y rezos en latín. El Viático entraba en la casa. Monsalud distinguió lejano resplandor de faroles; después, profundo silencio, sólo interrumpido por algunas voces que en lo más hondo de la casa sonaban, semejantes a los tristes ecos del coro de un convento. Luego se oyó el estrépito de los pasos, la misma campanilla, los mismos rezos. Dios salía.

No supo apreciar bien el tiempo que transcurrió después. Su pensamiento estaba fijo en la idea terrible de que al alejarse Dios de la casa continuara la iniquidad que en su persona se cometía... La fiebre empezó a trazar sus vertiginosos y atormentadores círculos dentro del cerebro del infeliz; pero al fin,

transcurrido un plazo de difícil apreciación, distinguió una claridad que parecía la de la aurora; vió claramente que la puerta se abría, que alguien entraba sin hacer ruido, más semejante a una sombra que a una persona, y, por último, que unas manos blandas y frías tocaban su cuerpo.

XXIX

El señor de Baraona pasó muy mal la noche. El médico dijo que no saldría de la madrugada. A esta hora la claridad de sus facultades mentales le permitió hacer sus disposiciones y recibir a Dios, lo cual verificó con piedad suma y unción evangélica, causando gran emoción entre los circunstantes. Cayó después en hondo aplanamiento, y todo hacía presumir rápido desenlace. Sin embargo, hablaba el enérgico anciano todavía, y dando explicaciones del triste accidente aseguró no conocer a ninguno de los que le maltrataron. No hacía memoria de que un extraño le trajese a su casa, y con toda firmeza aseguraba haber venido por su pie. Carlos y Jenara no se apartaban de su lado. Zugarramurdi y Oricain, que salieron en compañía del Viático, tardaron bastante en volver.

Principiaba a lucir el día cuando Baraona dijo:

—Tengo que hablarte, amado Carlos; tengo que decirte dos palabras. Sentiría llevármelas conmigo y no poder soltarlas... ¡Pesas tanto!

Carlos y Jenara se inclinaron hacia él, a un lado y otro del lecho.

—Lo que tengo que decir—indicó el patriarca, mirando a Jenara—, tú no debes oírlo. Querida nieta, sal de aquí por un momento. Carlos y yo debemos estar solos.

Jenara salió; solos quedaron Carlos y el moribundo.

—Hijo mío—dijo Baraona, expresándose con dificultad—, en esta hora suprema me veo obligado a hacerte una revelación penosa. Mucho me cuesta, pero la verdad es lo primero... Hace tiempo que me has manifestado dudas y sospechas acerca de la fidelidad de tu esposa, mi querida nieta.

—Sí—repuso, sombríamente, Navarro.

Reinó por breve rato un silencio tal que los dos parecían muertos.

—Sabes que yo la he defendido—añadió Baraona—, aunque, al fin, la fuerza de tus argumentos y la evidencia de ciertos síntomas me han hecho dudar también, hasta que al fin...

Carlos miró al moribundo con terrible ansiedad.

—Hasta que al fin...—repitió el anciano, haciendo un esfuerzo—. No puedo acusar terminantemente a mi adorada nieta; pero si te diré que... al anochecer del sábado... vi a un hombre que se descolgaba al patio... por el balcón del cuarto de tu mujer.

—¡Un hombre!

—Sólo los ladrones y los amantes salen de este modo de las casas. He dudado, he vacilado entre la revelación y el silencio... Creo ya que en conciencia debo decírtelo... Averigua..., indaga. Quién sabe..., quizá sea inocente...

—¡Un hombre!—repitió Carlos, ahogando un bramido.

—Un hombre vestido con el traje de la gente del pueblo..., capa de grana, sombrero redondo..., calzón negro... De su cara nada te puedo decir. Ya sabes que la puerta del patinillo estaba siempre abierta: desde entonces la cerré y guardé la llave... Bajó del balcón apoyándose en la reja. Mi primera intención fué gritar y echarle mano; pero no quise dar escándalo ni comprometer la honra de Jenara hasta no hacer averiguaciones. Bien podía ser algún enredo de la criada... Carlos, con un pie en el sepulcro, te pido que no condenes a mi pobre nieta sin oírla. Ten prudencia, calma y tino, y no seas arrebatado ni ligero. Si Jenara es inocente, pídele en nombre mío perdón de esta sospecha. Si es culpable..., ¡que Dios tenga misericordia de ella!... Ahora puedes llamarla. Me parece que ya me apago... ¡Dios sea conmigo! Quiero despedirme de todos. ¿Dónde están tus buenos amigos? Jenara, Carlos, venid todos.

Salió Navarro de la habitación. Bajo el fruncido ceño, sus negros ojos, despidiendo rayos, exploraban en la penumbra de la casa con feroz curiosidad. Pasó por el cuarto oscuro y miró hacia adentro. Monsalud no estaba allí. En el suelo se veían los pedazos de la cuerda

y el cuchillo con que acababan de ser cortados.

Garrote dió un rugido y saltó afuera.

Deslizóse por el corredor hacia el cuarto de su mujer. Entró. El balcon estaba abierto, y Jenara, asomada en él, se inclinaba hacia fuera, diciendo: «¡Pronto, pronto, que puede venir!»

El rencor de Carlos era mudo porque era inmenso. Abalanzóse hacia el balcon y hacia Jenara, que sintió el resuello de su marido, semejante a una llamarada de volcán que le quemaba el rostro. Volvióse, y su grito de espanto aumentó el furor de Carlos. Este pudo ver claramente a un hombre en el momento de desasirse de la reja del piso bajo y envolverse rápidamente en su capa de grana para echar a correr hacia la puerta.

¡Instante más breve que la palabra, acción más breve que el pensamiento!... Jenara y Carlos se miraron. En el semblante de ella brilló de súbito una serenidad profunda. El hombre que huía se detuvo un instante en la puerta del patiecillo, porque, al entrar en la cerradura la llave, ésta y aquella no obedecían.

—¡Dos vueltas a la llave y tirar hacia dentro!—gritó Jenara con verdadero acento de inspiración.

La ira del esposo estalló como un trueno.

—¡Traidora!—gritó, agarrando a Jenara por un brazo y apartándola del balcon.

Su mano de hierro, tirando fuertemente del brazo y del cuerpo de la mujer, hizola dar rápida vuelta en torno suyo. Las flotantes faldas describieron, arremolinadas, un disco blanco, en cuyo centro el busto admirable de Jenara, al caer de rodillas, se alzaba con el semblante vuelto hacia su esposo, los cabellos en desorden, la mirada ardiente. De su pecho, contraído y sofocado por la veloz caída, salió una voz que dijo:

—¡Salvaje, haz de mí lo que quieras!... ¡Sabe que te aborrezco!

Carlos alzó con movimiento brusco a la infeliz dama, y de nuevo la dejó caer o la impulsó contra el suelo. Una imprecación horrible sonó en la sala, y en el mismo instante sonaron también las palabras angustiosas de una

criada, que súbitamente entró, diciendo:

—El señor se muere.

Navarro llevó, mejor dicho, arrastró a su esposa hacia la habitación del enfermo.

Baraona respiraba con dificultad. Sus ojos, medio apagados ya, se fijaban en un Santo Cristo que frontero de la cama pendía. Jenara, de rodillas junto al lecho y apoyada el rostro en él, ocultaba sus lágrimas. Los dos amigos de Carlos entraron en aquel instante, y con la cabeza descubierta se acercaron al moribundo. Carlos, livido y terrible, estaba en pie, la vista fija en el suelo.

Baraona recobró súbita energía. Una llamarada, último esfuerzo del vivir que se despedía, inflamó con fugaz esplendor su naturaleza. De los hundidos ojos brotó un rayo, y la lengua articuló palabras claras.

—Hijos míos, amigos míos—dijo, mirando a todos—, adios. Ahí os queda el mundo. Tal como hoy está, no es gran regalo... Muero en Dios, muero proclamando la justicia y la ley. Sed buenos. Hija mía querida, ama y obedece a tu esposo... Amado hijo mío, respeta y dirige a tu mujer.

Los sollozos de Jenara le hicieron callar un momento.

—A todos perdono—continuó, poniendo la flaca mano sobre la cabeza de Jenara—. Si alguno hay con mancha de pecado, que mi perdón sea la señal de su arrepentimiento... Y vosotros, valientes amigos, y tú, noble hijo mío y de aquella tierra de Alava que no ven mis ojos en este triste momento, recibid mi bendición, recibidla todos. Valientes jóvenes, muero aborreciendo la revolución; muero abofeteado, escupido, azotado, inmolado por ella, como Jesús por los judíos. ¿Qué mayor gloria?... ¡Gracias, gracias, Dios mío!

Entusiasmo y gozo vibraban en su voz.

—Valientes jóvenes, mirad la imagen del Dios-Hombre, que está frente a mí; mirad ese cuerpo bendito puesto en la cruz. Juradme ante El que derramáreis hasta la última gota de vuestra sangre en defensa de los buenos principios de la justicia, de la ley de Dios. Jurádmelo, si queréis que muera contento y que mi alma angustiada se arroje libre de toda zozobra y desconsuelo en los inmensos, en los infinitos brazos de Dios.

Los tres jóvenes miraron la sagrada imagen, unidos en imponente grupo. Los tres extendieron el brazo derecho hacia la efigie, alzaron orgullosos la cabeza, y con voz entera y solemne dijeron a un tiempo:

—¡Lo juramos!

Los tres brazos continuaron alzados breve rato, y en el trágico grupo reinó el silencio de las grandes emociones.

Carlos dijo:

—¡Que mi alma arda en el infierno eternamente si no lo cumplo!

—¡Muerte a los infames!—bramó Zugarramurdi.

—¡Muerte!—repitió Oricain.

Los sollozos de Jenara se confundían con los terribles juramentos.

La energía de Baraona se extinguió de improviso. Empezó a apagarse, a pestañear, a oscilar tenuemente, como brillo del ascua que va a ser tragada por las lóbregas fauces de la oscuridad.

—¡Júramelo otra vez—murmuró, en voz queda y con los ojos cerrados, hablando desde el fondo de su agonía.

Los tres repitieron, alzando el brazo:

—Lo juramos.

Al bronco sonido del juramento, los enormes cuerpos crecían. Todo tomaba proporciones enormes. Las manos del Crucifijo parecían tocar a Oriente y Occidente.

En aquel instante se oyó un lejano rumor, el resuello profundo del pueblo que volvía a invadir el recinto de la Inquisición, gritando: «¡Viva la Libertad!»

Baraona abrió los ojos. Señalando con

el dedo el punto por donde parecía venir el discordante ruido, murmuraba:

—La ola... se acerca.

Después, cruzando las manos, exhaló un hondo suspiro. En su pecho cavernoso retumbaron estas huecas palabras como un ronquido:

—¡Hasta la última gota de vuestra sangre!

—¡Hasta la última!—repitió Navarro sordamente.

El mugido de Baraona se repitió más lento, mas apagado, más lejano.

Parecía una voz que se alejaba de caverna en caverna y decía:

—¡Acabad con todos ellos!

—¡Con todos ellos!—dijo Oricain.

—¡Hasta el último!—dijo Navarro.

Baraona, después de ligera convulsión, abrió desmesuradamente los párpados, y sus pupilas, semejantes a insensibles globos de vidrio, continuaban fijas en el Santo Crucifijo con aterradora insistencia. Su alma navegaba ya por la inmensidad de las olas eternas.

El rumor de la calle se acercaba, y el solemne reposo de la estancia era turbado por este grito:

—¡Viva el pueblo! ¡Viva la Libertad!

Carlos dirigió a la calle una mirada terrible. Mientras Jenara cerraba los ojos de su abuelo, los tres jóvenes juntaron espontánea e instintivamente sus manos, y alzando con insolente soberbia la cabeza, gritaron:

—¡Viva el rey! ¡Viva la religión!

Enero de 1876.

EL GRANDE ORIENTE

I

Sí; era en la calle de Coloreros, en esa oscura vía que abre paso desde la calle Mayor hasta la plazuela y arco de San Ginés. Allí era, sin duda alguna, y hasta se puede asegurar que en la misma casa donde hoy admira el atónito público fabulosa cantidad de pecillos de colores dentro de estanques de madera y muestras preciosas de una importantísima industria: las jaulas de grillos. Allí era, sí, y no es fácil que ningún contemporáneo lo niegue, como han negado que Francisco I estuviese en la torre de los Lujanes, y que Sertorio fundara la Universidad de Huesca (que es achaque de los modernos meterse a desmentir la tradición). Allí era, sí, en la calle de Coloreros y en la casa de los rojos peces y de las jaulas de grillos, donde vivía el gran don Patricio Sarmiento.

En lugar de los estanques de madera, vierais, corriendo el año 1821, una ventana baja con rejas verdes a la derecha del portal. Aplicad el oído, ya que la cortineja de indiana rameada no permitía dirigir hacia dentro la vista, y oiréis una voz sonora y grandilocuente, ante cuya majestad las de Demóstenes y Mirabeau serían un pregón desacorde. Oíd sin cuidado. Es de día. Detiéndose los curiosos y atienden todos sin que nadie los estorbe.

—Cayo Graco, hijo de Tiberio Sempronio Graco y de Cornelia, era liberal, señores; tan liberal que se rebeló contra el Senado. Decid, niño: ¿qué era el Senado en aquella época?

Una voz infantil contesta:

—El Senado era una camarilla de serviles y absolutistas, que no iban más que a su negocio.

Y la voz grave prosigue así:

—Muy bien... Porque habéis de saber que Cayo Graco fijó el precio del trigo para que los pobres tuvieran el pan barato. Como que era un hombre que no vivía sino para el pueblo y por el pueblo. Luego les probó a los senadores que estaban robando el tesoro del reino..., digo, de la República. Así es que aquellos tunantes no querían que Cayo Graco fuese elegido diputado... Decid, niño: ¿cómo llamaban entonces a los diputados de la nación?

—Los llamaban Aglaé, Pasitea y Eufrosina.

—¡Zopenco! Esos son los nombres de las tres Gracias... De rodillas, pronto, de rodillas... ¡Valiente borriquito tenemos aquí!... Tú, Gallipaus, responde.

—Los llamaban *tribunos de la plebe*, y había cuatro órdenes de ellos, a saber: el toscano, el jónico, el dórico y el corintio.

—Has empezado como un sabio y concluyes como una mula. ¿Qué berenjenal es ese que haces mezclando a los diputados de Roma con los órdenes de arquitectura?... Pues bien: los llamados *tribunos de la plebe*. El Senado, aquella pandilla de hombres ambiciosos, que acaparaban los destinos gordos, las superintendencias, las secretarías y, ¿por qué no decirlo?, los ministerios, no querían que Cayo Graco fuese tribuno, y estorbaban su elección por medio de intriguillas. ¿Qué habían de querer, si en todas las sesiones de Cortes los ponía de hoja de perejil? No se mordía la lengua el gran patriota, y en plazas y cafés, en el foro y en los pórticos de las iglesias, por doquiera, señores, convocaba al pueblo para enseñarle las doctrinas constitucionales y condenar la tiranía y los tiranos... Decidme ahora, niño: ¿quién era el cónsul Opimio?

—El cónsul Opimio.

—Muy bien dicho. Un fatuo, un pedante, un cobarde, un servilón, una especie de *persa* que salía siempre a la calle escoltado por una cohorte de candiotas, o idiotas, que es lo mismo, para que los partidarios de Graco no pudieran zurrarle la pavana. Decid, niño: ¿cómo se llamaba el amigo de Cayo?

Todas las voces infantiles responden a un tiempo:

—Flaco.

—Ese nombre no se os olvida, picares, porque os hace reír. Muy bien. Pues sabed que un día los partidarios de Opimio, después del sacrificio, que es, como si dijéramos, al salir de misa de doce, insultaron a los de Graco, los cuales asesinaron a un alguacil, macero, lictor o como quiera llamársele. Vierais allí, cual encrespadas olas de un mar borrascoso, chocar unos y otros, pueblo y tropa, democracia y tiranía, patriotismo y servilismo. La sangre corría por las calles de Roma como corre en la de Coloreros el agua cuando llueve. Se degollaban unos a otros e iban arrojando cabezas al río. Quién gritaba: «¡Viva la Constitución!», quién aclamaba a los cónsules, diciendo: «¡Vivan los verdugos!», y hasta los niños pequeñitos tomaban parte en la encarnizada refriega, no de otra manera que los tiernos cachorros del león cuando se disputan un huesecillo para jugar. Retírense Graco y Flaco... (*Risas en el menudo auditorio.*)

—¡Silencio!... ¿Qué importuno y discordante reír es ése? Retíranse Graco y Flaco: van en busca de Rufo... (*Nuevas risas.*)

—Silencio, digo..., o ninguno sale hoy de aquí. ¿Qué risas son ésas? Periquito, Chatillo, Roque..., ¿no os da vergüenza de profanar este augusto recinto con vuestras ridículas bufonadas?... Orden, compostura, atención, silencio... Pues decía que se retiraron todos al monte Aventino, que era un monte, pues... un monte que se llamaba Aventino. Pero, ¡ay!, los cónsules los cercan; envían numerosa y aguerrida tropa para que, a cañonazos, los destruyan allí, y tienen que marcharse, señores, al otro lado del Manzanares, o sea el Tíber, que todo viene a ser lo mismo; a un sitio que bien podría denominarse la Fuente de la Teja, y que estaba consagrado a las Furias, o, si se quiere, con más propie-

dad, a los demonios. Los partidarios de Graco empiezan a desertar porque el Gobierno les ofrece destinos y dinero. ¡Perfidia inaudita, escandalosa traición que no volverá a pasar, yo os lo juro!... Al mismo tiempo Opimio y sus infames cómplices ofrecen pagar a peso de oro la cabeza del gran tribuno. Este se ve perdido. Dice a su esclavo Filócrates que lo mate. Filócrates vacila... ¡Momento de angustia y dolor supremo! Los sicarios llegan; los serviles se acercan rugiendo, cual manada de famélicos lobos. Consérvase sereno y tranquilo Cayo. La fuga le es imposible. Suplica a su esclavo por segunda vez que le dé muerte. Este obedece. Hiérese él mismo con el estilete, que era una pluma de las que empleaba aquella gente para escribir sobre papel de cera, y cae, bañando el suelo con su sangre preciosa. Los del cónsul llegan, córtanle la cabeza y van con ella a pedir el vil premio de su hazaña. Decidme, niño: ¿de qué materia llenaron la cavidad cerebral de la patriótica cabeza para que pesara más y aumentase el valor de tan cruento trofeo?

Todas las voces a un tiempo.

—De plomo.

—Perfectamente. Y pesó diecisiete libras. Ahora... basta de historia romana y pasemos a la retórica. ¡Ea!, niños, dividanse los dos bandos. Roma, a la izquierda; Cartago, a la derecha. Veremos quién ciñe el lauro de la victoria y quién muerde el polvo en esta honrosa lid de la retórica.

Gran tumulto. Corren unos a este lado, otros al contrario, y agrúpanse en dos bandos al pie de los estandartes españoles con sendos cartelitos, en uno de los cuales se lee «Roma» y en otro «Cartago». Susurro murmurante, parecido al de las colmenas, precede a las primeras preguntas. Los combatientes esperan con ansia el encuentro inicial, y los juveniles corazones palpitan, vacilando entre el miedo y un horroroso tesón.

—Veamos... Comience este pindárico certamen por una proposición máxima. Decid, niño: ¿de cuántas clases son los pensamientos?

—De dos: claros y oscuros.

—Bien por Cartago. A ver, responda ahora la gran Roma: ¿qué son pensamientos claros?

No se había pronunciado aún la respuesta, cuando oyóse gran tumulto en la calle, y una voz gritó en la reja:

—¡Hoy no hay escuela!

Y esta voz se confundió con alaridos de la bulliciosa turba, que, corriendo, decía:

—¡A Palacio! ¡A Palacio!

II

La escuela quedó en un instante vacía, y don Patricio Sarmiento salió a la puerta de la calle. Sesenta años muy cumplidos; alta y no muy gallarda estatura; ojos grandes y vivos; morena y arrugada tez, de color de puchero alcorniano y con más dobleces que pellejo de fuelle, pelo blanco y fuerte, con rizados copetes en ambas sienes, uno de los cuales servía para sostener la pluma de escribir sobre la oreja izquierda; boca sonriente, hendida, a lo Voltaire, con más pliegues que dientes y menos pliegues que palabras; barba rapada de semana en semana, monda o peluda, según que era lunes o sábado; quijada tan huesosa y cortante, que habría servido para matar filisteos y que tenía por compañero y vecino a un corbatín negro, durísimo y rancio, donde se encajaba aquélla como la flor en el pedunculo; un garrote, de quien no se podía decir que fué encarnado, si bien conservaba históricos vestigios de este color, la cual prenda no se separaba jamás de la cúspide capital del maestro; lengua casaca castaña, aunque algunos la creyeran nuez por lo descolorida y arrugada; chaleco de provocativo color amarillo, con ramos que convidaban a recrear la vista en él, como en un ameno jardín; pantalones ceñidos, en cuyo término comenzaba el imperio de las medias negras, que se perdían en la lontananza oscura de unos zapatos con más golfos y promontorios que puntadas, y más puntadas que lustre; manos velludas, nervudas y flacas, que ora empuñaban crueles disciplinas, ora la atildada pluma de finos gavilanes, honra de la escuela de Iturzaeta: que unas veces nadaban en el bolsillo del chaleco para encontrar la caja de tabaco, y otras buceaban en la faltriquera del pantalón para buscar dinero

y no hallarlo... Tal era la personalidad física del buen Sarmiento.

—¡A Palacio!—exclamó, viendo la mucha gente que bajaba hacia San Ginés por delante de su casa y la muchísima que seguía la calle Mayor hacia Plateas—. Hoy tendremos otra gresca. ¿A cuántos estamos?

—A cinco de febrero—repuso un joven que junto a don Patricio apareció con mandil de sastre, sosteniendo en la izquierda mano dos pedazos de tela y en la diestra una aguja—. Parece ser que *Narices* ha escrito un papel al Ayuntamiento quejándose de los insultos, y para que rabie más, hoy le van a dar más música.

—Aparte de que no me gusta que se hable del soberano con tan poco respeto—dijo el maestro—, lo que has dicho, querido Lucas, me parece muy bien. Pues que no quiere música, désele más música. Si no, que cumpla sus deberes de rey constitucional y marche francamente por la senda aquella de que nos habló el diez de marzo del año pasado... Va mucha gente. ¿Por qué no dejas la obra y corres allá? Tal vez ocurra algún acontecimiento digno de ser transmitido a la posteridad. Yo iré después a la Cruz de Malta a ver qué se decide esta noche respecto a la exposición que se proyecta dirigir al rey contra el Ministerio. Me parece admirable idea, querido Lucas, porque has de saber que yo combato a Argüelles.

—Y yo también—replicó el sastre—. O nos dan un Ministerio liberalísimo, que de una vez acabe con todos los tunantes, o el pueblo soberano decidirá en su sabiduría... ¿Dejo el trabajo? ¿Cierra el puesto?

—Deja el trabajo, *dimitte laboren*, y cierra el puesto, que tiempo hay de mover el paño. Día llegará en que la patria más necesite de bayonetas que de agujas. Si no tuviera que copiar esos pliegos, también husmearía un poco. Ponte el uniforme, hijo, que en estos sucesos públicos bueno es que cada cual se presente con los arreos de su jerarquía. Los uniformes dan respetabilidad. Procura que la muchedumbre no se desborde; amonéstala, que, al verte, ella respetará la gloriosa institución a que perteneces. No grites, no vociferes, que eso no es propio de quien representa la autoridad, la fuerza pública y la so

beranía armada. Consérvate sereno en medio del tumulto, y si tocan a formar y hay lucha con los guardias y demás cohortes del absolutismo, despliega, querido hijo, todo el valor de tu pecho, todo el brio de tu raza, y sé cual indomable león, que no conoce riesgo y hace estremecer al cobarde lobo sólo con el rugido de su cólera.

El joven sastre, mientras esto decía su venerable padre, vestíase a toda prisa en el mismo portal que era albergue de la sastrería. En el momento de abandonar la tienda para mezclarse al popular tumulto, un hombre llegó a la puerta y se detuvo en ella, saludando cariñosamente al señor Sarmiento.

—Hola, hola..., señor Monsalud—dijo éste—. ¿Tan pronto de vuelta? ¿No va usted a Palacio? Dicen que habrá tocata de *trágalas* y sinfonía de *mueras* y *vivas*.

—¿Ha salido mi madre?—preguntó el joven, sin hacer caso de las observaciones de su amigo.

—No he visto salir a la señora doña Fermína—replicó Sarmiento—. Debe de estar arriba acompañando a doña Solita y al Taciturno.

—Subiré a decirle que no salga esta tarde.

—Aguarde usted, don Salvador. Si no va usted más que a eso, le mandaré un recado con Lucas. Quédese usted aquí. Vámonos a la esquina a ver pasar la gente y hablaremos un rato. ¿Qué me dice usted de estas cosas?

—Pero ¿no tiene usted escuela?

—He soltado al infantil rebaño. Si no lo hiciera, me alborotaría la escuela, y mis lecciones se perderían en la algarazara como semilla que se arroja al viento. Es preciso transigir un poco con la inquietud bulliciosa y la precocidad patriótica de estos chiquillos que han de ser ciudadanos. De esta manera los voy educando sin tiranías, y mansamente les inculco sus deberes y los preparo para que ejerzan la soberanía en los venideros años venturosos, en los cuales nuestra nación se ha de empingorotar por encima de todas las naciones.

El amigo y vecino de nuestro excelente don Patricio sonrió.

—No crea usted—continuó el maestro—que imitaré la conducta de ese pedante insoportable, émulo y antagonista mío, el maestro Naranjo, de la calle

de las Veneras, el cual, cada vez que hay bullanga, revista de milicianos, otra cualquier función vistosa, encierra a los chicos y no les permite ver ni que regocijen sus tiernas almas con las emociones de la cosa pública. Pero bien sabe usted que Naranjo es un poco y un mucho servilón, hombre forrado en oscurantismo y encuadrado en intolerancia, amigo de los enemigos de la Constitución, indiferente en efígie, pero absolutista en esencia, con vislumbres de *persa* vergonzante y amagos de realista monacal. ¿Qué ha de hacer con los pobres chicos un hombre de estas cualidades? Tiranizarlos, ennegrecer su espíritu, imbuirles ideas despóticas, educarlos en el desprecio de la Constitución y en el amor al servilismo. ¡Desgraciada nación la nuestra si prevalecieran en ella los alumnos de Naranjo! Vea usted, señor don Salvador, una cosa de que el Ministerio debiera ocuparse sin levantar la mano: extirpar esas infames cátedras, suprimiendo todos los maestros de escuela que con su conducta están sembrando la cizaña del servilismo, para que en lo venidero estorbe y abogue la frondosa planta de la Constitución.

—Sí, es preciso poner manos en eso—respondió distraídamente Monsalud—. Me parece que ya no pasa tanta gente.

—Si no tuviera que barrer la escuela y copiar unos pliegos, señor don Salvador, nos iríamos usted y yo a meter nuestro hocico en la plaza de Palacio y oír algo de la rechifla...; pero ¿cómo ha de ser!... Primero es la obligación que la devoción.

Diciendo esto, don Patricio entró en el aula, y tomando la escoba que detrás de la puerta estaba, empezó su tarea.

—Si usted me lo permite—dijo Salvador, siguiéndole también adentro—, escribiré una carta aquí, en la mesa de usted.

—Gran honor es para mí... Aquí tiene usted la pluma que he cortado hace poco; aquí, la tinta; aquí, el papel. Me callaré para que usted pueda escribir tranquilo... Pues, como iba diciendo, yo me alegro de que a su majestad, de quien siempre hablaré con mucho respeto, le den estas lecciones de constitucionalismo. Los reyes, amigo mío, no aprenden de otra manera. Les dice uno

las cosas, y nada; se las repite, se las vuelve a repetir, y ni por éstas: es preciso gritar y manotear para que fijen la atención... ¡Ah!... ¡Perdone usted! Estoy levantando mucho polvo. Regaré un poquito.

Salvador Monsalud escribió lo siguiente:

«A L. . . G. . . D. . . G. . . A. . . D. . . U. . .
Pod. . . Sob. . . Gr. . . Com. . . y Scr. . .
Gran Maest. . . del Gran Oriente de España.

S. . . F. . . U. . .
Aristogitón. . . grd. . . 18.

(SALVADOR MONSALUD.)»

Después se quedó un rato pensativo, mordiendo las barbas de la pluma.

—Cuidadito, retire usted un poco los pies, que mojó—dijo don Patricio, agitando la regadera junto a la mesa—. Ahora se puede barrer sin cuidado... No de otra manera la benéfica lluvia de la libertad impide que se levante el sucio polvo de la tiranía... Vea usted, señor don Salvador, qué poco aprenden los reyes. Como los chicos, no entienden sino a palos. Yo digo que la Constitución con sangre entra. En octubre del año pasado, cuando su majestad no quería sancionar la reforma de monacales, por instigación de don Víctor Sáez y del embajadorcillo de Su Santidad, el pueblo amenazó con una revolución, y Fernando no tuvo otro remedio que sancionar. Pero ¿sirvióle de enseñanza este suceso? No, señor, porque en El Escorial conspiraba contra el Gobierno, y el nombramiento de Carvajal en decreto autógrafo era un proyecto de golpe de Estado. ¡Iniquidad funesta! Pero el pueblo no se duerme. Cuando Fernando entró en Madrid..., ¡qué día, qué solemne día! ¡Qué veintiuno de noviembre! En vez de vítores y palmas, galardón propio de los sabios monarcas, Fernando oyó gritos rencorosos, muertas furibundos, amenazas, dictorios; oyó ternos como puños y vió puños como ternos. No ha presenciado Madrid una escena tan impotente. Allí era de ver el pueblo ejerciendo el soberano atributo de amonestación; allí era el oír el trágala, cantado por las elegantes mozas del Rastro. Miles de brazos se agitaban amenazando, y todas las bocas espumarajeaban de rabia. Los

que llevábamos en la mano el libro de la Constitución lo besábamos en presencia del rey. Un fraile pronunció varios discursos que encendían más los ánimos. De repente, por entre apiñadas cabezas, se alzan multitud de manos que sostienen un niño. Es el hijo de Lacy. La multitud soberana grita: «¡Es el vengador de su padre! ¡Es el hijo del gran patriota! ¡Mueran los tiranos! ¡Viva la Constitución!» El rey oía todo, y su semblante echaba fuego... Pues bien: ¿cree usted que esta lección fué provechosa? Nada de eso. La camarilla sigue conspirando, la Corte desafía a la nación, al mundo, al linaje humano, con la infame conspiración y plan de don Matías Vinuesa, que ha escandalizado a Madrid días pasados.

Salvador, prestando escasa atención a las palabras del maestro, escribió despacio y con largos descansos lo siguiente:

«Dispensad, H. . . y M. . . Q. . . H. . ., la libertad con que os manifiesto mi pensamiento después de saludaros con los s. . . y b. . . c. . . en este Or. . . de Madrid.

»Faltaría a los más altos deberes si no me negara a aceptar vuestros ofrecimientos y la misión que me encomendasteis, porque, estando convencido de que ese O. . . es un centro de libertinaje y de anarquía, y tal como está organizado produce efectos contrarios a los verdaderos principios liberales, deseo que se me considere como H. . . y D. . . y se aparte mi humilde persona de todos los trabajos de la O. . . Quizá sea mío el error y no de los de V. . . T. . .; pero...»

Al llegar a este punto se detuvo, recorrió con la vista lo escrito, hizo un gesto de disgusto y, rompiendo el papel, empezó a escribir otro.

—¿No sale, no sale la cartita?—dijo don Patricio, sonriendo—. Se conoce que es de amores. No a todos los mortales es dado manifestar elegantemente sus pensamientos en forma literaria. ¿Quiere usted que vea si puedo yo sacarle del paso?

—Gracias; no es preciso... ¿Conque decía usted, señor don Patricio, que el rey...?

—No aprende nunca. Veremos qué tal efecto produce la amonestación de esta tarde. Observe puntualmente la Constitución; sea amigo del pueblo; ame la

Libertad, como la amamos todos, y entonces no habrá más que aclamaciones y flores... Pero ¿estuvo usted anoche en Malta?

—Yo no voy a ese manicomio.

—¿Y en La Fontana? Dicen que van a cerrar los cafés patrióticos.

—Harán bien.

—Bien sé que usted, al hablar de este modo, lo hace por espíritu de oposición, y que dice lo contrario de lo que piensa. Es particular que le parezcan a usted detestables esas sociedades tan propias de un pueblo libre, y que se le antojen majaderos y charlatanes los hombres eminentes que en ellas derraman el fructífero rocío de la palabra constitucional. Si no conociese el gran entendimiento de usted...

El joven siguió escribiendo, sin atender a las palabras del domine. Posó un rato, durante el cual uno y otro callaron. Después, Monsalud rompió por segunda vez el papel escrito y empezó otro.

—Vamos, que está durilla esa oración primera de activa. Ya van dos pliegos rotos.

—Antes me dejaré matar—dijo Monsalud, en un arranque espontáneo—que contribuir a este desorden y figurar en una sociedad que es un hormiguero de intrigantes, una Agencia de destinos, un centro de corrupción e infames compadrazgos, una hermandad de pedigüños...

—¡Ah! Ya veo, ya comprendo de quién habla usted—exclamó Sarmiento, soltando rápidamente la escoba y sentándose frente a su amigo—. Esos intrigantes, esos compadres, esos pedigüños, esos hermanos, son los masones. Bien, muy bien dicho: todas esas picardías las he dicho yo antes que usted y las repito a quien quiera oírlas. El Grande Oriente perderá a España, perderá la Libertad por su poco democratismo, sus transacciones con la Corte, su repugnancia a las reformas violentas y prontas, su templanza ridícula, su orgullo, su estancamiento en las pestíferas lagunas de lo pasado, su repulsión a todo lo que sea marchar hacia adelante, siempre adelante, por la senda constitucional. O hay progreso o no lo hay. Si lo hay, si se admite, fuerza es que demos un paso cada día, que a

cada hora desbaratemos una antigualla para construir una novedad, que a cada instante discurremos el modo de dar al pueblo una nueva dosis de principios, y que no se aparte de nuestra mente la idea de que hoy hemos de ser más liberales que ayer, y mañana, más que hoy... Pero ¿se ríe usted?

—No, no me río. Oigo al señor don Patricio con muchísimo gusto.

—Adelante, siempre adelante—añadió Sarmiento con calor—. En virtud de este criterio, yo y todos los verdaderos patriotas hemos dado de lado a la masonería para fundar la grande y altísima, por mil títulos eminente y siempre española, sociedad de Los Comunes.

—He estado mucho tiempo fuera de Madrid—dijo Salvador—, y, al regresar, he oído hablar mucho de esa nueva hermandad. Por lo visto, el señor Sarmiento pertenece a ella. Sirvase usted explicarme en qué consiste.

—¡Explicar! ¿A qué vienen esas explicaciones? ¿Por qué no ha de conocer usted de *visu* lo que difícilmente podrá comprender *ex auditu*? Véngase usted conmigo. Le presentaremos en la sociedad, le haremos caballero de Padilla, y para mi será tan grande honor presentarle como para la Confederación recibirle.

—¡Confederación!... ¡Padilla!... ¿Qué ensalada es ésa?

—En el primer artículo de los estatutos se dice que nos *reunimos* y nos *esparcimos* por el territorio de las Españas con el propósito de *imitar las virtudes de los héroes que, como Padilla y Lanuza, perdieron sus vidas por las libertades patrias*.

—Y la Confederación, ¿se divide en talleres?

—¿Qué talleres? Eso es cosa de artesanos. Aquí todos somos caballeros. Llámase nuestro jefe el *Gran Castellano*; la Confederación se divide en *Comunidades*; éstas, en *Merindades*; éstas, en *Torres*, y las *Torres*, en *Casas Fuertes*. Todo es caballeresco, romancesco, altisonante. Si la masonería tiene por objeto auxiliarse mutuamente en las pequeñeces de la vida, nosotros nos *reunimos* y nos *esparcimos*, así mismo se dice..., para *sostener a toda costa los derechos y libertades del pueblo español, según están consignados en la Consti-*

tución política, reconociendo por base inalterable su artículo tercero. Nada de empeñitos; nada de floriqueo de destinos ni de asidero de faldones. El artículo diecisiete del capítulo segundo dice que ningún caballero *interesará el favor de la Confederación para pretender empleos del Gobierno.* ¿Qué tal? Esto se llama catonismo. ¡Hombres incorruptibles! ¡Pléyade ilustre! Tenemos Código Penal, alcaldes, tesoreros, secretarios. Nuestras logias se llaman *Fortalezas*, a las cuales se entra por puente levadizo, nada menos. La admisión es peliaguda. Está mandado que al iniciar a alguno no se revele nada del objeto y modo de la Confederación; pero yo le digo a usted todo, todito, porque confío en su discreción y prudencia.

—¿Y se puede ver eso? ¿Se puede ir allá?—dijo Salvador, demostrando curiosidad—. Supongo que habrá juramentos y pruebas.

—Le presentaré, señor don Salvador. Nuestra Confederación se honrará mucho con usted entre ella.

—No; preguntaba si se puede ir a las Fortalezas como se va al teatro, para ver, para reirse un rato.

—Amigo mío—dijo Sarmiento con gravedad—, no es cosa de risa una sociedad donde se jura morir defendiendo a la patria y donde se cumple lo que se jura.

—Eso es lo que no se ha probado todavía.

—Yo se lo probaré a usted; se lo probaré—exclamó vivamente don Patricio, apoyándose en la escoba como un centinela en el fusil.

—Si usted me hiciera el favor...—indicó, sonriendo, Monsalud.

—¿De probárselo?

—No; de callarse. Un momento nada más, queridísimo amigo mío.

—Si no digo una palabra... Escriba usted—indicó el maestro, recomenzando su interrumpida tarea—. Voy a purificar mi escuela, a barrer, digámoslo así, mientras usted escribe la carta. ¿Quiere usted que se la dicte?

—No, gracias. El asunto es delicado; pero a la tercera ha de salir.

Y, en efecto, salió.

III

Es indispensable el conocimiento de todas las familias que vivían en aquella casa. Ocupaba el principal Salvador Monsalud, con su madre, y el segundo, un señor taciturno y reservado, del cual los vecinos, a excepción de Salvador, no conocían más que el nombre, ignorando sus antecedentes y sus ideas políticas, a pesar de las importunas pesquisas que por averiguarlo hacía diariamente el curicso Sarmiento. Este y su hijo Lucas, sastre de oficio, ocupaban una de las habitaciones del piso tercero, sirviendo la otra de morada a Pujitos, gran maestro de obra prima, miliciano nacional, patriota, cuasi orador, cuasi héroe, y un si es no es redactor de diarios políticos, que para todo había en aquel desmesurado entendimiento.

El habitante del cuarto segundo era un hombre decente, con indicios, en toda su persona, de pobreza, decorosamente combatida y disimulada por el aseo, la economía, las cepilladuras de la ropa y otros artificios que no siempre realizaban el fin deseado. Tenía más de cincuenta años, aspecto débil y enfermizo, rostro muy melancólico, apagados ojos, ademanes corteses y fríos, escasísima propensión comunicativa y costumbres tan tranquilas como metódicas. Jamás anochecía sin que estuviese dentro de su casa. A horas fijas salía, y a horas inalterables entraba. Era rarísimo acontecimiento que alguien le visitase, y su morada era silenciosa y triste como vivienda de cartujos.

Antes que penetrara en ella cualquier extraño, tomábanse minuciosas precauciones, y dos ojos negros miraban por la cruz del ventanillo, examinando atentamente al importuno. Estos ojos negros eran los de una señorita, hija del señor Gil de la Cuadra (que así llamaban al taciturno), y única compañera suya, a más de una criada, en la triste mansión. Todo lo que tenía de antipático el padre entre los habitantes de la casa, lo compensaba con simpatías la hija. A todos agradaba; solía conversar con don Patricio al entrar y salir, y muy a menudo pasaba a la habitación de doña Fermina Monsalud, charlando con ella largas horas. Tenía por nombre Soledad; pero como su padre la llama-

ba Solita, así la decían todos, y más comúnmente doña Solita; que entonces las señoritas cargaban todavía con un *doña* no menos grande que el de cualquier quintañona.

Como cronistas, sentimos tener que decir que Solita era fea. Fuera de los ojos negros, que, aunque chicos, eran bonitos y llenos de luz, no había en su rostro facción ni parte alguna que aisladamente no fuese imperfectísima. Verdad es que hermoseaban la incorrecta boca finísimos dientes; mas la nariz, redonda y pequeña, desfiguraba todo el rostro. Su cuerpo habría sido esbelto si tuviera más carne; pero su delgadez exagerada no carecía de gracia y abandono. Mal color, aunque fino y puro, y un metal de voz delicioso, apacible, que no podía oírse sin sentir dulce simpatía, completaban su insignificante persona. Es sensible para el narrador que su dama no tenga siquiera un par de maravillas entre la raíz del cabello y la punta de la barba; pero así la encontramos y así sale, tal como Dios la crió y y tal como la conocieron los españoles del año 21.

El gran misterio de don Urbano Gil de la Cuadra, lo que traía en gran inquietud a los vecinos, y principalmente a don Patricio, era la ignorancia en que todos estaban acerca de sus ideas políticas. ¿Era liberal? ¿Era servil? Enigma terrible que daba vueltas como una rueda pirotécnica dentro del febril cerebro de Sarmiento, sin ser descifrado jamás. A veces, fundándose en conjeturas, en palabras sueltas, en la letra *sui generis* del sobre de una carta recibida por Gil, Sarmiento le declaraba absolutista. Otras veces, fundándose en iguales datos, diputábale revolucionario. Causaba desesperación al buen preceptor que Monsalud supiese la verdad y no la revelase a los vecinos.

—O este hombre es un emisario de la Santa Alianza—solía decir Sarmiento—, o un apoderado de los republicanos franceses. A estos viejos ojos, que tanto han visto, no se les escapa nada.

Al anoecer de aquel día en que nuestra relación comienza, entró, como de costumbre, en su casa el padre de Solita. Esta, que se hallaba acompañando a doña Fermina, subió a su habitación cuando sintió los pasos de Gil. Al poco rato subieron también Sarmien-

to y Monsalud, acompañados de Lucas, que a la sazón volvía de la plaza de Palacios, y los tres entraron en el principal, porque el maestro de escuela gustaba de platicar con doña Fermina sobre la cosa pública, en que él era, como el lector sabe, tan experto.

Reunidos los cuatro, Lucas contó los sucesos de aquella tarde, que consistían en dos piedras arrojadas al coche de su majestad, en diversos gritos patrióticos, en un miliciano herido por un guardia y algunas contusiones y corridas de escasa importancia.

—A pesar de eso—dijo Sarmiento gravemente—, no aprenderá. Seguirá oponiéndose a la plantificación lógica del sistema constitucional; fomentará la superstición y el fanatismo. Si yo fuera llamado a regir los destinos de la nación; supongan ustedes que lo fuera..., ¿eh?, pues bien, mi primer decreto sería para suprimir el cuerpo de Guardias. Mientras la camarilla tenga la probabilidad de ese apoyo, la Libertad no echará profundas raíces en el hispano suelo.

—Esta tarde se ha dicho—indicó Lucas—que el Gobierno va a disolver la Guardia.

—¿Lo ven ustedes? Mi idea..., es idea mía.

—Y a cerrar las sociedades patrióticas.

—Esa no es idea mía. La rechazo. Por el contrario, señor don Salvador, doña Fermina, yo abriría en cada calle dos por lo menos, dos cafés patrióticos, y los subvencionaría con fondos del Estado, para que se propagase la idea constitucional. ¿Qué le parece al señor don Salvador mi idea?

—Excelente—respondió el joven, ocupado a la sazón en hojear varios libros que sobre la mesa de la habitación había.

—Ya que está aquí el señor don Patricio—dijo doña Fermina, después de hablar un rato con la criada—, no se irá sin tomar chocolate. Y lo mismo digo a usted, Lucas.

Sarmiento, que, dicho sea en honor de la verdad histórica, no había ido a otra cosa, respondió de este modo:

—No se moleste la señora... Siento haber venido; pero si se ha de enojar usted con nuestra negativa, aceptamos... Madre e hijo son tan amables,

que, la verdad, cuando uno entra en esta casa, no encuentra la puerta para salir.

—Gracias, señor don Patricio.

—¿Saben ustedes—dijo con aire misterioso Lucas—que esta tarde vi en la plaza de Palacio al vecino del cuarto segundo? Estaba hablando con un guardia.

—Pero ¿no saben ustedes lo mejor?

—Indicó Sarmiento padre—. Pues ya me olvidaba... Que tengo nuevos datos para juzgar de las opiniones políticas del señor Gil de la Cuadra.

Monsalud miró fijamente al preceptor.

—Un precioso dato. Tengo por seguro que es *despótico*.

—Vamos, no hable usted mal de los vecinos, y menos de ese buen sujeto—dijo doña Fermina—. El y su niña son personas muy decentes, que merecen respeto.

—¿Respeto? No se lo niego. Oiga usted el dato, señor don Salvador. Ayer tarde entró en mi academia para que le cortase una pluma. Ya sabe usted que en la pared de enfrente tengo un buen retrato de Riego. Como el señor Gil le mirase atentamente, yo dije: «Ese es el grande hombre.» Advertí en el semblante de nuestro vecino una sonrisilla picaresca. Miróme, y con mucha suficiencia y pedantería, exclamó: «Es un majadero.»

—Lo mismo dice mi hijo—manifestó la Monsalud, ofreciendo el chocolate a sus dos vecinos.

—¿Lo mismo dice? Será por broma. ¡Riego, don Rafael del Riego! ¡Inmensa figura que se alza sobre el suelo de la patria, y con su majestuosa cabeza toca las nubes! ¡Riego, sol refulgente que todo lo inunda con su luz! ¿A quién sino a él se debe la libertad que gozamos? ¿A quién sino a él debe España el haberse puesto por montera del mundo y el estar por encima de toditas las naciones?

—Pues Salvador dice que es una cabeza llena de viento—dijo doña Fermina, gozando en mortificar al maestro.

—Bromas; son bromas, señor Sarmiento—dijo el joven con benevolencia.

Monsalud había encendido una luz y examinaba cartas y papeles.

—Como bromas pueden pasar; pero son de mal género. Esas bromas puede pírlas cualquiera que no sepa discurrir...

Yo no me tengo por ignorante; yo creo haber leído algo; creo poseer alguna ciencia..., digo, me parece a mí...

—Pues de contado.

—Algo sabe uno de lo que ha pasado en el mundo: memorables hechos y preclaras acciones, o sea lo que los eruditos llamamos Historia. Y si no que lo diga el señor don Salvador.

Monsalud no dijo nada.

—Pues bien—añadió Sarmiento, sorbiendo la mitad de lo que contenía la jícara—, yo declaro que conozco pocos varones de la antigüedad (y ahí está Plutarco que lo certifique...); sí, conozco pocos que se iguallen a este atrevido comandante, que desafió el absolutismo, a toda la Europa, señores; a la Santa Alianza, a los Borbones todos, a los serviles todos. Y tan gran fin realizó sin derramamiento de sangre, porque... vean ustedes la Historia: Harmodio y Aristogitón derramaron mucha sangre; las sediciones de los Gracos también fueron cruentas; Bruto mató a César; Robespierre y Dantón ya sabemos que cortaban cabezas como yo plumas; Cromwell degolló a Carlos Primero, etcétera. Pero nuestro hombre ha dicho: «Sea la Libertad», y la Libertad ha sido. Su espada no ha necesitado herir para vencer. Con su vívido fulgor deslumbráronse los tiranos, y, despavoridos, huyeron cual asustadas liebres. ¿No es verdad, señor don Salvador? ¿No es verdad esto?

Monsalud tampoco dijo nada, ni hacía caso de la disertación sarmentil.

—¡Y a hombre tan insigne, a este campeón que le dijo a España, como el ángel a María: «El Señor, o la Libertad es contigo», a ese apóstol, señores, se le tiene alejado de la corte, como si fuera una plaga, un pedrisco u otra calamidad aterradora! Se le desterró, primero a Asturias; se le desterró después, porque destierro es, a la Capitanía General de Aragón... ¡Oh!, si yo llegase a regir los destinos de la España; si yo..., pongamos por caso que llegase a ser ministro... Mi primera disposición sería para recompensar dignamente a ese héroe inaudito...

—¿Más todavía?...—indicó festivamente Monsalud.

—Pues qué—dijo Sarmiento con ciceroniano ademán, poniendo sobre la mesa la jícara vacía—, ¿acaso se le han

tributado honores correspondientes a sus servicios? Ni aun en la jerarquía militar ha tenido la elevación a que es acreedor. El era comandante: le plantaron en mariscal de campo... Bueno; pues eso, digan lo que quieran, es bien poco, es poquísimo; y aún me parecían una bicoca los tres entorchados. Usted tenga presente cómo recompensó Inglaterra a lord *Wellintón* después de la campaña aquella en que derrotó a Bonaparte. Así se premian los grandes servicios, no con estas mezquindades de aquí.

—Tiene razón el señor Sarmiento—dijo doña Fermina—. Si por lo de militar merece los tres entorchados, por lo que tiene de orador y de hombre discreto se le puede señalar una renta. Vaya, que la escena y los discursos aquellos del teatro fueron cosa bonita.

—Extraordinariamente bonita, aunque usted, señora mía, lo diga con cierto tonillo zumbón. Lucas, ¿te acuerdas?... Nosotros fuimos desde muy temprano a la cazuela. ¡Qué tumulto, qué palmas, qué entusiasmo! Yo me puse tan ronco, que en ocho días no pude dar lección a los chicos. Aún me parece que veo a nuestro querido general levantarse del asiento con aquella majestad que él solo tiene, y echarnos un discurso que me pareció de perlas, si bien con el mucho alboroto no se oía una palabra desde arriba. Aún me parece que estoy oyendo la pomposa música del himno que entonó el público. Riego, con aquella gracia suma que Dios le ha dado, levantóse y dijo: «La música del himno no es así, sino de esta otra manera.» Y se puso a cantarlo. Sus ayudantes llevaban el compás.

—¡Estaría bonito!...

—Después, uno de los ayudantes cantó el *Trágala*, perro, y aquí fué Troya. Yo creo que hasta las figuras pintadas en el techo cantaron en aquel instante. ¡Sublime momento, señora!... Pero los envidiosos no faltan en ninguna parte. Empéñase el jefe político en decir que aquello era un desorden. Quiere hacernos callar; encréspace el público como el Océano agitado por rabioso Noto; empiezan las puñadas, los dimes, los diretes, los ternos de pimentón, las cantáridas gramaticales. Riego mira con desdén al jefe político. Algunos de sus ayudantes, mostrando una impavidez

pasmosa, le insultan. Aporréanle dos o tres paisanos: Paco Rincón y Blas Cortada, si no me engaño; el teatro parecía una caldera hirviente; el general se retira, al fin, y, ¡oh pavor!, las calles están llenas de gente, la tropa se encierra en los cuarteles, y todo es zozobra y miedo de trifulcas. Sin la imprudencia del jefe político, nada habría pasado. Pero el despotismo es así: no le gusta oír el himno ni el *Trágala*; no quiere ver la faz del libertador del hesperio suelo, y aquí tienen ustedes el resultado: *guerras, asolamientos, fieros males*, como dijo el poeta. Nada, nada; según esa gente estólida, a la Libertad debe ponerse bozal para que no muerda.

—Bozal para que no muerda—repitió taciturnamente Monsalud.

—De la cosa más sencilla, del desahogo más ingenuo—continuó el vehemente preceptor—, toma pie el despotismo para extender su férreo dominio... Volvamos a nuestro invicto don Rafael. De nada vale el popular deseo. Se empeñan en que ha de salir de aquí, y le echan como se echa un perro que incomoda. Las sociedades patrióticas dejan oír su autorizada voz en contra de tal vilipendio; pero no son oídas. Manifiesta el pueblo su voluntad de mil maneras; fijanse pasquines; gritamos, pedimos, suplicamos, amenazamos. Yo pongo a todos los niños de mi academia la cinta verde con el lema *Constitución o muerte*. Ni por ésas. ¿Cómo contestan a nuestras honradas exhortaciones? Echando los cañones a la calle; lanzando de los cuarteles la caballería para que pisotee al pueblo; acuchillando sin piedad a gente indefensa. En tanto, Argüelles habla en las Cortes de las célebres *páginas*, y Felu habla de los *hilos*; se alborotan también los diputados, y cuando un gran patriota como Romero Alpuente se dispone a defender al pueblo, ahogan su generosa voz los chillidos de los serviles. Riego es desterrado, y ¡qué ignominia!, disuelven el ejército de la Isla, que había proclamado la Constitución; y por este camino volveremos a la tiranía y oscurantismo del año catorce, y al despotismo puro, el cual, después de todo, es mejor que el mixto, vergonzante, tibio o moderado que ahora tenemos, ¿no es verdad, señor don Salvador?

—Sí, amigo don Patricio: todo lo que usted quiera. ¡Y pensar que tantas cosas malas se remediarían con que el señor don Patricio fuese ministro media docena de días...!

—No se burle usted—dijo el preceptor, algo picado—. Yo no seré ministro; yo no puedo ser ministro, porque soy muy honrado, porque no soy intrigante, porque no soy ambicioso. Si tuviera un duro por cada vez que me he negado a aceptar este o el otro destinillo, sería un Fúcar... Pero supongamos que fuera ministro, y sentemos esa atrevida hipótesis...

—Silencio—dijo Monsalud—. Lllaman a la puerta.

Atendieron todos. Oyéronse fuertes golpes en la puerta de la casa.

—¿Quién será?—murmuró, con temor, doña Fermina—. Aquí no viene nadie después de anochecido.

—Iré a ver—dijo Lucas, a quien los golpes sorprendieron descabezando un sueño.

Pocos momentos después entraba Solita con semblante pálido y consternado, sin aliento, encendidos, de llorar, los ojos.

—¡Mi padre está enfermo!—exclamó, dirigiendo a todos una mirada suplicante.

—Iremos a buscar un médico—dijo don Patricio con oficiosidad—. ¡Lucas! Corre al momento.

—No es preciso médico—dijo Solita, deteniendo a los Sarmientos con un expresivo ademán.

—Yo entiendo algo de medicina...

—No necesitamos cosa alguna—añadió la joven, mirando a doña Fermina—. Lo que tiene mi padre es muy singular.

—¿Congestión cerebral, ataque de gota, síncope, jaqueca...?

—Mi padre está enfermo del ánimo—dijo tristemente Soledad—. No quiere médicos ni medicinas; lo que quiere es hablar con el señor Monsalud, y por eso vengo a rogarle que pase ahora mismo a casa.

Asombráronse todos de ver enfermedad que se aliviaba hablando.

—También puede que tenga algo que revelarme a mí—dijo Sarmiento, dando algunos pasos—. Voy allá corriendo.

—No; usted, no—replicó la joven, deteniéndole—. Salvador solo. Mi padre

desea verle y hablarle ahora mismo, ahora mismo.

Salvador subió sin tardanza al segundo piso.

Malísimo humor tenía Sarmiento cuando se retiró a su casa. No pudiendo refrenar la abrasadora curiosidad que le consumía, detúvose junto a la puerta del misterioso vecino, y aplicó el oído, anhelando percibir algo de la conversación o confidencia que dentro se efectuaba; pero ni una sílaba llegó a sus grandes orejas. Resignóse a no saber nada, y al entrar en su casa, dijo a Lucas:

—Insisto en que es *servil*, hijo; un infame *persa* que nos ahorcaría a todos si le dejáramos.

IV

Halló Monsalud al señor Gil de la Cuadra en un gabinete estrecho, donde tenía cama y mesa de escribir. Estaba el taciturno sentado en un viejo sillón, donde se hundía su flaco y miserable cuerpo, y todo en él revelaba perniciosa mezcla de abatimiento y exaltación, cual si su espíritu aumentase en actividad y la perdiera a toda prisa el cuerpo, reclamando el final descanso de sepultura. Sus ojos brillaban, moviéndose en los irritados huecos, y con vaguedad calenturienta y voluble fijábase en todos los objetos. Movía la cabeza y los brazos sin descanso, asemejándose su inquietud a tentativas de acciones concebidas rápidamente y desechadas antes de la realización. Cada segundo determinaba en aquella alma, llena de zozobra, un nuevo proyecto, un nuevo plan, un deseo nuevo. Las luchas del insomnio le conmovían, pugilato horrendo que el alma sostiene consigo misma, creyéndose otra, y en el cual hay formidables encuentros, caídas y elevaciones, un espantoso temblor de congojas, contra las cuales no hay voluntad ni razón que prevalezcan.

El personaje que ahora nos ocupa no es desconocido para los lectores de estos libros (1). Apareció brevemente cuando describimos la retirada de los franceses en 1813. Entonces abandonaba el suelo patrio como adicto al Intruso, a

(1) Véase *El equipaje del rey José*.

quien había servido, desempeñando una plaza de oidor en la Chancillería de Valladolid. Establecióse con su esposa, doña Pepita Sanahuja, en un pueblecillo del Poitou, y poco después de estar allí, hizo que le llevaran a su hija única, Soledad, a quien, por no exponerla a los peligros de la retirada, dejó en el pueblo natal confiada a los parientes de su primera esposa. Gil de la Cuadra había sido casado dos veces, y Solita era hija del primer matrimonio, pues la señora que el lector conoció en los campos de Alava no tuvo prole. La emigración fué tristísima para el oidor de la Chancillería de Valladolid, a pesar de la dulce compañía de su adorada hija, porque, después de haber perdido casi toda su fortuna en el gran conflicto de la monarquía extranjera, tuvo el dolor de ver expirar a su segunda mujer en el invierno del año 18.

De regreso a España, cuyas puertas abrió para los infelices renegados la revolución de 1820, se estableció con su hija en La Bañeza; pero circunstancias funestas que él mismo nos dará a conocer les obligaron a trasladarse a Madrid, donde la casualidad le llevó a la misma casa que habitaba Salvador Monsalud, cuya suerte tan unida estuvo, después de la batalla de Vitoria, a la del fugitivo matrimonio. A pesar de la amistad contraída en la fatal jornada del 21 de junio y de las buenas relaciones que sostuvieron en la emigración, pues Salvador vivió también algunos meses en Poitiers, Gil de la Cuadra se mostraba en Madrid muy poco comunicativo y afectuoso con su vecino. Era su carácter en verdad inclinado a la reserva, a cierta aspereza misantrópica que entibiaba las amistades. Visitábanse, sí, con frecuencia, y Soledad pasaba algunos ratos acompañando a doña Fermina; pero Gil de la Cuadra, en sus entrevistas con el antiguo jurado, mostraba el singular recato y la estudiada sobriedad de palabras que indican empeño de ocultar ocupaciones o designios. Por esta misma razón causó sorpresa al joven verse llamado tan a deshora y con tanto anhelo.

Indicándole con una seña que se sentara a su lado, Gil de la Cuadra le habló de este modo:

—Dispénsame usted si me he tomado la libertad de hacerle subir para confiarle un asunto grave. Sepa usted que

yo soy muy desgraciado, el más desgraciado de los hombres... Necesito el amparo de un ser generoso, de un buen amigo, de una persona discreta y, al mismo tiempo, poderosa.

—Yo no puedo ni valgo nada—replicó Salvador—; pero lo que de mis escasas facultades dependa, está a disposición de usted.

—Revelaré todo y decidiremos—dijo Gil de la Cuadra con esforzada voz—. Mi estado nervioso, la furia y exaltación de mi cerebro son tales esta noche, que creo moriré si no tomo una determinación salvadora... ¿Quiere usted que le hable con toda franqueza? Pues, amigo mío, yo soy muy cobarde.

Después de esta declaración, Monsalud creyó que el señor Gil iba a poner en su conocimiento cualquier contrariedad insignificante.

—Muy cobarde—añadió el extraño enfermo—. Verdad es que lo que me pasa es gravísimo. Si no tuviera una hija, a quien adoro, a estas horas, señor Monsalud, ya me habría dado muerte. En un momento de exaltación, casi llegué a olvidarme de mi pobre Solita, y abrí esa ventana para arrojarla a la calle. Vivir así no es vivir.

—Dígame usted con calma lo que tanto le mortifica, y resolveremos.

—Ante todo, debo recordarle a usted una deuda que conmigo tiene—indicó el taciturno, fijando en su amigo los ojos con expresión patética—. Mi esposa, que en gloria esté, y yo le salvamos a usted la vida en aquellos aciagos días de junio de mil ochocientos trece, que no puedo recordar sin espanto.

—Tampoco yo—dijo Monsalud, palideciendo.

—Le salvamos a usted la vida—añadió Gil de la Cuadra, complaciéndose en esta idea fundamental de su argumentación—. Después de ocultar a usted diferentes veces, yo autoricé a mi esposa para que, cediendo todas sus alhajas, que eran gran parte de nuestra fortuna, le rescatara a usted del poder de aquellos malvados guerrilleros, que querían sacrificarle.

—¡Es cierto!—murmuró Salvador con voz grave.

—¿Cabe mayor abnegación tratándose de un desconocido?

—No, no cabe más. Cien vidas de agradecimiento no bastarían para pagar

eso que usted llama deuda, y, como tal, con todo mi corazón la reconozco.

—¿De modo que usted, amigo mío, se halla dispuesto a hacer por mí, si me veo en un conflicto supremo, lo que mi esposa y yo hicimos por usted cuando peligraba su vida?

—Dispuesto con toda mi alma—afirmó el joven, lleno de piedad y efusión—. Ordene usted lo que debo hacer. Cuanto tengo, cuanto valgo, mi vida y mi nombre están a disposición de usted. No es un sacrificio, es un deber; y si no recuerdo mal, no ha sido preciso que llegaran ocasiones supremas para hacer este ofrecimiento, porque desde nuestra primera entrevista en Madrid me declaré deudor eterno de usted.

—Es verdad; gracias, gracias—dijo el enfermo, estrechando con sus flacas y amarillas manos las de Monsalud—. Mucha atención a lo que voy a referir. Creo haber indicado a usted, cuando estábamos en Francia, que mis ideas han sido siempre favorables a los derechos absolutos de la Corona y a la Monarquía pura, tal como durante siglos la disfrutaron las más gloriosas naciones de la Tierra. La ambición de mi segunda esposa y debilidades mías, que deploro amargamente, me indujeron a reconocer y servir al intruso Bonaparte. No necesito recordar la ignominiosa caída del partido afrancesado. Yo, que no pertenecí a él de corazón, sino por las sugerencias de mi mujer, tengo más derecho que los demás a quejarme de mi detestable suerte. Volví del destierro sin que mis ideas sufriesen mudanza alguna, y es singularísimo, y a la par muy triste, que los absolutistas del catorce, con quienes mi corazón simpatizaba, me cerraban las puertas de la patria, y que me las abriesen los liberales, a quienes tengo la desgracia de aborrecer. Esta contradicción real y molesta entre mi modo de pensar y mi gratitud, obligóme el año pasado a huir prudentemente de las cosas políticas. Retiréme a mi pueblo natal, La Bañeza. Como allí conocían todos mis ideas, un día los liberales me acometieron con palos, ordenándome que diese vivas a la Constitución; neguéme a tal vilipendio, y aquella deuda que para con ellos contrajerón mis honrados labios, pagáronla mis costillas con buenos cardenales. No obstante, tuve paciencia, señor y amigo mío, y seguí

pacíficamente en mi casa, pidiéndole a Dios que ponga fin a esta insoportable tiranía del populacho, mas sin buscar venganza, resistiéndome a tomar parte en los trabajos que algunos realistas traían entre manos para levantar partidas. En estas andadas, organizóse en La Bañeza la llamada Milicia Nacional, que yo llamaría Infernal, hablando propiamente, y para dar pruebas de su existencia y hacer el estreno de su bárbaro poder, emprendiendo con brillo el camino de la gloria, creyó que lo mejor era adjudicarme una nueva paliza, como lo hizo el tres de septiembre del año pasado, pretextando que yo conspiraba.

—Ya van dos, señor Gil. En verdad que admiro la resignación y sufrimiento de usted.

—Mes y medio de cama me costó la hazaña de los milicianos de mi pueblo. ¿Creerá usted que ni tales razones pudieron persuadirme a que dejara mi pacífico y santo retiro? Aguanté, callé y esperé. Mi actitud digna y cristiana debió ponerme a cubierto de nuevos ataques, ¿verdad?

—Seguramente.

—Pues no fué así. Precisamente por la razón de que yo sufría y callaba, debieron aplacarse en ellos la feroz intolerancia y salvajismo; pero no fué así, sino que mi humildad los hacía más bravos cada vez, y alegando conspiraciones que sólo en su obtusa mente existían, me atacaron de nuevo...

—¿Otra vez?

—Sí, señor, y se lo digo a usted francamente. A la tercera paliza ya no pude aguantar más, y lo que no había hecho hasta entonces lo hice desde aquel día.

—¿Conspirar?

—Justamente. Ellos se empeñaron en que conspirara, y conspiré. Aquí tiene usted la sabiduría de los liberales. Con su imbécil sistema de apalear a los que no piensan como ellos, van poco a poco convirtiendo en enemigos a todos los españoles. Yo, que había hecho propósito firme de no mezclarme en la política activa, ni contribuir al levantamiento de partidas, ni conspirar, salí de mi casa decidido a todo, a todo absolutamente; vine a Madrid, y mi mala suerte deparóme aquí el encuentro con un amigo de mi juventud, don Matías Vinuesa,

cura que fué de Tamajón, y a quien su majestad, en premio de los méritos que contrajo durante la guerra, hizo cape-llán de honor y arcediano de Tarazona.

—Ya se adónde va usted a parar —dijo Monsalud con benevolencia—. Vi-ruesa le indujo a usted a intervenir en esa descabellada conspiración que le ha llevado a la cárcel, y que probablen-mente le llevará también al patíbulo.

Al oír esto, el enfermo palideció y sus labios pronunciaron algunas palabras a guisa de oración.

—Puesto que todo se lo he de confe-sar a usted—añadió, exhalando un sus-piro—, diré que, en efecto, he sido con-fidente y amigo de don Matías Vinuesa. Obra de muchos es el célebre plan, cu-yo descubrimiento ha ocasionado la pri-sión de ese bendito, y que, con perdón de usted, no es descabellado ni mucho menos, y nos habría conducido al glo-rioso objeto que anhelamos los buenos españoles si la imprudencia, el soborno o la traición no lo hubieran descubierto. Presumo yo que alrededor del trono, donde tanto se trabaja por derrotar al Gobierno y a los liberales, existen la ve-nalidad y la corrupción más que en par-te alguna, y que de los mismos que nos han incitado a conspirar partió la in-fame denuncia, fundada en móviles que no comprendo. Yo estoy aburrido, des-engañado de la mala fe de todos, con-venido de que tan pícaro es Juan co-mo Pedro, y de que no es posible tomar parte activa en la cosa pública sin me-terse en fango hasta la coronilla.

—¡Lástima que no lo conociera usted antes de pringarse en la desdichada conjuración palaciega de Vinuesa, que es, según he oído, una de las mayores aberraciones que puede concebir la ima-ginación!

—Siento que usted califique tan dura-mente un plan que no conoce—repuso Gil de la Cuadra, en el tono del amor propio herido—. Y como no puede co-nocerlo si yo no se lo revelo, lo haré, porque después de la prisión de mi ami-go, no hay en ello inconveniente. La primera condición de nuestro plan era el secreto. Sólo debían tener noticia de él su majestad, el infante don Carlos, el duque del Infantado y el marqués de Castelar, como los únicos encargados de ponerlo en ejecución. Llegado el momen-to del golpe, su majestad debía llamar

a los ministros, al capitán general y al Consejo de Estado, y una vez que los tuviera a todos bien agazapados en la real cámara, debía entrar una partida de guardias de Corps, mandada por el serenísimo señor infante, y prenderlos a todos, luego que el rey saliese de la estancia. Vea usted qué ardid tan sen-cillo y, al mismo tiempo, tan fácil.

—Sí; todo es fácil y sencillo en las cabezas de los conspiradores. Prosiga us-ted.

—Inmediatamente después, el mismo señor infante don Carlos debía pasar al cuartel de Guardias y mandar arrestar a todos los individuos poco afectos a su majestad y a nuestras ideas.

—¿También eso es fácil y sencillo?

—Déjeme usted seguir. Al mismo tiem-po, el señor duque del Infantado... Bien le conoce usted: ¡qué imponente figura, qué aire marcial! Sólo con presentarse inclina los ánimos a la obediencia... Pues digo que el señor duque debía mar-char en el mismo momento a Leganés a ponerse al frente del batallón de Guar-dias que hay allí.

—Suponga usted que los guardias de Leganés le recibieran a tiros, que tam-bién puede ser...

—No es probable que a tan grande prócer y cumplido caballero le faltaran de ese modo... Pero aún resta algo... Excuso decirle a usted que todo debía hacerse en un momento dado.

—Es natural, y en un mismo momen-to dado también debía hundirse todo. Adelante.

—Se sobrentiende que ese momento había de ser nocturno—contestó el an-ciano—. Dado el primer golpe, veamos ahora su desarrollo. A las doce en pun-to, ni minuto más ni minuto menos, de-bía ponerse en camino para Madrid el batallón de Leganés, entrando en esta corte a las dos. A las tres en punto, el regimiento del Príncipe, con cuyo coro-nel se contaba, debía ocupar todas las puertas de la villa, y a las cinco y me-dia, ni minuto más ni minuto menos, debían las tropas y el pueblo empezar a dar «vivas» a la Religión, al rey, a la patria y «muera» a la Constitución y a los ministros... Luego, el plan conte-nía una multitud de determinaciones, consecuencia natural del triunfo. Debían ordenarse varias ccsas, verbigracia: que se celebrase un Concilio nacional..., que

los cabildos se encargaran otra vez de la administración del Noveno..., que hubiese tres días de rogativas..., que se rebajase la tercera parte de la contribución..., que los gastos de iluminaciones y festejos fueron muy moderados..., que los milicianos sirvieran en el ejército ocho años o pagaran veinte mil reales de rendición..., que se trasladara al obispo de Mallorca..., que se imprimieran por cuenta del Estado las cartas del padre Rancio..., que el obispo auxiliar, portador del libro de la Constitución del año veinte, lo llevase también ahora, y con su propia mano se lo diese al verdugo para quemarlo...; en fin, ya ve usted que nada faltaba.

—Nada faltaba, a no ser sentido común. ¿Son también obra de usted los papeles *El grito de un español* y *La pa-peleta de León*?

—En esta misma mesa he escrito parte de ellos—repuso el enfermo con disgusto—. Pero no disputemos ahora sobre la ruindad o excelencia del plan. Yo sigo creyendo que sin los infamantes sobornos y traiciones que han mediado, nuestra obra nos habría proporcionado un verdadero triunfo. No es posible formar juicio de lo que no ha podido pasar del pensamiento a la irrecusable prueba de los hechos. Lo real, lo positivo, lo que vemos y tocamos, amigo mío, es que yo me encuentro comprometido, expuesto a perder la libertad y quizá la vida, si no hallo un hombre discreto, astuto, hábil y poderoso que me ampare en trance tan afflictivo.

—Pero la Corte, esa Corte que es la que alienta, paga y sostiene las conspiraciones realistas, no le abandonará a usted...

—¡Ah, señor Monsalud de mis pecados!—añadió Gil de la Cuadra, con amarga tristeza—, la Corte, o no puede nada, o teme comprometerse dándome el amparo que de ella he solicitado. Preso don Matías, sin que rey ni Roque hayan podido evitarlo; hecha pública la conjuración, no hay ningún prócer ni potentado de Palacio que no proteste de su adhesión al liberalismo. ¡Pecador de mí! ¡Mil veces pecador! La circunstancia de haber sido afrancesado me hace sospechoso a los absolutistas. Esa es mi fatalidad; ésa es mi estrella negra; ésa es la funesta herencia que me dejó mi esposa. ¡Si viera usted cuántas puer-

tas se han cerrado hoy ante mí! Es particular: de la noche a la mañana ya nadie me conoce. Soy un extraño, un importuno; creen, sin duda, que les voy a pedir un socorro pecuniario, y me reciben de malísimo talante. La única muestra de benevolencia que he recibido es muy triste, señor Monsalud. Diomela, un caballero de Palacio, avisándome hoy el peligro que corro, porque halladas varias cartas y notas mías entre los papeles de Vinuesa, no han de tardar en venir por mí para embaularme en la cárcel, donde, si Dios no lo remedia, nos pudriremos el cura y yo, a no ser que nos cuelguen en la plazuela de la Cebada. ¿No es verdad, señor Monsalud, que debí preferir el tratamiento de los milicianos de La Bañeza?

—¿Espera usted que le prendan? ¿Lo sabe?

—Lo sé.

—Pues en tal caso—dijo Salvador, con asombro—, ¿por qué no huye usted? ¿Por qué no se oculta, al menos?

—Precisamente de eso quiero hablarle—manifestó Gil de la Cuadra, cayendo de nuevo en el lúgubre abatimiento en que Salvador le encontrara—. ¡Huir! Creo que no habrá otro remedio.

—Es el más seguro, por ahora.

—Mis achaques me hacen de tal modo cobarde, que no acertaré a dar un paso... ¡Si parece que me convierto en un niño!... ¡Como se me oprime el corazón!... Luego doy en pensar en la desdichada suerte y desamparo de mi pobre hija... ¿Qué será de ella si muero? De tal manera se perturba mi alma y se enflaquece mi razón pensando en esto, que no puede discurrir los medios de mi fuga o escondite. Piense usted por mí, pues no con otro objeto ha solicitado su protección; dígame usted lo que debo hacer..., trácame un plan.

—No sólo indicaré lo conveniente, sino que haré cuanto pueda para que usted quede en salvo esta misma noche. Es preciso tomar una resolución pronta. Animo, señor Gil; no acobardarse, y triunfaremos.

—¡Oh!, gracias, gracias mil—exclamó el enfermo, estrechando las manos de Salvador.

El infeliz conspirador lloraba.

—No perdamos tiempo... Saldremos juntos para que vaya usted más tranquilo—dijo Monsalud, restaurando más

a cada palabra la energía moral y física de su vecino—. No carecerá usted de nada.

—¡De nada!... ¡Qué bendición de Dios! Usted me devuelve la vida... Yo que empezaba a carecer de todo, hasta de lo más preciso...

—Este conflicto, amigo don Urbano, es poca cosa. Creo que nadie nos estorbará la fuga. Le llevaré a usted a paraje seguro, donde vivirá tranquilo y oculto hasta que podamos conseguir un sobreseimiento, una absolución..., allá lo veremos...

—¡Benditas mil veces sean esa boca y esas manos!—dijo Gil de la Cuadra, con emoción profunda—. Usted me salva; yo me arrojo en sus brazos como en una playa hospitalaria, después de ser juguete de las olas... ¿Conque usted, después que me ponga en lugar seguro, conseguirá un sobreseimiento, una absolución...? ¡Cuánto lo agradecemos mi hija y yo!... Sola, Solita, ¿dónde estás? Ven, corre a abrazar a este caballero.

—Vale más que nos dediquemos, sin perder un instante, a preparar todo lo necesario... ¿Qué hora es?

—Las once—dijo el anciano, levantándose con dificultad—. Me siento mejor; me siento más ligero; se me ha despejado la cabeza; muevo las piernas con flexibilidad; en fin, soy otro... ¿Conque a disponer...?

—Sí, a disponer todo. Arregle usted lo que ha de llevar de su casa. Yo me encargo de todo lo demás.

—¡Oh idolatrada hija mía, ya tienes padre otra vez; viviremos tú y yo!—exclamó Gil de la Cuadra con viva excitación de espíritu—. Lo que va a hacer por mí, señor Monsalud, superará a cuanto hicimos por usted en aquel horrendo día. Si consigue ponerme en salvo esta noche, me parecerá que resucito, y el horroroso aspecto de la cárcel dejará de atormentar mi imaginación... Conque apresurémonos. Soledad, hija mía, ven... Una vez que esté libre de las garras de esos infames, fácil le será a usted sacarme del atolladero de la causa. Las sociedades secretas a que usted pertenece lo hacen y deshacen todo. Además, el señor duque del Parque, de quien es usted secretario, administrador o no sé qué, pasa por uno de los hombres de más valimiento que existen en España.

—Antes de medianoche estaremos fuera de Madrid—dijo Monsalud, haciendo sus cálculos—. No conviene perder tiempo...

—Ese ánimo y decisión me regeneran—dijo Cuadra, dando algunos pasos vacilantes por la habitación—. Déjeme usted que, antes de ocuparme en los preparativos de la fuga, le dé a usted un abrazo, un estrecho abrazo de amigo... Así... Ahora, veamos lo que se lleva... ¡Soledad! ¡Solita!

La muchacha apareció de repente, pálida, desconcertada. Su semblante expresaba el terror más vivo, y sus descoloridos labios no acertaban a pronunciar palabra alguna. El padre participó al punto por simpatía natural del pavor de su hija; miró a Monsalud; éste formuló con ansiedad una pregunta.

No pudo dar contestación la atribulada niña. Oyéronse terribles golpes que resonaban en la puerta de la casa, haciendo retemblar a ésta de los cimientos al tejado... Oyéronse al mismo tiempo pasos de mucha gente, palabras, un rumor soez que llenó de espanto el alma de los tres personajes.

—¡Ahí están!—murmuró con voz tétrica Gil de la Cuadra.

—¡Ahí están!—replicó Monsalud, golpeando el suelo con tanta fuerza, que la casa redobló su temblor convulsivo y profundo, como contestando a las llamadas de los polizontes.

V

El amigo de Vinuesa, cayendo en el sillón, se oprimió con ambas manos la desnuda calva.

—Se me ha partido el alma...—exclamó sordamente—. Parece que me han arrancado la última raíz de la vida... ¡Yo me muero!... ¡Pobre hija mía!...

Solita corrió hacia él. Hija y padre se unieron en estrecho abrazo.

—Ya no hay remedio—dijo el segundo, con amargura.

Los golpes se repetían con más fuerza. Salvador, agitado por violenta cólera y despecho, se golpeaban la frente con el puño. En algunos momentos se sentía impulsado a una resolución desesperada; pero tenía demasiado buen sentido para no refrenarse al punto.

—No hay remedio—dijo Cuadra, con

acento solemne—. Hija mía, oye lo que voy a decirte. ¿Ves este hombre?...

Solita fijó en Monsalud sus ojos, llenos de lágrimas.

—Salve usted a mi padre—gritó—. Discurra usted algún medio para ocultarle, para sacarle de la casa sin que esos malditos le vean.

El tétrico silencio del joven indicó claramente que no podía discurrir medio alguno que no fuese una locura.

—No puede ser, no puede ser—dijo el anciano—. ¿Ves este señor? Es el único que puede hacer algo por mí, por nosotros. Mientras vivamos separados, recuérdale un día y otro que tu padre está en la cárcel. Se me figura..., se me figura que será un buen hermano para ti.

Los golpes redoblaron. Parecía que cien puños de hierro martillaban la puerta; la campanilla, sin cesar movida, cayó de su sitio.

—Es preciso abrir al instante—manifestó con vivísima agitación Gil de la Cuadra—. Una palabra más, amigo mío, hija de mi alma. Mientras viene de Asturias tu primo Anatolio, que ha de ser, amén de tu marido, tu único amparo después que yo falte, te dejo encomendada a este buen amigo. El será tu padre y tu hermano. Señor Monsalud, si acepta usted el encargo, me voy más tranquilo a la cárcel, y de allí...

—Acepto—dijo con grave acento el joven—. Solita será mi hermana. Además, juro por todos los santos y por Dios, que es mi padre, que le he de sacar a usted de la cárcel, adonde va esta noche.

Los tres se abrazaron sin añadir una palabra más. En el mismo instante, despedazada la puerta de la casa, entró en la estancia un hombre brutal y grosero, uno de estos que no creen representar bien a la autoridad si no la hacen antipática y aborrecible.

—¿Quién es aquí el bribón de Gil de la Cuadra?—dijo mirando alternativamente al joven y al anciano—. ¡Ah! Conozco al mozo, que es Monsalud... Supongo que Cuadra será el vejete... Vengase usted conmigo a la cárcel de Villa...; no, a la de la Corona, porque en aquélla no cabe más gente.

—El señor es Gil de la Cuadra—dijo Salvador—. Por el bribón no preguntes, que aquí no hay otro que tú.

Dos, tres, cuatro individuos no menos

simpáticos que su lindo jefe, penetraron en la estancia.

—¿Y a esta tortolilla, la llevamos también?—preguntó uno, atreviéndose a poner la mano en el hombro de la joven.

—Para preguntar una estupidez—repuso Monsalud, rechazándole violentamente—, no se necesita dar coces.

—Juan Violín, no seas bruto—gruñó el jefe—. Deja a esa señorita y alcánzame las esposas.

Gil de la Cuadra, al ver que le iban a atar las manos, huyó despavorido a la pieza inmediata. Siguiéronle todos. Rogóle Salvador que se sosegase, no haciendo resistencia a sus bárbaros aprehensores; cedió, al fin, el anciano, y ofreció sus manos a las argollas de hierro. Abrazóle estrechamente Solita, diciendo con lastimeros ayes y lamentos que no se apartaría de él, y fué necesario separarla. En la sala, Gil de la Cuadra, agobiado por la amarga pena, exánime y aturdido, cayó al suelo. Los polizontes tiraron de él como se tira de un perro que se detiene a hociquear en el suelo. Ayudóle Salvador a levantarse, y salieron de la casa.

Cuando bajaban la escalera, don Patricio y su hijo salieron a ver la tristísima comitiva, y Fermina Monsalud quiso que Soledad entrase desde luego en su casa. Detuviéronla todos, procurando consolarla; pero ella insistió en bajar, y luchando con todas sus fuerzas, que no eran muchas, procuraba desasirse de los brazos de Sarmiento y doña Fermina.

—Le soltarán pronto..., no llore usted, niña—le decía el preceptor—. Este Gobierno es como Dios lo ha hecho..., no persigue más que a los liberales... ¿Conque el señor Gil de la Cuadra era la mano derecha de don Matías Vinuesa...?

Soledad bajó rápidamente, y tras ella Sarmiento. En la calle arrojóse otra vez la joven en brazos de su padre, manifestando inquebrantable resolución de seguirle; pero las fuertes manos de los corchetes la separaron. Gil de la Cuadra, negándose a dar un paso en compañía de la soez cuadrilla, dejóse caer en el suelo, y otra vez el egregio polizonte tiró de la sogá.

—Tengo sed—dijo el anciano, respirando con ansia.

Delante de él estaba don Patricio, con

las manos a la espalda, fijando en el reo una mirada maliciosa y nada compasiva.

—Tengo sed—repitió Gil de la Cuadra.

—Señor Sarmiento—dijo Monsalud vivamente—, en la escuela de usted hay una alcarraza con agua...

—¡Mire usted qué demonches de casualidad!—repuso Sarmiento, sin moverse del sitio en que al anciano contemplaba—: se me ha olvidado dónde puse esta tarde la dichosa alcarraza.

—Subiré yo—dijo Soledad, procurando sobreponerse a su pena.

—Subiré yo—dijo Monsalud, tomándole la delantera con rapidez suma—. Aguarde usted abajo y procure calmar al pobre viejo.

Pocos instantes después, Salvador daba de beber a su amigo.

—La noche está fría—manifestó imperturbable y sin dejar su sonrisa picaresca el gran Sarmiento—; y cuando la noche está fría... y el tiempo fresco..., pues... no se tiene sed.

Los polizontes tiraron de la sogá, acompañando su movimiento de ese chasquido de lengua que tan bien entienden los animales.

—Animo, amigo—le dijo Monsalud—. No olvide usted mi promesa.

Pareció que el infeliz colega de Vinuesa recibía ánimo y vida al oír estas palabras.

—¡Pobre hija mía!—exclamó, bebiéndose las lágrimas que copiosamente corrían por sus mejillas.

—Solita es mi hermana—dijo Salvador, abrazándola—. Vamos, esto debe acabarse. Se reúne gente.

Cuadra se levantó con dificultad. En su espíritu había seguramente poderoso anhelo de colocarse a la altura de su situación, sofocando la ruin pusilanimidad que le abatía.

—¡Mi hija!... ¡Mi pobre hija!—gritó, clavando los tristes ojos en el semblante del joven, su vecino.

Con aquella mirada su afligido corazón de padre dijo cuanto las circunstancias exigían que dijera.

Solita perdió el conocimiento. Don Patricio, que estaba a dos pasos de ella, la sostuvo en sus brazos.

—¿En dónde pongo esto?—murmuró festivamente.

—Subiré a Soledad a mi casa—dijo

Salvador, tomando en brazos a la joven como si fuese un niño—, y después, señor Gil, le acompañaré a usted a la prisión.

Como lo dijo lo hizo, y poco después de medianoche todo estaba terminado.

VI

Todavía no se había «descubierto» el templo. No era aún la hora de la «tenida», y los *Hijos de la Viuda*, descansando de las fatigas políticas en sus casas o en los cafés, esperaban que la «luz astral» de la noche marcara la hora propia para los trabajos del *Arte Real*. Los *Maestros Sublimes Perfectos*, los *Valientes Príncipes del Líbano* o de *Jerusalén*, los *Caballeros Kadossch*, los que antaño se llamaban *Gerogramatas*, los *Hierorices*, los *Epivames*, los *Dadouques*, los *Rosa-Cruz* de hogaño, los hermanos todos, desde el *Terrible* hasta el *Sirviente*; los aprendices, compañeros y maestros, desde los de mallete hasta los de cuchara, estaban ocupados en el «ágape» doméstico, o bien conversando con sus «mopsses», jugando con sus «lovetones» o matando el tiempo en las reuniones profanas, lejos de la «verdadera luz». Las «estrellas» no se habían encendido todavía, ni el «mirto eleusiaco» exhalaba su aroma. Imperaba la rosa, emblema del silencio, y la imponente exclamación Ossé no había resonado aún bajo las «bóvedas orientales». En una palabra (y hablando con claridad para inteligencia de los ignorantes), la sesión de la logia no había empezado todavía.

En la *Caverna del Mithra*, o sea el Universo, hay un punto que se llama *Mantua*, o Madrid, en cuyo punto es evidente la existencia de una calle llamada de las Tres Cruces. En esa calle cualquier curioso, aunque no tenga sus oídos abiertos a la «verdadera luz», podrá ver una tienda de sastre; y si penetra en ella para que el supremo arquitecto de las levitas le tome medida de una; si durante esta fastidiosa operación alza los ojos a la «bóveda de firmamento», vulgo cielo raso, verá, sin duda, que por aquellos descoloridos y descarados yesos se pasean soles, lunas, rayos que fueron de oro, cordones, triángulos, estrellas pitagóricas y otros

signos. Al ver esto, sentirá en su alma profundísima emoción de respeto, y dirá: «Aquí estuvo el gran templo masónico en los tres «llamados» años, del 20 al 23.»

Siguiendo nuestra relación (y dejando que pasen algunos días después de las escenas últimamente referidas, lo cual nos lleva a los últimos de febrero de 1821), nos dirigimos allá. Es temprano: es la hora en que hierven los clubs; la hora en que *Lorencini*, *La Cruz de Malta* y *La Fontana* son otras tantas ollas donde burbujean con rumoroso y mareante zumbido las pasiones políticas, entre el chisporroteo de las envidias y el resoplido de las ambiciones. Todavía es temprano, porque los trabajos masónicos «se abren» (este tecnicismo obliga frecuentemente a no hablar en castellano) a hora más avanzada.

Aún está a oscuras el edificio de la calle de las Tres Cruces. Reconocemos el «vestíbulo»; la sala de «Pasos perdidos», donde campean los *Cuadros lógicos* y no hallamos persona viva. Oyense tan sólo los pasos de un «hermano sirviente» que va y viene, poniendo en su sitio las lámparas de aceite que bien pronto se han de llamar «estrellas polares», «astros» o «nebulosas». Por último, vemos que entra un hombre con ademán resuelto, como persona muy hecha a semejantes lugares, y observando que adelanta sin recelo alguno, nos apresuremos a seguirle, tomándole por guía en el laberinto de galerías usadas. El desconocido se acerca al «sirviente», y después de saludarle con signos que no nos es posible determinar, pronunciando una especie de santo y seña, le hace esta pregunta:

—¿Está el señor Canencia?

—En la *Cámara de Meditaciones* le hallará usted, señor Monsalud.

Le seguimos denodadamente, aunque el nombre de *Cámara de Meditaciones* nos da cierta comezoncilla de miedo, por haber oído que es un recinto pavoroso que hace enflaquecer el ánimo más esforzado. A pesar de esto, penetramos detrás del gallardo joven, y desde el mismo instante sentimos temblores y escalofríos al ver una habitación toda colgada de negro, no puede decirse que alumbrada, sino entristecida por macilenta luz. Damos diente con diente y el cabello se nos eriza, al observar que en

diversas partes de la triste estancia cuelgan, cual objetos en testero de tienda, cantidad de huesos y calaveras, y que medio esqueleto se apoya contra la pared, mirando con desconsuelo al otro medio, o sea los fémures y tibias que fueron de su pertenencia y hora yacen en el suelo.

En la sepulcral pieza hay una mesa, y junto a esta mesa se ocupa en «burilar una plancha», o sea extender un acta (hablando a lo cristiano), un viejo de cabellos blancos. No atendemos a las demostraciones amistosas que hace a nuestro introductor, ni a las palabras de éste; por ahora, atentos sólo al conocimiento del local, fijamos los atónitos ojos en algunos letreros que entre hueco y hueco adornan las paredes, y leemos: «Si vienes impulsado por una mera curiosidad o por otro móvil aún peor, retírate: no trates de descubrirla, porque penetraremos tus intenciones.» Volvemos la cabeza y nos sale al encuentro otro parrafillo: «Si tu conciencia está tranquila, ¿por qué sientes disgusto ante estos despojos que te recuerdan el fin de tu vida?» Otro letrado dice: «¿Siente tu alma temor?» Pues retírate, porque sólo un espíritu fuerte puede soportar las pruebas a que has de ser sometido.» «¿Te hallas dispuesto a sacrificar tu vida en aras del progreso humano?»

Poco a poco nos vamos familiarizando con el fúnebre y medroso espectáculo, y echamos de ver que la Cámara, lo mismo que su extraño moblaje, tienen cierto sello de arrinconados cachivaches de teatro, dicho sea con perdón de las humanas calaveras. El polvo que los cubre, el desorden y abandono con que están colocados los huesos y las inscripciones, indican que todo aquello está en lamentable desuso. Era la *Cámara de las Meditaciones* un recinto donde encerraban al catecúmeno para que preparara su ánimo antes de ser recibido como aprendiz por la congregación masónica. Lo primero que tenía que hacer el pobre profano, una vez que lo metían bonitamente allí, era otorgar su testamento y contestar por escrito a varias preguntas, con objeto de mostrar su manera de discurrir y los gramos de sal que tenía en la mollera. Formuladas las respuestas, un hermano entraba con el rostro cubierto en la Cámara, y reco-

giendo aquéllas, las entregaba al *Venerable*, que ya estaba presidiendo la sesión o «tenida». Leíanse las pruebas del talento del neófito, y si no resultaba alguna barbaridad estupenda, concedíanle el goce de la verdadera luz. Aquí empezaba una serie de ceremonias de que la gente de todos tiempos se ha reído mucho; pero dicen los masones que hasta sus más insignificantes gestos y signos tienen un sentido no menos profundo que los ritos de las religiones india, judaica y cristiana. Digan lo que quieran, las ceremonias de estas religiones, aun consideradas tan sólo desde el punto de vista artístico, tienen un sello especial de grandeza e idealidad; las masónicas, que sólo vagamente responden a una idea filosófica, parecen, por lo general, un juego de chiquillos, dicho sea con perdón de los *Valerosos y Soberanos Príncipes*.

Cuando se acordaba que el profano tenía bastante entendimiento para ser masón (y no debían de ser grandes las exigencias del tribunal), vendábanle a mi hombre los ojos para conducirlo a la logia, que estaba comúnmente a dos pasos de la *Cámara de Meditaciones*. Daba él un golpecito en la puerta, y un masón, a cuyo cargo corrían las funciones de «primer celador», decía con la voz más campanuda posible: «Venerable, llaman profanamente a la puerta del templo.»

El *Venerable*, aunque sabía bien quién llamaba y por qué llamaba, se hacía el sorprendido, diciendo con acento solemne: «Ved quién es.»

Intervenía entonces otro funcionario que se llamaba el «guarda interino». Este salía en averiguación del profano forastero que a deshora turbaba la tranquilidad augusta de la logia, y entonces el hermano que acompañaba al neófito decía: «Es un profano que desea ser iniciado en nuestros secretos.»

Por fin, después que habían mareado bastante al pobre lego, le dejaban entrar, no sin que dijera antes su nombre, edad, naturaleza, estado, religión, profesión y domicilio. El hermano que le presentaba ponía fin a su alta misión con estas palabras: «Ahí os lo entrego; ya no respondo de él.»

Sería molesto y ocioso referir la serie de preguntas que el *Venerable*, desde la celeste luminosa altura del Oriente, di-

rigia al neófito. Después de las preguntas empezaban las pruebas, a fin de ver, según el código masónico, «hasta qué punto la tortura física influye en la lucidez de las ideas del neófito, y conocer su energía, su carácter», etc. Aquí venían las figuradas copas de sangre; los homicidios de mentirijillas; los testarazos que no pasaban de broma; los «cállices de amargura», cuyo licor ha sido siempre muy conocido en la Fuente del Berro; las abluciones en un pilón denominado *Mar de bronce*, y otros sainetes, algunos de los cuales recibían el nombre de «viajes», y lo eran, en efecto, por los imaginarios países de Babia. Al «recién nacido» le asistía en tales actos un individuo a quien llamaban el «hermano terrible», siendo común que desempeñara tal comisión y llevase el atroz mote algún bonachón tendero de la Plaza Mayor, o manso escribientillo de cualquier oficina.

En seguida juraba el reciendario, prometiendo realizar cosas muy buenas, para las cuales no es preciso seguramente hacer el payaso, pues multitud de personas socorren a sus hermanos en la *Caverna del Mithra*, vulgo Mundo, sin necesidad de que se lo mande un *Venerable*, ni de que le mareen con preguntas vanas, después de bailar el *minuetto* entre un *Caballero Kadossch* y un *Príncipe del Líbano*. El juramento no era la última ceremonia, pues ningún profano podía dejar de serlo hasta que no le sobaban de lo lindo. A golpe de los «malletes», o sea martillo de palo, caía la venda de los ojos del neófito, y se encontraba rodeado de llamas y espadas.

¡Tremendo crítico instante para aquel que creyera iba a ser mechado y asado culinariamente!... Pero las llamas eran pintadas, y las espadas, de hoja de lata. El *Venerable*, compadecido entonces, sin duda, de la situación de aquel pobre hermano metido dentro de una hoguera y entre punzantes aceros, procuraba tranquilizarle, diciéndole que las llamas y espadas no eran otra cosa que una imagen del remordimiento que «desgarraría el alma del recién nacido» si llegaba a vender los secretos de la Sociedad. Con esto quedaban terminadas las fórmulas, y respiraba con libertad el iniciado, viendo concluidas las pesadeces del rito. Pero, a lo mejor, tomaba la palabra el *Venerable*,

que era por lo común un hombre, si no digno de veneración, muy convencido de la importancia de aquellas comedias, y le esperaba un discursazo, llamado entre ellos «pieza de arquitectura», encareciendo la sublimidad de la masonería y revelándose algo de lo concerniente al grado primero o de aprendiz. Este dejaba le llamarse Juan o Pedro, y tomaba con singular modestia el nombre de Catón, Horacio, Cocles, Leibniz u otro cualquiera personaje célebre.

No puede formarse juicio exacto de la masonería por lo que esta institución ha sido en España. Los masones de todos los países declaran que la Sociedad del compás y la escuadra existe tan sólo para fines filantrópicos, independientes en absoluto de toda intención y propaganda política. En España, por más que digan los sectarios de este Orden, cuyos misterios han pasado al dominio de las gacetillas, los masones han sido en las épocas de su mayor auge propagandistas y compadres políticos. Tampoco puede formarse juicio de la masonería española de antaño por los restos de ella que existen hoy y que al decir de los devotos, se reducen a unas juntillas diseminadas e irregulares, sin orden, sin ley, sin unidad, aunque cumplen medianamente su objeto de dar de comer a tres o cuatro hierofantes. Esta antigualla oscura que algunos sostienen como una confabulación caritativa y para fines positivos o menudencias individuales y para protegerse en uno y otro continente (por lo cual son masones casi todos los marineros que hacen la carrera de América), no tiene nada de común con la asociación de 1820.

Era ésta una poderosa cuadrilla política, que iba derecha a su objeto; una hermandad utilitaria que miraba los destinos como una especie de religión (hecho que parcialmente subsiste en la desmayada y moribunda masonería moderna), y no se ocupaba más que de política a la menuda, de levantar y hundir adeptos, de impulsar la desgobernación del reino; era un centro colosal de intrigas, pues allí se urdían de todas clases y dimensiones; una máquina potente que movía tres cosas: Gobierno, Cortes y clubs, y, a su vez, dejábase mover a menudo por las influencias de Palacio; un noviciado de

la vida pública, o más bien ensayo de ella, pues por las logias se entraba a *La Fontana* y *La Cruz de Malta*, y de aprendices se hacían diputados, así como de *Venerables* los ministros. Era, en fin, la corrupción de la masonería extranjera, que al entrar en España había de parecerse necesariamente a los españoles.

Durante la época de persecución, es notorio que conservó cierta pureza a estilo de catacumbas; pero el triunfo desató tempestades de ambición y codicia en el seno de la hermandad, donde al lado de hombres inocentes y honrados había tanto pobre aprendiz holgazán que deseaba medrar y redondearse. Apareció formidable el compadrazgo, y desde la simonía, el cochero, la desenfrenada concupiscencia, de lucro y poder, semejándose a las asociaciones religiosas en estado de desprestigio, con la diferencia de que éstas conservan siempre algo del simpático idealismo de su instinto original, mientras aquélla sólo conservaba, con su embrollada y empalagosa liturgia, el grotesco aparato mímico y el empolvado *atrezzo* de las llamas pintadas y las espadas de latón.

A medida que iba avanzando el triunfo, iba decayendo el ritual masónico, simplificándose los símbolos, relajándose la disciplina en lo relativo a juramentos, pruebas, iniciación. Por eso hemos visto tan empolvados y rotos los tarjetones y huesos de la *Cámara de Meditaciones*, cuya inutilidad empezaba a ser reconocida. Es propio de gente tocada del afán de codicia el no preocuparse de detalles tontos, y bien se sabe que hambre o ambición no tienen espera.

VII

—Gracias a Dios que se te ve por aquí—dijo Canencia, dando un apretado abrazo al joven—. Sé que has venido de Francia hace más de veinte días..., ¡tunante!, y no te has dignado dar una vuelta por la logia... ¡Cuándo sabes que te queremos tanto; cuándo sabes que los señores te estiman mucho y desean hacerte hombre de pro...!

—Por tener ocupaciones graves no he podido venir—repuso Monsalud, sentán-

dose—. Me han dicho que esto anda muy revuelto, papá Canencia.

—No es un modelo de paz y concierto—dijo el anciano con cierto desconsuelo—. Las diversiones crecen, y la reciente fundación de Los Comuneros ha hecho mucho daño a la Sociedad... Y tú, ¿en qué piensas? Me han dicho que los negocios del duque del Parque te dan de comer... Lo celebro.

—Vivo regularmente; no como ustedes, los hombres mimados de la situación, que están hechos unos bajaes.

—¿Lo dices por mí? ¡Pobre Aristogitón!—exclamó Canencia con filosófica humildad—. Yo no disfruto otras delicias de Capua que las emanadas de un miserable destino en Correos. Pero estoy contento, contentísimo. Ya sabes que no soy ambicioso, que me precio de filósofo en la verdadera acepción de la palabra... Hijo mío, un pedazo de pan, un vaso de agua clara, un buen libro, un tiesto con flores: he aquí mis tesoros, he aquí mis necesidades, he aquí mi sibaritismo. Recordarás lo que dice el gran Juan Jacobo acerca de...

—Yo no recuerdo nada.

—Pues el filósofo de los filósofos dice que no hay verdadera felicidad sin sabiduría... ¡Oh! ¿De qué sirven las grandezas humanas? Hasta el heroísmo es cosa que no tiene simpatías, porque, como dice el Ginebrino, «la continuidad de pequeños deberes bien cumplidos no exige menos fuerza moral que las acciones heroicas». Mira tú cómo un hombre humilde, que no va más que de su casa a la de Correos, y de la Casa de Correos a la suya o a la logia, y carece de esposa y de prole, puede ser un grande hombre, es decir, un sabio, o, si lo quieres más claro, un hombre feliz... Que suban los comuneros, que bajen o suban o se estén quedos los masones..., es cuestión que no me importa mucho. El zoquete de pan, la cantara de agua, un tiesto de flores y el buen libro no han de faltar. Convénecete, ¡oh joven inexperto!, de que la ambición no ocasiona más que disgustos y enfermedades en el hígado..., en el hígado, para hablar más claramente... Se me figura que tú estás carcomido por la ambición. ¿eh? Tú traes algo entre manos. Dime—añadió poniéndole la mano en el hombro con patriarcal cariño—: ¿por qué has es-

crito aquella carta a Campos diciéndole que te retiras de la masonería y poniéndonos de oro y azul... ¿Tratas de pasarte a Los Comuneros? Ahí tienes una apostasia que me parece tonta. Pareces un chiquillo. El creer que esto es una casa de locos no es motivo para querer salir de ella, señorito Aristogitón. Quédate aquí, quédate sin perjuicio de que in *foro conscienciae* te rías un poquillo de la parte externa, ¿entiendes? Yo también, si he de decirte la verdad, me río algunas veces.

—Pues si usted se ríe, amigo don Bartolo—dijo Monsalud, siguiendo el consejo del anciano—, es un hipócrita; porque usted es el hermano secretario y orador de la Sociedad; usted es el erudito, el que explica las leyes de la masonería, el consultor general, el que lo sabe todo dentro de esta casa, el que ordena los ritos, el que explica lo que los demás no entienden; usted es el sacerdote, el mago, el patriarca, el senescal, el archimandrita, el santón, el hierofante o no sé qué nombre darle, porque no sé todavía qué especie de religión, secta y jerigonza es ésta. Usted es el que predica cosas enrevesadas y enigmáticas que no entendemos; usted es el que dibuja garabatos en los diplomas, usted, asistido de su ayudante, el señor Regato, fué quien puso aquí esos huesos y esas calaveras que están abriendo la boca para decir que las vuelvan a la tierra; usted escribió estos tarjetoncillas y puso las granadas abiertas, las columnas, los triángulos y la sogá, y lo que llaman el *Delta*, el sol, la luna, el dosel, la J y la B, el cirio y demás signos y majaderías. Si después de hacer esto se ríe usted de los masones..., vamos, se comprende en qué consiste ser sabio y filósofo.

Durante el discursillo, el anciano Canencia sonreía socarronamente, acariciándose la barba. Cuando le tocó hablar volvió a poner su mano en el hombro del amigo, y bondadosamente le dijo:

—¿Tú no sabes que al pueblo, al vulgo, al común de las gentes, o como quiera llamarse a esta turbamulta ignorante e impresionable, es preciso meterle las ideas por los ojos? Ya es un gran adelanto que hayamos desterrado los símbolos y fórmulas absurdas de las religiones. Para inculcar en esas cabe-

zas de estuco el culto y veneración del Ser Supremo hay que proceder con paciencia. ¿Hemos de decirles que lo mejor es adorar a Dios bajo la bóveda de los cielos? No, mil veces no; mientras haya hombres, es preciso que haya templos, y mientras haya templos, es preciso que haya simbolismo, y mientras haya simbolismo, es preciso que haya imágenes, o, falta de imágenes, garabatos, cositas raras y de difícil inteligencia... Vaya, amiguito, no repitas la vulgaridad de que soy un farsante. Equivaldría esta columniosa especie a llamar farsantes al Papa y demás gigantes del catolicismo, y no lo son; dentro de su esfera, desde su punto de vista, no lo son... Lo que yo siento es que la gente va perdiendo el respeto al ritual, y llegará día en que miren todo esto como miran los curas dentro de la sacristía los objetos de su oficio. ¡Pícara Humanidad! Verdaderamente, es una bestia. No se la puede tratar sino a palos. Acá, para entre los dos, Aristogitoncillo de mil demonios, desde que se plantó aquí la Libertad voy creyendo que Atila, Omar, Felipe Segundo y Bonaparte han tratado a los hombres como se merecen. Mientras todo no vuelva al estado primitivo... ¡Oh! Pero tú no entiendes de esto, ¿no es verdad? ¡El estado primitivo! ¡Ah! ¡Imagínate el estado anterior a este funesto pacto que hemos hecho para destrozarnos los unos a los otros y hacernos todo el daño posible!... No hay nada comparable al pacto. La verdadera sabiduría debe dirigirse a ese fin: un fin, muchacho, que consiste en volver al principio. Mas no puede formar idea de esto quien está devorado por la ambición y tiene lleno el espíritu de ansiedades mundanas, en vez de conformarse a vivir modesta y primitivamente con un pedazo de pan y un vaso de agua cristalina, un tiesto de flores y un buen libro...

Monsalud no podía tener la risa. Durante un rato, Canencia, poniéndose las antiparras, sigue *burilando*, o sea escribiendo la *plancha* o, mejor el acta.

—Tú te ríes—dijo en el momento en que echaba polvos para volver la hoja—porque crees que ganarse la vida de esta manera no cuesta trabajo. Niño mimado de la fortuna, yo quisiera saber qué sería de ti sin la prebenda que tienes en casa del duque del Parque.

—Las prebendas—repuso Salvador—no existen hoy sino en este manejo de la J y la B, y en este cepillo o tronco masónico, que es el mejor del mundo después del de las ánimas. ¡Ah papá Canencia, ya podía usted echar un remiendo a estas pobres calaveras, que están diciendo con sus bocas sin lengua la inmensa tacañería del sacristán mayor de este templo!

—Así como no tienen lengua para pedir—dijo don Bartolomé con malicia—, tampoco tienen paladar, y puesto que no comen más que polvo no puede haber cocina más económica, y limpiarlas sería ponerlas a dieta. Bien dijo el otro que en polvo nos hemos de convertir.

—No lo dije por usted, que se está convirtiendo en momia de Egipto forrada en oro y plata, por obra y gracia de los misterios de Isis, de Eleusis y de Patillas.

—Esa es la opinión de esos bobos de comuneros—dijo Canencia, algo amostazado—. ¿Por ventura este granuja se nos ha hecho comunero?

—Tal vez—replicó Salvador—. Allá parece que están por la formalidad. ¿Hay también cepillo y colectas?

—Más que aquí. Pregúntaselo al señor Regato, que ha contribuido a fundar aquella Sociedad después de haber comido a dos carrillos en nuestro plato y hecho *salvas* con nuestra *pólvora*.

Los masones llamaban al vino *pólvora roja*; al vaso, *cañón*, y a los brindis, *salvas*. No es fácil comprender la misteriosa relación simbólica entre la embriaguez y la artillería.

—Pero te advierto—continuó Canencia—, por si es tu intención pasarte a los Comuneros, que aquí no tienes más que boquear para obtener lo que mejor te cuadre. Campos te quiere mucho... Anoche mismo habló mucho de ti, y aun se me figura que te va a sorprender con un buen regalito. Has hecho bien en venir esta noche.

—Lo celebro, porque vengo a pedir.

—¿A pedir?... Gracias a Dios, hombre. Eres de los nuestros. Veo que entras en el buen camino—dijo Canencia, mirando su reloj—. El acta está lista. Ya es hora de empezar la *tenida*. ¿Y qué pides?

—Dígame, señor Canencia—preguntó Monsalud con gran interés—; ¿cuál es el criterio de la Orden respecto a la

suerte de los que están presos por conspiraciones absolutistas?

—¿Cuál ha de ser? Que los ahorquen. ¿Te has echado a filántropo? ¿Hay algún pariente tuyo en la cárcel de Villa?

—Sí, señor; hay un pariente mío en la cárcel de la Corona—repuso Salvador con firmeza—, y es preciso sacarlo de allí.

—¿Es rico?

—Es pobre.

—Pues veo muy difícil que tu pariente coma los buñuelos del San Isidro de este año... Sin embargo, puedes trabajar. Campos te quiere mucho. El duque pertenece al Supremo Consejo. Ya sabes que lo que aquí se ata, atado será en el Gobierno, y lo que allá dentro desatemos, desatado será... allá arriba. Esta noche, después de la *tenida* ordinaria, hay *tenida de principes del grado 31*. Creo que se tratará de cosas muy altas. Si consigues tener de tu parte a Campos...

—En la *tenida* ordinaria, ¿quién preside esta noche?

—El mismo Campos... Ya comienza a venir gente, señor Aristogitón; orden y compostura.

Ambos personajes se trasladaron a la sala de *Pasos perdidos*, donde encontraron a varias personas. La concurrencia aumentaba cada instante con la entrada de nuevos hermanos, entre los cuales los había de todas clases, edades y figuras; muchos militares, aunque sin uniforme, y no pocos clérigos, aunque sin hábitos. El hermano Aristogitón, que por espacio de algunos meses había estado *dormido*, saludó a sus compañeros de taller. Pasó algún tiempo en animadas conversaciones particulares, hasta que el templo *fué descubierto*, mejor dicho, se abrió una puertecita que daba entrada a la logia.

VIII

La logia era un salón cuadrangular, muy mal alumbrado y peor ventilado, de techo plano y no muy alto, de paredes sucias y más parecido a cuadra o almacén que a templo de una religión que dicen tenía entonces en todo el mundo ocho o diez mil logias. En los cuatro testeros, otras tantas palabras de doradas letras indicaban los puntos car-

dinales, correspondientes el *Oriente* a la presidencia, presbiterio, sanctasanctorum, altar mayor o comoquiera llamar-sele, a cuyo sitio, más elevado que el resto del local, se subía por tres escalones. Para que todo se pareciera a un recinto religioso serio, había un doselete de terciopelo, en cuyo centro resplandecía un triangulillo al cual, para hablar con la mayor claridad posible, llamaban ellos *Delta*. Dentro de él se veían unos garabatos que indicaban el nombre de Dios puesto en hebreo, también para mayor claridad; pero ya es sabido que ningún signo masónico ha de estar al alcance de los tontos. Lo que sí se entendía perfectamente era el Sol y la Luna, dos caricaturas de aquellos astros pintadas a derecha e izquierda del *Delta*, o, como si dijéramos, al lado del Evangelio y al de la Epístola.

En igual disposición respecto al presidente estaban los sitios del hermano orador y del secretario. Cierto es que las mesillas de que se servían fueran más útiles teniendo la forma cuadrada; mas era indispensable no abandonar el triangulillo siempre que se pudiera, y por esto las mesas eran de tres picos. También tenían un poco más abajo bufetes típicos el tesorero y el hospitalario. En el remoto *Occidente*, es decir, junto a la puerta, se elevaban dos columnas rematando en granadas entreabiertas. Una columna tenía la J, y otra, la B, letras que, al parecer, querían decir *Juan Bautista*, pues también al precursor del Mesías le metieron de cabeza en la heterogénea liturgia masónica, donde los misterios egipcios y mil desabridas fábulas se mezclan gárrulamente con el mosaísmo, el paganismo, la religión cristiana, la revolución inglesa y la filosofía del siglo de Federico. Junto a las columnas se repetían las mesillas triangulares, una para el primer vigilante y otra para el segundo.

El techo no carecía de interés. Por encima del doselete destinado a guarecer la calva del presidente asomaban unas listas doradas representando los rayos del sol con dudosa fidelidad. En el friso había varios garabatos, obra de indocto pincel, a los cuales se atribuían intenciones de querer expresar los signos del Zodíaco; y por debajo de ellos corría, también pintada, una so-

ga, símbolo de unión y fuerza. La estrella pitagórica andaba también de paseo por aquellos altos cielos, testimonio de grandeza del Supremo *Demiurgos* (Dios), y en su centro llevaba la letra G, significando *gnos*, palabreja que hasta los niños entienden, sin necesidad de aprender, que significa *generación*. Completaban el sublime ajuar cuatro candelabros con sendas *estrellas*, que en el mundo ordinario llamamos velas, y, por último, la consabida batería de trastos, espada ondulante, compás, escuadra y el ejemplar de los estatutos. No había ventanas, ni más puertas que la de entrada, porque era de rito el ahogarse.

El *Venerable* o presidente era un hombre como de sesenta años, de agradable y aun hermosa presencia, fisonomía simpática, sonrisa esculpida, más bien de cortesía que de burla. En todo él había marcadísima expresión de contento de la vida, un singular convencimiento de que el mundo era bueno, y, si se quiere, de que el arte real era óptimo. Vestía con elegancia, y los atributos y arreos de la masonería, que no tienen comúnmente nada de airoso, le sentaban a maravilla. Había en su bizarra apostura corpulenta cierto aire de obispo, y también algo de hombre de mundo, sin que pudiera adivinarse cómo se verificaba la síntesis de estos dos términos tan diversos.

Aquel personaje, que a pesar de su indudable influjo en los sucesos de su época, ha escapado por extraño fenómeno, a las fiscalizaciones entremetidas de la Historia, se llamaba don José Campos. Este era su verdadero nombre, y no anagrama impuesto por el novelador para tapar una celebridad; más no lo busquéis en la Historia, como no sea en algún olvidado y oscuro libro de masones; buscadlo en la *Guía de forasteros*, porque era director general de Correos.

A pesar de la poca resonancia de su nombre y de no estar asociado éste a ningún mérito político ni oratorio, ni menos a batallas o sediciones, es indudable que el portador de él fué uno de los hombres más importantes del célebre trienio. A él se debió la organización de la masonería en aquel pie de ejército poderoso. Lo que no se comprende fácilmente es la razón de su modestia.

Campos no quiso nunca salir de la Dirección de Correos, aunque su familiaridad con ministros, generales y consejeros le ponía en la mejor situación del mundo para satisfacer su vanidad, si la hubiera tenido. De las más verosímiles tradiciones masónicas se desprende que el *Venerable* en cuestión era de los que se agachan para dejar pasar las turbonadas y los pedriscos, conservando siempre el mismo sitio y no dejándose arrastrar por la furia de las pasiones, con la cual, si aparentemente adelantan poco, en realidad salen siempre ganando y no están sujetos a las caídas y vaivenes de la gente muy visible y talluda. Más hábil vividor no le conocieron los pasados ni conocerán los venideros siglos.

Los anales masónicos están conformes con asegurar que Campos tenía en las logias el nombre de *Cicerón*.

Tomaron todos asiento, siendo de notar que algunos tenían mandil y banda y otros no. Hubo no pocos pasos de baile francés, tocamientos y signos que no describiremos por ser demasiado conocidos. La patriarcal fisonomía y espesa cabellera blanca de Canencia se destacaban al lado de la Epístola, y al verle tan circunspecto y hasta con cierta expresión beatífica se creería que los templos elevados a la Gloria del Gran Arquitecto *Iod* también tenían sus santos. El *Venerable*, usando las fórmulas rituales, mandó al primer vigilante que «se asegurase si el templo estaba a cubierto», y el primer vigilante, después de hacer la pantomima de salir y volver a entrar, declaró que no *llovía*, es decir, que el templo estaba libre de entremetidos y que podían empezar los trabajos. Un martillazo presidencial abrió éstos en el grado convenido.

El *maestro de ceremonias*, que era uno de los oficiales dignatarios, recorrió los asientos presentando el *saco* de las proposiciones. Algunos masones depositaron un papelillo como los que se usan en las rifas domésticas. El *Venerable* extrajo todas las proposiciones, y escogiendo la que le parecía más grave, leyó lo siguiente:

«*Proposición de Aristogitón*.—Gr. 18.°. *Salvador Monsalud*.—Pido a este Grande Oriente de Madrid se sirva declarar que reprueba las prisiones ordenadas por el Gobierno con motivo de inofensi-

vas conspiraciones absolutistas, y que se apresure a interponer su mediación benéfica para que don Matias Vinuesa y los demás inelices encarcelados por causa del ridículo plan descubierto el veintuno de enero, se libren, no sólo de ejecución capital, sino del largo cautiverio a que los condenará la pasión ponticia.»

Cuando el Venerable concluyó de leer, rumores de desaprobación sonaron en la logia; pero el martillo del Venerable impuso silencio, y algunos instantes después Aristogiton se expresaba en estos términos:

—He presentado esa proposición por pura fórmula y para cumplir con los Estatutos de la Orden, que disponen sean tratados todos los asuntos en sesión reglamentaria y no en conciliabulos reservados entre dos o tres hermanos bulidores que arreglan el mundo y la nación para su uso particular.

Nuevos rumores interrumpieron al orador, y Cicerón, después de acallarlos a golpes, recomendó a todos moderación.

—Temprano empiezan las interrupciones—prosiguió el masón del gr.º 17—, y lo siento, no por mí, que estoy dispuesto a decir todo lo que sea preciso, sino por mis queridos hermanos, que van a perder la paciencia y la voz si continúan haciéndome coro hasta el fin de mi discurso... ¡Decía que desconfío de que mi proposición tenga éxito aquí, a pesar de ser la expresión más leal y clara del espíritu y de las prácticas constantes de esta respetable Orden en todos los países del mundo; y no tendrá éxito, porque este Gran Oriente y los individuos que en diversos grados dependen de él han olvidado completamente los fines benéficos, desinteresados y filantrópicos de tan antigua institución, para desvirtuar y corromperlo, haciéndole instrumento de intereses políticos y de la codicia...

El martillo del Venerable, interpretando el descontento de la asamblea, advirtió al orador que hablaba con la pasión y vivacidad propias de un Congreso. Cicerón rogó en breves palabras al orador tuviese presente que aquello era un templo y no un club.

—Hermano Venerable—indicó Aristogiton—, si la condición de templo impide a este local oír la verdad, me ca-

llaré. Cuantos me escuchan saben ya por su conciencia lo que yo estoy diciendo. ¿Por qué no me lo han de oír a mí, si ya lo saben, y no les digo nada nuevo?... Continuaré, pues, procurando ser breve y herir lo menos posible la susceptibilidad de mis hermanos, a quienes ofende más lo dicho que lo sentido; más las palabras que los hechos... Al proponer al Oriente que temple en lo posible el ardor de las luchas políticas he querido protestar contra la tendencia a fomentarias y exacerbarlas. El instituto masónico debe ser extraño a la política, debe ser puramente humanitario, debe proteger a los desvalidos sin pedirles cuenta de sus ideas, y aun sin conocer sus nombres. Está fundado en la abnegación y en la filantropía. Lo dicen así su historia, sus antecedentes, sus símbolos, que o no representan nada o representan una asociación de caridad y protección mutua. Lejos de practicarse estos principios en España, la Orden se ha olvidado de los menesterosos, constituyéndose en agencia clandestina de ambiciones locas, en correduría de destinos y en...

Protestas, amenazas y tal cual palabra puramente española, que no fué conocida de Salomón ni de Hiram-Abí, ahogaron la voz del orador. El tumulto fué tan grande como cuando en el templo de Salomón se dispuso que la multitud prorrumpiese en gritos para que la palabra Jehová, pronunciada por el gran maestro, no llegase a oídos profanos. Del mismo modo, los martillazos de Campos-Cicerón no llegaban a profanas orejas. Por último, entre Canencia y el Venerable lograron restablecer el orden.

—Esto no se puede tolerar—gritó un compañero—. Si el hermano Aristogiton quiere abogar por los absolutistas, que tanto nos han perseguido; si es absolutista él mismo, dígalos de una vez, sin necesidad de insultarnos ni de manchar tan audazmente la honra inmaculada de esta santa Sociedad.

—Hermano Aristides, o mejor, Pipaón, pues no puedo acostumbrarme a prescindir de los nombres verdaderos—dijo Salvador, sin perder ni un instante su serenidad—: tú, que has cantado en todos los corrales y has venido aquí mandado por los absolutistas para referirles lo que hacemos, debes callar

para no exponerte a que se descubra bajo la piel de ese ridículo celo la verdadera oreja asnal de tu conciencia negra.

—Que se *burilen*, que se escriban ahora mismo esos insultos—grito Pipaon fuera de sí—. Hermano Venerable, pido que el Oriente formule ahora mismo el acta de acusación contra el hermano Aristogiton, y que pase a la Cámara de Justicia.

—¿Para qué se ha de escribir lo que he dicho?—añadió Monsalud—. Mejor es que lo repita, y lo repetiré cuantas veces queráis.

—¡Orden, orden!

Ciceron rompió la mesa a martillazos.

—¡Fuera, fuera!

—Hermanos queridos—dijo el Venerable haciendo un esfuerzo para que su sonora voz fuese oída—, tengamos calma. Ruego al orador tenga presente que estamos en un templo, en el santo templo abierto a las luces, a la honradez pura, a la filosofía pura, a los nobles sentimientos filantrópicos de la Humanidad toda, sin distinción de clases, iglesias, castas ni estados...

—¡Bien, muy bien!

—Pues digo al orador que estamos en un templo y no en un Congreso, y menos en un club.

—¡Muy bien!

—Hecha esta advertencia, y rogando a los hermanos de las columnas septentrional y meridional que se calmen y tengan prudencia, oigamos a nuestro hermano; que después el Oriente tomará las medidas que crea necesarias. Adelante, hermano Aristogiton.

—Es el colmo de la insolencia—gritó un hermano, sin hacer caso del martillo o cachiporra ciceroniana—que aquí dentro se levante una voz a defender al cura Vinuesa y a los demás conspiradores absolutistas.

—Yo no defiendo a los conspiradores—prosiguió al orador—. Lo que pido al Oriente es protección para los que padecen, martirizados por una populachería indigna, que no sabe oponerse a las conspiraciones de la Corona sino insultando al rey; que no sabe sofocar las conspiraciones realistas, porque perdona, tolera y agasaja a los hombres verdaderamente temibles, mientras encarcela y atormenta y ahorca a infelices clérigos

y ancianos ineptos, incapaces de hacer cosa alguna de provecho contra el régimen establecido. El populacho a cuyo servicio se ha puesto esta Orden no ve los enemigos reales y poderosos que se unen astutamente al pueblo y se meten aquí, minando el terreno en que la Libertad trata de fundar, sin poderlo conseguir, un edificio más o menos perfecto. La plebe, mientras deja trabajar en silencio a los que odian la Libertad, se entretienen en dar tormento a la gente menuda.

»Señores masones, o señores liberales templados, que ahora todo viene a ser lo mismo, sois como aquel emperador romano que se ocupaba en cazar moscas, y mientras mortificaba a estos pobres insectos, no veía a los pretorianos que se conjuraban para echarle del trono. Este era Domiciano. Así sois vosotros. Yo quiero que variéis de conducta, y principio por pedir que se deje en paz a las moscas... No conozco a Vinuesa; pero sí a compañeros y amigos suyos que comparten su suerte en la cárcel de la Villa o de la Corona. He visto la feroz excitación que existe en el pueblo contra ellos, y esta excitación, creada y fomentada por esta Orden y más aún por la Asamblea de los comuneros, es una barbarie y al mismo tiempo una imprudencia política. El vil populacho a quien instruís en el inicuo arte de hacerse justicia por sí mismo aprenderá al cabo, y una vez maestro, querrá dar todos los días una prueba de esa atroz soberanía que le habéis enseñado. Tengo la seguridad de que si el tribunal que va a juzgar a Vinuesa se mostrase benigno, la canalla destrozaría a Vinuesa, al tribunal y luego a vosotros, que habéis hecho creer a la bestia la necesidad de los sacrificios humanos. Mientras la Corte juega con vosotros y os lanza de desacierto en desacierto para desacreditaros, para que os devoréis los unos a los otros, os entretenéis en menudencias ridículas, os debilitáis en rivalidades indignas y aduláis las pasiones de la canalla, que si hoy ladra libertad, ladrará mañana absolutismo. Todo depende de la mano que arroje el pedazo de pan.

»Poniéndome, pues, en el terreno político, a pesar de creerlo impropio de esa Sociedad; hablando el único lenguaje que entienden aquí, declaro que

la persecución de Vinuesa, y mucho más la sañuda irritación del pueblo contra ese hombre infeliz, me parecen una desgracia casi irreparable para la Libertad, un mal gravísimo que esta Orden debe evitar a toda costa, principiando por propagar la tolerancia, la benignidad, la cordura, y concluyendo por emplear toda su influencia en pro de los procesados. Si no se hace así, esto que llamamos templo merece que el mejor día entren en él cuatro soldados y un cabo, y que después de entregar todos los trastos del rito a los chicos de las calles para que jueguen, recojan a los hermanos todos para llenar otras tantas jaulas en el Nuncio de Toledo.»

Las últimas palabras del orador apenas fueron entendidas, a causa del gran alboroto que se armó dentro del templo que representaba la grandeza y maravillosa arquitectura del mundo.

—¡Fuera, fuera!... El mismo se ha desenmascarado, y ya sabemos lo que quiere.

—A votar... Que se vote la proposición en escrutinio secreto.

—Ahora mismo se va a redactar el acta de acusación.

—¡Fuera!

—¡El acta de acusación!...

—Pedimos que pierda en absoluto los derechos masónicos. Tanta insolencia, esas brutales amenazas, la defensa de nuestros enemigos no pueden quedar sin castigo...

Estas y otras frases, pronunciadas en indescriptible tumulto, indicaban la efervescencia que en el templo reinaba, y por largo rato Cicerón se rompía las manos dando martillazos sin poder calmar las olas de aquel mar embravecido. Al fin, auxiliado de Canencia y de otros, lograron serenar un tanto los irritados ánimos, librando asimismo al insolente orador de las manifestaciones un poco brutales que el grupo más entusiasta, la columna de Septentrión, si no estamos equivocados, se dispuso a emplear contra él.

—Después de ver lo que veo, me preocupa poco que se vote o no lo que he propuesto—dijo Salvador—. Y en cuanto al acta de acusación, no se tomen mis hermanos el trabajo de redactarla, porque no es preciso que me expulsen. Me expulsaré yo mismo, abandonando pa-

ra siempre esta Orden inútil, enferma, podrida, que si aún respira y habla como los vivos, ya infesta como los cadáveres.

¡Escándalo inaudito! Aunque lo normal en las *tenidas* era que se discutiera con tranquilidad, cuando la Congregación salomónica se alborotaba parecía un club de los más fogosos. Unos rugían tan cerca del atrevido Aristogitón, que fué necesario que interviniera personalmente el Venerable para impedir cosas mayores entre hermanos, olvidados de la santidad que infunde un mandil de cocinero. De las columnas septentrionales partía el más atroz nublado de amenazas y recriminaciones. Las columnas del Mediodía estaban más tranquilas. Indudablemente había allí no pocos compañeros que opinaban lo mismo que el orador, hallando tan sólo reprehensible la forma violenta del discurso.

—¡Radiación, radiación!—gritaron algunos—. Sin alborotar se puede imponer castigo al delincuente.

Radiar significaba dar de baja.

—Que se le inscriba en el *Libro rojo*.

Era un librote donde se inscribían los hermanos *radiados* por sentencia masónica.

—Que se vote antes por *esferas* esa absurda proposición.

Esferas llamaban a las bolas.

—Queridos hermanos—repetía el Venerable con mansedumbre—. Estamos en un templo, no en un club. Orden.

El orador se hubiera marchado de la logia sin esperar las resoluciones del templo; pero un resto de consideración hacia los que aún le llamaban hermano detúvole allí. Vió que Canencia, desde su tripódica mesilla, le hacía señas de reprobación y pesadumbre; vió que el Venerable le miraba con expresión de lástima; oyó algunas palabras rencorosas de tal cual hermano que no lejos de él tenía su asiento; observó que muchos, mayormente los del Mediodía, guardaban una actitud reservada, como hombres demasiado prudentes que no se atreven a poner su opinión frente a la opinión de la mayoría; vió después que votaban su proposición, y por unanimidad la desechaban; pero lo que más sorpresa le causó fué que en la sala de *Pasos perdidos*, concluida la sesión, le dijera al oído algún hermano de los

más callados bajo la bóveda del *Universo*:

—Hermano Aristogitón, yo pienso como usted en lo de dejar en paz a las moscas y hacer puntería a los pajarra-cos; pero esto no se puede decir aquí. Conviene seguir la corriente y no chocar con la mayoría. A donde nos lleven iremos.

Y otro le dijo, también en secreto:

—Lo mismo que usted hubiera dicho yo, aunque en tono menos agresivo. No conviene ensoberbecer al pueblo, ni adular sus instintos sanguinarios; pero, amigo, la consigna de estos días es sacrificar algún absolutista a la implacable furia populachera, y como no ha caído en nuestras redes, ni caerá ningún tiburón, fuerza es echar en la sartén los pececillos de redoma. Vinuesa morirá.

Y un tercero le dijo, también en secreto:

—Le hubiera aplaudido a usted con toda mi alma; pero, amigo, estas cosas se sienten y no se dicen. Ni vale la pena de que pierda uno su destino y el pan de sus *lovetones*—hijos—por una apreciación política. Yo creo que esto se lo lleva la trampa. Estamos dentro de un torbellino que nos arrastra, nos hace dar mil vueltas, nos marea, que no para nunca, y nos llevará a donde quiera el Gran *Demiurgos*. Creo que hace usted mal en manifestar tan crudamente sus ideas. La masa popular tiene ya a Vinuesa entre los dientes, y no seré yo el guapo que pretenda quitárselo. Este clérigo es bastante criminal, es un disoluto, un perdido. ¿Por qué le defiende usted?

Y un cuarto le dijo, en secreto también:

—Siento mucho que le tengamos que *radiar* a usted y apuntarlo en el *Libro rojo*; pero no hay más remedio. No se puede tratar a la Orden como usted la ha tratado... Por mi parte, acepto esa idea de no hacer caso del bajo pueblo; pero ¿quién le pone el cascabel al gato? Soltamos los mastines, y ahora tenemos que andar brincando y corriendo y huyéndoles el bulto para que no nos muerdan. Si he de hablarle a usted con franqueza, creo que nada se pierde con quitar de en medio a los autores de ese monstruoso plan; pero al mismo tiempo opino, como usted, que

hay otros peores, sí, señor; otros que trabajan en obra fina, y no digo más... Dios nos tenga de su mano, Aristogitón, y lo que fuere sonará... Allí veo a Argüelles, a Calatrava y a Felú, que acaban de entrar. Esta noche hay *tenida de Maestros Sublimes Perfectos*... Parece que en Palacio anda la cosa mal y que las Cortes nuevas no serán muy sumisas... Yo me voy, porque, según me ha dicho Campos, debo perder la esperanza de un ascenso por ahora.

Y un quinto le dijo en voz alta:

—¡Buena la has hecho!... Yo que pensaba decirte que te empeñarás con Campos para que me trasladasen a la vacante de la secretaria...

—El duque del Parque acaba de entrar—le dijo un sexto—. Hay *tenida de Valientes y Soberanos Principes*. Sentiré que te *radien*, hermano Aristogitón. Aunque grité contra ti y te llamé insolente y procaz, no hagas caso. Somos amigos. Algo de lo que dijiste me gusta, principalmente el apóstrofe a Pipaón. Ese canalla va a ser presentado esta noche en un grado superior. No hay quien pueda con él. ¿Crearás que la plaza que estaba destinada para mí la pescó Pipaón para su criado?

Otros pasaban sin mirarle, o mirándole con provocativo enojo.

Mientras entraban diversos hermanos, que en el siglo respondían a los nombres de Quintana, Argüelles, Valdés, San Miguel, etc., salieron otros, entre los cuales también había nombres que después fueron ilustres, pero que callamos por varias razones.

Quedóse Monsalud en la sala de *Pasos perdidos*, esperando el resultado de la *tenida de Maestros Sublimes Perfectos*.

La logia se iba a abrir en uno de los grados superiores.

IX

Duró la reunión de los padres graves bastante tiempo, porque además de que en ella trataron diversos asuntos de política elevada, hubo admisión de un hermano que había recibido *aumento de salario*, es decir, ascenso en la escala masónica. La ceremonia de recepción en los grados superiores no era más seria que en el grado de aprendiz,

y se hablaba mucho de la *Acacia*, de la *Sala de en medio*, de la *Luz opaca* y otras lindezas. Para explicarlas sería preciso entrar con brío en la leyenda del Arte Real; pero como ésta y cuanto a ella se refiere es fastidioso en grado sumo, nos limitamos a recomendar al lector se abstenga de perder el tiempo averiguando el significado de los milares de emblemas diversos usados por las doscientas o trescientas disidencias o cismas del primitivo francmasonismo, entre los cuales el rito *escocés y aceptado*, que parece predominante en nuestros tiempos, tiene por liturgia un enredado berenjenal de alegorías, entre místicas y filosóficas, donde fracasa la más segura y sólida cabeza.

Los *Maestros Sublimes Perfectos* se retiraron muy tarde, y a la madrugada no quedaban en el local más que cuatro individuos, reunidos en torno a la mesa en la *Cámara de meditaciones*. Eran Cicerón, Monsalud, don Bartolomé Canencia y otro cuyo nombre y persona serán conocidos en el transcurso del diálogo. Este (que acababa de entrar concluidas las sesiones) y Canencia fijaban su atención en unos papeles llenos de guarismos y en un saquillo de monedas, contando a ratos, y a ratos apuntando cifras. Los otros dos hablaban.

—La *Cámara de perfección*—dijo Campos—no ha querido mostrarse severa contigo. Ha decidido que no seas *radiado* por ahora, y que, en vez de *dormir*, pidas una licencia ilimitada que se te dará.

—¿onterías y debilidades—respondió Salvador riendo—. Ni yo quiero licencia, ni la necesito, ni la pediré, ni me importa que me *radien* o me escriban en todos los libros rojos o amarillos.

—Hazme el favor—indicó Campos con socarronería—de no echártela de hombre superior. No valemos tan poco como crees. El discursillo de esta noche, que tan justamente alborotó la logia, y la carta que me escribiste renunciando las comisiones que yo quería encargarte en provincias me prueban que estás en un período de hipocondría o satánico orgullo. Señor Aristogitón, hay que civilizarse, hay que aceptar las cosas como son, hay que renunciar a esos humos de hombre puro, so pena de anularse y caer en triste olvido...

Es particular: yo te alargo la mano para sostenerte y elevarte y me la rasguñas. ¡Pobre gatillo inocente! El discurso de esta noche bastaría para expulsarte definitivamente de entre nosotros, y, sin embargo, gracias a mí te quedarás; gracias a mí...

—Para nada quiero seguir.

—Seguirás—repitió Campos con benévola insistencia—, y no sólo seguirás, sino que nos serás útil. ¡Tunante! Más de cuatro quisieran verse en tu lugar. Has de saber que tus salidas de tono y tus desaires, en vez de ocasionarte disgustos, te proporcionan gangas. Ya verás qué pedrada te voy a dar esta noche.

—A nada conduce tanto hablar, señor Campos repuso Aristogitón con impaciencia—. Es tarde: de una vez dígame usted si han traído esos señores algo referente a Vinuesa y su conspiración.

—Eres, en verdad, sospechoso. ¿En qué se funda tu interés por ese Gil de la Ccchera, de la Cuadra o no sé de qué?

—Es pariente mío.

—¿Cercano?

—Muy cercano.

«Quizá sea su padre—dijo para sí—. Estos hijos de nadie se exponen a que de buenas a primeras les salga un padre en cualquier calabozo.»

—¿Se ocupan de esto? ¿Sí o no?

—Nos ocupamos, sí. El castigo de Vinuesa y sus cómplices es una de las cosas que más preocupan a la gente política. No han sido olvidados otros asuntos graves, como la disolución del cuerpo de Guardias, los insultos al rey, las nuevas Cortes, que se abrirán dentro de unos días; la Sociedad de los comuneros, que está metiendo demasiado ruido, y las partidas de guerrilleros que comienzan a aparecer. Es un hormigueo de asuntos graves, que hacen de España un país de delicias.

—Por supuesto, no habrán resuelto nada. Los *Maestros Sublimes Perfectos* se parecen al Gobierno como una calabaza a otra. Aquí como allí se procede de la misma manera. Habrán decidido que no conviene absolver a Vinuesa, ni tampoco condenarlo; que no conviene castigar a los insultadores del rey, ni tampoco alentarlos; que el cuerpo de Guardias está bien disuelto, pero que se debe crear otro; que la mejor

manera de acallar el ruido que hacen los comuneros es alborotar mucho aquí; que las nuevas Cortes no son buenas, pero tampoco malas, y que la política debe ser exaltada para contentar al populacho, y al mismo tiempo despótica para contentar a la Corte.

—Atacas el justo medio, que es el arte político por excelencia bribón—dijo Campos riendo—. ¿Tú qué entiendes de eso? Sin este tira y afloja, sin esta gracia de Dios, que consiste en no hacer las cosas por temor de hacerlas a disgusto de Juan o de Pedro, no hay Gobierno posible.

—En una palabra: los *sublimes* no han decidido nada. Ya dijo Voltaire hace muchos años: «La masonería no ha hecho nunca nada, ni lo hará.» Tenía razón.

—Protesto—gritó Canencia, apartando por un momento su atención de las monedas, de los guarismos y del amigo que con él contaba y escribía—. El buen Arouet no ha dicho semejantes cosas. No calumniemos al gran filósofo, señores.

—Quienes le calumnian, querido Sócrates—dijo Campos en un momento de ira—, son los volterrianos, que fuera de aquí se fingen beatos para halagar a los curas.

—Pero si halagan a los curas non-rados—repuso Canencia, volviendo a contar—, no trabajan por la impunidad de los curas absolutistas, que escandalizan al país con sus conspiraciones... Cuarenta y cinco reales en medias pesetas.

—Usted, papá Sócrates—dijo Monsalud con mal humor—; reparta el *dinero de la viuda* y deje lo demás.

—Volviendo a nuestro asunto, hermano Aristogitón—manifestó Campos—, te conviene mucho no meterte a redentor de cautivos. El Grande Oriente no puede aplacar la efervescencia del pueblo contra Vinuesa, ni absolver a éste, aunque hará todo lo posible por que no se le condene a muerte, ni tampoco pondrá en libertad al de Tamajón, ni a tu Gil de la Cuadra, porque si lo hiciera, se supondrían complicidades absurdas. Ya sabes lo que es el vulgo..., y por más que digan, los Gobiernos deben dar algo al señor vulgo en compensación de lo mucho que a todas horas le piden.

—Pues yo me retiro—dijo Monsalud resueltamente.

—Aguarda, torpe, ingrato. Te he dicho que iba a darte una pedrada esta noche.

—No estoy para bromas.

—Vamos, será preciso cogerte con lazo, y luego atarte las manos para que no des bofetadas a tus favorecedores.

Campos sacó del bolsillo un pliego doblado en cuatro.

—Aquí tienes tu destino.

—¿Qué destino?—preguntó el joven con asombro.

—No te hagas el tonto, Salvador, ni vengas acá con ridículas y mentirosas modestias. Con esta clase de latigazos se domestica las fieras catonianas. Ya sé que no te gusta pedir nada: ya sé que te falta boca para proclamar tu horror a los destinos públicos y censurar la ambición y a los ambiciosos. Todos hacemos lo mismo; pero cuando nos dan algo... lo tomamos.

—Yo no entiendo una palabra de lo que usted me dice.

—Vamos, que no te falta ya más que hacerte anacoreta y excomulgarme por favorecerte. No tanto, joven modesto. Aquí tengo una credencial de treinta mil reales, una canonjía admirable en la secretaría del Consejo de Indias. Poco trabajo, ninguna responsabilidad. Con los suspiros que otros han exhalado por esta plaza se podría dar a la vela un navío. El ministro, al dármele esta noche en el Capítulo, me dijo que desde que vacó ese puesto lo han solicitado unos cien o doscientos *adictos*. Pero yo la había pedido para ti con muchísimo empeño, y el ministro no podía desairarme; el ministro me ha dado la plaza, a pesar de tu irreverente y sacrilego discurso de esta noche.

—Estoy muy agradecido a usted, pero no acepto.

—Es el primer caso que veo en España, querido Salvador—dijo Cicerón con la malicia escéptica que le era habitual—; es el primer caso que veo de un hombre a quien le dan esta bendición de Dios que yo tengo en la mano y se queda sereno y frío como tú estás ahora. Tú no eres hombre, tú no eres español.

—¿Pero usted, por su propia iniciativa, ha pedido para mí ese destino no habiéndolo solicitado yo?—preguntó el joven, tratando de averiguar el motivo de aquella protección sospechosa.

—Hombre, la verdad..., a mí no se me ocurría tal cosa; pero mi sobrina Andrea, que a todo atiende, que todo lo prevé, que sabe tan bien adivinar las necesidades, me dijo no hace muchos días: «Es una vergüenza que hayan colocado tanta gente inepta y esté sin destino Salvador Monsalud.» Comprendí que tenía razón, y le contesté que tú nunca habías pedido nada, y que en la casa del señor duque del Parque estabas muy bien... Ella me dió a entender que deseas la plaza.

—¡Yo!

—Tú. Andrea es excelente, es caritativa como ninguna y estima mucho a todos mis amigos. Me ha dicho que habías estado en casa a verme; que, no hallándome, esperaste largo rato; que estabas meditabundo y cariacontecido; que te dió conversación para distraerte; que, hablando de cosas de la vida, le diste a entender con frases delicadas y parabólicas que deseabas un buen empleo; en suma, según mi sobrina, tú le rogaste con buenos modos que influyera conmigo para que el Grande Oriente te proporcionara una pingüe colocación.

—¡Qué falsedad!... Pero ¿lo dice usted seriamente?—preguntó Monsalud con ira.

—¿Desmentirás a mi sobrina?

—Yo no desmiento a nadie. Simplemente digo que muchas gracias y que guarde usted su credencial para otro.

Diciendo esto, Salvador clavó tenazmente los ojos en el semblante de Cicerón, tratando de leer en él los móviles de conducta tan extraña. Aquella extemporánea protección del *Maestro Sublime Perfecto*, otorgada precisamente a quien acababa de hacer a la congregación una ofensa grave, encerraba sin duda algún misterio. Conocía bastante Monsalud el carácter de Campos para creer en su benevolencia, y conocía bastante la Orden para suponerla capaz de dar a los que no pedían. Ni consideraba tampoco verosímil la intervención de Andrea en aquel asunto. Hizo diversos juicios y sentó varias hipótesis; pero ni de aquéllos ni de éstas resultó nada concreto. También fué inútil la observación analítica del plácido rostro de Campos, pues el gran masón no era hombre que a su cara permitía vender los secretos del entendimiento.

—Yo lo agradezco mucho—repitió el joven—; pero de ningún modo puedo aceptar.

—Basta; para fórmula modesta, para vergüencilla de niño bien educado, basta ya—dijo Campos burlescamente—. Pues esto que ahora te doy no es más que para hacer boca. Ya se hablado al ministro de enviarte a desempeñar una de las superintendencias de Indias, con la cual puedes ser hombre rico en diez años.

Aquel proyecto de envío a Ultramar, aumentando al principio la confusión del joven, confirmó sospechas dolorosas que en su alma empezaban a nacer.

—¡Repito que no y que no!—dijo con la mayor energía—. Muchas gracias por todo; pero celebraré que no me vuelva usted a hablar de eso.

—Entonces—indicó Campos, cruzando los brazos en señal de perplejidad—, pide por esa boca. Imagina algún imposible; pide la luna, a ver si te la podemos dar.

—Lo que deseo ya lo pedí en la *tenida*.

—Pues eso es un disparate. Ya te he dicho que no podemos decidir nada. Hay cuestiones que no se resuelven sino dejándolas sin resolución. ¿Te ríes...? ¡Maldita sea tu filantropía! Yo quisiera comprender en qué consiste tu interés por Gil de la Cuadra.

—En que le debo la vida.

—¿Y qué es eso de deber la vida?

—Una cosa que no entienden los egoístas.

—Tú estás loco—dijo Cicerón, haciendo gestos de desdén—. Señor Regato, ¿qué le parece a usted la pretensión de nuestro joven filántropo?

El señor don José Manuel Regato alzó los ojos del montón de dinero para fijarlos en el cercano grupo. Hombre tan célebre merece algunas líneas.

X

Era de mediana edad y fisonomía har-to común: ni alto ni bajo, moreno y curtido el rostro, a excepción de la frente, que era muy blanca. Sus pobladas cejas negras y el pelo espeso y cer-doso indicaban fortaleza. Había en sus ojos la vaguedad singular propia de

los tontos o de los que aparentan serlo, y a menudo reía, como tributando de este modo complaciente lisonja a cuantos le dirigían la palabra. Vestía completamente de negro, asemejándose por esta circunstancia a una persona de estado eclesiástico; afectaba la más refinada compostura, y al mirar contraía los párpados a manera de los míopes. Si los abría en momentos de sorpresa, de miedo o de ira, distinguíanse los verdosos y dorados reflejos de su iris, muy parecido al de los gatos. Cuando quería hablar algo de interés, iba acercándose poco a poco al asiento de su interlocutor, y su manera de acercarse, su especialísima postura al sentarse, arrimando el codo o el hombro a la persona, eran fiel copia de los zalameños arrumacos del gato. Muchos habían observado esta semejanza, y hasta en el apellido de Regato, es decir, reiteración en las cualidades gatunas, hallaban motivo de burla los maliciosos.

—Antes de pedir con tanto empeño la impunidad de Vinuesa y compañeros —dijo don José Manuel—, yo me pondría en paz con Dios por lo que pudieran tronar. Defendiendo a tales víctimas, se corre el peligro de ser una de ellas. Gil de la Cuadra es uno de los peores. ¡Valiente pajarraco defiende usted, amiguito Monsalud! Con la mitad de lo que él ha hecho se va de bureo a la plazuela de la Cebada. No es crueldad, señores; pero si a ese candoroso anciano no le ponen la corbata de cáñamo, no hay justicia en el mundo.

—A quien hay que poner la corbata de cáñamo —dijo Salvador con súbita ira— es a los serviles que impulsaron a Vinuesa y compañeros mártires para abandonarlos en el momento del peligro. Quizá celebran hoy que la muerte de esos infelices borre la huella de trabajos más formales; quizá se mezclan hipócritamente a la canalla soez que pide horca y hogueras... para distraer de sí la atención del pueblo honrado y del Gobierno.

—Quizá... —replió serenamente Regato.

—Si sigues por esa senda de sentimentalismo —afirmó Campos, dando a Monsalud familiar espaldarazo—, es muy posible, ¡oh joven!, que te pongan entre los sospechosos o poco adictos al sistema.

—Ponganme donde quieran—manifestó Salvador—. Yo sé donde estoy y conozco bien los sitios y las personas. Desprecio los juicios malignos que aquí o fuera de aquí puedan hacerse de mi conducta.

—Enérgico estás—dijo Cicerón con jovialidad—. Verdad es que quien se ha extralimitado en el templo, bien puede salir de sus casillas en la sacristía.

—¿Qué es eso de sacristía? —indicó Canencia, desperezándose, después de contado el dinero, como hombre que ha terminado un gran trabajo—. No se pongan motes de clerigalla a estos venerables lugares. Esto se llama la *Cámara de meditaciones*... Cuente usted otra vez lo suyo, señor Regato. Son ochocientos treinta y seis reales y tres maravedises.

—No vuelvo a ensuciar mis manos en esta inmundicia —dijo Regato—. ¡Válgame Santa Mónica cuánta calderilla! Parece mentira que una hermandad tan ilustre, y a la cual pertenece tanta gente adinerada, no ponga más que estos miserables huevecillos.

—Los gordos son para el hermano Sócrates—dijo Monsalud—. Mire usted, señor Regato, como va echando carrillos y rejuveneciéndose el buen masón de Salamanca.

—Cállate, picarillo —repuso Canencia—. Ya sabes que puedo sacarte los colores a la cara siempre que quiera.

—Señal de que tengo vergüenza.

—O de que la tuviste... Pero basta de boberías. Cobre usted, señor Regato, y venga recibo.

—Las cuentas de estos señores—dijo Salvador—son tan embrolladas como las leyes masónicas.

—Es sencillísimo —contestó Regato—. Se me deben mil doscientos treinta y tres reales. Aquí está mi cuenta... «Por dos calavéras que mandé traer de la bóveda de San Ginés en seis de noviembre, cuarenta y dos reales... Por el bordado de cuatro mandiles, doscientos sesenta y ocho... Por echar una pieza al sol, doce... Por pintar las llamas, treinta... Por una escuadra nueva y siete malletes, cincuenta y ocho... Por aguardiente que se dió a los de Policía el cinco de enero, catorce... Por lo que se repartió cuando tiraron la pedrada al coche de Narices, cuatrocientos diez... Por papel de circulares, sesenta... Por saldo del piquillo que se le debía a Grip-

pini, el cafetero de La Fontana, ciento cuarenta..., y así sucesivamente, señores. Total, mil doscientos treinta y tres reales.» Ahora papá Sócrates ajusta las cuentas de otro modo y no quiere darme más que ochocientos treinta y seis reales. Estas mermas son las recompensas de un hombre de bien que consagró su tiempo a ser secretario de la masonería durante cinco meses... ¡Vean ustedes qué pago! Adelanta uno su dinero para que el Orden no carezca de nada, y al pagar... ¡Luego se espantan de que me haya hecho comunero!...

—Bendito don José—dijo vivamente Cicerón—, poco a poco. No nos espantamos de que usted se haya hecho comunero, nos espantamos y nos enojamos de que usted, tan favorecido por este Gran Oriente, prescindiendo de piquillos, alcances y descuentos, fomentara la escisión funesta que acaba de realizarse en la Sociedad; que arrastrara fuera del Orden a esos desgraciados fundadores de la gárrula comunería, y que ahora, después que forman iglesia aparte, los incite contra nosotros, les predique la anarquía y el desorden, convirtiéndolos en desalmados jacobinos.

—Yo me marché de la masonería—dijo Regalo con firmeza—; yo fomenté el cisma; yo contribuí a fundar la Sociedad de los Hijos de Padilla, porque la masonería vino a ser rápidamente una Sociedad ñoña y que no sirve para nada, como dijo Voltaire. Yo no oí las verdades amargas que dijo el señor Monsalud esta noche, porque, como hermano *durmiente* a perpetuidad, no puedo pasar de la sacristía ni aun entrar aquí sino recatadamente y a ciertas horas; pero por lo que me contó el señor Canencia, sé que este joven puso el dedo en la llaga. Señores, esto es una farsa; esto no conduce más que a un servilismo no menos infame que el servilismo del año catorce. Aquí se hacen los decretos a gusto de dos o tres maestros del grado sublime; aquí se eligen los diputados; aquí no hay otra cosa que los manejos de cuatro fatuos que mandan y a su gusto disponen de todo. No los quiero citar porque no hay para qué. Pero ellos quieren establecer el Gobierno perpetuo de los tibios, y adjudicarse todos los destinos. Esto no puede ser y no será. Hemos fundado la comunería para establecer la verdade-

ra libertad, sin boberías de orden y servilismo encubierto; para darle al pueblo su total soberanía y que se hagan todas las cosas como al santo pueblo le dé la gana; para desenmascarar a tanto pillo farsante y hacer que obtengan destinos los verdaderos hombres de bien, adictos al sistema. Basta de papeles y comedias bufonas. Nosotros vamos a la verdad, a la realidad. Odio eterno, señores, entre unos y otros; queremos separación eterna, irreconciliable, de los que desterraron a nuestro querido héroe, de los que contemporizan, con la Corte y la Santa Alianza, de los que disuelven el ejército libertador, de los que persiguen a las sociedades patrióticas de *La Fontana* y la *Cruz de Malta*, de los que hacen la mamola a los obispos y al Papa, de los que ponen dificultades a la organización de la Milicia Nacional; separación eterna de los que en una mano tienen el libro de la Constitución y en otra el cetro de hierro del *rey neto*. Este es el Orden de Padilla; ésta es la Confederación de Padilla, que hará en España la revolución verdadera, que establecerá el sistema constitucional en toda su pureza y pondrá fin al reinado de los pillos e hipócritas. El Orden de Padilla derribará al infame Ministerio de las *páginas* y de los *hilos* antes de ocho días, señores; óiganlo bien: antes de ocho días.

Nadie contestó en los primeros momentos. Cicerón meditaba apoyando su sien en el dedo índice. Canencia sonreía. Monsalud, indiferente a la perorata, se levantó para retirarse.

—¡Gran suerte será para nosotros—dijo, al fin, Campos—que el señor Regato nos perdone la vida!

—Yo no amenazo. Al contrario, invito a todos los buenos amigos a que se vengán conmigo.

—Es muy cómodo eso—indicó Cicerón—. Vivir con la masonería, cobrar ochocientos reales por calaveras, remiendos echados al sol y aguardiente dado a la Policía, y marcharse después con los comuneros para hacernos la guerra.

—No pueden ustedes acusarme de interesado—dijo Regato, levantándose también para marcharse—. La comunería es pobre: no da destinos.

—Pero los dará tal vez dentro de ocho días. Ya se puede esperar.

—Antes que se me olvide, señor don José Manuel—dijo el filósofo Canencia, que no se apartaba de lo positivo—. Me han dicho que allá tienen falta de espadas y broqueles. Aquí tenemos algunas piezas de sobra.

—Veo que esto acabará en Rastro—repuso el comunero, guardando sus cuartos—. Nosotros usamos espadas de acero, no de latón.

—Pues buen provecho, hombre, buen provecho.

—Para mis amigos soy el mismo de siempre—dijo Regato, echándose la capa sobre los hombros—. ¡Quién sabe si...!

—El hermano Sócrates y yo tenemos que ajustar ahora otra especie de cuentas. Buenas noches, señor Regato.

—Yo me retiro también—dijo Monsalud—. Replto lo del destino, señor Marco Tulio. Muchas gracias, muchas gracias por la Secretaría; pero que sea para otro.

—Adiós, puerco espín. Señor Regato, mucho cuidado con ese granuja que sale con usted... Es capaz de hacerse comunero si usted se lo dice tres veces.

Cuando ambos salieron a la calle, el más joven dijo:

—Señor don José Manuel Regato, yo quiero ser comunero.

Uno y otro hablaron breve rato, separándose después.

XI

Seguía viviendo Solita en casa de doña Fermina. Monsalud, adonde trasladó el pequeño mobiliario patrimonial; y su bondad y sencillez nativa, así como la gran desgracia que padecía, abrieron pronto el corazón de la madre y el hijo. Otras personas necesitan largo tiempo y trato para ganarse una amistad profunda; pero Solita, a los ocho días, ya era de la familia. Durante las largas ausencias de Salvador, que estaba fuera casi todo el día y parte de la noche, la señora mayor y la señorita, sin dejar de la mano una y otra labor de utilidad o entretenimiento, no cesaban de discurrir sobre las probabilidades de que el señor Gil de la Cuadra fuese puesto en libertad; y como el tema las llevaba al áspero terreno de la política,

concluían siempre diciendo mil desatinos, que, en su buena fe y candor, les parecían discretas observaciones o grandiosos descubrimientos.

—Dicen que va a caer el Gobierno—indicaba doña Fermina—. Si entran después los que quieren que todo sea libertad y más libertad, no habrá presos.

—Lo que yo creo más probable—respondía Soledad—es que el rey se levante de mal humor cualquier mañana y mande a su caballerizo mayor a las Cortes. Desengáñese usted: de ahí viene todo el mal.

Algunos días veían los sucesos con alegres ojos; otros, sombríamente y con tristeza.

—Tengo el corazón traspasado—decía Solita, dejando caer sus lágrimas sobre la costura—. He cerrado un momento los ojos para rezar, y he visto a mi padre expirando en el calabozo.

—No pienses tonterías—contestaba la Monsalud—. Yo he cerrado también los ojos para rezar, y he visto al señor Gil poniéndose la capa para salir de la cárcel. El mejor día le ves entrar por esa puerta.... Mi buen hijo ha tomado con empeño este negocio.

Entraba entonces Salvador, fatigado y sombrío, y al punto las dos mujeres clavaban en él la vista para adivinarle los pensamientos antes que los manifestase. Solita se lo comía con los ojos, y había adquirido tal arte para leer en la expresiva fisonomía del joven, que al verle entrar decía para sí: «Hoy tenemos malas noticias», o: «Hay esperanzas.»

Soledad creía deber suyo pagar con pequeños trabajos y servicios los favores sin cuento que en aquella casa recibía. En un par de días enteróse minuciosamente de los hábitos de la familia, y procuraba que su presencia en la humilde vivienda fuera de lo más útil posible. Aguzaba su ingenio para introducir en el cuarto de Salvador refinadas comodidades, previendo cuanto el buen muchacho necesitar pudiera; se le conocía en la cara y en el modo de mirar que no abandonaba un punto la observación cariñosa y vigilante de todo cuanto a su hermano postizo se refiese.

Separada de su padre y de los parientes maternos, la persona a quien tenía mayor respeto era a aquel protec-

tor advenedizo en cuyos brazos había caído. Con la madre tenía confianza; con el hijo, no. Además de que no osaba entablar conversación con él, fuera de las preguntas propias de las circunstancias, manteníase siempre distante y respetuosa. Salvador, a los pocos días de vida común, la tuteaba. Como pasasen muchos días sin que ella correspondiese a esta familiaridad, él le dijo:

—Cuando el pobre Gil se separó de nosotros, quiso que fuéramos hermanos. Trátame como se tratan los hermanos, y llámame *Salvador* a secas y tú.

—Me parece que no podré acostumbrarme a eso—respondió la niña ruborizándose.

Contradiendo su propia opinión, se acostumbró muy pronto.

Cuando el joven dormía, avanzada la mañana, una como divinidad del silencio cuidaba de evitar los más ligeros ruidos de la casa. Cuando volvía muy tarde, las más veces en el último confín de la noche, Solita velaba sin fatiga ni sueño para que no esperase ni un minuto en la puerta ni le faltara nada al entrar. Nunca se había permitido la más ligera broma con él ni dejó de emplear, para decirle algo, el tono más comedido y serio. Una noche, sin embargo, le salieron las palabras a la boca con tal ímpetu, que se extralimitó a hablarle así:

—¡Qué tarde has venido esta noche, hermano! Se conoce que tú y tu novia habéis tenido muchas cosas que deciros.

Soledad no comprendía que un hombre trasnochase por otra razón que por estar hablando con su novia.

Acogió Salvador la observación con amable sonrisa. Arrojándose en una silla con muestras de gran cansancio, contempló a su improvisada hermana, que estaba ante él sosteniendo una luz, y se fijó más que nunca en las graves imperfecciones de su rostro, no tantas, sin embargo, que disminuyesen el fuerte atractivo simpático que existía en ella, a manera de reflejo o anuncio del alma.

—Solita—le dijo Monsalud, riendo—, con esa luz en la mano te me pareces a la Fe iluminando al mundo. Yo he visto en alguna parte una estatua, cuadro o estampita, igual a ti en este momento... Dime, hermana, y perdona mi curiosidad: y tú, ¿no tienes novio?

Solita volvió rápidamente la espalda para retirarse; pero, arrepentida, sin duda, tornó a mirar a su hermano.

—Bien sabes que lo tengo. Mi primo Anatolio...

—¡Ah, ya recuerdo! Tu papá me habló de un primo tuyo, que también será ahora primo mío... Ya recuerdo, sí; el primo Anatolio, que va a ser mi cuñado.

—Justamente. ¿Quieres algo?

—Aguárdate y respóndeme. ¿Quieres mucho a nuestro primo?

—Ya sabes que mi padre ha dispuesto que sea mi marido.

—¿Le has visto alguna vez?

—Cuando éramos niños. Yo no me acuerdo bien cómo es. Mi padre, hace poco, me solía decir: «Tu primo Anatolio ha de ser a esta fecha un arrogante hombrazo, como Salvador, el de doña Fermina.»

—Pero no me has dicho si quieres mucho a tu Anatolio.

—Eso no se pregunta. ¿No he de quererle si mi padre me ha mandado que le quiera y me case con él?

—A eso no hay nada que decir, hermana. Cuando te cases y vayas a Asturias, te prometo hacerte una visita. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien.

—Y seré padrino de tu boda..., y seré padrino de tus niños, de mis sobrinillos.

—Buenas noches, compadre.

Pero esta clase de diálogos eran una excepción. Generalmente, cuando Salvador entraba, Soledad le hacía preguntas referentes a la deseada libertad de su padre.

—Hermano—le dijo una noche—, tu cara me anuncia malas noticias. ¿Qué hay?

—¿Malas noticias?—repuso el joven, dando un suspiro y meditando breve rato—. La verdad, este asunto es difícil. Se sacan piedras del fondo del mar; pero ¿quién saca a la pobre víctima que cae en el inmenso fondo de barbarie del populacho?

Solita dió un suspiro y elevó sus expresivos ojos al Cielo.

—Pero no hay que desesperar, hermanita—añadió Salvador, consolándola—. Cuando yo llegue al último extremo en mis fatigas y empeños por salvar la vida al pobre reo; cuando yo no pue-

da más, vendrá lo imprevisto, vendrá Dios y lo salvará.

—Según eso, traes malas noticias—dijo Soledad con abatimiento.

—Malas, no; regulares. He adelantado algo. Mañana veremos. Conque buenas noches, comadre.

Solita dió otro suspiro y se alejó; pero, retrocediendo al instante, hizo esta pregunta:

—¿Y le has visto?

—Todavía no he podido verle. Ponen mil dificultades; pero pienso hacerme amigo de los comuneros, a ver si por este medio...

—Los comuneros..., es decir, don Patricio. Dime, hermano, ¿son todos tan tontos y tan crueles como nuestro vecino?

—Allá se le van... Creo que me será fácil ver a tu padre. Descuida, que, si no podemos conseguir su absolución, trataremos de arreglarle la escapatoria.

—¡Qué bueno eres, pero qué bueno! —exclamó Sola—. Siempre que te oigo hablar se me llena el corazón de esperanza, y veo a mi pobre padre libre y feliz. Lo que haces por nosotros, Salvador, es más que cuanto pueden hacer los hombres más generosos. Mucho ha da'darte Dios en esta vida o en la otra para poder premiarte.

—Dios no tiene que darme nada, tonta. Esto es una deuda, mejor dicho, aquí hay varias deudas que pesan sobre mi alma. Si salvo a tu padre de la muerte primero; de la cárcel después, sentiré un alivio...

—Ya sé... Cuando mis padres marcharon a Francia, hace ocho años, ocurrieron cosas terribles.

—Sí, muy terribles. Algunas de ellas no las puedes comprender. Por fortuna, tú no estabas allí; te dejaron en La Bañeza.

—Pero todo me lo contó mi madrastra—manifestó Solita con emoción—. La pobre te estimaba mucho, y constantemente hablaba de ti. Hasta en el día de su muerte te nombró varias veces...

Salvador callaba, fijando la vista en el suelo.

—No digas que soy generoso si saco a tu padre de este mal paso—manifestó, después de una pausa—. Di más bien que soy un malvado si no le salvo.

—¿Y si es imposible?

—Nada hay imposible—repuso el joven con brío—. Soledad, tendrás padre, tendrás marido... ¿Sabes que conviene escribir a tu primo Anatolio, refiriéndole la situación en que te hallas?

—Como tú quieras—respondió el joven con indiferencia.

—Le escribiré, vendrá, te casarás. Para entonces, vive Dios, o soy digno del desprecio de todos, o estará tu padre libre. Viviréis felices y tranquilos... ¡Oh; qué hermosa familia vamos a tener aquí!... Porque supongo que el señor Gil se verá rodeado de nietos dentro de algunos años... ¡Pobre anciano, cómo gozará jugando con los pequeñuelos!... Y ese Anatolio será un buenazo, un corazón de oro... Lo dicho: seré padrino de tus muñecos.

—Buenas noches, compadre. Que duermas bien.

—Buenas noches.

Y, al acostarse, a sí mismo se decía:

«¿La ves tan desgraciada, tan pobre, tan sola? Pues con su sencillez, su ignorancia y su Anatolio, será más feliz que tú.»

XII

El personaje a quien los de la *Acacia* daban el nombre de *Cicerón* vivía en una hermosa casa, a la extremidad de la calle de Don Pedro, junto a las Vistillas. La Dirección de Correos, que hoy constituye una posición decente, era en aquellas calendas una verdadera mina, y ahondando en ella, el señor Campos a pesar de su oscuridad política, había conseguido, manejando cartas, y no de baraja, allegar un capitalejo, que en lo sucesivo sirvió de tema de maledicencia al envidioso vulgo. Entró con pie derecho este insigne personaje en la burocracia revolucionaria, por reunir los tres requisitos indispensables para medrar durante aquel período, los cuales eran: haber padecido durante el régimen absoluto, haber intervenido en la mudanza del 22 y estar afiliado en las sociedades secretas.

Vivía, pues, pacífica y cómodamente, con su familia, no por cierto muy numerosa, pues constaba tan sólo de dos personas: su hermana doña Romualda (señora de muy poco seso en su juventud, al decir de la gente, pero que en la

época, de nuestra historia parecía querer apaciguar su conciencia dándose a la devoción con ardiente celo y su sobrina Andrea, hija de Mauricio Campos, que volvía de Indias el año 12 con una regular fortuna de que no pudo disfrutar porque le sobrevino la muerte. Huérfana de padre y madre a los once años de edad, la hermosa niña quedó bajo la tutela de su tío, que no tuvo reparo en empezar su administración disipando, en conspiraciones, una parte de la fortuna de la pobre indianilla; y para mayor perjuicio de ésta, los frecuentes viajes de Campos la ponían bajo la inmediata protección de doña Romualda, que por aquellos días no había salido aún de la etapa de las calaveradas amorosas.

Andrea, cuya crianza en América no había sido ejemplar, a causa de la temprana muerte de su madre, tuvo una escuela lamentable en la peligrosa edad del cambio de juguetes; es decir, cuando se decreta la jubilación definitiva de las muñecas y el planteamiento de los novios. Mal atendida por su tío y peor tratada por doña Romualda, a quien aborrecía cordialmente, la joven vivía ensimismada, cultivando con ardor su propia imaginación. Contrajo amistades que una madre prudente hubiera prohibido; intimó excesivamente con las criadas; paseaba en compañía de éstas más de lo conveniente, y, en cambio del cariño y agasajo que la negaron dentro de casa, disfrutaba de una libertad que no conocían las señoritas de aquella época y rara vez las de ésta. Por esto Andrea se parecía tan poco a las niñas españolas de su tiempo. Era una criolla voluntariosa, una extranjera intrusa que habrían repudiado Moratin y Cruz. Su familia favorecía más cada vez aquella libertad. Doña Romualda, que empezaba a sufrir la transformación de la edad paleolítica de los amores a la edad neolítica de las devociones, tenía mucho que hacer: estaba en la iglesia. El buen Campos también era hombre ocupadísimo por aquellos días: estaba conspirando.

Era la indiana buena y sensible. Fácilmente comprendía la verdad, por poco que se la mostraran. Fácilmente acertaba con lo justo y honrado, por simple iniciativa de su conciencia. Pero tenía ansia de afectos ardientes, y miraba

sin cesar a todos lados, buscándolos. Su desgracia consistía en que le era forzoso abrirse, sola y sin ayuda de nadie, el áspero camino de la juventud. Habría necesitado para esto tener un caudal de energía y de entereza moral que rara vez da Dios a las criaturas; pero que suplen, en el admirable orden de la sociedad, las personas allegadas y mayores de la familia. Careciendo de fuerza propia y de sostén extraño, hubiera sido prodigio que la gallarda flor se mantuviera derecha. Los prodigios son muy raros en el mundo. Bueno es hacer constar que la pobre Andrea, avisada del peligro por una intuición potente, hizo esfuerzos instintivos para sostenerse erguida y pomposa, vuelta hacia el sol la virginal corona; pero el viento soplabá con demasiada fuerza, y se dobló.

Era tan guapa, que su vanidad (otra desgracia no pequeña) resultaba cada vez más lógica. Habría sido conveniente que ignorara durante algún tiempo la riqueza de seducciones que atesoraba en sus ojos, en su boca, en todas las partes de su cara morena y alegre, llena de inexplicables gracejos y atractivos; en su cuerpo, delgado y flexible, de esos que no tienen clasificación fácil en el cuadro ginecológico, y son tales, que, para buscarles semejantes, necesita el observador descender en busca de un ser antipático y que se arrastra: la culebra.

Pero Andrea no tuvo a nadie que le hiciera el sumo bien de engañarla durante algún tiempo respecto a su belleza, y entregóse desde muy niña al fascinador deleite de los espejos. Las criadas cantaban a su oído un coro de lisonjas. En la sala de su casa había una hermosa estampa que representaba la famosa escena de Friné entre los jueces de Atenas, y Andrea, de tanto leerla, se sabía de memoria la leyenda grabada al pie con resplandecientes letras de oro. Aunque parezca extraño, conocidos los tiempos y el lugar, no puede menos de suponerse que en aquella cabeza hervían ideas gentílicas; pero el paganismo es de todas las edades; y, buscando sin cesar donde establecerse, se mete y se acomoda allí donde no hay otra religión que haya echado raíces.

Andrea fomentó su vanidad y la adoración de sí misma, consagrando al ador-

no de la persona mucho tiempo, mucha atención y todo el dinero de que podía disponer. Si éste no abundó durante los ominosos tiempos en que Campos conspiraba, luego que vino la era feliz y fué restablecido, en parte, el patrimonio de la huérfana, el buen tío, que no era tacaño y gustaba de que su pupila se presentase bien, abrió bastante la mano en lo relativo al lujo. Esta era la fórmula de su cariño, porque, sin duda, hay distintas maneras de amar a las sobrinas. Además, Campos, por razones de egoísmo, tenía empeño en no contrariarla, deseando alcanzar de ella consentimiento para un proyecto nupcial que entre manos trala después de la revolución.

No se crea que el *Venerable* se parecía a los grotescos tutores que son el elemento bufón de las comedias italianas del siglo XVIII, y que también abundan en el repertorio de las óperas. Campos no quería que su sobrina se casase con él. Era viejo; habíase entregado al volterianismo, que en aquellos tiempos empezaba a propagar tanto las cómodas prácticas del celibato; era, además, un epicúreo refinado, de esos que nos legó el siglo XVIII, y que ya comenzaba a desbancar a los rancios egoístas de chocolate y bollos de monjas. Otrosí, tenía Campos sus entretenimientos fuera de casa, con los cuales le iba muy bien, al parecer. Su claro talento, además, no le decía nada favorable a su enlace con muchacha primaveral. Su amigo don Leandro no escribió para él *El viejo y la niña* ni *El sí*.

El proyecto consistía en casarla con un señor de edad algo avanzada, pero entero, arrogante, fino, discreto, y que sabía ocultar sus años y aun hacerse amable, pues a tanto llega en privilegiados individuos el arte social. El marqués de Falfán de los Godos era un medio siglo bien conservado, gracias a reparaciones hábiles y a un cuidado continuo. Había sido exento de Guardias, compañero de Palafox y de Godoy, y en aquellos tiempos en que los mozos guapos desempeñaban grandes papeles en la Corte y en que se hablaba, como lo prueba el desvergonzado libro de un fraile, de serrallos a la turca, de envenenamientos proyectados, de matrimonios dobles y otras barbaridades, ante las cuales la discreta Historia se com-

place en cerrar los ojos. Así como el duque de Zaragoza fué célebre y simpático por sus hurañas resistencias, Falfán de los Godos tuvo fama por lo contrario. En 1821 era general; tenía fama no sólo de honrado y decente, sino también de gastrónomo y mujeriego, cosa natural en un solterón riquísimo y bien parecido, de ancha conciencia, formada en la escuela enciclopedista del siglo pasado.

Hacia 1820 comenzó a pesarle el celibato; echó de menos algo amante, tierno y cariñoso; es decir, los hijos que debía tener y no tenía; la esposa, que siempre había rechazado como una fastidiosa carga de la vida. Falfán de los Godos pensó en casarse y supuso que sus cincuenta años, a pesar de la madurez consiguiente, podían dar aún mucho de sí. Acontece a menudo que estos hombres listos y conedores del mundo pierden la chaveta cuando tratan de poner algún orden en su vida, y bastardean completamente la meritoria idea de ser padres, que tan a deshora les ocurre. Falfán de los Godos, maestro en el arte de vivir, perdió el tino, como todos los de su clase, y en vez de buscar para esposa un tipo de bondad reposada, una madura belleza asegurada de peligros, y que se acomodase fácilmente a los gustos e ideas del transnochado esposo, fué incurrir en el maldito antojo de la niña fresca y tiernecita que apenas ha empezado a vivir, y tiene un porvenir ignoto delante de sus ojos chispeantes. El no dejaba de comprender, en ratos lúcidos, su error; pero se engañó a sí mismo vanidosamente trayendo a la memoria su buena presencia, su gran fortuna, su fama, sus gustos artísticos, su finura, rica herencia del antiguo régimen que contrastaba con la grosería de los revolucionarios.

Si todo hubiera de resolverse entre el acartonado marqués y Campos, la cuestión habría estado concluída en un par de semanas; pero Andrea no quería casarse con Falfán de los Godos porque amaba a otro. Eso sí que se parece a todas las comedias italianas del siglo XVIII, a las óperas del primer repertorio y a muchas novelas de aquel tiempo, principalmente a las de D'Arincourt, Mad, Cottin, Florián y mistress Bennet; pero no es culpa nuestra que esta vieja historia se nos venga a las

manos. Acontece alguna vez que las cosas vulgares son las más dignas de ser contadas.

En los días que van corriendo para nuestra relación hacía tres años que Andrea había entablado amistades íntimas con un hombre que cierto día se metió en su casa buscando refugio contra los corchetes que le perseguían. Cómo nacieron y rápidamente tomaron vuelo, a manera de incendio, estos amores, es cosa que ahora no nos importa; pero la libertad de que disfrutaba Andrea explicaría muchas cosas. Pasaron días, muchos días, y con ellos, sucesos buenos y malos que no merecen ser referidos. En 1821 la casualidad, o, mejor dicho, la política, juntó en un círculo al amante de Andrea y a Campos; hicieron amigos, y cuando éste le llevó a su casa, no tenía ni vagas sospechas del interés que aquella amistad inspiraba a su sobrina. De este modo, Píramo y Tisbe no tuvieron que horadar paredes para hablarse, y aunque la presencia casi constante del tío les estorbaba, viéndose a menudo, aun delante de testigos, tenían medios para preparar sus conferencias reservadas, las cuales no eran ya frecuentes, porque la libertad de Andrea empezaba a disminuir.

El favorecido conocía perfectamente las horas que doña Romualda consagraba a la grave faena diaria de sus devociones, las de oficina y logia para Campos. Aplicando bien la sentencia profundísima de uno de los siete sabios de Grecia, que dijo *aprovecha la ocasión*, aquel hombre enamorado hasta la ceguera y el aturdimiento entraba en la casa. Estas atrevidas invasiones del templo de un exaltado amor no eran ni podían ser frecuentes, y exigían gran cautela con criados y gente menuda; pero los amantes habían discurrido mil triquiñuelas y contaban con la fiel complicidad de una criada antigua. Su ceguera, con todo, no era tanta que se ocultase a entrambos la necesidad de poner término a tal género de vida.

XIII

Una mañana, Salvador entró. Como no había temor de sorpresa, Andrea, después de poner en escucha a su cria-

da, según costumbre, abrió al amante las puertas de su habitación.

—Ven aquí—le dijo, asomando la linda cara y la mano tras la cortina de la sala donde él esperaba—. Estaremos solos hasta que venga mi tía.

Sentóse el tal, sin decir nada, en un canapé, y Andrea volvió al espejo, de donde poco antes se había apartado. Con su preciosa mano se tocaba aquí y allí el recién peinado cabello, dándole la última forma, como artista que remata su obra. Después se puso una flor. Sin retirarse del espejo, porque en él se veía la figura del hombre, le habló así:

—¿Qué tienes hoy que estás tan callado?

—Hace pocas noches vi a tu tío. ¿Te lo ha dicho?—contestó Salvador.

—Sí; me contó que te había ofrecido un destino y no lo quisiste. ¡Bonito modo de ser agradecido!—dijo Andrea, moviendo su cabeza ante el espejo—. ¡Qué orgullo! Porque no es más que orgullo.

—Gracias por tu protección.

—¿Qué protección?

—¿No fuiste tú quien dijo a Campos que me proporcionara una posición decente?

—¡Yo! ¿Estás loco?—exclamó Andrea con sorpresa, volviéndose, porque para manifestar cosas importantes no satisface ver la figura del interlocutor reflejada en un espejo.

—No te esfuerces en convencerme de que no fuiste tú—dijo Salvador—. Desde luego, comprendí que tu tío me engañaba.

—Seguramente te engañaba. Bien sabes que nunca me atrevo a hablarle de ti; y cuando lo hago, es de la manera más indiferente.

—Extraño que Campos, hombre muy listo, urdiera tan mal su farsa—dijo Salvador—. ¿En qué se funda ese oficioso empeño en favorecerme? No creas, quiere mandarme a América nada menos. Seguramente le estorbo.

—No lo comprendo así. Si quiere favorecerme, es porque te estima—repuso Andrea, volviéndose hacia el espejo.

—¿Tú también?—dijo Monsalud con impaciencia y desasosiego.

—¿Qué es eso de yo también?—indicó la indiana jovialmente.

—Quizá tú puedas explicarme lo que

la astucia de Campos no ha dejado entretener.

—Querido, yo no puedo explicarte nada, ¿estamos?... Hoy has pisado mala hierba. Ya veo que no me libraré hoy de un poquillo de mareo. ¿Y por qué? Por la cosa más natural del mundo: porque mi tío ha querido darte una prueba de lo mucho que te aprecia.

—Sería no muy natural, sino algo natural, esa prueba de estimación si tu tío, después de ofrecerme el destino, no me hubiera dicho una cosa grave.

—¿Qué cosa?

Salvador la miró con fijeza.

—Me dijo que pensaba casarte.

Como el lector recordará, Campos no había dicho tal cosa; pero el inquieto joven practicaba el aforismo vulgar que ordena decir mentira para sacar verdad.

—¡Ah! —exclamó Andrea, riendo—. Eso es lo que traes hoy. Te conozco, tu nante. Vienes mascullando esa idea.

Diciendo esto, tomó un abanico, y, con expresión de preciosísima burla, sonriendo la boca, húmedos los ojos, acercóse al joven y empezó a darle aire rápidamente.

—¿Estás sofocado?... Aire, aire, no sea que te dé un síncope. Refréscate, hombre... que se te quite eso de la cabeza.

Monsalud le arrebató violentamente el abanico, lanzándolo al aire. El abanico atravesó el recinto de un extremo a otro, abriéndose como un pájaro que extiende las alas.

—¡Qué modo de tratar mis joyas!... Pues me gusta—dijo Andrea, corriendo tras el abanico.

Arrodillóse para cogerlo del suelo, cerrólo y, empuñándolo a manera de puñal, amenazó a su amante, diciéndole:

—Te voy a matar.

Monsalud contemplaba, primero sin enojo, después con gozo, la hermosa figura, juguetona y ligera, que tenía delante. De súbito, Andrea corrió hacia él con los brazos abiertos y, abrazándolo el cuello, le apretó fuertemente, diciendo:

—Ya me casé, ya me casé, ya me casé.

Repitió esto unas cuarenta veces.

Salvador la obligó a sentarse a su lado.

—A mí se me está preparando una desgracia—le dijo cariñosamente—. Andrea, tengo desde hace muchos días el

presentimiento de que esta preciosa cabeza me hará traición. ¿No recuerdas lo que te he dicho tantas veces? Desde que tengo uso de razón no he intentado cosa alguna que haya tenido un desenlace lisonjero para mí. Si alguna vez he conseguido el objeto por mucho tiempo deseado, mi dicha ha sido corta. Siempre que cavilo acerca del resultado de un asunto cualquiera que me intranquiliza, no puedo apartar de mi pensamiento la idea de un éxito desgraciado, y siempre acierto... Tengo la desdicha de no haberme equivocado una sola vez. Yo no sé qué pensar de mí. Si se castigan en la tierra las faltas, las que yo he cometido no corresponden a los golpes que en diversas ocasiones me han venido de arriba. Fui jurado, y cayó José Primero; tuve amores, y por poco muero en ellos; conspiré, y la conspiración salió mal; dejé de conspirar, y salió bien... En fin, tú sabes mi vida toda y podrás juzgarlo. Si es verdad que los hombres nacen con buena o mala estrella, la que andaba por los cielos el día que yo vine al mundo era la más mala; la más perra de todas.

—Eso que dices, ¿tiene algo que ver con mi casamiento?—preguntóle Andrea con malicia.

—Tiene que ver, sí. Te quise y te quiero. Si tú me correspondieras con la fidelidad constante que yo merezco y que me debes..., esto sería una suerte, una felicidad, y yo no puedo tener suerte alguna ni felicidad.

—¡Qué majadero!—dijo la sobrina de Cicerón con desdén humorístico.

—Cuando pienso en esto, Andrea—prosiguió el joven, enlazando con su brazo el cuerpo de ella—, me asombro de que tal absurdo haya durado dos años sin desvanecerse, y hace tiempo estoy pensando que concluirá pronto, y que tú, como todo lo que interesa a mi corazón, te vas a desvanecer, a alejarte de mí, dejándome solo con mi desgracia.

—¡Caviloso!...

—¡Veo que no te defiendes con ardor; veo que no protestas como yo protestaría en tu caso!—exclamó Monsalud con la impertinente comezón de los celos—. Andrea, tú meditas algo, tú me ocultas algo.

—Medito que te quiero más que a mi vida—repuso ella, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el hombro de

Salvador, mientras le deshacía el nudo de la corbata.

—Ya sabes, querida mía—repuso él, moviendo la cabeza negativamente—, que tengo motivos para no creer en palabras de mujeres. Déjame que te diga una cosa. Yo creo que tu tío tiene razón al querer casarte; pero el pobre señor ignora que no puedes casarte sino conmigo. Eres tal para mí, que sin poseerte no comprendo la vida. Si me amas del mismo modo, demos fin a estas relaciones peligrosas. Casémonos, cielo.

—Casémonos, tierra—repitió maquinalmente Andrea—. Cuando quise, no quise... Está bien. Es verdad que así no podemos seguir... Pero si le dices a mi tío que seré tu mujer, te arrojará por el balcón.

—Me arrojará por la puerta. Verdaderamente no me importa gran cosa, llevándote conmigo.

—¡Huir!—exclamó la joven con terror.

—¡Huir!—dijo Monsalud, remedándola—. Siempre eres tímida para todo lo que me favorece. ¡Huir! No te llevaré a ningún desierto... Nos quedaremos aquí.

—Tú estás loco—dijo Andrea, levantándose pensativa.

—Pues entonces, hoy mismo le diré al gran Cicerón que te adoro...

—Si haces eso, si haces eso...—dijo vivamente Andrea, poniéndose pálida—. Pero tú estás loco, Salvador. Mi tío te aprecia mucho, te aprecia muchísimo; pero, ¡ay!, tú no le conoces. Temo cualquier atrocidad si le dices eso.

—Pues no te comprendo. ¿Creerá tu tío que te morirás de hambre en mi casa? ¿Creerá que no vas a tener una posición decorosa?

—No—dijo Andrea con los ojos fijos en el suelo—; pero mi tío es ambicioso...; tú no sabes quién es mi tío...; tiene la cabeza llena de vanidades, y yo no sé... Se le figura que yo valgo mucho, que merezco la mano de reyes y emperadores...; tonterías.

—Si tú le ayudas, si tú favoreces en él esas ideas, entonces todo se acabó... Yo me voy—dijo Monsalud con repentina colera.

—Te enfadas contigo mismo—dijo Andrea, mirándole con dulces ojos—. Hazme el favor de no ser terrible. Por ahora no le digas nada a mi tío. Ya veremos.

—Campos quiere casarte; piensa en ello, y, sin duda, ha formado ya su plan. Andrea, tú no quieres decirme la verdad.

—La verdad es que te quiero con toda mi alma—repitió amorosamente la indiana, repitiendo también el abrazo—. Cállate. Haz lo que te mando y espera.

—¿Crees tú que se puede vivir mucho tiempo de esta manera, a escondidas, ideando mentiras, y con absoluta ignorancia del porvenir?

—Es verdad, no se puede vivir así—repuso Andrea con tristeza.

—No puedes ocultar que te agrada este sistema de vida; que no deseas, como yo, una paz dichosa al lado de la persona amada. Andrea, en ti ocurre algo. Tú no eres la que eras; tú has variado mucho; en tu cabeza hay una idea nueva. Recuerdo que hace tiempo deseabas lo que yo te propongo ahora. ¿Crees que podrás engañarme muchos días? O te sacará la verdad, o te venderás tú misma.

—¿Qué sospechas de mí?

—No lo sé—dijo Monsalud, lleno de confusión—. Los que aman no sospechan poco ni mucho: lo sospechan todo de una vez. Cualquier indicio es traición. Andrea, tú no eres la misma; repito que no eres la misma.

La estrechó entre sus brazos, apretándola con una fuerza que más que el frenesí de amante parecía el fatal abrazo de Otero.

—Que me ahogas, tigre—gritó Andrea.

Y entre festivas risas le mordió el brazo. En el mismo instante, de las ropas de la joven cayó una llave, que, escurriéndose por la alfombra, brilló al detenerse sobre el pétalo de una flor pintada.

—¿Qué llave es ésta?—preguntó Monsalud, cuya excitación suspicaz le obligaba a fijarse en el más ligero incidente.

—Es la llave de mis secretos.

Salvador, con su perspicacia sutil, creyó ver en el semblante de Andrea ligerísimo indicio de contrariedad.

—¿La llave de tus secretos?

—Sí; dámela—dijo ella, apresurándose a recogerla.

—Es la llave de la cajita negra. Se me ha antojado abrirla. ¿Dónde está? Andrea vaciló un instante. Pareció que meditaba, y que con el pensamien-

to exploraba todo el interior de la cajita negra, antes de entregarla a las pesquisas del receloso amante.

—Abrela—dijo al fin—. Allí están tus cartas y tu retrato.

—¿Dónde está?

Andrea vaciló otra vez. Al fin, sacando de la cómoda una caja de finísima madera negra, la puso en manos de su cortejo.

—Si encuentras en ella cartas que no sean las tuyas, y un retrato que no sea el tuyo—dijo con gravedad—, puedes matarme. ¿Crees que no hay armas aquí? Mira esto.

Conservando la caja en la mano izquierda, metió la derecha en otro cajón de la cómoda y sacó un puñal. Era un arma preciosa, damasquinada y nielada, con puño berberisco, adornado de turquesas.

—Este era de mi padre, ya lo has visto—dijo la indiana, riendo—. Está destinado a mi esposo, para que me mate el día que le sea infiel.

Monsalud, poniendo a su lado el arma, tomó la caja y la abrió.

—Mi retrato—dijo, sacándolo.

Andrea se apoderó del medallón y lo cubrió de besos.

—Tú sí que no me riñes, tú sí que no dudas de mí—le dijo a la pintura—. Tú sí que eres bueno, y cariñoso, y pacífico.

—Un paquete de cartas—dijo Salvador Monsalud—. Son las mías.

—Dámelas. Valen más que tú.

Andrea desató el paquete. Varias cartas cayeron al suelo. Al inclinarse para recogerlas, se sentó en una preciosa piel de tigre que cubría en parte la alfombra. Un rayo de sol que por la ventana entraba inundó de luz el pellejo muerto del animal y el cuerpo extraordinariamente vivo de la hermosa americana.

—Venid acá, prendas de mi corazón—exclamó, recogiendo los papeles dispersados a su lado y poniéndolos sobre su lindo pecho—. Vosotras sí que sois amables y cariñosas; vosotras no reñís ni amenazáis.

Monsalud, que en el canapé inmediato registraba la cajita, alargó la mano, mostrando a Andrea un estuchito abierto.

—¿Quién te ha dado esta joya?—preguntó con calma.

En el estuche brillaba un diamante

de gran tamaño. Como al extraer la mano entrase en la esfera del rayo de sol, Monsalud parecía estar enseñando una estrella.

—La he comprado yo—repuso Andrea.

—¿Tú?—manifestó Salvador en tono de amarga duda—. Ya sé que tu tío te da de algún tiempo a esta parte bastante dinero para tus vanidades; pero esto es joya cara. ¿Cómo es que, siendo tu costumbre consultarme hasta cuando compras una vara de cinta, no me has dicho nada de este despilfarro?

—Pensaba decírtelo hoy—repuso Andrea, soportando con heroísmo la mirada penetrante del hombre.

—Entonces lo has comprado ayer.

—Ayer, sí. ¿Eso te sorprende? Ya sabes que me gustan las joyas bonitas... Pero ¿por qué pones esa cara? ¿Qué piensas?

—Pienso que lo que me dices no será tal vez verdad—afirmó Monsalud severamente.

—¿De modo que yo no puedo comprar un diamante?

—Pero este diamante es muy caro.

—No tanto como crees, niñito—dijo Andrea, tomando la sortija y poniéndosela en el dedo—. No es muy fino, no. Pero ¡qué bonito!

Movía su mano al sol, y los reflejos que partían de ella semejaban hilos de luz enredándosele en los dedos.

—¿Y este collar de perlas?—preguntó el amante, sacando de la caja una magnífica madeja de diez hilos con perlas pequeñas, pero muy iguales—. No dirás que no es fino. Entiendo algo de perlas, y éstas son de las mejores.

—Ya lo creo—dijo Andrea sin dejar su cómodo asiento sobre la piel de tigre, entre cuyos pelos habían vuelto a desparramarse, aquí y allí, las amorosas cartas—. Buen dinero me ha costado.

Salvador la miró de tal modo, que la indiana no pudo permanecer en silencio. Necesitaba hablar con cháchara festiva para borrar de su rostro todo rasgo que, indicando la presencia de ciertas ideas en su mente, confirmara las sospechas del hombre.

—Veo que estás muy fastidioso—dijo—. Dame acá.

Tomando vivamente el collar, se lo puso.

—¿No es verdad que es precioso?

—añadió, inclinando la cabeza hasta unir la barba con la garganta, y bajando todo lo posible los ojos para recrearse en la voluptuosa hermosura de su propio seno—. Sostén que no es bonito.

—¿Lo has comprado tú?

—No, que me cayó del cielo. Pues ¿cómo lo tendría si no lo hubiera comprado?...

Monsalud movió la cabeza con triste expresión.

—Vamos, que no se puede tener nada sin tu permiso... Precisamente, hoy pensaba hablarte de esas magníficas compras. Mi tío me dió anteayer una gran cantidad: no sé cuánto; mucho, muchísimo dinero. Compré estas joyas a una señora viuda de un intendente... ¡Qué ojos pones! Parece que eres tonto... Sí, señor, las compré con mi dinero. Me gustan las cosas buenas. También compré en casa del francés de los portales de Bringas una *citoyenne* preciosísima y un chal muy rico. ¿Qué tiene usted que decir a eso, señor Majaderito?

Como un pájaro que vuela, corrió a la cómoda y sacó las dos prendas mencionadas. La *citoyenne*, guarnecida de pieles de armiño, con forro de seda azul, recamada con cordonadura de oro, presentaba rico y lujoso aspecto. El chal era de color de rosa con listas blancas, que brillaban como deslumbradora plata. Con esa rapidez de manos que acompaña siempre al instinto del bien parecer, Andrea se puso la *citoyenne*; después arrojó la *citoyenne* para ponerse el chal.

—¿Estoy bien?

—Demasiado bien—repuso Monsalud, contemplando con arrobamiento la hermosísima figura de la indiana, que volvía la cabeza ante el espejo para verse la espalda.

—Si me lo permite el señor Majaderito—dijo, andando hacia él con ademán ceremonioso—, usaré estas prendas que me han costado mi dinero.

Salvador no contestó. Hallábase en un estado de estupor cercano al embrutecimiento. Andrea se quitó el chal y lo envolvió rápidamente en el cuello de su amante, diciendo:

—¡Te ahorcaré!

Había puesto la rodilla en el canapé, y su cuerpo gravitaba con dulce pesa-

dumbre sobre el pecho y los hombros de Monsalud.

—Andrea—dijo éste, rechazándola suavemente—, si mintieras, si me engañaras, si estuvieras jugando conmigo, no tendrías perdón de Dios. Quiero creer que no es así. Casi prefiero una ceguera estúpida a perder la idea que tengo de ti.

—Pues si te enfadas—declaró ella con vehemencia—, no quiero el diamante, no quiero el collar, no quiero el chal.

Quitóse rápidamente las tres cosas y las arrojó lejos de sí, dando al mismo tiempo con el pie a la *citoyenne*, que estaba en el suelo. Las perlas chocaron contra el cristal de una lámina, y el diamante cayó detrás de la cortina de uno de los balcones, sin producir ruido alguno. Monsalud fué allá.

—Ha caído sobre un ramo de flores—dijo con asombro—. Andrea, ¿quién te ha dado este ramillete?

Señaló el objeto mencionado, que estaba en el suelo, junto a los cristales del balcón, dentro de un hermoso búcaro de la Moncloa.

Andrea permaneció breve rato sin contestar.

—¿No te dije que me lo trajo mi tío esta mañana?

—Nada me has dicho. ¡Hermoso ramo! Violetas, pensamientos y rosas tempranas. ¡Qué galante es tu tío!

—¡Si creerás que me pretende por esposa!

—¿Por qué no?—dijo Salvador, tomando el ramo y aspirando su delicioso aroma—. El señor Campos está todavía en buena edad.

—Pero no quiere hacer el papel de don Bartolo. Dame el ramo. Quisiera que la belleza de tantas flores estuviese en una sola para dártela, y que el olor de todas también en una sola estuviese para que, guardándola siempre, te sirviera de memoria mía.

Dicho esto con voz tierna, que sorprendió mucho a su interlocutor, sacó del ramo una rosa para ofrecerla a Monsalud.

—¿Es la primera vez que tu tío te regala flores?—dijo éste, meditabundo.

—¿No la quieres? ¿No quieres una flor que te doy? Pues toma, toma, toma.

Andrea se había sentado otra vez sobre la piel de tigre, y desbaratando el

ramo, cada vez que decía «toma» arrojaba una flor a su cortejo, apedreándolo de este modo lindamente. El se las devolvía.

Concluido esto, extendió sus brazos sobre la piel, ocultando el rostro entre ellos. Yacía dulcemente contorneada en el suelo, y en ella se enroscaba como una culebra de rosa y plata. El desorden de tal escena era encantador. Las pieles de armiño de la *citoyenne*, semejantes a copos de nieve, eran holladas por los pies de la preciosa indiana, y las ricas telas y la cordonadura de oro se revolvían entre los pliegues de sus vestidos; las flores aparecían diseminadas en distintos puntos; algunas cayeron sobre las sillas; otras sobre la misma piel de tigre; violetas y jacintos veíanse deshojados y rotos, quién sobre las mismas piernas de Monsalud, quién en los propios rizos del negro pelo de ella. Las perlas extendían diversos circuitos irregulares sobre la alfombra, y el diamante refulguraba sobre el velador como una mirada satisfecha, recreándose en aquel pintoresco y brillante desorden.

Uno y otro callaban. Unicamente se oía el ruido que hacía un jilguero en el balcón, escarbando su alpieste y limpiándose después el pico contra los alambres de la jaula. Monsalud, con el codo puesto en uno de los cojines de la cabecera del canapé y la barba en la mano, hallábase en el estado de atonía y silencio que anuncia miradas interiores, u observación de fenómenos propios que impresionan profundamente. Andrea no chistaba. Las elegantes ondulaciones de su cuerpo yacente alterábanse un poco con los movimientos propios de la impaciencia contenida o con los de la respiración. De pronto movió la cabeza; Monsalud se estremeció todo al ver aquel movimiento que le mostró la hermosa fisonomía de la indiana y sus ojos arrasados en llanto.

—¡Andrea!—exclamó, movido de sorpresa y pasión.

La indiana saltó como una ondina, y corriendo a abrazarle, secó sus lágrimas junto a él.

XIV

Cuando la criada les avisó que había peligro, Monsalud pasó a la sala. No era doña Romualda quien venía, sino el mismísimo Campos, acompañado del marqués de Falfán de los Godos.

—¿Has esperado mucho?—preguntóle Ciceron—. Y Andreilla, ¿no ha salido a acompañarte?

Salvador, contestando lo que le pareció, estrechaba friamente la mano del señor Campos y la del marqués.

—Ya sé a lo que vienes—dijo el *Sublime Perfecto*—. Siempre con el tema de ese bribón de Gil de la Cuadra... Ahora quizá sea mas fácil. ¿Ya sabes que cae el Ministerio?

—¿Es posible?

—Figúrate que hoy, en la apertura de las Cortes, su majestad ha añadido por cuenta propia un parrafillo al discurso de la Corona, en el cual, con buenas palabras, pone cual no digan dueñas a sus ministros.

—Y en cuanto ha llegado a Palacio le ha faltado tiempo para exonerarlos... —dijo Falfán—. Yo me río de las singulares prácticas constitucionales de nuestro soberano.

—Mientras no se sepa quién nos gobernará mañana—añadió Campos—, hay que dejar a un lado todos los negocios pendientes. ¡Oh!, mi buen Aristogitón, no pienses que te olvido. Aunque tú pagues con desaires y un hocico de tres varas los beneficios que se te hacen, ¡qué demonios!, me he propuesto complacerte y lo conseguiré. Encuentro muy meritorio ese interés que tomas por un pobre anciano desvalido. Hay que trabajar, hay que trabajar, granujilla, por que satisfagas tus sentimientos caritativos. Eres todo un hombre de bien...

—Gracias—repuso Salvador, caviloso.

—Ya hablaremos, ya hablaremos—dijo Campos—. Ahora tenemos el marqués y yo muchas cosas en qué pensar. Y puesto que te hallamos aquí tan a punto, querido Monsalud, vamos a darte una buena noticia. ¿Se lo digo, señor marqués?

—¿Por qué no?—indicó Falfán de los Godos, promulgando el gozo de su alma por medio de sonrisillas y gestos.

—El señor marqués se nos casa—dijo

Campos, acariciando las espaldas del exento—. Ya supondrás con quién. Con mi sobrina.

Monsalud se quedó blanco y frío. Punzada agudísima hizo estremecer de dolor su corazón. Afortunadamente, la sala estaba oscura, y la emoción del joven, que se esforzaba en disimular, no fue advertida.

—Es un proyecto improvisado, sin duda—dijo, pasándose la mano por la frente para apartar la negrura que le caía sobre los ojos.

—Ya venimos pensando en esto hace algún tiempo. Pero el señor marqués no ha necesitado hacer grandes esfuerzos para cautivar a la hermosa americana.

—Pongamos las cosas en su verdadero lugar—dijo Falfán de los Godos, haciendo alarde de buen sentido—. No soy un vejete de comedia, bien lo sabe el amigo Monsalud. Conozco la fecha de mi nacimiento y la desproporción que existe entre mi edad y la de Andrea. Por eso no he caído en la ridiculez de pretender inspirar a la niña una pasión formidable... Verdad es que no soy un mamarracho, y mis cincuenta ofrecen un aspecto tolerable..., pero no: nada de pasiones exaltadas. Yo me contento, amigos míos, con haber logrado, como es evidente, inspirar a Andreíta un amor tranquilo y sesudo..., pues, sesudo; un amor que a las dulzuras propias de este sentimiento reúna las sabrosas insulseces de la amistad. Me satisface, además, completamente, el saber que las primicias sentimentales del corazón de esa tierna criatura van a ser para este goloso, que indudablemente no las merece.

—Eso sí, amigo Falfán—manifestó Campos—: la prenda que lleva usted excede a todos los elogios. No es porque sea hija de mi querido hermano, ni me ciega el amor de tío que le profeso; pero la verdad por delante: existen pocas muchachas como Andrea. Nada hay que decir de su belleza, que está a la vista de todos; pero ¿y su talento, y sus virtudes, y su piedad, y su genio manso y apacible, y aquella bondad deliciosa que convida a entregarle el corazón? Un defecto tiene, y por lo mismo que está delante el que va a ser su marido, lo digo...; ya hemos hablado de esto el marqués y yo; pero este de-

fecto es de los que dejan de serlo cuando se está en posición holgada y opulenta, como la que tendrá la marquesa de Falfán de los Godos..., la marquesa, sí, sí: ¿por qué no se ha de decir? He encargado hoy mismo una magnífica palangana de plata con las armas y el hermoso lema *Vallifanius Gothorum*...; pues volviendo al defectillo...

—No hay que fijarse en una inclinación propia del bello sexo y que frecuentemente adorna a las que han nacido hermosas—dijo el marqués—. ¿No es verdad, querido Aristogitón?

—Seguramente. El señor Campos se refiere a la pasión del lujo, al delirio de las galas y atavíos para realzar la hermosura.

—Andrea se ocupa excesivamente de engalanar su persona—dijo Cicerón—; pero esto, que sería imperdonable en la esposa de un menestral, ¿puede vituperarse en la mujer de un prócer millonario? De ninguna manera.

—Al contrario—indicó Monsalud—, la alta posición exige un esmero constante en la persona, cultivar el lujo, favorecer las artes; con lo cual, una dama elegante da lustre a su marido y a la casa cuyo nombre lleva.

—¡Oh! Ha hablado usted acertadamente—dijo el marqués, echándose atrás y dándose golpecitos en la boca con el puño de su bastón.

—Pero ¿qué hace esa chiquilla que no viene?—exclamó con impaciencia Campos—. ¡Andrea, Andrea!

Monsalud, ante la anunciada presencia de Andrea, sintió una llama en su pecho. Resolvió esperar.

—Voy a buscarla—dijo Campos—. ¡Vaya, que nos obliga a hacer unas antecelas...!

Cuando el marqués y Salvador se quedaron solos, aquél pegó la hebra, como suele decirse, en la política, espetando a nuestro amigo un trozo literario que bien podría haber pasado por artículo de fondo en las graves columnas de *El Universal*, órgano entonces de la gente templada. Poca o ninguna atención ponía el angustiado joven a los atildados párrafos y discretas observaciones del marqués, que supo hacer un resumen de la famosa «coletilla» añadida por el rey a su discurso de apertura en la solemnidad constitucional de aquel día 1 de marzo de 1821. Emitió después varios

juicios, todos muy templados y sesudos, acerca del estado general de la cosa pública, de la caída del Ministerio, del conflicto parlamentario que debía suceder al actuar imprudente de la Corona; dirigió una ojeada en redondo al inmenso círculo de los sucesos y de las personas, señalando fenómenos desconsoladores, previendo desastres, anunciando terribles hundimientos y naufragios de esta viejísima «nave del Estado», en la cual la literatura política de todos los tiempos y lugares ha hecho tantas travesías.

Como se atiende a la lluvia cuando no se piensa salir a la calle, así atendió Monsalud al chubasco verbal del marqués. Dejábale hablar. A través de aquel nublado, el desairado amante no veía más que el cielo que había perdido. Estaba anonadado cuando regresó Campos. El semblante de éste revelaba tristeza y contrariedad.

—¿Qué hay?—le preguntó Falfán.

—Nada, que esa mocosilla se nos ha puesto mala.

—Que vayan a buscar un médico..., ¡pronto, un médico!—exclamó con agitación el exento, levantándose y dirigiendo brazo y bastón a Oriente y Occidente, como general que da órdenes en una batalla.

—No es para tanto.

—¿Puedo pasar a verla?

—Creo que sí—dijo Campos con oficiosa complacencia—. Pero ahora... querrá dormir un rato... Puede usted pasar, si gusta, al cuarto de Romualda, que acaba de llegar.

Falfán salió.

Al verse solo con Campos, sintió Monsalud que en su pecho nacía uno de esos accesos de coraje que al varón más prudente le impulsan a acciones violentas y brutales. Levantóse con los dientes apretados, las manos crispadas...

Campos vió que sobre él caía una tempestad. Cruzando las manos en ademán de súplica, detuvo al joven, diciéndole:

—Monsalud, por tu honor, por tu vida, cálmate... Soy tuyo, soy todo tuyo; te pertenezco. Pídemelo lo que quieras. ~~De~~ ^{La} per conseguido lo que pretendes. Tu pariente, tu padre o lo que sea, saldrá de la cárcel..., pero no hagas escándalos, no me comprometas.... por Dios y

por la Virgen Santísima, no alces la voz.

Monsalud vaciló un instante, hizo un esfuerzo para dominar su cólera, y después dijo:

—¿A qué tanta farsa? Hablemos con claridad.

—Sí, con claridad—repuso Campos, muy agitado—. He descubierto todo. Yo soy aquí el engañado, yo soy aquí el ofendido, porque has infamado mi casa; pero te perdono, te lo perdono todo con tal que te vayas y no vuelvas, con tal que desaparezcas y no existas para mi sobrina... Yo tengo derecho a ello; tendría derecho a quitarte la vida; pero lo pasado, pasado. Vete. Ya sabes que he querido favorecerte; no te quejarás de mí. En cambio, te pido que huyas, que desaparezcas, que no existas más para mi sobrina. Si quieres, te lo pediré de rodillas, y será gracioso ver a un *Valeroso Príncipe del Real Secreto* de hinojos ante un triste *Caballero Kadossch*. Vete y búscame lejos de aquí para ponerme a tus órdenes. ¿Quieres que se suelte a todos los reos que hay en Madrid? Se soltarán, se soltarán, con tal que no existas más para Andrea.

—¡Andrea!—exclamó Monsalud, procurando traducir en expresiones de desprecio la furia de su alma—. ¡Yo la desprecio, como te desprecio a ti, farsante!

Sin oír las palabras que Campos balbucía, el amante engañado salió de la casa.

XV

Durante gran parte del día se ocupó Salvador en diversos asuntos que no podía abandonar, por muy perturbado que su ánimo estuviese. Cuando fué a su casa, mucho más temprano que de costumbre, Solita, con toda la inocencia de su alma, le dijo estas palabras:

—Hermano, hoy sí que te ha soltado pronto tu novia.

Quedóse la muchacha muda de asombro y terror al ver que su broma no era recibida, como de costumbre, con simpatía y buen humor. El semblante de su hermano indicaba una agitación extrema, y sus labios descoloridos articulaban sílabas silenciosas.

—Déjame en paz—le dijo con bruscos modos—. No seas impertinente.

Solita temblaba como un criminal arrepentido. Su impertinencia se le representaba en la imaginación cual horrendo delito. Después de meditar breve rato, creyó que el mejor medio para lavar su falta era pronunciar algunas palabras que destruyeran el deplorable efecto de las anteriores.

—¿Te pasa algo?—preguntó con mucho interés—. ¿Estás enfermo?

Monsalud alzó la cabeza, mostrando a los atónitos ojos de Solita los suyos, llenos de extraño fuego.

—No me pasa nada. Ya hace media hora que estás plantada en la puerta—dijo el hermano en tono durísimo—. ¿Me dejarás, al fin, en paz? Sola, Sola, ¿por qué eres tan pesada?

Esta reprensión era demasiado fuerte para el alma asustadiza de la hija del señor Gil. Sintió una congoja que le desgarraba el corazón, y casi casi estuvo dispuesta a arrojarse de rodillas delante de su hermano, pidiéndole que le perdonase. Pero el temor de enojarse más la contuvo. Tal era su sobresalto, que hasta temía molestarle con el ruido de sus pasos al retirarse. Hubiera deseado poder huir sin moverse, sin correr, sin andar, desapareciendo como sombra, o apagándose como una luz.

—Te he dicho que no necesito nada—repitió Salvador, deteniéndose ante ella, después de dar varios pasos por la habitación.

Un instante después, Monsalud se hallaba solo consigo mismo. Midió la pieza de largo a largo varias veces con agitado paseo, sentóse luego, y apoyando los codos en la mesa, puso la cabeza entre las manos, como si necesitara aquélla de estos dos puntales para no caerse del busto. Al cabo de un rato de dolorosa meditación sobre su desaire, la voluntad, o, mejor dicho, la misteriosa fuerza reparadora que en el orden físico poseemos, empezó a trabajar dentro de él. Trataba de consolarse, imaginando razones positivas que atenuaran el desconsuelo total de su alma, curando, además, la profunda herida abierta en su amor propio. Pero en estos casos de sensibilidad hondamente excitada, las razones positivas, por ingeniosas que sean, y aunque emanen de la dialéctica más

segura, son como los medicamentos que el criterio vulgar llama paños calientes, que o no hacen nada o axacerban el mal.

El dolorido razonaba admirablemente, y mientras mejor razonaba, argumentando contra su propio dolor, más crecía éste, con más fuerza hincaba su agudo diente, más avivaba sus inextinguibles ascuas. Una lógica incontrovertible demostraba que habría sido gran error contraer matrimonio con Andrea: en el carácter de la americana había un germen maléfico, cuyas consecuencia érale fácil prever a la razón fría. Pero armas tan sutiles no eran poderosas contra la sensibilidad inflamada. Calmada ésta, consideraba Monsalud con elevación el mal que padecía, generalizando sus desgracias y sometiendo todas las ocurrencias desdichadas de su vida a una ley fatal, que presidía sus tristes destinos, como las estrellas de la antigua nigromancia.

—Otra equivocación—decía—, otra caída, otro desengaño. Todo aquello en que pongo los ojos se vuelve negro. Si mi corazón se apasiona por algo, persona o idea, la persona se corrompe, y la idea se envilece. Conspiro, y todo sale mal. Deseo la guerra, y hay paz. Deseo la paz, y hay guerra. Trabajo por la libertad, y mis manos contribuyen a modelar este terrible monstruo. Quiero ser como los demás y no puedo. En todas partes soy una excepción. Otros viven y son amados; yo no vivo, ni soy amado, ni hallo fuente alguna donde saciar la sed que me devora. ¿Amigos? Ninguno me satisface. ¿Artes? Las siento en mí; pero no tengo educación para practicarlas. ¿Amor? Siempre que me acerco a él y lo toco, me quemo. ¿Religión? Los volterianos me la han quitado, sin ponerme en su lugar más que ideas vagas... Dios mío, ¿por qué estoy yo tan lleno, y todo tan vacío en derredor de mí? ¿En dónde arrojaré este gran peso que llevo encima y dentro de mi alma? Voy tocando a todas las puertas, y en todas me dicen: «Aquí no es, hermano; siga usted adelante.» Voy siempre adelante. Algún ser existe, sin duda, que está sentado junto a su casa, esperándome con ansiedad; pero yo paso y vuelvo a pasar, subo y bajo, entro y salgo con mi carga a cuestas, y no doy jamás con la puerta de mi seme-

jante. Voy aburrido y desesperado; ando sin cesar. «¿Será aquél?», me pregunto. Creo haber acertado, y una brutal mano me lanza al camino, diciendo: «Sigue adelante, que aquí no es...» «Aquí no es, aquí no es, aquí no es.» En toda mi vida no oiré sino estas desesperantes palabras. «Aquí no es», me dijo Jenara. «Aquí no es», me dijo el partido jurado. «Aquí no es», me dijo la emigración. «Aquí no es», me dijo la patria. «Aquí no es», me dijeron las logias del año diecinueve. «Aquí no es», me han dicho los liberales de ahora. «Aquí no es», me acaba de decir Andrea. No es en ninguna parte, y yo moriré de cansancio y fastidio en medio del camino. ¡Maldita sea la hora en que nací! Hijo soy del crimen, y la expiación de él tomó carne y vida en mi persona miserable... ¿Por qué soy tan distinto de los demás, que en ninguna parte encajo? ¿Por qué ningún hueco social cuadra a mi forma? Mejor es desbaratarse y morir, ¡Dios mío!, que estar siempre de más...

Al concluir esta serie de razonamientos, que brotaban en su cerebro como chispas de un hierro candente herido en la fragua por el martillo, dió repetidos golpes con la frente en la dura tabla de la mesa.

¡Pobre hombre! La verdad es que teniendo los medios vulgares para ser feliz, no podía serlo, sin duda por repugnar a su naturaleza los vulgares medios. Pero se equivocaba al echar la culpa de sus contrariedades al Destino, a las estrellas, a una crueldad sistemática de la Providencia, como es frecuente en los que razonan poco: las causas de su constante desaliento y de sus caídas teníalas dentro de sí mismo, y se atormentaba constantemente en virtud de una poderosa fuerza crítica, compañera de todos sus actos. Sin quererlo, su mente le representaba con claridad suma todas las abominaciones y fealdades de los hombres y de la vida, exagerándolas quizá, pero sin perder ninguna. Por eso, cuando el natural orden de compensaciones que preside a la existencia le conducía a una situación lisonjera y optimista, el amor, por ejemplo, se abrazaba a ella con la desesperación del náufrago; y despertando todas las fuerzas de su ser, las dirigía al claro objeto; se apasionaba y exal-

taba tanto, como si toda la vida debiera condensarse en una semana, y el Universo entero, en las sensaciones y los espectáculos de un día. Cuando el desengaño llegaba, natural invierno que con orden incontrovertible sigue al verano de la pasión y del entusiasmo, le sorprendía a tanta altura, que sus caídas eran desastrosas. Otros caen de una silla, y apenas se hacen daño. El, que siempre se encaramaba a las más altas torres, quedaba como muerto.

Otra causa le hacía infeliz: la desproporción inmensa entre sus condiciones sociales o de nacimiento, y la superioridad ingénita de su inteligencia y de su fantasía. La fantasía le incitaba a todas horas con vivaces estímulos: era como un aguijón constante que intentara hacer correr a quien carece de pies. Considerad una inspiración ardiente, sin medios de manifestarse, semejante a la curiosidad óptica del ciego; una inspiración que daba el fuego sin combustión, el agua sin vaso, la idea sin la palabra, sin la línea, sin la nota; considerad un alto ingenio que no sabe más que leer y escribir en una época en que el arte tiene que ser letrado, porque han desaparecido los bardos y los trovadores de camino, y comprendéis cómo pesa sobre un alma la fantasía cuando la falta de educación le ha privado de sus sentidos propios. Es verbo inencarnado que lucha en las tinieblas con horrendo torbellino, queriendo ser forma y sin satisfacer jamás su anhelo doloroso.

Salvador tenía pasión por la música. Al establecerse en Madrid el año 18, creía, en su candor (pues su alma era, en el fondo, excesivamente candorosa), que aquel arte estaba al alcance de todo el mundo. Ignoraba las inmensas dificultades técnicas, jamás vencidas después de la infancia, que caracterizan el arte más amable y más profundamente patético en la vaguedad soñadora de su expresión. Con estas ideas, Monsalud compró un piano. Creía que en el clave todo es, como vulgarmente se dice, co-ser y cantar. El desengaño vino al instante, y el pobre joven se encorvaba con desesperación sobre el ingrato instrumento, y sus dedos de hierro herían las teclas sin poder hacerles hablar más que un lenguaje discorde y estrepitoso. Al mismo tiempo trataba de explorar

el mundo de aritmética y de armonía comprendido en las cinco rayas de la cábala musical, y su mente caía rendida ante un trabajo que exige paciencia sin fin y árida práctica. Un día le sobrevino un arranque de ira durante los estudios musicales, que semejaban su casa a un conservatorio de locos, y tomando un martillo, dijo a las teclas:

—¿No queréis responderme? Pues tocad ahora.

Y las despedazó. La caja no tuvo mejor suerte, y una vez vacía, la llenó de legajos. El clave sufrió la suerte de los hombres que a cierta edad se vacían de ilusiones y se llenan de positivismo.

La poesía escrita le cautivaba sobre manera. También se le antojó ser poeta escrito, lo cual es muy distinto de poeta sentido; pero tropezó con el inconveniente de no saber de nada, grave contrariedad que estorba mucho, aunque no tanto como al músico la ignorancia técnica de su arte. El poeta puede salir de su atolladero con libros, y en aquel tiempo, aunque pocos, había libros. Lo que principalmente faltaba era espíritu literario, que es la atmósfera del artista; faltaban público y amigos tocados de la misma debilidad versificante, porque cuanto respiraba, respiraba entonces con los pulmones de la política. Salvador creyó, sin embargo, que en sí mismo encontraría todo lo necesario, es decir, poeta, espíritu poético, público y hasta el aplauso, que también es musa. Compró libros, empezó a desflorar aquí y allí; pero, ¡ay!, a las primeras tentativas vió que le faltaba una musa imprescindible, una musa sin cuya condescendencia no es posible hacer absolutamente nada: le faltaba tiempo. No sabemos lo que habrían hecho Homero y Dante con su inmensa inspiración si no hubieran podido consagrar a los versos ni aun medio minuto; si hubieran tenido que ganarse la vida trabajando dieciséis horas en áridas cuentas y fatigosos menesteres; si la obligación sagrada de mantener a su madre les hubiera quitado toda ocasión de renunciar al trabajo lucrativo para emprender la gloriosa, agitada y vagabunda vida de la imaginación.

Un día, Salvador se sintió muy malhumorado. Cogió los poetas, y acordán-

dose de Felipe II, los trató como a herejes.

Aún le quedaba un respiradero, un escape, una vía libre, aunque muy estrecha para salirse a sí mismo y quebrantar la ley de concentración y encierro que le estaba emparedando el alma, digámoslo así; le quedaba el periodismo, y entonces había una Prensa no despreciable, donde la juventud podía hacer sus juegos. *El Espectador* y *El Universal*, que hoy nos hacen reír, eran órganos hasta cierto punto afinados y sonoros. Salvador no dejó de hacer la prueba; pero bien pronto aquel displicente espíritu crítico de que antes habíamos le hizo aborrecibles las Redacciones, como le hizo aborrecibles más tarde las logias, los clubs y la política.

De repente descendió para él de ignorado cielo la hermosa figura de Andrea. Entonces las artes todas, que antes no habían tenido nota ni palabra, se realizaron. Andrea era la música, la poesía, la pintura, la estatuaria, hasta la arquitectura y la danza; era también, si se quiere, el periodismo, la gran política, la vida toda, en fin. El arte tiene distintos caminos para satisfacer el alma; unas veces va por el camino de los lienzos y de las notas; otras, por los derrumbaderos de la pasión, entre tormentos y goces infinitos. Como quien lo tiene todo, como quien recoge a manos llenas abundantes frutos y flores en todas las ramas del gran árbol del espíritu, Salvador estaba satisfecho: las teclas habían respondido, y sin notas ni versos, poesía y música habían saciado su sediento afán.

Corrieron días felices. El, sin embargo, se proporcionaba el placer de atormentarse pensando en la probabilidad de perder a su amada; y su cavilación, despertando otros recuerdos y estableciendo los términos sistemáticos de su desgracia, llegó a darle la seguridad completa de un conflicto. El alma se defendía rabiosamente contra aquella aleposa guerra de distingos y sutilezas. Por adorar, hasta adoraba los defectos de Andrea, mejor dicho, veía en ellos gracias nuevas y donaires desconocidos, por cuyo motivo, en el momento de la catástrofe, le hemos visto rechazando las razones positivistas con que el pérfido *intellectus* trataba de arrancarle su hermoso sueño. Andrea era para él la to-

talidad de las satisfacciones humanas y el ideal de la vida. La amaba en globo, con sus defectos, conociéndolos y aceptándolos como se acepta, sin la más leve protesta de los ojos, las manchas del sol. Ni por un momento pensó en apartarse de ella por causa de tales lunares, accidentes encantadores que se confundían con las perfecciones, sin que el ciego amor pudiera decir dónde acababa Dios y empezaba Satán. El egoísmo estupendo del amor ahogaba entonces en Monsalud la potencia crítica que en él hemos reconocido. Para que uno y otro se separaran, era preciso, pues, que mediase una gran violencia o una traición de ella. Esta vino, como hemos visto, y el pobre hombre, dolorido y desesperado por la conmoción de la caída, meditaba en la noche que siguió al día del desengaño buscando una especie de recreo en su propia pena, y golpeaba en la tabla del hufete con su cabeza, cual si ésta fuera un caldero lleno de absurdos, que merecía ser roto y desocupado.

Entre tanto, Solita, llena de consternación por lo que había visto y oído, se retiró. No se apartaba de su mente la idea de que Salvador sufría algún mal muy grande. ¿Cómo consolarle, cómo aliviarle, al menos? Por último, cavilando durante largo rato, sus ideas variaron.

—Ya adivino lo que es—dijo—. Salvador está triste y enojado porque tiene malas noticias de la causa de mi padre.

Al instante corrió en busca de doña Fermína. Manifestóle lo que había pasado, y las dos deliberaron si debían esperar a que él revelase la causa de su malestar o interpellarle desde luego sin miedo.

—Esperemos—dijo la madre—. Si da en callar, no le sacaremos una palabra.

No había concluido de decirlo, cuando sintieron la voz de Monsalud:

—¡Madre, madre!... ¡Soledad!

Corrieron allá.

—Madre..., Soledad...—repitió Salvador, viéndolas entrar—. Aquí no tiene uno quien le acompañe...; le dejan a uno morir de tristeza. Ni siquiera vienen a preguntar si se me ofrece algo.

El semblante del joven expresaba una reacción viva en sentido consolador. En lo más extremado de su pena, sintió

que ésta se agrandaba con el aislamiento, y un poderoso instinto de restauración le impulsaba a rodearse de personas queridas.

—¡Hijo, si estamos aquí!... Sola me ha dicho que la has despedido con dos piedras en la mano—dijo doña Fermína.

—Ha sido una broma—indicó Monsalud, sintiendo remordimiento por haber tratado mal a su protegida—. Solilla, siéntate aquí y trabaja en mi cuarto. Necesito que me acompañes.

—¿Tienes que decirnos algo desfavorable del pobre don Urbano?

—Nada, nada; todo lo contrario. Espero sacarle pronto de la cárcel. Hoy, precisamente, han variado las cosas.

Solita miró con expresión de incredulidad a su hermano.

—¿No lo crees?... Pronto verás que no te engaño... Una circunstancia imprevista lo arreglará todo. ¿Estás enfadada conmigo porque te llamé impertinente?

—¡Qué tonto eres!—respondió la de Gil de la Cuadra, toda ruborosa y turbada—. Nada de lo que tú hagas o digas me puede enfadar. ¿Qué importa una palabra de más o de menos? Bien sé que eres muy bueno para mí.

—Gracias, hijita. Haces bien en tener esa confianza en el hombre que va a ser...

—¿Qué?

—Padrino de tus muñecos. Tengo ganas de ser padrino de algo. Sin embargo, más vale que no sea yo padrino de ellos.

—¿Por qué?

—Porque se morirían.

—Pero ¿es verdad que no nos engañas? ¿Hay esperanzas de que el señor don Urbano...?—volvió a preguntar doña Fermína.

—Sí, empiezo a creer que lograré mi objeto. ¡De qué caminos tan extraños se vale la Providencia!

—Pero ¿es cierto, es verdad lo que dices?—exclamó Sola, derramando lágrimas de ternura—. ¡Mi padre libre!

—El corazón—dijo doña Fermína—me ha estado diciendo todo el día que se nos preparaba un acontecimiento feliz.

—¡Y yo—añadió Solita con emoción profunda—también he tenido hoy unas corazonadas...! Anoche soñé que me asomaba al balcón y que veía a mi pa-

dre entrando en la calle. El pobrecito me saludaba con la mano, dándose tanta prisa a entrar y subir la escalera, que tropezaba a cada momento.

—Es particular—dijo la madre—. Yo también soñé anoche una cosa parecida.

—Es particular—dijo Monsalud—. Sin duda es ésta la casa del sueño. Hace poco me quedé aletargado y soñé...

—¿Que mi padre estaba libre?

—Sí; pero mira de qué modo tan extraño: yo me dirigía por la calle de la Cabeza a la cárcel de la Corona. Llegué a la puerta y me salió al encuentro... ¿Quién creerás que me salió al encuentro?

—¿Un centinela?

—¿Un carcelero?

—Un perro.

—Lo mismo da.

—Un perro, no de tres cabezas, como el del infierno, sino de una sola; pero tan horrible, que su vista me hacía temblar de sobresalto y pavor. Sus ojos despedían fuego, y su espantosa boca, llena de cuajarones de sangre, se abría hasta las orejas, dejando ver feroces dientes agudísimos y una lengua que vibraba como hoja de metal. Era la bestia más repugnante y fea que imaginarse puede. Pero lo más raro era que aquel horrendo animal hablaba.

—¿Hablabas?...

—Yo le dije que iba a buscar a un infeliz encerrado en la cárcel. El perro fijó en mí sus ojos de fuego, cuya claridad me llegaba al alma, estremeciéndome todo.

Las dos mujeres se estremecían también, y los ojos de Solita no estaban menos espantados que si tuvieran enfrente el temible can.

—El perro dió un gruñido—continuó Monsalud—, y con su voz, que resonaba como si saliera de honda caverna, me dijo: «Está bien, amigo mío...»

—¡Amigo mío!..., pues no dejaba de ser cortés.

—Está bien, amigo mío—me dijo—; puedes llevarte al preso, con una condición. Ya sabes que yo me alimento de corazones. Dame el tuyo, y hemos concluido...

—¿Y se lo diste?... Pero, hombre... Pero, hijo... —gritó doña Fermina con impaciencia.

—Me clavé las uñas en el pecho, apreté fuertemente, metí la mano...

—¡Jesús!—exclamó Solita, apartando el rostro.

—Metí la mano, me saqué el corazón y se lo arrojé a la bestia, que con su feroz boca lo cogió en el aire. Entré, y cuando salía, sacando al señor Gil, vi que el perro mascullaba el pedazo de carne, saciándose en él. ¡Ay, cuánto me dolía!

XVI

Salvador se inquietaba bien poco de un acontecimiento que por aquellos días, los primeros de marzo, agitaba hondamente el mar de la política, produciendo borrascas, zozobras y naufragios. ¿Necesitaremos recordarlo, a pesar de haber hablado de él, por cierto con mucha discreción, el marqués de Falfán de los Godos? Olvidando las prácticas constitucionales o haciéndose el tonto, que es la opinión más autorizada, añadió el rey al discurso de la Corona un parraillo de su invención, en el cual se quejaba de los insultos que diariamente recibía, y acusaba con este motivo a los ministros y a las autoridades de Madrid. Alborotóse el Congreso, alborotándose más los clubs, los ministros estaban con medio palmo de boca abierta, sin saber lo que les pasaba, y mientras el rey los destituía arrebatadamente, dábales el Congreso un voto de confianza y una pensioncita de sesenta mil reales; admirable almohada para reclinar la gloriosa cabeza después de una caída.

Su majestad, firme en el propósito de hacerse el tonto (y quien crea otra cosa no sabe hasta dónde llega la malicia del astuto *Rey neto*), pidió consejo a las Cortes para la formación del nuevo Ministerio, inaudita aberración constitucional, pues el Gabinete caído tenía mayoría. Los diputados contestaron al mensaje del rey con un refunfuño de desconfianza, achacaron a la «mano oculta» los insultos consabidos, y negáronse a proponer los nuevos ministros, dando a entender al soberano que el Ministerio Argüelles era el mejor de los ministerios posibles. Fernando consultó entonces al Consejo de Estado, y de esta consulta salió el Ministerio del 4 de marzo.

Era natural que el nuevo Gabinete no gustase a nadie. Los tibios lo tenían

por exaltados, y los exaltados, por tibio. Procedente, como el anterior, de la mayoría, el Gabiente Valdemoro-Feliu representaba las mismas ideas, la propia indecisión, idéntica dependencia de manejos secretos; representaba también la debilidad frente a los alborotadores, las pedradas al coche del rey, la tolerancia de las grandes conspiraciones y la persecución sañuda de las pequeñas. De entonces data, si no estamos equivocados, la célebre frase de «los mismos perros con distintos collares». Más adelante, cuando Feliu pasó de Ultramar a Gobernación, el Gabinete se enderezó como una planta cuya savia se regenera, y supo desplegar contra los alborotadores y los clubs una energía que hasta entonces no se había visto en el Gobierno después de la revolución.

Tal era la situación política a principios de marzo. En el Gobierno, debilidad; en el Congreso, confusión; en Palacio, solapadas intrigas, cuyas results se verán más adelante. El pueblo, desbordado y sin reconocer ley ni freno alguno, expresaba su voluntad ruidosa y groseramente en los clubs. A fuerza de oír hablar de su soberanía, empezaba a creer que consistía ésta en el uso constante de la iniciativa revolucionaria y en el ejercicio atropellado de la sanción popular en asonadas, violencias y atrocidades sin cuento. Romero Alpuente, un vejete furibundo, a quien después conoceremos, había dicho que la «guerra civil era un don del Cielo». Istúriz, joven y exaltado, había dicho que la palabra «rey era anticonstitucional». Moreno Guerra, que «el pueblo tiene derecho a hacerse justicia y vengarse a sí propio». Golfín, que «la anarquía purgaba la tierra de tiranos». Otro llamaba al Trono «cadalso de la libertad».

Entre tanto, las sociedades secretas estaban desconcertadas; porque si bien el nuevo Ministerio saliera de ellas, como el anterior, no había gran seguridad de que se dejase gobernar por los *Valerosos Príncipes*.

—Estamos —decía Campos— en la situación más oscura que puede imaginarse. Yo no he tenido nunca a Feliu por muy afecto a nuestro orden, y temo mucho que se nos vuelva en contra. Sin embargo, anoche nos ha echado un discurso con muchos ofrecimientos y

palabrotas; pero no me fio, no me fio.

Esto lo decía el gran Cicerón, sentado junto a una mesa del café de *La Fontana*, teniendo enfrente a Salvador Monsalud, que entre sorbo y sorbo de café leía *El Espectador*. Como se habían juntado después de su violenta separación, cómo habían ido allí, apareciendo amistosamente reconciliados, merced a un par de tazas y otras tantas copas, es cosa que se explica fácilmente. Campos fué a casa de Monsalud una mañana, anuncióle que tenía que hablar de asuntos igualmente graves para los dos, y aunque el joven le recibió con los peores y más ásperos modos, como Cicerón no se daba por ofendido y era hombre que respondía con risas a las palabras duras, bien pronto, uno y otro, a pesar de su desacuerdo, hallaron un término común de reconciliación pasajera. Campos convidó a Aristogitón a pasar un par de horas en *La Fontana*, y una vez allí, sentáronse en el más apartado y oscuro rincón del local, tras la tribuna, y no lejos del mostrador. Casi estaban solos, porque, en tal hora, el célebre club «de los amigos del orden» descansaba de sus fatigas.

—Pero, a pesar de todo, nosotros no hemos perdido nada todavía —añadió Campos—, y yo quiero ver quién es el guapo que se atreve a dar un golpe a las sociedades secretas, autoras no sólo de la revolución de España, sino de las de Portugal y Nápoles. Este poder inmenso 'no se pierde por una veleidad ministerial... Conque, amado Aristogitón, yo planteo nuestra cuestión en los mismos términos en que la planteé en mi casa hace ocho días, cuando te puse como un basilisco, y aun creo que intentaste pegar a tu maestro... Pero, hombre de Dios, ¿no me haces caso de lo que te digo? Mientras hablo, tú lees.

—Oigo perfectamente—dijo Monsalud, dejando el periódico y tomando la taza—. La cuestión planteada en los mismos términos de aquel día...

—Cuando me quisiste pegar —repitió Campos con burla—. Después me estuve riendo de ti dos horas. Si yo fuera un hombre terrible, te hubiera echado por el balcón; estaba en mi derecho.

—No lo niego. Si yo hubiera sido un hombre imprudente, le hubiera roto a usted la cabeza; también estaba en

mi derecho por haber sido engañado. Usted intentó comprarme con viles ofertas de destinos y menudencias.

—Y ahora te compro por el precio que tú te has puesto: por la concesión de una gracia a que das suma importancia. La cosa en sí es la misma, no varía más que el precio y la clase de moneda. Tú me dejas en paz a mi sobrina...

—Y usted me pone en la calle a un pobre preso que será ahorcado si las cosas siguen por el camino que llevan.

—Perfectamente. Trato clarísimo y que no da lugar a engaños ni malas interpretaciones. *Do ut des*.

Campos, como hombre que ve adelantar satisfactoriamente una negociación de importancia, respiró con fuerza, embaulando después media taza. *Robespierre* (1) subió a sus rodillas. Uno y otro se acariciaron.

—No debieras extrañar—añadió—que yo quisiera favorecerte con un buen destino y aun alejarte. A mí me gusta hacer las cosas con delicadeza. De este modo se llega al objeto sin ofender a nadie, sin ruido y sin dimes ni diretes. Creí que tú, hombre listo, me entenderías después del primer avance, y tomando lo que te daba, te dispondrías a callar y a obedecer, dejándome el campo libre. Pero no entendiste. Tienes un candor honradillo que exige se te digan las cosas claras, y, en verdad, a mí me repugnaba hablarte con claridad en asunto tan espinoso.

—Algo creí entender; pero como no contaba con la traición de Andrea, no pasé de sospechas vagas.

—¡La traición!—dijo Campos con gravedad irónica—. Pero, hombre..., ¡qué palabrotas se estilan ahora! Di más bien que mi sobrina comprendió lo que sacaba del noviazgo contigo. Por mi parte, de algún tiempo acá me desvelo por que disfrute una posición tónica y como corresponde a sus méritos. Es tiempo ya de que tenga un padre vigilante y cariñoso. Te confieso, amigo Aristogitón, que cuando sospeché tus niñadas con ella, y más aún, cuando las sospechas se trocaron en certidumbre..., ¡ay!, sentía impulsos de despedazarte. Pero meditando bien, resolví tener mucha calma, abordar la cuestión con astucia, evi-

tar un escándalo que pudiera turbar la paz espiritual del buen Falfán de los Godos. De esta manera todos quedan contentos. No creas que me ha costado poco cautivar a Andreilla. La pícara se nos escapaba como una mariposa, cuando creíamos tenerla segura; pero conquistado tú, que eres el Montjuich, la rendición de la ciudadela es inevitable... ¿Te das por conquistado?

—Me doy por conquistado.

—¿Renuncias por completo y en absoluto a ella? ¿Huirás de su trato y de su vista, y, en caso de que la casualidad te la ponga delante, harás con ella como si nunca la hubieras conocido?

—Lo haré.

—¿La despreciarás, la arrojarás de tu lado, le harás ver de una manera indudable que tú y ella sois como el agua y el fuego, que no pueden juntarse?

—Como el agua y el fuego.

—Y si la tempestad arrecia, ¿serás capaz hasta de hacerle creer que estás enamorado de otra?

—También.

—Vamos, eres un hombre. Tus declaraciones merecen una «salva». Echemos «pólvora fulminante» en el «cañón» y disparemos.

Los masones llamaban pólvora fulminante al «ron». El «cañón» y la «salva» ya sabemos lo que eran.

—¡Fuego!—dijo Monsalud, llevando la copa a sus labios.

—¡Fuego!—repitió Campos.

Los del *Arte Real*, en sus *tenidas* de banquetes, pronunciaban esta voz de mando para indicar los brindis.

—Pero ¿a qué vienen tantas exigencias, que parecen pruebas masónicas—dijo Salvador—, si Andrea no necesita de mis desdenes para obedecerle a usted? ¿No ha dado su consentimiento?

—¡Ah! ¡Ah!..., fíate de consentimientos. Dicen que la palabra «veleidad» es femenina en todas las lenguas. Prueba de que todas las mujeres son veleidosas. Es verdad que Andrea, a fuerza de ruegos, de razones, de regalos, de mimos, de promesas, me prometió ser marquesa... ¡Marquesa, ya ves qué pedrada!..., y la muy tonta... Por algo se ha dicho que «entre el sí y el no de una mujer no se puede poner la cabeza de un alfiler».

—Ella apetece más. La ambición, una

(1) Un gato. Véase *La Fontana de Oro*.

vez desarrollada, no se satisface fácilmente. Creerá que Falfán de los Godos no es bastante rico.

—¡Si es millonario! No va por ahí la corriente—dijo Campos con desaliento—. Es que Andrea vuelve los ojos a este tunante y se arrepiente, se arrepiente la muy picara de la promesa que me dió. Desde el otro día... Pero yo quisiera saber qué tienes tú para trastornar de éste modo un cerebro, que después de todo es un cerebro de la raza de Campos, fecunda en gente sesuda.

—Andrea tiene conciencia; no es una muchacha corrompida—afirmó Monsalud, disimulando el interés que aquella parte de la conversación le producía.

—Qué conciencia ni conciencia... Resabios tontos de su enamoramiento infantil. Yo sé que eso desaparecerá; pero por de pronto me tiene inquieto. Desde aquel día que tú y yo estuvimos a punto de machacarnos las liendres no sabes cómo se ha puesto esa muñeca. Está loca, rematadamente loca, y anoche tuve que encerrarla, porque quería salir.

—¿Salir?

—A buscarte; y se nos escapará, porque la niña es sutil. Por eso quiero estar seguro de ti. Querido Aristogitón, si tú no me ayudas, todo se pierde. No puedes tener idea de cómo está esa criatura. En mi casa no se oyen más que suspiros, y con las lágrimas que unos ojos negros han derramado estos días se podía haber hecho otro estanque del Retiro. Sorprendíla ayer desenvainando el puñal que conserva como recuerdo de su padre. ¡Ay, qué susto! Te aseguro que si no llego a tiempo tenemos en casa una degollina, un suicidio, una de esas gracias que mi sobrina ha leído en las historias de griegos y romanos, y que ahora las novelas sentimentales tratan de poner en moda. ¿Has leído el *Werther*? Es un Dido macho que se mata por amor.

Salvador estaba pálido y no acertaba a decir nada.

—Por esta causa he querido prevenirte, asegurarme de tu formal renuncia, que espero cumplirás con honradez. Es posible que recibas alguna esquelita, aunque la hemos privado de tinta y papel; es también muy probable que la mariposa tienda sus alas y se eche a volar poéticamente por las

calles de Madrid, y te busque y te encuentre... Veo que suspiras... Mira, no vengas tú también con suspiros. En una mujer, pase; pero un hombre es un hombre, Salvador, y, sobre todo, un hombre que tiene a su padre en la cárcel a punto de ser ahorcado, debe tener corazón de bronce, portarse caballerosamente y cumplir su palabra.

—Yo la cumpliré—murmuró Salvador.

—Bueno, señor *Caballero Kadossch*. ¿Repites las ofertas que hace poco me has hecho?

—Las repito.

—¿Acabaste para mi sobrina?—preguntó Cicerón, en un tono que indicaba la idea de las resoluciones categóricas.

—Acabé—respondió Salvador en el propio tono del suicida que dice adiós a la vida.

—¿De modo que no harás caso de esquelitas, ni de recados, ni de visitas?

—No.

Se frotó los ojos con la mano derecha, cual si quisiera reducirse a polvo.

En aquel momento arrojaba su corazón al perro.

XVII

—Pues lo pasado, pasado—dijo Campos—. Amigos otra vez. Olvidemos las ofensas que mutuamente nos hayamos hecho.

—Pasemos la trulla.

Trulla era la cuchara de albañil, y la idea de *pasarla* indicaba olvido y perdón de las injurias, idea que bien podía expresarse hablando como la gente.

—Ahora me toca a mí—dijo Salvador.

—Ahora te toca a ti—añadió Campos, sacando dos cigarros habanos y ofreciendo uno a su amigo—. Ahí va esa *pólvora del Líbano*. Fumemos.

—¿Usted me promete que Gil de la Cuadra no será condenado a muerte?

—Eso, no.

—¿Me promete usted que se sobreseerá su causa?

—Tampoco.

—Entonces...

—Lo que prometo es que tu padre, tu tío, tu pariente o lo que sea, saldrá de la cárcel.

—¿Cómo.

—Escapándose de ella, lo cual no es fácil; pero sí posible, sobre todo si tú

y yo nos proponemos hacerlo. No hay que pensar en que el Gobierno suelte la presa absolutista que tiene entre las garras. Es preciso ofrecer un par de víctimas al pueblo, y como no se le puede dar un león, se le da un conejo. Ya sabes que el cura Merino ha hecho la gracia de aparecer en Castilla; el Abuelo ha levantado también una partida cerca de Aranjuez, y Aizquibil recorre con su gente el país de Alava. El Pastor entra también en campaña, y a varios de su partida, que han sido cazados, se les encontraron muchos ochentines de los que acuñó el Gobierno hace poco. Estos ochentines se dieron todos a la Casa Real, de modo que no hay duda alguna respecto a la mano que está moviendo esta vil máquina de las partidas.

—El rey.

—Sí; y cuando los ministros le hicieron notar la coincidencia, respondió tranquilamente: «Es muy extraño eso», y no dijo más. La Corte trabaja con desesperación por encender la guerra civil, y los curas y los guerrilleros, amparados por ella y por las juntas extranjeras, harán un esfuerzo terrible para restablecer el absolutismo. Nos aguarda un porvenir de rosas. Ya sabes lo que significan en nuestro amado país estas dos fuerzas: *curas, guerrilleros*.

—No tengo ilusiones en ese particular. La estupidez de los liberales, su corrupción y falta de sentido, anuncian a voces que volverá el absolutismo.

—Pues bien, cuando por todas partes no se ven más que peligros; cuando el Gobierno se mira amenazado y provocado por los absolutistas, ¿no es natural que si logra poner la mano encima de alguno apriete y apriete firme hasta ahogarlo?

—Es natural. Los pobres gazapos que se han dejado coger pagarán las culpas de los lobos y de Corte, que los azuza.

—Evidentísimo. Por consiguiente, amigo Monsalud, no hay que pensar en que el Gobierno perdona a ninguno de los que hoy están presos por conspiraciones realistas.

—Serán condenados...

—A muerte. El juez, señor Arias, confiesa privadamente que no halla motivo para tanto; pero la presión popular y la necesidad de hacer un escarmiento,

la conveniencia de amedrentar a la Corte, levantará el cadalso. Aquí tienes a la señora Libertad en tales trances que no puede pasarse sin el verdugo.

—¿De modo que no hay que soñar con un sobreseimiento?

—Locura. Vinuesa no se escapa de la horca. Los demás serán condenados a presidio... Puesto que no podemos evitar la sentencia, tratemos ahora de salvar a tu hombre. Yo estoy tan comprometido a ello moralmente como tú. Planteemos la cuestión. Primer punto. Todo el personal de la cárcel está en poder de gentuza comunera o milicianos nacionales de los más majaderos.

—Lo sé, y he resuelto hacerme comunero.

—Admirable idea—dijo Campos, en tono de lisonja—. Y si procuras retener en la memoria todos los disparates y gansadas de los hijos de Padilla para contármelos, tu idea será sublime.

—Yo iré allá tan sólo con el fin de contraer amistades que me sirvan para nuestro objeto.

—Excelente plan. En tanto, el Grande Oriente se encarga de hacer en el personal de cárceles alguna variación.

—Cosa facilísima.

—No tanto, joven, no tanto. Tú no sabes cuánto se ha alambicado ya en la cuestión de destinos. No se puede estar trasegando la gente todos los días. Lo peor de todo es que hacemos una variación, y al punto nos conquistan los comuneros el nuevo personal. Se varía otra vez, y la defección se repite. Hacemos tercera hornada; pero llega un momento en que no se puede más, porque se acaban los carniceros, panaderos y pasteleros que quieren ser empleados públicos en las porterías de los ministerios, en cárceles, en Correos... Por este camino desaparecerá en Madrid toda la clase menestral.

—Pero los cambios traen numerosas cesantías.

—Pero los cesantes, esos insignes patricios desalrados, no quieren volver a las panaderías, carnicerías y molinos de chocolate de donde salieron. Encuentran más fácil encastillarse en las fortalezas de Padilla, donde, haciendo comedias, se van adiestrando en la oratoria y en el arte de conspirar.

—¿Y cómo viven?

—Ese es el misterio. Lo evidente es

que tienen dinero. ¿Ves esa turbamulta de vagos que aúllan en los cafés, que alborotan en la plaza de Palacio, que apedrean las casas de los ministros, que van a cantar coplas indecentes junto a la reja de la prisión de Vinuesa?... Pues todos ellos viven, y viven bien.

—Los ochentines del *Pastor* harán ese milagro.

—Eso creo yo. Los ochentines...

—Pero contra los ochentines el Gobierno tiene los empleos públicos. Póngame usted en la cárcel de la Corona a un empleado que se preste a favorecer nuestro plan.

—Precisamente hay una vacante. Me he informado hoy.

—Mejor que mejor.

—Bueno; pues elige tú el candidato. Salvador meditó breves instantes.

—Lo mejor será un hombre de bien, pues no se trata de salvar a ladrones y asesinos; se trata de hacer una buena obra, librando a un pobre anciano inocente: inocente, sí..., porque Gil de la Cuadra, aun conspirando con todas sus fuerzas, no es capaz de hacer daño a un semejante ni a la sociedad.

—Pues mi opinión es que elijamos un tonto. Es fácil de encontrar.

—Ya tengo mi hombre—dijo, vivamente y con alegría, Monsalud.

—¿Has hallado el tonto?

—Un maestro de escuela.

—Viene a ser lo mismo. Apuesto a que has pensado en Sarmiento.

—No; lo echaríamos todo a perder—dijo Salvador, arrepintiéndose—. Sarmiento es sencillo; pero su fanatismo rabioso le transfigura, haciéndole cruel. Me parece que debemos elegir un discreto.

—Bien, puedes coger la linterna de Diógenes. Echate a buscar el discreto.

—Ya lo hallé—exclamó Monsalud, dándose una palmada en la frente.

—¿Quién?

—Yo mismo.

—Hombre..., la idea no es mala—repuso Campos sonriendo—. Pero la verdad..., ese destino no es propio para ti. Vales tú mucho más.

—¿Y qué me importa?

—El duque del Parque no querrá tener a su servicio a un sota-alcaide.

—Dejaré el servicio del duque del Parque.

—Pero ¿no se te ocurre otra persona?

—No me fío de nadie. Estoy decidido. Seré sota-alcaide.

—Vas a bregar con la gente más cruel, más perdida y más infame de la sociedad. El personal de cárceles allá se va con el de encarcelados.

—No me importa. He tenido una idea feliz.

—Pues adelante y realicemos la idea feliz. Serás sota-alcaide. En tanto que te nombro..., pues no creas que es cosa de un momento, lo menos hay treinta candidatos, hablaré a Copons.

—¿El jefe político?

—¡Ah!—exclamó Campos con gozo—. Le tengo cogido, le tengo preso en mis redes. Precisamente anda tras de mí para que le favorezca en ciertas pretensiones que trae en Gracia y Justicia. Una bicoca: tres primos que fueron beneficiados y ahora se les antoja ser deanes. Son de la pacotilla, de los que llaman modestos... ¡Pobrecitos! Copons es muy exaltado; el Gobierno, que le puso en lugar de Palarea, no está muy contento con él. Necesita todo el arrimo del Grande Oriente para no venir a tierra. Muy bien: esto va a pedir de boca. Tu padre, tu abuelc, o lo que sea, se ha salvado.

Hablaron algo más, determinando algunos detalles del plan, y se separaron. Campos tenía que revisar unas cartas detenidas por orden superior. Salvador debía consagrarse a sus ocupaciones. Cuando volvió a su casa, entregáronle un billete que acababa de llegar. Conociendo en el sobre la letra de Andrea, sintió tanta ansiedad como pavor. La carta estaba trazada con indecisos rasgos, aprisa, y decía:

«Arrepentida, arrepentida, arrepentida de lo que he hecho.

»Ven al instante. Estoy esperándote en el Retiro, junto al Observatorio. Me he escapado de mi casa. Querido mío, mi vida y muerte: si no me perdonas, si no vienes al instante a mi lado, me moriré de desesperación.

»Lo que he hecho contigo es una villanía, una ofuscación.

»Un poco tarde lo he conocido; pero lo conozco al fin, lo confieso y te pido perdón.

»Te adoro, y ni Dios podrá hacer que yo pertenezca a otro. Eres mi dueño y

puedes abofetearme, puedes matarme si me porto mal.

»Salvador, sácame del infierno en que estoy. Ven, no tardes ni un segundo. No vuelvo más a mi casa. Iré contigo a donde quieras: seré tu esposa, tu criada o lo que tú quieras... Sácame los ojos, y dentro de ellos verás tu cara. Ya me parece que te siento venir... ¿Vendrás?... En el Retiro, junto al Observatorio. Voy corriendo, no sea que llegues antes que yo. Adorado mío, te quiere con toda su alma y te ofrece el corazón y la vida,

Andrea.»

Soledad, que entraba cuando Salvador concluía de leer la carta, notó su palidez y agitación.

—¿Qué tienes, hermano?—dijo, llena de pesadumbre—. ¿Ese papel te dice algo desfavorable a mi pobre padre?

—No, no—replicó el hermano con desesperación—. Es todo lo contrario. Soledad, abrázame, abraza a tu hermano.

La muchacha se arrojó llorando en brazos de Salvador.

—¿Pero te causan pena las buenas noticias?

—¡No, no!... La carta no dice nada—afirmó él, sofocando la tempestad que bramaba en su alma—. Estoy alegre, hermana; hermana querida, abrázame otra vez. Tu padre se ha salvado.

Pasó Monsalud todo el día y toda la noche en un estado de agitación muy viva. A la mañana siguiente, cuando entró en casa del duque del Parque, un criado le dijo: «Han estado aquí dos mujeres buscándole a usted. Parecían ama y criada.»

—Si vuelven—repuso—, dígales que he salido de Madrid.

Para evitar un encuentro que temía, salió del palacio por una puerta de servicio que daba a otra calle. Pero más tarde, al entrar en su casa, don Patricio Sarmiento repitió la noticia.

—Aquí han estado dos damiselas a preguntarme cuándo volvía usted. Parecen ama y criada... ¡Oh, edad dichosa esta en que nos vienen a buscar dos y tres veces en el breve espacio de unas horas...! Yo también, en mis juveniles años...

Sarmiento exhaló un suspiro.

—Si vuelven, dígales usted que he sa-

lido de Madrid y que no volveré hasta dentro de un mes.

—¡Cuánta esquivéz!... Pero en esa edad feliz... También uno ha tenido sus dulzuras, ¿eh? No crea usted: este arrugado semblante y este flaco y débil cuerpo no han sido siempre así. Aquí, amigo Salvador, aquí se sabe lo que es afán de amores; aquí se comprende bien eso de despreciar a una por apasionarse de la otra, volando de flor en flor cual inconstante mariposa... ¿Pues y estar penando días y días por una mirada, sólo por una mirada?... ¡Ay! ¿Y aquello de estar cavilando por qué me miró así o dejó de mirarme?... Todos hemos tenido nuestro abril; todos hemos revoloteado y sacado la miel hiblea del cáliz de las frescas flores, señor Monsalud.

Cuando éste se dirigió, después de mediodía, a una tienda de la calle Mayor donde solía hacer tertulia, un manco le dijo la muletilla:

—Han venido dos hembras a ver si había usted venido.

Más tarde pasó por la parte baja de la calle de Atocha. Detúvose de repente, porque un objeto lejano llamó su atención: era el Observatorio astronómico. Singular trastorno debió de producir en las ideas del joven la vista del hermoso edificio, porque apresuró el paso como quien huye de un fantasma temible.

¡Cosa extraña! Al anochecer, cuando fué al local ocupado por la masonería, en la calle de las Tres Cruces, con objeto de hacer unas preguntas a Sócrates, o, como si dijéramos, a Canencia, un portero le cantó el atormentador estribillo de todo el día:

—Aquí han estado dos damas a preguntar si vendría usted esta noche.

Después marchó a *La Cruz de Malta*, café situado en la calle del Caballero de Gracia. Aguardábale allí don José Manuel Regato.

XVIII

En la calle que hoy se llama Isabel la Católica, y antes, de la Inquisición, pasando así bruscamente del nombre más horrible al más hermoso, hay una casa, que hoy lleva el número 25 y antes tenía el 2, edificio perteneciente en

su juventud al conde de Revillagigedo y que después fué Conservatorio de Música y Declamación. Diversas oficinas se han sucedido en dicha casa, y hoy sirve de albergue, si no estamos equivocados, a una Dirección del ramo de Fomento. Pero lo más importante de este caserón, en su variada y larga historia, es que dentro de él estuvo la *Asamblea de los Comuneros* durante los tres *mal llamados años*. Ya se habrá comprendido quiénes eran estos bravos hijos de Padilla. Cualquiera que haya vivido en España y prestado atención a sus cosas políticas comprenderá que en aquella época, como en todas, los descontentos y los cesantes, los atrevidos, los pretendientes y los envidiosos, que son siempre el mayor número, no podían tolerar que determinada pandilla gobernase siempre el país y las Cortes. Este afán de renovación periódica del personal político, que en otras partes se hace por razón de ideas y de aspiraciones elevadas, se suele hacer aquí, y más entonces que hoy, por el turno tumultuoso de las nóminas. Esto es una vulgaridad tan manoseada y ha trascendido de tal modo hasta llegar a las inteligencias más oscuras, que casi es de mal gusto ponerlo en un libro.

Los comuneros querían reformar la Constitución, porque no era bastante liberal todavía. Los ministeriales (nos referimos a la primera mitad de 1821) o doceañistas, o si se quiere, los masones, convencidos de que su Constitución era la mejor de las obras posibles y que la mente no concebía nada más perfecto, querían que se conservase intacta y sin corrección ni reforma, como la Naturaleza. De repente apareció un tercer partido, llamado de los *anilleros*, que quiso modificar la Constitución en sentido restrictivo, aspirando a una especie de transacción con la Corte y la Santa Alianza. Sobre estas tres voluntades giraba aquel torbellino, que empezó con una sedición militar y terminó con una intervención extranjera.

Los comuneros, que nacieron del odio a los masones, como los hongos nacen del estiércol, creyendo que los ritos y prácticas de la masonería eran una antigualla desabrida, antiespañola, prosaica y árida, imaginaron que les convenía establecer un simbolismo caballeresco y nacional, propio para exaltar la imagi-

nación del pueblo y aun de las mujeres, que por entonces tenían parte muy principal en estos líos. Siendo la representación primaria de los masones un templo en fábrica, y los hermanos, arquitectos o albañiles, formaron los comuneros su partido de Comunidades, divididas en Merindades, Torres y Casas Fuertes, y a sus logias llamaron *castillos*, y a sus venerables, *castellanos*; alcaides a sus vigilantes, y así sucesivamente. En los ritos y ceremonias modificaron todo lo que hay de teatral en la masonería, dándole forma caballeresca e ideando ilusorias fortalezas, puentes levadizos, barbacanas, recintos, salas de armas, cuerpos de guardias, almacenes de enseres y demás mo-jigangas, todo creado por sus exaltadas fantasías, de tal modo, que más que militantes caballeros parecían rematados locos.

Su color distintivo era el morado, así como los masones adoptaron el verde. La Asamblea general recibía el nombre de *Alcázar de la Libertad*, y el recinto donde se reunía, llamado *Plaza de Armas*, estaba adornado con embadurnados lienzos y telones, representando torreoncillos con banderolas patrioterías. El presidente llamaba a los socios la *guarnición*, y a los neófitos, *reclutas*. Abriáanse y cerrábanse las sesiones con fórmulas que harían reír a la misma seriedad, siendo de notar principalmente el parrafillo con que se despedían después de discutir largamente sobre mil innobles temas sugeridos por el egoísmo, el hambre o la envidia: «Retirémonos, compañeros, a dar descanso a nuestro espíritu y a nuestros cuerpos, para restablecer las fuerzas y volver con nuevo vigor a la defensa de las libertades patrias.»

Poco después de las diez de la noche, Salvador Monsalud, acompañado del señor Regato, penetró en el *Alcázar de la Libertad* de la calle de la Inquisición. Era el local grande y espacioso, consistente en una serie de salas abovedadas, a las cuales se descendía por media docena de escalones. Pobres farolillos, que aquí no cometían la fatuidad de llamarse *estrellas*, las alumbraban, y un sordo rumor de gente anunciaba desde el vestíbulo que la colmena se había llenado ya de zánganos.

—El ceremonial nos manda esperar

aquí—dijo Regato a su reclusa, deteniéndose en la primera sala—. Voy a llamar al alcaide.

Durante el breve rato de espera, Monsalud tuvo que resignarse a oír las felicitaciones de don Patricio Sarmiento, que a la sazón entraba, y que atronó la estancia con sus gritos y encarecimientos por el feliz suceso de aquella iniciación. Todo su porvenir caballeresco comunero diera el joven por sacudirse de encima; pero al fin sacóle de tan mal paso el alcaide, apareciendo con Regato, y en seguida vendaron los ojos al recluta, mandándole que marchase apoyado en el brazo del comunero proponente.

—¿Quién es?—preguntó una voz.

—Un ciudadano—respondió Regato con toda la seriedad posible—que se ha presentado en las obras exteriores con bandera de parlamento a fin de ser alistado.

La misma voz gritó:

—¡Echad el puente levadizo!

Oyó entonces el neófito un espantable ruido que énderredor suyo sonaba, con tal estrépito, que no parecía sino que todos los alcázares y torres de España caían en ruinas; mas no se turbo por esto su esforzado corazón, ni aun se le mudó la color del rostro, que para mayores trances tenía coraje y alientos el bravo recluta. Además, bien sabía él, como todos, que aquel rumor provenía de una plancha de hierro semejante a las que usan en los teatros para imitar los fragorosos ecos del trueno, y que el ruido de hierros y cadenas era producido por una sarta de cacharros que tras de la puerta agitaba bestial paleta, simulando de este modo con notoria perfección el acto de bajar el puente levadizo.

Quitáronle la venda; retiráronse alcaide y proponente y quedó solo con el centinela, que estaba enmascarado. Estaba en el *Cuerpo de guardia*, y allí, como en la *Cámara de meditaciones*, debía el candidato reflexionar sobre su situación y contestar por escrito a varias preguntas referentes a las obligaciones y derechos del comunero. Monsalud observó el local, de cuyas paredes pendían varias armaduras mohosas y algunas espadas mojadas en sangre de cabrito, que para tan terrorífico uso suministraba un día sí y otro no el conserje de la So-

ciudad. Leyó los letreros conteniendo sentencias vulgares de la religión del honor, y se dispuso a tomar asiento junto a la mesa donde debía extender sus respuestas.

El centinela, que había permanecido tieso y grave, desempeñando su importante papel, soltó de repente la risa y dijo al neófito:

—¿También tenemos por aquí al señor Monsalud?

—Monsalud miraba a su interlocutor y no veía más que una máscara horrible; una figura espantosa con casco empenachado de gallináceas plumas y un babero a guisa de celada de encaje.

—Qué, ¿no me conoce usted? Soy *Pujitos*—dijo el centinela, quitándose la máscara.

—¿Cómo te había de conocer, vecino, si parecías un valiente? ¿También tú te diviertes con estas mojigangas?

—Vaya un modo de prepararse... ¡Llamar mojigangas a una cosa tan seria que va a derribar el Ministerio y a poner un Gobierno republicano! Señor don Salvador, ¿usted viene aquí a burlarse? Le aviso que los que se han burlado de esto no lo han hecho dos veces. Conque escriba el papelito, y me volveré a poner la careta. Acabe usted pronto, que me sofoco, y este demonche de cartón huele muy mal.

—¿No te fatiga esta tarea? ¿No es mejor que descanses en tu casa toda la noche después de haber trabajado todo el día?

—¡Quia! Si ya no hago más zapatos dijo el gran patriota con expresión de hombre perspicuo—. El señor Regato me ha prometido darme un destino en la Contaduría de Propios. Don Patricio me enseña a echar la firma, que es lo que necesito, y salga el sol por Antequera.

—Ya sabía que eres de los que vocean en los motines, patean en *La Cruz de Malta* y apedrean el coche del rey. ¿A cómo pagan esto?

Pujitos se puso serio al oír tamaña injuria.

—Vamos—dijo—. Está visto que usted viene aquí a mofarse. Pero siempre seremos amigos o, mejor dicho, compañeros de armas. Escriba el papelito y despache pronto. Me pongo la careta porque el alcaide va a venir.

—No hay prisa. Dime, *Pujitos*: ¿vienes aquí todas las noches?

—Todas, desde el primer día. Soy caballero fundador, y el día lo paso en las cosas de la milicia. Soy teniente. ¡Uf, usted no sabe el trabajo que da esto! A la parada, a pasar lista, a revisar los uniformes, a hacer ejercicio o tiro, a aprender los reglamentos, a echar unas copas con los oficiales para discutir lo que ha de hacerse al día siguiente..., y luego, guardias y más guardias.

—¿Haces guardias de noche?

—Pues no. Anoche me tocó en el Principal y mañana me toca en la cárcel de la Corona.

—¡En la cárcel de la Corona... mañana!—dijo Monsalud con interés—. Ya sé...: es donde están presos esos clérigos que han hecho planes horribles para quitar la Libertad.

—Y algunos que no son clérigos. Pero esos tunantes morirán, o no hay justicia en España. Dicen que el Gobierno quiere condenarlos a presidio nada más; esto se llama protección, ¿no es verdad?

—¿Y me has dicho que eres teniente?

—Nada menos; y si no fuera por las intrigas que hay en el batallón...

—Yo también seré miliciano y me afiliaré en tu batallón, gran *Puñitos*—dijo Monsalud, riendo—. Se me figura que entre tú y yo hemos de hacer algo extraordinario.

—Me alegraría de ello.

—Nos veremos pronto, y hablaremos... Quizá mañana... Pero el tiempo pasa y hay que contestar a estas endiabladas preguntas.

—Escriba usted... Me parece que vienen ya.

Salvador escribió sus respuestas, que fueron llevadas a la *Plaza de Armas* para que las examinara la guarnición. No tardaron el alcaide y el proponente en conducirlo, vendado otra vez, a la puerta del salón de sesiones, que estaba cerrada. Por dentro una voz gritó:

—¿Quién es?

«Esta voz, áspera y hueca como una campana rajada—dijo Monsalud para sí—, es la de Romero Alpuente.»

Entre tanto, el alcaide respondía.

—Soy el alcaide de este castillo, que acompaño a un ciudadano que se ha presentado a las avanzadas pidiendo parlamento.

—¡Por Dios, amigo Monsalud—indicó en voz baja Regato—, no se ría usted!

Le suplico encarecidamente que sofoque toda manifestación de burla. Usted no quiere creermelo, y yo repito que esto es serio, pero muy serio.

Abrieron la puerta de la *Plaza de Armas*, que más parecía bodega que plaza, con diversas series de asientos ocupados por los caballeros y un estradillo donde estaba el presidente, teniendo detrás fementido torreón de lienzo embadurnado y un harapo que llamaban estandarte de Padilla, y una urna donde *debían colocar todas las cenizas de los comuneros que se pudieran haber*.

El presidente le preguntó su nombre, edad, pueblo natal, empleo, profesión; luego le habló de las obligaciones que contraía y del valor y constancia que había de mostrar para desempeñarlas. Levantáronse en seguida los caballeros, y Monsalud vió que todos ellos tenían una banda morada en el pecho y una como espada o asador en la mano.

—Ya estáis alistado—le dijo el presidente—. Vuestra vida depende del cumplimiento de las obligaciones que habéis contraído, y vais a jurar. Acercaos y poned la mano sobre este escudo de nuestro jefe Padilla, y con todo el ardor patrio de que seáis capaz pronunciad conmigo el juramento que debe quedar grabado en vuestro corazón.

Hecho lo que al neófito se le mandara, empezó éste la retahíla del juramento, que abrazaba diversos puntos y que concluía con la consabida conterilla que tanto ha hecho reír a la generación siguiente: «Juro que si algún cab. com. faltase en todo o en parte a estos juramentos, le mataré luego que la Confederación le declare traidor; y si faltase yo, me declaro yo mismo traidor y merecedor de ser muerto con infamia por disposición de la Confederación de cab. com.; y para que ni memoria quede de mí después de muerto, se me queme, y las cenizas se arrojen a los vientos.»

—Cubrios—le dijo el presidente—con el escudo de nuestro jefe Padilla.

Tomó entonces el joven un mohoso broquel que le presentaron, y, cubierto pecho y cara con tal defensa, pusieron en él los demás comuneros la punta de sus espadas, mientras el presidente dijo, entre otras majaderías:

—Si no lo cumplís, todas estas espadas no sólo os abandonarán, sino que os quitarán el escudo para que que-

déis al descubierto, y os harán pedazos en justa venganza de tan horrendo crimen.

Poseídos algunos caballeros, como gente candorosa, del papel que estaban desempeñando, hincaban con excesiva fuerza la punta de sus asadores o espadas en el escudo o sartén que resguardaba la cara y busto del joven. El señor Regato, temeroso de que por desmedido celo de los caballeros se agujerease el escudo y perdiera un ojo su ahijado, creyó necesario interrumpir por un momento la majestad del ceremonial, diciendo:

—Ciudadano, señores, que es de hoja de lata (1).

La farándula no había terminado aún, porque, tras la ceremonia del escudo, el alcaide calzó la espuela al caballero, dándole espada y banda, con lo cual, y con acompañarle a recorrer las filas para que fuera dando la mano uno por uno a todos los confederados, el novel comunero descansó a la postre de tantas fatigas.

XIX

Salvador observó la diversidad de fisonomías que presentaba en su innoble recinto la *Plaza de Armas*, y halló entre sus compañeros de caballería muchas caras conocidas. Algunos, pocos, eran diputados en el Congreso. Allí estaba también el célebre Mejía, que algunos meses después fundó *El Zurriago*. Aunque el elemento principal de la Sociedad era la juventud, había bastantes viejos, y no todos tan inocentes como don Patricio Sarmiento. Milicianos nacionales los había por docenas; la gente de poca instrucción y de pocos apetitos burocráticos imperaba, y en todos los incidentes de la sesión salía a la superficie un espumoso de patriotería gárrula, que era la fermentación de aquel elemento. No habrían transcurrido veinte minutos después de la admisión del nuevo caballero comunero, cuando un hombre desenfrenado que se ocupaba del asunto puesto a discusión, pronunció estas palabras:

—Yo propongo a nuestra Asamblea que cesen las contemplaciones con la

Corte y que se dé el grito de ¡Viva la República!

Alborotóse la guarnición con tales palabras, que algunos calificaron de admirable ocurrencia; otros, de desatino mayúsculo; y si bien el presidente trató de volver la discusión al terreno que marcaba el tema, no fué posible conseguirlo. Entonces, el señor Regato, manifestando ruidosamente que deseaba exponer algunas ideas que agradarían a la reunión, usó de la palabra en estos términos.

—Señores, lo que ha dicho nuestro ilustre y valerosísimo compañero de armas, el caballero X..., ha asombrado a muchos; pero a mí no me asombra, porque yo soy más liberal hoy que ayer, y mañana más que hoy, porque mi lema, señores, es adelante y siempre adelante. Estamos cansados de sufrir, estamos cansados de esperar. ¿Os aterra la palabra *República*? Pues yo digo que a mí no me ha causado nunca terror esa palabra ni me aterra hoy. Perdamos el miedo y seremos fuertes. Amenacemos y nos temerán. Somos los más, somos lo más granado de la España liberal. La Europa nos contempla, el Piamonte nos imita. Nápoles nos copia. Portugal se llama nuestro discípulo. Señores, seamos dignos de la Europa libre, y ante nosotros temblarán el Trono y los masones.

Después de dar las gracias por los aplausos y de limpiarse el sudor, el orador prosiguió así:

—No creáis que la idea republicana es nueva en España. Padilla y Lanuza, nuestros maestros, fueron republicanos. Viniendo a los tiempos modernos, en la proclamación de los derechos del hombre hecha por Muñoz Torrero en las Cortes el año diez, veo yo también la idea republicana. Leed las obras de Mariana y de Sempere, y veréis que en ellas palpita la República. (*Gran estupor.*) Ahora, señores, volved los ojos a todos los ámbitos de la hispana Península—el orador, excitado por la admiración general, se cree en el caso de tener estilo—; volved los ojos por doquiera. ¿Qué veis? (*Gran silencio, indicio cierto de que nadie veía nada.*) Pues veréis allá en las Andalucías, allá en la populosa ciudad de Málaga, bañada por las ondas del Mediterráneo, a Lucas Francisco Mendialdúa, que concibió el plan de establecer la República, como costa en la proclama que imprimió, encabezada con las má-

(1) Todavía vive un comunero que corrió igual peligro.

gicas palabras «República Española» y firmada por «Un tribunal del pueblo». Como acontece a los grandes genios innovadores, como aconteció a Colón, Galileo, Savonarola, etcétera, etcétera. Mendialdúa fué preso (1). Pero así como de la noche sale el claro día, de las cárceles sale la Libertad. (*Atronadores aplausos.*)

»Volved ahora los ojos al llamado reino de Aragón, y veréis allí a nuestro insigne jefe, al valiente entre los valientes, al político entre los políticos, al altísimo Riego, que desempeña el cargo de capitán general en aquella extensa y rica provincia. ¿Creéis que no hace nada? Indigno sería esto de su perspicua mirada, que, cual la del águila, penetra en lo más alto del cielo. No creáis que nuestro jefe está mano sobre mano, no; nuestro jefe trabaja por la República. (*Asombro general e innumerables bocas abiertas.*) En Zaragoza están a la sazón algunos beneméritos patriotas franceses, cuyos nombres no pronunciaré (2). Esos patriotas, pertenecientes a la gran Confederación francesa, están de acuerdo con nuestro jefe; no lo dudéis, están de acuerdo. Unidos todos, discurren cuál será el mejor medio de ponernos la República en España... ¡Guay de nosotros si no les ayudamos!... ¡Guay de nosotros si nos dormimos mientras ellos velan!... ¡Guay, guay!... Lo que puedo aseguraros es que si no nos ven dispuestos y valientes, irán con su proyectillo a Francia. Aquel país no se anda con chiquitas ni repara en niñerías. Estad seguros de que si nuestro jefe se presenta en el Pirineo enarbolando la bandera tricolor y gritando: «¡Viva la República!», todo el Ejército francés se le unirá en seguida, y llegará a París en triunfal paseo, como Napoleón cuando volvió de la isla de Elba. (*Los comuneros acogen esta bola con grande algazara, señal cierta de que se la han tragado.*)

»Ahora volved los ojos a Galicia, donde está el general Mina; volvedlos luego a Barcelona, donde está el gran patriota Jorge Bessières, y vereis que estos campeones de la Libertad tampoco están mano sobre mano. ¿Seremos menos aquí? ¿Nos espantaremos de la Libertad? No, señores. Adelante, siempre ade-

lante. ¡Viva la Libertad! Yo, el más humilde de esta Asamblea; yo, que he venido aquí porque me repugnaban los infames manejos de los de allá; yo, que estoy pronto a derramar hasta la última gota de mi sangre, hasta la última, señores, por el triunfo de la causa; yo, que jamás recibí destino de los tibios ni lo solicité; yo, que soy hombre puro, si hay hombres puros en España, os propongo, con el corazón henchido de patriotismo, que aceptéis desde luego la idea republicana, como ha propuesto mi esclarecido amigo el ciudadano X...»

Varios oradores pidieron la palabra. Después de una breve disputa sobre quién había de usarla, don Patricio Sarmiento se levantó y habló de este modo:

—Después del elocuentísimo discurso del fénix de los ingenios comuneros, don José Manuel Regato, ¿qué puedo decir yo, que soy un triste maestro de escuela, un oscuro preceptor de la tierna juventud? Pero si de algo sirven los consejos de un viejo que se ha quemado las cejas estudiando la historia del pueblo romano, quiero alzar esta noche mi humilde voz en este augusto recinto para enseñaros lo que no sabéis. Vuelvo los ojos en torno mío, y veo zapateros, sastres, talabarteros, comerciantes, taberneros, colchoneros y otros artífices, gente toda muy honrada, muy patriota, muy digna, pero que no está versada en la historia romana. (*Rumores de disgusto.*) No trato de ofender a nadie: afirmo un hecho y nada más, y como yo creo que para tratar ciertos asuntos es necesario haberse quemado las cejas... (*Interrupciones donosas.*) Haberse quemado las cejas, como me las he quemado yo, de aquí infiero... Esas interrupciones y cuchicheos no hacen mella en mi ruda entereza, no, señor. (*El orador se amostaza.*) Y así, digo, como el gran Temístocles: «Pega, pero escucha.» ¿De qué se trata? De adoptar la idea republicana. Bien; yo pregunto a la docta Asamblea: ¿Cuándo se estableció la República en Roma? Y la docta Asamblea me contestará que el año quinientos nueve antes de Jesucristo. Muy bien contestado. ¿Y cuándo concluyó la República de Roma? El año veintinueve. Total de tiempo en que existió la forma republicana: cuatrocientos ochenta años. Está muy bien. (*Más fuertes rumores.*) Ahora

(1) En enero del 24.

(2) Llamábanse Uxón y Cugnet de Montarlot.

pregunto: ¿Cuáles fueron las causas que determinaron a los romanos a cambiar de forma de gobierno?

Los rumores se trocaban en tumulto, y una voz gritó:

—¡Que se calle ese pedante! ¡Que se vaya a la escuela!

—Al indocto grosero que de este modo me interrumpe—gritó don Patricio, agitando los brazos y poniéndose muy encendido—, le contestaré que él es quien debe ir a la escuela a aprender lo que ignora.

—¡Aquí no se quieren estafermos!—aulló una voz, de la cual no se tendrá idea sino considerando de qué modo puede hablar el aguardiente.

—Señores—dijo el presidente con aquel formulismo parlamentario que algunos hombres quieren llevar adondequiera que se oiga el sonsonete de un discurso—, no demos a España y a Europa el triste espectáculo de una discordia entre individuos de esta nobilísima Asamblea. No se diga que andamos a la greña como los masones, a quienes yo aplico aquello de «ríñen los pastores y se descubren los hurtos». (*Prolongadas risas.*)

—¡Que se calle don Patricio!

—¡Que se calle Pelumbres!

—Pues a mí no me da la gana de callarme... ¡A ver!—exclamó una voz que salía del formidable pecho de un hombre tiznado, fiero, corpulento, que parecía personificación de una fragua—. Y si no me da la gana de callarme, a ver quién es el guapo que me cierra el pico... ¡A ver!

Diciendo esto, se levantaba el señor Pelumbres entre la multitud apiñada en los bancos. Su figura, si como su voz, pondrían miedo en toda asamblea que no fuera la de los comuneros.

—Ciudadano Pelumbres—dijo el presidente—, ¿qué dirá la Europa si no guardamos la compostura propia de hombres de gobierno?... ¿Qué dirá?

—Eso es, ¿qué dirá?—repitieron don Patricio y los que deseaban que hablase.

—Es preciso tener moderación—continuó el presidente—. Puesto que el ciudadano Sarmiento estaba en el uso de la palabra, continúe su erudito discurso, que tiempo tiene de hablar el ciudadano Pelumbres. Yo le concederé la palabra, esperando en tanto de su finura y buen sentido que no interrumpa al orador en este importantísimo debate.

Ya entonces empezaba a ser costumbre el llamar «importantísimo debate» a cualquier inútil disputa suscitada por la envidia o la vanidad.

—Señor presidente—gruñó Pelumbres, tambaleándose como un yunque sin equilibrio—, lo que digo es que el ciudadano Sarmiento es un animal..., y a mí no me soba nadie.

Cayó en el asiento como quien se echa a dormir.

—Señor presidente—dijo con trémula voz Sarmiento—, la Asamblea conoce bien mi carácter y mis servicios...; no necesito responder a los cargos que me ha dirigido el ciudadano Pelumbres, porque la Asamblea sabe muy bien que yo...

—Sí, sí—gruñó la Asamblea.

Estaba el buen Sarmiento en pie, con el cuerpo doblado por la cintura, recogiendo a un lado y otro los faldones de la levita como quien se va a sentar y no se sienta.

—Agradezco las manifestaciones de simpatía de este ilustre Areópago—dijo el orador—, y me parece que no debo molestar más al ilustre Areópago, y que los injustos cargos que el ciudadano Pelumbres me ha dirigido no deben contestarse sino con un magnánimo silencio.

—Bien, muy bien.

—Por lo cual me siento, dejando a nuestro esclarecido presidente la alta honra de continuar «este importantísimo debate», para que nos diga su opinión, que es lo que más nos importa.

Rumores diversos manifestaban el deseo de que hablase el Castellano. Romero Alpuente se dispuso a hacer el gusto a sus presididos. Antes de copiar aquí su discurso, convendrá decir que el célebre demagogo de los tres años no era un jovenzuelo fogoso, como algunos creen, sino un vejete, atrabiliario y furibundo, alto, flaco, descuadernado, anguloso, de gárrula elocuencia, de vulgares modos. Era tanta su fealdad, debida, en primer término, a la longitud de sus narices, que no es fácil se encontrara entonces ni se haya encontrado después su pareja. Alcalá Galiano, al lado suyo, se tenía por un Adonis.

Había sido magistrado de la Audiencia de Madrid, y en su vida privada era el hombre más inofensivo, más manso y para poco que imaginarse pueda. El

mismo que en público encarecía la necesidad de cortar no sé cuántos miles de cabezas, era incapaz de matar un mosquito. ¡Pobre carnero viejo que, habiendo leído algo de Robespierre y de Marat, quería parecerse a ellos! Pero sólo los tontos confundían su clueco balido con el rugir de leones y panteras. Sus discursos, que alborotaban las Cortes y los clubs, eran un conjunto de garrulidades terroríficas, de chascarrillos y vulgares idiotismos. Carecía de formas literarias, y su lenguaje familiar era a veces tan divertido como sus amenazas demagógicas, que aquella bendita generación no tomaba siempre en serio. Algunos le llamaban el *Guzmán* (el gracioso) de las Cortes. Tuvo, además, el pobre don Juan Romero Alpuente la desgracia de que en lo mejor de sus triunfos parlamentarios le saliera un enemigo folletinista que, usando el nombre de *Don Pedro Tomillo Al-vado*, le puso de hoja de perejil.

—Caballeros comuneros—dijo Alpuente con voz que no tenía nada de temerosa—, o hay confianza en los hombres del partido, o no hay confianza en los hombres del partido. Si hay confianza en los hombres del partido, no se planteen cuestiones prematuras. Si algo debe hacerse, se hará. No conviene precipitarse, no conviene comprometerse. Las cosas vendrán por sus propios pasos. El partido es el partido, y el que no crea que el partido es como debe ser, espere a ver en qué para el partido y se convencerá. (*Rumores. Asentimiento general.*)

»Por consiguiente—prosiguió, satisfecho del éxito de su exordio—, esperemos llenos de patriotismo, y no hablemos por ahora de republicanismo. El partido es un partido que debe estar preparado para empuñar el timón de la nave del Estado, si se le llama con este fin. (*Muestras de regocijo.*) Y se le llamará, ciudadanos caballeros, ¿pues quién lo duda? El segundo Gobierno constitucional sigue la misma desatentada senda que el primero. El país está lo mismo hoy que ayer. El pueblo soporta las mismas cadenas; los tiranos no han cambiado; los mandarines siguen, los peligros crecen. El Gobierno cree que va a durar mucho. Pues ¿no lo ha de creer? Pero yo quiero ver cómo se las compone con las tramas de la Junta Apos-

tólica en Galicia, con los guardias destituidos, con los obispos rebeldes, con la conspiración de Vinuesa, con la del Abuelo, con los tumultos de Zamora, con el motín de Alcoy, donde han sido destrozadas todas las máquinas; con el robo de la valija de Aragón, con los sucesos de Valladolid... Me parece que les cayó que hacer, ¿eh? (*Risas.*) Yo pregunto: ¿cuál es el medio de que se acaben los trastornos? Establecer la Libertad en toda su integridad. Esto es axiomático. Que los absolutistas vean una mano terrible dispuesta a caerles encima en cuanto chisten, y entonces se meterán bajo una silla. Y no me hablen a mí de conspiraciones demagógicas y republicanas. Aquí no hay nada de eso, y si lo hay es amaño de los constitucionales masones para desacreditar a nuestro partido. Ellos tienen el lema de dar palos y gritar «que nos pegan», lo cual ya no hace efecto, porque se va descubriendo la picardía. (*Carcajadas y bravos.*)

»Seamos prudentes y seamos cuerdos. Sigamos defendiendo nuestros sacrosantos principios...; hoy más libertad que ayer, y mañana más que hoy... No nos arredremos, no volvamos la cara atrás. Adelante, siempre adelante. Pero vayamos con pie seguro. A su tiempo se enseñarán los dientes. Pues qué, ¿creen que si logramos empuñar el timón de la nave del Estado—esta figura de la *nave* era la única que se había asimilado en su carrera parlamentaria el orador comunero—estaremos mano sobre mano, sin hacer nada, como el Gobierno de la *coletilla*? Y ahora viene el repetir lo que ya se dijo en mil ochocientos once:

¡Mirad qué gobernación!
¡Ser gobernados los buenos
por los que tales no son!

»No, señores; es preciso que no se pueda decir de nosotros lo que de estos mandarines chinos. No seguirá el tole tole de oprimir al patriota y ensalzar al que no lo es. Se encomendarán los destinos de la nación a los comprometidos por el sistema, no a los que no lo están. Se harán castigos ejemplares, se volverá todo del revés para que los pillos bajen y los patriotas suban. (*Muy bien.*) No se dará el caso de que de los veinte millones de españoles suden y trabajen los dieciocho, y apenas puedan

llevar a la boca un pedazo de pan moreno, para que los otros dos millones se abaniquen y vivan rodeados de placeres. Entonces se permitirá que eso que llaman los infames *populacho* se reúna donde le dé la gana, y grite y diga todos los defectos del Ministerio. La suspirada Libertad serán un hecho, y no llevarán albarda más que los que quieran llevarla (1). (*Grandes aplausos.*)

»En suma, señores: el partido declara por mi conducto que no quiere ser *vasayo*; que planteará el sistema en toda su pureza. Si para esto es preciso la violencia, venga la violencia. Si es preciso la guerra civil, venga la guerra. La Providencia salvará al partido. No olvidéis, señores, que el *Criador del Universo bendijo también los esfuerzos que hicieron Matatías y sus hijos para evadirse de la justa dominación del impio Antioco Epifáneo*. Entre tanto, desechemos la idea de República. La Constitución establece la Monarquía, y nosotros respetamos al rey constitucional. No se diga que el partido ha sido el primero en alterar la augusta ley. Dejémoslos que ellos se caigan solos; y si nos hicieran ascos y no quisieren nuestra ayuda para mantenerse derechos, ¿me entiende usted?; si prefieren apoyarse en la Santa Alianza y en sus diplomáticos, enviados, farsantes, zascandiles, espías y soplones, en los que fueron pajes de escoba del rey Pepillo, en los serviles españoles de todas clases y ropajes, con bandas, cruces y calvarios; en los de mitra, bonete e hisopo; en los seráficos, angélicos, tostadores y sus familiares, plumistas, guardas, alfileres, corchetes y agarrantes; en los que dicen «el rey mi amo...», entonces nos retiraremos, dejándolos que vayan a donde quieran, pues, como dicen en mi tierra, «cuanto más se desvía el borrego, mayor topetazo pega».

Atronadoras exclamaciones de entusiasmo acogieron la frase final del discurso de Romero Alpuente, orador que, como se ha visto, no ha dejado de tener herederos en la política española.

Una voz, que parecía cien voces, gritó: —¡Viga Riego!

Contestó un alarido, y desde entonces el importantísimo debate se convirtió en

un importantísimo aquelarre. Romero Alpuente se fué, y en su lugar el señor Regato se dispuso a presidir (no hay otro verbo que pueda emplearse propiamente) el resto de lo que es forzoso llamar sesión.

Un orador pidió que se hiciesen manifestaciones contra la Santa Alanza en la persona de sus plenipotenciarios, idea que fué acogida con satisfactorio y general asentimiento por la asamblea, y procedióse al nombramiento de una comisión que se encargase de rociar con peladillas los cristales de las casas donde vivían los embajadores de Austria y Rusia. No se había calmado la efervescencia causada por este suceso, cuando un joven de buen porte, tan correcto de traje como de estilo y hasta afeminado, pronunció un discurso de energúmeno sobre el plan de Vinuesa y el escarmiento que debía hacerse en la persona de aquel malvado «aborto del infierno», compendio de todos los crímenes».

Aseguró también que Vinuesa estaba conspirando dentro de la cárcel, y que si no se ponía remedio en ello, imaginaria un nuevo plan absolutista para matar la Libertad. Acusó al infante don Carlos de complicidad con el cura de Tamajón, y afirmó que todo porrazo dado a Vinuesa sería porrazo dado a la Corte. Aumentando en fogosidad a cada instante, llegó a sostener que el Gobierno se estaba portando traidoramente en este negocio, y que a él (al orador) le constaba que había intenciones de absolver al de Tamajón y aun darle una mitra, si era menester. Aseguró que el pueblo no debía consentir tal iniquidad, porque, si la consentía, no era digno de la fama que había adquirido en Portugal, Nápoles y el Piamonte, países que nos habían tomado por modelo, estableciendo la Libertad al mágico grito de «¡Vivan los discípulos de España!»

Al discurso del joven contestó otro mozalbete de muy distinta figura, educación y modales (pues en aquella asamblea había locos de todas clases), diciendo que la culpa de todo la tenían los masones, que, dando a la nación el nombre de populacho y haciendo el bu con la anarquía, estaban poniendo las cosas como en los tiempos ominosos. Hizo reír al auditorio, afirmando que bien pronto se prohibiría con pena de pecado mortal pronunciar el nombre de

(1) Casi todos los párrafos de este discurso son auténticos.

Riego; pero que él (el orador) estaba resuelto a exhalar el último suspiro, diciendo: «¡Viva Riego!», en atención a que Riego había enjugado el llanto del pueblo español. Esta figura, tan original como patética, produjo gran entusiasmo, con el cual, excitándose el espíritu del orador, dijo que él sabía el modo de resolver el asunto de Vinuesa; que el pueblo, como soberano que era, podía hacer su real gana, porque el Gobierno recibía dinero de la Santa Alianza para ir arreglando la cama al despotismo, y esto no se debía consentir.

Mezclando berzas con capachos, aseguró que él había entrado en la prisión de Vinuesa y le había visto escribiendo planes y más planes; que corría mucho dinero absolutista para sacarle de la prisión y ponerle al frente de un Gobierno despótico, y que el orador y Pelumbres, al salir una mañana de la taberna, habían oído una conversación sospechosa entre dos clérigos, de la cual dedujeron que Vinuesa se comunicaba constantemente con sus cómplices. Concluyó diciendo que él (el orador) no se pararía en barras, y que si los conspiradores vieran media docena de cabezas clavadas en otras tantas pértigas junto a la Mariblanca de la Puerta del Sol, doblarían la *cerviz* (única palabra pedantesca que se permitió el orador en su largo discurso) ante el pueblo *resoberano*.

Después de este joven plebeyo, otro joven decente habló de los que clavaban constantemente el puñal en las entrañas de la madre patria, y anunció su resolución de ocupar el primer puesto el día del peligro, sacrificando su existencia al triunfo de la Libertad. Puso cual no digan dueñas a los masones, acusándolos de afrancesados e impostores, pues, muchos, dijo, profanaban el nombre de Riego, tomándole en sus «asquerosas bocas», siendo así que, para pronunciar palabra tan angélica, «debían enjugarse un mes antes con miel rosada». Afirmó que Calatrava era un bajo adulador; Felú, un traidorzuelo; Martínez de la Rosa, un mandria; Cano Manuel, un bobo; Toreno, un pedante; Argüelles, un embustero. Después de mucho divagar, propuso a la Asamblea que se diese un voto de gracias a don José Manuel Regato por lo bien que había conducido los diversos asuntos de

la comunería desde su origen. Regato estuvo a punto de llorar de emoción, y para demostrar de un modo incompleto su agradecimiento, convidó a cenar a varios de los más granaditos. La sesión terminó alegremente entre las alegres endechas del himno, que sonaban bajo las bóvedas de la Fortaleza:

Es en vano calumnie la envidia
al caudillo que adorna el ibero;
hasta el borde del hondo sepulcro,
nuestro grito será: ¡Viva Riego!

El lector no será español si no recuerda al punto la música.

XX

En lo restante de la noche oíase por aquellos barrios el aullido de la Orden de Padilla, suelta por las calles. El himno, el *lairón*, cántico que por aquellos días había sustituido al feroz *trágala*, sonaba de calle en calle, como el ronquido de vinoso trasnochador. Ibanse perdiendo en el silencio de la noche, a medida que los grupos desaparecían, entrando en las tabernas, botillerías y cafés patrióticos. En uno de éstos, se vió que a deshora penetraba el señor Regato acompañado de Pelumbres, Pujitos, dos de los jóvenes que pronunciaron discursos aquella noche, Salvador Monsalud y otros. Cenaron alegremente, sin dejar de la boca los negocios políticos, y sus proyectos eran atrevidos y grandiosos, como concepciones del genio. No pagó Regato todo el gasto, sino que ofreció dinero a los más necesitados, los cuales no tuvieron escrúpulo en tomarlo patrióticamente, por aquello de que tripas llevan pies, que no pies tripas.

Si Salvador Monsalud no se separara antes de tiempo de tan escogida sociedad, pretextando una enfermedad que no tenía, hubiera visto que el señor Regato, hombre opulentísimo, aunque nadie le conocía rentas, ni sueldo, ni industria, recompensó largamente a todos, dándoles lo necesario para la existencia y sostén de sus respectivas familias. Cuando esto pasaba, habíanse retirado también los dos oradores con el gran Pujitos, y sólo quedaban en compañía del generoso comunero, Pelumbres, don Bruno, *Chaleco* y otros padres de la

patria, de cuyas hazañas no puede tenerse idea sino presenciándolas, como las presenciara el lector en lo restante de este libro.

Cerca del día fué Salvador Monsalud a su casa. Su cabeza era un volcán. Los discursos que había oído, las caras de los oradores, la fisonomía astuta de Regato, la candidez estúpida de otros, el ramplón jacobinismo de Romero Alpuente, hervían dentro de ella. Trató de dormir; pero la Asamblea, sin apartarse de sus excitados sentidos, continuaba zumbando y gesticulando con sus cien voces roncadas y sus doscientas amenazas. Al punto comprendió que era producto infame de candidez y de perversidad, gárrula bastardía del entendimiento, explotada por una diplomacia diabólica. Comprendió que se había metido entre hombres la mitad tontos, la mitad feroces, que marchaban juntos a un fin claro, con alianza parecida a la del asno y el lobo en más de una fábula. Del esfuerzo que necesitaba hacer su espíritu para descender al trato con tales gentes, no hay que hablar, porque se comprenderá fácilmente.

Avanzado había la mañana, sin que el novel hijo de Padilla hubiera podido conciliar el sueño, cuando entró Campos lleno de zozobra y agitación.

—Esto ya pasa de broma—le dijo—. La niña no parece. Hemos ido al Retiro, y no está en el sitio que me indicaste. Valiente bromazo nos está dando la tonta... ¡Por los clavos de Cristo!, si casualmente no se hallara Falfán de los Godos fuera de Madrid, no sé cómo podríamos ocultarle que su novia se ha escapado de mi casa anteayer, y a estas horas no sabemos dónde está.

—En la carta que enseñé a usted me decía que no volvería a su casa.

—Temo cualquier necedad... Salvador, estoy muy inquieto—dijo Campos, perdiendo aquella serenidad que indicaba en él un gran contento de la vida—. Sin duda, esa loca está vagando por Madrid, y te busca de casa en casa, de café en café, como una perdida... ¡Qué deshonra!

—Creo lo mismo. Pero esto tiene que concluir.

—¿Estuvo ayer aquí?

—Dos o tres veces. Como no me ha encontrado en ninguna parte, presumo

que volverá. Si vuelve, señor Campos, ofrezco remitírsela a usted sin pérdida de tiempo.

—Es que debes hacerlo—dijo Cicerón con energía—. Es que, si no lo haces, faltas a la solemne palabra que me diste, y entonces, amiguito, no hay nada de lo dicho. Ya tengo en mi casa tu nombramiento para la cárcel de la Corona; pero como yo no recoja hoy mismo esa oveja descarriada, creeré que me estás engañando, creeré que estás de acuerdo con ella, que la escondes en alguna parte, y...

El plácido semblante de Campos se enrojeció todo por la congestión que determinaba la ira.

—Mi determinación es irrevocable—contestó el joven—. Supongo..., casi estoy seguro de que volverá hoy. Avisaré a Lucas para que la deje subir.

—¿Convendrá traer acá dos individuos de la Policía y un coche, que debe esperar en la calle de Bordadores? Conozco a Andrea, y sé que no cederá por buenas.

—Nada de eso me corresponde a mí. Usted puede emplear los medios que quiera para llevársela. Yo no tengo que hacer sino poner fin a sus correrías y convencerla de que, por más que me busque, no me encontrará en ninguna parte.

—Te comprendo—dijo Campos con viveza y señales de contento—. Tomaré mis medidas. No me moveré en todo el día de la tienda de Requejo. Sarmiento y yo nos pondremos de acuerdo para que, si la oveja viene a este aprisco, no se nos escape.

Después de este diálogo, que se prolongó un poco más, aunque sin ofrecer en el resto de él nada digno de contarse, Campos se retiró. Monsalud, contra su costumbre, hizo propósitos de permanecer en su casa todo el día. Sin hacer nada en ella, tenía la inquietud y la movilidad exaltada de quien trae entre manos una ocupación grave. Iba y venía de una pieza a otra; hacía a su madre y su hermana preguntas que ninguna de ellas entendía; se asomaba al balcón; hacía subir a don Patricio para darle órdenes; censuraba a veces que la casa no estuviese mejor dispuesta, y reprendía luego a las dos mujeres porque se agitaban arreglando las habitaciones.

Cerca del mediodía se retiró a su cuar-

to. Solita entró en él. Llevaba un pañuelo atado alrededor de la cabeza para resguardarse del sutil polvo que zorros y escobas levantaban, y cubría su cuerpo con una falda bastante antigua, pieza de desecho cuyas funciones se concretaban a los días de limpieza. La figura de la joven no era, con tal atavío, un modelo de elegancia.

—Hermana, estás que no se te puede mirar—dijo Salvador, observándola con cierta pena—. Es preciso que te pongas guapa.

—¿Yo? ...¿Cuándo?—repuso la joven con la mayor turbación—. ¿Y a qué vienen ahora esas guapezas?

—Me gustaría verte hoy arregladita y linda, como tú sabes ponerte cuando quieres. No es esto decir que me disguste verte así. Acá, para entre los dos, siempre estás bien; pero...

—¿Vamos a algún baile?—preguntó Sola con malicia.

—No vamos a ningún baile—dijo Salvador con la torpeza que acompaña a las ideas de difícil explicación—; pero quisiera verte hoy como realmente eres; quisiera que cuantos entraran aquí te admirasen y reconocieran en ti...

—Bien te burlas de mí—dijo Solita, llena de rubor—. Yo siempre estaré mal.

—¡Oh! Te equivocas—manifestó Salvador con un tono que antes era de benevolencia que de convicción—. Vamos, ¿también querrás sostener que no eres guapa? Más de cuatro quisieran...

—No sé por qué me dices esas tontearías.

—Mira, hermana: te agradeceré mucho que te pongas tu mejor vestido, que te arregles bien; pero muy bien.

—Ya sabes que, estando mi padre en la cárcel, no puedo ir a paseo ni al teatro.

—Si no pretendo llevarte a ninguna parte—dijo Salvador con impaciencia—. En fin: ¿te compones o no?

—Me pondré.

—Hazme este gusto, hermana. Así no estás bien, y tú vales mucho. Yo quiero que se vea que tengo una hermana simpática, bonita..., ¿me entiendes?

—Como si hablaras en griego.

—Pues vístete: ponte tu mejor vestido, ya sabes. Figúrate por un momento que soy tu novio. Vaya, ¿no tendrías interés en agradar a tu novio; no ten-

drías interés en que él te encontrara siempre linda?

—Si dijera que no, sería una melindrosa—respondió Soledad, fingiendo que ponía en orden las sillas para que, vuelto el rostro no se le conociera la emoción—. Pero como no eres mi novio ni lo serás...

—¿Te vistes, sí o no?

—Al momento, hombre, al momento.

Voló fuera del cuarto. Algún tiempo después regresaba vestida y ataviada con lo mejor que tenía.

—¡Oh, qué bien!—dijo Monsalud con sincera admiración—. Hermosa prenda se va a llevar ese bruto de Anatolio. Hermanita, estás preciosísima: te lo digo sinceramente.

El rostro de Soledad se encendió más, y vióse en aquel puro cielo de modestia una chispa de vanidad que lo iluminó momentáneamente. Salvador no mentía; porque, de muy distintas maneras, está preciosa una mujer. En las incorrectas facciones de la hija del absolutista, en su descolorido semblante, que a intervalos se inflamaba; en sus ojos, donde jugueteaba el alma, escondiéndose en la penumbra del pudor, o mostrándose en la claridad del cariño, había lo bastante para turbar la paz de cualquiera.

—Siéntate a mi lado—le dijo Salvador—: parece que estás asustada.

—¿Yo?... No.

—Dame acá esa mano. Tienes las manos más bonitas que he visto. ¿Por qué están tan frías y temblorosas?

—Es que las tuyas echan fuego, y cuanto tocan lo encuentran helado.

—Ahora te has puesto como el papel... ¡Qué palidez! Pues mira...: así, descolorida, es como estás mejor. En tu cara se ve tu alma bondadosa. Me consuela mucho verte a mi lado. Necesita uno personas así, que le compadezcan mucho, que le tengan lástima, que le mimen.

—Y ¿por qué te he de compadecer, si tienes todo lo que deseas; si estás como nadie? Yo sí que soy digna de lástima.

—Pero tú tendrás a tu padre, y yo jamás, jamás recobraré lo que he perdido.

Ambos callaron, inclinando cada cual su cabeza, cargada de pesos enormes.

—Me parece que siento ruido—dijo

Solita vivamente—. Bueno será prevenir a Rosa para que, si llega esa mujer que ayer estuvo tres veces y que tanto te molesta, no la deje entrar.

—No; ya he advertido a Rosa que la deje pasar—dijo Salvador con turbación—. Quizá no venga más.

El ruido cesó; la casa continuaba en silencio.

—Me alegro de que mi madre haya salido hoy—indicó Salvador.

—Me parece que está ahí—repuso Solita, poniendo atención—. Siento pasos en la escalera.

—No, no es mi madre—indicó Monsalud con ansiedad vivísima.

—Los pasos son precipitados... Se oye una voz de mujer... ¿Voy a ver?

—No; estate aquí, y no te muevas de mi lado.

Callaron los dos. Solita miraba a su hermano como asombrada. Salvador clavaba sus ojos en la puerta, donde no había nada todavía; pero de antemano, su alma, llena de ansiedad, observaba lo que había de venir.

Andrea apareció en la puerta. Estaba desfigurada por enfermiza palidez; sus ojos miraban todo con febril extravío, y el desmelenado cabello, así como el vestido en desorden, indicaban largas horas de insomnio, de lucha y de amargura.

Su primer movimiento fué un impulso poderoso hacia el hombre que buscaba y que había encontrado. Vióse en su semblante la contracción que acompaña a un repentino desbordamiento de lágrimas. Pero dió tres pasos, y, viendo que no estaba solo, se detuvo. ¡Qué choque de ideas en aquella cabeza! El impulso, el tierno avance expansivo habían encontrado un obstáculo, un muro frío, y contra éste, la exaltada mujer se estrellaba, palpitando y llena de congoja. Sus ojos atónitos, enrojecidos por el llanto, preguntaban sin pestañear: «¿Qué chiquilla es ésta?»

Salvador se levantó. Estaba lívido.

—Tengo que hablarte—balbució Andrea, viendo que daba un paso hacia ella.

Después dirigió a Soledad miradas celosas e impacientes, como diciendo: «¿Qué hace aquí esta mujer extraña? Que se vaya.»

—Es un error—dijo Salvador—. Usted no tiene nada que decirme, y se ha

equivocado, sin duda. Yo no sé quién es usted.

—¿No sabes quién soy?... Yo te lo diré—exclamó Andrea, cruzando las manos—. ¡Que se marche esa mujer!

Con imperioso gento señaló la puerta. Soledad, tan aterrada como curiosa, pero sumisa siempre, se levantó. Salvador le dijo severamente:

—Quédate.

—¡Conque es decir...!—gritó Andrea con espantosa alteración de voz y de semblante.

—Que usted es quien no está en su sitio aquí y debe retirarse—respondió Monsalud—. Sin duda, ha padecido una equivocación.

—¡Perverso!... ¿Dices eso de veras?

Andrea, al pronunciar estas palabras, que salían de su pecho como bramidos, adelantó con los brazos abiertos hacia su amante. Los brazos tropezaron con dos manos de acero que los retorcieron, rechazando el hermoso cuerpo a que pertenecían.

—¡Oh, qué vil soy!...—gritó la india, cayendo al suelo de rodillas—. ¡Rebajarme así!...

—¡Rebajarse así una marquesa!...—murmuró Salvador con sorda voz—. Señora, sentiré mucho que se ponga usted mala. ¿Quiere usted que mande traer un coche para llevarla a su casa?

Andrea se levantó de un salto. La mirada que arrojó a su amante, como una saeta furibunda, turbó tanto a Monsalud, que éste en breve rato no supo qué decir.

—Yo creí que eras un caballero—dijo la americana.

Se le conocía que estaba haciendo esfuerzos terribles para conservar una actitud digna. Los impulsos naturales la incitaban a gritar, a arrancarse el cabello, a coger entre las manos al hombre, como se coge un abanico, un juguete cualquiera, y destrozarle, haciéndole pedacitos pequeños.

Monsalud se dirigió hacia la puerta. Sus ojos y su gesto decían: «Váyase usted.»

—Pero ¡si tú me oyeras!...—murmuró Andrea, pasando súbitamente de la ira a una aflicción profunda.

—No, no puedo oír a quien no conozco—repuso el hombre, volviendo el rostro.

—¿No me conoce usted?—gritó Andrea con voz semejante a un rugido.

Diríase que se alzaba sobre las puntas de los pies. La mujer crecía. Sus brazos tiesos hacia atrás, sus puños cerrados, sus labios descoloridos, que temblaban; su fina nariz, que, con nerviosas contracciones, también expresaba la pasión desbordada; los músculos de su hermoso cuello, tirante; sus ojos, que amenazaban entre llamaradas de despecho; el golpe violento de su pie en el suelo, como buscando apoyo para levantarse más..., todos estos accidentes hubieran puesto miedo en el corazón más acostumbrado a tales embates.

—¿No me conoce usted?—repitió.

—No—repuso Monsalud.

—¿No me conoció usted?

—Tal vez; pero... ya no me acuerdo.

—Pues me conocerá usted—dijo Andrea con sofocada voz.

Dió algunos pasos fuera de la habitación; pero, de súbito, con brusco movimiento, se volvió y entró resueltamente. Detúvose; miró a Solita. Hubo un momento de esos en que se ve inminente e inevitable el peligro de un choque material, aun contando con la reconocida dignidad de las personas.

Con la voz más áspera, más impertinente, más insolente y procaz que puede imaginarse, Andrea hizo esta pregunta:

—Y ¿tú quién eres?

Solita quedóse muerta de espanto. Su propia turbación le impidió correr hacia su hermano y abrazarse a él, buscando un refugio.

—Eso no se pregunta a los que están en su casa, sino a los que vienen de fuera.

Al oír esto, Solita se reanimó. En aquel momento pensaba una cosa. Pensaba que si ella fuera mujer valerosa, echaría a escobazos de la casa a la insolente dama.

—¡Oh, qué vil soy!—repitió Andrea, corriendo otra vez hacia la puerta—. ¡Rebajarme así!...

Apartando el rostro para no ver el de su amante, salió precipitada y atropellándose de la casa. Habiéndosele unido su criada en la escalera, ambas bajaron.

Salvador se dejó caer en una silla, y, apretándose su cabeza entre las manos, se clavaba en el cráneo las uñas.

—¡Oh Dios mío! ¡Qué infeliz soy!... Sola, Sola, ¿has visto?... ¡Maldito sea

yo mil veces! ¡Maldito sea el día en que nací!

—Pero esa mujer—balbució la muchacha, saliendo de su estupefacción—, ¿es un demonio?... Comprendo que te cause tanto furor...

—¡No es demonio, es un ángel; y no me causa furor, sino que la adoro!... ¿No la viste? ¿Has visto mujer más hermosa?

—¿Tú...?

—¡La adoro, me muero por ella!... Pero, tú eres una tonta, y no puedes comprender esto. Sola, hermana mía, lloro porque... no puedo... Ten compasión, ten lástima, mucha lástima de mí.

Solita tuvo tanta lástima, que se echó a llorar.

XXI

La calle de la Cabeza es una de las más tristes de Madrid. Compónese toda ella de casas viejas y feas, entre las cuales descuellan la enorme fachada meridional de la del marqués de Perales, y otra que tiene grabada sobre la puerta esta inscripción: *Aparta, Señor, de mí lo que me apartó de Ti*. Contrastando con las vías cercanas, aquella no tiene tiendas, y la mayor parte de las puertas están cerradas, a excepción de las cocheras y cuadras, que por allí mucho abundan. Hacia el Ave María, la calle se eleva, como si quisiera subir a los balcones de las casas. Hacia la Comadre se hunde, buscando los sótanos. Algunas acacias, que se asoman por encima de altos muros junto a San Pedro Mártir, están mirando con tristeza al escaso número de transeúntes. Se oyen tan pocos ruidos allí que la calle no parece estar en Madrid y a dos pasos de Lavapiés. Toda ella tiene un aspecto sombrío, un tinte lúgubre, una mala sombra que no puede definirse, una atmósfera que abrumba, un silencio que hiela. Las calles, como las personas, tienen cara, y cuando ésta es antipática y anuncia siniestros designios, una fuerza instintiva nos aleja de ella.

Vulgarmente se cree que en la calle de la Cabeza no ha pasado nunca nada digno de contarse. Por el contrario, es una calle trágica, quizá la más trágica de Madrid. La tradición que le da nom-

bre, y que no carece de mérito en lo que tiene de fantástica, es como sigue: Vivía por aquellos barrios un cura medianamente rico. Su criado, por robarle, le asesinó, cortándole ferozmente la cabeza, y con todo el dinero que pudo encontrar huyó a Portugal. No fué posible descubrir al autor del crimen, y, enterrado el clérigo, bien pronto su desastroso fin quedó olvidado. Pero el asesino, después de haberse dado muy buena vida en Portugal durante muchos años, volvió a Madrid hecho un caballero, aunque no tanto que olvidase su primitiva condición de criado. Solía ir él mismo al Rastro todas las mañanas a hacer su compra, y un día adquirió una cabeza de carnero. Llevábala bajo la capa, y como chorreaba mucha sangre, que iba dejando rastro en el suelo, fué detenido por un alguacil que le mandó mostrar lo que oculto llevaba. ¡Horrible espectáculo! Al echar a un lado el embozo, el criado alargó en la derecha mano la cabeza del sacerdote a quien había dado muerte.

¡Milagro, milagro! Este fué el grito general. Confesó todo el asesino y le llevaron a la horca, acompañado de la cabeza del sacerdote, que había sido de carnero, y cuya vista horrorizaba y edificaba juntamente al pueblo. Murió, según dicen, con grandísima devoción y arrepentimiento, y hasta que entregó su alma a Dios no recobró la testa del cura su primitiva forma carneril. Felipe III, que a la sazón nos gobernaba, mandó labrar en piedra una cabeza, que se puso en la casa del crimen para memoria de aquel estupendo caso.

En este siglo, la calle de la Cabeza presenció muy cerca el horrible asesinato del marqués de Perales el 1 de diciembre de 1808 (1). Cuando las revueltas políticas del 14, vió encarcelar a los diputados y ministros, y aquel silencio tétrico fué turbado en más de una ocasión por los rugidos de la plebe furiosa, embriagada. Nuestra narración nos lleva ahora a la citada calle y a uno de sus edificios más antipáticos y más feos: la cárcel eclesiástica o de la Corona, que estaba en la esquina de la calle Real de Lavapiés, y que todavía existe, aunque destinada a cuadras o cocheras.

Un portalón daba entrada al patio, que no había sufrido variaciones esenciales, y tenía en dos de sus lados columnas de piedra para sostener la cruz alta. Las prisiones estaban en el piso bajo y en los sótanos, y consistían en calabozos inmundos, algunos con rejas a la calle. Dos puertecillas abiertas a un lado y a otro del zaguán indicaban el cuerpo de guardia y las habitaciones de algunos empleados de la cárcel. Todas y cada una de las partes del edificio, dentro y fuera, arriba y abajo, ofrecían repugnante aspecto de incuria, descuido y degradación.

La ignominia de la cárcel empezaba desde la puerta. En la esquina del edificio se veían multitud de inscripciones terroríficas e indecentes. A conveniente altura, una de esas manos de artista que tanto abundan en España, había pintado una horca, de la cual pendía un cura, y debajo se leía: *Tamajón*. En la misma puerta, otro artista había trazado una especie de cuadro de ánimas, donde varios curas recibían tizonazos de los demonios, y más lejos, varios milicianos nacionales, caracterizados en la pintura tan sólo por el morrión, asaban un cerdo que llevaba el nombre de *Vinuesa*. En el portal repetíanse las horcas, y, además, otra ingeniosa pintura. Un grotesco y ventrudo muñeco, que tenía en la panza el consabido letrado, abría la boca. Como si ésta fuera la de un horno, varios milicianos o figurillas de morrioncete metían por ella, con sendas palas, un objeto en que se leía: *Constitución*. Por debajo, una escritura infernal rezaba el *Trágala, perro, tú, servilón*.

Vinuesa estaba en el calabozo del piso bajo. En la puerta negra había trazado con tiza la horca y el ahorcado; repetidas formulillas, como *Muera el traidor*, y una cuarteta que decía:

¡Considera, alma piadosa,
en esta nona estación,
el árbol de que colgaron
al cura de Tamajón!

Dentro del calabozo no reinaba oscuridad profunda. Véase el infeliz reo arrojado en el suelo sobre un jergón inundo. Era un hombre viejo, aunque entero, de cuerpo pequeño, que debió de ser fornido; pero la larga prisión habíale extenuado considerablemente. Su

(1) Véase *Napoleón, en Chamartín*.

pelo, entrecano; su barba blanca, muy crecida por no haberse afeitado durante el encierro; su rostro, en que se pintaban resignación y amargura, dábanle aspecto venerable que, sin duda, no tenía cuando andaba suelto por la villa o haciendo planes en su casa de la inmediata calle de San Pedro Mártir. Vestía sotana suelta, raída y llena de jirones; un gorro negro de punto, calado hasta más abajo de las orejas, le cubría la cabeza. Cuando no estaba echado sobre el miserable jergón, se paseaba de un ángulo a otro, o se sentaba en la única silla, apoyando los brazos sobre una mesa negra, y la cabeza en los brazos, para dormir un poco. En la mesa negra estaba pintada, también con tiza, la horca y un diablillo que tiraba de los pies del ahorcado. En las paredes se leían varias estrofas de las más indecentes del *Lairón*. Pero al desgraciado preso no le mortificaba tanto leerlas como oír las, y éste era su principal tormento.

Todos los chulillos que pasaban de vuelta para el Lavapiés a la madrugada; todos los rondadores guitarristas que iban a recorrer las calles; todos los grupos de vagos que regresaban de los clubs o de las logias; todos los patriotas que salían de las tabernas a hora avanzada, y los chiquillos al salir de la escuela por las tardes o al ausentarse de ella para ir de huelga o pedrea al Mundo Nuevo, hacían escala al pie de la reja del calabozo de Vinuesa; así es que éste oía constantemente, durante dieciocho horas de las veinticuatro del día, los famosos versos:

Dicen que vienen los rusos
por las ventas de Alarcón.

Lairón, lairón.

Y los rusos que venían
eran seras de carbón.

Lairón, lairón.

Estas eran las estrofas comunes; pues las picarescas e incidentes en que se atribuían al *cura de Tamajón* las mayores atrocidades y desvergüenzas, no pueden copiarse. El populacho veía en Vinuesa un galanteador de muchachas, corruptor de doncellas, tercero, mancebista y cuanto abominable y ruin puede imaginarse. Nada de esto es verdad. Su único delito había sido el plan que

conocemos; pero si hubiera faltado a las leyes morales con perversidad e indecencia, habría purgado sus culpas con el infierno expiatorio que tenía en la prisión. Era éste un lúgubre ventanillo cuadrado y pequeño, con una cruz de hierro en el vano. Por allí entraba la voz del terrible populacho cantando infames coplas, amenazando e insultando sin cesar al pobre reo. Vinuesa aborrecía el nefando agujero por donde le entraban la luz y la ira de la nación vengativa, y, por verle tapado, aunque le dejase a oscuras, diera lo restante de su vida y la esperanza de libertad. Si lograba conciliar el sueño, no dejaba de ver aquel boquete horrible, que en su mente febril se representaba como el ojo y la boca de la inmunda canalla, que, sin cesar, le vigilaba y le escupía.

Gil de la Cuadra estaba encerrado en un calabozo de otra crujía, y no gozaba de la preeminencia de vistas a la calle. En su encierro había bastante claridad, y tenía mejores muebles que Vinuesa, entre ellos una cama en alto. También su puerta se adornaba con inscripciones; pero en el interior no las había. Mortificábanle, principalmente, los gritos, cantos y disputas de los milicianos nacionales, que tenían su cuerpo de guardia en el zaguán, y que alborotaban en el patio mucho más de lo conveniente.

Bastante después del encierro sintióse atacado de dolores en las articulaciones de las piernas, y no dudó que su reumatismo constitucional le iba a hacer una nueva visita. Guardó cama, resignándose al suplicio de sus dolores con paciencia cristiana, y tuvo varias alternativas de alivio o recrudescencia. A falta de auxilios médicos, disfrutó de los cuidados de un calabocero algo piadoso, que, por haber padecido del mismo mal, no sólo poseía recetas y cierta ciencia médica, sino también una compasión hacia todos los reumáticos.

De esta manera transcurrieron muchos días. Lo que más hondamente perturbaba la naturaleza moral y física del ex oidor era la incomunicación, y con ésta, la negra tristeza en que vivía, si aquello era vivir. Solo, febril, contemplando perpetuamente su situación, midiendo, sin cesar, la considerable distancia que le separaba de su hija, pasaba largas horas del encierro y veía la

lenta serie de noches y días marchando como las ruedas de una máquina de tormento. A ratos oraba, a ratos derramaba amargo llanto; por breves momentos recibía consuelo de su propia imaginación, representándose la libertad y la paz de su casa; pero estas bellas sombras pasaban pronto, y el calabozo le ponía delante sus cuatro paredes inalterables. Conocido el estado de su ánimo, lleno de amargura, se comprenderá cuáles serían su asombro y emoción al ver que un día se abrió la puerta del calabozo, que entró un hombre, y que en aquel hombre reconoció, después de congojosas dudas, la persona auténtica de Salvador Monsalud.

Este corrió a abrazarle; Gil de la Cuadra se desmayó de alegría.

—¡Mi hija, mi hija!... — murmuró cuando recobraba el uso de la palabra—. ¿Ha muerto? ¿Vive?

—Animo, señor Gil—gritó Monsalud—. Pronto verá usted a su hija, que está buena como nunca y muy contenta al saber que pronto estará usted libre.

—¡Yo libre! —exclamó el anciano, abrazando a su amigo.

—Todavía, no; pero pronto será.

—¿Y Anatolio?

—No ha venido aún.

Siguió haciendo preguntas, menudeándolas con tanta prisa, que casi no se ocupó de su causa, que había dejado para lo último. Monsalud, en breves términos, le explicó, si no todo, gran parte de lo que había hecho, así como las circunstancias de su presencia en la cárcel y el destino que desempeñaba.

—Tengo la seguridad—dijo—de que conseguiré un objeto en el cual he empleado tanta actividad, tanta fuerza, tanta paciencia. La santidad de la obra emprendida, que es el cumplimiento de una de las primeras leyes cristianas, me hace creer que esta vez, como otras, mi trabajo no será estéril. He sufrido contrariedades, amigo mío, contrariedades graves; pero al mismo tiempo he llegado a conocer uno de los mayores goces que puede sentir el hombre y que hasta ahora...

—No había usted conocido.

—Al menos, en tan alto grado.

—El goce incomparable de hacer bien a un semejante—dijo Cuadra con voz balbuciente por la emoción.

—Eso, sí, y el de poder dar forma al

agradecimiento, expresándolo en hechos.
—¡Oh, sí! También eso es un goce inaudito.

—Y tranquilizar la conciencia...

—Es verdad.

—Porque el recuerdo de las grandes faltas—añadió Monsalud—no se atenúa sino con la práctica constante de buenas acciones.

—También, también.

—Todo me anuncia que esta vez mi afán no tendrá, como otras veces, un éxito desdichado. El corazón mío, que es la desconfianza misma, me está diciendo ahora: «Triunfamos, triunfamos de seguro.» Será usted libre, amigo mío, y lo será pronto. Sólo le recomiendo a usted un poco de paciencia. Consuélese usted con saber que me tiene muy cerca, y que estoy discurriendo los medios de rematar nuestra obra.

Gil de la Cuadra, arrojándose en brazos de su protector, lloró como un niño.

XXII

Mientras esto ocurría, todo Madrid se alarmaba con una estupenda novedad. Por todos los barrios, por todos los clubs, por todos los círculos corría una noticia, que muchos suponían increíble por lo disparatada y otros aceptaban con resignación como una nueva prueba de los desaciertos y traiciones del Ministerio. El fiscal de la causa formada contra Vinuesa no pedía para éste más que diez años de presidio. El irritado pueblo, a quien habían hecho creer que la muerte del arcediano no era bastante castigo para las culpas de éste, vió en los diez años de presidio una pena tan suave, que, más que pena, le parecía recompensa. De los demás conspiradores absolutistas nada se decía aún; mas era probable que recibieran en pago de sus infamias algunos años de encierro; es decir, confites.

No es preciso indicar que en todo Madrid, y principalmente en los barrios bajos, era un Evangello la opinión de que «había corrido mucho dinero» para absolver a los malhechores; los más listos decían:

—¿Para qué? El rey no podía dejar perecer a sus amigos.

En esto se equivocaban, porque Fer-

nando se distinguía de todos los malvados por un funesto sistema de abandonar cobardemente a cuantos le habían servido, y aun gozarse de un modo incalificable en la desgracia de ellos, como lo prueban, entre otros hechos, las célebres palabras que pronunció ante los guardias fugitivos y vencidos el 7 de julio. La verdadera causa de la lenidad relativa del fiscal, y más tarde del juez, fué que el Ministerio y los masones habían llegado a comprender, cuán bárbara y soez era la excitación vengativa del populacho, a pesar de haberla excitado ellos mismos en febrero y marzo, y quisieron rendir homenaje a la Humanidad y la Justicia, evitando un sacrificio inútil. Hemos llamado lenidad a la pena anunciada, porque, con respecto al furioso ardor de la canalla, lo parecía; pero, en rigor de justicia, era una atrocidad, que sólo tiene disculpa en las infames transacciones a que obligan los yerros políticos.

En *Comuneros* la noticia fué chispa arrojada a la mina. La fortaleza reventó, y una explosión de salvajismo, de barbarie, de odio y necedad atronó la Plaza de Armas. Los honrados y los inocentes, que no eran los menos bajo el estandarte de Padilla, hacían coro a los malvados, por la solidaridad que entre todos reinaba. Eran los primeros envueltos en el torbellino, y sin saberlo, estaban tan locos como los demás; mejor dicho, los honrados y los inocentes eran los verdaderos locos, porque los perversos conservaban, bajo la borrachera de venganza, su nefanda razón. Pero, en realidad, la noticia de la blandura del juez más les agradaba que les afligía. Servíales de pretexto para poner en ejercicio su ideal de barbaridades, desafueros, y de admirable tema para gritar contra los ministros, llenándoles de befa y escarnio. Acogieron, pues, el suceso con el frenesí del beodo a quien dan aguardiente, y se hartaron de furia, de exaltación política, poniéndose como demonios en la sesión que celebraron la noche de la noticia.

Romero Alpuente, a quien respetaban, no pudo presidir la sesión, porque le fué imposible sofocar el tumulto. Regato emitía con su habitual tono de importancia opiniones furibundas. Mejía sudaba, gritando, y con el rostro en-

cendido gesticulaba sin poder conseguir que le oyeran. Pelumbres daba golpes en los bancos con un bastón semejante a la clava de Hércules. Don Patricio, renunciando a ser oído por toda la Asamblea, pronunciaba, ora frases áti-cas, ora apóstrofes demostenianos en un pequeño grupo que se formó a su lado. En suma: la *Plaza de Armas*, más que guarnición regular parecía un ejército indisciplinado, un manicomio insurrecto, o un infierno en que fuese ley la libertad individual para hacer diabluras. Cada cual pedía una cosa distinta, y es incomprensible que no se rompieran las cabezas unos a otros, único medio y fórmula de conciliar todas las opiniones.

Era que comúnmente la Asamblea en pleno no resolvía nada nunca, siendo más bien doctrinales, digámoslo así, sus sesiones que ejecutivas. La alta dirección de la *Comunería* estaba, como la de los masones, en un pequeño consejo, en cuyo seno ha llegado la hora de que nos introduzcamos osadamente. Hemos presentado en otro libro la camarilla de Palacio (1). Tócales ahora a su vez a las camarillas populares, poderes igualmente misteriosos y perturbadores; y la dificultad de nuestro trabajo aumenta, porque las camarillas eran dos: la del populacho o de los patriotas, y la de los constitucionales o moderados. Procedamos con método.

Camarilla del populacho.—No tenía local fijo. Reuníase algunas veces en un departamento reservado del café de Lorencini; otras, en el mismo local de la Asamblea, o en casa de Regato. La reunión de ella que nosotros vamos a presenciar no fué celebrada en ninguno de estos parajes, sino en una taberna de la calle de la Estrella. De los veinte diputados comuneros no asistió ninguno; de los periodistas, sólo Mejía; de los que tenían cargos oficiales en la Asamblea de Padilla, sólo Regato; de los viejos, sólo don Patricio Sarmiento; pero no faltaba ni uno siquiera de los amigos de Timoteo Pelumbres, ni tampoco la pandilla de milicianos nacionales, en la cual alzaba el gallo con altanera superioridad Pujitos. Sumaban entre todos once perso-

(1) Véanse las *Memorias de un cortesano de 1815*

nas, y para poder discutir con más libertad, Regato mandó al tabernero que cerrase, luego que todos estuvieron dentro, y cuando el vino empezó a hacer su oficio para que las lenguas pudiesen desempeñar mejor el suyo.

—Queridos compañeros—dijo Regato—, estamos perdidos.

Esta frase hábil produjo la sensación apetecida.

—Perdidos, porque el Gobierno nos va a meter el diente, y los hombres gordos de nuestro partido se esconden en su casa llenos de miedo.

—Romero Alpuente—dijo uno—tiembla como una gallina mojada.

—Desde que se ha dicho que el Gobierno va a pegar, nuestros diputados ya están buscando vendas.

—Esta visto que para reclutar gente valerosa—dijo Regato, a quien agradaba mucho la veneración con que era oído—, no hay que contar con la gente de lengua y pluma. ¡Pobre pueblo, siempre sudando por gobernar, como manda la ley de Dios, y siempre engañado por tanto pico! Está visto que mientras el pueblo no diga: «Pues quiero y esto ha de ser», y lo haga como lo dice, no tendremos libertad.

—Pero cuando el pueblo quiere portarse como quien es—manifestó Pelumbre—vienen los *futraques*, llenos de jabón y pomada, y sacan los catecismos de la política para decirnos cosas lelas y de mil flores..., con lo cual se acaba todo, y en buenas palabras resulta que somos unos zopencos y ellos unos Salomones. Nosotros trabajamos y ellos comen.

—Señores—repitió Regato, dando un suspiro—, estamos perdidos. El Gobierno, viendo que no servimos para nada, y no me vuelvo atrás...; que no servimos para nada, va a pegar, pero a pegar muy fuerte.

Breve silencio siguió a estas palabras.

—Los palos serán para el que los aguante, que yo...

—Los palos serán para todos—afirmó Regato, en el tono de la mayor competencia—. Yo sé de buena tinta lo que trama el Gobierno; lo sé todo, y pues venimos aquí para ver cómo nos defendemos, lo voy a decir.

—El Gobierno va a cerrar los cafés.

—Y a reformar la Milicia Nacional

de modo que no entren sino los que él quiera.

—Y a corregir la Constitución.

—Y a poner dos Congresos: uno como el que está, y otro de clérigos, obispos, generales, marqueses, camaristas y toda la recua de alabarderos, *persas* y serviles.

—Y a suprimir todos los periódicos—indicó Pujitos, dando a entender de este modo sus aficiones literarias.

—Y a mandar a Riego a Filipinas.

—Todo eso y mucho más hará el Gobierno—dijo Regato—; pero como a quien más aborrece es a los buenos patriotas, empezará su obra acogotando a los buenos patriotas, que somos nosotros.

—Nosotros—repitieron algunos.

—Y pasando la mano por el lomo a los serviles, que serán los mandarines de mañana. ¿Qué significa la libertad de Vinuesa?

—¿La libertad?

—La libertad, sí. Para los bobos, eso de los diez años de presidio significa... diez años de presidio; pero para nosotros, que somos tan listos y vemos un mosquito en la punta de una torre, esa pena no es más que la absolución del cura.

—Es lo mismo que yo pensaba.

—Le sacan de la cárcel; hacen la pamea de llevarle a Ceuta; métenle en cualquier convento, donde habrá abundancia de buenas magras, pollos con tomate, gran trago de vino y muchachas bonitas; dicen luego que se ha escapado, y al poco tiempo, indulto. Tras el indulto viene la canonjía, y tras la canonjía, la mitra.

—Pues estamos bien—dijo uno con impaciencia, golpeando el suelo con su bastón—. Protesto.

—Protesto yo también—bramó Pelumbres.

—Si la Sociedad de los *comuneros*, que empezó con tan buen pie, no saca ahora la cabeza, ¿para qué sirve?

—Para nada, Sánchez; para nada—repuso un hombre que era tratante en cueros—. Dende que oí discursos y vi papeles y *toma la palabra, daca la palabra*, se me cayeron las alas del corazón... ¡Botijos!, yo no sirvo para esto.

—Es muy posible que el Gobierno tenga la alevosa intención de indultar a

Vinuesa y aun darle una mitra—apuntó, con gravedad, un individuo de aspecto decente, furibundo patriota cándido, que tenía dos tiendas y un buen nombre que no hace al caso—. Yo creo cuanto ha dicho el amigo Regato, porque el Gobierno es en la superficie liberal y en el fondo absolutista.

—Si Riego estuviera en Madrid, otro gallo nos cantara, amigos—indicó Regato—. Yo de mí sé decir que si tuviera dos docenas, dos docenas nada más de buenos patriotas, intentaría cualquiera sublimidad.

—Cualquier hazaña épica, digna de perpetuarse en mármoles—dijo don Patricio—. Señor Regato, manifieste usted con claridad su pensamiento. ¿Se trata de que Madrid se levante en masa y arroje del Gobierno a ese Ministerio, y convoque otras Cortes, y le caliente las orejas al *Rey neto*?

—Eso es difícil hoy; pero no lo será dentro de seis meses, cuando estemos mejor organizados, y se multipliquen las *Casas fuertes* de los regimientos, y se reciba el dinero que nos han prometido de América. Contentémonos ahora con dar una prueba de nuestro mucho poder, de lo que somos y lo que valemos, para que tiemble el cobarde tirano y nos tengan miedo los mandarinés.

—Ved aquí, amigos míos—dijo Sarmiento—, cómo admirablemente concuerda con mi opinión la del señor Regato. Siempre he sostenido la necesidad de elevar la voz para que nos oigan, de alzarnos sobre las puntas de los pies para que nos vean, de presentarnos en todas las partes para que nos toquen, mientras llega la hora sublime de los bofetones.

—Yo entiendo de estas máquinas sutiles—manifestó, con la ingenuidad de la barbarie, el llamado Sánchez, que era miliciano y había sido primero cortador de carne y después empleado en cárceles—. Yo lo que sé es que si conviene dar porrazo, se dé porrazo. No hay más que dos políticas: dar y recibir.

—En lenguaje sencillo—dijo Mejía—, ha expresado Sánchez la idea de que mientras no se puede realizar una insurrección que dé la victoria al pueblo, se hagan manifestaciones patrióticas con objeto de que se nos considere como un elemento importante, capaz de cual-

quier cosa en el Gobierno o en la oposición.

—A eso iba—indicó Regato con acento magistral—. En pocas palabras, señores: el Gobierno dice blanco, pues nosotros decimos negro; el Gobierno quiere coles, nosotros lechugas; el Gobierno dice «por aquí no se va», nosotros decimos «por ahí iremos».

—El Gobierno dice «no más clubs», nosotros respondemos «vengan clubs».

—El Gobierno quiere poca Milicia, nosotros mucha Milicia.

—El Gobierno perdona a los absolutistas, pues condenémoslos nosotros.

—Condenémoslos, caballeros—gritó el tratante en corambres—. ¡Botijos! Si nosotros no hacemos la justicia, ¿quién la va hacer?

Dando golpecitos en la mesa con el fondo del vaso, después de beberse el contenido, entonó esta canción:

¡Ay!, le-lé, que toma que toma,
¡ay!, le-lé, que daca que daca,
ya no bastan las razones:
apelemos a la estaca.

—El ciudadano don Bruno ha tocado el punto más delicado de la política actual—dijo Regato—. El pueblo, señores, no debe consentir la impunidad de quien ha trabajado y trabaja aún en contra del pueblo.

—¡Botijos!... No.

—De ninguna manera.

—Consentirlo sería gravísimo desacierto—afirmó Sarmiento.

—Como me llamo Pelumbres, tan cierto es que todo el día he estado pensando en que debíamos hacer justicia, porque podemos y debemos hacerla. Y si el pueblo no es soberano para esto, ¿para qué lo es?

—A fe de Mejía, sostengo que cuando los jueces son inmortales y corrompidos, el pueblo no tiene más remedio que echársela de juez.

—Pues con una palabra basta—afirmó el tratante de pellejos.

—Es preciso sacar a Vinuesa de la cárcel antes que le indulten.

—Y ahorcarlo—dijo Sánchez, apretándose su propia garganta.

—En la plazuela de la Cebada.

—En la plaza de Palacio, delante del balcón de su majestad—gruñó Pelumbres.

—Admirable y sensata idea—dijo Re-

gato—; pero me parece irrealizable. No es preciso que se lleven las cosas a ese extremo de perfección.

—No puedo aconsejar tranquilo la muerte de un hombre—afirmó Sarmiento con gravedad—; pero hay sacrificios necesarios, indispensables, y el cura de Tamajón debe morir. También hay en la cárcel de la Corona un dichoso Gil de la Cuadra, ex vecino mío, que es uno de los servilones más furibundos, y un conspirador terrible.

—Gil de la Cuadra—dijo Regato, haciendo memoria—. ¡Ah!, ya. Le protege Salvador Monsalud, después de haberle enamorado a su mujer, como me consta. Váyase lo uno por lo otro.

—*El traidor* Monsalud se dirá de aquí en adelante—indicó Pelumbres—. Ese canalla, después de entrar en nuestra Sociedad, ha admitido un destino del Gobierno.

—En la cárcel de la Corona precisamente—indicó Mejía—. No lo hubiera creído. Puesto de confianza, señores, aquí hay gato encerrado.

—Tengo a Monsalud por una persona decente—dijo don Patricio—. Es amigo mío y no le creo capaz de servir a los masones. Le he oído hablar pestes de esos señores.

—Sea lo que fuere—dijo Sánchez—, ello es que antes de meter semejantes tipos en nuestra Sociedad, debiéramos pensarlo mucho.

—Es justa la censura, aunque confieso que yo le presenté—dijo Regato—; pero no hay motivo para desconfiar de tal joven. Tengo motivos para creer que puedo dominarle en un momento dado. Ese hombre será mío cuando yo quiera. En vez de importarnos que esté empleado en la cárcel, debemos felicitarnos de ello. Sacaremos partido de esta circunstancia.

—¡Rebotijos!... ¡Si está en mi lugar y en el puesto de que me echaron hace dos meses esos mamones!... ¿Pues no ha de importarme? Es un caballerito a quien tengo atravesado aquí.

—Dejemos esta cuestión mezquina, señores, y volvamos a lo principal—dijo Regato—. ¿Hay aquí gente de valor?

—Basta y sobra; pero si se quiere cosa mayor, con dar la voz en ciertos barrios se tendrá toda la gente que se quiera.

—Señor don Bruno, ¿se puede ir a donde se quiera?

—Al cabo del mundo. Digan hora y lugar, y allá estaremos todos. No saldrá tan mal como la noche de los embajadores del Ruso y el Turco.

—Mañana..., mañana—dijo Regato, meditando—. ¿Cuál será la mejor hora?

—Por la noche.

—No, por el día.

—A las doce del día—gritó el más decente de todos—. No se trata de ninguna traición, sino de una obra de justicia.

—¡Excelente idea! A las doce del día.

—*Coram populo*—murmuró Sarmiento.

—¡Botijos! A las doce en punto.

—Y ahora—dijo Regato, levantándose—, a prepararse. La cosa puede ser sencilla si el Gobierno deja a la Milicia en la guardia de la cárcel. Pero si pone tropa...

—¡Si se atreve a poner tropa, entonces...!

—Que ponga tropa—gritó Pelumbres, dando un puñetazo—, y se hará justicia a la tropa.

—Eso es, justicia a la tropa.

—Porque no es más que justicia.

—Esta noche hay otra vez asamblea, señores—dijo Regato con misterio—. Mucho cuidado con los caballeros comuneros de corbatín almidonado y palabrejas finas. Dirán, como esta noche, que estamos locos.

—¿Se guardará secreto?

—Hasta donde se pueda; pero hay que reclutar gente, mucha gente.

—¡A la *Fortaleza*, a la *Fortaleza*!

—En la *Fortaleza* hay espías y traidores que todo se lo cuentan al Gobierno.

—Si el Gobierno lo sabe, mejor—vociferó Pelumbres—. ¿Qué apostamos a que voy a Palacio y se lo digo yo mismo al rey?

Una carcajada general acogió estas palabras.

—Las cosas, claras. Hacemos justicia. Yo lo digo a todo el que me quiera oír: ¡Muera Tamajón!

—¡Muera Tamajón!—repitieron todos, menos Regato.

Este, con apagada voz y razones conciliatorias, quiso aplacar a sus amigos; pero estaban muy encariñados con la idea sugerida por el dos veces gato para delársela quitar. Hay que pensarlo mu-

cho antes de arrojar la piltrafa a esta especie de carnívoros, porque una vez arrojada, el que pretenda quitársela se expone a recibir un mordisco o arañazo. Así lo comprendió el fundador de la Comunería. Cuando los individuos de su alto Consejo salieron a la calle masticando el sangriento manjar que les había puesto en la boca, el cobarde Regato se asustó un poco; pero aún tenía seguridades de no ser sospechoso, y entre Pelumbres y don Bruno marchó resueltamente a la Asamblea, que aún estaba abierta.

XXIII

Poco después de este suceso, las *Plazas fuertes* y *Salas de armas* encerraban un partido en ebullición. Pasada la medianoche, la mayor parte de los comuneros sabían que estaba acordada para el día siguiente la muerte de Vinuesa. A la madrugada sabíanlo también los masones por su bien servido espionaje, y conmovido el Grande Oriente ante la audaz amenaza, deliberó con calor y afán tan importante asunto. Lo que allí se dijo verase a continuación.

Camarilla constitucional. — Reuníase casi siempre en el Grande Oriente, con asistencia de muchos hombres que se tenían por lumbreras, de otros que realmente lo eran, y de muchos que si carecían de orgullo o de mérito, cobraban buenos sueldos en las oficinas nacionales. En la masonería había, según los datos más verosímiles, cincuenta y dos diputados. De los ministros, la mitad por lo menos cargaban el mandil. Pocos eran entonces los hombres notables, por su talento oratorio o por su pluma, que no doblasen la cerviz ante el misterio eleusiaco y muchos, que después han figurado en los partidos reaccionarios, adoraron la Acacia. Tal fué el atractivo del Orden masónico, que aun se dice trataron con él clérigos no apóstatas y un general de franciscos que después fué arzobispo (1). Para que nada faltase, los del Arte Real vieron en las logias a un infante, que recibió el nom-

bre de *Dracón*, con la risible particularidad de que le llamaban *Bracón*. Un general muy célebre era designado *Bruto II*. Puede dudarse que el mismo Fernando VII recibiese salario masónico; pero no que los nombres más ilustres y respetables del presente siglo, los nombres de Argüelles, Calatrava, Quintana, San Miguel, Flores Estrada, Galiano y otros figuraban en las listas de Maestros, siendo probable que todos ellos fueron *Sublimes Perfectos*.

La camarilla, en la hora que nos es permitido asistir a ella, estaba formada por seis individuos, nada más, cuyos nombres, a excepción del de Campos, deben mantenerse en secreto. Si en el transcurso de la relación son conocidos, enhorabuena; pero no se culpe al novelador de haber manoseado nombres pertenecientes a personas de distinto valor, pero todas respetables, algunas de las cuales han respirado hasta hace poco..., y quizá haya alguna que respire todavía.

Los de la camarilla reuníanse en la logia; pero familiarmente y sin ceremonia de rito, como clérigos en la sacristía. De los seis, cuatro eran diputados; y de éstos, dos habían sido ministros y uno lo fué en aquellos días. De los dos restantes, uno casi no era masón, hallándose en la categoría de *durmiente*, y el otro era Campos. Atención.

Tiene la palabra un joven de treinta y tres años, alto, elegante, fino, airoso. Sus modales y su vestido eran, como su estilo, la corrección misma. Su rostro morenísimo y su gran boca dábanle aspecto de fealdad; pero tenía la belleza de la expresión y un claro sello de hidalguía y caballerosidad que cautivaba. Sus ojos eran negros y vivísimos, llenos de esa luz particular que indica poderosa erección de la fantasía; sus cabellos, alborotados y fuertes, algo parecidos a los de Chateaubriand, rodeaban una espaciosa y limpia y celeste frente, emblema del privilegiado artista. Era su voz grave y persuasiva, y si su estilo carecía del arrebatado, tenía en cambio la serenidad más simpática y un acento que subyugaba oídos y corazones.

—Nosotros—dijo, señalando a su amigo, que junto a él se sentaba—estamos decididos a no asociar nuestro nombre a los errores que se están cometiendo.

(1) Fray Cirilo de Alameda desmintió de un modo enérgico la aseveración de Galiano.

Amamos la Libertad con delirio; pero aborrecemos los excesos del populacho y la ignominiosa licencia. Antes que empujar a la nación por este carril que la precipitará en el abismo, nos retiraremos de la política, perderemos toda influencia, perderemos nuestro propio prestigio, y entonces la vergüenza de haber contribuido a este desorden nos servirá de expiación. No se nos oculta que el absolutismo volverá, y quizá pronto, si a tiempo no se pone mano en reparar el reino que se desquicia; y el absolutismo vendrá, porque las instituciones vigentes no ofrecen condiciones, carecen de fuerza para contener en límites razonables la iniciativa popular y son incapaces de fundar nada sólido. Que el Gobierno, sabedor de la inicua amenaza de los exaltados, evite que se consume un horrendo delito; haga entender a esa gente que su destino y misión no es todavía ni será en mucho tiempo dirigir la cosa pública; establezca el imperio de la razón, de la calma, del buen sentido, y entonces variaremos de opinión. Mientras esto no suceda, la división será completa, y si hoy permanece oculta por nuestra prudencia, mañana trascenderá a las Cortes, y de las Cortes a todo el país.

—Y se formará el partido *anillero* o de los *amigos de la Constitución*—dijo un viejo alto y flaco, nervioso y lleno de vivacidad, que respondía entre masones al nombre de *Coriolano*, y era célebre por un folleto contra los absolutistas y varios escritos de Economía política—. Esta nueva escuela será funesta. Tendremos, al fin, tantos partidos como hombres, y no habrá un solo individuo que se resigne a pensar como los demás.

—La *Sociedad de los amigos de la Constitución*—dijo el compañero del primer orador, que junto a él se sentaba—responde a la necesidad imperiosa de establecer un término medio entre las antiguas leyes, que viven encarnadas en el país, y los principios liberales. ¿Por qué no hemos de decirlo? Yo, por lo menos, tengo mi ideal en la *Carta francesa*, con las dos Cámaras y el voto absoluto.

Oyóse un murmullo de desaprobación.

—Condenemos igualmente—dijo, con gravedad, el de los cabellos alborotados y la boca grande—toda clase de reunio-

nes como ésta, que o sirven para fomentar el jacobinismo y ofrecer un secreto peligroso a las intrigas y a las ambiciones, o no sirven para nada.

—Estamos disputando sobre si nos hemos de dividir más todavía, mientras una cuestión palpitante, fundada en una alarma falsa quizá, reclama nuestra atención. Este asunto no tiene espera. Nos está llamando, y nosotros le volvemos la espalda para discutir sobre si debemos ponernos un anillo en el dedo o un triángulo en el ojal.

El que esto dijo era un hombre de más de cuarenta años, moreno como el anterior, de facciones bastas y gruesos labios. Fuerte y algo pesado era su cuerpo; carecía de soltura, gracia y flexibilidad; pero, en cambio, parecía poseedor de una gran energía. ¡Lástima que esta energía, circunscrita al entendimiento y al estro poético, no trascendiese a la voluntad!

Completaban su persona cabeza admirable, abultada y lobulosa; ojos grandes y hermosos; una frente a la cual no faltaba sino el laurel para ser olímpica; expresión grave y tono sentencioso en la voz. Allí dentro le llamaban *Pelayo*.

—Es verdad, es verdad—dijeron los demás—. A la cuestión.

—Los comuneros han decidido sacrificar a don Matías Vinuesa—manifestó Campos, que parecía secretario de la Junta.

—Causa horror el ver que estas atrocidades se cometan; pero causa más horror aún que se anuncien—afirmó el que oímos al principio de la sesión.

—Yo no lo creo—dijo el poeta—. Los que se ocupan en propagar alarmas han escogido ésta para el día de mañana. Reconozco que el pueblo está irritado...

—Con razón—manifestó *Coriolano*—. La sentencia del juez es capaz de sublevar al pueblo más generoso. ¿Por qué se vocifera tanto contra el populacho cuando sus excesos no son más que el rechazo, digámoslo así, de las osadías de los absolutistas? No, no está el mal en la canalla, que es honrada y generosa; no morirá la Libertad en manos del pueblo, sino en manos de los que quieren establecer una transacción imposible con el despotismo.

Coriolano, que se había expresado con energía, miró a los dos *anilleros*. Estos

callaban, aunque uno de ellos era gran retórico.

—No disculpo ni disculparé a los exaltados que protestan contra la sentencia del juez—dijo *Pelayo* con calor—; pero téngase presente que ha tiempo quedan impunes los mayores atentados y crímenes de los absolutistas. Dicen que Vinuesa es tonto; yo no lo creo. Su plan indica maquiavelismo, y por lo menos las intenciones de este clérigo han sido perversas. Ganar y corromper la tropa, sublevar al pueblo, sorprender a los principales diputados y a las primeras autoridades, sacrificarlas inmediatamente a la seguridad y a la venganza del partido conspirador y alzar sobre la sangre de aquellas víctimas el pendón de la tiranía y de la intolerancia: éstos son los proyectos contenidos en los atroces papeles de Vinuesa. Convicto y aun confeso el miserable preso, no debe librarse de la suerte rigurosa a que se exponen siempre los que traman semejantes atentados contra la existencia de un Gobierno establecido. El juez que ha despachado esta causa ha dicho públicamente que cualquiera de los cargos que obraban contra el reo era capital, y que, por consecuencia, era imposible salvarle. ¿A qué este cambio tan repentino? ¿Por qué, con tales antecedentes, Vinuesa no ha sido condenado más que a diez años de presidio? Semejante condescendencia ha llamado justamente la atención pública. Hasta se asegura que la Audiencia, en vez de agravar la pena, la suavizará más. Dicese que han mediado presentes a los cuales la integridad del juez ha resistido con nobleza y con honor, pero que después han intervenido ciertos recados imperiosos de Palacio, a cuyas culminantes amenazas no ha podido sustraerse el magistrado, haciéndole blandear, desgraciadamente, en su fallo (1).

—Siempre han de achacarse todos los yerros a la incorregible *mano oculta*—dijo, con desabrimiento, el retórico.

—¡Siempre se ha de achacar al populacho!—exclamó, colérico, el que respondía al nombre de *Coriolano*—. La plebe es causa de todo. La Corte y el rey no hacen más que rezar. Con tan

admirable sistema de crítica, resulta infaliblemente que la Constitución es detestable y que debe convertirse en Carta.

—El populacho y la Corte—afirmó el retórico—son igualmente culpables. Pero si se encomienda al primero el castigo de la última, ésta vencerá.

—Eso es lo que no sabemos—repuso con inquietud y cierta excitación el economista—. Por de pronto, tenemos que, según lo que acaba de decir nuestro discreto amigo, la irritación del pueblo contra Vinuesa y contra el juez Arias está justificada.

—Braman de cólera los genios impacientes—sostuvo *Pelayo*—al contemplar semejante impunidad, y hasta los más templados prevén y lloran las tristes consecuencias que necesariamente ha de producir... Pero no puedo creer que un partido popular haya acordado fría y villanamente el sacrificio del reo. Tanta bajeza es inverosímil.

—Es cierto—dijo Campos, que hasta entonces, reconociendo su inferioridad, había permanecido mudo—. La Asamblea comunera es un volcán que vomita sangre.

—¿Pero no queda duda de que han acordado eso?

—No queda duda. Lo sé por los espías que tengo allí.

—Si el Gobierno se hace cómplice de iniquidad tan grande—dijo, con honrada convicción, el de los alborotados cabellos—, merece la execración del género humano.

Uno que hasta entonces no había pronunciado palabra adelantó su cuerpo hacia la mesa, tirando de la silla, y habló de este modo:

—No puedo callar después de lo que he oído. Se quiere que el Ministerio lo haga todo, y nadie le ayuda, nadie, señores, cuando tiene que defenderse contra la oposición de moderados y exaltados, y contra las conspiraciones de absolutistas y comuneros, que se dan la mano para trastornar al país. Pero el Gobierno no merecerá la execración del género humano. ¿Acaso es él quien ha alentado las conspiraciones de los serviles? Si ha habido cohecho en el asunto de la causa de Vinuesa, la venalidad estaba consumada antes del cuatro de marzo, en que entramos nosotros. No podemos mudar jueces todos los días.

—No se trata de mudar jueces; se

(1) Este párrafo no es del narrador: es de las *Cartas a lord Holland*.

trata de impedir que una gavilla de asesinos deshonre la revolución.

—¡Patrañas! Señores, es preciso acostumbrarse a no ver asesinos en todas partes.

El que esto decía era un hombre casi anciano, masón, bastante listo y de mucha práctica en los negocios administrativos. ¿Por qué ocultar su nombre, que por sí se vela bastante con su propia oscuridad? Era don Mateo Valdemoro, ministro de la Gobernación. En la hora de la madrugada en que le vemos quedábale sólo un día de poltrona.

—Yo creo que hay por lo menos exageración—dijo *Pelayo*.

—Aunque sea exageración, deben tomarse precauciones—indicó Campos.

—Pero, señores, es ridículo que por una alarma necia llenemos las calles de artillería—indicó el ministro, creyendo que expresaba una idea feliz—. Parecería una provocación, y lo que no es más que una alarma insignificante, podría trocarse en formidable motín. Nada me mortifica tanto como la idea, muy generalizada, de que el Gobierno simpatiza con Vinuesa, con el *Abuelo* y con los demás absolutistas presos.

—¿Entonces el plan del Gobierno es cruzarse de brazos y dejar hacer?—preguntó, con severidad, el literato.

—El Gobierno castigará los desmanes.

—¿Qué desmanes?

—Los que se cometen; pero no hará alarde de despotismo, no provocará al pueblo.

—Porque le tiene miedo.

—No es miedo, sino prudencia. Nada más natural y lógico que la excitación que existe contra Vinuesa. Si acuchillamos al pueblo porque no simpatiza con los absolutistas, pasaremos por serviles, y nuestro lema es Constitución.

—Yo sigo creyendo que no habrá nada—dijo *Pelayo*, el cual, en su gran talento, tenía la más patriarcal buena fe—. Repito que el pueblo es bueno.

—Si no le instigaran los tunantes...

—Es más—añadió el ministro—. Si acuchillamos al pueblo, daremos un gustazo a la Corte. Vinuesa estará libre dentro de dos meses, y las cárceles llenas de liberales.

—Pues ahorquen ustedes a Vinuesa—dijo, con la mayor viveza, el retórico—. Esto sería lógico. Lo absurdo es

absolverle y permitir las horribles venganzas del populacho.

—Siempre el populacho..., es decir, el gato—indicó *Coriolano*.

—Si ahorcamos a Vinuesa, exacerbaremos a los serviles y a la Corte—dijo el ministro en tono de perspicacia—. Prudencia por un lado, y por otro es lo que conviene. ¿No es el sistema de ustedes contemporizar con todos?

El de los erizados pelos, es decir, el retórico o el literato, a quien esta pregunta se dirigía, estuvo un momento sin saber qué contestar.

—Sí; contemporizar—repuso al fin—, establecer un equilibrio perfecto, dando la mano a unos y a otros; pero no a los infames, no a los asesinos.

—Estamos juzgando un suceso que no ha pasado todavía ni pasará probablemente—dijo *Pelayo*—. ¿A qué hablar de asesinos? Yo defiendo y defenderé siempre al pueblo. Si alguna vez asesina, hácelo con el puñal que le entregan los de arriba.

—Sea de oro, sea de hierro, lo que importa es que no haya puñal—objetó el retórico—. En una palabra, señores: estamos reunidos para acordar si se debe impulsar al Gobierno a tomar una medida enérgica.

—¡Una provocación!... Yo opino como el ministro—manifestó *Pelayo*—. El pueblo es bueno, es generoso; pero no debe ser provocado.

—Pues preparémonos a que sea nuestro dueño—dijo el que había demostrado más seso—. Señores—añadió, levantándose—, mi compañero y yo nos retiramos para no volver más aquí.

El viejo economista tiró al retórico de los faldones de su levita, diciéndole con buen humor:

—Señor cartista, no nos deje usted tan despiadadamente. Somos amigos y zanjaremos nuestras diferencias de familia. Discutamos.

—Me parece que se ha discutido bastante. ¿No ha llegado aún la ocasión de hacer algo?

Aquel hombre que tan bien se expresaba, demostrando tener en su espíritu el instinto de la eficacia política, era de voluntad flaca, como los demás. La sensatez de sus ideas hallábase circunscrita a la serena esfera de las aptitudes literarias, y al expresarse con tanta cordura hablaba su talento, no esa fa-

cultad prodigiosa en que se confunden perspicacia y acción, conformando al hombre político. La misma perplejidad que tanto combatía le contaminó cuando fué ministro. Amaba la *Carta*; pero cuando pudo ocuparse de ella con éxito, pensaba demasiado en la de Horacio a los Pisones.

—Todo puede arreglarse—dijo *Pelayo*—. Por sí o por no, y aunque hay en esto mucho de ponderación, creo que se debe quitar la guardia de milicianos que está en la cárcel de la Corona, y reemplazarla con tropa de línea.

—Eso me parece una necesidad imperiosa—añadió Campos, atreviéndose, contra su costumbre, a algo más que callar y tomar lo que le dieran.

—Al menos, eso probaría cierta prudencia en el Gobierno—dijo el de la *Carta*, deteniéndose, mas sin volver a sentarse.

—No; la verdadera prudencia—objetó Valdemoro—consiste en no poner ni quitar ningún guardia, porque eso sería origen de sospechas, habillitas, escándalos y, seguramente, de disturbios graves.

—Adiós, señores—dijo el simpático y cortés joven de treinta y tres años.

—Mudar la guardia me parece una provocación—repitió el ministro, consultando fríamente el rostro de los tres que a su lado quedaban.

Ninguno dijo nada.

—Si se hace con maña y habilidad—dijo *Pelayo*—, quizá no.

—Señores—manifestó el ministro con la inquietud propia del que se ve abrumado de responsabilidad—. Es muy fácil resolver todas estas cuestiones fuera del Gobierno, y cuando uno se mete tranquilamente en su casa sin dar cuenta a Dios ni al diablo de lo que hace. Ustedes hablan, como los libros, un lenguaje discreto; pero la práctica, señores, la práctica es cosa muy distinta. ¡Mudar una guardia! Parece la cosa más sencilla del mundo, dicho así, como si se tratara de mudarse una camisa; pero los que estamos dentro del Gobierno vemos las cosas de su tamaño. Repito que mudar mañana la guardia es pegar fuego a una hoguera. El Gobierno trabajará; el Gobierno tiene alguna influencia en las clases populares; aún puede contar con algunos comuneros que le sirven... No pasará

nada: respondo de que no pasará nada.

—Mi compañero y yo—dijo el retórico, dispuesto a retirarse definitivamente—apreciamos la buena voluntad del Gobierno; creemos que sus intenciones no pueden ser mejores, pero no podemos seguir asistiendo, en esta junta secreta, a los actos de debilidad y a la indeterminación que caracteriza a la política presente. En las Cortes evitaremos todo lo posible la escisión; pero nuestra conciencia nos impide continuar aquí. Está probado que la Sociedad a que hemos pertenecido estorba toda política formal y es un aliciente para las ambiciones, para las sediciones del ejército. Hace tiempo que deseamos la ruptura; hoy se nos presenta una ocasión, y la aprovechamos. Gobiernen ustedes en armonía misteriosa con los manejos de la Corte, porque las dos políticas contrarias que bajo tierra y en la oscuridad funcionan luchando concuerdan en una cosa: en hacer polvo y ruinas la grandeza y poderío del reino. Inspiren ustedes al Gobierno y a las Cortes, dominándolos por medio de la amenazadora extensión de estas Sociedades y haciéndose pagar su protección con los destinos, las fajas, las mitras, las cruces que aquí se reparten. Yo renuncio a los beneficios y a la responsabilidad de esta labor oscura y funesta. Adiós, amigos míos; la diferencia de opiniones no entibia la mistad de toda la vida, la amistad de Cádiz en los días de gloria, la amistad del Peñón de la Gomera en los días terribles. ¡Quiera Dios que no volvamos a abrazarnos en presidios de Africa!

Dicho esto, se retiraron. ¡Ay! Desgraciadamente para España, en aquellos nombres no había más que talento y honradez: el talento de pensar discretamente y la honradez que consiste en no engañar a nadie. Faltábales esa inspiración vigorosa de la voluntad, que es la potente fuerza creadora de los grandes actos. Los que salían, a pesar de su sensato hablar, eran tan niños como los que se quedaban en el Grande Oriente. Entre todos juntos, o fundiéndolos a todos, a pesar de la aptitud versificante y poética de algunos, no se habría podido obtener el brazo izquierdo de un Bonaparte, ni de un Cisneros, ni de un Washington, ni siquiera de un Cromwell o un Robespierre. ¡Extraña ineptitud

ocasionada por la servidumbre! En la uña del dedo meñique de una mujer, Isabel la Católica, había más energía política, más potencia gobernante que en todos los poetas, economistas, oradores, periodistas, abogados y retóricos españoles del siglo XIX.

¿Qué resolvió el Grande Oriente después de la escisión? Cosas graves. Mudar algunos mandos militares, negar dos canonjías, recomendar a los pueblos la elección de dos diputados masones, adjudicar tres subastas, escribir las bases de una transacción contra los comuneros, leer algunas cartas que hablaban de conspiración, enterarse de las confidencias hechas por empleados de Palacio, subvencionar un periódico, adjudicar trece destinos a otros tantos masones, dar una pensión a la viuda de un perseguido por *defender el Sistema*, echar tierra sobre un expediente de contrabando, etc.

¿Cuál de las dos camarillas es más responsable ante la Historia: la del populacho o la de los hombres leídos? No es fácil contestar. La primera, en medio de su barbarie, había resuelto algo en el asunto del día; la segunda, con toda su ilustración, no había resuelto nada.

XXIV

Desde la noche del 3 al 4 conocía Salvador el infame proyecto de sus compañeros de caballería. Si no pudo injerirse en la camarilla, asistió a la Fortaleza. Oía y callaba, esperando utilizar las circunstancias; y como había adquirido y fomentado buenas relaciones con comuneros de todas clases, creía seguro salir adelante con su buen propósito. El plan de hacer justicia en la persona de Vinuesa le pareció irrealizable, porque contaba con la energía de las autoridades. Sintió impulsos de poner en conocimiento de Campos algunas preciosas noticias y datos adquiridos en la Asamblea para que aquél los comunicase al Gobierno; pero su natural honrado y leal se sublevaba contra la delación.

En la mañana del 4 entró en la celda de Gil de la Cuadra, y le dijo:

—Animo, señor reo: esta noche saldremos de aquí. Tengo todo preparado.

El anciano, de rodillas, apoyando su cuerpo en el lecho, cruzó las manos y se puso a rezar fervorosamente.

Poco después, Salvador atravesaba el patio de la cárcel, cuando se sintió llamar. A su lado vió una cara entre burlesca y suspicaz, unos tatimados ojos verdosos que gatunamente le miraban, una mano blanca que con suavidad le agarraba el brazo... Era el señor Regato. Vestía el uniforme de capitán de la Milicia.

—Amiguito — le dijo —, tenemos que echar un párrafo. Subamos.

Instaláronse solos en una pieza del piso alto, y don José Manuel habló de este modo:

—Tengo el corazón oprimido, amigo Salvador. Ya sabe usted que el pueblo está furioso..., y con razón, con muchísima razón. El Gobierno se empeña en perdonar a Vinuesa, regalándole más tarde una mitra, y el pueblo, que, después de todo, es soberano, se empeña en que Tamajón debe ser ahorcado. ¿Qué tal? Aquí tiene usted dos reyes que se desafían sobre el cuerpo de un pobre sacerdote.

—No creo posible que esos hombres feroces consigan su objeto... Tal ignominia no pasará en España. Lo espero así para honor de esta nación.

—¡Oh!, no conoce usted los arranques del pueblo español. La resolución de los comuneros, nuestros amigos, es definitiva. Ya he tratado de contenerlos, porque no me gusta el derramamiento de sangre; pero me ha sido imposible. Intentarán hacer justicia.

—Pero no lo conseguirán. El Gobierno es malo; pero está compuesto de hombres honrados.

—El Gobierno se cruzará de brazos, amigo mío—dijo Regato, poniendo gran interés en aquel diálogo—. He visto a Campos al amanecer, y me ha dicho que el Grande Oriente reprueba la justiciada del pueblo, pero que no hace nada.

—Dicen que se quitará la guardia de milicianos.

—Error; no se quitará guardia ninguna. El Gobierno arde en sentimientos humanitarios; pero no quiere hacer frente al oleaje popular por temor de ser arrastrado. Teme que se le acuse de servil; teme las murmuraciones, y se

ruboriza si le dicen que protege al absolutismo.

El asombro no dejó hablar a Monsalud durante breve rato.

—Eso no puede ser—exclamó al fin, pálido de ira—. ¡Tal infamia no cabe en corazones españoles!

—El Gobierno no hará nada. Quizá algunos de sus individuos se aprestarían a la resistencia si supieran lo que va a pasar; pero no lo saben. Los masones se lavan las manos como Pilatos; han cogido miedo a la comunería. En verdad que somos terribles.

—Lo que usted me cuenta, señor Regato—dijo Salvador, levantándose con inquietud—, parece una pesadilla horrible. Según usted, es muy posible que esa canalla abominable trate hoy de invadir este edificio sin que el Gobierno se lo impida.

—¡Es verdaderamente espantoso!—declaró Regato, afectando sensibilidad—; pero me parece que podrá evitarse una desgracia... Compadezco con toda mi alma a ese pobre don Matías. ¿Verdad que es una lástima que le maten así, tan brutalmente?

—No; no puede ser. Esto se quedará en amenaza ridícula.

—Que no es amenaza ridícula, digo...—afirmó Regato, acercando más su asiento al de Monsalud y pasándole la mano por el hombro—. Mire usted: a mí se me ha ocurrido que podríamos salvar al pobre arcediano.

—¿Cómo...?—preguntó vivamente Monsalud, con el interés que le inspiraban siempre las buenas obras.

—Le asombrará a usted que me inspire lástima ese desgraciado. Yo soy así: más liberal hoy que ayer, y mañana más que hoy; pero bien está la sangre en las venas, donde Dios la ha puesto, ¿eh?

Monsalud, recordando lo que había oído a Campos respecto al sospechoso liberalismo de Regato y algunas noticias que él mismo había adquirido, se explicó fácilmente la compasión del comunero.

—Yo no soy amigo suyo ni lo fui nunca—prosiguió don José Manuel, recogiendo dentro de su reserva como el caracol en su casa—. Los demonios le lleven. Lo que quiero decir es que, pudiéndose evitar la muerte de un semejante, debe evitarse.

—Parece difícil, y, sin embargo, es sencillo. Cálmese el furor de la canalla; póngase una buena guardia en el edificio, y todo está concluido.

—Ninguna de esas dos cosas puede hacerse.

—Pues entonces...

—Usted no carece de talento—dijo Regato, sonriendo—, y, sin embargo, no comprende mi idea. Siga aquí la guardia de milicianos... Supongamos que viene eso que usted llama populacho...

—Y que los milicianos, recordando que son hombres de honor, españoles y cristiano, defienden la entrada.

—No... Supongamos que no la defienden.

—Entonces entra la canalla.

—Eso es, entra...

—Abre el calabozo.

—Abre el calabozo... y no encuentra a Vinuesa.

—¡Ah! Ya... Que se escape.

—O que se esconda.

—Pero sus enemigos le buscarán.

—Que le busquen. Con tal que no le encuentren...

—Pero ya sabe usted que cuando la ferocidad popular pide una víctima, si no se le da...

—Sacrifica al primero que encuentra.

—Es posible que la falta de Vinuesa la pague otro preso quizá más inocente que él... No, no me conviene ese plan.

—¿Y qué nos importa que la falta de Vinuesa la pague otro?

Monsalud miró a Regato con tanta severidad, que el dos veces gato entornó sus párpados para mirar al suelo.

—¡Ah!, ya comprendo—dijo, afectando buen humor—. Usted no quiere que le toquen a su Gil de la Cuadra, que es, entre paréntesis, el más malo de todos y el que merecería cualquier castigo.

—Es verdad que le protejo—dijo Salvador.

—Como que se ha metido usted en esta inmundicia sólo por salvarle.

—También es verdad.

—Como que fué usted conmigo a los comuneros sólo con el fin de hacerse amigos entre la gente exaltada.

—También es cierto. Ese conocimiento tan hábil de mi conducta y de mis intenciones me mueve a declarar que poseo, del mismo modo, parte de los secretos de una persona a quien yo conozco.

—Con tal que no se refiera usted a

las infames calumnias que dicen contra mí los masones...

—Yo no me refiero a calumnias. Usted ha desempeñado su misión incitando al pueblo a lanzarse en una vía de atrocidades sangrientas.

—Calumnias.

—Usted cumple también su misión procurando que, después del atentado, quede vivo el arcediano; y con tal que el pueblo consume su bestial proyecto y tenga una víctima..., poco le importa lo demás.

—Yo no quiero que haya víctimas—dijo Regato, comprendiendo que era mejor hablar con franqueza—. Lo que quiero es que Vinuesa no corra peligro, y que si ha de haber sacrificio, recaiga en la cabeza de alguno de tantos pillos como llenan esta cárcel y la de Villa. Contaba con eso, y cuento todavía.

—¿Y qué papel debo yo desempeñar en esto?—preguntó Monsalud con cierta perplejidad—. Porque usted me habla en el tono del que solicita ayuda.

—Exactamente. El alcaide de la cárcel es hombre con quien no se puede contar. Usted, que ha venido aquí por una intriga; usted, que ha venido aquí con el exclusivo objeto de salvar a un hombre, es quien puede hacer esta buena obra.

—¿Cómo?—preguntó Salvador, deseando saber hasta dónde iba el diabólico entendimiento del agente secreto de su majestad.

—Aprovechando la borrachera que tomará hoy, al mediodía, según su santa costumbre, el señor alcaide...

—¿Para poner en libertad a Vinuesa?

—Eso no puede ser, porque los milicianos no lo permitirían. Soy listo, y comprendo que, si fuera posible este modo de escapar, ya lo habría usted intentado en favor de Gil.

—Seguramente.

—Lo que yo quiero es que mude usted a Vinuesa de calabozo.

—Le buscarán.

—No le buscarán si se pone otro en su lugar.

—Eso es entregar un hombre a los asesinos.

Regato no supo qué contestar. Estaba impaciente y nervioso y agitábase en su silla, tomando diferentes posiciones a cada minuto.

—Hombre de Dios—gritó al fin—, me sorprenden esos escrúpulos. ¿No habrá en la cárcel un Barrabás? Pues muera Barrabás, y que se salve Jesús. Concedo con muchísimo gusto que Gil de la Cuadra no sea el sustituto.

—Esa farsa infame no es propia de mí—contestó el joven—. Si el populacho quiere una víctima, no sere yo quien friamente se la entregue, como el leonero que escoge la res más gorda para darla a las fieras con que se gana la vida.

—Señor don Rígido—dijo Regato sin poder disimular su enfado—, maldito si le sientan a usted esos humos de juez severo. ¿A qué tanta nimiedad y sutileza de abogado para un asunto sencillísimo? Usted ha empleado toda clase de recursos para sacar de aquí al que con más justicia está preso.

—Usted juzga mal a mi amigo—repuso Monsalud con serenidad—, y es extraño, porque le conoce bien. No aparece complicado más que por unas cartas que se hallaron entre los papeles de Vinuesa, y el juez debe de haber comprendido que apenas merece castigo, pues sólo le condena a cuatro años de presidio, pena relativamente leve en estos tiempos.

—Nada de eso hace al caso—dijo Regato, como hombre afanado que se decide a marchar derechamente hacia su objeto—. Usted creará tal vez que yo no correspondería a su buena voluntad con otra buena voluntad, a su beneficio con otro beneficio.

Diciendo esto, el dos veces gato se llevó la mano a su cinto y, desliándolo, hizo sonar su contenido: un metal precioso que hace enloquecer a los hombres. Monsalud sintió un impulso de ira y, crispando los dedos, miró el cuello del agente de su majestad. Pero la razón no le abandonaba, y calculó que era muy prudente contenerse para imaginar algún ardid que, sin comprometerle, se librara de las enfadosas sugerencias de aquel hombre.

—Guarde usted su dinero, señor Regato—dijo con serenidad—. Yo no soy Pelumbres.

Regato no dijo nada y puso el cinto sobre la mesa.

«Este soberbio no cede con cualquier bicoca—pensó—. Será preciso hacer un sacrificio, un verdadero sacrificio.»

—Yo creí—indicó Salvador, disimulan-

do su ira con una apariencia festiva—que ya no le quedaban a usted más ochentines de los que el Gobierno dió a la Casa Real.

—Son onzas de oro—dijo Regato con naturalidad—. Ya sé que usted me dirá mil lindezas y pedanterías. No parece sino que es un crimen aceptar obsequios en pago de un servicio leal. Bueno, señor mío; usted se lo pierde. Viva usted de sus rentas, viva de sus fincas, ya que donosamente rechaza lo que le cae...

Levantóse y, dando varios pasos en diferentes sentidos, se detuvo ante Monsalud, le puso la mano en la cabeza y se la movió con gesto entre cariñoso y amonestador.

—Y si no—añadió—, no hay nada de lo dicho. Por eso no hemos de reñir. Cada uno tiene su conciencia como se la hizo Dios. Hay escrúpulos respetables. Yo no censuro que haya personas así..., tan atiesadas. Lo que siento es que se va usted a ver en un mal paso, caballero. Si yo le he propuesto lo que sabe, es por encargo de varios amigos, y ellos no son como yo, mansos y pacíficos, y que con todo se conforman, sino muy fieros y vengativos. Capaces son de darle un disgusto a mi señor don Rígido... ¿Qué cree usted?—prosiguió, poniéndosele delante y clavando en él sus ojos, cuya pupila brillaba con dorados y verdes reflejos—. Anoche ya estaban mis amigos muy incomodados con usted; llamábanle traidor por haber aceptado un destino de esa canalla masónica.

Monsalud seguía meditando.

—Y en rigor...—añadió el agente de su majestad—, la conducta de usted es algo sospechosa. Anoche tuve que platicar mucho para defenderle a usted... «Es un traidor—decían—. Pues si no nos sirve en su destino de carcelero, haciendo lo que le mandemos, lo pasará mal...» En fin, como son unos bárbaros, no es de extrañar que digan barbaridades. Yo me miraría muy bien antes de enemistarme con ellos.

El otro seguía meditando.

—Yo se lo digo a usted con franqueza—continuó Regato, animándose ante la perplejidad del joven—, porque somos amigos, porque tengo particulares simpatías con usted, conociendo como conozco sus méritos, su buen corazón y mucho entendimiento. Tenga, pues, muy

presente mi advertencia, pero muy presente. Si se resiste a ayudarme, no salga usted solo por las noches ni vuelva a poner los pies en la Asamblea ni en sitio alguno donde nos reunamos. Además, los antecedentes políticos del caballero no son tales que pueda estar tranquilo, si alguien se propone hacerle daño.

—No creo tener enemigos—dijo, casi maquinalmente, Salvador.

—Téngalos o no, usted es un hombre que no ha dejado de cometer errores en su vida.

Salvador le miró con tristeza.

—Y entre ellos se cuenta—continuó Regato—el haber tenido relaciones con Amézaga, el poseedor de los secretos del rey en Valencey.

—¡Yo!...—dijo Monsalud, lleno de estupor.

—No me lo negará usted a mí. Amézaga, que se cortó el pescuezo con una navaja de afeitar antes que pudiera retorcerselo el verdugo, concluyó como debía concluir. Usted, que le ayudó en la publicidad de los célebres secretos, no fué objeto de persecuciones ni aun de sospechas porque supo esconderse; pero, ¡ay insigne joven!, usted no podrá librarse de una causa el día en que cualquier malintencionado quiera hacerle daño... Usted tuvo correspondencia con Amézaga...

La cara atónita de Monsalud estaba diciendo: «Es verdad.»

—Amézaga le escribió a usted varias cartas que le comprometen, pero de una manera... La causa está abierta. Ya sabemos que éste es uno de los asuntos en que su majestad no perdona. Se trata de sus chicleos en Valencey, de sus diabluras con los Bonapartes...; en fin, ello es grave, y no hay Gobierno, por patriotero que sea, que no apoye a nuestro rey.

—Eso es historia antigua—dijo Salvador con desdén.

—Antigua, sí; yo no he visto las cartas de Amézaga dándole instrucciones a usted y a otros conspiradores para publicar las aventurillas de su majestad; pero el amigo mío que las posee me ha dicho que son terribles. Con la mitad de aquello se sube al caldalso en todos tiempos.

Salvador sentía viva agitación.

—El año diecinueve, usted conspiraba; usted se vió obligado a esconderse hoy

aquí, mañana allí, para burlar a la Policía. En una de estas mudanzas, un amigo mío se apoderó de un paquete de cartas que tenía el señor don Salvador en la gaveta de su mesa. Según me ha dicho, las había políticas, amorosas, familiares: de todas clases.

—Es verdad que perdí unas cartas; pero ¿qué...?

—Que el poseedor de ellas las guarda como oro en paño. Ni siquiera a mí me las ha querido mostrar. ¿Sabe usted quién es? Alonso Sánchez, que fué de la Policía, y ahora está cesante y, como cesante, desesperado. Posee una admirable colección de papeles curiosos... Es amigo mío, muy amigo mío.

Monsalud no contestó. Regato, al decir lo que antecede, apretó el brazo contra su cuerpo, complaciéndose en sentir bajo su uniforme el contacto de un objeto semejante en tamaño y dureza a un paquete de papeles. Había mentido como un bellaco. Las cartas firmadas por Amézaga y dirigidas a Monsalud en julio del 14 las tenía él, juntamente con otras de dudoso valor político, por ser esquelas de amores o de familia. Habíalas recibido del agente de Policía, y las guardaba, como otros muchos tesoros epistolares, esperando que llegase la ocasión de utilizarlas. El astuto intrigante daba gran importancia a todo papel que en su mano, por cualquier evento, caía, y los tenía clasificados por autores con una escrupulosidad cariñosa, semejante al celo de los anticuarios y bibliófilos.

Aquella mañana, antes de dirigirse a la cárcel de la Corona, abrió una arqueta que encerraba numerosos legajos parecidos a expedientes, y después de recorrerlos brevemente con la vista, sacó uno que decía: *Amézaga, Salvador Monsalud*. Guardólo en un profundo bolsillo interior con que había dotado a su casaca de miliciano, para que el uniforme, según decía festivamente, no fuera prenda inútil.

—Señor Regato—dijo Monsalud—, todo eso de los papeles de Amézaga me tiene sin cuidado en lo referente a lo que usted me propone hoy. Pero me gustaría recobrarlos. ¿Por qué he de decir otra cosa?

«¡Bribón!—dijo Regato para sí, opriéndolo dulcemente el bulto de papel—. Como no cedas ni a las onzas ni a las amenazas, te venceré con esto.»

XXV

Ninguna importancia dió Monsalud a tal incidente. Fijábase, ante todo, en la amenaza de concitar contra él el odio de los Pelumbres y comparsa. Esto le pareció un verdadero percance, por ser Regato omnipotente en tal especie de guerra. Considerando la maldad de aquel hombre, vió un peligro real y cercano, y comprendió que no eran palabras vanas las referentes a la brutalidad vengativa de los amigos del agente de su majestad. Su mente se llenó de las ideas evocadas por el peligro, y pensó en los medios de librarse del que con una mano ofrecía oro y con otra porrazos.

«Este tunante—pensó Monsalud—no me perdonará. No soy quien soy si dejo a ese reptil en disposición de morderme.»

Cuando esta idea cruzó por su mente, tuvo otra felicísima: seguir aparentando perplejidad para que Regato le creyese inclinado a una inteligencia.

«Mucho lo piensa—dijo para sí don José Manuel—. Su indecisión es buena señal. No se enfurece, no grita, no dice una palabra de su honor... Sacaré el dinero para que, viéndolo..., pues...»

—Déjeme usted pensar un rato lo que debo hacer—indicó Monsalud.

Conservando una seriedad ficticia, Regato empezó a contar dinero sobre la mesa.

—No se trata de ningún desafuero—dijo—, sino de un servicio. Mi objeto sólo es que Vinuesa no muera y que la irritación del pueblo pase sobre él como pasan las olas por encima de una roca: sin conmoverla. Si el pueblo registra demasiado los calabozos y quiere hacer alguna atrocidad en cabeza absolutista, lo más acertado me parece sacar a Vinuesa de su encierro, esconderle en las buhardillas..., y nada más. El alcaide es un borracho y un fanático. No me atrevo a hablarle, porque estamos reñidos desde hace tiempo. Ni él me traga a mí, ni yo a él, ¿entiende usted? Va para un año que no pongo los pies en esta casa, y a nadie conozco en ella. Pero usted puede hacerlo todo. Los milicianos que están de guardia no es fácil que se enteren.

—¡Oh! Sí, es muy fácil—dijo Monsalud.

«Pide mucho—pensó Regato—. Habrá que hacer un sacrificio mayor.»

«¡Ah tunante!—pensó Monsalud, mirándole fijamente, pero sin dejar conocer su idea—. Tú has creído jugar conmigo, y yo, aunque no soy agente de su majestad, ni dispongo de fuerza alguna, ni de grandes caudales, te voy a sentar la mano de tal modo, que has de acordarte de mí toda tu vida.»

La sonrisa del triunfo presente o anunciado por el corazón alteró el semblante pálido y serio de Salvador; pero Regato, sin advertir nada, continuaba manoseando las peluconas.

«Te juro, miserable—continuó Monsalud, pensándolo—, que el lazo que voy a armarte, y en el cual vas a caer como un pajarillo inocente, se deja atrás a tus diabólicos ardides. Cuenta, cuenta dinero.»

—¿Lo ha pensado usted?—preguntó Regato.

—Hombre, si que lo he pensado... ¡Qué demonios! Este es un país donde las personas honradas no pueden conservar su honradez. No hay medio de vivir: todo cuesta un ojo de la cara.

«Tiene apuros...—pensó Regato—. Cáyó. La historia de siempre.»

—Por el momento—dijo Salvador—, guarde usted ese dinero. Puede pasar alguien, oír su sonido seductor, y entonces..., las sospechas...

—Está bien, muy bien—manifestó el comunero miliciano, encerrando las onzas en el cinto.

—Y ahora discurramos lo que se ha de hacer.

—Es muy sencillo: sacarle del calabozo sin que le vea nadie y subirle a las buhardillas. Salga usted a ver si ya el señor alcaide está durmiendo la mona. A los demás empleados de la cárcel se les puede dar algo... Eso, a juicio de usted.

Monsalud empezó a dar pasos por la habitación. El plan que rápidamente había concebido para dar una severa lección y un castigo muy duro al agente presentósele muy difícil de realizar.

«Atarle aquí, ponerle una mordaza y subirle a las buhardillas—pensó—, es muy aventurado. Gritará... Da la maldita casualidad de que no hay un solo calabozo vacío. Pero ¿no habrá algún calabozo vacío?... El diecisiete se ocupó

ayer... El catorce no se desocupará hasta mañana.»

Siguió meditando.

—No debemos perder tiempo—dijo súbitamente Regato—. Entremos antes en el encierro de Vinuesa. Son las tres y media. El alcaide duerme la siesta. Hable usted con los calaboceros que puedan estorbar. Los milicianos están en el cuerpo de guardia, y si hay algunos en el patio, los convidamos a café. Mandé usted traer copas y café, diciéndoles que es hoy su cumpleaños.

Monsalud se echó a reír.

«No está mal cumpleaños el que a ti te espera», pensó.

Ya tenía un nuevo plan.

—Espéreme usted aquí—dijo—. Voy a dar una vuelta por la cárcel. Veré si duerme el alcaide; diré dos palabras a los calaboceros, aunque se me figura que no serán necesarias tantas precauciones. La prisión de Vinuesa está bajo la escalera, y no será preciso pasarle por el patio, ¿entiende usted?

—Entiendo... ¡Oh, las cosas se presentan bien!—dijo Regato—. En fin, vaya usted... No olvidarse de las copas. Con los milicianos no se puede contar sino engañándolos, lo cual es facilísimo. Dígales usted que se han recibido noticias de que viene Riego con su ejército, con veinte ejércitos como los de Jerjes, a conquistar a Madrid. Yo no bajo, porque se me pegarían, no me dejarían respirar.

Monsalud salió de la pieza, recorrió la cárcel, habló brevemente con el alcaide, que en aquel momento se disponía a dormir la siesta. Este, recomendándole mucha vigilancia, le dijo:

—Me parece que no tendremos la jarana que se anunció. Alarmas, invenciones de los desocupados. No se ha visto hasta ahora un solo grupo sospechoso en toda la calle, y me parece que tendremos un día tranquilo. Además, la Milicia no toleraría ningún desmán. Está decidida a que nadie traspase el umbral de la cárcel.

Pasado algún tiempo desde que el alcaide se encerró en su cuarto, convidó Salvador a los milicianos, siguiendo las advertencias de su sobornador, y dió luego varias órdenes a los dos calaboceros que estaban a la sazón en la casa, enviándolos a puntos de donde no pudie-

sen volver antes de un cuarto de hora. Con estas ligeras precauciones había seguridad completa, como ahora mismo se verá.

Bajo la escalera de la cárcel, en el oscuro hueco que formaba el primer tramo, había una puertecilla poco visible. Era la puerta del calabozo en que estaba Gil de la Cuadra, la única prisión en la cual se podía entrar sin atravesar el patio y las crujías bajas del edificio. Monsalud tomó un pedazo de tiza, y en la puertecilla dibujó groseramente una horca con su correspondiente ahorcado, cuidando de poner debajo: *Tamajón*. En seguida subió; de un cuarto oscuro destinado a trastos sacó dos objetos, que guardó cuidadosamente, dirigiéndose al punto en busca de Regato. Momentos después, ambos se aproximaron a la puerta del calabozo.

—¿Conque aquí está ese desgraciado? —dijo el agente de su majestad—. Sí, ya veo la célebre horca y los letreros.

Monsalud abrió y entraron. Al principio, la oscuridad no les permitió ver objeto alguno.

—Señor don Matías—dijo Regato, adelantando en las tinieblas.

—¿Quién es?—murmuró Gil de la Cuadra.

—Señor Vinuesa...

Monsalud cerró por dentro.

Pasó un rato antes que el agente conociese el engaño.

—¿Qué es esto?—gritó—. ¡Engaño, traición!... ¡Salvador!

—Engaño, traición—repitió éste.

—¡Infame, abre pronto o te ahogo! —exclamó el gato, ciego de ira y amenazando con la crispada zarpa el cuello del joven. Con movimiento rápido echó mano a la espada.

Monsalud levantó el brazo derecho y descargó sobre el agente un bofetón olímpico, una de esas bofetadas supremas y decisivas que recuerdan la quijada de asno de que Sansón se servía. Regato cayó al suelo. En pocos segundos, Monsalud le amordazó.

—Ahora—le dijo—desnúdate... ¡Pronto!...

Nunca el agente se había parecido tanto a un gato. Arañó a su enemigo, y, falto de habla, bufaba sordamente.

—Desnúdate pronto, o te aplasto, repitil. Necesito tu uniforme de miliciano.

Gil de la Cuadra miraba con estupor la singular escena.

—Necesito tu uniforme.

Monsalud tiraba de las mangas, desabrochaba los botones. En poco tiempo, el morrión, los pantalones, la casaca y la espada de Regato fueron arrojados al rincón opuesto. Inmediatamente, el joven sacó una larga cuerda, y con mucho trabajo, porque el gato se defendía rabiosamente, le ató con tal fuerza, que no podía moverse. Las argollas que había en la pared de la prisión le sirvieron para sujetar al nuevo preso, que hubo de quedar adherido, clavado al muro como un murciélago.

—Señor Gil—dijo Monsalud imperiosamente—, póngase usted ese vestido de miliciano. Pronto será de noche. ¡A la calle!

Gil de la Cuadra no apartaba los ojos del triste espectáculo que tenía delante.

—¡Pronto..., el uniforme!...—repitió Monsalud—. Saldrá usted ahora y le ocultaré en mi cuarto hasta que sea de noche. ¡Pronto!

Gil de la Cuadra obedeció, y en silencio empezó a vestirse.

Pausa; silencio profundo. Sintióse luego un rumor que crecía, crecía, y de rumor se trocó en mugido sordo, confusas palabras de gente, gritos, pasos, puertas que se cerraban. Sonaron varios tiros.

Monsalud, después de asegurar con toda su fuerza la cuerda que ataba a Regato, salió, lleno de zozobra, del encierro.

XXVI

Casi al filo de mediodía, una horda de caníbales se reunía en la Puerta del Sol, mejor dicho, se diseminaba, marchándose cada animal por su lado, después de acordar juntarse por la tarde en el mismo sitio. Así lo hicieron, y las autoridades miraban aquello como se mira una fiesta. Pasadas las cuatro, los grupos volvieron a invadir la Puerta del Sol. Había en ellos una frialdad solemne y lúgubre, como de quien no fía nada al caso ni a la pasión, sino al cálculo y a la consigna. La autoridad seguía no viendo nada, o negligente, o cómplice, o imbécil, que las tres cosas pueden ser. Los grupos susurraban, y por un

momento vacilaron; al cabo de cierto tiempo dirigiéronse, por la calle de Carretas y las de Barrionuevo y la Merced, a la cárcel de la Corona. Llenóse la calle de la Cabeza en su mayor parte. Destacábase al frente de uno de los grupos el ciudadano Pelumbres, arengando como una bestia que hubiese aprendido, durante corto tiempo y por arte milagroso, el lenguaje de los hombres. Casi todos llevaban armas, menos él.

Considerando que su persona no estaba completa, pidió una navaja; mas como nadie se hallaba dispuesto a tal generosidad, dirigió su mirada de buitre a todas partes. Hacia la calle de San Pedro Mártir construían una casa. Pelumbres se acercó a la empalizada; vió algunas piedras de granito a medio labrar, y encima de ellas, un gran martillo.

—Para el sastre, la aguja—dijo—; la lezna, para el zapatero; el cuerno, para el toro, y para el herrero, el martillo.

Cuando se dirigió, con su arma al hombro, a la esquina de la calle de Lavapiés, sus compañeros rompían a hachazos la puerta de la cárcel. Los milicianos, no queriendo sostener una lucha contraria al progreso, según su criterio, ni tampoco entregarse sin resistencia, habían asegurado la puerta con un solo cerrojo, y en el zaguán se disponían, intrépidos, a descargar sus armas..., al aire.

La puerta no se resistió mucho. Lo que empezaron los hachazos, dos docenas de coces lo concluyeron. Disparáronse al aire varios fusiles de milicianos; la turba penetró en el patio de la cárcel, rápida como un brazo de agua, rugiente y soez. Hay un grado de ferocidad que la Naturaleza no presenta en ninguna especie de animales: sólo se ve en el hombre, único ser capaz de reunir a la barbarie del hecho las ignominias y brutalidades de la palabra. Viendo a los hombres en ciertas ocasiones de delirio, no se puede menos de considerar a la hiena como un noble animal.

El calabozo de Vinuesa era bastante conocido de casi todos los que entraron. Cómo lo abrieron no se sabe. La turba, que en la calle era gruesa, se afiló para entrar en la cárcel. Para penetrar por una puertecilla estrecha tuvo que aguzarse más. Parecía una serpiente de

largo cuerpo y cabeza estrecha introduciendo su boca por una hendidura. El cuerpo se agrandaba en el patio; enroscándose, salía a la calle, daba varias vueltas por las inmediatas, y la cola, parte en extremo sensible y movable,culebreaba en la plazoleta de Relatores. La cola se componía de mujeres. Cuando Vinuesa vió que entraban en su calabozo aquellos hombres terribles, comprendió que su fin era inminente. Poniéndose de rodillas y cruzando las manos, gritó:

—¡Perdón, perdón!

El calabozo rétumbaba con las imprecações. Vióse en el aire un círculo rápido, espantoso, trazado por un pedazo de hierro adherido al extremo de un palo que blandían manos vigorosas. El martillo describió, primero, un círculo en vano; después, otro..., y la cabeza del infeliz reo recibió el mortal golpe. Siguióle otro no menos fuerte, y después diez navajas se cebaron en el cuerpo palpitante.

Lavaban los asesinos el martillo en la fuente de la calle de Relatores, cuando el Gobierno resolvió desplegar la mayor energía. ¡Qué sería de esta nación si la Providencia no le deparase en ocasiones críticas el tutelar beneficio de un Gobierno! La noticia del crimen corrió por Madrid, y la villa, que es y ha sido siempre una villa honrada, se estremeció de espanto y piedad. El Gobierno se estremecía también, y declaraba, con patriótico celo, que no descansaría hasta castigar a los culpables. Para que nadie tuviera duda de su gran entendimiento y perspicacia política, mandó que inmediatamente se pusiera fuerza del ejército en el edificio, y por si alguien tenía dudas todavía de su diligente y paternal actividad, ordenó que al instante y sin pérdida de momento *se instruyesen las oportunas diligencias*. Quejarse de un Gobierno así es quejarse de vicio.

XXVII

Cuando Gil de la Cuadra y Regato se quedaron solos, siguieron oyendo aquel rumor de voces que resonaba en el patio de la cárcel. Durante más de un cuarto de hora, el estrépito fué gran-

de. Gil de la Cuadra, comprendiendo que el populacho había invadido el edificio, se puso de rodillas y, cruzando las manos, rezó en voz alta.

El otro desgraciado se hinchaba y gruñía. De su rostro congestionado aflucía copioso sudor. Trataba de romper sus ligaduras y de escupir su mordaza; pero unas y otra habían sido puestas por buena mano. Por último, tras repetidos esfuerzos, de su boca pudo salir una voz, más que voz, silbido, que decía:

—¡Piedad, piedad!

Gil de la Cuadra se acercó a él y limpióle el sudor de la frente. Las miradas de Regato eran tan expresivas pidiendo compasión; las contracciones de su cara tan violentas, que el primer preso no pudo resistir el estímulo de sus sentimientos compasivos y le quitó la mordaza.

—¡Ah..., gracias, gracias!—exclamó el agente de su majestad, aspirando con delicia el aire fétido de la prisión—. Aire, aire..., me ahogo aquí.

—Pero con esto concluyen mis complacencias—dijo Cuadra—. No le quitaré a usted la cuerda; eso no.

—Toque usted mi cintura—murmuró Regato—. ¿Qué suena en ese cinto? Dinero. Todo eso por la libertad...; pero suélteme usted.

—No puedo.

—¡Y el populacho ha entrado en la cárcel! ¿Ha sentido usted, señor Gil?

—Sí; me pareció que entraba en el patio una ola del mar... Ahora parece que ha cesado el rumor. Se alejan.

—Se alejan, sí. Pero aún se sienten voces. Ese malvado volverá a entrar aquí... ¡Favor, pueblo!... ¡Pueblo mío, favor!

Los gritos de Regato no traspasaban los muros de la prisión.

—Señor Gil—gritó con acento de desesperación—, saque usted mi espada y máteme. Un hombre de mi temple no puede soportar este suplicio.

—Calma, calma, señor don José Manuel—dijo Cuadra, poniendo la mano sobre la cabeza del agente—. Yo suplicaré a mi amigo que no le haga a usted daño alguno... Pero tarda, tarda.

—¡Su amigo! Pues ¿no tiene la vileza de llamarle su amigo?—dijo Regato, poniéndose tan encendido como cuando tenía la mordaza.

—Mi amigo, mi protector, mi salvador..., pues si él no existiera, ¿qué sería de mí?... Pero tarda, ¿no es verdad que tarda?

—¡Estúpido viejo!—gritó Regato, fuera de sí—, ten vergüenza y córtate la mano antes que estrechar con ella la de ese hombre...

—¡Yo!... En mi corazón no existe ya ni puede existir el odio. Y si existiera, para ese hombre no tendría sino amor, una admiración respetuosa, un afecto paternal.

—Es verdad que hay cariños muy singulares—dijo Regato, sonriendo con infernal malicia—. Yo conocí a un sujeto que sacaba a paseo, llevándole a cuestas, al cortejo de su mujer.

Gil de la Cuadra creyó que Regato sufría enajenación mental. Compasivo, se acercó a él.

—Vendrá pronto—le dijo—. Yo intercederé por usted...; pero tarda, ¿no es verdad que tarda? Ahora apenas se oye ruido.

—Intercederá usted—añadió Regato con afán de perversidad—. Y si él le pide algo en cambio, le dará usted su mujer...; no, porque murió; pero aún tiene usted una hija. Sin embargo, como él la tiene en su casa, se habrá cobrado por adelantado.

—Señor Regato—dijo Cuadra con severidad—, el lenguaje de usted es propio de un loco.

—¡Imbécil, imbécil! El de usted es propio de un ciego... ¡Pobre doña Pepita! Era una excelente señora, y tan guapa... Seguramente, si no hubiera dado con un esposo tan crédulo como usted...

—Señor Regato—ordenó Cuadra con enojo—, le digo a usted que se calle.

—No digo más sino que aquella señora era una buena pieza.

—La desastrosa situación de usted me impide contestar a esa insolencia como se merece.

—¿De veras cree usted que la hermosa dama era un modelo de virtudes?

—Sí, canalla; sí lo creo—gritó, trémulo de ira, Gil de la Cuadra, buscando con vacilante mano la espada.

—Pues mis noticias son que pecó varias veces. Dígalo Salvador Monsalud, que fué su cortejo... ¡Oh Dios mío! Estoy preso, estoy atado...; pero en mi ho-

rrible situación me das armas; me das este veneno que escupo y con el cual mato.

—¡Miserable!

Gil de la Cuadra corrió hacia él y le oprimió el cuello.

—Ahógame, necio—gruñó Regato—, ahógame. Mi último suspiro será para echarte en cara tu vilipendio. Ese hombre, ese amigo mío...

—¡Qué dices!...

—Te burló, te burló. En Francia, todos los españoles lo sabían menos tú...

Gil de la Cuadra vacilaba. Una idea cruzó como un relámpago por su cerebro; una idea confusamente mezclada con recuerdos, palabras, coincidencias, detalles.

—El majadero no lo cree—dijo Regato, ya libre de las manos que le apretaban el cuello—. Voy a darle pruebas para que calle.

—¡Pruebas! Está loco. Cállese usted. Esto es una farsa... Pero ¡ese hombre no viene, Santo Dios!

—¡Pruebas, sí! Ponga usted la mano sobre el costado derecho, en la pechera de uniforme mío que tiene puesto. ¿Qué hay en ese bolsillo?

—Un bulto, una cartera.

—Un paquete. Sáquelo usted.

—Ya está. Cartas...

—Lea usted...

—¿Qué es esto? Una carta firmada Amézagá.

—Siga, hojee usted ese precioso libro. Tras esa joya vendrá otra.

Gil de la Cuadra, acercándose al ventanillo por donde entraba una débil luz, recorría una tras otra con ardiente curiosidad las cartas.

—Aprisa, aprisa. Pase usted todas las primeras. ¿Qué viene ahora?

—Una lista con varios nombres.

—Adelante... ¿Y ahora?

—Una...

Gil de la Cuadra calló de improviso. El corazón saltó en el pecho. Quedóse frío, mudo, atónito, lleno de espanto, como el que se ve en el borde del abismo y comprende con veloz juicio que no hay más remedio que caer.

—¡Ah!—dijo Regato—. El imbécil ha puesto al fin la mano sobre el delito de su esposa. Es tan bruto, que necesita tocarlo para comprenderlo.

Gil de la Cuadra seguía leyendo.

—¿Qué dice la carta?...—añadió el agente—. Tras ésa vienen otras muchas. Yo he pasado buenos ratos leyéndolas. ¡Cómo palpita en ellas la pasión! ¡Qué ardor, qué ternura! Y los dos amantes disimulaban bien... ¡Cuántas precauciones para engañar al bolsillo! Se encuentran en esas cartas traiciones inauditas, alevosías de él y de ella. La señora parecía más apasionada que... nuestro amigo.

Gil de la Cuadra seguía leyendo. De repente se desplomó. Un ¡ay! de dolor, exclamación aguda y penetrante, parecida a las que exhalan los que sufren repentina muerte, salió de sus labios. Cayó al suelo. Su mano estrujaba un papel.

—El incrédulo parece convencido... ¡Menguado viejo, ahí tienes a tu Providencia, ahí tienes a tu Salvador, ahí tienes a tu amigo querido!... ¡Le has entregado a tu hija!

Cuando esta última palabra resonó en la prisión, estremeciéndose el cuerpo del anciano herido en su alma. Irguiendo la cabeza, abrió los ojos, dióse furibundo golpe en la frente con la palma de la mano y repitió:

—¡Mi hija!

Un instante después, Gil de la Cuadra estaba sentado en el suelo, los ojos fijos, el cuerpo encorvado, los labios entreabiertos, atónito, lelo...

Abrióse la puerta. Monsalud entró.

XXVIII

—Vamos, señor Gil—dijo—. Vamos al punto.

Nadie contestó. Monsalud aguardó un instante. Traía una luz.

—¡Ah!—exclamó, viendo que Regato continuaba en su sitio—. ¡Tunante! Pasarás aquí la noche, hasta que haya un alma compasiva que te saque. Han asesinado a Vinuesa. Dicen que habrá esta noche nueva visita a los calabozos.

Regato no contestó nada. Salvador se dirigió a Gil de la Cuadra.

—Vamos—le dijo—. ¿Por qué se arroja usted al suelo en el momento de salir?

Extendió el brazo para alzarle; pero el anciano, rechazándole con fuerza, se levantó solo.

—Vamos fuera—repitió Monsalud—. Llegó el momento... ¡Libertad!...

—De ti, de tu mano—exclamó Gil de la Cuadra con profunda ira—, no la quiero.

Salvador, estupefacto y espantado, no supo qué decir.

—Vamos.

—No quiero.

—Salgamos.

—¡Contigo, jamás!

—¿Qué dice usted?... ¡Amigo..., por favor...!

—Miserable, apártate de mí—gritó Cuadra, dirigiendo a su libertador una mirada de profundo desprecio—. Me manchas, me ofendes, me repugnas.

—¡Qué locura! Vamos pronto—dijo Salvador, tomándole por un brazo—. Piense usted en su hija, que espera.

—¡Mi hija, mi pobre Sola!—exclamó el anciano, cubriendo con ambas manos su rostro.

Este recuerdo y las ideas que evocó produjeron conmoción profunda en su ánimo. De súbito, el instinto de libertad surgió, poderoso, en su alma. Corriendo hacia la puerta, salió. Monsalud fue tras él.

—Déjame, no me toques... ¡Te desprecio, te aborrezco, me causas horror!

Salvador se detuvo. Su conciencia había dado un grito espantoso.

—No me has salvado, no me has salvado, no; es mentira—añadió Gil de la Cuadra—. Tuya no puede ser esta buena acción. Déjame, déjame. No quiero verte más.

Hallábanse en el patio de la cárcel. Era el momento en que los soldados enviados por el Gobierno ocupaban el edificio, arrojando de allí a los milicianos.

Gil de la Cuadra, huyendo de Monsalud, que corría tras él, cayó al suelo.

Acercóse un soldado, y golpeando con el pie a Gil de la Cuadra, dijo:

—Un miliciano borracho. A la calle, pronto.

El anciano no podía moverse. Monsalud, tomándole en brazos, le sacó fuera de la cárcel.

—¡Déjame, déjame, maldito!

Quiso andar, quiso huir; pero le faltaban las fuerzas. Monsalud le sostenía, y así llegaron hasta la plazuela de Lavapiés, donde aguardaba un coche. Cargando de nuevo al anciano, Salvador le entró en él. Solita le recibió en sus brazos.

—Entra tú también, hermano.

Gil de la Cuadra había perdido el conocimiento; pero seguía diciendo:

—¡Maldito, maldito!...

—Yo, no—repuso Salvador—. Adiós, hermana. Ya sabes dónde has de ir.

—Pero tú...

—Te digo que no; adiós. Jamás volveremos a vernos... Adiós.

Cuando el coche partió hacia las afueras de Madrid, Monsalud dirigióse hacia el interior de la villa. Más de una vez se detuvo ante cualquier esquina en la actitud desesperada de un hombre que ha decidido estrellarse la cabeza contra las paredes. Andaba sin dirección fija, y pasaba de una calle a otra. En una de las vueltas estuvo a punto de ser atropellado por una carroza que entraba en el ancho pórtico de histórico palacio. Era la carroza del marqués de Falfán de los Godos y conducía a los que ya eran marido y mujer. En la frente de ésta no se había secado aún el agua bendita que tomó al salir de la parroquia.

Junio de 1876.

FIN DE
«EL GRANDE ORIENTE»

7 DE JULIO

I

PARECE que no ha pasado el tiempo. Todo está lo mismo. Ved la calle, la casa, los peces de colores nadando y revolviéndose con incesantes curvas en sus estanques; ved las jaulas de grillos colgadas en racimos a un lado y otro de la puerta; fijad la atención en la ventana de la escuela y oíd el rumor de moscardones que por ella sale. Nada ha cambiado, y don Patricio Sarmiento, puntual e inmutable en su silla como el sol en el firmamento, esparce la luz de la sabiduría por todo el ámbito del aula. Lo mismo que el año pasado, está explicando la desastrosa historia y trágica muerte de Cayo Graco; pero su voz elocuente añade estas fatídicas palabras:

—Terribles días se preparan. Roma y la Libertad están en peligro.

Entonces estábamos en febrero de 1821 (1); ahora estamos en marzo de 1822. Durante este año de anarquía, en el transcurso de estos trescientos sesenta y cinco motines, la calle de Coloreros no ha sufrido variaciones importantes. Don Patricio no parece más viejo; al contrario, creeríasele rejuvenecido por filtros milagrosos. Está más inquieto, más exaltado, más vivaracho; su pupila brilla con más fulgor, y la contracción y dilatación de las venerables arrugas de su frente indican que hay allí dentro, hirviendo, volcán de ideas.

Cuando suena la hora del descanso y salen los chicos, atropellándose, golpeando el suelo con sus pies impacientes y llenando toda la calle con un desahogado estruendo de chillidos, payasa-

das y cabriolas que, afortunadamente, duran poco, don Patricio limpia sus plumas, se arregla el gorro, para que ninguna parte de su cráneo quede en descubierto, y unas veces con la regla en la mano, otras con las manos en los bolsillos, sale al portal entonando entre dientes patriótica cancioncilla.

Si Lucas está en su puesto, padre e hijo hablan un rato antes de subir a comer. Otras veces don Patricio planta su pintoresca figura majestuosa en el umbral, mira al cielo, husmea la temperatura y dirección del viento, y si sus remos se han entumecido, da un paseo hasta el arco de San Ginés, sentando los pies con fuerza y estruendo para que entren en calor. Algunas palabras sonoras salen de su pecho mientras mira de nuevo al cielo, como si en la inalterable grandeza de éste viera una imagen de inmortalidad.

Un día don Patricio cantaba:

Para arreglar todito el mundo
tengo un remedio singular,
y es un martillo prodigioso
que a un nigromante pude hurtar.
Cuando pretendan los malvados
el despotismo entronizar,
este martillo puede solo
entronizar la Libertad.

Una joven se acercó a él con intención de hablarle.

—¡Hola, madamita!—dijo Sarmiento, deteniéndose junto a la puerta de su casa y echando las manos a la espalda—. ¡Cuánto bueno por aquí! Hoy ha venido usted tarde y el pájaro ha volado.

—¿No está?—preguntó la joven con desconsuelo.

El semblante de la que se expresó de este modo ni indicaba una salud perfecta, ni su vestido un bienestar mundano digno de envidia. Pálida y triste,

(1) Véase *El Grande Oriente*.

Solita decía a todo el mundo, con sólo mirar, que el año transcurrido había sido un fardo de bastante peso. Mas al mismo tiempo podía observar en ella, quien supiera hacerlo, una firme resolución de resistir cuantas cargas le echara Dios encima, aunque tuvieran toda la pesadumbre imaginable. ¡Y en la forzosa modestia de su atavío había tanto anhelo de parecer bien, una decencia tan escrupulosa, una dignidad tan bien sostenida...! En suma: Solita sabía ser pobre, cualidad rara en todos los tiempos.

—No está—repitió, con cierta displicencia, Sarmiento, cual si quisiera mortificar a su antigua vecina—. Los hombres de ocupaciones no pueden estar todo el día en casa esperando a las niñas que van a buscarlos.

—¿Sabe usted si ha ido ya a la oficina?—preguntó Soledad, sin hacer caso de la grosera observación del maestro.

—¿A casa del señor duque?

—Sí, señor. Aunque es temprano...

—Allí estará sin remedio.

—Pues voy. Muchas gracias, don Patricio.

La madamita partió, y Sarmiento, encarándose con su ilustre hijo, que acababa de soltar la aguja para subir a comer, le dijo:

—Ahí tienes otra vez a la hija de cabra, a la niña del señor Gil, a esa loca y traviesa muchacha, visitando a nuestro don Salvador. Ya ha venido cuarenta veces en lo que va de año.

—Lo menos.

—Es una buena pieza. ¡Quién lo había de decir viéndola tan mortecina, tan suavecita, tan humildota que su voz parece música de los ángeles del Cielo! Pero la miseria todo lo corrompe, y Solita no ha podido menos de entrar en el camino de la perdición para encontrar un pedazo de pan que ponerle en la boca al tunante de Cuadra. Justo castigo, ¡vive Dios!, de las ideas contrarias a la libertad de los pueblos... Subamos, hijo.

—Me da lástima de ese pobre señor —manifestó Lucas, dando el brazo a su padre para ayudarle a subir.

—A mí, no—repuso Sarmiento—. ¡Si nos andamos con sensibilidades peligrosas, que lejos de amansar dan mayores alientos a los enemigos de la patria, llegará un día en que se ensoberbezcan

demasiado y se nos pongan por montera. Es preciso ser inexorables, es preciso que cerremos a la compasión mujeril nuestros corazones generosos. ¿Lo entiendes bien? Esto te sorprenderá, pues has visto siempre en tu padre la mayor mansedumbre y templanza; pero has de saber que los tiempos hacen a las personas, y yo soy un hombre que predica constantemente a sus amigos el rigor y la crueldad, porque estamos en días de exterminio, querido hijo, estamos en la alternativa de cortas cabezas o dejar que nos la corten...

—¡Pobre señor Gil!—repitió Lucas—. Yo no le creo capaz de cortar cabezas.

—¡Fíate del agua mansa!... ¡Chilindrón! Esos pícaros no escarmientan. Le viste reducido a prisión; le viste salvado de milagro; le viste errante por aldeas y despoblados; le ves, al fin, refugiado de nuevo en Madrid al amparo de Naranjo, otro bribón, para quien la horca no se ha levantado todavía, pero se levantará, se levantará, descuida... Pues bien: ¿ves a Gil de la Cuadra arrinconado, miserable, enfermo, olvidado? Pues está conspirando.

Lucas manifestó sus dudas con una especie de gruñido.

—Tú eres un inocentón—dijo Sarmiento—. Como no tienes hiel, crees que todos son lo mismo. Pues sí: yo te aseguro que Gil de la Cuadra sigue conspirando. Pero vaya usted a decir esto a los amigos. Se ríen, le llaman a uno mentecato, soñador de conjuras, hombre oficioso que anda buscando el pelo al huevo. Añade a esto que el Ministerio del señor Martínez protege a todos los pillos absolutistas, y comprenderás si el alma de un patriota ferviente como yo puede estar dispuesta a los sentimientos dulces, a los fillices de lastimillas y consideraciones. ¡Ay! —añadió, dando un gran suspiro—. Si yo pudiera..., si yo pudiera decir un solo día: «¡Hoy mando yo, y baje todo el mundo la cabeza!» ¿Sabes que es pesadita esta escalera? ¡Malditas sean mis piernas! Cualquiera me tomaría por un vejete achacoso al ver que no puedo subir seis escalones sin morirme de fatiga... Te digo, querido Lucas, que si llegara el día..., puede que llegue...; que si llegara ese día, verías a un hombre. No aseguro yo que no pueda ser, y otras cosas más raras se han visto.

¡Por vida de la chilindrina!... Figúrate tú que las cosas se arreglarán de modo que yo... ¡Caracoles! Pero ¿cuándo se acaba esta escalera? ¡Pobres piernas mías y pobres pulmones míos!... En tal caso, yo arreglaría fácilmente este desconcertado país, limpiándolo de la mala sangre que hay en él... Pero ¿todavía quedan escalones? ¡Ah!... Gracias a Dios. Ya estamos arriba... Pues cortando cabezas y más cabezas... Bendito sea Dios, ¡qué apetito tengo! A comer.

II

Solita, después de andar breve rato por las calles de Madrid, llegó a casa del duque del Parque y penetró en las oficinas, que estaban en el piso bajo, a la izquierda del portal o vestíbulo, cuadrada tan ancha, que los coches de su excelencia podían dar la vuelta para detenerse ante la gran escalera principal.

Conocía tan bien la joven aquellos lugares donde se albergaba el personal administrativo de la casa, que no necesitó ser guiada, ni menos anunciada por el portero. Penetró resueltamente, y al final del oscuro pasillo empujó con suavidad una puerta y miró hacia adentro... Estaba.

—Entra, Solita—dijo Monsalud, riendo—. Entra y siéntate.

—¿Tienes mucho que hacer, hermano?—preguntó la muchacha, corriendo a sentarse junto a la mesa en que Salvador escribía.

—No; puedes acompañarme un rato. ¿Y el señor Gil?

—Lo mismo. Le he dejado durmiendo. Siempre consumido de tristeza y cada vez más decaído. No hay duda que le atormenta la idea de quitarse la vida. Si yo no tomara tantas precauciones, ya nos habría dado un susto.

Hablaba Soledad con agitación. Sus mejillas ligeramente se coloreaban; mas no puede asegurarse si este fenómeno tenía por causa el cansancio o la satisfacción de verse allí, tan cerca de su antiguo vecino y amigo de siempre. Miraba a todos lados, demostrando interés cariñoso por los varios objetos de la estancia, desde el archivo que ocupaba un testero hasta los cuadros viejos y malos que cubrían el otro. Eran re-

tratos desechados por carecer de condiciones artísticas, algunos paisajes a la flamenca, cacerías y también batallas absurdas, en que se veían caballos muertos que parecían cerdos blancos; arcabuceros apuntando al cielo, culebrinas que vomitaban bermellón y torres muy pulidas por cuyas almenas asomaban lindos arqueros empenachados con plumas de distintos colores.

A Sola le parecía hermosísimo aquel museo. Después que lo observó todo con claras muestras de placer infantil, fijó los ojos en la mesa y vio con sorpresa que no estaba como otros días, llena de papeles amarillos y empolvados, de expedientes, cuadernillos, cartas y libros de asiento, sino de hermosos volúmenes con canto de oro y finísimas pastas; vio también que su hermano tenía delante varios pliegos donde no había, como otras veces, grandes filas de números semejantes a ejércitos en disposición de entrar en batalla, sino renglones de prosa seguida y corriente.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó Sola a su hermano con amable confianza.

—Para ti no hay secretos—repuso el joven, separando la vista del papel—. Esto no es una cuenta, es un discurso que me ha encargado el señor duque.

—¿Un discurso?

—Sí; para pronunciarlo pasado mañana en las Cortes. Ya me falta poco—añadió, tomando un libro y hojeándole—. Veamos lo que dice Voltaire sobre este punto, porque has de saber que su excelencia quiere que en el discurso haya muchas citas, y que en cada párrafo hablen por su boca dos o tres filósofos.

La muchacha se echó a reír, aunque no comprendía bien la gracia de aquella observación. Pero se había acostumbrado a ser eco fiel de las ideas y de las sensaciones de su hermano, y su hermano en aquella ocasión parecía contento. Al escribir un párrafo mostraba, con sonrisas y gestos burlescos, orgullo y satisfacción de sus dotes literarias.

En tanto, Soledad, fijos los ojos en el semblante del confeccionador de discursos y en la mano con que escribía, apoyando sus codos en uno de los lados de la mesa, no cesaba de tocar, mover y dar vueltas a los objetos que más cerca tenía. Sentía la pueril necesidad de enredar que nos invade cuando en momentos de vaga contemplación y de se-

renidad de espíritu cae algún cachivache bajo la acción de nuestras ociosas manos. Solita cogía un libro para volverlo a colocar por el otro lado; levantaba un pedazo de plomo destinado al corte de plumas, y con él tocaba cadenciosamente sobre la mesa una especie de marcha; acariciaba las barbas de una pluma rozándola a contrapelo, y, por último, tomando un lápiz hizo varias rayas y círculos sobre el forro de un cuaderno. ¡Extraña fuerza que hace describir a las manos acompasado vaivén, siguiendo el misterioso ritmo de las ideas!

—Vamos, atrévete a decirme que no sé hacer discursos—indicó Salvador, jovialmente, disponiéndose a leer—. Escucha y tiembla: «¿De qué sirve, pues, que un caudillo esforzado estableciera la Libertad, si el Gobierno hace ilusoria tan gran conquista? ¿De qué sirven tanto penar, tan formidables luchas y el sacrificio de nuestro reposo, si con las cadenas rotas forja la perfidia nueva esclavitud?...» Pero dejemos estas tonterías y pensemos en otra cosa. Esta mañana estuve esperándote en mi casa, creyendo que irías por allá.

—Ya sabes que no puedo salir cuando quiero. Desde anteayer estoy proyectando el viaje; pero no he tenido ocasión hasta hoy. Una vez por semana me has mandado que te vea. Si dejo pasar diez días, es porque no puede ser de otra manera.

—Ya tendrás falta de dinero. ¡Diez días y un hombre enfermo en la casa...! —dijo Monsalud, abriendo una gaveta.

—No, no—repitió Sola, vivamente, deteniéndole—. Otro día me darás. Todavía tenemos.

—Ya le he dicho a usted, señora hermana—manifestó el secretario del duque con jovial gravedad—, que no me gustan remilgos. Hicimos un trato, un trato solemne. Yo había de darte todo lo que necesitaras, y tú habías de tomar lo que yo te diera. Yo soy el juez de tus necesidades; yo, como hermano mayor, soy quien te arregla las cuentas, quien te marca los gastos. Yo soy la autoridad, y tú, chiquilla sin fundamento, no tienes que chistar, ni responderme, ni hacer observaciones.

Diciendo esto sacó tres monedas de oro, y tomando la mano de Soledad las puso en ella. Dobló los dedos para

cerrarle el puño, y, apretándole suavemente, le dijo:

—¿Qué tienes que replicar?

Soledad abrió la mano, y, llevándose las monedas a la boca, las besó.

—Las beso—dijo—como los pobres cuando reciben una limosna.

—¿Te avergüenzas de recibir esos ochavos de oro?

—No me avergüenzo porque me los das tú y me los das con el corazón—dijo Soledad, bebiéndose una lágrima y dando un suspiro—. Eres para nosotros la prueba viva que Dios da de su bondad a las criaturas que no quiere abandonar. Rechazar una limosna, responder a tu caridad con orgullo, sería ofender a Dios. Tu dinero, sea oro o cobre, es para mí el pan de cada día que se pide a Dios en el Padrenuestro y que siempre nos cae del Cielo en una forma u otra.

Después miró las monedas, y tomando dos las presentó a Salvador, diciéndole:

—Estas dos están de más. Con una basta. No debe haber prodigalidad ni aun en la limosna, porque otro pobre necesitará mañana lo que hoy me has dado a mí de más.

—Ya te dije la semana pasada—repuso Monsalud—que ese vestido que llevas, aunque no carece de decencia, está pidiendo sustituto.

—¡Qué tonto eres! Pues no faltaba más... Por tu vida, que estamos en situación de presumir. ¿Quieres que me vista de raso?

—No me gusta la gente mal vestida.

—Pero, hermano, te olvidas de una cosa.

—¿De qué?

—De que pido limosna. Soy más pobrecita que esas que por las calles alargan su mano flaca y piden por Dios. Si tú no existieras...

—Pero como existo... Me parece que no soy una sombra vana, como la libertad de que habla el discurso.

—Sí; pero comprar vestidos sería abusar de tu caridad. Trabajas mucho, trabajas como un esclavo para mantener, a tu madre, para socorrernos a mi padre y a mí.

—Y todavía me sobra para dar a otros y para ahorrar. No creas, compraré una casa y una huerta donde pasar la vida solo y tranquilo. También pienso hacerte un buen regalo cuando te cases.

—Yo no compro vestido—dijo Sola, vivamente y con ligera expresión de fastidio.

—Lo comprarás; te lo mando yo.

—Más adelante. Guárdame el dinero.

—No ha de ser sino ahora; lo deseo así. Recordarás bien la desgracia de tu padre. Había escapado de la cárcel y huía por los campos, sin amparo, sin sustento sin esperanza. Os mandé venir a Madrid, sin dar mi nombre os proporcioné la entrada libre en esta villa. Tu padre, a causa del aborrecimiento que me tiene, no quiso ni que se le hablara de mí; pero tú más generosa, y más humana, corriste a mi lado, diciéndome: «Hermano, yo te perdono, sin conocerlo, el mal que has hecho a mi padre. Socórrenos; nos morimos de hambre.»

—Tú me dijiste entonces: «Hagámonos la cuenta otra vez de que hemos nacido de una misma madre y acepta, sin ofenderte, una parte de lo que tengo.»

—Hicimos el trato. Esto ya no es limosna: es un deber mío, un deber de familia que cumplo como puedo. Me daría mucha vergüenza de vestir mejor que tú.

—¡Qué bueno eres! Dios te hizo y rompió el molde—dijo Soledad, con profunda emoción—. Pero me ocurre otra razón para que guardes ese dinero y aplacemos lo del vestido.

—¿Cuál?

—Con el mejor fin del mundo yo estoy representando una comedia, que tú me has aconsejado; es decir, tú has sido el poeta y yo la actriz.

—¿Qué comedia?

—Yo le hago creer a mi padre que estamos cobrando todavía la pensión de que antes vivíamos. No se le puede decir que pido limosna, y menos que tú me la das. Si llegara a comprender estos manejos, el pobre se moriría de pesadumbre.

—Engañas a tu padre. Esto es lícito alguna vez.

—Pues bien, caballero—añadió Sola con expresión de triunfo—: la pensión apenas daría para comer. Si mi padre me ve comprar vestidos y ponerme majezas, quizá pensaría algo malo de mí.

Salvador meditó un rato.

—En efecto—dijo, al fin—. No había caído en eso.

—Ahi tienes el dinero.

—No; le dices a tu padre que has economizado; le dices lo que quieras, ¿sabes?—objetó Monsalud con impaciencia—; pero quiero verte mejor vestida. No debes atender demasiado a lo que piense tu padre, querida, porque el pobre viejo es demasiado terco. Ya ves cómo me trata. Es mucha saña la suya. Pero ya le amansaremos. ¿Sabes que el mejor día me presento en tu casa, le estrecho la mano y le propongo una reconciliación?

—¡Ah!—exclamó Soledad con tristeza—. No sabes bien cuánto te aborrece. Yo le he preguntado mil veces la causa, y nunca ha querido decírmela. Ello será alguna cosa muy rara, alguna equivocación, quizá una tontería, porque creer yo que tú eres malo, no, eso no lo creeré jamás.

—Según lo que se entienda por maldad. Pero dime: ¿el señor Gil me nombra con frecuencia?

—¡Quia! Lo menos posible, aunque bien se le conoce que te tiene en el pensamiento. Yo le comprendo así, porque me he acostumbrado a leer en su pensamiento, y para obligarle a que me revele la causa de su odio, te nombro.

—¿Le recuerdas cuando éramos vecinos?...

—Y cuando iba yo a charlar con tu mamá.

—¿Y cuando le saqué de la cárcel de la Corona?

—Y todos los beneficios que nos has hecho y tu buen comportamiento y generosidad—dijo Solita, exagerando con la voz y el gesto lo que expresaban las palabras—. Pero, hijo, el recuerdo de tus bondades le ensoberbece más... ¡Si vieras cómo se pone!... La única vez que me ha dicho términos malsonantes, amenazando pegarme, fué por ciertos elogios que hice de ti. Díjome que eras un malvado, un perverso, un... ¡no puedo repetir aquellas palabrotas! Mi padre se equivoca. ¿No crees tú que se equivoca?

—Quizá no—repuso, sombríamente, Monsalud.

—¡Vaya, que tienes tú también unas rarezas...! ¿Conque dices que no se equivoca en lo que piensa de ti?

—Digo que no lo sé.

—Si le oyeras repetir: «Ese hombre

es un monstruo, hija mía; no te manches la boca nombrándole»; si le oyeras esto, dirías que ha perdido el juicio. ¡Desgraciado padre mío! Ayer mismo me dijo: «Si ves a ese hombre en la calle, huye, corre, no le mires, evita su presencia y su contacto como el de un reptil venenoso...» ¡Reptil venenoso nada menos, caballero!... Y has de saber que tú manchas cuanto tocas. Todas esas gracias tienes. Oyendo a mi padre tales locuras, ayer mismo, el corazón se me oprimía, las lágrimas se me saltaban y estuve tentada de contestarle: «Pues el reptil venenoso nos está dando de comer»; pero no me atreví... Mejor fué callar, ¿no es verdad?

—Callar, callar siempre. No le contraríes jamás en este tema. Apóyale más bien. La verdad es que no soy un modelo.

—Si al menos hubiese algún motivo, por pequeño que fuera, un motivo...

—Pues lo hay—dijo Salvador, mirando serenamente a su joven amiga—. ¿Tú qué sabes de cosas del mundo? Tú no entiendes de maldades, afortunadamente.

—Pues si hay un motivo—exclamó Sola con ardor—, si alguna razón hay para que mi padre te llame perverso, dímelo, por Dios; dímelo, Salvador; dame esa prueba de confianza. Tu falta, tu error, tu equivocación o lo que sea, no puede ser grave; será una tontería, una cosa..., una de esas cosas que no valen nada..., una sandez de esas que no merecen odio, sino risa...

—No es tontería.

—Pues lo que sea dímelo; me parece que merezco esa prueba de confianza. ¿Crees que me asustaré?... Sí, buena soy yo para espantarme de nada. He visto mucho mundo, señor mío; he visto muchas pilladas, y las tuyas, por grandes que sean, no me llamarán la atención.

—Es que las mías son muy grandes—dijo Salvador, riendo—. Vamos, no quiero perder tu buena amistad. Es la única amistad verdadera que tengo. Déjamela.

—La tendrás mientras yo viva—indicó Solita con viva emoción—. Yo te juro que la tendrás, aunque seas más malo que el mal ladrón, aunque hayas sido asesino, salteador... ¿Por qué te ríes?

—¡Asesino, salteador!

—Vamos, ya se comprende que no habrá sido tanto.

—Quizá más.

—¿Más? Tú también has perdido el juicio. No aumentes mi curiosidad.

—¿Tienes mucha?

—Muchísima. Me abraso... ¡Bah! Tú quieres confundirme. ¿Cómo puedo yo creer que tú, que tú, un hombre tan bueno, tan generoso, hayas ofendido...?, porque mi padre ha de creer que tú le has ofendido personalmente.

—Personalmente.

—¿De qué manera?

—Imagina la peor.

—¿Y la ofensa ha sido grande?

—Inmensa.

—Mentira, mentira. Por Dios, no me atormentes.

—Tú me atormentas a mí de un modo cruel.

—Si hablaras...

—Si callaras tú.

—Pues dímelo todo.

—Sola, querida hermana; el mérito consiste en perdonar las ofensas sin conocerlas. También es gran mérito, sobre todo en las mujeres, refrenar la curiosidad.

—Con respecto a ti, no dirás que soy curiosa, ni atisbadora, ni entremetida. ¿Sé yo algo de tu vida? ¿Te pregunto en dónde pasas el tiempo que no estás aquí ni en tu casa? Verdad es que no tengo derecho a saber nada; pero, en fin..., en algo más que en los socorros que recibo debiera conocerse que somos hermanos, como tú dices. Jamás me has hecho una confianza, ni me has contado la causa de tus tristezas cuando estás triste, ni el motivo de tus alegrías cuando estás alegre.

—¡Si lo sabes todo, tonta!

—Si lo ignoro todo, pero todo—afirmó Sola con cierto enojo—. Dicen que los hombres enamorados son muy comunicativos; pero tú no lo eres.

—¿Estoy yo enamorado acaso?

—Siempre lo estás. Pues qué, ¿eso no se conoce? Estás enamorado, sí; pero vaya usted a averiguar de quién. De alguna gran señora...; algo, algo se le va descubriendo a usía, caballero. Ni podrás negar que tienes siempre el pensamiento allá en las quintas regiones. ¿me explico? Quiero decir, hermanito,

que rara vez estás en este mundo, donde nos arrastramos los desdichados que vivimos de pan.

—¿Y a eso llamas estar enamorado?

—Pues es claro. Enamorado estás. Si no es de una mujer, será de todas a la vez, o de alguna que, por sus muchas perfecciones, no pueda existir, ni existe...; pero siempre hay alguna de carne y hueso, ¿no es verdad? Yo así lo creo, y tu madre lo cree también, pues dice que ahora estás más distraído que nunca; que te hablan y no contestas; que no ves lo que tienes delante; que no reparas en nada; que no duermes; que comes poco; que hablas solo; en fin, que tienes dos vidas (eso lo digo yo): esta que todos vemos, y otra que ignoramos; esta que es clara, natural y sencilla y otra que anda por esas nubes... Yo no sé explicarme...; otra que vive en amores muy... sutiles y... ¿cómo decirlo?... en amores terribles... Parece que vas entendiendo.

Salvador reía.

—Vaya; puesto que te empeñas en ello, hermanita, voy a tener confianza contigo y a contarte...

—¿Sí? Pues ahora mismo: empieza.

—No; ahora, no.

—Sí, ahora. Sabe Dios cuándo volveré.

—Volverás otro día. Además, chiquilla, es preciso no olvidar el discurso del señor duque.

—¡Maldito discurso!...

—Ya hemos charlado bastante. Ahora te vas a tu casa, acompañas a tu papá, le cuentas cualquier amena historia que le distraiga, despachas tus quehaceres, das un paseito con el viejo, vuelves a tu casa, coses un poco, y después te acuestas para dormir santamente como un ángel.

—¡Sí..., dormir!... Bueno; me marcharé—dijo Sola, dirigiendo una mirada triste a los cuadros que ornaban las paredes—. Adiós.

—Y al dormir soñarás con tu primo Anatolio Gordón, el cual, del puesto de primo va a pasar al puesto de marido, y que si no ha llegado, ni escribe, ni parece, ya llegará y escribirá, y parecerá, porque Dios no abandona a los suyos.

Soledad exhaló un suspiro y se dispuso a salir. Oyóse en el mismo instante una campanilla.

—El señor duque me llama—dijo Salvador—. Adiós, hermana. Haz todo lo que te digo; obedéceme, y verás qué bien te va. Cuidado como te olvides del vestido... Vuelve dentro de ocho días... o antes, siempre que se te ofrezca algo urgente. También puedes escribirme.

—Todo, todo lo que mandes haré.

—Vaya, vaya—dijo Monsalud con impaciencia—, basta de despedidas; adiós.

—Adiós. ¿Has dicho que dentro de ocho días? Bueno. Y el vestido, ¿qué has dicho?

Sola se detuvo junto a la puerta.

—Que sea muy bonito... Vete ya... El duque me llama. ¡Cómo pierdo el tiempo! Adiós, adiós.

III

El duque del Parque fué uno de los generales españoles que más descollaron en la guerra de la Independencia. Después de Alvarez, el más heroico; de Alburquerque, el más inteligente; de Castaños, el más afortunado, y de Blake, el más militar, aunque el más desgraciado, es preciso colocar al duque del Parque, que, mandando el ejército de Galicia, ganó en 18 de octubre de 1809 la batalla de Tamames. En ella fué derrotado el general Marchand y sus doce mil franceses, con pérdida de dos mil hombres, un cañón y una bandera. No fué igualmente afortunado su excelencia en la política, a la cual se dedicó con el afán propio de los ineptos para tan escabroso arte.

O el trato de ciertas personas, o lecturas revolucionarias, o quizá desaires que no creía merecer, llevaronle al partido exaltado. Grande de España, se sentó en la silla presidencial de *La Fontana de Oro*, desde la cual oyó apostrofar a los duques. Diputado en el Congreso de 1822, figuró en el grupo de Alcalá Galiano; de Rico, que había sido fraile y guerrillero; de Istúriz y otros. Este grupo no quería el orden, y, a fuer de sostenedor de *los libres*, se ocupaba en asaetear constantemente al otro partidillo, compuesto de Argüelles, Alava, Valdés, etc. De la misma lucha, y como transacción, salió la presidencia de Riego. Ya tendremos ocasión de ver

cosas muy saladas que ocurrieron en aquellos días y en aquel sillón presidencial.

Volviendo al duque, su excelencia poseía gran fortuna; era generoso, amable, ilustrado hasta donde podía serlo un duque y general y español por aquellos tiempos. Si se hubiera curado de la manía, tan común entonces como ahora, de figurar en política contra viento y marea, habría sido una persona inmejorable; pero entre las muchas debilidades que le trajo el loco afán de llegar al Gobierno tenía las pretensiones de orador, y el orador, como el poeta, ha de nacer, pese al refrán que dice lo contrario y se equivoca, como casi todos los refranes.

Despertó aquella mañana, después de un sueño en que le atormentaron ansiedades políticas, le conmovieron ambiciones y le embelesaron oratorios triunfos. Dormido, había soñado lo que soñaba despierto, es decir, que hablaba en el Congreso, que le aplaudían, que entusiasmaba, que era Mirabeau. Luego que se despabilaron sus sentidos, tomó *El Universo* y *El Zurriago*, que juntamente con el chocolate, le había presentado su ayuda de cámara, y leyó; pero a su alma turbada no satisfizo la desabrida lectura. Levantóse, y, después de las primeras abluciones y de pasarse la navaja por la cara (pues aquel grande hombre se afeitaba solo), mandó llamar al que en su casa desempeñaba las funciones de mayordomo, secretario y confidente.

—¿Está concluido ya?—le preguntó su excelencia.

—Está concluido—repuso Monsalud, mostrando varios pedazos de papel escritos por un lado y otro.

—¿Tan pronto? ¿Te habrás hecho cargo de lo que yo quiero decir?

—Me parece que he interpretado bien el pensamiento de vucencia. Es clarísimo. Vucencia quiere decir cuatro verdades al Ministerio; probar que Martínez de la Rosa, con todas sus letras, no sirve para el caso; vucencia quiere que se arme gran barullo en las Cortes; en suma: pronunciar un discurso que a lo violento de la intención una la severidad y firmeza de una frase cortés.

—Eso es; y, además...

—Sí, que revele sólida erudición y que

abunden en él las citas de filósofos, para que se vea...

—Que mis discursos no son, como los de Romero Alpuente, un fárrago de vulgaridades ramplonas para trastornar a la muchedumbre.

—¿Quiere vucencia que lea?—preguntó el joven, sentándose.

—Ya te escucho.

—«Señores diputados—dijo Monsalud, leyendo—, cedo por fin a los ruegos de mis amigos y tomo la palabra para exponer mi opinión sobre la política del Gobierno. Hablo sin preparación alguna, apremiado por las graves circunstancias que atravesamos. No extrañéis la incorrección de mi frase...»

—Así conviene decirlo... Está muy bien.

—«Rudo militar, hablaré con franqueza y sin retóricas, que no son propias de mi carácter y escasas letras. Al mismo tiempo, debo advertiros que, al tomar la palabra para intervenir en este delicado asunto, lo hago con repugnancia, con verdadero sentimiento. Amigos míos son los señores secretarios del despacho, amigos de toda la vida. ¿Por qué ha querido la suerte que opinemos de distinta manera sobre los negocios del país? ¡Ah! En mi alma luchan los afectos de la más pura amistad con el deber que me imponen mi puesto y los poderes que he recibido. Padezco hondamente, señores, podéis creerlo; pero mi alma se esfuerza en sobreponer a todas las consideraciones la consideración del deber, y en tal ley anuncio al Ministerio que le voy a atacar duramente, durísimamente, porque los hombres deben ser esclavos de sus convicciones, y, como dijo Rousseau, de las grandes convicciones nacen los grandes hechos.»

—Muy bien: ese principio me gusta. ¿Has confrontado bien la cita? No me vayan a decir que atribuyo a Juan Jacobo lo que es de Marco Aurelio o de Erasmo.

—Descuide vucencia. Si por casualidad resultare una equivocación, los diputados no se romperán la cabeza en averiguarla, porque tienen demasiados quehaceres para ocuparse de esto.

Siguió leyendo, hasta que el duque dijo:

—Me parece que en ese párrafo has

ido demasiado lejos. Yo no quiero que se planteen todas, absolutamente todas, las reformas que piden los exaltados.

—Lo expreso de un modo vago, sin determinar...

—No, no; conste claramente que no admito la ampliación de la ley de Milicias, ni la supresión de escarapelas, ni estoy de acuerdo con que se devuelva al rey la ley de Señoríos que no ha querido sancionar. Poquito a poco. No todas las reformas son buenas.

—Mayormente las que atacan a la nobleza—dijo Monsalud, tachando algunos renglones—. Fuera esto.

—Parto del principio—dijo el del Parque, poniendo una mano sobre las cuartillas y accionando gravemente con la otra—de que yo, al mismo tiempo que detesto ciertas reformas, no puedo decir nada contra ellas. Ten presente que si defiendiendo otras, es porque tengo la convicción de que no se han de plantear nunca. ¿Qué se han de plantear, si le sientan a nuestro país como a la burra las arracadas?

—Comprendido. Se variará este párrafo.

Después de otro poco de lectura, el aristócrata indicó con cierta sumisión, homenaje sincero del poder al talento:

—Van tres citas seguidas de Diderot. ¿No te parece que es demasiado?

—Pues esta última se la encajaremos a... a otro cualquiera..., por ejemplo, a Julio César Escaligero.

—Hombre, por Dios. ¿Así cuelgas tú milagros?

—No importa. Ellos no revolverán bibliotecas para averiguar si la cita es exacta. Pondremos que lo dijo D'Alembert, añadiendo un «si no recuerdo mal». ¿No le parece a vucencia?

—Añade: «Si no recuerdo mal... Ya saben los señores diputados que mi memoria es desgraciadísima.»

Al llegar al final, su excelencia meditó breve rato antes de dar su aprobación definitiva al discurso que había de pronunciar dentro de dos días. El secretario miraba a su amo con atención inquieta, cual si desconfiara del éxito de su obra. Por último, el duque se expresó así:

—Nada tengo que decir de la forma de mi discurso. También me parece admirablemente pensado. Si no me equivoco,

hablaré bien. El fondo, con las correcciones que te he dicho, quedará de perlas, menos en el final, que debe ser variado por completo. ¿De dónde sacas que yo quiero llamar a Riego *héroe invicto*, y felicitarle por su elevación a la presidencia del Congreso?

—Como vucencia pertenece al grupo exaltado, creí que encajaban bien estos piropos al héroe de Las Cabezas.

—Te diré—repuso el prócer, frunciendo el ceño—. Cuando los demás llaman a Riego *héroe invicto*, yo no les contradigo: también aplaudo, si es preciso; pero de eso a darle yo mismo tales nombres, hay mucha distancia.

—Entonces se suavizarán las frases de elogio—dijo Monsalud, pasando los ojos por el final del manuscrito.

—No. ¿A qué vienen esos sahumeros? Harto le ensalza la plebe. ¿No se ha cacareado bastante su hazaña?

—Demasiado.

—¡No..., sino que todos los días hemos de estar con el *padre de la Libertad*, con el *adadid generoso*, con el *consuelo de los libres* y el insoportable *viva Riego*, que es como un zumbido de mosquitos que nos aturde y enloquece!

—¡Ah!, todo cansa en el mundo, señor duque, hasta el incienso que se echa a los demás; todo cansa, hasta doblar la rodilla ante un ídolo de barro.

—¡De barro! Has dicho bien, muy bien. ¡Si yo pudiera decir eso en mi discurso!

—Pues nada más fácil.

—¡Hombre, qué calma tienes! Estaría bueno...

—En efecto: estaría bueno llamar necio, de buenas a primeras, al jefe del partido a que uno pertenece—dijo Salvador, riendo—. Pero todo puede hacerse en este mundo. Mire usted, señor duque, yo lo haría.

—¿Tú?

—Sí, señor.

—Pero tú no sirves para la política. Lo malo que tiene ese maldito oficio de politiquero consiste en que a menudo es forzoso que adulemos y ensalcemos a más de un majadero que vale menos que nosotros, y que se ha elevado por un rasgo de audacia o por su misma majadería; pues también esto se ve diariamente. Conque quítame esa hojarasca del héroe invicto, y arréglalo de

modo que ningún señorito mimado adquiera fama con mis discursos.

—Está muy bien. Con tal que se le cargue la mano al Ministerio...

—Firme, pero firme—dijo el duque, acompañando de enérgica acción la palabra—. Haz que resalte bien nuestro lema: *Libertades públicas antes que nada*. Todo lo bueno que sale de nuestras filas, ¡canario!, no lo han de decir Alcalá Galiano, Javier Istúriz, Rivas y Beltrán de Lís. En todas partes hay tiranía, hijo. Hasta en el partido de la igualdad, de la democracia, de los hombres libres, ha de haber cuatro o cinco gallitos que quieren despuntar, imponer su voluntad, tratando a los demás como miserables polluelos.

—¡Picaro despotismo, que en todas partes se mete!—dijo Monsalud con aparente distracción—. Pero yo tengo la seguridad de que vucencia pronunciará un gran discurso, que llamará la atención de la mayoría exaltada y de la minoría moderada.

—Desconfío mucho. Verás: me pasa que llevo en la memoria un parrafillo bien dispuesto; lo veo tan claro mientras estoy mudo, que hasta las comas parece que las tengo aquí, pintadas en el entendimiento; pero me levanto, hijo, abro la boca y digo: «Señores...», y entonces..., ¡qué mareo!, el Congreso empieza a dar vueltas en torno mío; parece que las tribunas son otras tantas bocas disformes que se ríen de mí...; empiezo a sudar, póneseme un picorcillo en la garganta, toso, escupo; en fin, Salvador de mi alma, que no digo más que vulgaridades..., ¡y lo llevaba tan bien aprendido, tan claro!

—Procure vucencia tener serenidad, y aprenda del general Riego. Eso sí que es hablar sin ton ni son; eso sí que es decir perogrulladas huecas con apariencia de cosas graves. Todo por efecto de la serenidad. Cuando no se tiene idea del disparate; cuando no existe el temor; cuando una presunción excesiva asegura el aplauso de uno mismo, está allanada la dificultad, y los apuros parlamentarios no existen.

—Dices bien: es cuestión de temperamento. Yo no sirvo para el caso; pero hay que sacar fuerzas de flaqueza. ¡Ay!, ya me tiemblan las carnes pensando... ¿Irás a oírme?

—¿Pues cómo había de faltar? Lle-

varé quien aplauda, si es preciso. Mire vucencia este jarrón vacío, imagine que es el general Riego, figúrese que el *consuelo de los libres* le está mirando, y cobrará alientos y brío.

—Bien, bien—dijo el duque, tomando el manuscrito—. ¡A estudiar! Felizmente, tengo buena memoria. ¿Te irás a trabajar? Eso es: cuando tenga mi lección regularmente sabida, te llamaré, a ver qué tal me sale.

—Muy bien; yo me vuelvo al despacho.

—Hoy no estoy para nadie... ¿Conque subirás después?... Lo leeré cuatro o cinco veces. Cuando lo sepa regularmente, tú me oirás, a ver qué te parecen la acción, el gesto, los cambios de tono. Me dirás si en tal o cual pasaje conviene echar un par de toses o estirar el brazo, o quedarme parado y en silencio, mirando con altanero desdén a todos los lados.

—De todo eso creo entender algo. Adiós, señor duque; a trabajar.

—Adiós, buena alhaja.

El duque se quedó solo, y poco después atroces gritos atronaron la casa. Comentaban con malicia los criados le rumor de apóstrofes y epifonemas que les aseguraban completa vagancia por algunas horas; pero ningún habitante de la casa se atrevió a poner su planta profana en el gabinete convertido en salón de sesiones.

Mientras hablaba el duque, la aquiescencia de su auditorio era perfecta. Ni la cama, que era la presidencia; ni las sillas, que eran Galiano e Istúriz; ni las paredes, que eran las tribunas; ni el jarrón vacío, que era Riego, hicieron objeción alguna. El orador estaba inspirado.

IV

El 16 de marzo, las tribunas del salón de Cortes en Doña María de Aragón rebosaban de gente. Decíase que el segundo batallón de Asturias iba a penetrar en la sala de sesiones, y esto era de ver. No siempre entra la tropa en las asambleas para disolverlas.

La iglesia-Congreso ofrecía entonces al espectador escasisimo valor artístico. Por algunas pinturas sagradas en el techo se conocía el templo cristiano; por

una estatua de la Libertad y una inscripción política se conocía la Asamblea popular. El presbiterio, sin altar, era presidencia; la sacristía, sin roperos, salón de conferencias; el coro, sin órganos, tribuna. Bastaba quitar y poner algunos objetos para hacer de la cátedra política lugar santo, o viceversa; y así, cuando los frailes echaban a los diputados, o los diputados a los frailes, no era preciso clavar muchos clavos.

El Senado actual puede dar idea completa del Congreso de entonces, si la imaginación suprime el decorado artístico y los graciosos remiendos de oro y estuco que los arquitectos del Estado han puesto por todas partes. El presidente ocupaba el mismo sitio, y los diputados se sentaban, cual los modernos senadores, en dos filas, frente a frente, contemplándose unos a otros. Había en lo alto tribunas laterales tan oscuras, estrechas e incómodas como las de hoy, con ingreso por lóbregos pasillos, los cuales tenían tortuosa comunicación con una escalera que en los tiempos frailes-cos servía para dar subida al campanario. Los espectadores, fuesen a la tribuna de orden o a la pública, tenían que ascender por inverosímiles antros oscuros y escurrirse luego por los corredores sin luz, hasta que la remota claridad de los medios puntos en que se abrían las tribunas, y el rumor de la discusión, les anunciaban el término de su arriesgado viaje.

Salvador Monsalud penetró en la tribuna cuando los padres de la patria empezaban a llenar los escaños. Su primera mirada fué para el duque, que también recorrió con los ojos el piso alto, buscando al autor de sus discursos. Fijóse luego el joven en los diputados de ambos grupos, en los de la gran montaña democrática, que eran los que daban interés a las sesiones, y en los templados, que con su moderación importuna procuraban quitárselo. Vió a los grandes demagogos de aquellos días: Alcalá Galiano, Escobedo, el duque de Rivas, Istúriz, Beltrán de Lis, Infante, Ruiz de la Vega; vió a los doceañistas Argüelles, Canga-Argüelles, Alava, Valdés; a los ministros Sierra Pambley, Balanzat, Clemencín, Romarate, Moscoso, Parelly y Martínez de la Rosa, objeto de la atención general por parte del público de las tribunas.

Un hombre como de cuarenta y cinco años, de mediana estatura, presencia simpática, rostro medianamente agradable, sin barba, de ojos azules y aspecto en general pacífico y bonachón, subió a la presidencia. Era el hombre de la época, *el caudillo de la Libertad, el héroe de Las Cabezas, el ídolo de los hombres libres, el hijo más querido de la madre España, el padre de los desca-misados*, don Rafael del Riego.

Los primeros momentos no ofrecieron interés. Murmullos insignificantes, un rumor perezoso, verdadero bostezo de la Cámara luchando con propia desgana, marcaron el período de las preguntas. Habló un ministro, hablaron dos o tres diputados, y aquellas palabras fugaces se perdieron, sin que nadie hiciera caso de ellas, como una conversación de visitas. Los discursos empezaban más tarde, aunque el interés de aquella sesión memorable no podía estar en los discursos. Una ceremonia ideada por los amigos y aduladores de Riego, y consentida, ¡parece increíble!, por Martínez de la Rosa, que no tuvo valor para oponerse a ella, debía verificarse dentro de pocos momentos.

Ya la anunciaba vivo y alegre rumor de bandas militares, cuyo lejano son entusiasmó a la gente de la tribuna pública. Agitáronse los diputados, agitóse el pueblo, y el presidente, haciendo alarde de modestia y delicadeza, dejó su asiento. Al verle bajar y oscurecerse, perdiéronse en las filas de los diputados un grito unánime sonó arriba y abajo: «¡Viva Riego!» El héroe (pues es preciso darle este nombre) saludó con la perezosa cortesía de los ídolos populares, fatigados de hacer reverencias al pueblo al volver de cada esquina. Los ministros querían aparentar satisfacción; pero harto se conocía que la farsa próxima a representarse no les entusiasmaba. Algunos diputados estaban fríos, cejijuntos; otros reían, y la mayor parte aguardaban impacientes un espectáculo que, por lo nuevo en los fastos constitucionales, merecía ser visto para poderlo transmitir a las generaciones futuras.

Llegó el momento. Las músicas militares cesaron en las inmediaciones de Doña María, y vieraís entrar en el salón, por la puerta principal, precedidos de cuatro maceros, los oficiales comisio-

nados para representar al batallón en acto tan solemne. Pusiéronse en pie los diputados, como si la real persona hubiera penetrado en el recinto, y un «¡Viva el batallón de Asturias!» zumbó en las altas regiones de las tribunas. Los oficiales avanzaron gravemente hasta encarar con la presidencia, ocupada por el vicepresidente, señor Salvato, y allí detuvieron el animoso pie.

Cualquier extraño que asistiera a recepción tan ceremoniosa y oyese los estentóreos vivas, y viera la seriedad y emoción de muchos diputados, habría creído que aquellos distinguidos tenientes y capitanes, tan bien peinados, venían de conquistar medio mundo; habría creído que cada uno era, cuando menos, un Bonaparte regresando de Italia con los eternos laureles de Arcola, Lodi y Montenotte. ¡Pobre representación nacional la que de este modo abría su puerta sagrada a media docena de oficiales, cuyo único mérito había sido lo que ellos llamaban el restablecimiento de la libertad! ¡Como si la libertad pudiera ser verdaderamente establecida ni derrocada por un batallón!

Pero el comandante de Asturias no había ido allí a servir de objetivo a miradas curiosas. Era preciso que hablara, que dirigiese cuatro palabrillas de consuelo a la representación nacional, con algún consejo, si ésta lo había menester. El comandante, cuyo nombre la Historia no ha creído digno de ser conservado, a pesar de sus indudables hazañas, tomó la palabra, y, mirando con bizarría al presidente, dió las gracias por la distinción hecha al cuerpo; y después, mostrando generosidad a toda prueba y grandes propósitos de proteger y amparar a la desvalida madre España, prometió defender la Libertad hasta el último aliento. Tanta abnegación de parte de un comandante enterneció a los demagogos.

Tocóle la vez al señor Salvato, hombre de pocas palabras, algo ronquillo, y empezó su discurso, que parecía iba a ser largo, como esperanza de pobre. De las tribunas no se le oía jota, lo cual fué ocasión de desasosiego y tumulto; pero Salvato, al llegar al fin de su perorata, alzó la débil voz cuanto le fué posible, y se oyeron estas palabras: «¡Batallón de Asturias! ¡El genio tutelar de la Libertad acompañe tus filas, mientras que

el aprecio general de los hombres libres te sigue a todas partes!»

En medio de atronadores aplausos, Salvato alargó al comandante un ejemplar de la Constitución. Al ver la entrega del librito, cualquier espectador de cabeza despejada habría creído presenciar el acto de la distribución de premios de escuela, y que el citado jefe había merecido llamar la atención del Consejo profesional por sus correctas planas o sus adelantos en gramática. Por aquí empezó la parte más chusca de aquella ceremonia, que, oficialmente, y según lo acordado por el Gobierno, debía concluir con la solemne entrega del libro.

El comandante, que, sin duda, era hombre de iniciativa, no creyó suficientemente hecha la apoteosis del batallón de Asturias, y, sintiéndose inspirado, abrasado en sacrosanto fuego de gratitud y patriotismo, desciñóse el corvo sable y lo ofreció al Congreso, diciendo con hueca frase y triunfador gesto que era el mismo que empuñara don Rafael del Riego al dar el grito de rebelión en las Cabezas de San Juan. Esto produjo cierto estupor, y, aunque no faltaron aplausos, sordo murmullo corrió por los bancos, como un vientecillo rastrero precursor de grandes tempestades.

Vaciló el digno señor Salvato un momento, sin saber si admitir o rechazar la oferta, estando, por razón de su perplejidad, un buen rato con el acero levantado, como aparecen en las estatuas conmemorativas de heroicos hechos los grandes capitanes y conquistadores; pero, al fin, decidióse por la admisión, y, poniendo el sable sobre la mesa, pronunció estas palabras: «Las Cortes admiten con singular aprecio este acero, fasto vivo del pronunciamiento de la Libertad y trofeo del héroe predilecto de ella.»

Más tarde, el Congreso se avergonzó de su debilidad; comprendió la ridiculez de la escena que había consentido, y, no sabiendo qué hacer del malhadado sable, devolviólo a su dueño *para que defendiese con él la amenazada Constitución.*

¡De esta manera querían establecer en España lo más serio, lo más impo-
nente que existe: la Libertad! ¡De esta manera querían infundir la dignidad de los hombres libres a un pueblo que con-

servaba la forma del absolutismo, como conserva el amasado yeso la figura del molde de que acaba de salir!

El Gobierno, concluido el acto, cayó en la cuenta de la ridiculez de éste. Era preciso borrarlo de la memoria de todos; era preciso echarle tierra encima, es decir, discursos, para que, con las agitaciones de un debate, fuese puesto en olvido. Abrióse la discusión sobre el tema puesto a la orden del día, y su excelencia el duque del Parque se puso pálido. Mirando a la tribuna, vió a su fiel secretario y amigo, cuya presencia y animado semblante servíanle de consuelo. Evocó su serenidad; razonó consigo mismo durante breves minutos, considerando cuán bien y con cuánto despejo suelen hablar algunos tontos; hizo memoria de todos los consejos y recetas que su secretario le había dado, y, mirando con atrevida mirada ese abismo inmenso e imponente que separa el mutismo de la palabra, el silencio del discurso, arrojóse resueltamente a la otra orilla. Empezó muy bien, y era escuchado con atención.

El secretario, a su vez, aunque no empezaba ningún discurso, sentía emociones muy vivas, no ciertamente por la ceremonia que acababa de presenciar. Esta no había concluido, cuando Monsalud vió en la tribuna de enfrente a una persona cuya presencia embargó de súbito sus facultades, dejándole atónito y confuso. Estupor más grande no lo tuvo en su vida. Fijó bien la atención, creyendo equivocarse; pero una observación prolija le convenció de la realidad de la imagen percibida. A un tiempo mismo llenaban su espíritu secreto alborozo y una especie de terror instintivo, al cual no podía hallar de pronto justificación cumplida. Miraba a la persona, y sus ojos sorprendieron el furtivo mirar de ella. Trató de sobreponerse a un dominio que era de su agrado, y a sentimientos que con pasmosa rapidez principiaban a subyugarle; pero a la medida de sus esfuerzos crecían su debilidad y la esclavitud de su ánimo. Esto y lo que pasa a los peces cuando quieren librarse del anzuelo, al sentirse cogidos, es una misma cosa.

Y, en tanto, el duque navegaba por el piélago inmenso de su discurso. Había afrontado, impávido y sereno, los escollos del exordio y entrado en la ex-

posición que le ofrecía su ancho campo cerúleo, despejado, claro y llano como un mar sin olas; pero de pronto, ¡oh perversidad de los hados que protegen la oratoria, ¡oh picardía de la maligna Palas!, el duque tropezó, equivocando una oración por otra y enredándose en una palabra. Mascó durante breve rato, tratando de salir del paso por medio de un esfuerzo de ingenio; mas para esto era necesario improvisar, y su excelencia no era fuerte en la improvisación. ¡Qué lástima, equivocarse precisamente cuando iba a examinar con crítica aguda la conducta del Ministerio; equivocarse cuando Alcalá Caliano e Istúriz estaban mudos de asombro ante aquel ignoto prodigio de elocuencia que tan inesperadamente aparecía!

El del Parque sintió que su frente se cubría de sudor; trató de recordar, llamó la memoria; pero el discurso había desaparecido ante los ojos de su entendimiento; se había borrado por completo, y en su lugar, una inmensidad negra, horrendo caos sin una línea, sin una idea, sin un rasgo se extendía ante el atribulado espíritu del orador.

Al verse perdido miró a la tribuna, esperando que la presencia de su amigo, devolviéndole la serenidad, le devolviese el evaporado discurso; pero entonces su angustia fué más grande. El amigo, el secretario, el confidente, había desaparecido.

Entonces el duque sintió un mareo espantoso; en su garganta formóse un nudo; miró al presidente con desesperación, con angustia, como un náufrago que pide socorro.

Los diputados todos le observaban aguardando a ver en qué pararía aquello. Su excelencia tartamudeó excusas que nadie pudo comprender, y, al fin, exclamó con voz clara:

—Señores diputados, señor presidente... He dicho.

V

Después de arrastrar miserable vida durante todo el año 21 en un lugar del camino de Francia, don Urbano Gil de la Cuadra pudo volver a la corte, tolerado, si no perdonado, por la Policía. Amparóle para esto un generoso desconocido a quien él creía compatrio-

ta suyo, y que, interesándose por él, le pudo conseguir lo más parecido a un indulto, o sea la negligencia del Gobierno. Favorecidos por aquella negligencia, tan caritativa en el asunto de Gil de la Cuadra, miy y mil pillos conspiraban por el triunfo de todas las banderas conocidas.

Favoreció también a nuestro desgraciado reo un individuo a quien pronto conoceremos, y que se hacía pasar por amigo de don Víctor Sáez, confesor de su majestad. Llamábase Naranjo, y era, como don Patricio Sarmiento, maestro de primeras letras, existiendo entre los dos, con la igualdad de profesión o industria, una rivalidad tan fuerte y rabiosa, que para hallarla semejante sería preciso revolver los antiguos odios corsos o el antagonismo clásico de griegos y troyanos en los tiempos oscuros.

Naranjo fué generoso con Gil, pues, además de trabajar en su reducida esfera para que pudiese volver a la corte, arrancándole de los miserables pueblos del norte de Madrid, le dió asilo en su misma casa y calle de las Veneras, ochenta y tres escalones más arriba del local de la escuela, en un departamento estrecho, pero independiente del propio domicilio del domine. De tres o cuatro piezas tan sólo disponía Gil; mas el buen orden de su hija había hecho de ellas un recinto casi decente y casi cómodo, utilizando los pobres trastos que conservara de su antigua casa y algo que allegó con el favor de una providencia desconocida de todos los vecinos, aunque no de nosotros.

El desgraciado don Urbano no salía de su casa a ninguna hora del día ni de la noche, y rara vez ponía los pies fuera de la pieza que escogió para su albergue, triste y oscura como una mala noticia. Había adaptado su organismo a un sillón que le servía de concha, y en él, la cabeza calva, el rostro pálido y extenuado, los cansados ojos, las manos flacas, los brazos negros permanecían largo rato en inmovilidad casi absoluta, en medio de un silencio semejante al de cualquier alcoba mortuoria.

De pronto, movía la cabeza, miraba hacia afuera, y el patio lóbrego y sucio al cual daba su ventana ofrecíale el grandioso paisaje de dos o tres cocinas medianeras. Allá arriba se veía, sí, un

recorte irregular y azul lleno de luz y de belleza: era el cielo. Gil de la Cuadra lo miraba hasta que el dolor del torcido pescuezo obligábale a sumergir su contemplativa mirada en el fondo del patio. Allí todo era lóbreguez, horror, vapores infectos, un detestable olor a almíbar. Hervía el azúcar en las cazuelas, y un negro, cíclope del dulce, labraba yemas y azucarillos en aquella caverna húmeda y acaramelada. Las coplas obscenas que cantaba y el vaho de tal industria se unían en conjunto muy desagradable.

A ratos leía el anciano. No escribía nada. Sus libros eran las novelas de la época, entre ellas el *Werther* y *La nueva Eloísa*; también *Las noches*. Aquel espíritu fatigado se rebelaba contra las lecturas serias, entregándose con deleite a un pasatiempo que le producía fuertes excitaciones de la sensibilidad y de la fantasía. El aplanamiento de la vida y la rápida decadencia habían determinado en hombre tan infeliz el retroceso senil, que consiste en una especie de renovación enfermiza de la niñez. En aquella edad y circunstancias, en tal estado de alma y cuerpo, Gil de la Cuadra soñaba, mejor dicho, idealizaba.

Cuando su hija estaba en la casa, que era lo más común, solía dialogar con ella, aunque no mucho, a pesar de los esfuerzos de Sola por entablar conversaciones sobre temas lisonjeros; pero ya en los días a que alcanza nuestra descripción, que son los de mayo de 1822, el anciano, sin dejar de ser afectuoso con la graciosa joven, había perdido aquel cariño afable y atento que en él hemos conocido. Su sequedad llegaba a la aspereza y desabrimiento; mas la discreción de Solita sabía burlar ingeniosamente los ataques, consiguiendo siempre que el viejo, después de irritarse un poco, tornase a su tranquilidad meditabunda.

Cuando estaba solo, revolvíase inquieto después de largas pausas en que parecía dormido, o, mejor, muerto. Un día en que Soledad había salido, el anciano leyó por espacio de hora y media. Después dió un suspiro; puso el libro sobre el antepecho de la ventana, revelando honda agitación en sus ojos, así como en sus labios, que articulaban sí-

labas sin sonido. En voz alta exclamó luego:

—Ahora tiene que ser. Ya no puedo más. He esperado bastante.

Levantándose como pudo, dirigióse al cuarto de su hija, y de allí a la pieza que servía de cocina. Revolvió febrilmente todos los objetos que pudo tocar; fué, vino de un lado a otro; registró; puso sus manos arriba y abajo, desordenando cuanto allí había.

—Nada—dijo para sí, con acento de dolor—. Esa pícara lo guarda todo bajo llave.

¿Qué buscaba? No debía de tener hambre, porque allí había comida y ni siquiera la tocó.

Volviendo al cuarto de su hija, examinó las cerraduras de todos los cofres. Ninguna estaba abierta. Con rabia golpeó las arcas y los cajones de la cómoda, gruñendo así:

—Todo, todo lo guarda esta condenada.

En seguida registró la ropa que en distintos puntos de la estancia había. Su mano, trémula y resbaladiza, entraba en todos los bolsillos, deshacía todos los pliegues, sacudía las faldas, desdoblaba lo doblado y hacía envoltorios de lo extendido.

—Nada, nada.

Sin duda, buscaba llaves. Después de mucho revolver sintió un ruido metálico. Metió la mano y sacó una pieza de dos cuartos y un ochavo.

—Esto ya es algo—pensó—. Con esto tengo ya catorce cuartos reunidos, y si encuentro más... Iré juntando, y a falta de un medio, emplearé otro.

Pareció darse por satisfecho con tal razonamiento y con aquel hallazgo, y puso fin a sus investigaciones. Regresando a sus dominios, es decir, a su sillón, sacó del seno un envoltorio para guardar su nueva conquista. Antes de hacerlo contó repetidas veces, con la gozosa atención del avaro, su tesoro.

—Catorce cuartos—dijo—. Catorce y un ochavo.

Después hizo cuentas con los dedos, mirando al techo.

—Sí—murmuró—; pronto podré... Cualquier medio sirve. Quizá sea éste el mejor... Sí, es el mejor, el más fácil, el menos sospechoso, el más tranquilo... Puedo bajar fácilmente a la calle cuando mi hija no esté aquí. Ya sé lo que

tengo que hacer. Catorce cuartos... Todavía es poco. Pero Dios me ayudará... Es preciso concluir pronto. ¡Maldita vida, que aun para echarte fuera nos has de dar trabajo! ¡Miserable harapo que te llamas cuerpo..., que aun para limpiarnos de ti han de ser precisas tanta fatiga y tanta lucha!

Sintiendo los pasos de su hija, guardó precipitadamente lo que contaba y tomó el libro.

Disimulaba como un escolar travieso.

Soledad se acercó a él, le pasó la mano por la frente, le dijo algunas palabras cariñosas, y después entró en su cuarto.

—¡Virgen María! ¿Quién ha estado aquí?—exclamó—. Si hubiera gatos en la casa, diría: «Los gatos»; pero no los hay.

Miró desde la puerta a su padre, con la severidad cariñosa que se emplea ante los niños enredadores.

—Yo fuí, Sole—dijo don Gil, mirándola también con un poquillo de turbación—. Yo fuí: buscaba unas migas de pan para echar a esos gorriones que suelen bajar a la ventana de enfrente.

—El pan estaba en la cocina. ¿No le vió usted?

—No, hijita; no vi nada. Creí que tendrías migas en los bolsillos.

—Lo mismo pasó la semana pasada, cuando salí—dijo Solita, quitándose los alfileres del manto y cogiéndolos en la boca, mientras se quitaba aquella prenda—. Este papá mío es más travieso... Otro día saldremos juntos.

—Ya te he dicho que no quiero salir.

—A tomar el sol.

—Aborrezco el sol—repuso Gil de la Cuadra con laconismo.

—A tomar el aire.

—Aborrezco el aire.

—A ver a Madrid.

—Madrid me repugna, me enardece la sangre, me mata.

—A ver la gente, a distraerte un rato.

—¡La gente! ¡Bonita cosa quieres enseñarme! ¡La gente! ¡Si los ojos no sirvieran más que para ver gente, no valdría la pena de tenerlos.

—Vamos, vamos; basta de locurillas. Dios se enfada con los que dicen eso.

—Basta, regañona. Ahora me toca a mí. ¿En dónde has estado hoy tanto tiempo?

Soledad vaciló un momento antes de

dar contestación; ¡tanta era su repugnancia a mentir!

—He ido a entregar una obra que había concluido... Por cierto que he venido muy aprisa para que no estuviera usted solo.

—Por eso, no. Solo estoy yo perfectamente—dijo el viejo con displicencia—. No me gusta ver espantajos delante. No me gusta que cuando salgas te lleves las llaves de todo como si yo fuera un ladrón.

—¿Y para qué quiere usted las llaves?—preguntó Soledad con el mayor desconsuelo, dejándose caer sobre una silla y abrazando a su padre—. ¿Para qué quiere usted las llaves? Todo lo que usted pueda necesitar queda fuera. Para otro día tendré cuidado de dejarle migas de pan, por si vuelven los gorriónes de hoy.

—No te burles...; la verdad es que estoy incomodado contigo... Me tratas como a un chiquillo... No puedo hacer cosa alguna sin que tú lo husmees y te enteres de todo. De tal modo me vigilas, que hasta de noche, cuando dormimos, si por acaso me levanto, porque tengo calor en la cama, vienes tras de mí para ver adónde voy.

—Si usted no hiciera locuras; si se conformara con su suerte, como Dios manda, y no hubiera ya intentado una vez cometer el mayor pecado del mundo, cual es atentar contra la propia vida...

Gil de la Cuadra no contestó nada a esta razón.

—Son aprensiones, hija—dijo al fin, inclinando la cabeza—. Y si fuera verdad, vamos a ver: ¿qué tendría de particular? Es hermosísima esta vida para aficionarse a ella, ¿verdad?

—No nos falta nada.

—Nos falta todo. Honor...

—No se pierde por la persecución de la Justicia cuando es injusta.

—Tranquilidad.

—La tenemos de sobra.

—No; porque ésta es la hora en que yo no sé de qué vivo, ni cómo vivirás tú el día en que yo falte.

—Y para remediar mi orfandad y mi abandono, usted quiere matarse. ¡Linda precaución!

—A quien todo lo ha perdido, hija mía, se le puede perdonar que haga algún disparate.

—¡Quien todo lo ha perdido!... ¿Acaso no vivo yo, o no soy nada?

—Tú eres mucho, tú eres todo; eres todo para mí. Verdad es que te conservo—dijo Gil de la Cuadra, abrazando a su hija—. Pues qué..., ¿crees tú que si no existieras, si no tuviera yo junto a mí este rayo de luz que da vida a mi vida, y esta alma que da apoyo a mi alma, podría sostenerme un día más? ¿Crees que puede sostenerse quien está perdido, humillado, miserable, deshonorado, sin otro lazo con la sociedad que el desprecio que ella me muestra y la limosna que me da un pobre maestro de escuela? La religión no basta a consolar a los que hemos fomentado en nuestro entendimiento ciertas ideas. Es triste decirlo; pero debe decirse porque es verdad... Mira tú lo que es el Destino, Dios, la Providencia o como quieras llamarlo. En medio de mis desastres, de mi padecimiento, de mi deshonra, yo tenía una esperanza.

Soledad hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—Yo tenía una esperanza, y ¡cuán risueña, cuán bella, hija mía! Era cuanto un padre cariñoso puede desear. Realizada aquella esperanza, yo hubiera subido al Cielo como un ángel, tranquilo, sereno, limpio, lleno de Dios. Sin ella... iré a donde mi perverso destino quiera.

—No hay que tomarlo de ese modo.

—Pues ¿de cuál? ¿La realidad puede tomarse de otro modo que como tal realidad? ¿Caben en ella fantasmagorías? No; no te hagas ilusiones. Tu primo no viene ya; nos desprecia, como nos desprecian todos los nacidos, porque somos pobres, porque estamos deshonrados, porque somos una vil escoria.

—Mi primo no ha dicho que no vendrá.

—No lo ha dicho; pero ello es que no viene. Quiere romper su compromiso de una manera evasiva. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última carta?

—No lo recuerdo bien—dijo Sola, demostrando que no dedicaba sus ocios a llevar la cuenta de las cartas que escribía el desnaturalizado primo.

—Pues yo sí lo recuerdo. Hace cinco meses y tres días... ¿Qué quiere decir este silencio?

—Que no tiene ganas de escribir, o que está preparando su viaje.

—No te hagas ilusiones; repito que

no te hagas ilusiones. En la realidad no puede haber, no hay fantasmagorías. La cuestión es la siguiente...

—Sí, ya lo sé—dijo Soledad, riendo.

—Mi pobre hermana, que murió hace cinco años, me dijo en los últimos días de su vida: «Deseo ardientemente que mi hijo se case con tu hija...»

—Y usted le contestó: «Yo también deseo que mi niña se case con tu niño...» Sí, ya sé; no es la primera vez que oigo ese cuento.

—Mi hermana y yo tratamos del asunto largamente. Hallábamos las cualidades más apreciables en uno y otro. Ella te creía un ángel del Cielo. Yo veía en su hijo un enviado de Dios. ¡Admirable plan, que ha dado alientos por mucho tiempo a mi cansada vida! He soñado con ese matrimonio, como sueña el mozalbeta con la mujer que adora. Después de muerta su madre, Anatolio confirmó con una promesa solemne aquel sagrado testamento moral de la difunta Paula. Yo tuve que marchar a Francia, después fui a La Bañeza, después vine aquí y en todas partes recibía cartas de mi sobrino, sin que en ninguna de ellas faltase la palabreja o el parrafillo dedicados a ti y al dulce proyecto. Incitábale yo a que viniese; pero él me contestaba que el servicio militar le retenía en Asturias, y que se holgaba de ello para poder estar al cuidado de su hacienda en estos tiempos tan revueltos.

—Pero no por eso dejaba de escribirnos y de hablar de la boda...; ya, ya sé.

—Después de la época tristísima de mi desgracia, de mi prisión, de nuestra deshonra y pobreza, querida hija mía, he sabido que Anatolio, sirviendo lealmente en el ejército, pasó a La Coruña; después, a Santander y Santoña; pero se ha olvidado de nosotros, de su promesa, del deseo de aquella santa mujer, su honrada madre. ¿Y sabes tú lo que es esto?

—Esto no es nada, padre—observó Soledad, tratando de calmar la agitación nerviosa del desgraciado don Urbano—; esto no es más sino que el servicio no le deja tiempo para tomar la pluma.

—No, no, no—dijo el anciano con ardor—. Te repito que no te forjes ilusiones. En la realidad no hay fantasmagorías.

—En la realidad hay mil cosas que no se comprenden.

—Lo cierto es que hace cerca de un año que no nos escribe. Desde que regresamos a Madrid no hemos visto su letra. Lo que te he dicho... Nuestra pobreza, nuestro decaimiento son la causa de su desvío. ¡Perro mundo y perra Humanidad! No existe, no, una sola alma generosa.

—Sí existe, padre.

—Te digo que no existe. Tú no conoces este lodazal en que yacemos. ¡Ay! Cuando se escribió el libro de Job, se trazó la pintura del mundo. Anatolio ha visto nuestro muladar y nos desprecia. Quizá si nos viera me echaría en cara culpas que no he cometido, o que si han sido cometidas deben ser perdonadas.

—Pues si se avergüenza de nosotros, no debemos pensar más en él.

—Tonta, ilusa, ¿qué estás diciendo? ¿Tú has pensado lo que va a ser de ti luego que yo muera?... ¿Tú sabes que el abuelo de Anatolio ha fallecido hace dos meses?

—Sí, y que mi primo ha heredado una hacienda regular.

—¿Una hacienda regular? Una hacienda con la cual hubieras vivido como una reina—exclamó Cuadra—. Porque esa hacienda debía ser para ti, porque Anatolio debía casarse contigo, como le mandó su madre.

—¿Y si le ha gustado más otra?

—¡Horror! ¡Qué despropósitos dices! ¡Conque ese miserable será capaz de entregar a otra su mano, su corazón, su casa, su hacienda..., que debían ser para ti, sí, para ti, lo repito mil veces!

—Eso sí que es vivir de ilusiones, eso sí que es vivir de fantasmagorías. ¿A eso llama usted realidad?

—No..., yo he soñado, he soñado como un insensato, como un niño, como un rapaz enamorado—dijo don Urbano, secando las lágrimas que corrían por sus flacas mejillas—. Yo he soñado durante algún tiempo que tú ibas a ser señora de una hermosa casa, que ibas a tener criados, magníficas praderas, vacas, mieses, montes. Pero ese joven nos ha hecho traición..., porque es una traición, una alevosía.

—Si ese joven se ha creído dueño de su propio destino, padre, ¿qué le vamos a hacer? ¿Hemos de irritarnos por

eso? ¿Por qué hemos de dudar de Dios? Yo le juro a usted que renuncio de buena gana a los prados, la hermosa casa y a las vacas de leche. Todo lo doy con gusto en cambio de la tranquilidad de nuestro espíritu, que es la hacienda mejor de todas.

—¡Desgraciada! Tú no sabes lo que es la orfandad, la soledad; tú has olvidado que, muerto yo, no tendrás amparo alguno en el mundo.

—Pues yo estoy segura de que lo tengo, o de que lo tendré.

—¿Tú?... ¿Estás loca? No conoces el mundo.

—Lo conozco.

—¿En qué esperas?

—En Dios.

—Las calles están llenas de mendigos, de niños abandonados, de infelices muchachas que se han prostituído. ¿Dónde está Dios que no los ampara?

—¿Qué sabe usted si los ampara o no?

—Sé lo que es el mundo... ¡Dios de los cielos! ¿Qué faltas he cometido yo para tan inmenso castigo? ¡Tener horror a la vida por mi miseria, por mi desgracia, por mi infamia..., y al mismo tiempo tener horror a la muerte, porque muriendo, dejo a mi pobre hija en la miseria, sola y sin arrimo! ¡No poder vivir..., ni morir!

El anciano rompió a llorar. Solita no dijo nada, porque lo que podía decir no hubiera convencido al infeliz viejo y lo que le había convencido no podía ser dicho. Abrazó a su padre y se confundieron las lágrimas de uno y otra. Un ruido extemporáneo en lo interior de la casa los sacó de la sombría contemplación de su desgracia.

VI

Oíase la voz de Naranjo, áspera y chillona. Oíase otra voz ronca y hueca que tenía las sonoras y retumbantes inflexiones de la elocuencia.

—Como lo cortés no quita a lo valiente—decía Naranjo—, bien venido a mi casa sea el señor don Patricio. Dígame en qué puedo servirle.

—Todo Madrid, señor Naranjo, todo Madrid—decía Sarmiento—sabe que no somos amigos. Cada cual tiene sus ideas, y como en las ideas no se transige...

Pero una cosa es la política y otra la cortesía.

—Siéntese el buen Sarmiento.

—Gracias, señor de Naranjo.

En la habitación que a éste servía de sala de recibo estaba Sarmiento vestido con uniforme de miliciano nacional, gran casaca azul de botón de plata, con las iniciales M. N. en el cuello; descomunal morrión en forma muy semejante a la boca de una pieza de artillería y adornado de flamantes cordones; correa blanca cruzada en el pecho, sable y cartuchera. Con tales arreos, la enhiesta figura del maestro de escuela parecía agrandarse,

extenderse, crecer, tocar las nubes, y en el profundo abismo hundir la planta.

¡Tales eran su arrogancia y tiesura y el marcial continente severo con que los llevaba!

—No sabía—dijo Naranjo con sorna—que el señor don Patricio había ingresado en la Milicia Nacional. Ya tenemos a Periquito hecho fraile.

—Los pillos crecen, el absolutismo trabaja, el sistema pelagra; malos vientos soplan... Es preciso luchar... Con su permiso, señor Naranjo.

Ambos se sentaron.

Cuando Sarmiento se desplomó sobre la silla emitió la siguiente copla, que siempre traía pronta para soltarla en todos los actos de la vida:

Digamos Ave María
para que tiemble el infierno;
digamos, para que tiemblen
los pícaros: ¡Viva Riego!

—Amén—contestó Naranjo, sonriendo—. ¿Me dirá usted, por fin, a qué debo el gusto...?

—Poco a poco—repuso Sarmiento—. ¡Cuánto se habrá sorprendido usted al verme entrar en su casa! ¡Ya se ve..., enemigos encarnizados..., enemigos a muerte!... ¡Usted, absolutista; yo, liberal; usted, servil; yo, gorro!

—En efecto, me sorprende mucho.

—Y no sólo somos enemigos políticamente hablando, sino escolásticamente—dijo Sarmiento, recalcando bien los adverbios—. Usted enseña por un sistema; yo, por otro. Usted se inspira en el misticismo; yo, en los grandes cuadros históricos; usted hace leer a sus

alumnos el Antiguo Testamento, yo les lleno la cabeza de Historia romana; usted enseña la escritura por Torío; yo, por Iturzaeta... ¡Enemigos a muerte!... Y ahora ha de saber usted que hoy estreno mi uniforme y que me lo he puesto expresamente para venir a esta casa.

—Gracias, señor Sarmiento; es grande honor para mí.

—Al mismo tiempo—dijo don Patricio—, debo tranquilizarle a usted respecto al fin de mi visita. Soy enemigo, pero enemigo leal.

—Lo supongo.

—Por consiguiente, no vengo acá como autoridad.

—Es de creer, porque no es usted juez, ni jefe político, ni capitán general.

—Quiero decir que no vengo con la espada en la mano..., y razón había para ello, porque usted, señor Naranjo, conspira más que el rey, y su casa es una madriguera de conspiradores, ¡chilindrón, chilindrón!

—Señor Sarmiento—dijo Naranjo con indignación mal reprimida—, cuando sea usted autoridad, le daré cuenta de lo que en mi casa hago o dejo de hacer. Pero no lo es usted todavía; absténgase, pues, de formar juicios temerarios, y no se meta en lo que no le importa.

—¡Ah! Ya sabía yo que saldríamos por ahí—afirmó Sarmiento, con vanidad—. Esté tranquilo, que las conspiraciones serán descubiertas y los locos realistas castigados. Seremos inexorables, y no le tendré a usted lástima, no, porque ejerzamos una misma honrosísima y nobilísima profesión, no...; la justicia siempre por delante.

Siempre se dijo,
y ello es probado:
a burro lerdo,
purísimo palo.

Purísimo palo: es sensible, pero es preciso. Conque mucho cuidado, que mis consejos no son moco de pavo.

Don Patricio se levantó como para marcharse.

—De modo que sólo ha venido usted a llamarme burro lerdo y a ofrecirme purísimo palo.

—¡Qué demonche! ¡Chilindrón, chilindrón! Se me olvidaba...

—¡Cabeza de patriota! ¡Bendito sea

Dios, que todo lo cría, hasta las calabazas sin costuras!

—Sí; con la conversación y los avisos que he dado a usted para que ande con pausa en eso de las conjuraciones, se me olvidaba que venía...

En aquel instante Solita, impulsada por la curiosidad, abrió cautelosamente la puerta, asomando su semblante.

—Pase usted, mi señora doña Solita—dijo Sarmiento, haciendo una reverencia—. Acabo de decirle al señor Naranjo que ponga cuidado en lo que se trama en su casa, no sea que tenga que llamar a Cachán con dos tejas. Todos sabemos que aquí no se viene a oír misa. Pues digo..., viviendo en la casa Gil de la Cuadra, el lugarteniente de don Matías Vinuesa...

Naranjo miró a un rincón de la sala, en el cual había una estaca.

—Pero si pienso ser inexorable el día en que toquen a descubrir artimañas—continuó don Patricio—, en todas las demás ocasiones será deferente y cortés con los que han sido mis vecinos. Señora doña Solita, diga usted a su padre que he venido a traerle una carta que llevaron a casa.

—¡Una carta!—repitió Gil de la Cuadra, que también se había acercado a la puerta.

Un momento después don Urbano desdoblaba con febril impaciencia el papel, diciendo:

—¡Es de Anatolio..., de tu primo!

Recorrió con la vista la carta. Su rostro pálido encendiéndose de pronto, y una viva exclamación de alegría brotó de sus trémulos labios.

—¡Viene!... ¡Dios mío!, ¿es cierto lo que leo? ¡Viene!... Lee tú, hija mía; viene resuelto a cumplir su promesa...

El infeliz anciano se desmayó. Sostuvo Naranjo; y cuando le llevaron a su cama y le tendieron y le rociaron el rostro y recobró el conocimiento, exclamó:

—¡Hay Dios, hija de mi corazón, hay Dios! Abrazame..., más fuerte. Soy el hombre más feliz de la Tierra.

VII

—Vuélveme a leer esa carta, que me ha dado la vida—decía el padre a la hija media hora después, hallándose ya

completamente solos—. Repítame, una a una, sus consoladoras palabras.

Soledad volvió a leer.

—Se excusa de no habernos escrito—manifestó Gil—. ¡Pobrecillo! Ha estado enfermo, ha tenido que hacer un viaje largo, penoso. ¿Cuántos días estuvo en la cama?

—Cuarenta y dos. ¡Pobre chico!

—¿Y cuánto tardó desde Santander a Logroño?

—Catorce días, caminando entre ventisqueros, hielos y tempestades.

—¡Desgraciado! ¡Y dice que viene resuelto a cumplir su promesa! Lee eso otra vez. Y que llegará. ¿cuándo?

—El once o el doce.

—Es decir, mañana o pasado. Hija de mi alma, abrázame otra vez. Ya tienes amparo, ya tienes apoyo en tu orfandad; ya puedo morirme, ya puedo entregar a la tierra este miserable despojo de mi cuerpo, y decirle: «Ahí tienes, tierra, lo que pides. Ya no te lo disputaré ni un día más.»

—Llegará mañana o pasado—repitió Soledad pensativa.

—¡Y yo dudaba de Dios! ¡Dudaba de su misericordia infinita! ¡Qué hermosa lección me has dado, chiquilla!... Pero observo que no estás tan alegre como yo.

—Sí, padre, estoy contentísima.

—¿Y no dice más?

—Dice también que ha pedido pasar a la Guardia real, donde servirá algún tiempo.

—¡A la Guardia real! Muy bien. Bravo yerno tendré. ¡Qué bien le sentará el uniforme! ¿No es verdad que le sentará bien?

—Admirablemente.

—¿Saldremos a recibirle? ¿No dice por qué puerta entrará?

—No, señor.

—Lo averiguaremos. Mira, hija: quiero salir a paseo; quiero dar una vuelta por las calles.

—Me alegro infinito—dijo Sola, demostrando verdadero gozo—. Hoy hace buen tiempo. Saldremos esta tarde y daremos un buen paseo.

—Y nos sentaremos bajo un árbol en la Cuesta de la Vega. Parece que recobro las fuerzas.

—¡Dios mío, si yo viera a mi padre sano, tranquilo y feliz!...—exclamó Soledad cruzando las manos.

Gil de la Cuadra se sentó en el si-

llón, tomó la cabeza de su hija para estrecharla ardorosamente contra su pecho, y derramando lágrimas de ternura, habló de este modo:

—Ya puedo morirme tranquilo; ya no quedas sola en el mundo... ¡Pobrecilla, cuánto he padecido por ti! Por ti y nada más que por ti. Si tú no existieras, ¿qué me importaría la miseria, qué la deshonra?... Me despedazaba el corazón la idea de morir y dejarte sola, sin un pariente, sin un amigo...

—Hubiera encontrado alguno—dijo, entre sollozos, Soledad.

—No hubieras encontrado más que desvíos: yo conozco el mundo. ¿Quién se acordaría de ti?

—Alguien...

—Nadie. Ahora tu porvenir está seguro. Dios nos ha favorecido después de tantas penas. ¡Bendita sea su misericordia infinita, de la cual he dudado en estos días de angustia y desaliento! He sido malo, muy malo, porque he dudado de Dios. Mientras tú, con tu fe angelical, afrontabas serena las contrariedades, confiando en el porvenir, yo me entregaba a una febril desesperación. Mientras tú, fiada en tus ilusiones, asegurabas que había una Providencia para nosotros, yo, atento a la realidad, no veía más que tinieblas en derredor nuestro. ¿Y sabes hasta dónde llegó mi maldad y la flaqueza de mi razón?

Soledad no contestó, aunque creía poder contestar.

—Pues llegó hasta idear la más ruin, la más perversa de las soluciones al conflicto en que nos encontrábamos.

—¡Morir!—dijo Sola con voz débil.

—Morir por mi propia mano, morir los dos, tú y yo; marcharnos juntos de este mundo, que no quería sostenernos y que nos arrojaba de sí.

Solita se estremeció de terror en los brazos de su padre.

—Es espantoso; pero yo estaba decidido, decidido, hija mía, y lo hubiera hecho. Se había clavado esta idea en mi entendimiento, y de ningún modo podía librarme de ella. Pensaba en mi crimen a todas horas, de día y de noche, en sueños y despierto, si al principio me causaba espanto, al fin pensar en él era una delicia para mi enfermo espíritu... ¡Ah, qué dulce es ahora para mí confesarte mi falta! Me parece que

se la estoy contando a Dios en persona, y, al hacerlo, mi alma se libra de un peso enorme... ¡Pobrecilla! Tú habías comprendido mi demencia, porque tenías buen cuidado de guardar los cuchillos y todo instrumento que pudiera servir para arrancar la vida: guardabas hasta las tijeras. Yo buscaba como un loco, y ni alfileres podía encontrar en toda la casa.

Soledad sonreía.

—Me desesperaba tu capricho de esconder los cuchillos. Me parecía una manía absurda, ridícula, mientras la mía se me antojaba muy natural. Yo discutiría todos los medios; yo soñaba con pistolas que levantarán la tapa de los sesos, con puñales que traspasaran el corazón, con tenedores que abrieran las venas, con cuerdas que ahorcaban, con braserillos cuyo humo, produciendo dulce letargo, adormeciera por toda la eternidad. Si hubiese tratado de matarme yo solo, la cuestión habría sido harto sencilla; mas era preciso que muriésemos los dos, pues de otro modo no tenía gracia. ¿no es verdad que no tenía gracia? Mi idea era que abandonáramos la vida juntos, abrazados, estrechamente unidos. Más de una vez traté de confiarte mi pensamiento, a ver si tú lo aprobabas, si querías, como yo, dejar este valle de lágrimas, conformándose con el suicidio; pero, ¡ay!, te veía tan serena, tan resignada a la vida: observaba en ti tanta fe y una convicción tan profunda de que hay Providencia para nosotros, que no me atreví a decirte una palabra.

—Sí, padre; yo creía y creo que teníamos Providencia.

—¿Antes de recibir esta carta?

—Antes.

—¿Cuál?—preguntó Cuadra con cierta incredulidad.

—Una Providencia.

—Pero eso es muy vago.

—Un amigo...

—¡Un amigo! No conozco ninguno.

—Cobrábamos nuestra pensión.

—Pero, después de muerto tu padre, ¿quién te hubiera dado la pensión?

—¡Qué sé yo!... Pero...

—¿Quién te hubiera dado nombre, posición, bienestar?

—Alguien; uno, ¡quién sabe!...—repuso Soledad, queriendo decir una cosa y no sabiendo cómo decirlo.

—Vamos, no hables majaderías. Tú no puedes discurrir como discurro yo, con conocimiento de causa. Una muchacha siempre es una muchacha, y puede tener sensibilidad, fe, piedad, instinto, delicadeza; pero nunca un criterio claro para apreciar, como los hombres, las cosas del mundo.

—Será por eso.

—Yo no podía contar con tu consentimiento. Dirás que era una crueldad mía el quitarte la vida; pero si bien se mira, librarte de la miseria era quererte bien. Hay distintos modos de amar a los hijos. Yo prefiero verte muerta a que vivas deshonrada y miserable. No, no; morir conmigo no era tan lastimoso como vivir sola y sin amparo. Yo tengo de la muerte una idea algo romana. Hay momentos en que es la mejor de las soluciones. ¿No crees tú lo mismo?

—Alguna vez, ¿por qué no?

—Yo deseaba—añadió Gil de la Cuadra—que hubiera mar en Madrid. ¡Oh! El mar es admirable para los desesperados. Abrazaditos, como dos niños que duermen juntos, nos hubiéramos arrojado a él... Pero en Madrid no hay mar.

—¿Y los estanques del Retiro?

—Tienen antepechos. Sin tu consentimiento, hubiera sido muy difícil... Yo discurría, discurría, y, al fin, hija mía, pensé en el veneno.

—¡Jesús!

Soledad cerró los ojos y palideció.

—¿Te aterras?... Pensé en el veneno. Pero ¿cómo adquirirlo? Tú no me dabas respiro; y empeñada en que había Providencia, empeñada en vivir, contra viento y marea, escondías el dinero. Sin duda temías.

—Sí, también se me ocurrió lo del veneno.

—Pero yo iba juntando cuartos. Mira: aquí, en el seno, tengo catorce, y algunos ochavos. ¡Pobre hija mía de mi corazón! ¡Qué lejos estabas de que yo, cuando salías, registraba tus bolsillos para robarte lo que olvidabas en ellos!

Soledad sentía el corazón oprimido y apenas podía respirar.

—¡Qué pálida estás, hijita!—le dijo su padre, levantándose con más brío que de ordinario—. Ya todo eso pasó, y no hay que pensar en muertes ni en venenos. ¿Sabes lo que se me ocurre?

—¿Qué?

—Que nos vayamos de paseo.

Gil sacó de su seno los cuartos que había reunido.

—¿Ves estos cuartos destinados al fatal proyecto? ¡Oh! ¡Dios mío, cuán bueno has sido para mí y para mi adorada hija!... ¿Ves estos cuartos, Sola? Pues ahora vamos a tomar el sol a la Cuesta de la Vega, y con ellos compraremos avellanas y nos las comeremos tan alegres.

Diciendo esto, Gil de la Cuadra se encasquetó el sombrero con la presteza de un estudiante calavera.

—Vamos, vamos a paseo. Compraremos las avellanas en lugar del veneno. Pero mejor será piñones.

—Avellanas.

—Piñones, que las avellanas son pasadas.

—Dices bien. Pues piñones.

—Compraremos piñones.

—Y nos los comeremos, se entiende... ¡Ah!, y trataremos de averiguar por qué Puerta entrará Anatolio y a qué hora.

—Pero ¿cómo hemos de averiguar eso, padre querido?

—Tienes razón, hija; entre él y yo nos cuidaremos de la Puerta... Quizá los de la Guardia real sepan cuándo viene. Si encontramos alguno hemos de preguntárselo. ¿Qué bien le sentará el uniforme!, ¿eh?

—Admirablemente—respondió Sola, poniéndose la mantilla.

Salieron. Soledad, obligada a sostener la conversación que sobre mil puntos entablaba su padre, cuya locuacidad repentina no conocía el cansancio, necesitaba de grandes esfuerzos para disimular su tristeza.

—¿Por qué suspiras—le preguntaba él a ratos—. ¿No estás contenta como yo?...

—Sí, estoy contenta.

En la plazuela de los Caños encontraron a don Patricio, que aún no había dejado su uniforme. Gil de la Cuadra le saludó con cortesía y hasta con amabilidad, diciéndole:

—No sé si le di a usted las gracias por haberme llevado aquella carta. Estaba tan conmovido...

—¿Traía buenas noticias? ¿Qué tal van los negocios? ¿Se trabaja?

—Era de un sobrino mío que pasa ahora a la Guardia real..., alférez de la Guardia real, señor don Patricio.

—¡De la Guardia real! Bien.

En la tal pastelería
se hacen pasteles muy buenos:
pasteles y nada más,
pasteles ni más ni menos.

—¿Qué dice usted?

—Que a ese joven de la Guardia real le advierta usted que ande con pulso. Yo digo como *El Zurriago*:

Y si con nuestras voces no hacen caso,
con el martillo se saldrá del paso.

—Usted no olvida sus coplitas—dijo don Urbano, mostrando un humor festivo que en mucho tiempo no se le había conocido—. Pues allá va ésa.

Dijo el sabio Salomón
que para mandar a bueyes
no se necesitan leyes:
basta sólo un aguijón.

—Pues yo digo:

¡Ay!, le-lé que toma que toma;
¡ay!, le-lé, que daca que daca,
ya no bastan las razones,
apelemos a la estaca.

Y si ésta no le gusta, allá va otra:

¡Qué martillito tan bonito!
¡Qué medicina singular!
Tú harás cesar todos los males,
como te sepan manejar.

Don Patricio se separó de sus antiguos vecinos.

—Después de todo—dijo el señor de la Cuadra cuando seguían su camino—, este hombre no es más que un gran majadero.

Prosiguieron lentamente hacia la Cuesta de la Vega. Gil de la Cuadra detenia a todos los soldados de la Guardia real para pedirles noticia de su sobrino; pero ninguno supo decirle nada de fundamento.

VIII

A los dos días el desgraciado don Urbano tuvo el inefable placer de abrazar a su sobrino.

—¡Ven a mis brazos, hijo mío de mi corazón!—exclamó el anciano, desvane-

cido por la felicidad—. Esta es tu esposa, mi hija querida.

Anatolio Gordón era un muchachote corpulento, tan rubio que el pelo y la cara casi parecían del mismo color, siendo sus cejas casi blancas y las pestañas como las de un albino. Su cara pecosa y arrebolada estaba siempre risueña, cualidad que se avenía bien con la redondez de la misma y con sus facciones agraciadas y poco varoniles. Bigote amarillo, como madejilla de hilos de oro pálido, ornaba su boca, no menos encarnada que una cereza, y sin aquel ligero emblema de su condición masculina, la cara del primo Anatolio habríase confundido con la de una asturianaza guapetona o mofletuda pasiega. El musculoso cuerpo representaba hercúlea fuerza, y sus manazas parecían más propias para romper los objetos que para cogerlos. En todo él revelábase poco hábito de las formas sociales y una franqueza campesina que, por cierto, no era desagradable. Finalmente, el conjunto de la persona de Anatolio Gordón predisponía en su favor, y nadie, al verle, podría negarle un puesto honroso, quizá el primero, entre los excelentes muchachos.

Hízole sentar a su lado don Urbano y no se saciaba de contemplarle.

—Yo creí que vendrías de uniforme —dijo, estrechándole las manos—. ¡Pero qué grandón estás! ¡Cómo has crecido, hijo! De seguro que no habrá en toda España un mozo más guapo que tú. Si vieras qué alegría nos ha dado tu carta... Yo creí que nos habías olvidado.

—Tengo que pedirles perdón —dijo Anatolio con torpeza, pues era algo corto de genio— por haber estado tanto tiempo sin escribirles.

—Déjate de excusas ahora...

—Pero siempre tuve intenciones de volver, siempre he tenido presente lo que mi madre me dijo al morir...

Mirando a su prima, Anatolio se puso como la grana.

—Yo no podía explicarme tu silencio —manifestó Cuadra—. Mejor dicho, yo había perdido la esperanza de que vieras. Mi hija, esta buena hija, que ha sido mi consuelo y mi luz, esperaba siempre, confiada en la Providencia.

—No tarda quien viene. Aquí estoy, al fin—dijo Anatolio con expresión desa-

brida—; aquí estoy a la disposición de usted, querido tío.

Solita no chistaba, concretándose a ver y oír. La conversación de Anatolio no era, por lo común, muy interesante, y aquel día redujose a fórmulas frías de felicitación y a pormenores de su viaje y de su instalación en Madrid. Anunció a su tío que, una vez arreglados sus asuntos militares, le visitaría dos veces todos los días, siempre que no estuviera de servicio, siendo de tres o cuatro horas cada visita. No hablaron en aquella primera conferencia de la proyectada boda, lo cual pareció muy decoroso a Gil, y se despidió el joven hasta la tarde, dejando en el anciano impresión felicísima y en la joven una especie de estupor frío que no podía explicarse.

Anatolio volvió al siguiente día con su uniforme de Infantería. Sin estar mal, no podía decirse que fuera un modelo acabado de apostura guerrera. Ya fuese que engordara bastante después de estrenada la casaca, ya que el sastre se quedó corto al hacerla, ello es que un grave conflicto parecía inminente por haber más cuerpo que paño; que éste se reventaba, y aquél quería por las costuras a toda prisa salirse.

Aquel día empezó por hablar de sus asuntos y del plan de conducta que se había trazado respecto a su carrera.

—Pienso abandonar la milicia en cuanto haya servido un par de meses en la Guardia. No me gusta esta maldita carrera, y soy partidario de que el buey suelto..., ya me entienden ustedes.

—Apruebo esa determinación—repuso Gil de la Cuadra, que no podía pensar nada distinto de lo que pensara su futuro yerno.

—Felizmente, no le falta a uno con qué vivir—añadió el mancebo con énfasis—y yo creo que trabajando en lo que tengo no nos irá mal.

Al decir *nos*, Anatolio miró a su prima, y Gil de la Cuadra, que pudo advertir palabras y mirada, sintió una sensación de gozo como si los ángeles le cogieran en brazos para llevarle al Cielo.

—Dime una cosa—preguntó don Urbano, a quien la satisfacción le salía chispeante por ojos y boca—: ¿conservas aquella haciendita tan preciosa de Cangas?

—Sí, señor—repuso Anatolio, poniendo una pierna sobre la otra y echando el cuerpo atrás—. La conservo, y los dos prados de al lado; aquel pequeño que era del procurador Sotelo, y el grande, de doña Nicanora. Voy uniendo todos los pedazos que puedo, porque quiero hacer una hacienda grande, muy grande.

—¿Y las dos herrerías de Mieres?

—También, también las conservo. ¿Pues qué, las había de vender? No las daría por cinco mil duros.

—¡Caramba!—exclamó Gil, mirando a su hija—. Y me dijeron que de la testamentaria de tu abuelo materno te tocó una casa en Lueca.

—Una casa, una cuadra y un taller de carretería. Los tengo arrendados, y aunque no son gran cosa, dan..., sí, señor, dan.

—Luego, tú eres tan arreglado, tan cuidadoso de tu hacienda, tan formal, tan económico... Te pareces a tu buena madre, que en gloria esté.

—Además, tengo un crédito en la casa del excelentísimo señor duque del Parque, mi paisano y amigo que fué de mi señor padre.

—¿El duque del Parque? Ya sé, general y diputado, político y orador... Es de los exaltados y martilleros.

Al oír nombrar al duque, el corazón de Solita le saltó en el pecho como un loco en su jaula.

—Mi padre—prosiguió Gordón—anticipó una cantidad al señor duque para reparación de los molinos en el río Pisuenga, y además se quedó con las obras para la subida de aguas a las huertas de Cabruñana. No le pagaron, y ahora la administración de su excelencia dice que los papeles no están claros. Yo porfío que sí, y vamos a tener pleito, aunque espero que hablando yo mismo al señor duque, que está en Madrid, y recordándole lo que paso, reconocerá la deuda y me pagará por buenas.

—Sí, te pagará... Si es cosa clara...

—Son al pie de seis mil duros.

—¡Seis mil duros!... Querida Sola, ¿por qué no me abres la ventana? Me falta aire que respirar.

Gil de la Cuadra quería meter toda la atmósfera en sus pulmones.

Al día siguiente Anatolio se atrevió a hablar a su prima de algo parecido a amores. Hasta entonces una violenta cor-

tedad le había impedido tocar tan delicado punto. Estaban solos.

—Soledad—le dijo—, mi madre y tu padre nos destinaron a casarnos. Yo estoy contento. ¿Y tú?

—Yo quiero todo lo que quiere mi padre—repuso Solita.

Estaba pálida como una muerta, y sus palabras parecían suspiros.

—Yo bien sé que no puedes quererme...—añadió el mancebo—. Pues mira tú: yo te quiero a ti, aunque no te he visto sino cinco días. Hasta ahora ninguna mujer me ha gustado más que tú. Dime: ¿tienes deseos de ir a Asturias?

—Yo estoy bien en todas partes.

—Bien contestado...; pero dime: me encontrarás un poco palurdo, ¿no es verdad?

—¡Qué cosas tienes! ¿Tú palurdo?

—Digo..., en comparación contigo... Porque tú eres muy señorita y tienes un aire divino que no está mal, no está mal. Haremos buen par. Tú me afinarás, y yo te embruteceré un poco.

Diciendo esto, reía con la inocencia de un niño o un salvaje.

IX

¡Qué días aquellos los de la primavera del 22! En otras épocas hemos visto anarquía; pero como aquella, ninguna. Nos gobernaban una Constitución impracticable y un rey conspirador, que tenía agentes en el Norte para levantar partidas, agentes en Francia para organizar la reacción, agentes en Madrid para engañar a todos. En nombre de la primera, legislaba un Congreso de hombres exaltados. En representación constitucional del segundo, gobernaba un Ministerio presidido por un poeta. El Congreso era un volcán de pasiones, y allí creían que las dificultades se resolvían con gritos, escándalos y bravatas; el rey sacaba partido de las debilidades de unos y otros; el Ministerio se veía acosado por todo el mundo; pero su honradez y sus buenas letras no le servían de nada.

El ejército estaba indisciplinado: unos cuerpos querían ser *libres*, otros vito-reaban al *Rey neto*. Los artilleros se sublevaban en Valencia; los carabineros, en Castro del Río, y la Guardia real

acuchillaba a los paisanos de Madrid. La Milicia Nacional bullía en todas partes inquieta y arisca; sublevábase la de Barcelona gritando: «¡Viva la Constitución!», mientras la de Pamplona, enfurecida porque los soldados aclamaban a Riego, les hizo fuego al grito de «¡Viva Dios!» En Cartagena las mujeres se batían en las calles, confundidas con los milicianos.

No había tierra ni llano donde no apareciesen partidas, fruto natural de la anarquía en nuestro suelo. En Cataluña dos célebres guerrilleros de estado eclesiástico, mosén Antón Coll y fray Antonio Marañón, el *Trapense*, arrastraban a los campesinos a la guerra santa. El segundo, con un Crucifijo en la mano izquierda y un látigo en la derecha, conquistaba pueblo tras pueblo, y al apoderarse de la Seo de Urgel, asesinaba con ferocidad salvaje a los defensores prisioneros. En Cervera los capuchinos hacían fuego a la tropa. En Navarra imperaba Quesada, y no lejos de allí, don Santos Ladrón. Había aparecido en Castilla don Saturnino Albuín, el célebre manco a quien en otro lugar conocimos (1); y en Cataluña despuntó, como brillante aurora, un nuevo héroe, joven lleno de bríos, que empezaba con grande aprovechamiento la carrera. Era Jep dels Estanys. En Murcia empezaba a descollar otro gran caudillo legendario, Jaime el Barbudo, que iba de lugar en lugar destrozando lápidas de la Constitución.

Las grandes potencias estaban ya extremadamente amostazadas viendo nuestro desconcierto. Francia sostenía en la frontera su célebre cordón sanitario; Roma se negaba a expedir las bulas a los obispos nombrados por las Cortes; iba a reunirse el Congreso de Verona con el fin que todos saben, y en él un literato no menos grande que el nuestro echaría pronto las bases de la intervención extranjera. Las Américas ya no eran nuestras, y en Méjico, Itúrbide tenía medio forjada su corona.

Poseíamos una Prensa insolente y desvergonzada cual no se ha visto nunca. Todos los excesos de hoy son donaires y galanuras comparadas con las bestialidades groseras de *El Zurriago*, de Madrid, y *El Gorro*, de Cádiz. Los insul-

tos del primero encanallaban a la plebe. Nadie se vió libre de la inmundicia con que rociaba a los ministros, a los diputados moderados, a las autoridades todas. El Gobierno, no teniendo ley para sofocar aquella algarabía indecente, la sufría con paciencia; pero los polizontes, que no entendían de leyes, imaginaron hacer callar a *El Zurriago* de una manera muy peregrina: se apoderaron de Mejía, su redactor, y después de esconderlo durante dos días, le metieron en una alcantarilla. Era, según ellos, el paraje donde debía estar. Pero Mejía salió, y, después de limpiarse, enarbolaba de nuevo su asquerosa bandera con el lema:

No entendemos de razones,
moderación y embelecós:
a todo el que se deslice,
zurriagazo y tente, perro.

En este desconcierto, dos hombres de acción y energía pugnaban por afirmar el principio de autoridad. Eran el jefe político, Martínez de San Martín, llamado por el populacho *Tintín de Navarra*, y el general Morillo, que ganó en América la corona conde de Cartagena de Indias, militar denodado y buen caballero.

Tal era el cuadro que ofrecía esta nación privilegiada en junio de 1822.

Fijábase entonces la atención del país entero en la Guardia real, porque casi todos los individuos de ella eran partidarios del *Rey neto*, profesando esta opinión con tanto desparpajo y franqueza que a cada momento la manifestaban a sablazos. En formación o sin ella, los guardias eran propagandistas muy celosos del absolutismo, y ya podía encomendarse a Dios quien delante de ellos osase pronunciar el «¡Viva Riego!» Aborrecían *El Zurriago*, que diariamente los ponía cual no digan dueñas, y despreciaban a los milicianos nacionales. El rey no sólo los protegía, sino que los azuzaba, haciéndolos instrumentos de las oscuras tramas palaciegas; los ministros les tenían más miedo que si fueran el ejército de Atila, y Morillo aspiraba a amansarlos, reconciliándolos, ¡oh inocencia!, con la Milicia Nacional.

En su soberbia, creían los arrogantes pretorianos que podían hacerlo todo, dar

(1) Véase *Juan Martín el Empecinado*.

un puntapié a aquel desvencijado armatoste del constitucionalismo y devolver al rey sus facultades *netas*, poniendo las cosas en estado semejante al que tuvieron en el venturoso 10 de mayo de 1814. Pero, a pesar de la anarquía que podría el cuerpo social, esto era más fácil de decir que de hacer.

¿De qué manera trataba el Congreso de sojuzgar al espantable monstruo de la Guardia, que amenazaba tragarse Cortes y Libertad? ¡Ay! Los padres de la patria oían sonar los primeros truenos de la tempestad, y decidían: que se organizase mejor y con más desarrollo la Milicia Nacional; que los jefes políticos despertasen el entusiasmo liberal por medio de himnos patrióticos, músicas, convites y representaciones teatrales de dramas heroicos para enaltecer a los héroes de la Libertad; que los obispos escribiesen y publicasen pastorales poniendo por esas nubes la sagrada Constitución. En cuanto a la Guardia, como molestaba tanto, decidieron que lo mejor era suprimirla por un decreto.

En esta situación política, la Milicia Nacional voluntaria (el Gobierno quería con razón hacerla forzosa) era la institución más feliz del mundo, y los milicianos los hombres más bienaventurados de Madrid. No trabajaban; concurrían diariamente a festejos cívicos en que se empezaba comiendo y se concluía bebiendo; era estimados por el vecindario, por nadie temidos, y únicamente por los serviles guardias despreciados. Se daban buena vida, vestían lujosos uniformes, formaban gallardamente en las procesiones, tiraban al blanco y se tenían por el más firme sostén del Trono y del sistema.

Verdad es que con tantas ocupaciones fuera de casa, más de un hogar estaba abandonado, muchas herramientas rodaban mohosas por el suelo, los chicos no iban a la escuela y el orden y arreglo domésticos se resentían notoriamente. En regiones más altas advertíase que muchos libros habían sufrido la infamante pena de horca; en diversas oficinas bostezaban, cubiertos de polvo, los expedientes, y en no pocas casas de comercio los géneros y las cuentas se resentían de falta de uso. En cambio, bastantes jóvenes de elevadas familias habían moralizado sus costumbres, trocando las calaveradas dispen-

diosas por la holgazanería disciplinada de las formaciones de las guardias, lo cual, ciertamente, era una ventaja. Se habrá comprendido por estas observaciones que la Milicia Nacional de entonces no era, como alguien puede creer, un organismo militar formado con carne plebeya y artesana, sino que todas las clases sociales habían puesto en ella su magra y su tocino. Jóvenes de la clase media y de las familias más distinguidas se honraban con el uniforme de la M. y la N.

No puede darse heterogeneidad más abrumadora que la de aquella sociedad política. El rey era absolutista; el Gobierno, moderado; el Congreso, democrático; había nobles anarquistas y plebeyos serviles. El ejército era en algunos cuerpos liberal; en otros, realista, y la Milicia abrazaba en su vasta muchedumbre todas las clases sociales. Sólo la Milicia era lo que debía ser. Ya se verá también que era lo que más valía.

Hacían la guardia los milicianos en diferentes puntos. Visitémoslos en uno de ellos, en la Casa-Panadería. Aquel edificio tenía entonces el mismo aspecto de hoy, es decir, que parecía estar roldo por los ratones y manchado por las moscas. Su frontis, lleno de figuras al temple, no había paldecido tanto, es verdad, y conservaba algo del rojo subido, como un reflejo de las llamadas de los autos de fe; pero el cuerpo bajo y la galería de sillares estaban ya comidos de miseria, como se suele decir; tal era su deplorable vista a causa del tiempo y el abandono. En la gran sala baja estaba el cuerpo de guardia, el cual era dormitorio, comedor, garito, locutorio, cátedra, café, con algo de club y no poco de casino y hasta de logia, apurando mucho.

X

Era una noche de fines de junio, clara y tibia. Los milicianos, sentados en banquetas o en sillas, tenían su tertulia bajo los arcos. Había jóvenes y viejos de distintas clases sociales divididos en grupos que formara la edad, la simpatía o tal vez la posición, porque, en medio de tanta fraternidad, el principio igualitario no tenía una aplicación perfecta, como es de suponer, ni se olvi-

daban los nombres y las fortunas. Más que la jerarquía social era puesta en olvido la militar, porque soldados rasos y oficiales se trataban de tú, bebían en un mismo vaso y cambiaban, partiéndola entre uno y otro, una misma peseta.

—Allí viene el gran don Patricio—dijo, en el principal grupo, un mozo bien parecido, con insignias de sargento de granaderos—. ¿A que no saben ustedes qué es lo que le trae tan alterado y furioso?

—Que casi todos los chicos de la escuela se le van marchando. Eso ya lo presumíamos.

—Si no enseña más que tonterías... Se ha empeñado en que la Historia romana ha de ser antes que la escritura. Si quieren ustedes pasar un buen rato, lléguense un día a la escuela. Ni en el teatro se ríe uno más.

—Era el mejor maestro de Madrid antes de meterse a patriota—dijo un jovenzuelo con charretera de teniente—. Mamá ha quitado de su escuela a mis dos hermanitos, Manolo y Braulito, porque iban a casa cantando los versos de *El Zurriago* y no sabían palotada.

—¡Pobre don Patricio!—exclamó un capitán que ya era hombre mayor—. Pues yo no he quitado a mi chico por... por pereza, porque estas cosas de la Milicia le traen a uno tan distraído...; pero mañana mismo le saco de Roma y Cartago.

—La gran pena de este pobre hombre es que todos sus alumnos se los arrebató un tal Naranjo, a quien no puede ver ni en pintura, porque es servir, porque enseña por Torío, y, sobre todo, porque le quita la clientela.

—Naranjo. Naranjo—dijo el preopinante, haciendo memoria—. Yo he oído ese nombre. ¿A ver si lo tengo aquí?

Sacó una cartera, y a la luz del farol que había en la pared, miró.

—Sí, aquí lo tengo. Buen pájaro..., amigo de don Víctor Sáez, el confesor de su majestad, y del conde de Moy, coronel de guardia. Hay sospechas de que conspira.

En tanto, don Patricio, que venía de uniforme por estar de guardia aquella noche, habíase unido a un grupo de milicianos de su calidad y estofa, y dejaba oír su grave voz en toda la arca. Los jóvenes no volvieron a ocuparse de él.

—Más quiero tirar de un carro que ser hurón de conspiraciones—dijo el de la cartera.

Sentándose con muestras de fastidio, encendió un cigarro. Era el tal capitán figura demasiado grande y luminosa en el cuadro de los sucesos de 1822 para que le dejemos pasar con una simple mención. Fué su cuna la calle de Toledo y un comercio de hierro muy acreditado que heredó de su honradísimo padre, y que, beneficiado por él, pudo transmitir a sus honradísimos hijos y a sus honradísimos nietos, que fueron, años adelante, tan milicianos nacionales como él. Más que un hombre, don Primitivo Cordero era una especie. Su morrión, como las flores que se reproducen de año en año, ha brotado, digámoslo así, en períodos diversos, siempre con igual lozanía.

El primer rasgo de su carácter es la hombría de bien, y su comercio de hierro un modelo de buena fe, crédito y orden. En las relaciones sociales fué siempre hombre muy ejemplar; a nadie calumnió, ni estafó, ni maltrató. Si no odiara con toda su alma a los serviles, se le tendría por paloma torcaz antes que por hombre. Con sus amigos es leal y cariñoso, y su opinión de buen muchacho está tan arraigada, que ha llegado a ser dogma de fe desde los portales de Bringas hasta el portillo de Gilimón. En su casa es modelo de padres y esposos. Para que nada le falte, hasta es buen católico y cumple con la Iglesia sin dar que decir al sacristán de su barrio, ni menos al cura, que saben lo que pesan la cera, las limosnas y las misas del señor don Primitivo Cordero.

El segundo rasgo de su carácter es menos simpático; consiste en la ignorancia. Don Primitivo no ha hecho estudios mayores, por no ser esto costumbre en el género de ferretería y en docientas varas a la redonda de Puerta Cerrada. No se ha roto Cordero los codos en Alcalá ni en Salamanca, ni en ningún colegio ni Seminario, de modo que sus letras son simplemente las del alfabeto. En cambio, escribe por Iturzaeta con envidiable perfección; sus trazos son tan elegantes que casi invaden los regios dominios del arte; y su rúbrica, pieza de grandísimo mérito, le envanece, no sin motivo, hasta el extre-

mo de que no pierda ocasión de lucirla.

Fuera de esto, don Primitivo ignora *todo lo ignorable*, según la frase de un contemporáneo suyo, y así como el pájaro no sabe lo que canta, él jamás ha sabido ninguna cosa referente a sistemas políticos. Tiene ideas confusas, bebidas en una copla de *El Zurriago*, en un discurso de Argüelles y hasta en una frase inspirada de Pujitos; tiene, más que ideas, un sentimiento muy vivo de la bondad de las Constituciones liberales, y una fe ciega y valerosa, como la fe de los mártires, que desafía las polémicas, que desprecia los argumentos y se dispone a gritar y morir jamás quebrantada ni disuadida. Don Primitivo Cordero no aclerta a comprender que puedan existir opiniones distintas en política; no puede comprender que haya más que una opinión: la suya. De ahí resulta su convencimiento de que los serviles, moderados y clerigones, piensan como piensan por interés, siendo todos ellos farsantes, hipócritas y egoístas. Para Cordero, el mayor beneficio que puede hacerse a la Humanidad es obligarla por la fuerza a tener la única opinión posible, su opinión de él, que es la más razonable, la más lógica, la más conveniente. No pensar como él piensa es simplemente obra de la astucia o del interés bastardo, de lo cual deduce que todos los que no aman el sistema son unos pillos.

El tercer rasgo de su carácter es una sumisión incondicional a otras personas de más seseras dentro del partido, en tales términos, que él no hace sino lo que ellos hacen, y dice todo lo que ellos dicen. Don Primitivo, en los tiempos de 1822, o sea en su primera encarnación, tenía por oráculo al jefe político *Tintín de Navarra*. Le ayudaba, le servía, lo formaba, en unión de otros buenos comerciantes de la calle de Toledo, una pequeña corte, o más bien una de esas comparsillas que rodean a los personajes de segunda y tercera magnitud.

El cuarto rasgo de su carácter, en todas las encarnaciones de don Primitivo Cordero, es cierta templanza de hombre establecido y bien acomodado. Detesta las exageraciones y el derramamiento de sangre. Ha oído hablar de una cosa nefanda, la Revolución francesa, y le parece execrable; ha oído

hablar de un hombre espantoso, Marat, y le parece un monstruo, que mandaba matar gente por gusto. El no quiere que en su país pasen estas cosas, y opina que para convencer a los reacios deben emplearse, cuando más, algunos palos bien dados.

El quinto rasgo (porque son cinco) de su carácter es una gran predilección por la forma, dándole más importancia que al fondo. En la Milicia, por ejemplo, lo principal es el uniforme; en Gobierno, las palabras; en la política general, los himnos. Un viva dado a tiempo, un perdón bien tremolado, parécenle de más poder que todas las teorías. El cuenta siempre con un agente de gran valía para resolver todos los conflictos políticos: el entusiasmo; así es que casi siempre está entusiasmado. He aquí una cosa en que no se equivoca el bueno de don Primitivo Cordero. ¡Desgraciada sociedad la que desconoce el entusiasmo! Esto es evidente; pero al mismo tiempo debe advertirse que ni aun este noble estado del ánimo que dispone a las grandes acciones está libre de extravíos, y que entusiasmarse fuera de tiempo y por cosas que no lo merecen no es de hombres sesudos ni de graves políticos.

La persona de este excelente hombre era, en los días de su primera encarnación, bastante agradable. Gallarda figura, en la cual encajaba el uniforme a maravilla; mirada perspicua, no como de quien ve, sino de quien cree ver lo oculto de las cosas; semblante varonil, algo petulante, con bigotes largos (pues los de moco no les llevó hasta su segunda encarnación; andar precipitado, arrastrando con horribilísimo repiqueteo marcial el sable, como quien va siempre de prisa a comunicar algo importante; voz sonora y cierto sentimentalismo en su conversación, como quien está dispuesto a llorar dando un *viva*, o a hacer pucheros cantando un himno; cierta disposición a la fraternidad, cierta generosidad aun con los enemigos; buena fe y lealtad, además de otras cualidades, completaban su persona en lo físico y en lo moral.

Era, además, hombre que gustaba de hablar en las esquinas y en los cafés misteriosamente, cuando topaba con sus amigos; de dar noticias a medias para confundir a las gentes; de no recono-

cerse nunca ignorante de ningún suceso; de dar a entender siempre que iba a pasar algo funesto, sólo sabido por él y por *Tintin*; gustaba también de afectar el conocimiento de todas las tramas de los pillos, y siempre estaba de prisa, siempre comía a escape, siempre le estaban aguardando, siempre iba a casa del jefe político, al Ayuntamiento o a otra cualquier parte, donde debía de ser imprescindible su presencia. Ni más ni menos era don Primitivo Cordero.

XI

—Trabajo es andar tras los conspiradores—le dijo el tenientillo—. Ahí tiene usted, amigo Cordero, una cosa para la que yo no sirvo.

—Yo tampoco, ni es de mi agrado—añadió el capitán—; pero San Martín se empeña en que lo haga y no puedo desairarle. Es preciso que todos trabajemos por el sistema. ¡Y el sistema peligra, señores!

—¡Vaya que si peligra!—dijo el jovenzuelo, a quien llamaban el Marquesito, por ser hijo de un marqués—. El Sultán conspira ayudado por el Tamerlán de Francia, y dicen que Bayona es una fragua de conspiradores.

—Me han dicho—manifestó un tercero, que no era más que sargento—, que allá corre el oro que es un gusto. Mataflorida, Eguía y Morejón son los agentes que manejan las partidas realistas del Norte. Esto se va poniendo muy malcarado.

—Ya, ya se tomarán medidas, señores—dijo Cordero con aplomo—. Los *siete carbuncos* son buenos sastres. Si creen ustedes que el Gobierno duerme, se equivocan. El Gobierno sabe todo lo que se trama.

—Pues yo—dijo el sargento—no doy dos cuartos por lo que hagan los *siete carbuncos* (1). Todos sabemos que Madrid mismo está lleno de agentes que entran y salen. El rey manda sus soplonés al Norte, y el Norte envía sus correveidiles al rey.

—Madrid lleno de agentes; ¡pero si ya lo sé!... ¡Tanto romperle a uno la cabeza con los agentes!—exclamó Cor-

dero—. ¿Habrá alguien que lo sepa mejor que yo? Si los conozco a todos como a los dedos de mi mano.

—Pues ¿por qué no los prenden?

—Ya caerán. No se irá la fiesta por el repulgo.

—¿Y quién duda que los zurriaguistas y toda esa canalla exagerada, lo mismo que esos que han formado la *tertulia de los virtuosos descamisados*—dijo el Marquesito—, reciben también dinero de Palacio?

—Ya eso es más difícil de probar.

—Mejía está vendido a los realistas. Por cada insulto le dan un duro.

—Sí, podrá ser..., no digo que no. El oro de la reacción corre que es un gusto.

Volvióse a oír otra vez la voz alta y sonora de don Patricio. Se acercaba de grupo en grupo.

—¿Qué me dirán ustedes a mí—objetó don Primitivo—que yo no sepa? Aquí en mi cartera tengo unas noticias que espantarían a ustedes si se las revelase. Pero a su tiempo maduran las uvas y todo se sabrá.

—¿A qué tantos misterios? La Guardia real se subleva.

—¿Por orden del rey?

—Por orden de los agentes de Bayona, que son los que dan el dinero.

—Catorce agentes han llegado a Madrid en lo que va de mes—afirmó Cordero en alta voz—. ¿Habrá quien me pruebe lo contrario?

—Y yo digo que cuatrocientos—gritó don Patricio, acercándose a los tres jóvenes.

—Siéntese aquí el gran patriota—dijo el Marquesito, ofreciendo una banqueta al simpático preceptor.

—Vaya un cigarro—insinuó Cordero, ofreciéndoselo.

—No estará de más una copita, ¿eh?—le dijo el sargento.

Don Patricio a nada resistía.

—¡A la salud del gran Riego y de los redactores de *El Zurriago*!—exclamó después de vaciar una copa.

—Eso último no, canario. Aquí no queremos *Zurriagos*.

—Cada uno le reza a sus santos. Dicen que los *zurriaguistas* están vendidos al oro de Palacio; pero yo digo que quien se vende es el Gobierno, ¿estamos?

—Falta probarlo.

—Yo no pruebo nada.

(1) Los ministros.

—Más que el vino.

—Todos ustedes—añadió el preceptor, dirigiéndose con gran énfasis a don Primitivo—están con los ojos vendados. ¿A qué hablar de agentes venidos del Norte si los han visto como yo a los Reyes Magos?

—¿Cómo se llama aquel de quien me habló usted aquí y cuyo nombre no recuerdo?—preguntó Cordero, sacando su cartera.

—Don Anatolio Gordón... Apunte usted ése y servirá de algo.

—Ya está.

—Es alférez de la Guardia, y antes de llegar a Madrid escribió una carta que vino a parar a mis manos.

—Y que usted leyó.

—Yo no abro las cartas ajenas, ¡chilindrón!, aunque en ello me vaya la vida—afirmó don Patricio con dignidad—. Pero sin abrirla sé lo que contenía... El buen sastre conoce el paño. Tengo yo mucho ojo.

—¿Y qué contenía?

—Avisos, planes; quizá estaría en cifra. No es preciso quebrarse los cascos para comprender, señores, que dentro de aquella epístola se encerraba el monstruo hediondo del despotismo.

—Bien.

—Y sólo con vez a quién iba dirigida...

—¿A quién?

—A don Urbano Gil de la Cuadra...; puede que no le conozcan ustedes... ¡Ya!, a estos chicos de teta hay que enseñarles el abecé de la política. Gil de la Cuadra fué compañero del cura de Tamajón. Ambos hicieron aquel horrendo plan... Ya saben ustedes.

—¡Sí, ya sé! Estuvo preso.

—Pero se escapó, y como nuestros Gobiernos de mantequilla protegen a todos los tunantes, y basta ser realista para ser mimado y recibir confites, Gil de la Cuadra volvió a Madrid, y ahí está haciendo su santa voluntad y riéndose de nosotros. ¡Por los clavos de la chilindrón!

Cordero apuntó.

—Basta saber dónde vive para comprender que no se ocupa, como el diablo cuando no tiene qué hacer, en matar moscas con el rabo.

—¿Y dónde vive?

—En casa de Naranjo, hombre de Dios. Vaya unos amigos que tienen los carbuncos. No saben más que farandu-

lear con los uniformitos, y mientras el enemigo nos mina el terreno, ellos pasan el tiempo retorciéndose el bigotejo lleno de pomada. ¡Qué amigos tiene el Gobierno! Será preciso que nosotros los zurriaguistas, nosotros los locos, los furiosos, los descamisados, los republicanos, los digamos dónde está el lobo.

—¿En casa de Naranjo?

—Hombre abominable—dijo el Marquesito con sorna—, hombre feroz que enseña por Torío.

—¿Y Gil de la Cuadra recibió la carta?—preguntó Cordero, mojando el lápiz en la punta de la lengua.

—Y después que la recibió, salió... Yo acechaba, señores, porque me ocupo de estas cosas, aunque *Tintín* no me pide su parecer... Pues bien: Gil de la Cuadra salió, y con todos los guardias que encontraba al paso hablaba, ¿eh? Después fué a la Cuesta de la Vega y entró en el cuartelillo de Palacio.

—Donde está el primer batallón.

—Pues no hallo en eso nada de particular—dijo el sargento.

—No..., ustedes en nada hallan nada de particular. Cuando reviente la mina, veremos si hay algo de particular. Si esto fuera pintar la mona, los sorprendería a ustedes; pero esto es indagar, inquirir, vigilar a la canalla...

Cordero apuntó otra vez.

—¿Y ese Naranjo?

—Es el íntimo de don Víctor Sáez, que va a su casa todas las noches.

—¿Le ha visto usted?

—Como que no ceso de acechar la casa.

—¿Y el guardia?

—¿Gordón? Va también todos los días dos veces. El ha de ser quien alcahuetee con sus compañeros. Gil de la Cuadra ha de ser el director. Pues no tiene poco intrínquilis ese señor. ¡Si le conoceré yo, que he sido su vecino!

—Estos datos pueden ser de mucho valor si se confirman con otros más positivos.

—Ustedes..., ya se sabe—dijo don Patricio, amostazado—, no creen en el peligro hasta que lo ven encima; no creen en el fuego hasta que se queman. Cuando vean que en menos que canta un gallo todo se lo come un perro, dirán: «¡Oh, qué tontos hemos sido!» Esténse como ahora, y ya verán. Los serviles nos harán escupir la lengua en la plazuela

de la Cebada, y entonces ya no habrá tiempo más que para dar un «viva» a la Libertad con el último respiro. Bien vamos, bien, en manos de *Rosita la Pastelera*... (1). Guerra y exterminio a los exaltados, gorros, descamisados y zurriaguistas que quieren poner la república y desacreditar el sistema, eso es. En cambio, paz y protección a los serviles, a los criados de Palacio que están conspirando, a los cortesanos del catorce que aborrecen el sistema. Para éstos, cortesías y tolerancia; para nosotros, palos y cárceles. Muy bien, señor Cordero, muy bien se portan los amigos de usted. Por este camino pronto medraremos. ¿Sabe usted lo que pasa en Aranjuez, donde está la Corte?

Don Patricio, al hacer esta pregunta, daba a su rostro la expresión de un nigromante que va a relevar secretos terribles.

—No sé que pase nada de particular —repuso Cordero.

—Ya..., nada de particular. De modo que donde meten el rabo Infantado, Amarillas y Montijo, ¿no pasa nada de particular? Y donde hace sus guisados Rosita la Pastelera, ¿no pasa nada de particular? Donde está bulle que bulle la cuadrilla de anilleros, afrancesados, serviles, ¿no pasa nada de particular? Sí, porque el emperador de la China, *Tigrekán* (2), está mano sobre mano. Y sus hermanos el príncipe *Alfeñike* (3) y el príncipe *Pakorrito* (4), tampoco hacen nada. No se conspira, no se tiene todo aprepárido de acuerdo con el infame Gabinete pastelero para acuchillarnos a los libres y proclamar al absolutismo. ¡No; si no ocurre nada; si estamos en una balsa de aceite; si marchamos, marchamos, ¡rechilindrones!, y él el primero, por la sendita constitucional; si los guardias os quieren mucho; si el Abuelo, y don Santos, y el Trapense, y Jaime el Barbudo, son nuestros espoliques; si la clerigüecía nos mima y es capaz de jugar los kiries por obsequiarnos!...

—Se conspira contra el sistema—dijo Cordero con hinchazón—; hay mucha pillería en Madrid y en la Corte, ya lo

sabemos. Pero ¿quién tiene la culpa sino los anarquistas con sus escándalos?

—Eso es: nosotros, todos nosotros. Nosotros somos peores que Tintín y que Tigrekán y que el *Trabuco* (1), que es cuanto hay que decir—gruñó Sarmiento, levantándose—. Cuidado, cuidadito, señores templados, no se nos suba San Telmo a la gavia, y entonces... Puede que nos cansemos de aguantar, ¡ea!... Puede que algún día se diga: «Vaya, pues ya parió la Pepa», y entonces se sabrá lo que somos. Conque, *abur*, señores formalitos. Memorias al amigo Tintín, señor Cordero, y expresiones a *Trabuquito*... Yo me voy, que entro de guardia.

—Pues ya se sabe: mañana no hay escuela.

—Me parece natural. ¿Es uno de palo? Desgraciados chicos si no se les da algún descanso.

Un nuevo personaje se presentó en el grupo. Vestía también de miliciano, y era pequeño y avejentado, aunque muy vivaracho y flexible. Distinguíase principalmente por el color encendido de su alegre rostro, por su pequeña nariz picuda y sus gafas de oro. Aspecto menos marcial jamás se ha visto; pero tampoco fisonomía más bonachona que la de don Benigno Cordero, honrado comerciante de la subida a Santa Cruz y tío felicísimo de nuestro don Primitivo.

—¿Qué hay, tío?—le preguntó éste.

—Pasado mañana viene su majestad —repuso don Benigno, frotándose las manos—. ¿A cuántos estamos?

—A veintiséis.

—Pues dentro de cuatro días, el lunes, tendremos gran formación, señores. Conque prepararse.

—¡Gran formación!

—Sí. El día treinta es la ceremonia de cerrar la legislatura. ¿Hay alguno de la compañía a quien falte el uniforme?

—A ninguno. Conque ¿el día treinta?

—El día treinta...—dijo don Patricio, dando media vuelta—. ¿Formación? Bueno va...

Tintín sigue tan ufano,
y *Trabuco* tan contento...

(1) Don Francisco Martínez de la Rosa.

(2) Fernando VII.

(3) El infante don Carlos.

(4) Don Francisco.

(1) El general Morillo.

Grandes planes se susurran;
 hay varios pájaros presos.
 Don Coletilla (1), en Bayona,
 está manando en dinero:
 a fuerza de pesos duros
 a media España ha revuelto.
 Andan por los barrios bajos
 de la corte muchos cuervos.
 Nos custodian las fronteras
 veinticinco mil podencos.
 El martillo se perdió;
 los valientes se murieron;
 los gorros ya no son gorros;
 se van tornando en jumentos.
 Tigrekán salta de gusto,
 esperando ser *Rey neto*...
 Parece que estamos tontos...
 La cosilla tiene pelos...

Como recitaba en voz alta estos versos, sus compañeros le hacían coro con risas y agudezas.

XII

Anatolio, después que arregló el negocio de su entrada en la Guardia, fué a Aranjuez con la Corte. Gil de la Cuadra, durante la ausencia de su futuro yerno, a fines de junio, pasaba las horas recordando hasta las más triviales palabras de éste, haciendo cuentas para fijar bien la cifra de su fortuna y dando consejos a Solita sobre la mejor manera de fomentar las praderas, de gobernar una casa de labor y de hacer manteca.

—Cansado estoy de hacer manteca en La Bañeza, donde la hay excelente—le decía—; pero tú, con la magnífica leche de Asturias, la podrás obtener mejor.

Soledad, por darle gusto y tenerle contento, afectaba tomar con calor estos temas. Suegro y yerno habían concertado la boda para los primeros días de julio, y no había que pensar mucho en los preparativos, porque todos podían hacerse en un día. Los referentes a la documentación ocuparon durante un par de semanas a don Urbano, que se consagraba a esta dulce tarea con tanto júbilo como cuando se casó por primera vez, lleno de dulce ilusiones.

Un día, mientras su padre escribía algunas cartas, Soledad salió. Iba por la calle con la vista fija en el suelo, sin

reparar en nada de lo que a su vista ofrecía Madrid en tiendas y gentío a la mejor hora de la mañana. Pero, a pesar de su abstracción, no se equivocaba de camino, y seguía derecha y sin vacilar calle tras calle, hasta que llegó a la casa del excelentísimo señor duque del Parque. Ningún obstáculo halló a su entrada, y, por fortuna, la persona que buscaba no tenía a nadie en su compañía. Cuando Sola se sentó junto a la mesa del despacho, su hermano pudo observar en ella una palidez y tristeza mayores que de ordinario.

—¿Qué tienes?—le preguntó, tocándole la mejilla con las barbas de la pluma—. ¿Está ya arreglado el casamiento?

—Ya—dijo Sola, esforzándose en sonreír—. Pero quiero que me aconsejes tú.

—¡Pues qué!, ¿no lo has decidido todavía? ¿Necesitas de mi consejo para tomar una decisión tan buena?

—Sí—afirmó ella, suspirando—, porque, según lo que tú me digas, así haré. Sería una falta muy grande que no te consultara para todo, después de lo que has hecho por mí.

—Soledad—dijo el joven con gravedad—, te considero como una hermana, te quiero como una hermana. Si hubiéramos nacido de una misma madre, no me interesaría por ti más de lo que me interesa. Pues bien: mi consejo de hermano es que te cases sin vacilar.

—Bueno, bueno..., yo quería saberlo; quería que me lo dijeras, así, terminantemente.

La voz de Sola temblaba, y sus palabras salían, como el trino musical, en sílabas aperladas, cristalinas.

—Pero me parece que no estás contenta—continuó Salvador, dejando la pluma y apartando el papel—. Vamos a ver, querida: ¿no dices que tu padre desea el casorio?

—Lo desea tanto, que se volvería loco o se moriría de pena si no me casara.

—Entonces...

—Decidida estoy a hacer el gusto a mi padre; pero quería saber si tú aprobabas mi resolución. Por esto conocerás el gran respeto que te tengo.

—Dejémonos de respetos. Tú te casas, simplemente, porque de este modo haces feliz al pobre señor Gil, y no por otra razón.

—Ni más ni menos.

(1) Eguía

—Eso quiere decir que no amas al que será tu marido.

Salvador le clavó los ojos con tal fijez, que Sola se turbó más.

—Si he de decirte la verdad, Salvador—dijo, sonriendo con gracia—, no le quiero mucho. ¿Por qué he de ocultártelo, por qué no he de decirte la verdad a ti, hermano mío, a ti, a quien debo la vida cien veces?...

Monsalud meditó breve rato.

—A pesar de eso—dijo al fin—, yo creo...

—¿Qué?

—Que debes casarte. ¿No dices que tu padre se volverá loco o se morirá si no le obedeces?

—Seguramente, y le obedeceré. Sólo pensar lo contrario me da miedo.

—Entonces, no me pidas consejo.

—Es que si tú...

Soledad se sofocaba. Necesitaba tomar aliento a cada palabra.

—Es que si tú me aconsejaras otra cosa, hasta sería capaz de no hacer lo que mi padre desea. Se enojaría por algún tiempo; pero ya buscaría yo el medio de contentarle.

—No puedo aconsejarte tal cosa—dijo Salvador seriamente—. Respóndeme con franqueza. El lugar que en tu corazón corresponde a ese señor primo, ¿se lo has dado a otro?

Soledad vaciló un instante y se puso como la grana.

—A nadie.

—Entonces, hija—dijo Monsalud, apartando la vista de su hermana para fijarla en lo que escribía—, todo es cuestión de un poco de tiempo. He visto a tu primo, tengo antecedentes de él, y respondo de que le querrás mucho. No te apures.

—¡Oh, eso sí! Es buen muchacho.

—Y en esta oficina hay datos para creer que es honradísimo. Aquí estuvo a solicitar del señor que le abonara unos créditos... Ya sabes.

—Sí.

—El duque vacilaba. Yo pedí informes a un mayordomo asturiano que vino a traer cuentas, y, en virtud de las buenas noticias que me dió, aconsejé a su excelencia que accediera a la petición de tu marido... Ya se le puede dar ese nombre.

—¿Y ha consentido el duque?

—Sí. Cuando vuelva tu primo de Aran-

juez, le daré esa buena noticia. ¡Ah, pobrecilla! Bien puedes decir que se te ha entrado la fortuna por las puertas. Anatolio es un joven agradable, bueno, sencillo, honrado, trabajador. Además, posee regular fortuna. Tu situación y la de tu padre son tales, que podéis considerar esto como una bendición de Dios. No son otros tan afortunados. Sola, no desprecies lo que te da la mano de Dios, no tengas soberbia, no vaciles.

—No, si yo no me quejo—respondió la muchacha con turbación—. Si no digo nada; si estoy decidida a casarme. Ya te lo dije al entrar aquí. Mi padre lo quiere, y basta. ¡Pues no faltaba más!

—Y no sólo porque lo quiere tu padre, sino porque te conviene, Sola; porque este favor del Cielo excede a cuanto podías apetecer... Dime, ¿qué encuentras en Anatolio que no te agrada? Yo le encontré bien parecido, simpático, y su franqueza y lealtad me cautivaron.

—¡Oh!, a mí también...: no me desagradaba—dijo Sola, tratando de aparecer serena.

—¡Si vieras con cuánto interés le miraba yo! Le miraba como a persona que va a entrar en mi familia, y, observándole, decía para mí: «Como no hagas feliz a mi pobre Sola, ya te verás conmigo.»

—Si él hubiera sospechado quién eres tú, es decir, que eres mi hermano, que me das limosna...—indicó la joven.

—¡Oh!, cualquier sospecha de este género le habría sentado muy mal. Es difícil hacerse cargo de las circunstancias en que nos hemos visto tú y yo... Cualquiera pensaría mal de mí y peor de ti. Solilla.

—¡Valiente cuidado me daría a mí de que pensarán algún disparate!

—Pero ya debemos estar tranquilos. Muy pronto no necesitarás de mí. Yo te aseguro que lo siento.

—Y yo también—replicó ella maquinalmente.

—Ahora son un tanto peligrosas estas entrevistas nuestras—dijo Salvador con distracción—. ¿No te parece? Figúrate que alguien le dijese a tu primo...

—¡Oh! Sí... Ya te comprendo.

—Hay que tener circunspección. Querida hermana, no vuelvas aquí.

La querida hermana sintió una puñalada en el corazón.

—Sí..., es verdad—dijo, balbuciendo—.

Yo había pensado... lo mismo. No debo volver..., no volveré más.

—¡Qué triste es para mí tener que hablar de este modo! Creo que te echaré de menos, querida Sola, y que los momentos que has pasado junto a mí en este gabinete y junto a esta mesa no se me olvidarán mientras viva.

A pesar de su aparente timidez y dulzura real, Solita no carecía de valor. Las desgracias de su vida habían dado singular temple a su corazón, y sabía ponerse a la altura de las circunstancias. Pudo, pues, alzar la frente con despejo, sonreír cariñosa, aunque serenamente, a su hermano, y decirle estas palabras:

—Y a mí, ¿podrán olvidárseme los beneficios que me has hecho? ¿Podrán olvidárseme las atenciones que has tenido conmigo, y tu empeño de llamarme hermana y tratarme como a tal? No se ven en el mundo ejemplos de caridad tan grande ni ejercida con tanta delicadeza.

—No he hecho por ti sino lo que debía. Tú te mereces mucho más... Pero el poco tiempo que nos queda para estar juntos no lo empleemos en estas tonterías. Piensa que ahora nos vamos a separar, quizá para siempre. Sabe Dios cuál será el destino de cada uno. Probablemente, tú serás feliz..., vivirás contenta al lado de tu marido, que es un bendito, y de tus preciosos niños (porque tendrás hijos), y disfrutarás un bienestar tranquilo, sin ambición, sin cuidados, mientras que yo...

—Tú no eres feliz porque no quieres. No veo yo que te hace falta.

—Me falta todo—dijo Monsalud con tristeza—. Tú, amando tranquilamente a tu marido (porque le amarás, puedes estar segura de ello), rodeada de los hijos que has de tener, y al lado de tu padre, que vivirá todavía algunos años, puedes hallarte en la plenitud de tus sentimientos; puedes estar satisfecha, saciada, que es, como si dijéramos, con todas tus ideas realizadas, con tu vida llena hasta los bordes, sin ningún vacío. En mí, querida Sola, todo es vacío.

—Esto sí que no lo comprendo. Será porque tú lo quieres así—dijo la muchacha, fijando la vista en varios objetos que había sobre la mesa y moviendo otros con su inquieta mano.

—No es fácil que lo comprendas. Dices bien. Por tu dicha, es tu naturaleza muy distinta a la mía... ¡Qué feliz ser

así! Tú tienes resignación para soportar las contrariedades; tú tienes una acendrada fe cristiana, que en mí, por mi desgracia, no existe; careces de pasiones exaltadas; tus sentimientos son tranquilos, fríos, dóciles, es decir, que haces de ellos lo que quieres; los míos son ardientes, furiosos, tiranos, es decir, que me esclavizan y juegan conmigo. Tus aspiraciones, en la esfera de los sentimientos, son razonables, proporcionadas a ti misma, a tu estado, a tus circunstancias; las mías son absurdas casi siempre, contrarias al buen sentido y a las leyes del mundo. Tú amarás a quien debes amar; yo siento atracción tan fuerte hacia lo imposible, que me estrello, sí, querida mía, me estrello (no encuentro otra palabra) contra unas murallas altas y negras que me cierran el paso. Tú descansarás en el cumplimiento de tu deber, confiada, tranquila, con el corazón y las ideas dentro de lo que yo llamo la medida social; yo estoy siempre fuera de la ley; yo siempre estoy en revolución; yo siempre vivo en un mundo, pienso en otro y en otro siento, sin poder jamás hacer de los tres uno solo.

Soledad habría podido decir mucho sobre aquel tema; pero, por lo mismo que podía decir mucho, no dijo nada.

—Aquí tienes la diferencia que hay entre los dos—continuó él—. Tú estás cortada para la felicidad; yo, para la desgracia. Si algún día llegan a ti noticias de mí...

—¡Pues qué! ¿Te vas?—preguntó Sola con viveza, frunciendo el ceño.

—Mi pobre madre enferma me detiene aquí; que si no... Yo no puedo vivir en este país.

—Que es el mejor de los países. No, hermano, tú no debes salir nunca de aquí, donde tienes tantos amigos.

—Hermana, no digas que se puede vivir en una sentina de envidias y miserias. ¡Si, al menos, esto fuera grande para poderse uno mover! Pero no puede haber un muladar más pequeño. Yo estoy decidido...

—¿A marcharte?

—¡A América!—dijo Salvador con entusiasmo.

—¡Oh, qué disparate!

—Cuando me quede solo, me marcharé para no volver más.

—Pero ¿tú puedes estar solo alguna

vez? No, no lo estarás. ¡Qué horror! ¡A América, tan lejos, con el mar, un mar tan grande, por en medio!

—¡Ojalá fuera mayor!... Pero aún nos hemos de ver antes que te cases. ¿Cuándo te casas?

—Lo más pronto posible—respondió Sola enérgicamente y con rápida voz, que indicaba la rapidez de la idea.

Ella también quería poner su mar por en medio.

—Te veré quizá—dijo Monsalud, distraído, mirando el reloj colocado en la pared de enfrente—. Y si no, el mismo día de la boda estaré en la iglesia.

—Eso no podrá ser.

—¿Por qué no?

—Porque no es conveniente. ¡Qué cosas tienes!

—¿Y si a mí se me antoja?

—No te acordarás de ir.

—¿Que no me acordaré?

—No te acordarás—dijo Sola, enredando en la mesa no ya con una mano, sino con las dos—, porque eres muy distraído. El otro día dijiste que irías a pasear por San Blas, y no fuiste.

—¡Oh!, tuve que hacer...

—Es que no te acuerdas: se te van las ideas de la cabeza. Estás siempre distraído, pensando en las nubes de antaño.

—Naturalmente, en algo ha de pensar uno—dijo Monsalud, riendo.

—Es que tú te fijas poco en lo que tienes delante, en lo que ves con los ojos de la cara. Tu pobre madre está disgustada, porque ahora, según dice, te ve más distraído que nunca.

—¿Distraído?

—Más enamorado que nunca, habrá querido decir. Esa es tu enfermedad.

—¿Ahora más que nunca dice mi madre?

—Ahora más que nunca, te hablan y no entiendes, miras y no ves. Así me lo dijo doña Fermina. Tienes la cabeza llena de vapores; pero tan llena, que no existes más que para la persona desconocida que te ha puesto de este modo. Para nosotros no eres más que una sombra.

—¿Eso dice mi madre?—preguntó el joven, riendo.

—Y yo también lo digo.

Esta última observación no la oyó Monsalud, profundamente abstraído, la vista fija en el reloj.

—Adiós, Sola—dijo de repente—. Es preciso que te vayas.

—¿Qué hora es?—preguntó la muchacha, sintiendo una gran turbación—. ¿Esperas a alguien?

—No debes estar aquí más tiempo. Son las doce.

Soledad dirigió una mirada, la última mirada, a los muebles, a los cuadros viejos de batallas, al reloj, al archivo, a los papeles amarillentos, a los legajos polvorosos y demás objetos de aquella estancia, que habían sido durante tantos días imágenes halagüeñas en su fantasía y en sus ojos, y que ya no debía volver a ver. Al despedirse de tan queridos cachivaches, una piedra de hielo gravitó sobre su corazón.

—Ya me voy—dijo, aparentando serenidad—. No te molesto más.

Salvador volvió a mirar el reloj. Estaba pálido.

—Las doce—dijo Solita.

—Sí, las doce, y...

Monsalud no se cuidaba de disimular su impaciencia. Soledad le alargó la mano. Si en aquel momento no estuviera él tan profundamente distraído; si no tuviera, como tenía, el pensamiento y la vida toda en cosas y personas muy distintas de la pobre muchacha desvalida que estaba allí, habría visto en ella, seguramente, algo digno de llamar su atención. Además, Soledad desplegaba cada vez más valor, más entereza de ánimo, y había aprendido a cubrir el llanto con la risa.

—Adiós, mi queridísima hermana—dijo Monsalud, estrechándole las dos manos.

Después la condujo suavemente hacia la salida.

Soledad le dijo adiós por última vez, y volvió la cara hacia la puerta. Dos pasos más, y la puerta se cerró tras ella.

Aunque es cosa averiguada que el corazón no tiene alas, puede y debe decirse, aceptando la anatomía vulgar, que a Solita se le cayeron las alas del corazón. Salió a la calle sin ver portero, ni portal, ni puerta, ni calle. Ella no veía más que su propia alma, que en aquellos instantes se le presentaba clara y completa, con la lucidez que da el dolor. Dió algunos pasos sin saber adónde iba; pero las rejas de la habitación donde había estado dijeron algo

a su entendimiento, y se detuvo. En el mismo instante, vió una mujer que entraba en el portal de la casa. Corrió hacia allá, volvió a la reja, tratando de mirar hacia dentro con disimulo; pero nada pudo ver. Oyó, sí, una voz femenina, poco agradable, por cierto, y al fin pudo distinguir una sombra, un perfil de mujer fea y ordinaria, que parecía criada. Apartándose entonces de la reja, corrió hacia la esquina de la calle, donde vió un coche. La inquietud investigadora que la dominaba hizole mirar hacia el interior de la berlina, y vió una mujer hermosa. Tan hermosa le pareció, que creía no haber visto nunca belleza semejante. Los ojos de la dama y su actitud pensativa y expectante revelaron a Solita algo de lo que deseaba indagar.

No quiso ver, ni oír, ni enterarse de nada más, y corrió hacia su casa. A cada paso aumentaba la populosa grandeza del mundo que dejaba tras sí para siempre, y crecía el árido desierto que tenía delante. Las encantadoras esperanzas que pueblan la vida corrían hacia atrás, y a cada paso, el abandonado corazón se iba quedando más solo.

XIII

Al entrar en la calle de las Veneras, por la plazuela de Navalón, vió a don Patricio en la esquina. Vestía de paisano.

—Buenos días, señora doña Solita—le dijo, riendo—. ¡Qué tarde vuelve la niña! Salió usted hace dos horas. Ya está de vuelta de Aranjuez el joven guardia. Traerá buenas noticias. Dígame usted que estamos preparados.

El irónico acento del procax viejo no hizo impresión alguna en el ánimo de Soledad.

—Buenos días, don Patricio—le respondió con indiferencia.

Atendía demasiado a lo interior de su alma perturbada para poder discutir sobre los móviles que llevaban a Sarmiento a tales sitios. Al entrar en su casa, Anatolio salió a recibirla. El rostro del joven irradiaba alegría como luz el de Febo.

—Ya estoy aquí—le dijo—. No dirás que he tardado muchos días.

Solita dijo algo, sin duda; pero ella misma no supo lo que dijo. Gordón, tomándola de la mano, la llevó adentro. Gil de la Cuadra se enjugaba las lágrimas que la inesperada aparición de su radiante yerno en el cielo de la casa le había producido.

—Mira, querido Anatolio—le dijo—: debes de estar muy cansado. Siete leguas a caballo descoyuntan a cualquiera. ¿Por qué no te echas en mi cama?

—Gracias, tío.

—Hombre, ten confianza. Echate, Anatolio. ¿No te parece, Sola, que debe echarse?

—Sí, que se eche... ¿Conque has llegado...?

—¿No te dijo el corazón que llegaría hoy?

—¿El corazón?...—preguntó Sola, que creyó volverse idiota—. No, sí..., sí me dijo eso. Siéntate.

—Pero, hija, ¿acabarás de dar vueltas por la habitación?—dijo Cuadra, riendo—. En resumen, ¿te quitas el manto o no te lo quitas?

—¡Ah! Sí..., creí que me lo había quitado ya.

—¡Qué turbada estás!... Hoy comerá Anatolio con nosotros. Ya empieza a participar de nuestra pobreza... ¡Oh, qué feliz soy, Dios mío!... Dime, ¿qué ha habido de particular en el Real Sitio?

—Cosas estupendas—repuso Gordón, haciendo, al fin, lo que tan reiteradamente le había rogado su suegro, es decir, echándose—. Muchos vivas al rey absoluto, otros tantos al rey constitucional, bastantes palos y algunos sablazos. El día de San Fernando, un miliciano insultó al infante don Carlos.

—Sí, ya lo supimos. ¡Qué iniquidad! ¡Y no se castigan tales desacatos!

—Su majestad ha venido esta mañana. Dicen por allá que, día más, día menos, va a haber aquí un cataclismo. Mis compañeros están furiosos y decididos a proclamar al rey neto. Acabáramos de una vez. Lo que ha de venir, venga pronto.

—Dices bien; pero no te metas en nada, querido hijo. Yo sé lo que es política; sé lo que es conspirar. Mucho cuidado. Sigue a tus compañeros; pero no te distingas entre ellos por un celo excesivo en favor del rey neto.

—Así lo haré—dijo Anatolio, estirán-

dose bien para tocar con las manos la cabecera del lecho—. Poco tiempo me queda de servicio. He pedido mi licencia absoluta... A casa, que es madre; a cuidar de mi familia y de mi conveniencia.

—¡Admirablemente pensado y dicho! Vamos a ver, ¿tienes tus papeles corrientes para la boda?

—Todo corriente. Por mi parte... Que mi prima fije el día.

—¿Que yo fije... que yo fije el día...? —balbució Sola, mirando a su padre.

—Es claro, mujer; que digas: «Tal o cual día me quiero casar.»

—Pues el día... que ustedes quieran.

—Mañana—gruñó Anatolio.

—Hombre..., calma, calma. Fijemos un día clásico, el domingo, o para el Carmen.

—Muy bien.

Poco después comieron, siendo muy de lamentar que en día de tanta solemnidad equivocase todas o la mayor parte de las cosas Solita. ¡Ella, que no se equivocaba nunca! Mas el padre, única persona que podía apreciar la singularidad de tales distracciones, no fijó en ellas la atención, o las atribuyó a una causa muy natural. Durante la comida, Anatolio, cuyo carácter había parecido hasta entonces poco comunicativo, empezó a desarrollar una locuacidad tan viva, que no era fácil comprender adónde llegaría por aquel inusitado camino. ¿Era que había envasado en su cuerpo todo el vino que faltaba en la botella puesta con previsora solicitud a su lado? Tal vez sí, tal vez no. No aventuramos un juicio que podría ser desmentido más tarde por los hechos. Lo cierto es que Soledad no le quitaba los ojos, inspeccionando la altura, cada vez menor, del líquido, y la incontinenencia del alférez, que, sin duda, llenaba con comida y bebida todo lo que con el gasto de palabra iba quedando vacío.

Por la tarde, levantados los manteles, salieron los tres de paseo o hacia San Blas, no ocurriendo nada digno de contarse sino que Anatolio (quizá sería ilusión de los extraviados sentidos de Solita) no ponía los pies en el suelo ni sostenía su cuerpo con el aplomo y gallardía propios de un militar. De vuelta en la casa, encendieron luces; Sola tomó su costura, don Urbano se puso las

antiparras y, sacando una baraja que en el cajón de la mesa tenía, invitó a Gordón a echar una partida de mediador. Los tres en torno a la mesilla formaban un grupo por demás interesante, en apariencia, y que lo hubiera sido en realidad si los tres corazones latieran a compás, y si las tres almas se contemplaran delicadamente la una en la otra, sin interposición de imágenes extrañas y sombras proyectadas desde lejos por otras almas.

Durante largo rato no se oyó más ruido que el de la aguja y las frases y términos propios del juego. A las diez de la noche, el cuadro había cambiado. Las cartas estaban esparcidas sobre el tapete; don Urbano, con los codos sobre la mesa, como un escolar que estudia la lección del día siguiente, leía en voluminoso libro; Anatolio dormía con la cabeza reclinada sobre el hombro, el morrión caído sobre la ceja izquierda, abierta casi de par en par la boca y cruzados los brazos sobre el pecho; Soledad seguía cosiendo, la vista fija en su aguja, las cejas ligeramente fruncidas. ¡Entre las manos y los ojos, qué inmensidad de ideas, de figuras, de imaginaciones! ¡Qué contraste entre la rústica beatitud del novio y la silenciosa meditación de la futura esposa!

A las doce y media oyóse ruido de pasos en la parte de la casa habitada por Naranjo. Como las habitaciones eran tan pequeñas, fácilmente se comunicaba todo rumor de una parte a otra y aún podía verse quién entraba y salía. En la alcoba de Gil bastaba levantar el percal rojo que cubría una vidriera para observar a las personas que pasaban de la escalera a la sala de Naranjo.

—Hija mía—dijo el anciano—, parece que esta noche tendremos también gran ruido. Asómate a la puerta vidriera y mira quién entra a visitar a nuestro amigo Naranjo.

Soledad se levantó, estuvo breve rato en acecho y volvió, diciendo:

—Son tres; los mismos de la otra noche.

—Me lo temía—insinuó Gil de la Cuadra con desabrimiento—. Esta es una vecindad que no me gusta. ¿Ha entrado también aquel señor...?

—¿El eclesiástico gordo? Sí, acaba de entrar.

—Don Víctor Sáez—dijo entre dientes el viejo, apartando el libro.

—¿Es el confesor de su majestad, padre?

—Chitón..., por Dios... Silencio, querida Sola—murmuró Cuadra, llevándose el dedo a la boca y abriendo con espanto los ojos—. Cuidado con lo que hablas. Figúrate que no tienes ni ojos ni oídos. Hazte cargo de que nadie viene a la casa del maestro Naranjo.

Soledad recobró la costura.

—Porque has de saber—añadió el viejo—que estos señores han escogido la casa de nuestro amigo como el lugar menos sospechoso para reunirse y tratar de sus diabluras... Como sólo vivimos Naranjo y nosotros, que somos la discreción en persona... Pero yo no quiero meterme en nada..., porque esto no tendrá buen fin. Veo, escucho y callo. Créeme, estoy escarmentado de conspiraciones, y sé adónde conducen.

—¡Conspiraciones!

—Chitón...; por Dios y la Virgen, mucho sigilo.

—¿Y para qué conspiran?—preguntó Sola, bajando mucho la voz—. ¿Para trastornarlo todo, para que todo se vuelva del revés?

Al preguntar esto, el semblante de Sola se había animado y resplandecía con la extraña viveza que dan curiosidad o interés profundo. Creeríase que un destello de esperanza lo iluminaba.

—Sí, para volverlo todo al revés. Estas cosas, estos planes, son admirables cuando salen bien; pero casi siempre salen mal, hijita. En verdad te digo que de buena gana viviría en otra casa... ¡Hola, hola! Más ruido de botas... Sal a ver.

—Otros dos; los mismos que vinieron hace cuatro noches—dijo Sola.

—¿Son los dos altos y bigotudos?

—Sí.

—Los guardias. El más bajo de ellos es el conde de Moy, jefe de uno de los batallones de la Guardia. Ya la tenemos armada.

—¿Qué?

—Pero, tonta, ¿tú no has comprendido? Pues ¡es un grano de anís! La Guardia Real quiere dar al traste con la Constitución y los liberales.

—¡Los guardias, es decir, Anatolio! ¿Y cree usted que podrán?—preguntó Sola con incredulidad.

—Hija, son muy valientes.

—Y en caso de que no puedan, ¿tendrán que huir todos, absolutamente todos, y marcharse de Madrid?

—Un Cuerpo tan esclarecido no volverá la espalda.

—¿Y eso será muy pronto?

Soledad mostraba grande interés.

—Debe de ser pronto. Es necesario apresurar el casamiento. Quisiera que Anatolio estuviese ya fuera del servicio para esos días. ¡Pobre hijo mío, si le sucede alguna desgracia!

Solita miró a su futuro esposo. Podía haberse creído que aquella mirada era una saeta, porque Gordón se movió en su beatífico sueño; cerró la boca, y, llevándose ambos puños a los ojos, se amasó los párpados hasta ponérselos rojos.

—¿Qué hablaban de mí?—preguntó torpemente.

—Vamos, que no has echado mal sueño.

—Si no dormía... Sentí, es verdad, un poco de sueño, cerré los ojos, pero no he dejado de oír lo que hablaban.

—A ver, ¿qué decíamos?

—Que yo debía haber sido eclesiástico en vez de militar.

—Hombre, ¡qué chuscadas tienes!—dijo Cuadra.

—¡Si oía perfectamente!

—Por Dios, confiesa que estabas dormido. Si me dejaste a medio juego. Hiciste perfectamente. Ya se ve... Siete leguas a caballo.

—¡Todo sea por Dios!

—¿Sabes que en las habitaciones del señor Naranjo—indicó don Urbano, acercando sus labios a la oreja del alférez—, ahí, poquito más allá de aquella puerta vidriera, están tratando de vuestro levantamiento?

—¿De nuestro levantamiento?

—Cabal. ¿Quién creerás que ha venido? El conde de Moy.

—¡Mi jefe!

—Otro señor comandante de guardias, que debe de ser Herón; el confesor de su majestad, don Víctor Sáez, y dos señores más que no conozco.

—¡Conspiración!

—¡Silencio!—dijo Cuadra, tapándole la boca con la palma de la mano.

—Pues sí: dicen que nos levantaremos. La Guardia Real no puede consentir que el rey esté sometido por esa

canalla; que gobiernen las Cortes; que los gansos de la Milicia se paseen por las calles hechos un brazo de mar, y que *El Zurriago* y otros papeles indecentes insulten sin cesar a la gente honrada.

—¿De modo que estáis decididos? Mira, sobrino, o, mejor dicho, hijo mío: pide tu licencia absoluta.

—Ya la he pedido. Pienso verme fuera antes que estalle el movimiento, que, según dicen, será dentro de no sé cuántos meses.

—Eso es, échate fuera; tú ya has probado que eres valiente.

Soledad volvió a mirar a su primo. No revelaban, ciertamente, sus ojos nada parecido a la admiración.

—Mi opinión—prosiguió el anciano—es que no te metas en nada. Haz como yo, que he vuelto la espalda a la política para siempre. Ni siquiera me gusta verte aquí mientras están esos señores tratando sus diabluras. Vistes el uniforme de la Guardia; si algún intruso te ve, pueden sospechar de ti y creer que conspiras.

—Entonces debo marcharme. Además, es tarde, y mi prima parece que tiene sueño. No todos saben descabezarlo en una silla.

—Sí, más vale que te vayas... Se me figura que siento pasos otra vez.

—¡Entra una señora!—dijo Sola con asombro.

—¿Una señora? Esto sí que es gordo. ¿Has dicho que una señora acaba de entrar?

—Sí, padre... Una dama, y, por cierto, joven y hermosa.

La curiosidad impulsó a don Urbano a mirar también; pero la señora había pasado ya, y el viejo no vió nada.

—Yo conozco a esa señora—dijo Soledad, apartándose de la vidriera.

—¿Tú? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?—preguntó Gil con mucho afán.

—Eso es lo que no puedo decir. La he visto hoy mismo.

—¿En dónde?

—En la calle, dentro de un coche.

—Pues mira—dijo Cuadra, dando paseos por su habitación y cerrando la alcoba donde estaba la puerta vidriera—, figúrate que no la has visto.

—¿Sabe usted quién es?

—No; pero no ha de ser cosa buena.

Mujer que se ocupa en conspirar... ¡Ah, conozco ese perro oficio!

—¿Será alguna princesa?

—Puede ser... La verdad es que no caigo... En fin, olvidemos esto, hijos míos, y no participemos de tales líos ni aun con el pensamiento.

Naranjo entró a la sazón en el cuarto de Gil de la Cuadra.

—Amigo mío—le dijo—, como su sobrino de usted es nuevo en la casa, vengo a suplicarle que sea discreto.

—¡Oh, descuide usted! Su boca será un broche.

—Es que podía, inadvertidamente, contar..., creyendo reunión casual...

—Ni por pienso. Oigame, señor Naranjo: ya sabe usted que no me meto en nada; ya sabe usted que ni aun me gusta tener por vecindad una conspiración. A pesar de esto, ha excitado mi curiosidad una dama que ha entrado. ¿Querrá usted decirme quién es?

El preceptor se encogió de hombros.

—¿Que no lo sabe usted? No puede ser.

—Esta señora, según parece, viene comisionada por no sé qué Junta que hay no sé dónde..., y no digo más. Conque silencio, mucho silencio. Cuidado con lo que se habla.

—Ya sabe usted que todos somos partidarios de la buena causa. El uniforme que lleva mi sobrino es una garantía de su prudencia.

—Lo sé; pero ya saben el sobrino y el tío que no han visto nada; que aquí no ha entrado nadie.

—Nadie, absolutamente nadie. ¡Ojalá fuera verdad!

Naranjo volvió a su conciliábulo, y Anatolio se despidió hasta el día siguiente.

Gil de la Cuadra, al quedarse solo con su hija, apoyó la sien en la mano derecha y tomó la actitud de quien trata de resolver un grave acertijo.

—Pues por más que cavilo...—murmuró, después de un cuarto de hora.

Solita alzó los ojos de la costura para decir:

—Yo también medito en ello y no puedo...

—Nada—añadió el padre—, no caigo en quién podrá ser esa mujer.

—Pues yo tampoco alcanzo quién podrá ser.

Y media hora después, padre e hija

se miraron de nuevo, y el uno preguntó:

—¿Quién será?

Y añadió la otra:

—Pero ¿quién será?

XIV

Cuando Anatolio volvía la esquina de la calle de Preciados, vió dos hombres. El uno de ellos gritó con voz cascada:

—Ya salió uno. Este es el alcahuete que lleva los recados a Palacio.

Gordón se detuvo, dudando que se dirigieran a él. Pero otra voz joven cantó esta copla:

Huye, que viene la ronda
y se empieza el tiroteo...
serviles, a la huronera,
que os van los gorros siguiendo.

Gordón volvió atrás. Una figura escura, un fantasmón anguloso, cuyos brazos se movían en cruz, y en cuyo semblante, arrugado y oscuro, brillaban ojos de lince, avanzó hacia el guardia.

—Sigue tu camino, so bruto—chilló como una furia grotesca—, si no quieres que te midamos las costillas.

Don Patricio, pues no era otro, mostró su brazo derecho. Donde éste acababa, tenía principio la desmesurada longitud de un garrote con nudos.

El joven que acompañaba a don Patricio, y que vestía uniforme de miliciano, se interpuso, diciendo:

—Padre, no nos metamos en danzas con esta canalla. Estamos desarmados.

Y al mismo tiempo avanzó su mano hacia el pecho de Gordón, que resueltamente atacaba a Sarmiento padre. El alférez no dijo una sola palabra: blandió la pesada mano como una maza de hierro, a quien el hercúleo brazo dió enorme fuerza y velocidad. El círculo fué breve y rápido. La cara de Lucas Sarmiento estalló con horrible chasquido, y su cuerpo desplomóse en tierra como un saco. Bofetada más tremenda no se había dado ni recibido en lo que iba de siglo.

—¡Traición, traición!—gritó don Patricio, agitando el palo y dando saltos, sin avanzar un paso hacia adelante ni hacia atrás.

Lucas revolvía su cara en sangre, no

en la sangre trágica de las contiendas caballerescas, sino en la sangre de la nariz, que le quedó medio deshecha. Gordón iba derecho hacia don Patricio para quitarle el palo y romperselo encima, cuando aparecieron por la plazuela de Navalón arriba dos individuos igualmente armados de formidables porras. Uno de ellos iba vestido de miliciano.

—¡Amigos, a mí!—gritó el maestro—. ¡Aquí estoy...! ¡Ataquémosle juntos...! Animo, amigos míos. ¡Que me mata...!

En un instantes se halló Gordón comprometido por el número de los contrarios. Tres enormes garrotazos cayeron sobre sus hombros y espalda. Furioso, pesado, rugiente como un jabalí herido, avanzó hacia los apaleadores. Espada en mano, se dispuso a atravesar al primero que se le pusiera delante. Pero los tres, al ver el acero, volvieron la heroica espalda, apretando a correr con tanta ligereza, que el ruido de los pies sobre el suelo alborotó momentáneamente la angosta calle de las Conchas. Por un milagro fisiológico de la Providencia, don Patricio era el que más corría, gritando:

—¡Traición, traición!

Anatolio no era un ciervo para la carrera, por la pesadez de su cuerno, y se detuvo sofocado y sin aliento en la esquina de la Costanilla de los Angeles. Miró en todas direcciones y no vió a nadie. Pero como sintiera ruido de pasos y voces por todas partes, creyó prudente dar por terminada la aventura, y envainando su virgen espada, se alejó, dirigiéndose otra vez a la calle de las Veneras, y por allí a la de Preciados.

Aquel incidente, de poca importancia al parecer, preparaba, con otros de igual naturaleza, un gran acontecimiento histórico. Las tempestades empiezan así, cayendo ahora una gota, después otra. En los últimos días de junio, las colisiones entre guardias y milicianos eran tan frecuentes, que el vecindario estaba seguro de la proximidad del aguacero. Al día siguiente de la reyerta que hemos descrito, el 30 de junio, su majestad asistió a la clausura del Congreso. Formaron en la carrera tropa y milicianos, y Fernando pasó medroso, pálido, lleno de recelo, revolviendo los negros cjaños en todas direcciones, para escu-

drñar los semblantes, y sorprender las señales de desamor o cariño que su presencia ocasionara.

Mudos y recelosos recibieronle los diputados de la minoría; fríos, los sostenedores del Gobierno. Con habla turbada leyó su discurso el tirano, acentuando las frases de sumisión al sistema constitucional, y no era preciso ser muy lince para reconocer en él un convencimiento seguro de que aquella farsa debía concluir; pero al través de su disimulo no se veía la esperanza de un éxito feliz.

Al volver a Palacio, los milicianos aclaman la Constitución y a Riego, y una voz atrevida grita en favor del rey neto. Los chicos cantan el *trágala*; surge en todo el tránsito infernal algarrabía, y por entre la multitud, dividida en bandos de netos y zurriaguistas, atraviesa la ultrajada majestad con el corazón oprimido, compartiendo su espíritu entre el miedo y la rabia. El recuerdo del infeliz Capeto viene a su memoria; pero no siente perder el amor popular, que tan poco le interesa, sino el poder o, quizá, la vida. Desde que él logra pisar el umbral de Palacio, los tambores de la Guardia abofetean a algunos paisanos, se cruzan palos, puñetazos, coces, y varios jóvenes distinguidos vierten en las calles su sangre preciosa. Se crean multitud de cardenales, aparecen rozaduras, magulladuras, protuberancias, y centenares de narices sangran, enrojeciendo el suelo. Alguna que otra costilla cruje, rompiéndose, y no pocas encías se ven libres de tal cual muela cariada. Surgen chichones en varias cabezas, y algún omóplato se hunde. Esto no es más que un juego de muchachos; pero así suelen empezar los capítulos trágicos de la Historia en todas las edades.

Poco falta ya para que el sainete se convirtiese en drama. Más furiosa cada vez la tropa, cuando su majestad entró en Palacio, posesionóse de los altos de la plaza de Oriente, arrojó de allí a un retén de la Milicia voluntaria, y estableciendo una línea desde los Consejos al Arco de la Armería, declaróse en abierta y descarada sublevación. Disparáronse varios tiros, y cayeron al suelo siete paisanos y un individuo de la Milicia. Un joven entusiasta, hijo de Flórez Calderón, tuvo la malaventura-

da idea de arengar a los guardias que formaban junto a la casa de Ministros, y fué apaleado cruelmente y acuchillado.

Los tambores tocaban a ataque, y los granaderos, furiosos, injuriaban a la multitud, amenazando pasarla a cuchillo si no se retiraba. Caían con síncope y desazones las mujeres, votaban algunos hombres, rugían otros, y entre tanto, veíase en una ventana de Palacio, cual si fuera palco de plaza de toros, apiñada multitud de palaciegos y damas vehemente, que agitaban sus pañuelos para incitar a la soldadesca. Las pobrecitas no podían resignarse a vivir bajo el nefando imperio de la Constitución. Confundido entre los agraciados rostros, como la serpiente entre las flores, Fernando atisbaba con ávidos ojos la osadía de los jenízaros.

Entre éstos hubo un oficial que se atrevió a volver por los fueros de la ultrajada disciplina. Llamábase don Marmerto Landáburu, exaltado liberal, buen patriota, fontanista, militar de club (cualidad que no constituye ciertamente la mejor casta de militares); pero al mismo tiempo persona estimable y simpática. Este desgraciado oficial habló con energía los soldados, pero fué insultado. Ciego de furor, tiró de sable, a punto que otro teniente, Coiffieu, gritaba con voz frenética: «¡Viva el rey absoluto!» Azuzados los granaderos por esta voz, cayeron sobre Landáburu; pero aún pudieron intervenir y salvarle el comandante Herón y otro oficial, cuyo nombre no se recuerda. Le separaron, le condujeron a Palacio; pero allí le siguió la turba de asesinos, y dentro del portal de Oriente recibió tres tiros por la espalda y cayó para siempre, gritando: «¡Viva la Libertad!»

Cuando la turba vió sangre, se enfureció más; pero arriba, en las excelsitudes de Palacio, un estupor medroso sucedió al levantisco entusiasmo teatral de damas y cortesanos. Cerráronse los balcones, volvieron los pañuelos a los bolsillos, y todo calló de improviso. Los tiros que mataron a Landáburu hicieron en Palacio el efecto de un par de palmadas en un charco de ranas.

Y la Milicia, ¿qué hacía entonces? La Milicia, como la tropa de línea, ocupaba las calles cercanas desde la Mayor hasta la plazuela de Santo Domingo,

con objeto de estrechar en Palacio a los sublevados. Grande era el ardimiento de las fuerzas populares en la tarde y noche del 30; pero no quiso Dios que tuvieran ocasión de batirse. Ordenó el capitán general, don Pablo Morillo, que se retiraran tropa y Milicia; pero ésta se negó a soltar las armas mientras el agravio de aquel día no quedase vengado. Un ardid ingenioso, al cual la murmuración de aquellos tiempos dió el nefando nombre de pastel, resolvió la cuestión. Dióse orden a la Milicia de que marchase a la Puerta de Recoletos para municionarse, y este movimiento, a que los buenos patriotas no opusieron resistencia, permitió a la guardia sublevada retirarse tranquilamente a sus cuarteles, dejando un batallón en Palacio. Cuando esto ocurrió despuntaba en el horizonte el sol del 1 de julio, mes fecundo en revoluciones.

Y aquel sol trajo un día de estúpido, de tristeza, de cruel ansiedad y duda; pero disponían las armas. Los guardias no salían de sus cuarteles, pero sin cesar aclamaban al rey neto. Hubo esperanzas de conciliación y esas tentativas de acomodamiento que no faltan nunca en casos de esta naturaleza. Generales y políticos calentaron el famoso horno de que tanto hablaba *El Zurriago*; pero aquella vez el pastelón, tan trabajosamente amasado, no pudo llegar a la sazón de su definitiva cochura por la indomable arrogancia de los guardias. Llegada la noche, los sublevados salieron de sus cuarteles; dejaron dos batallones en Palacio, y los cuatro restantes se retiraron a El Pardo por la Puerta de Hierro, rompiendo así todo lazo con las autoridades establecidas. El absolutismo había lanzado su reto a la Constitución.

El nuevo día, 2 de julio, trajo, pues, a Madrid alarma no menos grande que la del 2 de mayo de 1808. La villa era un campamento. Por todas partes, tropa de línea y voluntarios, generales encintados que iban y venían sin cesar, escoltas, destacamentos, guardias, toques, llamadas, arengas, banderas, gritos y el tambor resonando sin cesar, como el ronquido de gigante furioso que impaciente aguarda la pelea. Juntóse todo lo que era jutable, y constituyóse todo lo constituble: comisiones, corporaciones, consejos; se dió principio a una de-

liberación inacabable, eterna, a la de liberación del peligro, y el Ayuntamiento, el Consejo de Estado, la Diputación permanente de Cortes, la de provincia, abrieron sus embrolladas sesiones permanentes.

¡Inmensa confusión y movimiento inmenso! El Parque de San Gil hervía como una fragua. Todo era sacar cañones y llevarlos a un punto para después situarlos en otro, arrastrar y repartir cajas de municiones. Las órdenes se sucedían a las órdenes. Acudían de los cuatro ángulos de Madrid generales y brigadieres que iban a ofrecer sus servicios, y miles de espadas se presentaban desnudas y obedientes al pie de aquella Constitución tan odiada de damas y de palaciegos. Los alistamientos sucedían a los alistamientos; no bastaba la tropa de línea, no bastaba la Milicia, y era preciso improvisar batallones de paisanos. Con éstos y oficiales de reemplazo se formó en el Parque de Artillería el «batallón Sagrado», cuyo mando se dió a San Miguel. Muchos individuos de prestigio organizaron compañías a sus expensas, renovando así el sublime fanatismo militar de la gran guerra; y al modo que entonces se formaban partidas de guerrilleros, se hacían ahora compañías de patriotas.

Entre los guardias sublevados había muchos oficiales liberales. Estos abandonaron a sus compañeros al salir de Madrid, presentándose en el Parque a recibir órdenes del capitán general. Para distinguirse de sus hermanos, que pronto iban a ser sus enemigos, adoptaron el patriótico distintivo de una cinta verde con el lema «Constitución o muerte», y un pañuelo blanco en el sombrero. ¡Oh! No es descriptible el entusiasmo de los milicianos cuando vieron desfilar ante las puertas del Parque aquellos jóvenes oficiales, casi todos de familias muy distinguidas, que abandonaban voluntariamente, con noble instinto político, las filas del absolutismo para defender la Constitución que habían jurado, la hermosa libertad que amaban, la idea moderna, que veían resplandecer débilmente sobre el cielo de la patria, como una estrella cuyo fulgor crecía, prometiendo iluminar algún día todas sus oscuridades. La multitud prorrumpió en vivas, y ardientes palabras se cruzaron de una parte a otra.

—¡Nobles y dignos jóvenes!—exclamó con lágrimas en los ojos el entusiasta patriota y honrado comerciante que respondía al nombre de don Benigno Cordero.

—¡Benditas sean las madres que los han parido!—gritó Sarmiento, que a su lado estaba—. ¿Conoce usted, señor don Benigno, a aquel joven que ahora parece arengar a sus compañeros y en este momento da un viva a la Constitución?

—Le conozco, sí. Es Ramón Narváez.

XV

Dentro de Palacio, y en la reducida esfera donde imperaba la Monarquía absoluta, también se repartían municiones. Pero ¿qué municiones? Dulces, cigarros y botellas de vino. Dicen que cada soldado tenía en su bolsillo una onza de oro, y que las criadas de Palacio bajaban a repartir entre ellos cintas encarnadas con emblemas de «Viva el rey absoluto». «Mueran los milicianos». Dicen que había crápula permanente arriba y abajo, en los salones y en el patio, con gran jaleo de borracheras, excesos y deslices que no son para escritos.

Los grandes palaciegos, como Amarillas, Infantado, Casa-Sarriá y el duque de Castro-Terreño, a quien llamaban los zurriaguistas el *General Castañuelas*, rodeaban al rey, presentándole como seguro el triunfo del despotismo. Bullía en aquellas excelsas testas cortesanas un proyecto parecido al famoso de Vinuesa, con su correspondiente secuestro de autoridades; pero los sucesos se presentaban de otra manera, y los secuestradores corrían riesgo de ser secuestrados.

La Diputación permanente de Cortes invitó a su majestad a que abandonase a los sublevados, pasándose al campo liberal, y los ministros creían poder resolverlo todo con su voto absoluto y sus dos cámaras. Nadie se entendía; nadie, ni aun los mismos guardias, podían decir claramente su aspiración, pues algunos de los sublevados, como el ilustre Córdova, no eran enemigos de la Constitución. Sólo los milicianos sabían adónde iban: a aplastar el insolente despo-

tismo, a invadir palacio, quizá a reproducir en España el 10 de agosto de la Revolución francesa. Sólo la Milicia sabía su papel.

En este infernal hervidero descollaba un hombre por su autoridad, su patriotismo y su energía, lo mismo que descollaba entre la multitud por su alta figura imponente. Era el general Morillo, hombre colosal, de color cetrino, adusta fisonomía. Su fama, adquirida en las fabulosas guerras de América, enfrente del gran Bolívar, cuadraba perfectamente a su figura, que era, hasta cierto punto, una figura india, un cuerpo de bronce, al cual hubiera sentado bien la desnudez y un arco para atacar la sublevación a flechazos.

Por una singularidad oficial de estas a que los españoles estamos acostumbrados, Morillo mandaba a los leales y a los sediciosos. El Ministerio, en su desaforado empeño de confeccionar toda clase de artículos de pastelería, le había nombrado coronel de Guardias el mismo día 1 de julio, y como tal y como capitán general del distrito, mandaba frecuentes recados a El Pardo, iba él mismo, subía a Palacio, entraba en el Ayuntamiento, en la casa de Ministerios, en las Cortes, visitaba el Parque, los cuarteles, los retenes, los puestos de guardias, hasta los grupitos de impacientes milicianos que cubrían las entradas de las calles. El objeto de aquel ínclito soldado era evitar un cataclismo, siempre más funesto, cualquiera que fuese su resultado, a la causa liberal que al despotismo.

En la tarde del día 4 los guardias de Palacio hicieron fuego a los patriotas que habían tomado posiciones en la subida de los Angeles. La batalla era inminente, porque los milicianos, locos de entusiasmo, querían jarana. Acudió precisamente Riego con cañones que sacó del Parque; acudió el «batallón Sagrado», decidido a atacar a los rebeldes, y el choque hubiera sido terrible sin la interposición del capitán general, que llegó en el momento del peligro. Riego quería marchar delante con sus fogosos milicianos; Morillo mandaba que se retirasen. Ambos personajes se miraron frente a frente.

—¿Y quién es usted?—dijo el conde de Cartagena con irónico desprecio.

—Soy el diputado Riego—contestó el

héroe de Las Cabezas, sorprendido de que hubiera un mortal que no le conociera.

—Pues si es usted el diputado Riego —añadió Morillo con mayor desprecio todavía—, váyase usted al Congreso, que aquí no tiene nada que hacer.

Cuando Morillo volvió la espalda para seguir dando órdenes, Riego pronunció en voz alta los consabidos términos de alarma, que tanto efecto han hecho siempre en el ánimo de los patriotas:

—¡La libertad se pierde! ¡Estamos rodeados de precipicios!

Toda la razón estaba entonces de parte del general Morillo. Los milicianos de San Miguel y los del «batallón Sagrado» no bastaban para la tercera parte de los guardias que había en Palacio. Sólo en la exaltada cabeza de aquel fanático ídolo del pueblo cabía la idea de atacar tan desventajosamente a fuerzas tan aguerridas. El mismo San Miguel lo comprendió así, y atajaba el ardor impetuoso de sus sagradas tropas, diciéndoles:

—Orden, señores; moderación, por Dios, que nos perdemos.

El «batallón Sagrado» marchó hacia la plaza de Santo Domingo, y algún energúmeno gritaba en sus filas: «¡Estamos vendidos!»

Los milicianos no dormían. Fijos en sus guardias, con los ojos del alma puestos en un ideal de eterna gloria; impacientes, anhelantes, inflamados en amor a la Libertad; ciegos, con aquella noble ceguera que a veces hace dar tropezones y a veces impulsa hasta los cielos; poseídos de su papel con cierta petulancia, pero al mismo tiempo con la dignidad y firmeza propias de las circunstancias, aquellos honrados vecinos de Madrid esperaban la hora suprema. La idea de arreglo, componenda o pastel (era la palabra de moda) los enfurecía. El mismo Morillo, que tan bien cumplía su misión, era mirado con recelo. De los ministros, nadie hacía caso: ni rey ni pueblo, ni ejército ni milicia. No es posible concebir siete figuras más tristes que las de aquellos abogados o literatos que contemporizaban con los guardias a condición de que establecieran las dos Cámaras y el veto.

Frente al Parque de San Gil había en la tarde del 6 varios milicianos, paisanos del «batallón Sagrado», oficiales

del ejército y también algunos de los guardias leales. Formábanse allí diversos grupos de campamento, los unos sentados, en pies los otros, éstos en torno a las aguadoras, aquéllos paseando a lo largo de la plazoleta. Casi todos nuestros conocidos estaban allí, incluso el nunca bien ponderado Sarmiento, que no había soltado el uniforme ni explicado cosa alguna de los Gracos desde el día 30; pero su lengua no podía estar inactiva tanto tiempo, y pasaban de ciento las arengas que en los primeros días de julio había dirigido a sus compañeros en Platerías, en Santo Domingo y en otros distintos puntos. Aquella tarde del 6 estaba ronco y casi asmático, mas no por eso callaba; y como don Primitivo Cordero se atreviese, ¡nefanda idea!, a disculpar a los «siete carbuncos», o sea ministros, don Patricio hizo su apología en estos o parecidos términos:

—¡Qué ha de pasar en una nación donde ocupa la poltrona de Estado una *Rosita la Pastelera*, señores, una dama...!; vamos, le llamaré hombre; ¡pero qué hombre! ¿Se gobierna una nación haciendo versos? ¡Si al menos fueran como los de Virgilio!... Pero allá se van con Rabadán, ni más ni menos, porque lo digo yo. ¿Qué importa que pronuncie discursos bonitos, pulidos y llenos de embustes? ¡Vaya unos políticos! Empezó deprimiendo a nuestro querido ídolo Riego, y ha concluido defendiendo a la aristocracia y pretendiendo que le den un título. Sí, para él estaba... Será capaz de vender a Cristo por treinta Cámaras (pues no se contentará con dos) y por el veto absoluto. Yo..., no lo digo por crueldad, señores, le ahorcaría sin el menor escrúpulo. ¿Y qué diré del *Aprendiz* (1), señores, del hombre infame que ideó el Reglamento para destruir la Milicia, de ese pedantón, que mientras la patria está en peligro se ocupa en disponer que siembren lino de Irlanda en los campos de Calatayud? ¿Por qué he de ocultarlo? Yo, si estuviera en mi mano, le ahorcaría... Pues bueno va con Garelli (2), ese jesuitón, ese abogadillo sin

(1) Moscoso, ministro de la Gobernación.

(2) Ministro de Gracia y Justicia.

pleitos que tan mal habla del ejército de la Isla, y que ha defendido el feudalismo: sí, señores, ha defendido los señorios... Yo..., ¡chilindrón, chilindraina!... no vacilaría un momento y le ahorcaría también.

—Pero ¿a quién dejará con vida el señor don Patricio?—preguntó Cordero, interpretando la burla general de los oyentes.

—En rigor, a todos los perdonaría, con tal que soltara la pelleja su amigo de usted, Tintín de Navarra... Pero sigamos con los ministros: de Sierra Pambley (1) no hay que hablar. Ese entró en el Congreso por un voto. ¡Valiente patriota! Es el rey de los pasteleros, pero no para su bolsillo, pues no se cocieron en su horno los robos del empréstito de Vallejo, con que tanto ha engordado mi hombre. Si he de ser franco, señores míos, también a ése le ahorcaría, también. El pobre Clemen-cín (2), ese literato que se ha pasado la vida haciendo notas, ese desdichado roelibros que está en la poltrona de Ultramar, y que parece un frailito motilón, merece lástima, ¿no es verdad? Pero no; basta de sentimientos, y ahorcarle. Y haremos lo mismo con Balanzat (3), que no se alzó en el gloriosísimo año veinte; que en todos los mandos importantes pone a los verdugos del año catorce, y es más absolutista que Tigrekán, lo mismo también con Romarate (4), aunque no sea sino por su misma oscuridad política. Ahorcarlos a todos, y así aprenderán los que vengan después. Aquí somos bobos; allá, en Francia, si que lo supieron entender. Así lavaron al país de inmundicias. ¡Ah!, si aquí hubiera hombres de agallas... Si aquí no tuviéramos esos respetos ñoños, esos miramientos a las altas personas, eso de la inviolabilidad ridícula. ¿Y por qué? ¿Por qué son esas inviolabilidades?

—¡Prudencia, señores, prudencia!—dijo don Primitivo, observando que Sarmiento alzaba demasiado la voz—. Ahora más que nunca se necesita prudencia.

—Pasteles, pasteles—exclamó don Patricio, remedando la voz del capitán de

la milicia—. Si nos guiáramos por ustedes, los formalitos, esta gran canalla de los guardias quedaría sin castigo, y aún se le daría a cada uno de ellos un grado por la hazaña. Yo repito lo que ha dicho ayer aquí ese joven Narváez, ese valiente oficial, a quien pongo sobre mi cabeza y cuento entre los míos; sí, yo digo como él: «Es preciso vengar a Landáburu y colgar de un balcón a su asesino Goiffieu.»

—No está probado que Goiffieu hiriera a Landáburu.

—Yo, yo lo he visto—aseguró con furia Sarmiento, poniendo dos dedos de la mano derecha bajo los ojos y tirando de los párpados para descubrir más las sanguinolentas órbitas.

—Señores—dijo de improviso don Benigno Cordero, acercándose al grupo—, grandes noticias. Parece que, al fin, aceptan los guardias el convenio y van de guarnición a Talavera y Aranjuez, como han propuesto los ministros.

—Ya, ya me dió el olor del horno—dijo don Patricio—. Calentitos, ¿eh?

—¿Y se confirmará?

—¿De modo que estamos aquí de más?

—Hemos tomado las armas para nada—indicó con ira un barbero de la carrera de San Jerónimo, a quien llamaban Calleja.

—He aquí, amigo, nuestros fusiles convertidos en escobas—gruñó Lucas Sarmiento.

—Mejor dicho, en palos para sacar del horno de la reacción esos fétidos bollos que llaman convenios, o parches para cortar la efusión de sangre.

—Y el enfermo se muere.

—Se muere el país, la Libertad, el sistema perece. En vano la medicina política propone una sangría... ¡Sangre! ¡Qué ridículo miedo a la sangre!... ¡Qué revoluciones tenemos aquí, por vida de san... chilindrón, chilindraina!... ¡Qué Gracos, qué Espartacos, qué Aristogitones, qué Robespierres!

—¿Conque de veras no hay nada?

—Sí; hay los hojaldres de Rosita—repuso don Patricio con sonrisa de endemoniado.

—Seamos cuerdos—dijo don Benigno Cordero, que era, como verdadero patriota, hombre de medida y prudencia—. Si se evita una lucha sangrienta, ¿por qué lo hemos de sentir?

—Nada—indicó el marquesito, que era

(1) De Hacienda.

(2) De Ultramar.

(3) De la Guerra.

(4) De Marina.

de los más decididos—; mañana los guardias nos escupirán, y tendremos que darles las gracias.

—No hay que tomarlo de ese modo, señores. Si habla el fanatismo, me callo. La Libertad no puede ganar gran cosa con que haya aquí una carnicería. ¡Oh, si todos fuéramos prudentes, si no hubiese fanatismo, si no hiciéramos tonterías!...

Don Benigno se enrojecía más con el calor de la conversación, y hasta parecía que su nariz se volvía más aguda, sus espejuelos más dorados, y sus piernas más torcidas. La idea de la moderación se encarnaba en él, y no podía ver con serenidad los excesos de la gente exaltada.

—Pues no tendrán más remedio que irse a su casa y guardar el fuego para mejor ocasión los señores zurriaguistas —dijo con cierto imperio.

—Nos iremos, nos iremos. Pienso comprar un mico y ponerle mi uniforme. Este trapo no merece ya cubrir el cuerpo de un hombre.

—Ese día aprenderán algo los pobres alumnos, señor Sarmiento.

—No acalorarse—dijo don Primitivo—. Narváez acaba de decirme que no hay nada decidido todavía. Unos aseguran que hay capitulación; otros, que no.

—Los ministros están en Palacio.

—¿Dónde han de estar? ¿Dónde ha de estar el ratón más que en su agujero?

—Conferenciando.

—Ese es su oficio, conferenciar. ¡Con cien mil pares de chilindrones, esto es una infamia!

—¿Habrá Cámaras?

—Habrá alcobas, señor don Benigno; habrá vetos; pero, ¡ay!, no tendremos un Capeto en la guillotina.

—Hombre de Dios, ¡qué furia le ha entrado!

—¿Conque siguen las conferencias?

—Y seguirán mientras haya sueldos. Lo de las dimisiones presentadas el día cuatro es una farsa. Tigrekán tendrá que mandar a sus mozos de retrete que pongan a los ministros en la puerta de la calle.

—San Martín acaba de entrar en Palacio, señores; le he visto.

—Es natural. No estando en presidio...

—También han entrado los embaja-

dores, con monsieur Lagarde a la cabeza.

—¿También esos pillos? Ya los arreglaría yo.

—Parece que está ya estipulada la reforma de la Constitución.

—Ya escampa. Así como se dice: «Antes la muerte que la deshonra», yo digo: «Antes quiero verla suprimida que reformada.»

Esta sabia proposición política, tan propia de cabezas españolas, salió entonces de la eminente cavidad cerebral de don Patricio.

—Esa sí que es barbaridad.

—¿Y prefiero usted el despotismo a las dos Cámaras?

—Lo prefiero.

—¿Y el año catorce?

—¡Que me den el año catorce, chillndrón!

—¿Y la horca?

—La horca no deshonra; los pasteles apestan y manchan... Pero allá viene el gran patriota Mejía, que siempre trae buenas noticias.

—Salud, señores—dijo el periodista, llevando militarmente la mano al enorme morrión—. ¿Se van o no se van?

—Usted dirá.

—Creo que nos perdonan la vida, a lo que parece. ¿No dijeron en el Campo de Guardias «que entrarían en Madrid para degollar a todos los pícaros»?

—Y, al fin, parece que optan por comer pepinos en Aranjuez y espárragos trigueros en Talavera.

—Pero ¿se van de seguro?

—Así dicen...; pero don Fernandito, que esta mañana estaba inclinado a transigir con las dos Cámaras, parece que ha dicho esta tarde: «Absoluto y nada más que absoluto.»

—Porque en Palacio corren noticias —indicó el sastre Lucas Sarmiento— de que los carabineros sublevados en Castro del Río vienen sobre la Mancha con otras fuerzas y con paisanos armados.

—Los rusos..., ahí tienen ustedes a los rusos.

—Con tanto decir que venían, al fin vienen—manifestó, riendo, don Benigno Cordero.

—Lo que yo puedo asegurar—dijo don Primitivo con cierto misterio— es que se ha mandado que se concentren en Madrid los milicianos de toda la provincia.

—Eso se sabía... Noticia vieja.

—No tan vieja, señor mío; no tan vieja... Si ustedes me prometieran no contarle a nadie, les diría una cosa estupenda.

—¿Qué, qué?

Don Benigno, Sarmiento, Mejía, Lucas, Calleja, el marquesito y los demás que formaban el grupo le estrecharon, encerrando al honrado comerciante en una especie de tonel de humana carne.

—Pues San Martín ha recibido esta mañana un anónimo.

—¡Un anónimo! Eso sí que es grave.

—¡Sandeces!

—Un anónimo de El Pardo...; pero me han de prometer ustedes no decirlo a nadie.

Don Primitivo alzaba el dedo como un predicador que exhorta a la penitencia.

—A nadie absolutamente.

—Una carta de El Pardo en que se le dice que mañana, siete de julio, a la madrugada, atacarán los guardias a Madrid por tres puntos distintos: por la Puerta del Conde-Duque, por...

Las risas no dejaron concluir al señor Cordero.

—Hombre de Dios, usted sueña.

—Lo más que se les puede exigir a esos cobardes es que se dejen atacar en El Pardo.

—¡Es claro; pero venir ellos acá...!

—¡Bonito genio tenemos! Una cosa es «seducir» a ese confiado rey y otra atacar a la Milicia.

La gente templada de aquellos días no consideraban a Fernando VII autor de la sublevación de los guardias. Suponíanle mal aconsejado, engañado, «seducido» por los facciosos. Sus antiguos epítetos gloriosos de «Deseado» y «Suspirado» los trocó entonces Borbón por otro que se le aplicaba constantemente. Decían entonces: el «seducido» Monarca, nuestro «seducido» Fernando.

—Basta de engaños y especiotas—dijo don Benigno, disolviendo el grupo—. Es de noche, señores; cada cual a su puesto.

Sonó el ronco estrépito de la retreta.

—Cada mochuelo, a su olivo—añadió don Benigno—. Yo me voy a la plaza Mayor, donde se me figura que no estaré de más si ocurre alguna cosa.

—Y yo, a casa de San Martín, que me

estará esperando. ¡Cómo se entretiene uno con la conversación!

Don Patricio llevó aparte a don Primitivo, a Calleja y a otros dos que vestían de paisano.

—¿Han hecho algo—les dijo—en el asunto de esa endiablada gentuza de la calle de las Veneras?... Por ahí se ha de empezar. Atáquese la cabeza de la conspiración y se evitarán conflictos como éste.

—San Martín lo sabe todo—repuso Cordero—. En efecto, debe atacarse la conspiración en su cabeza.

Los tres siguieron hablando en voz baja.

XVI

Desde el aciago día 30, célebre por la formación, la clausura de las Cortes, los alborotos, los contrarios vivas y el asesinato de Landáburu, en la humilde casa de la calle de las Veneras no hubo un instante de sosiego. Ambos departamentos, el de Naranjo y el de Gil de la Cuadra, fueron teatro de sentimentales escenas, ora de desconsuelo y angustia, ora de mortal duda y temor. El buen Naranjo, que no era hombre de grandes hígados, no daba dos cuartos por su existencia, según estaba de medroso y aterrado. Transcurrían las horas en expectación dolorosa, y como el terrible conflicto político no se resolvía, Naranjo no podía yantar sobre manteles, ni dar lección a los muchachos. Bajaba, sí, a la clase puntual como un reloj; pero no tomaba las lecciones ni reprendía a los chicos, y la palmeta se cubría de polvo en un rincón de la mesa. El preceptor absolutista no podía apartar el pensamiento de la tremenda imagen negra de su responsabilidad y castigo, si por acaso las brillantes esperanzas de don Víctor Sáez y del conde de Moy no tenían realización cumplida. Y síntomas había, ¡cielos!, de que no la tuviesen.

Con los suspiros de Naranjo alternaban en patético dúo los suspiros de Gil de la Cuadra, que había tocado el cielo con las puntas de los dedos, y no lo había podido coger aún. Su yerno, su hijo, la esperanza de su corazón, ideal de toda su vida; el amparo de Solita, el divino Anatolio, aquel enviado de Dios que se llamaba Gordón, había desapa-

recido con sus compañeros los guardias, y estaba en El Pardo dispuesto, como los demás rebeldes, a una gran batalla, en la cual podía morir. Durante los seis días de julio, ni carta ni noticia tranquilizaron al pobre señor asegurándole la existencia de su amado yerno.

—El corazón me anuncia—decía—que me ocurrirá una nueva desgracia, la mayor de todas, la última, porque yo me muero... Si yo no podía ser feliz... Si era imposible... ¡Bien lo decía yo: tormentos, infierno y desesperación!

El día 4 sintió gran desfallecimiento y una invasión de dolores agudísimos que de sus inertes extremidades avanzaban lentos y amenazadores hacia el centro de la máquina humana. No podía abandonar el lecho.

—¿Quién concluirá primero: yo o la revolución de los guardias?—dijo estoicamente—. Ahora, querida Sola, sostén que hay Dios... El corazón, este corazón que jamás me engaña, me dice ahora que tu primo morirá, que quedarás huérfana, que...

El dolor le ahogaba y lloró como un niño.

—¡Qué ridículas manías!—dijo Solita, llorando también—. ¡Qué agorero es usted, padre! ¿Por qué ha de pasar siempre lo peor? ¿Por qué ha de morir mi primo? No parece sino que en una batalla han de morir todos. Si dicen que no habrá nada. Anatolio vendrá tan bueno y tan flamante, me casaré con él muy contenta y viviremos felices.

—Tú siempre estás fuera de la realidad, viviendo entre ilusiones y fantasmagorías.

—La desgracia de usted—dijo Naranjo, que se hallaba presente y no disimulaba el lastimoso estado de su espíritu—no es comparable a la mía. No hay que pensar en la muerte de ese joven. Puede morir, pues nadie está seguro de las balas de una batalla...; yo estuve en la campaña del Rosellón y sé lo que son balas...; pero puede también no morir.

—Si no muriera, yo sería feliz—murmuró Cuadra—, y en eso precisamente consiste el absurdo. Me dejé fascinar por ilusiones... No, no puede ser; me lo anuncia este dócil corazón mío, que ya está esperando el reuma y le dice: «Ven, perro; te espero tranquilo.»

—Ustedes saldrán bien—añadió Naranjo—; pero yo... Es seguro que los guardias serán derrotados. Ya me estoy viendo en la horca. ¡Maldito sea el día en que nací, y más maldita la hora en que recibí en mi casa a don Víctor Damián Sáez. El se quedará en Palacio, tan tranquilo, al lado de su majestad, y yo... ¡Plazuela de la Cebada, huye de mi vista!

—Fruto de la conspiración, ¡cuán amargo eres! Para una vez que sales dulce y sazonado, ciento te pudres antes de madurar. Yo sé lo que es eso. Amigo Naranjo, le compadezco a usted.

—Con razón, porque..., vea usted..., sin comerlo ni beberlo. Después de todo, ¿qué he hecho yo? Nada más que franquear mi casa a don Víctor Sáez, que me dijo necesitaba un lugar modesto y callado donde pudieran avistarse cuatro o cinco personas sin infundir sospechas. Ellos lo han hecho todo: yo veía, callaba y vigilaba la casa para que no la invadiera ningún intruso. Me han prometido villas y castillos: aquí han fraguado esa conspiración que ha salido tan mal por la impaciencia de los guardias; aquí se han puesto de acuerdo el confesor del rey y el conde de Moy; aquí han venido Infantado y Castro-Terreño; aquí se han recibido los despachos de Eguía y de la Junta de Bayona, traídos por una señora desconocida; aquí se ha hecho todo; pero yo no soy culpable de nada más que de ver, callar y ofrecer mi casa. Aborrezco el sistema; pero amo mi vida, esta vida que no me devolverá don Víctor Sáez, ni el mismo rey, si el verdugo me la quita por orden de los patriotas.

—Paciencia, paciencia, señor Naranjo—dijo don Urbano con acento solemne—. Este mundo es así, no de otro modo. ¡Bendita sea la muerte!

—Pero si yo no soy culpable.

—Ha franqueado usted su casa.

—Porque querían un local modesto. ¿Cómo se había de creer que en una escuela de mocosos se tramaba el hundimiento del liberalismo?

—Hay espías en todas partes.

—¡Oh, ya lo sé! Ese tunante de Sarmiento ha espiado mi casa durante un mes. Permita Dios que se quede ciego.

—Cuando me prendieron en la calle de Coloreros, le pedí un buche de agua

y me lo negó—dijo Cuadra—. En el infierno, si es que lo hay, y cuando se abra, pedirá agua a los demonios...

—Y le darán fuego. Bien merecido.

—Pero mientras viva... ¡Ay!, el mundo pertenece a los tunantes. Puede que haya otro para nosotros, amigo Naranjo; mas éste no hay duda que es de los pillos.

De este jaez eran las lamentaciones de los dos desgraciados viejos. Pasaba el tiempo, y el conflicto no se resolvía; los temores iban en aumento, y aquellas dos almas se hundían cada vez más en su abismo de negra duda y desesperación. En la noche del 6, la angustia de uno y otro debía tomar aspecto nuevo y más pavoroso. Véase cómo.

Cerca de medianoche entró Naranjo despavorido, llenos de mortal espanto los ojos, jadeante y tembloroso como condenado que va al patíbulo.

—¡Estoy perdido!—exclamó, dejándose caer en una silla—. ¡Estoy perdido para siempre! Necesito huir, esconderme ahora mismo... Señor Gil, vienen a prendernos.

—¿A prendernos?—preguntó el ex oidor con cierta calma—. Por fin... Ni aun morir me dejan. Está previsto: me llevarán a un hospital, y llenándome de medicinas el cuerpo, se empeñarán en que viva. Puede que esos perros lo consigan.

—Al amanecer vendrán a prendernos. Me lo avisa un amigo que anda en tratos con esa canalla. ¡Dios mío, abandonar mi casa! ¿Qué voy a hacer yo? ¿Adónde voy yo? Dígame usted, señor Gil: ¿adónde iré?

—Al cementerio.

El enfermo acompañó con risa irónica su fatídico consejo. Soledad, aterrada, oraba en silencio.

—¡Hay iniquidad semejante!—exclamó el preceptor, enjugando sus lágrimas—. ¿Qué he hecho yo? Únicamente franquear mi humilde morada.

—¿Nos prenderán al amanecer?

—Sí, muy temprano. Me lo ha dicho Elías Orejón, que lo sabe por Calleja, barbero de la carrera de San Jerónimo (1), el cual lo sabe por el carretero de *La Fontana*. Vendrán, y echándonos

una cuerda al cuello, nos arrastrarán a inmundos calabozos.

—¡Paciencia, paciencia!—dijo Cuadra, con amargo desdén—. Querida hija, ¿no sostienes que Dios ampara a los débiles?

—Yo me voy..., yo me voy—manifestó con honda ansiedad Naranjo—. Huiré.... Traspasaré la frontera. ¿Cuánto hay de aquí a la frontera?

—Huya usted..., yo...

Gil de la Cuadra probó a levantarse del lecho; pero sus miembros doloridos le negaron todo movimiento, y después de incorporarse ligeramente cayó inerte, lanzando ardiente resoplido.

—Huya usted...—murmuró sordamente—. Yo espero.

—Voy a recoger lo que pueda..., ropa, un poco de ropa. ¡Ay, si tuviera alhajas me las llevaría.

—Es justo. Solita y yo nos quedamos. ¿Qué hora es?

—Las doce y media... ¡Oh, si tendré tiempo, Dios mío, de ocultarme!... Saldré de Madrid; correré la noche y todo el día de mañana... Pronto, pronto: no hay que perder tiempo.

Naranjo corrió a sus habitaciones con la presteza de un gamo perseguido. En el breve instante que estuvieron solos, padre e hija no hablaron nada. Los dos parecían muertos.

Volvió Naranjo con un lío, que febrilmente compuso, arreglándolo todo en la brevedad de un pobre pañuelo. Por fortuna era célibe y no tenía más familia que su propia persona. La mujer que le servía, una pobre anciana sin amparo y muy religiosa, libre de todo otro temor que no fuera el de Dios, se negó a acompañarle.

—Es la luna. ¿A qué hora amanece? Señora doña Solita de mi alma, si me diera usted un alfiler se lo agradecería.

Mientras arreglaba el paquete, su lengua no podía estar en reposo.

—Parece—decía—que la conspiración no puede ir peor. Esos necios han echado a perder un negocio tan bien tramado. Ahora se niegan a ir a Talavera, donde los destinó el Gobierno. ¡Menguados, menguadillos! La Milicia y las tropas de línea que hay en la corte y las que han venido de Burgos y Valladolid los atacarán mañana; y una de dos: o se rinden o se dispersan.

(1) Véase *La Fontana de Oro*.

Don Urbano echó en un suspiro la mitad de su alma.

—¡Habría una degollina de guardias...! Vaya, que en rigor lo tienen bien merecido por cobardes, por torpes... ¡Qué irrisoria muchachada! Han comprometido sin fruto a su majestad.

—Señor de Naranjo—dijo Cuadra con acetno de dolor muy vivo—, váyase usted de una vez.

—Es una infamia lo que han hecho—añadió el preceptor—. ¡Irse a El Pardo! Si hubieran atacado el día primero a la Milicia, fácil habría sido desarmarla; pero ahora... Me alegraré de que los patriotas les machaque las liendres. Si no quedara uno...

—Por favor, señor Naranjo, váyase usted.

Arreglado el paquete, el maestro se sentó sobre él. Estaba meditabundo y desconcertado.

—¿Hay desgracia mayor que la mía?—murmuró sollozando.

—Se queja de vicio.

—¡Sí, abandonar mi casa, mi profesión, mi bienestar modesto! Sabe Dios si lograré escapar de los patriotas... En situación tan aflictiva, señor don Gil de mi alma, estoy sin recursos...

—¿Qué?

—Que no tengo dinero.

Gil de la Cuadra miró a su hija, que supo adivinar al instante la intención de la mirada. Soledad sacó un pequeño talego escuálido, dentro del cual sonaba algo.

En los ojos de Naranjo brillaba un rayo de alegría.

—Dáselo—dijo don Urbano—. El lo necesita más que nosotros.

Soledad puso en las manos del infeliz preceptor todo su dinero.

—Gracias, amigos míos, gracias. ¡Bendita generosidad!... Dueños son ustedes de mi casa.

—Hasta el amanecer—murmuró Gil.

—¡Quién sabe! Ustedes son inocentes.

—Casi siempre lo he sido. Por lo mismo...

—Pueden tener esperanza. ¿Por qué no?—dijo Naranjo, levantándose.

—¡Esperanza! ¿Qué es eso?

—Se me figura que debo retirarme, ¿eh? ¡Si se les antoja venir antes del día...!

—Es probable.

—Adiós, amigo y amiga. Les daré noticias mías.

—En el otro mundo.

—Hacen mal en no tener esperanza... ¡Quién sabe! Dios...

—Sí, ya se está ocupando de nosotros.

—Dios no abandona a las criaturas. Animo, amigo mío.

—Ya lo tengo. Váyase usted, Naranjo. Es tarde, pueden venir.

—Adiós, adiós... Que Dios me ampare y nos ampare a todos.

Desapareció como ágil ratón sorprendido en sus rapiñas.

XVII

Largo rato estuvieron hija y padre sin pronunciar una palabra. Ambos tenían sin duda algo que decir; pero ninguno quería ser el primero en romper a hablar. Soledad tenía la cabeza inclinada, las manos en cruz. Don Urbano miraba el techo. Por fin, con voz ronca y un acento de ironía que en él no era común, se expresó así:

—A ver, hija mía: dime dónde está nuestra Providencia; dime dónde está nuestro Dios. Que vea yo ese Dios y esa Providencia, aunque sólo sea por un instante.

Soledad contempló con lástima profunda la deplorable figura de su padre, que parecía un muerto con voz y movimiento. Compadecióle más aún por el triste estado de su alma sin fe.

—Padre, no dude usted de Dios—dijo, acercándose a la cama—. Todavía puede castigar más.

—¿Más todavía? ¡Ah! Cuando venga el castigo, ya estaré yo en el otro mundo. De modo que... ¡ahí me las den todas!

Una carcajada de insensato siguió a estas palabras. Pero el espíritu de aquel desgraciado varón solía tener brascas defensas y reacciones contra el escepticismo. La presencia y la voz dulce de su hija produjeron hondo sacudimiento en el espíritu del hombre enfermo.

—Ven acá—le dijo, llorando—; ven y dime algo bueno. Consuélame. ¿Te parece que nuestra situación es lisonjera?

Soledad se arrojó en los brazos de su padre.

—Es triste—dijo—, muy triste; pero

¿no podremos encontrar algún amigo que nos salve?

—¿Amigos nosotros? ¡Qué absurdo has dicho!—murmuró Gil, bebiéndose sus lágrimas—. ¡Oh! Si Anatolio viniera...

—Eso es seguro.

—Sabe Dios si lo volveremos a ver. Los guardias huirán, saldrán de España... Esto es horrible... Nada me importa por mí, que moriré; pero tú, tú... ¿Quieres morir?

—Yo, sí; pero cuando Dios lo ordene...

—Pues no nos da pruebas de querer que vivamos. Hija de mi alma, ¿has visto conflicto semejante? ¿Crees en la posibilidad de que salgamos bien de esta agonía?

—Sí, lo creo.

—¿Cómo?

—Pidiendo protección.

—¿A quién, loca, a quién? Sabes que dentro de algunas horas vendrán los patriotas y nos prenderán.

—Quía, no, porque no hemos hecho nada.

—Sí, ve a convencer a esa canalla... Nos arrastrarán a una mazmorra; seremos ultrajados por la plebe soez..., no quiero pensarlo. Antes mil veces la muerte para los dos, para ti y para mí.

—¡No, no, no!—dijo Soledad con ardor—. Buscaremos quien nos proteja.

—¡Ay! ¡Protección al desvalido, al triste, al abandonado!... No puede ser.

—¿Por qué no?

—¡Pero quién! Revuelve toda la creación, y dirás como yo: «Muerte, nada más que muerte.»

—Yo digo que nos salvará algún amigo.

—Y yo digo: «Descanso, descanso.» ¡Oh, qué dulce palabra!

Cerraba los ojos para contemplar dentro de sí mismo un remedio de la paz de los sepulcros.

—¡No, no, no!—repitió Soledad, levantándose con resolución—. Yo saldré, yo buscaré quien nos ampare.

—Dime antes su nombre—murmuró Urbano, abriendo los ojos con desvarío.

Solita sintió el violento sacudir de la voluntad, que vibra su rayo omnipotente en nuestro espíritu en momentos de peligro, y cerrando los ojos, olvidando toda consideración, pronunció un nombre.

El semblante de Gil de la Cuadra se

contrajo, y sus labios articularon lastimero quejido.

—Me has traspasado el corazón—dijo, después de una pausa, con voz muy queda y dolorida.

Solita callaba sin atreverse a añadir una sílaba más.

—Quizá pudiera hacer algo por nosotros... De seguro podría...—añadió el viejo, rechazando con la derecha mano una figura imaginaria—; ¡pero no; atrás!... ¡Nunca! Hija mía, toma un cuchillo, atraviésame de una vez el corazón, márame; pero no pronuncies ese nombre, no me mates así..., que esa muerte es demasiado terrible.

La infeliz muchacha apenas tenía ya alma para resistir tanto dolor.

—¡Todavía; pero todavía...!—exclamó, oprimiendo su cabeza con ambas manos—. Cuando todo nos falta; cuando no hay calamidad que Dios no nos haya enviado; cuando nombramos a la muerte como única esperanza nuestra..., ¡todavía, Señor, ese aborrecimiento, que es como el de los demonios!

—Todavía—murmuró la voz de Gil, profunda, hondísima, lejana, cual si sonara en lo más recóndito de su cuerpo—. Todavía..., y siempre.

Oyéronse golpecitos a la puerta y una vocecilla cascada que decía:

—¿Se ofrece algo?

Era la pobre anciana que cuidaba de Naranjo, mujer piadosa, sencilla y caritativa, aunque curiosa.

—¿Conque parece que nos quedamos solos?—dijo, al entrar—. Y ¿qué tal va el señor Gil?

Como nadie le contestase, dirigióse a Sola, y le manifestó su alto criterio terapéutico en estos términos:

—Al señor le convendría tomar una tacita de tila. Voy a hacérsela. ¿Hay lumbre en esta cocina?

—Hija mía, Soledad, Soledad—gritó, bruscamente, don Urbano, como el que despierta de un sueño—. ¿Dónde estás?

—Aquí... No me separo un instante.

—¿Sabes que no te veo?...—añadió el enfermo con mucha agitación—. Pero ¿hay luz en el cuarto?

—Luz hay.

—¡Ah!, sí...; ya distingo, ya veo algo... Pero nada más que sombras. ¿Estás aquí?... ¡Qué espanto! Me quedo ciego... Yo no te veo bien... ¿Hay alguien más en el cuarto?

—Nadie más. Doña Rosa ha pasado a la cocina.

—Dime: ¿has echado algo en mis ojos?... Yo no te veo bien... Me quedo ciego. ¿Has echado algo en mis ojos?

—¿Yo?

—Podía ser. Te empeñas en matarme. Como pronunciaste aquel nombre que era un puñal... ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué oscuridad es esta que me rodea? Soledad, mis ojos se nublan. Dime: ¿esto es morir? ¿Se muere así?

—Eso no es nada. Una irritación del cerebro. Procure usted dormir.

El anciano descansó su cabeza en la almohada y parecía caer en profundo sueño.

—Si viniese Anatolio...—murmuró—, despiértame al instante. Quiero verle.

Un momento después dormía con letargo intranquilo. Se agitaba en el lecho, pronunciaba palabras, se oprimía con la mano el corazón, lanzando lastimeros quejidos. Soledad le contemplaba en silencio, sin pestañear, casi sin respirar, atenta a las vibraciones dolorosas de aquella triste vida que se extinguía por grados. Decir lo que pensó en aquellos breves instantes, cuántas ideas cruzaron por su inflamado cerebro como relámpagos tempestuosos; decir qué sentimientos le agitaron y qué palabras salían de su pecho y expiraban en sus labios, sin modularse, fuera imposible.

La solícita doña Rosa la sacó de aquel estado.

—Es preciso tomar una determinación, niñita mía—le dijo—. Yo he visto muchos enfermos. ¿Qué le pasa a usted, que parece de mármol? Muévase, determine algo. Conviene traer algunas medicinas. Mire usted: yo llamaría a un médico.

Soledad vió en toda su gravedad lo real de aquella situación. Dió algunos pasos de la sala a la cocina y de la cocina a la alcoba. Registró todo y no encontró un solo ochavo. Después se detuvo de nuevo, sumergiendo su espíritu en honda meditación.

—Yo voy a salir—dijo, de súbito, a la anciana.

—Gracias a Dios que toma usted una determinación. Yo cuidaré al señor mientras usted vuelve.

—Voy a salir—repitió la joven con aplomo.

Púsose el manto y se acercó al enfer-

mo, contemplándole con atención profunda. Gil se movía con inquietud, se quejaba; pronunciaba, como antes, palabras confusas. Al ver la religiosa y profunda atención con que Soledad le miraba, creíase que el espíritu del padre y de la hija se comunicaban en regiones lejanas, desconocidas, allá donde las almas amigas se abrazan, rotos o aflojados los lazos de la vida.

Don Urbano, en su delirio, pronunció cuatro clarísimas palabras en tono de contestación. Al oírlas Soledad se estremeció toda, y en el fondo de su alma resonaron con eco terrible las cuatro palabras.

Gil de la Cuadra había dicho:

—Sedujo a mi esposa.

Soledad, pasándose la mano por la frente, dió algunos pasos. Detúvose, clavando la vista en el suelo. Luchaba interiormente; pero al fin ganó la batalla, y dijo con resolución:

—No importa... Voy.

XVIII

Eran las dos. La noche era serena y tibia, y en el cielo oscuro comenzaban a palidecer, temblando, las estrellas. Solita envolvióse bien en su pañuelo, y sin asomos de miedo, porque la apurada situación suya no lo permitía, bajó hacia la plazuela de Navalón. Poco tiempo empleó en llegar a una calle cercana, donde los informes que recibiera del sereno la obligaron a retroceder.

«¡Dios mío—decía para sí—, haz que encuentre pronto ese batallón Sagrado!»

Por el Postigo de San Martín subió en busca de las calles de Tudescos y la Luna, andando aprisa, sin reparar en los pocos transeúntes que a tal hora hallaba en su camino, hasta que oyó un rumor lejano, murmullo de gente y pasos, que en el silencio de la noche resonaban de un modo singular en las angostas calles. Entonces sintió miedo y se detuvo a escuchar. Por la calle de la Luna pasaba una cosa que no podían precisar bien los agitados sentidos de Sola: un animal muy grande, con muchas patas, pero sin voz, porque no se oía más que la trepidación del suelo. Acercóse más y vió pasar de largo, por la bocacalle, multitud de figuras negras;

sobre aquella aguda masa brillaban agudas puntas en cantidad enorme.

«¡Ah!—dijo Sola para sí, reconociendo lo injustificado de su miedo—. Es un ejército... ¿Será el batallón Sagrado?»

Apresuró el paso; pero no había dado seis, cuando se oyó un tiro; después, dos, tres... Solita se quedó fría, yerta, sin movimiento. Aumentado el estrépito por su imaginación, parecía le que Madrid había volado.

—¡Tiros!... ¡Una batalla!

Varios individuos corrieron a su lado por la calle de Tudescos abajo, gritando:

—¡Los guardias, los guardias!... ¡Que degüellan!

Soledad corrió también, por instinto. Los tiros se repitieron, y sobre el tumulto descollaban tremendas voces que decían:

—¡Viva el rey absoluto!

Y allá, más lejos, otras que no se entendían bien. Por callejones que no conocía, siguiendo a las personas del vecindario, que, alarmadas, salían de las casas, Soledad llegó a una calle, que reconoció por la de San Bernardo.

«¡Ah!—murmuró—. Aquí me han dicho que está el batallón Sagrado hacia la cuesta de Santo Domingo. Vamos allá.»

Para concluir pronto, acortando en lo posible las angustias de tal expedición, corrió en el rumbo indicado; pero al fin la mucha gente que se agolpaba en aquel sitio obligóla a detenerse. La muchedumbre retrocedió de repente, y vieronse varios soldados de a caballo, que, sable en mano, gritaban:

—¡Atrás, a despejar!

Para no ser arrollada, Solita huyó entre multitud de personas que se atropellaban, gritando:

—¡Jarana! ¡Que vienen los guardias! ¡Que van a disparar el cañón!

—Dígame usted, buen amigo—preguntó la joven a un hombre que a su lado iba—: ¿dónde está el batallón Sagrado?

—¿El batallón Sagrado? Pues cuenta que está en la plaza Mayor.

—Me habían dicho que en la cuesta de Santo Domingo.

—¡Quia! No, señora. ¿Qué entiende usted de eso?

—Tiene usted razón, buen amigo: yo no entiendo nada. ¿Conque dice usted que en la plaza Mayor?

—Mismamente... ¡Los guardias vienen!

—¿Por dónde cree usted que debo ir?—preguntó Sola, advirtiendo que la gente corría en todas direcciones y que se oían los tiros más cerca.

—Por ninguna...—repuso el hombre, metiéndose en su casa y cerrando sin dilación.

Soledad no se desanimó, y por la calle de la Justa trató de emprender su camino, pero al poco tiempo vió que la de Tudescos estaba intransitable. Pasaban por allí varias columnas de guardias, que, al verse sorprendidos en la calle de la Luna, buscaban la de Jacometrezo y Postigo de San Martín para dirigirse al centro de la villa.

Aguardó a que pasaran, y luego, prefiriendo dar un rodeo a perder tiempo esperando, marchó a tomar la calle de la Montera por la del Desengaño.

«Por allí no habrá nadie—pensó—. Bajaré a la Puerta del Sol, y en un periquete estaré en la plaza Mayor... Virgen de los Remedios, favoréceme...»

En efecto, la infeliz muchacha llegó, por fin, a la Puerta del Sol, donde había empezado a reunirse bastante gente. Tropa y milicianos formaban delante de la Casa de Correos; pasado un instante, la tropa entraba en aquel edificio y los milicianos subían por la calle de Carretas.

—¿Es cierto que el batallón Sagrado está en la plaza Mayor?—preguntó Sarlita a un miliciano que marchaba a toda prisa con el fusil al hombro.

Como no recibiera contestación, hizo la misma pregunta a dos paisanos, que también armados de fusil marchaban hacia la calle Mayor.

—Venga usted, prenda, y lo veremos.

Siguiólos a cierta distancia, andando tan aprisa como ellos. Vió que, satisfecho el primer impulso de curiosidad de los vecinos, se cerraban todas las puertas y que apenas había mujeres en la calle. El estado de su afligido espíritu no le permitió observar que poco a poco se iba introduciendo en una atmósfera de peligro. La infeliz comprendió, sí, que iba a ocurrir algo grave; pero pensaba llegar antes que sonase la hora del conflicto, desempeñar su misión y volverse a su casa.

«Todavía es de noche—decía—. Hasta que amanezca no habrá batallas.»

En las inmediaciones de la plaza Mayor los milicianos ocupaban toda la calle. Había cierto desorden en sus filas; los jefes corrían de un lado para otro, y resonaban aquí y allá las palabras de tal cual arenga, pronunciadas desde lo alto de un caballo. Murmullo atronador ensordecía la calle: todos hablaban a la vez, amenazaban, discutían, proponían; oíanse trastrocadas y revueltas las palabras *libres y esclavos, leales y pérfidos, Constitución y rey neto, libertad y despotismo*. Todo se oía, menos lo que Solita quería oír.

—¿El batallón Sagrado?—preguntó tímidamente al primer miliciano que tuvo a mano.

—El batallón Sagrado... ¡Ah!... Vaya usted a saber, niña—le contestaron.

—Allí está mi primo—dijo otro.

—Lo manda San Miguel.

—Entonces debe de andar por el Cielo—añadió un chusco—, pues si es sagrado y lo manda un arcángel...

Soledad se dirigió a otro grupo; pero no había abierto la boca, cuando oyó gritar:

—¡Paso, paso!

Y estuvo a punto de quedarse sorda por el estrépito de los cañones, que, arrastrados a escape por poderosas mulas, venían calle adelante, rechinando, saltando, rebotando sobre cada piedra. Soledad empezó a comprender que Dios la abandonaba en aquel trance, que la ocasión y el lugar no eran a propósito para buscar a un hombre perdido en la inmensidad del batallón Sagrado y en la hora crítica de la revolución. Esta idea la agfligió tanto, que quiso hacer un esfuerzo, sobreponerse con animoso espíritu a las circunstancias y seguir hasta donde pudiera, con desprecio de la vida. Erale indispensable buscar y encontrar, en aquella misma mañana, a la única persona de quien podía esperar auxilio de todas clases en su desesperada situación. Recordó a su padre moribundo, sin recursos; la pobre casa desamparada, que muy pronto sería invadida por los feroces polizontes; y cerrando los ojos a todos los peligros, al formidable aparato de tropas; desoyendo el rugir de la Milicia, el estruendo de las preparadas armas, dió algunos pasos hacia el arco de Boteros.

«Entraré—pensó—, y yo misma veré si está o no ese batallón Sagrado.»

Se sintió cogida por un brazo y rechazada hacia atrás, mientras una bronca voz le decía:

—¡Atrás!... ¡Que en todas partes se han de meter estas condenadas!

—¿El batallón Sagrado?—murmuró Soledad.

Pero otro brazo de hierro la arrojó hacia la acera de enfrente. Se volvió contra la pared, y así estuvo breve rato. Cuando miró de nuevo hacia las entradas de la plaza, el llanto anegaba su rostro. Era espectáculo digno de que un psicólogo lo observara ver cómo, haciendo alarde de energía varonil, se limpiaba aquella infeliz sus lágrimas, cómo sofocaba sus suspiros, diciendo:

«Puede que sea fácil entrar por la calle de Atocha... ¡Dios mío! ¿Cómo vuelvo a mi casa sin haberle visto?»

Corrió hacia la plazuela de San Miguel y después hacia la Puerta del Sol. Por ningún lado había salida; por todas partes, tropas y milicianos, que mandaban a los vecinos retirarse. Solita, al fin, se declaró vencida.

«Dios no quiere—dijo—. Es imposible. Volveré a mi casa... Dios no nos abandonará.»

Una idea lisonjera iluminó de súbito su entendimiento, infundiéndole repentina alegría. En sus labios vaciló una sonrisa.

«Con esta jarana tan tremenda—pensó—la Policía no se cuidará de ir a mi casa. Todos tendrán mucho que hacer.»

Pensando esto, dobló la esquina para bajar por la plazuela de Herradores.

«Pero ¿y si van?—pensó después—. Si le llevan a la cárcel, como está... Se morirá por el camino... No, no irán; es imposible que se acuerden de tal cosa. Lo peor es que no tenemos nada. ¡Qué disparate haber dado al señor Naranjo todo el dinero!... ¿Quién nos amparará si no encuentro hoy al batallón Sagrado?... Y he de encontrarlo... Veremos más tarde... Esto acabará pronto... Pero ¡si le sucede algo, si le matan...!»

El terror que esta idea le producía la desconcertó un momento; pero, llenándose de fe, su alma privilegiada se tranquilizaba. Dios, sin embargo, no quiso que en aquella aciaga mañana fueran dichas las horas de la infeliz joven, y no la dejó andar veinte pasos en paz. Por la calle de las Fuentes, por la de las Hileras, subían columnas de milicia-

nos granaderos, terribles, amenazadores: iban a cubrir el flanco de la plaza. El paso por aquella parte estaba cortado.

Soledad, viendo la alarma del vecindario, quedó yerta de espanto. Gritaban en los balcones las mujeres, lloraban algunas, votaban los hombres. Cerrábanse puertas, se desocupaba a toda prisa la calle; hasta los perros huían desparvoridos. Por un instante no supo la pobre qué resolución tomar; vaciló entre seguir bajando o correr de nuevo hacia arriba. El aspecto imponente de las tropas que subían la ofuscó de tal modo, que tomó el peor partido, corriendo hacia la calle Mayor; pero dos mujeres que iban hacia la de Santiago indicáronle aquella dirección como la mejor. Las siguió sin vacilar, creyendo encontrar por allí fácil acceso hacia su casa; pero no había llegado a la calle de Milanés cuando sintió el horrible estrépito de miles de disparos, gritos, vivas y muestras: un bramido colosal, mezcla de humanas voces y de la tremenda palabra de los cañones. El valor le faltó de súbito entonces y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

En la calle de Santiago había espacio suficiente para ponerse a salvo de las balas, y era considerable la multitud de curiosos. Muchos de éstos emprendieron la retirada hacia la parroquia para apartarse lo más posible del lugar de la retiriaga; pero unas mujeres que subían de la plaza de Oriente gritaron:

—¿Adónde van ustedes? Los guardias de Palacio han subido a San Nicolás y vienen todos hacia acá.

Al oír esto, muchos se metían precipitadamente en las casas; otros se agolpaban en las calles del Espejo y Mesón de Paños. La de Santiago quedó vacía.

¿En dónde está Solita? El narrador lo ignora, y llamado por el duelo en que se empeñan rencorosamente Despotismo y Libertad, no trata por ahora de averiguarlo.

XIX

Cuando el brigadier Palarea, aquel famoso guerrillero del año 8 (a quien llamaban el *Médico* porque curó gente por la ciencia antes de matarla con la espada), supo que venían los *esclavos*, tomó sus disposiciones en la plaza Mayor, don-

de estaba con los milicianos. El oficial de artillería que mandaba las piezas dormía en la Panadería, y, avisado del peligro, saltó por un balcón para llegar más pronto a su puesto. Felizmente, todos estaban preparados, y no hubo más confusión que la propia de tales casos. Los milicianos, a causa del entusiasmo que los poseía, no perdieron la serenidad en aquella mañana, y si alguno temblaba dentro de su uniforme, como parece creíble, esto no pasó de la esfera individual, y la Institución se sostuvo firme y tranquila. Por primera vez en su vida, aquello que parecía destinado a ser pequeño empezaba a ser grande. Hombres de costumbres pacíficas y sin ideal guerrero de ninguna clase iban a familiarizarse con el heroísmo. Estos milagros los hace la fe del deber, la religión de las creencias políticas cuando tienen pureza, honradez y profundas raíces en el corazón.

Por la calle Mayor adelante avanzó la columna de guardias, tan orgullosa como si fuese a una parada, al son de sus ruidosos tambores y dando vivas al rey absoluto. Era costumbre entre los guardias llamar a los milicianos *soldadito de papel*. Ya se acercaba el momento de probarlo, y, esgrimidas las armas de uno y otro bando, iban a chocar el acero y el cartón. Nada más imponente que los rebeldes. Sus barbudos gastadores, cubiertos con el mandil de cuero blanco, parecían gigantes; sus tambores eran un trueno continuado; su actitud marcial, perfecta; su orden para el ataque, inmejorable; sus *vivas* infundían miedo; sus ojos echaban fuego.

La columna se detuvo y miró a la izquierda. Ya se sabe que la plaza Mayor tiene dos grandes bocas, por las cuales respira, comunicándose con la calle del mismo nombre. Entre aquellas dos grandes bocas, que se llamaban de Boteros y de la Amargura, había y hay un tercer conducto, una especie de intestino, negro y oscuro: es el callejón del Infierno. Por una de estas tres bocas, o por las tres a un tiempo, tenían los guardias forzosamente que intentar la ocupación de la plaza de aquel sagrado Capitolio de la Milicia Nacional o alcázar del soberano pueblo armado.

Cuando se acercaron hubo un momento de silencio profundo. Allá dentro, y a la primera luz del naciente, se veían

brillar los cañones de los fusiles preparados. ¡Ansiedad espantosa! Con el aliento suspendido se contemplaron el guerrero y el ciudadano, el hierro y el papel. Oyéronse algunos gritos, diéronse algunos pasos y tempestad horrisona estalló en el aire.

En el paso y Arco de Boteros, en la calle de la Amargura, en el callejón del Infierno, se trabó simultáneamente la pelea. Los guardias atacaron con fatuidad; los milicianos defendieron con vigor, no sin gritos patrióticos, que los inflamaban, recordándoles la noble idea por que combatían. El cañón de Boteros y el de la Amargura tronaron a la vez, y sus primeros disparos de metralla desconcertaron a los guardias.

No obstante, como eran gente aguerrida, rehiciéronse sin tardanza; habían puesto a su cabeza a los granaderos de premio y a los gastadores de luenga barba, algunos de los cuales eran veteranos de las guerras de la Independencia y del Rosellón. Los milicianos tenían en su vanguardia toda la gente menuda; los cazadores, la juventud entusiasta, los menestralillos, los hijos de familia, los señoritos y los horteras. Pero Dios, que siempre protege a los débiles, quiso en aquel crítico día infundir en el alma de los pobres chicos una fuerza inaudita; y si los guardias arremetían con vigor, las descargas cerradas de aquella juventud impertérrita, que no veía el peligro ni hacía caso de la muerte, detenían a los orgullosos veteranos.

En Boteros consiguieron adelantar algo, y llegó un momento en que las manos de los gastadores pudieron tocar el cañón. En el ángulo que el pórtico forma con la plaza hubo desconcierto, cierto pánico entre los milicianos, y amenazaba presentarse un verdadero peligro si esfuerzos supremos no restablecían la superioridad hasta entonces demostrada por los defensores del pueblo.

Palerea, a caballo junto a la pieza de artillería, dió un grito horrible, y con el sable vigorosamente empuñado por la trémula diestra rugió órdenes. El comandante de la Milicia que mandaba en aquel punto a los cazadores sintió en su interior un estremecimiento terrible, una rápida sensación de frío, a que siguió súbito calor. Ideas ardorosas cruzaron por su mente; su corazón palpitaba con violencia; su nariz, pe-

queña, perdió el color; resbaláronsele por la nariz abajo los espejuelos de oro; apretó el sable en el puño; apretó los dientes, y alzándose sobre las puntas de los piececillos, hizo movimientos convulsivos semejantes a los de un pollo que va a cantar; tendiéronsele las cuerdas del pescuezo, púsose como un pimiento y gritó:

—¡Viva la Constitución!... ¡Cazadores de la Milicia..., carguen!

Era el nuevo Leónidas, don Benigno Cordero. Impetuoso y ardiente, se lanzó el primero, y tras él los cazadores atacaron a la bayoneta.

Antes de dar este paso heroico, verdaderamente heroico, ¡qué horrible crisis conmovió el alma del pacífico comerciante! Don Benigno no había matado nunca un mosquito; don Benigno no era intrépido, ni siquiera valiente, en la acepción que se da vulgarmente a estas palabras. Mas era un hombre de honradez pura, esclavo de su dignidad, ferviente devoto del deber hasta el martirio callado y frío; poseía convicciones profundas; creía en la Libertad y en su triunfo y excelencias como en Dios y sus atributos; era de los que preconizaban la absoluta necesidad de los grandes sacrificios personales para que triunfen las grandes ideas, y viendo llegar el momento de ofrecer víctimas, sentíase capaz de ofrecer su vida miserable. Era un alma fervorosa dentro de un cuerpo cobarde, pero obediente.

Cuando vió que los suyos vacilaban indecisos; cuando vió el fulgor del sable de Palarea y ovó el terrible grito del brigadier guerrillero y médico, su alma pasó velozmente y en el breve espacio de algunos segundos de sensación a sensación, de terribles angustias a fogosos enardecimientos. Ante sus ojos cruzó una visión, y ¡qué visión, Dios poderoso!... Pasó la tienda, aquel encantador templo de la subida a Santa Cruz; pasó la anaquelera, llena de encajes blancos y negros en elegantes cajas. Las puntillas de Almagro y de Valencienas se desarrollaron como tejidos de araña, cuyos dibujos bailaban ante sus ojos; pasaron los cordones de oro, tan bien arreglados en rollos por tamaños y por precios; pasó escueta la vara de medir; pasaron los libros de cuentas, y el gato que se relamía sobre el mostrador; pasaron, en fin, la señora

de Cordero y los borreguitos, que eran tres, si no miente la Historia, todos tan lindos, graciosos y sabedores, que el buen hombre habría dejado el sable para comérselos a besos.

Pero aquel hombre pequeño estaba decidido a ser grande por la fuerza de su fe y de sus convicciones: borró de su mente la páfida imagen doméstica que le desvanecía y no pensó más que en su puesto, en su deber, en su grado, en la individualidad militar y política que estaba metida dentro del don Benigno Cordero de la subida de Santa Cruz. Entonces el hombre pequeño se transfiguró. Una idea, un arranque de la voluntad, una firme aplicación del sentido moral bastaron para hacer del cordero un león, del honrado y pacífico comerciante de encajes un Leónidas de Esparta. Si hoy hubiera leyenda, si hoy tuviéramos escultura y don Benigno se pareciese a una estatua, ¡qué admirable figura la suya elevada sobre un pedestal en que se leyese: «¡Cordero en el paso de Boteros!»

Rugiente y feroz se lanzó el comandante de cazadores. Estos cargaban como los infantes españoles de los grandes tiempos antiguos y modernos, con bríos y desenfados, cual si hicieran la cosa más natural. La falange de papel destrozó a los caballeros invencibles de corazón de hierro, que se desconcertaron no sólo por el empuje de los milicianos, sino por la sorpresa de verse tan bizarramente acometidos.

Ni remotamente lo esperaban. Unos cuantos volvieron la espalda, y la columna acabó de desorganizarse. ¡A correr! Vióse caer bastante gente de una y otra parte, y la derrota de los guardias era evidente en el paso de Boteros, porque, alentados los milicianos, cayeron sobre ellos enfurecidos, y con el furor de los unos crecía el desánimo de los otros. Corrieron, acuchillados sin piedad, por la calle Mayor, en dirección de la Puerta del Sol.

En el momento del triunfo, un héroe caído en tierra bañaba con su sangre preciosa las piedras de la calle. Era don Benigno Cordero. Pero no lloréis, números de la Historia. Para gloria de la Milicia Nacional de España, para gloria de la Humanidad, Cordero no murió, y restablecido en pocos días de sus heri-

das, disfrutó por muchos años de la dulce vida, haciendo la felicidad de su familia, de sus amigos y de sus parroquianos en la modesta tiendecita de la subida a Santa Cruz. Boteros, las Termópilas de este hombre pequeño; no lleva su nombre.

XX

En la Amargura, los granaderos y los cazadores de la Milicia rechazaban con igual bravura a los esclavos, y en el callejón del Infierno, sitio de encarnizada pelea, un hombre formidable, una encarnación del dios Marte con morrión hundía su bayoneta en el pecho de un faccioso, gritando con voz de cañonazo:

—¡Por vida de los cien mil pares de gruesas de chilindrones!... ¡Perro, canalla, jenízaro! ¡Suelta la vida aquí mismo..., suéltala!...

Ciego de ira, don Patricio, el pacífico preceptor, transformado en bestial sicario por el fuego político que inflamaba su alma, apretaba los dientes, abría los ojos como un estrangulado, y su proterva lengua blasfemaba. El entusiasmo hacía de don Benigno Cordero un héroe; el fanatismo hacía de Sarmiento un soldadote estúpido. Tan ciego estaba, que cuando sus compañeros corrieron por el callejón abajo, arrastrándole, siguió haciendo un uso lamentable de la bayoneta, y después de pinchar con ella a un miliciano, la clavó en la pared, diciendo:

—Y ¡tú también..., tú!

En tanto, los guardias corrian en retirada hacia la Puerta del Sol, a unirse con la segunda columna. El general Ballesteros, que en aquel instante llegaba del Parque a hacerse cargo del mando de la plaza Mayor, puso en Platerías las dos piezas que habían traído y ametralló a los fugitivos, disponiendo que Palarea los atacase por la calle de Carretas. Pero los guardias se desconcertaron de tal modo en la Puerta del Sol, que no fué preciso desplegar gran estrategia para obligarlos a una completa fuga.

Unos intentaron subir la calle de la Montera; pero de los balcones les arrojaron, a falta de balas, toda clase de cachivaches y hasta los morteros de las

cocinas. No pocos se pasaron a las filas leales, y la mayor parte emprendieron su retirada por la calle del Arenal, donde tuvieron que tirotearse con la compañía de granaderos milicianos apostada en San Ginés y en las inmediatas calles de las Hileras y las Fuentes. Fracaso más vergonzoso no se ha visto desde que hay pronunciamientos en España. Nada faltó a los sediciosos para su total aniquilamiento y deshonor: los milicianos se permitieron hasta la inaudita osadía de hacerles prisioneros, copando algunas docenas de hombres en la plaza de los Caños.

Entre los vencedores no se oía más que una voz:

—¡A Palacio, a Palacio!

Faltaba lo mejor de la fiesta, porque dos batallones de guardias permanecían intactos en el Alcázar, y los derrotados de la plaza Mayor iban en aquella dirección. En Palacio estaba el rey, acusado de dirigir desde su gabinete toda la maniobra sediciosa, asistido de los pérfidos consejeros a quienes el *Zurriago* llamaba *Infantón*, *Casarrick* y el *General Castañuelas* (Castro-Terreño). En Palacio se hallaban también los ministros en la más triste y ridícula de las situaciones imaginables: prisioneros, sin prestigio ante la Milicia ni ante el despotismo; estaba asimismo San Martín, que, según dicen, lloraba, deplorando la reclusión en que se le tenía; estaban los cortesanos todos y las damas del 30 de junio; pero no rebotando alegría, sino con el corazón oprimido por la incertidumbre; que toda aquella gente menuda, tan emprendedora para conspirar, temblaba, al oír los tiros, como los niños cuando oyen truenos.

Cuando los milicianos de la plaza Mayor se convencieron de que habían triunfado, pues en los primeros momentos no lo creían, se entusiasmaron hasta el frenesí: los vivas a la Constitución, a Riego, a Ballesteros, a las libertades todas y a todos los pueblos soberanos sonaban sin interrupción, repetidos por la muchedumbre en inmenso alarido. De las vecinas casas salía en tropel, a borbotones, el hirviente vecindario, loco también de alegría, y todo el mundo se felicitaba, todo el mundo se abrazaba. Los patriotas, que eran género abundante en la calle Mayor, salían cargados de confituras, vino, pasteles y cantidad de

regalitos para obsequiar a los héroes. ¡Interesante apoteosis popular que a los bravos soldados nacionales gustaba más que el pasar bajo soberbios arcos de triunfo para recibir como único premio un laurel de trapo o la sonrisa de un rey satisfecho!

Milicianos y pueblo, o, mejor dicho, guerreros y gente inerte, llenaban la vía pública, y todos chillaban, hombres, mujeres, chicos. No se podía dar un paso. Al sediento se le daba agua o vino; comida, al que tenía hambre, y los heridos eran entrados en las casas. Los tres milicianos muertos en la plaza tenían en derredor lastimoso coro de llantos e imprecaciones contra el despotismo. Cuarenta habían sido los heridos, entre ellos no pocos de bastante gravedad.

En cambio, los guardias dejaron catorce muertos en las calles. De sus heridos no se tenía noticia.

Cuando se inició el movimiento hacia la plaza de Palacio, hubo gran confusión. Querían los jefes que se retirase el paisanaje; pero el mar y el gentío no suelen obedecer al que les manda quitarse de en medio. Allí era de ver la actividad, la diligencia afanosa con que don Primitivo Cordero quería abrir paso a una parte de su batallón.

—Señoras—dijo a unas buenas mujeres que en grupo inmóvil como una roca obstruida, con otras masas de hombres y chiquillos, la entrada de la calle de Milanese—, hagan el favor de retirarse. Todavía no ha concluido esto... Atrás..., atrás..., a un lado todo el mundo.

Obediente en lo posible, la femenil pandilla se apretó contra sí misma, diciendo, con parlero trinar de pájaros alborotados:

—¡Viva la Milicia Nacional!

Un patriota exclamó:

—¡Viva don Primitivo Cordero!

—Gracias, gracias, mil gracias—dijo galantemente el héroe, saludando a un lado y otro—. Pero apartarse, apartarse, señoras.

El sobrino de don Benigno pasó; pero un nuevo grupo le detuvo.

—¿Qué hay aquí?—preguntó, observando que varias personas levantaban del suelo a una mujer.

—Nada—respondió un viejo—. Esta señora se ha desmayado.

La desmayada, puesta al fin en pie, abrió los ojos, miró a todos lados con estupor, apartándose con las manos el cabello, que sobre la frente le caía. Pálida y temblorosa decía:

—¿El batallón Sagrado?...

Don Primitivo seguía abriéndose paso. La multitud cambió de postura y movióse toda la gente de una parte a otra. Entonces la desmayada desapareció.

Hacia la plaza de Oriente marchaban el ilustre Ballesteros, Riego, el general Copóns, antiguo jefe político y hombre muy exaltado; el diputado Grases, ayudante de Ballesteros; el conde de Oñate, grande de España de primera clase, que tenía a mucha honra vestir el uniforme de la Milicia; el duque del Parque, el ex guardia de Corps don José Trabeso y todas las celebridades de aquel día, excepto Morillo, que seguía en el Parque; Alava, que estaba en la plazuela de Santo Domingo, y el patriota don Vicente Beltrán de Lis, que al frente de su partida guerrearaba en las Vistillas de San Francisco.

Durante la marcha hacia Palacio oíanse tiros. Avivaron el paso los milicianos. Los caballos de los jefes descollaban sobre la apiñada multitud, como si nadaran en un mar de cabezas. No era posible asegurar si la principal parte de la tormenta de aquel día había pasado ya o si aún faltaba, porque el nudo de Palacio no se había roto ni desatado; allí había dos batallones de rebeldes; en San Gil estaba el cuartel general de los leales, y las Caballerizas eran ocupadas por los guardias fieles a la Constitución. Inmensa curiosidad devoraba al pueblo de Madrid. ¿Qué haría el rey? ¿Defenderíanse los dos batallones hasta el último extremo? ¿Capitularían? ¿Invadirían los milicianos el Palacio?

Crecía la agitación, sin que disminuyera el entusiasmo. Las calles de Milaneses, Santiago y Cruzada hervían, y el impaciente ciudadano ansioso de conocer las resultas de una contienda de que dependía su destino pugnaba por acercarse todo lo posible. Aglomerándose la gente sin miedo al peligro en aquel enorme tumulto de voces y gritos, apenas se oía la débil voz que preguntaba:

—¿El batallón Sagrado?...

XXI

Tiempo es ya de encontrar al batallón Sagrado. Se formó en los primeros días del mes con oficiales de reemplazo y paisanos entusiastas que no pertenecían a la Milicia, y su jefe era San Miguel. En la madrugada del 7 estaba en la plazuela de Santo Domingo, y una avanzada suya fué la que rompió el fuego contra los guardias en la calle de la Luna. Cuando se formalizó el conflicto, al mismo tiempo que acudía Ballesteros a la plaza Mayor, presentóse en la plazuela de Santo Domingo el general Alava, y a poco rato llegaron dos compañías del regimiento de infantería de Fernando VII, un escuadrón de Almanza y una pieza de artillería. Pero durante los imponentes ataques de Boteros y la Amargura nada ocurrió allí digno de mención. El batallón Sagrado y las demás fuerzas mandadas por Alava entraron en acción resuelta al iniciarse la retirada de los facciosos por la calle del Arenal hacia Palacio. Los leales les hicieron fuego por todas las calles que afluían a la plaza de Oriente, mientras los guardias de Palacio, para proteger la retirada de los suyos, avanzaron hasta los altos de la calle del Viento, desde donde favorablemente podían hacer mucho daño al paisanaje.

Este avanzó con resolución, recibiendo tiros por todas partes, siendo los más certeros los que venían de las ventanas bajas del regio Alcázar. Ruines lacayos y gente cobarde, de esa que se cría en lo más bajo de los palacios, ayudaba a defender el último baluarte del despotismo. Sin embargo, cuando avanzaron los patriotas, lograron desalojar de los altos de la plaza al destacamento de rebeldes, las ventanas bajas se cerraron, como las altas, y desde entonces la procesión anduvo por dentro. Viéronse pañuelos blancos agitados en los grupos de rebeldes que se reconcentraban en la plaza de la Armería o en la puerta del Príncipe, y cerró el fuego.

Un parlamentario apareció, gritando en nombre del rey:

—Que cesen los fuegos y que vaya a Palacio el general Morillo, pues peligra la vida de su majestad.

Entonces fué cuando Ballesteros dió la famosa contestación:

—Diga usted al rey que haga rendir las armas inmediatamente a los facciosos que le cercan, pues de lo contrario, las bayonetas de los libres penetrarán persiguiéndolos hasta su real cámara.

Hasta aquel instante todo se había llevado con acierto. Los milicianos habían hecho proezas; los generales se habían portado con dignidad y bizarría; el pueblo, victorioso, mas no embrutecido por la matanza ni ebrio de sangre, se había detenido con respeto, quizá excesivo, ante la puerta sagrada del Palacio de sus reyes, obedeciendo a una sola palabra de éste; los soberbios guardias, insolentes como el absolutismo que defendían, sin respeto a nada ni a nadie, mordían el polvo, sojuzgados por el espíritu liberal y la conciencia pública, de quien fueron instrumento propicio las armas ciudadanas.

Todo fué bien hasta aquel instante; pero en el mismo punto la cuestión que ya podemos llamar del 7 de julio empezó a tomar antipático sesgo. Comenzaron los tratos para la capitulación; constituyóse en la Casa-Panadería una Junta de hombres débiles, que no supieron tomar resolución alguna de provecho en el momento del peligro, y que ahora querían nada menos que declarar la incapacidad moral del rey. Palacio envió ante la Junta sus más sagaces agentes, y discutióse si debían los guardias rendir las armas, cuando tan fácil era quitárselas.

No es decible lo que se movió aquella gente desde Palacio a la Casa-Panadería, y qué número de cortesanos y oficiales entraron en danza trayendo y llevando recados. Por último, la diplomacia dijo su última palabra, y se estipuló que los cuatro batallones que habían invadido la capital se rendirían a discreción, pero que los otros dos las conservarían, saliendo de la corte para Vicalvaro y Leganés. En uno de aquellos dos estaban los asesinos de Landáburu.

Extendida la noticia de este convenio entre los patriotas, la mayor parte se dieron por satisfechos, y el pueblo, en general, llenóse de alegría viendo asegurada la paz, sometida la rebelión y atajada la sangre que había empezado a correr en abundancia. En las largas horas que pasaron desde que se suspendieron las hostilidades hasta que se supo

el resultado de las negociaciones, toda la gente armada, pueblo y tropa, ocupó sus puestos, atenta a los movimientos de los acorralados guardias, y cada vez se estrechaba y fortificaba más el círculo en que estaban metidos. En la plaza de Oriente, el batallón Sagrado y el regimiento del infante don Carlos cortaban la comunicación con toda la parte de los Caños y la Encarnación. En los Consejos y en las calles del Factor y la Cruzada, los tres batallones de la plaza Mayor, con algunas piezas, presentaban un baluarte infranqueable al enemigo.

La suspensión de hostilidades no podía ser más alegre. El pueblo, no pudiendo mezclarse con la Milicia y tropa, rigurosamente formada, se acercaba a ellas lo más posible, y con las últimas filas se juntaban apretadas falanges de mujeres, ancianos y gente de todas clases, que, no contentos con estar tan cerca, asomaban el hocico por encima de los hombros y por entre las bayonetas de los soldados. Todos pedían noticias, todos querían saber hasta los menores detalles de los desafortunados combates de aquel día; preguntaban éstos por el hermano o por el padre, y algunos, viéndolos desde lejos en apartada fila, saludábanlos con pañuelos. El pueblo llamaba a los suyos, pronunciando los más cariñosos nombres, y desde las compañías respondían voces festivas con la alegría de la salud y del triunfo.

Pero también molestaba en algunas partes la muchedumbre curiosa. En el batallón Sagrado un individuo empujó hacia atrás un racimo de mujeres que parecían querer subir sobre sus hombros. En el mismo instante se sintió fuertemente asido del brazo, oyó una voz. ¡Oh sorpresa de las sorpresas!

—¡Solita, tú aquí!... Pero ¿eres tú?... —exclamó con júbilo, apartando a otras personas para que la joven estuviera cómodamente a su lado.

—Desde la madrugada te estoy buscando, hermano. ¡Gracias a Dios que al fin ha querido que te encuentre!—dijo Soledad con inmensa alegría.

Sonriendo de placer, la demacración y palidez de su rostro se disipaban por un instante como las oscuridades de un cielo que de súbito ilumina el sol. Mas eran demasiado grandes el desorden de su persona y la alteración de su sem-

blante, por el cual habían pasado aquel día más lágrimas que balas por el ámbito de la calle Mayor para que un pasajero regocijo los disipase.

—A ti te pasa algo. ¿Qué tienes? —preguntó Monsalud, poniéndole la mano izquierda en el hombro, mientras con la derecha sostenía el fusil.

—Me pasan cosas terribles...—repuso ella con angustioso acento—. Buscándote estoy desde las dos de la madrugada... Mi padre se muere.

Salvador no contestó nada, realmente porque no sabía qué contestar.

—Se muere—añadió Solita—, y necesito de tu ayuda por muchos motivos y para muchas cosas.

—¡Pobrecilla!... Esto se acabará pronto. Romperemos filas y estaré a tus órdenes. Yo estoy aquí por complacer al duque, que se empeñó en que viniera, pero esto no ha de durar mucho más.

—Pero ¿no se ha concluido todavía?... ¡Qué fuego! ¡Cuántos tiros, cuántas muertes! Me acordaré mientras viva, si vivo, de lo que he visto hoy. Yo salí a buscarte, fui a la calle Mayor, y sin saber cómo, me vi cercada por todos lados. No podía salir de allí, ni volver a mi casa, donde había dejado en la situación más triste a mi pobre padre... Pude, al fin, guarecerme en un portal con otras mujeres durante el tiempo de los muchos, de los muchísimos tiros. Después salí. Gritaban porque habían triunfado... Perdí el conocimiento... Yo seguí buscándote, y al fin supe que estabas aquí... Pero no pude verte. Volvieron a sonar los tiros, y tuve que huir... Entonces fui a mi casa, he acompañado a mi padre parte de la mañana, y después he salido otra vez en busca tuya, porque necesito de ti, como ya te he dicho, por diferentes razones.

—Lo supongo. Pronto me tendrás a tu lado—dijo Salvador con lástima—. Y ¿qué sabes de Anatolio? ¿Le ha pasado algo?

—No sé nada. Desde el día treinta no hemos tenido noticias suyas.

—¡Qué desgracia!

—Y tú, ¿estás herido? ¿Te ha pasado algo?

—Nada, 'absolutamente. Esto ha sido un juego. Sin embargo, he disparado algunos tiros.

—Yo he oído más de un millón, puedes creerlo; más de un millón... Pero

¿no puedes salir de aquí todavía? ¿A tu madre no le ha pasado nada en aquella casa tan próxima al fuego?

—Esta madrugada, en un momento que tuve libre, la saqué de allí, llevándola a la casa que el duque del Parque tiene en el Prado Viejo.

—Ya había perdido la esperanza de encontrarte, de verte más—dijo Soledad, asiendo más fuertemente el brazo de su hermano, como si temiera que se le escapara después de tantas fatigas por hallarle—. ¡Qué momentos he pasado!... Mi padre, moribundo..., temiendo a cada instante que le vayan a prender...

—¡A prenderle otra vez!

—Sí; el señor Naranjo ha huído. ¡Qué desastres! Uno tras otro... Ya te contaré con más calma.

—No temas nada, pobrecilla. No le prenderán; te respondo de ello.

—Tus palabras me consuelan. Parece que todo ha cambiado desde que te he visto—dijo Soledad con emoción más viva—; parece que ya no son tan grandes las calamidades de mi casa y menos difícil encontrar un remedio a todo, hasta a la enfermedad de mi padre.

—Para todo lo habrá—afirmó Monsalud con impaciencia—. Ahora falta que esto se acabe pronto.

—¡Oh!, y si no se acaba, ¿no podrás dejar el fusil a un compañero diciéndole que vuelves pronto?

Salvador se echó a reír.

—No te impacientes. Está ya convenido que los guardias rindan las armas, y de un momento a otro las han de entregar ahí junto, en la plaza de la Armería. ¿Ves cómo se mueve la Milicia que está hacia el arco? Pues es que va a presenciar el acto de la rendición.

No había concluido de decirlo cuando se oyó el estruendo de una descarga. ¡Extraordinaria alarma en el pueblo, que llenaba la plaza! El batallón Sagrado se estremeció todo de un punto a otro. Disponíanse las fuerzas a un nuevo combate, cuando corrió esta voz:

—Los guardias han hecho una descarga a la Milicia, que iba a presenciar la rendición.

Y después esta otra:

—Se escapan por la escalera de piedra que baja al Campo del Moro.

Y luego no se oyó más que esto:

—¡Huyen, huyen a la desbandada!

—Se van—dijo con alegría Solita,

viéndose obligada a separarse de su amigo—. Mejor: así se acabará más pronto.

Inmediatamente oyéronse las voces de mando. Toda la gente armada se puso en movimiento para perseguir a los fugitivos. Ballesteros y Palarea bajaron por la calle de Segovia; Copóns, por la Cuesta de San Vicente con la caballería de Almansa; Morillo, con los guardias leales y el regimiento del Infante don Carlos, marchó hacia Palacio, con objeto, sin duda, de seguir a los fugitivos por donde mismo habían salido. Todo cambió. Nuevas tropas invadieron la plaza de Oriente, y Solita vió con desconsuelo que su hermano desaparecía en el inmenso y alborotador mar de cabezas.

Después ocurrió un acontecimiento singular. Cuando Morillo pasaba por delante de Palacio, un hombre se asomó a un balcón y, señalando los grupos de guardias que allá abajo, entre la verduura del Parque, azarados, corrían, gritó con voz clara que se oyó claramente desde la plaza:

—¡A ellos, a ellos!

Era *Tigrekán*.

XXII

En la noche de aquel día todo estaba en sosiego, y la plenitud del triunfo aseguraba a los milicianos y a la tropa largo y reparador descanso. La mayor parte, seguros de que los guardias dispersos no habían de volver, no pensaban ya más que en los preparativos para el tedéum que debía cantarse al siguiente día en la plaza Mayor.

Solita salió de su casa por tercera vez, al fin con fortuna, porque cerca de anochecho pudo encontrar ya libre de servicio a su protector y amigo, el cual la siguió con vivos deseos de servirla.

Entraron en la casa. Ni uno ni otro hablaban nada. Al llegar arriba, Monsalud dijo:

—¿Has mandado buscar un médico?

—Ha venido esta tarde, y ha dado pocas esperanzas.

—¿Recetó algo?

—Que siguiera en la cama; que no le molestáramos con medicinas; que se le deje tranquilo. Eso quiere decir que la ciencia es inútil... Si al menos pudie-

ra pasar en calma sus últimas horas... Pero, acabadas las batallas, vendrán a prenderle, porque esa gente de la Policía no se olvida de su oficio. Serán tan malos, que le llevarán en una camilla a la cárcel... Estando tú aquí, ¿no podrás impedirlo?

Salvador no respondió. Penetraron en la salita que precedía a la alcoba del enfermo, y apareció entonces doña Rosa con aquella cara de Pascua y aquella bendita sonrisa que conservaba aun en los momentos de mayor apuro. Soledad entró a ver a su padre, acercándose al lecho muy despacito para no hacer ruido, y al poco rato salió.

—¿Ha venido alguien?—preguntó a la vieja.

—Sí, hija mía; hemos tenido visita: hace un momento acaba de salir.

—¿Quién?

—Una señora—dijo en voz baja doña Rosa, haciendo extraordinarios aspavientos con las flacas manos—. Una señora muy linda.

Salvador y Soledad prestaron gran atención.

—Y ¿qué buscaba?

—Venía muy sofocada. Preguntó por el señor Naranjo. Cuando le dije que se había marchado, no lo quería creer. ¡Qué afán traía la señora!... Pues nada: empeñábase en que el señor Naranjo estaba escondido por miedo a los tiros... «Entre usted, señora, y registre la casa toda», le dije... Virgen Madre, ¡qué entrecejo ponía! Estaba furiosa la madama, y cuando se convenció de que había sido chasqueada, daba pataditas en el suelo...

—Y ¿no dijo más?—preguntó Monsalud con muy vivo interés.

—Me preguntó que dónde tenía sus papeles el señor Naranjo... ¡Yo qué demonches sé!... Ya me iba amostazando la tal señora... También hablaba sola, y decía como los cómicos en el teatro: «¡Cobardes, traidores!»

—¿Era hermosa?—preguntó Sola.

—Como el sol.

—¿Y rubia?—preguntó Salvador.

—Rubia, con unos ojos de cielo, como los mías, ¡ay!, cuando tenían quince años.

—Y ¿vino sola?

—Subió sola; pero me parece que abajo la esperaban dos hombres... ¡Ah!, ya me acuerdo de otra cosa. Me preguntó

por don Víctor; si había venido don Víctor... ¡Yo qué diantres sé de don Víctor! Creo que es aquel clerigón gordo... Después de marearme bastante, registró todo lo que había en el cuarto del señor Naranjo; pero no debió de encontrar lo que buscaba, porque seguía dando pataditas y diciendo entre dientes: «¡Ese cobarde nos va a comprometer!»

—Y ¿no entró aquí?

—También entró y vió al enfermo; pero no tenía trazas de interesarse por él—dijo doña Rosa—. Yo no pude contenerme al fin, porque mi genio es muy quisquilloso, y le dije: «Señora, hágame el favor de no ser tan entremetida y marcharse de aquí, que no nos hacen falta visitas.»

—¡Bien dicho!—afirmó Soledad—. Yo la hubiera puesto en la calle desde que llegó.

—¿No dijo su nombre?—preguntó Monsalud.

—¿Qué había de decir?

—¿Sospechas tú quién pueda ser?—preguntó Soledad a su hermano.

—No—repuso éste secamente, mirando al suelo.

Doña Rosa, observando la familiaridad con que ambos jóvenes se trataban, no volvía de su asombro, pues no conocía pariente ni deudo alguno de los Gil de la Cuadra, ni jamás vió entrar en la casa al hombre en aquellos instantes allí presente.

—Este caballero—dijo con sorna—será médico o cirujano.

Ni Monsalud ni Sola le respondieron. Ambos tenían el pensamiento en otra parte, quizá en una misma parte los dos.

—Y ¿qué se dice por ahí?—preguntó la vieja—. ¿Es cierto que los guardias han sido acuchillados en el camino de Alcorcón, y que no queda uno para un remedio?

Tampoco recibió contestación.

—Pues la de hoy ha sido estupenda—continuó, resuelta a sostener el diálogo consigo misma—. Parece que han muerto más de trescientos hombres. Algunos guardias, en su fuga, parece que de un salto se han puesto en Arganda... ¿Es cierto que les cogieron la bandera coronela? El Señor nos tenga de su mano... Pero ¿este caballero no entra a ver al enfermo? Yo creo que si se le diera una sopa de vino..., porque esto

no es más que debilidad, debilidad pura.

Monsalud miraba el suelo como si estuviera leyendo en él un escrito de suma importancia. Indiferente a todo, menos a un solo pensamiento, alzó, por fin, los ojos, y, poniéndolos en el acartonado semblante de la anciana, habló así:

—¿Cuánto tiempo hace que salió?

—¿Quién?

—Esa señora.

—¡Ah! Ya no me acordaba de ella. Hará poco más de media hora que salió.

El joven se levantó maquinalmente.

—¿Te vas?—le preguntó Soledad, fijando en él sus ojos llenos de lágrimas.

—No..., no me voy—repuso Salvador, volviendo en sí—. Me he levantado no sé por qué...; pero ya ves, me vuelvo a sentar.

Así lo hizo. En el mismo momento dejóse oír la voz de don Urbano, que gritaba:

—¡Anatolio, Anatolio!

Soledad corrió a la alcoba.

—Ha llegado, ha llegado ya—exclamó el anciano con voz a que daba fuerza y claridad el delirio—. ¡Ven acá, ven a mis brazos, querido hijo!

Solita procuró tranquilizarle, pero en vano. Gil de la Cuadra sacudía las ropas de su lecho, se incorporaba, extendía los descarnados brazos, buscando una sombra.

—¿Por qué no traes luz?—dijo, pasándose las manos por los ojos.

En el mismo instante, doña Rosa entraba en la alcoba con la lámpara.

—¡Luz, más luz!—repitió el anciano—. No veo nada.

—¿No la ve usted?... Es que duerme. Mejor; a dormir, padre, que es muy tarde.

—Te digo que no veo nada—prosiguió Gil de la Cuadra, revolvendo los sanguinosos globos de sus ojos y palpando con las flacas manos en el aire—. ¡Ah, sí! Veo algo; pero sombras, unos negros bultos que van y vienen. ¿No está ahí Anatolio?

Soledad vaciló un momento en contestar. En el mismo momento, Salvador penetró en la habitación, situándose a los pies de la cama.

—Anatolio, querido Anatolio—gimió el viejo, llorando—, ya te veo... Eres tú. ¡Cuánto, cuánto has tardado, hijo de mi corazón!

Como si estas palabras agotaran en un segundo todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu, cayó hacia atrás, extendiendo los brazos, cual masas inertes, sobre el lecho. Continuaba con los ojos abiertos, y, entre dientes, murmuraba algo que no pudo ser oído. Atentos todos a su agonía, apenas respiraban.

Gil de la Cuadra pronunció con voz entera estas palabras:

—¡Gracias a Dios que estáis casados! Hija mía, abraza a tu esposo.

Mirando a su hermana, hizo Salvador un gesto que quería decir: «Consintamos en un engaño que hará feliz su última hora.»

—Anatolio, hijo mío—añadió el enfermo con voz más débil—, abraza a tu esposa.

Soledad y Monsalud se abrazaron.

—Más fuerte, abrázala más fuerte, con la efusión de un verdadero cariño.

Ante tan extraña escena, sentía Salvador su corazón traśpasado por el dolor. Avivóse en él, tomando mayor fuerza, el gran cariño fraternal que a la infeliz muchacha profesaba, y la estrechó entre sus brazos, viendo en ella, más que una mujer, un débil y hermoso niño desvalido. Su pecho se humedecía con el raudal de las lágrimas de ella, y, oprimiéndole dulcemente la cabeza, le dió cariñosos besos en la frente y en el pelo.

—Así, así, así—murmuró Gil, oyendo el rumor de los besos.

Después se aletargó un instante.

Monsalud, sintiéndose menos fuerte que su emoción, salió de la alcoba, sofocando un sollozo.

—Dejémosle reposar ahora—dijo en voz alta.

Aquellas palabras llegaron a los oídos del enfermo, que, sacudiéndole vivamente, abrió los ojos y alzó la cabeza.

—¿Qué voz es ésa?...—preguntó con sobresalto y azaradamente—. Sola, Anatolio..., yo he oído una voz...

—No hay nadie... ¡Padre, por Dios!...—gritó Soledad, abrazándole.

Pero, más furioso, Gil pugnaba por incorporarse, gritando:

—¡Anatolio, mátales, mátales!

—¿A quién?... ¡Padre, por Dios, no se debe matar a nadie!

—He oído su voz... Está aquí.

Soledad sintió en su mente una ins-

piración divina. Arrodillada junto al lecho, tomó las manos del viejo, y, estrechándolas con fuerza convulsiva, exclamó así:

—Padre, perdónale.

Don Urbano movió la cabeza a un lado y otro. Después dijo con voz ronca:

—No, no.

Pausa. El mismo enfermo, cuyo febril espíritu luchaba con la miserable carne que lo expelia, sacudiéndose, fué quien rompió de nuevo el silencio. Su voz denotaba ahora serenidad y gozo al decir:

—¡He delirado, hija mía!... Sin duda tengo calentura. Pero ¡qué cosa tan rara! Ahora no veo nada, absolutamente nada. Me figuraba oír una voz... ¿En dónde está Anatolio, mi querido hijo y tu esposo?

Salvador volvió a entrar. Gil de la Cuadra, por la dirección de sus ojos, demostraba no ver nada.

—Hija, hijo..., ¿dónde estáis?—continuó el anciano, mezclando con las palabras blandos quejidos—. Siento una cosa extraña en el corazón... No es dolor, no es punzada...: es una cosa que se va, que se desvanece... ¡Ay, adiós! Abrazadme los dos.

Soledad le abrazó por un lado del lecho; Salvador, por el otro.

—¡Ah, qué feliz soy!—murmuró Gil—. Estáis unidos para siempre; sois marido y mujer. ¡Bendito sea Dios!... Muero contento..., sois dichosos. Abrazadme más fuerte, pero más fuerte... Bendito sea Dios.

Salvador sintió que el cuerpo que tenía entre sus brazos perdía su elasticidad y pesaba, pesaba cada vez más. Dilatándose las extremidades, y la cabeza cayó hacia atrás, como si la guillotina la separase del tronco. Cesó la respiración, como un reloj que se para, y al semblante del anciano infeliz substituyó una máscara tranquila, imponente, y a la expresión de dolor, una gravedad cenuda, detrás de la cual, donde antes moraba el pensamiento, no había ya nada, absolutamente nada. Al observar esto trató de apartar de allí a su pobre hermana, que era ya huérfana.

XXIII

Serian las diez cuando sonaron golpes en la puerta de la casa, semejantes a los que turbaron su reposo una noche del mes de febrero de 1821. Monsalud, separándose de Soledad, a quien había colocado en las habitaciones de Naranjo, salió a abrir. En el marco de la puerta, a la luz de una linterna que ellos mismos traían, destacáronse varios hombres que terminaban por lo alto en morriones y bayonetas. Al frente de ellos venía don Patricio Sarmiento, desplegando en toda su longitud el escueto cuerpo y radiante de orgullo.

—Con permiso—dijo, entrando—. ¡Ah!, está aquí el señor don Salvador! ¿Es que se nos anticipa para sorprender a la pilieria?

—¿Qué buscan ustedes aquí?—preguntó Monsalud de muy mal talante.

Sarmiento sacó un papel y, acercando la linterna, leyó:

—«El excelentísimo Ayuntamiento..., etcétera... Hace saber: Que muchos guardias han quedado ocultos en las casas o quizá estos miserables han hallado un asilo compasivo en la generosidad de los mismos a quienes venían a asesinar...» En resumidas cuentas, señor Monsalud, ya conoce usted el bando de hoy. Muchos *esclavos* se han escondido en las casas, y nosotros venimos a ver si está aquí el alférez de Guardias don Anatolio Gordón... En cuanto al señor Naranjo y al señor Gil, también tenemos orden de llevárnoslos, ¡chilindrón!, porque hoy concluye el imperio de la canalla, y ya se puede decir a boca llena, para que tiemble el infierno: «¡Viva la Constitución!»

Don Patricio lo dijo con toda la fuerza de sus pulmones, y repitiéronlo del mismo modo sus compañeros.

—Silencio, animales—dijo Salvador—. Hay un muerto en la casa.

—Sí, sí—gruñó Sarmiento, con la risa estúpida del hombre ebrio—. Tal es su sistema. El despotismo conspira para asesinarnos; pero, cuando se ve cogido y vencido, se hace el muerto. Lo mismo pasa allá.

—¿En dónde?

—En la casa grande. ¿Conque un muerto?

—Sí. El señor Gil de la Cuadra ha fallecido.

—¿Y Naranjo?—preguntó Sarmiento con vivísimo interés—. ¿Ha espichado también?

—Ha huído.

—A mí con ésas... Registraremos la casa. Si tropezáramos con don Víctor Sáez o con otro pajarraco gordo, ¡qué gloria, muchachos, qué gloria para nosotros!

Pero sus pesquisas no les dieron la satisfacción de prender a nadie, y cuando el bravo don Patricio salía, iba diciendo:

—Bien muerto está, ¡por vida de la chilindraina! A fe que no se ha perdido nada... Vámonos de aquí, que esto da tristeza, y hoy es día de felicidad... ¡Viva la...!

Salvador le tapó la boca, y, empujándole violentamente, le echó fuera de la casa. Los más habían salido antes.

XXIV

Dos días después, el 9 de julio, Salvador, cumplidos los últimos deberes con el desgraciado don Urbano, llevóse a Solita a su casa. Desde aquel día, su hermana era más hermana, y debía quererla y protegerla más.

—Ahora—le dijo, cuando entraron ambos en un coche de plaza—no te faltará nada. Vivirás en mi casa, tranquilamente, con mi madre, hasta que se presente tu primo, que casi es ya tu marido. Seguramente ha salido con los guardias que huyen, y si no viene en seguida, tendremos noticias de él.

—¿Han huído muy lejos?—preguntó Soledad, con tristeza.

—Muy lejos. Han muerto pocos, por más que digan para abultar la importancia de las refriegas de ayer. Creo que puedes estar tranquila. He oído los nombres de casi todos los que han perecido, y nada se dice de tu futuro esposo.

—No lo es todavía—dijo Soledad, dando un suspiro.

—Pero lo será. Al fin, llegará tu hora de felicidad. ¡Por Dios, que la has ganado bien! Aunque deseo, hermana querida, que Anatolio venga y te recoja y

se case contigo, me agradaría que estuvieras algunos días en mi casa con mi madre, que tanto te quiere.

—¿Y si mi primo no parece? ¿Y si ha muerto?—preguntó la huérfana, mirando a su hermano.

—No pienses eso... Pero, en caso de que pasara tal desgracia, vivirás con nosotros, como si fueras de la familia. No te faltará nada; descuida. Apuesto a que tú misma llegarás a creer que has nacido en mi casa. Y no seas tonta: tampoco te faltará a su tiempo una buena posición. Tienes mucho mérito, y no es dudoso que encontraríamos un hombre honrado con quien casarte.

Soledad, al oír esto, no hizo más preguntas, y miró con ojos aparentemente distraídos a la gente que, al paso tardo del coche, se veía por ambas portezuelas.

Salvador había trasladado a su madre a una casa que el duque del Parque poseía en el Prado Viejo, y cuyas largas tapias ocupaban parte de la vasta manzana comprendida entre las calles del Gobernador y de Atocha. Era, más que un palacio, un conjunto de edificios de distinta edad y construcción, unidos por dentro, y en los cuales la parte habitable era muy pequeña, si bien embellecida y alegrada por una frondosa huerta, algunos de cuyos pinos corpulentos viven todavía y parece que saludan a sus honrados vecinos los del Botánico. Allí condujo Monsalud a Solita.

—Al fin—dijo, cuando entraban en el ancha patio—, me encuentro en un sitio donde podré olvidar el ruido de los tiros de fusil y de cañón. ¡Qué silencio! ¡Qué hermosos pinos! Allí hay un establo. Aquí veo dos ovejas atadas junto a la hierba... Vamos, ¿también palomas?... ¡Qué precioso es este emparrado! ¡Y cómo está de uvas!... Por allí hay otra puerta, y más arriba, la noria. Pues no estará poco cansado ese pobre animal, dando vueltas todo el día... Y no faltan melocotoneros; vaya, que tendrán mucha fruta... ¡Qué perro tan bonito!... ¿Sabes que desde aquí se ve mucho cielo, pero muchísimo?... Y eso que está delante, ¿es el Jardín Botánico? Buena finca.

De esta manera expresaba el placentero alivio de su alma, transportada a mansión tan encantadora; pero el re-

cuerdo del pobre viejo, y el considerar lo mucho que a éste hubiera gustado vivir allí, la arrojaban de nuevo en las negras honduras de su aflicción. Doña Fermína salió a recibirla, y el día pasó tranquilo, aunque muy triste.

Salvador salió, deseando averiguar la suerte del perdido novio de su amiga; pero esto era cosa harto difícil. Los ocultos en Madrid no saldrían fácilmente de sus madrigueras, y los dispersos estaban demasiado lejos. Se supo, sí, que la caballería de Almansa y la Milicia habían cogido muchos prisioneros en los alrededores de Madrid; que Palarea, persiguiéndoles con ochenta caballos, había echado el guante a trescientos cincuenta y seis; que Copóns había hecho también buena presa y matado a algunos. En los días sucesivos se tuvo noticia de los detenidos en Húmera y en El Escorial, y de los que fueron a dar con sus fatigados cuerpos en Tarancón y Ocaña; pero ni entre los prisioneros ni entre los muertos se tuvo noticia de ningún Anatolio Gordón.

—Esta falta de noticias—dijo Monsalud a Soledad, algunos días después del nueve—me hace creer que vive. Debe de ser de los que están escondidos en los pueblos, o de los que han ido a unirse a las facciones del Norte.

—En ese caso, ¿no podrá volver a Madrid?—preguntó la huérfana, con viveza.

—Sí. Podrá volver dentro de poco. Aquí se perdona pronto, y todo se olvida. No te apures.

Soledad no demostraba, en verdad, grande apuro porque su primo volviese; pero, interesada por la vida del excelente joven, dijo así:

—El pobrecillo es tan bueno, que Dios no le habrá dejado morir. Por Dios, hermano, no te descuides en averiguar si vive, y si, en caso de vivir, necesita algún socorro.

Continuando sus diligencias, Salvador fué una mañana a la Casa-Panadería, donde su buen amigo don Primitivo Cordero había formado, con no menos trabajo que fruición, listas de los guardias prisioneros y heridos que se iban recogiendo.

—¿Don Anatolio Gordón?—dijo el patriota, mirando al techo—. Ese nombre no me es desconocido. Me suena, me

suenan... Siéntese el amigo Monsalud, mientras hago memoria y registro estos apuntes... Pues no hay nada: sin duda, confundo ese nombre con otros. ¿Era alférez?

—Alférez de Guardias en el tercer batallón.

—Los del tercero están casi todos muy lejos de aquí. Veremos si mañana se sabe algo. ¿Qué le pareció, amiguito, nuestro famoso tedeum en la Plaza? ¿Hase visto fiesta más solemne en lo que va de siglo?

—En verdad que estuvo magnífica..., pero, si me hiciera usted el favor de preguntar a los dos ayudantes de Palarea, que están arriba... Ellos quizá sepan...

—¿El paradero de su amigo de usted?

—De Gordón.

—¡Oh! Descuide; yo lo averiguaré. Esta tarde tengo que ir al Ayuntamiento; después, al Ministerio de la Guerra. Quizá allí lo sepan.

—En el Ministerio de la Guerra no saben nada. La milicia, que es quien ha hecho las visitas domiciliarias, lo sabrá seguramente.

—Ahora me informaré... Pues, mire usted, amigo Monsalud: pensamos celebrar otra fiesta mucho más solemne, mucho más grande, mucho más imponente que el tedeum de la plaza Mayor. Se hablará de esa fiesta mientras haya lenguas en el mundo.

—¡Oh! Sin duda, será soberbia esa solemnidad. Pero...

—Figúrese usted...—añadió, asiendo las solapas de la levita de su amigo—que se trata de un banquete.

—¡Ah! Ya..., eso podrá ser magnífico, señor Cordero; pero no es nuevo.

—Un banquete en celebración del triunfo del pueblo sensato sobre el absolutismo. Habrá nueve mil cubiertos para otras tantas bocas. ¿Qué tal?

—Es un mediano número de bocas, mayormente si todas tienen buen apetito.

—Me han nombrado de la Comisión—dijo Cordero, echando hacia atrás el morrion en la redonda cabeza—, y he propuesto, después de estudiar detenidamente el asunto: primero, que el banquete no sea comida, sino almuerzo; segundo, que se celebre en el espacioso Salón del Prado; tercero, que se pongan

dos mil ciento diez varas de mesa, porque, según mis cálculos, es imposible que los nueve mil cubiertos quepan en espacio menor. ¿No lo cree usted así?

—Si usted ha hecho los cálculos, ¿a qué he de quebrarme yo la cabeza?

—Dos mil ciento diez varas de mesa, que se construirán en trozos formando setecientas cincuenta mesas de a doce cubiertos; cuarto, que el almuerzo sea frugal, porque no nos reunimos para sacar el vientre de mal año, sino para fraternizar y hacer memoria de nuestro gran triunfo; quinto, que cada convidado pagará treinta reales adelantados, cuyo recibo servirá de papeleta para...

—Si usted tuviera la bondad de informarse...—dijo Salvador con impaciencia, interrumpiéndole—. ¡Es para mí tan urgente averiguar algo de ese joven!...

—¡Cosa sencillísima!... ¡Ah! Si pudiera yo entrar en la Jefatura Política, como en tiempo de San Martín... Ya sabe usted que ha huído el pobre señor Tintín, porque los exaltados parece que trataban de asesinarle. Esta peste de patriotas matones perderán la Libertad en España. ¿No cree usted lo mismo?... Pero si en la Jefatura Política no puedo hacer nada... Veremos los partes de las visitas domiciliarias.

—Es lo mejor.

—A ver—gritó don Primitivo, llamando a un ordenanza—. ¿Está el señor Calleja?

—¿Es el barbero de la carrera de San Jerónimo?—preguntó Salvador.

—El mismo... Pero ahora recuerdo... ¡Qué cabeza la mía! Ya se ve: con tantas cosas en qué pensar...

—¿Qué?

—Calleja ya no viene por aquí. El nuevo Ministerio le ha dado un puesto en Gobernación. ¿Le parece a usted bien cómo empieza el Ministerio exaltado? ¡Ah! Señor San Miguel, señor San Miguel, usted acabará de perder el sistema.

—Es una lástima que el señor Calleja... ¿Conque está en Gobernación? Ahora sabremos quién es Calleja. Aquí no faltará quien me dé noticias.

—¿Por qué no sube usted? Se me figura que aún estará arriba mi tío.

—¿El señor don Benigno? ¡Qué ha-

llazgo!—dijo Monsalud con alegría, corriendo a la escalera.

Sumamente disgustado de su conferencia con Cordero menor, buscaba a toda prisa quien con más diligencia y buena voluntad le diese los informes apetecidos. Halló, efectivamente, en el piso alto, a don Benigno Cordero, medianamente lleno de vendas y parches a causa de sus gloriosísimas heridas; pero siempre afable y sonriente, como hombre a quien no perturban achaques ni deterioros del miserable cuerpo. Despachaba con otros jefes de la Milicia asuntos propios de la Institución, y entre párrafo y párrafo sobre los asuntos del día, trazaba con segura y gallarda letra algunos renglones en el papel de oficio.

—Bien venido, amigo mío—dijo, dando la mano al visitante.

Salvador le preguntó con mucho interés por su salud, por el estado de sus heridas y verdadera importancia de cada una de ellas.

—Esto no es nada, caballero Monsalud—dijo don Benigno, poniéndose las gafas a la altura que les correspondía—. No merece la pena de preguntar por ello. ¿Y usted? Ya, ya sé lo que le trae aquí. Ayer me lo dijeron: busca usted a un alferez de Guardias que se ha evaporado.

—Efectivamente—repuso el joven, gozoso de ver que el comandante se adelantaba a sus investigaciones—, creo que si aquí no me dan noticias...

—Descuide usted...; pero da la maldita casualidad de que el Gobierno ha pedido ayer todos los datos. Sin embargo, se conservan algunos apuntes de las visitas domiciliarias.

—Veámoslos, si le parece a usted.

—Por cierto—dijo don Benigno—, que no comprendo este afán del Gobierno de meterse en todo. ¡Ah señores exaltados, ahora queremos ver qué tal lo hacéis! Una cosa es gritar en las logias o en los clubs y otra cosa es gobernar en las poltronas.

—Tiene usted razón. ¿De modo que...?

—Vamos, dígame usted su parecer: ¿qué piensa usted de este Gobierno?—preguntó don Benigno, arrellanándose en el sillón y rascándose la oreja con la pluma.

—Yo no he tenido tiempo aún de pen-

sar en el Ministerio. Será como todos: será bueno si le dejan gobernar. ¿No cree usted lo mismo?

—Y yo digo que ésta es la ocasión de que veamos si se cumple lo prometido. Temo mucho que esos señores hagan alguna barbaridad, porque todos ellos son gente inexperta y ligera de cascos. Tenemos de ministro de Estado a un literato, y esto..., francamente...

—¡San Miguel literato!

—¿No compuso la letra del himno de Riego...? Francamente, desconfío de los poetas. Tenemos de ministro de la Guerra a López Baños, que ayer era capitán, y de ministro de Marina, al célebre Capaz, que se dejó tomar los barcos con cargas de caballería. Tenemos en Ultramar a un señor Vadillo, comerciante de ultramarinos en Cádiz, y de Hacienda, a un tal Egea... Y yo pregunto: ¿quién es Egea?

—Eso mismo digo yo: ¿quién es Egea?

—Si al menos estos señores, a falta de grandes dotes, tuvieran templanza...

—Es claro, si tuvieran templanza... Pero no se olvide usted, mi querido don Benigno, de averiguar...

—¡Ah! ¿Ese joven alferez? Es muy fácil... Ya sabe usted que su majestad ha desterrado a toda la cuadrilla de palaciegos que le tenían engañado y «seducido».

—Así parece; mas...

—El marqués de Castelar ha sido desterrado a Cartagena; el de Casa-Sarriá, a Valencia, y los duques de Montemar y Castro-Torreño, no sé adónde... Esos tienen la culpa de todo, esos, esos... cuatro o cinco aristócratas infiados, que beberían la sangre del pueblo si los dejaran. Metan en un puño a media docena de hombres pérfidos, y verán cómo se arregla todo y echa raíces el sistema por los siglos de los siglos.

—Seguramente... Si usted me lo permite...

—Porque su majestad—prosiguió Cordero, encariñado con su idea como un niño con un juguete—no es malo. Yo creo que dijo con buena fe aquello de «marchemos, y yo el primero»; pero ya se ve...; ¡hay tanto pillo, tanto servilón empedernido! Yo no sé por qué esos hombres no han de amar la Libertad, una cosa tan clara, tan patente, tan obvia. ¡Ah!, si todos fueran razonables,

templados, tolerantes, esto sería una balsa de aceite; ¿no es verdad?

—Lo sería, sí, señor. ¡Qué lástima que no lo sea! Me retiro, señor don Benigno; tengo mucho que hacer...

—¿Sin llevar las noticias que desea? Aguarde usted, por Dios—dijo don Benigno, deteniéndole—. Es cuestión de un momento. ¿Ese joven era alférez? ¿Fue de los que huyeron o de los que se escondieron en las Embajadas y en las casas?

—Eso es lo que trato de averiguar.

—Muy bien. ¿Sabe usted si se batió bien? ¡Qué lástima de muchachos! Perderse por una causa tan mala. Dicen que su majestad los incitaba a degollarnos. Yo no lo creo. No hay quien me quite de la cabeza que Fernando no es malo, no, señor; que desea nuestro bien, que no es enemigo del sistema...; pero ya se ve: con la multitud de pillos que le rodean... Sé que ha lamentado los sucesos del día siete. Usted tendrá noticia de su famosa entrevista con el general Riego.

—¿De mi entrevista con el general Riego?—dijo Monsalud, abrumado por la pesadez del señor comandante.

—Hombre, no; de la entrevista de su majestad con el general don Rafael del Riego.

—Algo he oído, sí, pero... si usted me hiciera el favor...

—Pues el mismo general me lo ha contado anoche. Es verdaderamente patético el caso. El rey le llamó, y delante de todo el Cuerpo diplomático, le dió un abrazo apretadísimo, diciéndole que le apreciaba mucho.

—Por muchos años.

—Si llego a estar presente, de fijo se me saltan las lágrimas—añadió Cordero—. He aquí una reconciliación en que yo vengo pensando hace tiempo, sí, señor; y si fuera sincera y durara mucho, ¿quién duda que los pérfidos serían aniquilados y confundidos? Su majestad mismo se lo manifestó así al general: «En mi corazón—le dijo—no tendrán ya entrada los consejos de hombres pérfidos.» Si es mi tema. Los pérfidos, los pérfidos tienen la culpa de todo. Tres o cuatro pillos ambiciosos...

—¡Todo sea por Dios!...

—Le digo a usted que Riego salió de Palacio entusiasmado, pero muy entu-

siasmado. Había que oírle. Su majestad se le quejó de los insultos del *trágala*... Es natural. Siempre me ha parecido una vileza mortificar al soberano con groserías. Riego piensa lo mismo. Ya sabe usted que ayer, cuando formamos en la Plaza, el general nos arengó, después de haber regalado aquí mismo una medalla al excelentísimo Ayuntamiento. Pues nos dijo muy bellas cosas, ¡vaya!... Nos dijo que deseaba no se cantase mas el *trágala*, y que habiendo empeñado su palabra en nombre de todos, rogaba al pueblo que no la quebrantase por su parte. Ese, ése es el camino. También suplicó que no se le vitorease más, porque su nombre se había convertido en grito de alarma.

—Buenas tardes—dijo Monsalud, levantándose, resuelto a evitar con una retirada brusca el bombardeo de palabras del digno comandante de la Milicia.

—¡Tan pronto...! Pero me parece que usted venía a saber algo... No recuerdo ya.

Salvador no pudo contener la risa y repitió las preguntas.

—Gordón, Gordón...—dijo don Benigno, acariciándose la boca—. ¡Ah!... ¿Por qué no me lo dijo usted antes?... Ya sé, ya sé dónde está ese joven. Dispense usted, amigo. Tiene uno la cabeza a pájaros.

—¿Vive? ¿En dónde está?

—Si no me engaño, anoche he oído hablar de ese joven a don Patricio Sarmiento.

—Malo, malo.

—No, no se apure usted. Tengo entendido que fué Pujitos quien le encontró en cierta casa... Creo que en la calle de las Veneras. Parece que estaba herido.

—Gracias a Dios. Algo es algo. Corramos allá.

Sin esperar a más, y temiendo que un solo minuto de detención die... alientos a don Benigno para engolfarse en nuevo piélago de comentarios y observaciones políticas, apretóle la mano que tenía libre de vendajes y salió a toda prisa, decidido a poner entre su persona y los Corderos toda la distancia posible, siempre que tuviese que hacer averiguaciones en el vasto campo de la Milicia.

XXV

Cuando Salvador se presentó en su casa, después de las pesquisas que hemos descrito y de otras que siguieron a aquéllas, iba triste. Sin duda, llevaba malas noticias.

—No hay que perder la esperanza, querida Sola—dijo cariñosamente a su hermana—. Las noticias que hoy te traigo son muy buenas. Ya se sabe que no murió en la jornada del siete; que fué herido, aunque levemente; que, después de dos días de estar escondido en sitio que se ignora, le cogieron los milicianos al querer entrar en la que fué tu casa. No se sabe más.

—¡Entonces está en Madrid!—manifestó Soledad con sorpresa, mirando con azaramiento a un lado y otro, como si temiera ver entrar una visita desagradable.

—Ten calma y paciencia, que ya vendrá—dijo Monsalud, observando el rostro de su hermana.

Después añadió, hablando consigo mismo:

«¡Qué propio está el uno para el otro! ¡Será lástima que esta pareja se descabile!»

A sus ojos, la huérfana, que bajo su amparo exclusivo vivía ya, quizá para siempre, era una criatura de estimables prendas, buena como los ángeles; pero sin ninguno de aquellos encantos que fascinan y encadenan el alma de los hombres; un espíritu superior, pero sin aparente brillo; un entendimiento poco común, pero sin alto vuelo; una sensibilidad más delicada que fogosa, que antes parecía timidez que verdadera sensibilidad; figura insignificante y dulces facciones, ante las cuales podían encender perdurables fuegos la amistad y la fraternidad, pero ni una sola chispa de amor. Tal la veía las pocas veces que acertaba a fijar en ella la voluble atención. Comúnmente no se cuidaba de la existencia de su protegida sino cuando la tenía delante; y si en otras partes de esta historia le vimos ocuparse tan solícita y noblemente de prestarle beneficios, fué porque el sentimiento de caridad era en él muy vivo, y en todas las ocasiones semejantes se manifestaba de la misma manera.

No obstante, en aquellos días de residencia en la posesión del Prado Viejo, verificóse ligera mudanza en la conducta de Salvador Monsalud con respecto a su hermana adoptiva.

Viósele más expansivo, más locuaz y afectuoso, hasta un grado de vehemencia, que la huérfana no había conocido en él sino tratándose de otras personas. Buscaba Salvador la compañía de Solita, lo cual no había hecho nunca, y sus salidas de la casa eran menos frecuentes, menos largas. Encargábale mil faenas domésticas, tonterías y nimiedades que cualquier otra persona podía desempeñar, pero que a él no le agradaban si no ponía la mano en ellas su intachable y casi perfecta hermana. Hacíale preguntas muy prolijas sobre accidentes lejanos de su vida, de su niñez, sobre toda aquella parte de sus desgracias de que él no había sido testigo. Una mañana estaban solos, bajo la sombra de los altos pinos, que en los días serenos bañaban en sol su ramaje negro, y en las tristes noches de viento se mecían murmurando. Salvador le habló de este modo:

—Sola, deseo que entre mi madre y tú traméis alguna intriga contra mí.

Ella le miró absorta, porque no comprendía nada de tan extravagantes palabras.

—Sí—prosiguió él—: una intriga contra mí para detenerme, para atarme, porque si no, es posible que haga un gran desatino.

—Pues qué, ¿vas a volar?—preguntó Sola, cubriendo con una frase festiva la emoción que llenaba su alma.

—¡A volar! Sí; has dicho la palabra propia. Hace días que trato de cortarme yo mismo las alas. ¡Qué tormento, Solita! Tú, por fortuna, no conoces esto... Anoche, durante las largas horas sin sueño, he estado pensando que mi madre y tú podríais salvarme.

—¿Cómo?

—Encerrándome. Atándome de pies y manos, como a los locos.

—Yo no entiendo esas cosas tan sutiles si no me las explicas bien—dijo Sola, cuya palidez crecía por momentos.

—Es verdad. Tú eres demasiado buena para comprender esto. Tú no tienes más guía que tu deber. Tu voluntad no se aparta nunca de la ley moral: tú

eres un ángel. ¿Qué dirías si me vieras arrastrado a cometer los mayores delitos, conociéndolos y sin poder evitarlos?

—¡Que eras un hombre débil y menaguado! Pero, por fortuna, no es así.

—Por desgracia, es así. Has acertado: me has calificado perfectamente.

—Y ¿qué desatino vas a cometer? ¿Es un crimen?

—También puede serlo. ¡Qué desgraciado soy! Me he metido en un torbellino espantoso, y no puedo salir de él. Si el hombre tuviera fuerzas para vencer la atracción poderosa que le arrastra de aquí para allí y le hace dar mil y mil vueltas, no sería hombre: sería Dios. Lo que no puede un astro, que es tan grande, ¿lo ha de poder un miserable hombre?

—Pues ¿no ha de poder? Un astro es un pedrusco, y un hombre es un alma—dijo Sola con inspiración.

—Precisamente el alma es la que se pierde, porque es la que se fascina, la que se engaña, la que sueña mil bellezas y superiores goces, la que aspira con sed insaciable a lo que no posee, y a volver posible la imposibilidad, y a querer estar donde no está, y a marchar siempre de esfera en esfera buscando horizontes.

—Pues adelante, sigue. ¿Quién te estorba?

—Nadie...; pero yo quisiera que alguien me estorbase: quisiera hallarme en ese estado de esclavitud en que muchos viven; tener una cadena al pie como los presidiarios. Puede ser que entonces viviera tranquilo y me curase de este mal de movimiento que ahora me consume. ¿No crees lo mismo?

—Entonces serías más desgraciado—dijo Solita, mirando al suelo—, porque la esclavitud no es buena sino cuando es voluntaria.

—Es que yo quisiera que la mía fuese voluntaria. ¡Qué mal me explico! Ello es, amada hermana, que yo quiero y no quiero, deseo y temo, anhelo ir y anhelo quedarme... Es preciso que alguien me ayude. Un hombre abandonado a sí mismo, y sin lazo alguno, es el mayor de los desdichados. Ni mi madre ni tú tenéis iniciativa contra mí; ella me deja hacer mi voluntad sin una queja, sin una protesta, y esto no es bueno. Yo quisiera que tú no la imitaras en esto, ¿entiendes? Te autorizo

para que te ocupes de mí, para que seas impertinente, y me preguntes, y me reprendas, y averigües, y seas como un domine.

—¡Qué cosas tienes!—exclamó Sola, riendo, a punto que una súbita y dulce llamarada, saliendo de lo íntimo de su ser, se extendía por cuanto abarcaba la conciencia de ella misma, estremeciéndola toda, humedeciendo sus ojos y entorpeciendo su lengua—. Yo no sirvo para domine tuyo, ni yo me puedo entremeter en lo que no me importa.

—Hazte la mosquita muerta—indicó Monsalud, sonriendo y en voz baja—. Pues no dejas de ser preguntona.

—Es verdad—dijo Sola con viveza—. Pregunto lo que me interesa, lo que interesaba a mi pobre padre.

—Si él no me perdonó, tú has sido más humana, y me has perdonado mi falta sin conocerla.

—Y después que la conozco te la perdono también—dijo Sola a medias palabras, a causa de su mucha emoción.

—¡Que tú la conoces!—exclamó Salvador, palideciendo.

—Sí. Al fin, todo se sabe. Por lo visto, la falta de buenos ángeles tutelares que sujeten y corten las alas no es sólo de ahora.

Monsalud se levantó bruscamente, y con las manos a la espalda, el ceño fruncido, dió algunos paseos por la huerta, sin alejarse mucho, recorriendo una órbita bastante reducida alrededor de su hermana adoptiva. Esta no se movió ni le miró.

Un instante después, el joven se detuvo ante ella, y con familiaridad muy natural le dijo:

—Estoy pensando que si tu primo no quiere parecer, que no parezca. Yo no pienso dar un solo paso más por encontrarle.

—El se cuida poco de mí—dijo Sola—, cuando no me avisa lo que le pasa, ¿no es verdad?

—Seguramente. Ese joven se porta muy mal; pero muy mal.

XXVI

Más tiempo que de ordinario estuvo aquel día Monsalud en la casa, y al salir, regresó más pronto que de costum-

bre. Mientras estuvo fuera, Soledad le acompañó con la imaginación, sin apartarse un punto de su persona, siguiéndole como sigue la esperanza a la desdicha. El pensamiento de la pobre huérfana alzaba atrevidamente el vuelo, y sus sentimientos, cual si fueran sustancia material que se dilata, parecía que la llenaban toda con expansión maravillosa, y lo interior de su ser pugnaba por rebasar la estrecha superficie del mismo y echarse fuera. La emoción no la dejaba respirar. Por la tarde sintió necesidad imperiosa de estar sola, de salir de la habitación, que se la empuqueñecía más cada vez, y bajó a la huerta. A maravilla se avenía el estado de su alma con la grandeza del cielo inmenso, infinito, y con la diafanidad del aire claro y libre que a todas partes se extiende. Fuera de la casa y sola se encontró mejor; pero no muy bien. Su alma quería más todavía. Vagó por la huerta largo rato, acompañada de un perillo que se había hecho su amigo. La tarde era hermosa, y toda la vegetación sonreía.

De pronto, la huérfana sintió pasos junto a la puerta de la tapia. Vió que aquella, con ser tan pesada, se abría ligeramente al impulso de vigorosa mano. Dió la joven algunos pasos, esperando ver con los ojos del cuerpo a cierta persona; pero se quedó fría, yerta y como sin vida, cuando vió que entraba un hombre negro, mejor dicho, un hombre blanco, rubio, dorado como el marco de un espejo, y todo cubierto por venerables ropas negras, como las de los clérigos vestidos de seglares. Traía un brazo en cabestrillo, formado con un pañuelo negro también. Era Anatolio.

Acercóse el joven guardia; pero Soledad no dió un solo paso hacia él, ¡tanto era su estupor!, permaneciendo como clavada en el suelo.

—Prima, señora prima—dijo el muchachón, llevándose al luengo sombrero la mano útil—. Gracias a Dios que nos vemos...

—¡Pobre primo!—balbució Sola—. Pero si yo creí... ¿Conque no te ha pasado nada? Tienes un brazo vendado.

—Lo del brazo es poca cosa—dijo Gordón—. Aquí, en el costado derecho, tengo lo peor; pero, a Dios gracias, no me enterrarán de ésta.

—Y estás pálido... Pero entremos en la casa. Aquí hace mucho calor.

Gordón la siguió, y bien pronto prima y primo se sentaban en un mismo sofá. Viendo el semblante de uno y otro, no se podía asegurar cuál de los dos estaba más herido.

Sola, turbadísima, dijo algunas frases entrecortadas. Anatolio habló de esta manera:

—¡Conque ha fallecido mi digno tío! ¡Dios mío, qué desgracia! Bien decía yo que no estaba bueno.

Sola rompió a llorar.

—Vamos, no te apures, mujer... Eso ya no tiene remedio. Si Dios quiso llevárselo, ¿qué vamos a hacer nosotros? No te aflijas, mujer. Es preciso tener paciencia.

—Mi pobre padre te adoraba—dijo Soledad—. Si le hubieras escrito mientras estuviste en El Pardo, tu carta le habría dado gran consuelo.

—Yo le mandé varios recados con algunos amigos; pero, sin duda, no se los dieron. El día siete, cuando nos batimos y fuimos derrotados, me escondí en una casa. Curáronme, y el nueve, por la noche, pude salir y fui a donde tú vivías. Dijéronme lo que había ocurrido. Pues no me ha costado poco trabajo averiguar dónde estás... Pero dime: ¿por qué no sigues en tu casa? ¿Qué casa es ésta?

De pronto Soledad no supo qué contestar.

—Esta casa es de un amigo—dijo, al fin.

—Por cierto, que no oí hablar a tu señor padre de ningún amigo que tuviese estas casas. Dime: el amigo que te ha traído aquí, ¿era también amigo de tu padre?

—No—repuso Soledad lacónicamente, resistiéndose a la mentira con todas las fuerzas de su alma.

—¿No era amigo de tu padre?—preguntó Anatolio con seriedad que sentaba mal a su agraciado rostro—. Pues ¿de quién lo era?... Querida prima, yo tengo que hablarte con franqueza. Yo he venido aquí informado de todo.

—¿De qué, primo?

—Tú dirás que soy un poco brusco, porque no sé decir las cosas con maña y rodeos bonitos; pero Dios me ha hecho así, y no lo puedo remediar. Sole-

dad, yo no me determino a casarme contigo.

—Anatolio, como tú quieras—repuso la joven, considerando que no podía responder otra cosa.

—Yo he tenido fe en ti; yo te he creído una buena muchacha. Es posible que lo seas; pero ya dudo, y contra la duda ya sabes que no hay fuerzas que puedan luchar.

—Eso es verdad; pero ¿por qué dudas de mí?

—Porque me han dicho... ¡Jesús, lo que me han dicho! Antes te informaré de que fui a parar a cierta casa donde vive un hombre honrado, maestro de obra prima, a quien llaman Pujitos, el cual, si se ha batido fieramente en las calles contra nosotros, no por eso carece de sentimientos caritativos, y no sólo me ocultó en su casa, sino que me ha cuidado como si fuera un hermano... Pues bien: grande amigo de ese señor Pujitos es un tal Lucas Sarmiento, con quien yo anduve a palos cierta noche. Después nos hemos reconciliado, porque el odiar al prójimo a nada conduce. He aquí que Sarmiento me refiere cosas muy raras de ti. Dice que a escondidas de tu padre tenías amistades con un guapo mozo llamado Monsalud, el cual ha sido tu protector y amparo durante la gran miseria que habéis padecido. Me dijeron que después de muerto tu padre te trajo a esta casa, que es la suya. Yo lo dudaba, lo dudo todavía, querida prima. Dime tú si es cierto.

—Ya lo ves—repuso Soledad serenamente—; ésta es su casa.

—¿Y es cierto también que a escondidas de tu padre, y sin que él sospechase nada, veías a ese hombre y recibías de él los auxilios que necesitabas?

—Cierto es, primo. ¿Cómo he de negarte lo que no tiene nada de malo?

—¡Nada de malo!—exclamó Gordón, abriendo con espanto los ojos—. Señora doña Solita, ¿por quién me toma usted? ¿Se burla usted de mí?

—No, querido primo, no me burlo. Es que si tú no puedes comprender lo que te he dicho, peor para ti.

—¡Un hombre, un buen mozo, un amiguito que protege a una muchacha a hurtadillas del padre de ésta!... Ya se ve: ¡cómo había de consentir mi tío semejante infamia!

—¡Primo, mira cómo hablas! No tie-

nes derecho a calificar lo que no conoces—dijo Sola con entereza.

—Sea lo que quiera, prima, yo veo eso muy turbio, pero muy turbio. Por consiguiente...

—Tú podrás verlo turbio, muy turbio, o como quieras; pero no formes juicios temerarios.

—Por consiguiente, repito, yo, desde este momento, retiro mi promesa.

—Eres muy dueño de hacerlo así.

—Ya ves que procedo con franqueza, que me porto decentemente contigo, viniendo aquí, hablándote, diciéndote^{lo} con la mayor claridad.

—Era natural que lo hicieras así.

—Sin embargo, si tú me probara de una manera evidente que no ha habido mancha en tu conducta.

—Y ¿cómo he de probar eso? Mi única prueba es decirte: soy inocente. Si ésta no te basta...

—No, no me basta; ¿qué quieres? Somos hombres, y como hombres, dudamos, Sola. Para yo sostener mi promesa es preciso que de un modo irrecusable, positivo, me convenza de tu inocencia.

—Es que yo—dijo Soledad con firmeza—, aunque te convenzas de mi inocencia, no quiero ya casarme contigo...

—¡No!—exclamó Anatolio, abriendo toda su boca—. Luego tú tramabas alguna traicioncilla contra mí en vida de tu padre... Pues ¿no te conformaste...?

—Anatolio, yo te estimaba y te estimaba mucho. No me pidas más explicaciones.

—Veo que estoy haciendo un papel desairadísimo—dijo el primo, levantándose.

—Nada de eso... De cualquiera manera que sea, espero que no me guardes rencor.

—Yo no soy rencoroso. Si algún día me necesitas... Puede que me necesites... Pienso dejar el servicio y marcharme a Asturias. No más armas. Digo que si me necesitas..., estaré siempre a tu disposición.

—Adiós, primo.

—Que lo pases bien.

Anatolio, en su tosca naturaleza, no podía disimular que se hallaba vivamente contrariado, y que sus sentimientos acababan de sufrir un golpe bastante rudo, conmoviéndose en lo que era

capaz de conmoverse aquel humano castillo, que si no era de piedra, poco le faltaba.

Saludó con dignidad a su prima.

—Adiós, Anatolio—le dijo ésta—. Sabes que te quiero bien.

Gordón repitió sus reverencias; pero no pudo añadir una palabra más. Hasta que le vió atravesar la huerta para salir, Solita no consideró cuán grande era la semejanza de su primo en aquel día con un joven sacerdote vestido de seglar.

XXVII

Salvador entró al anochecer. Soledad, incurriendo en un error común a todos los que sufren vivas pasiones de ánimo, creyó hallar en su hermano una situación de espíritu semejante a la suya; pero su desengaño fué tan grande como triste cuando le vió taciturno y severo, esquivando la conversación, y nada semejante al hombre franco y alegre de aquella misma mañana.

Después de cenar, la huérfana y él se encontraron solos. Hablaron breve rato de cosas indiferentes, y como ella, al fin, se aventurara a indicar de un modo delicado la extrañeza que le producía ver tan intranquilo al que algunas horas antes parecía sereno y feliz, Monsalud le dijo secamente:

—Mañana hablaremos de eso, Sola. Esta noche no puedo. Estoy en poder del demonio.

Y se retiró. La huérfana permaneció cavilosa largo rato. Después sintió voces lejanas, y pasando de una habitación a otra, oyó hablar a la madre y al hijo; mas no pudo entender lo que decían, ni quiso intervenir indiscretamente en aquello que no parecía disputa ni altercado, sino más bien exhortación de la madre al hijo.

Retiróse a su cuarto, y toda la noche estuvo sin dormir, dando vueltas en la imaginación a millares de ideas, de cálculos, de figuras, de discursos, que giraban con rápido torbellino alrededor de un hombre. Pudo tener por la mañana algunos instantes de descanso, y cuando se levantó, ya Salvador había salido. La explicación de lo ocurrido la noche anterior dióselo doña Fermina,

entre lágrimas y con los términos siguientes:

—No le puedo detener... ¡Se nos va!

—¡Se va!—exclamó Sola, abrumada de pena.

—¿Quién es capaz de detenerle? ¡Pobre hijo mío! Es un caballo desbocado, un caballo salvaje.

—Y ¿adónde va?

—Pues ¿crees tú que yo lo sé? Dice que volverá pronto.

—¿Va solo?

—Se me figura que no... Nada; es locura querer quitarle de la cabeza esta escapatoria, tan parecida a las de Don Quijote. Sin embargo, conviene que tú le digas algo. Puede que de ti haga más caso que de mí... Entre tanto, ayúdame a arreglar la ropa que ha de llevar.

—¿Todo esto?

—Sí..., todo esto, hija mía; lo cual me prueba que no le tendremos de vuelta la semana que entra.

El montón de ropa era imponente. Soledad se aterroró al verlo, y pensó en la apartada América; mas no era posible que se tratase de un viaje tan largo.

«¡Oh! Si así fuera—pensó la infeliz—, entonces sí que no tendría perdón.»

Más tarde regresó el joven a la casa, salió luego, volvió a entrar, recibió diferentes cartas y recados, de los cuales ninguna de las dos mujeres, con ser ambas medianamente curiosas, pudo enterarse. Pareció, por último, más tranquilo, y cuando se hallaba en su cuarto, disponiendo algunos objetos que había mandado traer de la calle de Coleros, entró Soledad casualmente.

—Hermana—le dijo—, ya sé por mi madre que ayer tarde estuvo aquí el guardia perdido. ¿Qué tal? ¿Estás contenta?

—Como antes—respondió Sola, afectando indiferencia.

—¿Qué te ha dicho?

—Que retiraba su promesa, que no hay nada de lo dicho; en una palabra: que no quiere hacerme el honor de casarse conmigo...

—¿Y lo dices así, tan tranquila?—manifestó Salvador con asombro—. Pero, mujer, ¿tú has considerado bien...?

—Y ¿qué quieres? ¿Que llore por él?

—Naturalmente. Pero ¿qué razón da ese bergante?

—Una que no deja de tener fuerza

para él, se entiende. ¿No ves que he tenido amigos que me han protegido durante mi pobreza?... ¿No ves que a escondidas de mi padre he visitado sola a jóvenes de mundo?

—¡Ah!—gritó Monsalud con viveza y enojo—. ¿Salimos con eso? Pues no faltaba más. Veo que te han calumniado.

Solita salió. Como volviese a entrar al poco rato en busca de una nueva pieza de ropa, Salvador prosiguió:

—Esto no puede quedar así. ¿Has dicho que ese menguado duda de ti? Pues no lo consentiré, no lo consentiré.

—Sí, porque acaso eres tú omnipotente.

—Omnipotente, no... ¿De qué te ríes? Vaya, que estás de buen humor, cuando te acaba de pasar la gran desgracia de perder al que podías considerar como tu esposo.

—Estoy hecha a las desgracias.

—Pues yo..., yo convenceré a tu primo—dijo Monsalud con furor—; yo le pediré cuenta de este desaire que te ha hecho sin motivo, sin fundamento. Pues qué, ¿no hay más que decir: «Rompo mi compromiso porque se me antoja»?

—Me parece que tú sigues en poder del demonio, como anoche—dijo Soledad en tono ligeramente festivo.

—Puede ser, puede ser—repuso él, aplacándose de improviso y cayendo en honda tristeza.

No hablaron más de aquel asunto, y él de ningún otro en lo restante del día, si se exceptúan estas palabras, que sonaron en los oídos de la huérfana como campanas de funeral:

—Que esté todo preparado para las diez de la noche.

El sol se puso, vino la noche, y las tres personas que van a cerrar esta historia se hallaban reunidas en el comedor de la casa.

—¿No tomas nada?—preguntó doña Fermina a su hijo.

—Nada—repuso éste brevemente.

Paseaba de largo a largo, con lentitud, echada la cabeza hacia adelante y las manos cruzadas atrás. Parecía contar minuciosamente los ladrillos del piso. Callaban las dos mujeres; pero con sus alternados suspiros decían más que con cien lenguas.

Un reloj dió las nueve. Salvador se

detuvo, y mirando a su madre, pronunció estas palabras:

—No, no puede ser.

—¿Qué?—preguntó la madre.

—Que me vaya.

—Si lo hicieras como lo dices...

—Si no fuera porque es preciso cumplir...—murmuró, y al instante volvió al febril paseo.

—¿Has dado una palabra, una promesa de muchacho casquivano? ¿Eso qué significa?

—No puede ser, no—repetía.

—¿Qué?—preguntó la madre con ansia.

—Quedarme.

—Ahora es lo contrario. ¡Si piensas una cosa, y al cabo de un instante otra...! ¿Cómo nos entendemos? Pareces un lunático. Y a nosotras nos pegarás tu demencia, y tendremos la cabeza tan destornillada como tú.

—¡Desgraciado de mí!—exclamó el joven.

—¡Desgraciadas de nosotras!—dijo doña Fermina.

—¿Está mi baúl abajo?

—Está todo como lo has dispuesto.

En la huerta, y junto a la verja que daba paso a la calle, había una habitación pequeña al modo de portería. El viajero mandó poner en ella su equipaje para que estuviese a mano cuando llegara el mozo que había de llevarlo al parador de donde partiría...

—Es una locura—balbució Monsalud.

Y colocándose entre las dos mujeres, las miró alternativamente con profundo cariño.

—¿Te vas ya?—indicó la madre con los ojos llenos de lágrimas—; ¿te vas, por fin?

—Abrazadme las dos—dijo Salvador, extendiendo sus dos brazos con emoción que no podía disimular.

Las dos le abrazaron llorando.

—¿Te vas ya?

—No, me quedo. Abrazadme bien y no me dejéis salir. Amarradme si es preciso.

—¿Qué estás diciendo?

—Que no quiero marcharme; mejor dicho, que quiero y no quiero. Echadme cadenas. Madre, Sola, cerrad las puertas, tratadme como a un miserable loco. No merezco otra cosa.

—Pues se te atará—dijo la madre hecha un mar de lágrimas—. Hijo de mi

corazón, ¿por qué eres tan loco? ¿Qué te ha dado? ¿Qué demonches de diabluras se te han metido en la cabeza?

—Vaya usted a saberlo... ¿Por qué soy loco? Porque sí. Querida Sola, manda cerrar todas las puertas; que no entre nadie, absolutamente nadie; que no llegue a mis oídos ninguna voz, que no reciba ningún recado. Si viene alguien, digan que me he muerto.

—Eso es, Solita: si viene alguien, di que se ha muerto.

—¡Si pudiera morir fuera y vivir solo en mi casa!...—murmuró el joven, dejándose caer en una silla—. ¡Qué fatigado estoy! No he viajado aún, y me parece que estoy de vuelta.

—Has corrido con la imaginación.

—Pero ¿es cierto, hijo mío; es cierto que te quedas? Dime la verdad.

—Me quedo, sí. Debo quedarme. ¿No es verdad, Sola?

La huérfana le miró sin pronunciar palabra.

—Tienes razón: es una locura.

—Si yo no he dicho nada...

—Sí; has dicho que me quede.

—¿Yo?

—Sí, tú; me lo has dicho con los ojos, que suelen hablar más claro que la lengua.

Soledad bajó los ojos. Durante un momento leía en el rostro de ella como en un libro.

—¡Vaya, hijo, no hables más del asunto, y a dormir!—dijo doña Fermina con evidentes señales de sueño.

Pasó largo rato. Doña Fermina, que no acostumbraba velar más allá de las nueve, tranquilizada por la resolución de su hijo, se durmió como un ángel.

Despertóla Soledad para llevarla a su cama, porque la pobre señora parecía que se rompía el cuello con la inclinación de la soñolienta cabeza.

—¿En dónde está, en dónde está?—murmuró, extendiendo las manos.

—Aquí, madre, aquí—dijo Salvador, levantándola del sillón y sosteniéndola en sus brazos.

Retiróse a su alcoba la anciana, y poco después dormía profundamente.

XXVIII

Soledad volvió al comedor.

—¿Qué tienes que decir de mí?—le preguntó su hermano adoptivo.

—Contestaré mañana. Hasta ahora no puedo formar juicio—dijo Soledad, sonriendo con tristeza.

—¡Dichoso el pájaro prisionero en la jaula!—afirmó Monsalud con vehemencia—. Ese sabe que no puede salir, y está libre de un gran tormento: la elección del camino.

—Ya he mandado cerrar todas las puertas—insinuó Soledad—. ¿Estás bien así, encerradito?

—Querida hermana—dijo Salvador con afán—, si me pudieras dar tu tranquilidad, tu serenidad, la paz de tu espíritu, ¡cuán feliz sería yo!

—¿La paz de mi espíritu? Pues tómala.

—¿Cómo?

—Si yo quiero dártela y no la quieres.

—No digas que no la quiero.

—¿No me has dicho ayer que quieres que sea impertinente?

—Sí.

—Pues voy a serlo—dijo la huérfana, sonriendo—. Empiezo por mezclarme en tus asuntos, aconsejándote...

—¡Muy bien!

—Más aún: mandando en ti.

—¡Excelente idea!

—Empiezo ahora.

—¿Qué debo hacer?

—Tratar de olvidar todo lo que has visto hoy.

—¡Olvidar!—exclamó Salvador con brío—. Eso no puede ser. ¿Cómo olvidar eso, Sola? ¡Imagina lo más hermoso, lo más seductor, lo mejor que ha hecho Dios, aunque lo haya hecho para perder al hombre!

—Entonces, adiós.

—Pues adiós.

Uno y otro se levantaron.

—Márchate de la casa—dijo resuelta-mente Soledad.

—¿Te enojas?... Vamos, querida hermana, si quisiera huir, me quedaría, por no verte enfadada al volver.

—Es que no me verías más.

—¿De veras?

—No gusto de tratar con locos.

—Pues yo siempre lo he sido. A bue-

na hora lo conoces. Yo te prometo que seré razonable.

—¿Lo serás esta noche?

—Te lo prometo.

—¿No harás ninguna locura?

—Haré las menos que pueda. Prometer más sería necedad.

—Pues adiós.

—¿Te vas?

—Es preciso descansar, hijito. Hoy nos has dado mucho que hacer con tu malhadado viaje.

—Pues adiós. Vengan esos cinco.

Estrecháronse la mano. Desde la puerta, al retirarse, Solita saludó a su amigo, diciéndole cariñosamente:

—No será cosa de que me tenga que levantar a echar sermones. ¿Serás juicioso?

—Hasta donde pueda. Ya es bastante, hermanita.

—Me conformo, por ahora. Adiós.

Retiróse Soledad, pero no se acostó. Estaba inquieta y desconfiaba de las resoluciones de su hermano. Vigilante, con el oído atento a todo rumor, y mirando a ratos por la ventana de su cuarto, que daba a la huerta, pasó más de una hora. Sintió de improviso el ruido de un coche que se acercaba, y puso atención. El coche paró...

Soledad sintió frío en el corazón y un

desfallecimiento súbito de su valor moral; pero evocando las fuerzas de su espíritu, salió del cuarto muy quedamente. Cuando estuvo fuera y bajó muy despacio a la huerta; cuando en ella puso los pies, vió que Salvador (¡él era; le reconoció en la profunda oscuridad de la noche!) avanzaba con rápido paso hacia la verja.

Solita se llenó de pena; quiso gritar, pero la voz de su dignidad le impidió hacerlo. Sólo tenía derecho a ser testigo.

Vió que el hortelano avanzaba gruñendo hacia el portalón mandado por Salvador; que se abría la puerta verde; que en un instante sacaban el baúl y lo subían a lo más alto del coche.

Sin poder contenerse corrió hacia allá.

Oyó una voz de mujer que decía:

—¿Qué es esto? ¿Te arrepientes?

Y la de Salvador, que respondía:

—No... Vamos... En marcha.

El coche partió a escape, y Soledad gritó:

—¡Salvador, Salvador!

Pero esto no lo oyó más que Dios, porque lo dijo con la lengua del alma, a punto que su cuerpo caía sin sentido sobre la arena del jardín.

Octubre-noviembre de 1876.

FIN DE
«7 DE JULIO»

LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS

PARA la composición de este libro cuenta el autor con materiales muy preciosos. Además de las noticias verbales, que casi son el principal fundamento de la presente obra, posee un manuscrito que le ayudará admirablemente en la narración de la parte o tratado que lleva por título *Los cien mil hijos de San Luis*. El tal manuscrito es hechura de una señora, por cuya razón bien se comprende que será dos veces interesante, y lo sería más aún si estuviese completo. ¡Lástima grande que la negligencia de los primeros poseedores de él dejara perder una de las partes más curiosas y necesarias que lo componen! Sólo dos fragmentos sin enlace entre sí llegaron a nuestras manos. Las laboriosas indagaciones para allegar lo que falta han sido inútiles, lo que en verdad es muy lamentable porque nos veremos obligados a llenar con relatos de nuestra propia cosecha el gran vacío que entre ambas piezas del manuscrito femenino resulta.

Este tiene la forma de memorias. Su primer fragmento lleva por epígrafe *De Madrid a Urgel*, y empieza así:

I

En Bayona, donde busqué refugio tranquilo al separarme de mi esposo, conocí al general Eguía (1). Iba a visitarme con frecuencia, y como era tan indiscreto y vanidoso, me revelaba sus planes de conspiración, regocijándose en mi

(1) Puede verse el retrato de este personaje en las *Memorias de un cortesano de 1815*.

sorpresa y riendo conmigo del gran chubasco que amenazaba a los francmasones. Por él supe en el verano del 21 que su majestad, nuestro católico rey don Fernando (que Dios guarde), anhelando deshacerse de los revolucionarios por cualquier medio y a toda costa, tenía dos comisionados en Francia, los cuales eran:

Primero. El mismo general don Francisco Eguía, cuya alta misión era promover desde la frontera el levantamiento de partidas realistas.

Segundo. Don José Morejón, oficial de la Secretaría de la Guerra, y después secretario reservado de su majestad, con ejercicio de decretos, el cual tenía el encargo de gestionar en París con el Gobierno francés los medios de arrancar a España el cauterio de la Constitución gaditana, sustituyéndolo con una cataplasma anodina hecha en la misma farmacia de donde salió la Carta de Luis XVIII.

Alababa yo estas cosas por no reñir con el anciano general, que era muy galante y atento conmigo; pero en mi interior deploraba, como amante muy fiel del régimen absoluto, que cosas tan graves se emprendieran por la mediación de personas de tan dudoso valer. No conocía yo en aquellos tiempos a Morejón; pero mis noticias eran que no había sido inventor de la pólvora. En cuanto a Eguía, debo decir con mi franqueza habitual que era uno de los hombres más pobres de ingenio que en mi vida he visto.

Aún gustaba la coleta que le hizo tan famoso en 1814, y con la coleta el mismo humor atrabiliario, despótico, voluble y regañón. Pero en Bayona no infundía miedo como en Madrid, y de él

se reían todos. No es exagerado cuanto se ha dicho de la astuta pastelera que llegó a dominarle. Yo la conocí, y puedo atestiguar que el agente de nuestro egregio soberano comprometía lamentablemente su dignidad y aun la dignidad de la Corona poniendo en manos de aquella infame mujer negocios tan delicados. Asistía la tal a las conferencias, administraba gran parte de los fondos, se entendía directamente con los partidarios que un día y otro pasaban la frontera, y parecía en todo ser ella misma la organizadora del levantamiento y el principal apoderado de nuestro querido rey.

Después de esto he pasado temporadas en Bayona, y he visto la vergonzosa conducta de algunos españoles que, sin cesar, conspiran en aquel pueblo, verdadera antesala de nuestras revoluciones; pero nunca he visto degradación y torpeza semejantes a las del tiempo de Eguía. Yo escribía entonces a don Víctor Sáez, residente en Madrid, y le decía: «Felicite usted a los francmasones, porque mientras la salvación de su majestad siga confiada a las manos que por aquí tocan el pandero, ellos están de enhorabuena.»

En el invierno del mismo año se realizaron las predicciones que yo, por no poder darle consejo, había hecho al mismo Eguía, y fué que, habiendo convocado, de orden del rey, a otros personajes absolutistas para trabajar en comunidad, se desavinieron de tal modo, que aquella, más que junta, parecía la dispersión de las gentes. Cada cual pensaba de distinto modo, y ninguno cedía en su terca opinión. A esta variedad en los pareceres y terquedad para sostenerlos llamó yo enjaezar los entendimientos a la calesera, es decir, a la española. El marqués de Mataflorida (1) proponía el establecimiento del absolutismo puro. Balmaseda, comisionado por el Gobierno francés para tratar este asunto, también estaba por lo despótico, aunque no en grado tan furioso; Morejón se abrazaba a la Carta francesa; Eguía sostenía el veto absoluto y las dos Cámaras, a pesar de no saber lo que eran una cosa y otra, y Saldaña,

nombrado como una especie de quinto en discordia, no se resolvía ni por la tiranía entera ni por la tiranía a la media miel.

Entre tanto, el Gobierno francés concedió a Eguía algunos millones, de los cuales podría dar cuenta si viviese la hermosa pastelera. Dios me perdone el mal juicio; pero casi podría jurar que de aquel dinero sólo algunas sumas insignificantes pasaron a manos de los pobres guerrilleros, tan bravos como desinteresados, que, desnudos, descalzos y hambrientos, levantaban el glorioso estandarte de la fe y de la monarquía en las montañas de Navarra o de Cataluña.

Las bajezas, la ineptitud y el despilfarro de los comisionados secretos de su majestad no cesaron hasta que apareció en Bayona, también con poderes reales, el gran pájaro de cuenta llamado don Antonio Ugarte, a quien no vacilo en designar como el hombre más listo de su época.

Yo le había tratado en Madrid el año 19. El me estimaba en gran manera, y, como Eguía, me visitaba a menudo, pero sin revelarme sus planes. Desde que se encargó de manejar la conspiración, seguía yo con marcado interés, segura de su éxito, aunque sin sospechar que le prestaría mi concurso activo en término muy breve. Un día, Ugarte me dijo:

—No se encuentra un solo hombre que sirva para asuntos delicados. Todos son indiscretos, soplones y venales. ¿Ve usted lo que trabajo aquí por orden de su majestad? Pues es nada en comparación de lo que me dan que hacer las intrigas y torpezas de mis propios colegas de conspiración. No me fío de ninguno, y en el día de hoy, teniendo que enviar un mensaje muy importante, estoy, como Diógenes, buscando un hombre sin poder encontrarle.

—Pues busque usted bien, señor don Antonio—le respondí—, y quizá encuentre una mujer.

Ugarte no daba crédito a mi determinación; pero tanto le encarecí mis deseos de ser útil a la causa del rey y de la Religión, que, al fin, convino en fiarme sus secretos.

—Efectivamente, Jenara—me dijo—: una dama podrá desempeñar mejor que cualquier hombre tan delicado encargo

(1) Conocido por don Buena Ventura en las *Memorias de un cortesano* y en *La segunda casaca*.

si reúne a la belleza y gallarda compostura de su persona un valor a toda prueba.

En seguida me reveló que en Madrid se preparaba un esfuerzo político, es decir, un pronunciamiento, en el cual tomaría parte la Guardia real con toda la tropa de línea que se pudiese comprometer; pero añadió que desconfiaba del éxito si no se hacían con mucho pulso los trabajos, tratando de combinar el movimiento cortesano con una ruidosa algarada de las partidas del Norte. Discurriendo sobre este negocio, me mostró su grandísima perspicacia y colosal ingenio para conspirar, y después me instruyó prolijamente de lo que yo debía hacer en Madrid, del arte con que debía tratar a cada una de las personas para quienes llevaba delicados mensajes, con otras muchas particularidades que no son de este momento. Casi toda mi comisión era enteramente confidencial y personal, quiero decir que el conspirador me entregó muy poco papel escrito; pero, en cambio, me repitió varias veces sus instrucciones para que, reteniéndolas en la memoria, obrase con desembarazo y seguridad en las difíciles ocasiones que me aguardaban.

Partí para Madrid en febrero del 22.

II

Con entusiasmo y placer emprendí estos manejos. Con entusiasmo, porque adoraba en aquellos días la causa de la Iglesia y el Trono; con placer, porque la ociosidad entristecía mis días en Bayona. La soledad de mi existencia me abrumaba tanto como el peso de las desgracias que a otros afligen y que yo aún no conocía. Separándome de mi esposo, cuyo salvaje carácter y feroz suspicacia me hubieran quitado la vida, adquirí libertad suma y un sosiego que, después de saboreado por algún tiempo, llegó a ser para mí algo fastidioso. Poseía bienes de fortuna suficientes para no inquietarme de las materialidades de la vida, de modo que mi ociosidad era absoluta. Me refiero a la holganza de espíritu, que es la más penosa pues la de las manos, yo, que no carezco de habilidades, jamás la he conocido.

A estos motivos de tristeza debo añadir el gran vacío de mi corazón, que estaba ha tiempo como casa deshabitada, lleno tan sólo de sombras y ecos. Después de la muerte de mi abuelo, ningún afecto de familia podía interesarme, pues los Baraonas que subsistían o eran muy lejanos parientes o no me querían bien. De mi infelicísimo casamiento sólo saqué amarguras y pesadumbres, y para que todo fuese maldito en aquella unión, no tuve hijos. Sin duda, Dios no quería que en el mundo quedase memoria de tan grande error.

Fácilmente se comprenderá que en tal situación de espíritu me gustaría lanzarme a esas ocupaciones febriles que han sido siempre el principal goce de mi vida. Ninguna cosa llana y natural ha cautivado jamás mi corazón, ni me embelesó, como a otros, lo que llaman dulce corriente de la vida. Antes bien, yo la quiero tortuosa y rápida; que me ofrezca sorpresas a cada instante y aun peligros; que se interne por pasos misteriosos, después de los cuales deslumbré más la claridad del día; que caiga como el Piedra en cataratas llenas de ruido y colores, o se oculte como el Guadiana, sin que nadie sepa dónde ha ido.

Yo sentía, además, en mi alma la atracción de la corte, no pudiendo descifrar claramente cuál objeto o persona me llamaban en ella, ni explicarme las anticipadas emociones que por el camino sentía mi corazón, como el derrochador que principia a gastar su fortuna antes de heredarla. Mi fantasía enviaba delante de sí, en el camino de Madrid, maravillosos sueños e infinitos goces del alma, peligros vencidos y amables ideales realizados. Caminando de este modo y con los fines que llevaba, iba yo por mi propio y verdadero camino.

Desde que llegué me puse en comunicación con los personajes para quienes llevaba cartas o recados verbales. Tuve noticias de la rebelión de los guardias que se preparaba; hice lo que Ugarte me había mandado en sus minuciosas instrucciones, y hallé ocasión de advertir el mucho atolondramiento y ningún concierto con que eran llevados en Madrid los arduos trámites de la conspiración.

Lo mejor y más importante de mi comisión estaba en Palacio, adonde me llevó don Víctor Sáez, confesor de su majestad. Muchos deseos tenía yo de ver de cerca y conocer por mí misma al rey de España y toda su real familia, y entonces quedó satisfecho mi anhelo. Hice un rápido estudio de todos los habitantes de Palacio, particularmente de las mujeres: la reina Amalia, doña Francisca, esposa de don Carlos, y doña Carlota, del infante don Francisco. La segunda me pareció, desde luego, mujer a propósito para revolver toda la Corte. De los hombres, don Carlos me pareció muy sesudo, dotado de cierto fondo de honradez preciosísima, con lo cual compensaba su escasez de luces, y a Fernando le diuté por muy astuto y conocedor de los hombres, apto para engañarlos a todos, si bien privado del valor necesario para sacar partido de las flaquezas ajenas. La reina pasaba su vida rezando y desmayándose; pero la varonil doña Francisca de Braganza ponía su alma entera en las cosas políticas y, llena de ambición, trataba de ser el brazo derecho de la Corte. Doña Carlota, por entonces embarazada del que luego fué rey consorte, tampoco se dormía en esto.

Los palaciegos, tan aborrecidos de la muchedumbre constitucional, Infantado, Montijo, Sarriá y demás aristócratas, no servían en realidad de gran cosa. Sus planes, faltos de seso y travesura, tenían por objeto algo en que se destacase con preferencia la personalidad de ellos mismos. Ninguno valía para maldita la cosa, y así nada se habría perdido con quitarles toda participación en la conjura. Los individuos de la Congregación Apostólica, que era una especie de masonería absolutista, tampoco hacían nada de provecho, como no fuera allegar plebe y disponer de la gente fanática para un momento propicio. En los jefes de la Guardia había más presunción que verdadera aptitud para un golpe difícil, y el clero se precipitaba gritando en los púlpitos, cuando la situación requería prudencia y habilidad sumas. Los liberales masones o comuneros vendidos al absolutismo, y que al pronunciar sus discursos violentos se entusiasmaban por cuenta de éste, estaban muy mal dirigidos, porque con su exageración ponían diariamente en

guardia a los constitucionales de buena fe. He examinado uno por uno los elementos que formaban la conspiración absolutista del año 22, para que cuando la refiera se explique en cierto modo el lamentable aborto y total ruina de ella.

NOTA DEL AUTOR.—*A continuación refiere la señora los sucesos del 7 de julio. Aunque su narración es superior a la nuestra, por la graciosa sencillez y verdad con que toda ella está hecha, la suprimimos, pues no conviene repetir, ni aun mejorándolo, lo que ya apareció en otro volumen.*

III

Después de los aciagos días de julio, mi situación, que hasta entonces había sido franca y segura, fué comprometidísima. No es fácil dar una idea de la presteza con que se ocultaron todos aquellos hombres que pocos días antes conspiraban descaradamente. Desaparecieron como caterva de menudos ratoncillos cuando los sorprende en sus audaces rapiñas el hombre sin poder perseguirlos, ni aun conocer los agujeros por donde se han metido. A mí me maravillaba que don Víctor Sáez, hombre de una obesidad respetable, pudiera estar escondido sin que al punto se descubriese su guarida. Los palaciegos se filtraron también, y los que no estaban claramente comprometidos, como, por ejemplo, Pipaón, dieron vivas a la Constitución vencedora, uniéndose a los liberales.

Tuve, además, la desgracia de perder varios papeles en casa de un pobre maestro de escuela donde nos reuníamos, y esto me causó gran zozobra; pero, al fin, los encontré, no sin trabajo, exponiéndome a los mayores peligros. La seguridad de mi persona corrió también no poco riesgo, y en los días 9 y 10 de julio no tuve un instante de respiro, pues por milagro no me arrastraron a la cárcel los milicianos, borrachos de vino y de patriotía. Gracias a Dios, vino en mi amparo un joven paisano y antiguo amigo mío, el cual en otras ocasiones había ejercido en mi vida influencia muy decisiva, semejante a la de las estrellas en la antigua cábala de los astrólogos.

Pasados los primeros días, pude introducirme en Palacio, a pesar de la formidable y espesa muralla liberalisca que lo defendía. Encontré a su majestad lleno de consternación y amargura, principalmente por verse obligado a poner semblante lisonjero a sus enemigos y aun a darles abrazos, lo cual era muy del gusto de ellos, en su mayoría gente inocentona y crédula. No me agradaba ver en nuestro soberano tan menguado corazón; pero si en él concordara el valor con las travesuras y agudezas del entendimiento, ningún tirano antiguo ni moderno le habría igualado. Su desaliento y desesperación no le impidieron que se enamorase de mí, porque en todas las ocasiones de su vida, bajo las distintas máscaras que se quitaba y se ponía, aparecía siempre el sátiro.

Temerosa de ciertas brutalidades, quise huir. Brindéme entonces a desempeñar una comisión difícil, para lo cual Fernando no se fiaba de ningún mensajero, y aunque él no quiso que yo me encargase de ella, porque no me alejara de la Corte, tanto insté y con tales muestras de verdad prometí volver, que se me dieron los pasaportes.

El mes anterior había salido para Francia don José Villar Frontín, uno de los intrigantes más sutiles del año 14, aunque, como salido de la Academia del cuarto del infante don Antonio, no era hombre de gran iniciativa, sino muy pegadizo y servicial en bajas urdimbres. Llevaba órdenes para que el marqués de Mataflorida formase una Regencia absolutista en cualquier punto de la frontera conquistado por los guerrilleros. Estas instrucciones eran conformes al plan del Gobierno francés, que deseaba la introducción de la Carta en España y un absolutismo templado; pero Fernando, que hacía tantos papeles a la vez, deseaba que sus comisionados, afectando amor a la Carta, trabajasen por el absolutismo limpio. Esto exigía frecuentes rectificaciones en los despachos que se enviaban y avisos contradictorios, trabajo no escaso para quien había de ocultar de sus ministros todos estos y aun otros inverosímiles líos.

Yo me comprometí a hacer entender a Mataflorida y a Ugarte lo que se quería, transmitiéndoles verbalmente algu-

nas preciosas ideas del monarca que no podían fiarse al papel, ni a signo ni cifra alguna. Ya por aquellos días se supo que la Seo de Urgel había sido ganada al Gobierno por el bravo Trapense, y se esperaba que en la agreste plaza se constituyera la salvadora Regencia. A la Seo, pues, debía yo dirigirme.

La partida y el viaje no eran problemas fáciles. Esto me preocupó durante algunos días, y traté de sobornar, para que me acompañase, al amigo de quien antes he hablado. A él no le faltaban en verdad ganas de ir conmigo al extremo del mundo; pero le contenía el amor de su madre anciana. No poco luché para decidirle, empleando razonamientos y seducciones diversas; mas a pesar de la propensión de su carácter a ciertas locuras y del considerable dominio que yo empezaba a ejercer sobre él, se resistía tenazmente, alegando motivos poderosos, cuya fuerza no me era desconocida. Al fin, tanto pudo una mujer llorando, que él abandonó todo: su madre y su casa, aunque por poco tiempo, con la sana intención de volver cuando me dejase en paraje donde no existiese peligro alguno. El infeliz presagiaba, sin duda, su desdichada suerte en aquella expedición, porque luchó grandemente consigo mismo para decidirse, y hasta última hora estuvo vacilante.

Aquel hombre había sido enemigo mío, o, más propiamente, de mi esposo. Desde la niñez nos conocimos; fué mi novio en la edad en que se tiene novio. Sucesos lamentables, que me afligen al venir a la memoria, caprichos y vanidades mías, me separaron de él, yo creí que para siempre; pero Dios lo dispuso de otro modo. Durante algún tiempo estuve creyendo que le odiaba; pero el sentimiento que llenaba mi alma era, más que rencor, una antipatía arbitraria y voluntariosa. Por causa de ella, siempre le tenía en la memoria y en el pensamiento. Circunstancias funestas le pusieron en contacto conmigo diferentes veces, y siempre que ocurría algo grave en la vida de él o en la mía, tropezábamos providencialmente el uno con el otro, como si el alma de cada cual, viéndose en peligro, pidiese auxilio a su compañera.

En mí se verificó una crisis singular. Por razones que no son de este sitio, llegué a aborrecer todo lo que mi es-

poso amaba y a amar todo lo que él aborrecía. Al mismo tiempo, mi antiguo novio mostraba hacia mí sentimientos tan vivos de menosprecio y desdén, que esto inclinó mi corazón a estimarle. Yo soy así, y me parece que no soy el único ejemplar. Desde la ocasión en que le arranqué de las furibundas manos de mi marido, no debí de ser tampoco para él muy aborrecible.

Cuando nos encontramos en Madrid, y desde que hablamos, caímos en la cuenta de que ambos estábamos muy solos. Y si había semejanza en nuestra soledad, no era menor la de nuestros caracteres, principal origen, quizá, de aquella. Hicimos propósito de echar a la espalda aquel trágico aborrecimiento que antes nos teníamos, el cual se fundaba en veleidades y caprichosas monomanías del espíritu, y no tardamos mucho tiempo en conseguirlo. Ambos reconocimos las grandes y ya irremediables equivocaciones de nuestra primera juventud, y nos maravillábamos de ver tan extraordinaria fraternidad en nuestras almas. ¡Ser de este modo, haber nacido el uno para el otro, y, sin embargo, haber estado dándonos golpes en las tinieblas durante tanto tiempo! ¡Qué fatalidad! Hasta parece que no somos responsables de ciertas faltas, y que éstas, por lo que tienen de placentero, pueden tolerarse como compensación de pasados dolores y de un error deplorable y fatal, dependiente de voluntades sobrehumanas.

Pero, no; no quiero eximirme de la responsabilidad de mi culpa y de haber faltado claramente, impulsada por móviles irresistibles, a la ley de Dios. No; nada me disculpa: ni las atrocidades de mi marido, ni la espantosa soledad en que yo estaba, ni los mil escollos de la vida en la Corte, ni las grandes seducciones morales y físicas de mi paisano y dulce compañero de la niñez. Reconozco mi falta; y atenta sólo a que este papel reciba un escrupuloso retrato de mi conciencia y de mis acciones, la escribo aquí, venciendo la vergüenza que confesión tan penosa me causa.

Salimos de Madrid en una hermosa noche de julio. Cuando dejamos de oír el rugido de la Milicia victoriosa, me pareció que entraba en el cielo. Ibamos cómodamente en una silla de postas con buenos caballos y un hábil mayoral de

Palacio. Yo había tomado un nombre supuesto, diciéndome marquesa de Berceo, y él era nada menos que mi esposo, una especie de marqués de Berceo. Mucho nos reímos con esta invención, que a cada paso daba lugar a picanterías comentarios y agudezas. No recuerdo días más placenteros que los de aquel viaje.

¡Cuántas veces bajamos del coche para andar largos trechos a pie, recreándonos en la hermosura de las incomparables noches de Castilla! ¡Cómo se agrandaba todo ante nuestros ojos, principalmente las cosas inmateriales! Nos parecía que aquella dulce vagancia no acabaría nunca, y que los días venideros serían siempre como aquel cielo que veíamos, dilatados, serenos y sin nubes. En tales horas, o hablábamos poco o vertíamos el alma del uno en la del otro alternativamente, por medio de observaciones y preguntas acordes con el hermoso espectáculo que veíamos fuera y dentro de nosotros, pues de mi alma puede decirse que estaba tan llena de estrellas como el firmamento.

Han pasado muchos años: entonces tenía yo veintisiete, y ahora..., no lo quiero decir por no espantarme; pero creo que he traspasado el medio siglo (1). Entonces mis cabellos eran de oro; ahora son de plata, sin que ni una sola hebra de ellos conserve su primitivo color. Mis ojos tenían el brillo que es reflejo de la inteligencia despierta y de los sentimientos bullidores; ahora no son más que dos empañadas cuentas azules, de las cuales se escapa alguna vez fugitivo rayo. Mi cara entonces respiraba alegría, salud, y el alma rielaba sobre mis facciones como la luz sobre la superficie de las temblorosas aguas; ahora es una máscara que sirve para disimular los pensamientos, y que a muchos deja ver todavía huellas claras de la hermosura que hubo en ella. Entonces era muy hermosa; ahora soy una *vieja que debió de haber sido guapa*, aunque si he de creer a don Toribio, el canónigo de Tortosa, todavía puedo volver loco a cualquiera. En suma: todo ha pasado, mudándose considerablemente, e infinitas personas

(1) Según nuestras noticias, la señora escribió estas Memorias durante la guerra civil del 48.

han entrado en la región de los recuerdos. Lo que siempre está lo mismo es mi país, que no deja de luchar un momento por la misma causa y con las mismas armas, y si no con las mismas personas, con los mismos tipos de guerreros y políticos. Mi país sigue siempre a la calesera.

Pues bien, en todo el tiempo transcurrido entre estas dos épocas no he visto pasar días como aquéllos. Fueron de los pocos que tiene cada mortal como un regalo del Cielo para toda la existencia, y que en vano se aguardan después, porque no vuelven. Estos aguiñaldos de la vida no se reciben más que una vez. Salvador era menos feliz que yo a causa de los deberes y las afectaciones que había dejado atrás. Yo procuraba hacerle olvidar todo lo que no fuese nosotros mismos; mas resultaba esto muy difícil, por ser él menos dueño de sus acciones que yo, y aun si se quiere, menos egoísta. Ibamos de pueblo en pueblo, sin apresurarnos ni detenernos mucho. Aquel vivir entre todo el mundo y al mismo tiempo sin testigos era mi mayor delicia. Los diversos pueblos por donde pasábamos no tenían, sin duda, noticia de la felicidad de los marqueses de Berceo, pues si la tuvieran, no creo que nos dejaran seguir sin quitarnos algo de ella.

IV

Gracias a nuestro dinero y a nuestro buen porte podíamos disfrutar de todas las comodidades posibles en las posadas. El calor nos obligaba a detenernos durante el día, caminando por las noches, y ni en Castilla ni en Aragón tuvimos ningún mal encuentro, como recelábamos, con milicianos, ladrones o espías del Gobierno.

Más allá de Zaragoza empezamos a temer que nos salieran el paso las tropas de Torrijos o de Manso. Por eso, en vez de tomar directamente el camino de Cataluña, subimos hacia Huesca. Salvador, cuya antipatía a los facciosos y guerrilleros era violentísima, se mostró disgustado al considerarse cerca de ellos. Entonces tuve un momento de súbita tristeza oyéndole decir:

—Cuando lleguemos a un lugar segu-

ro o estés entre tus amigos, me volveré a Madrid.

Yo deseaba que no llegasen ni el lugar seguro ni tampoco mis amigos. Pero aunque mi tristeza fué grande desde aquel momento, apoderándose de mi corazón como un presagio de desventuras, estaba muy lejos de sospechar el espantoso golpe que nos amenazaba, consecuencia providencial de nuestra falta y de mi criminal ligereza. ¡Ay!, piensa el malo que sus alegrías han de ser perpetuas, y la misma grata corriente de ellas le lleva, ciego, a lo que yo llamo la sucursal del infierno en la Tierra, que es la desgracia y el anticipado castigo de los delitos.

De Huesca nos dirigimos a Barbastro, siguiendo por un detestable camino hasta Benabarre, donde entramos al anochecer. Detuvieron nuestro coche algunos hombres, y al verlos, exclamé:

—¡Los guerrilleros! Ya estamos en casa.

Salvador mostró gran disgusto, y cuando fuimos interrogados, dió algunas contestaciones que debieron de sonar muy mal en los oídos de los soldados de la Fe. Yo tenía confianza en mi gente y la seguridad de no ser detenida; pero no me fué posible evitar ciertas molestias. Nos hicieron bajar del coche antes de llegar a la posada y presentarnos a un rústico capitán que estaba en la venta del camino bebiendo vino juntamente con otro guerrillero, al modo de frillazo, armado de pistolas y con dos o tres individuos de malísima catadura.

Sus maneras no eran, en verdad, nada corteses, a pesar de defender causa tan sagrada como es la del Altar y el Trono; pero con dos o tres palabras dichas enérgicamente y en tono de dignidad me hice respetar al punto. Yo mostraba mis papeles al que me parecía jefe, cuando observé que uno de los hombres allí presentes miraba a mi compañero de viaje con expresión poco tranquilizadora. Llegóse a él y, poniéndole la mano en el hombro, le dijo con brutal modo y expresión de venganza:

—¿Me conoces? ¿Sabes quién soy?

—Si—respondió Monsalud, pálido y colérico—. Ya sé que eres un hombre vil: tu nombre es Regato.

El desconocido se abalanzó en ademán hostil hacia mi amigo; pero éste supo

recibirle con tanta valentía, que le hizo rodar por el suelo, bañado el rostro en sangre. Quedéme sin aliento al ver la furia de aquella gente ante el mal trato dado a uno de los suyos. Milagro de Dios fué que no pereciésemos allí; pero el capitán parecía hombre prudente, y haciendo salir de la venta al agraviado, nos notificó que estábamos presos hasta que el jefe decidiera lo que se había de hacer con nosotros.

Afectando serenidad, díjele que mirara bien lo que hacía, por ser yo persona de gran poder en la frontera y en Palacio; pero encogiéndose de hombros, tan sólo me permitió, después de largas discusiones, hablar al que ellos llamaban coronel. Salí desolada de la venta, dejando en ella la mitad de mi alma, pues allí quedó guardado por dos hombres mi ultrajado amigo, y me presenté al coronel, que era un capuchino de Cervera.

Acababa de despachar su paternidad un bodrio y dos azumbres que le habían puesto para que cenase, y después del pienso no tenía, al parecer, la cabeza muy serena. Sin embargo, no me trató mal. Díjome que el señor Regato le había informado ya de quién era mi acompañante, y que en vista de sus antecedentes y circunstancias no podían soltarle. Púseme furiosa; yo me creí capaz de destrozar sólo con mis uñas a aquel tremendo fraile coronel, cuyas barbas y salvaje apostura ponían miedo en el corazón más esforzado. Sin miramiento alguno le increpé, diciéndole cuantas atrocidades me vinieron a la boca y amenazándole con pedir su cabeza al rey; pero ni aun así logré ablandar aquella roca en figura de bestia. Oyóme el bárbaro con paciencia, sin duda por ser más fraile que guerrero, y resumió sus resoluciones, diciéndome:

—Usted, señora, puede ir libremente a donde le acomode; pero ese hombre no me sale de aquí.

¡Ay!, si yo hubiera tenido a mis órdenes diez hombres armados, habría atacado al batallón, cuadrilla o lo que fuera, segura de destrozarlo: que tanto puede el furor de una hembra ofendida. Volví a la venta, resuelta a sacar de ella a Salvador con mis propias manos, desafiando las armas de sus guardianes; pero cuando entré, mi compañero de viaje, mi adorado amigo, mi

pobre marqués de Berceo, había desaparecido. Le llamé con la voz ronca de tanto gritar; le llamé con toda mi alma; pero no me respondió. Una mujer andrajosa, que parecía tan salvaje y feroz como los hombres que en aquel pueblo vi, salió conmigo al camino, y señalando a un punto en la oscuridad del espacio negro, dijo sordamente:

—Allí.

Y mirando hacia donde su dedo me indicaba, vi unas grandes sombras que parecían murallones almenados y como ruinas hendidas. Pregunté qué sitio era aquél, y la desconocida me contestó:

—El castillo.

La mujer, llevando una cesta con provisiones, marchó en dirección del castillo. Yo la seguí. No tardamos en llegar, y por una poterna desvencijada que se abría en la muralla, después de pasado el foso sin agua, penetramos en un patio lleno de escombros y de hierba.

—¡Aquí, aquí le han encerrado!—exclamé, mirando a todos lados como quien ha perdido el juicio.

La mujer se detuvo ante mí, y señalando el suelo, dijo con voz muy lúgubre:

—¡Abajo!

Creí volverme loca. Los ojos de la horrible persona que me daba tan tremendas noticias brillaban con claridad verdosa, como los del animal felino. Quise seguirla cuando subió la escalerilla que conducía a las habitaciones practicables entre tanta ruina; pero un centinela me echó fuera brutalmente, amenazándome con arrojarme al foso si no me retiraba «más pronto que la vista». Estas fueron sus propias palabras.

Corrí hacia el pueblo, decidida a ver de nuevo al coronel capuchino de Cervera. Pero tanta agitación agotó al fin mis fuerzas, y tuve que sentarme en una gran piedra del camino, fatigada y abatida, porque a mi primera furia sustituyó una aflicción profundísima, que me hizo llorar. No recuerdo haber derramado nunca más lágrimas en menos tiempo. Al fin, sobreponiéndome a mi dolor, seguí adelante, jurando no continuar el viaje sin llevar en mi compañía al infeliz cuanto adorado amigo de mi niñez. Desperté al capuchino, que ya roncaba, el cual de muy mal talante repitió su fiera sentencia, diciendo:

—Usted, señora, puede continuar su viaje; pero el otro no saldrá de aquí sin orden superior. Yo sé lo que me digo. ¡Pisto!, que ya me canso de sermonear. Vaya usted con Dios, y déjenos en paz.

Despreciando su barbarie, insistí y amenacé, y al cabo me dió algunas esperanzas con estas palabras:

—El jefe de nuestra partida acaba de llegar. Háblele usted a él.

—¿Quién es el jefe?

—Don Saturnino Albuín—me contestó.

Al oír este nombre, vi el cielo abierto. Yo había conocido en Bayona al célebre *Manco*, y recordé que, aunque muy bruto, hacía alarde de generosidad e hidalguía en todas las ocasiones que se le presentaban. No quise detenerme ni un instante, y al punto me informé que don Saturnino se hallaba en una casa situada junto al camino, a la salida del pueblo, en dirección a Tremp. Desde la plaza se veían dos lucecillas en las ventanas de la vivienda. Corrí allá guiada por la simpática claridad de aquellas luces, semejantes a dos ojos, y que eran para mí fanales de esperanza. Llegué sin aliento, agitada por la fatiga y un dulce presagio de buen éxito que me llenaba el corazón.

El centinela me dijo que no se podía pasar; pero apelando a mis bolsillos, pasé. En la escalera, en el pasillo alto, fui repetidas veces detenida; pero con el mismo talismán abríame paso.

—Ahí está—me dijo un hombre, señalando una puerta, detrás de la cual se oían alteradas voces en disputa. Sin reparar más que en mi afán, empujé la puerta y entré.

Albuín, que estaba en pie, se volvió al sentir el ruido de la puerta y me interrogó con sus ojos, que expresaban sorpresa y cólera por mi brusca entrada. Otro guerrillero estaba junto a la mesa con los codos sobre ella, encendiendo un cigarro en la luz del velón de cobre que alumbraba la estancia.

—¿Qué se le ofrece a usted, señora? —me dijo Albuín, moviendo con gesto de impaciencia su única mano.

No había yo dado cuatro pasos dentro de la habitación, cuando observé que más allá de la mesa había otro hombre, apoltronado en un sillón, con los pies extendidos sobre una banqueta, inclinada la cabeza sobre el hombro y durmiendo tranquilamente con ese sueño

del guerrillero cansado que acaba de recorrer dos provincias y marear a dos ejércitos. Al verle, ¡Santo Dios!, me quedé yerta, muda como estatua; no pude pronunciar una palabra, ni dar un paso, ni respirar, ni huir, ni gritar. El terror me arrancó súbitamente del pensamiento mis angustias de aquella noche.

Aquel hombre era mi marido.

—¿Qué se le ofrece a usted, señora?

—volvió a preguntarme el *Manco*.

Pasado el primer instante de terror, en mí no hubo otra idea que la idea de huir, de desaparecer, de desvanecerme como el humo o como la palabra vana que se lleva el viento.

—Pero ¿qué se le ofrece a usted, demonios?—repitió el guerrillero.

—¡Nada!—contesté. Y a toda prisa salí de la habitación.

Yo creo que ni un relámpago corre como yo corrí fuera de la casa. No veía más que el camino, y mi veloz carrera nunca me parecía bastante apresurada para llegar al centro del pueblo, donde había dejado mi coche.

A lo lejos, detrás de mí, sentí voces que decían burlescamente:

—¡La mujer loca, la mujer loca!

Eran los bárbaros a quienes yo había dado tanto dinero para que me dejaran pasar. A cada instante volvía la cabeza por ver si mi marido venía corriendo detrás de mí.

Llegué medio muerta adonde estaba mi coche, y, tirando del brazo al cochero para que despertase, grité:

—Francisco, Francisco, vuela, vuela fuera de este horrible pueblo.

—Y me metí en el coche.

—¿Adónde vamos, señora?—me preguntó el buen hombre, sacudiendo la pereza.

—¿Estás sordo? Te he dicho que vuelas... ¿Hablo yo en griego? Que vuelas, hombre. Mata los caballos; pero ponme a muchas leguas de aquí.

—¿Adónde vamos, señora? ¿Hacia la Seo?

—Hacia el infierno si quieres, con tal que me saques de aquí.

Mi coche partió a escape, y siguiendo el camino en dirección a Tremp, pasé junto a la malhadada casa donde había visto a mi esposo. Entonces los bárbaros, reunidos junto a la puerta, me aclamaron otra vez, arrojando al-

gunas piedras a mi coche. Su grito era:

—¡La mujer loca, la mujer loca!

En efecto, lo estaba. ¡Ah! ¡Benabarre; Benabarre, maldito seas! En ti acabó mi felicidad; en las espinas de tu camino dejé clavado mi corazón chorreando sangre. Fuiste mi calvario y la piedra resbaladiza de mal agüero donde caí para siempre cuando más orgullosa marchaba. Fuiste el tajo donde el Cielo puso mi cabeza para asegurar el golpe de su cuchilla; pero con ser obra del Cielo mi castigo, ¡te odio, execrable pueblo de bandidos! ¡Sepulcro de mi edad feliz, no puedo verte sin espanto, y mientras tenga lengua te maldeciré!

V

El 14 de agosto llegué a la Seo. ¡Qué viaje el de Benabarre a la Seo! Si antes todo se adaptaba al lisonjero estado de mi alma, después todos los caminos eran malos, todos los caminos intransitables, todas las posadas insufribles, todos los días calurosos, y las noches todas tristes, como los pensamientos del desterrado. Mi alma sin consuelo, mientras más gente veía, más sola se encontraba. Mi pensamiento no podía apartarse de aquel lugar siniestro donde habían quedado mi amor y mi suplicio, mi falta y mi conciencia, respetadas en un hombre.

Casi antes de desempeñar mi comisión traté de ocuparme de salvar al infeliz que había quedado cautivo en Benabarre; pero Mataflorida me dijo, sonriendo:

—Luego, luego, mi querida señora, trataremos de ese asunto. Infórmese usted de lo que trae, pues no hay tiempo que perder. Hoy mismo constituiremos la Regencia.

Más de dos horas estuvimos deparando. El, como hombre muy ambicioso y que gustaba de ser el primero en todo, recibió con gusto las instrucciones reservadísimas, que le daban gran superioridad entre sus compañeros de Regencia. Eran éstos: el barón de Eroles y don Jaime Creux, arzobispo de Tarragona, ambos, lo mismo que Mataflorida, de clase humildísima, sacados de su oscuridad por los tiempos revolucionarios, lo cual no era un argumento

muy fuerte en pro del absolutismo. Una Regencia destinada a restablecer el Trono y el Altar debió constituirse con gente de abolengo. Pero la edad revuelta que corríamos lo exigía de otro modo, y hasta el absolutismo alistaba su gente en la plebe. Este hecho, que ya venía observándose desde el siglo pasado, lo expresaba Luis XV diciendo que la Nobleza necesitaba estercolarse para ser fecundada.

De los tres regentes, el más simpático era Mataflorida, y también el de más entendimiento; el más tolerante, Eroles, y el más malo y antipático, don Jaime Creux. No puede decirse de estos hombres que habían marchado con lentitud en sus brillantes carreras. Eroles era estudiante en 1808, y en 1816 teniente general. El otro, de clérigo oscuro pasó a obispo, en premio de su traición en las Cortes del año 14

Yo no tenía mi espíritu en disposición de atender a las ceremonias con que quisieron celebrar los triunfos el establecimiento de la Regencia. Después de publicar su célebre manifiesto, proclamando solemnemente al monarca, *restituyéndole a la plenitud de sus derechos*, según decíamos entonces, levantóse en la plaza de la Seo un tablado, sobre el que un sacristán, vestido de rey de armas, gritó: «¡España por Fernando VII!», y luego dieron al viento una bandera, en la cual las monjas habían bordado una cruz y aquellas palabras latinas que quieren decir: *Por este signo vencerás*. Los altos castillos que coronan los montes en cuyo centro está sepultada la Seo hicieron salvas, y aquello en verdad parecía una proclamación en toda regla.

Después de la ceremonia política hubo jubileo por las calles y rogativa pública, a que concurrió el obispo con todo el clero armado y el cabildo sin armas. Era un espectáculo edificante y al mismo tiempo horroroso. Daba idea de la inmensa fuerza que tenían en nuestro país las dos clases reunidas, clero y plebe; pero los frailes armados de pistolas y los guerrilleros con vela, el general con su crucifijo y el arcediano con espuelas movían a risa y a odio juntamente. El ejército de la Fe, uniformado sólo con la barretina, habría parecido un ejército de pavos si no estu-

vera bien probado su indomable valor.

Yo veía aquella procesión chabacana, horrible parodia del levantamiento nacional de 1808, y aquellas espantosas figuras de curas confundidos con guerreros, como se ven las ficciones horrendas de una pesadilla. Tal espectáculo era excesivamente desagradable a mi espíritu, y la bulla del pueblo me ponía los nervios en lastimoso desorden. Semejante Carnaval en Urgel, que es, sin disputa, el pueblo más feo de todo el mundo, era para enfermar y aun enloquecer a cualquiera. Mi privilegiada naturaleza me salvó.

Y pasaban días sin que me fuera posible hacer nada de provecho por mi amado prisionero de Benabarre. Obtenía, sí, promesas y aun órdenes de la Regencia; pero como no podía trasladarme yo misma al lugar del conflicto, era muy difícil que tuviesen cumplimiento. Antes me dejara morir que encaminarme a paraje alguno donde hubiera probabilidades de encontrar la persona o siquiera las huellas de mi esposo; y, según mis averiguaciones, éste no había abandonado el bajo Aragón.

Al fin supe que mi cara mitad, uniéndose a Peps dels Estanys, había pasado a la alta Cataluña. Llena de esperanza, entonces corrí a Benabarre, cargada de órdenes de Mataflorida y del mismo Eroles, que acababa de ponerse a la cabeza de la insurrección catalana. Ningún obstáculo podían oponerme ya los guerrilleros; mas, por mi desgracia, cuando llegué al funesto pueblo de Aragón, ni un solo partidario del realismo quedaba en su recinto; el castillo había sido volado, y el misero cautivo, según me dijeron, trasladado a otro punto.

—¿Vivo?—pregunté.

—Vivo y cargado de cadenas—me contestó la misma mujer de aquella horrenda noche de agosto—. Se iba muriendo por el camino; pero le daban comida y bebida para que no acabase de padecer.

No tuve tiempo para entregarme a inútiles lamentaciones, porque corrió por todo el pueblo esta horrible voz: «¡Los liberales! ¡Que vienen los liberales!», y tuve que huir. Con mucho trabajo y gastando bastante dinero pude escapar a Francia por Canfranc.

NOTA DEL AUTOR.—*Aquí concluye el*

primer fragmento de las curiosas Memorias.

Como el segundo se refiere a sucesos ocurridos en la primavera del 22, resultando una interrupción de siete meses, nos vemos en la necesidad de llenar tan lamentable vacío con relaciones propias, que abreviaremos todo lo posible para que no se echen de menos por mucho tiempo las aventuras de la dama viajera, contadas por ella misma.

VI

La primera determinación del Gobierno popular que sucedió al de Martínez de la Rosa, después de las jornadas de julio, fué nombrar general del ejército del Norte al rayo de las guerrillas, al Napoleón navarro, don Francisco Espoz y Mina. En medio de sus atolondramientos, los siete ministros, a quienes la corte llamaba los *Siete niños de Ecija*, no carecían de iniciativa y de cierta arrogancia emprendedora, que por algún tiempo les permitió sostenerse en el poder con prestigio. El nombramiento de Mina y aquella orden que le dieron de hacer tabla rasa de las provincias rebeldes no pudieron ser más acertados.

El gran guerrillero no necesitaba muy vivas excitaciones para sentar su pesada mano a los pueblos. Navarros y catalanes le conocían. Pero antaño había hecho la guerra con ellos, y ahora debía hacerla contra ellos, lo cual era muy distinto. Antes se batía contra tropas regulares, y ahora con ellas perseguía las partidas. Bien se ve que el coloso de las guerrillas estaba fuera de su natural esfera y asiento. Tenía que hacer el papel del enemigo durante la guerra de la Independencia.

A pesar de esta desventaja, empezó con muy buen pie su campaña. No podía decirse propiamente que había partidas en el Norte, sino que todo el Norte, desde Gerona hasta Guipúzcoa y desde el Pirineo hasta las inmediaciones del Ebro, ardía con horrible llamada absolutista. Quesada, a cuyo lado despuntaba un precoz muchacho llamado Zumalacárregui, dominaba en Navarra, juntamente con Guergué y don Santos Ladrón; Albuín, Cuevillas y Merino asolaban la tierra de Burgos; Ca-

papé, la de Aragón; Peps dels Estanys, el Trapense, Romagosa y Caragol, la de Cataluña, donde el barón de Eroles trataba de formar un ejército regular con las desperdigadas gavillas de la fe. Muchos frailes del país, empezando por los aguerridos capuchinos de Cervera que habían escapado del furor de las tropas liberales, y concluyendo por los monjes de Poblet, que tanto trabajaron en la conspiración, formaban en las filas del *Manco*, de Capapé o de Misas.

Mina tomó el mando de las tropas de Cataluña, y al poco tiempo el aspecto de la campaña principió a mudarse desfavorablemente a nuestras armas. En 24 de octubre, después de obligar a los facciosos a levantar el sitio de Cervera, arrasó a Castellfollit, poniendo sobre sus ruinas el célebre cartel que decía: «Aquí existió Castellfollit. Pueblos, tomad ejemplo y no deis abrigo a los enemigos de la patria.»

En noviembre tomó a Balaguer. En el mismo mes obligó a muchos facciosos a pasar la frontera en presencia del cordón sanitario con que nos amenazaban los franceses. El 20 de enero, uno de los suyos, el brigadier Rotten, jefe de la cuarta división del ejército de Cataluña, hacía sufrir a San Lloréns de Morunys el tremendo castigo de que había sido víctima Castellfollit, diciendo a las tropas en la orden del día: «La villa esencialmente rebelde llamada San Lloréns de Morunys será borrada del mapa.»

Aquel destructor de ciudades señalaba a cada regimiento las calles que debía saquear antes de dar principio a la operación de borrar del mapa. No de otra manera procedió Hoche en la Vendée; pero este sistema de *borrar del mapa* era algo expuesto, sobre todo en España.

El 8 de diciembre puso Mina sitio a la Seo de Urgel, mientras Rotten iba convenciendo a los rebeldes catalanes con las suaves razones que indicamos, y en uno de los pueblos demolidos y arrasados, precisamente en aquel mismo San Lloréns de Morunys, llamado también Piteus, ocurrió un suceso digno de mencionarse, y que causó maravilla y emoción muy viva en toda la tropa.

Fué de la manera siguiente: para que el saqueo se hiciera con orden, Rotten dispuso que el batallón de Mur-

cia trabajase en las calles de Arañas y Balldelfred; el de Canarias, en las calles de Frecsures y Segories; el de Córdoba, en la de Ferronised, dejando los arrabales para el destacamento de la Constitución y la caballería. Lo mismo en la orden de saqueo que en la de incendio, que le siguió, fueron exceptuadas docenas de casas, que pertenecían a otros tantos patriotas.

El regimiento de Córdoba funcionaba en la calle de Ferronised, entre la consternación de los aterrados habitantes, cuando unos soldados descubrieron un hondo sótano o mazmorra, y registrándolo, por si en él había provisiones almacenadas para los facciosos, vieron a un hombre aherrojado, o más propiamente dicho, un cadáver viviente, cuya miserable postración les causó espanto. No vacilaron en prestarle auxilio cristianamente, sacándole de allí en hombros, después de quitarle con no poco trabajo las cadenas; y cuando el cautivo vió la luz se desmayó, pronunciando incoherentes palabras, que más bien expresaban demencia que alegría.

Rodeáronle todos, siendo objeto de gran curiosidad por parte de oficiales y soldados, que no cesaban de denostar a los facciosos por la crueldad usada con aquel infeliz. Este parecía haber permanecido bajo tierra mucho tiempo, según estaba de lívido y exangüe, y sin duda era víctima del furor de las hordas absolutistas, y más que criminal castigado por sus delitos, un buen patriota condenado por su amor a la Constitución.

Un capitán ayudante de Rotten, llamado don Rafael Seudoquis, se interesó vivamente por el cautivo, y después de mandar que se le diera toda clase de socorros, le apremió para que hablase. El hombre sacado del fondo de la tierra parecía joven, a pesar de lo que le abrumaba su padecer, y se sorprendió muy agradablemente de ver los uniformes de la tropa. Las primeras palabras que pronunció fueron:

—¿En dónde están?

—¿Los facciosos?—dijo Seudoquis, riendo—. Me parece que no los veremos tan pronto, según la prisa que llevan... Ahora, buen amigo, díganos como se llama usted y quién es.

El cautivo hacía esfuerzos para recordar.

—¿En qué año estamos?—preguntó, al fin, mirando a todos con extraviados ojos.

—En el año mil ochocientos veintitrés, que parece será el peor año del siglo, según como empieza.

—¿Y en qué mes?

—En enero y a quince, día de San Pablo ermitaño. Si usted recuerda cuándo le empaquetaron, puede hacer la cuenta del tiempo que ha estado en conserva.

—He estado preso—dijo, después de una larga pausa—seis meses y algunos días.

—Pues no es mucho; otros han estado más. No le habrán tratado a usted muy bien, eso es lo malo; pero descuide, que ahora las van a pagar todas juntas. El pueblo será incendiado y arrasado.

—¡Incendiado y arrasado!—exclamó el cautivo con pena—. ¡Qué lástima que no sea Benabarre!

—Sin duda, el cautiverio de usted—dijo Seudoquis, intimando más con el desgraciado—empezó en ese horrible pueblo aragonés.

—Sí, señor; de allí me trajeron a Tremp, de Tremp a Masbrú y de Masbrú aquí.

—¡Oh! ¡Buen viaje ha sido! ¡Y seis meses de encierro bajo el poder de esa canalla! No sé cómo no le fusilaron a usted seiscientas veces.

—Eran demasiado inhumanos para hacerlo.

Llevaronle fuera del pueblo en una camilla, a presencia del brigadier, que le interrogó. Desde el cuartel general vió las llamas que devoraban a San Lloréns, y entonces dijo:

—Arde lo inocente; las guaridas y los perversos lobos están en el monte.

El bravo y generoso Seudoquis fué encargado por el brigadier de vestirle, pues los andrajos que cubrían el cuerpo del cautivo se caían a pedazos.

Al día siguiente de su maravillosa redención hallóse muy repuesto por la influencia del aire sano y de los alimentos que tomara, y aunque le era imposible dar un paso, podía hablar sin acongojarse por falta de aliento, como el primer día.

—¿Qué ha pasado en todo este tiempo?—preguntó con voz temblorosa al que

continuamente le daba pruebas de generosidad e interés—. ¿Sigue reinando Fernando Séptimo?

—Hombre, sí; todavía le tenemos encima—dijo Seudoquis, atizando la hoguera, alrededor de la cual vivaqueaban juntamente con el cautivo cuatro o cinco oficiales—. Gotosillo sigue nuestro hombre; pero aún nos está embromando y nos embromará por mucho tiempo.

—Y la Constitución, ¿subsiste?

—También está gotosa, o, mejor dicho, acatarrada. Me parece que de esta fecha enterramos a la señora.

—¿Y las Cortes?

—Cortes y recortes. Pero me parece que pronto no quedarán más que los de los sastres.

—Y qué, ¿hay revolución en España?

—Nada; estamos en una balsa de aceite.

—¿Qué Ministerio tenemos?

—El de los *Siete niños de Ecija*. Pues qué, ¿vamos a estar mudando de niños todos los días?

—¿Y ha vuelto la Milicia a sacudir el polvo a la Guardia real?

—Ahora nos ocupamos todos en cazar frailes y guerrilleros, siempre que ellos no nos cacen a nosotros.

—¿Y Riego?

—Ha ido a Andalucía.

—¿Hay agitación allá?

—Lo que hay es mucha sangre vertida en todas partes.

—Revolución completa. ¿Dónde hay partidas?

—Pregunte usted que dónde hay españoles.

—Toda Cataluña parece estar en armas contra el Gobierno.

—Y casi todo Aragón, y Navarra, y Vizcaya, y Burgos, y León, y mucha parte de Guadalajara, Cuenca, Avila, Toledo, Cáceres. Hay facciones hasta en Andalucía, que es como decir que hasta las ranas han criado pelo.

—¡Qué horrible sueño el mío—dijo lúgubrementemente el cautivo—y qué triste despertar!

—Esto es un volcán, amigo mío.

—Pero ¿qué quieren?

—Confites. Piden Inquisición y cadenas.

—¿Y quién los dirige?

—El rey, y en su real nombre la Regencia de Urgel.

—¡Una Regencia...!

—Que tiene su Gobierno regular, sus embajadores en las Cortes de Europa, y ha contratado hace poco un gran empréstito. ¡Si no hay país ninguno como éste! Espanta el ver cómo falta dinero para todo, menos para conspirar.

—¿Y qué hace el Gobierno?

—¿Qué ha de hacer? Bobadas. Trasladar los curas de una parroquia a otra, declarar vacantes las sillas de los obispos que están en la facción, fomentar las Sociedades patrióticas, suprimir los conventos que están en despoblado y otras grandes medidas salvadoras.

—¿No ha cerrado el Gobierno las Sociedades patrióticas?

—Ha abierto la *Landaburiana*, para que los liberales tengan una buena plaza donde insultarse.

—¿Siguen los discursos?

—Sí; pero abundan más los cachetes.

—¿Y qué generales mandan los ejércitos de operaciones?

—Aquí, Mina; en Castilla la Nueva, O'Daly; Quiroga, en Galicia; en Aragón, Torrijos.

—¿Y vencen?

—Cuando pueden.

—Es una delicia lo que encuentro a mi vuelta del otro mundo.

—Si casi era mejor que se hubiese usted quedado por allá. Así, al menos, no sufriría la vergüenza de la intervención extranjera.

—¿Intervención?

—¡Y se asusta! ¿Pues hay nada más natural? Según parece, allá por el mundo civilizado corre el rumor de que esto que aquí pasa es un escándalo.

—Sí que lo es.

—Los reyes temen que a sus naciones respectivas les entre este maleficio de las Constituciones, de las Sociedades landaburianas, de las partidas de la Fe, de los frailes con pistolas, y nos van a quitar todos estos motivos de distracción. Lejos del mundo ha estado usted, y muy dentro de tierra cuando no han llegado a sus oídos las célebres notas.

—¿Qué notas?

—El re, mi, fa, de las potencias. Las notas han sido tres, todas muy desafiadas, y las potencias que las han dado,

tres también, como las del alma: Rusia, Prusia y Austria.

—¿Y qué pedían?

—No puedo decirselo a usted claramente, porque los embajadores no me las han leído; pero sí que la contestación del Gobierno español ha sido retumbante y guerrera como un redoble de tambor.

—Es decir, que desafia a Europa.

—Sí, señor; la desafiamos. Ahora se recuerda mucho la guerra de la Independencia; pero yo digo, como Cervantes, que *nunca segundas partes fueron buenas*.

—¿De modo que tendremos otra vez extranjeros?

—Franceses. Ahí tiene usted en lo que ha venido a parar el ejército de observación. Entre el cordón sanitario y el de San Francisco, nos van a dar que hacer... Digo...; y los diputados el día en que aprobaron la contestación a las notas, fueron aclamados por el pueblo. Yo estaba en Madrid esa noche, y como vivo frente al coronel San Miguel, las murgas no me dejaron dormir en toda la noche. Por todas partes no se oyen más que *mueras* a la Santa Alianza, a las potencias del Norte, a Francia y a la Regencia de Urgel. Ahora se dice también, como entonces: «Dejadles que se internen»; pero la tropa no está muy entusiasmada que digamos. Con todo, si entran los interventores, no los recibiremos con las manos en los bolsillos.

—Tremendos días vienen—dijo el cautivo—. Si los absolutistas vencen, no podremos vivir aquí. O ellos o nosotros. Hay que exterminarlos para que no nos exterminen.

—Diga usted que, si hubiera muchos brigadieres Rotten, pronto se acababa esa casta maligna. Fusilamos realistas por docenas, sin distinción de sexo ni edad, ni formalidades de juicio... ¡Ay del que cae en nuestras manos! Nuestro brigadier dice que no hay otro remedio, ni entiende más razón que el arcabuzazo. Ayer hicimos catorce prisioneros en San Lloréns. Hay de toda casta de gentes: mujeres, hombres, dos clérigos, un jesuita que usa gafas, un escribano de setenta años, una mujer pública, dos guerrilleros inválidos; en fin, un muestrario completo. El jefe los ha senten-

ciado ya, pero como esto no se puede decir así, se hace la comedia de enviarlos a la cárcel de Solsona, y por el camino, cuando viene la noche y se llega a un sitio conveniente..., *pim, pam*, se los despacha en un santiamén, y a otra.

—Si no me engaño—dijo el cautivo—, aquellos paisanos que por allí asoman son los prisioneros de San Lloréns.

En una loma cercana, a distancia de dos tiros de fusil, se veía un grupo de personas custodiado por la tropa.

—Cabalmente—afirmó Seudoquis—: aquéllos son. Dentro de una hora se pondrán en camino para la eternidad. ¡Y están tan tranquilos!... Como que no han probado aún las recetas del brigadier Rotten...

—Ojo por ojo y diente por diente—dijo el cautivo, contemplando el grupo de prisioneros—. ¡Ah gran canalla! No se entierran hombres impunemente durante seis meses; no se baila encima de su sepultura para atormentarlos; no se los insulta por la reja; no se les arroja saliva e inmundicia, sin sentir, más tarde o más temprano, la mano justiciera que baja del cielo.

Después callaron todos. No se oía más que el rasgueo de la pluma con que uno de los oficiales escribía, teniendo el papel sobre una cartera, y ésta sobre sus rodillas. Cuando hubo concluido, el cautivo rogó que se le diese lo necesario para escribir una carta a su madre, anunciándole que vivía, pues, según dijo, en todo el tiempo de su ya concluida cautividad no había podido dar noticia de su existencia a los que le amaban.

—¿Vivirán como yo—dijo tristemente—, o, afligidos por mi desaparición, habrán muerto?

—Dispénsame usted—manifestó Seudoquis—. A medida que hablamos, me ha parecido reconocer en usted a una persona con quien hace años tuve relaciones.

—Sí, señor Seudoquis—dijo el cautivo, sonriendo—. El mismo soy. Conspiramos juntos el año diecinueve y a principios del año veinte.

—Señor Monsalud—declaró el oficial, abrazándole—, buen hallazgo hemos hecho sacándole a usted de aquella mazmorra. ¡Ya se ve! ¿Cómo podría conocerle, si está usted hecho un esquele-

to...? Además, en estos tiempos se olvida pronto. ¡He visto tanta gente desde aquellos felices días...! Porque eran felices, sí. Aunque sea entre peligros, el conspirar es siempre muy agradable, sobre todo si se tiene fe.

—Entonces tenía yo mucha fe.

—¡Ah! Y yo también. Me hubiera dejado descuartizar por la Libertad.

—¡Con qué afán trabajábamos!

—Sí; ¡con qué afán!

—Nos parecía que de nuestras manos iba a salir, acabada y completa, la más liberal y al mismo tiempo la más feliz nación de la tierra.

—¡Sí, qué ilusiones!... Si no estoy trascordado, también nos hallamos juntos en la logia de la calle de las Tres Cruces.

—Sí; allí iba yo. En aquello nunca tuve mucha fe.

—Yo, sí; pero la he perdido completamente. Vea usted en qué han venido a parar aquellas detestables misas masonicas.

—Nunca tuve ilusiones respecto a la Orden de la Viuda.

—Pues nosotros—dijo Seudoquis, riendo—tuvimos hasta hace poco en el regimiento nuestra caverna de Adorinam. Pero apenas funcionaba ya. ¡Cuánta ruina, amigo mío!... ¡Cómo se ha desmoronado aquel fantástico edificio que levantamos!... Yo he sido de los que con más gana, con más convicción y hasta con verdadera ferocidad han gritado: «¡Constitución o muerte!» Hábleme usted con franqueza, Salvador: ¿tiene usted fe?

—Ninguna—repuso el cautivo—; pero tengo odio, y por el odio que siento contra mis carceleros estoy dispuesto a todo: a morir matando facciosos, si el general Mina quiere hacerme un hueco entre sus soldados.

—Pues yo—manifestó Seudoquis con frialdad—no tengo fe; tampoco tengo odio muy vivo; pero el deber militar suplirá en mí la falta de estas dos poderosas fuerzas guerreras. Pienso batirme con lealtad y llevar la bandera de la Constitución hasta donde se pueda.

—Eso no basta—dijo Monsalud, moviendo la cabeza—. Para este conflicto nacional se necesita algo más... En fin, Dios dirá.

Y empezó a escribir a su madre.

VII

Después de dar noticia de su estupenda liberación, exponiendo con brevedad los padecimientos del largo cautiverio que había sufrido, escribió frases cariñosa, y una patética declaración de arrepentimiento por su desnaturalizada conducta y la impía fuga que tan duramente había castigado Dios. Manifestando después su falta de recursos, y que, más que un viaje a Madrid, le convenía su permanencia en el ejército de Cataluña, rogaba a su madre que vendiese cuanto había en la casa, y juntamente con Solita, se trasladase a la Puebla de Arganzón, donde a verlas pasaría, pidiendo una licencia. Concluía indicando la dirección que debía darse a las cartas de respuesta, y pedía que ésta fuera inmediata, para calmar la incertidumbre y afán de su alma.

Aquella misma tarde habló con el brigadier Rotten, el cual era un hombre muy rudo y fiero, bastante parecido, en genio y modos, a don Carlos España. Aconsejóle éste que viera al general Mina, en cuyo ejército había varias partidas de contraguerrilleros, organizadas disciplinariamente; añadió que él (el brigadier Rotten) se había propuesto hacer la guerra de exterminio, quemando, arrasando y fusilando, en la seguridad de que la supresión de la Humanidad traería infaliblemente el fin del absolutismo, y anunció que pasaba a la provincia de Tarragona con todas las fuerzas de su mando, excepción hecha del batallón de Murcia, que le había sido reclamado por el general en jefe para reforzar el sitio de la Seo. Monsalud, sin vacilar en su elección, optó por seguir a los de Murcia, que iban hacia la Seo.

Salió, pues, Murcia al día siguiente muy temprano en dirección a Castellar, llevando el triste encargo de conducir a catorce prisioneros de San Lloréns de Morunys. Seudoquis no ocultó a Salvador su disgusto por comisión tan execrable; pero ni él ni sus compañeros podían desobedecer al bárbaro Rotten. Púsose en marcha el regimiento, que más bien parecía cortejo fúnebre, y en uno de sus últimos carros iba Monsalud, viendo delante de sí a los infelices cau-

tivos atraillados, algunos medio desnudos, y todos abatidos y llorosos por su miserable destino, aunque no se creían condenados a muerte, sino tan sólo a denigrante esclavitud.

Camino más triste no se había visto jamás. Lleno de fango el suelo, cargada de neblina la atmósfera y enfriada por un remusguillo helado que del Pirineo descendía, todo era tristeza fuera y dentro del alma de los soldados. No se oían ni las canciones alegres con que éstos suelen hacer menos pesadas las largas marchas, ni los diálogos picantes, ni más que el lúgubre compás de los pasos en el cieno y el crujir de los lentos carros y los suspiros de los acongojados prisioneros. El día se acabó muy pronto, a causa de la niebla, que, al modo de envidia, lo empañaba; y al llegar a un ángulo del camino, en cierto sitio llamado *Los tres Roures* (los tres robles), el regimiento se detuvo. Tomaba aliento, porque lo que tenía que hacer era grave. Salvador sintió un súbito impulso en su alma cristiana. Eran los sentimientos de humanidad, que se sobreponían al odio pasajero y al recuerdo de tantas penas. Cuando vió que la horrible sentencia iba a cumplirse, hundió la cabeza, sepultándola entre los sacos y mantas que llenaban el carro, y oró en silencio. Los ayes lastimeros y los tiros que pusieron fin a los ayes hiciéronle estremecer y sacudirse, como si resonaran en la cavidad de su propio corazón. Cuando todo quedó en lúgubre silencio, alzando su angustiada cabeza, dijo así:

—¡Qué cobarde soy! El estado de mi cuerpo, que parece de vidrio, me hace débil y pusilánime como una mujer... No debo tenerles lástima, porque me sepultaron durante seis meses, porque bailaron sobre mi calabozo y me injuriaron y escupieron, porque ni aun tuvieron la caridad de darme muerte, sino, por el contrario, me dejaban vivir para mortificarme más.

El regimiento siguió adelante, y, al pasar junto al lugar de la carnicería, Salvador sintió renacer su congoja.

—Es preciso ser hombre—pensó—. La guerra es guerra, y exige estas crueldades. Vale más ser verdugo que víctima. O ellos o nosotros.

Seudoquis se acercó entonces para in-

formarse de su estado de salud. Estaba el buen capitán tan pálido como los muertos, y su mano ardiente y nerviosa temblaba como la del asesino que acaba de arrojar el arma para no ser descubierto.

—¿Qué dice usted, amigo mío?—le preguntó Salvador.

—Digo—repuso el militar tristemente—que la Constitución será vencida.

VIII

Hasta el 25 de enero no llegaron a Canyellas, donde Mina tenía su cuartel general, frente a la Seo de Urgel. Habían pasado más de sesenta días desde que puso sitio a la plaza, y aunque la Regencia se había puesto en salvo llevándose el dinero y los papeles, los testarudos catalanes y aragoneses se sostenían fieramente en la población, en los castillos y en la formidable ciudadela.

Mina, hombre muy impaciente, tenía en aquellos días un humor de mil demonios. Sus soldados estaban medio desnudos, sin ningún abrigo y con menos ardor guerrero que hambre. A los cuarenta y seis cañones que guarnecían la fortaleza de la Seo, el héroe navarro no podía oponer ni una sola pieza de artillería. El país en que operaba era tan pobre y desolado, que no había medios de que sobre él, como es costumbre, vivieran las tropas. Por carecer éstas de todo, hasta carecían de fanatismo, y el grito de «¡Constitución o muerte!» hacía ya muy poco efecto. Era como los cumplimientos que todo el mundo los dice y nadie cree en ellos. Un invierno frío y crudo completaba la situación, derramando nieves, escarchas, hielos y lluvia sobre los sitiadores, no menos desabrigados que aburridos.

Delante de la miserable casilla que le servía de alojamiento solía pasearse don Francisco por las tardes con las manos en los bolsillos de su capote y pisando fuerte para que entraran en calor las entumecidas piernas. Era hombre de cuarenta y dos años, recio y avellanado, de semblante rudo, en que se pintaba una gran energía, y todo su aspecto revelaba al guerrador castellano, más ágil que forzado. En sus ojos, sombreados por cejas muy espesas, brillaba la

astuta mirada del guerrillero que sabe organizar las emboscadas y las dispersiones. Tenía cortas patillas, que empezaban a emblanquecer, y una piel bronceada; las mandíbulas, así como la parte inferior a la cara, muy pronunciadas; la cabeza, cabelluda, y no como la de Napoleón, sino piriforme y amelonada, a lo guerrillero. No carecía de cierta sandunga su especial modo de sonreír, y su hablar era como su estilo: conciso y claro, si bien no muy elegante; pero si no escribía como Julio César, solía guerrear como él.

No le educaron sus mayores, sino los menores de su familia, y tuvo por maestro a su sobrino, un seminarista calaverón que empezó su carrera persiguiendo franceses y la acabó fusilado en América. Se hizo general como otros muchos y con mejores motivos que la mayor parte, educándose en la guerra de la Independencia, sirviendo bien y con lealtad, ganando cada grado con veinte batallas y defendiendo una idea política con perseverancia y buena fe. Su destreza militar era extraordinaria, y fué, sin disputa, el primero entre los caudillos de partidas, pues tenía la osadía de Merino, el brutal arrojo del Empecinado, la astucia de Albuín y la ligereza del Royo. Sus crueldades, de las que tanto se ha hablado, no salían, como las de Rotten, de las perversidades de un corazón duro, sino de los cálculos de su activo cerebro, y constituían un plan como cualquiera otro plan de guerra. Supo hacerse amar de los suyos hasta el delirio, y también sojuzgar a los que se le rebelaron, como el Malcarado.

Poseía el genio navarro en toda su grandeza; era guerrero en cuerpo y alma, no muy amante de la disciplina, caminante audaz, cazador de hombres, enemigo de la lisonja, valiente por amor a la gloria, terco y caprichudo en los combates. Ganó batallas que equivalían a romper una muralla con la cabeza, y fueron obras maestras de la terquedad, que a veces sustituye al genio. En sus crueldades, jamás cometió viles represalias, ni se ensañó, como otros, en criaturas débiles. Peleando contra Zumalacárregui, ambos caudillos cambiaron cartas muy tiernas a propósito de una niña de quince meses que el guipuzcoa-

no tenía en poder del navarro. Fuera de la guerra, era hombre cortés y fino, desmintiendo así la humildad de su origen, al contrario de otros muchos, como don Juan Martín, por ejemplo, que, aun siendo general, nunca dejó de ser carbonero.

Salvador Monsalud había conocido a Mina en 1813, durante la conspiración, y después en Madrid. Su amistad no era íntima, pero sí cordial y sincera. Oyó el general con mucho interés el relato de las desgracias del pobre cautivo de San Lloréns, y a cada nueva crueldad que éste refería soltaba el otro alguna enérgica invectiva contra los facciosos.

—Ya tendrá usted ocasión de vengarse, si persiste en su buen propósito de ingresar en mi ejército—le dijo, estrechándole la mano—. Yo tengo aquí varias partidas de contraguerrilleros, compuestas de gentes del país y de compatriotas míos, que me ayudan como pueden. Desde luego, le doy a usted el mando de una compañía. Vamos, ¿acepta usted?

—Acepto. Nunca fué grande mi afición a la carrera militar; pero ahora me seduce la idea de hacer todo el daño posible a mis infames verdugos, no asesinandolos, sino vencéndolos... Este es el sentimiento de que han nacido todas las guerras. Además, yo no tengo nada que hacer en Madrid. El duque del Parque no se acordará ya de mí, y habrá puesto a otro en mi lugar. He rogado a mi madre que venda todo y se traslade a la Puebla con mi hermana. No quiero corte por ahora. Las circunstancias y una inclinación irresistible que hay dentro de mí, desde que me sacaron de aquel horrible sepulcro, me impulsan a ser guerrillero.

—Eso no es más que vocación de general—dijo Mina, riendo.

Después convidó a Monsalud a su frugal mesa, y hablaron largo rato de la campaña y del sitio emprendido, que, según las perdicciones del general, tocaba ya a su fin.

—Si para el día de la Candelaria no he entrado en esa cueva de ladrones—dijo—, rompo mi bastón de mando... Daría todos mis grados por poderse romper en las costillas a Mataflorida.

—O al arzobispo Creux.

—Ese se pone siempre fuera de tiro.

Ya marchó a Francia por miedo a la chamusquina que le espera. ¡Ah! Señor Monsalud, si no es usted hombre de corazón, no venga con nosotros. Cuando entremos en la Seo, no pienso perdonar ni a las moscas. El Trapense, al tomar esta plaza, pasó a cuchillo la guarnición. Yo pienso hacer lo mismo.

—¿A qué cuerpo me destina, mi general?

—A la contraguerrilla del *Cojo de Lumbier*. Es un puñado de valientes que vale todo el oro del mundo.

—¿En dónde está?

—Hacia Fornalds, vigilando siempre la ciudadela. Los contraguerrilleros del Cojo han jurado morir todos o entrar en la ciudadela antes de la Candelaria. Me inspiran tal confianza, que les he dicho: «No tenéis que poneros delante de mí sino para decirme que la ciudadela es nuestra.»

—Entrarán, entraremos de seguro—dijo Monsalud con entusiasmo.

—Y ya les he leído muy bien la cartilla—añadió Mina—. Ya les he cantado muy claro que no tienen que hacerme prisioneros. No doy cuartel a nadie, absolutamente a nadie. Esa turba de sacristanes y salteadores no merece ninguna consideración militar.

—Es decir...

—Que me haréis el favor de pasarme a cuchillo a toda esa gavilla de tunantes... Amigo mío, la experiencia me ha demostrado que esta guerra no se sofoca sino por la ley del exterminio llevada a su último extremo.

Salvador, oyendo esto, se estremeció, y por largo rato no pudo apartar de su pensamiento la lúgubre fase que tomaba la guerra desde que él imaginó poner su mano en ella.

Mina encargó al novel guerrillero que procurara restablecerse, dándose la mejor vida posible en el campamento, pues tiempo había de sobra para entrar en la lucha si continuaba la guerra, como parecía probable, según el estado del país y los amagos de intervención. Otros amigos, además del general, encontró Salvador en Canyellas y pueblos inmediatos; relaciones hechas la mayor parte en la conspiración y fomentadas después en las logias o en los cafés patrióticos.

IX

La Seo de Urgel está situada en la confluencia de dos ríos que allí son torrentes: el Segre, originario del Puigcerdá, y el Balira, un bullicioso y atornador joven enviado a España por la República de Andorra. Enormes montañas la cercan por todas partes, y tres gargantas estrechas le dan entrada por caminos que entonces sólo eran a propósito para la segura planta del mulo. Sobre la misma villa se eleva la ciudadela; más al Norte, el castillo; entre estas dos fortalezas, el escarpado arrabal de Castel-Ciudad, y en dirección a Andorra, la torre de Solsona. La imponente altura de estas posiciones hace muy difícil su expugnación: es preciso andar a gatas para llegar hasta ellas.

El 29, Mina dispuso que se atacara a Castel-Ciudad. El éxito fué desgraciado; pero el 1 de febrero, operando simultáneamente todas las tropas contra Castel-Ciudad, Solsona y el castillo, se logró poner avanzadas en puntos cuya conquista hacia muy peligrosa la resistencia de los sitiados. Por último, el 3 de febrero, a las doce de la mañana, las contraguerrillas del Cojo y el regimiento de Murcia penetraban en la ciudadela, defendida por seiscientos hombres al mando de Romagosa.

Aunque no se hallaba totalmente restablecido, Salvador Monsalud volvía tan rápidamente a su estado normal, que creyó de su deber darse de alta en los críticos días 1 y 2 de febrero. Además de que se sentía regularmente ágil y fuerte, le mortificaba la idea de que se le supusiera más encariñado con la convalecencia que con las balas. Tomó, pues, el mando de su compañía de contraguerrillas, a las órdenes del valiente Cojo de Lumbier, y fué de los primeros que tuvieron la gloria de penetrar en la ciudadela. Sin saber cómo sintióse dominado por la rabiosa exaltación guerrera que animaba a su gente. Vió los raudales de sangre, oyó los salvajes gritos, todo ello muy acorde con su excitado espíritu.

Cuando la turba vencedora cayó como una venganza celeste sobre los vencidos, sintió, sí, pasajero temblor; pero, sobreponiéndose a sus sentimientos, recordó las instrucciones de Mina, y supo

transmitir las órdenes de degüello con tanta firmeza como el cirujano que ordena la amputación. Vió pasar a cuchillo a más de doscientos hombres en la ciudadela, y no pestañeó; pero no pudo vencer una tristeza más honda que todas las tristezas imaginables cuando Seudoquis, acercándose a él sobre charcos de sangre y entre los destrozados cuerpos, le dijo, con la misma expresión lúgubre de la tarde de los tres Roures:

—Me confirmo en mi idea, amigo Monsalud. La Constitución será vencida.

Al día siguiente bajó a la Seo, que le pareció un sepulcro del cual se acabara de sacar el cuerpo putrefacto. Su estrechez lóbrega y húmeda, así como su suciedad, hacían pensar en los gusanos insaciables: no se podía entrar en ella con ánimo sereno. Como oyera decir que en los claustros de la catedral, convertidos en hospital, había no pocas personas de Madrid, allá se fué, creyendo encontrar algún amigo de los muchos y diversos que tenía. Grande era el número de heridos y enfermos; mas no vió ningún semblante conocido. En el palacio arzobispal estaban los enfermos de más categoría. Dirigióse allá, y apenas había dado algunos pasos en la primera sala, cuando se sintió llamado enérgicamente.

Miró, y dos nombres sonaron:

—¡Salvador!

—¡Pipaón!

Los dos amigos de la niñez, los dos colegas de la conspiración del 19, los dos hermanos, aunque no bien avenidos, de la gloria de las Tres Cruces, se abrazaron con cariño. El buen Bragas, que poco antes, viendo malparada la causa constitucional, había corrido a la Seo a ponerse a las órdenes de la Regencia, cual hombre previsor, padecía de un persistente reuma que le impidió absolutamente huir a la aproximación de las tropas liberales. Confiaba el pobrecito en las infinitas trazas de su sutil ingenio para conseguir que no se le causara daño; y como tuvo siempre por norte hacerse amigos, aunque fuera en el infierno, muy mal habían de venir las cosas para que no saliese alguno entre los soldados de Mina. A pesar de todo, estuvo con el alma en un hilo hasta que vió aparecer la figura, por demás simpática de su antiguo camarada; y no

pudiendo contener la alegría, le llamó, y después de estrecharle en sus brazos con la frenética alegría del condenado que logra salvarse, le dijo:

—¡Qué bonita campaña la vuestra!... Habéis tomado la Seo como quien coge un nido de pájaros... Si he de ser franco contigo, me alegro...; no se podía vivir aquí con esa canalla de Regencia... Yo me vine por cuenta del Gobierno constitucional a vigilar..., ya tú me entiendes; y me marchaba, cuando... ¡Qué desgraciado soy! Pero supongo que no me harán daño alguno, ¿eh?... ¿Tienes influencia con Mina?... Dile que podrá ponerle en autos de algunas picardías que proyectan los regentes. Te juro que diera no sé qué por ver colgado de la torre al arzobispo.

Monsalud, después de tranquilizarle, pidióle noticias de Madrid y de su familia.

Permaneció indeciso el cortesano breve rato, y después añadió, con su habitual ligereza de lenguaje:

—Pero ¿dónde te has metido? ¿Te secuestraron los facciosos? Ya me lo suponía, y así lo dije a tu pobre madre cuando estuvo en mi casa a preguntarme por ti. La buena señora no tenía consuelo. Se comprende. ¡No saber de ti en tanto tiempo!...

—¿Vive mi madre?—preguntó Salvador—. ¿Está buena?

—Hace algunos días que falto de Madrid y no puedo contestarte—dijo Bragas, mascullando las palabras—; pero si recibieses alguna mala noticia, no debes sorprenderte. Tu ausencia durante tantos meses y la horrible incertidumbre en que ha vivido tu buena madre, no son, ciertamente, garantías de larga vida para ella.

—Pipaón, por Dios—dijo Monsalud con amargura—, tú me ocultas algo; tú, por caridad, no quieres decirme todo lo que sabes. ¿Vive mi madre?

—No puedo afirmar que sí ni que no.

—¿Cuándo la has visto?

—Hace cuatro meses.

—Y entonces, ¿estaba buena?

—Así, así...

—Y Sola, ¿estaba buena?

—Así, así. Las dos tan apesadumbradas, que daba pena verlas.

—¿Seguían viviendo en el Prado?

—No; volvieron a la calle de Coleros... Comprendo tu ansiedad. Si no hu-

biera huído con la Regencia una persona que se toma interés por ti, que te nombra con frecuencia y que hace poco ha llegado a Madrid...

—¿Quién?

—Jenara.

—¿Ha estado aquí?... No me dices nada que no me abrume, Pipaón.

—Marchó con el arzobispo y Mataflorida. ¡Qué guapa está! Y conspira que es un primor. Sólo ella se atrevería a meterse en Madrid, llevando mensajes de esta gente de la frontera, como hizo en la primavera pasada, y volver locos a los ministros y a la camarilla... Pero te has turbado al oír su nombre... Ya, ya sé que os queréis bien. Ella misma ha dejado comprender ciertas cosas... ¡Cuánto ha padecido por arrancar de la facción a un sujeto secuestrado en Benabarre! Ese hombre eres tú. Bien claro me lo ha dado a entender ella con sus suspiros siempre que te nombraba, y tú, con esa palidez teatral que tienes desde que hablamos de ella. Amiguito, bien, bravo; mozas de tal calidad bien valen seis meses de prisión. A doce me condenaría yo por haber gustado esa miel hiblea.

Y prorrumpió en alegres risas, sin que el otro participase de su jovialidad. Reclinado en la cama del enfermo, la cabeza apoyada en la mano, Monsalud parecía la imagen de la meditación. Después de larga pausa, volvió a anudar el hilo del interrumpido coloquio, diciendo:

—¿Conque ha estado aquí hace poco?

—Sí. ¿Ves esta cinta encarnada que tengo en el brazo?... Ella me la puso para sujetarme la manga que me molestaba. Si quieres este recuerdo suyo, te lo puedo ceder en cambio de la protección que me dispensas ahora.

Salvador miró la cinta; pero no hizo movimiento alguno para tomarla, ni dijo nada sobre aquel amoroso tema.

—¿Y dices que hizo esfuerzos por rescatarme?—preguntó.

—Sí... ¡Pobre mujer! Se me figura que te amó grandemente; pero acá, para entre los dos, no creo que la primera virtud de Jenara sea la constancia... Si tanto empeño tenía por salvarte, ¿por qué no te salvó, siendo, como era, amiga de Mataflorida, del arzobispo y del barón? Con tomar una orden de la Regencia y dirigirse al interior del país dominado por los arcángeles de la fe,

bastaba... Pero no había quien la decidiera a dar este paso, y antes que meterse entre guerrilleros, me dijo una vez que prefería morir.

—¿Y crees tú que ella podría darme noticias de mi familia?

—Se me figura que sí—dijo Pipaón, poniendo semblante compungido—. Yo le oí ciertas cosas... No será malo, querido amigo, que te dispongas a recibir alguna mala noticia.

—Dimela de una vez y no me atormentes con medias palabras—manifestó Salvador, ansioso.

—De este mundo miserable—añadió Bragas con una gravedad que no le sentaba bien—, ¿qué puede esperarse más que penas?

—¡Ya lo sé! Jamás he esperado otra cosa.

—Pues bien... Yo te tengo por un hombre valiente... ¿Para qué andar con rodeos y palabrillas?

—Es verdad.

—Si al fin había de suceder; si al fin habías de apurar este cáliz de amargura... ¡Ah, mi querido amigo, siento ser mensajero de esta tristísima nueva!

—¡Oh Dios mío, lo comprendo ya!...

—exclamó Salvador, ocultando su rostro entre las temblorosas manos.

—¡Tu madre ha muerto!—dijo Pipaón.

—¡Oh, bien me lo decía el corazón!

—balbució el huérfano, traspasado de dolor—. ¡Madre querida, yo te he matado!

Durante largo rato lloró amargamente.

Creyendo ahora oportuno no trabajar más por cuenta propia, vuelve el autor a utilizar el manuscrito de la señora en su segunda pieza, que concuerda cronológicamente con el punto en que se ha suspendido el anterior relato.

Los lectores perdonarán esta larga incrustación ripiosa, tan inferior a lo escrito por la hermosa mano y pensado por el agudo entendimiento de la señora. Pero como la seguridad del edificio de esta historia lo hacía necesario, el autor ha metido su tosco ladrillo entre el fino mármol de la gentil dama alavesa. El segundo fragmento lleva por título De París a Cádiz y a la letra dice así:

X

A fines de diciembre del 22 tuve que huir precipitadamente de la Seo, que amenazaba el cabecilla Mina. No es fácil salir con pena de la Seo. Aquel pueblo es horrible, y todo el que vive dentro de él se siente amortajado, Mataflorida salió antes que nadie, trémulo y lleno de zozobra. No podré olvidar nunca la figura del arzobispo, montado a mujeriegas en un mulo, apoyado una mano en el arzón delantero y otra en el de atrás, y con la teja sujeta con un pañuelo para que no se la arrancase el fuerte viento que soplabá. Es sensible que no pueda una dejar de reírse en circunstancias tristes y luctuosas, y que a veces las personas más dignas de veneración por su estado religioso exciten la hilaridad. Conozco que es pecado y lo confieso; pero ello es que yo no podía tener la risa.

Nos reunimos todos en Tolosa de Francia. Resolví entonces no mezclarme más en asuntos de la Regencia. Jamás he visto un desconcierto semejante. Muchos españoles emigrados, viendo cercana la intervención (precipitada por las altaneras contestaciones de San Miguel), temblaban ante la idea de que se estableciese un absolutismo fanático y vengador, y suspiraban por una transacción, interpretando el pensamiento de Luis XVIII. Pero no había quien apease a Mataflorida de su borrica, o sea, de su idea de restablecer las cosas en el propio ser y estado que tuvieron desde el 10 de mayo de 1814 hasta el 7 de marzo de 1820. Balmaseda le apoyaba, y don Jaime Creux (el gran jinete de quien antes he hablado) era partidario también del absolutismo puro y sin mancha alguna de cámara ni camarines. El barón de Eroles y Eguía se oponían furiosamente a esta salutífera idea de sus compañeros.

Mi amigo, el general de la coleta (ya separado de la pastelera de Bayona), quería destituir a la Regencia y prender a Mataflorida y al arzobispo. Mataflorida, fuerte con las instrucciones reservadísimas de su majestad, que yo y otros emisarios le habíamos traído seguía en sus trece. La Junta de Cataluña, los apostólicos de Galicia, la Junta de Navarra, los obispos emigrados, enviaban

representaciones a Luis XVIII para que reconociese a la Regencia de Urgel, mientras la Regencia misma, echándosela de soberana, enviaba una especie de plenipotenciarios de figurón a los soberanos de Europa.

Nada de esto hizo efecto, y la Corte de Francia, conforme con Eguía y el barón de Eroles, puso a la Regencia cara al hereje. Por desgracia para la causa real, Ugarte había sido quitado de la escena política, y todo el negocio, como puede suponerse, andaba en manos muy ineptas. Allí era de ver la rabia de Mataflorida, que alegaba en su favor las órdenes terminantes del rey; pero nada de esto valía, porque los otros también mostraban cartas y mandatos reales. Fernando jugaba con todos los dados a la vez. Su voluntad, ¿quién podía saberla?

Entre tanto, todo se volvía recados misteriosos de Tolosa a París y a Madrid ya Verona. Eguía se carteaba con el duque de Montmorency, ministro de Estado en Francia, y Mataflorida con Chateaubriand. Cuando éste sustituyó a Montmorency en el Ministerio, nuestro marqués vió el cielo abierto, por ser el vizconde de los que con más ahinco habían sostenido en Verona la necesidad de volver del revés las instituciones españolas. Necesitando negociar con él, y no queriendo apartarse de la frontera de España por temor a las intrigas de Eguía y del barón de Eroles, me rogó que le sirviese de mensajero, a lo que accedí gustosa, porque me agradaban, ¿a qué negarlo?, aquellos graciosos manejes de la diplomacia menuda, y el continuo zarandeo, y el trabar relaciones con personajes eminentes, príncipes y hasta soberanos reinantes. Yo, dicho sea sin perjuicio de la modestia, había mostrado regular destreza para tales tratos, así como para componer hábilmente una intriga; y el hábito de ocuparme en ello había despertado en mí lo que puede llamarse el amor al arte. Mi belleza, y cierta magia que, según dicen, tuve, contribuían no poco entonces al éxito de lo que yo nombraba plenipotencias de abanico.

Tomé, pues, mis credenciales, y partí para París con mi doncella y dos criados excelentes que me proporcionó Mataflorida. Estaba en mis glorias. Felizmente, yo hablaba el francés con bas-

tante soltura, y tenía en alto grado la facultad de adaptación, que a medida que pasaba de Tolosa a Agen, de Agen a Poitiers, de Poitiers a Tours y a París, parecíame que me iba volviendo francesa en maneras, en traje, en figura y hasta en el modo de pensar.

Llegué a la gran ciudad ya muy adelantado febrero. Tomé habitación en la calle del Bac, y después de destinar dos días a recorrer las tiendas del Palais Royal y a entablar algunas relaciones con modistas y joyeros, pedí una audiencia al señor ministro de Negocios Exteriores. El, que ya tenía noticia de mi llegada, enviome uno de sus secretarios, dignándose al mismo tiempo ofrecermé un billete para presenciar la apertura de las tareas legislativas en el Louvre.

Mucho me holgué de esto, y dispúseme a asistir a tan brillante ceremonia, en la cual debía leer su discurso el rey Luis XVIII, y presentarse de corte todos los grandes dignatarios de aquella fastuosa monarquía. Confieso que jamás he visto ceremonia que más me impresionase. ¡Qué solemnidad, qué grandeza y lujo! El puesto en que me colocaron los ujieres no era el más cómodo; pero vi perfectamente todo, y la admiración y arrobamiento de mi espíritu no me permitían atender a las molestias.

La presencia del anciano rey me causó sensación muy viva. Aclamáronle ruidosamente cuando apareció en el gran salón, y, en realidad, inspiraba entusiasmo y afecto. Bien puede decirse que pocos reyes han existido más simpáticos ni más dignos de ser amados. Luis XVIII tomó asiento en un trono sombreado con rico dosel de terciopelo carmesí. Los altos dignatarios se colocaron en pie en los escaños alfombrados. No se verá en parte alguna nada más grave ni más imponente y suntuoso.

Su majestad cristianísima empezó a leer. ¡Qué voz tan dulce, qué acento tan patético! A cada párrafo era interrumpido por vivas exclamaciones. Yo lloraba y atendía con toda mi alma. Se me grabaron profundamente en la memoria aquellas célebres palabras: «He mandado retirar mi embajador. Cien mil franceses, mandados por un príncipe de mi familia, por aquel a quien mi corazón se complace en llamar hijo, están a punto de marchar, invocando al Dios de San Luis, para conservar el trono de

España a un descendiente de Enrique Cuarto, para librar a aquel hermoso reino de su ruina y reconciliarlo con Europa.»

Ruidosos y entusiastas vítores manifestaron cuánto entusiasaban a todos los franceses allí presentes la intervención. Yo, aunque española, comprendía la justicia y necesidad de esta medida. Así es que dije para mí, pensando en mis paisanos: «Ahora veréis, brutos, cómo andáis bien derechos.»

Pero el bondadoso Luis XVIII siguió diciendo cosas altamente patrióticas sólo desde el punto de vista francés, y ya aquello no me gustaba tanto; porque, en fin, empecé a comprender que nos trataban como a un hato de carneros. He sido siempre de una volubilidad extraordinaria en mis ideas, las cuales varían al compás de los sentimientos que agitan mi alma. Así es que, de pronto, y sin saber cómo, se enfrió un poco mi entusiasmo; y cuando Luis dijo con altanero acento y entre atronadores aplausos aquello de «Somos franceses, señores», sentí oprimido mi corazón; sentí que corría por mis venas rápido fuego, y pensando en la intervención, dije para mí: «No hay que echar mucha facha todavía, amiguitos. Españoles somos, señores.»

Pero no puedo negar que la pompa de aquella Corte, la seriedad y grandeza de la Asamblea, acorde con su rey y existente con él, sin estorbarse el uno a la otra, hicieron grande impresión en mi espíritu. Me acordaba de las discordias infecundas de mi país, y entonces sentía pena.

«Allá — pensé — tenemos demiasiadadas Cortes para el rey, y demasiado rey para las Cortes.»

El día siguiente, 1 de marzo, era el señalado por Chateaubriand para recibirme. Vivísimos deseos de verle tenía yo, por dos motivos: por mi comisión y porque había leído la *Atala* poco antes, hallando en su lectura intenso deleite. No sé por qué me figuraba al vizconde como una especie de *triste Chactas*, de tal modo, que no podía pensar en él sin traer a la memoria la célebre canción.

Pero todo cambió cuando entré en el Ministerio y en el despacho del célebre escritor, que llenaba el mundo con su nombre y había divulgado la manía de

los bosques de América, el sentimentalismo católico y las tristezas quejumbrosas a lo René. Vestía de gran uniforme. Su semblante pálido y hermoso no tenía más defecto que el estudiado desorden de los cabellos, que asemejaban su cabeza a una de esas testas de aldeano en cuya selvática espesura jamás ha entrado el peine. En sus ojos brillaba un mirar vivo y penetrante, que me obligaba a bajar los míos. Parecióme bastante decaído, aunque su edad no pasara entonces de los cincuenta y dos años. Su exquisita urbanidad era algo finchada y fría. Sonreía ligeramente y pocas veces, contrayendo los casi imperceptibles pliegues de su boca de mármol; pero fruncía con frecuencia el ceño, como un maña adquirida por la costumbre de creer que cuanto veía era inferior a la majestad de su persona.

Entendí que la presencia de la diplomática española le había causado sorpresa. Sin duda creía ver en mí una «maja» de esas que, conforme él dice en uno de sus libros, se alimentan con una bellota, una aceituna o un higo. Debló de admirarle mi intachable vestido francés y la falta de aquella gravedad española que consiste, según ellos, en hablar campanudamente y con altanería. En sus miradas creí sorprender una curiosidad reparona, algo impropia de hombre tan fino. Parecióme que miraba si había llevado el rosario para rezar en su presencia, o alguna guitarra para tocar y cantar mientras durase el largo plazo de la antesala. En sus primeras palabras advertí marcado deseo de llevarme al terreno literario, porque empezó hablando de lo mucho que admiraba a mi país, y del Romancero del Cid, asunto que no vino muy de molde.

Viéndole en tan buen terreno, y considerando cuánto debía de agradarle la lisonja, me afirmé en el terreno literario y le hablé de su universal fama, así como del gran eco de Chateaubriand por todo el orbe. El me contestó con frases de modestia tan ingeniosas y bien perfiladas, que la modestia misma no las hubiera conocido por suyas. Preguntóme si había leído el *Genio del Cristianismo*, y le contesté al punto que sí y que me entusiasma, aunque la verdad era que hasta entonces no había ni siquiera hojeado tal libro; mas recordando algunos pasajes de los *Mártires*, le

hablé de esta obra y de la gran impresión que en mí produjera. Pareció maravillado de que una dama española supiera leer, y me dirigió galansterías del más delicado gusto. Por mi belleza y mis gracias materiales, yo no debía ser de palo para el vizconde. Después supe que con cincuenta y dos años a la espalda aún se creía bastante joven para el galanteo, y amaba a cierta artista inglesa con el furor de un colegial.

XI

Entrando de lleno en nuestro asunto, el *triste Chactas* me dijo:

—Ya oiría usted ayer el discurso de su majestad. La guerra es inevitable. Yo la creo conveniente para las dos naciones, y he tenido el honor de sostener esta opinión en el Congreso de Verona y en el Ministerio, contra muchos hombres eminentes que la juzgaban peligrosa. En cuanto a la cuestión principal, que es la clase de Gobierno que debe darse a España, no creo en la posibilidad de sostener el absolutismo puro. Esto es un absurdo, aun en España: las luces del siglo lo rechazan.

Hícele una pintura todo lo fiel que me fué posible del estado de nuestras costumbres y de las clases sociales en nuestro país, así como de los personajes eminentes que en él había, haciendo notar de paso, conforme a mi propósito, que un solo hombre grande existía en toda la redondez de las Españas. Este hombre era el marqués de Mataflorida.

—Reconozco las altas dotes del señor marqués—dijo Chateaubriand con finísima sonrisa—. Pero la conducta de la Regencia de Urgel ha sido poco prudente. Su manifiesto del quince de agosto y sus propósitos de conservar el absolutismo puro no pueden hallar eco en la Europa civilizada.

Yo dije entonces, usando las frases más delicadas, que no era fácil juzgar de los sucesos de Urgel por lo que afirmaran hombres tan corrompidos como Eguía y el barón de Eroles, a los cuales, con buenas palabras, puse de oro y azul. Concluí mi perorata afirmando que la voluntad de Fernando era favorable a los planes de Mataflorida.

—Para nosotros—dijo—no hay otra

expresión de la voluntad del rey de España que la contenida en la carta que su majestad católica dirigió a nuestro soberano.

El pícaro me iba batiendo en todas mis trincheras, y me desconcertó completamente cuando me dijo:

—El Gobierno francés ha acordado nombrar una Junta provisional en la frontera, hasta que las tropas francesas entren en España.

—¿Y la Regencia?

—La Regencia dejará de existir; mejor dicho, ha dejado de existir ya.

—Pero Fernando no le ha retirado sus poderes; antes bien, se los confirma secretamente un día y otro.

Al oír esto, el insigne escritor y diplomático no contestó nada. Conocí que se veía en la alternativa de desmentir mi aserto o de hablar mal de Fernando, y que, como hombre de intachable cortesía, no gustaba de hacer lo primero, ni como ministro de un Borbón lo segundo. Viéndole suspenso, insistí, y entonces me dijo:

—Indudablemente, aquí hay algo que ahora no comprendemos; pero que, andando el tiempo, se ha de ver con claridad.

Después, deseando mostrarme un interés filantrópico por la ventura de nuestro país, afirmó que él había trabajado porque se declarara la guerra, sosteniendo para esto penosas luchas con monsieur de Villèle y sus demás colegas; que la resistencia de Inglaterra y de Wellington había exigido de su parte grandes esfuerzos y constancia, y, por último, que aún necesitaba de no poca energía para vencer la oposición a la guerra que las Cámaras mostrarían desde su primera sesión.

—Muchos—añadió *Chactas*—me consideran loco. Otros me tienen lástima. Algunos, y entre ellos los envidiosos, preguntaban si podré yo conseguir lo que no fué dado a Napoleón. Pero yo fío al tiempo la consagración de este gran hecho, tan necesario a la seguridad del orden y la justicia en los pueblos de Occidente.

Habló también de las sociedades secretas y de los carbonarios, que sin duda le inspiraban vivísimo miedo; y yo empecé a comprender que el objeto de la intervención no era poner paz entre nosotros, ni hacernos felices, ni aun si-

quiera consolidar el vacilante trono de un Borbón, sino aterrar a los revolucionarios franceses e italianos que bullían sin cesar en los tenebrosos fondos de la sociedad francesa, jamás reposada ni tranquila.

Procuré contestar a Mataflorida, mas sin mostrarse muy entusiasta de las altas prendas de mi amigo, ni indicar nada que trascendiese a propósitos de acceder a su petición. Bajo sus frases cortesanas, creía yo descubrir cierto menosprecio de los individuos de la Regencia, y aun de todos los que mangoneaban en la conspiración. De un solo español me habló con acento que indicaba respeto y casi admiración: de Martínez de la Rosa. Lo atribuí a mera simpatía del poeta.

Despedíme de él, deplorando el mal éxito de mi embajada, y aquí fué donde se deshizo en cumplidos, buscando y hallando en su fina habilidad cortesana ocasión para deslizar galanterías, con discretos elogios de mi hermosura y del país «donde florece el naranjo». Me había tomado por andaluza, y yo le dejé en esta creencia.

A los dos días fué a pagarme la visita a mi alojamiento de la calle del Bac, y en su breve entrevista me pareció que huía de mencionar los oscuros asuntos de la siempre oscura España. En los días sucesivos visité a otras personas, entre ellas al ministro del Interior, monsieur de Corbière, y a algunos señores del partido del conde de Artois, como el príncipe de Polignac y monsieur de la Bourdonnais. También tuve ocasión de tratar a dos o tres viejas aristócratas del barrio de San Germán, ardientes partidarias de la guerra de España y no muy bienquistas con el rey filósofo y tolerante que gobernaba a Francia, convaleciente aún de la Revolución y del Imperio. De mis conversaciones con toda aquella gente pude sacar en limpio el siguiente juicio, que creo seguro y verdadero: las personas influyentes de la Restauración deseaban para Francia una monarquía templada y constitucional, fundada en el orden, y para España, el absolutismo puro. Con tal que en Francia hubiera tolerancia y filosofía, no les importaba que en España tuviéramos frailes e Inquisición. Todo iría bien siempre que en ninguna de las dos naciones hubiese fracmasones, carbonarios y demagogos.

Tenían de nuestro país una idea muy falsa. Cuando Chateaubriand, que era el genio de la Restauración, decía de España: «Allí, el matar es cosa natural, ya sea por amor, ya sea por odio», puede juzgarse lo que pensarían todas aquellas personas que no supieron escribir el *Genio del Cristianismo*. Nos consideraban como un pueblo heroico y salvaje, dominado por pasiones violentas y por un fanatismo religioso semejante al del antiguo Egipto.

La princesa de la Trémouille se asombraba de que yo supiera escribir, y me presentó en su tertulia como un objeto raro, aunque sin dar a conocer ningún sentimiento ni idea que me mortificasen. Yo creo que ni uno solo de sus amigos dejó de enamorarse de mí, ilusionados con la idea de mi sentimentalismo andaluz y de mi gravedad calderoniana, o de la mezcla que suponían en mí de maja y gran señora, de Dulcinea y gitana. El más rendido se suponía expuesto a morir asesinado por mí en un arrebato de celos, pues tal idea tenían de las españolas, que en cada una de ellas se habían de hallar comprendidas dos personas, a saber: la cantaora de Sevilla y doña Jimena, la torera que gasta navaja y la dama ideal de los romances moriscos. Yo me reía con esto y llevaba adelante la broma.

Volviendo al asunto de la guerra de España, diré que al salir de París no tenía duda alguna acerca del pensamiento de los franceses en esta cuestión. Ellos no hacían la guerra por nuestro bien ni por el de Fernando. Poco se les importaba que, después de vencido el constitucionalismo, estableciésemos la Carta o el despotismo neto. Allá nos entenderíamos después con los frailes y los guerrilleros victoriosos. Su objeto, su bello ideal, era aterrar a los revolucionarios franceses, harto entusiasmados con las demencias de nuestros bobos liberales, y, además, dar a la dinastía restaurada el prestigio militar que no tenía.

El principal enemigo de los Borbones en Francia era el recuerdo de Bonaparte y el dejo de aquel dulce licor de la gloria, con cuya embriaguez se habían envenenado los franceses. Una monarquía que no daba batallas de Austerlitz, que no satisfacía de ningún modo el ardor guerrero de la nación y que no tocaba

el tambor en cualquiera parte de Europa, no podía ser amada de aquel pueblo en quien la vanidad iguala a la verdadera grandeza, y que tiene tanta presunción como genio. Era preciso armarla, como decimos en nuestro país; era necesario que le Restauración tuviera su epopeya, chica o grande, aunque esta epopeya fuese de mentirijillas; era indispensable vencer a alguien, para poder poner el grito en el cielo y regresar a París con la bambolla de las conquistas. Dios permitió que el *ánima vili* de este experimento fuésemos nosotros; que la desgraciada España, cuya fiereza libró a Europa de Bonaparte, fuese la víctima escogida para proporcionar a Francia el desahoguillo marcial que debía poner en olvido al Bonaparte tan execrado.

Mi viaje a París modificó mis ideas absolutistas en principio, si bien, pensando en España, no podía admitir ciertas cosas que en Francia me parecían bien. Toda la vida me he congratulado de haber visto y hablado a monsieur de Chateaubriand, el escritor más grande de su tiempo. Aunque su fama se eclipsó bastante después de la revolución del 30, lo cual indica que había en su genio mucho tomado a las circunstancias, no puede negarse que sus obras deleitan y enamoran, principalmente por la galanura de su imaginación y la magia de su estilo; y aún deleitarían más si en todas ellas no hablase tanto de sí propio. Tengo muy presente su persona, por demás agradable, y su rostro simpático, con aquella expresión sentimental que se puso de moda, haciendo que todos los hombres pareciesen enamorados y enfermos. Me parece que le estoy mirando, y ahora, como entonces, me dan ganas de llevar un peine en el bolsillo y sacarlo y dárselo, diciendo: «Caballero, hagame usted el favor de peinarse.»

XII

Ahora hablemos, ¿por qué no?, de la violentísima pasión que inspiré a un francés. Era éste el conde Montguyon, coronel del tercero de Húsares. Yo le había conocido en Tolosa, habiendo tenido la desgracia de que mi persona hiciera profunda impresión en él, trastor-

nando las tres potencias de su alma. Era soltero, de treinta y ocho años, bien parecido, atento y finísimo como todos los franceses. Persiguióme hasta París, donde me asediaba como esos conquistadores jóvenes e impacientes que han oído la célebre frase de César y quieren imitarla. Al principio me mortificaban sus obsequios; le rechazaba hasta con menosprecio y altanería; pero, al fin, sin corresponder a su amor de ninguna manera, admití la parte superficial de sus galanterías. Esto le dió esperanza; pero siempre me trataba con el mayor respeto. Deseando, sin duda, identificarse con las ideas que en mi tierra suponía, se hizo una especie de Don Quijote, cuya Dulcinea era yo. A veces me parecía por demás empalagoso; pero, después de muchos meses de indiferencia absoluta, empecé a estimarle, reconociendo sus nobles prendas. Cuando me disponía a volver a mi país, se me presentó rebosando alegría, y me dijo:

—Acabo de conseguir que me destinen a la guerra de España. De este modo consigo tres grandes objetos que interesan igualmente a mi corazón: guerrear por la Francia, visitar la hermosa tierra de España y estar cerca de usted.

El pretendía que me detuviese para partir juntos; pero a esto no accedí, y me marché, dejándole atrás, aunque deseosa, ¿a qué negarlo?, de que no me siguiese a mucha distancia, pues a causa del fastidio de viaje tan largo, Francia, con ser tan bella, empezaba a aburrirme de lo lindo.

¿Se creará que yo había olvidado a mi pobre cautivo de Benabarre? ¡Ah!, no, y hasta el último memento que estuve en la Seo de Urgel me ocupé de su desgraciada suerte. Cada vez que venía a mi pensamiento la idea de sus penas, me estremecía de dolor, y toda alegría se disipaba en mi espíritu. Pero éste tiene en sí mismo una energía restauradora, no menos poderosa que la del cuerpo, y sabe curarse de todos sus males siempre que le ayude el mejor de los Esculapios, que es el tiempo.

Voltaire, que no por impío y blasfemo dejó de tener mucho talento, escribió una historieta titulada *Los dos consolados*, en la cual pone de relieve las admirables curas de aquel charlatán, el único cuyos específicos son infalibles. Yo he leído esa novelita, así como otras

del célebre escritor sacrilego, y esta debilidad mía, imperdonable quizá en una dama tan acérrima defensora de la religión, la confieso aquí contritamente, rogando a mis lectores que no revelen a ningún cura de mi país tan feo secreto, ocultándolo principalmente al señor canónigo de Tortosa, mi director espiritual, el cual se enfurecerá si le hablan de las novelas de Voltaire, aunque a mí me consta que él también las ha leído.

Pues bien: el tiempo fué cicatrizando mis heridas, sin curarlas. Yo también podía erigir una estatua con la inscripción *A celui qui console*, pues la ausencia indefinida y los días que pasaban rápidamente habían calmado aquel insaciable afán de mi alma. En mí reinaba la tranquilidad, pero no el taciturno y seco olvido; y una aparición repentina del ser amado podía muy bien, en brevísimo instante, destruir los efectos del tiempo, renovando mi mal y aun agravándolo.

Desde París a la frontera no cesaba el movimiento de tropas. Por todas partes, convoyes, cuerpos de ejército y oficiales que iban a incorporarse a sus regimientos. Francia podía creerse aún en los días del gran soldado. Hasta Burdeos no tuve noticias ciertas de mi querida Regencia y de mi ilustre mandatario el marqués de Mataflorida. ¡Ay! La suerte de este insigne hombre de Estado no podía ser más miserable. Había triunfado Eguía, a pesar de las furiosas protestas del regente de Urgel; y para colmo de desdicha, como aún quisiera éste llevar adelante sus locas pretensiones, el duque de Angulema le mandó prender juntamente con el arzobispo, confinándolo a Tours. Así acabaron las glorias de aquellos dos ambiciosos. Yo llegué a tiempo para verlos, y cuando manifesté al marqués las poco lisonjeras disposiciones del «triste Chactas», el atroz regente, desairado, llamó a Chateaubriand intrigante, enredador, mal poeta y *franchute*. Esta fué la venganza del coloso.

Bayona era un campamento cuando yo llegué. El número de españoles casi superaba al de franceses, y en todos reinaba grande alegría. Reanudé entonces mis buenas relaciones con el barón de Eroles, haciéndole ver que mi viaje a París había tenido por causa asuntos particulares, y entre risas y bromas me

reconcilió con Eguía, el cual, por razón del mismo gozo y embobamiento del triunfo, estaba muy dispuesto a perdonar. En cuanto a las negociaciones, ya no tenía humor de seguir ocupándome de ellas, y deseaba retirarme a descansar sobre mis laureles diplomáticos no sólo porque mi entusiasmo absolutista se había enfriado mucho, sino porque desde algún tiempo las conspiraciones y los manejos políticos me causaban hastío. Ya he dicho que siempre fui muy inclinada a la mudanza en mis ocupaciones. Mi espíritu se aviene poco con la monotonía, y si un día me sedujeron las embajadas, otro llegó en que me repugnaron. ¡Mágico efecto del tiempo, cuya misión es renovar, creando las estaciones con los admirables círculos del Universo! También el alma humana ve en sí la alterada sucesión de las primaveras e inviernos en sus dilataciones y recogimientos.

Yo deseaba entrar en España, y tenía propósito de reanudar las diligencias para averiguar el paradero de mi cautivo de Benabarre. En Bayona, una familia francesa legitimista, con quien yo tenía antigua amistad, me convidó a pasar unos días en su casa de campo inmediata a Behovia, y unos parientes míos invitáronme a que los acompañase en Irún un par de semanas. A ambos ofrecimientos accedí, empezando por el de Behovia, aunque la frontera no me parecía el punto más a propósito para residir en los momentos en que principiaba la guerra. Pero la gente de aquel país estaba segura de que Angulema atravesaría fácilmente el Pirineo, por ser muy adicto al absolutismo todo el país vasconavarro.

Todavía no había pasado su alteza la raya, cuando se rompió el fuego junto al mismo puente internacional. Los carbonarios extranjeros, que andaban por España, unidos a otros perdidos de nuestro país, habían formado una legión con objeto de hacer frente a las tropas francesas. Constaba aquella de doscientos hombres, tristes, desechos de la ley demagógica de Italia, de Francia y de España; y para seducir a los cien mil hijos de San Luis, se habían vestido a la usanza imperial, y ondeando la bandera tricolor, gritaban en la orilla española del Bidasoa: «¡Viva Napoleón Segundo!»

Su objeto era fascinar a los artilleros franceses con este mágico grito; mas tuvieron la desdicha de que tales aclamaciones fueron contestadas a cañonazos, y con sus banderas y sus enormes morriones huyeron a San Sebastián. Pasma la inocente credulidad de los carbonarios extranjeros y de los masones españoles. Oí decir en Behovia que los liberales franceses La Fayette, Manuel, Benjamín Constant y otros fiaban mucho en los doscientos legionarios mandados por el republicano emigrado coronel Fabvier. ¡Qué desvarios engendra el furor del partido! Corría esto parejas con la necia confianza del Gobierno español, que, aun después de declarada la guerra, no había tomado disposiciones de ninguna clase, hallándose sus tropas sin más recursos ni elementos que el parlerío de los milicianos y el gárrulo charlatanismo de los clubs.

XIII

Hacia los primeros días de abril vi pasar a los generales de división Bourdessoulle, duque de Reggio y Molitor, que entraron en España por Behovia. Después pasó su alteza el sobrino de Luis XVIII, con todo su Estado Mayor, en el cual iba Carlos Alberto, príncipe de Carignan. Yo no había visto nada tan magnífico y deslumbrador, como no fuera la comitiva de José Bonaparte antes de darse la batalla de Vitoria el año 13, feliz para la causa española, pero de muy malos recuerdos para mí, porque en él perdí la batalla de mi juventud, casándome como me casé.

También vi pasar a mi amigo Eguía, remozado por la emoción y tan vanaglorioso del papel que iba a representar, que no se le podía resistir, como no fuera tomando a broma sus bravatas. Iban con él don Juan Bautista Herro y Gómez Calderón, aquel a quien el mordaz Gallardo llamaba «caldo pútrido». El barón de Eroles, que con los anteriores tipos debía formar la Junta al amparo del Gobierno francés, entró por Cataluña con el mariscal Moncey.

No recibieron a los franceses las bayonetas ni la artillería del Gobierno constitucional, sino una nube de gue-

rrilleros, que les abrieron sus fraternales brazos, ofreciéndose a ayudarles en todo y a marchar ei vanguardia, abriéndoles camino. Tal apoyo era de grandísimo beneficio para la causa, porque los partidarios realistas ascendían a 35.000. ¡Ay de los franceses si los hubieran tenido en contra! Pero los tenían a su favor, y esto sólo, ¡qué fenómeno!, puso al buen Angulema por encima de Napoleón. El absolutismo español no podía hacer al hijo de San Luis mejor presente que aquellos 35.000 salvajes, entre los cuales (¡cuánto han variado mis ideas, Dios mío!) tengo el sentimiento de decir que estaba mi marido. ¡Y yo le había admirado, yo le había aceptado por esposo diez años antes, sólo por ser guerrillero!... Cuando se hacen ciertas cosas, ya que no es posible que el porvenir se anticipe para avisar el desengaño, debiera caer un rayo y aniquilarnos.

El conde de España mandaba las partidas de Navarra; Quesada, las de las Provincias Vascongadas, y Eroles, las de Cataluña. ¡Cómo fraternizaron las partidas con los franceses, que habían sido origen de su nacimiento en 1808! Era todo lo que me quedaba por ver. Se abrazaban, dando vivas a San Luis, a San Fernando, a la Religión, a los Borbones, al rey, a la Virgen María, a San Miguel Arcángel y a los serenísimos infantes. Yo no lo vi, porque no quise pasar la frontera. Me repugnaban estas cosas, y los soldados de la Fe habían llegado poco a poco a serme muy antipáticos.

Largamente hablé de esto con el conde de Montguyon, que me perseguía tenazmente, permaneciendo en Behovia todo el tiempo que le fué posible. Elogiaba a los guerrilleros, diciendo que, a pesar de sus defectillos, eran tipos de heroísmo, de aquella independencia caballeresca que tanto había enaltecido el nombre español en tiempos remotos. También le seducían por ser, como los frailes, gente muy pintoresca. Mi Don Quijote era una especie de artista, y gustaba de hacer monigotes en un libro, dibujando arcos viejos, mendigos, casuchas, una fila de chopos, carros, lanchas pescadoras y otras menudencias de que estaba muy envanecido.

Era próximamente el 9 de abril cuando me trasladé a Irún para vivir con

la familia de Sodupe-Monasterio, gente muy hidalga, más católica que el Papa, realista hasta el martirio y de afabilísimo trato. Frecuentaban la casa (que era más bien palacio, con hermosos prados y huerta) todos los españoles que el gran suceso de la intervención traía y llevaba de una nación a otra, y no pocos oficiales franceses, de cuyas visitas se holgaban mucho los Sodupe-Monasterio, porque oían hablar sin cesar de exterminio de liberales, del Tro-no de San Fernando y de nuestra preciosísima fe católica.

Allí, Montguyon no me dejaba ni a sol ni a sombra, pintándose su amor con colores tan extremados, que me daba lástima verle y oírle. Su acendrado y respetuoso galanteo merecía, en efecto, alguna misericordia. Le permití besar mi mano; pero no pudo arrancarme la promesa de seguirle al interior de España. Cada vez sentía yo más deseos de quedarme en Irún, y en aquella apacible vivienda, donde, sin que faltara sosiego, había bastantes elementos para combatir el fastidio. Con esta resolución, mi Don Quijote, que ya parecía querer dejar de serlo en la pureza de sus ensueños amorosos, estaba desesperado. Despidióse de mí muy enterne-cido y besándome con ardor las manos, voluptuosidad inocente de que nunca se hartaba. ¡Cuán lejos estaba el llagado amante de que no pasarían dos horas sin que cambiara diametralmente mi de-terminación!

Ocurrió del modo siguiente: Al saber que yo estaba en Irún, fué a visitarme un individuo, que aún no podía llamarse personaje, y al cual conocí en Madrid el año anterior, y también el 19. Se llamaba don Francisco Tadeo Calomarde, y era de la mejor pasta de servil que podía hallarse por aquellos tiempos. Empleado desde su tierna edad en el Ministerio de Gracia y Justicia, se había criado en los cartapacios y en el papel de pteitos: los legajos fueron su cuna, y las reales células, sus juguetes. Su jurisprudencia, llena de pedantería, me inspiraba aversión. Tenía fama de muy adulador de los poderosos, y, según se decía, compró el primer destino con su mano, casándose con una muchacha muy fea, a quien dió malos tratos.

Los que le han juzgado tonto se equi-vocan, porque era listísimo, y su inge-

nio, más bien socarrón que brillante, antes agudo que esclarecido: era maes-tro en el arte de tratar a las personas y de sacar partido de todo. Habíase hecho amigo de don Víctor Sáez, y aun del mismo rey y del infante don Car-los, por sus bajas lisonjas y lo bien que los servía siempre que encontraba oca-sión para ello.

Tenía entonces cincuenta años, y aca-baba de salir del encierro voluntario a que le redujo el régimen liberal. Había ido a la frontera para llevar no sé qué recados a los señores de la Junta. Me lo dijo, y como no me importaba ya gran cosa los dimes y diretes de los realistas, que no por estar tan cerca de la victoria dejaban de andar a la gre-ña, fijéme poco en ello, y lo he olvida-do. Calomarde no era mal parecido ni carecía de urbanidad, aunque muy hue-ca y afectada, como la del que la tiene más bien aprendida que ingénita. La humildad de su origen se traslucía bas-tante. Hablamos de los sucesos de Ma-drid, que él había presenciado, y me informé de todo.

—Siento que usted no hubiera estado por allá—me dijo—; habría visto cómo se iba desabaratando el constitucionalismo sólo con el anuncio de la interven-ción. ¡Si no podía ser de otra mane-ra!... Ahora están que no les llega la camisa al cuerpo, y en ninguna parte se creen seguros. Después que ultrajaron a su majestad, le han arrastrado a An-dalucía con el dogal al cuello, como el mártir a quien se lleva al sacrificio.

—No tanto, señor don Tadeo—le di-je—. Su majestad habrá ido, como siempre, en carroza, y mucho será que los mozos de los pueblos no hayan ti-rado de ella.

—Eso se deja para la vuelta—indicó Calomarde, riendo—. Ahora, los franc-masones han seducido a la plebe, y su majestad, por dondequiera que va, no oye más que denuestos. El diecinueve de febrero, cuando se alborotaron los comuneros y masones porque éstos que-rían sustituir a aquéllos en el Ministe-rio, los chisperos borrachos y los asesi-nos del Rastro daban «muertas» al rey y a la reina. Un diputado muy cono-cido apareció en la plaza mayor mos-trando una cuerda, con la cual propo-nía ahorcar a su majestad y arrastrar-le después. La canalla penetró hasta la

cámara real. ¡Escándalo de los escándalos! Parecía que estábamos en Francia y en los sangrientos días de mil setecientos noventa y tres. El mismo rey me ha dicho que los ministros entraban en la cámara cantando el himno de Riego.

—¡Oh, no tanto, por Dios!—repetí, ofendida de las exageraciones de mis amigos—. Poco mal y bien quedado.

—Me parece que usted, con sus viajes a Francia y sus relaciones con los ministros del liberal y filósofo Luis Dieciocho, se nos está volviendo francmasón—dijo don Tadeo, entre bromas y veras—. ¿Hay en la Historia desacato comparable al de obligar al rey a partir para Andalucía?

—¡Oh, Dios nos tenga de su mano!... ¡Qué desacato! ¡Qué ignominia!...—exclamé, remedando sus aspavientos—. Es preciso considerar que un Gobierno, cualquiera que sea, está en el caso de defenderse si es atacado.

—Según mi modo de ver, un Gobierno de tunantes no merece más que el decreto que ha de mandar a Ceuta a todos sus individuos. ¡Ah, señora mía, y cómo se ha entibiado el fervor de usted! Bien dicen que los aires de esa Francia loca son tan nocivos...

—Creo lo mismo que creía; pero mi absolutismo se ha civilizado, mientras el de ustedes continúa en estado salvaje. El mío se viste como la gente, y el de ustedes sigue con taparrabo y plumas. Si el Gobierno de tunantes ha resuelto refugiarse en Andalucía, llevándose a la Corte, ha sido para no estar bajo la amenaza de los batallones franceses.

—Ha sido—dijo Calomarde, riendo brutalmente—porque sabían que Madrid no tiene defensa posible; que los ejércitos de Ballesteros y de La Bisbal son don fastasmas, que cuatro soldados y un cabo de los del serenísimo señor duque de Angulema podían cualquier mañanita sorprender a la villa y a los «Siete niños» y al Congreso entero, al Ayuntamiento soberano y a toda la comunidad masónica y landaburiana. Esta es la pura verdad. ¡Y qué bonito espectáculo han dado al mundo! En presencia de la intervención armada, ¿cómo se preparan esos mentecatos para conjurar la tormenta? Llamando a las armas a treinta mil hombres y dispo-

niendo (esto es lo más alado) que con los milicianos que quieran seguir al Congreso se formen algunos batallones, recibiendo cada individuo cinco reales diarios. ¡Se acabó la patria, señora!

—El Gobierno—repuse prontamente—creyó, sin duda, que los franceses eran como los guardias del siete de julio, es decir, simples juguetes de miliciano.

—¡Ya se lo diremos de misas!—dijo, frotándose las manos—. Ya pagarán su alevosía. Sólo por el hecho de obligar a nuestro soberano a un viaje que no le agradaba, merecían todos ellos la muerte.

—Hasta los reyes están en el caso de hacer alguna vez lo que no les agrada.

—Incluso viajar con un ataque de gota, ¿eh? ¡Cruels y sanguinarios, más sanguinarios y cruels que Nerón y Calígula! ¡Ni a un perro vagabundo de las calles se le trata peor!

—¡Si el rey no tenía en aquellos días ataque de gota!—repliqué, complaciéndome en contradecirle—. Si estaba bueno y sano. La prueba es que, después de clamar tanto por su enfermedad, anduvo algunas leguas a pie el primer día de viaje.

—Bueno; concedo que su majestad estaba tan bueno como yo. ¿Y si no quería partir?

—Que hubiera dicho: «No parto.»

—¿Y si le amenazaban?

—Haberlos ametrallado.

—¿Y si no tenía metralla?

—Haberse dejado llevar por la fuerza.

—¿Y si le mataban?

—Haberse dejado matar. Todo lo admito, menos la cobardía.

—Amiguita, usted se nos ha «francmasoneado»—me dijo el astuto intrigante, dando cariñosa palmada en mi mano—. A pesar de esto, siempre la queremos mucho, y la serviremos en lo que podamos. Yo estoy siempre a las órdenes de usted.

Inflado de vanidad, el amigo del rey hizo elogios de sí mismo, y después añadió:

—He tenido el honor de ser indicado para secretario de la Junta que se va a formar en la frontera.

—¡Oh amigo mío, doy a usted la enhorabuena!—manifesté, sumamente complacida y deplorando entonces haber estado algo dura con Calomarde—. No

se podía haber pensado en una persona más idónea para tan delicado puesto.

—¿Se le ofrece a usted algo?—dijo don Tadeo, comprendiendo al punto mi cuarto de conversión.

—Sí; pero yo acostumbro dirigirme siempre a la cabeza—afirmé resueltamente—. Ya sabe usted que soy muy amiga del general Eguía, presidente de la Junta.

—¡Ah!, entonces...

—Sin embargo, no puedo molestar a su excelencia con ciertas menudencias, tales como pedir noticias de personas, averiguar alguna cosilla de poca monta...

—Para esto es más propio un secretario tan bien informado como yo de todos los pormenores de la causa.

—Exactamente. Dígame usted, si lo sabe, en dónde está ahora un pícaro de mala estofa, que se emplea en bajas cábalas del rey y tiene por nombre José Manuel Regato.

—¡Ah! ¡Regato!... Debe de andar por Andalucía con la Corte. No es de mi negociado ese caballero... ¿Qué? ¿Hay ganas de sentarle la mano?

—Por sentarle la derecha daría la izquierda.

—Pocas noticias puedo dar a usted del señor Regato. Tengo con él muy pocas relaciones. Quizá Pipaón, que conoce a todo el mundo, pueda indicar dónde se halla y el modo de sentarle, no una mano, sino las dos, siempre que sea preciso.

—Y Pipaón, ¿dónde está?

—Aquí.

—¡Aquí Pipaón!...—exclamé con gozo—. Yo le dejé en la Seo, muy enfermo, y creí que había caído en poder de Mina.

—En efecto, cayó; pero él..., ya usted le conoce..., con su destreza y habilidad parece que encontró por allí amigos que le favorecieron.

—Quiero verle, quiere verle al punto—dije con la mayor impaciencia—. Deseo mucho tener noticias de la Seo y de las facciones de Cataluña.

Y entonces se realizó aquel proverbio que dice: «En nombrando al ruin de Roma...»

Por la vidriera que daba a la huerta de la casa vióse la mofletuda cara y el pequeño cuerpo de Pipaón, que, habiendo tenido noticias de mi residencia en Irun, iba también a visitarme. Mucho

nos alegramos ambos de hallarnos juntos, y nuestras primeras palabras, después de los cordiales saludos, fueron para recordar los tristes días de la Seo, su enfermedad y mi disgusto; y luego, por el enlace propio de los recuerdos, que van de lo triste a lo plácido, hablamos del miedo del arzobispo de las casacas que usaba Mataflorida y de otras cosas frívolas y chistosas, de esas que ocurren siempre en los días trágicos y nunca faltan en los duelos. Después de estos desahogos, Pipaón, tomando aquel tono burlesco que unas veces le sentaba bien y otras le hacía muy insoportable, me dijo.

—Le traigo a usted noticias muy buenas de una persona que le interesa, y con las noticias, una cartita.

XIV

Me puse pálida. Comprendí de quién hablaba Pipaón; pero no me atreví a decir una palabra, por hallarse delante el entremetido y curioso Calomarde, gran coleccionador de debilidades ajenas. Varié de conversación, aguardando, para saciar mi afanosa curiosidad, a que don Tadeo se marchase; pero el pícaro había conocido en mi semblante la turbación y ansiedad que me dominaban, y no se retiró. Creyérase que le habían clavado en la silla. ¡Ay, qué gusto tan grande poder coger un palo y romperle con él la cabeza!... ¡Qué pachorra de hombre!

Quise arrojarle con mi silencio, mas él era tan poco delicado, que conociendo mi mortificación, se arrellanaba en el blando asiento como si pensara pasar allí el día y la noche. Con su expresivo semblante me decía Pipaón mil cosas que no podía yo comprender claramente; pero que me deleitaban como avisos o presentimientos lisonjeros. Llegó un instante en que los tres nos callamos, y callados estuvimos más de un cuarto de hora. Calomarde tocaba una especie de pasodoble con su bastón en la pata de la mesa cercana. El grosero y pegajoso cortesano había resuelto quemarme la sangre, u obligarnos a Pipaón y a mí a que hablásemos en su presencia.

Resistí todo el tiempo que pude. «Mi

carácter fogoso no puede ir más allá de cierto grado de paciencia, pasado el cual estalla y se sobrepone a todo, atropellando amistades, conveniencias y hasta las leyes de la caridad. Nunca he podido corregir este defecto, y la estrechez de los límites de mi paciencia me ha proporcionado en esta vida muchos disgustos. Forzando la voluntad, puedo, a veces, aguardar más de lo que permite la extraordinaria fuerza de dilatación de mi espíritu; pero entonces estalla con más violencia, rompo mis ligaduras a la manera de Sansón, y derribo el templo. Vino, por fin, el momento en que se me subió la mostaza a la nariz, como dicen las majas madrileñas, y poniéndome en pie súbitamente, miré a Calomarde con enojo. Señalándole la puerta, exclamé:

—Señor don Tadeo, tengo que hablar con Pipaón: suplico a usted que nos deje solos.

Debían de ser muy terribles mi expresión y mi gesto, porque Calomarde se levantó temblando, y con voz turbada me dijo:

—Señora, manos blancas no ofenden.

«¡Manos blancas no ofenden!» Años después, Calomarde debía pronunciar esta frase al recibir un desaire más violento que el mío: la célebre bofetada de la infanta Carlota, una princesa que, como yo, tenía muy limitado el tesoro de su paciencia, y estallaba con tempestuosas cóleras cuando la bajeza y solapada intriga de los Calomardés se interponía en su camino.

Pipaón y yo nos quedamos solos. En pocas palabras me refirió que había visto a Salvador Monsalud sano y salvo en la Seo de Urgel. Al oír esto, el corazón dió un salto dentro de mí, como una cosa muerta que torno a la vida, como un Lázaro que resucita por sobrehumano impulso.

—Mina le salvó en San Lloréns de Morunys—me dijo—, y desde que se restableció se puso a mandar una compañía de contraguerrilleros.

Al decir esto, Pipaón me alargó una carta, que abrí con presteza febril, queriendo leerla antes de abrirla. Al mismo tiempo, y de una sola ojeada, lei el fin, el principio y el medio. Era la carta pequeña y fría. Decíame en ella que estaba en libertad y que no pensaba salir en mucho tiempo del lugar don-

de estaba fechada, que era Urgel. Sentí mi corazón inundado de un torrente de sangre glacial al ver que no contenía la carta expresiones de ardiente cariño.

—¿De modo que sigue en Cataluña?
—pregunté a don Juan.

—No, señora. A estas horas va camino de Madrid.

—Pues ¿cómo dice en su carta que no piensa salir de la Seo?

—Ese papel me lo dió cuando nos separamos el día treinta de marzo; pero dos días después supe, por nuestro común amigo el capitán Seudoquis, que Mina había encargado a Salvador que fuese a Madrid a llevar un mensaje reservadísimo a San Miguel y a otras personas.

—¿De modo que está...?

—Sobre Madrid, como se dice en los partes militares.

—Pero ¿eso es cierto?

—Tan cierto como que estoy hablando con una dama hermosa.

—¿Y salió...?

—Según mis noticias, el diez de este mes. No sabía qué camino tomar; pero, según me dijo Seudoquis, estaba decidido a ir por Zaragoza, que es el más derecho, aunque no el menos peligroso.

—¿Sabe la muerte de su madre?

—Yo le di la mala noticia.

—Pero ¿qué va a hacer ese hombre en Madrid?—dije, sintiendo una tempestad en mi cerebro—. ¡Si allí no hay ya Gobierno ni nada!

—Pero está en Madrid el gran Consejo de la francmasonería. Mina es de la Orden de la Acacia, señora. Ahora se trata de que la *Viuda* haga un esfuerzo supremo.

En mi espíritu notaba yo aquella poderosa fuerza de dilatación de que antes hablé. Unas cuantas palabras habían trastornado todo mi ser: mi pulso latía con violencia; asaltáronme ideas mil, y el ardoroso afán de movimientos, que ha sido siempre una de las fórmulas más patentes de mi carácter, se apoderó de mí. Sin necesidad de que yo le despidiese, dejéme Pipaón, que iba en busca de Eguia para solicitar un puesto en la Junta; y pasado mi trastorno pude sondear aquel revuelto piélago de mi espíritu y mirar con serenidad lo que en el fondo de él había.

¡Cuán grande había sido mi engaño al creer moribunda la afición aquella

que tantas dulzuras dió a mi alma en el verano del 22! La ausencia habíala escondido entre las cenizas que diariamente depositan los sucesos de cada instante, esa multitud de ascuas de la vida que van pasando sin interrupción y apagándose hora tras hora. Pero aquella ascua del verano del 22 era demasiado grande y quemadora para pasar y extinguirse como las demás.

Bastó que oyerá pronunciar su nombre, que me le anunciaran vivo, para que se verificase en mí un brusco retroceso a los días de mi felicidad y de mi desgracia. El tiempo volvió atrás; las figuras veladas perdieron la sombra que las encubría; las apagadas voces que sólo eran ya ecos, confusos volvieron a sonar como cuando eran la música a cuyo compás danzaba con la embriaguez de la pasión mi alma. ¡Cuánto me había engañado, y qué juicios tan erróneos hacemos de nuestros propios sentimientos y de todo aquello que lejos está! Nos pasa lo mismo que al ver las lontananzas de la tierra cuando confundimos con las vanas y pasajeras nubes los montes sólidos e inmutables, que ninguna fuerza humana puede arrancar de sus seculares asientos. Fué aquello como una vuelta, como un ángulo brusco en el camino de la vida. Desde entonces vi nuevos horizontes, paisaje nuevo, y otra gente y otros caminos. ¡Y yo había creído poder olvidarle, y aun poner en su altar vacío al conde de Montguyon! ¡Qué delirio!... ¡Lo que puede la ausencia, la distancia, la ignorancia! El tiempo, que me había consolado, hirióme de nuevo, y un día, un instante marcado en mi vida por cuatro palabras como cuatro estrellas resplandecientes, había destruido la obra lenta de tantos meses.

Con la presteza que Dios me ha dado formé mi plan de viaje. Tengo algo del genio de Napoleón para esto de los grandes movimientos. Para mí, la facultad de transportar todo el interés de la vida de un punto a otro del mundo es otra prenda muy principal de mi carácter, y al mismo tiempo una necesidad a la que muy difícilmente puedo resistir. El Destino me ha presentado siempre los sucesos a propósito para tales juegos de estrategia sublime.

Aquella misma tarde dispuse todo, y por la noche sorprendí a mi Don Quijote con la noticia de mi viaje. Aficio-

nada a jugar con los corazones que caen en mis manos (a excepción de uno solo) como juega el gatito con el ovillo que rueda por el suelo, dije al conde de Montguyon:

—Me he asustado de la soledad en que voy a quedar después que usted se marche, y voy a Madrid. De esta manera podré vigilar a cierto caballero francés por si anda en malos pasos.

El se puso tan contento que olvidó aquella noche hablarme de la guerra y de los laureles que iban a recoger. Parecía un loco hablando de los alcázares de Granada, de los romances moriscos, de las ricahembras, de las boleras, de frailes que protegían los amores de los grandes, de volcánicas pasiones españolas y de mujeres enamoradas capaces del martirio o del asesinato. El se creía héroe de mil aventuras románticas e interesantes caballerías, tales como se las había imaginado leyendo obras francesas sobre España. Empleo la palabra *románticas*, porque si bien no estaba en moda todavía, es la más propia. El romanticismo existía ya, aunque no había sido bautizado. Excuso decir que Montguyon me juró amor eterno y una fidelidad inquebrantable como la del Cid por doña Jimena.

Yo necesitaba de él para mi viaje, por lo cual me guardé muy bien de arrancar una sola hoja a la naciente flor de sus ilusiones. Era muy difícil viajar entonces, porque casi todos los vehículos del país habían sido intervenidos por ambos ejércitos. Montguyon me prometió una silla de postas, y cumplió su oferta, poniéndola a mi disposición al día siguiente.

Con el primer movimiento del ejército francés coincidió mi marcha sobre Madrid, como una conquistadora. El estrépito guerrero que en derredor mío sonara, despertaba en mi mente ideas de Semiramis.

XV

Pasé por Vitoria y por la Puebla de Arganzón, como los días felices por la vida del hombre: a escape. No miraba a ningún lado, por miedo a mis malos recuerdos, que salían a detenerme.

En los pueblos todos del Norte, la intervención vencía sin batallas; y antes

que asomara el morrión del primer francés de la vanguardia, la Constitución estaba humillada. Los mozos todos comprendidos en la quinta ordenada por el Gobierno se unían a las facciones, y eran muy pocos los milicianos que se aventuraban a seguir a los liberales. No he visto una propagación más rápida de las ideas absolutistas. Era aquella como un incendio que de punta a punta se desarrolla rápidamente y todo lo devora. En medio de las plazas los frailes predicaban mañana y tarde, con pretexto de la Cuaresma, presentando a los franceses como enviados de Dios y a los liberales como alumnos de Satanás que debían ser exterminados.

El general Ballesteros mandaba el ejército que debía operar en el Norte y línea del Ebro para alejar a los franceses. No viendo yo a dicho ejército por ninguna parte, sino inmensas plagas de partidas, pregunté por él, y me dijeron en Briviesca que Ballesteros, convencido de no poder hacer nada de provecho, se había retirado nada menos que a Valencia. Movimiento tan disparatado no podía explicarse en circunstancias normales: pero entonces todo lo que fuera desastres y yerros del liberalismo tenía explicación.

Viendo crecer en los pueblos la aversión a las Cortes y al Gobierno, el ejército perdía el entusiasmo. A su paso, como se levanta polvo del camino, levantábanse nubes de facciosos—que, al instante, eran soldados aguerridos. Así se explica que el ejército de Ballesteros, compuesto de dieciséis mil hombres, se retirara sin combatir emprendiendo la inverosímil marcha a Valencia, donde podía adquirir algún prestigio derrotando a Sempere, al Locho y al carretero Chambó—tres nuevos generales o arcángeles guerreros que le habían salido a la Fe.

En Dueñas me adelanté, dejando atrás a los franceses; tenía tanta prisa como ellos y menos estorbos en el camino, aunque los suyos no eran tampoco grandes. ¡Cuánto deseaba yo ver por alguna parte tropas regulares españolas! En verdad, me avergonzaba que los hijos de San Luis, a pesar de que nos traían orden y catolicismo, se internaran en España tan fácilmente. Con todo mi absolutismo, yo habría visto con gusto una batalla en que aquellos liberales tan

aborrecidos dieran una buena tunda a los que yo llamaba entonces mis aliados. Española antes que todo, distaba mucho de parecerme a los señores frailes y sacristanes que en 1808 llamaban judíos a los franceses y ahora ministros de Dios.

En Somosierra encontré tropas. Eran las del ejército de La Bisbal, destinado por las Cortes a cerrar el paso del Guadarrama, amparando de este modo a Madrid. Mis dudas acerca del éxito de aquella empresa fueron grandes. Yo conocía a La Bisbal. ¿Cómo no, si era conocido de todo el mundo? Fué el que el año 14 se presentó al rey llevando dos discursos en el bolsillo, uno en sentido realista, otro en sentido liberal, para pronunciar el que mejor cuadrara a las circunstancias. Fué el que en 1820 hizo también el doble papel de ordenancista y de sedicioso. La inseguridad de sus opiniones había llegado a ser proverbial. Era hombre altamente penetrado del axioma italiano *ma per troppo variar antura e bella*. Yo no comprendía en qué estaba pensando el Gobierno cuando le nombró. Si los ministros se hubieran propuesto elegir para mandar el ejército más importante al hombre más a propósito para perderlo, no habrían elegido a otro que a La Bisbal.

Pasé con tristeza por entre su ejército. Aquellos soldados, capaces del más grande heroísmo, me inspiraban lástima, viéndolos destinados a desempeñar un papel irrisorio, como leones a quienes se obliga a bailar. Sentía yo impulsos de arengarles: «¡Que os engañan, pobres muchachos! No dejéis las armas sin combatir. Si os hablan de capitulación, degollad a vuestros generales.»

En Madrid hallé un abatimiento superior a lo que esperaba. Se hablaba allí de capitular como de la cosa más natural del mundo. Sólo tenían entusiasmo algunos infelices que no servían para nada, el cuerpo de coros de los clubs y de las sociedades secretas, la gente gritona y también bastantes de los que habían tirado del coche de Fernando VII cuando volvió de Francia el año 14. Los absolutistas creían con razón ganada la partida, y afectaban cierta generosidad magnánima. ¡Pobre gente! Algunos de estos pajarracos me visitaron, entre ellos don Víctor Sáez, y tuve el gusto de hacerlos rabiar, asegu-

rándoles que Angulema traía orden de obsequiarlos con las dos Cámaras y un absolutismo templado, suavísimo, emoliente para nuestra anarquía. Esto ponía a mis buenos amigos más furiosos que las bravatas de los liberales, pues aún había liberales con inocencia bastante para echar roncas.

Pero yo me ocupaba poco de tales cosas. Mi primer cuidado fué hacer algunas averiguaciones concernientes a la entrañable política de mi herido corazón. Por fortuna, a la casa donde yo vivía, honradísimo albergue de una noble familia alavesa, iba a menudo un tal Campos, hombre muy intrigante, director de Correos, si no recuerdo mal, gran maestro de la Orden masónica, o por lo menos principalísimo dignatario de ella, amigo íntimo de los liberales de más viso y también de algunos absolutistas, como hombre que sabe el modo de comer a dos carrillos.

Yo le había tratado el año anterior, y charlando juntos me reía de los masones, lo cual a él no le enojaba. Entre bromas y veras solía enterarme de algunas cosas reservadas, porque no era hombre de extraordinaria discreción ni tampoco de una incorruptibilidad absoluta. En los días de mi llegada de Irún, que eran los de mediados de mayo del 23, le pregunté si esperaban los masones algún mensaje reservado de Mina. Nególo; mas yo, asegurándolo con el mayor descaro y nombrando el mensajero, le hice confesar que esperaban órdenes de Mina de un día a otro. El, lo mismo que su secretario, cuyo nombre no recuerdo, me aseguraron no haber visto todavía en Madrid a Salvador Monsalud ni tener noticia alguna de él.

—No ha llegado aún—dije—. Mucho tarda.

Sin reparar en nada fui a su casa. Un portero, tan locuaz como pedante, liberal muy farolón, de aquellos a quienes yo llamo *sepultureros de la Libertad*, porque son los que la han enterrado, me informó de que el señor Monsalud faltaba de Madrid desde el mes de agosto del año anterior.

—Puede que la señora doña Solita sepa algo—me dijo—. Pero no es fácil, porque anoche lloraba... Como no llorase de placer, que también esto sucede a menudo...

—¿De modo que la casa subsiste?—le pregunté.

—Subsiste, sí, señora; pero no subsistirá mucho tiempo si el señor don Salvador no vuelve del otro mundo.

—Pues qué, ¿ha muerto?

—Así lo creo yo. Pero esa joven sentimental siempre tiene esperanzas, y cada vez que el sol sale por el horizonte esparciendo sus rayos de oro..., ¿me entiende usted?

—Sí; acabe de una vez el señor Sarmiento.

—Quiero decir que siempre que amanece, lo cual pasa todos los días, la señora doña Solita dice: «¡Hoy vendrá!» Tal es la naturaleza humana, señora, que de todo se cansa menos de esperar. Y yo digo: ¿qué sería del hombre sin esperanza?... Dispénsame la señora; pero si piensa subir, tengo el sentimiento de no poder acompañarla, porque como mi hijo es miliciano...

—¿Y qué?

—Como es miliciano, y el honor le ordena derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la dulce patria y de la libertad preciosísima, del género humano...

—¿Y qué más?—dije, complaciéndome en oír las graciosas pedanterías de aquel hombre.

—Que impulsado por su ardoroso corazón, capaz del heroísmo, y por mi paternal mandato, ha ido a Cádiz con las Cortes; y como ha ido a Cádiz con las Cortes y no volverá hasta dejar confundida a la facción y a los cien mil y quinientos hijos, nietos y tataranietos del calzonazos de Luis Dieciocho... ¡Por vida de la chilindrana y con cien mil pares de docenas de chilindrones que si yo tuviera veinte años menos...! Pues digo que como Lucas ha ido a Cádiz... y es un león mi hijo, un verdadero león..., resulta que me es forzoso estar al cuidado de la puerta; ¿me entiende la señora?

—Está bien—le dije, riendo—. Puedo subir sola.

Quise darle una limosna, porque su aspecto me pareció muy miserable; pero la rechazó con dignidad y cierto rubor decoroso, propio de las grandezas caídas.

Subí a la casa. Antes que yo subía mi corazón.

XVI

En seguida que llamé salieron a abrir. Se conocía que en la casa reinaba la impaciencia. Una mujer descorrió con presteza el cerrojo y me rogó que entrase. Era ella. Yo recordaba haberla visto en alguna parte.

Carecía de verdadera hermosura; pero al reconocerlo así con gozo no pude dejar de concederle una atracción singular en toda su persona, un encanto que habría establecido al instante entre ella y yo profunda simpatía si en medio de las dos no existiese, como infranqueable abismo, la persona de un hombre. Vestía de luto y la delgadez de su rostro anunciaba el paso de grandes penas. Cuando me vió, alteróse tanto y su turbación fué tan grande, que no podía dirigirme la palabra. Por mi parte, la miré con serenidad y altanería, como de superior a inferior, haciendo todo lo posible para que ella se creyese muy honrada con mi visita.

Yo había oído hablar a Salvador con cariño y admiración, que me ofendían, de aquella singular hermana suya que no era tal hermana, ni aun pariente, y que muy bien podía ser otra cosa. Nunca creí en la fraternidad honesta de que él me había hablado, porque conozco un poco el corazón del hombre y admito sólo los sentimientos cardinales y fundamentales, y no esas mixturas y composiciones sutiles que no sirven más que para disfrazar alguna pasión ilícita... Deseaba conocer por mí misma a la dichosa hermana tan ponderada por él, y ver si tenía fundamento el secreto odio que mi alma hacia ella sentía. Desde que la vi, a pesar de que me fué muy patente su inferioridad personal con respecto a la nieta de mi abuela, me pareció tener delante a una rival temible, más peligrosa cuanto más humilde en apariencia. Al instante traté de buscar en ella un defecto grande, de esos que afean espantosamente a la mujer. Mi ingenioso rencor encontró al punto aquel defecto, y dije en mi interior:

«Esta muchacha debe de ser una hipocritona. No hay más remedio sino que lo es.»

Mi juicio fué rápido, como la inspiración, como la improvisación. Desde la

puerta a la sala donde me condujo hice mil observaciones, entre ellas una que no debo pasar en silencio. La casa estaba tan perfectamente arreglada, que no parecía vivienda sin dueño. Todo se hallaba en su sitio, sin el más ligero desorden, en perfecto estado de limpieza, descubriéndose en cada cosa el esmero peregrino que anuncia la mano de una mujer poseedora del genio doméstico. Creeríase que el amo era esperado de un momento a otro, y que todo se acababa de disponer para agradecerle cuando entrara.

Al sentarme reconcentré mis ideas acerca del plan que había formado, y le dije:

—Sé que usted padece mucho por saber el paradero del amo de esta casa, y como tengo noticias de él, vengo a tranquilizarla.

—¡Oh señora! ¡Cuánta bondad!—exclamó con repentina alegría—. ¿De modo que usted sabe dónde está y por qué no viene?... ¿Han vuelto a cogerle los facciosos?

—No, señora. Está libre y bueno.

—Entonces no tiene perdón de Dios—dijo, abatiendo el vuelo de su alma, que tanto se había elevado con las alas de la alegría—. No, no tiene perdón de Dios.

—¿Usted le ha escrito?

—Muchas veces. Dirijo las cartas al ejército de Mina, con la esperanza de que alguna llegue a sus manos...; pero no recibo contestación. Es una iniquidad de mi hermano. Por poco que se acuerde de mí, por muy grande que sea su olvido, ¿será tal que no me haya escrito una sola vez?

—Los que están en armas—dije, sonriendo—no se acuerdan de las pobres mujeres que lloran.

—Yo creo que me ha escrito. El es muy bueno y me considera mucho. No es capaz de tenerme en esta incertidumbre por su voluntad.

—Pero ¿usted no ha recibido ninguna carta?

—En febrero vinieron dos; pero después, ninguna. Quizá se hayan perdido.

—Podría ser.

—A veces me figuro que no me escribe porque viene. Todos los días creo que va a llegar, y desde que siento pasos en la escalera corro a ver si es él.

Todo lo tengo preparado, y si viene, nada encontrará fuera de su sitio.

—Sí, ya lo veo. Es usted una alhaja. El pobre Salvador debe de estar muy satisfecho de su hermana. El la apreciaba a usted mucho. Me lo ha dicho.

—¡Se lo ha dicho a usted!—exclamó, tan vivamente conmovida que casi estuvo a punto de llorar.

—Me lo ha dicho, sí. El me cuenta todo. Para mí nunca ha tenido secretos.

Sola me miró de hito en hito durante un momento, que me pareció demasiado largo. ¿Qué había en la expresión de su semblante al contemplar el mío? ¿Envidia? No podía ser otra cosa; pero la apariencia indicaba más bien una resignación dolorosa. Le habría tenido mucha lástima si no hubiera estado convencida de que era una hipócrita.

—Muchas veces me ha hablado de usted—proseguí—, elogiándome sus bellas cualidades para el gobierno de una casa. Vea usted de qué manera ha venido a encontrarse sola al frente de este hogar vacío, conservándole tan bien para cuando él vuelva.

—La pobre doña Fermina—dijo—, que murió de pesadumbre por la pérdida de su hijo, me encargó todo al morir, poniendo en mi mano cuanto tenía y ordenándome que lo guardase y conservase hasta que pareciera Salvador.

—¿Entonces ella no le creía muerto?

—Dudaba. Siempre tenía esperanza—manifestó la joven, dando un suspiro—. Yo le hablaba a todas horas de la vuelta de su hijo, y, la verdad, siempre tuve esperanza de verle entrar en la casa porque una voz secreta de mi corazón me decía que volvería. El día antes de fallecer, doña Fermina escribió una larga carta a su hijo... ¡Cuántas lágrimas derramó la pobre! Yo habría dado con gusto mi vida porque la infeliz madre viera a su hijo antes de morir. Pero Dios no lo quiso así.

—¿Y esa carta?...—pregunté, deseosa de conocer aquel detalle.

—Esa carta la depositó en mí doña Fermina, mandándome que la entregase a Salvador en su propia mano, si parecía.

—¿Y si no parecía?

—Doña Fermina me ordenó que le buscara por todos los medios posibles, y que si tenía noticias de él y no venía

a Madrid fuese a buscarle aunque tuviera que ir muy lejos.

—Pero ¿cómo podrá usted emprender esos viajes? ¡Pobrecilla!—exclamé, mostrando una compasión que estaba muy lejos de sentir.

—Eso sería lo de menos. No me faltan ánimos para ponerme en camino, ni tampoco recursos con que emprender un largo viaje, porque doña Fermina me entregó todos sus ahorros para que los destinase a buscar a su hijo.

—¡Ah! Entonces... Y para el caso de no encontrarlo, ¿qué dispuso esa señora?

—Que esperase y le volviera a buscar después.

—¿Y para el caso de que fuera evidente su muerte?

—Que echase al fuego la carta sin leerla. ¡Ha sido desgraciada suerte la nuestra!—prosiguió la huérfana con abatimiento—. Un mes después de haber subido al Cielo aquella buena señora vino la carta de Salvador anunciando que estaba libre. ¡Ay!, en mi vida he tenido mayor alegría ni mayor tristeza, juntas tristeza y alegría sin que pudiesen ser separadas. Yo le contesté diciéndole lo que pasaba y rogándole que viniese. Desde aquel día le estoy esperando. Han pasado tres meses y no ha venido ni me ha escrito.

—Pues ha llegado la ocasión de que usted cumpla la última voluntad de la pobre señora difunta, partiendo en busca de ese hijo desnaturalizado.

—¡Si no sé dónde está...! Un amigo que lee todos los papeles públicos y sabe por dónde andan los ejércitos, las guerrillas y las contraguerrillas me ha dicho que las tropas de Mina se han disuelto. Otro que vino del Norte me aseguró que Salvador había emigrado a Francia. Yo, a pesar de estas noticias, le espero, tengo confianza en que ha de venir, y he resuelto aguardar lo que resta de mes. Sigo mis averiguaciones, y si en todo mayo no ha venido ni me ha escrito, pienso ponerme en camino y buscarle con la ayuda de Dios.

—Siento quitarle a usted una ilusión—dije, adoptando definitivamente mi diabólico plan y resolviéndome a ponerlo en práctica—. Salvador no vendrá por ahora, no puede venir.

—¿Lo sabe usted de cierto?—me preguntó, vivamente turbada y con algo

de incredulidad en sus hermosos ojos.

—¿Duda usted de mí?—dije, poniendo en mi semblante esa naturalidad inefable que es uno de mis más preciosos resortes para expresar lo que quiero—. Precisamente no he venido a otra cosa que a decirle a usted su paradero, después de tranquilizarla por si le creía enfermo o muerto.

—¿Y dónde está?

—Habiendo reñido con Mina por una cuestión de amor propio, pasó a las contraguerrillas que siguen al general Ballesteros.

—¿Entonces sigue en el Norte?

—No, señora. Ya sabe usted que el ejército de Ballesteros se ha retirado a Valencia.

—A Valencia, sí. Efectivamente, lo oí decir. ¿De modo que Salvador está en Valencia?

—Sí, y estos informes no son vagos ni fundados en conjeturas, porque yo misma...

Al llegar aquí di un suspiro, afectando cierta emoción. Después acabé así la frase:

—Yo misma me separé de él en Onteniente el veinte de abril.

—¿Es cierto, señora, lo que usted me dice?—me preguntó con gran agitación.

—Sí; pero no creo que haga usted el disparate de ponerse en camino para Levante—indiqué, con objeto de que no conociera mi verdadera idea.

—Pues qué, ¿vendrá?

—Venir, no. No vendrá en mucho tiempo, mayormente si de hoy a mañana capitula la Corte y se establece el absolutismo. Yo creo que se verá obligado a emigrar, embarcándose en cualquier puerto de la costa.

—¿Embarcarse!—exclamó con desaliento—. No, señora, no; eso no puede ser. Corro allá al momento.

Se levantó como si de un vuelo pudiera trasladarse a Valencia.

—¿Y será usted capaz de emprender un viaje tan largo?... ¿Tendra usted valor?...—manifesté con fingida admiración.

—Yo tengo valor para todo, señora.

Después del primer movimiento de credulidad la vi como abatida y vacilante. Dudaba.

—Puede usted escribirle—le dije—, con la dirección que yo le dé, y cuando reciba la contestación de él ponerse en

camino... Lo malo será que en ese tiempo tome la guerra otro aspecto y llegue usted tarde.

—Eso sería terrible. Yo creo que si voy, debo ir hoy mismo... ¿Y de él se separó usted el veinte de abril?

Dudaba todavía. Al llegar a este punto, la voz de la conciencia, que aún me detenía, fué acallada por mis celos, y no pensé más que en el éxito completo del plan que me había propuesto. No vacilé más y pensé en la carta que me había traído Pipaón.

—Me separé de él el veinte de abril—afirmé—; pero después de eso, hallándome en Aranjuez, recibí una carta suya.

Con avidez fijó Solita sus ojos en mí. Por grande que fuera mi serenidad, mi corazón palpitaba, porque ni aun los criminales más criminales hacen ciertas cosas sin algo de procesión por dentro. Confesaré ahora la fealdad toda de mi acción para que se comprenda bien la importancia de aquella escena y mi perverso papel.

—Si quisiera mostrarme usted la carta de Salvador—me dijo, en tono suplicante—, al menos para saber con firmeza el punto en que se halla...

—No la he traído—repuse con el mayor aplomo—; pero volveré a mi casa, que está a dos pasos, y la traeré, para que tenga usted ese consuelo y una seguridad que no pueden darle mis palabras.

—¡Oh!, no, señora; yo creo...

—No..., estas cosas son delicadas. Al instante traeré a usted la carta que me escribió y que no está fechada en Onteniente, sino en otro pueblo del reino de Valencia; pues, como usted puede suponer, el ejército se mueve casi todos los días.

Diciendo esto me levanté. Ella me daba las gracias por mi bondad en cariñosas y vehementes palabras. Brindóse a ir conmigo porque yo no me molestase en volver; pero esto no me convenía, y salí rápidamente. ¡Miserable de mí, y cuánto me cegaba la pasión y aquel detestable afán de hacer daño a la que aborrecía!... Contaré esto con la mayor brevedad posible, porque me mortifica tan desagradable recuerdo; y en verdad que si pudiera escribir estas vergonzosas líneas cerrando los ojos, lo haría para no ver lo que traza mi propia pluma.

XVII

Corrí a mi casa, tomé la carta de Salvador, y con ese golpe de vista del genio criminal comprendí que lo previsto por mí momentos antes podía realizarse fácilmente. La data *Urgel* estaba escrita en letra ancha y mala. La palabra podía ser variada por una mano hábil, y la mía, fuerza es decirlo, lo era, aunque nunca hasta entonces se había empleado en tan infames proezas.

Yo tenía muy presente a un primo mío que había comerciado años antes en un pueblo de Alicante llamado *Vergel*, en las inmediaciones de Denia, a orillas del río Bolana. Esta palabra era el puñal del asesino proyectado por mí. La tomé con la fiebre del rencor. ¡Qué admirablemente servía para mi objeto! ¡Qué bien dispuestas estaban sus letras para una obra satánica! No podía pedirle más, no. Tenía delante de mí una de esas infernales coincidencias que deciden a los criminales vacilantes y a veces hasta impulsan a los justos a escandalosos y horribles pecados.

Tomé la pluma, y con mano segura, regocijándome interiormente en la perfección de mi obra, convertí la palabra *Urgel* en *Vergel*. La fecha era fácil de mudar también. Salvador había puesto marzo en abreviatura. Yo convertí el marzo en mayo, dejando el día, que era el 3, lo mismo que estaba... ¡Oh, cuando no se me cayó la mano entonces, creo que tendré manos para toda la vida!

Del texto de la carta podía mostrarse la primera plana, donde decía, entre otras cosas insignificantes: «No pienso en muchos días salir de este pueblo.»

Corrí allá con mi puñal. Las trágicas figuras antiguas a quien pintan alborotadas y arrogantes con un hierro en la mano no fruncirían el ceño más fieramente que yo al blandir mi carta homicida. Subí a la casa. Sola me esperaba en la puerta. Entramos; me senté al punto... Estaba muy cansada.

—Vea usted—le dije—; el pueblo donde ahora está es *Vergel*. He pasado por él.

Solita devoraba con los ojos la carta.

—*Vergel*—añadí, mostrándole la carta—está entre Pego y Denia, sobre un riachuelo que llaman Bolana. Si va us-

ted a Onteniente, le será muy fácil llegar a *Vergel*.

Ella seguía leyendo.

—Asegura que, por ahora, no piensa moverse de este pueblo—dijo, meditando—. Mejor: con eso tendré la certeza de encontrarle.

—Pero ¿de veras insiste usted en ir?... El resto de la carta no se lo enseño a usted porque no puede interesarle—indicué, afectando la mayor naturalidad y guardando mi arma—. No puedo creer que haga usted la locura de...

—Iré, iré—afirmó con resolución briosa, que inundó mi alma de los frenéticos goces del éxito criminal.

Después de manifestar así su propósito, frunció el ceño, y me dijo:

—Cuando usted se separó de Salvador, ¿sabía él que venía usted a Madrid?

—Lo sabía.

—¿Y cómo no le rogó que me viese y me tranquilizara?

—Porque sabe—repuse con dignidad—que yo no sirvo para hacer las veces de correo. Si he venido a esta casa, ha sido por..., se lo diré a usted con entera franqueza, no quiero fingir móviles que no tuve al venir aquí, aunque después que nos hemos tratado hayan sido distintas mis ideas.

Solita atendía a mis palabras como al Evangelio. Yo le tomé una mano, y, poniéndome a punto de llorar, me expresé así:

—Señora doña Solita, dije a usted al entrar que venía con el simple objeto de tranquilizarla, dándole informes de Salvador.

—Así fué, señora, lo que usted me dijo.

—Pues bien: falté a la verdad. Quise encubrir mi verdadero objeto con una fórmula común. Pero yo no puedo fingir, no puedo ocultar la verdad. Mi carácter peca de excesivamente franco, natural y expansivo. Mis pasiones y mis defectos, la verdad toda de mi alma, buena o mala, se me sale por los ojos y por la palabra cuando más quiero disimular. Usted me ha inspirado simpatía; usted me ha revelado una pureza de sentimientos que merece el mayor respeto. Quiero ser como usted y hablarle con la noble veracidad que se debe a los verdaderos amigos. ¿No es usted hermana para él? Pues quiero que lo sea también para mí.

Solita, al oír esto, se apartó lentamente de mi lado. Noté en ella cierta aversión contenida por el respeto.

—Querida amiga—proseguí, forzando mi arte—, no he venido aquí sino por un egoísmo que usted no comprenderá tal vez. He venido por ver su casa, por conocer lo único que guarda Madrid de esa amada persona, este asilo donde él ha vivido, donde murió su madre y por el cual parecen vagar aún sus miradas. Quería yo dar a mis ojos el gusto de ver estos objetos, estos muebles donde tantas veces se han fijado los ojos suyos... Nada más, ningún otro objeto me trajo aquí. He tenido, además, el placer de conocerla a usted, y ahora, deseándole que halle pronto a su hermano, me retiro.

Levantéme resueltamente. Solita había prorrumpido en amargo llanto.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, señora!—exclamó, secando sus lágrimas—. Le diré que debo a usted este inmenso favor.

—No, no, por Dios. Ruego a usted que no me nombre para nada. Vería en mí una debilidad que no quiero confesarle, mediando, como median en uno y otro, los propósitos de separación eterna.

—Pues callaré, señora; callaré. ¿De modo que usted no le verá más?

Al decir esto había tanto afán en su mirada, que me causó indignación. La habría abofeteado si mi papel no exigiera gran prudencia y circunspección.

—No, señora; no le verá más—le dije, fijando más sobre mi semblante la máscara que se caía—. Después de lo que ha pasado... Pero no puedo revelar ciertas cosas. Si usted le conoce bien, conocerá su inconstancia. Yo le he amado con fidelidad y nobleza. El... No quiero rebajarle delante de una persona que le estima. Adiós, señora, adiós. ¿Se va usted al fin hoy?

Esto lo dije en pie, estrechando aquella mano que habría deseado ver cortada.

—Sí, señora: iré a buscarle, puesto que él no quiere venir.

—Pero ¿se atreve usted, sola, sin compañía, por esos caminos?...—indiqué, deseando que confirmará su resolución.

—Dios irá conmigo—repuso la hipocritona con el acento de los que tienen verdadera fe—. El ordinario de Valencia, que sale esta noche, era amigo de

doña Fermina. Con él iré. Tengo confianza en Dios y estoy segura de que no me pasará nada... Ahora, tomada esta determinación, estoy tranquila.

—La felicidad le retoza a usted en el rostro—afirmé con cruel sarcasmo—. Bien se conoce que es usted feliz. Yo me congratulo de haberle proporcionado un cambio tan dichoso en su espíritu.

Cuando pronuncié estas palabras debió secárseme la lengua, lo confieso.

Poco más hablamos. Hícele ofrecimientos corteses y salí de la casa. Cuando bajaba la escalera sentí impulsos de volver a subir y llamarla y decirle: «No crea usted nada de lo que he dicho; soy una embustera»; pero el egoísmo pudo más que aquel pasajero y débil sentimiento de rectitud, y seguí bajando. Del mismo modo iba bajando mi alma, escalón tras escalón, a los abismos de la iniquidad. Razoné como los perversos, diciéndome que la víctima de mi intriga era una mujer hipócrita y que las pérfidas maquinaciones, tan dignas de censura cuando recaen en personas inocentes, son más tolerables si recaen en quien las merece y es capaz de urdir las peores. Pero estos sofismas no acallaban mi remordimiento, que empezó a crecer desde que salí de la casa y ha llegado después, por su mucha grandeza y pesadumbre, a mortificarme en gran manera.

XVIII

Verdaderamente, mi acción no pudo ser más indigna. ¡Precipitar a una desamparada e infeliz mujer a resolución tan loca, obligarla por vil engaño a emprender un viaje largo, dispendioso, arriesgado y, sobre todo, inútil!... Al mirar esto desde tan distante fecha, me espanto de mi acción, de mi lengua y de la horrible travesura y sutileza de mi entendimiento.

En aquellos días, la pasión que me dominaba, y más que la pasión, el envidioso afán que me producían los recelos de que a'guien me robase lo que yo juzgaba excesivamente mío, no me permitieron ver claramente mi conciencia ni la infamia de la denigrante acción que había cometido; pero cuando todo se fué enfriando y oscureciendo, he podido mirarme tal cual era en aquel día,

y declaro aquí que, según me veo, no hay fealdad de demonio del infierno que a la mía se parezca.

¡Y sigue una viviendo después de hacer tales cosas! ¡Y parece que no ha pasado nada y vuelve la felicidad, y aun se da el caso de olvidar completamente la perversa y villana acción!... Yo no vacilo en escribirla aquí, porque me he propuesto que este papel sea mi confesionario, y una vez puesta la mano sobre él, no he de ocultar ni lo bueno ni lo malo. La seguridad de que esto no ha de verlo nadie hasta que yo no me encuentre tan lejos de las censuras de este mundo como lo están los astros de las agitaciones de la Tierra, da valor a mi espíritu para escribir tales cosas. Yo digo: «Que todo el mundo escriba con absoluta verdad su vida entera, y entonces, ¡cuánto disminuirá el número de los que pasan por buenos! Las cuatro quintas partes de las grandes reputaciones morales no significan otra cosa que *falta de datos* para conocer a los individuos que se pavonean con ellas fatuamente, como los cómicos cuando se visten de reyes.»

Aquella tarde torné a pasar por allí, y entablé conversación con Sarmiento; pero me fué imposible averiguar por él si Solita insistía en partir. Yo tenía gran desasosiego hasta no saberlo, y para salir de mi incertidumbre quise averiguarlo por mí misma. Soy así: lo que puedo hacer no lo confío a los demás. Me fatigan las dilaciones y la torpeza de los que sirven por dinero, y carezco de paciencia para aguardar a que me vengan a decir lo que yo puedo ver por mis propios ojos. Al llegar la noche y la hora en que solían partir los coches, sillas de postas y galeras, mi criada y yo nos vestimos manolescamente con pañolón y basquiña, y nos encaminamos al parador de Fúcar, de donde, según mis noticias, salía el ordinario de Valencia.

No tuve que esperar mucho para satisfacer mi curiosidad. Allí estaba. Solita partía irremisiblemente. Ya no me quedaba duda. La vi dentro del coche que salía, y no pude sofocar en mí un sentimiento de profundísima lástima, forma indirecta que tomaba entonces mi conciencia para presentarme ante los ojos la imagen de mi crimen. Pero el coche partió; ella se fué con su engaño y yo me quedé con mi lástima.

No se había extinguido el rumor de las ruedas del carro de Valencia, cuando sonó más vivo estrépito de ruedas y caballerías. Un gran carruaje de colleras entró en el parador. Mi criada y yo nos detuvimos por curiosidad.

—Es el coche de Alcalá—dijeron a nuestro lado—. Esta noche viene lleno de gente.

Por una de las portezuelas vi la cara de un hombre. El corazón parecía hacerse pedazos. Me volví loca de alegría. No pude contenerme. Era él. Mis exclamaciones cariñosas le obligaron a bajar del coche, y apenas puso el pie en tierra me arrojé, llorando, en sus brazos.

XIX

Al día siguiente le aguardaba en mi casa, y no fué hasta muy tarde, cuando ya anochecía. Estaba muy fatigado, triste y abatido. Lo primero de que me habló fué del vacío que había dejado en su casa la muerte de su madre, de la partida de su hermana, a quien creía encontrar en Madrid, y del brevísimo espacio que un perverso destino había puesto entre la marcha de ella y la llegada de él.

—Castigo de Dios es esto—dijo—por mi descuido en escribir y mi desnaturalizado proceder.

Después pasó de la tristeza a la furia. Yo procuraba arrancarle tan lúgubres ideas, recordándole nuestro placentero viaje del verano anterior y la catástrofe de su cautiverio; hacía mil preguntas sobre sus padecimientos, emancipación, campaña de Cataluña y toma de la Seo; pero sólo me contestaba con monosílabos y secamente. Escaso interés mostraba por las cosas pasadas, y aun yo misma, que era un presente digno, a mi parecer, de alguna estima, apenas podía obtener de él atención insegura y casi forzada. Su pensamiento estaba fijo en la fugitiva, y mis sutiles zalamerías no podían apartarle de allí. No cesaba de discurrir sobre los móviles de aquel viaje, y yo, sintiendo revivir y agitarse en mí lo que siempre tuve de serpiente, estuve a punto de indicarle que Soledad habría partido arrastrada por algún hombre; pero en el momento en que desplegaba los labios para sugerir esta

idea me contuve. Aquella vez había vencido mi conciencia, y, hallándome con fuerzas para las mayores crueldades, no las tuve para la calumnia.

Al fin, creí prudente no decirle una palabra sobre aquella cuestión.

—Bastaba que yo viniese con deseo de verla—dijo, hiriendo violentamente el suelo con el pie—para que ella huyese de mí. Así son todas mis cosas. Lo bueno existe mientras yo lo deseo. Pero lo toco, y adiós.

Estas amargas palabras eran un desaire para mí, y, por lo visto, yo no estaba comprendida en el número de las cosas buenas; pero sofoqué mi resentimiento y seguí escuchándole.

—Desde que el deseo de venganza y mi odio al absolutismo—añadió—me inclinaron a tomar las armas, tuve el presentimiento de que la campaña se echaría a perder, y así ha sido. Ya tienes a la plaza de Figueras en poder de los franceses; a Mina, vagabundo, sin saber qué partido tomar, y todo el ejército, desconcertado y sin esperanza de vencer. ¡Gran milagro habría sido que donde yo estoy hubiese victorias! Desastres y nada más que desastres. La sombra que yo echo sobre la tierra destruye.

—¡Qué necio eres! ¿Crees acaso en las estrellas fatales y en el sino?

—No debiera creer; pero todo me manda que crea... Ya ves. Me envía Mina a Madrid con una comisión en que funda grandes esperanzas, y desde que llego aquí pierdo las pocas que traía, porque no hallo sino desanimación y flojedad. Al mismo tiempo, la ilusión más querida de este viaje se ha desvanecido como el humo. Yo tenía una hermana, más que hermana, amiga, con una amistad pura y entrañable que nadie puede comprender, sino ella y yo; una amistad que tiene todo lo santo de la fraternidad y todo lo bueno del amor, sin las tenebrosas ansias de éste. En mi hermana veía yo todo lo que me queda de familia, lo único que me resta de hogar: en ella veía a mi madre, y una representación de todos los goces de mi casa, la paz del alma, dichas muy grandes, sin mezcla de martirio alguno. Pues bien: llego, y mi casa está desierta. Jamás pensé en perderla. Ella, el único ser de quien estaba seguro, vuela también lejos de mí y se va. ¡Ay Jenara! ¡No puedo decirte cuán sola estaba mi

casa! Figúrate, todo el Universo vacío, y sin vida. Ni mi madre ni Soledad... ¡Qué sepulcro, Dios mío! Así se va quedando mi corazón, lo mismo que una gran fosa, todo lleno de muertos... Tú no puedes entender esto, Jenara. En ti todo vive. Tu carácter hace resucitar las cosas y eres un ser privilegiado para quien el mundo se dispone siempre del modo más favorable; pero yo...

—Cúlpate a ti mismo—le dije—y no hables del destino. Te quejas de que tu hermana te haya abandonado y no recuerdas que has estado mucho tiempo sin escribirle, sin darle noticias de ti, sin decirle siquiera: «¡Estoy vivo!»

—Es verdad; pero se apoderó de mí el estúpido delirio de la guerra. Me sedujo la idea gloriosa que representaba nuestro ejército al perseguir a los realistas. Sólo veía lo que estaba delante de mis ojos y dentro de mí: el enemigo y los torbellinos de mi cerebro, un ideal de magníficas victorias que dieran a mi país lo que no tiene. Ya sabes que yo me equivoco siempre. Lo extraño es que, conociendo mi torpeza, me empeñe en andar hacia adelante, como los demás hombres, en vez de estarme quieto, como las estatuas... Ahora todo lo veo destrozado, caído y hecho pedazos por mis propias manos, como el que, entrando en un cuarto oscuro y lleno de preciosidades, a ciegas, tropieza y lo rompe todo. En Cataluña, desengaños; en Madrid, más desengaños todavía; un gran vacío del entendimiento y otro más grande del corazón. Parece que la realidad de mis ideas es un ave que se asusta de mis pasos y levanta el vuelo cuando me acerco a ella. ¡Maldita persona la mía!

Debía enojarme de tales palabras, porque, según ellas, yo no era nada. Pero no me mostré ofendida, y solamente dije:

—Si al llegar encuentras todo solo y vacío, no es porque las cosas vuelen antes de tiempo, sino porque tú llegas siempre tarde.

—También es verdad. Llego siempre tarde. Ya ves lo que me ha pasado ahora. Se le antoja al señor Mina enviarme aquí cuando todo está perdido. Pero él no contaba con la rapidez de este desmoronamiento: no contaba con la retirada de Ballesteros, sin combatir, ni con la defección de La Bisbal. Mina tiene la

desgracia de creer que todos son valientes y leales, como él.

—¿La defección de La Bisbal? ¡De modo que ya...! No creí que fuera tan pronto! El conde acostumbra preparar con cierto arte sus arrepentimientos.

—No se dice públicamente; pero es seguro que ya está en tratos con los franceses para capitular. Me lo ha dicho Campos, que olfatea los sucesos. De mañana a pasado, el aborrecido estandarte negro ondeará en Madrid. ¿A qué he venido yo? No parece sino que vengo a izarlo yo mismo.

—Pues no hagas caso de los masones, ni de la guerra, ni de la Constitución —le dije—. ¿Para qué te empeñas en cosas imposibles? ¿Por qué desprecias lo que tienes y persigues fantasmas vanos?

Me miró, comprendiendo mi intención. Sus ojos no indicaban desafecto. Acompañóme a cenar, y mis alardes de humor festivo, mi cháchara y las delicadas atenciones que con él tuve no lograron disipar las nubes que ennegrecían su alma. También la mía se encapotaba lentamente, cayendo en hondas tristezas. Acostumbrada a verme señora de los sentimientos de aquel hombre, padecía mucho considerando perdido su amoroso dominio, esa tiranía dulcísima que, al mismo tiempo, embelesa al amo y al esclavo.

Pero aún conservaba yo gran parte de mi prestigio. Vencí, aunque sin poder conseguir la tranquilidad que acompaña a los triunfos completos, porque descubrí en su complacencia algo de violento y forzado. Sospeché que al corresponder a mi leal cariño lo hacía más bien por delicadeza y por deber que por verdadera inclinación. Esto me atormentó toda la noche, quitándome el sueño. Cuando pude dormir, la imagen de la pobre huérfana que recorría media España buscando a su hermano, a su amante o lo que fuera, se me presentó para atormentarme más. ¡Ay, qué terrible es una gran falta sin éxito!

La visión de la mujer errante no se quitaba de mi imaginación. Pero yo entonces, creyéndome menos amada de lo que mi frenesí de amor exigía, pensando que me habían vencido ajenos recuerdos y vaguedades sentimentales referentes a otra persona, me gozaba con fiera crueldad en la desolación de la hermana viajera.

«¡Bien!—le decía—. Corre tras él, corre hoy, y mañana, y siempre, para no encontrarle, al fin... Muy bien, hipocritona... ¡Me alegro, me alegro!»

XX

Campos entró en casa, al día siguiente, muy temprano. Ya he dicho que este masón era amigo muy constante de la familia con quien yo vivía, un matrimonio alavés, de edad madura y sin hijos, extraño, por lo general, a las pasiones políticas, aunque la señora, como buena vascongada, se inclinaba al absolutismo. Campos entró gritando:

—¡Ya nos la ha pegado ese tunante!

Al punto comprendí lo que quería expresar.

—La Bisbal ha capitulado, ¿no es eso?

—le dije—. ¡Qué noticia! Ya lo suponíamos.

—Pero al menos, señora, al menos...

—manifestó Campos con afán—. Las formas, es preciso guardar ciertas formas... Todos estamos dispuestos a capitular, porque no es posible vivir en lucha con la general corriente, ni con la Europa entera; pero..., pero...

—Y ¿qué ha hecho La Bisbal?

—Dar un manifiesto...

—Ya lo suponía: es el hombre de los manifiestos.

—Un manifiesto en que dice que sí y que no, y que tira y afloja, y que blanco y que negro... En fin, un manifiesto de La Bisbal. Después entregó el mando al marqués de Casteldorús y ha desaparecido. En el ejército cunde la demoralización. La mayor parte de los soldados se van a donde les da la gana, y aquí nos tiene usted como el tres de diciembre de mil ochocientos ocho: en poder de los franceses... Vamos a ver: ¿qué hace ahora un hombre honrado como yo? ¿Qué hacen ahora los hombres que no se han metido en nada, que desde su campo defendieron siempre el orden y las conveniencias?...

Yo hacía esfuerzos para contener la risa. La zozobra del masón en momentos de tanto apuro y su afán por presentarse como hombre de orden, ofrecían un cuadro tan gracioso como instructivo.

—¿De modo que ya se acabó la Constitución?—dijo la señora de Saracha,

elevando majestuosamente las manos al cielo, como en acción de gracias—. Pues ahora habrá perdón general, se reconciliarán todos los españoles, dándose fraternales abrazos y amparándose bajo el manto amoroso del rey.

Yo me eché a reír.

—No es mal perdón el que nos aguarda—dijo Campos, con detestable humor—. ¡Bonito manto nos amparará! Ya se ha alborotado la gentuza de los barrios bajos, y las caras siniestras, las manos negras y rapaces, los trabucos y las navajas van apareciendo. Nada, nada. Tendremos escenas de luto y de ignominia, otro diez de mayo de mil ochocientos catorce.

—¿Será posible? Pues me parece que, efectivamente, hay algo de alboroto en la calle—dijo mi amigo, asomándose al balcón.

Vivíamos en la calle de Toledo, que es la arteria por donde la emponzoñada sangre sube al cerebro de la villa de Madrid en los días de fiebre. Cruzaban las calles gentes del pueblo en actitud poco tranquilizadora. Al poco rato oímos gritar: «¡Viva la religión! ¡Vivan las caenas!» Fué aquélla la primera vez de mi vida que oí tal grito, y confieso que me horrorizó.

Campos no quiso asomarse, porque le enfurecían los desahogos de la plebe (mayormente, cuando chillaba en contra de los liberales), y seguía diciendo:

—Veremos cómo tratan ahora a los hombres honrados que han defendido el orden, que han procurado siempre contener al democratismo y a la demagogia.

No pude vencer mi natural inclinación a las burlas, y le dije:

—Señor Campos, no doy cuatro cuartos por su pellejo de usted.

—Ni yo tampoco — me respondió, riendo.

El, en medio de su descontento, esperaba filosóficamente el fin, seguro de sobrenadar, tarde o temprano, en el piélagos absolutista. Era, además, hombre de tanto valor como audacia.

La gente de los barrios bajos siguió alborotando todo el día. Moviése la tropa para mantener el orden, y el general Zayas, que mandaba en Madrid y había firmado la capitulación aquella misma mañana con los franceses, parecía dispuesto a ametrallar sin compasión a la canalla. En gran zozobra vi-

víamos todos los vecinos de la villa, porque se hablaba de saqueo y de la aproximación de las partidas de Bessiéres, el infame aventurero que, defendiendo el despotismo, quería lograr lo que no pudo conseguir combatiendo por la República.

Pero la principal causa de mi inquietud era no ver a mi lado a la persona que más me interesaba en aquellos días. Le esperé toda la mañana y toda la tarde, y como a ninguna hora parecía y había hecho promesa de visitarme, creí que le pasaba algo desagradable. Por la noche, no pude refrenar mi ardorosa impaciencia y volé a su casa. Tampoco estaba en ella, y el anciano portero y maestro de escuela, armado de fusil, en medio de la portería, furioso y exaltado, cual si acabara de escaparse de un manicomio, me inspiró tanto miedo, que no quiso esperar allí.

Pasé la noche en un estado de angustia horrible. Corrían rumores de que pronto tendríamos saqueos, prisiones, muertes y escandalosas escenas. Se decía de los liberales más señalados eran perseguidos por las calles, como perros rabiosos, y apedreadas sus casas. Yo no podía vivir. Al amanecer del otro día, que era 20 de mayo, busqué a Salvador en diversos puntos, y tampoco le pude encontrar. Antes de volver a casa, vi movimientos de tropas en la Puerta del Sol, y me dijeron que Bessiéres había aparecido con sus cuadrillas, que yo llamaba de *asesinos de la Fe*, por detrás del Retiro, amenazando entrar en Madrid. La plebe de los barrios bajos se le había reunido, y como hambrientos perros aullaban, mirando a la Corte con ansia de devorarla. Todo Madrid estaba aterrado, y yo más que nadie, no por el temor del saqueo, sino por la sospecha de que la persona mas cara a mi corazón hubiera sido víctima del furor de la plebe.

Esperé también todo aquel día. Campos entró a darnos noticias de lo que pasaba. Oíamos cañonazos lejanos, y a cada instante creíamos ver llegar y difundirse por las calles a la desenfrenada turba, soez, ebria de sangre y de pillaje. Pero Dios no quiso que en aquel día triunfaran los malvados. El general Zayas destruyó a los *asesinos de la Fe*, acuchillando a los chisperos y mujerzuelas que entre ellos graznaban. La plebe, aterrada, volvió a sus oscuras gua-

ridas, y mucha gente mala huyó a los campos, aguardando a poder entrar con los franceses. Desde que supimos el gran peligro a que habíamos estado expuestos los habitantes de Madrid, todos deseábamos que llegasen de una vez los cien mil hijos de San Luis, para que, estableciendo un Gobierno regular, contuvieran a la canalla, azuzada por los realistas furibundos.

Al fin, salí de la angustia que me atormentaba. En la mañana del día 21, el prófugo, por quien yo había derramado tantas lágrimas, se presentó delante de mí, en estado bastante lastimoso, desencajado y lleno de contusiones, con los ojos encendidos, seca la boca, cubierta de sudor la hermosa frente, rotos y llenos de polvo los vestidos.

Al punto comprendí que había sido maltratado por las feroces bestias populares. No le dije nada, y me apresuré a cuidarle, proporcionándole alimento y reposo. El me miraba con ojos extrañados. Apretando los puños, exclamó:

—¿Has visto a la canalla?

Necesitaba sosiego, y por todos los medios procuré tranquilizarle.

—No pienses más en eso—le dije—, y regocíjate ahora en la paz de mi compañía y en esta dulce soledad en que estamos.

—¡No puedo, no puedo!—exclamó, con gran agitación.

Y después repetía:

—¿Has visto a la canalla? Pero ¡qué canalla es la canalla!

Más tarde me contó que había corrido un gran riesgo, porque, al salir de un sitio en que estaban reunidas varias personas contrarias al despotismo, fué acometido, pudiendo salvar a duras penas la vida, gracias a su energía y al coraje con que se defendió.

Su estado febril inspiróme bastante ansiedad aquella noche que pasó junto a mí; pero a la mañana siguiente su prodigiosa naturaleza había triunfado de la ebullición de la sangre irritada.

—No puedo ir a mi casa—me dijo—, y aun será peligroso que salga a la calle; pero yo necesito disponer mi viaje.

—¿Vuelves al Norte?

—No; tengo que ir a Sevilla, donde está lo que queda de Gobierno liberal. No tengo ya ni un resto siquiera de esperanza; pero es preciso que cumpla fielmente la comisión del general Mina y

vaya hasta las últimas extremidades, para que nos quede al menos el consuelo de haberlo intentado todo y para que no se pueda decir esta verdad terrible: «No hubo un solo liberal en España que supiera cumplir con su deber.»

—Pues si vas a Andalucía, iré contigo—dije, regocijándome ya con la idea de acompañarle y huir de Madrid, donde mi conciencia no podía estar tranquila.

—El viaje no será fácil—respondió, sin demostrar grande entusiasmo por mi compañía—, mayormente para una señora.

—Para mí todo es fácil.

—No se encontrarán carruajes.

—Como rueda el dinero, rodarán los coches.

—La Policía vigilará la salida de los liberales.

—No importa.

Sin pérdida de tiempo empecé mis diligencias para nuestro viaje. Ningún propietario de coches quería arriesgar su material ni sus caballerías, porque los facciosos se apoderaban de ellas. No me acobardé, sin embargo, y seguí mis pesquisas. Campos también deseaba proporcionar a mi amigo fácil escapatoria.

La entrada de los franceses el día 23 me dió alguna esperanza; mas, por desgracia, entre las fuerzas de vanguardia no venía el conde de Montguyon. Vi, en cambio, muchos guerrilleros del Norte, de fiero aspecto, y temblé de pavor, deseando entonces más vivamente huir de la corte.

¡Y qué desorden en los primeros momentos de aquel día! Por mucha prisa que se dieron los franceses a establecerse, no lograron impedir mil excesos.

Centenares de hombres cuyo furor había sido pagado corrían por las calles celebrando entre borracheras el horrible carnaval del despotismo. Rompían a pedradas los cristales, trazaban cruces en las puertas de las casas donde vivían patriotas, como señal de futuras matanzas; escarnecían a todo el que no era conocido por su exaltación absolutista; gritaban como locos, maldiciendo la Libertad y la nación. No escapaban de sus groserías las personas indiferentes a la política, porque era preciso haber sido perro de presa del absolutismo para obtener perdón. Algunos frailes de los que más habían escandaliza-

do en el púlpito con sus sermones sanguinarios eran llevados en triunfo.

Saliendo de misa de San Isidro, me vi insultada y seguida por una turba de mujerzuelas feroces sólo porque llevaba un lazo verde. El color verde era ya el color de la ignominia, como emblema del liberalismo, que tantas veces había escrito sobre él «Constitución o muerte». Vi maltratar a un joven de buen porte sólo porque usaba bigote, y desde aquel día el tal adorno de las varoniles caras fué señal de francmasonismo y de extranjería filosófica.

Quien vió una vez tales escenas no puede olvidarlas. Mis ideas habían cambiado mucho desde mi viaje a Francia. Conservando el mismo respeto al Trono y al Gobierno fuerte, había perdido el entusiasmo realista. Pero en aquel día tristísimo se desvanecieron en mi cabeza no pocos fantasmas; y aunque seguí creyendo que uno solo gobierna mejor que doscientos, el absolutismo popular me inspiró aversión y repugnancia indecibles.

No había concluído de referir en mi casa el gran peligro que había corrido por llevar un lazo verde, cuando entró Campos. Traía semblante muy alegre.

—Ya está resuelta la cuestión de tu viaje—dijo a Salvador—. Esta noche puedes marchar, si quieres.

—¿Cómo?—preguntamos él y yo.

—De un modo tan sencillo como seguro. El marqués de Falfán de los Godos (1) había pensado marchar a Andalucía... ¡Como la pobre Andrea está tan delicada...! En fin: se han decidido a salir esta noche. Tienen silla de postas propia. Al punto me he acordado de ti. Falfán de los Godos tiene gusto en llevarte.

—Eso no puede ser—dije vivamente, saliendo al encuentro de aquella proposición con verdadera furia que trataba de disimular.

—¿Por qué no ha de poder ser, señora mía?—dijo Campo—. En la silla de postas irán cómoda y seguramente el marqués, mi sobrina con su hijo, la doncella y dos criados, que seremos nosotros, Salvador y yo. Perfectísimamente.

El taimado masón se restregaba las manos en señal de regocijo.

—Me parece una excelente idea—afir-

mó Monsalud, mirándome—. ¿No crees tu lo mismo?

Yo no contesté nada. Estaba furiosa. El vió, sin duda, en mis ojos la tempestad que se había desatado en mi corazón; mas no por conocerlo se apresuró a conjurarla. Antes bien, ocupóse en disponer su viaje con una calma, con una indiferencia hacia mí, que me irritaron más. Mi dignidad me impedía pedir un puesto en aquel coche que se llevaría a la mitad de mi alma. La misma dignidad me impedía recordarle nuestro dulce proyecto de ir juntos. Encerréme breve rato en mi cuarto para que nadie conociese la alteración nerviosa que me sacudía, y con los dientes hice pedazos un pañuelo inocente. Mis ojos, secos e inflamados, no podían dar salida a la angustia de mi corazón derramando una sola lágrima.

Cuando me presenté de nuevo, mi apariencia no podía ser más tranquila. Afectaba naturalidad y hasta alegría; tal era la perfección de mi disimulo. Evoqué todas las fuerzas de mi voluntad para forjar la máscara de hierro bajo la cual escondía mi verdadero semblante, lleno de luto y consternación. ¡Qué intenso padecer! ¿Cómo no, si Salvador mismo me había contado toda la historia de sus relaciones con Andrea Campos, después marquesa de Falfán de los Godos? Yo la había tratado bastante después de su matrimonio. La admirable hermosura de la americanilla, representándose en mi imaginación, me la quemaba como un hierro abrasado...

Tuve valor para verlos partir. Vi a la sobrina de Campos subir al coche, haciéndose la interesante con su languidez de dama enfermita; vi al viejo marqués engomado y lustroso como un muñeco que acaba de salir del taller de juguetes; vi a Salvador tomando en brazos y besando cariñoso al niño de la marquesa... No quise ver más... ¡El coche partió!... ¡Se fueron!...

XXI

Se fueron, y yo me quedé. Las lágrimas que antes no habían querido salir de mis ojos brotaron a raudales, abrasándome las mejillas. No podía dejar de pensar en la hipocritona, que

(1) Véase *El Grande Oriente*.

corría por los campos desiertos, lanzada por mí al interminable viaje de la desesperación; pero, lejos de tenerle lástima, aquel recuerdo avivaba mi hondo furor, haciéndome exclamar: «¡Me alegro, mil veces me alegro!»

¡Cuán grande había sido mi castigo! Para que éste fuera más evidente, fui condenada por Dios al mismo suplicio de viajar buscando a una persona amada, de correr un día y otro día, como el que huye de su sombra, siempre impaciente, siempre anhelante, precipitada de la esperanza al desengaño y del desengaño a una nueva esperanza. Porque sí; yo emprendí también el viaje a Andalucía tres días después. Estaba en la alternativa de morir de despecho o correr también. Hubo en mí desde aquel día algo de la maldición espantosa que pesaba sobre el judío errante, y me sentí como arrastrada por la fuerza de un huracán.

¡Ay! El huracán estaba dentro de mí misma, en mi cólera, en mis celos, en un loco afán de no hallarme lejos de dos personas cuya imagen ni un solo instante se apartaba de mi pensamiento. Si mis lectores me han conocido ya por lo que va contado de mi borrascosa vida, comprenderán que yo no podía quedarme en Madrid. Mi carácter me lanzaba fuera, como la pólvora lanza la bala.

Partí... Pero antes debo decir cómo pude conseguir los medios para ello. Mi primer paso fué recurrir a Eguía; mas desde la entrada de los franceses le habían arrinconado como trasto inútil, y una Regencia fresca y lozana funcionaba en su lugar. Nombróla Angulema, de acuerdo con el Consejo de Estado, y la componían los duques del Infantado y de Montemart, el barón de Eroles, el obispo de Osma y don Antonio Gómez Calderón. Secretario de ella era el venenoso Calomarde, al cual me dirigí solicitando un paso y licencia para el uso de coche postal. Recibíome tan fríamente y con tanta soberbia e hinchazón, que no pude menos de recordar al don Soplado del poeta sainetero don Ramón de la Cruz.

Le desprecié como merecía, y recurrí a don Víctor Sáez, nombrado ministro de Estado; pero éste me recordó a la rana cuando quiso parecerse al buey. Tuvo el mal gusto de echarme en cara

mi supuesta conversión al Constitucionalismo y a la Carta francesa, diciéndome mil necedades presuntuosas y aun amenazándome. Su fatuidad, semejante a la del pavo cuando se sopla y arrastra las alas para meter ruido, me hizo reír en sus propias barbas. El único que se me mostró algo propicio fué Herro, hombre honrado y modesto. Pero nada positivo saqué de la flamante situación, que daba pruebas de su agudeza política volviendo las cosas *al propio ser y estado que tenían en 7 de marzo de 1810*, restableciendo los antiguos Consejos y la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Era esto volver a los tontillos, al guardainfante y al pelo empolvado.

Por mi ventura, llegó a Madrid el conde de Montguyon. Lo vi: hízome la centésima declaración de amor, y luego, con semblante dolorido, me dijo:

—Soy muy desgraciado, señora, en no poder estar cerca de vos. Tengo que partir con el general Bourdesoulle para esa poética región que llaman la Mancha, idealizada por las aventuras del gran caballero.

Entonces le manifesté que si me proporcionaba los medios de hacer el viaje, poniendo yo por mi cuenta todos los gastos, le seguiría a aquel encantado país que hizo célebre el caballero sin par. Al oír esto se volvió todo obsequios, y tres días después tenía yo a mi disposición una silla de postas con caballos del cuartel general de Bourdesoulle, y un pase que me aseguraba el respeto de las turbas por todo el tránsito que iba a recorrer.

Partí al fin de Madrid, acompañada de mi doncella. Salí como el agua de una esclusa cuando se le abren las compuertas que la sujetan. Yo no veía bastante llanura por donde correr; en ningún momento me parecía que andaba bastante mi coche; enfadábame el cansancio de las mulas, la pesadez de los mesoneros y la flema del mayoral, que se ponía siempre de parte de las caballerías en mi febril contienda con el tiempo y la distancia.

En los pueblos por donde rápidamente pasaba vi escenas que me causaron tanta indignación como vergüenza. En Ocaña habían quitado las imágenes que adornaban el ángulo de algunas calles, poniendo en su lugar el retrato de Fernando, entre cirios y ramos de flores,

y debajo la piadosa inscripción: «¡Vivan las caenas!» En Tembleque presencié el acto solemne de arrojar al pilón donde bebían las mulas a dos o tres liberales y otros tantos milicianos. En Madridejos tuve miedo, porque una turba que invadía el camino cantando coplas tan disparatadas como obscenas quiso detenerme, fundada en que el mayoral había tocado con su látigo el estandarte realista que llevaba un fraile. Necesité mostrar mucha serenidad, y aun derramar algún dinero, para que no me causasen daño; pero no pude seguir hasta que llegaron a aquel ilustrado pueblo las avanzadas de la caballería francesa.

En Puerto Lápiche se rompió una ballesta de mi coche, ocasionándome detención de dos días. Las horas eran siglos para mí. Quemaba la tierra bajo mis pies. Yo hubiera deseado poseer la autoridad de una reina asiática para vencer tantas dificultades, atando a los hombres al pescante de mi coche. La desproporción enorme entre mi impetuoso anhelo y los medios materiales de que disponía me llevaron a un lamentable estado nervioso que de ningún modo podía calmar. Únicamente logré calmar un poco el hervor de mi carácter empleando un medio bastante pueril, pero que no parecerá muy absurdo a las mujeres que se me asemejen. Consistía en tomar el látigo del mayoral y ponerme a descargar furiosos latigazos sobre los robles del camino en Sierra Morena, y sobre los olivos de Andalucía.

En Despeñaperros hallé nuevos obstáculos. Allí había una especie de ejército español, mandado por una especie de general, que tenía el encargo de hacer una especie de resistencia a las tropas de Bourdesoulle. Dios había decidido que no hubiese otro Bailén en la Historia, y los inocentes que creían en un nuevo 19 de julio de 1808 se llevaron gran chasco. ¡Parece mentira! Quince años después, los papeles de aquel drama habían cambiado. Los personajes eran los mismos. Creeríase que habían resucitado los muertos de la gloriosa época, pero que al vestirse se habían equivocado de uniforme.

En pocas horas fué desbaratado. Placencia, (que así se llamaba el general que defendía la puerta de Andalucía), y los franceses pisaron el glorioso cam-

po de las Navas de Tolosa, de Mengíbar y de Bailén. Menos afortunada yo, fui otra vez detenida, y el conde de Montguyon, a quien Bourdesoulle mandó situarse en Guarromán, mostró muy poco interés porque yo siguiera adelante. Con todo, tales artes usé para sacar partido de su caballería andante, que me libré de él muy lindamente. Por fin, el 6 de junio entré en Córdoba, donde no me detuve más que lo preciso.

El 9 por la tarde vi a lo lejos una inmensa mole rojiza que iluminaban los rayos del sol poniente. Ante mí se extendían hermosas llanadas de trigo, como un campo de oro, cuya reverberación amarilla ofendían los ojos. Yo no había visto un cielo más alegre, ni un ambiente más respirable y que más embelesase los sentidos, ni un crepúsculo más delicioso. La enorme torre que se destacaba a lo lejos sobre apretado caserío y entre otros mil torres pequeñas iba creciendo a medida que yo me acercaba, y parecía venir a mi encuentro con gigantesco paso. La torre era la Giralda, y la ciudad, Sevilla.

XXII

¡Sevilla! ¡De qué manera tan grata hería mi imaginación este nombre! ¡Qué idealismo tan placentero despertaba en mí! No creo que nadie haya entrado en aquel pueblo con indiferencia, y, desde luego, aseguro que el que entre en Sevilla como si entrara en Pinto es un bruto. ¡El *Burlador*, don Pedro el *Cruel*, Murillo! Bastan estas tres figuras para poblar el inmenso recinto que es en todas sus partes teatro de la novela y el drama, lienzo y marco de la pintura. ¡Y hasta las pinturas sagradas son allí voluptuosas! Para que nada le falte, hasta tiene a Manolito Gázquez, cuyas hipérboles graciosas han dado la vuelta a España y parece que forman la base de la riqueza anecdótica nacional.

En Sevilla, la noche y el día se disputan a cuál es más bello; pero cuando llega el rigor del verano, vence irremisiblemente la noche, asumiendo todos los encantos de la Naturaleza y de la poesía. Para ella son los delicados aromas de jazmines y rosas; para ella, el picante rumor de las conversaciones amorosas; para ella, la dulce tibieza de

un ambiente que recrea y enamora, las quejumbrosas guitarras que expresan todo aquello a que no pueden alcanzar las lenguas. Cuando yo llegué, se dejaba sentir bastante el calor, sin ser insoportable; pero las noches eran deliciosas, un paraíso en el cual no se echaba de menos el sol.

Hallé un cómodo hospedaje en la calle de Génova, y desde la noche de mi llegada vi a muchos diputados que moraban allí, y a otros que iban a visitarlos. Era un hervidero de gente habladora, una olla puesta al fuego. Sus ardientes disputas, sus gestos, sus furores, indicaban la gravedad de la situación.

Vivían conmigo Argüelles, Canga-Argüelles, Salvato, Flórez Calderón, el canónigo Villanueva y el almirante don Cayetano Valdés. Iban a visitar a éstos Galiano, Istúriz, Beltrán de Lis, don Angel de Saavedra, después duque de Rivas, y otros. Con algunos de ellos tenía yo amistad. Oyéndoles, supe que se había descubierto una conspiración tramada por cierto general inglés llamado Downie, el mismo que había organizado una partida de combatientes en la guerra de la Independencia. La conspiración debió de ser muy inocente, conforme a las modas de aquel tiempo, y todo en ella fué sainete, hasta el descubrimiento, hecho por un cirujano.

Tan sólo descansé la noche de mi llegada, y al día siguiente, que era el 10 de junio, di principio a mis investigaciones, saliendo a hacer algunas visitas. Al pasar por las calles más principales experimentaba profunda emoción, creyendo ver semblantes conocidos. Yo no sé qué había en aquella fisonomía de la multitud para turbarme tanto; pero esto pasa cuando lo que amamos se pierde en las oleadas del gentío, al cual presta su rostro y su persona toda.

Aprovechando bien el día, pude ver a muchas personas y dar con alguna que me indicó el domicilio de los marqueses de Falfán. Este era el principal objeto de mis impacientes ansias. Pero en aquel día 10 de junio, precursor de una de las fechas más célebres de nuestra historia, nadie hablaba de otra cosa que de política, de la resistencia del rey a trasladarse a Cádiz y del empeño de los ministros en llevarsele de grado o por fuerza. Advertí entonces que no era Sevilla población muy liberal, y

que, en la contienda entablada, la mayoría de los paisanos de Manolito Gázquez se ponía de parte del rey. Por un fenómeno extraño, la aristocracia aparecía más enemiga del absolutismo que el pueblo; pero esto no me causaba sorpresa, por haber observado el mismo contrasentido en Madrid.

No pudiendo refrenar mi impaciencia, aquella misma noche fui a casa del marqués de Falfán. Las visitas de noche son sumamente agradables en verano en aquel país, contribuyendo a ello los frescos patios, trocados en salones de tertulia. Nadie puede, sin haber visto estos agradables recintos, formar idea de ellos y del hermoso conjunto que presentan las plantas, la fuente de mármol con su murmurante surtidor, los espejos, los cuadros, al mismo tiempo iluminados por las bujías y por el rayo de luna que penetra burlando el toldo; la dulce cháchara de las conversaciones, más dulce a causa del gracioso ceceo bético, y, por último, las lindas andaluzas, que alegrarían un cementerio, cuanto más un patio de Sevilla.

Había pocas personas en casa de Falfán. Encontré a la marquesa muy desmejorada y triste en gran manera, lo cual no sé si me causó pena o alegría. Creo que ambas cosas a la vez. Yo justifiqué mi viaje a Sevilla suponiendo asuntos de intereses, y no me atreví a preguntar por él ni siquiera a nombrarle, para que mi afectada indiferencia alejara todo recelo. Tenía esperanza de verle entrar en el patio cuando menos lo pensase, y me preparaba para no turbarme en el momento de su aparición. Cualquier ruido de la puerta me hacía temblar, dándome los escalofríos propios de la pasión en acecho.

Sin que me esté mal el decirlo, y poniendo la verdad por delante de todo, aun de la modestia, yo estaba guapísima aquella noche, vestida al estilo de París, con una elegancia superior a cuanto veían mis ojos. Harto me lo probaban los de los caballeros allí presentes, que no se apartaban de mí, causando envidia a todas. Como los andaluces no son cortos de genio, aquella noche recibí galanterías y donaires para el año entero.

Mi afán consistía en sacar alguna luz, algún dato, alguna noticia de mi con-

versación con la marquesa de Falfán; pero, fuese discreción suma o ignorancia de la hermosa dama, ello es que nada dejó comprender. Hablaba lo menos posible, y con sus miradas, lo mismo que con el sentido de sus palabras, sólo una cosa me decía claramente, a saber: que me aborrecía de todo corazón. Yo, maestra consumada, disimulaba mejor que ella.

El marqués de Falfán de los Godos, hablándome de política, me distrajo de esta batalla que yo daba a la taciturna reserva de Andrea. Las aficiones que yo había mostrado en Madrid a las cosas públicas me perdieron entonces, porque el buen señor me atacó con verdadera ferocidad de charlatanismo, deseando saber mi opinión sobre sucesos y personas. Mi fastidioso interlocutor era liberal templado, partidario de un justo medio, muy justamente mediano, y de las dos Cámaras y del veto absoluto. Había tenido sus repulgos de masón, repetía los dichos de Martínez de la Rosa y era bastante volteriano en asuntos religiosos. Defendía al clero como fuerza política; pero se burlaba de los curas, del Papa y aun del dogma mismo, sin que esto fuera obstáculo para creer en la conveniencia de que hubiese muchos clérigos, muchos obispos, muchísimas misas y hasta Inquisición. En suma, las ideas del marqués eran el capullo de donde, corriendo días, salió la mariposa del partido moderado.

Decir cuánto me mareó aquella noche, fuera imposible. Tuve que saber cosas que, a la verdad, me interesaban poco; por ejemplo: que Calatrava, a la sazón presidente del Ministerio, no era hombre apropiado a las circunstancias; que los masones primitivos o *descalzos* estaban en gran pugna con los secundarios o *calzados*, y ambos con los carbonarios y comuneros; que los partidarios de San Miguel trabajaban por echarlo todo a perder más de lo que estaba, y que cuando ocurrió el cambio de Ministerio que había llevado al Poder a los amigos de Calatrava, se habían visto cosas muy feas. Exaltándose a medida que entraba en materia, me dijo que él (Falfán de los Godos) habría sido ministro si hubiera querido cuando se negó a serlo Flores Estrada; pero que no quiso meterse en danzas; que él (el propio marqués) había previsto los terribles su-

cesos que ya estaban cerca, y que la ruina del pobre sistema era ya inminente y segura. Apoyábanle en esto todos los presentes, mientras yo me aburría a mis anchas oyéndole. Era para morir.

Habiendo dicho uno de los tertulios que su majestad se negaría resueltamente a salir de Sevilla, el marqués habló así:

—Pues el Gobierno insiste en llevarse a Cádiz. ¡Qué tontería!... Y como el rey insiste en no ir, el Gobierno piensa declararle loco... ¡Loco su majestad, señores; el hombre más cuerdo de toda España, el único español que sabe adónde va y por dónde ha de ir!

Luego, dirigiéndose a mí y como quien habla en secreto, me dijo que Calatrava era un hombre atolondrado; Yandiola, ministro de Hacienda, una nulidad, y el de la Guerra, Sánchez Salvador, un insensato.

Yo estaba nerviosa a más no poder. Las palabras se me venían a la boca para contestarle de este modo:

«¿Y a mí qué me cuenta usted de todo eso, señor marqués? ¿Qué me importa a mí que Calatrava sea un majadero, Yandiola y Sánchez Salvador, dos majaderos, y usted, más majadero que todos ellos?»

Pero, con no poco trabajo, me contenía. Obligada a decir algo a causa de mi pícara reputación, me complacía en contradecirle, de modo que todo lo que para él era blanco, yo lo veía negro. A cuantos el marqués denigró, yo les supuse talentos desmedidos. En lo relativo a declarar loco a su majestad, dije que me parecía el acto más cuerdo y acertado del mundo.

—Pero, señora—me dijo el marqués—, esto equivale a destronar a su majestad, porque si le declaran incapacitado para reinar...

—Justamente, señor marqués—repu-se—. Le destronan, y luego le vuelven a entronizar; le quitan y le ponen, según conviene a las circunstancias. ¿Hay cosa más natural? ¿No es el rey quien abre y cierra las Cortes? Pues las Cortes abren o cierran al rey cuando quieren.

Tomaron a risa, como lo merecían, mis observaciones; pero, no por verme tan inclinada a las burlas, cejó Falfán en su fastidioso disertar.

Entonces entró el príncipe de Anglo-

na, personaje distinguido de la fracción de Martínez de la Rosa, y el duque del Parque, cuya visita me causó grande alegría. El príncipe dijo que al día siguiente habría sesión muy interesante para discutir lo que debiera hacerse en virtud de la negativa del rey a salir de Sevilla. Yo le pedí una papeleta de tribuna al duque, y ofreció mandármela. Anglona se brindó a llevarme a Palacio. Formado mi plan para el día siguiente, determiné ver a su majestad y asistir a la sesión de las Cortes, encendiendo de este modo una vela a San Miguel y otra al diablo.

En del Parque, cuando no podían oírlo los demás, dijo con malignidad:

—Mi secretario, a quien usted conoce, le llevará mañana la papeleta para la galería reservada de las Cortes.

Al oír esto parece que se abrieron delante de mí los cielos. Mi alma se llenó de alegría, que a no ser por el gran disimulo que eché sobre ella, como se echa hipocresía sobre un pecado, hubiera sido advertida por la concurrencia. Desde aquel momento todo se transformó a mis ojos. Cuanto dijo el marqués de Falfán de los Godos lo encontré discreto y agudo, y sus majaderías me parecieron prodigios de ingenio y perspicacia política. A todo le contesté, desplegando verbosidad abundante, como en mis mejores tiempos de Madrid, emitiendo juicios picarescos y sentenciosos, juzgando a los personajes con graciosa malevolencia y retratándolos con breves rasgos de caricatura. Ya tenía lo que me había faltado en toda la noche: ingenio. Respondí a las galanterías, supe marear a más de cuatro, mortifiqué a la marquesa, alegré la reunión. Al retirarme no dejaba más que tristezas y presentimientos detrás de mí. Yo me llevaba todas las alegrías.

XXIII

Desde muy temprano me levanté, pues poco dormí aquella noche. Las noches de Sevilla no parece que son, como las de otras partes, para dormir. Son para soñar en vela... Le aguardaba con tanta impaciencia, que a cada instante salía al balcón, esperando verle entre la multitud que pasaba por la calle de Génova.

De repente me anunciaron una visita. Creí verle entrar; salí corriendo; pero mi corazón dió un vuelco, quedándose frío y quieto, cual si hubiera tropezado en una pared. Tenía delante al príncipe de Anglona, un señor muy bueno, un caballero muy simpático, muy atento, pero cuya presencia me contrariaba extraordinariamente en aquel instante.

Venía para llevarme al Alcázar.

—Su majestad—me dijo—recibe ahora muy temprano. Anoche le manifesté que estaba usted aquí, y me rogó que la llevase a su presencia hoy mismo.

Yo quise hacer objeciones, pretextando la inusitada hora, pues no habían dado las once; pero nada me valió. Era-me imposible resistir a aquella majadería insoportable que revestía las formas de la más delicada atención. Tampoco podía defenderme con dolor de cabeza, vapores u otros recursos que tenemos para tales trances. Humillé la frente, como víctima expiatoria de las conveniencias sociales, y, después de arreglarme, dispúseme a aceptar un puesto en la carroza del príncipe, no sin dejar antes a mi criada instrucciones muy prolijas para que detuviera hasta mi vuelta al que forzosamente había de venir. Partí resuelta a hacer a su majestad visita de médico. En aquella ocasión deploré por primera vez que existieran reyes en el mundo.

Poca es la distancia que hay de la calle de Génova al Alcázar. Antes de las doce estaba yo en la cámara de su majestad, y salía gozoso a saludarme el descendiente de cien reyes, pegado a su regia nariz. No parecía nada contento; pero mostró mucho placer en verme, dándome a besar su mano y rogándome que a su lado me sentase. Tanta bondad, que a cualquiera habría ensoberbecido, a mí me hizo muy poca gracia, y menos cuando, con sus preguntas, daba a entender que la visita sería larga.

Fernando quiso saber por mí algunas particularidades de la entrada de los franceses en Madrid, de la defección de La Bisbal en Somosierra y de la derrota de Plasencia en Despeñaperros. Yo contesté a todo, cuidando de la brevedad más que de otra cosa, y fingiéndome ignorante de varios hechos que sabía perfectamente; pero ninguna de estas estratagemas me valía, porque Fernando VII, que en el preguntar ha-

bía sido siempre absoluto, no se hartaba de oír contar cada paso del ejército francés; y como, además de mis palabras, le recreaba bastante, como he dicho en otra ocasión, la boca que las decía, de aquí que no llevara camino de saciar en muchas horas la curiosidad de su entendimiento y la concupiscencia de sus voraces ojos.

«¡Ay! ¡Qué felices son las Repúblicas!—pensé—. Al menos, en ellas no hay reyes pesados y preguntones que quieran saber noticias de la guerra a costa de la felicidad de sus súbditos.»

Yo le miraba, haciendo esfuerzos heroicos para disimular mi descontento. Al responderle, decía en mi interior:

«Me alegraría que te encerraran en una jaula como loco rematado.»

El, entonces, sin indicios de conocer mi cansancio, hablóme así, con cierto tono de confianza:

—Se empeñan en que han de llevarme a Cádiz, y yo me empeño en no salir de Sevilla. Veremos si se atreven a llevarme a la fuerza, o si yo cedo al fin.

—No se atreverán, señor.

—Ellos saben—continuó—que en Cádiz hay una terrible epidemia; pero eso no les importa. ¡A Cádiz de cabeza! ¿Nada importa, señores diputados, que yo y toda la real familia nos expongamos a perecer?... Veremos lo que decide el Consejo...

—Decidirá lo más conveniente.

—Yo les digo a esos señores: «¿Creen ustedes posible resistir a los franceses? No. Pues sí, al fin, se ha de capitular, ¿no es mejor hacerlo en Sevilla?»

—Admirable raciocinio, señor.

—Nada a Cádiz, a Cádiz, y, entre tanto, ni coches para el viaje, ni recursos...

Parecía mortificado por dos o tres ideas fijas que, agitadas, se sucedían en su mente y se enlazaban, formando esa dolorosa serie de vibrantes círculos cerebrales que, si no producen la locura, la imitan. Me fué preciso, en vista de tanta pesadez, fingirme enferma y pedirle permiso para retirarme. El, entonces, ¡oh fiero y descomunal tirano!, se empeñó en que me quedase en el Alcázar, donde se me prepararía habitación conveniente.

«Te comprendo, déspota», dije para mí, sofocando mi cólera.

No había más remedio que ser hu-

raña y descortés, rehusando los obsequios y tapando mis oídos a preguntillas que empezaban a dejar de ser políticas. Al retirarme, su majestad me dijo:

—No saldré de Sevilla, no saldré... Veremos si se atreven.

—No se atreverán, señor—le respondí—. Vuestra majestad podrá, con una voluntad firme, desbaratar las maquinaciones de los pérfidos.

Estas vulgaridades palaciegas le agradaban. Dejéle entregado a sus febriles inquietudes, y corrí a calmar las mías. Por el camino iba contando el tiempo transcurrido, que me parecía largo, como todo lo que precede a la felicidad que se espera. Llegué a mi casa, subí precipitadamente, creyendo que él saldría a recibirme con los brazos abiertos; pero en mis habitaciones hallé un silencio y un vacío tristísimos... No estaba. Mi primer impulso fué de ira contra él por la audacia inaudita, por la infame crueldad de no estar allí; pero luego tornáronse contra el rey mis furros, cuando Mariana, mi fiel criada, me dijo que el caballero se había cansado de esperar.

—¿Luego ha estado aquí?

—Sí, señora; ha estado más de hora y media. No haría diez minutos que usted había salido cuando entró...

—¿Y no dijo que volvería?

—No dijo nada más sino que tenía que ir a las Cortes.

—Yo también tengo que ir a las Cortes—afirmé, sintiéndome como una máquina loca que mueve a la vez, con precipitada carrera, todas sus ruedas—. Vamos, vistete, Mariana, que no quiero perder esa gran sesión.

Por no ir sola, yo llevaba siempre conmigo a mi leal criada, vestida de señora, imitando en esto la usanza francesa de las *señoritas de compañía*. Esto era sumamente cómodo para mí, porque me libraba de la necesidad de admitir en muchos casos la compañía de hombres importunos o antipáticos. En poco tiempo, haciendo yo de sirvienta y Mariana de señora, quedó vestida, no tan bien que se desconociese su inferioridad, pero con suficiente elegancia para poder ir al lado mío. Muchos la creían hermana soltera o parienta pobre.

XXIV

Fuimos a las Cortes, que estaban en San Hermenegildo, en la calle de la Palma, frente a San Miguel. Difícil hallamos la entrada a causa de la mucha gente que llenaba la calle, agolpándose a las puertas del edificio como las apiñadas lapas en las rocas. Mujeres menos resueltas que nosotras habrían vuelto la espalda; pero Mariana y yo sabíamos romper las cortezas del vulgo, y, al fin, nos abrimos paso, y entre tanto, con desenfado y pie ligero, subimos a la galería. Antes de penetrar en ella, oímos la voz de un orador, que resonaba en medio del más imponente silencio.

Mucho hubimos de bregar para encontrar sitio; pero, al fin, pidiendo mil veces perdón y oyendo murmullos de descontento a un lado y otro, logramos acomodarnos. Mi primer cuidado no fué atender a lo que aquel gran orador decía, cosas, sin duda, altamente dignas de aplauso; mi primer cuidado fué registrar con los ojos toda la galería reservada por ver si estaba allí quien me cautivaba más que los discursos. Pero ni a derecha ni a izquierda, ni delante ni detrás, le vi, con lo cual la gran pieza oratoria que se estaba pronunciando empezó a serme muy fastidiosa.

—¿Quién habla?—pregunté a una señora vieja que estaba junto a mí.

—Alcalá Galiano, el gran orador—repuso en tono de extrañeza por mi ignorancia.

—¿Y de qué habla?—pregunté, sin temor de que la señora vieja me creyera cerril.

—¿De qué ha de hablar? Del suceso del día.

La señora volvió el rostro hacia el salón, demostrando más interés por el discurso que por mis preguntas. Yo no quise molestar más, y traté de atender también. El orador hablaba de la patria, del inminente peligro de la patria, de la salvación de la patria y de la gloria de la patria. Es el gran tema de todos los oradores, incluso los buenos. No he conocido a ningún político que no estropear la palabra patriotismo hasta dejarla inservible, y en esto se me parecen a los malos poetas, que al nombrar constantemente en sus versos

la inspiración, la lira, el estro, la musa ardiente, la fantasía, hablan de lo que no conocen.

Alcalá Galiano era tan feo y tan eloquente como Mirabeau. Su figura, bien poco académica, y su cara, no semejante a la de Antinoo, se embellecían con la virtud de un talismán prodigioso: la palabra. Le pasaba lo contrario que a muchas personas de admirable hermosura, las cuales se vuelven feas desde que abren la boca. Aquel día, el joven diputado andaluz había tomado por su cuenta el llevar adelante la hazaña más revolucionaria que registran nuestros anales.

Sentían los españoles la comezón de destronar algo, y el afán de probar la embriaguez revolucionaria, que sin duda embelesa a los pueblos de Occidente, como a los chinos el opio, y dijeron: «Hagamos temblar a los reyes, pues que ha llegado la hora de que los reyes tiemblen delante del pueblo...» Mas era aquí la gente demasiado bondadosa para una calaverada sangrienta. En otra parte, al ver al rey sistemáticamente contrario a la representación nacional, hubieranle cortado la cabeza; aquí le privaron del uso de la razón temporalmente, diciendo: «Señor, vuestro deseo de esperar aquí a los franceses nos prueba que estáis loco. Con arreglo a la Constitución, declaramos que sois digno de un manicomio y de perder la autoridad real. Vámonos a Cádiz, y cuando estemos allí, os adornaremos de nuevo con vuestra cabal razón y seguiremos partiendo un confite como hasta aquí.»

Admirable recurso habría sido éste, a mi parecer, desde el punto de vista liberal, teniendo un gran ejército para reforzar el argumento en los campos de batalla. Sin fuerza, aquel hecho probaba que los diputados estaban más locos que el rey, y así se lo dije a Falfán de los Godos. Con esto se comprende que el marqués había entrado en la galería, colocándose detrás de mí. El ponía mucha más atención que yo al discurso y aun a los rumores que sonaban arriba y abajo.

—Han llenado de gentuza la tribuna pública—me dijo en voz queda—para que aplauda las atrocidades que habla ese hombre.

No sé si era o no gente pagada; pero es lo cierto que a cada párrafo co-

ruscante, terminado en la «salvación de la patria» o en «el afrentoso yugo de esta nación heroica», la galería pública mugía como una tempestad cercana. ¡Qué rugidos, qué gestos de bárbaro entusiasmo, qué manera de apostrofar! Algunas señoras tuvieron miedo y se retiraron, lo cual me agradó en extremo, porque la tribuna se quedó muy holgada.

—¿Piensa usted seguir hasta el fin? —me dijo Falfán, endulzando su mirada hasta un extremo empalagoso.

—Estaré algún tiempo más—repuse—. No me he cansado todavía.

Y miraba a diestra y siniestra esperando verle y no viéndole nunca. Los que me conocen comprenderán mi aburrimiento y pena. No hay tormento peor que tener ocupada la mente por una idea fija que no puede ser desechada. Es una espina clavada en el cerebro, una acerada punta que hiere, y que, sin embargo, no se puede ni se quiere arrancar. Yo procuraba distraerme de aquel a manera de dolor agudísimo charlando con Falfán; pero nada conseguí. La locura del rey, declarada con una votación que iba a verificarse; la exaltación revolucionaria de los diputados, la elocuencia fascinadora de Galiano, no bastaban a dar otra dirección a las fuerzas de mi espíritu.

—¿Y usted qué cree?—me preguntó el marqués.

—Yo no creo nada—respondí con el mayor hastío—. Si he de hablar con franqueza, nada de esto me importa gran cosa.

—¡Que declaren loco a su majestad!

—Lo mismo que si le declaran cuerdo... Yo soy así... Parece que se cansan—añadí, reparando que se suspendían los discursos.

—Es que ahora va una Comisión de las Cortes al Alcázar a intimar al rey. Si no se resigna a salir...

—¿Habrá más discursos?

—Las Cortes están en sesión permanente. Después vendrá lo más interesante, lo más dramático; yo no pienso moverme de aquí.

—Su majestad ha de responder que no sale de Sevilla. Me lo ha dicho esta mañana, y aunque no tengo gran fe en su palabra, paréceme que por esta vez va a cumplir lo que dice.

—Lo mismo creo, señora. En ese caso,

las Cortes, después de este respiro—que ahora se dan, están dispuestas a poner en ejecución el artículo ciento ochenta y siete de la Constitución.

—¿Y qué dice ese artículo?

En el momento de formular esta pregunta me estremecí toda, y me pasó por delante de los ojos una claridad relampagueante. Le vi: había entrado en la tribuna inmediata y volvía sus ojos en todas direcciones, como buscándome. Desde aquel instante, las palabras del marqués no fueron para mí sino un zumbido de moscardón... Por fin, sus ojos se encontraron con los míos.

«¡Gracias a Dios!», le dije, empleando el lenguaje de las pupilas.

El marqués seguía hablando. Para que no descubriese mi turbación, ni se enojase al verme tan distraída, le pregunté de nuevo:

—¿Y qué dice ese artículo?

—Si se lo he explicado a usted—repuso—. Sin duda, no me presta atención. Es usted muy distraída.

—¡Ah!, sí... Estaba pensando en ese pobre Fernando.

—El mejor procedimiento, a mi modo de ver—manifestó Falfán de los Godos gravemente—, sería...

—¡Que le cortaran la cabeza!—indiqué, mostrándome, sin cuidarme de ello, tan revolucionaria como Robespierre.

—¡Qué cosas tiene usted!—exclamó el marqués, riendo.

Y siguió hablándome, hablándome, es decir, zumbando como un abejorro. Pasados diez minutos, creí conveniente dirigirle otra vez la palabra, y repetí mi preguntilla:

—¿Y qué dice ese artículo?

—Por tercera vez se lo diré a usted.

Entonces me fué forzoso dedicarle un pedacito de atención.

—El artículo ciento ochenta y siete dice, poco más o menos; que cuando se considere a su majestad imposibilitado moralmente para ejercer las funciones del Poder ejecutivo, se nombre una Regencia...

—¿Como la de Urgel?

—Una Regencia constitucional, señora, que desempeñe aquellas funciones...

—¡Oh señor marqués! En todo soy de la misma opinión de usted—exclamé con artificiosa admiración—. En pocos hombres he visto un juicio tan claro para hacerse cargo de los sucesos.

Miré a Salvador. Parecióme que con los expresivos ojos me decía: «Salgamos.» Y al mismo tiempo salía.

—Yo me retiro, señor marqués—dije de improviso, levantándome.

—¡Señora, se marcha usted en el momento crítico!—exclamó con asombro y pena—. Se van a reanudar estas interesantes discusiones. ¡Qué discursos vamos a oír!

—Estoy fatigada. Hace mucho calor.

—Sin embargo...

Mientras en el salón resonaba un rumor sordo como el anuncio de furibunda tempestad parlamentaria, Mariana y yo nos dispusimos a salir; pero en el mismo instante, ¡oh contrariedad imprevista!, multitud de caballeros y señoras entraron en la tribuna. Eran los que habían salido durante el período de descanso, que regresaban a sus puestos para disfrutar de la parte dramática de la sesión. Además, numeroso gentío recién venido se apiñaba en la puerta. Ya no era posible salir.

—Señora—me dijo Falfán—, ya ve usted que no es fácil la salida. No pierda usted su asiento. Esto acabará pronto.

No tuve más remedio que quedarme. Caí en mi asiento como un reo en su banquillo de muerte. Lo que principalmente me apenaba era que entre la multitud había desaparecido el que bastaba a alegrar o entristecer mi situación. En la muralla de rostros humanos, ávidos de curiosidad, no estaba su rostro ni otro alguno que se le pareciese.

«Sin duda me aguarda fuera—pensé—. ¡Qué desesperación! ¡Cuándo acabará esta farsa!...»

XXV

—La Comisión que fué con el mensaje a Palacio—dijo Falfán, alargando su rostro para abarcar con una mirada todo el salón—ha vuelto, y va a manifestar la respuesta de su majestad.

—Que le maten de una vez—indiqué en voz baja—. ¿Dice usted, señor marqués, que esto acabará pronto?

—Quizá no. Me parece que tendremos para un rato. Cosas tan graves no se despachan en un credo.

Pensé que se me caía el cielo encima. El profundo silencio que reinó du-

rante un rato en aquel recinto obligóme a atender brevemente a lo que abajo pasaba. Un diputado, en quien reconocí al almirante Valdés, tomó la palabra.

Pudimos oír claramente las expresiones del marino al decir:

—Manifesté a su majestad que su conciencia quedaba salva, pues aunque como hombre podía errar, como rey constitucional no tenía responsabilidad alguna; que escuchase la voz de sus consejeros y de los representantes del pueblo, a quienes incumbía la salvación de la patria. Su majestad respondió: «He dicho», y volvió la espalda.

Cuando estas últimas palabras resonaron en el salón, un rumor de olas agitadas se oyó en las tribunas; olas de patriótico frenesí que fueron escrespándose y mugiendo poco a poco hasta llegar a un estruendo intolerable.

—Todos esos que gritan están pagados—dijo el marqués.

Entonces miré hacia atrás, pues no podía vencer el hábito adquirido de explorar a cada instante la muchedumbre, y le vi. Estaba en la postrera fila: apenas se distinguía su rostro.

«¡Ah!—exclamé para mí con gozo—. ¡No me has abandonado! Gracias, querido amigo.»

Advertí que desde el apartado sitio donde se encontraba seguía los incidentes de la sesión con toda su alma. Mi pensamiento debía estar donde estaba el suyo, y atendí también. Segura de tenerle cerca; segura de que, fiel y cariñoso, me aguardaba, pude tranquilamente fijar mi espíritu en aquella turbulenta parte de la sesión y en el orador que hablaba. Era otra vez Galiano. Su discurso, que en otra ocasión me hubiera fastidiado, entonces me pareció elocuente y arrebatador.

¡Qué modo de hablar, qué elegancia de frases, qué fuerza de pensamiento y de estilo, qué ademán tan vigoroso, qué voz tan conmovedora! Siendo mis ideas tan contrarias a las suyas entonces, no pude resistir el deseo de aplaudirle, enojando mucho al marqués con mi llamada de entusiasmo.

—¡Oh señor marqués! —le dije—. ¡Qué lástima que este hombre no hable mal! ¡Cuánto crecería el prestigio del realismo si sus enemigos carecieran de talento!

Los argumentos del orador eran incontestables dentro de la situación y del artículo 187, que intentaban aplicar.

—No queriendo su majestad—decía—ponerse en salvo y pareciendo a primera vista que su majestad quiere ser presa de los enemigos de la patria, su majestad no puede estar en pleno uso de su razón. Es preciso, pues, considerarle en un estado de delirio momentáneo, en una especie de letargo pasajero...

Estas palabras compendian todo el plan de las Cortes. Un rey constitucional que quiere entregarse al extranjero está forzosamente loco. La nación lo declara así, y se pasa sin rey durante el tiempo que se necesita para obrar con libertad. ¡Singular decapitación aquella! Hay distintas maneras de cortar la cabeza, y es forzoso confesar que la adoptada por los liberales españoles tiene cierta grandeza moral y filosófica digna de admiración. «Antes que arrancar de los hombros una cabeza que no se puede volver a poner en ellos—dijeron—, arranquémosle el juicio, y, tomándonos la autoridad real, la persona jurídica, podremos devolverlas cuando nos hagan falta.»

Yo miraba a cada rato a mi adorado amigo, y con los ojos le decía: «¿Qué piensas tú de estos enredos? Luego hablaremos y se ajustarán las cuentas, caballero.»

No duró mucho el discurso de Galiano, porque aquello era, como lo muy bueno, corto, y habían llegado los momentos en que la economía de palabras era una gran necesidad. Cuando concluyó, las tribunas prorrumpieron en locos aplausos. Entre las palmadas, semejantes por su horrible chasquido a una lluvia de piedras, se oían estas voces:

—¡A nombrar la Regencia! ¡A nombrar la Regencia!

—Señora—me dijo el marqués, horrorizado—, estamos en la Convención francesa. Oiga usted esos gritos salvajes, esa coacción bestial de la gente de las galerías.

—Van a nombrar la Regencia.

—Antes votarán la proposición de Galiano. ¡Atentado sacrílego, señora! ¡Me parece que asisto a la votación de la muerte de Luis Dieciséis!

—¡Qué exageración!

—Señora—añadió con solemne acento—. Estamos presenciando un regicidio.

Yo me eché a reír. Falfán, enfureciéndose por el regicidio que se perpetraba a sus ojos, e increpando en voz baja a la plebe de las galerías, era soberanamente ridículo.

—Lo que más me indigna—exclamó, pálido de ira—es que no dejen hablar a los que opinan que su majestad no debe ser destronado.

En efecto, con los gritos de «¡Fuera! ¡Que se calle! ¡A votar!», ahogaban la voz de los pocos que abrazaron la causa del rey. La presidencia y la mayoría, interesadas en que las tribunas gritasen, no ponían veto a las demostraciones. Veíase al alborotado público agitando sus cien cabezas y vociferando con sus cien bocas. En la primera fila, los brazos gesticulaban señalando o amenazando, o golpeaban el antepecho con las bárbaras manos, que más bien parecían patas. Muchas señoras de la tribuna reservada se acobardaron, y dióse principio al solemne acto de los desmayos. Esto fué circunstancia feliz, porque la tribuna empezó a despejarse un poco, haciendo menos difícil la salida.

—Señor marqués—dije, tomando la resolución de marcharme—. Me parece que es bastante ya.

—¿Se va usted? Si falta lo mejor, señora.

—Para mí, lo mejor está fuera. Aquí no se respira. Adiós.

—Que van a votar. Que vamos a ver quiénes son los que se atreven a sancionar con su nombre este horrible atentado.

—Ahí tiene usted una cosa que a mí no me importa mucho. ¿Qué quiere usted? Yo soy así. Dormiré muy bien esta noche sin saber los nombres de los que dicen sí.

—Pues yo no me voy sin saberlo. Quiero ver hasta lo último; quiero ver remachar los clavos con que la Monarquía acaba de ser crucificada.

—Pues que le aproveche a usted, marqués... Veo que ya se puede salir. Adiós; tantas cosas a la marquesa. Ya sabe que la quiero.

No hice muy larga la despedida por temor a que tuviese la deplorable ocurrencia de acompañarme. Salí. ¡Ay!

Aquella libertad me supo a gloria. ¡Con qué placentero desahogo respiraba! Al fin iba a satisfacer mi deseo, la sed de mis ojos y de mi alma, que ha tiempo no vivían sino a medias. Desde que salí a los pasillos le vi lejos, esperándome. Hízome una seña, y ambos procuramos acercarnos el uno al otro, cortando el apretado gentío que salía. Pero cuando estaba a seis pasos de él, sentí detrás de mí la áspera voz de Falfán, la cual me hizo el efecto de un latigazo. Volvíme, y vi su sonrisa y sus engomados bigotes, que yo creía haber perdido de vista por muchos días.

—Señora, no se escape usted—me dijo, ofreciéndome su brazo—. He salido porque la votación no es nominal. Esos pícaros han votado levantándose de su asiento... ¡Qué escándalo!... ¡Votar así un acuerdo tan grave!... ¡Tienen vergüenza y miedo!... Ya se ve... Tome usted mi brazo, señora.

La importuna presencia del estafermo me dejó fría. No tuve más remedio que apoyar mi mano en su brazo y salir con él. Frente a nosotros vi a Salvador, que me pareció no menos contrariado que yo.

—Querido Monsalud—le dijo el marqués—, ¿ha visto usted la sesión? ¡Gran escena de teatro! Me parece que correrá sangre.

No recuerdo lo que ambos hablaron mientras bajamos a la calle. Me daban ganas de desasirme del brazo del prócer y empujarle con todas mis fuerzas para que fuera rodando por la escalera abajo, que era bastante pendiente. Pero me fué forzoso tener paciencia y esperar, fiando en que el insoportable intruso nos dejaría solos al llegar a la calle. ¡Vana ilusión! Sin duda se habían conjurado contra mí todas las potencias infernales. El marqués de Falfán, empleando su relamido tono, que a mí me sonaba a esquilón rajado, me dijo:

—Ahora, dignese usted aceptar mi coche, y la llevaré a casa.

—Si no voy a mi casa—repuse vivamente—. Voy a visitar a unas amigas..., o quizá, como ya es tarde y no hace calor, daremos Mariana y yo un paseo.

—Bien; adondequiera que usted vaya, la acompañaré—dijo el marqués con la inexorable resolución de un hado funesto—. Y usted, Salvador, ¿adónde va?

—Tengo que ver a un amigo junto a San Telmo.

—Entonces no digo nada. Si va usted en esa dirección, no puedo llevarle. Y usted, Jenara, ¿adónde quiere que la lleve?

—Mil gracias, un millón de gracias, amigo mío—repuse—. El movimiento del coche me marea un poco. Me duele la cabeza y necesito respirar libremente y hacer algo de ejercicio. Mariana y yo nos iremos a dar una vuelta por la orilla del río.

Bien sabía yo que el señor marqués no gustaba de pasear a pie, y que en aquellos días estaba medianamente gotoso. Yo no quería que de ningún modo sospechase Falfán que Salvador y yo necesitábamos estar solos. Al indicar yo que iría a pasear por la orilla del río, claramente decía a mi amado:

—Ve allá y espérame, que voy corriendo, luego que me sacuda este abejón.

Comprendiéndome al instante, por la costumbre que tenía de estudiar sus lecciones en el hermoso libro de mis ojos, se despidió. Bien claro leí yo también en los suyos esta respuesta:

«Allá te espero; no tardes.»

Luego que nos quedamos solos, el marqués reiteró sus ofrecimientos. Parecía que no rodaba en el mundo más carruaje que el suyo, según la oficiosidad con que a mi disposición lo ponía.

—La tarde está hermosa. Deseo pasear un poco a pie—repetí, como quien ahuyenta una mosca.

—Pues entonces—me contestó, estrechándome la mano—no quiero alejarme de aquí. Aún debe de pasar algo importante. A los pies de usted, señora.

Al fin..., al fin me soltó aquel gavilán de sus impías garras... Mariana y yo nos dirigimos apresuradamente a la margen del Guadalquivir.

«¡Ahora sí que no te me escapas, amor!», pensaba yo.

XXVI

¡Cuán largo me pareció el camino! Mariana y yo íbamos con más prisa de la que a dos señoras como nosotras convenía. Pero aun conociendo que pa-

reclamamos gente de poco más o menos, cuando vi la Torre del Oro, los palcos de los barcos y los árboles que adornaban la orilla, avivé más el paso. No faltaba gente en aquellos deliciosos sitios; mas esto me importaba poco.

—Vamos hacia San Telmo—dije a Mariana—. Creo que es aquel edificio que se ve más abajo, entre los árboles.

—Aquél es.

—Mira tú hacia la izquierda, y yo miraré hacia adelante para que no se nos escape.

—Ya le veo, señora. Allí está.

Mariana le distinguió a regular distancia, y yo también le vi. Me aguardaba puntualmente.

«¡Ah bribón!, ya eres mío!», pensó, deteniendo el paso, segura al fin de que no se me escaparía.

El miraba hacia la puerta de Jerez, como si nos aguardara por allí. Avanzamos Mariana y yo dando un pequeño rodeo para acercarnos a él por detrás y sorprenderle, sacudiéndole el polvo de los hombros con nuestros abanicos. Yo sonreía.

Distábamos de él unos diez pasos cuando sentí que me llamaban.

—¡Jenara, Jenara!—oí detrás de mí, sin poder precisar en el primer instante a quién pertenecía aquella horrible e importuna voz.

Volvíme, y el coraje me clavó los pies en el suelo. Era el marqués de Falfán de los Godos, que venía hacia mí sonriendo y cojeando. Tan confundida estaba, que nada pude decirle ni contestar a sus empalagosos cumplidos.

—Vaya, que ha corrido usted, amiguita—me dijo—. Yo acabo de llegar en coche... Es que en el momento de separarnos se me ocurrió una cosa...

—¿Qué cosa?

—Padecí un gran olvido—dijo, relamiéndose—. Dispénseme usted. Como usted me dijo que venía a pasear a este sitio...

—¿Y qué?... ¿Qué?... ¿Qué?...

Según me dijo después Mariana, yo echaba fuego por los ojos.

—Que olvidé ofrecerme a usted para una cosa que, sin duda, le será muy agradable.

—Señor marqués, usted se burla de mí...

—¡Burlarme! No, hija mía; al punto que nos separamos, dije para mí: «¡Qué

desatento he sido!» Puesto que va al río, debí brindarme a acompañarla para ver el vapor y mostrarle ese prodigio de la industria del hombre.

—¡Usted está loco, sin duda!—afirmé, ocultando todo lo posible mi despecho—. ¿qué es eso del vapor? No entiendo una palabra.

—¡El vapor, señora! Es lo que más llama la atención de todo Sevilla en estos días.

—¿Y qué me importa?—dije bruscamente, sigulendo mi camino.

—Dispénseme usted si la he ofendido—añadió el marqués, siguléndome—; pero como venía usted a pasear al río, y como yo tengo entrada libre siempre que quiero en esa prodigiosa máquina, creí que la complacería a usted apresurándome a mostrársela.

—¿Qué máquina es ésa?—le pregunté, deteniéndome.

Al decir esto había perdido de vista al imán de mi vida.

—Miro usted hacia allá, junto a la Torre del Oro.

Miré, y en efecto, vi un buque de forma extraña, con una gran chimenea que arrojaba negro y espeso humo. Sus palcos eran pequeños, y sobre el casco sobresalía una armazón bastante parecida a una balanza.

—¿Qué es eso?—pregunté al marqués.

—El vapor, una invención maravillosa, señora. Esos ingleses son el demonio. Ya sabe usted que hay unas máquinas que llaman de vapor porque se mueven por medio de cierto humo blanquecino, que va colándose de tubo en tubo...

—Ya sé...

—Pues los ingleses han aplicado esta máquina a la navegación, y ahí tiene usted un barco con ruedas que corre más que el viento y contra el viento. Esto cambiará la faz del mundo. Yo lo he predicho y no me equivocaré.

Mirando hacia la máquina prodigiosa, vi a Salvador que se dirigía hacia la Torre del Oro.

—Veámoslo de cerca, señor marqués—dijo, marchando hacia allá—. Verdaderamente, ese barco con ruedas es una maravilla.

—Creo que ahora va a dar un par de vueltas por el río para que lo vean sus altezas reales, que están, si no me engaño, en la Torre del Oro.

—Corramos.

—¡Va toda la gente hacia allá! Descuide usted; podremos entrar, si usted quiere. El capitán es muy amigo mío, y los consignatarios son mis banqueros.

—¿De quién es esa máquina?

—De una sociedad inglesa. De veras hubiera sentido mucho no mostrársela a usted esta tarde. Cuando me acordé, faltábame tiempo para acudir a reparar mi grosería.

—Gracias, marqués.

Dejé de ver entonces la luz de mi vida. Mi corazón se llenó de angustia.

—Yo estaba seguro de agradar a usted—me dijo Falfán—. Es un asombro ese buque.

—Un asombro, sí; apresuremos el paso.

—¡Si no se nos ha de marchar!

—¡Que se nos pierda de vista, que se nos vaya!—exclamé yo, sin saber lo que decía.

—Señora, si está anclado... Podemos verlo con toda calma.

Nos acercamos a la Torre del Oro, junto a la cual estaba la nave maravillosa. Tenía dos ruedas como las de un batán, resguardadas por grandes cajones de madera pintados de blanco, con chimenea negra y alta, en cuyo centro estaba la máquina, toda grasienta y ahumada como una cocina de hierro, y el resto no ofrecía nada de particular. De sus entrañas negras salía una especie de aliento ardoroso y retumbante, cuyo vahío causaba vértigos. De repente daba unos silbidos tan fuertes, que había que taparse los oídos. En verdad, tal máquina infundía miedo. Yo no lo tuve, porque no podía fijar en ella resueltamente la atención.

—¿Se atreve usted a entrar?—me dijo el marqués.

Yo miré a todos lados, y vi reaparecer a mi amor perdido, saliendo de entre la muchedumbre, como el sol entre las nubes.

—No, señor; yo me mareo sólo de ver un barco—respondí a Falfán—. Estoy satisfecha con admirar desde fuera esta hermosa invención, y le doy a usted las gracias.

Yo hubiera dado no sé qué porque el vapor echase a andar hacia la eternidad, llevándose dentro al marqués de Falfán de los Godos.

—¡Oh!—exclamó él—. Embarquémonos. Yo le garantizo a usted que no se

marea. Daremos un paseo hasta Aznalfarache. Vea usted cuántas personas entran.

—Pues yo no me decido. Pero no se prive usted por mí del gusto de embarcarse. Adentro, señor mío. Yo me voy a mi casa.

—¡Ah! No consiento yo que usted vaya sola a su casa—dijo con una galantería cruel que me asesinaba—. Yo la acompañaré.

—Gracias, gracias... No necesito compañía.

—Es que yo no puedo permitir...

De buena gana habría cogido al marqués por el pescuezo, como se coge a un pollo destinado a la cazuela, y le hubiera estrangulado con mis propias manos: ¡tal era mi rabia!

—Al menos—añadió—, ya que lo hemos visto por la popa, vamos a verlo también por la proa.

Al decir esto, el prócer dirigió sus miradas hacia la Maestranza, y sus ideas variaron de súbito.

—Vamos; por allí viene mi esposa—dijo, señalando—. ¿La ve usted? Por último, se ha atrevido a salir a paseo, aunque no está bien de salud.

Miré, y vi a la marquesa de Falfán que venía con otra dama. También ellas, atraídas por la curiosidad, se dirigían hacia la Torre del Oro.

—Aguardemos aquí—me dijo el marqués, sonriendo—. Veremos si pasa sin notar que estamos aquí.

Andrea y su amiga estaban ya cerca de nosotros, cuando Salvador pasó junto a ellas, se detuvo, las saludó y continuó andando a su lado. Nos reunimos los cinco.

—¿También tú vienes a ver el vapor?—preguntó Falfán, riendo—. Ya te dije que era una maravilla. Y usted, señora doña María Antonia, ¿también viene a ver el vaporcito?... Y usted, Salvador, no quiere ser menos. El que desee entrar, que lo diga, y nos embarcaremos.

—¿Yo?...—dijo la marquesa, después de saludarme—. Tengo miedo. Dicen que revienta la caldera cuando menos se piensa.

—¿De modo que eso tiene una caldera, como las fábricas de jabón?—preguntó doña María Antonia, llevando a sus ojos el lente que usaba.

—Entran ustedes, ¿sí o no?—dijo el

marqués, empeñado siempre en reclutar gente.

—Yo no entraré—repuso la dama con desdén—: me mareo sólo de ver ese horrible aparato. Además, tengo que hacer.

—¿Adónde vas ahora?—preguntó Falfán de mal talante.

—A las tiendas de la calle de Francos. Ya sabes que necesito comprar varias cosillas.

—Pero si no has paseado aún...

—¿Que no? Señora doña María Antonia, dice que no hemos paseado... Si hace más de hora y media que estamos aquí dando vueltas. Ya nos íbamos cuando te vimos, y volví atrás para rogarte que nos acompañases.

—¡Yo!—indicó el marqués con mucho disgusto—. Ya sabes que no me agrada ir a tiendas.

—Y a mí no me gusta ir sola.

—Doña María Antonia...

—Es señora, y para ir a las tiendas conviene la compañía de un caballero. Mira, hijito: no te apures por eso; Salvador nos acompañará.

—Con mil amores—dijo mi amigo, inclinándose—. Tengo mucho honor en ello.

Cuando allí mismo no abofeteé a mi amante, a la dama, al marqués, a doña María Antonia y a mí misma, de seguro queda demostrado que soy una oveja.

—Sí, amigo Monsalud—manifestó Falfán—, acompáñelas usted, se lo suplico. Jenara y yo nos embarcaremos.

¡Se marcharon! ¡Ay! No sé cómo lo escribo. Se marcharon sin que yo los estrangulase. Dentro de mí había un volcán mal sofocado por mi disimulo. El marqués me hablaba sin que yo pudiese responderle, porque estaba furiosamente absorta y embrutecida por el despecho que llenaba mi alma.

—Nos embarcaremos—me dijo Falfán, relamiéndose como un gato a quien ponen plato de su gusto.

—¡Ah señor marqués!—dije de improviso, apoderándome de una idea feliz—. Ahora me acuerdo de una cosa... ¡Qué memoria la mía!

—¿Qué, señora?

—Que yo también tengo que comprar algunas cosillas. ¿No es verdad, Mariana?

—¿De modo que va usted...?

—Sí, señor, ahora mismo... Son cosas que necesito esta misma noche.

—¿Y hacia dónde piensa dirigirse?

—Hacia la calle de las Serpes..., o la de Francos. Son las únicas que conozco.

—Pues la acompañaré a usted.

Hizo señas a su cochera para que acercase el coche.

—Mi mujer—añadió—se enfadará conmigo porque no quise acompañarla y la acompaño a usted.

No hice caso de sus cumplidos ni de sus excusas.

—Vamos, vamos pronto—dije, subiendo al coche.

Este nos dejó en la plaza de San Francisco. Nos dirigimos a las tiendas, recorrimos varias calles; pero, ¡ay!, estábamos dejados de la mano de Dios. No los encontramos; no los vimos por ninguna parte.

En mi cerebro se fijaba con letras de fuego esta horrible pregunta: «¿Adónde irán?»

Cuando el marqués me dejó en mi casa, avanzada ya la noche, yo tenía calentura. Retiréme a pensar y a recordar y a formar proyectos para el día siguiente; pero mi cerebro ardía como una lámpara. No pude dormir; hablaba a solas, sin poder olvidar un solo momento el angustioso tema de mi vida en aquellos días. Por último, mis nervios se aplacaron un tanto, y me consolé pensando y hablando de este modo:

—¡Mañana, mañana no se me escapará!

XXVII

Al levantarme, con la cabeza llena de brumas, pensé en la extraña ley de las casualidades que a veces gobiernan la vida. En aquella época creía yo aún en las casualidades, en la buena o mala suerte y en el destino, fuerzas misteriosas que ciegamente, según mi modo de ver, causaban nuestra felicidad o nuestra desgracia. Después han variado mucho mis ideas, y tengo poca fe en el dogma de las casualidades.

Mi cerebro estaba aquella mañana, como he dicho, cargado de neblinas. Pero el día amaneció muy hermoso, y para el 12 de junio en Andalucía no era fuerte el calor. Sevilla sonreía, convidando a las dulces pláticas amorosas, a las

divagaciones de la imaginación y a exhalar con suspiros los aromas del alma, que van desprendiéndose y saliendo, ya gimiendo, ya cantando, entre vagas sensaciones, que son a la manera de una pena deliciosa.

Pero yo continuaba con mi idea fija y la contrariedad que me atormentaba. A ratos analizaba aquel singular estado mío, asombrándome de verme tan dominada por un capricho vano. Es verdad que yo le amaba; pero ¿no había sabido consolarme honradamente de su ausencia después de Benabarre? ¿Por qué en Sevilla ponía tanto empeño en tenerle a mi lado? ¿Acaso no podía vivir sin él? Meditando en esto, me creía muy capaz de prescindir de él en la totalidad de la vida; pero en aquel caso, mi corazón había soltado prendas, habíase fatigado mucho, había, digámoslo así, adelantado imaginariamente gran parte de sus goces, y padecía horriblemente hasta hacerlos efectivos. El suplicio de Tántalo a que estaba sujeto irritábase más, y ya se sabe que las ambiciones más ardientes son las del corazón, y que en él residen los caprichos y la terrible ley satánica que ordena desear más aquello que más resueltamente nos es negado. Así se explica la indecorosa persecución de un hombre en que yo, sin poder dominarme, estaba empeñada.

Ordené a Mariana que se preparase para salir conmigo. Mientras yo me peinaba y vestía, díjome que había oído hablar de la partida de su majestad aquella misma tarde, y que Sevilla estaba muy alborotada. Poco me interesaba este tema, y le mandé callar; pero después me contó cosas muy desagradables. En la noche anterior, y por la mañana, dos diputados residentes en la misma casa, y que entre manos traían la conquista de mi criada, le había hecho, con respecto a mí, indicaciones maliciosas. Según me dijo, eran conocidas y comentadas mis relaciones con el secretario del duque del Parque. ¡Maldita sociedad! Nada en ella puede tenerse secreto. Es un sol que todo lo ilumina, y en vano intenta el amor hallar bajo él un poco de sombra. Dondequiera que se esconda, vendrá a buscarle la impertinente claridad del mundo, de modo que, por mucho que os acurruquéis, a lo mejor os veis inundados por

los rayos de la intrusa linterna que va buscando faltas. El único remedio contra esto es arrojar mucha, muchísima luz sobre las debilidades ajenas, para que las propias resulten ligeramente oscurecidas. No sé por qué desde que Mariana vino a mí con aquellos chismes me figuré que mi difamación procedía de los labios de la marquesa de Falfán. «¡Ah bribona—dije para mí—, si yo hablara...!»

Las hablillas no me acobardaron. Siendo culpable, hice lo que corresponde a la inocencia: despreciar las murmuraciones.

Cuando manifesté a Mariana que pensaba ir a buscarle a su propia casa, hice algunas observaciones que me desagradaron, sin que por ellas desistiera yo de mi propósito.

—¿No averiguaste ayer la casa donde vive?

—Sí, señora; en la calle del Oeste. Pero usted no repara que en la misma casa viven también otras personas de Madrid que conocen a la señora...

Ninguna consideración me detenía. Escribí una carta para dejarla en la casa si no le encontraba, y salimos. Mariana conocía bien Sevilla, y pronto me llevó a la calle del Oeste, hacia la Alameda Vieja, junto a la Inquisición. Salvador no estaba. Dejé mi carta, y corrimos a casa, porque al punto sospeché que, mientras yo le buscaba en su vivienda, me buscaba él en la mía. Así me lo decía el corazón, impaciente.

«Me aguardará, de seguro—pensé—. Ahora, ahora sí que no se me escapa.»

En mi casa no había nadie, pero sí una esquela. Salvador estuvo a visitarme durante mi ausencia, y, no pudiendo esperar, a causa de sus muchas ocupaciones, dejéme también una carta en que así lo manifestaba, añadiendo, entre expresiones cariñosas, que por la tarde, a las cuatro en punto, me aguardaba en la catedral. Después de indicar la conveniencia de no volver a mi casa, me suplicaba que no faltase a la cita, en la gran basílica y en su hermoso patio de los Naranjos. Tenía preparado un coche en la puerta de Jerez para irnos de paseo hasta Tablada.

—¡Gracias a Dios!—exclamé—. Esta tarde...

Tomando mis precauciones para que nadie me importunase y poder estar li-

bre a la hora de la cita, consagré algunas al descanso. Pero la inquietud me abrasaba, y a las tres me fui a la catedral. Era la hora del coro, y los canónigos entraban uno tras otro por la puerta del Perdón. Algunos se detenían a echar un parrafito en el patio de los Naranjos, paseando junto al púlpito de San Vicente Ferrer.

Al encontrarme dentro de la iglesia, la mayor que yo había visto, sentí una violenta irrupción de ideas religiosas en mi espíritu. ¡Maravilloso efecto del arte, que consigue lo que no es dado alcanzar a veces ni aun a la misma religión! Yo miraba aquel recinto grandioso, que me parecía una representación del Universo. Aquel alto firmamento de piedra, así como las hacinadas palmas que lo sustentan, y el eminente tabernáculo, que es cual una escala de santos que sube hasta Dios, dilataban mi alma, haciéndola divagar por la esfera infinita. La suave oscuridad del templo hace que brillen más las ventanas, cuyas vidrieras son como un fantástico muro de piedras preciosas. Las vagas manchas luminosas de azul y rosa que las ventanas arrojan sobre el suelo se me figuraban huellas de ángeles que habían huído al sentir nuestros pasos.

Las ideas abrumaban mi mente. Sentí en un banco; sentía la necesidad de meditar. Delante de mis pies, a manera de alfombra de luces, se extendía la transparencia de una ventana. Alzando los ojos, veía las grandiosas bóvedas. Zumbaba en mis oídos el grave canto del coro, y a intervalos una chorretada de órgano, cuyas maravillosas armonías me hacían estremecer de emoción, poniendo mis nervios como alambres. A poca distancia de mí, a la izquierda, estaba la capilla de San Antonio, toda llena de luces, por ser 12 de junio, víspera del santo, y de hermosos búcaros con azucenas y rosas. Volviendo ligeramente la cabeza, veía el cuadro de Murillo y su espléndido altar.

Yo pensaba en cosas religiosas; pero mi egoísmo las asociaba al amoroso afán que me poseía. Pensaba en la santidad de la unión sancionada por la Iglesia, y de los lazos matrimoniales cuando son acertados. Consideraba lo feliz que hubiera sido yo no equivocando, como equi-

voqué, la elección de marido. También pasó por mi mente, aunque con gran rapidez, el recuerdo de la infeliz joven a quien con mis engaños precipité en los azares de un viaje absurdo; pero esto duró poco, y, además, me apresuré a sofocar tan triste memoria, dirigiendo el pensamiento a otra cosa.

La imagen que tan cerca estaba atraía mi atención. Aquel santo tan bueno, tan humilde, compañero y amigo de los pobres, es, según dicen, el abogado de los amores y de los objetos perdidos. Ocurrióme rezarle y le recé con fervor, de labios y aun de corazón, porque en aquel instante me sentía piadosa. No sólo le pedía como enamorada, sino como quien busca y no encuentra cosas de gran valor, y mientras más le rezaba, más me sentía encendida en devoción y llena de esperanza. Concluí adquiriendo la seguridad de que mi afán se calmaría aquella misma tarde; y, juzgando que mi entrada en la catedral, como punto de cita, era obra de la Providencia, mi alma se alivió, y aquella tensión dolorosa en que estaba fué cesando poco a poco.

¿Cómo no esperar, si aquel santo era tan bueno, tan complaciente, que mereció siempre el amor y la veneración de los enamorados? No pude estar allí todo el tiempo que habría deseado, porque me daba vértigo el olor de las azucenas, y también porque la hora de la cita se acercaba. Cuando salí al patio, y en el momento de pasar bajo el cocodrilo que simboliza la prudencia, la alta campana de la Giralda dió las cuatro.

No habíamos llegado al púlpito de San Vicente Ferrer, cuando Mariana y yo nos miramos aterradas. Sentíamos un ruido semejante al de las olas del mar. Al mismo tiempo, mucha gente entraba corriendo.

—¡Revolución, señora, revolución! —gritó Mariana, temblando—. No salgamos.

La curiosidad, venciendo el miedo, me llevó con más presteza a la puerta. Vi regular gentío que llenaba todo el sitio llamado Gradas de la Catedral, y parecía extenderse por delante del Palacio arzobispal y la Lonja hasta el Alcázar. Pero la actitud de la muchedumbre era pacífica, y más parecía de curiosos que de alborotadores. Al punto comprendí que la salida de la Corte motivaba tal

reunión de gente, y se calmaron mis súbitas inquietudes. Esperaba ver de un momento a otro a la persona por quien había ido a la catedral, y mis ojos buscaron entre el gentío.

«Aguardaremos un poco—pensé—, dando un suspiro.»

La muchedumbre se agitó de repente, murmurando. Por entre ella trataba de abrirse paso un regimiento de caballería que apareció por la calle de Génova. Entró la mano en un vaso lleno de agua, y ésta se desbordará; introducid un regimiento de caballería en una calle llena de curiosos, y veréis lo que pasa. Por la puerta del Perdón penetró un chorro que salpicaba dicharachos y apóstrofes andaluces contra la tropa, y tal era su ímpetu, que los que allí estábamos tuvimos que retroceder hasta el centro del patio. Entonces, un sacristán y un hombre forzudo y corpulento, de esos que desempeñan en toda iglesia las bajas funciones del transporte de altares, facistoles o bancos, o las altísimas de tocar las campanas y recorrer el tejado cuando hay goteras, se acercaron a la puerta, y, después de arrojar fuera toda la gente que pudieron, cerraron con estruendo las pesadas maderas. Corrí a protestar contra un encierro que me parecía muy importuno; mas el sacristán, alzando el dedo, arqueando las cejas y ahuecando la voz como si estuviera en el púlpito, dijo lacónicamente:

—De orden del señor deán.

XXVIII

Mucho me irritó la orden del señor deán, que, sin duda, no esperaba a una persona amada, y entré en la iglesia, consolándome de aquel percance con la idea de que en edificio tan vasto no faltarían puertas por donde salir. Pasamos al otro lado; pero en la puerta que da a la plaza de la Lonja, otro ratón de iglesia me salió al encuentro, después de echar los pesados cerrojos, y también dijo:

—De orden del señor deán.

«¡Malditos sean todos los deanes!», exclamé para mí, dirigiéndome a la puerta que da a la fachada. Allí, un viejo con gafas, sotana y sobrepelliz, se res-

tregaba las manos, gruñendo estas palabras:

—Ahora, ahora va a ser ella. Señores liberales, nos veremos las caras.

Yo fui derecha a levantar el picaporte; pero también aquella puerta estaba cerrada, y el sacristán viejo, al ver mi cólera, que no podía contener, alzó los hombros, disculpándose con la orden de la primera autoridad capitular. El de las gafas añadió:

—Hasta que pase la gresca no se abrirán las puertas.

—¿Qué gresca?

—La que han armado con la salida del rey loco. Mi opinión, señora, es que ahora va a ser ella, porque hay una conjura que no saben más de cuatro.

Volvió a restregarse las manos fuertemente, guiñando un ojo.

—¿A qué hora sale su majestad?

—A las seis, según dicen; pero antes ha de correr la sangre por las calles de Sevilla, como cuando la inundación de hace veinte años, la cual fué tan atroz, que por poco fondean los barcos dentro de la catedral.

—¡De modo que estaré encerrada aquí hasta las seis!—exclamé, llena de furor—. Esto no se puede sufrir; es un abuso, un escándalo. Me quejaré a las autoridades del rey.

—El rey está loco—dijo el viejo con horrible ironía.

—Al Gobierno; me quejaré al arzobispo. O me dejan salir, o gritaré dentro de la iglesia, reclamando mi derecho.

Discurrí con agitación indecible por la iglesia, nave arriba, nave abajo, saliendo de una capilla y entrando en otra, pasando del patio al templo y del templo al patio. Miraba a los negros muros, buscando un resquicio por donde evadirme, y, enfurecida contra el autor de orden tan inicua, me preguntaba para qué existían deanes en el mundo.

Los canónigos dejaban el coro y se reunían en su camarín, marchando de dos en dos o de tres en tres, charlando sobre los graves sucesos. Los sochantres y el fagotista se dirigían, piporro en mano, a la capilla de música, y los inocentes y graciosos niños de coro, al ser puestos en libertad, iban saltando, con gorjeos y risas, a jugar a la sombra de los naranjos.

Varias veces, en las repetidas vueltas que por toda la iglesia di, pasé por la

capilla de San Antonio. Sin que pueda decir que me dominaban sentimientos de irreverencia, ello es que mi compungida devoción al santo había desaparecido. No le miré con aversión, pero sí con cierto enojo respetuoso, y, en mi interior, le decía:

«¿Es esto lo que yo tenía derecho a esperar? ¿Qué modo de tratar a los fieles es éste?»

Mi egoísmo había llegado al horrible extremo de pedir cuenta a la Divinidad de los desaires que me hacía. Irritábame contra el Cielo porque no satisfacía mis caprichos.

Pero, ¡maldita hora!, quien a mí me irritaba verdaderamente era el deán tirano, que mandaba encerrar a la gente porque se le antojaba. Desde que le vi salir del coro, en compañía del arcediano, moviéndose muy lentamente a causa del peso de su descomunal panza, le tuve por un realistón furibundo, sin que por esto me fuese menos antipático. ¿Por qué había cerrado las puertas? Por poner el sagrado recinto a salvo de una invasión plebeya e impedir que el bullicio de los «vivas» y «muertas» turbase la santa paz de la casa de Dios. Con todo su celo, no pudo el señor deán conseguirlo, y desde el patio oíamos claramente los gritos de la muchedumbre y el paso de la caballería. La Giralda cantó las cinco, cantó las seis, y la deplorable situación no cambiaba, ni las puertas se abrían, ni se desvanecía el rumor del pueblo. Yo creo que si aquello se prolonga demasiado, me atrevo a decir dos palabras al buen canónigo encerrador. Por fin, no era yo sola la impaciente: otras muchas personas, detenidas como yo, se quejaban igualmente, y todos nos dirigíamos en alarmante grupo al sacristán, pero sin conseguir nada.

—Cuando su majestad haya salido de Sevilla—nos respondían—, o se arma la de San Quintín o todo quedará tranquilo.

Por fin, después de las siete, la puerta del Perdón se abrió y vimos las Gradas y la gente que iba y venía sin tumulto. Yo me arrojé a la calle como se arrojaría en el agua aquel cuyos vestidos ardieran. Miraba a un lado y a otro: me comía con los ojos a cuantos pasaban; caminé apresuradamente hacia la Lonja

y hasta el Alcázar; mi cabeza se movía sin cesar, dirigiendo la vista a todo semblante humano. ¡Afán inútil!... Yo buscaba y rebuscaba, y mi hombre no aparecía en ninguna parte... Ya se ve... ¡las siete de la tarde! Se cansaría de aguardarme..., tendría que hacer...

Volví de nuevo a la catedral, recorríla toda, salí, di la vuelta por la Lonja; pero, ¡ay!, si diera la vuelta a toda la tierra, creo que tampoco le encontraría; ¡tal era la horrible insistencia de mi desgracia! Y, sin embargo, hasta en las baldosas del piso, en el aire y en el sonido hallaba no sé qué indicio misterioso de que él me había aguardado allí largas horas. Esto era para morir.

Después de mucho correr, sentéme en un banco de piedra junto a la Lonja. Tanto me enfadaba la gente que veía regresar del Alcázar y de la puerta de San Fernando, que si las llamas de furor que abrasaban mi pecho fueran materiales, de buena gana hubiera vomitado fuego sobre los que pasaban ante mí. Venían de ver partir al rey loco. Muchos se lamentaban de que se tratase de tal suerte al soberano de Castilla. ¡Menguados! ¿Por qué no tomaban las armas? Sí, ¿por qué no las tomaban? Me habría gustado ver a todos los habitantes de Sevilla destrozándose unos a otros.

La Giralda cantó otra hora, no sé cuál, y entonces me decidí a tomar nueva resolución.

—Vamos a su casa—dije a Mariana.

—Es de noche, señora.

La infeliz no quería alejarse mucho de la casa. Pero no le contesté, y nós pusimos en camino para la calle del Oeste.

—¿Y si no está?—indicó mi criada—. Porque es muy posible que con estas cosas...

—¿Qué cosas?

—Estas revoluciones, señora.

—Si no hay nada.

—Pues... como se han llevado al rey después de volverle loco... En el patio de la catedral decía uno que tendremos revolución mañana, cuando se marche el Gobierno, porque el Gobierno se marchará.

—Déjalo ir. No nos hace falta. Date prisa.

—Pues yo creo que nos llevaremos otro chasco.

—Si no está en su casa, le esperaré.
—¿Y si no vuelve hasta muy tarde?
—Hasta muy tarde le esperaré.
—¿Y si no vuelve hasta mañana?
—Hasta mañana le esperaré. No me muevo de su casa hasta que le vea. Ahora, ahora sí que no se me escapa. ¿Concibes tú que se me pueda escapar?

XXIX

Diciendo esto, mi corazón, oprimido por tantos desengaños, se ensanchaba, llenándose otra vez de esperanza, de ese don del Cielo que jamás se agota y que a nadie puede faltar.

—Pues no veo yo muy tranquila esta noche la ciudad de Sevilla—indicó Mariana—. Si, como dicen, se ha marchado toda la tropa, puede que nos despertemos mañana en un charco de sangre.

Echéme a reír, burlándome de sus ridículos temores, y seguimos avanzando con bastante presteza hacia la calle del Oeste. Detúveme, antes de llamar a su casa, para que un breve descanso disimulara mi sofocación y se amortiguasen las llamaradas de mis mejillas.

—Sentémonos—dije a Mariana—al amparo de este árbol. Ahora no hay gran prisa. Ya le tengo cogido. Estoy tranquila. El ha de venir a su casa. Ahora, ahora sí que le tengo en mi mano.

Cuando llamamos en la reja que daba entrada al patio, una mujer nos dijo que el señor Monsalud no estaba en casa.

—Pues tengo que hablarle precisamente esta noche, y le esperaré—dije resueltamente.

Yo no reparaba en conveniencia alguna social. En el estado de mi espíritu, nada tenía fuerza para contenerme. Importábame ya muy poco que me vieran, que me conocieran, que me señalasen con el dedo, ni que el vulgo suspicaz y murmurador me hiciera objeto de burlas y comentarios deshonorosos.

Al principio vacilaba en dejarme entrar la mujer que me abrió la puerta; pero tanto insté y con tan arrogante autoridad me expresaba, que, al fin, me llevó a una sala baja. Allí estaba un viejecillo que, a la débil claridad de un velón de cobre, arreglaba baúles y cajas, poniendo en ellos libros, ropas y papeles. Era un tal Bartolomé Canencia. El no

debía de conocerme; pero se apresuró a saludarme con extremada cortesía. Cual si comprendiera las ansias que yo padecía aquella noche, dijo:

—No está en casa, ni puedo asegurar que venga pronto; pero sí que vendrá. Necesitamos arreglar todo para nuestra partida.

—¿Cuándo?

—Mañana. Nos vamos con el Gobierno. ¿Quién se atreverá a quedarse aquí después que marchen los ministros? Esto es un volcán realista. En cuanto desaparezca el Gobierno que obstruye el cráter, se agitará con fuego y vapores, vomitando horrores. ¡Pobre Sevilla! No ha querido oír mis consejos, los consejos de la experiencia, señora; hela aquí en poder del realismo más brutal. Este pueblo, tan célebre por su riqueza y por su gracia como por sus procesiones, está infestado de curas, y aquí los curas son ricos.

Ya me fastidiaba esta conversación, y, hábilmente, la desvié de la política, haciéndola recaer sobre mi objeto. Canencia contestó a mis preguntas de una manera categórica.

—Esta tarde salimos juntos—me dijo—. El se quedó en las Gradas de la catedral, donde tenía una cita, y yo seguí hacia el Alcázar para asistir a la salida de su majestad. Luego nos encontramos de nuevo, a eso de las siete; parecía disgustado, sin duda porque la cita no pudo verificarse. Entramos en casa, y a poco salió para ver a Calatrava. Díjome que volvería a arreglar su equipaje, y aquí me tiene usted arreglando el mío, señora, para lo que se ofrezca mandar. De modo que si usted desea algo en Cádiz, puede dar sus órdenes con toda franqueza.

—Yo también pienso ir a Cádiz.

—¡Usted también! Bueno es que vayan todos—dijo con ironía maliciosa—; para que se haga con solemnidad el entierro de la Constitución. Allí nació, señora, y allí le pondremos la mortaja; que todo lo que nace ha de perecer... ¡Si se hubieran seguido mis consejos, señora!... Pero los hombres se han dejado enloquecer por la ambición y la vanidad. Ya no existen aquellos republicanos austeros, aquellos filósofos incorruptibles, aquellos sectarios de la honradez más estricta y de la sabiduría atenienses, hombres que con un pedazo de

pan, un vaso de agua y un buen libro se pasaban la mayor parte de la vida. Ahora todo es comer a dos carrillos, pedir destinos, figurar...; en una palabra, señora: ya no hay virtudes cívicas.

—¿Y es seguro que el Gobierno marcha mañana?—le pregunté para desviarle de su fastidiosa disertación.

—Segurísimo. No puede ser de otra manera.

—¿Por tierra?

—Por agua, señora. Los ministros y diputados marchan en el vapor.

—Y usted y Salvador, ¿van también en el vapor?

—Iremos donde podamos, señora, aunque sea en globo, por los aires.

El siguió arreglando sus maletas y yo me abrumé en mis pensamientos. En la sala había un reloj de *cucú*, con su impertinente pájaro, de esos que asoman al dar la hora y nos hacen tantas cortesías como campanadas tiene aquella. Nunca he visto un animalejo que más me enfadase, y cada vez que aparecía y me saludaba, mirándome con sus ojillos negros y cantando el *cucú*, sentía ganas de retorcerle el pescuezo para que no me hiciera más cortesías. El pájaro cantó las nueve, y las diez, y las once, y con su insolente movimiento y su desagradable sonido parecía decirme: «¿Qué tal, señora; se aburre usted mucho?»

Todo el que ha esperado comprenderá mi agonía. Aquel resbalar del tiempo, aquella veloz corrida de los minutos que pasan de nuestra frente a nuestra espalda, amontonándose atrás el tiempo que estaba delante, es para enloquecer a cualquiera. Cuando no hay un reloj que lleve la cuenta exacta de la cantidad de esperanza que se desvanece y de la paciencia que se gasta grano a grano, menos mal; pero cuando hay un reloj y este reloj tiene un pájaro que hace reverencias cada sesenta minutos y dice *cucú* no hay espíritu bastante fuerte para sobreponerse a la pena. Ya cerca de las doce me decía yo: «¡Si no vendrá!»

Habiendo manifestado mis dudas al viejo Canencia, que parecía algo molesto por la duración de mi visita, me dijo:

—Puede que venga y puede que no venga. Seguramente estará ahora en el café del Turco o en casa del duque del Parque. Ya es medianoche. Dentro de

unas cuantas horas será de día, y... ¡en marcha todo el mundo para Cádiz!

Mariana bostezaba, siendo imitada por Canencia. Yo me sostenía, intrépida, sin sueño ni cansancio, resuelta a estar un año en aquel sitio, si un año tardaba en venir mi hombre.

—De todas maneras—dije a Canencia—, si se marcha mañana, ha de venir a arreglar su equipaje.

—Es muy posible, señora—me contestó secamente—. En caso de que quiera usted retirarse, puede con toda confianza dejar el recado verbal que guste. Yo se lo transmitiré puntualmente y con la fidelidad de un verdadero amigo.

—Gracias.

—Le diré que ha estado aquí... Aunque usted no me ha dicho su nombre, yo creo conocer a la persona con quien tengo el honor de hablar, por haberla visto en Madrid algunas veces... ¿No es usted la señora marquesa de Falfán?

Esta pregunta me hizo estremecer en mi interior, como si un rayo pasara por mí. Pero, dominándome con soberano esfuerzo, repuse gravemente, con afectada vergüenza:

—Sí, señor; soy la marquesa de Falfán. Fiada en la discreción de usted, me he aventurado a esperar aquí en hora tan impropia.

—Señora, yo soy un sepulcro, y además, un amigo fiel de ese excelente joven; y como le debo no pocos beneficios, a la amistad se une la gratitud. Puede usted con toda libertad confiarme lo que quiera. Es muy posible que él no pueda verla a usted esta noche. Estará muy ocupado, y, sin duda, el viaje de mañana trastorna sus planes, porque, si no recuerdo mal, hoy me dijo que pensaba despedirse de usted por la noche, en casa de doña María Antonia.

Al oír esto me quedé como mármol, y en seguida se me llenó el corazón de ascuas. Desplegué los labios para preguntar: «¿Dónde vive esa doña María Antonia?»; pero me contuve a tiempo, comprendiendo la gran torpeza que iba a cometer. Evocando toda mi habilidad de cómica, dije:

—Así pensábamos; pero no ha podido ser.

El infame pájaro se asomó a su nicho y, burlándose de mí, cantó la una. Yo me ahogaba, porque a mis primeras fatigas se unía, desde que habló aquel

hombre, la inmensa sofocación de un despecho volcánico de los celos que me mataban. En mi cerebro se encajaba una corona de brasas resplandecientes; mi corazón chorreaba sangre, herido por mil puñaladas venenosas. Mi afán, mi deseo más vivo era morder a alguien.

Esperé más. Canencia seguía bestezando y Mariana dormitaba. Yo sentía en mis oídos un zumbido extraño, el zumbido del silencio nocturno, que es como un eco de mares lejanos, y, desahaciéndome, esperaba. Habría dado mi vida entera por verle entrar, por poder hablarle a solas un momento, arrojando sobre él las palabras, la furia, la hiel que se desbordaban en mí. A ratos balbucía terribles injurias, que, siendo tan infames, a mí me parecían rosas.

El vil pajarraco volvió a chancearse conmigo y, haciendo la reverencia más pronunciada y el canto más fuerte, anunció las dos.

—¡Las dos!... ¡Pronto será de día! —exclamé.

—Fijamente, no viene ya, señora. Es que se embarca con los diputados—dijo Canencia, dando a entender con sus hostezos que de buena gana dormiría un rato.

—¿Y a qué hora se embarcan los diputados?

—Al rayar el día: así se dijo anoche en el salón del Congreso, cuando se levantó la sesión, que ha durado treinta y tres horas.

Estuve largo rato dudando lo que debía hacer. Delante de mi pensamiento daba vueltas un círculo de fuego, que, alternativamente, en su lenta rotación, mostrábase dos preguntas: Primera, «¿Y si viene después que yo me vaya?» Segunda, «¿Y si embarca en el muelle mientras yo estoy aquí?»

Yo veía pasar una pregunta; después, otra. La segunda sustituía a la primera, y la primera, a la segunda, en órbita infinita. Ambas tenían igual claridad, ambas me deslumbraban y me enloquecían de la misma manera. Yo, que, por lo general, me decido pronto, entonces dudaba. Cuando la voluntad se iba inclinando de un lado, el pensamiento llamábase del otro, y así, contrabalanceados los dos, ponían mi alma en estado de terrible ansiedad. Largo rato permanecí en esta dolorosa incertidumbre. Los minutos volaban, y, acercándose aquel

en que era preciso resolver definitivamente, el silencio mismo llegó a impresionar mi cerebro como un bramido intolerable, formado por mil voces. Oía el latir de mi corazón como se oye un secreto que nos dicen al oído; mi sangre ardía, y, por fin, aquella misma palpitación de mi alborotado seno fué como una voz que hablaba, diciéndome: «Anda, anda.»

El pájaro, riendo como un demonio burlón, me saludó tres veces con su cortesía y su infernal cucú. Eran las tres.

—Pronto será de día—dijo Canencia, dejando caer sobre el pecho su cabeza venerable.

Levantéme. Estaba decidida. Parecióme que don Bartolomé, al verme dispuesta a partir, vió el cielo abierto. Despedíme de él bruscamente, y salimos.

—¿Adónde vamos, señora?—me dijo Mariana—. ¿No es hora de retirarnos ya a descansar?

—Todavía no.

—¡Señora, señora, por Dios!... Está amaneciendo. No hemos cenado, no hemos dormido...

—Calla, imbécil—le dije, clavando mis dedos en su brazo—. ¡Calla, o te ahogo!

XXX

Amanecía, y multitud de hombres de mal aspecto vagaban por la calle. Veíanse paisanos armados, y muchos guapos de la Macarena y de Triana. Mi criada tuvo miedo; pero yo, no. Repetidas veces nos vimos obligadas a variar de rumbo para evitar el encuentro de algunos grupos en que se oía el ronco estruendo de «¡Vivan las caenas!» «¡Muera la nación!»

Llegamos, por fin, al río. Ya el día había aclarado bastante, y desde la puerta de Triana vimos la chimenea del vapor, que despedía humo.

—Si esos barcos de nueva invención humean al andar—dije—, el vapor se marcha ya.

Desde la puerta de Triana a la Torre del Oro se extendía un cordón de soldados de artillería. En la puerta de Jerez había cañones. Nada de esto me arredraba, porque mi exaltación me infundía grandes alientos, y, hablando al oficial de artillería, logré pasar hasta la orilla, donde algunas tablas, sostenidas

sobre pilotes, servían de muelle. El vapor bufaba como animal impaciente que quiere romper sus ligaduras y huir. Multitud de personas se dirigían al embarcadero. Reconocí a Canga-Argüelles, a Calatrava, a Beltrán de Lis, a Salvato, a Galiano y a otros muchos que no eran diputados.

—«El se irá también—pensé—. Vendrá aquí, de seguro. Pero no, no creo que se me pueda escapar.»

Una idea grandiosa cruzó por mi mente, una de esas ideas napoleónicas que yo tengo en momentos de gravedad suma. Ocurrióme embarcarme también en el vapor si le veía partir. No tenía equipaje; pero ¿qué me importaba? Mariana se quedaría para llevarlo después.

Acerquéme a Calatrava, que se asombró mucho de verme.

—Quiero un puesto en el vapor—le dije.

—¿También usted se marcha?... ¿De modo que...?

—Temo ser perseguida. Estoy muerta de miedo desde ayer. Me han amenazado con anónimos atroces.

—¿Ha preparado usted su equipaje?

—He preparado lo más preciso: el viaje es corto. Mi criada se queda para arreglar lo que debo aquí.

—También nosotros dejamos nuestros equipajes, porque no caben en el vapor. Iran en aquella goleta.

—Me hace usted un sitio, ¿sí o no?

—¿Un sitio? Sí, señora. Dejando el equipaje... El Gobierno ha fletado el buque. Puede usted venir.

Esto se llama proceder pronto y con energía... Pero observé a todos los que llegaban, y no le vi. A cada instante creía verle aparecer.

—No puede tardar—dije, después que di mis órdenes a Mariana—. Ahora si que es mío.

Mariana hacía objeciones muy juiciosas; pero yo a nada atendía. Estaba ciega, loca.

—¿Y si no se embarca?—me dijo mi criada—. Todavía no ha venido...

—Pero ha de venir... A ver si está por ahí el duque del Parque...

Miramos las dos en todos los grupos, y no vimos al duque.

—¿El señor duque del Parque no va a Cádiz?—pregunté a Salvato.

—El señor duque no se ha atrevido a votar el destronamiento.

—¿Y qué?

—Que los que no votaron no se creen en peligro, y seguirán en Sevilla...

—De modo que su excelencia...

—No tengo noticia de que se embarque con nosotros.

—Venga usted—me dijo Calatrava, alargándome la mano para llevarme a la cubierta del buque.

—Entre usted, amigo, entre usted, que aún tengo que decir algo a mi criada.

—Parece que vacila usted...

—En efecto..., sí..., no estoy decidida aún.

No, no podía entrar en aquel terrible bajel que iba a partir silbando y espumarajeando, sin llevar al que turbaba mi vida. Yo los vi entrar uno tras otro, los conté; ni uno sólo escapó a mi observación, y ¡él no estaba! ¡Siempre ausente, siempre lejos de mí, siempre en dirección diametralmente opuesta a la dirección de mis ideas y de mi apasionada voluntad! Esto era para enloquecer completamente, y digo completamente, porque yo estaba ya bastante loca. Mi desvario insensato aumentaba como la fiebre galopante del enfermo solicitado por la muerte.

Se embarcaron, ¡ay! Vi al horrendo vapor separarse del muelle; vi moverse las paletas de sus ruedas, machacando y rizando el agua; le oí silbar y mugir echando humo, hasta que emprendió su marcha majestuosa río abajo.

No viendo él, no podía causarme aflicción quedarme en tierra. El estaba también en Sevilla.

—Ahora—dije—, ahora no es posible que le pierda otra vez. Si tengo actividad e ingenio, pronto saldré de esta angustiosa situación.

No quise detenerme, como el vulgo, que se extasiaba contemplando el humo del vapor que conducía hacia el postrer rincón de España el último resto del liberalismo. Como aquel humo en los aires, así se desvanecía en el tiempo la Constitución... Pero en mi mente no podían fijarse ni por un instante estas ideas.

Erame forzoso pensar en otras cosas, y en la realidad de mi ya insoportable desdicha. ¿Adónde debía ir? En los primeros momentos, después del embarque, no pude determinarlo, y vagué breve rato por la ribera, hasta que me obligaron a huir los excesos de la salvaje mu-

chedumbre, que se precipitó sobre los equipajes de los diputados, apoderándose de ellos y saqueándolos en presencia de la poca tropa que había quedado en el muelle.

Al mismo tiempo sentí el clamor de las campanas echadas a vuelo, en señal de que Sevilla había dejado de pertenecer al Gobierno constitucional, y en cuerpo y alma pertenecía ya al absolutismo. ¡Cambio tan rápido como espantoso! El pronunciamiento se hizo entre berridos salvajes, en medio del saqueo y del escándalo, al grito de «¡Muera la nación!» La verdad es que los alborotadores hacían poco daño a las personas; pero sí robaban cuanto podían. Al entrar por la puerta de Jerez, procuré apartarme lo más posible de la turbulenta oleada que marchaba hacia el corazón de Sevilla con objeto, según oí, de destrozarse el salón de sesiones y el café del Turco, donde se reunían los patriotas.

Lejos de desmayar yo con tantas contrariedades, el insomnio y el continuo movimiento, parecía que la misma fatiga me daba alientos prodigiosos. No sentía el más ligero cansancio, y mi cerebro, como una llama cada vez más viva, hallábase en ese maravilloso estado de actividad que es para los poetas, para los criminales y para los que se ven en peligro, la rápida inspiración del momento. Yo sentía en mí un estro grandioso, avivado por mis contrariadas pasiones, mi rencor y mi despecho. Tenía la penetrante vista del genio, y había llegado a ese momento sublime en que los más profundos secretos de nuestro destino se nos muestran con claridad espantosa. Mi pensamiento, como la aguja magnética de una brújula, señalaba con insistencia la casa del marqués de Falfán.

—¡Oh, allí, allí... he de encontrar la solución de este horrible problema!

XXXI

Y corriendo hacia la casa, no soñaba ya con las delicias de un encuentro feliz y de una amable reconciliación, sino con proporcionar a mi alma el inefable, el celestial, el infinito regocijo de un escándalo, de una escena, de una de esas venganzas de mujer que son la *Iliada* del corazón femenino. No sé si

me equivocaré juzgando por mí de todas las mujeres; pero pienso firmemente que ninguna, por muy tímida que sea, deja de sentir, en momentos dados, y cuando se discuten asuntos del corazón, el poderoso instinto de la majeza. La maja, digan lo que quieran, no es más que lo femenino puro. De mí puedo asegurar que en aquel instante me sentía verdulera.

«Tengo la seguridad—decía—de que le encontraré allí. El corazón me lo dice... Es, precisamente, lo que necesito; es la satisfacción más preciosa y agradable de mi inmenso afán, el desahogo de mi pecho, semejante a un volcán sin cráter; el consuelo de todas mis penas. Hablaré, gritaré, vomitaré injurias. ¿qué digo injurias?, verdades. Diré todo lo que sé; abriré los ojos de un marido crúdulo y bonachón; arrancaré la máscara a una hipócrita; confundiré a un ingrato...; en suma: estaré en mi elemento... ¡¡Ahora, Santo Dios de las venganzas, ahora sí que no se me puede escapar!!»

Al dirigirme a la plaza de la Magdalena, donde vivía el marqués, vi a dos o tres patriotas que eran llevados presos por el pueblo con una cuerda al cuello. ¡Pobre gente! Entre ellos vi a Canencia, que me dirigió, al pasar, una mirada suplicante; pero no hice caso y seguí. Casi arrastrando a Mariana, que apenas podía seguirme, de puro cansada y soñolienta, llegué a casa de Falfán.

En el patio encontré al marqués, que al punto que me vió asombróse de la alteración de mi semblante, creyendo que ocurría algún grave accidente.

—Señora—me dijo, ofreciéndome una silla—, no extraño que esa gente mal educada... Se están cometiendo toda clase de excesos en la desgraciada Sevilla.

—No es eso, no. Si no me ha pasado nada.

—Señora, su rostro de usted me indica desasosiego, agitación.

—Es verdad; pero...

—Está usted muy intranquila.

—Intranquila, no; estoy furiosa.

Después de decir esto y de romper en seis pedazos mi abanico, que ya lo estaba en cuatro, procuré tomar una actitud aparentemente serena, pues el caso requería en mí la grave majestad del que condena, no la atolondrada cólera y pueril turbación del condenado.

—Y ¿por qué está usted furiosa?—me preguntó el marqués, confundido—. ¿En qué puedo servir a usted?

—¡Yo sé que está aquí!...—dije, mirando al marqués de un modo que le aterró.

—¿Quién?

—¡Oh!, ¿quién?... Será preciso que yo hable, que lo diga todo...

—Señora, no comprendo una palabra.

—Llame usted a la señora marquesa, y quizá ella me comprenda—repuse, con amargo sarcasmo.

—Andrea no está en casa.

Al oír esto sentí un sacudimiento. Nuevo y más doloroso cambio en mis ideas, en mi voluntad, en mi cólera, en mis planes; nuevo movimiento de la aguja magnética que brujuleaba en mi corazón, marcándome el derrotero en medio de la tempestad... El marqués no podía tener interés en negarme a su esposa. Así lo comprendí al momento, y sin vacilar un instante, dije:

—¿Ha ido a la casa de doña María Antonia?

—Precisamente, allí está—manifestó Falfán en tono de confianza honrada y tranquila, que hubiera cautivado a otra persona más irritada que yo—. La señora doña María Antonia se puso anoche mala, y mi esposa fué a acompañarla un ratito. A las diez estaba de vuelta.

—¿A las diez?

—Pero, sin duda, hoy se agravó la señora doña María Antonia, porque al rayar el día vinieron a buscar a Andrea, y allá está. ¿Encuentra usted en esto algo de extraño?

—No, señor; nada—dije, levantándome—. Y ¿dónde vive esa doña Antonia?

—En la calle que sale a la puerta de Carmona, número veintiséis. Pero ¿se va usted sin explicarme el motivo de su visita, su agitación...?

—Sí, señor; me voy.

—Pero...

—Adiós, señor marqués.

Quiso detenerme; pero, rápida como un pájaro fugitivo, le dejé y salí de la casa.

—A la calle que sale a la puerta de Carmona, número veintiséis—dije a Mariana, que me seguía durmiendo; y para mí en el horroroso vértigo que formaban mis pensamientos y mi marcha—: «Ahora sí que de ningún modo se me puede escapar.»

Yo saboreaba de antemano las horribles delicias del escándalo que iba a dar

de la venganza que tomaría, de las palabras que saldrían de mi boca, como el humo y la lava de un volcán en erupción. Me deleitaba con aquella copa de amarguras que se convertía en copa llena del delicioso licor de la venganza. Había llegado al extremo de recrearme en el veneno de mi alma y de hallar delicioso el fuego que respiraba. Seguía teniendo las mismas ganas de morder a alguien, y creo que mi linda boca, tan codiciada, habría sido un áspid si en carne humana hubiera posado sus secos labios.

Mariana, que a Sevilla conocía, me llevó hacia la puerta de Carmona, yo no sé por dónde ni en cuánto tiempo. Había yo perdido la noción de la distancia y del tiempo. Vi una calle larga y solitaria, con muchas rejas verdes llenas de tiestos de albahaca. Vi una fila de casas de fachada blanca iluminadas por el sol, y otra línea de casas en la sombra. Yo buscaba el número veintiséis, cuando sentí pisadas de caballos. Delante de mí, como a cuarenta pasos, abrióse una gran puerta y salieron tres hombres a caballo. ¡Era él!

Corrí, corrí... Iba vestido con el traje popular andaluz, y su figura era la más hermosa que puede imaginarse. Los otros dos vestían lo mismo. Caracolearon un instante los corceles delante de la casa, y en seguida emprendieron precipitadamente la carrera en dirección a la puerta de Carmona.

Yo corría, corría, y al mismo tiempo gritaba. Mariana, que no había perdido el juicio, me detuvo, enlazando con sus dos brazos mi talle... Mi furor estalló con un grito salvaje, con una convulsión horrible y este apóstrofe inexplicable: «Ladrones! ¡Ladrones!»

En el mismo momento en que yo rugía de este modo, dos mujeres se asomaban a la ventana de la casa y saludaban a los jinetes con sus abanicos. El miró repetidas veces hacia atrás y saludaba también sonriendo. Vi brillar el lente de doña María Antonia, vi los negros ojos de Andrea... ¡Oh Satanás, Satanás!

Seguí hasta ponerme debajo de la ventana, pero ésta se cerró. Seguí corriendo un poco más. Un grupo de hombres feroces apareció por una bocacalle. Su aspecto infundía pavor; pero yo me adelanté hacia ellos, y señalando a los

tres puercos que tiraban a sacarse fuera de la puerta entre ruidos de puerco, grita con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Que se escapen!... Corred, corred tres cabezas... ¡Que se escapen! Los puercos, los más malos de todos, los más dañados, los repugnantes, los sucios, los ruidosos, los enemigos del rey... los que querían zamboriar... Corred y escapad... Yo tengo dinero... Mi dinero al que los coja... ¡En nombre de la Patria!... ¡En nombre de las coronas!... Vamos, vamos tres cabezas... ¡Que se escapen!

A medida que hablaba, iba desapareciendo en mi espíritu la noción de lo externo, y me sentía envuelta en visiones o en imágenes. No sé en qué: me sentía caer en un fondo infinito lleno de demonios, sumergirme en miedos de negra delirio, de fiebre, de sueño o muerte, pues no puedo expresar bien lo que era aquello.

Perdí el conocimiento.

XXXII

Mi dolorosa enfermedad, que me puso al borde del sepulcro, duró cuarenta días, de los cuales no sé cuánto pasó en terribles crisis, sin conciencia de las cosas, atormentada por la fiebre. Mi sangre, enervada, había descompuesto en tales términos las funciones de mi cerebro, que en aquellos angustiosos días no vivía con mi vida propia, sino con el mismo fuego mortífero de la enfermedad. Asistíame uno de los primeros médicos de Sevilla.

Cuando aún del peligro y luego separados de que aún podría seguir mi persona fatigando al mundo con su peso, halléme en tristísimo estado sin memoria, sin fuerza, sin belleza. Mas empecé a recobrar muy lentamente estos tesoros perdidos, y con ellos volvían mis pasiones y mis rencores a aposentarse en mi seno, como después de una inundación, y cuando las aguas se retiran, aparece lentamente la tierra, dibujándose primero los altos collados, luego las suaves pendientes, y, por último, el llano. Así, pasada aquella avenida de sangre que envolvió mi pensamiento en turbias olas venenosas, fué apareciendo poco a poco todo lo existente antes del 13 de junio.

Una imagen descollaba sobre todas las

que me perseguían cuando mi fantasía, como en borrachón que recobra la claridad de sus sentidos, empezó a presentarme lo pasado. Esta imagen era la de la hermana a quien yo me acordaba con amor por causas y causas olvidadas, la que me había de educar. ¡Ahora el tormento de ella no era tan grande o quizá mayor que el mío! Pero yo no me había cargo de esto: ¡ojos de santa hermana de mi víctima, echada allá a la izquierda de mis recuerdos, descubriendo mi defecto y señalando en el carácter de la hermana de Salvador, para deducir que mi angustia le estaba muy bien merecida. ¡Qué desdichas las hermanas para con sus hermanas! Parece mentira que la educación de mi ánimo me llevara hasta los límites devarias, hasta el sacrilegio y la blasfemia.

Ella muy sencilla—era yo—que me horribles angustias hacen sido causadas por las malicias de sus hijos. A veras engañada. Sabrá pedir a Dios mi castigo y Dios no hay duda, hace caso de las hipócritas... ¡Ah las hipócritas! ¡Pervera raza! Son capaces, con sus fingidas lágrimas, de engañar al mismo Dios y conseguirle a castigar a los buenos.

A estas horribles ideas, hiler de una turbada razón, añadía otras quizá más sacrilegas. Mi enfermedad, que parecía un ardo del Cielo, no me había corregido: antes bien, cuando regresé estaba más intolerante, más soberbia, y proyectaba nuevos planes para vencer la torpe contrariedad de mi destino. Lejos de desconocer de mis fuerzas y de acostumbrarme, tenía fe mayor en ellas y me vanagloriaba, suponiendo una inminente victoria.

«Ella han destruido mis deseos—dice—porque he sido una niña. Pero ahora... ¡oh! ahora ya me pare a mi misma que moriré o he de escapar... Iré a Cádiz».

Cuando esto decía, finalmente bajó y la temperatura de Sevilla era insoportable. El médico me ordenó que buscara en la costa aires más templados.

Los franceses se habían establecido ya en Sevilla, donde reinaba un orden perfecto. En toda España, y principalmente en algunos puntos privilegiados de la tragedia, como Manresa y La Coruña, corría la sangre a raudales. Los dos furibundos partidos se herían mutuamente.

te con impía crueldad. Pero los ejércitos de ambas naciones no habían empeñado ninguna lucha verdaderamente marcial y grandiosa. El nuestro se desbandaba como un rebaño sin pastores, y el francés iba ocupando las ciudades desguarnecidas y dominando todo el país sin trabajo y sin heroísmo, sin sangre y sin gloria. Sus victorias eran ramponas y honradas; su proceder dentro de los pueblos, templado y noble. Era aquel ejército como su jefe, leal y sin genio; un ejército apreciable compuesto de cien mil buenos sujetos, que no conocían el saqueo, pero tampoco la gloria. ¡Detestable suerte la de España!... ¡Haber hecho temblar al coloso, y sucumbir ante un hijo del conde de Artois, ante un pobre emigrado de Gante!

¡A Cádiz, a Cádiz! Estas palabras compendian todo mi pensamiento en aquellos días. Empecé a disponer mi viaje con gran prisa, y a principios de agosto nada tenía que hacer ya en Sevilla.

Mi belleza recobraba, al fin, su esplendor. Y no era esto poco triunfo, porque me había quedado como un espectro. ¡Con cuánto alborozo veía yo despuntar de día en día la animación, la gracia, la frescura, la viveza, todos los encantos de mi fisonomía, que iban mostrándose como flores que se abren al cariñoso amor del sol! Yo no cesaba de mirarme al espejo para observar los progresos de mi restauración, y casi, casi estoy por decir que me encontraba más guapa que antes de mi enfermedad. Perdonésememe este orgullo vano; pero si Dios me hizo así, si me dió hermosura y gracias. ¿por qué no he de decirlo, para que lo sepan los que no tuvieron la dicha de conocerme?

El conde de Montguyon se me presentó en el momento de partir para Cádiz. ¡Oh feliz encuentro! Mi Don Quijote, que había sido ascendido a jefe de brigada, me acompañó en casi todo el camino de Sevilla a la costa, mostrándose en extremo orgulloso por creer próximo el momento de mi definitiva conquista, y yo cuidaba no poco de confirmarle en esta creencia, porque quería tenerle muy dispuesto a servirme en negocios difíciles. Hablamos también de política y de la Ordenanza de Andújar, en que su alteza recomendaba la mayor templanza a los absolutistas, habiéndolos disgustado por esto. Pero el

tema más agradable a mi caballero era el amor.

Según se expresaba, su bello ideal estaba a punto de realizarse. El país ardiente, el territorio pintoresco, la dama hermosa, nada faltaba para que la leyenda fuese completa. Pero yo, esmerándome en fomentar sus esperanzas, era sumamente avara de concesiones. Mi Ordenanza de Andújar prescribía también la moderación. Ya me había yo instalado en el Puerto, cuando, apremiada por el conde, le revelé la causa de mis ardientes deseos de penetrar en Cádiz.

—Un hombre—le dije—que antes poseía mi confianza, administrando los bienes de mi casa; un mayordomo que supo servirme algún tiempo lealmente, para engañarme después con más seguridad, huyó de Madrid, robándome gran cantidad de dinero, muchas alhajas de valor y documentos preciosos. Ese hombre está en Cádiz.

—Pero en Cádiz hay tribunales de justicia, hay autoridades...

—En Cádiz no hay más que un Gobierno moribundo, que, para prolongar su vida entre agonías, se rodea de todos los pillos.

—Sin embargo, señora, un ladrón de semejante estofa no puede ser patrocinado por nadie. Horribles cosas se ven en las guerras civiles; pero nosotros, los franceses, entraremos en Cádiz.

—Eso es mi esperanza.

—¿No tiene usted valimiento con los ministros liberales?

—Ninguno. Mi nombre sólo les sonaría a proclama realista.

—Entonces...

—Cuento con la protección de los jefes del ejército francés...

—Y con los servicios de un leal amigo... El objeto principal es detener al ladrón.

—¡Detenerle, y amarrarle, y arrastrarle!—exclamé con furor—. Pero deseo hacer mi justicia a espaldas de la curia, porque aborrezco los pleitos, aun cuando los gane.

—¡Oh!, eso es muy español. Se trata, pues, de cazar a un hombre. ¿Por ventura, eso es fácil todavía?

—Fácil, no.

—Y para una dama...

—Pero yo no estoy sola. Tengo servidores leales que sólo esperan una orden mía para...

—Para matar...
 —No tanto—dijo, riendo—. Esto le parecerá a usted leyenda, novela, romance o lo que quiera; pero no, mis propósitos no son tan trágicos.
 —Lo supongo...; pero siempre serán interesantes... ¿Ha dejado usted criados en Sevilla?
 —Uno tengo a mis órdenes. Le mandé por delante, y en Cádiz está ya.
 —¿Vigilando?...
 —Acechando.
 —Bien: le seguirá de noche embozado hasta las cejas, espíará sus acciones, se informará de su método de vida. ¿Y ese criado es fiel?
 —Como un perro... Examinemos bien mi situación, señor conde. ¿Se puede entrar en Cádiz?
 —Es muy difícil, señora, sobre todo para los que son sospechosos al Gobierno liberal.
 —¿Y por mar?
 —Ya sabe usted que en la bahía tenemos nuestra escuadra.
 —¿Cuándo tomarán ustedes la plaza?
 —Pronto. Esperamos a que venga su alteza para forzar el sitio.
 —¿Y podrán escaparse los milicianos y el Gobierno?
 —Es difícil saberlo. Ignoramos si habrá capitulación; no sabemos el grado de resistencia que presentarán los insurgentes.
 —¡Oh!—exclamé, sin saber lo que decía chocada por mis pasiones—. Ustedes, los realistas, no sirven para esto. Si Napoleón estuviera aquí, amigo mío, mañana, mañana mismo, sí, señor, mañana, sería tomada por asalto esa ciudad rebelde y pasados a cuchillo los insensatos que la defienden.
 —Me parece demasiado pronto—dijo Montguyon, sonriendo—. En fin, comprendo la impaciencia de usted.
 —Sí; quien ha sido robada, vilmente estafada, no puede aprobar estas dilaciones, que dan fuerza al enemigo. Señor conde, es preciso entrar en Cádiz.
 —Si de mí dependiera, señora, esta tarde mandaba dar el asalto—repuso con entusiasmo—. Sorprendería a la guarnición, encarcelaría a los diputados y a las Cortes y pondría en libertad al rey.
 —Ya eso no me importa tanto—dijo en tono de conquistador—. Yo entraría al asalto, sorprendiendo a la guarnición. Dejaría a los diputados que hicieron lo

que les acomodase, mandaría al rey a paseo...

—¡Señora!...
 —Buscaría a mi hombre, revolvería todos los rincones, todos los escondrijos de Cádiz, hasta encontrarle..., y después que le hallara.....
 —Después...
 —Después, señor conde... ¡Oh!, mi sangre se abrasa...
 —En los divinos ojos de usted, Jena—me dijo—, brilla el fuego de la venganza. Parece usted una Medea.
 —No me impulsan los celos—dijo, serenándose.
 —Una Judit.
 —Ni la idea política.
 —Una...
 —Parezca lo que parezca, señor conde, es preciso entrar en Cádiz.
 —Entraremos.
 —¿No sirve usted ahora en el Estado Mayor del general Bourmont?
 —En él estoy a las órdenes de la que es imán de mi vida—repuso, poniendo los ojos en blanco.
 —¿Será Bourmont nombrado comandante general de Cádiz, luego que la plaza se rinda?
 —Así se dice.
 —¿Hará usted prender a mi mayor-domo?...
 —Le haré fusilar...
 —¿Me lo entregará atado de pies y manos?
 —Siempre que no huya antes, sí, señora.
 —¡Huir! Pues qué, ¿tendrá ese hombre la vileza de huir, de no esperar?...
 —El criminal, amiga mía de mi corazón, pone su seguridad ante todo.
 —¿No dice usted que hay una especie de escuadra?
 —Una escuadra en toda regla.
 —¿Pues de qué sirven esos barcos, señor mío—dijo de muy mal talante—, si permiten que se escape... ése?
 —Quizá no se escape.
 —¿De qué sirve la escuadra?—añadió con la más viva inquietud—. ¿Quién es el almirante que la manda? Yo quiero ver a ese almirante, quiero hablar con él.
 —Nada más fácil; pero dudo...
 —Me ocurre que si hay capitulación, será más fácil atraparle...
 —¿Al almirante?
 —No; a... a ése.
 —Sin duda. En tal caso se quedaría

tranquilo en Cádiz, al menos por unos días.

—Bien, muy bien. Si hay capitulación, arreglo, perdón de vidas y libertad para todos... Señor conde, aconsejaremos al príncipe que capitule... ¡Pero qué tonterías digo!

—Está patente en su espíritu de usted la obsesión de ese asunto.

—¡Oh!, sí; no puedo pensar en otra cosa. El caso es grave. Si no consigo apoderarme de ese hombre..., no sé...; creo que me costará la vida.

—Yo también le aborrezco... ¡Hombre maldito!... Pero le cogeremos, señora. Me pongo al servicio de este gran propósito con la sumisión de un esclavo. ¿Acepta usted mi cooperación?

Al decir esto, me besaba la mano.

—La acepto, sí, hombre generoso y leal; la acepto con gratitud y profundo cariño.

Al decir esto, yo ponía en mi semblante una sensibilidad capaz de conmover a las piedras, y en mis pestañas temblaba una lágrima.

—Y entonces—añadió Montguyon con voz turbada—, cuando nuestro triunfo sea seguro, ¿podré esperar que el hueco que se me destina en ese corazón no sea tan pequeño?

—¿Pequeño?

—Si es evidente, por confesión de él mismo, que ya tengo una parte en sus sublimes afectos, ¿no puedo esperar...?

—¿Una parte? ¡Oh!, no; todo, todo.

El inflamado galán abrió sus brazos para estrecharme entre ellos, pero evadió prontamente aquella prueba de su insensato ardor, y poniéndome primero seria y después amable, con una especie de enojo gracioso y virtud tolerante, le dije que ni Zamora ni yo podíamos ser ganadas en una hora. Al decir esto, violentos cañonazos me hicieron estremecer y corrí al balcón.

—Son los primeros tiros de las baterías que se han armado para atacar el Trocadero—me dijo el conde.

—¿Y esas bombas van a Cádiz?—pregunté, poniendo inmenso interés en aquel asunto.

—Van al Trocadero.

—Y ¿qué es eso?

—Un fuerte que está en medio de las marismas.

—¿Y allí están...?

—Los liberales.

—¿Muchos?

—Mil y quinientos hombres.

—¿Paisanos?

—Hay muchos paisanos y milicianos

—¡Oh! Morirá mucha gente.

—Eso es lo que deseamos. Parece que siente usted pena por ello.

—La verdad—repuse, ocultando los sentimientos que bruscamente me asaltaban—, no me gusta que muera gente.

—A excepción de su enemigo.

—Ese..., pero ¿estará en el Trocadero?

—¡Quién sabe!... Está usted aterrada.

—¡Oh!, yo quiero ir al Trocadero.

—Señora.

—Quiero ir al Trocadero.

—Eso mismo deseamos nosotros—me dijo, riendo—, y para conseguirlo enviaremos por delante algunos centenares de bombas.

—¿Dónde está el Trocadero?—pregunté, corriendo otra vez a la ventana.

—Allí—dijo Montguyon, asomándose y alargando el brazo.

Hízome explicaciones y descripciones muy prolijas de la bahía y de los fuertes; pero bien comprendí que antes que mostrar sus conocimientos deseaba estar cerca de mí, aproximando bastante su cabeza a la mía, y embriagándose con el calor de mi rostro y con el roce de mis cabellos.

XXXIII

¡Qué aparato desplegaron contra aquellas fortalezas que se alzan entre charcos salubres y que llevan por nombre el Trocadero! Desde que llegó su alteza, a mediados de agosto, no hacían más que disparar bombas y balas contra los fuertes, esperando abrir brecha en sus gloriosos muros. ¡Figúrese el buen lector mi aburrimiento! Considere con cuánta tristeza y tedio vería yo pasar día tras día sin más distracción que oír los disparos y ver por las noches las majestuosas curvas de los proyectiles. Me consumía en mi casa del Puerto sin tener noticia del interior de Cádiz, ni esperanza de poder penetrar en la plaza. Ni parecía aquello guerra formal y heroica, como creía yo que debían de ser las guerras y como las que vi en mi niñez y en tiempo del Imperio. Casi todo el ejército sitiador estaba con los brazos cruzados: los oficia-

les paseaban fumando; los soldados hacían menos pesado el tiempo con baioteo y cantos.

No debo pasar en silencio que el duque del Infantado, que llegó de Madrid en aquellos días, me llevó a visitar a su alteza, nuestro salvador y ángel tutelar de la moribunda España por aquellos días. Luis Antonio era un rubio desabrido, cuyo semblante respiraba honradez y buena fe; pero la aureola del genio no circundaba su frente. Fuera de aquel sitio, lejos de aquella deslumbradora posición y con otro nombre, el hijo del conde de Artois habría sido un joven de buen ver; mas no en tal manera que por su aspecto descollase entre la muchedumbre. Para hallar en él lo que realmente le distinguía era preciso que un trato frecuente hiciese resaltar las perfecciones morales de su alma privilegiada, su lealtad sin tacha y aquel levantado espíritu caballeresco, sin quijotismo, que le hacía estimable en la Corte de Francia. Era valiente, humanitario, cortés, puntual y riguroso en el cumplimiento del deber. Si estas cualidades no eran suficientes a formar un gran guerrero, ¿qué importaba? La pericia militar diéronsele sus prácticos generales y nuestros desaciertos, que fueron el principal estro marcial de la segunda invasión.

Recibíome Angulema con la más fina delicadeza y urbanidad; pero de todas sus cortesanas, la que más me agradó fué la de disponer el asalto del Trocadero.

—¡Al fin, al fin—exclamaba yo—será nuestro el horrible fuerte que nos abrirá las puertas de Cádiz!

El 19 abrieron brecha; pero hasta la noche del 30 no se dió el asalto, habiéndose guardado secreto sobre esto en los días anteriores, aunque yo lo supe por el conde de Montguyon, que no me ocultaba nada referente a las operaciones. ¡Noche terrible la del 30 al 31 de agosto! Noche que me pareció día por lo clara y hermosa, así como por el estrépito guerrero que en ella resonara y las acciones heroicas, dignas de ser alumbradas por el sol... Apretado fué el lance del asalto, según oí contar, y su alteza y el príncipe de Carignan se portaron bravamente, combatiendo como soldados en los sitios más peligrosos. No fué el hecho del Trocadero una de aquellas páginas de epopeya que ilus-

traron el Imperio; fué, más bien, lo que los dramaturgos franceses llaman *succès d'estime*, un éxito que no tiene envidiosos. Pero a la restauración le convenía cacarearle mucho, ciñendo a la inofensiva frente del duque los laureles napoleónicos; y se tocó la trompa sobre este tema hasta reventar, resultando del entusiasmo oficial que no hubo en Francia calle ni plaza que no llevase el nombre del *Trocadero*, y hasta el famoso arco de la Estrella, en cuyas piedras se habían grabado los nombres de Austerlitz y Wagram, fué durante algún tiempo *Arco del Trocadero*.

Yo me había trasladado a Puerto Real para estar más cerca. En la mañana del 31, cuando vi pasar a los prisioneros hechos en los fuertes, me sentí morir de zozobra. Entre aquellas caras atezadas a cada instante creía ver la suya. Largo rato tardaron en pasar, porque eran más de mil, entre paisanos y militares. Creo que los miré uno por uno, y, al fin, cuando ya quedaban pocos, redoblé mi atención. ¡Oh misericordioso Dios, qué estupendas cosas permites! En la última fila, casi solo, más abatido, más quemado del sol, más demacrado, con los vestidos más rotos que los demás, pasó él, el mismo... No podía dudarlo, porque le estaba viendo, viendo, sí, con mis propios ojos, arrasados de lágrimas. Llevaba la mano izquierda en cabestrillo, hecho con un andrajo, y su paso era inseguro y como dolorido, sin duda por tener lleno de contusiones el cuerpo. Al verle, extendí los brazos, y grité con toda la fuerza de mi voz. Mi enamorada exclamación hizo volver la cabeza a todos los que iban delante y a los curiosos que le rodeaban: El, alzando los amortiguados ojos, me miró con expresión tan triste, que sentí partido mi corazón y estuve a punto de desmayarme. Creo que pronunció algunas palabras; pero no oí sino un adiós tan lúgubre como campanada funeral, y movió la mano en ademán de cariñoso saludo, y pasó, desapareciendo con los demás en una vuelta del camino.

Mi primera intención fué correr tras él; pero en la casa me detuvieron. Cuando serenamente me hice cargo de la situación, formé diversos planes; pero todos los desechaba al punto por descabellados. Pensándolo bien, comprendí

que no era tan difícil conseguir su libertad. Me congratulaba de que, al cabo de tantas fatigas, el Destino me le presentara prisionero para poder decir con más calor que nunca:

—Ahora sí que no se me puede escapar.

XXXIV

Envié recados al conde de Montguyon; pero no se le podía encontrar por ninguna parte. Unos decían que estaba en el Trocadero; otros, que en el Puerto; otros, que había ido a las fragatas con una comisión. Por último, averigüé con certeza su paradero, y le escribí una carta muy cariñosa. Mas pasó un día, pasaron dos, y yo me moría de impaciencia, sin poder ver al prisionero, ni aun saber dónde le habían llevado. El conde, robando, al fin, un rato a sus quehaceres, vino a verme el día 4. Yo estaba otra vez medio loca; no tenía humor para hacer papeles, y espontáneamente dejaba que se desbordasen los sentimientos de mi corazón.

—¡Oh, cuánto me alegro de ver a usted!—le dije—. Si usted no viene pronto, señor conde, me hubiera muerto de pena.

Con estas palabras, que creyó dictadas por un vivo interés hacia él, se puso el noble francés un poco chispo, que así denomino yo al embobamiento de los hombres enamorados. Se deshizo en galanterías, a las cuales daba cierto tono de intimidad cargante, y después me dijo:

—Pronto, muy pronto, libertaremos a su majestad el rey de España y entraremos en Cádiz. El sol de ese día, señora, ¡cuán alegremente brillará sobre toda España, y especialmente sobre nuestros corazones.

—Mi estimado amigo—indiqué, riendo—, no diga usted tonterías.

Montguyon quedó cortado.

—Basta de tonterías—añadí—y óigame usted lo que voy a decirle. Ya he encontrado al hombre que buscaba...

—¿Dónde..., cómo, ese malvado?

—No es malvado.

—¿Cómo no? Me dijo usted que le había robado sus alhajas.

—¡No es ése..., por Dios! ¿Cuándo entenderá usted las cosas al derecho?

—Siempre que no se me expliquen al revés.

—He encontrado a ese hombre... Pero entendámonos. ¿No dije a usted que había venido delante de mí, un fiel criado de mi casa, el cual entró en Cádiz?

—¡Ah!, sí... Entró para observar los pasos del ladrón.

—Pues ese fiel criado tiene el defecto de ser algo patriota... ¡Debilidades humanas! Y como es algo patriota, se puso a pelear en el Trocadero por una causa que no le importaba.

—Ya comprendo; y ha caído prisionero. ¿Le ha visto usted?

—Le vi cuando los prisioneros pasaron por aquí; pero no le he visto más. Y ahora, señor conde, quiero que usted me lo ponga en libertad.

—Señora, si Cádiz se rinde pronto, como creo, y todo se arregla, espero conseguir lo que usted me pide.

—¡Qué gracia! Para eso no necesito yo de la amistad de un jefe de brigada

—dije con enfado—. Ha de ser antes, mañana mismo.

—¡Oh señora! Usted somete mi amor a pruebas demasiado fuertes.

—¿Quiere usted que dejemos a un lado el amor—le dije, poniéndome muy seria—y que hablemos como amigos?

Montguyon palideció.

—¿Esa persona—me dijo—interesa a usted tanto que no puede esperar a que concluya la guerra dando yo mi palabra de que el prisionero será bien atendido?

—No basta que sea atendido—afirmé con resolución—. No basta eso; quiero su libertad; quiero atenderle yo misma, cuidarle, cuidar sus heridas, tenerle a mi lado, llevarle a sitio seguro.

Me expresé, al decir esto, con vehemencia suma, porque me era ya muy difícil contener mi corazón, que iba al galope en busca de las anheladas soluciones. El conde me oía con cierto terror.

—¿Tanto interesa a usted—repitió—, tanto interesa a usted... un criado?

—No es mi criado.

—¿Tal vez un anciano servidor de la casa?

—No es anciano.

—¿Un joven?... Supongo que no será el ladrón.

—¿Qué ladrón?

—El ladrón de quien usted me habló...

—¡Ah! No me acordaba... Ya no me ocupo de eso.

—¿Abandona usted la empresa de detener y castigar a ese miserable?

—La abandono.

—¡Qué inconstancia!

—Yo soy así.

—Pero éste, ese otro..., ¿interesa a usted tanto...?

—Muchísimo.

—¿Es pariente de usted?

—No. Es compañero de la infancia.

—¿Es militar?

—Paisano, señor conde—dijo con el tono de severa autoridad que sé emplear cuando me conviene—. Si se empeña usted en ser catecismo, buscaré otra persona más galante y más generosa que sepa prestar un servicio economizando las preguntas.

—Creo tener algún derecho a ello—repuso con gravedad.

—No tiene usted ninguno—afirmé con desenfado—, porque este derecho yo sola podría darlo, y yo lo niego.

—Entonces, señora—objetó, encubriendo su ira bajo formas urbanas—, he padecido una equivocación.

—Si cree usted que le amo, sí. La equivocación no puede ser más completa.

Montguyon se levantó. Sus ojos, en los cuales se leía el furor mezclado con la dignidad, me dirigieron una mirada, que debía ser la última. Yo corrí a él, y, tomándole la mano, le rogué que se sentase a mi lado.

—Es usted un caballero—le dije—. Ningún otro ha merecido más que usted mi estimación, lo juro. Dios sabe que al decir esto hablo con el corazón.

—Dios lo sabrá—repuso Montguyon muy afligido—; mas para mí, y de aquí en adelante, las palabras de usted están escritas en el agua.

—Considere las que le diga hoy como si estuvieran grabadas en bronce. La que confiesa hechos que no le favorecen, ¿no tiene derecho a ser creída?

—A veces, sí. Confiésemle usted que su conducta conmigo no ha sido leal.

—Lo confieso—repliqué, bajando los ojos y realmente avergonzada.

—Confiese usted que yo no merecía servir de juguete a una mujer voluntariosa.

—También es cierto.

—Declare usted que ama a otro.

—¡Oh!, sí, lo declaro con todo mi corazón, y si cien bocas tuviera, con todas lo diría.

El leal caballero se quedó atónito y espantado. Estaba, como ellos dicen, *foudroyé*. Durante breve rato no me dijo nada; pero yo comprendí su martirio y le tenía lástima. ¡Oh, qué mala he sido siempre!

—Ese hombre...—murmuró Montguyon—, ese hombre...

—Ahora, reconociéndome culpable, reconociéndome inferior a usted—dije—, le autorizo para que me abrume a preguntas, si gusta, y aun para que me eche en cara mi ligereza.

—Ese hombre...—prosiguió el francés—. Perdone usted; pero nada es más curioso que la desgracia. El amor desairado quiere tener miles de ojos para sondear las causas de su desdicha. Ese hombre..., ¿quién es?

—Un hombre.

—¿De familia ilustre?

—No, señor; de origen muy humilde.

—¿Le ama usted hace tiempo?

—Hace mucho tiempo.

—El... ¿la ama a usted?

—No estoy muy segura de ello.

—¡Oh! ¡Qué iniquidad! Es un miserable.

—Un ingrato, y es bastante.

—Y, a pesar de su ingratitud, ¿le ama usted?

—Tengo esa debilidad, que no puedo dominar.

—Aborrézcale usted.

—Si fuera fácil... Difícil cosa es ésa.

—¡Es verdad; difícil cosa!—exclamó Montguyon con tristeza—. ¿Y ese hombre...?

—Pero ¿hay más preguntas todavía?

—No; ya no más. Me basta lo que sé, y me retiro.

—Se conduce usted como un cualquiera—le dije, afectuosa, deteniéndole—. Me abandona precisamente cuando mi sinceridad merece alguna recompensa. ¿Será posible que, cuando yo empiece a tener franqueza, deje usted de tener generosidad?

—¡Oh señora! Toca usted una fibra de mi corazón que siempre responde, aun cuando la hieran con un puñal.

—Sí, sí, amigo mío. Es usted generoso y noble en gran manera. Para que la diferencia entre los dos sea siempre grande, para que usted sea siempre un caballero y yo una miserable, págume usted como pagan en todas ocasiones las almas elevadas. Pues yo me he por-

tado mal, pórtese usted bien conmigo. Haga cada cual su papel. Cumpla usted el precepto que manda volver bien por mal. Así crecerá más a mis ojos; así me abatiré yo más a los suyos; así su generosidad será mayor y mi culpa también, y usted tendrá en su vida una página más gloriosa que la victoria que acaba de alcanzar frente al enemigo.

—Comprendo lo que usted me dice —murmuró el francés, descansando por breve rato su frente en la palma de la mano—. Yo seré siempre digno de mi nombre.

—¡Caballero leal antes, ahora y siempre!

—Bien, señora—dijo—, levantándose y alargándome la mano, que estreché cordialmente—. Lo que usted desea de mí es bastante claro.

—Sí.

—Y yo—añadió con manifiesta emoción—empeño mi palabra de honor...

—¡Oh! Lo esperaba, lo esperaba.

—Bajo mi palabra de honor haré cuanto esté en mi mano para devolver a usted la felicidad, entregándole a su amante.

—Gracias, gracias—exclamé, derramando lágrimas de admiración y agradecimiento.

Saludándome ceremoniosamente, el conde se retiró. De buena gana le habría dado un abrazo.

XXXV

—¡Cuántos días pasaron! Yo contaba las horas, los minutos, como si de la duración de ellos dependiese mi vida. Entre españoles y franceses era opinión corriente que la guerra acabaría pronto, que Cádiz expiraba, que las Cortes se morían por momentos. Sin embargo, aún resistía el Gobierno liberal y sus secuaces, como la bestia herida que no quiere soltar su presa mientras tenga un hálito de existencia. Esta constancia no carecía de mérito, y lo tendría mayor si se empleara en causa menos perdida. ¡Inútil sacrificio! No tenían hombres, porque los alistamientos no producían efecto. No tenían dinero, porque el empréstito que levantaron en Londres produjo... una libra esterlina. Yo creo que si mi espíritu hubiera estado en disposición de admirar algo, habría admira-

do la perseverancia de aquel Gobierno, que no pudo encontrar en toda Europa quien le prestase más de cinco duros.

Mi deseo era que se rindiese todo el mundo, que el rey y la nación arreglasen pronto sus diferencias, aunque las arreglaran devorándose mutuamente. Yo quería tener el campo libre para el desenlace de mi campaña amorosa, que veía ya seguro y feliz.

Casi todo septiembre lo pasaron Angulema y las Cortes en dimes y diretes. Mil recados atravesaban la bahía en un bote; callaban los cañones para que hablaran los parlamentarios. Tales comedias me ponían furiosa, porque no se decidía la suerte de los infelices prisioneros del Trocadero, que habían sido repartidos entre los Dominicos del Puerto y la Cartuja de Jerez.

Montguyon me visitó el 12 para informarme de que había visto al prisionero cuyo nombre y señas le había dado yo oportunamente.

—Está sumamente abatido y melancólico—me dijo—. Se ha negado a recibir los auxilios pecuniarios que le ofrecí de parte de usted; pero se ha mostrado muy agradecido. Al oír que Jenara tenía gran empeño en conseguir su libertad, pareció muy turbado, pronunciando palabras sueltas cuyo sentido no pude comprender.

—¿Y no desea verme?

—Parece que lo desea ardientemente.

—¡Oh! ¡Estas dilaciones son horribles! ¿Y qué más dijo?

—Cosas tristes y peregrinas. Afirma que desea la libertad para conseguir por ella el destierro.

—¡El destierro!

—Dice que aborrece a su país, y que la idea de emigración le consuela.

—Le conozco, si... Esta idea es suya.

Otras cosas me dijo el conde; pero se referían al trato que se daba a los prisioneros y a las excepciones ventajosas que él estableciera en beneficio de mi amado. ¡Cuánto le agradecí sus delicadezas! Mientras viva tendré buenos recuerdos de hombre tan caballeroso y humanitario.

Interrumpidos los tratos por la terquedad de las Cortes, tomó de nuevo la palabra el cañón, y el 20 fué ganado por los franceses, con otro brioso asalto, el castillo de Sancti-Petri. Después de este hecho de armas, Angulema habló

fuerte a los tenaces liberales, pegados como lapas a la roca constitucional, y les amenazó con pasar a cuchillo a toda la guarnición de Cádiz si Fernando VII no era puesto inmediatamente en libertad. El 26 se sublevó contra la Constitución el batallón de San Marcial, que guarnecía la batería de Urrutia, en la costa; y la armada francesa, secundando el fuego de las baterías del Trocadero, arrojaba bombas sobre Cádiz. No era posible mayor resistencia. Era una tenacidad que empezaba a confundirse con el heroísmo, y la Constitución moría como había nacido, entre espantosa lluvia de balas, saludada en su triste ocaso, como en su dramático oriente, por las salvas del ejército francés.

Por fin, llegaba el anhelado día.

«Habrá perdón general—decía yo para mí—. Todos los prisioneros serán puestos en libertad. Huiremos. ¡Cuán grato es el destierro! Comeremos los dos el dulce pan de la emigración, lejos de indiscretas miradas, libres y felices, fuera de esta loca patria perturbada, donde ni aun los corazones pueden latir en paz.»

Montguyon me trajo el 29 malas noticias.

—El duque ha resuelto poner en libertad a todos los prisioneros de guerra. Pero...

—Pero ¿qué?

—Ha dispuesto que sean entregados a las autoridades españolas los individuos que en Cádiz desempeñaban comisiones políticas.

—¿El está comprendido?

—Sí, señora. Desgraciadamente, se tienen de él las peores noticias. Había recorrido los pueblos, alistando gente por orden de Calatrava; había venido desde Cataluña con órdenes de Mina para realizar asesinatos de franceses. Había organizado las partidas de gente soez que en el tránsito de Sevilla a Cádiz insultaron a su majestad.

—¡Oh! ¡Eso es falso, falso; mil veces falso!—grité, sin poder contener mi indignación.

Y, en efecto, tales suposiciones eran infames calumnias.

—Ha llegado al Puerto de Santa María—añadió Montguyon—el señor don Víctor Sáez, secretario de Estado, ¿por qué no le ve usted?

—No quiero nada con hombre de ese

jaez—repuse con enojo—. Usted me ha dado su palabra de honor; usted ha empeñado su nombre de caballero, y con usted solo debo contar. ¡Oh señor conde!, si mi prisionero es entregado a la brutalidad de las autoridades españolas, sedientas hoy de sangre y de venganza, sospecharé que usted me hace traición.

Palideció el caballero francés. Dirigiéndome una mirada desdeñosa, me dijo al despedirse:

—Todavía, señora, no sabe usted quién soy yo.

A pesar de mis propósitos, determiné visitar a Sáez, porque bueno es tener amigos aunque sea en el infierno. Vencí mis recientes antipatías, y, tomando un coche, me encaminé al Puerto de Santa María. Era el 1 de octubre, día solemne en los fastos españoles.

Hallé al buen canónigo más soplado y presuntuoso que nunca, como todo aquel que se ve en altura adonde nunca debió llegar; pero, contra lo que yo esperaba, recibíome afablemente, y no me dijo una sola palabra acerca de mi conversión al absolutismo. Parecía no dar valor a estas pequeñeces y ocuparse tan sólo, como Jiménez de Cisneros, en los negocios públicos de ambos mundos.

—Hoy es día placentero, señora; día feliz entre todos los días felices de la tierra—me dijo—. Su majestad don Fernando, ese ilustre mártir de los excesos revolucionarios, es ya libre.

—¿Ya?

—Hoy nos le entregan. Al fin, han comprendido esos locos que su resistencia les podría costar muy cara, pero muy cara. El duque tiene malas moscas.

—Felicitémonos, señor don Víctor—dije con afectado entusiasmo—, de esta solución lisonjera. España y el mundo están de enhorabuena. Mas, para que se completara la dicha, convendría que tantas y tan graves heridas no se ensañasen con la venganza y la crueldad del partido vencedor, y que un generoso olvido de los errores pasados inaugurase la venturosa era que empieza hoy.

—Así será, señora—repuso sonriendo de un modo que me pareció algo hipócrita—. Su majestad ha dado ayer en Cádiz un manifiesto en que ofrece perdonar a todo el mundo y no acordarse para nada de los que le han ofendido. ¡Cuánta magnanimidad! ¡Cuánta nobleza!

—¡Oh, sí! Conducta digna de un descendiente de cien reyes, digna de quien da el perdón y del pueblo que le recibe. Si Fernando cumple lo que promete, será grande entre todos los reyes de España.

—Lo cumplirá, señora; lo cumplirá.

Aunque no tenía gran confianza en las afirmaciones de Sáez, di crédito a estos propósitos por creerlos inspiración del duque de Angulema.

Invítome luego a presenciar el desembarco de su majestad, a lo que accedí muy gustosa. Nos trasladamos al muelle, y habiendo sido colocada por un oficial francés en sitio muy conveniente para ver todo, presencié aquel acto, que debía ser uno de los más notables recodos, uno de los más bruscos ángulos de la historia de España en el tortuoso siglo presente.

¡Espectáculo conmovedor! La regia familia, cuyo timón gobernaba el almirante Valdés, glorioso marino de Trafalgar, se acercaba al muelle. En ella venía toda la familia real, la Monarquía histórica secuestrada por el liberalismo. La conciliación ideada por cabezas insensatas era imposible; y aquellos regios rehenes que la nación había tomado eran devueltos al absolutismo, contra el cual no podían prevalecer aún los infiernos de la demagogia. En una lancha volvían del purgatorio constitucional las ánimas angustiadas del rey y los príncipes.

Mientras el victorioso despotismo recobraba sus personas sagradas, allá lejos, sobre la gloriosa pena inundada de luz y ceñida por coronas de blancas olas, los pobres pensadores desesperados, los utopistas sin ilusiones, los desengañados patricios, lloraban sus errores, y, buscando hospitalidad en naves extranjeras, se disponían a huir para siempre de la patria a quien no habían podido convencer.

Así acaban los esfuerzos superiores a la energía humana, las luchas imposibles con monstruos potentes de terribles lazos y que hunden en el suelo sus patas para estar más seguros, como hunde sus raíces el árbol. Tal era la contienda con el absolutismo. Querían vencerle cortándole las ramas, y él retoñaba con más fuerza. Querían ahogarle, y regándole daban jugo a sus raíces. ¡A vosotros, oh venideros días del siglo, to-

caba atacarlo en lo hondo, arrancándolo de cuajo!... Pero advierto que estoy hablando la jerga liberal. ¡Qué horror. Verdad es que escribo veinte años después de aquellos sucesos; que ya soy vieja, y que a los viejos, como a los sabios, se les permite mudar de parecer.

Fernando puso el pie en tierra. Dícen que, al verse en suelo firme, dirigió a Valdés una mirada terrible, una mirada que era un programa político: el programa de la venganza. Yo no lo vi; pero debió de ser cierto, porque me lo dijo quien estaba muy cerca. Lo que sí puedo asegurar es que Angulema, hincando en tierra la rodilla, besó la mano del rey; que, luego se abrazaron todos; que don Víctor Sáez lloraba como un simple, y que los vivas y las exclamaciones de entusiasmo me volvieron loca. Los franceses gritaban, los españoles gritaban también, celebrando la feliz resurrección de la Monarquía tradicional y la miserable muerte del impío constitucionalismo. El glorioso imperio de las caenas había empezado. Ya se podía decir con toda el alma: «¡Viva el rey absoluto! ¡Muera la nación!»

XXXVI

Faltaba la solución mía. Mi corazón estaba como el reo cuya sentencia no se ha escrito aún. El 1 de octubre por la tarde y el día 2 hice diligencias, sin fruto, no siéndome posible ver a Sáez ni a Montguyon, a quien envié frecuentes y apremiantes recados. Ninguna noticia pude adquirir tampoco de los prisioneros. Creo que me hubiera repetido el ataque cerebral que padecía en Sevilla si, en el momento de mayor desesperación, no apareciese mi generoso galán francés a devolverme la vida. Estaba pálido y parecía muy agitado.

—Vengo de Cádiz—me dijo—. Dispénseme usted si no he podido servirla más pronto.

—¿Y qué hay?—pregunté, con la vida toda en suspenso.

—Déme usted su mano—dijo Montguyon, ceremoniosamente.

Se la di y la besó con amor.

—Ahora, señora, todo ha acabado entre nosotros. Mi deber está cumplido, y mi deber es perdonar, pagando las ofensas con beneficios.

Yo me sentía muy conmovida, y no pude decirle nada.

—Ni un momento he dudado de su hidalguía—indiqué, con acento de pura verdad—. A veces tropezamos en la vida con el bien y pasamos sin verle. Señor conde, mi gratitud será eterna.

—No quiero gratitud—díjome con honda tristeza—. Es un sentimiento que no me gusta recibido, sino dado. Deseo tan sólo un recuerdo bueno y constante.

—¡Y una amistad entrañable, una estimación profunda!—exclamé, derramando lágrimas.

—Todo está hecho.

—¿Conforme a mi deseo...? ¡Bendito sea el momento en que nos conocimos!

—Señora, su prisionero de usted está sano y salvo, a bordo de la corbeta *Tisbe*, que parte esta tarde para Gibraltar.

—¿Y cómo?

—Por sus antecedentes, debía ser condenado a muerte. Otros menos criminales subirán al cadalso, si no escapan a tiempo. Yo le saqué anoche furtivamente de los Dominicos y le embarqué esta mañana. Ya no corre peligro alguno. Está bajo la salvaguardia del noble pabellón inglés.

—¡Oh, gracias, gracias!

—Además del servicio que a usted presto, creo cumplir un deber de conciencia arrancando una víctima a los feroces ministros del rey de España.

—¿Pues qué—pregunté con asombro—, su majestad no ha ofrecido en su manifiesto de Cádiz perdonar a todo el mundo?

—¡Palabras del rey prisionero! Las palabras del déspota libre son las que rigen ahora. Su majestad ha promulgado otro decreto que es la negra bandera de las proscripciones, un programa de sangre y exterminio. Innumerables personas han sido condenadas a muerte.

—Esto es una infamia...; pero, en fin, ¿está él en salvo?...

—En salvo.

—¿Y sabe que me lo debe a mí..., sabe que yo...? ¡Oh señor conde, no extrañe usted mi egoísmo! Estoy loca de alegría, y puedo repetir con toda mi alma: «Ahora sí que no se me puede escapar.»

—Sabe que a usted lo debe todo y espera abrazarla pronto.

—¿Cómo?

—Muy fácilmente. Comprendiendo que

usted desea ir en su compañía, he pedido otro pasaporte para doña Jenara de Báraona.

—¿De modo que yo...?

—Puede embarcarse usted esta tarde, antes de las cuatro, a bordo de la *Tisbe*.

—¿Es verdad lo que oigo?

—Aquí está la orden, firmada por el almirante inglés. Me la ha dado con las que ponen en salvo a los ex regentes Císcar y Valdés, impiamente condenados a muerte por el rey.

—¡Oh!..., soy feliz, y todo lo debo a usted... ¡Qué admirable conducta!

Sin poder contenerme, caí de rodillas, y con mis lágrimas bañé las generosas manos de aquel hombre.

—Así castigo yo—me dijo, levantándose—. Prepárese usted. A las tres y media vengo a buscarla para conducirla a bordo del bote francés que me han facilitado dos guardias marinas parientes míos.

Retiróse el francés, recomendándome otra vez que estuviera pronta a las tres y media. Era la una.

Ocupeme con febril presteza en preparar mi viaje. Estaba resuelta al abandono de todo lo que no nos fuera fácil llevar. Mariana y yo trabajamos como locas, sin darnos un segundo de reposo.

La felicidad se desbordaba en mi alma. Me reía sola... Pero, ¡ay!, una idea triste conturbó de súbito mi mente. Acordéme de la pobre huérfana viajera, y esto produjo una detención dolorosa en el raudo y atrevido vuelo de mi espíritu. Pero al mismo tiempo sentía que los rencores huían de mi corazón, reemplazados por sentimientos dulces y expansivos, los únicos dignos de la privilegiada alma de la mujer.

«Perdono a todo el mundo—dije para mí—. Reconozco que hice mal en engañar a aquella pobre muchacha... Todavía le estará buscando... Pero yo también le busqué, yo también he padecido horriblemente... ¡Oh! ¡Dios mío! Al fin, me das respiro; al fin, me das la felicidad que no pude obtener, a causa, sin duda, de mis atroces faltas... La felicidad hace buenos a los malos, y yo seré buena, seré siempre buena... Esta tarde, cuando le vea, le pediré perdón por lo que hice con su hermana... ¡Oh!, ahora me acuerdo de la marquesa de Falfán y torno o ponerme furiosa... No, eso sí que no puede perdonarse, no...

Tendrá que darme cuenta de su vil conducta... Pero, al fin, le perdonaré. ¡Es tan dulce perdonar!... Bendito sea Dios, que nos hace felices para que seamos buenos.»

Esto y otras cosas seguía pensando, sin cesar de trabajar en el arreglo de mi equipaje. Miraba a todas horas el reloj, que era también de *cucú*, como el de aquella horrible noche de Sevilla; pero el pájaro de Puerto Real me era simpático, y sus saluditos y su canto regocijaban mi espíritu.

Dieron las tres. Una mano brutal golpeó mi puerta. No había dado yo la orden de pasar adelante, cuando se presentaron cuatro hombres: dos paisanos y dos militares. Uno de los paisanos llevaba bastón de policía. Avanzó hacia mí. ¡Visión horrible!... Yo había visto al tal en alguna parte. ¿Dónde? En Benabarre.

—Señora doña Jenara de Baraona, dése usted presa.

En el primer instante no contesté porque la estupefacción me lo impedía. Después, rugiendo más bien que hablando, exclamé:

—¡Yo presa, yo...! ¿De orden de quién?

—De orden del excelentísimo señor don Víctor Sáez, ministro universal de su majestad.

—¡Vil! ¡Tan vil tú como Sáez!—grité.

Yo no era una mujer, era una leona.

Al ver que se me acercaron dos soldados y asieron mis brazos con sus manos de hierro, corri por la estancia. No buscaba mi salvación en cobarde fuga: buscaba un cuchillo, un hacha, un arma cualquiera... Comprendía el asesinato. Mi furor no tenía comparación con ningún furor de hombre. Era furor de mujer. No encontré ningún arma. ¡Dios vengador, si la encontrara, aunque fuese un tenedor, creo que habría matado a los cuatro! Un candelabro vino a mis manos; tomélo y, al instante, la cabeza de uno de ellos se rajó... ¡Sangre! ¡Yo quiero sangre!

Pero me atenazaron con vigor salvaje... ¡Presa, presa!... Todos mis afanes, todos mis sentimientos, todos mis deseos se condensaban en uno solo: tener delante a don Víctor Sáez para lanzarme sobre él y, con mis dedos teñidos de sangre, sacarle los ojos.

No pudiendo hundir mis dedos en extraños ojos, los volví contra los míos..., clavélos en mi cabeza, intentando agujerearme el cráneo y sacarme los sesos. Mi aliento era fuego puro.

Lleváronme..., ¿qué sé yo adónde? Por el camino..., ¡oh Satán mío!, ¡oh demonio injustamente arrojado del Paraíso!..., sentí el disparo de la corbeta inglesa al darse a la vela.

Febrero de 1877.

FIN DE
«LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS»

EL TERROR DE 1824

1

En la tarde del 2 de octubre de 1823 un anciano bajaba con paso tan precipitado como inseguro por las afueras de la Puerta de Toledo en dirección al puente del mismo nombre. Llovía menudamente, sin cesar, según la usanza del hermoso cielo cuando se enturbia, y la Ronda podía competir en lodos con su vecino Manzanares, el cual, hinchándose como la madera cuando se moja, extendía su saliva fangosa por gran parte del cauce que le permiten los inviernos. El anciano transeúnte marchaba con pie resuelto, sin que le causara estorbo la lluvia, con el pantalón recogido hasta la pantorrilla, chapoteando sin embarazo en el lodo con las destrozadas botas. Iba estrechamente forrado, como tizona en vaina, en añoso gabán oscuro, cuyo borde y solapa se sujetaban con alfileres allí donde no había botones, y con los agarrotados dedos en la parte del pecho, como la más necesitada de defensa contra la humedad y el frío. Hundía la barba y media cara en el alza-cuello, tieso como una pared, cubriéndose con él las orejas y el ala posterior del sombrero, que destilaba agua como cabeza de tritón en fuente de Reales Sitios. No llevaba paraguas ni bastón. Mirando sin cesar al suelo, daba unos suspiros que competían con las ráfagas de aire. ¡Infelicitísimo varón! ¡Cuán claramente pregonaban su desdichada suerte el roto vestido, las horadadas botas, el casquete húmedo, la aterida cabeza y aquel continuo suspirar casi al compás de los pasos! Parecía un desesperado que iba derecho a descargar sobre el río el fardo de una vida hartamente enojosa para llevarla más tiempo. No obstante, pasó por el puente sin mirar al agua, y no se detuvo hasta el parador situado

en la divisoria de los caminos de Toledo y Andalucía.

Bajo el cobertizo destinado a los alca-baleros y gente del fisco había hasta dos docenas de hombres de tropa, entre ellos algunos oficiales de línea y voluntarios realistas de nuevo cuño en tales días. Los paradores cercanos albergaban una fuerza considerable, cuya misión era guardar aquella principalísima entrada de la corte, ignorante aún de los sucesos que en el último confín de la Península habían cambiado el Gobierno de constitucional dudoso en absoluto verídico y puro, poniendo fin, entre bombas certeras y falaces manifestos, a los *tres mal llamados años*. En aquel cuerpo de guardia eran examinados los pasaportes, vigilando con exquisito esmero las entradas y las salidas, mayormente estas últimas, a fin de que no escurriesen el bulto los sospechosos ni se pusieran en cobro los revolucionarios, cuya última cuenta se ajustaría pronto en el tremendo Josafat del despotismo.

Acercóse el vejete al grupo de oficiales, y, reconociendo prontamente al que sin duda, buscaba, que era joven, adusto y morenito, bastante adelantado en su marcial carrera, como proclamaban las insignias, díjole con mucho respeto:

—Aquí estoy otra vez, señor coronel Garrote. ¿Tiene vucencia alguna buena noticia para mí?

—Ni buena ni mala, señor...: ¿cómo se llama usted?—repuso el militar.

—Patricio Sarmiento, para servir a vucencia y la compañía; Patricio Sarmiento, el mismo que viste y calza, si esto se puede decir de mi traje y de mis botas. Patricio Sarmiento, el..

—Pase usted adentro—díjole bruscamen-to el militar, tomándole por un brazo y llevándole bajo el cobertizo—. Está usted como una sopa.

Un rumor, del cual podía dudarse si era de burla o de lástima, y quizá pro-

venía de las dos cosas juntamente, acogió la entrada del infeliz preceptor en la compañía de los militares.

—Sí, señor Garrote—añadió Sarmiento—; soy, como decía, el hombre más desgraciado de todo el globo terráqueo. Ese cielo que nos moja no llora más que lloro yo en estos días, desde que me han anunciado como probable, como casi cierta, la muerte de mi querido hijo Lucas, de mi niño adorado, de aquel que era manso cordero en el hogar paterno y león indómito en los combates... ¡Ah señores! ¡Ustedes no saben lo que es tener un hijo único, y perderlo en una escaramuza de Andalucía, por descuidos de un general o por intrepidez imprudente de un oficialite!... Pero ¿hay esperanzas todavía de que tan horrible noticia resulte incierta? ¿Se ha sabido algo? Por Dios, señor Garrote, ¿ha sabido vucencia si mi idolatrado unigénito vive aún, o si feneció en esas tremendas batallas?... ¿Hay algún parte que lo mencione? Porque Lucas no podía morir como cualquiera, no; había de morir ruidosa y gloriosamente, de una manera tal, que dé gusto y juego a los historiadores... ¿Ha sabido algo vucencia de ayer acá?

—Nada—repuso Garrote fríamente.

—Ha seis días que vengo todas las tardes, y siempre me dice vucencia lo mismo—murmuró Sarmiento con angustia—. ¡Nada!

—Desde el primer día manifesté a usted que nada podía saber.

—Pero a todas horas entran heridos, soldados dispersos, paísanos, correos que vienen de las Andalucías. ¿Se ha olvidado usted de preguntar?

—No me he olvidado—indicó el coronel, con semblante y tono más compasivos—; pero nadie, absolutamente nadie, tiene noticia del miliciano Lucas Sarmiento.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó el preceptor, mirando al cielo—. ¡Qué agonía! Unos me dicen que sucumbió; otros, que está herido gravemente... ¿Han entrado hoy muchos milicianos prisioneros?

—Algunos.

—¿No venía Pujitos?

—¿Y quién es Pujitos?

—¡Oh! Vucencia no conoce a nuestra gente.

—Soy forastero en Madrid.

—¡Oh! Pasaron aquellos tiempos de

gloria—exclamó don Patricio con lágrimas en los ojos y declamando con cierto énfasis que no cuadraba mal a su hueca voz y alta figura—. ¡Todo ha caído, todo es desolación, muerte y ruinas! Aquellos adalides de la Libertad, que arrancaron a la madre España de las garras del despotismo; aquellos fieros leones matritenses, que, con sólo un resoplido de su augusta cólera, desbarataron a la Guardia real, ¿qué se hicieron? ¿Qué se hizo de la elocuencia que relampagueaban, tronando en los cafés, con luz y estruendo sorprendentes? ¿Qué se hizo de aquellas ideas de emancipación que inundaban de gozo nuestros corazones? Todo cayó, todo se desvaneció en tinieblas, como lumbre extinguida por la corriente de las aguas. La oleada de fango fraileesco ha venido arrasándolo todo. ¿Quién la detendrá, volviéndola a su inmundo cauce? ¡Estamos perdidos! La patria muere ahogada en lodazal repugnante y fétido. Los que vimos sus días gloriosos, cuando, al son de patrióticos himnos, eran consagradas públicamente las ideas de libertad y nos hacíamos todos libres, todos igualmente soberanos, los recordamos como un sueño placentero que no volverá. Despertamos en la abyección, y el peso y el rechinar de nuestras cadenas nos indican que vivimos aún. Las iracundas patas del déspota nos pisotean, y los frailes nos...

—Basta—gritó una formidable voz, interrumpiendo bruscamente al infeliz domine—. Para sainete, basta ya, señor Sarmiento. Si abusa usted de la benignidad con que se le toleran sus peroratas, en atención al estado de su cabeza, nos veremos obligados a retirarle las licencias. Esto no se puede resistir. Si los desocupados de Madrid le consienten a usted que vaya de esquina en esquina y de grupo en grupo, divirtiéndolos con sus necedades y reuniendo tras de sí a los chicos, yo no permito que, con pretexto de locura o idiotismo, se insulte al orden político que felizmente nos rige...

—¡Ah señor Garrote, señor Garrote!—dijo Sarmiento, moviendo tristemente la cabeza y sacudiendo menudas gotas de agua sobre los circunstantes—. Vucencia me tapa la boca, que es el único desahogo de mi alma abrasada... Callaré; pero déme vucencia nuevas de mi hijo, aunque sean nuevas de su muerte.

Garrote encogió los hombros y ofreció

una silla al pobre hombre, que, despreciando el asiento, juzgó más eficaz contra la humedad y el fresco pasearse de un rincón a otro del cobertizo, dando fuertes patadas y girando rápidamente, como veleta, al dar las vueltas. Los demás militares y paisanos armados no ocultaban su regocijo ante la grotesca figura y ditirámico estilo del anciano, y cada cual imaginaba un tema de burla con que zaherirle, mortificándole también en su persona. Este le decía que su majestad pensaba nombrarle ministro de Estado y llavero del reino; aquél, que un ejército de carbonarios venía por la frontera derecho a restablecer la Constitución; uno le ponía una banqueta delante para que, al pasar, tropezase y cayese; otro le disparaba con cerbatana un garbanzo, haciendo blanco en el cogote o la nariz. Pero Sarmiento, atento a cosas más graves que a aquel juego importuno, hijo de un sentimiento grosero y vil, no hacía caso de nada, y sólo contestaba con monosílabos, o llevándose la mano a la parte dolorida.

Había pasado más de un cuarto de hora en este indigno ejercicio, cuando de la venta salió un hombre pequeño, doblado, de mezquina arquitectura, semejante a la de esos edificios bajos y sólidos que no tienen por objeto la gallarda expresión de un ideal, sino simplemente servir para cualquier objeto terrestre y positivo. Siendo posible la comparación de las personas con las obras de arquitectura, y habiendo quien se asemeja a una torre gótica, a un palacio señorial, a un minarete árabe, puede decirse de aquel hombre que parecía una cárcel. Con su musculatura de cal y canto se avenía maravillosamente una como falta de luces, rasgo misterioso e inexplicable de su semblante, que, a pesar de tener cuanto corresponde al humano frontispicio, parecía una fachada sin ventanas. Y no eran pequeños sus ojos, ciertamente, ni dejaban de ver con claridad cuanto enfrente tenían; pero ello es que, mirándole, no se podía menos de decir: «¡Qué cara tan oscura!»

Su fisonomía no expresaba cosa alguna, como no fuera una alma torva, una especie de acecho pacienzudo. Y, a pesar de esto, no era feo, ni sus correctas facciones habrían formado mal conjunto si estuvieran de otra manera combinadas. Tales o cuales cejas, boca o na-

rices más o menos distantes de la perfección, pueden ser de agradable visibilidad o de horrible aspecto, según cual sea la misteriosa conexión que forma con ellas una cara. La de aquel hombre que allí se apareció era ferozmente antipática. Siempre que vemos por primera vez a una persona, tratamos, sin darnos cuenta de nuestra investigación, de escudriñar su espíritu y conocer, por el mirar, por la actitud, por la palabra, lo que piensa y desea. Rara vez dejamos de enriquecer nuestro archivo psicológico con una averiguación preciosa. Pero enfrente de aquel sótano humano, el observador se aturdió, diciendo: «Está tan lóbrego, que no veo nada.»

Vestía de paisano con cierto esmero, y todas cuantas armas portátiles se conocen llevábalas él sobre sí, lo cual indicaba que era voluntario realista. Fusil sostenido a la espalda, con tirante, sable, machete, bayoneta, pistola en el cinto, hacían de él una armería en toda regla. Calzaba botas marciales con espuelas, a pesar de no ser de a caballo; mas este accesorio solían adoptarlo cariñosamente todos los militares improvisados de uno y otro bando. Chupaba un cigarrillo, y a ratos se pasaba la mano por la cara, afeitada como la de un fraile; pero su habitual resabio nervioso (estos resabios son muy comunes en el organismo humano) consistía en estar casi siempre moviendo la mandíbulas, como si rumiara o mascullase alguna cosa. Su nombre de pila era Francisco Romo.

Don Patricio, luego que le vió, llegóse a él y le dijo:

—¡Ah señor Romo! ¡Cuánto me alegro de verle! Aquí estoy por sexta vez buscando noticias de mi hijo.

—¿Qué sabemos nosotros de tu hijo ni del hijo del Zancarrón? Papá Sarmiento, tú estás en Babia... No tardarás mucho en ir al nuncio de Toledo... Ven acá, estafermo—al decir esto le tomaba por un brazo y le llevaba al interior de la venta que servía de cuerpo de guardia—, ven acá y sirve de algo.

—¿En qué puedo servir al señor Romo? Diga lo que quiera, con tal que no me pida nada que resulte un bien al absolutismo.

—Es cosa mía—dijo Romo, hablando en voz baja y retirándose con Sarmiento a un rincón donde no pudieran ser oí-

dos—. Tú, aunque loco, eres hombre capaz de llevar un recado y ser discreto.

—Un recado..., ¿a quién?

—A Elenita, la hija de don Benigno Cordero, que vive en tu misma casa, ¿eh? Me parece que no te vendrán mal tres o cuatro reales... Este saco de huesos está pidiendo carne. ¿Cuántas horas hace que no has comido?

—Ya he perdido la cuenta—repuso el preceptor con afligidísimo semblante, mientras un lagrimón como un garbanzo corría por su mejilla.

—Pues bien, carcamal: aquí tienes una peseta. Es para tí si llevas a la señorita doña Elena...

—¿Qué?

—Esta carta—dijo Romo, mostrando una esquila doblada en pico.

—¡Una carta amorosa!—exclamó Sarmiento, ruborizándose—. Señor Romo de mis pecados, ¿por quién me toma usted?

El tono de dignidad ofendida con que hablara Sarmiento irritó de tal modo al voluntario realista, que, empujando brutalmente al anciano, le vituperó de este modo:

—¡Dromedario! ¿Qué tienes que decir?... Sí, una carta amorosa. ¿Y qué?

—Que usted es un simple si me toma por alcahuete—dijo don Patricio con severo acento—. Guarde usted su peseta, y yo me guardaré mi gana de comer. ¡Por vida de la chilindrana! No faltan almas caritativas que hagan limosnas sin humillarnos...

Inflamado en vivísima cólera el voluntario, y sin hallar otras razones para expresarla que un furibundo terno, descargó sobre el pobre maestro aburrido uno de esos pescozones de catapulta que abaten de un golpe las más poderosas naturalezas, y, dejándole tendido en tierra, magullados y acardenalados el hocico y la frente, salió del cuerpo de guardia.

A don Patricio le levantaron casi exánime, y su destartelado cuerpo se fué estirando poco a poco en la postura vertical, restallándose las coyunturas como clavijas mohosas. Se pasó la mano por la cara, y, dando un gran suspiro y elevando al cielo los ojos llorosos, exclamó así, con dolorido acento:

—¡Indigno, abusa de la fuerza bruta y de la impunidad que protege a estos capigorriones!... Si otros fueran los tiempos, otras serían las nueces... Pero los

yunques se han vuelto martillos, y los martillos de ayer son yunques ahora. ¡Rechilindrona! ¡Malditos sean los instantes que he vivido después que murió aquella preciosa Libertad!...

Y sucediendo la rabia al dolor, se aporreó la cabeza y se mordió los puños. Habíanle abandonado los que antes le prestaran socorro, porque fuera se sentía gran ruido, y salieron todos corriendo al camino. Don Patricio, coronándose dignamente con su sombrero, al cual se empeñó en devolver su primitiva forma, salió también, arrastrado por la curiosidad.

II

Era que venían por el camino de Andalucía varias carretas precedidas y seguidas de gente de armas a pie y a caballo, y aunque no se veían sino confusos bultos a lo lejos, oíase un son a manera de quejidos, el cual, si al principio pareció lamentaciones de seres humanos, luego se comprendió provenía del eje de un carro que chillaba por falta de unto. Aquel áspero lamento, unido a la algazara que hizo de súbito la mucha gente salida de los paradores y ventas, formaba lúgubre concierto, más lúgubre aún a causa de la tristeza de la noche. Cuando los carros estuvieron cerca, una voz acatarrada y becerril gritó: *¡Vivan las caenas! ¡Viva el rey absoluto y muera la nación!* Respondióle un bramido infernal, como si a una rompieran a gritar todas las cóleras del averno, y al mismo tiempo, la luz de las hachas, prontamente encendidas, permitió ver las terribles figuras que formaban procesión tan espantosa. Don Patricio, quizá el único espectador enemigo de semejante espectáculo, sintió los escalofríos del terror y una angustia mortal que le retuvo inmóvil y casi sin respiración por algún tiempo.

Los que custodiaban el convoy y los paisanos que le seguían por entusiasmo absolutista estaban manchados de fango hasta los ojos. Algunos traían pañuelo en la cabeza: otros, sombrero ancho; muchos, con el desgreñado cabello al aire, hongos, mojados de pies a cabeza, frenéticos, tocados de una borrachera singular que no se sabe si era de vino o de venganza, brincaban sobre los baches, agitando un jirón con letras,

una bota escuálida o un guitarrillo sin cuerdas. Era una horrenda mezcla de bacanal, entierro y marcha de triunfo. Oíanse bandurrias desacordes, carcajadas, panderetazos, votos, ternos, *kirieleisones*, vivas y mueras, todo mezclado con el lenguaje carreteril, con patadas de animales (no todos cuadrúpedos) y con el cascabeleo de las colleras. Cuando la caravana se detuvo ante el cuerpo de guardia, aumentó el ruido. La tropa formó al punto, y una nueva aclamación al rey neto alborotó los caseríos. Salieron mujeres a las ventanas, candil en mano, y la multitud se precipitó sobre los carros.

Eran éstos galeras comunes, con cobertizo de cañas y cama hecha de pellejos y sacos vacíos. En el delantero venían tres hombres, dos de ellos armados, sanos y alegres, el tercero enfermo y herido, reclinado doloridamente sobre el camastrón, con grillos en los pies y una larga cadena, que, prendida en la cintura y en una de las muñecas, se enroscaba junto al cuerpo como una culebra. Tenía vendada la cabeza con un lienzo teñido de sangre, y era su rostro amarillo como vela de entierro. Le temblaban las carnes, a pesar de disfrutar del abrigo de una manta, y sus ojos, extrañados, así como su anhelante respiración, anunciaban un estado febril y congojoso. Cuando el coronel Garrote se acercó al carro y, alzando la linterna que en la mano traía, miró con vivísima curiosidad al preso, éste dijo a media voz:

—¿Estamos ya en Madrid?

Sin hacer caso de la pregunta, Garrote, cuyo semblante expresaba el goce de una gran curiosidad satisfecha, dijo:

—¿Conque es usted...?

Uno de los hombres armados que custodiaban al preso en el carro, añadió:

—El héroe de Las Cabezas.

Y junto al carro sonó este grito de horrible mofa:

—¡Viva Riego!

Garrote se empeñó en apartar a la gente que rodeaba el carro, apiñándose para ver mejor al preso e insultarle más de cerca.

Un hombre alargó el brazo negro, y, tocando con su puño cerrado el cuello del enfermo, gritó:

—¡Ladrón, ahora las pagarás!

El desgraciado general se recostó en su lecho de sacos, y callaba, aunque

harto claramente imploraban compasión sus ojos.

—Fuera de aquí. Señores, a un lado —dijo Garrote, aclarando con suavidad el grupo de curiosos—. Ya tendrán tiempo de verle a sus anchas...

—Dicen que la horca será la más alta que se ha visto en Madrid—indicó uno.

—Y que se venderán los asientos en la plaza, como en los toros.

—Pero déjenoslo ver..., por amor de Dios. Si no nos le comemos, señor coronel—gruñó una dama del parador cercano.

—¡Si no puede con su alma...! ¿Y ese hombre ha revuelto medio mundo? Que me lo vengán a decir...

—¡Qué facha! ¿Y dicen que éste es Riego?... ¡Qué bobería!... Si parece un sacristán que se ha caído de la torre cuando estaba tocando a muerto...

—Este es tan Riego como yo.

—Os digo que es el mismo. Le vi yo en el teatro cantando el himno.

—El mismo es. Tiene el mismo parecido del retrato que paseaban por Platerías.

Hasta aquí las mortificaciones fueron de palabra. Pero un grupo de hombres que habían salido al encuentro de los carros, una gavilla, mitad armada, mitad desnuda, desharrapada, borracha, tan llena de rabia y ceno que parecía creación espantosa del lodo de los caminos, de la hez de las tinajas y de la nauseabunda atmósfera de los presidios, un pedazo de populacho, de esos que, desgarrándose, se separan del cuerpo de la nación soberana para correr solos, manchando y envileciendo cuanto tocan, empezó a gritar con el gruñido de la cobardía que se finge valiente fiando en la impunidad:

—¡Que nos le den; que nos entreguen a ese pillo, y nosotros le ajustaremos la cuenta!

—Señores—dijo Garrote con energía—, atrás; atrás todo el mundo. El preso va a entrar en Madrid.

—Nosotros le llevaremos.

—Atrás todo el mundo.

Y los pocos soldados que allí había auxiliados con tibieza por los voluntarios realistas, apartaban a la gente.

Unos corrieron a curiosar en los carros que venían detrás, y otros se metieron en la venta, donde sonaban seguidillas, castañuelas, desafortados gri-

tos y chillidos. Un cuero de vino, roto por los golpes y patadas que recibiera, dejaba salir rojo líquido, y el suelo de la venta parecía inundado de sangre. Algunos carreteros sedientos se habían arrojado al suelo y bebían en el arroyo tinto; los que llegaron más tarde apuraban lo que había en los huecos del empedrado, y los chicos lamían las piedras fuera de la venta, a riesgo de ser atropellados por las mulas desenganchadas que iban de la calle a la cuadra, o del tiro al abrevadero. Poco después veíanse hombres que parecían degollados con vida, carniceros o verdugos que se hubieran bañado en la sangre de sus víctimas. El vino, mezclado al barro y tiñendo las ropas, que ya no tenían color, acababa de dar al cuadro, en cada una de sus figuras, un tono crudo de matadero, horriblemente repulsivo a la vista.

Y a la luz de las hachas de viento y de las linternas, las caras aumentaban en ferocidad, dibujándose más claramente en ellas la risa entre carnalesca y fúnebre que formaba el sentido, digámoslo así, de tan extraño cuadro. Como no había cesado de llover, el piso, inundado, era como un turbio espejo de lodo y basura, en cuyo cristal se reflejaban los hombres rojos, las rojas teas, las bayonetas bruñidas, las ruedas cubiertas de tierra, los carros, las flacas mulas, las haraposas mujeres, el ir y venir, la oscilación de las linternas y hasta el barullo, los relinchos de los brutos y hombres, la embriaguez inmundada, y, por último, aquella atmósfera encendida, espesa, suciamente brumosa, formada por los alientos de la venganza, de la rusticidad y de la miseria.

En el segundo carro estaban presos también, y heridos, los compañeros de Riego, a saber: el capitán don Mariano Bayo, el teniente coronel plamontés Virginio Vicenti y el inglés Jorge Matías. Don Patricio Sarmiento, que no se atrevió a acercarse al primer carro, se detuvo breve rato junto al segundo, pasó indiferente por el tercero, donde sólo venían sacos y un guerrillero, con su mujer, y se dirigió al cuarto, llamado por una voz débil, que claramente dijo:

—Señor don Patricio de mi alma... ¡Bendito sea Dios, que me permite verle!

—¡Pujitos!... ¡Pujitos mío!...—excla-

mó Sarmiento, extendiendo sus brazos dentro del carro—. ¿Eres tú?... Sí, tú mismo... Dime, ¿estás herido? Por lo visto, también vienes preso.

—Sí, señor—repuso el maestro de obra prima—; herido y preso estoy... Diga usted, ¿nos ahorcarán?

—Pues eso, ¿quién lo duda?

—¡Infeliz de mí!... Vea usted los lodos en que han venido a parar aquellos polvos. Bien me lo decía mi mujer... Señor don Patricio, al que está como yo, medio muerto de un bayonetazo en la barriga, deberían dejarle en manos de Dios para que se le llevase cuando a su Divina Majestad le diese la gana, ¿no es verdad?

—Sí, Pujitos mío—repuso Sarmiento, estrechándole la mano—. ¿Sabes que tiemblo y tengo frío? Más frío y más miedo que tú, porque voy a preguntarte por mi hijo, en cuya compañía has vivido por esas tierras, y, según lo que me contestes, así moriré o viviré... Hace seis días que estoy en la incertidumbre más horrible; hace seis días que bajo a este camino para interrogar a todos los que llegan... ¡Ah, por fin, encuentro quien me diga la verdad! Pujitos de mi alma, tú me la dirás, aunque sea terrible.

—Sí, señor; sí, señor; yo se la diré—repuso el zapatero, cubriéndose con ambas manos el rostro y rompiendo a llorar como un chiclelo.

—¡Conque es cierto, amigo; conque es verdad que mi pobre Lucas!...—gimió el preceptor, la voz entrecortada por el llanto—. ¡Pobre hijo de mi alma!

—¡Pobre amigo mío!—añadió Pujitos, secando sus lágrimas—. ¡Y era tan cariñoso, tan bueno, tan leal!... Sin cesar, le nombraba a usted, y no cesaba de cavilar en lo que haría su padre en Madrid, o lo que no haría... «Si tendrá discípulos—decía—; si pasará trabajos. Ahora estará barriendo la escuela...» No nos separábamos nunca, partíamos nuestra ración y éramos en todo como hermanos. En las batallas, siempre nos escondíamos juntos.

—¡Os escondíais!—exclamó don Patricio, levantando el rostro con dignidad, pues ésta era tan grande en él, que ni el dolor podía vencerla.

—¡Ah señor!... El pobre Lucas era el mejor chico del mundo... ¡Pobrecito!...

—Ha tiempo que el dardo estaba clavado en mi corazón... Yo le tenía por

muerto; pero la falta de noticias dábame alguna esperanza. Yo me agarraba con desesperación a las conjeturas. Pero tú has disipado mis dudas. Más vale la desgracia verdadera y declarada que una incertidumbre desgarradora.

—Aquí está lo que queda del pobre Lucas—dijo el herido, mostrando un pequeño lío de ropa.

Don Patricio se abalanzó a aquel objeto mudo, testimonio tristísimo de su última esperanza muerta, y lo besó con ardiente cariño. Por breve rato le vió Pujitos con la cabeza apoyada en el borde del carro, oprimiendo con ella el lío de ropa y regándolo con sus lágrimas. Respetuoso con el dolor del padre, el maestro de obra prima callaba.

—Esto es hecho—exclamó, al fin, don Patricio, irguiendo la frente caduca, mas bastante fuerte para soportar, mediante la energía de su espíritu, el peso de una gran pena—. El autor de todas las cosas lo quiere así. Ya no tengo hijo... Toda esperanza acabó, y con ella, la vida mía... Ahora, leal amigo, excelente joven, que has sido el Pilades de aquel noble Orestes, cuéntame, sin omitir nada, los pormenores de la muerte de mi hijo; dime como se extinguió aquella vida preciosa, porque siendo Lucas de ánimo tan intrépido, no podía morir como los demás milicianos, sino de una manera grande..., ¿me entiendes?, de una manera gloriosa, y en un momento de sublime heroísmo.

—Precisamente heroísmo, no, señor don Patricio—dijo Pujitos con embarazo—. Yo le contaré a usted... Lucas...

—Heroísmo ha habido, no me lo niegues, porque yo conozco muy bien la raza de leones de que viene mi hijo; yo sé qué casta de bromas gastamos los Sarmientos con el enemigo en un campo de batalla. Si por modestia callas las acciones homéricas en que tú has tomado parte, haces mal, que, al fin y al cabo, todo se ha de saber, y si no, ahí están los historiadores, que, en un abrir y cerrar de ojos, desentrañarán lo más escondido.

—Si no hubo acciones heroicas ni cosa que lo valga, hombre de Dios—objetó Pujitos con pena—. Nosotros estábamos en Málaga, con el general Zayas, cuando éste representó a las Cortes al tenor de lo que dijo Ballesteros al capitular. ¿Usted me entiende? Vino entonces Rie-

go, mandado por las Cortes, tomó el mando y nos llevó contra Ballesteros. ¿Usted me entiende?

—Y entonces se trabaron esas crueles batallas que yo imagino.

—No hubo más sino que el general llevaba el encargo de inflamarnos..., sí, señor; de inflamarnos, porque todos estábamos muy abatidos y sin ganas de guerra, porque la veíamos muy negra.

—¿Y os inflamó?

—¿Cómo se puede inflamar la nieve? Fuimos en busca de Ballesteros y le hallamos en Priego. Allí se armó una...

—¡Corrieron mares de sangre!...

—No, señor. Todo era: «¡Viva Ballesteros!», por un lado, y por otro: «¡Viva Riego!» Nos abrazamos, y los generales conferenciaron. Como no se pudieron avenir, don Rafael arrestó a Ballesteros.

—Bien hecho, muy bien... ¿Y Lucas?

—Lucas, tan bueno y tan sano... Era aquélla la mejor vida del mundo, porque como no había balas, sino conferencias... Pero un día se presentó delante de nosotros Balazant, y tiros van, tiros vienen... Desde entonces perdió la salud el pobre Lucas, porque le entró como un súbito, y se quedó frío y yerto, temblando y quejándose de que le dolía esto y lo otro.

—¡Desgraciado hijo mío! Su principal pena consistiría en no poder batirse en primera fila.

—Puede que así fuera. Lo cierto es que empezó a decaer, a decaer, y la calentura seguía en aumento, y deliraba con los tiros. Riego abandonó el campo; nos fuimos con él, y el pobre Lucas parecía que recobraba la vida según nos íbamos alejando de las tropas de Balazant. El general fué perdiendo su gente, porque oficiales y soldados desertaban a cada hora. ¡Qué tristeza, señor don Patricio! Pero el pobre Lucas se alegraba, y decía: «Amigo Pujos, esto parece que acabará pronto.» Había mejorado bastante y estaba limpio de calentura... Pero de repente, cuando íbamos cerca de Jaén, aparecen los franceses...

—¡Oh! ¡Me tiemblan las carnes al oírte! ¡Cómo correría la sangre en ese glorioso cuanto infausto día!

—Más corrieron los pies, señor Sarmiento. Yo, la verdad sea dicha, no fui de los que más corrieron, porque no podía abandonar al pobre Lucas, que se

descompuso todo y se quedó en un hilo. Arrojaños los fusiles, que nos pesaban mucho, y nos refugiamos en una casa de labor. ¡Ay pobre amigo mío! Le entró tal calenturón, que su cuerpo parecía un volcán, perdió el conocimiento, y a las treinta horas...

—No sigas, que se me parte el corazón—dijo don Patricio con voz entrecortada por los sollozos—. ¡Cuánto parecería al ver que su mísero estado corporal no le permitía batirse! ¡Qué lucha tan horrenda la de aquella alma de león al sentirse sin cuerpo que le ayudara!

—El pobrecito, en su delirio, nombraba a los franceses y se metía debajo del jergón. Serían las doce y media de la noche cuando entregó su alma al Señor...

—¡Ay, parece que me arrancas las entrañas! Calla ya.

—Yo caí prisionero, fui herido de un bayonetazo, y, después de tenerme algunos días en un calabozo de La Carolina, me metieron en este carro. Por el camino se nos unió el general, preso y herido también, y juntos hemos llegado aquí. Dicen que nos ahorcarán a todos.

—Eso es indudable—contestó Sarmiento en tono que más era de satisfacción y orgullo que de lástima—. ¡Fin lamentable, pero glorioso! ¿Qué mayor honra que morir por la Libertad y ser mártires de tan sublime idea?

Pujitos, que, sin duda, no había dado hospedaje en su pecho a tan elevados sentimientos, suspiró acongojadamente.

—Bendice tu muerte, hijo mío—añadió Sarmiento, extendiendo hacia él sus venerables manos, en la actitud de un sacerdote antiguo—; bendice tus nobles heridas, pregoneras de tu indomable valor en los combates. Has sido atravesado de un bayonetazo, y, además, tienes heridos la cabeza y el brazo.

—Esto que tengo en el arca del estómago es fechoría de un francés, a quien yo vea comido de perros. Lo de la cabeza es una pedrada, y lo del brazo, un mordisco. En los pueblos por donde hemos pasado nos han recibido lindamente, señor. Como los curas salían diciendo que estábamos todos condenados y que ya nos tenían hecha la cama de rescoldo en el infierno, no había para nosotros más que palos, amenazas, pedradas. En Santa Cruz de Mudela nos

dieron una rociada buena. El general y yo salimos descalabrados, y gracias a que los carros echaron a andar, que si no, allí nos quedamos como San Esteban. En Tembleque nos quisieron matar, y si la tropa no nos defiende a culatazos, allí peregemos todos. Hombres y mujeres salían al camino aullando como lobos. Uno, que debía ser pariente de canibales, después de molerme a coques y puñadas, me clavó los dientes en este brazo y me partió las carnes... ¿Qué ganará el rey absoluto con esto? Mala peste le dé Dios... Pero dicen que todo esto es por obra y gracia de los condenados frailes... ¿Es verdad, señor don Patricio?

—Hijo mío, mucho me temo que esos bribones se venguen ahora de lo que les hicimos con razón. Y no serán, como nosotros, generosos y templados en el condenar, sino fieros, vengativos y sanguinarios cual libicas hienas... Hemos de ver lo que nadie ha visto, ¡por vida de la chi...!

No pudo acabar su frase el buen preceptor, porque un voluntario realista se acercó al carro y, brutalmente, gritó:

—Atrás, don Camello, o te parto... ¡Fuera de aquí, estantigua!

Sarmiento corrió, dando zancajos, hacia el parador. Con su gran levitón, cuyos faldones se agitaban en la carrera, parecía una colosal ave flaca que volaba rastreando el suelo. Después de recoger del fango su sombrero, que había perdido en la huida, confundióse entre la multitud para estar más seguro. Entonces oyó al coronel Garrote dar esta orden al capitán Romo:

—Siga adelante el convoy. Custódíelo usted con su media compañía. Tengo orden de que no entre en las calles de Madrid. Pase el tío; tome la Ronda, a la izquierda, hacia la Virgen del Puerto; adelante siempre, y subiendo por la cuesta de Areneros, diríjase al Seminario de Nobles, donde esperan a los presos. En marcha, pues. Guárdense los curiosos de seguir al convoy, porque haré fuego sobre ellos. Marche cada cual a su casa, y buenas noches.

El convoy se puso en movimiento, carro tras carro, oyéndose de nuevo el rechinar áspero y melancólico de los ejes, que aun desde muy lejos se percibía clarísimo en el tétrico silencio de la noche. Los farolillos recogíanse poco a po-

co en el cuerpo de guardia como luciérnagas que corren a sus agujeros; se apagaron las hachas y se extinguieron los graznidos, cayendo todo en una especie de letargo, precursor del profundo sueño en que termina la embriaguez.

Sarmiento se alejó de allí, y antes de tomar el camino de los Ocho Hilos para subir a la Puerta de Toledo, paróse para ver los carros, que ya a mediana distancia iban por el paseo Imperial. Bien pronto dejó de verlos, a causa de la oscuridad; mas conocía su situación por el farolillo que el vehículo delantero llevaba. Con voz sorda habló así el viejo patriota:

—¡Oh tú, el héroe más grande que han producido las edades todas, insigne campeón de la libertad española, soldado ilustre, Riego, amigo mío, si ahora vas conducido entre sayones en ignominioso carro, mañana tendrás un trono en el corazón de todos los españoles. Si te arrastran a suplicio afrentoso los infames verdugos a quienes perdonamos cuando éramos fuertes, tu nombre, que tanto repugna a despóticos oídos, será un símbolo de libertad y una palabra bendita cuando, humillada la tiranía, se restablezca tu santa obra. Subirás a la morada de los justos entre coros de patrióticos ángeles que entonen tu himno sonoro, mientras tu patria se revuelve en el lodo de la reacción domeñada por tus verdugos. ¡Oh feliz tú, feliz cuanto grande y sublime! ¡Varón excelso, el más precioso que Dios ha concedido a la Tierra, si fuera dable a este humilde mortal participar de tu gloria!... ¡Si, al menos, pudiera yo compartir tu martirio, y entrar contigo en la cárcel, y oír juntos la misma sentencia, y subir juntos a la misma horca!... Este honor yo lo ambiciono y lo deseo con todas las fuerzas de mi alma. Vacío y desierto está el mundo para mí, después que he perdido al lucero de mi existencia, a aquel preciosísimo mancebo inmolado, como tú, al numen sanguinario de la reacción... Quiero morir, sí, y moriré.

Infamado en furor que no tenía nada de risible, añadió, corriendo con agitación:

—Quiero morir gloriosamente; quiero ser víctima sublime; quiero ser mártir de la Libertad; quiero subir al patíbulo... ¡Sicarios, venid por mí!

Tropezando en un árbol, estuvo a punto de caer en tierra. Entonces añadió, hablando consigo mismo:

—¡Ah Patricio, tu noble arranque me causa la más viva admiración!... Mañana has de hacer algo digno de pasar a las más remotas edades. Sí, mañana. Vámonos a casa.

Echó a andar, y al poco rato dijo:

—Pero ¿en dónde está mi casa? ¡Pues no se me ha olvidado dónde está mi casa!...

Miraba a la tierra como quien ha perdido el sombrero.

—¡Ay! Ya me acuerdo—exclamó, sonriendo—. Tu casa está en la calle de la *Emancipación Social*. ¿No es verdad, Patricio?

Meditaba con el índice puesto en la punta de la nariz.

—No...—dijo, después de una pausa, en el tono gozoso del que hace un descubrimiento útil—. Es que yo solicitó del Ayuntamiento que llamase calle de la *Emancipación Social* a la de Coloreros; pero no accedió, y sigue llamándose calle de Coloreros. Allí vivo, pues.

Entró en Madrid resueltamente. Su- biendo por la calle de Toledo, dijo:

—Tengo hambre.

Pero después de registrar todos los bolsillos de su ropa, que no bajaban de ocho, adquirió una certidumbre aterradora, que expresó en angustiosos suspiros:

—Parece que se me doblan las piernas y que voy a caer desfallecido... ¡Comer! ¡Que esto sea indispensable!... Miserable carne, ¿por qué eres así?... ¿Adónde iré?... Mi casa está vacía: no hay en ella ni una miga de pan... ¿Pediré limosna? Jamás. Los hombres de mi temple sucumben, pero no se humillan... A casa, señor don Patricio: si es preciso, se comerá usted el palo de una silla; a casa.

Al entrar en la calle de Coloreros encontróla tenebrosa y desierta, por ser muy avanzada la noche. Como su extenuación era grande, se habían debilitado sus sentidos, particularmente el de la vista, y necesitó palpar las paredes para encontrar la puerta. Sin saber por qué, vino entonces a su mente un recuerdo muy triste, que ya otras veces había turbado profundamente su espíritu. Parecíale estar viendo delante de sí, en una noche oscura como aquella,

al sin ventura Gil de la Cuadra, arrojado en el suelo, arrastrando ignominiosa cadena, insultado por los polizontes. De todos los incidentes de aquella lúgubre escena, el más presente en la memoria de don Patricio y el que le causaba más dolor era el ocurrido cuando su infeliz vecino, preso, pidió agua, y Sarmiento, inspirándose en el más cruel fanatismo, se la negó.

—Ya, ya lo sé—dijo don Patricio, cerrando los ojos para dominar mejor su terror—; ya sé que aquello fué una gran bellaquería.

Y abriendo, no sin trabajo, la puerta, entró, apresurándose a cerrar tras sí, porque le parecía que feos espectros y sombras iban en su seguimiento, y que oía el lamentable son de la cadena de Gil de la Cuadra arrastrando por las baldosas. Buscó en sus bolsillos eslabón y yesca para encender luz; mas nada halló de que pudiera sacarse lumbre. Sin desanimarse por esto, acometió la escalera con mucho cuidado y empezó a subir, deteniéndose en cada escalón para tomar fuerzas. Pero no había subido ocho, cuando le fué preciso andar a gatas, porque las piernas no podían con el peso del desmayado cuerpo.

—¡Si me iré a morir aquí!—dijo con angustia, bañado en sudor frío—. ¡Oh Dios mío! ¿Me estará reservada una muerte oscura, en mísera escalera, aquí, olvidado de todo el mundo?... Piedad, Señor...

Sus fuerzas, a causa de la inacción, se extinguían rápidamente. Llegó a no poder mover brazo ni pierna. Entonces dió un ronquillo y entregóse a su malhadado destino.

«¡Oh! No, Señor—pensó allá en lo más hondo de su pensar—; no era así como yo quería morir.»

Sus sentidos se aletargaron; pero antes de perder el conocimiento, vió un espectro que hacia él avanzaba.

Era un hermoso y brillante espectro que tenía una luz en la mano.

III

Cuando volvió en su recuerdo, el buen anciano se encontró en un lugar que era, indudablemente, su casa, y que, sin embargo, bien podía no serlo. Llena de

confusión su mente, miraba en derredor y decía:

—Indudablemente, es mi casa; pero mi casa no es así.

Se incorporó en el canapé donde yacía, tocó la pared cercana, midió con la vista las distancias, y a medida que se aclaraba su entendimiento, más grande era su confusión. La semejanza entre su casa y aquella en que estaba era muy grande, pero también había diferencias, siendo las principales el aseo, los muebles y el orden perfecto de todo. Pero lo que más sorprendió al maestro de escuela fué ver en mitad de la encantada pieza una mesa puesta como para cenar, alumbrada por lámpara de pantalla, y que en la blancura de sus manteles y en el brillo de los platos revelaba las hacendosas manos que habían andado por allí. Como la mesa puesta, y puesta de aquel modo, era el más grande fenómeno que podía presentarse ante los ojos de Sarmiento en su propia casa, creyóse juguete de duendes o artes demoníacas. Probó a levantarse, y pudo sostenerse en pie, aunque apoyándose en la silla. Junto a la mesa había un sillón, y como Sarmiento lo creyese destinado a su persona, no vaciló en ocuparlo. En el mismo instante llegaron a su nariz olores de comida muy picantes y aperitivos. El anciano exclamó con mayor confusión:

—No; ésta no es mi casa.

Decíalo por aquellos olores, que hacía mucho tiempo habían dejado de acompañarle en su domicilio. A pesar de no ser supersticioso, afirmóse en la idea de hallarse bajo la acción de una magia o bromazo de Satanás. Y, sin embargo, era la cosa más sencilla del mundo. Pronto se convenció de ello nuestro amigo viendo entrar a una joven vestida de negro, la cual se llegó a él sonriendo, y le dijo:

—Buenas noches, señor don Patricio. ¿Ya se le pasó a usted el desmayo? Bien' decía yo que no era nada. Sin embargo, mandamos llamar un médico.

—¡Por vida de cien mil chilindrones! —repuso Sarmiento, saliendo poco a poco del estupor en que había caído—. Pues no me queda duda de que estoy hablando con Solita en persona.

—La misma—dijo la joven, acercándose a la mesa y apoyando ambas ma-

nos en ella para contemplar más de cerca al viejo.

—¿Y cómo es que estoy en mi casa y no estoy en ella?

—Está usted en la mía.

—¡Ah! Bien lo decía yo, bien lo decía. Estos platos, estos ricos olores, este arreglo, no pueden existir en la casa de un pobre maestro de escuela sin discípulos. Como todos los cuartos de la casa son iguales, de aquí que... Pues con permiso de usted... me retiro a mi vivienda...

—Antes cenará usted—dijo la muchacha, sonriendo con bondad—. Me han dicho que no hay gran abundancia por allá arriba.

—¿Cómo ha de haber abundancia donde reina con imperio absoluto la desgracia? He caído, señorita doña Sola, a los más profundos abismos de la miseria. Vea usted en mí una imagen del santo patriarca Job. ¡Dios me ha quitado todo, me ha quitado a mi hijo!

—Cómo ha de ser... Es preciso aceptar con resignación esos golpes y todos los que vengan detrás. Ahora cene usted, que Dios manda a los desgraciados no abandonarse al dolor y dar al cuerpo todo lo que el cuerpo necesita.

—Usted me invita a cenar...

—No invito, sino que obligo—afirmó Sola, poniendo en la mesa pan y vino—. Aguarde usted un momento, que no le haré esperar.

Al poco rato volvió con una cazuela de sopas, cuyo gratísimo olor despertó en Sarmiento las más dulces sensaciones y una generosa reconciliación con la vida.

—Debe usted recordar, señorita doña Sola—dijo el preceptor cuando la joven le ataba las dos puntas de la servilleta detrás del cogote—, que yo fui encarnizado enemigo de su padre de usted, porque jamás he transigido ni podré transigir con las perras ideas absolutistas.

—Lo recuerdo, sí; pero eso no hace al caso.

—Es que mi delicadeza—añadió Sarmiento, tomando la cuchara—no me permite aceptar un banquete... Con usted, personalmente, no hay resentimiento...; pero ¿a qué negarlo? Usted y yo no podemos ser amigos hoy ni nunca... Dígolo para que no se crea que adulo, que me dejó seducir y sobornar por este fino obsequio que agradezco.

—Cene usted, cene usted...—dijo Solita, llenándole el vaso—. La mucha conversación podrá ser perjudicial a su cabeza, que, según me han dicho, no está del todo buena.

—Cenaré, señora, puesto que usted lo toma tan a pechos... Conste que yo no he mendigado esta cena; conste que me han traído aquí por fuerza; que no he solicitado esta amistad; conste, en fin, que no podemos ser amigos.

—Aunque no quiera serlo mío, yo me empeño en serlo de usted y lo he de conseguir—dijo Soledad, sonriendo y hablando al viejo en el tono que se emplea con los chiquillos.

—Dale, dale—repuso Sarmiento, engullendo aprisa—. Conque amiguitos, ¿eh? ¡Chilindrón!... Usted no tiene memoria sin duda.

—Verdaderamente, no tengo mucha para el daño recibido.

—Su dichoso papaíto de usted y yo éramos como el agua y el fuego... Mi deber era perseguirle, denunciarle, no dejarle respirar... Yo siempre cumplo mi deber; yo soy esclavo de mi deber. Pertenezco a mi patria, y a una idea, ¿me entiende usted?

—Entiendo.

—Con nada transijo. El enemigo de la patria es mi enemigo, y la hija del enemigo de mi patria es mi enemiga. ¿Qué dice usted a eso?

—Que no ha tratado a las sopas como enemigas de la patria.

—No, ciertamente, porque hace mucho tiempo que no las había comido tan buenas.

—Ahora voy por la perdiz.

—¿Perdiz?... Vamos, esto parece un cuento de brujas... Si se empeña usted...; pero conste que yo no he pedido la perdiz; que yo no he mendigado nada, que...

Un momento después, Sola partía la perdiz, ofreciéndola, pedazo tras pedazo, al hambriento anciano.

—Está sabrosísima... Pero con la sorpresa de esta cena había olvidado... ¿Cuándo ha llegado usted, señora doña Solita? ¿Qué tal le ha ido en su viaje?

—He llegado esta mañana. Los de Cordero me hablaron de usted... Díjeronme que estaba usted loco...

—¡Loco yo!

—O poco menos. Que andaba usted mal de fondos.

—Eso sí que es como el Evangelio.

—Que había perdido usted a su hijo Lucas.

—También, ¡ay!, es verdad.

—Esperé verle a usted y ofrecerle algo de lo poco que yo tengo.

—Gracias...

—Pero usted había salido antes que yo llegara. Había ido, según me dijeron, a correr por las calles divirtiéndose a los chicos y sirviendo de entretenimiento, con sus discursos, a los desocupados de los cafés y de la Puerta del Sol.

—¡Yo!

—Descansé un poco. Todo el día lo he empleado en arreglar mi casa. He buscado una sirvienta, he hecho parte de lo mucho que hay que hacer cuando se ha tenido todo abandonado por una ausencia de cinco meses. Ya muy entrada la noche, sentí pasos en la escalera, y después lamentos y quejidos como de una persona enferma. Salimos y hallamos al gran don Patricio tendido boca abajo. Los vecinos salieron, y unos decían: «¡Buena turca ha cogido!» Otros: «¡Ya las pagó todas juntas!» ¡Cómo reían algunos!... «El maldito viejo ya echó su último discurso»... «¡Qué feísimo está!» Don Juan de Pipaón dijo: «No tiene sino hambre. Denle a oler sopas, y verán cómo resucita...» Me pareció que esta opinión era la más razonable. Entre el mancebo de los Corderos, mi criada y yo entramos el cuerpo desmayado en mi casa, que estaba seis escalones más arriba; le tendimos en ese sofá...

—Conste que yo no entré por mi pie, que no pedí...—dijo Sarmiento con viveza, arqueando las cejas.

—Le abrigamos bien; vino el veterinario del sotabanco, y dijo que usted padecía estos desvanecimientos desde que había dado en el hito de hablar mucho y no comer... Yo había cenado ya; al momento dispuse otra cena para el nuevo huésped.

—Traído por fuerza, es decir, cogido, secuestrado, usurpado durante su desmayo.

—Mandé venir un médico mientras hacía la cena—añadió Sola, observando con la mayor complacencia el buen apetito de Sarmiento—. Creí que al pobre hombre no le vendrían mal estos cuidados. Yo dije para mí: «Cuando se ponga buena y se le despeje la cabeza,

abrirá de nuevo la escuela, se llenarán sus bolsillos y podrá vivir otra vez solo y holgado en su casa. Entre tanto, le conservaré en la mía, si quiere, y partiré con él lo poco que tengo.»

—¡Cuidarme, conservarme aquí, darme asilo!...—murmuró don Patricio con estupefacción y aturdimiento.

—Me han dicho que el casero le va a plantar a usted en la calle esta semana.

—Ese troglodita será capaz de hacerlo como lo dice.

—En aquel cuarto le he preparado a usted una cama—manifestó Soledad señalando una alcoba cercana.

Don Patricio miró y vió un lecho cuyas cortinas blancas le deslumbraron más que si fueran rayos de sol.

—¡Una cama..., para mí..., para mí, que hace cinco meses duermo en el suelo!...

—Aquí podrá usted vivir. Yo estoy sola; quizá lo esté por mucho tiempo—añadió la joven, poniendo delante del anciano un plato de uvas—. La casa es demasiado grande para mí... No tendrá usted que ocuparse de nada...; le cuidaré, le alimentaré.

—¡Me cuidará, me alimentará!... Repito que esto es magia.

—Es caridad... Por ventura, ¿no entienden de caridad los patriotas?

—Sí entendemos, sí—replicó Sarmiento, tan aturdido ya, que no sabía qué decir—. ¡La caridad!, sublime sentimiento. Pero no ha de sobreponerse al tesón ni a la fijeza de ideas. La caridad puede llegar a ser un mal muy grande si se emplea en los enemigos de la patria, en los ministros del error... ¿Qué le parece a usted?

—Que las uvas no deben de ser ministros del error, según usted las acoge.

—Están riquísimas. Yo, ¿cómo negarlo? agradezco a usted sus obsequios... Quizá pueda algún día corresponder a tantas finezas con otras igualmente delicadas... Conque ¿dice que me dará una cama?...

—Aquella...

—¿Y el desayuno?

—También.

—¿Y comida?

—Y cena. Soy pobre; pero tengo para vivir algún tiempo. Después Dios nos dará más. Ya ve usted que si a veces quita, también da cuando menos se espera.

—Es cierto, sí, es cierto—dijo Sarmiento con viva emoción, que se apresuró a disimular—. Pero me asombra una cosa.

—¿Qué?

—La poca memoria de usted.

—¿Poca memoria? En verdad, no es mucha—dijo Sola, ofreciéndole un vaso de agua—. A veces no sirve la memoria sino de estorbo.

—Pues sí—añadió Sarmiento masculando las palabras y algo cortado—. Usted no se acuerda... de que yo... no era santo de la devoción de su papá de usted... Porque, que digan arriba, que digan abajo, su papá de usted conspiraba. Así es que yo... Mire usted, siempre que me acuerdo de esto, tengo una congoja... Cierta noche, cuando llevaron preso al señor Gil de la Cuadra, yo... Repito que él conspiraba y que hacían bien de prenderle... ¿Usted recuerda...?

Soledad, pálida y abatida, miraba fijamente el mantel.

—Usted recuerda que su papá, cuando le pusieron las cadenas, ¿eh...?, pues sí, parece que tenía sed. Me pidió agua y yo no se la quise dar. Hice mal, mal, mal; aquello fué una bellaquería, una brutalidad..., una infamia; seamos claros. Más adelante, cuando vivían ustedes en casa de Naranjo..., que, entre paréntesis, era un gran bribón, yo..., en fin, recordará usted que la noche que murió el señor Gil de la Cuadra me metí en la casa con otros milicianos para registrarla... Confiese usted que teníamos razón, porque su papá de usted conspiraba, es decir, nones, ya no conspiraba por causa de estar muerto; pero...

La confesión de sus brutales actos de fanatismo costaba al preceptor sudores y congojas; pero sentía la necesidad imperiosa de echar de sí aquel tremendo peso y como con tenazas iba sacándose las palabras.

—Ello es que yo me porté mal aquella noche... Verdad que éramos enemigos; que él conspiraba contra la Libertad; que yo tenía una misión que cumplir...; el Gobierno descansaba en mi vigilancia... Pero, de todos modos, señora doña Solita, usted no obra cuerdamente al tratarme como me trata.

—¿Por qué?—dijo la joven, alzando sus ojos, llenos de lágrimas.

—Porque somos enemigos políticos.

Bañado el rostro en lágrimas, Sola se echó a reír, lo que producía singular contraste.

—Porque somos enemigos encarnizados..., porque me porté mal, y si ahora salimos con que usted me da cama y mesa... Además, mi dignidad no me permite aceptarlo; no, señora. Parecerá que he cedido en mis opiniones..., que transijo con ciertas ideas.

Sola reía más.

—Usted se burla de mí. Bien; no hablemos más del asunto. Se me figura que usted me perdona aquellos desmanes. Bien, muy bien. Reconozco que es un proceder admirable; pero yo..., póngase usted en mi lugar...

—Me parece—dijo Sola—que ya es hora de que se acueste usted.

—¿En esa cama!—exclamó Sarmiento con incredulidad y abriendo mucho los ojos.

—En ésa.

—¿Y tiene colchones!

—Y manta... Ya que tiene usted repugnancia de aceptar lo que le ofrezco, no insistiré—indicó la muchacha con malicia—; pero valga mi hospitalidad por esta noche. Mañana se volverá usted a su casa.

—Bien, bien—dijo Sarmiento—. Por vida de la chilindrana, que es una excelente idea. Mañana lo decidiremos, y esta noche, como estoy tan cansado... En verdad, ¿para qué necesito yo colchones ni platos exquisitos, si están contados mis días...? ¡Ay! La pérdida de mi hijo me ha secado el corazón. Para mí ha concluido el mundo. Conozco que estoy de más, y me apresuro a emprender el viaje. Pero ha de saber usted que mi idea es morir gloriosamente, mi plan tener un fin que corresponda a la grandeza de las doctrinas que he sustentado en vida. Yo no puedo morir como otro cualquiera, señora doña Solita, y aquí me tiene usted en camino de llenar una página de la Historia.

Sola parecía inquieta oyendo los disparates de su huésped.

—Sí, señora—añadió Sarmiento, exaltándose y echando lumbre por los ojos—. Voy a morir por la patria; voy a morir por la Libertad, por esa luz que ilumina el mundo; voy a ser mártir; voy a elevar mi frente como los héroes, conquistando con un fin heroico la inmortalidad.

—Lo que yo veo es que no tiene descomulgados los que me dijeron...

Don Patricio se levantó y, tomando una actitud de solemnidad, pronunció de este modo:

—¿A qué arrostrar una vejez oscura y miserable, cuando las circunstancias me brindan con la inmortalidad? El ejemplo de ese héroe a quien he visto condecorado como un criminal, y que subirá al Calvario dentro de poco, me sirve de guía. ¡Oh luz de mi inteligencia, bendita seas por haberme inspirado esta idea!

Pensando luego, bruscamente, al tono familiar, dijo a Solita:

—Puedes darme un resaca de vino. Quizá tres, quizá dos, quizá una más. Como he de estar aquí por un poco de tiempo, apreciable señora, me quedare aquí.

—Está muy bien pensado. Ahora, a dormir.

Fino el médico que habían llamado y Sarmiento le despidió de una talante, diciendo que no necesitaba más visitas, porque para él el cuerpo no era nada y el alma todo. Advirtió al médico recordándole a ella que le encontrara si tenía tiempo en que tal enfermo viviera. Después de la partida del galán, don Patricio mostró deseos de acostarse.

—Buenas noches, señora—dijo al preparar entrante en la alcoba—. ¿Tomaré mañana chocolate?

—¿Eso había de faltarte? Si no fuera por esa diáfana muerte heroica que te espera, lo tomaría usted muchas días. ¿Qué necesidad premura de ese gusto por la gloria, que no es más que humo!

—Usted habla en broma—dijo don Patricio, cuya voz se oía débilmente desde la sala, porque había cerrado la puerta para acostarse—. No puedo comprender que su claro entendimiento compare esas cuantitas onzas de sarcasmo con la inmortalidad y la gloria... ¡Ah!, señora mía, lo sé todo que me consuela de la pérdida que acabo de experimentar es el saber que mi querido hijo está gozando de esa inextinguible luz de la gloria, premiado justo de los que son muertos defendiendo la Libertad. ¡Muerre satisfecho, que Dios te bendiga como te bendigo yo! ¡Ya que me apesadumbe a imitarle!... Solita, ¿se ha marchado usted?

—No, señor: aquí estoy quedándome con mucho gusto. ¿Cuánto tiempo le faltará

del pobre Lucas!... ¡Esa tan buena muchacha!...

—¡Válgame Dios, lo que he perdido! Era un destinado de virtudes—dijo Sarmiento, dando un gran suspiro—y de amor filial. Su inteligencia superior se remontaba a las más altas concepciones. Su valor indomable no tenía igual. ¡Creíame al verle que en él había resucitado un héroe antiguo. Válgame, que en aquel famoso día de julio dejó bien puesto el apellido!... ¡Pobre hijo mío! Sus nobles facciones eran idénticas a las de su madre. ¡Si hubiera usted estado en esa era mi Refugio!... ¡Está usted ahí, Solita!...

—Aquí estoy. Sí, debía de ser muy hermosa dona Refugio.

—¡Ah! ¡Si usted la hubiera visto!... ¡Qué boca!... ¡qué ojos!... ¡qué pie!... Me parece que la estoy viendo. Le llamaban la diosa de Colónzar del Buey, por ser éste el lugar de su nacimiento... ¡Oh dulces memorias!... ¿por qué venis a atormentarme en estas solitarias horas!... Yo me encasé de Refugio como un insecto, porque siempre he sido así, un insecto vivo. ¿Cuándo me echó encima de la casa paterna!... En fin, nos unimos en dulce amor el día de la Excomunión... Por Nochebuena nació nuestro Lucas, que parecía una hoja de oro y marroquin. ¡Oh tiempos!... ¡Sólo dona Solita!...

—¿Qué?

—¿Se ha marchado usted?

—No, señor: aquí estoy.

—Parece que se va usted.

—De ningún modo.

—Háganos el favor de abrir la puerta, porque desde vería a usted antes de dormir. Es una necesidad de mi pobre conciencia.

Soledad abrió. Completamente atrevido en los momentos don Patricio no mostraba más que la cabeza.

—Está usted mucho más guapa que cuando vivía el señor Gli de la Cuadra—dijo el viejo.

—Puede ser.

—¿Se acuesta usted ya?

—Antes tengo que hacer.

—Pueden esperar noche, porque, a causa del mal de corazón. Perdona usted mi desconfianza: pero no lo puedo remediar: me duermo como un animal. ¡Ojalá que, en la vida inmortal, en Libertad! Esta cama... es tan... buena.

IV

Pasando sobre treinta y cinco días, nos trasladamos con el lector al 6 de noviembre.

La plazuela de la Cebada, prescindiendo del mercado que hoy la ocupa, desfigurándola y escondiendo su fealdad, no ha variado cosa alguna desde 1823. Entonces, como hoy, tenía aquel aire villanesco y zafio que la hace tan antipática, el mismo ambiente malsano, la misma arquitectura irregular y ramplona. Aunque parezca extraño, entonces las casas eran tan vetustas como ahora, pues indudablemente aquel amasijo de tapias agujereadas no ha sido nuevo nunca. La iglesia de Nuestra Señora de Gracia, viuda de San Millán desde 1868, tenía el mismo aspecto de almacén abandonado, mientras su consorte, arrinconado entre las callejuelas de las Maldonadas y San Millán, parecía pedir con suplicante modo que le quitaran de en medio. La fundación de doña Beatriz Galindo no daba a la plaza sino podridos aleros, tuertos y llorosos ventanuchos, medianerías cojas y covachas miserables. La elegante cúpula de la capilla de San Isidro, elevándose en segundo término, era el único placer de los ojos en tan feo y triste sitio.

Esta plazuela había recibido de la Plaza Mayor, por donación graciosa, el privilegio de despachar a los reos de muerte, por cuya razón era más lúgubre y repugnante. Aquella boca monstruosa y fétida se había tragado ya muchas víctimas, y ¡cuántas le quedaban aún por tragar desde aquella célebre fecha de noviembre de 1823, que ennobleció la plaza-cadalso, dándole nombre más decoroso que el que siempre ha llevado!

En la mañana del 6, centenares de curiosos aflúan por las calles próximas para ver dos palos largos plantados en medio de tal plaza y asistir con curiosidad afanosa a la tarea de seis hombres que se ocupaban en unir los topes de dichos árboles con un tercer madero horizontal. Los corrillos eran muchos, y la gente iba y venía, paseando como en los preliminares de una fiesta. Veíanse hombres uniformados, otros con armas y sin uniforme, mucha gente del populacho que por aquellos barrios tiene sus

albergues, y no pocas personas de la clase acomodada. Un hombre alto, seco, moreno, de ojos muy saltones, de rostro fiero y ademán amenazador, mirar insolente, boca brava, como de quien no muerde por no menoscabar la dignidad humana; un hombre que, francamente, mostraba en todo su condición perversa, y en cuyo enjuto esqueleto el uniforme de brigadier parecía una librea de verdugo, avanzó resueltamente por entre el gentío, abriéndose calle bastón en mano, y dirigiéndose después con airada voz y gesto a los que trabajaban en el cadalso, les dijo:

—¡Malditos!... ¡Mal haya el pan que se os da! ¿No he mandado que se pusieran los palos más grandes que hay en los almacenes de la Villa?

Uno, que parecía el jefe de los aparejadores, balbució algunas excusas que no debieron de satisfacer al vestiglo, porque al punto soltó por su abominable boca nueva andanada de denuestos.

—¡Ahora mismo, ahora mismo, canallas...!, quitarme de ahí ese juguete, si no quieren que los cuelgue en él... Traigan los palos grandes, los más grandes, aquellos que estaban la semana pasada en el Canal... ¿Entienden lo que digo?... ¿Hablo yo en castellano?... Los palos grandes.

Otra vez se disculparon los aparejadores; pero el del bastón repitió sus ordenes.

—Si hace falta más gente, venga más gente... Estos holgazanes no comprenden la gravedad de las circunstancias ni están a la altura de un suceso como éste... ¡Por vida del Santísimo Sacramento, que yo les haré andar a todos derechos!... Señor Cuadrado, lleve usted al Canal a todos los operarios de la villa para transportar esos leños, y, si no, iré yo mismo, que lo mismo sirvo para un fregado que para un barrido.

Tres horas más tarde, el deseo de aquel hombre tan atroz se empezaba a cumplir, y la gente allí reunida (porque había más gente) vió que se elevaban con majestad dos maderos como mástiles de barco, gruesos, lisos, hermosos.

—¡Ah, muy bien!—dijo el endriago, observando desde lejos el golpe de vista—. Esto es otra cosa. Así es como el Gobierno quiere que se haga. ¡Magnífico efecto!

Sus miradas de satisfacción recorrieron toda la plaza por encima del mar de cabezas, y parecía decir: «¡Feliz el pueblo que tiene al frente de su Policía un hombre como yo!»

Clavados los altos maderos, los aparejadores se ocuparon en atar la traviesa horizontal. El efecto era soberbio.

Daba nuevas órdenes para perfeccionar tan bella obra el formidable polizonte, cuando se llegó a él un hombre cuadrado y de semblante oscuro e indescifrable, que le saludó cortésmente.

—¿Qué te parece, Romo, lo que hemos hecho?—dijo el del bastón, cruzando atrás las manos con el emborlado instrumento de su autoridad.

—¡Oh!, es la mayor que se ha elevado en Madrid—repuso contemplando la horca—. Y si hubiera maderos de más talla, a mayor altura la pondríamos. Esto debiera verse de toda España.

—Desde todo el mundo; que fuera de aquí también hay pillos a quienes escarmentar... Yo traería mañana a esta plaza a todos los españoles para que aprendieron cómo acaban las porquerías revolucionarias... No hay enseñanza más eficaz que ésta... Como el nuevo Gobierno no se nos meta por el camino de la tibieza, habrá buenos ejemplos, amigo Romo.

—Es que si se empeña en ir por el camino de la tibieza—dijo Romo, dando un golpe en el puño de su sable—, nos otros no le dejaremos ir...

—Bien, bien; me gustan esos bríos—afirmó un tercer personaje, casi tan parecido a un gato como a un hombre, y que de improviso se unió a los dos anteriores—. No ha salido el rey de manos de los liberales para caer en las de los tibios.

—Señor Regato—dijo el del bastón—, ha hablado usted como los cuatro Evangelios juntos.

—Señor Chaperón—añadió Regato—, bien conocidas son mis ideas... ¿Ve usted esa horca? Pues todavía me parece pequeña.

—Se puede hacer mayor—dijo el que respondía al nombre de Chaperón—. Por vida del Santísimo Sacramento, que no se quejará el Cabezudo... y su bailoteo será bien visto.

—¿Conoce usted la sentencia?—preguntó Regato.

—Será conducido a la horca arrastra-

do por las calles—dijo Romo—. Si hubieran omitido esto los jueces, habría sido una gran falta.

—Es claro; hay que distinguir... Según pedía el fiscal, la cabeza se colocará en el pueblo donde dió el grito nefando el año veinte, y el cuerpo se dividirá en cuatro cuartos.

—Para poner uno en Madrid, otro en Sevilla, otro en Málaga y otro en la Isla—añadió Chaperón, dando gran importancia a tan horribles detalles.

—Pues ayer se dijo..., yo mismo lo oí...—afirmó Regato—que los dos cuartos delanteros quedarían en Madrid. Yo no lo aseguro; pero así se dijo.

—En puridad—dijo Chaperón—, esto no es lo más importante. En vez de perder el tiempo descuartizando, buscaremos nueva fruta de cuelga, que no faltará en Madrid... Pero ¿qué alboroto es ése?... ¿Por qué corre mi gente?

Volvió los saltones ojos hacia Nuestra Señora de Gracia, donde los grupos se arremolinaban y se oía murmullo de vivas. El fiero jefe de la Comisión militar frunció el ceño al ver que el buen pueblo confiado a su vigilancia relinchaba sin permiso de la Policía.

—No es nada, señor Chaperón—dijo Regato—. Es que tenemos ahí a nuestro famoso Trapense.

—Hace un rato—añadió Romo—venía por Puerta de Moros con su escolta. Entró a rezar en Nuestra Señora de Gracia, y ya sale otra vez. Viene hacia acá.

En efecto, avanzaba hacia el centro de la plaza la más estrambótica figura que puede ofrecerse a humanos ojos en esos días de revueltas políticas en que todo se transfigura y sale a la superficie, ensuciando la clara linfa, el légamo social. Era un hombre a caballo, mejor dicho, a mulo. Vestía hábitos de fraile y traía un Crucifijo en la mano, y pendientes del cinto, sable, pistolas y un látigo. Seguíanle cuatro lanceros a caballo, y rodeábale escolta de gritonas mujeres, pilluelos y otra ralea de gente de esa que forma el vil espumarajo de las revoluciones.

Era el Trapense joven, de color ce-trino, ojos grandes y negros, barba espesa, con un airecillo, más que de feroz guerrero, de truhán redomado. Había sido lego en un convento, en el cual dió mucho que hacer a los frailes con su

mala conducta, hasta que se metió a guerrillero, teniendo la suerte de acaudillar con buen éxito las partidas de Cataluña. Conocedor de la patria en cuyo seno había tenido la dicha de nacer, crevó que sus frailunas vestiduras eran el uniforme más seductor para acaudillar aventureros, y al igual de las cortantes armas puso la imagen del Crucificado. En los campos de batalla, fuera de alguna ocasión solemne, llevaba el látigo en la mano y la cruz en el cinto; pero al entrar en las poblaciones colgaba el látigo y blandía la cruz, incitando a todos a que la besaran. Esto hacía en aquel momento, avanzando por la plazuela. Su mulo no podía romper sino a fuerza de cabezadas y tropezones la muralla de devotos patriotas, y él, afectando una seriedad más propia de mascarón que de fraile, echaba bendiciones. El demonio metido a evangelista no hubiera hecho su papel con más donaire. Viéndole, fluctuaba el ánimo entre la risa y un horror más grande que todos los horrores. Los tiempos presentes no pueden tener idea de ello, aunque hayan visto pasar fúnebre y sanguinosa una sombra de aquellas espantables figuras. Sus reproducciones posteriores han sido descoloridas, y ninguna ha tenido popularidad, sino antes bien, el odio y las burlas del país.

Cuando el bestial fraile, retrato fiel de Satanás ecuestre, llegó junto al grupo de que hemos hablado, recibió las felicitaciones de las tres personas que lo formaban, y él les hizo saludo marcial alzando el Crucifijo hasta tocar la sien.

—Bien venido sea el padre Marañón—dijo el jefe de la Comisión militar, acariciando las crines del mulo, que aprovechó tal coyuntura para detenerse—. ¿Adónde va tanto bueno?

—Hombre..., también uno ha de querer ver las cosas de gusto—replicó el fraile—. ¿A qué hora será eso mañana?

—A las diez en punto—contestó Regato—. Es la hora mejor.

—¡Cuánta gente curicsa!... No me han dejado rezar, señor Chaperón—añadió el fraile, inclinándose como para decir una cosa que no debía oír el vulgo—. Usted, que lo sabe todo, dígame: ¿conque es cierto que se nos marcha el príncipe?

—¿Angulema? Ya va muy lejos, camino de Francia. ¿Verdad, padre Ma-

rañón que no nos hace falta maldita?

—Pues ¿no nos ha de hacer falta, hombre de Dios?—dijo el fraile, soltando una carcajada que asemejó su rostro al de una gárgola de catedral despidiendo el agua por la boca—. ¿Qué va a ser de nosotros sin figurines? Averigüe usted ahora cómo se han de poner las corbatas.

Los tres y otros intrusos que oían rompieron a reír, celebrando el donaire del Trapense.

—Queda de general en jefe el general Bourmont.

—Por falta de hombres buenos a mi padre hicieron alcalde—dijo Chaperón—. Si Bourmont se ocupara en otra cosa que en coger moscas, y se metiera en lo que no le importa, ya sabríamos tenerle a raya.

—Me parece que no nos mamamos el dedo—repuso el fraile—. Y me consta que su majestad viene dispuesto a que las cosas se hagan al derecho, arrancando de cuaje la raíz de las revoluciones. Dígame usted: ¿es cierto que se ha retractado en la capilla?

—¿Quién, su majestad?

—No, hombre, Rieguillo.

—De eso se trata. El hombre está más duro que una breva. ¿No va usted por allá?

—¿Por la capilla?... No me quedaré sin meter mi cucharada... Ahora no puedo detenerme; tengo que ver al obispo para un negocio de bulas, y al ministro de la Guerra, para hablarle del mal estado en que están las armas de mi gente... Con Dios, señores. ¡Arre!

Y echó a andar hacia la calle de Toledo, seguido del entusiasta cortejo que le vitoreaba. Chaperón, después de dar las últimas órdenes a los aparejadores y de volver a observar el efecto de la bella obra que se estaba ejecutando, marchó con sus amigos hacia la calle Imperial, por donde se dirigieron todos a la cárcel de Corte. En la plazuela había también gente, de esa que la curicsidad, no la compasión, reúne frente a un muro detrás del cual hay un reo en capilla. No veían nada, y, sin embargo, miraban la negra pared, como si en ella pudiera descubrirse la sombra, o si no la sombra, misterioso reflejo del espíritu del condenado a muerte.

Los tres amigos tropezaron con un in-

dividuo que, apresuradamente, salía de la Sala de Alcaldes.

—¡Eh!, no corra usted tanto, señor Pipaón—gritóle el de la Comisión militar—. ¿Adónde tan aprisa?

—Hola, señores; salud y pesetas—dijo el digno varón, deteniéndose—. ¿Van ustedes a la capilla?...

—No hemos de ser los últimos. ¿Qué tal está mi hombre?...

—Van a darle de comer... una mesa espléndida, como se acostumbra en estos casos. Conque, señor Chaperón, señor Regato...

—¡Adónde va usted que más valga! —dijo Chaperón, deteniéndolo por un brazo—. ¿Hay trabajillo en la oficina?

—Yo no trabajo en la oficina, porque estoy encargado de los festejos para recibir al rey—repuso Bragas, con orgullo.

—¡Ah!, no hay que apurarse todavía.

—Pero no es cosa de dejarlo para el último día. No preparamos una función chabacana, como la del tiempo constitucional, sino una verdadera solemnidad regia, como lo merecen el caso y la persona de Fernando Séptimo. El carro en que ha de verificar su entrada se está construyendo. Es digno de un emperador romano. Aún no se sabe si tirarán de él caballos o mancebos vistosamente engalanados. Es indudable que llevarán las cintas los voluntarios realistas.

—Pues se ha dicho que nosotros tiraríamos del carro—dijo Romo, con énfasis, como si reclamara un derecho.

—¡Ah! tiene usted un asunto sobre el cual no disputaría yo!—insinuó Regato blandamente—. Yo dejaría que tiraran caballos o mulas.

—Ya se decidirá, señores; ya se decidirá a gusto de todos—dijo Bragas, con aires de transacción—. Lo que me trae muy preocupado es que..., verán ustedes..., me he propuesto presentar ese día doscientas o trescientas majas lujosamente vestidas. ¡Oh, qué bonito espectáculo! Costará mucho dinero, ciertamente; pero ¡qué precioso efecto! Ya estoy escogiendo mi cuadrilla. Doscientas muchachas bonitas no son un grano de anís. Pero yo las tomo donde las encuentro... ¿eh? De los trajes se encarga el Ayuntamiento... Me han dado fondo. ¡Caracoles!, es una cuestión peliaguda... Espero lucirme.

—Este Pipaón es de la piel de Sata-

nás... ¿De dónde va a sacar ese mujeriego?

—Yo daría la preferencia a los arcos de triunfo—dijo Romo—. Es mucho más serio.

—¿Arcos?... ¡Si ha de haber cuatro! Por cierto que el señor Chaperón nos ha hecho un flaco servicio llevándose para la horca los grandes mástiles que sirven para armar arcos de triunfo.

—Hombre, por vida del Santísimo Sacramento—dijo Chaperón, mostrando un sentimiento que en otro pudiera haber sido bondad—, ya servirán para todo. Pues qué, ¿vamos a ahorrar a media España?

—Entre paréntesis: no sería malo... Conque ahora sí que me voy de veras.

Estrechó Pipaón sucesivamente la mano de cada uno de sus tres amigos.

—Yo nos veremos luego en las oficinas de la Comisión.

—Pues qué, ¿hay algo nuevo?

—Hombre, no se puede desamparar a los amigos.

—¡Recomendaciones!—viciferó el brigadier, mostrando su fiereza—. Por vida del Santísimo, que eso de las recomendaciones y las amistades me incomoda más que la evasión de un prisionero. Así no hay justicia posible, señor Pipaón; así, la justicia, los castigos y las purificaciones no son más que una farsa.

El terrible funcionario se cruzó de brazos, conservando fuertemente empuñado el símbolo de su autoridad.

—Es claro—añadió Romo, por espíritu de adulación—, así no hay justicia posible.

—No hay justicia—repitió Regato, como un eco de cadalso.

—Amigo Chaperón—dijo el astuto Bragas, con afabilidad y desviando un poco del grupo al comisario para hablarle en secreto—, cuando hablo de amigos, me refiero a personas que no han hecho nada contra el régimen absoluto.

—Sí, buenos pillos son sus amigos de usted.

—No es más sino que al pobre don Benigno Cordero le está molestando la Policía de Zaragoza, y es posible que lo pase mal. Ya recordará usted que don Benigno dió cien onzas bien contadas por que se le comprendiera en el decreto del dos de octubre, fechado en Jerez. Acogiéndose a la proscripción, se libraba de la cárcel y quizá de la horca...

Pues, en Zaragoza, me lo han puesto en un calabozo. Eso no está bien.

—Bueno, bueno...—dijo Chaperón, disgustado de aquel asunto—. También Romo me ha recomendado a ese Cordero.

Romo no dijo una palabra ni abandonó aquella seriedad que era en él como su mismo rostro.

—Por última vez, señores, adiós—chilló Bragas—; ahora sí que me voy de veras.

—Abur.

Dirigiéronse a la puerta de la cárcel por la calle del Salvador; pero les fué preciso detenerse, porque en aquel momento entraba una cuerda de presos. Iban atados como criminales que recogiera en los caminos la antigua Hermandad de Cuadrilleros, y por tu traje, ademanes, y más aún por el modo de expresar su pena, debían de pertenecer a distintas clases sociales. Los unos iban serenos y con la frente erguida; los otros, abatidos y llorosos. Eran veintidós, entre varones y hembras, a saber: tres patriotas de los antiguos clubs; dos ancianos que habían desempeñado durante el régimen caído el cargo de vocales del Supremo Tribunal de Justicia, un eclesiástico, dos toreros, cuatro cómicos, un chico de siete años, descalzo y roto; tres militares, un indefinido, como no se le clasificara entre los pordioseros; una señora anciana que apenas podía andar, dos de buena edad y noble continente, que pertenecían a la clase acomodada, y dos mujeres públicas.

Chaperón echó sobre aquella infeliz gente una mirada que bien podía llamarse amorosa, pues era semejante a la del artista contemplando su obra, y cuando el último preso (que era una de las damas de equívoca conducta) se perdió en el oscuro zaguán de la prisión, rompió por entre la multitud curiosa y entró también con sus amigos.

V

Lo más cruel y repugnante que existe después de la pena de muerte, es el ceremonial que la precede y la lúgubre antesala del cadalso, con sus cuarenta y ocho mortales horas de capilla. Casi más horrenda que la horca misma es

aquella larga espera y agonía entre la vida y la muerte, durante la cual exponen la víctima a la compasión pública, como a la pública curiosidad los animales raros. La ley, que hasta entonces se ha mostrado severa, muéstrase ahora ferozmente burlona, permitiendo al reo la compañía de parientes y amigos y dándole de comer a qué quieres boca. Algún condenado de clase humilde prueba en esos dos días platos y delicadas confituras, cuyo sabor no conocía. Señores sacerdotes y altos personajes le dan la mano, le dirigen vulgares palabrillas de consuelo, y todos se empeñan en hacerle creer que es el hombre más feliz de la creación, que no debe envidiar a los que incurren en la tontería de seguir viviendo, y que estar en capilla con el implacable verdugo a la puerta es una delicia. Sin embargo, a nadie se le ha ocurrido solicitar expresamente tanta felicidad, ni contar a Nerón, Luis XI, don Pedro de Castilla, Felipe II, Robespierre y Fernando VII entre los bienhechores de la Humanidad.

Desde el 5 de noviembre, a las diez de la mañana, gustaba don Rafael del Riego las dulzuras de la capilla. Aquel hombre famoso el más pequeño de los que aparecen injeridos sin saber cómo en las filas de los grandes, mediano militar y pésimo político, prueba viva de las locuras de la fama y usurpador de una celebridad que habría encuadrado mejor a otros caracteres y nombres condenados hoy al olvido, acabó su breve carrera sin decoro ni grandeza. Un noble morir habría dado a su figura el realce histórico que no pudo alcanzar en tres años de impaciente agitación y bullanga; pero tan desgraciada era la libertad en nuestro país, que ni al morir bajo las soeces uñas del absolutismo pudo alcanzar aquel hombre la dignidad y el prestigio de la idea, que se avalora sucumbiendo. Pereció como la pobre alimaña que expira chillando entre los dientes del gato.

La causa del revolucionario más célebre de su tiempo fué un tejido de iniquidades y de absurdos jurídicos. Lo que importaba era condenarle, emborronando poco papel, y así fué. Desde que le leyeron la sentencia, el preso cayó en un abatimiento lúgubre, hijo, según alguno, de sus dolencias físicas. Creeríase que confiaba hasta entonces en la cle-

mencia de los llamados jueces, o del rey, que és todo el caudal de inocencia que puede caber en espíritu de hombre nacido. A diferencia de otros que en horas tan tremendas se atracan de los ricos manjares con que engorda el verdugo a sus víctimas, no quiso comer, o comió muy poco. Ningún amigo pudo visitarle, porque la visita hubiera sido quizá el primer paso para compañía perpetua hasta la eternidad; pero le vieron muchos individuos particulares de categoría, deseosos de hartar sus ojos con la vista de aquel hombre que conmovió con su nombre a toda España: sacerdotes que solícitamente se prestaban a encamínarle al Cielo; hermanos de diversas hermandades; personas varias, en fin, compungidas las unas, indiferentes otras, curiosas las más; pero en tal número, que no dejaban al preso un momento de descanso.

Estaba frío, caduco, los ojos fijos en el suelo, amarillo como las velas que ardían junto al Crucifijo del altar. A ratos suspiraba, parecía vagar en sus labios la palabra *perdón*, acometíanle desmayos y hacía preguntas triviales. Ni mostró apego a las ideas políticas que le habían dado tanto nombre ni dió alas a su espíritu con la unción religiosa, sino que se abatía más y más a cada instante, apareciendo quieto, sin estoicismo; humilde, sin resignación. Chaperón y otros de igual talla gozaban viendo llorar, como a un alumno castigado, al general de la Libertad, al pastor que, con la magia de su nombre, arrastraba tras sí rebaños de pueblos. En el delirio de su triunfo, no habían ellos soñado con una caída semejante, que los desembarazara, no sólo de su enemigo mayor, sino del prestigio de todos los demás.

La retractación del héroe de Las Cabezas fué una de las más ruidosas victorias del bando absolutista. Qué mayor triunfo que mostrar a los pueblos un papel en que, de su puño y letra, había escrito el hombre diminuto estas palabras: «Asimismo publico el sentimiento que me asiste por la parte que he tenido en el sistema llamado constitucional, en la revolución y en sus fatales consecuencias, por todo lo cual pido perdón a Dios de mis crímenes...» Han quedado en el misterio las circunstancias que acompañaron a este arrepenti-

miento escrito, y aunque el carácter de Riego y su pusilanimidad en las tremendas horas justifican hasta cierto punto aquella genuflexión de su espíritu, puede asegurarse que no hubo completa espontaneidad en ella. El fraile que le asistía, Chaperón y el escribano Huerta sabrían acerca de este suceso cosas dignas de pasar a la posteridad, porque a ellos debieron los absolutistas el envilecimiento del personaje más culminante, si no el más valioso, de la segunda época constitucional. Ahora, cuando ha pasado tanto tiempo y la losa del sepulcro los cubre a todos, ahorcadores y ahorcados, no podemos menos de deplorar que los que asistieron en la capilla a don Rafael del Riego en la noche del 6 al 7 de noviembre no hubieran hecho públicos después los argumentos empleados para arrancar una abdicación tan humillante.

El 7, a las diez de la mañana, le condujeron al suplicio. De seguro, no ha brillado en toda nuestra historia un día más ignominioso. Es tal, que ni aun parece digno de ser conocido, y el narrador se siente inclinado a volver, sin leerla, esa página sombría, y a correr tras de una ficción verosímil que embellezca la descarnada verdad histórica. Una víctima sin nobleza, arrastrada al suplicio por verdugos feroces, es el espectáculo más triste que pueden ofrecer las miserias humanas; es el mal puro sin porción ninguna de bien, ese bien moral que aparece más o menos claro aun en los más horrendos excesos del furor político y en los martirios a que es sometida la inocencia. Una víctima cobarde parece que enaltece al verdugo, y al hablar de cobardía, no es que echemos de menos la arrogancia fanfarrona con que algunos desgraciados han querido dar realce teatral a su postrer instante, sino la dignidad personal que, unida a la resignación religiosa, rodean al mártir jurídico de una brillante aureola de simpatías y compasión. Ninguna de aquellas especies de valor tuvo en su desastroso fin el general Riego, y creeríase al verle que víctima y jueces se habían confabulado para cubrir de vilipendio el último día de la Libertad y hacer más negro y triste su crepúsculo. La grosería patibularia y el refinamiento en las fórmulas de degradación empleadas por los

unos, parece que guardaban repugnante armonía con la abjuración del otro.

Sacáronle de la cárcel por el callejón del Verdugo y condujéronle por la calle de la Concepción Jerónima, que era la carrera oficial. Como si montarle en borrico hubiera sido signo de nobleza, llevábanle en un serón, que arrastraba el mismo animal. Los hermanos de la Paz y Caridad le sostuvieron durante todo el tránsito para que con la sacudida no padeciese; pero él, cubierta la cabeza con su gorrete negro, lloraba como un niño, sin dejar de besar a cada instante la estampa que sostenía entre sus atadas manos.

Un gentío alborotador cubría la carrera. La plaza era un amasijo de carne humana. ¿Participaremos de esta vil curiosidad, atendiendo prolijamente a los accidentes todos de tan repugnante cuadro? De ninguna manera. Un hombre que sube a gatas la escalera del patíbulo, besando uno a uno todos los peldaños; un verdugo que le suspende y se arroja con él, dándole un bofetón después que ha expirado; un ruin canalla que, al verle en el aire, grita: «¡Viva el rey absoluto!...» ¿Acaso esto merece ser mencionado? ¿Qué interés, ni qué enseñanza, ni qué ejemplo ofrecen estas muestras de la perversidad humana? Si toda la Historia fuese así, si no sirviera más que de afrenta, ¡cuán horrible sería! Felizmente, aun en aquellos días tan desfavorecidos, contiene páginas honrosas, aunque algo oscuras, y entre los miles de víctimas del absolutismo hubo nobilísimas y altamente merecedoras de cordial compasión. Si el historiador acaso no las nombrase, peor para él; el novelador las nombrará, y conceptuándose dichoso al llenar con ellas su lienzo, se atreve a asegurar que la ficción verosímil ajustada a la realidad documentada puede ser, en ciertos casos, más histórica y, seguramente, es más patriótica que la Historia misma.

VI

El triste día de la ejecución, todo Madrid asistió a ella, lo mismo los absolutistas rabiosos que los antiguos patriotas, a excepción de los que no podían salir a la calle sin peligro de ser afeita-

dos o arrojados en los pilones de las fuentes, cuando no hechos trizas por el vulgo. Pero entre tanto gentío faltó un hombre que durante el verano había vivido casi constantemente en la calle, entreteniendo a los desocupados y dando que reír a los pícaros. Echábanle de menos en las esquinas de la Puerta del Sol y en los diversos mentideros, por lo cual le creían fallecido. No era cierto. Sarmiento vivía, gozando, además, de una regular salud.

La primera noche que se quedó en casa de Solita durmió de un tirón once horas, y habiendo despertado al mediodía, llamó con fuertes voces para que le llevaran chocolate. Diósele la misma dueña de la casa, con mucha amabilidad, y, entre sorbo y sorbo, el preceptor decía:

—Puedo aceptar estos obsequios porque hoy mismo entraré por la senda a que me lleva mi destino... Si fuera por mucho tiempo, de ningún modo aceptaría... Mi carácter, mi dignidad, los recuerdos de nuestro antagonismo no me lo permiten.

—¿Qué tal está el chocolate?—le preguntó Sola con malignidad.

—Así, sí... Mejor dicho, no está mal... Quiero decir, muy bueno, excelente; o, habiendo con completa franqueza, riquísimo.

—¿Hoy se marcha usted?

—Ahora mismo... Me presentaré a las autoridades—repuso Sarmiento, dejando el cangilón y arropándose de nuevo entre las sábanas—, y les diré: «Aquí tenéis, infames sicarios, al que os ha hecho tanto daño: quitadme esta miserable vida: bebed mi sangre, caníbales. Quiero compartir la inmortalidad del insigne Riego...»

—¿Todo eso va a decir usted?... Pues un poco perezosillo está mi buen viejo para hacer y decir tantas cosas.

—¡Yo perezoso!—exclamó, incorporando el anguloso busto y extendiendo los brazos—. ¡Venga al punto mi ropa!

Solidad le mostró ropa blanca limpia y planchada.

—Estuve arriba—dijo.

—¿En mi casa?

—Sí; saqué la llave del bolsillo de usted, subí, revolví todo, buscando ropa mejor que la que usted tiene puesta...; pero no encontré nada.

—¿Cómo había de encontrar, alma de

Dios, lo que no tengo! No se burle de mi miseria... Pero entendámonos: ¿qué ropa es esta que me ofrece?

—Ya lo ve... Son piezas desechadas, pero en buen uso.

—¡Ah! Ya... Ropa desechada del señor don Salvador Monsalud... Pues mire usted: si fuera obsequio de otra persona, lo rehusaría; pero siendo de aquel noble patriota, lo acepto. Conste que no he pedido nada.

—De ropa exterior podríamos arreglarle algunas piezas decentes—dijo Soledad, sonriendo—. Siempre que usted tarde algunos días en marchar a la inmortalidad.

—¡Tardar! Basta de bromas... ¿Para qué quiero yo ropas bonitas? ¿Voy acaso a entrar en algún salón de baile, o en los Eliseos Campos, donde los justos se pasean envueltos en mantos de nubes?... Figúrese usted la falta que me hará a mí la buena ropa...

—Puede que tarden en matarle a usted un mes o dos. Y si siguen estos frios, no le vendrá mal una buena capa.

—Tanto como venir mal precisamente, no... ¿La tiene usted?

—La buscaremos.

—No, no es preciso... Voy a levantarme.

Soledad se retiró, y al poco rato apareció en la sala don Patricio, completamente vestido. Sentóse en el sofá, y contemplando a la joven con bondadosa mirada, dijo así:

—Desde el tiempo de mi Refugio no había dormido en una cama tan buena... ¡Ay! ¡Ella era tan hacendosa, tan casera! Nuestro domicilio estaba como un oro, y nuestro lecho nupcial podía haber servido para que en él se revolcara un rey... ¡Pobre Refugio, si me vieras en mi actual miseria!... ¡Pobre Lucas, pobre hijo mío! Hoy tu muerte es digna de envidia, porque estás en la morada de los héroes y de los elegidos; pero tu padre no tiene consuelo ni puede vivir sin verte...

Derramó algunas lágrimas, y por largo rato estuvo silencioso y cabizbajo, dando muestras de verdadero dolor. Soledad, ocupada en sus quehaceres, no se presentó a él sino a la hora de la comida.

—Supongo que no saldrá usted hasta después de comer—le dijo, poniendo la mesa.

—Saldré antes, ahora mismo, señora—dijo Sarmiento, irguiéndose súbitamente como un asta de bandera—. El peso de la vida me es insoportable. Una voz secreta me grita: «Anda, corre...» Todo mi ser avanza en pos de la gloria que me está destinada.

—¡Cuánto mejor irá usted después de comer!... ¿Es que desprecia usted mi mesa?

—¡Oh, no, señora! De ningún modo—replicó Sarmiento con cortesía—; pero conste que sólo por acompañar a usted...

Comieron tranquilamente, siendo de notar que el espiritual don Patricio, creyendo, sin duda, inconveniente el aventurarse por los ideales senderos con el estómago vacío, dióse prisa a llenarlo de cuanto la mesa sustentaba.

—¡Qué buena comida!—dijo, permitiendo a su paladar aquel desliz de sensualismo—. ¡Qué bien hecho todo, y con cuánto primor presentado! Solita, si usted se casa, su marido de usted será el más feliz de los hombres.

Al final de la comida, los ojos de don Patricio brillaron con resplandores de gozo, viendo una taza llena de negro licor.

—¡También café!... ¡Oh! ¡Cuánto tiempo hace que no pruebo este delicioso líquido!... El néctar de los dioses, el néctar de los héroes... Gracias, mil gracias por tan delicada fineza.

—Yo sabía que a usted le gusta mucho este brebaje.

—¡Gracias!... ¡Y qué bueno es!... ¡Qué aroma!...

—Será el último que beba usted, porque en la cárcel no dan estas golosinas.

—¿Y qué importa?—repuso el anciano con solemne acento—. ¿Acaso somos de alfeñique? Cuando un hombre se decide a escalar con gigantesco pie el último círculo del Cielo, ¿de qué vale el liviano placer de los sentidos?

Dijo, y poniéndose el farolillo de fieltro que desempeñaba en su cabeza las funciones propias de un sombrero, se dispuso a salir.

—Adiós, señora—murmuró—; gracias por sus atenciones, que no esperaba en persona de quien soy encarnizado enemigo... político.* Su papá de usted y yo nos aborrecimos y nos aborreceremos en la otra vida... Abur.

Salíó precipitadamente hacia la puer-

ta; mas no pudiendo abrirla, volvió diciendo:

—La llave, la llave...

Soledad rompió a reír.

—¡Y creía el muy tonto que iba a dejarle salir! No faltaba más. Eso querrian los chicos para divertirse. ¿Quiere usted quitarse ese sombrero, hombre de Dios, y sentarse ahí y estarse tranquilo?

—Señora, señora—dijo Sarmiento, moviendo la cabeza y pateando ligeramente en muestra de su decoroso enfado—, ábrame usted la puerta y déjeme en paz, que cada uno va a su destino, y el mío es... el que yo me sé.

—No abro.

—Señora, señorita, que yo soy hombre de poca paciencia. Ábrame la puerta o reñiremos de veras.

—Que no abro la puerta—replicó Sola, remedando el tonillo de cantilena de su digno huésped.

—Basta de bromas, basta, repito—vociferó Sarmiento, tomando el aire y tono tragicómico que empleaba al reprender a los alumnos—. Yo soy un hombre formal... De mí no se ríe nadie, y menos una chiquilla loca... ¡Ea!, niña sin juicio, abra usted si no quiere saber quién es Patricio Sarmiento.

—Un loco, un majadero, un vagabundo a quien es preciso recoger por caridad y encerrar por fuerza para que no se degrade en las calles como un pordiosero, haciendo el saltimbanqui y muriéndose de miseria, ya que por el estado de su cabeza no puede morirse de vergüenza.

Esto lo dijo con tanta seriedad y entereza, que por breve rato estuvo el patriota aturdido y confuso.

—Aquí hay algo, aquí hay algún designio oculto que no puedo comprender—afirmó el anciano—, pero que tiene por objeto, sí, tiene por objeto impedir una resolución demasiado ruidosa y que quizá perjudicaría al absolutismo.

Otra vez se echó a reír Sola de tan buena gana, que Sarmiento se enfureció más.

—¡Por vida de la chilindrana!—gritó, agitando sus brazos—, que si usted no me da la llave, la tomaré yo donde quiera que se encuentre.

—Atrévase—dijo Soledad con festiva afectación de valor, incorporándose en su asiento—. Mujer y de poca fuerza,

no temo a un fastasmón como usted... Quiero ahí, y cuidado con apurarme la paciencia.

—Señora, no puedo creer sino que usted se ha vuelto loca—gruñó Sarmiento con sarcasmo—. ¡Querer detener a un hombre como yo! No sabe usted las bromas que gasto. Repito que aquí hay una conjuración infame... ¡Oh, si es usted hija del conspirador más grande que han abortado los despóticos infiernos!... ¡Ah taimada muchachuela!... Ahora me explico a qué venían los chocolitos, la ropita blanca, el buen cocido y mejor sopa... ¡Quite usted allá! ¿Cree usted que con eso se ablanda este granice? ¿Cree usted que así se abate esta montaña? ¿Soy yo de mantequilla? Aunque fuera preciso derribar a puñetazos estas paredes y arrancar con los dientes esos cerrojos del despotismo, yo lo haría, yo... porque he de ir a donde me llama mi bado feliz, y mi bado, futuro que decían los antiguos, se ha de cumplir y la víctima preciosa inscrita en el eterno libro no puede faltar, ni la sangre redentora puede dejar de derramarse, ni la Libertad ha de quedarse sin la víctima que necesita. De modo que saldré, pese a quien pese, aunque tenga que emplear la fuerza contra miserables mujeres, lo que es impropio de la nobleza de mi carácter.

—¿Se atreverá usted?

—Sí; déme usted la llave de esa puerta nefanda—contestó Sarmiento con énfasis petulante, que no tenía nada de temible—o se arrepentirá de su crimen..., porque esto es un crimen... ¡La llave, la llave!

—Ahora lo veremos.

Corriendo afuera, prontamente, volvió Sola con un palo de escoba, y enarbolándolo frente a don Patricio, le hizo retroceder algunos pasos.

—Aquí están mis llaves, pícaro vagabundo. O renuncia usted a salir o le rompo la cabeza.

—Señora—exclamó don Patricio, acorralado en un ángulo de la sala—. No abuse usted de mi delicadeza..., de mi dignidad, que me impide poner la férrea mano sobre una hembra... ¡Esto es un ardid, pero qué ardid!... Una trama verdaderamente absolutista.

—Síntese usted—gritó Soledad, conteniendo la risa y sin dejar el argumento de la caña—. Fuera el sombrero.

—Vaya, me siento y me descubro—repuso Sarmiento con la sumisión del esclavo—. ¿Qué más?

—¿Se compromete usted a no salir en quince días?

—Jamás, jamás, jamás. Antes la muerte—murmuro, cerrando los ojos—. Pegue usted.

—Esto es una broma—dijo Soledad, arrojando el palo, sentándose junto al anciano y poniéndole la mano amorosamente sobre el hombro—. ¿Cómo había yo de castigar al pobre viejecito demente y miserable que se pasa la vida en las calles divirtiéndose a los muchachos? Si no hay en el mundo ser alguno más digno de lástima... ¡Pobre viejecillo! Me he propuesto hacer una buena obra de caridad y he de conseguirlo. Yo he de traer a este infeliz a la razón. ¿Y cómo? Asistiéndole, cuidándole, dándole de comer cositas buenas y sabrosas, arreglándole su ropa para que esté decente y no tenga frío, proporcionándole todo lo necesario para que no carezca de nada y tenga una vejez alegre y pacífica.

Estas palabras debieron de hacer ligera impresión en el espíritu del viejo, porque, moviendo la cabeza, se dejó acariciar y no dijo nada.

—Jesucristo nos manda hacer bien a los pobres, cuidar a los enfermos y aliviar a los menesterosos—añadió Sola, acercando su agraciado rostro a la rugosa efigie del vagabundo—. Y cuando esto se hace con enemigos, el mérito es mayor, mucho mayor, y el placer de hacerlo también aumenta. Recordando que este pobre iluso y fanático negó a mi padre un vaso de agua en un trance terrible, más me alegro de hacerle beneficios, sí, porque, además, yo sé que el desgraciado vejete loco no es malo en realidad ni carece de buen corazón, sino que por causa del condenado fanatismo hizo aquella y otras maldades... Por consiguiente, papá Sarmiento, aquí estarás encerradito, comiendo bien y cenando mejor, libre de chicos, de insultos, de atropellos, de hambre y desnudez; aquí vivirás tranquilo, haciéndome compañía, porque yo soy sola, como mi nombre, y estaré sola por mucho tiempo, quizá toda la vida... ¿Quedamos en eso? Ya ves que te tuteo en señal de parentesco y familiaridad.

—¡Ah mujer melosa y liviana!—dijo

Sarmiento, haciendo un esfuerzo de energía, semejante al de los anacoretas cuando se veían en grande y peligrosa tentación—. ¡Quita allá! Mi alma es demasiado fuerte para sucumbir a tus pérfidos halagos.

—Esta noche cenaremos—dijo Soledad, hablando como cuando se les anuncia a los niños lo que han de comer—. Oye tú lo que cenaremos: pollo, chuletas, uvas...

Iba contando por los dedos cada cosa y haciendo gran pausa en cada parada.

—Mañana—añadió—voy a ocupar a mi ancianito en cosas útiles. Me ha de trabajar para que yo pueda tratarle bien. Yo necesito reformar mi letra, porque escribo patas de mosca y no tengo ortografía. El viejecillo me dará lección todas las noches. Por el día le emplearé en algo que le entretenga. Daréle buenos libros..., nada de política..., y cuando esté domesticado, le sacaré a paseo por las tardes.

A don Patricio se le humedecieron los ojos. Difícil es saber lo que pasaba en su alma.

—¿Y mi gloria, pero esa gloria que me está llamando?—dijo, dando fuerte porrazo en el brazo de la silla—. ¡Vaya un modo de hacer caridades, señora, quitándole a uno la inmortalidad, el laureo de oro que se le tiene destinado!

Don Patricio dijo esto con una seriedad que hacía llorar y reír al mismo tiempo.

—¿Qué gloria?—repuso Soledad—. No conozco sino la que Dios da a los que se portan bien y cumplen sus mandamientos.

—Pero ¿y esa víctima, esa víctima de quien necesita la Libertad?

—La Libertad no necesita víctimas, sino hombres que la sepan entender... Conque, Sarmientillo, seremos amigos. De aquí no se sale mientras esa cabeza no esté buena.

Díóle dos cariñosas palmadas en ella la encantadora joven, mientras el insigne patriota exhalaba de su noble pecho un suspiro de a libra, permítase la frase. ¿Era que hacía el sacrificio de su ideal sublime? ¿Era que pedía a su espíritu fuerzas para sobreponerse a seducción tan poderosa? No es fácil saberlo. Los próximos sucesos lo dirán.

—¡Ah señora—exclamó, tomando la mano de Sola—, no sabe usted bien lo

que hace! La Historia, quizá, pedirá a usted cuentas de su acción abominable, aunque declaro que es inspirada por un noble impulso de caridad... Engañosa Circe, no sabe usted bien qué clase de ímpetus sojuzga y contiene al encerrarme; no sabe usted bien qué especie de monstruo encarcela, ni qué heroicas acciones se pierden con este hecho, ni qué días gloriosos serán borrados de la serie del tiempo.

Dijo, y un rato después dormía la siesta.

VII

En los días sucesivos tuvo don Patricio los mismos deseos de salir, si bien, a excepción de una vez, no fueron tan ardientes; pero hubo gritos, amenazas, volvió a funcionar el inocente palo y la carcelera a desplegar las armas de su convincente piedad, de la graciosa entereza que tan buenos efectos produjera el primer día. Horas enteras pasaba el vagabundo patriota corriendo de un ángulo a otro de la sala, como enjaulada bestia, deteniéndose a veces para oír los ruidos de la calle, que a él le sonaban siempre como discursos, proclamas o himnos, y poniéndose a cada rato el sombrero como para salir. Este acto de cubrirse primero y descubrirse después, al caer en la cuenta de su encierro, era gracioso, y excitaba la risa de su amable guardiana. En la comida y cena mostrábase más manso, y se ponía con cierto orgullo las prendas de vestir que Sola le arreglaba. Desde la cabeza a los pies cubríase con lo perteneciente al antiguo dueño de la casa, de cuya adaptación no resultaba gran elegancia, a causa de la diferencia de talle y estatura.

Por las noches daba a Soledad lección de escritura, poniendo en ello tanto cuidado la discípula como el maestro. El, particularmente, mostraba una prolijidad desusada, esmerándose en transmitir a su alumna sus altos principios caligráficos, la primorosa maestría de ejecución que poseía y de que estaba tan orgulloso.

—Desde que el mundo es mundo—decía, observando los trazos hechos por Soledad sobre el papel pautado—, no se han dado lecciones con tanto esme-

ro. Hanse reunido, para producir colosales efectos, la disposición innata de la discípula y la destreza del maestro. Ahora bien, señora y carcelera mía: la justicia y el agradecimiento piden que, en pago de este beneficio, me conceda usted la libertad, que es mi elemento, mi vida, mi atmósfera.

—Bueno—respondió Sola—; cuando sepa escribir te abriré la puerta, viejecillo bobo.

En los primeros días de noviembre estuvo muy tranquilo, apenas dió señales de persistir en su diabólica manía, y se le vió reír y aun modular entre dientes alegres cancioncillas; pero el 7 del mismo mes llegaron a su encierro, no se sabe cómo (sin duda, por el aguador o la indiscreta criada), nuevas del suplicio de Riego, y entonces la imaginación mal contenida de don Patricio perdió los estribos. Furioso y desatinado, corría por toda la casa, gritando:

—¡Espera, verdugo, que allá voy yo también! No será él solo... Esperad, hacéme un puesto en esa horca gloriosa... ¡Maldito sea el que quiera arrancarme mis legítimos laureles!

Soledad tuvo miedo; mas, sobreponiéndose a todo, logró contenerle con no poco trabajo y riesgo, porque Sarmiento no cedía, como antes, a la virtud del palo, ni oía razones, ni respetaba a la que había logrado con su paciencia y dulzura tan gran dominio sobre él. Pero, al fin triunfaron las buenas artes de la celestial joven, y Sarmiento, acorralado en la sala, sin esperanzas de lograr su intento, hubo de contentarse con desahogar su espíritu, poniéndose de rodillas y diciendo con voz sonora:

—¡Oh tú, el héroe más grande que han visto los siglos, patriarca de la Libertad, contempla desde el cielo, donde moras, esta alma atribulada que no puede romper las ligaduras que le impiden seguirte! Preso contra todo fuero y razón, víctima de una intriga, me veo imposibilitado de compartir tu martirio, y con tu martirio tu galardón eterno. Y vosotros, asesinos, venid aquí por mí si queréis. Gritaré hasta que mis voces lleguen hasta vuestros perversos oídos. Soy Sarmiento, el digno compañero de Riego, el único digno de morir con él; soy aquel Sarmiento cuya tonante elocuencia os ha ametrallado tantas veces; el que no os ha ametrallado con balas,

sino con razones; el que ha destruido todos vuestros sofismas con la artillería resonante de su palabra. Aquí estoy; matad la lengua de la Libertad, así como habéis matado el brazo. Vuestra obra no está completa mientras yo viva, porque mientras yo aliente se oirá mi voz por todas partes diciendo lo que sois... Venid por mí. La horca está manca: falta en ella un cuerpo. No será efectivo el sacrificio sin mí. ¿No me conocéis, ciegos? Soy Sarmiento, el famoso Sarmiento, el dueño de esa lengua de acero que tanto os ha hecho rabiarse... ¿No daríais algo por taparle la boca? Pues aquí le tenéis... Venid pronto... El hombre terrible, la voz destructora de tiranías, callará para siempre.

Todo aquel día estuvo insufrible en tal manera, que otra persona de menos paciencia y sufrimiento que Solita le habría puesto en la calle, dejándole que siguiera su glorioso destino; pero se fué calmando, y un sueño profundo durante la noche le puso en regular estado de despejo. Habíale traído Soledad tabaco picado y librillos de papel para que se entretuviera haciendo cigarrillos, y con esto y con limpiar la jaula de un jilguero pasaba parte de la mañana. Sentándose después junto a la huérfana mientras ésta cosía, hablaban largo rato y agradablemente, de cosas diversas. Uno y otro contaban cosas pasadas: Sarmiento, sus bodas, la muerte de Refugio y la niñez de Lucas; Sola, su desgraciado viaje al reino de Valencia.

Continuaba las lecciones de escritura por las noches, y después leía el anciano un libro de comedias antiguas que de la casa de Cordero trajo Sola. Cuidaba ésta de que en la vivienda no entrara papel ninguno de política, y siempre que el anciano pedía noticias de los sucesos públicos se le contestaba con una amonestación, acompañada a veces de un ligero pellizco. Poco a poco iba acomodándose el buen viejo a tal género de vida, y sus accesos de tristeza o de rabia eran menos frecuentes cada día. Su carácter se suavizaba por grados, desapareciendo de él lentamente las asperezas ocasionadas por un fanatismo brutal, y la irritación y acritud que en él produjera la gran enfermedad de la vida, que es la miseria. A las ocupaciones no muy trabajosas de hacer cigarrillos y cuidar el pájaro añadió Sole-

dad otras que entretenían más a Sarmiento. Como no carecía de habilidad de manos y había herramientas en la casa, todos los muebles que tenían desperfectos y todas las sillas que claudicaban recibieron compostura. En la cocina se pusieron vasares nuevos de tablas; después, nunca faltaba una percha que asegurar, una cortina que suspender, lámpara que colgar, lámina que mudar de sitio o madeja de algodón que devanar.

Llegó el invierno, y la sala se abrigaba todas las noches con hermoso brasero de cisco bien pasado, en cuya tarima ponía los pies el vagabundo, inclinándose sobre el rescoldo sin soltar de la mano la badila. Era notable don Patricio en el arte de arreglar el brasero, y de ello se preciaba. Su conocimiento de la temperatura tenía muy orgulloso, y cuando el brasero empezaba a desempeñar sus funciones, el patriota extendía la mano como para palpar el aire, y decía: «Ya principia a tomar calor la habitación... Va aumentando... Un poquito más y tendremos bastante. Yo no necesito más termómetro que la yema del dedo meñique.»

Más de una vez dijo, repitiendo una idea antigua:

—Desde el tiempo de mi Refugio no había visto yo un brasero tan bueno.

Por la mañana levantábase muy temprano y barria toda la casa, canturriando entre dientes. No habían pasado tres meses desde el primer día de su encierro, cuando parecía haber adquirido conformidad casi perfecta con su pacífica existencia. Sus ratos de mal humor eran muy escasos, y por lo general las turbonadas cerebrales estallaban mientras Solita estaba fuera, disipándose desde que volvía. Para el espíritu del pobre anciano, la huérfana era como un sol que lo vivificaba. Verla y sentir efectos semejantes a los de la aparición de una luz en sitio antes oscuro era para él una misma cosa.

«Parece que no—decía para sí—, y le estoy tomando cariño a esa muchachuela... Quién lo había de decir, siendo como éramos, enemigos irreconciliables... ¡Ah Patricio, Patricio! Si ahora te abrieran la puerta de la casa y te echaran fuera, ¿abandonarías sin pena a esta pobre huérfana, que te mira como

miraría la hija más cariñosa al padre más desgraciado?»

Un día, allá por febrero o marzo del 24, Sarmiento observó que Sola estaba más triste que de ordinario. Atribuyólo a no haber recibido las cartas que una vez al mes causábanle tanto gozo. El siguiente día lo pasó la huérfana llorando de la mañana a la noche, lo que afligió extremadamente al patriota. Por más que agotó Sarmiento todo el repertorio, no muy grande, por cierto, de sus trasnochados chistes, no pudo sacarla de aquel estado, ni menos obligarla a revelar la causa de su tristeza. Durante la cena, que casi fué de pura fórmula, Sarmiento dijo:

—Pues si usted no se pone contenta, yo me volveré patriota como antes, ¡ea! Así estaremos los dos iguales... Me marcharé, sí, señora; estoy decidido a marcharme..., y lo siento, porque le he tomado a usted mucho cariño, tanto cariño que...

Se echó a llorar, y tuvo que correr a ocultar sus lágrimas en la alcoba inmediata.

Tres días después, Sola salió muy de mañana, y volvió asaz contenta, disipada la aflicción y con frescos colores en la cara, que eran como la irradiación de su alegría, demasiado grande para contenerse en los límites del alma. Tampoco entonces pudo el preceptor saber la causa de tan rápido cambio; pero contentóse con ver los efectos y se puso a bailar en medio de la sala, diciendo:

—¡Viva mi señora doña Solita, que ya está contenta, y yo también! No más lágrimas, no más suspiros. Señora, si usted me lo permite, me voy a tomar la libertad de darle un abrazo.

Soledad aceptó con júbilo la idea, y el anciano la estrechó en sus brazos con fuerza.

—¿Sabe usted—dijo, limpiándose una lágrima—que hoy se quedó la llave en casa y que habría podido escaparme si hubiera querido?

—¿Y por qué no saliste, viejecillo bobo?

—Porque no me ha dado la gana, vamos a ver... Porque estoy aquí muy requete-bien.

—¡Cosa más rara!—observó Soledad jovialmente—. Ya no quieres salir...

—No, señora, no. Vea usted lo que son los gustos. Ya no quiero salir, y no

saldré sino cuando usted me arroje. Así, de *bóbilis bóbilis*, me he ido acostumbrando a esta vida tonta, y... No es que yo renuncie al cumplimiento de mi destino; pero ya vendrá la ocasión, ¿no es verdad, niña mía? Hay más días que longanizas, y tiempo hay, tiempo hay.

Don Patricio hacía con su mano derecho movimientos semejantes al fluctuar de las olas, queriendo expresar de este modo el lento rodar del tiempo.

—Ahora, hija mía..., y no se me enfade usted si le doy este nombre, que me sale del corazón..., sí, señor, porque usted se ha portado conmigo como una hija y es justo que yo sea un buen padre para usted... Pues decía, hija querida, que, si usted no lo tiene a mal..., me estorba en la boca el tratamiento de usted..., sino te llamo de *tú*, revientito... Pues decía, hija de mi alma, que ya es hora de que me des de comer.

Un momento después comían los dos, departiendo alegremente, que no hay cosa que tan bien acompañe a un buen apetito como la conversación amistosa y grata. Por la tarde, Soledad preparaba a su viejo una bonita sorpresa.

—Como te vas portando bien—dijo—y vas curándote de esas ideas ridículas, voy a darte una golosina.

—¿Qué, hija de mi alma?—preguntó don Patricio con la curiosidad de los niños cuando se les anuncia algún regalo.

—Una golosina..., ya la verás.

—Pero ¿qué es? Estoy rabiando. ¿Café? Si lo tomo todos los días... ¿Un periódico?

—Ahora no hay periódicos.

—¡No hay periódicos!... ¡Oh vil absolutismo! ¿Conque no hay Prensa periódica?

Con un simple gesto apagó Soledad aquel chispazo de la hoguera que parecía sofocada.

—Pues ¿cuál es la golosina? Dímelo, angelito de mi corazón.

—La golosina es un paseo... Esta tarde te llevaré a dar un paseito. Está hermosa la tarde.

—¡Bien, bravísimo, archibravísimo!... —exclamó el vagabundo, arrojando su sombrero al aire—. Estrenaré esa magnífica capa que me has arreglado. Vamos pronto... Mira, hija, que puede llover...

—Si no hay nubes...

—Puede ocurrir cualquier cosa.

—Nada puede ocurrir. Aguardaremos.

—¡Qué hermoso día! Haces bien en sacarme a pasear. Mira que tengo ganas de saber lo que es el aire libre.

Salieron a las calles, y de las calles al campo, con vivo contento del patriota, que experimentó grandísimo gozo por tal expansión, y luego se volvieron a casa haciendo planes para nuevos paseos en los días sucesivos. Así corría mansamente la vejez del buen maestro, que se asombraba de encontrarse feliz sin saberlo, es decir, que miraba aquel maravilloso cambio de sus sentimientos y de sus gustos sin acertar a darse cuenta de él, como observa el vulgo los grandes fenómenos de la Naturaleza, sin explicárselos. El pensaba a ratos en estas cosas, tratando de examinar de cerca la metamorfosis de su alma, y decía:

—Es que yo soy todo corazón... Esta joven me ha recogido, me ha dado de comer y de vestir, me trató como a un padre. ¿Cómo no adorarla? Patricio no es, no puede ser, ingrato, y su corazón está dispuesto a encenderse, a arder, a derretirse con los sentimientos más vivos, así como con los más delicados... No es que en mí se hayan enfriado los sublimes afectos de la patria, no, de ningún modo...—ponía mucho empeño en convencerse a sí mismo de esta verdad—. Soy lo mismo que era, el mismo gran patriota, y persisto en mi noble idea de sacrificarme por la Libertad, ofreciendo mi sangre preciosísima... Esto no puede faltar, porque está escrito en el sacrosanto libro del Destino... Es que Dios no quiere que sea tan pronto como yo esperaba. Vendrá el sacrificio, el cruento martirio, los lauros, la inmortalidad: pero vendrán en oportuna sazón y cuando suene la hora. A cada sublime momento de la Historia le llega su hora, y entonces, *consummatum est*... He aquí que Dios me depara un medio de corresponder a las bondades de ese mi ángel tutelar. (Al decir esto, se frotaba las manos en señal de gozo.) Es evidente que yo no tengo ningún bien mundano que dejarle, pues carezco de fincas y de dinero, como no sea el que ella misma me da. ¿Quiere decir esto que no pueda legarle algo? No... le dejaré un tesoro que vale más que todas las fincas y caudales, un tesoro que es para beneficio del espíritu, no del cuer-

po; le dejo, pues, mi gloria, y así, cuando la vean, dirán: «Esa es la compañera del gran Sarmiento, ésta es su hija adoptiva, la que le socorrió en sus últimos días. ¡Loor eterno a la muchacha!»

Como se ve, el patriota no estaba curado; pero su enfermedad ofrecía menos peligro, por haber entrado en un período que podríamos llamar médicamente de revulsión. El cariño que Sarmiento había tomado a su favorecedora era síntoma muy favorable que sin duda anunciaba, si no la extirpación del fanatismo, una nueva dirección de él. No mentía el infeliz al decir que era todo corazón. Capaz era éste de los sentimientos más delicados, así como de los más ardientes; bastaba que las misteriosas corrientes de la vida consumasen su obra, llevando, como las del cielo, la tempestad a otra región y zona distinta; pero el pensamiento no podía obedecer a este cambio, porque había en la máquina del cerebro sarmentil una clavija rota de difícil o quizá imposible arreglo.

También Sola había tomado mucho cariño al desvalido anciano. Le recogió por caridad; propúsose realizar sin ayuda de nadie uno de esos admirables actos de la voluntad, tanto más meritorios cuanto más oscuros, y, sofocando resentimientos antiguos, indignos de la grandeza de su alma, consumó valerosamente su obra bendita, digna de figurar en el *Flos Sanctorum*. Con el tiempo encendiéndose en su alma un vivo afecto hacia el mendigo abandonado, y esto, unido a los dulces placeres que trae consigo el amor, fué el más digno premio de su noble acción. Llegó a acostumbrarse de tal modo a la compañía del patriota vagabundo, que la habría echado muy de menos si en cualquier ocasión le faltara.

Un día Sarmiento le dijo:

—Querida Sola, hoy voy a pedirte un favor que creo no has de negarme... Es un caprichillo de anciano mimoso, un antojillo de abuelo... Si me lo niegas por cualquier pretexto, no me enfadaré, pero me pondré muy triste.

—¿Qué es?

—Que me permitas darte un beso, hija mía. Hace muchos días que estoy bregando con esta idea en la imaginación. Ya no puedo esperar más.

Soledad corrió hacia él, y don Patri-

cio la tuvo largo rato sobre sus rodillas, prodigándole tiernas caricias.

—Por vida de la grandísima chilindraina, niña de mi corazón—exclamó, hecho un mar de lágrimas—, si ahora me separaran de ti, juro que me moriría de pena. ¡Bendita seas tú mil veces!... ¡Bendita seas, amparo mío, angelito mío, consuelo de mi vejez y heredera de mi gloria!... ¡Toda, toda ella será para ti!

VIII

Parece inexcusable decir algo de la singular vida de esta solitaria joven e inquirir su conducta para deducir de ella sus proyectos. Sin duda, aquel espíritu valeroso, contrariado por lo que hemos convenido en llamar suerte, no llevaba una existencia pasiva, entregándose a la arbitraria fluctuación de los acontecimientos, sino que vivía en actividad grande, aunque escondida, trabajando en obra misteriosa o luchando con obstáculos tan oscuros como sus esfuerzos. Para afirmar esto nos fundamos en conjeturas y en el conocimiento de su carácter; mas nada positivo afirmamos aún.

Nos consta, sí, que recibía cartas de cuyo contenido no enteraba a nadie, que a veces pasaba largas horas fuera de su casa; que escribía de noche algún pliego y lo rompía después para volverlo a escribir, repitiendo este trabajo cuatro o cinco veces, hasta quedar medianamente satisfecha; que su semblante expresaba con fidelidad pasmosa cambios muy bruscos en su espíritu, presentándola ya sombríamente melancólica, ya festiva y dichosa; que no cesaba un punto en su actividad, y cuando los asuntos de la casa le daban reposo, discurría sobre mil temas concernientes a la faena del día venidero.

No le conocemos otras relaciones de amistad que las que tenía con la familia de Cordero, la cual, a consecuencia de las calamidades de la época, había ido a vivir en la misma casa, descendiendo algunos grados en la escala social.

Ya es conocido de nuestros lectores el gran don Benigno Cordero (1), comen-

ciante de la subida a Santa Cruz, hombre que se preciaba de ocupar dignamente su lugar en todas las ocasiones y que sabía ser bondadoso padre de familia, honrado tendero, puntual amigo y también héroe glorioso, según lo que exigían las circunstancias. Siendo tímido por naturaleza, mandóle un día su deber que fuese héroe, y lo fué. Desgraciadamente, no hay ninguna calle, ni monumento, ni lápida, ni escultura que recuerden a la posteridad su nombre, símbolo de la inocencia; pero los veteranos del 7 de julio saben que hubo en Boteros un Leonidas de nariz picuda y roja como una guindilla, de gafas de oro y cuerpo más propio para sobresalir de la tabla de un mostrador que para erguirse sobre el pedestal de gloria a que llaman campo de batalla.

La espantosa reacción absolutista, como furibunda riada que todo lo arrastra, arrastró también al digno patricio, que en su tienda de encajes había adquirido la idea de que los pueblos no se han hecho para los reyes. Esta idea se pagaba entonces con la cabeza, con la ruina o con el destierro. Muchos perdieron la primera; infinito número buscó refugio en suelo extranjero. No era, en verdad, de los más delincuentes el buen don Benigno, porque no había ejercido cargo público del Estado durante los *tres mal llamados años*. Su crimen había sido pertenecer a la Milicia y vestir su honroso uniforme sin tacha, con la circunstancia agravante de haber cargado charreteras como representante de las más altas jerarquías. Su sobrino, don Primitivo Cordero, que se había significado altamente como corveidite político (el grado inmediatamente inferior al de personaje), fué condenado a muerte y tuvo que huir al extranjero disfrazado de pastor, abandonando su comercio de hierro a la autoridad que lo embargara; mas con don Benigno fueron más humanos, condenándole tan sólo a hacer una visita a Melilla, o a otra de las cortes del Africa, en lo que recibió más disgusto que si le destinaran a la horca.

El, no obstante, se dió su maña, y con ella, un poco de paciencia y un puñado de onzas de oro (que entonces corrían de lo lindo para estos arreglos), logró de la generosidad absolutista que se le comprendiera en el decreto de

(1) Véase el episodio 7 de julio.

proscripción de Jerez, el cual mandaba que todos los que se habían significado durante el malhadado imperio del régimen famoso, sin llegar al grado de culpabilidad necesario para incurrir en otras penas mayores, no pudieran hallarse a cinco leguas en contorno de los puntos que recorría el rey con su viaje, cerrándoles, además, la corte y Sitios Reales dentro del radio de quince leguas. Cien mil individuos fueron por este ridículo decreto privados de la contemplación de la corte y Reales Sitios.

Abandonando tienda y familia, partió Cordero a Zaragoza, donde fué molestado y reducido a prisión por la feroz Policía de aquella ciudad, viéndose precisado a buscar en su bolsa nuevos argumentos contra la famélica justicia de aquel bendito tiempo. Entre tanto, la familia vivía en Madrid en la mayor aflicción, esperando todos los días nuevas tristes de Zaragoza, atendiendo al comercio de encajes con el mayor celo, y economizando todo lo posible para ver de reparar los estragos hechos por la política en el erario corderil. Esta última razón fué la que los impulsó a mudar de domicilio, pues una habitación arreglada cuadraba admirablemente a su presupuesto, más estirado ya que cuerda de ballesta. Desde noviembre se instalaron en el principal de la casa que ya conocemos en la calle de la *Emancipación Social*, según don Patrio, y de Coloreros, según el Municipio. La tienda continuaba en el mismo sitio, a mano derecha como vamos a la plazuela de Santa Cruz y a la cárcel de Villa.

Componían tan hidalga familia la señora de Cordero y tres hijos, hembra la mayor y ya mujer, varones y pequeños los otros dos. Acontecía en aquel matrimonio un contraste que no deja de ser frecuente en este extravagantísimo mundo, a saber: que si el esposo era diminuto y ligero, corpulenta y pesada era la esposa. Doña Robustiana podía coger a su marido debajo del brazo como un falderillo y aun jugar con él a le pelota si hubiera tenido tal antojo. Era aviesa y natural de Arenas de San Pedro, de una familia nombrada Toros de Guisando, sin duda porque en la antigüedad adquirió fama de dar hombres y mujeres de gran corpulencia. Alta estatura, blancas y apretadas

carnes, admirables contornos y blanduras que estirando la tela pugnaban por mostrarse; arrogante cabeza con ojos negros y cejas de terciopelo, manos gruesas, semblante más correcto que agraciado, con cierto ceño no muy simpático y algo de avinagrado mohín, boca demasiado pequeña con blancos dientes, carrillos con demasiada carne, nariz castellana, escasísima agilidad en los movimientos y mucha fuerza en los puños, componían la persona de doña Robustiana Toros de Guisando de Cordero.

De la incongrua pareja que formaba esta mujer con el benemérito hombrecillo del arco de Boteros (pareja admirablemente acordada en el orden moral) había nacido el día mismo de la batalla de Trafalgar (21 de octubre de 1805) Elena Cordero, en cuya persona se verificó una preciosa amalgama del ser físico del padre y del de la madre. No salió a ella ni a él, sino a los dos, realizando en sí uno de esos maravillosos términos medios que sólo resultan bien en los divinos talleres de la Naturaleza. No era Elena grande ni chica, ni gorda ni flaca, sino admirablemente proporcionada en talle, color y estatura. Su cabeza era de las más hermosas que pueden imaginarse, de tal modo que viéndola se comprendía que el valor sereno de don Benigno no era el único parentesco de aquella familia con la raza helénica. Su cara era la más bella que se ha visto durante muchos años en toda la zona del comercio matritense, desde Majaderitos a la calle de Milanese.

Quizá faltaba a su rostro aquella movilidad de la fisonomía española, que es como el temblor de la luz jugando sobre la superficie del agua agitada: quizá le faltaba esa facultad de hablar en silencio, lenguaje admirable del cual son signos las pestañas, el iris negro que alumbra como una luz, la sombra de la cara, el modo de mover el cuello, la olvidada guedeja sobre la sien, el rumorcillo del pendiente que se mueve ensartado en la oreja. Quizá Elena era demasiado selecta y tenía demasiada corrección en su persona; mas no por esto dejaba de ser acabado tipo de hermosura. Sus apasionados alegaban para defenderla que era más bella su timidez inocente y aquella perfección muñequil,

tan esmerada en sus limpios perfiles, que la desenvoltura y graciosa viveza de otras. Algunos la ponían resueltamente en el orden de los juguetes finos; otros, en el de las imágenes de iglesia. Pero, no obstante tal diversidad de opiniones, era generalmente admirada, contribuyendo, además, la fama de su virtud a aumentar la aureola de respeto y consideración que circundaba, como nimbo luminoso, a toda la familia de Cordero.

De los dos varones poco puede decirse; eran pequeñuelos traviosos y muy devotos hermanos de la Hermandad del Novillo. En aquel tiempo, las familias discurrían el modo de congraciarse con el bando dominante, y uno de los sistemas más eficaces durante el trienio había sido vestir a los niños de milicianos nacionales. Cambiadas radicalmente las cosas, doña Robustiana, que quería estar en paz con la situación, siguió la general moda, vistiendo a los borregos de frailes. Los domingos, Primitivo y Segundito salían a la calle hechos unos padres priores que daban gozo.

La familia, que antes de la catástrofe de la Constitución era feliz y vivía tranquila en su paz laboriosa, había caído en gran desaliento y tristeza desde la proscripción del padre. Temían nuevas desgracias, y como no veían en torno de sí más que cuadros de luto, ignominia, venganzas horribles, asesinatos jurídicos, delaciones infames, horcas y traición, no respiraban. Resuelta doña Robustiana a no ser en manera alguna sospechosa a los ojos de la reacción, se esmeraba en variar los vestidos dominigueros de los niños, dándoles la forma y color de todas las órdenes religiosas imaginables.

Compartían el tiempo hija y madre entre la tienda y la casa. En la primera tenían un mancebo jovenzuelo que era muy despierto y les prestaba no poca ayuda. En la casa vivían recogidamente, sin cultivar amistades que podrían resultar peligrosas, huyendo de tratar mucha y diversa gente, consagrando bastantes horas a rezar por la vuelta del padre y a imaginar medios pacíficos y legales para hacer su situación menos aflictiva. La amistad más íntima y cariñosa que cultivaban era la de Sola, que bajaba todos los días un par de horas lo menos, cuando no su-

bía Elena a hacerle compañía y ayudarla en sus quehaceres. La amistad de la huérfana databa de 1822, en vida de su padre, que era paisano de Cordero; pero se había aumentado y encendido más el afecto con la común desgracia. Había sentido Elena, desde luego, hacia ella una de esas vivas inclinaciones de la primera juventud, que establecen lazos duraderos para toda la vida, y a la cual daban aliciente la belleza moral de Sola y aquel peculiar atractivo indefinible que sometía los corazones. La de Cordero reconocía en ella una gran superioridad espiritual, que le infundía respeto no inferior a su cariño, y subyugada por el misterioso, invencible despotismo que ejerce a la callada la aristocracia moral, se sometía a los pensamientos y al sentir de Sola con la docilidad de la niñez ante la edad madura. Siendo Sola poco menos joven que ella, se le representaba, por la seriedad de sus consejos y su precoz experiencia, como de edad mucho más alta. Hermana mayor antes que amiga, la huérfana fué erigida en confesor, en consejero y en depositaria de los secretos del corazón de Elenita, porque el corazón de la muñeca perfilada, tan metódica y acabadita, tenía secretos.

También tenían amistad los Corderos con la familia de los Romos, y particularmente con Francisco Romo, jefe a la sazón del comercio conocido con este nombre en la plazuela de Herradores. Las excelentes relaciones mercantiles entre ambos tenderos anudaron las de la amistad, y durante la emigración de don Benigno, Romo colmó de atenciones y finezas a la familia, sirviéndoles al mismo tiempo de amparo contra la reacción, por ser voluntario realista de los más significados. Doña Robustiana fiaba mucho en la amistad de aquel joven de tanto poder entre las turbas realistas, y por nada del mundo la diera en cambio de la de un príncipe. Creía tener en él fortísimo escudo contra las brutalidades de la época, y fiaba en que, por mediación suya, sería restituído prontamente Cordero a la dulzura de su hogar.

—Hay que tener un poquito de paciencia—les decía Romo—. Se hace todo lo que se puede para que el señor don Benigno vuelva a su casa; pero no se podrá mucho hasta que los liberales no

estén sometidos. Figúrese usted, señora doña Robustiana, que el Gobierno abre un poco la mano y empieza a perdonar, a perdonar... Pues ya tiene usted la revolución encima. No lo digo por el señor don Benigno, que es un hombre de bien, sino por esos pillos que están acechando nuestra debilidad para soltar las riendas de su desvergüenza... No se aflijan ustedes, que vamos a dar una amnistía, una amnistía amplia, general, con excepción de todos los pillos, se entiende, y entonces, o no soy quien soy, o don Benigno será comprendido en ella.

Con estas promesas se consolaba la familia; pero pasaban los meses, y la deseada amnistía no era más que una esperanza. En su lugar veíanse nuevas procripciones, encarcelamientos, la horca siempre en pie, la venganza más cruel gobernando a la nación, y la vida de los españoles pendiente del capricho de un salvaje frailón o de fieros polizontes. Las delaciones, como puñaladas recibidas en la oscuridad, traían en gran consternación a la corte. Desaparecían los ciudadanos, sin que fuera posible saber en qué calabozo habían caído. Las cárceles tragaban gente, como las tumbas en una epidemia. Nadie, libre hoy, podía estar seguro de conservar la libertad mañana, porque la virtud más pura no podía estar segura del golpe secreto, como no puede estarlo del miasma invisible.

Al fin, allá en mayo del 24 vino la amnistía. Por ella se concedía *indulto y perdón general*; mas eran tantas las excepciones, que, antes que amnistía, parecía el decreto una sangrienta burla. Se perdonaba a todo el mundo y se exceptuaba después a todo el mundo. La familia de Cordero, viendo que pasaban meses sin que el proscrito volviese, examinaba detenidamente los quince artículos de las excepciones, por ver si don Benigno podía ser comprendido en alguno de ellos; pero como tranquilizaba a las dos señoras, diciéndoles:

—Eso corre de mi cuenta. Don Benigno vendrá: en caso que la Superintendencia de Policía tenga algún escrúpulo, le purificaremos, y... santas pascuas.

En efecto: una mañana del mes de agosto hallábase doña Robustiana en el mostrador midiendo algunas varas de

puntilla, cuando vió que oscurecía la luz de la puerta un objeto, un bulto, un cuerpo, un hombre: ¡don Benigno!... Cayosele de las manos la vara de medir, y, dando un grito, extendió los macizos brazos por encima del mostrador. Cordero, a quien la emoción tenía mudo y aturdido, no acertaba a abrazar a su esposa convenientemente, hallándose por medio, como guión entre dos letras, la dura tabla del mostrador, y le dió una cabezada en el pecho. Entonces, doña Robustiana cogióle con sus robustas manazas, tiró de él, suspendiéndole, y don Benigno quedó de rodillas sobre el mostrador. Su amante esposa le oprimía contra su delantera, y así estuvieron largo rato, entre babas y sollozos, hasta que, vencida por su sensibilidad, que era más fuerte que ella, cayó redonda al suelo la esposa como un colchón que recobra su posición natural. El mancebo corrió en busca de un sangrador.

—Esto no es nada—dijo don Benigno, corriendo a desabrochar el corsé de su esposa, que no era tarea de un momento—. Robustiana..., Robustiana..., ¿qué tal? ¿Están buenos los niños? ¿Y Elena?... ¿En dónde están mis hijos?

El héroe de Boteros se bebía las lágrimas. No tardó la señora en volver de su soporcio, y, abrazándose nuevamente, ambos derramaron más lágrimas. Don Benigno dijo, entre pucheros:

—No más política, no más tonterías. La lección ha sido buena. Viva mi familia, que es lo único que me interesa en el mundo.

Los amigos de las tiendas cercanas acudieron a felicitarle: el mancebo corrió a traer a los chicos, que ya habían ido a la escuela, y él, no pudiendo refrenar su impaciente anhelo de ver a Elena, corrió a la calle de Coloreros. Por el camino topaba a cada instante con amigos que le daban la bienvenida, y como casi todos se empeñaban en manifestarle su gozo con apretones de manos, abrazos y otras muestras de sensibilidad, al feliz padre le consumía el desasosiego, y, procurando desasirse de las amistosas manos, exclamaba:

—Yo, bueno... Estoy bien... Hasta luego, señores... Voy a ver a mi hija querida.

Y, penetrando en el portal, decía:

—Estará sola la pobrecita... ¡Qué alegría tendrá cuando me vea!... ¡Pobre ángel de mi vida!

Subió temblando, y al acercarse a la puerta, y cuando alargaba la mano para coger el verde cordón de la campanilla, sintió una voz de hombre que sonaba dentro de la casa. Era una voz agria, bronca, y pronunciaba atropelladamente palabras que no podían entenderse bien desde la escalera. Luego oyó don Benigno la voz de su hija, expresándose con agitación. Al buen ciudadano matritense se le heló la sangre en las venas, a pesar de no haber formado aún idea concreta de lo que oía, y llamó fuertemente con la campanilla y con los puños gritando:

—Elena, hija mía, soy yo... ¡Tu padre!

IX

Aquella mañana, cuando don Benigno estaba aún a dos leguas de la corte, entraba Sola en su casa, después de una breve excursión por las tiendas.

—Querida niña—le dijo Sarmiento, suspendiendo el barrido y apoyándose en el palo de la escoba—. Elenita Cordero ha venido a buscarte para que la acompañes un poco. Hoy está sola todo el día.

—Y ¿no ha venido nadie más?

—Sí; ha venido también el caballero que estuvo ayer—repuso Sarmiento, poniendo ceño de disgusto—. Puede que él crea que yo no le conozco, a pesar de las barbas de capuchino que gasta... Si me parece que le estoy viendo en la sala de armas del castillo... Pero más vale callar... ¡Ah!, se me olvidaba decirte que ha dejado un paquete para ti.

—Sí... Hoy debía traerle—dijo Sola, mirando a todos lados con ansiedad—. ¿En dónde lo ha dejado?

Don Patricio señaló una puerta, por la cual entró Sola corriendo. Fué derecha a tomar un paquete que estaba sobre su cama. Pálida y con los labios secos, le dió vueltas en sus manos temblorosas, buscando la lazada del cordón que lo ataba. La veía, la tocaba, sin acertar a deshacerla: de tal modo se había vuelto torpe a causa de su gran emoción.

En el paquete había cartas, muchas

cartas; pero Sola buscó entre todas una que debía de ser la principal, y, hallada, se puso a leerla. Por temor a ser interrumpida, encerróse en la alcoba, y sentándose en un rincón, arrojó todo su espíritu sobre un papel escrito. Allí estuvo largo rato, aleteando sobre él como la mariposa sobre la flor, y tan pronto lloraba como reía, según los sentimientos expresados por aquella sombra de un ser vivo a la cual se llama carta. Después miró, uno por uno, los sobrescritos de las otras, y al hacer esto no mostraba mucho contento, antes bien, temor. Además, el paquete contenía una cajita pequeña con dinero en monedas de oro. Contólas, una por una, y después lo guardó todo cuidadosamente, a excepción de las cartas que no eran para ella. De éstas hizo un nuevo paquete, que ocultó en su seno.

Púsose la mantilla para salir. Don Patricio vió pintado en el semblante de la joven el gran gozo que la dominaba, y, dando el último escobazo, se dirigió a ella sonriendo. Sola se detuvo en la puerta, y mirando a su protegido con expresión de lástima y de bondad, le dijo:

—Abuelo Sarmiento, si yo tuviera que marcharme para Inglaterra, ¿qué harías tú, viejecillo bobo?

Y diciendo esto, y sin dejar de mirarle, bajó la escalera.

Inmóvil y perplejo don Patricio, empuñando con su derecha mano el palo de la escoba, y alzando la siniestra hasta la altura de su frente, parecía la estatua erigida para conmemorar la petrificación del hombre.

Solita entró en casa de Cordero. Elena, que corrió a abrirle la puerta, le dijo:

—Hace una hora que te espero... Quitáte la mantilla... Estoy sola con Reyes... Tengo muchas cosas que contarte.

Entraron en la sala. En el centro de ella había una gran mesa llena de puntillas, que Elenita cosía unas con otras...

—Pero ¿no te quitas la mantilla?—repitió la de Cordero, emprendiendo la obra interrumpida—. Hoy no sales de aquí en todo el día.

—Ahora mismo me voy—replicó Solita, dejando escapar por sus ojos el contento.

—¡Vaya unas amigas! —dijo Elena, manifestando en el tono su tristeza—. ¿Adónde vas ahora? Hace calor.

—Tengo que hacer—repuso la huérfana, tocándose el pecho para ver si se le habían perdido las cartas—. Hay cosas que no se pueden dejar para mañana.

—Es verdad—dijo la muñeca, poniendo un hilo entre los dientes—. Si yo pudiera dejar esto para la semana que entra, lo dejaría... Parece que estás contenta...

—Siempre no hemos de estar tristes.

—¿Adónde fuiste esta mañana?

—A comprar un vestido.

—Y ¿adónde vas ahora?

Sola vaciló un instante, porque era preciso mentir, y su inventiva no era grande.

—A comprar otro—repuso al fin.

—¡Qué lujo!...—exclamó Elena en son de amistosa burla.

—¡Qué quieres tú!... Es posible que tenga que salir de Madrid para ir a...

—¿Adónde?—preguntó la de Cordero con viveza.

—A... otra parte—repuso la huérfana, cayendo en la cuenta de que había sido indiscreta—. Todavía no hay nada de cierto.

—De modo que me quedaré sola... Pero muy satisfecha, muy oronda estás hoy.

Sola se echó a reír. Este era el desahogo de un espíritu a quien la prudencia imponía silencio absoluto. Cuando una alegría tiene en la boca de su cráter una gran piedra de discreción que la tapa y la ahoga, sólo puede calmar su hervor riendo como los chicos y los tontos.

—Tú ríes y yo estoy desesperada—dijo la primorosa muñeca, dando una patadita en el suelo y rompiendo de un tirón el hilo que tenía entre los dientes—. Solilla, anoche..., si supieras lo que me pasó anoche...

—¿Qué?

Este monosílabo lo pronunció Sola distraída y maquinalmente, porque tenía fija toda su atención en sí misma.

—¡Anoche!

—¡Anoche!...—repitió la amiga, volviéndose a tocar el pecho para ver si había perdido las cartas.

—Todavía no se me ha quitado el miedo—dijo Elena, suspendiendo su obra pa-

ra que ningún acto perjudicase a la expresión de lo que iba a decir—. Antes ese hombre me era muy antipático; pero ahora... te juro que le aborrezco con toda mi alma...

—¡Pobrecito!... No, no; quiero decir que le está bien merecido... El señor Romo no cautivará a ninguna mujer. Sin ser feo, es tal que parece más feo que los que lo son adrede.

—Justamente, has dicho la verdad... El amigo de la casa se empeña en quererme y en que he de quererle yo. ¡Ay!, amiga, tienes razón en decir que ese hombre es malo... Hay en su cara una cosa..., ¿qué es? Parece que va pasando por delante de él una máscara horrible que le hace sombra en la cara. ¿No es así?

—Así mismo es, así—dijo Sola, mirándose en un espejo colgado frente a ella y haciendo la observación de que no se encontraba tan poco bonita como antes creyera.

—Pues ve a decirle a mamá que Francisco Romo no es la flor y nata de los caballeros... Todo lo bueno lo hace el señor Romo... «¡Ay, cuándo vendrá el señor de Romo para contarle lo que nos pasa!...» «De este apuro nadie más que el señor de Romo puede sacarnos...» «Si el señor de Romo no nos devuelve a tu padre, tenlo por perdido...» Y dale con el señor de Romo.

—¿Por qué no le cuentas a tu madre lo que te pasa?

—No puedo... De ningún modo—dijo Elenita, mostrando en su hermoso rostro perfilado la imagen de la mayor confusión—. ¡Ay, pobre de mí, qué desgraciada soy!... Sí, la más desgraciada de todas las mujeres.

Diciendo esto, la figurita de porcelana cayó en una silla y llevó a los ojos, acompañadas de un largo pañuelo, sus dos lindas manos. Alarmada Solita, acudió hacia ella y abrazóla tiernamente, rogándole que explicase aquellas desgracias tan enormes que la abrumaban.

—Yo no puedo querer a Romo—afirmó ésta, sollozando—, porque es muy feo, muy bastote y porque no me gusta... ¿Qué culpa tengo yo de que otro me haya parecido mejor? Dime tú si cualquier mujer a quien le pongan delante a Francisco Romo y a Angelito Seudoquis puede dudar.

—¡Oh!, no, de ningún modo. Angeli-

to Seudoquis se ha de llevar la palma.

—Pues está claro—dijo Elena, recibiendo gran consuelo con la declaración de su amiga—. El pobre muchacho es muy bueno, de noble familia, superior a nosotros, que somos tenderos; es honrado, caballero, muy fino, muy valiente, según él mismo me ha dicho..., y quiere casarse conmigo.

—Y ¿por qué no se ha de casar?

—Porque yo soy muy desgraciada..., no te rías..., la más desgraciada de las mujeres—exclamó la doncella, llorando como una Magdalena—, y, además, porque he sido mala, muy mala, y Dios me está castigando.

—¿Qué has hecho?

—Escribí una carta a Angelito—dijo Elena, observando su pañuelo.

—Eso sí que no me lo habías dicho.

—Pensaba decírtelo hoy... Le he escrito dos cartas.

—¿Dos?

—No..., me parece que han sido tres..., o quizá sean cuatro.

—¿Cuatro?

—La verdad, amiga de mi alma: llevo escritas cinco cartas.

—No digas más, porque si sigue la cuenta, va a resultar que le has escrito cincuenta.

—El pasaba todos los días por aquí... Yo sentía sus taconazos con el rechinchín de las espuelas, y me daba mucha lástima... No podía menos de asomarme...; un día me mandó con Reyes un papelito... En fin: en la última carta que le escribí...

—Eso es: vamos a la última.

—En la última carta le decía muchas bobadas... Como él es tan tierno y en las cartas pinta corazones ensartados chorreando sangre...

—¿Tú también le pintaste corazones?

—No..., pero le decía que Romo es un animal..., porque está celoso de Romo... También le decía que con él (es decir, con Angelito) o con nadie...; que me metería monja...; que el sepulcro me era más dulce que casarme con otro... En fin: esas cosillas que se dicen...

—¿Y nada más?

—Pero es el caso que la Policía ha puesto preso a Angelito ayer por la mañana.

—¡Jesús, mujer!

—Sí—añadió Elena más acongojada—. Le han puesto preso, porque parece que

un hermano suyo que estaba emigrado en Inglaterra ha venido para conspirar. Le buscan, y como no pueden encontrarle, han cogido al hermanito... y..., y...

Elena soltó un torrente de lágrimas y se deshizo en sollozos.

—¡Y..., y le van a ahorcar!—prosiguió con lastimeros ayes.

—No seas tonta, mujer—le dijo Sola, que se había puesto muy pálida—. Y dices que por haber llegado su hermano...

—Sí, un condenado masón que ha venido a armar revoluciones; y como no le han podido coger...

Soledad pasó de la sorpresa a la estupefacción más profunda.

—¡Esos infames polizontes son tan malos...!—añadió la de Cordero—. ¿Qué culpa tiene el pobre Angelito?... El es liberal, muy liberal; pero se halla decidido, así me lo ha dicho, a no desenvainar su espada contra el rey. Ya sabes que es cadete. No, no; jamás Angelito atentará a los derechos del Trono... Pues volviendo a ese vil Romo..., ya sabes que es amigo de los de la Policía y de Chaperón.

Sola no oía nada. Estaba absorta y no apartaba su mano del seno. Creía sentir sobre él un peso colosal que la abrumaba.

—Como es amigo de la Policía...—añadió Elena—. Ya sabes que registran a todos los presos... Romo encontró en el bolsillo de Angelito la última carta que le escribí... ¿Conoces tú desgracia semejante?

—¿Y qué?

—Que la tiene él..., Romo..., y me la enseñó anoche..., y dice que se la va a enseñar a mamá y a papá cuando venga..., y dice que cuando ahorquen a Angelito, él le tirará de los pies...

Un nuevo temporal deshecho de lágrimas, ayes y acongojados sollozos interrumpió la narración de la inocente doncella.

—Yo me voy—dijo Sola, levantándose bruscamente.

—No digas eso—repuso Elena, tirando de la falda de su amiga—. Voy a estar llorando todo el día. Acompáñame.

—Después.

—Ahora.

—Tengo que salir—repitió Sola, sin

mirar a su amiga y oprimiéndose el seno.

—¿Qué llevas ahí?—preguntó Elena, tocando también y sintiendo rumor de papeles.

—Nada, nada—repuso la huérfana con turbación.

—¡Ah!, pícara.... las cartas de tu novio..., y no me has querido decir quién es..., y dices que no tienes ninguno, ¡y te escribe tantos pliegos!... Ahí llevas una resma... No te vayas, por amor de Dios.

Sola se despidió de su amiga con gran desasosiego.

—Parece que se te ha desvanecido la alegría—le dijo la muñeca.

—Adiós.

—Espera un rato.

—Ni un minuto... Voy a ver a una persona...

—¿No me has dicho que a comprar otro vestido?

—Es verdad... Volveré pronto. Adiós.

X

Elenita se quedó sola en la calma y silencio de la casa, apenas interrumpidos por los cantorrios de la criada, que chillaba en la cocina acompañándose con el almirez.

La desgraciada joven, más infeliz que todas las mujeres nacidas, según su propio parecer, reanudó su trabajo de coser puntillas, en el cual, si no ponía la artificio gran atención, había de salir muy imperfecto. No iba a las mil maravillas la obra, por cuya razón Elena deshacía con frecuencia lo hecho, tornando a empezar. A ratos aparecían entre la delicada tela de araña algunas lágrimas que se quedaban temblando en los menudos hilos negros como insectos de diamantes cogidos en una red de pelo. A ratos los suspiros de la obrera hacían moverse y volar los pedazos más pequeños, que se remontaban en busca de otros climas. Frecuentemente se picaba Elenita con la aguja, y muy a menudo se le enredaba el hilo entre los dedos, obligándola a detenerse y a perder los minutos. También solía pasar la aguja con tanta presteza como si fuera puñal, y con él trataba de atravesar un corazón aborrecido.

Absorta en sus reflexiones, la niña no advirtió que habían llamado a la puerta, que la criada acababa de abrir, y que un hombre avanzaba con pie muy quedo, al modo de ladrón, hacia la salita donde estaba el taller de encajes. Así es que al sentir las palabras: «¿Se puede pasar?», la joven dió un grito y saltó despavorida, cual si se viera en presencia de un toro del Jarama.

—Váyase usted, señor de Romo; váyase usted—exclamó con terror, refugiándose en un rincón de la estancia—. Mamá no está aquí... Estoy sola...

—Mejor—repuso Romo, sonriendo y tratando de dar a su rostro y a su ademán el aire no aprendido de la cortesía—. ¿Me como yo a la gente? ¿Soy ladrón o facineroso?... No; yo vengo aquí con móviles de honradez... ¿Podrán todos decir lo mismo?

—No; aquí no ha entrado nadie, nadie más que usted.

—Puesto que usted lo dice, Elenita, lo creo—dijo el hombre oscuro tomando una silla—. Con la venia de usted, me sentaré. Estoy muy fatigado.

—¡Y se sienta!

—Sí; porque tenemos que hablar. Atención, Elenita; yo tengo la desgracia de estar prendado de usted.

—Pues mire usted: yo tengo muchas desgracias, menos ésa.

Romo contrajo su semblante, expresando sus afectos, como los animales, de una manera muy opaca, digámoslo así, por ser incapaz de hacerlo de otro modo. No podía decirse si era el ruin despecho o la meritoria resignación lo que determinaba aquel signo ilegible, que en él reemplazaba a la clara sonrisa, señal genérica de la raza humana.

—Pues mire usted—dijo, afectando candidez—; a otros les ha pasado lo mismo y, al fin, a fuerza de paciencia, de buenas acciones y de finezas, se han hecho adorar de las que los menospreciaban.

—No conseguirá usted tal cosa de la hija de mi madre.

—Pues bien...: ¿tan feo soy?—preguntó Romo, indicando que no tenía la peor idea respecto a sus gracias personales.

—No, no; es usted monísimo—dijo Elena con malicia—; pero yo estoy por los feos... ¿Quiere usted hacer una cosa que me agradará mucho?

—No tiene usted más que hablar, y obedeceré.

—Pues déjeme sola.

—Eso no...—repuso, frunciendo el ceño—. No pasa un hombre los días y las noches oyendo leer sentencias de muerte y acompañando negros a la horca; no pasa un hombre, no, su vida entre lágrimas, suspiros, sangre y cuerpos horribles que se zarandean en la soga, para venir un rato en busca de goces puros junto a la que ama y verse despedido como un perro.

—Pero yo, pobre de mí, ¿qué puedo remediar?—dijo Elena cruzando las manos.

—Es terrible cosa—continuó el hombre—cárcel con hueco acento—que ni siquiera gratitud haya para mí.

—¿Gratitud?... eso sí..., estamos muy agradecidos.

—Se compromete uno, se hace sospechoso a sus amigos, intercediendo siempre por un don Benigno que mató a muchos guardias del rey en el Arco de Boteros; trabaja uno, se desvive, se desacredita, echa los bofes..., y en pago..., vea usted... ¡Rayo!, hay una niña que en nada estima los beneficios hechos a su familia... ¿Qué le importan a ella la buena opinión del favorecedor de su padre, su honradez, su limpia fama en el comercio?... Todo lo pospone al morrioncillo, a las espuelas doradas y al bigotejo rubio de un mozalbete que no tiene sobre qué caerse muerto, hijo y hermano de conspiradores...

—Encendida como la grana, Elena se sentía cobarde. Pero si su valor igualara a su indignación, y sus tijeras pudieran cortar a un hombre como cortaban un hilo, allí mismo dividiera en dos pedazos a Romo.

—Cállese usted, cállese usted—exclamó, sofocada.

—Y, sin embargo—añadió el hombre opaco, poniéndose más amarillo de lo que comúnmente era—, soy bueno, tengo paciencia, me conformo, callo y padezco... Es verdad que tengo en mí poder un instrumento de venganza...; pero no lo emplearé por razón de amor, no; lo emplearé tan sólo por el decoro de esta familia, a quien estimo tanto.

Elena tuvo un arranque de esos que se han visto alguna vez, muy pocas, pero se han visto, en las palomas, en los corderos, en las liebres, en las ma-

riposas, en los seres más pacíficos y bondadosos, y pálida de ira, con los labios secos y los puños cerrados, apostrofó al amigo de su familia, gritando así:

—Usted es un malvado, y si yo supliría que algún día había de caer en el pecado de quererle, ahora mismo me quitaría la vida para que no pudiera llegar ese día. Usted es un tunante, hipócrita y falsario, y si mi padre dice que no, yo diré que sí; y si mi padre y mi madre me mandan que le quiera, yo los desobedeceré. Hágame usted todo el daño que guste, pues todo lo que venga de usted lo desprecio, sí, señor; como desprecio su persona toda, sí, señor; su alma y su cuerpo, sí, señor... Ahora, ¿quiere usted quitarse de delante, o tendré que llamar a la vecindad para que me ayude a echarle por la escalera abajo?

Al concluir su apóstrofe, la doncella se quedó sin fuerzas y cayó en una silla; cayó blanda, fría, muerta como la ceniza del papel cuando ha concluido la rápida llama. No tenía fuerzas para nada, ni aún para mirar a su enemigo, a quien suponía levantado ya para matarla. Pero el tenebroso Romo, más que colérico, parecía meditabundo, y miraba al suelo, juzgando, sin duda, indigno de su perversidad grandiosa el conmoverse por la flagelación de una mano blanca. Su resabio de mascullar se había hecho más notable. Parecía estar rumiando un orujo amargo, del cual había sacado ya el jugo de que nutría perpetuamente su bilis. Vefase el movimiento de los músculos maxilares sobre el carrillo verdoso, donde la fuerte barba afeitada extendía su zona negruzca. Después miró a Elena de un modo que, si indicaba algo, era un especie de paciencia feroz o el aplazamiento de su ira. La córnea de sus ojos era amarilla, como suele verse en los hombres de la raza etiópica, y su iris negro, con azules cambiantes. Fijaba poco la vista, y rara vez miraba directamente como no fuera al suelo. Creeríase que el suelo era un espejo donde aquellos ojos se recreaban, viendo su polvorosa imagen.

Levantóse pesadamente, y, dando vueltas entre las manos al sombrero, habló así:

—Y, sin embargo, Elenita, yo la adoro a usted... Usted me insulta, y yo repito que la adoro a usted... Cada uno según

su natural; el mío es requemarme de amor... ¡Rayo!, si usted me quisiera aunque no fuese sino un poquitín, me dejaría gobernar como un perro faldero... Sería usted la más feliz de los mujeres y yo el más feliz de los hombres, porque la quiero a usted más que a mi vida.

Sus palabras veladas y huecas parecían salir de una mazmorra. Sin embargo, hubo en el tono del hombre oscuro una inflexión que casi, casi, podría creerse sentimental; pero esto pasó, fué cosa de brevísimo instante, como la rápida y apenas perceptible desafinación de un buen instrumento músico en buenas manos. Elena se echó a llorar.

—Ya ve usted que no puede ser—balbució.

—Ya veo que no puede ser—añadió Romo, mirando a su espejo, es decir, a los ladrillos—. Puede que sea un bien para usted. Mi corazón es demasiado grande y negro... Ama de una manera particular...; tiene esquinas y picos..., de modo que no podrá querer sin hacer daño... A mí me llaman el hombre de bronce... Adiós, Elenita... Quedamos en que me resigno..., es decir, en que me muero... Usted me aborrece... ¡Rayo, con cuánta razón!... Es que soy malo, perverso, y amenacé a usted con hacer ahorcar a ese pobre pajarito de Seudoquis... No lo haré...; si le ahorcara, al fin le olvidaría usted, olvidándose también de mí... Esto sí que no me gusta. Es preciso que usted se acuerde de este desgraciado alguna vez.

Elena, no comprendiendo nada de tan incoherentes razones, vacilaba entre la compasión y la repugnancia.

—Además, yo había amenazado a usted con otra cosa—dijo Romo, retrocediendo después de dar dos pasos hacia la puerta—. Yo tengo una carta, sí, aquí está... en mi cartera la llevo siempre. Es una esquila que usted escribió a esa lagartija. En ella dice que yo soy un animal... Bien: puede que sea verdad. Yo dije que iba a mostrar la carta a su mamá de usted... No; ¿a qué viene eso? Me repugnan las intriguillas de comedia. ¡Yo, enseñando cartas ajenas, en que me llaman animal!... Tome usted el papelejo y no hablemos más de eso.

Romo alargó la mano con un papel arrugado, del cual se apoderó Elena, guardándolo prontamente.

—Gracias—murmuró.

En aquel instante oyóse la campanilla de la puerta, y la voz de don Benigno, que gritaba:

—¡Hija mía, soy yo, tu padre!

Elena corrió a abrir, y el amoroso don Benigno abrazó con frenesí a su adorada hija, comiéndose a besos la linda cara, sonrosada de llorar. También él lloraba como una mujer.

—¿Quién está aquí?... ¿Con quién hablabas?—preguntó con viveza el padre, luego que pasaron las primeras expansiones de su amor.

Al entrar en la sala, don Benigno vió a Romo, que iba a su encuentro abriendo también los brazos.

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí..., era usted...? ¡Amigo mío!

—No esperábamos todavía al señor Cordero—dijo Romo—. Desconfiaba de que le soltaran a usted.

—¿Por qué llorabas, hija mía, antes de yo entrar?—dijo el patriota, fijando en esto toda su atención.

—El señor Romo—repuso Elena muy turbada, pero en situación de poder disimularlo bien—acababa de entrar...

—Yo creí que estaría aquí doña Robustiana—añadió el realista.

—Y me decía—prosiguió Elena—, me estaba diciendo que usted..., pues, no había esperanzas de que le soltaran, padre.

—Eso me dijeron esta mañana en la Superintendencia; pero, por lo visto, las órdenes que se dieron la semana pasada han hecho efecto.

—Venga acá el mejor de los amigos, venga acá—exclamó don Benigno con entusiasmo, abriendo los brazos para estrechar en ellos a su salvador—. Otro abrazo..., y otro... A usted debo mi libertad. No sé cómo pagarle este beneficio... Es como deber la vida... Venga otro abrazo... ¡Haber dado tantos pasos para que no me maltrataran en Zaragoza, haberme servido tan lealmente, tan desinteresadamente! No, no se ve esto todos los días. Y es más admirable en tiempos en que no hay amigo para amigo... Yo, liberal; usted, absolutista, y, sin embargo, me ha librado de la horca. Gracias, mil gracias, señor don Francisco Romo—añadió con emoción que brotaba como un torrente de su alma honrada—. ¡Bendita sea la memoria de su padre de usted! Por ella juro que mi

gratitud será tan duradera como mi vida.

Era la hora de comer; y, cerrada la tienda, llegaron la señora, los niños y el mancebo. Quiso don Benigno que los acompañase Romo a la frugal mesa; pero excusóse el voluntario, y partió, dejando a la hidalga familia entregada a su felicidad. Elena no respiró fácilmente hasta que no vió la casa libre de la desapacible lobreguez de aquel hombre.

XI

Dejamos a don Patricio como aquellas *estatuas vivas de hielo*, a cuya misera quietud y frialdad quedaban reducidas, según confesión propia, las heroínas de las comedias tan duramente flageladas por Moratín. El alma del insigne patriota había caído de improviso en turbación muy honda, saliendo de aquel dulce estado de serenidad en que ha tiempo vivía. Dudas, temores, desconsuelo y congoja le sobresaltaron en invasión aterradora, sin que la presencia de Sola le aliviara, porque la huérfana habló muy poco durante todo aquel día, y no dijo nada de lo que a nuestro anciano había quitado hasta la última sombra de sosiego.

Mas por la noche, cuando la joven se retiraba, volvió a decir la terrible frase

—Si yo me fuera a Inglaterra, ¿qué harías tú, viejecillo bobo?

Don Patricio no pudo hablar, porque su garganta era como de bronce, y todo el cuerpo se le quedó frío. No pudo dormir nada en toda la noche, revolviendo en su mente, sin cesar, la terrible pregunta.

—¡Consagrar yo mi vida a una criatura como ésta!...—exclamaba en su calenturiento insomnio—. ¡Amarla con todas las fuerzas del alma, ser padre para ella, ser amigo, ser esclavo, y a lo mejor oír hablar de un viaje a Inglaterra!... ¡Ingrata, mil veces ingrata! ¡Te ofrezco mi gloria; transmito a ti, bendiciéndote, los laureles que han de ornar mi frente, y me abandonas!... ¡Ah, Señor, Señor de todas las cosas!... ¡La ocasión ha llegado! El momento de mi sacrificio sublime está presente. No espero más. ¡Adiós, hija de mi corazón;

adiós, esperanza mía, a quien dijudé por compañera de mi fama!... Tú, a Inglaterra; yo, a la inmortalidad... Pero ¿a qué vas tú a Inglaterra, grandísima loca? ¿A qué?... Sepámoslo. ¡Ay! Te llama el amor de un hombre, no me lo niegues; de un hombre a quien amas más que a mí, más que a tu padre, más que al abuelo Sarmiento... ¡Por vida de la ch...! Esto no lo puedo consentir, no mil veces...; yo tengo mucho corazón... Sola, Sola de mi vida... ¿por qué me abandonas? ¿Por qué te vas, y dejas solo, pobre, miserable, a tu buen viejecito, que te adora como a los ángeles? ¿De qué me acusas? ¿Te he faltado en algo? ¿No soy siempre tu perrillo obediente y callado que no respiraría si su respiración te molestara?

Diciendo esto, sus lágrimas regaban la almohada y las sábanas revueltas.

Al día siguiente notó que Sola estaba también muy triste, y que había llorado; pero no se atrevió a preguntarle nada.

Por la noche, luego que cenaron, Sola, después de larga pausa de meditación, durante la cual su amigo la miraba como se mira a un oráculo que va a romper a hablar, dijo simplemente:

—Abuelito Sarmiento, una cosa tengo que decirte.

Don Patricio sintió que su corazón bailaba como una peonza.

—Pues, abuelito Sarmiento—añadió la joven, mostrando que le era muy difícil decir lo que decía—, yo la verdad... ¡tengo una pena, una pena tan grande!... Si pudiera llevarte conmigo, te llevaría; pero me es imposible; es absolutamente imposible. Me han mandado ir sola, enteramente sola.

Don Patricio dejó caer su cabeza sobre el pecho y le pareció que todo él caía, como un viejo roble abatido por el huracán. Lanzó un gemido como los que exhala la vida al arrancar del mundo su raíz y huir.

—Es preciso tener resignación—dijo Sola, poniéndole la mano en el hombro—. Tú, en realidad, no eres hombre de mucha fe, porque con esas doctrinas de la Libertad los hombres de hoy pierden el temor de Dios, y, principiando por aborrecer a los curas, acaban por olvidarse de Dios y de la Virgen.

—Yo creo en Dios—murmuró Sar-

miento—. Ya sabes que he ido a misa desde que tú me lo has mandado.

—Sí; no dudo que creerás; pero no tan vivamente como se debe creer, sobre todo cuando una desgracia nos cae encima—dijo la huérfana con enérgica expresión—. Ahora que vamos a separarnos, conviene que mi viejecito tenga la entereza cristiana que es propia de su edad y de su buen juicio..., porque su juicio es bueno y, felizmente, ya no se acuerda de aquellas glorias, laureles, sacrificios, inmortalidades, que le hacían tan divertido para los granujas de la calle.

—Yo no he renunciado ni debo renunciar a mi destino—repuso el anciano humildemente.

—Ni aun por mí...

—Por ti, tal vez; pero si te vas...

—Si me voy, será para volver—replicó Sola con ternura—. Yo confío en que el abuelito Sarmiento será razonable, será juicioso. Si el abuelito, en vez de hacer lo que le mando, se entrega otra vez a la vida vagabunda y vuelve a ser el hazmerreír de los holgazanes, tendré grandísima pena. Pues qué, ¿no hay en el mundo y en Madrid otras personas caritativas que puedan cuidar de ti como he cuidado yo? Hay, sí, personas llenas de abnegación y de amor de Dios, las cuales hacen esto mismo por oficio, abuelito, y consagran su vida a cuidar de los pobres ancianos desvalidos, de los pobres enfermos y de los niños huérfanos. A estas personas confiaré a mi pobre viejecillo bobo, para que me le cuiden hasta que yo vuelva.

Don Patricio, que había empezado a hacer pucheros, rompió a llorar con amargura.

—Soledad, hija de mi alma...—exclamó—. Ya comprendo lo que quieres decirme. Tu intención es ponerme en un asilo... ¡Lo dices y no tiembles!

Después, variando de tono súbitamente, porque variaba de idea, ahuecó la voz, alzó la mano y dijo:

—¡Y crees tú que a un hombre como éste se le mete en un hospicio! Sola, Sola, piénsalo bien. Tú has olvidado qué clase de mortal es el que tienes en tu casa. ¡Y me crees capaz de aceptar esa vida oscura, sin gloria y sin ti, sin ti y sin gloria!, ¡ay!, los dos polos de mi existencia... Mira, niña de mi alma, para que comprendas cuánto te quiero y

cómo has conquistado mi gran corazón, te diré que yo no soy el que era; que si mis ideas no han variado, han variado mis acciones y mi conducta.

Y luego, con una seriedad que hizo sonreír a Sola en medio de su pena, se expresó así:

—Es evidente..., porque esto es evidente como la luz del día..., que yo estoy destinado a coronarme de gloria, a adornar mi frente de rayos esplendorosos, sacrificándome por la Libertad, ofreciéndome como víctima expiatoria en el altar de la patria, como el insigne general, mi compañero de martirio, que me espera en la mansión de los justos, allá donde las virtudes y el heroísmo tienen eterno premio... Pues bien: es tanto lo que te quiero, que por tu cariño he ido dejando pasar días y días y hasta meses sin cumplir esto que ya no es para mí una predestinación tan sólo, sino un deber sagrado. ¿Me entiendes?

Soledad le pasó la mano por la cabeza, incitándole a que no siguiese tocando aquel tema.

—Por ti, sólo por ti...—prosiguió el viejo—. ¡Me da tanta pena dejarte!... Así es que me digo: «Tiempo habrá, Señor...» ¿Creerás que aquí, en tu compañía, se me han pasado semanas enteras sin acordarme de semejante cosa?... Hay más todavía: yo estaba dispuesto a hacer un sacrificio mayor..., ¿te espantas?, que es el de sacrificarte mi sacrificio, ¿me entiendes?... Sí; poner a tus pies mi propia gloria, mi corona de estrellas... Sí, chiquilla: yo estaba dispuesto a no separarme jamás de ti, y a no pensar más en la política..., ni en Riego, ni en la Libertad... ¡Oh hija mía! Tú no puedes comprender la inmensidad de tal sacrificio. Por él juzgarás de la inmensidad del amor que te tengo. ¡Y cuando yo renuncio por ti a lo que es mi propia vida, a mi idea santa, gloriosa, augusta, tú me abandonas, me echas a un lado como a mueble inútil, me mandas a un hospicio y te vas!...

Soledad veía crecer y tomar proporciones aquel problema de la separación que le causaba tanta pena. Su alma no era capaz de arrepentirse del bien que había hecho al desvalido anciano; pero deploraba que, por los misteriosos designios de Dios, la caridad que hiciera algunos meses antes le trajese ahora

aquel conflicto que empezaba a surgir en su cristiano corazón.

—El Señor nos iluminará—dijo, remitiendo su cuita al que ya la había salvado de grandes peligros—. ¡Si tú le pidieras con fervor, como yo lo hago, luz, fuerzas, paciencia y fe, sobre todo fe...!

—Yo le pediré todo lo que tú quieras, hija de mi alma; yo tendré fe... Dices que tengo poca, pues tendremos mucha. Me has contagiado de tantas cosas, que no dudo he de adquirir la fe que tú, sólo con mirarme, me estás infundiendo.

—Para adquirir ese tesoro—dijo Sola con cierto entusiasmo—no basta mirarme a mi ni que yo te mire a ti, abuelo; es preciso pedirlo a Dios, y pedirselo con ardiente deseo de poseer su gracia, abriendo de par en par las puertas del corazón para que entre; es preciso que nuestra sensibilidad y nuestro pensamiento se junten para alimentar ese fuego que pedimos y que, al fin, se nos ha de dar. Teniendo ese tesoro, todo se consigue: fuerzas para soportar la desgracia, valor para acometer los peligros, bondad para hacer bien a nuestros enemigos, conformidad y esperanza, que son las muletas de la vida para todos los que cojeamos en ella.

—Pues yo haré que mi sensibilidad y mi pensamiento se encaminen a Dios, niña mía—replicó el vagabundo, participando del entusiasmo de su favorecedora—. Haré todo lo que mandas.

—Y tendrás fe.

—Tendremos fe..., si; venga fe.

—Con ella resolveremos todas las cuestiones—dijo Sola, acariciando el flaco cuello de su amigo—. Ahora, abuelito, es preciso que nos recojamos. Es tarde.

—Como tú quieras. Para los que no duermen, como yo, nunca es tarde ni temprano.

—Es preciso dormir.

—¿Duermes tú?

—Toda la noche.

—Me parece que me engañas... En fin, buenas noches. ¿Sabes lo que voy a hacer si me desvelo? Pues voy a rezar, a rezar fervorosamente, como en mis tiempos juveniles, como rezábamos Refugio y yo cuando teníamos contrariedades, alguna deudilla que no podíamos pagar, alguna enfermedad de nuestro adorado Lucas... Ello es que siempre salíamos bien de todo.

—A rezar, sí; pero con el corazón, sin dejar de hacerlo con los labios.

—Adiós, ángel de mi guarda—dijo Sarmiento, besándola en la frente—. Hasta mañana, que seguiremos tratando estas cosas.

Retiróse Soledad, y el anciano se fué a su cuarto y se acostó, durmiéndose prontamente; mas tuvo la poca suerte de despertar al poco tiempo, sobresaltado, nervioso, con el cerebro ardiendo.

—¡Ea!, ya estamos desvelados—dijo, dando vueltas en su cama, que había sido para él, durante diez meses, un lecho de rosas—. Voy a poner por obra lo que me mandó la niña: voy a rezar.

Disponiendo devotamente su espíritu para el piadoso ejercicio, rezó todo lo rezable, desde las oraciones elementales del dogma católico hasta las que, en distintas épocas, ha inventado la piedad para dar pasto al insaciable fervor de los siglos. Sarmiento rezó a Dios, a la Virgen, a los santos que antaño habían sido sus abogados, sin olvidar a los que fueron procuradores de Refugio, mientras ésta los necesitara.

Mas, a pesar de ello, el anciano no advirtió que entrara gran porción de calma en su espíritu; antes bien, sentíase más irritado, más inquieto, con propensiones a la furia y a protestar contra su malhadada suerte. Como llegara un instante en que no pudo permanecer en el abrasado lecho, levantóse en la oscuridad y se vistió a toda prisa, sin estar seguro de ponerse la ropa al derecho. Sentía impulsos de salir gritando por toda la casa, y de llamar a Sola, y echarle en cara la crueldad de su conducta, y decirle: «Ven acá, loca, ¿quién es el infame que te llama desde Inglaterra?... ¿Qué vas tú a hacer a Inglaterra?... ¡Ah! Es un noviazgo lo que te llama. Y si es noviazgo, ¡vive Dios!, ¿quién es ese monstruo? Dime su nombre, y correré allá y le arrancaré las entrañas.

En la sala distinguió débil claridad: supuso que había luz en el cuarto de su amiga. Paso a paso, avanzando como los ladrones, dirigióse allá; empujada suavemente la puerta, pasó a un gabinete; deslizóse como una sombra, extendiendo las manos para tocar los objetos que pudieran estorbarle el paso. La puerta de la alcoba estaba entreabierta; había

luz dentro; pero no se oía el más leve rumor. Alargando el cuello, Sarmiento vió a Sola dormida junto a una mesa, en la cual había papeles y tintero.

«Estaba escribiendo—pensó—, y se ha dormido. Veremos a quién.»

Entró en la alcoba, andando quedamente y con mucho cuidado para no hacer ruido. Su rostro anhelante, su cuerpo tembloroso, sus ojos ávidos y saltones, dábanle aspecto de fantasma; y si la joven despertase en aquel momento, se llenaría de terror al verle. Dormía profundamente, la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. Delante tenía una carta a medio escribir, y otra muy larga y de letra extraña, a la cual, sin duda, estaba contestando cuando se durmió.

«Yo conozco esa letra», pensó Sarmiento, devorando con los ojos el escrito, apoyado en un libro puesto de canto, a manera de atril.

Conteniendo su respiración, el vagabundo examinó el pliego, que, abierto por el centro, no presentaba ni el principio ni el fin. Después fijó los ojos en la carta medio escrita por Sola. Don Patricio miraba y fruncía el ceño, apretando las mandíbulas. Tenía tal aspecto de ferocidad aviesa, que si él mismo pudiera verse, tuviera miedo de sí mismo. No tardó mucho en satisfacer su curiosidad, y era ésta tan intensa, que, después de leer una vez, leyó la segunda. A la tercera no estaba tampoco satisfecho; mas, temiendo que la joven despertara, se retiró como había venido. Al llegar a su cuarto se dejó caer en la cama, y, dando un gran suspiro, exclamó para sí:

«¡Bien lo decía yo: los emigrados...!»

XII

Muy gozoso y satisfecho estaba don Benigno Cordero con el suceso de su vuelta a la patria y al hogar querido, y, resuelto a que el contento le durase, hacía propósito firmísimo de no tornar a mezclarse en política, ni vestir uniforme, ni menos hacer heroicidades en Boteros ni en otro arco alguno. Verdad es que guardaba en su pecho, cual tesoro riquísimo, o como los restos queridos de una persona amada que se depositan en secreta urna, las mismas aficiones

políticas a que debió su destierro. Eso sí: antes creyera que el sol salía de noche que dejar de ver en la Libertad, en el progreso y en la soberanía del pueblo, la felicidad de las naciones. Mas era preciso poner una losa sobre estas cosas, y don Benigno la puso.

—Desde hoy—dijo—, Benigno Cordero no es más que un comerciante de encajes. No adulará al absolutismo, no dirá una sola palabra en favor de éste; pero no, ya no tocará más el pito constitucional ni la flauta de la Milicia. A Segura llevan preso. Yo tengo ideas, sí, ideas firmes; pero tengo hijos. Es posible, es casi seguro, que otros que también tienen mis ideas las hagan triunfar; pero mis hijos por nadie serán cuidados si se quedan sin padre. Atrás las doctrinas por ahora, y adelante los muchachos. Ahora, silencio, paz, retraimiento absoluto..., cabeza baja y pico cerrado...; pero, ¡ay!, alma mía, allá recogida en ti misma, y sin que te oigan los oídos de la propia carne en que estás encerrada, no ceses de gritar: «¡Viva, viva y mil veces viva, la señora Libertad!»

Los muchos amigos del ex jefe de milicianos le felicitaban cordialmente, y sus parroquianos, así como sus compañeros de comercio, recibieron gran contento al verle. Como era tan generoso, y tenía un natural por demás expansivo, antojósele, ocho días después del de su vuelta, obsequiar a los amigos con un modesto banquete, dedicado a grabar en la memoria de todos el fausto evento de su liberación; pero doña Robustiana, cuyo sentido práctico igualaba el peso de su cuerpo, le quitó de la cabeza la idea de aquel dispendioso alarde, arguyéndole así:

—Desgraciadamente, no estamos para fiestas. Acuérdate del dinero que has gastado en congraciarte con esos pillos; que tiempo hay de dar banquetes. Mañana, domingo, veintiocho de agosto, haremos para la cena un extraordinario de poca monta, y convidaremos a Romo, al señor de Pipaón, que también nos ha servido, y a Sola. Total: tres convidados. Basta, hombre, basta. Tiempo hay de echar la casa por la ventana, y no faltará un motivo para ello ni tampoco elementos, ¿me entiendes?...; porque, si siguen los frailes reponiendo la

ropa de altar, no faltará venta de encaje blanco en todo el año que corre.

Don Benigno, como siempre, armonizó su opinión con la de su cara esposa, y, a consecuencia de tan dulce concordia, al día siguiente la cocina de los Cordero despedía inusitado aroma de ricas especias, el cual anunciaba a toda la vecindad la presencia de un extraordinario. A la hora de la cena resplandecía el comedor con la luz de dos quinqués, colocados en contrapuestos sitios, y alrededor de la mesa se sentaron el señor de Pipaón, Sola y los de Cordero, sin excluir los niños, que ocupaban un extremo, junto a su hermana. El puesto más preeminente entre los de convite estaba vacío, lo cual causaba gran disgusto a don Benigno.

—¿Por qué no habrá venido Romo? —decía—. Es particular: no le hemos visto desde el día de mi llegada. ¿Estará enojado con nosotros?

Se esperó un rato; pero viendo que no parecía, dió principio el banquete. El digno anfitrión estaba intranquilo por aquella ausencia de su amigo, y cada instante miraba a su esposa como para preguntarle qué opinaba ella de tan extraño caso. Ya doña Robustiana había dicho:

—Estará muy ocupado en la Comandancia de Voluntarios. Se le han mandado tres avisos al anocheecer. Ustedes no saben bien la calma que gasta el señor de Romo. Otra noche le convidamos a cenar, y se descolgó aquí a las diez de la noche.

La señora presidía majestuosamente la mesa y gobernaba con mucha destreza aquella maniobra de los banquetes antiguos, consistente en estar pasando platos de aquí para allí, y de derecha a izquierda, como si los convidados, en vez de reunirse para comer, lo hicieran para jugar al juego de *sopla y vivo te lo doy*. Descollaba su hermoso busto por encima de la blanca mesa, a manera de un tronco forrado en tela oscura, sobre el cual colocaron su cabeza como provisionalmente y mientras parecía el cuello perdido. Con la estrechez del ajuste, los abundantes dones que en ella acumuló sin tasa Natura formaban un circuito de tanta extensión, que una mosca (esto puede asegurarse y lo certificaron testigos oculares), una mosca, decimos, que salió de uno de los brazos para ir al

otro, pasando por delante, tardó no se sabe cuánto tiempo en dar la vuelta y llegar a su destino.

En el otro extremo de la mesa, Primitivo y Segundo, que, por ser día de fiesta, vestían de padres provinciales de la Orden dominica, estaban bajo la vigilancia de Soledad y Elena, respectivamente, las cuales no podían probar bocado, entretenidas en enseñar a los frailes los ángeles el modo de comer; y mientras el uno se rociaba con sopa los hábitos, llevábase el otro la cuchara a los ojos, sin cesar de pedir, chillar y hacer comentarios varios sobre cuanto desde la fuente a sus platos pasaba.

Pipaón, cuyo apetito parecía crecer a medida que había menos motivos aparentes para ello, amenizaba con chistes la comida. Estaba elegantísimo, como de costumbre, el ingenioso cortesano, ataviado con su calzón blanco, su levita polonesa de mangas ajamonadas, su corbata metálica, destinada a anticipar la idea de la muerte en garrote, por si acaso algún día era el individuo condenado a ella. Revueltos los cabellos con artístico desorden, parecía su cabeza una escoba, en lo cual cumplía a maravilla con los conceptos de la moda corriente. ¡Oh!, era aquél un señor muy bondadoso y sencillo, que lo mismo se sentaba a la mesa del rico que a la del pobre, con tal que en ellas hubiera buenos manjares que comer; y, sin dar privadamente excesiva importancia a las ideas políticas, lo mismo fraternizaba con el negro que con el blanco, siempre que ni el uno ni el otro le estorbasen en su prodigioso medro. Menos alegre que su comensal, a causa de la ausencia de Romo, don Benigno conversaba con chispa y donaire, volviendo con graciosa movilidad el rostro hacia Pipaón, hacia su esposa y hacia la silla vacía, donde se echaba de menos la torva figura del voluntario realista; y, ¡cosa singular!, aquella silla, donde no se sentaba el hombre oscuro, tenía cierto aspecto lúgubre. Romo no estaba allí, y, sin embargo, parecía que estaba.

Esquivando entrar en el tema político a que la verbosidad importuna y mareante de Pipaón quería llevarle, don Benigno dijo:

—Ya he manifestado cuál es mi propósito. Y qué, señor don Juan, ¿cree usted que me será difícil cumplirlo? De

ningún modo. Los que necesitan de la política para vivir, porque si no hay bullanga no comen, difícilmente aceptarán esta oscura vida privada que es mi delicia. Quite usted a los intrigantes la política, y será como si les cortaran las manos a los rateros o los pies a las bailarinas. ¿Digo mal? Hoy con este partido, mañana con el otro, ello es que siempre se los ve a flote...

A don Benigno se le cayó del tenedor un pedazo de calabacín que en él tenía, aguardando a que la boca callase para entrar. La causa de tan inesperado siniestro fué que doña Robustiana le estaba tocando el codo, primero suavemente y después con fuerza, para que su marido cayese en la cuenta de que estaba haciendo la sátira de Pipaón.

—Verdad es que no todos los que se ocupan de política son así—dijo el honrado comerciante, pinchando de nuevo la hortaliza—, ya se comprende; pero ni a unos ni a otros quiero parecerme. La vida privada es hoy mi sueño de oro... No quiero decir que en lo íntimo de mi alma no exista siempre...; pero dejemos esto. Puede uno llevar en su fuero interno el fardo que más le acomode, sin necesidad de ponerse una etiqueta en la frente..., esto es claro como el agua. No hay necesidad de meter ruido. En la vida privada puede tener el buen ciudadano mil ocasiones de realizar fines patrióticos y de servir a la patria. ¿Cómo? Cumpliendo lealmente esa multitud de pequeños esfuerzos que, en conjunto, reclaman tanta energía como cualquier acto de heroísmo: así lo ha dicho Juan Jacobo Rou..., tente, lengüita. Dejemos a ese caballero en su casa, pues hay palabras que ahorcan... Yo me concreto a lo siguiente: vea usted mi plan, señor de Pipaón.

Antes que el plan de don Benigno, merecía la atención de Bragas una lonja de ternera, cuyo especioso condimento bastaba a acreditar la ciencia culinaria de la señora de Cordero.

—Muy bien, señor don Benigno—gruñó Pipaón, engullendo—. Su plan de usted me parece muy bien asado... No, no; quiero decir que la ternera está muy bien asada, y que su plan de usted es excelente, sabrosísimo, es decir, atinadísimo.

—Mi plan es el siguiente: yo trabajo

todo el día, con excepción de los domingos; yo cumplo con los preceptos de Nuestra Santa Madre la Iglesia, oyendo misa, confesando y comulgando, como se me manda; yo cumplo asimismo mis obligaciones comerciales; yo no debo un cuarto a nadie; yo educo a mis hijos; yo pago mis contribuciones puntualmente; yo obedezco todas las leyes, decretos, mandos y órdenes de la autoridad; yo hago a los pobres la limosna que mi fortuna me permite; yo no hablo mal de nadie, ni siquiera del Gobierno; yo sirvo a los amigos en lo que puedo; yo no conspiro; yo celebro mucho que todos vivan bien y estén contentos; en suma: yo quiero ser la más ordenada, puntual y exacta clavija de esta gran máquina que se llama la patria, para que no dé por mi causa el más ligero tropezón... ¿Qué tal? ¿Me explico bien?

Conversación tan interesante hubo de interrumpirse porque uno de los chicos tuvo la ocurrencia de derramar sobre su hábito toda la salsa que había en el plato, mientras el otro berrequeaba como un ternero porque no le permitían comer con las manos. Calmada la agitación al otro extremo de la mesa, don Benigno continuó:

—Siempre ha sido mi norma de conducta..., Segundito, cuidado..., ocupar el puesto que me señalaban las circunstancias. He sido y soy esclavo de mi deber... Primitivo, que te estoy mirando: ¿cómo se coge el tenedor?... Un día las circunstancias me dijeron: «Es preciso que seas valiente», y fui valiente. Heridas tengo que darán razón de ello. Hoy me dicen las circunstancias: «Es preciso que seas pacífico», y pacífico soy... Niños, ¿me enfado?... Mi conciencia está tranquila con tan juicioso plan de conducta; a mi conciencia obedezco, y nada más.

En esto sonaron fuertes campanillazos en la puerta de la casa.

—A buena hora viene ese señor..., cuando ya estamos en los postres—dijo don Benigno—. De seguro, es Romo.

—No, no llama él de ese modo—observó la señora, poniendo atención para oír en el momento que la criada abría.

—Puede que sea Romo—indicó Pipaón, dirigiendo sus dedos en persecución de una pera que rodaba por el mantel.

—Son dos señores, dos hombres—dijo

la criada, entrando en el comedor—: Preguntan por el amo.

—Allá voy—dijo Cordero, levantándose.

—Que esperen—manifestó doña Robustiana de mal humor—. ¡Que siempre te has de levantar de la mesa!...

Don Benigno salió con la servilleta sujeta al cuello. En la sala encontró a dos hombres desconocidos.

—Una luz, Reyes—gritó a la criada.

La claridad de la vela que trajo la moza permitió al honrado patriota distinguir bien las fisonomías. Creía reconocer aquellas caras. Ninguna de las dos despertaba grandes simpatías, y en cuanto a los cuerpos, eran de lo más sospechoso que puede imaginarse.

—¿Es usted don Benigno Cordero?—le preguntó uno de ellos secamente.

—Para lo que gusten mandar. ¿Qué quieren ustedes?

—Que venga usted con nosotros.

—¿Adónde?

—¡Toma!... A la cárcel—exclamó el individuo, esgrimiendo su bastoncillo, y admirado de que no se hubiera comprendido el objeto de tan grata visita.

Don Benigno se quedó aturdido. Creía soñar... Estaba lelo.

—¡A la cárcel!—murmuró.

—Y pronto. Tenemos que hacer...

—A la cárcel...—dijo otra vez Cordero, como el delirante que repite un tema—. Yo..., ¿por qué?... Yo..., ¿han dicho que a la cárcel?

—Sí, señor, a la cárcel...; nosotros no tenemos que explicar... No somos jueces—graznó el polizonte, con desenfado y altanería, consecuente con el tono general de los pillastres que se dedican a perseguir a la gente honrada.

—Aguarden un momento—dijo Cordero, sin saber lo que decía—. Voy... Les diré a ustedes...

Dió varias vueltas, tropezó en una puerta. Parecía un hombre que ha perdido la cabeza y la está buscando. Sin propósito deliberado, fué al comedor, entró. Su esposa y su hija perdieron el color al ver su cara, que era la cara de un muerto.

—Son dos caballeros—murmuró Cordero, con voz trémula—. Dos amigos... No hay que asustarse... Tengo que salir con ellos... Pipaón, amigo, salga usted

a ver qué es eso... Mi sombrero, ¿en dónde está mi sombrero?

Dió una vuelta alrededor de la mesa y salió otra vez. Sin duda, había perdido el juicio.

—Conque dicen ustedes que... ¡a la cárcel...! ¿Y se podrá saber...?

—Si usted no viene pronto—dijo el polizonte con ira—llamaremos a los voluntarios que están abajo.

El otro bribón había encendido un cigarro y fumaba mirando los cuadros de la sala.

—Pues vamos. Esto es una equivocación—dijo el comerciante, recobrando un poco su entereza.

—¿Pero su hija de usted no se presenta?—preguntó el primer esbirro.

—¡Mi hija!

—Sí, señor; ¡su hija!—exclamó el mismo, abriendo las manos y mostrando en dos abanicos de carne sus diez dedos sucios, negros, nudosos y con las yemas amarillas por el uso del cigarro de papel.

—Y ¿para qué tiene que presentarse mi hija?

—¿Pues qué?... ¿No le dije que su hija tiene que venir también a la cárcel?

—Usted no me ha dicho nada, y si me lo hubiera dicho, no lo habría creído—afirmó Cordero, sintiendo que su corazón se oprimía.

—Vea usted este papel—dijo el funcionario, mostrando un volante—. Benigno Cordero y su hija Elena Cordero.

—¡Mi hija!—exclamó don Benigno, lanzando un gemido de dolor—. ¿Pues qué ha hecho mi hija?

—¡Eh! Que suban los voluntarios. Así despacharemos pronto.

Don Benigno se había vuelto idiota. No se movía. Pipaón, que había oído algo desde la puerta, se acercó diciendo:

—Esto ha de ser alguna equivocación de la Superintendencia.

Al verle, los de la Policía le hicieron una reverencia, como suele usarlas la infame adulación cuando quiere parecerse a la cortesía.

—¿No es usted el que le llaman Mala Mosca? ¿No me debe usted su destino?—preguntó Pipaón.

—Sí, señor—repuso el infame, mostrando tras los replegados labios una dentadura que parecía un muladar—.

Soy el mismo, para servir al señor de Pipaón.

—A ver la orden.

Pipaón leyó a punto que entraban en la sala, sobrecogidas de terror, las tres mujeres, los dos frailecitos y la criada.

—Nada, nada; esto debe de ser un *quid pro quo*—dijo Bragas, con disgusto evidente—; pero es preciso obedecer la orden. Desde este momento empiezo a dar los pasos convenientes...

Los de Cordero se miraron unos a otros. Se oía la respiración. En aquel instante de congoja y pavor, Elena fué la que tuvo más valor, y haciendo frente a la situación, exclamó:

—¿Yo también he de ir presa? Pues vamos. No tengo miedo.

—¡Hija de mi alma! —gritó doña Robustiana, abrazándola con furor—. No te separarás de mí. Si a los dos os llevan presos, yo voy también a la cárcel y me llevo a los niños.

—Con usted no va nada, señora—dijo el polizón—. El señor mayor y la niña son los que han de ir... Conque, andando.

Arrojóse como una hiena la señora sobre aquel hombre, y de seguro lo habría pasado mal el funcionario de la Superintendencia si doña Robustiana, en el momento de clavar las manos en la verrugosa cara de su presa, no hubiera quedado sin sentido, presa de un breve síncope. Acudieron todos a ella, y el policía gritó, poniéndose rojo y horrible:

—¡Al demonio con la vieja!... Vamos al momento, o que suban los voluntarios. No podemos perder el tiempo con estos remilgos.

Don Benigno, cuyo espíritu estaba templado para hacer frente a las situaciones más terribles, elevóse sobre aquella tribulación, como el sol sobre la bruma, e iluminando la lúgubre escena con un rayo de heroísmo que a todos los dejó absortos, gritó:

—Vamos, vamos a la cárcel. Ni mi hija ni yo temblamos. La inocencia no tiene miedo, cobardes sayones... Vamos a la cárcel, al patíbulo, a donde queráis, canallas, mil veces canallas... Yo había vuelto la espalda a la Libertad, y la Libertad me llama... ¡Allá voy. Ideal divino: aquí estoy; adelante!... Vamos, miserables, abandono a mi esposa, a mis

hijos. Todo se queda aquí... Tan miserables sois vosotros como Calomarde que os manda. Vamos a la cárcel, y ¡viva la Constitución!

Salió bizarra y noblemente, lleno de entusiasmo y valor, rodeando con su brazo el cuello de Elena, que al heroico arrojó de su padre respondió diciendo también: «¡Viva la Constitución!»

Al salir, encargó a Soledad que cuidase de su madre y de sus hermanos. Algo más pensaba decir; pero los sayones no la dejaron. El compañero de Mala Mosca se quedó para registrar la vivienda.

XIII

Al día siguiente, después de las doce, entró Pipaón en la casa, muy agitado y sudoroso, como quien ha subido en pocas horas todas las escaleras de las oficinas de Madrid. Halló a doña Robustiana en lamentable estado. Yacía la atribulada señora en cama, y desde la noche anterior, lejos de calmarse sus ataques nerviosos, se habían exacerbado a causa de la inquebrantable resistencia a tomar alimento. Cuando Pipaón entró, no podía dar un paso en la estancia, porque estaba casi a oscuras con objeto de que la luz no molestase a la señora; mas por los suspiros que oía se fué guiando hasta que dió con el lecho, y pudo distinguir a Solita, sentada junto a éste, sin apartar la atención ni un punto de su infeliz amiga.

El ilustre cortesano de 1815 se sentó, cuidando de exhalar también un gran suspiro para que no se dudase de la autenticidad de su pena, y después de enterarse con mucha solícitud del estado de la paciente, dijo así:

—Señora, he visto a Chaperón.

Doña Robustiana contestó con un quejido lastimero.

—Señora—añadió Bragas—, he visto a Aymerich, jefe de los voluntarios realistas.

Respondióle otro quejido seguido de sollozos.

—Señora, he visto a Ugarte, a Cea Bermúdez, a varios individuos de la Junta secreta de Estado, a dos individuos de la Comisión militar.

No obtuvo respuesta.

—Señora, he visto a Calomarde, he hablado con él: estaba almorzando, me hizo pasar, le dije lo que ocurría, contestóme que viese a don José Manuel de Arjona. También es amigo mío: hemos hablado largamente. Voy a enterar a usted con toda claridad de la verdadera situación en que estamos, situación grave, señora, ¿a qué ocultarlo?, pero no desesperada. Yo creo que se deben pintar los sucesos tales como son, porque de nada valdría desfigurarlos, ¿estamos en eso? Pues bien: juzgue usted por sí misma.

Doña Robustiana parecía hallarse en estado de no poder juzgar nada por sí misma; pero el impávido Pipaón habló así:

—Ya sabrá usted que ha habido audaces tentativas revolucionarias en Tarifa, Almería y otros pueblos de la costa del Mediodía. Esos tunantes salieron de Gibraltar. El desembarco fué un fracaso. Gracias a la vigilancia de las autoridades, tan grande iniquidad quedó frustrada. De hoy a mañana, señora, serán fusilados en Tarifa trescientos de esos pillos.

Pipaón notó que el lecho se estremecía.

—Ya sabrá usted—añadió—que por el decreto del veinte se condena a muerte a todos los que por cualquier medio pretendan restablecer el sistema representativo. Aquí será fusilado Gregorio Iglesias, un chicuelo de dieciocho años que intentó unirse a los revolucionarios del Mediodía. También parece que hoy ha sido condenado a muerte otro jovenzuelo, Tomás Franco, por haber proferido expresiones contra la vida de su majestad... En La Coruña ha sido preciso sentar la mano. Muchos de los sentenciados a la última pena han sido ejecutados ya; otros se han suicidado con opio o abriéndose las venas... En fin, señora, esto es muy triste; pero usted comprenderá que el Gobierno, viéndose acosado por esos infames demagogos negros, sedientos de desorden, necesita mostrarse riguroso, pero muy riguroso... Yo pregunto a todas las personas imparciales y juiciosas: «En vista de lo que pasa, ¿puede el Gobierno ser benigno?»

El discreto amigo no recibió contestación ni de la enferma ni de Soledad; pero, lo mismo que si la recibiera, prosiguió diciendo:

—Exactamente; no puede ser benigno. Los frailes, los obispos, todos los absolutistas de temple incitan al Gobierno a extirpar la negrería; los voluntarios realistas, que son más levantiscos e indomables que la malhadada Milicia nacional de marras, amenazan con sublevarse si no se les da todos los días sangre de liberales, horcas y más horcas. Y ¿qué se ha de hacer? Sobre ellos, sobre esa base poderosa se asienta el edificio del absolutismo, y ¡ay de todo esto el día en que los voluntarios de la Fe pasen del descontento a la sedición y de las palabras a los hechos! Por lo dicho, comprenderá usted que en la situación actual, cuando alguno, aunque sea inocente, tiene la desgracia de caer en la cárcel, no es fácil sacarle de ella a dos tirones...

Doña Robustiana exhaló la mitad de su alma en un gemido.

—No quiere esto decir que don Benigno y su niña no puedan salir—añadió Bragas—; saldrán, sí, señora; saldrán con la ayuda de Dios. Pero es difícil, sumamente difícil, ¿por qué he de decir otra cosa? ¿Por qué he de engañar a usted con ilusiones que luego serían amargos desengaños? Ahora examinemos el delito de nuestros queridos presos.

Al oír esto estremeciéndose otra vez el lecho, y oyéronse sílabas torpemente articuladas.

—El señor don Benigno y su hija han sido delatados, no se sabe por quién ni es fácil saberlo. Por más que yo he tratado de averiguarlo, no me ha sido posible. Acúsanlos de...; pero vamos por partes, para mayor claridad. Parece que Elenita tiene un novio llamado Angel Seudoquis.

—¡Es mentira, es una infame impostura!—exclamó doña Robustiana, sobreponiéndose a su estado nervioso—. Mi hija no tiene novio.

—Angel Seudoquis—prosiguió Pipaón, dando poca importancia a la negativa de la enferma—, hermano de don Rafael Seudoquis, militar sin purificar, degradado y aun creo que condenado a muerte por varios horrososos crímenes de Estado. Según consta en la delación, Rafael Seudoquis, que ha venido de Inglaterra con órdenes de los revolucionarios para hacer una tentativa, se valió de su hermano Angel, novio de la

niña, para ponerse en comunicación con don Benigno, el cual parecía tener encargo de ayudarle...

—¡Qué horrible maquinación! ¡Qué tejido de infames mentiras! —murmuró doña Robustiana, ahogando los sollozos—. Sola, tú, que nos conoces y sabes quién entra y sale en nuestra casa, ¿no te horrorizas de oír tales calumnias?

Soledad no contestó nada. Tenía un nudo en la garganta.

—En la delación consta también—prosiguió el amigo de la casa—que Rafael Seudoquis entró dos veces seguidas disfrazado..., grandes barbas, aspecto fiero...; yo no le conozco. Ello es que le vieron entrar. Guardábale el bulto su hermano, paseando en la calle. Consta que Elena recibía de él papeles, que luego entregaba a don Benigno, y constan otras estupendas cosas que no recuerdo en este momento.

—Consta que los jueces y delatores son un enjambre de miserables bandidos—afirmó doña Robustiana con ira, incorporándose—. Sola, ¡por Dios santo!, tú que nos conoces, dí a ese hombre que se engaña, porque también él, con ser nuestro amigo, parece dar crédito a tales patrañas.

—Yo, ni afirmo ni niego..., poco a poco—manifestó Pipaón, conservándose en aquel saludable justo medio que le había llevado a considerables alturas burocráticas—. El señor don Benigno y su hija pueden ser inocentes y pueden no serlo; de un modo o de otro, es el señor Cordero un excelente amigo, a quien debo servir y serviré con todas mis fuerzas.

Levantóse. La enferma, acometida por una convulsión, desplomóse sobre las almohadas.

—Animo, señora—dijo con la frialdad del médico que pone recetas en el momento de la muerte—. Usted me conoce y sabe que haré cuanto de mí dependa. El caso es grave, gravísimo; ignoro hasta dónde puede llegar mi influencia; pero hay que confiar en Dios, que hace milagros, que los ha hecho algún día, que los volverá a hacer, señora, si es preciso. Dios ampara a los buenos.

Emitida esta máxima, se llevó el pañuelo a los ojos, como si quisiera limpiar la humedad de una lágrima auténtica, y después de echar su suspirillo mal sacado, salió de la alcoba, dejando

a las dos mujeres más atribuladas de lo que estaban antes de su aparición.

Muy avanzada la noche, cuando la enferma, vencida por la fatiga, pudo hallar en un ligero sueño alivio a las penas de su alma, Sola subió a su casa. Ordinariamente subía la escalera en veloces saltos, cual pájaro que vuela a su nido; aquella noche la subió lentamente, con tanto trabajo como si cada escalón fuese una montaña. No apartaba los ojos del suelo, y su rostro estaba lívido. Sin duda, veía dentro de sí misma espectros que la horrorizaban.

—¿Qué tienes, niña mía?—le preguntó Sarmiento, que había salido a abrirla—. ¡Cuánto tiempo sin verte!... Esa pobre gente estará muy afligida. Y gracias que tienen un ángel como tú para que los acompañe.

La huérfana no contestó nada. La voz de don Patricio parecía no ser para ella más interesante ni más expresiva que el áspero chirrido de los goznes de la puerta.

—¿Qué tienes? ¿En qué piensas?—dijo el anciano, sentándose junto a ella—. Tú tienes algo.

Después de una pausa, en que silenciosamente la contempló, dijo:

—¡Ya comprendo, pobre de mí! Ha llegado el momento de separarte de tu viejo, de meterme en un hospicio y de marcharte para Inglaterra. Como me has tomado algún cariño, esta separación no puede menos de afligirte.

—Ya no me voy para Inglaterra—murmuró Sola con una seriedad sepulcral, que desconcertó más a Sarmiento.

—Pues entonces..., eso que me has dicho me causa muchísima alegría, hija de mi corazón. ¿Conque no te vas? ¡Qué sabrosas nuevas has traído esta noche a tu viejecito! Dame un abrazo.

Al caer en los brazos del vagabundo, y cuando éste la estrechaba con amante ardor en ellos, Sola gimió dolorosamente y se echó a llorar.

—¡Ay abuelo..., qué desgraciada es tu niña!...—exclamó—. Más le valdría no haber nacido.

XIV

En la planta baja del edificio que se llamó primero Cárcel de Corte, después Sala de Alcaldes, más tarde Audiencia,

y que ahora va en camino de llamarse, según parece, Ministerio de Ultramar, estaba situada la Superintendencia general de Policía. La cárcel ocupaba el inmundo edificio que ya no existe, en la manzana inmediata, hacia la Concepción Jerónima, y que fué casa y hospedaría de los Padres del Salvador. Desde uno a otro caserón la distancia era insignificante, como la que existe entre la agonía y la muerte, y a falta de un puente de los Suspiros, existía el callejón del Verdugo, de fácil tránsito para los que del Tribunal pasaban a los calabozos o de los calabozos a la horca.

Las respetables oficinas de aquella institución (firme columna del orden político dominante entonces) tenían alojamiento tan digno de los jueces como de las leyes en las indecorosas crujías que ha visto no hace mucho todo el que tuvo la desgracia de frecuentar los juzgados de primera instancia. La Comisión militar, que era la que juzgaba a toda clase de delinquentes, tenía su albergue en un antiguo edificio de la plazuela de San Nicolás; pero el presidente de ella frecuentaba tanto la Superintendencia, que se había mandado arreglar un despacho en el ángulo que da al callejón del Verdugo. El superintendente recibía en la sala contigua a la callejuela del Salvador. El contraste, horriblemente burlesco, entre los nombres de las fétidas callejuelas por donde respiraban los dos instrumentos más activos del Poder judicial y político, no establecía diferencia esencial entre ellos, porque ambos eran igualmente patibularios. Las odiosas antecámaras de la horca eran negras, tristes, frías, con repulsivo aspecto de vejez y humedad, repugnante olor a polilla, tabaco, suciedad, y una atmósfera que parecía formada de lágrimas y suspiros.

En todas las grandes poblaciones y en todas las épocas ha existido siempre un infierno de papel sellado, compuesto de legajos en vez de llamas, y de oficinas en vez de cavernas, donde tienen su residencia una falange no pequeña de demonios bajo la forma de alguaciles, escribanos, procuradores, abogados, los cuales usan plumas por tizonas, y cuyo oficio es freír a la Humanidad en grandes calderas de hirviente palabrería, que llaman autos. El infierno de aquella

época era el más infernal que puede imaginar la humana fantasía espoleada por el terror.

En una serie de habitaciones sucias y tenebrosas tenían sus mesas los demonios inferiores, muy semejantes a hombres a causa de su hambrienta fisonomía y de su amarillo color, resultado, a parecer, de una inyección de esencia de pleito, que se forma de la bilis, la sangre y las lágrimas del género humano. Con los brazos enfundados en el manguito negro, desempeñaban entre desperezos, cuchicheos y bocanadas de tabaco sus nefandas funciones, que consistían en escribir mil cosas ineptas. Con su pluma, estos diablillos pinchaban, martirizando lentamente; pero más allá, en otras salas más negras, más indecorosas y más ahumadas con el hálito brumoso de la curia, los demonios mayores descuartizaban como carniceros. Sus nefandas rúbricas, compuestas de trozos nigrománticos, abrían en canal a las pobres víctimas, y cada vez que llenaban un pliego de aquella simpática letra cuadrada y angulosa que ha sido el orgullo de nuestros calígrafos, daban un resoplido de satisfacción, señal de que el precito estaba bien cocho por un lado y era preciso ponerlo a cocer por el otro.

Las mesas negras, desvencijadas, cubiertas de hule roto, por donde corría libremente la arenilla secante esperando a que se acercara una mano sudorosa para pegarse a ella, sostenían los haces de llamaradas, los paquetes de ascuas en forma de barbudos legajos amarillos, todos garabateados con la pez hirviente de los tinteros de plomo o de cuerno, en cuyo horrendo abismo se cebaban las ávidas plumas.

Mientras algunos de estos demonios escribían, otros no se daban reposo, entrando y saliendo de caverna en caverna y llevando recados a la Superintendencia y a la cárcel. Los alguaciles y ordenanzas, que eran unos pajecillos infernales muy saltones, transportaban grandes cargamentos de materia ígnea de un rincón a otro; sonaban las campanillas, como una señal demoníaca, para activar los tizonazos y la quemazón; se oían llamamientos, peticiones, apuradas preguntas, buscábase entre mil legajos el legajo A o B; se recriminaban

unos a otros los del manguito en brazo y pluma en oreja; arrojaban fétidas colillas; volaba el papel con el pesado aire que entraba al abrir y cerrar las puertas; oíanse chirrido de plumas trazando homicidas rúbricas, y movíanse, gimiendo sobre sus goznes mohosos, las mamparas, en cuyo lienzo roto se leía: «Departamento de purificaciones.» «Padrón general.» «Sentencias.» «Pruebas.» «Negociado de sospechosos.»

La Superintendencia de Policía y la Comisaría militar se diferenciaban poco en el fondo y en la forma, y no se juzgue a la segunda por su calificativo, creyendo que imperaba en ella el criterio comúnmente pundonoroso y honrado de nuestro ejército. La presidía un terrible individuo que vestía de brigadier, para baldón del uniforme español: militares eran también sus vocales y el fiscal; pero todo su mecanismo interno, su personal secundario, así como sus procedimientos, habían sido tomados de la curia más abyecta. Entonces no había propiamente ejército, porque casi todo él estaba sujeto al juicio de purificación. Los voluntarios realistas, cuyo jefe era el ministro de la Guerra, sostenían el orden social, auxiliando a los sanguinarios tribunales y también imponiéndose a ellos. La Comisión militar, que contaba en el número de sus diversas misiones la de purificar a aquel nefando ejército, casi totalmente afecto a la Constitución, estaba en absoluto sometida a la voluntad de aquella odiosa palanca del Gobierno llamada don Francisco Chaperón. Los demás altos individuos del aborrecido Tribunal eran figuras decorativas que sólo servían para hacer resaltar con su penumbra la roja aureola infernal del presidente.

Aguardaba el público en la portería de la Comisión (plazuela de San Nicolás), impaciente, mugidor, grosero, blasfemante. Componíase en gran parte de los oscuros ministros de la delación y de los testigos de cargo, porque los de descargo no eran en ningún caso admitidos. Había personas de todas clases, abundando las de la clase popular. De la clase media eran pocas; de la más elevada, poquísimas. Reuniéndolo todo, lo de dentro y lo de fuera, el gentío que escribía y el que esperaba, los diablos

grandes y pequeños y sus cómplices delatores, podría haberse formado un magnífico presidio. La inocencia no habría reclamado para sí sino a poquísimas personas.

Grande era el alboroto entre los que esperaban, por querer cada uno entrar antes que los demás, y los voluntarios tenían que forcejear a brazo partido para mantener el orden y establecer un turno riguroso.

—Yo estaba primero, señora... Eche-se usted atrás.

—¿Usted primero? Si estoy aquí desde la madrugada...

—Guardia, aquí se ha colado esta mujer. Ha venido después que yo y está delante.

—Le digo a usted que estoy aquí desde la madrugada.

—¿A qué viene usted, hermosa? Si viene usted como testigo, ha de esperar a que la llamen..., aunque no se admiten aquí testigos con faldas.

—No vengo como testigo.

—¿Viene a reclamar?... Tiempo perdido.

—No vengo a reclamar.

—¿A delatar?

La mujer calló. Era joven; vestía modestamente, de negro, con mantilla; estaba pálida; sus ojos, grandes y oscuros, se abatían con tristeza.

—Pero ¿usted a qué viene?—le preguntó el voluntario encargado de mantener el orden.

—A ver al señor Chaperón. Ya se lo he dicho a usted seis veces.

—Acabáramos... ¿Y no podría usted ver en su lugar al segundo jefe?

—No, señor. Tengo que hablar con el señor Chaperón, con el mismo señor Chaperón.

—Pues aún aguardará usted un ratito.

Una hora después, el mismo se acercó a ella, y en tono de benevolencia le dijo:

—Ahora, en cuanto salga ese señor sacerdote que acaba de entrar, pasará usted.

—Ya es tiempo.

—¿Ha esperado usted mucho, niña?

—Seis horas: son las diez. Apenas puedo ya tenerme en pie. Ayer también estuve a las ocho de la mañana. Me dijeron que esto era cosa de la Super-

intendencia. Fui a la Superintendencia... Allí esperé seis horas; fui de oficina en oficina, y al fin, un señor muy gordo me dijo que yo era tonta y que la Superintendencia no tenía nada que ver con lo que yo iba a decir; que marchase a ver al señor Chaperón. Por la noche le busqué en su casa; dijéronme que viniese aquí...

—Usted viene a dar «informes» a la Comisión militar—dijo el voluntario realista, encubriendo con estas palabras la infame idea de la delación.

La joven no contestó nada.

—Ya puede usted pasar—oyó decir, al fin, y otro voluntario, especie de Caronte de aquellos infernales pasadizos, la guió adentro.

Al atravesar el lóbrego pasillo, oprimiósele el corazón, tembló, creyendo que una infernal boca se la tragaba y que jamás vería la clara luz del día. Rechinó una mampara. La mujer vió una estancia regularmente iluminada por los huecos de dos ventanas angostas, y entró. Allí había dos hombres.

XV

Uno estaba en pie, colocado frente al marco de la puerta; recibiendo la luz por detrás, todo él parecía negro: negro el uniforme, negras las manos, negra la cara. Pero en la sombra podía reconocerse fácilmente al coloso funcionario que dispuso la elevación de la horca en la plaza de la Cebada el 6 de noviembre de 1823.

Sentado el otro, escribía con la soltura y garbo de quien ha consagrado una existencia entera al oficio curialesco. Era un viejecillo encorvado y pergaminoso, con espéjuelos verdes, las facciones amomadas, el cuerpo enjuto. Mientras escribía, su espinazo era una perfecta curva, cuyo extremo, o sea la región capital, casi tocaba al papel. Al dejar la pluma recobraba lentamente su posición vertical, siempre bastante incorrecta, por tener su cabeza cierta tendencia a colgar, balanceándose, como fruta madura que va a caer de la rama. Tenía la costumbre de subirse a la frente las antiparras verdes mientras escribía, y entonces parecía estar dota-

do de cuatro ojos, dos de los cuales se encargaban de vigilar la estancia, mientras sus compañeros cubrían el papel de una hermosa letra de Torío, que en claridad podría competir con la de imprenta. Su nariz y la desaforada boca combinaban armoniosamente sus formas para producir una muequecilla entre satírica y benévola, que producía distintos efectos en los que tenían la dicha de ser mirados por el licenciado Lobo, pues tal era el nombre de este personaje no desconocido para nuestros lectores (1).

La joven balbució un saludo, dirigiéndose al de la mesa que le parecía más principal. Después extendió sus miradas por toda la pieza, que se le figuro no menos triste y lóbrega que un panteón. Cubría los polvorientos ladrillos del suelo una estera de empieita que a cargadas se reía por varios puntos. Los muebles no superaban en aseo ni en elegancia al resto de las oficinas, y las mesas, las sillas, los estantes, ostentaban el mismo tradicional mugre que era peculiar a todo cuanto en la casa existía, no librándose de él ni aun el retrato de nuestro rey y señor don Fernando VII, que en el testero principal, dentro de un marco decorado por las moscas, mostraba la augusta majestad neta. Los grandes negros ojos del rey, fulgurando bajo la espesa ceja corrida, parecían llenar toda la sala con su mirada aterradora.

—¿Qué quiere usted?—gritó bruscamente Chaperon, mirando a la joven.

La turbación suele causar algo de sordera; así es que la interpeleada dejase caer en su silla, con muestras de gran cansancio.

—Gracias, señor; me sentaré. Estoy muy fatigada; no me puedo tener.

Su entrecortado aliento, su palidez, la sequedad de sus labios, indicaban una fatiga capaz de producir la muerte si se prolongara mucho.

—No he dicho a usted que se siente, sino que qué quiere—manifestó con desabrimiento el brigadier.

La joven se levantó, vacilante como un ebrio.

(1) Véase *La Corte de Carlos IV, Napoleón, en Chamartín* y otros volúmenes de la primera serie.

—Puede usted sentarse, sí, siéntese usted—dijo Chaperón con menos dureza.

Lobo le hizo una seña amistosa, obsequiándola al mismo tiempo con un ejemplar de su sonrisa.

—Yo—dijo la joven, dirigiéndose a Lobo, que le parecía más amable—quería hablar con el señor de Chaperón.

—Pues pronto, amiguita—gruñó éste—; despachemos, que no estamos aquí para perder el tiempo.

—¿Es vucencia el señor don Francisco Chaperón?

—Sí, yo soy... ¿Qué se te ofrece?—repuso el funcionario, practicando su sistema de tutear a los que no le parecían personas de alta calidad.

—Quería hablar a vucencia—dijo la muchacha, temblando—acerca de don Benigno Cordero y su hija.

—Cordero...—dijo Chaperón, recordando—. ¡Ah!, ya..., el encajero. Está bien. ¿Tu has servido en su casa?

—No, señor.

—Su causa está muy adelantada. No creo que haya nada por esclarecer. Sin embargo... Señor licenciado Lobo, recoja usted las declaraciones de esta joven.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó Lobo, tomando la pluma.

—Soledad Gil de la Cuadra.

—¡Gil de la Cuadra!—exclamó Chaperón, con sorpresa, dando algunos pasos hacia la joven—. Yo conozco ese nombre.

—Mi padre—dijo Sola, reanimándose—era muy afecto a la causa del rey. Quizá vucencia le conocía.

—Don Urbano Gil de la Cuadra... Ya lo creo. ¿Se acuerda usted, Lobo?... Últimamente se oscureció y no supimos más de él... Era un benemérito español que jamás se dejó embaucar por la canalla.

—Murió pobre y olvidado de todo el mundo—manifestó Sola, triste por la memoria, gozosa al mismo tiempo por una circunstancia que despertaría tal vez interés hacia ella en el ánimo de aquellos señores tan serios—. Sabiendo quién soy y recordando la veracidad y honradez de mi padre, tengo mucho adelantado en la opinión de vucencias

—Seguramente.

—Ya darán crédito a lo que diga.

—El pertenecer a una familia que se distinguió siempre por su aborrecimien-

to de las novedades constitucionales es aquí la mejor de las recomendaciones.

—Pues bien, señores—dijo Soledad, animándose más—: yo diré a vucencias muchas cosas que ignoran en el asunto de don Benigno Cordero.

—Anote usted, licenciado... En efecto, siempre me han parecido algo oscuros los hechos en ese endiablado asunto de Carnero..., ¿no es Carnero?... No. Cordero. Tengo la convicción de su culpabilidad; pero...

—¡Oh señor!—dijo Soledad, con viveza—. Precisamente yo vengo a decir que el señor don Benigno y su hija son inocentes.

Chaperón, que iba en camino de la ventana, dió una rápida vuelta sobre su tacón, como el muñeco de una veleta cuando cambia el viento.

—¡Inocente!—exclamó, arrugando todas las partes arrugables de su semblante, que era su modo especial de manifestar sorpresa.

Lobo dejó la pluma y bajó sus anteojos.

—Sí, señor; inocente—repitió Sola.

—Oye, tú—añadió Chaperón—. ¿Habrás venido aquí a burlarte de nosotros?...

—No, señor, de ningún modo—repuso la huérfana, temblando—. He venido a decir que el señor Cordero es inocente.

—Cordero..., inocente...; inocente, Cordero... ¿Qué bien pegan las dos palabritas!, ¿eh?—dijo el comisario militar, con la bufonería horripilante que le aseguraba el primer puesto en la jerarquía de los demonios judiciales.

Habíase acercado a la joven, casi hasta tocar con sus botas marciales las rodillas de ella, y cruzando los brazos y arrugando el ceño, la miraba de arriba abajo desdeñosamente, como pudiera mirar el can a la hormiga. Soledad elevaba los ojos para poder ver la tenebrosa cara suspendida sobre ella como una amenaza del cielo. Su convicción y su abnegación dábanle algún valor, por lo cual, desafiando la siniestra figura, se expresó de este modo:

—Yo afirmo que los Cordero son inocentes, que están presos por equivocación. Ya se supone que no habré venido sin pruebas.

Ella ignoraba que en aquel odioso Tribunal las pruebas no hacían falta para

condenar ni para absolver. No hacían falta para lo primero, porque se condenaba sin ellas; ni para lo segundo, porque se condenaba también, a pesar de ellas.

—¡Conque pruebas!...—dijo el vestiglo, marcando más el tono de su bufonería—. Y ¿cuáles son esas pruebecitas?

—Yo no vengo a negar el delito—afirmó Soledad con voz entrecortada, porque apenas podía hablar mientras sintiera encima el formidable peso de la mirada chaperoniana—. Yo no vengo a negar el delito, no señor; vengo a afirmarlo. Pero he dicho... que el señor Cordero es inocente de ese delito, que el delito, ¿me entienden ustedes?, se achacó al señor Cordero por equivocación..., y esto lo probaré revelando quién es el verdadero culpable, sí, señor; el culpable del delito..., del delito.

—Eso varía—dijo Chaperón, apartándose—. Para probarme que no vienes a burlarte de nosotros, dime cuál es el delito.

—Un oficial del ejército, llamado don Rafael Seudoquis, vino de Londres con unas cartas.

—¡Ah!... Estás en lo cierto—dijo Chaperón con gozo, interrumpiéndola—. Por ahí, por ahí...

—Como Seudoquis no podía estar en Madrid sino día y medio, las cartas venían en un paquete a cierta persona que las debía distribuir y recoger las contestaciones.

—Admirable—dijo Chaperón, como un maestro que recibe del examinado la contestación que esperaba—. Y Seudoquis no celebró entrevistas con Cordero, sino con otra persona. ¿No es eso lo que quieres decir?

—Sí, señor; Cordero ni siquiera le conoce. Lo del noviazgo de Elena con Angelito es verdad; pero don Rafael no ha visto a su hermano ni a ninguna otra persona de su familia en las treinta horas que estuvo en Madrid.

—Vamos, veo que conoces el paño... Bien, paloma. Ahora, revélanos todo lo que sabes. Lobo, anote usted.

Lobo tomó la pluma y subió otra vez a la frente sus verdes ojos sin pestañas.

—Yo no diré nada—afirmó Soledad con la firmeza de un mártir—, no diré una palabra, aunque me den tormento, si antes vucencia no me da palabra

de poner en libertad al señor Cordero y a su hija.

—Según y conforme... Aquí no somos bobos. Si yo veo clara la equivocación...

—¡Pues no ha de verla!... Déme vucencia su palabra de ponerlos en libertad desde que conozca al verdadero culpable.

—Bueno, te la doy; te doy mi palabra; mas con una condición: no soltaré a los Corderos si no resulta que el verdadero delincuente es un ser vivo y efectivo, ¿me entiendes? Aquí no queremos fantasmas. Si es persona a quien podemos traer aquí para que confiese y dé noticias, para que vomite todo lo que sabe y expie sus crímenes..., corriente. Tendremos mucho gusto en reparar la equivocación. ¿Para qué estamos aquí si no es para hacer justicia?

—El delincuente—dijo Sola con firmeza—es un ser vivo y efectivo, podrá confesar su culpa... Acabemos, señores; soy yo.

Chaperón y el experto licenciado habían visto muchas veces en aquella misma siniestra sala y en otras dependencias del Tribunal personas que negaban su culpabilidad, otras que delataban al prójimo, algunas que intentaban con lágrimas y quejidos ablandar el corazón de los jueces; habían visto muchas lástimas, infamias sin cuento, algo de abnegación, en pocos casos; afectos diversos y diversísimas especies de delincuentes; pero hasta entonces no habían visto ninguno que a sí mismo se acusara. Hecho tan inaudito los desconcertó a entrambos, y se miraron, consultándose aquella jurisprudencia, superior a sus alcances morales.

—¿De modo que tú dices que tú misma eres quien cometió esos delitos que su majestad nos ha mandado castigar? ¿Tú...?

—Sí, señor; yo misma.

—¿Y tú misma lo aseguras?... De modo que te delatas a ti propia...—insistió Chaperón, no dando entero crédito a lo que oía—. Anote usted, Lobo. Esto es singularísimo, lo más singular que hemos visto aquí. Lobo, anote usted.

Si en vez de decir «anote usted», hubiera dicho: «Lobo, muerda usted», el leguleyo no se habría arrojado con más ferocidad sobre la pluma y el papel. La extrañeza del caso hacía estremecer to-

das las fibras de su corazón, digámoslo así, de curial.

—Soledad Gil de la Cuadra—dijo el magistrado militar, dictando—, compareció..., etcétera.

Después, volviéndose a la víctima, que observaba el mover de la pluma de Lobo, como si desde su sitio pudiera leer lo que éste escribía, le dijo:

—¿Conque tú has sostenido relaciones con los emigrados? ¿Cuántas veces? ¿Con varios o con uno solo?

—Con uno solo.

—Relaciones políticas, se entiende—indicó Chaperón, más bien afirmando que preguntando.

—No, señor; relaciones de amistad—dijo Soledad, vacilando.

—¿De amistad?... ¿Quién es él?

Solita, después de dudar breve instante, pronunció un nombre. Pudo observar que Lobo, al anotar aquel nombre, frunció, primero, el ceño, exagerando después, hasta llegar a la caricatura, la contracción burlesca de su boca.

—¿Tienes tú parentesco con ese bergante?—preguntó Chaperón.

—No, señor.

—Entonces, ¿qué relaciones son ésas?

—Es mi hermano..., quiero decir, mi amigo, mi protector.

—Ya, ya sabemos lo que quieren decir esas palabrillas—gruñó el hombre-horca, dando a luz una especie de sonrisa—. Háblanos con franqueza, que juez y confesor viene a ser lo mismo. ¿Eres tú su querida?

Soledad se puso como la grana. Dominándose, habló así:

—Condéneme usted; pero no me avergüence. Yo no soy querida de nadie.

—¿Venimos aquí con vergüencillas?... —vociferó el ogro, riendo con brutal jovialidad—. ¡Ay! ¡Qué mimos tan monos!... Paloma, recoge ese colorete. ¿Ruborcillo tenemos? Aquí se conoce el mundo. Señor Lobo, anote usted que ha revelado tener relaciones ilícitas con el susodicho...

—No es cierto, no es cierto—exclamó Soledad, levantándose y corriendo hacia la mesa.

—¡Orden!—gritó Chaperón, señalando a la víctima su asiento.

La huérfana, que había acopiado gran caudal de resignación, volvió a su sitio y tan sólo dijo:

—Si tengo valor para sacrificarme por

un inocente, también lo tendré para calumniarme.

—¡Calumniarse!... ¿Seguimos con las palabrejas retumbantes? Pasemos a otra cosa. Ese descuellacabras, ¿te ha escrito muchas veces?

—Seis veces desde que está en Inglaterra.

—¿Te ha hablado de sucesos políticos?

—Muy poco, y por referencia.

—¿Conservas las cartas?

—No, señor; las he roto.

—Ya lo averiguaremos. ¿Se ha anotado el domicilio de la reo?

—Sí, señor.

—Adelante. Llegamos al don Rafael Seudoquis. Ese señor trajo de Londres un paquete de cartas para que tú las repartieras...

—Sí, señor—repuso la joven, con firmeza—. Puedo asegurar que Seudoquis no conoce a don Benigno Cordero; que éste no podía encargarse de repartir las cartas, ni menos su hija, porque ni uno ni otra tenían noticias de semejante cosa. Vivimos en la misma casa: yo, en el segundo; ellos, en el principal, y como alguien de la Policía vió al señor Seudoquis entrar en la casa, supuso que iba a la habitación de Cordero, cuando, en realidad, iba a la mía.

—Muy bien: anote usted eso. Puede muy bien resultar que el tal Cordero sea inocente, ¿por qué no?... La justicia y la verdad, por delante. Sepamos ahora a quién iban dirigidas esas cartas. Este es el punto principal... Cordero no supo darnos noticia alguna. Si tú lo haces, tendremos la mejor prueba de que no has venido a burlarte de nosotros.

Soledad vaciló un instante. Helado sudor corría, por su frente, y sintió como un torbellino en su cerebro. Era aquél un caso que la infeliz no había previsto, porque su alma, llena toda de generosidad y ofuscada por la idea del bien que a realizar iba, no supo calcular la ignominia que podía salirle al paso y detenerla en su gallardo vuelo. Aquel acto de abnegación era de esos que no pueden realizarse con éxito feliz sin tropezar con la infamia, poniendo a la voluntad en la alternativa de retroceder o incurrir en actos vergonzosos. Espantada Sola de los peligros que aparecían en su camino, no se atrevió a acometerlos, ni supo tampoco esquivarlos, porque carecía de la destreza y travesura propias

de tan gran empeño. Su única fuerza consistía en un valor heroico, pasivo, formidable, y robusteciendo su alma con él, dijo al severo magistrado:

—Yo me acuso a mí misma; pero no delataré a los demás.

—Me gusta..., sí, me gusta la salida —afirmó Chaperón, cruzándose de brazos delante de ella y moviendo el cuerpo como si fuera a dar un salto—. ¿Sabes que tienes frescura?... Esto es dejarnos con un palmo de narices... Dime, mocosa: si no aclaras eso de las cartas, ¿qué ventaja sacamos de que seas tú el delincuente, en vez de serlo Cordero y su hija? ¿Qué diferencia hay?

—La diferencia que hay de la verdad a la mentira—replicó Soledad, imperturbable—. Si ellos son inocentes, ¿por qué han de estar en la cárcel, ocupando un puesto que me corresponde a mí?

—Música, música—dijo el funcionario, haciendo sonar como castañuelas los dedos de su mano derecha—. Aquí no estamos para perder el tiempo en distinguos. Hay mucho que hacer para resguardar Trono y sociedad de los ataques de esa gentualla negra. A ver, ¿qué hemos sacado en limpio de tu acusación contra ti misma? Nada entre dos platos. ¡Por vida del Santísimo Sacramento! Yo creí que, en punto a noticias frescas y bonitas, nos ibas a traer aquí oro molido... ¿Que es inocente don Benigno! ¿Y qué? ¿Que las cartas las recibiste tú, y no él, ni tampoco su hija! ¿Y qué? ¿Por vida del Sant...!, esto es burlarse de la Comisión militar. Aquí se viene a servir al Estado, no a hacer comedias. ¿Eres tú partidaria del altar y del Trono, o por el contrario, eres amiga de la canalla? ¿Te has prestado inocentemente a esa maquinación, sin saber lo que hacías? Hablemos claro...

Diciendo esto, Chaperón demostraba, en la voz y en el gesto, hallarse muy satisfecho de su elocuencia y del incontrastable poder de sus razones. Después de una pausa, se acercó a Sola, y mirándola desde la altura de su corpachón negro, capaz de intimidar al más bravo, accionando enérgicamente con la mano derecha, cuyo dedo índice se erguía tieso e inflexible, como un emblema de la autoridad, habló de este modo:

—El Gobierno de su majestad, que nos ha puesto aquí para que vigilemos, tiene recompensas para los que le sirven ayu-

dándole a esclarecer las maquinaciones de los pillos, ¿te vas enterando?, y tiene también castigos muy severos, pero merecidos, para los que encubren a los malvados con su punible silencio, ¿te vas enterando?...

—¿Eso lo dice vucencia para que delate a los que recibieron las cartas? —preguntó Soledad, cerrando los ojos, cual si estuviera suspendida sobre su cuello el hacha del verdugo—. Siento mucho desairar a vucencia; pero no puedo decir nada.

Chaperón se detuvo en su paseo por el cuarto. Viósele apretar las mandíbulas, contraer los músculos de la nariz, como si fuera a lanzar un estornudo, revolver los ojos... Sin duda, su cólera augusta iba a estallar. Pero, afortunadamente, detuvo la formidable explosión un hombre, entre soldado y alguacil, de indefinible jerarquía, mas de indudable fealdad, el cual, abriendo la mampara, dijo:

—Vucencia me dispense; pero la señora que vino esta mañana está ahí y quiere pasar.

—Que espere... ¡Por vida del...!

—Está furiosa—observó con timidez el que parecía soldado, alguacil, polizonte, sin ser claramente ninguna de estas tres cosas.

Chaperón dudaba. Iba a decir algo, cuando una señora empujó resueltamente la mampara y entró.

XVI

Era una mujer hermosísima, tan arrogante y airosa de rostro y figura como elegante en su vestir y tocado, de modo que Naturaleza y Arte se juntaban para formar un acabado tipo de mujer a la moda. La mirada que echó a Chaperón y a su legista, semejante a una limosna dada más bien por compromiso que por voluntad, indicaba que la modestia no era virtud principal en la señora. Pero su gallarda altanería, ¡cuán grato es decirlo!, venía como de molde enfrente de aquellos despreciables hombres, tan duros con los desgraciados.

—Ni para ver al rey se necesitan más requisitos—dijo la dama, sentándose en la silla que Chaperón le ofreció, sonriendo—. Vi a Calomarde esta mañana y

me mandó venir aquí... Yo creí que era cosa de un momento... ¡Pero si hay más de dōscientas personas en la puerta!... ¡Y qué gente! Diga usted, ¿a qué viene toda esa gente? ¿A delatar? Si yo fuera la Comisión, empezaría por ahorcar a todo el que delatara sin pruebas... ¿No tienen ustedes otro sitio para que hagan antesala las personas decentes?

—Señora—repuso Chaperón, en tono adulator, que no galante—, siempre que usted venga, pasará, desde luego, a mi despacho. Tengo mucho gusto en complacerla, no sólo por estimación particular, sino por lo mucho que respeto y admiro al señor Calomarde, mi amigo.

—Gracias—dijo la señora, con indiferencia—. Vamos a mi asunto. Don Tadeo me prometió que esto quedaría resuelto en tres días.

—Don Tadeo, desde su poltrona, halla muy fáciles los negocios de policía. Yo quisiera verle aquí, enredado con tanta gente y tanto papel... ¡En tres días, amigo Lobo; en tres días!

El licenciado apoyó la idea de su jefe, moviendo la cabeza con expresión de lástima de sí mismo, por el mucho trabajo que entre manos traía.

—¡Qué vergüenza!—exclamó la señora, sin disimular su enfado—. ¿Conque para despachar un pasaporte se ha de gastar más tiempo que para juzgar y condenar a muerte a un hombre?... ¡Qué tribunales, Santo Dios! ¡Qué Superintendencia y qué Comisión militar! Pongan todo eso en manos de una mujer, y despachará en dos horas lo que ustedes no saben hacer en una semana.

—Pero usted, señora—dijo Chaperón, en el tono que empleaba para parecer benévolo—, no tiene en cuenta las circunstancias...

—Veo que aquí las circunstancias lo hacen todo, invocándolas a cada paso, se cometen mil torpezas, infamias y atropellos. Si volviera a nacer, ¡Dios mío, querría que fuese en un país donde no hubiera circunstancias!

—Si se tratara aquí del pasaporte de una señora—indicó el presidente de la Comisión, con énfasis, como el que va a desarrollar una tesis jurídica—, ande con Barrabás... Pero usted lleva dos criados, los cuales es preciso que antes se definan y purifiquen, porque uno de ellos perteneció en tiempo de la Cons-

titución a la clase de tropa, y el otro sirvió largos años al ministro Calatrava... Pero nos ocuparemos del asunto sin levantar la mano...

—Yo deseo partir mañana—dijo la señora, con displicencia—. Voy muy lejos, señor Chaperón: voy a Inglaterra.

—Empezaremos, empezaremos ahora mismo. A ver, Lobo...

Al dirigirse a la mesa, Chaperón fijó la vista en la víctima, cuyo proceso verbal había sido suspendido por la entrada de la soberbia dama.

—¡Ah!... Ya no me acordaba de ti—dijo, entre dientes—. Voy a despacharte.

Soledad miraba a la señora con espanto. Después de observarla bien, cerciorándose de quién era, bajó los ojos y se quedó como una muerta. Creería-se que batallaba angustiosamente con su desmayado espíritu, tratando de infundirle fuerza, y que, entre sollozos imperceptibles, le decía: «Levántate, alma mía, que aún falta lo más espantoso.»

—Con el permiso de usted, señora—dijo Chaperón, mirando a la dama—, voy a despachar antes a esta joven. Lobo, extienda usted la orden de prisión... Llame usted para que la lleven... Orden al alcaide para que la incomunique...

La víctima dejó caer su cabeza sobre el pecho.

Después miró de nuevo a la dama; pero esta vez encendiése su rostro, y parecía que sus ojos relampagueaban con viva expresión de amenaza. Esto duró poco. Fué la sombra del espíritu maligno al pasar en veloz corrida por delante del ángel, oscureciendo su luz.

La señora estaba también pálida y desasosegada. Indudablemente no gustaba de ver a quien veía, y en presencia de aquella humilde personilla condenada parecía tener miedo.

—Aquí tienes, mala cabeza—dijo Chaperón, dirigiéndose a la huérfana—, el resultado de tu terquedad. Demasiado bueno he sido para ti... ¿Qué hemos sacado de tu declaración? Que Cordero es inocente. Y ¿qué ganamos con eso, qué gana con eso la justicia? Tú y nosotros adelantamos muy poco... Si hablaras, sería distinto... Tú habrás oído decir aquello de... quien te dió el pico, te hizo rico. ¿Te vas enterando? Pero ahora, picarona, lo meditarás mejor en la

cárcel... Allí se aclaran mucho los sentidos..., verás. Esta linda pieza—añadió señalando a la víctima y mirando a la señora—es la estafeta de los emigrados, ¿qué tal? Ella misma lo confiesa, lo cual no deja de tener mérito; pero nos ha dejado a media miel, porque no quiere decir a quién entregó las cartas que ha recibido hace unos días.

Soledad se levantó bruscamente.

—Una de las cartas de los emigrados—dijo con tono grave y extendiendo el brazo—la entregué a esta señora.

Después de señalarla con energía, cayó en su asiento con la cabeza hacia atrás. Breve rato estuvieron mudos y estupefactos los tres testigos de aquella escena.

—Es verdad—balbució la dama—. He recibido una carta de un emigrado que está en Inglaterra; no sé quién la llevó a mi casa... ¿Qué mal hay en esto?

Chaperón, que estaba como aturdido, iba a contestar algo muy importante, cuando la señora corrió hacia la huérfana gritando:

—Se ha desmayado esta infeliz.

En efecto, rendida sola a la fuerza superior de las emociones y del cansancio, había perdido el conocimiento.

La señora sostuvo la cabeza de la víctima, mientras Lobo, cuya oficiosidad filantrópica no se desmentía un solo momento, acudió transportando un vaso de agua para rociarle el rostro.

—Eso no es nada—afirmó Chaperón—. Vamos, mujer, ¡qué mimos gastamos! Todo porque la mandan a la cárcel...

La puerta se abrió, dando paso a cuatro hombres de fúnebre aspecto, que parecían pertenecer al respetable gremio de enterradores.

—¡Ea!, llevadla de una vez...—dijo don Francisco resueltamente—. El alcaide le dará algún cordial... No quiero desmayitos en mi despacho.

Los cuatro hombres se acercaron a la condenada.

—Un poco de vinagre en las sienes...—añadió el jefe de la Comisión militar—. ¡Ea!, pronto..., quitadme eso de mi despacho.

—¡A la cárcel!—exclamó con lástima la señora, acercándose más a la víctima, como para defenderla.

—Señora, dispense usted—dijo Chaperón, apartándola con enfática severidad—. Deje usted a la justicia cumplir

su deber... Vamos, cargad pronto. No le hagáis daño.

Los cuatro hombres levantaron en sus brazos a la joven y se la llevaron, siendo entonces perfecta la similitud de todos ellos con la venerable clase de sepultureros.

La mampara, cerrándose sola con estrépito, produjo un sordo estampido, como golpe de colosal bombo, que hizo retumbar la sala.

XVII

Aquel mismo día, ¡por vida de la chindrina! ¡cuán amargas horas pasó el pobre don Patricio! Habrían bastado a encanecer su cabeza si ya no estuviera blanca, y a encorvar su cuerpo si ya no lo estuviera también. Sus suspiros eran capaces de conmover las paredes de la casa; sus lágrimas corrían amargas y sin tregua por las apergamizadas mejillas. No podía permanecer en reposo un solo instante, ni distraerse con nada, ni comer, ni aposentar en su cerebro pensamiento alguno, como no fuera el fúnebre pensamiento de su desamparo y de la gran pena que le desgarraba el corazón. Este lastimoso estado provenía de que Solita había salido temprano, diciéndole:

—No sé cuándo volveré. Quizá vuelva pronto, quizá mañana, quizá nunca... Escribiré al abuelo, diciéndole lo que debe hacer. Adiós...

Y, dirigiéndole una mirada cariñosa, se limpió las lágrimas y bajó rápidamente la escalera, y desapareció. ¡Santo Dios!, como un ángel que se dirige al Cielo por el camino del mundo.

«¿Será posible que haya salido hoy para Inglaterra?—se preguntaba don Patricio, apretándose el cráneo con las manos para que no se le escapara también—. ¡Pero cómo, si aquí está toda su ropa, si no ha hecho equipaje, si en la cómoda ha dejado todo su dinero!... ¿Pues adónde ha ido entonces?... Quizá vuelva pronto, quizá mañana, quizá nunca... Nunca, nunca.»

Y repetía esta desconsoladora palabra como un eco que de su cerebro a sus labios saliera. Otro motivo de gran confusión para él era que Soledad había despedido a la criada el día anterior.

Estaba, pues, el viejo solo, enteramente solo, encerrado en la espantosa jaula de sus tristes pensamientos, que era como una jaula de fieras. Pasaba de un sentimentalismo patético a la desesperación rabiosa, y si a veces secaba sus lágrimas despaciosamente, otras se mordía los puños y se golpeaba el cráneo contra la pared. En los momentos de exaltación recorría la casa desde la sala a la cocina, entraba en todas las piezas, salía para volver a entrar, daba vueltas, y tropezaba, y caía, y se levantaba. Como entrara en la alcoba de Sola y viera su ropa, se abalanzó a ella, hizo con febril precipitación un lío, y oprimiéndolo contra su pecho, cual si fuera el cuerpo mismo de la persona amada y fugitiva, exclamó así, con lastimero acento:

—Ven acá, paloma... Ven acá, niña de mi corazón... ¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué huyes del pobre viejo que te adora? Ángel divino, ángel precioso de mi guarda, cuya hermosura no puedo comparar sino a la de la diosa de la Libertad, circundada de luz y sonriendo a los pueblos; adorada hija mía, ¿en dónde estás? ¿No oyes mi voz? ¿No oyes que te llamo? ¿No ves que me muevo sin ti? ¿No te sacrificué mi gloria?... ¡Ay!... Mi destino, mi glorioso destino ahora me reclama, y no puedo ir, porque sin ti soy un miserable y no tengo fuerzas para nada. Contigo, al suplicio, a la gloria, a la inmortalidad, a los Eliseos Campos; sin ti, a la muerte oscura, a la ignominia. Sola, Sola de mi vida, ¿en dónde estás? Dímelos, o revolveré toda la tierra por encontrarte.

Esto decía, cuando llamaron fuertemente a la puerta. Más ligero que una liebre fué y abrió. No era Sola quien llamaba: eran seis hombres, que, sin fórmula alguna de cortesía, se metieron dentro. Uno de ellos soltó de la boca estas palabras:

—¿No es éste el viejo Sarmiento que predicaba en las esquinas?... Echadle mano mientras yo registro.

—¡Ah!...—exclamó don Patricio, algo confuso—. ¿Son ustedes de la Policía?... Sí, yo recuerdo... Conozco estas caras.

—Procedamos al registro—dijo solemnemente el que parecía jefe de los corchetes—. Toda persona que se encuentre en la casa debe ser presa. Cuidado no se escape el abuelo.

—¿Quiere decir—balbució Sarmiento—que estoy preso?

—Ya se lo dirán allá—replicó el polizonte desabridamente—. Andando... Llévenme para allá al vejete, que aquí nos quedamos dos para despachar esto.

Según la orden terminante del funcionario (que era un funcionario vaciado en la común turquesa de los cazadores de blancos en aquella infame y tenebrosa época), Sarmiento fué inmediatamente conducido a la cárcel, y sólo por un exceso de benevolencia, incomprensible y hasta peligrosa para la reputación de aquella celosa Policía, le dieron tiempo para ponerse el sombrero, recoger el pañuelo y media docena de cigarrillos.

No se daba cuenta de lo que le pasaba el infeliz maestro, y durante el trayecto de su casa a la cárcel de Corte, que no era largo, fué con los ojos bajos, encorvado el cuerpo, las manos a la espalda, en un estado tal de confusión y aturdimiento, que no veía por dónde pasaba, ni oía las observaciones picarescas de los transeúntes. Cuando entraron en la cárcel, el anciano se estremeció, revolviendo los ojos en derredor. Su entrada había sido como el choque del ciego contra un muro, símil tanto más exacto cuanto que don Patricio no veía nada dentro de las paredes del ióbrego zaguán por donde se comunicaba con el mundo aquella mansión de tristeza y dolor.

Lleváronle al registro, y del registro a un patio, donde había algunas personas que imploraban la misericordia de los carceleros para poder ver a los detenidos. Hiciéronle subir luego más que de prisa por hedionda escalera que se abría en uno de los ángulos del patio, y hallóse en un largo corredor o galería, que parecía haber sido claustro, pero que tenía entonces tapiadas todas sus ventanas, sin dejar más entrada a la luz que unos ventanillos bizcos en la parte más alta.

Al entrar en la galería, Sarmiento oyó gritos, lamentos, imprecaciones. Era el caer de la tarde, y como la luz entraba allí avergonzada, al parecer, y temerosa, deteniéndose en los ventanillos por miedo a que la encerraran también, no era fácil distinguir de lejos las personas. Veíanse sombrajos movibles, los cuales, al acercarse a ellos, resultaban ser la

simpática humanidad de algún calabozo que entraba en las celdas o salía de ellas.

Había centinelas de trecho en trecho cuya vigilancia no podía ser muy grande, porque a cada instante les era forzoso apartar de las puertas de las celdas a personas importunas que iban a turbar la tranquilidad de los reos. Las llorosas mujeres, abusando de los miramientos que se deben a su sexo, molestaban a los señores cabos, pidiéndoles noticias de tal o cual preso, dándoles cualquier recadillo verbal o encargo enojoso, como llevar pan a alguno de los muchos hambrientos que se comían los codos dentro de las celdas. En una de éstas debía de estar encerrado un loco furioso, cuya manía era dar golpes en la puerta, con lo cual estaban muy disgustados los carceleros, hombres celosísimos de la paz de la casa. El dolor y la desesperación, callado el uno, ruidosa la otra, hacían estremecer las frágiles paredes, porque el mezquino edificio era indigno de la rabia que contenía, y a ser tal como a ella cuadraba, hubiera tenido más piedras que El Escorial y más hondas cimientos que el Alcázar de Madrid.

Sarmiento fué introducido en una pieza relativamente grande, cuya suciedad parecía resumen y muestrario de todas las suertes de inmundicias que los años y la incuria de los hombres habían acumulado en la indecorosa cárcel de Corte. En la zona más baja, una especie de faja mugrienta marcaba el roce de muchas generaciones de presos, de muchas generaciones de alguaciles, de muchas generaciones de jueces y curiales. Alumbrábala el afligido resplandor de un quinqué colgado del techo, que parecía acababa de oír leer su sentencia de muerte, y se disponía, con semblante contrito, a hacer confesión de sus pecados. Como el techo era muy bajo, y los allí presentes se movían de un lado para otro en torno al ajusticiado quinqué, las sombras bailaban en las paredes, haciendo caprichosos juegos y cabriolas. En el fondo había la indispensable estampa de su majestad, y sobre ella, un Crucifijo, cuya presencia no se comprendía bien, como no tuviera por objeto el recordar que los hombres son tan malos después como antes de la Redención.

Delante de su majestad en efigie y de la imagen de Cristo crucificado, estaba en pie, apoyándose en una mesa, no fingido, sino de carne y hueso, horriblemente tieso y horriblemente satisfecho de su papel, el representante de la Justicia, el apóstol del absolutismo, don Francisco Chaperón, siempre negro, siempre de uniforme, siempre atento al crimen para confundirlo dondequiera que estuviese, en honra y gloria del Trono, del orden y de la Fe católica. Pocas veces se le había visto tan fieramente investigador como aquella noche. Parecía que el tal personaje acababa de llegar del Gólgota, y que aún le dolían las manos de clavar el último clavo en las manos del otro, del que estaba detrás y en la cruz, sirviendo de sarcástico coronamiento al retrato del señor don Fernando.

A la derecha estaban, junto a una mesa, media docena de diablejos vestidos con el uniforme de voluntario realista y acompañados por el licenciado Lobo, prestos todos a sumergir las plumas dentro de los tinteros. La izquierda era ocupada por un banquillo pintado de color de sangre de vaca; en él se sentaba alguien a quien don Patricio no vió en el primer momento. El anciano no había salido aún de aquel estupor que le acometió al ser conducido fuera de su casa; miró con cierta estupidez al tremendo fantasma; miró después a toda la chusma curialesca que le rodeaba, al licenciado Lobo; miró al Santo Cristo, al rey pintado, y, por fin, clavando los ojos en el banco de color de sangre, vió a su adorada hija y compañera.

—¡Sola!... ¡Hija de mi alma!...—gritó con alegría—. ¡Tú aquí..., yo también!... ¡Parece que esto es la cárcel... el suplicio..., la gloria..., mi destino!...

XVIII

Clarísima luz entró de improviso en la mente del afligido viejo; desaparecieron las percepciones vagas, las ideas confusas, para dar paso a aquella siempre fija, inmutable y luminosa, que había dirigido su voluntad durante tanto tiempo, llenando toda su vida moral.

—Ya estoy en mí—dijo en tono de seguridad y convicción—. Soledad..., ¡tú y yo en este sitio! Al fin, al fin, Dios ha señalado mi día. ¿No lo decía yo?... ¿No decía yo que, al fin, vendría la hora sublime? ¡Destino honroso—el nuestro, hija mía! He aquí que no sólo heredas mi gloria, sino que la compartes, y los dos juntamente, unidos aquí como lo estuvimos allá, somos llamados.

—Silencio—gritó Chaperón bruscamente—. Responda usted a lo que le pregunto: ¿Cómo se llama usted?

—Excusada pregunta es ésa—repuso, con aplomo y dignidad, don Patricio—, pues todo el mundo sabe en Madrid y fuera de él que soy Patricio Sarmiento, adalid incansable de la idea liberal, compañero de Riego, amigo de todos los patriotas, defensor de todas las Constituciones, amparo de la Democracia, terror del despotismo. Soy el que jamás tembló delante de los tiranos, el que no tiene en su corazón una sola fibra que no grite *Libertad*, y el que aun después de muerto sacará la cabeza de la sepultura para gritar...

—Basta—dijo Chaperón, notando que las palabras del reo provocaban murmullos—. Charlatán es el viejo... Responda usted. ¿Conoce a esta joven?

—¿Que si la conozco? ¡Que si conozco a Sola!... Si no temiera faltar al respeto que debo a todo juez, quienquiera que sea, diría que es necia pregunta la que vucencia acaba de hacerme. Esta es mi hija adoptiva, mi ángel de la guarda, mi amparo, mi compañera de vida, de muerte, de cielo y de inmortalidad. Dios, que dispone todas las grandezas, así como el hombre es autor de todas las pequeñeces, ha dispuesto que este ángel divino me acompañe también ahora. ¡Admirable solución de la Providencia! Yo creí haberla perdido y la encuentro junto a mí en la hora culminante de mi vida, cuando se cumple mi destino; aparece a mi lado, no para darme esos triviales consuelos que no necesita mi corazón magnánimo, sino para compartir mi sacrificio, y con mi sacrificio, mi gloria. Adelante, señores jueces, adelante. Acaben ustedes. Soledad y yo nos declaramos reos de amor a la Libertad, nos declaramos dignos de caer bajo vuestras manos y confesamos haber trabajado por el triunfo del santo principio, ahora y

antes y siempre, porque para ello nacimos y por ello morimos.

Causaba diversión a los diablillos menores y aun al diablazo grande el desenfado del buen viejo, por lo cual no habían puesto tasa a la charla de éste. Mas Chaperón, que deseaba concluir pronto, dijo al reo:

—¿Es cierto que esta joven recibió un paquete de cartas de los emigrados para repartirlas a varias personas de Madrid?

—¿Y eso se pregunta?—replicó Sarmiento, como si admirara la candidez del vestiglo—. ¿Pues qué había de hacer sino trabajar noche y día por el triunfo de la sagrada causa?... ¿No he dicho que por eso nacimos y por eso morimos?

Soledad miraba con ojos muy compasivos a su amigo y al juez, alternativamente. Mas pronto dejó de mirarlos y se reconcentró en sí misma, mostrando estoica indiferencia hacia aquel lúgubre diálogo entre un insensato y un verdugo. Había hecho ya con Dios pacto de resignación absoluta, y se entregaba a la voluntad divina, prometiendo no oponer ninguna resistencia a los accidentes humanos ni aceptar otro papel que el de víctima callada y tranquila. Entre el instante en que la sacaron desmayada de la caverna del gran esbirro, hasta aquel en que le pusieron delante a su compañero de infortunio, habían pasado para ella horas muy angustiosas. Pero su espíritu se había rendido al fin, aceptando la fórmula esencial del cristiano, que es rendirse para vencer y perderse absolutamente para absolutamente salvarse. Si algún combate sostenía aún su alma era porque el propósito de pensar solamente en Dios no podía cumplirse aún con rigurosa exactitud. Pensaba en algo que no era Dios; pero, aun así, iba conquistando la tranquilidad y un pasmoso equilibrio moral, porque había arrojado fuera de sí, valerosamente, toda esperanza.

—¿Usted sabrá, sin duda, a quién venían dirigidas esas cartas?—preguntó Chaperón a Sarmiento.

—¿Pues qué?... ¿Ella no lo ha dicho?...—repuso el anciano, nuevamente admirado de la ignorancia del Tribunal—. Esto no puede considerarse como delación, porque esas personas son leales patricios que también anhelan lle-

que la coyuntura de sacrificarse por la Libertad. Nosotros no tenemos secretos; nosotros, como los héroes de la antigüedad, lo hacemos todo a la luz del día. Fué preciso prestar un servicio a la santa causa, facilitando las comunicaciones entre todos los que conspiran dentro y fuera por hacerla triunfar, y lo prestamos, sí, señor; lo prestamos a la clarísima luz del sol, *coram populo*. Las cartas eran cuatro.

—Atención—dijo don Francisco, acercándose a la mesa de los escribanos.

—Una era para don Antonio Campos, ese gran patriota que acaba de llegar de Tarifa y Almería; otra, para un oficial de la antigua Guardia, que se llama Ramalejo; la tercera venía dirigida a don Roque Sáez y Onís, y la cuarta, a doña Jenara de Baraona.

—Muy bien—gruñó Chaperón, asemejándose mucho en su gruñido al perro que acaba de encontrar un hueso perdido—. Veo que el viejo y la niña son la peor casta de conspiradores que se conoce en Madrid.

—Sí—dijo Sarmiento con exaltación—, insúltenos usted... Eso nos agrada. Los insultos son coronas inmarcesibles en la frente del justo. Mire usted las espinas que lleva en su cabeza. Aquel que está en la cruz

—Silencio—gritó Chaperón—. Veo que él es tan parlanchín como ella hipocritona. Ya sabemos lo de las cartas, linda pieza... Ahora el buen viejo nos informará de todas las particularidades que hayan concurrido en la casa. ¿Tiene noticia de que entrara en estos líos don Benito Cordero?

—¡Cordero!—exclamó Sarmiento con asombro—. Cordero es un hombre vulgar, un tendero, un quídam... ¿Cómo puede ser capaz semejante hombre de intervenir en un complot de esos que sólo acometen las almas grandes y valerosas?

—¿Seudoquis fué muchas veces a la casa?

—Dos veces, dos. Para nada hay que mentar a Cordero. Nuestra gloria es nuestra, señor mío, y de nadie más. ¡Ay de aquel que intente quitarnos una partícula de ella, siquiera sea del tamaño de un grano de alpiste! Nosotros, nosotros solos somos los héroes; nosotros, las víctimas sublimes. Fuera intrusos y gentezuela que se presenta en el festín

de la gloria con sus manos lavadas, reclamando lo que no les pertenece ni han sabido ganar con su abnegación. ¡Nosotros solos, ella y yo, nadie más que ella y yo!

—El que enviaba las cartas—añadió don Francisco, dando un paso hacia Sarmiento, ¿no hablaba de lo de Almería y Tarifa, ni de la revolución que estaban preparando?

—Nosotros—repuso Sarmiento con desdén—no nos ocupamos de frívolos detalles. ¡Almería, Tarifa! ¿Qué vale eso ni qué significa? Hechos aislados que ni precipitan ni detienen el hecho principal, que es la victoria de la Libertad. ¡Si al fin tiene que ser, si ha de venir tan de seguro como saldrá el sol mañana!... Que se frustre una intentona, que salga mal un desembarco, que fusiléis a trescientos, o a mil, o a un millón de patriotas..., nada importa, señores. Lo que ha de venir, vendrá. Si pretendéis atajarlo con patibulos, vendrá más pronto. Los patibulos son árboles fecundos, que, con el riego de la sangre, dan frutos preciosísimos. Echad sangre, más sangre; eso es lo que hace falta. Las venas de los patriotas son el filón de donde mana la nueva vida.

»No me habléis de conspiraciones parciales; yo no entiendo de eso. El que escribió las cartas, lo mismo que mi hija, lo mismo que yo, cooperamos con nuestra voluntad y nuestros deseos más íntimos y más ardientes en ese gran complot moral, cuyas ramificaciones se extienden por todo el mundo. ¡Ah!, señores; no conocéis la gran conspiración del tiempo. A ella pertenezco, a ella pertenecen todas vuestras víctimas... ¡Ea!, despachemos pronto. Basta de fórmulas y de procedimientos necios. El patíbulo, el patíbulo, señores; ésa es nuestra jurisprudencia. De él hemos de salir triunfantes, trocados de humanos miserables en inmaculados espíritus. Lo mismo nos da que nos ahorquéis de esta o de la otra manera, más o menos noblemente. ¿A los mártires del circo romano les importaba que el tigre que se los comía tuviera la oreja negra o amarilla? No, porque no atendían más que a la sublime idea; lo mismo nosotros no atendemos más que a esta idea que nos lleva en pos del suplicio, la cual es como un fuego sacrosanto sue nos embelesa y nos purifica. No tenemos ya

sentidos, no sabemos lo que es dolor... ¡La carne!... ¡Ah!, no nos merece más interés que el despreciable polvo de nuestros zapatos. Adelante, pues. Cumpla cada uno con su deber: el vuestro es matar; el nuestro, sucumbir carnalmente, para vivir después la excelsa, la inacabable y deliciosa vida del espíritu... Vamos allá. ¿En dónde, en dónde está la bendita horca?»

Había tanta naturalidad en las entusiastas expresiones del exaltado viejo patriota, y al propio tiempo un tono de dignidad tan majestuoso, que los empleados de la Comisión, así militares como civiles, no podían resistir al deseo de oírle. Aunque el sentimiento que a la mayoría dominaba era de burla, con cierta tendencia a la compasión, no faltaba quien oyese al estrafulario viejo con un interés distinto del que comúnmente inspiran las palabras de los tontos. El mismo Chaperón se mostraba complácido, sin duda porque le divertía su víctima, haciéndolo mucho más barato que el célebre gracioso Guzmán, que empezaba su carrera en el teatro del Príncipe. Pero como la dignidad del tribunal no permitía tales comedias, don Francisco mandó al reo que diese por terminada la representación.

Los polizontes que se quedaron registrando la casa de Sola aparecieron. Habían encontrado alguna cosa de gran valor jurídico; habían hecho provisión de pedacitos de papel, fragmentos de cartas, sin olvidar un polvoriento retrato de Riego hallado entre los bártulos de don Patricio; dos o tres documentos masónicos o comuneros, y una carta dirigida al maestro de escuela. Examinólo todo ávidamente Chaperón, y lo entregó después a Lobo para que constase en el proceso. En tanto, don Patricio se acercaba a su compañera de infortunio, y en voz baja le decía:

—Animo, ángel de mi vida, cordera mía. Que en esta ocasión solemne no deje de subir tu espíritu a la altura del mío. Inspírate en mí. Reflexiona en la gloria que nos espera y en el eco que tendrán nuestros sonoros nombres en los siglos futuros, perpetuándose de generación en generación. ¿Por qué estás triste, y no alegre como unas castañuelas? ¿Por qué bajas los ojos en vez de alzarlos como yo, para tratar de ver en el Cielo el esplendoroso asiento que nos

está destinado? Tu destino es mi destino. Ambos están escritos en el mismo renglón. Hay gemelos del morir como los hay del nacer: tú y yo somos mellizos, y juntos saldremos del vientre de este miserable mundo a la inmensa vida del otro... Posible es que no lo comprendieras antes, niña de mis ojos; yo tampoco lo creía, y era engañado por hechos mentirosos. Tu proyecto de abandonarme era una ficción del Destino para sorprenderme después con esta unión celestial. Mi entrada en tu casa, al amparo que me diste, ¿qué significan sino la preparación para estas nuestras bodas mortuorias, de las cuales saldremos unidos por siempre ante el altar de la glorificación eterna? Tú necesitas de mí para este santo objeto, así como yo necesito de ti... Bien sabía yo que conspirabas... ¡Y conspirabas por la santa Libertad! Bendita seas... Serás condenada y yo también. ¡Seremos condenados!... ¿Ves cómo no es posible la separación? ¿Ves cómo lo ha dispuesto Dios así? Viviremos juntos eternamente. ¡Qué inefable dicha!... Solilla de mi vida, ten ánimo; que la flaca naturaleza corporal no soborne con sus halagos tu alma de patriota. Vive, como yo, la excelsa vida del espíritu. Desprecia todo, mira al cielo, nada más que al cielo y a mí, que soy tu compañero de gloria, tu gemelo, tu segundo tú, a quien has de estar unida por los siglos de los siglos.

Soledad miró a su amigo. La serenidad, que en él provenía de un loco entusiasmo, provenía en ella de la resignación, ese heroísmo más sublime que todas las exaltaciones del valor, y al cual damos un nombre oscuro: lo llamamos paciencia, y germina como flor invisible y modesta en el alma de los que parecen débiles.

—Veo que no lloras—dijo don Patricio, observando aquel semblante placidamente tranquilo, a quien la virtud mencionada daba angelical hermosura—. No lloras, no estás demudada...

—¿Yo llorar? ¿Por qué?

—Así me gusta—exclamó Sarmiento con entusiasmo—. ¡Oh almas sublimes! ¡Oh almas escogidas! ¡Y pensar que os han de intimidar horcas y suplicios!... Señores jueces, aquí aguardamos la hora del holocausto. Llevadnos ya; subidnos a esos gallardos maderos que lla-

mãis infamantes. Mientras más altos, mejor. Así alumbraremos más. Somos los fanales del género humano.

Chaperón mandó que los dos reos fuesen conducidos cada cual a su calabozo; mas como el alcaide manifestase la imposibilidad de ocupar dos departamentos, se dispuso que ambos gemelos de la muerte fuesen encerrados en un solo cuarto.

—Vamos—dijo don Patricio, enlazando con su brazo la cintura de Sola.

Esta se dejó llevar. Cuando iban por la oscura galería, la joven huérfana oyó claramente en su oído estas palabras, dichas en voz muy baja, como un silbido:

—Señora, no se sofoque usted... Se hará un esfuerquito por salvarla... Una persona que se interesa por usted..., que se interesa, sí..., me encarga de advertírselo.

Soledad volvióse prontamente y vió unos ojos verdes y grandes, del tamaño de huevos. Estos ojos brillaban, reflejando la claridad del farol de los carceleros, en un semblante amojamado y partido en dos por la hendidura sonriente de la prolongada boca, casi vacía. En vez de tranquilizarse, Soledad tuvo miedo.

XIX

El licenciado Lobo, asesor privado del señor Chaperón, tenía su oficina en el ángulo más oscuro y apartado de la planta baja de la Comisión militar. Cubría el piso la estera más vieja, servíale de escritorio la mesa más rota que contaba entre sus propiedades el Estado, y el pupitre, el tintero, la estantería, denotaban con honrosa vejez haber acompañado en toda su larga vida a las antiguas covachuelas. Hasta el retrato de Fernando VII que decoraba la pared era el más feo de toda la casa, y comido de polilla, no presentaba a la admiración del espectador más que los ojos y parte del cuerpo. Lo demás era una mancha irregular con grandes brazos al modo de tentáculos. Parecía un gran cefalópodo que estaba contemplando a su víctima antes de chupársela.

En el centro de este moblaje, y encorvado sobre una mesa llena de descoloridos papeles, aparecía el leguleyo,

cuya figura encajaba en tal marco como el cernícalo en su nido. La diestra pluma rasgueaba sin cesar, cual si fuera absolutamente imprescindible su actividad para la existencia de todo aquello, o como si fuera la clave cabalística de que dependían las imágenes del despacho, del retrato, de los muebles y del licenciado mismo. Cuando la pluma paraba, creyérase que todo iba a desvanecerse. A no ser porque en los ratos de descanso el asesor se ponía a tararear alguna tonadilla trasnochada de las del tiempo de los Briones y de Manolo García, se le hubiera tenido por momia automática, o por alma en pena a quien se había impuesto la tarea de escribir mil millones de causas para poderse redimir.

Al día siguiente de la prisión de Sarmiento, y cuando aún no había despachado regular porción de su faena de la mañana, una señora se presentó sin anunciarse en el escondrijo del asesor.

—¡Oh señora!...—exclamó Lobo, suspendiendo la escritura—. No esperaba a usted tan tempranito. Hágame el obsequio de tomar asiento.

Ya la señora lo había hecho en la única silla que servía para el caso. Era la misma dama a quien vimos en el despacho de Chaperón, guapa si las hay, seductora de cara, cuerpo y apostura, *tota totalitate* hermosa. Envolvíase en un rico chal blanco, que a Lobo le pareció, sobre los lindos hombros y entre los brazos de verde vestidos, como el más gracioso capricho de la nieve entre las plantas de un jardín. Como a los viejos feos se les permite ser galantes, Lobo dijo que la cara de la señora era una rosa con la cual no se había atrevido la nieve, temiendo que una mirada la derritiera.

—Déjese usted de sandeces—dijo ella—. Yo vengo a salir de dudas.

—¿Respecto a esa jovenzuela que se delató a sí misma...? Confieso que es el primer caso que he visto desde que tengo esta nobilísima pluma en la mano. Por ella se interesa la señora.

—Mucho, muchísimo—repuso la dama con pena—. Anoche he tenido una pesadilla... No es la primera vez que sueño con ella... Pues ¿no he dado en soñar que soy verdugo y que la estoy ahorcando?

—Graciosísimo, señora mía, gracioso—

simo. ¿La conoce usted hace tiempo? ¿De qué procede ese interés tan vivo? Ella no demuestra tenerla a usted grabada en las telas de su corazón. Recordemos cómo declaró haberle entregado una de las cartas. Sin duda quería perderla a usted. ¡Infame víbora! ¡Y usted quiere favorecerla! ¡Oh generosidad inaudita!

—¡Ella me aborrece!

—Se conoce, sí, porque lo de la carta es una calumnia.

—No es una calumnia, no. Recibí la carta—dijo la señora, suspirando—. Pero Chaperón me ha dicho que no seré molestada por ello. Mostraré la carta, si es preciso. No contiene nada que trascienda a conspirar.

—Todo sea por Dios—dijo Lobo con ademán distraído—. Pues se arreglará. Basta que usted se interese por ella para que don Francisco sea benigno. Para él no hay más Dios que Calomarde, y como mi señora tiene felizmente todo el favor de nuestro querido ministro y también el de Quesada...

—No me fío yo del ministro—dijo la dama, nublando su hermoso semblante con las sombras de la duda—. Muy amigo mío era don Víctor Sáez, y en Cádiz me prendió, como usted sabe. Aquello duró poco, pero fui maltratada del modo más grosero. En estos tiempos no hay que fiar de las amistades.

—No, no hay que fiar, señora mía—repitió Lobo, riendo y bajando la voz como el que va a decir un secreto peligroso—. ¡Estamos en los tiempos más perros que se han visto desde que hay tiempos, y bregamos con la gente más mala que se ha visto desde que el hombre, esa infame bestia inteligente, apareció sobre la Tierra! Empero, usted conseguirá lo que desea. ¿Es cuestión de gratitud? ¿Ha recibido usted favores de esa infeliz o de su familia?

—No; no es eso—dijo la dama, mostrando que le importunaba la curiosidad del hombre de leyes—. Es cuestión de conciencia.

—¿Debe usted favores a esa desgraciada?

—No; ella me debe a mí un disgusto muy grande. Yo he sido mala, señor Lobo..., pero no, no soy tan mala como yo misma creo. No faltan voces en mi conciencia... Verdad es que tengo un genio arrebatado, que soy capaz en ciertos

momentos... Vamos, lo diré: soy capaz hasta de coger un puñal...

La hermosa dama, moviendo su brazo como para matar, convirtiéndose por breve momento en una figura trágica de extraordinaria belleza.

—Pero estos furores me pasan—añadió, pasándose la mano por los ojos—. Pasan, sí, y como Dios castiga y advierte... Yo he sido mala; pero no he cerrado mis ojos a las advertencias de Dios. No es posible siempre reparar el mal que se ha causado...; pero se me presenta ahora ocasión de hacer un bien y he de hacerlo: quiero sacar de la prisión a esa joven.

—El señor don Francisco...

—No me fío yo del señor don Francisco. Es demasiado amigo de mi esposo para que yo haga caso de sus palabrejas corteses. Usted, usted puede arreglarlo fácilmente.

—¿Cómo?

—Componiendo la causa de modo que aparezca la reo tan inocente de conspiración como los ángeles del Cielo, aunque no sé yo si Chaperón y Calomarde podrán convencerse de que los ángeles no conspiran.

—¡La causa, señora!—exclamó Lobo, sonriendo con malicia.

—Sí; componer la causa, hombre de Dios; poner lo blanco negro y lo negro blanco.

—Pero, señora doña Jenara de mis pecados, si aquí no hay causas, ni jurisprudencia, ni ley, ni sentencia, ni testimonio, ni pruebas, ni nada más que el capricho de la Comisión militar y de la Superintendencia, sometidas, como usted sabe, al capricho más bárbaro aún de los voluntarios realistas. Si todo este farrago de papeles que usted ve aquí es tan inútil para la suerte de los presos como los guijarros de que está empedrada la calle... ¡Si todo esto es vana fórmula; si yo escribo porque me pagan para que escriba; si esto es puramente lo que yo llamo *pan de archivo*, porque no sirve más que para llenar esa gran boca que está siempre abierta y nunca se sacia!... ¡Oh inocente, oh candor pastoril! No hable usted de causas ni de procedimientos, porque si todo esto (señaló los legajos que en grandes pilas le rodeaban) se escribiera en griego, serviría para lo mismo que en cas-

tellano sirve: para nada... ¡Pobres ratones! ¡Y es tan inhumana la Sala que manda poner ratoneras para impedirles que se coman esto!

El licenciado, después que concluyó de hablar, siguió riendo un buen rato.

—En este caso, emprendaremos la conquista de Chaperón.

—Cosa muy fácil, pero facilísima... Tenga usted de su parte a Calomarde y a Quesada, y échese a dormir, señora.

—Es que ahora—repuso la dama muy preocupada—dicen que apretarán mucho la cuerda y que no perdonarán a nadie.

—Sí, el Gobierno necesita ahora más que nunca demostrar gran celo para perseguir a los liberales. Los voluntarios realistas le acusan de que ahorca poco.

—¡Qué horror!

—De que ahorca poco. Pues bien: el Gobierno se verá en el caso de ahorcar mucho.

—¡Y esa pobre joven...!

—Esa pobre joven... La verdad es que la causa, como causa de conspiración, es de las que más alto piden un desenlace trágico. Ahora me acuerdo de una circunstancia que favorece mucho su deseo de usted.

—¿Qué?

—Añoche me han traído al que figura como cómplice de la tunantuela.

—¿Sarmiento?... Le conozco—dijo la señora, desanimándose—. Es un pobre tonto, a quien la Comisión no puede considerar como reo.

—Poquito a poco. La ley está de tal modo redactada, que yo no me atrevería a absolverle. Puesto que la señora quiere que yo dé unos cuantos toques a la causa, se hará. Nada se pierde en ello. Verá usted cómo resulta que el culpable de todo es Sarmiento, y que la joven jamás ha roto un plato.

—Buena idea, si ese infeliz estuviese en su claro juicio, si tuviera responsabilidad...

—Ahí está el quid. Añoche dijo Chaperón que iba a mandarle al Nuncio de Toledo. Puede que persista en esta humanitaria idea. Allá veremos... Ya sabe usted que la cabeza de mi jefe es una piedra berroqueña.

—Puede sostenerse—dijo la dama en tono humorístico—que su jefe de usted

es uno de los hombres más brutos que han comido pan en el mundo.

—Señora—repitió Lobo como quien da expansión a un sentimiento contenido por el deber—, yo le aseguro a usted que no come cebada por no dar que decir. Así anda el reino en manos de esta gente. Malaventurados los que se ven en la dura necesidad de servirle, como yo, por ejemplo, que pudiendo estar pavoneándome en una Sala del Consejo, cual lo piden mis merecimientos y servicios, me hallo reducido a la triste condición en que usted me ve. ¡Ay!, señora de mi vida—añadió, haciendo pucheros—, esto me pasa por haber sido una mala cabeza, por haber fluctuado entre los dos partidos, sin decidirme por ninguno. Desde la guerra vengo haciendo quiebros como un bailarín, sin saber a qué faldón agarrarme. Mis vacilaciones, mi timidez natural y, ¿por qué no decirlo?, mi honradez me han traído al estado en que me veo, simple secretario de un Chaperón, yo, que llegué a posarme en la sala de Mil y Quinientas... ¡Y que no he pasado yo congojas en gracia de Dios...!—al decir esto, movía la cabeza como los muñecos que la tienen pegada al cuerpo por un espiral de alambre—. ¡Sin destino, y teniendo que mantener esposa, dos suegras y once becerros mamones! Es verdad que Dios se llevó de mi casa a la gente mayor; pero vinieron nietecillos..., ¡y qué casorios los de mis hijas!... En fin, señora, me callo, porque si sigo hablando de mis lástimas, ha de llorar hasta el tintero. ¡Qué hubiera sido de mí sin la pensión que me dió durante tres años el señor de Araceli y sin el favor de personas generosas como usted y otras, a quienes viviré eternamente agradecido... Pero me callo, positivamente me callo, porque si hablando siguiera...

—Una persona de tantas tretas como usted—manifestó Jenara, poco atenta a las lamentaciones del curial—puede ingeniar para que yo vea satisfecho mi deseo. Estoy segura de no quedar descontenta.

—En estos tiempos, señora, ¿quién es el guapo que puede dar una seguridad? ¿No ve usted que todo está sujeto al capricho?

Jenara, vagamente distraída, contem-

plaba el cefalópodo formado por la humedad sobre el retrato del monarca. De repente sonaron golpes en la puerta, y una voz gritó:

—El señor presidente.

—Con perdón de usted, señora—dijo, levantándose—. Ya está ahí ese Judas Iscariote. Tengo que ir al despacho.

El licenciado salió un momento como para curiosear, y al poco rato volvió corriendo con su pasito menudo y vacilante.

—Señora—dijo a su amiga en tono de alarma—, con Chaperón ha entrado el señor Garrote, su digno esposo de usted.

—¡Jesús, María y José!—exclamó la dama, llena de turbación—. Me voy, me voy... Señor Lobo, ¿por dónde salgo de modo que no encuentre...?

—Por aquí, por aquí...—manifestó el curial, guiándola fuera de la pieza, por oscuros pasillos, donde había alcarrazas, muebles viejos y esteras sin uso—. No es muy bueno el tránsito; pero saldrá usted a la calle de los Autores sin tropezar con bestias cornúpetas grandes ni chicas.

—Ya, ya veo la salida... Adiós; gracias, señor Lobo. Vaya usted luego por mi casa—dijo la señora, recogiendo la falda para andar más ligera.

Al poner el pie en el callejón, pasaba por delante de ella, tocándola, una figura imponente y majestuosa.

Cruzáronse dos exclamaciones de sorpresa.

—¡Señora!

—¡Padre Alelí!...

Era un fraile de la Merced, alto, huesudo, muy viejo, de vacilante paso, cuerpo no muy derecho y una carilla regocijada y con visos de haber sido muy graciosa, la cual resaltaba más sobre el hábito blanco, de elegantes pliegues. Apoyábase el caduco varón en un palo, y al andar movía la cabeza, mejor dicho, se le movía la cabeza, cual si su cuello fuera, más que cuello, una bisagra.

—¿Adónde va el viejecito?—le dijo la señora con bondad.

—Y usted, ¿de dónde viene? Sin duda, de interceder por algún desgraciado. ¡Qué excelente corazón!

—Precisamente de eso vengo.

—Pues yo voy a la cárcel a visitar a los pobres presos. Dicen que han entra-

do muchos ayer. Ya sabe usted que auxilio a los condenados a muerte.

—Pues a mí me ha entrado el antojo de visitar también a los presos.

—¡Oh magnífico espíritu!... Vamos, señora... Pero tate, tate; no mueva usted los piecillos con tanta presteza, que no puedo seguirla. Estoy tan gotoso, señora mía, que cada vez que auxilio a uno de esos infelices me parece que veo en él a un compañero de viaje.

Después de recorrer medio Madrid con la pausa que la andadura de su paternidad exigía, entraron en la cárcel. Al subir por la inmundada escalera, la dama ofreció su brazo al anciano, que lo aceptó bondadosamente, diciendo:

—Gracias... Si estos escalones fueran los del Cielo, no me costaría más trabajo subirlos... Gracias; se reirán de esta pareja, pero ¿qué nos importa? Yo bendigo este hermoso brazo que se presta a servir de apoyo a la ancianidad.

XX

Chaperón entró en su despacho con las manos a la espalda, los ojos fijos en el suelo, el ceño fruncido, el labio inferior montado sobre su compañero, la tez pálida y muy apretadas las mandíbulas, cuyos tendones se movían bajo la piel como las teclas de un piano. Detrás de él entraron el coronel Garrote (de ejército) y el capitán de voluntarios realistas Francisco Romo, ambos de uniforme. En el despacho aguardaba, perezosamente recostado en un sofá de paja, el diestro cortesano de 1815, Bragas de Pipaón.

A tiro de fusil se conocía que el insigne cuadrillero del absolutismo estaba sofocadísimo por causa de reciente disgusto o altercado. ¡Ay de los desgraciados presos! ¡Si los diablillos menores temblaron al ver a su Lucifer, cómo temblarían los reos si le vieran!

Garróte y Romo no se sentaron. También hallábanse agitados.

—No volverá a pasar, yo juro que no volverá a pasar—dijo Chaperón, dando una gran patada—. ¡Por vida del Santísimo Sacramento!..., vaya un pago que se da a los que lealmente sirven al Trono.

Hubiérase creído que la estera era el

Trono, a juzgar por la furia con que la pisoteaba el gran esbirro.

—Todavía—añadió, mirando con atónitos ojos a sus amigos—le parece que no hago bastante, que dejo vivir y respirar demasiado a los liberales. ¿Hase visto injusticia semejante? «Señor Chaperón, usted no hace nada; señor Chaperón, las conspiraciones crecen y usted no acierta a sofocarlas. Los conspiradores le tiran de la nariz y usted no los ve...» «Pero, señor Calomarde, ¿me quiere usted decir cómo se persigue a los liberales, a los comuneros, a los milicianos, a los compradores de bienes nacionales, a los clérigos secularizados, a toda la canalla, en fin? ¿Puede hacerse más de lo que yo hago? ¿Cree usted que esa polilla se extirpa en cuatro días?...» Pues que no: que para arriba y para abajo, que yo soy tibio, que soy benigno, que dejo hacer, que no tengo ojos de lince, que se me escapan los más gordos, que me trago los camellos y pongo a colar los mosquitos. Y vaya usted a sacarlos de ahí. Convénzales usted de que no es posible hacer otra cosa, a menos que no salgamos a la calle con una compañía y fusilemos a todo el que pase... Esta misma noche he de procurar ver a su majestad y decirle que si encuentra otro que le sirva mejor que yo en este puesto, le coloque en lugar mío. Francisco Chaperón no consentirá otra vez que don Tadeo Calomarde le llame zanguango.

—No hay que tomarlo tan por la tremenda—dijo Garrote con su natural franqueza, apoyándose en el sable—. Si el ministro y el rey se quejan de usted, me parece injusto...; ahora, si se quejan de la organización que se ha dado a la Comisión militar, me parece que están acertados.

—Eso, eso es—afirmó Romo sin variar su impasible semblante.

—No lo entiendo—dijo don Francisco.

—Es muy sencillo. Las comisiones están organizadas de tal modo, que aquí se eternizan las causas. Papeles y más papeles. Los presos se pudren en los calabozos... ¡Demonio de rutina! Para que esto marchara bien, sería preciso que los procedimientos fueran más ejecutivos, enteramente militares, como en un campo de batalla... ¿Me entiende usted?... ¿Se quiere arrancar de cuajo la

revolución? Pues no hay más que un medio—al decir esto, se puso en el centro de la sala, accionando como un jefe que da órdenes perentorias—. A ver, tú: ¿has conspirado contra el Gobierno de su majestad? Pues ven acá... ¡Ea!, fusílamme a esta buena pieza. A ver, tú: ¿has gritado «¡Viva la Constitución!...?» Ven acá; te vamos a apretar el gaznate para que no vuelvas a gritar... Y tú, ¿qué has hecho? ¿Compraste bienes del clero? Diez años de presidio... Y nada más. Entonces sí que se acababan pronto las conspiraciones. Juro a usted que no se había de encontrar un revolucionario, aunque lo buscaran a siete estados bajo tierra.

Cheperón hundía la barba en el pecho, acariciándosela con su derecha mano.

—Lo que dice el amigo Navarro—afirmó Romo—no tiene vuelta de hoja. Nosotros, los voluntarios realistas, hemos salvado al rey. Los franceses no habrían hecho nada sin nosotros. Somos el sostén del Trono, las columnas de la fe católica. Pues bien: dígame con franqueza si tenemos las preeminencias que nos corresponden. Los liberales nos insultan y no se los castiga.

Chaperón hizo un brusco movimiento. Iba a responder.

—Quiero decir que no se los castiga como merecen—añadió el voluntario realista—. En vez de tener absoluta confianza en nosotros, se nos quiere sujetar a reglamentos como los de la Milicia Nacional. Nos miran con desconfianza... ¿Y por qué? Porque no permitimos que se falte al respeto a su majestad y a la fe católica; porque estamos siempre en primera línea cuando se trata de sofocar una rebelión o de precaverla. Nuestro criterio debiera ser el criterio del Gobierno. ¿Y cuál es nuestro criterio? Pues es ni más ni menos que *exterminio absoluto*: no perdonar a nadie, cortar toda cabeza que se levante un poco, aplacar todo chillido que sobresalga. ¡Ah señores!, si así se hiciera, otro gallo nos cantara. Pero no se hace. Aunque el señor Chaperón se enfade, yo repito que hay lenidad, mucha lenidad; que no se castiga a nadie; que las causas se eternizan; que dentro de poco los negros han de reírse en nuestras barbas; que así no podemos vivir; que pelagra el Trono, la fe cató-

lica... Y no lo digo yo solo: lo dice todo el instituto de voluntarios realistas, a que me glorio de pertenecer... Y estamos trinando, sí, señor Chaperón, trinando porque usted no castiga como debiera castigar.

El hombre oscuro emitió su opinión sin inmutarse, y las palabras salían de su boca como salen de una cárcel los alaridos de dolor: sin que el edificio ría ni lllore. Tan sólo al fin, cuando más vehemente estaba, vióse que amarilleaba más el globo de sus ojos y que sus violados labios se secaban un poco. Después pareció que seguía mascullando, como en él era costumbre, el orujo amargo de que alimentaba su bilis.

—Todo sea por Dios—dijo Chaperón, alzando del suelo los ojos y dando un suspiro—. ¿Y de tantos males tengo yo la culpa?... Ya verán quién es Calleja.

Diciendo esto, se encaminó a la mesa. Ya el licenciado Lobo ocupaba en ella su puesto.

—A ver, despachemos esas causas—dijo el leguleyo.

—Aquí tenemos algunas—repuso Lobo, poniendo su mano sobre un montón de infamilia—, a las que no falta sino que vucencia falle.

—A ver, a ver. Con bonito humor me cogen. Vamos a prepararle su trabajo al fiscal.

Lobo tomó el primer legajo, y dijo:

—Número doscientos cuarenta y uno. Esta es la causa de aquel comunero que propuso establecer la República.

—Horca—dijo Chaperón prontamente y con voz de mando, como un oficial que a las tropas dice «¡fuego!»—. Sea condenado a la pena ordinaria de horca.

—Número doscientos cuarenta y dos—añadió Lobo, tomando otro legajo—. Causa de Simón Lozano por irreverencias a una imagen de la Virgen.

—Horca—gruñó Chaperón, cual si se le pudriera la palabra en el cuerpo—. Adelante.

—Número doscientos cuarenta y tres. Causa de la mujer y de la hija de Simón Lozano, acusadas de no haber delatado a su marido.

—Diez años de galera.

—Número doscientos cuarenta y cuatro. Causa de Pedro Errazu, por expresiones subversivas en estado de embriaguez.

—El estado de embriaguez no vale. ¡Horca! Añada usted que sea descuartizado.

—Número doscientos cuarenta y cinco. Causa de Gregorio Fernández Retamosa, por haber besado el sitio donde estuvo la lápida de la Constitución.

—Diez años de presidio...; no, doce, doce.

—Número doscientos cuarenta y seis. Causa de Andrés Rosario, por haber exclamado «¡Muera el rey!»

—Horca.

—Número doscientos cuarenta y siete. Causa del sargento José Rodríguez, por haber elogiado la Constitución.

—Horca.

—Doscientos cuarenta y ocho. Causa de su compañero Vicente Ponce de León, por haber permanecido en silencio cuando Rodríguez elogió la Constitución.

—Diez años de presidio, y que asista a la ejecución de Rodríguez llevando al cuello el libro de la Constitución, que quemará el verdugo.

—Doscientos cuarenta y nueve. Causa de don Benigno Cordero y de su hija Elena Cordero por conspiración...

—¡Alto!—gritó una voz desde el otro extremo de la sala.

Era la de Pipaón, que se adelantó extendiendo su mano como una divinidad protectora.

—Si es criminal perdonar al culpable, criminal es, criminalísimo, condenar al inocente—dijo con énfasis—. Yo me opongo, y mientras tenga un hálito de vida alzaré mi voz en defensa de la inocencia.

—Vaya, recomendación habemos—observó Garroté, riendo—. Eso no puede faltar en España. Favorcillo, amistades, empeños... Mientras tengamos eso, no habrá justicia en nuestro país... ¡Recomendación! Yo empezaría por ahorcar esa palabra. Me repugna.

—No se trata aquí de recomendar a un amigo a la generosidad de don Francisco—dijo el cortesano poniéndose rojo de tanto énfasis—. Es que la inocencia de don Benigno está ya tan clara como la diáfana luz del día. ¿Le consta a usted que no?

—A mí no me consta nada—repuso Navarro alzando los hombros—. Si no le conozco... Pero me ha llamado la

atención una cosa, y es que se han sentenciado en este mismo momento varias causas por desacato, por exclamaciones, por besos, por sacrilegios, sin que hayamos oído una voz que se interese por los criminales; pero aparece una causa de conspiración—al decir esto dió una gran palmada—, y en seguida vemos venir la recomendación. Si no hay gente más feliz que los conspiradores... Yo no sé cómo se las componen, que siempre encuentran amigos.

—Hablemos claro—dijo el cortesano tragando saliva—. Yo no recomiendo a un conspirador: solamente afirmo que el señor Cordero no ha conspirado jamás. ¿No está el señor Chaperón convencido de ello? ¿No se ha demostrado que los verdaderos culpables son otros?

—Este es un caso extraño—afirmó don Francisco—. Ciertamente es que los Corderos son inocentes.

—Bueno: si hay realmente inocencia, no digo nada—objetó, sonriendo, Navarro—. Pero es particular que sólo los que conspiran resultan inocentes.

—Sólo los que conspiran—añadió Romo en tono del más perfecto asentimiento.

—Pues qué—dijo Pipaón con mayor dosis de énfasis y encarándose con el voluntario realista—, ¿no será usted capaz de sostener que nuestro amigo don Benigno y su hija son inocentes del crimen que les imputó un delator desconocido?

Romo miró a todos, uno tras otro, impasiblemente. Jamás había su rostro aparecido más frío, más oscuro, de más difícil definición que en aquel instante. Era como un papel blanco, en cuya superficie busca en vano la observación una frase, una línea, un rasgo, un punto.

—Bien conocen todos—dijo con tranquilo tono—mi carácter leal, mi amor a la veracidad. Para mí, la verdad está por encima de todos los afectos, hasta de los más sagrados. Soy así y no lo puedo remediar. ¿Por qué me llaman los compañeros *el voluntario de bronce*? Porque soy como de bronce, señores: a mí no hay quien me tuerza ni me doble, ni me funda. ¿Se trata de una cosa que es verdad? Pues verdad y nada más que verdad—Romo hizo tal gesto con el dedo índice, que parecía querer

agujerear el suelo—. Si mi padre falta y me lo preguntan, digo que sí. No significa esto que sea insensible, no. Yo también tengo mis blanduras. Soy de bronce, y tengo mi cardenillo...—el hombre duro y lóbrego se conmovió—. Yo también sé sentir. Bien saben todos que quiero mucho a don Benigno Cordero. Bien saben todos que trabajé por que volviera a Madrid. Pues bien: supongamos que me preguntan ahora si creo que don Benigno Cordero conspiraba: yo responderé... que no lo sé.

Díjolo de tal modo, que dudando afirmaba. Lo que el hombre de bronce llamaba su cardenillo, si para él era un afecto, para los demás podía ser un veneno.

—¿Que no lo sabe!—exclamó Pipaón con ira—. Por... rza usted ha perdido el juicio.

—No lo sé—repitió el voluntario mirando al suelo—. Si no lo sé, ¿por qué he de decir que lo sé, faltando a mi conciencia? ¿Qué importan mis afectos ante la verdad? Yo cojo el corazón y lo cierro como se cierra un libro prohibido, y no lo abro aunque me muera..., porque no tengo que fijar los ojos más que en la verdad..., y la verdad es antes que nada, y maldito sea el corazón si sirve para apartarnos de la verdad.

—El amigo Romo—dijo Navarro—nos da un ejemplo de honradez que es muy raro y tendrá muy pocos imitadores.

—Pues yo—afirmó Pipaón subiendo todavía algunos puntos en la escala de su énfasis—digo que si la verdad está sobre el corazón, la caridad está sobre la verdad... Pero no necesitan los Corderos implorar la caridad, sino alegar su derecho, porque son inocentes. Señor don Francisco Chaperón, ¿no cree usted que son inocentes?

—Yo creo que sí—replicó el presidente con acento de convicción—. El delito que a ellos se imputaba ha sido cometido por otras personas. Así consta por declaración de los mismos reos. La declaración ha sido equivocada.

—¿Lo ven ustedes?—dijo Bragas, rompiéndose las manos una con otra.

—Por lo que veo, el delito no desaparece—indicó Garrote—. Lo que hay es un cambio de delincuente.

—Eso es, sustitución de delincuente.

—¿Y se castigará?—preguntó con in-

credulidad el coronel del ejército de la Fe.

—¡Bueno fuera que no!... ¿Estamos en Babia?... A fe que tengo hoy humor de blanduras. Siga usted, Lobo.

—Causa de don Benigno Cordero... Chaperón meditó un rato. Después, tomando un tonillo de jurisconsulto que emite parecer muy docto, habló así:

—Absolución. Solamente los condeno a dos meses de cárcel por no haber denunciado las visitas de Seudoquis al piso segundo de su misma casa.

«¡Qué bobería—murmuró por lo bajo Pipaón arqueando las cejas.»

—Número doscientos cincuenta y uno. Causa de don Angel Seudoquis—cantó el licenciado.

—Diez años de prisión y pena de degradación militar, por no haber dado parte a la autoridad de la llegada de su hermano a Madrid... Las cartas que se le han encontrado son amorosas... No hay la menor alusión a cosas políticas. Adelante.

—Número doscientos cincuenta y dos. Causa de Soledad Gil de la Cuadra y de Patricio Sarmiento.

—Es la más rara que se ha conocido en esta Comisión.

—Sí, la más rara—añadió Romo—, porque presenta un caso nunca visto, señores: el caso más admirable de abnegación de que es capaz el espíritu humano. Figúrense ustedes una joven inocente que por salvar a dos personas que le han hecho favores se declara culpable...; mentira pura..., una mentira sublime, pero mentira al fin.

—Abnegación—indicó Chaperón con cierto aturdimiento—. ¿Qué entendemos nosotros de eso? Cosas del fuero interno, ¿no es verdad, Lobo? Al grano, digo yo; es decir, a los hechos y a la ley. El delito es indudable. La prueba es indudable. Tenemos un reo convicto y confeso. Caiga sobre él la espada inexorable de la Justicia, ¿no es verdad, Lobo?

El licenciado no decía nada.

—Pero aparecen ahí dos personas—dijo Navarro.

—Una joven y un viejo tonto. Ella parece la más culpable. Del mentecato de Sarmiento no debemos ocuparnos. Sería gran mengua para este Tribunal.

—Si tras de lo desacreditado que es-

tá—dijo Navarro con sorna—, da en la flor de soltar a los cuerdos y ajusticiar a los imbéciles.

—Nada, nada. Adelante—manifestó Chaperón con impaciencia—. Despachemos eso.

—Soledad Gil—cantó Lobo.

—Pena ordinaria de horca. Y sea conducido don Patricio a la casa de locos de Toledo. Esto propondré a la Sala pasado mañana.

Miró a sus amigos con expresión de orgullo, semejante a la que debió de tener Salomón después de dictar su célebre fallo.

—Me parece bien—afirmó Garrote.

—Admirablemente—dijo Pipaón, tranquilizado ya respecto a la suerte de sus amigos y fiando en que le sería fácil después librarlos de los dos meses de cárcel.

—Y yo digo que habrá no poca ligereza en el Tribunal si aprueba eso—in-sinuó con hosca timidez Romo.

—¡Ligereza!

—Sí, averigüese bien si la de Gil de la Cuadra es culpable o no.

—Ella misma lo asegura.

—Pues yo la desmentiré, sí, señor; la desmentiré.

—Este es un hombre que no duerme si no ve ahorcados a sus amigos.

—Aquí no se trata de amigos—afirmó Romo con cierto calor que se podía tomar por rabia—. Yo no tengo amigos en estas cuestiones; yo no soy amigo de nadie, más que del rey y de la sacratísima fe católica. Romo, *el voluntario de bronce*, sólo tiene amistades con la Justicia y con la verdad. Y ya que hablamos del señor Cordero, digo que dejé de frecuentar su casa desde que vi en ella ciertas cosas.

—¿Qué ha visto usted?—preguntó vivamente el cortesano, tan sofocado por su enojo como por su collarín metálico, que le condenaba elegantemente a garrote.

—No tengo para qué decirlo ahora—repuso el voluntario volviendo la espalda—. Está sentenciada la causa. ¿Para qué añadir una palabra más?

—Me parece—dijo Bragas en tono de sarcasmo—que el amigo Romo está durmiendo y ve visiones, como las veía el que delató a nuestros amigos.

—¿Se sabe quién los ha delatado?

—preguntó Navarro al presidente de la Comisión—. ¿Es persona que merece crédito?

—Dos individuos de nuestra Policía. Generalmente obran por indicaciones de personas afectas a su majestad.

—Esas personas son entonces los verdaderos denunciadores.

—En efecto, ésas son—dijo Romo—. A esas personas hay que agradecer el expurgo que se está haciendo, y al cual deberá su tranquilidad el reino. ¿Quién se atrevería a vituperar a los médicos porque dijeran: «Córtese usted ese dedo, que está gangrenado?»

—Pues si aquí no ha habido una mala inteligencia, ha habido una infame intención—replicó Bragas, firme en su puesto—. Mi amigo Cordero ha sido víctima de una venganza.

—Usted no sabe lo que dice—afirmó Romo con desprecio—. En las oficinas del Consejo y en los gabinetes de las damas se entenderá de intrigar, de entorpecer la marcha de la Justicia; pero de purificar el reino, de hacer polvo a la revolución...

—Y ¿cómo se purifica el reino? ¿Atropellando a la inocencia, condenando a un hombre de bien por la delación de cualquier desconocido?

—Repito que usted no sabe lo que habla—dijo Romo presentando en su rostro creciente alteración, que le hacía desconocido—. Los que pasan la vida enredando para poner en salvo a los mayores delincuentes; los que se entretienen en escribir billetes de recomendación para favorecer a todos los pillos, no entienden ni entenderán nunca la rectitud del súbdito leal que en silencio trabaja por su rey y por la fe católica. Mírenme a la cara—el señor Romo estaba horrible—, para que se vea que sé afrontar con orgullo toda clase de responsabilidades. Y para que no duden de la verdad de una delación por suponerla oscura, se aclarará, sí, señores, se aclarará... Mírenme a la cara—cada vez era más horrible—; yo no oculto nada. Para que se vea si la delación de Cordero es una farsa, declaro que la hice yo.

Al decir *yo*, dióse un gran golpe en el pecho, que retumbó como una caja vacía. Brillaban sus ojos con extraño fulgor desconocido; se había transfigu-

rado, y la cólera iluminaba sus facciones, antes oscuras. El lóbrego edificio, donde jamás se veía claridad, echaba por todos sus huecos la lumbre amarillenta y sulfúrea de una cámara infernal. Haciendo un gesto de amenaza, se expresó así:

—El que sea guapo, que me desmienta.

Y salió sin añadir una palabra. Pipaón, que era hombre de muy pocos hígados, como se habrá podido observar en otras partes de esa historia, se quedó perplejo; pero afectaba la indecisión de un valiente que medita las atrocidades que ha de hacer. Chaperón dijo:

—No se decida nada sobre esas dos causas. Quédese para otro día.

Un diablillo menor entró muy gozo so, diciendo a su jefe:

—Acabamos de recibir una gran noticia de la Superintendencia. Rafael Seudoquis ha sido preso en Valdemoro. Esta noche llegará a Madrid.

—¡Suceso providencial!—exclamó don Francisco con júbilo—. Cayó el principal pez. Vea usted, señor Pipaón, de qué manera vamos a salir pronto de dudas. Sobre ése sí que no habrá dimes y diretes. Apunte usted, Lobo... Horca, tres veces horca!

—Saldremos de dudas—indicó Pipaón, decidiéndose a aflojar la hebilla de su collarín metálico, cuya presión se le hacía insostenible—. Ese hombre es la providencia de mis amigos.

XXI

Decir cuánto padeció el magnánimo espíritu del presidente de la Comisión militar en aquellos días, fuera imposible. Había en el fondo, muy en el fondo de su alma, perdido entre el légamo de abominables sentimientos, un poco de equidad o rectitud. Verdad es que esta virtud era un diminuto corpúsculo, un ser rudimentario, como las *moneras* de que nos habla la ciencia; pero su pequeñez extraordinaria no amenguaba la poderosa fuerza expansiva de aquel organismo, y a veces se la veía extenderse tratando de luchar en las tinieblas con el cieno que la oprimía y de

abrírse paso por entre la masa de hierbas inmundas y groseras existencias que llenaban todo el vaso de la conciencia chaperoniana.

Convencido de la inocencia de Cordero y de su hija, don Francisco sentía que la *monera* de su alma le gritaba con vocecita casi imperceptible que los pusiera en libertad. Sus compañeros de Comisión, aunque generalmente deliberaban y votaban por fórmula, dejándole a él toda la gloria de la iniciativa (y reservándose sólo los sueldos), opinaban también que Cordero debía ser absuelto. Los últimos escrúpulos de don Francisco se disiparon con las declaraciones de Rafael Seudoquis, el cual, si al principio se mostró reservado, después, por la virtud de un hábil interrogatorio capcioso, echó gran luz sobre el suceso de las cartas, dejando ver la inculpabilidad absoluta del tendero de encajes y de su hija.

La declaración de Soledad, la de Seudoquis, la opinión de todos los individuos de la Comisión militar, las gestiones del habilidoso Bragas y su propia conciencia (guiada esta vez por el misero corpúsculo que crecía en el fondo de ella), decidieron a don Francisco a firmar la orden de excarcelación, novedad inaudita en aquellas diabólicas regiones, cuya semejanza con el Infierno se completaba por la imposibilidad de que salieran los que entraban.

Pero aquí comenzaron las tribulaciones del funcionario absolutista (y nos es forzoso ponernos de su parte), porque el mismo día en que dictara la excarcelación recibió tales vejaciones y desaires de sus amigos los voluntarios realistas, que estuvo a punto de reventar de cólera, aunque la desahogaba con votos y ternos, asociando la vida del Santísimo Sacramento a todas las picardías habidas y por haber. Al ir por la mañana al Tribunal para oír misa, vió un pasquín infamante en la esquina de la parroquia de San Nicolás, en el cual documento se hablaba de las onzas de oro que percibía el *brigadier tragamue* *tos por cada preso que soltaba*. Recibió diversos anónimos amenazándole con descubrir sus artimañas, y supo que en el cuerpo de guardia habían pintado los voluntarios su simpática imagen pendiente de la horca, con amenos versículos al pie.

—Esos bergantes, a quienes se permite la honra de parecerse a los soldados—decía, para sí, midiendo con las piernas, al modo de compás, el suelo de su despacho—, se van a figurar que reinan con Fernando Séptimo... Sí..., como no les corten las alas, ya verán qué bonito se va a poner esto... ¿Tenemos aquí otra vez la Milicia Nacional? Porque es lo mismo, llámese blanco, llámese negro; es exactamente lo mismo. Miserables saltimbanquis, ¿de qué me acusáis? ¿De que no castigo a los conspiradores? ¿Pues qué he de hacer, marmolejos con fusil, sino castigarlos? ¿Entendéis vosotros de ley, borrachos? ¡Qué no castigo las conspiraciones!... ¡Que desde que sucedió lo de Almería y Tarifa no ha sido condenado ningún conspirador! ¿Pues no está ahí Seudoquis? ¿No están también sus cómplices, sus infames cómplices?... ¡Porque éstos sí que son malos! Ahí los tenéis, presos por conspiración. ¿Queréis más, ladrones de caminos? Ahí tenéis a Seudoquis, a quien veréis en la horca; ahí tenéis a la muchachuela, a quien veréis en la horca... ¿Queréis más carne muerta, cuervos? ¡Por vida del Santísimo! ¿Queréis también al imbécil?... Señor Lobo, a ver esa causa.

Lobo, que silenciosamente cortaba su pluma, dióle las últimas raspaduras, y hojeó después varios legajos.

—Al punto voy, excelentísimo señor—dijo melifluamente.

Aquel día se notaba en el licenciado un extraordinario recrudescimiento de amabilidad y oficiosa condescendencia.

—Esa endiablada causa, excelentísimo señor..., aquí la tenemos. Abulta, abulta que es un primor. Ya se ve: como que está llena de picardías... No vaya a creer vucencia que consta de dos o tres pliegos, como algunas. Esto es un archivo. Y que he trabajado poco, en gracia de Dios.

—De Seudoquis no se hable—dijo Chaperón, tomando asiento frente a su asesor e implantando los dos codos sobre la mesa para unir las manos arriba, de modo que resultaba la perfecta imagen de una horca—. Ese está juzgado. En cuanto a la joven, su culpabilidad es indudable, y yo creo que debemos ahorcarla también. ¿Qué le parece a usted, licenciado de todos los demonios?

—¿Quiere vucencia que le hable como jurisconsulto o como amigo?—preguntó Lobo, con cierto misterio.

—Como usted quiera, hombre, como usted quiera, con tal que hable claro.

—¿Como jurisconsulto?

—¡Dáale!...

—Como asesor opino... Señor don Francisco, haga usted lo que más le acomode. Ahora, si me consulta vucencia como amigo... ¿Quiere que le hable con completa claridad y confianza?

—Sí.

—Pues, en confianza, si la Comisión ahorca a esa madamita, me parece que hace una gran barbaridad.

—¿Eh?

—Una barbaridad de *a folio*.

—¿Por qué?

—Porque es inocente.

—¿Esas tenemos?... Por vida del Santísimo—exclamó con ira—. Como usted no tiene la responsabilidad de este delicado cargo...; como a usted no le acusan de tibieza, ni de benignidad, ni de venalidad... Ya les echaré yo un lazo a mis detractores... Pero vamos al caso. ¿Dice usted que es inocente?

—Sí, y lo pruebo—repuso Lobo, tomando la más solemne expresión de gravedad judicial.

—Lo prueba, lo prueba...—dijo Chaperón, con sarcástica bufonería—. Lo que usted probará será el aguardiente, si se lo dan. Grandísimo borracho, escriba usted, escriba usted mi fallo.

—Escribiremos, excelentísimo señor—dijo Lobo, resignadamente, como el que, habiendo recibido una coz, no se cree en el caso de devolver otra.

Chaperón encendió un cigarro. Después de la primera chupada, dijo:

—La condeno a pena ordinaria de horca.

Luego se quedó un rato contemplando la primera bocanada de humo que salía del horrendo cráter de sus labios.

XXII

La primera noche de su encierro, don Patricio y su compañera de cárcel no durmieron. La prisión no pecaba ciertamente de estrecha; pero en luces competía con la noche absoluta, siendo difi-

cil asegurar quién llevaba la ventaja, si bien al filo del mediodía parecía vencer la cárcel a su rival, a causa de ciertas claridades que se entraban por el enrejado ventanillo, temerosas y sobrecogidas de miedo y embozadas misteriosamente en espesas capas de telarañas. Dichas claridades recorrían con pasos de ladrón el techo y las paredes, miraban con cautela a los negros rincones y al piso, y a eso de las dos o las tres volvían la espalda para retirarse, dejando la fúnebre pieza a oscuras. Dos sillas, una tarima pegada a la pared y una mesa constituían el mísero ajuar. Los ladrillos del suelo respondían siempre a cada pisada de los presos con un movimiento de balanza y un sonido seco, señales ciertas de su disgusto por verse molestados en su posición horizontal. Seguramente ellos, como toda la casa, habrían vuelto con gozo a poder de los padres del Salvador, sus antiguos dueños, hombres pacíficos que jamás lloraban, ni hacían escándalos, ni pateaban desesperadamente, ni pedían a gritos que los sacaran de allí.

La primera noche, como hemos dicho, Sarmiento y su amiga, no muy bien avenidos con su residencia en tan ameno lugar, no durmieron nada y hablaron poco. El viejo, como si su entusiástica locuacidad delante del Tribunal le hubiera agotado las fuerzas y secado el rico manantial de sus ideas, estaba taciturno. Los excesos de espontaneidad producían en él una reacción sobre sí mismo. Después de divagar por el exterior, libre, sin freno, cual andante aventurero que todo lo atropella, se metía en sí como cartujo. Soledad también sufría la reacción correspondiente a una espontaneidad que, sin duda, le estaba pareciendo excesiva. Pero su espíritu estaba tranquilo; su pensamiento, pasada revista con cierto desdén a los sucesos próximos, se remontaba orgulloso a las alturas, desde donde pudiera descubrir horizontes más gratos y personas más dignas de ocuparlo. Había llegado a adquirir la certidumbre de un trágico fin; pero lejos de sentir el terror propio de tales casos, muy natural en una débil muchacha inocente, se sobrepuso con ánimo grandioso a la situación; supo mirar desde tan alto su propia persona, su prisión, su proceso, sus verdugos, las

causas e incidentes de aquella lamentable aventura, que fué creciendo, creciendo, y bien pronto cuanto la rodeaba, incluso Madrid, la nación y el mundo entero, se quedó enano. ¡Admirable resultado del espíritu religioso y de la elasticidad del corazón, cuya magnitud, cuando él se decide a crecer, se pierde en lo infinito!

Al día siguiente, don Patricio, que había llegado al límite de su tétrico silencio y no podía permanecer más tiempo mudo, se expresó así:

—Hija mía, me parece que esto es hecho.

—¿Por qué no te echas, a ver si duermes un ratito?—le dijo Sola, con bondad—. La tarima no es como las camas de casa; pero a falta de otra cosa...

—¡Dormir..., dormir yo!—exclamó Sarmiento, con voz lastimera—. Ya el dormir profundo está cercano. Te digo que esto es hecho.

—Sí; esto no puede ser más hecho... Ya que no quieres levantarte del suelo, al menos tiéndete de largo y recuesta esa pobre cabecita sobre mis rodillas.

Sola, que estaba sentada en la silla, se puso en el suelo, dando después una palmada sobre su falda, para indicar que podía servir de blanda almohada. Don Patricio, sentado contra la pared, con las rodillas en alto, los brazos cruzados sobre aquéllas y la barba sobre los brazos, formando con su cuerpo dos ángulos opuestos y muy agudos, no quiso dejar tan encantadora postura de zigzag.

—No, niña, mía; aquí estoy bien. Lo que te digo es que esto es hecho.

—Se me figura que estás cobarde, viejecillo tonto.

—¡Cobarde yo!—exclamó Sarmiento, con un rugido—. No me lo digas otra vez, porque creeré que me insultas.

—Como te he visto tan parlanchín delante de los jueces, y ahora tan callado...—dijo la reo, extendiendo su mano en la oscuridad para palpar la cabeza del anciano.

—Es que el alma humana tiene grandes misterios, niña querida. Desde que entramos aquí estoy pensando una cosa.

—Con tal que no sea algún disparate, deseo saberla.

—Pues verás... Me ocurre que esto es hecho, quiero decir, que se cumple al

fin mi altísimo destino, que las misteriosas veredas trazadas por el autor de todas las cosas y de todos los caminos me traen al fin a la excelsa meta a donde yo quiero ir. Pero...

—Veamos ese pero, abuelito Sarmiento. Hasta ahora no había peros en ese negocio del Destino.

—Pero... hay una cosa en la cual yo no había pensado bien hasta que salimos de aquel endiablado Tribunal. Respecto de mi suerte no hay duda... Pero ¿y tú?

—No tengo yo dudas respecto a la mía—dijo Sola con seriedad—. Los dos moriremos.

—¡Tú..., tú también!

Oyóse un bramido de horror y después largo silencio.

—Eso no puede ser, eso es monstruoso, inicuo—gritó el preceptor, agitando en la oscuridad sus brazos.

—Ahora te espanta, viejecillo, y cuando estábamos en el Tribunal te parecía natural. ¿No decías: «Moriremos los dos, somos mellizos de la muerte»...? ¿No dijiste también: «Vamos a la horca; mientras más alta sea, mejor: así alumbraremos más; somos los fanales del género humano»?

—Verdad que tales cosas dije; pero has de tener en cuenta que yo me hallaba entonces en uno de esos momentos de inspiración en los cuales pronuncio las sorprendentes piezas de oratoria que me han dado tanta fama. Yo no esperaba encontrarte allí... ¡Ay, cuando te vi presa y condenada por conspiradora..., porque tú has conspirado, niña de mis ojos..., sentí una alegría tan grande!... Me pareció que Dios te destinaba también al martirio; pero ahora veo que esto no debe ser. Calmada aquella estupenda exaltación, la voz de la Naturaleza ha resonado en mí, diciéndome que no debo asociar a mi muerte a ningún otro ser. Tú eres una muchacha oscura, y tu sacrificio no puede ser de gran beneficio a la causa santa.

—¡Ah!—dijo Soledad sonriendo, pero sin que nadie pudiera ver su sonrisa, como no fueran las mismas tinieblas—, ya comprendo: tienes envidia de que vaya a quitarte un poquito de esa gloria.

—Tonta, pero tonta—replicó el anciano.

no muy expresivamente—, si toda has de heredarla tú, toda, toda. Si no es preciso que tú mueras como yo, ni eso viene al caso.

—Los jueces no creerán lo mismo.

—¡Pues son unos bribones, unos...! —exclamó Sarmiento ronco de ira, moviendo sus piernas para levantarse—. Yo les diré que eso no puede ser... Los convenceré, sí, ¡pues no he de convencerlos...!

Soledad se echó a reír.

—Te ríes... Pues esto es muy serio. Yo no creo que te condenen; pero si te condenaran...

Oyóse un chasquido, que bien podía ser causado por una gran manotada que el preceptor se dió en la cabeza.

—Sí, me condenarán, porque mi delito de recoger y repartir las cartas está más que probado, y si no, con la declaración tuya...

—Yo declararé... ¿Qué declararé yo?

Soledad repitió a Sarmiento lo que él mismo había dicho respecto a las cartas y a las personas que las recibieron.

—¡Yo declararé todo eso, yo!—dijo el patriota muy perplejo, como un beodo que va poco a poco recobrando el sentido—. ¿Y por eso dices que te condenarán?... Me parece que no estás en lo cierto. De ahí se desprende que el delincuente, según ellos, soy yo, yo el conspirador, yo el apóstol y el agente secreto de la Libertad; y como yo tengo, además, la nota de Demóstenes constitucional y de haber revuelto a media España con mis conmovedoras arengas, de aquí que yo sea el condenado y tú no.

—Me parece—dijo la huérfana, tocando el hombro de Sarmiento—que mi viejecito ve las cosas al revés. Yo seré condenada, y él ira a un sitio donde se vive muy bien y tratan caritativamente a los pobres.

—¡Por vida de ochenta millones de chilindrinas!—gritó Sarmiento, poniéndose de un salto en pie—, no me digas que tú serás condenada a muerte sin mí, porque me vuelvo loco, porque soy capaz de derribar de un puñetazo esas férreas puertas y hacer añicos a Chaperón y los demás jueces, y demoler a puntapiés la cárcel y pegar fuego a Madrid entero... ¡Tú condenada a muerte!

—Somos los fanales del género humano.

—No, no; ésa es una figura de retórica, tonta—dijo el fanático pasando del tono trágico al familiar—. Aquí no hay más fanal que yo. Tú me acompañas en mi última hora, me acompañas, ¿entiendes?... pero no mueres. ¡Morir tú!... ¿Por qué, ángel delicado, inocente?... ¿Habrá un juez que falle tal infamia?... Si tu muerte no es provechosa a la santa causa... ¿A qué ni para qué? Yo solo, yo solo, ¿lo entiendes bien? ¡Yo solo! Este es el destino, ésta la voluntad, esto lo que está trazado en los libros inmortales, cuyos renglones dicen a cada siglo sus grandezas, a cada generación su papel, a cada hombre su puesto... Pobre y desvalida niña de mis entrañas, no me digas que vas a morir también, porque me siento cobarde, me convierto de águila majestuosa en tímido jilguerillo, se me van las ideas sublimes, se me achica el corazón, me siento caer, desplomándome como una torre secular sacudida por temblores de tierra; me evaporo, niña mía; desfallezco, dejo de ser un Cayo Graco para no ser más que un Juan Lanas.

Arrastrándose por el suelo, Sarmiento tanteaba con las manos en la oscuridad hasta que dió con el cuerpo de Sola. Echándose entonces como un perro, hundió la cabeza en su regazo. Soledad no dijo nada.

XXIII

Prolongábase el silencio de ambos, cuando se abrió la puerta del calabozo y entraron dos personas: el carcelero y el padre Alelí. Acostumbraba el buen sacerdote visitar a los presos para consolarlos u oírlos en confesión, y frecuentemente pasaba largos ratos con alguno de ellos hablando de cosas festivas, con lo cual se amenguaban las tristezas de la cárcel. Era el padre Alelí un varón realmente santo y caritativo; su bondad se mostraba en dos especies de manías: dar almendras a los muchachos de las calles y palique a los presos. Diríase que unos y otros eran su familia y que no podía vivir sin ellos.

Con su fórmula de costumbre, saludó a nuestros dos infortunados amigos, que

apenas distinguían en la lobreguez del cuarto la escueta figura blanca del fraile, vaga, semifantástica, cual un capricho de la oscuridad para engañar a los ojos. El padre Alelí tocó en tierra y en las paredes con un palo, como los ciegos, y al mismo tiempo decía:

—Pero ¿dónde están ustedes? ¡Ah!, ya toco aquí un cuerpo.

Soledad, tomándole del brazo, le ofreció una silla.

—No, tengo que marcharme. Hoy he de hacer muchas visitas... Gracias, señora... ¿Es usted la que llaman Soledad? Debo advertirle una cosa que la consolará mucho: hay una dama que se interesa por usted... Ahí fuera está... No la han dejado entrar; pero me encarga diga a usted que hará todo lo posible para evitar una desgracia... ¡Qué señora tan angelical, qué corazón de oro!... Y el ancianito, ¿dónde está?... Anímese usted, buen hombre. Ya, ya me han dicho que está demente.

Oyóse entonces una voz sorda e inarticulada que parecía expresar amargo desprecio.

—¿Está en el suelo el pobre hombre? —añadió Alelí, tanteando suavemente con su palo—. Me parece que le siento roncar... Si todos tuvieran el buen abogado que éste tiene... ¡Su demencia le salvará!... Adiós, hijos míos; no puedo detenerme... Mañana será más larga la visita.

Retiróse, y los dos presos quedaron solos todo el día. Al anoecer los interrogaron. Después volvieron a quedar solos, ella muda y recogida; Patricio, taciturno a ratos y a ratos poseído de furor, que con ninguna especie de consuelos podía calmar su compañera. Tampoco aquella noche durmieron gran cosa, y al día siguiente, que era el primero de septiembre, volvió el padre Alelí, a quien el carcelero dejó encerrado dentro.

—Hoy puedo dedicar a mis amigos un ratito—dijo, dejándose conducir por Soledad a la silla—. Ya estoy... Gracias, señora... Me han dicho que es usted muy simpática... En estos cavernosos cuartos no se ve nada... Y el pobre tonto, ¿cómo se encuentra?

—¡Quieres dejarnos en paz, endiablado fraillón!—gritó una voz ronca, irridada, tenebrosa, que parecía ser la voz

misma de la oscuridad que había tomado la palabra.

—¡Jesús, María y José!—exclamó el padre Alelí santiguándose—. Verdaderamente, ésta no es casa de orates. Todo sea por Dios.

—Abuelito Sarmiento—dijo Soledad acariciando al anciano, que arrojado a sus pies estaba—. No es propio de persona cortés y bien educada como tú el tratar así a un sacerdote.

—¡Que se vaya de aquí!... ¡Que nos deje solos!—gruñó el fanático, arras-trándose como un tigre enfermo—. ¿Qué busca aquí el frailucho?

—¡Ave María Purísima!

—Si al menos nos trajera buenas noticias...

—Buenas las traigo para usted...

—A ver, a ver...—dijo don Patricio, incorporándose de improviso.

—Usted será absuelto libremente.

Sarmiento se desplomó en el suelo, haciendo temblar los ladrillos.

—¡Maldita sea la boca que lo dice!...

—murmuró con hondo bramido.

—Siento no poder dar nuevas igualmente lisonjeras a esta señora—añadió el fraile, tomando la mano de la joven y estrechándosela entre las suyas—. No puedo decir lo mismo, ni quiero dar esperanzas que no han de verse realizadas. Las circunstancias obligan al Tribunal a ser muy severo... ¡Cómo ha de ser! Más padeció Jesucristo por nosotros. Si tiene usted resignación, paciencia cristiana; si, purificando su alma, sabe desprenderla de las miserias del mundo y elevarla al cielo en este trance de apariencia afflictiva, será más digna de envidia que de lástima.

—¡Maldita sea la boca que lo dice! Sarmiento, al hablar así, arrastrábase hasta el ángulo opuesto.

—¿Qué es la vida?—añadió Alelí, tomando un tono melifluido—. Nada: un soplo, aire, ilusión. ¿Qué es el tiempo que contamos en el mundo? Nada: un momento. La vida está allá. ¿Qué importan un sufrimiento pasajero, un dolor instantáneo? Nada, nada, porque después viene el eterno gozar y la placida eternidad en que se deleitan los justos. Nadie es mejor recibido allá que los que aquí han padecido mucho. Los perseguidos por la Justicia son los primeros entre los bienaventurados. Los

pecadores que se depuran por el arrepentimiento y el castigo corporal forman en la línea de los inocentes, y todos juntos penetran triunfantes en la morada celestial.

A esta homilía, dicha con arte y sentimiento, siguió largo silencio. El padre Alelí suspiraba. Su mucha práctica en consolar a los reos de muerte no había gastado en él los tesoros de sensibilidad que poseía; antes bien, los había enriquecido más. Estaba sujeto a grandes aflicciones por razón de su oficio, y se identificaba tanto con sus penitentes, que decía: «Me han ahorcado ya doscientas veces, y tengo sobre mí un par de siglos de presidio.»

Después que cobró ánimos, habló así:

—Hoy he visto a esa señora. ¡Qué angelical bondad la suya! Está desesperada por no haber podido conseguir cosa alguna en pro de usted. Sin embargo, no cede en su empeño... Aún tiene esperanza... Yo, si he de decir la verdad, ya no la tengo.

—Yo tampoco la tengo ni la quiero —dijo Soledad con un arranque de unción religiosa—. Me resigno a mi desgraciada suerte y sólo espero morir en Dios.

Por grandes que sean los bríos de un alma valerosa, la idea del morir y de un morir violento, antinatural y vergonzoso, la turba, la acomete con fiera sacudida, prueba clara de que sólo a Dios corresponde matar. Sola derramó algunas lágrimas, y el fraile notó que sus heladas manos temblaban. A tal hora, que era la del mediodía, habían aparecido, puntuales en su cotidiana visita, las claridades intrusas que se paseaban por el cuarto. A favor de ellas se distinguían bien los tres personajes: el fraile sentado en la silla, todo blanco y puro, como un ángel secular que hubiera envejecido; Soledad, de rodillas ante él, vestida de negro, mostrando su cara y sus manos, de una palidez transparente; don Patricio, echado en el rincón opuesto, con la cara escondida entre los brazos y éstos sobre los ladrillos, cada vez más semejante a un tigre enfermo, de respiración estertorosa.

—Llore usted, llore —dijo el padre Alelí a su penitente—, que así se calma la congoja. Yo también lloro, querida mía; también me lleno de agua la cara, a

pesar de estar tan acostumbrado a ver lástimas y dolores. ¿El mundo qué es? Barro amasado con lágrimas, ni más ni menos. Lloramos al nacer, lloramos también al morir, que es el verdadero nacimiento.

—Padre —dijo la huérfana—, si ve su reverencia hoy a esa señora, hágame el favor de manifestarle que le doy gracias de todo corazón por lo que ha hecho por mí, aunque sus buenos deseos hayan sido inútiles. Al mismo tiempo, quiero que su reverencia le ruegue que me perdone... Su reverencia no está en antecedentes. Yo cometí el día de mi prisión una grave falta; me dejé arrastrar por la ira, y por la primera vez en mi vida sentí en mi corazón el ardor de una pasión infame, la venganza. No sé cómo fué aquello... Me hizo tanto daño mi propio furor, que me desmayé. Nunca había sentido cosa semejante. Parece que pasó por dentro de mí como un rayo. Verdad es que yo tenía motivos, sí, padre, motivos... Pero no hablemos de eso... Yo ruego a esa señora que me perdone.

—Y yo me comprometo a asegurar a usted que ya está perdonada —replicó el fraile con bondad—. Conozco a la señora y sé que sabe perdonar.

—¿Su reverencia podrá decirme si le ocasionarán algún perjuicio a esa señora las palabras que yo dije delante del juez?

—Presumo que no le ocasionarán daño alguno. Esté usted tranquila por ese lado. Creo haber entendido (quizá me equivoque, porque estoy ya un poco lelo) que entre usted y ella hay un antiguo resentimiento. Parece que la señora, en un momento de delirio, porque los tiene, sí, tiene esos momentos de delirio...

—No quisiera que se nombrase eso más —replicó Sola con presteza, extendiendo la mano como para tapar la boca al fraile—. Soy la ofendida, y desde que estoy aquí me he propuesto olvidar ese y otros agravios, perdonándolos con todo mi corazón.

—Bien, muy bien. Esa cristiana conducta me gusta más que cien mil rosarios bien rezados.

—¿Su reverencia conoce bien lo que pasa en la Comisión militar? Estoy muy ansiosa por saber si el señor Cordero

y su hija han sido puestos en libertad.
—Desde ayer, hija, desde ayer están en su casa tan contentos.

—¡Oh, qué dicha!—exclamó Sola cruzando las manos—. Eso es lo que yo quería..., porque son inocentes y estaban presos por un delito que yo cometí. Yo le contaré todo a su reverencia. Quiero hacer confesión general.

—A punto estamos—repuso el fraile, acomodando el codo en la mesa y sosteniendo la frente en la mano.

Sola se acercó más, dando principio al solemne acto.

Duró próximamente media hora. El padre Alelí dió su absolución en voz alta y con los ojos cerrados, trazando lentamente la cruz en el aire con su brazo blanco y su mano flaca y delicada. Concluido el latín, dijo en castellano a la penitente:

—Adquisición admirable hará el reino de Dios muy pronto con la entrada de un alma tan hermosa.

Sola, que sentía mucho dolor en las rodillas, se echó hacia atrás, sentándose sobre sus propios pies.

En el mismo momento oyóse un feroz ronquido y el roce de un cuerpo contra el suelo. La voz cavernosa y terrible de Sarmiento se expresó así:

—¿Quiere usted marcharse con cien mil docenas de demonios?... ¿Qué cuchichean ahí?

El fraile se levantó, y dando dos pasos hacia el punto en donde sonaban las tremendas voces, dijo:

—Su compañera de usted ha confesado. ¿Quiere usted hacer lo mismo?

—¡Yo!... Por vida de la recondenada chilindrana, señor don Majadero, que si no se me quita pronto de delante...

El padre Alelí se tocó la sien con su dedo índice, moviendo la cabeza en señal de lástima.

—¡Confesar yo!... ¡Yo, que soy un volcán de rabia!—añadió el desgraciado, tratando de levantarse con fatigosos movimientos que hacían bailar a los ladrillos—. ¡Repito que no hay Dios!... ¡No, no hay Dios! Todo es una mentira. El mundo, la gloria, el destino, fábula y palabrería. Denme un cuchillo, porque quiero matarme; me avergüenzo de vivir... Al primero que se me ponga por delante, le muerdo.

Las claridades que un momento se

habían alejado volvieron juguetonas, sin abandonar sus capisayos de telarañas, y con ellas pudo ver el padre Alelí que la pobre bestia enferma alzaba la cabeza y mostraba una horrible cara amoratada y polvorienta, toda llena de baba viscosa. Sus ojos daban miedo.

—¡Desgraciado!—murmuró con dolor el padre Alelí—. Tú, que vivirás, eres más digno de lástima que ella, destinada a morir.

—No me lo digas, no me lo digas—gritó Sarmiento, incorporado su busto por un movimiento rapidísimo de sus remos delanteros—. No me lo digas, porque te mato, infame fraile, porque te devoro.

—Eres un pobre demente.

—Soy un hombre que ha perdido su ideal risueño, un hombre que soñó la gloria y no la posee, un hombre que se creyó león y se encuentra cerdo. Mi destino no es destino, es una farsa inmundada, y al caer, y al envilecerme, y al pudrirme como me pudro, tengo la desgracia de conservar intacto el corazón para que en él clave su vil puñal la justicia humana matando a mi hija... Infame frailucho, ¿has venido a gozarte en mi miseria? Vete pronto de aquí, vete. Mira que no soy hombre, soy una bestia.

Clavaba sus uñas en los ladrillos y estiraba el amenazante rostro descompuesto.

—Que Dios se apiade de ti—dijo, grave y solemnemente, el fraile, bendiciéndole—. Adiós.

Y después de encargar a Sola que tuviera resignación, mucha resignación, por las diversas causas que lo exigían (señalaba al infortunado viejo), se retiró considerando la magnitud de los males que afligen a la raza humana.

XXIV

¡Válgame Dios, y qué endiablado humor tenía don Francisco Chaperón, a pesar de haber procedido conforme a lo que en él hacía las veces de conciencia! Pues ¿no llegaba el cinismo de los voluntarios realistas al incalificable extremo de vituperarle aún, después que tan clara prueba de severidad y rectitud acababa de dar?... ¡Cuán mal se juzga

a los grandes hombres en su propia patria! Varones eminentes, desvelaos; consagrad vuestra existencia al servicio de una idea, para que luego la ingratitud amargue vuestra noble alma... ¡Todo sea por Dios!... ¡Por vida del Santísimo Sacramento, esto es una gran bribonada!

Todavía vacilaba el don Francisco en perdonar a Cordero después de haberlo propuesto en junta general a la Comisión; pero el cortesano de 1815 añadió a las muchas razones anteriormente expuestas otras de mucho peso, logrando atraer a su partido y asociar hábilmente a su trabajo a un hombre cuya opinión era siempre palabra de oro para el digno presidente de la Comisión. Este hombre era el coronel don Carlos Garrote. Para seducirle, Bragas no necesitó emplear sutiles argucias. Bastóle decir que Jenara bebía los vientos por sacar de la cárcel a Sola, aunque en sustitución de ella fuese preciso ahorcar a todos los Corderos y a todos los Toros de Guisando nacidos y por nacer. No necesitó otras razones Navarro para sugerir a Chaperón la luminosa idea siguiente:

—Vea usted cómo voy comprendiendo que la hija de Gil de la Cuadra es una intrigante. De esta especie de polilla es de la que se debe limpiar el reino. Apuesto a que es la querida de Seudoquis.

No se habló más del asunto. Aunque decidido a castigar severamente, Chaperón no había de reconquistar las simpatías perdidas en el Cuerpo de voluntarios. Hubiéralo llevado con paciencia el hombre-horca, y casi, casi, estaba dispuesto a consolarse cuando un suceso desgraciadísimo para la causa del Trono y de la fe católica vino a complicar la situación, exacerbando hasta el delirio el inhumano celo del señor brigadier. En la noche del 2 al 3 de septiembre, un preso, el más importante, sin duda, de cuantos guardaba en su inmundó vientre la cárcel de Corte, halló medios de evadirse, y se evadió. No se sabe si anduvo en ello la virtud del metal, que es la llave de corazones y ganza de puertas, o simplemente la destreza, energía y agudeza del preso. No discutiremos esto. Basta consignar el he-

cho tristísimo (atendiendo al Trono y a la fe católica) de que Seudoquis se escapó. ¿Fué por el tejado, fué por las alcantarillas, fué por medio de un disfraz? Nadie lo supo ni lo sabrá probablemente. En vano don Francisco, corriendo a la cárcel muy de mañana (pues ni siquiera tuvo tiempo de tomar chocolate), mandó hacer escrupuloso registro en las buhardillas y sotanos, y prender a casi todos los calaboceros e interrogar a la guardia, y amenazar con la horca hasta al mismo santo emblema de la Divinidad humanada, que tan mascullado estaba siempre en su irreverente y fiera boca.

A la hora del despacho se encerró con Lobo. Estaba tan fosco, tan violento, que al verle se sentían vivos deseos de no volver a verle más en la vida. Para hablarle de indulgencia se habría necesitado tanto valor como para acercar la mano a un hierro candente. Chaperón sólo se hubiera ablandado a martillazos.

—¿Está corriente la causa de esa...? Es preciso presentarla sin pérdida de tiempo al Tribunal—dijo a su asesor.

—Ahora mismo la remataré, excelentísimo señor.

—¡Me gusta la calma!... Yo he de ocuparme de todo... No sirven ustedes para nada... Voy a llamar al primer asno que pase por la calle para encomendarle todo el trabajo de esta Secretaría.

En aquel mismo momento entró Jenara. No podía presentarse en peor ocasión, porque venía a pedir indulgencia. Nunca había sido tampoco tan interesante ni tan guapa: sus atractivos naturales se sublimaban con su generosidad, con el valor de quien intrépidamente penetra en una caverna de lobos para arrancarle la oveja que ya han empuzado a devorar.

La fiera estaba tan mal dispuesta en aquella nefanda hora, que, sin aguardar a que Jenara se sentase, díjole con voz ahogada

—Por centésima vez, señora...

Se detuvo, moviendo la cabeza sobre el metálico cuello, cual si éste le estrangulara, impidiendo el fácil curso de las palabras.

—Por centésima vez. gruñó de nuevo, poniéndose rojo.

—Acabemos, hombre... Dios.

—Por centésima vez digo a usted que

no puede ser... En bonita ocasión me coge... Ciertamente que están las cosas a propósito para perdonar... Seudoquis escapado..., los Corderos en libertad... La Comisión, desacreditada, acosada, vilipendiada, escarnecida... No somos jueces, somos vinagrillo de mil flores... No sé cómo no entran los chicos de las calles y nos tiran de la nariz... Me han pintado colgado de la horca..., y con razón, con mucha razón... Más vale que digan de una vez: «Se acabó el Gobierno absoluto; vuelvan los liberales...» Malditas sean las recomendaciones... Ellos conspiran y nosotros perdonamos... Con tales farsas pronto tendremos al Cojo de Málaga en el Trono... Seudoquis, escapado... ¡La impunidad! Aquí no hay más que impunidad... Se ahorca por besar el sitio donde estuvo la lápida de la Constitución, y damos chocolate a los conspiradores... Señora, usted me toma por un dominguillo... Señora... ¡Seudoquis, escapado!... ¡La impunidad!..., esa malhadada impunidad..., lepra horrible, horrible...!

Echaba las palabras a borbotones, interrumpidas a intervalos por sofocadas toses y gruñidos. Los temblorosos labios parecían el obstruido ceño de una fuente por donde salía el agua en violentos chorros con intermitencias de resoplidos de aire. A cada segundo se metía los dedos en el duro cuello de cartón para ensanchárselo y respirar mejor.

—Tanto enfado me mueve a risa—dijo la dama con burlona sonrisa y demostrando mucha tranquilidad—. Cualquiera que a usted le viese creería que estoy en presencia del mismo soberano absoluto de estos reinos. Señor Chaperón, ¿por quién se ha tomado?

—Señora—dijo el brigadier enfrenando su cólera—, usted puede tomarme por quien quiera; pero esta vez no cedo, no cedo... Ya comprendo la intriga: me trae usted una cartita de Calomarde... Es inútil, inútil; no hago caso de recomendaciones. Si Calomarde me manda atender al ruego de usted, presentaré al punto mi dimisión. De mí no se ríe nadie: soy responsable de la paz del reino, y si vienen revoluciones, tráigalas quien quiera, no yo.

—Calomarde no ha querido darme carta de recomendación—manifestó Jenara sin abandonar su calma.

—Ya lo presumía. Hemos hablado ano-

che... Hemos convenido en la necesidad de apretar los tornillos, de apretar mucho los tornillos.

—Calomarde y usted apretarán la hebilla de sus propios corbatines hasta ahogarse, si gustan—dijo ella con malicioso desdén—; pero en las cosas públicas no harán sino lo que se les mande.

—Señora, permítame usted que no haga caso de sus bromitas. La ocasión no es a propósito para ello. Tenemos que hacer... Pero ¿qué es eso? Veo que me trae usted una carta.

—Sí, señor—replicó Jenara, alargando un papel—: lea usted.

—Del señor conde de Balazote, gentil-hombre de su majestad—dijo el vestiglo, abriendo y leyendo la firma—. ¿Y qué tengo yo que ver con ese señor?

—Lea usted.

—¡Ah!..., ya...—murmuró Chaperón, quedándose estupefacto después de leer la carta—. El señor gentilhomme me besa la mano...

—¡Ya ve usted qué fino!

—Y me hace saber que su majestad me ordena presentarme inmediatamente en Palacio.

—Para hablar con su majestad.

—Quiere decir que su majestad desea hablarme...

Chaperón volvió a leer. Después dió dos o tres vueltas sobre su eje.

—Mi sombrero...—dijo, demostrando grandísima inquietud—, ¿en dónde está mi sombrero?... Señora, usted dispense... Lobo, aguárdeme usted...

—Yo aguardo aquí—indicó Jenara.

—Veremos lo que quiere de mí su majestad—añadió don Francisco, en estado de extraordinario aturdimiento—. ¿Y mi bastón, en dónde he puesto yo ese condenado bastón?... ¿Habré traído los guantes?... Señora, dispense usted que... A los pies de usted... ¿Su majestad me espera?... Sí, me esperará, no saldrá hasta que hable conmigo... ¡Y yo no recordaba que la Corte había venido ayer de La Granja para trasladarse a Aranjuez!... Adiós; vuelvo.

Una hora después Chaperón entraba de nuevo en su despacho. Venía, si así puede decirse, más negro, más tieso, más encendido, más agarrotado dentro del collarín de cuero. Cruzando sus brazos, se encaró con Jenara, y le dijo:

—Vea usted aquí a un hombre perplejo. Su majestad me habló, tratándome con tanta bondad como franqueza; me ha llamado su mejor amigo, y, por fin, me ha mandado dos cosas de difícil conciliación, a saber: que sea inexorable y que acceda al ruego de usted.

—Eso es muy sencillo—replicó Jenara con gracia suma—. Eso quiere decir que sea usted generoso con mi protegida y severo con los demás.

—¡Inexorable, señora, inexorable!—exclamó don Francisco apretando los dientes y mirando foscamente al suelo.

—Inexorable con todos menos con ella. ¿Hay nada más claro?

—Dije a su majestad que se había escapado Seudcquis, y me contestó... ¿Qué creará usted que me contestó?

—Alguna de sus bromas habituales.

—Que había hecho perfectamente en escaparse, si se lo habían consentido.

—Eso es hablar como Salomón.

—Veremos cómo salgo yo de este aprieto. Tengo que contentar al rey, a usted, a los voluntarios realistas, a Calomarde; tengo que contentar a todo el mundo, siendo al mismo tiempo generoso e inexorable, benigno y severo.

Chaperón se llevó las manos a la cabeza, expresando el gran conflicto en que se veía su inteligencia.

—¡Qué lástima que soltáramos a ese Cordero!...—dijo, después de meditar—. Pero agua pasada no muele molino: veamos lo que se puede hacer. Formemos nuestro plan... Atención, Lobo. Lo primero y principal es complacer a la señora doña Jenara... ¿Qué filtros ha dado usted a nuestro soberano para tenerle tan propicio?... Atención, Lobo. Lo primero es poner en libertad a esa joven... Escriba usted... «por no resultar nada contra ella».

Jenara aprobó con un agraciado signo de cabeza.

—Ahora pasemos a la segunda parte. Esta prueba de benevolencia no quiere decir que erijamos la impunidad en sistema. Al contrario, si la inocencia es respetada..., porque esa joven será inocente...; si la inocencia es respetada, el delito no puede quedar sin castigo... Atienda usted, Lobo... Esta conspiración no quedará impune de ningún modo. Soledad Gil de la Cuadra es inocente, inocentísima. ¿No hemos convenido en

eso? Si: ahora bien: sus cómplices, o, mejor dicho, los que aparecen en este negocio de las cartas que se repartieron... No, no hay que tomarlo por ese lado de las cartas. Lobo, quite usted de la causa todo lo relativo a cartas. Veámos el cómplice.

—Patricio Sarmiento...

—¿Ese hombre está en su sano juicio?

—Permítame vucencia—dijo Lobo—que le manifieste... El hablar de la imbecilidad de ese hombre me parece... Si vucencia, excelentísimo señor, me permite expresarme con franqueza...

—Hable usted pronto.

—Pues diré que eso de la imbecilidad de Sarmiento me parece una inocentada.

—Eso es, una inocentada—repitió Jenara.

—Pues qué. ¿no constan en la causa hechos mil que acreditan su buen juicio? Se le encontró entre sus papeles un paquete de cartas sobre la organización de la comunería, y consta que fué uno de los que más parte tuvieron en el asesinato de Vinuesa.

—¿Hay pruebas, hay testigos?

—Diez pliegos están llenos de las declaraciones de innumerables personas honradas que han asegurado haberle visto entrar, martillo en mano, en la cárcel de la Corona.

—Admirable. Adelante.

—Después ha fingido hallarse demente para poder insultar a su majestad, para burlarse de la Religión y apostrofar a los defensores del Trono.

—¡Se ha fingido demente!

—Está probado, probadísimo, excelentísimo señor.

Chaperón dudaba. Hay que hacerle ese honor. La monera de que antes hablamos se agitaba inquieta y alborotada entre el cieno, haciendo esfuerzos por mostrarse.

—Pero esas pruebas de que se fingía demente...—murmuró—. ¿Hay dictamen facultativo?

Jenara no veía con gusto aquella discusión y guardaba silencio.

—¿Qué dice el artículo séptimo del decreto del veinte de este mes?—preguntó Lobo con extraordinario calor.

—«Que la fuerza de las pruebas en favor o en contra del acusado se dejan a la prudencia e imparcialidad de los jue-

ces.» Bien: admitamos que la ficción de demencia es cosa corriente. No hay más que hablar.

—¿Qué dice el artículo once del mismo decreto?

—«Que se castigue con el último suplicio a los que griten: «¡Viva la Constitución, mueran los serviles, mueran los tiranos, viva la Libertad!...» ¡Ah!, aquí no puede haber quebraderos de cabeza. Según este artículo, Sarmiento debía haber sido ahorcado cien veces... Pero la imbecilidad, la locura o como quiera llamarse a esa su semejanza con los graciosos de teatro...

—¿Qué dice el artículo sexto del mismo decreto?—preguntó de nuevo Lobo con tanto entusiasmo que, sin duda, se creía la imagen misma de la Jurisprudencia.

—Dice que «la embriaguez no es obstáculo para incurrir en la pena».

—Y ¿qué es la embriaguez más que una locura pasajera?... ¿Qué es la locura más que una embriaguez permanente? Consulte vucencia, excelentísimo señor, todos los autores, y verá cómo concuerdan con mi parecer. Vucencia podrá fallar lo que quiera; pero de la causa resulta, claro como la luz del día, que la muchacha y los ángeles del Cielo rivalizan en inocencia, y que el Sarmiento es reo convicto del asesinato de Vinuesa, de propagación de ideas subversivas, del establecimiento de la comunería, de predicación en sitios públicos contra la única soberanía, que es la real; de connivencia con los emigrados, etcétera, etcétera.

—¡Oh!, señor don Francisco—dijo la dama con generoso arranque—. Si quiere usted merecer un laurel eterno y la bendición de Dios, perdone usted también a ese pobre viejo.

—Señora, poquito a poco—repuso el funcionario, poniéndose muy serio—. Antes de erigir en sistema la impunidad, cuidado con la impunidad, ¡por vida del...!, presentaré mi dimisión. Bastante ha conseguido usted.

La dama inclinó la cabeza, fijando los ojos en el suelo. Otra vez suplicó, porque no podía resistir impasible a la infame tarea de aquellos inicuos polizontes; pero Chaperón se mostró tan celoso de su reputación, de su papel y de atender a las circunstancias (¡siempre

las circunstancias!), que al fin la interesora, creyéndose satisfecha con el triunfo alcanzado, no quiso comprometerlo aspirando a más. Se retiró contenta y triste al mismo tiempo. Necesitaba ver aquel mismo día a los demás individuos de la Comisión, pues aunque el presidente lo era todo, y ellos casi nada, convenía prevenirlos para asegurar mejor la victoria.

Cuando se quedaron solos, Chaperón dijo a su asesor privado:

—Arrégleme usted eso inmediatamente. Extienda usted la sentencia y llévela al comandante fiscal para que la firme. Hoy mismo se presentará al Tribunal. Mañana nos reuniremos para sentenciar a la mujer que robó el almirez de cobre y el vestido viejo de percal. Pasado mañana tocará sentenciar eso... ¡Oh!, veremos si los compañeros quieren hacerlo mañana mismo... Quesada me ha recomendado hoy la mayor celeridad en el despacho y en la ejecución de las sentencias...

Y, cabizbajo, añadió:

—Veremos cómo lo toma la Comisión. Yo tengo mis dudas... Mi conciencia no está completamente tranquila...; pero ¿qué se ha de hacer? Todo antes que la impunidad.

Y aquel hombre terrible, que era el presidente de derecho del pavoroso Tribunal, y de hecho fiscal, y el Tribunal entero; aquel hombre, de cuya vanidad sanguinaria y brutal ignorancia dependían la vida y la muerte de miles de infelices, se levantó y se fué a comer.

La Comisión, reunida al día siguiente para fallar la causa de la mujer que había robado un almirez de cobre y un vestido viejo de percal, falló también la de Sarmiento. No pecaban de escrupulosos ni de vacilantes aquellos señores, y siempre sentenciaban de plano, conformándose con el parecer del que era vida y alma del Tribunal. Todas las mañanas, antes de reunirse, oía una misa llamada *de Espíritu Santo*, sin duda porque era celebrada con irreverente pretensión de que bajará a iluminarlos la tercera persona de la Santísima Trinidad. Por eso deliberaban tranquila, rápidamente y sin quebraderos de cabeza. Todos los días, al dar la orden de la plaza y distribuir las guardias y servi-

cios de tropa, el capitán general designaba al sacerdote castrense que había de decir la misa de *Espíritu Santo*. Esto era como la señal de ahorcar (1).

Al anochecer del día en que fué sentenciada la causa de Sarmiento, previa la misa correspondiente, el escribano entró en la prisión y, a la luz de un farolillo que el alguacil sostenía, leyó un papel.

Oyéronle ambos recs con atención profunda. Sarmiento no respiraba. No había concluido de leer el escribano, cuando don Patricio, enterado de lo más sustancial, lanzó un grito, poniéndose de rodillas, elevó los brazos y con entusiasmo que no puede describirse, con delirio sublime, exclamó:

—¡Gracias, Dios de los justos, Dios de los buenos! ¡Gracias, Dios mío, por haber oído mis ruegos!... ¡Ella, libre; yo, mártir; yo, dichoso; yo, inmortal; yo, santificado por los siglos de los siglos!... Gracias, Señor... Mi destino se cumple... No podía ser de otra manera. Jueces, yo os bendigo. Pueblo, mírame en mi trono... Estoy rodeado de luz.

XXV

La capilla de los reos de muerte, que estaba en el piso bajo y en el ángulo formado por la calle de la Concepción Jerónima y el callejón del Verdugo, era el local más decente de la cárcel de Corte. No parecía, en verdad, decoroso ni propio de una nación tan empingorotada que los reos se prepararan a la muerte mundana y salvación eterna en una pocilga como los departamentos en que moraban durante la causa. En la capilla entraban, movidos de curiosidad o compasión, muchos personajes de viso: señores obispos, consejeros, generales, gentileshombres, y no se les había de recibir como a cualquier pelagatos. Tomaba sus luces esta interesante pieza del cercano patio, por la mediación graciosa de una pequeña sala próxima al cuerpo de guardia; mas como aquéllas llegaban tan debilitadas que apenas permitían distinguir las personas, de aquí que en los días de capilla se alumbrara

ésta con la fúnebre claridad de las velas amarillas encendidas en el altar. Lúgubre cosa era ver al reo, aquel moribundo sano, aquel vivo de cuerpo presente, en la antesala de la horca, y oírle hablar con los visitantes y verle comer junto al altar, todo a la luz de las hachas mortuorias. Generalmente, los condenados, por valientes que sean, toman un tinte cadavérico que anticipa en ellos la imagen de la descomposición física, asemejándolos a difuntos que comen, hablan, oyen, miran y lloran, para burlarse de la vida que abandonaron.

No fué así don Patricio Sarmiento, pues desde que le entraron en la capilla en la para él felicísima mañana del 4 de septiembre pareció que se rejuvenecía; tales eran el contento y la animación que en sus ojos brillaban. De un rojo insano se tiñeron sus ajadas mejillas, y su espina dorsal hubo de adquirir una rectitud y esbeltez que recordaban sus buenos tiempos de Roma y Cartago. Soledad, a quien permitieron acompañarle todo el tiempo que quisiera, se hallaba en estado de viva consternación, de tal modo que ella parecía la condenada y él el absuelto.

—Querida hija mía—le dijo el anciano cuando juntos entraron en la capilla—, no desmayes, no muestres dolor, porque soy digno de envidia, no de lástima. Si yo tengo este fin mío por el más feliz y glorioso que podría imaginar, ¿a qué te afliges tú? Verdad es que la Naturaleza, cuyos Códigos han dispuesto sabiamente los modos de morir, nos ha infundido instintivamente cierto horror a todas las muertes que no sean dictadas por ella, o, hablando mejor, por Dios; pero eso no va con nosotros, que tenemos un espíritu valeroso, superior a toda niñería... Animo, hija de mi corazón. Contéplame, y verás que el júbilo no me cabe en el pecho... Figúrate la alegría del prisionero de guerra que logra escaparse, y anda, y camina, y al fin oye sonar las trompetas de su ejército... Figúrate el regocijo del desterrado que anda, y camina, y ve, al fin, la torre de su aldea. Yo estoy viendo ya la torre de mi aldea, que es el Cielo, allí donde moran mi padre, que es Dios, y mi hijo Lucas, que goza del premio dado a su valor y a su patriotismo. Bendito sea el primer paso que he dado en esta sala, bendito sea tam-

(1) Véase cualquier número del *Diario de Aris*, año 1824.

bién el último, bendito el resplandor de esas velas, benditas esas sagradas imágenes, bendita tú, que me acompañas, y esos venerables sacerdotes que me acompañan también.

Soledad rompió a llorar, aunque hacía esfuerzos para dominarse, y don Patricio, fijando los ojos en el altar y viendo el hermoso crucifijo de talla que en él había y la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, experimentó una sensación singular, una especie de recogimiento que por breve rato le turbó. Acercándose mas al altar, dijo con grave acento:

—Señor mío, tu presencia y esos tus ojos que me ven sin mirarme recuerdanme que durante algún tiempo he vivido sin pensar en tí todo lo que debiera. El gran favor que acabas de hacerme me confunde más en tu presencia. Y tú, Señora y Madre mía, que fuiste mi patrona y abogada en cien calamidades de mi juventud, no creas que te he olvidado. Por tu intercesión, sin duda, he conseguido del Eterno Padre este galardón que ambicionaba. Gracias, Señora; yo demostraré ahora que si mi muerte ha de ser patriótica y valerosa para que sea fecunda, también ha de ser cristiana.

Admirados se quedaron de este discurso el padre Alelí y el padre Salmón, que juntamente con él entraron para prestarle los auxilios espirituales. Ambos frailes oraban de rodillas. Levantáronse, y tomando asiento en el banco de iglesia que en uno de los costados había, invitaron a Sarmiento a ocupar el sillón.

—Yo no daré a vuestras reverencias mucho trabajo—dijo el patriota, sentándose ceremoniosamente en el sillón—, porque mi espíritu no necesita de cierta clase de consuellos mimosos que otras vulgares almas apetecen en ésta ocasión; y en cuanto al auxilio puramente religioso, yo gusto de la sencillez suma. En ella estriba la grandeza del dogma.

El padre Alelí y el padre Salmón se miraron sin decir nada.

—Veo a sus reverencias como cortados y confusos delante de mí—añadió Sarmiento, sonriendo con orgullo—. Es natural; yo no soy de lo que se ve todos los días. Los siglos pasan y pasan sin traer un pájaro como éste. Pero de tiempo en tiempo Dios favorece a los

pueblos dándoles uno de estos faros que alumbran al género humano y le marcan su camino... Si una vida ejemplar ilumina muy mucho al género humano, más le ilumina una muerte gloriosa... Me explico perfectamente la admiración de sus paternidades: yo no nací para que hubiera un hombre más en el mundo; yo soy de los de encargo, señores. Una vida consagrada a combatir la tiranía y a enaltecer la libertad; una muerte que viene a aumentar la ejemplaridad de aquella vida, ofreciendo el espectáculo de una víctima que expira por su fe y que con su sangre viene a consagrar aquellos mismos principios santos; esta entereza mía, esta serenidad ante el suplicio, serenidad y entereza que no son más que la convicción profunda de mi papel en el mundo, y, por último, la acendrada fe que tengo en mis ideas, no pertenecen, repito, al orden de cosas que se ven todos los días...

El padre Alelí abrió la boca para hablar; mas Sarmiento, deteniéndole con un gesto que revelaba tanta gravedad como cortesía, prosiguió así:

—Permítame vuestra paternidad reverendísima que, ante todo, haga una declaración importante, sí, sumamente importante. Yo soy enemigo del instinto que representan esos frailunos trajes. Faltaría a mi conciencia si dijese otra cosa; yo aborrezco ahora la institución como la aborrecí toda mi vida, por creerla altamente perniciosa al bien público. Ahí están mis discursos para el que quiera conocer mis argumentos. Pero esto no quita que yo haga distinciones entre cosas y personas, y así, me apresuro a decirles que si a los frailes en general los detesto, a vuestras paternidades los repeto en su calidad de sacerdotes y les agradezco los auxilios que han venido a prestarme. Además, debo recordar que ayer, hallándome en mi calabozo, traté groseramente de palabra a uno de los que me escuchan, no sé cuál era. Estaba mi alma horriblemente enardecida por creerse víctima de maquinaciones que tendían a desdorarla, y no supe lo que me dije. Los hombres de mi temple son muy imponentes en su grandiosa ira. Entiéndase que no quise ofender personalmente al que me oía, sino apostrofar al género humano

en general y a cierto instituto en particular. Si hubo falta, la confieso, y pido perdón de ella.

El padre Alelí, aprovechando el descanso de Sarmiento, tomó la palabra para decirle que tuviese presente el sitio donde se encontraba y rompiese en absoluto con toda idea del mundo para no pensar sino en Dios; que recordase cuál trance le aguardaba y cuáles eran los mejores medios para prepararse a él, y, finalmente, que ocupándose tanto de vanidades, corría peligro de perder su alma. A lo cual don Patricio, volviéndose en el sillón con mucho aplomo y seriedad, dijo al fraile que él (don Patricio) sabía muy bien cómo se había de preparar para el fin no lamentable, sino esplendoroso, que le aguardaba, y que, por lo mismo que moría proclamando su ideal divino, pensaba morir cristianamente, con lo cual aquél había de aparecer más puro, más brillante y más ejemplar.

Esto decía cuando llegaron los hermanos de la Paz y Caridad, caballeros muy cumplidos y religiosos que se dedican a servir y acompañar a los reos de muerte. Eran tres, y venían de frac, muy pulcros y atildados, como si asistieran a una boda. Después que abrazaron uno tras otro cordialmente a don Patricio, preguntándole que cuándo quería comer, porque ellos eran los encargados de servirle, añadiendo que si el reo tenía preferencias por algún plato lo designara para servírselo al momento, aunque fuese de los más costosos.

Sarmiento dijo que pues él no era glotón, trajeran lo que quisiesen, sin tardar mucho, porque empezaba a sentir apetito. Desde los primeros instantes, los tres cofrades pusieron cara muy compungida, y aun hubo entre ellos uno que empezó a hacer pucheros, mientras los otros dos rezaban entre dientes; visto lo cual por Sarmiento, dijo muy campanudamente que si habían ido allí a gimotear, se volvieran a sus casas, porque aquélla no era mansión de dolor, sino de alegría y triunfo. No creyendo por esto los hermanos que debían abandonar su papel oficial, comenzaron a soltar una tras otra las palabrillas emolientes que eran del caso y que tantas veces habían pronunciado, *verbi gratia*: «Querido hermano en Cristo, la celestial Jerusalén abre sus puertas para ti...» «Vas

a entrar en la morada de los justos...» «Animo. Más padeció el Redentor del mundo por nosotros.»

—Queridos hermanos en Cristo—dijo el reo con cierta jovialidad delicada—, agradezco mucho sus consuelos; pero he de advertirles que no los necesito. Yo me basto y me sobro. Así es que no verán en mi suspirillos ni congojas... Me gusta que hayan venido, y así podrán decir a la posteridad cómo estaba Patricio Sarmiento en la capilla y qué bien revelaba en su noble actitud y reposado continente—al decir esto erguía la cabeza, echando el cuerpo atrás—la grandeza de la idea por la cual dió su sangre.

Pasmados se quedaron los hermanos, así como los frailes, de ver su serenidad, y le exhortaron de nuevo a que cerrase el entendimiento a las vanidades del mundo. Sola, de rodillas junto al altar, rezaba en silencio.

XXVI

Empezaron los hermanos a servir la comida. Sentóse don Patricio a la mesa, invitando a todos a que le acompañaran. No había comenzado aún, cuando entró el señor de Chaperón, que jamás dejaba de visitar a sus víctimas en la antesala del matadero. Como de costumbre en tales casos, el señor brigadier trataba de enmascarar su rostro con ciertas muecas, contorsiones y gestos encargados de expresar la compasión, y helo aquí arqueando las cejas y plegando santurrónamente los ángulos de la boca, sin conseguir más que un aumento prodigioso de su fealdad.

Saludó a Sarmiento con esa cortesía especial que se emplea con los reos de muerte, amabilidad indefinible, incomprendible para quien no ha visto muestras de ella en la capilla de la cárcel; urbanidad en la cual no hay ni asomos de estimaciones porque se trata de un delincuente atroz; ni tampoco desprecio o encono a causa de la proximidad del morir. Es una callada fórmula de repulsión compasiva, sentimiento extraño que no tiene semejanza, como no sea en el alma de algún carnicero no muy novicio ni tampoco muy empedernido.

—Hermano en Cristo—dijo don Fran-

cisco, poniendo su mano, tan semejante al hacha del verdugo, sobre el cuello del preceptor—, supongo que su alma sabrá buscar en la religión los consuelos...

Esta formulilla era de cajón. Aquel funcionario de tan pocas ideas la llevaba prevenida siempre que a los reos visitaba.

—Señor don Francisco—replicó Sarmiento, levantándose—, si vucencia quiere acompañarme a la mesa...

—No; gracias, gracias. Siéntese usted... ¿Qué tal estamos de salud?... ¿Y el apetito?

Lo preguntaba como lo preguntaría un médico.

—Vamos viviendo—repuso el patriota—. O, si se quiere, vamos muriendo. Todavía no ha llegado el instante precioso en que sea innecesario este grosero sustento de la bestia... Hemos de arrastrar el peso del cuerpo hasta que llegue el instante de dejarlo en la orilla y lanzarnos al océano sin fin, en brazos de aquellas olas de luz que nos mecerán blandamente en presencia del Autor de todas las cosas.

Chaperón miró a los frailes e hizo un gesto que indicaba opinión favorable del juicio de Sarmiento.

—Y ya que vucencia ha tenido la bondad de visitarme—añadió el reo, después de saborear el primer bocado—, tengo el gusto de declarar que no siento odio contra nadie, absolutamente contra nadie. A todos los perdono de corazón, y si de algo valen las preces de un escogido como yo—al decir esto su tono indicaba el mayor orgullo—, he de alcanzar del Altísimo que ilumine a los extraviados para que muden de conducta, trocando sus ideas absolutistas por el culto puro de la Libertad... Sí, señor; se intercederá por los que están ciegos, para que reciban luz; se recomendará a los crueles, para que hallen misericordia en su día. Patricio Sarmiento es leal, pío, generoso, como apóstol de la misma generosidad, que es el liberalismo... En mi corazón ya no caben resentimientos; todos los eché fuera, para presentarme puro y sin mancha. El mártir de una idea, el que con su sangre ha puesto el sello a esa idea, ¿me entienden ustedes?. para que quede consagrada en el mundo, no enturbiará su conciencia con odios mezquinos. Reconozco que, con arreglo a las leyes, mi

condenación ha sido razonable. Vucencia, que me oye, no ha hecho más que cumplir con la ley que se la ha puesto en la mano. Así me gusta a mí la gente. Venga esa mano, señor don Francisco.

Dióle tan fuerte apretón de manos, que Chaperón hubo de retirar la suya prontamente para que no se la estrujara.

—Además—prosiguió Sarmiento—, yo sé que los que hoy me condenan me admirarán mañana, si viven; y los que me vituperan hoy, luego me pondrán en el mismo cuerno de la luna... Porque esto durará poco, señor don Francisco: el absolutismo, a fuerza de estrangular, se sostendrá un año, dos, tres, pongamos cuatro... En este guisado de vaca—añadió, dirigiéndose a uno de los hermanos de la Caridad—se le fué la mano a la cocinera: lo ha cargado con sal... Pongamos cuatro; pero, al fin, tiene que caer y hundirse para siempre, porque los siglos muertos no resucitan, señor don Francisco; porque los pueblos, una vez que han abierto los ojos, no se resignan a cerrarlos; y así como cada estación tiene sus frutos, cada época tiene su sazón propia, y los españoles, que hasta aquí hemos amargado de puro verdes, vamos madurando ya, ¿me entiende vucencia?, y se nos ha puesto en la cabeza que no servimos para ensalada. Vucencias ahorquen todo lo que quieran. Mientras más ahorquen, peor. El absolutismo acabará ahorcándose a sí mismo. ¿No lo quieren creer? Pues lo pruebo. Empezó creando para su defensa y sostenimiento la fuerza de voluntarios realistas. Son éstos unos animalillos voraces y golosos que no se prestan a servir a su amo si éste no les alimenta con cuerpos muertos. Una vez cebados y envenenados con el fruto de la horca, mientras más se les da, más piden, y llegará un momento en que no se les pueda dar todo lo que pidan, ¿me entiende vucencia?

Don Francisco, sin contestarle, y dirigiendo maliciosas ojeadas a los frailes, hacía señas de asentimiento. El padre Salmón, que atendía con sorna a las razones del preso, bajó la cabeza para ocultar la risa. Pero el padre Alelí, que devotamente rezaba en su breviario, alzó los ojos y, mirando con expresión de alarma al reo, le dijo:

—Hermano mío, veo que, lejos de apartar usted su pensamiento de las ideas mundanas, se engolfa más y más en ellas, con gran perjuicio de su alma. Los momentos son preciosos; la ocasión, impropia para hacer discursos.

—Y yo digo que es menos propia para sermones—replicó Sarmiento, dando un golpecillo en la mesa con el mango del tenedor—. Yo sé bien lo que corresponde a cada momento, y repito que consagraré a la religión y a mi conciencia todo el tiempo que fuere necesario.

—Bastante ha perdido usted en vanidades.

—Poquito a poco, señor sacerdote—dijo Sarmiento; frunciendo las cejas—. Yo nada le quito a Dios. No se quite nada tampoco a las ideas, que son mi propia vida, mi razón de ser en el mundo, porque, entiéndase bien, son la misión que Dios mismo me ha encargado. Cada uno tiene su destino: el de unos es decir misa; el de otros es enseñar e iluminar a los pueblos. El mismo que a su paternidad reverendísima le dió las credenciales, me las ha dado a mí.

—Reflexione, hombre de Dios—indicó el padre Salmón, rompiendo el silencio—, en qué sitio se encuentra, qué trance le espera, y vea si no le cuadra más preparar su alma con devociones que aturdirla con profanidades.

—Vuestras paternidades me perdonen—dijo Sarmiento, grave y campanudamente después de beber el último trago de vino—si he hablado de cosas profanas que no les agradan. Yo soy quien soy, y sé lo que me digo. Sé mejor que nadie por qué estoy aquí, por qué muero y por qué he vivido. Allá nos entenderemos Dios y yo; Dios, que llena mi conciencia y me ha dictado este acto sublime, que será ejemplo de las generaciones. Pero pues las religiosidades no están nunca de más, vamos a ellas y así quedarán todos contentos.

—Esas divagaciones, hombre de Dios—dijo Salmón con puntos de malicia—, confirman uno de los delitos que le han traído a este sitio.

—¿Qué delito?

—El de fingirse enajenado para poder tratar impunemente de cosas prohibidas.

—Habíllas—dijo Sarmiento, sonriendo con desdén—. Señores hermanos de la Paz, si tuvieran ustedes la bondad de darme cigarros, se lo agradecería... Ha-

blillas del vulgo. Si fuéramos a hacer caso de ellas, ¿cómo quedaría el padre Salmón en la opinión del mundo? ¿No dicen de él que sólo piensa en llenar la panza y en darse buena vida? ¿No goza fama de ser mejor cocinero que predicador?... ¿De frecuentar más los estrados de las damas para hablar de modas y comidas que el coro para rezar y la cátedra para enseñar? Esto dice el vulgo. ¿Hemos de creer lo que diga? Pues al padre Alelí, que me está oyendo y que es persona apreciableísima, ¿no se le acusó en otro tiempo de volteriano? ¿No le tuvo entre ojos la Inquisición? ¿No decían que antaño era amigo de Olavide y que después se había congraciado con los realistas? Esto se dijo. ¿Hemos de hacer caso de las necedades del vulgo?

El padre Alelí palideció, demostrando enojo y turbación. Chaperón se mordía los labios para dominar sus impulsos de risa. Ofrecía, en verdad, la fúnebre capilla espectáculo extraño, único, el más singular que puede imaginarse. Frente al altar veíase una mujer de rodillas, rezando sin dejar de llorar, como si ella sola debiera interceder por todos los pecadores habidos y por haber; en el centro, una mesa llena de viandas y un reo que, después de hablar con desenfado y entereza, recibía cigarros de los hermanos de la Paz y Caridad y los encendía en la llama de un cirio; más allá, dos frailes, de los cuales el uno parecía vergonzoso y el otro enfadado; enfrente, la tremebunda figura de don Francisco Chaperón, el abastecedor de la horca, el terror de los reos y de los ajusticiados, sonriendo con malicia y dudando si poner cara afligida o regocijada; todo esto presidido por el Crucifijo y la Dolorosa e iluminado por la claridad de las velas de funeral que daban cadavérico aspecto a hombres y cosas, y allá, en la sala inmediata, una sombra odiosa, una figura horripilante que esperaba: el verdugo.

Don Francisco Chaperón se despidió de su víctima. En la sala contigua y en el patio encontró a varios individuos de la Comisión militar y a los otros particulares que venían a ver al reo.

—¿Que me digan a mí que ese hombre es tonto!—exclamó con evidente satisfacción—. Tan tonto es él como yo. No es sino un grandísimo bribón que

aún persiste en su plan de fingirse de mente; por ver si consigue el indulto... Ya, ya. Lo que tiene ese bergante es muchísimo talento. Ya quisieran más de cuatro... Por cierto que entre bromas y veras ha hablado con un donaire... Al pobre Salmón le ha puesto de hoja de perejil, y Alefí no ha salido tampoco muy bien librado de manos de este licenciado Vidriera... Es graciosísimo: véanle ustedes... Por supuesto, bien se comprende que es un solemnísimo pillo.

Y don Francisco se retiró, repitiéndose a sí mismo, con tanta firmeza como podría hacerlo un reo ante el juez, que don Patricio no era imbécil, sino un gran tunante. Tal afirmación tenía por objeto sofocar la rebeldía de aquel insubordinado corpúsculo a quien llamamos antes la *monera* de la conciencia chaperoniana, y que desde que Sarmiento entró en capilla se agitaba entre el légamo, queriendo mostrarse y alborotar y hacer cosquillas en el ánimo del digno funcionario. Con aquella afirmación, don Francisco aplacó la vocecilla, y todo quedó en profundo silencio allá en los cenagosos fondajes de su alma.

XXVII

Durante la noche arreció el nublado de visitantes, sin que su curiosidad importuna y amanerada compasión causaran molestia al reo; antes bien, recibíalos éste como un soberano a su Corte. Situado en pie frente al altar, ibalos saludando uno por uno, con ligeros arcos de la espina dorsal y una sonrisa protectora, cuya intensidad de expresión amenguaba o disminuía según la importancia del personaje. Todos salían haciéndose lenguas de la serenidad del reo, y en la sala-vestíbulo, inmediata al cuerpo de guardia, oíase cuchicheo semejante al que suena en el atrio de una iglesia en noches de novena o miserere. Los entrantes chocaban con los que salían, y la sensibilidad de los unos anticipaba a la curiosidad de los otros noticias y comentarios.

Pipaón, que se había presentado de veinticinco alfileres y parecía un ascua de oro, según iba de limpio y elegante, estuvo largo rato en compañía del reo,

y le dió varias palmadas en el hombro, diciéndole:

—Animo, señor Sarmiento, y encomiéndose a su Divina Majestad y a la Reina de los Cielos, Nuestra Madre amorosísima, para que le den una buena muerte y franca entrada en la morada celestial... Adiós, hermano mío. Como mayordomo que soy de la Hermandad de las Animas, le tendré presente, sí, le tendré presente para que no le falten sufragios... Adiós... Procure usted serenarse... Medite mucho en las cosas religiosas... Este es el gran remedio y el más seguro lenitivo... ¡La religión, la dulce religión! ¡Oh! ¿Qué sería de nosotros sin la religión?... Es nuestro consuelo, el rocío que nos regenera, el maná que nos alimenta... Adiós, hermano en Cristo... venga un abrazo—al dar el abrazo, Pipaón tuvo buen cuidado de que no fuera muy expresivo para que se chafaran los encajes de su pechera—. Estoy conmovidísimo... Adiós; repítale que medite mucho en los sagrados misterios y en la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo... Quizá nos veamos en el Cielo, ¡ay de mí!, si Dios es misericordioso conmigo.

Este fastidioso discurso, modelo exacto de la retórica convencional y amanerada del cortesano, agradó mucho a cuantos le oyeron; mas don Patricio lo acogió con serenidad cortés y cierto desdén que apenas se traducían en ligero fruncimiento de cejas. Pipaón salió, y aunque iba muy aprisa, derecho a la calle, detuviéronle en el patio algunos amigos.

—Estoy afectadísimo... No puedo ver estas escenas—les dijo, respondiendo a sus preguntas—. Fáltame poco para desmayarme.

—Dicen que es el reo más sereno que se ha visto desde que hay reos en el mundo.

—Es un prodigio. Pero aquella vanidad e hinchazón son cosa fingida... ¡Cuánto debe de padecer interiormente! Se necesitan los bríos de un héroe para sostener ese papel sin faltar un punto.

—¡Farsante!

—Perillán más acabado no he visto en mi vida. Seguramente espera que le indulten; pero se lleva chasco, el Gobierno no está para indultos.

—Entremos... Todo Madrid desea verle. Vuelva usted, Pipaón,

—¿Yo? Por ningún caso—repuso el cortesano, estrechando manos diversas, una tras otra—. Voy a una reunión donde cantan la Fábrica y Montresor... ¡Qué aria de la *Gazza Ladra* nos cantó anoche esa mujer! Montresor nos dió el aria de *Tancredi*. ¡Aquello no es hombre, es un ruiñeñor!... ¡Qué portamentos, qué picados, qué trinos, qué vocalización, qué falsete tan delicioso! Parece que se transporta uno al séptimo cielo. Conque adiós, señores..., tengo que ensayar antes un paso de *gavota*. Señores, divertirse con el viejo Sarmiento.

Aún no se había separado de sus amigos, cuando salió al patio un señor obispo que venía también de visitar al reo. Todos se descubrieron al verle, haciéndole calle. Pipaón, después de besarle el anillo, le habló del condenado a muerte.

—Mi opinión—dijo su ilustrísima, que era una de las lumbreras del episcopado—es que si no constara en los autos, como aseguran consta de una manera indubitable, que se ha fingido y se finge loco para hablar impunemente de temas vedados, la ejecución de este hombre sería un asesinato. Desempeña este desgraciado su papel con inaudita perfección, y apreciándole por lo que dice, no hay en aquella mollera ni el más pequeño grano de juicio...; a propósito de juicio, señor Pipaón, no lo ha tenido usted muy grande fijando para el lunes la gran fiesta de desagravios a Su Divina Majestad que celebra la Hermandad de Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento, porque siendo el lunes día de la Natividad de Nuestra Señora, la Real Congregación de la Guardia y Custodia dispone, por antiguo privilegio, de la iglesia de San Isidro.

Pipaón respondió, *mutatis mutandis*, que no correría sangre a causa de un conflicto entre ambas hermandades, y que él respondía de arreglarlo todo a gusto de seglares y clérigos, sin que se quejaran el Santísimo Sacramento ni Nuestra Señora, con lo cual y con aceptar la carroza de su ilustrísima para trasladarse a la calle de la Puebla, donde había de hacer el ensayo de la *gavota* antes de la tertulia, tuvo fin aquel diálogo.

Avanzada la noche, se cerró la capilla a los curiosos, y también la puerta de la cárcel, después que entraron seis pre-

sos recién sacados de sus casas por delaciones infames. Una nueva conspiración descubierta dió mucho que hacer aquella noche y en la siguiente mañana al señor Chaperón.

Don Patricio se acostó a dormir en la alcobita inmediata a la capilla; pero su sueño no fué muy sosegado. Velábanle solícitos, y siempre prontos a servir en todo, los hermanos de la Paz y Caridad. Sola no se apartó de la capilla ni un solo instante, ni de día ni de noche.

—Abuelito querido—le dijo al amanecer—, estoy muerta de pena, porque veo que tu conducta no es propia de un buen cristiano.

—Adorada hija—repuso Sarmiento, besándola con ardiente cariño—, si es propia de un filósofo, lo será de un cristiano, porque el filósofo y el cristiano se juntan, se compendian y amalgaman en mí maravillosamente... Hazme el favor de ver si estos señores hermanos me han preparado el chocolate... No extraño tus observaciones, hija mía. Eres mujer y hablas con tu preciosa sensibilidad, no con la razón que a mí me alumbró y guía. ¡Bendito sea Dios, que me permite tenerte a mi lado en estas horas postreras! Si no te estuviera viendo, quizá me faltaría el valor que ahora tengo. Una sola cosa me afecta y entristece, nublando el esplendoroso júbilo de mi alma, y es que mañana a la hora de las diez..., porque supongo que... eso será a las diez..., dejaré de recrear mis ojos con la contemplación de tu angelical persona... Pero, ¡ay!, tú debes seguir viviendo; no ha llegado aún la hora de tu entrada en la mansión divina; llegará, sí, y entrarás, y el primero a quien verás en la puerta abriendo los brazos para recibirte en ellos, amoroso y delirante, será tu abuelito Sarmiento, tu viejecillo bobo.

La voz, temblorosa, indicaba una viva emoción en el reo.

—Y te llevaré a presencia del Padre de todo lo existente, y le diré: «¡Señor, aquí la tienes; ésta es, mirala!...» Pero no quiero aligirte más. Ahora oye varios consejos que debo darte y algunos encargillos que quiero hacerte... ¿Falta ese chocolate?... Dame la mano para levantarme, hija mía. ¿Sabes que están pesados y duros mis pobres huesos?... ¡Ah! Pronto tendrás este bocado, ¡oh

carnívora tierra! Pronto, pronto se te arrojará esta piltrafa, que, por lo acañada, demuestra que te pertenece ya. El noble espíritu abandona este inmundo saco, y vuela en busca de su patria y de sus congéneres los ángeles.

Levantóse delante de Sola, porque estaba vestido. Un hermano le trajo el chocolate, y quedándose solo con su amiga, le dijo estas palabras, que ella oyó con profundísima atención.

—Idolatrada hija: mañana, a las diez, nos separaremos para siempre. Dios me dió la inefable dicha de conocerte, para que mi espíritu se confortase antes de dejar el mundo. Te condujiste conmigo tan noble y caritativamente, que no vacilo en declararte merecedora de inmortal premio. Yo te lo aseguro, yo te lo profetizo—dijo esto cerrando los ojos y extendiendo solemnemente los brazos en actitud de profeta—, yo te lo fío, bendiciéndote. Creo tener poderes para ello. Gozarás de la eterna dicha por tu cristiana acción. Ahora bien: hablando de cosas más terrestres, te diré que es mi deseo partas en seguida para Inglaterra, a ponerte bajo el amparo de ese hombre generoso que ha sido tu protector y hermano. Le conozco, y sé que su corazón está lleno de bondades. Como me intereso también por él, declaro ante ti que ese joven debe tomarte por esposa, de lo cual resultará ventaja para entrambos: para ti, porque vivirás al arrimo de un hombre de mérito, capaz de comprender lo que vales; para él, porque tendrá la compañera más fiel, más amante, más útil, más hacendosa, más cristiana y más honesta con que puede soñar el amor de un hombre. Tengo la seguridad de que él lo comprenderá así—al decir esto mostraba la convicción de un apóstol—. Si no lo comprendiese, dile que yo se lo mando, que es mi sacra voluntad, que yo no hablo por hablar, sino transmitiendo por el órgano de mi lengua la inspiración celeste que obra dentro de mí.

Sola oyó este discurso con recogimiento y admiración, pasmada de advertir una profundísima concordancia entre la demencia de su amigo y ciertas ideas de antiguo arraigadas en ella. No acertó a decir una palabra sobre aquel tema, y su viejecillo bobo se le representó entonces grande y luminoso, cual nun-

ca lo había visto; más respetable que todo lo que como respetable se nos presenta en el mundo.

Después de una pausa, durante la cual apuró el pocillo, Sarmiento prosiguió así:

—Querida hija de mi corazón, voy a hacerte un encargo, atañadero a cosas terrestres. Las cosas terrestres también me ocupan, porque de la tierra salí y en ella he de dejar las preciosas enseñanzas que se desprenden de mi martirio. El género humano merece mi mayor interés. La dicha del Cielo no sería completa si desde él no contempláramos la constante labor de este pobre género humano, sin cesar trabajando en mejorarse. Los que de él salimos no podemos dejar de enviarle desde allí arriba un reflejo de nuestra gloria, sin lo cual se envilecería, acercándose más a las bestias que a los ángeles. Hay que pensar en el género humano de hoy, que es el coro celestial e inmenso de mañana, y todo hombre es la crisálida de un ángel, ¿me entiendes? Si las criaturas superiores, al remontarse sobre los mundanos despojos, miraran con desprecio esta pobre turba inquieta y enferma a que pertenecieron; si no atendiendo más que al Eterno Sol hicieran del deseo de la bienaventuranza un egoísmo, adiós Universo, adiós concierto sublime. No, yo miro a la tierra y la miraré siempre. Le dejo un don precioso: mi vida, mi historia, mi ejemplo; hija mía, ¿sabes tú lo que vale un buen ejemplo para esta misera chusma rutinaria? Sí, mi historia será pronto una de las más enérgicas lecciones que tendrá el rebaño humano para implantar la libertad que ha de conducirle a su mejoramiento moral. Pero digo yo: ¿es fácil escribir esa historia? No. Bien conocidos son mis discursos; y aunque yo no los he escrito, como todo el mundo los tiene grabados en la memoria, no faltará quien los dé a la estampa. Sócrates no dejó escrito nada... Pero si serán perpetuados mis discursos, habrá gran escasez de datos biográficos respecto a mí. Oye, pues, lo que voy a decirte.

Tomando a Sola por un brazo, la acercó a sí:

—Viviendo en tu casa—añadió—apunté, no hace dos meses, los principales datos de mi vida, tales como el día de mi nacimiento, el de mi bautizo, el de

mi confirmación, el de mi boda con Refugio, el del feliz natalicio de Lucas, el de mi entrada en la enseñanza y otros; son datos preciosísimos. Como los historiadores han de empezar desde mañana mismo a revolver archivos y libros parroquiales, yo te encargo que los saques de apuros. Mira tú: el apunte en que constan esos datos está escrito con lápiz... Me parece que lo puse debajo del hule de la cómoda. Búscalo bien por toda la casa, y entrégalo a esos señores. Al punto sabrás quiénes son, porque no se hablará de otra cosa en todo el mundo. No te descuides y evitarás mil quebraderos de cabeza, y quizá inexactitudes y errores, que darán ocasión a desagradables polémicas.

Sola sintió al oír esto que la admiración despertada por anteriores palabras del viejecillo bobo se disipaba como humo. ¡Cuán difícil era señalar la misteriosa línea donde los desvaríos de Sarmiento se trocaban en ingeniosas observaciones, o, por el contrario, sus admirables vuelos en lastimoso rastrear por el polvo de la necesidad! La joven prometió cumplir fielmente todo lo que le mandaba.

Al poco rato apareció el padre Alelí, preparado para decir la misa, y, empezada ésta, Sarmiento la ayudó con extraordinaria devoción y acierto, tan seguro en las ceremonias como si hubiera sido monaguillo toda su vida. Soledad la oyó con gran edificación, acompañada de los hermanos y de algunos empleados de la cárcel. Después, por orden del señor Chaperón, se cerró la capilla al público.

XXVIII

Poniendo sobre todas las cosas su anhelante deseo de llegar pronto al fin de la jornada vital, que era el comienzo de su triunfo, Sarmiento deploraba que la Justicia de aquellos tiempos hubiese fijado en cuarenta y ocho horas el plazo de la preparación religiosa. Con diez o doce horas había bastante, según él. Los dos frailes que le asistían aprovecharon la ocasión de su soledad para hablarle recio en el negocio de la salvación, logrando que don Patricio atendiese a éste y consintiera en oír el

trasnochado sermoncillo que, preparado, traía el padre Salmón. Después de comer, cuando Sola, vencida por el cansancio, había cedido al sueño y dormitaba, sentada, el padre Alelí logró hacerse oír de Sarmiento con mayor interés. Por la noche, pareció que el espíritu del buen viejo se recogía y como que se amilanaba algún tanto, mostrándose, además, en su rostro y cuerpo cierto desmayo o fatiga. El patriota no permanecía ya en pie, sino recostado con abandono en el sillón, fijando la vista en el suelo, cual si cayera en meditación taciturna. Silencio profundísimo reinaba en la cárcel; las velas se habían consumido bastante y ardían en el último cabo de ellas, elevando, entre vacilante luz, el negro pabilo caduco, y derramando cera amarilla en grandes chorros sobre los candeleros y sobre el altar. El Crucifijo y la Dolorosa parecían entregados a un sopor misterioso. Nunca como en aquella hora había parecido la capilla tristísima y lúgubre. Su ambiente de panteón daba frío, su luz tenue convidaba a morirse y enterrarse. Era la madrugada del último día.

No fué insensible el espíritu de Sarmiento a esta influencia externa, y, conociéndolo Alelí, le dijo que ya le quedaban pocas horas; que viese lo que nacía, si no deseaba arder perpetuamente en los infiernos. Al oír esto, miróle Sarmiento con desdén, y, levantándose del sillón, se puso de rodillas.

—Puesto que su paternidad quiere que confiese, confesaré—dijo, lacónicamente.

—No es preciso que se arrodille usted, hermano mío—indicó el buen fraile, levantándole—. En estos casos, permitimos al penitente que haga la confesión sentado, para evitarle cansancio.

—Yo prefiero estar de rodillas, porque no soy de alfeñique—dijo el reo, volviéndose a hincar—. Ahora, si vuestra paternidad tiene oídos, oiga... Yo amo a Dios sobre todas las cosas. ¿Cómo no amarle, si es fuente de todo bien, manantial de toda idea, origen de toda vida? El dió la idea moral al mundo, y el mundo, después de mil luchas, disputas y sangre, aceptó la ley moral que, felizmente, lo rige. Después le dió la idea política, es decir, la libertad, para que se gobernase, y todavía el mundo no la ha aceptado en su totalidad. Es-

tamos en la época de la predicación, del martirio...

—Basta—dijo Alelí con enfado—. Está usted profanando el nombre de Dios con absurdas afirmaciones. Poco adelantamos por ese camino, hermano querido. Confiese usted su amor a Dios sin mezcla de extravagancia alguna. Me basta con eso por ahora, y adelante.

—Confieso—añadió el penitente—que con frecuencia he jurado su santo nombre en vano, y, además, que he usado votos y ternos, pues adquirí tiempo ha la pícaro costumbre de sacar a todo el chilindrón y la chilindrana; pero, con perdón de vuestra reverencia, creo que pecados como éste no llevan a casa de Pedro Botero. Tampoco he santificado las fiestas, como está mandado..., desidia, pura desidia y abandono. En el cuarto, ¿qué he de decir sino que jamás he faltado a él ni en pensamiento? Pues en lo de matar, si alguien perdió por mí la vida, fué en la acción de guerra y cuando el honor de mi bandera así me lo mandaba. No obstante, un pecado grave tengo en lo tocante a este mandamiento, y ése lo voy a confesar aquí con la boca y con el corazón, porque ha tiempo pesa sobre mi conciencia; y, aunque estoy muy arrepentido, pareceme que jamás logro echar de mí la mancha y peso que me dejó. Hallándose preso y encadenado un vecino mío, padre de esta joven que me acompaña, pidió un vaso de agua y se lo negué. ¡Qué infame lallaquería! Pero válgame mi contrición sincera y el cariño ardiente que después he puesto en la bendita hija de aquel desgraciado.

—Adelante—murmuró Alelí, satisfecho de que hubiese algún pecado evidente que justificase su ministerio.

—Del sexto no diré más sino que, después de la muerte de mi Refugio, que acaeció hace veintidós años, he observado castidad absoluta, a pesar de ser solicitado para faltar a aquella preciosa virtud por más de una hembra que no debió de ver en mí saco de paja. Tampoco he robado jamás a nadie ni el valor de un alfiler, y en el ramo de mentir, si alguna vez falté a la verdad, fué en negocios baladíes y de poca monta.

—Alto, alto—dijo Alelí con interés sumo, viendo llegado el tema que abordar quería—. Usted ha mentido, y ha mentido gravemente, por sistema, sostenien-

do un papel engañoso con la terquedad del hombre más perverso. Es opinión general que usted se finge demente, poseyendo, en realidad, un claro juicio; es público y notorio, y así consta en la causa, que todos esos disparates con que ha divertido a Madrid son obra del talento más astuto, para poder vivir en una sociedad que proscribía a los revolucionarios. Vamos a ver, hermano mío: repare usted delante de quien está, mire esta imagen sacratísima, considere que le restan pocas horas de vida, considere que ya no es posible el engaño, y ábrame su corazón, arroje la máscara, y dígame si, en efecto, este hombre exaltado que vemos es un hábil histrión. ¡Ah hermano mío! Aseguran que usted sostiene su papel, esperando que le indulten por tonto... ¡Error, error, porque no es ése el camino del indulto! Más fácil le sería conseguirlo con una confesión franca de su pecado... Al menos, haciéndolo así, tendrá el perdón de Dios y la gloria eterna.

—¡Yo farsante, yo histrión, yo..., yo!—exclamó Sarmiento, clavando ambas manos, como garras, en su pecho.

Miraba al padre Alelí con los ojos encendidos y con expresión de sorpresa, que bien pronto se tornó en alarido desdén.

—Usted no me comprende...—dijo, levantándose—. Vaya usted a confesar colegas, señor padre Alelí. Me confesaré solo.

Y, arrodillándose delante del altar, alzó las manos y, sin quitar los ojos del Crucifijo, habló así:

—Señor, Tú, que me conoces, no necesitas oír de mi boca lo que siente mi corazón, que pronto dará su último latido, dejándome libre. Sabes que te adoro, que te reverencio, y que ejecuto puntualmente la misión que me señalaste en el mundo. Sabes que la idea de la libertad, enviada por Ti para que la difundiéramos, fué mi norte y mi guía. Sabes que por ella vivo y por ella muero. Sabes que si cometí faltas, me he arrepentido de ellas con grandísima congoja. Sabes que perdono de todo corazón a mis enemigos, y que me dispongo a rogar por ellos, cuando mi espíritu pueda hablar sin boca y ver sin necesidad de ojos. Mi confesión está hecha públicamente. Oigala todo el que tiene oídos.

Y después, volviéndose al fraile, que, absorto, le miraba, dijole:

—Ahora, padre Alelí, espero que no tendrá vuestra paternidad reverendísima inconveniente alguno en darme el pan eucarístico. Bien se ve que puedo recibir a Dios dentro de mí. Estoy puro de toda mancha; soy como los ángeles.

Entonces vióse una cosa extraña, que, por lo extraña, parecía horrible en aquel sitio y ocasión. El padre Alelí no pudo evitar una sonrisa. Diríase que ésta brilló en la fúnebre capilla como un reflejo mundano dentro de la región de los difuntos. Pero tornó al punto a la seriedad, y, gravemente, dijeron a dúo ambos frailes:

—No podemos dar a usted la Eucaristía, desgraciado hermano.

Mientras Sola acudió a consolar a Sarmiento, que parecía muy contrariado por aquella negativa, Alelí llevó aparte a Salmón, y le dijo:

—Es más tonto que hecho de encargo. Yo repito que ajusticiar a este hombre es un asesinato, y Chaperón, los jueces que le sentenciaron y nosotros que le asistimos estamos más locos que él. Yo no puedo ver este horrible espectáculo. Pero ¿no es evidente que ese hombre es necio de capirote? Estamos coadyuvando a una obra inicua. Y ¡esperábamos que confesase su comedia!

—Como siempre le tuve por mentecato de una pieza, no me he llevado chasco. No sé para qué nos traen aquí.

—Ni yo. Voy a hablar con Chaperón.

—Yo no me tomaría el trabajo de hablar con nadie.

—Pues yo, sí.

—Pues yo, no.

Poco después de esto, el reo vió personas y objetos con una claridad que le conturbó sobre manera, sin saber por qué. Era que había avanzado el día, y la capilla recibía un poco de luz, ante la cual palidecía ligeramente la de las soñolientas velas, casi consumidas. Aquel débil resplandor del astro rey hizo daño a la retina y al espíritu del anciano, sin que su entendimiento pudiera explicarse la razón de ello.

—Es de día—dijo con cierto asombro, y al punto se quedó taciturno.

Los hermanos de la Caridad aparecían más compungidos que en el día anterior, y rezaban devotamente, arrodillados ante el altar. Salmón rogó al conde-

nado que se sentase, y, poniéndose junto a él, hizole exhortaciones encaminadas a apartar su alma del tremendo abismo a cuyo borde se encontraba.

—Pocas horas me restan—murmuró el patriota, dando un gran suspiro—. Mi alma será más fuerte cuanto más cerca esté el instante lisonjero de su liberación. ¿Cuántas horas faltan?

—No cuente usted las horas... ¿Qué valen dos ni tres horas, comparadas con la eternidad?

Sarmiento no respondió. Observaba los ladrillos del piso y fijaba su vista con minuciosidad aritmética en todos aquellos que tenían el ángulo gastado. Diríase que los contaba.

—¿En dónde está mi hija?—dijo de súbito, moviendo la cabeza con ansiedad—. Sola, niña de mi corazón, no te separes de mí.

Sola se arrojó llorando a sus brazos. Notó que tenía las manos frías y temblorosas.

—Dentro de poco dejaré de verte, ¡ay!—exclamó el viejo, haciendo esfuerzos verdaderamente heroicos para dominar su emoción—. ¡Que sea tan flaca y miserable esta humana naturaleza, que ni aun teniendo por segura la entrada en la morada celestial pueda mirar con absoluto desprecio los afectos del mundo!... Aquí me tienes más valiente que un león—sus labios temblaban al decirlo, y su voz era como el ronco trinar de una ave moribunda—, y, sin embargo, esto de separarme de ti, esto de dejarte sola...

Se pasó la mano por la frente, y durante un rato tapóse los ojos.

—No sé por qué está triste el día—murmuró con disgusto—. ¡Qué ruido hay en la cárcel!... ¿Qué voces son ésas? Parece un canto desacorde o un graznido de pájaros llorones. ¿Qué es eso?

Soledad no contestó nada, y apoyó su frente sobre el pecho del anciano. A la capilla llegaba una repugnante música llorona de gritos humanos que parecía formada de todos los rencores, de todos los sarcasmos, de todas las lágrimas y de todos los suspiros encerrados en la cárcel.

El padre Alelí, que había salido al amanecer, volvió muy cabizbajo, y, sin hablar una sola palabra al reo ni a los demás, preparóse para decir la misa. En

tanto, uno de los hermanos departía con Sarmiento de cosas religiosas, sabedor de que éstas habían de llevar gran alivio y fuerzas al espíritu del reo.

—Hoy—le dijo—celebramos en Santa Cruz los mayordomos de esta Real Archicofradía misa solemne de rogativa para implorar los divinos auxilios en la última hora del pobre condenado a muerte. Ya sabe usted que nuestro santísimo padre Pío Séptimo ha concedido indulgencia plenaria a todos nosotros y a los fieles que asistan a esa misa y hagan oración por la concordia de los príncipes cristianos, extirpación de las herejías y exaltación de la fe católica.

—De modo—dijo Sarmiento con amarga ironía—que en esa misa se hace oración por todo, menos por mí.

—No, hermano mío, no—dijo el cofrade con la melancolía del beato—; que también habrá lo que llamamos *ejercicio de agonía*, donde se hace la recomendación del alma del reo; luego siguen las jaculatorias de agonía, y se cantará el *ne recorderis*. Los más bellos himnos de la Iglesia y las piadosas oraciones de los fieles acompañan a usted en su tránsito doloroso... ¿qué digo doloroso?, gloriosísimo. Piense usted en la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y se sentirá lleno de valor. ¡Oh, feliz mil veces el que abandona esta vida miserable libre de todo pecado!

El hermano inclinó la cabeza a un lado, bajando los ojos y cruzando las manos en mística actitud. Después rezó en silencio.

Alelí dijo la misa, que oyó Sarmiento, como el día anterior, de rodillas y con profunda atención. Al concluir, sentóse con muestras de gran cansancio: mas ponía mucho empeño en disimularlo.

—¿No quiere usted tomar algo?—le dijo uno de los hermanos—. Hemos preparado un almuerzo ligero. ¿Se siente usted mal, hermano querido? Vamos, un huevo frito y un poco de jamón... ¡Si para eso no se necesita gana!—añadió, viendo que el reo hacía signos negativos con la cabeza y con las manos—. Sí, lo traeremos, y también un vaso de vino.

—No quiero nada.

—¿Ni café?

—Tomaré el café por complacer a ustedes—repuso Sarmiento, sonriendo con tristeza.

Alelí se sentó junto a él, y, tomándole la mano, se la apretó cariñosamente, diciéndole:

—Hermano mío, en nombre de Dios y de María Santísima, a cuya presencia llegará usted pronto, si sabe morir como cristiano, en estado de contrición perfecta, le ruego que no me oculte sus pensamientos, si por ventura son distintos de lo que ha manifestado aquí y fuera de aquí.

—Si yo ocultara mis pensamientos, si yo no fuera la misma verdad—replicó don Patricio con entereza más noble—, no sería digno de este nobilísimo fin que me espera... ¡Ah señores! La taimada Naturaleza nos tiende mil lazos por medio de sensibilidad y del instinto de conservación; pero no, no será mi grande espíritu quien caiga en ellos. Vamos, vamos de una vez.

Y se levantó.

—Calma, calma, hermano mío; aún no es tiempo—le dijo Alelí, tirándole del brazo—. Siéntese usted. Por cierto que no es nada conveniente para su alma esa afectación de valor y ese empeño de sostener el papel de héroe. Una resignación humilde y sin aparato, una conformidad decorosa sin disimular el dolor, y un poco de entereza que demuestre la convicción de ganar el Cielo, son más propias de esta hora que la fanfarronería teatral. Usted está nervioso, desazonado, inquieto, sin sosiego; tiémbanle las carnes, y se cubre su piel de frío sudor.

—El que era Hijo de Dios sudó sangre—afirmó Sarmiento con brío—; yo, que soy hombre, ¿no he de sudar si quiera agua?... Vamos pronto. Repito que deseo concluir.

Entonces sintióse más fuerte el coro de lamentos, y al mismo tiempo, ronco son de tambores destemplados.

—He aquí las tropas de Pilato—observó Sarmiento.

—Hermano, hermano querido—le dijo Alelí, abrazándole—. Una palabra sola de verdadera piedad, de verdadera religiosidad, de amor y temor de Dios. Una palabra, y basta; pero que sea sincera, salida del fondo del corazón. Si la dice usted, todos estos pensamientos livianos de que está llena su cabeza, como desván lleno de alimañas, huirán al ver entrar la luz.

—Cristiano católico soy—afirmó Sar-

nimiento—. Creo todo lo que me manda creer la Iglesia, creo todos los misterios, todos los sagrados dogmas, sin exceptuar ninguno. He oído misa, he confesado, sin omitir nada de lo que hay en mi conciencia; he deseado ardientemente recibir la Eucaristía, y si no la recibí ha sido porque no han querido dár-mela. ¿Qué más se quiere de mí? ¡Oh Señor de cielos y tierra! ¡Oh tú, María, Madre amantísima del género humano! A vosotros vuelvo mis miradas, vosotros lo sabéis, porque veis mi rostro, no este de la carne, sino el del espíritu. Los que no ven el de mi espíritu, ¿cómo pueden comprenderme? Hacia vosotros volaré, invocándoos, llevando en mi diestra la bandera que habéis dado al mundo, la bandera de la Libertad, por la cual he vivido y por la cual muero.

Salmón y Alelí movieron la cabeza. Su pena y desasosiego eran muy profundos. Soledad, sin fuerzas ya para luchar con su dolor, estaba a punto de perder el conocimiento. Don Patricio, dicho su último discurso, examinaba una grieta que en el techo había, y después la costura del paño del altar. Creeríase, al verle, que aquellos dos objetos insignificantes merecían la mayor atención.

Varias personas entraron en la capilla, todas decorando sus caras con la aflicción más edificante. Levantóse el reo, y, sin dejar de observar la costura del altar, habló solemnemente:

—Cayo Graco, Harmodio y Aristogitón, Bruto..., héroes inmortales, pronto seré con vosotros...; y tú, Lucas, hijo mío, que estás en las filas de la celestial infantería, avanza al encuentro de tu dichoso padre.

Los frailes, puestos de rodillas, recibían oraciones, empeñándose en que el reo las repitiera; pero Sarmiento se apartó de ellos, afirmando:

—Todo lo que puede decirse lo he dicho en mi corazón durante la misa y después de ella.

Oyóse el tañido de la campana de Santa Cruz.

—Tocan a muerto—dijo Sarmiento—. Yo mandaría repicar y alzar arcos de triunfo, como en el día más grande de todos los días. Ya veo tus torres, ¡oh patria inmortal, Jerusalén amada!... ¡Bendito el que llega a ti!

El alcaide le saludó, enmascarándose también con la carátula de piedad lastimosa que pasaba de rostro en rostro, conforme iban entrando personajes. Después separáronse todos para dar paso a un hombre obeso, algo viejo, vestido de negro, cuyo aire de timidez contrastaba singularmente con su horrible oficio; era el verdugo, que, avanzando hacia el reo, humilló la frente como un lacayo que recibe órdenes.

Don Patricio sintió en aquel momento que un rayo frío corría por todo su cuerpo, desde el cabello hasta los pies, y por primera vez desde su entrada en la fúnebre capilla sintió que su magnánimo corazón se arrugaba y comprimía.

—Sí, sí; perdono, perdono a todo el mundo—balbució el reo, fijando otra vez toda su atención en los ladrillos del piso—. Vamos ya... ¿No es hora?

Pero su ánimo, rápidamente abatido, forcejeó iracundo en las tinieblas y se rehizo. Fué como si se hubiera dado un latigazo. La dosis de energía que desplegara en aquel momento era tal, que sólo estando muerta hubiera dejado la mísera carne de responder a ella. Tenía Sarmiento entre las manos su pañuelo; y, apretando los dedos fuertemente sobre él y separando las manos, lo partió en dos pedazos sin rasgarlo. Cerrando los ojos, murmuraba:

—¡Cayo Graco!... ¡Lucas!... ¡Dios, que diste la libertad al mundo!

El verdugo mostró un saco negro. Era la hopa que se pone a los condenados para hacer más irrisorio y horriblemente burlesco el crimen de la pena de muerte. Cuando el delito era de alta traición, la hopa era amarilla y encarnada. La de Sarmiento era negra. Completaba el ajuar un gorro también negro.

—Venga la túnica—dijo, preparándose a ponérsela—. «Reputo el saco como una vestidura de gala, y el gorro como una corona de laurel» (1).

Después le ataron las manos y le pusieron un cordel a la cintura, a cuyas operaciones no hizo resistencia, antes bien se prestó a ellas con cierta gallardía. Incapacitados los movimientos

(1) Estas palabras las dijo el valeroso patriota ahorcado el 24 de agosto de 1825. Su noble y heroico comportamiento en las últimas horas da en cierto modo carácter histórico al personaje ideal que es protagonista de esta obra.

de sus brazos, llamó a Sola y le dijo:
—Hija mía, ven a abrazar por última vez a tu viejecillo bobo.

La huérfana le estrechó en sus brazos y regó con sus lágrimas el cuello del anciano.

—¿A qué vienen esos llores?—dijo éste, sofocando su emoción—. Hija de mi alma, nos veremos en la gloria, adonde yo he tenido la suerte de ir antes que tú. De mi imperecedera fama en el mundo, tú sola, tú serás única heredera, porque me asististe y amparaste en mis últimos días. Tu nombre, como el mío, pasará de generación en generación... No llores; llena tu alma de alegría, como lo está la mía. Hoy es día de triunfo; esto no es muerte, es vida. El torpe lenguaje de los hombres ha alterado el sentido de todas las cosas. Yo siento que penetra en mí la respiración de los ángeles invisibles que están a mi lado, prontos a llevarme a la morada celestial...; es como un fresco delicioso..., como un aroma delicado... Adiós..., hasta luego, hija mía... No olvides mis dos recomendaciones, ¿oyes? Vete con ese hombre..., ¿oyes?... los apuntes... Adiós, mi glorioso destino se cumple... ¡Viva yo! ¡Viva Patricio Sarmiento!

Desprendieron a Sola de sus brazos; tomola en los suyos el alcaide para prestarle algún socorro, y don Patricio salió de la capilla con paso seguro.

El padre Alelí le ató un crucifijo en las manos, y Salmón quiso ponerle también una estampa de la Virgen; pero opúsose a ello el reo, diciendo:

—Con mucho gusto llevaré conmigo la imagen de mi Redentor, cuyo ejemplo sigo; pero no esperen vuestras paternidades que yo vaya por la carrera besando una estampita. Adelante.

Al llegar a la calle presentáronle el asno en que había de montar, y subió a él con arrogantes movimientos, diciendo:

—He aquí la más noble cabalgadura, cuyos lomos han oprimido héroes antiguos y modernos. Ya estoy en marcha.

Al llegar a la calle de la Concepción Jerónima y ver el inmenso gentío que se agolpaba en las aceras y en los balcones, en vez de amilanarse, como otros, se creció, se engrandeció, tomando extraordinaria altitud. Revolviendo los ojos en todas direcciones, arriba y abajo, decía para sí:

«Pueblo, pueblo generoso, mírame bien,

para que ningún rasgo de mi persona deje de grabarse en tu memoria. ¡Oh! ¡Si pudiera yo hablarte en este momento!... Soy Patricio Sarmiento, soy yo, soy tu grande hombre. Mirame y llénate de gozo, porque la Libertad, por quien muero, renacerá de mi sangre, y el despotismo que a mí me inmola perecerá ahogado por esta misma sangre, y el principio que yo consagro muriendo, lo disfrutarás tú viviendo, lo disfrutarás por los siglos de los siglos.»

El murmullo del pueblo crecía entre los roncós tambores, y a él le pareció que toda aquella música se juntaba para exclamar:

—¡Viva Patricio Sarmiento!

El padre Alelí le mostraba el crucifijo que en su mano llevaba, y le decía que consagrarse a Dios su último pensamiento. Después, el venerable fraile rezaba en silencio, no se sabe si por el reo o por sus jueces. Probablemente sería por estos últimos.

Al llegar a la plazuela, Sarmiento extendió la vista por aquel mar de cabezas, y viendo la horca, dijo:

—¡Ahí está!... Ahí está mi trono.

Y al ver aquello que a otros los lleva al postrer grado de abatimiento, él se engrandeció más y más, sintiendo su alma llena de una exaltación sublime y de entusiasmo expansivo.

—Estoy en el último escalón, en el más alto—dijo—. Desde aquí veo al mísero género humano, abajo, perdido en la bruma de sus rencores y de su ignorancia. Un paso más y penetraré en la eternidad, donde está vacío mi puesto en el luminoso estrado de los héroes y de los mártires.

Al pie de la horca rogáronle los frailes que adorase el crucifijo, lo que hizo muy gustoso, besándolo y orando en voz alta con entonación vigorosa.

—Muero por la Libertad como cristiano católico—exclamó—. ¡Oh Dios, a quien he servido, acógeme en tu seno!

Quisieron ayudarle a subir la escalera fatal; pero él, desprendiéndose de ajenos brazos, subió solo. El patíbulo tenía tres escaleras: por la del centro subía el reo; por una de las laterales, el verdugo, y por la otra, el sacerdote auxiliante. Cada cual ocupó su puesto. Al ver que el cordel rodeaba su cuello, Sarmiento dijo con enfado:

—Y qué, ¿no me dejan hablar?

Los sacerdotes habían empezado el credo. Callaron. Juzgando que el silencio era permiso para hablar, el patriota se dirigió al pueblo en estos términos:

—Pueblo, pueblo mío. contéplame y une tu voz a la mía para gritar: «¡Viva la...!»

Empujóle el verdugo y se lanzó con él.

Cayeron de rodillas los sacerdotes que habían permanecido abajo, y, elevando el crucifijo, exclamaron consternados:

—¡Misericordia, Señor!

La muchedumbre lanzó el trágico murmullo que indicaba su curiosidad satisfecha y su fúnebre espanto consumado.

El padre Alelí dijo tristemente:

—Desgraciado, sube al Limbo.

XXIX

¿Qué sabía él?... A pesar de ser fraile discreto y gran sabedor de teología,

¿qué sabía él si su penitente había ido al Limbo o a otra parte? ¿Quién puede afirmar adónde van las almas inflamadas en entusiasmo y fe? ¿Habrá quien marque de un modo preciso la esfera donde el humano sentido, merecedor de asombro y respeto, se trueca en la enajenación digna de lástima? Siendo evidente que en aquella alma se juntaban con aleación extraña la excelsitud y la trivialidad, ¿quién podrá decir cuál de estas cualidades a la otra vencía? Glorifiquémosle todos. Murió pensando en la página histórica que no había de llenar, y en la fama póstuma que no había de tener. ¡Oh Dios poderoso! ¡Cuántos tienen ésta con menos motivo, y cuántos ocupan aquélla habiendo sido tan locos como él, y menos, mucho menos sublimes!

Octubre de 1877.

FIN DE
«EL TERROR DE 1824»
Y DEL TOMO I
DE LAS «OBRAS COMPLETAS
DE PÉREZ GALDÓS»

INDICE

INDICE

INTRODUCCION

Don Benito Pérez Galdós: Su vida. Su obra. Su época Pág.

I.—La infancia velada.—Los brumosos recuerdos.—La suave doña Dolores y el gran don Sebastián.—El abuelo romántico, inquisidor y tradicionalista.—Jugarretas, gorrerías y aficiones artísticas.—La soledad en compañía... de Galdós.—Paseos y meditaciones.—Un fantasma infantil: el colegio.—El buen estudiante escéptico.—¿Hay que observarlo todo! ¿Qué importa el «yo»?

II.—El viajero que no sabe de dónde viene.—Nuevos escenarios.—Proyectos, ilusiones y ropa sucia.—1862... ¡Madrid!—El bautismo de madrileñismo.—El lento, el sorprendente paseo.—El cuarto oscuro de los primeros sueños.—El ansia de ver o todo.—Las casas de los nombres evocadores.—¿Estudio...? ¿No estudio...? El ineludible sentido de la vocación.—Galdós «entra» en Madrid y Madrid le va «entrando» a él.—Me parece que voy a ser dramaturgo.—«Carín» comenta ..

III.—Nuevos escenarios que se parecen a los antiguos.—La emoción inmensa que surge.—Dramas y más dramas.—Los bullangueros, los revoltosos amigos.—El viejo Ateneo de la calle de la Montera.—Galdós va conociendo a los futuros prohombres.—El «rasgo» de Isabel II y la noche de San Daniel.—¿Esconde la cabeza, que tiran a dar!—El año del cólera.—El café de la Iberia y sus misterios.—¿Ha estallado la revolución!—La cuerda se rompe por lo más delgado.—«¿Que vienen los liberales; muchacha, atranca la puerta!»

IV.—El aprendizaje literario de Galdós ha terminado.—Las alas impetuosas.—¿París!—Otra vez París, rosa de los vientos de Europa.—En chapurreado francés, Galdós saluda a Balzac.—¿Madrid peor que París? ¿Quién dijo tal absurdo!—La revolución de 1869: Proclamas y soflamas.—Galdós, periodista político.—Los ídolos, vistos de cerca.—Oratoria y empaque postizos.—Las primeras novelas.—El «raconto» de la Bohemia... sin

música de Puccini.—Cómicos, literatos, politiqueros y otras gentes de mal vivir.—Las Constituyentes y sus parásitos.—El tercer sitio de Zaragoza.—¿En la calle «del Turco»... acaban de matar a Prim!

Don Amadeo, rey de España
V.—Argos, el de los mil ojos.—El sueño de diez años.—Nuevos personajes en los barrios antiguos.—El hombre atalaya.—No es lo mismo leerlo todo que estudiarlo todo.—Maura evoca a Galdós.—En busca de un título «que resulte bien».—Se abre un libro de estampas patrióticas iluminadas.—El último superviviente de Trafalgar.—¿Que me digan si vivo yo o si sueño aún!—La prosa de cada día. Viajando por Europa.—De acá para allá, admirándolo todo, pero sin decidirse por nada.—Galdós, Odiseo, y Madrid, sirena. El pez en el agua.—Con Pereda, a Portugal

VI.—El rompecabezas del bosque.—Los amores y amoríos de Galdós.—Lo maravilloso de la objetividad.—Ajetreos parlamentarios.—Unas veces ¡sí! y otras veces ¡no!—Las sabrosas, las terribles tertulias.—Novelas y más novelas.—Los mejores caminos de España.—Otra vez diputado por Puerto Rico.—A la Exposición de Barcelona.—El rey Óscar y la reina Cristina.—Recogiendo más postales iluminadas.—Toledo y El Escorial: los temas impresionantes.—Los amigos toledanos de Galdós.—Las seducciones infinitas.—Los cigarrales y los conventos.—Triquiñuelas, picardías y jugarretas.—Escuchar, escuchar siempre

VII.—Reaparece una emoción juvenil.—Galdós, dramaturgo novel.—La verdad se desliza por la tramoya.—Un hogar es esto: orden, paz, amor.—La vida burguesa, los sueños aburguesados.—La sugestiva caminata madrileña de cada día. «Realidad»... y realismo.—Lo difícil era empezar...—Una carrera con pocos obstáculos.—El creador vacila.—El terrible ceño de la crítica.—El sueño que se realiza a orillas del mar.—«Las de San Quintín» nacen en «San Quintín».—El dios éxito.—Repechos y baches.—Escrito en el agua y dicho en el viento.—Galdós hace balance sentimental

9

12

19

26

33

41

51

63

VIII.—Entrando con el pie derecho.—Galdós, académico.—La grave indumentaria y el ámbito so' emne.—Pleitos tengas y los ganes...—Galdós se mete a editor.—Las cuentas de la lechera.—El antro de la calle de Hortaleza, 132.—¡Gastos! ¡Gastos! ¡Gastos!—Al norte de España, en busca de Zumalacárregui.—Nuevos episodios nacionales.—Los ascendientes anónimos.—Seres infalibles y sibilinos.—La venerable monja de Azcoitia.—Otra vez la fiebre creadora.—Galdós cansa al cansancio.—Reacciones curiosas de un espíritu puro.—El asesinato de Cánovas y la pérdida de las colonias.—El dolor del alma.—La generación del 98.—Madrid entre dos siglos.—Los «galdosianos».

IX.—El éxito apoteótico de «Electra».—Lo difícilmente explicable a lo fácilmente inexplicable.—La procesión nocturna del entusiasmo.—Las asombrosas consecuencias de un drama teatral.—Madrid recobra a Galdós.—La popularidad vive por los barrios bajos.—Los días inefables.—Los nuevos episodios nacionales.—«Voy a París a ver a mi buena amiga doña Isabel II».—Los gorgoritos de madame Lagrange y la gracia picante de la egregia soberana.—Otra vez la lucha regia entre las bambalinas y con los moldes de imprenta.—La infausta reincidencia en las andanzas políticas.—Camblando de casaca...—Galdós y el señor Pérez Galdós no se conocen.—El orador fracasa.—El sueño malogrado del premio Nobel.—La fortuna desaparece.—Se empieza a paladear la amargura infinita.

X.—Empiezan los años tristes.—Galdós, fantasma de sí mismo.—Escribe aún y aún triunfa.—La soledad recóndita y el silencio sonoro.—Con los ojos vendados.—La delirante peregrinación, el imponderable afán.—¡Voy a vivir entre mis criaturas!—La realidad imponente de la fantasía.—Los buenos, los malos, los felices, los miseros...—Madrid no está habitado sino por las criaturas galdosianas.—Galdós mira, Galdós habla; pero... ¿A quién? ¿Con quién?—¡Que nadie cometa la necedad de decirle que está solo..., aun cuando lo parezca a simple vista!—Quedan proscritos del mundo de Galdós el olvido y la muerte.—La ceguera absoluta.—Achaques y molestias.—Se dicta el fallo inapelable.—¡Pero yo no tiemblo!!—Una vez más... ¡Madrid!—El grito alucinante ...

Su obra

BIBLIOGRAFÍA GALDOSIANA:

- I.—Obras de Pérez Galdós 195
II.—Obras acerca de Pérez Galdós 198

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SERIE

TRAFALGAR:

Cap. I	205
— II	208
— III	210
— IV	212
— V	218
— VI	221
— VII	225
— VIII	228
— IX	234
— X	238
— XI	242
— XII	246
— XIII	252
— XIV	257
— XV	262
— XVI	268
— XVII	272

LA CORTE DE CARLOS IV:

Cap. I	277
— II	280
— III	286
— IV	290
— V	294
— VI	296
— VII	299
— VIII	303
— IX	307
— X	312
— XI	315
— XII	319
— XIII	322
— XIV	324
— XV	329
— XVI	331
— XVII	333
— XVIII	337
— XIX	342
— XX	347
— XXI	350
— XXII	354
— XXIII	357
— XXIV	361
— XXV	364
— XXVI	367
— XXVII	369
— XXVIII	372
— XXIX	374

EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO:

Cap. I	375
— II	377
— III	381
— IV	383
— V	386
— VI	389
— VII	393
— VIII	396

Cap. IX	400
— X	404
— XI	407
— XII	409
— XIII	412
— XIV	414
— XV	416
— XVI	418
— XVII	423
— XVIII	424
— XIX	429
— XX	430
— XXI	434
— XXII	437
— XXIII	440
— XXIV	443
— XXV	446
— XXVI	449
— XXVII	451
— XXVIII	454
— XXIX	457
— XXX	459
— XXXI	461
— XXXII	463
— XXXIII	465
— XXXIV	469

BAILÉN:

Cap. I	471
— II	476
— III	479
— IV	483
— V	484
— VI	486
— VII	487
— VIII	491
— IX	492
— X	495
— XI	498
— XII	501
— XIII	504
— XIV	508
— XV	511
— XVI	513
— XVII	516
— XVIII	519
— XIX	522
— XX	524
— XXI	525
— XXII	528
— XXIII	530
— XXIV	532
— XXV	535
— XXVI	537
— XXVII	639
— XXVIII	641
— XXIX	646
— XXX	649
— XXXI	651
— XXXII	654
— XXXIII	657
— XXXIV	658

NAPOLEÓN, EN CHAMARTÍN:

Cap. I	561
— II	564
— III	566
— IV	568
— V	574
— VI	578
— VII	581
— VIII	584
— IX	590
— X	594
— XI	600
— XII	602
— XIII	604
— XIV	610
— XV	614
— XVI	616
— XVII	620
— XVIII	623
— XIX	625
— XX	628
— XXI	631
— XXII	633
— XXIII	637
— XXIV	641
— XXV	643
— XXVI	647
— XXVII	653
— XXVIII	660
— XXIX	664
— XXX	666

ZARAGOZA:

Cap. I	669
— II	670
— III	673
— IV	675
— V	677
— VI	681
— VII	683
— VIII	686
— IX	689
— X	692
— XI	695
— XII	697
— XIII	701
— XIV	703
— XV	706
— XVI	710
— XVII	714
— XVIII	716
— XIX	720
— XX	723
— XXI	724
— XXII	728
— XXIII	731
— XXIV	733
— XXV	736
— XXVI	741
— XXVII	745
— XXVIII	748
— XXIX	751
— XXX	757
— XXXI	759

GERONA :

Introducción 763

Relación de Andresillo Marijuán :

Cap. I	768
- II	770
- III	772
- IV	773
- V	775
- VI	777
- VII	780
- VIII	783
- IX	787
- X	792
- XI	793
- XII	795
- XIII	798
- XIV	800
- XV	803
- XVI	805
- XVII	808
- XVIII	812
- XIX	814
- XX	817
- XXI	821
- XXII	824
- XXIII	828
- XXIV	834
- XXV	838
- XXVI	840
- XXVII	843
- XXVIII	846

CÁDIZ :

Cap. I	849
- II	851
- III	854
- IV	859
- V	862
- VI	867
- VII	869
- VIII	873
- IX	876
- X	878
- XI	882
- XII	887
- XIII	891
- XIV	894
- XV	896
- XVI	900
- XVII	904
- XVIII	907
- XIX	910
- XX	913
- XXI	915
- XXII	918
- XXIII	921
- XXIV	923
- XXV	928
- XXVI	930
- XXVII	933
- XXVIII	935
- XXIX	938

Cap. XXX	940
- XXXI	946
- XXXII	948
- XXXIII	952
- XXXIV	954
- XXXV	956

JUAN MARTÍN EL EMPECINADO :

Cap. I	959
- II	962
- III	966
- IV	969
- V	974
- VI	977
- VII	979
- VIII	981
- IX	985
- X	989
- XI	991
- XII	999
- XIII	1002
- XIV	1005
- XV	1009
- XVI	1011
- XVII	1013
- XVIII	1015
- XIX	1018
- XX	1022
- XXI	1024
- XXII	1027
- XXIII	1029
- XXIV	1033
- XXV	1035
- XXVI	1038
- XXVII	1040
- XXVIII	1043
- XXIX	1046
- XXX	1049

LA BATALLA DE LOS ARAPILES :

Cap. I	1051
- II	1056
- III	1057
- IV	1059
- V	1062
- VI	1065
- VII	1068
- VIII	1070
- IX	1073
- X	1077
- XI	1078
- XII	1081
- XIII	1082
- XIV	1085
- XV	1037
- XVI	1091
- XVII	1093
- XVIII	1093
- XIX	1107
- XX	1103
- XXI	1105
- XXII	1103
- XXIII	1111
- XXIV	1115

Cap. XXV	1123
— XXVI	1126
— XXVII	1128
— XXVIII	1131
— XXIX	1134
— XXX	1140
— XXXI	1142
— XXXII	1144
— XXXIII	1147
— XXXIV	1149
— XXXV	1151
— XXXVI	1155
— XXXVII	1158
— XXXVIII	1162
— XXXIX	116
— XL	1169
— XLI	1171
— XLII	1175
— XLIII	1180

SEGUNDA SERIE

EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ:

Cap. I	1183
— II	1186
— III	1189
— IV	1191
— V	119
— VI	1197
— VII	1199
— VIII	1200
— IX	1204
— X	1203
— XI	1210
— XII	1213
— XIII	1215
— XIV	1219
— XV	1221
— XVI	1225
— XVII	1228
— XVIII	1230
— XIX	123
— XX	1240
— XXI	1244
— XXII	1248
— XXIII	1251
— XXIV	1254
— XXV	1257
— XXVI	1261
— XXVII	1264
— XXVIII	1267

MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815:

Cap. I	1271
— II	1274
— III	1276
— IV	1280
— V	1283
— VI	1285
— VII	1287
— VIII	1289
— IX	1291
— X	1293

Cap. XI	1297
— XII	1300
— XIII	1302
— XIV	1304
— XV	1308
— XVI	1310
— XVII	1311
— XVIII	1314
— XIX	1320
— XX	1324
— XXI	1328
— XXII	1333
— XXIII	1334
— XXIV	1336
— XXV	1339
— XXVI	1342

LA SEGUNDA CASACA:

Cap. I	1347
— II	1348
— III	1353
— IV	1354
— V	1356
— VI	1360
— VII	1362
— VIII	1366
— IX	1370
— X	1374
— XI	1377
— XII	1381
— XIII	1383
— XIV	1385
— XV	1389
— XVI	1392
— XVII	1395
— XVIII	1399
— XIX	1404
— XX	1408
— XXI	1413
— XXII	1416
— XXIII	1421
— XXIV	1425
— XXV	1428
— XXVI	1430
— XXVII	1432
— XXVIII	1435
— XXIX	1439

EL GRANDE ORIENTE:

Cap. I	1443
— II	1445
— III	1449
— IV	1453
— V	1458
— VI	1460
— VII	1463
— VIII	1466
— IX	1471
— X	1474
— XI	1477
— XII	1479
— XIII	1482
— XIV	1487
— XV	1489

Cap. XVI	1494
— XVII	1497
— XVIII	1500
— XIX	1504
— XX	1509
— XXI	1513
— XXII	1516
— XXIII	1521
— XXIV	1526
— XXV	1530
— XXVI	1532
— XXVII	1533
— XXVIII	1535

7 DE JULIO:

Cap. I	1537
— II	1539
— III	1543
— IV	1546
— V	1549
— VI	1554
— VII	1555
— VIII	1558
— IX	1560
— X	1562
— XI	1565
— XII	1568
— XIII	1572
— XIV	1576
— XV	1579
— XVI	1583
— XVII	1586
— XVIII	1588
— XIX	1591
— XX	1593
— XXI	1595
— XXII	1598
— XXIII	1601
— XXIV	1604
— XXV	1606
— XXVI	1607
— XXVII	1610
— XXVIII	1612

LOS CIENTO MIL HIJOS DE SAN LUIS:

Cap. I	1615
— II	1617
— III	1618
— IV	1621
— V	1624
— VI	1625
— VII	1630
— VIII	1631
— IX	1633
— X	1635

Cap. XI	1638
— XII	1640
— XIII	1642
— XIV	1645
— XV	1647
— XVI	1650
— XVII	1653
— XVIII	1654
— XIX	1655
— XX	1657
— XXI	1660
— XXII	1662
— XXIII	1665
— XXIV	1667
— XXV	1669
— XXVI	1671
— XXVII	1674
— XXVIII	1677
— XXIX	1679
— XXX	1681
— XXXI	1683
— XXXII	1685
— XXXIII	1688
— XXXIV	1690
— XXXV	1692
— XXXVI	1694

EL TERROR DE 1824:

Cap. I	1697
— II	1700
— III	1706
— IV	1711
— V	1715
— VI	1717
— VII	1721
— VIII	1725
— IX	1729
— X	1732
— XI	1735
— XII	1738
— XIII	1742
— XIV	1744
— XV	1747
— XVI	1751
— XVII	1753
— XVIII	1755
— XIX	1759
— XX	1762
— XXI	1767
— XXII	1769
— XXIII	1771
— XXIV	1774
— XXV	1779
— XXVI	1781
— XXVII	1784
— XXVIII	1787
— XXIX	1793